BENITO PEREZ GALDOS

OBRAS COMPLETAS

INTRODUCCION, BIOGRAFIA,
BIBLIOGRAFIA, NOTAS Y CENSO
DE PERSONAJES GALDOSIANOS

POR

FEDERICO CARLOS
SAINZ DE ROBLES
Archivero, Bibliotecario, Arqueólogo,
Subdirector de la Biblioteca y del Museo de Madrid

TOMO V

NOVELAS

AGUILAR
MADRID - 1961

BENITO PEREZ GALDOS

OBRAS COMPLETAS

TOMO V

El gran trágico Enrique Borrás en la interpretación felicísima del Conde de Albrit «El Abuelo»; una de las glorias más perennes de Galdós.

El dibujo de las guardas es obra de H. Palacios, y representa una alegoría alusiva a los «Episodios nacionales».

TERCERA EDICION

NÚM. RGTRO.: V-370-41.
DEPÓSITO LEGAL. M. 3013.-1958.

© AGUILAR, 1961.

Reservados todos los derechos.

Printed in Spain. Impreso en España por Edit. Magisterio Español, calle de Quevedo, 1, 3 y 5, Madrid.

NOVELAS

(SERIE CONTEMPORANEA)

(Continuación)

FORTUNATA Y JACINTA

(DOS HISTORIAS DE CASADAS)

(1886 1887)

NOTA PRELIMINAR

No *me atrevo a decir que* Fortunata y Jacinta *sea la más admirable novela de Galdós. Aun después de saber que Menéndez y Pelayo la reputó como una de las mejores novelas del siglo XIX y el más grande esfuerzo del ingenio español de nuestros días. Aun luego de no ignorar que* Clarín *la declaró portentoso ejemplo de la literatura narrativa y mundo encantador de las pasiones—vicios y virtudes—rigurosamente humanas. Si afirmaré que con* Fortunata y Jacinta *llega el genio de Galdós al más asombroso dominio de su técnica de novelador. Sí recalcaré que con esta ingente obra de cerca de dos mil páginas—en ediciones corrientes—el genio de Galdós alcanza sus máximos valores de creador. La naturalidad, la prodigalidad con que los seres palpitantes—de los que se juegan sus corazones y de los que se desconocen en sus almas—brotan de los puntos de su pluma, dan a entender que el numen está saturado y que rebosa y que rezuma humanidad de la mejor ley. Por cualquier parte que se llegue a* Fortunata y Jacinta *se toca carne viva, casi febril, espíritus apremiantes, caracteres de una pieza, anhelos de siempre, deseos que en nada han variado—ni variarán—de los edénicos o adánicos.*

Tres valores firmísimos se encuentran en Fortunata y Jacinta. *Los tres, sugestivos; los tres, sugeridores. A cuál más lleno de imperio sobre la atención del lector. Cada uno valido y valorizado de por sí, en aislamiento. Y los tres ensamblándose tan justamente, que dan el pego de una única realidad insobornable y sin intersticios. El valor del ámbito y del ambiente. El valor del estudio de reconstitución de una faceta de la vida social madrileña del último tercio del siglo XIX. Y el valor que pudiéramos decir temático.*

De Galdós se ha dicho que no sabía describir un paisaje. *En este aspecto de pintor literario—a él, que lo era, y muy discreto, de pinceles—se le ha comparado—para menospreciarle—con Pereda, el gran paisajista de la Montaña; con Palacio Valdés, el gran paisajista de Asturias; con Blasco Ibáñez, el gran paisajista levantino... Pero cabe preguntarse: Un paisaje, ¿es únicamente un trozo —considerado artísticamente—de montaña, de campo, de marina, de bosque, de pueblecito pintoresco? ¿Es que una ciudad no tiene trozos de paisaje? Mejor dicho: ¿a una ciudad no se la puede frangir en* trozos de paisaje *perfectamente canónicos? ¿Sí? Tal vez los trozos de paisaje urbano no sean paisajes bellos. O no sean paisajes tan bellos como los trozos de paisaje campestre, marino o montaraz. O sean paisajes francamente feos. Y hasta desagradables a la vista. Pero concretemos: ¿son paisajes, según lo definido con ortodoxia? Sí lo son. Pues entonces afirmar que Galdós no sabe describir un paisaje es una falsedad manifiesta. Y que me perdone y se rectifique quien la haya dicho. Galdós es un formidable paisajista urbano. Nadie mejor que él—igual, Zola, en Francia—ha pintado con más fuerza,*

con más veracidad, con más alma, *un trozo de paisaje urbano. Para ver algo semejante a los cuadros pintados por Galdós de la casa de alquiler de la calle de Mira el Río, donde vive* Pitusín, *presunto hijo natural de Juanito Santa Cruz y de Fortunata, o el panorama del Madrid del Norte, por donde se pasea el melancólico Maximiliano Rubín, o los aledaños de la puente segoviana, que recorre la bonísima Benina de* Misericordia, *hay que acudir a las descripciones portentosas del genio francés en su obra* L'Assommoir. *Los paisajes urbanos de Galdós raspan la sensibilidad—la contempladora, no la contemplativa—, desazonan el interés, ocupan por completo la atención. Son paisajes sucintos, violentos —pero jamás violentados—, miserables. Hay que irse haciendo a la idea de que Galdós, pintor literario, tiene grandes semejanzas con Goya. Los dos nos presentan sus composiciones crudas, delirantes,* con ciertos matices *de ternura y de tersura encanalladas con gracia.*

En Fortunata y Jacinta, *Galdós, pintor de paisajes urbanos inimitable, se supera a sí mismo. En casi todas sus novelas anteriores, Madrid le sirvió* de fondo *para sus figuras. En* Fortunata y Jacinta, *Madrid, en muchas páginas, pasa a primer término, se le comprende protogonista. Y viéndolo—¡que es que se le toca con las manos!—se olvida uno un tanto de las criaturas que por él pululan, desazonadas de vida y sazonadas de humanidad. ¡Hasta qué punto* pinta acariciando *a Madrid Galdós en esta novela! Se adivina que, a pesar del gusto con que anda entre sus creaciones, inclusive desviviéndose con ellas, de vez en vez se le va el santo al cielo en esto de notarse enmadrileñizado—de pasear el ámbito y de presumir el ambiente—, como el pez en el agua.*

Sus paisajes, comparables a los mejores de Blasco, de Palacio, de la Pardo Bazán, de Pereda, son estos de la calle de la Sal—esquina al callejón de San Cristóbal—, donde nació Barbarita Arnaiz, la madre del perdis *Juanito Santa Cruz; la calle de Pontejos, frente a la plazuela de igual nombre, donde vivieron de recién casados Juanito y Jacinta; los graciosos soportales que flanquean parcialmente la plaza de Santa Cruz, cuya tranquilidad y reposo domina con su espíritu toda la primera parte de la formidable novela; el muro del esquinazo sudoeste de la plaza Mayor, que cae de un modo muy curioso sobre la Cava de San Miguel, pues los balcones que por la plaza corresponden al entresuelo por la Cava corresponden al cuarto o quinto, salvándose este desnivel por una rampa interior—bajo un arco corrido—de pétreos escalones, bajando los cuales fué cuando Juanito Santa Cruz vió a Fortunata sorber un huevo, y quedó trastornado de fogoso enamoramiento; la serpenteante calle Imperial, con la casona del Fiel Contraste y Almotacén—luego Almacén de Villa y hoy Cuartel de Bomberos—, en cuyo frontis campean, talladas en piedra, las armas de Madrid, reducidas al oso y el madroño, y en cuyo interior, destartalado y babélico, tuvo una escuela de niñas, de las de un cuarto y la silla, cierta famosa doña Calixta; la antiquísima y aprovinciada plazuela de la Leña—hoy del Salvador—, donde moraban don Baldomero y Barbarita; los portales de Platerías, en la calle Mayor, frente a la plaza, en la que tuvo su farmacia el boticario Rubín, padre del infeliz Maxi o* Rubinius Vulgaris; *las calles con los nombres de oficios, cuyos gremios las ocuparon en sendas aceras: Botoneras, Tintoreros, Cuchilleros, Latoneros, Bordadores; la calle de Don Pedro, con sus casones de venerable antigüedad, en uno de los cuales vivía el simpático coronel Feijoo, que quiso reverdecer sus últimos años echando el ancla junto a la garrida chula Fortunata; la de Mira el Río, en cuyo número 12 vivía el repartidor de novelas por entregas Ido del Sagrario, en unión de mujer y numerosa prole, todos dedicados a la sencilla industria de luteros, o sea, de teñir de negro los bordes de las resmas de papel, convirtiéndolas en cartas de luto; la del Ave María, donde llegó a parar la archifamosa doña Lupe,* la de los Pavos, *socia financiera del gran usurero Torquemada, en compañía de su desdichado sobrino—ya loco de atar—Maxi Rubín; los barrios sórdidos y trágicos del cinturón del Sur; las Cambroneras, las Injurias, la China...; y los desmontes del Madrid del Norte, más arriba de los Pozos de la Nieve y de la puerta de Santa Bárbara, próximos a los depósitos del Lozoya, por los que se paseaba, encarado con la sierra Carpetana, de cierzo seco, el melancólico Maxi, atraído por el con-*

ventón de las Micaelas, encierro de su infiel mujer Fortunata y de otras muchas jóvenes en vías de arrepentimiento.

¡Cómo goza Galdós colocando a sus criaturas en estos escenarios, tan amados y tan conocidos por él! Se le nota que camina, sin dejarlos de la mano, con Juanito, con Fortunata, con Estupiñá, con Maxi, con doña Lupe, con la santa fundadora laica Guillermina Pacheco... No puede resistir la tentación de largarse de casa con ellos y de ir morosamente y amorosamente certificando los detalles más nimios del itinerario madrileño. Sería difícil, por la lectura de esta novela grandiosa, asegurar a quién amaba más Galdós: a esa su criatura Estupiñá, curioso tipo de hablador empedernido, buenazo como pocos, servicial, o... a esa casa requetevieja, ante la que se para el charlatán, en la plaza de Santa Cruz, y en cuya fachada, alimonada de puro rancia, aún se lee, en un almagre desteñido y gruesos caracteres: TEGIDOS DEL REYNO Y EXTRANJERO. *Se sospecha que Galdós cedería a uno de sus más aventajados hijos, al perdis de Juanito Santa Cruz, con tal de no perder el encanto de esa escondida* Posada del Peine, *estación central de las diligencias y colector de todos los anhelos que por Madrid pudieran sentirse desde Torrelaguna a Chinchón y desde Alcalá de Henares a Navalcarnero.*

El segundo de los valores de Fortunata y Jacinta *es el de ser una reconstitución de singular encanto, mediante la cual pueden darse cuenta los lectores de una fauna de la vida madrileña de aquellos años—entre 1835 y 1875—: el comercio de paños, tejidos y artículos de China. Cómo estaba organizado, su importancia, extensión, medios, recursos y características especiales... Datos que suministrarían al novelista su memoria y curiosidad portentosas y algunos amigos tenderos viejos y de calidad de los que saldrían en la ficción, apenas disimulados. ¡Deliciosos tipos! Un Santa Cruz ya tuvo en el siglo XVIII un acreditado almacén de paños del reino y extranjeros en la calle de la Sal. Un Arnáiz, obeso y optimista, daba y tomaba ya letras sobre Londres y era librecambista rabioso, y comerciaba en pañolería de la China. Un Trujillo celebérrimo, ascendiente de éste y de aquél, fué dueño de una albardería sita en la calle de Toledo y fundada en los años de la nanita, cuando a cualquiera de los Reyes Felipes de Austria les enviaban las Indias Occidentales mil galeones abarrotados de géneros exóticos. Un Cordero, "el mejor corazón conocido", se enriquecía inexorablemente, céntimo a céntimo, en su vieja tienda de encajes y puntillas...*

¿El tema de Fortunata y Jacinta? *¿Ha de ser siempre el tema—la clave—de una obra maestra algún problema psicológico o moral? ¿No bastan para dar empaque a una novela deliciosa la descripción de unos tipos, la narración de varias peripecias cotidianas del mayor encanto y de la mejor verdad, pasear un espejo a lo largo de una calle, a lo alto de una persona, a lo hondo de una casa con una maestría singular, que permite al curioso lector enterarse de todo lo externo y de parte de lo interno: del carácter que delata las pasiones y de las características que acusan los medios y los modos de vida? ¿No?... Pues diré, entonces, que el tema—que la clave—de* Fortunata y Jacinta *pudiera ser éste o ésta: en la vida de un hombre, ¿quién tiene mayor importancia: la esposa o la madre de sus hijos, cuando ésta no pasa de ser amante? El fin moral, no la moraleja de* Fortunata y Jacinta, *es fácil que sea demostrar los perjuicios sociales, materiales y morales—¡y hasta espirituales!—que irroga el señoritismo, este morbo feroz, compuesto de irreflexión, mala educación, egoismo—egolatría mejor que egomanía—y vagancia. Juanito Santa Cruz, uno de los personajes galdosianos quizá menos logrados, es un señorito. Nada más ni nada menos. Sólo se le conoce por sus cantidades negativas; pero, así y todo, está clavado. Por donde pasa va sembrando inquietudes y dolores. Los frutos que recogerá serán ácidos o amargos.*

¡Qué maravillosa colección de seres vivitos y coleando los que irrumpen en las páginas de esta novela larga... que no lo parece, en fuerza de ser amena! ¡Qué maravillosa serie de detalles, *que nadie más que Galdós hubiera sabido* ver *en todo su valor y en toda su validez! ¡Hasta qué punto tan inverosímil llegan la observación y la intuición del novelista!*

Tiene razón Clarín *cuando escribe: «¿Qué escena ha pintado usted mismo, don Benito, que me haga reír tan de co-*

razón como aquella en que Santa Cruz da de limosna una chuleta a don José Ido? Como en una de las salidas de Don Quijote reí yo al llegar a donde dice: "Observo una cosa, querido don José." "¿Qué?" "Que no masca usted lo que come." "¡Oh! ¿Le interesa a usted que masque?"»

Gran arte de observación y descripción derrocha Galdós cuando se refiere a la casa de alquiler donde vive el Pituso. *Un primor de penetración y de verdad es cuanto Galdós dice acerca de lo que pasa en las Micaelas, convento de arrepentidas, donde jamás estuvo el novelista. ¿Qué milagro hay aquí? El mismo que en la mayor parte de las obras de Balzac: el milagro de la adivinación artística. Imposible atinar más y mejor que lo hace Galdós en la apología del mantón de Malina, mezcla de finísimo gusto artístico, de humorismo delicioso y de conocimiento espectacular. Podría seguir enumerando a docenas los aciertos que Galdós amontona en las numerosísimas páginas de* Fortunata y Jacinta. *Pero... ¿para qué, si el lector los va a recoger por su cuenta y encanto?*

El lector quedará irremisiblemente prendado y prendido de todos y de cada uno de los personajes galdosianos. De don Baldomero Santa Cruz y de Barbarita Arnáiz, el matrimonio burgués y casi feliz; del gordo Arnáiz, pañero también, excelente persona, anglómano y solterón; de Estupiñá, antiguo dependiente de la casa de Santa Cruz, al que hubo de jubilar con todo el sueldo para que pudiera dedicarse a dar gusto a la sin hueso a todas las horas y en cualquier parte con comezones irresistibles—de picor y de excitación—de pruritos...; de Jacinta Arnáiz, delicada y cariñosa, y, además, bonita, la esposa del perdis Juanito, el niño de la bola...; de la sugestiva Guillermina Pacheco, precioso tipo de dama filantrópica de veras, sin alharacas, desvelada y avivada por la necesidad de los miserables; de la chula hermosa Fortunata, ser de prontos y de azoguillos, corazón gordo y cálido, respingo saleroso, desgaire flamenco, de los primeros que pidió compases al organillo manubrio de los esquinazos; de Maximiliano Rubín, casi tan monstruoso como aquellas sabandijas que inmortalizó Velázquez en la Torre del Cierzo del Alcázar de Madrid, ser de locuras partidas en rajas, de locuras rodadas por todas las rampas de las virtudes humanas heroicas... en crudo, y al que podía aplicársele aquella observación que Shakespeare pone en boca de Falstaff: "estos jóvenes pálidos que no beben vino y acaban por casarse con una prostituta"; de doña Lupe la de los Pavos, *viuda de buen ver, socia financiera del capitán Araña, que era el usurero Torquemada; de Olmedo*—Ulmus Sylvestris—, *el gran amigo de Maxi, simpático mozo que presumía de pillín, que se emborrachaba sin gustarle el vino, cantaba flamenco sin saber y destrozaba la guitarra; del clérigo Nicolás Rubín, de cara agujereada como un cedazo a causa de la viruela y tan peludo que le salían mechones por la nariz y por las orejas, hombre—¡claro está!—de pelo en pecho, que estuvo en la facción...; de Mauricia la* Dura, *la protagonista de todo el episodio del convento, hembra temible, de agallas y de redaños, de locuciones de una expresividad tan bravía y exacta, que hace estremecer el puritanismo del Diccionario académico, que de muy buena gana—¡si no fuera por el qué dirán de los veladores, de los valedores del idioma!...—, le abriría sus puertas, las puertas grandes que tiene para que se cuele lo castizo; y de tantas otras criaturas por mil conceptos y en mil sentidos perdurables en la emoción...*

Fortunata y Jacinta... *"hace pensar que es cierto que existe ese singular genio español en cuya franqueza, desenfado y justa conciencia de la realidad hay mundos de gracia y gallardía, salud espiritual, lozanía de gracia, que de puro hermosa enternece. Esa y otras muchas situaciones del libro, en que el idealismo más legítimo y puro se ve de repente puesto a prueba en el crisol de la más cruda realidad, a la luz del mediodía, al aire libre, recuerdan tantos y tantos pasajes de Cervantes de igual índole, y hablan en secreto del misterioso como subterráneo parentesco de los dos ingenios, el uno soberano de soberanos, el otro príncipe reinante".* (CLARÍN.)

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

JUANITO SANTA CRUZ

I

Las noticias más remotas que tengo de la persona que lleva este nombre me las ha dado Jacinto María Villalonga, y alcanzan al tiempo en que este amigo mío, y el otro, y el de más allá, Zalamero, Joaquinito Pez, Alejandro Miquis, iban a las aulas de la Universidad. No cursaban todos el mismo año, y aunque se reunían en la cátedra de Camus, separábanse en la de Derecho romano: el chico de Santa Cruz era discípulo de Novar, y Villalonga, de Coronado. Ni tenían todos el mismo grado de aplicación: Zalamero, juicioso y circunspecto como pocos, era de los que se ponen en la primera fila de bancos, mirando con faz complacida al profesor mientras explica, y haciendo con la cabeza discretas señales de asentimiento a todo lo que dice. Por el contrario, Santa Cruz y Villalonga se ponían siempre en la grada más alta, envueltos en sus capas, y más parecidos a conspiradores que a estudiantes. Allí pasaban el rato charlando por lo bajo, leyendo novelas, dibujando caricaturas o soplándose recíprocamente la lección cuando el catedrático les preguntaba. Juanito Santa Cruz y Miquis llevaron un día una sartén (no sé si a la clase de Novar o a la de Uribe, que explicaba Metafísica) y frieron un par de huevos. Otras muchas tonterías de este jaez cuenta Villalonga, las cuales no copio por no alargar este relato. Todos ellos, a excepción de Miquis, que se murió el 64, soñando con la gloria de Schiller, metieron infernal bulla en el célebre alboroto de la noche de San Daniel. Hasta el formalito Zalamero se descompuso en aquella ruidosa ocasión, dando pitidos y chillando como un salvaje, con lo cual se ganó dos bofetadas de un guardia veterano, sin más consecuencias. Pero Villalonga y Santa Cruz lo pasaron peor, porque el primero recibió un sablazo en el hombro que le tuvo derrengado por espacio de dos meses largos, y el segundo fué cogido junto a la esquina del teatro Real, y llevado a la Prevención, en una cuerda de presos, compuesta de varios estudiantes decentes y algunos pilluelos de muy mal pelaje. A la sombra me lo tuvieron veintitantas horas, y aún durara más su cautiverio si de él no le sacara, el día 11, su papá, sujeto respetabilísimo y muy bien relacionado.

¡Ay! El susto que se llevaron don Baldomero Santa Cruz y Barbarita no es para contado. ¡Qué noche de angustia la del 10 al 11! Ambos creían no volver a ver a su adorado nene, en quien, por ser único, se miraban y se recreaban con inefables goces de padres chochos de cariño, aunque no eran viejos. Cuando el tal Juanito entró en su casa, pálido y hambriento, descompuesta la faz graciosa, la ropita llena de sietes y oliendo a pueblo, su mamá vacilaba entre reñirle o comérsele a besos. El insigne Santa Cruz, que se había enriquecido honradamente en el comercio de paños, figuraba con timidez en el antiguo partido progresista; mas no era socio de la revoltosa *tertulia,* porque las inclinaciones antidinásticas de Olózaga y Prim le hacían muy poca gracia. Su club era el salón de un amigo y pariente, al cual iban casi todas las noches don Manuel Cantero, don Cirilo Alvarez y don Joaquín Aguirre, y algunas, don Pascual Madoz. No podía ser, pues, don Baldomero, por razón de afinidades personales, sospechoso al Poder. Creo que fué Cantero quien le acompañó a Gobernación para ver a González Bravo, y éste le dió al punto la orden para que fuese puesto en libertad el revolucionario, el anarquista, el descamisado Juanito.

Cuando el niño estudiaba los últimos años de su carrera, verificóse en él uno de esos cambios críticos que tan comunes son en la edad juvenil. De travieso y alborotado, volvióse tan juiciosillo, que al mismo Zalamero daba quince y raya. Entróle la comezón de cumplir re-

ligiosamente sus deberes escolásticos, y aun de instruirse por su cuenta con lecturas sin tasa y con ejercicios de controversia y palique declamatorio entre amiguitos. No sólo iba a clase puntualísimo y cargado de apuntes, sino que se ponía en la grada primera para mirar al profesor con cara de aprovechamiento, sin quitarle ojo, cual si fuera una novia, y aprobar con cabezadas la explicación, como diciendo: "Yo también me sé eso y algo más." Al concluir la clase, era de los que le cortan el paso al catedrático para consultarle un punto oscuro del texto o que les resuelva una duda. Con estas dudas declaran los tales su furibunda aplicación. Fuera de la Universidad, la fiebre de la ciencia le traía muy desasosegado. Por aquellos días no era todavía costumbre que fuesen al Ateneo los sabios de pecho, que están mamando la leche del conocimiento. Juanito se reunía con otros cachorros en la casa del chico de Tellería (Gustavito), y allí armaban grandes peloteras. Los temas más sutiles de Filosofía, de la Historia y del Derecho, de Metafísica y de otras ciencias especulativas (pues aún no estaban en moda los estudios experimentales, ni el transformismo, ni Darwin, ni Haeckel) eran para ellos lo que para otros el trompo o la cometa. ¡Qué gran progreso en los entretenimientos de la niñez! ¡Cuando uno piensa que aquellos mismos nenes, si hubieran vivido en edades remotas, se habrían pasado el tiempo mamándose el dedo, o haciendo y diciendo toda suerte de boberías!...

Todos los dineros que su papá le daba dejábalos Juanito en casa de Bailly-Baillière, a cuenta de los libros que iba tomando. Refiere Villalonga que un día fué Barbarita *reventando* de gozo y orgullo a la librería, y después de saldar los débitos del niño, dió orden de que entregaran a éste todos los mamotretos que pidiera, aunque fuesen caros y tan grandes como misales. La bondadosa y angelical señora quería poner un freno de modestia a la expresión de su vanidad maternal. Figurábase que ofendía a los demás haciendo ver la supremacía de su hijo entre todos los hijos nacidos y por nacer. No quería tampoco profanar, haciéndolo público, aquel encanto íntimo, aquel himno de la conciencia, que podemos llamar los *misterios gozosos* de Barbarita. Unicamente se clareaba alguna vez, soltando como al descuido estas entrecortadas razones: "¡Ay, qué chico!... ¡Cuánto lee! Y digo que esas cabezas tienen algo, algo, sí, señor, que no tienen las demás... En fin, más vale que le dé por ahí..."

Concluyó Santa Cruz la carrera de Derecho, y de añadidura la de Filosofía y Letras. Sus papás eran muy ricos y no querían que el niño fuese comerciante, ni había para qué, pues ellos tampoco lo eran ya. Apenas terminados los estudios académicos, verificóse en Juanito un nuevo cambiazo, una segunda crisis de crecimiento, de esas que marcan el misterioso paso o transición de edades en el desarrollo individual. Perdió bruscamente la afición a aquellas furiosas broncas oratorias por un más o un menos en cualquier punto de Filosofía o de Historia; empezó a creer ridículos los sofocones que se había tomado por probar que "en las civilizaciones de Oriente, el poder de las castas sacerdotales era un poquito más ilimitado que el de los reyes", contra la opinión de Gustavito Tellería, el cual sostenía, dando puñetazos sobre la mesa, que era "un poquitín menos". Dió también en pensar que maldito lo que le importaba que "la conciencia fuera la intimidad total del ser racional consigo mismo", o bien otra cosa semejante, como quería probar, hinchándose de convicción airada, Joaquinito Pez. No tardó, pues, en aflojar la cuerda a la manía de las lecturas, hasta llegar a no leer absolutamente nada. Barbarita creía, de buena fe, que su hijo no leía ya porque había agotado el pozo de la ciencia.

Tenía Juanito entonces veinticuatro años. Le conocí un día en casa de Federico Cimarra, en un almuerzo que éste dió a sus amigos. Se me ha olvidado la fecha exacta; pero debió de ser ésta hacia el 69, porque recuerdo que se habló mucho de Figuerola, de la capitación y del derribo de la torre de la iglesia de Santa Cruz. Era el hijo de don Baldomero muy bien parecido, y además muy simpático, de estos hombres que se recomiendan con su figura antes de cautivar con su trato, de estos que en una hora de conversación ganan más amigos que otros repartiendo favores positivos. Por lo bien que decía las cosas y la gracia de sus juicios, aparentaba saber más de lo que sabía, y en su

boca las paradojas eran más bonitas que las verdades. Vestía con elegancia y tenía tan buena educación, que se le perdonaba fácilmente el hablar demasiado. Su instrucción y su ingenio agudísimo le hacían descollar sobre todos los demás mozos de la partida, y aunque a primera vista tenía cierta semejanza con Joaquinito Pez, tratándolos se echaban de ver entre ambos profundas diferencias, pues el chico de Pez, por su ligereza de carácter y la garrullería de su entendimiento, era un verdadero botarate.

Barbarita estaba loca con su hijo; mas era tan discreta y delicada, que no se atrevía a elogiarle delante de sus amigas, sospechando que todas las demás señoras habían de tener celos de ella. Si esta pasión de madre daba a Barbarita inefables alegrías, también era causa de zozobras y cavilaciones. Temía que Dios la castigase por su orgullo; temía que el adorado hijo enfermara de la noche a la mañana, y se muriera como tantos otros de menos mérito físico y moral. Porque no había que pensar que el mérito fuera una inmunidad. Al contrario, los más brutos, los más feos y los perversos son los que se hartan de vivir, y parece que la misma muerte no quiere nada con ellos. Del tormento que estas ideas daban a su alma se defendía Barbarita con su ardiente fe religiosa. Mientras oraba, una voz interior, susurro dulcísimo, como chismes traídos por el Angel de la Guarda, le decía que su hijo no moriría antes que ella. Los cuidados que al hijo prodigaba eran esmeradísimos; pero no tenía aquella buena señora las tonterías dengosas de algunas madres, que hacen de su cariño una manía insoportable para los que la presencian, y corruptora para las criaturas que son objeto de él. No trataba a su hijo con mimo. Su ternura sabía ser inteligente y revestirse a veces de severidad dulce.

¿Y por qué le llamaba todo el mundo, y le llama todavía casi unánimemente, *Juanito* Santa Cruz? Esto sí que no lo sé.

Hay en Madrid muchos casos de esta aplicación del diminutivo o de la fórmula familiar del nombre, aun tratándose de personas que han entrado en la madurez de la vida. Hasta hace pocos años, al autor cien veces ilustre de *Pepita Jiménez* le llamaban sus amigos y los que no lo eran *Juanito* Valera. En la sociedad madrileña, la más amena del mundo, porque ha sabido combinar la cortesía con la confianza, hay algunos *Pepes, Manolitos* y *Pacos* que, aun después de haber conquistado la celebridad por diferentes conceptos, continúan nombrados con esta familiaridad democrática que demuestra la llaneza castiza del carácter español. El origen de esto habrá que buscarlo quizá en ternuras domésticas o en hábitos de servidumbre que trascienden sin saber cómo a la vida social. En algunas personas puede relacionarse el diminutivo con el sino. Hay, efectivamente, Manueles que nacieron predestinados para ser *Manolos* toda su vida. Sea lo que quiera, al venturoso hijo de don Baldomero Santa Cruz y de doña Bárbara Arnáiz le llamaban *Juanito,* y *Juanito* le dicen y le dirán quizá hasta que las canas de él y la muerte de los que le conocieron niño vayan alterando, poco a poco, la campechana costumbre.

Conocida la persona y sus felices circunstancias, se comprenderá fácilmente la dirección que tomaron las ideas del joven Santa Cruz al verse en las puertas del mundo con tantas probabilidades de éxito. Ni extrañará nadie que un chico guapo, poseedor del arte de agradar y del arte de vestir, hijo único de padres ricos, inteligente, instruído, de frase seductora en la conversación, pronto en las respuestas, agudo y ocurrente en los juicios, un chico, en fin, al cual se le podría poner el rótulo social de *brillante,* considerara ocioso y hasta ridículo el meterse a averiguar si hubo o no un idioma único primitivo, si el Egipto fué una colonia brahmánica, si la China es absolutamente independiente de tal o cual civilización asiática, con otras cosas que años atrás le quitaban el sueño, pero que ya le tenían sin cuidado, mayormente si pensaba que lo que él no averiguase otro lo averiguaría... "Y por último—decía—, pongamos que no se averigüe nunca. ¿Y qué?..." El mundo tangible y gustable le seducía más que los incompletos conocimientos de vida que se vislumbran en el fugaz resplandor de las ideas *sacadas a la fuerza,* chispas obtenidas en nuestro cerebro por la percusión de la voluntad, que es lo que constituye el estudio. Juanito aca-

bó por declararse a sí mismo que más sabe el que vive *sin querer saber* que el que *quiere saber sin vivir,* o sea, aprendiendo en los libros y en las aulas. Vivir es relacionarse, gozar y padecer, desear, aborrecer y amar. La lectura es vida artificial y prestada, el usufructo, mediante una función cerebral, de las ideas y sensaciones ajenas, la adquisición de los tesoros de la verdad humana por compra o por estafa, no por el trabajo. No paraban aquí las filosofías de Juanito, y hacía una comparación que no carece de exactitud. Decía que, entre estas dos maneras de vivir, observaba él la diferencia que hay entre comerse una chuleta y que le vengan a contar a uno cómo y cuándo se la ha comido otro, haciendo el cuento muy a lo vivo, se entiende, y describiendo la cara que ponía, el gusto que le daba la masticación, la gana con que tragaba y el reposo con que digería.

II

Empezó entonces para Barbarita nueva época de sobresaltos. Si antes sus oraciones fueron pararrayos puestos sobre la cabeza de Juanito para apartar de ella el tifus y las viruelas, después intentaban librarle de otros enemigos no menos atroces. Temía los escándalos que ocasionaban lances personales, las pasiones que destruyen la salud y envilecen el alma, los despilfarros, el desorden moral, físico y económico. Resolvióse la insigne señora a tener carácter y a vigilar a su hijo. Hízose fiscalizadora, reparona, entremetida, y unas veces con dulzura, otras con aspereza que le costaba trabajo fingir, tomaba razón de todos los actos del joven, tundiéndole a preguntas: "¿Adónde vas con ese cuerpo?... ¿De dónde vienes ahora?... ¿Por qué entraste anoche a las tres de la mañana?... ¿En qué has gastado los mil reales que ayer te di?... A ver, ¿qué significa ese perfume que se te ha pegado a la cara?..." Daba sus descargos el delincuente como podía, fatigando su imaginación para procurarse respuestas que tuvieran visos de lógica, aunque éstos fueran como fulgor de relámpago. Ponía una de cal y otra de arena, mezclando las contestaciones categóricas con los mimos y las zalamerías. Bien sabía cuál era el flaco débil del enemigo. Pero Barbarita, mujer de tanto espíritu como corazón, se las tenía muy tiesas y sabía defenderse. En algunas ocasiones, era tan fuerte la acometida de cariñitos, que la mamá estaba a punto de rendirse, fatigada de su entereza disciplinaria. Pero, ¡quia!, no se rendía; y vuelta al ajuste de cuentas, y al inquirir, y al tomar acta de todos los pasos que el predilecto daba por entre los pliegues sociales. En honor de la verdad, debo decir que los desvaríos de Juanito no eran ninguna cosa del otro jueves. En esto, como en todo lo malo, hemos progresado de tal modo, que las barrabasadas de aquel niño bonito hace quince años nos parecerían hoy timideces y aun actos de ejemplaridad relativa.

Presentóse en aquellos días al simpático joven la coyuntura de hacer su primer viaje a París, adonde iban Villalonga y Federico Ruiz, comisionados por el Gobierno, el uno a comprar máquinas de agricultura, el otro a adquirir aparatos de Astronomía. A don Baldomero le pareció muy bien el viaje del chico, para que viese mundo; y Barbarita no se opuso, aunque le mortificaba mucho la idea de que su hijo correría en la capital de Francia temporales más recios que los de Madrid. A la pena de no verle uníase el temor de que le sorbieran aquellos gabachos y gabachas, tan diestros en desplumar al forastero y en maleficiar a los jóvenes más juiciosos. Bien se sabía ella que allá hilaban muy fino en esto de explotar las debilidades humanas, y que Madrid era, comparado en esta materia con París y Francia, un lugar de abstinencia y mortificación. Tan triste se puso un día pensando en estas cosas, y tan al vivo se la representaban la próxima perdición de su querido hijo y las redes en que, inexperto, caía, que salió de su casa resuelta a implorar la misericordia divina del modo más solemne, conforme a sus grandes medios de fortuna. Primero se le ocurrió encargar muchas misas al cura de San Ginés, y no pareciéndole esto bastante, discurrió mandar poner de manifiesto la Divina Majestad todo el tiempo que el niño estuviese en París. Ya dentro de la iglesia, pensó que lo del manifiesto era un lujo desmedido, y por lo mismo quizá irreverente. No, guardaría el recurso gordo para los casos graves de enfermedad o peligro de muerte. Pero en lo de las misas sí que

no se volvió atrás, y encargó la mar de ellas, repartiendo además aquella semana más limosnas que de costumbre.

Cuando comunicaba sus temores a don Baldomero, éste se echaba a reír y le decía:

—El chico es de buena índole. Déjale que se divierta y que la corra. Los jóvenes del día necesitan despabilarse y ver mucho mundo. No son estos tiempos como los míos, en que no la corría ningún chico del comercio, y nos tenían a todos metidos en un puño hasta que nos casaban. ¡Qué costumbres aquéllas, tan diferentes de las de ahora! La civilización, hija, es mucho cuento. ¿Qué padre le daría hoy un par de bofetadas a un hijo de veinte años por haberse puesto las botas nuevas en día de trabajo? ¿Ni cómo te atreverías hoy a proponerle a un mocetón de éstos que rece el rosario con la familia? Hoy los jóvenes disfrutan de una libertad y de una iniciativa para divertirse que no gozaban los de antaño. Y no creas, no creas que por esto son peores. Y si me apuras, te diré que conviene que los chicos no sean tan encogidos como los de entonces. Me acuerdo de cuando yo era pollo. ¡Dios mío, qué soso era! Ya tenía veinticinco años, y no sabía decir a una mujer o señora sino *que usted lo pase bien*, y de ahí no me sacaba nadie. Como que me había pasado en la tienda y en el almacén toda la niñez y lo mejor de mi juventud. Mi padre era una fiera; no me perdonaba nada. Así me crié, así salí yo, con unas ideas de rectitud y unos hábitos de trabajo, que ya, ya... Por eso bendigo hoy los coscorrones, que fueron mis verdaderos maestros. Pero en lo referente a sociedad, yo era un salvaje. Como mis padres no me permitían más compañía que la de otros muchachones tan ñoños como yo, no sabía ninguna suerte de travesuras, ni había visto a una mujer más que por el forro, ni entendía de ningún juego, ni podía hablar de nada que fuera mundano y corriente. Los domingos, mi mamá tenía que ponerme la corbata y encasquetarme el sombrero, porque todas las prendas del día de fiesta parecían querer escapárseme del cuerpo. Tú bien te acuerdas. Anda, que también te has reído de mí. Cuando mis padres me hablaron..., así, a boca de jarro, de que me iba a casar contigo, ¡me corrió un frío por todo el espinazo...! Todavía me acuerdo del miedo que te tenía. Nuestros padres nos dieron esto amasado y cocido. Nos casaron como se casa a los gatos, y punto concluído. Salió bien; pero hay tantos casos en que esta manera de hacer familias sale malditamente... ¡Qué risa! Lo que me daba más miedo cuando mi madre me habló de casarme fué el compromiso en que estaba de hablar contigo... No tenía más remedio que decirte algo... ¡Caramba, qué sudores pasé! "Pero yo, ¿qué le voy a decir, si lo único que sé es *que usted lo pase bien*, y en saliendo de ahí soy hombre perdido?..." Ya te he contado mil veces la saliva amarga que tragaba, ¡ay Dios mío!, cuando mi madre me mandaba ponerme la levita de paño negro para llevarme a tu casa. Bien te acuerdas de mi famosa levita, de lo mal que me estaba y de lo desmañado que era en tu presencia, pues no me arrancaba a decir una palabra sino cuando alguien me ayudaba. Los primeros días me inspirabas verdadero terror, y me pasaba las horas pensando cómo debía entrar y qué cosas había de decir, y discurriendo alguna triquiñuela para hacer menos ridícula mi cortedad... Dígase lo que se quiera, hija, aquella educación no era buena. Hoy no se puede criar a los hijos de esa manera. Yo, ¡qué quieres que te diga!, creo que, en lo esencial, Juanito no ha de faltarnos. Es de casta honrada, tiene la formalidad en la masa de la sangre. Por eso estoy tranquilo, y no veo con malos ojos que se despabile, que conozca el mundo, que adquiera soltura de modales...

—No, si lo que menos falta hace a mi hijo es adquirir soltura, porque la tiene desde que era una criatura... Si no es eso. No se trata aquí de modales, sino de que me lo coman esas bribonas.

—Mira, mujer: para que los jóvenes adquieran energía contra el vicio, es preciso que lo conozcan, que lo caten; sí, hija, que lo caten. No hay peor situación para un hombre que pasarse la mitad de la vida rabiando por probarlo y no pudiendo conseguirlo, ya por timidez, ya por esclavitud. No hay muchos casos como yo, bien lo sabes; ni de esos tipos que jamás, ni antes ni después de casados, tuvieron trapicheos, entran muchos en libra. Cada cual en su época. Juanito, en la suya, no puede ser mejor de lo que es, y si te empeñas en hacer de él un anacronismo o rareza, un *non*

como su padre, puede que lo eches a perder.

Estas razones no convencían a Barbarita, que seguía con toda el alma fija en los peligros y escollos de la Babilonia parisiense, porque había oído contar horrores de lo que allí pasaba. Como que estaba infestada la gran ciudad de unas mujeronas muy guapas y elegantes, que al pronto parecían duquesas, vestidas con los más bonitos y los más nuevos arreos de la moda. Mas cuando se las veía y oía de cerca, resultaban ser unas tiotas relajadas, comilonas, borrachas y ávidas de dinero, que desplumaban y resecaban al pobrecito que en sus garras caía. Contábale estas cosas el marqués de Casa-Muñoz, que casi todos los veranos iba al extranjero.

Las inquietudes de aquella incomparable señora acabaron con el regreso de Juanito. Y ¡quién lo diría! ¡Volvió mejor de lo que fué! Tanto hablar de París, y cuando Barbarita creía ver entrar a su hijo hecho una lástima, todo rechupado y anémico, me lo ve más gordo y lucio que antes, con mejor color y los ojos más vivos, muchísimo más alegre, más hombre, en fin, y con una amplitud de ideas y una puntería de juicio que a todos los dejaba pasmados. ¡Vaya con París!... El marqués de Casa-Muñoz se lo decía a Barbarita: "No hay que *involucrar*. París es muy malo; pero también es muy bueno."

CAPITULO II

SANTA CRUZ Y ARNÁIZ.—VISTAZO HISTÓRICO SOBRE EL COMERCIO MATRITENSE

I

Don Baldomero Santa Cruz era hijo de otro don Baldomero Santa Cruz, que en el siglo pasado tuvo ya tienda de paños del reino en la calle de la Sal, en el mismo local que después ocupó don Mauro Requejo. Había empezado el padre por la más humilde jerarquía comercial, y a fuerza de trabajo, constancia y orden, el hortera de 1796 tenía, por los años del 10 al 15, uno de los más reputados establecimientos de la corte en pañería nacional y extranjera. Don Baldomero II, que así es forzoso llamarle para distinguirle del fundador de la dinastía, heredó, en 1848, el copioso almacén, el sólido crédito y la respetabilísima firma de don Baldomero I, y continuando las tradiciones de la casa por espacio de veinte años más, retiróse de los negocios con un capital sano y limpio de quince millones de reales, después de traspasar la casa a dos muchachos que servían en ella, el uno pariente suyo, y el otro, de su mujer. La casa se denominó desde entonces *Sobrinos de Santa Cruz*, y a estos sobrinos, don Baldomero y Barbarita los llamaban familiarmente los *Chicos*.

En el reinado de don Baldomero I, o sea, desde los orígenes hasta 1848, la casa trabajó más en géneros del país que en los extranjeros. Escaray y Pradoluengo la surtían de paños; Brihuega, de bayetas; Antequera, de pañuelos de lana. En las postrimerías de aquel reinado fué cuando la casa empezó a trabajar en géneros *de fuera*, y la reforma arancelaria de 1849 lanzó a don Baldomero II a mayores empresas. No sólo realizó contratos con las fábricas de Béjar y Alcoy, para dar mejor salida a los productos nacionales, sino que introdujo los famosos Sedanes para levitas, y las telas que tanto se usaron del 45 al 55, aquellos patencures, anascotes, cúbicas y chinchillas que ilustran la gloriosa historia de la sastrería moderna. Pero de lo que más provecho sacó la casa fué del ramo de capotes y uniformes para el Ejército y la Milicia Nacional, no siendo tampoco despreciable el beneficio que obtuvo del *artículo para capas*, el abrigo propiamente español, que resiste a todas las modas de vestir, como el garbanzo resiste a todas las modas de comer. Santa Cruz, Bringas y Arnaiz, el gordo, monopolizaban toda la pañería de Madrid, y surtían a los tenderos de la calle de Atocha, de la Cruz y Toledo.

En las contratas de vestuario para el Ejército y Milicia Nacional, ni Santa Cruz, ni Arnáiz, ni tampoco Bringas, daban la cara. Aparecía como contratista un tal Albert, de origen belga, que había empezado a introducir paños extranjeros con mala fortuna. Este Albert era hombre muy para el caso: activo, despabilado, seguro en sus tratos, aunque no estuvieran escritos. Fué el auxiliar eficacísimo de Casarredonda en sus valiosas contratas de lienzos gallegos para la tropa. El pantalón blanco de los

soldados de hace cuarenta años ha sido origen de grandísimas riquezas. Los *fardos de Coruñas* y *Viveros* dieron a Casarredonda y al tal Albert más dinero que a los Santa Cruz y a los Bringas los capotes y levitas militares de Béjar, aunque, en rigor de verdad, estos comerciantes no tenían por qué quejarse. Albert murió el 55, dejando una gran fortuna, que heredó su hija, casada con el sucesor de Muñoz, el de la inmemorial ferretería de la calle de Tintoreros.

En el reinado de don Baldomero II, las prácticas y procedimientos comerciales se apartaron muy poco de la rutina heredada. Allí no se supo nunca lo que era un anuncio en el *Diario* ni se emplearon viajantes para extender por las provincias limítrofes el negocio. El refrán que *El buen paño en el arca se vende* era verdad como un templo en aquel sólido y bien reputado comercio. Los detallistas no necesitaban que se los llamase a son de cencerro, ni que se los embaucara con artes charlatánicas. Demasiado sabían todos el camino de la casa, y las metódicas y honradas costumbres de ésta, la fijeza de los precios, los descuentos que se hacían por pronto pago, los plazos que se daban y todo lo demás concerniente a la buena inteligencia entre vendedor y parroquiano. El escritorio no alteró jamás ciertas tradiciones venerandas del laborioso reinado de don Baldomero I. Allí no se usaron nunca estos copiadores de cartas que son una aplicación de la imprenta a la caligrafía. La correspondencia se copiaba, *a pulso*, por un empleado que estuvo cuarenta años sentado en la misma silla, delante del mismo atril, y que por efecto de la costumbre, casi copiaba la carta matriz de su principal sin mirarla. Hasta que don Baldomero realizó el traspaso, no se supo en aquella casa lo que era un metro, ni se quitaron a la vara de Burgos sus fueros seculares. Hasta pocos años antes del traspaso no usó Santa Cruz los sobres para cartas, y éstas se cerraban sobre sí mismas.

No significaban tales rutinas terquedad y falta de luces. Por el contrario, la clara inteligencia del segundo Santa Cruz y su conocimiento de los negocios sugerían le la idea de que cada hombre pertenece a su época y a su esfera propias, y que dentro de ellas debe exclusivamente actuar. Demasiado comprendió que el comercio iba a sufrir profunda transformación, y que no era él el llamado a dirigirlo por los nuevos y más anchos caminos que se le abrían. Por eso, y porque ansiaba retirarse y descansar, traspasó su establecimiento a los *Chicos*, que habían sido deudos y dependientes suyos durante veinte años. Ambos eran trabajadores y muy inteligentes. Alternaban en sus viajes al extranjero para buscar y traer las *novedades*, alma del tráfico de telas. La concurrencia crecía cada año, y era forzoso apelar al reclamo, recibir y expedir viajantes, mimar al público, contemporizar y abrir cuentas largas a los parroquianos, y singularmente a las parroquianas. Como los *Chicos* habían abarcado también el comercio de lanillas, merinos, telas ligeras para vestidos de señora, pañolería, confecciones y otros artículos de uso femenino, y además abrieron tienda al por menor y al *vareo*, tuvieron que pasar por el inconveniente de las morosidades e insolvencias que tanto quebrantan al comercio. Afortunadamente para ellos, la casa tenía un crédito inmenso.

La casa del gordo Arnaiz era relativamente moderna. Se había hecho pañero porque tuvo que quedarse con las existencias de Albert para indemnizarse de un préstamo que le hiciera en 1843. Trabajaba exclusivamente en género extranjero; pero cuando Santa Cruz hizo su traspaso a los *Chicos*, también Arnáiz se inclinaba a hacer lo mismo, porque estaba ya muy rico, muy obeso, bastante viejo y no quería trabajar. Daba y tomaba letras sobre Londres, y representaba a dos compañías de Seguros. Con esto tenía lo bastante para no aburrirse. Era hombre que cuando se ponía a toser hacía temblar el edificio donde estaba; excelente persona, librecambista rabioso, anglómano y solterón. Entre las casas de Santa Cruz y Arnaiz no hubo nunca rivalidades; antes bien, se ayudaban cuanto podían. El gordo y don Baldomero tratáronse siempre como hermanos en la vida social y como compañeros queridísimos en la comercial, salvo alguna discusión demasiado agria sobre temas arancelarios, porque Arnaiz había hecho la gracia de leer a Bastiat, y concurría a los mítines de la Bolsa, no precisamente para oír y callar, sino para echar discursos, que casi siempre acababan en sofocante tos. Trinaba contra todo aran-

cer que no significara un simple recurso fiscal, mientras que don Baldomero, que en todo era templado, pretendía que se conciliasen los intereses del comercio con los de la industria española.

—Si esos catalanes no fabrican más que adefesios—decía Arnaiz, entre tos y tos—, y reparten dividendos de sesenta por ciento a los accionistas...

—¡Dale! Ya pareció aquello—respondía don Baldomero—. Pues yo te probaré...

Solía no probar nada, ni el otro tampoco, quedándose cada cual con su opinión; pero con estas sabrosas peloteras pasaban el tiempo. También había entre estos dos respetables sujetos parentesco de afinidad, porque doña Bárbara, esposa de Santa Cruz, era prima del gordo, hija de Bonifacio Arnáiz, comerciante en pañolería de la China. Y escudriñando los troncos de estos linajes matritenses, sería fácil encontrar que los Arnaiz y los Santa Cruz tenían en sus diferentes ramas una savia común, la savia de los Trujillos.

—Todos somos unos—dijo alguna vez el gordo en las expansiones de su humor festivo, inclinado a las sinceridades democráticas—; tú por tu madre, yo por mi abuela, somos Trujillos netos, *de patente;* descendemos de aquel Matías Trujillo que tuvo albardería en la calle de Toledo, allá por los tiempos del motín de capas y sombreros. No lo invento yo; lo canta una escritura de juros que tengo en mi casa. Por eso le he dicho ayer a nuestro pariente Ramón Trujillo..., ya sabéis que me lo han hecho conde..., le he dicho que adopte por escudo un frontil y una jáquima con un letrero que diga: *Pertenecí a Babieca...*

II

Nació Barbarita Arnaiz en la calle de Postas, esquina al callejón de San Cristóbal, en uno de aquellos oprimidos edificios que parecen estuches o casas de muñecas. Los techos se cogían con la mano; las escaleras había que subirlas con el credo en la boca, y las habitaciones parecían destinadas a la premeditación de algún crimen. Había moradas de éstas a las cuales se entraba por la cocina. Otras tenían los pisos en declive, y en todas ellas oíase hasta el respirar de los vecinos. En algunas se veían mezquinos arcos de fábrica para sostener el entramado de las escaleras, y abundaba tanto el yeso en la construcción como escaseaban el hierro y la madera. Eran comunes las puertas de cuarterones, los baldosines polvorosos, los cerrojos imposibles de manejar y las vidrieras emplomadas. Mucho de esto ha desaparecido en las renovaciones de estos últimos veinte años, pero la estrechez de las viviendas subsiste.

Creció Bárbara en una atmósfera saturada de olor de sándalo, y las fragancias orientales, juntamente con los vivos colores de la pañolería chinesca, dieron acento poderoso a las impresiones de su niñez. Como se recuerda a las personas más queridas de la familia, así vivieron y viven siempre con dulce memoria en la mente de Barbarita los dos maniquíes de tamaño natural vestidos de mandarín que había en la tienda, y en los cuales sus ojos aprendieron a ver. La primera cosa que excitó la atención naciente de la niña, cuando estaba en brazos de su niñera, fueron estos dos pasmarotes de semblante lelo y desabrido, y sus magníficos trajes morados. También había por allí una persona a quien la niña miraba mucho, y que la miraba a ella con ojos dulces y cuajados de candoroso chino. Era el retrato de Ayún, de cuerpo entero y tamaño natural, dibujado y pintado con dureza, pero con gran expresión. Mal conocido es en España el nombre de este peregrino artista, aunque sus obras han estado y están a la vista de todo el mundo, y nos son familiares como si fueran obra nuestra. Es el ingenio bordador de los pañuelos de Manila, el inventor del tipo de ramcado más vistoso y elegante, el poeta fecundísimo de esos madrigales de crespón compuestos con flores y rimados con pájaros. A este ilustre chino deben las españolas el hermosísimo y característico chal que tanto favorece su belleza, el mantón de Manila, al mismo tiempo señoril y popular, pues lo han llevado en sus hombros la gran señora y la gitana. Envolverse en él es como vestirse con un cuadro. La industria moderna no inventará nada que iguale a la ingenua poesía del mantón, salpicado de flores, flexible, pegadizo y mate, con aquel fleco que tiene algo de los enredos del sueño y aquella brillantez de color que iluminaba las muchedumbres en los

tiempos en que su uso era general. Esta prenda hermosa se va desterrando, y sólo el pueblo la conserva con admirable instinto. Lo saca de las arcas en las grandes épocas de la vida, en los bautizos y en las bodas, como se da al viento un himno de alegría en el cual hay una estrofa para la patria. El mantón sería una prenda vulgar si tuviera la ciencia del diseño; no lo es por conservar el carácter de las artes primitivas y populares; es como la leyenda, como los cuentos de la infancia, candoroso y rico de color, fácilmente comprensible y refractario a los cambios de la moda.

Pues esta prenda, esta nacional obra de arte, tan nuestra como las panderetas o los toros, no es nuestra en realidad más que por el uso; se la debemos a un artista nacido a la otra parte del mundo, a un tal Ayún, que consagró a nosotros su vida toda y sus talleres. Y tan agradecido era el buen hombre al comercio español, que enviaba a los de acá su retrato y los de sus catorce mujeres, unas señoras tiesas y pálidas como las que se ven pintadas en las tazas, con los pies increíbles por lo chicos y las uñas increíbles también por lo largas.

Las facultades de Barbarita se desarrollaron asociadas a la contemplación de estas cosas, y entre las primeras conquistas de sus sentidos, ninguna tan segura como la impresión de aquellas flores bordadas con luminosos torzales y tan frescas que parecía cuajarse en ellas el rocío. En días de gran venta, cuando había muchas señoras en la tienda y los dependientes desplegaban sobre el mostrador centenares de pañuelos, la lóbrega tienda semejaba un jardín. Barbarita creía que se podrían coger flores a puñados, hacer ramilletes o guirnaldas, llenar canastillas y adornarse el pelo. Creía que se podrían deshojar y también que tenían olor. Esto era verdad, porque despedían ese tufillo de los embalajes asiáticos, mezcla de sándalo y de resinas exóticas, que nos trae a la mente los misterios budistas.

Más adelante pudo la niña apreciar la belleza y variedad de los abanicos que había en la casa, y que eran una de las principales riquezas de ella. Quedábase pasmada cuando veía los dedos de su mamá sacándalos de las perfumadas cajas y abriéndolos como saben abrirlos los que comercian en este artículo, es decir, con un desgaire rápido que no los estropea y que hace ver al público la ligereza de la prenda y el blando rasgueo de las varillas. Barbarita abría cada ojo como los de un ternero cuando su mamá, sentándola sobre el mostrador, le enseñaba abanicos sin dejárselos tocar; y se embebecía contemplando aquellas figuras tan monas, que no le parecían personas, sino *chinos*, con las caras redondas y tersas como hojitas de rosa, todos ellos risueños y estúpidos, pero muy lindos, lo mismo que aquellas casas abiertas por todos lados y aquellos árboles que parecían matitas de albahaca... ¡Y pensar que los árboles eran el té nada menos, estas hojuelas retorcidas, cuyo zumo se toma para el dolor de barriga!...

Ocuparon más adelante el primer lugar en el tierno corazón de la hija de don Bonifacio Arnaiz y en sus sueños inocentes otras preciosidades que la mamá solía mostrarle de cuando en cuando, previa amonestación de no tocarlas; objetos labrados en marfil, y que debían de ser los juguetes con que los ángeles se divertían en el cielo. Eran al modo de torres de muchos pisos, o barquitos con las velas desplegadas y muchos remos por una y otra banda; también estuchitos, cajas para guantes y joyas, botones y juegos lindísimos de ajedrez. Por el respeto con que su mamá los cogía y los guardaba, creía Barbarita que contenían algo así como el Viático para los enfermos, o lo que se da a las personas en la iglesia cuando comulgan. Muchas noches se acostaba con fiebre porque no le habían dejado satisfacer su anhelo de coger para sí aquellas monerías. Hubiérase contentado ella, en vista de prohibición tan absoluta, con aproximar la yema del dedo índice al pico de una de las torres; pero ni aun esto... Lo más que se le permitía era poner sobre el tablero de ajedrez que estaba en la vitrina de la ventana enrejada (entonces no había escaparates) todas las piezas de un juego, no de los más finos, a un lado las blancas, a otro las encarnadas.

Barbarita y su hermano Gumersindo, mayor que ella, eran los únicos hijos de don Bonifacio Arnaiz y de doña Asunción Trujillo. Cuando tuvo edad para ello, fué a la escuela de una tal doña Calixta, sita en la calle Imperial, en la misma casa donde estaba el Fiel Contraste. Las niñas con quienes la de Ar-

náiz hacía mejores migas eran dos de su misma edad y vecinas de aquellos barrios, la una de la familia de Moreno, el dueño de la droguería de la calle de Carretas; la otra, de Muñoz, el comerciante de hierros de la calle de Tintoreros. Eulalia Muñoz era muy vanidosa, y decía que no había casa como la suya y que daba gusto verla toda llena de unos pedazos de hierro "mu grandes, del tamaño de la caña de doña Calixta", y tan pesados, tan pesados, que ni cuatrocientos hombres los podían levantar. Luego había un sinfín de martillos, garfios, perales "mu grandes, mu grandes..., más anchos que este cuarto". Pues ¿y los paquetes de clavos? ¿Qué cosa había más bonita? ¿Y las llaves, que parecían de plata, y las planchas, y los anafes y otras cosas lindísimas? Sostenía que ella no necesitaba que sus papás le comprasen muñecas, porque las hacía con un martillo vistiéndolo con una toalla. Pues ¿y las agujas que había en su casa? No se acertaban a contar. Como que todo Madrid iba allí a comprar agujas, y su papá se carteaba con el fabricante... Su papá recibía miles de cartas al día, y las cartas olían a hierro..., como que venían de Inglaterra, donde todo es de hierro, hasta los caminos...

—Sí, hija, sí; mi papá me lo ha dicho. Los caminos están embaldosados de hierro, y por allí encima van los coches echando demonios.

Llevaba siempre los bolsillos atestados de chucherías, que mostraba para dejar bizcas a sus amigas. Eran tachuelas de cabeza dorada, corchetes, argollitas pavonadas, hebillas, pedazos de papel de lija, vestigios de muestrarios y de cosas rotas o descabaladas. Pero lo que tenía en más estima, y por esto no lo sacaba sino en ciertos días, era su colección de etiquetas, pedacitos de papel verde recortados de los paquetes inservibles, y que tenían el famoso escudo inglés, con la jarretera, el leopardo y el unicornio. En todas ellas se leía: *Birmingham.*

—¿Veis?... Este señor *Bermingán* es el que se cartea con mi papá todos los días, en inglés; y son tan amigos, que siempre le está diciendo que vaya allá; y hace poco le mandó, dentro de una caja de clavos, un jamón ahumado que olía como a chamusquina, y un pastelón así, mirad, del tamaño del brasero de doña Calixta, que tenía dentro muchas pasas chiquirrininas, y picaba como la guindilla; pero *mu* rico, hijas, *mu* rico.

La chiquilla de Moreno fundaba su vanidad en llevar papelejos con figuritas y letras de colores, en los cuales se hablaba de píldoras, de barnices o de ingredientes para teñirse el pelo. Los mostraba uno por uno, dejando para el final el gran efecto, que consistía en sacar de súbito el pañuelo y ponerlo en las narices de sus amigas, diciéndoles: *Goled.* Efectivamente, quedábanse las otras medio desvanecidas con el fuerte olor de agua de Colonia o de los *siete ladrones*, que el pañuelo tenía. Por un momento, la admiración las hacía enmudecer; pero poco a poco íbanse reponiendo, y Eulalia, cuyo orgullo rara vez se daba por vencido, sacaba un tornillo dorado sin cabeza, o un pedazo de talco, con el cual decía que iba a hacer un espejo. Difícil era borrar la grata impresión y el éxito del perfume. La ferretera, algo corrida, tenía que guardar los trebejos, después de oír comentarios verdaderamente injustos. La de la droguería hacía muchos ascos, diciendo:

—¡Huy, cómo apesta eso, hija; guarda, guarda esas ordinarieces!

Al siguiente día, Barbarita, que no quería dar su brazo a torcer, llevaba unos papelitos muy raros de pasta, todos llenos de garabatos chinescos. Después de darse mucha importancia, haciendo que lo enseñaba y volviéndolo a guardar, con lo cual la curiosidad de las otras llegaba al punto de la desazón nerviosa, de repente ponía el papel en las narices de sus amigas, diciendo en tono triunfal: "¿Y eso?" Quedábanse Castita y Eulalia atontadas con el aroma asiático, vacilando entre la admiración y la envidia; pero al fin no tenían más remedio que humillar su soberbia ante el olorcillo aquel de la niña de Arnáiz, y le pedían por Dios que las dejase catarlo más. Barbarita no gustaba de prodigar su tesoro, y apenas acercaba el papel a las respingadas narices de las otras, lo volvía a retirar con movimiento de cautela y avaricia, temiendo que la fragancia se marchara por los respiraderos de sus amigas, como se escapa el humo por el cañón de una chimenea. El tiro de aquellos olfatorios era tremendo. Por último, las dos amiguitas y otras que se acercaron, movidas de la curiosidad, y hasta la propia doña Ca-

lixta, que solía descender a la familiaridad con las alumnas ricas, reconocían, por encima de todo sentimiento envidioso, que ninguna niña tenía cosas tan bonitas como la de la tienda de Filipinas.

III

Esta niña y otras del barrio, bien apañaditas por sus respectivas mamás, peinadas a estilo de maja, con peineta y flores en la cabeza, y sobre los hombros pañuelo de Manila de los que llaman *de talle*, se reunían en un portal de la calle de Postas para pedir *el cuartito para la Cruz de Mayo*, el 3 de dicho mes, repicando en una bandeja de plata, junto a una mesilla forrada de damasco rojo. Los dueños de la casa, llamada *del portal de la Virgen*, celebraban aquel día una simpática fiesta y ponían allí, junto al mismo taller de cucharas y molinillos que todavía existe, un altar con la cruz enramada, muchas velas y algunas figuras de nacimiento. A la Virgen, que aún se venera allí, la enramaban también con hierbas olorosas, y el fabricante de cucharas, que era gallego, se ponía la montera y el chaleco encarnado. Las pequeñuelas, si los mayores se descuidaban, rompían la consigna y se echaban a la calle, en reñida competencia con otras chiquillas pedigüeñas, correteando de una acera a otra, deteniendo a los señores que pasaban, y acosándolos hasta obtener el ochavito. Hemos oído contar a la propia Barbarita que para ella no había dicha mayor que pedir para la Cruz de Mayo, y que los caballeros de entonces eran en esto mucho más galantes que los de ahora, pues no desairaban a ninguna niña bien vestidita que se les colgara de los faldones.

Ya había completado la hija de Arnaiz su educación (que era harto sencilla en aquellos tiempos y consistía en leer sin acento, escribir sin ortografía, contar haciendo trompetitas con la boca y bordar con punto de marca el dechado), cuando perdió a su padre. Ocupaciones serias vinieron entonces a robustecer su espíritu y a redondear su carácter. Su madre y hermano, ayudados del gordo Arnaiz, emprendieron el inventario de la casa, en el cual había algún desorden. Sobre las existencias de pañolería no se hallaron datos ciertos en los libros de la tienda, y al contarlas apareció más de lo que se creía. En el sótano estaban, muertos de risa, varios fardos de cajas que aún no habían sido abiertos. Además de esto, las casas importadoras de Cádiz, Cuesta y Rubio, anunciaban dos remesas considerables que estaban ya en camino. No había más remedio que cargar con todo aquel exceso de género, lo que realmente era una contrariedad comercial en tiempos en que parecía iniciarse la generalización de los abrigos *confeccionados*, notándose además en la clase popular tendencias a vestirse como la clase media. La decadencia del mantón de Manila empezaba a iniciarse, porque si los pañuelos llamados de talle, que eran los más baratos, se vendían bien en Madrid (mayormente el día de San Lorenzo, para la *parroquia de la chinche*) y tenían regular salida para Valencia y Málaga, en cambio, el gran mantón, los ricos chales de tres, cuatro y cinco mil reales, se vendían muy poco, y pasaban meses sin que ninguna parroquiana se atreviera con ellos.

Los herederos de Arnaiz, al inventariar la riqueza de la casa, que sólo en aquel artículo no bajaba de cincuenta mil duros, comprendieron que se aproximaba una crisis. Tres o cuatro meses emplearon en clasificar, ordenar, poner precios, confrontar los apuntes de don Bonifacio con la correspondencia y las facturas venidas directamente de Cantón o remitidas por las casas de Cádiz. Indudablemente, el difunto Arnáiz no había visto claro al hacer tantos pedidos; se cegó, deslumbrado por cierta alucinación mercantil; tal vez sintió demasiado *el amor al artículo* y fué más artista que comerciante. Había sido dependiente y socio de la Compañía de Filipinas, liquidada en 1833, y al emprender por sí el negocio de pañolería de Cantón creía conocerlo mejor que nadie. En verdad que lo conocía; pero tenía una fe imprudente en la perpetuidad de aquella prenda, y algunas ideas supersticiosas acerca de la afinidad del pueblo español con los espléndidos crespones rameados de mil colores.

—Mientras más chillones—decía—, más venta.

En esto apareció en el Extremo Oriente un nuevo artista, un genio que acabó de perturbar a don Bonifacio. Este innovador fué Senquá, del cual puede decirse

que representaba con respecto a Ayún, en aquel arte budista, lo que en la música representa Beethoven con respecto a Mozart. Senquá modificó el estilo de Ayún, dándole más amplitud, variando más los tonos, haciendo, en fin, de aquellas sonatas graciosas, poéticas y elegantes, sinfonías poderosas con derroche de vida, combinaciones nuevas y atrevimientos admirables. Ver don Bonifacio las primeras muestras del estilo de Senquá y chiflarse por completo fué todo uno.

—¡Barástolis! Esto es la gloria divina—decía—. ¡Es mucho chino este!...

Y de tal entusiasmo nacieron pedidos imprudentes y el grave error mercantil, cuyas consecuencias no pudo apreciar aquel excelente hombre, porque le cogía la muerte.

El inventario de abanicos, tela de nipis, crudillo de seda, tejidos de Madrás y objetos de marfil también arrojaba cifras muy altas, y se hizo minuciosamente. Entonces pasaron por las manos de Barbarita todas las preciosidades que en su niñez le parecían juguetes y que le habían producido fiebre. A pesar de la edad y del juicio adquirido con ella, no vio nunca con indiferencia tales chucherías, y hoy mismo declara que cuando cae en sus manos alguno de aquellos delicados campanarios de marfil le dan ganas de guardárselo en el seno y echar a correr.

Cumplidos los quince años, era Barbarita una chica bonitísima, torneadita, fresca y sonrosada, de carácter jovial, inquieto y un tanto burlón. No había tenido novio aún, ni su madre se lo permitía. Diferentes moscones revoloteaban alrededor de ella, sin resultado. La mamá tenía sus proyectos, y empezaba a tirar acertadas líneas para realizarlos. Las familias de Santa Cruz y Arnaiz se trataban con amistad casi íntima, y además tenían vínculos de parentesco con los Trujillos. La mujer de don Baldomero I y la del difunto Arnaiz eran primas segundas, floridas ramas de aquel nudoso tronco, de aquel albardero de la calle de Toledo, cuya historia sabía tan bien el gordo Arnaiz. Las dos primas tuvieron un pensamiento feliz, se lo comunicaron una a otra, asombrándose de que se les hubiera ocurrido a las dos la misma cosa..., "ya se ve, era tan natural...", y aplaudiéndose recíprocamente, resolvieron convertirlo en realidad dichosa. Todos los descendientes del extremeño aquel de los aparejos borricales se distinguían siempre por su costumbre de trazar una línea muy corta y muy recta entre la idea y el hecho. La idea era casar a Baldomerito con Barbarita.

Muchas veces había visto la hija de Arnaiz al chico de Santa Cruz; pero nunca le pasó por las mientes que sería su marido, porque el tal, no sólo no le había dicho nunca media palabra de amores, sino que ni siquiera la miraba como miran los que pretenden ser mirados. Baldomero era juicioso, muy bien parecido, fornido y de buen color, cortísimo de genio, sosón como una calabaza, y de tan pocas palabras, que se podían contar siempre que hablaba. Su timidez no decía bien con su corpulencia. Tenía un mirar leal y cariñoso, *como el de un gran perro de aguas*. Pasaba por la honestidad misma, iba a misa todos los días que lo mandaba la Iglesia, rezaba el rosario con la familia, trabajaba diez horas diarias o más en el escritorio sin levantar la cabeza, y no gastaba el dinero que le daban sus papás. A pesar de estas raras dotes, Barbarita, si alguna vez le encontraba en la calle o en la tienda de Arnaiz o en la casa, lo que acontecía muy pocas veces, le miraba con el mismo interés con que se puede mirar una saca de carbón o un fardo de tejidos. Así es que se quedó como quien ve visiones cuando su madre, cierto día de precepto, al volver de la iglesia de Santa Cruz, donde ambas confesaron y comulgaron, le propuso el casamiento con Baldomerito. Y no empleó para esto circunloquios ni diplomacias de palabra, sino que se fué al asunto con estilo llano y decidido. ¡Ah, la línea recta de los Trujillos!...

Aunque Barbarita era desenfadada en el pensar, pronta en el responder, y sabía sacudirse una mosca que le molestase, en caso tan grave se quedó algo mortecina y tuvo vergüenza de decir a su mamá que no quería maldita cosa al chico de Santa Cruz... Lo iba a decir; pero la cara de su madre parecióle de madera. Vió en aquel entrecejo la línea corta y sin curvas, la barra de acero trujillesca, y la pobre niña sintió miedo, ¡ay, qué miedo! Bien conoció que su madre se había de poner como una leona si ella se salía con la inocentada de querer

más o menos. Callóse, pues, como en misa, y a cuanto la mamá le dijo aquel día y los subsiguientes sobre el mismo tema del casorio respondía con signos y palabras de humilde aquiescencia. No cesaba de sondear su propio corazón, en el cual encontraba a la vez pena y consuelo. No sabía lo que era amor; tan sólo lo sospechaba. Verdad que no quería a su novio; pero tampoco quería a otro. En caso de querer a alguno, este alguno podía ser aquél.

Lo más particular era que Baldomero, después de concertada la boda, y cuando veía regularmente a su novia, no le decía de cosas de amor ni una miaja de letra, aunque las breves ausencias de la mamá, que solía dejarlos solos un ratito, le dieran ocasión de lucirse como galán. Pero nada... Aquel zagalote guapo y desabrido no sabía salir en su conversación de las rutinas más triviales. Su timidez era tan ceremoniosa como su levita de paño negro, de lo mejor de Sedán, y que parecía, usada por él, como un reclamo del buen género de la casa. Hablaba de los reverberos que había puesto el marqués de Pontejos, del cólera del año anterior, de la degollina de los frailes y de las muchas casas magníficas que se iban a edificar en los solares de los derribados conventos. Todo esto era muy bonito para dicho en la tertulia de una tienda; pero sonaba a cencerrada en el corazón de una doncella que, no estando enamorada, tenía ganas de estarlo.

También pensaba Barbarita, oyendo a su novio, que la procesión iba por dentro y que el pobre chico, a pesar de ser tan grandullón, no tenía alma para sacarla fuera. "¿Qué querrá?", se preguntaba la novia. Pronto hubo de sospechar que si Baldomerito no le hablaba de amor explícitamente, era por pura cortedad y por no saber cómo arrancarse; pero que estaba enamorado hasta las cachas, reduciéndose a declararlo con delicadezas, complacencias y puntualidades muy expresivas. Sin duda, el amor más sublime es el más discreto, y las bocas más elocuentes, aquellas en que no puede entrar ni una mosca. Mas no se tranquilizaba la joven razonando así, y el sobresalto y la incertidumbre no la dejaban vivir. "¡Si también le estaré yo queriendo sin saberlo!", pensaba. ¡Oh, no; interrogándose y respondiéndose con toda lealtad, resultaba que no le quería absolutamente nada. Verdad que tampoco le aborrecía, y algo íbamos ganando.

Y en este desabridísimo noviazgo pasaron algunos meses, al cabo de los cuales Baldomero se soltó y despabiló algo. Su boca se fué desellando poquito a poco hasta que rompió, como un erizo de castaña que madura y se abre, dejando ver el sazonado fruto. Palabra tras palabra, fue soltando las castañas, aquellas ideas elaboradas y guardadas con religiosa maternidad, como esconde la Naturaleza sus obras de gestación. Llegó por fin el día señalado para la boda, que fué el 3 de mayo de 1835, y se casaron en Santa Cruz, sin aparato, instalándose en la casa del esposo, que era una de las mejores del barrio, en la plazuela de la Leña.

IV

A los dos meses de casados, y después de una temporadilla en que Barbarita estuvo algo distraída, melancólica y como con ganas de llorar, alarmando mucho a su madre, empezaron a notarse en aquel matrimonio, en tan malas condiciones hecho, síntomas de idilio. Baldomero parecía otro. En el escritorio canturriaba, y buscaba pretextos para salir, subir a la casa y decir una palabrita a su mujer, cogiéndola en los pasillos o donde la encontrase. También solía equivocarse al sentar una partida, y cuando firmaba la correspondencia daba a los rasgos de la tradicional rúbrica de la casa una amplitud de trazo verdaderamente grandiosa, terminando el rasgo final hacia arriba como una invocación de gratitud dirigida al cielo. Salía muy poco, y decía a sus amigos íntimos que no se cambiaría por un rey, ni por su tocayo Espartero, pues no había felicidad semejante a la suya. Bárbara manifestaba a su madre con gozo discreto que Baldomero no le daba el más pequeño disgusto; que los dos caracteres se iban armonizando perfectamente; que él era bueno como el mejor pan y que tenía mucho talento, un talento que se descubría donde y como debe descubrise, en las ocasiones. En cuanto estaba diez minutos en la casa materna, ya no se la podía aguantar, porque se ponía desasosegada y buscaba pretextos para marcharse, diciendo:

—Me voy, que está mi marido solo.

El idilio se acentuaba cada día, hasta el punto de que la madre de Barbarita, disimulando su satisfacción, decía a ésta:

—Pero, hija, vais a dejar tamañitos a los amantes de Teruel.

Los esposos salían a paseo juntos todas las tardes. Jamás se ha visto a don Baldomero II en un teatro sin tener al lado a su mujer. Cada día, cada mes y cada año eran más tórtolos, y se querían y estimaban más. Muchos años después de casados parecía que estaban en la luna de miel. El marido ha mirado siempre a su mujer como una criatura sagrada, y Barbarita ha visto siempre en su esposo el hombre más completo y digno de ser amado que en el mundo existe. Cómo se compenetraron ambos caracteres, cómo se formó la conjunción inaudita de aquellas dos almas, sería muy largo de contar. El señor y la señora de Santa Cruz, que aún viven y ojalá vivieran mil años, son el matrimonio más feliz y más admirable del presente siglo. Debieran estos nombres escribirse con letras de oro en los antipáticos salones de la Vicaría, para eterna ejemplaridad de las generaciones futuras, y debiera ordenarse a los sacerdotes, al leer la Epístola de San Pablo, incluyeran algún parrafito, en latín o castellano, referente a estos excelsos casados. Doña Asunción Trujillo, que falleció en 1841, en un día triste de Madrid, el día en que fusilaron al general León, salió de este mundo con el atrevido pensamiento de que para alcanzar la bienaventuranza no necesitaba alegar más título que el de autora de aquel cristiano casamiento. Y que no le disputara esta gloria Juana Trujillo, madre de Baldomero, la cual había muerto el año anterior, porque Asunción probaría ante todas las cancillerías celestiales que a ella se le había ocurrido la sublime idea antes que a su prima.

Ni los años ni las menudencias de la vida han debilitado nunca el profundísimo cariño de estos benditos cónyuges. Ya tenían canas las cabezas de uno y otro, y don Baldomero decía a todo el que quisiera oírle que amaba a su mujer *como el primer día*. Juntos siempre en el paseo, juntos en el teatro, pues a ninguno de los dos le gusta la función si el otro no la ve también. En todas las fechas que recuerdan algo dichoso para la familia, se hacen recíprocamente sus regalitos, y para colmo de felicidad, ambos disfrutan de una salud espléndida. El deseo final del señor de Santa Cruz es que ambos se mueran juntos, el mismo día y a la misma hora, en el mismo lecho nupcial en que han dormido toda su vida.

Los conocí en 1870. Don Baldomero tenía ya sesenta años; Barbarita, cincuenta y dos. El era un señor de muy buena presencia, el pelo entrecano, todo afeitado, colorado, fresco, más joven que muchos hombres de cuarenta, con toda la dentadura completa y sana, ágil y bien dispuesto, sereno y festivo, la mirada dulce, siempre la mirada aquella de perrazo de Terranova. Su esposa parecióme, para decirlo de una vez, una mujer guapísima, casi estoy por decir monísima. Su cara tenía la frescura de las rosas cogidas, pero no ajadas todavía, y no usaba más afeite que el agua clara. Conservaba una dentadura ideal y un cuerpo que, aun sin corsé, daba quince y raya a muchas fantasmonas exprimidas que andan por ahí. Su cabello se había puesto ya enteramente blanco, lo cual la favorecía más que cuando lo tenía entrecano. Parecía pelo empolvado a estilo Pompadour, y como lo tenía tan rizoso y tan bien partido sobre la frente, muchos sostenían que ni allí había canas ni Cristo que lo fundó. Si Barbarita presumiera, habría podido recortar muy bien los cincuenta y dos años plantándose en los treinta y ocho, sin que nadie le sacara la cuenta, porque la fisonomía y la expresión eran de juventud y gracia, iluminadas por una sonrisa que era la pura miel... Pues si hubiera querido presumir con malicia, ¡digo!..., a no ser lo que era, una matrona respetabilísima con toda la sal de Dios en su corazón, habría visto acudir los hombres como acuden las moscas a una de esas frutas que, por lo muy maduras, principian a arrugarse, y les chorrea por la corteza todo el azúcar.

¿Y Juanito?

Pues Juanito fué esperado desde el primer año de aquel matrimonio sin par. Los felices esposos contaban con él este mes, el que viene y el otro, y estaban viéndole venir y deseándole como los judíos al Mesías. A veces se entristecían con la tardanza; pero la fe que tenían en él los reanimaba. Si tarde o temprano había de venir..., era cuestión de paciencia. Y el muy pillo puso a prueba

la de sus padres, porque se entretuvo diez años por allá, haciéndolos rabiar. No se dejaba ver de Barbarita más que en sueños, en diferentes aspectos infantiles, ya comiéndose los puños cerrados, la cara dentro de un gorro con muchos encajes, ya talludito, con su escopetilla al hombro y mucha picardía en los ojos. Por fin, Dios le mandó en carne mortal, cuando los esposos empezaron a quejarse de la Providencia y a decir que los había engañado. Día de júbilo fué aquel de septiembre de 1845, en que vino a ocupar su puesto en el más dichoso de los hogares Juanito Santa Cruz. Fué padrino del crío el gordo Arnáiz, quien dijo a Barbarita:

—A mí no me la das tú. Aquí ha habido matute. Este ternero lo has traído de la Inclusa para engañarnos... ¡Ah! Estos proteccionistas no son más que contrabandistas disfrazados.

Criáronlo con regalo y exquisitos cuidados, pero sin mimo. Don Baldomero no tenía carácter para poner un freno a su estrepitoso cariño paternal, ni para meterse en severidades de educación y formar al chico como le formaron a él. Si su mujer lo permitiera, habría llevado Santa Cruz su indulgencia hasta consentir que el niño hiciera en todo su real gana. ¿En qué consistía que habiendo sido él educado tan rígidamente por don Baldomero I, era todo blanduras con su hijo? ¡Efectos de la evolución educativa, paralela de la evolución política! Santa Cruz tenía muy presentes las ferocidades disciplinarias de su padre, los castigos que le imponía y las privaciones que le había hecho sufrir. Todas las noches del año le obligaba a rezar el rosario con los dependientes de la casa; hasta que cumplió los veinticinco, nunca fué a pasear solo, sino en corporación con los susodichos dependientes; el teatro no lo catabа sino el día de Pascua, y le hacían un trajecito nuevo cada año, el cual no se ponía más que los domingos. Teníanle trabajando en el escritorio o en el almacén desde las nueve de la mañana a las ocho de la noche, y había que servir para todo, lo mismo para mover un fardo que para escribir cartas. Al anochecer, solía su padre echarle los tiempos por encender el velón de cuatro mecheros antes que las tinieblas fueran completamente dueñas del local. En lo tocante a juegos, no conoció nunca más que el mus, y sus bolsillos no supieron lo que era un cuarto hasta mucho después del tiempo en que empezó a afeitarse. Todo fué rigor, trabajo, sordidez. Pero lo más particular era que creyendo don Baldomero que tal sistema había sido eficacísimo para formarle a él, lo tenía por deplorable tratándose de su hijo. Esto no era una falta de lógica, sino la consagración práctica de la idea madre de aquellos tiempos, el progreso. "¿Qué sería del mundo sin progreso?", pensaba Santa Cruz, y al pensarlo sentía ganas de dejar al chico entregado a sus propios instintos. Había oído muchas veces a los economistas que iban de tertulia a casa de Cantero la célebre frase *laissez aller, laissez passer*.. El gordo Arnaiz y su amigo Pastor, el economista, sostenían que todos los grandes problemas se resuelven por sí mismos, y don Pedro Mata opinaba del propio modo, aplicando a la sociedad y a la política el sistema de la medicina expectante. La naturaleza se cura sola; no hay más que dejarla. Las fuerzas reparatrices lo hacen todo, ayudadas del aire. El hombre se educa solo en virtud de las suscepciones constantes que determina en su espíritu la conciencia, ayudada del ambiente social. Don Baldomero no lo decía así; pero sus vagas ideas sobre el asunto se condensaban en una expresión de moda y muy socorrida: "El mundo marcha."

Felizmente para Juanito, estaba allí su madre, en quien se equilibraban maravillosamente el corazón y la inteligencia. Sabía coger las disciplinas cuando era menester, y sabía ser indulgente a tiempo. Si no le pasó nunca por las mientes obligar a rezar el rosario a un chico que iba a la Universidad y entraba en la cátedra de Salmerón, en cambio no le dispensó del cumplimiento de los deberes religiosos más elementales. Bien sabía el muchacho que si hacía novillos a la misa de los domingos no iría al teatro por la tarde, y que si no sacaba buenas notas en junio, no había dinero para el bolsillo, ni toros, ni excursiones por el campo con Estupiñá (luego hablaré de este tipo) para cazar pájaros con red o liga, ni los demás divertimientos con que se recompensaba su aplicación.

Mientras estudió la segunda enseñanza en el colegio de Massarnáu, donde estaba a media pensión, su mamá le repasaba las lecciones todas las noches, se las me-

tía en el cerebro a puñados y a empujones, como se mete la lana en un cojín. Ved por dónde aquella señora se convirtió en sibila, intérprete de toda la ciencia humana, pues le descifraba al niño los puntos oscuros que en los libros había, y aclaraba todas sus dudas, allá como Dios le daba a entender. Para manifestar hasta dónde llegaba la sabiduría enciclopédica de doña Bárbara, estimulada por el amor materno, baste decir que también le traducía los temas de latín, aunque en su vida había ella sabido palotada de esta lengua. Verdad que era traducción libre, mejor dicho, liberal, casi demagógica. Pero Fedro y Cicerón no se hubieran incomodado si estuvieran oyendo por encima del hombro de la maestra, la cual sacaba inmenso partido de lo poco que el discípulo sabía. También le cultivaba la memoria, descargándosela de fárrago inútil, y le hacía ver claros los problemas de aritmética elemental valiéndose de garbanzos o judías, pues de otro modo no andaba ella muy a gusto por aquellos derroteros. Para la Historia Natural, solía la maestra llamar en su auxilio al león del Retiro, y únicamente en la Química se quedaban los dos parados, mirándose el uno al otro, concluyendo ella por meterle en la memoria las fórmulas, después de observar que estas cosas no las entienden más que los boticarios, y que todo se reduce a si se pone más o menos cantidad de agua del pozo. Total: que cuando Juan se hizo bachiller en Artes, Barbarita declaraba riendo que con estos tejemanejes se había vuelto, sin saberlo, una doña Beatriz Galindo para latines y una catedrática universal.

V

En este interesante período de la crianza del heredero, desde el 45 para acá, sufrió la casa de Santa Cruz la transformación impuesta por los tiempos, y que fué puramente externa, continuando inalterada en lo esencial. En el escritorio y en el almacén aparecieron los primeros mecheros de gas hacia el año 49, y el famoso velón de cuatro luces recibió tan tremenda bofetada de la dura mano del progreso, que no se le volvió a ver más por ninguna parte. En la caja habían entrado ya los primeros billetes del Banco de San Fernando, que sólo se usaban para el pago de letras, pues el público los miraba aún con malos ojos. Se hablaba aún de talegas, y la operación de contar cualquier cantidad era obra que la desempeñara Pitágoras u otro gran aritmético, pues con los doblones y ochentines, las pesetas catalanas, los duros españoles, los de veintiuno y cuartillo, las onzas, las pesetas columnarias y las monedas macuquinas, se armaba un belén espantoso. Aún no se conocían el sello de correo ni los sobres ni otras conquistas del citado progreso. Pero ya los dependientes habían empezado a sacudirse las cadenas: ya no eran aquellos parias del tiempo de don Baldomero I, a quienes no se permitía salir sino los domingos y en comunidad, y cuyo vestido se confeccionaba por un patrón único, para que resultasen uniformados como colegiales o presidiarios. Se los dejaba concurrir a los bailes de Villahermosa o de candil, según las aficiones de cada uno. Pero en lo que no hubo variación fué en aquel piadoso atavismo de hacerles rezar el rosario todas las noches. Esto no pasó a la Historia hasta la época reciente del traspaso a los *Chicos*. Mientras fué don Baldomero jefe de la casa, ésta no se desvió en lo esencial de los ejes diamantinos sobre que la tenía montada el padre, a quien se podría llamar *don Baldomero el Grande*. Para que el progreso pusiera su mano en la obra de aquel hombre extraordinario, cuyo retrato, debido al pincel de don Vicente López, hemos contemplado con satisfacción en la sala de sus ilustres descendientes, fué preciso que todo Madrid se transformase; que la desamortización edificara una ciudad nueva sobre los escombros de los conventos; que el marqués de Pontejos adecentase este lugarón; que las reformas arancelarias del 49 y del 68 pusieran patas arriba todo el comercio madrileño; que el gran ingenio de Salamanca idease los primeros ferrocarriles; que Madrid *se colocase*, por arte del vapor, a cuarenta horas de París; y, por fin, que hubiera muchas guerras y revoluciones y grandes trastornos en la riqueza individual.

También la casa de Gumersindo Arnaiz, hermano de Barbarita, ha pasado por grandes crisis y mudanzas desde que murió don Bonifacio. Dos años después del casamiento de su hermana con Santa Cruz casó Gumersindo con Isabel Cordero, hija de don Benigno Cordero, mu-

jer de gran disposición, que supo ver claro en el negocio de tiendas y ha sido la salvadora de aquel acreditado establecimiento. Comprometido éste del 40 al 45, por los últimos errores del difunto Arnaiz, se defendió con los *mahones*, aquellas telas ligeras y frescas que tanto se usaron hasta el 54. El género de China decaía visiblemente. Las galeras aceleradas iban trayendo a Madrid cada día con más presteza las novedades parisienses, y se apuntaba la invasión lenta y tiránica de los medios colores, que pretenden ser signo de cultura. La sociedad española empezaba a presumir de seria; es decir, a vestirse lúgubremente, y el alegre imperio de los colorines se derrumbaba de un modo indudable. Como se habían ido las capas rojas, se fueron los pañuelos de Manila. La aristocracia los cedía con desdén a la clase media, y ésta, que también quería ser aristócrata, entregábalos al pueblo, último y fiel adepto de los matices vivos. Aquel encanto de los ojos, aquel prodigio de color, remedo de la Naturaleza sonriente, encendida por el sol de mediodía, empezó a perder terreno, aunque el pueblo, con instinto de colorista y poeta, defendía la prenda española como defendió el parque de Monteleón y los reductos de Zaragoza. Poco a poco iba cayendo el chal de los hombros de las mujeres hermosas, porque la sociedad se empeñaba en parecer grave, y para ser grave nada mejor que envolverse en tintas de tristeza. Estamos bajo la influencia del norte de Europa, y ese maldito Norte nos importa los grises que toma de su ahumado cielo. El sombrero de copa da mucha respetabilidad a la fisonomía, y raro es el hombre que no se cree importante sólo con llevar sobre la cabeza un cañón de chimenea. Las señoras no se tienen por tales si no van vestidas de color de hollín, ceniza, rapé, verde botella o pasa de Corinto. Los tonos vivos las encanallan, porque el pueblo ama el rojo bermellón, el amarillo tila, el cadmio y el verde forraje; y está tan arraigado en la plebe el sentimiento del color, que la *seriedad* no ha podido establecer su imperio sino transigiendo. El pueblo ha aceptado el oscuro de las capas, imponiendo el rojo de las vueltas; ha consentido las capotas, conservando las mantillas y los pañuelos chillones para la cabeza; ha transigido con los gabanes y aun con el *polisón*, a cambio de las toquillas de gama clara, en que dominan el celeste, el rosa y el amarillo de Nápoles. El crespón es el que ha ido decayendo desde 1840, no sólo por la citada evolución de la *seriedad europea*, que nos ha cogido de medio a medio, sino por causas económicas a las que no podíamos sustraernos.

Las comunicaciones rápidas nos trajeron mensajeros de la potente industria belga, francesa e inglesa, que necesitaban mercados. Todavía no era moda ir a buscarlos al Africa, y los venían a buscar aquí, cambiando cuentas de vidrio por pepitas de oro; es decir, lanillas, cretonas y merinos, por dinero contante y por obras de arte. Otros mensajeros saqueaban nuestras iglesias y nuestros palacios, llevándose los brocados históricos de casullas y frontales, el tisú y los terciopelos con bordados y aplicaciones y otras muestras riquísimas de la industria española. Al propio tiempo arramblaban por los espléndidos pañuelos de Manila, que habían ido descendiendo hasta las gitanas. También se dejó sentir aquí, como en todas partes, el efecto de otro fenómeno comercial, hijo del progreso. Refiérome a los grandes acaparamientos del comercio inglés, debidos al desarrollo de su inmensa marina. Esta influencia se manifestó bien pronto en aquellos humildes rincones de la calle de Postas por la depreciación súbita del género de la China. Nada más sencillo que esta depreciación. Al fundar los ingleses el gran depósito comercial de Singapur, monopolizaron el tráfico del Asia y arruinaron el comercio que hacíamos por la vía de Cádiz y Cabo de Buena Esperanza con aquellas apartadas regiones. Ayún y Senquá dejaron de ser nuestros mejores amigos, y se hicieron amigos de los ingleses. El sucesor de estos artistas, el fecundo e inspirado King-Cheong, se cartea en inglés con nuestros comerciantes y da sus precios en libras esterlinas. Desde que Singapur apareció en la geografía práctica, el género de Cantón y Shanghai dejó de venir en aquellas pesadas fragatonas de los armadores de Cádiz, los Fernández de Castro, los Cuestas, los Rubios; y la dilatada travesía del Cabo pasó a la Historia como apéndice de los fabulosos trabajos de Vasco de Gama y de Alburquerque. La vía nueva trazáronla los vapores ingleses combinados con el ferrocarril de Suez.

Ya en 1840 las casas que traían directamente el género de Cantón no podían competir con las que lo encargaban a Liverpool. Cualquier mercachifle de la calle de Postas se proveía de este artículo sin ir a tomarlo en los dos o tres depósitos que en Madrid había. Después, las corrientes han cambiado otra vez, y al cabo de muchos años ha vuelto a traer España directamente las obras de King-Cheong; mas para esto ha sido preciso que vinieran la gran vigorización del comercio después del 68 y la robustez de los capitales de nuestros días.

El establecimiento de Gumersindo Arnaiz se vió amenazado de ruina porque las tres o cuatro casas cuya especialidad era como una herencia o traspaso de la Compañía de Filipinas no podían seguir monopolizando la pañolería y demás artes chinescas. Madrid se inundaba de género a precio más bajo que el de las facturas de don Banifacio Arnaiz, y era preciso realizar de cualquier modo. Para compensar las pérdidas de la *quemazón*, urgía plantear otro negocio, buscar nuevos caminos, y aquí fué donde lució sus altas dotes Isabel Cordero, esposa de Gumersindo, que tenía más pesquis que éste. Sin saber palotada de Geografía, comprendía que había un Singapur y un istmo de Suez.

Adivinaba el fenómeno comercial, sin acertar a darle nombre, y en vez de echar maldiciones contra los ingleses, como hacía su marido, se dió a discurrir el mejor remedio. ¿Qué corrientes seguirían? La más marcada era la de las *novedades*, la de la influencia de la fabricación francesa y belga, en virtud de aquella ley y de los grises del Norte, invadiendo, conquistando y anulando nuestro ser colorista y romancesco. El vestir se anticipaba al pensar, y cuando aún los versos no habían sido desterrados por la prosa, ya la lana había hecho trizas a la seda.

—Pues apechuguemos con las *novedades*—dijo Isabel a su marido, observando aquel furor de modas que le entraba a esta sociedad y el afán que todos los madrileños sentían de ser elegantes *con seriedad*.

Era, por añadidura, la época en que la clase media entraba de lleno en el ejercicio de sus funciones, apandando todos los empleos creados por el nuevo sistema político y administrativo, comprando a plazos todas las fincas que habían sido de la Iglesia, constituyéndose en propietaria del suelo y en usufructuaria del presupuesto; absorbiendo, en fin, los despojos del absolutismo y del clero, y fundando el imperio de la levita. Claro es que la levita es el símbolo; pero lo más interesante de tal imperio está en el vestir de las señoras, origen de energías poderosas, que de la vida privada salen a la pública y determinan hechos grandes. ¡Los trapos, ay! ¿Quién no ve en ellos una de las principales energías de la época presente, tal vez una causa generadora de movimiento y vida? Pensad un poco en lo que representan, en lo que valen, en la riqueza y el ingenio que consagra a producirlos la ciudad más industriosa del mundo, y, sin querer, vuestra mente os presentará entre los pliegues de las telas de moda todo nuestro organismos mesocrático, ingente pirámide en cuya cima hay un sombrero de copa; toda la máquina política y administrativa, la Deuda pública y los ferrocarriles, el presupuesto y las rentas, el Estado tutelar y el parlamentarismo socialista.

Pero Gumersindo e Isabel habían llegado un poco tarde, porque las *novedades* estaban en manos de mercaderes listos, que sabían ya el camino de París. Arnaiz fué también allá; mas no era hombre de gusto, y trajo unos adefesios que no tuvieron aceptación. La Cordero, sin embargo, no se desanimaba. Su marido empezaba a atontarse; ella, a *ver claro*. Vió que las costumbres de Madrid se transformaban rápidamente, que esta orgullosa corte iba a pasar en poco tiempo de la condición de aldeota indecente a la de capital civilizada. Porque Madrid no tenía de metrópoli más que el nombre y la vanidad ridícula. Era un payo con casaca de gentilhombre y la camisa desgarrada y sucia. Por fin, el paleto se disponía a ser señor de verdad. Isabel Cordero, que se anticipaba a su época, presintió la traída de aguas del Lozoya, en aquellos veranos ardorosos en que el Ayuntamiento refrescaba y alimentaba las fuentes del Berro y de la Teja con cubas de agua sacada de los pozos; en aquellos tiempos en que los portales eran sentinas y en que los vecinos iban de un cuarto a otro con el pucherito en la mano pidiendo por favor un poco de agua para afeitarse.

La perspicaz mujer vió el porvenir, oyó

hablar del gran proyecto de Bravo Murillo, como de una cosa que ella había sentido en su alma. Por fin, Madrid, dentro de algunos años, iba a tener raudales de agua distribuídos en las calles y plazas, y adquiriría la costumbre de lavarse, por lo menos la cara y las manos. Lavadas estas partes, se lavaría después otras. Este Madrid, que entonces era futuro, se le presentó con visiones de camisas limpias en todas las clases, de mujeres ya acostumbradas a mudarse todos los días, y de señores que eran la misma pulcritud. De aquí nació la idea de dedicar la casa al género blanco, y arraigada fuertemente la idea, poco a poco se fué haciendo realidad. Ayudado por don Baldomero y Arnaiz, Gumersindo empezó a traer batistas finísimas de Inglaterra, holandas y escocias, irlandas y madapolanes, *nansouk* y cretonas de Alsacia, y la casa se fué levantando no sin trabajo de su postración hasta llegar a adquirir una prosperidad relativa. Complemento de este negocio *en blanco* fueron la damasquería gruesa, los cutíes para colchones y la mantelería de Courtray, que vino a ser *especialidad* de la casa, como lo decía un rótulo añadido al letrero antiguo de la tienda. Las puntillas y encajería mecánica vinieron más tarde, siendo tan grandes los pedidos de Arnáiz, que una fábrica de Suiza trabajaba sólo para él. Y, por fin, las crinolinas dieron al establecimiento buenas ganancias. Isabel Cordero, que había presentido el Canal del Lozoya, presintió también el miriñaque, que los franceses llamaban *Malakoff*, invención absurda que parecía salida de un cerebro enfermo de tanto pensar en la dirección de los globos.

De la pañolería y artículos asiáticos sólo quedaban en la casa por los años del 50 al 60 tradiciones religiosamente conservadas. Aún había alguna torrecilla de marfil y buena porción de mantones ricos de alto precio en cajas primorosas. Era quizá Gumersindo la persona que en Madrid tenía más arte para doblarlos, porque ha de saberse que doblar un crespón era tarea tan difícil como hinchar un perro. No sabían hacerlo sino los que de antiguo tenían la costumbre de manejar aquel artículo, por lo cual muchas damas, que en algún baile de máscaras se ponían el chal, lo mandaban al día siguiente, con la caja, a la tienda de Gumersindo Arnaiz, para que éste lo doblase según arte tradicional, es decir, dejando oculta la rejilla de a tercia y el fleco de a cuarta, y visible en el cuartel superior el dibujo central. También se conservaban en la tienda los dos maniquíes vestidos de mandarines. Se pensó en retirarlos, porque ya estaban los pobres un poco tronados; pero Barbarita se opuso, porque dejar de verlos allí haciendo juego con la fisonomía lela y honrada del señor de Ayún era como si enterrasen a alguno de la familia; y aseguró que si su hermano se obstinaba en quitarlos, ella se los llevaría a su casa para ponerlos en el comedor, haciendo juego con los aparadores.

VI

Aquella gran mujer, Isabel Cordero de Arnaiz, dotada de todas las agudezas del traficante y de todas las triquiñuelas económicas del ama de gobierno, fué agraciada además por el cielo con una fecundidad prodigiosa. En 1845, cuando nació Juanito, ya había tenido ella cinco, y siguió pariendo con la puntualidad de los vegetales que dan fruto cada año. Sobre aquellos cinco hay que apuntar doce más en la cuenta; total, diecisiete partos, que recordaba asociándolos a fechas célebres del reinado de Isabel II.

—Mi primer hijo—decía—nació cuando vino la tropa carlista hasta las tapias de Madrid. Mi Jacinta nació cuando se casó la reina, con pocos días de diferencia. Mi Isabelita vino al mundo el día mismo en que el cura Merino le pegó la puñalada a su majestad, y tuve a Rupertito el día de San Juan del cincuenta y ocho, el mismo día que se inauguró la traída de aguas.

Al ver la estrecha casa, se daba uno a pensar que la ley de impenetrabilidad de los cuerpos fué el pretexto que tomó la muerte para mermar aquel bíblico rebaño. Si los diecisiete chiquillos hubieran vivido, habría sido preciso ponerlos en los balcones como los tiestos o colgados en jaulas de machos de perdiz. El garrotillo y la escarlatina fueron entresacando aquella mies apretada, y en 1870 no quedaban ya más que nueve. Los dos primeros volaron a poco de nacidos. De tiempo en tiempo se moría uno, ya crecidito, y se aclaraban las filas. En no sé qué año se murieron tres con intervalo

de cuatro meses. Los que rebasaron de los diez años se iban criando regularmente.

He dicho que eran nueve. Falta consignar que de estas nueve cifras, siete correspondían al sexo femenino. ¡Vaya una plaga que le había caído al bueno de Gumersindo! ¿Qué hacer con siete chiquillas? Para guardarlas cuando fueran mujeres se necesitaba un cuerpo de ejército. Y ¿cómo casarlas bien a todas? ¿De dónde iban a salir siete maridos buenos? Gumersindo, siempre que de esto se le hablaba, echábalo a broma, confiando en la buena mano que tenía su mujer para todo.

—Verán—decía—cómo saca ella de debajo de las piedras siete yernos de primera.

Pero la fecunda esposa no las tenía todas consigo. Siempre que pensaba en el porvenir de sus hijas se ponía triste, y sentía como remordimientos de haber dado a su marido una familia que era un problema económico. Cuando hablaba de esto con su cuñada Barbarita, lamentábase de parir hembras como de una responsabilidad. Durante su campaña prolífica, desde el 38 al 60, acontecía que a los cuatro o cinco meses de haber dado a luz ya estaba otra vez encinta. Barbarita no se tomaba el trabajo de preguntárselo, y lo daba por hecho.

—Ahora—le decía—vas a tener un muchacho.

Y la otra, enojada, echando pestes contra su fecundidad, respondía:

—Varón o hembra, estos regalos debieran ser para ti. A ti debiera Dios darte un canario de alcoba todos los años.

Las ganancias del establecimiento no eran escasas; pero los esposos Arnáiz no podían llamarse ricos, porque con tanto parto y tanta muerte de hijos y aquel familión de hembras, la casa no acababa de florecer como debiera. Aunque Isabel hacía milagros de arreglo y economía, el considerable gasto cotidiano quitaba al establecimiento mucha sabia. Pero nunca dejó de cumplir Gumersindo sus compromisos comerciales, y si su capital no era grande, tampoco tenía deudas. El *quid* estaba en colocar bien las siete chicas, pues mientras esta tremenda campaña matrimoniesca no fuera coronada por un éxito brillante, en la casa no podía haber grandes ahorros.

Isabel Cordero era, veinte años ha, una mujer desmejorada, pálida, deforme de talle, como esas personas que parece se están desbaratando y que no tienen las partes del cuerpo en su verdadero sitio. Apenas se conocía que había sido bonita. Los que la trataban no podían imaginársela en estado distinto del que se llama interesante, porque el barrigón parecía en ella cosa normal, como el color de la tez o la forma de la nariz. En tal situación y en los breves períodos que tenía libres, su actividad era siempre la misma, pues hasta el día de caer en la cama estaba sobre un pie, atendiendo incansable el complicado gobierno de aquella casa. Lo mismo funcionaba en la cocina que en el escritorio, y acabadita de poner la enorme sartén de migas para la cena o el calderón de patatas, pasaba a la tienda a que su marido la enterase de las facturas que acababa de recibir o de los avisos de letras. Cuidaba principalmente de que sus niñas no estuviesen ociosas. Las más pequeñas y los varoncitos iban a la escuela; las mayores trabajaban en el gabinete de la casa, ayudando a su madre en el repaso de la ropa, o en acomodar al cuerpo de los varones las prendas desechadas del padre. Alguna de ellas se daba maña para planchar; solían también lavar en el gran artesón de la cocina, y zurcir y echar un remiendo. Pero en lo que mayormente sobresalían todas era en el arte de arreglar sus propios perendengues. Los domingos, cuando su mamá las sacaba a paseo, en larga procesión, iban tan bien apañaditas que daba gusto verlas. Al ir a misa, desfilaban entre la admiración de los fieles; porque conviene apuntar que eran muy monas. Desde las dos mayores, que eran ya mujeres, hasta la última, que era una miniaturita, formaban un rebaño interesantísimo, que llamaba la atención por el número y la escala gradual de las tallas. Los conocidos que las veían entrar decían:

—Ya está ahí doña Isabel con el muestrario.

La madre, peinada con la mayor sencillez, sin ningún adorno, fláccida, pecosa y desprovista ya de todo atractivo personal que no fuera la respetabilidad, pastoreaba aquel rebaño, llevándolo por delante como los paveros en Navidad.

¡Y que no pasaba flojos apuros la pobre para salir airosa en aquel papel in-

menso! A Barbarita le hacía ordinariamente sus confidencias.

—Mira, hija: algunos meses me veo tan agonizada, que no sé qué hacer. Dios me protege, que si no... Tú no sabes lo que es vestir siete hijas. Los varones, con los desechos de la ropa de su padre, que yo les arreglo, van tirando. ¡Pero las niñas!... ¡Y con estas modas de ahora y este suponer... ¿Viste la pieza de merino azul? Pues no fué bastante, y tuve que traer diez varas más. ¡Nada te quiero decir del ramo de zapatos! Gracias que dentro de casa la que se me ponga otro calzado que no sea las alpargatitas de cáñamo, ya me tiene hecha una leona. Para llenarles la barriga me defiendo con las patatas y las migas. Este año he suprimido los estofados. Sé que los dependientes refunfuñan; pero no me importa. Que vayan a otra parte donde los traten mejor. ¿Creerás que un quintal de carbón se me va como un soplo? Me traigo a casa dos arrobas de aceite, y a los pocos días..., ¡pif!..., parece que se lo han chupado las lechuzas. Encargo a Estupiñá dos o tres quintales de patatas, hija, y como si no trajera nada

En la casa había dos mesas. En la primera comían el principal y su señora, las niñas, el dependiente más antiguo y algún pariente, como Primitivo Cordero cuando venía a Madrid de su finca de Toledo, donde residía. A la segunda se sentaban los dependientes menudos y los dos hijos, uno de los cuales hacía su aprendizaje en la tienda de blondas de Segundo Cordero. Era un total de diecisiete o dieciocho bocas. El gobierno de tal casa, que habría rendido a cualquier mujer, no fatigaba visiblemente a Isabel. A medida que las niñas iban creciendo, disminuía para la madre parte del trabajo material; pero este descanso se compensaba con el exceso de vigilancia para guardar el rebaño, cada vez más perseguido de lobos y expuesto a infinitas asechanzas. Las chicas no eran malas, pero eran jovenzuelas, y ni Cristo Padre podía evitar los atisbos por el único balcón de la casa o por la ventanuca que daba al callejón de San Cristóbal. Empezaban a entrar en la casa cartitas y a desarrollarse esas intrigüelas inocentes que son juegos de amor, ya que no el amor mismo. Doña Isabel estaba siempre con cada ojo como un farol, y no las perdía de vista un momento. A esta fatiga ruda del espionaje materno uníase el trabajo de exhibir y airear el muestrario, por ver si caía algún parroquiano o, por otro nombre, marido. Era forzoso *hacer el artículo*, y aquella gran mujer, negociante en hijas, no tenía más remedio que vestirse y concurrir con su *género* a tal o cual tertulia de amigas, porque si no lo hacía ponían las nenas unos morros que no se las podía aguantar. Era también de rúbrica el paseíto los domingos, en corporación, las niñas muy bien arregladitas con cuatro pingos que parecían lo que no eran, la mamá muy estirada de guantes, que le imposibilitaban el uso de los dedos, con un manguito que le daba un calor excesivo a las manos, y su buena cachemira. Sin ser vieja, lo parecía.

Dios, al fin, apreciando los méritos de aquella heroína, que ni un punto se apartaba de su puesto en el combate social, echó una mirada de benevolencia sobre el muestrario y después lo bendijo. La primera chica que se casó fué la segunda, llamada Candelaria, y en honor de la verdad, no fué muy lucido aquel matrimonio. Era el novio un buen muchacho, dependiente en la camisería de la viuda de Aparisi. Llamábase Pepe Samaniego y no tenía más fortuna que sus deseos de trabajar y su honradez probada. Su apellido se veía mucho en los rótulos del comercio menudo. Un tío suyo era boticario en la calle del Ave María. Tenía un primo pescadero, otro tendero de capas en la calle de la Cruz, otro prestamista, y los demás, lo mismo que sus hermanos, eran todos horteras Pensaron primero los de Arnáiz oponerse a aquella unión; mas pronto se hicieron esta cuenta:

—No están los tiempos para hilar muy delgado en esto de los maridos. Hay que tomar todo lo que se presente, porque son siete a colocar. Basta con que el chico sea formal y trabajador.

Casóse luego la mayor, llamada Benigna, en memoria de su abuelito el héroe de Boteros. Esta sí que fué buena boda. El novio era Ramón Villuendas, hijo mayor del célebre cambiante de la calle de Toledo; gran casa, fortuna sólida. Era ya viudo con dos chiquillos, y su parentela ofrecía variedad chocante en orden de riqueza. Su tío, don Cayetano Villuendas, estaba casado con Eulalia, hermana del marqués de Casa-Muñoz, y poseía muchos millones; en cambio,

había un Villuendas tabernero y otro que tenía un tenducho de percales y bayetas llamado *El Buen Gusto*. El parentesco de los Villuendas pobres con los ricos no se veía muy claro; pero parientes eran, y muchos de ellos se trataban y se tuteaban.

La tercera de las chicas, llamada Jacinta, pescó marido al año siguiente. Y ¡qué marido!... Pero al llegar aquí me veo precisado a cortar esta hebra, y paso a referir ciertas cosas que han de preceder a la boda de Jacinta.

CAPITULO III

ESTUPIÑÁ

I

En la tienda de Arnáiz, junto a la reja que da a la calle de San Cristóbal, hay actualmente tres sillas de madera curva de Viena, las cuales sucedieron hace años a un banco sin respaldo forrado de hule negro, y este banco tuvo por antecesor a un arcón o caja vacía. Aquélla era la sede de la inmemorial tertulia de la casa. No había tienda sin tertulia, como no podía haberla sin mostrador y santo tutelar. Era esto un servicio complementario que el comercio prestaba a la sociedad en tiempos en que no existían casinos, pues aunque había sociedades secretas y clubs y cafés más o menos patrióticos, la gran mayoría de los ciudadanos pacíficos no iba a ellos, prefiriendo charlar en las tiendas. Barbarita tiene aún reminiscencias vagas de la tertulia en los tiempos de su niñez. Iba un fraile muy flaco, que era el padre Alelí; un señor pequeñito con anteojos, que era el papá de Isabel; algunos militares y otros tipos que se confundían en su mente con las figuras de los dos mandarines.

Y no sólo se hablaba de asuntos políticos y de la guerra civil, sino de cosas del comercio. Recuerda la señora haber oído algo acerca de los primeros fósforos o mixtos que vinieron al mercado, y aun haberlos visto. Era como una botellita en la cual se metía la cerilla, y salía echando lumbre. También oyó hablar de las primeras alfombras de moqueta, de los primeros colchones de muelles y de los primeros ferrocarriles, que alguno de los tertulios había visto en el extranjero, pues aquí ni asomos de ellos había todavía. Algo se apuntó allí sobre el billete de Banco, que en Madrid no fué papel-moneda corriente hasta algunos años después, y sólo se usaba entonces para los pagos fuertes de la banca. Doña Bárbara se acuerda de haber visto el primer billete que llevaron a la tienda como un objeto de curiosidad, y todos convinieron en que era mejor una onza. El gas fué muy posterior a esto.

La tienda se transformaba; pero la tertulia era siempre la misma en el curso lento de los años. Unos habladores se iban y venían otros. No sabemos a qué época fija se referían estos párrafos sueltos que al vuelo cogía Barbarita cuando, ya casada, entraba en la tienda a descansar un ratito, de vuelta de paseo o de compras:

—¡Qué hermosotes iban esta mañana los del *tercero de fusileros* con sus pompones nuevos!...

—El duque ha oído misa hoy en las Calatravas. Iba con Linaje y con San Miguel...

—¿Sabe usted, Estupiñá, lo que dicen ahora? Pues dicen que los ingleses proyectan construir barcos de *fierro*.

El llamado Estupiñá debía de ser indispensable en todas las tertulias de tiendas, porque cuando no iba a la de Arnáiz, todo se volvía preguntar:

—Y Plácido, ¿qué es de él?

Cuando entraba le recibían con exclamaciones de alegría, pues con su sola presencia animaba la conversación. En 1871 conocí a este hombre, que fundaba su vanidad en *haber visto toda la historia de España* en el presente siglo. Había venido al mundo en 1803 y se llamaba hermano de fecha de Mesonero Romanos, por haber nacido, como éste, el 19 de julio del citado año. Una sola frase suya probará su inmenso saber en esa historia viva que se aprende con los ojos:

—Vi a José Primero como le estoy viendo a usted ahora.

Y parecía que se relamía de gusto cuando le preguntaban:

—¿Vió usted al duque de Angulema, a lord Wellington?...

—Pues ya lo creo—su contestación era siempre la misma—: como le estoy viendo a usted.

Hasta llegaba a incomodarse cuando se le interrogaba en tono dubitativo.

—¡Que si vi entrar a María Cristina!... Hombre, si eso es de ayer...

Para completar su erudición ocular, hablaba del *aspecto que presentaba Madrid* el 1 de septiembre de 1840 como si fuera cosa de la semana pasada. Había visto morir a Canterac; ajusticiar a Merino "nada menos que sobre el propio patíbulo", por ser él hermano de la Paz y Caridad; había visto matar a Chico..., precisamente ver no, pero oyó los tiritos hallándose en la calle de las Velas; había visto a Fernando VII el 7 de julio cuando salió al balcón a decir a los milicianos que *sacudieran* a los de la Guardia; había visto a Rodil y al sargento García arengando desde otro balcón, el año 36; había visto a O'Donnell y Espartero abrazándose; a Espartero, solo, saludando al pueblo; a O'Donnell, solo, todo esto en un balcón; y, por fin, en un balcón había visto, también, en fecha cercana, a otro personaje diciendo a gritos que se habían acabado los reyes. La historia que Estupiñá sabía estaba escrita en los balcones.

La biografía mercantil de este hombre es tan curiosa como sencilla. Era muy joven cuando entró de hortera en casa de Arnáiz, y allí sirvió muchos años, siempre bienquisto del principal por su honradez acrisolada y el grandísimo interés con que miraba todo lo concerniente al establecimiento. Y a pesar de tales prendas, Estupiñá no era un buen dependiente. Al despachar, entretenía demasiado a los parroquianos, y si le mandaban con un recado o comisión a la Aduana, tardaba tanto en volver, que muchas veces creyó don Bonifacio que le habían llevado preso. La singularidad de que teniendo Plácido estas mañas no pudieran los dueños de la tienda prescindir de él, se explica por la ciega confianza que inspiraba, pues estando él al cuidado de la tienda y de la caja, ya podían Arnáiz y su familia echarse a dormir. Era su fidelidad tan grande como su humildad, pues ya le podían reñir y decirle cuantas perrerías quisieran, sin que se incomodase. Por esto sintió mucho Arnáiz que Estupiñá dejara la casa en 1837, cuando se le antojó establecerse con los dineros de una pequeña herencia. Su principal, que le conocía bien, hacía lúgubres profecías del porvenir comercial de Plácido trabajando por su cuenta.

Prometíaselas él muy felices en la tienda de bayetas y paños del reino que estableció en la plaza Mayor, junto a la Panadería. No puso dependientes, porque la cortedad del negocio no lo consentía; pero su tertulia fué la más animada y dicharachera de todo el barrio. Y ved aquí el secreto de lo poco que dió de sí el establecimiento, y la justificación de los vaticinios de don Bonifacio. Estupiñá tenía un vicio hereditario y crónico, contra el cual eran impotentes todas las demás energías de su alma; vicio tanto más avasallador y terrible cuanto más inofensivo parecía. No era la bebida, no era el amor, ni el juego, ni el lujo; era la conversación. Por un rato de palique era Estupiñá capaz de dejar que se llevaran los demonios el mejor negocio del mundo. Como él pegase la hebra con gana, ya podía venirse el cielo abajo, y antes le cortaran la lengua que la hebra. A su tienda iban los habladores más frenéticos, porque el vicio llama al vicio. Si en lo más sabroso de su charla entraba alguien a comprar, Estupiñá le ponía la cara que se pone a los que van a dar sablazos. Si el género pedido estaba sobre el mostrador, lo enseñaba con gesto rápido, deseando que acabase pronto la interrupción; pero si estaba en lo alto de la anaquelería, echaba hacia arriba una mirada de fatiga, como el que pide a Dios paciencia, diciendo: "¿Bayeta amarilla? Mírela usted. Me parece que es angosta para lo que usted la quiere." Otras veces dudaba o aparentaba dudar si tenía lo que le pedían: "¿Gorritas para niño? ¿Las quiere usted de visera de hule?.. Sospecho que hay algunas, pero son de esas que no se usan ya..."

Si estaba jugando al tute o al mus, únicos juegos que sabía, y en los que era maestro, primero se hundía el mundo que apartar él su atención de las cartas. Era tan fuerte el ansia de charla y de trato social, se lo pedía el cuerpo y el alma con tal vehemencia, que si no iban habladores a la tienda no podía resistir la comezón del vicio, echaba la llave, se la metía en el bolsillo y se iba a otra tienda en busca de aquel licor palabrero con que se embriagaba. Por Navidad, cuando se empezaban a armar los puestos de la plaza, el pobre tendero no te-

nía valor para estarse metido en aquel cuchitril oscuro. El sonido de la voz humana, la luz y el rumor de la calle eran tan necesarios a su existencia como el aire. Cerraba, y se iba a dar conversación a las mujeres de los puestos. A todas las conocía, y se enteraba de lo que iban a vender y de cuanto ocurriera en la familia de cada una de ellas. Pertenecía, pues, Estupiñá a aquella raza de tenderos, de la cual quedan aún muy pocos ejemplares, cuyo papel en el mundo comercial parece ser la atenuación de los males causados por los excesos de la oferta impertinente y disuadir al consumidor de la malsana inclinación a gastar el dinero.

—Don Plácido, ¿tiene usted pana azul?

—¡Pana azul! ¿Y quién te mete a ti en esos lujos? Sí que la tengo; pero es cara para ti.

—Enséñemela usted..., a ver si me la arregla...

Entonces hacía el hombre un desmedido esfuerzo, como quien sacrifica al deber sus sentimientos y gustos más queridos, y bajaba la pieza de tela.

—Vaya, aquí está la pana. Si no la has de comprar, si todo es gana de moler. ¿Para qué quieres verla? ¿Crees que yo no tengo nada que hacer?

—¿No tiene usted una clase mejor?

—Lo que dije; estas mujeres marean a Cristo. Hay otra clase, sí, señora. ¿La compras, sí o no? A veintidós reales, ni un cuarto menos.

—Pero déjela ver... ¡Ay, qué hombre! ¿Cree que me voy a comer la pieza?...

—A veintidós realetes.

—¡Ande y que lo parta un rayo!

—Que te parta a ti, malcriada, respondona, tarasca...

Era muy fino con las señoras de alto copete. Su afabilidad tenía tonos como éste: "¿La cúbica? Sí que la hay. ¿Ve usted la pieza allá arriba? Me parece, señora, que no es lo que usted busca..., digo, me parece; no es que yo me quiera meter... Ahora se estilan rayaditas: de eso no tengo. Espero una remesa para el mes que entra. Ayer vi a las niñas con el señor don Cándido. Vaya, que están creciditas. Y ¿cómo sigue el señor mayor? ¡No le he visto desde que íbamos juntos a la bóveda de San Ginés!..." Con este sistema de vender, a los cuatro años de comercio se podían contar las personas que al cabo de la semana traspasaban el umbral de la tienda. A los seis años no entraban allí ni las moscas. Estupiñá abría todas las mañanas, barría y regaba la acera, se ponía los manguitos verdes y se sentaba detrás del mostrador a leer el *Diario de Avisos*. Poco a poco iban llegando los amigos, aquellos hermanos de su alma, que en la soledad en que Plácido estaba le parecían algo como la paloma del arca, pues le traían en el pico algo más que un ramo de oliva: le traían la palabra, el sabrosísimo fruto y la flor de la vida, el alcohol del alma, con que apacentaba su vicio... Pasábanse el día entero contando anécdotas, comentando sucesos políticos, tratando de tú a Mendizábal, a Calatrava, a María Cristina y al mismo Dios, trazando con el dedo planes de campaña sobre el mostrador en extravagantes líneas tácticas; demostrando que Espartero debía ir necesariamente por aquí y Villarreal por allá; refiriendo también sucedidos del comercio, llegadas de tal o cual género; lances de Iglesia y de Milicia, y de mujeres y de la Corte, con todo lo demás que cae bajo el dominio de la bachillería humana. A todas éstas, el cajón del dinero no se abría una sola vez, y a la vara de medir, sumida en plácida quietud, le faltaba poco para reverdecer y echar flores como la vara de San José. Y como pasaban meses y meses sin que se renovase el género, y allí no había más que maulas y vejeces, el trueno fué gordo y repentino. Un día le embargaron todo, y Estupiñá salió de la tienda con tanta pena como dignidad.

II

Aquel gran filósofo no se entregó a la desesperación. Viéronle sus amigos tranquilo y resignado. En su aspecto y en el reposo de su semblante había algo de Sócrates, admitiendo que Sócrates fuera hombre dispuesto a estarse siete horas seguidas con la palabra en la boca. Plácido había salvado el honor, que era lo importante, pagando religiosamente a todo el mundo con las existencias. Se había quedado con lo puesto y sin una mota. No salvó más mueble que la vara de medir. Era forzoso, pues, buscar al-

gún modo de ganarse la vida. ¿A qué se dedicaría? ¿En qué ramo del comercio emplearía sus grandes dotes? Dándose a pensar en esto, vino a descubrir que en medio de su gran pobreza conservaba un capital que seguramente le envidiarían muchos: las relaciones. Conocía a cuantos almacenistas y tenderos había en Madrid: todas las puertas se le franqueaban, y en todas partes le ponían buena cara por su honradez, sus buenas maneras y, principalmente, por aquella bendita labia que Dios le había dado. Sus relaciones, y estas aptitudes, le sugirieron, pues, la idea de dedicarse a corredor de géneros. Don Baldomero Santa Cruz, el gordo Arnáiz, Bringas, Moreno, Labiano y otros almacenistas de paños, lienzos o novedades, le daban piezas para que las fuese enseñando de tienda en tienda. Ganaba el dos por ciento de comisión por lo que vendía. ¡María Santísima, qué vida más deliciosa, y qué bien hizo en adoptarla, porque cosa más adecuada a su temperamento no se podía imaginar! Aquel correr continuo, aquel entrar por diversas puertas, aquel saludar en la calle a cincuenta personas y preguntarles por la familia era su vida, y todo lo demás era muerte. Plácido no había nacido para el presidio de una tienda. Su elemento era la calle, el aire libre, la discusión, la contratación, el recado, ir y venir, preguntar, cuestionar, pasando gallardamente de la seriedad a la broma. Había mañana en que se echaba al coleto toda la calle de Toledo, de punta a punta, y la Concepción Jerónima, Atocha y Carretas.

Así pasaron algunos años. Como sus necesidades eran muy cortas, pues no tenía familia que mantener ni ningún vicio, como no fuera el de gastar saliva, bastábale para vivir lo poco que el corretaje le daba. Además, muchos comerciantes ricos le protegían. Este, a lo mejor, le regalaba una capa; otro, un corte de vestido; aquél, un sombrero o bien comestibles y golosinas. Familias de las más empingorotadas del comercio le sentaban a su mesa, no sólo por amistad, sino por egoísmo, pues era una diversión oírle contar tan diversas cosas con aquella exactitud pintoresca y aquel esmero de detalles que encantaba. Dos caracteres principales tenía su entretenida charla, y eran: que nunca se declaraba ignorante de cosa alguna, y que jamás habló mal de nadie. Si por acaso se dejaba decir alguna palabra ofensiva, era contra la Aduana; pero sin individualizar sus acusaciones.

Porque Estupiñá, al mismo tiempo que corredor, era contrabandista. Las piezas de Hamburgo, de veintiséis kilos, que pasó por el portillo de Gilimón, valiéndose de ingeniosas mañas, no son para contadas. No había otro como él para atravesar de noche ciertas calles con un bulto bajo la caja, figurándose mendigo con un niño a cuestas. Ninguno como él poseía el arte de deslizar un duro en la mano del empleado fiscal en momentos de peligro, y se entendía con ellos tan bien para este fregado, que las principales casas acudían a él para desatar sus líos con la Hacienda. No hay medio de escribir en el Decálogo los delitos fiscales. La moral del pueblo se rebelaba, más entonces que ahora, a considerar las defraudaciones a la Hacienda como verdaderos pecados, y conforme con este criterio, Estupiñá no sentía alboroto en su conciencia cuando ponía feliz remate a una de aquellas empresas. Según él, lo que la Hacienda llama suyo, no es suyo, sino de la nación, es decir, de Juan Particular, y burlar a la Hacienda es devolver a Juan Particular lo que le pertenece. Esta idea, sustentada por el pueblo con turbulenta fe, ha tenido también sus héroes y sus mártires. Plácido la profesaba con no menos entusiasmo que cualquier caballista andaluz, sólo que era de infantería, y además no quitaba la vida a nadie. Su conciencia, envuelta en horrorosas nieblas tocante a lo fiscal, manifestábase pura y luminosa en lo referente a la propiedad privada. Era hombre que antes de guardar un ochavo que no fuese suyo se habría estado callado un mes.

Barbarita le quería mucho. Habíale visto en su casa desde que tuvo el don de ver y apreciar las cosas; conocía bien, por opinión de su padre y por experiencia propia, las excelentes prendas y lealtad del labrador. Siendo niña, Estupiñá la llevaba a la escuela de la rinconada de la calle Imperial, y por Navidad iba con él a ver los nacimientos y los puestos de la plaza de Santa Cruz. Cuando don Bonifacio Arnáiz enfermó para morirse, Plácido no se separó de él ni enfermo ni difunto, hasta que le dejó en la sepultura. En todas las penas y ale-

grías de la casa era siempre el partícipe más sincero. Su posición junto a tan noble familia era entre amistad y servidumbre, pues si Barbarita le sentaba a su mesa muchos días, los más del año empleábale en recados y comisiones, que él sabía desempeñar con exactitud suma. Ya iba a la plaza de la Cebada en busca de alguna hortaliza temprana, ya a la Cava Baja a entenderse con los ordinarios que traían encargos, o bien a Maravillas, donde vivían la planchadora y la encajera de la casa. Tal ascendiente tenía la señora de Santa Cruz sobre aquella alma sencilla y con fe tan ciega la respetaba y obedecía él, que si Barbarita le hubiera dicho: "Plácido, hazme el favor de tirarte por el balcón a la calle", el infeliz no habría vacilado un momento en hacerlo.

Andando los años, y cuando ya Estupiñá iba para viejo y no hacía corretaje ni contrabando, desempeñó en la casa de Santa Cruz un cargo muy delicado. Como era persona de tanta confianza y tan ciegamente adicto a la familia, Barbarita le confiaba a Juanito para que le llevase y le trajera al colegio de Massarnáu, o le sacara a paseo los domingos y fiestas. Segura estaba la mamá de que la vigilancia de Plácido era como la de un padre, y bien sabía que se habría dejado matar cien veces antes que consentir que nadie tocase al *Delfín* (así le solía llamar) en la punta del cabello. Ya era éste un polluelo con ínfulas de hombre cuando Estupiñá le llevaba a los toros, iniciándole en los misterios del arte que se preciaba de entender, como buen madrileño. El niño y el viejo se entusiasmaban por igual en el bárbaro y pintoresco espectáculo, y a la salida Plácido le contaba sus proezas taurómacas, pues también, allá en su mocedad, había echado sus quiebros y pases de muleta, y tenía traje completo con lentejuelas, y toreaba novillos por lo fino, sin olvidar ninguna regla... Como Juanito le manifestara deseos de ver el traje, contestábale Plácido que hacía muchos años su hermana la sastra (que de Dios gozaba) lo había convertido en túnica de un Nazareno, que está en la iglesia de Daganzo de Abajo.

Fuera de platicar, Estupiñá no tenía ningún vicio, ni se juntó jamás con personas ordinarias y de baja estofa. Una sola vez en su vida tuvo que ver con gente de mala ralea, con motivo del bautizo del chico de un sobrino suyo, que estaba casado con una tablajera. Entonces le ocurrió un lance desagradable, del cual se acordó y avergonzó toda su vida; y fué que el pillete del sobrinito, confabulado con sus amigotes, logró embriagarle, dándole subrepticiamente un chinchón capaz de marear a una piedra. Fué una borrachera estúpida, la primera y última de su vida; y el recuerdo de la degradación de aquella noche le entristecía siempre que repuntaba en su memoria. ¡Infames, burlar así a quien era la misma sobriedad! Me le hicieron beber con engaño evidente aquellas nefandas copas, y después no vacilaron en escarnecerle con tanta crueldad como grosería. Pidiéronle que cantara la Pitita, y hay motivos para creer que la cantó, aunque él lo niega en redondo. En medio del desconcierto de sus *sentidos,* tuvo conciencia del estado en que le habían puesto, y el decoro le sugirió la idea de la fuga. Echóse fuera del local pensando que el aire de la noche le despejaría la cabeza; pero aunque sintió algún alivio, sus facultades y sentidos continuaban sujetos a los más garrafales errores. Al llegar a la esquina de la Cava de San Miguel vió al sereno; mejor dicho, lo que vió fué el farol del sereno, que andaba hacia la rinconada de la calle de Cuchilleros. Creyó que era el Viático, y arrodillándose y descubriéndose, según tenía por costumbre, rezó una corta oración y dijo: "¡Que Dios le dé lo que mejor le convenga!" Las carcajadas de sus soeces burladores, que le habían seguido, le volvieron a su acuerdo, y conocido el error, se metió a escape en su casa, que a dos pasos estaba. Durmió, y al día siguiente como si tal cosa. Pero sentía un remordimiento vivísimo, que por algún tiempo le hacía suspirar y quedarse meditabundo. Nada afligía tanto su honrado corazón como la idea de que Barbarita se enterara de aquel chasco del Viático. Afortunadamente, o no lo supo, o si lo supo no se dió nunca por entendida.

III

Cuando conocí personalmente a este insigne hijo de Madrid andaba ya al ras con los setenta años; pero los lleva-

ba muy bien. Era de estatura menos que mediana, regordete y algo encorvado hacia adelante. Los que quieran conocer su rostro, miren el de Rossini, ya viejo, como nos le han transmitido las estampas y fotografías del gran músico, y pueden decir que tienen delante al divino Estupiñá. La forma de la cabeza, la sonrisa, el perfil sobre todo, la nariz corva, la boca hundida, los ojos picarescos, eran trasunto fiel de aquella hermosura un tanto burlona, que con la acentuación de las líneas en la vejez se aproximaba algo ■ la imagen de Polichinela. La edad iba dando al perfil de Estupiñá un cierto parentesco con el de las cotorras.

En sus últimos tiempos, del 70 en adelante, vestía con cierta originalidad, no precisamente por miseria pues los de Santa Cruz cuidaban de que nada le faltase, sino por espíritu de tradición, y por repugnancia a introducir novedades en su guardarropa. Usaba un sombrero chato, de copa muy baja, y con las alas planas, el cual pertenecía a una época que se había borrado ya de la memoria de los sombrereros, y una capa de paño verde, que no se le caía de los hombros sino en lo que va de julio a septiembre. Tenía muy poco pelo, casi se puede decir ninguno; pero no usaba peluca. Para librar su cabeza de las corrientes frías de la iglesia, llevaba en el bolsillo un gorro negro, y se lo calaba al entrar. Era gran madrugador, y por la mañanita, con la fresca, se iba a Santa Cruz, luego a Santo Tomás y, por fin, a San Ginés. Después de oír varias misas en cada una de estas iglesias, calado el gorro hasta las orejas, y de echar un parrafito con beatos y sacristanes, iba de capilla en capilla rezando diferentes oraciones. Al despedirse, saludaba con la mano a las imágenes, como se saluda a un amigo que está en el balcón, y luego tomaba su agua bendita, fuera gorro, y a la calle.

En 1869, cuando demolieron la iglesia de Santa Cruz, Estupiñá pasó muy malos ratos. Ni el pájaro a quien destruyen su nido, ni el hombre a quien arrojan de la morada en que nació, ponen cara más afligida que la que él ponía viendo caer, entre nubes de polvo, los pedazos de cascote. Por aquello de ser hombre no lloraba. Barbarita, que se había criado a la sombra de la venerable torre, si no lloraba al ver tan sacrílego espectáculo, era porque estaba volada, y la ira no le permitía derramar lágrimas. Ni acertaba a explicarse por qué decía su marido que don Nicolás Rivero era una gran persona. Cuando el templo desapareció; cuando fué arrasado el suelo, y andando los años se edificó una casa en el sagrado solar, Estupiñá no se dió a partido. No era de estos caracteres acomodaticios que reconocen los hechos consumados. Para él la iglesia estaba siempre allí, y toda vez que mi hombre pasaba por el punto exacto que correspondía al lugar de la puerta, se persignaba y se quitaba el sombrero.

Era Plácido hermano de la Paz y Caridad, cofradía cuyo domicilio estuvo en la derribada parroquia. Iba, pues, a auxiliar a los reos de muerte en la capilla y a darles conversación en la hora tremenda, hablándoles de lo tonta que es esta vida, de lo bueno que es Dios y de lo ricamente que iban a estar en la gloria. ¡Qué sería de los pobrecitos reos si no tuvieran quien les diera un poco de jarabe de pico antes de entregar su cuello al verdugo!

A la diez de la mañana concluía Estupiñá, invariablemente, lo que podríamos llamar su jornada religiosa. Pasada aquella hora, desaparecía de su rostro rossiniano la seriedad tétrica que en la iglesia tenía, y volvía a ser el hombre afable, locuaz y ameno de las tertulias de tienda. Almorzaba en casa de Santa Cruz, o de Villuendas o de Arnáiz, y si Barbarita no tenía nada que mandarle, emprendía su tarea para *defender el garbanzo*, pues siempre hacía el papel de que trabajaba como un negro. Su afectada ocupación en tal época era el corretaje de dependientes, y fingía que los colocaba mediante un estipendio. Algo hacía, en verdad, mas era en gran parte pura farsa; y cuando le preguntaban si iban bien los negocios, respondía en el tono de comerciante ladino, que no quiere dejar clarear sus pingües ganancias: "Hombre, nos vamos defendiendo: no hay queja... Este mes he colocado lo menos treinta chicos..., como no hayan sido cuarenta..."

Vivía Plácido en la Cava de San Miguel. Su casa era una de las que forman el costado occidental de la plaza Mayor, y como el basamento de ellas está mucho más bajo que el suelo de la plaza, tienen una altura imponente y una es-

tribación formidable, a modo de fortaleza. El piso en que el tal vivía era cuarto por la plaza, y por la Cava séptimo. No existen en Madrid alturas mayores, y para vencer aquéllas era forzoso apechugar con ciento veinte escalones, *todos de piedra,* como decía Plácido con orgullo, no pudiendo ponderar otra cosa de su domicilio. El ser *todos de piedra*, desde la Cava hasta las buhardillas, da a las escaleras de aquellas casas un aspecto lúgubre y monumental, como de castillo de leyendas, y Estupiñá no podía olvidar esta circunstancia que le hacía interesante en cierto modo, pues no es lo mismo subir a su casa por una escalera como las de El Escorial, que subir por viles peldaños de palo, como cada hijo de vecino.

El orgullo de trepar por aquellas gastadas berroqueñas no excluía lo fatigoso del tránsito, por lo que mi amigo supo explotar sus buenas relaciones para abreviarlo. El dueño de una zapatería de la plaza, llamado Dámaso Trujillo, le permitía entrar por su tienda, cuyo rótulo era *Al Ramo de Azucenas*. Tenía puerta para la escalera de la Cava, y usando esta puerta, Plácido se ahorraba treinta escalones.

El domicilio del hablador era un misterio para todo el mundo, pues nadie había ido nunca a verle, por la sencilla razón que don Plácido no estaba en su casa sino cuando dormía. Jamás había tenido enfermedad que le impidiera salir durante el día. Era el hombre más sano del mundo. Pero la vejez no había de desmentirse, y un día de diciembre del 69 fué notada la falta del grande hombre en los círculos adonde solía ir. Pronto corrió la voz de que estaba malo, y cuantos le conocían sintieron vivísimo interés por él. Muchos dependientes de tiendas se lanzaron por aquellos escalones de piedra en busca de noticias del simpático enfermo, que padecía de un reuma agudo en la pierna derecha. Barbarita le mandó en seguida su médico, y no satisfecha con esto, ordenó a Juanito que fuese a visitarle, lo que el *Delfín* hizo de muy buen grado.

Y sale a relucir aquí la visita del *Delfín* al anciano servidor y amigo de su casa, porque si Juanito Santa Cruz no hubiera hecho aquella visita, esta historia no se habría escrito. Se hubiera escrito otra, eso sí, porque por doquiera que el hombre vaya lleva consigo su novela; pero ésta no.

IV

Juanito reconoció el número 11 en la puerta de una tienda de aves y huevos. Por allí se había de entrar, sin duda, pisando plumas y aplastando cascarones. Preguntó a dos mujeres que pelaban gallinas y pollos, y le contestaron, señalando una mampara, que aquélla era la entrada de la escalera del 11. Portal y tienda eran una misma cosa en aquel edificio característico del Madrid primitivo. Y entonces se explicó Juanito por qué llevaba muchos días Estupiñá, pegadas a las botas, plumas de diferentes aves. Las cogía al salir, como las había cogido él, por más cuidado que tuvo de evitar al paso los sitios en que había plumas y algo de sangre. Daba dolor ver las anatomías de aquellos pobres animales, que, apenas desplumados, eran suspendidos por la cabeza, conservando la cola como un sarcasmo de su mísero destino. A la izquierda de la entrada vió el *Delfín* cajones llenos de huevos, acopio de aquel comercio. La voracidad del hombre no tiene límites, y sacrifica a su apetito no sólo las presentes, sino las futuras generaciones gallináceas. A la derecha, en la prolongación de aquella cuadra lóbrega, un sicario manchado de sangre daba garrote a las aves. Retorcía los pescuezos con esa destreza y donaire que da el hábito, y apenas soltaba una víctima y la entregaba agonizante a las desplumadoras, cogía otra para hacerle la misma caricia. Jaulones enormes había por todas partes llenos de pollos y gallos, los cuales asomaban la cabeza roja por entre las cañas, sedientos y fatigados, para respirar un poco de aire, y aun allí los infelices presos se daban de picotazos por aquello de *si tú sacaste más el pico que yo..., si ahora me toca a mí sacar todo el pescuezo.*

Habiendo apreciado este espectáculo poco grato, el olor de corral que allí había y el ruido de alas, picotazos y cacareo de tanta víctima, Juanito la emprendió con los famosos peldaños de granito, negros ya y gastados. Efectivamente, parecía la subida a un castillo o prisión de Estado. El paramento era de

fabrica cubierta de yeso, y éste, de rayas e inscripciones soeces o tontas. Por la parte más próxima a la calle, fuertes rejas de hierro completaban el aspecto feudal del edificio. Al pasar junto a la puerta de una de las habitaciones del entresuelo, Juanito la vió abierta, y, lo que es natural, miró hacia dentro, pues todos los accidentes de aquel recinto despertaban en sumo grado su curiosidad. Pensó no ver nada y vió algo que, de pronto, le impresionó: una mujer bonita, joven, alta... Parecía estar en acecho, movida de una curiosidad semejante a la de Santa Cruz, deseando saber quién demonios subía a tales horas por aquella endiablada escalera. La moza tenía pañuelo azul claro por la cabeza y un mantón sobre los hombros, y en el momento de ver al *Delfín* se infló con él, quiero decir que hizo ese característico arqueo de brazos y alzamiento de hombros con que las madrileñas del pueblo se agazapan dentro del mantón, movimiento que les da cierta semejanza con una gallina que esponja su plumaje y se ahueca para volver luego a su volumen natural.

Juanito no pecaba de corto, y al ver a la chica, y al observar lo linda que era, y lo bien calzada que estaba, diéronle ganas de tomarse confianzas con ella.

—¿Vive aquí—le preguntó—el señor de Estupiñá?

—¿Don Plácido?... En lo *más último de arriba*—contestó la joven, dando algunos pasos hacia fuera.

Y Juanito pensó: "Tú sales para que te vea el pie. Buena bota..." Pensando esto, advirtió que la muchacha sacaba del mantón una mano con mitón encarnado y que se la llevaba a la boca. La confianza se desbordaba del pecho del joven Santa Cruz, y no pudo menos de decir:

—¿Qué come usted, criatura?

—¿No lo ve usted?—replicó, mostrándoselo—. Un huevo.

—¡Un huevo crudo!

Con mucho donaire, la muchacha se llevó a la boca, por segunda vez, el huevo roto, y se atizó otro sorbo.

—No sé cómo puede usted comer esas babas crudas—dijo Santa Cruz, no hallando mejor modo de trabar conversación.

—Mejor que guisadas. ¿Quiere usted?—replicó ella, ofreciendo al *Delfín* lo que en el cascarón quedaba.

Por entre los dedos de la chica se escurrían aquellas babas gelatinosas y transparentes. Tuvo tentaciones Juanito de aceptar la oferta; pero no: le repugnaban los huevos crudos.

—No, gracias.

Ella entonces se lo acabó de sorber, y arrojó el cascarón, que fué a estrellarse contra la pared del tramo inferior. Estaba limpiándose los dedos con el pañuelo, y Juanito discurriendo por dónde pegaría la hebra, cuando sonó abajo una voz terrible, que dijo:

—*¡Fortunaaá!*

Entonces la chica se inclinó en el pasamanos y soltó un *Yiá voy,* con chillido tan penetrante, que Juanito creyó se le desgarraba el tímpano. El *yiá,* principalmente, sonó como la vibración agudísima de una hoja de acero al deslizarse sobre otra. Y al soltar aquel sonido, digno canto de tal ave, la moza se arrojó con tanta presteza por las escaleras abajo, que parecía rodar por ellas. Juanito la vió desaparecer, oía el ruido de su ropa azotando los peldaños de piedra, y creyó que se mataba. Todo quedó, al fin, en silencio, y de nuevo emprendió el joven su ascensión penosa. En la escalera no volvió a encontrar a nadie, ni una mosca siquiera, ni oyó más ruido que el de sus propios pasos.

Cuando Estupiñá le vió entrar sintió tanta alegría, que a punto estuvo de ponerse bueno instantáneamente por la sola virtud del contento. No estaba el hablador en la cama, sino en un sillón, porque el lecho le hastiaba, y la mitad inferior de su cuerpo no se veía porque estaba liado, como las momias, y envuelto en mantas y trapos diferentes. Cubría su cabeza, orejas inclusive, el gorro negro de punto que usaba dentro de la iglesia. Más que los dolores reumáticos molestaba al enfermo el no tener con quién hablar, pues la mujer que le servía, una tal doña Brígida, patrona o ama de llaves, era muy displicente y de pocas palabras. No poseía Estupiñá ningún libro, pues no necesitaba de ellos para instruirse. Su biblioteca era la sociedad, y sus textos, las palabras calentitas de los vivos. Su ciencia era su fe religiosa, y ni para rezar necesitaba breviarios ni florilegios, pues todas las oraciones las sabía de memoria. Lo impre-

so era para él música, garabatos que no sirven de nada. Uno de los hombres que menos admiraba Plácido era Gutenberg. Pero el aburrimiento de su enfermedad le hizo desear la compañía de alguno de estos habladores mudos que llamamos libros. Busca por aquí, busca por allá, y no se encontraba cosa impresa. Por fin, en polvoriento arcón halló doña Brígida un mamotreto perteneciente a un exclaustrado que moró en la misma casa allá por el año 40. Abrióle Estupiñá con respeto, y ¿qué era? El tomo undécimo del *Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Lugo*. Apechugó, pues, con aquello, pues no había otra cosa. Y se lo atizó todo, de cabo a rabo, sin omitir letra, articulando correctamente las sílabas en voz baja, a estilo de rezo. Ningún tropiezo le detenía en su lectura, pues cuando le salía al encuentro un latín largo y oscuro, le metía el diente sin vacilar. Las pastorales, sinodales, bulas y demás entretenidas cosas que el libro traía fueron el único remedio de su soledad triste, y lo mejor del caso es que llegó a tomar el gusto a manjar tan desabrido, y algunos párrafos se los echaba al coleto dos veces, masticando las palabras con una sonrisa, que a cualquier observador mal enterado le habría hecho creer que el tomazo era de Paul de Kock.

—Es cosa muy buena—dijo Estupiñá, guardando el libro al ver que Juanito se reía.

Y estaba tan agradecido a la visita del *Delfín*, que no hacía más que mirarle, recreándose en su guapeza, en su juventud y elegancia. Si hubiera sido veinte veces hijo suyo, no le habría contemplado con más amor. Dábale palmadas en la rodilla, y le interrogaba prolijamente por todos los de la familia, desde Barbarita, que era el número uno, hasta el gato. El *Delfín*, después de satisfacer la curiosidad de su amigo, hízole a su vez preguntas acerca de la vecindad de aquella casa en que estaba.

—Buena gente—respondió Estupiñá—; sólo hay unos inquilinos que alborotan algo por las noches. La finca pertenece al señor de Moreno Isla, y puede que se la administre yo desde el año que viene. El lo desea; ya me habló de ello tu mamá, y he respondido que estoy a sus órdenes... Buena finca; con un cimiento de pedernal que es una gloria..., escalera de piedra, ya habrás visto; sólo que es un poquito larga. Cuando vuelvas, si quieres acortar treinta escalones, entras por el *Ramo de Azucenas*, la zapatería que está en la plaza. Tú conoces a Dámaso Trujillo. Y si no le conoces, con decir: "Voy a ver a Plácido", te dejará pasar.

Estupiñá siguió aún más de una semana sin salir de casa, y el *Delfín* iba todos los días a verle, ¡todos los días!, con lo que estaba mi hombre más contento que unas Pascuas; pero en vez de entrar por la zapatería, Juanito, a quien, sin duda, no cansaba la escalera, entraba siempre por el establecimiento de huevos de la Cava.

CAPITULO IV

PERDICIÓN Y SALVAMENTO DEL "DELFÍN"

I

Pasados algunos días, y cuando ya Estupiñá andaba por ahí restablecido, aunque algo cojo, Barbarita empezó a notar en su hijo inclinaciones nuevas y algunas mañas que le desagradaron. Observó que el *Delfín*, cuya edad se aproximaba a los veinticinco años, tenía horas de infantil alegría y días de tristeza y recogimiento sombríos. Y no pararon aquí las novedades. La perspicacia de la madre creyó descubrir un notable cambio en las costumbres y en las compañías del joven fuera de casa, y lo descubrió con datos observados en ciertas inflexiones muy particulares de su voz y lenguaje. Daba a la *elle* el tono arrastrado que la gente baja da a la *y* consonante, y se le habían pegado modismos pintorescos y expresiones groseras que a la mamá no le hacían maldita gracia. Habría dado cualquier cosa por poder seguirle de noche y ver con qué casta de gente se juntaba. Que ésta no era fina, a la legua se conocía.

Y lo que Barbarita no dudaba en calificar de encanallamiento, empezó a manifestarse en el vestido. El *Delfín* se encajó una capa de esclavina corta con mucho ribete, mucha trencilla y pasamanería. Poníase por las noches el sombrerito pavero, que, a la verdad, le caía muy bien, y se peinaba con los mechones ahuecados sobre las sienes. Un día se

presentó en la casa un sastre con facha de sacristán, que era de los que hacen ropa ajustada para toreros, chulos y matachines; pero doña Bárbara no le dejó sacar la cinta de medir, y poco faltó para que el pobre hombre fuera rodando por las escaleras.

—¿Es posible—dijo a su niño, sin disimular la ira—que se te antoje también ponerte esos pantalones ajustados, con los cuales las piernas de los hombres parecen zancas de cigüeña?

Y una vez roto el fuego, rompió la señora en acusaciones contra su hijo por aquellas maneras nuevas de hablar y de vestir. El se reía, buscando medios de eludir la cuestión; pero la inflexible mamá le cortaba la retirada con preguntas contundentes. ¿Adónde iba por las noches? ¿Quiénes eran sus amigos? Respondía él que los de siempre, lo cual no era verdad, pues salvo Villalonga, que salía con él muy puesto también de capita corta y pavero, los antiguos condiscípulos no aportaban ya por la casa. Y Barbarita citaba a Zalamero, a Pez, al chico de Tellería. ¿Cómo no hacer comparaciones? Zalamero, a los veintisiete años, era ya diputado y subsecretario de Gobernación, y se decía que Rivero quería dar a Joaquinito Pez un Gobierno de provincia. Gustavito hacía cada artículo de crítica y cada estudio sobre los orígenes de tal o cual cosa, que era una bendición, y en tanto él y Villalonga, ¿en que pasan el tiempo? ¿En qué? En adquirir hábitos ordinarios y en tratarse con zánganos de coleta. A mayor abundamiento, en aquella época del 70 se le desarrolló de tal modo al *Delfín* la afición a los toros, que no perdía corrida, ni dejaba de ir al apartado ningún día, y a veces se plantaba en la dehesa. Doña Bárbara vivía en la mayor intranquilidad, y cuando alguien le contaba que había visto a su ídolo en compañía de un individuo del arte del cuerno, se subía a la parra y...

—Mira, Juan, creo que tú y yo vamos a perder las amistades. Como me traigas a casa a uno de esos tagarotes de calzón ajustado, chaqueta corta y botita de caña clara, te pego; sí, hago lo que no he hecho nunca: cojo una escoba y ambos salís de aquí pitando...

Estos furores solían concluir con risas, besos, promesas de enmienda y reconciliaciones cariñosas, porque Juanito se pintaba solo para desenojar a su mamá.

Como supiera un día la dama que su hijo frecuentaba los barrios de Puerta Cerrada, calle de Cuchilleros y Cava de San Miguel, encargó a Estupiñá que vigilase, y éste lo hizo con muy buena voluntad, llevándole cuentos, dichos en voz baja y melodramática:

—Anoche cenó en la pastelería del sobrino de Botín, en la calle de Cuchilleros... ¿Sabe la señora? También estaba el señor de Villalonga y otro que no conozco, un tipo así... ¿Cómo diré? De estos de sombrero redondo y capa con esclavina ribeteada... Lo mismo puede pasar por un *randa* que por un señorito disfrazado.

—¿Mujeres...?—preguntó con ansiedad Barbarita.

—Dos, señora, dos—dijo Plácido, corroborando con igual número de dedos muy estirados lo que la voz denunciaba—. No les pude ver las estampas. Eran de estas de mantón pardo, delantal azul, buena bota y pañuelo a la cabeza... En fin, un par de reses muy bravas.

A la semana siguiente, otra delación:

—Señora, señora...

—¿Qué?

—Ayer y anteayer entró el niño en una tienda de la Concepción Jerónima, donde venden filigranas y corales de los que usan las amas de cría...

—¿Y qué?

—Que pasa allí largas horas de la tarde y de la noche. Lo sé por Pepe Vallejo, el de la cordelería de enfrente, a quien he encargado que esté con mucho ojo.

—¿Tienda de filigranas y de corales?

—Sí, señora; una de estas platerías de puntapié, que todo lo que tienen no vale seis duros. No la conozco; se ha puesto hace poco; pero yo me enteraré. Aspecto de pobreza. Se entra por una puerta vidriera que también es entrada del portal, y en el vidrio han puesto un letrero que dice: *Especialidad en regalos para amas*... Antes estaba allí un relojero llamado Bravo, que murió de miserere.

De pronto los cuentos de Estupiñá cesaron. A Barbarita todo se le volvía preguntar y más preguntar, y el dichoso hablador no sabía nada. Y cuidado que tenía mérito la discreción de aquel hom-

bre, porque era el mayor de los sacrificios; para él equivalía a cortarse la lengua el tener que decir: "No sé nada, absolutamente nada." A veces parecía que sus insignificantes e inseguras revelaciones querían ocultar la verdad antes que esclarecerla.

—Pues nada, señora: he visto a Juanito en un simón, solo, por la Puerta del Sol..., digo..., por la plaza del Angel... Iba con Villalonga... Se reían mucho los dos... de algo que les hacía gracia...

Y todas las denuncias eran como éstas: bobadas, subterfugios, evasivas... Una de dos...: o Estupiñá no sabía nada, o si sabía, no quería decirlo por no disgustar a la señora.

Diez meses pasaron de esta manera, Barbarita interrogando a Estupiñá, y éste no queriendo o no teniendo qué responder, hasta que allá por mayo del 70 Juanito empezó a abandonar aquellos mismos hábitos groseros que tanto disgustaban a su madre. Esta, que lo observaba atentísimamente, notó los síntomas del lento y feliz cambio en multitud de accidentes de la vida del joven. Cuánto se regocijaba la señora con esto, no hay para qué decirlo. Y aunque todo ello era inexplicable, llegó un momento en que Barbarita dejó de ser curiosa, y no le importaba nada ignorar los desvaríos de su hijo con tal que se reformase. Lentamente, pues, recobraba el *Delfín* su personalidad normal. Después de una noche que entró tarde y muy sofocado, y tuvo cefalalgia y vómitos, la mudanza pareció más acentuada. La mamá entreveía en aquella ignorada página de la existencia de su heredero amores un tanto libertinos, orgías de mal gusto, bromas y riñas quizá; pero todo lo perdonaba, todo, todito, con tal que aquel trastorno pasase, como pasan las indispensables crisis de las edades.

—Es un sarampión de que no se libra ningún muchacho de estos tiempos —decía—. Ya sale el mío de él, y Dios quiera que salga en bien.

Notó también que el *Delfín* se preocupaba mucho de ciertos recados o esquelitas que a la casa traían para él, mostrándose más bien temeroso de recibirlos que deseoso de ellos. A menudo daba a los criados orden de que le negaran y de que no se admitiera carta ni recado. Estaba algo inquieto, y su mamá se dijo, gozosa:

—Persecución tenemos; pero él parece querer cortar toda clase de comunicaciones. Esto va bien.

Hablando de esto con su marido, don Baldomero, en quien lo progresista no quitaba lo autoritario (emblema de los tiempos), propuso un plan defensivo, que mereció la aprobación de ella.

—Mira, hija: lo mejor es que yo hable hoy mismo con el gobernador, que es amigo nuestro. Nos mandará acá una pareja de Orden público, y en cuanto llegue hombre o mujer de malas trazas con papel o recadito, me lo trincan, y al Saladero de cabeza.

Mejor que este plan era el que se le había ocurrido a la señora. Tenían tomada casa en Plencia para pasar la temporada de verano, fijando la fecha de la marcha para el 8 ó el 10 de julio. Pero Barbarita, con aquella seguridad del talento superior que en un punto inicia y ejecuta las resoluciones salvadoras, se encaró con Juanito, y de buenas a primeras le dijo:

—Mañana mismo nos vamos a Plencia.

Y al decirlo se fijó bien en la cara que puso. Lo primero que expresó el *Delfín* fué alegría. Después se quedó pensativo.

—Pero deme usted dos o tres días. Tengo que arreglar varios asuntos.

—¿Qué asuntos tienes tú, hijo? Música, música. Y en caso de que tengas alguno, créeme: vale más que lo dejes como está.

Dicho y hecho. Padres e hijo salieron para el Norte el día de San Pedro. Barbarita iba muy contenta, juzgándose ya vencedora, y se decía por el camino: "Ahora le voy a poner a mi pollo una calza para que no se me escape más."

Instaláronse en su residencia de verano, que era como un palacio, y no hay palabras con que ponderar lo contentos y saludables que todos estaban. El *Delfín*, que fué desmejoradillo, no tardó en reponerse, recobrando su buen color, su palabra jovial y la plenitud de sus carnes. La mamá se la tenía guardada. Esperaba ocasión propicia, y en cuanto ésta llegó supo acometer la empresa aquella de la calza, como persona lista y conocedora de las mañas del ave que era preciso aprisionar. Dios la ayudaba sin duda, porque el pollo no parecía muy dispuesto a la resistencia.

—Pues sí—dijo ella, después de una conversación preparada con gracia—. Es

preciso que te cases. Ya te tengo la mujer buscada. Eres un chiquillo, y a ti hay que dártelo todo hecho. ¡Qué será de ti el día en que yo te falte! Por eso quiero dejarte en buenas manos... No te rías, no; es la verdad, yo tengo que cuidar de todo, lo mismo de pegarte el botón que se te ha caído que de elegirte la que ha de ser compañera de toda tu vida, la que te ha de mimar cuando yo me muera. ¿A ti te cabe en la cabeza que pueda yo proponerte nada que no te convenga?... No. Pues a callar, y pon tu porvenir en mis manos. No sé qué instinto tenemos las madres, algunas quiero decir. En ciertos casos no nos equivocamos; somos infalibles como el Papa.

La esposa que Barbarita proponía a su hijo era Jacinta, su prima, la tercera de las hijas de Gumersindo Arnáiz. Y ¡qué casualidad! Al día siguiente de la conferencia citada llegaban a Plencia y se instalaban en una casita modesta Gumersindo e Isabel Cordero con toda su caterva menuda. Candelaria no salía de Madrid, y Benigna había ido a Laredo.

Juan no dijo que sí ni que no. Limitóse a responder por fórmula que lo pensaría; pero una voz de su alma le declaraba que aquella gran mujer y madre tenía tratos con el Espíritu Santo, y que su proyecto era un verdadero caso de infalibilidad.

II

Porque Jacinta era una chica de prendas excelentes, modestita, delicada, cariñosa y, además, muy bonita. Sus lindos ojos estaban ya declarando la sazón del alma o el punto en que tocan a enamorarse y enamorar. Barbarita quería mucho a todas sus sobrinas; pero a Jacinta la adoraba: teníala casi siempre consigo y derramaba sobre ella mil atenciones y miramientos, sin que nadie, ni aun la propia madre de Jacinta, pudiera sospechar que la criaba para nuera. Toda la parentela suponía que los señores de Santa Cruz tenían puestas sus miras en alguna de las chicas de Casa-Muñoz, de Casa-Trujillo o de otra familia rica y titulada. Pero Barbarita no pensaba en tal cosa. Cuando reveló sus planes a don Baldomero, éste sintió regocijo, pues también a él se le había ocurrido lo mismo.

Ya dije que el *Delfín* prometió pensarlo; mas esto significaba sin duda la necesidad que todos sentimos de no aparecer sin voluntad propia en los casos graves; en otros términos: su amor propio, que le gobernaba más que la conciencia, le exigía, ya que no una elección libre, el simulacro de ella. Por eso Juanito no sólo decía, sino que hacía como que pensaba, yéndose a pasear solo por aquellos peñascales, y se engañaba a sí mismo diciéndose: "¡Qué pensativo estoy!" Porque estas cosas son muy serias, ¡vaya!, y hay que revolverlas mucho en el magín. Lo que hacía el muy farsante era saborear de antemano lo que se le aproximaba y ver de qué manera decía a su madre con el aire más grave y filosófico del mundo:

—Mamá: he meditado profundísimamente sobre ese problema, pesando con escrúpulo las ventajas y los inconvenientes, y la verdad, aunque el caso tiene sus más y sus menos, aquí me tiene usted dispuesto a complacerla.

Todo esto era comedia y querer echárselas de hombre reflexivo. Su madre había recobrado sobre él aquel ascendiente omnímodo que tuvo antes de las trapisondas que apuntadas quedan, y como el hijo pródigo a quien los reveses hacen ver cuánto le daña el obrar y pensar por cuenta propia, descansaba de sus funestas aventuras pensando y obrando con la cabeza y la voluntad de su madre.

Lo peor del caso era que nunca le había pasado por las mientes casarse con Jacinta, a quien siempre miró más como hermana que como prima. Siendo ambos de muy corta edad (ella tenía un año y meses menos que él) habían dormido juntos y habían derramado lágrimas y acusádose mutuamente por haber secuestrado él las muñecas de ella, y haber ella arrojado a la lumbre, para que se derritieran, los soldaditos de él. Juan la hacía rabiar descomponiéndole la casa de muñecas, ¡anda!, y Jacinta se vengaba arrojando en un barreño de agua los caballos de Juan para que se ahogaran..., ¡anda! Por un rey mago, negro por más señas, hubo unos dramas que acabaron en leña por partida doble, es decir, que Barbarita azotaba alternadamente uno y otro par de nalgas como el que toca timbales: y todo porque Jacinta le había cortado la

cola de camello del rey negro; cola de cerda, no vayan a creer... "Envidiosa." "Acusón."... Ya tenían ambos la edad en que un misterioso respeto les prohibía darse besos, y se trataban con vivo cariño fraternal. Jacinta iba todos los martes y viernes a pasar el día entero en casa de Barbarita, y ésta no tenía inconveniente en dejar solos largos ratos a su hijo y a su sobrina; porque si cada cual en sí tenía el desarrollo moral que era propio de sus veinte años, uno frente a otro continuaban en la *edad del pavo*, muy lejos de sospechar que su destino los aproximaría cuando menos lo pensasen.

El paso de esta situación fraternal a la de amantes no le parecía al joven Santa Cruz cosa fácil. El, que tan atrevido era lejos del hogar paterno, sentíase acobardado delante de aquella flor criada en su propia casa, y tenía por imposible que las cunitas de ambos, reunidas, se convirtieran en tálamo. Mas para todo hay remedio menos para la muerte, y Juanito vió con asombro, a poco de intentar la metamorfosis, que las dificultades se desleían como la sal en el agua; que lo que a él le parecía montaña era como la palma de la mano, y que el tránsito de la fraternidad al enamoramiento se hacía *como una seda*. La primita, haciéndose también la sorprendida en los primeros momentos y aun la vergonzosa, dijo también que aquello debía pensarse. Hay motivos para creer que Barbarita se lo había hecho pensar ya. Sea lo que quiera, ello es que a los cuatro días de romperse el hielo ya no había que enseñarles nada de noviazgo. Creeríase que no habían hecho en su vida otra cosa más que estar picoteando todo el santo día. El país y el ambiente eran propicios a esta vida nueva. Rocas formidables, olas, playa con caracolitos, praderas verdes, setos, callejas llenas de arbustos, helechos y líquenes; veredas cuyo término no se sabía, caseríos rústicos que al caer de la tarde despedían de sus abollados techos humaredas azules, celajes tristes, rayos de sol dorando la arena, velas de pescadores cruzando la inmensidad del mar, ya azul, ya verdoso, terso un día, otro aborregado; un vapor en el horizonte tiznando el cielo con su humo, un aguacero en la montaña y otros accidentes de aquel admirable fondo poético, favorecían a los amantes, dándoles a cada momento un ejemplo nuevo para aquella gran ley de la Naturaleza que estaban cumpliendo.

Jacinta era de estatura mediana, con más gracia que belleza, lo que se llama en lenguaje corriente una mujer *mona*. Su tez finísima y sus ojos que despedían alegría y sentimiento componían un rostro sumamente agradable. Y hablando, sus atractivos eran mayores que cuando estaba callada, a causa de la movilidad de su rostro y de la expresión variadísima que sabía poner en él. La estrechez relativa en que vivía la numerosa familia de Arnaiz no le permitía variar sus galas; pero sabía triunfar del amaneramiento con el arte, y cualquier perifollo anunciaba en ella una mujer que, si lo quería, estaba llamada a ser elegantísima. Luego veremos. Por su talle delicado y su figura y cara porcelanescas, revelaba ser una de esas hermosuras a quienes la Naturaleza concede poco tiempo de esplendor, y que se ajan pronto, en cuanto les toca la primera pena de la vida o la maternidad.

Barbarita, que la había criado, conocía bien sus notables prendas morales, los tesoros de su corazón amante, que pagaba siempre con creces el cariño que se le tenía, y por todo esto se enorgullecía de su elección. Hasta ciertas tenacidades de carácter que en la niñez eran un defecto, agradábanle cuando Jacinta fué mujer, porque no es bueno que las hembras sean todas miel, y conviene que guarden una reserva de energía para ciertas ocasiones difíciles.

La noticia del matrimonio de Juanito cayó en la familia de Arnáiz como una bomba que revienta y esparce, no desastres y muertes, sino esperanza y dichas. Porque hay que tener en cuenta que el *Delfín*, por su fortuna, por sus prendas, por su talento, era considerado como un ser bajado del cielo. Gumersindo Arnaiz no sabía lo que le pasaba; lo estaba viendo y aún le parecía mentira; y siendo el amartelamiento de los novios bastante empalagoso, a él le parecía que todavía se quedaban cortos y que debían entortolarse mucho más. Isabel era tan feliz que, de vuelta ya en Madrid, decía que le iba a dar algo, y que seguramente su empobrecida naturaleza no podría soportar tanta felicidad. Aquel matrimonio había sido la ilusión de su vida durante los últimos años, ilusión

que por lo muy hermosa no encajaba en la realidad. No se había atrevido nunca a hablar de esto a su cuñada, por temor de parecer excesivamente ambiciosa y atrevida.

Faltábale tiempo a la buena señora para dar parte a sus amigos del feliz suceso; no sabía hablar de otra cosa, y aunque desmadejada ya y sin fuerzas a causa del trabajo y de los alumbramientos, cobraba nuevos bríos para entregarse con delirante actividad a los preparativos de la boda, al equipo y demás cosas. ¡Qué proyectos hacía, qué cosas inventaba, qué previsión la suya! Pero en medio de su inmensa tarea no cesaba de tener corazonadas pesimistas, y exclamaba con tristeza:

—¡Si me parece mentira!... ¡Si yo no he de verlo!...

Y este presentimiento, por ser de cosa mala, vino a cumplirse al cabo, porque la alegría inquieta fué como una combustión oculta que devoró la poca vida que allí quedaba. Una mañana de los últimos días de diciembre, Isabel Cordero, hallándose en el comedor de su casa, cayó redonda al suelo como herida de un rayo. Acometida de violentísimo ataque cerebral, falleció aquella misma noche, rodeada de su marido y de sus consternados y amantes hijos. No recobró el conocimiento después del ataque, no dijo esta boca es mía, ni se quejó. Su muerte fué de esas que vulgarmente se comparan a la de *un pajarito*. Decían los vecinos y amigos que había *reventado de gusto*. Aquella gran mujer heroína y mártir del deber, autora de diecisiete españoles, se embriagó de felicidad sólo con el olor de ella y sucumbió a su primera embriaguez. En su muerte la perseguían las fechas célebres, como la habían perseguido en sus partos, cual si la Historia la rondara deseando tener algo que ver con ella Isabel Cordero y don Juan Prim expiraron con pocas horas de diferencia.

CAPITULO V

VIAJES DE NOVIOS

I

La boda se verificó en mayo del 71. Dijo don Baldomero, con muy buen juicio, que pues era costumbre que se largaran los novios, acabadita de recibir la bendición, a correrla por esos mundos, no comprendía fuese de rigor el paseo por Francia o por Italia, habiendo en España tantos lugares dignos de ser vistos. El y Barbarita no habían ido ni siquiera a Chamberí, porque en su tiempo los novios se quedaban donde estaban, y el único español que se permitía viajar era el duque de Osuna, don Pedro. ¡Qué diferencia de tiempos!... Y ahora, hasta Periquillo Redondo, el que tiene el bazar de corbatas al aire libre en la esquina de la Casa de Correos, había hecho su viajecito a París... Juanito se manifestó enteramente conforme con su papá, y recibida la bendición nupcial, verificado el almuerzo en familia sin aparato alguno, a causa del luto, sin ninguna cosa notable como no fuera un conato de brindis de Estupiñá, cuya boca tapó Barbarita a la primera palabra; dadas las despedidas, con sus lágrimas y besuqueos correspondientes, marido y mujer se fueron a la estación. La primera etapa de su viaje fué Burgos, adonde llegaron a las tres de la mañana, felices y locuaces, riéndose de todo, del frío y de la oscuridad. En el alma de Jacinta, no obstante, las alegrías no excluían un cierto miedo, que a veces era terror. El ruido del ómnibus sobre el desigual piso de las calles, la subida a la fonda por angosta escalera, el aposento y sus muebles de mal gusto, mezcla de desechos de ciudad y de lujos de aldea, aumentaron aquel frío invencible y aquella pavorosa expectación que la hacían estremecer. ¡Y tantísimo como quería a su marido!... ¿Cómo compaginar dos deseos tan diferentes: que su marido se apartase de ella y que estuviese cerca? Porque la idea de que se pudiera ir, dejándola sola, era como la muerte, y la de que se acercaba y la cogía en brazos con apasionado atrevimiento, también la ponía temblorosa y asustada. Habría deseado que no se apartara de ella, pero que se estuviera quietecito.

Al día siguiente, cuando fueron a la catedral, ya bastante tarde, sabía Jacinta una porción de expresiones cariñosas y de íntima confianza de amor que hasta entonces no había pronunciado nunca, como no fuera en la vaguedad discreta del pensamiento que recela descubrirse a sí mismo. No le causaba vergüen-

za el decirle al otro que le idolatraba, así, así, clarito..., al pan pan y al vino vino..., ni preguntarle a cada momento si era verdad que él también estaba hecho un idólatra y que lo estaría hasta el día del Juicio final. Y a la tal preguntita, que había venido a ser tan frecuente como el pestañear, el que estaba de turno contestaba *Chí,* dando a esta sílaba un tonillo de pronunciación infantil. El *chí* se lo había enseñado Juanito aquella noche, lo mismo que el decir, también en estilo mimoso, *¿Me quieles?* y otras tonterías y chiquilladas empalagosas, dichas de la manera más grave del mundo. En la misma catedral, cuando les quitaba la vista de encima el sacristán que les enseñaba alguna capilla o preciosidad reservada, los esposos aprovechaban aquel momento para darse besos a escape y a hurtadillas, frente a la santidad de los altares consagrados o detrás de la estatua yacente de un sepulcro. Es que Juanito era un pillín y un goloso y un atrevido. A Jacinta le causaban miedo aquellas profanaciones; pero las consentía y toleraba, poniendo su pensamiento en Dios y confiando en que Este, al verlas, volvería la cabeza con aquella indulgencia propia del que es fuente de todo amor.

Todo era para ellos motivo de felicidad. Contemplar una maravilla del arte los entusiasmaba, y de puro entusiasmo se reían, lo mismo que de cualquier contrariedad. Si la comida era mala, risas; si el coche que los llevaba a la Cartuja iba danzando en los baches del camino, risas; si el sacristán de las Huelgas les contaba mil papas, diciendo que la señora abadesa se ponía mitra y gobernaba a los curas, risas. Y a más de esto, todo cuanto Jacinta decía, aunque fuera la cosa más seria del mundo, le hacía a Juanito una gracia extraordinaria. Por cualquier tontería que éste dijese, su mujer soltaba la carcajada. Las crudezas de estilo popular y aflamencado que Santa Cruz decía alguna vez, divertíanla más que nada y las repetía tratando de fijarlas en su memoria. Cuando no son muy groseras, estas fórmulas de hablar hacen gracia, como caricaturas que son del lenguaje.

El tiempo se pasa sin sentir para los que están en éxtasis y para los enamorados. Ni Jacinta ni su esposo apreciaban bien el curso de las fugaces horas. Ella, principalmente, tenía que pensar un poco para averiguar si tal día era el tercero o el cuarto de tan feliz existencia. Pero aunque no sepa apreciar bien la sucesión de los días, el amor aspira a dominar en el tiempo como en todo, y cuando se siente victorioso en lo presente, anhela hacerse dueño de lo pasado, indagando los sucesos para ver si le son favorables, ya que no puede destruirlos y hacerlos mentira. Fuerte en la conciencia de su triunfo presente, Jacinta empezó a sentir el desconsuelo de no someter también el pasado de su marido, haciéndose dueña de cuanto éste había sentido y pensado antes de casarse. Como de aquella acción pretérita sólo tenía leves indicios, despertáronse en ella curiosidades que la inquietaban. Con los mutuos cariños crecía la confianza, que empieza por ser inocente y va adquiriendo poco a poco la libertad de indagar y el valor de las revelaciones. Santa Cruz no estaba en el caso de que le mortificara la curiosidad, porque Jacinta era la pureza misma. Ni siquiera había tenido un novio de estos que no hacen más que mirar y poner la cara afligida. Ella sí que tenía campo vastísimo en que ejercer su espíritu crítico. Manos a la obra. No debe haber secretos entre los esposos. Esta es la primera ley que promulga la curiosidad antes de ponerse a oficiar de inquisidora.

Porque Jacinta hiciese la primera pregunta llamando a su marido *nene* (como él la había enseñado), no dejó éste de sentirse un tanto molesto. Iban por las alamedas de chopos que hay en Burgos, rectas e inacabables, como senderos de pesadilla. La respuesta fué cariñosa, pero evasiva. Si lo que la *nena* anhelaba saber era un devaneo, una tontería..., cosas de muchachos. La educación del hombre de nuestros días no puede ser completa si éste no trata con toda clase de gente, si no echa un vistazo a todas las situaciones posibles de la vida, si no toma el tiento a las pasiones todas. Puro estudio y educación pura... No se trataba de amor, porque lo que es amor, bien podía decirlo, él no lo había sentido nunca hasta que le hizo tilín la que ya era su mujer.

Jacinta creía esto; pero la fe es una cosa y la curiosidad otra. No dudaba ni tanto así del amor de su marido; pero quería saber, sí, señor, quería enterarse

de ciertas aventurillas. Entre esposos debe haber siempre la mayor confianza, ¿no es eso? En cuanto hay secretos, adiós paz del matrimonio. Pues bueno; ella quería leer de cabo a rabo ciertas paginitas de la vida de su esposo antes de casarse. ¡Como que estas historias ayudan bastante a la educación matrimonial! Sabiéndolas de memoria, las mujeres viven más avisadas, y a poquito que los maridos se deslicen..., ¡tras!, ya están cogidos.

—Que me tienes que contar todito... Si no, no te dejo vivir.

Esto fué dicho en el tren, que corría y silbaba por las angosturas de Pancorbo. En el paisaje veía Juanito una imagen de su conciencia. La vía que lo traspasaba, descubriendo las sombrías revueltas, era la indagación inteligente de Jacinta. El muy tuno se reía, prometiendo, eso sí, contar luego; pero la verdad era que no contaba nada de sustancia.

—¡Sí, porque me engañas tú a mí!... A buena parte vienes... Sé más de lo que te crees. Yo me acuerdo bien de algunas cosas que vi y oí. Tu mamá estaba muy disgustada, porque te nos habías hecho muy chu... la... pito; eso es.

El marido continuaba encerrado en su prudencia; mas no por eso se enfadaba Jacinta. Bien le decía su sagacidad femenil que la obstinación impertinente produce efectos contrarios a los que pretende. Otra habría puesto en aquel caso unos morritos muy serios; ella, no, porque fundaba su éxito en la perseverancia combinada con el cariño capcioso y diplomático. Entrando en un túnel de la Rioja, dijo así:

—¿Apostamos a que sin decirme tú una palabra lo averiguo todo?

Y a la salida del túnel, el enamorado esposo, después de estrujarla con un abrazo algo teatral y de haber mezclado el restallido de sus besos al mugir de la máquina humeante, gritaba:

—¿Qué puedo yo ocultar a esta mona golosa?... Te como; mira que te como. ¡Curiosona, fisgona, feúcha! ¿Tú quieres saber? Pues te lo voy a contar, para que me quieras más.

—¿Más? ¡Qué gracia! Eso sí que es difícil.

—Espérate a que lleguemos a Zaragoza.

—No, ahora.

—¿Ahora mismo?

—*Chi.*

—No..., en Zaragoza. Mira que es historia larga y fastidiosa.

—Mejor... Cuéntala, y luego veremos.

—Te vas a reír de mí... Pues, señor..., allá por diciembre del año pasado..., no, del otro... ¿Ves?, ya te estás riendo.

—Que no me río, que estoy más seria que el Papamoscas.

—Pues, bueno, allá voy... Como te iba diciendo, conocí a una mujer... Cosas de muchachos. Pero déjame que empiece por el principio. Erase una vez... un caballero anciano muy parecido a una cotorra y llamado Estupiñá, el cual cayó enfermo, y..., cosa natural, sus amigos fueron a verle..., y uno de estos amigos, al subir la escalera de piedra, encontró una mujer que se estaba comiendo un huevo crudo... ¿Qué tal?...

II

—Un huevo crudo..., ¡qué asco!—exclamó Jacinta, escupiendo una salivita—. ¿Qué se puede esperar de quien se enamora de una mujer que come huevos crudos?...

—Hablando aquí con imparcialidad, te diré que era guapa. ¿Te enfadas?

—¡Qué me voy a enfadar, hombre! Sigue... Se comía el huevo, y te ofrecía, y tú participaste...

—No, aquel día no hubo nada. Volví al siguiente y me la encontré otra vez.

—Vamos, que le caíste en gracia y te estaba esperando.

No quería el *Delfín* ser muy explícito, y contaba a grandes rasgos, suavizando asperezas y pasando como sobre ascuas por los pasajes de peligro. Pero Jacinta tenía un arte instintivo para el manejo del gancho, y sacaba siempre algo de lo que quería saber. Allí salió a relucir parte de lo que Barbarita inútilmente intentó averiguar... ¿Quién era la del huevo?... Pues una chica huérfana que vivía con su tía, la cual era huevera y pollera en la Cava de San Miguel. ¡Ah! ¡Segunda Izquierdo!..., por otro nombre la *Melaera*, ¡qué basilisco!..., ¡qué lengua...!, ¡qué rapacidad!... Era viuda, y estaba liada, así se dice, con un picador.

—Pero basta de digresiones. La segunda vez que entré en la casa me la en-

contré sentada en uno de aquellos peldaños de granito, llorando.

—¿A la tía?

—No, mujer, a la sobrina. La tía le acababa de echar los tiempos, y aún se oían abajo los resoplidos de la fiera... Consolé a la pobre chica con cuatro palabrillas y me senté a su lado en el escalón.

—¡Qué poca vergüenza!

—Empezamos a hablar. No subía ni bajaba nadie. La chica era confianzuda, inocentona, de estas que dicen todo lo que sienten, así lo bueno como lo malo. Sigamos. Pues, señor..., al tercer día me la encontré en la calle. Desde lejos noté que se sonreía al verme. Hablamos cuatro palabras nada más; y volví y me colé en la casa; y me hice amigo de la tía y hablamos; y una tarde salió el picador de entre un montón de banastas donde estaba durmiendo la siesta, todo lleno de plumas, y llegándose a mí me echó la zarpa, quiero decir, que me dió la manaza, y yo se la tomé, y me convidó a unas copas, y acepté y bebimos. No tardamos Villalonga y yo en hacernos amigos de los amigos de aquella gente... No te rías... Te aseguro que Villalonga me arrastraba a aquella vida, porque se encaprichó por otra chica del barrio, como yo por la sobrina de Segunda.

—Y ¿cuál era más guapa?

—¡La mía!—replicó prontamente el *Delfín*, dejando entrever la fuerza de su amor propio—. La mía..., un animalito muy mono, una salvaje que no sabía leer ni escribir. Figúrate, ¡qué educación! ¡Pobre pueblo! Y luego hablamos de sus pasiones brutales, cuando nosotros tenemos la culpa... Estas cosas hay que verlas de cerca... Sí, hija mía, hay que poner la mano sobre el corazón del pueblo, que es sano..., sí, pero a veces sus latidos no son latidos, sino patadas... ¡Aquella infeliz chica...! Como te digo, un animal; pero buen corazón, buen corazón... ¡Pobre *nena*!

Al oír esta expresión de cariño, dicha por el *Delfín* tan espontáneamente, Jacinta arrugó el ceño. Ella había heredado la aplicación de la palabreja, que ya le disgustaba por ser como desecho de una pasión anterior, un vestido o alhaja ensuciados por el uso; y expresó su disgusto dándole al pícaro de Juanito una bofetada, que para ser de mujer y en broma resonó bastante.

—¿Ves? Ya estás enfadada. Y sin motivo. Te cuento las cosas como pasaron... Basta ya, basta de cuentos.

—No, no. No me enfado. Sigue, o te pego otra.

—No me da la gana... Si lo que yo quiero es borrar un pasado que considero infamante; si no quiero tener ni memoria de él... Es un episodio que tiene sus lados ridículos y sus lados vergonzosos. Los pocos años disculpan ciertas demencias, cuando de ellas se saca el honor puro y el corazón sano. ¿Para qué me obligas a repetir lo que quiero olvidar, si sólo con recordarlo paréceme que no merezco este bien que hoy poseo, tú, niña mía?

—Estás perdonado—dijo la esposa, arreglándose el cabello, que Santa Cruz le había descompuesto al acentuar de un modo material aquellas expresiones tan sabias como apasionadas—. No soy impertinente, no exijo imposibles. Bien conozco que los hombres la han de correr antes de casarse. Te prevengo que seré muy celosa si me das motivo para serlo; pero celos restrospectivos no tendré nunca.

Esto sería todo lo razonable y discreto que se quiera suponer; pero la curiosidad no disminuía, antes bien aumentaba. Revivió con fuerza en Zaragoza, después que los esposos oyeron misa en el Pilar y visitaron la Seo.

—Si me quisieras contar algo más de aquello...—indicó Jacinta, cuando vagaban por las solitarias y románticas calles que se extienden detrás de la catedral.

Santa Cruz puso mala cara.

—¡Pero qué tontín! Si lo quiero saber para reírme, nada más que para reírme. ¿Qué creías tú, que me iba a enfadar?... ¡Ay, qué bonito!... No, es que me hacen gracia tus calaveradas. Tienen un *chic*. Anoche pensé en ellas, y aun soñé un poquito con la del huevo crudo y la tía y el mamarracho del tío. No, si no me enojaba; me reía, créelo, me divertía viéndote entre esa aristocracia, hecho un caballero, una persona decente, vamos, con el pelito sobre la oreja. Ahora te voy a anticipar la continuación de la historia. Pues, señor..., le hiciste el amor por lo fino, y ella lo admitió por lo basto. La sacaste de la casa de su tía y

os fuisteis los dos a otro nido, en la Concepción Jerónima.

Juanito miró fijamente a su mujer, y después se echó a reír. Aquello no era adivinación de Jacinta. Algo había oído sin duda, por lo menos el nombre de la calle. Pensando que convenía seguir el tono festivo, dijo así:

—Tú sabías el nombre de la calle; no vengas echándotelas de zahorí... Es que Estupiñá me espiaba y le llevaba cuentos a mamá.

—Sigue con tu conquista. Pues, señor...

—Cuestión de pocos días. En el pueblo, hija mía, los procedimientos son breves. Ya ves cómo se matan. Pues lo mismo es el amor. Un día le dije: "Si quieres probarme que me quieres, huye de tu casa conmigo." Yo pensé que me iba a decir que no.

—Pensaste mal..., sobre todo si en su casa había... leña.

—La respuesta fué coger el mantón y decirme: "Vamos." No podía salir por la Cava. Salimos por la zapatería que se llama *El Ramo de Azucenas*. Lo que te digo: el pueblo es así, sumamente ejecutivo y enemigo de trámites.

Jacinta miraba al suelo más que a su marido.

—Y a renglón seguido, la consabida palabrita de casamiento—dijo, mirándole de lleno y observándole indeciso en la respuesta.

Aunque Jacinta no conocía personalmente a ninguna víctima de las palabras de casamiento, tenía una clara idea de estos pactos diabólicos por lo que de ellos había visto en los dramas, en las piezas cortas y aun en las óperas, presentados como recurso teatral, unas veces para hacer llorar al público y otras para hacerle reír. Volvió a mirar a su marido, y notando en él una como sonrisilla de hombre de mundo, le dió un pellizco acompañado de estos conceptos, un tanto airados:

—Sí, la palabra de casamiento con reserva mental de no cumplirla, una burla, una estafa, una villanía. ¡Qué hombres!... Luego dicen... ¿Y esa tonta no te sacó los ojos cuando se vió chasqueada?... Si hubiera sido yo...

—Si hubieras sido tú, tampoco me habrías sacado los ojos.

—Que sí..., pillo..., granujita. Vaya, no quiero saber más, no me cuentes más.

—¿Para qué preguntas tú? Si te digo que no la quería, te enfadas conmigo y tomas partido por ella... ¿Y si te dijera que la quería, que al poco tiempo de sacarla de su casa se me ocurría la simpleza de cumplir la palabra de casamiento que le di?

—¡Ah tuno!—exclamó Jacinta con ira cómica, aunque no enteramente cómica—. Agradece que estamos en la calle, que si no, ahora mismo te daba un par de repelones y de cada manotada me traía un mechón de pelo... Conque casarte..., ¡y me lo dices a mí!..., ¡a mí!

La carcajada lanzada por Santa Cruz retumbó en la cavidad de la plazoleta silenciosa y desierta, con ecos tan extraños, que los dos esposos se admiraron de oírla. Formaban la rinconada aquella vetustos caserones de ladrillo modelado a estilo mudéjar; en las puertas, gigantones o salvajes de piedra con la maza al hombro; en las cornisas, aleros de tallada madera, todo de un color de polvo uniforme y tristísimo. No se veían ni señales de alma viviente por ninguna parte. Tras las rejas enmohecidas, no aparecía ningún resquicio de maderas entornadas por el cual se pudiera filtrar una mirada humana.

—Esto es tan solitario, hija mía—dijo el marido, quitándose el sombrero y riendo—, que puedes armarme el gran escándalo sin que se entere nadie.

Juanito corría. Jacinta fué tras él con la sombrilla levantada.

—Que no me coges...

—A que sí.

—Que te mato...

Y corrieron ambos por el desigual pavimento lleno de hierba, él riendo a carcajadas, ella coloradita y con los ojos húmedos. Por fin, ¡pum!, le dió un sombrillazo, y cuando Juanito se rascaba, ambos se detuvieron jadeantes, sofocados por la risa.

—Por aquí—dijo Santa Cruz, señalando un arco que era la única salida.

Y cuando pasaban por aquel túnel, al extremo del cual se veía otra plazoleta tan solitaria y misteriosa como la anterior, los amantes, sin decirse una palabra, se abrazaron y estuvieron estrechamente unidos, besuqueándose por espacio de un buen minuto y diciéndose al oído las palabras más tiernas.

—Ya ves, esto es sabrosísimo. Quién

diría que en medio de la calle podía uno...

—Si alguien nos viera...—murmuró Jacinta, ruborizada, porque, en verdad, aquel rincón de Zaragoza podía ser todo lo solitario que se quisiese, pero no era una alcoba.

—Mejor...; si nos ven, mejor... Que se aguanten el gorro.

Y vuelta a los abracitos y a los vocablos de miel.

—Por aquí no pasa un alma...—dijo él—. Es más: creo que por aquí no ha pasado nunca nadie. Lo menos hace dos siglos que no ha corrido por estas paredes una mirada humana...

—Calla, me parece que siento pasos.

—¿Pasos?... ¿A ver?

—Sí, pasos.

En efecto, alguien venía. Oyóse, sin poder determinar por dónde, un arrastrar de pies sobre los guijarros del suelo. Por entre dos casas apareció de pronto una figura negra. Era un sacerdote viejo. Cogiéronse del brazo los consortes y avanzaron afectando la mayor compostura. El clérigo, al pasar junto a ellos, los miró mucho.

—Paréceme—indicó la esposa, agarrándose más al brazo de su marido y pegándose mucho a él—que nos lo ha conocido en la cara.

—¿Que nos ha conocido?

—Que estábamos... tonteando.

—¡Pchs!... Y a mí, ¿qué?

—Mira—dijo ella cuando llegaron a un sitio menos desierto—: no me cuentes más historias. No quiero saber más. Punto final.

Rompió a reír, a reír, y el *Delfín* tuvo que preguntarle muchas veces la causa de su hilaridad para obtener esta respuesta:

—¿Sabes de qué me río? De pensar en la cara que habría puesto tu mamá si le entras por la puerta una nuera de mantón, sortijillas y pañuelo a la cabeza, una nuera que dice: *Diquiá luego*, y no sabe leer.

III

—Quedamos en que no hay más cuentos.

—No más... Bastante me he reído ya de tu tontería. Francamente, yo creí que eras más avisado... Además, todo lo que me puedes contar me lo figuro. Que te aburriste pronto. Es natural... El hombre bien criado y la mujer ordinaria no emparejan bien. Pasa la ilusión, y después, ¿qué resulta? Que ella huele a cebolla y dice palabras feas... A él..., como si lo viera..., se le revuelve el estómago, y empiezan las cuestiones. El pueblo es sucio, la mujer de clase baja, por más que se lave el palmito, siempre es pueblo. No hay más que ver las casas por dentro. Pues lo mismo están los benditos cuerpos.

Aquella misma tarde, después de mirar la puerta del Carmen y los elocuentes muros de Santa Engracia, que vieron lo que nadie volverá a ver, paseaban por las arboledas de Torrero. Jacinta, pesando mucho sobre el brazo de su marido, porque en verdad estaba cansadita, le dijo:

—Una sola cosa quiero saber, una sola. Después, punto en boca. ¿Qué casa era esa de la Concepción Jerónima?...

—Pero, hija, ¿qué te importa?... Bueno, te lo diré. No tiene nada de particular. Pues, señor..., vivía en aquella casa un tío de la tal, hermano de la huevera, buen tipo, el mayor perdido y el animal más grande que en mi vida he visto: un hombre que lo ha sido todo: presidiario y revolucionario de barricadas, torero de invierno y tratante en ganado. ¡Ah! ¡José Izquierdo!... Te reirías si le vieras y le oyeras hablar. Este tal le sorbió los sesos a una pobre mujer, viuda de un platero, y se casó con ella. Cada uno por su estilo, aquella pareja valía un imperio. Todo el santo día estaban riñendo, de pico se entiende... Y ¡qué tienda, hija, qué desorden, qué escenas! Primero se emborrachaba él solo; después, los dos a turno. Pregúntale a Villalonga; él es quien cuenta esto a maravilla y remeda los jaleos que allí se armaban. Paréceme mentira que yo me divirtiera con tales escándalos. ¡Lo que es el hombre! Pero yo estaba ciego; tenía entonces la manía de lo popular.

—Y su tía, cuando la vió deshonrada, se pondría hecha una furia, ¿verdad?

—Al principio, sí... Te diré...—replicó el *Delfín*, buscando las callejuelas de una explicación algo enojosa—. Pero más que por la deshonra se enfurecía por la fuga. Ella quería tener en su casa a la pobre muchacha, que era su machacante. Esta gente del pueblo es atroz. ¡Qué moral tan extraña la suya! Mejor dicho, no tiene ni pizca de moral. Segunda empezó

por presentarse todos los días en la tienda de la Concepción Jerónima y armar un escándalo a su hermano y a su cuñada. "Que si tú eres esto, que si eres lo otro..." Parece mentira; Villalonga y yo, que oíamos estos *jollines* desde el entresuelo, no hacíamos más que reírnos. ¡A qué degradación llega uno cuando se deja caer así! Estaba yo tan tonto, que me parecía que siempre había de vivir entre semejante chusma. Pues no te quiero decir, hija de mi alma..., un día que se metió allí el picador, el querindango de Segunda. Este caballero y mi amigo Izquierdo se tenían muy mala voluntad... ¡Lo que allí se dijeron!... Era cosa de alquilar balcones.

—No sé cómo te divertía tanto salvajismo.

—Ni yo lo sé tampoco. Creo que me volví otro de lo que era y de lo que volvía a ser. Fué como un paréntesis en mi vida. Y nada, hija de mi alma: fué el maldito capricho por aquella hembra popular, no sé qué de entusiasmo artístico, una demencia ocasional que no puedo explicar.

—¿Sabes lo que estoy deseando ahora? —dijo bruscamente Jacinta—. Que te calles, hombre, que te calles. Me repugna eso. Razón tienes; tú no eras entonces tú. Trato de figurarme cómo eras y no lo puedo conseguir. Quererte yo y ser tú como a ti mismo te pintas son dos cosas que no puedo juntar.

—Dices bien: quiéreme mucho, y lo pasado, pasado. Pero aguárdate un poco: para dejar redondo el cuento, necesito añadir una cosa que te sorprenderá. A las dos semanas de aquellos dimes y diretes, de tanta bronca y de tanto escándalo entre los hermanos Izquierdo, y entre Izquierdo y el picador, y tía y sobrina, se reconciliaron todos, y se acabaron las riñas y no hubo más que finezas y apretones de manos.

—Sí que es particular. ¡Qué gente!

—El pueblo no conoce la dignidad. Sólo le mueven sus pasiones o el interés. Como Villalonga y yo teníamos dinero largo para *juergas* y cañas, unos y otros tomaron el gusto a nuestros bolsillos, y pronto llegó un día en que allí no se hacía más que beber, palmotear, tocar la guitarra, *venga de ahí*, comer magras. Era una orgía continua. En la tienda no se vendía; en ninguna de las dos casas se trabajaba. El día que no había comida de campo, había cena en la casa hasta la madrugada. La vecindad estaba escandalizada. La Policía rondaba. Villalonga y yo, como dos insensatos...

—¡Ay, qué par de apuntes!... Pero, hijo, está lloviendo... A mí me ha caído una gota en la punta de la nariz... ¿Ves? Aprisita, que nos mojamos.

El tiempo se les puso muy malo, y en todo el trayecto hasta Barcelona no cesó de llover. Arrimados marido y mujer a la ventanilla, miraban la lluvia, aquella cortina de menudas líneas oblicuas que descendían del cielo sin acabar de descender. Cuando el tren paraba, se sentía el gotear del agua que los techos de los coches arrojaban sobre los estribos. Hacía frío, y aunque no lo hiciera, lo tendrían sólo de ver las estaciones encharcadas, los empleados calados y los campesinos que venían a tomar el tren con un saco por la cabeza. Las locomotoras chorreaban agua y fuego juntamente, y en los hules de las plataformas del tren de mercancías se formaban bolsas llenas de agua, pequeños lagos donde habrían podido beber los pájaros, si los pájaros tuvieran sed aquel día.

Jacinta estaba contenta, y su marido también, a pesar de la melancolía llorona del paisaje; pero como había otros viajeros en el vagón, los recién casados no podían entretener el tiempo con sus besuqueos y tonterías de amor. Al llegar, los dos se reían de la formalidad con que habían hecho aquel viaje, pues la presencia de personas extrañas no los dejó ponerse babosos. En Barcelona estuvo Jacinta muy distraída con la animación y el fecundo bullicio de aquella gran colmena de hombres. Pasaron ratos muy dichosos visitando las soberbias fábricas de Batlló y de Sert, y admirando sin cesar, de taller en taller, las maravillosas armas que ha discurrido el hombre para someter a la Naturaleza. Durante tres días, la historia aquella del huevo crudo, la mujer seducida y la familia de insensatos que se amansaban con orgías, quedó completamente olvidada o perdida en un laberinto de máquinas ruidosas y ahumadas, o en el triquitraque de los telares. Los de Jacquard, con sus incomprensibles juegos de cartones agujereados, tenían ocupada y suspensa la imaginación de Jacinta, que veía aquel prodigio y no lo quería creer. ¡Cosa estupenda!

—Está una viendo las cosas todos los

días, y no piensa en cómo se hacen, ni se le ocurre averiguarlo. Somos tan torpes, que al ver una oveja no pensamos que en ella están nuestros gabanes. Y ¿quién ha de decir que las chambras y enaguas han salido de un árbol? ¡Toma, el algodón! Pues ¿y los tintes? El carmín ha sido un bichito, y el negro una naranja agria, y los verdes y azules, carbón de piedra. Pero lo más raro de todo es que cuando vemos un burro, lo que menos pensamos es que de él salen los tambores. Pues ¿y eso de que las cerillas se saquen de los huesos, y que el sonido del violín lo produzca la cola del caballo pasando por las tripas de la cabra?

Y no paraba aquí la observadora. En aquella excursión por el campo instructivo de la industria, su generoso corazón se desbordaba en sentimientos filantrópicos, y su claro juicio sabía mirar cara a cara los problemas sociales.

—No puedes figurarte—decía a su marido, al salir de un taller—cuánta lástima me dan esas infelices muchachas que están ahí ganando un triste jornal, con el cual no sacan ni para vestirse. No tienen educación, son como máquinas, y se vuelven tan tontas..., más que tontería debe de ser aburrimiento..., se vuelven tan tontas, digo, que en cuanto se les presenta un pillo cualquiera se dejan seducir... Y no es maldad; es que llega un momento en que dicen: "Vale más ser mujer mala que máquina buena."

—Filosófica está mi mujercita.

—Vaya..., di que no me he lucido... En fin, no se hable más de eso. Di si me quieres, sí o no...; pero pronto, pronto.

Al otro día, en las alturas del Tibidabo, viendo a sus pies la inmensa ciudad tendida en el llano, despidiendo por mil chimeneas el negro resuello que declara su fogosa actividad, Jacinta se dejó caer del lado de su marido y le dijo:

—Me vas a satisfacer una curiosidad..., la última.

Y en el momento que tal habló arrepintióse de ello, porque lo que deseaba saber, si picaba mucho en curiosidad, también le picaba algo el pudor. ¡Si encontrara una manera delicada de hacer la pregunta!... Revolvió en su mente todo lo que sabía y no hallaba ninguna fórmula que sentase bien en su boca. Y la cosa era bastante natural. O lo había pensado o lo había soñado la noche anterior, de eso no estaba segura; mas era una consecuencia que a cualquiera se le ocurre sacar. El orden de sus juicios era el siguiente: "¿Cuánto tiempo duró el enredo de mi marido con esa mujer? No lo sé. Pero durase más o durase menos, bien podría suceder que... hubiera nacido algún chiquillo." Esta era la palabra difícil de pronunciar: *¡chiquillo!* Jacinta no se atrevía, y aunque intentó sustituirla con *familia, sucesión,* tampoco salía.

—No, no era nada.

—Tú has dicho que me ibas a preguntar no sé qué.

—Era una tontería; no hagas caso.

—No hay nada más que me cargue que esto..., decir a uno que le van a preguntar una cosa y después no preguntársela. Se queda uno confuso y haciendo mil cálculos. Eso, eso, guárdalo bien... No le caerán moscas. Mira, hija de mi alma, cuando no se sabe tirar no se apunta.

—Ya tiraré...; tiempo hay, hijito.

—Dímelo ahora... ¿Qué será, qué no será?

—Nada, no era nada.

El la miraba y se ponía serio. Parecía que le adivinaba el pensamiento, y ella tenía tal expresión en sus ojos y en su sonrisilla picaresca, que casi casi se podía leer en su cara la palabra que andaba por dentro. Se miraban, se reían, y nada más. Para sí dijo la esposa: "A su tiempo maduran las uvas. Vendrán días de mayor confianza, y hablaremos... y sabré si hay o no algún *hueverito* por ahí."

IV

Jacinta no tenía ninguna especie de erudición. Había leído muy pocos libros. Era completamente ignorante en cuestiones de geografía artística; y, sin embargo, apreciaba la poesía de aquella región costera mediterránea que se desarrolló ante sus ojos al ir de Barcelona a Valencia. Los pueblecitos marinos desfilaban a la izquierda de la vía, colocados entre el mar azul y una vegetación espléndida. A trozos, el paisaje azuleaba con la plateada hoja de los olivos: más allá las viñas lo alegraban con la verde gala del pámpano. La vela triangular de las embarcaciones, las casitas bajas y blancas, la ausencia de tejados puntiagudos y el predominio de la línea ho-

rizontal en las construcciones, traían al pensamiento de Santa Cruz ideas de arte y naturaleza helénica. Siguiendo las rutinas a que se dan los que han leído algunos libros, habló también de Constantino, de Grecia, de las barras de Aragón y de los pececillos que las tenían pintadas en el lomo. Era de cajón sacar a relucir las colonias fenicias, cosa de que Jacinta no entendía palotada, ni le hacía falta. Después vinieron Prócida y las Vísperas Sicilianas, don Jaime de Aragón, Roger de Flor y el Imperio de Oriente, el duque de Osuna y Nápoles, Venecia y el marqués de Bedmar, Masaniello, los Borgias, Lepanto, don Juan de Austria, las galeras y los piratas, Cervantes y los padres de la Merced.

Entretenida Jacinta con los comentarios que el otro iba poniendo a la rápida visión de la costa mediterránea, condensaba su ciencia en estas o parecidas expresiones:

—Y la gente que vive aquí, ¿será feliz o será tan desgraciada como los aldeanos de tierra adentro, que nunca han tenido que ver con el Gran Turco ni con la capitana de don Juan de Austria? Porque los de aquí no apreciarán que viven en un paraíso, y el pobre, tan pobre es en Grecia como en Getafe.

Agradabilísimo día pasaron, viendo el risueño país que a sus ojos se desenvolvía, el caudaloso Ebro, las marismas de su delta, y, por fin, la maravilla de la región valenciana, la cual se anunció con grupos de algarrobos, que de todas partes parecían acudir bailando al encuentro del tren. A Jacinta le daban mareos cuando los miraba con fijeza. Ya se acercaban hasta tocar con su copudo follaje la ventanilla; ya se alejaban hacia lo alto de una colina; y se escondían tras un otero, para reaparecer haciendo pasos y figuras de minueto o jugando al escondite con los palos del telégrafo.

El tiempo, que no les había sido muy favorable en Zaragoza y Barcelona, mejoró aquel día. Espléndido sol doraba los campos. Toda la luz del cielo parecía que se colaba dentro del corazón de los esposos. Jacinta se reía de la danza de los algarrobos y de ver los pájaros posados en fila en los alambres telegráficos.

—Míralos, míralos allí. ¡Valientes pícaros! Se burlan del tren y de nosotros.

—Fíjate ahora en los alambres. Son iguales al pentagrama de un papel de música. Mira cómo sube, mira cómo baja. Las cinco rayas parece que están grabadas con tinta negra sobre el cielo azul, y que el cielo es lo que se mueve como un telón de teatro no acabado de colgar.

—Lo que yo digo—expresó Jacinta riendo—. Mucha poesía, mucha cosa bonita y nueva; pero poco que comer. Te lo confieso, marido de mi alma: tengo un hambre de mil demonios. La madrugada y este fresco del campo me han abierto el apetito de par en par.

—Yo no quería hablar de esto para no desanimarte. Pronto llegaremos a una estación de fonda. Si no, compraremos aunque sea unas rosquillas o pan seco... El viajar tiene estas peripecias. Animo, chica, y dame un beso, que las hambres con amor son menos.

—Allá van tres, y en la primera estación, mira bien, hijo, a ver si descubrimos algo. ¿Sabes lo que yo me comería ahora?

—¿Un bistec?

—No.

—¿Pues qué?

—Uno y medio.

—Ya te contentarás con naranja y media.

Pasaban estaciones y la fonda no parecía. Por fin, en no sé cuál apareció una mujer, que tenía delante una mesilla con licores, rosquillas, pasteles adornados con hormigas, y unos..., ¿qué era aquello?

—¡Pájaros fritos!—gritó Jacinta a punto que Juan bajaba del vagón—Tráete una docena... No; oye...: dos docenas.

Y otra vez el tren en marcha. Ambos se colocaron rodillas con rodillas, poniendo en medio el papel grasiento que contenía aquel *montón de cadáveres* fritos, y empezaron a comer con la prisa que su mucha hambre les daba.

—¡Ay, qué ricos están! Mira qué pechuga... Este para ti, que está muy gordito.

—No, para ti, para ti.

La mano de ella era tenedor para la boca de él, y viceversa. Jacinta decía que en su vida había hecho una comida que más le supiese.

—Este sí que está de buen año... ¡Pobre ángel! El infeliz estaría ayer con sus compañeros posado en el alambre, tan contento, tan guapote, viendo pasar el

tren, y diciendo: "Allá van esos brutos"..., hasta que vino el más bruto de todos, un cazador, y... ¡pum!... Todo para que nosotros nos regaláramos hoy. Y a fe que están sabrosos. Me ha gustado este almuerzo.

—Y a mí. Ahora veamos estos pasteles. El ácido fórmico es bueno para la digestión.

—¿El ácido qué...?

—Las hormigas, chica. No repares, y adentro. Mételes el diente. Están riquísimos.

Restauradas las fuerzas, la alegría se desbordaba de aquellas almas.

—Ya no me marean los algarrobos —decía Jacinta—; bailad, bailad. ¡Mira qué casas, qué emparrados! Y aquello, ¿qué es? Naranjos. ¡Cómo huelen!

Iban solos. ¡Qué dicha, siempre solitos! Juan se sentó junto a la ventana y Jacinta sobre sus rodillas. El le rodeaba la cintura con el brazo. A ratos charlaban, haciendo ella observaciones cándidas sobre todo lo que veía. Poco después transcurrían algunos ratos sin que ninguno dijera una palabra. De repente volvióse Jacinta hacia su marido, y echándole un brazo alrededor del cuello, le soltó ésta:

—No me has dicho cómo se llamaba.

—¿Quién?—preguntó Santa Cruz, algo atontado.

—Tu adorado tormento, tu... Cómo se llamaba o cómo se llama..., porque supongo que vivirá.

—No lo sé..., ni me importa. Vaya con lo que sales ahora.

—Es que hace un rato me dió por pensar en ella. Se me ocurrió de repente. ¿Sabes cómo? Vi unos refajos encarnados puestos a secar en un arbusto. Tú dirás que qué tiene que ver... Es claro, nada; pero vete a saber cómo se enlazan en el pensamiento las ideas. Esta mañana me acordé de lo mismo cuando pasaban rechinando las carretillas cargadas de equipajes. Anoche me acordé, ¿cuándo creerás?, cuando apagaste la luz. Me pareció que la llama era una mujer que decía: "¡Ay!", y se caía muerta. Ya sé que son tonterías; pero en el cerebro pasan cosas muy particulares. Conque, *nenito*, ¿desembuchas eso, sí o no?

—¿Qué?

—El nombre.

—Déjame a mí de nombres.

—¡Qué poco amable es este señor! —dijo, abrazándole—. Bueno, guarda el secretito, hombre, y dispensa. Ten cuidado no te roben esa preciosidad. Eso, eso es, o somos reservados o no. Yo me quedo lo mismo que estaba. No creas que tengo gran interés en saberlo. ¿Qué me meto yo en el bolsillo con saber un nombre más?

—Es un nombre muy feo... No me hagas pensar en lo que quiero olvidar —replicó Santa Cruz con hastío—. No te diré una palabra, ¿sabes?

—Gracias, amado pueblo... Pues mira: si te figuras que voy a tener celos, te llevas chasco. Eso quisieras tú para darte tono. No los tengo ni hay para qué.

No sé qué vieron que los distrajo de aquella conversación. El paisaje era cada vez más bonito, y el campo, convirtiéndose en jardín, revelaba los refinamientos de la civilización agrícola. Todo era allí nobleza, o sea naranjos, los árboles de hoja perenne y brillante, de flores olorosísimas y de frutas de oro, árbol ilustre, que ha sido una de las más socorridas muletillas de los poetas, y que en la región valenciana está por los suelos, quiero decir, que hay tantos, que hasta los poetas los miran ya como si fueran cardos borriqueros. Las tierras labradas encantan la vista con la corrección atildada de sus líneas. Las hortalizas bordan los surcos y dibujan el suelo, que en algunas partes semeja un cañamazo. Los variados verdes, más parece que los ha hecho el arte con una brocha que no la Naturaleza con su labor invisible. Y por todas partes flores, arbustos tiernos; en las estaciones, acacias gigantescas, que extienden sus ramas sobre la vía; los hombres, con zaragüelles y pañuelo liado a la cabeza, resabio morisco: las mujeres, frescas y graciosas, vestidas de indiana y peinadas con rosquillas de pelo sobre las sienes.

—Y ¿cuál es—preguntó Jacinta, deseosa de instruirse—el árbol de las chufas?

Juan no supo contestar, porque tampoco él sabía de dónde diablos salían las chufas. Valencia se aproximaba ya. En el vagón entraron algunas personas; pero los esposos no dejaron la ventanilla. A ratos se veía el mar, tan azul, tan azul, que la retina padecía el engaño de ver verde el cielo.

¡Sagunto!

¡Ay, qué nombre! Cuando se le ve es-

crito con las letras nuevas y acaso torcidas de una estación, parece broma. No es de todos los días ver envueltas en el humo de las locomotoras las inscripciones más retumbantes de la historia humana. Juanito, que aprovechaba las ocasiones de ser sabio sentimental, se pasmó más de lo conveniente de la aparición de aquel letrero.

—Y qué, ¿qué es?—preguntó Jacinta, picada de la novelería—. ¡Ah! Sagunto, ya..., un nombre. De fijo que hubo aquí alguna marimorena. Pero habrá llovido mucho desde entonces. No te entusiasmes, hijo, y tómalo con calma. ¿A qué viene tanto "¡Ah!", "¡Oh!"...? Todo porque aquellos brutos...

—Chica, ¿qué estás diciendo?

—Sí, hijo de mi alma, porque aquellos brutos..., no me vuelvo atrás..., hicieron una barbaridad. Bueno, llámalos héroes si quieres, y cierra esa boca, que te me estás pareciendo al Papamoscas de Burgos.

Vuelta a contemplar el jardín agrícola, en cuyo verdor se destacaban las cabañas de paja con una cruz en el pico del techo. En los bardales vió Jacinta unas plantas muy raras, de vástagos escuetos y pencas enormes, que llamaron su atención.

—Mira, mira qué esperpento de árbol. ¿Será el de los higos chumbos?

—No, hija mía; los higos chumbos los da esa otra planta baja, compuesta de unas palas erizadas de púas. Aquel otro es la pita, que da por fruto las sogas.

—Y el esparto, ¿dónde está?

—Hasta eso no llega mi sabiduría. Por ahí debe de andar.

El tren describía amplísima curva. Los viajeros distinguieron una gran masa de edificios, cuya blancura descollaba entre el verde. Los grupos de árboles la tapaban a trechos; después la descubrían.

—Ya estamos en Valencia, chiquilla; mírala allí.

Valencia era la ciudad mejor situada del mundo, según dijo un agudo observador, por estar construída en medio del campo. Poco después los esposos, empaquetados dentro de una tartana, penetraban por las calles angostas y torcidas de la ciudad campestre.

—Pero ¡qué país, hijo!... Si esto parece un biombo... ¿Adónde nos lleva este hombre?

—A la fonda, sin duda.

A medianoche, cuando se retiraron fatigados a su domicilio, después de haber paseado por las calles y oído media *Africana* en el teatro de la Princesa, Jacinta sintió que de repente, sin saber cómo ni por qué, la picaba en el cerebro el gusanillo aquel, la idea perseguidora, la penita disfrazada de curiosidad. Juan se resistió a satisfacerla, alegando razones diversas.

—No me marees, hija... Ya te he dicho que quiero olvidar eso...

—Pero el nombre, *nene*: el nombre nada más. ¿Qué te cuesta abrir la boca un segundo?... No creas que te voy a reñir, tontín.

Hablando así se quitaba el sombrero, luego el abrigo, después el cuerpo, la falda, el *polisón*, y lo iba poniendo todo con orden en las butacas y sillas del aposento. Estaba rendida y no veía las santas horas de dar con sus fatigadas carnes en la cama. El esposo también iba soltando ropa. Aparentaba buen humor; pero la curiosidad de Jacinta le desagradaba ya. Por fin, no pudiendo resistir a las monerías de su mujer, no tuvo más remedio que decidirse. Ya estaban las cabezas sobre las almohadas, cuando Santa Cruz echó perezoso de su boca estas palabras:

—Pues te lo voy a decir, pero con la condición de que en tu vida más..., en tu vida más me has de mentar ese nombre, ni has de hacer la menor alusión..., ¿entiendes? Pues se llama...

—Gracias a Dios, hombre.

Le costaba mucho trabajo decirlo. La otra le ayudaba.

—Se llama *For*...

—*For*... *narina*.

—No. *For*... *tuna*...

—*Fortunata*.

—Eso... Vamos, ya estás satisfecha.

—Nada más. Te has portado, has sido amable. Así es como te quiero yo.

Pasado un rato, dormía como un ángel...; dormían los dos.

V

—¿Sabes lo que se me ha ocurrido? —dijo Santa Cruz a su mujer dos días después en la estación de Valencia—. Me parece una tontería que vayamos tan pronto a Madrid. Nos plantaremos en Sevilla. Pondré un parte a casa.

Al pronto, Jacinta se entristeció. Ya tenía deseos de ver a sus hermanas, a su papá y a sus tíos y suegros. Pero la idea de prolongar un poco aquel viaje tan divertido conquistó en breve su alma. ¡Andar así, llevados en las alas del tren, que algo tiene siempre, para las almas jóvenes, de dragón de fábula, era tan dulce, tan entretenido!...

Vieron la opulenta ribera del Júcar, pasaron por Alcira, cubierta de azahares; por Játiva la risueña; después vino Montesa, de feudal aspecto, y luego Almansa, en territorio frío y desnudo. Los campos de viñas eran cada vez más raros, hasta que la severidad del suelo les dijo que estaban en la adusta Castilla.

El tren se lanzaba por aquel campo triste, como inmenso lebrel, olfateando la vía y ladrando a la noche tarda, que iba cayendo lentamente sobre el llano sin fin. Igualdad, palos de telégrafo, cabras, charcos, matorrales, tierra gris, inmensidad horizontal sobre la cual parecen haber corrido los mares poco ha; el humo de la máquina alejándose en bocanadas majestuosas hacia el horizonte; las guardesas con la bandera verde señalando el paso libre, que parece el camino de lo infinito; bandadas de aves que vuelan bajo, y las estaciones haciéndose esperar mucho, como si tuvieran algo bueno... Jacinta se durmió y Juanito también. Aquella dichosa Mancha era un narcótico. Por fin bajaron en Alcázar de San Juan, a medianoche, muertos de frío. Allí esperaron el tren de Andalucía, tomaron chocolate, y vuelta a rodar por otra zona manchega, la más ilustre de todas, la argamasillesca.

Pasaron los esposos una mala noche por aquella estepa, matando el frío muy juntitos bajo los pliegues de una sola manta, y por fin llegaron a Córdoba, donde descansaron y vieron la Mezquita, no bastándoles un día para ambas cosas. Ardían en deseos de verse en la sin par Sevilla... Otra vez al tren. Serían las nueve de la noche cuando se encontraron dentro de la romántica y alegre ciudad, en medio de aquel idioma ceceoso y de los donaires y chuscadas de la gente andaluza. Pasaron allí creo que ocho o diez días, encantados, sin aburrirse ni un solo momento, viendo los portentos de la arquitectura y de la Naturaleza, participando del buen humor que allí se respira con el aire y se recoge de las miradas de los transeúntes. Una de las cosas que más cautivaban a Jacinta era aquella costumbre de los patios amueblados y ajardinados, en los cuales se ve que las ramas de una azalea bajan hasta acariciar las teclas del piano, como si quisieran tocar. También le gustaba a Jacinta ver que todas las mujeres, aun las viejas que piden limosna, llevan su flor en la cabeza. La que no tiene flor se pone entre los pelos cualquier hoja verde y va por aquellas calles vendiendo vidas.

Una tarde fueron a comer a un bodegón de Triana, porque decía Juanito que era preciso conocer todo de cerca y codearse con aquel originalísimo pueblo, artista nato, poeta que parece pintar lo que habla, y que recibió del Cielo el don de una filosofía muy socorrida, que consiste en tomar todas las cosas por el lado humorístico, y así la vida, una vez convertida en broma, se hace más llevadera. Bebió el *Delfín* muchas cañas, porque opinaba con gran sentido práctico que para asimilarse a Andalucía y sentirla bien en sí es preciso introducir en el cuerpo toda la manzanilla que éste pueda contener. Jacinta no hacía más que probarla y la encontraba áspera y acídula, sin conseguir apreciar el olorcillo a *pero de Ronda* que dicen tiene aquella bebida.

Retiráronse de muy buen humor a la fonda, y al llegar a ella vieron que en el comedor había mucha gente. Era un banquete de boda. Los novios eran españoles anglicanizados de Gibraltar. Los esposos Santa Cruz fueron invitados a tomar algo, pero lo rehusaron; únicamente bebieron un poco de champaña, porque no dijeran. Después un inglés, muy pesado, que chapurreaba el castellano con la boca fruncida y los dientes apretados, como si quisiera mordiscar las palabras, se empeñó en que habían de tomar unas cañas.

—De ninguna manera... Muchas gracias.

—¡Ooooh!, sí...

El comedor era un hervidero de alegría y de chistes, entre los cuales empezaban a sonar algunos de gusto dudoso. No tuvo Santa Cruz más remedio que ceder a la exigencia de aquel maldito inglés, y tomando de sus manos la copa, decía a media voz:

—Valiente *curdela* tienes tú.

Pero el inglés no entendía... Jacinta vió que aquello se iba poniendo malo. El inglés llamaba al orden, diciendo a los más jóvenes con su boquita cerrada que tuvieran *fundamenta*. Nadie necesitaba tanto como él que se le llamase al orden, y, sobre todo, lo que más falta le hacía era que le recortaran la bebida, porque aquello no era ya boca, era un embudo. Jacinta presintió la jarana, y tomando una resolución súbita, tiró del brazo a su marido y se lo llevó, a punto que éste empezaba a tomarle el pelo al inglés.

—Me alegro—dijo el *Delfín*, cuando su mujer le conducía por las escaleras arriba—; me alegro de que me hubieras sacado de allí, porque no puedes figurarte lo que me iba cargando el tal inglés, con sus dientes blancos y apretados, con su amabilidad y su zapatito bajo... Si sigo un minuto más, le pego un par de trompadas... Ya se me subía la sangre a la cabeza...

Entraron en su cuarto, y sentados uno frente a otro, pasaron un rato recordando los graciosos tipos que en el comedor estaban y los equívocos que allí se decían. Juan hablaba poco y parecía algo inquieto. De repente, le entraron ganas de volver abajo. Su mujer se oponía. Disputaron. Por fin, Jacinta tuvo que echar la llave a la puerta.

—Tienes razón—dijo Santa Cruz, dejándose caer a plomo sobre la silla—. Más vale que me quede aquí..., porque si bajo, y vuelve el *míster* con sus finuras, le pego... Yo también sé boxear.

Hizo el ademán del *box*, y ya entonces su mujer le miró muy seria.

—Debes acostarte—le dijo.

—Es temprano... Nos estaremos aquí de tertulia... Sí... ¿Tú no tienes sueño? Yo tampoco. Acompañaré a mi cara mitad. Ese es mi deber, y sabré cumplirlo, sí, señora. Porque yo soy esclavo del deber...

Jacinta se había quitado el sombrero y el abrigo. Juanito la sentó sobre sus rodillas y empezó a saltarla como a los niños cuando se les hace el caballo. Y dale con la tarabilla de que él era esclavo de su deber, y de que lo primero de todo es la familia. El trote largo en que la llevaba su marido empezó a molestar a Jacinta, que se desmontó y se fué a la silla en que antes estaba. El entonces se puso a dar paseos rápidos por la habitación.

—Mi mayor gusto es estar al lado de mi adorada *nena*—decía sin mirarla—. *Te amo con delirio*, como se dice en los dramas. Bendita sea mi madrecita..., que me casó contigo...

Hincósele delante y le besó las manos. Jacinta le observaba con atención recelosa, sin pestañear, queriendo reírse y sin poderlo conseguir. Santa Cruz tomó un tono plañidero para decirle:

—¡Y yo tan estúpido que no conocí tu mérito! ¡Yo, que te estaba mirando todos los días, como mira el burro la flor, sin atreverse a comérsela! ¡Y me comí el cardo!... ¡Oh!, perdón, perdón. Estaba ciego, encanallado; era yo muy *cañí*...; esto quiere decir *gitano*, vida mía. El vicio y la grosería habían puesto una costra en mi corazón..., llamémosle *garlochín*... Jacintilla, no me mires así. Esto que te digo es la pura verdad. Si te miento, que me quede muerto ahora mismo. Todas mis faltas las veo claras esta noche... No sé lo que me pasa; estoy como inspirado..., tengo más espíritu, créetelo...; te quiero más, cielito, paloma, y te voy a hacer un altar de oro para adorarte.

—¡Jesús, qué fino está el tiempo—exclamó la esposa, que ya no podía ocultar su disgusto—. ¿Por qué no te acuestas?

—¡Acostarme yo, yo..., cuando tengo que contarte tantas cosas, chavala! —añadió Santa Cruz, que, cansado ya de estar de rodillas, había cogido una banqueta para sentarse a los pies de su mujer—. Perdona que no haya sido franco contigo. Me daba vergüenza de revelarte ciertas cosas. Pero ya no puedo más: mi conciencia se vuelca como una urna llena que se cae..., así, así; y afuera todo... Tú me absolverás cuando me oigas, ¿verdad? Di que sí... Hay momentos en la vida de los pueblos, quiero decir, en la vida del hombre, momentos terribles, alma mía. Tú lo comprendes... Yo no te conocía entonces. Estaba como la Humanidad antes de la venida del Mesías, a oscuras, apagado el gas... Sí. No me condenes, no, no; no me condenes sin oírme.

Jacinta no sabía qué hacer. Uno y otro se estuvieron mirando breve rato, los ojos clavados en los ojos, hasta que Juan dijo en voz queda:

—¡Si la hubieras visto!... Fortunata tenía los ojos como dos estrellas, muy semejantes a los de la Virgen del Carmen que antes estaba en Santo Tomás y ahora en San Ginés. Pregúntaselo a Estupiñá, pregúntaselo si lo dudas..., a ver... Fortunata tenía las manos bastas, de tanto trabajar, el corazón lleno de inocencia... Fortunata no tenía educación; aquella boca tan linda se comía muchas letras y otras las equivocaba. Decía *indilugencias, golver, asín.* Pasó su niñez cuidando el *ganado.* ¿Sabes lo que es el ganado? Las gallinas. Después criaba los palomos a sus pechos. Como los palomos no comen sino del pico de la madre, Fortunata se los metía en el seno, ¡y si vieras tú qué seno tan bonito! Sólo que tenía muchos rasguños que le hacían los palomos con los garfios de sus patas. Después cogía en la boca un buche de agua y algunos granos de algarroba, y metiéndose el pico en la boca... les daba de comer... Era la paloma madre de los tiernos pichoncitos... Luego les daba su calor natural..., los arrullaba, les hacía *rorrooó...*, les cantaba canciones de nodriza... ¡Pobre Fortunata, pobre *Pitusa!* ¿Te he dicho que la llamaban la *Pitusa?* ¿No?... Pues te lo digo ahora. Que conste... Yo la perdí..., sí...; que conste también; es preciso que cada cual cargue con su responsabilidad... Yo la perdí, la engañé, la dije mil mentiras, la hice creer que me iba a casar con ella. ¿Has visto?... ¡Si seré pillín!... Déjame que me ría un poco... Sí, todas las papas que yo le decía se las tragaba... El pueblo es muy inocente, es tonto de remate, todo se lo cree con tal que se lo digan con palabras finas... La engañé, la *garfiñé* su honor, y tan tranquilo. Los hombres, digo, los señoritos, somos unos miserables; creemos que el honor de las hijas del pueblo es cosa de juego... No me pongas esa cara, vida mía. Comprendo que tienes razón; soy un infame; merezco tu desprecio; porque..., lo que tú dirás, una mujer es siempre una criatura de Dios, ¿verdad?..., y yo, después que me divertí con ella, la dejé abandonada en medio de las calles..., justo...; su destino es el destino de las perras... Di que sí.

VI

Jacinta estaba alarmadísima, medio muerta de miedo y de dolor. No sabía qué hacer, ni qué decir.

—Hijo mío—exclamó, limpiando el sudor de la frente de su marido—, ¡cómo estás!... Cálmate, por María Santísima. Estás delirando.

—No, no; esto no es delirio, es arrepentimiento—añadió Santa Cruz, quien, al moverse, por poco se cae, y tuvo que apoyar las manos en el suelo—. ¿Crees, acaso, que el vino...? ¡Oh! No, hija mía; no me hagas ese disfavor. Es que la conciencia se me ha subido aquí, al cuello, a la cabeza, y me pesa tanto, que no puedo guardar bien el equilibrio... Déjame que me prosterne ante ti y ponga a tus pies todas mis culpas para que las perdones... No te muevas, no me dejes solo, por Dios... ¿Adónde vas? ¿No ves mi aflicción?

—Lo que veo..., ¡oh Dios mío! Juan, por amor de Dios, sosiégate; no digas más disparates. Acuéstate. Yo te daré una taza de té.

—¿Y para qué quiero yo té, desventurada?...—dijo el otro, en un tono tan descompuesto, que a Jacinta se le saltaron las lágrimas—. ¡Té!... Lo que quiero es tu perdón, el perdón de la Humanidad, a quien he ofendido, a quien he ultrajado y pisoteado. Di que sí... Hay momentos en la vida de los pueblos, digo, en la vida de los hombres, en que uno debiera tener mil bocas para con todas ellas, a la vez..., expresar la, la, la... Sería uno un coro..., eso, eso... Porque yo he sido malo, no me digas que no, no me lo digas...

Jacinta advirtió que su marido sollozaba. Pero ¿de veras sollozaba o era broma?

—Juan, ¡por Dios!, me estás atormentando.

—No, niña de mi alma—replicó él, sentado en el suelo, sin descubrir el rostro, que tenía entre las manos—. ¿No ves que lloro? Compadécete de este infeliz... He sido perverso... Porque la *Pitusa* me idolatraba... Seamos francos.

Alzó entonces la cabeza y tomó un aire más tranquilo.

—Seamos francos; la verdad ante todo...: me idolatraba. Creía que yo no era como los demás, que era la caballe-

rosidad, la hidalguía, la decencia, la nobleza en persona, el acabóse de los hombres... ¡Nobleza! ¡Qué sarcasmo! Nobleza en la mentira; digo que no puede ser..., y que no, y que no. ¡Decencia porque se lleva una ropa que llaman levita!... ¡Qué Humanidad tan farsante! El pobre, siempre debajo; el rico hace lo que le da la gana. Yo soy rico..., di que soy inconstante... La ilusión de lo pintoresco se iba pasando. La grosería con gracia seduce algún tiempo, después marea... Cada día me pesaba más la carga que me había echado encima. El picor del ajo me repugnaba. Deseé, puedes creerlo, que la *Pitusa* fuera mala para darle una puntera... Pero, ¡quia!..., ni por ésas... ¿Mala ella? A buena parte... Si le mando echarse al fuego por mí, ¡al fuego de cabeza! Todos los días, jarana en la casa. Hoy acababa en bien, mañana no... Cantos, guitarreo... José Izquierdo, a quien llaman *Platón* porque comía en un plato como un barreño, arrojaba chinitas al picador... Villalonga y yo los echábamos a pelear o los reconciliábamos cuando nos convenía... La *Pitusa* temblaba de verlos alegres y de verlos enfurruñados... ¿Sabes lo que se me ocurría? No volver a aportar más por aquella maldita casa... Por fin, resolvimos Villalonga y yo largarnos con viento fresco y no volver más. Una noche se armó tal gresca, que hasta las navajas salieron, y por poco nadamos todos en un lago de sangre... Me parece que oigo aquellas finuras: "¡Indecente, cabrón, *najabao, randa, murcia...*!" No era posible semejante vida. Di que no. El hastío era ya irresistible. La misma *Pitusa* me era odiosa, como las palabras inmundas... Un día dije: "Vuelvo", y no volví más... Lo que decía Villalonga: cortar por lo sano... Yo tenía algo en mi conciencia, un hilito que me tiraba hacia allá... Lo corté... Fortunata me persiguió; tuve que jugar al escondite. Ella por aquí, yo por allá... Yo me escurría como una anguila. No me cogía, no. El último a quien vi fué Izquierdo; le encontré un día subiendo la escalera de mi casa. Me amenazó; díjome que la *Pitusa* estaba *cambrí* de cinco meses... *¡Cambrí de cinco meses!* Alcé los hombros... Dos palabras él, dos palabras yo..., alargué este brazo y, *plaf*..., Izquierdo bajó de golpe un tramo entero... Otro estirón y, *plaf*..., de un brinco el segundo tramo..., y con la cabeza para abajo.

Esto último lo dijo enteramente descompuesto. Continuaba sentado en el suelo, las piernas extendidas, apoyado un brazo en el asiento de la silla. Jacinta temblaba. Le había entrado mortal frío, y daba diente con diente. Permanecía en pie, en medio de la habitación, como una estatua, contemplando la figura lastimosísima de su marido, sin atreverse a preguntarle nada ni a pedirle una aclaración sobre las extrañas cosas que revelaba.

—¡Por Dios y por tu madre!—dijo, al fin, movida del cariño y del miedo—. No me cuentes más. Es preciso que te acuestes y procures dormirte. Cállate ya.

—¡Que me calle!... ¡Que me calle! ¡Ah! Esposa mía, esposa adorada, ángel de mi salvación... Mesías mío... ¿Verdad que me perdonas?... Di que sí.

Se levantó de un salto y trató de andar... No podía. Dando una rápida vuelta fué a desplomarse sobre el sofá, poniéndose la mano sobre los ojos y diciendo con voz cavernosa:

—¡Qué horrible pesadilla!

Jacinta fué hacia él, le echó los brazos al cuello y le arrulló como se arrulla a los niños cuando se los quiere dormir.

Vencido al cabo de su propia excitación, el cerebro del *Delfín* caía en estúpido embrutecimiento. Y sus nervios, que habían empezado a calmarse, luchaban con la sedación. De repente, se movía, como si saltara algo en él, y pronunciaba algunas sílabas. Pero la sedación vencía, y, al fin, se quedó profundamente dormido. A medianoche pudo Jacinta, con no poco trabajo, llevarle hasta la cama y acostarle. Cayó en el sueño como en un pozo, y su mujer pasó muy mala noche, atormentada por el desagradable recuerdo de lo que había visto y oído.

Al día siguiente Santa Cruz estaba como avergonzado. Tenía conciencia vaga de los disparates que había hecho la noche anterior, y su amor propio padecía horriblemente con la idea de haber estado ridículo. No se atrevía a hablar a su mujer de lo ocurrido, y ésta, que era la misma prudencia, además de no decir una palabra, mostrábase tan afable y cariñosa como de costumbre. Por último, no pudo mi hombre resistir el afán de

explicarse, y preparando el terreno con un sinfín de zalamerías, le dijo:

—Chiquilla, es preciso que me perdones el mal rato que te di anoche... Debí de ponerme muy pesadito... ¡Qué malo estaba! En mi vida me ha pasado otra igual. Cuéntame los disparates que te dije, porque yo no me acuerdo.

—¡Ay!, fueron muchos, pero muchos... Gracias que no había más público que yo.

—Vamos, con franqueza...: estuve inaguantable.

—Tú lo has dicho...

—Es que no sé... En mi vida, puedes creerlo, he cogido una *turca* como la que cogí anoche. El maldito inglés tuvo la culpa, y me la ha de pagar. ¡Dios mío, cómo me puse!... ¿Y qué dije, qué dije?... No hagas caso, vida mía, porque seguramente dije mil cosas que no son verdad. ¡Qué bochorno! ¿Estás enfadada? No, si no hay para qué...

—Cierto. Como estabas...

Jacinta no se atrevió a decir *borracho*. La palabra horrible negábase a salir de su boca.

—Dilo, hija. Di *ajumao*, que es más bonito y atenúa un poco la gravedad de la falta.

—Pues como estabas *ajumaito*, no eras responsable de lo que decías.

—Pero qué, ¿se me escapó alguna palabra que te pudiera ofender?

—No; sólo una media docena de voces elegantes, de las que usa la alta sociedad. No las entendí bien. Lo demás bien clarito estaba, demasiado clarito. Lloraste por tu *Pitusa* de tu alma, y te llamabas miserable por haberla abandonado. Créelo: te pusiste que no había por dónde cogerte.

—Vaya, hija; pues ahora, con la cabeza despejada, voy a decirte dos palabritas para que no me juzgues peor de lo que soy.

Se fueron de paseo por las Delicias abajo, y sentados en solitario banco, vueltos de cara al río, charlaron un rato. Jacinta se quería comer con los ojos a su marido, adivinándole las palabras antes que las dijera, y confrontándolas con la expresión de los ojos a ver si eran sinceras. ¿Habló Juan con verdad? De todo hubo. Sus declaraciones eran una verdad refundida como las comedias antiguas. El amor propio no le permitía la reproducción fiel de los hechos. Pues, señor..., al volver de Plencia ya comprometido a casarse y enamorado de su novia, quiso saber qué vuelta llevó Fortunata, de quien no había tenido noticias en tanto tiempo. No le movía ningún sentimiento de ternura, sino la compasión y el deseo de socorrerla si se veía en un mal paso. *Platón* estaba fuera de Madrid, y su mujer, en el otro mundo. No se sabía tampoco adónde diantres había ido a parar el picador; pero Segunda había traspasado la huevería y tenía en la misma Cava, un poco más abajo, cerca ya de la escalerilla, una covacha a que daba el nombre de *establecimiento*. En aquella caverna habitaba y hacía café, que vendía por la mañana a la gente del mercado. Cuatro cacharros, dos sillas y una mesa componían el ajuar. En el resto del día prestaba servicios en la taberna del *pulpitillo*. Había venido tan a menos, en lo físico y en lo económico, que a su antiguo tertulio le costó trabajo reconocerla.

—¿Y la otra?...

Porque esto era lo que importaba.

VII

Santa Cruz tardó algún tiempo en dar la debida respuesta. Hacía rayas en el suelo con el bastón. Por fin, se expresó así:

—Supe que, en efecto, había...

Jacinta tuvo la piedad de evitarle las últimas palabras de la oración, diciéndolas ella. Al *Delfín* se le quitó un peso de encima.

—Traté de verla..., la busqué por aquí y por allá, y nada... Pero qué, ¿no lo crees? Después no pude ocuparme de nada. Sobrevino la muerte de tu mamá. Transcurrió algún tiempo sin que yo pensara en semejante cosa, y no debo ocultarte que sentía cierto escozorcillo aquí, en la conciencia... Por enero de este año, cuando me preparaba a hacer diligencias, una amiga de Segunda me dijo que la *Pitusa* se había marchado de Madrid. ¿Adónde? ¿Con quién? Ni entonces lo supe, ni lo he sabido después. Y ahora te juro que no la he vuelto a ver más, ni he tenido noticias de ella.

La esposa dió un gran suspiro. No sabía por qué, pero tenía sobre su alma cierta pesadumbre, y en su rectitud to-

maba para sí parte de la responsabilidad de su marido en aquella falta; porque falta había sin duda. Jacinta no podía considerar de otro modo el hecho del abandono, aunque éste significara el triunfo del amor legítimo sobre el criminal, y del matrimonio sobre el amancebamiento... No podían entretenerse más en ociosas habladurías, porque pensaban irse a Cádiz aquella tarde, y era preciso disponer el equipaje y comprar algunas chucherías. De cada población se habían de llevar a Madrid regalitos para todos. Con la actividad propia de un día de viaje, las compras y algunas despedidas, se distrajeron tan bien ambos de aquellos desagradables pensamientos, que por la tarde ya éstos se habían desvanecido.

Hasta tres días después no volvió a rebullir en la mente de Jacinta el gusanillo aquel. Fué cosa repentina, provocada por no sé qué, por esas misteriosas iniciativas de la memoria, que no sabemos de dónde salen. Se acuerda uno de las cosas contra toda lógica, y a veces el encadenamiento de las ideas es una extravagancia y hasta una ridiculez. ¿Quién creería que Jacinta se acordó de Fortunata al oír pregonar las *bocas de la Isla?* Porque dirá el curioso, y con razón, que qué tienen que ver las bocas con aquella mujer. Nada, absolutamente nada.

Volvían los esposos de Cádiz en el tren correo. No pensaban detenerse ya en ninguna parte, y llegarían a Madrid de un tirón. Iban muy gozosos, deseando ver a la familia y darle a cada uno su regalo. Jacinta, aunque picada del gusanillo aquel, había resuelto no volver a hablar de tal asunto, dejándolo sepultado en la memoria, hasta que el tiempo lo borrara para siempre. Pero al llegar a la estación de Jerez ocurrió algo que hizo revivir, inesperadamente, lo que ambos querían olvidar. Pues, señor..., de la cantina de la estación vieron salir al condenado inglés de la noche de marras, el cual los conoció al punto, y fué a saludarlos, muy fino y galante, y a ofrecerles unas cañas. Cuando se vieron libres de él, Santa Cruz le echó mil pestes, y dijo que algún día había de tener ocasión de darle el *par de galletas* que se tenía ganadas.

—Este danzante tuvo la culpa de que yo me pusiera aquella noche como me puse y de que te contara aquellos horrores...

Por aquí empezó a enredarse la conversación, hasta recaer otra vez en el *punto negro.* Jacinta no quería que se le quedara en el alma una idea que tenía, y a la primera ocasión la echó fuera de sí.

—¡Pobres mujeres!—exclamó—. Siempre la peor parte para ellas.

—Hija mía, hay que juzgar las cosas con detenimiento, examinar las circunstancias..., ver el medio ambiente...—dijo Santa Cruz, preparando todos los chirimbolos de esa dialéctica convencional con la cual se prueba todo lo que se quiere.

Jacinta se dejó hacer caricias. No estaba enfadada. Pero en su espíritu ocurría un fenómeno muy nuevo para ella. Dos sentimientos diversos se barajaban en su alma, sobreponiéndose el uno al otro alternativamente. Como adoraba a su marido, sentíase orgullosa de que éste hubiese despreciado a otra para tomarla a ella. Este orgullo es primordial y existirá siempre, aun en los seres más perfectos. El otro sentimiento procedía del fondo de rectitud que lastraba aquella noble alma y le inspiraba una protesta contra el ultraje y despiadado abandono de la desconocida. Por más que el *Delfín* lo atenuase, había ultrajado a la Humanidad. Jacinta no podía ocultárselo a sí misma. Los triunfos de su amor propio no le impedían ver que debajo del trofeo de su victoria había una víctima aplastada. Quizá la víctima merecía serlo; pero la vencedora no tenía nada que ver con lo que mereciera o no, y en el altar de su alma le ponía a la tal víctima una lucecita de compasión.

Santa Cruz, en su perspicacia, lo comprendió, y trataba de librar a su esposa de la molestia de compadecer a quien sin duda no lo merecía. Para esto ponía en funciones toda la maquinaria, más brillante que sólida, de su raciocinio, aprendido en el comercio de las liviandades humanas y en someras lecturas.

—Hija de mi alma, hay que ponerse en la realidad. Hay dos mundos: el que se ve y el que no se ve. La sociedad no se gobierna con las ideas puras. Buenos andaríamos... No soy tan culpable como parece a primera vista; fíjate bien. Las diferencias de educación y de clase establecen siempre una gran diferencia de

procederes en las relaciones humanas. Esto no lo dice el Decálogo; lo dice la realidad. La conducta social tiene sus leyes, que en ninguna parte están escritas, pero que se sienten y no se pueden conculcar. Faltas cometí, ¿quién lo duda?; pero imagínate que hubiera seguido entre aquella gente, que hubiera cumplido mis compromisos con la Pitusa... No te quiero decir más. Veo que te ríes. Eso me prueba que hubiera sido un absurdo, una locura, recorrer lo que, visto de allá, parecía el camino derecho. Visto de acá, ya es otro distinto. En cosas de moral, lo recto y lo torcido son según de donde se mire. No había, pues, más remedio que hacer lo que hice, y salvarme... Caiga el que caiga. El mundo es así. Debía yo salvarme, ¿sí o no? Pues debiendo salvarme, no había más remedio que lanzarme fuera del barco que se sumergía. En los naufragios siempre hay alguien que se ahoga... Y en el caso concreto del abandono hay también mucho que hablar. Ciertas palabras no significan nada por sí. Hay que ver los hechos... Yo la busqué para socorrerla; ella no quiso parecer. Cada cual tiene su destino. El de ella era ése: no parecer cuando yo la buscaba.

Nadie diría que el hombre que de este modo razonaba, con arte tan sutil y paradójico, era el mismo que noches antes, bajo la influencia de una bebida espirituosa, había vaciado toda su alma con esa sinceridad brutal y disparada que sólo puede compararse al vómito físico, producido por un emético muy fuerte. Y después, cuando el despejo de su cerebro le hacía dueño de todas sus triquiñuelas de hombre leído y mundano, no volvió a salir de sus labios ni un solo vocablo soez, ni una sola espontaneidad de aquellas que existían dentro de él, como existen los trapos de colorines en algún rincón de la casa del que ha sido cómico, aunque sólo lo haya sido de afición. Todo era convencionalismo y frase ingeniosa en aquel hombre que se había emperejilado intelectualmente, cortándose una levita para las ideas y planchándole los cuellos al lenguaje.

Jacinta, que aún tenía poco mundo, se dejaba alucinar por las dotes seductoras de su marido. Y le quería tanto, quizá por aquellas mismas dotes y por otras, que no necesitaba hacer ningún esfuerzo para creer cuanto le decía, si bien creía por fe, que es sentimiento, más que por convicción. Largo rato charlaron, mezclando las discusiones con los cariños discretos (porque en Sevilla entró gente en el coche y no había que pensar en la *besadera*), y cuando vino la noche sobre España, cuyo radio iban recorriendo, se durmieron allá por Despeñaperros, soñaron con lo mucho que se querían, y despertaron, al fin, en Alcázar, con la idea placentera de llegar pronto a Madrid, de ver a la familia, de contar todas las peripecias del viaje (menos la escenita de la noche aquella) y de repartir los regalos.

A Estupiñá le llevaban un bastón que tenía por puño la cabeza de una cotorra.

CAPITULO VI

MÁS Y MÁS PORMENORES REFERENTES A ESTA ILUSTRE FAMILIA

I

Pasaban meses, pasaban años, y en aquella dichosa casa todo era paz y armonía. No se ha conocido en Madrid familia mejor avenida que la de Santa Cruz, compuesta de dos parejas; ni es posible imaginar una compatibilidad de caracteres como la que existía entre Barbarita y Jacinta. He visto juntas muchas veces a la suegra y a la nuera y, ¡por Dios!, que se manifestaba muy poco en ellas la diferencia de edades. Barbarita conservaba a los cincuenta y tres años una frescura maravillosa, el talle perfecto y la dentadura sorprendente. Verdad que tenía el cabello casi enteramente blanco, el cual más parecía empolvado, conforme al estilo Pompadour, que encanecido por la edad. Pero lo que la hacía más joven era su afabilidad constante, aquel sonreír gracioso y benévolo con que iluminaba su rostro.

De veras que no tenían por qué quejarse de su destino aquellas cuatro personas. Se dan casos de individuos y familias a quienes Dios no les debe nada, y, sin embargo, piden y piden. Es que hay en la naturaleza humana un vicio de mendicidad; eso no tiene duda. Ejemplo, los de Santa Cruz, que gozaban de salud cabal, eran ricos, estimados de todo el mundo y se querían entrañable-

mente. ¿Qué les hacía falta? Parece que nada. Pues alguno de los cuatro pordioseaba. Es que cuando un conjunto de circunstancias favorables pone en las manos del hombre gran cantidad de bienes, privándole de uno solo, la fatalidad de nuestra naturaleza o el principio de descontento que existe en nuestro barro constitutivo le impulsan a desear precisamente lo poquito que no se le ha otorgado. Salud, amor, riqueza, paz y otras ventajas no satisfacían el alma de Jacinta; y al año de casada, más aún, a los dos años, deseaba ardientemente lo que no tenía. ¡Pobre joven! Lo tenía todo, menos chiquillos.

Esta pena, que al principio fué desazón insignificante, impaciencia tan sólo, convirtióse pronto en dolorosa idea de vacío. Era poco cristiano, al decir de Barbarita, desesperarse por la falta de sucesión. Dios, que les diera tantos bienes, habíales privado de aquél. No había más remedio que resignarse, alabando la mano del que lo mismo muestra su omnipotencia dando que quitando.

De este modo consolaba a su nuera, que más le parecía hija; pero allá en sus adentros deseaba tanto como Jacinta la aparición de un muchacho que perpetuase la casta y los alegrase a todos. Se callaba ese ardiente deseo por no aumentar la pena de la otra; mas atendía con ansia a todo lo que pudiera ser síntoma de esperanza de sucesión. Pero ¡quia! Pasaba un año, dos, y nada; ni aun siquiera esas presunciones vagas que hacen palpitar el corazón de las que sueñan con la maternidad, y a veces les hacen decir y hacer muchas tonterías.

—No tengas prisa, hija—decía Barbarita a su sobrina—. Eres muy joven. No te apures por los chiquillos, que ya los tendrás, y te cargarás de familia, y te aburrirás como se aburrió tu madre, y pedirás a Dios que no te dé más. ¿Sabes una cosa? Mejor estamos así. Los muchachos lo revuelven todo, y no dan más que disgustos. El sarampión, el garrotillo... ¡Pues nada te quiero decir de las amas!... ¡Qué calamidad!... Luego estás hecha una esclava... Que si comen, que si se indigestan, que si se caen y se abren la cabeza. Vienen después las inclinaciones que sacan. Si salen de mala índole..., si no estudian... ¡Qué sé yo!...

Jacinta no se convencía. Quería canarios de alcoba a todo trance, aunque salieran raquíticos y feos; aunque luego fueran traviesos, enfermos y calaveras; aunque de hombres la mataran a disgustos. Sus dos hermanas mayores parían todos los años, como su madre. Y ella nada, ni esperanzas. Para mayor contrasentido, Candelaria, que estaba casada con un pobre, había tenido dos de un vientre. ¡Y ella, que era rica, no tenía ni siquiera medio!... Dios estaba ya chocho, sin duda.

Vamos ahora a otra cosa. Los de Santa Cruz, como familia respetabilísima y rica, estaban muy bien relacionados y tenían amigos en todas las esferas, desde la más alta a la más baja. Es curioso observar cómo nuestra edad, por otros conceptos infeliz, nos presenta una dichosa confusión de todas las clases, mejor dicho, la concordia y reconciliación de todas ellas. En esto aventaja nuestro país a otros, donde están pendientes de sentencia los graves pleitos históricos de la igualdad. Aquí se ha resuelto el problema sencilla y pacíficamente, gracias al temple democrático de los españoles y a la escasa vehemencia de las preocupaciones nobiliarias. Un gran defecto nacional, la empleomanía, tiene también su parte en esta gran conquista. Las oficinas han sido el tronco en que se han injertado las ramas históricas, y de ellas han salido amigos el noble tronado y el plebeyo ensoberbecido por un título universitario; y de amigos, pronto han pasado a parientes. Esta confusión es un bien, y gracias a ella no nos aterra el contagio de la guerra social, porque tenemos ya en la masa de la sangre un socialismo atenuado e inofensivo. Insensiblemente, con la ayuda de la burocracia, de la pobreza y de la educación académica que todos los españoles reciben, se han ido compenetrando las clases todas, y sus miembros se introducen de una en otra, tejiendo una red espesa que amarra y solidifica la masa nacional. El nacimiento no significa nada entre nosotros, y todo cuanto se dice de los pergaminos es conversación. No hay más diferencias que las esenciales, las que se fundan en la buena o mala educación, en ser tonto o discreto, en las desigualdades del espíritu, eternas como los atributos del espíritu mismo. La otra de-

terminación positiva de clase, el dinero, está fundada en principios económicos tan inmutables como las leyes físicas, y querer impedirla viene a ser lo mismo que intentar beberse la mar.

Las amistades y parentescos de las familias de Santa Cruz y Arnáiz pueden ser ejemplo de aquel feliz revoltijo de las clases sociales; mas ¿quién es el guapo que se atreve a formar estadística de las ramas de tan dilatado y laberíntico árbol, que más bien parece enredadera, cuyos vástagos se cruzan, suben, bajan y se pierden en los huecos de un follaje densísimo? Sólo se puede intentar tal empresa con la ayuda de Estupiñá, que sabe al dedillo la historia de todas las familias comerciales de Madrid y todos los enlaces que se han hecho en medio siglo. Arnáiz, el gordo, también se pirria por hablar de linajes y por buscar parentescos, averiguando orígenes humildes de fortunas orgullosas, y haciendo hincapié en la desigualdad de ciertos matrimonios, a los cuales, en rigor de verdad, se debe la formación del terreno democrático sobre que se asienta la sociedad española. De una conversación entre Arnáiz y Estupiñá han salido las siguientes noticias.

II

Ya sabemos que la madre de don Baldomero Santa Cruz y la de Gumersindo y Barbarita Arnáiz eran parientas y venían del Trujillo extremeño y albardero. La actual casa de banca Trujillo y Fernández, de una respetabilidad y solidez intachables, procede del mismo tronco. Barbarita es, pues, parienta del jefe de aquella casa, aunque su parentesco resulta algo lejano. El primer conde de Trujillo está casado con una de las hijas del famoso negociante Casarredonda, que hizo colosal fortuna vendiendo fardos de *Coruñas* y *Viveros* para vestir a la tropa y a la Milicia Nacional. Otra de las hijas del marqués de Casarredonda era duquesa de Gravelinas. Ya tenemos aquí perfectamente enganchados a la aristocracia antigua y al comercio moderno.

Pero existe en Cádiz una antigua y opulenta familia comercial que sirvió como ninguna para enredar más la madeja social. Las hijas del famoso Bonilla, importador de pañolería y después banquero y extractor de vinos, casaron: la una, con Sánchez Botín, propietario, de quien vino la generala Minio, la marquesa de Tellería y Alejandro Sánchez Botín; la otra, con uno de los Morenos de Madrid, cofundador de los Cinco Gremios y del Banco de San Fernando, y la tercera, con el duque de Trastamara, de donde vino Pepito Trastamara. El hijo único de Bonilla casó con una Trujillo.

Pasemos ahora a los Morenos, procedentes del valle de Mena, una de las familias más dilatadas y que ofrecen más desigualdades y contraste en sus infinitos y desparramados miembros. Arnáiz y Estupiñá disputan, sin llegar a entenderse, sobre si el tronco de los Morenos estuvo en una droguería o en una peletería. En esto reina cierta oscuridad, que no se disipará mientras no venga uno de estos averiguadores fanáticos que son capaces de contarle a Noé los pelos que tenía en la cabeza y el número de *eses* que hizo cuando cogió la primera *pítima* de que la Historia tiene noticia. Lo que sí se sabe es que un Moreno casó con una Isla-Bonilla a principios de siglo, viniendo de aquí la Casa de Giro, que, del 19 al 35, estuvo en la subida de Santa Cruz, junto a la iglesia, y después en la plazuela de Pontejos. Por la misma época hallamos un Moreno en la Magistratura, otro en la Armada, otro en el Ejército y otro en la Iglesia. La Casa de Banca no era ya *Moreno* en 1870, sino *Ruiz-Ochoa y Compañía*, aunque uno de sus principales socios era don Manuel Moreno-Isla. Tenemos diferentes estirpes del tronco remotísimo de los Morenos. Hay los Moreno-Isla, los Moreno-Vallejo y los Moreno-Rubio, o sea, los Morenos ricos y los Morenos pobres, ya tan distantes unos de otros que muchos ni se tratan ni se consideran afines. Castita Moreno, aquella presumida amiga de Barbarita en la escuela de la calle Imperial, había nacido de los Morenos ricos, y fué a parar, con los vaivenes de la vida, a los Morenos pobres. Se casó con un farmacéutico de la interminable familia de los Samaniegos, que también tienen su puesto aquí. Una joven, perteneciente a los Morenos ricos, casó con un Pacheco, aristócrata segundón, hermano del duque de Gravelinas, y de esta unión vino Guillermina

Pacheco, a quien conoceremos luego. Ved ahora cómo una rama de los Morenos se mete entre el follaje de los Gravelinas, donde ya se engancha también el ramojo de los Trujillos, el cual venía ya trabado con los Arnáiz de Madrid y con los Bonillas de Cádiz, formando una maraña cuyos hilos no es posible seguir con la vista.

Aún hay más. Don Pascual Muñoz, dueño de un acreditadísimo establecimiento de hierros en la calle de Tintoreros, progresista de inmenso prestigio en los barrios del Sur, verdadera potencia electoral y política en Madrid, casó con una Moreno de no sé qué rama, emparentada con Mendizábal y con Bonilla, de Cádiz. Su hijo, que después fué marqués de Casa-Muñoz, casó con la hija de Albert, el que daba la cara en las contratas de paños y lienzos con el Gobierno. Eulalia Moreno, hija también de don Pascual, y hermana del actual marqués, se unió a don Cayetano Villuendas, rico propietario de casas, progresista rancio. Dejemos sueltos estos cabos para tomarlos más adelante.

Los Samaniegos, oriundos, como los Morenos, del país de Mena, también son ciento y la madre. Ya sabemos que la hija segunda de Gumersindo Arnáiz, hermana de Jacinta, casó con Pepe Samaniego, hijo de un drogista, arruinado, de la Concepción Jerónima... Hay muchos Samaniegos en el comercio menudo, y leyendo el instructivo libro de los rótulos de tiendas, se encuentra la *Farmacia de Samaniego* en la calle del Ave María (cuyo dueño era el marido de Castita Moreno), y la *Carnicería de Samaniego*, en la de las Maldonadas. Sin rótulo hay un Samaniego prestamista y medio curial, otro cobrador del Banco, otro que tiene tienda de sedas en la calle de Botoneras, y, por fin, varios que son horteras en diferentes tiendas. El Samaniego agente de Bolsa es primo de éstos.

La hija mayor de Gumersindo Arnáiz se casó con Ramón Villuendas, ya viudo con dos hijos, célebre cambiante de la calle de Toledo, la casa de Madrid que más trabaja en el negocio de moneda. Un hermano de éste casó con la hija de la viuda de Aparisi, dueño de la camisería en que fué dependiente Pepe Samaniego. El tío de ambos, don Cayetano Villuendas, progresistón y riquísimo casero, era el esposo de Eulalia Muñoz, y su gran fortuna procedía del negocio de curtidos en una época anterior a la de Céspedes. Ya se ató el cabo que quedara pendiente poco ha.

Ahora se nos presentan algunos ramos que parecen sueltos y no están. Pero ¿quién podrá descubrir su misterioso enlace con los revueltos y cruzados vástagos de esta colosal enredadera? ¿Quién puede indagar si Dámaso Trujillo, el que puso en la plaza Mayor la zapatería *Al Ramo de Azucenas*, pertenece al genuino linaje de los Trujillos antes mencionados? ¿Cuál será el averiguador que se lance a poner en claro si el dueño de *El Buen Gusto*, un tenducho de mantas de la calle de la Encomienda, es pariente indudable de los Villuendas ricos? Hay quien dice que Pepe Moreno Vallejo, el cordelero de la Concepción Jerónima, es primo hermano de don Manuel Moreno-Isla, uno de los Morenos que atan perros con longaniza; y se dice que un Arnáiz empleado de poco sueldo es pariente de Barbarita. Hay un Muñoz y Aparisi, tripicallero en las inmediaciones del Rastro, que se supone primo segundo del marqués de Casa-Muñoz y de su hermana la viuda de Aparisi; y, por fin, es preciso hacer constar que un cierto Trujillo, jesuíta, reclama un lugar en nuestra enredadera, y también hay que dársele al ilustrísimo obispo de Plasencia, fray Luis Moreno-Isla y Bonilla. Asimismo lleva en su árbol el nombre de Trujillo la mujer de Zalamero, subsecretario de Gobernación; pero su primer apellido es Ruiz Ochoa, y es hija de la distinguida persona que hoy está al frente de la Banca de Moreno.

Barbarita no se trataba con todos los individuos que aparecen en esta complicada enredadera. A muchos los esquivaba por hallarse demasiado altos; a otros, apenas los distinguía, por hallarse muy bajos. Sus amistades verdaderas, como los parentescos reconocidos, no eran en gran número, aunque sí abarcaban un círculo muy extenso, en el cual se entremezclaban todas las jerarquías. En un mismo día, al salir de paseo o de compras, cambiaba saludos más o menos afectuosos con las de Ruiz Ochoa, con la generala Minio, con Adela Trujillo, con un Villuendas rico, con un Villuendas pobre, con el pescadero pariente de Samaniego, con la duquesa de Gravelinas, con un Moreno Vallejo magistrado, con un Moreno Rubio médico, con un More-

no Jáuregui sombrerero, con un Aparisi canónigo, con varios horteras, con tan diversa gente, en fin, que otra persona de menos tinos habría trocado los nombres y tratamientos.

La mente más segura no es capaz de seguir en su laberíntico enredo las direcciones de los vástagos de este colosal árbol de linajes matritenses. Los hilos se cruzan, se pierden y reaparecen donde menos se piensa. Al cabo de mil vueltas para arriba y otras tantas para abajo se juntan, se separan, y de su empalme o bifurcación salen nuevos enlaces, madejas y marañas nuevas. Cómo se tocan los extremos del inmenso ramaje, es curioso de ver, por ejemplo, cuando Pepito Trastamara, que lleva el nombre de los bastardos de don Alfonso XI, va a pedir dinero a Cándido Samaniego, prestamista usurero, individuo de la Sociedad Protectora de Señoritos Necesitados.

III

Los de Santa Cruz vivían en su casa propia de la calle de Pontejos, dando frente a la plazuela del mismo nombre: finca comprada al difunto Aparisi, uno de los socios de la Compañía de Filipinas. Ocupaban los dueños el principal, que era inmenso, con doce balcones a la calle y mucha comodidad interior. No lo cambiara Barbarita por ninguno de los modernos hoteles, donde todo se vuelve escaleras y están además abiertos a los cuatro vientos. Allí tenía número sobrado de habitaciones, todas en un solo andar desde el salón a la cocina. Ni trocara tampoco su barrio, aquel *riñón de Madrid* en que había nacido, por ninguno de los caseríos flamantes que gozan fama de más ventilados y alegres. Por más que dijeran, el barrio de Salamanca es *campo*... Tan apegada era la buena señora al terruño de su arrabal nativo, que para ella no había en Madrid quien no oyera por las mañanas el ruido cóncavo de las cubas de los aguadores en la fuente de Pontejos; quien no sintiera por mañana y tarde la batahola que arman los coches correos; quien no recibiera a todas horas el hálito tenderil de la calle de Postas, y no escuchara por Navidad los zambombazos y panderetazos de la plazuela de Santa Cruz; quien no oyera las campanadas del reloj de la Casa de Correos, tan claras como si estuvieran dentro de la casa; quien no viera pasar a los cobradores del Banco cargados de dinero y a los carteros salir en procesión. Barbarita se había acostumbrado a los ruidos de la vecindad, cual si fueran amigos, y no podía vivir sin ellos.

La casa era tan grande, que los dos matrimonios vivían en ella holgadamente y les sobraba espacio. Tenían un salón algo anticuado, con tres balcones. Seguía por la izquierda el gabinete de Barbarita, luego otro aposento, después la alcoba. A la derecha del salón estaba el despacho de Juanito, así llamado no porque éste tuviese nada que despachar allí, sino porque había mesa con tintero y dos hermosas librerías. Era una habitación muy bien puesta y cómoda. El gabinetito de Jacinta, inmediato a esta pieza, era la estancia más bonita y elegante de la casa y la única tapizada con tela; todas las demás lo estaban con colgadura de papel, de un arte dudoso, dominando los grises y tórtola con oro. Veíanse en esta pieza algunas acuarelas muy lindas compradas por Juanito, y dos o tres óleos ligeros, todo selecto y de regulares firmas, porque Santa Cruz tenía buen gusto dentro del gusto vigente. Los muebles eran de raso o de felpa y seda combinadas con arreglo a la moda, siendo de notar que lo que allí se veía no chocaba por original ni tampoco por rutinario. Seguía luego la alcoba del matrimonio joven, la cual se distinguía principalmente de la paterna en que en ésta había lecho común y los jóvenes los tenían separados. Sus dos camas de palo santo eran muy elegantes, con pabellones de seda azul. La de los padres parecía un andamiaje de caoba con cabecera de morrión y columnas como las de un sagrario de Jueves Santo. La alcoba *de los pollos* se comunicaba con habitaciones de servicio, y las seguían dos grandes piezas, que Jacinta destinaba a los niños... cuando Dios se los diera. Hallábanse amuebladas con lo que iba sobrando de los aposentos que se ponían de nuevo, y su aspecto era por demás heterogéneo. Pero el arreglo definitivo de estas habitaciones vacantes existía completo en la imaginación de Jacinta, quien ya tenía previstos hasta los últimos detalles de todo lo que se había de poner allí cuando el caso llegara.

El comedor era interior, con tres ven-

tanas al patio, su gran mesa y aparadores de nogal llenos de finísima loza de China, la consabida sillería de cuero claveteado, y en las paredes papel imitando roble, listones claveteados también, y los bodegones al óleo, no malos, con la invariable raja de sandía, el conejo muerto y unas ruedas de merluza que de tan bien pintadas parecía que olían mal. Asimismo era interior el despacho de don Baldomero.

Estaban abonados los de Santa Cruz a un landó. Se los veía en los paseos; pero su tren era de los que *no llaman la atención*. Juan solía tener por temporadas un faetón o un tílburi, que guiaba muy bien, y también tenía caballo de silla; mas le picaba tanto la comezón de la variedad, que a poco de montar un caballo ya empezaba a encontrarle defectos y quería venderlo para comprar otro. Los dos matrimonios se daban buena vida, pero sin presumir, huyendo siempre de señalarse y de que los periódicos los llamaran *anfitriones*. Comían bien; en su casa había muy poca etiqueta y cierto patriarcalismo, porque a veces se sentaban a la mesa personas de clase humilde y otras muy decentes que habían venido a menos. No tenían cocinero de estos de gorro blanco, sino una cocinera antigua muy bien amañada, que podía medir sus talentos con cualquier *jefe;* y la ayudaban dos *pinchas,* que más bien eran alumnas.

Todos los primeros de mes recibía Barbarita de su esposo mil duretes. Don Baldomero disfrutaba una renta de veinticinco mil pesos, parte de alquileres de sus casas, parte de acciones del Banco de España, y lo demás de la participación que conservaba en su antiguo almacén. Daba además a su hijo dos mil duros cada semestre para sus gastos particulares, y en diferentes ocasiones le ofreció un pequeño capital para que emprendiera negocios por sí; pero al chico le iba bien con su dorada indolencia y no quería quebraderos de cabeza. El resto de su renta lo capitalizaba don Baldomero, bien adquiriendo más acciones cada año, bien amasando para hacerse con una casa más. De aquellos mil duros que la señora cogía cada mes, daba al *Delfín* dos o tres mil reales, que con esto y lo que del papá recibía estaba como en la gloria; y los diecisiete mil reales restantes eran para el gasto diario de la casa y para los de ambas damas, que allá se las arreglaban muy bien en la distribución, sin que jamás hubiese entre ellas el más ligero pique por un duro de más o de menos. Del gobierno doméstico cuidaban las dos, pero más particularmente la suegra, que mostraba ciertas tendencias al despotismo ilustrado. La nuera tenía el delicado talento de respetar esto, y cuando veía que alguna disposición suya era derogada por la autócrata, mostrábase conforme. Barbarita era administradora general de puertas adentro, y su marido mismo, después que religiosamente le entregaba el dinero, no tenía que pensar en nada de la casa, como no fuese en los viajes de verano. La señora lo pagaba todo, desde el alquiler del coche a la peseta de *El Imparcial,* sin que necesitara llevar cuentas para tan complicada distribución, ni apuntar cifra alguna. Era tan admirable su tino aritmético, que ni una sola vez pasó más allá de la indecisa raya que tan fácilmente traspasan los ricos; llegaba el fin de mes y siempre había un superávit, con el cual ayudaba a ciertas empresas caritativas de que se hablará más adelante. Jacinta gastaba siempre mucho menos de lo que su suegra le daba para menudencias, no era aficionada a estrenar a menudo, ni a enriquecer a las modistas. Los hábitos de economía adquiridos en su niñez estaban tan arraigados, que, aunque nunca le faltó dinero, traía a casa una costurera para hacer trabajillos de ropa y arreglos de trajes que otras señoras menos ricas suelen encargar fuera. Y por dicha suya, no tenía que calentarse la cabeza para discurrir el empleo de sus sobrantes, pues allí estaba su hermana Candelaria, que era pobre y se iba cargando de familia. Sus hermanitas solteras también recibían de ella frecuentes dádivas; ya los sombreritos de moda, ya el *fichú* o la manteleta, y hasta vestidos completos acabados de venir de París.

El abono que tomaron en el Real a un turno de palco principal fué idea de don Baldomero, quien no tenía malditas ganas de oír óperas, pero quería que Barbarita fuera a ellas para que le contase, al acostarse o después de acostados, todo lo que había visto en el regio coliseo. Resultó que a Barbarita no la llamaba mucho el Real; mas aceptó con gozo para que fuera Jacinta. Esta, a su vez, no tenía verdaderamente muchas ganas

de teatro; pero alegróse mucho de poder llevar al Real a sus hermanitas solteras, porque las pobrecillas, si no fuera así, no lo catarían nunca. Juan, que era muy aficionado a la música, estaba abonado a diario, con seis amigos, a un palco alto de proscenio.

Las de Santa Cruz no llamaban la atención en el teatro, y si alguna mirada caía sobre el palco era para las pollas colocadas en primer término con simetría de escaparate. Barbarita solía ponerse en primera fila para echar los gemelos en redondo y poder contarle a Baldomero algo más que cosas de decoraciones y del argumento de la ópera. Las dos hermanas casadas, Candelaria y Benigna, iban alguna vez; Jacinta, casi siempre; pero se divertía muy poco. Aquella mujer mimada por Dios, que la puso rodeada de ternura y bienandanzas en el lugar más sano, hermoso y tranquilo de este valle de lágrimas, solía decir en tono quejumbroso que no *tenía gusto para nada*. La envidiada de todos envidiaba a cualquier mujer pobre y descalza que pasase por la calle con un mamón en brazos liado en trapos. Se le iban los ojos tras de la infancia en cualquier forma que se le presentara, ya fuesen los niños ricos, vestidos de marineros y conducidos por la institutriz inglesa, ya los mocosos pobres, envueltos en bayeta amarilla, sucios, con caspa en la cabeza y en la mano un pedazo de pan lamido. No aspiraba ella a tener uno solo, sino que quería verse rodeada de una *serie*, desde el pillín de cinco años, hablador y travieso, hasta el rorro de meses que no hace más que reír como un bobo, tragar leche y apretar los puños. Su desconsuelo se manifestaba a cada instante, ya cuando encontraba una bandada que iba al colegio, con sus pizarras al hombro y el lío de libros llenos de mugre; ya cuando le salía al paso algún precoz mendigo cubierto de andrajos, mostrando para excitar la compasión sus carnes sin abrigo y los pies descalzos, llenos de sabañones. Pues como viera los alumnos de la Escuela Pía, con su uniforme galonado y sus guantes, tan limpios y bien puestos que parecían caballeros chiquitos, se los comía con los ojos Las niñas vestidas de rosa o celeste que juegan a la rueda en el Prado y que parecen flores vivas que se han caído de los árboles; las pobrecitas que envuelven su cabeza en una toquilla agujereada; los que hacen sus primeros pinitos en la puerta de una tienda agarrándose a la pared; los que chupan el seno de sus madres mirando por el rabo del ojo a la persona que se acerca a curiosear; los pilletes que enredan en las calles o en el solar vacío arrojándose piedras y rompiéndose la ropa para desesperación de las madres; las nenas que en Carnaval se visten de chulas y se contonean con la mano clavada en la cintura; las que piden para la Cruz de Mayo; los talluditos que usan ya bastón y ganan premios en los colegios y los que en las funciones de teatro por la tarde sueltan el grito en la escena más interesante, distrayendo a los actores y enfureciendo al público...; todos, en una palabra, le interesaban igualmente.

IV

Y de tal modo se iba enseñoreando de su alma el afán de la maternidad, que pronto empezó a embotarse en ella la facultad de apreciar las ventajas que disfrutaba. Estas llegaron a ser para ella invisibles, como lo es para todos los seres el fundamental medio de nuestra vida, la atmósfera. Pero ¿qué hacía Dios que no mandaba uno siquiera de los chiquillos que en número infinito tiene por allá? ¿En qué estaba pensando su Divina Majestad? Y Candelaria, que apenas tenía con qué vivir, ¡uno cada año!... Y que vinieran diciendo que hay equidad en el Cielo... Sí; no está mala justicia la de arriba...; sí..., ya lo estamos viendo... De tanto pensar en esto, parecía en ocasiones monomaníaca, y tenía que apelar a su buen juicio para no dar a conocer el destino de su espíritu, que casi casi iba tocando en la ridiculez. ¡Y se le ocurrían cosas tan raras!... Su pena tenía las intermitencias más extrañas, y después de largos períodos de sosiego se presentaba impetuosa y aguda, como un mal crónico que está siempre en acecho para acometer cuando menos se le espera. A veces, una palabra insignificante que en la calle o en su casa oyera, o la vista de cualquier objeto, le encendían de súbito en la mente la llama de aquel tema, produciéndole opresiones en el pecho y un sobresalto inexplicable.

Se distraía cuidando y mimando a los niños de sus hermanas, a los cuales quería entrañablemente; pero siempre había entre ella y sus sobrinitos una distancia que no podía llenar. No eran suyos, no los había *tenido* ella, no se los sentía unidos a sí por un hilo misterioso. Los verdaderamente unidos no existían más que en su pensamiento, y tenía que encender y avivar éste, como una fragua, para forjar las alegrías verdaderas de la maternidad. Una noche salió de la casa de Candelaria para volverse a la suya poco antes de la hora de comer. Ella y su hermana se habían puesto de puntas por una tontería, porque Jacinta mimaba demasiado a Pepito, nene de tres años, el primogénito de Samaniego. Le compraba juguetes caros, le ponía en la mano, para que las rompiera, las figuras de china de la sala, y le permitía comer mil golosinas.

—¡Ah! Si fueras madre de verdad, no harías esto...

—Pues si no lo soy, mejor. ¿A ti qué te importa?

—A mí, nada. Dispensa, hija. ¡Qué genio!

—Si no me enfado...

—¡Vaya, que estás mimadita!

Estas y otras tonterías no tenían consecuencias, y al cuarto de hora se echaban a reír, y en paz. Pero aquella noche, al retirarse, sentía la *Delfina* ganas de llorar. Nunca se había mostrado en su alma de un modo tan imperioso el deseo de tener hijos. Su hermana la había humillado, su hermana se enfadaba de que quisiera tanto al sobrinito. ¿Y aquello qué era sino celos?... Pues cuando ella tuviera un chico, no permitiría a nadie ni siquiera mirarle... Recorrió el espacio desde la calle de las Hileras a la de Pontejos extraordinariamente excitada, sin ver a nadie. Llovía un poco y ni siquiera se acordó de abrir su paraguas. El gas de los escaparates estaba encendido, pero Jacinta, que acostumbraba pararse a ver las novedades, no se detuvo en ninguna parte. Al llegar a la esquina de la plazuela de Pontejos, y cuando iba a atravesar la calle para entrar en el portal de su casa, que estaba enfrente, oyó algo que la detuvo. Corrióle un frío cortante por todo el cuerpo; quedóse parada, el oído atento a un rumor que al parecer venía del suelo, de entre las mismas piedras de la calle. Era un gemido, una voz de la naturaleza animal pidiendo auxilio y defensa contra el abandono y la muerte. Y el lamento era tan penetrante, tan afilado y agudo, que más que voz de un ser viviente parecía el sonido de la prima de un violín herida tenuemente en lo más alto de la escala. Sonaba de esta manera: *miiii*... Jacinta miraba al suelo; porque sin duda el quejido aquel venía de lo profundo de la tierra. En sus desconsoladas entrañas lo sentía ella penetrar, traspasándole como una aguja el corazón. Busca por aquí, busca por allá, vió al fin junto a la acera por la parte de la plaza una de esas hendiduras practicadas en el encintado, que se llaman *absorbederos* en el lenguaje municipal, y que sirven para dar entrada en la alcantarilla al agua de las calles. De allí, sí, de allí venían aquellos lamentos que trastornaban el alma de la *Delfina*, produciéndole un dolor, una efusión de piedad que a nada pueden compararse. Todo lo que en ella existía de presunción materna, toda la ternura que los éxtasis de madre soñadora habían ido acumulando en su alma, se hicieron fuerza activa para responder al *miiii* subterráneo con otro *miiii* dicho a su manera.

¿A quién pediría socorro?

—Deogracias—gritó, llamando al portero.

Felizmente, el portero estaba en la esquina de la calle de la Paz hablando con un conductor del coche-correo, y al punto oyó la voz de su señorita. En cuatro trancos se puso a su lado.

—Deogracias..., eso... que ahí suena..., mira a ver...—dijo la señorita, temblando y pálida.

El portero prestó atención; después se puso de cuatro pies, mirando a su ama con semblante de marrullería y jovialidad.

—Pues... esto... ¡Ah! Son unos gatitos que han tirado a la alcantarilla.

—¡Gatitos!... ¿Estás seguro..., pero estás seguro de que son gatitos?

—Sí, señorita; y deben de ser de la gata de la librería de ahí enfrente, que parió anoche y no los puede criar todos...

Jacinta se inclinó para oír mejor. El *miiii* sonaba ya tan profundo que apenas se percibía.

—Sácalos—dijo la dama con voz de autoridad indiscutible.

Deogracias se volvió a poner en cuatro pies, se remangó el brazo y lo metió por aquel hueco. Jacinta no podía advertir en su rostro la expresión de incredulidad, casi de burla. Llovía más, y por el absorbedero empezaba a entrar agua, chorreando dentro con un ruido de freidera que apenas permitía ya oír el ahilado *miiii*. No obstante, la *Delfina* lo oía siempre bien claro. El portero volvió hacia arriba, como quien invoca al Cielo, su cara estúpida, y dijo sonriendo:

—Señorita, no se puede. Están muy hondos..., pero muy hondos.

—¿Y no se puede levantar esa baldosa?—indicó ella, pisando fuerte en ella.

—¿Esta baldosa?—repitió Deogracias, poniéndose en pie y mirando a su ama como se mira a la persona de cuya razón se duda—. Poderse..., avisando al Ayuntamiento... El teniente de alcalde señor Aparisi es vecino de casa... Pero...

Ambos aguzaban su oído.

—Ya no se oye nada—observó Deogracias, poniéndose más estúpido—. Se han ahogado...

No sabía el muy bruto la puñalada que daba a su ama con estas palabras. Jacinta, sin embargo, creía oír el gemido en lo profundo. Pero aquello no podía continuar. Empezó a ver la inmensa desproporción que había entre la grandeza de su piedad y la pequeñez del objeto a que la consagraba. Arreció la lluvia, y el absorbedero deglutaba ya una onda gruesa que hacía gargarismos y bascas al chocar con las paredes de aquel gaznate... Jacinta echó a correr hacia la casa y subió. Los nervios se le pusieron tan alborotados y el corazón tan oprimido, que sus suegros y su marido la creyeron enferma; y sufrió toda la noche la molestia indecible de oír constantemente el *miiii* del absorbedero. En verdad que aquello era una tontería, quizá desorden nervioso; pero no lo podía remediar. ¡Ah! ¡Si su suegra sabía por Deogracias lo ocurrido en la calle, cuánto se había de burlar! Jacinta se avergonzaba de antemano, poniéndose colorada, sólo de considerar que entraba Barbarita diciéndole con su maleante estilo:

—Pero, hija, ¿conque es cierto que mandaste a Deogracias meterse en las alcantarillas para salvar unos niños abandonados...?

Sólo a su marido, *bajo palabra de secreto*, contó el lance de los gatitos. Jacinta no podía ocultarle nada, y tenía un gusto particular en hacerle confianza hasta de las más vanas tonterías que por su cabeza pasaban referentes a aquel tema de la maternidad. Y Juan, que tenía talento, era indulgente con estos desvaríos del cariño vacante o de la maternidad sin hijo. Aventurábase ella a contarle cuanto le pasaba, y muchas cosas que a la luz del día no osara decir, decíalas en la intimidad y soledad conyugales, porque allí se veían como de molde, porque allí se decían sin esfuerzo cual si se dijeran por sí solas, porque, en fin, los comentarios sobre la sucesión tenían como una base en la renovación de las probabilidades de ella.

V

Hacía mal Barbarita, pero muy mal, en burlarse de la manía de su hija. ¡Como si ella no tuviera también su manía, y buena! Por cierto que llevaba a Jacinta la gran ventaja de poder satisfacerse y dar realidad a su pensamiento. Era una viciosa que se hartaba de los goces ansiados, mientras que la nuera padecía horriblemente por no poseer nunca lo que anhelaba. La satisfacción del deseo *chiflaba* a la una tanto como a la otra la privación del mismo.

Barbarita tenía la *chifladura* de las compras. Cultivaba el arte por el arte, es decir, la compra por la compra. Adquiría por el simple placer de adquirir, y para ella no había mayor gusto que hacer una excursión de tiendas y entrar luego en casa cargada de cosas que, aunque no estaban de más, no eran de una necesidad absoluta. Pero no se salía nunca del límite que le marcaban sus medios de fortuna, y en esto precisamente estaba su magistral arte de marchante rica.

El vicio aquel tenía sus depravaciones, porque la señora de Santa Cruz no sólo iba a las tiendas de lujo, sino a los mercados, y recorría de punta a punta los cajones de la plazuela de San Miguel, las pollerías de la calle de la Caza y los puestos de la ternera fina de la costanilla de Santiago. Era tan conocida *doña Barbarita* en aquella zona, que las placeras se la disputaban y armaban entre sí grandes ciscos por la preferencia de una tan ilustre parroquiana.

Lo mismo en los mercados que en las

tiendas tenía un auxiliar inestimable, un ojeador que tomaba aquellas cosas cual si en ello le fuera la salvación del alma. Este era Plácido Estupiñá. Como vivía en la Cava de San Miguel, desde que se levantaba, a la primera luz del día, echaba una mirada de águila sobre los cajones de la plaza. Bajaba cuando todavía estaba la gente tomando la mañana en las tabernas y en los cafés ambulantes, y daba un vistazo a los puestos, enterándose del cariz del mercado y de las cotizaciones. Después, bien embozado en la pañosa, se iba a San Ginés, adonde llegaba algunas veces antes que el sacristán abriera la puerta. Echaba un párrafo con las beatas que le habían cogido la delantera, alguna de las cuales llevaba su chocolatera y cocinilla, y hacía su desayuno en el mismo pórtico de la iglesia. Abierta ésta, se metían todos dentro con tanta prisa como si fueran a coger puesto en una función de gran lleno, y empezaban las misas. Hasta la tercera o la cuarta no llegaba Barbarita, y en cuanto la veía entrar, Estupiñá se corría despacito hasta ella, deslizándose de banco en banco como una sombra, y se le ponía al lado. La señora rezaba en voz baja, moviendo los labios. Plácido tenía que decirle muchas cosas, y entrecortaba su rezo para irlas desembuchando.

—Va a salir la de don Germán en la capilla de los Dolores... Hoy reciben congrio en la casa de Martínez; me han enseñado los despachos de Laredo...; llena eres de gracia; el Señor es contigo...; coliflor no hay, porque no han venido los arrieros de Villaviciosa, por estar perdidos los caminos... ¡Con estas malditas aguas...!, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

Pasaba tiempo a veces sin que ninguno de los dos chistara, ella a un extremo del banco, él a cierta distancia, detrás, ora de rodillas, ora sentados. Estupiñá se aburría algunas veces, por más que no lo declarase, y le gustaba que alguna beata rezagada o beato sobón le preguntara por la misa: "¿Se alcanza ésta?" Estupiñá respondía que sí o que no de la manera más cortés, añadiendo siempre en el caso negativo algo que consolara al interrogador:

—Pero esté usted tranquilo; va a salir en seguida la del padre Quesada, que es una pólvora...

Lo que él quería era ver si saltaba conversación.

Después de un grato rato de silencio, consagrado a las devociones, Barbarita se volvía a él, diciéndole con altanería impropia de aquel santo lugar:

—Vaya, que tu amigo el *Sordo* nos la ha jugado buena.

—¿Por qué, señora?

—Porque te dije que le encargaras medio solomillo, y ¿sabes lo que me mandó? Un pedazo enorme de contrafalda o babilla y un trozo de espaldilla, lleno de piltrafas y tendones... Vaya un modo de portarse con los parroquianos. Nunca más se le compra nada. La culpa la tienes tú... Ahí tienes lo que son tus *protegidos*...

Dicho esto, Barbarita seguía rezando y Plácido se ponía a echar pestes mentalmente contra el *Sordo*, un tablajero a quien él... No le protegía; era que *le había recomendado*. Pero ya se las cantaría él muy claras al tal *Sordo*. Otras familias a quienes le recomendara, quejáronse de que les había dado *tapa del cencerro*, es decir, pescuezo, que es la carne peor, en vez de tapa verdadera. En estos tiempos tan desmoralizados no se puede recomendar a nadie. Otras mañanas iba con esta monserga:

—¡Cómo está hoy el mercado de caza! ¡Qué perdices, señora! Divinidades, verdaderas divinidades.

—No más perdices. Hoy hemos de ver si Pantaleón tiene buenos cabritos. También quisiera una buena lengua de vaca, *cargada*, y ver si hay ternera fina.

—La hay tan fina, señora, que parece *talmente* merluza.

—Bueno, pues que me manden un buen solomillo y chuletas riñonadas. Ya sabes: no vayas a descolgarte con las agujas cortas del otro día. Conmigo no se juega.

—Descuide usted... ¿Tiene la señora convidados mañana?

—Sí; y de pescados, ¿qué hay?

—He *apalabrado* el salmón por si viene mañana... Lo que tenemos hoy es peste de langosta.

Y concluídas las misas, se iban por la calle Mayor adelante, en busca de emociones puras, inocentes, logradas con la oficiosidad amable del uno y el dinero copioso de la otra. No siempre se ocupaban de cosas de comer. Repetidas veces llevó Estupiñá cuentos como éste:

—Señora, señora, no deje de ver las cretonas que han recibido los *chicos* de Sobrino... ¡Qué divinidad!

Barbarita interrumpía un Padrenuestro para decir, todavía con la expresión de la religiosidad en el rostro:

—¿Rameaditas? Sí, y con golpes de oro. Eso es lo que se estila ahora.

Y en el pórtico, donde ya estaba Plácido esperándola, decía:

—Vamos a casa de los *chicos* de Sobrino.

Los cuales enseñaban a Barbarita, a más de las cretonas, unos satenes de algodón floreados que eran la gran novedad del día; y a la viciosa le faltaba tiempo para comprarle un vestido a su nuera, quien solía pasarlo a alguna de sus hermanas.

Otra embajada:

—Señora, señora, ésta ya no se alcanza, pero pronto va a salir la del sobrino del señor cura, que es otro padre Fuguilla por lo pronto que la despacha. Ya recibió Pla los quesitos aquellos..., no recuerdo cómo se llaman.

—Ahora y en la hora de nuestra muerte..., sí, ya... ¡Si son como las rosquillas inglesas que me hiciste comprar el otro día y que olían a viejo...! Parecían de la boda de San Isidro.

A pesar de este regaño, al salir iban a casa de Pla con ánimo de no comprar más que dos libras de pasas de Corinto para hacer un pastel inglés, y la señora se iba enredando, enredando, hasta dejarse en la tienda obra de ochocientos o novecientos reales. Mientras Estupiñá admiraba, de mostrador adentro, las grandes novedades de aquel museo universal de comestibles, dando su opinión, pericial sobre todo, probando ya una galleta de almendra y coco, que parecía *talmente* mazapán de Toledo, ya apreciando por el olor la superioridad del té o de las especias, la dama se tomaba por su cuenta a uno de los dependientes, que era un Samaniego, y... adiós mi dinero. A cada instante decía Barbarita que no más, y tras de la colección de purés para sopas iban las *perlas del Nizán*, el *gluten de la estrella*, las salsas inglesas, el *caldo de carne de tortuga de mar*, la docena de botellas de Saint-Emilion, que tanto le gustaba a Juanito; el bote de *champignons extra*, que agradaban a don Baldomero; la lata de anchoas, las trufas y otras menudencias. Del portamonedas de Barbarita, siempre bien provisto, salía el importe, y como hubiera un pico en la suma, tomábase la libertad de suprimirlo *por pronto pago*.

—Ea, chicos, que lo mandéis todo al momento *a casa*—decía con despotismo Estupiñá al despedirse, señalando las compras.

—Vaya, quedaos con Dios—decía doña Bárbara, levantándose de la silla a punto que aparecía el principal por la puerta de la trastienda, y saludaba con mil afectos a su parroquiana, quitándose la gorra de seda.

—Vamos pasando, hijo... ¡Ay, *que ladrocinio* el de esta casa!... No vuelvo a entrar más aquí... ¡Abur, abur!

—*Hasta mañana*, señora. A los pies de usted... Tantas cosas a don Baldomero... Plácido, Dios le guarde.

—Maestro..., que haya salud.

Ciertos artículos se compraban siempre al por mayor, y si era posible, de primera mano. Barbarita tenía en la medula de los huesos la fibra de comerciante, y se pirraba por sacar el género *arreglado*. Pero ¡cuán distantes de la realidad habrían quedado estos intentos sin la ayuda del espejo de los corredores, Estupiñá el Grande! ¡Lo que aquel santo hombre andaba para encontrar huevos frescos en gran cantidad!... Todos los polleros de la Cava le traían en palmitas, y él se daba no poca importancia, diciéndoles: "O tenemos formalidad o no tenemos formalidad. Examinemos el artículo, y después se discutirá... Calma, hombre, calma." Y allí era el mirar huevo por huevo al trasluz, el sopesarlos y el hacer mil comentarios sobre su probable antigüedad. Como alguno de aquellos tíos le engañase, ya podía encomendarse a Dios, porque llegaba Estupiñá como una fiera amenazándole con el teniente de alcalde, con la inspección municipal y hasta con la horca.

Para el vino, Plácido se entendía con los vinateros de la Cava Baja, que van a hacer sus compras a Arganda, Tarancón o a la Sagra, y se ponía de acuerdo con un medidor para que le tomase una partida de tantos o cuantos cascos y la remitiese por conducto de un carromatero ya conocido. Ello había de ser género de confianza, *talmente* moro. El chocolate era una de las cosas en que más actividad y celo desplegaba Plácido,

porque en cuanto Barbarita le daba órdenes ya no vivía el hombre. Compraba el cacao superior, el azúcar y la canela en casa de Gallo, y lo llevaba todo a hombros de un mozo, sin perderlo de vista, a la casa del que hacía las tareas. Los de Santa Cruz no transigían con los chocolates industriales, y el que tomaban había de ser hecho a brazo. Mientras el chocolatero trabajaba, Estupiñá se convertía en mosca, quiero decir que estaba todo el día dando vueltas alrededor de la tarea para ver si se hacía *a toda conciencia*, porque en estas cosas hay que andar con mucho ojo.

Había días de compras grandes y otros de menudencias; pero días sin comprar no los hubo nunca. A falta de cosa mayor, la viciosa no entraba nunca en su casa sin el par de guantes, el imperdible, los polvos para limpiar metales, el paquete de horquillas o cualquier chuchería de los bazares de *todo a real*. A su hijo le llevaba regalitos sin fin, corbatas que no usaba, botonaduras que no se ponía nunca. Jacinta recibía con gozo lo que su suegra llevaba para ella, y lo iba transmitiendo a sus hermanas solteras y casadas, menos ciertas cosas cuyo traspaso no lo permitían. Por la ropa blanca y por la mantelería tenía la señora de Santa Cruz verdadera pasión. De la tienda de su hermano traía piezas enteras de holanda finísima, de batistas y madapolanes. Don Baldomero II y don Juan I tenían ropa para un siglo.

A entrambos los surtía de cigarrillos la propia Barbarita. El primero fumaba puros; el segundo, papel. Estupiñá se encargaba de traer estos peligrosos artículos de la casa de un truchimán que los vendía de *ocultis*, y cuando atravesaba las calles de Madrid con las cajas debajo de su capa verde, el corazón le palpitaba de gozo, considerando la trastada que le jugaba a la Hacienda pública y recordando sus hermosos tiempos juveniles. Pero en los liberalescos años del 71 y 72 era ya otra cosa... La Policía fiscal no se metía en muchos dibujos. El temerario contrabandista, no obstante, hubiera deseado tener un mal encuentro para probar al mundo entero que era hombre capaz de arruinar la Renta si se lo proponía. Barbarita examinaba las cajas y sus marcas, las regateaba, olía el tabaco, escogía lo que le parecía mejor y pagaba muy bien. Siempre tenía don Baldomero un surtido tan variado como excelente, y el buen señor conservaba, entre ciertos hábitos tenaces del antiguo hortera, el de reservar los cigarros mejores para los domingos.

CAPITULO VII

GUILLERMINA, VIRGEN Y FUNDADORA

I

De cuantas personas entraban en aquella casa, la más agasajada por toda la familia de Santa Cruz era Guillermina Pacheco—que vivía en la inmediata—, tía de Moreno Isla y prima de Ruiz-Ochoa, los dos socios principales de la antigua Banca de Moreno. Los miradores de las dos casas estaban tan próximos, que por ellos se comunicaba doña Bárbara con su amiga, y un toquecito en los cristales era suficiente para establecer la correspondencia.

Guillermina entraba en aquella casa como en la suya, sin etiqueta ni cumplimiento alguno. Ya tenía su lugar fijo en el gabinete de Barbarita, en una silla baja; y lo mismo era sentarse que empezar a hacer media o a coser. Llevaba siempre consigo un gran lío o cesto de labor, calábase los anteojos, cogía las herramientas, y ya no paraba en toda la noche. Hubiera o no en las otras habitaciones gente de cumplido, ella no se movía de allí ni tenía que ver con nadie. Los amigos asiduos de la casa, como el marqués de Casa-Muñoz, Aparisi o Federico Ruiz, la miraban ya como se mira lo que está siempre en un mismo sitio y no puede estar en otro. Los de fuera y los de dentro trataban con respeto, casi con veneración, a la ilustre señora, que era como una figurita de nacimiento, menuda y agraciada, la cabellera con bastantes canas, aunque no tantas como la de Barbarita; las mejillas, sonrosadas; la boca, risueña; el habla, tranquila y graciosa, y el vestido, humildísimo.

Algunos días iba a comer allí, es decir, a sentarse a la mesa. Tomaba un poco de sopa, y en lo demás no hacía más que picar. Don Baldomero solía enfadarse y decía:

—Hija de mi alma, cuando quieras hacer penitencia no vengas a mi casa. Ob-

servo que no pruebas aquello que más te gusta. No me vengas a mí con cuentos. Yo tengo buena memoria. Te oí decir muchas veces en casa de mi padre que te gustaban las codornices, y ahora las tienes aquí y no las pruebas. ¡Que no tienes gana!... Para esto siempre hay gana. Y veo que no tocas el pan... Vamos, Guillermina, que perdemos las amistades...

Barbarita, que conocía bien a su amiga, no machacaba como don Baldomero, dejándola comer lo que quisiese o no comer nada. Si por acaso estaba en la mesa el gordo Arnáiz, se permitía algunas cuchufletas de buen género sobre aquellos antiquísimos estilos de santidad, consistentes en no comer.

—Lo que entra por la boca no daña el alma. Lo ha dicho San Francisco de Sales nada menos.

La de Pacheco, que tenía buenas despachaderas, no se quedaba callada, y respondía con donaire a todas las bromas sin enojarse nunca. Concluída la comida, se diseminaban los comensales, unos a tomar café al despacho y a jugar al tresillo, otros a formar grupos más o menos animados y chismosos, y Guillermina a su sillita baja y al tejemaneje de las agujas. Jacinta se le ponía al lado y tomaba muy a menudo parte en aquellas tareas tan simpáticas a su corazón. Guillermina hacía camisolas, calzones y chambritas para sus ciento y pico de hijos de uno y otro sexo.

Lo referente a esta insigne dama lo sabe mejor que nadie Zalamero, que está casado con una de las chicas de Ruiz-Ochoa. Nos ha prometido escribir la biografía de su excelsa parienta cuando se muera, y entretanto no tiene reparo en dar cuantos datos se le pidan, ni en rectificar a ciencia cierta las versiones que el criterio vulgar ha hecho correr sobre las causas que determinaron en Guillermina, hace veinticinco años, la pasión de la beneficencia. Alguien ha dicho que amores desgraciados la empujaron a la devoción primero, a la caridad propagandista y militante después. Mas Zalamero asegura que esta opinión es tan tonta como falsa. Guillermina, que fué bonita y aun un poquillo presumida, no tuvo nunca amores, y si los tuvó, no se sabe absolutamente nada de ellos. Es un secreto guardado con sepulcral reserva en su corazón. Lo que la familia admite es que la muerte de su madre la impresionó tan vivamente, que hubo de proponerse, como el otro, "no servir a más señores que se le pudieran morir". No nació aquella sin igual mujer para la vida contemplativa. Era un temperamento soñador, activo y emprendedor; un espíritu con ideas propias y con iniciativas varoniles. No se le hacía cuesta arriba la disciplina en el terreno espiritual; pero en el material sí, por lo cual no pensó nunca en afiliarse a ninguna de las órdenes religiosas más o menos severas que hay en el orbe católico. No se reconocía con bastante paciencia para encerrarse y estar todo el santo día bostezando el *gori gori*, ni para ser soldado en los valientes escuadrones de Hermanas de la Caridad. La llama vivísima que en su pecho ardía no le inspiraba la sumisión pasiva, sino actividades iniciadoras que debían desarrollarse en la libertad. Tenía un carácter inflexible y un tesoro de dotes de mando y de facultades de organización que ya quisieran para sí algunos de los hombres que dirigen los destinos del mundo. Era mujer que cuando se proponía algo iba a su fin, derecha como una bala, con perseverancia grandiosa, sin torcerse nunca ni desmayar un momento, inflexible y serena. Si en este camino recto encontraba espinas, las pisaba y adelante, con los pies ensangrentados.

Empezó por unirse a unas cuantas señoras nobles amigas suyas que habían establecido asociaciones para socorros domiciliarios, y al poco tiempo Guillermina sobrepujó a sus compañeras. Estas lo hacían por vanidad, a veces de mala gana; aquélla trabajaba con ardiente energía, y en esto se le fué la mitad de su legítima. A los dos años de vivir así, se la vió renunciar por completo a vestirse y ataviarse como manda la moda que se atavíen las señoras. Adaptó el traje liso de merino negro, el manto, pañolón oscuro cuando hacía frío, y unos zapatones de paño holgados y feos. Tal había de ser su empaque en todo el resto de sus días.

La Asociación benéfica a que pertenecía no se acomodaba al ánimo emprendedor de Guillermina, pues quería ella picar más alto, intentando cosas verdaderamente difíciles y tenidas por imposibles. Sus talentos de fundadora se revelaron entonces, asustando a todo aquel

señorío que no sabía salir de ciertas rutinas. Algunas amigas suyas aseguraron que estaba loca, porque demencia era pensar en la fundación de un asilo para huerfanitos, y mayor locura dotarle de recursos permanentes. Pero la infatigable iniciadora no desmayaba, y el asilo *fué hecho,* sosteniéndose en los tres primeros años de su difícil existencia con parte de la renta que le quedaba a Guillermina y con los donativos de sus parientes ricos. Pero de pronto la institución empezó a crecer; se hinchaba y cundía como las miserias humanas, y sus necesidades subían en proporciones aterradoras. La dama pignoró los restos de su legítima; después tuvo que venderlos. Gracias a sus parientes, no se vió en el trance fatal de tener que mandar a la calle a los asilados a que pidieran limosna para sí y para la fundadora. Y al propio tiempo repartía periódicamente cuantiosas limosnas entre la gente pobre de los distritos de la Inclusa y Hospital; vestía a muchos niños, daba ropa a los viejos, medicinas a los enfermos, alimentos y socorros diversos a todos. Para no suspender estos auxilios y seguir sosteniendo el asilo, era forzoso buscar nuevos recursos. ¿Dónde y cómo? Ya las amistades y parentescos estaban tan explotados, que si se tiraba un poco más de la cuerda era fácil que se rompiera. Los más generosos empezaban a poner mala cara, y los cicateros, cuando se les iba a cobrar la cuota, decían que no estaban en casa.

—Llegó un día—dijo Guillermina, suspendiendo la labor para contar el caso a varios amigos de Barbarita—en que las cosas se pusieron muy feas. Amaneció aquel día, y los veintitrés pequeñuelos de Dios que yo había recogido y que estaban en una casucha baja y húmeda de la calle del Zarzal, aposentados como conejos, no tenían qué comer. Tirando de aquí y de allá, podían pasar aquel día; pero ¿y el siguiente? Yo no tenía ya ni dinero ni quien me lo diera. Debía no sé cuántas fanegas de judías, doce docenas de alpargatas, tantísimas arrobas de aceite; no me quedaba que empeñar o que vender más que el rosario. Los primos, que me sacaban de tantos apuros, ya habían hecho los imposibles... Me daba vergüenza de volver a pedirles. Mi sobrino Manolo, que solía ser mi paño de lágrimas, estaba en Londres. Y suponiendo que mi primo Valeriano me tapase mis veintitrés bocas (y la mía, veinticuatro) por unos cuantos días, ¿cómo me arreglaría después? Nada, nada; era indispensable arañar la tierra y buscar cuartos de otra manera y por otros medios.

"El día aquel fué día de prueba para mí. Era un viernes de Dolores, y las siete espadas, señores míos, estaban clavadas aquí... Me pasaban como unos rayos por la frente. Una idea era lo que yo necesitaba, y más que una idea, valor, sí, valor para lanzarme... De repente noté que aquel valor tan deseado entraba en mí, pero un valor tremendo, como el de los soldados cuando se arrojan sobre los cañones enemigos... Trinqué la mantilla y me eché a la calle. Ya estaba decidida, y no crean, alegre como unas Pascuas, porque sabía lo que tenía que hacer. Hasta entonces no había pedido a los amigos; desde aquel momento pediría a todo bicho viviente, iría de puerta en puerta con la mano así... Del primer tirón me planté en casa de una duquesa extranjera, a quien no había visto en mi vida. Recibióme con cierto recelo; me tomó por una trapisondista; pero a mí, ¿qué me importaba? Dióme la limosna, y en seguida, para alentarme y apurar el cáliz de una vez, estuve dos días sin parar subiendo escaleras y tirando de las campanillas. Una familia me recomendaba a otra, y no quiero decir a ustedes las humillaciones, los portazos y los desaires que recibí. Pero el dichoso maná iba cayendo a gotitas, a gotitas... Al poco tiempo vi que el negocio iba mejor de lo que yo esperaba. Algunos me recibían casi con palio; pero la mayor parte se quedaban fríos, mascullando excusas y buscando pretextos para no darme un céntimo. "Ya ve usted; hay tantas atenciones..., no se cobra..., el Gobierno se lo lleva todo con las contribuciones..." Yo los tranquilizaba. "Un *perro chico,* un *perro chico* es lo que me hace falta." Y aquí me daban el *perro,* allá el duro, en otra parte el billetito de cinco o de diez... o nada. Pero yo, tan campante. ¡Ah señores! ¡Este oficio tiene muchas quiebras! Un día subí a un cuarto segundo, que me había recomendado no sé quién. La tal recomendación fué una broma estúpida. Pues, señor, llamo, entro, y me salen tres o cuatro tarascas... ¡Ay Dios mío!

¡Eran mujeres de mala vida!... Yo que veo aquello..., lo primero que se me ocurrió fué echar a correr. "Pero no—me dije—, no me voy. Veremos si les saco algo." Hija, me llenaron de injurias, y una de ellas se fué hacia dentro y volvió con una escoba para pegarme. ¿Qué creen ustedes que hice? ¿Acobardarme? ¡Quia! Me metí más adentro y les dije cuatro frescas..., pero bien dichas... ¡Bonito genio tengo yo!... ¡Pues creerán ustedes que les saqué dinero! Pásmense, pásmense... La más desvergonzada, la que me salió con la escoba, fué a los dos días a mi casa a llevarme un napoleón.

"Bueno..., pues verán ustedes. La costumbre de pedir me ha ido dando esta bendita cara de vaqueta que tengo ahora. Conmigo no valen desaires, ni sé ya lo que son sonrojos. He perdido la vergüenza. Mi piel no sabe ya lo que es ruborizarse ni mis oídos se escandalizan por una palabra más o menos fina. Ya me pueden llamar *perra judía;* lo mismo que si me llamaran *la perla de Oriente*; todo me suena igual... No veo más que mi objeto, y me voy derechita a él sin hacer caso de nada. Esto me da tantos ánimos, que me atrevo con todo. Lo mismo le pido al rey que al último de los obreros. Oigan ustedes este golpe. Un día dije: "Voy a ver a don Amadeo." Pido audiencia, llego, entro, me recibe muy serio. Yo, imperturbable, le hablé de mi asilo y le dije que esperaba algún auxilio de su real munificencia. "¿Un asilo de ancianos?", me preguntó. "No, señor; de niños." "¿Son muchos?" Y no dijo más. Me miraba con afabilidad. ¡Qué hombre! ¡Qué bocaza! Mandó que me dieran seis mil *gueales*... Luego vi a doña María Victoria. ¡Qué excelente señora! Hízome sentar a su lado; tratábame como su igual; tuve que darle mil noticias del asilo, explicarle todo... Quería saber lo que comen los pequeños, qué ropa les pongo... En fin, que nos hicimos amigas... Empeñada en que fuera yo allá todos los días... A la mañana siguiente me mandó montones de ropa, piezas de tela y suscribió a sus niños por una cantidad mensual.

"Conque ya ven ustedes cómo así, a lo tonto a lo tonto, ha venido sobre mi asilo el pan de cada día. La suscripción fija creció tanto, que al año pude tomar la casa de la calle de Alburquerque, que tiene un gran patio y mucho desahogo. He puesto una zapatería para que los muchachos grandecitos trabajen, y dos escuelas para que aprendan. El año pasado eran sesenta, y ya llegan a ciento diez. Se pasan apuros; pero vamos viviendo. Un día andamos mal y al otro llueven provisiones. Cuando veo la despensa vacía, *me echo a la calle,* como dicen los revolucionarios, y por la noche ya llevo a casa la libreta para tantas bocas. Y hay días en que no les falta su extraordinario... ¿Qué creían ustedes? Hoy les he dado un arroz con leche que no lo comen mejor los que me oyen. Veremos si al fin me salgo con la mía, que es un grano de anís; nada menos que levantarles un edificio de nueva planta, un verdadero palacio, con la holgura y la distribución convenientes, todo muy propio, con departamento de esto, departarmento de lo otro, de modo que me quepan allí doscientos o trescientos huérfanos, y puedan vivir bien y educarse y ser buenos cristianos.

II

—Un edificio *ad hoc*—dijo con incredulidad el marqués de Casa-Muñoz, que era uno de los presentes.

—*Ad... hoc*, sí, señor—replicó Guillermina, acentuando las dos palabras latinas—. Pues está usted adelantado de noticias. ¿No sabe que tengo el terreno y los planos y que ya me están haciendo el vaciado? ¿Sabe usted el sitio? Más abajo del que ocupan las Micaelas esas que recogen y corrigen a las mujeres perdidas. El arquitecto y los delineantes me trabajan gratis. Ahora no pido sólo dinero, sino ladrillo recocho y pintón. Conque a ver...

—¿Tiene usted ya la memoria de cantería?—preguntó con vivo interés Aparisi, que era hombre fuerte en negocio de berroqueña.

—Sí, señor. ¿Me quiere usted dar algo?

—Le doy a usted—dijo Aparisi, acompañando su generosidad con un gesto imperial—la friolera de sesenta metros cúbicos de piedra sillar que tengo en la Guindalera.

—¿A cómo?—preguntó Guillermina, mirándole con los ojos guiñados y apuntándole con la aguja de media.

—A nada... La piedra es de usted.

—Gracias. Dios se lo pague. Y el marqués, ¿qué me da?

—Pues yo... ¿Quiere usted dos vigas de hierro de doble T que me sobraron de la casa de la Carrera?

—¿Pues no las he de querer? Yo lo tomo todo, hasta una llave vieja, para cuando se acabe el edificio. ¿Saben ustedes lo que me llevé ayer a casa? Cuatro azulejos de cocina, un grifo y tres paquetitos de argollas. Todo sirve, amigos. Si en algún tejar me dan cuatro ladrillos, los acepto, y a la obra con ellos. ¿Ven ustedes cómo hacen los pájaros sus nidos? Pues yo construiré mi palacio de huérfanos cogiendo aquí una pajita y allá otra. Ya se lo he dicho a Bárbara: no ha de tirar ni un clavo, aunque esté torcido; ni una tabla, aunque esté rota. Los sellos de correo se venden, las cajas de cerillas también... ¿Con qué creen ustedes que he comprado yo el gran lavabo que tenemos en el asilo? Pues juntando cabos de vela y vendiéndolos al peso. El otro día me ofrecieron una petaca de cuero de Rusia. "¿Para qué le sirve eso?", dirán estos señores. Pues me sirvió para hacer un regalo a uno de los delineantes que trabajan en el proyecto... ¿Ven ustedes este marqués de Casa-Muñoz, que me está oyendo y me ha ofrecido dos vigas de doble T? Bueno, ¿cuánto apuestan a que le saco algo más? Pues qué: ¿creen ustedes que el señor marqués tiene sus grandes yeserías de Vallecas para ver estos apuros míos y no acudir a ellos?

—Guillermina—dijo Casa-Muñoz, algo conmovido—, cuente usted con doscientos quintales, y del blanco, que está a nueve reales.

—¿Qué dije yo? Bueno. Y este señor de Ruiz, ¿qué hará por mí?

—Hija de mi alma, yo no tengo ni un clavo ni una astilla, pero le juro a usted por mi salvación que un domingo me salgo por las afueras y robo una teja para llevársela a usted...; robaré dos, tres, una docena de tejas... Y hay más. Si quiere usted mis dos comedias, mis folletos sobre la Unión Ibérica y sobre la Organización de los bomberos en Suiza, mi obra de los Castillos, todo está a su disposición. Diez ejemplares de cada cosa para que haga lotes en una tómbola.

—¿Lo ven ustedes? Cae el maná, cae. Si en estas cosas no hay más que ponerse a ello... Mi amigo Baldomero también me dará algo.

—Las campanas—dijo el insigne comerciante—, y si me apuran, el pararrayos y las veletas. Quiero concluir el edificio, ya que el amigo Aparisi lo quiere empezar.

—La primera piedra no hay quien me la quite—expresó Aparisi con toda la hinchazón de su amor propio.

—Algo más daremos, ¿verdad, Baldomero?—apuntó Barbarita—. Por ejemplo, una capilla, con su órgano, altares, imágenes.

—Todo lo que tú quieras, hija. Y eso que las Micaelas nos han llevado un pico. Les hemos hecho casi la mitad del edificio. Pero ahora le toca a Guillermina. Ya sabe ella dónde estamos.

El grupo que rodeaba a la fundadora se fué disolviendo. Algunos, creyendo sin duda que lo que allí se trataba más era broma que otra cosa, se fueron al salón a hablar *seriamente* de política y negocios. Don Baldomero, que deseaba echar aquella noche una partida de mus, el juego clásico y tradicional de los comerciantes de Madrid, esperó a que entrase Pepe Samaniego, que era maestro consumado, para armar la partida. Durante un largo rato no se oía en el salón más que *Envido a la chica..., Envido a los pares..., Ordago.*

Las tres señoras estuvieron un momento solas, hablando de aquel proyecto de Guillermina, que seguía cose que te cose, ayudada por Jacinta. Hacía algún tiempo que a ésta se le había despertado vivo entusiasmo por las empresas de la Pacheco, y a más de reservarle todo el dinero que podía, se picaba los dedos cosiendo para ella durante largas horas. Es que sentía un cierto consuelo en confeccionar ropas de niño y en suponer que aquellas mangas iban a abrigar bracitos desnudos. Ya había hecho dos visitas al asilo de la calle de Alburquerque, y acompañado una vez a Guillermina en sus excursiones a las miserables zahurdas donde viven los pobres de la Inclusa y Hospital.

Había que oírla cuando volvió de aquella su primera visita a los barrios del Sur.

—¡Qué desigualdades!—decía, desflorando sin saberlo el problema social—. Unos tanto, y otros tan poco. Falta equilibrio, y el mundo parece que se cae. Todo se arreglaría si los que tienen mucho dieran lo que les sobra a los que

no poseen nada. Pero ¿qué cosa sobra? ¡Vaya usted a saber!

Guillermina aseguraba que se necesita mucha fe para no acobardarse ante los espectáculos que la miseria ofrece.

—Porque se encuentran almas buenas, sí—decía—; pero también mucha ingratitud. La falta de educación es para el pobre una desventaja mayor que la pobreza. Luego la propia miseria les ataca el corazón a muchos y se lo corrompe. A mí me han insultado; me han arrojado puñados de estiércol y tronchos de berza; me han llamado *tía bruja*...

A Barbarita le daba aquella noche por hablar de arquitectura y no perdía ripio. Entró a la sazón Moreno Isla, y le recibieron con exclamaciones de alegría. Llamóle la señora y le dijo:

—¿Tiene usted cascote?

Las tres se reían viendo la sorpresa y confusión de Moreno, que era una excelente persona, como de cuarenta y cinco años, célibe y riquísimo, de aficiones tan inglesas que se pasaba en Londres la mayor parte del año; alto, delgado y de muy mal color, porque estaba muy delicado de salud.

—Que si tengo cascote... ¿Es para usted?

—Usted conteste y no sea como los gallegos, que cuando se les hace una pregunta, hacen otra. Puesto que está usted de derribo, ¿tiene cascote, sí o no?

—Sí que le tengo..., y pedernal magnífico. A sesenta reales el carro, todo lo que usted quiera. El cascote, a ocho reales... ¡Ah, tonto de mí! Ya sé de qué se trata. La santurrona los está embaucando con las fantasmagorías del asilo que va a edificar... Cuidado, mucho cuidado con los timos. Antes que ponga la primera piedra, nos llevará a todos a San Bernardino.

—Cállate, que ya saben todos lo avariento que eres. Si no te pido nada, roñoso, cicatero. Guárdate tus carros de pedernal, que ya te los pondrán en la balanza el día del gran saldo final, ya sabes, cuando suenen las trompetas aquellas, sí, y entonces, cuando veas que la balanza se te cae del lado de la avaricia, dirás: "Señor, quítame estos carros de piedra y cascote que me hunden en el infierno", y todos diremos: "No, no, no...; échenle carga, que es muy malo."

—Con poner en el otro platillo los perros grandes y chicos que me has sacado, me salvo—díjole Moreno, riendo y manoseándole la cara.

—No me hagas carantoñas, sobrinillo. Si crees que eso te vale, gran miserable, usurero, recocho en dinero—repitió Guillermina con tono y sonrisa de chanza benévola—. ¡Qué hombres estos! Todavía quieres más, y estás derribando una manzana de casas viejas para hacer casas domingueras y sacarles las entrañas a los pobres.

—No hagan ustedes caso de esta *rata eclesiástica*—indicó Moreno, sentándose entre Barbarita y Jacinta—. Me está arruinando. Voy a tener que irme a un pueblo, porque no me deja vivir. Es que no me puedo descuidar. Estoy en casa vistiéndome..., siento un susurro, algo así como paso de ladrones; miro, veo un busto, doy un grito... Es ella, la rata que ha entrado y se va escurriendo por entre los muebles. Nada; por pronto que acudo, ya mi querida tía me ha registrado la ropa que está en el perchero y se ha llevado todo lo que había en el bolsillo del chaleco.

La fundadora, atacada de una hilaridad convulsiva, se reía con toda su alma.

—Pero ven acá, pillo—dijo, secándose las lágrimas que la risa había hecho brotar de sus ojos—, si contigo no valen buenos medios. Anda, hijo, el que te robe a ti..., ya sabes el refrán...; el que te robe a ti se va al cielo derecho.

—A donde vas tú a ir es a la *Modelo*...

—Cállate la boca, bobón, y no me denuncies, que te traerá peor cuenta...

No siguió este diálogo, que prometía dar mucho juego, porque del salón llamaron a Moreno con enérgica insistencia. Oíase desde el gabinete rumor de un hablar vivo y la mezclada agitación de varias voces, entre las cuales se distinguían claramente las de Juan, Villalonga y Zalamero, que acababan de entrar.

Moreno fué allá, y Guillermina, que aún no había acabado de reír, decía a sus amigas:

—Es un angelón... No tenéis idea de la pasta celestial de que está formado el corazón de este hombre.

Barbarita no tenía sosiego hasta enterarse del porqué de aquel tumulto que en el salón había. Fué a ver y volvio con el cuento:

—Hijas, que el rey se marcha.

—¿Qué dices, mujer?

—Que don Amadeo, cansado de bregar con esta gente, tira la corona por la ventana y dice: "Vayan ustedes a marear al demonio."

—¡Todo sea por Dios!—exclamó Guillermina, dando un suspiro y volviendo imperturbable a su trabajo.

Jacinta pasó al salón, más que por enterarse de las noticias, por ver a su marido, que aquel día no había comido en casa.

—Oye—le dijo en secreto Guillermina, deteniéndola, y ambas se miraban con picardía—, con veinte duros que le sonsaques hay bastante.

III

—En Bolsa no se supo nada. Yo lo supe en el Bolsín a las diez—dijo Villalonga—. Fuí al Casino a llevar la noticia. Cuando volví al Bolsín se estaba haciendo el Consolidado a veinte.

—Lo hemos de ver a diez, señores—dijo el marqués de Casa-Muñoz en tono de Hamlet.

—¡El Banco, a ciento setenta y cinco!...—exclamó don Baldomero, pasándose la mano por la cabeza y arrojando hacia el suelo una mirada fúnebre.

—Perdone usted, amigo—rectificó Moreno Isla—. Está a ciento setenta y dos, y si usted quiere comprarme las mías a ciento setenta, ahora mismo las largo. No quiero más papel de la querida patria. Mañana me vuelvo a Londres.

—Sí—dijo Aparisi, poniendo semblante profético—; porque la que se va a armar ahora aquí será de órdago.

—Señores, no seamos impresionables —indicó el marqués de Casa-Muñoz, que gustaba de dominar las situaciones con mirada alta—. Ese buen señor se ha cansado; no era para menos; ha dicho: "Ahí queda eso." Yo en su caso habría hecho lo mismo. Tendremos algún trastorno; habrá su poco de República; pero ya saben ustedes que las naciones no mueren...

—El golpe viene de fuera—manifestó Aparisi—. Esto lo veía yo venir. Francia...

—No *involucremos* las cuestiones, señores—dijo Casa-Muñoz, poniendo una cara muy parlamentaria—. Y si he de hablar ingenuamente, diré a ustedes que a mí no me asusta la República; lo que me asusta es el republicanismo.

Miró a todos para ver qué tal había caído su frase. No podía dudarse que el murmullo aquel con que fué acogida era laudatorio.

—Señor marqués—declaró Aparisi, picado de rivalidad—, el pueblo español es un pueblo digno..., que en los momentos de peligro sabe ponerse...

—Y ¿qué tiene que ver una cosa con otra?...—saltó el marqués, incómodo, anonadando a su contrario con una mirada—. No *involucre* usted las cuestiones.

Aparisi, propietario y concejal de oficio, era un hombre que se preciaba de *poner los puntos sobre las ies*; pero con el marqués de Casa-Muñoz no le valía su suficiencia, porque éste no toleraba imposiciones y era capaz de poner puntos hasta sobre las haches. Había entre los dos una rivalidad tácita, que se manifestaba en la emulación para lanzar observaciones sintéticas sobre todas las cosas. Una mirada de profunda antipatía era lo único que a veces dejaba entrever el pugilato espiritual de aquellos dos atletas del pensamiento. Villalonga, que era observador muy picaresco, aseguraba haber descubierto entre Aparisi y Casa-Muñoz un antagonismo o competencia en la emisión de palabras escogidas. Se desafiaban a cuál hablaba más por lo fino, y si el marqués daba muchas vueltas al *involucrar*, al *ad hoc*, al *sui generis* y otros términos latinos, en seguida se veía al otro poniendo en prensa el cerebro para obtener frases tan selectas como la *concatenación de las ideas*. A veces parecía triunfante Aparisi, diciendo que tal o cual cosa era el *bello ideal* de los pueblos; pero Casa-Muñoz tomaba arranque, y diciendo el *desiderátum*, hacía polvo a su contrario.

Cuenta Villalonga que hace años hablaba Casa-Muñoz disparatadamente, y sostiene y jura haberle oído decir, cuando aún no era marqués, que las *puertas estaban herméticamente abiertas*; pero esto no ha llegado a comprobarse. Dejando a un lado las bromas, conviene decir que era el marqués persona apreciabilísima, muy corriente, muy afable en su trato, excelente para su familia y amigos. Tenía la misma edad que don Baldomero; mas no llevaba tan bien los años. Su dentadura era artificial, y sus

patillas, teñidas, tenían un viso carminoso, contrastando con la cabeza sin pintar. Aparisi era mucho más joven, hombre que presumía de pie pequeño y de manos bonitas, la cara arrebolada, el bigote castaño cayendo a lo chino, los ojos grandes, y en la cabeza una de esas calvas que son para sus poseedores un diploma de talento. Lo más característico en el concejal perpetuo era la expresión de su rostro, semejante a la de una persona que está oliendo algo muy desagradable, lo que provenía de cierta contracción de los músculos nasales y del labio superior. Por lo demás, buena persona, que no debía nada a nadie. Había tenido almacén de maderas, y se contaba que en cierta época les puso los puntos sobre las íes a los pinares de Balsaín. Era hombre sin instrucción, y... lo que pasa..., por lo mismo que no la tenía, gustaba de aparentarla. Cuenta el tunante de Villalonga que hace años usaba Aparisi el *eppur si muove* de Galileo; pero el pobrecito no le daba la interpretación verdadera, y creía que aquel célebre dicho significaba *por si acaso*. Así, se le oyó decir más de una vez:

—Parece que no lloverá; pero sacaré el paraguas *eppur si muove*.

Jacinta trincó a su marido por el brazo y le llevó un poquito aparte:

—Y qué, *nene*, ¿hay barricadas?

—No, hija, no hay nada. Tranquilízate.

—¿No volverás a salir esta noche?... Mira que me asustaré mucho si sales.

—Pues no saldré... ¿Qué..., qué buscas?

Jacinta, riendo, deslizaba su mano por el forro de la levita, buscando el bolsillo del pecho.

—¡Ay! Yo iba a ver si te sacaba la cartera sin que me sintieses...

—Vaya con la descuidera...

—¡Quia! Si no sé... Esto quien lo hace bien es Guillermina, que le saca a Manolo Moreno las pesetas del bolsillo del chaleco sin que él lo sienta... A ver...

Jacinta, dueña ya de la cartera, la abrió.

—¿Te enfadarás si te quito este billete de veinte duros? ¿Te hace falta?

—No, por cierto. Toma lo que quieras

—Es para Guillermina. Mamá le dió dos, y le falta un pico para poder pagar mañana el trimestre del alquiler del asilo.

Contestóle el *Delfín* apretándole con mucha efusión las dos manos y arrugando el billete que estaba en ellas.

En cuanto Guillermina pescó lo que le faltaba para completar su cantidad, dejó la costura y se puso el manto. Despidiéndose brevemente de las dos señoras, atravesó el salón aprisa.

—¡A ésa, a ésa!—gritó Moreno—. Sin duda se lleva algo. Caballeros, vean ustedes si les falta el reloj. Bárbara, que debajo de la mantilla de la *rata eclesiástica* veo un bulto... ¿No había aquí candeleros de plata?

En medio de la jovial algazara que estas bromas producían, salió Guillermina, esparciendo sobre todos una sonrisa inefable que parecía una bendición.

En seguida cebáronse todos con furia en el tema suculento de la partida del rey, y cada cual exponía sus opiniones con ínfulas de profecía, como si en su vida no hubieran hecho otra cosa que vaticinar acertando. Villalonga estaba ya viendo a don Carlos entrar en Madrid, y el marqués de Casa-Muñoz hablaba de *las exageraciones liberticidas* de la demagogia roja y de la demagogia blanca, como si las estuviera mirando pintadas en la pared de enfrente; el ex subsecretario de Gobernación Zalamero leía clarito en el porvenir el nombre del rey Alfonso, y el concejal decía que *el alfonsismo estaba aún en la nebulosa de lo desconocido*. El mismo Aparisi y Federico Ruiz profetizaron luego en una sola cuerda... ¡Qué demonio! Ellos no se asustaban de la República. Como si lo vieran..., no iba a pasar nada. Es que aquí somos muy impresionables, y por cualquier contratiempo nos parece que se nos cae el cielo encima.

—Yo les aseguro a ustedes—decía Aparisi, puesta la mano sobre el pecho—que no pasará nada, pero nada. Aquí no se tiene idea de lo que es el pueblo español... Yo respondo de él, me atrevo a responder con la cabeza, vaya...

Moreno no vaticinaba; no hacía más que decir:

—Por si vienen mal dadas, me voy mañana para Londres.

Aquel ricacho soltero alardeaba de carecer en absoluto del sentimiento de la patria, y estaba tan extranjerizado, que nada español le parecía bueno. Los autores dramáticos lo mismo que las comidas, los ferrocarriles lo mismo que las industrias menudas, todo le parecía de

una inferioridad lamentable. Solía decir que aquí los tenderos no saben envolver en un papel una libra de cualquier cosa.

—Compra usted algo, y después que le miden mal y le cobran caro, el envoltorio de papel que le dan a usted se le deshace por el camino. No hay que darle vueltas: somos una raza inhábil hasta no poder más.

Don Baldomero decía con acento de tristeza una cosa muy sensata:

—¡Si don Juan Prim viviera...!

Juan y Samaniego se apartaron del corrillo y charlaban con Jacinta y doña Bárbara, tratando de quitarles el miedo. No habría tiros ni jarana..., no sería preciso hacer provisiones... ¡Ah! Barbarita soñaba ya con hacer provisiones. A la mañana siguiente, si no había barricadas, ella y Estupiñá se ocuparían de eso.

Poco a poco fueron desfilando. Eran las doce. Aparisi y Casa-Muñoz se fueron al Bolsín a saber noticias, no sin que antes de partir dieran una nueva muestra de su rivalidad. El concejal de oficio estaba tan excitado, que la contracción de su hocico se acentuaba, como si el olor aquel imaginario fuera el de la asafétida. Zalamero, que iba a Gobernación, quiso llevarse al *Delfín*; pero éste, a quien su mujer tenía cogido del brazo, se negó a salir...

—Mi mujer no me deja.

—Mi tocaya—dijo Villalonga—se está volviendo muy anticonstitucional.

Por fin se quedaron solos los de casa. Don Baldomero y Barbarita besaron a sus hijos y se fueron a acostar. Esto mismo hicieron Jacinta y su marido.

CAPITULO VIII

ESCENAS DE LA VIDA ÍNTIMA

I

A poco de acostarse notó Jacinta que su marido dormía profundamente. Observábale desvelada, tendiendo una mirada tenaz de cama a cama. Creyó que hablaba en sueños; pero no, era simplemente quejido sin articulación que acostumbraba lanzar cuando dormía, quizá por causa de una mala postura. Los pensamientos políticos nacidos de las conversaciones de aquella noche huyeron pronto de la mente de Jacinta. ¿Qué le importaba a ella que hubiese República o Monarquía, ni que don Amadeo se fuera o se quedase? Más le importaba la conducta de aquel ingrato que a su lado dormía tan tranquilo. Porque no tenía duda de que Juan andaba algo distraído, y esto no lo podían notar sus padres por la sencilla razón de que no le veían nunca tan de cerca como su mujer. El pérfido guardaba tan bien las apariencias, que nada hacía ni decía *en familia* que no revelara una conducta regular y correctísima. Trataba a su mujer con un cariño tal, que..., vamos, se le tomaría por enamorado. Sólo allí, de aquella puerta para adentro, se descubrían las trastadas; sólo ella, fundándose en datos negativos, podía destruir la aureola que el público y la familia ponían al glorioso *Delfín*. Decía su mamá que era el marido modelo. ¡Valiente pillo! Y la esposa no podía contestar a su suegra cuando le venía con aquellas historias... Con qué cara le diría: "Pues no hay tal modelo, no, señora, no hay tal modelo; y cuando yo lo digo, bien sabido me lo tendré."

Pensando en esto pasó Jacinta parte de aquella noche, atando cabos, como ella decía, para ver si de los hechos aislados lograba sacar alguna afirmación. Estos hechos, valga la verdad, no arrojaban mucha luz que digamos sobre lo que se quería demostrar. Tal día y a tal hora Juan había salido bruscamente, después de estar un rato muy pensativo, pero muy pensativo. Tal día y a tal hora, Juan había recibido una carta que le había puesto de mal humor. Por más que ella hizo, no la había podido encontrar. Tal día y a tal hora, yendo ella y Barbarita por la calle de Preciados, se encontraron a Juan que venía de prisa y muy abstraído. Al verlas, quedóse algo cortado; pero sabía dominarse pronto. Ninguno de estos datos probaba nada; pero no cabía duda: su marido se la estaba *pegando*.

De cuando en cuando estas cavilaciones cesaban, porque Juan sabía arreglarse de modo que su mujer no llegase a cargarse de razón para estar descontenta. Como la herida a que se pone bálsamo fresco, la pena de Jacinta se calmaba. Pero los días y las noches, sin saber cómo, traíanla lentamente otra vez a la misma situación penosa. Y era muy particular; estaba tan tranquila, sin pensar en semejante cosa, y por cualquier incidente, por una palabra sin interés o re-

ferencia trivial, le asaltaba la idea como un dardo arrojado de lejos por desconocida mano y que venía a clavársele en el cerebro. Era Jacinta observadora, prudente y sagaz. Los más insignificantes gestos de su esposo, las inflexiones de su voz, todo lo observaba con disimulo, sonriendo cuando más atenta estaba, escondiendo con mil zalamerías su vigilancia, como los naturalistas esconden y disimulan el lente con que examinan el trabajo de las abejas. Sabía hacer preguntas capciosas, verdaderas trampas cubiertas de follaje. ¡Pero bueno era el otro para dejarse coger!

Y para todo tenía el ingenioso culpable palabras bonitas:

—La luna de miel perpetua es un contrasentido, es... hasta ridícula. El entusiasmo es un estado infantil impropio de personas formales. El marido piensa en sus negocios; la mujer, en las cosas de su casa, y uno y otro se tratan más como amigos que como amantes. Hasta las palomas, hija mía, hasta las palomas, cuando pasan de cierta edad, se hacen sus cariños así..., de una manera sesuda.

Jacinta se reía con esto; pero no admitía tales componendas. Lo más gracioso era que él se las echaba de hombre ocupado. ¡Valiente truhán! ¡Si no tenía absolutamente nada que hacer más que pasear y divertirse!... Su padre había trabajado toda la vida como un negro para asegurar la holgazanería dichosa del príncipe de la casa... En fin, fuese lo que fuese, Jacinta se proponía no abandonar jamás su actitud de humildad y discreción. Creía firmemente que Juan no daría nunca escándalos, y no habiendo escándalo, las cosas irían pasando así. No hay existencia sin gusanillo, un parásito interior que la roe y a sus expensas vive, y ella tenía dos: los apartamientos de su marido y el desconsuelo de no ser madre. Llevaría ambas penas con paciencia, con tal que no saltara algo más fuerte.

Por respeto a sí misma, nunca había hablado de esto a nadie, ni al mismo *Delfín*. Pero una noche estaba éste tan comunicativo, tan bromista, tan pillín, que a Jacinta se le llenó la boca de sinceridad, y palabra tras palabra, dió salida a todo lo que pensaba:

—Tú me estás engañando, y no es de ahora, es de hace tiempo. Si creerás que yo soy tonta... El tonto eres tú.

La primera contestación de Santa Cruz fué romper a reír. Su mujer le tapaba la boca para que no alborotase. Después el muy tunante empezó a razonar sus explicaciones, revistiéndolas de formas seductoras. Pero ¡qué huecas le parecieron a Jacinta, que en las dialécticas del corazón era más maestra que él por saber amar de veras! Y a ella le tocó reír después y desmenuzar tan livianos argumentos... El sueño, un sueño dulce y mutuo, los cogió, y se durmieron felices... Y ved lo que son las cosas: Juan se enmendó, o, al menos, pareció enmendarse.

Tenía Santa Cruz en altísimo grado las triquiñuelas del artista de la vida, que sabe disponer las cosas del mejor modo posible para sistematizar y refinar sus dichas. Sacaba partido de todo, distribuyendo los goces y ajustándolos a esas misteriosas mareas del humano apetito, que cuando se acentúan significan una organización viciosa. En el fondo de la naturaleza humana hay también, como en la superficie social, una sucesión de modas, períodos en que es de rigor cambiar de apetitos. Juan tenía temporadas. En épocas periódicas y casi fijas se hastiaba de sus correrías, y entonces su mujer, tan mona y cariñosa, le ilusionaba como si fuera la mujer de otro. Así lo muy antiguo y conocido se convierte en nuevo. Un texto desdeñado de puro sabido vuelve a interesar cuando la memoria principia a perderle y la curiosidad se estimula. Ayudaba a esto el ternísimo amor que Jacinta le tenía, pues allí sí que no había farsa, ni vil interés, ni estudio. Era, pues, para el *Delfín* una dicha verdadera y casi nueva volver a su puerto después de mil borrascas. Parecía que se restauraba con un cariño tan puro, tan leal y tan suyo, pues nadie en el mundo podía disputárselo.

En honor de la verdad, se ha de decir que Santa Cruz amaba a su mujer. Ni aun en los días en que más viva estaba la marea de la infidelidad dejó de haber para Jacinta un hueco de preferencia en aquel corazón que tenía tantos rincones y callejuelas. Ni la variedad de aficiones y caprichos excluía un sentimiento inamovible hacia su compañera por la ley y la religión. Conociendo perfectamente su valer moral, admiraba en ella las virtudes que él no tenía y que, según su criterio, tampoco le hacían mucha falta. Por esta última razón no incurría en la humildad de confesarse in-

digno de tal joya, pues su amor propio iba siempre por delante de todo, y teníase por merecedor de cuantos bienes disfrutaba o pudiera disfrutar en este bajo mundo. Vicioso y discreto, sibarita y hombre de talento, aspirando a la erudición de todos los goces y con bastante buen gusto para espiritualizar las cosas materiales, no podía contenerse con gustar la belleza comprada o conquistada, la gracia, el donaire, la extravagancia; quería gustar también la virtud, no precisamente la vencida, que deja de serlo, sino la pura, que en su pureza misma tenía para él su picante.

II

Por lo dicho se habrá comprendido que el *Delfín* era un hombre enteramente despreocupado. Cuando se casó, hízole proposiciones don Baldomero para que tomase algunos miles y negociara con ellos, ya jugando a la Bolsa, ya en otra especulación cualquiera. Aceptó el joven, mas no le satisfizo el ensayo, y renunció en absoluto a meterse en negocios, que traen muchas incertidumbres y desvelos. Don Baldomero no había podido sustraerse a esa preocupación tan española de que los padres trabajen para que los hijos descansen y gocen. Recreábase aquel buen señor en la ociosidad de su hijo como un artesano se recrea en su obra, y más la admira cuanto más doloridas y fatigadas se le quedan las manos con que la ha hecho.

Conviene decir también que el joven aquel no era derrochador. Gastaba, sí, pero con pulso y medida, y sus placeres dejaban de serlo cuando empezaban a exigirle algo de disipación. En tales casos era cuando la virtud le mostraba su rostro apacible y seductor. Tenía cierto respeto ingénito al bolsillo, y si podía comprar una cosa en dos pesetas, no era él seguramente quien daba tres. En todas las ocasiones, el desprenderse de una cantidad fuerte le costaba siempre algún trabajo, al contrario que los dadivosos, que cuando dan parece que se les quita un peso de encima. Y como conocía tan bien el valor de la moneda, sabía emplearla en la adquisición de sus goces de una manera prudente y casi mercantil. Ninguno sabía como él *sacar el jugo* a un billete de cinco duros o de veinte. De la cantidad con que cualquier manirroto se proporciona un placer, Juanito Santa Cruz sacaba siempre dos.

A fuer de hábil financiero, sabía pasar por generoso cuando el caso lo exigía. Jamás hizo locuras, y si alguna vez sus apetitos le llevaron a ciertas pendientes, supo agarrarse a tiempo para evitar un resbalón. Una de las más puras satisfacciones de los señores de Santa Cruz era saber a ciencia cierta que su hijo no tenía trampas, como la mayoría de los hijos de familia en estos depravados tiempos.

Algo le habría gustado a don Baldomero que el *Delfín* diera a conocer sus eximios talentos en la política. ¡Oh! Si él se lanzara, seguramente descollaría. Pero Barbarita le desanimaba.

—¡La política, la política! ¿Pues no estamos viendo lo que es? Una comedia. Todo se vuelve habladurías y no hacer nada de provecho...

Lo que hacía cavilar algo a don Baldomero II era que su hijo no tuviese la firmeza de ideas que él tenía, pues él pensaba el 73 lo mismo que había pensado el 45; es decir, que debe haber mucha libertad y mucho palo, que la libertad hace muy buenas migas con la religión y que conviene perseguir y escarmentar a todos los que van a la política a hacer chanchullos.

Porque Juan era la inconsecuencia misma. En los tiempos de Prim manifestóse entusiasta por la candidatura del duque de Montpensier:

—Es el hombre que conviene, desengañaos; un hombre que lleva al dedillo las cuentas de su casa, un modelo de padres de familia.

Vino don Amadeo, y el *Delfín* se hizo tan republicano que daba miedo oírle:

—La Monarquía es imposible; hay que convencerse de ello. Dicen que el país no está preparado para la República; pues que lo preparen. Es como si se pretendiera que un hombre supiera nadar sin decidirse a entrar en el agua. No hay más remedio que pasar algún mal trago... La desgracia enseña..., y si no, vean esa Francia, esa prosperidad, esa inteligencia, ese patriotismo..., esa manera de pagar los cinco mil millones...

Pues, señor, vino el 11 de febrero, y al principio le pareció a Juan que todo iba a qué quieres boca:

—Es admirable. La Europa está atóni-

ta. Digan lo que quieran, el pueblo español tiene un gran sentido.

Pero a los dos meses, las ideas pesimistas habían ganado ya por completo su ánimo:

—Esto es una pillería, esto es una vergüenza. Cada país tiene el Gobierno que merece, y aquí no puede gobernar más que un hombre que esté siempre con una estaca en la mano.

Por gradaciones lentas, Juanito llegó a defender con calor la idea alfonsina.

—Por Dios, hijo—decía don Baldomero con inocencia—, si eso no puede ser.

Y sacaba a relucir los *jamases* de Prim. Poníase Barbarita de parte del desterrado príncipe, y como el sentimiento tiene tanta parte en la suerte de los pueblos, todas las mujeres apoyaban al príncipe y le defendían con argumentos sacados del corazón. Jacinta dejaba muy atrás a las más entusiastas por don Alfonso:

—¡Es un niño!...

Y no daba más razón.

Teníase a sí mismo el heredero de Santa Cruz por una gran persona. Estaba satisfecho, cual si se hubiera creado y visto que era bueno.

—Porque yo—decía, esforzándose en aliar la verdad con la modestia—no soy de lo peorcito de la Humanidad. Reconozco que hay seres superiores a mí; por ejemplo, mi mujer; pero ¡cuántos hay inferiores, cuántos!

Sus atractivos físicos eran realmente grandes, y él mismo lo declaraba en sus soliloquios íntimos:

—¡Qué guapo soy! Bien dice mi mujer que no hay otro más salado. La pobrecilla me quiere con delirio... y yo a ella lo mismo, como es justo. Tengo la gran figura, visto bien, y en modales y en trato me parece... que somos algo.

En la casa no había más opinión que la suya; era el oráculo de la familia y los cautivaba a todos no sólo por lo mucho que le querían y mimaban, sino por el sortilegio de su imaginación, por aquella bendita labia suya y su manera de insinuarse. La más subyugada era Jacinta, quien no se hubiera atrevido a sostener delante de la familia que lo blanco es blanco si su querido esposo sostenía que es negro. Amábale con verdadera pasión, no teniendo poca parte en este sentimiento la buena facha de él y sus relumbrones intelectuales. Respecto a las perfecciones morales que toda la familia declaraba en Juan, Jacinta tenía sus dudas. Vaya si las tenía. Pero viéndose sola en aquel terreno de la incertidumbre, llenábase de tristeza y decía:

—¿Me estaré quejando de vicio? ¿Seré yo, como aseguran, la más feliz de las mujeres, y no habré caído en ello?

Con estas consideraciones azotaba y mortificaba su inquietud para aplacarla como los penitentes vapulean la carne para reducirla a la obediencia del espíritu. Con lo que no se conformaba era con no tener chiquillos, "porque todo se puede ir conllevando—decía—, menos eso. Si yo tuviera un niño, me entretendría mucho con él, y no pensaría en ciertas cosas". De tanto cavilar en esto, su mente padecía alucinaciones y desvaríos. Algunas noches, en el primer período del sueño, sentía sobre su seno un contacto caliente y una boca que chupaba. Los lengüetazos la despertaban sobresaltada, y con la tristísima impresión de que todo aquello era mentira, lanzaba un ¡ay!, y su marido le decía desde la otra cama:

—¿Qué es eso, nenita?... ¿Pesadilla?

—Sí, hijo, un sueño muy malo.

Pero no quería decir la verdad por temor de que Juan lo tomara a risa.

Los pasillos de su gran casa le parecían lúgubres sólo porque no sonaba en ellos el estrépito de las pataditas infantiles. Las habitaciones inservibles destinadas a la chiquillería, *cuando la hubiera*, infundían tal tristeza, que los días en que se sentía muy tocada de la manía no pasaba por ellas. Cuando por las noches veía entrar de la calle a don Baldomero, tan bondadoso y jovial, siempre con su cara de Pascua, vestido de finísimo paño negro y tan limpio y sonrosado, no podía menos de pensar en los nietos que aquel señor debía tener para que hubiera lógica en el mundo, y decía para sí: "¡Qué abuelito se están perdiendo!"

Una noche fué al teatro Real de muy mala gana. Había estado todo el día y la noche anterior en casa de Candelaria, que tenía enferma a la niña pequeña. Malhumorada y soñolienta, deseaba que la ópera se acabase pronto; pero, desgraciadamente, la obra, como de Wagner, era muy larga, música excelente, según Juan y todas las personas de gusto, pero que a ella no le hacía maldita gracia. No la entendía, vamos. Para ella no había

más música que la italiana: mientras más clarita y más de organillo, mejor. Puso su muestrario en primera fila, y se colocó en la última silla de atrás. Las tres pollas, Barbarita II, Isabel y Andrea, estaban muy gozosas, sintiéndose flechadas por mozalbetes del paraíso y de palcos por asiento. También de butacas venía algún anteojazo bueno. Doña Bárbara no estaba. Al llegar al cuarto acto, Jacinta sintió aburrimiento. Miraba mucho al palco de su marido y no le veía. ¿En dónde estaba? Pensando en esto, hizo un cortesía de respeto al gran Wagner, inclinando suavemente la graciosa cabeza sobre el pecho. Lo último que oyó fué un trozo descriptivo en que la orquesta hacía un rumor semejante al de las trompetillas con que los mosquitos divierten al hombre en las noches de verano. Al arrullo de esta música cayó la dama en sueño profundísimo, uno de esos sueños intensos y breves en que el cerebro finge la realidad con un relieve y un histrionismo admirables. La impresión que estos letargos dejan suele ser más honda que la que nos queda de muchos fenómenos externos y apreciados por los sentidos. Hallábase Jacinta en un sitio que era su casa y no era su casa... Todo estaba forrado de un satén blanco con flores que el día anterior habían visto ella y Barbarita en casa de Sobrino... Estaba sentada en un *puff* y por las rodillas se le subía un muchacho lindísimo, que primero le cogía la cara, después le metía la mano en el pecho. "Quita, quita..., eso es caca..., ¡qué asco!..., cosa fea, es para el gato..." Pero el muchacho no se daba a partido. No tenía más que la camisa de finísima holanda, y sus carnes finas resbalaban sobre la seda de la bata de su mamá. Era una bata color azul gendarme, que semanas antes había regalado a su hermana Candelaria... "No, no, eso no...; quita..., caca..." Y él, insistiendo siempre, pesadito, monísimo. Quería desabotonar la bata y meter mano. Después dió cabezadas contra el seno. Viendo que nada conseguía, se puso serio, tan extraordinariamente serio, que parecía un hombre. La miraba con sus ojazos vivos y húmedos, expresando en ellos y en la boca todo el desconsuelo que en la humanidad cabe. Adán, echado del Paraíso, no miraría de otro modo el bien que perdía. Jacinta quería reírse, pero no podía, porque el pequeño le clavaba su inflamado mirar en el alma. Pasaba mucho tiempo así el niño-hombre mirando a su madre, y derritiendo lentamente la entereza de ella con el rayo de sus ojos. Jacinta sentía que se le desgajaba algo en sus entrañas. Sin saber lo que hacía, soltó un botón... Luego otro. Pero la cara del chico no perdía su seriedad. La madre se alarmaba y... fuera el tercer botón... Nada, la cara y la mirada del nene siempre adusta, con una gravedad hermosa, que iba siendo terrible... El cuarto botón, el quinto, todos los botones salieron de los ojales, haciendo gemir la tela. Perdió la cuenta de los botones que soltaba. Fueron ciento, puede que mil... Ni por ésas... La cara iba tomando una inmovilidad sospechosa. Jacinta, al fin, metió la mano en su seno, sacó lo que el muchacho deseaba y le miró, segura de que se desenojaría cuando viera una cosa tan rica y tan bonita... Nada; cogió entonces la cabeza del muchacho, la atrajo a sí, y, quieras que no, le metió en la boca... Pero la boca era insensible, y los labios no se movían. Toda la cara parecía una estatua. El contacto que Jacinta sintió en parte tan delicada de su epidermis era el roce espeluznante del yeso, roce de superficie áspera y polvorosa. El estremecimiento que aquel contacto le produjo dejóla por un rato atónita; después abrió los ojos y se hizo cargo de que estaban allí sus hermanas; vió los cortinones pintados de la boca del teatro, la apretada concurrencia de los costados del paraíso. Tardó un rato en darse cuenta de dónde estaba y de los disparates que había soñado, y se echó mano al pecho con un movimiento de pudor y de miedo. Oyó la orquesta, que seguía imitando a los mosquitos, y al mirar al palco de su marido vió a Federico Ruiz, el gran melómano, con la cabeza echada hacia atrás, la boca entreabierta, oyendo y gustando con fruición inmensa la deliciosa música de los violines con sordina. Parecía que le caía dentro de la boca un hilo del clarificado más fino y dulce que se pudiera imaginar. Estaba el hombre en un puro éxtasis. Otros melómanos furiosos vió la dama en el palco; pero ya había concluído el cuarto acto y Juan no parecía

III

Si todo lo que les pasa a las personas superiores mereciera una efemérides, es fácil que en una hoja de calendario americano, correspondiente a diciembre del 73, se encontrara este parrafito: "Día *tantos:* Fuerte catarro de Juanito Santa Cruz. La imposibilidad de salir de casa le pone de un humor de doscientos mil diablos." Estaba sentado junto a la chimenea, envuelto de la cintura abajo en una manta que parecía la piel de un tigre, gorro calado hasta las orejas, en la mano un periódico, en la silla inmediata tres, cuatro, muchos periódicos. Jacinta le daba bromas por su forzada esclavitud, y él, hallando distracción en aquellas guasitas, hizo como que le pegaba, la cogió por un brazo, le atenazó la barba con los dedos, le sacudió la cabeza, después le dió bofetadas, terribles bofetadas, y luego muchísimos porrazos en diferentes partes del cuerpo y grandes pinchazos o estocadas con el dedo índice muy tieso. Después de bien cosida a puñaladas, le cortó la cabeza segándole el pescuezo, y como si aún no fuera bastante sevicia, la acribilló con crudelísimas e inhumanas cosquillas, acompañando sus golpes de estas feroces palabras:

—¡Qué *guasoncita* se me ha vuelto mi nena!... Voy yo a enseñar a mi payasa a dar bromitas, y le voy a dar una solfa buena para que no le queden ganas de...

Jacinta se desbarataba de risa, y el *Delfín,* hablando con un poco de seriedad, prosiguió:

—Bien sabes que no soy callejero... A fe que te puedes quejar. Maridos conozco que cuando ponen el pie en la calle, del tirón se están tres días sin parecer por la casa. Estos podrían tomarme a mí por modelo

—Mariquita, date tono—replicó Jacinta, secándose las lágrimas que la risa y las cosquillas le habían hecho derramar—. Ya sé que hay otros peores; pero no pongo yo mi mano en el fuego porque seas el número uno.

Juan meneó la cabeza en señal de amenaza. Jacinta se puso lejos de su alcance, por si se repetían las bárbaras cosquillas.

—Es que tú exiges demasiado—dijo el marido, deplorando que su mujer no le tuviese por el más perfecto de los seres creados.

Jacinta hizo un mohín gracioso con fruncimiento de cejas y labios, el cual quería decir: "No me quiero meter en discusiones contigo, porque saldría con las manos en la cabeza." Y era verdad, porque el *Delfín* hacía las prestidigitaciones del razonamiento con muchísima habilidad.

—Bueno—indicó ella—. Dejémonos de tonterías. ¿Qué quieres almorzar?

—Eso mismo venía yo a saber—dijo doña Bárbara, apareciendo en la puerta—. Almorzarás lo que quieras; pero pongo en tu conocimiento, para tu gobierno, que he traído unas calandrias riquísimas. *Divinidades,* como dice Estupiñá.

—Tráiganme lo que quieran, que tengo más hambre que un maestro de escuela.

Cuando salieron las dos damas, Santa Cruz pensó un ratito en su mujer, formulando un panegírico mental. ¡Qué ángel! Todavía no había acabado él de cometer una falta, y ya estaba ella perdonándosela. En los días precursores del catarro, hallábase mi hombre en una de aquellas etapas o mareas de su inconstante naturaleza, las cuales, alejándole de las aventuras, le aproximaban a su mujer. Las personas más hechas a la vida ilegal sienten en ocasiones vivo anhelo de ponerse bajo la ley por poco tiempo. La ley los tienta como puede tentar el capricho. Cuando Juan se hallaba en esta situación, llegaba hasta desear permanecer en ella; aún más, llegaba a creer que seguiría. Y la *Delfina* estaba contenta. "Otra vez ganado—pensaba—. ¡Si la buena durara!... ¡Si yo pudiera ganarle de una vez para siempre y derrotar en toda la línea a las *cantonales!...*"

Don Baldomero entró a ver a su hijo antes de pasar al comedor.

—¿Qué es eso, chico? Lo que yo digo: no te abrigas. ¡Qué cosas tenéis tú y Villalonga! ¡Pararse a hablar a las diez de la noche en la esquina del Ministerio de la Gobernación, que es otra punta del diamante! Te vi. Venía yo con Cantero de la Junta del Banco. Por cierto que estamos desorientados. No se sabe adónde irá a parar esta anarquía. ¡Las acciones, a ciento treinta y ocho!... Pa-

se usted, Aparisi... Es Aparisi, que viene a almorzar con nosotros.

El concejal entró y saludó a los dos Santa Cruz.

—¿Qué periódicos has leído?—preguntó el papá, calándose los quevedos, que sólo usaba para leer—. Toma *La Epoca* y dame *El Imparcial*... Bueno, bueno va esto. ¡Pobre España! Las acciones, a ciento treinta y ocho... El Consolidado, a trece.

—¿Qué trece?... Eso quisiera usted —observó el eterno concejal—. Anoche lo ofrecían a once en el Bolsín y no lo quería nadie. Esto es el diluvio.

Y acentuando de una manera notabilísima aquella expresión de oler una cosa muy mala, añadió que todo lo que estaba pasando lo había previsto él, y que los sucesos no discrepaban ni tanto así de lo que *día por día* había venido él profetizando. Sin hacer mucho caso de su amigo, don Baldomero leyó en voz alta la noticia o estribillo de todos los días.

—"La partida tal entró en tal pueblo, quemó el archivo municipal, se racionó y volvió a salir... La columna tal perseguía activamente al cabecilla cual, y después de racionarse..." Ea—dijo sin acabar de leer—, vamos a racionarnos nosotros. El marqués no viene. Ya no se le espera más.

En esto entró Blas, el criado de Juan, con la mesita, ya puesta, en que había de almorzar el enfermo. Poco después apareció Jacinta, trayendo platos. Después de saludarla, Aparisi le dijo:

—Guillermina me ha dado un recado para usted... Hoy no hay *odisea filantrópica* a la *parroquia de la chinche*, porque anda en busca de ladrillo portero para cimientos. Ya tiene hecho todo el vaciado del edificio... y por poco dinero. Unos carros trabajando a destajo, otros de limosna; aquél que ayuda medio día, el otro que va un par de horas, ello es que no le sale el metro cúbico ni a cinco reales. Y no sé qué tiene esa mujer. Cuando va a examinar las obras, parece que hasta las mulas de los carros la conocen y tiran más fuerte para darle gusto... Francamente, yo, que siempre creí que el tal edificio no era *factible*, voy viendo...

—Milagro, milagro—apuntó don Baldomero, en marcha hacia el comedor.

—¿Y tú?—preguntó Juan a su consorte, al quedarse solos—. ¿Almuerzas aquí o allá?

—¿Quieres que aquí? Almorzaré en las dos partes. Dice tu mamá que te estoy mimando mucho.

—Toma, golosa—le dijo él, alargándole un pedazo de tortilla en el tenedor.

Después de comérselo, la *Delfina* corrió al comedor. Al poco rato volvió riendo.

—Aquí te tengo reservada esta pechuga de calandria. Toma, abre la boquita, nena.

La nena cogió el tenedor, y después de comerse la pechuga volvió a reír.

—¡Qué alegre está el tiempo!

—Es que ha llegado el marqués, y desde que se sentó a la mesa empezaron Aparisi y él a tirotearse.

—¿Qué han dicho?

—Aparisi afirmó que la Monarquía no era factible, y después largó un *ipso facto* y otras cosas muy finas.

Juan soltó la carcajada.

—El marqués estará furioso.

—Come en silencio, meditando una venganza. Te contaré lo que ocurra. ¿Quieres pescadilla? ¿Quieres bistec?

—Tráeme lo que quieras, con tal que vengas pronto.

Y no tardó en volver, trayendo un plato de pescado.

—Hijo de mi vida, le mató.

—¿Quién?

—El marqués a Aparisi... Le dejó en el sitio.

—Cuenta, cuenta.

—Pues de primera intención soltóle a su enemigo un delirium tremens a boca de jarro, y después, sin darle tiempo de respirar, un *mane tezel fare*. El otro se ha quedado como atontado por el golpe. Veremos con lo que sale.

—¡Qué célebre! Tomaremos café juntos—dijo Santa Cruz—. Vente pronto para acá. ¡Qué coloradita estás!

—Es de tanto reírme.

—Cuando digo que me estás haciendo tilín...

—Al momento vuelvo... Voy a ver lo que salta por allá. Aparisi está indignado con Castelar, y dice que lo que le pasa a Salmerón es porque no ha seguido sus consejos...

—¡Los consejos de Aparisi!

—Sí, y al marqués lo que le tiene con el alma en un hilo es que se levante *la masa obrera*.

Volvió Jacinta al comedor, y el último cuento que trajo fué éste:

—Chico, si estás allí te mueres de risa. ¡Pobre Muñoz! El otro se ha rehecho y le está soltando unos primores... Figúrate. Ahora está contando que ha visto un proyectil de los que tiran los carcas, y el fusil Berdan... No dice agujeros, sino *orificios*. Todo se vuelve orificios, y el marqués no sabe lo que le pasa...

No pudo seguir, porque entró Muñoz, fumando un gran puro, a saludar al enfermo.

—Hola, Juanín... ¿Estamos *exclaustrados?*... Y ¿qué es?... ¿Coriza? Eso es bueno, y cuando la mucosa necesita eliminar, que elimine... En fin, yo me...

Iba a decir *me largo*; pero al ver entrar a Aparisi (tal creyeron Jacinta y su marido), dijo:

—...me ausento.

A eso de las tres, marido y mujer estaban solos en el despacho: él, en el sillón leyendo periódicos; ella, arreglando la habitación, que estaba algo desordenada. Barbarita había salido a compras. El criado anunció a un hombre que quería hablar con el *señor joven*.

—Ya sabes que no recibe—dijo la señorita, y tomando de manos de Blas una tarjeta que éste traía, leyó—: *José Ido del Sagrario, corredor de publicaciones nacionales y extranjeras.*

—Que entre, que entre al instante—ordenó Santa Cruz, saltando en su asiento—. Es el loco más divertido que puedes imaginar. Verás cómo nos reímos... Cuando nos cansemos de oírle, le echamos. ¡Tipo más célebre!... Le vi hace días en casa de Pez, y nos hizo morir de risa.

Al poco rato entró en el despacho un hombre muy flaco, de cara enfermiza y toda llena de lóbulos y carúnculas, los pelos bermejos y muy tiesos, como crines de escobillón; la ropa prehistórica y muy raída, corbata roja y deshilachada, las botas muertas de risa. En una mano traía el sombrero, que era un clac del año en que esta prenda se inventó, el primogénito de los clacs sin género de duda, y en la otra un lío de carteras-prospectos para hacer suscripciones a libros de lujo, las cuales estaban tan sobadas, que la mugre no permitía ver los dorados de la pasta. Impresionó penosamente a la compasiva Jacinta aquella estampa de miseria en traje de persona decente, y más lástima tuvo cuando le vió saludar con urbanidad y sin encogimiento, como hombre muy hecho al trato social.

—Hola, señor de Ido..., ¡cuánto gusto de verle!—le dijo Santa Cruz con fingida seriedad—. Siéntese, y dígame qué le trae por aquí.

—Con permiso... ¿Quiere usted *Mujeres célebres*?

Jacinta y su marido se miraron.

—O *Mujeres de la Biblia*—prosiguió Ido, enseñando carteras—. Como el señor de Santa Cruz me dijo el otro día en casa del señor de Pez que deseaba conocer las publicaciones de las casas de Barcelona que tengo el honor de representar... ¿O quiere usted *Cortesanas célebres, Persecuciones religiosas, Hijos del trabajo, Grandes inventos, Dioses del paganismo...?*

IV

—Basta, basta; no cite usted más obras, ni me enseñe más carteras. Ya le dije que no me gustan libros por suscripción. Se extravían las entregas y es volverse loco... Prefiero tomar alguna obra completa. Pero no tenga prisa; estará usted cansado de tanto correr por ahí. ¿Quiere tomar una copita?

—Muchísimas gracias. Nunca bebo.

—¿No? Pues el otro día, cuando nos vimos en casa de Joaquín, decía éste que estaba usted algo *peneque...*; se entiende, un poco alegre.

—Perdone usted, señor de Santa Cruz —replicó Ido, avergonzado—. Yo no me embriago; no me he embriagado jamás. Algunas veces, sin saber cómo ni por qué, me entra cierta excitación, y me pongo así, nervioso y como echando chispas..., me pongo eléctrico. ¿Ven ustedes?... Ya lo estoy. Fíjese usted, señor don Juan, y observe cómo se me mueve el párpado izquierdo y el músculo este de la quijada en el mismo lado. ¿Lo ve usted?... Ya está la función armada. Francamente, así no se puede vivir. Los médicos me dicen que coma carne. Como carne y me pongo peor. Ea, ya estoy como un muelle de reloj... Si usted me da su permiso, me retiro...

—Hombre, no; descanse usted. Eso se le pasará. ¿Quiere usted un vaso de agua?

Jacinta sintió que no le dejase mar-

char, porque la idea de que el hombre aquel iba a caer allí con una pataleta le inspiraba repugnancia y miedo. Como Juan insistiese en lo del vaso de agua, díjole su esposa por lo bajo:

—Este infeliz lo que tiene es hambre.

—A ver, señor de Ido—indicó la dama—, ¿se comería usted una chuletita?

Don José respondió tácitamente, con la expresión de una incredulidad profunda. Cada vez parecía más extraño su mirar y más acentuado el temblor del párpado y la mejilla.

—Perdóneme usted, señora... Como la cabeza se me va, no puedo hacerme cargo de nada. Usted ha dicho que si me comería yo una...

—Una chuletita.

—Mi cabeza no puede apreciar bien... Padezco de olvidos de nombre y cosas. ¿A qué llama usted una chuleta?—añadió, llevándose la mano a las erizadas crines, por donde se le escapaba la memoria y le entraba la electricidad—. ¿Por ventura, lo que usted llama... no sé cómo, es un pedazo de carne con un rabito que es de hueso?

—Justo. Llamaré para que se la traigan.

—No se moleste, señora. Yo llamaré.

—Que le traigan dos—dijo el señorito, gozando con la idea de ver comer a un hambriento.

Jacinta salió, y mientras estuvo fuera Ido hablaba de su mala suerte.

—En este país, señor don Juanito, no se protege a las letras. Yo, que he sido profesor de primera enseñanza; yo, que he escrito obras de amena literatura, tengo que dedicarme a correr publicaciones para llevar un pedazo de pan a mis hijos .. Todos me lo dicen: si yo hubiera nacido en Francia, ya tendría *hotel*...

—Eso es indudable. ¿No ve usted que aquí no hay quien lea, y los pocos que leen no tienen dinero?...

—Naturalmente—decía Ido a cada instante, echando ansiosas miradas en redondo por ver si aparecía la chuleta.

Jacinta entró con un plato en la mano. Tras ella vino Blas con el mismo velador en que había almorzado el señorito, un cubierto, servilleta, panecillo, copa y botella de vino. Miró estas cosas Ido con estupor famélico, no bien disimulado por la cortesía, y le entró una risa nerviosa, señal de hallarse próximo a la plenitud de aquel estado que llamaba eléctrico.

La *Delfina* se volvió a sentar junto a su marido y miraba entre espantada y compasiva al desgraciado don José. Este dejó en el suelo las carteras y el clac, que no se cerraba nunca, y cayó sobre las chuletas como un tigre... Entre los mascullones salían de su boca palabras y frases desordenadas:

—Agradecidísimo... Francamente, habría sido falta de educación desairar... No es que tenga apetito, naturalmente... He almorzado fuerte..., pero ¿cómo desairar? Agradecidísimo...

—Observo una cosa, querido don José —dijo Santa Cruz.

—¿Qué?

—Que no masca usted lo que come.

—¡Oh! ¿Le interesa a usted que masque?

—No; a mí, no.

—Es que no tengo muelas... Como como los pavos. Naturalmente..., así me sienta mejor.

—¿Y no bebe usted?

—Media copita nada más... El vino no me hace provecho; pero muy agradecido, muy agradecido...

Y a medida que iba comiendo, le bailaban más el párpado y el músculo, que parecían ya completamente declarados en huelga. Notábanse en sus brazos y cuerpo estremecimientos muy bruscos, como si le estuvieran haciendo cosquillas.

—Aquí donde le ves—dijo Santa Cruz—, se tiene una de las mujeres más guapas de Madrid.

Hizo un signo a Jacinta que quería decir: "Espérate, que ahora viene lo bueno."

—¿Es de veras?

—Sí. No se la merece. Ya ves que él es feo adrede.

—Mi mujer... Nicanora...—murmuró Ido sordamente, ya en el último bocado—, la Venus de Médicis..., carnes de raso...

—¡Tengo unas ganas de conocer a esa célebre hermosura!...—afirmó Juan.

Don José no había dejado nada en el plato más que el hueso. Después exhaló un hondísimo suspiro, y llevándose la mano al pecho dejó escapar con bronca voz estas palabras:

—La hermosura exterior nada más.... sepulcro blanqueado..., corazón lleno de víboras.

Su mirada infundió tanto terror a Jacinta, que dijo por señas a su marido

que le dejara salir. Pero el otro, queriendo divertirse un rato, hostigó la demencia de aquel pobre hombre para que saltara.

—Venga acá, querido don José. ¿Qué tiene usted que decir de su esposa, si es una santa?

—¡Una santa! ¡Una santa!—repitió Ido, con la barba pegada al pecho y echando al *Delfín* una mirada que en otra cara habría sido feroz—. Muy bien, señor mío. ¿Y usted en qué se funda para asegurarlo sin pruebas?

—La voz pública lo dice.

—Pues la voz pública se engaña—gritó Ido, alargando el cuello y accionando con energía—. La voz pública no sabe lo que se pesca.

—Pero cálmese usted, pobre hombre —se atrevió a expresar Jacinta—. A nosotros no nos importa que su mujer de usted sea lo que quiera.

—¡Que no les importa!...—replicó Ido con entonación trágica de actor de la legua—. Ya sé que estas cosas a nadie le importan más que a mí, al esposo ultrajado, al hombre que sabe poner su honor por encima de todas las cosas.

—Es claro que a él le importa principalmente—dijo Santa Cruz, hostigándole más—. Y que tiene el genio blando este señor Ido.

—Y para que usted, señora—añadió el desgraciado mirando a Jacinta de un modo que la hizo estremecer—, pueda apreciar la justa indignación de un hombre de honor, sepa que mi esposa es... ¡adúuultera!

Dijo esta palabra con un alarido espantoso, levantándose del asiento y extendiendo ambos brazos como suelen hacer los bajos de ópera cuando echan una maldición. Jacinta se llevó las manos a la cabeza. Ya no podía resistir más aquel desagradable espectáculo. Llamó al criado para que acompañara al desventurado corredor de obras literarias. Pero Juan, queriendo divertirse más, procuraba calmarle.

—Siéntese, señor don José, y no se excite tanto. Hay que llevar estas cosas con paciencia.

—¡Con paciencia, con paciencia!—exclamó Ido, que en su estado eléctrico repetía siempre la última frase que se le decía, como si la mascase, a pesar de no tener muelas.

—Sí, hombre: estos tragos no hay más remedio que irlos pasando. Amargan un poco, pero al fin el hombre, como dijo el otro, se va *jaciendo*.

—¡Se va *jaciendo!* ¿Y el honor, señor de Santa Cruz?

Y otra vez hincaba la barba en el pecho, mirando con los ojos medio escondidos en el casco y cerrándolos de súbito, como los toros que bajan el testuz para acometer. Las carúnculas del cuello se le inyectaban de tal modo, que casi eclipsaban el rojo de la corbata. Parecía un pavo cuando la excitación de la pelea con otro pavo le convierte en animal feroz.

—El honor—expresó Juan—. ¡Bah!, el honor es un sentimiento convencional...

Ido se acercó paso a paso a Santa Cruz y le tocó en el hombro muy suavemente, clavándole sus ojos de pavo espantado. Después de una larga pausa, durante la cual Jacinta se pegó a su marido como para defenderle de una agresión, el infeliz dijo esto, empezando muy bajito, como si secreteara, y elevando gradualmente la voz hasta terminar de una manera estentórea:

—Y si usted descubre que su mujer, la Venus de Médicis, la de las carnes de raso, la del cuello de cisne, la de los ojos cual estrellas...; si usted descubre que esa divinidad, a quien usted ama con frenesí, esa dama que fué tan pura; si usted descubre, repito, que falta a sus deberes y acude a misteriosas citas con un duque, con un grande de España, sí, señor, con el mismísimo duque de tal...

—Hombre, eso es muy grave, pero muy grave—afirmó Juan, poniéndose más serio que un juez—. ¿Está usted seguro de lo que dice?

—¡Que si estoy seguro!... Lo he visto, lo he visto.

Pronunció esto con oprimido acento, como quien va a romper en llanto.

—Y usted, señor don José de mi alma —dijo Santa Cruz, fingiéndose no ya serio, sino consternado—, ¿qué hace que no pide una satisfacción al duque?

—¡Duelos..., duelitos a mí!—replicó Ido con sarcasmo—. Eso es para los tontos. Estas cosas se arreglan de otro modo.

Y vuelta a empezar bajito, para concluir a gritos:

—Yo haré justicia, se lo juro a usted... Espero cogerlos *in fraganti* otra vez, *in fraganti*, señor don Juan. Entonces aparecerán los dos cadáveres atravesados

por una sola espada... Esta es la venganza, ésta es la ley..., por una sola espada... Y me quedaré tan fresco, como si tal cosa. Y podré salir por ahí mostrando mis manos manchadas con la sangre de los adúlteros y decir a gritos: "Aprended de mí, maridos, a defender vuestro honor. Ved estas manos justicieras, vedlas y besadlas..." Y vendrán todos..., toditos, a besarme las manos. Y será un besamanos, porque hay tantos, tantísimos...

Al llegar a este grado de su lastimoso acceso, el infeliz Ido ya no tenía atadero. Gesticulaba en medio de la habitación, iba de un lado para otro, parábase delante de los esposos sin ninguna muestra de respeto, daba rápidas vueltas sobre un tacón y tenía todas las trazas de un hombre completamente irresponsable de lo que dice y hace. El criado estaba en la puerta riendo, esperando que sus amos le mandasen poner a aquel adefesio en la calle. Por fin, Juan hizo una seña a Blas, y a su mujer le dijo por lo bajo: "Dale un par de duros." Dejóse conducir hasta la puerta el pobre don José sin decir una palabra ni despedirse. Blas le puso en la cabeza el primogénito de todos los clacs, en una mano las mugrientas carteras, en otra los dos duros que para el caso le dió la señorita; la puerta se cerró y oyóse el pesado, inseguro paso del hombre eléctrico por las escaleras abajo.

—A mí no me divierte esto—opinó Jacinta—. Me da miedo. ¡Pobre hombre! La miseria, el no comer le habrán puesto así.

—Es lo más inofensivo que te puedes figurar. Siempre que va a casa de Joaquín le pinchamos para que hable de la *adúuultera*. Su demencia es que su mujer se la pega con un grande de España Fuera de eso, es razonable y muy veraz en cuanto habla. ¿De qué provendrá esto, Dios mío? Lo que tú dices, el no comer. Este hombre ha sido también autor de novelas, y de escribir tanto adulterio, no comiendo más que judías, se le reblandeció el cerebro

Y no se habló más del loco. Por la noche fué Guillermina, y Jacinta, que conservaba la mugrienta tarjeta con las señas de Ido, se la dió a su amiga para que en sus excursiones le socorriese. En efecto, la familia del corredor de obras (Mira el Río, 12) merecía que alguien se interesara por ella. Guillermina conocía la casa y tenía en ella muchos parroquianos. Después de visitarla, hizo a su amiguita una pintura muy patética de la miseria que en la madriguera de los Idos reinaba. La esposa era una infeliz mujer, mártir del trabajo y de la inanición, humilde, estropeadísima, fea de encargo, mal pergeñada. El ganaba poco, casi nada. Vivía la familia de lo que ganaban el hijo mayor, cajista, y la hija, polluela de buen ver que aprendía para peinadora.

Una mañana, dos días después de la visita de Ido, Blas avisó que en el recibimiento estaba el hombre aquel de los pelos tiesos. Quería hablar con la señorita. Venía muy pacífico. Jacinta fué allá, y antes de llegar ya estaba abriendo su portamonedas.

—Señora—le dijo Ido al tomar lo que se le daba—, estoy agradecidísimo a sus bondades; pero, ¡ay!, la señora no sabe que estoy desnudo..., quiero decir, que esta ropa que llevo se me está deshaciendo sobre las carnes... Y, naturalmente, si la señora tuviera unos pantaloncitos desechados del señor don Juan.

—¡Ah! Sí..., buscaré. Vuelva usted.

—Porque la señora doña Guillermina, que es tan buena, nos socorrió con bonos de carne y pan, y a Nicanora le dió una manta, que nos viene como bendición de Dios, porque en la cama nos abrigábamos con toda mi ropa y la suya puesta sobre las sábanas...

—Descuide usted, señor del Sagrario; yo le procuraré alguna prenda en buen uso. Tiene usted la misma estatura de mi marido.

—Y a mucha honra... Agradecidísimo, señora; pero, créame la señora, se lo digo con la mano puesta en el corazón: más me convendría ropa de niños que ropa de hombre, porque no me importa estar desnudo con tal que mis chicos estén vestidos. No tengo más que una camisa, que Nicanora, naturalmente, me lava ciertas y determinadas noches mientras duermo, para ponérmela por la mañana..., pero no me importa. Anden mis niños abrigados, y a mí que me parta una pulmonía.

—Yo no tengo niños—dijo la dama con tanta pena como el otro al decir "no tengo camisa".

Maravillábase Jacinta de lo muy razonable que estaba el corredor de obras.

No advirtió en él ningún indicio de las extravagancias de marras.

—La señora no tiene hijos... ¡Qué lástima!—exclamó Ido—. Dios no sabe lo que se hace... Y yo pregunto: Si la señora no tiene niños, ¿para quién son los niños? Lo que yo digo... Ese señor Dios será todo lo sabio que quieran; pero yo no le paso ciertas cosas.

Esto le pareció a la *Delfina* tan discreto, que creyó tener delante al primer filósofo del mundo, y le dió más limosna.

—Yo no tengo niños—repitió—, pero ahora me acuerdo. Mis hermanas los tienen...

—Mil y mil cuatrillones de gracias, señora. Algunas prendas de abrigo, como las que repartió el otro día doña Guillermina a los chicos de mis vecinos, no nos vendrían mal.

—¿Doña Guillermina repartió a los vecinos y a usted no?... ¡Ah! Descuide usted; ya le echaré yo un buen réspice.

Alentado por esta prueba de benevolencia, Ido empezó a tomar confianza. Avanzó algunos pasos dentro del recibimiento, y bajando la voz dijo a la señorita:

—Repartió doña Guillermina unos capuchoncitos de lana, medias y otras cosas; pero no nos tocó nada. Lo mejor fué para los hijos de la señá Joaquina y para el *Pitusín*, el niño ese..., ¿no sabe la señora?, ese chiquitín que tiene consigo mi vecino Pepe Izquierdo..., un hombre de bien, tan desgraciado como yo... No le quiero quitar al *Pitusín* la preferencia. Comprendo que lo mejor debe caer a él, por ser de la familia.

—¿Qué dice usted, hombre? ¿De quién habla usted?—indicó Jacinta, sospechando que Ido se electrizaba. Y, en efecto, creyó notar síntomas de temblor en el párpado.

—El *Pitusín*—prosiguió Ido tomándose más confianza y bajando más la voz—es un nene de tres años, muy mono por cierto, hijo de una tal Fortunata, mala mujer, señora, muy mala... Yo la vi una vez, una vez sola. Guapetona; pero muy loca. Mi vecino me ha enterado de todo... Pues, como decía, el pobre *Pitusín* es muy salado..., más listo que Cachucha y más malo... Trae al retortero a toda la vecindad. Yo le quiero como a mis hijos. El señor Pepe le recogió no sé dónde, porque su madre le quería tirar...

Jacinta estaba aturdidísima, como si hubiera recibido un fuerte golpe en la cabeza. Oía las palabras de Ido sin acertar a hacerle preguntas terminantes. ¡Fortunata, el *Pitusín*!... ¿No sería esto una nueva extravagancia de aquel cerebro novelador?

—Pero vamos a ver...—dijo la señorita al fin, comenzando a serenarse—. Todo eso que usted cuenta, ¿es verdad o es locura de usted?... Porque a mí me han dicho que usted ha escrito novelas, y que por escribirlas comiendo mal ha perdido la chaveta.

—Yo le juro a la señora que lo que le he dicho es el Santísimo Evangelio—replicó Ido, poniéndose la mano sobre el pecho—. José Izquierdo es persona formal. No sé si la señora le conocerá. Tuvo platería en la Concepción Jerónima, un gran establecimiento..., especialidad en regalos para amas... No sé si fué allí donde nació el *Pitusín*; lo que sí sé es que, naturalmente, es hijo de su esposo de usted, el señor don Juanito de Santa Cruz.

—Usted está loco—exclamó la dama con arranque de enojo y despecho—. Usted es un embustero... Márchese usted

Empujóle hacia la puerta mirando a todos lados por si había en el recibimiento o en los pasillos alguien que tales despropósitos overa. No había nadie. Don José se deshizo en reverencias, pero no se turbó porque le llamaran loco.

—Si la señora no me cree—se limitó a decir—, puede enterarse en la vecindad...

Jacinta le retuvo entonces. Quería que hablase más.

—Dice usted que ese José Izquierdo... Pero no quiero saber nada. Váyase usted.

Ido había traspasado el hueco de la puerta, y Jacinta cerró de golpe, a punto que él abría boca para añadir quizá algún pormenor interesante a sus revelaciones. Tuvo la dama intenciones de llamarle. Figurábase que al través de la madera, cual si ésta fuera un cristal, veía el párpado tembloroso de Ido y su cara de pavo, que ya le era odiosa como la de un animal dañino.

"No, no abro...—pensó—. Es una serpiente... ¡Qué hombre! Se finge el loco para que le tengan lástima y le den dinero."

Cuando le ovó bajar las escaleras volvió a sentir deseos de más explicacio-

nes. En aquel mismo momento subían Barbarita y Estupiñá cargados de paquetes de compras. Jacinta los vió por el ventanillo y huyó despavorida hacia el interior de la casa, temerosa de que le conocieran en la cara el desquiciamiento que aquel condenado hombre había producido en su alma.

V

¡Cómo estuvo aquel día la pobrecita! No se enteraba de lo que le decían, no veía ni oía nada. Era como una ceguera y sordera moral, casi física. La culebra que se le había enroscado dentro, desde el pecho al cerebro, le comía todos los pensamientos y las sensaciones todas, y casi le estorbaba la vida exterior. Quería llorar; pero ¿qué diría la familia al verla hecha un mar de lágrimas? Habría que decir el motivo... Las reacciones fuertes y pasajeras de toda pena no le faltaban, y cuando aquella marea de consuelo venía, sentía breve alivio. Si todo era un embuste, si aquel hombre estaba loco... Era autor de novelas de brocha gorda, y no pudiendo ya escribirlas para el público, intentaba llevar a la vida real los productos de su imaginación llena de tuberculosis. Sí, sí, sí: no podía ser otra cosa: tisis de la fantasía. Sólo en las novelas malas se ven esos hijos de sorpresa que salen cuando hace falta para complicar el argumento. Pero si lo revelado podía ser una papa, también podía no serlo, y he aquí concluída la reacción de alivio. La culebra, entonces, en vez de desenroscarse, apretaba más sus duros anillos.

Aquel día, el demonio lo hizo, estaba Juan mucho peor de su catarro. Era el enfermo más impertinente y dengoso que se pudiera imaginar. Pretendía que su mujer no se apartara de él, y notando en ella una tristeza que no le era habitual, decíale con enojo:

—Pero ¿qué tienes, qué te pasa, hija? Vaya, pues me gusta... Estoy yo aquí hecho una plasta, aburrido y pasando las de Caín, y te me vienes tú ahora con esa cara de juez. Ríete, por amor de Dios.

Y Jacinta era tan buena, que al fin hacía un esfuerzo para aparecer contenta. El *Delfín* no tenía paciencia para soportar las molestias de un simple catarro, y se desesperaba cuando le venía uno de esos rosarios de estornudos que no se acaban nunca. Empeñábase en despejar su cabeza de la pesada fluxión sonándose con estrépito y cólera.

—Ten paciencia, hijo—le decía su madre—. Si fuera una enfermedad grave, ¿qué harías?

—Pues pegarme un tiro, mamá. Yo no puedo aguantar esto. Mientras más me sueno, más abrumada tengo la cabeza. Estoy harto de beber aguas. ¡Demonio con las aguas! No quiero más brebajes. Tengo el estómago como una charca. ¡Y me dicen que tenga paciencia! Cualquier día tengo yo paciencia Mañana me echo a la calle.

—Falta que te dejemos.

—Al menos, ríanse, cuéntenme algo, distráiganme. Jacinta, siéntate a mi lado. Mírame.

—Si ya te estoy mirando. Estás muy guapito con tu pañuelo liado en la cabeza, la nariz colorada, los ojos como tomates...

—Búrlate; mejor. Eso me gusta... Ya te daría yo mí constipado. No, si no quiero más caramelos. Con tus caramelos me has puesto el cuerpo como una confitería. Mamá...

—¿Qué?

—¿Estaré bueno mañana? Por Dios, tengan compasión de mí, háganme llevadera esta vida. Estoy en un potro. Me carga el sudar. Si me desabrigo, toso; si me abrigo, echo el quilo... Mamá, Jacinta, distraedme; tráiganme a Estupiñá para reírme un rato con él.

Jacinta, al quedarse otra vez sola con su marido, volvió a sus pensamientos. Le miró por detrás de la butaca en que sentado estaba.

"¡Ah, cómo me has engañado!..."

Porque empezaba a creer que el loco, con serlo tan rematado, había dicho verdades. Las inequívocas adivinaciones del corazón humano decíanle que la desagradable historia del *Pitusín* era cierta. Hay cosas que forzosamente son ciertas, sobre todo siendo cosas malas. ¡Entróle de improviso a la pobrecita esposa una rabia!... Era como la cólera de las palomas cuando se ponen a pelear. Viendo muy cerca de sí la cabeza de su marido, sintió deseos de tirarle del cabello que por entre las vueltas del pañuelo de seda salía.

"¡Qué rabia tengo—pensó Jacinta, apretando sus bonitísimos dientes—por haberme ocultado una cosa tan grave... ¡Tener un hijo y abandonarlo así...!"

Se cegó; vió todo negro. Parecía que le entraban convulsiones. Aquel *Pitusín* desconocido y misterioso, aquella hechura de su marido, sin que fuese, como debía, hechura suya también, era la verdadera culebra que se enroscaba en su interior...

"Pero ¿qué culpa tiene el pobre niño?...—pensó después, transformándose por la piedad—. ¡Este, este tunante!..."

Miraba la cabeza, ¡y qué ganas tenía de arrancarle una mecha de pelo, de pegarle un coscorrón!... ¿Quién dice uno?... Dos, tres, cuatro coscorrones muy fuertes para que aprendiera a no engañar a las personas.

—Pero, mujer, ¿qué haces ahí detras de mí?—murmuró él sin volver la cabeza—. Lo que digo, hoy parece que estás lela. Ven acá, hijita.

—¿Qué quieres?

—Niña de mi vida, hazme un favorcito.

Con aquella ternura se le pasó a la *Delfina* todo su furor de coscorrones. Aflojó los dientes y dió la vuelta hasta ponérsele delante.

—Hazme el favorcito de ponerme otra manta. Creo que me he enfriado algo.

Jacinta fué a buscar la manta. Por el camino decía:

"En Sevilla me contó que había hecho diligencias por socorrerla. Quiso verla y no pudo. Murió mamá, pasó tiempo; no supo más de ella... Como Dios es mi Padre, yo he de saber lo que hay de verdad en esto, y si...—se ahogaba al llegar a esta parte de su pensamiento—, si es verdad que los hijos que no le nacen en mí le nacen en otra..."

Al ponerle la manta le dijo:

—Abrígate bien, infame.

Y a Juanito no se le ocultó la seriedad con que lo decía. Al poco rato volvió a tomar el acento mimoso:

—Jacintilla, niña de mi corazón, ángel de mi vida, llégate acá. Ya no haces caso del sinvergüenza de tu maridillo.

—Celebro que te conozcas. ¿Qué quieres?

—Que me quieras y me hagas muchos mimos. Yo soy así. Reconozco que no se me puede aguantar. Mira, tráeme agua azucarada..., templadita, ¿sabes? Tengo sed.

Al darle el agua, Jacinta le tocó la frente y las manos.

—¿Crees que tengo calentura?

—De pollo asado. No tienes más que impertinencias. Eres peor que los chiquillos.

—Mira, hijita, cordera: cuando venga *La Correspondencia,* me la leerás. Tengo ganas de saber cómo se desenvuelve Salmerón. Luego me leerás *La Epoca.* ¡Qué buena eres! Te estoy mirando y me parece mentira que tenga yo por mujer a un serafín como tú. Y que no hay quien me quite esta ganga... ¡Qué sería de mí sin ti..., enfermo, postrado!...

—¡Vaya una enfermedad! Sí; lo que es por quejarte no quedará...

Doña Bárbara entró, diciendo con autoridad:

—A la cama, niño, a la cama. Ya es de noche y te enfriarás en ese sillón.

—Bueno, mamá: a la cama me voy. Si yo no chisto, si no hago más que obedecer a mis tiranas... Si soy una malva. Blas, Blas..., ¿pero dónde se mete este condenado hombre?

María Santísima, lo que bregaron para acostarle. La suerte de ellas era que lo tomaba a broma.

—Jacinta, ponme un pañuelo de seda en la garganta... Chica, no aprietes tanto, que me ahogas... Quita, quita, tú no sabes. Mamá, ponme tu pañuelo... No, quitádmelo; ninguna de las dos sabe liar un pañuelo. Pero ¡qué gente más inútil!

Pasa un ratito.

—Mamá, ¿ha venido *La Correspondencia?*

—No, hijo. No te desabrigues. Mete esos brazos. Jacinta, cúbrele los brazos.

—Bueno, bueno, ya están metidos los brazos. ¿Los meto más? Eso es, se empeñan en que me ahogue. Me han puesto un baúl mundo encima. Jacinta, quita *jierro,* que el peso me agobia... Pero, chica, no tanto; sube más arribita el edredón... Tengo el pescuezo helado. Mamá..., lo que digo, hacen las cosas de mala gana. Así no me pongo nunca bueno. Y ahora se van a comer. ¿Y me voy a quedar solo con Blas?

—No, tonto; Jacinta comerá aquí contigo.

Mientras su mujer comía, ni un momento dejó de importunarla:

—Tú no comes, tú estás desganada;

a ti te pasa algo; tú disimulas algo... A mí no me la das tú. Francamente, nunca está uno tranquilo... pensando siempre si te nos pondrás mala. Pues es preciso comer; haz un esfuerzo... ¿Es que no comes por hacerme rabiar?... Ven acá, tontuela, echa la cabecita aquí... Si no me enfado, si te quiero más que a mi vida; si por verte contenta firmaba yo ahora un contrato de catarro vitalicio... Dame un poquito de esa camuesa... ¡Qué buena está! Déjame que te chupe el dedo...

Iban llegando los amigos de la casa que solían ir algunas noches.

—Mamá, por las llagas y por todos los clavos de Cristo, no me traigas acá a Aparisi... Ahora le da porque todo ha de ser *obvio*...; *obvio* por arriba, *obvio* por abajo. Si me le traes, le echo con cajas destempladas.

—Vaya, no digas tonterías. Puede que entre a saludarte: pero saldrá en seguida. ¿Quién ha entrado ahora?... ¡Ah! Me parece que es Guillermina...

—Tampoco la quiero ver. Me va a aburrir con su edificio. ¡Valiente chifladura! Esa mujer está loca. Anoche me dió la gran jaqueca, con que si sacó las maderas de seis a treinta y ocho reales, y las *carreras de pie y cuarto* a dieciséis reales pie. Me armó un triquitraque de pies que me dejó la cabeza pateada. No me la entren aquí. No me importa saber a cómo valen el ladrillo pintón y las alfarjías... Mamá, ponte de centinela y aquí no entra más que Estupiñá. Que venga Placidito, para que me cuente sus glorias, cuando iba al portillo de Gilimón a meter contrabando, y a la bóveda de San Ginés a abrirse las carnes con el zurriago... Que venga para decirle: "Lorito, daca la pata."

—Pero ¡qué impertinente! Ya sabes que el pobre Plácido se acuesta entre nueve y diez. Tiene que estar en planta a las cinco de la mañana. Como que va a despertar al sacristán de San Ginés, que tiene un sueño muy pesado.

—Y porque el sacristán de San Ginés sea un dormilón, ¿me he de fastidiar yo? Que entre Estupiñá y me dé tertulia. Es la única persona que me divierte.

—Hijo, por amor de Dios, mete esos brazos.

—Ea, pues si no viene Rossini, no los meto y saco todo el cuerpo fuera.

Y entraba Plácido y le contaba mil cosas divertidas, que siento no poder reproducir aquí. No contento con esto, quería divertirse a costa de él, y recordando un pasaje de la vida de Estupiñá que le habían contado, decíale:

—A ver, Plácido: cuéntanos aquel lance tuyo cuando te arrodillaste delante del sereno, creyendo que era el Viático...

Al oír esto, el bondadoso y parlanchín anciano se desconcertaba. Respondía torpemente, balbuciendo negativas.

—¿Quién te ha contado esa paparrucha?

A lo mejor saltaba Juan con esto:

—Pero di, Plácido, ¿tú no has tenido nunca novia?

—Vaya, vaya este Juanito—decía Estupiñá, levantándose para marcharse—, tiene hoy ganas de comedia.

Barbarita, que tanto apreciaba a su buen amigo, estaba, como suele decirse, al quite de estas bromas que tanto le molestaban.

—Hijo, no te pongas tan pesado..., deja marchar a Plácido. Tú, como te estás durmiendo hasta las once de la mañana, no te acuerdas del que madruga.

Jacinta, entre tanto, había salido un rato de la alcoba. En el salón vió a varias personas, Casa-Muñoz, Ramón Villuendas, don Valeriano Ruiz-Ochoa y alguien más, hablando de política con tal expresión de terror, que más bien parecían conspiradores. En el gabinete de Barbarita y en el rincón de costumbre halló a Guillermina haciendo obra de media con hilo crudo. En el ratito que estuvo sola con ella la enteró del plan que tenía para la mañana siguiente. Irían juntas a la calle de Mira el Río, porque Jacinta tenía un interés particular en socorrer a la familia de aquel pasmarote que hace las suscripciones.

—Ya le contaré a usted; tenemos que hablar largo.

Ambas estuvieron de cuchicheo un buen cuarto de hora, hasta que vieron aparecer a Barbarita.

—Hija, por Dios, ve allá. Hace un rato que te está llamando. No te separes de él. Hay que tratarle como a los chiquillos.

—Pero, mujer, te marchas y me dejas así... ¡Qué alma tienes!—gritó el *Delfín* cuando vió entrar a su esposa—. Vaya una manera de cuidarle a uno. Nada..., lo mismo que a un perro.

—Hijo de mi alma, si te dejé con Plácido y tu mamá... Perdóname, ya estoy aquí.

Jacinta parecía alegre. Dios sabría por qué... Inclinóse sobre el lecho y empezó a hacerle mimos a su marido, como podría hacérselos a un niño de tres años.

—¡Ay, qué mañosito se me ha vuelto este nene!... Le voy a dar azotes... Toma, éste por tu mamá, éste por tu papá y éste grande por tu parienta...

—¡Rica!

—Si no me quieres nada.

—Anda, zalamera..., quien no me quiere nada eres tú.

—Nada en gracia de Dios.

—¿Cuánto me quieres?

—Tanto así.

—Es poco.

—Pues como de aquí a la Cibeles..., no, al cielo... ¿Estás satisfecho?

—*Chí.*

Jacinta se puso seria.

—Arréglame esta almohada.

—¿Así?

—No, más alta.

—¿Está bien?

—No, más bajita... Magnífico. Ahora, ráscame aquí, en la paletilla.

—¿Aquí?

—Más abajito..., más arribita..., ahí..., fuerte... ¡Ay niña de mi vida, eres la gloria eterna!... ¡Qué dicha la mía en poseerte!...

—Cuando estás malo es cuando me dices esas cosas... Ya me las pagarás todas juntas.

—Sí, soy un pillo... Pégame.

—Toma. Toma.

—Cómeme...

—Sí que te como, y te arranco un bocado...

—¡Ay! ¡Ay! No tanto, caramba. ¡Si alguien nos viera!...

—Creería que nos habíamos vuelto tontos rematados—observó Jacinta, riéndose con cierta melancolía.

—Estas simplezas no son para que las vea nadie...

—¿Cierras los ojos? Duérmete, a... rorró...

—Eso es, quieres que me duerma para echar a correr a darle cuerda a esa maniática de Guillermina. Tú eres responsable de que se chifle por completo, porque le fomentas el tema del edificio... Ya estás deseando que cierre yo los ojos para irte. Más que estar conmigo te gusta el palique. ¿Sabes lo que te digo? Que, si me duermo, te tienes que estar aquí de centinela, para cuidar de que no me destape.

—Bueno, hombre, bueno; me estaré.

Quedóse aletargado; pero en seguida abrió los ojos, y lo primero que vieron fué los de Jacinta, fijos en él con atención amante. Cuando se durmió de veras, la centinela abandonó su puesto para correr al lado de Guillermina, con quien tenía pendiente una interesantísima conferencia.

CAPITULO IX

UNA VISITA AL CUARTO ESTADO

I

Al día siguiente el *Delfín* estaba poco más o menos lo mismo. Por la mañana, mientras Barbarita y Plácido andaban por esas calles de tienda en tienda, entregados al deleite de las compras precursoras de Navidad, Jacinta salió acompañada de Guillermina. Había dejado a su esposo con Villalonga, después de enjaretarle la mentirilla de que iba a la Virgen de la Paloma a oír una misa que había prometido. El atavío de las dos damas era tan distinto, que parecían ama y criada. Jacinta se puso su abrigo, sayo o *pardessus* color de pasa, y Guillermina llevaba el traje modestísimo de costumbre.

Iba Jacinta tan pensativa, que la bulla de la calle de Toledo no la distrajo de la atención que a su propio interior prestaba. Los puestos a medio armar en toda la acera desde los portales de San Isidro, las baratijas, las panderetas, la loza ordinaria, las puntillas, el cobre de Alcaraz y los veinte mil cachivaches que aparecían dentro de aquellos nichos de mal clavadas tablas y de lienzos peor dispuestos, pasaban ante su vista sin determinar una apreciación exacta de lo que eran. Recibía tan sólo la imagen borrosa de los objetos diversos que iban pasando, y lo digo así, porque era como si ella estuviese parada y la pintoresca vía se corriese delante de ella como un telón. En aquel telón había racimos de dátiles colgados de una percha; puntillas blancas que caían de un palo largo, en ondas, como los vástagos de una tre-

padora; pelmazos de higos pasados, en bloques; turrón de trozos como sillares que parecían acabados de traer de una cantera; aceitunas en barriles rezumados; una mujer puesta sobre una silla y delante de una jaula, mostrando dos pajarillos amaestrados, y luego montones de oro, naranjas en seretas o hacinadas en el arroyo. El suelo, intransitable, ponía obstáculos sin fin, pilas de cántaros y vasijas, ante los pies del gentío presuroso, y la vibración de los adoquines al paso de los carros parecía hacer bailar a personas y cacharros. Hombres con sartas de pañuelos de diferentes colores se ponían delante del transeúnte como si fueran a capearlo. Mujeres chillonas taladraban el oído con pregones enfáticos, acosando al público y poniéndole en la alternativa de comprar o morir. Jacinta veía las piezas de tela desenvueltas en ondas a lo largo de todas las paredes, percales azules, rojos y verdes tendidos de puerta en puerta, y su mareada vista le exageraba las curvas de aquellas rúbricas de trapo. De ellas colgaban, prendidas con alfileres, toquillas de los colores vivos y elementales que agradan a los salvajes. En algunos huecos brillaba el naranjado, que chilla como los ejes sin grasa: el bermellón nativo, que parece rasguñar los ojos; el carmín, que tiene la acidez del vinagre; el cobalto, que infunde ideas de envenenamiento; el verde de panza de lagarto, y ese amarillo tila, que tiene cierto aire de poesía mezclado con la tisis, como en *La Traviata*. Las bocas de las tiendas, abiertas entre tanto colgajo, dejaban ver el interior de ellas tan abigarrado como la parte externa, los horteras de bruces sobre el mostrador, o vareando telas o charlando. Algunos braceaban, como si nadasen en un mar de pañuelos. El sentimiento pintoresco de aquellos tenderos se revela en todo. Si hay una columna en la tienda, la revisten de corsés encarnados, negros y blancos, y con los refajos hacen graciosas combinaciones decorativas.

Dió Jacinta de cara a diferentes personas muy ceremoniosas. Eran maniquíes vestidos de señora con tremendos polisones, o de caballero con terno completo de lanilla. Después, gorras, muchas gorras, posadas y alineadas en percheros del largo de toda una casa; chaquetas ahuecadas con un palo, zamarras y otras prendas que algo, sí, algo tenían de seres humanos, sin piernas ni cabezas. Jacinta, al fin, no miraba nada; únicamente se fijó en unos hombres amarillos, completamente amarillos, que colgados de unas horcas se balanceaban a impulsos del aire. Eran juegos de calzón y camisa de bayeta, cosidas una pieza a otra, y que así, al pronto, parecían personajes de azufre. Los había también encarnados. ¡Oh!, el rojo abundaba tanto, que aquello parecía un pueblo que tiene la religión de la sangre. Telas rojas, arneses rojos, collarines y frontiles rojos con madroñaje arabesco. Las puertas de las tabernas, también de color de sangre. Y que no son ni una ni dos. Jacinta se asustaba de ver tantas, y Guillermina no pudo menos de exclamar:

—¡Cuánta perdición! Una puerta sí y otra no, taberna. De aquí salen todos los crímenes.

Cuando se halló cerca del fin de su viaje, la *Delfina* fijaba exclusivamente su atención en los chicos que iba encontrando. Pasmábase la señora de Santa Cruz de que hubiera tantísima madre por aquellos barrios, pues a cada paso tropezaba con una, con su crío en brazos, muy bien agasajado bajo el ala del mantón. A todos estos ciudadanos del porvenir no se les veía más que la cabeza por cima del hombro de su madre. Algunos iban vueltos hacia atrás, mostrando la carita redonda dentro del círculo del gorro y los ojuelos vivos, y se reían con los transeúntes. Otros tenían el semblante malhumorado, como personas que se llaman a engaño en los comienzos de la vida humana. También vió Jacinta no uno, sino dos y hasta tres, camino del cementerio. Suponíalos muy tranquilos y de color de cera dentro de aquella caja que llevaba un tío cualquiera al hombro, como se lleva una escopeta.

—Aquí es—dijo Guillermina, después de andar un trecho por la calle del Bastero y de doblar una esquina.

No tardaron en encontrarse dentro de un patio cuadrilongo. Jacinta miró hacia arriba y vió dos filas de corredores con antepechos de fábrica y pilastrones de madera pintada de ocre, mucha ropa tendida, mucho refajo amarillo, mucha zalea puesta a secar, y oyó un zumbido como de enjambre. En el patio, que era casi todo de tierra, empedrado sólo a tre-

chos, había chiquillos de uno y otro sexo y de diferentes edades. Una zagalona tenía en la cabeza toquilla roja con agujeros, o con *orificios,* como diría Aparisi; otra, toquilla blanca, y otra estaba con las greñas al aire. Esta llevaba zapatillas de orillo, y aquélla botitas finas de caña blanca, pero ajadas ya y con el tacón torcido. Los chicos eran de diversos tipos. Estaba el que va para la escuela con su cartera de estudio, y el pillete descalzo que no hace más que vagar. Por el vestido se diferenciaban poco, y menos aún por el lenguaje, que era duro y con inflexiones dejosas.

—Chicooo..., *mía* éste... Que te rompo la cara..., ¿sabeees...?

—¿Ves esa farolona?—dijo Guillermina a su amiga—. Es una de las hijas de Ido... Esa, esa que está dando brincos como un saltamontes... ¡Eh! Chiquilla... No oyen... Venid acá.

Todos los chicos, varones y hembras, se pusieron a mirar a las dos señoras, y callaban entre burlones y respetuosos, sin atreverse a acercarse. Las que se acercaban paso a paso eran seis u ocho palomas pardas, con reflejos irisados en el cuello; lindísimas, gordas. Venían muy confiadas, meneando el cuerpo como las chulas, picoteando en el suelo lo que encontraban, y eran tan mansas, que llegaron sin asustarse hasta muy cerca de las señoras. De pronto levantaron el vuelo y se plantaron en el tejado. En algunas puertas había mujeres que sacaban esteras a que se orearan, y sillas y mesas. Por otras salía como una humareda: era el polvo del barrido. Había vecinas que se estaban peinando las trenzas negras y aceitosas, o las guedejas rubias, y tenían todo aquel matorral echado sobre la cara como un velo. Otras salían arrastrando zapatos en chancletas por aquellos empedrados de Dios, y al ver a las forasteras corrían a sus guaridas a llamar a otras vecinas, y la noticia cundía, y aparecían por las enrejadas ventanas cabezas peinadas o a medio peinar.

—¡Eh! Chiquillos, venid acá—repitió Guillermina.

Y se fueron acercando escalonados por secciones, como cuando se va a dar un ataque. Algunos, más resueltos, las manos a la espalda, miraron a las dos damas del modo más insolente. Pero uno de ellos, que, sin duda, tenía instintos de caballero, se quitó de la cabeza un andrajo que hacía el papel de gorra y les preguntó que a quién buscaban.

—¿Eres tú del señor de Ido?

El rapaz respondió que no, y al punto destacóse del grupo la niña de las zancas largas, de las greñas sueltas y de los zapatos de orillo, apartando a manotadas a todos los demás muchachos que se enracimaban ya en derredor de las señoras.

—¿Está tu padre arriba?

La chica respondió que sí, y desde entonces convirtióse en individuo de Orden Público. No dejaba acercarse a nadie: quería que todos los granujas se retiraran y ser ella sola la que guiase a las dos damas hasta arriba.

—¡Qué pesados, qué sobones!... En todo quieren meter las narices... Atrás, gateras, atrás... Quitarvos de en medio: dejad paso.

Su anhelo era marchar delante. Habría deseado tener una campanilla para ir tocando por aquellos corredores a fin de que supieran todos qué gran visita venía a la casa.

—Niña, no es preciso que nos acompañes—dijo Guillermina, que no gustaba de que nadie se sofocase tanto por ella—. Nos basta con saber que están en casa.

Pero la zancuda no hacía caso. En el primer peldaño de la escalera estaba sentada una mujer que vendía higos pasados en una sereta, y por poco no le planta el zapato de orillo en mitad de la cara. Y todo porque no se apartaba de un salto para dejar el paso libre...

—¡Vaya, dónde se va usted a poner, tía bruja!... Afuera, o la reviento de una patada.

Subieron, no sin que a Jacinta le quedaran ganas de examinar bien toda la pillería que en el patio quedaba. Allá en el fondo había divisado dos niños y una niña. Uno de ellos era rubio y como de tres años. Estaban jugando con el fango, que es el juguete más barato que se conoce. Amasábanlo para hacer tortas del tamaño de *perros grandes.* La niña, que era de más edad, había construído un hornito con pedazos de ladrillo, y a la derecha de ella había un montón de panes, bollos y tortas, todo de la misma masa, que tanto abundaba allí. La señora de Santa Cruz observó este grupo desde lejos. ¿Sería alguno de aquél-

llos? El corazón le saltaba en el pecho y no se atrevía a preguntar a la zancuda. En el último peldaño de la escalera encontraron otro obstáculo: dos muchachuelas y tres nenes, uno de éstos en mantillas, interceptaban el paso. Estaban jugando con arena *fina* de fregar. El mamón estaba fajado y en el suelo, con las patas y las manos al aire, berreando, sin que nadie le hiciera caso. Las dos niñas habían extendido la arena sobre el piso, y de trecho en trecho habían puesto diferentes palitos con cuerdas y trapos. Era el secadero de ropa de las Injurias, propiamente imitado.

—¡Qué tropa, Dios!—exclamó la zancuda con indignación de celador de ornato público, que no causó efecto—. Cuidado dónde se van a poner... ¡Fuera, fuera!... Y tú, *pitoja*, recoge a tu hermanillo, que le vamos a espachurrar.

Estas amonestaciones de una autoridad tan celosa fueron oídas con el más insolente desdén. Uno de los mocosos arrastraba su panza por el suelo, abierto de las cuatro patas; el otro cogía puñados de arena y se lavaba la cara con ella, acción muy lógica, puesto que la arena representaba el agua.

—Vamos, hijos, quitaos de en medio —les dijo Guillermina, a punto que la zancuda destruía con el pie el lavadero, gritando—: Sinvergüenzonas, ¿no tenéis otro sitio donde jugar? ¡Vaya con la canalla esta!...

Y echó adelante, resuelta a destruir cualquier obstáculo que se opusiera al paso. Las otras chiquillas cogieron a los mocosos como habrían cogido una muñeca y, poniéndoselos al cuadril, volaron por aquellos corredores.

—Vamos—dijo Guillermina a su guía—, no las riñas tanto, que también tú eres buena.

II

Avanzaron por el corredor, y a cada paso un estorbo. Bien era un brasero que se estaba encendiendo, con el tubo de hierro sobre las brasas para hacer tiro; bien el montón de zaleas o de ruedos; ya una banasta de ropa; ya un cántaro de agua. De todas las puertas abiertas y de las ventanillas salían voces o de disputa o de algazara festiva. Veían las cocinas con los pucheros armados sobre las ascuas, las artesas de lavar junto a la puerta, y allá en el testero de las breves estancias la indispensable cómoda con su hule, el velón con pantalla verde y en la pared diferentes estampas, alguna lámina al cromo de prospectos o periódicos satíricos, y muchas fotografías. Pasaban por un domicilio que era taller de zapatería, y los golpazos que los zapateros daban a la suela, unidos a sus cantorrios, hacían una algazara de mil demonios. Más allá sonaba el convulsivo triquitraque de una máquina de coser, y acudían a las ventanas bustos y caras de mujeres curiosas. Por aquí se veía un enfermo tendido en un camastro, más allá un matrimonio que disputaba a gritos. Algunas vecinas conocieron a doña Guillermina y la saludaban con respeto. En otros círculos causaba admiración el empaque elegante de Jacinta. Poco más allá cruzáronse de una puerta a otra observaciones picantes e irrespetuosas.

—Señá Mariana, ¿ha visto que nos hemos traído el sofá en la rabadilla? ¡Ja, ja, ja!

Guillermina se paró, mirando a su amiga:

—Estas chafalditas no van conmigo. No puedes figurarte el odio que esta gente tiene a los polisones, en lo cual demuestran un sentido..., ¿cómo se dice?, un sentido *estético* superior al de esos haraganes franceses que inventan tanto pegote estúpido.

Jacinta estaba algo corrida; pero también se reía. Guillermina dió dos pasos atrás, diciendo:

—Ea, señoras, cada una a su trabajo y dejen en paz a quien no se mete con ustedes.

Luego se detuvo junto a una de las puertas y tocó en ella con los nudillos.

—La señá Severiana no está—dijo una de las vecinas—. ¿Quiere la señora dejar recado?...

—No; la veré otro día.

Después de recorrer dos lados del corredor principal, penetraron en una especie de túnel, en que también había puertas numeradas; subieron como unos seis peldaños, precedidas siempre de la zancuda, y se encontraron en el corredor de otro patio, mucho más feo, sucio y triste que el anterior. Comparado con el segundo, el primero tenía algo de aristocrático y podría pasar por albergue de familias *distinguidas*. Entre uno y otro patios, que pertenecían a un mismo due-

ño y por eso estaban unidos, había un escalón social, la distancia entre eso que se llama *capas*. Las viviendas, en aquella segunda *capa*, eran más estrechas y miserables que en la primera; el revoco se caía a pedazos, y los rasguños trazados con un clavo en las paredes parecían hechos con más saña; los versos escritos con lápiz en algunas puertas, más necios y groseros; las maderas, más despintadas y roñosas; el aire, más viciado; el vaho que salía por puertas y ventanas, más espeso y repugnante. Jacinta, que había visitado algunas casas de corredor, no había visto ninguna tan tétrica y maloliente.

—Qué, ¿te asustas, niña bonita?—le dijo Guillermina—. ¿Pues qué creías tú, que esto era el teatro Real o la casa de Fernán-Núñez? Animo. Para venir aquí se necesitan dos cosas: caridad y estómago.

Echaron una mirada a lo alto del tejado, vió la *Delfina* que por cima de éste asomaba un tenderete en que había muchos cueros, tripas u otros despojos puestos a secar. De aquella región venía, arrastrado por las ondas del aire, un olor nauseabundo. Por los desiguales tejados paseábanse gatos de feroz aspecto, flacos, con las quijadas angulosas, los ojos dormilones, el pelo erizado. Otros bajaban a los corredores y se tendían al sol; pero los propiamente salvajes vivían y aun se criaban arriba, persiguiendo el sabroso ratón de los secaderos.

Pasaron junto a las dos damas figuras andrajosas, ciegos que iban dando palos en el suelo, lisiados con montera de pelo, pantalón de soldado, horribles caras. Jacinta se apretaba contra la pared para dejar el paso franco. Encontraban mujeres con pañuelo a la cabeza y mantón pardo, tapándose la boca con la mano, envuelta en un pliegue del mismo mantón. Parecían moras; no se les veía más que un ojo y parte de la nariz. Algunas eran agraciadas; pero la mayor parte eran flacas, pálidas, tripudas y envejecidas antes de tiempo.

Por los ventanuchos abiertos salía, con el olor de fritangas y el ambiente chinchoso, murmullo de conversaciones dejosas, arrastrando toscamente las sílabas finales. Este modo de hablar de la tierra ha nacido en Madrid de una mixtura entre el dejo andaluz, puesto de moda por los soldados, y el dejo aragonés, que se asimilaban todos los que quieren darse aires varoniles.

Nueva barricada de chiquillos les cortó el paso. Al verlos, Jacinta y aun Guillermina, a pesar de su costumbre de ver cosas raras, quedáronse pasmadas, y hubiérales dado espanto lo que miraban si las risas de ellos no disiparan toda impresión terrorífica. Era una manada de salvajes, compuesta de dos tagarotes como de diez o doce años, una niña más chica, y otros dos chavales, cuya edad y sexo no se podían saber. Tenían todos ellos la cara y las manos llenas de chafarrinones negros, hechos con algo que debía de ser betún o barniz japonés del más fuerte. Uno se había pintado rayas en el rostro, otro anteojos, aquél bigotes, cejas y patillas, con tan mala maña, que toda la cara parecía revuelta en heces de tintero. Los pequeñuelos no parecían pertenecer a la raza humana, y con aquel maldito tizne extendido y rebosado por la cara y las manos semejaban micos, diablillos o engendros infernales.

—Malditos seáis...—gritó la zancuda cuando vió aquellas fachas horrorosas—. Pero ¡cómo os habéis puesto así, sinvergüenzones, indecentes, puercos, marranos!...

—En el nombre del Padre...—exclamó Guillermina, persignándose—. Pero ¿has visto...?

Contemplaban ellos a las damas, mudos y con grandísima emoción, gozando íntimamente de la sorpresa y terror que sus espantables cataduras producían en aquellas señoritas tan requetefinas. Uno de los pequeños intentó echar la zarpa al abrigo de Jacinta; pero la zancuda empezó a dar chillidos:

—Quitarvos allá, desapartaisos, gorrinos, asquerosos..., que manchái a estas señoras con esas manazas.

—¡Bendito Dios!... Si parecen caníbales... No nos toquéis... La culpa no la tenéis vosotros, sino vuestras madres, que tal os consienten... Y si no me engaño, estos dos grandillones son tus hermanos, niña.

Los dos aludidos, mostrando al sonreír sus dientes blancos como leche y sus labios más rojos que cerezas entre el negro que los rodeaba, contestaron que sí con sus cabezas de salvaje. Empezaban a sentirse avergonzados y no sabían por dónde tirar. En el mismo instante salió una mujeraza de la puerta más próxima,

y agarrando a una de las niñas más embadurnadas, le levantó las enaguas y empezó a darle tal solfa en salva la parte, que los castañetazos se oían desde el primer patio. No tardó en aparecer otra madre furiosa, que más que mujer parecía una loba, y la emprendió con otro de los mandingas a bofetada sucia, sin miedo a mancharse ella también.

—¡Canallas, cafres, cómo se han puesto!

Y al punto fueron saliendo más madres irritadas. ¡La que se armó! Pronto se vieron lágrimas resbalando sobre el betún, llanto que al punto se volvía negro.

—Te voy a matar, grandísimo pillo, ladrón...

—Estos son los condenados charoles que usa la señá Nicanora. Pero, ¡rediós!, señá Nicanora, ¿para qué deja usted que las criaturas...?

Una de las mujeres que más alborotaban se aplacó al ver a las dos damas. Era la señora de Ido del Sagrario, que tenía en la cara sombrajos y manchurrones de aquel mismo betún de los caribes, y las manos enteramente negras. Turbóse un poco ante la visita:

—Pasen las señoras... Me encuentran hecha una compasión.

Guillermina y Jacinta entraron en la mansión de Ido, que se componía de una salita angosta y de dos alcobas interiores más oprimidas y lóbregas aún, las cuales daban el *quién vive* al que a ellas se asomaba. No faltaban allí la cómoda y la lámina del Cristo del Gran Poder, ni las fotografías descoloridas de individuos de la familia y de niños muertos. La cocina era un cubil frío, donde había mucha ceniza, pucheros volcados, tinajas rotas y el artesón de lavar lleno de trapos secos y de polvo. En la salita, los ladrillos tecleaban bajo los pies. Las paredes eran como de carbonería, y en ciertos puntos habían recibido bofetadas de cal, por lo que resultaba un claroscuro muy fantástico. Creeríase que andaban espectros por allí, o al menos sombras de linterna mágica. El sofá de Vitoria era uno de los muebles más alarmantes que se pueden imaginar. No había más que verlo para comprender que no respondía de la seguridad de quien en él se sentase. Las dos o tres sillas eran también muy sospechosas. La que parecía mejor, seguramente la pegaba. Vió Jacinta, salteados por aquellos fantásticos muros, carteles de publicaciones ilustradas, de librillos de papel de fumar y cartones de almanaques americanos que ya no tenían hojas. Eran años muertos.

Pero lo que mayormente excitó la curiosidad de ambas señoras fué un gran tablero que en el centro de la estancia había, cogiéndola casi toda; una mesa armada sobre bancos como los que usan los papelistas, y encima de ella grandes paquetes o manos de pliegos de papel fino de escribir. A un extremo, los cuadernillos apilados formaban compactas resmas blancas; a otro, las mismas resmas ya con bordes negros, convertidas en papel de luto.

Ido extendía sobre el tablero los pliegos de papel abiertos. Una muchacha, que debía de ser Rosita, contaba los pliegos ya enlutados y formaba los cuadernillos. Nicanora pidió permiso a las señoras para seguir trabajando. Era una mujer más envejecida que vieja, y bien se conocía que nunca había sido hermosa. Debió de tener en otro tiempo buenas carnes; pero ya su cuerpo estaba lleno de pliegues y abolladuras como un zurrón vacío. Allí, valga la verdad, no se sabía lo que era pecho ni lo que era barriga. La cara era hocicuda y desagradable. Si algo expresaba, era un genio muy malo y un carácter de vinagre; pero en esto engañaba aquel rostro como otros muchos que hacen creer lo que no es. Era Nicanora una infeliz mujer, de más bondad que entendimiento, probada en las luchas de la vida, que había sido para ella una batalla sin victorias ni respiro alguno. Ya no se defendía más que con la paciencia, y de tanto mirarle la cara a la adversidad, debía de provenirle aquel alargamiento de morros, que la afeaba considerablemente. La *Venus de Médicis* tenía los párpados enfermos, rojos y siempre húmedos, privados de pestañas, por lo cual decían de ella que *con un ojo lloraba a su padre y con otro a su madre.*

Jacinta no sabía a quién compadecer más, si a Nicanora, por ser como era, o a su marido, por creerla Venus cuando se *electrizaba.* Ido estaba muy cohibido delante de las dos damas. Como la silla en que doña Guillermina se sentó empezase a exhalar ciertos quejidos y a hacer desperezos, anunciando quizá que se iba a deshacer, don José salió corriendo a

traer una de la vecindad. Rosita era graciosa, pero desmedrada y clorótica, de color de marfil. Llamaba la atención su peinado en sortijillas, batido, engomado y puesto en muchísimo aquel.

—Pero ¿qué hace usted, mujer, con esa pintura?—preguntó Guillermina a Nicanora.

—Soy *lutera.*

—Somos *luteranos*—dijo Ido sonriendo, muy satisfecho por tener ocasión de soltar aquel chiste, que era viejo y había sido soltado sinnúmero de veces.

—¡Qué dice este hombre!—exclamó la fundadora, horrorizada.

—Cállate tú y no disparates—replicó Nicanora—. Yo soy *lutera,* vamos al decir, pinto papel de luto. Cuando no tengo otro trabajo, me traigo a casa unas cuantas resmas y las enluto mismamente como las señoras ven. El almacenista paga un real por resma. Yo pongo el tinte, y trabajando todo el día, me quedan seis o siete reales. Pero los tiempos están malos, y hay poco papel que teñir. Todas las luteras están paradas, señora..., porque, naturalmente, o se muere poca gente, o no les echan papeletas... Hombre—dijo a su marido, haciéndole estremecer—, ¿qué haces ahí con la boca abierta? *Desmiente.*

Ido, que estaba oyendo a su mujer como se oye a un orador brillante, despertó de su éxtasis y se puso a *desmentir.* Llaman así al acto de colocar los pliegos de papel unos sobre otros, escalonados, dejando descubierta en todos una fajita igual, que es lo que se tiñe. Como Jacinta observaba atentamente el trabajo de don José, éste se esmeró en hacerlo con desusada perfección y ligereza. Daba gusto ver aquellos bordes, que, por lo iguales, parecían hechos a compás. Rosita apilaba pliegos y resmas sin decir una palabra. Nicanora hizo a Jacinta, mirando a su marido, una seña que quería decir: "Hoy está bueno." Después empezó a pasar rápidamente la brocha sobre el papel, como se hace con los estarcidos

—Y las suscripciones de entregas—preguntó Guillermina—, ¿dan algo que comer?

Ido abrió la boca para emitir pronta y juiciosa respuesta a esta pregunta; pero su mujer tomó rápidamente la palabra, quedándose él un buen rato con la boca abierta.

—Las suscripciones—declaró la *Venus de Médicis*—son una calamidad. *Aquí José* tiene poca suerte..., es muy honrado y le engaña cualisquiera. El público es cosa mala, señoras, y suscriptor hay que no paga ni aunque le arrastren. Luego, como el mes pasado perdió *aquí* (este aquí era don José) un billete de cuatrocientos reales, el encargado de las obras se lo va cobrando, descontándole de las primas que le tocan. Por esto, naturalmente, nos hemos atrasado tanto, y lo poco que se apaña se lo birla el casero.

Ido, desde que se dijo aquello del billete perdido, no volvió a levantar los ojos de su trabajo. Aquel descuido que tuvo le avergonzaba como si hubiera sido un delito.

—Pues lo primero que tienen ustedes que hacer—indicó la Pacheco—es poner en una escuela a esos dos tagarotes y a la berganta de su niña pequeña.

—No los mando porque me da vergüenza de que salgan a la calle con tanto pingajo.

—No importa. Además, esta amiguita y yo daremos a ustedes alguna ropa para los muchachos. Y el mayor, ¿gana algo?

—Me gana cinco reales en una imprenta. Pero no tiene formalidad. Cuando le parece deja el trabajo y se va a las becerradas de Getafe o de Leganés, y no parece en tres días. Quiere ser torero y nos trae crucificados. Se va al matadero por las tardes, cuando degüellan, y en casa, dormido, habla de que si puso las banderillas a *portagayola*...

—Y usted—preguntó Jacinta a Rosita—, ¿en qué se ocupa?

Rosita se puso muy encarnada. Iba a contestar; pero su madre, que llevaba la palabra por toda la familia, respondió:

—Es peinadora... Está aprendiendo con una vecina maestra. Ya tiene algunas parroquianas. Pero no le pagan, naturalmente... Es una sosona, y como no le pongan los cuartos en la mano, no hay de qué. Yo le digo que no sea *panoli* y que tenga genio; pero... ya usted la ve. Como su padre, que el día que no le engaña uno, le engañan dos.

Guillermina, después de sacar varios bonos, como billetes de teatro, y dar a la infeliz familia lo que necesitaba para proveerse de garbanzos, pan y carne por media semana, dijo que se marchaba. Pero Jacinta no se conformó con salir tan pronto. Había ido allí con determinado fin, y por nada del mundo se retiraría

sin intentar al menos realizarlo. Varias veces tuvo la palabra en la boca para hacer una pregunta a don José, y éste la miraba como diciendo: "Estoy rabiando porque me pregunte usted por el *Pituso*." Por fin, decidióse la dama a romper el silencio sobre punto tan capital, y levantándose dió algunos pasos hacia donde Ido estaba. Este no necesitó más que verla venir; y saliendo rápidamente del cuarto volvió al poco con una criatura de la mano.

III

—¡El Dulce nombre!...—exclamó la Pacheco, viendo entrar aquel adefesio, y todos los demás lanzaron una exclamación parecida al mirar al niño, con la cara tan completamente pintada de negro, que no se veía el color de su carne por parte alguna. Sus manos chorreaban betún, y en el traje se habían limpiado las suyas asquerosísimas los otros muchachos. El *Pitusín* tenía el cabello negro. Sus labios rojos sobre aquel chapapote superaban al coral más puro. Los dientecillos le brillaban cual si fueran de cristal. La lengua que sacaba, por tener la creencia de que todo negrito, para ser tal negrito, debe estirar la lengua todo lo más posible, parecía una hoja de rosa.

—¡Qué horror!... ¡Ah tunantes!... ¡Bendito Dios, cómo le han puesto!... Anda, ¡que apañado estás!...

Las vecinas se enracimaban en las puertas riendo y alborotando. Jacinta estaba atónita y apenada. Pasáronle por la mente ideas extrañas; la mancha del pecado era tal, que aun a la misma inocencia extendía su sombra; y el maldito se reía detrás de su infernal careta, gozoso de ver que todos se ocupaban de él, aunque fuera para escarnecerle. Nicanora dejó sus pinturas para correr detrás de los bergantes y de la zancuda, que también debía de tener alguna parte en aquel desaguisado. La osadía del negrito no conocía límites, y extendió sus manos pringadas hacia aquella señora tan maja que le miraba tanto.

—Quita allá, demonio...; quita allá esas manos—le gritaron.

Viendo que no le dejaban tocar a nadie, y que su facha causaba risa, el chico daba patadas en medio del corro, sacando la lengua y presentando sus diez dedos como garras. De este modo tenía, a su parecer, el aspecto de un bicho muy malo que se comía a la gente, o, por lo menos, que se la quería comer.

Oyóse el pie de paliza que Nicanora, hecha un veneno, estaba dando a sus hijos, y el gemir de ellos. El *Pituso* empezó a cansarse pronto de su papel de mico, porque eso de no poder pegarse a nadie tenía poca gracia. Lo mejor que podía hacer en su situación desairada era meterse los dedos en la boca; pero sabía tan mal aquel endiablado potaje negro, que pronto los tuvo que retirar.

—¿Será veneno eso?—observó Jacinta, alarmada—. Que lo laven. ¿Por qué no lo lavan?

—Pues estás bonito, Juanín—díjole Ido—. ¡Y esta señora que te quería dar un beso!

Avida de tocarle, la *Delfina* le agarro un mechón de cabello, lo único en que no había pintura.

—¡Pobrecito, cómo está!...

De repente le entraron a Juanín ganas de llorar. Ya no enseñaba la lengua; lo que hacía era dar suspiros.

—Pero ese señor Izquierdo, ¿no está?—preguntó a Ido Jacinta, llevándole aparte—. Yo tengo que hablar con él. ¿Dónde vive?

—Señora—replicó don José con finura—, la puerta de su domicilio está cerrada... herméticamente, muy herméticamente.

—Pues quiero verle, quiero hablar con él.

—Yo lo pondré en su conocimiento—repuso el corredor de obras, que gustaba de emplear formas burocráticas cuando la ocasión lo podía.

—¡Ea!, vámonos, que es tarde—dijo, impaciente, Guillermina—. Otro día volveremos.

—Sí, volveremos... Pero que lo laven... ¡Pobre niño! Debe de estar en un martirio horrible con ese emplasto en la cara. Di, tontín: ¿quieres que te laven?

El *Pituso* dijo que sí con la cabeza. Su aflicción crecía, y poco le faltaba para romper a llorar. Todas las vecinas reconocieron la necesidad de lavarle; pero unas no tenían agua y otras no querían gastarla en tal objeto. Por fin, una mujer agitanada y con faldas de percal rameado, el talle muy bajo, un pañuelo caído por los hombros, el pelo lacio y la tez crasa y de color de terracota, se apareció por allí de repente y quiso dar una

lección a las vecinas delante de las señoras, diciendo que ella tenía agua de sobra para *despercudir* y *chovelar* a aquel ángel. Se lo llevaron en burlesca procesión, él delante, aislado por su propio tizne, y ya con la dignidad tan por los suelos, que empezaba a dar *jipíos*; los chicos detrás, haciendo una bulla infernal, y la tarasca aquella del moño lacio, amenazándolos con *endiñarles* si no se quitaban de en medio. Desapareció la comparsa por una puerquísima y angosta escalera que del ángulo del corredor partía. Jacinta hubiera querido subir también; pero Guillermina la sofocaba con sus prisas.

—Hija, ¿sabes tú la hora que es?

—Sí, nos iremos... Lo que es por mí, ya estamos andando—decía la otra, sin moverse del corredor, mirando a la techumbre, en la cual no veía otra cosa que el horrible tinglado donde colgaban los cueros puestos a secar. Entre tanto, la fundadora, a pesar de su mucha prisa, entablaba una rápida conversación con don José.

—¿No tiene usted ya nada que hacer en casa?

—Absolutamente nada, señora. Ya están *desmentidas* las últimas resmas. Pensaba yo ahora irme a dar una vuelta y a tomar el aire.

—Le conviene a usted el ejercicio..., perfectamente. Pues oiga usted: al mismo tiempo que se orea un poco, me va a hacer un servicio.

—Estoy a disposición de la señora.

—Se sale usted a la Ronda..., tira usted para abajo, dejando a la izquierda la fábrica del gas. ¿Entiende usted? ¿Sabe usted la estación de las Pulgas? Bueno, pues antes de llegar a ella hay una casa en construcción... Está concluída la obra de fábrica y ahora están armando una chimenea muy larga, porque va a ser *sierra mecánica*... ¿Se va usted enterando? No tiene pérdida. Pues entra usted y pregunta por el guarda de la obra, que se llama Pacheco..., lo mismito que yo. Usted le dice: "Vengo por los ladrillos de doña Guillermina."

Ido repitió, como los chicos que aprenden una lección:

—Vengo por los ladrillos, etcétera...

—El dueño de esa fábrica me ha dado unos sesenta ladrillos, lo único que le sobra...; poca cosa; pero a mí todo me sirve... Bueno; coge usted los ladrillos y me los lleva a la obra... Son para mi obra.

—¿A la obra?... ¿Qué obra?

—Hombre, en Chamberí..., mi asilo... ¿Está usted lelo?

—¡Ah! Perdone la señora... Cuando oí la obra, creí al pronto que era una obra literaria.

—Si no puede usted de un viaje, emplee dos.

—O tres o cuatro... Tantísimo gusto en ello... Si necesario fuese, naturalmente, tantos viajes como ladrillos...

—Y si me hace bien el recado, cuente con un hongo casi nuevo... Me lo han dado ayer en una casa, y lo reservo para los amigos que me ayudan... ¿Conque lo hará usted? Hoy por ti y mañana por mí. Vaya, abur, abur.

Ido y su mujer se deshacían en cumplidos, y fueron escoltando a las señoras hasta la puerta de la calle. En la de Toledo tomaron ellas un simón para ganar tiempo, y el bendito Ido se fué a cumplir el encargo que la fundadora le había hecho. No era una misión delicada, ciertamente, como él deseara; pero el principio de caridad que entrañaba aquel acto lo trocaba de vulgar en sublime. Toda la santa tarde estuvo mi hombre ocupado en el transporte de los ladrillos, y tuvo la satisfacción de que ni uno solo de los setenta se le rompiera por el camino. El contento que inundaba su alma le quitaba el cansancio, y provenía su gozo casi exclusivamente de que Jacinta, en aquel ratito en que le llevó aparte, le había dado un duro. No puso él la moneda en el bolsillo de su chaleco, donde la habría descubierto Nicanora, sino en la cintura, muy bien escondida en una faja que usaba pegada a la carne para abrigarse la boca del estómago. Porque conviene fijar bien las cosas... Aquel duro, dado aparte, lejos de las miradas famélicas del resto de la familia, era exclusivamente para él. Tal había sido la intención de la señorita, y don José había creído ofender a su bienhechora interpretándola de otro modo. Guardaría, pues, su tesoro, y se valdría de todas las trazas de su ingenio para defenderlo de las miradas y de las uñas de Nicanora... Porque si ésta lo descubría, ¡Santo Cristo de los Guardias!...

Pasó la noche en grandísima intranquilidad. Temía que su mujer descubriese con ojo perspicaz el matute que él encerraba en su cintura. La maldita parecía que olía la plata. Por eso estaba

tan azorado y no se daba por seguro en ninguna posición, creyendo que al través de la ropa se le iba a ver la moneda. Durante la cena estuvieron todos muy alegres; tiempo hacía que no habían cenado tan bien. Pero al acostarse volvió Ido a ser atormentado por sus temores, y no tuvo más remedio que estar toda la noche hecho un ovillo, con las manos cruzadas en la cintura, porque si en una de las revueltas que ambos daban sobre los accidentados jergones la mano de su mujer llegaba a tocar el duro, se lo quitaba, tan fijo como tres y dos son cinco. Durmió, pues, tan mal, que en realidad dormía con un ojo y velaba con el otro, atento siempre a defender su contrabando. Lo peor fué que, viéndole su mujer tan retortijado y hecho todo una ese, creyó que tenía el dolor espasmódico que le solía dar; y como el mejor remedio para esto eran las friegas, Nicanora le propuso dárselas, y al oír tal proposición temblároнle a Ido las carnes, viéndose descubierto y perdido.

"Ahora sí que la hemos hecho buena", pensó. Pero su talento le sugirió la respuesta, y dijo que no tenía ni pizca de dolor, sino frío, y sin más explicaciones se volvió contra la pared, pegándose a ella como un engrudo y haciéndose el dormido. Llegó, por fin, el día, y con él, la calma al corazón de Ido, quien se acicaló y se lavó casi toda la cara, poniéndose la corbata encarnada con cierta presunción.

Eran ya las diez de la mañana, porque con aquello de lavarse *bien* se había ido bastante tiempo. Rosita tardó mucho en traer el agua, y Nicanora se había dado la inmensa satisfacción de ir a la compra. Todos los individuos de la familia, cuando se encontraban uno frente a otro, se echaban a reír, y el más risueño era don José, porque... ¡si lo supieran!...

IV

Echóse mi hombre a la calle, y tiró por la de Mira el Río Baja, cuya cuesta es tan empinada, que se necesita hacer algo de volatines para no ir rodando de cabeza por aquellos pedernales. Ido la bajó casi como la bajan los chiquillos, de un aliento, y una vez en la explanada que llaman el Mundo Nuevo, su espíritu se espació como pájaro lanzado a los aires. Empezó a dar resoplidos, cual si quisiera meter en sus pulmones más aire del que cabía, y sacudió el cuerpo como las gallinas. El picorcillo del sol le agradaba, y la contemplación de aquel cielo azul, de incomparable limpieza y diafanidad, daba alas a su alma voladora. Candoroso e impresionable, don José era como los niños o los poetas de verdad, y las sensaciones eran siempre en él vivísimas; las imágenes, de un relieve extraordinario. Todo lo veía agrandado hiperbólicamente o empequeñecido, según los casos. Cuando estaba alegre, los objetos se revestían a sus ojos de maravillosa hermosura; todo le *sonreía*, según la expresión común que le gustaba mucho usar. En cambio, cuando estaba afligido, que era lo más frecuente, las cosas más bellas se afeaban, volviéndose negras, y se cubrían de un velo... parecíale más propio decir de un *sudario*. Aquel día estaba el hombre de buenas, y la excitación de la dicha hacíale más niño y más poeta que otras veces. Por eso el campo del Mundo Nuevo, que es el sitio más desamparado y más feo del globo terráqueo, le pareció una bonita plaza. Salió a la Ronda y echó miradas de artista a una parte y otra. Allí, la Puerta de Toledo, ¡qué soberbia arquitectura! A la otra parte, la fábrica del gas..., ¡oh prodigios de la industria!... Luego, el cielo espléndido y aquellos lejos de Carabanchel, perdiéndose en la inmensidad, con remedos y aun con murmullos de océano..., ¡sublimidades de la Naturaleza!... Andando, andando, le entró de improviso un celo tan vehemente por la instrucción pública, que le faltó poco para caerse de espaldas ante los estólidos letreros que veía por todas partes.

No se premite tender rropa, y ni clabar clabos, decía en una pared, y don José exclamó:

—¡Vaya una barbaridad!... ¡Ignorantes!... ¡Emplear dos conjunciones copulativas! Pero, pedazo de animales, ¿no veis que la primera, naturalmente, junta las voces o cláusulas en concepto afirmativo, y la segunda, en concepto negativo?... ¡Y que no tenga que comer un hombre que podría enseñar la Gramática a todo Madrid y corregir estos delitos del lenguaje!... ¿Por qué no me había de dar el Gobierno, vamos a ver, por qué no me había de dar el encargo, mediante proporcionales emolumentos, de vigilar

los rótulos?... ¡Zoquetes, qué multas os pondría!... Pues también tú estás bueno: *Se alqilan qartos*... Muy bien, señor mío. ¿Le gustan a usted tanto las *úes* que se las come con arroz? ¡Ah! Si el Gobierno me nombrara *ortógrafo de la vía pública*, ya verías... Vamos, otro que tal: *Se proive*... Se prohibe rebuznar, digo yo.

Hallábase en lo más entretenido de aquella crítica literaria, tan propia de su oficio, cuando vió que hacia él iban tres individuos de calzón ajustado, botas de caña, chaqueta corta, gorra, el pelo echadito *p'alante*, caras de poca vergüenba. Eran los tales tipos muy madrileños y pertenecían al gremio de los *randas*. El uno era *descuidero*; el otro, *tomador*, y el tercero hacía a pelo y a pluma. Ido los conocía porque vivían en su patio, siempre que no eran inquilinos del Saladero, y no gustaba de tratar con semejante gentuza. De buena gana les habría dado una puntera en salva la parte; pero no se atrevía. Una cosa es reformar la ortografía pública y otra aplicar ciertos correctivos a la especie humana.

—Allá van los buenos días—le dijeron los chulos alegremente, y a Ido se le puso la carne como la de las gallinas, porque se acordó del duro y temió que se lo *garfiñaran* si entraba en parola con ellos.

Pasando de largo, les dijo con mucha cortesía:

—Dios los guarde, caballeros... Conservarse—y apretó a correr. No le volvió el alma al cuerpo hasta que los hubo perdido de vista.

"Es preciso que me convide a algo", pensaba el pendolista, y hacía la crítica mental de los manjares que más le gustaban. Cerca de la Puerta de Toledo se encontró con un mielero alcarreño que paraba en su misma casa. Estaban hablando, cuando pasó un pintor de panderetas, también vecino, y ambos le convidaron a unas copas. "Váyanse al rábano, ordinariotes...", pensó Ido, y les dió las gracias, separándose al punto de ellos. Andando más, vió un ventorro en la acera derecha de la Ronda... "¡Comer de fonda!" Esta idea se le clavó en el cerebro. Un rato estuvo Ido del Sagrario ante el establecimiento del *Tartera*, que así se llamaba, mirando los dos tiestos de *bónibus* llenos de polvo, las insignias de los bolos y la rayuela, la mano negra con el dedo tieso señalando la puerta, y no se decidía a obedecer a la indicación de aquel dedo. ¡Le sentaba tal mal la carne!... Desde que la comía le entraba aquel mal tan extraño y daba en la gracia estúpida de creer que Nicanora era la *Venus de Médicis*. Acordóse, no obstante, de que el médico le recetaba siempre comer carne, y cuanto más cruda, mejor. De lo más hondo de su naturaleza salía un bramido que le pedía ¡carne, carne, carne! Era una voz, un prurito irresistible, una imperiosa necesidad orgánica, como la que sienten los borrachos cuando están privados del fuego y de la picazón del alcohol.

Por fin no pudo resistir; colóse dentro del ventorrillo y, tomando asiento junto a una de aquellas despintadas mesas, empezó a palmotear para que viniera el mozo, que era el mismo *Tartera*, un hombre gordísimo, con chaleco de Bayona y mandil de lanilla verde rayado de negro. No lejos de donde estaba Ido había un rescoldo dentro de enorme braserón, y encima una parrilla casi tan grande como la reja de una ventana. Allí se asaban las chueltas de ternera, que con la chamusquina en tan viva lumbre despedian un olor apetitoso.

—Chuletas—dijo don José, y a punto vió entrar a un amigo, el cual le había visto a él, y por eso, sin duda, entraba.

—Hola, amigo Izquierdo... Dios le guarde.

—Le vi pasar, maestro, y dije, digo: A cuenta que voy a echar un espotrique con mi tocayo...

Sentóse sin ceremonia el tal, y poniendo los codos sobre la mesa, miró fijamente a su tocayo. O las miradas no expresan nada, o la de aquel sujeto era un memorial pidiendo que se le convidara. Ido era tan caballero, que le faltó tiempo para hacer la invitación, añadiendo una frase muy prudente:

—Pero, tocayo, sepa que no tengo más que un duro... Conque no se corra mucho.

Hizo el otro un gesto tranquilizador, y cuando el *Tartera* puso el servicio, si servicio puede llamarse un par de cuchillos con mango de cuerno, servilleta sucia y salero, y pidió órdenes acerca del vino, le dijo, dice:

—¿Pardillo yo?... Pa chasco... Tráete de la tierra.

A todo esto asintió Ido del Sagrario, y siguió contemplando a su amigo, el cual parecía un grande hombre aburrido,

carácter agriado por la continuidad de las luchas humanas. José Izquierdo representaba cincuenta años, y era de arrogante estatura. Pocas veces se ve una cabeza tan hermosa como la suya y una mirada tan noble y varonil. Parecía más bien italiano que español, y no es maravilla que haya sido, en época posterior al 73, en plena Restauración, el modelo predilecto de nuestros pintores más afamados.

—Me alegro de verle a usted, tocayo —le dijo Ido, a punto que las chuletas eran puestas sobre la mesa—, porque tenía que comunicarle cosas de importancia. Es que ayer estuvo en casa doña Jacinta, la esposa del señor don Juanito Santa Cruz, y preguntó por el chico y le vió...; quiero decir, no le vió, porque estaba todito dado de negro..., y luego dijo que dónde estaba usted, y como usted no estaba, quedó en volver...

Izquierdo debía de tener hambre atrasada, porque al ver las chuletas les echó una mirada guerrera que quería decir: "¡Santiago y a ellas!", y sin responder nada a lo que el otro hablaba las embistió con furia. Ido empezó a engullir, comiéndose grandes pedazos sin masticarlos. Durante un rato ambos guardaron silencio. Izquierdo lo rompió dando fuerte golpe en la mesa con el mango del cuchillo y diciendo:

—¡Re-hostia con la Repóblica!... ¡Vaya una porquería!

Ido asintió con una cabezada.

—¡Republicanos de chanfaina..., pillos, buleros, piores que serviles, moderaos, piores que moderaos!—prosiguió Izquierdo con fiera exaltación—. No colocarme a mí, a mí, que soy el individuo que más bregó por la República en esta judía tierra... Es la que se dice: *Cría cuervos...* ¡Ah señor de Martos, señor de Figueras, señor de Pi!... A cuenta que ahora no conocen a este probete de Izquierdo, porque le ven mal trajeao...; pero antes, cuando Izquierdo tenía por sí la afloencias de la Inclusa y cuando Bicerra le venía a ver pal cuento de echarnos a la calle, entonces... ¡Hostia! Hamos venido a menos. Pero si por un es caso golviésemos a más, yo les juro a esos figurones que tendremos una *yeción.*

V

Ido seguía corroborando, aunque no había entendido aquello de la *yeción,* ni lo entendiera nadie. Con tal palabra Izquierdo expresaba una colisión sangrienta, una marimorena o cosa así. Bebía vaso tras vaso sin que su cabeza se afectase, por ser muy resistente.

—Porque mirosté, maestro: lo que les atufa es el aquel de haber estado mi endivido en Cartagena... Y yo digo que a mucha honra, ¡re-hostia! Allí estábamos los verídicos liberales. Y a cuenta que yo, tocayo, toda mi vida no he hecho más que derramar mi sangre por la judía libertad. El cincuenta y cuatro, ¿qué hice? Batirme en las barricadas como una presona decente. Que se lo pregunten al difunto don Pascual Muñoz, el de la tienda de jierros, padre del marqués de Casa-Muñoz, que era el hombre de más afloencias en estos arrabales, y me dijo mesmamente aquel día: "Amigo *Platón,* vengan esos cinco." Y aluego juí con el propio don Pascual a Palacio y don Pascual subió a platicar con la reina, y pronto bajó con aquel papé firmado por la reina en que les daba la gran patá a los moderaos. Don Pascual me dijo que pusiera un pañuelo branco en la punta de un palo y que malchara delante diciendo: "Cese er fuego, cese er fuego..." El cincuenta y seis era yo tiniente de melicianos, y O'Donnell me cogió miedo, y cuando pleticó a la tropa dijo: "Si no hay quien coja a Izquierdo, no hemos hecho na." El sesenta y seis, cuando la de los artilleros, mi compare Socorro y yo estuvimos pegando tiros en la esquina de la calle de Leganitos... El sesenta y ocho, cuando la santísima, estuve haciendo la guardia en el Banco, pa que no robaran, y le digo asté que si por un es caso llega a paicerse por allí algún randa, lo suicido... Pues tocan luego a la recompensa, y a *Pucheta* me le hacen guarda de la Casa de Campo; a *Mochila,* del Pardo..., y a mí, una patá. A cuenta que yo no pido más que un triste destino pa portear el correo a cualisquiera parte, y na... Voy a ver a Bicerra, ¿y piensasté que me conoce? ¡Pa chasco!... Le digo que soy Izquierdo, por mote *Platón,* y menea la cabeza. Es lo que se dice: "No se acuerdan del judío escalón dimpués que están parri-

ba." Dimpués me casé y juimos viviendo tal cual. Pero cuando vino la judía Repóblica, se me había muerto mi Dimetria, y yo no tenía qué comer; me juí a ver al señor de Pi, y le dije, digo: "Señor de Pi, aquí vengo sobre una colocación..." ¡Pa chasco! A cuenta que el hombre me debía de tener tirria, porque se remontó y dijo que él no tenía colocaciones. ¡Y un judío portero me puso en la calle! ¡Re-contra-hostia! ¡Si viviera Calvo Asensio! Aquél sí era un endivido que sabía las comenencias, y el tratamiento de las presonas verídicas. ¡Vaya un amigo que me perdí! Toda la Inclusa era nuestra, y en tiempo leitoral, ni Dios nos tosía, ni Dios, ¡hostia!... Aquél, sí; aquél, sí!... A cuenta que me cogía del brazo y nos entrábamos en un café, o en la taberna a tomar una angelita..., porque era muy llano y más liberal que la Virgen Santísima. Pero ¿estos de ahora?... Es la que dice: ni liberales, ni repoblicanos, ni na. Mirosté a ese Pi..., un mequetrefe. ¿Y Castelar? Otro mequetrefe. ¿Y Salmerón? Otro mequetrefe. ¿Roque Barcia? Mismamente. Luego, si es caso, vendrán a pedir que les ayudemos, pero ¿yo...? No me pienso menear; basta de *yeciones*. Si se junde la Repóblica, que se junda, y si se junde el judío pueblo, que se junda también.

Apuró de nuevo el vaso, y el otro José admiraba igualmente su facundia y su receptividad de bebedor. Izquierdo soltó luego una risa sarcástica, prosiguiendo así:

—Dicen que les van a traer a Alifonso... ¡Pa chasco! Por mí, que lo traigan. A cuenta que es como si verídicamente trajeran al Terso. Es la que se dice: pa mí lo mismo es blanco que negro. Oigame lo bueno: El año pasado, estando en Alcoy, los carcas me jonjabaron. Me corrí a la partida de Callosa de Ensarriá y tiré montón de tiros a la Guardia Civil. ¡Qué *yeción!* Salta por aquí, salta por allá. Pero pronto me llamé andana, porque me habían hecho contrata de medio duro diario, y los rumbeles solutamente no paicían. Yo dije: "José mío, güélvete liberal, que lo de carca no te tercia." Una nochecita me escurrí, y del tirón me juí a Barcelona, donde la carpanta fué tan grande, maestro, que por poco doy las boqueás. ¡Ay, tocayo, si no es porque se me terció encontrarme allí con mi sobrina Fortunata, no la cuento! Socorrióme...; es buena chica, y con los cuartos que me dió trinqué el judío tren, y a Madriz...

—Entonces—dijo Ido, fatigado de aquel relato incoherente y de aquel vocabulario grotesco—recogió usted a ese precioso niño...

Buscaba Ido la novela dentro de aquella gárrula página contemporánea; pero Izquierdo, como hombre de más seso, despreciaba la novela para volver a la grave historia.

—Allego y me aboco con los comiteles y les canto claro: "Pero, señores, ¿nos acantonamos o no nos acantonamos?... Porque si no va a haber aquí una *yeción*." ¡Se reían de mí!... ¡Pillos! ¡Como que estaban vendíos al moderaísmo!... ¿Sabusté, tocayo, con qué me motejaban aquellos mequetrefes? Pues na, con que yo no sé leer ni escribir. No es todo lo verídico, ¡hostia!, porque leer ya sé, aunque no todo lo seguío que se debe. Como escribir, no escribo porque se me corre la tinta por el dedo... ¡Bah!, es la que se dice: los escribidores, los periodiqueros y los publicantones son los que han perdío con sus tiologías a esta judía tierra, maestro.

Ido tardó mucho en apoyar esto, por ser quien era; pero Izquierdo le apretó el brazo con tanta fuerza, que al fin no tuvo más remedio que asentir con una cabezada, haciendo la reserva mental de que sólo por la violencia daba su autorizado voto a tal barbaridad.

—Entonces, tocayo de mi arma, viendo que me querían meter en el estaribel y enredarme con los guras, tomé el olivo y nos juimos a Cartagena. ¡Ay, qué vida aquella! ¡Re-hostia! A mí me querían hacer menistro de la Gubernación; pero dije nones. No me gustan suponeres. A cuenta que salimos con las freatas por aquellos mares de mi arma. Y entonces, que quieras que no, me ensalzaron a tiniente de navío, y estaba mismamente a las órdenes del general Contreras, que me trataba de tú. ¡Ay, qué hombre y qué buen avío el suyo! Parecía verídicamente el gran turco con su gorro colorao. Aquello era una gloria. ¡Alicante, Aguilas! Pelotazo va, pelotazo viene. Si por un es caso nos dejan, tocayo, nos comemos el santísimo mundo, y lo acantonamos toíto... ¡Orán! ¡Ay, qué mala sombra tiene Orán y aquel judío *vu* de los franceses, que no hay cristiano que lo

pase!... Me najo de allí, güelvo a mi Españita, entro en Madriz mu callaíto, tan fresco...; a mí, ¿qué?..., y me presento a estos tiólogos mequetrefes y les digo: "Aquí me tenéis, aquí tenéis a la presonalidá del endivido verídico que se pasó la santísima vida peleando como un gato tripa arriba por las judías libertades... Matarme, ¡hostia!, matarme; a cuenta que no me queréis colocar..." ¿Usté me hizo caso? Pues ellos tampoco. Espotrica que te espotricarás en las Cortes, y el santísimo pueblo que reviente. Y yo digo que es menester acantonar a Madriz, pegarle fuego a las Cortes, al Palacio Real y a los judíos ministerios, al Monte de Piedad, al cuartel de la Guardia Cevil y al Depósito de las Aguas, y luego hacer un racimo de horca con Castelar, Pi, Figueras, Martos, Bicerra y los demás, por moderaos, por moderaos...

VI

Dijo el *por moderaos* hasta seis veces, subiendo gradualmente de tono, y la última repetición debió de oírse en el puente de Toledo. El otro José estaba muy aturdido con la bárbara charla del grande hombre, el más desgraciado de los héroes y el más desconocido de los mártires. Su máscara de misantropía y aquella displicencia de genio perseguido eran natural consecuencia de haber llegado al medio siglo sin encontrar su asiento, pues treinta años de tentativas y de fracasos son para abatir el ánimo más entero. Izquierdo había sido chalán, tratante en trigos, revolucionario, jefe de partidas, industrial, fabricante de velas, punto figurado de una casa de juego y dueño de una *chirlata*; había sido casado dos veces con mujeres ricas, y en ninguno de estos diferentes estados y ocasiones obtuvo los favores de la voluble suerte. De una manera y otra, casado y soltero, trabajando por su cuenta y por la ajena, siempre mal, siempre mal, ¡hostia!

La vida inquieta, las súbitas apariciones y desapariciones que hacía y el haber estado en *gurapás* algunas temporadillas rodearon de misterio su vida, dándole una reputación deplorable. Se contaban de él horrores. Decían que había matado a Demetria, su segunda mujer, y cometido otros nefandos crímenes, violencias y atropellos. Todo era falso. Hay que declarar que parte de su mala reputación la debía a sus fanfarronadas y a toda aquella humareda revolucionaria que tenía en la cabeza. La mayor parte de sus empresas políticas eran soñadas, y sólo las creían ya poquísimos oyentes, entre los cuales Ido del Sagrario era el de mayores tragaderas. Para completar su retrato, sépase que no había estado en Cartagena. De tanto pensar en el dichoso cantón, llegó sin duda a figurarse que había estado en él, hablando por los codos de aquellas tremendas *yeciones* y dando detalles que engañaban a muchos bobos. Lo de la partida de Callosa sí parece cierto.

También se puede asegurar, sin temor de que ningún dato histórico pruebe lo contrario, que *Platón* no era valiente, y que, a pesar de tanta baladronada, su reputación de braveza empezaba a decaer, como todas las glorias de fundamento inseguro. En los tiempos a que me refiero, el descrédito era tal, que la propia vanidad *platónica* estaba ya por los suelos. Principiaba a creerse una nulidad, y allá en sus soliloquios desesperados, cuando le salía mal alguna de las bajezas con que se procuraba dinero, se escarnecía sinceramente, diciéndose: "Soy pior que una caballería; soy más tonto que un cerrojo; no sirvo solutamente para nada." El considerar que había llegado a los cincuenta años sin saber *plumear* y leyendo sólo a trangullones, le hacía formar de su *endivido* la idea más desventajosa. No ocultaba su dolor por esto, y aquel día se lo expresó a su tocayo con sentida ingenuidad:

—Es una gaita esto de no saber escribir... ¡Hostia!, si yo supiera... Créalo: ése es el porqué de la tirria que me tiene Pi.

Don José no le contestó. Estaba doblado por la cintura, porque el digerir las dos enormes chuletas que se había atizado no se presentaba como un problema de fácil solución. Izquierdo no reparó que a su amigo le temblaba horriblemente el párpado, y que las carúnculas del cuello y los verrugones de la cara, inyectados y turgentes, parecían próximos a reventar. Tampoco se fijó en la inquietud de don José, que se movía en el asiento como si éste tuviese espinas; y volviendo a lamentarse de su destino, se dejó decir:

—Porque no nacen solutamente esti-

mación de los verídicos hombres de mérito. Tanto mequetrefe colocao, y a nosotros, tocayo, a estos dos hombres de caliá, nadie les ensalza. A cuenta que ellos se lo pierden; porque usted, ¡hostia!, sería un lince para la Destrucción Pública, y yo..., yo...

La vanidad de *Platón* cayó de golpe cuando más se remontaba, y no encontrando aplicación adecuada a su personalidad, se estrelló en la conciencia de su estolidez.

"Yo..., para tirar de un carromato", pensó. Después dejó caer la varonil y gallarda cabeza sobre el pecho y estuvo meditando un rato sobre *el porqué* de su perra suerte. Ido permaneció completamente insensible a la lisonja que le soltara su amigo, y tenía la imaginación sumergida en sombrío lago de tristezas, dudas, temores y desconfianzas. A Izquierdo le roía el pesimismo. La carga de la bebida en su estómago no tuvo poca parte en aquel desaliento horrible, durante el cual vió desfilar ante su mente los treinta años de fracasos que formaban su historia activa... Lo más singular fué que en su tristeza sentía una dulce voz silbándole en el oído: "Tú sirves para algo..., no te amontones..." Mas no se convencía, no. "Al que me dijera—pensaba—cuál es la judía cosa pa que sirve este piazo de hombre, le querría, si es caso, más que a mi padre." Aquel desventurado era como otros muchos seres que se pasan la mayor parte de la vida fuera de su sitio, rodando, rodando, sin llegar a fijarse en la casilla que su destino les ha marcado. Algunos se mueren y no llegan nunca; Izquierdo debía llegar, a los cincuenta y un años, al puesto que la Providencia le asignara en el mundo, y que bien podríamos llamar glorioso. Un año después de lo que ahora se narra estaba ya aquel planeta errante, puedo dar fe de ello, en su sitio cósmico. *Platón* descubrió al fin la ley de su sino, aquello para que exclusiva y *solutamente* servía. Y tuvo sosiego y pan, fué útil y desempeñó un gran papel, y hasta se hizo célebre y se lo disputaban y le traían en palmitas. No hay ser humano, por despreciable que parezca, que no pueda ser eminencia en algo, y aquel buscón sin suerte, después de medio siglo de equivocaciones, ha venido a ser, por su hermosísimo talante, el gran *modelo* de la pintura histórica contemporánea. Hay que ver la nobleza y arrogancia de su figura cuando me lo encasquetan una armadura fina, o ropillas y balandranes de raso, y me lo ponen *haciendo* el duque de Gandía al sentir la corazonada de hacerse santo, o el marqués de Bedmar ante el Consejo de Venecia, o Juan de Lanuza en el patíbulo, o el gran Alba poniéndoles las peras a cuarto a los flamencos. Lo más peregrino es que aquella caballería, toda ignorancia y rudeza, tenía un notable instinto de la postura, sentía hondamente la facha del personaje y sabía traducirla con el gesto y la expresión de su admirable rostro.

Pero en aquella sazón todo esto era futuro y sólo se presentaba a la mente embrutecida de *Platón* como presentimiento indeciso de glorias y bienandanza. El héroe dió un suspiro, a que contestó el poeta con otro suspiro más tempestuoso. Mirando cara a cara a su amigo, Ido tosió dos o tres veces, y con una vocecilla que sonaba metálicamente le dijo, poniéndole la mano en el hombro:

—Usted es desgraciado porque no le hacen justicia; pero yo lo soy más, tocayo, porque no hay mayor desdicha que el deshonor.

—¡Repóblica puerca, repóblica cochina!—rebuznó *Platón,* dando en la mesa un porrazo tan recio que todo el ventorro tembló.

—Porque todo se puede conllevar—dijo Ido, bajando la voz lúgubremente—, menos la infidelidad conyugal. Terrible cosa es hablar de esto, querido tocayo, y que esta deshonrada boca pregone mi propia ignominia...; pero hay momentos, francamente, naturalmente, en que no puede uno callar. El silencio es delito, sí, señor... ¿Por qué ha de echar sobre mí la sociedad esta befa, no siendo yo culpable? ¿No soy modelo de esposos y padres de familia? ¿Pues cuándo he sido yo adúltero? ¿Cuándo?... Que me lo digan.

De repente, y saltando cual si fuera de goma, el hombre eléctrico se levantó... Sentía una ansiedad que le ahogaba, un furor que le ponía los pelos de punta. En este excepcional desconcierto no se olvidó de pagar, y dando su duro al *Tartera,* recogió la vuelta.

—Noble amigo—díjole a Izquierdo al oído—, no me acompañe usted... Estimo en lo que valen sus ofrecimientos de ayuda. Pero debo ir solo, enteramente

solo, sí, señor; los cogeré *in fraganti*... ¡Silencio!... ¡Chis!... La ley me autoriza a hacer un escarmiento..., pero horrible, tremendo... ¡Silencio digo!

Y salió de estampía, como una saeta. Viéndole correr se reían Izquierdo y el *Tartera*. El infeliz Ido iba derecho a su camino sin reparar en ningún tropiezo. Por poco tumba a un ciego, y le volcó a una mujer la cesta de los cacahuetes y piñones. Atravesó la Ronda, el Mundo Nuevo y entró por la calle de Mira el Río Baja, cuya cuesta se echó a pechos sin tomar aliento. Iba desatinado, gesticulando, los ojos fulminantes, el labio inferior muy echado para afuera. Sin reparar en nadie ni en nada, entró en la casa, subió las escaleras y, pasando de un corredor a otro, llegó pronto a su puerta. Estaba cerrada sin llave. Púsose en acecho, el oído en el agujero de la llave, y empujando de improviso la abrió con estrépito y echó un vozarrón muy tremendo:

—¡Adúuuultera!

—¡Cristo!, ya le tenemos otra vez con el dichoso *dengue*...—chilló Nicanora, reponiéndose al instante de aquel gran susto—. Pobrecito mío, hoy viene perdido...

Don José entró a pasos largos y marcados, con desplantes de cómico de la legua; los ojos saltándosele del casco, y repetía con un tono cavernoso la terrorífica palabra:

—¡Adúuuultera!

—Hombre de Dios—dijo la infeliz mujer, dejando a un lado el trabajo, que aquel día no era pintura, sino costura—, tú has comido, ¿verdad?... Buena la hemos hecho...

Le miraba con más lástima que enojo y con cierta tranquilidad relativa, como se miran los males ya muy añejos y conocidos.

—Fuertecillo es el ataque... Corazón, ¡cómo estás hoy! Algún indino te ha convidado... Si lo cojo... Mira, José, debes acostarte...

—Por Dios, papá—dijo Rosita, que había entrado detrás de su padre—, no nos asustes... Quítate de la cabeza esas andróminas.

Apartóla él lejos de sí con enérgico ademán, y siguió dando aquellos pasos tragicómicos sin orden ni concierto. Parecía registrar la casa; se asomaba a las fétidas alcobas, daba vueltas sobre un tacón, palpaba las paredes, miraba debajo de las sillas, revolviendo los ojos con fiereza y haciendo unos aspavientos que harían reír grandemente si la compasión no lo impidiera. La vecindad, que se divertía mucho con el *dengue* del buen Ido, empezó a congregarse en el corredor. Nicanora salió a la puerta:

—Hoy está atroz... Si yo cogiera al lipendi que le convidó a magras...

—¡Venga usted acá, dama infiel!—le dijo el frenético esposo, cogiéndola por un brazo.

Hay que advertir que ni en lo más fuerte del acceso era brutal. O porque tuviera muy poca fuerza o porque su natural blando no fuese nunca vencido de la fiebre de aquella increíble desazón, ello es que sus manos apenas causaban ofensa. Nicanora le sujetó por ambos brazos, y él, sacudiéndose y pateando, descargaba su ira con estas palabras roncas:

—No me lo negarás ahora... Le he visto, le he visto yo.

—¿A quién has visto, corazón?... ¡Ah!, sí, al duque. Sí, aquí le tengo... No me acordaba... ¡Pícaro duque, que te quiere quitar esta recondenada prenda tuya!

Desprendido de las manos de su mujer, que como tenazas le sujetaban, Ido volvió a sus mímicas, y Nicanora, sabiendo que no había más medio de aplacarle que dar rienda suelta a su insana manía para que el ataque pasara más pronto, le puso en la mano un palillo de tambor que allí habían dejado los chicos, y empujándole por la espalda...

—Ya puedes escabecharnos—le dijo—, anda, anda; estamos allí, en el camarín, tan agasajaditos... Fuerte, hijo; dale firme, y sácanos el mondongo...

Dando trompicones, entró Ido en una de las alcobas, y apoyando la rodilla en el camastro que allí había empezó a dar golpes con el palillo, pronunciando torpemente estas palabras:

—Adúlteros, expiad vuestro crimen.

Los que desde el corredor le oían reíanse a todo trapo, y Nicanora arengaba al público, diciendo:

—Pronto se le pasará; cuanto más fuerte, menos le dura.

—**Así, así..., muertos los dos...** Charco de sangre... Yo vengado, mi honra la... la...vadita—murmuraba él, dando golpes cada vez más flojos, y al fin se desplomó sobre el jergón, boca abajo. Las

piernas colgaban fuera, la cara se oprimía contra la almohada, y en tal postura rumiaba expresiones oscuras, que se apagaban revolviéndose en ronquidos. Nicanora lo volvió cara arriba para que respirase bien, le puso las piernas dentro de la cama, manejándole como a un muerto, y le quitó de la mano el palo. Arregióle las almohadas y le aflojó la ropa. Había entrado en el segundo período, que era el comático, y aunque seguía delirando, no movía ni un dedo, y apretaba fuertemente los párpados, temeroso de la luz. Dormía la mona de carne.

Cuando la *Venus de Médicis* salió del cubil vió que entre las personas que miraban por la ventana estaba Jacinta, acompañada de su doncella.

VII

Había presenciado parte de la escena y estaba aterrada.

—Ya le pasó lo peor—dijo Nicanora, saliendo a recibirla—. Ataque muy fuerte... Pero no hace daño. ¡Pobre ángel! Se pone de esta conformidad cuando come.

—¡Cosa más rara!—expresó Jacinta, entrando.

—Cuando come carne... Sí, señora. Dice el médico que tiene el cerebro como pasmado, porque durante mucho tiempo estuvo escribiendo cosas de mujeres malas, sin comer nada más que las condenadas judías... La miseria, señora; esta vida de perros... ¡Y si supiera usted qué buen hombre es!... Cuando está tranquilo no hace cosa mala ni dice una mentira... Incapaz de matar una pulga. Se estará dos años sin probar el pan, con tal que sus hijos lo coman. Ya ve la señora si soy desgraciada. Dos años hace que José empezó con estas incumbencias. Se pasaba las noches en vela, sacando de su cabeza unas fábulas..., todo tocante a damas infieles, guapetonas, que se iban de picos pardos con unos duques muy adúlteros..., y los maridos trinando... ¡Qué cosas inventaba! Y por la mañana las ponía en limpio en papel de marquilla con una letra que daba gusto verla. Luego le dió el tifus, y se puso tan malo que estuvo *suministrado* y creíamos que se iba. Sanó y le quedaron estas calenturas de la sesera, este *dengue* que le da siempre que toma sustancia. Tiene temporadas, señora: a veces el ataque es muy ligero, y otras se pone tan encalabrinado, que sólo de pasar por delante del Matadero le baila el párpado y empieza a decir disparates. Bien dicen, señora, que la carne es uno de los enemigos del alma... Cuidado con lo que saca... ¡Que yo me adultero, y que se la pego con un duque!... Miren que yo, con esta facha...

No interesaba a Jacinta aquel triste relato tanto como creía Nicanora, y viendo que ésta no ponía punto, tuvo la dama que ponerlo.

—Perdone usted—dijo, dulcificando su acento todo lo posible—, pero dispongo de poco tiempo. Quisiera hablar con ese señor que llaman *don*... José Izquierdo.

—Para servir a vuecencia—dijo una voz en la puerta.

Y al mirar, encaró Jacinta con la arrogantísima figura de *Platón*, quien no le pareció tan fiero como se lo habían pintado.

Díjole la *Delfina* que deseaba hablarle, y él invitó con toda la cortesía de que era capaz a pasar a su habitación. Ama y criada se pusieron en marcha hacia el 17, que era la vivienda le Izquierdo.

—¿En dónde está el *Pituso*?—preguntó Jacinta a mitad del camino.

Izquierdo miró al patio donde jugaban varios chicos, y no viéndole por ninguna parte, soltó un gruñido. Cerca del 17, en uno de los ángulos del corredor, había un grupo de cinco o seis personas entre grandes y chicos, en el centro del cual estaba un niño como de diez años, ciego, sentado en una banqueta y tocando la guitarra. Su brazo era muy pequeño para alcanzar al extremo del mango. Tocaba al revés, pisando las cuerdas con la derecha y rasgueando con la izquierda, puesta la guitarra sobre las rodillas, boca y cuerdas hacia arriba. La mano pequeña y bonita del ceguezuelo hería con gracia las cuerdas, sacando de ellas arpegios dulcísimos y esos punteados graves que tan bien expresan el sentir hondo y rudo de la plebe. La cabeza del músico oscilaba como la de esos muñecos que tienen por pescuezo una espiral de acero, y revolvía de un lado para otro los globos muertos de sus ojos cuajados, sin descansar un punto. Después de mucho y mucho puntear y rasguear, rompió con chillona voz el canto:

A Pepa la gitani... i... i...

Aquel *iiii* no se acababa nunca, daba vueltas para arriba y para abajo como una rúbrica trazada con el sonido. Ya les faltaba el aliento a los oyentes cuando el ciego se determinó a posarse en el final de la frase:

... lla,
cuando la parió su madre...

Expectación, mientras el músico echaba de lo hondo del pecho unos ayes y gruñidos como de un perrillo al que le están pellizcando el rabo:

¡Ay, ay, ay!...

Por fin concluyó:

sólo para las narices
le dieron siete calambres

Risas, algazara, pataleos... Junto al niño cantor había otro ciego, viejo y curtido, la cara como un corcho, montera de pelo encasquetada y el cuerpo envuelto en capa parda con más remiendos que tela. Su risilla de suficiencia le denunciaba como autor de la celebrada estrofa. Era también maestro, padre quizá del ciego chico, y le estaba enseñando el oficio. Jacinta echó un vistazo a todo aquel conjunto, y entre las respetables personas que formaban el corro distinguió una cuya presencia la hizo estremecer. Era el *Pituso*, que asomando por entre el ciego grande y el chico, atendía con toda su alma a la música, puesta una mano en la cintura y la otra en la boca.

—Ahí está—dijo el señor Izquierdo, que al punto le sacó del grupo para llevarle consigo.

Lo más particular fué que si cuando la fisonomía del *Pituso* estaba embadurnada creyó Jacinta advertir en ella un gran parecido con Juanito Santa Cruz, al mirarla en su natural ser, aunque no efectivamente limpia, el parecido se había desvanecido.

"No se parece", pensaba entre alegre y desalentada, cuando Izquierdo le señaló la puerta para que entrase.

Cuentan Jacinta y su criada que al verse dentro de la reducida, inmunda y desamparada celda, y al observar que el llamado *Platón* cerraba la puerta, les entró un miedo tan grande, que a entrambas se les ocurrió salir a la ventanilla a pedir socorro. Miró la señora de soslayo a la criada, por ver si ésta mostraba entereza de ánimo, pero Rafaela estaba más muerta que viva.

"Este bandido—pensó Jacinta—nos va a retorcer el pescuezo sin dejarnos chistar."

Algo se tranquilizaba oyendo muy cerca el guitarreo y el runrún de la multitud que rodeaba a los dos ciegos. Izquierdo les ofreció las dos sillas que en la estancia había, y él se sentó sobre un baúl, poniendo al *Pituso* sobre sus rodillas.

Rafaela cuenta que en aquel momento se le ocurrió un plan infalible para defenderse del monstruo, si por acaso las atacaba. Desde el punto en que le viera hacer un ademán hostil, ella se le colgaría de las barbas. Si en el mismo instante y muy de sopetón su señorita tenía la destreza suficiente para coger un asador que muy cerca de su mano estaba y metérselo por los ojos, la cosa era hecha.

No había allí más muebles que las dos sillas y el baúl. Ni cómoda, ni cama, ni nada. En la oscura alcoba debía de haber algún camastro. De la pared colgaba una grande y hermosa lámina, detrás de cuyo cristal se veían dos trenzas negras de pelo, hermosísimas, enroscadas al modo de culebras, y entre ellas una cinta de seda con este letrero: "¡Hija mía!"

—¿De quién es ese pelo?—preguntó Jacinta vivamente, y la curiosidad le alivió por un instante el miedo.

—De la hija de mi mujer—replicó *Platón* con gravedad, echando una mirada de desdén al cuadro de las trenzas.

—Yo creía que era de...—balbució la dama, sin atreverse a acabar la frase—. Y la joven a quien pertenecía ese pelo, ¿dónde está?

—En el cementerio—gruñó Izquierdo con acento más propio de bestia que de hombre.

Jacinta examinó al *Pituso* chico y..., cosa rara, volvió a advertir parecido con el gran *Pituso*. Le miró más, y mientras más le miraba, más semejanza. ¡Santo Dios! Llamóle, y el señor Izquierdo dijo al niño con cierta aspereza atenuada, que en él podía pasar por dulzura:

—Anda, piojín, y da un beso a esta señora.

El nene, en pie, se resistía a dar un paso hacia adelante. Estaba como asustado y clavaba en la señora las estrellas de sus ojos. Jacinta había visto ojos lindos, pero como aquéllos no los había visto nunca. Eran como los del Niño Dios pintado por Murillo.

—Ven, ven—le dijo, llamándole con ese movimiento de las dos manos que había aprendido de las madres.

Y él, tan serio, con las mejillas encendidas por la vergüenza infantil, que tan fácilmente se resuelve en descaro.

—A cuenta que no es corto de genio; pero se espanta de las *presonas* finas —dijo Izquierdo, empujándole hasta que Jacinta pudo cogerle.

—Si es todo un caballero formal—declaró la señorita, dándole un beso en su cara sucia, que aún olía a la endiablada pintura—. ¿Cómo estás hoy tan serio y ayer te reías tanto y me enseñabas tu lengüecita?

Estas palabras rompieron el sello a la seriedad de Juanín, porque lo mismo fué oírlas que despegar la boca en una sonrisa angelical. Rióse también Jacinta; pero su corazón sintió como un repentino golpe, y se le nublaron los ojos. Con la risa del gracioso chiquillo resurgía de un modo extraordinario el parecido que la dama creía encontrar en él. Figuróse que la raza de Santa Cruz le salía a la cara como poco antes le había salido el carmín del rubor infantil. "Es, es...", pensó con profunda convicción, comiéndose a miradas la cara del rapazuelo. Veía en ella las facciones que amaba; pero allí había además otras desconocidas. Entróle entonces una de aquellas rabietinas que de tarde en tarde turbaban la placidez de su alma, y sus ojos, iluminados por aquel rencorcillo, querían interpretar en el rostro inocente del niño las aborrecidas y culpables bellezas de la madre. Habló, y su metal de voz había cambiado completamente. Sonaba de un modo semejante a los bajos de la guitarra:

—Señor Izquierdo, ¿tiene usted ahí por casualidad el retrato de su sobrina?

Si Izquierdo hubiera respondido que sí, ¡cómo se habría lanzado Jacinta sobre él! Pero no había tal retrato, y más valía así. Durante un rato estuvo la dama silenciosa, sintiendo que se le hacía en la garganta el nudo aquel, síntoma infalible de las grandes penas. En tanto el *Pituso* adelantaba rápidamente en el camino de la confianza. Empezó por tocar con los dedos tímidamente una pulsera de monedas antiguas que Jacinta llevaba, y viendo que no le reñían por este desacato, sino que la señora aquella tan guapa le apretaba contra sí, se decidió a examinar el imperdible, los flecos del mantón y principalmente el manguito, aquella cosa de pelos suaves con un agujero, donde se metía la mano y estaba tan calentita.

Jacinta le sentó sobre sus rodillas y trató de ahogar su desconsuelo estimulando en su alma la piedad y el cariño que el desvalido niño le inspiraba. Un examen rápido sobre el vestido de él le reprodujo la pena. ¡Que el hijo de su marido estuviese con las carnecitas al aire, los pies casi desnudos!... Le pasó la mano por la cabeza rizosa, haciendo voto en su noble conciencia de querer al hijo de otra como si fuera suyo. El rapaz fijaba su atención de salvaje en los guantes de la señora. No tenía él ni idea remota de que existieran aquellas manos de mentira, dentro de las cuales estaban las manos verdaderas.

—¡Pobrecito!—exclamó con vivo dolor Jacinta, observando que el mísero traje de *Pituso* era todo agujeros.

Tenía un hombro al aire, y una de las nalgas estaba también a la intemperie. ¡Con cuánto amor pasó la mano por aquellas finísimas carnes, de las cuales pensó que nunca habían conocido el calor de una mano materna, y que estaban tan heladas de noche como de día!

—Toca, toca—dijo a la criada—; muertecito de frío.

Y al señor Izquierdo:

—Pero ¿por qué tiene usted a este pobre niño tan desabrigado?

—Soy probe, señora—refunfuñó Izquierdo con la sequedad de siempre—. No me quieren colocar... por decente...

Iba a seguir espetando el relato de sus cuitas políticas; pero Jacinta no le hizo caso. Juanín, cuya audacia crecía por momentos, atrevíase ya nada menos que a posarle la mano en la cara, con muchísimo respeto, eso sí.

—Te voy a traer unas botas muy bonitas—le dijo la que quería ser madre adoptiva, echándole las palabras con un beso en su oído sucio.

El muchacho levantó un pie. ¡Y qué pie! Más valía que ningún cristiano lo viera. Era una masa de informe esparto y de trapo asqueroso, llena de lodo y con un gran agujero, por el cual asomaba la fila de deditos rosados.

—¡Bendito Dios!—exclamó Rafaela, rompiendo a reír—. Pero, señor Izquierdo, ¿tan pobre es usted que no tiene para...?

—Solutamente...

—¡Te voy a poner más majo...! Verás. Te voy a poner un vestido muy precioso, tu sombrero, tus botas de charol.

Comprendiendo aquello, ¡el muy tuno abría cada ojo...! De todas las flaquezas humanas, la primera que apunta en el niño, anunciando al hombre, es la presunción. Juanín entendió que le iban a poner guapo y soltó una carcajada. Pero las ideas y las sensaciones cambian rápidamente en esta edad, y de improviso el *Pituso* dió una palmada y echó un gran suspiro. Es una manera especial que tienen los chicos de decir: "Esto me aburre; de buena gana me marcharía." Jacinta le retuvo a la fuerza.

—¡Vamos a ver, señor Izquierdo—dijo la dama, planteando decididamente la cuestión—. Ya sé por su vecino de usted quién es la mamá de este niño. Está visto que usted no lo puede criar ni educar. Yo me lo llevo.

Izquierdo se preparó la respuesta.

—Diré a la señora... Yo..., verídicamente, le tengo ley. Le quiero, si a mano viene, como hijo... Socórrale la señora, por ser de la casta que es; colóqueme a mí y yo le criaré.

—No, esos tratos no me convienen. Seremos amigos, pero con la condición de que me lleve este pobre ángel a mi casa. ¿Para qué le quiere usted? ¿Para que se críe en esos patios malsanos entre pilletes?... Yo le protegeré a usted. ¿Qué quiere? ¿Un destino? ¿Una cantidad?

—Si la señora—insinuó Izquierdo torvamente, soltando las palabras después de rumiarlas mucho—me logra una cosa...

—A ver qué cosa...

—La señora se aboca con Castelar..., que me tiene tanta tirria..., o con el señor de Pi.

—Déjeme usted a mí de *pi* y de *pa*... Yo no le puedo dar a usted ningún destino.

—Pues si no me dan la ministración de El Pardo, el hijo se queda aquí..., ¡hostia!—declaró Izquierdo con la mayor aspereza, levantándose.

Parecía responder con la exhibición de su gallarda estatura más que con las palabras.

—La administración de El Pardo nada menos. Sí, para usted estaba. Hablaré a mi esposo, el cual reconocerá a Juanín y le reclamará por la Justicia, puesto que su madre le ha abandonado.

Rafaela cuenta que, al oír esto, se desconcertó un tanto *Platón*. Pero no se dió a partido, y cogiendo en brazos al niño le hizo caricias a su modo:

—¿Quién te quiere a ti, churumbé?... ¿A quién quieres tú, piojín mío?

El chico le echó los brazos al cuello.

—Yo no le impido ni le impediré a usted que le siga queriendo, ni aun que le vea alguna vez—dijo la señora, contemplando a Juanín como una tonta—. Volveré mañana y espero convencerle..., y en cuanto a la administración de El Pardo, no crea usted que digo que no. Podría ser..., no sé...

Izquierdo se dulcificó un poco.

"Nada, nada—pensó Jacinta—; este hombre es un chalán. No sé tratar con esta clase de gente. Mañana vuelvo con Guillermina, y entonces... aquí te quiero ver."

Luego dijo en voz alta:

—Para usted lo mejor sería una cantidad. Me parece que está la patria oprimida.

Izquierdo dió un suspiro y puso al chico en el suelo.

—Un endivido que se pasó su santísima vida bregando porque los españoles sean libres...

—Pero, hombre de Dios, ¿todavía los quiere usted más libres?

—No...; es la que se dice..., cría cuervos... Sepa usted que Bicerra, Castelar y otros mequetrefes todo lo que son me lo deben a mí.

—Cosa más particular.

El ruido de la guitarra y de los cantos de los ciegos arreció considerablemente, uniéndose al estrépito de tambores de Navidad.

—¿Y tú no tienes tambor?—preguntó Jacinta al pequeñuelo, que apenas oída la pregunta ya estaba diciendo que no con la cabeza—. ¡Qué barbaridad! ¡Miren que no tener tú un tambor!... Te lo

voy a comprar hoy mismo, ahora mismo. ¿Me das un beso?

No se hacía de rogar el *Pituso*. Empezaba a ser descarado. Jacinta sacó un paquetito de caramelos, y él, con ese instinto de los golosos, se abalanzó a ver lo que la señora sacaba de aquellos papeles. Cuando Jacinta le puso un caramelo dentro de la boca, Juanín se reía de gusto.

—¿Cómo se dice?—le preguntó Izquierdo.

Inútil pregunta, porque él no sabía que cuando se recibe algo se dan las gracias.

Jacinta le volvió a coger en brazos y a mirarle. Otra vez le pareció que el parecido se borraba. ¡Si no sería...! Era conveniente averiguarlo y no proceder con precipitación. Guillermina se encargaría de esto. De repente el muy pillo la miró, y sacándose el caramelo de la boca, se lo ofreció para que chupase ella.

—No, tonto, si tengo más.

Después, viendo que su galantería no era estimada, le enseñó la lengua.

—¡Grandísimo tuno, me haces burla, a mí!...

Y él, entusiasmándose, volvió a sacar la lengua, y habló por primera vez en aquella conferencia, diciendo muy claro:

—Putona.

Ama y criada rompieron a reír, y Juanín lanzó una carcajada graciosísima, repitiendo la expresión y dando palmadas como para aplaudirse.

—¡Qué cosas le enseña usted!...

—Vaya, hijo, no digas expresiones...

—¿Me quieres?—le dijo la *Delfina*, apretándole contra sí.

El chico clavó sus ojos en Izquierdo.

—Dile que sí, pero a cuenta que no te vas con ella..., ¿sabes?..., que no te vas con ella, porque quieres más a tu papá Pepe, piojín..., y que a tu papá le tienen que dar la ministración.

Volvió el bárbaro a cogerle, y Jacinta se despidió, haciendo propósito firme de volver con el refuerzo de su amiga.

—Adiós, adiós, Juanín. Hasta mañana.

Y le besó la mano, pues la cara era imposible, por tenerla toda untada de caramelo.

—Adiós, rico—dijo Rafaela, pellizcándole los dedos de un pie, que asomaban por las claraboyas del calzado.

Y salieron. Izquierdo, que, aunque se tenía por caballería, preciábase de ser caballero, salió a despedirlas a la puerta de la calle, con el pequeño en brazos. Y le movía la manecita para hacerle saludar a las mujeres hasta que doblaron la esquina de la calle del Bastero.

VIII

A las nueve del día siguiente ya estaban allí otra vez ama y doncella, esperando a Guillermina, que convino en unirse con su amiga en cuanto despachara ciertos quehaceres que tenía en la estación de las Pulgas. Había recibido dos vagones de sillares y obtenido del director de la Compañía del Norte que le hicieran la descarga gratis con las grúas de la empresa... ¡Los pasos que tuvo que dar para esto! Pero al fin se salió con la suya, y además quería que del transporte se encargara la misma empresa, que bastante dinero ganaba, y bien podía dar a los huérfanos desvalidos unos cuantos viajes de camiones.

En cuanto entraron, Jacinta y Rafaela vieron a Juanín jugando en el patio. Llamáronle y no quiso venir. Las miraba desde lejos, riendo, con media mano metida dentro de la boca; pero en cuanto le enseñaron el tambor que le traían, como se enseñan al toro, azuzándole, las banderillas que se le han de clavar, vino corriendo como exhalación. Su contento era tal, que parecía que le iba a dar una pataleta, y estaba tan inquieto, que a Jacinta le costó trabajo colgarle el tambor. Cogidos los palillos uno en cada mano, empezó a dar porrazos sobre el parche, corriendo por aquellos muladares, envidiado de los demás, y sin ocuparse de otra cosa que de meter toda la bulla posible.

Jacinta y Rafaela subieron. La criada llevaba un lío de cosas, dádivas que la señora traía a los menesterosos de aquella pobrísima vecindad. Las mujeres salían a sus puertas, movidas de la curiosidad; empezaba el chismorreo, y poco después, en los murmurantes corros que se formaban, circulaban noticias y comentos:

—A la señá Nicanora le ha traído un mantón borrego; al tío *Dido*, un sombrero y un chaleco de Bayona, y a Rosa le ha puesto en la mano cinco duros como cinco soles...

—A la baldada del número nueve le ha

traído una manta de cama, y a la señá Encarnación, un aquel de franela para la reuma, y al tío *Manjavacas*, un ungüento en un tarro largo, que lo llaman *pitofufito*..., sabe, lo que le di yo a mi niña el año pasado, lo cual no le quitó de morírseme...

—Ya estoy viendo a *Manjavacas* empeñando el tarro o cambiándolo por gotas de aguardiente...

—Oí que le quiere comprar el niño al señó Pepe, y que le da treinta mil duros... y que le hace gobernaor...

—Gobernaor, ¿de qué?...

—Paicen bobas..., pues tiene que ser de las caballerizas repoblicanas...

Jacinta empezaba a impacientarse porque no llegaba su amiga, y en tanto tres o cuatro mujeres, hablando a un tiempo, le exponían sus necesidades con hiperbólico estilo. Esta tenía a sus dos niños descalcitos; la otra no los tenía descalzos ni calzados, porque se le morían todos, y a ella le había quedado una angustia en el pecho que decían era una *eroisma*. La de más allá tenía cinco hijos y vísperas, de lo que daba fe el promontorio que le alzaba las faldas media vara del suelo. No podía ir en tal estado a la Fábrica de Tabacos, por lo cual estaba pasando la familia una *crujida* buena. El pariente de estotra no trabajaba, porque se había caído de un andamio y hacía tres meses que estaba en el catre con un tolondrón en el pecho y muchos dolores, echando sangre por la boca. Tantas y tantas lástimas oprimían el corazón de Jacinta, llevando a su mente ideas muy latas sobre la extensión de la miseria humana. En el seno de la prosperidad en que ella vivía, no pudo darse nunca cuenta de lo grande que es el imperio de la pobreza, y ahora veía que, por mucho que se explore, no se llega nunca a los confines de este dilatado continente. A todos les daba alientos y prometía ampararlos en la medida de sus alcances, que, si bien no cortos, eran, quizá, insuficientes para acudir a tanta y tanta necesidad. El círculo que la rodeaba se iba estrechando, y la dama empezaba a sofocarse. Dió algunos pasos; pero de cada una de sus pisadas brotaba una compasión nueva; delante de su caridad luminosa íbanse levantando las desdichas humanas y reclamando el derecho a la misericordia. Después de visitar varias casas, saliendo de ellas con el corazón desgarrado, hallábase otra vez en el corredor, ya muy intranquila por la tardanza de su amiga, cuando sintió que le tiraban suavemente de la cachemira. Volvióse y vió una niña como de cinco o seis años, lindísima, muy limpia, con una hoja de *bónibus* en el pelo.

—Señora—le dijo la niña con voz dulce y tímida, pronunciando con la más pura corrección—, ¿ha visto usted mi delantal?

Cogiendo por los bordes el delantal, que era de cretona azul, recién planchado y sin una mota, lo mostraba a la señorita.

—Sí..., ya lo veo—dijo ésta, admirada de tanta gracia y coquetería—. Estás muy guapa y el delantal es... magnífico.

—Lo he estrenado hoy...; no lo ensuciaré, porque no bajo al patio—añadió la pequeña, hinchando de gozo y vanidad sus naricillas.

—¿De quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Adoración.

—¡Qué mona eres... y qué simpática!

—Esta niña—dijo una de las vecinas—es hija de una mujer muy mala que la llaman *Mauricia la Dura*. Ha vivido aquí dos veces, porque la pusieron en las *Arrecogidas*, y se escapó, y ahora no se sabe dónde anda.

—¡Pobre niña!... Su mamá no la quiere.

—Pero tiene por mamá a su tía Severiana, que la ampara como si fuera hija y la va criando. ¿No conoce la señorita a Severiana?

—He oído hablar de ella a mi amiga.

—Sí, la señorita Guillermina la quiere mucho... Como que ella y Mauricia son hijas de la planchadora de la casa... ¡Severiana!... ¿Dónde está esa mujer?

—En la compra—replicó Adoración.

—Vaya, que eres muy señorita.

La otra, que se oyó llamar señorita, no cabía en sí de satisfacción.

—Señora—dijo, encantando a Jacinta con su metal de voz argentino y su pronunciación celestial—. Yo no me pinté la cara el otro día...

—¡Tú, no!... Ya lo sabía. Eres muy aseada.

—No, no me pinté—repitió, acentuando tan fuertemente el no con la cabeza, que parecía que se le rompía el pescuezo—. Esos puercachones me querían pintar, pero no me dejé.

Jacinta y Rafaela estaban embelesadas. No habían visto una niña tan bonita, tan modosa, y que se metiera por los ojos como aquélla. Daba gusto ver la limpieza de su ropa. La falda la tenía remendada, pero aseadísima; los zapatos eran viejos, pero bien defendidos, y el delantal, una obra maestra de pulcritud.

En esto llegó la tía y madre adoptiva de Adoración. Era guapetona, alta y garbosa, mujer de un papelista, y la inquilina más ordenada, o, si se quiere, más pudiente de aquella colmena. Vivía en una de las habitaciones mejores del primer patio y no tenía hijos propios, razón más para que Jacinta simpatizase con ella. En cuanto se vieron se comprendieron. Severiana estimó en lo que valían las bondades de la dama para con la pequeña; hízola entrar en su casa y le ofreció una silla de las que llaman de Viena, mueble que en aquellos tugurios parecióle a Jacinta el colmo de la opulencia.

—¿Y mi ama doña Guillermina?—preguntó Severiana—. Ya sé que viene ahora todos los días. ¿Usted no me conoce? Mi madre fué planchadora en casa de los señores de Pacheco...; allí nos criamos mi hermana Mauricia y yo.

—He oído hablar de ustedes a Guillermina...

Severiana dejó el cesto de la compra, que bien repleto traía, arrojó mantón y pañuelo y no pudo resistir un impulso de vanidad. Entre las habitantes de las casas domingueras es muy común que la que viene de la plaza con abundante compra la exponga a la admiración y la envidia de las vecinas. Severiana empezó a sacar su repuesto, y alargando la mano lo mostraba de la puerta afuera.

—Vean ustedes...: una brecolera..., un cuarterón de carne de falda, un pico de carnero con carrillada..., escarola...

Y por último salió la gran sensación. Severiana la enseñó como un trofeo, reventando de orgullo.

—¡Un conejo!—clamaron media docena de voces.

—¡Hija, cómo te has corrido!

—¡Hija, porque se puede y lo he sacado por siete reales!

Jacinta creyó que la cortesía la obligaba a lisonjear a la dueña de la casa, mirando con muchísimo interés las provisiones y elogiando su bondad y baratura.

Hablóse luego de Adoración, que se había cosido a las faldas de Jacinta, y Severiana empezó a referir:

—Esta niña es de mi hermana Mauricia... La señora metió en las Micaelas a mi hermana; pero ésta se fugó, encaramándose por una tapia; y ahora la estamos buscando para volverla a encerrar allá.

—Conozco mucho esa Orden—dijo la de Santa Cruz—, y soy muy amiga de las madres Micaelas. Allí la enderezarán... Crea usted que hacen milagros...

—Pero si es muy mala..., señora, muy mala—replicó Severiana, dando un suspiro—. Aquí me dejó esta criatura, y no nos pesa, porque me tira al alma como si la hubiera parido..., lo cual que todos los míos me han nacido muertos; y mi Juan Antonio le ha tomado tal ley a la chica, que no se puede pasar sin ella. Es una pinturera, eso sí, y me enreda mucho. Como que nació y se crió entre mujeres malas, que la enseñaron a fantasear y a ponerse polvos en la cara. Cuando va por la calle, hace unos meneos con el cuerpo que... ya le digo que la deslomo si no se le quita esa maña... ¡Ah! ¡Verás tú, verás, bribonaza! Lo bueno que tiene es que no me empuerca la ropa y le gusta lavarse manos, brazos, hocico, y hasta el cuerpo, señora, hasta el cuerpo. Como coja un pedazo de jabón de olor, pronto da cuenta de él. ¿Pues el peinarse? Ya me ha roto tres espejos, y un día, ¿qué creerá la señora que estaba haciendo?... Pues pintándose las cejas con un corcho quemado.

Adoración púsose como la grana, avergonzada de las perrerías que se contaban de ella.

—No lo hará más—dijo la dama, sin hartarse de acariciar aquella cara tan tersa y tan bonita.

Y variando la conversación, lo que agradeció mucho la pequeña, se puso a mirar y alabar el buen arreglo de la salita.

—Tiene usted una casa muy mona.

—Para menestrales, tal cualita. Ya sabe la señorita que está a su disposición. Es muy grande para nosotros; pero tengo aquí una amiga que vive en compañía, doña Fuensanta, viuda de un señor comendante. Mi marido es bueno como los panes de Dios. Me gana catorce riales y no tiene ningún vicio. Vivimos tan ricamente.

Jacinta admiró la cómoda, bruñida de tanto fregoteo, y el altar que sobre ella formaban mil baratijas, y las fotografías de gente de tropa, con los pantalones pintados de rojo y los botones de amarillo. El Cristo del Gran Poder y la Virgen de la Paloma eran allí dos hermosos cuadros; había un gran cromo con la *Numancia,* navegando en un mar de musgo, y otro cuadrito bordado con *dos corazones amantes,* hechos a estilo de dechado, unidos con una cinta.

Se hacía tarde, y Jacinta no tenío sosiego. Por fin, saliendo al corredor, vió venir a su amiga, presurosa, acalorada...

—No me riñas, hija; no sabes cómo me han mareado esos badulaques de la estación de las Pulgas. Que no pueden hacer nada sin orden expresa del Consejo. No han hecho caso de la tarjeta que llevé, y tengo que volver esta tarde, y los sillares allí muertos de risa y la obra parada... Pero, en fin, vamos a nuestro asunto. ¿En dónde está ese que se come la gente? Adiós, Severiana... Ahora no me puedo entretener contigo. Luego hablaremos.

Avanzaron en busca de la guarida de Izquierdo, siempre rodeadas de vecinas. Adoración iba detrás, cogida a la falda de Jacinta, como los pajes que llevan la cola de los reyes, y delante, abriendo calle, como un batidor, la zancuda, que aquel día parecía tener las canillas más desarrolladas y las greñas más sueltas. Jacinta le había llevado unas botas y estaba la chica muy incomodada porque su madre no se las dejaba poner hasta el domingo.

Vieron entornada la puerta del 17, y Guillermina la empujó. Grande fué su sorpresa al encarar, no con el señor *Platón,* a quien esperaba encontrar allí, sino con una mujerona muy altona y muy feona, vestida de colorines, el talle muy bajo, la cara como teñida de ferruje, el pelo engrasado y de un negro que azuleaba. Echóse a reír aquel vestiglo, enseñando unos dientes cuya blancura con la nieve se podria comparar, y dijo a las señoras que *don Pepe* no estaba, pero que al momentico vendría. Era la vecina del guardillón, llamada comúnmente la *Gallinejera,* por tener puesto de gallineja y fritanga en la esquina de la Arganzuela. Solía prestar servicios domésticos al decadente señor de aquel domicilio, barrerle el cuarto una vez al mes, apalearle el jergón y darle una mano de refregones al *Pituso* cuando la porquería le ponía una costra demasiado espesa en su angelical rostro. También solía preparar para el grande hombre algunos platos exquisitos, como dos cuartos de molleja, dos cuartos de sangre frita y a veces una ensalada de escarola, bien cargada de ajo y comino.

No tardó en venir Izquierdo, y echóse fuera la estantigua aquella gitanesca, a quien Rafaela miraba con verdadero espanto, rezando mentalmente un Padrenuestro porque se marchara pronto. Venía el bárbaro dando resoplidos, cual si le rindiera la fatiga de tanto negocio como entre manos traía, y arrojando su pavero en el rincón y limpiándose con un pañuelo en forma de pelota el sudor de la nobilísima frente, soltó este gruñido:

—Vengo de en ca Bicerra... ¿Ustés me recibieron? Pues él tampoco.... ¡el muy soplato, el muy...! La culpa tengo yo, que me rebajo a endividos tan... disignificantes.

—Cálmese usted, señor Pepe—indicó Jacinta, sintiéndose fuerte en compañía de su amiga.

Como no había más que dos sillas, Rafaela tuvo que sentarse en el baúl y el grande hombre no comprendido quedóse en pie; mas luego tomó una cesta vacía que allí estaba, la puso boca abajo y acomodó su respetable persona en ella.

IX

Desde que se cruzaron las primeras palabras de aquella conferencia, que no dudo en llamar memorable, cayó Izquierdo en la cuenta de que tenía que habérselas con un diplomático mucho mas fuerte que él. La tal doña Guillermina, con toda su opinión de santa y su carita de Pascua, se le atravesaba. Ya estaba seguro de que le volvería tarumba con sus *tiologías,* porque aquella señora debía de ser muy nea, y él, la verdad, no sabía tratar con neos.

—Conque, señor Izquierdo—propuso la fundadora sonriendo—, ya sabe usted..., esta amiga mía quiere recoger a este pobre niño que tan mal se cría al lado de usted... Son dos obras de caridad, porque a usted le socorreremos también, siempre que no sea muy exigente...

"¡Hostia, con la tía bruja esta!", dijo para sí *Platón,* revolviendo las palabras con mugidos; y luego en voz alta:

—Pues como dije a la señora, si la señora quiere al *Pituso,* que se aboque con Castelar...

—Eso sí; para que le hagan a usted ministro... Señor Izquierdo, no nos venga usted con sandeces. ¿Cree que somos tontas? A buena parte viene... Usted no puede desempeñar ningún destino, porque no sabe leer.

Recibió Izquierdo tan tremendo golpe en su vanidad, que no supo qué contestar. Tomando una actitud noble, puesta la mano en el pecho, repuso:

—Señora, eso de no saber no es todo lo verídico...; digo que no es todo lo verídico..., verbigracia: que es mentira. A cuenta que nos moteja porque semos probes. La probeza no es deshonra.

—No lo es, cierto, por sí; pero tampoco es honra, ¿estamos? Conozco pobres muy honrados; pero también los hay que son buenos pájaros.

—Yo soy todo lo decente..., ¿estamos?

—¡Ah! sí. Todos nos llamamos personas decentes; pero facilillo es probarlo. Vamos a ver. ¿Cómo se ha pasado usted la vida? Vendiendo burros y caballos; después, conspirando y armando barricadas...

—¡Y a mucha honra, y a mucha honra!... ¡Re-hostia!—gritó fuera de sí el chalán, levantándose encolerizado—. ¡Vaya con las tías estas...!

Jacinta daba diente con diente. Rafaela quiso salir a llamar; pero su propio temor le había paralizado las piernas.

—¡Ja, ja, ja!... Nos llama *tías*...—exclamó Guillermina, echándose a reír cual si hubiera oído un inocente chiste—. Vaya con el excelentísimo señor... ¿Y piensa que nos vamos a enfadar por la flor que nos echa? ¡Quia! Yo estoy muy acostumbrada a estas finuras. Peores cosas le dijeron a Cristo.

—Señora..., señora..., no me saque la dinidá; mire que me estoy aguantando..., aguantando...

—Más aguantamos nosotras.

—Yo soy un endivido..., tal y como...

—Lo que es usted bien lo sabemos: un holgazanote y un bruto... Sí, hombre, no me desdigo... ¿Piensa usted que le tengo miedo? A ver: saque pronto esa navaja...

—No la gasto pa mujeres...

—Ni para hombres... Si creerá este fantasmón que nos va acoquinar porque tiene esa fachada... Siéntese usted y no haga visajes, que eso servirá para asustar a chicos, pero no a mí. Además de bruto, es usted un embustero, porque ni ha estado en Cartagena, ni ése es el camino, y todo lo que cuenta de las revoluciones es gana de hablar. A mí me ha enterado quien le conoce a usted bien... ¡Ah! Pobre hombre, ¿sabe usted lo que nos inspira? Pues lástima, una lástima que no puedo ponderarle, por lo grande que es...

Completamente aturdido, cual si le hubieran descargado una maza sobre el cuello, Izquierdo se sentó sobre la cesta y esparció sus miradas por el suelo. Rafaela y Jacinta respiraron, pasmadas del valor de su amiga, a quien veían como una criatura sobrenatural.

—Conque vamos a ver—prosiguió ésta, guiñando los ojos, como siempre que exponía un asunto importante—. Nosotras nos llevamos al niñito, y le damos a usted una cantidad para que se remedie...

—Y ¿qué hago yo con un triste estipendio? ¿Cree que yo me vendo?

—¡Ay, qué delicados están los tiempos!... Usted, ¿qué se ha de vender? Falta que haya quien le compre. Y esto no es compra, sino socorro. No me dirá usted que no lo necesita...

—En fin: pa no cansar...—replicó bruscamente José—, si me dan la ministración...

—Una cantidad y punto concluído...

—¡Que no me da la gana, que no me da la santísima gana!

—Bueno, bueno; no grite usted tanto, que no somos sordas. Y no sea usted tan fino, que tales finuras son impropias de un señor revolucionario tan... feroz.

—Usté me quema la sangre...

—¿Conque destino, y si no, no? Tijeretas han de ser. A fe que está el hombre cortadito para administrador. Señor Izquierdo, dejemos las bromas a un lado; me da mucha lástima de usted; porque, lo digo con sinceridad, no me parece tan mala persona como cree la gente. ¿Quiere usted que le diga la verdad? Pues es usted un infelizote que no ha tenido parte en ningún crimen ni en la invención de la pólvora.

Izquierdo alzó la vista del suelo y miró a Guillermina sin ningún rencor. Parecía confirmar con una mirada de sinceridad lo que la fundadora declaraba.

—Y lo sostengo: este hijo de Dios no es un hombre malo. Dicen por ahí que usted asesinó a su segunda mujer... ¡Patraña! Dicen que usted ha robado en los caminos... ¡Mentira! Dicen por ahí que usted ha dado muchos trabucazos en las barricadas... ¡Paparrucha!

—Parola, parola, parola—murmuró Izquierdo con amargura.

—Usted se ha pasado la vida luchando por el pienso y no sabiendo nunca vencer. No ha tenido arreglo... La verdad: este vendehumos es hombre de poca disposición; no sabe nada, no trabaja, no tiene pesquis más que para echar fanfarronadas y decir que se come los niños crudos. Mucho hablar de la República y de los cantones, y el hombre no sirve ni para los oficios más toscos... ¿Qué tal? ¿Me equivoco? ¿Es éste el retrato de usted, sí o no?...

Platón no decía nada, y pasó y repasó su hermosa mirada por los ladrillos del piso, como si los quisiera barrer con ella. Las palabras de Guillermina resonaban en su alma con el acento de esas verdades eternas contra las cuales nada pueden las argucias humanas.

—Después—añadió la santa—, el pobre hombre ha tenido que valerse de mil arbitrios no muy limpios para poder vivir, porque es preciso vivir... Hay que ser indulgente con la miseria y otorgarle un poquitín de licencia para el mal.

Durante la breve pausa que siguió a los últimos conceptos de Guillermina, el infeliz hombre cayó en su conciencia como en un pozo, y allí se vió tal cual era realmente, despojado de los trapos de oropel que en su amor propio le envolvía: pensó lo que otras veces había pensado y se dijo en sustancia: "Si soy un verídico mulo, un buen Juan que no sabe matar un mosquito; y esta diabla de santa tiene drento el cuerpo al Pae Eterno."

Guillermina no le quitaba los ojos, que con los guiños se volvían picarescos. Era una maravilla cómo le adivinaba los pensamientos. Parece mentira, pero no lo es, que, después de otra pausa solemne, dijo la Pacheco estas palabras:

—Porque eso de que Castelar le coloque es cosa de labios afuera. Usted mismo no lo cree ni en sueño. Lo dice por embobar a Ido y otros tontos como él... Ni ¿qué destino le van a dar a un hombre que firma con una cruz? Usted, que alardea de haber hecho tantas revoluciones y de que nos ha traído la dichosa República, y de que ha fundado el cantón de Cartagena..., ¡así ha salido él!...; usted, que se las echa de hombre perseguido y nos llama neas con desprecio y publica por ahí que le van a hacer archipámpano, se contentará..., dígalo con franqueza, se contentará con que le den una portería...

A Izquierdo le vibró el corazón, y este movimiento del ánimo fué tan claramente advertido por Guillermina, que se echó a reír, y tocándole la rodilla con la mano, repitió:

—¿No es verdad que se contentará?... Vamos, hijo mío, confiéselo por la pasión y muerte de nuestro Redentor, en quien todos creemos.

Los ojos del chalán se iluminaron. Se le escapó una sonrisilla, y dijo con viveza:

—¿Portería de Ministerio?

—No, hijo; no tanto... Español había de ser. Siempre picando alto y queriendo servir al Estado... Hablo de portería de casa particular.

Izquierdo frunció el ceño. Lo que él quería era ponerse uniforme con galones. Volvió a sumergirse de una zambullida en su conciencia, y allí dió volteretas alrededor de la portería de casa particular. El, lo dicho, dicho, estaba ya harto de tanto bregar por la perra existencia. ¿Qué mejor descanso podía apetecer que lo que le ofrecía aquella *tía*, que debía de ser sobrina de la Virgen Santísima?... Porque ya empezaba a ser viejo y no estaba para muchas bromas. La oferta significaba pitanza segura, poco trabajo; y si la portería era de casa grande, el uniforme no se lo quitaba nadie... Ya tenía la boca abierta para soltar un *conforme* más grande que la casa de que debía ser portero, cuando el amor propio, que era su mayor enemigo, se le amotinó, y la fanfarronería cultivada en su mente armóle una gritería espantosa. Hombre perdido. Empezó a menear la cabeza con displicencia, y echando miradas de desdén a una parte y otra, dijo:

—¡Una portería!... Es poco.

—Ya se ve...: no puede olvidar que

ha sido ministro de la Gobernación, es decir, que lo quisieron nombrar..., aunque me parece que se convino en que todo ello fué invención de esa gran cabeza. Veo que entre usted y don José Ido, otro que tal, podrían inventar lindas novelas. ¡Ah! La miseria, el mal comer, ¡cómo hacen desvariar estos pobres cerebros!... En resumidas cuentas, señor Izquierdo...

Este se había levantado, y poniéndose a dar paseos por la habitación, con las manos en los bolsillos, expresó sus magnánimos pensamientos de esta manera:

—Mi dinidá y sinificancia no me premiten... Es la que se dice: quisiera, pero no pue ser, no pue ser. Si quieren solutamente socorrerme porque me quitan a mi piojín de mi arma, me atengo al honorario.

—¡Alabado sea Dios! Al fin caemos en la cantidad...

Jacinta vió el cielo abierto...; pero este cielo se nubló cuando el bárbaro, desde un rincón, donde su voz hacía ecos siniestros, soltó estas fatídicas palabras:

—¡Ea!..., pues... mil duros, y trato hecho.

—¡Mil duros!—dijo Guillermina—. ¡La Virgen nos acompañe! Ya los quisiéramos para nosotros. Siempre será un poquito menos.

—No bajo ni un chavo.

—¿A que sí? Porque si usted es chalán, también yo soy chalana.

Jacinta discurría ya cómo se las compondría para juntar los mil duros, que al principio le parecieron suma muy grande; después, pequeña, y así estuvo un rato, apreciando con diversos criterios de cantidad la cifra.

—Que no rebajo ni tanto así. Lo mismo me da moneda metálica que pápiros del Banco. Pero ojo al guarismo, que no rebajo na.

—Eso, eso; tengamos carácter... ¡Pues no tiene pocas pretensiones! Ni usted con toda su casta vale mil cuartos, cuanto más mil duros... Vaya, ¿quiere dos mil reales?

Izquierdo hizo un gesto de desprecio.

—¿Que se nos enfada?... Pues nada, quédese usted con su angelito. ¿Pues qué se ha creído el muy majadero, que nos tragábamos la bola de que el *Pituso* es hijo del esposo de esta señora? ¿Cómo se prueba eso?...

—Yo na tengo que ver..., pues bien claro está que es pae natural—replicó Izquierdo de mal talante—, pae natural del hijo de mi sobrina, verbo y gracia. Juanín.

—¿Tiene usted la partida de bautismo?

—La tengo—dijo el salvaje, mirando al cofre sobre el que se sentaba Rafaela.

—No, no saque usted papeles, que tampoco prueban nada. En cuanto a la paternidad *natural*, como usted dice, será o no será. Pediremos informes a quien pueda darlos.

Izquierdo se rascaba la frente, como escarbando para extraer de ella una idea. La alusión a Juanito hízole recordar, sin duda, cuando rodó ignominiosamente por la escalera de la casa de Santa Cruz. Jacinta, en tanto, quería llegar a un arreglo, ofreciendo la mitad; mas Guillermina, que le adivinó en el semblante sus deseos de conciliación, le impuso silencio, y, levantándose, dijo:

—Señor Izquierdo, guárdese usted su *churumbé*, que lo que es este timo no le ha salido.

—Señora..., ¡hostia!, yo soy un hombre de bien, y conmigo no se queda ninguna nea, ¿estamos?—replicó él con aquella rabia superficial que no pasaba de las palabras.

—Es usted muy amable... Con las finuras que usted gasta no es posible que nos entendamos. ¡Si habrá usted creído que esta señora tenía un gran interés en apropiarse el niño! Es un capricho, nada más que un capricho. Esta simple se ha empeñado en tener chiquillos...; manía tonta, porque cuando Dios no quiere darlos, El se sabrá por qué... Vió al *Pituso*, le dió lástima, le gustó...; pero es muy caro el animalito. En estos dos patios los dan por nada, a escoger...; por nada, sí, alma de Dios, y con agradecimiento encima... ¿Qué te creías, que no hay más que tu piojín?... Ahí está esa niña preciosísima que llaman Adoración... Pues nos la llevaremos cuando queramos, porque la voluntad de Severiana es la mía... Conque ¡abur!... ¿Qué tienes que contestar? Ya te veo venir: que el *Pituso* es de la propia sangre de los señores de Santa Cruz. Podrá ser, y podrá no ser... Ahora mismo nos vamos a contarle el caso al marido de mi amiga, que es hombre de mucha influencia y se tutea con Pi y almuerza

con Castelar y es hermano de leche de Salmerón... El verá lo que hace. Si el niño es suyo, te lo quitará; y si no lo es, ayúdame a sentir. En este caso, pedazo de bárbaro, ni dinero, ni portería, ni nada.

Izquierdo estaba como aturdido con esta rociada de palabras vivas y contundentes. Guillermina, en aquellas grandes crisis oratorias, tuteaba a todo el mundo... Después de empujar hacia la puerta a Jacinta y a Rafaela, volvióse al desgraciado, que no acertaba a decir palabra, y echándose a reír con angélica bondad, le habló en estos términos:

—Perdóname que te haya tratado duramente como mereces... Yo soy así. Y no vayas a creer que me he enfadado. Pero no quiero irme sin darte una limosna y un consejo. La limosna es ésta. Toma, para ayuda de un panecillo.

Alargó la mano, ofreciéndole dos duros, y viendo que el otro no los tomaba, púsolos sobre una de las sillas.

—El consejo allá va. Tú no vales absolutamente para nada. No sabes ningún oficio, ni siquiera el de peón, porque eres haragán y no te gusta cargar pesos. No sirves ni para barrendero de las calles, ni siquiera para llevar un cartel con anuncios... Y, sin embargo, desventurado, no hay hechura de Dios que no tenga su *para qué* en este taller admirable del trabajo universal; tú has nacido para un gran oficio, en el cual puedes alcanzar mucha gloria y el pan de cada día. Bobalicón, ¿no has caído en ello?... ¡Eres tan bruto!... Pero di: ¿no te has mirado al espejo alguna vez? ¿No se te ha ocurrido?... Pareces lelo... Pues te lo diré: para lo que tú sirves es para modelo de pintores..., ¿no entiendes? Pues ellos te ponen vestido de santo, o de caballero, o de Padre Eterno, y te sacan el retrato..., porque tienes la gran figura. Cara, cuerpo, expresión, todo lo que no es del alma es en ti noble y hermoso; llevas en tu persona un tesoro, un verdadero tesoro de líneas... Vamos, apuesto a que no lo entiendes.

La vanidad aumentó la turbación en que el bueno de Izquierdo estaba. Presunciones de gloria le pasaron con ráfagas de hoguera por la frente... Entrevió un porvenir brillante... ¡El, retratado por los pintores!... ¡Y eso se pagaba! Y se ganaban cuartos por vestirse, ponerse y ¡ah!... *Platón* se miró en el vidrio del cuadro de las trenzas; pero no se veía bien...

—Conque no lo olvides... Preséntate en cualquier estudio, y eres un hombre. Con tu piojín a cuestas serías el San Cristóbal más hermoso que se podría ver. Adiós, adiós.

CAPITULO X

MÁS ESCENAS DE LA VIDA ÍNTIMA

I

Saliendo por los corredores, decía Guillermina a su amiga:

—Eres una inocentona... Tú no sabes tratar con esta gente. Déjame a mí, y estate tranquila, que el *Pituso* es tuyo. Yo me entiendo. Si ese bribón te coge por su cuenta, te saca más de lo que valen todos los chicos de la Inclusa juntos, con sus padres respectivos. ¿Qué pensabas tú ofrecerle? ¿Diez mil reales? Pues me los das, y si lo saco por menos, la diferencia es para mi obra.

Después de platicar un rato con Severiana, en la salita de ésta, salieron escoltadas por diferentes cuerpos y secciones de la granujería de los dos patios. A Juanín, por más que Jacinta y Rafaela se desojaban buscándole, no le vieron por ninguna parte.

Aquel día, que era el 22, empeoró el *Delfín* a causa de su impaciencia y por aquel afán de querer anticiparse a la Naturaleza quitándole a ésta los medios de su propia reparación. A poco de levantarse tuvo que volverse a la cama, quejándose de molestias y dolores puramente ilusorios. Su familia, que ya conocía bien sus mañas, no se alarmaba y Barbarita recetábale sin cesar sábanas y resignación. Pasó la noche intranquilo; pero se estuvo durmiendo toda la mañana del 23, por lo que pudo Jacinta dar otro salto, acompañada de Rafaela, a la calle de Mira el Río. Esta visita fué de tan poca sustancia, que la dama volvió muy triste a su casa. No vió al *Pituso* ni al señor Izquierdo. Díjole Severiana que Guillermina había estado antes y echado un largo parlamento con el *endivido*, quien tenía al chico montado en el hombro, ensayándose, sin duda, para *hacer* el San Cristóbal. Lo único que sacó Jacinta en

limpio de la excursión de aquel día fué un nuevo testimonio de la popularidad que empezaba a alcanzar en aquellas casas. Hombres y mujeres la rodeaban y poco faltó para que la llevaran en volandas. Oyóse una voz que gritaba: "¡Viva la simpatía!", y le echaron coplas de gusto dudoso, pero de muy buena intención. Los de Ido llevaban la voz cantante en este concierto de alabanzas, y daba gozo ver a don José tan elegante, con las prendas en buen uso que Jacinta le había dado, y su hongo casi nuevo de color de café. El primogénito de los clacs fué objeto de una serie de transacciones y reventas chalanescas, hasta que lo adquirió por dos cuartos un cierto vecino de la casa, que tenía la especialidad de hacer el *higuí* en los Carnavales.

Adoración se pegaba a doña Jacinta desde que la veía entrar. Era como una idolatría el cariño de aquella chicuela. Quedábase extática y lela delante de la señorita, devorándola con sus ojos, y si ésta le cogía la cara o le daba un beso, la pobre niña temblaba de emoción y parecía que le entraba fiebre. Su manera de expresar lo que sentía era dar cabezadas contra el cuerpo de su ídolo, metiendo la cabeza entre los pliegues del mantón y apretando como si quisiera abrir con ella un hueco. Ver partir a *doña* Jacinta era quedarse Adoración sin alma, y Severiana tenía que ponerse seria para hacerla entrar en razón. Aquel día le llevó la dama unas botitas muy lindas, y prometió llevarle otras prendas, pendientes y una sortija con un diamante fino del tamaño de un garbanzo; más grande todavía: del tamaño de una avellana.

Al volver a su casa tenía la *Delfina* vivos deseos de saber si Guillermina había hecho algo. Llamóla por el balcón; pero la fundadora no estaba. Probablemente, según dijo la criada, no regresaría hasta la noche, porque había tenido que ir por tercera vez a la estación de las Pulgas, a la obra y al asilo de la calle de Alburquerque.

Aquel día ocurrió en la casa de Santa Cruz un suceso feliz. Entró don Baldomero de la calle cuando ya se iban a sentar a la mesa, y dijo con la mayor naturalidad del mundo que le había caído la lotería. Oyó Barbarita la noticia con calma, casi con tristeza, pues el capricho de la suerte loca no le hacía mucha gracia. La Providencia no había andado en aquello muy lista que digamos, porque ellos no necesitaban de la lotería para nada, y aun parecía que les estorbaba un premio que, en buena lógica, debía de ser para los infelices que juegan por mejorar de fortuna. ¡Y había tantas personas aquel día dadas a Barrabás por no haber sacado ni un triste reintegro! El 23, a la hora de la lista grande, Madrid parecía el país de las desilusiones, porque..., ¡cosa más particular!, a nadie le tocaba. Es preciso que a uno le toque para creer que hay agraciados.

Don Baldomero estaba muy sereno, y el golpe de suerte no le daba calor ni frío. Todos los años compraba un billete entero, por rutina o vicio, quizá por obligación, como se toma la cédula de vecindad u otro documento que acredite la condición de español neto, sin que nunca sacase más que fruslerías, algún reintegro o premios muy pequeños. Aquel año le tocaron doscientos cincuenta mil reales. Había dado, como siempre, muchas participaciones, por lo cual los doce mil quinientos duros se repartían entre multitud de personas de diferente posición y fortuna; pues si algunos ricos cogían buena breva, también muchos pobres pellizcaban algo. Santa Cruz llevó la lista al comedor, y la iba leyendo mientras comía, haciendo la cuenta de lo que a cada cual tocaba. Se le oía como se oye a los niños del Colegio de San Ildefonso que sacan y cantan los números en el acto de la extracción:

—Los *Chicos* jugaron dos décimos y se calzan cincuenta mil reales. Villalonga, un décimo; veinticinco mil. Samaniego, la mitad.

Pepe Samaniego apareció en la puerta a punto que don Baldomero pregonaba su nombre y su premio, y el favorecido no pudo contener su alegría y empezó a dar abrazos a todos los presentes, incluso a los criados.

—Eulalia Muñoz, un décimo: veinticinco mil reales. Benignita, medio décido: doce mil quinientos reales. Federico Ruiz, dos duros: cinco mil reales. Ahora viene toda la morralla. Deogracias, Rafaela y Blas han jugado diez reales cada uno. Les tocan mil doscientos cincuenta.

—El carbonero, ¿a ver el carbonero?

—dijo Barbarita, que se interesaba por los jugadores de la última escala lotérica.

—El carbonero echó diez reales: Juana, nuestra insigne cocinera, veinte; el carnicero, quince... A ver, a ver: Pepa, la pincha, cinco reales, y su hermana, otros cinco. A éstas les tocan seiscientos cincuenta reales.

—¡Qué miseria!

—Hija, no lo digo yo, lo dice la aritmética.

Los partícipes iban llegando a la casa atraídos por el olor de la noticia, que se extendió rápidamente, y la cocinera, las pinchas y otras personas de la servidumbre se atrevían a quebrantar la etiqueta, llegándose a la puerta del comedor y asomando sus caras regocijadas para oír cantar al señor la cifra de aquellos dineros que les caían. La señorita Jacinta fué quien primero llevó los parabienes a la cocina, y la pincha perdió el conocimiento por figurarse que con los tristes cinco reales le habían caído lo menos tres millones. Estupiñá, en cuanto supo lo que pasaba, salió como un rayo por esas calles en busca de los agraciados para darles la noticia. El fué quien dió las albricias a Samaniego, y cuando ya no halló ningún interesado, daba la gran jaqueca a todos los conocidos que encontraba. ¡Y él no se había sacado nada!

Sobre esto habló Barbarita a su marido con toda la gravedad discreta que el caso requería:

—Hijo, el pobre Plácido está muy desconsolado. No puede disimular su pena, y eso de salir a dar la noticia es para que no le conozcamos en la cara la hiel que está tragando.

—Pues, hija, yo no tengo la culpa... Te acordarás que estuvo con el medio duro en la mano, ofreciéndolo y retirándolo, hasta que al fin su avaricia pudo más que la ambición, y dijo: "Para lo que yo me he de sacar, más vale que emplee mi escudito en anises..." ¡Toma anises!

—¡Pobrecillo!... Ponlo en la lista.

Don Baldomero miró a su esposa con cierta severidad. Aquella infracción de la aritmética parecíale una cosa muy grave.

—Ponlo, hombre, ¿qué más te da? Que estén todos contentos...

Don Baldomero II se sonrió con aquella bondad patriarcal tan suya, y sacando otra vez lista y lápiz, dijo en alta voz:

—Rossini, diez reales: le tocan mil doscientas cincuenta.

Todos los presentes se apresuraron a felicitar al favorecido, quedándose él tan parado y suspenso, que creyó que le tomaban el pelo.

—No, si yo no...

Pero Barbarita le echó unas miradas que le cortaron el hilo de su discurso. Cuando la señora miraba de aquel modo no había más remedio que callarse.

—¡Si habrá nacido de pie este bendito Plácido—dijo don Baldomero a su nuera—, que hasta se saca la lotería sin jugar!

—Plácido—gritó Jacinta, riéndose con mucha gana—es el que nos ha traído la suerte.

—Pero si yo...—murmuró otra vez Estupiñá, en cuyo espíritu las nociones de la justicia eran siempre muy claras, como no se tratara de contrabando.

—Pero, tonto..., cómo tendrás esa cabeza—dijo Barbarita con mucho fuego—, que ni siquiera te acuerdas de que me diste medio duro para la lotería.

—Yo..., cuando usted lo dice... En fin..., la verdad, mi cabeza anda, *talmente*, así un poco ida...

Se me figura que Estupiñá llegó a creer a pie juntillas que había dado el escudo.

—¡Cuando yo decía que el número era de los más bonitos...!—manifestó don Baldomero con orgullo—. En cuanto el lotero me lo entregó, sentí la corazonada.

—Como bonito...—agregó Estupiñá—, no hay duda que lo es.

—Si tenía que salir, eso bien lo veía yo—afirmó Samaniego, con esa convicción que es resultado del gozo—. ¡Tres *cuatros* seguidos, después un *cero* y acabar con un *ocho*...! Tenía que salir.

El mismo Samaniego fué quien discurrió celebrar con panderetazos y villancicos el fausto suceso, y Estupiñá propuso que fueran todos los agraciados a la cocina para hacer ruido con las cacerolas. Mas Barbarita prohibió todo lo que fuera barullo, y viendo entrar a Federico Ruiz, a Eulalia Muñoz y a uno de los *Chicos*, Ricardo Santa Cruz, mandó destapar media docena de botellas de champaña.

Toda esta algazara llegaba a la alcoba de Juan, que se entretenía oyendo contar a su mujer y a su criado lo que pasaba, y singularmente el milagro del premio de Estupiñá. Lo que se rió con esto no hay para qué decirlo. La prisión en que tan a disgusto estaba volvíale pronto a su mal humor, y poniéndose muy regañón, decía a su mujer:

—Eso, eso, déjame solo otra vez para ir a divertirte con la bullanga de esos idiotas. ¡La lotería! ¡Qué atraso tan grande! Es de las cosas que debieran suprimirse; mata el ahorro; es la Providencia de los haraganes. Con la lotería no puede haber prosperidad pública... ¿Qué? ¿Te marchas otra vez? ¡Bonita manera de cuidar a un enfermo! Y, vamos a ver, ¿qué demonios tienes tú que hacer por esas calles toda la mañana? A ver, explícame, quiero saberlo; porque es ya lo de todos los días.

Jacinta daba sus excusas risueña y sosegada. Pero le fué preciso soltar una mentirijilla. Había salido por la mañana a comprar nacimientos, velitas de color y otras chucherías para los niños de Candelaria.

—Pues, entonces—replicó Juanito, revolviéndose entre las sábanas—, yo quiero que me digan para qué sirven mamá y Estupiñá, que se pasan la vida mareando a los tenderos, y se saben de memoria los puestos de Santa Cruz... A ver, que me expliquen esto...

La algazara de los premiados, que iba cediendo algo, se aumentó con la llegada de Guillermina, la cual supo en su casa la nueva, y entró diciendo a voces:

—Cada uno me tiene que dar el veinticinco por ciento para mi obra... Si no, Dios y San José les amargarán el premio.

—El veinticinco es mucho para la gente menuda—dijo don Baldomero—. Consúltalo con San José y verás como me da la razón.

—¡Hereje!...—replicó la dama, haciéndose la enfadada—. ¡Herejote!... Después que chupas el dinero de la nación, que es el dinero de la Iglesia, ahora quieres negar tu auxilio a mi obra, a los pobres... El veinticinco por ciento, y tú el cincuenta por ciento... Y punto en boca. Si no, lo gastarás en botica. Conque elige.

—No, hija mía; por mí, te lo daré todo...

—Pues no harás nada de más, avariento. Se están poniendo bien las cosas, a fe mía... El ciento de *pintón*, que estaba la semana pasada a diez reales, ahora me lo quieren cobrar a once y medio, y el *pardo*, a diez y medio. Estoy volada. Los materiales, por las nubes...

Samaniego se empeñó en que la santa había de tomar una copa de champaña.

—Pero ¿tú qué has creído de mí, viciosote? ¡Yo beber esas porquerías!... ¿Cuándo cobras? ¿Mañana? Pues prepárate. Allí me tendrás como la maza de Fraga. No te dejaré vivir.

Poco después Guillermina y Jacinta hablaban a solas, lejos de todo oído indiscreto.

—Ya puedes vivir tranquila—le dijo la Pacheco—. El *Pituso* es tuyo. He cerrado el trato esta tarde. No puedes figurarte lo que bregué con aquel Iscariote. Perdí la cuenta de las ¡hostias! que me echó el muy blasfemo. Allá me sacó del cofre la partida de bautismo, un papelejo que apestaba. Este documento no prueba nada. El chico será o no será.... ¡quién lo sabe! Pero pues tienes este capricho de ricacha mimosa, allá con Dios... Todo esto me parece irregular. Lo primero debió ser hablar del caso a tu marido. Pero tú buscas la sorpresita y el efecto teatral. Allá lo veremos... Ya sabes, hija, el trato es trato. Me ha costado Dios y ayuda hacer entrar en razón al señor Izquierdo. Por fin se contenta con seis mil quinientos reales. Lo que sobra de los diez mil es para mí, que bien me lo he sabido ganar... Conque mañana yo iré después de mediodía; ve tú también con los santos cuartos.

Púsose Jacinta muy contenta. Había realizado su antojo; ya tenía su juguete. Aquello podría ser muy bien una niñería; pero ella tenía sus razones para obrar así. El plan que concibió para presentar al *Pituso* a la familia e introducirle en ella revelaba cierta astucia. Pensó que nada debía decir por el pronto al *Delfín*. Depositaría su hallazgo en casa de su hermana Candelaria hasta ponerle presentable. Después diría que era un huerfanito abandonado en las calles, recogido por ella...; ni una palabra referente a quién pudiera ser la mamá, ni menos el papá de tal muñeco. Todo el toque estaba en observar la cara que pondría Juan al verle. ¿Diríale algo la voz misteriosa de la sangre? ¿Reconocería en las facciones del pobre niño las de...? Al interés dramático de este lance

sacrificaba Jacinta la conveniencia de los procedimientos propios de tal asunto. Imaginándose lo que iba a pasar, la turbación del infiel, el perdón suyo, y mil cosas y pormenores novelescos que barruntaba, producíase en su alma un goce semejante al del artista que crea o compone, y también un poco de venganza, tal y como en alma tan noble podía producirse esta pasión.

II

Cuando fué al cuarto del *Delfín*, Barbarita le hacía tomar a éste un tazón de té con coñac. En el comedor continuaba la bulla; pero los ánimos estaban más serenos.

—Ahora—dijo la mamá—han pegado la hebra con la política. Dice Samaniego que hasta que no corten doscientas o trescientas cabezas no habrá paz. El marqués no está por el derramamiento de sangre, y Estupiñá le preguntaba por qué no había aceptado la diputación que le ofrecieron... Se puso lo mismito que un pavo, y dijo que él no quería meterse en...

—No dijo eso—saltó Juanito, suspendiendo la bebida.

—Que sí, hijo; dijo que no quería meterse en estos... no sé qué.

—Que no dijo eso, mamá. No alteres tú también la verdad de los textos.

—Pero, hijo, si lo he oído yo.

—Aunque lo hayas oído, te sostengo que no pudo decir eso..., ¡vaya!

—¿Pues qué?

—El marqués no pudo decir *meterse*... Yo pongo mi cabeza a que dijo *inmiscuirse*... Si sabré yo cómo hablan las personas finas.

Barbarita soltó la carcajada.

—Pues sí..., tienes razón, así, así fué..., que no quería *inmiscuirse*...

—¿Lo ves?... Jacinta.

—¿Qué quieres, niño mimoso?

—Mándale un recado a Aparisi. Que venga al momento.

—¿Para qué? ¿Sabes la hora que es?

—En cuanto sepa el motivo, se planta aquí de un salto.

—Pero ¿a qué?

—¡Ahí es nada! ¿Crees que va a dejar pasar eso de *inmiscuirse*? Yo quiero saber cómo se sacude esa mosca...

Las dos damas celebraron aquella broma mientras le arreglaban la cama. Guillermina había salido de la casa sin despedirse, y poco a poco se fueron marchando los demás. Antes de las doce todo estaba en silencio, y los papás se retiraron a su habitación, después de encargar a Jacinta que estuviese muy a la mira para que el *Delfín* no se desabrigara. Este parecía dormido profundamente, y su esposa se acostó sin sueño, con el ánimo más dispuesto a la centinela que al descanso. No había transcurrido una hora cuando Juan despertó intranquilo, rompiendo a hablar de una manera algo descompuesta. Creyó Jacinta que deliraba, y se incorporó en su cama; mas no era delirio, sino inquietud con algo de impertinencia. Procuró calmarle con palabras cariñosas; pero él no se daba a partido.

—¿Quieres que llame?

—No: es tarde, y no quiero alarmar... Es que estoy nervioso. Se me ha espantado el sueño. Ya se ve: todo el día en este pozo del aburrimiento. Las sábanas arden y mi cuerpo está frío.

Jacinta se echó la bata y corrió a sentarse al borde del lecho de su marido. Parecióle que tenía algo de calentura. Lo peor era que sacaba los brazos y retiraba las mantas. Temerosa de que se enfriara, apuró todas las razones para sosegarle, y viendo que no podía ser, quitóse la bata y se metió con él en la cama, dispuesta a pasar la noche abrigándole por fuerza y como a los niños, y arrullándole para que se durmiera. Y la verdad fué que con esto se sosegó un tanto, porque le gustaban los mimos, y que se molestaran por él, y que le dieran tertulia cuando estaba desvelado. Y ¡cómo se hacía el nene cuando su mujer, con deliciosa gentileza materna, le cogía entre sus brazos y le apretaba contra sí para agasajarle, prestándole su propio calor! No tardó Juan en aletargarse con la virtud de estos melindres. Jacinta no quitaba sus ojos de los ojos de él, observando con atención sostenida si se dormía, si murmuraba alguna queja, si sudaba. En esta situación oyó claramente la una, la una y media, las dos, cantadas por la campana de la Puerta del Sol con tan claro timbre, que parecía sonar dentro de la casa. En la alcoba había una luz dulce, colada por la pantalla de porcelana.

Y cuando pasaba un rato largo sin que él se moviera, Jacinta se entregaba a sus

reflexiones. Sacaba sus ideas de la mente, como el avaro saca las monedas cuando nadie le ve, y se ponía a contarlas y a examinarlas y a mirar si entre ellas había alguna falsa. De repente acordábase de la jugarreta que le tenía preparada a su marido, y su alma se estremecía con el placer de su pueril venganza. El *Pituso* se le metía al instante entre ceja y ceja. ¡Le estaba viendo! La contemplación ideal de lo que aquellas facciones tenían de desconocido, el trasunto de las facciones de la madre, era lo que más trastornaba a Jacinta, enturbiando su piadosa alegría. Entonces sentía las cosquillas, pues no merecen otro nombre, las cosquillas de aquella infantil rabia que solía acometerla, sintiendo además en sus brazos cierto prurito de apretar y apretar fuerte para hacer sentir al infiel el furor de paloma que la dominaba. Pero la verdad era que no apretaba ni pizca, por miedo de turbarle el sueño. Si creía notar que se estremecía con escalofríos, apretaba, sí, dulcemente, liándose a él para comunicarle todo el calor posible. Cuando él gemía o respiraba muy fuerte, le arrullaba dandole suaves palmadas en la espalda, y por no apartar sus manos de aquella obligación, siempre que quería saber si sudaba o no, acercaba su nariz o su mejilla a la frente de él.

Serían las tres cuando el *Delfín* abrió los ojos. despabilándose completamente, y miró a su mujer, cuya cara no distaba de la suya el espacio de dos o tres narices.

—¡Qué bien me encuentro ahora!—le dijo con dulzura—. Estoy sudando; ya no tengo frío. Y tú, ¿no duermes? ¡Ah! La gran lotería es la que me ha tocado a mí. Tú eres mi premio gordo. ¡Qué buena eres!

—¿Te duele la cabeza?

—No me duele nada. Estoy bien; pero me he desvelado; no tengo sueño. Si no lo tienes tú tampoco, cuéntame algo. A ver, dime adónde fuiste esta mañana.

—A contar los frailes, que se ha perdido uno. Así nos decía mamá cuando mis hermanos y yo le preguntábamos adónde había ido.

—Respóndeme al derecho. ¿Adónde fuiste?

Jacinta se reía, porque le ocurrió dar a su marido un bromazo muy chusco.

—¡Qué alegre está el tiempo! ¿De qué te ríes?

—Me río de ti... ¡Qué curiosos son estos hombres! ¡Virgen María!, todo lo quieren saber.

—Claro, y tenemos derecho a ello

—No puede una salir a compras...

—Dale con las tiendas. Competencia con mamá y Estupiñá; eso no puede ser. Tú no has ido a compras.

—Que sí.

—Y ¿qué has comprado?

—Tela.

—¿Para camisas mías? Si tengo creo que son veintisiete docenas.

—Para camisas tuyas, sí; pero te las hago chiquititas.

—¡Chiquititas!

—Sí, y también te estoy haciendo unos baberos muy monos.

—¡A mí! ¡Baberos a mí!

—Sí, tonto; por si se te cae la baba.

—¡Jacinta!

—Anda..., y se ríe el muy simple. ¡Verás qué camisas! Sólo que las mangas son así...; no te cabe más que un dedo en ellas.

—¿De veras que tú...? A ver, ponte seria... Si te ríes, no creo nada.

—¿Ves qué seria me pongo?... Es que me haces reír tú... Vaya, te hablaré con formalidad. Estoy haciendo un ajuar.

—Vamos, no quiero oírte... ¡Qué guasoncita!

—Que es verdad.

—Pero...

—¿Te lo digo? Di si te lo digo.

Pasó un ratito, en que se estuvieron mirando. La sonrisa de ambos parecía una sola, saltando de boca en boca.

—¡Qué pesadez!... Di pronto...

—Pues allá va... Voy a tener un niño.

—¡Jacinta! ¿Qué me cuentas?... Estas cosas no son para bromas—dijo Santa Cruz con tal alborozo, que su mujer tuvo que meterle en cintura.

—¡Eh, formalidad! Si te destapas, me callo.

—Tú bromeas... Pues si fuera eso verdad, ¡no lo habrías cantado poco..., con las ganitas que tú tienes! Ya se lo habrías dicho hasta a los sordos. Pero di, ¿y mamá lo sabe?

—No; no lo sabe nadie todavía.

—Pero, mujer... Déjame, voy a tirar de la campanilla.

—Tonto..., loco..., estate quieto o te pego.

—Que se levanten todos en la casa para que sepan... Pero ¿es farsa tuya? Sí, te lo conozco en los ojos.

—Si no te estás quieto, no te digo más...

—Bueno, pues me estaré quieto... Pero responde, ¿es presunción tuya o...?

—Es certeza.

—¿Estás segura?

—Tan segura como si le estuviera viendo y le sintiera correr por los pasillos... ¡Es más salado, más pillín!... Bonito como un ángel, y tan granuja como su papá.

—¡Ave María Purísima, qué precocidad! Todavía no ha nacido y ya sabes que es varón y que es tan granuja como yo.

La *Delfina* no podía tener la risa. Tan pegados estaban el uno al otro, que parecía que Jacinta se reía con los labios de su marido, y que éste sudaba por los poros de las sienes de su mujer.

—¡Vaya con mi señora, lo que me tenía guardado!—añadió Juan con incredulidad.

—¿Te alegras?

—¿Pues no me he de alegrar? Si fuera cierto, ahora mismo ponía en planta a toda la familia para que lo supieran; de fijo que papá se encasquetaba el sombrero y se echaba a la calle, disparado a comprar un nacimiento. Pero, vamos a ver, explícate. ¿Cuándo será eso?

—Pronto.

—¿Dentro de seis meses? ¿Dentro de cinco?

—Más pronto.

—¿Dentro de tres?

—Más prontísimo... Está al caer, al caer.

—¡Bah!... Mira; esas bromas son impertinentes. ¿Conque fuera de cuenta? Pues nada, no se te conoce.

—Porque lo disimulo.

—Sí; para disimular estás tú. Lo que harías tú, con las ganas que tienes de chiquillos, sería salir para que todo el mundo te viera con tu bombo, y mandar a Rossini con un suelto a *La Correspondencia*.

—Pues si te digo que ya no hay día seguro. Nada, hombre, cuando le veas te convencerás.

—Pero ¿a quién he de ver?

—Al..., a tu hijito, a tu nenín de tu alma.

—Te digo formalmente que me llenas de confusión, porque para chanza me parece mucha insistencia; y si fuera verdad, no lo habrías tenido tan guardado hasta ahora.

Comprendiendo Jacinta que no podía sostener más tiempo el bromazo, quiso recoger velas, y le incitó a que se durmiera, porque la conversación acalorada podía hacerle daño.

—Tiempo hay de que hablemos de esto—le dijo—; y ya..., ya te irás convenciendo.

—*Güeno*—replicó él con puerilidad graciosa, tomando el tono de un niño a quien arrullan.

—A ver si te duermes... Cierra esos ojitos. ¿Verdad que me quieres?

—Más que a mi vida. Pero, hija de mi alma, ¡qué fuerzas tienes! ¡Cómo aprietas!

—Si me engañas, te cojo y... así, así...

—¡Ay!

—Te deshago como un bizcocho.

—¡Qué gusto!

—Y ahora, a *mimir*...

Este y otros términos que se dicen a los niños los hacían reír cada vez que los pronunciaban; pero la confianza y la soledad daban encanto a ciertas expresiones que habrían sido ridículas en pleno día y delante de gente. Pasado un ratito, Juan abrió los ojos, diciendo en tono de hombre:

—Pero ¿de veras que vas a tener un chico?...

—*Chí*... y a *mimir*..., *rro*..., *rro*...

Entre dientes le cantaba una canción de adormidera, dándole palmadas en la espalda.

—¡Qué gusto ser *bebé*!—murmuró el *Delfín*.... ¡Sentirse en los brazos de la mamá, recibir el calor de su aliento y...!

Pasó otro rato, y Juan, despabilándose y fingiendo el lloriqueo de un tierno infante en edad de lactancia, chilló así:

—Mamá..., mamá...

—¿Qué?

—Teta.

Jacinta sofocó una carcajada.

—*Ahola* no... Teta acá, cosa fea...

Ambos se divertían con tales simplezas. Era un medio de entretener el tiempo y de expresarse su cariño.

—Toma teta—díjole Jacinta, metiéndole un dedo en la boca; y él se lo chupaba diciendo que estaba muy rica, con otras muchas tontadas, justificadas sólo por la ocasión, la noche y la dulce intimidad.

—¡Si alguien nos oyera, cómo se reiría de nosotros!

—Pero como no nos oye nadie... Las cuatro: ¡qué tarde!

—Di qué temprano. Ya pronto se levantará Plácido para ir a despertar al sacristán de San Ginés. ¡Qué frío tendrá!...

—¡Cuánto mejor nosotros aquí, tan abrigaditos!

—Me parece que de ésta me duermo, vida.

—Y yo también, corazón.

Se durmieron como dos ángeles, mejilla con mejilla.

III

24 de diciembre.

Por la mañana encargó Barbarita a Jacinta ciertos menesteres domésticos que la contrariaron; pero la misma retención en la casa ofreció coyuntura a la joven para dar un paso que siempre le había inspirado inquietud. Díjole Barbarita que no saliera en todo aquel día, y como tenía que salir forzosamente, no hubo más remedio que revelar a su suegra el lío que entre manos traía. Pidióle perdón por no haberle confiado aquel secreto, y advirtió con grandísima pena que su suegra no se entusiasmaba con la idea de poseer a Juanín.

—Pero ¿tú sabes lo grave que es eso?... Así, sin más ni más..., un hijo llovido. Y ¿qué pruebas hay de que sea tal hijo?... ¿No será que te han querido estafar? ¿Y crees tú que se parece realmente? ¿No será ilusión tuva?... Porque todo eso es muy vago... Esos hallazgos de hijos parecen cosas de novela...

La *Delfina* se descorazonó mucho. Esperaba una explosión de júblido en su mamá política. Pero no fué así. Barbarita, ceñijunta y preocupada, le dijo con frialdad:

—No sé qué pensar de ti; pero, en fin, tráetelo y escóndelo hasta ver... La cosa es muy grave. Diré a tu marido que Benigna está enferma y has ido a visitarla.

Después de esta conversación fué Jacinta a la casa de su hermana, a quien también confió su secreto, concertando con ella el depositar el niño allí hasta que Juan y don Baldomero lo supieran.

—Veremos cómo lo toman—añadió, dando un gran suspiro.

Estaba Jacinta aquella tarde fuera de sí. Veía a *Pituso* como si lo hubiera parido, y se había acostumbrado tanto a la idea de poseerlo, que se indignaba de que su suegra no pensase lo mismo que ella.

Juntóse Rafaela con su ama en la casa de Benigna, y helas aquí por la calle de Toledo abajo. Llevaban plata menuda para repartir a los pobres y algunas chucherías, entre ellas la sortija que la señorita había prometido a Adoración. Era una soberbia alhaja, comprada aquella mañana por Rafaela en los bazares de *Liquidación por saldo, a real y medio la pieza,* y tenía un diamante tan grande y bien tallado, que al mismo Regente le dejaría bizco con el fulgor de sus luces. En la fabricación de esta soberbia piedra había sido empleado el casco más valioso de un fondo de vaso. Apenas llegaron a los corredores del primer patio, viéronse rodeadas por pelotones de mujeres y chicos, y para evitar piques y celos, Jacinta tuvo que poner algo en todas las manos. Quién cogía la peseta, quién el duro o el medio duro. Algunas, como Severiana, que, dicho sea entre paréntesis, tenía para aquella noche una magnífica lombarda, lomo adobado y el besugo correspondiente, se contentaban con un saludo afectuoso. Otros no se daban por satisfechos con lo que recibían. A todos preguntaba Jacinta que qué tenían para aquella noche. Algunas entraban con el besugo cogido por las agallas; otras no habían podido traer más que cascajo. Vió a muchas subir con el jarro de leche de almendras, que les dieran en el café de Naranjeros, y de casi todas las cocinas salía tufo de fritangas y el campaneo de los almireces. Este besaba el duro que la señorita le daba, y el otro tirábalo al aire para cogerlo con algazara, diciendo: "¡Aire, aire, a la plaza!" Y salían por aquellas escaleras abajo camino de la tienda. Había quien preparaba su banquete con un *hocico con carrilleras,* una libra de *tapa del cencerro* u otras despreciadas partes de la res vacuna, o bien con asadura, bofes de cerdo, sangre frita y desperdicios aún peores. Los más opulentos dábanse tono con su pedazo de turrón del que se parte con martillo, y la que había traído una granada tenía buen cuidado de que la vieran. Pero ningún habitante de aquellas regiones de miseria era tan

feliz como Adoración, ni excitaba tanto la envidia entre las amigas, pues la rica alhaja que ceñía su dedo y que mostraba con el puño cerrado era fina y de ley y había costado unos grandes dinerales. Aun las pequeñas que ostentaban zapatos nuevos, debidos a la caridad de *doña* Jacinta, los habrían cambiado por aquella monstruosa y relumbrante piedra. La poseedora de ella, después que recorrió ambos corredores enseñándola, se pegó otra vez a la señorita, frotándose el lomo contra ella como los gatos.

—No me olvidaré de ti, Adoración—le dijo la señorita, que con esta frase parecía anunciar que no volvería pronto.

En ambos patios había tal ruido de tambores, que era forzoso alzar la voz para hacerse oír. Cuando a los tamborazos se unía el estrépito de las latas de petróleo parecía que se desplomaban las frágiles casas. En los breves momentos que la tocata cesaba oíase el canto de un mirlo silbando la frase del *Himno de Riego*, lo único que del tal himno queda ya. En la calle de Mira el Río tocaba un pianillo de manubrio, y en la calle del Bastero otro, armándose entre los dos una zaragata musical, como si las dos piezas se estuvieran arañando en feroz pelea con las uñas de sus notas. Eran una polca y un andante patético, enzarzados como dos gatos furibundos. Esto y los tambores, y los gritos de la vieja que vendía higos, y el clamor de toda aquella vecindad alborotada, y la risa de los chicos, y el ladrar de los perros, pusiéronle a Jacinta la cabeza como una grillera.

Repartidas las limosnas, fué al 17, donde ya estaba Guillermina impaciente por su tardanza. Izquierdo y el *Pituso* estaban también; el primero, fingiéndose muy apenado de la separación del chico. Ya la fundadora había entregado el *triste estipendio*.

—Vaya, abreviemos—dijo ésta, cogiendo al muchacho, que estaba como asustado—. ¿Quieres venirte conmigo?

—*Mela pati*...—replicó el *Pituso* con brío, y se echó a reír, alabando su propia gracia.

Las tres mujeres se rieron mucho también de aquella salida tan fina, e Izquierdo, rascándose la noble frente, dijo así:

—La señorita..., a cuenta que ahora le enseñará a no soltar expresiones.

—Buena falta le hace... En fin, vámonos.

Juanín hizo alguna resistencia; pero al fin se dejó llevar, seducido con la promesa de que le iban a comprar un nacimiento y muchas cosas buenas para que se las comiera todas.

—Ya le he prometido al señor de Izquierdo—dijo Guillermina—que se le procurará una colocación, y por de pronto ya le he dado mi tarjeta para que vaya a ver con ella a uno de los artistas de más fama, que está pintando ahora un magnífico *Buen ladrón*. Vaya..., quédese con Dios.

Despidióse de ellas el futuro modelo con toda la urbanidad que en él era posible, y salieron. Rafaela llevaba en brazos al chico. Como a fines de diciembre son tan cortos los días, cuando salieron de la casa ya se echaba la noche encima. El frío era intenso, penetrante y traicionero, como la helada, bajo un cielo bruñido, inmensamente desnudo y con las estrellas tan desamparadas, que los estremecimientos de su luz parecían escalofríos. En la calle del Bastero se insurreccionó el *Pituso*. Su bellísima frente ceñuda indicaba esta idea: "Pero ¿adónde me llevan estas tías?" Empezó a rascarse la cabeza, y dijo con sentimiento.

—*Pae Pepe*.

—¿Qué te importa a ti tu papá Pepe? ¿Quieres un rabel? Di lo que quieres.

—*Quelo citunas*—replicó, alargando la jeta—. No, *citunas*, no; un pez.

—¿Un pez?... Ahora mismo—le dijo su futura mamá, que estaba nerviosísima, sintiendo toda aquella vibración glacial de las estrellas dentro de su alma.

En la calle de Toledo volvieron a sonar los cansados pianitos, y también allí se engarfiñaron las dos piezas, una tonadilla de *La Mascota* y la sinfonía de *Semiramis*. Estuvieron batiéndose con ferocidad, a distancia como de treinta pasos, tirándose de los pelos, dándose dentelladas y cayendo juntas en la mezcla inarmónica de sus propios sonidos. Al fin venció *Semiramis*, que resonaba orgullosa marcando sus nobles acentos, mientras se extinguían las notas de su rival, gimiendo cada vez más lejos, confundidas con el tumulto de la calle.

Erales difícil a las tres mujeres andar aprisa, por la mucha gente que venía calle abajo, caminando presurosa con la

querencia del hogar próximo. Los obreros llevaban el saquito con el jornal; las mujeres, algún comistrajo recién comprado; los chicos, con sus bufandas enroscadas en el cuello, cargaban rabeles, nacimientos de una tosquedad prehistórica o tambores, que ya iban bien baqueteados antes de llegar a la casa. Las niñas iban en grupos de dos o de tres, envuelta la cabeza en toquillas, charlando cada una por siete. Cuál llevaba una botella de vino, cuál el jarrito con leche de almendra; otras salían de las tiendas de comestibles dando brincos o se paraban a ver los puestos de panderetas, dándoles con disimulo un par de golpecitos para que sonaran. En los puestos de pescado, los maragatos limpiaban los besugos, arrojando las escamas sobre los transeúntes, mientras un ganapán vestido con los calzonazos negros y el mandil verde rayado berreaba fuera de la puerta: "¡Al vivo de hoy, al vivito!..." Enorme farolón con los cristales muy limpios alumbraba las pilas de lenguados, sardinas y pageles y las canastas de almejas. En las carnicerías sonaban los machetazos con sorda trepidación, y los platillos de las pesas, subiendo y bajando sin cesar, hacían contra el mármol del mostrador los ruidos más extraños, notas de misteriosa alegría. En aquellos barrios algunos tenderos hacen gala de poseer, además de géneros exquisitos, una imaginación exuberante, y para detener al que pasa y llamar compradores se valen de recursos teatrales y fantásticos. Por eso vió Jacinta de puertas afuera pirámides de barriles de aceitunas que llegaban hasta el primer piso, altares hechos con cajas de mazapán, trofeos de pasas y arcos triunfales festoneados con escobones de dátiles. Por arriba y por abajo banderas españolas con poéticas inscripciones que decían: el *diluvio en mazapán* o *Turrón del paraiso terrenal*... Más allá, *Mantecadas de Astorga bendecidas por Su Santidad Pío IX*. En la misma puerta, uno o dos horteras vestidos ridículamente de frac, con chistera abollada, las manos sucias y la cara tiznada, gritaban desaforadamente, ponderando el género y dándolo a probar a todo el que pasaba. Un vendedor ambulante de turrón había discurrido un rótulo peregrino para anonadar a sus competidores, los orgullosos tenderos de establecimiento. ¿Qué pondría? Porque decir que el género era muy bueno no significaba nada. Mi hombre había clavado en el más gordo bloque de aquel almendrado una banderita que decía: *Turrón higiénico*. Conque ya lo veía el público... El otro turrón sería todo lo sabroso y dulce que quisieran; mas no era *higiénico*.

—*Quelo* un pez...—gruñó el *Pituso*, frotándose con mal humor los ojos.

—Mira—le decía Rafaela—, tu mamá te va a comprar un pez de dulce.

—*Pae Pepe*—repitió el chico llorando.

—¿Quieres una pandereta?... Sí, una pandereta grande, que suene mucho.

Las tres hacían esfuerzos para acallarle, ofreciéndole cuanto había que ofrecer. Después de comprada la pandereta, el chico dijo que quería una naranja. Le compraron también naranjas. La noche avanzaba y el tránsito se hacía difícil por la acera estrecha, resbaladiza y húmeda, tropezando a cada instante con la gente que la invadía.

—Verás, verás, ¡qué nacimiento tan bonito!—le decía Jacinta para calmarle—. ¡Y qué niños tan guapos! Y un pez grande, tremendo, todo de mazapán, para que te lo comas entero.

—*¡Gande, gande!*

A ratos se tranquilizaba, pero de repente le entraba el berrinche y se ponía a dar patadas en el aire. Rafaela, que era mujer de poquísimas fuerzas, ya no podía más. Guillermina se lo quitó de los brazos, diciendo:

—Dámelo acá..., no puedes ya con tu alma... Ea, caballerito; a callar se ha dicho...

El *Pituso* le dió un porrazo en la cabeza.

—Mira que te estrello... Verás la azotaina que te vas a llevar... Y ¡qué gordo está el tunante! Parece mentira...

—*Quelo un batón...*, ¡hostia!

—¿Un bastón?... También te lo compraremos, hijo, si te estás calladito... A ver dónde encontraremos bastones ahora...

—Buena falta le hace—dijo Guillermina—, y de los de acebuche, que escuecen bien, para enseñarle a no ser mañoso.

De esta manera llegaron a los portales y a la casa de Villuendas, ya cerrada la noche. Entraron por la tienda, y en la trastienda Jacinta se dejó caer fatigadísima sobre un saco lleno de mo-

nedas de cinco duros. Al *Pituso* le depositó Guillermina sobre un voluminoso fardo que contenía... ¡mil onzas!

IV

Los dependientes, que estaban haciendo el recuento y balance, metían en las arcas de hierro los cartuchos de oro y los paquetes de billetes de Banco, sujetos con un elástico. Otro contaba sobre una mesa pesetas gastadas y las cogía después con una pala, como si fueran lentejas. Manejaban el *género* con absoluta indiferencia, cual si los sacos de monedas lo fueran de patatas y las resmas de billetes de papel de estraza. A Jacinta le daba miedo ver aquello, y entraba siempre allí con cierto respeto, parecido al que le inspiraba la iglesia, pues el temor de llevarse algún billete de cuatro mil reales pegado a la ropa le ponía nerviosa.

Ramón Villuendas no estaba: pero Benigna bajó al momento, y lo primero que hizo fué observar atentamente la cara sucia de aquel aguinaldo que su hermana le traía.

—Qué, ¿no le encuentras parecido?... —díjole Jacinta, algo picada.

—La verdad, hija..., no sé qué te diga...

—Es el vivo retrato—afirmó la otra, queriendo cerrar la puerta, con una opinión absoluta, a todas las dudas que pudieran surgir.

—Podrá ser...

Guillermina se despidió, rogando a los dependientes que le cambiaran por billetes tres monedas de oro que llevaba.

—Pero me habéis de dar premio—les dijo—. Tres reales por ciento. Si no, me voy a la Lonja del Almidón, donde tienen más caridad que vosotros.

En esto entró el amo de la casa, y tomando las monedas, las miró sonriendo.

—Son falsas... Tienen hoja.

—Usted sí que tiene hoja—replicó la santa con gracia, y los demás también se reían—. Una peseta de premio por cada una.

—¡Cómo van subiendo!... Usted nos tira al degüello.

—Lo que merecéis, publicanos.

Villuendas tomó de un cercano montón dos duros y los añadió a los billetes del cambio.

—Vaya..., para que no diga...

—Gracias... Ya sabía yo que usted...

—A ver, doña Guillermina, espere un ratito—añadió Ramón—. ¿Es cierto lo que me han contado? Que usted, cuando no cae bastante dinero en la suscripción para la obra, le cuelga a San José un ladrillo al pescuezo para que busque cuartos...

—El señor San José no necesita que le colguemos nada, pues hace siempre lo que nos conviene... Conque buenas noches; ahí les queda ese caballerito. Lo primero que deben hacer es ponerle de remojo, para que se le ablande la mugre.

Ramón miró al *Pituso*. Su semblante no expresaba tampoco una convicción muy profunda respecto al parecido. Sonreía Benigna, y si no hubiera sido por consideración a su querida hermana, habría dicho del *Pituso* lo que de las monedas que no sonaban bien: *Es falso*, o, por lo menos, *tiene hoja*.

—Lo primero es que le lavemos.

—No se va a dejar—indicó Jacinta—. Este no ha visto nunca el agua. Vamos arriba.

Subiéronle, y, que quieras que no, le despojaron de los pingajos que vestía y trajeron un gran barreño de agua. Jacinta mojaba sus dedos en ella, diciendo con temor:

—¿Estará muy fría? ¿Estará muy caliente? ¡Pobre ángel, qué mal rato va a pasar!

Benigna no se andaba en tantos reparos, y, ¡pataplum!, le zambulló dentro, sujetándole brazos y piernas. ¡Cristo! Los chillidos del *Pituso* se oían desde la plaza Mayor. Enjabonáronle y restregáronle sin miramiento alguno, haciendo tanto caso de sus berridos como si fueran expresiones de alegría. Sólo Jacinta, más piadosa, agitaba el agua queriendo hacerle creer que aquello era muy divertido. Sacado al fin de aquel suplicio y bien envuelto en una sábana de baño, Jacinta le estrechó contra su seno, diciéndole que ahora sí que estaba guapo. El calorcillo calmaba la irritación de sus chillidos, cambiándolos en sollozos, y la reacción, junto con la limpieza, le animó la cara, tiñéndola de ese rosicler puro y celestial que tiene la infancia al salir del agua. Le frotaban para secarle, y sus brazos torneados, su fina tez y hermosísimo cuerpo producían a cada instante exclamaciones de admiración.

—¡Es un niño Jesús..., es una divinidad este muñeco!

Después empezaron a vestirle. Una le ponía las medias, otra le entraba una camisa finísima. Al sentir la molestia del vestir volvióle el mal humor, y trajéronle un espejo para que se mirara, a ver si el amor propio y la presunción acallaban su displicencia.

—Ahora, a cenar... ¿Tienes ganita?

El *Pituso* abría una boca descomunal y daba unos bostezos que eran la medida aproximada de su gana de comer.

—¡Ay, qué ganitas tiene el niño! Verás... Vas a comer cosas ricas...

—¡Patata!—gritó con ardor famélico.

—¡Qué patatas, hombre! Mazapán, sopa de almendra...

—¡Patata, hostia!—repitió él, pataleando.

—Bueno, patatitas; todo lo que tú quieras.

Ya estaba vestido. La buena ropa le caía tan bien que parecía haberla usado toda su vida. No fué algazara la que armaron los niños de Villuendas cuando le vieron entrar en el cuarto donde tenían su nacimiento; después, parecía que se alegraban; por fin, determináronse los sentimientos de recelo y suspicacia La familia menuda de aquella casa se componía de cinco cabezas, dos de niñas grandecitas, hijas de la primera mujer de Ramón, y los tres hijos de Benigna, dos de los cuales eran varones.

Juanín se quedó pasmado y lelo delante del nacimiento. La primera manifestación que hizo de sus ideas acerca de la libertad humana y de la propiedad colectiva consistió en meter mano a las velas de colores. Una de las niñas llevó tan a mal aquella falta de respeto, y dió unos chillidos tan fuertes, que por poco se arma allí la de San Quintín.

—¡Ay Dios mío!—exclamó Benigna—. Vamos a tener un disgusto con este salvajito...

—Yo le compraré a él muchas velas —afirmó Jacinta—. ¿Verdad, hijo, que tú quieres velas?

Lo que él quería principalmente era que le llenaran la barriga, porque volvió a dar aquellos bostezos que partían el alma.

—A comer, a comer—dijo Benigna, convocando a toda la tropa menuda. Y los llevó por delante como un hato de pavos. La comida estaba dispuesta para los niños, porque los papás cenarían aquella noche en casa del tío Cayetano.

Jacinta se había olvidado de todo, hasta de marcharse a su casa, y no supo apreciar el tiempo mientras duró la operación de lavar y vestir al *Pituso*. Al caer en la cuenta de lo tarde que era, púsose precipitadamente el manto y se despidió del *Pituso*, a quien dió muchos besos.

—¡Qué fuerte te da, hija!—le dijo su hermana, sonriendo. Y razón tenía hasta cierto punto, porque a Jacinta le faltaba poco para echarse a llorar.

Y Barbarita, ¿qué había hecho en la mañana de aquel día 24? Véamoslo. Desde que entró en San Ginés, corrió hacia ella Estupiñá como perro de presa que embiste, y le dijo, frotándose las manos:

—Llegaron las ostras gallegas. ¡Buen susto me ha dado el salmón! Anoche no he dormido. Pero con seguridad le tenemos. Viene en el tren de hoy.

Por más que el gran Rossini sostenga que aquel día oyó la misa con devoción, yo no lo creo. Es más: se puede asegurar que ni cuando el sacerdote alzaba en sus dedos al Dios sacramentado estuvo Plácido tan edificante como otras veces, ni los golpes de pecho que se dió retumbaban tanto como otros días en la caja del tórax. El pensamiento se le escapaba hacia la liviandad de las compras, y la misa le pareció larga, tan larga, que se hubiera atrevido a decir al cura, en confianza, que se *menease* más. Por fin, salieron la señora y su amigo. El se esforzaba en dar a lo que era gusto las apariencias del cumplimiento de un deber penoso. Se afanaba por todo, exagerando las dificultades.

—Se me figura—dijo con el mismo tono que debe de emplear Bismarck para decir al emperador Guillermo que desconfía de Rusia—que los pavos de la *escalerilla* no están todo lo bien cebados que debíamos suponer. Al salir hoy de casa les he tomado el peso uno por uno, y, francamente, mi parecer es que se los compremos a González. Los capones de éste son muy ricos... También les tomé el peso. En fin, usted lo verá.

Dos horas se llevaron en la calle de Cuchilleros cogiendo y soltando animales, acosados por los vendedores, a quienes Plácido trataba a la baqueta. Echábaselas él de tener un pulso tan fino para apreciar el peso, que ni un adarme se

le escapaba. Después de dejarse allí bastante dinero, tiraron por otro lado. Fueron a casa de Ranero para elegir algunas culebras del legítimo mazapán de Labrador, y aún tuvieron tela para una hora más.

—Lo que la señora debía haber hecho hoy—dijo Estupiñá sofocado y fingiéndose más sofocado de lo que estaba—es traerse una lista de cosas y así no se nos olvidaba nada.

Volvieron a la casa a las diez y media, porque Barbarita quería enterarse de cómo había pasado su hijo la noche, y entonces fué cuando Jacinta reveló lo del *Pituso* a su mamá política, quedándose ésta tan sorprendida como poco entusiasmada, según antes se ha dicho. Sin cuidado ya con respecto a Juan, que estaba aquel día mucho mejor, doña Bárbara volvió a echarse a la calle con su escudero y canciller. Aún faltaban algunas cosillas, la mayor parte de ellas para regalar a deudos y amigos de la familia. Del pensamiento de la gran señora no se apartaba lo que su nuera le había dicho. ¿Qué casta de nieto era aquél? Porque la cosa era grave... ¡Un hijo del *Delfín!* ¿Sería verdad? Virgen Santísima, ¡qué novedad tan estupenda! ¡Un nietecito por detrás de la iglesia! ¡Ah!, las resultas de los devaneos de marras... Ella se lo temía. Pero ¿y si todo era hechura de la imaginación exaltada de Jacinta y de su angelical corazón? Nada, nada; aquella misma noche, al acostarse, le había de contar todo a Baldomero.

Nuevas compras fueron realizadas en aquella segunda parte de la mañana, y cuando regresaban, cargados ambos de paquetes, Barbarita se detuvo en la plazuela de Santa Cruz, mirando con atención de compradora los nacimientos. Estupiñá se echaba a discurrir y no comprendía por qué la señora examinaba con tanto interés los puestos, estando ya todos los chicos de la parentela de Santa Cruz *surtidos de aquel artículo.* Creció el asombro de Plácido cuando vió que la señora, después de tratar como en broma un portal de los más bonitos, lo compró. El respeto selló los labios del amigo cuando ya se desplegaban para decir:

—¿Y para quién es este belén, señora?

La confusión y curiosidad del anciano llegaron al colmo cuando Barbarita, al subir la escalera de la casa, le dijo con cierto misterio:

—Dame esos paquetes y métete este armatoste debajo de la capa. Que no lo vea nadie cuando entremos.

¿Qué significaban estos tapujos? ¡Introducir un belén cual si fuera matute! Y como expertísimo contrabandista, hizo Plácido su alijo con admirable limpieza. La señora lo tomó en sus manos, y llevándolo a su alcoba con minuciosas precauciones para que de nadie fuera visto, lo escondió, bien cubierto con un pañuelo, en la tabla superior de su armario de luna.

Todo el resto del día estuvo la insigne dama muy atareada, y Estupiñá saliendo y entrando, pues cuando se creía que no faltaba nada, salíamos con que se había olvidado lo más importante. Llegada la noche, inquietó a Barbarita la tardanza de Jacinta, y cuando la vió entrar fatigadísima, el vestido mojado y toda hecha una lástima, se encerró un instante con ella, mientras se mudaba, y le dijo con severidad:

—Hija, pareces loca... Vaya por dónde te ha dado..., por traerme nietos a casa... Esta tarde tuve la palabra en la boca para contarle a Baldomero tu calaverada; pero no me atreví... Ya debes suponer si la cosa me parece grave...

Era crueldad expresarse así, y debía mi señora doña Bárbara considerar que allá se iban compras con compras y manías con manías. Y no paró aquí el réspice, pues a renglón seguido vino esta observación, que dejó helada a la infeliz Jacinta:

—Doy de barato que ese muñeco sea mi nieto. Pues bien: ¿no se te ocurre que el trasto de su madre puede reclamarlo y meternos en un pleitazo que nos vuelva locos?

—¿Cómo lo ha de reclamar si lo abandonó?—contestó la otra, sofocada, queriendo aparentar un gran desprecio de las dificultades.

—Sí, fíate de eso... Eres una inocente.

—Pues si lo reclama, no se lo daré —manifestó Jacinta con una resolución que tenía algo de fiereza—. Diré que es hijo mío, que le he parido yo, y que prueben lo contrario..., a ver, que me lo prueben.

Exaltada y fuera de sí, Jacinta, que se estaba vistiendo a toda prisa, soltó la ropa para darse golpes en el pecho y en el vientre. Barbarita quiso ponerse seria, pero no pudo.

—No, tú eres la que tienes que probar que lo has parido... Pero no pienses locuras, y tranquilízate ahora, que mañana hablaremos.

—¡Ay mamá!—dijo la nuera, enterneciéndose—. ¡Si usted le viera...!

Barbarita, que ya tenía la mano en el llamador de la puerta para marcharse, volvió junto a su nuera para decirle:

—Pero ¿se parece?... ¿Estás segura de que se parece?

—¿Quiere usted verlo? ¿Sí o no?

—Bueno, hija, le echaremos un vistazo... No es que yo crea... Necesito pruebas, pero pruebas muy claritas... No me fío yo de un parecido que puede ser ilusorio, y mientras Juan no me saque de dudas seguiré creyendo que a donde debe ir tu *Pituso* es a la Inclusa.

V

¡Excelente y alegre cena la de aquella noche en casa de los opulentos señores de Santa Cruz! Realmente no era cena, sino comida retrasada, pues no gustaba la familia de trasnochar, y, por tanto, caía dentro de la jurisdicción de la vigilia más rigurosa. Los pavos y capones eran para los días siguientes, y aquella noche cuanto se sirvió en la mesa pertenecía a los reinos de Neptuno. Sólo se sirvió carne a Juan, que estaba ya mejor y pudo ir a la mesa. Fué verdadero festín de cardenales, con desmedida abundancia de peces, mariscos y de cuanto cría la mar, todo tan por lo fino y tan bien aderezado y servido, que era una gloria. Veinticinco personas había en la mesa, siendo de notar que el conjunto de los convidados ofrecía perfecto muestrario de todas las clases sociales. La enredadera de que antes hablé había llevado allí sus vástagos más diversos. Estaba el marqués de Casa-Muñoz, de la aristocracia monetaria, y un Alvarez de Toledo, hermano del duque de Gravelinas, de la aristocracia antigua, casado con una Trujillo. Resultaba no sé qué irónica armonía de la conjunción aquella de los dos nobles, oriundo el uno del gran Alba y el otro sucesor de don Pascual Muñoz, dignísimo ferretero de la calle de Tintoreros. Por otro lado nos encontramos con Samaniego, que era casi un hortera, muy cerca de Ruiz-Ochoa, o sea la alta Banca. Villalonga representaba el Parlamento; Aparisi, el Municipio; Joaquín Pez, el Foro, y Federico Ruiz representaba muchas cosas a la vez: la Prensa, las Letras, la Filosofía, la Crítica musical, el Cuerpo de Bomberos, las Sociedades Económicas, la Arqueología y los Abonos químicos. Y Estupiñá, con su levita negra de paño fino, ¿qué representaba? El comercio antiguo, sin duda; las tradiciones de la calle de Postas, el contrabando, quizá *la religión de nuestros mayores*, por ser hombre tan sinceramente piadoso. Don Manuel Moreno Isla no fué aquella noche; pero sí Arnaiz el gordo, y Gumersindo Arnaiz, con sus tres pollas, Barbarita II, Andrea e Isabel; mas a sus tres hermanas eclipsaba Jacinta, que estaba guapísima, con un vestido muy sencillo de rayas negras y blancas sobre fondo encarnado. También Barbarita tenía buen ver. Desde su asiento al extremo de la mesa, Estupiñá la flechaba con sus miradas siempre que corrían de boca en boca elogios de aquellos platos tan ricos y de la variedad inaudita de pescados. El gran Rossini, cuando no miraba a su ídolo, charlaba sin tregua y en voz baja con sus vecinos, volviendo inquietamente a un lado y otro su perfil de cotorra.

Nada ocurrió en la cena digno de contarse. Todo fué alegría sin nubes y buen apetito sin ninguna desazón. El pícaro del *Delfín* hacía beber a Aparisi y a Ruiz para que se alegraran, porque uno y otro tenían un vino muy divertido, y al fin consiguió con el champaña lo que con el jerez no había conseguido. Aparisi, siempre que se ponía peneque, mostraba un entusiasmo exaltado por las glorias nacionales. Sus *jumeras* eran siempre una fuerte emersión de lágrimas patrióticas, porque todo lo decía llorando. Allí brindó por *los héroes de Trafalgar*, por *los héroes del Callao* y por otros muchos héroes marítimos; pero tan conmovido el hombre y con los músculos olfatorios tan respingados, que se creería que Churruca y Méndez Núñez eran sus papás y que olían muy mal. A Ruiz también le daba por el patriotismo y por los héroes, pero inclinándose a lo terrestre y empleando un cierto tono de fiereza. Allí sacó a Tetuán y a Zaragoza, poniendo al extranjero como chupa de dómine, diciendo, en fin, que *nuestro porvenir está en Africa*, y que el Estrecho es un arroyo español. De repente levantóse Estupi-

ñá el grande, copa en mano, y no puede formarse idea de la expectación y solemnísimo silencio que precedieron a su breve discurso. Conmovido y casi llorando, aunque no estaba *ajumao*, brindó por la noble compañía, por los nobles señores de la casa y por... (aquí una pausa de emoción y una cariñosa mirada a Jacinta...), y porque la noble familia tuviera pronto sucesión, como él esperaba... y sospechaba... y creía.

Jacinta se puso muy colorada, y todos, todos los presentes, incluso el *Delfín*, celebraron mucho la gracia. Después hubo gran tertulia en el salón; pero poco después de las doce se habían retirado todos. Durmió Jacinta sin sosiego, y a la mañana siguiente, cuando su marido no había despertado aún, salió para ir a misa. Oyóla en San Ginés, y después fué a casa de Benigna, donde encontró escenas de desolación. Todos los sobrinitos estaban alborotados, inconsolables, y en cuanto la vieron entrar corrieron hacia ella pidiendo justicia. ¡Vaya con lo que había hecho Juanín!... ¡Ahí era nada en gracia de Dios! Empezó por arrancarles la cabeza a las figuras del nacimiento..., y lo peor era que se reía al hacerlo, como si fuera una gracia. ¡Vaya una gracia! Era un sinvergüenza, un desalmado, un asesino. Así lo atestiguaban Isabel, Paquito y los demás, hablando confusa y atropelladamente, porque la indignación no les permitía expresarse con claridad. Disputábanse la palabra y se cogían a la tiita, empinándose sobre las puntas de los pies. Pero ¿adónde estaba el muy bribón? Jacinta vió aparecer su cara inteligente y socarrona. Cuando él la vió, quedóse algo turbado y se arrimó a la pared. Acercósele Jacinta, mostrándole severidad y conteniendo la risa... Pidióle cuentas de sus horribles crímenes... ¡Arrancar la cabeza a las figuras!... Escondía el *Pituso* la cara muy avergonzado, y se metía el dedo en la nariz... La mamá adoptiva no había podido obtener de él una respuesta, y las acusaciones rayaban en frenesí. Se le echaban en cara los delitos más execrables, y se hacía burla de él y de sus hábitos groseros.

—Tiita, ¿no sabes?—decía Ramona, riendo—. Se come las cáscaras de naranja...

—¡Chochino!

Otra voz infantil atestiguó con la mayor solemnidad que había visto más. Aquella mañana, Juanín estaba en la cocina royendo cáscaras de patata. Esto sí que era marranada.

Jacinta besó al delincuente, con gran estupefacción de los otros chicos.

—Pues tienes bonito el delantal.

Juanín tenía el delantal como si hubiera estado fregando los suelos con él. Toda la ropa estaba igualmente sucia.

—Tiita—le dijo Isabelita, haciéndose la ofendida—. Si vieras... No hace más que arrastrarse por los suelos y dar coces, como los burros. Se va a la basura y coge los puñados de ceniza para echárnosla por la cara...

Entró Benigna, que venía de misa, y corroboró todas aquellas denuncias, aunque con tono indulgente.

—Hija, no he visto un salvaje igual. El pobrecito... Bien se ve entre qué gentes se ha criado.

—Mejor... Así lo domesticaremos.

—¡Qué palabrotas dice!... Ramón se ha reído más... No sabes la gracia que le hace su lengua de arriero. Anoche nos dió malos ratos, porque llamaba a su *pae Pepe* y se acordaba de la pocilga en que ha vivido... ¡Pobrecito! Esta mañana se me orinó en la sala. Llegué yo y me le encontré con las enaguas levantadas... Gracias que no se le antojó hacerlo sobre el *puff*... Lo hizo en la coquera... He tenido que cerrar la sala, porque me destrozaba todo. ¿Has visto cómo ha puesto el nacimiento? A Ramón le hizo muchísima gracia..., y salió a comprar más figuras; porque si no, ¿quién aguanta a esta patulea? No puedes figurarte la que se armó aquí anoche. Todos llorando en coro, y el otro cogiendo figuras y estrellándolas contra el suelo.

—¡Pobrecillo!—exclamó Jacinta, prodigando caricias a su hijo adoptivo y a todos los demás, para evitar una tempestad de celos—. Pero ¿no veis que él se ha criado de otra manera que vosotros? Ya irá aprendiendo a ser fino. ¿Verdad, hijo mío?—Juan decía que sí con la cabeza y examinaba un pendiente de Jacinta—. Sí, pero no me arranques la oreja... Es preciso que todos seáis buenos amiguitos, y que os llevéis como hermanos. ¿Verdad, Juan, que tú no vuelves a romper las figuras?... ¿Verdad que no? Vaya, él es formal. Ramon-

cita, tú, que eres la mayor, enséñale en vez de reñirle.

—Es muy fresco; también se quería comer una vela—dijo Ramoncita, implacable.

—Las velas no se comen, no. Son para encenderlas... Veréis qué pronto aprende él todas las cosas... Si creeréis que no tiene talento.

—No hay medio de hacerle comer más que con las manos—apuntó Benigna, riendo.

—Pero, mujer, ¿cómo quieres que sepa?... Si en su vida ha visto él un tenedor... Pero ya aprenderá. ¿No observas lo listo que es?

Villuendas entró con las figuras.

—Vaya, a ver si éstas se salvan de la guillotina.

Mirábalas el *Pituso* sonriendo con malicia, y los demás niños se apoderaron de ellas, tomando todo género de precauciones para librarlas de las manos destructoras del salvaje, que no se apartaba de su madre adoptiva. El instinto, fuerte y precoz en las criaturas como en los animalitos, le impulsaba a pegarse a Jacinta y a no apartarse de ella mientras en la casa estaba... Era como un perrillo que prontamente distingue a su amo entre todas las personas que le rodean y se adhiere a él y le mima y acaricia.

Creíase Jacinta madre, y sintiendo un placer indecible en sus entrañas, estaba dispuesta a amar a aquel pobre niño con toda su alma. Verdad que era hijo de otra. Pero esta idea, que se interponía entre su dicha y Juanín, iba perdiendo gradualmente su valor. ¿Qué le importaba que fuera hijo de otra? Esa otra quizá había muerto, y si vivía, lo mismo daba, porque le había abandonado. Bastábale a Jacinta que fuera hijo de su marido para quererle ciegamente. ¿No quería Benigna a los hijos de la primera mujer de su marido como si fueran hijos suyos? Pues ella quería a Juanín como si le hubiera llevado en sus entrañas. ¡Y no había más que hablar! Olvido de todo, y nada de celos retrospectivos. En la excitación de su cariño, la dama acariciaba en su mente un plan algo atrevido. "Con ayuda de Guillermina—pensaba—, voy a hacer la pamema de que he sacado este niño de la Inclusa, para que en ningún tiempo me lo puedan quitar. Ella lo arreglará, y se hará un documento en toda regla... Seremos falsarias y Dios bendecirá nuestro fraude."

Le dió muchos besos, recomendándole que fuera bueno y no hiciese porquerías. Apenas se vió Juanín en el suelo, agarró el bastón de Villuendas y se fué derecho hacia el nacimiento en la actitud más alarmante. Villuendas se reía sin atajarle, gritando:

—¡Adiós mi dinero! ¡Eh!... ¡Socorro! ¡Guardias!

Chillido unánime de espanto y desolación llenó la casa. Ramoncita pensaba seriamente en que debía llamarse a la Guardia Civil.

—Pillo, ven acá; eso no se hace—gritó Jacinta, corriendo a sujetarle.

Una cosa agradaba mucho a la joven. Juanín no obedecía a nadie más que a ella. Pero la obedecía a medias, mirándola con malicia y suspendiendo su movimiento de ataque.

"Ya me conoce—pensaba ella—. Ya sabe que soy su mamá, que lo seré de veras... Ya, ya le educaré yo como es debido."

Lo más particular fué que cuando se despidió, el *Pituso* quería irse con ella.

—Volveré, hijo de mi alma, volveré... ¿Veis cómo me quiere? ¿Lo veis?... Conque portarse bien todos y no regañar. Al que sea malo no le quiero yo...

VI

No se le cocía el pan a Barbarita hasta no aplacar su curiosidad viendo aquella alhaja que su hija le había comprado: un nieto. Fuera éste apócrifo o verdadero, la señora quería conocerle y examinarle; y en cuanto tuvo Juan compañía, buscaron suegra y nuera un pretexto para salir, y se encaminaron a la morada de Benigna. Por el camino, Jacinta exploró otra vez el ánimo de su tía, esperando que se hubieran disipado sus prevenciones; pero vió con mucho disgusto que Barbarita continuaba tan severa y suspicaz como el día precedente.

—A Baldomero le ha sabido esto muy mal. Dice que es preciso garantías..., y, francamente, yo creo que has obrado muy de ligero...

Cuando entró en la casa y vió al *Pituso*, la severidad, lejos de disminuir, parecía más acentuada. Contempló Barba-

rita sin decir palabra al que le presentaban como nieto, y después miró a su nuera, que estaba en ascuas, con un nudo muy fuerte en la garganta. Mas de repente, y cuando Jacinta se disponía a oír denegaciones categóricas, la abuela lanzó una fuerte exclamación de alegría, diciendo así:

—¡Hijo de mi alma!... ¡Amor mío! Ven, ven a mis brazos.

Y lo apretó contra sí tan enérgicamente, que el *Pituso* no pudo menos de protestar con un chillido.

—¡Hijo mío!... Corazón..., gloria, ¡qué guapo eres!... Rico, tesoro; un beso a tu abuelita.

—¿Se parece?—preguntó Jacinta, no pudiendo expresarse bien, porque se le caía la baba, como vulgarmente se dice.

—¡Que si se parece!—observó Barbarita, tragándole con los ojos—. Clavado, hija, clavado... Pero ¿qué duda tiene? Me parece que estoy mirando a Juan cuando tenía cuatro años.

Jacinta se echó a llorar.

—Y por lo que hace a esa fantasmona...—agregó la señora, examinando más las facciones del chico—, bien se le conoce en este espejo que es guapa... Es una perfección este niño.

Y vuelta a abrazarle y a darle besos.

—Pues nada, hija—añadió después con resolución—, a casa con él.

Jacinta no deseaba otra cosa. Pero Barbarita corrigió al instante su propia espontaneidad, diciendo:

—No..., no nos precipitemos. Hay que hablar antes a tu marido. Esta noche sin falta se lo dices tú, y yo me encargo de volver a tantear a Baldomero... Si es clavado, pero clavado...

—¡Y usted que dudaba!

—Qué quieres... Era preciso dudar, porque estas cosas son muy delicadas. Pero la procesión me andaba por dentro. ¿Creerás que anoche he soñado con este muñeco? Ayer, sin saber lo que me hacía, compré un nacimiento. Lo compré maquinalmente, por efecto de un no sé qué..., mi resabio de compras movido del pensamiento que me dominaba.

—Bien sabía yo que usted, cuando le viera...

—¡Dios mío! ¡Y las tiendas cerradas hoy!—exclamó Barbarita en tono de consternación—. Si estuvieran abiertas, ahora mismo le compraba un vestidito de marinero, con su gorra en que diga: *Numancia*. ¡Qué bien le estará! Hijo de mi corazón, ven acá... No te me escapes; si te quiero mucho, si soy tu abuelita... Me dicen estos tontainas que has roto el camello del rey negro. Bien, vida mía, bien roto está. Ya le compraré yo a mi niño una gruesa de camellos y de reyes negros, blancos y de todos colores.

Jacinta tenía ya celos. Pero consolábase de ellos viendo que Juanín no quería estar en el regazo de su abuela y se deslizaba de los brazos de ésta para buscar los de su mamá verdadera. En aquel punto de la escena que se describe empezaron de nuevo las acusaciones y una serie de informes sobre los distintos actos de barbarie consumados por Juanín. Los cinco fiscales se enracimaban en torno a las dos damas, formulando cada cual su queja en los términos más difamatorios. ¡Válganos Dios lo que había hecho! Había cogido una bota de Isabelita y tirádola dentro de la jofaina llena de agua, para que nadase como un pato.

—¡Ay, qué rico!—clamaba Barbarita, comiéndosele a besos.

Después se había quitado su propio calzado, porque era un marrano que gustaba de andar descalzo con las patas sobre el suelo.

—¡Ay, qué rico!...

Quitóse también las medias y echó a correr detrás del gato, cogiéndolo por el rabo y dándole muchas vueltas... Por eso estaba tan malhumorado el pobre animalito... Luego se había subido a la mesa del comedor para pegarle un palo a la lámpara...

—¡Ay, qué rico!... ¡Cuidado que es desgracia!—repitió la señora de Santa Cruz, dando un gran suspiro—. ¡Las tiendas cerradas hoy!... Porque es preciso comprarle ropita, mucha ropita... Hay en casa de Sobrino unas medias de colores y unos trajecitos de punto que son una preciosidad... Angel, ven, ven con tu abuelita... ¡Ah!, ya conoce el muy pillo lo que has hecho por él, y no quiere estar con nadie más que contigo.

—Ya lo creo...—indicó Jacinta con orgullo—. Pero no; él es bueno, ¿sí?, y quiere también a su abuelita, ¿verdad?

Al retirarse, iban por la calle tan desatinadas la una como la otra. Lo dicho, dicho: aquella misma noche hablarían las dos a sus respectivos maridos.

Aquel día, que fué el 25, hubo gran

comida, y Juanito se retiró temprano de la mesa muy fatigado y con dolor de cabeza. Su mujer no se atrevió a decirle nada, reservándose para el día siguiente. Tenía tan bien preparado todo el discurso, que confiaba en pronunciarlo entero sin el menor tropiezo y sin turbarse. El 26 por la mañana entró don Baldomero en el cuarto de su hijo cuando éste se acababa de levantar, y ambos estuvieron allí encerrados como una media hora. Las dos damas esperaban ansiosas en el gabinete el resultado de la conferencia, y las impresiones de Barbarita no tenían nada de lisonjeras:

—Hija, Baldomero no se nos presenta muy favorable. Dice que es necesario probarlo..., ya ves tú, probarlo; y que eso del parecido será ilusión nuestra... Veremos lo que dice Juan.

Tan anhelantes estaban las dos, que se acercaron a la puerta de la alcoba por ver si pescaban alguna sílaba de lo que el padre y el hijo hablaban. Pero no se percibía nada. La conversación era sosegada, y a veces parecía que Juan se reía. Pero estaba de Dios que no pudieran salir de aquella cruel duda tan pronto como deseaban. Pareció que el mismo demonio lo hizo, porque en el momento de salir don Baldomero del cuarto de su hijo, he aquí que se presentan en el despacho Villalonga y Federico Ruiz. El primero cayó sobre Santa Cruz para hablarle de los préstamos al Tesoro que hacía con dinero suyo y ajeno, ganándose el ciento por ciento en pocos meses, y el segundo se metió de rondón en el cuarto del *Delfín*. Jacinta no pudo hablar con éste; pero se sorprendió mucho de verle risueño y de la mirada maliciosa y un tanto burlona que su marido le echó.

Fueron todos a almorzar y el misterio continuaba. Cuenta Jacinta que nunca como en aquella ocasión sintió ganas de dar a una persona de bofetadas y machacarla contra el suelo. Hubiera destrozado a Federico Ruiz, cuya charla insustancial y mareante, como zumbido de abejón, se interponía entre ella y su marido. El maldito tenía en aquella época la demencia de los castillos; estaba haciendo averiguaciones sobre todos los que en España existen más o menos ruinosos, para escribir una gran obra heráldica, arqueológica y de castrametación sentimental, que, aunque estuviese bien hecha, no había de servir para nada. Mareaba a Cristo con sus aspavientos por si tales o cuales ruinas eran bizantinas, mudéjares o lombardas con influencia mozárabe y perfiles románicos.

—¡Oh! ¡El castillo de Coca! Pues ¿y el de Turégano?... Pero ninguno llegaba a los del Bierzo... ¡Ah! ¡El Bierzo!... La riqueza que hay en ese país es un asombro.

Luego resultaba que la tal *riqueza* era de muros depedazados, de aleros podridos y de bastiones que se caían piedra a piedra. Ponía los ojos en blanco, las manos en cruz y los hombros a la altura de las orejas, para decir:

—Hay una ventana en el castillo de Ponferrada que..., vamos..., no puedo expresar lo que es aquello...

Creeríase que por la tal ventana se veía al Padre Eterno y a toda la corte celestial. "Caramba con la ventana—pensaba Jacinta, a quien le estaba haciendo daño el almuerzo—. Me gustaría de veras si sirviera para tirarte por ella a la calle con todos tus condenados castillos."

Villalonga y don Baldomero no prestaban ni pizca de atención a los entusiasmos de su insufrible amigo, y se ocupaban en cosas de más sustancia.

—Porque, figúrese usted..., el director del Tesoro acepta el préstamo en consolidado, que está a trece..., y extiende el pagaré por todo el valor nominal..., al interés de doce por ciento. Usted vaya atando cabos...

—Es escandaloso... ¡Pobre país!...

Un instante se vieron solos Juanito y su mujer y pudieron decirse cuatro palabras. Jacinta quiso hacerle una pregunta que tenía preparada; pero él se anticipó, dejándola yerta con esta crudelísima frase, dicha en tono cariñoso:

—Nena, ven acá: ¿conque hijitos tenemos?

Y no era posible explicarse más, porque la tertulia se enzarzó y vinieron otros amigos, que empezaron a reír y a bromear, tomándole el pelo a Federico Ruiz con aquello de los castillos y preguntándole con seriedad si los había estudiado todos sin que se le escapase alguno en la cuenta. Después la conversación recayó en la política. Jacinta estaba desesperada, y en los ratos que podía cambiar una palabrita con su suegra, ésta ponía una cara muy desconsolada, diciéndole:

—Mal negocio, hija, mal negocio.

Por la noche, comensales otra vez, y luego tertulia y mucha gente. Hasta las doce duró aquel martirio. Se marcharon al fin uno a uno. Jacinta los hubiera echado, abriendo todas las ventanas y sacudiéndolos con una servilleta, como se hace con las moscas. Cuando su marido y ella se quedaron solos, parecíale la casa un paraíso; pero sus ansiedades eran tan grandes que no podía saborear el dulce aislamiento. ¡Solos en la alcoba! Al fin...

Juan cogió a su mujer cual si fuera una muñeca, y le dijo:

—Alma mía, tus sentimientos son de ángel; pero tu razón, allá por esas nubes, se deja alucinar. Te han engañado; te han dado un soberbio timo.

—Por Dios, no me digas eso—murmuró Jacinta, después de una pausa en que quiso hablar y no pudo.

—Si desde el principio hubieras hablado conmigo...—añadió el *Delfín*, muy cariñoso—. Pero aquí tienes el resultado de tus tapujos... ¡Ah las mujeres! Todas ellas tienen una novela en la cabeza, y cuando lo que imaginan no aparece en la vida, que es lo más común, sacan su composicioncita...

Estaba la infeliz tan turbada que no sabía qué decir.

—Ese José Izquierdo...

—Es un tunante. Te ha engañado de la manera más chusca... Sólo tú, que eres la misma inocencia, puedes caer en redes tan mal urdidas... Lo que me espanta es que Izquierdo haya podido tener ideas... Es tan bruto, pero tan bruto, que en aquella cabeza no cabe una invención de esta clase. Por lo bestia que es, parece honrado sin serlo. No, no discurrió él tan gracioso timo. O mucho me engaño, o esto salió de la cabeza de un novelista que se alimenta con judías.

—El pobre Ido es incapaz...

—De engañar a sabiendas, eso sí. Pero no te quepa duda. La primitiva idea de que ese niño es mi hijo debió de ser suya. La concebiría como sospecha, como inspiración artísticoflatulenta, y el otro se dijo: "Pues toma, aquí hay un negocio." Lo que es a *Platón* no se le ocurre; de eso estoy seguro.

Jacinta, anonadada, quería defender su tema a todo trance.

—Juanín es tu hijo, no me lo niegues —replicó llorando.

—Te juro que no... ¿Cómo quieres que te lo jure?... ¡Ay Dios mío! Ahora se me está ocurriendo que ese pobre niño es el hijo de la hijastra de Izquierdo. ¡Pobre Nicolasa! Se murió de sobreparto. Era una excelente chica. Su niño tiene, con diferencia de tres meses, la misma edad que tendría el mío si viviese.

—¡Si viviese!

—Si viviese..., sí... Ya ves cómo te canto claro. Esto quiere decir que no vive.

—No me has hablado nunca de eso —declaró severamente Jacinta—. Lo último que me contaste fué..., qué sé yo... No me gusta recordar esas cosas. Pero se me vienen al pensamiento sin querer. "No la vi más, no supe más de ella; intenté socorrerla y no la pude encontrar." A ver, ¿fué esto lo que me dijiste?

—Sí, y era la verdad, la pura verdad. Pero más adelante hay otro episodio, del cual no te he hablado nunca, porque no había para qué. Cuando ocurrió, hacía ya un año que estábamos casados; vivíamos en la mejor armonía... Hay ciertas cosas que no se deben decir a una esposa. Por discreta y prudente que sea una mujer, y tú lo eres mucho, siempre alborota algo en tales casos; no se hace cargo de las circunstancias, ni se fija en los móviles de las acciones. Entonces callé, y creo firmemente que hice bien en callar. Lo que pasó no es desfavorable para mí. Podía habértelo dicho; pero ¿y si lo interpretabas mal? Ahora ha llegado la ocasión de contártelo y veremos qué juicio formas. Lo que sí puedo asegurarte es que ya no hay más. Esto que te voy a decir es el último párrafo de una historia que te he referido por entregas. Y se acabó. Asunto agotado... Pero es tarde, hija mía; nos acostaremos, dormiremos, y mañana...

VII

—No, no, no—gritó Jacinta, más bien airada que impaciente—. Ahora mismo... ¿Crees que yo puedo dormir en esta ansiedad?

—Pues lo que es yo, chiquilla, me acuesto—dijo el *Delfín*, disponiéndose a hacerlo—. Si creerás tú que te voy a revelar algo que pone los pelos de punta. ¡Si no es nada!... Te lo cuento porque es la prueba de que te han engañado.

Veo que pones una cara muy tétrica. Pues si no fuera porque el lance es bastante triste, te diría que te rieras... ¡Te has de quedar más convencida...! Y no te apures por la *plancha*, hija. Ahí tienes lo que las personas sacan de ser demasiado buenas. Los ángeles, como que están acostumbrados a volar, no andan por la tierra sin dar un traspié a cada paso.

Se había acostumbrado de tal modo Jacinta a la idea de hacer suyo a Juanín, de criarle y educarle como hijo, que le lastimaba el sentirlo arrancado de sí por una prueba, por un argumento en que intervenía la aborrecida mujer aquella cuyo nombre quería olvidar. Lo más particular era que seguía queriendo al *Pituso*, y que su cariño y su amor propio se sublevaban contra la idea de arrojarle a la calle. No le abandonaría ya, aunque su marido, su suegra y el mundo entero se rieran de ella y la tuvieran por loca y ridícula.

—Y ahora—siguió Santa Cruz, muy bien empaquetado entre sus sábanas—, despídete de tu novela, de esa grande invención de dos ingenios, Ido del Sagrario y José Izquierdo... Vamos allá... Lo último que te dije fué...

—Fué que se había marchado de Madrid y que no pudiste averiguar adónde. Esto me lo contaste en Sevilla...

—¡Qué memoria tienes! Pues pasó tiempo, y al año de casados, un día, de repente, plaf..., entras tú en mi cuarto y me das una carta.

—¿Yo?

—Sí, una cartita que trajeron para mí. La abro, me quedo así un poco atontado... Me preguntas qué es, y te digo: "Nada, es la madre del pobre Valledor, que me pide una recomendación para el alcalde..." Cojo mi sombrero, y a la calle.

—¡Volvía a Madrid, te llamaba, te escribía!...—observó Jacinta, sentándose al borde del lecho, la mirada fija, apagada la voz.

—Es decir, hacía que me escribieran, porque la pobrecilla no sabe... "Pues, señor, no hay más remedio que ir allá." Cree que tu pobre marido iba de muy mal humor. No puedes figurarte lo que le molestaba la resurrección de una cosa que creía muerta y desaparecida para siempre. "¿Por dónde saldrá ahora?... ¿Para qué me llamará?" Yo decía también: "De fijo que hay muchacho por en medio." Esta sucesión me cargaba. "Pero, en fin, ¡qué remedio!...", pensaba, al subir por aquellas oscuras escaleras. Era una casa de la calle de Hortaleza, al parecer de huéspedes. En el bajo hay tienda de ataúdes. Y ¿qué era? Que la infeliz había venido a Madrid con su hijo, con el mío, ¿por qué no decirlo claro?, y con un hombre, el cual estaba muy mal de fondos, lo que no tiene nada de particular... Llegar y ponerse malo el pobre niño fué todo uno. Vióse la pobre en un trance muy apurado. ¿A quién acudir? Era natural: a mí. Yo se lo dije: "Has hecho perfectamente..." La más negra era que el garrotillo le cogió al pobrecito nene tan de filo, que cuando yo llegué... (te va a dar mucha pena, como me la dió a mí...), pues sí, cuando llegué el pobre niño estaba expirando. Lo que yo me decía al verla hecha un mar de lágrimas: "¿Por qué no me avisaste antes?" Claro, yo habría llevado uno o dos buenos médicos, y quién sabe, quién sabe si le hubiéramos salvado.

Jacinta callaba. El terror no le dejaba articular palabra.

—¿Y tú no lloraste?—fué lo primero que se le ocurrió decir.

—Te aseguro que pasé un rato..., ¡ay, qué rato! ¡Y tener que disimular en casa delante de ti! Aquella noche ibas tú al Real. Yo fuí también; pero te juro que en mi vida he sentido, como en aquella noche, la tristeza agarrada a mi alma. Tú no te acordarás... No sabías nada.

—Y...

—Y nada más. Le compré la cajita azul más bonita que había en la tienda de abajo, y se le llevó al cementerio en un carro de lujo con dos caballos empenachados, sin más compañía que la del hombre de Fortunata y el marido, o lo que fuera, de la patrona. En la Red de San Luis, mira lo que son las casualidades, me encontré a mamá... Díjome: "¡Qué palido estás!" "Es que vengo de casa de Moreno Vallejo, a quien le han cortado hoy una pierna." En efecto, le habían cortado la pierna, a consecuencia de la caída del caballo. Diciéndolo, miré desaparecer por la calle de la Montera abajo el carro con la cajita azul... ¡Cosas del mundo! Vamos a ver: si yo te hubiera contado esto, ¿no habrían sobrevenido mil disgustos, celos y cuestiones?

—Quizá no—dijo la esposa, dando un

gran suspiro—. Según lo que venga detrás. ¿Qué pasó después?

—Todo lo que sigue es muy soso. Desde que se dió tierra al pequeñuelo, yo no tenía otro deseo que ver a la madre tomando el portante. Puedes creérmelo: no me interesaba nada. Lo único que sentía era compasión por sus desgracias, y no era floja la de vivir con aquel bárbaro, un tiote grosero que la trataba muy mal y no la dejaba ni respirar. ¡Pobre mujer! Yo le dije, mientras él estaba en el cementerio: "¿Cómo es que vives con ese animal y le aguantas?" Y respondióme: "No tengo más amparo que esta fiera. No le puedo ver; pero el agradecimiento..." Es triste cosa vivir de esta manera, aborreciendo y agradeciendo. Ya ves cuánta desgracia, cuánta miseria hay en este mundo, niña mía... Bueno, pues sigo diciéndote que aquella infeliz pareja me dió la gran jaqueca. El tal, que era mercachifle de estos que ponen puestos en las ferias, pretendía una plaza de contador de la Depositaría de un pueblo. ¡Valiente animal! Me atosigaba con sus exigencias, y aun con amenazas, y no tardé en comprender que lo que quería era sacarme dinero. La pobre Fortunata no me decía nada. Aquel bestia no le permitía que me viera y hablara sin estar él presente, y ella, delante de él, apenas alzaba del suelo los ojos: tan aterrorizada la tenía. Una noche, según me contó la patrona, la quiso matar el muy bruto. ¿Sabes por qué? Porque me había mirado. Así lo decía él... Me puedes creer, como ésta es noche, que Fortunata no me inspiraba sino lástima. Se había desmejorado mucho de físico, y en lo espiritual no había ganado nada. Estaba flaca, sucia; vestía de pingos, que olían mal, y la pobreza, la vida de perros y la compañía de aquel salvaje habíanle quitado gran parte de sus atractivos. A los tres días se me hicieron insoportables las exigencias de la fiera, y me avine a todo. No tuve más remedio que decir: "Al enemigo que huye, puente de plata"; y con tal de verlos marchar, no me importaba el sablazo que me dieron. Aflojé los cuartos a condición de que se habían de ir inmediatamente. Y aquí paz y después gloria. Y se acabó mi cuento, niña de mi vida, porque no he vuelto a saber una palabra de aquel respetable tronco, lo que me llena de contento.

Jacinta tenía su mirada engarzada en los dibujos de la colcha. Su marido le tomó una mano y se la apretó mucho. Ella no decía más que "¡Pobre *Pituso*, pobre Juanín!" De repente una idea hirió su mente como un latigazo, sacándola de aquel abatimiento en que estaba. Era la convicción última que se revolvía furiosa en las agonías del vencimiento. No existe nada que se resigne a morir, y el error es quizá lo que con más bravura se defiende de la muerte. Cuando el error se ve amenazado de esa ridiculez a que el lenguaje corriente da el nombre de *plancha*, hace desesperados esfuerzos, azuzado por el amor propio, para prolongar su existencia. De los escombros de sus ilusiones deshechas sacó, pues, Jacinta el último argumento, el último; pero lo esgrimió con brío, quizá por lo mismo que ya no tenía más.

—Todo lo que has dicho será verdad; no lo pongo en duda. Pero yo no te digo sino una cosa: ¿Y el parecido?

Lo mismo fué oír esto el *Delfín* que partirse de risa.

—¡El parecido! Si no hay tal parecido, ni lo puede haber. Sólo existe en tu imaginación. Los chicos de esa edad se parecen siempre a quien quiere el que los mira. Obsérvale bien ahora, examínale las facciones con imparcialidad, pero con imparcialidad y conciencia, ¿sabes?..., y si después de esto sigues encontrando parecido, es que hay brujería en ello.

Jacinta le contemplaba en su mente con aquella imparcialidad tan recomendada, y..., la verdad..., el parecido subsistía..., aunque un poquillo borroso y desvaneciéndose por grados. En la desesperación de su inevitable derrota, encontró aún la dama otro argumento:

—Tu mamá también le encontró un gran parecido.

—Porque tú le calentaste la cabeza. Tú y mamá sois dos buenas maniáticas. Yo reconozco que en esta casa hace falta un chiquitín. También yo lo deseo tanto como vosotras; pero esto, hija de mi alma, no se puede ir a buscar a las tiendas, ni lo debe traer Estupiñá debajo de la capa, como las cajas de cigarros. El parecido, convéncete, tontuela, no es más que la exaltación de tu pensamiento por causa de esa maldita novela del niño encontrado. Y puedes creerlo: si como historia el caso es falso, como novela es

cursi. Si no, fíjate en las personas que te han ayudado al desarrollo de tu obra: Ido del Sagrario, un flatulento; José Izquierdo, un loco de la clase de caballerías! Guillermina, una loca santa, pero loca al fin. Luego viene mamá, que al verte a ti chiflada, se chifla también. Su bondad le oscurece la razón, como a ti, porque sois tan buenas que a veces, creélo, es preciso ataros. No, no te rías; a las personas que son muy buenas, muy buenas, llega un momento en que no hay más remedio que atarlas.

Jacinta se sonreía con tristeza, y su marido le hizo muchas caricias, afanándose por tranquilizarla. Tanto le rogó que se acostara, que al fin accedió a ello.

—Mañana—dijo ella—irás conmigo a verle.

—¿A quién?... ¿Al chiquillo de Nicolasa?... ¡Yo!

—Aunque no sea más que por curiosidad... Considéralo como una compra que hemos hecho las dos maniáticas. Si compráramos un perrito, ¿no querrías verlo?

—Bueno, pues iré. Falta que mamá me deje salir mañana..., y bien podría, que este encierro me va cargando ya.

Acostóse Jacinta en su lecho, y al poco rato observó que su esposo dormía. Ella tenía poco sueño y pensaba en lo que acababa de oír. ¡Qué cuadro más triste y qué visión aquella de la miseria humana! También pensó mucho en el *Pituso*. "Se me figura que ahora le quiero más. ¡Pobrecito, tan lindo, tan mono y no parecerse...! Pero si yo me confirmo en que se parece... ¡Que es ilusión! ¿Cómo ha de ser ilusión? No me vengan a mí con cuentos. Aquellos plieguecitos de la nariz cuando se ríe..., aquel entrecejo..." Y así estuvo hasta muy tarde.

El 28 por la mañana, ya de vuelta de misa, entró Barbarita en la alcoba del matrimonio joven a decirles que el día estaba muy bueno, y que el enfermo podía salir bien abrigado.

—Os cogéis el coche y os vais a dar una vuelta por el Retiro.

Jacinta no deseaba otra cosa, ni el *Delfín* tampoco. Sólo que en vez de ir al Retiro, se personaron en casa de Ramón Villuendas. Hallábase éste en el escritorio; pero cuando los vió entrar subió con ellos, deseando presenciar la escena del reconocimiento, que esperaba fuera patética y teatral. Mucho se pasmaron él y Benigna de que Juan viera al pequeñuelo con sosegada indiferencia, sin hacer ninguna demostración de cariño paternal.

—Hola, barbián—dijo Santa Cruz, sentándose y cogiendo al chico por ambas manos—. Pues es guapo de veras. Lástima que no sea nuestro... No te apures, mujer, ya vendrá el verdadero *Pituso*, el legítimo, de los propios cosecheros o de la propia tía Javiera.

Benigna y Ramón miraban a Jacinta.

—Vamos a ver—prosiguió el otro, constituyéndose en tribunal—. Vengan ustedes aquí y digan imparcialmente, con toda rectitud y libertad de juicio, si este chico se parece a mí.

Silencio. Lo rompió Benigna para decir:

—Verdaderamente.... yo... nunca encontré tal parecido.

—¿Y tú?—preguntó Juan a Ramón.

—Yo..., pues digo lo mismo que Benigna.

Jacinta no sabía disimular su turbación.

—Ustedes dirán lo que quieran..., pero yo... Es que no se fijan bien... Y en último caso, vamos a ver, ¿me negarán que es monísimo?

—¡Ah! Eso, no..., y que tiene que ser un gran pillete. Tiene a quién salir. Su padre fué primero empleado en el *gas*; después, punto figurado en la casa de juego del *pulpitillo*.

—¡Punto figurado! Y ¿qué es eso?

—¡Oh! Una gran posición... El papa de este niño, si no me engaño, debe de estar ahora tomando aires en Ceuta.

—Eso, eso, no—indicó Jacinta con rabia—. ¿También quieres tú infamar a mi niño? Dámelo acá... ¿No es verdad, hijo, que tu papá no...?

Todos se echaron a reír. Consolábase ella de su desairada situación besándole y diciendo:

—Mirad cómo me quiere. Pues, no, no le abandono, aunque lo mande quien lo mande. Es mío.

—Como que te ha costado tu dinero

VIII

El chico le echó los brazos al cuello y miró a los demás con rencor, como indignado de la nota infamante que se quería arrojar sobre su estirpe. Los otros

niños se lo llevaron para jugar, no sin que antes le hiciera Jacinta muchas carantoñas, por lo cual dijo Benigna que *no debía darle tan fuerte.*

—Cállate tú... Digo que no le abandono. Me lo llevaré a casa.

—¿Estás loca?—insinuó el *Delfín* con severidad.

—No, que estoy bien cuerda.

—Vamos, ten discreción... No digo yo tampoco que se le eche a la calle; pero en el Hospicio, bien recomendado, no lo pasaría mal.

—¡En el Hospicio!—exclamó Jacinta, con la cara muy encendida—. ¡Para que me lo manden a los entierros... y le den de comer bazofias!...

—Pero ¿tú qué crees? Eres una criatura. ¿De dónde sacas que así se toman niños ajenos? Chica, chica, estás en pleno romanticismo.

Benigna y su marido manifestaron con enérgicos signos de cabeza que aquello del romanticismo estaba muy bien dicho.

—Pero si yo también le quiero proteger—afirmó Juan, apreciando los sentimientos de su mujer, y disculpando su exageración—. Ha sido una suerte para él haber caído en nuestras manos, librándose de las de Izquierdo. Pero no disloquemos las ideas. Una cosa es protegerle y otra llevárnoslo a casa. Aunque yo quisiera darte ese gusto, falta que mi padre lo consintiera. Tus buenos sentimientos te hacen delirar, ¿verdad, Benigna? Yo le he dicho que a las personas muy buenas, muy buenas, es menester atarlas algunas veces. Esta es un ángel, y los ángeles caen en la tontería de creer que el mundo es el cielo. El mundo no es el cielo, ¿verdad, Ramón?, y nuestras acciones no pueden ser basadas en el criterio angelical. Si todo lo que piensan y sienten los ángeles, como mi mujer, se llevara a la práctica, la vida sería imposible, absolutamente imposible Nuestras ideas deben inspirarse en las ideas generales, que son el ambiente moral en que vivimos. Yo bien sé que se debe aspirar a la perfección; pero no dando de puntapiés a la armonía del mundo, ¡pues bueno estaría!..., a la armonía del mundo, que es..., para que lo sepas..., un grandioso mecanismo de imperfecciones, admirablemente equilibradas y combinadas. Vamos a ver, ¿te he convencido, sí o no?

—Así, así—replicó Jacinta muy triste, un poco aturdida por las paradojas de su marido.

Jacinta tenía idea tan alta de los talentos y de las sabias lecturas del *Delfín,* que rara vez dejaba de doblegarse ante ellas, aunque en su fuero interno guardase algunos juicios independientes que la modestia y la subordinación no le permitían manifestar. No habían transcurrido diez segundos después de aquel *así, así,* cuando se oyó una gran chillería.

—¿Qué es, qué hay?

¡Qué había de ser sino alguna barbaridad de Juanín! Así lo comprendió Benigna, corriendo alarmada al comedor, de donde el temeroso estrépito venía.

—¡Bien por los chicos valientes!—dijo Santa Cruz, a punto que Ramón Villuendas se despedía para bajar al escritorio. Jacinta corrió al comedor y a poco volvió aterrada.

—¿No sabes lo que ha hecho? Había en el comedor una bandeja de arroz con leche. Juanín se sube sobre una silla y empieza a coger el arroz con leche a puñados..., así, así, y después de hartarse, lo tira por el suelo y se limpia las manos en las cortinas.

Oyóse la voz de Benigna, hecha una furia:

—Te voy a matar..., ¡indecente!, ¡cafre!

Los demás chicos aparecieron chillando. Jacinta los regañó:

—Pero vosotros, tontainas, ¿no veíais lo que estaba haciendo? ¿Por qué no avisasteis? ¿Es que le dejáis enredar para después reíros y armar estos alborotos?

—Mujer, llévate, llévate de una vez de mi casa este cachorro de tigre—dijo Benigna, entrando muy soliviantada—. ¡Virgen del Carmen, mi bandeja de arroz con leche!

Los chicos de Villuendas saltaban gozosos.

—Vosotros tenéis la culpa, bobones; vosotros, que le azuzáis—díjoles la tiita, que en alguien tenía que descargar su enfado.

—Tú le tienes que lavar—manifestó Benigna, sin cejar en su cólera—, tú, tú. ¡Cómo me ha puesto las cortinas!

—Bueno, mujer, le lavaré. No te apures.

—Y vestirle de limpio. Yo no puedo. Bastante tengo con los míos... Y nada más.

—Vaya, no alborotes tanto, que todo ello es poca cosa.

Jacinta y su marido fueron al comedor, donde le encontraron hecho un adefesio, cara, manos y vestido llenos de aquella pringue.

—Bien, bien por los hombres bravos —gritó Juan en presencia de la fiera—. Mano al arroz con leche. Me hace gracia este muchacho.

—Te voy a matar, pillo—le dijo su mamá adoptiva, arrodillándose ante él y conteniendo la risa—. Te has puesto bonito... Verás qué jabonadura te vas a llevar.

Mientras duró el lavatorio, los Villuendas chicos se enracimaban en torno a su tiito, subiéndosele a las rodillas y colgándosele de los brazos para contarle las grandes cochinadas que hacía el bruto de Juanín. No sólo se comía las velas, sino que lamía los platos, y *dimpués*... tiraba los tenedores al suelo. Cuando su papá Ramón le reprendía, le enseñaba la lengua, diciendo *hostias* y otras *isprisiones* feas, y *dimpués*... hacía una cosa muy indecente, ¡vaya!, que era levantarse el vestido por detrás, dar media vuelta echándose a reír y enseñar el culito.

Santa Cruz no podía permanecer serio. Volvió al fin Jacinta, trayendo de la mano al delincuente, ya lavado y vestido de limpio, y a poco entró Benigna, completamente aplacada, y encarándose con su cuñado, le dijo con la mayor seriedad:

—¿Tienes ahí un duro? No tengo suelto.

Juan se apresuró a sacar el duro, y en el mismo momento en que lo ponía en la mano de Benigna, Jacinta y los chicos soltaron una carcajada. Santa Cruz cayó de su burro.

—Me la has dado, chica. No me acordaba de que es hoy día de Inocentes. Buena ha sido, buena. Ya me extrañó a mí un poco que en esta casa del dinero no hubiera suelto.

—Tomad—dijo Benigna a los niños—; vuestro tiito os convida a dulces.

—Para inocentadas—indicó Juan riendo—, la que nos ha querido dar mi mujer.

—A mí, no—replicó Benigna—. Aquí hemos hablado mucho de esto, y, la verdad, él podría ser auténtico; pero la tostada del parecido no la encontrábamos. Y pues resulta que esta preciosa fierecita no es de la familia..., yo me alegro, y pido que me hagan el favor de quitármela de casa. Bastantes jaquecas me dan las mías.

Jacinta y su marido le rogaron al retirarse que le tuviese un día más. Ya decidirían.

Cosas muy crueles había de oír Jacinta aquel día; pero de cuanto oyó nada le causara tanto asombro y descorazonamiento como estas palabras que Barbarita le dijo al oído:

—Baldomero está incomodado con tu bromazo. Juan le habló claro. No hay tal hijo ni a cien mil leguas. La verdad, tú te precipitaste; y en cuanto al parecido... Hablando con franqueza, hija: no se parece nada, pero nada.

Era lo que le quedaba que oír a Jacinta.

—Pero usted..., ¡por la Virgen Santísima!, también...—atrevióse a decir cuando el espanto se lo permitió—, también usted creyó...

—Es que se me pegaron tus ilusiones —replicó la suegra, esforzándose en disculpar su error—. Dice Juan que es manía; yo lo llamo ilusión, y las ilusiones se pegan como las viruelas. Las ideas fijas son contagiosas. Por eso, mira tú, por eso tengo yo tanto miedo a los locos y me asusto tanto de verme a su lado. Es que cuando alguno está cerca de mí y se pone a hacerme visajes me pongo también yo a hacer lo mismo. Somos monos de imitación... Pues sí, convéncete: lo del parecido es ilusión, y las dos .., lo diré muy bajito, las dos hemos hecho una soberbia plancha. Y ahora, ¿qué hacer? No se te pase por la cabeza traerle aquí. Baldomero no lo consiente, y tiene mucha razón. Yo..., si he de decirte la verdad, le he tomado cariño. ¡Ay!, sus salvajadas me divierten. ¡Es tan mono! ¡Qué ojitos aquéllos! Pues ¿y los plieguecitos de la nariz?... Y aquella boca, aquellos labios, el piquito que hace con los labios, sobre todo. Ven acá y verás el nacimiento que le compré.

Llevó a Jacinta a su cuarto de vestir, y después de mostrarle el nacimiento, le dijo:

—Aquí hay más contrabando. Mira. Esta mañana fuí a las tiendas, y... aquí tienes: medias de color, un traje de punto azul, a estilo inglés. Mira la gorra que

dice *Numancia*. Este es un capricho que yo tenía. Estará saladísimo. Te juro que si no le veo con el letrero en la frente voy a tener un disgusto.

Jacinta oyó y vió esto con melancolía.

—¡Si supiera usted lo que hizo esta mañana!—dijo; y contó el lance del arroz con leche.

—¡Ay Dios mío, qué gracioso!... Es para comérselo... Yo, te digo la verdad, le traería a casa si no fuera porque a Baldomero y a Juan no les gustan estos tapujos... ¡Ay!, de veras te lo digo. No puede una vivir sin tener algún ser pequeñito a quien adorar. ¡Hija de mi alma! Es una gran desgracia para todos que tú no nos *des* algo.

A Jacinta se le clavó esta frase en el corazón, y estuvo temblando un rato en él y agrandando la herida, como sucede con las flechas que no se han clavado bien.

—Pues sí, esta casa es muy..., muy sosona. Le falta una criatura que chille y alborote, que haga diabluras, que nos traiga a todos mareados. Cuando le hablo de esto a Baldomero, se ríe de mí; pero bien se le conoce que es hombre dispuesto a andar por esos suelos a cuatro pies, con los chicos a la pelea.

—Puesto que Benigna no le quiere tener—dijo la nuera—, ni es posible tampoco tenerle aquí, le pondremos en casa de Candelaria. Yo le pasaré un tanto al mes a mi hermana para que el huésped no sea una carga pesada...

—Me parece muy bien pensado, pero muy bien pensado. Está como las gatas paridas, escondiendo las crías hoy aquí, mañana allá.

—Y ¿qué remedio hay?... Porque lo que es al Hospicio no va. Eso que no lo piensen... ¡Qué cosas se le ocurren a mi marido! Ya, como a él no le han hecho ir nunca a los entierros, pisando lodos, aguantando la lluvia y el frío, le parece muy natural que el otro pobrecito se críe entre ataúdes... Sí, está fresco.

—Yo me encargo de pagarle la pensión en casa de Candelaria—dijo Barbarita, secreteándose con su hija como los chiquillos que están concertando una travesura—. Me parece que debo empezar por comprarle una camita. ¿A ti qué te parece?

Replicó la otra que le parecía muy bien y se consoló mucho con esta conversación, dándose a forjar planes y a imaginar goces maternales. Pero quiso su mala suerte que aquel mismo día o el próximo cortase el vuelo de su mente don Baldomero, el cual la llamó a su despacho para echarle el siguiente sermón:

—Querida, me ha dicho Bárbara que estás muy confusa por no saber qué hacer con ese muchacho. No te apures; todo se arreglará. Porque tú te ofuscaras, no vamos a echarle a la calle. Para otra vez, bueno será que no te dejes llevar de tu buen corazón... tan a paso de carga, porque todo debe moderarse, hija, hasta los impulsos sublimes... Dice Juan, y está muy en lo justo, que los procedimientos angelicales trastornan la sociedad. Como nos empeñemos todos en ser perfectos, no nos podremos aguantar unos a otros, y habría que andar a bofetadas... Bueno, pues te decía que ese pobre niño queda bajo mi protección; pero no vendrá a esta casa, porque sería indecoroso, ni a la casa de ninguna persona de la familia, porque parecería tapujo.

No estaba conforme con estas ideas Jacinta; pero el respeto que su padre político le inspiraba le quitó el resuello, imposibilitándola de expresar lo mucho y bueno que se le ocurría.

—Por consiguiente—prosiguió el respetable señor, tomándole a su nuera las dos manos—, ese caballerito que compraste será puesto en el asilo de Guillermina... No hay que fruncir las cejas. Allí estará como en la gloria. Ya he hablado con la santa. Yo le pensiono, para que se le dé educación y una crianza conveniente. Aprenderá un oficio, y quién sabe, quién sabe si una carrera. Todo está en que saque disposición. Paréceme que no te entusiasmas con mi idea. Pero reflexiona un poquito y verás que no hay otro camino... Allí estará tan ricamente, bien comido, bien abrigado... Ayer le di a Guillermina cuatro piezas de paño del Reino para que les haga chaquetas. Verás qué guapines los va a poner. ¡Y que no les llenan bien la barriga en gracia de Dios! Observa, si no, los cachetes que tienen, y aquellos colores de manzana. Ya quisieran muchos niños, cuyos papás gastan levita y cuyas mamás se zarandean por ahí, estar tan lucios y bien apañados como están los de Guillermina.

Jacinta se iba convenciendo, y cada vez sentía menos fuerza para oponerse

a las razones de aquel excelente hombre.

—Sí; aquí donde me ves—agregó Santa Cruz con jovialidad—, yo también le tengo cariño a ese muñeco...; quiero decir que no me libré del contagio de vuestra manía de meter chicos en esta casa. Cuando Bárbara me lo dijo, estaba ella tan creída de que era mi nieto, que yo también me lo tragué. Verdad que exigí pruebas...; pero mientras venían las tales pruebas, perdí la chaveta..., ¡cosas de viejo!, y estuve todo aquel día haciendo catálogos. Yo procuraba no darle mucha cuerda a Bárbara, ni dejarme arrastrar por ella, y me decía: "Tengamos serenidad y no chocheemos hasta ver..." Pero pensando en ello, te lo digo ahora en confianza, salí a la calle, me reía solo, y sin saber lo que me hacía, me metí en el Bazar de la Unión y...

Don Baldomero, acentuando más su sonrisa paternal, abrió una gaveta de su mesa y sacó un objeto envuelto en papeles.

—Y le compré esto... Es un acordeón. Pensaba dárselo cuando lo trajerais a casa... Verás qué instrumento tan bonito y qué buenas voces... Veinticuatro reales.

Cogiendo el acordeón por las dos tapas, empezó a estirarlo y a encogerlo, haciendo *finflán* repetidas veces. Jacinta se reía y al propio tiempo se le escaparon dos lágrimas. Entró entonces de improviso Barbarita, diciendo:

—¿Qué música es ésta?... A ver, a ver.

—Nada, querida—declaró el buen señor, acusándose francamente—. Que a mí también se me fué el santo al cielo. No lo quería decir. Cuando tú me saliste con que lo del nieto era una novela, *finflán*, me dió la idea de tirar esta música a la calle, sin que nadie la viera; pero ya que se compró para él, *finflán*, que la disfrute..., ¿no os parece?

—A ver, dame acá—indicó Barbarita, contentísima, ansiosa de tañer el pueril instrumento—. ¡Ah!, calavera, así me gastas el dinero en vicios. Dámelo..., lo tocaré yo..., *finflán*... ¡Ay!, no sé qué tiene esto... ¡Da un gusto oírlo! Parece que alegra toda la casa.

Y salió tocando por los pasillos y diciendo a Jacinta:

—Bonito juguete..., ¿verdad? Ponte la mantilla, que ahora mismo vamos a llevárselo, *finflán*.

CAPITULO XI

FINAL QUE VIENE A SER PRINCIPIO

I

Quien manda, manda. Resolvióse la cuestión del *Pituso* conforme a lo dispuesto por don Baldomero, y la propia Guillermina se lo llevó una mañanita a su asilo, donde quedó instalado. Iba Jacinta a verle muy a menudo, y su suegra la acompañaba casi siempre. El niño estaba tan mimado, que la fundadora del establecimiento tuvo que tomar cartas en el asunto, amonestando severamente a sus amigas y cerrándoles la puerta no pocas veces. En los últimos días de aquel infausto año entráronle a Jacinta melancolías, y no era para menos, pues el desairado y risible desenlace de la novela *pitusiana* hubiera abatido al más pintado. Vinieron luego otras cosillas, menudencias si se quiere; pero como caían sobre un espíritu ya quebrantado, resultaban con mayor pesadumbre de la que por sí tenían. Porque Juan, desde que se puso bueno y tomó calle, dejó de estar tan expansivo, sobón y dengoso como en los días del encierro, y se acabaron aquellas escenas nocturnas en que la confianza imitaba el lenguaje de la inocencia. El *Delfín* afectaba una gravedad y un seso propios de su talento y reputación; pero acentuaba tanto la postura, que parecía querer olvidar con una conducta sensata las chiquilladas del período catarral. Con su mujer mostrábase siempre afable y atento, pero frío, y a veces un tanto desdeñoso. Jacinta se tragaba este acíbar sin decir nada a nadie. Sus temores de marras empezaban a condensarse, y atando cabos y observando pormenores, trataba de personalizar las distracciones de su marido. Pensaba primero en la institutriz de las niñas de Casa-Muñoz, por ciertas cosillas que había visto casualmente, y dos o tres frases, cazadas al vuelo, de una conversación de Juan con su confidente Villalonga. Después tuvo esto por un disparate y se fijó en una amiga suya, casada con Moreno Vallejo, tendero de novedades de muy reducido capital. Dicha señora gastaba un lujo estrepitoso, dando mucho que hablar. Había, pues, un amante. A Jacinta se le pu-

so en la cabeza que éste era el *Delfín*, y andaba desalada tras una palabra, un acento, un detalle cualquiera que se lo confirmase. Más de una vez sintió las cosquillas de aquella rabietina infantil que le entraba de sopetón, y daba patadillas en el suelo y tenía que refrenarse mucho para no irse hacia él y tirarle del pelo diciéndole: "Pillo..., farsante", con todo lo demás que en una gresca matrimonial se acostumbraba. Lo que más le atormentaba era que le quería más cuando él se ponía tan juicioso haciendo el bonitísimo papel de una persona que está en la sociedad para dar ejemplo de moderación y buen criterio. Y nunca estaba Jacinta más celosa que cuando su marido se daba aquellos aires de formalidad, porque la experiencia le había enseñado a conocerle, y ya se sabía: cuando el *Delfín* se mostraba muy decidor de frases sensatas, envolviendo a la familia en el incienso de su argumentación paradójica, *picos pardos* seguros.

Vinieron días marcados en la historia patria por sucesos resonantes, y aquella familia feliz discutía estos sucesos como los discutíamos todos. ¡El 3 de enero de 1874!... ¡El golpe de Estado de Pavía! No se hablaba de otra cosa, ni había nada mejor de que hablar. Era grato al temperamento español un cambio teatral de instituciones, y volcar una situación como se vuelca un puchero electoral. Había estado admirablemente hecho, según don Baldomero, y el ejército había salvado *una vez más* a la desgraciada nación española. El Consolidado había llegado a 11, y las acciones del Banco, a 138. El crédito estaba hundido. La guerra y la anarquía no se acababan: habíamos llegado al *período álgido del incendio*, como decía Aparisi, y pronto, muy pronto, el que tuviera una peseta la enseñaría como cosa rara.

Deseaban todos que fuese Villalonga a la casa para que les contara la memorable sesión de la noche del 2 al 3, porque la había presenciado en los escaños rojos. Pero el representante del país no aportaba por allá. Por fin se apareció el día de Reyes por la mañana. Pasaba Jacinta por el recibimiento, cuando el amigo de la casa entró.

—Tocaya, buenos días... ¿Cómo están por aquí? Y el monstruo, ¿se ha levantado ya?

Jacinta no podía ver al dichoso tocayo. Fundábase esta antipatía en la creencia de que Villalonga era el corruptor de su marido y el que le arrastraba a la infidelidad.

—Papá ha salido—díjole no muy risueña—. ¡Cuánto sentirá no verle a usted para que le cuente eso!... ¿Tuvo usted mucho miedo? Dice Juan que se metió usted debajo de un banco.

—¡Ay, qué gracia! ¿Ha salido también Juan?

—No, se está vistiendo. Pase usted.

Y fué detrás de él, porque siempre que los dos amigos se encerraban, hacía ella los imposibles por oír lo que decían, poniendo su orejita rosada en el resquicio de la mal cerrada puerta. Jacinto esperó en el gabinete, y su tocaya entró a anunciarle.

—Pero qué, ¿ha venido ya ese pelagatos?

—Si..., resalao..., aquí estoy.

—Pasa, danzante... ¡Dichosos los ojos...!

El amigote entró. Jacinta notaba en los ojos de éste algo de intención picaresca. De buena gana se escondería detrás de una cortina para estafarles sus secretos a aquel par de tunantes. Desgraciadamente, tenía que ir al comedor a cumplir ciertas órdenes que Barbarita le había dado... Pero daría una vueltecita y trataría de pescar algo.

—Cuenta, chico, cuenta. Estábamos rabiando por verte.

Y Villalonga dió principio a su relato delante de Jacinta; pero en cuanto ésta se marchó, el semblante del narrador inundóse de malicia. Miraron ambos a la puerta; cercioróse el compinche de que la esposa se había retirado, y volviéndose hacia el *Delfín*, le dijo con la voz temblorosa que emplean los conspiradores domésticos:

—Chico, ¿no sabes... la noticia que te traigo?... ¡Si supieras a quién he visto! ¿Nos oirá tu mujer?

—No, hombre, pierde cuidado—replicó Juan, poniéndose los botones de la pechera—. Claréate pronto.

—Pues he visto a quien menos puedes figurarte... Está aquí.

—¿Quién?

—Fortunata... Pero no tienes idea de su transformación. ¡Vaya un cambiazo! Está guapísima, elegantísima. Chico, me quedé turulato cuando la vi.

Oyéronse los pasos de Jacinta. Cuan-

do apareció levantando la cortina, Villalonga dió una brusca retorcedura a su discurso:

—No, hombre, no me has entendido; la sesión empezó por la tarde y se suspendió a las ocho. Durante la suspensión se trató de llegar a una inteligencia. Yo me acercaba a todos los grupos a oler aquel guisado... ¡Jum!, malo, malo. El Ministerio Palanca se iba cociendo, se iba cociendo... A todas éstas..., ¡figúrate si estarían ciegos aquellos hombres!..., a todas éstas, fuera de las Cortes se estaba preparando la máquina para echarles la zancadilla. Zalamero y yo salíamos y entrábamos a turno para llevar noticias a una casa de la calle de la Greda, donde estaban Serrano, Topete y otros. "Mi general, no se entienden. Aquello es una balsa de aceite... hirviendo. Tumban a Castelar. En fin, se ha de ver ahora." "Vuelva usted allá. ¿Habrá votación?" "Creo que sí." "Tráiganos usted el resultado."

—El resultado de la votación—indicó Santa Cruz—fué contrario a Castelar. Di una cosa, ¿y si hubiera sido favorable?

—No se habría hecho nada. Tenlo por cierto. Pues como te decía, habló Castelar...

Jacinta ponía mucha atención a esto; pero entró Rafaela a llamarla y tuvo que retirarse.

—Gracias a Dios que estamos solos otra vez—dijo el compinche después que la vió salir—. ¿Nos oirá?

—¿Qué ha de oír?... ¡Qué medroso te has vuelto! Cuenta, pronto. ¿Dónde la viste?

—Pues anoche... estuve en el Suizo hasta las diez. Después me fuí un rato al Real, y al salir ocurrióme pasar por Praga a ver si estaba allí Joaquín Pez, a quien tenía que decir una cosa. Entro, y lo primero que me veo es una pareja... en las mesas de la derecha... Quedéme mirando como un bobo... Eran un señor y una mujer vestida con una elegancia..., ¿cómo te diré?, con una elegancia improvisada. "Yo conozco esa cara", fué lo primero que se me ocurrió. Y al instante caí... "¡Pero si es esa condenada de Fortunata!..." Por mucho que yo te diga, no puedes formarte idea de la metamorfosis... Tendrías que verla por tus propios ojos. Está de rechupete. De fijo que ha estado en París, porque sin pasar por allí no se hacen ciertas transformaciones. Púseme todo lo cerca posible, esperando oírla hablar. "¿Cómo hablará?", me decía yo. Porque el talle y el corsé, cuando hay dentro calidad, los arreglan los modistos fácilmente; pero lo que es el lenguaje... Chico, habías de verla y te quedarías lelo, como yo. Dirías que su elegancia es de lance y que no tiene aire de señora... Convenido; no tiene aire de señora; ni falta...; pero eso no quita que tenga un aire seductor, capaz de... Vamos, que si la ves, tiras piedras. Te acordarás de aquel cuerpo sin igual, de aquel busto estatuario, de esos que se dan en el pueblo y mueren en la oscuridad cuando la civilización no los busca y los *presenta*. Cuántas veces lo dijimos: "¡Si este busto supiera explotarse...!" Pues, ¡hala!, ya lo tienes en perfecta explotación. ¿Te acuerdas de lo que sostenías?... "El pueblo es la cantera. De él salen las grandes ideas y las grandes bellezas. Viene luego la inteligencia, el arte, la mano de obra; saca el bloque, lo talla"... Pues, chico, ahí la tienes bien labrada... ¡Qué líneas tan primorosas!... Por supuesto, hablando, de fijo que mete la pata. Yo me acercaba con disimulo. Comprendí que me había conocido y que mis miradas la cohibían... ¡Pobrecilla! Lo elegante no le quitaba lo ordinario, aquel no sé qué de pueblo, cierta timidez que se combina no sé cómo con el descaro, la conciencia de valer muy poco, pero muy poco, moral e intelectualmente, unida a la seguridad de esclavizar..., ¡ah bribonas!, a los que valemos más que ellas...; digo, no me atrevo a afirmar que valgamos más, como no sea por la forma... En resumidas cuentas, chico, está que *ahuma*. Yo pensaba en la cantidad de agua que había precedido a la transformación. Pero, ¡ah!, las mujeres aprenden esto muy pronto. Son el mismo demonio para asimilarse todo lo que es del reino de la *toilette*. En cambio, yo apostaría que no ha aprendido a leer... Son así; luego dicen que si las pervertimos. Pues volviendo a lo mismo, la metamorfosis es completa. Agua, figurines, la fácil costumbre de emperejilarse; después seda, terciopelo, el sombrerito...

—¡Sombrero!—exclamó Juan en el colmo de la estupefacción.

—Sí; y no puedes figurarte lo bien

que le cae. Parece que lo ha llevado toda la vida... ¿Te acuerdas del pañolito por la cabeza, con el pico arriba y la lazada?... ¡Quién lo diría! ¡Qué transiciones!... Lo que te digo... Las que tienen genio, aprenden en un abrir y cerrar de ojos. La raza española es tremenda, chico, para la asimilación de todo lo que pertenece a la forma... ¡Pero si habías de verla tú...! Yo, te lo confieso, estaba pasmado, absorto, embebe...

¡Ay Dios mío!, entró Jacinta, y Villalonga tuvo que dar un quiebro violentísimo...

—Te digo que estaba embebecido. El discurso de Salmerón fué admirable..., pero de lo más admirable... Aún me parece que estoy viendo aquella cara de *hijo del desierto,* y aquel movimiento horizontal de los ojos y la gallardía de los gestos. Gran hombre; pero yo pensaba: "No te valen tus filosofías; en buena te has metido, y ya verás la que te tenemos armada." Habló después Castelar. ¡Qué discursazo! ¡Qué valor de hombre! ¡Cómo se crecía! Parecíame que tocaba al techo. Cuando concluyó: "A votar, a votar..."

Jacinta volvió a salir sin decir nada. Sospechaba quizá que en su ausencia los tunantes hablaban de otro asunto, y se alejó con ánimo de volver y aproximarse cautelosa.

—Y aquel hombre..., ¿quién era?—preguntó el *Delfín,* que sentía el ardor de una curiosidad febril.

II

—Te diré... Desde que le vi, me dije: "Yo conozco esa cara." Pero no pude caer en quién era. Entró Pez y hablamos... El también quería reconocerle. Nos devanábamos los sesos. Por fin caímos en la cuenta de que habíamos visto a aquel sujeto dos días antes en el despacho del director del Tesoro. Creo que hablaba con éste del pago de unos fusiles encargados a Inglaterra. Tiene acento catalán, gasta bigote y perilla..., cincuenta años..., bastante antipático. Pues verás: como Joaquín y yo la mirábamos tanto, el tío aquel se escamaba. Ella no *se timaba...,* parecía como vergonzosa..., ¡y qué mona estaba con su vergüenza!... ¿Te acuerdas de aquel palmito descolorido con cabos negros? Pues ha mejorado mucho, porque está más gruesa, más llena de cara y de cuerpo.

Santa Cruz estaba algo aturdido. Oyóse la voz de Barbarita, que entraba con su nuera.

—Salí de estampía...—siguió Villalonga—a anunciar a los amigos que había empezado la votación... A los pies de usted, Barbarita... Yo bien, ¿y usted? Aquí estaba contando... Pues decía que eché a correr...

—Hacia la calle de la Greda.

—No..., los amigos se habían trasladado a una casa de la calle de Alcalá, la de Casa-Irujo, que tiene ventanas al parque del Ministerio de la Guerra...; subo y me los encuentro muy desanimados. Me asomé con ellos a las ventanas que dan a Buenavista, y no vi nada... "Pero ¿a cuándo esperan? ¿En qué están pensando?..." Francamente, yo creí que el golpe se había chafado y que Pavía no se atrevía a echar las tropas a la calle. Serrano, impaciente, limpiaba los cristales empañados, para mirar, y abajo no se veía nada. "Mi general—le dije—, yo veo una faja negra, que así de pronto, en la oscuridad de la noche, parece un zócalo... Mire usted bien, ¿no será una fila de hombres?" "¿Y qué hacen ahí pegados a la pared?" "Vea usted, vea usted, el zócalo se mueve. Parece una culebra que rodea todo el edificio y que ahora se desenrosca... ¿Ve usted?... La punta se extiende hacia las rampas." "Soldados son", dijo en voz baja el general, y en el mismo instante entró Zalamero con medio palmo de lengua fuera, diciendo: "La votación sigue; la ventaja que llevaba al principio Salmerón la lleva ahora Castelar...: nueve votos... Pero aún falta por votar la mitad del Congreso... Ansiedad en todas las caras... A mí me tocaba entonces ir allá, para traer el resultado final de la votación... Tras, tras..., cojo mi calle del Turco, y entrando en el Congreso, me encontré a un periodista que salía: "La proposición lleva diez votos de ventaja. Tendremos Ministerio Palanca." ¡Pobre Emilio!... Entré. En el salón estaban votando ya las filas de arriba. Eché un vistazo y salí. Di la vuelta por la curva, pensando lo que acababa de ver en Buenavista, la cinta negra enroscada en el edificio... Figueras salió por la escalerilla del reloj, y me dijo: "Usted ¿qué cree, habrá trifulca esta no-

che?" Y le respondí: "Váyase usted tranquilo, maestro, que no habrá nada..." "Me parece", dijo con socarronería. Y a poco pasa un portero, y me dice con la mayor tranquilidad del mundo que por la calle del Florín había tropa. "¿De veras? Visiones de usted. ¡Qué tropa ni qué niño muerto!" Yo me hacía de nuevas. Asomé la jeta por la puerta del reloj. "No me muevo de aquí —pensé, mirando a la mesa—. Ahora veréis lo que es canela..." Estaban leyendo el resultado de la votación. Leían los nombres de todos los votantes, sin omitir uno. De repente aparecen por la puerta del rincón de Fernando el Católico varios quintos mandados por un oficial, y se plantan junto a la escalera de la mesa. Parecían comparsa de teatro. Por la otra puerta entró un coronel viejo de la Guardia Civil.

—El coronel Iglesias—dijo Barbarita, que deseaba terminase el relato—. De buena escapó el país... Bien, Jacinto, supongo que almorzará usted con nosotros.

—Pues ya lo creo—dijo el *Delfín*.—Hoy no le suelto; y pronto, mamá, que es tarde.

Barbarita y Jacinta salieron.

—¿Y Salmerón, qué hizo?

—Yo puse toda mi atención en Castelar, y le vi llevarse la mano a los ojos y decir: "¡Qué ignominia!" En la mesa se armó un barullo espantoso..., gritos, protestas. Desde el reloj vi una masa de gente, todos en pie... No distinguía al presidente. Los quintos, inmóviles... De repente, ¡pum!, sonó un tiro en el pasillo...

—Y empezó la desbandada... Pero dime otra cosa, chico. No puedo apartar de mi pensamiento... ¿Decías que llevaba sombrero?

—¿Quién?... ¡Ah! ¿Aquélla? Sí, sombrero, y de muchísimo gusto—dijo el compinche con tanto énfasis como si continuara narrando el suceso histórico—, y vestido azul elegantísimo y abrigo de terciopelo...

—¿Tú estás de guasa? Abrigo de terciopelo.

—Vaya..., y con pieles; un abrigo soberbio. Le caía tan bien..., que...

Entró Jacinta sin anunciarse ni con ruido de pasos ni de ninguna otra manera. Villalonga giró sobre el último concepto como una veleta impulsada por fuerte racha de viento.

—El abrigo que yo llevaba..., mi gabán de pieles..., quiere decir, que en aquella marimorena me arrancaron una solapa..., la piel de una solapa, quiero decir...

—Cuando se metió usted debajo del banco.

—Yo no me metí debajo de ningún banco, tocaya. Lo que hice fué ponerme en salvo, como los demás, por lo que pudiera tronar.

—Mira, mira, querida esposa—dijo Santa Cruz, mostrando a su mujer el chaleco, que se quitó apenas puesto—. Mira cómo cuelga ese último botón de abajo. Hazme el favor de pegárselo o decirle a Rafaela que se lo pegue, o, en último caso, llamar al coronel Iglesias.

—Venga acá—dijo Jacinta con mal humor, saliendo otra vez.

—En buen apuro me vi, camaraíta —dijo Villalonga, conteniendo la risa—. ¿Se enteraría? Pues verás: otro detalle. Llevaba unos pendientes de turquesas que eran la gracia divina sobre aquel cutis moreno pálido. ¡Ay, qué orejitas de Dios y qué turquesas! Te las hubieras comido. Cuando los vimos levantarse nos propusimos seguir a la pareja para averiguar dónde vivía. Toda la gente que había en Praga la miraba, y ella más parecía corrida que orgullosa. Salimos..., tras, tras..., calle de Alcalá, Peligros, Caballero de Gracia, ellos delante, nosotros detrás. Por fin dieron fondo en la calle del Colmillo. Llamaron al sereno, les abrió, entraron. Es una casa que está en la acera del Norte, entre la tienda de figuras de yeso y el establecimiento de burras de leche..., allí.

Entró Jacinta con el chaleco.

—Vamos..., a ver... ¿Manda usía otra cosa?

—Nada más, hijita; muchas gracias. Dice este monstruo que no tuvo miedo y que se salió tan tranquilo... Yo no lo creo.

—¿Pero miedo a qué?... Si yo estaba en el ajo... Os diré el último detalle para que os asombréis. Los cañones que puso Pavía en las bocacalles estaban descargados. Y ya veis lo que pasó dentro. Dos tiros al aire, y lo mismo que se desbandan los pájaros posados en un árbol cuando dais debajo de él dos palmadas, así se desbandó la Asamblea de la República.

—El almuerzo está en la mesa. Ya

pueden ustedes venir—dijo la esposa, que salió delante de ellos muy preocupada.

—¡Estómagos, a defenderse!

Algunas palabras había cogido la *Delfina* al vuelo, que no tenían, a su parecer, ninguna relación con aquello de las Cortes, el coronel Iglesias y el Ministerio Palanca. Indudablemente, había moros por la costa. Era preciso descubrir, perseguir y aniquilar el corsario a todo trance. En la mesa versó la conversación sobre el mismo asunto. Y Villalonga, después de volver a contar el caso con todos sus pelos y señales para que lo oyera don Baldomero, añadió diferentes pormenores que daban color a la historia.

—¡Ah! Castelar tuvo golpes admirables: "¿Y la Constitución federal?..." "La quemasteis en Cartagena."

—¡Qué bien dicho!

—El único que se resistía a dejar el local fué Díaz Quintero, que empezó a pegar gritos y a forcejear con los guardias civiles. Los diputados y el presidente abandonaron el salón por la puerta del reloj y aguardaron en la biblioteca a que los dejaran salir. Castelar se fué con dos amigos por la calle del Florín y retiróse a su casa, donde tuvo un fuerte ataque de bilis.

Estas referencias o noticias sueltas eran en aquella triste historia como las uvas desgranadas que quedan en el fondo del cesto después de sacar los racimos. Eran las más maduras, y quizá por esto las más sabrosas.

III

En los siguientes días, la observadora y suspicaz Jacinta notó que su marido entraba en casa fatigado, como hombre que ha andado mucho. Era la perfecta imagen del corredor que va y viene y sube escaleras y recorre calles sin encontrar el negocio que busca. Estaba cabizbajo, como los que pierden dinero, como el cazador impaciente que se desperna de monte en monte sin ver pasar alimaña cazable; como el artista desmemoriado a quien se le escapa del filo del entendimiento la idea feliz o la imagen que vale para él un mundo. Su mujer trataba de reconocerle, echando en él la sonda de la curiosidad, cuyo plomo eran los celos; pero el *Delfín* guardaba sus pensamientos muy al fondo, y cuando advertía conatos de sondaje íbase más abajo todavía.

Estaba el pobre Juanito Santa Cruz sometido a horroroso suplicio de la idea fija. Salió, investigó, rebuscó, y la mujer aquella, visión inverosímil que había trastornado a Villalonga, no parecía por ninguna parte. ¿Sería sueño o ficción vana de los sentidos de su amigo? La portera de la casa indicada por Jacinto se prestó a dar cuantas noticias se le exigían; mas lo único de provecho que Juan obtuvo de su indiscreción complaciente fué que en la casa de huéspedes del segundo habían vivido un señor y una señora, "guapetona ella", durante dos días nada más. Después habían desaparecido... La portera declaraba con notoria agudeza que, a su parecer, el señor se había largado por el tren, y la *individua*, señora... o lo que fuera..., *andaba por Madrid*. Pero ¿dónde demonios andaba? Esto era lo que había que averiguar. Con todo su talento no podía Juan darse explicación satisfactoria del interés, de la curiosidad o afán amoroso que despertaba en él una persona a quien dos años antes había visto con indiferencia y hasta con repulsión. La forma, la pícara forma, alma del mundo, tenía la culpa. Había bastado que la infeliz joven abandonada, miserable y quizá maloliente, se trocase en la aventurera elegante, limpia y seductora, para que los desdenes del hombre del siglo, que rinde culto al arte personal, se trocaran en un afán ardiente de apreciar por sí mismo aquella transformación admirable, prodigio de esta nuestra edad de seda. "Si esto no es más que curiosidad, pura curiosidad... —se decía Santa Cruz, caldeando su alma turbada—. Seguramente, cuando la vea me quedaré como si tal cosa; pero quiero verla, quiero verla a todo trance..., y mientras no la vea no creeré en la metamorfosis." Y esta idea le dominaba de tal modo, que lo infructuoso de sus pesquisas produciale un dolor indecible, y se fué exaltando, y por último figurábase que tenía sobre sí una grande, irreparable desgracia. Para acabar de aburrirle y trastornarle, un día fué Villalonga con nuevos cuentos.

—He averiguado que el hombre aquel es un trapisondista... Ya no está en Madrid. Lo de los fusiles era un timo..., letras falsificadas.

—Pero ella...

—A ella la ha visto ayer Joaquín Pez. Sosiégate, hombre, no te vaya a dar algo. ¿Dónde, dices? Pues por no sé qué calle. La calle no importa. Iba vestida con la mayor humildad... Tú dirás, como yo: ¿y el abrigo de terciopelo?..., ¿y el sombrerito?..., ¿y las turquesas?... Paréceme que me dijo Joaquín que aún llevaba las turquesas... No, no, no dijo esto: porque si las hubiera llevado, no las habría visto. Iba de pañuelo a la cabeza, bien anudado debajo de la barba, y con un mantón negro de mucho uso y un gran lío de ropa en la mano... ¿Te explicas esto? ¿No? Pues yo sí... En el lío iba el abrigo, y quizá otras prendas de ropa...

—Como si lo viera—apuntó Juanito con rápido discernimiento—. Joaquín la vió entrar en una casa de préstamos.

—Hombre, ¡qué talentazo tienes!... Verde y con asa...

—Pero ¿no la vió salir?... ¿No la siguió después para ver dónde vive?

—Eso te tocaba a ti... También él lo habría hecho. Pero considera, alma cristiana, que Joaquinito es de la Junta de Aranceles y Valoraciones, y precisamente había junta aquella tarde, y nuestro amigo iba al Ministerio con la puntualidad de un Pez.

Quedóse Juan con esta noticia más pensativo y peor humorado, sintiendo arreciar los síntomas del mal que padecía y que principalmente se alojaba en su imaginación, mal de ánimo con mezcla de un desate nervioso acentuado por la contrariedad. ¿Por qué la despreció cuando la tuvo como era, y la solicitaba cuando se volvió muy distinta de lo que había sido?... El pícaro ideal, ¡ay!, el eterno *¿cómo será?*

Y la pobre Jacinta, a todas éstas, descrismándose por averiguar qué demonches de antojo o manía embargaba el ánimo de su inteligente esposo. Este se mostraba siempre considerado y afectuoson con ella; no quería darle motivo de queja: mas para conseguirlo necesitaba apelar a su misma imaginación dañada, revestir a su mujer de formas que no tenía y suponérsela más ancha de hombros, más alta, más mujer, más pálida... y con las turquesas aquellas en las orejas... Si Jacinta llega a descubrir este arcano escondidísimo del alma de Juanito Santa Cruz, de fijo pide el divorcio. Pero estas cosas estaban muy adentro, en cavernas más hondas que el fondo de la mar, y no llegara a ellas la sonda de Jacinta ni con todo el plomo del mundo.

Cada día más dominado por su frenesí investigador, visitó Santa Cruz diferentes casas, unas de peor fama que otras, misteriosas aquéllas, éstas al alcance de todo el público. No encontrando lo que buscaba en lo que parece más alto, descendió de escalón en escalón, visitó lugares donde había estado algunas veces y otros donde no había estado nunca. Halló caras conocidas y amigas, caras desconocidas y repugnantes, y a todas pidió noticias, buscando remedio al tifus de curiosidad que le consumía. No dejó de tocar a ninguna puerta tras de la cual pudieran esconderse la vergüenza perdida o la perdición vergonzosa. Sus exploraciones parecían lo que no eran por el ardor con que las practicaba y el carácter humanitario de que las revestía. Parecía un padre, un hermano que desalado busca a la prenda querida que ha caído en los dédalos tenebrosos del vicio. Y quería cohonestar su inquietud con razones filantrópicas y aun cristianas, que sacaba de su entendimiento rico en sofisterías. "Es un caso de conciencia. No puedo consentir que caiga en la miseria y en la abyección, siendo, como soy, responsable... ¡Oh!, mi mujer me perdone; pero una esposa, por inteligente que sea, no puede hacerse cargo de los motivos morales, sí, morales, que tengo para proceder de esta manera."

Y siempre que iba de noche por las calles, todo bulto negro o pardo se le antojaba que era la que buscaba. Corría, miraba de cerca... y no era. A veces creía distinguirla de lejos, y la forma se perdía en el gentío como la gota en el agua. Las siluetas humanas que en el claroscuro de la movible muchedumbre parecen escamoteadas por las esquinas y los portales, le traían descompuesto y sobresaltado. Mujeres vió muchas, a oscuras aquí, allá iluminadas por la claridad de las tiendas; mas la suya no parecía. Entraba en todos los cafés, hasta en algunas tabernas entró, unas veces solo, otras acompañado de Villalonga. Iba con la certidumbre de encontrarla en tal o cual parte; pero al llegar, la imagen que llevaba consigo,

como hechura de sus propios ojos, se desvanecía en la realidad. "¡Parece que dondequiera que voy—decía con profundo tedio—llevo su desaparición, y que estoy condenado a expulsarla de mi vista con mi deseo de verla!" Decíale Villalonga que tuviera paciencia; pero su amigo no la tenía; iba perdiendo la serenidad de su carácter, y se lamentaba de que a un hombre tan grave y bien equilibrado como él le trastornase tanto un mero capricho, una tenacidad del ánimo, desazón de la curiosidad no satisfecha.

—Cosas de los nervios, ¿verdad, Jacintillo? Esta pícara imaginación... Es como cuando tú te ponías enfermo y delirante esperando ver salir una carta que no salía nunca. Francamente, yo me creí más fuerte contra esta horrible neurosis de la carta que no sale.

Una noche que hacía mucho frío entró el *Delfín* en su casa no muy tarde, en un estado lamentable. Se sentía mal, sin poder precisar lo que era. Dejóse caer en un sillón y se inclinó de un lado con muestras de intensísimo dolor. Acudió a él su amante esposa, muy asustada de verle así y de oír los ayes lastimeros que de sus labios se escapaban junto con una expresión fea que se perdona fácilmente a los hombres que padecen.

—¿Qué tienes, nenito?

El *Delfín* se oprimía con la mano el costado izquierdo. Al pronto creyó Jacinta que a su marido le habían pegado una puñalada. Dió un grito..., miró; no tenía sangre...

—¡Ah! ¿Es que te duele?... ¡Pobrecito niño! Eso será frío... Espérate, te pondré una bayeta caliente..., te daremos friegas con..., con árnica...

Entró Barbarita y miró alarmada a su hijo; pero antes de tomar ninguna disposición echóle una buena reprimenda porque no se recataba del crudísimo viento seco del Norte que en aquellos días reinaba. Juan, entonces, se puso a tiritar, dando diente con diente. El frío que le acometió fué tan intenso, que las palabras de queja salían de sus labios como pulverizadas. La madre y la esposa se miraron con terror, consultándose recíprocamente en silencio sobre la gravedad de aquellos síntomas... Es mucho Madrid éste. Sale de caza un cristiano por esas calles, noche tras noche. ¿En dónde estará la res? Tira por aquí, tira por allá, y nada. La res no cae. Y cuando más descuidado está el cazador, viene callandito por detrás una pulmonía de las finas, le apunta, tira y me lo deja seco.

Madrid, enero de 1886.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

MAXIMILIANO RUBÍN

I

La venerable tienda de tirador de oro que desde inmemorial tiempo estuvo en los soportales de Platerías, entre las calles de la Caza y San Felipe Neri, desapareció, si no estoy equivocado, en los primeros días de la revolución del 68. En una misma fecha cayeron, pues, dos cosas seculares: el trono aquel y la tienda aquella, que si no era tan antigua como la Monarquía española, éralo más que los Borbones, pues su fundación databa de 1640, como lo decía un letrero muy mal pintado en la anaquelería. Dicho establecimiento sólo tenía una puerta y encima de ella este breve rótulo: *Rubín*.

Federico Ruiz, que tuvo años ha la manía de escribir artículos sobre los *Oscuros pero indudables vestigios de la raza israelita en la moderna España* (con los cuales artículos le hicieron un folletito los editores de la revista que los publicó gratis), sostenía que el apellido de Rubín era judío y fué usado por algunos conversos que permanecieron aquí después de la expulsión. "En la calle de Milaneses, en la de Mesón de Paños y en Platerías se albergaban diferentes familias de *ex deicidas*, cuyos

últimos vástagos han llegado hasta nosotros, ya sin carácter *fisonómico ni etnográfico.*" Así lo decía el fecundo publicista, y dedicaba medio artículo a demostrar que el verdadero apellido de los Rubín era *Rubén.* Como nadie le contradecía, dábase él a probar cuanto le daba la gana, con esa buena fe y ese honrado entusiasmo que ponen algunos sabios del día en ciertos trabajos de erudición que el público no lee y que los editores no pagan. Bastante hacen con publicarlos. No quisiera equivocarme, pero me parece que todo aquel judaísmo de mi amigo era pura fluxión de su acatarrado cerebro, el cual eliminaba aquellas enfadosas materias, como otras muchas, según el tiempo y las circunstancias. Y me consta que don Nicolás Rubín, último poseedor de la mencionada tienda, era cristiano viejo, y ni siquiera se le pasaba por la cabeza que sus antecesores hubieran sido fariseos con rabo o sayones narigudos de los que salen en los pasos de Semana Santa.

La muerte de este don Nicolás Rubín y el acabamiento de la tienda fueron simultáneos. Tiempo hacía que las deudas socavaban la casa, y se sostenía apuntalada por las onsideraciones personales que los acreedores tenían a su dueño. El motivo de la ruina, según opinión de todos los amigos de la familia, fué la mala conducta de la esposa de Nicolás Rubín, mujer desarreglada y escandalosa, que vivía con un lujo impropio de su clase y dió mucho que hablar por sus devaneos y trapisondas. Diversas e inexplicables alternativas hubo en aquel matrimonio, que tan pronto estaba unido como disuelto de hecho, y el marido pasaba de las violencias más bárbaras a las tolerancias más vergonzosas. Cinco veces la echó de su casa y otras tantas volvió a admitirla, después de pagarle todas sus trampas. Cuentan que Maximiliana Llorente era una mujer bella y deseosa de agradar, de esas que no caben en la estrechez vulgar de una tienda. Se la llevó Dios en 1867, y al año siguiente pasó a mejor vida el pobre Nicolás Rubín, de una rotura de varices, no dejando a sus hijos más herencia que la detestable reputación doméstica y comercial y un pasivo enorme, que difícilmente pudo ser pagado con las existencias de la tienda. Los acreedores arramblaron por todo, hasta por la anaquelería, que sólo sirvió para leña. Era contemporánea del conde-duque de Olivares.

Los hijos de aquel infortunado comerciante eran tres. Fijarse bien en sus nombres y en la edad que tenían cuando acaeció la muerte del padre:

Juan Pablo, de veintiocho años.
Nicolás, de veinticinco.
Maximiliano, de diecinueve.

Ninguno de los tres se parecía a los otros dos ni en el semblante ni en la complexión, y sólo con muy buena voluntad se les encontraba el aire de familia. De esta heterogeneidad de las tres caras vino, sin duda, la maliciosa versión de que los tales eran hijos de diferentes padres. Podía ser calumnia, podía no serlo; pero debe decirse para que el lector vaya formando juicio. Algo tenían de común, ahora que recuerdo, y era que todos padecían de fuertes y molestísimas jaquecas. Juan Pablo era guapo, simpático y muy bien plantado, de buena estatura, ameno y fácil en el decir, de inteligencia flexible y despierta. Nicolás era desgarbado, vulgarote, la cara encendida y agujereada como un cedazo a causa de la viruela, y tan peludo, que le salían mechones por la nariz y por las orejas. Maximiliano era raquítico, de naturaleza pobre y linfática, absolutamente privado de gracias personales. Como que había nacido de siete meses y luego me lo criaron con biberón y con una cabra.

Cuando murió el padre de estos tres mozos, Nicolás, o sea el peludo (para que se los vaya distinguiendo), se fué a vivir a Toledo con su tío don Mateo Zacarías Llorente, capellán de Doncellas Nobles, el cual le metió en el Seminario y le hizo sacerdote; Juan Pablo y Maximiliano se fueron a vivir con su tía paterna, doña Guadalupe Rubín, viuda de Jáuregui, conocida vulgarmente por doña Lupe *la de lo Pavos,* la cual vivió primero en el barrio de Salamanca y después en Chamberí, señora de tales circunstancias que bien merece toda la atención que le voy a consagrar más adelante. En un pueblo de la Alcarria tenían los hermanos Rubín una tía materna, viuda, sin hijos y rica; mas como estaba vendiendo vida, la herencia de esta señora no era más que una esperanza remota.

No había más remedio que trabajar, y

Juan Pablo empezó a buscarse la vida. Odiaba de tal modo las tiendas de tiradores de oro, que cuando pasaba por alguna parecía que le entraba la jaqueca. Metióse en un negocio de pescado, uniéndose a cierto individuo que lo recibía en comisión para venderlo al por mayor por seretas de fresco y barriles de escabeche en la misma estación o en la plaza de la Cebada; pero en los primeros meses surgieron tales desavenencias con el socio, que Juan Pablo abandonó la pesca y se dedicó a viajante de comercio. Durante un par de años estuvo rodando por los ferrocarriles con sus cajas de muestras. De Barcelona hasta Huelva y desde Pontevedra a Almería no le quedó rincón que no visitase, deteniéndose en Madrid todo el tiempo que podía. Trabajó en sombreros de fieltro, en calzado de Soldevilla, y derramó por toda la Península, como se esparce sobre el papel la arenilla de una salvadera, diferentes artículos de comercio. En otra temporada corrió chocolates, pañuelos y chales *galería*, conservas, devocionarios y hasta palillos de dientes. Por su diligencia, su honradez y por la puntualidad con que remitía los fondos recaudados, sus comitentes le apreciaban mucho. Pero no se sabe cómo se las componía, que siempre estaba *más pobre que las ratas*, y se lamentaba con amanerado pesimismo de su pícara suerte. Todas sus ganancias se le iban *por entre los dedos*, frecuentando mucho los cafés en sus ratos de descanso, convidando sin tasa a los amigos y dándose la mejor vida posible en las poblaciones que visitaba. A los funestos resultados de este sistema llamaba él *haber nacido con mala sombra*. La misma heterogeneidad y muchedumbre de artículos que corría mermó pronto los resultados de sus viajes, y algunas casas empezaron a retirarle su confianza, y el aburrido viajante, siempre de mal temple y echando maldiciones y ternos contra los mercachifles, aspiraba a un cambio de vida y a ocupación más lucrativa y noble.

Día memorable fué para Juan Pablo aquel en que tropezó con un cierto amigote de la infancia, camarada suyo en San Isidro. El amigo era diputado de los que llamaban *cimbros*, y Juan Pablo, que era un hombre de mucha labia, le encareció tanto su aburrimiento de la vida comercial y lo bien dispuesto que estaba para la administrativa, que el otro se lo creyó, y hágote empleado. Rubín fué al mes siguiente inspector de Policía en no sé qué provincia. Pero su infame estrella se la había jurado; a los tres meses cambió la situación política; y mi Rubín, cesante. Había tomado el gusto a la carne de nómina, y ya no podía ser más que empleado o pretendiente. No sé qué hay en ello, pero lo cierto que hasta la cesantía parece que es un goce amargo para ciertas naturalezas, porque las emociones del pretender las vigorizan y entonan, y por eso hay muchos que el día que los colocan se mueren. La irritabilidad los ha dado vida y la sedación brusca los mata. Juan Pablo sentía increíbles deleites en ir al café, hablar mal del Gobierno, anticipar nombramientos, darse una vuelta por los ministerios, acechar al protector en las esquinas de Gobernación o a la salida del Congreso, dar el salto del tigre y caerle encima cuando le veía venir. Por fin salió la credencial. Pero, ¡qué demonio!, siempre la condenada suerte persiguiéndole, porque todos los empleos que le daban eran de lo más antipático que imaginarse puede. Cuando no era algo de la Policía secreta, era cosa de cárceles o presidios.

Entre tanto cuidaba de su hermano pequeño, por quien sentía un cariño que se confundía con la lástima, a causa de las continuas enfermedades que el pobre chico padecía. Pasados los veinte años, se vigorizó un poco, aunque siempre tenía sus arrechuchos; y viéndole más entonado, Juan Pablo determinó darle una carrera para que no se malograse como él se malogró, por falta de una dirección fija desde la edad en que se plantea el porvenir de los hombres. Achacaba el mayor de los Rubín su desgracia a la disparidad entre sus aptitudes innatas y los medios de exteriorizarse. "¡Oh, si mi padre me hubiera dado una carrera—pensaba—, yo sería hoy algo en el mundo!..."

No tardó en recibir un nuevo golpe, pues cuando soñaba con un ascenso le limpiaron otra vez el comedero. Y he aquí a mi hombre paseándose por Madrid con las manos en los bolsillos, o viendo correr tontamente las horas en este y el otro café, hablando de la situación, ¡siempre de la situación, de la

guerra y de lo infames, indecentes y mamarrachos que son los políticos españoles! ¡Duro en ellos! Así se desahogan los espíritus alborotados y tempestuosos. Y por aquella vez no había esperanzas para Juan Pablo, porque los *suyos*, los que él llamaba con tanto énfasis los *míos*, estaban por los suelos, y había lo que llaman *racha* en las regiones burocráticas. A veces exploraba el mísero cesante su conciencia, y se asombraba de no encontrar en ella nada en que fundar terminantemente su filiación política. Porque ideas fijas..., Dios las diera: había leído muy poco y nutría su entendimiento de lo que en los cafés escuchaba y de lo que los periódicos le decían. No sabía fijamente si era liberal o no, y con el mayor desparpajo del mundo llamaba *doctrinario* a cualquiera sin saber lo que la palabra significaba. Tan pronto sentía en su espíritu, sin saber por qué ni por qué no, frenético entusiasmo por los derechos del hombre; tan pronto se le inundaba el alma de gozo oyendo decir que el Gobierno iba a dar mucho estacazo y a pasarse los tales derechos por las narices.

En tal situación, presentóse inopinadamente en Madrid Nicolás Rubín, el curita peludo, que también tenía sus pretensiones de ingresar no sé si en el clero castrense o en el catedral, y ambos hermanos celebraron unos coloquios muy reservados, paseando sólo por las afueras. De resultas de esto, Juan Pablo apareció un día en el café con cierta animación, mucho desenfado en sus juicios políticos, dándolas de profeta y expresando más altaneramente que nunca su desprecio de la situación dominante. A los que de esta manera se conducen, se los mira en los cafés con un poquillo de respeto y aun con cierta envidia, suponiéndolos conocedores de secretos de Estado o de alguna intriga muy gorda.

—El amigo Rubín—dijo, en ausencia de él, don Basilio Andrés de la Caña, que era uno de los puntos fijos en la mesa—, me parece a mí que no juega limpio con nosotros. Si le van a colocar, que lo diga de una vez. ¿Qué tenemos: viene *la federal* o qué? *¡Misterios! ¡Meditemos!...* ¿O es que le lleva cuentos a don Práxedes? Bueno, señores, que se los lleve. No me importa el espionaje.

Esto pasaba a fines de 1872. De pronto Rubín dijo que iba al extranjero a reanudar sus trabajos de viajante de comercio. Desapareció de Madrid, y al cabo de meses se susurró en la tertulia del café que estaba en la facción, y que don Carlos le había nombrado algo como contador o intendente de su Cuartel real. Súpose más tarde que había ido a Inglaterra a comprar fusiles, que hizo un alijo cerca de Guetaria, que vino disfrazado a Madrid y pasó a la Mancha y Andalucía en el verano del 73, cuando la Península, ardiendo por los cuatro costados, era una inmensa pira a la cual cada español había llevado su tea y el Gobierno soplaba.

II

Juan Pablo, que siempre se había equivocado en lo referente a sí mismo y andaba por caminos torcidos, acertó al disponer que su hermano pequeño siguiese la carrera de Farmacia. Muchas personas que no hacen más que disparates poseen esta perspicacia del consejo y de la dirección de los demás, y no dando pie con bola en los destinos propios, ven claro en los del prójimo. En tal decisión tuvo además bastante parte un grande amigo del difunto Nicolás Rubín y de toda la familia (el farmacéutico Samaniego, dueño de la acreditada botica de la calle del Ave María), prometiendo tomar bajo sus auspicios a Maximiliano, llevársele de mancebo o practicante, con la mira de que, andando el tiempo, se quedase al frente del establecimiento.

Empezó Maximiliano sus estudios el 69, y su hermano y su tía le ponderaban lo bonita que era la Farmacia y lo mucho que con ella se ganaba, por ser muy caros los medicamentos y muy baratas las primeras materias: agua del pozo, ceniza del fogón, tierra de los tiestos, etcétera... El pobre chico, que era muy dócil, con todo se mostraba conforme. Lo que es entusiasmo, hablando en plata, no lo tenía por esta carrera ni por otra alguna; no se había despertado en él ningún afán grande ni esa curiosidad sedienta de que sale la sabiduría. Era tan endeble que la mayor parte del año estaba enfermo, y su entendimiento no veía nunca claro en los senos de la ciencia, ni se apoderaba de una idea si-

no después de echarle muchas lazadas, como si la amarrara. Usaba de su escasa memoria como de un ave de cetrería para cazar las ideas; pero el halcón se le marchaba a lo mejor, dejándole con la boca abierta y mirando al cielo.

Fueron penosísimos los primeros pasos en la carrera. La pereza y la debilidad le retenían en el lecho por las mañanas más tiempo del regular, y la pobre doña Lupe pasaba la pena negra para sacarle de las sábanas. Levantábase ella muy temprano y se ponía a dar golpes con el almirez junto a la misma cabeza del durmiente, que las más de las veces no se daba por entendido de tal estruendo Luego le hacía cosquillas, acostaba al gato con él, le retiraba las sábanas con la debida precaución para que no se enfriase. El sueño se cebaba de tal modo en aquel cuerpo, por las exigencias de la reparación orgánica, que el despertar del estudiante era obra de romanos y una de las cosas en que más energía y constancia desplegaba doña Lupe.

El muchacho estudiaba y quería cumplir con su deber; pero no podía ir más allá de sus alcances. Doña Lupe le ayudaba a estudiar las lecciones, animábale en sus desfallecimientos, y cuando le veía apurado y temoroso por la proximidad de los exámenes, se ponía la mantilla y se iba a hablar con los profesores. Tales cosas les decía, que el chico pasaba, aunque con malas notas. Como no estuviese enfermo, asistía puntualmente a clase, y era de los que traían mayor trajín de notas, apuntes y cuadernos. Entraba en el aula cargado con aquel fardo, y no perdía sílaba de lo que el profesor decía.

Era de cuerpo pequeño y no bien conformado, tan endeble que parecía que se lo iba a llevar el viento, la cabeza chata, el pelo lacio y ralo. Cuando estaban juntos él y su hermano Nicolás, a cualquiera que los viese se le ocurriría proponer al segundo que otorgase al primero los pelos que le sobraban. Nicolás se había llevado todo el cabello de la familia, y por esta usurpación pilosa la cabeza de Maximiliano anunciaba que tendría calva antes de los treinta años. Su piel era lustrosa, fina, cutis de niño con transparencias de mujer desmedrada y clorótica. Tenía el hueso de la nariz hundido y chafado, como si fuera de sustancia blanda y hubiese recibido un golpe, resultando de esto no sólo fealdad, sino obstrucciones de respiración nasal, que eran, sin duda, la causa de que tuviera siempre la boca abierta. Su dentadura había salido con tanta desigualdad, que cada pieza estaba, como si dijéramos, donde le daba la gana. Y menos mal si aquellos condenados huesos no le molestaran nunca; ¡pero si tenía el pobrecito cada dolor de muelas que le hacía poner el grito más allá del cielo! Padecía también de corizas, y las empalmaba, de modo que resultaba una coriza crónica, con la pituitaria echando fuego y destilando sin cesar. Como ya iba aprendiendo el oficio, se administraba el yoduro de potasa en todas las formas posibles, y andaba siempre con un canuto en la boca aspirando brea, demonios o no sé qué.

Dígase lo que se quiera, Rubín no tenía ilusión ninguna con la Farmacia. Mas no estaba vacía de aspiraciones altas el alma de aquel joven, tan desfavorecido por la Naturaleza, que física y moralmente parecía hecho de sobras. A los dos o tres años de carrera, aquel molusco empezó a sentir vibraciones de hombre, y aquel ciego de nacimiento empezó a entrever las fases grandes y gloriosas del astro de la vida. Vivía doña Lupe en aquella parte del barrio de Salamanca que llamaban *Pajaritos*. Maximiliano veía desde la ventana de su tercer piso a los alumnos de Estado Mayor, cuando la Escuela estaba en el 40 antiguo de la calle de Serrano; y no hay idea de la admiración que le causaban aquellos jóvenes, ni del arrobamiento que le producía la franja azul en el pantalón, el ros, la levita con las hojas de roble bordadas en el cuello y la espada.... ¡tan chicos algunos y ya con espada! Algunas noches, Maximiliano soñaba que tenía su tizona, bigote y uniforme, y hablaba dormido. Despierto deliraba también, figurándose haber crecido una cuarta, tener las piernas derechas y el cuerpo no tan caído para adelante, imaginándose que se le arreglaba la nariz, que le brotaba el pelo y que se le ponía un empaque marcial como el del más pintado. ¡Qué suerte tan negra! Si él no fuera tan desgarbado de cuerpo y le hubieran puesto a estudiar aquella carrera, ¡cuánto se habría aplicado! Seguramente, a fuerza de sobar los libros, le habría salido el talento, como se saca

lumbre a la madera frotándola mucho.

Los sábados por la tarde, cuando los alumnos iban al ejercicio con su fusil al hombro, Maximiliano se iba tras ellos para verlos maniobrar, y la fascinación de este espectáculo durábale hasta el lunes. En la clase misma, que por la placidez del local y la monotonía de la lección convidaba a la somnolencia, se ponía a jugar con la fantasía y a provocar y encender la ilusión. El resultado era un completo éxtasis, y al través de la explicación sobre las propiedades terapéuticas de las tinturas madres veía a los alumnos militares en su estudio táctico de campo, como se puede ver un paisaje al través de una vidriera de colores.

Los chicos de la clase de Botánica se entretenían en ponerse motes semejantes a las nomenclaturas de Linneo. A un tal Anacleto, que se las tiraba de muy fino y muy señorito, le llamaban *Anacletus Obsequiosissimus;* a Encinas, que era de muy corta estatura, le llamaban *Quercus Gigantea.* Olmedo era muy abandonado y le caía admirablemente el *Ulmus Sylvestris.* Narciso Puerta era feo, sucio y maloliente. Pusiéronle *Pseudo-Narcisus Odoripherus.* A otro que era muy pobre y gozaba de un empleito, le pusieron *Christophorus Oficinalis,* y, por último, a Maximiliano Rubín, que era feísimo, desmañado y de muy cortos alcances, se le llamó durante toda la carrera *Rubinius Vulgaris.*

Al entrar el año de 1874 tenía Maximiliano veinticinco y no representaba aún más de veinte. Carecía de bigote, pero no de granos, que le salían en diferentes puntos de la cara. A los veintitrés años tuvo una fiebre nerviosa, que puso en peligro su vida; pero cuando salió de ella parecía un poco más fuerte; ya no era su respiración tan fatigosa ni sus corizas tan tenaces, y hasta los condenados raigones de sus muelas parecían más civilizados. No usaba ya el yoduro tan a pasto ni el canuto de brea, y sólo las jaquecas persistían, como esos amigos machacones cuya visita periódica causa espanto. Juan Pablo estaba entonces en el Cuartel real, y doña Lupe dejaba a Maximiliano en libertad, porque le creía inaccesible a los vicios por razón de su pobreza física, de su natural apático y de la timidez, que era el resultado de aquellas desventajas. Y además de libertad, dábale su tía algún dinero para sus placeres de mozo, segura de que no había de gastarlo sino con mucho pulso. Inclinábase el chico a economizar, y tenía una hucha de barro, en la cual iba metiendo las monedas de plata y algún centén de oro que le daban sus hermanos cuando venían a Madrid. En la ropa era muy mirado, y gustaba de hacerse trajes baratos y de moda, que cuidaba como a las niñas de sus ojos. De esto le sobrevino alguna presunción, y gracias a ella su figura no parecía tan mala como era realmente. Tenía su buena capa de embozos colorados; por la noche se liaba en ella, metíase en el tranvía y se iba a dar una vuelta hasta las once, rara vez hasta las doce. Por aquel tiempo se mudó doña Lupe a Chamberí, buscando siempre casas baratas, y Maximiliano fué perdiendo poco a poco la ilusión de los alumnos de Estado Mayor.

Su timidez, lejos de disminuir con los años, parecía que aumentaba. Creía que todos se burlaban de él, considerándole insignificante y para poco. Exageraba, sin duda, su inferioridad, y su desaliento le hacía huir del trato social. Cuando le era forzoso ir a alguna visita, la casa en que debía entrar imponíale miedo, aun vista por fuera, y estaba dando vueltas por la calle antes de decidirse a penetrar en ella. Temía encontrar a alguien que le mirara con malicia, y pensaba lo que había de decir, aconteciendo las más de las veces que no decía nada. Ciertas personas le infundían un respeto que casi casi era pánico, y al verlas venir por la calle se pasaba a la otra acera. Estas personas no le habían hecho daño alguno; al contrario, eran amigos de su padre o de doña Lupe o de Juan Pablo. Cuando iba al café con los amigos, soltaba la lengua y se ponía a hablar sobre cualquier asunto. Pero como se reunieran seis u ocho personas, enmudecía, incapaz de tener una opinión sobre nada. Si se veía obligado a expresarse, o porque se querían *quedar con él* o porque sin malicia le preguntaban algo, ya estaba mi hombre como la grana y tartamudeando.

Por esto le gustaba más, cuando el tiempo no era muy frío, vagar por las calles, embozadito en su pañosa, viendo escaparates y la gente que iba y venía, parándose en los corros en que cantaba

un ciego y mirando por las ventanas de los cafés. En estas excursiones podía muy bien emplear dos horas sin cansarse, y desde que se daba cuerda y cogía impulso, el cerebro se le iba calentando, calentando, hasta llegar a una presión altísima, en que el joven errante se figuraba estar persiguiendo aventuras y ser muy otro de lo que era. La calle, con su bullicio y la diversidad de cosas que en ella se ven, ofrecía gran incentivo a aquella imaginación, que al desarrollarse tarde solía desplegar los bríos de que dan muestras algunos enfermos graves. Al principio no le llamaban la atención las mujeres que encontraba; pero al poco tiempo empezó a distinguir las guapas de las que no lo eran, y se iba en seguimiento de alguna, por puro éxtasis de aventura, hasta que encontraba otra mejor y la seguía también. Pronto supo distinguir de *clases*, es decir, llegó a tener tan buen ojo, que conocía al instante las que eran honradas y las que no. Su amigo *Ulmus Sylvestris*, que a veces le acompañaba, indújole a romper la reserva que su encogimiento le imponía, y Maximiliano conoció a algunas que había visto más de una vez y que le habían parecido muy guapetonas. Pero su alma permanecía serena en medio de sus tentativas viciosas: las mismas pugnaban después, y como las viera venir por la calle, les huía el bulto.

Agradábale más vagar solo que en compañía de Olmedo, porque éste le distraía en pensar e imaginar libremente y volando sin tropiezo por los espacios de lo posible, aunque fuera improbable. Andar, andar y soñar al compás de las piernas, como si su alma repitiera una música cuyo ritmo marcaban los pasos, era lo que a él le deleitaba. Y como encontrara mujeres bonitas, solas, en parejas o en grupos, bien con toquilla a la cabeza o con manto, gozaba mucho en afirmarse a sí mismo que *aquéllas eran honradas*, y en seguirlas hasta ver adónde iban. "¡Una honrada! ¡Que me quiera una honrada!" Tal era su ilusión... Pero no había que pensar en tal cosa. Sólo de pensar que le dirigía la palabra a una honrada le temblaban las carnes. ¡Si cuando iba a su casa estaban en ella Rufinita Torquemada o la señora de Samaniego con su hija Olimpia, se metía él en la cocina por no verse obligado a saludarlas!...

III

De esta manera aquel misántropo llegó a vivir más con la visión interna que con la externa. El que antes era como una ostra había venido a ser algo como un poeta. Vivía dos existencias: la del pan y la de las quimeras. Esta la hacía a veces tan espléndida y tan alta, que cuando caía de ella a la del pan estaba todo molido y maltrecho. Tenía Maximiliano momentos en que se llegaba a convencer de que era otro, esto siempre de noche y en la soledad vagabunda de sus paseos. Bien era oficial del ejército y tenía una cuarta más de alto, nariz aguileña, mucha fuerza muscular y una cabeza..., una cabeza que no le dolía nunca; o bien un paisano pudiente y muy galán, que hablaba por los codos sin turbarse nunca, capaz de echarle una flor a la mujer más arisca, y que estaba en sociedad de mujeres como el pez en el agua. Pues como dije, se iba calentando de tal modo los sesos, que se lo llegaba a creer. Y si aquello le durara, sería tan loco como cualquiera de los que están en Leganés. La suerte suya era que aquello se pasaba, como pasaría una jaqueca, pero la alucinación recobraba su imperio durante el sueño, y allí eran los disparates y el tejemaneje de unas aventuras generalmente muy tiernas, muy por lo fino, con abnegaciones, sacrificios, heroísmos y otros fenómenos sublimes del alma. Al despertar, en este momento en que los juicios de la realidad se confunden con las imágenes mentirosas del sueño y hay en el cerebro un crepúsculo, una discusión vaga entre lo que es verdad y lo que no lo es, el engaño persistía un rato, y Maximiliano hacía por retenerlo, volviendo a cerrar los ojos y atrayendo las imágenes que se dispersaban. "Verdaderamente—decía él—, ¿por que ha de ser una cosa más real que la otra? ¿Por qué no ha de ser sueño lo del día y vida efectiva lo de la noche? Es cuestión de nombres y de que diéramos en llamar *dormir* a lo que llamamos *despertar*, y *acostarse* al *levantarse*... ¿Qué razón hay para que no diga yo ahora mientras me visto: "Maximiliano, ahora te estás echando a dormir. Vas a pasar mala noche, con pesadilla y todo, o sea, con clase de *Materia farmacéutica animal*...?"

El tal *Ulmus Sylvestris* era un chico simpático, buen mozo, alegre y de cabeza un tanto ligera. De todos los compañeros de *Rubinus Vulgaris,* aquél era el que más le quería, y Maximiliano le pagaba con un cariño que tenía algo de respeto. Llevaba Olmedo una vida muy poco ejemplar, mudando cada mes de casa de huéspedes, pasándose las noches en lugares pecaminosos y haciendo todos los disparates estudiantiles, como si fueran un programa que había que cumplir sin remedio. Ultimamente vivía con una tal Feliciana, graciosa y muy corrida, dándose importancia con ello, como si el *entretener* mujeres fuese una carrera en que había que matricularse para ganar título de hombre hecho y derecho. Dábale él lo poco que tenía, y ella afanaba por su lado para ir viviendo, un día con estrecheces, otro con rumbo y siempre con la mayor despreocupación. Tomaba él en serio este género de vida, y cuando tenía dinero, invitaba a sus amigos a *tomar un bacalao* en su *hotel,* dándose unos aires de hombre de mundo y de pillín, con cierta imitación mala del desgaire parisiense que conocía por las novelas de Paul de Koch. Feliciana era de Valencia, y ponía muy bien el arroz; pero el servicio de la mesa y la mesa misma tenían que ver. Y Olmedo lo hacía todo tan al vivo y tan con arreglo a programa, que se emborrachaba sin gustarle el vino, cantaba flamenco sin saberlo cantar, destrozaba la guitarra y hacía todos los desatinos que, a su parecer, constituían el rito de perdido; pues a él se le antojó ser perdido, como otros son masones o caballeros cruzados, por el prurito de desempeñar papeles y de tener una significación. Si existiera el uniforme de perdido, Olmedo se lo hubiera puesto con verdadero entusiasmo, y sentía que no hubiese un distintivo cualquiera, cinta, plumacho o galón, para salir con él, diciendo tácitamente: "Vean ustedes lo perdulario que soy." Y en el fondo era un infeliz. Aquello no era más que una prolongación viciosa de la *edad del pavo.*

Maximiliano no iba nunca a las francachelas de su amigo, aunque éste le convidaba siempre. Pero se informaba de la salud de Feliciana, como si fuera una señora, y Olmedo también tomaba esto en serio, diciendo:

—La tengo un poquillo delicada. Hoy le he dicho a Orfila que se pase por casa.

Este Orfila era un estudiantillo de último año de Medicina, que se llamaba lo mismo que el célebre doctor, y curaba, es decir, recetaba a los amigos y a las amigas de los amigos.

Un día, al salir de clase, dijo Olmedo a Rubín:

—Vete por casa si quieres ver una mujer... hasta allí. Es una amiga de Feliciana, que se ha ido a nuestro *hotel* unos días mientras encuentra colocación.

—¿Es honrada?—preguntó Rubín, mostrando en su tono la importancia que daba a la honradez.

—¡Honrada! ¡Qué narices!—exclamó el perdis riendo—. Pero ¿tú crees que hay alguna mujer que sea... lo que se llama honrada?

Esto lo dijo con aplomo filosófico, el sombrero inclinado sobre la sien derecha como distintivo de sus ideas acerca de la depravación humana. Ya no había mujeres honradas; lo decía un conocedor profundo de la sociedad y del vicio. El escepticismo de Olmedo era signo de infancia, un desorden de transición fisiológica, algo como una segunda dentición. Todo se reduce a echar muchas babas, y luego ya viene el hombre con otras ideas y otra manera de ser.

—¡Conque no es honrada!...—apuntó Maximiliano, que habría deseado que todas las hembras lo fueran.

—¡Qué ha de ser, hombre!... ¡Buena púa está! Llegó a Madrid no hace mucho tiempo con un barbián... creo que tratante en fusiles. ¡Traían un tren, chico!... La vi una noche... Te juro que daba el puro opio. Parecía del propio París... Pero yo no sé lo que pasó, ¡narices! Aquel señor no jugaba limpio, y una mañana se largó dejando un pico muy grande en la casa de huéspedes, y otro pico no sé dónde, y picos y picos... Total, que la pobre tuvo que empeñar todos sus trapos y se quedó con lo puesto, nada más que con lo puesto, cuando lo tiene puesto se entiende. Feliciana se la encontró no sé dónde hecha un mar de lágrimas, y le dijo: "Vente a mi casa." ¡Allí está! Hace sus saliditas, ojo al Cristo, para lo cual Feliciana le presta su ropa. No te creas; es una chica muy buena. ¡Tiene un ángel...!

Por la noche fué Maximiliano al *hotel* de Feliciana, tercer piso en la calle de Pelayo, y al entrar, lo primero que vió...

Es que junto a la puerta de entrada había un cuartito pequeño, que era donde moraba la huéspeda, y ésta salía de su escondrijo cuando Rubín entraba. Feliciana había salido a abrir con el quinqué en la mano, porque lo llevaba para la sala, y a la luz vivísima del petróleo sin pantalla encaró Maximiliano con la más extraordinaria hermosura que hasta entonces habían visto sus ojos. Ella le miró a él como a una cosa rara, y él a ella como a sobrenatural aparición.

Pasó Rubín a la salita, y dejando su capa, se sentó en un sillón de hule, cuyos muelles asesinaban la parte del cuerpo que sobre ellos caía. Olmedo quería que su amigo jugase con él a las siete y media: pero como Maximiliano se negase a ello, empezó a hacer solitarios. Puso Feliciana sobre la luz una pantalla de figurines vestidos con pegotes de trapo, y después se echó con indolencia en la butaca, abrigándose con su mantón alfombrado.

—Fortunata—gritó, llamando a su amiga, que daba vueltas por toda la casa como si buscara alguna cosa—. ¿Qué se te ha perdido?

—Chica, mi toquilla azul.

—¿Vas a salir ya?

—Sí: ¿qué hora es?

Rubín se alegró de aquella ocasión que se le presentaba de prestar un servicio a mujer tan hermosa, y sacando su reloj con mucha solemnidad, dijo:

—Las nueve menos siete minutos... y medio.

No podía decirse la hora con exactitud más escrupulosa.

—Ya ves—dijo Feliciana—, tienes tiempo... Hasta las diez. Conque salgas de aquí a las diez menos cuarto... Pero ¿esa toquilla?... Mírala, mírala en esa silla junto a la cómoda.

—¡Ay, hija!... Si llega a ser perro, me muerde.

Se la puso, envolviéndose la cabeza, echando miradas a un espejo de marco negro que sobre la cómoda estaba, y después se sentó en una silla a hacer tiempo. Entonces Maximiliano la miró mejor. No se hartaba de mirarla, y una obstrucción singular se le fijó en el pecho, cortándole la respiración. Y ¿qué decir? Porque había que decir algo. El pobre joven se sentía delante de aquella hermosura más cortado que en la visita de campanillas.

—Bien puedes abrigarte—indicó Feliciana a su amiga.

Y Rubín vió el cielo abierto, porque pudo decir en tono de sentencia filosófica:

—Sí, está la noche fresquita.

—Llévate el llavín...—añadió Feliciana—. Ya sabes que el sereno se llama Paco. Suele estar en la taberna.

La otra no desplegaba sus labios. Parecía que estaba de muy mal humor. Maximiliano contemplaba como un bobo aquellos ojos, aquel entrecejo incomparable y aquella nariz perfecta, y habría dado algo de mucho precio porque ella se hubiese dignado mirarle de otra manera que como se mira a los bichos raros. "¡Qué lástima que no sea honrada! —pensaba—. Y quién sabe si lo será; quiero decir, que conserve la honradez del alma en medio de..."

Estaba muy fija en él la idea aquella de las dos honradeces, en algunos casos armonizadas, en otros no. Habló Fortunata poco y vulgar; todo lo que dijo fué de lo menos digno de pasar a la Historia: que hacía mucho frío, que se le había descosido un mitón, que aquel llavín parecía la *maza de Fraga*, que al volver a casa entraría en la botica a comprar unas pastillas para la tos.

Maximiliano estaba encantado, y no atreviéndose a desplegar los labios, daba su asentimiento con una sonrisa, sin quitar los extáticos ojos de aquel semblante, que le parecía angelical. Y cuanto ella dijo lo oyó como si fuera una sarta de conceptos ingeniosísimos.

"¡Si es un ángel!... No ha dicho ni una palabra malsonante... Y ¡qué meta de voz! No he oído en mi vida música tan grata... ¿Cómo será el decir esta mujer un *te quiero*, diciéndolo con verdad y con alma?"

Esta idea produjo en la mente de Rubín sacudidas que le duraron mediano rato. Le corrió un frío por el espinazo y vínole cierto picor a la nariz, como cuando se ha bebido gaseosa.

Cansado de hacer solitarios, Olmedo se puso a contar cuentos indecentes, lo que a Maximiliano le pareció muy mal. Otras noches había oído anécdotas parecidas, y se había reído; pero aquella noche se ponía de todos los colores, deseando que a su condenado amigo se le secara la boca. "¡Qué desvergüenza contar aquellas marranadas delante de personas...,

de personas decentes, sí, señor!" Estaba Rubín tan desconcertado como si las dos mujeres allí presentes fuesen remilgadas damas o alumnas de un colegio monjil; pero su timidez le impedía mandar callar a Olmedo. Fortunata no se reía tampoco de aquellos estúpidos chistes; pero más bien parecía indiferente que indignada de oírlos. Estaba distraída pensando en sus cosas. ¿Qué cosas serían aquéllas? Diera Maximiliano por saberlas... su hucha con todo lo que contenía. Al acordarse de su tesoro tuvo otra sacudida, y se removió en el asiento, lastimándose mucho con el duro contacto de aquellos mal llamados muelles.

—Pero el cuento más salado, ¡narices!—dijo Olmedo—, es el del panadero. ¿Lo sabes tú? Cuando aquel obispo fué a la visita pastoral y se acostó en la cama del cura... Veréis.

Fortunata se levantó para marcharse. Ocurrióle a Maximiliano salir detrás de ella para ver adónde iba. Era la manera especial suya de hacer la corte. En su espíritu soñador existía la vaga creencia de que aquellos seguimientos entrañaban una comunicación misteriosa, quizá magnética. Seguir, mirando de lejos, era un lenguaje o telegrafía *sui generis*, y la persona seguida, aunque no volviese la vista atrás, debía de conocer en sí los efectos del flúido de atracción. Salió Fortunata, despidiéndose muy fríamente, y a los dos minutos se despidió también Maximiliano con ánimo de alcanzarla todavía en el portal. Pero aquel condenado *Ulmus Sylvestris* le entretuvo a la fuerza, cogiéndole una mano y apretándosela con bárbaros alardes de vigor muscular, para reírse de los chillidos de dolor que daba el pobre *Rubinius Vulgaris*.

—¡Qué asno eres!—exclamaba éste, retirando al fin su mano magullada, con los dedos pegados unos a otros—. ¡Vaya unas gracias!... Esto y contar porquerías es tu fuerte. Mejor te pusieras a estudiar.

—*Niño del mérito, papos-castos*, ¿quieres hacer el favor de tocarme las narices?

—No te hagas ordinario—dijo Rubín con bondad—. Si no lo eres, si aunque quieras parecerlo no lo puedes conseguir.

Esto lastimó el amor propio de Olmedo más que si su amigo le hubiera llenado de insultos, porque todo lo llevaba con paciencia menos que se le rebajase un pelo de la graduación de perdis que se había dado. Le supo tan mal la indulgencia de Rubín, que salió tras él hasta la puerta, diciéndole entre otras tonterías:

—¡Valiente hipócrita estás tú..., narices. Estos silfidones, a lo mejor la pegan.

IV

Maximiliano bajó la escalera como la baja uno cuando tiene ocho años y se le ha caído un juguete de la ventana al patio. Llegó sin aliento al portal, y allí dudó si debía tomar a la derecha o a la izquierda de la calle. El corazón le dijo que fuera hacia la calle de San Marcos. Apretó el paso pensando que Fortunata no debía de andar muy aprisa y que la alcanzaría pronto. "¿Será aquélla?" Creyó ver la toquilla azul; pero al acercarse notó que no era la nube de su cielo. Cuando veía una mujer *que pudiera ser ella*, acortaba el paso por no aproximarse demasiado, pues acercándose mucho no eran tan misteriosos los encantos del seguimiento. Anduvo calles y más calles, retrocedió, dió vueltas a esta y la otra manzana, y la *dama nocturna* no parecía. Mayor desconsuelo no sintió en su vida. Si la encontrara era capaz hasta de hablarle y decirle algún amoroso atrevimiento. Se agitó tanto en aquel paseo vagabundo, que a las once ya no se podía tener en pie, y se arrimaba a las paredes para descansar un rato. Irse a su casa sin encontrarla y darse un buen trote con ella... a distancia de treinta pasos, dábale mucha tristeza. Pero al fin se hizo tan tarde y estaba tan fatigado, que no tuvo más remedio que coger el tranvía de Chamberí y retirarse. Llegó y se acostó, deseando apagar la luz para pensar sobre la almohada. Su espíritu estaba abatidísimo. Asaltábanle pensamientos tristes, y sintió ganas de llorar. Apenas durmió aquella noche, y por la mañana hizo el propósito de ir al *hotel* de Feliciana en cuanto saliera de clase.

Hízolo como lo pensó, y aquel día pudo vencer un poco su timidez. Feliciana le ayudaba, estimulándole con maña, y así logró Rubín decir a la otra algunas cosas que por disimulo de sus sentimientos quiso que fueran maliciosas.

—Tardecillo vino usted anoche. A las once no había vuelto usted todavía.

Y por este estilo otras frases vulgares que Fortunata oía con indiferencia y que contestaba de un modo desdeñoso. Maximiliano reservaba las purezas de su alma para ocasión más oportuna, y con feliz instinto había determinado iniciarse como uno de tantos, como un cualquiera que no quería más que divertirse un rato. Dejólos solos la tunante de Feliciana, y Rubín se acobardó al principio; pero de repente se rehizo. No era ya el mismo hombre. La fe que llenaba su alma, aquella pasión nacida en la inocencia y que se desarrolló en una noche como árbol milagroso que surge de la tierra cargado de fruto, le removía y le transfiguraba. Hasta la maldita timidez quedaba reducida a un fenómeno puramente externo. Miró sin pestañear a Fortunata, y cogiéndole una mano le dijo con voz temblorosa:

—Si usted me quiere querer, yo... la querré más que a mi vida.

Fortunata le miró también a él, sorprendida. Le parecía imposible que el *bicho* raro se expresase así... Vió en sus ojos una lealtad y una honradez que la dejaron pasmada. Después reflexionó un instante, tratando de apoyarse en un juicio pesimista. Se habían burlado tanto de ella, que lo que estaba viendo no podía ser sino una nueva burla. Aquél era, sin duda, más pillo y más embustero que los demás. Consecuencia de tales ideas fué la sonora carcajada que soltó la mujer aquella ante la faz compungida de un hombre que era todo espíritu. Pero él no se desconcertó, y la circunstancia de verse escuchado con atención dábale un valor desconocido. ¡Animo!

—Si usted me quiere, yo la adoraré, yo la idolatraré a usted...

Revelaba la tal mujer un gran escepticismo, y lo que hacía la muy pícara era tomar a risa la pasión del joven.

—¿Y si lo probara?—dijo Maximiliano con seriedad que le dió, ¡parece mentira!, un tornasol de hermosura—. ¿Si le probara a usted de un modo que no dejase lugar a dudas...?

—¿Qué?

—¡Que la idolatraré!... No, que ya la estoy idolatrando.

—¡*Tie* gracia!... ¡Idolatrando! ¡Ja, ja!—repitió la otra, y devolvía la palabra como se devuelve una pelota en el juego.

Maximiliano no insistió en emplear vocablos muy expresivos. Comprendió que lo ridículo se le venía encima. No dijo más que:

—Bueno, seremos amigos... Me contento con eso por hoy. Yo soy un infeliz, quiero decir, soy bueno. Hasta ahora no he querido a ninguna mujer.

Fortunata le miraba y, francamente, no podía acostumbrarse a aquella nariz chafada, a aquella boca tan sin gracia, el endeble cuerpo, que parecía se iba a deshacer de un soplo. ¡Que siempre se enamoraran de ella tipos así! Obligada a disimular y a hacer ciertos papeles, aunque en verdad no los hacía muy bien, siguió la conversación en aquel terreno.

—Esta noche quiero hablar con usted —dijo Rubín categóricamente—. Vendré a las ocho y media. ¿Me da usted palabra de no salir... o de esperarme para salir conmigo?

Dióle ella la palabra que con tanta necesidad le pedía el joven, y así concluyó la entrevista. Rubín se fué corriendo a su casa.

¡Qué chico! Si parecía otro. El mismo notaba que algo se había abierto dentro de sí, como arca sellada que se rompe, soltando un mundo de cosas, antes comprimidas y ahogadas. Era la crisis, que en otros es larga o poco acentuada, y allí fué violenta y explosiva... ¡Si hasta se figuraba que era saludable!... ¡Si hasta le parecía que tenía talento!... Como que aquella tarde se le ocurrieron pensamientos magníficos y juicios de una originalidad sorprendente. Había formado de sí mismo un concepto poco favorable como hombre de inteligencia; pero ya, por efecto del súbito amor, creíase capaz de dar quince y raya a más de cuatro. La modestia cedió el puesto a un cierto orgullo que tomaba posesión de su alma...

"Pero ¿y si no me quiere?—pensaba, desanimándose y cayendo a tierra con las alas rotas—. Es que me tendrá que querer... No es el primer caso... Cuando me conozca..."

Al mismo tiempo la apatía y la pereza quedaban vencidas... Andábanle por dentro comezones y pruritos nuevos, un deseo de hacer algo y de probar su voluntad en actos grandes y difíciles... Iba por la calle sin ver a nadie, tropezando con los transeúntes, y a poco se estrella contra un árbol del paseo de Luchana. Al entrar en la calle de Raimundo Lulio vió

a su tía en el balcón tomando el sol. Verla y sentir un miedo muy grande, pero muy grande, fué todo uno. "¡Si mi tía lo sabe...!" Pero del miedo salió al instante la reacción de valor, y apretó los puños debajo de la capa, los apretó tanto que le dolieron los dedos. "Si mi tía se opone, que se oponga y que se vaya a los demonios." Nunca, ni aun con el pensamiento, había hablado Maximiliano de doña Lupe con tan poco respeto. Pero los antiguos moldes estaban rotos. Todo el mundo y toda la existencia anteriores a aquel estado novísimo se hundían o se disipaban como las tinieblas al salir el sol. Ya no había tía, ni hermanos, ni familia, ni nada, y quienquiera que se le atravesase en su camino era declarado enemigo. Maximiliano tuvo tal acceso de coraje, que hasta se ofreció a su mente con caracteres odiosos la imagen de doña Lupe, de su segunda madre. Al subir las escaleras de la casa se serenó, pensando que su tía no sabía nada, y si lo sabía, que lo supiera, ¡ea!... "¡Qué carácter estoy echando!", se dijo al meterse en su cuarto.

Cerró cuidadosamente la puerta y cogió la hucha. Su primer impulso fué estrellarla contra el suelo y romperla para sacar el dinero; y ya la tenía en la mano para consumar tan antieconómico propósito, cuando le asaltaron temores de que su tía oyera el ruido y entrase y le armara un cisco. Acordóse de lo orgullosa que estaba doña Lupe de la hucha de su sobrino. Cuando iban visitas a la casa la enseñaba como una cosa rara, sonándola y dando a probar el peso, para que todos se pasmaran de lo arregladito y previsor que era el niño. "Esto se llama formalidad. Hay pocos chicos que sean así..."

Maximiliano discurrió que para realizar su deseo necesitaba comprar otra hucha de barro exactamente igual a aquélla y llenarla de cuartos para que sonara y pesara... Se estuvo riendo a solas un rato, pensando en el chasco que le iba a dar a su tía..., ¡él, que no había cometido nunca una travesura!... Lo único que había hecho, años atrás, era robarle a su tía botones para coleccionarlos. ¡Instintos de coleccionista, que son variantes de la avaricia! Alguna vez llegó hasta cortarle los botones de los vestidos; pero con un solfeo que le dieron no le quedaron ganas de repetirlo. Fuera de esto, nada; siempre había sido la misma mansedumbre, y tan económico, que su tía le amaba más quizá por la virtud de ahorro que por las otras.

"Pues, señor, manos a la obra. En la cacharrería del paseo de Santa Engracia hay huchas exactamente iguales. Compraré una; miraré bien ésta para tomarle bien las medidas."

Estaba Maximiliano con la hucha en la mano mirándola por arriba y por abajo, como si la fuera a retratar, cuando se abrió la puerta y entró una chiquilla como de doce años, delgada y espigadita, los brazos remangados, muy atusada de flequillo y sortijillas, con un delantal que le llegaba a los pies. Lo mismo fué verla Maximiliano, que se turbó cual si le hubieran sorprendido en un acto vergonzoso.

—¿Qué buscas tú aquí, chiquilla sin vergüenza?

Por toda contestación, la rapaza le enseñó medio palmo de lengua, plegando los ojos y haciendo unas muecas de careta fea de lo más estrafalario y grotesco que se puede imaginar.

—Sí, bonita te pones... Lárgate de aquí, o verás...

Era la criada de la casa. Doña Lupe odiaba a las mujeronas, y siempre tomaba a su servicio niñas para educarlas y amoldarlas a su gusto y costumbres. Llamábanla *Papitos,* no sé por qué. Era más viva que la pólvora, activa y trabajadora cuando quería, holgazana y mañosa algunos días. Tenía el cuerpo esbelto. Las manos ásperas del trabajo y el agua fría, la cara diablesca, con unos ojos reventones de que sacaba mucho partido para hacer reír a la gente, la boca hocicuda y graciosa, con un juego de labios y unos dientes blanquísimos, que eran como de encargo para producir las muecas más extravagantes. Los dos dientes centrales superiores eran enormes, y se le veían siempre, porque ni cuando estaba de morros cerraba completamente la boca.

Oída la conminación que le hizo Maximiliano, *Papitos* se desvergonzó más. Ella las gastaba así. Cuanto más la amenazaba, más pesadita se ponía. Volvió a echar fuera una cantidad increíble de lengua, y luego se puso a decir en voz baja: "Feo, feo...", hasta treinta o cuarenta veces. Esta apreciación, que no era contraria a la verdad, ni mucho me-

nos, nunca había inspirado a Rubín más que desprecio; pero en aquella ocasión le indignó tanto, vamos..., que de buena gana le hubiera cortado a *Papitos* toda aquella lenguaza que sacaba.

—¡Si no te largas, de la patada que te doy...!

Fué tras ella; pero *Papitos* se puso en salvo. Parecía que volaba. Desde el fondo del pasillo, en la puerta de la cocina, repetía sus burlas, haciendo con las manos gestos de mico. Volvió él a su cuarto muy incomodado y a poco entró ella otra vez.

—¿Qué buscas aquí?

—Vengo a por la lámpara para aviarla...

El motivo de haber dicho esto la chiquilla con relativo juicio y serenidad fué que se oyeron los pasos de doña Lupe y su voz temerosa:

—Mira, *Papitos*, que voy allá...

—Tía, venga usted... Está de jarana...

—¡Acusón!—le dijo por lo bajo la chicuela al coger la lámpara—. ¡Feón!

—La culpa la tienes tú—añadió severamente doña Lupe en la puerta—, porque te pones a jugar con ella, le ríes las gracias, y ya ves. Cuando quieres que te respete, no puede ser. Es muy malcriada.

La tía y el sobrino hablaron un instante.

—¿También vendrás tarde esta noche? Mira que las noches están muy frías. Estas heladas son crueles. Tú no estás para valentías.

—No, si no siento nada. Nunca he estado mejor—dijo Rubín, sintiendo que la timidez le ganaba otra vez.

—No hagamos simplezas... Hace un frío horrible. ¡Qué año tan malo! ¿Creerás que anoche no pude entrar en calor hasta la madrugada? Y eso que me eché encima cuatro mantas. ¡Qué atrocidad! Como que estamos entre las *Cátedras de Roma y Antioquía*, que es, según decía mi Jáuregui, el peor tiempo de Madrid.

V

—¿Va usted esta noche a casa de doña Silvia?—preguntóle Rubín.

—Eso pienso. Si tú sales me dejarás allá, y luego irás a buscarme a las once en punto.

Esto contrariaba a Maximiliano, porque le tasaba el tiempo; pero no dijo nada.

—Y esta tarde, ¿sale usted?—preguntó luego, deseando que su tía saliese antes de comer, para verificar, mientras ella estuviese fuera, la sustitución de las huchas.

—Puede que me llegue un ratito a casa de Paca Morejón.

—Yo la acompañaré a usted... Tengo que ir a ver a Narciso, para que me preste unos apuntes. La dejaré a usted en la calle de la Habana.

Doña Lupe fué a la cocina y le armó una gran chillería a *Papitos* porque había dejado quemar el principio. Pero la chica estaba muy acostumbrada a todo, y se quedaba tan fresca. Como que acabadita de oírse llamar con las denominaciones más injuriosas y de recibir un pellizco que le atenazaba la carne, poníase detrás de su ama a hacer visajes y a sacar la lengua, mientras se rascaba el brazo dolorido.

—Si creerás tú que no te estoy viendo, bribona—decía doña Lupe sin volverse, entre risueña y enojada.

Y no se podía pasar sin ella. Necesitaba tener una criatura a quien reprender y enseñar por los procedimientos suyos.

Púsose la mantilla doña Lupe, y tía y sobrino salieron. La primera se quedó en la calle de Arango, y el segundo se fue a comprar la hucha y tornó a su casa. Había llegado la ocasión de consumar el atentado, y el que durante la premeditación se mostraba tan valeroso, cuando se aproximaba el instante crítico sentía vivísima inquietud. Empezó por asegurarse de la curiosidad de *Papitos*, echando la llave a la puerta después de encender la luz; pero ¿cómo asegurarse de su propia conciencia, que se le alborotaba, pintándole la falta proyectada como nefando delito? Comparó las dos huchas, observando con satisfacción que eran exactamente iguales en volumen y en el color del barro. No era posible que nadie advirtiese la sustitución. Manos a la obra. Lo primero era romper la primitiva para coger el oro y la plata, pasando a la nueva la calderilla, con más de dos pesetas en *perros* que al objeto había cambiado en la tienda de comestibles. Romper la olla sin hacer ruido era cosa imposible. Permaneció un rato sentado en una silla junto a la cama, con las dos huchas sobre ésta, acariciando suavemente la que iba a ser víctima. Su mi-

rada vagaba alrededor de la luz, cazando una idea. La luz iluminaba la mesilla, cubierta de hule negro, sobre el cual estaban los libros de estudio, forrados con periódicos y muy bien ordenados por doña Lupe; dos o tres frascos de sustancias medicinales, el tintero y varios número de *La Correspondencia*. La mirada del joven revoloteó por la estrecha cavidad del cuarto, como si siguiera las curvas del vuelo de una mosca, y fué de la mesa a la percha en que pendían aquellos moldes de sí mismo, su ropa, el chaqué que reproducía su cuerpo y los pantalones que eran sus propias piernas colgadas como para que se estiraran. Miró después la cómoda, el baúl y las botas que sobre él estaban, sus propios pies cortados, pero dispuestos a andar. Un movimiento de alegría y la animación de la cara indicaron que Maximiliano había atrapado la idea. Bien lo decía él: con aquellas cosas se había vuelto de repente hombre de talento. Levantóse, y cogiendo una bota salió y fué a la cocina, donde estaba *Papitos* cantando.

—Chiquilla, ¿me das la mano del almirez? Esta bota tiene un clavo tremendo, pero tremendo, que me ha dejado cojo.

Papitos cogió la mano del almirez, haciendo el ademán de machacar al señorito la cabeza.

—Vamos, niña, estate quieta. Mira que le cuento todo a la tía. Me encargó que tuviera cuidado contigo, y que si te movías de la cocina te diera dos coscorrones.

Papitos se puso a picar la escarola, sin dejar de hacer visajes.

—Y yo le diré—replicó—, yo le diré lo que hace... el muy trapisondista...

Maximiliano se estremeció.

—Tonta, ¿qué es lo que yo hago?... —dijo, sorteando su turbación.

—Encerrarse en su cuarto, *¡ay olé!, ¡ay olé!...*, para que nadie le vea; pero yo le he visto por el agujero de la llave..., *¡ay olé!, ¡ay olé!...*

—¿Qué?

—Escribiéndole cartas a la novia.

—Mentira... ¿Yo?... Quita allá, enredadora...

Volvió a su cuarto, llevando la mano del almirez, y echada otra vez la llave, tapó el agujero con un pañuelo.

—Ella no mirará; pero por si se le ocurre...

El tiempo apremiaba y doña Lupe podía venir. Cuando cogió la hucha llena, el corazón le palpitaba y su respiración era difícil. Dábale compasión de la víctima, y para evitar su enternecimiento, que podría frustrar el acto, hizo lo que los criminales que se arrojan frenéticos a dar el primer golpe para perder el miedo y acallar la conciencia, impidiéndose el volver atrás. Cogió la hucha y con febril mano le atizó un porrazo. La víctima exhaló un gemido seco. Se había cascado, pero no estaba rota aún. Como este primer golpe fué dado sobre el suelo, le pareció a Maximiliano que había retumbado mucho, y entonces puso sobre la cama el cacharro herido. Su azoramiento era tal que casi le pega a la hucha vacía en vez de hacerlo a la llena; pero se serenó, diciendo: "¡Qué tonto soy! Si esto es mío, ¿por qué no he de disponer de ello cuando me dé la gana?" Y leña, más leña... La infeliz víctima, aquel antiguo y leal amigo, modelo de honradez y fidelidad, gimió a los fieros golpes, abriéndose al fin en tres o cuatro pedazos. Sobre la cama se esparcieron las tripas de oro, plata y cobre. Entre la plata, que era lo que más abundaba, brillaban los centenes como las pepitas amarillas de un melón entre la pulpa blanca. Con mano trémula, el asesino lo recogió todo menos la calderilla, y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Los cascos esparcidos semejaban pedazos de un cráneo, y el polvillo rojo del barro cocido que ensuciaba la colcha blanca parecióle al criminal manchas de sangre. Antes de pensar en borrar las huellas del estropicio, pensó en poner los cuartos en la hucha nueva, operación verificada con tanta precipitación que las piezas se atragantaban en la boca y algunas no querían pasar. Como que la boca era un poquitín más estrecha que la de la muerta. Después metió el cobre de las dos pesetas que había cambiado.

No había tiempo que perder. Sentía pasos. ¿Subiría ya doña Lupe? No, no era ella; pero pronto vendría, y era forzoso despachar. Aquellos cascos, ¿dónde los echaría? He aquí un problema que le puso los pelos de punta al asesino. Lo mejor era envolver aquellos despojos sangrientos en un pañuelo y tirarlos en medio de la calle cuando saliera. ¿Y la

sangre? Limpió la colcha como pudo, soplando el polvo. Después advirtió que su mano derecha y el puño de la camisa conservaban algunas señales, y se ocupó en borrarlas cuidadosamente. También la mano del almirez necesitó de un buen limpión. ¿Tendría algo en la ropa? Se miró de pies a cabeza. No había nada, absolutamente nada. Como todos los matadores en igual caso, fué escrupuloso en el examen; pero a estos desgraciados se les olvida siempre algo, y donde menos lo piensan se conserva el dato acusador que ilumina a la justicia.

Lo que desconcertó a Rubín cuando creyó concluída su faena fué la aprensión de advertir que la hucha nueva no se parecía nada a la sacrificada. ¿Cómo antes del crimen las vió tan iguales que parecían una misma? Error de los sentidos. También podía ser error la diferencia que después del crimen notaba. ¿Se equivocó antes o se equivocaba después? En la enorme turbación de su ánimo no podía decir nada.

—Pero si basta tener ojos—decía—para conocer que esta hucha no es aquélla. En ésta el barro es más recocho, de color más oscuro, y tiene por aquí una mancha negra... A simple vista se ve que no es la misma... Dios nos asista. ¿A ver el peso?... Pues el peso me parece que es menor en ésta... No, más bien mayor, mucho mayor... ¡Fatalidad!

Quedóse parado un largo rato mirando a la luz y viendo en ella a doña Lupe en el acto de coger la hucha falsa y decir:

—Pero esta hucha..., no sé..., me parece... no es la misma.

Dando un gran suspiro, envolvió rápidamente en un pañuelo los destrozados restos de la víctima, y los guardó en la cómoda hasta el momento de salir Puso la nueva hucha en el sitio de costumbre, que era el cajón alto de la cómoda; abrió la puerta, quitando el pañuelo que tapaba el agujero de la llave, y después de llevar a la cocina el instrumento alevoso, volvió a su cuarto con idea de contar el dinero... Pero si era suyo, ¿a qué tanto miedo y zozobra? El no había robado nada a nadie, y, sin embargo, estaba como los ladrones. Más derecho era referir a su tía lo que le pasaba que no andar con tapujos. Sí, pues buena se pondría doña Lupe si él le contara su aventura y el empleo que daba a sus ahorros... Valía más callar, y adelante.

No pudo entretenerse en contar su tesoro, porque entró doña Lupe, dirigiéndose inmediatamente a la cocina. Maximiliano se paseaba en su cuarto esperando que le llamasen a comer, y hacía cálculos mentales sobre aquella desconocida suma que tanto le pesaba.

—Mucho debe de ser, pero mucho —calculaba—, porque en tal tiempo eché un dobloncito de cuatro, y en cual tiempo otro. Y cuando tomé la medicina aquella que sabía tan mal, me dió mi tía dos duritos, y cada vez que había que tomar purga, un durito o medio durito. Lo que es monedas de a cinco, puede que pasen de quince.

Sintió que le renacía el valor. Pero cuando le llamaron a comer, y fué al comedor y se encaró con su tía, pensó que ésta le iba a conocer en la cara lo que había hecho. Mirábale ella lo mismo que el día infausto en que le robara los botones arrancándolos de la ropa... Y al sobrinito se le alborotó la conciencia, haciéndole ver peligros donde no los había.

"Me parece—cavilaba, tragando la sopa—que la colcha no ha quedado muy limpia... Caspitina, se me olvidó una cosa, pero una cosa muy importante...: ver si habían caído pedacitos de barro en alguna parte. Ahora recuerdo que oí *tin*, como si un casquillo saltara en el momento del golpe y fuera a chocar disparado con el frasco de yoduro. En el suelo quizá..., ¡y mi tía barre todos los días!... ¡Cómo me mira! Si sospechará algo... Lo que ahora me faltaba era que mi tía hubiese pasado por la tienda al volver de casa de las de Morejón y le hubiera dicho el tendero: "Aquí estuvo su sobrino a cambiar dos pesetas en calderilla."

El mirar escrutador de doña Lupe no tenía nada de particular. Acostumbraba ella estudiarle la cara, para ver cómo andaba de salud, y el tal semblante era un libro en que la buena señora había aprendido más medicina que Farmacia su sobrino en los textos impresos.

—Me parece que tú no andas bien... —le dijo—. Cuando entré te sentí toser... Estas heladas... Por Dios, ten mucho cuidado: no tengamos aquí otra como la del año pasado, que empalmaste cuatro catarros y por poco pierdes el curso. No

olvides de liarte el pañuedo de seda en la cabeza, de noche, cuando te acuestes; y yo que tú empezaría a tomar el agua de brea... No hagas ascos. Es bueno curarse en salud. Por sí o por no, mañana te traigo las pastillas de tolú.

Con esto se tranquilizó el joven, comprendiendo que las miradas no eran más que la inspección médica de todos los días. Comieron y se prepararon para salir. El criminal se embozó bien en la capa y apagó la luz de su cuarto para coger los restos de la víctima y sacarlos ocultamente. Como las monedas que en el bolsillo del pantalón llevaba no eran paja, se denunciaban sonando una contra otra. Por evitar este ruido importuno, Maximiliano se metió un pañuelo en aquel bolsillo, atarugándolo bien para que las piezas de plata y oro no chistasen, y así fué, en efecto, pues en todo el trayecto, desde Chamberí hasta la casa de Torquemada, el oído de doña Lupe, que siempre se afinaba con el rumor de dinero como el oído de los gatos con los pasos de ratón, y hasta parecía que entiesaba las orejas, no percibió nada, absolutamente nada. El sobrinito, cuando creía que las monedas se movían, atarugaba el bolsillo como quien ataca un arma. ¡Creeríase que le había salido un tumor en la pierna!...

CAPITULO II

AFANES Y CONTRATIEMPOS DE UN REDENTOR

I

Grande fué el asombro de Fortunata aquella noche cuando vió que Maximiliano sacaba puñados de monedas diferentes, y contaba con rapidez la suma, apartando el oro de la plata. A la sorpresa un tanto alegre de la joven siguió pronto sospecha de que su improvisado amigo hubiese adquirido aquel caudal por medios no muy limpios. Creyó ver en él un hijo de familia que, arrastrado de la pasión y cegado por la tontería, se había incautado de la caja paterna. Esta idea la mortificó mucho, haciéndole ver la cruel insistencia con que su destino la maltrataba. Desde que fué lanzada a los azares de aquella vida se había visto siempre unida a hombres groseros, perversos o tramposos, *lo peor de cada casa.*

No dejó entrever a Maximiliano sus sospechas sobre la procedencia del dinero, que, viniera de donde viniese, no podía ser mal recibido, y poco a poco se fué tranquilizando al ver que el apreciable muchacho hacía alarde de poseer ideas económicas enteramente contrarias a las de sus predecesores.

—Esto—dijo, mostrándole un grupito de monedas de oro—es para que desempeñes la ropa que te sea más necesaria... Los trajes de lujo, el abrigo de terciopelo, el sombrero y las alhajas se sacarán más adelante, y se renovará el préstamo para que no se pierdan. Olvídate por ahora de todo lo que es pura ostentación. Acabóse el barullo. Se gastará nada más que lo que se tenga, para no hacer ni una trampa, pero ni una sola trampa. Fíjate bien.

Esta sensatez era cosa nueva para Fortunata, y empezó a corregir algo sus primeras ideas acerca de su amante y a considerarle mejor que a los demás. En los días siguientes Olmedo confirmó esta buena opinión, hablándole con vivos encarecimientos de la formalidad de aquel chico y de lo muy arregladito que era.

Quedó convenido entre Fortunata y su protector tomar un cuarto que estaba desalquilado en la misma casa. Rubín insistió mucho en la modestia y baratura de los muebles que se habían de poner, porque... (para que se vea si era juicioso) "conviene empezar por poco". Después se vería, y el humilde hogar iría creciendo y embelleciéndose gradualmente. Aceptaba ella todo sin entusiasmo ni ilusión alguna, más bien *por probar.* Maximiliano le era poco simpático; pero en sus palabras y en sus acciones había visto desde el primer momento la persona decente, novedad grande para ella. Vivir con una persona decente despertaba un poco su curiosidad. Dos días estuvo ocupada en instalarse. Los muebles se los alquiló una vecina que había levantado casa, y Rubín atendió a todo con tal tino, que Fortunata se pasmaba de sus admirables dotes administrativas, pues no tenía ni idea remota de aquel ingenioso modo de defender una peseta, ni sabía cómo se recorta un gasto para reducirlo de seis a cinco, con otras artes financieras que el excelente chico había aprendido de doña Lupe.

Tratando de medir el cariño que sentía por su amiga, Maximiliano hallaba pálida e inexpresiva la palabra querer, teniendo que recurrir a las novelas y a la poesía en busca del verbo *amar*, tan usado en los ejercicios gramaticales como olvidado en el lenguaje corriente. Y aun aquel verbo le parecía desabrido para expresar la dulzura y ardor de su cariño. Adorar, idolatrar y otros cumplían mejor su oficio de dar a conocer la pasión exaltada de un joven enclenque de cuerpo y robusto de espíritu.

Cuando el anamorado se iba a su casa llevaba en sí la impresión de Fortunata transfigurada. Porque no ha habido princesa de cuento oriental ni dama del teatro romántico que se ofreciera a la mente de un caballero con atributos más ideales ni con rasgos más puros y nobles. Dos Fortunatas existían entonces: una, la de carne y hueso; otra, la que Maximiliano llevaba estampada en su mente. De tal modo se sutilizaron los sentimientos del joven Rubín con aquel extraordinario amor, que éste le inspiraba no sólo las buenas acciones, el entusiasmo y la abnegación, sino también la delicadeza llevada hasta la castidad. Su naturaleza pobre no tenía exigencias; su espíritu las tenía grandes, y éstas eran las que más le apremiaban. Todo lo que en el alma humana puede existir de noble y hermoso brotó en la suya, como los chorros de lava en el volcán activo. Soñaba con redenciones y regeneraciones, con lavaduras de manchas y con sacar del pasado negro de su amada una vida de méritos. El generoso galán veía los más sublimes problemas morales en la frente de aquella infeliz mujer, y resolverlos en sentido del bien parecíale la más grande empresa de la voluntad humana. Porque su loco entusiasmo le impulsaba a la salvación social y moral de su ídolo, y a poner en esta obra grandiosa todas las energías que alborotaban su alma. Las peripecias vergonzosas de la vida de ella no le desalentaban, y hasta media con gozo la hondura del abismo del cual iba a sacar a su amiga; y la había de sacar pura o purificada. En aquellas confidencias que ambos tenían, creía Maximiliano advertir en la pecadora un cierto fondo de rectitud y menos corrupción de lo que a primera vista parecía. ¿Se equivocaría en esto? A veces lo sospechaba; pero su buena fe triunfaba al instante de esta sospecha. Lo que sí podía sostener sin miedo a equivocarse era que Fortunata tenía vivos deseos de mejorar su personalidad, es decir, de adecentarse y pulirse. Su ignorancia era, como puede suponerse, completa. Leía muy mal y a trompicones, y no sabía escribir.

Lo esencial del saber, lo que saben los niños y los paletos, ella lo ignoraba, como lo ignoran otras mujeres de su clase y aun de clase superior. Maximiliano se reía de aquella incultura rasa, tomando en serio la tarea de irla corrigiendo poco a poco. Y ella no disimulaba su barbarie; por el contrario, manifestaba con graciosa sinceridad sus ardientes deseos de adquirir ciertas ideas y de aprender palabras finas y decentes. Cada instante estaba preguntando el significado de tal o cual palabra o informándose de mil cosas comunes. No sabía lo que es el Norte y el Sur. Esto le sonaba a cosa de viento; pero nada más. Creía que un senador es algo del Ayuntamiento. Tenía sobre la imprenta ideas muy extrañas, creyendo que los autores mismos ponían en las páginas aquellas letras tan iguales. No había leído jamás libro ninguno, ni siquiera novela. Pensaba que Europa es un pueblo y que Inglaterra es un país de acreedores. Respecto del sol, la luna y todo lo demás del firmamento, sus nociones pertenecían al orden de los pueblos primitivos. Confesó un día que no sabía quién fué Colón. Creía que era un general, así como O'Donnell o Prim. En lo religioso no estaba más aventajada que en lo histórico. La poca doctrina cristiana que aprendió se le había olvidado. Comprendía a la Virgen, a Jesucristo y a San Pedro; les tenía por muy buenas personas, pero nada más. Respecto a la inmortalidad y a la redención, sus ideas eran muy confusas. Sabía que arrepintiéndose uno, bien arrepentido, se salva; eso no tenía duda, y por más que dijeran, nada que se relacionase con el amor era pecado.

Sus defectos de pronunciación eran atroces. No había fuerza humana que la hiciera decir *fragmento, magnífico enigma* y otras palabras usuales. Se esforzaba en vencer esta dificultad, riendo y machacando en ella; pero no lo conseguía. Las *eses* finales se le convertían en *jotas*, sin que ella misma lo notase ni evitarlo pudiera, y se comía muchas sílabas. Si supiera ella qué bonita boca se le

ponía al comérselas, no intentara enmendar su graciosa incorrección. Pero Maximiliano se había erigido en maestro, con rigores de dómine e ínfulas de académico. No la dejaba vivir, y estaba en acecho de los solecismos para caer sobre ellos como el gato sobre el ratón.

—No se dice *diferiencia*, sino *diferencia*. No se dice *Jacometrenzo*, ni *Espiritui Santo*, ni *indilugencias*. Además, *escamón* y *escamarse* son palabras muy feas, y llamar *tiologías* a todo lo que no se entiende es una barbaridad. Repetir a cada instante *pa chasco* es costumbre ordinaria, etcétera.

Lo mejorcito que aquella mujer tenía era su ingenuidad. Repetidas veces sacó Maximiliano a relucir el caso de la deshonra de ella, por ser muy importante este punto en el plan de regeneración. El inspirado y entusiástico mancebo hacía hincapié en lo malos que son los señoritos y en la necesidad de una ley a la inglesa que proteja a las muchachas inocentes contra los seductores. Fortunata no entendía palotada de estas leyes. Lo único que sostenía era que el tal Juanito Santa Cruz era el único hombre a quien había querido de verdad, y que le amaba siempre. ¿Por qué decir otra cosa? Reconociendo el otro con caballeresca lealtad que esta consecuencia era laudable, sentía en su alma punzada de celos, que trastornaba por un instante sus planes de redención.

—¿Y le quieres tanto que si le vieras en algún peligro le salvarías?

—Claro que sí..., me lo puedes creer. Si le viera en un peligro, le sacaría en bien, aunque me perdiera yo. No sé decir más que lo que me sale de *entre mí*. Si no es verdad esto, que no llegue a la noche con salud.

Se puso tan guapa al hacer esta declaración, que Rubín la miró mucho antes de decir:

—No, no jures; no necesitas jurarlo. Te creo. Di otra cosa. Y si ahora entrara por esa puerta y te dijera: "Fortunata, ven", ¿irías?

Fortunata miró a la puerta. Rubín tragaba saliva y buscaba en el sitio donde tenemos el bigote algo que retorcer, y encontrando sólo unos pelos muy tenues, los martirizaba cruelmente.

—Eso..., según...—dijo ella, plegando su entrecejo.... Me iría o no me iría.

II

Maximiliano quería saberlo todo. Era como el buen médico que le pide al enfermo las noticias más insignificantes del mal que padece y de su historia para saber cómo ha de curarle. Fortunata no ocultaba nada, eso bueno tenía, y el doctor amante se encontraba a veces con más quizá de lo necesario para la prodigiosa cura. Y ¡qué horrorizado se quedaba oyendo contar lo mal que se portó el seductor de aquella hermosura! El honradísimo aprendiz de farmacéutico no comprendía que pudieran existir hombres tan malos, y las penas todas del infierno parecíanle pocas para castigarlos. Criminal más perverso que los asesinos y ladrones era, según él, el señorito seductor de doncella pobre, que la hacía creer que se iba a casar con ella, y después la dejaba plantada en medio del arroyo con su chiquillo o con las vísperas. ¿Por cuánto haría esto él, Maximiliano Rubín?... El tal Juanito Santa Cruz era, pues, el hombre más infame, más execrable y vil que se podía imaginar. Pero la misma ofendida no extremaba mucho, como parecía natural, los anatemas contra el seductor, por cuya razón tuvo Maximiliano que redoblar su furia contra él, llamándole monstruo y otras cosas muy malas. Fortunata veíase forzada a repetirlo; pero no había medio de que pronunciara la palabra *monstruo*. Se le atravesaba como otras muchas, y al fin, después de mil tentativas que parecían náuseas, la soltaba de entre sus bonitísimos dientes y labios como si la escupiera.

Prefería contar particularidades de su infancia. Su difunto padre poseía un cajón en la plazuela, y era hombre honrado. Su madre tenía, como Segunda, su tía paterna, el tráfico de huevos. Llamábanla a ella desde niña la *Pitusa*, porque fué muy raquítica y encanijada hasta los doce años; pero de repente dió un gran estirón y se hizo mujer de talla y de garbo. Sus padres se murieron cuando ella tenía doce años... Oía estas cosas Maximiliano con mucho placer. Pero con todo, mandábale que fuese al grano, a las cosas graves, como lo referente al hijo que había tenido. Cuando parte de esta historia fué contada, al joven le faltó poco para que se le saltaran las lá-

grimas. La tierna criatura, sin más amparo que su madre pobre, y la aflicción de ésta al verse abandonada, eran, en verdad, un cuadro tristísimo que partía el corazón. ¿Por qué no le citó ante los tribunales? Es lo que debía haber hecho. A estos tunantes hay que tratarlos a la baqueta. Otra cosa. ¿Por qué no se le ocurrió darle un escándalo, ir á la casa con el crío en brazos y presentarse a doña Bárbara y a don Baldomero y contarles allí bien clarito la gracia que había hecho su hijo?... Pero no; esto no hubiera sido muy conforme con la dignidad. Más valía despreciarle, dejándole entregado a su conciencia, sí, a su conciencia, que buen jaleo le había de armar tarde o temprano.

Fortunata, al oír esto, fijaba sus ojos en el suelo, repitiendo como una máquina aquello de que lo mejor era el desprecio. Sí, despreciarle, repetía el otro, pues era ignominia solicitar su protección. Aunque le dieran lo que le dieran, no era capaz Fortunata de decir *ignominia*. Maximiliano insistió en que había sido una gran falta pedir amparo al mismo Juanito Santa Cruz, a aquel infame, cuando volvió ella a Madrid y le cayó su niño enfermo.

—Pero, tontín, si no es por él, no hubiéramos tenido con qué enterrarle—dijo Fortunata, saliendo a la defensa de su propio verdugo.

—Primero le dejo yo insepulto que recurrir... La dignidad, hija, es antes que todo. Fíjate bien en esto. Lo que quiero saber ahora es qué sujeto era ese con quien te uniste después, el que te sacó de Madrid y te llevó de pueblo en pueblo, como los trastos de una feria.

—Era un hombre traicionero y malo —dijo Fortunata con desgana, como si el recuerdo de aquella parte de su vida le fuera muy desagradable—. Me fuí con él porque me vi perdida, y no tenía adónde volverme. Era hermano de un vecino nuestro de la Cava de San Miguel. Primeramente tuvo un cajón de casquería en la plaza, y después puso tienda de quincalla. Iba a todas las ferias con un sinfín de arcas llenas de baratijas, y armaba tienda. Le llamaban *Juárez el Negro*, por tener la color muy morena. Viéndome tan mal, me ofreció el oro y el moro, y que iba a hacer y a acontecer. Mi tía me echó de la casa y mi tío desapareció. Yo estaba enferma, y Juárez me dijo que si me iba con él me llevaría a baños. Decía que ganaba montes y montones en las romerías, y que yo iba a estar como una reina. No se podía casar conmigo porque era casado; pero en cuantito que se muriera su mujer, que era una borrachona, cumpliría, sí, señor, cumpliría conmigo.

Y siguió relatando con rapidez aquella página fea, deseando concluirla pronto. Lo del señorito Santa Cruz, siendo tan desastroso, lo refería con prolijidad y aun con cierta amarga complacencia; pero lo de *Juárez el Negro* salía de sus labios como una confesión forzada o testimonio ante los tribunales, de esos que van quemando la boca a medida que salen. ¡Cuánto le pesó ponerse en manos de aquel hombre! Era un perdido, un charrán, una mala persona. Hubiérase resistido a seguirle, si no la empujaran a ello los parientes con quienes vivía, los cuales no tenían maldita gana de mantenerle el pico. Pronto vió que todo lo que ofrecía *Juárez el Negro* era conversación. No ganaba un cuarto; con el mundo entero armaba camorra, y todo el veneno que iba amasando en su maldecida alma, por la mala suerte, lo descargaba sobre su querida... En fin, vida más arrastrada no la había pasado ella nunca, ni esperaba volverla a pasar... Con el dinero que Juanito Santa Cruz les dió, cuando estuvieron en Madrid y se murió el niñito, hubiera podido el muy bestia de Juárez arreglar su comercio; pero ¿qué hizo? Beber y más beber. El vinazo y el aguardentazo le remataron. Una mañana despertó ella oyéndole dar unos grandes gruñidos.... así como si le estuvieran apretando el tragadero. ¿Qué era? Que se estaba muriendo. Saltó espantada de la cama y llamó á los vecinos. No hubo tiempo de *suministrarle*, y sólo le cogió la unción. Esto pasaba en Lérida. A los dos días vendió sus cuatro trastos y con los cuartos que pudo juntar plantóse en Barcelona. Había hecho juramento de no volver a tratar con animales. Libertad, libertad y libertad era lo que le pedían el cuerpo y el alma.

La verdad ante todo. ¿Para qué decir una cosa por otra? La franqueza es una virtud cuando no se tienen otras, y la franqueza obligaba á Fortunata á declarar que en la primera temporada de anarquía moral se había divertido algo,

olvidando sus penas como las olvidan los borrachos. Su éxito fué grande, y su falta de educación ayudaba a cegarla. Llegó a creer que encenagándose mucho se vengaba de los que la habían perdido, y solía pensar que si el pícaro Santa Cruz la veía hecha un brazo de mar, tan elegantona y triunfante, se le antojaría quererla otra vez. ¡Pero sí, para él estaba!... Contó a renglón seguido tantas cosas, que Maximiliano se sintió lastimado. Tuvo precisión de *echar un velo*, como dicen los retóricos, sobre aquella parte de la historia de su amada. El velo tenía que ser muy denso, porque la franqueza de Fortunata arrojaba luz vivísima sobre los sucesos referidos, y su pintoresco lenguaje los hacía reverberar... Dió ella entonces algunos cortes a su relación, comiéndose no ya las letras, sino párrafos y capítulos enteros, y he aquí en sustancia lo que dijo: Torrellas, el célebre paisajista catalán, era tan celoso que no la dejaba vivir. Inventaba mil tormentos, armándole trampas para ver si caía o no caía. Tan odioso llegó a serle aquel hombre, que al fin se dejó ella caer. Metióse adrede en la trampa, conociéndola, por gusto de jugarle una partida al muy majadero, porque así se vengaba de las muchas que le habían jugado a ella. Y nada más... Total, que por poco la mata el condenado pintor de árboles... Lo que más quemaba a éste era que la infidelidad había sido con un íntimo amigo suyo, pintor también, autor del cuadro de David mirando a... Fortunata no se acordaba del nombre, pero era una que estaba bañándose... A ninguno de los dos artistas quería ella; por ninguno de los dos hubiera dado dos cuartos, si se compraran con dinero. Más que ellos valían sus cuadros. Desde que engañó al primero con el segundo se le puso en la cabeza la idea de pegárselas a los dos con otro, y la satisfacción de este deseo se la proporcionó un empleado joven, pobre y algo simpático, que se parecía mucho a Juanito Santa Cruz.

Otro velo... Maximiliano se vió precisado a echar otro velo...

—Cállate, hazme el favor de callarte —le dijo, pensando que, según iba saliendo la historia, necesitaba lo menos una pieza de tul. Pero ella siguió narrando.

Pues como iba diciendo, el tal joven salió también un buen punto. Una mañana, mientras ella dormía, le empeñó todas sus alhajas, para jugar. Y aquí paz... Vino después un viejo que le daba mucho dinero y la llevó a París, donde se engalanó y afinó extraordinariamente su gusto para vestirse. ¡Viejo más cuco!... Había sido general carcunda en la otra guerra, y trataba mucho con gente de sotana. Era muy vicioso y le daba muchas jaquecas con *tantismas* incumbencias como tenía. Un día se quemó ella y le plantó en la calle. Sucesor, Camps, que le puso casa con gran rumbo. Parecía hombre muy rico; pero luego resultó que era un trampalarga. Antes de venir a Madrid le dió a ella olor de chubasco, y a poco de estar aquí vió que se venía la tempestad encima. Camps traía recomendaciones para el director del Tesoro, y quiso cobrar unos pagarés falsos de fusiles que se suponían comprados por el Gobierno. Una noche entró en casa muy enfurruñado, trincó una maleta pequeña, llenóla de ropa, pidió a Fortunata todo el dinero que tenía y dijo que iba a El Escorial. Escorial fué, que no ha vuelto a parecer. Lo demás bien lo sabe Maximiliano... El sucesor de Camps había sido él, y ya se le conocía en cierto resplandor de sus ojos el orgullo que la herencia le produjera. Porque bien claro lo había dicho Fortunata. ¡Gracias a Dios que encontraba en su camino una persona decente!

Sentíase Maximiliano poseedor de una fuerza redentora, hermana de las fuerzas creadoras de la Naturaleza. ¡Ya vería el mundo la irradiación de bondad y de verdad que él iba a arrojar sobre aquella infeliz víctima del hombre! Desde que la conoció y sintió que el cielo se le metía en su alma, todo en él fué idealismo, nobleza y buenas acciones. ¡Qué diferencia entre él y los perdularios en cuyas manos estuvo antes aquella pobrecita! Por mucho que se rebuscara en la vida de Rubín, no se encontrarían más que dolores de cabeza y otras molestias físicas; pero a ver: que le sacaran algún acto ignominioso, ni siquiera una falta.

III

Una de las cosas a que Maximiliano daba más importancia para poner en ejecución su plan redentorista era que

Fortunata le amara, porque sin esto la sublime obra iba a tener sus dificultades. Si Fortunata se prendaba de él, aunque se prendara por lo moral, que es la menor cantidad de amor posible, no era tan difícil que él la convirtiera al bien por la atracción de su alma. De esta necesidad de amor previo emanaba la insistencia con que Maximiliano le preguntaba a su ídolo si le quería ya algo, si le iba queriendo. Algunas veces contestaba ella que sí con esa facilidad mecánica y rutinaria de los niños aplicados que se saben la lección; otras veces, más sincera y reflexiva, respondía que el cariño no depende de la voluntad ni menos de la razón, y por esto acontece que una mujer que no tiene pelo de tonta se enamorisca de cualquier pelagatos y da calabazas a las personas decentes. Aseguraba estar muy agradecida a Maximiliano por lo bien que se había portado con ella, y de aquella gratitud saldría, con el trato, el querer. Según Rubín, el orden natural de las cosas en el mundo espiritual establece que el amor nazca del agradecimiento, aunque también nace de otros padres. El corazón le decía, como él dice las cosas, a la calladita, que Fortunata le había de querer de firme; y esperaba con paciencia el cumplimiento de esta dulce profecía. Sin embargo, no las tenía todas consigo, porque como se dan casos de que salga fallido lo que el corazón anuncia, pasaba el pobre chico horas de verdadera angustia, y a solas en su casa, se metía en unos cálculos muy hondos para averiguar el estado de los sentimientos de su querida. Rápidamente pasaba de la duda más cruel a las afirmaciones terminantes. Tan pronto pensaba que no le quería ni pizca, como que le empezaba a querer, y todo era discutir y analizar palabras, gestos y actos de ella, interpretándolos de una manera o de otra. "¿Por qué me dijo tal o cual cosa? ¿Qué querría expresar con aquella reticencia?... Y aquella carcajadita, ¿qué significaba?... Ayer, cuando me abrió la puerta, no me dijo nada... Pero cuando me marché díjome que me abrigara bien."

La casa estaba en una de las muchas rinconadas de la antigua calle de San Antón. En el portal había una relojería entre cristales, quedando tan poco espacio para la entrada, que los gordos tenían que pasar de medio lado; en el piso bajo y tienda, una bollería que inundaba la casa de emanaciones de canela y azúcar. En el piso principal radicaba una casa de préstamos con farolón a la calle, y en ciertos días había en los balcones ventilación de capas empeñadas. Más arriba, los pisos estaban divididos en viviendas estrechas y de poco precio. Había derecha, izquierda y dos interiores. Los vecinos eran de dos clases: mujeres sueltas o familias que tenían su comercio en el próximo mercado de San Antón. Hueveras y verduleras poblaban aquellos reducidos aposentos, echando sus hijos a la escalera para que jugasen. En uno de los segundos exteriores vivía Feliciana, y Fortunata en un tercero interior. Lo alquiló Rubín por encontrarlo tan a mano, con intención de tomar vivienda mejor cuando variaran las cincunstancias.

Pasaba Maximiliano allí todo el tiempo de que podía disponer. Por la noche estaba hasta las doce y a veces hasta la una, no faltando ni aun cuando se veía acometido de sus terribles jaquecas. La sorpresa y confusión que a doña Lupe causaba esto no hay para qué decirlas, y no se satisfacía con las explicaciones que su sobrino daba. "Aquí hay gato encerrado—decía la astuta señora—, o en términos más claros, *gata encerrada*."

Cuando Maximiliano iba con jaqueca a la casa de su amante, ésta le cuidaba casi tan bien como la propia doña Lupe, y hacía los imposibles por conseguir que no metieran bulla los chicos de la huevera. Esto lo agradecía tanto el enfermo que se le aumentara el amor si fuera capaz de aumento lo que ya era tan grande. Observó con satisfacción que Fortunata salía a la calle lo menos posible. Por la mañana bajaba a hacer su compra, con su cesto al brazo, y al cuarto de hora volvía. Ella misma se hacía la comida y limpiaba la casa, en cuyas operaciones se le iba casi todo el día. No recibía visitas de mujeres de conducta dudosa, y la suya era estrictamente ajustada a las prácticas de una vida regular.

"Tiene la honradez en la medula de los huesos—decía Maximiliano, rebosando alegría—. Le gusta tanto trabajar, que cuando tiene hecha una cosa la desbarata y la vuelve a hacer por no estar ociosa. El trabajo es el fundamento de la virtud. Lo que digo: esta mujer ha sido mala a la fuerza."

En medio de estos dulcísimos ensue-

ños de su alma arrebatada, sentía Maximiliano unos saetazos que le hacían volver sobresaltado a la realidad. Era como la feroz picada de un mosquito cuando estamos empezando a dormirnos dulcemente... Por mucho que se estirase el dinero sacado de la hucha, al fin se tenía que concluir, porque todo es finito en este mundo, y el metálico precisamente es una de las cosas más finitas que se pueden imaginar... ¡María Santísima!, cuando el temido momento llegase..., cuando la última peseta del último duro fuera cambiada... Si el mosquito le picaba a Maximiliano cuando estaba en su cama dormido o preparándose a ello, incorporábase tan desvelado cual si fueran las doce del día, o se ponía a dar vueltas en el lecho y a calentarlo con el ardor de su febril zozobra. A veces invocaba al Cielo con íntimo fervor de oración. Esperaba que la obra generosa que había emprendido pesase mucho en las recónditas intenciones de la Providencia para que ésta le sacase del atolladero en que los amantes iban a caer. El no era un granuja; ella se estaba portando bien, y con su conducta echaba velos y más velos sobre lo pasado. Si la Providencia no tenía en cuenta estas circunstancias, ¿de qué le valía a uno portarse bien y ser un modelo de orden y buena fe? Esto es claro como el agua. Fortunata pensaba lo mismo cuando él le confiaba sus temores. Tenía que ser así, o todo lo que se habla de la Providencia es patraña. Pronto diré cómo se salieron con la suya, con lo cual se demostró que tenían allá arriba, en los mismos cielos, alguna entidad de peso que les protegía. Bien ganada se tenían esta protección, porque él, enaltecido por su cariño; ella, aspirando a la honradez y ensayándose en practicarla, eran dos seres que valían cualquier dinero, o, en otros términos, dignos de que se les facilitaran los medios de continuar su campaña virtuosa.

IV

La única visita que recibían era la de Feliciana y Olmedo. Ni una ni otro agradaban mucho a Maximiliano: ella por ser ordinaria y de sentimientos innobles, incapaz de apetecer la honradez como estado permanente; él, por ser muy atropellado, muy hablador, muy amigo de contar cuentos sucios y de decir palabras indecentes. Entraba siempre con el sombrero echado atrás, afectando una grosería de maneras que no tenía, imitando los modales y hasta el andar de los borrachos, arrastrando las palabras, pero absteniéndose de beber con disculpa de mal de estómago; en realidad, porque se mareaba y embrutecía a la segunda copa. En confianza dijo Maximiliano a Fortunata que debían mudarse de casa para no tener vecinos tan contrarios al método de personas decentes que se habían impuesto.

De todo lo que el enamorado pensaba hacer para la redención de su querida, nada le parecía tan urgente como enseñarla a escribir y a leer bien. Todas las mañanas la tenía media hora haciendo palotes. Fortunata deseaba aprender; pero ni con la paciencia ni con la atención sostenida se desarrollaban sus talentos caligráficos. Estaban ya muy duros aquellos dedos para tales primores. El hábito del trabajo en su infancia había dado robustez a sus manos, que eran bonitas, aunque bastas, cual manos de obrera. No tenía pulso para escribir, se manchaba de tinta los dedos y sudaba mucho, poniéndose sofocada y haciendo con los labios una graciosa trompeta en el momento de trazar el palote.

—Nada de hociquitos, hija de mi alma; eso es muy feo—le decía el profesor, acariciándole la cabeza—. No agarrotes los dedos... Si es cosa sencillísima y lo más fácil...

Ya se ve: para él era fácil; pero ella, que en su vida las había visto más gordas, hallaba en la escritura una dificultad invencible. Decía con tristeza que no aprendería jamás y se lamentaba de que en su niñez no la hubieran puesto a la escuela. La lectura la cansaba también y la aburría soberanamente, porque después de estarse un mediano rato sacando las sílabas como quien saca el agua de un pozo, resultaba que no entendía ni jota de lo que el texto decía. Arrojaba con desprecio el libro o periódico, diciendo que ya no estaba la Magdalena para tafetanes.

Si en el orden literario no mostraba ninguna aplicación, en lo tocante al arte social no sólo era aplicadísima, sino que revelaba aptitudes notables. Las lecciones que Maximiliano le daba referentes a cosas de urbanidad y a conocimientos

rudimentarios de los que exige la buena educación eran tan provechosas, que le bastaban a veces indicaciones leves para asimilarse una idea o un conjunto de ideas.

—Aunque te estorbe lo negro—le decía él—, me parece que tú tienes talento.

En poco tiempo le enseñó todas las fórmulas que se usan en una visita de cumplido, cómo se saluda al entrar y al despedirse, cómo se ofrece la casa y otras muchas particularidades del trato fino. Y también aprendió cosas tan importantes como la sucesión de los meses del año, que no sabía, y cuál tiene treinta y cuál treinta y un días. Aunque parezca mentira, éste es uno de los rasgos característicos de la ignorancia española, más en las ciudades que en las aldeas, y más en las mujeres que en los hombres. Gustaba mucho de los trabajos domésticos, y no se cansaba nunca. Sus músculos eran de acero, y su sangre fogosa se avenía mal con la quietud. Como pudiera, más se cuidaba de prolongar los trabajos que de abreviarlos. Le agradaba en extremo planchar y lavar, y entregábase a estas faenas con delicia y ardor, desarrollando sin cansarse la fuerza de sus puños. Tenía las carnes duras y apretadas, y la robustez se combinaba en ella con la agilidad, la gracia con la rudeza para componer la más hermosa figura de salvaje que se pudiera imaginar. Su cuerpo no necesitaba corsé para ser esbeltísimo. Vestido, enorgullecía a las modistas; desnudo o a medio vestir, cuando andaba por aquella casa, tendiendo ropa en el balcón, limpiando los muebles o cargando los colchones cual si fueran cojines, para sacarlos al aire, parecía una figura de otros tiempos; al menos, así lo pensaba Rubín, que sólo había visto belleza semejante en pinturas de amazonas o cosa tal. Otras veces le parecía mujer de la Biblia, la Betsabé aquella del baño, la Rebeca o la Samaritana, señoras que había visto en una obra ilustrada, y que, con ser tan barbianas, todavía se quedaban dos dedos más abajo de la sana hermosura y de la gallardía de su amiga.

En los comienzos de aquella vida, Maximiliano abandonó mucho sus estudios, pero cuando fué metodizando su amor, la conciencia de la misión moral que se proponía cumplir le estimuló al estudio, para hacerse pronto hombre de carrera. Y era muy particular lo que le ocurría. Se notaba más despierto, más perspicaz para comprender, más curioso de los secretos de la ciencia, y le interesaba ya lo que antes le aburriera. En sus meditaciones solía decir que *le había entrado talento*, como si dijese que le había entrado calentura. Indudablemente, no era ya el mismo. En media hora se aprendía una lección que antes le llevaba dos horas y al fin no la sabía. Creció su admiración al observarse en clase contestando con relativa facilidad a las preguntas del profesor y al notar que se le ocurrían apreciaciones muy juiciosas; y el profesor y los alumnos se pasmaban de que *Rubinius Vulgaris* se hubiese despabilado como por ensalmo. Al propio tiempo hallaba vivo placer en ciertas lecturas extrañas a la Farmacia y que antes le cautivaban poco. Algunos de sus compañeros solían llevar al aula, para leer a escondidas, obras literarias de las más famosas. Rubín no fué nunca aficionado a introducir de contrabando en clase, entre las páginas de la *Farmacia químico-orgánica*, el *Werther*, de Goethe, o los dramas de Shakespeare. Pero después de aquella sacudida que el amor le dió, entróle tal gusto por las grandes creaciones literarias, que se embebecía leyéndolas. Devoró el *Fausto* y los poemas de Heine, con la particularidad de que la lengua francesa, que antes le estorbaba, se le hizo pronto fácil. En fin, que mi hombre había pasado una gran crisis. El cataclismo amoroso varió su configuración interna. Considerábase como si hubiera estado durmiendo hasta el momento en que su destino le puso delante la mujer aquella y el problema de la redención.

"Cuando yo era tonto—decía, sin ocultarse a sí mismo el desprecio con que se miraba en aquella época que bien podría llamarse antediluviana—, cuando yo era tonto, éralo por carecer de un objeto en la vida. Porque eso son los tontos: personas que no tienen misión alguna."

Fortunata no tenía criada. Decía que ella se bastaba y sobraba para todos los quehaceres de casa tan reducida. Muchas tardes, mientras estaba en la cocina, Maximiliano estudiaba sus lecciones, tendido en el sofá de la sala. Si no fuera porque el espectro de la hucha se le solía aparecer de cuando en cuando, anunciándole el acabamiento del

dinero extraído de ella, ¡cuán feliz habría sido el pobre chico! A pesar de esto, la dicha le embriagaba. Entrábale una embriaguez de amor que le hacía ver todas las cosas teñidas de optimismo. No había dificultades, no había peligros ni tropiezos. El dinero ya vendría de alguna parte. Fortunata era buena, y bien claros estaban ya sus propósitos de decencia. Todo iba a pedir de boca, y lo que faltaba era concluir la carrera y... Al llegar aquí, un pensamiento que desde el principio de aquellos amores tenía muy guardadito, porque no quería manifestarlo sino en sazón oportuna, se le vino a los labios. No pudo retener más tiempo aquel secreto que se le salía con empuje, y si no lo decía reventaba, sí, reventaba; porque aquel pensamiento era todo su amor, todo su espíritu, la expresión de todo lo nuevo y sublime que en él había, y no se puede encerrar cosa tan grande en la estrechez de la discreción. Entró la pecadora en la sala, que hacía también las veces de comedor, a poner la mesa, operación en extremo sencilla y que quedaba hecha en cinco minutos. Maximiliano se abalanzó a su querida con aquella especie de vértigo de respeto que le entraba en ocasiones, y besándole castamente un brazo, que medio desnudo traía, cogiéndole después la mano basta y estrechándola contra su corazón, le dijo:

—Fortunata, yo me caso contigo.

Ella se echó a reír con incredulidad: pero Rubín repitió el *me caso contigo* tan solemnemente, que Fortunata lo empezó a creer.

—Hace tiempo—añadió él—que lo había pensado... Lo pensé cuando te conocí, hace un mes... Pero me pareció bien no decirte nada hasta tratarte un poco... O me caso contigo o me muero. Este es el dilema.

—*Tie* gracia... Y ¿qué quiere decir *dilema*?

—Pues esto: que o me caso o me muero. Has de ser mía ante Dios y los hombres. ¿No quieres ser honrada? Pues con el deseo de serlo y un hombre, ya está hecha la honradez. Me he propuesto hacer de ti una persona decente y lo serás, lo serás si tú quieres...

Inclinóse para coger los libros que se habían caído al suelo. Fortunata salió para traer lo que en la mesa faltaba, y al entrar le dijo:

—¡Ah! Ya lo tengo pensado, pero muy bien pensado... ¿Y a ti te había ocurrido esto?

—No..., no me pasaba por la imaginación. Tu familia ha de hacer la contra.

—Pronto seré mayor de edad—afirmó Rubín con brío—. Opóngase o no, lo mismo me da...

Fortunata se sentó a su lado, dejando la mesa a medio poner y la comida a punto de quemarse. Maximiliano le dió muchos abrazos y besos, y ella estaba como aturdida..., poco risueña en verdad, esparciendo miradas de un lado para otro. La generosidad de su amigo no le era indiferente, y contestó a los apretones de manos con otros no tan fuertes, y a las caricias de amor con otras de amistad. Levantóse para volver a la cocina, y en ella su pensamiento se balanceó en aquella idea del casorio, mientras maquinalmente echaba la sopa en la sopera... "¡Casarme yo!... *¡Pa chasco!*... ¡Y con este encanijado!... ¡Vivir siempre, siempre con él, todos los días..., de día y de noche!... ¡Pero calcula tú, mujer...; ser honrada, ser casada, señora de tal..., persona decente!..."

V

Maximiliano solía contar algunos particulares de la familia de Rubín, por lo cual tenía ella noticias de doña Lupe, de Juan Pablo y del cura. Con los detalles que el joven iba dando de sus parientes, ya Fortunata los conocía como si los hubiera tratado. Aquella noche, excitado por el entusiasmo que le produjo la resolución de casamiento, se dejó decir, tocante a su tía, algo que era quizá indiscreto. Doña Lupe prestaba dinero, por mediación de un tal Torquemada, a militares, empleados y a todo el que cayese. Hablando con completa sinceridad, Maximiliano no *era partidario* de aquella manera de constituirse una renta; pero él ¿qué tenía que ver con los actos de su señora tía? Esta le amaba mucho, probablemente le haría su heredero. Tenía una papelera antigua, negra y muy grande, de hierro, frente a su cama, donde guardaba el dinero y los pagarés de los préstamos. Gastaba lo preciso, y de mes en mes su fortuna aumentaba sabe Dios cuánto. Debía de ser muy rica, pero muy rica, porque él veía

que Torquemada le llevaba *resmas* de billetes.

En cuanto a su hermano Juan Pablo, ya se sabía a ciencia cierta que estaba con los carlistas, y si éstos triunfaban, ocuparía una posición muy alta. Su hermano Nicolás había de parar en canónigo, y quién sabe, quién sabe si en obispo... En fin, que por todos lados se ofrecían a la joven pareja horizontes sonrosados. En estas y otras conversaciones se pasaron la primera noche, hasta que se retiró Maximiliano a su casa, quedándose Fortunata tan pensativa y preocupada que se durmió muy tarde y pasó la noche intranquila.

El amante también estaba poco dispuesto al sueño; mas era porque el entusiasmo le hacía cosquillas en el epigastrio, atravesándole un bulto en el vértice de los pulmones, con lo que le pesaba el respirar, y además poníale candelas encendidas en el cerebro. Por más que él soplaba para apagarlas y poder dormirse, no lo podía conseguir. Su tía estaba con él un poco seria. Sin duda, sospechaba algo, y como persona de mucho pesquis no se tragaba ya aquellas bolas del estudiar fuera de casa y de los amigos enfermos a quienes era preciso velar. A los dos días de aquel en que el exaltado mozo se arrancó a prometer su mano, doña Lupe tuvo con él una grave conferencia. El semblante de la señora no revelaba tan sólo recelo, sino profunda pena, y cuando llamó a su sobrino para encerrarse con él en el gabinete, éste sintió desvanecerse su valor. Quitóse la señora el manto y lo puso sobre la cómoda bien doblado. Después de clavar en él los alfileres, mirando a su sobrino de un modo que le hizo estremecer, le dijo:

—Tengo que hablarte *detenidamente*.

Siempre que su tía empleaba el *detenidamente* era para echarle un réspice.

—¿Tienes hoy jaqueca?—le preguntó después doña Lupe.

Maximiliano estaba muy bien de la cabeza: pero para colocarse en buena situación, dijo que sentía principios de jaqueca. Así doña Lupe tendría compasión de él. Dejóse caer en un sillón y se comprimió la frente.

—Pues se trata de una mala noticia —aseveró la viuda de Jáuregui—; quiero decir, mala, precisamente mala, no..., aunque tampoco es buena.

Rubín, sin comprender a qué podía referirse su tía, barruntó que nada tenía que ver aquello con sus amores clandestinos, y respiró. La opresión del epigastrio se le hizo más ligera, y se acabó de tranquilizar al oír esto:

—La noticia no ha de afectarte mucho. ¿Para qué tanto rodeo? Tu tía doña Melitona Llorente ha pasado a mejor vida. Mira la carta en que me lo dice el señor cura de Molina de Aragón. Murió como una santa, recibió todos los Sacramentos y dejó treinta mil reales para misas.

Maximiliano conocía muy poco a su tía materna. La había visto sólo dos o tres veces siendo muy niño, y no vivía en su imaginación sino por las rosquillas y el arrope que mandaba de regalo todos los años en vida de don Nicolás Rubín. La noticia del fallecimiento de esta buena señora le afectó poco.

—Todo sea por Dios—murmuró, por decir algo.

Doña Lupe se volvió de espaldas para abrir el cajón de la cómoda, y en esta postura le dijo:

—Tú y tus hermanos heredáis a Melitona, que por mis cuentas debía de tener un capitalito sano de veinte o veinticinco mil duros.

Maximiliano no oyó bien, por estar su tía de espaldas, y aquello le interesaba tanto que se levantó, puso un codo sobre la cómoda y allí se hizo repetir el concepto para enterarse bien.

—Esas son mis cuentas—agregó doña Lupe—; pero ya ves que en los pueblos no se sabe lo que se tiene y lo que no se tiene. Probablemente la difunta emplearía algún dinero en préstamos, que es como tirarlo al viento. Se cobra tarde y mal, cuando se cobra. De modo que no os hagáis muchas ilusiones. Cuando Juan Pablo venga a Madrid irá a Molina de Aragón a enterarse del testamento y recoger lo que es vuestro.

—Pues que vaya inmediatamente—dijo Maximiliano, dando una palmada sobre la cómoda—; pero aquello de llegar y en la misma estación coger el billete y ¡zas!..., al tren otra vez.

—Hombre, no tanto. Tu hermano está en Bayona. Lo mejor es que se pase por Molina antes de venir a Madrid. Le escribiré hoy mismo. Sosiégate; tú eres así: o la apatía andando o la pura pólvora... Eso es ahora, que antes, para

mover un pie le pedías licencia al otro. Te has vuelto muy atropellado.

Le miró de un modo tan indagador que al pobre chico se le volvieron a abatir los ánimos. Era hombre de carácter siempre que su tía no le clavase la flecha de sus ojuelos pardos y sagaces, y vióse tan perdido que se apresuró a variar la conversación, preguntando a su tía cuántos años tenía doña Melitona. Estuvo la señora de Jáuregui un ratito haciendo cuentas, estirado el labio inferior, la cabeza oscilando como un péndulo y los ojos vueltos al techo, hasta que salió una cifra, de la cual Maximiliano no se hizo cargo. Volvió después doña Lupe a tomar en boca la metamorfosis de su sobrino, deslizando algunas bromitas, que a éste le supieron a cuerno quemado.

—Ya se ve; con estos estudios que haces ahora en casa de los amigos te habrás vuelto un pozo de ciencia... A mí no me vengas con fábulas. Tú te pasas el día y la mitad de la noche en alguna conspiración..., porque por el lado de las mujeres no temo nada, francamente. Ni a ti te gusta eso, ni puedes, aunque te gustara...

Aquel *ni puedes* incomodaba tanto al joven y le parecía tan humillante, que a punto estuvo de dar a su tía un mentís como una casa. Pero no pasó de aquí, pues doña Lupe tuvo que ocuparse de cosas más graves que averiguar si su sobrino podía o no podía. *Papitos* fué quien le salvó aquel día, atrayendo a sí toda la atención del ama de la casa. Porque la mona aquella tenía días Algunos lo hacía todo tan bien y con tanta diligencia y aseo, que doña Lupe decía que era una perla. Pero otros no se la podía aguantar. Aquel día empezó de los buenos y concluyó siendo de los peores. Por la mañana había cumplido admirablemente; estuvo muy suelta de lengua y de manos, haciendo garatusas y dando brincos en cuanto la señora le quitaba la vista de encima. Semejante fiebre era señal de próximos trastornos En efecto, por la tarde dividió en dos la tapa de una sopera, y desde entonces todo fué un puro desastre. Cuando se enfurruñaba, creeríase que hacía las cosas mal adrede. Le mandaban esto y se salía con lo otro. No se pueden contar las faltas que cometió en una hora. Bien decía doña Lupe que tenía los demonios metidos en el cuerpo y que era mala, pero mala de veras; una sinvergüenza, una malcriada y una calamidad... "en toda la extensión de la palabra". Y mientras más repelones le daban, peor que peor. Pasó tanta agua del puchero del agua caliente al puchero de la verdura, que ésta quedó encharcada. Los garbanzos se quemaron, y cuando fueron a comerlos amargaban como demonios. La sopa no había cristiano que la pasara de tanta sal como le echó aquella condenada. Luego era una insolente, porque en vez de reconocer sus torpezas decía que la señora tenía la culpa, y que ella, la muy piojosa, no estaría allí ni un día más, porque, *misté..., en cualisquiera parte la tratarían mejor*. Doña Lupe discutía con ella violentamente, argumentando con crueles pellizcos, y añadiendo que estaba autorizada por la madre para descuartizarla si preciso era. A lo que *Papitos* contestaba, echando lumbre por los ojos:

—¡Ay, hija, no me descuartice usted tanto!

Este solía ser el período culminante de la disputa, que concluía dándole la señora a su sirvienta una gran bofetada y rompiendo la otra a llorar... Los disparates seguían, y al servir la mesa ponía los platos sobre ella sin considerar que no eran de hierro. Doña Lupe la amenazaba con mandarla a la *galera* o con llamar una pareja, con escabecharla y ponerla en salmuera, y poco a poco se iba aplacando la fierecilla hasta que se quedaba como un guante.

VI

Maximiliano, gozoso de ver que su tía, con aquel gran alboroto, no se ocupaba de él, poníase de parte de la autoridad y en contra de *Papitos*. Sí, sí; era muy mala, muy descarada, y había que atarla corto. Azuzaba la cólera de doña Lupe para que ésta no se revolviese contra él hablándole de su cambio de costumbres y de lo que hacía fuera de casa.

Doña Lupe fué aquella noche a casa de las de la Caña, y se estuvo allá las horas muertas. Maximiliano entró a las once. Había dejado a Fortunata acostada y casi dormida, y se retiró decidido a afrontar las chafalditas de su tía y a explicarse con ella. Porque después del caso de la herencia ya no podía dudar

de que la Providencia le favorecía, abriéndole camino. Nunca había sido él muy religioso; pero aquella noche parecíale desacato y aun ingratitud no consagrar a la divinidad un pensamiento, ya que no una oración. Estaba como un demente. Por el camino miraba a las estrellas y las encontraba más hermosas que nunca, y muy mironas y habladoras. A Fortunata, sin mentarle la herencia por respeto a la difunta, le dijo algo de sus fincas de Molina de Aragón, y de que si el dinero en hipotecas era el mejor dinero del mundo. A veces su imaginación agrandaba las cifras de la herencia, añadiéndole ceros, "porque esa gente de los pueblos no gasta un cuarto, y no hace más que acumular, acumular..."

Los faroles de la calle le parecían astros; los transeúntes, excelentes personas, movidas de los mejores deseos y de sentimientos nobilísimos. Entró en su casa resuelto a espontanearse con su tía. "¿Me atreveré?—pensaba—. Si me atreviera... ¿Y qué hay de malo en esto? En último caso, ¿qué puede hacer mi tía? ¿Acaso me va a comer? Si me niega el derecho de casarme con quien me dé la gana, ya le diré yo cuántas son cinco. No se conoce el genio de las personas hasta que llega la ocasión de mostrarlo." A pesar de estas disposiciones bélicas, cuando *Papitos* le dijo que la señora no había vuelto todavía, quitósele de encima un gran peso, porque, en verdad, la revelación del secreto y el cisco que había de seguirle eran para acoquinar al más pintado. No le arredraba el miedo de ser vencido, porque su amor y su misión le darían seguramente coraje; pero convenía proceder con tacto y diplomacia, pensar bien lo que iba a decir para no ofender a su tía, y, si era posible, ponerla de su parte en aquel tremendo pleito.

Se fué a la cocina detrás de *Papitos*, siguiendo una costumbre antigua de hacer tertulia y de entretenerse en pláticas sabrosas cuando se encontraban solos. Un año antes, la criadita y el estudiante se pasaban las horas muertas en la cocina, contándose cuentos o proponiéndose acertijos. En éstos era fuerte la chiquilla. Sus carcajadas se oían desde la calle cuando repetía la adivinanza, sin que el otro la pudiera acertar. Maximiliano se rascaba la cabeza, aguzando su entendimiento; pero la solución no salía. *Papitos* le llamaba zote, bruto y otras cosas peores sin que él se ofendiera. Tomaba su revancha en los cuentos, pues sabía muchos, y ella los escuchaba con embeleso, abierta la boca de par en par y los ojos clavados en el narrador. Aquella noche estaba *Papitos* de muy mal temple por la soba que se había llevado, y le tenía mucha tirria al señorito porque no se puso de su parte en la contienda, como otras veces.

—Feo, tonto—le dijo, aguzando la jeta cuando le vió sentarse en la mesilla de pino de la cocina—. Acusón, patoso..., memo en polvo.

Maximiliano buscaba una fórmula para pedirle perdón sin menoscabo de su dignidad de señorito. Sentíase con impulsos de protección hacia ella. Verdad que habían jugado juntos; que el año anterior, a pesar de la diferencia de edades, eran tan niños el uno como el otro, y se entretenían en enredos inocentes. Pero ya las cosas habían cambiado. El era hombre, y ¡qué hombre!, y *Papitos*, una chiquilla retozona sin pizca de juicio. Pero tenía buena índole, y cuando sentara la cabeza y diera un estirón, sería una criada inapreciable. La chiquilla, después que le dijo todas aquellas injurias, se puso a repasar una media, en la cual tenía metida la mano izquierda como en un guante. Sobre la mesa estaba su estuche de costura, que era una caja de tabacos. Dentro de ella había carretes, cintajos, un canuto de agujas muy roñoso, un pedazo de cera blanca, botones y otras cosas pertinentes al arte de la costura. La cartilla en que *Papitos* aprendía a leer estaba también allí, con las hojas sucias y reviradas. El quinqué de la cocina con el tubo ahumado y sin pantalla iluminaba la cara gigantesca de la criada, dándole un tono de bronce rojizo, y la cara pálida y serosa del señorito con sus ojeras violadas y sus granulaciones alrededor de los labios.

—¿Quieres que te tome la lección? —dijo Rubín, cogiendo la cartilla.

—Ni falta..., canijo, espátula; *paice* un garabito... No quiero que me tome *lición*—replicó la chica, remedándole la voz y el tono.

—No seas salvaje... Es preciso que aprendas a leer, para que seas mujer completa—dijo Rubín, esforzándose en parecer juicioso—. Hoy has estado un

poco salida de madre, pero ya eso pasó. Teniendo juicio, se te mirará siempre como de la familia.

—*¡Mia éste!...* Me zampo yo a la familia...—chilló la otra, remedándole y haciendo las morisquetas diabólicas de siempre.

—No te abandonaremos nunca—manifestó el joven, henchido de deseos de protección—. ¿Sabes lo que te digo?... Para que lo sepas, chica, para que lo sepas, ten entendido que cuando yo me case..., cuando yo me case, te llevaré conmigo para que seas la doncella de mi señora.

Al soltar la carcajada se tendió *Papitos* para atrás con tanta fuerza, que el respaldo de la silla crujió como si se rompiera.

—¡Casarse él, *vusté!...* Memo, más que memo, ¡casarse!—exclamó—. Si la señorita dice que *vusté* no se puede casar... Sí, se lo decía a doña Silvia la otra noche.

La indignación que sintió Maximiliano al oír este concepto fué tan viva, que de manifestarse en hechos habría ocurrido una catástrofe. Porque tal ultraje no podía contestarse sino agarrando a *Papitos* por el pescuezo y estrangulándola. El inconveniente de esto consistía en que *Papitos* tenía mucha más fuerza que él.

—Eres lo más animal y lo más grosero...—balbució Rubín—que he visto en mi vida. Si no te curas de esas tonterías, nunca serás nada.

Papitos alargó el brazo izquierdo en que tenía la media, y asomando sus dedos por los agujeros, le cogió la nariz al señorito y le tiró de ella.

—¡Que te estés quieta!... ¡Vaya!... Tú no te has llevado nunca una solfa buena, y soy yo quien te la va a dar... ¿Y por qué son esas risas estúpidas?... ¿Porque he dicho que me caso? Pues sí, señor, me caso porque me da la gana.

Tiempo hacía que Maximiliano deseaba hablar de aquella manera con alguien y manifestar su pensamiento libre y sin turbación. La confidencia que tan difícil era con otra persona resultaba fácil con la cocinerita, y el hombre se creció después de dichas las primeras palabras.

—Tú eres una inocente—le dijo, poniéndole la mano en el hombro—, tú no conoces el mundo, ni sabes lo que es una pasión verdadera.

Al llegar a este punto, *Papitos* no entendió ni jota de lo que su señorito le decía... Era un lenguaje nuevo, como eran nuevas la expresión de él y la cara seria que puso. No ponía aquella cara cuando contaba los cuentos.

—Porque verás tú—continuó Rubín, expresándose con alma—, el amor es la ley de las leyes, el amor gobierna el mundo. Si yo encuentro la mujer que me gusta, que es la mitad, si no la totalidad de mi vida, una mujer que me transforme, inspirándome acciones nobles y dándome cualidades que antes no tenía, ¿por qué no me he de casar con ella? A ver, que me lo digan; que me den una razón, media razón siquiera... Porque tú no me has de salir con argumentos tontos; tú no has de participar de esas preocupaciones por las cuales...

Al llegar aquí el orador se embarulló algo, y no ciertamente por miedo a la dialéctica de su contrario. *Papitos*, después de asombrarse mucho de la solemnidad con que el señorito hablaba y de las cosas incomprensibles que le decía, empezó a aburrirse. Siguió Maximiliano descargando su corazón, que otra coyuntura de desahogo como aquélla no se le volvería a presentar, y, por fin, la niña estiró el brazo izquierdo sobre la mesa, y como estaba tan fatigada del ajetreo de aquel día y de los coscorrones, hizo del brazo almohada y reclinó su cabeza en ella. En aquel momento, Maximiliano, exaltado por su propia elocuencia, se dejó decir:

—La única razón que me dan es que si ha sido o no ha sido esto o lo otro. Respondo que es falso, falsísimo. Si hay en su existencia días vergonzosos, y no diré tanto como vergonzosos, días borrascosos, días desventurados, ha sido por ley de la necesidad y de la pobreza, no por vicio... Los hombres, los señoritos, esa raza de Caín, corrompida y miserable, tienen la culpa... Lo digo y lo repito. La responsabilidad de que tanta mujer se pierda recae sobre el hombre. Si se castigara a los seductores y a los petimetres..., la sociedad...

Papitos dormía como un ángel, apoyada la mejilla sobre el brazo tieso, y conservando en la mano de él la media, por cuyos agujeros asomaban los dedos. Dormía con plácido reposo, la cara seria, como si aprobase inconscientemente las perrerías que el otro decía de los seduc-

tores y aprovechara la lección para cuando le tocara. El propio calor de sus palabras llevó a Maximiliano a una exaltación que parecía insana. No podía estar quieto ni callado. Levantóse y fué por los pasillos adelante, hablando solo en baja voz y haciendo gestos. El pasillo estaba oscuro; pero él conocía tan bien todos los rincones, que andaba por ellos sin vacilación ni tropiezo. Entró en la sala, que también estaba a oscuras; penetró en el gabinete de su tía, que a la misma boca de un lobo se igualara en lo tenebroso, y allí se le redobló la facundia, y la energía de sus declamaciones rayaba en frenesí. Apoyando las cláusulas con enfático gesto, se le ocurrían frases de admirable efecto contundente, frases capaces de tirar de espaldas a todos los individuos de la familia si las oyeran. ¡Qué lástima que no estuviera allí su tía!... Como si la estuviera viendo, le soltó estas atrevidas expresiones: "Y para que lo sepa usted de una vez, yo no cedo ni puedo ceder, porque sigo en esto el impulso de mi conciencia, y contra la conciencia no valen pamplinas, ni ese cúmulo, ese cúmulo, sí, señora, de... preocupaciones rancias que usted me opone. Yo me caso, me caso y me caso, porque soy dueño de mis actos porque soy mayor de edad, porque me lo dicta mi conciencia, porque me lo manda Dios; y si usted lo aprueba, ella y yo le abriremos nuestros amantes brazos y será usted nuestra madre, nuestra consejera, nuestra guía..."

Vamos, que sentía de veras no estuviese delante de él, en el sillón de hule, la propia viuda de Jáuregui en imagen corpórea, porque de fijo le diría lo mismo que estaba diciendo ante su imagen figurada y supuesta. Después salió otra vez al pasillo, donde continuó la perorata, paseándose de un extremo a otro, y gesticulando a favor de la oscuridad. La soledad, el silencio de la noche y la poca luz favorecen a los tímidos para su comedia de osados y lenguaraces, teniéndose a sí mismos por público y envalentonándose con su fácil éxito. Maximiliano hablaba quedito; sus fuertes manotadas no correspondían al diapasón bajo de las palabras, cuya vehemencia sofocada las hacía parecer como un ensayo.

Cuando doña Lupe llamó a la puerta, su sobrino le abrió, y pasmóse ella de que estuviera en pie todavía.

—¡Qué despabilado está el tiempo! —dijo la señora con cierto retintín, que hizo estremecer al joven, limpiando súbitamente su espíritu de toda idea de independencia, como se limpia de sombras un farol cuando aparece dentro de él la llama del gas.

Al oír la campanilla, acudió la chica dando traspiés y restregándose los ojos. Doña Lupe no dijo más que:

—A la cama todo Cristo.

Era muy tarde y *Papitos* tenía que madrugar. El sobrino y la cocinerita entraron sin hacer ruido en sus respectivas madrigueras, como los conejos cuando oyen los pasos del cazador.

VII

La declaración de Maximiliano había puesto a Fortunata en perplejidad grande y penosa. Aquella noche y las siguientes durmió mal por la viveza del pensar y las contradictorias ideas que se le ocurrían. Después de acostada tuvo que levantarse y se arrojó, liada en una manta, en el sofá de la sala; pero no se quedaban las cavilaciones entre las sábanas, sino que iban con ella adondequiera que iba. La primera noche dominaron al fin, tras largo debate, las ideas afirmativas. "¡Casarme yo, y casarme con un hombre de bien, con *una persona decente!*..." Era lo más que podía desear... ¡Tener un nombre, no tratar más con gentuza, sino con caballeros y señoras! Maximiliano era un bienaventurado, y seguramente la haría feliz. Esto pensaba por la mañana, después de lavarse y encender la lumbre, cuando cogía la cesta para ir a la compra. Púsose el manto y el pañuelo por la cabeza, y bajó a la calle. Lo mismo fué poner el pie en la vía pública que sus ideas variaron.

"¡Pero vivir siempre con este chico... tan feo como es! Me da por el hombro, y yo le levanto como una pluma. Un marido que tiene menos fuerza que la mujer no es, no puede ser marido. El pobrecillo es un bendito de Dios; pero no le podré querer aunque viva con él mil años. Esto será ingratitud, pero ¿qué le vamos a hacer? No lo puedo remediar..."

Tan distraída estaba, que el carnicero le preguntó tres veces lo que quería, sin obtener respuesta. Por fin se enteró:

—Hoy no llevo más que media libra de falda para el cocido y una chuletita de lomo. Señor Paco, pésemelo bien.

—Tome usted, simpatía, y mande.

También compró dos onzas de tocino; luego una brecolera en el puesto de verduras de la carnicería, y en la tienda de la esquina, arroz, cuatro huevos y una lata de pimientos morrones. Al volver a su casa, revisó la lumbre y se puso a limpiar y a barrer. Mientras quitaba el polvo a los muebles, volvió al tema: "No se encuentra todos los días un hombre que quiera echarse encima una carga como ésta."

Hizo la cama y después empezó a peinarse. Al ver en el espejo su linda cara pálida, dióle por emplear argumentos comparativos: "Porque, ¡María *Santísima!*, si Maximiliano apostaba a feo, no había quien le ganara... ¡Y qué mal huelen las boticas! Debió de haber seguido otra carrera... Dios me favorezca... Si tuviera algún hijo, me acompañaría con él; pero... ¡quia!..."

Después de esta reticencia, que por lo terminante parecía hija de una convicción profunda, siguió contemplando y admirando su belleza. Estaba orgullosa de sus ojos negros, tan bonitos que, según dictamen de ella misma, *le daban la puñalada al Espíritu Santo*. La tez era una preciosidad por su pureza mate y su transparencia y tono de marfil recién labrado; la boca, un poco grande, pero fresca y tan mona en la risa como en el enojo... ¡Y luego unos dientes! "Tengo los dientes—decía ella, mostrándoselos—como pedacitos de leche cuajada." La nariz era perfecta. "Narices como la mía pocas se ven..." Y, por fin, componiéndose la cabellera negra y abundante como los malos pensamientos, decía: "¡Vaya un pelito que me ha dado Dios!" Cuando estaba concluyendo se le vino a las mientes una observación, que no hacía entonces por primera vez. Hacíala todos los días, y era ésta: "¡Cuánto más guapa estoy ahora que... antes! He ganado mucho."

Y después se puso muy triste. Los pedacitos de leche cuajada desaparecieron bajo los labios fruncidos, y se le armó en el entrecejo como una densa nube. El rayo que por dentro pasaba decía así: "¡Si me viera ahora!..." Bajo el peso de esta consideración estuvo un largo rato quieta y muda, la vista independiente a fuerza de estar fija. Despertó al fin de aquello que parecía letargo, y volviendo a mirarse, animóse con la reflexión de su buen palmito en el espejo. "Digan lo que quieran, lo mejor que tengo es el entrecejo... Hasta cuando me enfado es bonito... A ver cómo me pongo cuando me enfado. Así, así... ¡Ah, llaman!...

El campanillazo de la puerta la obligó a dejar el tocador. Salió a abrir con la peineta en una mano y la toalla por los hombros. Era el redentor, que entró muy contento y le dijo que acabara de peinarse. Como faltaba tan poco, pronto quedó todo hecho. Maximiliano la elogió por su resolución de no tomar peinadoras. ¿Por qué las mujeres no se han de peinar solas? La que no sabe, que aprenda. Eso mismo decía Fortunata. El pobre chico no dejaba de expresar su admiración por el buen arreglo y economía de su futura, haciendo por sus propias manos la tarea que desempeñan mal esas bergantas ladronas que llaman criadas de servir. Fortunata aseguraba que aquella costumbre suya no tenía mérito, porque el trabajo le gustaba.

—Eres una alhajita—le decía su amante con orgullo—. En cuanto a las peinadoras, todas son unas grandes alcahuetas, y en la casa donde entran no puede haber paz.

Más adelante tomarían alguna criada, porque no convenía tampoco que ella se matase a trabajar. Estarían seguramente en buena posición, y puede que algunos días tuvieran convidados a su mesa. La servidumbre es necesaria, y llegaría un día seguramente en que no se podrían pasar sin una niñera. Al oír esto, por poco suelta la risa Fortunata; pero se contuvo, concretándose a decir en su interior: "¡Para qué querrá niñeras este desventurado!..."

A renglón seguido sacó el joven a relucir el tema del casorio, y dijo tales cosas, que Fortunata no pudo menos de rendir el espíritu a tanta generosidad y nobleza de alma.

—Tu comportamiento decidirá de tu suerte—afirmó él—, y como tu comportamiento ha de ser bueno, porque tu alma tiene todos los resortes del bien, estamos al cabo de la calle. Yo pongo sobre tu cabeza la corona de mujer honrada; tú harás porque no se te caiga y por llevarla dignamente. Lo pasado, pasado está, y el arrepentimiento no deja

ni rastro de mancha, pero ni rastro. Lo que diga el mundo no nos importe. ¿Qué es el mundo? Fíjate bien y verás que no es nada cuando no es la conciencia.

A Fortunata se le humedecieron los ojos, porque era muy accesible a la emoción, y siempre que se le hablaba con solemnidad y con un sentido generoso se conmovía, aunque no entendiera bien ciertos conceptos. La enternecía el tono, el estilo y la expresión de los ojos. Creyó entonces caso de conciencia hacer una observación a su amigo.

—Piensa bien lo que haces—le dijo—y no comprometas por mí tu...

Quería decir dignidad; pero no dió con la palabra por el poco uso que en su vida había hecho de vocablos de esta naturaleza. Pero se dió sus mañas para expresar toscamente la idea diciendo:

—Calcula que los que me conozcan te van á llamar *el marido de la Fortunata*, en vez de llamarte por tu nombre de pila. Yo te agradezco mucho lo que haces por mí; pero como te estimo, no quiero verte con...

Quería decir con un estigma en la frente; pero ni conocía la palabra ni, aunque la conociera, la habría podido decir correctamente.

—No quiero que te tomen el pelo por mí—fué lo que dijo, y se quedó tan fresca, esperando convencerle.

Pero Maximiliano, fuerte en su idea y en su conciencia, como dentro de un doble baluarte inexpugnable, se echó a reír. Semejantes argumentos eran para él como sería para los poseedores de Gibraltar ver que los quisiera asaltar un enemigo armado con una caña. Valiente caso hacía él de las estupideces del vulgo...

Cuando su conciencia le decía: "Mira, hijo: éste es el camino del bien; vete por él", ya podía venir todo el género humano a detenerle; ya podían apuntarle con un cañón rayado. Porque él iba sacando un carácter de que aún no se había enterado la gente, un carácter de acero, y todo lo que se decía de su timidez era conversación.

—Que tú seas buena, honrada y leal es lo que importa: lo demás corre de mi cuenta; déjame a mí, tú déjame a mí.

Poco después almorzaba Fortunata, y Maximiliano estudiaba, cambiando de cuando en cuando algunas palabras. Toda aquella tarde dominaron en el espíritu de la joven las ideas optimistas, porque él se dejó decir algo de su herencia, de tierras e hipotecas en Molina de Aragón, asegurando que sus villas podían darle tanto más cuanto. Por la noche avisaron para que les trajeran café, y vino el mozo de La Paz con él. Olmedo y Feliciana entraron de tertulia. Estaban de monos y apenas se hablaban, señal inequívoca de pelotera doméstica. Y es que si los estados más sólidos se quebrantan cuando la hacienda no marcha con perfecta regularidad, aquella casa, hogar, familia o lo que fuera, no podía menos de resentirse de las anomalías de un presupuesto cuyo carácter permanente era el déficit. Feliciana tenía ya pignorado lo mejorcito de su ropa, y Olmedo había perdido el crédito de una manera absoluta. Por falta de crédito se pierden las repúblicas, lo mismo que las monarquías. Y no se hacía ya ilusiones el bueno de Olmedo acerca de la catástrofe próxima. Sus amigos no le conocían bien, descubrían en él menos entereza para desempeñar el papel de libertino, y a menudo se le clareaba la buena índole al través de la máscara. A Maximiliano le contaron que habían sorprendido a Olmedo en el Retiro estudiando a hurtadillas. Cuando le vieron sus amigos escondió los libros entre el follaje, porque le sabía mal que le descubrieran aquella flaqueza. Daba mucha importancia a la consecuencia en los actos humanos, y tenía por deshonra soltar de improviso la casaca e insignias de perdulario. ¿Qué diría la gente, qué los amigos, qué los mocosos, más jóvenes que él, que le tomaban por modelo? Hallábase en la situación de uno de esos chiquillos que para darse aires de hombres encienden un cigarro muy fuerte y se lo empiezan a fumar y se marean con él, pero tratan de dominar sus náuseas para que no se diga que se han emborrachado. Olmedo no podía aguantar más la horrible desazón, el asco y el vértigo que sentía; pero continuaba con el cigarro en la boca haciendo que tiraba de él, pero sin chupar cosa mayor.

Feliciana, por su parte, había empezado a campar por sus respetos. Lo dicho: la honradez y el amor eran cosas muy buenas, pero no daban de comer. El calavera de oficio no se permitió aquella noche ninguna barrabasada. Sólo al entrar, y cuando los cuatro se sentaron

a tomar café, dijo con su habitual desenfado:

—Narices, ya está reunido aquí toíto el *demi-monde.*

Fortunata y Feliciana no comprendieron; pero Rubín se puso encarnado y se incomodó mucho; porque aplicar tales vocablos a personas dispuestas a unirse en santo vínculo le parecía una falta de respeto, una grosería y una cochinada, sí, señor, una cochinada... Mas se calló por no armar camorra ni quitar a la reunión sus tonos de circunspección y formalidad. Acordóse de que nada había dicho a su amigo del casorio proyectado, siendo evidente que Olmedo habló en términos tan *liberales* por ignorancia. Determinó, pues, revelarle su pensamiento en la primera ocasión para que en lo sucesivo midiera y pesara mejor sus palabras.

VIII

Aquella noche fué también mala para Fortunata, pues se la pasó casi toda cavilando, discurriendo sobre si *el otro* se acordaría o no de ella. Era muy particular que no le hubiese encontrado nunca en la calle. Y por falta de mirar bien a todos lados no era, ciertamente. ¿Estaría malo, estaría fuera de Madrid? Más adelante, cuando supo que en febrero y marzo había estado Juanito Santa Cruz enfermo de pulmonía, acordóse de que aquella noche lo había soñado ella. Y fué verdad que lo soñó a la madrugada, cuando su caldeado cerebro se adormeció, cediendo a una como borrachera de cavilaciones. Al despertar, ya de día, el reposo profundo, aunque breve, le había vuelto del revés las imágenes y los pensamientos en su mente.

—A mi boticario me atengo—dijo después que echó el Padrenuestro por las ánimas, de que no se olvidaba nunca—. Viviremos tan apañaditos.

Levantóse, encendió su lumbre, bajó a la compra, y de tienda en tienda pensaba que Maximiliano podía dar un estirón, echar más pecho y más carnes, ser más hombre, en una palabra, y curarse de aquel maldito romadizo crónico que le obligaba a estarse sonando constantemente. De la bondad de su corazón no había nada que decir, porque era un santo, y como se casara de verdad, su mujer había de hacer de él lo que quisiera. Con cuatro palabritas de miel ya estaba él contento y achantado. Lo que importaba era no llevarle la contraria en todo aquello de la conciencia y de las misiones... Aquí un adjetivo que Fortunata no recordaba. Era *sublime,* pero lo mismo daba; ya se sabía que era una cosa muy buena.

Aquel día la compra duró algo más, pues habiéndole anunciado Maximiliano que almorzaría con ella, pensaba hacerle un plato que a entrambos les gustaba mucho, y que era la especialidad culinaria de Fortunata: el arroz con menudillos. Lo hacía tan ricamente, que era para chuparse los dedos. Lástima que no fuera tiempo de alcachofas, porque las hubiera traído para el arroz. Pero trajo un poco de cordero, que le daba mucho aquel. Compró chuletas de ternera, dos reales de menudillos y unas sardinas escabechadas para segundo plato.

De vuelta a su casa armó los tres pucheros con el minucioso cuidado que la cocina española exige y empezó a hacer su arroz en la cacerola. Aquel día no hubo en la cocina cacharro que no funcionara. Después de freír la cebolla y de machacar el ajo y de picar el menudillo, cuando ninguna cosa importante quedaba olvidada, lavóse la pecadora las manos y se fué a peinar, poniendo más cuidado en ello que otros días. Pasó el tiempo; la cocina despedía múltiples y confundidos olores. ¡Dios! con la faena que en ella había! Cuando llegó Rubín, a las doce, salió a abrirle su amiga con semblante risueño. Ya estaba la mesa puesta, porque la mujer aquella multiplicaba el tiempo y, como quisiera, todo lo hacía con facilidad y prontitud. Dijo el enamorado que tenía mucha hambre, y ella le recomendó una chispita de paciencia. Se le había olvidado una cosa muy importante: el vino, y bajaría a buscarlo. Pero Maximiliano se prestó a desempeñar aquel servicio doméstico, y bajó más pronto que la vista.

Media hora después estaban sentados a la mesa, en amor y compaña; pero en aquel instante se vió Fortunata acometida bruscamente de unos pensamientos tan extraños, que no sabía lo que le pasaba. Ella misma comparó su alma en aquellos días a una veleta. Tan pronto marcaba para un lado como para otro. De improviso, como si se levantara un fuerte viento, la veleta daba la vuelta grande y ponía la punta donde antes

tenía la cola. De estos cambiazos había sentido ella muchos; pero ninguno como el de aquel momento, el momento en que metió la cuchara dentro del arroz para servir a su futuro esposo. No sabría ella decir cómo fué ni cómo vino aquel sentimiento a su alma, ocupándola toda; no supo más sino que le miró y sintió una antipatía tan horrible hacia el pobre muchacho, que hubo de violentarse para disimularla. Sin advertir nada, Maximiliano elogiaba el perfecto condimento del arroz; pero ella se calló, echando para adentro, con las primeras cucharadas, aquel fárrago amargo que se le quería salir del corazón. Muy *para entre sí*, dijo: "Primero me hacen a mí en pedacitos como éstos que casarme con semejante hombre... Pero ¿no le ven, no le ven que ni siquiera parece un hombre? Hasta huele mal... Yo no quiero decir lo que me da cuando calculo que toda la vida voy a estar mirando delante de mí esa nariz de rabadilla."

—Parece que estás triste, moñuca—le dijo Rubín, que solía darle este cariñoso mote.

Contestó ella que el arroz no había quedado tan bien como deseara. Cuando comían las chuletas, Maximiliano le dijo con cierta pedantería de dómine:

—Una de las cosas que tengo que enseñarte es a comer con tenedor y cuchillo, no con tenedor sólo. Pero tiempo tengo de instruirte en esa y en otras cosas más.

También le cargaba a ella tanta corrección. Deseaba hablar bien y ser persona fina y decente; pero ¡cuánto más aprovechadas las lecciones si el maestro fuera otro, sin aquella destiladera de nariz, sin aquella cara deslucida y muerta, sin aquel cuerpo que no parecía de carne, sino de cordilla!

Esta antipatía de Fortunata no estorbaba en ella la estimación, y con la estimación mezclábase una lástima profunda de aquel desgraciado, caballero del honor y de la virtud, tan superior moralmente a ella. El aprecio que le tenía, la gratitud y aquella conmiseración inexplicable, porque no se compadece a los superiores, eran causa de que refrenase su repugnancia. No era ella muy fuerte en disimular, y otro menos alucinado que Rubín habría conocido que el lindísimo entrecejo ocultaba algo. Pero veía las cosas por la lente de sus ideas propias, y para él todo era como debía ser y no como era. Alegróse mucho Fortunata de que el almuerzo concluyese, porque eso de estar sosteniendo una conversación seria y oyendo advertencias y correcciones no la divertía mucho. Gustábale más el trajín de recoger la loza y levantar la mesa, operación en que puso la mano no bien tomaron el café. Y para estar más tiempo en la cocina que en la sala, revisó los pucheros y se puso a picar la ensalada cuando aún no hacía falta. De rato en rato daba una vuelta por la sala, donde Maximiliano se había puesto a estudiar. No le era fácil aquel día fijar su atención en los libros. Estaba muy distraído, y cada vez que su amiga entraba, toda la ciencia formacéutica se desvanecía en su mente. A pesar de esto quería que estuviese allí, y aun se enojó algo por lo mucho que polongaba los ratos de cocina.

—Chica, no trabajes tanto, que te vas a cansar. Trae tu labor y siéntate aquí.

—Es que si me pongo aquí no estudias, y lo que te conviene es estudiar para que no pierdas el año—replicó ella—. ¡Pues si lo pierdes y tienes que volverlo a estudiar...!

Esta razón hizo efecto grande en el ánimo de Rubín.

—No importa que estés aquí. Con tal que no me hables estudiaré. Viéndote parece que comprendo mejor las cosas y que se me abren las compuertas del entendimiento. Te pones aquí, tú a tu costura, yo a mis libros. Cuando me siento muy torpe, ¡pim!, te miro y al momento me despabilo.

Fortunata se rió un poco, y ausentándose un instante trajo la costura.

—¿Sabes?—le dijo Rubín, apenas ella se sentó—. Mi hermano Juan Pablo se fué a Molina a arreglar eso de la herencia de la tía Melitona. Mi tía Lupe le escribió, y antes de venir a Madrid se plantó allá. Escribe diciendo que no habrá grandes dificultades.

—¿De veras? ¡Vamos!... Más vale así.

—Como lo oyes. Aún no puedo decir lo que nos tocará a cada hermano. Lo que sí te aseguro es que me alegro de esto por ti, exclusivamente por ti. Luego te quejarás de la Providencia. Porque cuanto más aseguradas están las materialidades de la vida más segura es la conservación del honor. La mitad de las deshonras que hay en la vida no son

más que pobreza, chica, pobreza. Créete que ha venido Dios a vernos, y si ahora no nos portamos bien, merecemos que nos arrastren.

Fortunata hubiera dicho para sí: "¡Vaya un moralista que me ha salido!" Pero no tenía noticia de esta palabra, y lo que dijo fué: "Ya estoy de *misionero* hasta aquí", usando la palabra *misionero* con un sentido doble, a saber: el de predicador y el de agente de aquello que Rubín llamaba *su misión*.

IX

Maximiliano comunicó a Olmedo sus planes de casamiento, encargándole el mayor sigilo, porque no convenía que se divulgasen antes de tiempo, para evitar maledicencias tontas. Creyó el gran perdis que su amigo estaba loco, y en el fondo de su alma le complacía, aunque admiraba el atrevimiento de Rubín para hacer la más grande y escandalosa calaverada que se podía imaginar. ¡Casarse con una...! Esto era un colmo, el colmo del *buen fin*, y en semejante acto había una mezcla horrenda de ignominia y de abnegación sublime, un no sé qué de osadía y al mismo tiempo de bajeza que levantó al bueno de Rubín, a sus ojos, de aquel fondo de vulgaridad en que estaba. Porque Rubín podía ser un tonto; pero no era un tonto vulgar, era uno de esos tontos que tocan lo sublime con la punta de los dedos. Verdad que no llegan a agarrarlo; pero ello es que lo tocan. Olmedo, al mismo tiempo que sondeaba la inmensa gravedad del propósito de su amigo, no pudo menos de reconocer que a él, Olmedo, el perdulario de oficio, no se le había pasado nunca por la cabeza una majadería de aquel calibre.

—Descuida, chico; lo que es por mí no lo sabrá nadie, ¡qué narices! Soy tu amigo, ¿sí o no? Pues basta, ¡narices! Te doy mi palabra de honor; estate tranquilo.

La palabra de *Ulmus Sylvestris*, cuando se trataba de la picardía, era sagrada. Pero en aquella ocasión pudo más el prurito chismográfico que el fuero del honor picaresco, y el gran secreto fué revelado a Narciso Puerta (*Pseudo-Narcisus Odoripherus*) con la mayor reserva, y previo juramento de no transmitirlo a nadie.

—Te lo digo en confianza, porque sé que ha de quedar de ti para mí.

—Descuida, chico; no faltaba más... Ya tú me conoces.

En efecto, Narciso no lo dijo a nadie, con una sola excepción. Porque verdaderamente, ¿qué importaba confiar el secretillo a una sola persona, a una sola, que de fijo no lo había de propalar?

—Te lo digo a ti solo, porque sé que eres muy discreto—murmuró Narciso al oído de su amigo Encinas (*Quercus Gigantea*)—. Cuidado con lo que te encargo...; pero mucho cuidado. Sólo tú lo sabes. No tengamos un disgusto.

—Hombre, no seas tonto... Parece que me conoces de ayer. Ya sabes que soy un sepulcro.

Y el sepulcro se abrió en casa de las de la Caña, con la mayor reserva, se entiende, y después de hacer jurar a todos de la manera más solemne que guardarían aquel profundo arcano.

—Pero ¡qué cosas tiene usted, Encinas! No nos haga usted tan poco favor. Ni que fuéramos chiquillas para ir con el cuento y comprometerle a usted...

Pero una de aquellas señoras creía que era pecado mortal no indicar algo a doña Lupe, porque ésta, al fin, lo tenía que saber, y más valía prepararla para tan tremendo golpe. ¡Pobre señora! Era un dolor verla con aquella tranquilidad, tan ajena a la deshonra que la amenazaba. Total, que la noticia llegó a la sutil oreja de doña Lupe a los tres días de haber salido del labio tímido de *Rubinius Vulgaris*.

Cuentan que doña Lupe se quedó un buen rato como quien ve visiones. Después dió a entender que algo barruntaba ella, por la conducta anómala de su sobrino. ¡Casarse con una que ha tenido que ver con muchos hombres! ¡Bah! No sería cierto, quizá. Y si lo era pronto se había de saber; porque, eso sí, a doña Lupe no se le apagaría en el cuerpo la bomba, y aquella misma noche o al día siguiente por la mañana Maximiliano y ella se verían las caras... Que la señora viuda de Jáuregui estaba volada, lo probó la inseguridad de su paso al recorrer la distancia entre el domicilio de las de la Caña y el suyo. Hablaba sola, y se le cayó el paraguas dos veces, y cuando se bajó a recogerlo, se le cayó el pañuelo, y, por fin, en vez de entrar en el portal de su casa, entró

en el próximo. ¡Como estuviera en casa el muy hipocritón, su tía le iba a poner verde! Pero no estaría, seguramente, porque eran las once de la noche y el señoritingo no entraba ya nunca antes de las doce o la una... ¡Quién lo había de decir; pero quién lo había de decir!... Aquel cuitado, aquella calamidad de chico, aquella inutilidad, tan fulastre y para poco, que no tenía aliento para apagar una vela y que a los dieciocho años, sí, bien lo podía asegurar doña Lupe, no sabía lo que son mujeres y creía que los niños que nacen vienen de París; aquel hombre fallido enamorarse así, ¡y de quién!, de una mujer perdida..., pero perdida..., en toda la extensión de la palabra.

—¿Ha venido el señorito?—preguntó a su criada, y como ésta le contestara que no, frunció los labios en señal de impaciencia.

El desasosiego y la ira habrían llegado qué sé yo adónde si no se desahogaban un poco sobre la inocente cabeza de *Papitos*, y se dice la cabeza porque ésta fué lo que más padeció en aquel achuchón. Ha de saberse que *Papitos* era un tanto presumida, y que siendo su principal belleza el cabello negro y abundante, en él ponía sus cinco sentidos. Se peinaba con arte precoz, haciéndose sortijillas y patillas, y para rizarse el fleco, no teniendo tenazas, empleaba un pedazo de alambre grueso, calentándolo hasta el rojo. Hubiera querido hacer estas cosas por la mañana; pero como su ama se levantaba antes que ella, no podía ser. La noche, cuando estaba sola, era el mejor tiempo para dedicarse con entera libertad a la peluquería elegante. Un pedazo de espejo, un batidor desdentado, un poco de tragacanto y el alambre gordo le bastaban. Por mal de sus pecados, aquella noche se había trabajado el pelo con tanta perfección, que... "¡Hija, ni que fueras a un baile!", se había dicho ella a sí misma, con risa convulsiva, al mirarse en el espejo por secciones de cara, porque de una vez no se la podía mirar toda.

—Puerca, fantasmona, mamarracho —gritó doña Lupe, destruyendo con manotada furibunda todos aquellos perfiles que la chiquilla había hecho en su cabeza—. En esto pasas el tiempo... ¿No te da vergüenza de andar con la ropa llena de agujeros y, en vez de ponerte a coser, te da por atusarte las crines? ¡Presumida, sinvergüenza! ¿Y la cartilla? Ni siquiera la habrás mirado... Ya, ya te daré yo pelitos. Voy a llevarte a la barbería y a raparte la cabeza, dejándotela como un huevo.

Si le hubieran dicho que le cortaban la cabeza no hubiera sentido la chica más terror.

—Eso, ahora el moquito y la lagrimita, después que me envenenas la sangre con tus peinados indecentes. Pareces la mona del Retiro... Estás bonita..., sí... Pero qué, ¿también te has echado pomada?

Doña Lupe se olió la mano con que había estropeado impíamente el criminal flequillo. Al acercarse la mano a su nariz hízolo con ademán tan majestuoso, que es lástima no lo reprodujera un buen maestro de escultura.

—Gorrina..., me has pringado la mano... ¡Huy, qué pestilencia!... ¿De dónde has sacado esta porquería?

—Me la dió el *sito* Maxi—respondió *Papitos* con humildad.

Esto llevó bruscamente las ideas de doña Lupe a la verdadera causa de su ira. Ocurriósele hacer un reconocimiento en el cuarto de su sobrino, lo que agradeció mucho *Papitos*, porque de este modo tenía fin inmediato el sofoco que estaba pasando.

—Vete a la cocina—le dijo la señora.

Y no necesitó repetírselo, porque se escabulló como un ratoncillo que siente ruido.

Doña Lupe encendió luz en el cuarto de Maximiliano y empezó a observar.

"¡Si encontrara alguna carta!—pensó—. Pero ¡quia! Ahora recuerdo que me han dicho que esa tarasca no sabe escribir. Es un animal en toda la extensión de la palabra."

Registra por aquí, registra por allá, nada encontraba que sirviera de comprobación a la horrible noticia. Abrió la cómoda, valiéndose de las llaves de la suya, y allí tampoco había nada. La hucha estaba en su sitio y llena, quizá más pesada que antes. Retratos no los vió por ninguna parte. Hallábase doña Lupe engolfada en su investigación policíaca, sin descubrir rastro del crimen, cuando entró Maximiliano. *Papitos* le abrió la puerta; dirigióse a su cuarto, sorprendido de ver luz en él, y al encarar con su tía, que estaba revolviendo el ter-

cer cajón de la cómoda, comprendió que su secreto había sido descubierto, y le corrieron escalofríos de muerte por todo el cuerpo. Doña Lupe supo contenerse. Era persona de buen juicio y muy oportunista, quiero decir que no gustaba de hacer cosa ninguna fuera de sazón, y para calentarle las orejas a su sobrino no era buena hora la medianoche. Porque seguramente ella había de alzar la voz, y no convenía el escándalo. También era probable que al chico le diera una jaqueca muy fuerte si le sofocaban tan a deshora, y doña Lupe no quería martirizarle. Lelo y mudo estaba el estudiante en la puerta de su cuarto, cuando su tía se volvió hacia él, y echándole una mirada muy significativa, le dijo:

—Pasa; yo me voy. Duerme tranquilo, y mañana te ajustaré las cuentas...

Se fué hacia la alcoba; pero no había dado diez pasos, cuando volvió airada, amenazándole con la mano y con un grito:

—¡Grandísimo pillo!... Pero tente, boca. Quédese esto para mañana... A dormir se ha dicho.

No durmió Maximiliano pensando en la escena que iba a tener con su tía. Su imaginación agrandaba a veces el conflicto, haciéndolo tan hermosamente terrible como una escena de Shakespeare: otras lo reducía a proporciones menudas. "¿Y qué, señora tía, y qué?—decía, alzando los hombros dentro de la cama, como si estuviera en pie—. He conocido una mujer, me gusta y me quiero casar con ella. No veo el motivo de tanta... Pues estamos frescos... ¿Soy yo alguna máquina?... ¿No tengo mi libre albedrío?... ¿Qué se ha figurado usted de mí?" A ratos se sentía tan fuerte en su derecho, que le daban ganas de levantarse, correr a la alcoba de su tía, tirarla de un pie, despertarla y soltarle este jicarazo: "Sepa usted que al son que me tocan, bailo. Si mi familia se empeña en tratarme como a un chiquillo, yo le probaré a mi familia que soy hombre." Pero se quedó helado al suponer la contestación de su tía, que seguramente sería ésta: "¿Qué habías tú de ser hombre, qué habías de ser?..."

Cuando el buen chico se levantó, al día siguiente, que era domingo, ya doña Lupe había vuelto de misa. Entróle *Papitos* el chocolate, y, la verdad, no pudo pasarlo, porque se le había puesto en el epigastrio la tirantez angustiosa, síntoma inefable de todas las situaciones apuradas, lo mismo por causa de exámenes que por otro temor o sobresalto cualquiera. Estaba lívido, y la señora debió de sentir lástima cuando le vió entrar en su gabinete, como el criminal que entra en la sala de juicio. La ventana estaba abierta, y doña Lupe la cerró para que el pobrecillo no se constipase, pues una cosa es la salud y otra la justicia. Venía el delincuente con las manos en los bolsillos y una gorrita escocesa en la cabeza, las botas nuevas y la ropa de dentro de casa, tan mustio y abatido que era preciso ser de bronce para no compadecerle. Doña Lupe tenía una falda de diario, con muchos y grandes remientos, admirablemente puestos, delantal azul de cuadros, toquilla oscura envolviendo el arrogante busto, pañuelo negro a la cabeza, mitones colorados y borceguíes de fieltro gruesos y blandos, tan blandos que sus pasos eran como los de un gato. El gabinetito era una pieza muy limpia. Una cómoda y el armario de luna de forma vulgar eran los principales muebles. El sofá y sillería tenían forro de *crochet*, a estilo de casa de huéspedes, todo hecho por la señora de la casa.

Pero lo que daba cierto aspecto grandioso al gabinete era el retrato del difunto esposo de doña Lupe, colgado en el sitio presidencial, un cuadrángano al óleo, perverso, que representaba a don Pedro Manuel de Jáuregui, alias *el de los Pavos*, vestido de comandante de la Milicia Nacional, con su morrión en una mano y en otra el bastón de mando. Pintura más chabacana no era posible imaginarla. El autor debía de ser una especialidad en las muestras de casas de vacas y de burras de leche. Sostenía, no obstante, doña Lupe que el retrato de Jáuregui era una obra maestra, y a cuantos lo contemplaban les hacía notar dos cosas sobresalientes en aquella pintura, a saber: que dondequiera que se pusiese el espectador los ojos del retrato miraban al que le miraba, y que la cadena del reloj, la gola, los botones, la carrillera y placa del morrión, en una palabra, toda la parte metálica, estaba pintada de la manera más extraordinaria y magistral.

Las fotografías que daban guardia de honor al lienzo eran muchas, pero col-

gadas con tan poco sentimiento de la simetría, que se las creería seres animados que andaban a su arbitrio por la pared.

—Muy bien, señor don Maximiliano, muy bien—dijo doña Lupe, mirando severísimamente a su sobrino—. Siéntate, que hay para rato.

CAPITULO III

DOÑA LUPE LA DE LOS PAVOS

I

Maximiliano no se sentó, doña Lupe sí, y en el centro del sofá, debajo del retrato, como para dar más austeridad al juicio. Repitió el "Muy bien, señor don Maximiliano", con retintín sarcástico. Por lo general, siempre que su tía le daba tratamiento, llamándole *señor don*, el pobre chico veía la nube del pedrisco sobre su cabeza.

—¡Estarse una matando toda la vida —prosiguió ella—para sacar adelante al dichoso sobrinito, sortearle las enfermedades a fuerza de mimos y cuidados, darle una carrera quitándome yo el pan de la boca, hacer por él lo que no todas las madres hacen por sus hijos, para que al fin...! ¡Buen pago, bueno!... No, no me expliques nada, si estoy perfectamente informada. Sé quién es esa... dama ilustre con quien te quieres casar. Vamos, que buena doncella te canta... ¿Y creerás que vamos a consentir tal deshonra en la familia? Dime que todo es una chiquillada y no se hable más del asunto.

Maximiliano no podía decir tal cosa; pero tampoco podía decir otra, porque, si en el fondo de su ánimo empezaban a levantarse olas de entereza, esas olas reventaban y se descomponían antes de llegar a la orilla, o sea los labios. Estaba tan cortado, que sintiendo dentro de sí la energía no la podía mostrar, por aquella pícara emoción nerviosa que le embargaba. Dejó esparcir sus miradas por la pared testera, como buscando por allí su apoyo. En ciertas situaciones apuradas y en los grandes estupores del alma, las miradas suelen fijarse en algo insignificante y que nada tiene que ver con la situación. Maximiliano contempló un rato el grupo fotográfico de las chicas de Samaniego, Aurora y Olimpia, con mantilla blanca, enlazados los brazos, la una muy adusta, la otra sentimental. ¿Por qué miraba aquello? Su turbación le llevaba a colgar las miradas aquí y allí, prendiendo el espíritu en cualquier objeto, aunque fueran las cabezas de los clavos que sostenían los retratos.

—Explícate, hombre—añadió doña Lupe, que era viva de genio—. ¿Es una niñería?

—No, señora—respondió el acusado, y esta negación, que era afirmación, empezó a darle ánimos, aligerándole un poco la angustia aquella de la boca del estómago.

—¿Estás seguro de que no es chiquillada? ¡Valiente idea tienes tú del mundo y de las mujeres, inocente!... Yo no puedo consentir que una pindonga de ésas te coja y te engañe para timarte tu nombre honrado, como otros timan el reloj. A ti hay que tratarte siempre como a los niños atrasaditos que están a medio desarrollar. Hay que recordar que hace cinco años todavía iba yo por la mañana a abrocharte los calzones, y que tenías miedo de dormir solo en tu cuarto.

Idea tan desfavorable a su personalidad exasperaba al joven. Sentía crecer dentro la bravura; pero le faltaban palabras. ¿Dónde demonios estaban aquellas condenadas palabras, que no se le ocurrían en trance semejante? El maldito hábito de la timidez era la causa de aquel silencio estúpido. Porque la mirada de doña Lupe ejercía sobre él fascinación singularísima, y teniendo mucho que decir, no lograba decirlo. "Pero ¿qué diría yo?..., ¿cómo empezaría yo?", pensaba, fijando la vista en el retrato de Torquemada y su esposa, de bracete.

—Todo se arreglará—indicó doña Lupe en tono conciliador—si consigo quitarte de la cabeza esas humaredas. Porque tú tienes sentimientos honrados, tienes buen juicio... Pero siéntate. Me da fatiga de verte en pie.

—Es menester que usted se entere bien —dijo Maximiliano al sentarse en el sillón, creyendo haber encontrado un buen cabo de discurso para empezar—; se entere bien de las cosas... Yo... pensaba hablar a usted...

—Y ¿por qué no lo hiciste? ¡Qué tal sería ello!... ¡Vaya, que un chico delicadito como tú meterse con esas vicioso-

nas!... Y no te quepa duda... Así, pronto entregarás la pelleja. Si caes enfermo, no vengas a que te cuide tu tía, que para eso sí sirvo yo, ¿eh?, para eso sí sirvo, ingrato, tunante... ¿Y te parece bien que cuando me miro en ti, cuando te saco adelante con tanto trabajo y soy para ti más que una madre; te parece bien que me des este pago, infame, y que te me cases con una mujer de mala vida?

Rubín se puso verde y le salió un amargor intensísimo del corazón a los labios.

—No es eso, tía, no es eso—sostuvo, entrando en posesión de sí mismo—. No es mujer de mala vida. La han engañado a usted.

—El que me ha engañado eres tú con tus encogimientos y tus timideces... Pero ahora lo veremos. No creas que vas a jugar conmigo; no creas que te voy a dejar hacer tu gusto. ¿Por quién me tomas, bobalicón?... ¡Ah! ¡Si yo no hubiera tenido tanta confianza!... Pero si he sido una tonta; si me creí que tú no eras capaz de mirar a una mujer. Buena me la has dado, buena. Eres un apunte..., en toda la extensión de la palabra.

Maximiliano, al oír esto, estaba profundamente embebecido, mirando el retrato de Rufinita Torquemada. La veía y no la veía, y sólo confusamente y con vaguedades de pesadilla, se hacía cargo de la actitud de la señorita aquella retratada sobre un fondo marino y figurando que estaba en una barca. Vuelto en sí, pensó en defenderse; pero no podía encontrar las armas, es decir, las palabras. Con todo, ni por un instante se le ocurría ceder. Flaqueaba su máquina nerviosa; pero la voluntad permanecía firme.

—A usted la han informado mal—insinuó con torpeza—respecto a la persona... que... Ni hay tal vida airada ni ése es el camino... Yo pensaba decirle a usted: "Tía, pues yo... quiero a esta persona, y... mi conciencia..."

—Cállate, cállate, y no me saques la cólera, que al oírte decir que quieres a una tiota chubasca, me dan ganas de ahogarte, más por tonto que por malo..., y al oírte hablar de conciencia en este tratado, me dan ganas de... Dios me perdone... ¿Sabes lo que te digo?—añadió, alzando la voz—, ¿sabes lo que te digo? Que desde este momento vuelvo a tratarte como cuando tenías doce años. Hoy no me sales de casa. Ea, ya estoy yo en funciones con mis disciplinas... Y desde mañana me vuelves a tomar el aceite de hígado de bacalao. Vete a tu cuarto y quítate las botas. Hoy no me pisas la calle.

Dios sabe lo que iba a contestar el acusado. Quedó suelta en el aire la primera palabra, pero llegó una visita. Era el señor de Torquemada, persona de confianza en la casa, que al entrar iba derecho al gabinete, a la cocina, al comedor o adondequiera que la señora estuviese. La fisonomía de aquel hombre era difícil de entender. Sólo doña Lupe, en virtud de una larga práctica, sabía encontrar algunos jeroglíficos en aquella cara ordinaria y enjuta, que tenía ciertos rasgos de tipo militar con visos clericales. Torquemada había sido alabardero en su mocedad, y, conservando el bigote y perilla, que eran ya entrecanos, tenía un no sé qué de eclesiástico, debido, sin duda, a la mansedumbre afectada y dulzona, y a un cierto subir y bajar de párpados con que adulteraba su grosería innata. La cabeza se le inclinaba siempre al lado derecho. Su estatura era alta, mas no arrogante; su cabeza calva, crasa y escamosa, con un enrejado de pelos mal extendidos para cubrirla. Por ser aquel día domingo, llevaba casi limpio el cuello de la camisa, pero la capa era el número dos, con las vueltas aceitosas y los ribetes deshilachados. Los pantalones, mermados por el crecimiento de las rodilleras, se le subían tanto, que parecía haber montado a caballo sin trabillas. Sus botas, por ser domingo, estaban aquel día embetunadas y eran tan chillonas, que se oían desde una legua.

—¿Y cómo está la familia?—preguntó al tomar asiento, después de dar su mano, siempre sudorosa, a doña Lupe y al sobrino.

—Perfectamente bien—dijo la señora, observando con ansiedad el semblante de Torquemada—. ¿Y en casa?

—No hay novedad, a Dios gracias.

Doña Lupe esperaba aquel día noticias de un asunto que le interesaba mucho. Como siempre se ponía en lo peor para que las desgracias no la cogieran desprevenida, pensó, al ver entrar a su agente, que le traía malas nuevas. Temió preguntarle. La cara de militar adulterado no expresaba más que un interés decidido por la familia. Al fin, Torque-

mada, que no gustaba de perder el tiempo, dijo a su amiga:

—Vamos, doña Lupe, que hoy estamos de buena. ¿A que no me acierta usted la peripecia que le traigo?

La fisonomía de la señora se iluminó, pues sabía que su amigo llamaba peripecia a toda cobranza inesperada. Echóse él a reír, y metió mano al bolsillo interior de su americana.

—¡Ay! No me lo diga usted, don Francisco—exclamó doña Lupe con incredulidad, cruzando las manos—. ¿Ha pagado...?

—Lo va usted a ver... Yo... tampoco lo esperaba. Como que fuí anoche a decirle que el lunes se le embargaría. Hoy por la mañana, cuando me estaba vistiendo para ir a misa, me lo veo entrar. Creí que venía a pedirme más prórrogas. Como siempre nos está engañando, que hoy, que mañana... Yo no le creo ni la Biblia. Es muy fabulista. Pero, en fin, pedradas de éstas nos den todos los días. "Señor de Torquemada—me dice muy serio—, vengo a pagarle a usted..." Me quedé lo que llaman atónito. Como que no esperaba la peripecia. Finalmente, que me dió el *guano*, o sean ocho mil reales, cogió su pagaré y a vivir.

—Lo que yo le decía a usted—observó doña Lupe casi sin poder hablar, con la alegría atravesada en la garganta—. El tal Joaquinito Pez es una persona decente. El pasa sus apurillos como todos esos hijos de familia que se dan buena vida y un día tienen, otro no. De fijo que será jugador...

Torquemada hizo una separación de billetes, dando la mayor parte a doña Lupe.

—Los seis mil reales de usted...; dos mil míos. Buen chiripón ha sido éste. Yo los contaba, como quien dice, perdidos; porque el tal Joaquinillo está, según oí, con el agua al cuello. ¿Quién será el desgraciado a quien ha dado el sablazo? A bien que a nosotros no nos importa.

—Como no le hemos de prestar más...

—Mire usted, doña Lupe—dijo Torquemada, haciendo una perfecta *o* con los dedos pulgar e índice y enseñándosela a su interlocutora.

II

Doña Lupe contempló la *o* con veneración y escuchó:

—Mire usted, señora: estos señoritos disolutos son buenos parroquianos, porque no reparan en el materialismo del premio y del plazo; pero al fin la dan, y la dan gorda. Hay que tener mucho ojo con ellos. Al principio, el embargo los asusta; pero como lleguen a perder el punto una vez, lo mismo les da *fu* que *fa*. Aunque usted les ponga en la publicidad de la *Gaceta*, se quedan tan frescos. Vea usted al marquesito de Casa-Bojío: le embargué el mes pasado; le vendí hasta la lámina en que tenía el árbol genealógico. Pues, finalmente, a los tres días me lo vi en un faetón, como si tal cosa, y pasó por junto a mí y las ruedas me salpicaron el barro de la calle... No es que me importe el materialismo del barro; lo digo para que se vea lo que son... ¿Pues creerá usted que encontró después quien le prestara? Ello fué al cuatro mensual; pero aun al cinco sería, como quien dice, el todo por el todo. Verdad que no molestan, y si a mano viene, cuando piden prórroga, por tenerle a uno contento, le dan un destinillo para un sobrino, como hizo el chico de Pez conmigo...; pero el materialismo del destino no importa; a lo mejor la pegan y de canela fina, créame usted. Por eso, ya puede venir ahora a tocar a esta puerta, que le he de mandar a plantar cebollinos.

Al llegar aquí Torquemada sacó su sebosa petaca. Como tenía tanta confianza, iba a echar un cigarro; ofreció a Maximiliano, y doña Lupe respondió bruscamente por él diciendo con desdén:

—Este no fuma.

Las operaciones previas de la fumada duraban un buen rato, porque Torquemada le variaba el papel al cigarrillo. Después encendió el fósforo raspándolo en el muslo.

—Como seguro—prosiguió—, aunque da mucho que hacer, el *chico* de la tienda de ropas hechas de José María Vallejo. Allí me tiene todos los primeros de mes, como un perro de presa... Mil duros me tiene allí, y no le cobro más que veintiséis todos los meses. ¿Que se atrasa? "Hijo, yo tengo un gran compromiso y no te puedo aguardar." Cojo media docena de capas y me las llevo, y tan fres-

co... Y no lo hago por el materialismo de las capas, sino para que mire bien el piazo. Si no hay más remedio, señora. Es menester tratarlos así, porque no guardan consideración. Se figuran que tiene uno el dinero para que ellos se diviertan. ¿Se acuerda usted de aquellos estudiantes que nos dieron tanta guerra? Fué el primer dinero de usted que coloqué. ¡Aquel Cienfuegos, aquel Arias Ortiz! Vaya unos peines. Si no es por mí, no se les cobra... Y eran tan tunantes, que después que iban a casa llorándome tocante a la prórroga, me los encontraba en el café atizándose bisteques... y vengan copas de ron y marrasquino... Lo mismo que aquel tendero de la calle Mayor, aquel Rubio que tenía peletería, ¿se acuerda usted? Un día, finalmente, me trajo su reloj, los pendientes de su mujer y doce cajas de pieles y manguitos, y aquella misma tarde, aquella mismísima tarde, señora, me lo veo en la Puerta del Sol encaramándose en un coche para ir a los toros... Si son así..., quieren el dinero, como quien dice, para el materialismo de tirarlo. Por eso estoy todo el santo día vigilando a José María Vallejo, que es un buen hombre, sin despreciar a nadie. Voy a la tienda y veo si hay gente, si hay movimiento; echo una guiñada al cajón; me entero de si el chico que va a cobrar las cuentas trae *guano;* sermoneo al principal, le doy consejos, le recomiendo que al que paga le crucifique. ¡Si es la verdad, si no hay más camino!... Finalmente, el que se hace de manteca pronto se lo meriendan. Y no lo agradecen, no, señora, no agradecen el interés que me tomo por ellos. Cuando me ven entrar, ¡si viera usted qué cara me ponen! No reparan que están trabajando con mi dinero. Y, finalmente, ¿qué eran ellos? Unos pobres pelagatos. Les parece que porque me dan veintiséis duros al mes ya han cumplido... Dicen que es mucho, y yo digo que me lo tienen que agradecer, porque los tiempos están malos, pero muy malos.

En toda la parte del siglo XIX que duró la larguísima existencia usuraria de don Francisco Torquemada no se le oyó decir una sola vez siquiera que los tiempos fueran buenos. Siempre eran malos, pero muy malos. Aun así, el 68 ya tenía Torquemada dos casas en Madrid, y había empezado sus negocios con doce mil reales que heredó su mujer el 51. Los un día mezquinos capitales de doña Lupe, él se los había centuplicado en un par de lustros, siendo ésta la única persona que asociaba a sus oscuros negocios. Cobrábale una comisión insignificante, y se tomaba por los asuntos de ella tanto interés como por los propios en razón a la gran amistad que había tenido con el difunto Jáuregui.

—Y con esta fecha y con esta facha me voy—dijo, levantándose y colgándose la capa, que se le caía del hombro izquierdo.

—¿Tan pronto?

—Señora, que no he oído misa. Lo que le decía a usted: estaba vistiéndome para salir a oírla, cuando entró Joaquinito a darme la gran peripecia.

—¡Buena ha sido, buena!—exclamó doña Lupe, oprimiendo contra su seno la mano en que tenía los billetes, tan bien cogidos que no se veía el papel por entre los dedos.

—Quédate con Dios—dijo Torquemada a Maximiliano, que sólo contestó al saludo con un *ju ju*...

Y salió al recibimiento, acompañado de doña Lupe. Maximiliano los sintió cuchicheando en la puerta. Por fin se oyeron las botas chillonas del ex alabardero bajando la escalera y doña Lupe reapareció en el gabinete. El júbilo que le causaba la cobranza de aquel dinero que creía perdido era tan grande, que sus ojos pardos le lucían como dos carbones encendidos, y su boca traía bosquejada una sonrisa. Desde que la vió entrar conoció Maximiliano que su cólera se había aplacado. El *guano*, como decía Torquemada, no podía menos de dulcificarla; y llegándose a donde estaba el delincuente, que no se había movido de la butaca, le puso una mano en el hombro, empuñando fuertemente en la otra los billetes, y le dijo:

—No, no te sofoques..., no es para tomarlo así. Yo te digo estas cosas por tu bien...

—Yo, realmente—repuso Maximiliano con serenidad, que más le asombró a él mismo que a doña Lupe—, no me sofoco...; yo estoy tranquilo, porque mi conciencia...

Aquí se volvió a embarullar. Doña Lupe no le dió tiempo a desenvolverse, porque se metió en la alcoba, cerrando las vidrieras. Desde el gabinete la sintió Maximiliano trasteando. Guardaba el di-

nero. Abriendo después la puerta, mas sin salir de la alcoba, la señora siguió hablando con su sobrino:

—Ya sabes lo que te he dicho. Hoy no me sales a la calle... Y desde mañana empezarás a tomarte el aceite de hígado de bacalao, porque todo eso que te da no es más que debilidad del cerebro... Luego seguiremos con el fosfato, otra vez con el fosfato. No debiste dejar de tomarlo...

Maximiliano, como no tenía delante a su tía, se permitió una sonrisa burlona. Miraba en aquel momento a su tío, el señor de Jáuregui, que le miraba también a él, como es consiguiente. No pudo menos de observar que el digno esposo de su tía era horrendo; ni comprendía cómo doña Lupe no se moría de miedo cuando se quedaba sola, de noche, en compañía de semejante espantajo.

—Conque ya sabes—dijo al aparecer en la puerta, abrochándose su cuerpo de merino negro, pues se estaba disponiendo para salir—. Ya puedes ir a quitarte las botas. Estás preso.

Fuése el joven a su cuarto sin decir nada, y doña Lupe se quedó pensando en lo dócil que era. El rigor de su autoridad, que el muchacho acataba siempre con veneración, sería remedio eficaz y pronto del desorden de aquella cabeza. Bien lo decía ella: "En cuanto yo le doy cuatro gritos le pongo como una liebre. Trabajo les mando a esas lobas que me lo quieran trastornar."

—*¡Papitos!*...—gritó la señora, y al punto se oyeron las patadas de la chica en el pasillo como las de un caballo en el hipódromo.

Presentóse con una patata en la mano y el cuchillo en la otra.

—Mira—le dijo su ama con voz queda—. Ten cuidado de ver lo que hace el señorito Maxi mientras yo estoy fuera. A ver si escribe alguna carta o qué hace.

La mona se dió por enterada, y volvió a la cocina dando brincos.

"A ver—dijo la señora hablando consigo misma—. ¿se me olvidará algo?... ¡Ah!, el portamonedas. ¿Qué hay que traer?... Fideos, azúcar... y nada más. ¡Ah!, el aceite de hígado de bacalao; lo que es eso no se lo perdono. A cucharetazos es como se cura esto. Y ahora no habrá el realito de vellón por cada toma. Ya es un hombre; quiero decir, ya no es un chiquillo."

Figúrese el lector cuál sería el asombro de doña Lupe *la de los Pavos* cuando vió entrar en la sala a su sobrino, no con zapatillas ni en tren de andar por casa, sino empaquetado para salir, con su capa de vueltas encarnadas, su chaqué azul y su honguito de color de café. Tan estupefacta y colérica estaba por la desobediencia del mancebo, que apenas pudo balbucir una protesta...

—Pe..., pero...

—Tía—dijo Maximiliano con la voz alterada y temblorosa—, no pue..., no puedo obedecer a usted... Soy mayor de edad. He cumplido veinticinco años... Yo la respeto a usted; respéteme usted a mí.

Y sin esperar respuesta, dió media vuelta y salió de la casa a toda prisa, temiendo, sin duda, que su tía le agarrase por los faldones.

Bien claro explicaba él su conducta, chismorreando consigo mismo: "Yo no sé defenderme con palabras; yo no puedo hablar, y me aturrullo y me turbo sólo de que mi tía me mire; pero me defenderé con hechos. Mis nervios me venden; pero mi voluntad podrá más que mis nervios, y lo que es la voluntad bien firme la tengo ahora. Que se metan conmigo; que venga todo el género humano a impedirme esta resolución; yo no discutiré, yo no diré una palabra; pero a donde voy, voy, y al que se me ponga por delante, sea quien sea, le piso y sigo mi camino."

III

Doña Lupe se quedó que no sabía lo que le pasaba.

—*¡Papitos, Papitos!*... No, no te llamo..., vete... Pero ¿has visto qué insolente? Si no es él, no es él... Es que me lo han vuelto del revés, me lo han embrujado. ¿Habrá tunante? Si estoy por seguirle y avisar a una pareja de Orden Público para que me lo trinquen... Pero a la noche nos veremos las caras. Porque tú has de volver, tú tienes que volver, sietemesino hipócrita... *Papitos*, toma, toma; bájate por los fideos y el azúcar. Yo no salgo, no puedo salir. Creo que me va a dar algo... Mira: te pasas por la botica y pides un frasco de aceite

de hígado de bacalao, del que yo traía. Ya saben ellos. Dices que yo iré a pagarlo... Oye, oye, no traigas eso. ¡Si no lo va a querer tomar!... Tráete una vara... Te pasas por la droguería y pides diez céntimos de sanguinaria. A mí me va a dar algo...

Estaba, en efecto, amenazada de un arrebato de sangre, y la cosa no era para menos. Nunca había visto en su sobrino un rasgo de independencia como el que acababa de ver. Había sido siempre tan poquita cosa, que donde le ponían allí se estaba. Voluntad propia no la tuvo jamás. En ningún tiempo fué preciso ponerle la mano encima, porque un fruncimiento de cejas bastaba para traerle a la obediencia. ¿Qué había pasado en aquel cordero para convertirlo en algo así como un leoncillo? La mente de doña Lupe no podía descifrar misterio tan grande. Tras de la cólera y la confusión vino el abatimiento, y se sentía tan rendida físicamente como si hubiera estado toda la mañana ocupada en alguna faena penosa. Quitóse con pausa los trapitos domingueros que se había empezado a poner, y volvió a llamar a la mona para decirle:

—No hagas más que unas sopas de ajo. El señoritingo no vendrá a almorzar, y si viene, le acusaré las cuarenta.

Tomando la sillita baja que usaba cuando cosía, la colocó junto al balcón. Le dolía la cintura y al sentarse exhaló un ¡ay! Para coser usaba siempre gafas. Se las puso, y sacando obra de su cesta de costura empezó a repasar unas sábanas. No le repugnaba a doña Lupe trabajar los domingos, porque sus escrúpulos religiosos se los había quitado Jáuregui en tantos años de propaganda matrimonial progresista. Púsose, pues, a zurcir en su sitio de costumbre, que era junto a la vidriera. En el balcón tenía dos o tres tiestos, y por entre las secas ramas veía la calle. Como el cuarto era principal, desde aquel sitio se veía muy bien pasar gente, en caso de que la gente quisiese pasar por allí. Pero la calle de Raimundo Lulio y la de Don Juan de Austria, que hace ángulo con ella, son de muy poco tránsito. Parece aquello un pueblo. La única distracción de doña Lupe en sus horas solitarias era ver quién entraba en el taller de coches inmediato o en la imprenta de enfrente, y si pasaba o no doña Guillermina Pacheco en dirección del asilo de la calle de Alburquerque. Lugar y ocasión admirables eran aquéllos para reflexionar, con los trapos sobre la falda, la aguja en la mano, los espejuelos calados, la cesta de la ropa al lado, el gato hecho una pelota de sueño a los pies de su ama. Aquel día doña Lupe tenía, más que nunca, materia larga de meditaciones.

"¡Que se esté una sacrificada toda la vida para esto!... El no lo sabe, ¿qué ha de saber, si es un tontín? Le ponen el plato delante, ¿y qué sabe las agonías que ha costado ponérselo?... Pues si le dijera yo que cada garbanzo, algunos días, tiempo ha, tenía el valor de una perla..., según lo que costaba traerlo a casa!... No sé qué habría sido de mí sin el señor de Torquemada, ni qué hubiera sido de Maxi sin mí. ¡Lucida existencia sería la suya si no hubiera tenido más arrimo que el de sus hermanos! Dime, bobo de Coria: si yo no hubiera trabajado como una negra para defender el panecillo y poner esta casa en el pie que tiene, si no discurriera tanto como discurro, calentándome los sesos a todas horas y empleando en mil menudencias estas entendederas que Dios me ha dado, ¿qué habría sido de ti, ingratuelo?... ¡Ah! ¡Si viviera mi Jáuregui!"

El recuerdo de su difunto, que siempre se avivaba en la mente de doña Lupe cuando se veía en algún conflicto, la enterneció. En todas sus aflicciones se consolaba con la dulce memoria de su felicidad matrimonial, pues Jáuregui había sido el mejor de los hombres y el número uno de los maridos. "¡Ay, mi Jáuregui!", exclamaba, echando toda el alma en un suspiro.

Don Pedro Manuel de Jáuregui había servido en el Real Cuerpo de Alabarderos. Después se dedicó a negocios, y era tan honrado, pero tan sosamente honrado, que no dejó al morir más que cinco mil reales. Oriundo de la provincia de León, recibía partidas de huevos y otros artículos de recoba. Todos los paveros leoneses, zamoranos y segovianos depositaban en sus manos el dinero que ganaban, para que lo girase a los pueblos productores del artículo, y de aquí vino el apodo que le dieron en Puerta Cerrada y que heredó doña Lupe. También recibía Jáuregui, por Navidad, remesas de mantecadas de Astorga, y a su casa iban a cobrar y a dejar fondos todos los

ordinarios de la maragatería. En política hizo gran papel don Pedro por ser uno de los corifeos de la Milicia Nacional, y era tan sensato, que la única vez que se sublevó lo hizo al grito mágico de "¡Viva Isabel Segunda!" Falleció aquel bendito, y doña Lupe se hubiera muerto también si el dolor matara. Y no se vaya a creer que le faltaron pretendientes a la viudita, pues había, entre otros, un don Evaristo Feijoo, coronel del ejército, que le rondaba la calle y no la dejaba vivir. Pero la fidelidad a la memoria de su feo y honrado Jáuregui se sobreponía en doña Lupe a todos los intereses de la tierra. Después vino la crianza y cuidado de su sobrinito, que le dieron esa distracción tan saludable para las desazones de su alma. Torquemada y los negocios ayudáronla también a entretener su existencia y a conllevar su dolor... Pasó tiempo, ganó dinero y lentamente vino la situación en que la he descrito. Frisaba ya doña Lupe en los cincuenta años; mas estaba tan bien conservada, que no parecía tener más de cuarenta. Había sido en su mocedad frescachona de cuerpo y enjuta de rostro, y tenía cierto parecido remoto con Juan Pablo. Sus ojos pardos conservaban la viveza de la juventud; pero tenía cierta adustez jurídica en la cara, acentuada de líneas y seca de color. Sobre el labio superior, fino y violado cual los bordes de una reciente herida, le corría un bozo tenue, muy tenue, como el de los chicos precoces, vello finísimo que no la afeaba ciertamente; por el contrario, era quizá la única pincelada feliz de aquel rostro, semejante a las pinturas de la Edad Media, y hacía la gracia el tal bozo de ir a terminarse sobre el pico derecho de la boca con una verruguita muy mona, de la cual salían dos o tres pelos bermejos que a la luz brillaban retorcidos como hilillos de cobre. El busto era hermoso, aunque, como se verá más adelante, había en él algo y aun algos de falseamiento de la verdad.

Descollaba doña Lupe por la inteligencia y por el prurito de mostrarla a cada instante. Así como a otras el amor propio les inspira la presunción, a la viuda de Jáuregui la infundía convicciones de superioridad intelectual y el deseo de dirigir la conducta ajena, resplandeciendo en el consejo y en todo lo que es práctico y gubernativo. Era una de esas personas que, no habiendo recibido educación, parece que la han tenido cumplidísima, por lo bien que se expresan, por la firmeza con que se imponen un carácter y lo sostienen y por lo bien que disfrazan con las retóricas sociales las brutalidades del egoísmo humano.

De la memoria de su Jáuregui llevó el pensamiento a su sobrino. Eran sus dos amores. Subiéndose las gafas, que se le habían deslizado hasta la punta de la nariz, prosiguió así: "Pues conmigo no juega. Le pongo en la calle como tres y dos son cinco. Tendré que hacer un esfuerzo, porque le quiero como debe de quererse a los hijos... ¡Yo, que tenía la ilusión de casarle con Rufina, o al menos con Olimpia!... No, me gusta mucho más Rufina Torquemada. Cuidado que soy tonta. Al verle tan huraño, y que se escondía cuando entraba doña Silvia con su hija, creía que hablarle a este chico de mujeres era como mentarle al diablo la cruz. Fíese usted de apariencias. Y ahora resulta que hace meses sostiene a una mujer, y se pasa el día entero con ella y... Vamos, yo tengo que ver esto para creerlo... Y otra cosa: ¿cómo se las arreglará para mantenerla?... La hucha está allí con su peso de siempre..."

Doña Lupe, al llegar aquí, se engolfó en cavilaciones tan abstrusas que no es posible seguirla. Su mente se sumergía y salía a flote como un madero arrojado en medio de las bravas olas. La buena señora estuvo así toda la tarde. Llegada la noche, deseaba ardientemente que el sobrino entrase de la calle para descargar sobre él todo el material de lavas que el volcán de su pecho no podía contener. Entró el sietemesino muy tarde, cuando su tía estaba ya comiendo y se había servido el cocido. Maximiliano se sentó a la mesa sin decir nada, muy grave y algo azorado. Empezó a comer con apetito la sopa fría, echando miradas indagadoras e inquietas a su señora tía, que evitaba el mirarle... *por no romper*... "Debo contenerme—pensaba ella—hasta que coma... Y parece que tiene ganitas..." A ratos el joven daba hondos suspiros, mirando a su tía, cual si deseara tener una explicación con ella. Más de una vez quiso doña Lupe romper en denuestos; pero el silencio y la compostura de su sobrino la contenían, haciéndole temer que se repitiera el rasgo varonil de aquella mañana. Por fin, apenas

cató el joven unas pasas que de postre había, se levantó para ir a su cuarto; y apenas le vió doña Lupe de espalda, se le encendieron bruscamente los ánimos y corrió tras él, conteniendo las palabras que a la boca se le salían. Estaba el pobre chico encendiendo el quinqué de su cuarto, cuando la señora apareció en la puerta, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Zascandil!

No se inmutó Maximiliano ni aun cuando doña Lupe, repitiendo su apóstrofe, llegó al cuarto o quinto *zascandil*. Y como si esta palabra fuera el tapón de su ira, tras ella corrieron en vena abundante las quejas por lo que el chico había hecho aquella mañana.

—Y no quiero hablar ahora del motivo—añadió ella—; de esa moza que te has echado..., y que, sin duda, empieza por pegarte su mala educación. Voy a la patochada de esta mañana. ¿Crees que tu tía es algún trapo viejo?

El muchacho se sentó en la silla que junto a la cama estaba y, apoyando el codo en ésta, aguantó el achuchón sin mirar a su juez. Tenía un palillo entre los dientes, y lo llevaba de un lado para otro de la boca con nerviosa presteza. Ya se le había quitado el gran temor que la hermana de su padre le infundía. Como ciertos cobardes se vuelven valientes desde que disparan el primer tiro, Maximiliano, una vez que rompió el fuego con la hombrada de aquella mañana, sentía su voluntad libre del freno que le pusiera la timidez. Dicha timidez era un fenómeno puramente nervioso, y en ella tenían no poca parte también sus rutinarios hábitos de subordinación y apocamiento. Mientras no hubo en su alma una fuerza poderosa, aquellos hábitos y la diátesis nerviosa formaron la costra o apariencia de su carácter; pero surgió dentro la energía, que estuvo luchando durante algún tiempo por mostrarse, rompiendo la corteza. La timidez o falsa humildad endurecía ésta, y como la energía interior no encontraba un auxilio en la palabra, porque la sumisión consuetudinaria y la cortedad no le habían permitido educarla para discutir, pasaba tiempo sin que la costra se rompiera. Por fin, lo que no pudieron hacer las palabras lo hizo un acto. Roto el cascarón, Maximiliano se encontró más valiente y dispuesto a medirse con la fiera. Lo que antes era como levantar una montaña, parecíale ya como alzar del suelo un pañuelo.

Oyó en calma los desahogos de su tío. ¡Cuántos argumentos se podían oponer a los que la buena señora disparaba con más ardor que lógica! Pero lo que es en argumentar con palabras, ¡qué diablo!, todavía no estaba él fuerte. Argumentaba con hechos. En esto sí que se pintaba solo. Cuando su tía tomó respiro, dejándose caer sofocada en la silla próxima a la mesa, Maximiliano rompió a hablar a su vez; pero no era aquello razonar; era como si cogiera su corazón y lo volcara sobre la cama, lo mismo que había volcado la hucha después de cascarla.

—La quiero tanto—dijo, sin mirar a su tía y encontrando palabras relativamente fáciles para expresar sus sentimientos—, la quiero tanto, que toda mi vida está en ella, y ni ley ni familia ni el mundo entero me pueden apartar de ella... Si me ponen en esta mano la muerte y en esta otra dejar de quererla y me obligan a escoger, preferiré mil veces morirme, matarme o que me maten... La quise desde el momento en que la vi, y no puedo dejar de quererla sino dejando de vivir...; de modo que es tontería oponerse a lo que tengo pensado, porque salto por encima de todo, y si me ponen delante una pared, la paso... ¿Ve usted cómo rompen los jinetes del circo de Price los papeles que les ponen delante cuando saltan sobre los caballos? Pues así rompo yo una pared si me la ponen entre ella y yo.

IV

Este símil hubo de impresionar vivamente a la gran doña Lupe, que contempló un rato a su sobrino con más lástima que ira.

—Yo me he llevado chascos en mi vida—dijo, meneando la cabeza como los muñecos que tienen un alambre en el pescuezo—, pero un chasco como éste no me lo he llevado nunca. Me la has dado completa, a fondo, de maestro... Cierto que no tengo poder sobre ti... Si te pierdes, bien perdido estás. No me vengas a mí después con arrumacos. Te crié, te eduqué, he sido para ti una madre. ¿No te parece que debías haberme dicho: "Pues, tía, esto hay"?

—Cierto que sí—replicó vivamente Maximiliano—; pero me daba reparo, tía. Ahora que me he soltado, paréceme la cosa más fácil del mundo. De esta falta le pido a usted perdón, porque reconozco que me porté mal. Pero se me trababa la lengua cuando quería decir algo, y me entraban sudores... Me acostumbré a no hablar a usted más que de si me dolía o no la cabeza, de que se me había caído un botón, de si llovía o estaba seco y otras tonterías así... Oiga usted ahora, que después de callar tanto me parece que reviento si no le cuento a usted todo La conocí hace tres meses. Estaba pobre, había sido muy desgraciada...

—Sí, sí, me han dicho que es muy corrida. Tienes buenas tragaderas—afirmó doña Lupe con crueldad.

—No haga usted caso... Los hombres son muy malos. ¿No conviene usted conmigo en que los hombres son muy malos? Y dígame usted ahora: ¿no es acción noble traer al buen camino a una alma buena que se ha descarriado?

—¡Y tú, tú—chilló la de Jáuregui con espanto, persignándose—, te has metido a pastor!

—Pero aguárdese usted, tía. No juzgue usted las cosas tan de ligero—insistió Maximiliano, apurado por no saber expresarse bien—. ¡Si ella está arrepentida! Ni ha sido tampoco tan mala como a usted le han dicho. Si es un ángel.

—¡De cornisa! Buen provecho.

—Créame usted, y cuando la conozca...

—¡Yo..., conocerla yo! De eso está libre... Repito que buen provecho te haga tu oveja, mejor dicho, tu cabra descarriada.

—Pero si no es eso..., es que yo no me expreso bien. Dígame una cosa: ¿el querer ser honrada no es lo mismo que serlo? ¿Dice usted que no? Pues yo no lo veo así, yo no lo veo así.

—¿Cómo ha de ser lo mismo querer ser una cosa que serlo?

—En el terreno moral, sí... Si conmigo es honrada y sin mí podría no serlo, ¿como quiere usted que yo le diga: "Anda y vete a los demonios"? ¿No es más natural y humano que la acoja y la salve? Pues qué, ¿las obras grandes y (¿cómo diré?)... cristianas se han de mirar por el lado del egoísmo?

Creyó el pobre muchacho que había puesto una pica en Flandes con este argumento, y observó el efecto que en su tía había hecho. La verdad es que doña Lupe se quedó un instante algo confusa, sin saber qué responder. Al fin le contestó con desdén:

—Estás loco. Esas cosas no se le ocurren a nadie que tenga sesos. Me voy, te dejo, porque si estoy aquí te pego, no tengo más remedio que romperte encima el palo de una escoba, y la verdad: si eres poco hombre para ese amor tan sublime, aún lo eres menos para recibir una paliza.

Maximiliano la sujetó por el vestido y la obligó a sentarse otra vez.

—Oigame usted..., tía. Yo la quiero a usted mucho; yo le debo a usted la vida, y aunque usted se empeñe en reñir conmigo, no lo ha de conseguir... Vamos a ver Lo que yo hago ahora, lo que la tiene a usted enojada, es, según estoy viendo, una acción noble, y mi conciencia me la aprueba, y estoy tan satisfecho de ella como si tuviera a Dios dentro de mí diciéndome: "Bien, bien..." Porque usted no me puede hacer creer que estamos en el mundo sólo para comer, dormir, digerir la comida y pasearnos. No; estamos para otra cosa. Y si yo siento dentro de mí una fuerza muy grande, pero muy grande, que me impulsa a la salvación de otra alma, lo he de realizar, aunque se hunda el mundo.

—Lo que tú tienes—afirmó doña Lupe, queriendo sostener su papel—es la tontería que te rebosa por todo el cuerpo..., y nada más. No me engatusarás con palabritas. Vaya, que de la noche a la mañana has aprendido unos términos y unos floreos de frases que me tienen pasmada... Estás hecho un poeta... en toda la extensión de la palabra; yo siempre he tenido a los poetas por unos grandes embusteros..., tontos de atar... Tú no eres ya el sobrino que yo crié. ¡Cómo me has engañado!... ¡Una mujer, una manceba, un belén!... Y ahora viene la de me caso y a Roma por todo. Anda, ya no te quiero; ya no soy tu tiita Lupe... No te echo de mi casa por lástima, porque espero que todavía has de arrepentirte y me has de pedir perdón.

Maximiliano, ya completamente sereno, movió la cabeza expresando duda.

—El perdón ya lo pedí por haber callado, y ya no tengo que pedir más perdones. Todavía hay algo que usted no sabe y que le quiero decir. ¿Cómo la he mantenido durante tres meses? ¡Ay,

tía! Rompí la hucha; tenía tres mil y pico de reales, lo bastante para que viva con modestia, porque es muy económica, sumamente económica, tía, y no gasta más que lo preciso.

Esta revelación hizo vacilar un momento la ira de doña Lupe. ¡Era económica!... El joven sacó la hucha y mostrándola a su tía, reveló el suceso como la cosa más natural del mundo, reproduciéndolo a lo vivo.

—Mire usted: cogí la hucha vieja, después de traer ésta, que es enteramente igual. Machaqué la llena; cogí el oro y la plata y pasé a ésta el cobre, añadiendo dos pesetas en cuartos para que pesara lo mismo... ¿Quiere usted verlo?

Antes que doña Lupe respondiera, Maximiliano estrelló la hucha contra el suelo, y las piezas de cobre inundaron la habitación.

—Ya veo, ya veo que no tienes desperdicio—observó doña Lupe, recogiendo la calderilla—. ¿Y cuando se te acabe el dinero? ¿Vendrás a que yo te dé? ¡Ay, qué equivocado estás!

—Cuando se me acabe, Dios me socorrerá por algún lado—dijo Maximiliano con fe.

Estaba excitadísimo y tenía el rostro encendido. Doña Lupe no había visto nunca tanto brillo en aquellos ojos ni animación semejante en aquella cara. Cuando entre los dos hubieron recogido las piezas, la tía las envolvió en un número de *La Correspondencia,* y arrojando el paquete sobre la cómoda, dijo con soberano menosprecio:

—Ahí tienes para el regalo de boda.

Maximiliano guardó en la cómoda el pesado paquete, y después se puso la capa. Doña Lupe no se atrevió a retenerle, pues aunque su corazón se llenó de sentimientos de soberbia y autoridad, nada de esto pudo traducirse al exterior, porque en el momento de intentarlo, un freno inexplicable la contuvo. Sentía desvanecida su autoridad sobre el enamorado joven; veía una fuerza efectiva y revolucionaria delante de su fuerza histórica, y si no le tenía miedo, era innegable que aquel repentino tesón le infundía algún respeto.

Aquella mujer, que dormía a pierna suelta después de haber estrangulado, en convivencia con Torquemada, a un infeliz deudor, estaba intranquila ante los problemas de conciencia que le había planteado su sobrino tan candorosamente. Si quería tanto a esa mujer, ¿con qué derecho oponerse a que se casara con ella? Y si tenía la tal inclinaciones honradas, y buen síntoma de honradez era el ser tan económica, ¿quién cargaba con la responsabilidad de atajarla en el camino de la reforma? Doña Lupe empezó a llenarse de escrúpulos. Su corazón no era depravado sino en lo tocante a préstamos; era como los que tienen un vicio, que, fuera de él, y cuando no están atacados de la fiebre, son razonables, prudentes y discretos.

Al día siguiente, después de otro altercado con su sobrino, apuntaron vagamente en su alma las ideas de transacción. Ya no cabía duda de que la pasión de Maximiliano era tenaz y profunda, y de que le prestaba energías incontrastables. Ponerse frente a ella era como ponerse delante de una ola muy hinchada en el momento de reventar. Doña Lupe reflexionó mucho todo aquel día, y como tenía un gran sentido de la realidad, empezó a reconocer el poder que ejercen sobre nuestras acciones los hechos consumados y el escaso valor de las ideas contra ellos. Lo de Maxi sería un disparate, ella seguía creyendo que era una burrada atroz; mas era un hecho, y no había otro remedio que admitirlo como tal. Pensó entonces con admirable tino que cuando en el orden privado, lo mismo que en el público, se inicia un poderoso impulso revolucionario, lógico, motivado, que arranca de la naturaleza misma de las cosas y se fortifica en las circunstancias, es locura plantársele delante; lo práctico es sortearlo y con él dejarse ir, aspirando a dirigirlo y encauzarlo. Pues a sortear y dirigir aquella revolución doméstica; que atajarla era imposible, y el que se le pusiera delante, arrollado sería sin remedio... De esa idea provino la relativa tolerancia con que habló a su sobrino en la segunda noche de confianzas, la maña con que le fué sacando noticias, y pormenores de su novia, sin aparentar curiosidad, aventurándose a darle algunos consejos. Verdad que entre col y col le soltaba ciertas frescuras; pero esto era muy estudiado para que Maxi no viera el juego.

—No cuentes conmigo para nada; allá te las hayas... Ya te he dicho que no quiero saber si tu novia tiene los ojos

negros o amarillos. A mí no me vengas con zalamerías. Te oigo por consideración, pero no me importa. ¿Que la vaya yo a ver? ¡Estás tú fresco!...

A Maximiliano le había dado su metamorfosis una penetración intermitente. En ocasiones poseía la vista rápida y segura de ingenio superior; en ocasiones era tan ciego, que no veía tres sobre un burro. Las pasiones exaltadas producen estas pasmosas diferencias en la eficacia de una facultad, y hacen a los hombres romos o agudos, cual si estuviera el espíritu sometido a una influencia lunática. Aquel día leyó el joven en el corazón de doña Lupe y apreció sus disposiciones pacificadoras, a pesar de las frases estudiadas con las que quería disimular. Hizo, además, un razonamiento que demuestra la agudeza genial que adquiría en ciertos momentos de verdadero estro, adivinando por arte de inspiración los arcanos del alma de sus semejantes. El razonamiento fué éste: "Mi tía se ablanda; mi tía se da a partido. Y como Fortunata no le debe dinero, ni se lo deberá nunca, porque estoy yo para impedirlo, ha de llegar día en que sean amigas."

V

Porque doña Lupe era tal y como su sobrino la pintaba en aquella breve consideración; era juiciosa, razonable, se hacía cargo de todo, miraba con ojos un tanto escépticos las flaquezas humanas, y sabía perdonar las ofensas y hasta las injurias; pero lo que es una deuda no la perdonaba nunca. Había en ella dos personas distintas: la mujer y la prestamista. El que quisiera estar bien con ella y gozar de su amistad, tuviese mucho cuidado de que las dos naturalezas no se confundieran nunca. Un simple pagaré, extendido y firmado de la manera más cordial del mundo, bastaba a convertir la amiga en basilisco, la mujer cristiana en inquisidora.

La doble personalidad de esta señora tenía un signo externo en su cuerpo, una representación fatal, obra de la cirugía, que en este punto fué una ciencia justiciera y acusadora. A doña Lupe le faltaba un pecho, por amputación a consecuencia del tumor escirroso de que padeció en vida de su marido. Como presumía de buen cuerpo y usaba corsé dentro de casa, aquella parte que le faltaba la suplió con una bien construída pelota de algodón en rama. A la vista, después de vestida, ofrecía gallardo conjunto; pero tras de la ropa sólo la mitad de su seno era de carne; la otra mitad era insensible y bien se le podía clavar un puñal sin que le doliese. Lo mismo era su corazón: la mitad de carne, la mitad de algodón. La índole de las relaciones que con las personas tuviese determinaba el predominio de tal o cual mitad. No mediando ningún pagaré, daba gusto de tratar con aquella señora; mas como las circunstancias la hicieran *inglesa,* ya estaba fresco el que se metiese con ella.

Y no había sido así en vida de su marido. Verdad que en aquel tiempo venturoso no manejaba más dinero que el que Jáuregui le daba para el gasto de la casa. Después de viuda, viéndose con cuatro cachivaches y cinco mil reales, imaginó fundar una casa de huéspedes; pero Torquemada se lo quitó de la cabeza, ofreciéndose a colocarle sus dineros con buen interés y toda la seguridad posible. El éxito y las ganancias engolosinaron a doña Lupe, que adquirió gradual y rápidamente todas las cualidades del perfecto usurero, y echó el medio pecho de algodón, haciéndose insensible, implacable y dura cuando de la cobranza se trataba. Los primeros años de esta vida pasó la señora grandes apuros, porque los réditos, aun con ser tan crecidos, no le bastaban al sostenimiento de su casa. Pero a fuerza de orden y economía fué saliendo adelante, y aun hizo verdaderos milagros atendiendo a las medicinas que Maximiliano necesitaba y a los considerables gastos de su carrera. Quería mucho a su sobrino y se afanaba por que nada le faltara. Este mérito grande no se le podía negar. Lo que dijo del garbanzo que tenía el valor de una perla es muy cierto. Pero no lo es que hubiese practicado la usura por el solo interés de dar carrera al sietemesino. Esto se lo decía ella a sí propia en sus soliloquios; pero era uno de esos sofismas con que quiere cohonestarse y ennoblecerse el egoísmo humano. Doña Lupe *trabajaba en préstamos* por pura afición que le infundió Torquemada, y sin sobrino y sin necesidades habría hecho lo mismo.

Cuando vinieron los años bonanci-

bles y el capitalito de la viuda ascendió a dos mil duros, inicióse un período de buena suerte que debía de ser pronto increíble prosperidad. Cayó en las combinadas redes de los dos prestamistas un pobre señor más desgraciado que perverso (que había sido director general y vivía con gran rumbo, a pesar de estar a la cuarta pregunta), y no quiero decir cómo le pusieron. Los dos mil duros de doña Lupe crecieron como la espuma en el término de tres años, renovando obligaciones, acumulando intereses y aumentando éstos cada año, desde dos por ciento mensual, que era el tipo primitivo, a cuatro. A la pobre víctima le sacó Torquemada mucho más, porque se adjudicó sus muebles riquísimos por un pedazo de pan; pero el tal se lo tenía muy bien merecido. Después se rehizo con un destino en la administración de Cuba; se volvió a perder, tornó a reponerse en Filipinas, y ahora está por cuarta vez en poder de los vampiros. Como ya no hay dinero en las colonias, parece difícil que este desventurado haga la quinta pella. Dicen que América, para los americanos. ¡Vaya una tontería! América, para los usureros de Madrid.

En la fecha en que nuestra narración coge a doña Lupe, tenía ya un caudalito de diez mil duros, parte asegurado en acciones del Banco y parte en préstamos con pagaré legalizado, figurando mucho mayor cantidad de la percibida por el deudor. El ex alabardero era enemigo del *materialismo* de las hipotecas con seguridad legal y rédito prudente. Los préstamos arriesgados con premio muy subido eran su delicia y su arte predilecto, porque aun cuando alguno no se cobrase hasta la víspera del Juicio Final, la mayor parte de las víctimas caían atontadas por miedo al escándalo, y se doblaba el dinero en poco tiempo. Tenía olfato seguro para rastrear a las personas pundonorosas, de esas que entregan el pellejo antes que permitirse andar en lenguas de la fama, y con éstas se metía hasta el fondo, *se atracaba de deudor*.

Poco a poco fué transmitiendo su manera de ser, de obrar y sentir a su compinche, como se pasa la imagen de un papel a otro por medio del calco o el estarcido. Cada vez que don Francisco le llevaba dinero cobrado, un problema de usura resuelto y finiquito, se se alegraba tanto la viudita que se abrían los poros, y por aquellas vías se le entraba el carácter de Torquemada a posesionarse del suyo e informarlo de nuevo.

La esposa de Torquemada estaba hecha tan a semejanza de éste, que doña Lupe la oía y la trataba como al propio don Francisco. Y con el trato frecuente que las dos señoras tenían, doña Silvia llegó también a ejercer gran influencia sobre su amiga, imprimiendo en ésta algunos rasgos de su fisonomía moral. Era hombruna, descarada, y cuando se ponía en jarras hacía temblar a medio mundo. Más de una vez aguardó en la calle a un acreedor, con acecho de asesino apostado, para insultarle sin piedad delante de la gente que pasaba. A esto no llegó ni podía llegar la de Jáuregui, porque tenía ciertas delicadezas de índole y de educación que se sobreponían a sus enconos de usurera. Pero sí fueron juntas alguna vez a la casa de una infeliz señora viuda que les debía dinero, y después de apremiarla inútilmente para que les pagara, echaron miradas codiciosas hacia los muebles. Las dos arpías cambiaron breves palabras frente a la víctima, que por poco se muere del susto.

—A usted le conviene esa copa-brasero—dijo doña Silvia—, y a mí aquella cómoda.

Hicieron subir a los mozos de cordel y se llevaron los citados objetos, después de quitarle a la cómoda la ropa y a la copa el fuego. La deudora se avino a todo por perder de vista a las dos infernales mujeres que tanto pavor le causaban.

La copa aquella estaba en la sala de doña Lupe; mas no se encendía nunca. Maximiliano sabía su procedencia, así como las de un bargueño y un armario soberbio que en la alcoba estaban. La mesa en que el estudiante escribía entró en la casa de la misma manera, y la vajilla buena que se usaba en ciertos días fué adquirida por la quinta parte de su valor, en pago de un pico que adeudaba una amiga íntima. Doña Silvia había hecho el negocio, que doña Lupe no se atreviera a tanto. Un centro de plata, dos bandejas del mismo metal y una tetera que la señora mostraba con orgullo, habían

ido a la casa empeñadas también por una amiga íntima y allí se quedaron, por insolvencia. Maximiliano se había enterado de muchos pormenores concernientes a los manejos de su tía. Las alhajas, vestidos de señora, encajes y mantones de Manila, que pasaban a ser suyos, tras largo cautiverio, vendíalos por conducto de una corredora llamada Mauricia *la Dura*. Esta iba a la casa con frecuencia en otros tiempos; pero ya apenas *corría*, y doña Lupe la echaba muy de menos, porque aunque era muy alborotada y disoluta, cumplía siempre bien. Asimismo había podido observar Maximiliano en su propia casa lo implacable que era su tía con los deudores, y de este conocimiento vino el inspirado juicio, que formuló de esta manera: "Si me caso con Fortunata, y si la suerte nos trae escaseces, antes pediremos limosnas por las calles que pedir a mi tía un préstamo de dos pesetas... Mientras más amigos, más claros."

CAPITULO IV

NICOLÁS Y JUAN PABLO RUBÍN.—PROPÓNENSE NUEVAS ARTES Y MEDIOS DE REDENCIÓN

I

Hallábase doña Lupe, en el fondo de su alma, inclinada a la transacción lenta que imponían las circunstancias, mas no quiso dar su brazo a torcer ni dejar de mostrar una inflexibilidad prudente hasta tanto que viniese Juan Pablo y hablaran tía y sobrino de la inaudita novedad que había en la familia. Una mañana, cuando Maximiliano estaba aún en la cama, no bien dormido ni despierto, sintió ruido en la escalera y en los pasillos. Oyó primero patadas y gritos de mozos que subían baúles; después, la voz de su hermano Juan Pablo; y lo mismo fué oírla que sentir renovado en su alma aquel pícaro miedo que parecía vencido.

No tenía malditas ganas de levantarse. Oyó a su tía regateando con los mozos por si eran tres o eran dos y medio. Después le pareció que Juan Pablo y su tía hablaban en el comedor. ¡Si le estaría contando aquello!... Seguramente, porque su tía era muy novelera y no gustaba de que ciertas cosas se le enranciaran dentro del cuerpo. Oyó luego que su hermano se lavaba en el cuarto inmediato, y cuando doña Lupe entró a llevarle toallas, cuchichearon largo rato. Maximiliano calculó que probablemente hablarían de la herencia; pero no las tenía todas consigo. Trataba de darse ánimos, considerando que su hermano era el más simpático de la familia, el de más talento y el que mejor se hacía cargo de las cosas.

Levantóse, al fin, de mala gana. Ya lavado y vestido, vacilaba al salir, y se estuvo un ratito con la mano en el picaporte. Doña Lupe tocó a la puerta, y entonces ya no hubo más remedio que salir. Estaba pálido y daba lástima verle. Abrazó a su hermano, y en el mirar de éste, en el tono de sus palabras, conoció al punto que sabía la grande, increíble historia. No tenía ganas el joven de explicaciones ni disputas a aquella hora, y como era un poco tarde, se apresuró a irse a la clase. Mas no tuvo sosiego en ella, ni cesó de pensar en lo que su hermano diría y haría. Esta perplejidad le arrancaba suspiros. El miedo, el pícaro miedo era su principal enemigo. Conveníale, pues, quitarse pronto la máscara ante su hermano, como se la había quitado ante doña Lupe, pues hasta que lo hiciera no se reintegraría en el uso de su voluntad. Si Juan Pablo salía por la tremenda, quizá era mejor, porque así no estaba Maximiliano en el caso de guardarle consideraciones; pero si se ponía en un pie de astucias diplomáticas, fingiendo ceder hasta resistir con la inercia, entonces... Esto, ¡ay!, lo temía más que nada.

Pronto había de salir de dudas. Cuando Maximiliano entró a almorzar ya estaba Juan Pablo sentado a la mesa, y a poco llegó doña Lupe con una bandeja de huevos fritos y lonjas de jamón. Gozosa estaba aquel día la señora porque *Papitos* se portaba bien, como siempre que había aumento de trabajo.

—Es tan novelera esta mona—decía—, que cuando tenemos mucho que hacer parece que se multiplica. Lo que ella quiere es lucirse, y como vea ocasiones de lucimiento, es un oro. Cuando menos hay que hacer es cuando la pega. Me la traje a casa hecha una salvajita, y poco a poco le he ido quitando mañas. Era golosa, y siempre que iba a la tienda

por algo lo había de catar. ¿Creerás que se comía los fideos crudos?... La recogí de un basurero de Cuatro Caminos hambrienta, cubierta de andrajos. Salía a pedir, y por eso tenía todos los malos hábitos de la vagancia. Pero con mi sistema la voy enderezando. Porrazo va, porrazo viene, la verdad es que sacaré de ella una mujer en toda la extensión de la palabra.

—Está tan malo el servicio en Madrid —observó Juan Pablo—, que no debe usted mirarle mucho los defectos.

Durante todo el almuerzo hablaron del servicio, y a cada cosa que decían miraban a Maximiliano como impetrando su asentimiento. El joven observó que su hermano estaba serio con él, pero aquella seriedad indicaba que le reconocía hombre, pues hasta entonces le trató siempre como a un niño. El estudiante esperaba burlas, que era lo que más temía, o una reprimenda paternal. Ni una cosa ni otra se apuntaban en el lenguaje indiferente y frío de Juan Pablo. Este, después de almorzar, sintióse amagado de la jaqueca y se echó de muy mal humor en la cama. Toda la tarde y parte de la noche estuvo entre las garras de aquella desazón, más molesta que grave. No eran sus ataques tan penosos como los de Maximiliano, y generalmente le era fácil anegar el dolor hemicráneo en la onda del sueño. Ya sabía que el cansancio de los viajes consecutivos le producía el ataque, y que éste pasaba con paciencia. Renegando de su suerte estuvo hasta muy tarde, y al fin, descansó con sosegado sueño.

En tanto, doña Lupe hacía mil consideraciones sobre el apático desdén con que Juan Pablo recibiera la noticia de *aquello*. Había fruncido el ceño; después había opinado que su hermano era loco, y por fin, alzando los hombros, dijo:

—¿Yo qué tengo que ver? Es mayor de edad. Allá se las haya.

Lo mismo Maximiliano que su tía habían notado que Juan Pablo estaba triste. Primero lo atribuyeron a cansancio; pero notaron luego que después de las doce horas de sueño reparador estaba más triste aún. No sostenía ninguna conversación. Parecía que nada le interesaba, ni aun la herencia, de la que hablaba poco, aunque siempre en términos precisos.

—¿Sabes que tu hermano lo ha tomado con calma?—dijo doña Lupe a Maxi una noche.

—¿Qué?

—El asunto tuyo. Dos veces le he hablado. ¿Y sabes qué hace? Alzar los hombros, sacudir la ceniza del cigarro con el dedo meñique y decir que ahí se las den todas.

El enamorado oía con júbilo estas palabras, que eran para él un gran consuelo. Indudablemente, Juan Pablo observaba la prudente regla de respetar los sentimientos y propósitos ajenos para que le respetaran los suyos. Hablaba tan poco, que doña Lupe tenía que sacarle las palabras con cuchara.

—O está también haciendo el trovador —decía doña Lupe—o le pasa algo. Estoy yo divertida con mis sobrinos. Todos están con murria. Al menos, Maxi es franco y dice lo que quiere.

Hubiera hurgado doña Lupe a su sobrino mayor para que le revelase la causa de su tristeza; pero como presumía fuese cosa de política, no quiso tocar este punto delicado por no armar camorra con Juan Pablo, que era o había sido carlista, al paso que doña Lupe era liberal, cosa extraña; liberal *en toda la extensión de la palabra*. Después de servir a don Carlos en una posición militar administrativa, Rubín había sido expulsado del Cuartel Real. Sus íntimos amigos le oyeron hablar de calumnias y de celadas traidoras; pero nada se sabía concretamente. Dejaba escapar de su pecho exclamaciones de ira, juramentos de venganza y apóstrofes de despecho contra sí mismo.

—¡Bien merecido lo tengo, por meterme con esa gente!

Cuando llegó a Madrid, echado de la Corte de don Carlos, fué a casa de su tía, según costumbre antigua; pero apenas paraba en la casa. Dormía fuera, comía también fuera, casi siempre en los cafés o en casa de alguna amiga, y doña Lupe se desazonaba juzgando con razón que semejante vida no se ajustaba a las buenas prácticas morales y económicas. De repente, el misántropo volvió al Norte, diciendo que regresaría pronto, y mientras estuvo fuera se supo la muerte de Melitona Llorente. La primera noticia que de la herencia tuvo Juan Pablo diósela su tía paterna por una carta que le dirigió a Bayona. Prepará-

base a volver a España, y la carta aquella con la noticia que llevaba aceleró su vuelta. Entró por Santander, se fué a Zaragoza por Miranda y de allí a Molina de Aragón. Diez días estuvo en esta villa, donde ninguna dificultad de importancia le ofreció la toma de posesión del caudal heredado. Este ascendía a unos treinta mil duros entre inmuebles y dinero dado a rédito sobre fincas; y descontadas las mandas y los derechos de traslación de dominio, quedaban unos veintisiete mil duros. Cada hermano cobraría nueve mil. Juan Pablo, al llegar a Madrid, escribió a Nicolás para que también viniese con objeto de estar reunidos los tres hermanos y tratar de la partición.

He dicho que doña Lupe rehuía el hablar de política con Juan Pablo. En realidad, ella no entendía jota de política, y si era liberal, éralo por sentimiento, como tributo a la memoria de su Jáuregui y por respeto al uniforme de miliciano nacional que éste tan gallardamente ostentaba en su retrato. Pero si le hubieran dicho que explicara los puntos esenciales del dogma liberal, se habría visto muy apurada para responder. No sabía más sino que aquellos malditos *carcas* eran unos indecentes que nos querían traer la Inquisición y las *caenas*. Había respirado aquella señora aires tan progresistas durante su niñez y en los gloriosos veinte años de su unión con Jáuregui, que no quería ni oír hablar de absolutismo. No comprendía cómo su sobrino, un muchacho tan listo, había cometido la borricada de hacerse súbdito de aquel zagalón de don Carlos, un perdido, un zafiote, un déspota *en toda la extensión de la palabra*.

En la cuestión religiosa, las ideas de doña Lupe se adaptaban al criterio de su difunto esposo, que era el más juicioso de los hombres y sabía dar *a Dios lo que es de Dios y al César*, etcétera... Este estribillo lo repetía muy orgullosamente la viuda siempre que saltaba una oportunidad, añadiendo que creía cuanto la Santa Madre Iglesia manda creer; pero que mientras menos trato tuviera con curas, mejor. Oía su misa los domingos y confesaba muy de tarde en tarde; mas de este paso regular no la sacaba nadie.

Desde un día en que, disputando con su sobrino sobre este tema, se amontonaron los dos y por poco se tiran los trastos a la cabeza, no quiso doña Lupe volver a mentar a los *carcundas* delante de Juan Pablo. Y cuando le vió venir del Cuartel Real, corrido y humillado, tuvo la señora una alegría tal, que con dificultad podía disimularla. Se acordaba de su Jáuregui y de las cosas oportunas y sapientísimas que éste decía sobre todo desgraciado que se metía con curas, pues es lo mismo que acostarse con niños.

"Y no aprenderá—pensaba doña Lupe—. Todavía es capaz de volver a las andadas, y de ir allá y quitarle motas al zángano de Carlos *Siete*."

II

Durmióse Maxi aquella noche arrullado por la esperanza. Síntoma de conciliación era que su tía no le hablaba ya con ira, y aun parecía tenerle en verdadero concepto de hombre o de varón. A veces hasta parecía que la insigne señora le tenía cierto respeto. ¡Si no hay como mostrarse duro y decidido para que le respeten a uno...! Por lo demás, doña Lupe había vuelto a cuidarlo con su acostumbrada solicitud. Le ponía en la mesa los platos de su gusto, y en su cuarto nada faltaba para su regalo y comodidad. En fin, que el pobre chico estaba satisfecho; sentía que el terreno se solidificaba bajo sus plantas, y se reconocía más árbitro de su destino, y casi triunfante en la descomunal batalla que estaba dando a su familia.

En cuanto a Juan Pablo, no había nada que temer. Los dos hermanos no tenían ocasiones de hablar mucho, porque el primogénito, después de almorzar, se marchaba a uno de los cafés de la Puerta del Sol, y allí se estaba las horas muertas. Por la noche, o venía muy tarde o no venía. La idea de que su hermano andaba de picos pardos regocijaba a Maxi, porque "ahora se verá—decía—quién es más juicioso, quién cumple mejor las leyes de la moral. Que no nos venga aquí echándoselas de plancheta con su *neismo*".

En suma, que mi hombre se veía más respetado y considerado desde que se las tuvo tiesas con su tía la mañana de marras. La única persona que no participaba ni poco ni mucho de este res-

peto era *Papitos*, que cada día le trataba con familiaridad más chocarrera.

—Feo, cara de pito, memo en polvo —decíale, sacando un trozo de lengua tal, que casi parecía inverosímil—. Valiente mico está *vusté*. Verá cómo no le dejan casar... Sí, para *vusté* estaba. Bobo, más que bobo.

Maximiliano la despreciaba y se lo decía:

—Lárgate de aquí, sinvergüenza, o te quito todas las muelas de una bofetada.

—*¿Vusté, vusté?* Ja, ja. Si le cojo, del primer borleo va a parar al tejado.

Más valía no hacerle caso. Era una inocente que no sabía lo que se decía. Estaba *Papitos* arreglando el cuarto de *sito* Maxi, donde se puso la cama para el cura, que debía llegar al día siguiente por la mañana. No veía el estudiante con buenos ojos este arreglo, porque siempre que su hermano Nicolás venía a Madrid y dormía en aquel cuarto le espantaba el sueño con sus ronquidos. Eran sus fauces y conducto nasal trompeta de Jericó con diferentes registros a cuál peor. Maxi se ponía tan nervioso, que a veces tenía que salirse de la cama y del cuarto. Lo que más le incomodaba era que a la mañana siguiente el cura sostenía que no había dormido nada.

Indicó a doña Lupe que le librara de este martirio poniendo a Nicolás en otra habitación. Pero ¿dónde, si no había más aposentos en la casa? La señora le prometió ponerle la cama en su propia alcoba si el cura roncaba mucho la primera noche.

—Pero, ahora que me acuerdo, yo también ronco... En fin, ya se arreglará. Aunque sea en la sala, te podrás quedar.

Llegó Nicolás Rubín a la mañana siguiente, y Maxi le vió entrar como un enemigo más con quien tendría que batirse. El carácter sacerdotal de su hermano le impresionaba, pues por mucho que su tía y él hablaran contra el *neismo*, un cura siempre es una autoridad en cualquier familia. A este hermano le quería Maxi menos que a Juan Pablo, sin duda por haber vivido ausente de él durante su niñez.

Los dos hermanos mayores almorzaron juntos, mas no hablaron ni palotada de política por no chocar con doña Lupe. Precisamente Nicolás fué quien metió a Juan Pablo por el aro carlista, prometiéndole villas y castillos. Habíale dado recomendaciones para elevadas personas del Cuartel Real y para unos clérigos de caballería que residían en Bayona. Pero nada, como digo, se habló en la mesa. No se les ocultaba que su tía sabía hacer guardar los respetos debidos a la entidad de Jáuregui, presente siempre en la casa por ficción mental, de que era símbolo el feo retrato que en el gabinete estaba. Hablaban del tiempo, de lo mal que se vivía en Toledo, de que el viento se había llevado toda la flor del albaricoque, y de otras zarandajas, honrando sin melindres el buen almuerzo.

De sobremesa, Juan Pablo propuso, puesto que estaban todos reunidos, tratar algunos puntos de la herencia que debían ponerse en claro. El no quería propiedad rústica, y si sus hermanos lo aprobaban, recibiría su parte en metálico e hipotecas. Otras hipotecas y las tierras serían para Nicolás y Maximiliano. Estos se conformaron con lo que su hermano proponía, y a doña Lupe le dieron ganas de tomar cartas en el asunto; pero no se atrevió a intervenir en un negocio que no le incumbía. No tuvo más remedio que tragar saliva y callarse. Después le dijo a Maximiliano:

—Habéis sido unos tontos. Tu hermano quiere su parte en metálico para gastarla en cuatro días. Es una mano rota. ¿A mí qué me va ni me viene? Pues más te habría valido recibir lo tuyo en dinero contante, que bien colocado por mí te habría dado una rentita bien segura. Y si no, lo has de ver. Yo quiero saber cómo te las vas tú a gobernar con tanto olivo, tanto parral y ese pedazo de monte bajo que dicen que te toca. Lo mismo que el majagranzas de Nicolás; a todo decía que sí. Por de pronto, tendréis que tomar un administrador, que os robará los ojos y os hará cada cuenta que Dios tirita. ¡Qué par de zopencos sois! Yo te miraba y te quería comer con los ojos, dándote a entender que te resistieras, y tú, hecho un marmolillo... ¡Y luego quieres echártela de hombre de carácter! Bonito camino, sí, señor; bonito camino tomas.

Otra cosa había propuesto también el primogénito, a la que accedieron gustosos los otros dos hermanos. Cuando murió don Nicolás Rubín, todos los *ingleses* cobraron con las existencias de la tien-

da, a excepción de uno, que había sido el mejor y más fiel amigo del difunto en sus días buenos y malos. Este acreedor era Samaniego, el boticario de la calle del Ave María, y su crédito ascendía, con el interés vencido de seis por ciento, a sesenta y tantos mil reales. Propuso Juan Pablo satisfacerlo como un homenaje a la justicia y a la buena memoria de su querido padre, y se votó afirmativamente por unanimidad. La misma doña Lupe aprobó este acuerdo, que si recortaba un poco el capital de la herencia, era un acto de lealtad y como una consagración póstuma de la honradez de su infeliz hermano. Samaniego no había reclamado nunca el pago de su deuda, y esta delicadeza pesaba más en el ánimo de los Rubín para pagarle. Ambas familias se visitaban a menudo, tratándose con la mayor cordialidad, y aun se llegó a decir que Juan Pablo no miraba con malos ojos a la mayor de las hijas del boticario, llamada Aurora, y de cuyas virtudes, talento y aptitud para el trabajo se hacía toda lenguas doña Lupe.

Aprobadas la partición propuesta por Juan Pablo y la cancelación del crédito de Samaniego.

Maximiliano, con estas cosas, se sentía cada vez más fuerte. Había tomado acuerdos en consejo de familia, luego era hombre. Si tenía la personalidad legal, ¿cómo no tener la otra? Figurábase que algo crecía y se vigorizaba dentro de él, y hasta llegó a imaginar que si le pusieran en una báscula había de pesar más que antes de aquellas determinaciones. Sin duda, tenía también más robustez física, más dureza de músculos, más plenitud de pulmones. No obstante, estaba sobre ascuas hasta que su hermano el clerigüito no se explicase. Podría suceder muy bien que cuando todo iba como una seda saliese con ciertas *mistiquerías* propias de su oficio sacando el Cristo de debajo de la sotana y alborotando la casa.

La noche del mismo día en que se trató de la herencia supo Nicolás lo que pasaba, y no lo tomó con tanta calma como Juan Pablo. Su primer arranque fué la indignación. Tomó una actitud consternada y meditabunda, haciendo el papel de hombre entero a quien no asustan las dificultades y que tiene a gala el presentarles la cara. Las relaciones entre Nicolás y la viuda, que habían sido frías hasta un par de meses antes de los sucesos referidos, eran en la fecha de éstos muy cordiales, y no porque tía y sobrino tuviesen conformidad de genio, sino por cierta coincidencia en procederes económicos, que atenuaba la gran disparidad entre sus caracteres. Doña Lupe no había simpatizado nunca con Nicolás: primero, porque las sotanas en general no la hacían feliz; segundo, porque aquel sobrino suyo no se dejaba querer. No tenía las seducciones personales de Juan Pablo, ni la humildad del pequeño. Su fisonomía no era agradable, distinguiéndose por lo peluda, como antes se indicó. Bien decía doña Lupe que así como el primogénito se llevara todos los talentos de la familia, Nicolás se había adjudicado todos los pelos de ella. Se afeitaba hoy, y mañana tenía toda la cara negra. Recién afeitado, sus mandíbulas eran de color de pizarra. El vello le crecía en las manos y brazos como la hierba en un fértil campo, y por las orejas y narices le asomaban espesos mechones. Diríase que eran las ideas, que, cansadas de la oscuridad del cerebro, se asomaban por los balcones de la nariz y de las orejas a ver lo que pasaba en el mundo.

Cargábanle a doña Lupe sus pretensiones sermonarias y cierta grosería entremezclada con la soberbia clerical. Las relaciones entre una y otro eran puramente de fórmula, hasta que a Nicolás, en uno de los viajes que hizo a Madrid, se le ocurrió entregar a la tía sus ahorros para que se los colocara, y véase aquí cómo se estableció entre estas dos personas una corriente de simpatía convencional que había de producir la amistad. Era como dos países separados por esenciales diferencias de raza y antagonismos de costumbres, y unidos luego por un tratado de comercio. Lo contrario pasó entre Juan Pablo y doña Lupe. Esta le tuvo en otro tiempo mucho cariño y apreciaba sus grandes atractivos personales; pero ya le iba dando de lado en sus afectos. No le perdonaba sus hábitos de despilfarro y el poco aprecio que hacía del dinero gastándolo tan sin sustancia. Ni una sola vez, ni una, le había dado un pico para que se lo colocase a rédito. Siempre estaba a la cuarta pregunta, y como pudiera sacarle a su tía alguna cantidad por medio de combinaciones dignas del mejor hacen-

dista, no dejaba de hacerlo, y a la viuda se le requemaba la sangre con esto. Véase, pues, cómo se entendía mejor con el más antipático de sus sobrinos que con el más simpático.

III

Conocedor Nicolás de la tremenda noticia, le faltó tiempo para pegar la hebra de su soporífero sermón, sólo interrumpido cuando *Papitos* trajo la ensalada. Porque Nicolás Rubín no podía dormir si no le ponían delante, a punto de las once, una ensalada de lechuga o escarola, según el tiempo, bien aliñada, bien meneada, con el indispensable ajito frotado en la ensaladera y la golosina del apio en su tiempo. Había comido muy bien el dichoso cura, circunstancia que no debe notarse, pues no hay memoria de que dejara de hacerlo cumplidamente ningún día del año. Pero su estómago era un verdadero molino, y a las tres horas de haberse llenado había que cargarlo otra vez.

—Esto no es más que debilidad—decía, poniendo una cara grave y a veces consternada—, y no hay idea de los esfuerzos que he hecho por corregirla. El médico me manda que coma poco y a menudo.

Cayó sobre aquel forraje de la ensalada, e inclinaba la cara sobre ella como el bruto sobre la cavidad del pesebre lleno de hierba.

—Le diré a usted, tía—murmuraba con el gruñido que la masticación le permitía—. Yo no soy de mucho comer, aunque lo parezca.

—Podías serlo más. Come, hijo, que el comer no es pecado gordo.

—Le diré a usted, tía...

No le dijo nada, porque la operación aquella de mascar los jugosos tallos de la escarola absorbía toda su atención. Los gruesos labios le relucían con la pringue, y ésta se le escurría por las comisuras de la boca, formando un hilo corriente, que hubiera descendido hasta la garganta si los cañones de la mal rapada barba no lo detuvieran. Tenía puesto un gorro negro de lana con borlita que le caía por delante al inclinar la cabeza, y se retiraba hacia atrás cuando la alzaba. A doña Lupe (no lo podía remediar) le daba asco el modo de comer de su sobrino, considerando que más le valía saber algo menos de cosas teológicas y un poquito más de arte de urbanidad. Como estaban los dos solos, dábale bromas sobre aquello del comer poco y a menudo; pero él se apresuró a variar la conversación, llevándola al asunto de Maxi.

—Una cosa muy seria, tía; pero muy seria.

—Sí que lo es; pero creo muy difícil quitársela de la cabeza.

—Eso corre de mi cuenta... ¡Oh! Si no tuviera yo otras montañas que levantar en vilo...—dijo el clérigo, apartando de sí la ensaladera, en la cual no quedaba ni una hebra—. Verá usted.... verá usted si le vuelvo yo del revés como un calcetín. Para esas cosas me pinto...

No pudo concluir la frase, porque le vino de lo hondo del cuerpo a la boca una tan voluminosa cantidad de gases, que las palabras tuvieron que echarse a un lado para darle salida. Fué tan sonada la regurgitación, que doña Lupe tuvo que apartar la cara, aunque Nicolás puso la palma de la mano delante de la boca, a guisa de mampara. Este movimiento era una de las pocas cosas relativamente finas que sabía.

—...me pinto solo—terminó, cuando ya los flúidos se habían difundido por el comedor—. Verá usted, en cuanto llegue, le echo el toro... ¡Oh! Es mi fuerte. Me parece que ya está ahí.

Oyóse la campanilla, y la misma doña Lupe abrió a su sobrino. Lo mismo fué entrar éste en el comedor que conocer en la cara impertinente de su hermano que ya sabía *aquello*... No le dió Nicolás tiempo a prepararse, porque de buenas a primeras le embocó de este modo:

—Siéntese usted aquí, caballerito, que tenemos que hablar. Vaya, que me ha dejado frío lo que acabo de saber. Estamos bien. Conque...

La mano, tiesa, volvió a ponerse delante de la boca, a punto que se atascaban las palabras, sufriendo la cabeza como una trepidación.

—Conque aquí hace cada cual lo que le da la gana, sin tener en cuenta las leyes divinas ni humanas, y haciendo mangas y capirotes de la religión, de la dignidad de la familia...

Maximiliano, que al principiar el réspice estaba anonadado, se rehizo de sú-

bito, y todas las fuerzas de su espíritu se pronunciaron con varonil arranque. Tal era el síntoma característico del *hombre nuevo* que en él había surgido. Roto el hielo de la cortedad desde el momento en que la tremenda cuestión salía a la *vista pública,* le brotaban del fondo del alma aquellos alientos grandes para su defensa. Discutir, eso no; pero lo que es obrar, sí, o, al menos, demostrar con palabras breves y enfáticas su firme propósito de independencia...

—¡Bah!—exclamó, apartando la vista de su hermano con un movimiento desdeñoso de la cabeza—. No quiero oír sermones. Yo sé bien lo que debo hacer —dijo, y levantándose, se marchó a su cuarto.

—Bien, muy bien—murmuró el cura, quedándose corrido y mirando a doña Lupe y a *Papitos,* la cual se pasmaba de aquel mirar que parecía una consulta—. Y qué mal educadito y qué rabiosito se ha vuelto. Bien, muy bien; pero muy...

Un metro cúbico de gas se precipitó a la boca, con tanta violencia, que Nicolás tuvo que ponerse tieso para darle salida franca, y a pesar de lo furioso que estaba, supo cuidar de que la mano desempeñara su obligación. Doña Lupe también parecía indignada, aunque si se hubiera ido a examinar bien el interior de la digna señora, se habría visto que, en medio del enojo que su dignidad le imponía, nacía tímidamente un sentimiento extraño de regocijo por aquella misma independencia de su sobrino. ¡Si sería efectivamente un hombre, un carácter entero!... Siempre le disgustó a ella que fuera tan encogido y parapoco. ¿Por qué no se había de alegrar de ver en él un rasgo siquiera de personalidad árbitra de sí misma?

"Hay que ver por dónde sale este demonches de chico—pensaba con cierta travesura—. ¡Y qué geniazo va sacando!"

—Pero muy bien, perfectamente bien —dijo el cura, apoyando las manos en los brazos del sillón para enderezar el cuerpo—. Verás ahora, grandísimo piruétano, cómo te pongo yo las peras a cuarto. Tía, buenas noches. Ahora va a ser la gorda. Acostados los dos, hablaremos.

Encerróse Nicolás en su alcoba, que era la de su hermano, y ambos se metieron en la cama. Doña Lupe se puso fuera a escuchar. Al principio no oyó más que el crujir de los hierros de la cama del clérigo, que era muy mala y endeble, y en cuanto se movía el desgraciado ocupador de ella volvíase toda una pura música, la que, unida al ruido de los muelles del colchón veterano, hubiera quitado el sueño a todo hombre que no fuese Nicolás Rubín. Después oyó doña Lupe la voz de Maxi, opaca, pero entera y firme. Nicolás no le dejaba meter baza; pero el otro se las tenía tiesas... ¡Terrible duelo entre el sermón y el lenguaje sincero de los afectos! Ponía singular atención doña Lupe a la voz del sietemesino, y se hubiera alegrado de oír algo estupendo, categórico y que se saliera de lo común; pero no podía distinguir bien los conceptos porque la voz de Maxi era muy apagada y parecía salir de la cavidad de una botella. En cambio, los gritos del cura se oían claramente desde el pasillo.

"Miren por dónde sale ahora éste... —pensó doña Lupe volviendo la cara con desdén—. ¡Qué tendrán que ver Santo Tomás ni el padre Suárez con...!"

Al fin dejó de oírse la voz cavernosa del sacerdote, y, en cambio, se percibió un silbido rítmico, al que siguieron pronto mugidos como los del aire filtrándose por los huecos de un torreón en ruinas.

"Ya está roncando ése...—dijo doña Lupe, retirándose a su alcoba—. ¡Qué noche va a pasar el otro pobre!"

Serían las nueve de la mañana siguiente cuando Nicolás pidió a *Papitos* su chocolate. Salió del cuarto con la cara muy mal lavada, y algunas partes de ella parecían no haber visto más agua que la del bautismo.

—¿Ese chocolate?—preguntó en el comedor, resobándose las manos una con otra, como si quisiera sacar fuego de ellas.

—Ahora mismo.

El chocolate había de ser con canela, hecho con leche, por supuesto, y en ración de dos onzas. Le habían de acompañar un bollo de tahona, varios bizcochitos y agua con azucarillo. Y aún decía Nicolás que tomaba chocolate no por tomarlo, sino nada más que por fumarse un cigarrillo encima.

—¿Y qué resultó anoche?—preguntó doña Lupe al ponerle delante todo aquel cargamento.

—Pues nada, que no hay quien le apee —respondió el clérigo, sumergiendo el primer bizcochito en el espeso líquido—. Lo que usted decía: no es posible quitárselo de la cabeza. Una de dos: o matarle o dejarle, y como no le hemos de matar... Al fin convinimos en que yo vería hoy a esa... cabra loca.

—No me parece mal.

—Y, según la impresión que me haga, determinaremos.

—¿Vais juntos?

—No; yo solo, quiero ir solo. Además, él está hoy con jaqueca.

—¿Con jaqueca? ¡Pobrecito!

Doña Lupe corrió a ver a Maximiliano, que después de empezar a vestirse había tenido que echarse otra vez en la cama. Provocado sin duda por las emociones de aquellos días, por el largo debate con su hermano Nicolás y, más aún quizá, por los insufribles ronquidos de éste, apareció el temido acceso. Desde medianoche sintió Maxi un entorpecimiento particular dentro de la cabeza, acompañado del presagio del mal. La atonía siguió, con el deseo de sueño no satisfecho, y luego una punzada detrás del ojo izquierdo, la cual se aliviaba con la compresión bajo la ceja. El paciente daba vueltas en la cama, buscando posturas sin encontrar la del alivio. Resolvíase luego la punzada en dolor gravitativo, extendiéndose como un cerco de hierro por todo el cráneo. El trastorno general no se hacía esperar, ansiedad, náuseas, ganas de moverse, a las que seguían inmediatamente ganas más vivas aún de estarse quieto. Esto no podía ser, y por fin le entraba aquella desazón epiléptica, aquel maldito hormigueo por todo el cuerpo. Cuando trató de levantarse parecíale que la cabeza se le abría en dos o tres cascos, como se había abierto la hucha a los golpes de la mano del almirez. Sintió entrar a su tía. Doña Lupe conocía tan bien la enfermedad, que no tenía más que verle para comprender el período de ella en que estaba.

—¿Tienes ya el clavo?—le preguntó en voz muy baja—. Te pondré láudano.

Había aparecido el clavo, que era la sensación de una baquetilla de hierro caliente atravesada desde el ojo izquierdo a la coronilla. Después pasaba al ojo derecho este suplicio, algo atenuado ya. Doña Lupe, tan cariñosa como siempre, le puso láudano, y arreglando la cama y cerrando bien las maderas, le dejó para ir a hacer una taza de té, porque era preciso que tomase algo. El enfermo dijo a su tía que si iba Olmedo a buscarle para ir a clase, le dejase pasar para hacerle un encargo. Fué Olmedo, y Maximiliano le rogó corriese a avisar a Fortunata la visita del clérigo para que estuviese prevenida.

—Oye, adviértele que tenga mucho cuidado con lo que dice; que hable sin miedo y con sinceridad; basta con esto. Dile cómo estoy y que no la podré ver hasta mañana.

IV

El aviso, puntualmente transmitido por Olmedo, de la visita del cura, puso a Fortunata en gran confusión. Parecióle al pronto un honor harto grande, luego compromiso, porque la visita de persona tan respetable indicaba que la cosa iba de veras. No se conceptuaba, además, con bastante finura para recibir a sujetos de tanta autoridad.

—¡Un señor eclesiástico!... ¡Qué vergüenza voy a pasar! Porque de seguro me preguntará cosas como cuando una se va a confesar... Y ¿cómo me pondré? ¿Me vestiré con los trapitos de cristianar o de cualquier manera?... Quizá sea mejor ponerme hecha un pingo, a lo pobre, para que no crea... No, no es propio. Me vestiré decente y modestita.

Despachados los más urgentes quehaceres del día, peinóse con mucha sencillez, se puso su vestido negro, las botas nuevas; púsose también su pañuelo de lana oscuro, sujeto con un imperdible de metal blanco que representaba una golondrina, y mirándose al espejo aprobó su perfecta facha de mujer honesta. Antes de arreglarse había almorzado precipitadamente, con poca gana, porque no le gustaban visitas tan serias, ni sabía lo que en ellas había de decir. La idea de soltar alguna barbaridad o de no responder derechamente a lo que se le preguntara le quitó el apetito... Y bien mirado, ¿qué necesidad tenía ella de visitas de curas? Pero no tuvo tiempo de pensar mucho en esto, porque de repente..., tilín. Era próximamente la una y media.

Corrió a abrir la puerta. El corazón

le saltaba en el pecho. La figura negra avanzó por el pasillo para entrar en la salita. Fortunata estaba tan turbada, que no acertó a decirle que se sentase y dejara la canaleja. Maxi, que al hablar de la familia se dejaba guiar más por el amor propio que por la sinceridad, le había hecho mil cuentos hiperbólicos de Nicolás, pintándole como persona de mucha virtud y talento, y ella se los había creído. Por eso se desilusionó algo al ver aquella figura tosca de cura de pueblo, aquellas barbas mal rapadas y la abundancia de vello negro, que parecía cultivado para formar cosecha. La cara era desagradable; la boca, grande y muy separada de la nariz, corva y chica; la frente, espaciosa, pero sin nobleza; el cuerpo, fornido; las manos largas, negras y poco familiarizadas con el jabón; la tez, morena, áspera y aceitosa. El ropaje negro del cura revelaba desaseo, y este detalle, bien observado por Fortunata, la ilusionó otra vez respecto a la santidad del sujeto, porque en su ignorancia suponía la limpieza reñida con la virtud. Poco después, notando que su futuro hermano político olía, y no a ámbar, se confirmó en aquella idea.

—Parece que está usted como asustada—dijo Nicolás con fría sonrisa clerical—. No me tenga usted miedo. No me como a la gente. ¿Se figura usted a lo que vengo?

—Sí, señor...; no..., digo, me figuro. Maximiliano...

—Maximiliano es un tarambana—afirmó el clérigo con la seguridad burlesca del que se siente frente a un interlocutor demasiado débil—, y usted lo debe de conocer como lo conozco yo. Ahora ha dado en la simpleza de casarse con usted... No, si no me enfado. No crea usted que la voy a reñir. Yo soy moro de paz, amiga mía, y vengo aquí a tratar la cosa por las buenas. Mi idea es ésta: ver si es usted una persona juiciosa y si, como persona juiciosa, comprende que esto del casorio es una botaratada; ni más ni menos... Y si lo reconoce así, pretendo, ésta, ésta es la cosa, que usted misma sea quien se lo quite de la cabeza... Ni menos ni más.

Fortunata conocía *La Dama de las Camelias*, por haberla oído leer. Recordaba la escena aquella del padre suplicando a la *dama* que le quite de la cabeza al chico la tontería de amor que le degrada, y sintió cierto orgullo de encontrarse en situación semejante. Más por coquetería de virtud que por abnegación, aceptó aquel papel que se le ofrecía, ¡y vaya si era bonito! Como no le costaba trabajo desempeñarlo por no estar enamorada, ni mucho menos, respondió en tono dulce y grave:

—Yo estoy dispuesta a hacer todo lo que usted me mande.

—Bien, muy bien, perfectamente bien —dijo Nicolás, orgulloso de lo que creía un triunfo de su personalidad, que se imponía sólo con mostrarse—. Así me gusta a mí la gente. ¿Y si le mando que no vuelva a ver más a mi hermano, que se escape esta noche para que cuando él vuelva mañana no la encuentre?

Al oír esto, Fortunata vaciló.

—Lo haré; sí, señor—contestó al fin, cuidando luego de buscar inconvenientes al plan del sacerdote—. Pero ¿adónde iré yo que él no venga tras de mí? Al último rincón de la tierra ha de ir a buscarme. Porque usted no sabe lo desatinado que está por... esta su servidora.

—¡Oh!, lo sé, lo sé... A buena parte viene. ¿De modo que usted cree que no adelantamos nada con darle esquinazo?... Esta es la cosa.

—Nada, señor; pero nada—declaró ella, disgustada ya del papel de *Dama de las Camelias*, porque si el casarse con Maximiliano era una solución poco grata a su alma, la vida pública la aterraba en tales términos, que todo le parecía bien antes de volver a ella.

—Bien, perfectamente bien—afirmó Nicolás, dándose aires de persona que medita mucho las cosas y razona a lo matemático—. Ya tenemos un punto de partida, que es la buena disposición de usted..., ésta es la cosa. Respóndame ahora. ¿No tiene usted quien la ampare si rompe con mi hermano?

—No, señor.

—¿No tiene usted familia?

—No, señor.

—Pues está usted aviada... De forma y manera—dijo, cruzando los brazos y echando el cuerpo atrás—, que en tal caso no tiene más remedio que..., que echarse a la buena vida..., al amor libre..., a... Ya usted me entiende.

—Sí, señor, entiendo...; no tengo más camino—manifestó la joven con humildad.

—¡Tremenda responsabilidad para mí! —exclamó el curita moviendo la cabeza y mirando al suelo, y lo repitió hasta unas cinco veces en tono de púlpito.

En aquel instante le vinieron al pensamiento ideas distintas de las que había llevado a la visita, y más conformes con su empinada soberbia clerical. Había ido con el propósito de romper aquellos lazos si la novia de su hermano se prestaba medianamente a ello; pero cuando la vió tan humilde, tan resignada a su triste suerte, entróle apetito de componendas y de mostrar sus habilidades de zurcidor moral. "He aquí una ocasión de lucirme—pensó—. Si consigo este triunfo, será el más grande y cristiano de que puede vanagloriarse un sacerdote. Porque figúrense ustedes que consigo hacer de esta samaritana una señora ejemplar y tan católica como la primera..., figúrenselo ustedes..." Al pensar esto, Nicolás creía estar hablando con sus colegas. Tomaba en serio su oficio de pescador de gente, y la verdad, nunca se le había presentado un pez como aquél. Si lo sacaba de las aguas de la corrupción, "¡qué victoria, señores, pero qué pesca!" En otros casos semejantes, aunque no de tanta importancia, en los cuales había él mangoneado con todos su ardides apostólicos, alcanzó éxitos de relumbrón, que le hicieron objeto de envidia entre el clero toledano. Sí; el curita Rubín había reconciliado dos matrimonios que andaban a la greña, había salvado de la prostitución a una niña bonita, había obligado a casarse a tres seductores con las respectivas seducidas; todo por la fuerza persuasiva de su dialéctica... "Soy de encargo para estas cosas." Fué lo último que pensó, hinchado de vanidad y de alegría, como caudillo valeroso que ve delante de sí una gran batalla. Después se frotó mucho las manos, murmurando:

—Bien, bien; ésta es la cosa.

Era el movimiento inicial del obrero que se aligera las manos antes de empezar una ruda faena, o del cavador que se las escupe antes de coger la azada. Después dijo bruscamente y sonriendo:

—¿Me permite usted echar un cigarrillo?

—Sí, señor; pues no faltaba más... —replicó Fortunata, que esperaba el resultado de aquel meditar y del frote de las manos.

—Pues sí—declaró gravemente Nicolás, chupando su cigarrillo—, me falta valor para lanzarla a usted al mundo malo; mejor dicho, la caridad y el ministerio que profeso me vedan hacerlo. Cuando un náufrago quiere salvarse, ¿es humano darle una patada desde la orilla? No; lo humano es alargarle una mano o echarle un palo para que se agarre..., ésta es la cosa.

—Sí, señor—indicó Fortunata, agradecida—, porque yo soy náu...

Iba a decir *náufraga*; pero temiendo no pronunciar bien palabra tan difícil, la guardó para otra ocasión, diciendo para sí: "No metamos la pata sin necesidad."

—Pues lo que yo necesito ahora—agregó Rubín, terciándose el manteo sobre las piernas y accionando como un hombre que necesita tener los brazos libres para una gran faena—es ver en usted señales claras de arrepentimiento y deseo de una vida regular y decente: lo que yo necesito ahora es leer en su interior, en su corazón de usted. Vamos allá. ¿Hace mucho tiempo que no se confiesa usted?

La samaritana se puso colorada, porque le daba vergüenza de decir que hacía lo menos diez o doce años que no se había confesado. Por fin lo declaró:

—Perfectamente—dijo Nicolás, acercando su sillón al sofá en que la joven estaba—. Le prevengo a usted que tengo mucha experiencia de esto. Hace cinco años que practico el confesonario y que las cazo al vuelo. Quiero decir que a mí no hay mujer que me engañe.

Fortunata tuvo miedo, y Nicolás aproximó más el sillón. Aunque estaban solos, ciertas cosas debían decirse en voz baja.

—Vamos a ver: ¿quién fué el primero?—preguntó el presbítero, llevándose la mano tiesa a la boca, porque con la pregunta querían salir también ciertos gases.

Contó ella lo de Juanito Santa Cruz, pasando no poca vergüenza, y dando a conocer la triste historia de una manera incoherente.

—Abrevie usted. Hay muchos pormenores que ya me los sé, como me sé el Catecismo... Que le dió a usted palabra de casamiento y que usted fué tan boba que se lo creyó. Que un día la cogió descuidada y sola... ¡Bah, bah!...

Lo de siempre. Después habrá usted conocido a otros muchos hombres. ¿A cuántos, próximamente?

Fortunata miró al techo, haciendo un cálculo numérico.

—Es difícil decir... Lo que es conocer...

El sacerdote se sonrió.

—Quiero decir tratar con intimidad; hombres con quienes ha vivido usted en relaciones de un mes, de dos..., ésta es la cosa. No me refiero a los conocimientos de un instante, que eso vendrá después.

—Pues serán...—dijo ella pasando un rato muy malo.

—Vamos, no se asuste usted del número.

—Pues podrán ser... como unos ocho... Deje usted que me acuerde bien...

—Basta ya; lo mismo da ocho que doce o que ochocientos doce. ¿Le repugna a usted la memoria de esos escándalos?

—¡Oh! Sí, señor... Crea usted que...

—Que no los puede ver ni pintados. Lo creo... ¡Valientes pillos! Sin embargo, dígame usted: ¿No volvería a tener amistad con alguno de ellos, si la solicitara?

—Con ninguno—dijo Fortunata.

—¿De veras? Piénselo usted bien.

Fortunata lo pensó, y al cabo de un ratito, la lealtad y buena fe con que se confesaba mostráronse en esta declaración:

—Con uno.... qué sé yo... Pero no puede ser.

—Déjese usted de que pueda o no pueda ser. Ese uno, esa excepción de su hastío, es el primero, ese tal don Juanito. No necesita usted confirmarlo. Me sé estas historias al dedillo. ¿No ve usted, hija mía, que he sido confesor de las Arrepentidas de Toledo durante cinco años largos de talle?

—Pero no puede ser. Está casado, es muy feliz y no se acuerda de mí.

—A saber, a saber... Pero, en fin, usted confiesa que es el único sujeto a quien de veras quiere, el único por quien de veras siente apetito de amores y esa tontería que ustedes las mujeres...

—El único.

—Y a los demás, que los parta un rayo.

—A los demás, nada.

—¿Y a mi hermano?... Esta es la cosa.

Lo brusco de la pregunta aturdió a la penitente. No la esperaba, ni se acordaba para nada en aquel momento del pobre Maxi. Como era tan sincera, no pensó ni por un momento en alterar la verdad. Las cosas, claras. Además, el clérigo aquel parecíale muy listo, y si se le decía una cosa por otra conocería el embuste.

—Pues a su hermano de usted, tampoco.

—Perfectamente—dijo el curita, acercando su sillón todo lo más que acercarse podía.

V

Para que ningún malicioso interprete mal las bruscas aproximaciones del sillón de Nicolás Rubín al asiento de su interlocutora, conviene hacer constar de una vez que era hombre de temple fortísimo o, más propiamente hablando, frigidísimo. La belleza femenina no le conmovía o le conmovía muy poco, razón por la cual su castidad carecía de mérito. La carne que a él le tentaba era otra, la de ternera, por ejemplo, y la de cerdo más, en buenas magras, chuletas riñonadas o solomillo bien puesto con guisantes. Más pronto se le iban los ojos detrás de un jamón que de una cadera, por suculenta que ésta fuese, y la mejor *falda* para él era la que da nombre al guisado. Jactábase de su inapetencia mujeril, haciendo de ella una estupenda virtud; pero no necesitaba andar a cachetes con el demonio para triunfar. Las embestidas del sillón eran simplemente un hábito de confianza, adquirido con el uso del secreteo penitenciario.

—Lo que se llama querer—dijo Fortunata haciendo esfuerzos para expresarse claramente—, querer, ¿entiende usted?, no; pero aprecio, estimación, sí.

—¿De modo que no hay lo que llaman ilusión?

—No, señor.

—Pero hay esa afición tranquila, que puede ser principio de una amistad constante, de ese afecto puro, honesto y reposado que hace la felicidad de los matrimonios.

Fortunata no se atrevió a responder claro. La parecía mucho lo que el ecle-

siástico proponía. Recortándolo algo se podía aceptar.

—Puedo llegar a quererle con el trato...

—Perfectamente... Porque es preciso que usted se fije bien en una cosa: eso de la ilusión es pura monserga, eso es para bobas. Ilusionarse con un caballerete porque tenga los ojos así o asao, porque tenga el bigotito de esta manera, el cuerpo derecho y el habla dengosa, es propio de hembras salvajes. Amar de ese modo no es amar, es perversión, es vicio, hija mía. El verdadero amor es el espiritual, y la única manera de amar es enamorarse de la persona por las prendas del alma. Las mujeres de estos tiempos se dejan pervertir por las novelas y por las ideas falsas que otras mujeres les imbuyen acerca del amor. ¡Patraña y propaganda indecente que hace Satanás por mediación de los poetas, novelistas y otros holgazanes! Diránle a usted que el amor y la hermosura física son hermanos y le hablarán a usted de Grecia y del naturalismo pagano. No haga usted caso de patrañas, hija mía; no crea en otro amor que en el espiritual, o sea en las simpatías de alma con alma...

La prójima adivinaba más que entendía esto, que era contrario a sus sentimientos; pero como lo decía un sabio, no había más remedio que contestar a todo que sí. Viendo que hacía indicaciones afirmativas con la cabeza, el cura se animaba, añadiendo con énfasis:

—Sostener otra cosa es renegar del catolicismo y volver a la mitología... Esta es la cosa.

—Claro—apuntó la joven; pero en su interior se preguntaba qué quería decir aquello de la mitología..., porque de seguro no sería cosa de mitones.

Aquel clérigo, arreglador de conciencias, que se creía médico de corazones dañados de amor, era quizá la persona más inepta para el oficio a que se dedicaba, a causa de su propia virtud, estéril y glacial, condición negativa que, si le apartaba del peligro, cerraba sus ojos a la realidad del alma humana. Practicaba su apostolado por fórmulas rutinarias o rancios aforismos de libros escritos por santos a la manera de él, y había hecho inmensos daños a la Humanidad arrastrando a doncellas incautas a la soledad de un convento, tramando casamientos entre personas que no se querían y desgobernando, en fin, la máquina admirable de las pasiones. Era como los médicos que han estudiado el cuerpo humano en un atlas de anatomía. Tenía recetas charlatánicas para todo, y las aplicaba al buen tuntún, haciendo estragos por dondequiera que pasaba.

—De esta manera, hija mía—añadió, lleno de fatuidad—, puede darse el caso de que una mujer hermosa llegue a amar entrañablemente a un hombre feo. El verdadero amor—fíjese usted en esto y estámpelo en su memoria—es el de alma por alma. Todo lo demás es obra de la imaginación, la loca de la casa.

A Fortunata le hizo gracia esta figura.

—¿Quién hace caso de la imaginación?—prosiguió él, oyéndose, y muy satisfecho del efecto que creía causar—. Cuando la loca le alborote a usted no se dé por entendida, hija. ¿Haría usted caso de una persona que pasara ahora por la calle diciendo disparates? Pues lo mismo es, exactamente lo mismo. A la imaginación se la mira con desprecio, y se hace lo contrario de lo que ella inspira. Comprendo que usted, por la vida mala que ha llevado y por no haber tenido a su lado buenos ejemplos, no podrá durante algún tiempo meter en cintura a la loca de la casa; pero aquí estamos para enseñarla. Aquí me tiene a mí, y me parece que sé lo que traigo entre manos... Empecemos. Para que usted sea digna de casarse con un hombre honrado, lo primerito es que me vuelva los ojos a la religión, empezando por edificarse interiormente.

—Sí, señor—respondió humildemente la prójima, que entendía lo de la religión, pero no lo de la edificación. Para ella, edificar era lo mismo que hacer casas.

—Bien. ¿Está usted dispuesta a ponerse bajo mi dirección y a hacer todo lo que yo la mande?—propuso el cura con la hinchazón de vanidad que le daba aquel papel sublime de lañador de almas cascadas.

—Sí, señor.

—¿Y cómo estamos de doctrina cristiana?

Dijo esto con un tonillo de superioridad impertinente, lo mismo que dicen algunos médicos: "A ver la lengua."

—Yo... la *dotrina*—replicó la penitente temblando—, muy mal. No sé nada.

El capellán no hizo aspavientos. Al

contrario, le gustaba que sus catecúmenos estuvieran rasos y limpios de toda ciencia, para poder él enseñárselo todo. Después meditó un rato, las manos cruzadas y dando vuelta a los pulgares uno sobre otro. Fortunata le miraba en silencio. No podía dudar de que era hombre muy sabedor de cosas del mundo y de las flaquezas humanas, y pensó que le convenía ponerse bajo su dirección. En aquel momento hallábase bajo la influencia de ideas supersticiosas adquiridas en su infancia respecto a la religión y al clero. Su catecismo era harto elemental y se reducía a dos o tres nociones incompletas, el cielo y el infierno, padecer aquí para gozar allá, o lo contrario. Su moral era puramente personal, intuitiva y no tenía nada que ver con lo poco que recordaba de la doctrina cristiana. Formó del hermano de Maxi buen concepto, porque se lavaba poco y sabía mucho y no reñía a las pecadoras, sino que las trataba con dulzura, ofreciéndoles el matrimonio, la salvación, y hablándoles del alma y otras cosas muy bonitas.

—Todo depende de que usted sepa mandar a paseo a la loquilla—continuó Nicolás saliendo de su abstracción—. Ya sabe usted lo que Jesús le dijo a la samaritana cuando habló con ella en el pozo, en una situación parecida a la que ahora tenemos usted y yo...

Fortunata se sonrió afectando entender la cita; pero se había quedado a oscuras.

—Si quiere usted mejorar de vida y edificársenos interiormente para adquirir la fuerza necesaria, aquí me tiene. Pues ¿para qué estamos? Cuando yo considere segura la reforma de usted, quizá no ponga tantos peros al casorio con mi hermano. El pobre está loco por usted; me dijo anoche que si no le dejamos casar, se muere. Mi tía quiere quitárselo de la cabeza: mas yo le dije: "Calma, calma; las cosas hay que verlas despacio. No nos precipitemos, tía", y por eso me vine aquí. Me comprometo a curarle a usted esa enfermedad de la imaginación que consiste en tener cariño al hombre indigno que la perdió. Conseguido esto, amará usted al que ha de ser su marido, y le amará con ilusión espiritual, no de los sentidos..., ni más ni menos. ¡Oh, he alcanzado yo tantos triunfos de éstos: he salvado a tanta gente que se creía dañada para siempre! Convénzase usted: en esto, como en otras cosas, todo es ponerse a ello, todo es empezar... Imagínese usted lo bien que estará cuando se nos reforme; vivirá feliz y considerada, tendrá un nombre respetable, y habrá quien la adore, no por sus gracias personales, que maldito lo que significan, sino por las espirituales, que es lo que importa. Al principio tendrá usted que hacer algunos esfuerzos; será preciso que se olvide de su buen palmito. Esto es quizá lo más difícil; pero hagámonos cuenta de que la única hermosura verdad es la del alma, hija mía, porque de la del cuerpo dan cuenta los gusanos...

Esto le pareció muy bien a la pecadora, y decía que sí con la cabeza.

—Pues vamos a cuentas. ¿Usted quiere que establezcamos la posibilidad, ésta es la cosa, la posibilidad de casarse con un Rubín?

—Sí, señor—respondió Fortunata con cierto miedo, espantada aún por aquello de los gusanos.

—Pues es preciso que se nos someta usted a la siguiente prueba—dijo el cura, tapándose un bostezo, porque eran ya las cuatro y no habría tenido inconveniente en tomar una friolera—. Hay en Madrid una institución religiosa de las más útiles, la cual tiene por objeto recoger a las muchachas extraviadas y convertirlas a la verdad por medio de la oración, del trabajo y del recogimiento. Unas, desengañadas de la poca sustancia que se saca al deleite, se quedan allí para siempre; otras salen ya *edificadas*, bien para casarse, bien para servir en casas de personas respetabilísimas. Son muy pocas las que salen para volver a la perdición. También entran allí señoras decentes a expiar sus pecados, esposas ligeras de cascos que han hecho alguna trastada a sus maridos, y otras que buscan en la soledad la dicha que no tuvieron en el bullicio del mundo.

Fortunata seguía dando cabezadas. Había oído hablar de aquella casa, que era el convento de las Micaelas.

—Perfectamente; así se llama. Bueno, usted va allá y la tenemos encerradita durante tres, cuatro meses o más. El capellán de la casa es tan amigo mío, que es como si fuera yo mismo. El la dirigirá a usted espiritualmente, puesto que yo no puedo hacerlo porque tengo que

volverme a Toledo. Pero siempre que venga a Madrid he de ir a tomarle el pulso y a ver cómo anda esa educación, sin perjuicio de que antes de entrar en el convento le he de dar a usted un buen recorrido de doctrina cristiana, para que no se nos vaya allá enteramente cerril. Si pasado un plazo prudencial me resulta usted en tal disposición de espíritu que yo la crea digna de ser mi hermana política, podría quizá llegar a serlo. Yo le respondo a usted de que, como este indigno capellán dé el pase, toda la familia dirá *amén*.

Estas palabras fueron dichas con sencillez y dulzura. Eran una de sus mejores y más estudiadas recetas, y tenía para ello un tonillo de convicción que hacía efecto grande en las inexpertas personas a quienes se dirigían.

En Fortunata fué tan grande el efecto, que casi casi se le saltaron las lágrimas. Indudablemente, era muy de agradecer el interés que aquel bondadoso apóstol de Cristo se tomaba por ella. Y todo sin regaños, sin manotadas, tratándola como un buen pastor trataría a la más querida de sus ovejas. A pesar de esta excelente disposición de su ánimo, la infeliz vacilaba un poco. De una parte, la seducía la vida retirada, silenciosa y cristiana del claustro. Bien pudiera ser que allí se cerrase por completo la herida de su corazón. Había que probarlo, al menos. De otra parte, la aterraba lo desconocido, las monjas...; ¿cómo serían las monjas? ¿Cómo la tratarían? Pero Nicolás se adelantó a sus temores, diciéndole que eran las señoras más indulgentes y cariñosas que se podían ver. A la samaritana se le aguaron los ojos, y pensó en lo que sería ella convertida de *chica* en señora, la imaginación limpia de aquella maleza que la perdía, la conciencia hecha de nuevo, el entendimiento iluminado por mil cosas bonitas que aprendería. La misma imaginación, a quien el maestro había puesto que no había por dónde cogerla, fué la que le encendió fuegos de entusiasmo en su alma, infundiéndole el orgullo de ser otra mujer distinta de lo que era.

—Pues sí, pues sí..., quiero entrar en las Micaelas—afirmó con arranque.

—Pues nada, a purificarse tocan. ¿Ve usted cómo nos hemos entendido?—dijo el clérigo con alegría, levantándose—. Cansado ya de tanto discutir, yo le dije a mi hermano: "Si tu pasión es tan fuerte que no la puedes combatir, pon el pleito en mis manos, tonto, que yo te lo arreglaré." Si es mi oficio: si para eso estamos; si no sé hacer otra cosa... ¿Para qué serviría yo si no sirviera para enderezar torceduras de éstas?

El orgullo le rezumaba por todos los poros como si fuera sudor; los ojos le brillaban. Cogió la canaleja, diciendo:

—Volveré por aquí. Hablaré a mi hermano y a mi tía. Tenemos ya una gran base de arreglo, que es su conformidad de usted con todo lo que le mande este pobre sacerdote.

Fortunata, al darle la mano, se la besó.

Las últimas palabras de la visita fueron referentes al mal tiempo, a que él no podía estar en Madrid sino dos semanas y, por fin, a la jaqueca que tenía Maximiliano aquel día.

—Es mal de familia. Yo también las padezco. Pero lo que principalmente me trae descompuesto ahora es un pícaro mal de estómago..., debilidad, dicen que es debilidad... Tengo que comer muy a menudo y muy poca cantidad..., ésta es la cosa... Es efecto del excesivo trabajo...; ¡qué le vamos a hacer! Al llegar esta hora se me pone aquí un perrito..., lo mismo que un perrito que me estuviera mordiendo. Y como no le eche algo al condenado, me da muy mal rato.

—Si quiere usted..., aguarde usted..., yo...—dijo Fortunata, pasando revista mental a su pobre despensa.

—Quite usted allá, criatura... No faltaba más... ¿Piensa que no me puedo pasar?... No es que yo apetezca nada; lo tomo hasta con asco; pero me sienta bien, conozco que me sienta bien.

—Si quiere usted, traeré... No tengo en casa; pero bajaré a la tienda...

—Quite usted allá...; no me lo diga ni en broma... Vaya, abur, abur... Y cuidarse, cuidarse mucho, ¿eh?, que andan pulmonías.

El clérigo salió y fué a casa de un amigo donde le solían dar, en aquella crítica hora, el remedio de su debilidad de estómago.

VI

En la noche de aquel memorable día, y cuando la jaqueca se le calmó, pudo enterarse Maxi de que su hermano había ido a la calle de Pelayo, y de que sus impresiones "no habían sido malas", según declaración del propio cura. Daba éste mucha importancia a su apostolado, y cuando le caía en las manos uno de aquellos negocios de conquista espiritual, exageraba los peligros y dificultades para dar más valor a su victoria. El otro se abrasaba en impaciencia, mas no conseguía obtener de Nicolás sino medias palabras.

—Allá veremos...; éstas no son cosas de juego... Ya tengo las manos en la masa...; no es mala masa; pero hay que trabajarla a pulso, ésta es la cosa. He de volver allá... Es preciso que tengas paciencia; pues ¿tú qué te crees?

El pobre chico no veía las santas horas de que llegase el día para saber por ella pormenores de la conferencia. Fortunata le vió entrar sobre las diez, pálido como la cera, convaleciente de la jaqueca, que le dejaba mareos, aturdimiento y fatiga general. Se echó en el sofá; cubrióle su amiga la mitad del cuerpo con una manta, púsole almohadas para que recostase la cabeza, y a medida que esto hacía le aplacaba la curiosidad contándole precipitadamente todo.

Aquella idea de llevarla al convento como a una casa de purificación pareció-le a Maxi prueba estupenda del gran talento catequizador de su hermano. A él le había pasado vagamente por la cabeza algo semejante; mas no supo formularlo. ¡Qué insigne hombre era Nicolás! ¡Ocurrírsele aquello!... Tamizada por la religión, Fortunata volvería a la sociedad limpia de polvo y paja, y entonces, ¿quién osaría dudar de su honorabilidad? El espíritu del sietemesino, revuelto desde el fondo a la superficie por la pasión, como un mar sacudido por furioso huracán, se corría, digámoslo así, de una parte a otra, explayándose en toda idea que se le pusiese delante. Así, lo mismo fué presentársele la idea religiosa que tenderse hacia ella y cubrirla toda con impetuosa y fresca onda. ¡La religión, qué cosa tan buena!... ¡Y él, tan torpe, que no había caído en ello! No era torpeza, sino distracción. Es que andaba muy distraído. Y su manceba, que más bien era ya novia, se le apareció entonces con aureola resplandeciente y se revistió de ideales atributos. Creeríase que el amor que le inspiraba se iba a depurar aún más, haciéndose tan sutil como aquel que dicen le tenía Dante a Beatriz, o el de Petrarca por Laura, que también era amor de lo más fino.

Nunca había sido Maximiliano muy dado a lo religioso; pero en aquel instante le entraron de sopetón en el espíritu unos ardores de piedad tan singulares, unas ganas de tomarse confianzas con Cristo o con la Santísima Trinidad, y aun con tal o cual santo, que no sabía lo que le pasaba. El amor le conducía a la devoción, como le habría conducido a la impiedad, si las cosas fuesen por aquel camino. Tan bien le pareció el plan de su hermano, que el gozo le reprodujo el dolor de cabeza, aunque levemente. Comprimiéndose con dos dedos de la mano la ceja izquierda, habló a Fortunata de lo buenas que debían de ser aquellas madres Micaelas, de lo bonito que sería el convento y de las preciosas y utilísimas cosas que allí aprendería, soltando como por ensalmo la cáscara amarga y trocándose en señora, sí, en señora tan decente, que habría otras lo mismo, pero más, no..., más, no.

A Fortunata se le comunicó el entusiasmo. ¡La religión! Tampoco ella había caído en esto. ¡Cuidado que no ocurrírsele una cosa tan sencilla!... Lo particular era que veía su purificación como se ve un milagro cuando se cree en ellos, como convertir el agua en vino o hacer de cuatro peces cuarenta.

—Dime una cosa—preguntó a Maxi, acordándose de que era bella—: ¿Y me pondrán tocas blancas?

—Puede que sí—replicó él con seriedad—. No puedo asegurártelo; pero es fácil que sí te las pongan.

Fortunata cogió una toalla y echándosela por la cabeza, se fué a mirar al espejo. Acordóse entonces de una cosa esencial, esto es, que en la nueva existencia la hermosura física no valía un pito y que lo que importaba y tenía valor era la del alma. Observando la cara que tenía Maxi aquel día y lo pálido que estaba, consideró que las prendas morales del joven empezaban a transparentarse en su rostro, haciéndolo menos desagradable... Entrevió una mudanza ra-

dical en su manera de ver las cosas. "¡Quién sabe—se dijo—lo que pasará después de estar allí tratando con las monjas, rezando y viendo a todas horas la custodia! De seguro me volveré otra sin sentirlo. Yo saco la cuenta de lo bueno que puede sucederme, por lo malo que me ha sucedido. Calculo que esto es como cuando una teme llegar a la cosa más mala del mundo y dice una: "Jamás llegaré a eso." Y ¿qué pasa?, que luego llega una y se asombra de verse allí, y dice: "Parecía mentira." Pues lo mismo será con lo bueno. Dice una: "Jamás llegaré tan arriba", y, sin saber cómo, arriba se encuentra.

Maximiliano se quedó a almorzar; pero la irritación de su estómago y la desgana hubieron de contenerle en la más prudente frugalidad. Ella, en cambio, tenía buen apetito, porque había trabajado mucho aquella mañana y quizá porque estaba contenta y excitada. De aquí tomó pie el redentor para hablar de lo mucho que comía su hermano Nicolás. Esto desilusionó un poco a Fortunata, que se quedó como lela, mirando a su amante, y deteniendo el tenedor a poca distancia de la boca. Creía ella que los curas de mucho saber y virtud debían de conocerse en el poco uso que hacían del agua y del jabón, y también en que su alimento no podía ser sino hierbas cocidas y sin sal.

Toda la tarde estuvieron platicando acerca de la ida al convento y también sobre cosas relacionadas con la parte material de su existencia futura.

—En la partición—dijo con cierto énfasis Maximiliano—me tocan fincas rústicas. Mi tía se enfadó, porque deseaba para mí el dinero contante; pero yo no soy de su opinión; prefiero los inmuebles.

Fortunata apoyó esta idea con un signo de cabeza; mas no estaba segura de lo que significaba la palabra *inmueble*, ni quería tampoco preguntarlo. Ello debía de ser lo contrario de muebles. Maxi la sacó de dudas más tarde, hablando de sus olivares y viñas y de la buena cosecha que se anunciaba, por lo cual vino a entender que inmuebles es lo mismo que decir árboles. También ella prefería las propiedades de campo a todas las demás clases de riqueza. Después que se retiró su amante, se quedó pensando en su fortuna, y todo aquel fárrago de olivos, parrales y carrascales que tenía metido en la cabeza le impidió dormir hasta muy tarde, enderezando aún más sus propósitos por la vía de la honradez.

—A ver, ¿qué tal?... ¿Cómo es?... ¿Es guapa?—había preguntado doña Lupe a Nicolás con vivísima curiosidad.

Aunque el insigne clérigo no tenía cierta clase de pasiones, sabía apreciar el género a la vista. Hizo con los dedos de su mano derecha un manojo, y llevándolos a la boca los apartó al instante, diciendo:

—Es una mujer... hasta allí.

Doña Lupe se quedó desconcertada. A los peligros ya conocidos debían unirse los que ofrece por sí misma toda belleza superior dentro de la máquina del matrimonio.

—Las mujeres casadas *no deben* ser muy hermosas—dijo la señora, promulgando la frase con acento de convicción profunda.

Hízole otras mil preguntas para aplacar su ardentísima curiosidad: cómo estaba vestida y peinada; qué tal se expresaba, cómo tenía arreglada la casa, y Nicolás respondía echándoselas de observador. Sus impresiones no habían sido malas, y aunque no tenía bastantes datos para formar juicio del verdadero carácter de la prójima, podía anticipar, fiado en su experiencia, en su buen ojo y en un cierto no sé qué, presunciones favorables. Con esto la curiosidad de doña Lupe se acaloraba más, y ya no podía tener sosiego hasta no meter su propia nariz en aquel guisado. Visitar a la tal no le parecía digno, habiendo hecho tantos aspavientos en contra suya; pero estar muchos días sin verla y averiguarle las faltas, si las tenía, era imposible. Hubiera deseado verla *por un agujerito*. Con el sobrinillo no quería la señora dar su brazo a torcer, y siempre se mostraba intolerante, aunque ya con menos fuego. Parecióle buena la idea aquella de purificarla en las Micaelas, y aunque a nadie lo dijo, para sí consideraba aquel camino como el único que podía conducir a una solución. Rabiaba por echarle la vista encima al *basilisco;* como su sobrino no le decía que fuera a verla, este silencio hacíala rabiar más. Un día ya no pudo contenerse, y cogiendo descuidado a Maxi en su cuarto, le embocó esto de buenas a primeras:

—No creas que voy yo a rebajarme a eso...

—¿A qué, señora?

—A visitar a tu..., no puedo pronunciar ciertas palabras. Me parece indecoroso que yo vaya allá, a pesar de todos esos proyectos de lejía eclesiástica que le vais a dar.

—Señora, si yo no he dicho a usted nada...

—Te digo que no iré..., no iré.

—Pero, tía...

—No hay tía que valga. No me lo has dicho, pero lo deseas. ¿Crees que no te leo yo los pensamientos? ¡Qué podrás tu disimular delante de mí! Pues no, no te sales con la tuya. Yo no voy allá sino en el caso de que me llevéis atada de pies y manos.

—Pues la llevaremos atada de manos y pies—dijo Maxi, riendo.

Lo deseaba, sí; pero como tenía su criterio formado y su invariable línea de conducta trazada, no daba un valor excesivo a lo que de la visita pudiera resultar. Véase por dónde la fuerza de las circunstancias había puesto a doña Lupe en una situación subalterna, y el pobre chico, que meses antes no se atrevía a chistar delante de ella, miraba a su tía de igual a igual. La dignidad de su pasión había hecho del niño un hombre, y como el plebeyo que se ennoblece, miraba a su antiguo autócrata con respeto, pero sin miedo.

Como Nicolás visitaba algunos días a Fortunata para enseñarle la doctrina cristiana, doña Lupe se ponía furiosa. Tantas idas y venidas decía ella que le tenían revuelto el estómago. Pero el sentimiento que verdaderamente la hacía chillar era como envidia de que fuese Nicolás y no pudiera ir ella. Por este motivo, andaban tía y sobrino algo desavenidos. Corría marzo, y el día de San José dijo Nicolás en la mesa:

—Tía, ya hay fresa.

—Pero la indirecta no hizo efecto en la económica viuda. Volvió a la carga el clérigo en diferentes ocasiones:

—¡Qué fresa más rica he visto hoy! Tía, ¿a cómo estará ahora la fresa?

—No lo sé, ni me importa—replicó ella—, porque como no la pienso traer hasta que no se ponga a tres reales...

Nicolás dió un suspiro, mientras doña Lupe decía para sí: "Como no comas más fresa que la que yo te ponga, tragaldabas, aviado estás."

Y como doña Lupe era algo golosa, trajo un día un cucurucho de fresa, bien escondido entre la mantilla; mas no lo puso en la mesa. Concluída la comida, y mientras Nicolás leía *La Correspondencia* o *El Papelito* en el comedor, doña Lupe se encerraba en su cuarto para comerse la fresa bien espolvoreada con azúcar. En cuanto el cura se echaba a la calle, salía doña Lupe de su escondite para ofrecer a Maximiliano un poco de aquella sabrosa fruta, y entraba en su cuarto con el platito y la cucharilla. Agradecía mucho estas finezas el chico, y se comía la golosina. Mirábale comer su tía con expectante atención y cuando quedaban en el plato no más que seis o siete fresas, se lo quitaba de las manos, diciendo:

—Esto para *Papitos*, que está con cada ojo como los de un besugo.

La chiquilla se comía las fresas y después, con los lengüetazos que le daba al plato, lo dejaba como si lo hubiera lavado.

VII

Juan Pablo prestaba atención muy escasa al asunto de Maximiliano y a todos los demás asuntos de la familia, como no fuera el de la herencia. Su anhelo era cobrar pronto para pagar sus trampas. Entraba de noche muy tarde, y casi siempre comía fuera, lo que agradecía mucho doña Lupe, pues Nicolás, con su voracidad puntual, le desequilibraba el presupuesto de la casa. La misantropía que le entró a Juan Pablo desde su desairado regreso del Cuartel Real no se alteró en aquellos días que sucedieron a la herencia. Hablaba muy poco, y cuando doña Lupe le nombraba el casorio de Maxi, como cuando se le pega a uno un alfilerazo para que no se duerma, alzaba los hombros, decía palabras de desdén hacia su hermano y nada más.

—Con su pan se lo coma... ¿Y a mí qué?

De carlismo no se hablaba en la casa, porque doña Lupe no lo consentía. Pero una mañana, los dos hermanos mayores se enfrascaron de tal modo en la conversación, más bien disputa, que no hicieron maldito caso de la señora. Juan Pablo estaba lavándose en su cuarto, entró

Nicolás a decirle no sé qué, y por si el cura Santa Cruz era un bandido o un loco, se fueron enzarzando, enzarzando, hasta que...

—¿Quieres que te diga una cosa?—gritaba el primogénito, descomponiéndose—. Pues don Carlos no ha triunfado ya por vuestra culpa, por culpa de los curas. Hay que ir allá, como he ido yo, para hacerse cargo de las intrigas de la gentualla de sotana, que todo lo quiere para sí y no va más que a desacreditar con calumnias y chismes a los que verdaderamente trabajan. Yo no podía estar allí, me ahogaba. Le dije a Dorregaray: "Mi general, no sé cómo usted aguanta esto." Y él se alzaba de hombros, poniéndome una cara... No pasaba un día sin que los lechuzos le llevaran un cuento a don Carlos. Que Dorregaray andaba en tratos con Moriones para rendirse, que Moriones le había ofrecido diez millones de reales; en fin, mil indecencias. Cuando llegó a mí noticia que me acusaban de haber ido al Cuartel general de Moriones a llevar recados de mi jefe, me volé, y aquella misma tarde, habiéndome encontrado a la camarilla en el atrio de la iglesia de San Miguel, me lié la manta a la cabeza, y por poco se arma allí un Dos de Mayo. "Aquí no hay más traidores que ustedes. Lo que tienen es envidia del traidor, si le hubiera, por el provecho que saque de su traición. No digo yo por diez millones, pero por diez mil ochavos venderían ustedes al rey y toda su descendencia; ladrones, infames, tíos de Judas." En fin, que si no acierta a pasar el coronel Goiri, que me quería mucho, y me coge a la fuerza y me arranca de allí y me lleva a mi casa, aquella tarde sale el redaño de un cura a ver la puesta del sol. Estuve tres días en cama con un amago de ataque cerebral. Cuando me levanté pedí una audiencia a su majestad. Su contestación fué ponerme en la mano el cañuto y el pasaporte para la frontera. En fin, que los *engarza-rosarios* dieron conmigo en tierra porque no me prestaba a ayudarlos en sus maquinaciones contra los leales y valientes. Por las sotanas se perdió don Carlos Quinto, y al Séptimo no le aprovechó la lección. Allá se las haya. ¿No querías religión? Pues ahí la tienes; atrácate de curas, indigéstate y revienta.

—Es una apreciación tuya—dijo Nicolás, moderando su ira—, que no me parece muy fundada... Esta es la cosa.

—¿Tú qué sabes lo que es el mundo y la realidad? Estás en Babia.

—Y tú me parece que estás algo ido, porque cuidado que has dicho disparates.

—Cállate la boca, estúpido...—dijo Nicolás, sulfurándose.

—¿Sabes lo que te digo?—gritó Juan Pablo, alzando arrogante la voz—. Que a mí no se me manda callar, ¿estamos? He tenido el honor de decirle cuatro frescas al obispo de Persépolis, y quien no teme a las sotanas moradas, ¿qué miedo ha de tener a las negras?...

—Pues yo te digo...—agregó Nicolás, descompuesto, trémulo y no sabiendo si amenazar con los puños o simplemente con las palabras—, yo te digo que eres un chisgarabís.

—¿Qué alboroto es éste?—clamó doña Lupe entrando a poner paz—. ¡Vaya con los caballeros estos! Ya les dije otra vez a los señores ojalateros que cuando quisieran disputar por alto se fueran a hacerlo a la calle. En mi casa no quiero escándalos.

—Es que con este bruto no se puede discutir...—dijo Nicolás, que casi no podía respirar de tan sofocado como estaba.

Juan Pablo no decía nada, y siguió vistiéndose, volviendo la espalda a su hermano.

—¡Vaya un genio que has echado!—le dijo doña Lupe, sin que él mirara—. Podías considerar que tu hermano es sacerdote... Y, sobre todo, no vengas echándotela de plancheta; porque si te salió mal el pase a la *infame facción* y has tenido que volverte con las manos en la cabeza, ¿qué culpa tenemos los demás?

Juan Pablo no se dignó contestar. Doña Lupe cogió por un brazo al cura y se lo llevó consigo, temerosa de que se enzarzaran otra vez. En el comedor estaba Maximiliano, sentado ya para almorzar. Había oído la reyerta, sin dársele una higa de lo que resultara. Allá ellos. A Nicolás no le quitó su berrenchín el apetito, pues ninguna turbación del ánimo, por grande que fuera, le podía privar de su más característica manifestación orgánica. Los tres oyeron gritos en la calle, y doña Lupe puso atención, creyendo que era un *extraordinario* de periódico anunciando triunfos del ejército liberal sobre los carlistas. En aquellos

días del año 1874 menudeaban los suplementos de periódicos, manteniendo al vecindario en continua ansiedad.

—*Papitos*—dijo la señora—, toma dos cuartos y bájate a comprar el *extraordinario* de la *Gaceta*. Veréis cómo habla de alguna buena tollina que les han dado a los *tersos*.

Nicolás, que tenía un oído sutilísimo, después de callar un rato y hacer callar a todos, dijo:

—Pero, tía, no sea usted chiflada. Si no hay tal pregón de *extraordinario*. Lo que dice la voz, claramente se oye... *El freseeeero...*, *fresa*.

—Puede que así sea—replicó doña Lupe, guardando su portamonedas más pronto que la vista—. Pero está tan verde que es un puro vinagre...

—Todo sea por Dios—se dejó decir Nicolás, suspirando—. Peor la pasó Jesús, que pidió agua y le dieron hiel.

Mascando el último bocado salió Maximiliano para irse a clase, llevando la carga de sus libros, y mucho después almorzó Juan Pablo solo. Aquellos almuerzos servidos a distintas horas molestaban mucho a doña Lupe. ¿Se creían sus sobrinos que aquella casa era una posada? El único que tenía consideración, el que menos guerra daba y el que menos comía era Maxi, el de la pasta de ángel, siempre comedido, aun después que le volvieron tarumba los ojos de una mujer. Sobre esto reflexionaba doña Lupe aquella tarde, cosiendo en la sillita, junto al balcón de la calle, sin más compañía que la del gato.

"Dígase lo que se quiera, es el mejor de los tres—pensaba, metiendo y sacando la aguja—; mejor que el egoistón de Nicolás, mejor que el tarambana de Juan Pablo... ¿Que se quiere casar con una...? Hay que ver, hay que ver eso. No se puede juzgar sin oír... Podría suceder que no fuera... Se dan casos... ¡Vaya!... Y está enamorado como un tonto... Y ¿qué le vamos a hacer? Dios nos tenga de su mano."

Entró Nicolás de la calle, y preguntado por doña Lupe, dijo que venía de casa del *basilisco*. Aquel día se mostró más satisfecho, llegando a asegurar que su catecúmena comprendía bien las cosas de religión, y que en lo moral parecía ser *de buena madera*, con lo que llegó a su colmo la curiosidad de la viuda, y ya no le fué posible sostener por más tiempo el papel desdeñoso que representaba.

—Tanto te empeñarás—dijo al estudiante aquella noche—, que al fin lo vas a conseguir.

—¿Qué, tía?

—Que vaya yo en persona a ver a ésa... Pero conste que si voy es contra mi voluntad.

Maximiliano, que era bondadoso y quería estar bien con ella, no quiso manifestar indiferencia.

—Pues sí, tía; si usted va a verla, se lo agradeceremos toda nuestra vida.

—Ninguna falta me hacen vuestros agradecimientos, si es que me decido a ir, que todavía no lo sé...

—Sí, tía.

—Ni voy, si es que me decido, porque me lo agradezcáis, sino por medir con mis propios ojos toda la hondura del abismo en que te quieres arrojar, y ver si hallo aún modo de apartarte de él.

—Mañana mismo, tía; yo la acompaño a usted—dijo entusiasmado el chico—. Verá usted mi abismo, y cuando lo vea me empujará.

Y fué al día siguiente doña Lupe, vestida con los trapitos de cristianar, porque antes había ido a la gran función del asilo de doña Guillermina, por invitación de ésta, de lo que estaba muy satisfecha. Quería dar golpe, y como tenía tanto dominio sobre sí y se expresaba con tanta soltura, juzgaba fácil darse mucho lustre en la visita.

Así fué, en efecto. Pocas veces en su vida, ni aun en los mejores días de Jáuregui, se dió doña Lupe tanto pisto como en aquella entrevista, pues siendo el *basilisco* tan poco fuerte en artes sociales y hallándose tan cohibida por su situación y su mala fama, la otra se despachó a su gusto y se empingorotó hasta un extremo increíble. Trataba doña Lupe a su presunta sobrina con urbanidad, pero guardando las distancias. Había de conocerse hasta en los menores detalles que la visitada era una moza de cáscara amarga, con recomendables pretensiones de decencia, y la visitante una señora, y no una señora cualquiera, sino la señora de Jáuregui, el hombre más honrado y de más sanas costumbres que había existido en todo tiempo en Madrid, o por lo menos en Puerta Cerrada. Y su condición de dama se probaba en que después de haber hecho todo lo posible,

en la primera parte de la visita, por mostrar cierta severidad de principios, juzgó en la segunda que venía bien caerse un poco del lado de la indulgencia. El verdadero señorío jamás se complace en humillar a los inferiores. Doña Lupe se sintió con unas ganas tan vivas de protección con respecto a Fortunata, que no podría llevarse cuenta de los consejos que le dió y reglas de conducta que se sirvió trazarle. Es que se pirraba por proteger, dirigir, aconsejar y tener alguien sobre quien ejercer dominio...

Una de las cosas que más gracia le hicieron en Fortunata fué su timidez para expresarse. Se le conocía en seguida que no hablaba como las personas finas, y que tenía miedo y vergüenza de decir disparates. Esto la favoreció, en opinión de doña Lupe, porque el desenfado en el lenguaje habría sido señal de anarquía en la voluntad.

—No se apure usted—le decía la viuda, tocándole familiarmente la rodilla con su abanico—: que no es posible aprender en un día a expresarse como nosotras. Eso vendrá con el tiempo y el uso y el trato. Pronunciar mal una palabra no es vergüenza para nadie, y la que no ha recibido una educación esmerada no tiene culpa de ello...

Fortunata estaba pasando la pena negra con aquella visita de *tantísimo cumplido*, y un color se le iba y otro se le venía, sin saber cómo contestar a las preguntas de doña Lupe ni si sonreír o ponerse seria. Lo que deseaba era que se largara pronto. Hablaron de la ida al convento, resolución que la tía de Maxi alabó mucho, esforzándose en sacar de su cabeza los conceptos más alambicados y los vocablos más requetefinos. A tal extremo hubo de llegar en esto, que Fortunata quedóse en ayunas de muchas cosas que le oyó. Por fin llegó el instante de la despedida, que Fortunata deseaba con ansia y temía, considerándose incapaz de decir con claridad y sosiego todas aquellas fórmulas últimas y el ofrecimiento de la casa. La de Jáuregui lo hizo como persona corrida en esto; Fortunata tartamudeó, y todo lo dijo al revés.

Maximiliano habló poco durante la visita. No hacía más que estar *al quite*, acudiendo con el capote allí donde Fortunata se veía en peligro por torpeza de lenguaje. Cuando salió doña Lupe, creyó que debía acompañarla hasta la calle, y así lo hizo.

—Si es una bobona...—dijo la viuda a su sobrino—: tal para cual... Parece que la han cogido con lazo. En manos de una persona inteligente, esta mujer podría enderezarse, porque no debe tener mal fondo. Pero yo dudo que tú...

VIII

Doña Lupe era persona de buen gusto, y apreció al instante la hermosura del *basilisco* sin ponerle reparos, como es uso y costumbre en juicios de mujeres. Aun aquellas que no tienen pretensiones de belleza se resisten a proclamar la ajena.

"Es bonita de veras—decía para sí la viuda, camino de su casa—, lo que se llama bonita. Pero es una salvaje que necesita que la domestiquen."

Los deseos de aprender que Fortunata manifestaba le agradaron mucho, y sintió que se agitaban en su alma, con pruritos de ejercitarse, sus dotes de maestra, de consejera, de protectora y jefe de familia. Poseía doña Lupe la aptitud y la vanidad educativas, y para ella no había mayor gloria que tener alguien sobre quien desplegar autoridad. Maxi y *Papitos* eran al mismo tiempo hijos y alumnos, porque la señora se hacía siempre querer de los seres inferiores a quienes educaba. El mismo Jáuregui había sido también, al decir de la gente, tan discípulo como marido.

Volvió, pues, a su casa la tía de Maximiliano revolviendo en su mente planes soberbios. La pasión de domesticar se despertaba en ella delante de aquel magnífico animal que estaba pidiendo una mano hábil que lo desbravase. Y véase aquí cómo a impulsos de distintas pasiones, tía y sobrino vinieron a coincidir en sus deseos; véase cómo la tirana de la casa concluyó por mirar con ojos benévolos a la misma persona de quien había dicho tantas perrerías. Mucho agradecía esto el joven, y juzgando por sí mismo, creía que la indulgencia de doña Lupe se derivaba de un afecto, cuando en rigor provenía de esa imperiosa necesidad que sienten los humanos de ejercitar y poner en funciones toda facultad grande que poseen. Por esto la viuda no cesaba de pensar en el gran

partido que podía sacar de Fortunata, desbastándola y puliéndola hasta tallarla en señora, e imaginaba una victoria semejante a la que Maximiliano pretendía alcanzar en otro orden. La cosa no sería fácil, porque el animal debía de tener mucho resabios; pero mientras más grandes fueran las dificultades, más se luciría la maestra. De repente le entraban a la señora de Jáuregui recelos punzantes, y se decía: "Si no puede ser, si es mucha mujer para medio hombre. Si no existiera este maldito desequilibrio de sangre, él con su cariño y yo con lo mucho que sé, domaríamos a la fiera; pero esta moza se nos tuerce el mejor día, no hay duda de que se nos tuerce."

Media semana estuvo en esta lucha, ya queriendo ceder para oficiar de maestra, ya perseverando en sus primitivos temores e inclinándose a no intervenir para nada. Pero con las amigas tenía que representar otros papeles, pues era vanidosa fuera de casa, y no gustaba nunca de aparecer en situación desairada o ridícula. Cuidaba mucho de ponerse siempre muy alta, para lo cual tenía que exagerar y embellecer cuanto le rodeaba. Era de esas personas que siempre alaban desmedidamente las cosas propias. Todo lo suyo era siempre bueno: su casa era la mejor de la calle; su calle, la mejor del barrio, y su barrio, el mejor de la villa. Cuando se mudaba de cuarto, esta supremacía domiciliaria iba con ella adondequiera que fuese. Si algo desairado o ridículo le ocurría, lo guardaba en secreto; pero si era cosa lisonjera, la publicaba poco menos que con repiques. Por eso cuando se corrió entre las familias amigas que el sietemesino se quería casar con una tarasca, no sabía *la de los Pavos* cómo arreglarse para quedar bien. Dificilillo de componer era aquello, y no bastaba todo su talento a convertir en blanco lo negro, como otras veces había hecho.

Varias noches estuvo en la tertulia de las de la Caña completamente achantada y sin saber por dónde tirar. Pero desde el día en que vió a Fortunata se sacudió la morriña, creyendo haber encontrado un punto de apoyo para levantar de nuevo el mundo abatido de su optimismo. ¿En qué creeréis que se fundó para volver a tomar aquellos aires de persona superior a todos los sucesos? Pues en la hermosura de Fortunata. Por mucho que se figuraran de su belleza, no tendrían idea de la realidad. En fin, que había visto mujeres guapas, pero como aquélla, ninguna. Era una divinidad *en toda la extensión de la palabra.*

Pasmadas estaban las amigas oyéndola, y aprovechó doña Lupe este asombro para acudir con el siguiente ardid estratégico:

—En cuanto a lo de su mala vida, hay mucho que hablar... No es tanto como se ha dicho. Yo me atrevo a asegurar que es muchísimo menos.

Interrogada sobre la condición moral y de carácter de la divinidad, hizo muchas salvedades y distingos:

—Eso no lo puedo decir... No he hablado con ella más que una vez. Me ha parecido humilde, de un carácter apocado, de esas que son fáciles de dominar por quien pueda y sepa hacerlo.

Hablando luego de que la metían en las Micaelas, todas las presentes elogiaron esta resolución, y doña Lupe se encastilló más en su vanidad, diciendo que había sido idea suya y condición que puso para transigir, que después de una larga cuarentena religiosa podía ser admitida en la familia, pues las cosas no se podían llevar a punto de lanza, y eso de tronar con Maximiliano y cerrarle la puerta, muy pronto se dice; pero hacerlo ya es otra cosa.

Entre tanto, acercábase el día designado para llevar el *basilisco* a las Micaelas. Nicolás Rubín había hablado al capellán, su compañero de Seminario, el cual habló a la superiora, que era una dama ilustre, amiga íntima y parienta lejana de Guillermina Pacheco. Acordada la admisión en los términos que marca el reglamento de la casa, sólo se esperaba para realizarla a que pasasen los días de Semana Santa. El jueves salieron Maxi y su amiga a andar algunas estaciones, y el viernes, muy tempranito, fueron a la Cara de Dios, dándose después un largo paseo por San Bernardino. Fortunata estaba, con la religión, como chiquillo con zapatos nuevos, y quería que su amante le explicase lo que significan el Jueves Santo y las Tinieblas, el Cirio Pascual y demán símbolos. Maxi salía del paso con dificultad, y allá se las arreglaba de cualquier modo, poniendo a los huecos de su ignorancia los remiendos de su inventiva. La religión que él sentía

en aquella crisis de su alma era demasiado alta y no podía inspirarle verdadero interés por ningún culto; pero bien se le alcanzaba que la inteligencia de Fortunata no podía remontarse más arriba del punto adonde alcanzan las torres de las iglesias católicas. El, sí; él iba lejos, muy lejos, llevado del sentimiento más que de la reflexión, y aunque no tenía base de estudios en que apoyarse, pensaba en las causas que ordenan el universo e imprimen al mundo físico, como al mundo moral, movimiento solemne, regular y matemático.

—Todo lo que debe pasar, pasa—decía—, y todo lo que debe ser, es.

Le había entrado fe ciega en la acción directa de la Providencia sobre el mecanismo funcionante de la vida menuda. La Providencia dictaba no sólo la historia pública, sino también la privada. Por debajo de esto, ¿qué significaban los símbolos? Nada. Pero no quería quitarle a Fortunata su ilusión de las imágenes, del *gori gori* y de las pompas teatrales que se admiran en las iglesias, porque, ya se ve..., la pobrecilla no tenía su inteligencia cultivada para comprender ciertas cosas; a fuer de pecadora, convenía conservarla durante algún tiempo sujeta a observación en aquel orden de ideas relativamente bajo, que viene a ser algo como sanitarismo moral o policía religiosa.

El entusiasmo que la joven sentía era como los encantos de una moda que empieza. Iban, por aquellos altozanos de Vallehermoso, ya entre tejares, ya por veredas trazadas en un campo de cebada, y al fin se cansaron de tanta charla religiosa. A Rubín se le acabó su saber de liturgia, y a Fortunata le empezaba a molestar un pie a causa de la apretura de la bota. El calzado estrecho es gran suplicio, y la molestia física corta los vuelos de la mente. Habían pasado por junto a los cementerios del Norte, luego hicieron alto en los Depósitos de agua; la samaritana se sentó en un sillar y se quitó la bota. Maximiliano le hizo notar lo bien que lucía desde allí el apretado caserío de Madrid, con tanta cúpula y detrás un horizonte inmenso, que parecía la mar. Después le señaló hacia el lado del Oriente una mole de ladrillo rojo, parte en construcción, y le dijo que aquél era el convento de las Micaelas, donde ella iba a entrar. Pareciéronle a Fortunata bonitos el edificio y su situación, expresando el deseo de entrar pronto, aquel mismo día, si era posible. Asaltó entonces el pensamiento de Rubín una idea triste. Bueno era lo bueno, pero no lo demasiado. Tanta piedad podía llegar a ser una desgracia para él, porque si Fortunata se entusiasmaba mucho con la religión y se volvía santa de veras y no quería más cuentas con el mundo, sino quedarse allí encerradita, adorando la custodia durante todo el resto de sus días... ¡Oh! Esta idea sofocó tanto al pobre redentor, que se puso rojo. Y bien podía suceder, porque algunas que entraban allí cargadas de pecados se corregían de tal modo y se daban con tanta gana a la penitencia, que no querían salir más, y hablarles de casarse era como hablarles del demonio... Pero no, Fortunata no sería así; no tenía ella cariz de volverse santa *en toda la extensión de la palabra*, como diría doña Lupe. Si lo fuera, Maximiliano se moriría de pena, se volvería entonces protestante, masón, judío, ateo.

No manifestó estos temores a su querida, que estaba con un pie calzado y otro descalzo, mirando atentamente las idas y venidas de una procesión de hormigas. Unicamente le dijo:

—Tiempo tienes de entrar. No conviene tampoco que te dé muy fuerte.

Era preciso seguir. Volvió a ponerse la bota y..., ¡ay, qué dolor!; lo malo fué que aquel día, Viernes Santo, no había coches, y no era posible volver a la casa de otra manera que a pie.

—Nos hemos alejado mucho—dijo Maximiliano ofreciéndole su brazo—. Apóyate, y así no cojearás tanto... ¿Sabes lo que pareces así, llevada a remolque?... Pues una embarazada fuera de cuenta que ya no puede dar un paso, y yo parezco el marido que pronto va a ser padre.

No pudo menos de hacerla reír esta idea, y recordando que la noche anterior, Maximiliano, en las efusiones epilépticas de su cariño, había hablado algo de sucesión, dijo para su sayo: "De eso sí que estás tú libre."

El jueves siguiente fué conducida Fortunata a las Micaelas.

CAPITULO V

LAS MICAELAS POR FUERA

I

Hay en Madrid tres conventos destinados a la corrección de mujeres. Dos de ellos están en la población antigua, uno en la ampliación del Norte, que es la zona predilecta de los nuevos institutos religiosos y de las comunidades expulsadas del centro por la incautación revolucionaria de sus históricas casas. En esta faja norte son tantos los edificios religiosos, que casi es difícil contarlos. Los hay para monjas reclusas y para religiosas que viven en comunicación con el mundo y en batalla ruda con la miseria humana, en estas órdenes modernas derivadas de San Vicente de Paúl, cuya mortificación consiste en recoger ancianos, asistir enfermos o educar niños. Como por encanto, hemos visto levantarse en aquella zona grandes pelmazos de ladrillo, de dudoso valor arquitectónico, que manifiestan cuán positiva es aún la propaganda religiosa, y qué resultados tan prácticos se obtienen del ahorro espiritual, o sea la limosna, cultivado por buena mano. Las Hermanitas de los Pobres, las Siervas de María y otras tan apreciadas en Madrid por los positivos auxilios que prestan al vecindario, han labrado en esta zona sus casas con la prontitud de las obras de contrata. De institutos para clérigos sólo hay uno grandón, vulgar y triste como un falansterio. Las Salesas Reales, arrojadas del convento que les hizo doña Bárbara, tienen también domicilio nuevo, y otras monjas históricas, las que recogieron y guardaron los huesos de don Pedro el *Cruel*, acampan allá sobre las alturas del barrio de Salamanca.

La planicie de Chamberí, desde los Pozos de Santa Bárbara hasta más allá de Cuatro Caminos, es el sitio preferido de las órdenes nuevas. Allí hemos visto levantarse el asilo de Guillermina Pacheco, la mujer constante y extraordinaria, y allí también la casa de las Micaelas. Estos edificios tienen cierto carácter de improvisación, y en todos, combinando la baratura con la prisa, se ha empleado el ladrillo al descubierto, con ciertos aires mudéjares y pegotes del gótico a la francesa. Las iglesias afectan, en las frágiles escayolas que las decoran interiormente, el estilo adamado con pretensiones de elegante de la basílica de Lourdes. Hay, pues, en ellas una impresión de aseo y arreglo que encanta la vista, y una deplorable manera arquitectónica. La importación de los nuevos estilos de piedad, como el del Sagrado Corazón, y esas manadas de curas de babero expulsados de Francia, nos han traído una cosa buena, el aseo de los lugares destinados al culto, y una cosa mala, la perversión del gusto en la decoración religiosa. Verdad que Madrid apenas tenía elementos de defensa contra esta invasión, porque las iglesias de esta villa, además de muy sucias, son verdaderos adefesios como arte. Así es que no podemos alzar mucho el gallo. El barroquismo sin gracia de nuestras parroquias, los canceles llenos de mugre, las capillas cubiertas de horribles escayolas empolvadas y todo lo demás que constituye la vulgaridad indecorosa de los templos madrileños, no tiene que echar nada en cara a las cursilerías de esta novísima monumentalidad, también armada de yesos deleznables y con derroche de oro y pinturas al temple, pero que, al menos, despide olor de aseo y tiene el decoro de los sitios en que anda mucho la santidad de la escoba, del agua y el jabón.

El caserón que llamamos las Micaelas estaba situado más arriba del de Guillermina, allá donde las rarificaciones de la población aumentan en términos de que es mucho más extenso el suelo baldío que el edificado. Por algunos huecos del caserío se ven horizontes esteparios y luminosos, tapias de cementerios coronados de cipreses, esbeltas chimeneas de fábricas como palmeras sin ramas, grandes extensiones de terreno mal sembrado para pasto de las burras de leche y de las cabras. Las casas son bajas, como las de los pueblos, y hay alguna de corredor con habitaciones numeradas, cuyas puertas se ven por la medianería. El edificio de las Micaelas había sido una casa particular, a la que se agregó un ala interior costeando dos lados de la huerta en forma de medio claustro, y a la sazón se le estaba añadiendo por el lado opuesto la igle-

sia, que era amplia y del estilo de moda, ladrillo sin revoco, modelado a lo mudéjar, y cabos de cantería ne Novelda labrada en ojival constructivo. Como la iglesia estaba aún a medio hacer, el culto se celebraba en la capilla provisional, que era un gran crujía baja, a la izquierda de la puerta.

En el arreglo de esta crujía para convertirla en templo interino manifestábase el buen deseo, la pulcritud y la inocencia artística de las excelentes señoras que componían la comunidad. Las paredes estaban estucadas, como las de nuestras alcobas, porque éste es un género de decoración barato en Madrid y sumamente favorable a la limpieza. En el fondo estaba el altar, que era, ya se sabe, blanco y oro, de un estilo tan visto y tan determinado, que parece que viene en los figurines. A derecha e izquierda, en cromos chillones de gran tamaño, los dos Sagrados Corazones, y sobre ellos se abrían dos ventanas enjutísimas, terminadas por arriba en corte ojival, con vidrios blancos, rojos y azules, combinados en rombo, como se usan en las escaleras de las casas modernas.

Cerca de la puerta había una reja de madera que separaba el público de las monjas los días en que el público entraba, que eran los jueves y domingos. De la reja para adentro, el piso estaba cubierto de hule, y a los costados de lo que bien podremos llamar nave había dos filas de sillas reclinatorios. A la derecha de la nave, dos puertas, no muy grandes: la una conducía a la sacristía, la otra a la habitación que hacía de coro. De allí venían los flauteados de un armonio tañido candorosamente en los acordes de la tónica y la dominante, y con las modulaciones más elementales; de allí venían también los exaltados acentos de las dos o tres monjas cantoras. La música era digna de la arquitectura, y sonaba a zarzuela sentimental o a canción de las que se reparten como regalo a las suscriptoras en los periódicos de modas. En esto ha venido a parar el grandioso canto eclesiástico, por el abandono de los que mandan en estas cosas y la latitud con que se vienen permitiendo novedades en el severo culto católico.

La pecadora fué llevada a las Micaelas pocos días después de la Pascua de Resurrección. Aquel día, desde que despertó, se le puso a Maxi la obstrucción en la boca del estómago, pero tan fuerte como si tuviera entre pecho y espalda atravesado un palo. Molestia semejante sentía en los días de exámenes, pero no con tanta intensidad. Fortunata parecía contenta, y deseaba que la hora llegase pronto para abreviar la expectación y perplejidad en que los dos amantes estaban, sin saber qué decirse. A ella, por lo menos, no se le ocurría nada que decirle, y aunque a él se le pasaban por el magín muchas cosas, tenía cierta aversión innata a lo teatral, y no gustaba de hablar gordo en ciertas ocasiones. Si ha de decirse verdad, Maxi inspiraba aquel día a su novia un sentimiento de cariño dulce y sosegado con su poquillo de lástima. Y él procuraba dar a la conversación tono familiar, hablando del tiempo o recomendando a la joven que tuviese cuidado de no olvidar alguna importante prenda de ropa. Nicolás, que estaba presente, no habría permitido tampoco zalamerías de amor ni besuqueo, y ayudaba a recoger y agrupar todas las cosas que habían de llevarse, añadiendo observaciones tan prácticas como ésta:

—Ya sabe usted que ni perfumes ni joyas ni ringorrangos de ninguna clase entran en aquella casa. Todo el bagaje mundano se arroja a la puerta.

Cuando vino el mozo que debía llevar el baúl, Fortunata estaba ya dispuesta, vestida con la mayor sencillez. Maximiliano miró diferentes veces su reloj, sin enterarse de la hora. Nicolás, que estaba más sereno, miró el suyo y dijo que era tarde. Bajaron los tres y fueron pausadamente y sin hablar hacia la calle de Hortaleza a tomar un coche simón. Instalóse el joven con no poco trabajo en la bigotera, porque las faldas de su futura esposa y la ropa talar del clérigo estorbaban lo que no es decible la entrada y la salida, y si el trayecto fuera más largo, el martirio de aquellas seis piernas que no sabían cómo colocarse habría sido muy grande. La neófita miraba por la ventanilla, atraída vagamente y sin interés su atención por la gente que pasaba. Creeríase que miraba hacia fuera por no mirar hacia dentro. Maximiliano se la comía con los ojos, mientras el presbítero procuraba en vano animar la conversación con algunas cuchufletas bien poco ingeniosas.

Llegaron por fin al convento. En la

puerta había dos o tres mendigas viejas, que pidieron limosna, y a Maximiliano le faltó tiempo para dársela. Le amargaba extraordinariamente la boca, y su voz ahilada salía de la garganta con interrupciones y síncopas como la de un asmático. Su turbación le obligaba a refugiarse en los temas vulgares...

—¡Vaya que son pesados estos pobres!... Parece que hay misa, porque se oye la campanilla de alzar... Es bonita la casa, y alegre, sí, señor, alegre...

Entraron en una sala que hay a la derecha, en el lado opuesto a la capilla. En dicha sala recibían visitas las monjas y las recogidas a quienes se permitía ver a su familia los jueves por la tarde, durante hora y media, en presencia de dos madres. Adornada con sencillez rayana en pobreza, la tal sala no tenía más que algunas estampas de santos y un cuadrote de San José, al óleo, que parecía hecho por la misma mano que pintó el Jáuregui de la casa de doña Lupe. El piso era de baldosín, bien lavado y frotado, sin más defensa contra el frío que dos esteritas de junco delante de los dos bancos que ocupaban los testeros principales. Dichos bancos, las sillas y un canapé de patas curvas eran piezas diferentes, y bien se conocía que todo aquel pobre menaje provenía de donativos o limosnas de esta y la otra casa. Ni cinco minutos tuvieron que esperar, porque al punto entraron dos madres que ya estaban avisadas, y casi pisándoles los talones entró el señor capellán, un hombre muy campechano y que de todo se reía. Llamábase don León Pintado y en nada correspondía la persona al nombre. Nicolás Rubín y aquel pasmarote tan grande y tan jovial se abrazaron y se saludaron tuteándose. Una de las dos monjas era joven, coloradita, de boca agraciada y ojos que habrían sido lindísimos si no adolecieran de estrabismo. La otra era seca y de edad madura, con gafas, y daba bien claramente a entender que tenía en la casa más autoridad que su compañera. A las palabras que dijeron, impregnadas de esa cortesía dulzona que informa el estilo y el metal de voz de las religiosas del día, iba la neófita a contestar alguna cosa apropiada al caso, pero se cortó y de sus labios no pudo salir más que un *ju ju*, que las otras no entendieron. La sesión fué breve. Sin duda, las madres Micaelas no gustaban de perder el tiempo.

—Despídase usted—le dijo la seca, tomándola por un brazo.

Fortunata estrechó la mano de Maxi y de Nicolás, sin distinguir entre los dos, y dejóse llevar. *Rubinius Vulgaris* dió un paso, dejando solos a los dos curas, que hablaban cogiéndose recíprocamente las borlas de sus manteos, y vió desaparecer a su amada, a su ídolo, a su ilusión, por la puerta aquella pintada de blanco que comunicaba la sala con el resto de la religiosa morada. Era una puerta como otra cualquiera; pero cuando se cerró otra vez parecióle al enamorado chico cosa diferente de todo lo que contiene el mundo en el vastísimo reino de las puertas.

II

Echó a andar hacia Madrid por el polvoriento camino del antiguo Campo de Guardias, y volviendo a mirar su reloj por un movimiento maquinal, tampoco entonces se hizo cargo de la hora que era. No se dió cuenta de que su hermano y don León Pintado, entretenidos en una conversación interesante y parándose cada diez palabras, se habían quedado atrás. Hablaban de las oposiciones a la lectoral de Sigüenza y de las peloteras que ocurrieron en ella. El capellán, como candidato reventado, ponía de oro y azul al obispo de la diócesis y a todo el Cabildo. Maximiliano, sin advertir las paradas, siguió andando, hasta que se encontró en su casa. Abrióle doña Lupe la puerta y le hizo varias preguntas:

—Y ¿qué tal? ¿Iba contenta?

Revelaban estas interrogaciones tanto interés como curiosidad, y el joven, animado por la benevolencia que en su tía observaba, departió con ella, arrancándose a mostrarle alguna de las afiladas púas que le rasguñaban el corazón. Tenía un presentimiento vago de no volverla a ver, no porque ella se muriese, sino porque dentro del convento, contagiada de la piedad de las monjas, podía chiflarse demasiado con las cosas divinas y enamorarse de la vida espiritual hasta el punto de no querer ya marido de carne y hueso, sino a Jesucristo, que es el Esposo que a las monjas de verdadera santidad les hace tilín. Esto lo ex-

presó irreverentemente con medias palabras; pero doña Lupe sacó toda la sustancia a los conceptos.

—Bien podría suceder eso—le dijo con acento de convicción, que turbó más a Maximiliano—, y no sería el primer caso de mujeres malas..., quiero decir ligeras..., que se han convertido en un abrir y cerrar de ojos, volviéndose tan del revés, que luego no ha habido más remedio que canonizarlas.

El redentor sintió frío en el corazón. ¡Fortunata canonizada! Esta idea, por lo muy absurda que era, le atormentó toda la mañana.

—Francamente—dijo al fin, después de muchas meditaciones—, tanto como canonizar, no; pero bien podría darle por el misticismo y no querer salir, y quedarme yo *in albis*.

Vamos, que semejante idea le aterraba. En tal caso no tenía más remedio que volverse él santito también y dedicarse a la Iglesia y hacerse cura... ¡Jesús, qué disparate! ¡Cura!, y ¿para qué? De vuelta en vuelta, su mente llegó a un torbellino doloroso, en el cual no tuvo ya más remedio que ahogar las ideas para librarse del tormento que le ocasionaban. Intentó estudiar... Imposible. Ocurrióle escribir a Fortunata, encargándole que no hiciera caso alguno de lo que le dijesen las monjas acerca de la vida espiritual, la gracia y el amor místico... Otro disparate. Por fin se fué calmando, y la razón se clareaba un poco tras aquellas tinieblas.

Las once serían ya cuando desde su cuarto sintió un gran altercado entre doña Lupe y *Papitos*. El motivo de aquella doméstica zaragata fué que a Nicolás Rubín se le ocurrió la idea trágica de convidar a almorzar a su amigo el padre Pintado, y no fué lo peor que se le ocurriera, sino que se apresurase a ejecutarla con aquella frescura clerical que en tan alto grado tenía, metiendo a su camarada por las puertas de la casa, sin ocuparse para nada de si en ésta había o no los bastimentos necesarios para dos bocas de tal naturaleza.

Doña Lupe que tal vió y oyó no pudo decir nada por estar el otro clérigo delante; pero tenía la sangre requemada. Su orgullo no le permitía desprestigiar la casa, poniéndoles un artesón de bazofia para que se hartaran, y afrontando despechada el conflicto, decía para su sayo cosas que habrían hecho saltar a toda la curia eclesiástica. "No sé lo que se figura este heliogábalo... Cree que mi casa es la posada del Peine. Después que él me come un codo trae a su compinche para que me coma el otro. Y por las trazas debe de tener buen diente y un estómago como las galerías del Depósito de aguas. ¡Ay Dios mío! ¡Qué egoístas son estos curas...! Lo que yo debía hacer era ponerle la cuentecita, y entonces... ¡Ah!, entonces sí que no se volvía a descolgar con invitados, porque es *Alejandro en puño* y no le gusta ser rumboso sino con dinero ajeno."

El volcán que rugía en el pecho de la señora de Jáuregui no podía arrojar su lava sino sobre *Papitos*, que para esto justamente estaba. Había empezado aquel día la monilla por hacer bien las cosas; pero la riñó su ama tan sin razón, que..., ¡diablo de chica!, concluyó por hacerlo todo al revés. Si le ordenaban quitar agua de un puchero, echaba más. En vez de picar cebolla, machacaba ajos; la mandaron a la tienda por una lata de sardinas y trajo cuatro libras de bacalao de Escocia; rompió una escudilla y tantos disparates hizo, que doña Lupe por poco le aporrea el cráneo con la mano del almirez.

—De esto tengo la culpa yo, grandísima bestia, por empeñarme en domar acémilas y en hacer de ellas personas... Hoy te vas a tu casa, a la choza del muladar de Cuatro Caminos donde estabas, entre cerdos y gallinas, que es la sociedad que te cuadra...

Y por aquí seguía la retahila... ¡Pobre *Papitos*! Suspiraba y le corrían las lágrimas por la cara abajo. Había llegado ya a tal punto su azoramiento, que no daba pie con bola.

Entre tanto, los dos curas estaban en la sala, fumando cigarrillos, las canalejas sobre sillas, groseramente despatarrados ambos en los dos sillones principales y hablando sin cesar del mismo tema: de las oposiciones de Sigüenza. La culpa de todo la tenía el deán, que era un trasto y quería la lectoral a todo trance para su sobrinito. ¡Valientes perros estaban tío y sobrino! Este había hecho discursos racionalistas, y cuando la Gloriosa dió vivas a Topete y a Prim en una reunión de demócratas. Doña Lupe entró, al fin, haciendo violentísimas contorsiones con los músculos de su cara

para poder brindarles una sonrisa en el momento de decir que ya podían pasar..., que tendrían que dispensar muchas faltas y que iban a hacer penitencia.

Y mientras se sentaban miró con terror al amigo de su sobrino, que era lo mismo que un buey puesto en dos pies, y pensaba que si el apetito correspondía al volumen, todo lo que en la mesa había no bastara para llenar aquel inmenso estómago. Felizmente, Maxi estaba tan sin ganas, que apenas probó bocado; doña Lupe se declaró también inapetente y de este modo se fué resolviendo el problema y no hubo conflicto que lamentar. El padre Pintado, a pesar de ser tan proceroso, no era hombre de mucho comer, y amenizó la reunión contando otra vez... las oposiciones de Sigüenza. Doña Lupe, por cortesía, afirmaba que era una barbaridad que no le hubieran dado a él la lectoral.

La ira de la señora de Jáuregui no se calmó con el feliz éxito del almuerzo..., y siguió machacando sobre la pobre *Papitos*. Esta, que también tenía su genio, hervía interiormente en despecho y deseos de revancha. "Miren la tía bruja —decía para sí, bebiéndose las lágrimas—con su teta menos...! Mejor tuviera vergüenza de ponerse la teta de trapo para que crea la gente que tiene las dos de verdad como las tienen todas y como las tendré yo el día de mañana.." Por la tarde, cuando la señora salió encargando que le limpiara la ropa, ocurrióle a la mona tomar de su ama una venganza terrible; pero una de esas venganzas que dejan eterna memoria. Se le ocurrió poner colgando en el balcón el cuerpo de vestido que pegada tenía la *cosa falsa* con que doña Lupe engañaba al público. La malicia de *Papitos* imaginaba que, puesto en el balcón el testimonio de la falta de su señora, la gente que pasase lo había de ver y se había de reír mucho. Pero no ocurrieron de este modo las cosas, porque ningún transeúnte se fijó en el pecho postizo, que era lo mismo que una vejiga de manteca; y al fin la chiquilla se apresuró a quitarlo, discurriendo con buen juicio que si doña Lupe al entrar veía colgado del balcón aquel acusador de su defecto, se había de poner hecha una fiera y sería capaz de cortarle a su criada *las dos cosas de verdad* que pensaba tener.

III

A la mañana siguiente, Maximiliano encaminó sus pasos al convento, no por entrar, que esto era imposible, sino por ver aquellas paredes tras de las cuales respiraba la persona querida. La mañana estaba deliciosa, el cielo despejadísimo, los árboles del paseo de Santa Engracia empezaban a echar la hoja. Detúvose el joven frente a las Micaelas, mirando la obra de la nueva iglesia, que llegaba ya a la mitad de las ojivas de la nave principal. Alejándose hasta más allá de la acera de enfrente y subiendo a unos montones de tierra endurecida, se veía por encima de la iglesia en construcción un largo corredor del convento, y aun se podían distinguir las cabezas de las monjas o recogidas que por él andaban. Pero como la obra avanzaba rápidamente, cada día se veía menos. Observó Maxi en los días sucesivos que cada hilada de ladrillos iba tapando discretamente aquella interesante parte de la interioridad monjil como la ropa que se extiende para velar las carnes descubiertas. Llegó un día en que sólo se alcanzaba a ver las zapatas de los maderos que sostenían el techo del corredor, y al fin, la masa constructiva lo tapó todo, no quedando fuera más que las chimeneas, y aun para columbrar éstas era preciso tomar la visual desde muy lejos.

Al Norte había un terreno mal sembrado de cebada. Hacia aquel ejido, en el cual había un poste con letrero anunciando venta de solares, caían las tapias de la huerta del convento, que eran muy altas. Por encima de ellas asomaban las copas de dos o tres sóforas y de un castaño de Indias. Pero lo más visible y lo que más cautivaba la atención del desconsolado muchacho era un motor de viento, sistema Parsen, para noria, que se destacaba sobre el altísimo aparato a mayor altura que los tejados del convento y de las casas próximas. El inmenso disco, semejante a una sombrilla japonesa a la cual se hubiera quitado la convexidad, daba vueltas sobre su eje pausada o rápidamente, según la fuerza del aire. La primera vez que Maxi lo observó, movíase el disco con majestuosa lentitud, y era tan hermoso de ver con su coraza de tablitas blancas y rojas, parecida a un plumaje, que tuvo

fijos en él los tristes ojos un buen cuarto de hora. Por el Sur la huerta lindaba con la medianería de una fábrica de tintas de imprimir, y por el Este con la tejavana perteneciente al inmediato taller de cantería, donde se trabajaba mucho. Así como los ojos de Maximiliano miraban con inexplicable simpatía el disco de la noria, su oído estaba preso, por decirlo así, en la continua y siempre igual música de los canteros, tallando con sus escoplos la dura berroqueña. Creeríase que grababan en lápidas inmortales la leyenda que el corazón de un inconsolable poeta les iba dictando letra por letra. Detrás de esta tocata reinaba el augusto silencio del campo, como la inmensidad del cielo detrás de un grupo de estrellas.

También se paseaba por aquellos andurriales, sin perder de vista el convento; iba y venía por las veredas que el paso traza en los terrenos, matando la hierba, y a ratos sentábase al sol, cuando éste no picaba mucho. Montones de estiércol y paja rompían a lo lejos la uniformidad del suelo; aquí y allí, tapias de ladrillo de color de polvo, letreros industriales sobre faja de yeso, casas que intentaban rodearse de un jardinillo sin poderlo conseguir; más allá, tejares y las casetas plomizas de los vigilantes de consumos, y en todo lo que la vista abarcaba, un sentimiento de profundísima soledad expectante. Turbábala sólo algún perro sabio de los que, huyendo de la estricnina municipal, se pasean por allí sin quitar la vista del suelo. A veces el joven volvía al camino real y se dejaba ir un buen trecho hacia el Norte; pero no tenía ganas de ver gente y se echaba fuera, metiéndose otra vez por el campo hasta divisar las arcadas del acueducto del Lozoya. La vista de la sierra lejana suspendía su atención, y le encantaba un momento con aquellos brochazos de azul intensísimo y sus toques de nieve; pero muy luego volvía los ojos al Sur, buscando los andamiajes y la mole de las Micaelas, que se confundía con las casas más excéntricas de Chamberí.

Todas las mañanas, antes de ir a clase, hacía Rubín esta excursión al campo de sus ilusiones. Era como ir a misa para el hombre devoto, o como visitar el cementerio donde yacen los restos de la persona querida. Desde que pasaba de la iglesia de Chamberí veía el disco de la noria, y ya no le quitaba los ojos hasta llegar próximo a él. Cuando el motor daba sus vueltas con celeridad, el enamorado, sin saber por qué y obedeciendo a un impulso de su sangre, avivaba el paso. No sabía explicarse por qué oculta relación de las cosas la velocidad de la máquina le decía: "Apresúrate, ven, que hay novedades." Pero luego llegaba y no había novedad ninguna, como no fuera que aquel día soplaba el viento con más fuerza. Desde la tapia de la huerta oíase el rumor blando del volteo del disco, como el que hacen las cometas, y sentíase el crujir del mecanismo que transmite la energía del viento al vástago de la bomba... Otros días le veía quieto, amodorrado en brazos del aire. Sin saber por qué, deteníase el joven; pero luego seguía andando despacio. Hubiera él lanzado al aire el mayor soplo posible de sus pulmones para hacer andar la máquina. Era una tontería; pero no lo podía remediar. El estar parado el motor parecíale señal de desventura.

Pero lo que más tormento daba a Maximiliano era la distinta impresión que sacaba todos los jueves de la visita que a su futura hacía. Iba siempre acompañado de Nicolás, y como además no se apartaban de la recogida las dos monjas, no había medio de expresarse con confianza. El primer jueves encontró a Fortunata muy contenta; el segundo, estaba pálida y algo triste. Como apenas se sonreía, faltábale aquel rasgo hechicero de su contracción de los labios que enloquecía a su amante. La conversación fué sobre asuntos de la casa, que Fortunata elogió mucho, encomiando los progresos que hacía en la lectura y escritura, y jactándose del cariño que le habían tomado las señoras. Como en uno de los sucesivos jueves dijera algo acerca de lo que le había gustado la fiesta de Pentecostés, la principal del año en la comunidad, y después recayera la conversación sobre temas de iglesia y de culto, expresándose la neófita con bastante calor, Maximiliano volvió a sentirse atormentado por la idea aquella de que su querida se iba a volver mística y a enamorarse perdidamente de un rival tan temible como Jesucristo. Se le ocurrían cosas tan extravagantes como aprovechar los pocos momentos de distracción de las madres para secretear-

se con su amada y decirle que no creyera en aquello de la Pentecostés, figuración alegórica nada más, porque no hubo ni podía haber tales lenguas de fuego ni Cristo que lo fundó; añadiendo, si podía, que la vida contemplativa es la más estéril que se puede imaginar, aun como preparación para la inmortalidad, porque las luchas del mundo y los deberes sociales bien cumplidos son lo que más purifica y ennoblece las almas. Ocioso es añadir que se guardó para sí estas doctrinas escandalosas, porque era difícil expresarlas delante de las madres.

CAPITULO VI

LAS MICAELAS POR DENTRO

I

Cuando las dos madres aquellas, la bizca y la seca, la llevaban adentro, Fortunata estaba muy conmovida. Era aquella sensación primera de miedo y vergüenza de que se siente poseído el escolar cuando le ponen delante de sus compañeros que han de ser pronto sus amigos, pero que al verle entrar le dirigen miradas de hostilidad y burla. Las recogidas que encontró al paso mirábanla con tanta impertinencia, que se puso muy colorada y no sabía qué expresión dar a su cara. Las madres, que tantos y tan diversos rostros de pecadoras habían visto entrar allí, no parecían dar importancia a la belleza de la nueva recogida. Eran como los médicos, que no se espantan ya de ningún horror patológico que vean entrar en las clínicas. Hubo de pasar un buen rato antes que la joven se serenase y pudiera cambiar algunas palabras con sus compañeras de lazareto. Pero entre mujeres se rompe más pronto aún que entre colegiales ese hielo de las primeras horas, y palabra tras palabra fueron brotando las simpatías, echando el cimiento de futuras amistades.

Como ella esperaba y deseaba, pusiéronle una toca blanca; mas no había en el convento espejos en que mirar si caía bien o mal. Luego le hicieron poner un vestido de lana burda y negra, muy sencillo; pero aquellas prendas sólo eran de indispensable uso al bajar a la capilla y en las horas de rezo, y podía quitárselas en las horas de trabajo, poniéndose entonces una falda vieja de las de su propio ajuar y un cuerpo, también de lana, muy honesto, que recibían para tales casos. Las recogidas dividíanse en dos clases: una llamada las *filomenas* y otra las *josefinas*. Constituían la primera las mujeres sujetas a corrección; la segunda componíase de niñas puestas allí por sus padres para que las educaran, y más comúnmente por madrastras que no querían tenerlas cerca de su lado. Estos dos grupos o familias no se comunicaban en ninguna ocasión. Dicho se está que Fortunata pertenecía a la clase de las *filomenas*. Observó que buena parte del tiempo se dedicaba a ejercicios religiosos: rezos por la mañana, doctrina por la tarde. Enteróse luego de que los jueves y domingos había adoración del Sacramento, con larguísimas y entretenidas devociones, acompañadas de música. En este ejercicio y en la misa matinal, las recogidas, como las madres, entraban en la iglesia con un gran velo por la cabeza, el cual era casi tan grande como una sábana. Lo tomaban en la habitación próxima a la entrada, y al salir lo volvían a dejar después de doblarlo.

Acostumbrada la prójima a levantarse a las nueve o las diez del día, éranle penosos aquellos madrugones que en el convento se usaban. A las cinco de la mañana ya entraba sor Antonia en los dormitorios tocando una campana que desgarraba los oídos a las pobres durmientes. El madrugar era uno de los mejores medios de disciplina y educación empleados por las madres, y el velar a altas horas de la noche, una mala costumbre que combatían con ahinco, como cosa igualmente nociva para el alma y para el cuerpo. Por esto, la monja que estaba de guardia pasaba revista a los dormitorios a diferentes horas de la noche, y como sorprendiese murmullos de secreteo imponía severísimos castigos.

Los trabajos eran diversos y en ocasiones rudos. Ponían las maestras especial cuidado en desbastar aquellas naturalezas enviciadas o fogosas mortificando las carnes y ennobleciendo los espíritus con el cansancio. Las labores delicadas, como costura y bordados, de que había taller en la casa, eran las que menos agradaban a Fortunata, que tenía poca afición a los primores de aguja y los de-

dos muy torpes. Más le agradaba que le mandaran lavar, brochar los pisos de baldosín, limpiar las vidrieras y otros menesteres propios de criadas de escaleras abajo. En cambio, como la tuvieran sentada en una silla haciendo trabajos de marca de ropa, se aburría de lo lindo. También era muy de su gusto que la pusieran en la cocina a las órdenes de la hermana cocinera, y era de ver cómo fregaba ella sola todo el material de cobre y loza, mejor y más pronto que dos o tres de las más diligentes.

Mucho rigor y vigilancia desplegaban las madres en lo tocante a relaciones entre las llamadas arrepentidas, ya fuesen *filomenas* o *josefinas*. Eran centinelas sagaces de las amistades que se pudieran entablar y de las parejas que formara la simpatía. A las prójimas antiguas y ya conocidas y probadas por su sumisión se las mandaba acompañar a las nuevas y sospechosas. Había algunas a quienes no se permitía hablar con sus compañeras sino en el corro principal, en las horas de recreo.

A pesar de la severidad empleada para impedir las parejas íntimas o grupos, siempre había alguna infracción hipócrita de esta observancia. Era imposible evitar que entre cuarenta o cincuenta mujeres hubiese dos o tres que se pusieran al habla aprovechando cualquier coyuntura oportuna en las varias ocupaciones de la casa. Un sábado por la mañana, sor Natividad, que era la superiora (por más señas, la madrecita seca que recibió a Fortunata el día de su entrada), mandó a ésta que brochase los baldosines de la sala de recibir. Era sor Natividad vizcaína, y tan celosa por el aseo del convento, que lo tenía siempre como tacita de plata, y en viendo ella una mota, un poco de polvo o cualquier suciedad, ya estaba desatinada y fuera de sí, poniendo el grito en el cielo, como si se tratara de una gran calamidad caída sobre el mundo, otro pecado original o cosa así. Apóstol fanático de la limpieza, a la que seguía sus doctrinas la agasajaba y mimaba mucho, arrojando tremendos anatemas sobre las que prevaricaban, aunque sólo fuera venialmente, en aquella moral cerrada del aseo. Cierto día armó un escándalo porque no habían limpiado, ¿qué creeréis?, las cabezas doradas de los clavos que sostenían las estampas de la sala. En cuanto a los cuadros, había que descolgarlos y limpiarlos por detrás lo mismo que por delante.

—Si no tenéis alma ni un adarme de gracia de Dios—les decía—, y no os habéis de condenar por malas, sino por puercas.

El sábado aquel mandó, como digo, dar cera y brochado al piso de la sala, encargando a Fortunata y a otra compañera que se lo habían de dejar *lo mismo que la cara del Sol*.

Era para Fortunata este trabajo no sólo fácil, sino divertido. Gustábale calzarse en el pie derecho el grueso escobillón y, arrastrando el paño con el izquierdo, andar de un lado para otro en la vasta pieza, con paso de baile o de patinación, puesta la mano en la cintura y ejercitando en grata gimnasia todos los músculos hasta sudar copiosamente, ponerse la cara como un pavo y sentir unos dulcísimos retozos de alegría por todo el cuerpo. La compañera que sor Natividad le dió en aquella faena era una *filomena*, en cuyo rostro se había fijado no pocas veces la neófita, creyendo reconocerlo. Indudablemente había visto aquella cara en alguna parte, pero no recordaba dónde ni cuándo. Ambas se habían mirado mucho, como deseando tener una explicación; pero no se habían dirigido nunca la palabra. Lo que sí sabía Fortunata era que aquella mujer daba mucha guerra a las madres por su carácter alborotado y desigual.

Desde que la superiora las dejó solas, la otra rompió a patinar y a hablar al mismo tiempo. Parándose después ante Fortunata, le dijo:

—Porque nosotras nos conocemos, ¿eh? A mí me llaman Mauricia la *Dura*. ¿No te acuerdas de haberme visto en casa de la Paca?

—¡Ah..., sí!...—indicó Fortunata, y cargando sobre el pie derecho, tiró para otro lado, frotando el suelo con amazónica fuerza.

Mauricia la *Dura* representaba treinta años o poco más, y su rostro era conocido de todo el que entendiese algo de iconografía histórica, pues era el mismo, exactamente el mismo, de Napoleón Bonaparte antes de ser primer cónsul. Aquella mujer singularísima, bella y varonil, tenía el pelo corto y lo llevaba siempre mal peinado y peor sujeto. Cuando se agitaba mucho trabajando,

las melenas se le soltaban, llegándole hasta los hombros, y entonces la semejanza con el precoz caudillo de Italia y Egipto era perfecta. No inspiraba simpatías Mauricia a todos los que la veían; pero el que la viera una vez no la olvidaba y sentía deseos de volverla a mirar. Porque ejercían indecible fascinación sobre el observador aquellas cejas rectas y prominentes, los ojos grandes y febriles, escondidos como en acecho bajo la concavidad frontal, la pupila inquieta y ávida, mucho hueso en los pómulos, poca carne en las mejillas, la quijada robusta, la nariz romana, la boca acentuada, terminando en flexiones enérgicas, y la expresión, en fin, soñadora y melancólica. Pero en cuanto Mauricia hablaba, adiós ilusión. Su voz era bronca, más de hombre que de mujer, y su lenguaje, vulgarísimo, revelando una naturaleza desordenada, con alternativas misteriosas de depravación y de afabilidad.

II

Después que se reconocieron, callaron un rato, trabajando las dos con igual ahinco. Un tanto fatigadas, se sentaron en el suelo, y entonces Mauricia, arrastrándose hasta llegar junto a su compañera, le dijo:

—Aquel día..., ¿sabes?, acabadita de marcharte tú, estuvo en casa de la Paca Juanito Santa Cruz.

Fortunata la miró aterrada.

—¿Qué día?—fué lo único que dijo.

—¿No te acuerdas? El día que estuviste tú, el día que te conocí... *Paices* boba. Yo me lié con la Visitación, que me robó un pañuelo, la muy ladrona sinvergüenza. Le metí mano y..., ¡ras!, le trinqué la oreja y me quedé con el pendiente en la mano, partiéndole el pulpejo...; por poco me traigo media cara... Ella me mordió un brazo; mira..., todavía está aquí la señal; pero yo le dejé bien sellaíto un ojo...; todavía no lo ha abierto, y le saqué una tira de pelleja, ¡ras!, desde semejante parte, aquí por la sien..., hasta la barba. Si no nos apartan, si no me coges tú a mí por la cintura y Paca a ella, la reviento..., créetelo.

—Ya me acuerdo de aquella trifulca —dijo Fortunata, mirando a su compañera con miedo.

—A mí, la que me la hace me la paga. No sé si sabes que a la Matilde, aquella silfidona rubia...

—No sé, no la conozco.

—Pues allá se me vino con unos chismajos, porque yo *hablaba* entonces con el chico de Tellería y... Pues la cogí un día, la tiré al suelo, me estuve paseando sobre ella todo el tiempo que me dió gana..., y luego cogí una badila y del primer golpe le abrí un ojal en la cabeza del tamaño de un duro... La llevaron al hospital... Dicen que por el boquete que le hice se le veía la sesada... Buen repaso le di. Pues otro día, estando en el Modelo..., verás..., me dijo una tía muy pindongona y muy facha que si yo era no sé qué y no sé cuándo, y de la primer bofetada que le alumbré fué rodando por el suelo con las patas al aire. Nada, que tuvieron que atarme... Pues volviendo a lo que decía: aquel día que tuve la zaragata con Visitación...

Sintieron venir a la superiora y rápidamente se levantaron y se pusieron a brochar otra vez. La monja miró el piso, ladeando la cara, como los pájaros cuando miran al suelo, y se retiró. Un rato después las dos arrepentidas volvieron a pegar su hebra.

—No aportaste más por allí. Yo le pregunté después a la Paca si había vuelto por allí el *chico* de Santa Cruz, y me contestó: "Calla, hija; si han dicho aquí anoche que está con *plumonía*..." Pobrecito, por poco no la cuenta. Estuvo si se las lía, si no se las lía... Por ti pregunté a la Feliciana una tarde que fuí a enseñarle los mantones de Manila que yo estaba corriendo, y me dijo que te ibas a casar con un boticario...; ya, el sobrino de doña Lupe *la de los Pavos*... ¡Ah chica, si esa tal doña Lupe es lo que más conozco!... Pregúntale por mí. Le he vendido más alhajas que pelos tengo en la cabeza. ¡Ah! Entonces sí que estaba yo bien; pero de repente me trastorné, y caí tan enferma del estómago, que no podía pasar nada, y lo mismo era entrarme bocado en él o gota de agua, que parecía que me encendían lumbre; y mi hermana Severiana, que vive en la calle de Mira el Río, me llevó a su casa, y allí me entraron unos calambres que creí que espichaba; y una noche, viendo que aquello no se me quería calmar, salí de estampía, y en la taberna me aticé tres copas de aguardiente, arreo, tras,

tras, tras, y salí, y en medio a medio de la calle caíme al suelo, y los chiquillos se me ajuntaron a la redonda, y luego vinieron los guindillas y me soplaron en la Prevención. Severiana quiso llevarme otra vez a su casa; pero entonces una señora que conocemos, esa doña Guillermina..., la habrás oído nombrar..., me cogió por su cuenta y me trajo a este *establecimiento*. La doña Guillermina es una que se ha echado mismamente a pobre, ¿sabes?, y pide limosna y está haciendo un palación ahí abajo para los *buérfanos*. Mi hermana y yo nos criamos en su casa, ¡gran casa la de los señores de Pacheco! Personas muy ricas, no te creas, y mi madre era la que les planchaba. Por eso nos tiene tanta ley doña Guillermina, que siempre que me ve con miseria me socorre, y dice que mientras más mala sea yo, más me ha de socorrer. Pues que quise que no, aquí me metieron... Ya me habían metido antes; pero no estuve más que una semana, porque me escapé subiéndome por la tapia de la huerta como los gatos.

Esta historia, contada con tan aterradora sinceridad, impresionó mucho a la otra *filomena*. Siguieron ambas bailando a lo largo de la sala, deslizándose sobre el ya pulimentado piso, como los patinadores sobre el hielo, y Fortunata, a quien le escarbaba en el interior lo que referente a ella había dicho Mauricia la *Dura*, quiso aclarar un punto importante, diciéndole:

—Yo no fuí más que dos veces a casa de la Paca, y por mi gusto no hubiera ido ninguna. La necesidad, hija... Después no volví más, porque me salieron relaciones con el chico con quien me voy a casar.

Después de una pausa, durante la cual viniéronle al pensamiento muchas cosas pasadas, creyó oportuno decir algo conforme a las ideas que aquella casa imponía:

—¿Y para qué me buscaba a mí ese hombre?... ¿Para qué? Para perderme otra vez. Con una basta.

—Los hombres son muy caprichosos —dijo en tono de filosofía Mauricia la *Dura*—, y cuando la tienen a una a su disposición no le hacen más caso que a un trasto viejo; pero si una habla con otro, ya el de antes quiere arrimarse, por el aquel de la golosina que otro se lleva. Pues digo..., si una se pone a ser, verbigracia, honrada, los muy peines no pasan por eso, y si una se mete mucho a rezar y a confesar y comulgar, se les encienden más a ellos las querencias, y se pirran por nosotras desde que nos convertimos por lo eclesiástico... Pues qué, ¿crees tú que Juanito no viene a rondar este convento desde que sabe que estás aquí? *Paices* boba. Tenlo por cierto, y alguno de los coches que se sienten por ahí, créete que es el suyo.

—No seas tonta..., no digas burradas —replicó la otra, palideciendo—. No puede ser... Porque mira tú: él cayó con la pulmonía en febrero...

—Bien enterada estás.

—Lo sé por Feliciana, a quien se lo contó, *días atrás*, un señor que es amigo de Villalonga. Pues verás, él cayó con la pulmonía en febrero, y en este *entremedio* conocí yo al chico con quien hablo... El otro estuvo dos meses muy malito..., si se va, si no se va. Por fin, salió, y en marzo se fué con su mujer a Valencia.

—¿Y qué?

—Que todavía no habrá vuelto.

—*Paices* boba... Esto es un decir. Y si no ha vuelto, volverá... Quiere decirse que te hará la rueda cuando venga y se entere de que ahora vas para santa.

—Tú sí que eres boba...; déjame en paz. Y suponiendo que venga y me ronde..., ¿a mí qué?

Sor Natividad examinó el brochado y vió que era *bueno*. Satisfacción de artista resplandecía en su carita seca. Miró al techo, tratando de descubrir alguna mota producida por las moscas; pero no había nada, y hasta las cabezas de los clavos de la pared, limpiados el día antes, resplandecían como estrellitas de oro. La superiora volvía las gafas a todas partes buscando algo que reprender; pero nada encontró que mereciese su crítica estrecha. Dispuso que antes de entrar los muebles los limpiasen y frotasen bien, para que todo el polvo quedase fuera; pero encargó mucho que aquella operación se hiciese *al hilo* de la madera; y como las dos trabajadoras no entendiesen bien lo que esto significaba, cogió ella misma un trapo y prácticamente les hizo ver con la mayor seriedad cuál era su sistema. Cuando se quedaron solas otra vez, Mauricia dijo a su amiga:

—Hay que tener contenta a esta *tía chiflada*, que es buena persona, y como

le froten los muebles *al hilo*, la tienes partiendo un piñón.

Mauricia tenía días. Las monjas la consideraban lunática, porque si las más de las veces la sometían fácilmente a la obediencia, haciéndola trabajar, entrábale de golpe como una locura y rompía a decir y hacer los mayores desatinos. La primera vez que esto pasó, las religiosas se alarmaron; mas domada la furia sin que fuese preciso apelar a la fuerza, cuando se repetían los accesos de indisciplina y procacidad no les daban gran importancia. Era un espectáculo imponente y aun divertido el que de tiempo en tiempo, comúnmente cada quince o veinte días, daba Mauricia a todo el personal del convento. La primera vez que lo presenció Fortunata sintió verdadero terror.

Iniciábasele aquel trastorno a Mauricia como se inician las enfermedades, con síntomas leves, pero infalibles, los cuales se van acentuando y recorren después todo el proceso morboso. El período prodrómico solía ser una cuestión con cualquier recogida por el chocolate del desayuno, o por si al salir le tropezaron y la otra lo hizo con mala intención. Las madres intervenían, y Mauricia callaba al fin, quedándose durante dos o tres horas taciturna, rebelde al trabajo, haciéndolo todo al revés de como se le mandaba. Su diligencia pasmosa trocábase en dejadez; y como las madres la reprendieran, no les respondía nada cara a cara; pero en cuanto volvían la espalda, dejaba oír gruñidos, masticando entre ellos palabras soeces. A este período seguía, por lo común, una travesura ruidosa y carnavalesca, hecha de improviso para provocar la risa de algunas *filomenas* y la indignación de las señoras. Mauricia aprovechaba el silencio de la sala de labores para lanzar en medio de ella un gato con una chocolatera amarrada a la cola, o hacer cualquier otro disparate más propio de chiquillos que de mujeres formales. Sor Antonia, que era la bondad misma, mirábala con toda la severidad que cabía en su carácter angelical, y Mauricia le devolvía la mirada con insolente dureza, diciendo:

—Si no he sido *yió*...; amos, si no he sido *yió*... ¿Para qué me mira usted tantooo?... ¿Es que me quiere retrataaar?...

Aquel día sor Antonia llamó a la superiora, que era una vizcaína muy templada. Esta dijo al entrar:

—¿Ya está otra vez suelto el enemigo?...

Y decretó que fuese encerrada en el cuarto que servía de prisión cuando alguna recogida se insubordinaba. Aquí fué el estallar la fiereza de aquella maldita mujer.

—¡Encerrarme a mí!... ¿De veee.. ras? No me lo diga usted..., prenda.

—Mauricia—dijo con varonil entereza la monja, soltando una expresión de su tierra—, déjese usted de *chinchirrimáncharras*, y obedezca. Ya sabe usted que no nos asusta con sus botaratadas. Aquí no tenemos miedo a ninguna tarasca. Por compasión y caridad no la echamos a la calle, ya lo sabe usted... Vamos, hija, pocas palabras, y a hacer lo que se le manda.

A Mauricia le temblaba la quijada, y sus ojos tomaban esa opacidad siniestra de los ojos de los gatos cuando van a atacar. Las recogidas la miraban con miedo, y algunas monjas rodearon a la superiora para hacerla respetar.

—Vaya con lo que sale ahora la tía chiflada... ¡Encerrarme a mí! A donde voy es a mi casa, ¡hala!..., a mi casa, de donde me sacaron engañada estas indecentonas, sí, señor, engañada, porque yo era honrada como un sol, y aquí no nos enseñan más que peines y peinetas... ¡Ja, ja, ja!... Vaya con las señoras virtuosas y *santifiquísimas*. ¡Ja, ja, ja!

Estos monosílabos guturales los emitía con todo el grueso de su grosísima voz, y con tal acento de sarcasmo infame y de grosería, que habrían sacado de quicio a personas de menos paciencia y flema que sor Natividad y sus compañeras. Estaban tan hechas a ser tratadas de aquel modo y habían domado fieras tan espantables, que ya las injurias no les hacían efecto.

—Vamos—dijo la superiora, frunciendo el ceño—; callando, y baje usted al patio.

—Pues me gusta la santidad de estas traviatonas de iglesia... ¡Ja, ja, ja!... —gritó la infame, puesta en jarras y mirando en redondo a todo el concurso de recogidas—. Se encierran aquí por retozar a sus anchas con los curánganos de babero... ¡Ja, ja, ja!... ¡Qué peines!..., y con los que no son de babero.

Muchas recogidas se tapaban los oídos. Otras, suspensa la mano sobre el bastidor, miraban a las monjas y se pasmaban de su serenidad. En aquel instante apareció en la sala una figura extraña. Era sor Marcela, una monja vieja, coja y casi enana, la más desdichada estampa de mujer que puede imaginarse. Su cara, que parecía de cartón, era morena, dura, chata, de tipo mogólico, los ojos expresivos y afables, como los de algunas bestias de la raza cuadrúmana. Su cuerpo no tenía forma de mujer, y al andar parecía desbaratarse y hundirse del lado izquierdo, imprimiendo en el suelo un golpe seco que no se sabía si era de pie de palo o del propio muñón del hueso roto. Su fealdad sólo era igualada por la impavidez y el desdén compasivo con que miró a Mauricia.

Sor Marcela traía en la mano derecha una gran llave, y apuntando con ella al esternón de la delincuente, hizo un castañeteo de lengua y no dijo más que esto:

—Andando.

Quitóse la fiera con rápido movimiento su toca, sacudió las melenas y salió al corredor, echando por aquella boca insolencias terribles. La coja volvió a indicarle el camino, y Mauricia, moviendo los brazos como aspas de molino de viento, se puso a gritar:

—¡Peines y peinetas!... ¿Pues no me quieren deshonrar y encerrarme, como si yo fuera una *criminala?* ¡Tunantas!... Cuando, si yo quisiera, de tres bofetadas las tumbaba a todas patas arriba...

A pesar de estas fierezas, la coja la llevaba por delante con la misma calma con que se conduce a un perro que ladra mucho, pero que se sabe no ha de morder. A mitad de la escalera se volvió la arpía, y mirando con inflamados ojos a las monjas que en el corredor quedaban, les decía en un grito estridente:

—¡Ladronas, más que ladronas!... ¡Grandísimas púas!...

Dicho esto, la coja le ponía suavemente la mano en la espalda, empujándola hacia adelante. En el patio tuvo que cogerla por un brazo, porque quería subir de nuevo.

—Si no te hacen caso, estúpida—le dijo—; si no eres tú la que hablas, sino el demonio que te anda dentro de la boca. Cállate ya, por amor de Dios, no marees más.

—El demonio eres tú—replicó la fiera, que parecía ya, por lo muy exaltada, irresponsable de los disparates que decía—. Facha, mamarracho, esperpento...

—Echa, echa más veneno—murmuraba sor Marcela con tranquilidad, abriendo la puerta de la prisión—. Así te pasará muy pronto el arrechucho. Vaya, adentro, y mañana como un guante. A la noche te traeré de comer. Paciencia, hija...

Mauricia ladró un poco más; pero con tanto furor de palabras no hacía resistencia verdadera, de modo que aquella pobre vieja inválida la manejaba como a un niño. Bastó que ésta la cogiese por un brazo y la metiera dentro del encierro para que la prisión se efectuase sin ningún inconveniente, después de tanta bulla. Sor Marcela echó la llave, dando dos vueltas, y la guardó en su bolsillo. Su rostro, tan parecido a una máscara japonesa, continuaba imperturbable. Cuando atravesaba el patio en dirección a la escalera, oyó el ¡ja, ja, ja! de Mauricia, que estaba asomada por uno de los dos tragaluces con barras de hierro que la puerta tenía en su parte superior. La monja no se detuvo a oír las injurias que la fiera le decía.

—¡Eh!..., coja, galápago, vuelve acá y verás qué morrazo te doy... ¡Qué facha! Cañamón, pata y media...

III

La faz napoleónica, lívida y con la melena suelta volvió a asomar en la reja a la caída de la tarde. Y sor Marcela pasó repetidas veces por delante de la cárcel, volviendo de registrar los nidos de las gallinas, por ver si tenían huevos, o de regar los pensamientos y francesillas que cultivaba en un rincón de la huerta. El patio, que era pequeño y se comunicaba con la huerta por una reja de madera casi siempre abierta, estaba muy mal empedrado, resultando tan irregular el paso de la coja que los balanceos de su cuerpo semejaban los de una pequeña embarcación en un mar muy agitado. Muy a menudo andaba sor Marcela por allí, pues tenía la llave de la leñera y carbonera, la del calabozo y la de otra pieza en que se guardaban trastos de la casa y de la iglesia.

Ya cerca de la noche, como he dicho,

Mauricia no se quitaba de la reja para hablar a la monja cuando pasaba. Su acento había perdido la aspereza iracunda de por la mañana, aunque estaba más ronca y tenía tonos de dolor y de miseria, implorando caridad. La fiera estaba domada. Fuertemente asida con ambas manos a los hierros, la cara pegada a éstos, alargando la boca para ser mejor oída, decía con voz plañidera:

—Cojita mía..., cañamoncito de mi alma, ¡cuánto te quiero!... Allá va el patito con sus meneos: una, dos tres... Lucero del convento, ven y escucha, que te quiero decir una cosita.

A estas expresiones de ternura, mezcladas de burla cariñosa, la monja no contestaba ni siquiera con una mirada. Y la otra seguía:

—¡Ay mi galapaguito de mi alma, qué enfadadito está conmigo, que le quiero tanto!... Sor Marcela, una palabrita, nada más que una palabrita. Yo no quiero que me saques de aquí, porque me merezco la encerrona. Pero ¡ay niñita mía, si vieras qué mala me he puesto! *Paice* que me están arrancando el estómago con unas tenazas de fuego... Es de la tremolina de esta mañana. Me dan tentaciones de ahorcarme colgándome de esta reja con un cordón hecho de tiras del refajo. Y lo voy a hacer, sí, lo hago y me cuelgo si no me miras y me dices algo... Cojita graciosa, enanita remolona, mira, oye: si quieres que te quiera más que a mi vida y te obedezca como un perro, hazme un favor que voy a pedirte: tráeme nada más que una lagrimita de aquella gloria divina que tú tienes, de aquello que te recetó el médico para tu mal de barriga... Anda, ángel, mira que te lo pido con toda mi alma, porque esta penita que tengo aquí no se me quiere quitar, y parece que me voy a morir. Anda, rica, cañamón de los ángeles, tráeme lo que te pido; así Dios te dé la vida celestial que te tienes ganada, y tres más, y así te coronen los serafines cuando entres en el cielo con tu patita coja...

La monja pasaba..., *trun, trun*..., hiriendo los guijarros con aquel pie duro, que debía de ser como la pata de una silla; y no concedía a la prisionera ni respuesta ni mirada. Al anochecer bajó con la cena para la presa, y abriendo la puerta penetró en el lóbrego aposento. Por el pronto no vió a Mauricia, que estaba acurrucada sobre unas tablas, las rodillas junto al pecho, las manos cruzadas sobre las rodillas y en las manos apoyada la barba.

—No veo. ¿Dónde estás?—murmuró la coja, sentándose sobre otro rimero de tablas.

Contestó Mauricia con un gruñido, como el de un mastín a quien dan con el pie para que despierte. Sor Marcela puso junto a sí un plato de menestra y un pan.

—La superiora—dijo—no quería que te trajera más que pan y agua; pero intercedí por ti... No te lo mereces. Aunque me proponga no tener entrañas, no lo puedo conseguir. A ti te manejo yo a mi modo y sé que mientras peor se te trate, más rabiosa te pones... Y para que veas, hija, hasta dónde llevo mi condescendencia...—añadió, sacando de debajo del manto un objeto.

Creyérase que Mauricia lo había olido, porque de improviso alzó la cabeza, adquiriendo tal animación y vida su cara, que parecía *mismamente* la del otro cuando, señalando las pirámides, dijo lo de los *cuarenta siglos*. La mazmorra estaba oscura, mas por la puerta entraba la última claridad del día, y las dos mujeres allí encerradas se podían ver y se veían aunque más bien como bultos que como personas. Mauricia alargó las manos con ansia hasta tocar la botella, pronunciando palabras truncadas y balbucientes para expresar su gratitud; pero la monja apartaba el codiciado objeto:

—¡Eh!... ¡Las manos quietas! Si no tenemos formalidad, me voy. Ya ves que no soy tirana, que llevo la caridad hasta un límite que quizá sea imprudente. Pero yo digo: "Dándole un poquito, nada más que una miajita, la consuelo, y aquí no puede haber vicio." Porque yo sé lo que es la debilidad de estómago y cuánto hace sufrir. Negar y negar siempre al preso pecador todo lo que pide no es bueno. El Señor no puede querer esto. Tengamos misericordia y consolemos al triste.

Diciendo esto sacó un cortadillo y se preparó a escanciar corta porción del precioso licor, el cual era un coñac muy bueno que solía usar para combatir sus rebeldes dispepsias. Luego cayó en la cuenta de que antes debía comerse Mauricia el plato de menestra. La presa lo

comprendió así, apresurándose a devorar la cena para abreviar.

—Esto que te doy—añadió la monja—es una reparación de los nervios y un puntal del ánimo desmayado. No creas que lo hago a escondidas de la superiora, pues acaba de autorizarme para darte esta golosina, siempre que sea en la medida que separa la necesidad del apetito y el remedio del deleite. Yo sé que esto te entona y te da la alegría necesaria para cumplir bien los deberes. Mira tú por dónde lo que algunos podrán tener por malo es bueno en medida razonable.

Mauricia estaba tan agradecida, que no acertaba a expresar su gratitud. La cojita echó en el cortadillo una cantidad, así como un dedo, inclinando la botella con extraordinario pulso para que no saliera más de lo conveniente; y al dárselo a la presa, le repitió el sermón. Y ¡cómo se relamía la otra después de beber, y qué bien le supo! Conocía muy bien al galapaguito para atreverse a pedir más. Sabía, por experiencia de casos análogos, que no traspasaba jamás el límite que su bondad y caridad le imponían. Era buena como un ángel para conceder, y firme como una roca para detenerse en el punto que debía.

—Ya sé—dijo, tapando cuidadosamente la botella—que con este consuelo de tus nervios desmayados estarás más dispuesta, y la reparación del cuerpo ayuda a la del alma.

En efecto, Mauricia empezó a sentirse alegre, y con la alegría vínole una viva disposición de ánimo para la obediencia y el trabajo, y tantas ganas le entraron de todo lo bueno, que hasta tuvo deseos de rezar, de confesarse y de hacer devociones exageradas, como las que hacía sor Marcela, que, al decir de las recogidas, llevaba cilicio.

—Dígale, por Dios, a la superiora que estoy arrepentida y que me perdone..., que yo cuando me da el toque y me pongo a despotricar soy un papagayo, y la lengua se lo dice sola. Sáqueme pronto de aquí y trabajaré como nunca, y si me manda fregar toda la casa de arriba abajo la fregaré. Echenme penitencias gordas y las cumpliré en un decir luz.

—Me gusta verte tan entrada en razón—le dijo la madre, recogiendo el plato—; pero por esta noche no saldrás de aquí. Medita, medita en tus pecados, reza mucho y pídele al Señor y a la Santísima Virgen que te iluminen.

Mauricia creía que estaba ya bastante iluminada porque la excitación encendía sus ideas, dándole un cierto entusiasmo; y después de hacer un poco de ejercicio corporal, colgándose de la reja, porque sus miembros apetecían estirarse, se puso a rezar con toda la devoción de que era capaz, luchando con las varias distracciones que llevaban su mente de un lado para otro, y por fin se quedó dormida sobre el duro lecho de tablas. Sacáronla del encierro al día siguiente, temprano, y al punto se puso a trabajar en la cocina, sumisa, callada y desplegando maravillosas actividades. Después de cumplir una condena, lo que ocurría infaliblemente una vez cada treinta o cuarenta días, la mujer napoleónica estaba cohibida y como avergonzada entre sus compañeras, poniendo toda su atención en las obligaciones, demostrando un celo y obediencia que encantaban a las madres. Durante cuatro o cinco días desempeñaba sin embarazo ni fatiga la tarea de tres mujeres. Pasadas dos semanas, advertían que se iba cansando; ya no había en su trabajo aquella corrección y diligencia admirables; empezaban las omisiones, los olvidos, los descuidillos, y todo esto iba en aumento, hasta que la repetición de las faltas anunciaba la proximidad de otro estallido. Con Fortunata volvió a intimar después de la escena violenta que he descrito, y juntas echaron largos párrafos en la cocina mientras pelaban patatas o fregaban los peroles y cazuelas. Allí gozaban de cierta libertad y estaban sin tocas y en traje de *mecánica,* como las criadas de cualquier casa.

—Yo tengo una niña—dijo Mauricia en una de sus confidencias—. Le puse por nombre Adoración. ¡Es más mona!... Está con mi hermana Severiana, porque yo, como gasto este geniazo, le doy malos ejemplos sin querer, ¿tú sabes?, y mejor vive el angelito con Severiana que conmigo. Esa doña Jacinta, esposa de tu señor, quiere mucho a mi niña, y le compra ropa y le da el toque por llevársela consigo; como que está rabiando por tener chiquillos y el Señor no se los quiere dar. Mal hecho, ¿ver-

dad? Pues los hijos deben ser para los ricos y no para los pobres, que no los pueden mantener.

Fortunata se manifestó conforme con estas ideas. Algo había oído ella contar del desmedido afán de aquella señora por tener hijos; pero Mauricia le dijo algo más, contándole también el caso del *Pituso*, a quien Jacinta quiso recoger creyéndolo hijo de su marido y de la propia Fortunata. Tal efecto hizo en ésta la historia de aquel increíble caso de delirio maternal y de pasión no satisfecha, que estuvo tres días sin poder apartarlo del pensamiento.

IV

Desde el corredor alto se veía parte del Campo de Guardias, el Depósito de aguas del Lozoya, el cementerio de San Martín y el caserío de Cuatro Caminos, y detrás de esto los tonos severos del paisaje de la Moncloa y el admirable horizonte que parece el mar, líneas ligeramente onduladas, en cuya aparente inquietud parece balancearse, como la vela de un barco, la torre de Aravaca o de Húmera. Al ponerse el sol, aquel magnífico cielo de occidente se encendía en espléndidas llamas, y después de puesto apagábase con gracia infinita, fundiéndose en las palideces del ópalo. Las recortadas nubes oscuras hacían figuras extrañas, acomodándose al pensamiento o a la melancolía de los que las miraban, y cuando en las calles y en las casas era ya de noche permanecía en aquella tarde del cielo la claridad blanda, cola del día fugitivo, la cual lentamente también se iba.

Estas hermosuras se ocultarían completamente a la vista de *filomenas* y *josefinas* cuando estuviera concluída la iglesia, en que se trabajaba constantemente. Cada día, la creciente masa de ladrillos tapaba una línea de paisaje. Parecía que los albañiles, al poner cada hilada, no construían, sino que borraban. De abajo arriba, el panorama iba desapareciendo como un mundo que se anega. Hundiéronse las casas del paseo de Santa Engracia, el Depósito de aguas, después el cementerio. Cuando los ladrillos rozaban ya la bellísima línea del horizonte, aún sobresalían las lejanas torres de Húmera y las puntas de los cipreses del campo santo. Llegó un día en que las recogidas se alzaban sobre las puntas de los pies o daban saltos para ver algo más y despedirse de aquellos amigos que se iban para siempre. Por fin la techumbre de la iglesia se lo tragó todo, y sólo se pudo ver la claridad del crepúsculo, la cola del día arrastrada por el cielo.

Pero si ya no se veía nada, se oía, pues el tiquitiqui del taller de canteros parecía formar parte de la atmósfera que rodeaba el convento. Era ya un fenómeno familiar, y los domingos, cuando cesaba, la falta de aquella música era para todas las habitantes de la casa la mejor apreciación del día de fiesta. Los domingos empezaba a oírse, desde las dos, el tambor que ameniza el tiovivo y balancines que están junto al Depósito de aguas. Este bullicio y el de la muchedumbre que concurre a los merenderos de los Cuatro Caminos y de Tetuán, duraba hasta muy entrada la noche. Mucho molestó en los primeros tiempos a algunas monjas el tal tamboril, no sólo por la pesadez de su toque, sino por la idea de lo mucho que se peca al son de aquel mundano instrumento. Pero se fueron acostumbrando, y por fin lo mismo oían el rumor del tiovivo los domingos que el de los picapedreros los días de labor. Algunas tardes de día de fiesta, cuando las recogidas se paseaban por la huerta o el patio, la tolerancia de las madres llegaba hasta el extremo de permitirles bailar una chispita, con decencia se entiende, al son de aquellas músicas populares. ¡Cuántas memorias evocadas, cuántas sensaciones reverdecidas en aquellos poquitos compases y vueltas de las pobres reclusas! ¡Qué recuerdo tan vivo de las polcas bailadas con horteras en el salón de la Alhambra, de tarde, levantando mucho polvo del piso, las manos muy sudadas y chupando caramelos revenidos! Y lo peor de todo, y lo que en definitiva las había perdido, era que aquellos benditos horteras iban todos con buen fin. El buen fin precisamente, disculpando los malos medios, era la más negra. Porque después, ni fin ni principio, ni nada más que vergüenza y miseria.

La monja que más empeñadamente abogaba porque se las dejase zarandearse un ratito era sor Marcela, que por su cojera y su facha parecía incapaz

de apreciar el sentimiento estético de la danza. Pero la mujer aquella, con su aplastada cara japonesa, sabía mucho del mundo y de las pasiones humanas, tenía el corazón rebosando tolerancia y caridad, y sostenía esta tesis: que la privación absoluta de los apetitos alimentados por la costumbre más o menos viciosa es el peor de los remedios, por engendrar la desesperación, y que para curar añejos defectos es conveniente permitirlos de cuando en cuando, con mucha medida.

Un día sorprendió a Mauricia en la carbonera fumándose un cigarrillo, cosa ciertamente fea e impropia de una mujer. La coja no se apresuró a quitarle el cigarro de la boca, como parecía natural. Sólo le dijo:

—¡Qué cochina eres! No sé cómo te puede gustar eso. ¿No te mareas?

Mauricia se reía, y cerrando fuertemente un ojo, porque el humo se le había metido en él, miró a la monja con el otro y, alargándole el cigarro, le dijo:

—Pruebe, señora.

¡Cosa inaudita! Sor Marcela dió una chupada y después arrojó el cigarro, haciendo ascos, escupiendo mucho y poniendo una cara tan fea como la de esos fetiches monstruosos de las idolatrías malayas. Mauricia lo recogió y siguió chupando, alternando un ojo con otro en el cerrarse y en el mirar. Después hablaron de la procedencia del pitillo. La otra no quería confesarlo; pero la madrecita, que sabía tanto, le dijo:

—Los albañiles te lo han tirado desde la obra. No lo niegues. Ya te vi haciéndoles garatusas. Si la superiora sabe que andas en telégrafos con los albañiles, buena te la arma..., y con razón. Tira va el tabacazo, indecente... ¡Ay, qué asco! Me ha dejado la boca perdida. No comprendo cómo os puede gustar ese ardor, ese picor de mil demonios. Los hombres, como si no tuvieran bastantes vicios, los inventan cada día...

Mauricia tiró el cigarro y apagólo con el pie.

Fortunata, al mes de estar allí, tuvo otra amiga, con quien intimó bastante. Doña Manolita era *señora* en regla, puesto que era casada; ayudaba a las monjas en las clases de lectura y escritura y ponía un empeño particular en enseñar a Fortunata, de lo que principalmente vino su amistad. Permitían las madres a aquella recogida cierta latitud en la observancia de las reglas; se la dejaba sola con una o dos *filomenas* durante largo rato, bien en la sala de estudio, bien en la puerta; se le permitía ir al departamento de *josefinas*, y como tenía habitación aparte y pagaba buena pensión, gozaba de más comodidad que sus compañeras de encierro.

Fortunata y ella, una vez que se conocieron, no tardaron en referirse sus respectivas historias. La que ya conocemos salió descarnada; pero Manolita adornó la suya tanto, y de tal modo la quiso hacer patética, que no la conocería nadie. Según su relato, no había pecado, todo había sido pura equivocación: pero su marido, que era muy bruto y tenía la culpa—sí, él tenía la culpa de las equivocaciones o, si se quiere, malas tentaciones de ella—, la había metido allí sin andarse con rodeos. Como aquella señora había ocupado una regular posición, contaba con embeleso cosas del mundo y sus pompas, de los saraos a que asistía, de los muchos y buenos vestidos que usaba. Porque su marido era comerciante de novedades, hombre inferior a ella por el nacimiento; como que su papá era oficial primero de la Dirección de la Deuda. Oyendo estas ponderaciones orgullosas, Fortunata se echaba a pensar qué cosa tan empingorotada sería aquel destino del papá de su amiga.

Pero lo mejor fué que en la conversación salió de repente una cosa interesantísima. Manolita conocía a los de Santa Cruz. ¡Vaya!, si su marido, Pepe Rejos, era íntimo, pero íntimo, de don Baldomero. Y ella, la propia Manolita, visitaba mucho a doña Bárbara. De aquí saltó la conversación a hablar de Jacinta. ¡Ah! Jacinta era una mujer muy mona, lo tenía todo: bondad, belleza, talento y virtud. El danzante de Juan no merecía tal joya, por ser muy dado a picos pardos. Pero fuera de esto era un excelente chico, y muy simpático, pero mucho.

—Ya sabrá usted—dijo luego—que cayó malo, con pulmonía, en febrero de este año. Por poco se muere. En esta casa, que debe mucha protección a los señores de Santa Cruz, pusieron al Señor de manifiesto, y cuando estuvo fuera de peligro, Jacinta costeó unas funciones solemnes. Como que vino el obispo auxiliar a decirnos la misa...

—¿De veras?... *Tie* gracia.

—Como usted lo oye. ¡Lo que usted se perdió! Jacinta es una de las señoras que más han ayudado a sostener esta casa. Ya se ve, como no tiene hijos..., no sabe en qué gastar el dinero. ¿Se ha fijado usted en aquellos grandes ramos, monísimos, con flores de tisú de oro y hojas de plata?

—Sí—replicó Fortunata, que atendía con toda su alma—. ¡Los que se pusieron en el altar el día de Pentecostés!

—Los mismos. Pues los regaló Jacinta. Y el manto de la Virgen, el manto de brocado con ramos..., ¡qué mono!, también es donativo suyo, en acción de gracias por haberse puesto bueno su marido.

Fortunata lanzó una exclamación de pasmo y maravilla. ¡Cosa más rara! ¡Y ella había tenido en su mano, días antes, para limpiarle unas gotas de cera, aquel mismo manto que había servido para pagar, digámoslo así, la salvación del chico de Santa Cruz! Y, no obstante, todo era muy natural, sólo que a ella se le revolvían los pensamientos y le daba qué pensar, no el hecho en sí, sino la casualidad, eso es, la casualidad, el haber tenido en su mano objetos relacionados, por medio de una curva social, con ella misma, sin que ella misma lo sospechara.

—Pues no sabe usted lo mejor—añadió Manolita, gozándose en el asombro de la otra, el cual más bien parecía espanto—. La custodia, ¡sabe usted!, la custodia en que se pone al propio Dios, también vino de allá. Fué regalo de Barbarita, que hizo promesa de ofrecerla a estas monjas si su hijo se ponía bueno. No vaya usted a creer que es de oro; es de plata sobredorada; pero muy *mona*, ¿verdad?

Fortunata tenía sus pensamientos tan en lo hondo, que no paró mientes en la increíble tontería de llamar mona a una custodia.

V

Y no pudo en muchos días apartar de su pensamiento las cosas que le refirió doña Manolita, que, entre paréntesis, no acababa de serle simpática, y lo que más metida en reflexiones la traía no era precisamente que aquellos hechos de regalar la custodia y el manto se hubieran verificado, sino la casualidad... *Tie* gracia. Si hubiera ella ido al convento algunos días antes, habría asistido a la solemne misa, con obispo y todo, que se dijo en acción de gracias por haberse puesto bueno el tal... Esto tenía más gracia. Y por su parte, Fortunata, que sabía perdonar las ofensas, no habría tenido inconveniente en unir sus votos a los de todo el personal de la casa... Eso tenía más gracia todavía.

Pero lo que produjo en su alma inmenso trastorno fué el ver a la propia Jacinta viva, de carne y hueso. Ni la conocía ni vió nunca su retrato; pero de tanto pensar en ella había llegado a formarse una imagen que, ante la realidad, resultó completamente mentirosa. Las señoras que protegían la casa, sosteniéndola con cuotas en metálico o donativos, eran admitidas a visitar el interior del convento cuando quisieren; y en ciertos días solemnes se hacía limpieza general y se ponía toda la casa como una plata, sin desfigurarla ni ocultar las necesidades de ella, para que las protectoras vieran bien a qué orden de cosas debían aplicar su generosidad. El día del Corpus, después de misa mayor, empezaron las visitas, que duraron casi toda la tarde. Marquesas y duquesas que habían venido en coches blasonados y otras que no tenían título, pero sí mucho dinero, desfilaron por aquellas salas y pasillos, en los cuales la dirección fanática de sor Natividad y las manos rudas de las recogidas habían hecho tales prodigios de limpieza, que, según frase vulgar, se podía comer en el suelo sin necesidad de manteles. Las labores de bordado de las *filomenas*, las planas de las *josefinas* y otros primores de ambas estaban expuestos en una sala, y todo eran plácemes y felicitaciones. Las señoras entraban y salían, dejando en el ambiente de la casa un perfume mundano que algunas narices de reclusas aspiraban con avidez. Despertaban curiosidad en los grupos de muchachas los vestidos y sombreros de toda aquella muchedumbre elegante, libre, en la cual había algunas, justo es decirlo, que habían pecado mucho más, pero muchísimo más, que la peor de las que allí estaban encerradas. Manolita no dejó de hacer al oído de su amiga esta observación picante. En medio de aquel desfile vió Fortunata a Jacinta, y Manolita (marcan-

do esta sola excepción en su crítica social) cuidó de hacerle notar la gracia de la señora de Santa Cruz, la elegancia y sencillez de su traje, y aquel aire de modestia que se ganaba todos los corazones. Desde que Jacinta apareció al extremo del corredor, Fortunata no quitó de ella sus ojos, examinándole con atención ansiosa el rostro y el andar, los modales y el vestido. Confundida con otras compañeras en un grupo que estaba a la puerta del comedor, la siguió con sus miradas, y se puso en acecho junto a la escalera para verla de cerca cuando bajase, y se le quedó, en fin, aquella simpática imagen vivamente estampada en la memoria.

La impresión moral que recibió la samaritana era tan compleja, que ella misma no se daba cuenta de lo que sentía. Indudablemente, su natural rudo y apasionado la llevó en el primer momento a la envidia. Aquella mujer le había quitado lo suyo, lo que, a su parecer, le pertenecía de derecho. Pero a este sentimiento mezclábase con extraña amalgama otro muy distinto y más acentuado. Era un deseo ardentísimo de parecerse a Jacinta, de ser como ella, de tener su aire, su *aquel* de dulzura y señorío. Porque de cuantas damas vió aquel día ninguna le pareció a Fortunata tan señora como la de Santa Cruz, ninguna tenía tan impresa en el rostro y en los ademanes la decencia. De modo que si le propusieran a la prójima, en aquel momento, transmigrar al cuerpo de otra persona, sin vacilar y a ojos cerrados habría dicho que quería ser Jacinta.

Aquel resentimiento que se inició en su alma iba trocándose poco a poco en lástima, porque Manolita le repitió hasta la saciedad que Jacinta sufría desdenes y horribles desaires de su marido. Llegó a sentar como principio general que todos los maridos quieren más a sus mujeres eventuales que a las fijas, aunque hay excepciones. De modo que Jacinta, al fin y al cabo, y a pesar del Sacramento, era tan víctima como Fortunata. Cuando esta idea se cruzó entre una y otra, el rencor de la pecadora fué más débil y su deseo de parecerse a aquella otra víctima más intenso.

En los días sucesivos figurábase que seguía viéndola o que se iba a aparecer por cualquier puerta cuando menos lo esperase... El mucho pensar en ella la llevó, al amparo de la soledad del convento, a tener por las noches ensueños en que la señora de Santa Cruz aparecía en su cerebro con el relieve de las cosas reales. Ya soñaba que Jacinta se le presentaba a llorarle sus cuitas y a contarle las perradas de su marido, ya que las dos cuestionaban sobre cuál era más víctima; ya, en fin, que transmigraban recíprocamente, tomando Jacinta el exterior de Fortunata y Fortunata el exterior de Jacinta. Estos disparates recalentaban de tal modo el cerebro de la reclusa, que, despierta, seguía imaginando desvaríos del mismo si no de mayor calibre.

Cortaban estas cavilaciones las visitas de Maximiliano todos los jueves y domingos, entre cuatro y seis de la tarde. Veía la joven con gusto llegar la ocasión de aquellas visitas, las deseaba y las esperaba, porque Maximiliano era el único lazo afectivo que con el mundo tenía, y aunque el sentimiento religioso conquistara algo en ella, no la había desligado de los intereses y afectos mundanos. Por esta parte, bien podía estar tranquilo el bueno de Rubín, porque ni una sola vez, en los momentos de mayor fervor piadoso, le pasó a la pecadora por el magín la idea de volverse santa a machamartillo. Veía, pues, a Maximiliano con gusto, y aun se le hacían cortas las horas que en su compañía pasaba hablando de doña Lupe y de *Papitos*, o haciendo cálculos honestos sobre sucesos que habían de venir. Cierto que físicamente el apreciable chico le desagradaba; pero también es verdad que se iba acostumbrando a él, que sus defectos no le parecían ya tan grandes y que la gratitud iba ahondando mucho en su alma. Si hacía examen de corazón, encontraba que en cuestión de amor a su redentor había ganado muy poco: pero el aprecio y estimación eran seguramente mayores, y, sobre todo, lo que había crecido y fortalecídose en su pensamiento era la conveniencia de casarse para ocupar un lugar hermoso en el mundo. A ratos se preguntaba con sinceridad de dónde y cómo le había venido el fortalecimiento de aquella idea; mas no acertaba a darse respuesta. ¿Era, quizá, que el silencio y la paz de aquella vida hacían nacer y desarrollarse en ella la facultad del sentido común? Si era así, no se daba cuenta de semejante fe-

nómeno, y lo único que su rudeza sabía formular era esto: "Es que de tanto pensar me ha entrado talento, como a Maximiliano le entró de tanto quererme, y este talento es el que me dice que me debo casar, que seré tonta de remate si no me caso."

Feliz entre todos los mortales se creía el buen estudiante de Farmacia, viendo que su querida no rechazaba la idea de dar por concluída la cuarentena y apresurar el casamiento. Sin duda, estaba ya su alma más limpia que una patena. Lo malo era que el tontaina de Nicolás, a los cinco meses de estar la pobre chica en el convento, decía que no era bastante, y que, por lo menos, debían esperar al año. Maximiliano se ponía furioso, y doña Lupe, consultada sobre el particular, dió su dictamen favorable a la salida. Aunque dos o tres veces, llevada por su sobrino, había visitado al *basilisco*, no había podido averiguar si estaba va bien despercudida de las máculas de marras: pero ella quería ejercitar, como he dicho antes, su facultad educatriz, y todo lo que se tardase en tener a Fortunata bajo su jurisdicción, se detenía el gran experimento. Desconfiaba algo la buena señora de la eficacia de los institutos religiosos para enderezar a la gente torcida. Lo que allí aprendían, decía, era el arte de disimular los resabios con formas hipócritas. En el mundo, en el mundo, en medio de las circunstancias, es donde se corrigen los defectos, bajo una dirección sabia. Muy santo y muy bueno que al raquitismo se apliquen los reconstituyentes; pero doña Lupe opinaba que de nada valen éstos si no van acompañados del ejercicio al aire libre y de la gimnasia, y esto era lo que ella quería aplicar, el mundo, la vida y al mismo tiempo principios.

VI

Con las *josefinas* no tenía Fortunata relación alguna. Eran todas niñas de cinco a diez o doce años, que vivían aparte ocupando las habitaciones de la fachada. Comían antes que las otras en el mismo comedor y bajaban a la huerta a hora distinta que las *filomenas*. Toda la mañana estaban las niñas diciendo a coro sus lecciones, con un chillar cadencioso y plañidero que se oía en toda la casa. Por la tarde cantaban también la doctrina. Para ir a la iglesia salían de su departamento procesionalmente, de dos en dos, con un pañuelo negro a la cabeza, y se ponían a los lados del presbiterio, capitaneadas por las dos monjas maestras.

Como Fortunata hacía cada día nuevas relaciones de amistad entre las *filomenas*, debo mencionar aquí a dos de éstas, quizá las más jóvenes, que se distinguían por la exageración de sus manifestaciones religiosas. Una de ellas era casi una niña, de tipo finísimo, rubia, y tenía muy bonita voz. Cantaba en el coro los estribillos de muy dudoso gusto con que se celebraba la presencia del Dios Sacramentado. Llamábase Belén, y en el tiempo que allí había pasado dió pruebas inequívocas de su deseo de enmienda. Sus pecados no debían de ser muchos, pues era muy joven; pero fueran como quiera, la chica parecía dispuesta a no dejar en su alma ni rastro de ellos, según la vida de perros que llevaba, las atroces penitencias que hacía y el frenesí con que se consagraba a las tareas de piedad. Decíase que había sido corista de zarzuela, pasando de allí a peor vida, hasta que una mano caritativa la sacó del cieno para ponerla en aquel seguro lugar. Inseparable de ésta era Felisa, de alguna más edad, también de tipo fino y como de señorita, sin serlo. Ambas se juntaban siempre que podían, trabajando en el mismo bastidor y comían en el mismo plato, formando pareja indisoluble en las horas de recreo. La procedencia de Felisa era muy distinta de la de su amiguita. No había pertenecido al teatro más que de una manera indirecta, por ser doncella de una actriz famosa, y en el teatro tuvo también su perdición. Llevóla a las Micaelas doña Guillermina Pacheco, que la cazó, puede decirse, en las calles de Madrid, echándole una pareja de Orden Público, y, sin más razón que su voluntad, se apoderó de ella. Guillermina las gastaba así, y lo que hizo con Felisa habíalo hecho con otras muchas sin dar explicaciones a nadie de aquel atentado contra los derechos individuales.

Si querían ver incomodadas a Felisa y Belén, no había más que hablarles de volver al mundo. ¡De buena se habían librado! Allí estaban tan ricamente, y

no se acordaban de lo que dejaron atrás más que para compadecer a las infelices que aún seguían entre las uñas del demonio. No había en toda la casa, salvo las monjas, otras más rezonas. Si las dejaran, no saldrían de la capilla en todo el día. Los largos ejercicios piadosos de las distintas épocas del año, como octava del Corpus, sermones de Cuaresma, flores de María, les sabían siempre a poco. Belén ponía con tanto calor sus facultades musicales al servicio de Dios, que cantaba coplitas hasta quedarse ronca, y cantaría hasta morir. Ambas confesaban a menudo y hacían preguntas al capellán sobre dudas muy sutiles de la conciencia, pareciéndose en esto a los estudiantes aplicaditos, que acorralan al profesor a la salida de clase para que les aclare un punto difícil. Las monjas estaban contentas de ellas, y aunque les agradaba ver tanta piedad, como personas expertas que eran y conocedoras de la juventud, vigilaban mucho a la pareja, cuidando de que nunca estuviese sola. Felisa y Belén, juntas todo el día, se separaban por las noches, pues sus dormitorios eran distintos. Las madres desplegaban un celo escrupuloso en separar durante las horas de descanso a las que en las de trabajo propendían a juntarse, obedeciendo las naturales atracciones de la simpatía y de la congenialidad.

Los lazos de afecto que unían a Fortunata con Mauricia eran muy extraños, porque a la primera le inspiraba terror su amiga cuando estaba con el *ataque*; enojábanla sus audacias y, sin embargo, algún poder diabólico debía de tener la *Dura* para conquistar corazones, pues la otra simpatizaba con ella más que con las demás y gustaba extraordinariamente de su conversación íntima. Cautivábale, sin duda, su franqueza y aquella prontitud de su entendimiento para encontrar razones que explicaran todas las cosas. La fisonomía de Mauricia, su expresión de tristeza y gravedad, aquella palidez hermosa, aquel mirar profundo y acechador, la fascinaban, y de esto procedía que la tuviese por autoridad en cuestiones de amores y en la definición de la moral rarísima que ambas profesaban. Un día las pusieron a lavar en la huerta. Estaban en traje de *mecánica*, sin tocas, sintiendo con gusto el picor del sol y el fresco del aire sobre sus cuellos robustos. Fortunata hizo a su amiga algunas confidencias acerca de su próxima salida y de la persona con quien iba a casarse.

—No me digas más, chica...; te conviene, te conviene. ¡Peines y peinetas! A doña Lupe la conozco como si la hubiera parido. Cuando la veas, pregúntale por Mauricia la *Dura*, y verás cómo me pone en las nubes. ¡Ah!, ¡cuánta guita le he llevado! A mí me llaman la *Dura*, pero a ella debieran llamarla la *Apretada*. Chica, es así...—diciendo esto mostraba a su amiga el puño fuertemente cerrado—. Pero es mujer de mucho caletre y que se sabe timonear. ¿Qué te crees tú? Tiene millones escondidos en el Banco y en el Monte. ¡Digo! Si sabe más que Cánovas esa tía. Al sobrino le he visto algunas veces. Oí que es tonto y que no sirve para nada. Mejor para ti; ni de encargo, chica. No podías pedir a Dios que te cayera mejor breva. Tú bien puedes hacer caso de lo que yo te diga, pues tengo yo mucha linterna..., *amos*, que veo mucho. Créelo porque yo te lo digo: si tu marido es un *alilao*, quiere decirse si se deja gobernar por ti y te pones tú los pantalones, puedes cantar el aleluya, porque eso y estar en la gloria es lo mismo. Hasta para ser *mismamente* honrada te conviene.

En el vivo interés que este diálogo tenía para las dos mujeres, a veces los cuatro vigorosos brazos metidos en el agua se detenían, y las manos enrojecidas dejaban en paz por un momento el envoltorio de ropa anegada, que chillaba en los hervores del jabón. Puestas una frente a otra a los dos lados de la artesa, mirábanse cara a cara en aquellos cortos intervalos de descanso, y después volvían con furor al trabajo, sin parar por eso la lengua.

—Hasta para ser honrada—repitió Fortunata, echando todo el peso de su cuerpo sobre las manos, para estrujar el rollo de tela, como si lo amasara—. De eso no se hable, porque hazte cuenta..., yo, una vez que me case, honrada tengo que ser. No quiero más belenes.

—Sí, es lo mejor para vivir una... tan ancha—dijo Mauricia—. Pero a saber cómo vienen las cosas..., porque una dice: "Eso deseo", y después se pone a hacerlo, y ¡tras!, lo que una quería que saliera pez sale rana. Tú estás en grande, chica, y te ha venido Dios a ver. Puedes hacer rabiar al *chico* de Santa

Cruz, porque en cuanto te vea hecha una persona decente, se ha de ir a ti como el gato a la carne. Créetelo porque te lo digo yo.

—Quita, quita; si él no se acuerda ya ni del santo de mi nombre.

—*Paices* boba; ¿qué apuestas a que en cuanto te echen el Sacramento pierde pie?... No conoces tú el peine.

—Verás como no pasa eso.

—¿Qué te apuestas? Sí, porque creerás que ahora mismo no te anda rondando. Como si lo viera. ¡Y me harás creer tú a mí que no piensas en él!... Cuando una está encerrada entre tanta cosa de religión, misa va y misa viene, sermón por arriba y sermón por abajo, mirando siempre a la custodia, respirando tufo de monjas, vengan luces y tira de incensario, *paice* que le salen a una *de entre sí* todas las cosas malas o buenas que ha pasado en el mundo, como las hormigas salen del agujero cuando se pone el sol, y la religión lo que hace es refrescarle a una la entendedera y ponerle el corazón más tierno.

Alentada por esta declaración, arrancóse Fortunata a revelar que, en efecto, pensaba algo, y que algunas noches tenía sueños extravagantes. A lo mejor soñaba que iba por los portales de la calle de la Fresa, y ¡plan!, se le encontraba de manos a boca. Otras veces le veía saliendo del Ministerio de Hacienda. Ninguno de estos sitios tenía significación en sus recuerdos. Después soñaba que era ella la esposa y Jacinta la querida de tal, unas veces abandonada, otras no. La manceba era la que deseaba los chiquillos, y la esposa la que los tenía.

—Hasta que un día..., me daba tanta lástima, que le dije, digo: "Bueno, pues tome usted una criatura, para que no llore más."

—¡Ay, qué salado!—exclamó Mauricia—. Es buen golpe. Lo que una sueña tiene su aquel.

—¡Vaya unos disparates! Como te lo digo, me parecía que lo estaba viendo. Yo era la señora por delante de la Iglesia, ella por detrás, y lo más particular es que yo no le tenía tirria, sino lástima, porque yo paría un chiquillo todos los años, y ella... ni esto... A la noche siguiente volvía a soñar lo mismo, y por el día a pensarlo. ¡Vaya unas papas! "¿Qué me importa que *la* Jacinta beba los vientos por tener un chiquillo sin poderlo conseguir, mientras que yo..."

—Mientras que tú los tienes siempre y cuando te dé la gana. Dilo, tonta, y no te acobardes.

—Quiere decirse que ya lo he tenido, y bien podría volverlo a tener.

—¡Claro! Y que no rabiará poco la otra cuando vea que lo que ella no puede, para ti es coser y cantar... Chica, no seas tonta, no te rebajes, no le tengas lástima, que ella no la tuvo de ti cuando te birló lo que era tuyo y muy tuyo... Pero a la que nace pobre no se la respeta, y así anda este mundo pastelero. Siempre y cuando puedas darle un disgusto, dáselo, por vida del santísimo peine... Que no se rían de ti porque naciste pobre. Quítale lo que ella te ha quitado, y adivina quién te dió.

Fortunata no contestó. Estas palabras y otras semejantes que Mauricia le solía decir despertaban siempre en ella estímulos de amor y desconsuelos que dormitaban en lo más escondido de su alma. Al oírlas, un relámpago glacial le corría por todo el espinazo, y sentía que las insinuaciones de su compañera concordaban con sentimientos que ella tenía muy guardados como se guardan las armas peligrosas.

VII

Sorprendidas por una monja en esta sabrosa conversación, que las hacía desmayar en el trabajo, tuvieron que callarse. Mauricia dió salida al agua sucia, y Fortunata abrió el grifo para que se llenara la artesa con el agua limpia del depósito de palastro. Creeríase que aquello simbolizaba la necesidad de llevar pensamientos claros al diálogo un tanto impuro de las dos amigas. La artesa tardaba mucho en llenarse, porque el depósito tenía poca agua. El gran disco que transmitía a la bomba la fuerza del viento estaba aquel día muy perezoso, moviéndose tan sólo a ratos con indolente majestad; y el aparato, después de gemir un instante, como si trabajara de mala gana, quedaba inactivo en medio del silencio del campo. Ganas tenían las dos recogidas de seguir charlando; pero la monja no las dejaba y quiso ver cómo aclaraban la ropa. Después las amigas tuvieron que separarse porque era jueves y Fortunata había de vestirse para

recibir la visita de los de Rubín. Mauricia se quedó sola tendiendo la ropa.

Maximiliano dijo categóricamente aquella tarde que, por acuerdo de la familia, y con asentimiento de la superiora, en el próximo mes de septiembre se daría por concluída la reclusión de Fortunata, y ésta saldría para casarse. Las madres no tenían queja de ella y alababan su humildad y obediencia. No se distinguía, como Belén y Felisa, por su ardiente celo religioso, lo que indicaba falta de vocación para la vida claustral; pero cumplía sus deberes puntualmente, y esto bastaba. Había adelantado mucho en la lectura y escritura, y se sabía de corrido la doctrina cristiana, con cuya luz las Micaelas reputaban a su discípula suficientemente alumbrada para guiarse en los senderos rectos o tortuosos del mundo; y tenían por cierto que la posesión de aquellos principios daba a sus alumnas increíble fuerza para hacer frente a todas las dudas. En esto hay que contar con la índole, con el esqueleto espiritual, con esa forma interna y perdurable de la persona, que suele sobreponerse a todas las transfiguraciones epidérmicas producidas por la enseñanza; pero con respecto a Fortunata, ninguna de las madres, ni aun las que más de cerca la habían tratado, tenían motivos para creer que fuera mala. Considerábanla de poco entendimiento, docilota y fácilmente gobernable. Verdad que en todo lo que corresponde al reino inmenso de las pasiones, las monjas apenas ejercitaban su facultad educatriz, bien porque no conocieran aquel reino, bien porque se asustaran de asomarse a sus fronteras.

Debe decirse que aquella tarde, cuando Maximiliano habló a su futura de próxima salida, los sentimientos de ella experimentaron un retroceso. ¡Salir, casarse!... En aquel instante parecióle su dichoso novio más antipático que nunca, y advirtió con miedo que aquellas regiones magníficas de la hermosura del alma no habían sido descubiertas por ella en la soledad y santidad de las Micaelas, como le anunciara Nicolás Rubín, a pesar de haber rezado tanto y de haber oído *tantismos* sermones. Porque lo que el capellán decía en el púlpito era que debemos hacer todo lo posible para salvarnos, que seamos buenos y que no pequemos; también decía que se debe amar a Dios sobre todas las cosas y que Dios es *hermosismo* en sí y tal como el alma le ve; pero a ella se le figuraba que por bajo de esto quedaba libre el corazón para el amor mundano, que éste entra por los ojos o por la simpatía, y no tiene nada que ver con que la persona querida se parezca o no se parezca a los santos. De este modo caía por tierra toda la doctrina del cura Rubín, el cual entendía tanto de amor como de herrar mosquitos.

En resumen, que los sentimientos de la prójima hacia su marido futuro no habían cambiado en nada. No obstante, cuando Maximiliano le dijo que ya tenía elegida la casita que iba a alquilar y le consultó acerca de los muebles que compraría, aquella presunción o sentimiento de su hogar honrado despertó en el ánimo de Fortunata la dignidad de la nueva vida, se sintió impulsada hacia aquel hombre que la redimía y la regeneraba. De este modo vino a mostrarse complacidísima con la salida próxima, y dijo mil cosas oportunas acerca de los muebles, de la vajilla y hasta de la batería de cocina.

Despidiéronse muy gozosos, y Fortunata se retiró con la mente hecha a aquel orden de ideas. ¡Un hogar honrado y tranquilo!... ¡Si era lo que ella había deseado toda su vida!... ¡Si jamás tuvo afición al lujo ni a la vida de aparato y perdición!... ¡Si su gusto fué siempre la oscuridad y la paz y su maldito destino la llevaba a la publicidad y a la inquietud!... ¡Si ella había soñado siempre con verse rodeada de un corro chiquito de personas queridas, y vivir como Dios manda, queriendo bien a los suyos y bien querida de ellos, pasando la vida sin afanes!... ¡Si fué lanzada a la vida mala por despecho, y contra su voluntad, y no le gustaba, no, señor, no le gustaba!... Después de pensar mucho en esto, hizo examen de conciencia y se preguntó qué había obtenido de la religión en aquella casa. Si en lo tocante a prendarse de las guapezas del alma había adelantado poco, en otro orden algo iba ganando. Gozaba de cierta paz espiritual, desconocida para ella en épocas anteriores, paz que sólo turbaba Mauricia arrojando en sus oídos una maligna frase. Y no fué esto la única conquista, pues también prendió en ella la idea de la resignación y el convencimiento de que

debemos tomar las cosas de la vida como vienen, recibir con alegría lo que se nos da, y no aspirar a la realización cumplida y total de nuestros deseos. Esto se lo decía aquella misma claridad esencial, aquella *idea blanca* que salía de la custodia. Lo malo era que, en aquellas largas horas, a veces aburridas, que pasaba de rodillas ante el Sacramento, la faz envuelta en un gran velo, al modo de mosquitero, la pecadora solía fijarse más en la custodia, marco y continente de la sagrada forma, que en la forma misma, por las asociaciones de ideas que aquella joya despertaba en su mente.

Y llegaba a creerse la muy tonta que la forma, *la idea blanca*, le decía con familiar lenguaje, semejante al suyo: "No mires tanto este cerco de oro y piedras que me rodea, y mírame a Mí, que soy la verdad. Yo te he dado el único bien que puedes esperar. Con ser poco, es más de lo que te mereces. Acéptalo y no me pidas imposibles. ¿Crees que estamos aquí para mandar, verbigracia, que se altere la ley de la sociedad sólo porque a una marmotona como tú se le antoje? El hombre que me pides es un señor de muchas campanillas, y tú una pobre muchachas. ¿Te parece fácil que Yo haga casar a los señoritos con las criadas o que a las muchachas del pueblo las convierta en señoras? ¡Qué cosas se os ocurren, hijas! Y, además, tonta, ¿no ves que es casado, casado por mi religión y en mis altares? ¡Y con quién! Con uno de mis ángeles hembras. ¿Te parece que no hay más que enviudar a un hombre para satisfacer el antojito de una corrida como tú? Cierto que lo que a Mí me conviene, como tú has dicho, es traerme acá a Jacinta. Pero eso no es cuenta tuya. Y supón que la traigo, supón que se queda viudo. ¡Bah! ¿Crees que se va a casar contigo? Sí, para ti estaba. ¡Pues no se casaría si te hubieras conservado honrada, *cuanti* más, sosona, habiéndote echado tan a perder! Si es lo que Yo digo: parece que estáis locas rematadas, y que el vicio os ha secado la mollera. Me pedís unos disparates que no sé cómo los oigo. Lo que importa es dirigirse a Mí con el corazón limpio y la intención recta, como os ha dicho ayer vuestro capellán, que no habrá inventado la pólvora; pero, en fin, es buen hombre y sabe su obligación. A ti, Fortunata, te miré con *indilugencia* entre las descarriadas porque volvías a Mí tus ojos alguna vez, y Yo vi en ti deseos de enmienda; pero ahora, hija, me sales con que sí serás honrada, todo lo honrada que Yo quiera, siempre y cuando que te dé el hombre de tu gusto... ¡Vaya una gracia!... Pero, en fin, no me quiero enfadar. Lo dicho, dicho: soy infinitamente misericordioso contigo dándote un bien que no mereces, deparándote un marido honrado y que te adora, y todavía refunfuñas y pides más, más, más... Ved aquí por qué se cansa Uno de decir que sí a todo... No calculan, no se hacen cargo estas desgraciadas. Dispone Uno que a tal o cual hombre se le meta en la cabeza la idea de regenerarlas, y luego vienen ellas poniendo peros. Ya salen con que ha de ser bonito, ya con que ha de ser Fulano, y si no, no. Hijas de mi alma. Yo no puedo alterar mis obras ni hacer mangas y capirotes de mis propias leyes. ¡Para hombres bonitos está el tiempo! Conque resignarse, hijas mías, que por ser cabras no he de abandonaros vuestros pastos; tomad ejemplo de las ovejas con quien vivís; y tú, Fortunata, agradéceme sinceramente el bien inmenso que te doy y que no te mereces, y déjate de hacer melindres y de pedir gollerías, porque entonces no te doy nada y tirarás otra vez al monte. Conque cuidadito..."

Cuando las recogidas, al retirarse, se quitaban el velo, las más próximas a Fortunata notaron que ésta se sonreía.

VIII

Es cosa muy cargante para el historiador verse obligado a hacer mención de muchos pormenores y circunstancias enteramente pueriles y que más bien han de excitar el desdén que la curiosidad del que lee, pues aunque luego resulte que estas nimiedades tienen su engranaje efectivo en la máquina de los acontecimientos, no por esto parecen dignas de que se las traiga a cuento en una relación verídica y grave. Ved, pues, por qué pienso que se han de reír los que lean aquí ahora que sor Marcela tenía miedo a los ratones; y no valdrá seguramente añadir que el miedo de la cojita era grande, espantoso, ocasionado a desagradables incidentes y aun a derivaciones trágicas. Como ella sintiera en

la soledad de su celda el bulle bulle del maldecido animal, ya no pegaba los ojos en toda la noche. Le entraba tal rabia que no podía ni siquiera rezar, y la rabia, más que contra el ratón, era contra sor Natividad, que se había empeñado en que no hubiera gatos en el convento, porque el último que allí existió no participaba de sus ideas en punto al aseo de todos los rincones de la casa.

En una de aquellas noches de agosto le dió el diminuto roedor tanta guerra a la madrecita, que ésta se levantó al amanecer con la firmísima resolución de cazarlo y hacer el más terrible de los escarmientos. Era tan insolente el tal, que después de ser día claro, se paseaba por la celda muy tranquilo y miraba a sor Marcela con sus ojuelos negros y pillines. "Verás, verás—dijo ésta, subiéndose con gran trabajo a la cama, porque la idea de que el ratón se acercase a uno de sus pies, aunque fuera el de palo, causábale terror—; lo que es hoy no te escapas...; déjate estar, que ya te compondremos."

Llamó a Fortunata y a Mauricia y en breves palabras las puso al corriente de la situación. Ambas recogidas, particularmente la *Dura*, no querían otra cosa. O se apoderaban del enemigo, o no eran ellas quienes eran. Bajó sor Marcela a la iglesia, y las dos mujeres emprendieron su campaña. No quedó trasto que no removieran, y para separar de su sitio la cómoda, que era pesadísima, estuvieron haciendo esfuerzos varoniles cosa de un cuarto de hora, no acabando antes porque la risa les cortaba las fuerzas. Por fin, tanto trabajaron, que cuando sor Marcela salió de la iglesia, una monja le dió la feliz noticia de que el ratón había sido cogido. Subió la enana a su celda, y la algazara de las recogidas le anunciaba por el camino las diabluras de Mauricia, que tenía el ratón vivo en la mano y asustaba con él a sus compañeras.

Costó algún trabajo restablecer el orden y que Mauricia diese muerte a la víctima y la arrojase. Sor Marcela dispuso que le volviesen a poner los trastos de la celda lo mismo que estaban, y acabóse el cuento del ratón.

El día siguiente fué uno de los más calurosos de aquel verano. En las habitaciones que caían al mediodía era imposible parar, porque faltaba el aire respirable. Dondequiera que daba el sol, el ambiente seco, quieto y abrasado tostaba. Ni aun las ramas más altas de los árboles de la huerta se movían, y el disco de Parson, inmóvil, miraba a la inmensidad como una pupila cuajada y moribunda. De doce a tres se suspendía todo trabajo en la casa, porque no había cuerpo ni espíritu que lo resistiera. Algunas monjas se retiraban a su celda a dormir la siesta; otras se iban a la iglesia, que era lo más fresco de la casa, y sentadas en las banquetas, apoyando en la pared su espalda, o rezaban con somnolencia o descabezaban un sueñecillo.

Las *filomenas* caían también rendidas de cansancio. Algunas se iban a sus dormitorios, y otras tendíanse en el suelo de la sala de labores o de la escuela. Las monjas que las vigilaban permitían aquella infracción de la regla, porque ellas tampoco podían resistir, y cerrando dulcemente sus ojos y arrullándose en un plácido arrobo, conservaban en las facciones, como una careta, el mohín de la maestra, cuya obligación es mantener la disciplina.

En la sala de escuelas había dos o tres grupos de mujeres sentadas en los bancos, con la cabeza y el busto descansando sobre las mesas. Algunas roncaban con estrépito. La monja se había dormido también, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. En una de las carpetas de estudio, dos recogidas velaban: una era Belén, que leía en su libro de rezos, y la otra Mauricia la *Dura*, que tenía la cabeza inclinada sobre la carpeta, apoyando la frente en un puño cerrado. Al principio, su vecina Belén creyó que rezaba, porque oyó cierto murmullo y algún silabeo fugaz. Pero luego observó que lo que hacía Mauricia era llorar.

—¿Qué tienes, mujer?—le dijo Belén, alzándole a viva fuerza la cabeza.

La pecadora no contestó nada; mas la otra pudo observar que su rostro estaba tan bañado en lágrimas como si le hubiesen echado por la frente un cubo de agua, y sus ojos encendidos y aquella grandísima humedad igualaban el rostro de Mauricia al de la Magdalena; así al menos lo vió Belén. Tantas preguntas le hizo ésta y tanto cariño le mostró, que al fin obtuvo respuesta de la pobre mujer desolada, que no parecía tener consuelo ni hartarse nunca de llorar.

—¿Qué he de tener, desgraciada de mí?—exclamó al fin, bebiéndose sus lágrimas—, sino que hoy, sin saber por qué ni por qué no, me veo tal y como soy; soy mala, mala, más que mala, y se me vienen al filo del pensamiento toditos los pecados que he cometido, desde el primero hasta el último...

—Pues, hija—arguyó Belén con aquel sonsonete que había aprendido y que tan bien se acomodaba a su figura angelical y a sus moditos insinuantes—, ten entendido que aunque tus crímenes fueran tantos como las arenas de la mar, Dios te los perdonará si te arrepientes de ellos.

Oír esto Mauricia y dar un gran berrido y soltar otra catarata de lágrimas fué todo uno.

—No, no, no—murmuró luego entre sollozos tales que parecía que se ahogaba—. A mí no me puede perdonar, a mí no, porque he sido muy arrastrada, pero mucho, y cuanto pecado hay, chica, lo he cometido yo... Y si no, di uno, nómbrame el que quieras, y de seguro que lo tengo metido aquí...

—Qué cosas tienes, mujer—observó Belén, muy apurada, acordándose de cuando fué corista y representándose con terror el escenario de la Zarzuela—; otras han hecho también pecados feos, de los más feos, pero los han llorado como tú, y cátalas perdonadas.

Mauricia tenía un pañuelo en la mano; pero con la humedad del lloro y del sudor era ya como una pelota. Amasábalo en la mano y se lo pasaba por la angustiada frente.

—Pero ¿cómo te ha dado así..., tan de repente?—dijo la otra, confusa—. ¡Ah!, es que Dios toca en el corazón cuando menos lo piensa una. Llora, hija, desahógate y no te asustes... ¿Sabes lo que vas a hacer? Mañana te confiesas... Puede que se te haya quedado algo por decir y confesar, porque siempre se queda algo, sin saber cómo, y esos posos son lo que más atormenta...; pues dilo todo, rebaña bien... Así lo hice yo, y hasta que lo hice no tuve tranquilidad. Luego el perro de Satanás me atormentaba por vengarse, y cuando empezaba la misa, a mí me parecía que alzaban el telón, y cuando yo rompía a cantar se me venía a la boca aquello de *El Siglo*, que dice: "Somos figurines vivos..." Y un día por poco no lo suelto. Pillinadas del diablo. Pero no podía conmigo ni con mi fe, y tanto hice, que lo metí en un puño, y ahora que se atreva; ¿a que no se atreve?... Llora, hija, llora todo lo que quieras, que Dios te iluminará y te dará su gracia.

Ni por ésas. Mientras más consuelos le daba Belén, más inconsolable estaba la otra y más caudaloso era el río de sus lágrimas. Sor Antonia, la madre que gobernaba allí, se despertó y, para disimular su descuido, dió una fuerte voz, sin incomodarse mucho con las durmientes y añadiendo que hacía un calor horrible. Un instante después Belén y la monja cuchichearon, sin duda, a propósito de Mauricia, a quien miraban. Tenía Belén vara alta con las señoras, por su humildad y devoción y por la diligencia con que iba a contarles cuanto hacían y decían sus compañeras.

Era domingo, y a las cuatro toda la comunidad entró en la iglesia, donde había ejercicio y sermón. Las *filomenas* ocuparon su sitio, detrás de las monjas, unas y otras con los velos por la cabeza. Las *josefinas* permanecían en la habitación que hacía de coro. Belén y las demás cantoras entonaban inocentes romanzas mientras duró el Manifiesto, en las cuales se decía que tenían el *pecho ardiendo en llamas de amor* y otras candideces por el estilo. La que tocaba el armonio hacía en los descansos unos *ritornellos* muy cursis. Pero a pesar de estas profanaciones artísticas, la iglesita estaba muy mona, como diría Manolita, apacible, misteriosa y relativamente fresca, inundada de la fragancia de las flores naturales.

A Fortunata le tocó al lado Mauricia. Cuenta la que después fué señora de Rubín que en una ocasión que miró a su compañera hubo de observar a través del velo suyo y el de ella una expresión tan particular, que se quedó atónita. Mauricia, al entrar, lloraba; pero al cabo de un rato más bien parecía reírse con contenida y satánica risa. Fortunata no pudo comprender el motivo de esto, y creyó que la oscuridad del velo le desfiguraba la realidad de la cara de su pareja. Volvió a mirar con disimulo, haciendo que se volvía para ahuyentar una mosca, y... ello podría ser ilusión, pero los ojos de Mauricia parecían dos ascuas. En fin, todo sería aprensión.

Subió don León Pintado al púlpito y

echó un sermonazo lleno de los amaneramientos que el tal usaba en su oratoria. Lo que aquella tarde dijo habíalo dicho ya otras tardes, y ciertas frases no se le caían de la boca. Tronó, como siempre, contra los librepensadores, a quienes llamó *apóstoles del error* unas mil quinientas veces. Al salir de la iglesia, Fortunata echó, como de costumbre, una mirada al público, que estaba tras de la verja de madera, y vió a Maximiliano, que no faltaba ningún domingo a aquella amorosa cita muda. Le vió con simpatía. Notaba gozosa que empezaban a perder valor ante sus ojos los defectos físicos del apreciable joven. ¡Si serían aquéllos los brotes del amor por la hermosura del alma! Lo que más consolaba a Fortunata era la esperanza, cada día más firme, porque el capellán se lo había dicho no pocas veces en el confesonario, de que cuando se casase y viviese santamente con su marido a la sombra de las leyes divinas y humanas, le había de amar; pero no así de cualquier modo, sino con verdadero calor y arranque del alma. También le decía esto la Forma, *la idea blanca* encerrada en la Custodia.

IX

Llegada la noche, y recogidas las *josefinas* a su dormitorio, las madres permitieron que las *filomenas* estuvieran en la huerta hasta más tarde de lo reglamentario, por ver si salía un poco de fresco. Eran ya las nueve, y la tierra abrasaba; el aire no se movía; las estrellas parecían más próximas, según el fulgor vivísimo con que brillaban, y veíanse entre las grandes y medianas mayor número, al parecer, de las pequeñitas, tantas, tantas, que era como un polvo de plata esparcido sobre aquel azul intensísimo. La luna nueva se puso temprano, bajando al horizonte como una hoz, rodeada de aureola blanquecina, que anunciaba más calor para el día siguiente.

Las recogidas formaban diferentes grupos, sentadas en el suelo y en la escalera de madera que comunica el corredor principal con la huerta, y se quitaban las tocas para disminuir el calor de la piel. Algunas miraban el motor de viento, que seguía inmóvil. Al borde del estanque que está al pie del aparato había tres mujeres: Fortunata, Felisa y doña Manolita, sentadas sobre el muro de ladrillo, gozando de la frescura del agua próxima. Aquél era el mejor sitio; pero no lo decían, porque el egoísmo les hacía considerar que si se enracimaban allí todas las mujeres, el escaso fresco del agua se repartiría más y tocarían a menos. En el opuesto lado de la huerta, que era el sitio más apartado y feo, había un tinglado, bajo el cual se veían tiestos vacíos o rotos, un montón de mantillo que parecía café molido, dos carretillas, regaderas y varios instrumentos de jardinería. En otro tiempo hubo allí un cubil, y en el cubil un cerdo, que se criaba con los desperdicios; pero el Ayuntamiento mandó quitar el animal de San Antón, y el cubil estaba vacío.

Desde el anochecer se puso allí Mauricia la *Dura*, sola, sobre el montón de mantillo, y como era el sitio más caldeado, nadie la quiso acompañar. Alguna se le aproximó en son de burla, pero no pudo obtener de ella una sola palabra. Estaba sentada a lo moro, con los brazos caídos, la cabeza derecha, más napoleónica que nunca, la vista fija enfrente de sí con dispersión vaga, más bien de persona soñadora que meditabunda. Parecía lela o quizá tenía semejanza con esos penitentes del Indostán que se están tantísimos días seguidos mirando al cielo sin pestañear, en un estado medio entre la modorra y el éxtasis. Ya era tarde cuando se le acercó Belén, sentándosele al lado. La miró atentamente, preguntándole que qué hacía allí y en qué pensaba, y por fin Mauricia desplegó sus labios de esfinge y dijo estas palabras, que le produjeron a Belén una corriente fría en el espinazo.

—He visto a Nuestra Señora.

—¿Qué dices, mujer, qué te pasa?—le preguntó la ex corista con ansiedad muy viva.

—He visto a la Virgen—repitió Mauricia con una seguridad y aplomo que dejaron a la otra como quien no sabe lo que le pasa.

—¿Tú estás segura de lo que dices?

—¡Oh!... Así me muera si no es verdad. Te lo juro por estas cruces—dijo la iluminada con voz trémula, besándose las manos—. La he visto..., bajó por allí, donde está el abanicón de la noria... Bajaba en mitad de una luz que no te puedes figurar...; de una luz que era, verbigracia, como las puras mieles...

—¡Como las mieles!—dijo Belén, no comprendiendo.

—Pues... tan dulce que... Después vino andando. andando hacia acá, y se puso allí delantito. Pasó por entre vosotras, y vosotras no la veíais. Yo sola la veía... No traía el Niño Dios en brazos. Dió dos o tres pasitos más y se paró otra vez. Mira: ¿ves aquella piedrecita? Pues allí..., y me estuvo mirando... Yo no podía respirar.

—¿Y te dijo algo, te dijo algo?—preguntó Belén, toda ojos, pálida como una muerta.

—Nada...; pero lloraba mirándome... ¡Se le caían unos lagrimones...! No traía Nene Dios; *paicía* que se lo habían quitado. Después dió la vuelta para allá y volvió a pasar entre vosotras sin que la vierais, hasta llegar *mismamente* a aquel árbol... Allí vi muchos angelitos que subían y bajaban, corre que corre, del tronco a las ramas y...

—Y de las ramas al tronco...

—Y después... ya no vi nada... Me quedé como ciega..., quiere decirse enteramente ciega...; estuve un rato sin ver gota, sin poder moverme. Sentía aquí, entre mí, una cosa, una cosa...

—Como una pena...

—Como pena, no; un gusto, un consuelo...

Se acercó entonces Fortunata, y ambas callaron.

—Si están de secreto, me voy.

—Yo creo—dijo Belén, después de una grave pausa—que eso debes consultarlo con el confesor.

Mauricia se levantó, y andando lentamente retiróse a la habitación donde dormía y tenía su ropa. Creyeron las otras dos que se había ido a acostar, y quedáronse allí haciendo comentarios sobre el extraño caso, que Belén transmitió a Fortunata con todos sus pelos y señales. Belén lo creía o afectaba creerlo. Fortunata, no. Pero de pronto vieron que la *Dura* volvía y se sentaba de nuevo sobre el montón de mantillo. Miráronla con recelo y se alejaron.

De pronto sonó en la huerta un ¡ah! prolongado y gozoso, como los que lanza la multitud en presencia de los fuegos artificiales. Todas las recogidas miraban al disco, que se había movido solemnemente, dando dos vueltas y parándose otra vez.

—Aire, aire—gritaron varias voces.

Pero el motor no dió después más que media vuelta, y otra vez quieto, el vástago de hierro chilló un instante, y las que estaban junto al estanque oyeron en lo profundo de la bomba una regurgitación tenue. El caño escupió un salivazo de agua, y todo quedó después en la misma quietud chicha y desesperante.

Belén se había puesto a charlar por lo bajo con una monja llamada sor Facunda, que era la marisabidilla de la casa, muy leída y escribida, bondadosa e inocente hasta no más, directora de todas las funciones extraordinarias, camarera de la Virgen y de todas las imágenes que tenían alguna ropa que ponerse, muy querida de las *filomenas* y aún más de las josefinas, y persona tan candorosa, que cuanto le decían, sobre todo si era bueno, se lo creía como el Evangelio. Basta decir en elogio de la *sancta simplicitas* de esta señora que en sus confesiones jamás tenía nada de que acusarse, pues ni con el pensamiento había pecado nunca; mas como creyera que era muy desairado no ofrecer nada absolutamente ante el tribunal de la penitencia, revolvía en su magín buscando algo que pudiera tener siquiera un tufillo de maldad, y se rebañaba la conciencia para sacar unas cosas tan sutiles y sin sustancia, que el capellán se reía para su sotana. Como el pobre don León Pintado tenía que vivir de aquello, lo oía seriamente, y hacía que tomaba muy en consideración aquellos pecados, tan superferolíticos que no había cristiano que los comprendiera... Y la monja se ponía muy compungida, diciendo que no lo volvería a hacer; y él, que era muy tuno, decía que sí, que era preciso tener cuidado para otra vez y que patatín y que patatán... Tal era sor Facunda, dama ilustre de la más alta aristocracia, que dejó riquezas y posición por meterse en aquella vida; mujer pequeñita, no bien parecida, afable y cariñosa, muy aficionada a hacerse querer de las jóvenes. Llevaba siempre tras sí, en las horas de recreo, un hato de niñas precozmente místicas, preguntonas, rezonas, y cuya conducta, palabras y entusiasmos pertenecían a lo que podría llamarse *el pavo* de la santidad.

Difícil es averiguar lo que pasó en el cotarro que formaban sor Facunda y sus amiguitas. Ello fué que Belén, tem-

blando de emoción y con la cara ansiosa, dijo a la monja:

—Mauricia ha visto a la Virgen...

Y poco después repetían las otras con indefinible asombro:

—¡Ha visto a la Virgen!

Sor Facunda, seguida de su escolta, se acercó a Mauricia, a quien miró un buen rato, sin decirle palabra. Estaba la infeliz mujer en la misma postura morisca, la cabeza apoyada sobre las rodillas. Parecía llorar.

—Mauricia—le dijo en tono lacrimoso la monja, con aquella buena fe que en ella equivalía a la gracia divina—. Porque hayas sido muy mala, no vayas a creerte que Dios te niega su perdón.

Oyóse un gran bramido, y la reclusa mostró su cara inundada de llanto. Dijo algunas palabras ininteligibles y estropajosas, a las que sor Facunda y compañía no sacaron ninguna sustancia. De repente, se levantó. Su rostro, a la claridad de la luna, tenía una belleza grandiosa, que las circunstantes no supieron apreciar. Sus ojos despedían fulgor de inspiración. Se apretó el pecho con ambas manos, en actitud semejante a las que la escultura ha puesto en algunas imágenes, y dijo con acento conmovedor estas palabras:

—¡Oh mi Señora!... Te lo traeré, te lo traeré...

Echando a correr hacia la escalera con gran presteza, pronto desapareció. Sor Facunda habló con las otras madres. Cuando toda la comunidad, a la voz de la superiora, se recogía, abandonando la huerta y subiendo lentamente a las habitaciones (la mayor parte de las mujeres, de mala gana, porque el calor de la noche convidaba a estar al aire libre), corrió la voz de que la visionaria se había acostado.

Fortunata, que pocos días antes fué trasladada al dormitorio en que estaba Mauricia, vió que ésta se había acostado vestida y descalza. Acercóse a ella, y por su bronca respiración creyó entender que dormía profundamente. Mucho le daba que pensar el singular estado en que su amiga se había puesto, y esperaba que le pasaría pronto, como otros *toques* semejantes, aunque de diverso carácter. Largo tiempo estuvo desvelada, pensando en aquello y en otras cosas, y a eso de las doce, cuando en el dormitorio y en la casa toda reinaban el silencio y la paz, notó que Mauricia se levantaba. Pero no se atrevió a hablarle ni a detenerla, por no turbar el silencio del dormitorio, iluminado por una luz tan débil, que le faltaba poco para extinguirse. Mauricia atravesó la estancia sin hacer ruido, como sombra, y se fué. Poco después Fortunata sentía sueño y se aletargaba; mas en aquel estado indeciso entre el dormir y el velar, creyó ver a su compañera entrar otra vez en el dormitorio, sin que se le sintieran los pasos. Metióse debajo de la cama, donde tenía un cofre; revolvió luego entre los colchones... Después Fortunata no se hizo cargo de nada, porque se durmió de veras.

Mauricia salió al corredor, y atravesándolo todo, se sentó en el primer peldaño de la escalera.

—Te digo que me atreveré...

¿Con quién hablaba? Con nadie, porque estaba enteramente sola. No tenía más compañía en aquella soledad que las altas estrellas.

—¿Qué dices?—preguntó después como quien sostiene un diálogo—. Habla más alto, que con el ruido del órgano no se oye. ¡Ah!, ya entiendo... Estate tranquila, que aunque me maten yo te lo traeré. Ya sabrán quién es Mauricia la *Dura,* que no teme ni a Dios... ¡Ja, ja, ja!... Mañana, cuando venga el capellán y bajen esas tías pasteleras a la iglesia, ¡qué chasco se van a llevar!

Soltando una risilla insolente, se precipitó por la escalera abajo. ¿Qué demonios pasaba en aquel cerebro?... Entró por la puerta pequeña que comunica el patio con el largo pasillo interior del edificio, y una vez allí pasó sin obstáculo al vestíbulo tentando la pared, porque la oscuridad era completa. Se le oía un cierto rechinar de dientes y algún monosílabo gutural, que lo mismo pudiera ser signo de risa que de cólera. Por fin llegó, palpando paredes, a la puerta de la capilla, y buscando la cerradura con las manos empezó a rasguñar en el hierro. La llave no estaba puesta...

—¡Peines y peinetas, dónde estará la condenada llave!—murmuró con un rugido de hondísimo despecho.

Probó a abrir valiéndose de la fuerza y de la maña. Pero ni una ni otra valían en aquel caso. La puerta del sagrado recinto estaba bien cerrada. Siguió la infeliz mujer exhalando gemidos, como

los de un perro que se ha quedado fuera de su casa y quiere que le abran. Después de media hora de inútiles esfuerzos desplomóse en el umbral de la puerta e inclinando la cabeza se durmió. Fué uno de esos sueños que se parecen al morir instantáneo. La cabeza dió contra el canto como una piedra que cae, y la torcida postura en que quedaba el cuerpo al caer, doblándose con violencia, fué causa de que el resuello se le dificultara, produciéndose en los conductos de la respiración silbidos agudísimos, a los que siguió un estertor como de líquidos que hierven.

Aletargada profundamente, Mauricia hizo lo que no había podido hacer despierta, y prosiguió la acción interrumpida por una puerta bien cerrada. Faltó el hecho real, pero no la realidad del mismo en la voluntad. Entró, pues, la tarasca en la iglesia y allí pudo andar sin tropiezo, porque la lámpara del altar daba luz bastante para ver el camino. Sin vacilar, dirigió sus pasos al altar mayor, diciendo por el camino:

—Si no te voy a hacer mal ninguno, Diosecito mío; si voy a llevarte con tu Mamá, que está ahí fuera, llorando por Ti y esperando a que yo te saque... Pero qué..., ¿no quieres ir con tu Mamaíta?... Mira que te está esperando..., tan guapetona, tan maja, con aquel manto todito lleno de estrellas y los pies encima del *biricornio* de la luna... Verás, verás, qué bien te saco yo, monín... Si te quiero mucho; pero ¿no me conoces?... Soy Mauricia la *Dura*, soy tu amiguita.

Aunque andaba muy aprisa, tardaba mucho tiempo en llegar al altar, porque la capilla, que era tan chica, se había vuelto muy grande. Lo menos había media legua desde la puerta al altar... Y mientras más andaba, más lejos, más lejos... Llegó, por fin, y subió los dos, tres, cuatro escalones, y le causaba tanta extrañeza verse en aquel sitio, mirando de cerca la mesa aquella cubierta con finísimo y albo lienzo, que un rato estuvo sin poder dar el último paso. Le entró una risa convulsiva cuando puso su mano sobre el ara sagrada...

—¿Quién me había de decir...? ¡Oh mi re-Dios de mi alma, que yo...! ¡Ji, ji, ji!...

Apartó el crucifijo que está delante de la puerta del sagrario, alargó luego el brazo, pero como no alcanzaba, alargábalo más y más, hasta que llegó a dolerle mucho de tantos estirones... Por fin, gracias a Dios, pudo abrir la puerta que sólo tocan las manos ungidas del sacerdote. Levantando la cortinilla buscó un momento en el misterioso, santo y venerado hueco... ¡Oh!, no había nada... Acordóse de que no era aquél el sitio donde está la Custodia, sino otro más alto. Subió al altar, puso los pies en el ara santa... Busca por aquí, por allí... ¡Ah!, por fin tropezaron sus dedos con el metálico pie de la Custodia. Pero qué frío estaba, tan frío que quemaba. El contacto del metal llevó por todo lo largo del espinazo de Mauricia una corriente glacial... Vaciló. ¿Lo cogería, sí o no? Sí, sí mil veces; aunque muriera, era preciso cumplir. Con exquisito cuidado, mas con gran decisión, empuñó la Custodia, bajando con ella por una escalera que antes no estaba allí. Orgullo y alegría inundaron el alma de la atrevida mujer al mirar en su propia mano la representación visible de Dios... ¡Cómo brillaban los rayos de oro que circundan el viril, y qué misteriosa y plácida majestad la de la Hostia purísima, guardada tras el cristal, blanca, divina y con todo el aquel de persona, sin ser más que una sustancia del delicado pan!

Con increíble arrogancia, Mauricia descendía sin sentir peso alguno. Alzaba la Custodia como la alza el sacerdote para que la adoren los fieles... "¿Veis cómo me he atrevido?—pensaba—. ¿No decíais que no podía ser?... Pues pudo ser, ¡qué peine!" Seguía por la iglesia adelante. La purísima Hostia, con no tener cara, miraba cual si tuviera ojos..., y la sacrílega, al llegar bajo el coro, empezaba a sentir miedo de aquella mirada.

—No, no te suelto, ya no vuelves allí... ¡A casa, con tu Mamá!... ¿Sí? ¿Verdad que el Niño no llora y quiere ir con su Mamá?...

Diciendo esto, atrevíase a agasajar contra su pecho la Sagrada Forma. Entonces notó que la Sagrada Forma no sólo tenía ya ojos profundos, tan luminosos como el cielo, sino también voz, una voz que la tarasca oyó resonar en su oído con lastimero son. Había desaparecido toda sensación de la materialidad de la Custodia; no quedaba más que lo esencial, la representación, el símbolo puro, y esto era lo que Mauricia apretaba furiosamente contra sí.

—Chica—le decía la voz—, no me saques, vuelve a ponerme donde estaba. No hagas locuras... Si me sueltas, te perdonaré tus pecados, que son tantos que no se pueden contar; pero si te obstinas en llevarme, te condenarás. Suéltame y no temas, que Yo no le diré nada a don León ni a las monjas para que no te riñan... Mauricia, chica, ¿qué haces?... ¿Me comes, me comes?...

Y nada más... ¡Qué desvarío! Por grande que sea un absurdo, siempre tiene cabida en el inconmensurable hueco de la mente humana.

X

Por la mañana tempranito, la superiora y sor Facunda se tropezaron al salir de sus respectivas celdas.

—Créame usted—dijo sor Facunda—, algo hay de extraordinario. Consultaré ahora mismo con don León. El caso de Mauricia debe examinarse detenidamente.

Sor Natividad, que era mujer de mucho entendimiento y estaba acostumbrada a los pueriles entusiasmos de su compañera, no hizo más que sonreír con bondad. Hubiera dicho a sor Facunda: "¡Qué tonta es usted, hija!"; pero no le dijo nada; y sacando un manojo de llaves se fué hacia el guardarropa.

—Pero ¿en dónde está esa loca?—preguntó después.

—No aparece por ninguna parte—dijo Fortunata, que por orden de sor Marcela había bajado en busca de su amiga—. Arriba no está.

En los dormitorios de las *filomenas* había gran tráfago. Todas se lavaban la cara y las manos, riñendo por el agua, cuestionando sobre si tú me quitaste la toalla o si ésa es mi agua.

—Que no, que mi agua es ésta.

Otra sacaba de debajo de la cama un zoquete de pan y empezaba a comérselo.

—¡Ay, qué hambre tengo! Con estos calores cuidado que suda una: no se puede vivir... ¡Y ponerme ahora la toca!

Sor Antonia entraba, imponía silencio y les daba prisa. Oíase el esquilón de la capilla. El sacristán se había asomado varias veces por la reja de la sacristía que da al vestíbulo, diciendo sucesivamente:

—Todavía no ha venido don León... Ya está ahí don León... Ya se está vistiendo.

Oíanse en la parte alta los pasos de toda la comunidad, que iba hacia el templo a oír la primera misa. Delante fueron las *josefinas*, soñolientas aún y dando bostezos, empujándose unas a otras. Seguían las *filomenas* con cierto orden, las más diligentes dando prisa a las perezosas. Donde hay muchas mujeres tiene que haber ese rumor de colegio, que se hace superior a la disciplina más severa. Entre chacota y risas se oía el rumorcillo aquel:

—Mauricia..., ¿no sabéis? Vió anoche la propia figura de la Virgen.

—Mujer, quita allá.

—Mi palabra... Pregúntaselo a Belén.

—¡Bah! Ni que fuéramos tontas...

—¿La cara de la Virgen?... Vaya.. Sería la de Nuestra Señora del Aguardiente.

Pero sor Facunda y las de su cotarro iban por la escalera abajo diciendo que el hecho podía ser falso, y podía también no serlo; y que el ser Mauricia muy pecadora no significaba nada, porque de otras muchísimo más perversas se había valido Dios para sus fines.

Dijo la misa don León, que parecía *el padre fuguilla* por la presteza con que despachaba. Había sido cura de tropa, y a las monjas no les acababa de gustar la marcial diligencia de su capellán. Más tarde celebraba don Hildebrando, cura francés de los de babero, el cual era lo contrario de Pintado, pues estiraba la misa hasta lo increíble.

Cuando la comunidad salía de la capilla, doña Manolita, que había entrado de las últimas, sofocada, se acercó a la superiora y le dijo que Mauricia estaba en la huerta sobre el montón de mantillo.

—Ya..., en la basura—replicó sor Natividad frunciendo el ceño—; es su sitio.

Bajaron las recogidas al refectorio a tomar el chocolate con rebanada de pan. Animación mundana reinaba en el frugal desayuno, y aunque las monjas se esforzaban por mantener un orden cuartelesco, no lo podían conseguir.

—Ese plato es el mío.

—Dame mi servilleta...

—Te digo que es la mía...

—¡Vaya!

—¡Ay San Antonio, qué duro está el pan!...

—Este sí que es de la boda de San Isidro.

—¡A callar!

Algunas tenían un apetito voraz; se habrían comido triple ración si se la dieran.

Inmediatamente después empezaba a distribuirse toda aquella tropa mujeril, como soldados que se incorporaban a sus respectivos regimientos. Estas bajaban a la cocina, aquéllas subían a la escuela y salón de costura, y otras, quitándose las tocas y poniéndose la falda de *mecánica*, se dedicaban a la limpieza de la casa.

Estaba la superiora hablando con sor Antonia en la puerta de una celda cuando llegó muy apurada una reclusa, diciendo:

—Le he mandado que venga y no quiere venir. Me ha querido pegar. Si no echo a correr... Después cogió un montón de aquella basura y me lo tiró. Mire usted...

La recogida enseñó a las madres su hombro manchado de mantillo.

—Tendré que ir yo... ¡Ay, qué mujer!... ¡Qué guerra nos da!...—dijo la superiora—. ¿Dónde está sor Marcela? Que traiga la llave de la perrera. Hoy tendremos *chinchirrimáncharras*... Está más tocada que nunca. Dios nos dé paciencia.

—¡Y sor Facunda, que me ha dicho ahora mismo—indicó sor Antonia con franca risa y bizcando más los ojos—que Mauricia había visto a la Virgen!

La superiora respondió a aquella risa con otra menos franca. Tres o cuatro *filomenas* de las más hombrunas bajaron a la huerta con orden expresa de traer a la visionaria.

—¡Pobre mujer, y qué perdida se pone!—observó sor Natividad dentro del corrillo de monjas que se iba formando—. Males de nervios, y nada más que males de nervios.

Y al decirlo sus miradas chocaron con las de sor Facunda, que se acercaba con semblante extraordinariamente afligido.

—Pero ¿no ha consultado usted este caso con el señor capellán?—le dijo.

—Sí—replicó sor Natividad con un poco de humorismo—, y el capellán me ha dicho que la meta en la perrera.

—¡Encerrarla porque llora!...—exclamó la otra, que en su timidez no se atrevía a contradecir a la superiora—. El caso merecía examinarse.

—Para preverlo todo—indicó la vizcaína—, avisaremos también al médico.

—Y ¿qué tiene que ver el médico...? En fin, yo no sé. Quien manda, manda. Pero me parecía... Ello podrá ser cosa física; pero ¿si no lo fuera? Si efectivamente Mauricia... No es que yo lo afirme: pero tampoco me atrevo a negarlo. Aquel llorar continuo, ¿qué puede ser sino arrepentimiento? A saber los medios que el Señor escoge...

Y se retiró a su celda. Casi, casi se dieron un encontronazo sor Facunda alejándose y sor Marcela que al corrillo se acercaba, dando balances y golpeando el suelo duramente con su pie de madera. Su semblante, descompuesto por la ira, estaba más feo que nunca; con la prisa que traía apenas podía respirar, y las primeras frases que salieron de la boca desmenuzadas por el enojo:

—Ya, ya sabemos... ¡San Antonio!... Bribona..., parece mentira... ¡Ay Dios mío, si es para volverse loca!...

Habló algunas palabras en voz muy baja con la superiora, quien al oírlas puso una cara que daba miedo.

—Yo..., bien lo sabe usted...—balbució sor Marcela— lo tenía para mi mal del estómago..., coñac superior.

—Pero esa maldita, ¿cómo...? Si esto parece... ¡Jesús me valga! Estoy horrorizada. Pero ¿cuándo...?

—Es muy sencillo..., hágase usted cargo. Anteayer, ¡San Antonio bendito!, cuando estuvo en mi celda moviendo los trastos para coger el ratón.

A la superiora se le escapó, sin poderlo remediar, una ligera sonrisilla; mas al punto volvió a poner cara de palo. Y la enana corrió hacia donde estaban las recogidas, y lo mismo que dijera a sor Natividad, se lo repitió a Fortunata, sin poner un freno a su ira:

—¿Habráse visto diablura semejante?... ¿Qué te parece? ¡Estamos todas horripiladas!

Fortunata no dijo nada, y se puso muy seria. Quizá no la cogía de nuevo la declaración de la monja. Obedeciendo a ésta, subió al dormitorio en busca de pruebas del nefando crimen imputado a su amiga.

—Ahí tienen ustedes—decía la superio-

ra a las que más cerca de ella estaban—cómo esa arrastrada ha visto visiones... ¡Ya! ¡Qué no vería ella!... Pero ¿no viene al fin? Yo le juro que no vuelve a hacernos otra. Es preciso ajustarle bien las cuentas...

La cojita se presentó otra vez en el corrillo, mostrando la enorme llave de la perrera; la esgrimía como si fuera una pistola, con amenaza homicida. Realmente estaba furiosa, y el topetazo de su pie duro sobre el suelo tenía una violencia y sonoridad excepcionales. En esto llegó Fortunata, trayendo una botella, que al punto le arrebató sor Marcela.

—¡Vacía, enteramente vacía!—exclamó ésta, levantándola en alto y mirándola al trasluz—. Y estaba casi llena, pues apenas...

Aplicó después su nariz chafada a la boca de la botella, diciendo con lastimera entonación:

—No ha dejado más que el olor... ¡Bribonaza! Ya te daría yo bebida...

De la nariz de la coja pasó el cuerpo del delito a la de sor Natividad y de ésta a otras narices próximas, resultando, de la apreciación del tufo, mayor severidad en el comentario del crimen.

—¡Qué asco! Buen pechugón se ha dado ...—exclamó la superiora—. Ya, ¡cómo estará aquel cuerpo con todo ese líquido ardiente! Nunca nos había pasado otra... La arreglaremos, la arreglaremos. Pero ¿viene o no?

Bajaba ya, decidida a abreviar la tardanza del acto de justicia, cuando se oyó un gran tumulto. Las tres mujeronas que habían ido en busca de la delincuente pasaban de la huerta al patio por la puertecilla verde, huyendo despavoridas y dando voces de pánico. Sonó en dicha puerta el estampido de un fuerte cantazo.

—¡Que nos mata, que nos mata!—gritaban las tres, recogiendo sus faldas para correr más fácilmente por la escalera arriba.

Asomáronse las madres al barandal del corredor que sobre el patio caía, y vieron aparecer a Mauricia, descalza, las melenas sueltas, la mirada ardiente y extraviada, y todas las apariencias, en fin, de una loca. La superiora, que era mujer de genio fuerte, no se pudo contener y desde arriba gritó:

—Trasto ..., infame. Si no te estás quieta, verás.

—Una pareja, una pareja de Orden Público—apuntaron varias voces de monjas.

—No..., veréis... Si yo me basto y me sobro—indicó la superiora, haciendo alarde de ser mujer para el caso—. Lo que es conmigo no juega.

Púsose Mauricia de un salto en el rincón frontero al corredor donde las madres estaban, y desde allí las miró con insolencia, sacando y estirando la lengua, y haciendo muecas y gestos indecentísimos.

—¡Tiorras, so tiorras—gritaba, e inclinándose con rápido movimiento, cogió del suelo piedras y pedazos de ladrillo, y empezó a dispararlos con tanto vigor como buena puntería.

Las monjas y las recogidas, que al sentir el alboroto salieron en tropel a los corredores del principal y del segundo piso, prorrumpieron en chillidos. Parecía que se venía el mundo abajo. ¡Dios mío, qué bulla! Y a las exclamaciones de arriba respondía la tarasca con aullidos salvajes.

Unas se agachaban, resguardándose tras el barandal de fábrica cuando venía la pedrada; otras asomaban la cabeza un momento y la volvían a esconder. Los proyectiles menudeaban, y con ellos las voces de aquella endemoniada mujer. Parecía una amazona. Tenía un pecho medio descubierto, el cuerpo del vestido hecho jirones, y las melenas cortas le azotaban la cara en aquellos movimientos de hondero que hacía con el brazo derecho. Su catadura les parecía horrible a las señoras monjas; pero estaba bella, en rigor de verdad, y más arrogante, varonil y napoleónica que nunca.

Sor Marcela intentó bajar valerosa, pero a los tres peldaños cogió miedo y fue para arriba. Su cara filipina se había puesto de color de mostaza inglesa.

—¡Verás tú si bajo, infame diablo!—era su muletilla; pero ello es que no bajaba.

Por una reja de la sacristía que da al patio asomó la cara del sacristán, y poco después la de don León Pintado. Dos monjas que estaban de turno en la portería se asomaron también por otra ventana baja; pero lo mismo fué verlas Mauricia que empezar también a mandarles piedras. Nada, que tuvieron que retirarse. Asustadas, las infelices quisieron pedir auxilio. En aquel instante llamó alguien a la puerta del convento, y

a poco entró una señora de visita, que pasó al salón, y enterándose de lo que ocurría, asomóse también a la ventana baja. Era Guillermina Pacheco, que se persignó al ver la tragedia que allí se había armado.

—¡En el nombre del...! ¡Pero tú!... ¡Mauricia!... ¿Cómo se entiende?... ¿Qué haces?... ¿Estás loca?...

La portera y la otra monja no la pudieron contener, y Guillermina salió al patio por la puerta que lo comunica con el vestíbulo

—Guillermina—gritó sor Natividad desde arriba—, no salgas... Cuidado.... mira que es una fiera... Ahí tienes, ahí tienes la alhaja que tú nos has traído... Retírate, por Dios, mira que está loca, y no repara... Hazme el favor de llamar a una pareja de Orden Público.

—¿Qué pareja ni pareja?—dijo Guillermina, incomodadísima—. ¡Mauricia!... ¿Cómo se entiende?...

Pero no había tenido tiempo de decirlo cuando una pedadilla de arroyo le rozó la cara. Si le da de lleno, la descalabra.

—¡Jesús!... Pero no, no es nada.

Y llevándose la mano a la parte dolorida, clamó:

—¡Infame, a mí, a mí me has tirado! Mauricia se reía con horrible descaro.

—A usted, sí, y a todo el género mundano—gritó con voz tan ronca, que apenas se entendía—, so tía pastelera... Váyase pronto de aquí.

Las monjas, horrorizadas, elevaban sus manos al cielo; algunas lloraban. En esto, don León Pintado había abierto con no poco trabajo la reja de la sacristía; saltó al patio, única manera de comunicarse con el convento desde la sacristía, y abalanzándose a Mauricia le sujetó ambos brazos.

—¡Suélteme, León, capellán de peinetas!...—rugió la visionaria.

Pero Pintado tenía manos de hierro, aunque era de pocos ánimos, y una vez lanzado al heroísmo, no sólo sujetó a Mauricia, sino que le aplicó dos sonoras bofetadas. La escena era repugnante. Tras el capellán salió también su acólito, y mientras los dos arreglaban a la *Dura*, las monjas, viendo sojuzgado el enemigo, arriesgáronse a bajar y acudieron a Guillermina, que con el pañuelo restañaba la sangre de su leve herida. Con cierta tranquilidad, y más risueña que enojada, la fundadora dijo a sus amigas:

—¡Cuidado que pasan unas cosas!... Yo venía a que me dierais los ladrillos y el cascote que os sobran, y mirad qué pronto me he salido con la mía... Nada, ponedla ahora mismo en la calle, y que se vaya a los quintos infiernos, que es donde debe estar.

—Ahora mismo, Don León, no la maltrate usted—dijo la superiora.

—¡Zángano!... ¡Mala puñalada te mate!—bramaba Mauricia, que ya tenía pocas fuerzas y había caído al suelo—. ¡Un sacerdote pegando a una... señora!

—Que le traigan su ropa—gritó sor Natividad—. Pronto, pronto. Me parece mentira que la veré salir...

Mauricia ya no se defendía. Había perdido su salvaje fuerza; pero su semblante expresaba aún ferocidad y desorden mental.

Luego se vió que desde el corredor alto tiraban un par de botas, luego un mantón...

—Bajadlo, hijas, bajadlo—dijo desde el patio la superiora, mirando hacia arriba y ya recobrada la serenidad con que daba siempre sus órdenes.

Fortunata bajó un lío de ropa, y recogiendo las botas, se lo dió todo a Mauricia, es decir, se lo puso delante. La espantosa escena descrita había impresionado desagradablemente a la joven, que sintió profunda compasión de su amiga. Si las monjas se lo hubieran permitido, quizá ella habría aplacado a la bestia.

—Toma tu ropa, tus botas—le dijo en voz baja y en tono apacible—. Pero, hija, ¡cómo te has puesto!... ¿No conoces ya que has estado trastornada?

—Quítate de ahí, pendoncillo..., quítate o te...

—Dejadla, dejadla—dijo la superiora—. No decirle una palabra más. A la calle, y hemos concluído.

Con gran dificultad se levantó Mauricia del suelo y recogió su ropa. Al ponerse en pie pareció recobrar parte de su furor.

—Que se te queda este lío.

—Las botas, las botas.

La tarasca lo recogió todo. Ya salía sin decir nada, cuando Guillermina la miró severamente.

—Pero ¡qué mujer ésta! Ni siquiera sabe salir con decencia.

Iba descalza, cogidas las botas por los tirantes.

—¡Póngase usted las botas!—le gritó la superiora.

—No me da la gana. Agur... ¡Son todas unas judías, pasteleras...!

—Paciencia, hijas, paciencia...; necesitamos mucha paciencia—dijo sor Natividad a sus compañeras, tapándose los oídos.

Se le franquearon todas las puertas, abriéndolas de par en par y resguardándose tras las hojas de ellas, como se abren las puertas del toril para que salga la fiera a la plaza. La última que cambió algunas palabras con ella fué Fortunata, que la siguió hasta el vestíbulo movida de lástima y amistad, y aún quiso arrancarle alguna declaración de arrepentimiento. Pero la otra estaba ciega y sorda; no se enteraba de nada, y dió a su amiga tal empujón, que si no se apoya en la pared cae redonda al suelo.

Salió triunfante, echando a una parte y otra miradas de altivez y desprecio. Cuando vió la calle, sus ojos se iluminaron con fulgores de júbilo, y gritó:

—¡Ay, mi querida calle de mi alma!

Extendió y cerró los brazos, cual si en ellos quisiera apretar amorosamente todo lo que veían sus ojos. Respiró después con fuerza, paróse mirando azorada a todos lados, como el toro cuando sale al redondel. Luego, orientándose, tiró muy decidida por el paseo abajo. Era cosa de ver aquella mujerona descalza, desgarrada, melenuda, despidiendo de sus ojos fiereza, con un lío bajo el brazo y las botas colgando de una mano. Las pocas personas que por allí pasaban miráronla con asombro. Al llegar junto a los Almacenes de la Villa, pasó por junto a varios chicos, barrenderos, que estaban sentados en sus carretillas con las escobas en la mano. Tuviéronla ellos por persona de poco más o menos, y se echaron a reír delante de su cara napoleónica.

—Vaya, que buena *curda* te llevas, ¡oleeeé!...

Y ella se les puso delante en actitud arrogantísima, alzó el brazo que tenía libre y les dijo:

—¡Apóstoles del error!

Prorrumpiendo al mismo tiempo en estúpida risa, pasó de largo. A los barrenderos les hizo aquello mucha gracia, y poniéndose en marcha con las carretillas por delante y las escobas sobre ellas, siguieron detrás de Mauricia, como una escolta de burlesca artillería, haciendo un ruido de mil demonios y disparándole bala rasa de groserías e injurias.

CAPITULO VII

LA BODA Y LA LUNA DE MIEL

I

Por fin, se acordó que Fortunata saldría del convento para casarse en la segunda quincena de septiembre. El día señalado estaba ya muy próximo, y si el pensamiento de la reclusa no se había familiarizado aún de una manera terminante con la nueva vida que la esperaba, no tenía duda de que le convenía casarse, comprendiendo que no debemos aspirar a lo mejor, sino aceptar el bien posible que en los sabios lotes de la Providencia nos toca. En las últimas visitas, Maxi no hablaba más que de la proximidad de su dicha. Contóle un día que ya tenía tomada la casa, un cuarto precioso en la calle de Sagunto, cerca de su tía; otro la entretuvo refiriéndole pormenores deliciosos de la instalación. Ya se habían comprado casi todos los muebles. Doña Lupe, que se pintaba sola para estas cosas, recorría diariamente las almonedas anunciadas en *La Correspondencia*, adquiriendo gangas y más gangas. La cama de matrimonio fué lo único que se tomó en el almacén; pero doña Lupe la sacó tan arreglada, que era como de lance. Y no sólo tenían ya casa y muebles, sino también criada. Torquemada les recomendó una que servía para todo y que guisaba muy bien, mujer de edad mediana, formal, limpia y sentada. Bien podía decirse de ella que era también ganga, como los muebles, porque el servicio estaba muy malo en Madrid, pero muy malo. Nombrábase Patricia, pero Torquemada la llamaba *Patria*, pues era hombre tan económico, que ahorraba hasta las letras, y era muy amigo de las abreviaturas por ahorrar saliva cuando hablaba y tinta cuando escribía.

Otra tarde le dió Maxi una hermosa sorpresa. Cuando Fortunata entró en el convento, las papeletas de alhajas y ropas de lujo que estaban empeñadas quedaron en poder del joven, que hizo

propósito de liberar aquellos objetos en cuanto tuviese medios para ello. Pues bien: ya podía anunciar a su amada con indecible gozo que cuando entrara en la nueva casa encontraría en ella las prendas de vestir y de adorno que la infeliz había arrojado al mar en día de su naufragio. Por cierto que las alhajas le habían gustado mucho a doña Lupe por lo ricas y elegantes, y del abrigo de terciopelo dijo que, con ligeras reformas, sería una pieza espléndida. Esto le llevó, naturalmente, a hablar de la herencia. Ya había cogido su parte, y con un pico que recibió en metálico había redimido las prendas empeñadas. Ya era propietario de inmuebles, y más valía esto que el dinero contante. Y a propósito de la herencia, también le contó que entre su hermano mayor y doña Lupe habían surgido ruidosas desavenencias. Juan Pablo empleó toda su parte en pagar las deudas que le devoraban y un descubierto que dejara en la Administración carlista. No bastándole el caudal de la herencia, había tenido el atrevimiento de pedir prestada una cantidad a doña Lupe, la cual se voló, y le dijo ¡tantas cosas!... Total, que tuvieron una fuerte pelotera, y desde entonces no se hablaban tía y sobrino, y éste se había ido a vivir con una querida. "¡Y viva la moralidad! ¡Y tradicionalista me soy!"

Charlaron otro día de la casa, que era preciosa, con vistas muy buenas. Como que del balcón al gabinete se alcanzaba a ver un poquito del Depósito de aguas; papeles nuevos, alcoba estucada, calle tranquila, poca vecindad, dos cuartos en cada piso, y sólo había principal y segundo. A tantas ventajas se unía la de estar todo muy a la mano: debajo, carbonería; a cuatro pasos, carnicería, y en la esquina próxima, tienda de ultramarinos.

No podía olvidárseles el importante asunto de la carrera de *Rubinius Vulgaris*. A mediados de septiembre se había examinado de la única clase que le faltaba para aprobar el último año, y lo más pronto que le fuera posible tomaría el grado. Desde luego, entraría de practicante en la botica de Samaniego, el cual estaba gravemente enfermo, y si se moría, la viuda tendría que confiar a dos licenciados la explotación de la farmacia. Maxi entraría seguramente de segundo, con el tiempo llegaría a ser primero, y, por fin, amo del establecimiento. En fin, que todo iba bien y el porvenir les sonreía.

Estas cosas daban a Fortunata alegría y esperanza, avivando los sentimientos de paz, orden y regularidad doméstica que habían nacido en ella. Con ayuda de la razón, estimulaba en su propia voluntad la dirección aquella, y se alegraba de tener casa, nombre y decoro.

Dos días antes de la salida confesó con el padre Pintado; expurgación larga, repaso general de conciencia desde los tiempos más remotos. La preparación fué como la de un examen de grado, y el capellán tomó aquel caso con gran solicitud y atención. Allí donde la penitente no podía llegar con su sinceridad, llegaba el penitenciario con sus preguntas de gancho. Era perro viejo en aquel oficio. Como no tenía nada de gazmoño, la confesión concluyo por ser un diálogo de amigos. Dióle consejos sanos y prácticos, hízole ver con palmarios ejemplos, algunos del orden humorístico, la perdición que trae a la criatura el dejarse mover de los sentidos, y le pintó las ventajas de una vida de continencia y modestia, dando de mano a la soberbia, al desorden y a los apetitos. Descendiendo de las alturas espirituales al terreno de la filosofía utilitaria, don León demostró a su penitente que el portarse bien es siempre ventajoso, que a la larga el mal, aunque venga acompañado de triunfos brillantes, acaba por infligir a la criatura cierto grado de penalidad, sin esperar a las de la otra vida, que son siempre infalibles.

—Hágase usted la cuenta—le dijo también—de que es otra mujer, de que se ha muerto y resucitado en otro mundo. Si encuentra usted algún día por ahí a las personas que en aquella pasada vida la arrastraron a la perdición, figúrese que son fantasmas, sombras, así como suena, y no las mire siquiera.

Por fin, encomendóle la devoción de la Santísima Virgen, como un ejercicio saludable del espíritu y una predisposición a las buenas acciones. La penitente se quedó muy gozosa, y el día que hizo la comunión se observó con una tranquilidad que nunca había tenido.

La despedida de las monjas fué muy sentida. Fortunata se echó a llorar. Sus compañeras Belén y Felisa le dieron besos, regaláronle estampitas y medallas,

asegurándole que rezarían por ella. Doña Manolita mostróse envidiosa y desconsolada. Ella también saldría, pues sólo estaba allí por equivocación; pronto se habían de ver claras las cosas, y el asno de su marido vendría a pedirle perdón y a sacarla de aquel encierro. Sor Marcela, sor Antonia, la superiora y las demás madres mostráronse muy afables con ella, asegurando que era de las recogidas que les habían dado menos que hacer. Despidiéronla con sentimiento de verla salir; pero dándole parabienes por su boda y el buen fin que su reclusión había tenido.

En la sala la esperaban Maximiliano y doña Lupe, que la recogieron y se la llevaron en un coche de alquiler. Estaba convenido de antemano llevarla a la casa del novio, cosa verdaderamente un poco irregular; pero como ella no tenía en Madrid parientes, al menos conocidos, doña Lupe no vió solución mejor al problema del alojamiento. La boda se verificaría el lunes 1 de octubre, dos días después de la salida de las Micaelas.

Sentía la señora de Jáuregui el goce inefable del escultor eminente a quien entregan un pedazo de cera y le dicen que modele lo mejor que sepa. Sus aptitudes educativas tenían ya materia blanda en quien emplearse. De una salvaje *en toda la extensión de la palabra*, formaría una señora, haciéndola a su imagen y semejanza. Tenía que enseñarle todo: modales, lenguaje, conducta. Mientras más pobreza de educación revelaba la alumna, más gozaba la maestra con las perspectivas e ilusiones de su plan. Aquella misma mañana, cuando estaban almorzando, tuvo ya ocasión, con tanto regocijo en el alma como dignidad en el semblante, de empezar a aplicar sus enseñanzas.

—No se dice *armejas*, sino almejas. Hija, hay que irse acostumbrando a hablar como Dios manda.

Quería doña Lupe que Fortunata se prestase a reconocerla por directora de sus acciones en lo moral y en lo social, y mostraba desde los primeros momentos una severidad no exenta de tolerancia, como cumple a profesores que saben al pelo su obligación.

Destinóle una habitación contigua a la alcoba de la señora, y que le servía a ésta de guardarropa. Había allí tantos cachivaches y tanto trasto, que la huésped apenas podía moverse; pero dos días se pasan de cualquier manera. Durante aquellos días hallábase la joven muy cohibida delante de la que iba a ser su tía, porque ésta no bajaba del trípode ni cesaba en sus correcciones, y rara vez abría la boca Fortunata sin que la otra dejara de advertirle algo, ya referente a la pronunciación, ya a la manera de conducirse, mostrándose siempre autoritaria, aunque con estudiada suavidad.

—En los conventos—decía—se corrigen muchos defectos; pero también se adquieren modales encogidos. Suéltese usted, y cuando salude a las visitas, hágalo con serenidad y sin atropellarse.

Estas cosas ponían a Fortunata de mal humor, y su encogimiento crecía.

Consideraba que cuando estuviera en su casa se emanciparía de aquella tutela enojosa, sin chocar, por supuesto, porque además doña Lupe le parecía mujer de gran utilidad, que sabía mucho y aconsejaba algunas cosas muy puestas en razón.

Molestaban a Fortunata las visitas, que, según ella, sólo iban por curiosear. Doña Silvia no había podido resistir la curiosidad, y se plantó en la casa el mismo día en que la novia salió del convento. Al otro día fué Paquita Morejón, esposa de don Basilio Andrés de la Caña, y ambas parecieron a Fortunata impertinentes y entremetidas. Su finura resultóle afectada, como de personas ordinarias que se empeñan en no parecerlo.

Las visitantes le daban cumplida enhorabuena por su boda. En los ojos se les leía este pensamiento: "¡Vaya una ganga la de usted!"

La señora de don Basilio repitió la visita al segundo día. Iba vestida de pingajos de seda mal arreglados, queriendo aparentar. Hízose muy pegajosa: quería intimar, y elogiaba la hermosura de la novia, como un medio indirecto de expresar las deficiencias de la misma en el orden moral.

Otra visita notable fué la de Juan Pablo, a quien llevó su hermano. Doña Lupe y el mayor de los Rubines no se hablaban después de la marimorena que tuvieron al repartir la herencia. Con gran sorpresa de la novia, Juan Pablo estuvo afectuoso con ella. Creeríase que intentaba hacer rabiar a su tía concediendo su benevolencia a la persona de

quien aquélla había dicho tantas perrerías. Durante la visita, que no fué breve, sentóse Fortunata en el borde de una silla, como una paleta, algo atontada y no sabiendo qué decir para sostener la conversación con un hombre que se expresaba tan bien. Al despedirse, dióle Juan Pablo un fuerte apretón de manos, diciéndole que asistiría a la boda.

Luego fueron tía y sobrina a ver la casa matrimonial. Doña Lupe le mostró uno por uno los muebles, haciéndole notar lo buenos que eran y que su colocación, dispuesta por ella, no podía ser más acertada. El juicio sobre cada parte de la casa y sobre los trastos y su distribución dábalo ya por anticipado doña Lupe, de modo que la otra no tuviese que decir más que:

—Sí..., verdad...

De vuelta, ya avanzada la tarde, a la calle de Raimundo Lulio, se ocuparon en disponer varias cosas para el día siguiente. Maximiliano había ido a invitar a algunos amigos, y doña Lupe salió también, diciendo que volvería antes de anochecido. Quedóse sola Fortunata, y se puso a hacer en su vestido de gro negro, que había de lucir en la ceremonia, ciertos arreglos de escasa importancia. No tenía más compañía que la de *Papitos*, que se escapaba de la cocina para ponerse al lado de la señorita, cuya hermosura admiraba tanto. El peinado era la principal causa de la estupefacción de la chiquilla, y habría dado ésta un dedo de la mano por poder imitarlo. Sentóse a su lado y no se hartaba de contemplarla, llenándose de regocijo cuando la otra solicitaba su ayuda, aunque sólo fuera para lo más insignificante. En esto llamaron a la puerta; corrió a abrir la mona, y Fortunata no supo lo que le pasaba cuando vió entrar en la sala a Mauricia la *Dura*.

II

El sentimiento que le inspiraba aquella mujer en las Micaelas, la inexplicable mezcolanza de terror y atracción, produjose en aquel instante en su alma con mayor fuerza. Mauricia le infundía miedo, y al propio tiempo una simpatía irresistible y misteriosa, cual si le sugiriera la idea de cosas reprobables y al mismo tiempo gratas a su corazón. Miró a su amiga sin hablarle, y ésta se le acercó sonriendo como si quisiera decir: "Lo que menos esperabas tú era verme aquí ahora."

—¿De veras eres tú...?

Y observó que Mauricia traía unos zapatos muy bonitos, de cuero amarillo, atados con cordones azules terminados en madroños.

—Y ¡qué bien calzada!...

—¿Qué te creías tú?

Después le miró la cara. Estaba muy pálida; los ojos parecían más grandes y traicioneros, acechando en sus profundos huecos violados bajo la ceja recta y negra. La nariz parecía de marfil, la boca más acentuada y los dos pliegues que la limitaban más enérgicos. Todo el semblante revelaba melancolía y profundidad de pensamiento, al menos así lo consideró Fortunata sin poder expresar por qué. Traía Mauricia un manto nuevo, y a la cabeza un pañuelo de seda de franjas azul turquí y rojo vivo, delantal de cuadritos y falda de tartán, y en la mano un bulto atado con un pañuelo por las cuatro puntas.

—¿No está doña Lupe?—dijo, sentándose sin ninguna ceremonia.

—Ya le he dicho que no—replicó *Papitos* con mal modo.

—No te he preguntado a ti, refitolera, métomentodo. Lárgate a tu cocina y déjanos en paz.

Papitos se fué refunfuñando.

—¿Qué traes por aquí?—le preguntó Fortunata, que desde que la vió entrar sentía palpitaciones muy fuertes.

—Pues nada... Estoy otra vez corriendo prendas y aquí traigo unos mantones para que los vea esa tía pastelera...

—¡Qué manera de hablar! Corrígete, mujer... ¿Te has olvidado ya de la que hiciste en el convento? ¡Vaya un escándalo! Lo sentí mucho por ti. Aquel día me puse mala.

—Chica, no me hables... Vaya, que me trastorné de veras. Pero una tentación cualquiera la tiene. Y qué, ¿dije muchas barbaridades? Yo no me acuerdo. No estaba en mí, no sabía lo que hacía. Sólo me acuerdo de que vi a la Pura y Limpia, y después quise entrar en la iglesia y coger el Santísimo Sacramento... Soñé que me comía la Hostia... Nunca me ha dado un toque tan fuerte, chica... ¡Qué cosas se le ocurren a una cuando se sube el mengue a la cabeza! Créemelo, porque

yo te lo digo: cuando se me serenó el sentido estaba abochornada... El único a quien guardaba rencor era al tío capellán. Me lo hubiera comido a bocados. A las señoras, no. Me daban ganas de ir a pedirles perdón; pero por el aquel de la *dinidá* no fuí. Lo que más me escocía era haberle tirado un ladrillazo a doña Guillermina. Esto sí que no me lo paso, no me lo paso... Y le he cogido tal miedo, que cuando la veo venir por la calle se me sube toda la color a la cara y me voy por otro lado para que no me vea. A mi hermana le ha dicho que me perdona, ¿ves?, y que todavía cuenta hacer algo por mí.

—Es que eres atro...—le dijo Fortunata—. Si no te quitas ese vicio, vas a parar en mal.

—Quita, mujer, y no me digas nada... Pues si desde que salí de las Micaelas no he vuelto a catarlo... Soy ahora, como quien dice, otra. No quiero vivir con mi hermana, porque Juan Antonio y yo no casamos bien; pero a persona decente no me gana nadie ahora. Créetelo, porque yo te lo digo. No lo vuelvo a catar. Y si no, tú lo has de ver... Y pasando a otra cosa, ya sé que te casas mañana.

—¿Por dónde lo has sabido?

—Eso, acá yo... Todo se sabe—replicó la *Dura* con malicia—. Vaya, que te ha caído la lotería. Yo me alegro, porque te quiero.

En esto Mauricia se inclinó bruscamente y recogió del suelo un objeto pequeño. Era un botón.

—Buen agüero, mira—dijo mostrándolo a Fortunata—. Señal de que vas a ser dichosa.

—No creas en brujerías.

—¿Que no crea?... *Paices* boba. Cuando una se encuentra un botón quiere decirse que a una le va a pasar algo. Si el botón es como éste, blanco y con cuatro *ujeritos,* buena señal; pero si es negro y con tres, mala.

—Eso es un disparate.

—Chica, es el Evangelio. Lo he probado la mar de veces. Ahora vas a estar en grande. ¿Sabes una cosa?

Dijo esto último con tal intención, que Fortunata, cuya ansiedad crecía sin saber por qué, vió tras el *sabes una cosa* una confidencia de extraordinaria gravedad.

—¿Qué?

—Que te quemas.

—¿Cómo que me quemo?

—Nada, mujer, que te quemas, que le tienes muy cerca. Te gustan las cosas claras, ¿verdad?; pues allá va. Volvió de Valencia muy bueno y muy enamoradito de ti. Lo que yo te decía, chica, lo mismo fué enterarse de que estabas en las Micaelas haciéndote la católica, que se le encendió el celo, y todas las tardes pasaba por allí en su *featón.* Los hombres son así: lo que tienen lo desprecian, y lo que ven guardado con llaves y candados, eso, eso es lo que se les antoja.

—Quita, quita...—dijo Fortunata queriendo aparecer serena—. No me vengas con cuentos.

—Tú lo has de ver.

—¿Cómo que lo he de ver? Vaya, que tienes unas cosas...

Mauricia se echó a reír con aquel desparpajo que a su amiga le parecía el humorismo de un hermoso y tentador demonio. En medio de la infernal risa brotaba esta frase, que a Fortunata le ponía los pelos de punta:

—¿Te lo digo?... ¿Te lo digo?

—Pero ¿qué?

Se miraron ambas. Dentro de los cóncavos y amoratados huecos de los ojos acechaban las pupilas de Mauricia con ferocidad de pájaro cazador.

—¿Te lo digo?... Pues el tal sabe echar por la calle de en medio. Vaya, que es listo y ejecutivo. Te ha armado una trampa, en la cual vas a caer... Como que ya has metido la patita dentro.

—¿Yo?...

—Sí, tú. Pues ha alquilado el cuarto de la izquierda de la casa en que vas a vivir: el tuyo es el de la derecha.

—¡Bah!... No digas desatinos—replicó Fortunata, queriendo echárselas de valiente.

Deslizóse de sus rodillas al suelo la falda de gro negro que estaba arreglando.

—Como lo oyes, chica... Allí le tienes. Desde que entres en tu casa le sentirás la respiración.

—Quita, quita... No quiero oírte.

—Si sabré yo lo que me digo. Para que te enteres: hace media hora que he estado hablando con él en casa de una amiga. Si no caes en la trampa, creo que el pobrecito revienta...; tan dislocado está por ti.

—El cuarto de al lado..., a mano izquierda cuando entramos...; el mío a esta mano; de modo que... No me vuelvas loca...

—Lo ha tomado por cuenta de él una que llaman Cirila... Tú no la conoces; yo sí; ha sido también corredora de alhajas y tuvo casa de huéspedes. Está casada con uno que fué de la ronda secreta, y ahora tu señor me le ha colocado en el tren.

Fortunata sintió que se congestionaba. Su cabeza ardía.

—Vaya, todo eso es cuento... ¿Piensas que me voy a creer esas bolas?... ¡Como no se acuerde él de mí...! Ni falta.

—Tú lo has de ver. ¡Ay, qué chico! Da pena verle..., loquito por ti..., y arrepentido de la partida serrana que te jugó. Si la pudiera reparar, la repararía... Créetelo, porque yo te lo digo.

En esto entró *Papitos* con pretexto de preguntar una cosa a la señorita, pero realmente con el único objeto de curiosear. Lo mismo fué verla Mauricia que echarle los tiempos del modo más despótico.

—Mira, chiquilla, si no te largas, verás.

La amenazó con un movimiento del brazo, precursor de una gran bofetada; pero la mona se le rebeló, chillando así:

—No me da la gana... ¿Y a usted qué?... ¡Mia ésta!...

Fortunata le dijo:

—*Papitos*, vete a la cocina.

Y obedeció la rapaza, aunque de muy mala gana.

—Pues yo...—prosiguió Fortunata—, si es verdad, le diré a mi marido que tome otra casa.

—Tendrías que contarle el motivo.

—Se lo contaré..., vaya.

—Bonita escandalera armarías... Nada, hija, que la trampa te la ponen dondequiera que vayas, y ¡pum!..., ídem de lienzo.

—Pues, ¡ea!, no me casaré—dijo la novia en el colmo ya de la confusión.

—¡Quia! Por tonta que te quieras volver, no harás tal... ¿Crees que esas brevas caen todos los días? Que se te quite de la cabeza... Casadita puedes hacer lo que quieras guardando el aparato de la *comenencia*. La mujer soltera es una esclava; no puede ni menearse. La que tiene un peine de marido tiene bula para todo.

Fortunata callaba, mirando vagamente al suelo, con la barba apoyada en la mano.

—¿Qué miras?—dijo la *Dura*, inclinándose—. ¡Ah!, otro botón..., y éste es negro, con tres *ujeros*... Mala señal, chica. Esto quiere decir que si no te casas, mereces que te azoten.

Recogiendo el botón, lo miraba de cerca. Anochecía, y la sala se iba quedando a oscuras. Poco después Fortunata veía sólo el bulto de su amiga y los zapatos amarillos. Empezaba a cogerle miedo; pero no deseaba que se marchase, sino que hablara más y más del mismo temeroso asunto.

—Te digo que no me caso—repitió la joven, sintiendo que se renovaba en su alma el horror al matrimonio con el chico de Rubín.

Y las ideas tan trabajosamente construídas en las Micaelas se desquiciaron de repente. Aquel altarito levantado a fuerza de meditaciones y de gimnasias de la razón se resquebrajaba como si le temblara el suelo.

—El cuarto de la izquierda...; de modo que... Eso es estar vendida... Una puerta aquí, otra allí...

—Lo que te digo, una patita en la trampa; sólo te falta meter la otra.

Y rompió a reír de nuevo con aquella franqueza insolente que a Fortunata le agradaba, cosa extraña, despertando en su alma instintos de dulce perversidad.

—Nada, yo no me caso, yo no me caso, ¡ea!—declaró la novia, levantándose y dando pasos de aquí para allí, cual si moviéndose quisiera infundirse la energía que le faltaba.

—Como lo vuelvas a decir...—añadió Mauricia, haciendo un gesto de burlesca amenaza—. ¿Piensas que una ganga como ésta se encuentra detrás de cada esquina? Nada, chica, a casarse tocan. En ese espejo quisieran verse otras. Y para acabar, chica, cásate y haz por no caer en la trampa. Vaya, ponte a ser honrada, que de menos nos hizo Dios... Oye lo que te digo, que es el Evangelio, chica, el puro Evangelio.

Fortunata se detuvo ante su amiga, y ésta la obligó a sentarse otra vez a su lado.

—Nada, te casas..., porque casarte es tu salvación. Si no, vas a andar de ma-

no en mano hasta la *consunción* de los siglos Tú no seas boba; si quieres ser honrada, *serlo*, hija. Descuida, que no te pondrán un puñal al pecho para que peques.

—Pues sí—dijo Fortunata animándose—, ¿qué me importa a mí la trampa? Como yo no quiera caer...

—Claro... El otro ahí junto..., pues que le parta un rayo. ¿A ti qué? Tú di "soy honrada", y de ahí no te saca nadie. A los pocos días le dices a tu esposo de tu alma que la casa no te gusta y tomáis otra.

—Di que sí..., tomamos otra, y se acabó la trampa...—observó la novia, tomando en serio los consejos de su amiga.

—Verdad que él no se acordará, y a donde vayas, él detrás. Créeme que está loco. Y te digo más. La criada que tienes, esa Patricia, que le recomendó a doña Lupe el señor de Torquemada, está vendida.

—¡Vendida!... ¡Ah!...—exclamó Fortunata con nuevo terror—. Mira tú por qué esa mujer no me gustó cuando la vi esta mañana. Es muy adulona, muy relamida, y tiene todo el aire de un serpentón... Pues nada, le diré a mi marido que no me gusta, y mañana mismo la despido.

—Eso..., y viva el *caráiter*. Tú mira bien lo que te digo: siempre y cuando quieras ser honrada, *serlo*; pero dejarte de casar, ¡dejar de casarte!, que no se te pase por la cabeza, hija de mi alma.

Fortunata parecía recobrar la calma con esta exhortación de su amiga, expresada de una manera cariñosa y fraternal.

—Otra cosa se me ocurre—indicó luego con la alegría del náufrago que ve flotar una tabla cerca de sí—. Le diré a mi marido que estoy mala y que me lleve a vivir al pueblo ese donde ha cogido la herencia.

—¡Pueblo!... ¿Y qué vas a hacer tú en un pueblo?—dijo Mauricia con expresión de desconsuelo, como una madre que se ocupa del porvenir de su hija—. Mira tú, y créelo porque yo te lo digo: más difícil es ser honrada en un pueblo chico que en estas ciudades grandes, donde hay mucho personal, porque en los pueblos se aburre una, y como no hay más que dos o tres sujetos finos y siempre los estás viendo, ¡qué peine!, acabas por encapricharte con alguno de ellos. Yo conozco bien lo que son los pueblos de corto personal. Resulta que el alcalde, y si no el alcalde, el médico, y si no el juez, si lo hay, te hacen tilín, y no quiero decirte nada. En último caso, tanto te aburres, que te da un *toque* y caes con el señor cura...

—Quita, quita, ¡qué asco!

—Pues, chica, no pienses en salir de Madrid—agregó la tarasca, cogiéndola por un brazo, atrayéndola a sí y sentándola sobre sus rodillas—. Hija de mi vida, ¿a quién quiero yo? A ti nada más. Lo que yo te diga es por tu bien Déjate llevar; cásate, y si hay trampa, que la haya. Lo que debe pasar, pasa... Deja correr y haz caso de mí, que te he tomado cariño y soy *mismamente* como tu madre.

Fortunata iba a responder algo; pero la campanilla anunció que se aproximaba doña Lupe.

Cuando ésta penetró en la sala, ya sabía por *Papitos* quién estaba allí.

—¿En dónde está esa loca?—entró diciendo—. Pero ¡qué oscuridad! No veo gota, Mauricia...

—Aquí estoy, mi señora doña Lupe Ya nos podían traer una luz.

Fortunata fué por la luz y en tanto la viuda dijo a su corredora:

—¿Qué traes por acá? ¡Cuánto tiempo...! ¿Y qué tal? ¿Te has enmendado? Porque el padre Pintado le contó a Nicolás horrores de ti...

—No haga caso, señora. Don León es muy fabulista y boquea más de la cuenta. Fué un pronto que tuve.

—¡Vaya unos prontos!... ¿Y qué traes ahí?

Entró Fortunata con la lámpara encendida, y la tarasca empezó a mostrar mantones de Manila, un tapiz japonés, una colcha de malla y felpilla.

—Mire, mire qué primores. Este pañolón es de la *señá* marquesa de Tellería. Lo da por un pedazo de pan. Anímese, señora, para que haga un regalo a su sobrina el día de mañana, que así sea el *escomienzo* de todas las felicidades.

—¡Quita allá...!, ni para qué quiere ésta mantones. ¡Buenos están los tiempos! ¡Y qué precio! ¡Cincuenta duros! Ajajá..., ¡qué gracia! Los tengo yo del propio Sencuá mucho más floreados que ése, y los doy a veinticinco.

—Quisiera verlos... ¿Sabe lo que le di-

go? Que me caiga ahora muerta aquí mismo si no es verdad que me han ofrecido treinta y ocho y no lo he querido dar... Mire: ¡por estas cruces!

Y haciendo la cruz con dos dedos se la besó.

—¡A buena parte vienes!... Si estoy yo de mantones...

—Pero no serán como éste.

—Mejores, cien veces mejores... Pero me alegro de que hayas venido; te voy a dar un aderezo para que me lo corras.

Y siguieron picoteando de este modo hasta que entró Maximiliano, y doña Lupe mandó sacar la sopa. El novio, enterándose de que había visita en la sala, acercóse despacito a la puerta para ver quién era.

—Es Mauricia—le dijo su prometida saliéndole al encuentro.

Ambos se fueron al comedor, esperando allí a que su tía despachase a la corredora. Cuando ésta se fué no quiso Fortunata salir a despedirla, por temor de que dijese algo que la pudiera comprometer.

III

Maximiliano habló a su futura de las invitaciones que había hecho, y ella le oía como quien oye llover; mas no reparó el joven en esta distracción por lo muy exaltado que estaba. Como era tan idealista, quería hacer el papel de novio con todas las reglas recomendadas por el uso, y aunque se vió solo en el comedor con su amada, tratábala con aquellos miramientos que impone el pudor más exquisito. No se decidía ni a besarla, gozando con la idea de poder hacerlo a sus anchas después de recibidas las bendiciones de la Iglesia y aun de hacerle otras caricias con la falsa ilusión de no habérselas hecho antes. Mientras comían, Fortunata se sintió anegada en tristeza, que le costaba trabajo disimular. Inspirábale el próximo estado tanto temor y repugnancia, que le pasó por el pensamiento la idea de escaparse de la casa, y se dijo: "No me llevan a la iglesia ni atada." Doña Lupe, que gustaba tanto de hacer papeles y de poner en todos los actos la corrección social, no quería que los novios se quedasen solos ni un momento. Había que emplear una ficción moral como tributo a la moral misma y en prueba de la importancia que debemos dar a la forma en todas nuestras acciones.

Fortunata estuvo muy desvelada aquella noche. Lloraba a ratos como una Magdalena, y poníase luego a recordar cuanto le dijo el padre Pintado y el remedio de la devoción a la Santísima Virgen. Durmióse, al fin, rezando, y soñó que la Virgen la casaba, no con Maxi, sino con su verdadero hombre, con el que era suyo, a pesar de los pesares. Despertó sobresaltada, diciendo: "Esto no es lo convenido." En el delirio de su febril insomnio, pensó que don León la había engañado y que la Virgen se pasaba al enemigo. "Pues para esto no se necesitaba tanto Padrenuestro y tanta Avemaría..." Por la mañana reíase de aquellos disparates, y sus ideas fueron más reposadas. Vió claramente que era locura no seguir el camino por donde la llevaban, que era, sin duda, el mejor. "¡Hala! Honrada a todo trance. Ya me defenderé de cuantas trampas se me quieran armar."

Doña Lupe dejó las ociosas plumas a las cinco de la mañana, cuando aún no era de día, y arrancó de la cama a *Papitos*, tirándole de una oreja, para que encendiera la lumbre. ¡Flojita tarea la de aquel día; un almuerzo para doce personas! Llamó a Fortunata para que se fuera arreglando, y acordaron dejar dormir a Maxi hasta la hora precisa, porque los madrugones le sentaban mal. Dió varias disposiciones a la novia para que trabajara en la cocina, y se fué a la compra con *Papitos*, llevando el cesto más grande que en la casa había.

Lo que doña Lupe llamaba el *menudo* era excelente: riñones salteados, sesos, merluza o pageles, si los había; chuletas de ternera, filete a la inglesa... Esto corría de cuenta de la viuda, y Fortunata se comprometió a hacer una paella. A las ocho ya estaba doña Lupe de vuelta, y parecía una pólvora: tal era su actividad. Como que a las diez debían ir a la iglesia.

—Pero no, no iré, porque si voy, de fijo me hace *Pavitos* algún desaguisado.

La suerte fué que vino Patricia, y entonces se decidió la señora a asistir a la ceremonia.

Púsose la novia su vestido de seda negro, y doña Lupe se empeñó en plantarle un ramo de azahar en el pecho. Hubo disputa sobre esto...; que sí, que

no. Pero la señora de don Basilio había traído el ramo y no se la podía desairar. Como que era el mismo ramo que ella se había puesto el día de su boda. Fortunata estaba guapísima, y *Papitos* buscaba pretextos para ir al gabinete y admirarla, aunque sólo fuera un instante. "Esta sí que no tiene algodón en la delantera", pensaba.

La de Jáuregui se puso su *visita*, adornada con abalorio, y doña Silvia se presentó con pañuelo de Manila, lo que no agradó mucho a la viuda, porque parecía boda de pueblo. Torquemada fué muy majo; llevaba el hongo nuevo, el cuello de la camisa algo sucio, corbata negra deshilachada y en ella un alfiler con magnífica perla que había sido de la marquesa de Casa-Bojío. El bastón de roten y las enormes rodilleras de los calzones le acababan de caracterizar. Era hombre muy humorístico y tenía una baraja de chistes referentes al tiempo. Cuando diluviaba entraba diciendo:

—Hace un polvo atroz.

Aquel día hacía mucho calor y sequedad, motivo sobrado para que mi hombre se luciera:

—¡Vaya una nevada que está cayendo!

Estas gracias sólo las reían doña Silvia y doña Lupe.

Maxi llevaba su levita nueva y la chistera, que aquel día se puso por primera vez. Extrañaba mucho aquel desusado armatoste, y cuando se lo veía en la sombra parecíale de tres o cuatro palmos de alto. Dentro de casa, creía que tocaba con su sombrero al techo. Pero, en orden de chisteras, la más notable era la de don Basilio Andrés de la Caña, que lo menos era de catorce modas atrasadas y databa del tiempo en que Bravo Murillo le hizo ordenador de pagos. Las botas miraban con envidia al sombrero por el lustre que tenía. Nicolás Rubín presentóse menos desaseado que otras veces, sintiendo no haber podido traer a don León. *Ulmus Sulvestris*, *Quercus Gigantea* y *Pseudo Narcisus Odoriferus* presentáronse muy guapetones, de levitín, y alguno de ellos con guantes acabados de comprar, y rodearon a la novia, y la felicitaron y aun le dieron bromas, viéndose ella apuradísima para contestarles. Por fin, doña Lupe dió la voz de mando, y a la iglesia todo el mundo.

Fortunata tenía la boca extraordinariamente amarga, cual si estuviera mascando palitos de quina. Al entrar en la parroquia sintió horrible miedo. Figurábase que su enemigo estaba escondido tras un pilar. Si sentía pasos, creía que eran los de él. La ceremonia verificóse en la sacristía, y duró poco tiempo. Impresionaron mucho a la novia los símbolos del Sacramento, y por poco se cae redonda al suelo. Y, al propio tiempo, sentía en sí una luz nueva, algo como un sacudimiento, el choque de la dignidad que entraba. La idea del señorío enderezó su espíritu, que estaba como columna inclinada y próxima a perder el equilibrio. ¡Casada! ¡Honrada, o en disposición de serlo! Se reconocía otra. Estas ideas, que quizá procedían de un fenómeno espasmódico, la confortaron; pero al salir volvió a sentirse acometida del miedo. ¡Si por acaso el enemigo se le aparecía!... Porque Mauricia le había dicho que rondaba, que rondaba, que rondaba... ¡Aquí de la Virgen! Pero ¡qué cosas! ¡Si María Santísima protegía ahora al enemigo! Esta idea extravagante no la podía echar de sí. ¿Cómo era posible que la Virgen defendiera el pecado? ¡Tremendo disparate! Pero, disparate y todo, no había medio de destruirlo.

De regreso a la casa, doña Lupe no cabía en su pellejo; de tal modo se crecía y se multiplicaba atendiendo a tantas y tan diferentes cosas. Ya recomendaba en voz baja a Fortunata que no estuviese tan displicente con doña Silvia; ya corría al comedor a disponer la mesa; ya se liaba con *Papitos* y con Patricia, y parecía que a la vez estaba en la cocina, en la sala y en la despensa y en los pasillos. Creeríase que había en la casa tres o cuatro viudas de Jáuregui funcionando a un tiempo. Su mente se acaloraba ante la temerosa contingencia de que el almuerzo saliera mal. Pero si salía bien, ¡qué triunfo! El corazón le latía con fuerza, comunicando calor y fiebre a toda su persona, y hasta la pelota de algodón parecía recibir también su parte de vida, palpitando y permitiéndose doler. Por fin, todo estuvo a punto. Juan Pablo, que no había ido a la iglesia, pero que se había unido a la comitiva al volver de ella, buscaba un pretexto para retirarse. Entró en el comedor cuando sonaba el pataleo de las

sillas en que se iban acomodando los comensales, y contó...

—Me voy—dijo—para no hacer trece.

Algunos protestaron contra tal superstición, y otros la aplaudieron. A don Basilio le parecía esto incompatible con las luces del siglo, y lo mismo creía doña Lupe; pero se guardó muy bien de detener á su sobrino, por la ojeriza que le tenía, y Juan Pablo se fué, quedando en la mesa los comensales en la tranquilizadora cifra de doce.

Durante el almuerzo, que fué largo y fastidioso, Fortunata siguió muy encogida, sin atreverse a hablar, o haciéndolo con mucha torpeza cuando no tenía más remedio. Temía no comer con bastante finura y revelar demasiado su escasa educación. El temor de parecer ordinaria era causa de que las palabras se detuvieran en sus labios en el momento de ser pronunciadas. Doña Lupe, que la tenía al lado, estaba al quite para auxiliarla si fuera menester, y en los más de los casos respondía por ella si algo se le preguntaba, o le soplaba con disimulo lo que debía decir.

A un tiempo notaron Fortunata y doña Lupe que Maximiliano no se sentía bien. El pobrecito quería engañarse a sí mismo, haciéndose el valiente; mas al fin se entregó.

—Tú tienes jaqueca—le dijo su tía.

—Sí que la tengo—replicó él con desaliento, llevándose la mano a los ojos—; pero quería olvidarla, a ver si no haciéndole caso, se pasaba. Pero es inútil, no me escapo ya. Parece que se me abre la cabeza. Ya se ve: la agitación de ayer, la mala noche, porque a las tres de la mañana desperté creyendo que era la hora, y no volví a dormir.

Hubo en la mesa un coro compasivo. Todos dirigían al pobre jaquecoso miradas de lástima y algunos le proponían remedios extravagantes.

—Es mal de familia—observó Nicolás—, y con nada se quita. Las mías han sido tan tremendas, que el día que me tocaba no podía menos de compararme a San Pedro Mártir, con el hacha clavada en la cabeza. Pero de algún tiempo a esta parte se me alivian con jamón

—¿Cómo es eso?... ¿Aplicándose una tajada a la cabeza?

—No, hija ..; comiéndolo...

—¡Ah! Uso interno...

—Vale más que te retires—dijo Fortunata a su marido, cuyo sufrimiento crecía por instantes.

Doña Lupe fué de la misma opinión, y Maximiliano pidió permiso para retirarse, siéndole concedido con otro coro de lamentaciones. El almuerzo tocaba ya a su fin. Fortunata se levantó para acompañar a su marido, y no hay que decir que, sintiendo el motivo, se alegraba de abandonar la mesa, por verse libre de la etiqueta y de aquel suplicio de las miradas de tanta gente. Maxi se echó en su cama; su mujer le arropó bien, y cerrando las maderas fué a la cocina a hacer un té. Allí se tropezó con doña Lupe, que le dijo:

—Primero es el café. Ya lo están esperando. Ayúdame, y luego harás el té para tu marido. Lo que él necesita más es descanso.

La sobremesa fué larga. Pegaron la hebra don Basilio y Nicolás sobre el carlismo, la guerra y su solución probable, y se armó una gran tremolina porque intervinieron los farmacéuticos, que eran atrozmente liberales, y por poco se tiran los platos a la cabeza. Torquemada procuraba pacificar, y entre unos y otros molestaban mucho al enfermo con la bulla que hacían. Por fin, a eso de las cuatro fueron desfilando, teniendo la desposada que oír los plácemes empalagosos que le dirigían, confundidos con bromas de mal gusto, y contestar a todo como Dios le daba á entender. La tarde pasóla Maxi muy mal; le dieron vómitos y se vió acometido de aquel hormigueo epiléptico, que era lo que más le molestaba. Al anochecer se empeñó en que se había de ir a la nueva casa, y su mujer y su tía no podían quitárselo de la cabeza.

—Mira que te vas a poner peor. Duerme aquí, y mañana...

—No, no quiero. Me siento algo aliviado. El período más malo pasó ya. Ahora el dolor está como indeciso, y dentro de media hora aparecerá en el lado derecho, dejándome libre el izquierdo. Nos vamos a casa, me acuesto entre sábanas, y allí pasaré lo que me resta.

Fortunata insistía en que no se moviese, pero él se levantó y se puso la capa. No hubo más remedio que emprender la marcha para la otra casa.

—Tía—dijo Maxi—, que no se olvide el frasco de láudano. Cógelo tú, Fortunata, y llévalo. Cuando me meta en la

cama, trataré de dormir, y si no lo consigo, echarás seis gotas (¡Cuidado!.... seis gotas nada más) de esta medicina en un vaso de agua, y me la darás a beber.

Muy abrigado y la cabeza bien envuelta para que no le diese frío, lleváronle a la casa matrimonial, que fué estrenada en condiciones poco lisonjeras. La distancia entre ambos domicilios era muy corta. Al atravesar la calle de Santa Feliciana, Fortunata creyó ver..., juraría... Le corrió una exhalación fría por todo el cuerpo. Pero no se atrevía a mirar para atrás con objeto de cerciorarse. Probablemente no era más que delirio y azoramiento de su alma, motivados por las mil andróminas que le había contado Mauricia.

Llegaron, y como todo estaba preparado para pernoctar, nada echaron de menos. Sólo se habían olvidado unas bujías, y Patricia bajó a traerlas. Acostado Maxi, sucedió lo que se temía: que se puso peor, y vuelta a los vómitos y a la desazón espasmódica...

—Tú no quieres hacer caso de mí... ¡Cuánto mejor que hubieras dormido en casa esta noche! Ahí tienes el resultado de tu terquedad.

Después de expresar su opinión autoritaria de esta manera, doña Lupe, viendo a su sobrino más tranquilo y como vencido del sopor, empezó a dar instrucciones a Fortunata sobre el gobierno de la casa. No aconsejaba, sino que disponía. Por dar órdenes, hasta le dijo lo que había de mandar traer de la plaza al día siguiente, y al otro y al otro.

—Y cuidado con dejar de tomarle la cuenta a la muchacha, al céntimo, pues Torquemada dice que no la abona y no hay que fiar... Si te falta algún cacharro de la cocina, no lo compres; yo te lo compraré, porque a ti te clavan... Nada de comprar petróleo en latas...; el fuego me horripila. Desde mañana vendrá el petrolero de casa y le tomas lo que se gaste en el día... Patatas y jabón, una arroba de cada cosa. Cuidado cómo te sales de un diario de dieciséis, diecisiete reales todo lo más... El día que sea conveniente un extraordinario, me lo avisas... Yo iré con *Papitos* a la plaza de San Ildefonso, y te traeré lo que me parezca bien... A Maxi le pones mañana dos huevecitos pasados, ya sabes, un sonicaldo. Los demás días, su chuletita con patatas fritas. No compres nunca merluza en Chamberí. *Papitos* te la traerá. Mucho ojo con este carnicero, que es más ladrón que Judas. Si tienes alguna cuestión con él, nómbrame a mí y le verás temblar...

Y por aquí siguió amonestando y apercibiendo con ínfulas de verdadera ama y canciller de toda la familia. La suerte que se marchó.

Serían las diez cuando la desposada se quedó sola con su marido y con Patricia. Maxi no acababa de tranquilizarse, por lo que fué preciso apelar al remedio heroico. El mismo enfermo lo pidió, dejando oír una voz quejumbrosa que salía de entre las sábanas, y que por su tenuidad no parecía corresponder a la magnitud del lecho. Fortunata cogió el cuentagotas y acercando la luz preparó la pócima. En vez de seis gotas no puso más que cinco. Le daba miedo aquella medicina. Tomóla Maxi, y al poco rato se quedaba dormido, y con la boca abierta, haciendo una mueca que lo mismo podía ser de dolor que de ironía.

IV

Al ver dormido a su esposo, parecióle a Fortunata que se alejaba; encontróse sola, rodeada de un silencio alevoso y de una quietud traidora. Dió varias vueltas por la casa, sin apartar el pensamiento y las miradas de los tabiques que separaban su cuarto del inmediato, y los tales tabiques se le antojaron transparentes, como delgadas gasas, que permitían ver todo lo que de la otra parte pasaba. Andando de puntillas por los pasillos y por la sala, percibía rumor de voces. Si aplicara el oído a la pared, oiría quizá claramente; pero no se atrevió a aplicarlo. Por la ventana del comedor, que daba a un patio medianero, veíase otra ventana igual, con visillos en los cristales. Allí lucía una lámpara con pantalla verde, y alrededor de ella pasaban bultos, sombras, borrosas imágenes de personas, cuyas caras no se podían distinguir.

Después de hacer estas observaciones fué a la cocina, donde estaba la criada preparando los trastos para el día siguiente. Era muy hacendosa y tan corrida en el oficio, que la misma doña Lupe se sorprendía de verla trabajar, porque despachaba las cosas en un decir Jesús.

sin atropellarse. Pero a Fortunata le era antipática, por aquella amabilidad empalagosa, tras de la cual vislumbraba la traición.

—Patricia—le dijo su ama, afectando una curiosidad indiferente—, ¿sabe usted qué gente es esa del cuarto de al lado?

—Señorita—replicó la criada sin dejarla concluir—, como estoy aquí desde el día antes de salir usted del convento, ya conozco a toda la vecindad..., ¿sabe? En ese cuarto vive una señora muy fina que la llaman doña Cirila. Su marido es no sé qué del tren. Tiene una gorra con galones y letras. Esta noche, cuando bajé por las bujías, me encontré a la vecina en la tienda, y me preguntó por el señorito. Dijo que cualquier cosa que se ofreciera..., ¿sabe? Es muy amable. Ayer entró aquí a ver la casa, y yo pasé a la suya... Dice que tiene muchas ganas de hacerle a usted la visita.

—¡A mí!—replicó Fortunata, sentándose en la silla de la cocina, junto a la mesa de pino blanco—. ¡Qué confianzudo está el tiempo! Y usted, ¿para qué se ha metido allá, sin más ni más?... ¿Qué sabía usted si a mí me gustaba o no me gustaba entrar en relaciones...?

—Yo..., señorita..., calculé que...

"Nada, estoy vendida...—pensó Fortunata—, y esta mujer es el mismo demonio."

Un rato estuvo meditando, hasta que Patricia, mientras ponía los garbanzos en remojo, la sacó de su abstracción con estas mañosas palabras:

—Díjome doña Cirila que es usted muy linda, ¿sabe?..., que esta mañana la vió a usted en la iglesia y que le fué muy simpática. Verá usted cuando la trate que también ella se deja querer. Dice que se alegrará mucho de que usted pase a su casa cuando guste..., con confianza, y que de noche están jugando a la brisca hasta las doce.

—¡Que pase yo allá!... ¡Yo!

—Claro..., y esta noche misma puede pasar, puesto que el señorito duerme y no son más que las diez... Digo, si quiere distraerse un rato.

—Pero ¿qué está usted diciendo? ¡Distraerme yo!

Fortunata se habría dejado llevar del primer impulso de cólera si en su alma no hubiera nacido otro impulso de tolerancia, unido a cierta relajación de conciencia. Se calló, y en aquel instante llamaron a la puerta.

—¡Llaman!... No abra usted, no abra usted—dijo con presentimiento de un cercano peligro.

—¿Por qué, señorita?... ¿A qué esos miedos?... Miraré por el ventanillo.

Y fué hacia el recibimiento. Desde la cocina oyó Fortunata cuchicheo en la puerta. Duró poco, y la criada volvió diciendo:

—Los de al lado..., la misma señorita Cirila fué la que llamó. Nada; que si teníamos por casualidad azucarillos... Le he dicho que no. Me preguntó cómo seguía el señorito. Le contesté que duerme como un lirón.

Fortunata salió de la cocina sin decir nada, cejijunta y con los labios temblorosos. Fué a la alcoba y observó a su marido, que dormía profundamente, pronunciando en su delirio opiáceo palabras amorosas entremezcladas con términos de farmacia: "Idolo... De acetato de morfina, un centigramo... Cielo de mi vida... Clorhidrato de amoniaco, tres gramos... Disuélvase..."

Volviendo a la cocina, mandó a la criada que se acostase; pero la señora Patria no tenía sueño.

—Mientras la señorita no se acueste, ¿para qué me he de acostar yo? Podría ofrecerse algo.

Y la muy picarona quería entablar conversación con su ama; mas ésta no le respondía a nada. De pronto, el despierto oído de Fortunata, cuyo pensamiento estaba reconcentrado en la trampa que, a su parecer, se le armaba, creyó sentir ruido en la puerta. Parecía como si cautelosamente probaran llaves desde fuera para abrirla. Fué allá muerta de miedo, y al acercarse cesó el ruido; ella no las tenía todas consigo, y llamó a Patria:

—Juraría que alguien anda en la puerta... Pero qué, ¿no ha echado usted el cerrojo?

Observó entonces que el cerrojo no estaba echado, y lo corrió con mucho cuidado para no hacer ruido.

—¡Vaya, que si yo me fiara de usted para guardar la casa...! A ver, atención... ¿No siente usted un ruidito, como si alguien estuviera tentando la cerradura?... ¿Ve usted? Ahora empujan... ¿Qué es esto?

—Señorita..., ¿sabe? Es el viento, que

rebulle en la escalera. No sea usted tan medrosica...

Lo más particular era que la misma Fortunata, al correr el cerrojo con tanto cuidado, había sentido, allá en el más apartado escondrijo de su alma, un travieso anhelo de volverlo a descorrer. Podría ser ilusión suya; pero creía ver, cual si la puerta fuera de cristal, la persona que tras ésta, a su parecer, estaba... Le conocía, ¡cosa más rara!, en la manera de empujar, en la manera de rasguñar la cerradura, en la manera de probar una llave que no servía. Durante un rato, señora y criada no se miraron. A la primera le temblaban las manos y le andaba por dentro del cráneo un barullo tumultuoso. La sirvienta clavaba en la señora sus ojos de gato, y su irónica sonrisa podría ser lo mismo el único aspecto cómico de la escena que el más terrible y dramático. Pero de repente, sin saber cómo, criada y ama cruzaron sus miradas, y en una mirada pareció que se entendieron. Patria le decía con sus ojuelos que arañaban: "Abra usted, tonta, y déjese de remilgos." La señora decía: "¿Le parece a usted bien que abra?... ¿Cree usted que...?"

Pero a Fortunata le ganó de súbito el decoro y tuvo un rechazo de honor y dignidad.

—Si esto sigue—dijo—, despertaré a mi marido. ¡Ah!, ya parece que se retira el ladrón, pues ladrón debe de ser...

Tocó el cerrojo para cerciorarse de que estaba corrido, y se fué a la sala. Patricia volvió a la cocina.

"En todo caso, es demasiado pronto", pensó Fortunata, sentándose en una silla y poniéndose a pensar. Fué como una concesión a las ideas malas, que con tanta presteza surgían de su cerebro, como salen del hormiguero las hormigas, en larga procesión, negras y diligentes. Después trató de rehacerse de nuevo: "Resueltamente, mañana le digo a mi marido que la casa no me gusta y que es preciso que nos mudemos. Y a esta sinvergonzona la planto en la calle."

¡Qué cosas pasan! De improviso, obedeciendo a un movimiento irresistible, casi puramente mecánico y fatal, Fortunata se levantó, y saliendo de la sala, se acercó a la puerta. En aquel acto todo lo que constituye la entidad moral había desaparecido con total eclipse del alma de la infortunada mujer; no había más que el impulso físico, y lo poco que de espiritual había en ello engañábase a sí mismo creyéndose simple curiosidad. Aplicó el oído a la rejilla... Pues sí, la persona, el ladrón, o lo que fuera, continuaba allí. Instintivamente, como el suicida pone el dedo en el gatillo, llevó la mano al cerrojo; pero así como el suicida, instintivamente también, se sobrecoge y no tira, apartó su mano del cerrojo, el cual tenía el mango tieso hacia adelante como un dedo que señala.

Entonces, por los huecos de la rejilla, de fuera adentro, penetraron estas palabras, adelgazadas por la voz, cual si hubieran de pasar por un tamiz finísimo: "Nena, nena..., ahora sí que no te me escapas."

Fortunata no hizo movimiento alguno. Se había convertido en estatua. Creía estar sola, y vió que Patria se acercaba pasito a pasito, pisando como los gatos. No con el lenguaje, sino con aquella cara grotesca y aquella boca que parecía que se estaba siempre relamiendo, decía: "Señorita, abra usted y no haga más papeles. Si al fin ha de abrir mañana, ¿por qué no abre esta noche?"

Como si esto hubiera sido expresado con la voz, con la voz respondió la señora:

—No, no abro.

—Vaya por Dios...

Largo y temeroso silencio siguió a esto. Después sintieron que se abría y se cerraba la puerta del cuarto vecino. Fortunata respiró. El *otro*, cansado de esperar, se retiraba.

—Vaya por Dios—repitió Patria, como si dijera: "Tanto repulgo para caerse luego..."

Pasado un cuarto de hora, sintieron que se abría otra vez la puerta de la izquierda. Corrió Fortunata al ventanillo, miró con cuidado y... el *otro* salía embozándose en su capa de vueltas encarnadas. La emoción que sintió al verle fué tan grande, que se quedó como yerta, sin saber dónde estaba. Hacía tres años que no le había visto... Observó un hecho muy desagradable: al salir el tal, no había mirado a la puerta de la derecha, como parecía natural... Estaba enojado, sin duda...

Y movida del mismo impulso mecánico, la señora de Rubín corrió al balcón de la sala, y abrió quedamente la made-

ra... En efecto, le vió atravesar la calle y doblar la esquina de la de Don Juan de Austria. Tampoco había mirado para los balcones de la casa, como es natural mire el chasqueado expugnador de una plaza al retirarse de sus muros.

Patricia se permitió la confianza de poner su mano en el hombro de su ama, diciéndole:

—Ahora sí que nos podemos acostar. ¡Qué susto hemos pasado!

Fortunata le respondió:

—¿Susto yo?... ¡Quia!

Todo esto se decía en un cuchicheo cauteloso, y lo mismo lo habrían dicho aunque no hubiera allí un enfermo cuyo sueño había que respetar. La criada se deslizó blandamente por los oscuros pasillos y el ama entró en la alcoba. Al ver a su marido sintió como si lo que está a cien mil leguas de nosotros se nos pusiera al lado de repente. Maxi había dado vueltas en el lecho y dormía como los pájaros, con la cabeza bajo el ala. El mezquino cuerpo se perdía en la anchura de aquella cama tan grande, y allí podía pasearse en sueños el esposo como en los inconmensurables espacios del Limbo.

La esposa no se acostó, y acercando una butaca a la cama, y echándose en ella, cerró los ojos. Y allá de madrugada fué vencida del sueño, y se le armó en el cerebro un penoso tumulto de cerrojos que se descorrían, de puertas que se franqueaban, de tabiques transparentes y de hombres que se colaban en su casa filtrándose por las paredes.

V

A la mañana siguiente, Maxi estaba mejor, pero rendidísimo. Daba lástima verle. Su palidez era como la de un muerto; tenía la lengua blanca, mucha debilidad y ningún apetito. Diéronle algo de comer, y Fortunata opinó que debía quedarse en la cama hasta la tarde. Esto no le disgustaba a Maxi, porque sentía cierto alborozo infantil de verse en aquel lecho tan grandón y rodar por él. La mujer le cuidaba como se cuida a un niño, y se había borrado de su mente la idea de que era un hombre.

Vino doña Lupe muy temprano, y enterada de que Maxi estaba bien, empezó a dar órdenes y más órdenes, y a incomodarse porque ciertas cosas no se habían hecho como ella mandara. Iba de la sala a la cocina y de la cocina a la sala, dictando reglas y pragmáticas de buen gobierno. Maxi se quejaba de que su mujer estaba más tiempo fuera de la alcoba que en ella, y la llamaba a cada instante.

—Gracias a Dios, hija, que pareces por aquí. Ni siquiera me has dado un beso. ¡Qué día de boda, hija, y qué noche! Esta maldita jaqueca...; pero ya pasó, y ahora lo menos en quince días no me volverá a dar... ¡Vamos! Ya estás otra vez queriendo marcharte a la cocina. ¿No está ahí esa señora Patria?

—Ha ido a la compra. La que está es tu tía, por cierto dando *tantísimas* órdenes, que no sabe una a cuál atender primero.

—Pues déjala. Tú, a todo di que sí, y luego haces lo que quieras, pichona. Ven acá... Que trabaje Patria; para eso está. ¡Qué bien sirve! ¿Verdad? Es una mujer muy lista.

—Ya lo creo...

—¿Te vas de veras?

—Sí, porque si no, tu tía me va a echar los tiempos.

—¡Pues me gusta!... Entonces me levanto y me voy también a la cocina. Yo quiero estarte mirando hasta que me harte bien. Ahora eres mía; soy tu dueño único y mando en ti.

—Vuelvo al momento, rico...

—Estos momentitos me cargan—dijo él, nadando en las sábanas como si fueran olas.

Toda la mañana tuvo Fortunata el pensamiento fijo en la casa vecina. Mientras almorzaba sola miraba por la ventana del patio, pero no vió a nadie. Parecía vivienda deshabitada. Siempre que pasaba por la sala echaba la esposa de Rubín miradas furtivas a la calle. Ni un alma. Sin duda, la trampa se armaba sólo por las noches.

A la tarde, hallándose sola con Patricia en la cocina, tuvo ya las palabras en la boca para preguntarle: "¿Y los de al lado?"

Pero no despegó los labios. Debió de penetrar la maldita gata aquella en el pensamiento de su ama, pues como si contestara a una pregunta, le dijo de buenas a primeras:

—Pues ahorita, cuando bajé a la carnicería, ¿sabe?, encontréme a la señori-

ta Cirila. Me preguntó por el señorito, y dijo que pasaría a verla a usted, sin decir cuándo ni cuándo no.

—No me venga usted con cuentos de... esa familiona—contestó Fortunata, cuyo ánimo estaba bastante aplacado para poder tomar aquella correcta actitud—. Ni qué me importa a mí..., ¿me entiende usted?

Maximiliano se levantó, dió algunas vueltas; pero estaba tan débil, que tuvo que volver a acostarse. Ella, en tanto, seguía observando. No se oía en la vecindad ningún rumor. Por la noche, igual silencio. Parecía que a la doña Cirila, su marido, el de la gorra con letras, y a los amigos que los visitaban, se los había tragado la tierra. Por la noche sintió Fortunata tristeza y desasosiego tan grandes, que no sabía lo que le pasaba. Se habría podido creer que la contrariaba el no ver a nadie de la casa próxima, el no sentir pisadas, ni ruido de puertas, ni nada. Maximiliano, que desde media tarde había vuelto a nadar entre las agitadas sábanas del lecho y estaba tan impertinente como un niño enfermo que ha entrado en la convalecencia, dijo a su consorte, ya cerca de las diez, que se acostase, y ésta obedeció; mas la repugnancia y hastío que inundaban su alma en aquel instante eran de tal modo imperiosos, que le costó trabajo no darlos a conocer. Y el pobre chico no se encontraba en aptitud de expresarle su desmedido amor de otro modo que por manifestaciones relacionadas exclusivamente con el pensamiento y con el corazón. Palabras ardientes, sin eco en ninguna concavidad de la máquina humana, impulsos de cariño propiamente ideales, y de aquí no salía, es decir, no podía salir. Fortunata le dijo con expresión fraternal y consoladora:

—Mira, duérmete, descansa y no te acalores. Anoche has estado muy malito y necesitas unos días para reponerte. Hazte cuenta de que no estoy aquí, y a dormir se ha dicho.

Si le tranquilizó, no se sabe; pero ello es que se quedó dormida, y no despertó hasta la siete de la mañana.

Maxi se quedó más tiempo en la cama, hartándose de sueño, aquel reparo que su desmedrada constitución reclamaba. Púsose Fortunata a arreglar la casa, y mandó a Patricia a la compra, cuando he aquí que entra doña Lupe toda descompuesta:

—¿No sabes lo que pasa? Pues una friolera. Déjame sentar, que vengo sofocadísima. Vaya, que dan que hacer mis dichosos sobrinos. Anoche han puesto preso a Juan Pablo. Ha venido a decírmelo ahora mismo don Basilio. Entraron los de la Policía en la casa de esa mujer con quien vive ahora, ¿te vas enterando?, y después de registrar todo y de coger los papeles, trincaron a mi sobrino, y en el Saladero me lo tienes... Vamos a ver, ¿y qué hago yo ahora? Francamente, se ha portado muy mal conmigo; es un mal agradecido y un manirroto. Si sólo se tratara de tenerle unos días en la cárcel, hasta me alegraría para que escarmiente y no vuelva a meterse donde no le llaman. Pero me ha dicho don Basilio que a todos los presos de anoche..., han cogido a mucha gente..., los van a mandar nada menos que a las islas Marianas, y aunque Juan Pablo se tiene bien merecido este paseo, francamente, es mi sobrino, y he de hacer cuanto pueda para que le pongan en libertad.

Maxi, que oyera desde la alcoba algunas palabras de este relato, llamó, y doña Lupe lo repitió en su presencia, añadiendo:

—Es preciso que te levantes ahora mismo y vayas a ver a todas las personas que puedan interesarse por tu hermano, que bien ganado se tiene el achuchón; pero ¡qué le hemos de hacer!... Tú verás a don León Pintado para que te presente al doctor Sedeño, el cual te presentará a don Juan de Lantigua, que aunque es un señor muy *neo*, tiene influencia por su respetabilidad. Yo pienso ver a Casta Moreno para que interceda con don Manuel Moreno Isla, y éste le hable a Zalamero, que está casado con la chica de Ruiz Ochoa. Cada uno por su lado, beberemos los vientos para impedir que le plantifiquen en las islas Marianas.

Vistióse el joven a toda prisa, y doña Lupe, en tanto, dispuso que no se hiciese almuerzo en la cocina de Fortunata, y que ésta y su marido almorzaran con ella para estar de este modo reunidos en día de tanto trajín. Maxi salió después de desayunarse, y su mujer y su tía se fueron a la otra casa. Por el camino, doña Lupe decía:

—Es lástima que Nicolás se haya ido a Toledo hace dos días, pues si estuviera aquí, él daría pasos por su hermano, y con seguridad le sacaría hoy mismo de la cárcel, porque los curas son los que más conspiran y los que más pueden con el Gobierno... Ellos la arman, y luego se dan buena maña para atarles las manos a los ministros cuando tocan a castigar. Así está el país que es un dolor..., todo tan perdido. ¡Hay más miseria!... Y las patatas a seis reales arroba, cosa que no se ha visto nunca.

Púsose la viuda en movimiento con aquella actividad valerosa que le había proporcionado tantos éxitos en su vida, y Fortunata y *Papitos* quedaron encargadas de hacer el almuerzo. A la hora de éste volvió doña Lupe, sofocada, diciendo que Samaniego, el marido de Casta Moreno, se hallaba en peligro de muerte y que por aquel lado no podía hacerse nada. Casta no estaba en disposición de acompañarla a ninguna parte. Tocaría, pues, otra puerta, yéndose derechita a ver al señor de Feijoo, que era amigo suyo y había sido su pretendiente, y tenía gran amistad con don Jacinto Villalonga, íntimo del ministro de la Gobernación. A poco llegó don Basilio, diciendo que Maxi no venía a almorzar.

—Ha ido con don León Pintado a ver a no sé qué personaje, y tienen para un rato.

Fortunata determinó volverse a su casa, pues tenía algo que hacer en ella, y repitiéndole a *Papitos* las varias disposiciones dictadas por la autócrata en el momento de su segunda salida, se puso el mantón y cogió calle. No tenía prisa y se fué a dar un paseíto, recreándose en la hermosura del día y dando vueltas a su pensamiento, que estaba como el tiovivo, dale que le darás, y torna y vira... Iba despacio, por la calle de Santa Engracia, y se detuvo un instante en una tienda a comprar dátiles, que le gustaban mucho. Siguiendo luego su vagabundo camino, saboreaba el placer íntimo de la libertad, de estar sola y suelta siquiera poco tiempo. La idea de poder ir donde gustase la excitaba, haciendo circular su sangre con más viveza. Tradújose esta disposición de ánimo en un sentimiento filantrópico, pues toda la calderilla que tenía la iba dando a los pobres que encontraba, que no eran pocos... Y anda que andarás, vino a hacerse la consideración de que no sentía malditas ganas de meterse en su casa ¿Qué iba a hacer ella en su casa? Nada Conveníale sacudirse, tomar el aire. Bastante esclavitud había tenido dentro de las Micaelas. ¡Qué gusto poder coger de punta a punta una calle tan larga como la de Santa Engracia! El principal goce del paseo era ir solita, libre. Ni Maxi, ni doña Lupe, ni Patricia, ni nadie podían contarle los pasos, ni vigilarla, ni detenerla. Se hubiera ido así... sabe Dios hasta dónde. Miraba todo con la curiosidad alborozada que las cosas más insignificantes inspiran a la persona salida de un largo cautiverio. Su pensamiento se gallardeaba en aquella dulce libertad, recreándose con sus propias ideas. ¡Qué bonita, verbigracia, era la vida sin cuidados, al lado de personas que la quieren a una y a quien una quiere!... Fijóse en las casas del barrio de las Virtudes, pues las habitaciones de los pobres le inspiraban siempre cariñoso interés. Las mujeres mal vestidas que salían a las puertas y los chicos derrotados y sucios que jugaban en la calle atraían sus miradas, porque la existencia tranquila, aunque fuese oscura y con estrecheces, le causaba envidia. Semejante vida no podía ser para ella, porque estaba fuera de su centro natural Había nacido para menestrala; no le importaba trabajar *como el obispo* con tal de poseer lo que por suyo tenía. Pero alguien la sacó de aquel su primer molde para lanzarla a vida distinta; después la trajeron y la llevaron diferentes manos. Y, por fin, otras manos empeñáronse en convertirla en señora La ponían en un convento para moldearla de nuevo, después la casaban... y tira y dale. Figurábase ser una muñeca viva, con la cual jugaba una entidad invisible, desconocida, y a la cual no sabía dar nombre.

Ocurrióle si no tendría ella *pecho* alguna vez, quería decir iniciativa...; si no haría alguna vez lo que le saliera *de entre sí*. Embebecida en esta cavilación llegó al Campo de Guardias, junto al Depósito. Había allí muchos sillares, y sentándose en uno de ellos empezó a comer dátiles. Siempre que arrojaba un hueso parecía que lanzaba a la inmensidad del pensar general una idea suya, calentita, como se arroja la chispa al montón de paja para que arda.

"Todo va al revés para mí .. Dios no me hace caso. Cuidado que me pone las cosas mal... El hombre que quise, ¿por qué no era un triste albañil? Pues no; había de ser señorito rico para que me engañara y no se pudiera casar conmigo... Luego, lo natural era que yo le aborreciera...; pues no, señor, sale siempre la mala, sale que le quiero más... Luego, lo natural era que me dejara en paz, y así se me pasaría esto; pues no, señor, la mala otra vez; me anda rondando y me tiene armada una trampa... También era natural que ninguna persona decente se quisiera casar conmigo; pues no, señor, sale Maxi y..., ¡tras!, me pone en el disparadero de casarme, y, nada, cuando apenas lo pienso, bendición al canto... Pero ¿es verdad que estoy casada yo?"

VI

Miraba el hueso del dátil que se acababa de comer, y como si el hueso le dijera que sí, hizo ella un signo afirmativo y algo desconsolado:

—¡Vaya si lo estoy!

Quedóse tan profundamente ensimismada, que olvidó dónde estaba. Pero levantándose de repente echó a andar hacia abajo, como los que llevan en el cerebro ese cascabel que se llama idea fija. Había subido la luenga calle con aires de paseante, distraída, alegre, vago el mirar; bajábala como los monomaníacos. Al llegar frente a la iglesia sacóla de este embebecimiento un ruido de pasos que sintió tras sí. "Estos pasos son los suyos—pensó—; pues lo que es yo no miro para atrás. ¿Qué haré? Aprisita, aprisita."

La curiosidad pudo más que nada, y Fortunata miró; no era. Más adelante sintió otra vez pasos persistentes, y vió una sombra que se extendía por la calle, paralela a su sombra. Aquel sí era... ¿Miraría? No; más valía no darse por entendida... Por fin, la pícara curiosidad... Miró, y tampoco era. Al llegar a su casa estaba más tranquila. Cuando Patria abrió la puerta, le preguntó:

—¿Ha venido alguien? ¿El señorito está? ..

—El señorito no viene hasta la noche. Mandó un recado para que no le esperase usted.

Y la taimada gata se sonreía de un modo tan zalamero, que Fortunata no pudo menos de preguntarle:

—¿Quién está ahí?

Volvió a sonreír Patricia con infernal malicia, y...

—¿Qué?... pero ¿qué?...—balbució la señora, acercándose de puntillas a la puerta de la sala.

Empujóla suavemente, hasta abrir un poquito. No veía nada. Abrió más, más.. Estaba pálida, como si se hubiera quedado sin sangre... Abrió más..., acabáramos. En el sofá de la sala, tranquilamente sentado..., ¡Dios!, *el otro*. Fortunata estuvo a punto de perder el conocimiento. Le pasó un no sé qué por delante de los ojos, algo como un velo que baja o un velo que sube. No dijo nada El, pálido también, se levantó y dijo claramente:

—Adelante, nena.

Fortunata no daba un paso. De repente (el demonio explicara aquello) sintió una alegría insensata, un estado de infinitas ansias que en su alma estaban contenidas. Y se precipitó en los brazos del *Delfín*, lanzando este grito salvaje:

—¡Nene!... ¡Bendito Dios!

Olvidados de todo, los amantes estuvieron abrazados largo rato. La prójima fué quien primero habló, diciendo:

—Nene, me muero por ti...

—Ven acá—dijo Santa Cruz, cogiéndola por un brazo.

Dejábase llevar ella como la cosa más natural del mundo. Franquearon la puerta de la casa, que estaba abierta. Y la del cuarto de la izquierda, ¡qué casualidad!, abierta también. Luego que pasaron, alguien cerró. En aquella morada reinaba una discreción alevosa. Juan la llevó a una salita, muy bien puesta, junto a la cual había una alcoba perfectamente arreglada. Sentáronse en el sofá y se volvieron a abrazar. Fortunata estaba como embriagada, con cierto desvarío en el alma, perdida la memoria de los hechos recientes. Toda idea moral había desaparecido, como un sueño borrado del cerebro al despertar; su casamiento, su marido, las Micaelas, todo esto se había alejado y puéstose a millones de leguas, en punto donde ni aun el pensamiento lo podía seguir. Su amante le dijo con simpática voz:

—¡Cuánto tenemos que hablar!

Y a ella le entró una risa convulsiva, que difícilmente podría expresarse:

—¡Ji, ji, ji!... ¡Tres años!... No, más años, más, porque, ¡ji, ji, ji!... ¿Ves cómo tiemblo? No sé lo que me pasa..., pues sí, más tiempo, porque cuando estuve aquí con, ¡ji, ji, ji!..., Juárez el *Negro*, te vi y no te vi..., y siempre él delante, y un día que le dije que te quería, sacó un cuchillo muy grande, ¡ji, ji, ji!..., y me quiso matar... Yo muriéndome por hablarte, y él que no..., que no.... Nuestro nenín muerto, y yo más muerta, ¡ji, ji!; y en Barcelona me acordaba de ti y te mandaba besos por el aire, y en Zaragoza..., besos por el aire.... ¡ji, ji!, y en Madrid lo mismo. Y cuando me metieron en el convento, también..., ¡ji, ji, ji!..., besos por el aire..., y tú sin acordarte de mí, malo...

—¡Sin acordarme! Desde que volví de Valencia te estoy dando caza... ¡Lo que he pasado, hija! Ya te contaré. Y al fin te he cogido..., ¡ah buena pieza! Ahora me las pagarás todas juntas... ¡Cuánto me has hecho sufrir!... ¡Más maldiciones le he echado a ese dichoso convento!... Pero ¡qué guapa estás, nena!

—*Chi.*

—Estás hermosísima.

—*Chi...*, para ti.

El frío aquel de fiebre se trocó de improviso en calor violentísimo, y la risa convulsiva en explosión de llanto.

—No es día de llorar, sino de estar alegre.

—¿Sabes de qué me acuerdo? De mi nenín tan gracioso... Si hubiera vivido, le habrías querido tú, ¿verdad? Me parece que le veo, cuando se lo llevaron en la cajita azul... Aquella misma noche fué cuando Juárez el *Negro* me sacó un cuchillote tan grande y me dijo con aquel vozarrón: "Brr..., son las ocho; reza lo que tengas que rezar, porque antes de las nueve te mato." Estaba furioso de celos... ¡Ay, qué miedo tan atroz!

—¡Cuánto tenemos que contar!... Yo a ti, tú a mí. Ya sé que te has casado. Has hecho bien.

Este *has hecho bien* le cayó a la prójima como una gota fría en el corazón, trayéndola bruscamente a la realidad. Enjugando sus lágrimas, se acordó de Maxi, de su boda, y su casa, que se había alejado cien millones de leguas, se puso allí, a cuatro pasos, fúnebre y antipática. El rechazo de su alma ante este fenómeno le secó en un instante todas las lágrimas.

—¿Y por qué hice bien?

—Porque así eres más libre y tienes un nombre. Puedes hacer lo que quieras, siempre que lo hagas con discreción. He oído que tu marido es un buen chico, que ve visiones...

Al oír esto vió Fortunata levantarse en su espíritu la imagen ideal o más bien el espectro de su perversidad. Lo que acababa de hacer era de lo que apenas tiene nombre, por lo muy extraordinario y anormal, en el registro de las maldades humanas. El lugar, la ocasión, daban a su acto mayor fealdad, y así lo comprendió en un rápido examen de conciencia; pero tenía la antigua y siempre nueva pasión tanto empuje y lozanía, que el espectro huyó sin dejar rastro de sí. Se consideraba Fortunata en aquel caso como ciego mecanismo que recibe impulso de sobrenatural mano. Lo que había hecho, hacíalo, a juicio suyo, por disposición de las misteriosas energías que ordenan las cosas más grandes del universo, la salida del sol y la caída de los cuerpos graves. Y ni podía dejar de hacerlo, ni discutía lo inevitable, ni intentaba atenuar su responsabilidad, porque esta no la veía muy clara, y aunque la viese, era persona tan firme en su dirección, que no se detenía ante ninguna consecuencia, y se *conformaba*, tal era su idea, *con ir al infierno*.

—Esto de alquilar la casa próxima a la tuya—dijo Santa Cruz—es una calaverada que no puede disculparse sino por la demencia en que yo estaba, niña mía, y por mi furor de verte y hablarte. ¡Cuando supe que habías venido a Madrid me entró un delirio!... Yo tenía contigo una deuda del corazón, y el cariño que te debía me pesaba en la conciencia. Me volví loco, te busqué como se busca lo que más queremos en el mundo. No te encontré; a la vuelta de una esquina me acechaba una pulmonía para darme el estacazo..., caí.

—¡Pobrecito mío!... Lo supe, sí. También supe que me buscaste. ¡Dios te lo pague! Si lo hubiera sabido antes, me habrías encontrado.

Esparció sus miradas por la sala, pero la relativa elegancia con que estaba puesta no la afectó. En miserable bodegón, en un sótano lleno de telarañas, en cualquier lugar subterráneo y fétido, ha-

bría estado contenta con tal de tener al lado a quien entonces tenía. No se hartaba de mirarle.

—¡Qué guapo estás!

—Pues ¿y tú? ¡Estás preciosísima!... Estás ahora mucho mejor que antes.

—¡Ah!, no—repuso ella con cierta coquetería—. ¿Lo dices porque me he civilizado algo? ¡Quia! No lo creas; yo no me civilizo, ni quiero; soy siempre pueblo; quiero ser como antes, como cuando tú me echaste el lazo y me cogiste.

—Pueblo, eso es—observó Juan con un poquito de pedantería—; en otros términos: lo esencial de la Humanidad, la materia prima, porque cuando la civilización deja perder los grandes sentimientos, las ideas matrices, hay que ir a buscarlos al bloque, a la cantera del pueblo.

Fortunata no entendía bien los conceptos, pero alguna idea vaga tenía de aquello.

—Me parece mentira—dijo él—que te tenga aquí, cogida otra vez con lazo, fierecita mía, y que pueda pedirte perdón por todo el mal que te he hecho...

—Quita allá..., ¡perdón!—exclamó la joven, anegándose en su propia generosidad—. Si me quieres, ¿qué importa lo pasado?

En el mismo instante alzó la frente, y con satánica convicción, que tenía cierta hermosura, por ser convicción y por ser satánica, se dejó decir estas palabras arrogantes:

—Mi marido eres tú...; todo lo demás..., ¡papas!

Elástica era la conciencia de Santa Cruz, mas no tanto que no sintiera cierto terror al oír expresión tan atrevida. Por corresponder, iba a decir *mi mujer eres tú*; pero envainó su mentira, como el hombre prudente que reserva para los casos graves el uso de las armas.

VII

Ya de noche, pasó Fortunata a su casa. Su marido no había llegado aún. Mientras le esperaba, la pecadora volvió a ver el espectro aquel de su perversidad: pero entonces lo vió más claro, y no pudo tan fácilmente hacerlo huir de su espíritu. "Me han engañado—pensaba—, me han llevado al casorio como llevan una res al matadero, y cuando quise recordar, ya estaba degollada... ¿Qué culpa tengo yo?" La casa estaba a oscuras y encendió luz. Al arrojar la cerilla en el suelo, ésta cayó encendida, y Fortunata la miró con vivo interés, recordando una de las supersticiones que le habían enseñado en su juventud. "Cuando la cerilla cae encendida—se dijo—y con la llama vuelta para una, buena suerte."

Maxi entró cansado y meditabundo; pero al ver a su mujer se puso alegre ¡Todo un día sin verla! Le había traído un paquete de rosquillas. ¿Y Juan Pablo? Al fin se arreglaría todo. Seguramente no iba a las islas Marianas; pero quizá le tendrían en el Saladero quince o veinte días.

—Y merecido, hija. ¿Para qué se mete a buscarle el pelo al huevo?

Mientras comieron, Fortunata contemplaba a su marido, más que en la realidad, en sí misma, y de este examen surgían un tedio abrumador y la antipatía de marras, pero tan agrandada, tanto, que ya no cabía más. Y la perversa no trató de combatir aquel sentimiento: se recreaba en él como en una monstruosidad que tiene algo de seductora.

—Alma mía—le dijo su marido cuando acababan de comer—, veo con gusto que no te falta apetito. ¿Quieres que nos vayamos ahora a un café?

—No—replicó ella secamente—. Estoy rendidísima. ¿No ves que se me cierran los párpados? Lo que quiero es dormir.

—Bueno, mejor; yo también lo deseo.

Acostáronse, y el tiempo que aún estuvo despierta empleólo Fortunata en hacer comparaciones. El cuerpo desmedrado de Maxi le producía, al tocar el suyo, crispamientos nerviosos. Y también se dió a pensar en lo molesto y difícil que era para ella tener que vivir dos vidas diferentes, una verdadera, otra falsa, como las vidas de los que trabajan en el teatro. A ella le era muy difícil representar y fingir, por lo que su tormento se acrecía considerablemente. "No podré, no podré—pensaba al dormirse—hacer esta comedia mucho tiempo." A la madrugada despertó, después de un profundísimo y reparador sueño, y entonces le dió por llorar, haciendo cálculos, representándose con gran poder de la mente escenas probables, y condoliéndose de no poder ver a su amante a todas horas.

En los días siguientes, las escapadas al cuarto vecino tenían lugar a horas varias, cuando Maxi salía. Iba a estudiar con un amigo para tomar el grado, y además solía ir a la farmacia de Samaniego. Ya estaba acordado que tendría plaza en el establecimiento. Aunque sus ausencias eran *seguras,* ambos criminales determinaron poner el nido más lejos. En tanto, Patricia hacía lo que le daba la gana. Las disposiciones de Fortunata y aun las de la misma doña Lupe eran letra muerta. Robaba descaradamente, y su ama no se atrevía a reprenderla. Santa Cruz, que era el autor de todo aquel fregado, no sabía cómo arreglarlo cuando su amiga le consultaba. El plan más prudente era tomar otro cuarto y despedir luego a Patricia, dándole una buena propina para que se callara.

Algunos días, el *Delfín* ofrecía regalos y dinero a su amante; pero ésta no quería tomar nada. Se le había encajado en la cabeza una manía estrambótica, de que ambos se reían mucho cuando ella la contaba. Pues la manía era que Juanito *no debía* ser rico. Para que las cosas fueran en regla, *debía* ser pobre, y entonces ella trabajaría *como una negra* para mantenerle.

—Si tú hubieras sido albañil, carpintero o, pongo por caso, celador del Resguardo, otro gallo me cantara.

—Vaya, por dónde te ha dado ahora.

—Y nada más.

No había medio de quitarle de la cabeza aquella corrección de las obras de la Providencia.

—En resumidas cuentas—le decía él—, eres una inocentona. Pero di: ¿no te gusta el lujo?

—Cuando no estoy contigo, me gusta algo, no mucho. Nunca me he chiflado por los trapos. Pero cuando te tengo, lo mismo me da oro que cobre; seda y percal todo es lo mismo.

—Háblame con franqueza. ¿No necesitas nada?

—Nada, me lo puedes creer.

—¿Ese alma de Dios te da todo lo que necesitas?

—Todo; me lo puedes creer.

—Quiero regalarte un vestido.

—No me lo pondré.

—Y un sombrero.

—Lo convertiré en espuerta.

—¿Has hecho voto de pobreza?

—Yo no he hecho voto de nada. Te quiero porque te quiero, y no sé más.

"Nada, enteramente primitiva—pensaba el *Delfín*—; el bloque del pueblo, al cual se han de ir a buscar los sentimientos que la civilización deja perder por refinarlos demasiado."

Un día hablaban de Maximiliano.

—¡Infeliz chico!—decía Fortunata—. El odio que le he tomado no es odio verdadero, sino lástima. Siempre me fué muy antipático. Me dejé meter en las Micaelas y me dejé casar... ¿Sabes tú cómo fué todo eso? Pues como lo que cuenta de que *manetizan* a una persona y hacen de ella lo que quieren; lo mismito. Yo, cuando no se trata de querer, no tengo voluntad. Me traen y me llevan como una muñeca... Y ahora créete que me entran remordimientos de engañar a ese pobre chico. Es un angelón sin pena ni gloria. Danme ganas a veces de desengañarle, y la verdad... Porque lo que es acariciarle no puedo, se me resiste, no está en mi natural. Le pido a la Virgen que me dé fuerzas para cantar claro.

—¡A la Virgen!... Pero ¿tú crees?... —dijo Santa Cruz, pasmado, pues tenía a Fortunata por heterodoxa.

—¿Pues no he de creer? Lo que me aconseja la Virgen siempre que le rezo con los ojos cerrados es que te quiera mucho y me deje querer de ti... La tienes de tu parte, chiquillo... ¿De qué te espantas? Pues digo: yo le rezo a la Virgen y ella me protege, aunque yo sea mala. ¡Quién sabe lo que resultará de aquí, y si las cosas se volverán algún día lo que *deben* ser! Y si te hablo con franqueza, a veces dudo que yo sea mala... sí, tengo mis dudas. Puede que no lo sea. La conciencia se me vuelve ahora para aquí, después para allá; estoy dudando siempre, y al fin me hago este cargo: *querer a quien se quiere no puede ser cosa mala.*

—Oye una cosa—dijo el *Delfín,* que se recreaba en las singularísimas nociones de aquel espíritu—: ¿Y si tu marido descubriera esto y me quisiera matar?

—¡Ay! No me lo digas..., ni en broma me lo digas. Me tiraba a él como una leona y le destrozaba... ¿Ves cómo se coge un langostino y se le arrancan las patas y se le retuerce el corpacho y se le saca lo que tiene dentro? Pues así.

—Pero vamos a ver, nena. ¿No me guardas rencor por haberte abandonado,

dejándote en la miseria, con tus *víspe-ras* de chiquillo y en poder de *Juárez el Negro?*

—Ningún rencor te guardo. Entonces estaba rabiosa. La rabia y la miseria me llevaron con *Juárez el Negro.* ¿Creerás lo que te voy a decir? Pues me fuí con él por lo mucho que le aborrecía. Cosa rara, ¿verdad?... Y como no tenía un triste pedazo de pan que llevar a la boca, y él me lo daba, ahí tienes... Yo dije: "Me vengaré yéndome con este animal." Cuando tuve a mi niño me consolaba con él; pero luego se me murió; y cuando reventó Juárez, como yo me pensé que ya no me querías, dije: "Pues ahora me vengaré siendo todo lo mala que pueda."

—Pero ¿qué ideas tienes tú de las maneras de tomar venganza?

—No me preguntes nada..., no sé... Vengarse es hacer lo que no se debe..., lo más feo, lo más...

—¿Y de quién te vengas así, criatura?

—Pues de Dios, de..., de qué sé yo...; no me preguntes, porque para explicártelo tendría que ser sabia como tú, y yo no sé jota, ni aprendo nada, aunque doña Lupe y las monjas, frota que frota, me hayan sacado algún lustre..., enseñándome a no decir tanto disparate.

Santa Cruz estuvo un gran rato pensativo.

Un día hablaron también de Jacinta... No gustaba Juan que la conversación fuese llevada a este terreno; pero Fortunata, siempre que tenía ocasión, íbase a él derecha. A sus preguntas contestaba el otro evasivamente.

—Mira, nena: deja a mi mujer en su casa.

—Pues asegúrame que no la quieres.

—La quiero, sí...; ¿a qué engañarte?...; pero de una manera muy distinta que a ti. Le guardo todas las consideraciones que ella se merece, porque... no puedes figurarte lo buena que es.

Fortunata siguió inquiriendo con molesta curiosidad todo lo que quería saber respecto a la intimidad de los esposos; pero el otro se escurría gallardamente, dejando a salvo, hasta donde era posible en aquel criminal coloquio, la personalidad sagrada de su mujer.

—La pobrecilla—dijo al fin—tiene una pasión que la domina; mejor dicho, una manía que la trae trastornada.

—¿Qué es?

—La manía de los hijos. Dios no quiere, y ella se empeña en que sí. De la pena que le causa su esterilidad se ha desmejorado, ha enflaquecido y hace algún tiempo que se está llenando de canas. Es ya pasión de ánimo. ¿Te enteraste de lo que pasó? Pues le dieron el gran timo. Tu tío José Izquierdo, de compinche con otro loco, le hizo creer que un chiquillo de tres años que consigo tenía era nuestro Juanín. Mi mujer perdió la chaveta, quiso adoptarlo y nada menos que llevárnoslo a casa. Por pronto que se descubrió el enredo, no se pudo evitar que tu tío le estafase seis mil reales.

—*Tie* gracia. Ya sabía yo esa historia. El niño ese debe de ser el de Nicolasa, la entenada del tío Pepe. Nació seis días después que el nuestro, y era hijo de uno que encendía los faroles del gas... Pero no comprendo una cosa. A mí me parece que tu mujer debía querer a ese nene por creerlo tuyo y aborrecerlo por ser de otra madre. Yo juzgo por mí.

—Calla, tonta; mi mujer se vuelve loca por todos los niños del universo, sean de quien fueren. Y al supuesto Juanín, bastara que le tuviera por mío para que le adorara. Ella es así; si no tienes tú idea de lo buena que es. ¡Pues si pariera!... Santo Cristo, no quiero pensarlo. De seguro perdía el juicio, y nos lo hacía perder a todos. Querría a mi hijo más que a mí y más que al mundo entero.

Quedóse Fortunata al oír esto risueña y pensativa. ¿Qué estaba tramando aquella cabeza llena de extravagancias? Pues esto:

—Escucha, nenito de mi vida, lo que se me ha ocurrido. Una gran idea; verás. Le voy a proponer un trato a tu mujer. ¿Dirá que sí?

—Veamos lo que es.

—Muy sencillo. A ver qué te parece. Yo le cedo a ella un hijo tuyo, y ella me cede a mí su marido. Total, cambiar un nene chico por el nene grande.

El *Delfín* se rió de aquel singular convenio, expresado con cierto donaire.

—¿Dirá que sí?... ¿Qué crees tú?—preguntó Fortunata con la mayor buena fe, pasando luego de la candidez al entusiasmo para decir—: Pues mira: tú te reirás todo lo que quieras; pero esto es una gran idea.

El ilustrado joven se zambulló en un mar de meditaciones.

VIII

Las visitas a la casa de Cirila prosiguieron durante dos semanas; pero bien se demostró en la práctica que aquello no podía seguir, y tomaron otro cuarto. Patricia se había hecho insoportable, y doña Lupe, descolgándose en la casa a horas intempestivas, llevada de su afán de mangonear, dificultaba las escapatorias de su sobrina. En tanto, Fortunata no trataba a Maximiliano desconsideradamente; pero su frialdad sería capaz de helar el fuego mismo. Habría preferido él mil veces que su mujer le tirase los trastos a la cabeza a que le tratara con aquella descortesía desdeñosa y glacial. Rarísima vez se daba el caso de que ella le hiciese una caricia; para obtenerla tenía Maxi que echarle memoriales, y lo que lograba era como limosna. Es que Fortunata no servía para cortesana, y sus fingimientos eran tan torpes, que daba lástima verla fingir.

El joven farmacéutico tenía momentos de horrible tristeza y cavilaba mucho. De tal estado pasó a la observación, desarrollándosele esta facultad de un modo pasmoso. Siempre que estaba en casa no quitaba los ojos de su mujer estudiándole los movimientos, las miradas, los pasos y hasta el respirar. Cuando comían le examinaba la manera de comer; cuando estaba en el lecho, la manera de dormir.

Fortunata no le miraba nunca. Este hecho, cuidadosamente observado, produjo en el infeliz muchacho indecible melancolía. ¡Haber comprado aquellos ojos con su mano, su honra y su nombre para que se empleasen en mirar a una silla antes que en mirarle a él! Esto era tremendo, pero tremendo, y cierto día agitó su alma un furor insano; mas no quiso manifestarlo, y lo desahogó a solas, mordiéndose los puños.

—¿Por qué no me miras?—le preguntó una noche, con semblante ceñudo.

—Porque...

No dijo más; se comió el resto de la frase. Dios sabe lo que iba a decir.

Bebía los vientos el desgraciado chico por hacerse querer, inventando cuantas sutilezas da de sí la manía o enfermedad de amor. Indagaba con febril examen las causas recónditas del agradar y, no pudiendo conseguir cosa de provecho en el terreno físico, escudriñaba el terreno moral para pedir su remedio. Imaginó enamorar a su esposa por medios espirituales. Hallábase dispuesto, él, que ya era bueno, a ser santo, y hacía estudio de lo que a su mujer le era grato en el orden del sentimiento para realizarlo como pudiera. Gustaba ella de dar limosna a cuantos pobres encontrase; pues él daría más, mucho más. Ella solía admirar los casos de abnegación; pues él se buscaría una coyuntura de ser heroico. A ella le agradaba el trabajo; pues él se mataría a trabajar. De este modo devastaba el infeliz su alma, arrancando todo lo bueno, noble y hermoso para ofrecérselo a la ingrata, como quien tala un jardín para ofrecer en un solo ramo todas las flores posibles.

—Ya no me quieres—le dijo un día con inmensa tristeza—; ya tu corazón voló, como el pajarito a quien le dejan abierta la jaula. Ya no me quieres.

Y ella le respondía que sí; pero ¡de qué manera! Más valía que dijese terminantemente que no.

—¿Por qué te vas tan lejos de mí? Parece que te causo horror. Cuando entro, te pones seria; cuando crees que no me fijo en ti estás ensimismada y te sonríes, como si en espíritu hablaras con alguien.

Otra cosa le mortificaba. Cuando salían juntos a paseo, todo el mundo se fijaba en Fortunata, admirando su hermosura; luego le miraban él. Suponía Maxi que todos hacían la observación de que no era él hombre para tal hembra. Algunos se permitían examinarle de una manera insolente. Si iban al café, estaban poco tiempo, porque los amigos se enracimaban alrededor de Fortunata sin hacer maldito caso de su marido, y éste tragaba mucha bilis. Lo que desorientaba más a Maxi era que ella no *tomaba varas* con nadie, y siempre que él decía "Vámonos", estaba dispuesta a retirarse.

Buscaba el farmacéutico algo en que fundar las conjeturas que empezaban a devorarle y no lo encontraba. Ideó consultar el caso con su tía; pero no quiso dar su brazo a torcer, y temblaba de que doña Lupe le dijese: "¿Ves? ¡Por no hacer caso de mí!" ¡Celos! ¿Y de quién? Fortunata mostrábase con todos tan fría como con él. Solía espar-

cir melancólicamente sus miradas por la calle, entre el gentío, sin fijarse en nadie, cual si buscaran a alguien que no quería dejarse ver. Y después las miradas volvían a sí misma con mayor tristeza.

También atormentaban al joven los elogios que sus amigos le hacían de ella.

—¡Qué mujer te tienes!—le decía *Pseudo Narcisus Odoripherus.*

Y *Quercus Gigantea* le silbaba en el oído estas fúnebres palabras:

—Es mucha hembra para ti, barbián. Andate con mucho ojo.

Pero doña Lupe le infundía ideas optimistas. ¡Parecía mentira! La perspicaz, la sabia y experimentada señora de Jáuregui dijo más de una vez a su sobrino:

—¡Qué trabajadora es tu mujer! Siempre que vengo aquí me la encuentro planchando o lavando. Francamente no creí... Te ayudará, te ayudará. Y luego tan calladita... Hay días que no le oigo el metal de voz.

Con unas cosas y otras, el pobre chico apenas podía estudiar, y con mucho trabajo se preparaba para la licenciatura. El asunto de su colocación se había resuelto ya, porque habiendo fallecido Samaniego a fines de octubre, su viuda organizó el personal de la botica, dando una plaza a Maximiliano. Se convino entre doña Casta Moreno y doña Lupe que cuando el chico tomara el grado se le fijaría sueldo, y que pasado un año de práctica tendría participación en las ganancias. Por el lado económico todo iba a pedir de boca, porque mientras llegaba el día de ganar con su profesión, podía vivir bien con la corta renta de la herencia. Lo malo era que desde que ingresara en la botica seríale preciso ausentarse de su casa días enteros, y esto le ponía en ascuas. Ocurriósele entonces lo que se le ocurre a cualquier celoso: salir un día, diciendo que iba a la farmacia, y volver en seguida Hízolo una vez, y no sorprendió nada: Fortunata estaba en la cocina. Repitió la treta, y lo mismo: estaba cosiendo. A la tercera, Fortunata había salido. Dos horas después entró, trayendo un paquete en la mano.

—¿Que de dónde vengo? Pues de comprar unas cosillas. ¿No me dijiste que querías una corbata? Mírala.

Una noche entró Maximiliano bastante excitado. Le tomó la mano a su mujer y, haciéndola sentar a su lado, le dijo a boca de jarro:

—Hoy he conocido a ese pillo que te deshonró.

Fortunata se quedó como muerta.

—Pues qué..., ¿no está enfermo?

Se le escapó esta espontaneidad, y cuando quiso contenerla ya era tarde. Hacía una semana que Santa Cruz no iba a las citas, y le había enviado, por medio de Cirila, un recadito. Se había caído del caballo en la Casa de Campo, estropeándose ligeramente un brazo.

—¿Enfermo?—dijo Maxi, clavando en ella sus ojos de iluminado—. En efecto, tenía un brazo en cabestrillo. Pero tú, ¿por dónde sabes...?

—No, no, yo no sabía nada—replicó Fortunata, enteramente aturdida.

—¡Tú lo has dicho!—exclamó Rubín, con la mirada terrorífica—. ¿Por dónde lo sabes?

La prójima se puso como la grana; después volvió a palidecer. Buscaba una salida de aquel compromiso, y al fin la encontró:

—¡Ah!

—¿Qué?

—¿Dices que cómo lo sé, tontín?... Pues muy sencillo. Si lo traía el periódico... Tú tía lo leyó anoche. Mira, aquí está: que se cayó del caballo paseando por la Casa de Campo.

Y recobrando su serenidad, revolvió en la mesa y cogió *El Imparcial,* que, en efecto, traía la noticia.

—Mira .., ¿lo ves?... Convéncete.

Maxi, después de leer, siguió diciendo:

—Le vi en el Saladero; allí debiera estar ese canalla toda su vida. Olmedo, que iba conmigo, me lo enseñó. Fuí a ver a mi hermano: él iba a visitar a un tal Moreno Vallejo, que también está preso por conspirar. ¡Y el tal Santa Cruz es de lo más cargante...!

Fortunata se tapaba la cara con el periódico, fingiendo que leía. Maxi le arrebató el papel de un manotazo.

—Te has quedado así como... estupefacta.

—Déjame en paz—replicó ella, con un despego que a su marido le llegó al alma.

—¡Qué modales, hija! Ya ni consideración.

Fortunata parecía que tenía sellada la boca. Comieron sin chistar; él se puso luego a estudiar y ella a coser, sin que

el fúnebre silencio se rompiera. Acostáronse, y lo mismo. Ella volvió la espalda a su marido, insensible a los suspiros que daba. Desvelados estuvieron ambos largo rato, cada cual por su lado, muy cerca materialmente uno de otro, pero en espíritu Fortunata se había ido a los antípodas.

Dos o tres días después, volviendo del Saladero, adonde fué para decir a su hermano que pronto le soltarían, vió Maximiliano a Santa Cruz guiando un faetón por la calle de Santa Engracia arriba. Ya tenía el brazo bueno. Miró a Maxi, y éste le miró a él. Desde lejos, porque el coche iba bastante aprisa, observó Rubín que éste entraba por la calle de Raimundo Lulio. ¿Pasaría luego a la de Sagunto? Nunca como en aquel momento sintió el exaltado chico ganas de tener alas. Apresuró el paso todo lo que pudo, y, al llegar a su calle..., ¡Dios!..., lo que se temía, Fortunata en el balcón, mirando por la calle del Castillo hacia el paseo de La Habana, por donde seguramente había seguido el coche. Subió el joven farmacéutico tan rápidamente la escalera, que al llegar arriba no podía respirar. Es que para ser celoso se necesitan buenos pulmones. Cayóse, más bien que se sentó, en una silla, y su mujer y Patricia acudieron a él, creyendo que le daba algún accidente. No podía hablar y se golpeaba la cabeza con los puños. Cuando su mujer se quedó sola con él, sintió Rubín que aquella furibunda cólera se trocaba en un dolor cobarde. El alma se le desgajaba y sacudía, resistiéndose a albergar en su seno la ira. Los ojos se le llenaron de lágrimas, las rodillas se le doblaron. Cayendo a los pies de su mujer, le besuqueó las manos.

—Ten piedad de mí—le dijo con aflicción, más de niño que de hombre—. Por tu vida..., la verdad, la verdad. Ese señor..., tú esperándole ...; él pasaba por verte. Tú no me quieres, tú me estás engañando...; le quieres otra vez..., le has visto en alguna parte. La verdad... Más quiero morirme de pena que de vergüenza. Fortunata, yo te saqué de las barreduras de la calle, y tú me cubres a mí de fango. Yo te di mi honor limpio, y me lo devuelves sucio. Yo te di mi nombre y haces de él una caricatura. El último favor te pido...; la verdad, dime la verdad.

IX

Fortunata movió la lengua y agitó los labios. En la punta de aquélla tenía la verdad, y por instantes dudó si soltarla o metería para adentro. La verdad quería salir. Las palabras se alinearon mudas y decían: "Sí, es cierto que te aborrezco. Vivir contigo es la muerte. Y a él le quiero más que a mi vida." La batalla fué breve, y Fortunata volvió la terrible verdad a los senos de su espíritu. La aflicción de Maxi exigía la mentira, y su mujer tuvo que decírsela...; mentiras de esas que inspiran viva compasión al que las dice y consuelan poco al que las oye. Echábalas de sí como enfermera que administra la inútil medicina al agonizante.

—Dímelo de otra manera y te creeré—manifestó Rubín—. Dilo con un poquito de calor, siquiera como me lo decías antes. Tú no sabes el daño que me haces. Me estás haciendo creer que no hay Dios, que portarse bien y portarse mal todo es lo mismo.

La compasión venció a la delincuente y se mostró tan afable aquella tarde y noche, que Maximiliano hubo de tranquilizarse. El pobrecito estaba destinado a no tener rato bueno, pues a punto que su espíritu recibía algún alivio, se le inició la jaqueca. La noche fué cruel, y Fortunata esmeróse en cuidarle. En medio de sus dolores cefalálgicos, el infortunado joven se calentaba más la mente arbitrando remedios o paliativos de la ansiedad que le dominaba. A poco de vomitar, dijo a su mujer:

—Se me ocurre una idea que resolverá las dificultades... Nos iremos a Molina de Aragón, donde tengo mis fincas. Abandono la carrera y me dedico a labrador... ¿Quieres, sí o no? Allí viviré con tranquilidad.

Fortunata se mostró conforme, si bien recordaba lo que Mauricia le había dicho de la vida de los pueblos. Sólo descuartizada iría ella a vivir al campo; pero aquella noche no tenía más remedio que decir *sí* a todo.

En los siguientes días notaba el pobre Maxi que su descaecimiento aumentaba de una manera alarmante, como si le sangraran, y asustadísimo fué a consultar con Augusto Miquis, el cual le di-

jo que hubiera sido mejor consultara antes de casarse, pues en tal caso le habría ordenado terminantemente el celibato. Esto redobló sus tristezas; mas cuando Miquis le propuso como único remedio de su mal la rusticación, cobró esperanzas, confirmándose en la idea de abandonar la corte y sepultarse para siempre en sus estados de Molina.

La segunda vez que habló de esto a su mujer no la encontró tan bien dispuesta.

—¿Y tus estudios? ¿Y tu carrera? Aconséjate con tu tía, y ella te dirá que lo que estás pensando es un disparate.

Maxi estaba muy caviloso por ciertas cosas que en su mujer notaba. Hacía días que apenas levantaba ella los ojos del suelo, y su mirar revelaba una gran pesadumbre. De repente, una tarde que volvía Rubín de la botica, al subir la escalera la oyó cantar. Entró, y la cara de Fortunata resplandecía de contento y animación. ¿Qué había pasado? Maxi no lo pudo penetrar, aunque sus celos, aguzadores de la inteligencia, le apuntaban presunciones que bien podrían contener la verdad. Esta era que la prójima había recibido, por conducto de Patria, una esquelita en que se le anunciaba la reapertura del curso amoroso, interrumpido durante una quincena. "Esta alegría—pensaba Maxi—, ¿por qué será?" Y comprendiendo por instinto de celoso que echaba un jarro de agua fría sobre aquel contento, dijo a Fortunata:

—Ya está decidido que nos iremos al pueblo. Lo he consultado con mi tía, y ella lo aprueba.

No era verdad que había consultado con doña Lupe; mas lo decía para dar a su proposición autoridad indiscutible.

—Te irás tú...—dijo ella sonriendo.

—No—agregó él, conteniendo la amargura que de su alma se desbordaba—; los dos.

—Tú te has vuelto loco—observó Fortunata, riendo con cierto descaro—. Yo creí... Pero ¿lo dices con formalidad?

—¡Toma! ¿Y tú no me dijiste que irías también y que querías ser paleta?

—Sí; pero fué porque me pensé que era conversación. ¡Encerrarme yo en un pueblo! ¡Qué talento tienes!

De tal modo se demudó el rostro del joven, que Fortunata, que ya empezaba a decir algunas bromas sobre aquel asunto, se recogió en sí. Maxi no dijo una palabra, y, de pronto, salió disparado de la casa, cerró con estruendo la puerta y bajó la escalera de cuatro en cuatro peldaños. Asustóse Fortunata, y, asomándose al balcón, vió recorrer apresuradamente la calle de Sagunto y después tomar por la de Santa Engracia, hacia abajo. Ella salió después, tomando por la misma calle, pero hacia arriba, en dirección de Cuatro Caminos.

Las seis de la tarde serían cuando Rubín volvió a su casa. Estaba lívido, y de lívido pasó a verde cuando Patricia le dijo que la señorita había salido a compras. Dejándose llevar de su insensato recelo, interrogó a la criada, tratando de averiguar por ella. Pero a buena parte iba. Patria tenía la discreción del traidor, y cuanto dijo fué encaminado a introducir en el cerebro de Maxi el convencimiento de que su mujer era punto menos que canonizable. Cuando la criminal entró, el marido había mandado encender luz y estaba sentado junto a la mesa de la sala.

—¿De dónde vienes?—le preguntó.

—Me parece—replicó ella—haberte dicho que iba a comprar este retor.

Mostró un envoltorio, después un paquetito y otro.

—¿Ves?... La sopa Juliana, que tanto te gusta...

—Yo también—dijo Maximiliano de una manera siniestra—te he comprado a ti esta tarde un regalito... Mira.

Alargó el brazo para sacar de debajo de la mesa algo que ocultó al entrar. Era un objeto envuelto en papeles, que descubrió lentamente, cuando ella se inclinaba risueña para verlo.

—¿A ver?... ¿Qué es?... ¡Ay! Un revólver...

—Sí, para matarte y matarme...—dijo Maxi en un tono que no pudo ser tan lúgubre como él deseaba, pues el arma empezó a causarle miedo, a causa de que en su vida había tenido en las manos un chisme de tal clase.

—¡Qué cosas tienes!—dijo ella, palideciendo—. Tú no sabes lo que te pescas... Pareces tonto... Matarme a mí, ¿y por qué?...

Le echó una mirada dulce y penetrante, el mismo mirar con que le había hecho su esclavo. El pobre chico sintió como si le pusieran un grillete en el alma.

—Vaya, que se te ocurren unos dispa-

rates, hijo... Soy muy miedosa, y de sólo ver eso me pongo a temblar. Bonita manera tienes de hacer que yo te quiera, sí, señor; bonita manera.

Acercó tímidamente su mano al mango del arma.

—Puedes cogerlo, está descargado—dijo Maxi, que de un salto se había dejado caer del furor a la piedad.

—Eres un niño—declaró ella, cogiendo el arma—, y como niño hay que tratarte Venga acá ese chisme: lo guardaré para el caso de que entren ladrones en casa.

Y se lo llevó sin que él hiciese resistencia. Después de guardarlo con llave en un baúl lleno de cosas viejas, volvió al lado de su marido, que se había quedado absorto, midiendo, sin duda, con azorado pensamiento, la enorme distancia que en su ser había entre los arranques de la voluntad y la eficacia de su desmayada acción.

Aquella noche no ocurrió nada; pero a la tarde siguiente, *Pseudo Narcisus Odoriferus* fué a buscarle a la botica de Samaniego, y le dijo que Fortunata tenía citas con un señor en una casa del paseo de Santa Engracia, un poquito más arriba de los Almacenes de la Villa.

X

Tomó Maxi un coche para ir a Chamberí y a su casa. Después de entrar en ella e informarse de que la señorita no estaba, subió lentamente hacia la iglesia, y al pasar por delante de ella y ver una cruz de hierro que hay en el atrio, vínole al pensamiento la idea de que debía haber traído el revólver. Retrocedió, y a mitad de camino acordóse de que su mujer había guardado el arma. ¡Qué tonto estuvo él en permitírselo! Volvió a tomar la dirección Norte, sintiendo en su alma el suplicio indecible que producía la conjunción de dos sentimientos tan opuestos como el anhelo de la verdad y el terror de ella. Al distinguir el motor de noria que se destacaba sobre la casa de las Micaelas, no pudo reprimir un ahogo de pena que le hizo sollozar. El disco no se movía.

Pasó el joven más allá de los Almacenes de la Villa y examinó las casas de un solo piso alto que allí existen Como ignoraba cuál era la que servía de abrigo a los adúlteros, resolvió vigilarlas todas. La noche se venía encima y Maxi deseaba que viniese más aprisa para dejar de ver el disco, que le parecía el ojo de un bufón testigo, expresando todo el sarcasmo del mundo. Maldición sacrílega escapóse de sus labios, y renegó de que hubieran venido a estar tan cerca su deshonra y el santuario donde le habían dorado la infame píldora de su ilusión. En otros términos: él había ido allí en busca de una Hostia, y le habían dado una rueda de molino..., y lo peor era que se la había tragado.

Después de mucho pasear vió el faetón de Santa Cruz, guiado por el lacayo, despacio, como para que no se enfriaran los caballos. Ya no quedaba duda. El coche le esperaba. Viólo subir hasta Cuatro Caminos, donde se detuvo para encender las luces. Después bajó, y al llegar a los Almacenes de la Villa, otra vez para arriba, Maxi no le perdía de vista. El cochero daba a conocer su aburrimiento e impaciencia. En una de las vueltas del vehículo, Rubín sorprendió en aquel hombre una mirada dirigida a una de las casas. "Aquí es.... aquí está." Fijóse cerca de allí, reduciendo el espacio de su paseo vigilante. Eran las siete.

Por fin, en un momento en que Maxi iba de Sur a Norte vió, a bastante distancia, a un hombre que salía de la casa. Era él, Santa Cruz, el mismo, vestido de americana y hongo. Detúvose en la puerta, buscando con la vista su carruaje. Las dos luces brillaban allá arriba. Dirigióse hacia Cuatro Caminos.. Detrás, avivando el paso, el odio, personificado en Maximiliano.

La vía estaba solitaria. Pasaba muy poca gente y hacía bastante frío. El *Delfín* sintió aquellos pasos detrás de sí, y una misteriosa aprensión, la conciencia tal vez, le dijo de quién eran. Volvióse a punto que la temblorosa voz del otro decía:

—Oiga usted...

Paróse en firme Santa Cruz, y aunque no le conocía bien, le tuvo por quien era, sin dudar un momento.

—¿Qué se le ofrece a usted?

—¡Canalla!... ¡Indecente!—exclamó Rubín con más fiereza en el tono que en la actitud.

No esperó Santa Cruz a oír más, ni su amor propio le permitía dar explicacio-

nes, y con un movimiento vigoroso de su brazo derecho rechazó a su antagonista. Más que bofetada fué un empujón; pero el endeble esqueleto de Rubín no pudo resistirlo; puso un pie en falso al retroceder y se cayó al suelo: diciendo:

—Te voy a matar..., y a ella también.

Revolcóse en la tierra; se le vió un instante pataleando a gatas, diciendo entre mugidos:

—¡Ladrón, ratero..., verás!...

Santa Cruz estuvo un rato contemplándole con la calma fría del ofuscado asesino, y cuando vió que, al fin, conseguía levantarse, se fué hacia él y le cogió por el pescuezo, apretándole sañudamente, cual si quisiera ahogarle de veras... Reteniéndole contra el suelo, gritaba:

—Estúpido..., escuerzo..., ¿quieres que te patee?...

De la oprimida garganta del desdichado joven salía un gemido, estertor de asfixia. Sus ojos reventones se clavaban en su verdugo con un centelleo eléctrico de ojos de gato rabioso y moribundo. La única defensa del que estaba debajo era clavar sus uñas, afilándolas con el pensamiento, en los brazos, en las piernas, en todo lo que alcanzaba del vencedor; y logrando alzarse un poco, con nervioso coraje, trató de hacerle molinete para derribarle. Derribados los dos, lucharían quizá más proporcionadamente. ¡Pobre razón aplastada por la soberbia! ¿Dónde está la justicia? ¿Dónde está la vindicta del débil? En ninguna parte.

El furor del *Delfín* no fué tanto que se le ocultara el peligro de llegar a un homicidio, abusando de su superioridad. "Este, al fin, es un hombre, aunque parece un insecto", pensó. Y con desdén, que tenía algo de lástima, hubo de soltar su presa, que cayó inerte a un lado del camino, en una especie de hoyo o surco. Al verle como un bulto, Juan sintió algo de miedo. "¿Si le habré matado sin querer?... Y, en todo caso..., ha sido en defensa propia." Pero la víctima exhaló un mugido, y revolcándose como los epilépticos, repitió:

—¡Ladrón..., asesino!

El *Delfín* se acercó, y poniéndole un pie sobre el pecho, cuidando de no apretar, dijo:

—Si no te callas, cucaracha, te aplasto.

Levantóse Rubín de un salto. Era todo uñas y todo dientes; sacaba las armas del débil; pero con tanta fiereza, que si coge al otro le arranca la piel. Santa Cruz acudió pronto a la defensa.

—Te digo que te pateo... si vuelves...

Le levantó como una pluma y le lanzó violentamente donde antes había caído. Era un solar o campo mal labrado, más allá de la última casa. La víctima no daba acuerdo de sí, y aprovechando aquel momento, el bárbaro señorito, que vió pasar su coche, le detuvo, montóse en él de un salto y, ¡hala!, partieron los caballos a escape.

Un hombre se había detenido ante los combatientes en el último instante de la reyerta; acercóse a Maxi y le miró con recelo. Creyendo que estaba mortalmente herido, no quería meterse en líos con la justicia. Cuando le oyó hablar, acercóse más.

—Buen hombre, ¿qué es eso?... ¡Pobre chico! Si no parece chico, sino un viejo... ¡Vaya, que pegar así a un pobre anciano!

Luego llegó otro hombre, que se destacó de un grupo de obreros que subían. Auxiliado por éste, Maxi logró levantarse y corrió un buen trecho por el camino abajo: gritando:

—¡Ladrón!... ¡A ése!... ¡Al asesino!...

Pero el coche estaba ya más allá de la iglesia. Formóse en torno a la víctima un corro de cuatro, seis, diez personas de uno y otro sexo. Mirábalos como si fueran amigos que habían de darle la razón, reconociendo en él a la justicia pateada y a la humanidad escarnecida. Parecía un insensato. Su descompuesto rostro daba miedo, y su ahilada voz excitaba la mayor extrañeza.

Porque el ardor de la lucha había determinado como una relajación de la laringe, en términos que la voz se le había vuelto enteramente de falsete. Salían de su garganta las palabras como el acento de un impúber:

—¿En dónde se ha metido?... ¿En dónde?... ¿No es verdad, señores, que es un miserable?... ¿Un secuestrador?... Me ha quitado lo mío, me ha robado... El la arrojó a la basura..., yo la recogí y la limpié...; él me la quitó y la... volvió a arrojar..., la volvió a arrojar... ¡Trasto infame!... Pero yo tengo que hacer dos muertes. Iré al patíbulo..., no me importa ir al patíbulo, señores..., digo

que quiero ir al palo...; pero ellos por delante, ellos por de'ante.

Los que le rodeaban le tenían lástima. Desconociendo el motivo de la zaragata, cada cual decía lo que le parecía.

—*Sobre vino* una pendencia.

—No, cuestión de faldas, ¿verdad?

—¡Quita allá! Pero ¿no ves que es marica?

Las mujeres le miraban con más interés.

—Tiene usted sangre en la frente—le dijo una.

Era una rozadura de que el joven no se había dado cuenta. Llevóse la mano a la cabeza y la retiró manchada de sangre. Notó que el brazo derecho le dolía horriblemente.

—Vamos, vamos—le dijo uno—, véngase usted a la Casa de Socorro.

—¡Gatera..., miserable!...

—Vamos: ya eso se acabó... ¿En dónde tiene usted el sombrero?

Maxi no dijo nada, ni se cuidó del sombrero. De repente, rompió en aullidos, pues no parecían otra cosa los esfuerzos de su voz para hablar a gritos. Los circundantes podían oirle difícilmentes estos conceptos:

—Partirle el corazón, es poco; es menester... machacárselo.

Dos hombres le llevaban calle abajo, cada cual agarrándole de un brazo, y él, mirando con estupidez a sus conductores, repetía:

—¡Machacárselo!

A ratos se paraba, prorrumpiendo en risas de demente. Ya cerca de la iglesia aparecieron dos individuos de Orden Público, que viendo a Maxi en aquel estado, le recibieron muy mal. Pensaron que era un pillete, y que los golpes que había recibido le estaban muy bien merecidos... Le cogieron por el cuello de la americana con esa paternal zarpa de la justicia callejera.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó uno de ellos, malhumorado.

Maxi contestó con la misma risa insana y delirante; viendo lo cual, el polizonte apretó la zarpa como expresión de los rigores que la justicia humana debe emplear con los criminales.

—¿Y el agresor?

—¡Machacárselo!...

Llegó a la Casa de Socorro, ya con una procesión de gente tras sí. El médico de guardia conocía a Maxi y después de curarle la contusión de la cabeza, que no tenía importancia, le mandó a su casa, al cuidado de los guardias de Orden Público.

XI

Cuando entró el malaventurado chico en su casa, Fortunata no había parecido aún. Lo mismo fué verle Patricia en aquel lastimoso estado que correr a dar aviso a doña Lupe, la cual no tardó en presentarse, alborotada y afligida. Lo primero que hizo, conforme a su gran carácter, fué sobreponerse a los sucesos, no amilanarse por la vista de la sangre y dictar atinadas órdenes preliminares, como acostar a Maximiliano, traer provisión de árnica, reconocerle bien las contusiones que tenía y llamar a un médico

—Pero ¿y Fortunata?

—Salió a hacer unas compras—dijo Patricia.

—¡Es particular! Las ocho y media de la noche.

En vano intentó doña Lupe saber lo que había ocurrido de los propios labios del joven. Este no decía más que: "¡Machacárselo!", con aquella voz de falsete que era otra novedad para su tía. Acostáronle con no poco trabajo, y le llenaron de bizmas. El médico de la Casa de Socorro vino y ordenó el reposo. Temía que hubiese algo de conmoción cerebral; pero probablemente concluirá todo con una fuerte jaqueca. También propinó el bromuro potásico a fuertes dosis, y a la primera se adormeció el herido, pronunciando palabras sueltas, de las cuales nada pudo sacar en claro la señora de Jáuregui. ¡Y a todas éstas, la otra sin aparecer!

Por fin, a eso de las nueve y media cuando el médico se fué, sintió doña Lupe un rebullicio: luego, cuchicheos en el pasillo. Fortunata había entrado, y hablaba muy bajito con Patria. La mente de la viuda, en la cual hasta entonces todo era confusión y vaguedades, empezó a dar de sí los juicios más extraños, ideas de atrevido alcance y de un pesimismo aterrador. Salió paso a paso a la sala, deseosa de sorprender aquel secreteo. Fortunata entró, pálida como un cirio y con ojos aterrados: mas doña Lupe no le dijo nada. La vió que avanzaba hacia el gabinete, que daba al-

gunos pasos hacia la alcoba, deteniéndose en la puerta, y que desde allí alargaba el cuerpo para mirar a su marido. ¿Por qué no entró? ¿Qué temor la detenía? La alcoba estaba casi a oscuras, pues apenas llegaba a ella la claridad de la lámpara encendida en la sala. Doña Lupe llevó al gabinete la luz. Quería observar lo que hacía su sobrina, y, por de pronto, le llamó la atención su actitud extraña, no muy conforme con los sentimientos naturales de una esposa en situación aflictiva. Una vez que le miró bien de lejos, Fortunata, sin hacer maldito caso de persona tan respetable como su tía política, volvió a la sala, que ya estaba medio a oscuras, y se sentó en una silla. Todavía no se había quitado el manto, y parecía que iba a volver a la calle. Apoyada la mejilla en la mano, permaneció inmóvil como un cuarto de hora. El silencio que en las tres piezas reinaba sólo se interrumpía con tal cual palabra estropajosa pronunciada por Maxi, y con el paso gatuno de la sirvienta, que atravesaba la sala para ir a recibir órdenes de la única persona que aquella noche mandara en la casa. Si el estado del enfermo permitiera alzar la voz, ¡ay!, doña Lupe haría retemblar la casa con el estruendo de su palabra autoritaria y fiscalizadora; pero no podía ser. ¡Qué cosas había de oír su sobrina! Resolvió, pues, la tía dejar la discusión para el día siguiente; mas tanto la apremiaron la curiosidad y el enojo, que no pudo menos de personarse, pasito a paso, en la sala, y decir a Fortunata con voz oprimida:

—Explícame esto.

—¿Esto?...—murmuró la prójima, alzando la cara, como quien despierta.

—Esto, sí... Maximiliano, maltratado...; tú, entrando en casa tan tarde y con esos modos de traidora de melodrama.

Fortunata, después de mirar de hito en hito a doña Lupe por espacio de un minuto, volvió a apoyar la mejilla en el puño sin decir una palabra.

—Pues me he enterado... Me gusta...

Y se fué a la alcoba, porque se oyó la voz de Maxi llamando. Poco después se le sintió vomitar. Fortunata prestó atención a lo que allí pasaba, pero sin abandonar su postura de esfinge.

Cuando la viuda volvió a la sala ya eran más de las diez.

—¡Las diez dadas!—dijo con aquella voz tan severa que habría hecho estremecer a una piedra—. Y no te has quitado el manto. ¿Es que piensas volver... de compras? El pobre Maxi, al despertar hace un rato, me preguntó si habías venido, y le dije que no. Me dió vergüenza de decirle que sí, porque habría sido preciso añadir que sólo con la manera de entrar te declaras culpable... El dijo: "Más vale que no venga..." ¿Y tú no conoces que así no se puede seguir?... ¿Que es preciso que me expliques esto? Habla, hija, habla, o yo veré lo que tengo que hacer.

Fortunata, después de mirarla con una emoción que doña Lupe no podría definir, volvió a apoyar la cara en la mejilla, y dando un gran suspiro, se acorazó dentro de aquel silencio lúgubre, que desesperaría a la misma paciencia

—¡Esto es para volverse loca! .—expresó doña Lupe, con un gesto vacundo—. ¿Creerás tú, creerá usted que conmigo valen marrullerías? Sepa usted que...

La ira se le desbordaba, y para contenerla, volvió a la alcoba. Su mente acalorada revolvía estas ideas: "Salió lo que yo temía... Si lo dije, si esta mujer nos había de dar al fin un disgusto... ¡Ay!, ¡qué ojo tengo! A mí no me entraba, no me entraba; y siempre lo dije: "Ni con Micaelas ni sin Micaelas, podremos hacer de una mujer mala una esposa decente." Ahí está, ahí está, ahí la tienen. Vean si acerté; vean si eran preocupaciones mías."

Lo que más ensoberbecía a doña Lupe era el chasco que se había llevado, pues aunque dijera otra cosa, ello es que había creído a Fortunata radicalmente reformada. No pudo contener su arranque, y volvió a la sala.

—Pero se explica usted, ¿sí o no?...

Reparó entonces que hablaba con una sombra. Fortunata no estaba allí. Salió doña Lupe al pasillo, y vió luz en un cuartito interior, donde la mujer de Maxi guardaba su ropa. Empujó la puerta. Allí estaba, ya sin mantilla, sacando ropa del armario y metiéndola en un mundo.

—Pero ¿querrá usted, al fin, sacarme de dudas?—dijo, sin recatarse ya de alzar la voz—. Esto es vergonzoso. Si usted se obstina en callarse, creeré que la causante de toda esta tragedia es usted y nada más que usted.

Fortunata se volvió hacia ella. Su palidez era como la de un muerto.

—Vamos a ver—añadió la de Jáuregui, manoteando—. Si mi sobrino me vuelve a preguntar si ha entrado usted, ¿qué le digo?

—Dígale usted—replicó la esposa en voz más baja y expresándose con mucha dificultad—, dígale usted que no he venido, porque me marcharé en cuanto sea de día.

—Yo no entiendo una palabra... ¿Qué ha pasado, Santo Dios?... ¿Quién maltrató a Maxi?

Fortunata dió un gran suspiro.

—¡Qué farsa! Voy a dar parte a la justicia. Veremos si al juez le contesta de esa manera. Que usted es culpable, bien a la vista está. Si no, ¿por qué se marcha usted?

—Porque me debo ir—replicó la otra mirando al suelo.

No dijo más. Fuera de sí, doña Lupe le echó la zarpa a un brazo y, sacudiendola fuertemente, le soltó esta imprecación:

—¡Ah maldita!... Bien claro se ve que es usted una bribona..., una bribona en toda la extensión de la palabra... Que lo ha sido siempre y lo será mientras viva... A todos engañó usted, menos a mí...; a mí, no... Yo la vi venir.

Abrumada por su conciencia, Fortunata no pudo contestar nada. Si doña Lupe se hubiera abalanzado a ella para pegarla, se habría dejado castigar.

—Hace usted bien en largarse—añadió la otra, ya en la puerta—. No seré yo quien la detenga... Viento fresco. ¡Qué casa ésta y qué matrimonio! Nada me coge de nuevo..., porque, lo repito, a todos engañó usted, menos a mí.

Y era mentira, porque la primera engañada fué ella. ¡Valiente fiasco habían tenido sus facultades educatrices! La idea de este fracaso encendía su furor más que el delito mismo que en su sobrina sospechaba.

Volviendo a la sala, apoderóse de la señora de Jáuregui el frenesí de las disposiciones. La primera fué que se quedaría allí aquella noche. Después mandó a Patricia a su casa con un recado, llamando a Nicolás, que aquel día había llegado de Toledo.

—Que venga mi sobrino inmediatamente, y si está durmiendo, encargue usted a *Papitos* que le despierte.

Fortunata seguía en el cuarto de la ropa; mas adelantaba muy poco en el arreglo de su equipaje, porque a lo mejor se quedaba inmóvil, sentada sobre un baúl, mirando al suelo o a la vela, que ardía con pabilo muy larguirucho y negro, chorreando goterones de grasa. Desde que empezó a faltar, no había sentido remordimientos como los de aquella noche. El espectro de su maldad no había hecho antes más que presentarse como en broma, y érale a ella muy fácil espantarlo; pero ya no acontecía lo mismo. El espectro venía y se sentaba con ella, y con ella se levantaba; cuando se ponía a guardar ropa, la ayudaba; al suspirar, suspiraba; los ojos de ella eran los de él, y, en fin, la persona de ambos parecía una misma persona. Y la atormentaban, juntamente con los revuelcos de su conciencia, ansias de amor, deseos vivísimos de normalizar su vida dentro de la pasión que la dominaba. Acordóse de que su amante le había ofrecido ponerle casa y establecer entre ambos una familiaridad regular dentro de la irregularidad. Pero ¿esto podría ser? Las ansias amorosas se cruzaban en su espíritu con temores vagos, y al fin venía a considerarse la persona más desgraciada del mundo, no por culpa suya, sino por disposición superior, por aquella mecánica espiritual que la empujaba de un modo irresistible. No pensó en dormir aquella noche, y anhelaba que viniese el día para marcharse, porque el sentir la voz doliente de su marido producíale atroz martirio. Habría dado diez años de su vida porque lo que pasó no hubiera pasado. Pero ya que no lo podía remediar, ¡ojalá que las heridas de Maxi fuesen de poca importancia! Después de esto, su más vivo deseo era coger la puerta y huir para siempre de la casa aquella. Antes morir que continuar la farsa de un matrimonio imposible.

De estas meditaciones la sacó doña Lupe, que después de medianoche volvió a entrar en el cuarto. Envolvíase toda en una manta, lo que le daba cierto aspecto temeroso y lúgubre como de alma del otro mundo.

—Al pobre Maxi—le dijo—le da ahora por llorar... No cesa de preguntarme si ha venido usted... Francamente, no sé qué responderle.

—Dígale usted que me he muerto—replicó Fortunata.

—Y positivamente sería lo mejor... ¿Ha arreglado usted ya sus baúles?

—Me falta poco... Mire, mire..., no me llevo nada que no sea mío.

—¿Y sus alhajas?—preguntó la viuda, que custodiaba en su casa las de más valor.

—¿Mis alhajas?—observó la otra vacilando primero y asegurándose al fin—. No son mías. Son de él, de Maxi, que las desempeñó. Se las dejo todas.

—¿De modo que no se lleva usted más que su ropa?

—Nada más. Hasta el portamonedas, con el último dinero que me dió, lo dejo aquí, sobre la cómoda. Véalo usted.

Cogió la prudente señora el portamonedas, que estaba aún bien repleto, y se lo guardó.

XII

Hay motivos para creer que cuando *Papitos* entró a medianoche en el cuarto de Nicolás Rubín y le dijo, sacudiéndole fuertemente: "Señor, señor; su tía, que vaya allá ahora mismo", el santo varón soltó un bramido y dió media vuelta, volviendo a caer en profundo sueño. Es probable que a la segunda acometida de Papitos el clérigo se despereza-ra y que ahuyentase a la mona con otro fuerte berrido, agasajando en su empañado cerebro la idea de que su tía debía esperar hasta la mañana siguiente. Y el fundamento de estas apreciaciones es que Nicolás no se presentó en la casa de su hermano Maxi hasta las siete dadas. Tanta pachorra sacaba de quicio a doña Lupe, que poniendo el grito en el cielo, decía:

—Estoy destinada a ser la víctima de estos tres idiotas... Cada uno por su lado, me consume la vida, y entre los tres juntos van a acabar conmigo... ¡Qué familia, Señor, qué familia! Si me viviera mi Jáuregui, otro gallo me cantara. ¡Pero, hombre de Dios, vaya que tienes una calma! No sé cómo con ella y lo que comes no estás más gordo... Te llamo a las once de la noche, y ésta es la hora en que te descuelgas por aquí... ¿Tú sabes lo que pasa?

Esto lo decía en la sala, al ver entrar a Nicolás, cuyos ojos tenían aún señales evidentes de lo bien que había dormido. Al sentir el coloquio, salió la pecadora de su escondite, y acercándose a la puerta de la sala trató de escuchar. Pero tía y sobrino siguieron hablando muy bajito, y nada pudo percibir. Después el clérigo, a instancias de su tía, salió al pasillo, y Fortunata metióse rápidamente en su escondite para esperarle allí.

El cuarto aquel estaba casi completamente a oscuras en las primeras horas del día. Los que entraban no veían a quien dentro estuviera. La vela que ardió gran parte de la noche se había consumido. Desde dentro vió Fortunata al cura, sombra negra en el cuadro luminoso de la puerta, y esperó a que entrase o que dijese algo. Como el que recela penetrar en la madriguera de una bestia feroz, Nicolás permaneció en la puerta, y desde ella lanzó, en medio de la oscuridad estas palabras:

—Mujer, ¿está usted aquí?... No veo nada.

—Aquí estoy, sí, señor—murmuró ella.

—Mi tía—añadió el clérigo—me ha contado los horrores de esta noche... Mi hermano, maltratado, herido; usted, entrando a casa a deshora, y entrando para recoger su ropa y marcharse, rompiendo la armonía conyugal y dejándonos a todos en la mayor confusión. ¿Me querrá usted explicar a mí este turrisburris?

—Sí, señor—replicó la voz con miedo y turbación indecibles.

—¿Y si ha tenido usted parte en esta infamia?

—Yo... en lo de los golpes no he tenido parte—apuntó con rápida frase la voz.

—Vamos a cuentas—dijo el clérigo, avanzando un poco, precedido de sus manos, que palpaban en las tinieblas—. Hace algunos días..., lo he sabido ayer por casualidad..., mi hermano sospechaba que usted no le era fiel; ésta es la cosa. ¿Tenía fundamento esta sospecha?

La voz no dijo nada, y hubo un ratito de temerosa expectativa.

—Pero ¿no contesta usted?—interrogó Nicolás con acento airado—. ¿Por quién me toma? Hágase usted cargo de que está en el confesonario. No hago la pregunta como persona de la familia ni como juez, sino como sacerdote. ¿Tenía fundamento la sospecha?

Después de otro ratito, que al cura se le hizo más largo que el primero, la voz respondió tenuemente:

—Sí, señor.

—Ya ve—afirmó Rubín con ira—que

nos ha engañado a todos, a todos; a mí el primero, a las señoras Micaelas, a mi amigo Pintado y a toda mi familia después. Es usted indigna de ser nuestra hermana. Vea usted qué bonito papel hemos hecho. ¡Y yo que respondí...! En mi vida me ha pasado otra. La tuve a usted por extraviada, no por corrompida, y ahora veo que es usted lo que se llama un monstruo.

Dió entonces un paso más, cerrando un poco la puerta, y tentó la pared por si hallaba silla o banco en que sentarse.

—Hablando en plata, usted no quiere a mi hermano... Abrete, conciencia.

—No, señor—dijo la voz prontamente y sin hacer ningún esfuerzo.

—No le ha querido nunca... Esta es la cosa.

—No, señor.

—Pero usted me dijo que esperaba tomarle cariño conforme le fuera tratando.

—Sí, lo dije.

—Pero no ha resultado..., no ha resultado. ¡Chasco como éste!... Se dan casos... De modo que nada.

—Nada.

—¡Perfectamente! Pero usted olvida que es casada y que Dios le manda querer a su marido, y si no le quiere, serle fiel de cuerpo y de pensamiento. ¡Bonita plancha, sí, señor, bonita!... En mi vida me ha pasado otra. Y usted, pisoteando el honor de la ley de Dios, se ha prendado de cualquier pelagatos..., ya se ve: su pasado licencioso la envenena el alma, y la purificación fué una pamema. ¡No haber visto esto, Señor, no haberlo visto!

Estaba tan furioso el cura por lo mal que le había salido aquella compostura, y su amor propio de arreglador padecía tanto, que no pudo menos de desahogar su despecho con estas coléricas razones:

—Pues sépase usted que está condenada, y no le dé vueltas: condenada.

No se sabe si este procedimiento del terror hizo su efecto, porque Fortunata no contestó nada. La expresión de sus sentimientos acerca del tremendo anatema perdióse en la oscuridad de aquella caverna.

—Al menos, desdichada, confiese usted su delito—dijo Rubín, que, deslizándose en las tinieblas, había encontrado un cajón en que sentarse—. No me oculte usted nada. ¿Cuántas veces, cuántas veces ha faltado usted a su marido?

La contestación tardaba. Nicolás repitió la pregunta hasta tres veces, suavizando el tono, y al fin oyó un susurro que decía:

—Muchas.

Cuenta el padre Rubín que aquel *muchas* le dió escalofríos, y que le pareció el rumorcillo que hacen las correderas cuando en tropel se escurren por las paredes.

—¿Con cuántos hombres?

—Con uno solo...

—¡Con uno solo!... ¿De veras? ¿Le conoció usted después de casada?

—No, señor. Le conozco hace mucho tiempo..., le he querido siempre.

—¡Ah, ya!... La historia vieja... Perfectamente—dijo el cura, cuyo amor propio se erguía al encontrar un medio de aparecer previsor—. Eso ya me lo temía yo. ¡El amorcito primero!... ¿No lo dije, no se lo dije a usted? Por ahí está el peligro. He visto muchos casos. Bueno. Y ese pelafustán, ¿es el de marras?

Fortunata contestó que sí, sin comprender lo que quería decir *de marras*.

—Y ése ha sido el miserable que abusando de su fuerza maltrató al pobre Maxi, débil y enfermizo... ¡Ay mundo amargo!

—El fué...; pero Maxi le provocó—dijo la voz—. Esas cosas vienen sin saber cómo... Yo lo presencié desde la ventana.

—¿Desde qué ventana?

—De la casa aquella.

—¿Casita tenemos?... Sí..., sí, lo de siempre. Lo había previsto yo. No crea usted que me coge de nuevo. ¡Casita y todo!... ¡Cuánta infamia! ¿Y no siente usted remordimientos? Cualquier persona que tuviera alma estaría en tal caso llena de tribulación...; pero usted, tan fresca.

—Yo lo siento..., lo siento... Quisiera que eso no hubiera pasado.

—Eso, que no hubiera pasado el lance para continuar pecando a la callada. Y siga el fandango. También esta clase de perversidad me la sé de memoria.

Fortunata se calló. Fuera que los ojos del clérigo se acostumbraban a la oscuridad, fuera que entrase en el cuarto más luz, ello es que Nicolás empezó a distinguir a su hermana política sentada sobre el baúl, con un pañuelo en la mano. A ratos se lo llevaba al rostro como

para secar sus lágrimas. Cierto es que Fortunata lloraba; pero algunas veces la causa de la aproximación del pañuelo a la cara era la necesidad en que la joven se veía de resguardar su olfato del olor desagradable que las ropas negras y muy usadas del clérigo despedían.

—Esas lágrimas que usted derrama, ¿son de arrepentimiento sincero? ¡A saber!... Si usted se nos arrepintiera de verdad, pero de verdad, con contrición ardiente, todavía esto podría arreglarse. Pero sería preciso que se nos sometiera a pruebas rudas y concluyentes... Esta es la cosa. ¿Volvería usted a las Micaelas?

—¡Oh! No, señor—replicó la pecadora con prontitud.

—Pues entonces, que se la lleve a usted el demonio—gritó el clérigo con gesto de menosprecio.

—Le diré a usted... Yo me arrepiento, pero...

—¡Qué peros ni qué manzanas!... —manifestó Rubín, manoteando con groseros modales—. Reniegue usted de su infame adulterio; reniegue también del hombre malo que la tiene endemoniada...

—Eso...

—¿Eso qué?... ¡Vaya con la muy...! Y me lo dice así, con ese cinismo.

Fortunata no sabía lo que quiere decir cinismo, y se calló.

—Todo induce a creer que usted se prepara a reincidir, y que no hay quien le quite de la cabeza esa maldita ilusión.

El gran suspiro que dió la otra confirmó esa suposición mejor que las palabras.

—De modo que, aun viéndose perdida y deshonrada por ese miserable, todavía le quiere usted. Buen provecho le haga.

—No lo puedo remediar. Ello está *entre mí* y no puedo vencerlo.

—Ya..., la historia de siempre. Si me la sé de memoria... Que quieren sólo a aquél y no pueden desterrarlo del pensamiento, y que patatín y que patatán... En fin, todo ello no es más que falta de conciencia, podredumbre del corazón, subterfugios del pecado. ¡Ay, qué mujeres! Saben que es preciso vencer y desarraigar las pasiones; pues no, señor, siempre aferradas a la ilusioncita... Tijeretas han de ser... En resumidas cuentas, que usted no quiere salvarse. La pusimos en el camino de la regeneración, y le ha faltado tiempo para echarse por los senderos de la cabra. ¡Al monte, hija, al monte! Bueno; allá se entenderá usted con Dios. Ya me estoy riendo del chasco que se va usted a llevar. Porque ahora, como si lo viera, se lanzará otra vez a la vida libre. Divertirse..., ¡ea!... Por de pronto habrá un arreglito, y ese tunante le dará alguna protección; tendrá usted casa en que vivir... Y ahora que me acuerdo, ¿ese hombre es casado?

—Sí, señor—dijo Fortunata con pena.

—¡Ave María Purísima!—exclamó el cura, llevándose ambas manos a la cabeza—. ¡Qué horror y qué sociedad! Otra víctima: la esposa de ese señor... Y usted tan fresca, sembrando muertes y exterminios por dondequiera que va...

Esta frase de sermón aterró un poco a Fortunata.

—Tendrá usted su castigo, y pronto. La historia de siempre... ¡Qué mujeres, Señor, qué mujeres! Váyase usted a correr aventuras, deshonre a su marido, perturbe dos matrimonios; ya vendrá, ya vendrá el estallido. No le arriendo la ganancia. El amancebamiento ahora; después, la prostitución, el abismo. Sí, ahí lo tiene usted, mírelo abierto ya, con su boca negra, más fea que la boca de un dragón. Y no hay remedio, a él va usted de cabeza..., porque ese hombre la abandonará a usted... Son habas contadas.

Fortunata tenía la cabeza próxima a las rodillas. Estaba hecha un ovillo, y sus sollozos declaraban agitación de su alma.

—¡Ah mujer infeliz!—añadió el clérigo con solemnidad levantándose—; no sólo es usted una bribona, sino una idiota. Todas las enamoradas lo son, porque se les seca el entendimiento. Las saca uno del purgatorio del deleite, y allá se van otra vez. Tú te lo quieres, pues tú te lo ten. En el infierno le ajustarán a usted las cuentas. Váyase usted luego allá con sofismas y con zalamerías de amor... Esto se acabó. Ni yo tengo que hacer nada con usted ni usted tiene nada que hacer en esta casa. Cuenta concluída. Al arroyo, hija; divertirse. Usted sale de aquí, y cuando se vaya sahumaremos, sí, sahumaremos... Perfec...tamente.

Esto lo dijo en la puerta, y luego se retiró sin añadir una palabra más. Doña Lupe le aguardaba en la sala para sa-

ber si había sido más afortunado que ella en la averiguación de la verdad, y allí se estuvieron picoteando un buen rato. Después oyeron ruido, sintieron la voz de Fortunata, que hablaba quedito con Patricia, diciéndole, quizá, cómo y cuándo mandaría a buscar su ropa. Tía y sobrino asomáronse luego a los cristales del balcón y la vieron atravesar la calle presurosa y doblar la esquina, sin dirigir una mirada a la casa que abandonaba para siempre.

Nicolás repetía una figura de que estaba satisfecho:

—Sahumar, sahumar, sahumar.

Y, a propósito de espliego, a él, físicamente, tampoco le vendría mal..., esto sin ofender a nadie.

Madrid, mayo de 1886.

TERCERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

COSTUMBRES TURCAS

I

Juan Pablo Rubín no podía vivir sin pasarse la mitad de las horas del día o casi todas ellas en el café. Amoldada su naturaleza a este género de vida, habríase tenido por infeliz si el trabajo o las ocupaciones le obligaran a vivir de otro modo. Era un asesino implacable y reincidente del tiempo, y el único goce de su alma consistía en ver cómo expiraban las horas dando boqueadas, y cómo iban cayendo los períodos de fastidio para no volver a levantarse más. Iba al café al mediodía, después de almorzar, y se estaba hasta las cuatro o las cinco. Volvía, se retiraba hasta más de medianoche o hasta la madrugada, según los casos. Como sus amigos no eran tan constantes, pasaba algunos ratos solo, meditando en problemas graves de política, religión o filosofía, contemplando con incierto y soñoliento mirar las escayolas de la escocia, las pinturas ahumadas del techo, los fustes de hierro y las mediacañas doradas. Aquel recinto y aquella atmósfera éranle tan necesarios a la vida, por efecto de la costumbre, que sólo allí se sentía en la plenitud de sus facultades. Hasta la memoria le faltaba fuera del café, y como a veces se olvidara súbitamente en la calle de nombres o de hechos importantes, no se impacientaba por recordar, y decía muy tranquilo:

—En el café me acordaré.

En efecto, apenas tomaba asiento en el diván, la influencia estimulante del local dejábase sentir en su organismo. Heridos el olfato y la vista, pronto se iban despertando las facultades espirituales, la memoria se le refrescaba y el entendimiento se le desentumecía. Proporcionábale el café las sensaciones íntimas que son propias del hogar doméstico, y al entrar le sonreían todos los objetos, como si fueran suyos. Las personas que allí viera constantemente, los mozos y el encargado, ciertos parroquianos fijos, se le representaban como unidos estrechamente a él por lazos de familia. Hasta con la jorobadita que vendía en la puerta fósforos y periódicos tenía cierto parentesco espiritual.

Pero aunque Juan Pablo se encariñaba de este modo con el local, había cambiado de café bastantes veces en el espacio de cinco años. Equivalía esto a mudar de vivienda, y como todos los cafés de Madrid se parecen, lo mismo que se parecen las casas, Juan Pablo llevaba en sí propio su domesticidad, y a los dos días de frecuentar un café ya se encontraba en él como en familia. Los cambios eran determinados por ciertas corrientes de emigración que hay en la sociedad de los vagos y que no se sabe a qué obedecen. Unas veces el impulso partía de algunos amigos inconstantes, tocados de la manía de la variedad; otras, la emigración era motivada por una cuestión muy desagradable con *aquel señor de la mesa próxima*. Ya provenía de que el amo del café *se portó cochinamente* cobrando a la tertulia unas copas que se habían roto al discutir las verdaderas causas de la muerte de

Concha en Montemuru; ya, por fin, de un desmejoramiento progresivo e intolerable del *género,* razón por la cual desearan muchos estrenar los establecimientos nuevos o renovados. Juan Pablo no gustaba de iniciar ninguna corriente de emigración; pero las seguía casi siempre. En estas corrientes es fácil que se pierda alguno de la partida, o por rebelde a las mudanzas o porque las deudas le cautivan en el antiguo local, y allí le hipotecan la asistencia; pero, en cambio, siempre se gana algún tertulio nuevo, que viene a refrescar las ideas y las bromas.

Quien se hubiera tomado el trabajo de seguir los pasos de Rubín desde el 69 al 74, le habría visto parroquiano del café de San Antonio, en la Corredera de San Pablo; después, del Suizo Nuevo; luego, de Platerías, del Siglo y de Levante; le vería, en cierta ocasión, prefiriendo los cafés cantantes, y en otra abominando de ellos; recurriendo al de Gallo o al de la Concepción Jerónima cuando quería hacerse el invisible, y, por fin, sentar sus reales en uno de los más concurridos y bulliciosos de la Puerta del Sol.

A mediodía era siempre de los retrasados, porque se levantaba tarde; por la noche era infaliblemente el primero. Rara vez, al entrar, encontraba ya allí a don Evaristo González Feijoo o a Leopoldo Montes. La tertulia de la noche tenía un personal distinto de la del día, y eran pocos los que asistían a una y otra. Sólo Rubín era punto fijo en ambas. La peña aquella ocupaba tres mesas, y antes que los parroquianos llegaran, el mozo les ponía a todos el servicio. Juan Pablo entraba a las ocho, cuando aún no había en el local más que tres o cuatro personas, y los mozos estaban de conversación sentados junto al mostrador. En éste, el amo o encargado preparaba los servicios, poniendo pilas de platillos de azúcar. Cada instante se abría la puerta de cristales para dar paso a algún parroquiano (que entraba quitándose la bufanda o desembozándose), y luego se cerraba con fuerte batacazo, para volverse a abrir en seguida con estridente chirrido de goznes mohosos. Era un estribillo abrumador... *Chirris...*, entrada del individuo con su puro de estanco en la boca...; después, *pum,* y otra vez *chirris...*

El amo saludaba desde el mostrador a algún parroquiano que le caía cerca. Los más gustaban de que se les sirviera el café sin ninguna tardanza, y daban palmadas si el chico no venía pronto. Juan Pablo entraba despacio y muy serio, como hombre que va a cumplir una obligación sagrada. Dirigía el paso gravemente hacia las mesas de la derecha y se sentaba siempre en el propio sitio con matemática exactitud. El mozo le saludaba en el momento de dar un restregón con el paño a la mesa, y él, contestando con cierta dignidad, frotábase las manos, se acomobada bien en el asiento, conservando la capa sobre los hombros; después se acercaba el vaso, poniendo a la derecha, a la discreta distancia a que se pone el tintero para escribir, el platillo del azúcar, y luego atendía a la operación de verter en el vaso la leche y el café, poniendo mucho cuidado en que las proporciones de ambos líquidos fueran convenientes y en que el vaso se llenara sin rebosar. Esto era elemental. Después cogía la cuchara con la mano izquierda y con la derecha iba echando pausadamente los terrones, dirigiendo miradas indulgentes a todo el local y a las personas que entraban. Como veterano del café, sabía tomarlo con aquella lentitud y arte que corresponden a todo acto importante.

Imposible que la historia siga a este hombre en todos sus períodos cafeteros. Pero no se puede pasar en silencio la etapa aquella de la Puerta del Sol, en que Rubín tenía por tertulios y amigos a don Evaristo González Feijoo, a don Basilio Andrés de la Caña, a Melchor de Relimpio y a Leopoldo Montes, personas todas muy dadas a la política, y que hablaban del país como de cosa propia. Teniendo todos la misma manía, cada cual cultivaba una especialidad, pues Leopoldo Montes llevaba un día y otro, infaliblemente, noticias de crisis; don Basilio descendía siempre a menudencias de personal; Relimpio era procaz y malicioso en sus juicios; Rubín descollaba por suponerse que todo lo sabía y que se anticipaba a los sucesos *viéndolos venir,* y, por último, Feijoo era profundamente escéptico, y tomaba a broma todas las cosas de la política.

Allí brillaba espléndidamente esa fraternidad española en cuyo seno se dan

mano de amigo el carlista y el republicano, el progresista de cabeza dura y el moderado implacable. Antiguamente, los partidos separados en público, estábanlo también en las relaciones privadas; pero el progreso de las costumbres trajo primero cierta suavidad en las relaciones personales, y, por fin, la suavidad se trocó en blandura. Algunos creen que hemos pasado de un extremado mal a otro, sin detenernos en el medio conveniente, y ven en esta fraternidad una relajación de los caracteres. Esto de que todo el mundo sea amigo particular de todo el mundo es síntoma de que las ideas van siendo tan sólo un pretexto para conquistar o defender el pan. Existe una confabulación tácita (no tan escondida que no se encuentre a poco que se rasque en los políticos), por la cual se establece el turno en el dominio. En esto consiste que no hay aspiración, por extraviada que sea, que no se tenga por probable; en esto consiste la inseguridad, única cosa que es constante entre nosotros; la ayuda masónica que se prestan todos los partidos, desde el clerical al anarquista, lo mismo dándose una credencial vergonzante en tiempo de paces que otorgándose perdones e indultos en las guerras y revoluciones. Hay algo de seguros mutuos contra el castigo, razón por la cual se miran los hechos de fuerza como la cosa más natural del mundo. La moral política es como una capa con tantos remiendos, que no se sabe ya cuál es el paño primitivo.

Hablando de esto, Feijoo y Rubín achacaban la relajación de los caracteres a los desengaños.

—Yo—decía Feijoo—soy progresista desengañado, y usted, tradicionalista arrepentido. Tenemos algo de común: el creer que todo esto es una comedia y que sólo se trata de saber a quién le toca mamar y a quién no.

II

Don Evaristo González Feijoo merece algo más que una mención en este relato. Era hombre de edad, solterón, y vivía desahogadamente de sus rentas y de su retiro de coronel del Ejército. A poco de la guerra de Africa abandonó el servicio activo. Era el único individuo de la tertulia que no tenía trampas ni apuros de dinero. Su existencia plácida y ordenada reflejábase en su persona pulcra, robusta y simpática. Su facha denunciaba su profesión militar y su natural hidalgo; tenía bigote blanco y marcial arrogancia, continente reposado, ojos vivos, sonrisa entre picaresca y bondadosa; vestía con mucho esmero y limpieza, y su palabra era sumamente instructiva, porque había viajado y servido en Cuba y en Filipinas; había tenido muchas aventuras y visto muchas y muy extrañas cosas. No se alteraba cuando oía expresar las ideas más exageradas y disolventes. Lo mismo al partidario de la Inquisición que al petrolero más rabioso los escuchaba Feijoo con frialdad benévola. Era indulgente con los entusiasmos, sin duda porque él también los había *padecido*. Cuando alguno se expresaba ante él con fe y calor, oíale con la paciencia compasiva con que se oye a los locos. También él había sido loco; pero ya había recobrazo la razón, y la razón en política era, según él, la ausencia completa de fe.

En las tertulias de los cafés hay siempre dos categorías de individuos: una es la de los que ponen la broza de la conversación, llevando noticias absurdas o diciendo bromas groseras sobre personas y cosas; otra es la de los que dan la última palabra sobre lo que se debate, soltando un juicio doctoral y reduciendo a su verdadero valor las bromas y los dicharachos. Dondequiera que hay hombres, hay autoridad, y estas autoridades de café, definiendo a veces, a veces profetizando y siempre influyendo, por la sensatez aparente de sus juicios, sobre la vulgar multitud, constituyen una especie de opinión, que suele traslucirse a la Prensa, allí donde no existe otra de mejor ley. Bueno. Los que ejercen autoridad en los círculos o tertulias de café suelen sentarse en el diván, esto es, de espaldas a la pared, como si presidieran o constituyesen tribunal. Juan Pablo y Feijoo pertenecían a esta categoría, pero el segundo no se sentaba nunca en el diván, porque le daba calor la pana, sino en una de las sillas de fuera, tomando café en un ángulo de la mesa y volviendo la espalda a los individuos de la mesa inmediata.

En cambio, don Basilio Andrés de la Caña, que era vulgo, se sentaba siempre en el diván. Gustaba de ocupar po-

siciones superiores a las que merecía, y recostaba en el marco de los espejos su cabeza calva y lustrosa. Usaba gafas, y su nariz pequeña podría pasar por signo o emblema de agudeza. Entornaba los ojos cuando daba una respuesta difícil, como hombre que quiere reconcentrar bien las ideas. Su frente era espaciosísima, y su fisonomía, de esas que parecen revelar un entendimiento profundo y sintético. Tenía algún parecido con Cavour, de lo que provenían las bromas un tanto pesadas que le daban. Para juzgar su talento, acudiremos a un dicho de Melchor de Relimpio: "El mejor negocio que se podría hacer en estos tiempos, ¿a que no saben ustedes cuál es? Pues abrirle la cabeza a don Basilio y sacarle toda la paja que hay dentro para venderla."

Y don Basilio, que tenía ciertas marrullerías de asno viejo, sacaba partido de su fisonomía engañosa y de aquel aire de *hombre conspicuo* que le daban su calva de calabaza, su frente abovedada, sus anteojos y su nariz chiquita y prismática. Más de una vez los ministros a quienes se presentó experimentaron los efectos de fascinación que aquella carátula ejercía sobre el vulgo, y le tomaron por una eminencia no comprendida. Cráneo y entrecejo eran un timo frenopático. Siempre que discutía tomaba un tono tan solemne, que muchos incautos le miraban con respeto. Consideraba la risa como acto impropio de la dignidad humana y habíala desterrado casi en absoluto de su cara, tomando por modelo una página del Nomenclátor o de la Memoria de la Deuda pública.

Dos fases tenía la vida de este hombre: el periodismo y la empleomanía. En la Prensa, siempre estuvo encargado de la parte extranjera y de las cuestiones de Hacienda. Ni para una ni para otra cosa se necesitaba en el periodismo antiguo saber escribir. Pero La Caña tomaba tan en serio estas dos ramas del conocimiento humano, que cuando trabajaba parecía que estaba escribiendo la *Crítica de la razón pura;* su sueldo en las redacciones no pasó nunca de treinta duros, cuando le pagaban. De las redacciones pasaba a las oficinas, y de las oficinas, a las redacciones; de modo que cuando estaba cesante y la familia pereciendo alegrábanse las musas de la política extranjera y de la ciencia fiscal. Siempre fué mi hombre *arrimado a la cola,* como decían sus amigos; es decir, muy moderado, porque siempre le colocaban los doctrinarios. Su primer destino se lo dió Mon, y estuvo en Hacienda con ciertas alternativas hasta el período largo de la Unión Liberal. Esta época fué su *crujía funesta,* y vivió míseramente de la pluma, preguntando todos los días a la conclusión del artículo: "¿Qué hará Rusia?", y respondiéndose con la más deliciosa buena fe: "No lo sabemos." A Inglaterra la llamaba siempre el *Gabinete de Saint James,* y a Francia, el *Gabinete de las Tullerías.*

Durante el período revolucionario pasó el pobre don Basilio una trinquetada horrible, porque no quiso venderse ni abdicar sus ideas. Unicamente consintió en trabajar en un periódico liberal templado; pero... bien claro se lo dijo al director...: nada más que para tratar de las cuestiones financieras, con exclusión absoluta de toda idea política. Dicho y hecho: La Caña se largaba todos los días un articulazo, que no leía nadie, criticando la gestión de la Hacienda; pero no así como se quiera, sino con números. "Con los números no se juega", decía él, y lo desmenuzaba como si fuera la cuenta de la lavandera.

—Si esta gente no comprende—decía en el café, inflado de autoridad—que sin presupuesto no hay política posible, ni hay país, ni nada. Estoy harto de decírselo todos los días. Y nada; como si se lo dijera a este mármol. Señores, yo les juro que he examinado una por una todas las cifras, y créanmelo, parece mentira que ese buñuelo haya salido de las oficinas de Hacienda. Pero si es lo que yo digo: ese señor (el ministro del ramo) no sabe por dónde anda, ni en su vida las ha visto más gordas... ¡Cuidado que lo vengo demostrando como tres y dos son cinco! Pero nada..., no lo quieren entender.

Después de expresar con un gran suspiro la lástima que tenía de este pobre país, seguía tomando su café con indolencia, pero con apetito, porque para don Basilio era verdadero alimento, y lo tomaba colmado, en vaso, y dejando rebosar todo lo posible en el plato para trasegarlo después frío al vaso. En los últimos años de la revolución, don Manuel Pez dióle un destinillo en el Gobierno Civil, y él lo aceptó como ayuda hasta

que vinieran tiempos mejores; pero estaba descontento, no sólo por lo mezquino del sueldo, sino por razones de dignidad. Los amigos que le oían quejarse, comparando la exigüidad de la paga con la muchedumbre de bocas que constituían su familia, le consolaban, cada cual a su manera, pero él decía invariablemente:

—Y, sobre todo, me lo pueden creer, lo que más me contrista es no estar *en mi ramo.*

Su ramo era la Hacienda.

La conversación del círculo, que empezaba casi siempre con el tema de la guerra, pasaba insensiblemente al de los empleos. Leopoldo Montes, cesante eterno; Relimpio y otros que tenían entre los dientes alguna piltrafa del presupuesto, se arrojaban con deleite famélico sobre aquel tema picante:

—Usted, ¿cuánto tiene?

—Yo, *catorce;* pero me corresponden *dieciséis.* Fulano, que estaba por debajo de mí en la Ordenación de Pagos, tiene ya *veinte,* y yo llevo diez años con *catorce.*

—Pues yo—decía don Basilio—, cuando estaba *en mi ramo,* llegué a *veinticuatro* por mis pasos contados. Con este desbarajuste que hay ahora, no se sabe ya por dónde anda uno. El día que vuelva a *mi ramo* no admito credencial que sea inferior a *treinta.*

—Pero como aquí se hacen mangas y capirotes de los *derechos adquiridos...* ¡Qué país! Yo entré en Penales con *ocho;* después me pasaron a Instrucción Pública con *diez;* luego cesante, y, al fin, para no morirme de hambre, tuve que aceptar *seis* en Loterías.

—Pues yo—murmuraba una voz que parecía salida de una botella, voz correspondiente a una cara escuálida y cadavérica, en la cual estaban impresas todas las tristezas de la Administración española—sólo pido dos meses, dos meses más de activo para poderme jubilar por Ultramar. He pasado el charco siete veces, estoy sin sangre, y ya me corresponde retirarme a descansar con *doce.* ¡Maldita sea mi suerte!

El cesante más digno de conmiseración es aquel que sólo pide unos cuantos días más de empleo para poder reclinar sobre la almohada de las Clases Pasivas una frente cargada de años, de sustos y de servicios.

III

De ocho a diez estaba el café completamente lleno, y los alientos, el vapor y el humo hacían un potaje atmosférico que indigestaba los pulmones. A las nueve, cuando aparecían *La Correspondencia* y los demás periódicos de la noche, aumentaba el bullicio. La jorobada y un su hermano, también algo cargado de espaldas, entraban con las manos de papel y, dando brazadas por entre las mesas del centro, iban alargando periódicos a todo el que los pedía. Poco después empezaba a clarear la concurrencia; algunos se iban al teatro, y las peñas de estudiantes se disolvían, porque hay muchos que se van a estudiar temprano. En todos los cafés son bastantes los parroquianos que se retiran entre diez y once. A las doce vuelve a animarse el local con la gente que regresa del teatro y que tiene costumbre de tomar chocolate o de cenar antes de irse a la cama. Después de la una sólo quedan los enviciados con la conversación, los adheridos al diván o a las sillas por una especie de solidificación calcárea, las verdaderas ostras del café.

Juan Pablo no se iba hasta que cerraban las puertas, y de todos sus amigos el único que a tan deshora le acompañaba era Melchor de Relimpio. Iban juntos hacia su barrio y a veces el uno dejaba al otro en la puerta de su casa, sin cesar de charlar hasta el momento en que venía el sereno a abrir. Si la noche estaba buena, solían darse una hora más de palique vagando por las calles.

¿De qué hablaban aquellos hombres durante tantas y tantas horas? El español es el ser más charlatán que existe sobre la tierra, y cuando no tiene asunto de conversación, habla de sí mismo; dicho se está que ha de hablar mal. En nuestros cafés se habla de cuanto cae bajo la ley de la palabra humana desde el gran día de Babel, en que Dios hizo las opiniones. Oyense en tales sitios vulgaridades groseras y también conceptos ingeniosos, discretos y oportunos. Porque no sólo van al café los perdidos y maldicientes; también van personas ilustradas y de buena conducta. Hay tertulias de militares, de ingenieros; las de empleados y estudiantes son las que más abundan, y los provincianos forasteros lle-

nan los huecos que aquéllos dejan. En un café se oyen las cosas más necias y también las más sublimes. Hay quien ha aprendido todo lo que sabe de filosofía en la mesa de un café, de lo que se deduce que hay quien en la misma mesa pone cátedra amena de los sistemas filosóficos. Hay notabilidades de la tribuna o de la Prensa que han aprendido en los cafés todo lo que saben. Hombres de poderosa asimilación ostentan cierto caudal de conocimientos sin haber abierto un libro, y es que se han apropiado ideas vertidas en esos círculos nocturnos por los estudiosos que se permiten una hora de esparcimiento en tertulias tan amenas y fraternales. También van sabios a los cafés; también se oyen allí observaciones elocuentes y llenas de sustancia, exposiciones sintéticas de profundas doctrinas. No es todo frivolidad, anécdotas callejeras y mentiras. El café es como una gran feria en la cual se cambian infinitos productos del pensamiento humano. Claro que dominan las baratijas; pero entre ellas corren, a veces sin que se las vea, joyas de inestimable precio. La mesa presidida por Juan Pablo Rubín era la segunda, entrando, a mano derecha. La inmediata pertenecía al mismo círculo de amigos; después seguía la de los *curas de tropa,* llamada así porque a ella se arrimaban tres o cuatro sacerdotes, de estos que podríamos llamar sueltos y que durante la noche y parte del día hacían vida laica. A esta mesa solía ir Nicolás Rubín, vestido de seglar como los otros, sirviendo de transición entre aquel círculo y el próximo, donde su hermano estaba. Las dos tertulias vecinas vivían en excelentes relaciones, y a veces se entremezclaban los apreciables sujetos que las componían. A la mesa de los presbíteros seguían dos de escritores, periodistas y autores dramáticos. Federico Ruiz iba por allí muy a menudo y, como era hombre tan comunicativo, metía baza con los curas, de lo que resultó que éstos se familiarizaran por una banda con la gente de pluma y por otra con los amigos de Rubín y Feijoo. A los escritores seguían los *chicos de caminos,* que ocupaban las tres mesas del ángulo. Allí empezaba lo que llamaban el *martillo,* o sea el crucero del vastísimo local. Dicho crucero era como un segundo departamento del café, y estaba invadido por estudiantes, en su mayoría gallegos y leoneses, que metían una bulla infernal.

Como todo esto que cuento se refiere al año 74, natural es que en el café se hablara principalmente de la guerra civil. En aquel año ocurrieron sucesos y lances muy notables, como el sitio de Bilbao, la muerte de Concha y, por fin, el pronunciamiento de Sagunto. Raro era el día que no echaban los periódicos un extraordinario anunciando batallas, desembarcos de armas, movimientos de tropas, cambios de generales y otras cosas que, por lo común, daban pie a inacabables comentarios.

—¿Se ha enterado usted, Rubín?—decía Feijoo al tomar asiento junto al ángulo de la mesa, y quitando de la boca del vaso el platillo del azúcar—. Parece que Mendiri se ha corrido hacia Viana.

—Descuide usted—replicaba Juan Pablo con suficiencia—. No saldrán del circulito de las Provincias Vascongadas y Navarra. Lo conozco bien... Todos los jefes no van más que a hacer su pella... El día en que haya un Gobierno que los quiera comprar se acabó la guerra.

—¡Pero, hombre...!

—No hay más que hablar. Pillería aquí, pillería allá, y todo una gran pillería.

—Aquí no hay más que mucha hambre—decía uno de los curas de tropa alzando la voz en la mesa inmediata—. La guerra no se acaba porque los militares van muy a gusto en el machito. Los de acá y los de allá no están por la paz. Pero ¿qué me dicen ustedes a mí, que he visto aquello? Yo he servido en el *cuarto montado,* he visto de cerca la guerra..., y ésta seguirá jorobándonos mientras unos y otros mamen de ella.

—¡Qué fuerte está el señor capellán!—dijo Feijoo, sonriendo, y no dijo más porque entró don Basilio, y, en tono de gran misterio, se expresó de este modo:

—Cuando digo que hay novedades...

Después que le sirvieron el café, agachó la cabeza, y en el círculo que formaban las cuatro o cinco cabezas de sus amigos, que se alargaron para oirle, hizo la confidencia:

—Se lo digo a ustedes en gran reserva.

—Pero ¿qué es?

—*¡Misterios!...* Sagasta está disgustado. Me lo ha dicho su secretario particular.

—¡Ah, yo también lo oí—indicó Re-

limpio—. Es cierto...: como que tiene dolor de muelas.

—El motivo—añadió La Caña, radiante—no lo sé. Cada uno piense como quiera. Yo lo único que me permito decir es que esto está muy malo..., pero muy malo, y que hay mar de fondo.

—Pero ¿no sabe usted más?—le preguntó Feijoo de una manera apremiante—. Yo creí que nos iba usted a dar noticia de la conferencia del duque con Elduayen... Y ahora sale con que Sagasta está malhumorado... Dios nos asista... Pero lo de la conferencia, ¿es cierto o no?

Don Basilio solía llevar en la boca un palillo de dientes, y tomándolo entre los dedos lo mostraba, accionando con él como si formara parte del argumento.

—Lo que yo sé—afirmó con acento patético, ofreciendo el palillo a la admiración de sus amigos—, lo que yo sé es que esto está muy malo. Digo con Lorenzana: *Meditemos*.

El círculo de cabezas volvió a formarse, y en él echó don Basilio su aliento, como los saludadores, antes de echar sus palabras. Era el tal aliento poco grato a la nariz de Feijoo, por lo cual éste se retiró discretamente.

Don Basilio estuvo vacilando entre su conciencia, que le exigía callar, y el deseo de satisfacer la curiosidad de sus amigos. Por fin se violentó un poco para decir:

—Esta tarde, Romero Ortiz salió del Ministerio a las cuatro, y al pasar en coche por la calle del Amor de Dios vió a un amigo, paró el coche, el amigo entró y fueron...

—Pero ¿quién era el amigo?

—Todo no se ha de decir... Pues bien; allá va: era *el pollo Romero*. Fueron..., ésta sí que es gorda..., a casa de don Antonio Cánovas... Madera Baja, uno.

Dicho esto, La Caña se quedó muy serio, saboreando el efecto que debían causar sus palabras. Volvió a poner el palillo entre los dientes y miraba a sus amigos con cierta lástima.

—¿Y qué?—dijo Rubín con desabrimiento—. No veo la tostada.

—Pues, amigo mío—replicó don Basilio en el tono de un hombre superior que no quiere incomodarse—, si usted no quiere ver la tostada, ¿yo qué le voy a hacer?

—¿Y qué más da que vayan o no a casa de Cánovas?

—Nada, nada...; la cosa no tiene malicia. Flojilla cosa es... ¿De qué pan hago las migas, compadre? Del tuyo, que con el viento no se oye.

Después se permitió echarse a reír, cosa en él extrañísima y desusada.

—Este don Basilio...

—Amigo—manifestó Feijoo con su franqueza habitual—, confiese usted que la noticia que nos ha traído podría ser una sandez.

—Bueno, mi señor don Evaristo, usted crea lo que quiera. Yo me lavo las manos.

Esto de lavarse las manos lo repetía mucho La Caña; pero los hechos no correspondían a las palabras, como lo demostraba la simple observación.

—Ustedes podrán creer lo que les acomode—repetía el escritor de Hacienda, intentando elevar su dignidad de noticiero sobre la chacota de sus amigos—, pero lo que yo sostengo es que antes de un mes está el príncipe Alfonso en el trono.

Risa general. Don Basilio se ponía colorado y después palidecía. Sus labios temblaban al aplicarse al borde del vaso.

—¿A que no?—dijo con rabia Juan Pablo—. Eso, nunca. Antes que eso, que vuelvan los cantonales. ¡Ni que fuéramos bobos en España! Señores, ¿a ustedes les cabe en la cabeza que venga aquí el príncipe Alfonso? Y detrás doña Isabel. ¡Bonito porvenir!... Otra vez el *moderantismo*. Pero yo pregunto—añadió con exaltación, dejando caer la capa y echando atrás el sombrero—, yo pregunto: ¿qué gente tiene a su lado el príncipe? A ver; respondedme.

Don Basilio no se atrevía a responder. Contentábase con tomar aires de hombre profundo, que no se resuelve a soltar el enjambre de ideas que le zumban en el cerebro.

—Respondedme.

—Nadie...; cuatro gatos—dijo Montes.

—Los que no supieron defender a su madre cuando la echamos, señores... Y ahora... Si quiere don Basilio, pasaremos revista a todos los personajes del alfonsismo. Vamos, vengan ratas.

Don Basilio, por su gusto, se habría metido debajo de la mesa. No hacía más que morder el palillo y gruñir como un

mastín que no se decide a ladrar ni quiere tampoco callarse.

—El alfonsismo es un crimen—afirmó con la mayor suficiencia Leopoldo Montes, que no se paraba en barras para expresar una opinión.

—Pero un crimen *de lesa nación*—agregó Rubín—. Es lo que yo le decía anoche a Relimpio, que también se va cayendo de ese lado. ¡En estos momentos, cuando no se sabe lo que saldrá de la guerra!... Pues qué, si don Carlos no fuera un necio, ¿no estaría ya en Madrid?

—Pero y eso, ¿qué prueba?—arguyó al fin don Basilio, viendo una salida favorable de la confusión en que su contrincante le metía—; ¿qué tiene que ver...? Lógica, señores, lógica.

—Nada, hombre, que no viene acá el niño ese..., que no viene... Yo pongo mi cabeza.

—Pero...

—No hay pero... Que no viene, y no le dé usted vueltas, señor de La Caña.

—Deme usted razones.

—Que no viene... Usted se convencerá, usted lo verá... Al tiempo...

—Pues al tiempo.

—Que no, hombre, que no. Si hasta que venga el príncipe no le llevan a usted a su ramo, menudo pelo va usted a echar.

—Si no se trata aquí de que yo eche pelo ni de que no eche pelo—manifestó don Basilio incomodándose un poco y mostrando el palillo deshilachado.

Pero Rubín se puso a hablar con Feijoo, que le preguntaba por aquel inexplicable casamiento de su hermano con una mujer maleada. Don Basilio pegó la hebra con los curas de tropa y con Nicolás Rubín. En aquel círculo le hacían más caso que en el suyo, y se despachaba más a su gusto. Divididas las opiniones, el capellán del cuarto montado votaba por el príncipe; pero el cura Rubín y otros dos que allí había bufaban sólo de oír hablar del alfonsismo. Don Basilio, inclinándose de aquel lado, apoyado en el codo, les revelaba secretos con muchísima reserva. Ya no faltaba más que dar algunos perfiles a la cosa. Todo dispuesto, y el primerito que estaba en el ajo era Serrano.

—Lo que ustedes oyen... Al tiempo... Ustedes lo han de ver..., y pronto, muy pronto.

Después se incautaba con disimulo de todos los terrones de azúcar que podía y se marchaba a su casa, despidiéndose de cada uno particularmente con apretón de manos o espaldarazo.

IV

Rubín, después de su fracaso en el campo y corte de don Carlos, había tomado en aborrecimiento a los hombres del bando absolutista; pero conservaba las ideas autoritarias y la opinión de que no se puede gobernar bien sino dando muchos palos. Toda la parte religiosa del programa carlista la descartaba, quedándose tan sólo con la política, porque ya había visto prácticamente que los curas lo echan todo a perder. Decía que su ideal era *un Gobierno de leña*, que hiciera las leyes y nos las aplicara sin contemplaciones, mirando siempre a la justicia, con una tranca muy grande y siempre alzada en la mano. Este sistema autocrático comprendía las maneras de gobernar más que las ideas y soluciones teóricas, porque entre las que profesaba Rubín habíalas marcadamente avanzadas, populares y aun socialistas. Uno de sus temas era éste:

—Conviene que todo el mundo coma.... porque el hambre y la pobretería son lo que más estorba la acción de los gobiernos, lo que da calor a las revoluciones, manteniendo a la nación en la intranquilidad y el desbarajuste.

Este socialismo sin libertad, combinado con el absolutismo sin religión, formaba en la cabeza de aquel buen hombre un revoltijo de mil demonios.

Otro de sus temas era: *No más pillos y pena de muerte al ladrón*. O más claro: castigo inmediato y cruel a todos los que van al Gobierno con el único fin de hacer chanchullos. La ráfaga de ambición que pasa por la mente de todo español con más o menos frecuencia, haciéndole decir *si yo fuera Poder*, le soplaba a Rubín dos o tres veces cada día, más bien como sueño que como esperanza; pero en sus horas de soledad se adormecía con aquella idea y la trabajaba, batiéndola como se bate la clara de huevo para que crezca y se abulte y forme espumarajos. La conclusión de este meneo mental era que "aquí lo que hace falta es un hombre de riñones, un tío

de mucho talento, con cada riñón como la cúpula de El Escorial".

Su prisión por sospechas de conspiración acentuóle la soberbia y la murria soñadora, revolviendo más al propio tiempo el pisto manchego de su programa políticosocial. Salió de la cárcel con la cabeza más aturrullada y los ánimos más encendidos. Entróle entonces cierto afán por las lecturas, porque reconocía su ignorancia y la necesidad de entender las ideas de los grandes hombres y los sucesos notables que habían pasado en el mundo. Durante un par de semanas leyó mucho, devorando obras diferentes, y como tenía facilidad de asimilación y mucha labia, lo que leía por las mañanas lo desembuchaba por las noches en el café convertido en pajaritas. Pajaritas eran sus conceptos; pero no por serlo dejaban de cautivar a don Basilio, a Leopoldo Montes y al mismo Feijoo.

Un día se despertó pensando que debía *empollar* algo de sistemas filosóficos y de historia de las religiones. El móvil de esto no era simplemente el amor al saber, sino un maligno deseo de tener argumentos con que apabullar a los curas de la mesa próxima, que sólo por ser curas, aunque sueltos, le eran antipáticos, pues odiaba a la clase entera desde aquella trastada que las sotanas le hicieron en el Norte.

Poco a poco, a medida que iba acopiando argumentos, fué Rubín corriéndose a lo largo del diván, hasta que llegó a presidir la mesa de los capellanes. Eran éstos tres, cuatro cuando iba Nicolás Rubín, todos de buena sombra y muy echados para adelante. Ninguno de ellos se mordía la lengua fuera cual fuese el tema de que se tratara. El más calificado era un viejo catarroso, andaluz, gran narrador de anécdotas, malhablado, y en el fondo buena persona. Retirábase a las once y decía sus misitas por la mañana. El segundo era cura de tropa, echado del servicio por no sé qué desafueros, y el tercero, ex capellán de un vapor correo, expulsado porque le cogieron contrabando de tabaco. Estos dos eran buenos peines; habían corrido mucho mundo y estaban sin licencias, ladrando de hambre, echados de todas las iglesias y sin encontrar amparo en parte alguna. Tal situación les agriaba el carácter, haciéndoles parecer peores de lo que eran. Jamás se vestían de hábitos, pero conservaban la cara afeitada como para estar disponibles en el caso de que los admitiesen otra vez en el oficio.

No sé cómo se llamaba el viejo catarroso, porque todos allí le nombraban *Pater*; hasta el mozo que le servía dábale este apodo. El ex castrense se llamaba Quevedo y era del propio Perchel, feo como un susto, picado de viruelas, de mirada aviesa y con una cara de secuestrador que daría espanto al infeliz que se le encontrase en mitad de un camino solitario. Bebía aguardiente aquel clérigo como si fuera agua, y su lenguaje era un ceceo con gargarismos. Contaba hechos de armas y aventuras de cuartel con una gracia burda y una sinceridad zafia que levantaba ampolla. El otro se llamaba Pedernero y era del propio Ceuta, hijo de una *oficiala* del Fijo, joven y simpático, de modales mucho más finos que sus colegas, listo como un chorro de pólvora y con un pico de oro que daba gusto. Para él no tenían secretos la vida humana ni la juventud. Su compañero Quevedo solía envolverse en formas hipócritas; Pedernero, no. Se presentaba sin máscara, tal como era, empezando por decir que el superior había hecho muy bien en quitarle las licencias.

El llamado *Pater* afectaba cierto magisterio episcopal con los otros dos; los reprendía cuando decían alguna barbaridad y les daba buenos consejos, profesando el principio de que todo era tolerable cuando se trataba en broma. El, por ejemplo, hablaba y oía, sobre todo oía, muchas cosas malas; pero su vida permanecía pura. Tenía la cara redonda, blanca y risueña, y cuando estaba sin sombrero parecía una mujer cincuentona, ama de canónigo. No gustaba de que le armasen en la mesa disputas violentas, sino que se mantuviera la tertulia en el terreno de las hablillas sabrosas y de las chirigotas picantes, aunque fuesen sucias. Pues bien; en este círculo fué donde se coló Juan Pablo con su clerofobia y su pegadizo saber de teología y filosofía católica.

Empezó dando puntadas. Como al principio era su charla frívola y de gacetilla, todos se reían y el *Pater* estaba en sus glorias. Pero poco a poco iba sacando Rubín proposiciones serias. El poder temporal del Papa fué puesto por los suelos sin que ninguno de los tonsurados hiciese una defensa formal. El *Pater*

y Quevedo tomaban la cuestión con calma, oponiendo a los ataque de Rubín argumentos evasivos en estilo jocoserio. Pedernero lo echaba todo a chacota; pero una noche que llevó Rubín, bien fresquecito y pegado con saliva, el tema de la pluralidad de mundos habitados, Pedernero empezó a despabilarse. Era doctor en Teología, y aunque había ahorcado los libros hacía mucho tiempo, algo recordaba, y tenía además grandes dotes de polemista. Rubín salió un tanto contuso; pero en retirada se defendía bien con su flexibilidad y agudeza. Más adelante llevó un arsenal de argumentos contra la revelación:

—Esto no lo creen ya más que los adoquines...

Todo el Viejo Testamento no era más que un fraude, una imitación de las teogonías india y persa. Bien se veía la reproducción de los mismos mitos y símbolos. El pecado original, la expulsión del Paraíso, la encarnación, la redención, eran una serie de representaciones poéticas y naturalistas que se reproducían al través de los siglos, "lo mismo a orillas del Eufrates, que del Nilo, que del Jordán".

"¿Sí?, pues ahora lo verás." Esto se dijo Pedernero, cuyo amor propio de teólogo contrabandista se picó extraordinariamente. En dos o tres días refrescó sus lecturas, rehizo su erudición, descompuesta en los viajes y en la vida de libertino, y bien preparado, acudió al torneo a que el otro le retaba con sabidurías de tercera mano, aprendidas en los libritos franceses de ciencia popular a treinta céntimos el tomo. Pues, amigo, una noche el ex capellán del vapor-correo se lió la manta y le dió tal paliza a Rubín, que éste hubo de salir con las manos en la cabeza. Había que ver a Pedernero transfigurado. Hecho un orador ardiente y lleno de arrogante facundia. El auditorio se estrechaba, y de las mesas próximas y de los veladores del centro acudía gente, apelmazándose en torno de los bravos contrincantes. Rubín era agudo, ágil guerrillero de la discusión; el otro dominaba el asunto y era firme y sobrio de palabras, seguro en la dialéctica.

No pararon aquí las cosas. Rubín, lleno de despecho, resobaba sus libritos de a treinta céntimos para buscar armas contra la Iglesia. Apenas las esgrimía, Pedernero le reventaba. Su argumentación era la maza de Fraga. El *Pater* no cabía en sí de gozo y bailaba en el asiento; Quevedo alargaba el hocico y hasta se atrevía a decir mu, repitiendo las admirables razones de su amigo. Los demás tertulios se envalentonaban, adhiriéndose algunos al bando de Pedernero, otros al de Rubín, no por convicción, sino por divertirse y aumentar la jarana. Además de los tres curas, eran parroquianos de aquella mesa las siguientes personas: un agente de Bolsa, riquísimo, que, con el *Pater,* llevaba diez años de concurrir todas las noches a aquel mismo sitio; un bajo de ópera retirado, un funcionario de poco sueldo y el dueño de un acreditado molino de chocolate. Los curas y estos cuatro señores formaban la partida más fraternal que puede imaginarse. Llevando cada cual un bocado sabroso al festín de la murmuración, pasaban dulcemente las horas, amigos allí, distantes unos de otros en el comercio de la vida ordinaria.

Rubín, al verse vencido, pues hasta el agente de Bolsa, que era el más librepensador de todos, se cayó del lado de Pedernero, buscaba camorra, empleando argumentos de mala fe y personalizando la disputa. El bajo de ópera se creía en el deber de apoyar la idea religiosa, por haberla expresado tantas veces con su sábana por la cabeza, haciendo el respetable papel de sumo sacerdote; y el del molino de chocolate azuzaba a los dos por ver si la cosa se enfurruñaba y no quedaban más que los rabos. Oíanse en aquella parte del café cláusulas furibundas, proposiciones que parecían dichas en un púlpito, y descollaba sobre el tumulto la valiente voz de Pedernero gritando:

—Yo le digo a usted que ningún santo Padre ha podido sostener ese disparate. No jorobar. Yo le reto a usted a que me traiga el texto, y si no lo trae, es prueba de que lo inventa usted.

Aquella noche quedó la cosa mal, y el tono de los contendientes, así como la atmósfera caldeada que en la tertulia reinó, hacían temer una escena desagradable. La catástrofe tuvo lugar a la noche siguiente, pues habiéndose permitido Rubín algunas licencias desfavorables a la reputación de la Virgen María, saltó Pedernero de su asiento, trémulo y descompuesto, en estado de horrible agitación, y lanzó a su contrario

anatema tan furibundo, que los amigos tuvieron que sujetarlos.

—Porque yo soy un lipendi. Yo reconozco—gritaba el capellán, ahogándose—que soy un mal sacerdote; pero delante de mí no hay un judío sinvergüenza que se atreva a hablar mal de la Virgen. O se traga usted esas infamias o le rompo el alma... ahora mismo.

No puede describirse lo que allí pasó. Voces, gritos, patadas, capas rotas, vasos volcados, terrones por el suelo. Trincando una botella, Rubín apuntó al cura con tal desacierto, que quedó descalabrado... el infeliz bajo de ópera. El zipizape fué de los más célebres. Don Basilio tiró de los faldones a Rubín, y por poco se queda con ellos en la mano. Todo el café se alborotó. El amo intervino...

Emigración. Desde el día siguiente Juan Pablo trasladó sus reales a otro café.

V

El primero que hubo de seguirle fué don Evaristo González Feijoo, a quien era indiferente este o el otro establecimiento. Instaláronse, por de pronto, en Fornos, y allí esperaron. A la segunda noche fué Leopoldo Montes, y a la tercera don Basilio, que los encontró discutiendo de qué café se posesionarían definitivamente. El escritor de Hacienda se apresuró a dar su opinión favorable al café de Santo Tomás, porque allí daban más azúcar que en ninguna parte. Replicó a esto Montes que no había que mirar el caso *bajo el prisma exclusivo* del azúcar y que el género que más importaba era el café. El de la Aduana estuvo a punto de triunfar; pero lo desecharon por no estar siempre entre franceses, así como se excluyó el Imperial por los toreros, y otro por las cursis que lo invadían. Feijoo se habría quedado allí; pero a Rubín le eran antipáticos los alumnos de escuelas preparatorias militares que iban a Fornos a primera hora. Molestábale también la costumbre que había allí de quitar gas a las diez de la noche, cuando se iban los tales alumnos. El local se quedaba medio a oscuras, no volviendo a ser bien alumbrado hasta las doce, hora en que venían a cenar los bolsistas. A Rubín le cargaban también los dichosos bolsistas, que no hablaban más que de dinero.

Decidieron, por fin, establecerse en El Siglo, de la calle Mayor, donde se encontraron bastantes personas conocidas. Rubín necesitaba algunos días para la aclimatación en nuevo local. Al principio, cambiaba frecuentemente de mesa, bien porque el sitio era expuesto a las corrientes de aire, bien por ciertas vecindades un poco molestas. Una de las primeras noches, cuando aún no habían llegado los amigos, Rubín estaba solo en la mesa y ponía su atención en dos grupos inmediatos a él. En ambos era vivo y animado el diálogo. En el de la derecha decían:

—Hoy he hecho yo unas cincuenta arrobas a veinticinco reales. Pero está la plaza perdida. Los paletos van aprendiendo mucho. Hoy han dicho que no traen más escarola si no se la ponemos a diez.

En el grupo de la izquierda, compuesto de tres individuos, oyó Rubín lo siguiente:

—Te aseguro que yo admito la metempsicosis, según la entendían los egipcios y los caldeos.

Comprendió Rubín que los de la derecha eran asentadores de víveres y los de la izquierda filósofos de café. En el del Siglo había una gran reunión de espiritistas, a la que concurría por aquella fecha Federico Ruiz. Vióle Rubín, y se acercó a la tertulia, teniendo el gusto de discutir con los individuos más entusiásticos de aquella secta. Entendía Juan Pablo que esto de ir corriéndola de mundo en mundo después que uno se muere es muy aceptable; pero lo del *periespíritu* no lo tragaba, ni la guasa de que vengan Sócrates y Cervantes a ponerse de cháchara con nosotros cuando nos place. Vamos, esto es para bobos. Uno de los más chiflados de la escuela se esforzaba en convencer a Rubín tomando ese tonillo de unción y ese amaneramiento de cuello torcido y ojos bajos en que cae todo propagandista de doctrina religiosa, cualquiera que sea. Feijoo aparentaba creer, por darles cuerda y oírlos desatinar. A aquel círculo iba Federico Ruiz siempre con prisa y con el tiempo tasado, porque a tal hora tenía que asistir a una junta para tratar de la erección del monumento a Jovellanos; después a otra para ocuparse del banquete que se había de dar a los pescadores de provincias que vendrían al Congreso de Piscicultura. Hombre más atareado no se

vió jamás en nuestro país, y como tenía tantas cosas en el caletre, para no olvidar muchas de ellas se veía obligado a apuntárselas con lápiz en los puños de la camisa. Cuando no tenía que ir a la Sociedad Económica a defender su voto particular como individuo de la comisión informadora de reformas sociales, iba al Fomento de las Ciencias a dar su conferencia sobre la utilidad de elevar a estudio serio el arte de la panificación. Entre col y col, Ruiz pasaba un rato con sus amigos los espiritistas, y los alentaba a organizarse, a establecerse, a alquilar un local, y sobre todo a fundar un órgano en la Prensa. Nada adelantarían sin órgano.

Iba también a aquel corrillo Aparisi, el concejal, a quien tenían ya medio trastornado los apóstoles; Pepe Samaniego, que no se dejaba embaucar, y Dámaso Trujillo, el dueño de la zapatería titulada *Al Ramo de Azucenas*, que todo se lo creía como un bendito, y a solas, en su casa, hacía experimentos con una banqueta de zapatero. En la mesa próxima había empleados de Hacienda, Gobernación y Ultramar, y una tanda de cesantes. Entre ellos vió Rubín al individuo a quien sólo faltaban dos meses de empleo para poder pedir su jubilación. Tenía pintada en su cara la ansiedad más terrible; su piel era como la cáscara de un limón podrido, sus ojos de espectro, y cuando se acercaba a la mesa de los espiritistas parecía uno de aquellos seres muertos hace miles de años que vienen ahora por estos barrios, llamados por el toque de la pata de un velador. El clima de Cuba y Filipinas le había dejado en los huesos, y como era todo él una pura mojama, relumbraban en su cara las miradas de tal modo, que parecía que se iba a comer a la gente. A un guasón se le ocurrió llamarle *Ramsés II*, y cayó tan en gracia el mote, que *Ramsés II* se quedó. Pasando con desdén por junto a los espiritistas, se sentaba en el círculo de los empleados, oyendo más bien que hablando, y permitiéndose hacer tal cual observación con voz de ultratumba, que salía de su garganta como un eco de las frías cavernas de una pirámide egipcia.

—Dos meses, nada más que dos meses me faltan, y todo se vuelve promesas, que hoy, que mañana, que veremos, que no hay vacante...

Feijoo se arrimaba a él y le daba conversación, por lástima, animándole y procurando distraerle de su tema; pero *Ramsés II*, cuyo verdadero nombre era Villaamil, no tenía más consuelo que aplicar su oreja, seca y amarilla, a la conversación, por si escuchaba algo de crisis o de trifulca próxima que diese patas arriba con todo. Lo que él quería era que se armase gorda; pero muy gorda, a ver si...

—Pero ¿a usted quién le recomienda? —le preguntó una noche Juan Pablo.

—A mí, don Claudio Moyano.

—Pues entonces ya está usted fresco.

—Dicen que traen al príncipe...—indico *Ramsés II* con timidez.

—Sí; lo traerán los rusos..., por las Ventas de Alcorcón. Aviado está usted si espera a que venga el príncipe... Aquí lo que viene es la liquidación social..., y después, sabe Dios. Saldrá el hombre que hace falta, un tío con un garrote muy grande y con cada riñón... así.

Ramsés II bajaba la cabeza. Don Basilio era su único amigo, porque también allí ponía el paño al púlpito para anunciar la venida del príncipe.

—Por supuesto—añadía—, tiene que venir con la estaca de que habla el amigo Juan Pablo.

Rubín se encontraba bien en aquel círculo, pero una noche acertó a ver en las mesas de enfrente a un hombre que le desconcertó por completo. Era un amigo suyo que le había prestado dinero. La secreta antipatía que inspira el acreedor manifestábase en el alma de Rubín en forma de un odio recóndito, nacido quizá del sentimiento de humillación que producen las deudas a toda persona de amor propio muy susceptible. El tal era Cándido Samaniego, hombre medio curial y medio negociante, en su trato afable, en sus negocios duro. Muchas veces renovó a Juan Pablo sus pagarés, y últimamente le había apremiado con cierta acritud. Rubín condensaba sus sentimientos respecto al prestamista en esta frase: "Pagarle y después romperle la cabeza." Desde que le veía en las mesas de enfrente sentía una desazón profundísima, mal de estómago y como ganas de enfadarse. Poníase tan nervioso, que le habría tirado un botellazo al primer espiritista que hablase de llamar a Epaminondas para consultarle sobre la marcha de los carlistas por el Baztán.

Y el pérfido inglés se dejaba caer hacia aquella mesa pretextando tener que hablar a su primo Pepe, pero con intención de aproximarse a Juan Pablo, ver lo que hacía y cruzar con él algunas palabras. El infeliz deudor hacía de tripas corazón, y poniéndole cara risueña convidábale a tomar algo; mas el usurero le daba las gracias, y si tenía ocasión, le soltaba indirectas tan suaves como ésta:

—Mire usted que no puedo más. Siempre me está usted diciendo que la semana que entra y, francamente..., sentiré verme obligado a dar un paso que...

A Rubín se le hacía acíbar el café y la tertulia un infierno. Erale insoportable la presencia de aquel hombre a quien no podía mandar a paseo, imagen viva del desorden de su vida, que se le aparecía como el espectro de una víctima cuando más contento estaba. La única delicia de su triste existencia era el café. Aquel sueño plácido, Samaniego se lo trocaba en angustiosa pesadilla. No pudo más, y una noche, sin decir nada, levantó el vuelo hacia otras regiones.

VI

En esta nueva emigración, deseando estar lo más lejos posible del Siglo, se fué a San Joaquín, en la calle de Fuencarral, y no se corrió más al Norte porque no había cafés en las latitudes altas de Madrid. Pero en esta deserción ya no le acompañaron ni don Basilio Andrés de la Caña ni Montes, éste porque San Joaquín estaba *donde Cristo dió las tres voces*; aquél, porque ya se iba cargando de la pertinacia con que Rubín se burlaba de sus profecías sobre la proximidad de la Restauración. El mismo don Evaristo Feijoo le siguió de mal humor, diciéndole con desabrimiento que no le gustaban los cafés de piano, y que el *género* y la sociedad no debían ser de lo mejor en aquellas alturas. Estuvieron solos algunos días. No veían por allí caras de amigos, hasta que una noche se apareció en el local una pareja conocida. Eran Feliciana y Olmedo, el estudiante de Farmacia amigo de Maxi. Ya no vivían juntos, porque Olmedo había dado un cambiazo en sus costumbres, volviéndose aplicadísimo a cara descubierta. No se recataba ya para estudiar, y hacía público alarde, con la mayor desvergüenza, de su decidida inclinación a tomar el grado aquel mismo año, llegando hasta la audacia de escribir un trabajo muy bueno sobre la dextrina e ilusionándose con la idea de hacer oposición a una cátedra. Pero se había encontrado a su antiguo amor, hecha un pingo, y la convidó a tomar café en aquel apartado establecimiento. Más de dos horas estuvieron charlando los que fueron amantes, y ella no paraba el pico refiriendo los malos tratos que le daba el hombre que a la sazón era su dueño. Volvieron dos noches después a la misma mesa, y Rubín trabó conversación con ellos. Hablaron de la boda de Maximiliano y de los increíbles sucesos que después vinieron, diciendo Juan Pablo que su cuñadita era una buena pieza.

—Pero, hombre—dijo Feijoo a su amigo—. Y usted, ¿para qué dejó casar a su hermano?

—A mi hermano le falta un tornillo...

—¡Ah!, como guapa, ya lo es—agregó don Evaristo con cierto entusiasmo—. La he visto ayer...; mejor dicho, la he visto varias veces.

—¿Dónde?

—En su casa. Es largo de contar... Dejémoslo para otra noche.

Era sin duda cosa delicada para dicha delante de testigos, y éstos eran: Olmedo con Feliciana, el pianista ciego, que en los descansos solía agregarse a aquella plácida tertulia, y una señora jamona, fiel parroquiana del café de nueve a doce. La llamaban doña María de las Nieves y era una de las figuras más notables que presenta Madrid en la variadísima serie de los tipos de café. Iba algunas veces sola, otras con una mujer de mantón de borrego que parecía verdulera acomodada. Llevaba toquilla de color corinto, que se quitaba al sentarse, y al punto se le armaba en la mesa una tertulia de hombres, compuesta de los siguientes personajes: un portero del Colegio de Sordomudos, un empleado del Tribunal de Cuentas, un teniente viejo, de la clase de tropa, retirado del servicio, y dos individuos que tenían puesto de carne y frutas en la plaza de San Ildefonso. En esta sociedad reinaba doña Nieves como en un salón, siendo ella la que pronunciaba las frases maliciosas y chispeantes sobre el suceso del día, y los

otros los que la reían. Corríase algunas veces hacia la mesa inmediata, sobre todo a última hora, cuando sus amigos, gente que tenía que madrugar, empezaban a desertar del local. Entonces se formaba una segunda peña. Doña Nieves, bien digerido el café, tomaba chocolate, y acompañábanla Juan Pablo, Feijoo, el pianista ciego, Feliciana, Olmedo y algún otro. El mozo mismo, que había llegado a familiarizarse con aquella sociedad, se agregaba también, tomando asiento a un extremo del corro para escuchar y aplaudir Doña Nieves era propietaria de algunos puestos del mercado y los arrendaba; por esto, así como por sus muchas relaciones, los diferentes tratos en que andaba y los anticipos que hacía a las placeras, ejercía cierto caciquismo en la plazuela. Se hacía respetar de los guindillas, protegiendo al débil contra el fuerte y a los contraventores de las ordenanzas urbanas contra la tiranía municipal.

Al pianista ciego le daba el cafetero siete reales y la cena. Por el día se dedicaba a afinar. Era casado y con ocho de familia. Tocaba piezas de ópera y de zarzuelas francesas como una máquina, con ejecución fácil aunque incorrecta, sin gusto ni sentimiento. A pesar de esto, en ciertos pasajes muy naturalistas, en que imitaba una tempestad o *las campanadas de incendios* que da cada parroquia, le aplaudía mucho el público, y a última hora le pedían siempre habaneras.

La verdad es que todo esto, doña Nieves y las placeras sus amigas, las mujeres de equívoca decencia que iban allí acompañadas de madres postizas, el mozo y sus familiaridades, el pianista y sus habaneras, aburrían a Juan Pablo soberanamente. Para colmo de hastío, Feijoo no era puntual y faltaba muchas noches. En cambio, Feliciana y Olmedo iban con más frecuencia, llevando ella una amiguita que acababa de salir de San Juan de Dios.

En las últimas semanas del 74, Rubín volvió a sentir comezón de lecturas. Quería instruirse a todo trance, labor inmensa y difícil por carecer de base, pues su padre, con la idea de que al comerciante le estorba el latín, no le permitió aprender más que las cuatro reglas y un poco de francés. No tenía biblioteca, y un amigo le proporcionaba libros. Fué a verle, escogió los que más despertaron su curiosidad por los títulos, y consagró a la lectura todo el tiempo que le dejaban libre el café y el sueño. Tantas ideas adquirió, que se sentía con vivas ansias de devolverlas por medio de la propaganda. O predicaba o reventaba. Lástima grande no volver a la tertulia de Pedernero para ponerle verde, porque ya sabía lo bastante para pasarse a todos los teólogos por la nariz.

Las lecturas de Rubín fueron como un descubrimiento. Ya sospechaba él aquello; pero no se atrevía a expresarlo. El hallazgo era negativo, es decir, había descubierto que la mejor organización de los estados es la desorganización; la mejor de las leyes, la que anula a todas, y el único Gobierno *serio*, el que tiene por misión no gobernar nada, dejando que las energías sociales se manifiesten como les da la gana. La anarquía absoluta produce el orden verdadero, el orden racional y propiamente humano. Las sociedades, claro, tienen sus edades, como las personas: hay sociedades que están mamando, sociedades que andan a gatas, sociedades pollas, sociedades jóvenes, y, por fin, las maduras y dueñas de sí; sociedades con barbas, en una palabra; y también con algunas canas. Tocante a religiones y prácticas sociales que de ellas se derivan, Juan Pablo iba muy lejos, pero muy lejos; como que no le costaba nada el billete para tan largo viaje. Sólo en la edad pueril, cuando a la sociedad se le cae la baba y vive bajo la férula del dómine, se comprende que exista y tenga prosélitos la institución llamada matrimonio, unión perpetua de los sexos, contraviniendo la ley de Naturaleza... ¿Y a santo de qué?, vamos a ver... Eso sí, por encima de todo, la Naturaleza. Estudiando bien la vida total, el entendimiento se limpia las telarañas que en él han tejido los siglos. La Naturaleza es la verdadera luz de las almas, el Verbo, el legítimo Mesías, no el que ha de venir, sino el que está siempre viniendo. Ella se hizo a sí propia, y en sus evoluciones eternas, concibiendo y naciendo sin cesar, es siempre hija y madre de sí misma. ¿Qué tal? Toma canela fina.

Encontrábase mi hombre con fuerza dialéctica y entusiasmo bastantes para predicar y extender por todo el mundo aquellas verdades. Pero como no tenía más público que la tertulia del café, con

este inocente auditorio tuvo que contentarse. ¿Y qué? ¡Cuánto mejor no era sembrar la nueva doctrina en entendimientos sencillos y absolutamente incultivados! Pero el mismo Jesucristo, ¿no escogió por discípulos a unos infelices pescadores, hombres rudos que no conocían ninguna letra, y a mujeres de mala vida?

Ved aquí por dónde doña Nieves y las placeras sus amigas, Feliciana y la parroquiana de San Juan de Dios, el camarero, el pianista, fueron escogidos para que Juan Pablo sembrara en ellos la primera simiente de aquel Evangelio al natural. Por espacio de muchas noches hizo propaganda acalorada. A veces se tenía que incomodar, porque le hacían observaciones estúpidas o socarronas. Como se expresaba muy bien, oíanle todos con gran atención, y las chicas del partido le ponían buenos ojos. El mozo era el más entusiasmado y decía:

—¡Qué pico tiene este señor de Rubín!

Pasaba lo de la anarquía y aun lo del matrimonio; pero en llegando a que todo es Naturaleza, reinaba gran confusión en el auditorio, y doña Nieves, tomando el caso a broma, pedía mayor claridad.

—Pero a ver, don Juan Pablo, explíquese mejor..., porque eso de que todos seamos todo no lo calo yo bien.

—Lo primero, hijas mías—decía, con unción, el expositor—, es limpiar el *intellectus* de errores adquiridos en la infancia, de prejuicios y muletillas; lo primero es *querer entender*. No admito argumentos que no sean racionales.

—Y cuando nos morimos—preguntó una de las samaritanas—, ¿qué pasa?

—Hija, cuando nos morimos pasamos a fundirnos en el grandioso conjunto universal...

—*Mia* ésta... Pues qué querías tú, ¿seguir gozando y divirtiéndote por allá?

—¿Y Dios?

—¡Dios!... Francamente, no me gusta, por consideraciones que se deben a toda gran idea histórica, no me gusta, digo, hablar de El... Me concreto, pues, a negarle... respetuosamente.

—¡Otra! ¡Qué cosas se le ocurren! De modo que la misa no es nada tampoco...

—¡María Santísima! Con lo que sale usted ahora. La misa... es un rito, uno de tantos ritos.

—¿Y lo mismo da oírla que no? ¿Y para qué son los funerales?

—Otro rito... La que no pueda o no sepa dar a la Naturaleza lo que es de la Naturaleza y a la Historia lo que es de la Historia, que se calle... No hay tal muerte, hijas mías: la que tenga oídos, oiga... Esta es la verdad: morirse es cumplir una ley de armonía.

—Como que se va una a la sustancia de la tierra y se mezcla con ella—apuntó doña Nieves.

—Tú lo has dicho..., digo, usted lo ha dicho.

—Y así viene a resultar que con nuestra defunción lo que hacemos es darle jugo a las plantas. De modo que muchas verduras, ¿qué son sino gente que se ha convertido, pongo por caso, en brecolera?

—¡Quite allá, por Dios!—exclamó, santiguándose, una de las placeras—. ¡Qué risa con usted!

—Pero el alma se echa a volar y va para arriba, qué sé yo dónde. A correrla por ahí, porque lo que es infierno no lo hay. En eso sí que estoy conforme con el señor de Rubín.

—En verdad os digo que no hay infierno, ni cielo, ni tampoco alma—afirmó Rubín con acento apostólico—, ni nada más que la Naturaleza que nos rodea, inmensa, eterna, animada por la fuerza...

—¡Por la fuerza!... Sí—aseveró el mozo del café—, por la fuerza..., claro...

Y hacía gestos como de quien va a levantar un gran peso o a echarse a cuestas un sillar.

—Llámelo usted *hache*—repuso doña Nieves—. La fuerza, el alma..., la... como quien dice, la idea.

—Doña Nieves, por amor de Dios... —dijo Rubín con desesperación de maestro—. Que se me está usted volviendo muy *hegeliana*.

—Lo que yo no comprendo es una cosa—indicó con la mayor candidez una de las mozas del partido—, y es que si no hay nada por allá, ¿dónde están las ánimas?

—¿Qué ánimas?

—¡Otra! Las ánimas benditas.

Juan Pablo soltó la risa.

—Nada adelantaremos si no os fijáis bien en que el hombre no puede reconocer como real nada que no esté en la Naturaleza sensible. El que tenga ojos, que vea...

—Eso, eso..., y lo uno no quita lo otro —observó doña Nieves con aplomo, empezando a tomar su chocolate—. Porque habrá toda la Naturaleza que usted quiera, pero eso no quita que *haiga* también Santísima Trinidad.

—Señora, por los clavos de Cristo—dijo el filósofo, ya sin saber por dónde tirar—. Fijemos, ante todo, el concepto de Naturaleza. ¿Qué es la Naturaleza?

—¡Otra! El campo—indicó con presteza la de San Juan de Dios.

—Y los animales—murmuró el ciego, que era el que menos hablaba.

—No digáis tonterías—manifestó doña Nieves—; la Naturaleza somos nosotros, los pecadores, todos frágiles. ¿Verdad, don Juan Pablo?

—Los pecados son Naturaleza—apuntó otra—; por eso los hijos de pecado los llaman *naturales*... Claro.

—¡Vaya un lío que me arman ustedes!

Una de las placeras que presentes estaban tenía muy abultado el seno. En cierta ocasión, estando confesándose, le dijo el cura: "Sea usted modesta en el vestir y no haga ostentación de esas *naturalezas*..." "¿Qué, señor?" "Eso, la delantera." Por esto, al oír hablar de Naturaleza y de pecado, creyó que se referían a aquellas partes que debe cubrir el recato, y dijo escandalizada:

—¡Vaya unas conversaciones indecentes que sacan ustedes!

—Indecentes, no, hija.

—Lo que yo digo y sostengo—manifestó una de las samaritanas, tirando por la calle de en medio—es que este don Juan Pablo está *guillado*.

Loco, tal vez no; pero fatigado sí de sus inútiles esfuerzos. Ni abriendo con martillo un boquete en aquellas cabezas de piedra, lograría meter la luz de la verdad. Corriéndose al velador inmediato, donde estaba cenando el ciego, mandó al mozo que le pusiese allí su chocolate. El ciego volvió hacia él sus ojos vacios y muertos, su cara, que parecía un quinqué sin encender, y le dijo con profundísima tristeza:

—Pero ¿es verdad, don Juan Pablo, lo que usted nos cuenta? ¿Lo cree usted así, o es que quiere entretenerse y divertirse con nosotros, ignorantes? Me ha llenado usted de dudas. ¿Será verdad que cuando uno se muere se convierte en escarola?

Juan Pablo miró al ciego, y se helaron en sus labios las palabras con que iba a espetarle nuevamente su cruel filosofía. Era Rubín hombre de buen corazón, y le pareció poco humano aumentar las tinieblas de aquella triste y miserable vida. Pero, al propio tiempo, su conciencia no le permitía desmentir lo que acababa de sostener. La dignidad por delante. Estuvo luchando un rato entre la piedad y el deber, y como el ciego volviese a preguntarle con insistente afán:

—Pero ¿es cierto que al morir nos convertimos en berzas?

Le replicó el apóstol:

—Le diré a usted...; hay opiniones... No haga usted caso. Si no fuera por estas bromas, ¿cómo se pasaba el rato?

No siguieron estas conversaciones filosóficas, porque sobrevino lo de Sagunto, y este suceso absorbió la atención general de todos los cafés, desde el más grande al más chico. Rubín estaba furioso, y sostenía que el Gobierno no tenía vergüenza si no fusilaba en el acto.... pero en el acto..., a Martínez Campos, a Jovellar y a todos los demás que habían andado en aquel lío. Cuando sus amigos no le querían oír sobre este particular hablaba solo. Desmentía categóricamente cuantas noticias llegaban al café. Todo era falso. Antes que el príncipe viniera, habría un levantamiento general, y los carlistas harían el último esfuerzo. Negaba que don Alfonso hubiera llegado a Marsella, que se embarcase para Barcelona en la *Navas de Tolosa*, y viéndolo entrar en Madrid habría de negar que estaba entre nosotros. Pero una noche, después de largas ausencias, llegó Feijoo al café, y sentándose los dos aparte, le dijo:

—Hombre, he visto a Jacinto Villalonga; he hablado largamente con él. Ya sabe usted que es de la situación y muy amigo mío. Por supuesto, no acepta la Dirección que se le ha ofrecido, porque prefiere andar suelto. Es uña y carne de Romero Robledo. Y voy a lo que iba... Le he hablado de usted...

—¡De mí!

—Sí; es preciso colocarse. Usted no puede continuar así.

—Mire usted, amigo Feijoo—dijo Rubín masticando las palabras para salir de aquel atolladero—. Yo no puedo admitir... ¿Y el decoro de los hombres? Yo he profesado toda mi vida...

—Música, música.

—Yo no soy de esos que hablan mal de una situación, y luego van a quitarle motas al que antes desollaron.

—Música, música.

—En fin, que yo agradezco..., pero no puede ser; me ofendería, sí, señor, me ofendería.

—De modo—exclamó Feijoo en voz alta, abriendo los brazos y tomando un tono que no se podría decir si era de indignación o de burla—, de modo que ya no hay patriotismo.

—¡Otra!... Patriotismo sí hay; pero yo...

—Usted hará lo que yo le mande, y tendremos credencial.

Rubín siguió toda la noche afectando mal humor, una seriedad torva, el malestar de la persona a quien ponen un puñal en el pecho para que consume un acto contrario a las convicciones. Al retirarse a casa, se comparaba con Wamba, y decía para su sayo: "Cómo ha de ser..., paciencia. Tengo que ser alfonsino... a la fuerza. ¡Vaya un compromiso!... ¡Rediós, qué compromiso!..."

CAPITULO II

LA RESTAURACIÓN, VENCEDORA

I

Me ha contado Jacinta que una noche llegó a tal grado su irritación, por causa de los celos, de la curiosidad no satisfecha y de la forzada reserva, que a punto estuvo de estallar y descubrirse, haciendo pedazos la máscara de tranquilidad que ante sus suegros se ponía. Porque la peor de sus mortificaciones era tener que desempeñar el papel de mujer venturosa, y verse obligada a contribuir con sus risitas a la felicidad de don Baldomero y doña Bárbara, tragándose en silencio su amargura. Ya no le quedaba duda de que su marido *entretenía*, como se dice ahora, a una mujer, y de estos entretenimientos no tenían ni siquiera sospechas los bienaventurados papás. Sabía que la tarasca que le robaba su marido era la misma con quien tuvo amores antes de casarse, la madre del *Pituso* muerto, la condenada Fortunata que le había dado tantas jaquecas. Deseaba verla...; pero no; más valía que no la viera jamás, porque si la veía, de fijo que se le iba el santo al cielo.

La noche a que Jacinta se refería, contando estas cosas, noche tristísima para ella por haber adquirido recientemente noticias fidedignas de la infidelidad de su marido, hubo en la casa gran regocijo. Aquel día había entrado en Madrid el rey Alfonso XII, y don Baldomero estaba con la Restauración como chiquillo con zapatos nuevos. Barbarita también reventaba de gozo, y decía:

—Pero ¡qué chico más salado y más simpático!

Jacinta tenía que entusiasmarse también, a pesar de aquella procesión que por dentro le andaba, y poner cara de Pascua a todos los que entraron felicitándose del suceso. El marqués de Casa-Muñoz oficiaba de chambelán palatino. Había tenido la dicha inmensa de estar en Palacio formando parte de una de las comisiones, y el rey habló con él... Contaba el caso el marqués, haciendo notar bien el tono familiar con que se había expresado su majestad.

—"Hola, marqués, ¿cómo va?" Nada, lo mismo que si me hubiera tratado toda la vida.

Aparisi sostuvo poco después que él había previsto todo lo que estaba pasando. El no era partidario de la Restauración; pero había de respetar los hechos consumados. Don Baldomero no cesaba de exclamar:

—*Veremos a ver* si ahora, ¡qué dianches!, hacemos algo; si esta nación entra por el aro...

Jacinta se indignaba en su interior. Tenía un volcán en el pecho, y la alegría de los demás la mortificaba. Por su gusto se hubiera echado a llorar en medio de la reunión; mas érale forzoso contenerse y sonreír cuando su suegro la miraba. Retorciendo en su corazón la cuerda con que a sí propia se ahogaba, se decía: "Pero a este buen señor, ¿qué le va ni le viene con el rey?... ¡Qué les importará!... Yo estoy volada, y aquí mismo me pondría a dar chillidos, si no temiera escandalizar. ¡Esto es horrible!"

Don Alfonso érale antipático, porque su imagen estaba asociada a la horrible pena que la infeliz sufría. Aquella mañana fué con Barbarita a casa de Eulalia Muñoz, que vivía en la calle Mayor, a ver la entrada del rey. Amalia Trujillo la tomó por su cuenta, y la estuvo adu-

lando antes de darle el gran susto. Hallábanse las dos solas en el balcón de la alcoba de Eulalia, y ya sonaban los clarines anunciando la proximidad del rey, cuando Amalia, ¡plum!, le soltó el pistoletazo.

—Tu marido *entretiene* a una mujer, a una tal Fortunata, guapísima..., de pelo negro... Le ha puesto una casa muy lujosa, calle tal, número tantos... En Madrid lo sabe todo el mundo, y conviene que tú también lo sepas.

Quedóse yerta. Cierto que sospechaba; pero la noticia, dada así con tales detalles, como el pelo negro, el número de la casa, era un jicarazo tremendo. Desde aquel aciago instante ya no se enteró de lo que en la calle ocurría. El rey pasó, y Jacinta le vió confusa y vagamente, entre la agitación de la multitud y el *tururú* de tantas cornetas y músicas. Vió que se agitaban pañuelos, y bien pudo suceder que ella agitara el suyo sin saber lo que hacía... Todo el resto del día estuvo como una sonámbula.

Entró Guillermina, que también hubo de llevar sus notas de alegría al concierto general.

—Ya era tiempo—dijo antes de meterse en el rincón en que solía estar—. No aguardo sino a que descanse del viaje para ir a echarle el toro... Me tiene que dar para concluir el piso bajo. Y lo hará, porque le hemos traído con esa condición: que favorezca la beneficencia y la religión. Dios le conserve.

Jacinta la siguió al gabinete próximo, y allí estuvieron las dos de cháchara por espacio de una hora larga. Guillermina decía:

—Paciencia, hija, paciencia, y todo se arreglará; yo te lo prometo.

Ya cerca de las doce entró Juan, y su mujer le miró con severidad, sin decirle nada... "Es que te voy a aborrecer—pensó—como no te enmiendes. Pues no faltaba otra cosa... Y lo que es esta noche te como... No me engatusarás con tus zalamerías."

Juan, aunque bien hubiera querido contradecir los optimismos de su padre y amigos, no se atrevió a ello, porque el empuje de aquella opinión era demasiado fuerte para luchar con él. Hasta los últimos días del 74 había defendido la Restauración. Después de hecha, encontró mal que la hicieran los militares, y en esto fundó sus críticas del suceso consumado.

—Aquí siempre se han hecho las mudanzas de esta manera—dijo el señor de Santa Cruz con patriarcal buena fe—. Es nuestra manera de matar pulgas. Pues qué, ¿querías tú que las Cortes...? Estás fresco.

Después sostuvo el *Delfín*, con ejemplos de Francia e Inglaterra, que ninguna Restauración había prevalecido; mas todos se negaron a seguirle por los vericuetos históricos. Don Baldomero, sin meterse en dibujos, dijo una cosa muy sensata, producto de su observación de tanto tiempo:

—Yo no sé lo que sucederá dentro de veinte, dentro de cincuenta años. En la sociedad española no se puede nunca fiar tan largo. Lo único que sabemos es que nuestro país padece alternativas o fiebres intermitentes de revolución y de paz. En ciertos períodos todos deseamos que haya mucha autoridad. ¡Venga leña! Pero nos cansamos de ella, y todos queremos echar el pie fuera del plato. Vuelven los días de jarana y ya estamos suspirando otra vez por que se acorte la cuerda. Así somos, y así creo que seremos hasta que se afeiten las ranas.

—Es la condición humana. Así viven y se educan las sociedades—dijo el *Delfín*—. Lo que a mí no me gusta es que esto se haga por otra vía que la de la ley.

"¡Pillo, tunante!—pensaba Jacinta comiéndose las palabras, y con las palabras la hiel que se le quería salir—. ¿Qué sabes tú lo que es ley? ¡Farsante, demagogo, anarquista! Cómo se hace el purito... Quien no te conoce..."

Cuando se retiraron a su alcoba, Jacinta se esforzaba en aumentar su furor; quería cultivarlo, o alimentarlo como se alimenta una llama, arrojando en ella más combustible. "Esta noche me lo como. Quisiera estar más furiosa de lo que estoy, para no dejarme engolosinar. Y eso que lo estoy bastante. Pero aún me vendría bien un poquito más de ira. Es un falso, un hipócrita, y si no le aborrezco, no tengo perdón de Dios."

En esto sintió que Juan la abrazaba por la cintura...

—Quítate, déjame...—gritó ella—. Estoy muy incomodada; pero ¿no ves que estoy muy incomodada?

Juan la vió temblorosa y sin poder respirar.

—Perdone usted, señora—replicó, bromeando.

Jacinta tuvo ya en la punta de la lengua el *lo sé todo*; pero se acordó de que noches antes su marido y ella se habían reído mucho de esta frase, observándola repetida en todas las comedias de intriga. La irritada esposa creyó más del caso decir:

—Te aborreceré, ya te estoy aborreciendo.

Santa Cruz, que estaba de buenas, repitió con buena sombra otra frase de las comedias:

—*Ahora lo comprendo todo.* Pero la verdad, chica, es que no comprendo nada.

Turbada en sus propósitos de pelea por el buen genio y los cariñosos modos que el pérfido traía aquella noche, Jacinta rompió a llorar como un niño. Juan le hizo muchas caricias, besos por aquí y allí, en el cuello y en las manos, en las orejas y en la coronilla; besos en un codo y en la barba, acompañados del lenguaje más finamente tierno que se podría imaginar.

—No aguanto más, no puedo aguantar más—era lo único que ella decía con angustioso hipo, mojándole a él la cara y las manos con tanta y tanta lágrima.

No podía tener consuelo. Todo aquel llanto era el disimulo de tantísimos días, sospechar callando, sentirse herida y no poder decir ni siquiera "¡Ay!"

—Esto es horrible, esto es espantoso; no hay mujer más desgraciada que yo... Y lo que es ahora, te aborreceré de veras, porque yo no puedo querer a quien no me quiere. Te quería más que a mi vida. ¡Qué tonta he sido! A los hombres hay que tratarlos sin consideración... Ya no más, ya no más... Estoy volada, y lo que es ésta no te la perdono.

Algún trabajo le costó a Santa Cruz que su mujer le repitiese lo que le había dicho una amiga aquella mañana. Y cuando él lo negaba, la ofendida esposa, que sentía en su alma la convicción profundísima de la autenticidad del hecho, irritábase más:

—No lo niegues, no lo niegues, pues yo sé que es cierto. Hace tiempo te lo he conocido.

—¿En qué?

—En muchas cosas.

—Dímelas—indicó él, poniéndose serio.

—Si siempre has de negarlo... Pero no me engañas más.

—Si no pienso engañarte...

—Lo que Amalia me ha dicho—afirmó Jacinta con súbita ira, llena de dignidad, poniéndose en pie y afianzando con un gesto admirable su aseveración—es verdad. Yo digo que es verdad, y basta.

Grave y mirándola a los ojos, el anarquista replicó en tono muy seguro:

—Bueno, pues es verdad. Yo te declaro que es verdad.

II

Quedóse Jacinta como una estatua, y, al fin, volviendo la espalda a su marido, hizo ademán de salir. El la cogió por una mano, y quiso abrazarla. Ella no se dejó. En medio del estrujón frustrado, sólo pudo articular la esposa muy vagamente estas palabras:

—Me voy.

Lo que más la irritaba era que el tunante, después de lo que había dicho, tuviera todavía humor de bromas y pusiera aquella cara de pillín, como si se tratara de una cosa de juego. Porque se sonreía y, tranquilo en apariencia, díjole en tono de seriedad cómica:

—Señora, acuéstese usted.

—¿Yo...?

—Se lo mando a usted... Acuéstese usted al momento.

No le fué a ella posible entonces librarse de un abrazo apretado, y en aquel segundo estrujón oyó estas cariñosas palabras:

—¿No vale más que nos expliquemos como buenos amigos? Hijita de mi alma, si te enfurruñas, no llegaremos a entendernos.

Jacinta fué bruscamente desarmada. Quedóse como el combatiente de los cuentos de niños, a quien por obra de magia se le convierte la espada en alfiler y el escudo en dedal.

El *Delfín* había entrado, desde los últimos días del 74, en aquel período sedante que seguía infaliblemente a sus desvaríos. En realidad, no era aquello virtud, sino cansancio del pecado; no era el sentimiento puro y regular del orden, sino el hastío de la revolución. Verificábase en él lo que don Baldomero había dicho del país: que padecía fiebres alternativas de libertad y de paz. A los

dos meses de una de las más graves distracciones de su vida, su mujer empezaba a gustarle lo mismito que si fuera la mujer de otro. La bondad de ella favorecía este movimiento centrípeto, que se había determinado por quinta o sexta vez desde que estaban casados. Ya en otras ocasiones pudo creer Jacinta que la vuelta a los deberes conyugales sería definitiva; pero se equivocó, porque el *Delfín,* que tenía en el cuerpo el demonio malo de la variedad, cansábase de ser bueno y fiel, y tornaba a dejarse mover de la fuerza centrífuga. Mas era tanta la alegría de la esposa al verle enmendado, que no pensaba en que aquella enmienda fuera como un descanso para emprenderla después con más brío por esos mundos de Dios. También esto concordaba con un pensamiento de don Baldomero, que decía: "Cuando el país remite, y fortalece con su opinión la autoridad, no es que ame verdaderamente el orden y la ley, sino que se pone en cura y hace sangre para saciar después con mejor gusto el apetito de las trifulcas."

Quedó, como he dicho, tan desarmada Jacinta, que no podía ser más. Pero creyendo que su dignidad le ordenaba seguir muy colérica, dijo todas las palabras necesarias para mostrarlo; por ejemplo:

—Me acostaré o no me acostaré, según me acomode. A ti ¿qué te importa? No parece sino que... Conmigo no se juega, ¿estamos?... Pues ¿qué se ha figurado este tonto? Hemos concluído, te digo que hemos concluído... Bien; me acuesto porque quiero, no porque tú me lo mandes... ¡Vaya!

Poco después se oía en la alcoba lo siguiente:

—Que te estés quieto... No vayas a creerte que ahora te voy a perdonar. No, si no me engatusas..., ni hay *tilín* que valga. Ya van quince y raya. No están los tiempos para perdones, caballerito. Haz el favor, te digo... No quiero verte, no quiero oírte, ni me importa que me quieras o no. Si me quieres, rabia y rabia; mejor. Yo me reiré viéndote padecer. Conque lo dicho, déjame en paz. Tengo un sueño espantoso... ¿No ves cómo se me cierran los ojos?

Y era mentira. Lejos de tener ganas de dormir, estaba muy despabilada y nerviosa.

—Tú no tienes sueño; ¿a que no lo tienes?—le decía él—. ¿A que te despabilo y te pongo como un lucero?

—¿A que no? ¿Cómo?

—Contándote toda la verdad de lo que te dijo Amalia haciendo una confesión general, para que veas que no soy tan malo como crees.

—¡Ah!, sí; ven, ven, hijito—exclamó ella alargando sus brazos desnudos—. Confiésame todo, pero con nobleza. Nada de comedias..., porque tú eres muy comiquito. Gracias que yo te conozco ya las marrullerías, y algunas bolas me trago; pero otras no. ¿De veras que vas a contármelo todo?

La idea de perdonar electrizaba a Jacinta, poniéndola tan nerviosa que echaba chispas. No cabía en sí de inquietud, pensando en lo grande del perdón que tenía que dar en pago de lo enorme de la sinceridad que se le ofrecía. Y su zozobra era tal que por poco se echa de la cama, cuando Juan se apartó de ella para ir hacia la suya... "Pero ¿qué? —pensó—. ¿Se arrepiente este tuno de lo que ha dicho?... ¿Es que no quiere contarme nada?..."

—Abur, hombre—dijo en alta voz con despecho.

—Si vuelvo, si voy allá en seguida... Mi mujer gasta un genio muy vivo.

—Es que si cuentas, cuentas pronto, y si no, lo dices, para dormirme. No estoy yo aquí esperando a que al señorito le dé la gana de tenerme en vela toda la noche.

—Cállese usted, *so tía*...

Diciendo esto, volvió hacia ella, sentándose en el lecho y haciéndole mil ternezas.

"¡Ah! Esto está perdido", murmuró para sí Jacinta en los respiros que las caricias de su marido la dejaban, ahogándola.

—Mira, estate quieto y no me sofoques. No tengo yo gana de bromas.

—Vamos al caso, niñita mía. Para que yo te cuente lo que deseas saber es preciso que tú me cuentes antes a mí otra cosa. Dices que tú sospechabas esto que ha pasado; mejor, que lo adivinabas. ¿En qué te fundabas tú para adivinarlo?... ¿Qué observaste y qué supiste?

—¡Ay! ¡Con lo que me sale ahora este bobo!... ¿Crees que una mujer celosa necesita ver nada? Lo olfatea, lo calcula y no se equivoca... Se lo dice el corazón.

—El corazón no dice nada. Eso es una frase.

—Cuando te vuelves faltón, la menor palabra, cualquier gesto tuyo me sirven para leerte los pensamientos. ¿Y te parece que es poco dato el ver cómo me tratas a mí? Hasta la manera de entrar aquí es un dato. Hasta una ternura, una palabra cariñosa, te venden, porque al punto se ve que son sobras de otra parte, traídas aquí por deber y para cubrir el expediente... Palabras y caricias vienen muy usadas.

—¡Cuánto sabes!

—Más sabes tú... No, no, más sé yo. En la desgracia se aprende... Muchas veces me callo por no escandalizar; pero por dentro siento algo que me está rallando así, así..., muele que te muele... ¡Pues tengo yo un olfato!... Cuando estás faltoncito, si no lo conociera por otras cosas, lo conocería por el perfume que traes algunas veces en la ropa... Otro dato: una noche traías en el pañuelo de seda del cuello, ¿qué crees? Pues un cabello negro, grande. Lo saqué con las puntas de los dedos, y lo estuve mirando. Me daba tanto asco como si lo hubiera encontrado en la sopa. No chisté. Otra noche dijiste en sueños palabras de las que se dicen cuando un hombre se pega con otro. Yo me asusté. Fué aquella noche que entraste muy nervioso y con un dolor en el brazo. Tuve que ponerte árnica. Me contaste que viniendo no sé por dónde, te salió un borracho, y tuviste que andar a trompazos con él. Traías tierra en la americana azul. Toda la noche estuviste muy inquieto; ¿no te acuerdas?

—Me acuerdo, sí—dijo el *Delfín* renovando en su mente el lance con Maximiliano.

—Pues verás. Otra noche, cuando te desnudabas, ¡plin!..., cayó al suelo un botón. Vino saltando hasta cerca de mi cama. Parecía que me miraba. Era de níquel, labrado, con muchos garabatos. Cuando te dormiste, me eché de la cama y lo cogí. Era un botón de mujer, de los que se usan ahora en las chaquetillas. Lo tengo guardado. Estas ignominias se guardan para en su día sacarlas y decir: "¿Me negarás esto?..." ¡Y tú siempre tan comediante! ¡Yo pasaba unas fatigas!... Pero nunca quise rebajarme al espionaje. Se me ocurrió preguntar al cochero. Con una buena propinilla, Manuel no me habría ocultado lo que supiera. Pero por respeto a ti y a mí misma y a la familia, no hice nada. ¡Contarle a tu mamá mis sospechas! ¿Para qué? ¿Para disgustarla sin ventaja alguna?... Guillermina, con quien únicamente me clareaba, decíame siempre: "Paciencia, hija mía, paciencia." Y, por fin, llegaba yo a tenerla, y el molinillo que me daba vueltas en el corazón molía, haciéndomelo polvo, y yo aguanta que aguanta, siempre callada, poniendo cara de Pascua y tragando hiel, tragando hiel. Esta mañana, cuando Amalia me dijo lo que me dijo, toda la sangre se me hizo como un veneno, y me propuse aborrecerte, pero aborrecerte en toda regla, no creas..., y no perdonarte aunque te me pusieras delante, de rodillas. Pero ¡es una tan débil!... ¡Si merecemos todo lo que nos pasa!... Es la mayor desgracia ser así, tan simplona... Como que estamos a merced de esas... secuestradoras, que de tiempo en tiempo nos prestan a nuestros propios maridos para que no alborotemos...

III

Esta última queja puso al señorito de Santa Cruz un tanto pensativo y desconcertado. No desconocía él la situación poco airosa en que estaba ante Jacinta, cuya grandeza moral se elevaba ante sus ojos para darle la medida de su pequeñez. Era muy soberbio, y el amor propio descollaba en él sobre la conciencia y sobre los sentimientos todos; de manera que nada le molestaba tanto como verse y reconocerse inferior a su mujer. Cuando, media hora antes, prometió confesar sus faltas, hízolo movido de orgullo, para engalanarse con la sinceridad, a la manera del fatuo que se da tono con una cruz. La confesión de la culpa ennoblece siempre, y como demasiado sabía él que todo lo noble hallaba eco en el gran corazón de Jacinta, se dijo: "Aquí me viene bien un *rasgo*." Pero el momento de la confesión se acercaba, y el pecador estaba algo confuso, sin saber cómo iba a salir de ella. Lo que él quería era quedar bien, remontarse hasta su mujer, y superarla si era posible, presentando sus faltas como méritos, y retocando toda la historia de modo que pareciese blanco y hasta noble lo que con los datos sueltos del botón y el ca-

bello era negro y deshonroso. No tenía que calentarse mucho los sesos para salir del paso, porque para tales escamoteos tenía su entendimiento una aptitud particular. Su imaginación despertísima se pintaba sola para hacer pasar de un cubilete a otro las ideas. Lo que él no podía sufrir era que se le tuviese por hombre vulgar, por uno de tantos. Hasta las acciones más triviales y comunes, si eran suyas, quería que pasasen por actos deliberadamente admirables y que en nada se parecían a lo que hace todo el mundo. Rápidamente, con aquella presteza de juicio del artista improvisador, hizo su composición, y allá te van las confidencias... Jacinta se había de quedar tamañita. Ya vería ella qué marido tenía, qué ser superior, qué persona tan extraordinaria. Hay una moral gruesa, la que comprende todo el mundo, incluso los niños y las mujeres. Hay otra moral fina, exquisita, inapreciable para el vulgo: es la que sólo pueden gustar los paladares muy sensibles... Vamos allá.

—Preparémonos a oír tus papas—dijo ella.

—De todo lo que has dicho parece deducirse que yo soy un miserable, un cualquiera, uno de tantos. Pues ahora lo veremos. He guardado reserva contigo porque creí que no me comprenderías. Veremos si me comprendes ahora. Es cierto que hace dos meses me encontré otra vez a...

—Haz el favor de no nombrarla—suplicó Jacinta con viveza—. Ese nombre me hace el efecto de la picadura de una víbora.

—Bueno, pues voy al grano... Encontrémela casada.

—¡Casada!

—Sí, con un simple. La metieron en un convento, la casaron después como por sorpresa... Chica, una historia de intrigas, violencias y atrocidades que horroriza.

—¡Pobre mujer!—exclamó ella, respondiendo al intento de Juan, que empezaba por hacer a la otra digna de lástima—. Pero bien merecido le está por su mala conducta.

—Espérate un poco, hija. Mujer tan desgraciada no creo que haya nacido.

—Ni más mala tampoco.

—Sobre eso hay mucho que decir. No es maldad lo que hay en ella; es falta de ideas morales. Si no ha visto nunca más que malos ejemplos; ¡si ha vivido siempre con tunantes!... Yo pongo en su lugar a la mujer más perfecta, a ver lo que hacía. No, no es lo que crees. Digo más: sería buena si la dirigieran al bien. Pero hazte cargo: después de andar de mano en mano, éste la coge, éste la suelta, la casan con un hombre que no es hombre, con un hombre que no puede ser marido de nadie...

Jacinta abrió la boca: tan grande era su pasmo.

—Y ese majadero la martiriza de tal modo desde el primer día de matrimonio, que la infeliz, prefiriendo la libertad en la ignominia a una esclavitud insoportable, se escapa de la casa y se echa otra vez a la calle, como en sus peores tiempos. En esto me encuentra y me pide amparo.

Jacinta no había cerrado todavía la boca.

—En tal situación—prosiguió Juan, hallándose ya en plena posesión de su tesis y con los cubiletes en la mano—, yo te planteo el problema a ti...; vamos a ver... Figúrate que eres hombre; figúrate que te encuentras delante de aquella infeliz mujer, que te pide socorro, una defensa contra la miseria y la deshonra, y al verla delante tú te reconoces autor de todas sus desdichas, porque tú la perdiste, porque de ti le vienen todos sus males. Yo quiero que me digas con lealtad qué harías, qué harías tú en este trance. Pero cierra ya esa boca; basta ya de asombro y contéstame.

—Pues yo... ¿Qué haría? Echar mano al bolsillo, darle cuatro o cinco duros y marcharme a mi casa.

—Esa fué mi primera idea. Pero ciertas deudas, señora mía—dijo Santa Cruz, triunfante—, no se saldan con cuatro ni cinco duros.

—Pues mil, dos mil, cien mil reales, vamos.

—Tampoco. Yo pensé que debía poner a aquella infeliz en camino de adquirir una posición decente y estable. Buscarle un marido no podía ser; estaba casada. Procurarle una manera de vivir con independencia y honradez... ¡Ah! Esto es muy difícil. No tiene educación, no sabe trabajar en nada que produzca dinero. No hay para ella más recurso que comer de su belleza. Pero en esto mismo hay distintos grados de ignominia. No

empieces a hacerte cruces, hija. Las cosas hay que tomarlas como son; otra cosa es empeñarse en sostener una filosofía cursi. Yo le dije: "Bueno, pues te pongo una casa, y arréglatelas como puedas..." No, si no es para que hagas tantas cruces, lo repito. Hay que ponerse en la realidad, niñita. No mires esto con ojos de mujer; ponte en mi caso; figúrate que eres hombre...

—Estoy asombrada de la vuelta que le das a tus caprichos y de lo bien que te las compones para hacer pasar por protección desinteresada lo que en realidad es amor que tenías o tienes a esa maldita.

—Pues a eso voy ahora. Aquí te quiero ver... Atención. Yo te juro que no despertaba en mí ni el amor más insignificante, ni tan siquiera un capricho de momento. No hay ejemplo de una frialdad como la que yo sentía ante ella. Bien me lo puedes creer. No sólo no me inspiraba pasión, sino que hasta me repugnaba.

—Eso—dijo la esposa—que te lo crea otro, que lo que es yo...

—¡Qué tonta eres! Tu incredulidad nace de la idea equivocada que tienes de esa mujer. Te la has figurado como un monstruo de seducciones, como una de esas que, sin tener pizca de educación ni ningún atractivo moral, poseen un sinfín de artimañas para enloquecer a los hombres y esclavizarlos volviéndolos estúpidos. Esta casta de perdidas que en Francia tanto abunda, como si hubiera allí escuela para formarla, apenas existe en España, donde son contadas... todavía, se entiende, porque ello, al fin, tiene que venir, como han venido los ferrocarriles... Pues digo que Fortunata no es de ésas, no posee más educación que la cara bonita; por lo demás, es sosa, vulgar, no se le ocurre ninguna picardía de las que trastornan a los hombres, y en cuanto a formas...—no hablo del cuerpo y talle—, sigue tan tosca como cuando la conocí. No aprende; no se le pega nada. Y como para todo se necesita talento, una especialidad de talento, resulta que esa infeliz, que tanto te da que pensar, no sirve absolutamente para diablo, ¿me entiendes? Si todas fueran como ella, apenas habría escándalos en el mundo, y los matrimonios vivirían en paz, y tendríamos muchísima moralidad. En una palabra, chiquilla, no hay en ella complexión viciosa; tiene todo el corte de mujer honrada; nació para la vida oscura, para hacer calceta y cuidar muchachos.

Al llegar aquí, Juan se asustó, creyendo que se le había ido un poco la lengua, y cayó en la cuenta de que si Fortunata era como él decía, si no tenía *complexión viciosa*, mayor, mucho mayor era la responsabilidad de él por haberla perdido. Jacinta hubo de pensar esto mismo, y no tardó en manifestárselo. Pero el prestidigitador acudió a defender la suerte con la presteza de su flexible ingenio.

—Es verdad—le dijo—, y esto aumentaba mis remordimientos. No tenía más remedio que hacer en obsequio suyo lo que no habría hecho por otra. Ponte tú en mi caso; figúrate que eres yo y que te ha pasado todo lo que me ha pasado a mí. Puedes hacerte cargo de mi tormento y de lo que yo sufriría teniendo que considerar y proteger, por escrúpulo de conciencia, a una mujer que no me inspira ningún afecto, ninguno, y que últimamente me inspiraba antipatía, porque Fortunata, créelo como el Evangelio, es de tal condición, que el hombre más enamorado no la resiste un mes. Al mes todos se rinden, es decir, echan a correr...

Jacinta había empezado a dar pataditas, haciendo saltar el edredón que a los pies tenía. Era su manera de expresar la alegría bulliciosa cuando estaba acostada. Porque siendo verdad lo que Juan decía, la temida rival era como los espantajos puestos en el campo, de los cuales se ríen hasta los pájaros cuando los examinan de cerca. Pero aún le quedaba una duda. ¿Era aquello verdad o no? Para mentira estaba demasiado bien hiladito.

—¿Y ella te quiere todavía?—preguntó con la picardía de un juez de instrucción.

El esposo se hizo repetir la pregunta, sin otro objeto que retrasar la respuesta, que debía ser muy pensada.

—Pues te diré... que sí. Tiene esa debilidad. Otras mujeres, las de complexión viciosa, son en sus pasiones tan vehementes como inconstantes. Pronto olvidan al que adoraron y cambian de ilusión como de moda. Esta, no.

—Esta, no—repitió Jacinta, asustada de ver a su enemiga tan distinta de como ella se la figuraba.

—No. Ha dado en la tontería de quererme siempre lo mismo, como antes, como la primera vez. Aquí tienes otra cosa que me anonada, que me obliga a ser indulgente. Ponte en mi lugar, hija. Porque si yo viera que coqueteaba con otros hombres, ¡anda con Dios! Pero si no hay quien la apee de una fidelidad que no viene al caso. ¡Fiel a mí!, ¿a santo de qué? Te aseguro que me ha hecho cavilar más esa sosona... Ha pasado por tantas manos, y siempre fiel, consecuente como un clavo, que se está donde lo clavan. Ni el deshonor ni el matrimonio la han curado de esta manía. ¿No te parece a ti que es manía?

A Jacinta le acudieron tantas ideas a la mente, que no sabía con cuál quedarse, y estaba perpleja y muda.

—¡Hay tantos—exclamó Santa Cruz en el tono que se da a las cosas muy filosóficas—, hay tantos a quienes hace infelices la inconstancia de las mujeres, y a mí me hace padecer una fidelidad que no solicito, que no me hace falta, que no me importa para nada!

Jacinta dió un gran suspiro.

—Pero el tener conciencia, el tener un sentido moral muy elevado—añadió el *Delfín* dominando la suerte—, como lo tengo yo, me ha puesto en una situación equívoca frente a ti. Yo necesitaba darte explicaciones. Ya te las he dado, y por ellas habrás visto que no se deben juzgar los actos de los hombres por lo que parece, sino que es preciso ir al fondo, hija, al fondo de las cosas. ¿Conque te vas enterando? ¡A lo mejor se lleva uno cada chasco...! ¡Cuántas veces pensamos mal de un sujeto, fundándonos en hablillas del vulgo o en cualquier dato inseguro, como, por ejemplo, un pelo, un botón!... Y después de mirar bien el hecho, ¿qué resulta? Que no basta para muestra un botón, que el que se cuelga de un cabello se cae; en una palabra, niña mía, que lo aparentemente deshonroso puede no serlo, ya que la realidad, en vez de arrojar vergüenza sobre el sujeto, lo que hace es enaltecerle y quizá honrarle.

—Poco a poco—dijo la esposa prontamente—, que para mí sigue siendo turbio. Me parece que en todo lo que has dicho hay demasiada composición. No me fío yo, no me fío, porque para fabricar estos arcos triunfales de frases y entrar por ellos dándote mucho tono, te pintas tú solo. Lo cierto es que le has puesto la casa, la has visitado y te has divertido en grande con ella. ¡Vaya una conciencia la tuya, vaya una manera de pagarle su fidelidad, tirando por el suelo la que me debes a mí!... ¿Qué moral es ésta? No escamotees la verdad. Esa mujer es una bribona, y tú serías un simple si no fueras también un solemnísimo pillo.

—Párese usted un poco, *camaraita*—replicó Santa Cruz, algo desconcertado—. ¿Qué palabras usaré yo para pintarte la situación en que me encontraba? Es que el caso es de los más raros que se pueden ofrecer... Para que veas que soy sincero y leal, te diré que hubo en mí algo de flaqueza, sí, flaqueza, que nacía de la compasión. No tuve valor para resistir a las... ¿Cómo diré? A las sugestiones apasionadas de quien tiene por mí una idolatría que yo no merezco. Pero te juro que lo hice sin ilusión, con fastidio, como el que cumple un deber, pensando en mi mujer, viéndote a ti más que a la que tan cerca tenía, y deseando que aquella comedia concluyera.

Ambos estuvieron callados un mediano rato. ¿Creía Jacinta aquellas cosas, o aparentaba creerlas como Sancho las bolas que Don Quijote le contó de la cueva de Montesinos? Lo último que Juan dijo fué esto:

—Ahora juzga tú como te parezca bien lo que acabo de confesarte, y compara lo bueno que hay en ello con lo malo que habrá también. Yo me entrego a ti.

—Romper, romper para siempre toda clase de relaciones con esa calamidad es lo que importa—manifestó la *Delfina*, inquietísima, dando vueltas en el lecho—. Que no la veas más, que ni siquiera la saludes si te la encuentras por la calle... ¡Oh qué mujer! Es mi pesadilla.

—Da por hecho el rompimiento, pero definitivo, absoluto. Lo deseo tanto como tú; me lo puedes creer.

Lo decía con tal expresión de ingenuidad, que Jacinta sintió gran alegría.

—Sí, hija, no aguanto más. Que se vaya con su constancia a los quintos infiernos.

—¿Y si da en perseguirte?

—Seré capaz hasta de recurrir a la Policía.

—¿De modo que no vuelves más a esa casa? Di que no vuelves, dime que no la quieres.

—¡Bah! Demasiado lo sabes. No volveré más que a despedirme.

—No; escríbele una carta. Las despedidas cara a cara no son buenas para romper.

—Haré lo que tú quieras, lo que tú me mandes, niñita de mi alma, monísima..., más salada que el terrón de los mares.

IV

A la siguiente mañana, Jacinta se levantó muy gozosa, con los espíritus avispados y muchas ganitas de hablar y de reír sin motivo aparente. Barbarita, que entró de la calle a las diez, le dijo:

—¡Qué retozona estás hoy!... Oye, al volver de San Ginés me encontré con Manolo Moreno, que llegó ayer de Londres. Le he convidado a almorzar.

Jacinta fué a su tocador. Aún dormía su marido, y ella se empezó a arreglar. A poco entró una visita, que Jacinta recibió en su gabinete. Era Severiana, que dos veces por semana llevaba a Adoración a que la viese su protectora. Ya se sabe que la *Delfina*, no pudiendo adoptar al *Pituso* y tomarlo por hijo, y sintiendo más fuerte e imperioso en su alma el anhelo de la maternidad, dió en proteger a la preciosísima y cariñosa hija de Mauricia la *Dura*. Para Jacinta no había goce más grande y puro que acariciar un pequeñuelo, darle calor y comunicarle aquel sentimiento de bondad que se desbordaba de su alma. Agradábale tanto la niña aquella, que se la habría llevado consigo si sus suegros y su marido lo permitieran; pero no siendo posible esto, se consolaba vistiéndola como una señorita, pagándole el colegio y pasando un ratito con ella. Gozaba en ver su belleza, en aspirar la fragancia de su inocencia y en examinarla para cerciorarse de sus adelantos.

—Hola, ven acá, mujer, dame un beso y un abrazo—le dijo la señorita, atrayéndola a sí con maternal cariño.

Adoración se frotó bien la cara y el cuerpo contra la cintura y falda de su protectora.

—Dice que lo que le pide a la Virgen —declaró Severiana con esa adulación de los humildes muy favorecidos y que aún quieren serlo más—es no separarse nunca, nunca de la señorita..., para estarla mirando siempre.

—Ya sé que me quiere mucho, y yo la quiero a ella, si es buena y estudia. ¡Qué elegante estás!... No te había visto el vestido nuevo.

—Anoche soñaba con la ropa nueva —dijo Severiana—, y ayer, cuando se la puso, no hacía más que mirarse al espejo. Si la tocábamos, ¡ay!, nos quería pegar... Lo que ella deseaba era que la señorita la viera tan maja, ¿verdad, rica?

—No me gusta tanto afán por las composturas. Ahora, lo que yo quiero es ver qué tal andan esas lecciones... Hoy no tengo tiempo de hacer preguntas; pero otro día, el jueves, veremos cómo está ese catecismo.

—¡Ah!, señorita, se lo sabe de corrido. Nos tiene mareados con lo que hicieron aquellos que se comían el maná y lo de Noé en el arca, con tantos animales como metió en ella. Pues, ¿y leer? Lee mejor que mi marido.

—Eso me gusta... El mes que entra la pondremos en un colegio, interna. Ya es grandecita... Es preciso que vaya aprendiendo los buenos modales..., su poquito de francés, su poquito de piano... Quiero educarla para maestrita o institutriz, ¿verdad?

Adoración la miraba como en éxtasis.

—¿Y esa mujer?—preguntó luego Jacinta a Severiana, refiriéndose a la madre de Adoración.

—Señora, no me la nombre. A poco de salir de las Micaelas parecía algo enmendada. Volvió a correr pañuelos de Manila y algunas prendas; estaba en buena conformidad; pero ya la tenemos otra vez en danza con el maldito vicio. Anteanoche la recogieron tiesa en la calle de la Comadre... ¡Qué vergüenza!...

Jacinta hizo un gesto de pena.

—¡Pobrecita mía!—exclamó, abrazando más estrechamente a su protegida.

—Por esto—añadió la otra—yo quería hablar a la señorita para ver si doña Guillermina tenía proporción de meterla en cualquier parte donde la sujetaran. En las Micaelas no puede ser, a cuento de que allí la tuvieron que echar por escandalosa... Pero bien la podrían poner, si a mano viene, en un hospicio o casa de orates, al menos para que no diera malos ejemplos.

—Veremos...—dijo distraída Jacinta, levantándose, porque había oído el re-

pique del timbre con que su marido llamaba.

Faltaba algo antes que Adoración se despidiera. Su protectora le daba siempre una golosina, y aquel día hubo de olvidarse. Quedóse parada la niña en medio del gabinete, aun después de los últimos besos de la despedida. Jacinta cayó en la cuenta de su distracción.

—Espérate un momento.

A poco volvió con lo que la chiquilla deseaba, y repetida la recomendación de portarse bien y estudiar mucho, acompañólas hasta la puerta. Cuando Severiana y su sobrinita salían, entraba Moreno Isla, y Jacinta, que le vió subir, se detuvo en el recibimiento. Subía despacio y jadeante, a causa de la afección al corazón que padecía. Estaba muy envejecido, de mal color y con más aire extranjero que antes.

—¡Oh puerta del paraíso! ¡Qué manos te abren!... Dispense usted... Me canso horriblemente—dijo Moreno, saludándola con tanta urbanidad como afecto.

Estupiñá, que entraba detrás, le echó también un gran saludo a don Manuel, permitiéndose abrazarle, porque eran antiguos amigos.

—Estás hecho un pollo—le dijo Moreno, palmoteándole en los hombros.

—Vamos tirando... ¿Y usted?...

—Así, así.

—¡Siempre por esas tierras de extranjis!... ¡Caramba!, también es gusto, teniendo aquí tantos que le quieren bien.

El forastero le contestó con la benevolencia un tanto fría que saben emplear los superiores bien educados. Separándose en el pasillo, porque Estupiñá tenía que ir hacia el comedor, Moreno siguió a Jacinta hasta el salón, y de allí al gabinete.

—No me había dicho Guillermina que estaba usted en Madrid. Lo supe hoy por mamá—dijo ella por decir algo.

—¿Guillermina? ¡Buena tiene ella la cabeza para acordarse de anunciarme! ¿Sabe usted que cada vez que vengo a España me la encuentro más tocada? Ayer, cuando entré en casa, lo primero que hizo, mientras me saludaba, fué un registro de todos los bolsillos de mi ropa. Me desplumó. Lo que yo le decía: "Apenas se pone el pie en España, no se da un paso sin tropezar con bandoleros." Ahora pretende que entre todos los parientes le hagamos un piso... Friolera.

—¡Pobrecilla! Es una santa.

Llegó entonces don Baldomero, anunciándose antes de entrar con estas alegres voces:

—¿En dónde está ese antipatriota?

Cuando apareció en la puerta, con los brazos abiertos, fué Moreno a dejarse estrechar en ellos.

—Bien, padrino; está usted hecho un muchacho.

—¿Y tú, perdido? Me dijeron que estabas algo delicado.

—Me canso horriblemente—replicó el forastero, tocándose el corazón—. Algo aquí... Pero dicen que es nervioso.

—Sí, sí, nervioso—afirmó Santa Cruz, como si tuviera en el dedillo toda la medicina.

—Nervioso, claro—repitió Jacinta.

Y Barbarita, que a la sazón entraba, también dijo:

—¿Qué ha de ser sino nervioso?...

—Vaya, vaya con este perdis—decía don Baldomero, mirando mucho a su amigo y pariente y no atreviéndose a decir que le encontraba muy desmejorado—. Siempre tan extranjerote.

—No quiere nada con nosotros—dijo Barbarita, examinándole la ropa—. Mira, mira qué levita gris cerrada... y botines blancos... Pero, Manolo, ¡qué zapatones usan por allá! Esos guantes pasarían aquí por guantes de cochero.

Moreno se echó a reír. Su persona tenía tal aire inglés, que quien le viera tomaríale por uno de esos lores aburridos y millonarios que andan por el mundo sacudiéndose la morriña que les consume. Hasta cuando hablaba desmentía, no por afectación, sino por hábito, su progenie española, porque arrastraba un poco las erres y olvidaba algunos vocablos de los menos usuales. Se había educado en el célebre colegio de Eton; a los treinta años volvió a Inglaterra, y allí vivía de continuo, salvo las cortas temporadas que pasaba en Madrid. Poseía el arte de la buena educación en su forma más exquisita y una soltura de modales que cautivaba. Era ahijado de don Baldomero I, y por esto seguía llamando *padrino* a don Baldomero II.

—Ya saben ustedes que no transijo con la patria—dijo, sonriendo—. Mientras más la visito, menos me gusta. Por respeto a mi padrino no me atrevo a decir más.

Los gustos extranjeros de aquel hombre y el desamor que a su patria mostraba eran ocasión de empeñadas reyertas entre él y don Baldomero, que defendía todo *lo del Reino* con sincero entusiasmo. A veces perdía los estribos el buen español, sosteniendo que en todo lo *de fuera* hay mucho de farsa, y Moreno, extremando sus antipatías, sostenía que en España no hay más que tres cosas buenas: la Guardia Civil, las uvas de albillo y el Museo del Prado.

—Vamos a ver—dijo don Baldomero con alegría que le retozaba en la cara—. ¿Qué me dices del rey que hemos traído? Ahora sí que vamos a estar en grande. Verás cómo prospera el país y se acaban las guerras.

—Es guapo chico. Varios españoles residentes en Londres le acompañamos en el tren hasta Dover. Yo le regalé un magnífico reloj... Es muy despejado chico, pero muy despejado. ¡Lástima de rey! Yo le dije: "Vuestra majestad va a gobernar el país de la ingratitud; pero vuestra majestad vencerá a la hidra." Esto le dije por cortesía; pero yo no creo que pueda barajar a esta gente. El querrá hacerlo bien; pero falta que le dejen.

En esto entró Juan, y él y su pariente se dieron los abrazos de ordenanza. Para ponerse a almorzar no faltaba más que Villalonga.

—Pero ¿qué?—dijo el *Delfín*—. ¿Le esperamos? Sabe Dios a qué hora vendrá. Anoche se retiraría a las tres de la tertulia del ministro de la Gobernación, y estará todavía en la cama.

Acordaron, pues, no aguardar más, y durante el cordial almuerzo, que quieras que no, la conversación versó sobre si en España es todo malo o si en Francia e Inglaterra es de buena ley todo lo que admiramos. Moreno Isla no cedía una pulgada del terreno antipatriótico en que su terquedad se encerraba.

—Miren ustedes..., hablando ahora con toda seriedad—dijo, después de apurar bien el tema de las comidas y pasando a ciertas ideas de cultura general—. Yo he hecho una observación que nadie me desmentirá. Desde que se pasa la frontera para allá y se entra en Francia, no le pica a usted una pulga...

Risas.

—Pero ¡qué tendrán que ver las pulgas...!

—¿Y sostienes tú que en Francia no hay pulgas?

—No las hay, créame usted, padrino, no las hay. Es un resultado del aseo general, de la limpieza de las casas y de las personas. Vaya usted a San Sebastián. Se lo comen vivo...

—Hombre, por Dios, ¡qué argumentos!...

Sonó la campanilla.

—¡Ahí está!—dijeron todos.

Y Barbarita miró al lugar vacío que estaba destinado a Villalonga en la mesa. Este entró muy alegre, saludando a la familia, y dando un apretón de manos a Moreno.

—Indulgencia, señora. He venido volando por no hacerme esperar.

—Amigo, desde que está usted en candelero no hay quien le vea. ¡Qué caro se cotiza!

—Es que no me dejan vivir. Anoche duró el jubileo hasta las tres. Doscientas personas entrando y saliendo. Y que no pretenden nada...

—Preparando las elecciones, ¿eh?

—¡Oh!, pues si pasamos al terreno político...—indicó Moreno.

—No, no pases—replicó Santa Cruz—. En ese terreno concedo, concedo...

Después hubo debate sobre quesos, diciendo don Baldomero que los del reino son también muy buenos. Luego tratóse de las casas, que Moreno calificó de inhabitables.

—Por eso todo el mundo vive en la calle.

—Pues mire usted—dijo Villalonga—, las casas serán todo lo malas que usted quiera; pero hay en las del extranjero una costumbre que maldita la gracia que tiene. Me refiero a la falta de maderas en los balcones y ventanas, por lo cual entra la luz desde que Dios amanece y no puede usted pegar los ojos.

—Pero ¿usted cree que por allá hay alguien que se está durmiendo hasta el mediodía?

Sobre esto se habló mucho, y el forastero sacó a relucir otras cosas:

—Yo de mí sé decir que cuando paso la frontera para acá recibo las más tristes impresiones. Habrá algo que admirar; a mí se me esconde, y no veo más que la grosería, los malos modos, la pobreza, hombres que parecen salvajes, liados en mantas; mujeres flacas... Lo que más me choca es lo desmedrado de

la casta. Rara vez ve usted un hombrachón robusto y una mujer fresca. No lo duden ustedes, nuestra raza está mal alimentada, y no es de ahora; viene pasando hambres desde hace siglos... Mi país me es bastante antipático, y desde que me meto en el expreso de Irún ya estoy renegando. Por la mañana, cuando despierto en la Sierra y oigo pregonar el *botijo e leche* me siento mal; créanlo ustedes... Al llegar a Madrid y ver la gente de capa, las mujeres con mantones, las calles mal adoquinadas y los caballos de los coches como esqueletos, no veo la hora de volverme a marchar.

—¡Hombre, en qué tonterías te fijas! —observó don Baldomero, continuando la apología de la patria en términos calurosos, que el otro oía con benevolencia.

Cuando tomaba el café notaron todos que Moreno se sentía mal; pero él disimulaba, y llevándose la mano al corazón, decía otra vez:

—Algo aquí... No es nada. Nervioso, quizá. Lo que más me molesta es el ruido de la circulación de la sangre. Por eso me gusta tanto viajar... Con el ruido del tren no oigo el mío.

Hubo un momento de silencio y tristeza en la mesa; pero aquello pasó y siguieron charlando. Jacinta observaba que alguien le hacía telégrafos desde la puerta alzando un poco el cortinón. Salió; era Guillermina.

—No, yo no paso. Tengo que irme al momento a la obra—le dijo con secreteo—. Vengo para encargarte que le hables. Saca la conversación como puedas y que se entere bien de la necesidad en que estamos.

—Moreno ayudará—díjole su amiguita, llevándola a otra pieza para hablar con más libertad.

—No sé..., está incomodado conmigo... Esta mañana hemos reñido... La verdad..., me enfadé, me tuve que enfadar. Figúrate que esta vez viene más hereje que nunca. Cada uno es dueño de condenarse; pero ¿a qué viene a decirme a mí cosas contra la religión?

—¡Qué malo!

—Y tantas fueron sus burlas y sacrilegios, que..., Dios me lo perdone..., me incomodé. Le dije que no me hacía falta su dinero para nada y que tendría miedo de tomarlo en mis manos, por ser dinero de Satanás. Pero esto es un dicho, ¿sabes?

—Claro.

—¿Y aquí no ha hablado de religión?

—No, ni jota. Mamá no se lo toleraría. Ha hablado de que en España hay más pulgas que en Francia.

—¡Dale! ¡Qué importará que haya pulgas con tal que haya cristiandad! Las cosas que dicen estos herejotes nos indignarían si no las tomáramos a risa. Tú no sabes bien lo protestante y calvinista que viene ahora. Me horripilé oyéndole. Pero, en fin, allá se entenderá con Dios, y entre tanto, lo que importa es que afloje los cuartos para mi obra. Y que le ha de valer para su alma, aunque él no quiera... Conque a ver si me lo catequizas.

—Haré lo que pueda... Veremos, le diré algo...

—No vayas a olvidarte... Adiós, hija de mi alma. Me voy; esta noche me contarás lo que te diga. Creo que no nos dejará mal, porque en el fondo es un buenazo. A poco que se le raspe la corteza de hereje sale aquella pasta de ángel de otros tiempos. Quédate con Dios.

Volvió Jacinta al comedor. Si cumplió o no el encargo de Guillermina, lo veremos a su tiempo. Más que reunir dinero para el asilo, preocupaba a la dama el ver resuelto, según su deseo, lo que ella y su marido habían tratado la noche anterior. Movida de este afán, así que se marcharon Moreno y Villalonga cogió por su cuenta al *Delfín*, y otra vez trataron ambos la cuestión de la ruptura. De acuerdo estaban en lo principal, discrepando sólo en el procedimiento más adecuado, pues ella opinaba por una carta y él por una entrevista de despedida. Al fin, tras laboriosa discusión, prevaleció este criterio, como verá el que siga leyendo.

CAPITULO III

LA REVOLUCIÓN, VENCIDA

I

Quien supiera o pudiera apartar el ramaje vistoso de ideas más o menos contrahechas y de palabras relumbrantes que el señorito de Santa Cruz puso ante los ojos de su mujer en la noche aquella, encontraría la seca desnudez de su pensamiento y de su deseo, los cuales no

eran otra cosa que un profundísimo hastío de Fortunata y las ganas de perderla de vista lo más pronto posible. ¿Por qué lo que no se tiene se desea y lo que se tiene se desprecia? Cuando ella salió del convento con corona de honrada para casarse, cuando llevaba mezcladas en su pecho las azucenas de la purificación religiosa y los azahares de la boda, parecíale al Delfín digna y lucida hazaña arrancarla de aquella vida. Hízolo así con éxito superior a sus esperanzas; pero su conquista le imponía la obligación de sostener indefinidamente a la víctima, y esto, pasado cierto tiempo, se iba haciendo aburrido, soso y caro. Sin variedad era él hombre perdido; lo tenía en su naturaleza y no lo podía remediar. Había que cambiar de forma de gobierno cada poco tiempo, y cuando estaba en república le parecía la monarquía tan seductora... Al salir de su casa aquella tarde iba pensando en esto. Su mujer le estaba gustando más, mucho más que aquella situación revolucionaria que había implantado pisoteando los derechos de dos matrimonios.

"¿Quién duda—seguía pensando—que es prudente evitar el escándalo? Yo no puedo parecerme a éste y el otro y el de más allá, que viven en la anarquía, señalados de todo el mundo. Hay otra razón, y es que se me está volviendo antipática, lo mismo que la otra vez. La pobrecilla no aprende, no adelanta un solo paso en el arte de agradar; no tiene instintos de seducción, desconoce las gaterías que embelesan. Nació para hacer la felicidad de un apreciable albañil, y no ve nada más allá de su nariz bonita. ¿Pues no le ha dado ahora por hacerme camisas? ¡Buenas estarían!... Habla con sinceridad, pero sin gracia ni *esprit*. ¡Qué diferente de Sofía la *Ferrolana*, que cuando Pepito Trastamara la trajo del primer viaje a París era una verdadera Dubarry españolizada! Para todas las artes se necesitan facultades de asimilación, y esta marmotona que me ha caído a mí es siempre igual a sí misma. Con decir que hace días le dió por estar rezando toda la tarde... ¿Y para qué?... Para pedirle a Dios chiquillos... ¡Al demonio se le ocurre!... En fin, que no puedo ya más, y hoy mismo se acaba esta irregularidad. ¡Abajo la república!"

Pensando de este modo había llegado a la casa de su querida, y en el momento de poner la mano en el llamador un hecho extraño cortó bruscamente el hilo de sus ideas. Antes que llamara, se abrió la puerta, dando paso a un señor mayor, de muy buena presencia, el cual salió, saludando a Santa Cruz con una cortés inclinación de cabeza. La misma Fortunata le había abierto la puerta y le despedía.

Juan entró. La salida de aquel señor le produjo en un instante dos sentimientos distintos, que se sucedieron con brevedad. El primero fué algo de enojo; el segundo, satisfacción de que el acaso le proporcionase un buen apoyo para el rompimiento que deseaba... "Me parece que yo conozco a este señor tan terne. Le he visto, le he visto en alguna parte —pensaba, entrando hacia la sala—. ¡Si tendremos gatuperio!... Estaría bueno. Pero más vale así."

Y en alta voz y de mal modo preguntó a Fortunata:

—¿Quién es ese viejo?

—Yo creí que le conocías. Don Evaristo Feijoo, coronel o no sé qué de milicia... Es gran amigo de Juan Pablo.

—¿Y quién es Juan Pablo? ¡Vaya unos conocimientos que me quieres colgar!...

—Mi cuñado.

—¿Y cuándo he conocido yo a tu cuñado, ni qué me importa?... Estamos bien. ¿Y a qué venía aquí ese señor... Feijoo, dices? Me parece que es amigo de Villalonga.

—Ha venido a visitarme, y ésta es la tercera vez... Es un señor muy bueno y muy fino. ¿Qué te crees? ¿Que viene a hacerme el amor? ¡Qué tontito! Pero, en resumidas cuentas, si te parece que no debo recibirle, no lo haré más. Y aquí paz...

—No, no; recíbele todo lo que quieras—dijo él variando de táctica con la rapidez del genio—. Si, como dices, es una persona formal, podría ser que te conviniera cultivar su amistad.

Fortunata no comprendió bien, y él se envalentonó con el silencio de ella.

—Porque, hija mía, yo debo decirte que no podemos seguir así.

Pensaba el muy tuno que lo mejor era cortar por lo sano, planteando la cuestión desde el primer momento con limpieza y claridad.

La salita en que estaba tenía ese lujo allegadizo que sustituye al verdadero,

allí donde el concubinato elegante vive aún en condiciones de timidez y más bien como ensayo. Había muebles forrados de seda y cortinas hermosas; pero aquéllos eran feotes, de amaranto combinado con verde limón; las cortinas estaban torcidas; las guardamalletas, mal colocadas; la alfombra, mal casada, y las jardineras de bazar, con begonias de trapo, cojeaban. El reloj de la consola no había sabido nunca lo que es dar la hora. Era dorado, con figuras como de pastores, haciendo juego con candelabros encerrados en guardabrisas. Había laminitas compradas en baratillos, con marcos de cruceta, y otras mil porquerías, con pretensiones de lujo y riqueza, todo ello anterior a la transformación del gusto que se ha verificado de diez años a esta parte. Santa Cruz miraba esa sala con cierto orgullo, viendo en ella como un testimonio de su esplendidez; pero al mismo tiempo solía ridiculizar a Fortunata por su mal gusto. Ciertamente que para vestirse tenía instintos de elegancia; pero en muebles y decoración de casa desbarraba. En suma, que ella tendría todas las cualidades que quisiera, pero lo que es *chic* no tenía.

Sentado en el sofá y con el sombrero puesto, Juan contempló aquel día todo lo que allí había, gozándose en la idea de que lo miraba por última vez. Fortunata estaba en pie, delante de él, y luego se sentó en una banqueta, fijando los ojos en su amante, como en expectativa de algo muy grave que de él esperaba oír.

"Si esta pavisosa—pensó Santa Cruz, mirándola también—viera con qué donaire se sienta en un *puff* Sofía la *Ferrolana*, tendría mucho que aprender. Lo que es ésta, ni a palos aprenderá nunca esas blanduras de la gata, esos arqueos de un cuerpo pegadizo y sutil que acaricia el asiento. ¡Ah! ¡Qué bestias nos hizo Dios!..."

Y en alta voz:

—Dime: ¿por qué no te has puesto la bata de seda, como te he mandado?

—¡Qué cosas tienes!... No la quiero estropear.

—Eso es...—dijo el otro, riendo sin delicadeza—; guárdala para los días de fiesta. Así me gusta a mí la gente, arregladita... Y cuando yo vengo aquí te pones la batita de lana, que unos días apesta a canela y otros a petróleo...

—Mentira—replicó Fortunata, oliendo su propio vestido—. Está bien limpio. ¿Para qué dices lo que no es?

—No, lo que es dentro de casa, tú estás por aquello de *ya engañé*. Eso; ponte bien ordinarita y todo lo cursi que puedas.

—¡Ay, qué gracia!... Pues hoy no me he puesto la bata de seda porque he estado toda la mañana en la cocina.

—¿Haciendo qué?

—Escabeche de besugo.

—Bien; me gusta. *Jormiguita* para cuando vengan los malos tiempos—dijo el *Delfín* con benévola ironía—. Pues, hija, yo tengo que hablarte hoy con claridad. Te quiero demasiado para andar en misterios contigo. Tú eres razonable, te haces cargo de las cosas y comprenderás que tengo razón en lo que te voy a decir.

Este lenguaje desconcertó a Fortunata, porque le recordaba el otra vez usado para licenciarla. Pero él creyó oportuno mostrarse cariñoso, y la hizo sentar a su lado para pasarle la mano por la cara y hacerle algunas zalamerías de las que se emplean con los niños cuando se les quiere hacer tomar una medicina.

—Ven acá, y no te asustes. Yo no quiero más que tu bien. No dirás que no he hecho por ti cuanto estaba en mi mano. Por mi parte, bien lo sabes tú, seguiríamos lo mismo; pero mi mujer se ha enterado; anoche hemos tenido una bronca espantosa, pero espantosa, chica; no puedes figurarte cómo se puso. Se desmayó; tuvimos que llamar al médico. La más negra fué que mis papás se enteraron también del motivo, y... una chilla por aquí, otra por allá; mi padre furioso..., entre todos me querían comer.

Fortunata estaba tan absorta y aterrada que no podía pronunciar palabra alguna.

—Ya te he dicho que lo paso todo, menos dar un disgusto a mis padres. Así es que anoche me planté conmigo mismo y dije: "Aunque me muera de pena, esto se tiene que acabar." Sé que me costará una enfermedad. El golpe será rudo. No se arranca fibra tan sensible sin que duela mucho. Pero es preciso y para estos casos son los caracteres...

Mientras ella empezaba a lloriquear, Juan se decía: "Ahora viene la lagrimita. Es infalible. Preparémonos."

—Tonta, no llores, no te aflijas—añadió, besándola—. Mira que yo estoy con

el alma en un hilo, y si te veo flaquear, soy hombre perdido.

Procuraba mostrarse a dos dedos de romper en llanto, y ponía una cara muy triste.

—No creas—balbució la prójima entre sollozos—. Te veía venir. Hace días que la estás tú tramando... Bueno, hemos concluído.

—No, si yo te querré siempre, nena negra. Sólo que no puedo visitarte más. Alguna vez..., no digo que no... Pero así, con esta manera de vivir..., imposible. Madrid, que parece grande, es muy chico, es una aldea. Aquí todo se hace público, y, al fin, no hay más remedio que bajar la cabeza. Yo soy casado; tú también; estamos pateando todas las leyes divinas y humanas. Si hubiera muchos como nosotros, pronto la sociedad sería peor que un presidio, un verdadero infierno suelto. ¿No has pensado tú alguna vez en esto?

Lo que Fortunata había pensado era que el amor salva todas las irregularidades, mejor dicho, que el amor lo hace todo regular, que rectifica las leyes, derogando las que se le oponen. Lo había dicho varias veces a su amante, expresándose de una manera ruda; pero en aquel lance parecíale ridículo volver sobre aquella idea, verdadera o falsa, del amor, porque en su buen instinto comprendía que toda aquella hojarasca de leyes divinas, principios, conciencia y demás servía para ocultar el hueco que dejaba el amor fugitivo. Pero ella no le seguiría jamás al terreno de la controversia, porque no sabía desenvolverse con tanta palabra fina.

—Ya me lo decía el corazón—exclamaba, apretando el pañuelo contra sus ojos.

—No se puede uno sustraer a los principios—prosiguió él—. Las conveniencias sociales, nena mía, son más fuertes que nosotros, y no puede uno estar riéndose de ellas mucho tiempo, porque a lo mejor viene el garrotazo, y hay que bajar la cabeza. Yo quisiera que tú te penetraras bien de esto... Nunca te he dicho nada; pero a veces, aquí mismo he sentido mi conciencia tan alborotada que...

Fortunata le miró de un modo que le hizo callar... "¡A buenas horas y con sol!—quería decir aquella mirada—. Después que hemos cometido todos los crímenes ahora salimos con escrúpulos... Y yo pago la falta de los dos..."

—Bien merecido me lo tengo—declaró en un arranque de dolor combinado con la rabia—, porque los dos hemos sido malos; pero yo he sido más mala que tú...; yo dejo tamañitas a todas... ¡Dios, con lo que yo hice! ¡Portarme como me porté con aquella familia! Tú me decías que no era nada cuando yo me ponía triste..., pensando en lo que había hecho, sí, y te reías..., te reías.

—Sí..., pero...

—Repite que te reías..., pero ¡cómo!, a carcajadas, llamándome simple y qué sé yo qué... Bien, bien; bastante hemos hablado... Te vas; pues muy santo y muy bueno. Lo sentiré, calcula si lo sentiré...; pero ya me iré consolando. No hay mal que cien años dure. ¡Aire, aire!

Se limpiaba rápidamente las lágrimas, fingiendo una fortaleza que no tenía.

—Nos separaremos como amigos—dijo Santa Cruz, tomándole una mano, que ella separó prontamente—, y me retiro dándote un buen consejo.

—¿Cuál?—preguntó ella, más airada que dolorida.

—Que te unas..., que procures unirte otra vez con tu marido.

—¡Yo!...—exclamó la señora de Rubín con indecible terror—. ¡Después de...!

—Ya te serenarás, hija. ¡El tiempo! ¿Sabes tú los milagros que ese señor hace? Tú lo has dicho: no hay mal que cien años dure, y cuando se tocan de cerca los grandes inconvenientes de vivir lejos de la ley, no hay más remedio que volver a ella. Ahora te parece imposible; pero volverás. Si es lo natural, es lo fácil, lo fácil... Solemos decir: "Tal cosa no llega nunca." Y, sin embargo, llega, y apenas nos sorprende por la suavidad con que ha venido.

Levantóse la joven disparada, y se metió en su gabinete. Estaba como una loca. Juan la siguió, temiendo que le acometiese un acceso de desesperación. Ambos se encontraron en la puerta de la alcoba. El entraba, ella salía.

—¿Sabes lo que te digo?...—gritó Fortunata con la voz ronca de despecho y dolor—. Que ya estás de más aquí...

—Pero no te irrites...

—¡Fuera, fuera!—gritaba ella, empujándole con ruda energía.

Santa Cruz reconoció aquella fuerza casi superior a la suya, y no tenía gran empeño en oponerse a ella. Por punto, hizo como que sus brazos intentaban so-

meter a los de su querida. Esta pudo más, y cerró violentamente la puerta de la alcoba. El *Delfín* tocó en los cristales, diciendo:

—Si no hay motivo para tanta bulla... Nena, nena negra, abre... Ten calma y no te sofoques... ¡Bah! Siempre eres así...

Pero de dentro de la alcoba no venía ninguna respuesta, ni una voz siquiera. Juan aplicó el oído, creyendo sentir sollozos..., gemidos sofocados. Pronto comprendió que no podía apetecer mejor coyuntura para plantarse rápidamente en la calle y dar por terminado el enojoso trámite de la ruptura.

"Pero aún me falta la última parte —pensó, echando mano a su cartera—. No puedo abandonarla así." Después de meditar un rato, volvió a guardar la cartera y se dijo: "Mejor será que me vaya... Se lo mandaré en una carta... Adiós. No dirá Jacinta que..."

Salió de puntillas, como se sale de la casa en que hay un enfermo grave.

II

En el resto de aquel aciago día dicho se está que la pobre señora de Rubín se entregó a las mayores extravagancias, pues tal nombre merecen, sin duda, actos como no querer comer, estar llorando a moco y baba tres horas seguidas, encender la luz cuando aún era día claro, apagarla después que fué noche por gusto de la oscuridad y decir mil disparates en alta voz, lo mismo que si delirara. La criada intentó tranquilizarla; pero los consuelos verbales la irritaban más. A eso de las nueve, la dolorida se levantó con resolución del sofá en que se había echado, y a tientas, porque el gabinete estaba oscurísimo, buscó su mantón. "Ya verán, ya verán", murmuraba en su agitación epiléptica; y a tientas buscó también las botas y se las puso. Pañuelo a la cabeza, mantón bien recogido sobre los hombros, y a la calle... Salió con rapidez y determinación, como quien sabe adónde va y obedece a uno de esos formidables impulsos en línea recta que conducen a toda acción terminante. Ni tiempo dió a que Dorotea pudiera detenerla, porque cuando ésta la vió, ya estaba abriendo la puerta y salía como una saeta.

Eran las nueve de la noche. Fortunata atravesó con paso ligero la calle de Hortaleza, la Red de San Luis. No debía de estar muy trastornada cuando, en vez de tomar por la calle de la Montera, en la cual el gentío estorbaba el tránsito, fué a buscar la de la Salud y bajó por ella, considerando que por tal camino ganaba diez minutos. De la calle del Carmen pasó a la de Preciados, sin perder ni un momento el instinto de la viabilidad. Atravesó la Puerta del Sol, por frente a la casa de Cordero, y ya la tenéis subiendo por la calle de Correos, hacia la plazuela de Pontejos. Ya llegaba, y a medida que veía más cerca el objeto de su viaje, parecía como que se le iba acabando la cuerda epiléptica que la impulsaba a la febril marcha. Vió el portal de la casa de Santa Cruz, y sus miradas se internaron con recelo por aquella cavidad ancha, de estucadas paredes, y alumbrada por mecheros de gas. Ver esto y pararse en firme, con cierta frialdad en el alma, y sintiendo el choque interior de toda velocidad bruscamente enfrenada, fué todo uno.

Ver el portal fué para la prójima, como para el pájaro que ciego y disparado vuela, topar violentamente contra un muro. Los que obran bajo la acción de impulsos cerebrales irresistibles y mecánicos, como los instintos que atañen a la conservación, van muy bien en su carrera mientras no ven el fin más que en la representación falsa que de él les da su deseo; pero cuando la realidad de aquel fin se les pone delante, ofreciéndoseles como acción sometida a las leyes generales, no hay velocidad que no tenga su rechazo. ¿Cuál era el intento de Fortunata y qué iba a hacer allí? ¡Friolera!... Pues nada más que entrar en la casa, sin pedir permiso a nadie, llamar, colarse de rondón, dando gritos y atropellando a todo el que encontrara, llegarse a Jacinta, cogerla por el moño y... Esto de cogerla por el moño no se determinó bien en su voluntad; pero sí que le diría mil cosas amargas y violentas. Tal pensaba cuando le entró aquel desatino de salir de su casa y correr hacia la plazuela de Pontejos. Y cuando bajaba por la calle de la Salud iba pensando así: "No se me quedará en el cuerpo nada, nada. Ella es la que me hace desgraciada, robándome a mi marido... Porque es mi marido; yo he tenido un hijo suyo, y

ella no. Vamos a ver, ¿quién tiene más derecho? Entrañas por entrañas, ¿cuáles valen más?" Estos enormes disparates, nacidos del trastorno que en su cerebro reinara, persistieron cuando estaba parada y atónita delante del portal de los de Santa Cruz.

"Pues no sé por qué no entro y armo la escandalera que debo armar..."

Pero la contenía un cierto respeto que no acertaba a explicarse. Se alejó, y desde la acera de enfrente miró hacia la casa, diciendo para sí: "Habrá luz en el gabinete de Jacinta, donde estarán de tertulia." Pero no vió nada. Todo cerrado; todo a oscuras... "¡Si habrán salido!... No, estarán ahí, burlándose de mí, riéndose de la trastada que me han hecho... Buenos son todos; ¡tales hijos, tales padres!" Volvió a sentir el insensato anhelo de entrar en la casa, y dió tres o cuatro pasos hacia ella; pero retrocedió segunda vez. "¿A ver quién sale?" Era un viejo que se detenía en el portal y echaba un párrafo con Deogracias. La joven reconoció a Estupiñá, que había sido vecino suyo cuando ella vivía en la Cava, donde tuvieron principio sus interminables desgracias. Plácido se embozó en su capa, tomando hacia la calle del Vicario Viejo. Siguió Fortunata con la vista hasta verle desaparecer, y poco después volvió a su acecho. ¿Quién salía? Un caballero con botines blancos que parecía extranjero. El tal pasó junto a ella, la miró, casi, casi se detuvo un instante para verla mejor; después siguió su camino. Otras personas salían o entraban. Aunque en el pensamiento de Fortunata iba condensándose la imposibilidad de entrar, continuaba allí clavada, sin saber por qué. No se podía marchar, aunque iba comprendiendo que la idea que a tal sitio la llevó era una locura, como las que se hacen en sueños. Uno de los muchos desvaríos que se sucedieron en su mente fué imaginar que tal o cual hombre de los que vió salir era amante de Jacinta. "Porque a mí no me digan que es virtuosa... Vaya unos embustes que corre la gente. No se puede creer nada. ¿Virtuosa? *Tie* gracia... Ninguna de estas casadas ricas lo es ni lo puede ser. Nosotras las del pueblo somos las únicas que tenemos virtud, cuando no nos engañan. Yo, por ejemplo..., verbigracia, yo." Entróle una risa convulsiva. "¿Y de qué te ríes, pánfila?—se dijo a sí misma—. Más honrada eres tú que el sol, porque no has querido ni quieres más que a uno. Pero ¿éstas..., éstas?... ¡Ja, ja, ja! Cada trimestre, hombre nuevo, y virtuosa me soy. ¿Por qué? Pues porque no dan escándalos, y todo se lo tapan unas con otras. ¡Ah! Señora doña Jacinta, guárdese el mérito para quien lo crea; usted caerá..., tiene usted que caer, si no ha caído ya."

De pronto vió que al portal se acercaba un coche. ¿Traería gente o venía a tomarla? A tomarla, porque no salió nadie; el lacayo entró en la casa, y Deogracias se puso a hablar con el cochero. "Van a salir—se dijo la infeliz, sintiendo otra vez los ardientes impulsos que la sacaron de su casa—. Ahora sí que no se me escapan... Me voy encima, y a las dos las afrento...; tal suegra para tal nuera... ¡Buen par de cuñas están!... ¡Cuánto tardan! La cabeza se me abrasa, y parece que me vuelvo toda uñas."

Salieron las señoras. Fortunata vió primero a una de pelo blanco; después, a Jacinta; después, a una pollita que debía de ser su hermana...; vió terciopelo, pieles blancas, sedas, joyas, todo rápidamente y como por magia. Las tres entraron en el coche, y el lacayo cerró la portezuela. Pero ¡qué cosas! Lo mismo fué ver a las tres damas que a Fortunata le entró un fuerte miedo. ¡Y ella que pensaba clavarles las puntas de sus dedos como garfios de acero! Lo que sintió era más bien terror, como el que infunde un súbito y horrendo peligro, y tan impotente se vió su voluntad ante aquel pánico, que echó a correr y alejóse a escape, sin atreverse ni siquiera a mirar hacia atrás. Oyó el ruido del coche que rodaba por la calle abajo, y aún lo vió pasar por delante con tan rápida vuelta que por poco la arrolla.

—¡Eh!...—gritó el cochero.

Y la señora de Rubín dió un grito, saltando hacia atrás... ¡Qué susto, pero qué susto, Señor!... Siguió hacia la Puerta del Sol, dándose cuenta de aquel miedo intensísimo que había sentido y preguntándose si en él había también algo de vergüenza. Pero no le era fácil discernir si su espanto era como el del exaltado cristiano que ve al demonio, o como el de éste cuando le presentan una cruz. Dejándose llevar de sus propios pasos se encontró, sin saber cómo, en el centro de la Puerta del Sol. Inconscientemente

se sentó en el brocal de la fuente y estuvo mirando los espumarajos del agua. Un individuo de Orden Público la miró con aire suspicaz; pero ella no hizo caso y continuó allí largo rato, viendo pasar tranvías y coches en derredor suyo, como si estuviera en el eje de un tiovivo. El frío y la impresión de humedad la obligaron a ausentarse y se alejó, envolviéndose bien en su mantón y tapándose la boca. Casi no se le veían más que los ojos, y como éstos eran tan bonitos, muchos se le ponían al lado y le pedían permiso para acompañarla, diciéndole mil cuchufletas. Recordó entonces otros tiempos infelices, y la idea de tener que volver a ellos le produjo dolor muy vivo, despejándole la cabeza de las quimeras que se le habían metido en ella. El sentimiento de la realidad iba poco a poco recobrando su imperio. Mas la realidad érale odiosa, y trataba de mantenerse en aquel estado delirante. Un individuo de los que la siguieron se aventuró a detenerla en toda regla, llamándola por su nombre.

—Pero ¡qué tapadita va usted..., Fortunata!

Detúvose ella ante el que esto dijo. Pensando en quién podría ser, estuvo un ratito como lela, mirando a la persona que enfrente tenía. "Yo quiero conocer esta cara", se dijo.

—¡Ah! Es don Evaristo.

—Hija, muy distraidita va usted...

—Voy a mi casa.

—¡Por aquí!—exclamó Feijoo con asombro—. Pues el camino que lleva usted es el del teatro Real.

—Es que—replicó ella, mirando las casas—me había equivocado... No sé lo que me pasa...

—Vamos por aquí; la acompañaré a usted—dijo don Evaristo con bondad—. Capellanes, Rompelanzas, Olivo, Ballesta, San Onofre, Hortaleza, Arco.

—Ese es el camino; pero no dude usted lo que le digo...

—¿Qué, hija mía?

—Que yo soy honrada, que siempre lo he sido.

Feijoo miró a su amiga. Francamente, aquellos ojos tan bonitos le habían hecho siempre muchísima gracia; pero no le hacía maldita la exaltación que en ellos notaba aquella noche.

La abandonada se volvió a tapar la boca con el mantón, y su acompañante no chistaba. Mas como ella se detuviera de nuevo para repetir aquel concepto de la honradez, Feijoo, que era hombre muy franco, no pudo menos de decirle:

—Amiguita, usted no está buena; quiero decir, a usted le ha pasado algo muy gordo. Confíese usted en mí, que soy un amigo leal, y le daré buenos consejos.

—Pero ¿duda usted—dijo Fortunata apoyándose en la pared—que yo haya sido siempre...?

—¿Honrada? ¿Cómo he de dudar eso, hija mía? Pues no faltaba más. Lo que dudo es que usted tenga buena salud. Está usted fatigada, y me parece que debemos tomar un coche... ¡Eh!, cochero...

La de Rubín se dejó llevar, y maquinalmente entró en el simón. Alguna vez había hecho lo mismo con un cualquiera encontrado en la calle.

Feijoo le habló dentro del coche con paternal cariño; pero ella no contestaba de una manera completamente acorde. De pronto le miró en la oscuridad del vehículo, diciéndole:

—Y tú, ¿quién eres?... ¿Adónde me llevas? ¿Por quién me has tomado? ¿No sabes que soy honrada?

—¡Ay Dios mío!—murmuró el buen don Evaristo con hondísimo disgusto—. Esa cabeza no está buena, ni medio buena...

Por fin, llegaron, y los dos subieron. La criada les abrió.

—Ahora—dijo el simpático coronel retirado—a acostarse. ¿Quiere usted que le traiga un médico?

Sin contestar metióse ella en su alcoba. Feijoo la siguió, afligidísimo de verla en tal lastimoso estado. Después, él y la criada cuchichearon.

—Rompimiento... Le ha dado otra vez el cañuto ese bergante—decía don Evaristo—. Si no es más que eso, la trinquetada pasará.

Despidióse hasta el día siguiente, y la dolorida se acostó, diciendo a la criada, mientras la ayudaba a desnudarse:

—Honrada soy, y lo he sido siempre. ¿Qué?... ¿Lo dudas tú?

—Yo..., no, señorita; ¿qué he de dudarlo?—replicó la criada, volviendo la cara para disimular una sonrisa.

Durmióse pronto la infeliz señora de Rubín; pero a la media hora ya estaba despierta y muy excitada. Dorotea, que se quedó junto a ella, la oyó cantando, a media voz, y con las manos cruzadas, las coplas místicas de las Micaelas.

CAPITULO IV

UN CURSO DE FILOSOFÍA PRÁCTICA

I

Dos o tres veces fué don Evaristo al siguiente día a enterarse de la salud de Fortunata; pero no la pudo ver. Dorotea le dijo que la señorita no quería ver a nadie, y que de tanto pensar que era honrada le dolía horriblemente la cabeza. Al otro día la señorita estaba un poco mejor, se había levantado y apetecido un sopicaldo.

—Pero sigue con la misma idea—añadió, no sin malicia, la chica, que era graciosa y avisada—. Se lo prevengo, señor, para que le lleve el genio y le diga que sí.

—Descuida, hija—replicó el caballero—, que por mí no ha de quedar. ¿Puedo verla? ¿No la molestaré mucho? ¿Sabe que estoy aquí?

—Ya lo sabe. Espérese un ratito y pasará.

Quedóse solo en el comedor mi hombre, y después de quince minutos de espera, Dorotea le mandó pasar. Estaba Fortunata en su gabinete, tendida en el sofá, la cabeza reclinada sobre un almohadón de raso azul. Tenía puesta la bata de seda y un pañuelo blanco finísimo a la cabeza, tan ajustado, que no se le veía más que el óvalo del rostro. Estaba ojerosa, pálida y muy abatida. Como don Evaristo se preciaba de saber algo de medicina, tomóle el pulso.

—Si está usted como un reloj, hija. Si no tiene fiebre ni ése es el camino... ¡Bah!, coqueterías..., un poco de rabietina y nada más. Y que está usted guapísima con ese pañolito, ya, ya. No se le ven ni el pelo ni las orejas. Parece una hermana de la Caridad... ¡Vaya con los males de esta señora!

—Ayer estuve muy malita—dijo ella con voz apagada—. La cabeza se me partía, y como no me podía quitar de *entre mí* aquella idea, y dale con lo mismo... ¡Lo que una piensa!... Tengo que declarar que soy...

—Honrada, sí, hoy más que ayer y mañana más que hoy. Por sabido se calla.

—No, hombre, no digo eso.

—¿Cómo que no?

—Lo que soy es muy mala, la mujer más mala que ha nacido. Pero ¿usted sabe bien lo que yo he hecho? Lo que me pasa me lo tengo bien ganado, sí, bien ganado me lo tengo, porque cuidado que he hecho yo perrerías en este mundo...

—¡Quite usted allá!... No habrá sido tanto.

—Vamos ahora a otra cosa—dijo la joven, sacando de debajo del manto una mano en la que tenía una carta—. Ayer me mandó esto.

—¿Quién? ¡Ah! Santa Cruz.

—No la he leído hasta esta mañana. Aquí se despide otra vez, dándome consejos y echándoselas de santo varón. Me manda dentro de la carta cuatro mil reales.

—Vamos... No se ha corrido que digamos.

—Quiero escribirle hoy mismo—indicó ella, animándose un poco—. Escribirle, no..., nada más que meter los dos billetes de dos mil reales dentro de un sobre y devolvérselos.

—Hija mía, párese usted y piense bien lo que hace—dijo el amigo, acercándose cariñosamente a ella—. Eso de devolver dinero es un romanticismo impropio de estos tiempos. Sólo se devuelve el dinero que se ha robado, y usted tenía derecho a que él le diera no sólo eso, sino muchísimo más. Conque déjese usted de *rasgos* si no quiere que la silbe, porque esas simplezas no se ven más que en las comedias malas. Nada, yo me he propuesto sacarla a usted del terrero de la tontería y ponerla sólidamente sobre el terreno práctico.

—Lo que es el dinero no lo tomo—declaró la enferma del corazón, alargando los labios como los niños mimosos.

—¡Ay, qué gracia!... Eso es, y coma usted mimitos—dijo el coronel, haciendo también con sus labios la trompeta más larga que le fué posible—. ¡Devolverle los santos cuartos! Sí, para que se ría más. Eso es lo que él quiere... ¿Tiene usted ahorros?

—Tendré unos treinta duros.

—Pues eso y nada... ¿De qué va usted a vivir ahora?

—Quiero ser honrada.

—Magnífico..., sublime. Lo que no veo tan claro es que para ser honrada sea preciso no comer... ¿Acaso piensa usted trabajar? ¿En qué?... Al menos, con esos cuatro mil reales tiene tiempo de pen-

sarlo y vivir algunos meses. Conque a guardar los *monises*, y no se hable más del asunto.

No se convenció Fortunata, que era algo terca; pero se aplazó la devolución de los billetes para el día siguiente. Como tenía clavada en su mente la injuria recibida, sin querer hablaba de ella.

—¡Vaya la que me ha hecho!—murmuró después de una pausa, mirando al suelo—. ¡Qué manera de pagarme! ¡Yo que lo dejé todo por él, y a los que me habían hecho decente les di una patada!... Perdone usted si hablo mal. Soy muy ordinaria. Es mi ser natural; y como a los que me querían afinar y hacerme honrada les di con su honradez en los hocicos... ¡Qué ingrata, ¿verdad?, qué indecente he sido! Todo por querer más de lo debido, por querer como una leona. Y para que calcule usted si soy simple, aquí, donde usted me ve, si ese hombre me vuelve a decir tan siquiera media palabra, le perdono y le quiero otra vez.

—Sí, ya se conoce que es usted más tierna que el requesón—dijo don Evaristo, meditando.

—Es que los demás me parece que no son tales hombres. Para mí hay dos clases de hombres: él a este lado, todos los demás al otro. No voy de aquí a esa puerta por todos ellos. Soy así, no lo puedo remediar.

—No me dice usted nada que yo no sepa. He visto mucho mundo—afirmó Feijoo con tolerancia de sacerdote hecho al confesonario—. Las personas que son como usted suelen pasar una vida de perros. No hay mayor desgracia que tener el corazón demasiado grande. Cerebro grande, estómago grande, hígado grande, son males también, pero menores. Y yo he de poder poco o le he de recortar a usted el corazón para que haya equilibrio.

—¿Equi...?

—Equilibrio.

—Ya; no lo digo bien; pero comprendo lo que es. Y ¿cómo me va usted a recortar?

—¡Oh! Se necesitan muchas lecciones..., es la única manera de que usted no sea desgraciada toda la vida. ¡Ah!, este mundo es una gaita con muchos agujeros, y hay que templar, templar para que suene bien. Usted no sabe de la misa la media. Parece que acaba de nacer y que la han puesto de patitas en el mundo. ¿Qué resulta?, que no sabe por dónde anda. Devuelve el dinero que le dan y se chifla dos, tres veces por una misma persona. ¡Bonito porvenir! Yo le voy a enseñar a usted una cosa que no sabe.

—¿Qué?

—Vivir... Vivir es nuestra primera obligación en este valle de lágrimas, y, sin embargo, ¡qué pocos hay que sepan desempeñarla!... Se lo dice a usted un hombre que ha visto mucho mundo, que ha tenido, como usted, un corazón del tamaño de hoy y mañana. Conque prepararse, que empiezo mis lecciones.

—¿Y seré feliz?—dijo Fortunata con expectación supersticiosa, como si le estuvieran echando las cartas.

—Por de pronto, de lo que yo trato es de que sea usted práctica.

—¡Práctica!—replicó ella, arrugando la nariz con salero, como hacía siempre que afectaba no comprender una cosa y burlarse de ella al mismo tiempo—. Práctica, ¿qué quiere decir eso?

—¿Y no lo sabe?... ¡No se haga usted más tonta de lo que es!—indicó don Evaristo, arrugando también la nariz.

—Pues nos haremos *pléiticas*—dijo la señora de Rubín, ridiculizando la palabra para ridiculizar la idea.

Poco más duró aquella visita, porque el señor de Feijoo no quería molestar. Despidióse, prometiendo volver pronto. Por él volvería dentro de una hora.

—Amiguita, usted no puede estar mucho tiempo sola, porque esa cabeza se pone a trabajar... Como usted no me eche, aquí me tendrá otra vez esta tarde.

Y volvió cerca de anochecido, trayendo un ramo de flores, y poco después fué un mozo de cuerda con dos o tres tiestos. A Fortunata le gustaban mucho las flores, así vivas como cortadas; tenía los balcones llenos de macetas y se pasaba buena parte de la mañana cuidándolas. Mucho agradeció al buen caballero tales obsequios, que tenían mayor precio en la estación que corría. Las flores del ramo eran de las más bellas, raras y valiosas que hay en invierno. De lo que sobre plantas se habló aquella tarde, coligió don Evaristo que su amiga tenía gustos un poco desacordes con el gusto corriente. No le hacía gracia ninguna flor que no tuviese fragancia, y particularmente las camelias le eran antipáti-

cas. Entre la mejor de las camelias y el más amarillo y sosón de los girasoles no hallaba gran diferencia en cuanto al mérito. Diéranle a ella un buen clavel, un nardo, una rosa de la tierra y, en fin, todas aquellas flores que *ilusionan el sentido* en cuanto uno se acerca a ellas...

—Y ¿qué tal nos encontramos esta tarde?—dijo don Evaristo, inclinándose para verle la cara.

Echábaselas de médico; pero examinaba la cara por lo bonita que le parecía, no por buscar en ella síntomas hipocráticos, y como avanzara la noche y no había luz, tenía que acercarse mucho para ver bien. Continuaba ella en el propio sitio y postura que por la mañana.

—Estoy lo mismo—replicó sin moverse—. Desde que usted se fué estuve llorando hasta ahorita.

—Pues no hay que devanarse los sesos para encontrar el remedio. Con no moverme de aquí... Pero podría ser el remedio peor que la enfermedad, y al fin tendría usted que llorar para que me marchase... Vamos, hija, modere esos suspiros tan fuertes, que parece que se le va a salir el alma por la boca. Ya nos iremos consolando. El tiempo es un médico que se pinta solo para curar estas cosas, y todavía he de ver yo a mi amiga más contenta que unas Pascuas, sin acordarse para nada de lo que tanto la aflige hoy. Y pronto, muy pronto... Y es preciso distraerse. ¿Sabe usted jugar al tresillo?

—¿Yo? No sé más que el tute. Ese quiso enseñarme al tresillo; pero nunca lo pude aprender. No sabe usted bien lo torpe que soy.

—¿Le gusta a usted el teatro?

—Eso sí, sobre todo los dramas en que hay cosas que la hacen llorar a una.

—¡Ave María Purísima!... Esas obras en que sale aquello de "¡Hijo mío!... ¡Padre mío!..."

—Esas y otras en que hay pasos de mucha aflicción y sacan las espadas y se desmaya una actriz porque le quitan el hijo.

—¡Alabado sea el Santísimo!...—dijo Feijoo con socarronería—. En eso sí que son contrarios nuestros gustos, porque yo en cuanto veo que los actores pegan gritos y las actrices principian a hacerme pucheritos, ya estoy bufando en mi butaca y mirando para la puerta. Nada de lágrimas. Lo que le conviene a usted ahora es reírse con las piececitas de Lara y Variedades. Para dramas, hija, los de la realidad... ¿Le gustan a usted los bailes de máscara?

—Se va usted a reír—replicó Fortunata, incorporándose—. En el poco tiempo que anduve yo suelta en Barcelona, de la Ceca a la Meca, solía ir a bailes y divertirme algo; después, no... Este año me llevó Juan dos veces, y otra vez fuí yo sola con una amiga, por ver si le sorprendía pegándomela con algún trasto... ¿Creerá usted que no me he divertido ni esto? La careta me da un calor que me abrasa..., me la quiero quitar. Pues digo..., si me pongo a dar bromas, yo misma me río de mi poca gracia. No puede usted figurarse lo *desaborida* que soy. No se me ocurren nada más que sandeces. Juan me decía que no sirvo para nada, y que no me merezco el palmito que tengo. El se empeñaba en que yo fuera de otro modo; pero la cabra siempre tira al monte. Pueblo nací y pueblo soy; quiero decir, ordinariota y salvaje... ¡Ah, si viera usted lo furioso que se ponía cuando le decía yo que me gusta un guisado de falda y pecho como los que se comen en los bodegones! Pero nada, que tenía que esconderme para comer a mi gusto. ¿Y cuando me sermoneaba porque no tengo ese aire de francesa que tiene la Antoñita, esa que está con Villalonga, y otra que llaman Sofía la *Ferrolana*? "Hasta en la manera de sentarse se diferencian de ti—me decía—. Fíjate bien en aquel aire de abandono o de viveza, según los casos; en aquella gracia, en aquel modo de andar por la calle. Tú, cuando vas por ahí con tu velito y ese pasito reposado, sin mirar a nadie, parece que vas de casa en casa pidiendo para una misa." ¿Ve usted lo que me decía? ¿Y cuando se empeñaba en que me pusiera yo esos cuerpos tan ceñidos, tan ceñidos, que con ellos parece que enseña una todo lo que Dios le ha dado?...

"Esta mujer me vuelve loco—pensaba Feijoo, experimentando al oír a Fortunata una sensación de inefable contento—. Si estoy chocho, si no sé lo que me pasa... ¡Ay Dios mío, a mi edad!... No hay remedio, me declaro... Pero no, refrénate, compañero; aún no es tiempo."

Al buen señor se le ponían los ojos encandilados oyéndole contar aquellas cosas con tan encantadora sinceridad.

Sonrisa de alegría y esperanza contraía sus labios, mostrando su dentadura intachable. Su cara, que era siempre sonrosada, poníasele encendida, con verdaderos ardores de juventud en las mejillas. Era, en suma, el viejo más guapo, simpático y frescachón que se podía imaginar; limpio como los chorros del oro, el cabello rizado, el bigote como la pura plata; lo demás de la cara tan bien afeitadito, que daba gloria verle; la frente espaciosa y de color de marfil, con las arrugas finas y bien rasgueadas. Pues de cuerpo ya quisieran parecérsele la mayor parte de los muchachos de hoy. Otro más derecho y bien plantado no había.

"No, lo que es hoy no le digo nada —pensaba—. Temo hacer el bisoño. Calma, compañero, y repliégate un poco; tiempo tienes de picar espuelas. Hoy lo recibiría mal. Está muy reciente la herida."

II

"Pues lo que es hoy sí que no me quedo con esto dentro del cuerpo—pensó mi hombre al otro día, entrando en la sala, hecho un sol de limpio y despidiendo, como todas las mañanas al salir de su casa, un fuerte olor a colonia—. Y ¿dónde está? ¿Qué hace que no sale? Es un encanto esa mujer, y tengo al tal Santa Cruz por el gaznápiro más grande que come pan... ¡Cuánto me hace esperar! Paréceme que oigo trastazos como de dar con el zorro en los muebles. Estará de limpieza, aunque hoy no es sábado. Pero no importa que no sea sábado. Eso le conviene: trabajar, hacer ejercicio, distraerse, andar de aquí para allí. ¡Magnífico!... Sí, sí, sin duda está de limpieza. Es un diamante en bruto esa mujer. Si hubiera caído en mis manos en vez de caer en las de ese simplín, ¡qué facetas, Dios mío, qué facetas le habría tallado yo!... Y sigue el traqueteo allá dentro. Parece que arrastran muebles... Bien, muy bien, dale duro. Para cosas del corazón, sudar, sudar, sudar. ¡Ay, qué contento estoy hoy! Tiempo hacía, compañero, mucho tiempo hacía que no te sentías tan feliz como te sientes hoy. Desde que estuviste en Filipinas... Pues ahora parece que están moviendo la cama de hierro. ¡Cómo rechina el metal!... ¡Ah!, por fin sale..."

—Dispénseme usted, amigo don Evaristo—dijo Fortunata apareciendo en la puerta del gabinete, con bata de diario, un delantal muy grande y pañuelo liado a la cabeza—. Estoy de limpia.

Tras ella se veía una atmósfera polvorienta, turbia y luminosa; el sol entraba por el balcón, de par en par abierto.

—Porque yo tengo esta costumbre... Cuando me siento con ganas de llorar y dada a todos los demonios, ¿sabe usted qué hago?, pues coger el zorro, las escobas, una esponja grande y un cubo de agua. Siempre que tengo una pena muy grande le meto mano al polvo.

—Pues, ¡ay, hija mía!, la compadezco a usted..., porque la casa está como una plata.

—¡Cómo ha de ser!... Sí, ésta es mi única distracción. Yo no sé ninguna labor delicada; no sé coser en fino, no bordo ni toco el piano. Tampoco pinto platos como esa Antonia amiga de Villalonga, la cual está siempre de pinceles; yo apenas sé leer y no le saco sentido a ningún libro... ¿Qué he de hacer? Fregar y limpiar. Con esto no me acuerdo de otras cosas.

"Me la comería", pensó don Evaristo, que la contemplaba embobado, sin decir nada.

—Conque lo mejor es que se vaya usted ahora y vuelva más tarde. Le vamos a llenar de polvo y basura.

—No, hija, yo no me voy de aquí.

—¡Huy!... Cómo huele usted a colonia. Ese olor sí que me gusta... Pero le vamos a poner perdido. Mire que ahora empezaremos con la sala.

—No me importa—replicó el buen señor, con sonrisa inefable—. ¿Me empolva? Mejor. Yo me sacudiré.

—Como usted quiera... Pues ándese por ahí... Yo no tengo aquí *álbunes* ni libros para que se entretenga.

—Maldita la falta que me hacen a mí los *álbunes*... Siga, siga usted y trabaje firme. Eso, eso es lo que nos conviene. Luego hablaremos. Yo no tengo absolutamente nada que hacer...

Y dos horas más tarde estaban sentados ambos en el gabinete, uno frente a otro, ella en el mismo pergenio en que antes se presentara y algo fatigada.

—¡Debo de tener una facha...!—dijo, levantándose para mirarse al espejo que sobre el sofá estaba—. ¡María Santi-

sima! ¿Ve usted las pestañas cómo las tengo, llenas de polvo?

—No estarían así si no fueran tan negras y tan grandes y hermosas...

—Quisiera aviarme un poco. Es una falta recibir visitas con esta facha.

—Por mí no se apure usted... Me agrada más verla así. Descanse ahora y echemos un parrafito. Voy a permitirme una pregunta. ¿Qué piensa usted hacer ahora?

Fortunata, que se inclinaba hacia adelante para oír mejor, dejó caer la cabeza sobre el respaldo; la mejor manera de expresar que no había pensado nada sobre aquel punto.

—¿Piensa usted pedir perdón a su marido y reconciliarse con él?

—¡Jesús! Y ¡qué cosas se le ocurren!—exclamó ella, llevándose las manos a la cabeza, cual si oyera el mayor de los absurdos.

—Pues me parece que no he dicho ningún disparate.

—Antes que volver con Maximiliano —afirmó Fortunata, poniendo la cara más seria que sabía poner—, todo lo paso, todo...

—Incluso la miseria, la deshonra...

—Sí, señor...

—Bueno. Pues quiere decir que cuando se acabe lo poquito que usted tiene..., y supongo que no habrá insistido en devolver los cuatro mil reales..., pues cuando se acabe, no tendrá usted más remedio que buscarse la vida como pueda. Usted no sabe ningún trabajo honrado que produzca dinero; conque, claro es..., si me aciertas lo que llevo en la mano, te doy un racimo.

Fortunata frunció el ceño, y sin levantar las miradas del suelo doblaba y desdoblaba un pico del delantal.

—Eso no tiene vuelta de hoja, compañera. O a casa con su marido o a la calle con Juan, Pedro y Diego, a ver si sale algún primo con quien ir tirando. De este camino malo parten varios senderos, y no todos concluyen en el hospital y en la abyección. De modo que piénselo usted. Por más que se devane los sesos, no podrá salir de este dilema.

—¿De este qué?

—Dilema; quiere decir que a fondo o a Flandes.

—Yo quiero ser honrada—afirmó la joven con la mayor seriedad del mundo, atormentando más la punta del delantal.

—¿Honrada? Me parece muy bien. Y dígame usted con toda franqueza: ¿Honrada comiendo o sin comer?

Fortunata se sonrió un poco. Aquella sonrisa iluminó su pena un instante; pero pronto quedó su rostro envuelto otra vez en seriedad sombría, señal de la duda horrible que agitaba su alma.

—Eso de la honradez es muy bonito —prosiguió Feijoo—. No hay nada que se diga tan fácilmente y que luego resulte más difícil en la práctica. Yo creo que usted ha querido decir honradez relativa.

—No; yo quiero ser honrada a carta cabal, honrada, honrada.

—¿Sin volver con su marido?

—Sin volver con mi marido.

Feijoo hizo con los labios, con los ojos, con todos los músculos de su cara un mohín muy humano y expresivo, signo perteneciente al lenguaje universal y a la mímica de todos los países, el cual quería decir: "Hija mía, no lo entiendo."

Ni Fortunata lo entendía tampoco, por lo cual estaba verdaderamente anonadada. Faltábale poco para echarse a llorar.

—Vamos, vamos—dijo el coronel, sacudiendo toda aquella argumentación capciosa como se sacuden las moscas—, hablemos claro y seamos prácticos, sin miedo a la situación verdadera. Las cosas son como son, no como deseamos que sean. ¡Que más quisiéramos sino que usted pudiera ser tan honrada y pura como el sol! Pero tarde *piache*, como dijo el pájaro cuando se lo estaban comiendo. De lo que tratamos ahora es de que usted sea lo menos deshonrada posible. Porque me río yo de las virtudes que sólo están en el pico de la lengua. ¿Y el vivir y el comer? Usted, compañera, no tiene ahora más remedio que aceptar el amparo de un hombre. Sólo falta que la suerte le depare un buen hombre. ¿Se echará usted a buscarlo por ahí entre sus relaciones o saldrá a pescar un desconocido por calles, teatros y paseos? A ver... Dígolo porque si quiere usted ahorrarse este trabajo, figúrese que, aburrida, ha salido por esos mundos, que ha echado el anzuelo, que le han picado, que tira para arriba y que, ¡oh sorpresa!, me ha pescado a mí. Aquí me tiene usted fuera del agua, dando cole-

tazos de gusto por verme tan bien pescado. Soy algo viejo, pero, sin vanidad, creo que sirvo para todo, y por fuera y por dentro valgo más que la mayoría de los muchachos. No tengo nada que hacer, vivo de mis rentas, soy solo en el mundo, me doy buena vida y puedo dársela a quien me acomoda. Conque a decidirse. Modestia a un lado, dígole a usted que dificilillo le sería, en su situación, encontrar acomodo mejor. Bien lo comprenderá cuando le pasen las tristezas, que ojalá sea pronto. Ahora no tiene la cabeza despejada. Y no vacilo en decirlo—agregó, alzando la voz, como si se incomodara—. Le ha caído a usted la lotería, y no así un premio cualquiera, sino el gordo de Navidad.

—Quiero ser honrada—repitió Fortunata sin mirarle, como los niños mimosos que insisten en decir la cosa fea por que los reprenden.

—No seré yo quien le quite a usted eso de la cabeza—dijo el caballero, sonriendo, sin dudar de su victoria—. Y bien pudiera ser que hubiera usted descubierto la cuadratura del círculo.

—¿Qué dice?

—Nada... También se me ocurre que dentro de mi proposición puede usted ser todo lo honrada que quiera. Mientras más, mejor... En fin, no quiero marearla a usted más, y la dejo sola para que piense en lo que le he dicho. Siga limpiando, trabaje, dé bofetadas a los muebles, fregotee hasta que le escuezan los dedos; mecánica, mucha mecánica, y mientras tanto, piense bien en esto, y mañana o pasado mañana..., no hay prisa..., vengo por la *rimpuesta,* como dice el payo...

III

Como lo que debe suceder sucede, y no hay bromas con la realidad, las cosas vinieron y ocurrieron conforme a los deseos de don Evaristo González Feijoo. Bien sabía él que no podía ser de otro modo, a menos que aquella mujer estuviese loca. ¿Qué salida tenía fuera de la propuesta por él? Ninguna. ¿Qué honradez era aquella que apetecía no sabiendo trabajar, no queriendo volver con su marido y no teniendo malditas ganas de irse a un yermo a comer raíces? Moraleja: Lo que tenía que llegar, por la sucesión infalible de las necesidades humanas, llegó.

—Y para que veas si sé yo hacer las cosas y me intereso por ti—le dijo un día don Evaristo tuteándola ya—, me propongo evitar el escándalo por ti y por mí. Pondré singular cuidado en que ignore esto Juan Pablo Rubín, que fué quien me presentó a ti en la calle, ¿te acuerdas?, y de ahí viene nuestro dichoso conocimiento. Estas relaciones las hemos de esconder y reservar hasta donde sea humanamente posible. Verás qué bien vamos a estar. Yo te enseñaré a ser práctica, y cuando pruebes el ser práctica, te ha de parecer mentira que hayas hecho en tu vida tantísimas tonterías contrarias a la ley de la realidad.

Fortunata, preciso es decirlo, no estaba contenta, ni aun medianamente. Hallábase más bien resignada y se consolaba con la idea de que dentro de su desgracia no había solución mejor que aquélla, y de que vale más caer sobre un montón de pajas que sobre un montón de piedras. En los primeros días tuvo horas de melancolía intensísima, en las cuales su conciencia, confabulada con la memoria, la representaba de un modo vivo todas las maldades que cometiera en su vida, singularmente la de casarse y ser adúltera con pocas horas de diferencia. Pero de repente, sin saber cómo ni por qué todo se le volvía del revés allá, en las cavidades desconocidas de su espíritu, y la conciencia se le presentaba limpia, clara y firme. Juzgábase entonces sin culpa alguna, inocente de todo el mal causado, como el que obra a impulsos de un mandato extraño y superior. "Si yo no soy mala—pensaba—. ¿Qué tengo yo de malo aquí *entre mí*? Pues nada."

Con estos diferentes estados de su espíritu se relacionaban ciertas intermitencias de manía religiosa. En las horas en que se sentía muy culpable entrábale temor de los castigos temporales y eternos. Acordábase de cuanto le enseñaron don León y las Micaelas, y volvían a su mente las impresiones de la vida del convento con frescura y claridad pasmosas. Cuando le daba por ahí iba a misa y aun se le ocurría confesarse; pero pronto le entraba miedo y lo dejaba para más adelante. Luego venía la contraria, o sea el sentimiento de su inculpabilidad, como una reversión mecánica del es-

tado anterior, y todas las somnolencias y aprensiones místicas huían de su mente. Se pasaba entonces dos o tres días en completa tranquilidad, sin rezar más que los Padrenuestros que por rutina le salían de entre dientes todas las mañanas. Su conciencia giraba sobre un pivote, presentándole ya el lado blanco ya el lado negro. A veces esta brusca revuelta dependía de una palabra, de una idea caprichosa que pasaba volando por su espíritu, como pasa un pájaro fugaz por la inmensidad del cielo. Entre creerse un monstruo de maldad o un ser inocente y desgraciado, mediaban a veces el lapso más breve o el accidente más sencillo; que se desprendiese una hoja del tallo ya marchito de una planta, cayendo sin ruido sobre la alfombra; que cantase el canario del vecino o que pasara un coche cualquiera por la calle, haciendo mucho ruido.

Estaba muy agradecida al señor de Feijoo, que se portaba con ella como un caballero, y no tenía nada de quisquilloso, ni las impertinencias que suelen gastar los hombres. El primer día le leyó la cartilla, que era muy breve:

—Mira, yo te dejo en absoluta libertad. Puedes salir y entrar a la hora que quieras y hacer lo que te dé tu real gana. No soy partidario del sistema preventivo. Quiero que seas leal conmigo, como yo lo soy contigo. En cuanto te canses, avisas... Aquí no me entres a ningún hombre, porque si algún día descubro gatuperio, me marcho tan calladito y no me vuelves a ver... Lo mismo haré si lo descubro fuera. Si te portas bien, no dejaré de protegerte, ni aun en el caso de que me fuera preciso dejarte.

Lo que propiamente llamamos amor, la verdad, Fortunata no lo sentía por su amigo; pero sí le tenía respeto, y el cariño apacible a que era acreedor por su hidalgo comportamiento. Teníale ella por la persona más decente que había tratado en su vida. Y ¡cuánto sabía! ¡Qué experiencia del mundo la suya, y con qué habilidad se las gobernaba! Para poner en ejecución aquel plan de reserva que hablara al principio, mandóle tomar un cuartito modesto. No era por economía, pues bien podía él pagar una casa como la que Santa Cruz pagaba; era por recato. Lo de la honradez, que ella anhelaba ignorando el valor exacto de las palabras, no tenía sentido; pero ya que no fuese honrada, al menos pareciéralo, y esto iba ganando, que no era floja ganancia. Un cuartito modesto en un barrio apartado era ya señal de que al menos se evitaba el escándalo. A poco de instalada en su nuevo domicilio, don Evaristo le compró una buena máquina de Singer, con lo que ella se entretenía mucho. La visita del protector era diaria, aunque sin hora fija. Unas veces iba de tarde y otras de noche. Pero siempre se retiraba a su casa a dormir. Convenía que Fortunata tuviese una criada fiel, discreta y de cierta respetabilidad. Feijoo estuvo cosa de un mes buscándola, y al fin pudo encontrarla.

Si Fortunata, empezando por conformarse, acabó por sentirse bien, don Evaristo estuvo desde luego muy a gusto en aquella vida.

—Yo no soy celoso—le decía—, y aunque no pongo mi mano en el fuego por ninguna mujer, creo que no me faltarás como no se descuelgue otra vez el danzante de marras. A éste sí que le tengo miedo.

Y ella declaraba con su sinceridad de siempre que, en efecto, le conservaba ley al maldito autor de sus desgracias... No lo podía remediar, pero que si la buscaba otra vez, ya sabría ella resistir y darle con toda la fuerza de su honradez en los hocicos para que no volviera a ser pillo. Al oír esto Feijoo se mostraba benévolamente incrédulo y decía:

—Pidámosle a Dios que no te busque, por si acaso, que a Segura llevan preso.

Vivían retiradamente y no se presentaban juntos en ninguna parte. La calaverada de Feijoo no fué descubierta por sus amigos más sagaces. Fortunata no daba que hablar a nadie, y la familia de su marido creía que había desaparecido de Madrid. Con este sistema de cautela y recato les iba tan bien, que don Evaristo no cesaba de congratularse.

—¿Ves, chulita, cómo de este modo estamos en el Paraíso? Así se consiguen dos cosas: la tranquilidad dentro, el decoro fuera. ¿Qué necesidad tengo yo de que me llamen viejo *verde*? Y tú, ¿por qué has de andar en lenguas de la gente? Aquí tienes lo que yo te quería enseñar: ser persona práctica. Al mundo hay que tratarlo siempre con muchísimo respeto. Yo bien sé que lo mejor es que uno sea un santo; pero como esto es dificilillo, hay que tener formalidad y no

dar nunca malos ejemplos. Fíjate bien en esto: la dignidad siempre por delante, compañera.

Hablando esto se animaba, llegando hasta la elocuencia:

—Porque mira tú, chulita, no predico yo la hipocresía. En cierta clase de faltas, la dignidad consiste en no cometerlas. No transijo, pues, con nada que sea apropiarse lo ajeno, ni con mentiras que dañan al honor del prójimo, ni con nada que sea vil y cobarde; tampoco transijo con menospreciar la disciplina militar; en esto soy muy severo; pero en todo aquello que se relaciona con el amor, la dignidad consiste en guardar el decoro..., porque no me entra ni me ha entrado nunca en la cabeza que sea pecado, ni delito, ni siquiera falta, ningún hecho derivado del amor verdadero. Por eso no me he querido casar... Claro, es preciso contener algo a la gente y asustar a los viciosos; por eso se hicieron diez mandamientos en vez de ocho, que son los legítimos; los otros dos no me entran a mí. ¡Ah chulita! Dirás que yo tengo una moral muy rara. La verdad, si me dicen que Fulano hizo un robo o que mató o calumnió o armó cualquier gatería, me indigno, y si le cogiera, créelo, le ahogaría; pero vienen y me cuentan que tal mujer le faltó a su marido, que tal niña se fugó de la casa paterna con el novio, y me quedo tan fresco. Verdad que por el decoro debido a la sociedad hago que me espanto y digo: "¡Qué barbaridad, hombre, qué barbaridad!" Pero en mi interior me río y digo: "Ande el mundo y crezca la especie, que para eso estamos..."

Todo esto le pareció a Fortunata muy peregrino cuando lo oyó por primera vez; pero a la segunda encontrólo conforme con algo que ella había pensado. Pero ¿no sería un disparate? Porque era imposible que ella y Feijoo tuviesen razón contra el mundo entero.

—Conque ya sabes—añadió el coronel...; el día en que se te antoje faltarme, me lo dices. Yo no creo en las fidelidades absolutas. Yo soy indulgente, soy hombre, en una palabra, y sé que decir *humanidad* es lo mismo que decir *debilidad*... Pues vienes y me lo cuentas a mí, en mis barbas; nada de tapujos... ¿Creerás que voy a venir con un revólver para pegarle un tirito y pegarme yo otro?... ¡Valiente asno sería si lo hiciera! No. En nombre de la Humanidad y de la especie te miraré con benevolencia... Cierto que me ha de escocer algo. Pero cogeré mi sombrero y me marcharé de tu casa, sin que eso quiera decir que te abandone, pues lo que haré será jubilarte, señalándote media paga.

"Pero ¡qué hombre más raro, y qué manera de querer!", pensaba Fortunata.

IV

Aquel día comieron juntos, expansión que don Evaristo se permitía algunas veces. Dijo ella que sabía *poner unas judías estofadas* a estilo de taberna, que era lo que había que comer. Quiso Feijoo probara también aquel plato, porque le gustaban algunas comidas españolas. Fortunata tenía una despensa admirablemente provista, y en ropa y trapos gastaba muy poco. El era tan listo y tan práctico, que supo, sin esfuerzo, hacerle disminuir el inútil y ruinoso renglón de las modas. En la cuestión de *bucólica* sí que no le ponía tasa, y le recomendaba que trajese siempre lo mejor y más adecuado a cada estación. Pero ella no necesitaba que su señor le hiciera estas advertencias, porque madrileña neta y de la Cava de San Miguel, nada menos, sabía lo que se debe comer en cada época. No era glotona, pero sí inteligente en víveres y en todo lo que concierne a la bien provista plaza de Madrid.

Y la verdad era que con aquella vida tranquila y sosegada, eminentemente práctica, se iba poniendo tan lucida de carnes, tan guapa y hermosota, que daba gloria verla. Siempre tubo la de Rubín buena salud; pero nunca como en aquella temporada vió desarrollarse la existencia material con tanta plenitud y lozanía. Feijoo, al contemplarla, no podia menos de sentirse descorazonado. "Cada día más guapa—pensaba—, y yo cada día más viejo." Y ella, cuando se miraba al espejo, no se resistía a la admiración de su propia imagen. Algunos días le pasaba por bajo del entrecejo la observación aquella de otros tiempos: "¡Si me viera ahora...!" Pero al punto trataba de alejar estas ideas, que no le traían más que tristezas y cavilaciones.

Vivía en la calle de Tabernillas (Puerta de Moros), que para los madrileños del centro es *donde Cristo dió las tres*

voces y no le oyeron. Es aquel barrio tan apartado, que parece *un pueblo.* Comunícase, de una parte, con San Andrés, y de otra, con el Rosario y la V. O. T. El vecindario es en su mayoría pacífico y modestamente acomodado: asentadores, placeros, trajineros. Empleados no se encuentran allí por estar aquel caserío lejos de toda oficina. Es el arrabal alegre y bien soleado, y corriéndose al Portillo de Gilimón, se ve la vega del Manzanares y la Sierra, San Isidro y la Casa de Campo. Hacia los taludes del Rosario, la vecindad no es muy distinguida, ni las vistas muy buenas, por caer contra aquella parte las Prisiones Militares y encontrarse a cada paso mujeres sueltas y soldados que se quieren soltar. Al fin de la calle del Aguila también desmerece mucho el vecindario, pues en la explanada de Gilimón, inundada de sol a todas las horas del día, suelen verse cuadros dignos del Potro de Córdoba y del Albaicín de Granada. Por la calle de la Solana, donde habita tanta pobretería, iba Fortunata a misa a la Paloma, y se pasmaba de no encontrar nunca en su camino ninguna cara conocida. Ciertamente, cuando un habitante del centro o del norte de la Villa visita aquellos barrios, ni las casas ni los rostros le resultan Madrid. En un mes no pasó Fortunata más acá de Puerta de Moros, y una vez que lo hizo detúvose en Puerta Cerrada. Al sentir el mugido de la respiración de la capital en sus senos centrales, volvióse asustada a su pacífica y silenciosa calle de Tabernillas.

Don Evaristo vivía, desde que obtuvo el retiro, en el segundo piso de un caserón aristocrático de la calle de Don Pedro. Era uno de esos palacios grandones y sin arquitectura, construídos por la nobleza. En el principal había una Embajada, y cuando en ella se celebraba sarao, decoraban la escalera con tiestos y le ponían alfombra. Habíase acostumbrado Feijoo a la amplitud desnuda de sus habitaciones, a las grandes vidrieras, a la altura de techos, y no podía vivir en *estas casas de cartón* del Madrid moderno. Su domicilio tenía algo de convento, y su vecino en el segundo de la izquierda era un arqueólogo, poseedor de colecciones maravillosas. En toda la casa no se oía ni el ruido de una mosca, pues el ministro plenipotenciario del principal era hombre solo, y fuera de las noches de recepción, que eran muy contadas, creeríase que allí no vivía nada.

Por la solitaria calle de las Aguas se comunicaba brevemente Feijoo con su ídolo. No me vuelvo atrás de lo que esta expresión indica, pues el buen señor llegó a sentir por su protegida un amor entrañable, no todo compuesto de fiebre de amante, sino también de un cierto cariño paternal, que cada día se determinaba más. "¡Qué lástima, compañero—pensaba—, que no tengas veinte años menos!... De veras que es una lástima. ¡Si a ésta la cojo yo antes...! Así como otros estropearon con sus manos inhábiles esta preciosísima *individua,* yo le hubiera dado una configuración admirable. ¡Qué española es y qué chocho me estoy volviendo!"

Al mes, ya Feijoo no podía vivir sin aumentar indefinidamente las horas que al lado de ella pasaba. Muchos días comían o almorzaban juntos, y como ambos amantes habían convenido en enaltecer y restaurar prácticamente la hispana cocina, hacía la *individua* unos guisotes y fritangas cuyo olor llegaba más allá de San Francisco el Grande. De sobremesa, si no jugaban al tute, el buen señor le contaba a su querida aventuras y pasos estupendos de su dramática vida militar. Había estado en Cuba, en tiempo de la expedición de Narciso López, y trabajó mucho en la persecución y captura del famoso insurgente. Fortunata le oía embelesada, puestos los codos sobre la mesa, la cara sostenida en las manos, los ojos clavados en el narrador, quien, bajo la influencia de la atención ingenua de su amada, se sentía más elocuente, con la memoria más fresca y las ideas más claras.

—Tú no puedes hacerte cargo de aquellas noches de luna en Cuba, de aquella bóveda de plata resplandeciente, de aquellos manglares, que son jardines en medio de los espejos de la mar... Pues aquella noche de que te hablo estábamos acechando junto a un río, porque sabíamos que por allí habían de pasar los insurgentes. Oímos un chapoteo en el agua; creímos que era un caimán que se escurría entre las cañas bravas. De repente, *pim,* un tiro. ¡Ellos!... Al instante, toda nuestra gente se echa los fusiles a la cara. *Ta-ta-ra-trap...* Un negrazo salta sobre mí y, *zas,* le meto el machete por el ombligo y se lo saco por el

lomo... No me he visto en otra, hija.

También había estado en la expedición a Roma el 48. ¡Oh Roma! Aquello sí que era cosa grande. ¡Qué bonito aquel paso de Pío IX bendiciendo a las tropas! Y la conversación rodaba, sin saber cómo, de la bendición papal a los amoríos del narrador. En esto era la de no acabar, y de la cuenta total salían a siete aventuras por año, con la particularidad de que eran en las cinco partes del mundo, porque Feijoo, que también había estado en Filipinas, tuvo algo que ver con chinas, javanesas y hasta con joloanas. Una salvaje le había trastornado el seso, demostrando que en las islas de Polinesia se dan casos de coquetería no menos refinada que la de los salones europeos.

—¡Ay, qué bueno!—exclamaba Fortunata, riendo con toda su alma al oír ciertos lances—. ¡Si eso parece de acá...! Pero ¡qué lista!... ¿Has visto? ¡Y luego dicen!...

De europeas no había que hablar. Contó el ex coronel aventuras con solteras y casadas que a su amiga le parecían mentira, y no las habría creído si no las oyera de labios de persona tan verídica y formal.

—Pero ¿has visto? Si eso se dice, no se cree... Y si lo escriben, pensarán que es fábula mal inventada. ¡Qué cosas hacen las mujeres! Bien dicen que somos el demonio.

Debo advertir que nada refería Feijoo que no fuese verdad, porque ni siquiera recargaba sus cuadros y retratos del natural. Lo mismo hacía Fortunata cuando le tocaba a ella ser narradora, incitada por su protector a mostrar algún capítulo de la historia de su vida, que en corto tiempo ofrecía lances dignos de ser contados y aun escritos. No se hacía ella de rogar, y como tenía la virtud de la franqueza, y no apreciaba bien por rudeza de paladar moral la significación buena o mala de ciertos hechos, todo lo desembuchaba. A veces sentía don Evaristo gran regocijo oyéndola, a veces verdadero terror; pero de todas estas sesiones salía al fin con impresiones de tristeza y pensaba así: "Si hubiera caído antes en mis manos, si yo la hubiera cogido antes, todas esas ignominias se habrían evitado... ¡Qué lástima, compañero, qué lástima! ¡Y lo más raro es que después de tanto manosear hayan quedado intactas ciertas prendas, como la sinceridad, que, al fin, es algo, y la constancia en el amor a uno solo..."

Ambos evitaban que en sus conversaciones surgieran ciertos nombres; pero una noche se habló, no sé por qué, de Juanito Santa Cruz.

—Anda—dijo Fortunata—, que ya se habrá cansado otra vez de la tonta de su mujer. A bien que ella se tomará la revancha...

—No lo creo.

—Pues yo sí...—afirmó la prójima, fingiendo convicción—. ¡Bah! No hay mujer casada que no peque... Ya saben tapar bien esas señoras ricas.

—No me gusta, hija, que hables así de persona alguna, y menos de ésa. Yo me explico que no la quieras bien; pero observa que es inocente de las trastadas que te ha hecho su marido.

Feijoo conocía a algunas personas de la familia de Santa Cruz. A Jacinta y a Juan no les había hablado nunca; pero sí a don Baldomero y algo a Barbarita. Trataba al gordo Arnaiz y a otros muy allegados a la familia, como el marqués de Casa-Muñoz y Villalonga, y el mismo Plácido Estupiñá no era un desconocido para él.

—Es preciso que te acostumbres—prosiguió con cierta severidad—a no hacer juicios temerarios, huyendo de cuanto pueda herir o lastimar a una familia respetable. Dobla la hoja y hazte cuenta de que esa gente se ha ido a ultramar o se ha muerto.

—Te diré una cosa que ha de pasmarte—indicó Fortunata con la expresión grave que tomaba cuando hacía una declaración de extremada y casi increíble sinceridad—. Pues el día en que vi por primera vez a Jacinta me gustó..., sin que por gustarme dejara de aborrecerla. Una noche me acosté con el corazón tan requemado de celos, que me sentía capaz... hasta de matarla..., mira tú.

—¡Bah! No digas tonterías... No me hace gracia que te pongas así... Eso de matar a la rival es hasta cursi...

—Pero si no he acabado...; déjame que te cuente lo mejor. La aborrezco y me agrada mirarla; quiere decirse que me gustaría parecerme a ella, ser como ella, y que se me cambiara todo mi ser natural hasta volverme tal y como ella es.

—Eso sí que no lo entiendo—dijo Fei-

joo, cayendo en un mar de meditaciones—. Caprichos del corazón.

Y al levantarse, apoyando las manos en los brazos del sillón, notó, ¡ay!, que el cuerpo le pesaba más, pero mucho más que antes.

V

No pararon aquí las observaciones referentes a su decaimiento físico. Una mañana, al levantarse, notó que la cabeza se le mareaba. Jamás había sentido cosa semejante. En la calle advirtió que para andar completamente derecho necesitaba pensarlo y proponérselo. Pasando junto a la carcomida puerta del convento de la Latina, no pudo menos de mirarse en ella como en un espejo. Se vió allí bien claro, cual vestigio honroso conservado sólo por indulgencia del tiempo. "Todo envejece—pensó—, y cuando las piedras se gastan, ¡cómo no ha de gastarse el cuerpo del hombre!"

Y los síntomas de decadencia aumentaban con rapidez aterradora. Dos días después notó Feijoo que no oía bien. El sonido se le escapaba, como si el mundo todo con su bulla y las palabras de los hombres se hubieran ido más lejos. Fortunata tenía que gritar para que él se enterase de lo que decía. A lo penoso de esta situación uníase lo que tiene de ridículo. Verdad que aún andaba al paso de costumbre; pero el cansnacio era mayor que antes, y cuando subía escaleras, el aliento le faltaba. Mirábase al espejo por las mañanas, y en aquella consulta infalible notaba fláccidas y amarillentas sus mejillas, antes lozanas; la frente se apergaminaba y tenía los ojos enrojecidos y llorones. Al ponerse las botas, la rodilla derecha le dolía como si le metieran por la choquezuela una aguja caliente, y siempre que se inclinaba, un músculo de la espalda, cuyo nombre no sabía él, producíale molestia lacerante, que fuera terrible si no pasara pronto... "¡Qué bajón tan grande, compañero —se decía—, pero qué bajón! Y esto va a escape. Ya se ve. La locurilla me ha cogido ya con los huesos duros y con muchas Navidades encima. Pero, francamente, este bajoncito no me lo esperaba yo todavía..."

Esto le ocasionó grandes tristezas, que al principio trataba de disimular delante de su querida; pero una tarde que estaban sentados junto al balcón, se le abatieron tanto los espíritus, que no pudo contener su pena y la confió a su amiga:

—Chulita, habrás notado que yo..., pues... habrás visto que mi salud no es buena. Y, entre paréntesis, ¿qué edad me echas tú?

—Sesenta—dijo ella seriamente con la reserva mental de que se quedaba algo corta.

—Hace unos días que he entrado en los sesenta y nueve... Dentro de nada, setenta. ¿Sabes que de quince días a esta parte me parece que he envejecido de golpe y porrazo veinte años? Yo me conservaba en mis apariencias y en mis bríos de cincuenta, cuando de improviso la naturaleza ha dicho: "¡Que me voy..., que no puedo más!..."

Fortunata había notado el bajón; pero, como es natural, no hablaba de semejante cosa.

—Lo que más me carga—dijo don Evaristo con rabia, dando un puñetazo en el brazo del sillón—es que la vista... Yo siempre he tenido una vista como un lince. Figúrate que en la Habana veía, desde el castillo de Atarés, las señales del vigía del Morro, distinguiendo perfectamente los colores de las banderas. Pues desde ayer noto no sé qué. Algunos objetos se me oscurecen completamente, y cuando me da el sol, me pican los ojos... Desde mañana pienso usar gafas verdes. Estaré bonito. En cuanto al oído, ya te habrás enterado. Hace días era el izquierdo; ahora es el derecho; he ascendido: era teniente y soy ya capitán. Te aseguro que estoy divertido. Pero es insigne majadería rebelarse contra la Naturaleza. Tiene ella sus fueros, y el que los desconoce, lo paga. Yo he sido en esto poco práctico, siéndolo tanto en otras cosas; pero ya que se me olvidaron los papeles en el caso este de hacer el pollo a los sesenta y nueve años, voy a recogerlos para prevenir las malas consecuencias. Ahora es preciso que me ocupe más de ti que de mí. Yo poco puedo durar...

—No..., ¡qué tontuna!—dijo Fortunata, aquella vez más piadosa que sincera.

—A mí no me vengas tú con zalamerías. Por mucho que tire..., pon que tire un año, dos; eso si no me quedo el mejor día hecho un monigote y en tal es-

tado que tengas que sonarme y ponerme la cuchara en la boca. De todas maneras, ya tengo poca cuerda, chulita de mi alma, y tengo que pensar mucho en ti, que la tienes todavía para rato, pues ahora estás en la flor de tus años y en lo mejor de tu hermosura.

Y otro día, subiendo la escalera, notaba que casi la subía más con los brazos que con las piernas, pues tenía que ampararse del pasamanos, haciendo mucha fuerza en él.

—Esto va por la posta. Si me descuido, no tengo tiempo ni de dejar a esta infeliz bien defendida de los pillos y de las propias debilidades de su carácter. ¡Pobre chulita! Hay que mirar mucho cómo la dejo, porque ésta al son que le tocan baila. Lo que se me ha ocurrido, para asegurarla contra los incendios, es decir, contra los *rasgos* de todas clases, quizá no le guste; de fijo no le gustará. Pero ya irá comprendiendo que no hay otro camino... ¡Ay de mí, que aún me falta un tramo! Dios nos asista. ¡Quién me había de decir a mí!...

Al entrar en la casa, pasó insensiblemente del soliloquio al discurso, dando voz a sus meditaciones.

—¡Quién me había de decir a mí que llegaría a ocuparme de que existen boticas en el mundo! Yo, que jamás caté píldora, ni pastilla, ni glóbulo, tengo mi alcoba llena de potingues; y si fuera a hacer todo lo que el médico me dice, no duraría tres días. ¡Y quién me había de decir a mí que le haría ascos a la comida, yo, que jamás le he preguntado a ningún plato por sus intenciones! El estómago se me quiere jubilar antes que lo demás del cuerpo, y ya debes suponer que faltando el jefe de la oficina... En fin, qué le hemos de hacer.

Al llegar aquí, don Evaristo tenía que alzar mucho la voz para hacerse oír, porque en la calle se situó un pianito de manubrio tocando polcas y valses. Las del tercero, que eran las amas o sobrinas del ecónomo de San Andrés, que allí vivía, se pusieron a bailar, y al poco rato hicieron lo propio los del segundo de la derecha. En el principal y segundo de la casa de enfrente armóse igual jaleo, y como los chicos alborotaban tanto en la calle, la gritería era espantosa, y don Evaristo y su amiga tuvieron que callarse, mirándose y riendo.

—Pues sobre que estoy sordo—dijo el simpático viejo—, la vecindad no nos deja oírnos. Callémonos, que tiempo hay de hablar.

Fijó sus tristes miradas en el suelo, y Fortunata, con los brazos cruzados, mirábale atenta, contemplando los estragos de la degeneración senil en su fisonomía, mientras se alejaban y extinguían en la calle los picantes ritmos del baile. La tarde caía; pronto iba a ser de noche, y como Feijoo tenía horror a la oscuridad, su amiga encendió luz, que puso en la mesa de camilla, y cerró después las maderas.

—¿En dónde has estado hoy?—le preguntó don Evaristo, que casi todas las noches le hacía la misma pregunta, no por fiscalizar sus actos, sino porque de aquella interrogación salía casi siempre una plática agradable.

—Pues hoy, al mediodía, subí a casa de las del cura—dijo ella, sonriendo y pasándole el brazo por encima de los hombros—. Son dos sobrinas o qué sé yo qué guapillas, y se parecen, aunque no son hermanas. Ayer estuvieron aquí y me dijeron si les quería pespuntar y dobladillar unas tiras para tableado de vestidos. Se componen mucho y tienen arriba la mar de figurines. Están haciendo dos trajes, y si vieras..., no pude por menos de reírme; porque del terciopelo que les sobra hacen trajes para Niños Jesús y para Vírgenes. Todo lo aprovechan, y hasta una hebilla de sombrero que no pueden gastar se la plantan a cualquier santo en la cintura.

Había hecho Fortunata algunas relaciones en la vecindad más próxima. Se visitaba con los inquilinos de la casa y con alguna familia de la inmediata, gente muy llana, muy neta; como que a todas las visitas iba la prójima con mantón y pañuelo a la cabeza. En el tiempo que duró aquella cómoda vida volvieron a determinarse en ella las primitivas maneras, que había perdido con el roce de otra gente de más afinadas costumbres. El ademán de llevarse las manos a la cintura en toda ocasión volvió a ser dominante en ella, y el hablar arrastrado, dejoso y prolongando ciertas vocales reverdeció en su boca, como reverdece el idioma nativo en la de aquel que vuelve a la patria tras larga ausencia. La gente más fina de aquella vecindad, o la que más procuraba serlo, era la familia del cura, y estas dos sobrinas

eclesiásticas se esforzaban en hacer contrastar su lenguaje atildado con el de su hermosa vecina.

—Pero ¿no sabes, *hijo*, lo que me han dicho hoy?—prosiguió Fortunata, conteniéndose la risa—. ¡Ay qué gracia!... Te lo contaré para que te rías. La mayor, que es la más estirada, levantó las cejas, y mirándome como con lástima, y echando aquella voz tan fina, pero tan fina que parece que se la han hecho las arañas, fué y me dijo, dice: "Pero ese señor, ¿no se casa con usted?" Por poco suelto el trapo... Yo le contesté: "Puede", y siguió con el sermón. Para que me dejara en paz, le dije, al fin, que sí, que nos íbamos a casar, que ya estábamos sacando los papeles y que pronto se echarían las proclamas.

—Bien contestado... ¡Qué ganas de meterse en lo que no les importa!

—Y ahora te pregunto yo—dijo Fortunata, más cariñosa, pero bastante más seria—: si yo fuera soltera, ¿te casarías conmigo?

—Sobre eso ya sabes cuáles son mis ideas—replicó él, de buen humor—. ¿Crees que han variado desde que estoy enfermo, y que los hombres piensan de un modo cuando tienen el estómago como un reloj, y de otro cuando la máquina principia a descomponerse? Algo de esto pasa, chulita, y una cosa es hablar desde la altura de una salud perfecta y otra al borde del hoyo... Pero en esto del matrimonio te aseguro que no han variado mis ideas. Sigo creyendo que el casarse es estúpido, y me iré para el otro barrio sin apearme de esto. ¡Qué quieres! Yo he visto mucho mundo... A mí no me la da nadie. Sé que es condición precisa del amor la no duración, y que de todos los que se comprometen a adorarse mientras vivan, el noventa por ciento, créetelo, a los dos años se consideran prisioneros el uno del otro, y darían algo por soltar el grillete. Lo que llaman infidelidad no es más que el fuego de la Naturaleza, que quiere imponerse contra el despotismo social, y por eso verás que soy tan indulgente con los y las que se pronuncian.

Por aquí siguió en su ingenioso tema; pero Fortunata no entendía bien estas teorías, sin duda por el lenguaje que empleaba su amigo. A poco de esto se puso ella a cenar. Feijoo no tomaba más que un huevo pasado y después chocolate, porque su estómago no le permitía ya las cenas pesadas. Pero en su frugal colación gozaba viendo comer a su protegida, cuyo apetito era una bendición de Dios.

—Hija, tienes un apetito modelo. Te estoy mirando, y al paso que te envidio, me felicito de verte tan bien agarrada a la vida. Así, así me gusta... No te dé vergüenza de comer bien, y puesto que lo hay, aplícate todo lo que puedas, que día vendrá..., ¡ojalá que no! Ya ves qué contraste; yo voy para abajo; tú, para arriba. Cuando digo que tienes lo mejor de la vida por delante... Y buena tonta serás si no engordas todo lo que puedas, y te pones las carnes aún más duras y apretadas si es posible. Figúrate si con esas tragaderas estarás bien dispuesta para el amor.

Después de esto, y mientras Fortunata se comía una cantidad inapreciable de pasas y almendras, cogiéndolas del plato una a una y llevándoselas a la boca sin mirarlas, el bondadoso anciano siguió sus habladurías con cierto desconcierto y como desvariando. A ratos parecía incomodado, y expresándose cual si refutara opiniones que acabara de oír, daba palmetazos en los brazos del sillón:

—Si siempre he sostenido lo mismo, si no es de ahora esta opinión. El amor es la reclamación de la especie, que quiere perpetuarse, y al estímulo de esta necesidad tan conservadora como el comer, los sexos se buscan y las uniones se verifican por elección fatal, superior y extraña a todos los artificios de la sociedad. Míranse un hombre y una mujer. ¿Qué es? La exigencia de la especie que pide un nuevo ser, y este nuevo ser reclama de sus probables padres que le den vida. Todo lo demás es música, fatuidad y palabrería de los que han querido hacer una sociedad en sus gabinetes, fuera de las bases inmortales de la Naturaleza. Si esto es claro como el agua. Por eso me río yo de ciertas leyes y de todo el código penal social del amor, que es un fárrago de tonterías inventadas por los feos, los mamarrachos y los sabios estúpidos que jamás han obtenido de una hembra el más ligero favorcito.

Fortunata le miraba con sorpresa mezclada de temor, el codo en la mesa, derecho el busto, en una actitud airosa

y elegante, llevando pausadamente del plato a la boca, ahora una pasita, ahora una almendrita. Feijoo le cogió la barbilla entre sus dedos, diciéndole con cariño:

—¿Verdad, chulita, que tengo razón? ¿Verdad que sí?... ¡Ay, qué será de ti, chulita, cuando yo me muera!... ¿Y en lo que me queda de vida, si ésta se prolonga y voy más para abajo todavía...? Hay que preverlo todo, compañera. ¡Me ha entrado un desasosiego!... ¡Qué gruesa estás y qué hermosota, y yo..., yo..., concluído, absolutamente concluído! Soy un reloj que tocó su última campanada, y aunque anda un poco todavía, ya no da la hora.

—No—murmuró ella, frotándole el pecho con su cabeza—, no... Todavía...

—¡Ay, qué ilusión! Yo acabé. El estómago me pide el retiro. Hay algo en mí que ha hecho dimisión, pero dimisión irrevocable; efectividad concluída, funciones que pasaron a la Historia. Es preciso prevenir..., mirar por ti, asegurarte contra la tontería.

Fortunata se reía, y para calmarle aquel desasosiego que sus estrafalarios pensamientos y aprensiones le causaban, prodigóle aquella noche, hasta que se separaron, los cariños y cuidados de una hija amantísima con el mejor de los padres.

VI

Al día siguiente, Feijoo le dijo al entrar:

—Hoy es la primera vez que he tenido que tomar un coche desde la plaza Mayor aquí. Hasta ahora las piernas se han defendido; estas piernas que han hecho marchas de seis leguas en una noche... Tengo el simón a la puerta. Vente conmigo y vamos a dar una vuelta por las rondas del Sur.

Fortunata no pensaba más que en complacerle, y accedió con algún recelo, pues siempre que paseaban juntos, aunque fuera por sitios apartados, temía encontrarse a Maximiliano o a doña Lupe a la vuelta de una esquina. Esta idea la hacía temblar.

Pasearon un buen ratito, sin que tuvieran ningún encuentro desagradable. Dos días después, don Evaristo no fué a verla, y en su lugar llegó el criado con una breve esquelita, llamándola. El señor había pasado muy mala noche, y el médico le había ordenado que se quedase en la cama. Corrió allá Fortunata muy afligida, y le vió incorporado en el lecho, afectando tranquilidad y alegría.

—No es nada de particular—le dijo, haciéndola sentar a su lado—. El médico se empeña en que no salga. Pero no estoy mal; casi, casi estoy mejor que los días pasados. Sólo que como no tengo costumbre de encamarme... Desde que pasé la fiebre amarilla en Cuba, hace cuarenta años, no sabía yo lo que son sábanas a las cuatro de la tarde. ¡Qué ganas tenía de verte! Anoche me entró como una angustia... Creí que me moría sin dejarte arreglada una vida práctica, esencialmente práctica. Por lo que pueda tronar, te voy a decir lo que desde hace días tengo pensado. Verás qué plan. Al principio puede que te escueza un poco; pero... no hay otro remedio, no hay otro remedio.

Inclinóse del lado en que la joven estaba para poner su boca lo más cerca posible del oído de ella, y le disparó cara a cara estas palabras:

—Resultado de lo mucho que cavilo por ti. Es preciso que te vuelvas a unir a tu marido.

Contra lo que el simpático viejo esperaba, Fortunata no hizo aspavientos de sorpresa. Puso, sí, una carita muy monamente apenada y, alzando la voz, dijo:

—Pero eso, ¿cabe en lo posible?

—No necesitas alzar mucho la voz. Hoy estoy mucho mejor de la sordera. Por este oído izquierdo me entra todo perfectamente, y no sale por el otro... ¿Dices que si cabe en lo posible? De eso se trata: de hacerle hueco. Ya he tanteado el terreno. Esta mañana estuvo Juan Pablo a verme y le eché una chinita. Has de saber que anteayer me encontré a doña Lupe en la calle y le arrojé otra chinita.

—¿Ellos saben...?—preguntó la señora de Rubín, con los labios muy secos.

—¿Esto?... Creo que no. Quizá lo sospechen; pero oficialmente no saben nada.

—¡Ay! No me podías decir nada—manifestó la joven, dándose un lengüetazo en los labios, que se le secaban más todavía—, nada que me fuera más antipático, más...

—Yo lo comprendo...

—Si tú no te has de morir—dijo Fortunata irguiéndose con brío, en son de protesta—. ¡Si te pondrás bueno!...

Feijoo había cerrado los ojos, y se sonreía en las tinieblas de su meditación. La chulita callaba mirándole. Con aquella sonrisa, que parecía la que les queda a algunas caras después que se han muerto, contestaba don Evaristo mejor que con palabras.

—¿Y a Nicolás le has echado otra chinita?—preguntó ella, después de una pausa, queriendo alegrar conversación tan lúgubre.

—No, porque no le he visto. Es el más bruto de los tres. Tú créeme: si ganamos a doña Lupe, todos los demás bajarán la cabeza, incluso tu marido. Doña Lupe es la que manda allí, y peor para ellos si no mandara.

—¡Oh! Yo dudo mucho que quieran... Les jugué una partida muy serrana —afirmó ella, gozosa de encontrar un argumento contra aquel plan tan contrario a su gusto—, pero muy serrana. Lo que yo hice es de eso que no se perdona.

—Todo se perdona, hija, todo, todo —dijo el enfermo con indulgencia empapada en escepticismo—. Por muy grande que nos figuremos la masa de olvido derramado en la sociedad como elemento reparador, esa masa supera todavía a todos nuestros cálculos. El bien y la gratitud son limitados; siempre los encontramos cortos. El olvido es infinito. De él se deriva el *vuelta a empezar*, sin el cual el mundo se acabaría.

—¡Oh! No, no es posible... No tienen vergüenza si me perdonan.

—Eso, allá ellos... Lo que me importa a mí es que tú quedes en una situación correcta y, sobre todo..., práctica. Tienes tú en ti misma poca defensa contra los peligros que a la vida ofrece continuamente el entusiasmo. Si te dejo sola, aunque te asegure la existencia, te arrastrarán otra vez las pasiones y volverás a la vida mala. Necesita mi niña un freno, y ese freno, que es la legalidad, no le será molesto si lo sabe llevar..., si sigue los consejos que voy a darle. Tonta, tontaina, si todo en este mundo depende del modo, del estilo... Nada es bueno ni malo por sí. ¿Me entiendes? Ojo al corazón, es lo primero que te digo. No permitas que te domine. Eso de echar todo por la ventana en cuanto el señor corazón se atufa es un disparate que se paga caro. Hay que dar al corazón sus miajitas de carne; es fiera y las hambres largas le ponen furioso; pero también hay que dar a la fiera de la sociedad la parte que le corresponde, para que no alborote. Si no, lo echas todo a rodar, y no hay vida posible. A ti te asusta el hacer vida común con tu marido porque no le quieres...

—Ni tanto así; no le quiero, ni es posible que le quiera nunca, nunca, nunca.

—Corriente. Pues todo se arreglará, hija, todo se arreglará... No te apures ni pongas esa cara tan afligida. Hablaremos despacio. Por hoy no quiero calentarte la cabeza, ni calentármela yo, que bastante he charlado ya, y empiezo a sentirme mal. Está la cosa aprobada en principio..., en principio.

Quedóse dormido el buen señor, que, por haber pasado muy mala noche, tenía sueño atrasado, y Fortunata permaneció a su lado sin chistar ni moverse por no turbar su descanso. Examinaba la habitación y habría deseado poder escudriñar la casa toda. De lo que en la alcoba observó hubo de sacar el conocimiento de que la casa estaba muy bien puesta. Don Evaristo, que tan práctico quería ser en la vida social, debía de serlo más en la doméstica, y, conforme a sus ideas, lo primero que tiene que hacer el hombre en este valle de inquietudes es buscarse un buen agujero donde morar, y labrar en él un perfecto molde de su carácter. Soltero y con fortuna suficiente para quien no tiene mujer ni chiquillos ni familia próxima, Feijoo vivía en dichosa soledad, bien servido por criados fieles, dueño absoluto de su casa y de su tiempo, no privándose de nada que le gustase, y teniendo todos los deseos cumplidos en el filo mismo de su santísima voluntad. Más que por el lujo, despuntaba la casa por la comodidad y el aseo. Gobernábala una tal doña Paca, gallega, que tuvo casa de huéspedes disntiguidos y recomendados, en la cual vivió Feijoo mucho tiempo, y completaban la servidumbre una cocinera bastante buena y un criado muy callado y ya algo viejo, que había sido asistente de su amo.

Este despertó como a la media hora de haberse dormido, y, restregándose los ojos y gruñendo un poco, hubo de asombrarse de ver allí a su amiga, y alargó

la cabeza para mirarla. Viéndola reír, se expresó así:

—Pues con el sueñecito que he echado perdí la situación, chica, y al despertar no me acordaba de que habías quedado ahí... Y viéndote ahora, me decía yo, en ese estado de torpeza que divide el dormir del velar: "Pero ¿es ella la que veo? ¿Cómo y cuándo ha venido a mi casa?"

Sacó su mano de entre las sábanas para tomar la de ella, y recogiendo al punto las ideas que se habían dispersado, le dijo:

—Fíjate bien en una cosa, y es que doña Lupe *la de los Pavos,* que es la persona de más entendimiento en toda esa familia, no se ha de llevar mal contigo si tienes tacto. Lo que a doña Lupe le gusta es mangonear, dirigir la casa y echárselas de consejera y maestra. Hay que darle cuerda por ahí, y dejarla que mangonee todo lo que quiera. El gobierno de la casa lo ha de llevar mucho mejor que tú, porque es mujer que lo entiende; la traté un poco cuando vivía su marido, que era amigo y paisano mío. Por cierto que cuando se quedó viuda dió en la flor de decir que yo le hacía el oso. ¡Tontería y fatuidad suya!... Pero, en fin, es mujer de gobierno. De modo que dejándola que se explaye a su gusto en todo lo que sea el mete y saca de la vida doméstica, podrás conservar tu indepedencia en lo demás. No sé si me entiendes ahora; pero ya te lo explicaré mejor. En último caso, si algún día tuvieras un choque con ella, te plantas y le dices: "¡Ea!, señora, yo no me meto en lo que es de su incumbencia de usted. No se meta usted en lo que es de la mía."

Se había hecho de noche y los dos interlocutores no se veían. Feijoo llamó para que trajeran luz, y cuando la trajo doña Paca, la primera claridad que se esparció por el aposento sirvió al ama de llaves para examinar con rápida inspección el rostro de la amiga de su señor, diciéndose: "Esta es la pájara que nos le ha trastornado." Aquel curioseo receloso de criado que espera heredar fué seguido de diferentes pretextos para permanecer allí, con idea de pescar algo de la conversación. Pero mientras Paca estuvo en la alcoba haciendo que ordenaba las cosas, moviendo los trastos y revisando las medicinas, don Evaristo no desplegó los labios. Miraba a su ama de llaves, y su sonrisa maliciosa quería decir: "Tú te cansarás."

Así fué. Retiróse la dueña, y don Evaristo volvió a su tema:

—Lo primero que has de tener presente es que siempre, siempre, en todo caso y momento, hay que guardar el decoro. Mira, chulita, no me muero hasta que no te deje esta idea bien metida en la cabeza. Apréndete de memoria mis palabras, y repítelas todas las mañanas a renglón seguido del Padrenuestro.

Como un dómine que repite la declinación a sus discípulos, machacando sílaba tras sílaba, cual si se las claveteara en el cerebro a golpes de maza, don Evaristo, la mano derecha en el aire, actuando a compás como un martillo, iba incrustando en el caletre de su alumna estas palabras:

—Guardando... las... apariencias, observando... las reglas... del respeto que nos debemos los unos a los otros..., y..., sobre todo, esto es lo principal..., no descomponiéndose nunca, oye lo que te digo..., no descomponiéndose nunca...—a la segunda repetición del concepto la mano del dómine quedábase suspendida en el aire; y sus cejas arqueadas en mitad de la frente, sus ojos extraordinariamente iluminados, denotaban la importancia que daba a este punto de la lección—, no descomponiéndose nunca, se puede hacer todo lo que se quiere.

Después le entró tos. Doña Paca se apareció dando gruñidos y diciendo que la tos provenía de tanto hablar, contra lo que el médico ordenaba.

—A usted no le ha de matar la enfermedad, sino la conversación... A ver si toma el jarabe y cierra el pico.

Para atenuar el efecto de esta salida un tanto descortés, estando presente una visita, la señora aquella agració a la intrusa con una sonrisilla forzada. ¿Cuál de las dos daría al enfermo la cucharada de jarabe? Quiso hacerlo el ama de llaves; pero Fortunata anduvo más lista. La otra tomó su desquite arrojando una observación de autoridad displicente a la cara de la entremetida.

—Eso es, dele el cloral, en vez del jarabe, y la hacemos...

—Pero ¿no es ésta la medicina?

—Esa es, sí...; pero podía usted haberse equivocado. Para eso estoy yo aquí.

—Que me dé lo que quiera—gruñó Feijoo con burlesca incomodidad—. ¿A usted qué le importa, señora doña Francisca?...

—Es que...

—Bueno; aunque me envenenara. Mejor.

VII

Al verse otra vez en su casa y sola, Fortunata no podía con la gusanera de pensamientos que *le llenaba toda la caja de la cabeza.* ¡Volver con su marido! ¡Ser otra vez la señora de Rubín! Si un mes antes le hubieran hablado de tal cosa, se habría echado a reir. La idea continuaba teniendo para ella una extrañeza dolorosa; poco después de lo que oyó al buen amigo no le parecía tan absurda. ¿Llegaría aquello a ser posible y hasta conveniente? Un cuchicheo de su alma le dijo que sí, aunque las antipatías que los Rubines le inspiraban no se extinguieran. Que don Evaristo se moría pronto era cosa indudable: no había más que verle. ¿Qué iba a ser de ella, privada de la dirección y consejo de tan excelente hombre?... ¡Cuidado que sabía el tal! Toda la ciencia del mundo la poseía al dedillo, y la naturaleza humana, *el aquel de la vida,* que para otros es tan difícil de conocer, para él era como un catecismo que se sabe de memoria. ¡Qué hombre!

Así como en las mutaciones de cuadros disolventes, a medida que unas figuras se borran van apareciendo las líneas de otras, primero una vaguedad o presentimiento de las nuevas formas, después contornos, luego masas de color, y, por fin, las actitudes completas, así en la mente de Fortunata empezaron a esbozarse desde aquella noche, cual apariencias que brotan de la nebulosa del sueño, las personas de Maxi, de doña Lupe, de Nicolás Rubín y hasta de la misma *Papitos.* Eran ellos, que salían nuevamente a luz, primero como espectros, después como seres reales, con cuerpo, vida y voz. Al amanecer, inquieta y rebelde al sueño, oíales hablar y reconocía hasta los gestos más insignificantes que modelaban la personalidad de cada uno.

Levantóse la chulita muy tarde y recibió un recado de su amigo diciéndole que estaba mejor y que se levantaría y saldría a la calle, con permiso del tiempo. Esperó su visita, y en tanto no cesaba de cavilar en lo mismo. La gratitud que hacia Feijoo sentía era más viva todavía que antes, y habría deseado que la vida que con él llevaba continuase, pues aunque algo tediosa, era tan pacífica que no debía ambicionar otra mejor. "Si dura mucho esto, ¿llegaré a cansarme y a no poder sufrir esta sosería? Puede que sí." El apetito del corazón, aquella necesidad de querer fuerte, le daba sus desazones de tiempo en tiempo, produciéndole la ilusión triste de estar como encarcelada y puesta a pan y agua. Pero se conformaba; quizá cada día la conformidad era menor..., quizá veía con agrado en las lontananzas de su imaginación algo nuevo y desconocido que interesara profundamente su alma, y pusiera en ejercicio sus facultades, que se desentumecían después de una larga inactividad.

Don Evaristo llegó en coche a eso de las cuatro, muy animado, y le mandó que le hiciera un chocolatito para las cinco. Esmeróse ella en esto, y cuando el buen señor tomaba con ganas su merienda, le dijo, entre otras cosas, que si seguía mejor al día siguiente, hablaría con Juan Pablo, planteándole la cuestión resueltamente.

—Y también te digo una cosa. No veo la causa de que tu marido te sea tan odioso. Podrá no ser simpático; pero no es mala persona. Podrá no ser un Adonis; pero tampoco es el coco. Mujeres hay casadas con hombres infinitamente peores, y viven con ellos; allá tendrán sus encontronazos; pero se arreglan y viven... Tú no seas tonta, que no sabes la ganga que es tener un nombre y una chapa decorosa en el casillero de la sociedad. Si sacas partido de esto serás feliz. Casi estoy por decirte que mejor te cuadra un marido como el que tienes, que otro de mejor lámina, porque con un poco de muleta harás de él lo que quieras. Me han dicho que desde la separación está muy taciturno, muy dado a sus estudios, y que no se le conocen trapicheos ni distracciones... Por grandes que sean sus resentimientos, chica, creo que en cuanto le hablen de volver contigo se le hace la boca agua.

Fortunata, sonriendo, dió a entender su incredulidad.

—¿Que no? ¡Ay chulita! Tú no cono-

ces la naturaleza humana. Cree lo que te he dicho. Maximiliano te abrirá los brazos. ¿No ves que es, como tú, un apasionado, un sentimental? Te idolatra, y los que aman así, con esa locura, se pirran por perdonar. ¡Ah, perdonar! Todo lo que sea *rasgos* los vuelve locos de gusto. Tú déjate querer, grandísima tonta, y hazte cargo de que se te presenta un ancho horizonte de vida..., si lo sabes aprovechar.

Esto del horizonte avivó en la mente de la joven aquel naciente anhelo de lo desconocido, del querer fuerte, sin saber cómo ni a quién. Lo que no podía era compaginar esperanza tan incierta con la vida de familia que se le recomendaba. Pero algo y aun algos se le iba clareando en el entendimiento.

Feijoo mejoró sensiblemente en los días que siguieron al arrechucho aquel. Recobró parte de sus fuerzas, algo del buen humor, y las presunciones de próxima muerte se desvanecieron en su espíritu. Mas no por eso desistió de llevar adelante un plan que había llegado a ser casi una manía, absorbiendo todos sus pensamientos. Dedicido a hablar con Juan Pablo, fué a verle una mañana al Café de Madrid, donde tenía un rato de tertulia antes de entrar en la oficina, pues al fin, ¡miseria humana!, hubo de aceptar la credencialeja de doce mil que le había dado Villalonga, por recomendación del mismo Feijoo. No estaba contento ni mucho menos con esto el orgulloso Rubín, y se quejaba de que una amistad sagrada le hubiera puesto en el compromiso de aceptar el turrón alfonsino. Por supuesto, que la situación no duraba ni podía durar. Cánovas no sabía por dónde andaba. Entre tanto, y supiera o no don Antonio lo que traía entre manos, ello es que Juan Pablo se había comprado una chistera nueva, y tenía el proyecto de trocar su capa, algo deshilachada de ribetes y mugrienta de forros, por otra nueva. Eso, al menos, iba ganando el país.

Pero de todas las mejoras de ropa que publicaban en los *círculos políticos* y en las calles de Madrid el cambio de instituciones, ninguna tan digna de pasar a la Historia como el estreno de levita de paño fino que transformó a don Basilio Andrés de la Caña a los seis días de colocado. Hundióse en los abismos del ayer la levita antigua, con toda su mugre, testimonio lustroso de luengos años de cesantía y de arrastrar las mangas por las mesas de las redacciones. Completaba el buen ver de la prenda un sombrero de moda, y el gran don Basilio parecía un sol, porque su cara echaba lumbre de satisfacción. Desde que entró a servir *en su ramo* y en la categoría que le cuadraba estaba el hombre que no cabía en su chaleco. Hasta parecía que había engordado, que tenía más pelo en la cabeza, que era menos miope, y que se le habían quitado diez años de encima. Se afeitaba ya todos los días, lo que, en realidad, le quitaba el parecido consigo mismo. No quiero hablar de las otras muchas levitas y gabanes flamantes que se veían en Madrid, ni de las señoras que trocaban sus anticuados trajes por otros elegantes y de última novedad. Este es un fenómeno histórico muy conocido. Por eso, cuando pasa mucho tiempo sin cambio político cogen el cielo con las manos los sastres y mercaderes de trapos, y con sus quejas acaloran a los descontentos y azuzan a los revolucionarios. "Están los negocios muy parados", dicen los tenderos; y otro resuella también por la herida diciendo: "No se protege al comercio ni a la industria..."

Cuando Feijoo entró en el Café de Madrid, Juan Pablo no había llegado aún, y decidió esperarle en el sitio que su amigo acostumbraba ocupar. A poco entró don Basilio presuroso, de levita nueva, el palillo entre los dientes, y se dirigió al mostrador con ademanes gubernamentales.

—Que me lleven el café a la oficina —dijo en voz alta, mirando al reloj y haciendo un gesto, por el cual los circunstantes podrían comprender, sin necesidad de más explicaciones, el cataclismo que iba a ocurrir en la Hacienda si don Basilio se retrasaba un minuto más.

—Hola, don Evaristo—dijo deteniéndose un instante a estrecharle la mano—. ¿Cómo va la salud?... ¿Bien? Me alegro... Conservarse... Muy ocupado... Junta en el despacho del jefe... Abur.

—Buen pelo echamos, ¿eh?... Sea enhorabuena. Yo, tal cual. Adiós.

Al quedarse otra vez solo, don Evaristo arrugó el ceño. Ocurriósele una contrariedad que entorpecería su plan. Al ir hacia el café había preparado por

el camino el discurso que le espetaría a Juan Pablo. Este discurso empezaba así: "Amigo mío, me he enterado de que la pobre mujer de su hermano de usted vive en el más grande apartamiento, arrepentida ya de su falta, indigente y sin amparo alguno..." Y por aquí seguía. Pero esto era insigne torpeza, porque si después de encarecer lo tronada y hambrienta que estaba Fortunata la veían tan hermosa... No, de ninguna manera. Facilillo era compaginar la lozanía de la señora de Rubín con su desgracia. Y ¿cómo evitar que del indicio de aquellas apretadas carnes y de aquel color admirable indujeran los parientes la certeza de una vida regalona, alegre y descuidada?... Un rato estuvo mi hombre discurriendo cómo probar que no es cosa del otro jueves que las personas afligidas engorden, y aún no había logrado construir su plan lógico, cuando llegó Juan Pablo, frotándose las manos y dejando ver en su cara la satisfacción íntima que el simple hecho de entrar en el café le producía. Era como el tinte de placidez que toma la cara del buen burgués al penetrar en el hogar doméstico. Saludáronse los dos amigos con el afecto de siempre. Después de oír, acerca de su salud, todas las vulgaridades hipocráticas con que el sano trastea al enfermo, como aquello de *es nervioso..., pasee usted..., yo también estuve así,* Feijoo abordó la cuestión, y por zancas y barrancas soltando lo primero que se le ocurría, llegó a decir que él se había propuesto, por pura caridad, negociar la reconciliación.

—¡Pobrecilla!—dijo Rubín, echando los terrones de azúcar en el vaso con aquella pausa que constituía un verdadero placer—. Dice usted que pasando miserias y muy arrepentida... ¡Cuánto se habrá desmejorado!

—Le diré a usted... Precisamente desmejorarse, no; lo que está es así, muy... ensimismada. Pero sigue tan guapa como antes.

—¿Y Santa Cruz no...?

—Quite usted, hombre. Si hace la mar de tiempo que tronaron. A poco de las trapisondas de marras... Desde entonces su cuñada de usted ha vivido apartada del bullicio, llorando sus faltas y comiéndose los ahorros que tenía, hasta que han venido los apuros. Ha sido una casualidad que yo me enterara. Verá usted..., me la encontré hace días..., contóme sus cuitas... Me dió mucha pena. Hágase usted cargo de lo que sufrirá una criatura con la conciencia alborotada y en esta situación...

—¡Ah! Señor don Evaristo, a mí no me la da usted... Usted es muy tunante y las mata callando...

Al oír esto, la diplomacia de Feijoo se alarmó, creyendo llegada la ocasión de sacar, si no todo el Cristo, la cabeza de él.

—Mire usted, compañero—le dijo con reposado acento—, cuando trato las cosas en serio, ya sabe usted que las bromas me parecen impertinentes, ¿estamos? Es poco delicado en usted suponer que he tenido algún lío con esa señora, y que lo disimulo con la hipocresía de querer reconciliar el matrimonio. Vamos, que se pasa usted de pillín...

—Era un suponer, don Evaristo—manifestó Rubín, desdiciéndose.

—Pues hacía yo bonito papel... Hombre, muchas gracias...

—No, no he dicho nada...

—Además, diferentes veces me ha oído usted decir que hace tiempo me corté la coleta.

—Sí, sí.

—Y si en mis treinta y en mis cuarenta, y aun en mis cincuenta, he toreado de lo fino, lo que es ahora... ¡Pues estoy yo bueno para fiestas con mis sesenta y nueve años y estos achaques!... Hágame usted más favor, y cuando le digo una cosa créamela, porque para eso son los buenos amigos, para creerle a uno.

—Tiene usted razón, y lo que siento, ¡qué cuña!, es que no viera en mi reticencia una broma...

—Me parecía a mí que el asunto, por tratarse de una persona de la familia de usted, y por iniciarlo yo, no era para bromear.

Rubín creyó o aparentó creer, y puso la atención más filosófica del mundo en lo que su amigo siguió diciendo sobre materia tan importante. Y aquí viene bien un dato: Juan Pablo había recibido de Feijoo algunos préstamos a plazo indefinido. Este excelente hombre, viendo sus angustias, halló una manera delicada de suministrarle la cantidad necesaria para librarse de Cándido Sa-

maniego, que le perseguía con saña inquisidora. Estas caridades discretas las hacía muy a menudo Feijoo con los amigos a quienes estimaba, favoreciéndolos sin humillarlos. Por supuesto, ya sabía él que aquello no era prestar, sino hacer limosna, quizá la más evangélica, la más aceptable a los ojos de Dios. Y no se dió el caso de que recordase la deuda a ninguno de los deudores, ni aun a los que luego fueron ingratos y olvidadizos. Juan Pablo no era de éstos, y se ponía gustoso, con respecto a su generoso *inglés,* en ese estado de subordinación moral, propio del insolvente a quien se le dan todas las largas que él quiere tomarse. Demasiado sabía que a un hombre de quien se han recibido tales favores hay que creerle siempre todo lo que dice, y que se contrae con él la obligación tácita de ser de su opinión en cualquier disputa y de ponerse serio cuando él recomienda la seriedad.. Allá en su interior pensaría Rubín lo que quisiese; pero de dientes afuera se mantuvo en el papel que le correspondía.

—Por mi parte, no he de poner inconvenientes... Qué quiere usted que le diga. No sé lo que pensará Maximiliano. Desde aquellas cosas no le he oído mentar a su mujer... Si algo se ha de hacer, crea usted que no se dará un paso si mi tía no va por delante... Yo estoy un poco torcido con ella... Lo mejor es que le hable usted.

Después se enteró Feijoo, con mucha maña, de ciertas particularidades de la familia. Maxi había tomado el grado y estaba ya practicando en la botica de Samaniego, a las órdenes de un tal Ballester, encargado del establecimiento. Supo, además, el anciano que doña Lupe no vivía ya en Chamberí, sino en la calle del Ave María, y que todo el tiempo que le dejaba libre a Maxi la farmacia lo empleaba en darse buenos atracones de lectura filosófica. Le había dado por ahí.

Luego hablaron de otras cosas. El filósofo cafetero dijo a su amigo que cuando quisiera echar otro párrafo no le buscase más en el Café de Madrid, porque allí había caído en un círculo de cazadores que le tenían mareado y aburrido con la *perra pachona, el hurón* y *con que si la perdiz venía o no venía al reclamo.* No sabía aún a qué *local* mudarse; pero probablemente sería al Suizo Viejo, adonde iban Federico Ruiz y otros chicos atrozmente panteístas. De los antiguos cofrades sólo iban al Madrid don Basilio, insufrible con su ministerialismo; Leopoldo Montes y el *Pater.* Pero éste se marcharía aquella misma noche a Cuevas de Vera, su pueblo, a trabajar las elecciones de Villalonga. También charló Juan Pablo de política, diciendo con mucho *tupé* que el Gobierno *estaba de cuerpo presente,* y que la situación duraría..., a todo tirar, a todo tirar, tres a cuatro meses.

VIII

La primera vez que don Evaristo visitó a su dama después de esta entrevista abrazóla gozoso y le dijo:

—Albricias..., vamos bien, vamos bien.

—Pero ¿qué... hay? ¿Buenas noticias?

—Oro molido; mejor dicho, excelentes impresiones. Tu marido...

—¿Le ha visto usted?

—No he tenido esa satisfacción. Pero me han contado de él una cosa que es en extremo favorable. Te lo diré para que no caviles. Maximiliano se ha dedicado a la filosofía...

Fortunata se quedó mirando a su amigo, sin saber qué expresión tomar. No veía la tostada, ni sabía en rigor lo que era la filosofía, aunque sospechaba fuese una cosa muy enrevesada, incomprensible y que vuelve *gilís* a los hombres.

—No me llama la atención que te quedes con la boca abierta. Ya irás comprendiendo... ¡Se da unos atracones de filosofía!, y me parece que dijo Juan Pablo que era filosofía espiritualista...

—¡Ah!... ¿De esos que hablan con las patas de las mesas? ¡Alabado sea...!

—No, ésos no. Pero estamos de enhorabuena: cualquiera que sea la secta o escuela que le sorbe el seso a tu marido, tenemos ya noventa y seis probabilidades contra cuatro de que te recibe con los brazos abiertos. Tú lo has de ver.

Fortunata dudaba que esto fuera así. La partida que ella le había jugado a Maxi era demasiado serrana para que éste la olvidara por lo que dicen los libros. Al otro día entró el simpático amigo más alegre y excitado. Su proyecto llegó a dominarle de tal modo, que no

sabía pensar en otra cosa, y de la mañana a la noche estaba dando vueltas al tema. Había mejorado mucho de salud, y al mismo tiempo no ponía tanto cuidado como antes en el adorno de su persona. Desde que tomara con tanto cariño las funciones paternales se había dejado toda la barba, usaba hongo y una gran bufanda alrededor del cuello. Salía a sus diligencias en coche simón por horas. Cuando la prójima le vió entrar aquel día con el sombrero echado hacia atrás, los ojos chispeantes, los movimientos ágiles, comprendió que las noticias eran buenas.

—Con estos alegrones—dijo él, abrazándola—se rejuvenece uno. Chulita, otro abrazo, otro. Vengo de hablar con la mismísima doña Lupe *la de los Pavos*.

Fortunata se asustó sólo de oír el nombre de su tía política.

—Impresiones muy buenas—añadió el diplomático—. Ha empezado por ahuecar la voz y por negarse a proponer la reconciliación. Pero mientras más cerdea ella, más claro veo yo que hará lo que deseamos. ¡Oh! Entiendo bien a mi gente. También ésta tiene sus filosofías pardas, y a mí no me la da. Conozco las callejuelas de la naturaleza humana mejor que los rincones de mi casa. Doña Lupe está deseando que vuelvas; pero deseándolo, para que lo sepas. Se lo he conocido en la cara y en el modo de decir que no... Yo no sé si te he contado que en un tiempo, a poco de enviudar, tuvo sus pretensiones respecto a mí..., pretensiones honestas... Decía la muy fatua que yo le paseaba la calle. ¿Creerás que se le descompone la cara siempre que me ve?

Fortunata soltó la carcajada.

—Dime: ¿y cuando te pretendía, ya le habían cortado el pecho que le falta?

—Pues no lo sé. Por mí, que le cortaran los dos... En fin, chica, que esto marcha. Yo le dije que si había reconciliación vivirías con ella, pues yo estimaba muy conveniente esta vida común. Tan hueca se puso al oírme decir esto, que aún creo que le nacía el pecho nuevo... Oye lo que tienes que hacer cuando esto se realice: Yo te daré una cantidad que le entregarás a ella el primer día, suplicándole que te la coloque. Te niegas a admitirle recibo. Nada le gusta tanto como que tengan confianza en ella en asuntos de dinero... ¡Ah!... Leo en ella como leo en ti. ¿No ves que la traté bastante en vida de Jáuregui, que, entre paréntesis, era un hombre excelente? Ya te daré una lección larga sobre el toletole con que debes tratarla, una mezcla hábil de sumisión e independencia, haciéndole una raya, pero una raya bien clarita, y diciéndole: "De aquí para allá manda usted; de aquí para acá estoy yo..." Ahora la tecla que me falta tocar es tu marido. He hablado pocas veces con él, apenas le trato, pero no importa.

La mejoría se acentuó tanto, que don Evaristo atrevióse a salir de noche, y lo primero que hizo fué ir en busca de Juan Pablo. No le encontró en el Suizo Viejo. Allí estaban Villalonga, Juanito Santa Cruz, Zalamero, Severiano Rodríguez, el médico Moreno Rubio, Sánchez Botín, Joaquín Pez y otros que tenían constituída la más ingeniosa y regocijada peña que en los cafés de Madrid ha existido. Habían hecho un reglamento humorístico, del cual cada uno de los socios tenía su ejemplar en el bolsillo. De aquellas célebres mesas habían salido ya un ministro, dos subsecretarios y varios gobernadores. Aunque era amigo de algunos, no quiso Feijoo acercarse, y se fué a una mesa lejana. Junto a él, los ingenieros de Caminos hablaban de política europea, y más acá los de Minas disputaban sobre literatura dramática. No lejos de éstos, un grupo de empleados en la Contaduría Central se ocupaba con gran calor de pozos artesianos, y dos jueces de primera instancia, unidos a un actor retirado, a un empresario de caballos para la plaza de toros y a un oficial de la Armada, discutían si eran más bonitas las mujeres con polisón o sin él. Después llamó la atención de don Evaristo la facha de un hombre que iba por entre las mesas, el cual sujeto más bien parecía momia animada por arte de brujería. "Yo conozco esta cara —se dijo Feijoo—. ¡Ah!, ya; es el que llamábamos *Ramsés II*, el pobre Villaamil, que sólo necesita dos meses para jubilarse." Acercóse tímidamente este desgraciado a Villalonga, que ya estaba levantado para marcharse, y en actitud cohibida, echando los ojos fuera del casco, le habló de algo que debía de ser los maldecidos dos meses. Jacinto alzaba los hombros, respondiéndole con

benevolencia quejumbrosa. Parecía decirle: "¡Yo qué más quisiera!... He hecho todo lo posible... Veremos... He dado la nota... Crea usted que por mí no queda... Sí, ya sé, dos meses nada más..." Un instante después, *Ramsés II* pasó junto a don Evaristo, deslizándose por entre las mesas y sillas como sombra impalpable. Llamóle por su nombre verdadero Feijoo y acercóse el otro a la mesa, inclinando para ver quién le llamaba su cara amarilla, requemada por el sol de Cuba y Filipinas. Se reconocieron. Villaamil, invitado por su amigo, dobló su esqueleto para sentarse y tomó café... con más leche que café...

—¡Ah! ¿Buscaba usted a Juan Pablo? Pues del salto se ha ido al café de Zaragoza. Dice que le cargan los ingenieros...

Como le convenía retirarse temprano, no fué don Evaristo aquella noche al indicado café.

Las nueve serían de la siguiente cuando entró en el establecimiento de la plaza de Antón Martín, que lleno de gente estaba con una atmósfera espesa y sofocante, que se podía mascar, y un ensordecedor ruido de colmena; bulla y ambiente que soportan sin molestia los madrileños como los herreros el calor y estrépito de una fragua. Desembozándose, avanzó el anciano por la tortuosa calle que dejaban libre las mesas del centro, y miraba a un lado y otro buscando a su amigo. Ya tropezaba con un mozo cargado de *servicio*, ya su capa se llevaba la toquilla de una cursi; aquí se le interponía el brazo del vendedor de *La Correspondencia*, que alargaba ejemplares a los parroquianos, y allá le hacían barricada dos individuos gordos que salían o cuatro flacos que entraban. Por fin distinguió a Juan Pablo en el rincón inmediato a la escalera de caracol por donde se sube al billar. Acompañábanle en la misma mesa dos personas: una mujer bastante bonita, aunque estropeada, y un joven en quien al pronto reconoció don Evaristo a Maximiliano. Los dos hermanos sostenían conversación muy animada. La individua era el amor de Juan Pablo, una tal Refugio, personaje de historia, aunque no histórico, de cara graciosa y picante, con un diente de menos en la encía superior. Feijoo no la había visto nunca, ni el filósofo de café acostumbraba presentarse en público en compañía de aquella Aspasia, por cuya razón quedóse Rubín un tanto cortado al ver a su amigo.

Maximiliano saludó a don Evaristo, preguntándole con mucho interés por su salud, a lo que respondió el anciano con mucha viveza...

—Ya ve usted... *Cinco* meses llevo así... Un día caigo, otro me levanto... ¡*Cinco* meses!... Nada; que viene un día en que la máquina dice: "Hasta aquí llegamos, compañero", y no se empeñe usted en remendarla ni echarle aceite. Que no anda, y que no anda, y se tiene que parar.

—Pero ¿qué es lo que usted tiene? —preguntó Maximiliano con presunción de médico novel o de boticario incipiente, que unos y otros se desviven por ser útiles a la Humanidad.

—¿Que qué tengo? ¡Ah! Una cosa muy mala. La peor de las enfermedades. ¡Setenta años! ¿Le parece a usted poco?

Todos se echaron a reír.

—Me ha dicho mi hermano—añadió Maxi—que digiere usted mal.

—Cinco meses lleva mi estómago de indisciplina—replicó el ladino viejo, que quería sin duda meterle a Maxi en la cabeza aquello de los cinco meses—. Ya no le hago caso. Me he rendido, y espero tranquilo el *cese*.

—Si quiere usted, le haré un preparado de peptona.

—Gracias... Veremos lo que dice mi médico.

—Poco mal y bien quejado—afirmó el otro Rubín, dándole palmadas en el hombro.

—Pero ustedes estaban hablando de algo que debía de ser interesante—dijo Feijoo—. Por mí no se interrumpan.

—Estábamos..., pásmese usted..., en las regiones etéreas.

—Nada, es que me quiere convencer —manifestó Maximiliano con calor—de que todo es fuerza y materia. Yo le digo una cosa: "Pues a eso que tú llamas fuerza yo lo llamo espíritu, el Verbo, el querer universal, y volvemos a la misma historia, al Dios uno y creador y al alma que de El emana."

Don Evaristo, en tanto, miraba a Refugio, examinándole el rostro, la boca, el diente menos. La muchacha sentía

vergüenza de verse tan observada, y no sabía cómo ponerse, ni qué dengues hacer con los labios al llevarse a ellos la cucharilla con leche merengada.

—Eso, eso..., por ahí duele—dijo el ex coronel, arrimándose al partido de Maximiliano—. ¡El alma!... Estos señores materialistas creen que con variar el nombre a las cosas han vuelto el mundo patas arriba.

—Pero si ya te he dicho...—argüía sofocado Juan Pablo.

—Déjame que acabe...

—No es eso... ¡Qué cuña!

—Volvemos a lo mismo. ¿No me conozco yo en mí uno, consciente, responsable?

—¡Otra te pego! Pero ven acá...

—Aguarda. Si yo me reconozco íntimamente en la sustancia de mi yo...

Se expresaba con exaltación, sin dejar meter baza a su hermano, y éste, en cambio, no se la dejaba meter a él, y simultáneamente se quitaban la palabra de la boca.

—Espérate un poco..., no es eso.

—Allá voy... Yo vivo en mi conciencia, por mí y antes y después de mí.

—¡Ah!, pero lo primero es distinguir... Mira...

"¡Buen par de chiflados estáis los dos!", dijo para sí don Evaristo mirando con curiosidad al portillo que en la dentadura tenía Refugio.

—¡Dale, bola!...—replicó Maxi—. Si no es eso... Yo, ¿soy yo?..., ¿me reconozco como tal en todos mis actos?

—No; yo no soy más que un accidente del concierto total, yo no me pertenezco, soy un fenómeno.

—¡Que yo soy un fenómeno!... ¡Ave María Purísima, qué disparate!

—Estás tú fresco... Lo permanente no soy yo, ¡qué cuña!, es el conjunto... Yo lo reconozco así en el fenómeno pasajero de mi conocimiento.

¡Y estas cosas se decían en el rincón de un café, al lado de un parroquiano que leía *La Correspondencia* y de otro que hablaba del precio de la carne! En una de las mesas próximas había un grupo de individuos que tenían facha de matuteros o cosa tal. A la derecha veíanse dos cursis acompañadas de una buscona y obsequiadas por un señor que les decía mil tonterías empalagosas; enfrente, una trinca en que se disputaba acerca de *Lagartijo* y *Frascuelo*, con voces destempladas y manotazos. Y por la escalera de caracol subían y bajaban constantemente parroquianos, dando patadas que más bien parecían coces; y por aquella espiral venían rumores de disputa, el chasquido de las bolas de billar y el canto del mozo que apuntaba.

—Si se me permite dar una opinión —dijo Feijoo, que empezaba a marearse con tanto barullo—, voto con el pollo.

En esto sonó el piano, que se alzaba sobre una tarima, en medio del café, con la tapa triangular levantada para que hiciera más ruido; y empezó la tocata, que era de piano y violín. La música, los aplausos, las voces y el murmullo constante del café formaban un runrún tan insoportable, que el buen don Evaristo creyó que se le iba la cabeza y que caería redondo al suelo si permanecía allí un cuarto de hora más. Decidió retirarse, descontento de no haber encontrado solo a Juan Pablo, pues delante del farmacéutico no podía hablar del espinoso asunto que entre manos traía. Su enojo se trocó en alegría cuando Maxi, al verle en pie, dijo que él también se iba, porque era hora de volver a su farmacia. Salieron, pues, juntos, y antes de llegar a la puerta vió el anciano que le cortaba el paso una figura macilenta y sepulcral. Era *Ramsés II*, que venía en busca suya.

—Señor don Evaristo, por Dios, hable usted de mí al señor de Villalonga—le dijo la momia, interponiéndose, como si no quisiera darle paso sino a cambio de una promesa.

—Se hará, compañero, se hará; hablaremos a Villalonga—dijo don Evaristo embozándose—; pero ahora estoy de prisa..., no puedo detenerme... Hijo, vamos.

Y abriéndose paso, salió con el chico de Rubín.

IX

Al cual dijo en la puerta:

—¿Hacia dónde va usted con su cuerpo?

—¿Yo? A la calle del Ave María.

—¡Qué casualidad! Yo llevo esa dirección. Iremos juntos... Deje usted que me emboce bien... Ahora deme usted el brazo. Las piernas no me ayudan. Ya se ve..., cinco meses..., cabalitos...; fíjese usted bien..., sin digerir. No sé có-

mo estoy vivo. Desde octubre del año pasado no levanto cabeza... Pero ¡qué ideas las de Juan Pablo! Parece mentira... ¡Un muchacho de entendimiento!... Usted sí que sabe por dónde anda. Sí; no espere usted a llegar a viejo y a ver de cerca la muerte para creer que somos algo más que montoncitos de basura animados por fuerza semejante a la electricidad, que hace hablar a un alambre. Eso se deja para los tontos y perdularios, para la gente que no piensa. Usted está en lo firme, y será capaz de acciones nobles, de acciones que, por lo mismo que son tan elevadas, no están al alcance del vulgo.

No comprendía Maximiliano a cuenta de qué era aquello; pero tenía su espíritu admirablemente dispuesto para recibir toda sutileza que se le quisiera echar; estaba hambriento de cosas ideales, y la meditación, el estudio y la soledad habíanle dado una receptividad asombrosa para todo lo que procediera del pensamiento puro. Por esta causa, sin entender de qué se trataba, contestó humildemente:

—Tiene usted razón..., pero mucha razón.

—El hombre que como usted—prosiguió don Evaristo—no se deja engatusar por las sabidurías modernas, está en disposición de hacer el bien, pero no el bien de cualquier modo, sino sublimemente, ¡caramba!, mirando para el cielo, no para la tierra...

Tiempo hacía que Maxi se había dedicado a mirar al cielo.

—Mire usted, señor don Evaristo—dijo, sintiéndose lleno y ahito de aquella espiritual sustancia acopiada a fuerza de barajar sus tristezas con las hojas de los libros—. La desgracia me ha hecho a mí volver los ojos a las cosas que no se ven ni se tocan. Si no lo hubiera hecho así, me habría muerto ya cien veces. ¡Y si viera usted qué distinto es el mundo mirado desde arriba a mirado desde abajo! Me parecía a mí mentira que yo había de ver apagarse en mí la sed de venganza y el odio que me embruteció. Y, sin embargo, el tiempo, la abstracción, el pensar en el conjunto de la vida y en lo grande de sus fines me han puesto como estoy ahora.

—Claro... ¿A qué vienen esos odios y esas venganzas de melodrama?—dijo, gozoso, don Evaristo—. Para perderse nada más. ¡Dichoso el que sabe elevarse sobre las pasiones de momento y atemperar su alma en las verdades eternas!

Y para su sayo habló de este modo: "Tan metafísico está este chico, que nos viene como anillo al dedo."

—En este bullebulle de las pasiones de los hombres del día—prosiguió Maxi con cierto énfasis—llega uno a olvidarse de que vivimos para perdonar las ofensas y hacer bien a los que nos han hecho mal.

—Tiene usted razón, hijo..., y dichoso mil veces el que como usted, así, tan jovencito, llega a posesionarse de esa idea y a hacerla efectiva en la vida real.

—La desgracia, un golpe rudo..., ahí tiene usted el maestro. Se llega a este estado padeciendo, después de pasar por todas las angustias de la cólera, por los pinchazos que le da a uno el amor propio y por mil amarguras... ¡Ay, señor don Evaristo! Parece mentira que yo esté tan fresco, después de haberme creído con derecho a matar a un hombre, después de haberme ilusionado con la idea de cometer el crimen, concluyendo por renunciar a ello. Mi conciencia está hoy tan tranquila no habiendo matado, como firme y decidida estuvo cuando pensé matar... Entonces no veía a Dios en mí; ahora sí que le veo. Créalo usted: hay que anularse para triunfar; decir *no soy nada* para serlo todo.

Feijoo, en vista de estas buenas disposiciones, se fué derecho al bulto.

—A un espíritu tan bien fortalecido —le dijo—se le puede hablar sin rodeos. ¿Doña Lupe no ha tratado con usted de cierto asunto...?

Maximiliano se puso del color de la grana de su embozo, y contestó afirmativamente, con embarazo y turbación.

—Por mi parte—añadió don Evaristo—haré todo lo que pueda para que esto cuaje. Si ello tiene que suceder. Es lo práctico, amigo mío; y ya que usted es tan místico, conviene que sea un poquito práctico... Por una casualidad intervengo yo en esto... Le advierto a usted que ella desea volver...

—¡Lo desea!—exclamó Rubín dejando caer el embozo.

—¡Toma! ¿Ahora salimos con eso? Pues si no lo deseara, ¿cómo me había de meter yo en semejante negocio? ¿No comprende usted...?

—Sí..., pero... No hay que confundir.

El perdón puramente espiritual o evangélico ya lo tiene... Pero el otro perdón, el que llamaríamos social, porque equivale a reconciliarse, es imposible.

"Vamos, que no será tanto", dijo para sí don Evaristo, subiéndose el embozo.

—Es imposible—repitió Maxi.

—Piénselo bien, piénselo bien; pregúnteselo a la almohada, compañero... Yo creo que cuando usted madure la idea...

—Me parece que aunque la estuviera madurando diez años...

—En estas cosas hay que poner algo de caridad; no se puede proceder con simple criterio de justicia. Convendría que usted hablase con ella...

—¡Yo! Pero..., don Evaristo...

—Sí, no me vuelvo atrás. Quien tiene ideas como las que usted tiene, ¡caramba!, y sabe sentir y pensar con esa alteza de miras..., eso es, con esa espiritualidad de la..., pues..., de..., claro...

—¿Y cree usted que ella me podría dar explicaciones claras, pero muy claras, de todo lo que ha hecho después que se separó de mí?

—Hijo, yo creo que las dará...; pero es claro que usted no debe apurar mucho tampoco... O hay perdón o no hay perdón. La caridad por delante, detrás la indulgencia, y ver si en efecto hay propósitos sinceros de enmienda. Por lo que he oído, me parece que los hay; se lo digo a usted de corazón.

—Yo lo dudo.

—Pues yo no. Juzgue usted mi opinión como quiera. Y sepa que intervengo en esto por pura humanidad, porque se me ha ocurrido no morirme sin dejar tras de mí una buena acción, ya que en la cuenta de mi vida tengo tantas malas o insignificantes. No me gusta meterme en vidas ajenas; pero en este caso, créalo usted..., se me ha puesto en la cabeza que a entrambos les conviene volver a unirse.

Ya en este terreno, don Evaristo se descubrió más.

—Amigo, dijo, parándose en la puerta de la botica—, su mujer de usted me ha parecido una mujer defectuosísima. Aunque la he tratado poco, puedo asegurar que tiene buen fondo; pero carece de fuerza moral. Será siempre lo que quieran hacer de ella los que la traten.

Maximiliano le miraba con ojos atónitos. Lo mismo pensaba él.

—Yo le eché ayer un largo sermón, recomendándole que se amoldara a las realidades de la vida, que pusiera un freno a aquella imaginacioncilla tan desenvuelta. "Pero, hija mía, es preciso pensar lo que se hace, y dejarse de tonterías." Yo, muy serio. Creo que algo he conseguido. Usted lo ha de ver, compañero. Es lástima que, teniendo buen fondo, buen corazón..., sólo que algo grande..., y careciendo de las malicias de otras, no posea un poco de juicio. Porque con un poco de juicio, nada más que con un poco de juicio, no se pueden hacer las tonterías que ella ha hecho... En fin, hijo, usted dirá que quién me mete a mí a lañador; pero ¿qué quiere usted?, a los viejecillos nos gusta arreglar a los jóvenes y marcarles el paso de esta vida para que eviten los tropezones que hemos dado nosotros.

Dijo esto último sonriendo con tal hombría de bien, que Maximiliano se llenó de confusiones. No sabía qué contestar, y sentía que se le apretaba la garganta. Despidióse don Evaristo, dejando al pobre chico en tal grado de aturdimiento, que durante muchos días hubo de revolver en su mente indigestada los dejos de aquel coloquio que tuvo con el respetable anciano, en una noche fría del mes de marzo.

Al siguiente día don Evaristo fué en coche a ver a Fortunata, a quien encontró peinándose sola. Sentándose a su lado y cogiéndola por un brazo, la llamó a sí y le dió un beso, diciéndole:

—El último beso... La aventura del viejo Feijoo ha pasado a la Historia... Entraremos pronto en vida nueva, y de esto no quedará sino un recuerdo en mí y otro en ti... Para el público, nada. Estas cenizas sólo para nosotros esconden un poco de calor.

Fortunata, que tenía en cada mano una de las gruesas bandas de sus cabellos negros, apartándolas como si fueran una cortina, no sabía si reír o echarse a llorar...

—¿Has hablado con él?...—dijo, conmovida y al mismo tiempo sonriente.

—Vete acostumbrando a tratarme de usted—replicó él con cierta severidad—. No se te escape una expresión familiar, porque entonces la echamos a perder. Yo también te trataré de usted delante de gente... Todo acabó... Fortunata, no soy para ti más que un padre... Aquel que te quiso como quiere el hom-

bre a la mujer no existe ya... Eres mi hija. Y no es que hagamos un papel aprendido, no; es que tú serás verdaderamente para mí, de aquí en adelante, como una hijita, y yo seré para ti un verdadero papaíto. Lo digo con toda mi alma. Yo no soy aquél; yo me moriré pronto, y...

Viéndole que se conmovía, la chulita no pudo aguantar más, y soltó el trapo a llorar. Aquellas admirables guedejas sueltas la asemejaban a esas imágenes del dolor que acompañan a los epitafios. Feijoo hizo un mohín como de persona mayor que quiere dominar una debilidad pueril, y le dijo:

—Pero no, no me avergüenzo de que se me salte una lágrima. Yo juro por Dios, en quien siempre he creído, que el cariño paternal es lo que me la hace derramar. Todo lo que en mí existía de varón, capaz de amar, ha desaparecido; todo murió; y no me queda de ello nada; ni aun siquiera lo echo de menos. Nunca he sido padre; ahora siento que lo soy..., y mi corazón se llena de afectos desconocidos, tan puros, pero tan puros...

La prójima no había visto nunca a su amigo tan vencido de la emoción. Tenía los ojos húmedos y le temblaban las manos. Sujétóse ella en la coronilla con una correa negra las crenchas de su abundante cabello, porque no era posible repicar y andar en la procesión; no podía peinarse y al mismo tiempo celebrar, entre lágrimas y castos apretones de mano, la santificación de las relaciones que entre ambos habían existido. Poco a poco se serenaron; don Evaristo la hizo sentar a su lado en el sofá y con voz clara y firme le habló de esta manera:

—Me parece que esto se arregla. ¡Cuánto me gustaría morirme dejándote en una situación normal y decorosa!... Bien veo que no es fácil que tu marido te sea simpático; pero eso no es inconveniente invencible. Hay que transigir con las formas, y tomar las cosas de la vida como son. ¿Y quién te dice que tratándole algo no llegues a tenerle afecto? Porque él es bueno y decente. Anoche le vi, y no me ha parecido tan raquítico. Ha engordado; ha echado carnes, y hasta me pareció que tiene un aire más arrogantillo, más...

Sonriendo tristemente, expresaba la joven su incredulidad.

—En fin, tú lo has de ver. Y, en último caso, hay que conformarse. La vida regular y el transigir con las leyes sociales tienen tal importancia, que hay que sacrificar el gusto, hija mía, y la ilusión... No digo que se sacrifique todo, todo el gusto y toda la ilusión; pero algo, no lo dudes, algo hay que sacrificar. De tener un marido, un nombre, una casa decente, a andar con la *alquila* levantada como los simones, a éste tomo, a éste dejo, va mucha diferencia para que no te pares a pensar bien lo que haces... Vamos a ver. Es preciso preverlo todo. Yo te voy a presentar los dos casos que se te pueden ofrecer en tu vida legal, y para los dos te voy a dar mi consejo franco, leal, con un gran sentido de la realidad. Primer caso: supongamos que al poco tiempo de vivir con Maximiliano encuentras que el muchacho se porta bien contigo, vas viendo sus buenas cualidades, que se manifiestan en todos los actos de la vida, y supongamos también que le vas teniendo algún cariño...

Fortunata tenía la mirada fija en un punto del suelo, como una espada, tan bien hundida que no la podía desclavar. Seguro de que le oía, aunque no le miraba, Feijoo siguió hablando despacio, poniendo pausas entre las cláusulas.

—Supongamos esto... Pues tu deber, en tal caso, es esforzarse en que ese cariño..., llamémoslo amistad, se aumente todo lo posible. Trabaja contigo misma para conseguirlo. ¡Ah!, hija mía, el trato hace milagros; la buena voluntad también los hace. Evita, al propio tiempo, la ociosidad, y verás como lo que te parece tan difícil te ha de ser muy fácil. Se han dado casos, pero muchos casos, de mujeres unidas por fuerza a un hombre aborrecido, y que le han ido tomando ley poquito a poco hasta llegar a ponerse más tiernas que la manteca. No digo nada si tienes chiquillos, porque entonces...

—¡Lo que es eso!...—indicó con viveza Fortunata.

—¡Mira qué tonta! ¿Y qué sabes tú? No se puede asegurar tal cosa. La Naturaleza sale siempre por donde menos se piensa... Y con chiquillos, ya llevas más de la mitad del camino andado para llegar al sosiego que te recomiendo, pues

en criarlos y en cuidarlos se te desgastará el sentimiento que de sobra tienes en esa alma de Dios, y te equilibrarás, y no harás más tonterías... Bueno; ya hemos hablado del primer caso, que es el mejor; pasemos al segundo. Te lo presento en la previsión de que falle el primero, lo que bien pudiera suceder. Vamos allá...

Fortunata esperaba con ansia la exposición del segundo caso, pero Feijoo lo tomaba con calma, pues se quedó buen rato meditando, con el ceño fruncido y la vista fija en el suelo.

—Lo mejor—prosiguió—es lo que acabo de decirte; pero cuando no se puede hacer lo mejor se hace lo menos malo..., ¿me entiendes? Suponiendo que no te sea posible encariñarte con ese bendito, y que ni el trato ni las buenas prendas de él te lo hagan menos antipático; suponiendo que la vida llegue a serte insoportable, y... Vaya, que esto es temerario, y se necesita de toda mi entereza para aconsejarte. Pero yo, antes que todo, veo lo práctico, lo posible, y no puedo aconsejar a nadie que se deje morir ni que se suicide. No se deben imponer sacrificios superiores a las fuerzas humanas. Si el corazón se te conserva en el tamaño que ahora tiene, si no hay medio de recortarlo, si se te pronuncia, ¿qué le vamos a hacer? Dentro del mal, veamos qué es lo mejor entre lo peor, y...

Feijoo rebuscaba las palabras más propias para expresar su pensamiento. Las ideas se le alborotaban un poco y necesitó someterlas para no embarullarse. Dando un gran suspiro, se pasó la mano por la cabeza, perdida la vista en el espacio. Saliendo, al fin, de su perplejidad, dijo con voz cautelosa:

—Y en un caso extremo, quiero decir, si te ves en el disparadero de faltar, guardas el decoro, y habrás hecho el menor mal posible... El decoro, la corrección, la decencia; éste es el secreto, compañera.

Detúvose asustado, a la manera del ladrón que siente ruido, y se volvió a poner la mano sobre la cabeza, como invocando sus canas. Pero sus canas no le dijeron nada. Al punto se envalentonó y recobró la seguridad de su lenguaje, diciendo:

—Tú eres demasiado inexperta para conocer la importancia que tiene en el mundo la forma. ¿Sabes tú lo que es la forma, y, mejor dicho, las formas? Pues no te diré que éstas sean todo; pero hay casos en que son casi todo. Con ellas marcha la sociedad, no te diré que a pedir de boca, pero sí de la mejor manera que puede marchar. ¡Oh! Los principios son una cosa muy bonita; pero las formas no lo son menos. Entre una sociedad sin principios y una sociedad sin formas, no sé yo con cuál me quedaría.

X

Fortunata había comprendido. Hacía signos afirmativos con la cabeza, y, cruzadas las manos sobre una de sus rodillas, imprimía a su cuerpo movimientos de balancín o remadera.

A Feijoo le había costado algún trabajo arrancarse a exponer su moral en aquellas circunstancias, porque en la conciencia se le puso un nudo, que le apretó durante breve rato; pero al punto lo deshizo, evocando las teorías que había profesado toda su vida. Lanzado, pues, el concepto más peligroso, siguió luego como una seda, sin nudo y sin tropiezo.

—Ya sabes cuáles son mis ideas respecto al amor. Reclamación imperiosa de la Naturaleza...; la Naturaleza, diciendo *aumentame*... No hay medio de oponerse...; la especie humana, que grita: *Quiero crecer*... ¿Me entiendes? ¿Hablo con claridad? ¿Necesitaré emplear parábolas o ejemplos?

Fortunata entendía, y seguía balanceándose de atrás adelante, acentuando las afirmaciones con su cabeza despeinada.

—Pues no te digo más. Esto es muy delicado; tan delicado como una pistola montada al pelo, con la cual no se puede jugar. Siempre es preferible el primer caso, el caso de la fidelidad, porque de este modo cumples con la Naturaleza y con el mundo. El segundo término te lo pongo como un *por si acaso*, y para que..., pon en esto tus cinco sentidos..., para que, si te ves en el trance, por exigencias irresistibles del corazón, de echar abajo el principio, sepas salvar la forma...

Aquí volvió mi hombre a sentir el nudo; pero evocando otra vez su filosofía de tantos años, lo desató.

—Hay que guardar en todo caso las santas apariencias, y tributar a la so-

ciedad ese culto externo, sin el cual volveríamos al estado salvaje. En nuestras relaciones tienes un ejemplo de que cuando se quiere el secreto se consigue. Es cuestión de estilo y habilidad. Si yo tuviera tiempo ahora, te contaría infinitos casos de pecadillos cometidos con una reserva absoluta, sin el menor escándalo, sin la menor ofensa del decoro que todos nos debemos... Te pasmarías. Oye bien lo que te digo, y apréndetelo de memoria. Lo primero que tienes que hacer es sostener el *orden público*, quiero decir, la paz del matrimonio, respetar a tu marido y no consentir que pierda su dignidad de tal... Dirás que es difícil; pero ahí está el talento, compañera... Hay que discurrir, y, sobre todo, penetrarse bien del propio decoro para saber mirar por el ajeno... Lo segundo...

Aquí don Evaristo se acercó más a ella, como si temiera que alguien le pudiese oír, y con el dedo índice muy tieso iba marcando bien lo que le decía.

—Lo segundo es que tengas mucho cuidado en elegir; esto es esencialísimo; mucho cuidado en ver con quién..., en ver a quién...

La conclusión del concepto no salía, no quería salir. Viéndole Fortunata en aquel apuro, acudió a remediarlo, diciendo:

—Comprendido, comprendido.

—Bueno, pues no necesito añadir nada más..., porque si caes en la tentación de querer a un hombre indigno, adiós mi dinero, adiós decoro... Y lo último que te recomiendo es que si logras conseguir que no pueda tentarte otra vez el mameluco de Santa Cruz, habrás puesto una pica en Flandes.

Dicho esto, el anciano se levantó, y, tomando capa y sombrero, se dispuso a marcharse. De la puerta volvió hacia Fortunata, y alzando el bastón con ademán de mando, le dijo:

—Repito lo de antes. Aquello se acabó..., y ahora soy tu padre; tú, mi hija...; trátame de usted...; ocupemos nuestros puestos..., aprendamos a vivir vida práctica. Por de pronto, serenidad, y concluye de peinarte, que es tarde. Yo me voy, que tengo mucho que hacer.

Metióse el original moralista en su simón y apenas había llegado a la plaza de los Carros empezó a sentir en su alma una inquietud inexplicable. Y tras la inquietud moral vino un cierto malestar físico, con algo de temblor y escalofríos, acompañado de terror supersticioso... Pero no podía definir la causa del miedo... El coche corría por la Cava Alta, y Feijoo se sentía cada vez peor. De improviso sintió como una vibración intensísima en su interior, y un relámpago, a manera de lanceta fugaz, atravesólo de parte a parte. Creyó que una desconocida lengua le gritaba: "¡Estúpido, vaya unas cosas que enseñas a tu hija!..." Extendió la mano para detener al cochero y decirle que volviera a la calle de Tabernillas; pero antes de realizar aquel propósito cesó la trepidación que en su alma había sentido, y todo quedó en reposo... "¡Qué debilidades! —pensó—; éstas son chocheces, y nada más que chocheces... ¿Pues no se me ocurrió volver allá para desdecirme? No te reselles, compañero, y sostén ahora lo que has creído siempre. Esto es lo práctico, es lo único posible... Si le recomendara la virtud absoluta, ¿qué sería? Sermón absolutamente perdido. Así, al menos..."

Y siguió tan satisfecho.

Con el ajetreo que traía aquellos días, en los cuales hizo dos visitas a doña Lupe, celebró muchas conferencias con Juan Pablo y otra muy sustanciosa con Nicolás Rubín, que andaba desalado detrás de una canonjía, tuvo el buen señor una recaída en su enfermedad. Una tarde de fines de marzo se sintió tan mal, que hubo de retirarse a su casa y se acostó. Doña Paca advirtió en él, juntamente con los síntomas de agravación, cierta alegría febril, lo que juzgó de malísimo agüero, pues si su amo se volvía niño o demente cuando tan malito estaba, señal era esto de la proximidad del fin. Toda la noche estuvo dando vueltas de un lado para otro, queriendo levantarse, y renegando de que le tuvieran prisionero en la cárcel de aquellas malditas sábanas. A la madrugada se nublaron sus sentidos, y a punto de perder el conocimiento, se despidió del mundo sensible con este varonil concepto, que apenas salió del magín a los labios:

—Ya me puedo morir tranquilo, puesto que he sabido arrancarle al demonio de la tontería el alma que ya tenía entre sus uñas...

Doña Paca y el criado, creyendo que su amo se quedaba en aquel espasmo, empezaron a dar chillidos; llamaron al

médico, dieron al señor muchas friegas y, por fin, volviéronle a la vida. Todos se pasmaron de verle risueño y de oírle afirmar que no le dolía nada y que se sentía bien y contento. Mas, a pesar de esto, el doctor puso muy mala cara, pronosticando que la debilidad cerebral y nerviosa acabaría pronto con el enfermo. Por más que éste se envalentonó, no pudo levantarse y las fuerzas le iban faltando. Carecía en absoluto de apetito. Los amigos que aquel día le acompañaban convinieron en decirle de la manera más delicada que se preparase espiritualmente para el traspaso final, ocupándose del negocio de salvar su alma. Creyeron los más que don Evaristo se alborotaría con esto, pues siempre hizo alarde de librepensador; mas con gran sorpresa de todos, oyó la indicación del modo más sereno y amable, diciendo que él tenía sus creencias, pero que al mismo tiempo gustaba de cumplir toda obligación consagrada por el asentimiento del mayor número.

—Yo creo en Dios—dijo—, y tengo acá mi religión a mi manera. Por el respeto que los hombres nos debemos los unos a los otros, no quiero dejar de cumplir ningún requisito de los que ordena toda sociedad bien organizada. Siempre he sido esclavo de las buenas formas. Tráiganme ustedes cuantos curas quieran, que yo no me asusto de nada, ni temo nada, y no desentono jamás. No descomponerse; ése es mi tema.

Todos los presentes se maravillaron al oírle, y aquel mismo día se le administraron los Sacramentos. Después se puso mucho mejor, lo cual dió motivo a que le dijeran, como es uso y costumbre, que la religión es medicina del cuerpo y del alma. El aseguraba que no se moría de aquel arrechucho, que tenía siete vidas como los gatos, y que era muy posible que Dios le dejase tirar algún tiempo más para permitirle ver muchas y peregrinas cosas. Así fué, en efecto, pues en todo el año 75 que corría no se murió el filósofo práctico.

Durante la convalecencia de aquel ataque no permitió que Fortunata fuese a verle. Le escribía algunas cartitas, reiterándole sus consejos y dándole otros nuevos para el día, ya próximo, en que la reconciliación debía efectuarse. Al propio tiempo se ocupaba en la revisión de su testamento y en tomar varias disposiciones benéficas que algunas personas habían de agradecerle mucho. Tenía un pequeño caudal repartido en diferentes préstamos hechos a amigos menesterosos. Algunos le habían firmado pagarés de mil, de dos y hasta de tres mil reales. Todos estos papeles fueron rotos. Dispuso cómo se habían de repartir las alhajas que tenía, algunas de bastante valor; sortijas con hermosos solitarios, botonaduras y además cajitas primorosas de marfil y sándalo que había traído de Filipinas, una hermosa espada, dos o tres bastones de mando, con puño de oro. Hizo la distribución de todo con un acierto que declaraba su gran delicadeza y el aprecio que hacía de las amistades consecuentes.

Respecto a Fortunata, lo dispuso tan bien que no cabía más. No le dejaba en su testamento más que algunos regalitos, llamándola *ahijada;* pero, por medio de un agente de Bolsa muy discreto, se hizo una operación en que la chulita figuraba como compradora de cierta cantidad de acciones del Banco, dándole, además, de mano a mano, algunas cantidades en billetes. No olvidó por esto don Evaristo a sus parientes, que eran dos sobrinas, residentes la una en Astorga, la otra en Ponferrada. Ambas quedaban muy bien atendidas en el testamento; y en cuanto a los socorros que anualmente les enviaba, no perdió aquel año la memoria de esta obligación, a pesar de los muchos quebraderos de cabeza que tuvo. Doña Paca y los dos criados también se llevarían un pellizco el día en que el amo faltara.

Indicáronle los clérigos de la parroquia si no dejaba algo para sufragios por su alma, y él, con bondadosa sonrisa, replicó que no había olvidado ninguno de los deberes de la cortesía social, y que, para no desafinar en nada, también quedaba puesto el rengloncito de las misas.

Fué a verle una tarde Villalonga, y lo primero que le dijo Feijoo, mientras se dejaba abrazar por él, fué esto:

—Pero, hombre, ¿será usted tan malo que no le dé la canonjía a mi recomendado?

—Por Dios, querido patriarca, tengamos paciencia... Haré lo que pueda. Le puse una carta muy expresiva a Cárdenas mandándole la nota. Pero considere usted que es un arco de iglesia. ¡Canonjía! Para mí la quisiera yo.

—Y para mí también... Pero, en fin, ¿puede ser o no? Es un cleriguito de las mejores condiciones.

—Lo creo...; pero ¡qué quiere usted! Estos cargos son muy solicitados, y cuando vaca uno, hay cuatrocientos curas con los dientes de este tamaño.

—Sí, pero mi presbítero es un cura apreciabilísimo, un santo varón... Como que ayuna todos los días...

—Ya...: será un bacalao este padre Rubín. ¿No le di ya a usted una credencial de Penales para un Rubín? Usted, por lo visto, protege a esa familia.

—Yo no protejo familias, niño. Déjese usted de protecciones... Sólo que me intereso por las personas de mérito.

—Por mí no ha de quedar. Le daré otro achuchón a Cárdenas. Pero, lo que digo, son plazas que tienen muchos golosos. Los pretendientes explotan el valimiento y la influencia de las señoras. Casi siempre son las faldas las que deciden quién se ha de sentar en los coros de las catedrales.

—Pues suponga usted, compañero, que yo tengo faldas, que soy una dama, ea...

—Pero si yo no lo he de decidir.

—Mire usted que si no me nombra mi canónigo no me muero, y le estaré atormentando meses y meses.

—Mejor... Viva usted mil años.

—Y esas elecciones, ¿van bien?

—Como un acero. Tengo allá un padre cura que vale un imperio. Me está haciendo unos arreglos en el distrito que Dios tirita, y tirita toda la Santísima Trinidad. Ese sí que merece, no digo yo canonjías, sino siete mitras.

—Le conozco: el *Pater*...; fué capellán de mi regimiento.

Villalonga se despidió reiterando sus buenos deseos respecto a Nicolás Rubín.

—¡Eh, Jacinto, por Dios, una palabra!—dijo don Evaristo, llamándole cuando ya estaba en la puerta—. Por Dios y todos los santos, no me olvide usted a ese desdichado..., al pobre Villaamil, a ese que llaman *Ramsés Segundo*.

—Está recomendado en una nota de *indispensables*. Conque más no puedo hacer.

—Mire usted que no me deja vivir... Todos los días viene tres veces. La noche que me dieron el Viático, en el momento aquél, miré para este lado y lo primero que vi fué a *Ramsés Segundo* con una vela en la mano. ¡Cómo me miraba el infeliz!... Creo que no me morí de tanto como rezó Villaamil, pidiendo a Dios que viviera.

—Podrá ser... No le olvidaré. Abur, abur.

Y don Evaristo se quedó solo, pensativo y dulcemente ensimismado, saboreando en su conciencia el goce puro de hacer a sus semejantes todo el bien posible, o de haber evitado el mal en la medida que la Providencia ha concedido a la iniciativa humana.

CAPITULO V

OTRA RESTAURACIÓN

I

Las personas muy rutinarias y ordenadas que se acostumbran a las dulzuras tranquilas del método en la vida, concluyen, abusando en cierto modo de la regularidad, por someter al casillero del tiempo no sólo las ocupaciones, sino los actos y funciones del espíritu y aun del cuerpo que parecen más rebeldes al régimen de las horas. Así, pues, la gran doña Lupe, cuya existencia era muy semejante a la de un reloj con alma, había distribuído tan bien el tiempo, que hasta para pensar en cualquier asunto de interés que sobreviniese tenía marcada una parte del día y un determinado sitio. Cuando era preciso meditar, por el picor de una de esas ideas, hermanas del abejorro, que se plantan en el cerebro y no hay medio de sacudirlas, o doña Lupe no meditaba, o tenía que hacerlo sentada en la silleta junto a la ventana de la sala, los anteojos en el caballete de la nariz, la cesta de la ropa delante y el gato muy repantigado en un extremo de la alfombrita. La meditación era mucho más honda y eficaz si la señora tenía metida toda la mano izquierda, hasta más arriba de la muñeca, dentro de una media, y si las claraboyas de ésta eran bastante anchas para poder tejer sobre ellas enrejados como los de una cárcel. Tal era la fuerza del método, que doña Lupe no pensaba a gusto sino allí, así como para hacer sus cálculos aritméticos el mejor momento era cuando descascaraba los guisantes en la cocina (en tiempo de guisantes), o cuando ponía los garbanzos en remojo. La cos-

tumbre obraba estos prodigios, y lo mismo era ver la señora los garbanzos y poner su mano en ellos, que se le llenaba el cerebro de números y veía claro en sus negocios si le convenía o no tal préstamo, si debía quedarse o no con tal o cual alhaja. Al levantarse, por la mañana temprano, preveía todos los sucesos y acciones del día que empezaba, y se preparaba para ellos con una vocación mental de su energía, y con la distribución metódica de las horas para todo lo previsto y probable. Era esto como si *se diera cuerda,* acumulando en sí la fuerza inteligente que necesitaba.

Todas estas rutinas del pensamiento y de la acción fueron perturbadas por la mudanza de casa, que se efectuó en diciembre del 74, y no hay que decir cuán gran sacrificio fué para doña Lupe este cambio. Era de esas personas que aborrecen lo desconocido y que se encariñan con el rincón en que viven. Mover los trastos era para ella algo semejante a incendio o demolición; pero no había más remedio que dar el salto del norte al sur de Madrid, pues teniendo Maximiliano que pasar la mayor parte del tiempo en la botica de Samaniego, era una falta de caridad hacerle recorrer dos veces al día los tres cuartos de legua que separan el barrio de Chamberí del de Lavapiés. Cargó, pues, la señora de Jáuregui con sus penates y se instaló en un segundo de la calle del Ave María. Habríale gustado vivir en la misma casa de la botica; pero no había allí ningún cuarto con papeles. Eligió un segundo de la finca inmediata, y sus balcones caían al lado de los de su amiga Casta Moreno, viuda de Samaniego. Los primeros días extrañaba la casa, teniéndola por peor que la otra; mas pronto hubo de reconocer que era mucho mejor, más espaciosa y bella, y en cuanto a los barrios, lo que la señora había perdido en tranquilidad ganábalo en animación. Poco a poco se fué adaptando a su nuevo domicilio, y cuando la sorprende de nuevo nuestro relato, sentada junto a la ventana y recapacitando, con la mano dentro de la media, en una fecha que debe caer allá por marzo del 75, ya no se acordaba de la vivienda de Chamberí en que la conocimos.

La meditación y el zurcido no le impedían mirar de cuando en cuando a la calle, y la del Ave María es mucho más *pasajera* que la de Raimundo Lulio. En una de aquellas miradas casi maquinales que la viuda echaba hacia fuera, como para poner solución de continuidad al temeroso problema que tenía entre ceja y ceja, vió pasar a una persona que le retuvo un instante la atención. Era Guillermina Pacheco. "Parece que la santa frecuenta ahora estos barrios—murmuró doña Lupe, alargando la cabeza para observarla por la calle abajo—. Ya la he visto pasar cuatro o cinco veces a distintas horas. Verdad que para ella no hay distancias... Ahora que recuerdo, me ha dicho Casta que es parienta suya, y he de preguntarle..."

La fundadora inspiraba a doña Lupe grandes simpatías. De tanto verla pasar por la calle de Raimundo Lulio, camino del asilo de la de Alburquerque, llegó a imaginar que la trataba. Siempre que había función pública en la capilla del asilo iba doña Lupe, deseosa de introducirse y de hacer migas con la santa. Admirábala mucho, no exclusivamente por sus santidades, sino más bien por aquel desprecio del mundo, por su actividad varonil y la grandeza de su carácter. Quizá la señora de Jáuregui creía sentir también en su alma algo de aquella levadura autocrática, de aquella iniciativa ardiente y de aquel poder organizador, y esta especie de parentesco espiritual era quizá lo que le infundía mayores ganas de tratarla íntimamente. Sólo la había hablado una o dos veces en las funciones del asilo, así como por entremetimiento y oficiosidad, y cuando en dichas fiestas veíala rodeada de damas *de la grandeza* y de señoronas ricas, que tenían el coche a la puerta, doña Lupe habría dado el único pecho que poseía por meter las narices entre aquella gente, codearse con ellas y mangonear en los petitorios. Porque ella tenía la vanidad, muy bien fundada por cierto, de no desmerecer de las tales señoras un punto a buena crianza y modales. Harto sabía, además, que no todas habían nacido en doradas cunas, y que la finura es lo que constituye la verdadera aristocracia en estos tiempos liberales. No había razón para que ella, que sabía presentarse como la primera, dejase de alternar con las damas que seguían a Guillermina cual las ovejas siguen al pastor... A mayor abundamiento, en lo tocante a ropa, estaba a la sazón la viuda de Jáuregui

en excelentes condiciones. Con su talento y su economía se había agenciado un abrigo de terciopelo, con pieles, que la más pintada no lo usara mejor. Y le había salido por poco más de nada, atendido lo que generalmente cuestan estas piezas... Le estaban arreglando una capota, que..., vamos, el día que la estrenara había de llamar la atención... Estas reflexiones fueron como un inciso en lo que aquella tarde pensaba la señora, inciso que se abrió al ver pasar a Guillermina, cerrándose cuando la virgen y fundadora desapareció por la calle abajo.

Vuelta a la meditación, tomando el hilo de ella en el mismo punto en que lo había soltado... "Y, aunque el señor de Feijoo lo niegue hoy, es tan verdad que me rondaba la calle al año de perder a mi Jáuregui..., tan verdad como que nos hemos de morir. Y si no, ¿qué hacía plantado en aquella dichosa esquina de la calle de Tintoreros? Esto fué poco antes de la guerra de Africa, bien me acuerdo: y si el tal no se va a matar moros, sabe Dios si... Pero esto no hace al caso, y vamos a lo otro. Que es un caballero decentísimo, no tiene la menor duda. Jáuregui le apreciaba mucho, y me decía que no tenía más contra que ser muy mujeriego... Fuera de esto, hombre de veracidad, con una palabra como los Evangelios, y cosa que él decía poniéndose formal era como si la escribieran notarios... Con todo, lo que me ha venido contando estos días ¡me parece tan extraño!... Que está arrepentida, que él la ha tomado bajo su protección... Se la encontró en casa de unos vecinos, y le dió lástima, y qué sé yo qué... Por más que diga ese santo varón, tales arrepentimientos me parecen a mí las coplas de Calaínos... Y si por acaso... ¡Quita, quita, pensamiento, y no me tientes con una sospecha, que parece tan verosímil!... El mismo Feijoo quizá..., puede..., habrá tenido..., y ahora... Sobre esto quiero echar tierra, porque me volvería loca. La verdad es que el pobre señor ha dado un bajón tremendo y no debe de haber estado para morisquetas de algunos meses acá. ¿Si será cierto lo que dice?... ¡Caridad, lástima, arrepentimiento..., necesidad de transigir, decoro, reconciliación!..."

Otro inciso. Miró a la calle y vió por segunda vez a Guillermina, que subía. "Pero ¿qué trae en la mano? Un palo y un garfio de hierro. ¡Vaya con la santa esta! Algo que le han dado. Dicen que lo acepta todo. Véase por dónde yo la podría ayudar a su obra, dándole media docena de llaves viejas que tengo aquí. Aquella tabla que lleva parece una plantilla... Toma, como que vendrá del almacén de maderas de la calle de Valencia. ¡Vaya unos trajines!... Vea usted una cosa que a mí me gustaría: edificar un *establecimiento,* pidiéndole dinero al Verbo... Lo haría yo tan grande como El Escorial..."

Cerrado el inciso, y otra vez al tema: "¡Vaya con lo que me ha dicho esta mañana Nicolás: que Feijoo es el primer caballero de Madrid y que le ha prometido una canonjía! Si se la dan, ya no me queda nada que ver. Yo me alegraría para quitarme esa carga de encima; pero ¡qué tiempos y qué Gobiernos! ¡Ah!, si yo gobernara, si yo fuera ministra, ¡qué derechitos andarían todos! Si esta gente no sabe..., si salta a la vista que no sabe. ¡Dar una canonjía a un clérigo joven, que entra en su casa a la una de la noche y pasa el tiempo charlando en el café con los curas de caballería que andan por ahí sueltos y sin licencias! Pero, en fin, allá te la dé Dios, y si pescas el turrón, hijo, buen provecho, y escribe en llegando, y no aparezcas más por aquí, egoistón, tragaldabas... Pues digo el otro, el Juanito Pablo, desde que tiene empleo no pone los pies en casa. ¡Si, comparado con sus hermanos, Maximiliano es un ángel de Dios y un talentazo!... Voy a lo que me decía Nicolás esta mañana... Que don Evaristo es un cristiano rancio, y que cuando le administraron, recibió al Señor con una edificación y una santidad tan grandes, que todos los concurrentes al acto lloraban a moco y baba. Vaya, no sería tanto..., exageración. En estas cosas de santidad hay que llamar al tío Paco para que traiga la rebaja. Pero, en fin, pongamos que sea así, ¿y qué? Ahora lo que falta saber es si, con toda esa cristiandad, nos querrá dar gato por liebre... ¡Lástima, arrepentimiento!... Dios mío, o dame una luz clara sobre esto, o quítame esta grillera de mi cabeza. Yo me vuelvo loca... Y no sé por qué me devano los sesos, porque, en rigor, ¿a mí qué me va ni me viene? Si Maximiliano quiere humillarse después de las atrocidades

que pasaron, yo no debo meterme... Pero sí, sí, me meteré. ¿Cómo consentir tal afrenta? La muy bribona..., ¡imaginar que su marido puede perdonarla después de la trastada indecente que le hizo, después que el querindango atropelló a este infeliz, abusando de su fuerza!... ¡Qué infamia! Si yo no hubiera estado un mes seguido trasteando a este chico para quitarle de la cabeza la idea de la venganza..., no sé qué catástrofes habrían sucedido. Quería pegarle un tiro al otro, y hasta se le ocurrió hacer un cartucho de dinamita para ponérselo en la puerta de su casa... Delirios... Lo mejor es el desprecio... A estos badulaques se los desprecia... Bueno está mi sobrino para meterse en lances; él, que se asusta de entrar en un cuarto sin luz. ¡Pobrecillo Maxi! ¡Tiene un corazón de oro, y ahora que está tan dado a estudiar lo del otro mundo se le ocurren unas cosas!... ¡Vaya con lo que me decía anoche!... "¡Tía de mi alma, a fuerza de pensar y padecer, he llegado a desprenderme de todas las pasiones y a no sentir en mí ni odio ni venganza." Dice que la perdona cristianamente, por esto y lo otro y qué sé yo qué...; pero en cuanto a hacer vida común, ni que se lo mande el Papa. Y a renglón seguido me marea para que la vaya a ver. "Tía, visítela usted, entérese..., sondéela, a ver cómo se presenta. Puede que sea verdad lo que dice don Evaristo..." Todas las noches la misma canción. Al fin, si se pone muy pesadito, no tendré más remedio que ir. Y no es flojo el paseo que tengo que dar, de aquí a la Puerta de Moros..."

II

Un lunes por la tarde doña Lupe entró en su casa a eso de las cinco. Venía muy emperifollada.

—*Papitos*, ¿quién ha venido?

—Aquel señor de las barbas blancas.

—¿Y nadie más? ¿No ha estado Mauricia?

—No, señora... Esta mañana la vi en la puerta del bodegón de la plazuela de Lavapiés. Vive por aquí cerca... "Señá Mauricia, mire que la señora la está esperando..." Me contestó, dice: "Dile a esa *tiona* que si quiere correr los pañuelos que los corra ella, y que si no, que los deje..."

—¡Habrá indecente!...—exclamó la señora, algo distraída.

Papitos, que aquella mañana había sido castigada porque trajo de la plaza una merluza muy mala, creyó que a su ama no se le había pasado el berrenchín, y temblaba mirándole las manos. Pero en el ánimo de doña Lupe se había disipado la ira correccional, a causa de los sentimientos de otro orden y del gran estupor que desde una hora antes reinaban en él.

—Oye, *Papitos*—le dijo—. Ven acá, y atiende bien a lo que te encargo. Yo tengo que salir otra vez. Das de comer al señorito Nicolás y al señorito Maxi; pero éste vendrá mucho más tarde que su hermano. Fíjate bien, y no salgas luego haciendo lo contrario de lo que te mando. Para principio del clérigo pones la merluza mala que trajiste esta mañana, ¿sabes?, y que está apestando... Le echas bastante sal, y después la cargas de harina todo lo que puedas y la fríes. Ponle todas las tajadas, y se las embaulará sin enterarse de si está buena o mala. Es como los tiburones, que tragan todo lo que les echan. Para postre, las nueces y el arrope, ¿sabes? Le pones en la mesa la orza, y que se harte; a ver si lo acaba. Está fermentado, y no hay quien lo pase... Si el señorito Maxi viniese antes que yo esté de vuelta, le pones de principio una de las dos chuletas de ternera, la más crecidita, y de postre le sacas las pastas que trajo el bollero esta mañana y la carne de membrillo que yo tomo. Conque a ver si lo haces todo al revés.

Cuando le daban tales pruebas de confianza delegando en ella la autoridad, la mona se crecía, y aguzando su entendimiento por la vanidad, desempeñaba sus obligaciones de un modo intachable. Doña Lupe, que ya la conocía bien, estaba segura de que sus órdenes serían cumplidas. *Papitos* hizo con la cabeza signos de inteligencia, y se sonreía la muy tunante, pensando, sin duda, ¡aquí que no peco!..., en la cantidad de sal que le iba a echar a la merluza del señorito Nicolás.

Doña Lupe permaneció un rato en la sala, sin moverse del sillón en que se sentara al entrar, con el manto puesto, la mano en la mejilla, pensando en lo mismo. No había vuelto aún de su asombro, ni volvería en mucho tiempo. Fortunata,

de cuya casa venía, le había dado mil duros para que se los colocara del modo que lo creyera más conveniente..., y sin querer admitir recibo... Al pronto sospechó la señora de Jáuregui si serían falsos los billetes...; pero, ¡quiá!, si eran más legítimos que el sol. Tal prueba de confianza le llegaba al alma, porque no sólo era confianza en su honradez, sino en su talento para hacer producir dinero al dinero... Pues, además, Fortunata, en el curso de la conversación, había dado a entender que tenía acciones del Banco, sin decir cuántas. ¿De dónde había salido esta riqueza? Quizá Juanito Santa Cruz..., quizá Feijoo... Lo más particular era que doña Lupe, por impulsos de tolerancia que habían surgido bruscamente en su espíritu, se esforzaba en suponer a aquel caudal una procedencia decente. ¡Fascinación que la moneda ejerce en ciertos caracteres, porque para éstos lo bueno tiene que tener buen origen!... "Y ¿por qué no ha de ser verdad todo eso del arrepentimiento?...—se decía—. Lo que no me explico es una cosa... El primer día me dijo Feijoo que estaba miserable..., pero miserable, y comiéndose sus ahorros. ¡Pues si son éstas las sobras!... En fin, doblemos la hoja; pongámonos en un punto de vista imparcial, y no hagamos juicios temerarios antes de tener datos seguros. ¿Quién se atreve a condenar a un semejante sin oírlo? Sería una crueldad, una injusticia. Eso de que siempre hayamos de pensar mal, me parece una barbaridad. Pero me estoy aquí ensimismada, y si tardo, quizá no encuentre en su casa a don Francisco... El dirá qué hacemos con todo este guano.

Al bajar la escalera, sus pensamientos tomaban otro giro. "Y qué guapa está!... Es un horror de guapa. Y siempre tan modosita... Parece que no rompe un plato. Cuando entré, por poco se desmaya. Y aquello no es fingido...; ella será todo lo que se quiera, pero no hace papeles, no tiene talento para hacerlos. En cuanto a modales, ha olvidado todo lo que le enseñé...; será preciso volver a empezar..., y de lenguaje seguimos lo mismo. Ni la más ligera alusión a los sucesos del año pasado. Dirá, y con razón, que peor es meneallo..."

Como tres horas largas estuvo doña Lupe fuera de su casa. Cuando volvió, Nicolás había comido y marchádose, y Maximiliano estaba concluyendo. La primera pregunta que hizo el ama a *Papitos* fué referente a las órdenes que le había dado.

—No dejó ni rastro—replicó la muchacha, enseñando a su ama la fuente en que había servido la merluza.

—¿Y dijo algo?

—No podía decir nada, porque no paraba de tragar.

Doña Lupe se sonreía. Cercioróse de que a Maximiliano se le había servido conforme a sus órdenes, y después de cambiar de ropa, dispuso su propia comida, que era de lo más frugal. Cuando entró en el comedor ya Maxi no estaba allí, y media hora después encontróle en su cuarto, sin luz, sentado junto a la mesa, y de bruces en ella, con la cabeza sostenida en las manos y agarradas éstas al cabello, como si se lo quisiera arrancar. Viéndole tan sumergido en su tristeza, su señora tía le dijo:

—Vamos, hombre, no te pongas así. No hay que tomar las cosas tan a pechos... Lo que está de Dios que sea, será. Cuando las cosas vienen bien rodadas no hay medio de evitarlas.

—Y qué, ¿la ha visto usted?—dijo Maxi, dejando al fin aquella posición violenta y mirando con ansiedad a su tía.

—Sí... Me has mareado tanto..., que al fin... Pues nada..., la he visto y no me ha comido. Es la misma panfilona inexperta de siempre.

—¿Está desmejorada?

—¿Desmejorada? Quítate de ahí. Lo que está es guapísima. Por cada ojo parece que le salen cuantas estrellas hay en el cielo. A algunas personas la miseria les prueba bien.

—Pero qué, ¿está miserable? ¿Pasa necesidades?—preguntó el chico, moviéndose con inquietud en la silla—. Eso no debe consentirse...

—No digo que tenga hambre... y tal vez... Su situación no debe de ser muy desahogada. Hoy a las cuatro de la tarde, según me dijo, no había entrado en su cuerpo más que un poco de pan del día antes, un pedacito de chocolate crudo y, al mediodía, una corta ración de bofes.

—¡Por Dios! ¿Y usted consiente eso? ¡Bofes!...

—Será penitencia tal vez—replicó la

viuda en aquel tono de convicción ingenua que tomaba cuando quería jugar con la credulidad de su sobrino, como el gato con la bola de papel.

—Francamente, tía, eso de que pase hambre... Yo no la perdono, no puede ser... Le aseguro a usted que eso... *Jamás, jamás, jamás.*

—Ya te he dicho que no es prudente soltar *jamases* tan a boca llena sobre ningún punto que se refiera a las cosas humanas. Ya ves el bueno de don Juan Prim qué lucido ha quedado con sus *jamases.*

—Pues a mí no me pasará lo que a don Juan Prim, porque sé lo que digo... Y como la restauración depende de mí y yo no he de hacerla... Pero de esto no se trata ahora. Aunque no ha de haber las paces, me duele que pase hambre. Es preciso socorrerla.

—Pues volveré allá. Pero se me ocurre una cosa. ¿Por qué no vas tú?

—¡Yo!—exclamó el exaltado chico, sintiendo que los cabellos se le ponían de punta.

—Sí, tú.., porque estás acostumbrado a que todo te lo den bien amasado y cocido... Esto es cosa delicada... Yo no quiero responsabilidades. Tú no eres ya un niño y debes decidir por ti mismo estas cosas.

—¡Yo! ¡Que vaya yo!—murmuró el joven farmacéutico, sintiendo un temblor, un frío...; se ponía malo de sólo pensarlo.

—Tú, sí, tú... Déjate de miedos y vacilaciones. Si lo quieres hacer, lo haces, y si no, lo dejas.

—No tengo tiempo de ir—dijo Rubín, tranquilizándose al encontrar tan liviano pretexto.

Volvió a insistir doña Lupe con lenguaje duro en que él debía decidir por sí mismo aquel asunto de la reconciliación, ver a Fortunata y proceder en conciencia, según las impresiones que recibiera. Tanto y tanto le predicó, que al cabo el pobre muchacho hizo propósito de ir; y al día siguiente, en un rato que le dejó libre la botica, tomó el camino de la calle de Tabernillas, más muerto que vivo, pensando lo que diría y lo que callaría, con la penita muy acentuada en la boca del estómago, lo mismo que cuando iba a examinarse. Al llegar y reconocer el número de la casa entróle tal espanto, que se retiró, huyendo de la calle y del barrio...

Al día siguiente hizo un segundo esfuerzo y pudo entrar en el portal; pero ante la vidriera que daba paso a la escalera se detuvo. Le aterraba la idea de subir, y de su mente se había borrado todo lo que pensaba decirle. Aguardó un rato en espantosa lucha, hasta que le asaltaron ideas alarmantes, como ésta: "Si ahora baja y me ve aquí..." Y salió escapado por la calle adelante, sin atreverse ni a mirar hacia atrás. La tentativa del tercer día no tuvo mejor éxito, y aburrido al fin y desconcertado, resolvió expresarse con su mujer por medio de una carta. Andando hacia la calle del Ave María iba discurriendo que debía poner en la carta mucha severidad y un ligero matiz de indulgencia, un grano nada más de sal de piedad para sazonarla. Diríale que no podía admitirla en su casa; pero que con el tiempo..., si daba pruebas de arrepentimiento... En fin, que ya saldría la epístola tan guapamente. Excitado por estas ideas y propósitos entró en su casa, y, al dirigirse a su cuarto y oír la voz de su tía que desde la sala le llamaba, sintió en el corazón como si se lo tocaran con la punta de un alfiler... Entró en la sala, y... ¡lo que vieron sus ojos, Dios omnipotente!... ¡Dios, que haces posible lo imposible! En la sala estaba Fortunata, en pie, lívida, como los que van a ser ajusticiados...

Maximiliano no cayó redondo por milagro de Dios... Dijo "¡Ah!...", y se quedó como una estatua. Tampoco ella chistaba nada y sus miradas caían al suelo como pesas de plomo. Por fin, el joven, en el último grado de la turbación y del desconcierto, se aventuró a hablar y dijo algo así como buenas tardes..., y después: "Yo creí que...", y luego: "De modo que usted, tía..."

—No, yo no me meto en nada—declaró doña Lupe, que estaba sentada, como presidiendo—. Lo único que he dispuesto es traerla aquí para que frente a frente decidáis... Fortunata, siéntate.

Al recuerdo de su agravio sintió Maximiliano en su alma una reacción brusca contra aquel misticismo recién aprendido, más hijo de la necesidad que de la convicción.

—Esto me parece prematuro—dijo, y salió de la sala.

Pronto se le reunió su tía en el despacho y le dijo:

—Me parece bien tu severidad. Pero las circunstancias... ¿No me has dicho que era indispensable pasarle un tanto diario para alimentos? ¿Y te parece a ti que estamos en disposición de sostener dos casas?

Tenía el muchacho la cabeza tan alborotada, que no pudo hacerse cargo de tales argumentos. Para él, lo mismo era que su tía le hablase de dos casas que de cuatro mil.

—Déjeme usted—le dijo casi sollozando—. Estoy dejado de la mano de Dios.

—Pues ya que está aquí, no se ha de marchar—prosiguió doña Lupe en voz baja—. La pondremos en el cuartito próximo al mío. Y basta. ¡Ay!, ¡que siempre me han de tocar a mí estos arreglos y composturas!... ¿Sabes lo que te digo? Pues que aquí tenéis ocasión de deciros todas las perrerías que queráis o de daros todas las explicaciones que juzguéis conveniente. Yo me lavo mis manos. A mí no me metáis en vuestras contradanzas. Si queréis llegar a un acuerdo, en hora buena sea, y si no queréis, también. Bastante servicio os hago con prestaros mi casa para que os toméis el pulso hasta ver si hay paces o no hay paces. Y, por Dios, no me deis más jaquecas. Si pasan días y no salta la avenencia, se acabó. Pero no me deis más jaquecas, por Dios, no me deis más jaquecas.

Esto último lo dijo en alta voz, saliendo ya al pasillo, de modo que lo oyeron muy bien *Papitos*, en un extremo de la casa, y Fortunata, en otro. Esta quedó desde aquella tarde en la casa, y su situación era de las menos airosas, porque su marido apenas le hablaba. Nicolás hacía el gasto de conversación en la mesa. Al segundo día, Fortunata dijo a doña Lupe que se marchaba, lo que dió motivo a que la señora saliera por los pasillos gritando:

—Por Dios, no me deis más jaquecas..., ya no puedo más. Que cada cual haga lo que quiera.

Pero, a pesar de esto, la esposa no se marchó. Al tercer día, en medio de la reserva y huraño silencio que entre ambos cónyuges reinaba, empezó Maxi a soltar una que otra palabra; luego ya no eran palabras, sino frases, y tras las cláusulas frías vinieron las tibias. Por fin, se permitió algún concepto jovial. Al quinto día se sonreía mirando a su mujer. Al sexto, Fortunata le miraba con atención cortés cuando decía algo; al séptimo, Maxi opinaba como ella en toda discusión que en la mesa se trabase; al octavo, le daba una palmadita en el hombro; al noveno, la señora de Rubín se interesaba porque su marido se abrigase bien al salir, y al décimo estuvieron como un cuarto de hora secreteándose a solas en un rincón de la sala; al undécimo, Maxi le apretó mucho la mano al entrar, y al duodécimo exclamó doña Lupe, como sacerdote que entona el hosanna:

—Vaya, que os ponéis babosos. Por Dios, no me deis jaquecas. Si estáis reventando por hacer las paces, ¿a qué tantos remilgos? Bien hago yo en no meterme en nada, bendita de mí.

Y de este modo se verificó aquella restauración, aquel restablecimiento de la vida legal. Fué de esas cosas que pasan, sin que se pueda determinar cómo pasaron, hechos fatales en la historia de una familia como lo son sus similares en la historia de los pueblos; hechos que los sabios presienten, que los expertos vaticinan sin poder decir en qué se fundan, y que llegan a ser efectivos sin que se sepa cómo, pues aunque se les sienta venir, no se ve el disimulado mecanismo que los trae.

III

En los primeros días que sucedieron a este gran suceso nada ocurrió digno de contarse. Y si algo hubo fué de puertas afuera. Voy a ello. Una tarde estaban doña Lupe y Fortunata en la sala cosiendo unas anillas a las magníficas cortinas de seda con que se había quedado la señora por préstamo no satisfecho, cuando *Papitos*, que se había asomado al balcón para descolgar la ropa puesta a secar, empezó a dar chillidos:

—¡Señoras, vengan, miren!... ¡Cuánta gente!... Han matado a uno.

Asomáronse las dos señoras y vieron que en la parte baja de la calle, cerca de la esquina de San Carlos, había un gron corrillo, que a cada momento engrosaba más.

—Hay un *calávere* difunto allí en mitad de la gente—gritó *Papitos*, que tenía medio cuerpo fuera del balcón.

—Yo veo un bulto tendido en el suelo—dijo doña Lupe—. ¿Ves tú algo?... Será algún borracho. Pero observa qué multitud se va reuniendo. Como que los coches no pueden pasar... Y mira qué policías éstos. Ni para un remedio.

—Señora, mándeme por los fideos... Ya sabe que no hay...—dijo la mona.

—Vamos..., lo que tú quieres es curiosear...

—Mándeme—repitió la chiquilla, dando brincos entre risueña y suplicante.

—Pues anda—dijo doña Lupe, que aquel día estaba de buen humor—; si no sales, te vas a caer por el balcón. Pero ven prontito..., y ten cuidado de limpiarte bien los pies en los felpudos que hay en la portería, porque hay muchos barros... Mira cómo pusiste la alfombra cuando volviste de avisar al carbonero.

Salió *Papitos* más pronta que la vista, y estuvo fuera como unos veinte minutos. Su ama la vió entrar en la casa y fué a abrirle la puerta...

—¿Te has restregado bien las patas?

—Sí, señora..., mire.

—Ahora aquí otra vez... ¿Sabes lo que debes hacer siempre que subes? Refregarte bien en el limpiabarros del vecino, en ese que está ahí.

—¿En éste?—dijo la mona, bailando el zapateado en el limpiabarros del cuarto de la izquierda.

—Porque todos los pisotones de menos que le demos al nuestro eso vamos ganando.

—¿Sabe, señora, sabe?...—agregó *Papitos*, que, a pesar de venir sofocada de tanto correr, seguía bailoteando en el felpudo ajeno—. ¿No sabe lo que hay allí? Es una mujer que parece está bebida, pero muy bebida... ¿Y no acierta quién es? La señá Mauricia...

—Pero ¿oyes, mujer, has oído?—dijo doña Lupe desde el pasillo, volviendo a la sala—. Mauricia..., borracha...; ahí tienes lo que reúne tantísima gente.

—Pero ¿la viste bien? ¿Estás segura de que es ella?—preguntó Fortunata, pasado el primer momento de asombro.

—Sí, señorita, ella es...

—Pero, hija—observó doña Lupe, volviendo a asomarse con oficiosidad—, cree que me hace esto una impresión... ¡Y los del Orden Público que no parecen!... ¡Ah! Sí, la levantan... ¡Qué mujer!... Miren que ponerse en ese estado.

—Ahora se la llevan... Está como un cuerpo muerto—decía Fortunata, acordándose de las escenas que había presenciado en el convento.

—Sí, se la llevan a la Casa de Socorro o al hospital... Pero ¡quiá!, no... Suben. ¿Apostamos a que la traen a la botica?

—Si tiene rajada la cabeza en salva la parte—afirmó *Papitos*, dando a conocer gráficamente las dimensiones de la herida—. Y echaba la mar de sangre..., que corría por la calle abajo, como corre el agua cuando llueve.

Cuando pasaba bajo los balcones el cuerpo inerte de Mauricia la *Dura*, cargado por los de Orden Público y escoltado por el gentío, Fortunata se quitó del balcón, porque le faltaba ánimo para presenciar tal espectáculo. Doña Lupe y *Papitos* sí que lo vieron todo, y ésta tuvo aún la pretensión de que su ama la dejase ir a la botica para ver la cura que le hacían a *aquella borrachona*. Pero esto era ya mucha libertad, y aunque la chiquilla imaginó diferentes pretextos para bajar, no se salió con la suya.

A la hora de comer, Maximiliano habló del caso, describiendo la cura y haciendo augurios poco lisonjeros sobre la suerte de la enferma.

—Tienes razón—observó la viuda—. Me parece que de este barquinazo no sale. ¡Pobre mujer! ¡Tener ese vicio! De veras lo siento, pues no hay otra como ella para correr alhajas.

Refirió entonces Maxi un pasaje curiosísimo y reciente de la historia de la tal Mauricia, que había sido contado aquella misma tarde, después de la cura, por el señor de Aparisi, uno de los que solían ir de tertulia a la botica.

—Pues esa buena pieza, en una de las tremendas borrascas que le produce el maldito vicio, fué recogida en la calle por los protestantes que tienen su capilla y casa en las Peñuelas. Enteróse doña Guillermina, la señora esa que pide para los huérfanos de la calle de Alburquerque, y lo mismo fué saberlo que volarse... Vean ustedes. Plantóse en la casa de los protestantes a reclamar a la tarasca. Tun, tun... ¿Quién?... Yo... Y salió el pastor, que es uno que llaman don Horacio, que tiene el pelo colorado y ralo, como barbas de maíz; salió también la pastora, su mujer, que es una tal doña Malvina, buenas personas los dos,

porque lo protestante no quita lo decente. Entre paréntesis, se distinguen por su independencia en el vestir. Doña Malvina le hace las levitas a don Horacio, y don Horacio le arregla los sombreros a doña Malvina. Total, que estos inglesones lo entienden: no gastan un cuarto en sastres ni modistas. Pero voy al cuento. Los pastores se las tuvieron tiesas, y doña Guillermina más tiesas todavía. Religión frente a religión, la cosa se iba poniendo fea. Los protestantes decían que la mujer aquella les había pedido limosna y protección; doña Guillermina lo negaba, acusándolos de haberla sonsacado y de haber ido a buscarla a su propia casa. Don Horacio dijo que nones y que haría valer sus derechos luteranos ante el mismo Tribunal Supremo; amoscóse la otra, y doña Malvina sacó el libro de la Constitución, a lo que replicó Guillermina que ella no entendía de constituciones ni de libros de caballerías. Por fin, acudió la católica al gobernador, y el gobernador mandó que saliese Mauricia del poder de Poncio Pilatos, o sea de don Horacio.

—¿Ves qué cosas?—observó doña Lupe—. Ahí tienes los belenes que se arman por la religión. Bien decía mi Jáuregui que él era muy liberal, pero que no le petaba por la libertad de cultos.

—Pues aguárdense ustedes, que falta lo mejor. Don Horacio, como inglés que sabe respetar las leyes, obedeció la orden del gobernador, reservándose el sostener su derecho ante los tribunales. Pero cuando le dijo a Mauricia que se marchara, ésta no quiso, y empezó a poner de oro y azul a doña Guillermina, hallándose ésta presente, y a todas las señoras de las juntas católicas, diciendo que eran muy tales y muy cuales.

—¡Qué bribona! Si es atroz... Le entran esos toques y no sabe lo que dice.

—Doña Guillermina no se acobardó por esto, ni renunció a llevársela. Se fué pian, pianito, y se sentó en la puerta, en un guardacantón que hay allí. Todos los días iba a ponerse en el mismo sitio, como un centinela. El pastor y la pastora le decían que pasara, y ella contestaba que muchas gracias... Y por fin ayer se volvieron las tornas, porque Mauricia se enfureció, y, acometiendo a doña Malvina, le llenó la cara de arañazos. Don Horacio llama a los de Orden Público, y la tarasca se mete en la capilla, rompe el púlpito, vuelca el tintero, hace pedazos todos los libros, arma una barricada con las sillas y coge la copa en que ellos comulgan, y... la profana del modo más indecente. Costó trabajo echarla a la calle... Al salir, ¡tras!..., doña Guillermina que me la echa un cordel al pescuezo y se la lleva. Todo esto lo ha contado Aparisi, que lo sabe por el mismo don Horacio y por doña Guillermina, y porque tuvo que intervenir como teniente de alcalde que es del distrito... A Mauricia la pusieron en casa de una hermana que vive ahí, por la calle de Toledo, y se conoce que allá tampoco la pueden sujetar, por lo que se ha visto esta tarde. De la botica la llevaron a la Casa de Socorro.

Esta relación era demasiado larga para los pulmones de Maximiliano, por lo cual llegó al término de ella fatigadísimo. Todos se pasmaron del cuento, y doña Lupe compadeció a la *Dura*, deplorando que con vicio tan inmundo malograse las cualidades de inteligente corredora que poseía. En cuanto a Fortunata, se sentía profundamente lastimada, y deseaba que su marido acabase de contar aquellos tristísimos lances para que la conversación recayese en otro asunto. Pero no fué posible, porque hasta el término de la comida no se habló más que de Mauricia, de los protestantes y del insano vicio de la embriaguez, y, por fin, Nicolás sacó a relucir sucesos ocurridos en las Micaelas, evocando el testimonio de Fortunata. Esta, muy contra su voluntad, no tuvo más remedio que referir los novelescos pasajes del ratón, las visiones y de la botella de coñac; pero lo hizo a *grandes rasgos* para acabar más pronto.

IV

Aquella noche se fueron a Variedades, que está a dos pasos del Ave María. Otra ventaja de aquel barrio sobre Chamberí es que se puede ir de noche a ver una piececita o a pasar un rato en cualquier café sin hacer caminatas de media legua ni usar el tranvía. A Fortunata no le gustaba ir al teatro ni presentarse en público. Sentía inexplicable miedo de las miradas de la gente, y aunque pocos o ninguno la conocían, figurábase que la conocían todos y que de cada boca salía

un comentario acerca de ella. Por desgracia, asunto no faltaba. Pero si la miraban los hombres era para admirarla, y si cuchicheaban luego, rara vez decían algo fundado en un conocimiento verdadero de la realidad. Otro motivo del terror que el teatro y los sitios públicos le inspiraban era encontrar *caras conocidas*, y este recelo la tenía como azorada y sobre ascuas durante la función.

En la casa se hallaba muy bien. Había tenido seguramente en su vida temporadas de mayor felicidad, pero no de tan blando sosiego. Había visto días, los menos, eso sí, en que brillaba echando chispas el sol del alma, seguidos de otros en que se apagaba casi por completo; pero nunca vió una tan inalterable y mansa corriente de días tibios, iguales, de penumbra dulce y reparadora. Llevábase muy bien con doña Lupe, y con su marido le pasaba lo más extraño que imaginar pudiera. No digamos que le quería, según su concepto y definición del querer; pero le había tomado un cierto cariño como de hermana o hermano. No era ni podía ser el hombre por quien la mujer da su vida, encontrando espiritual goce en este sacrificio; era simplemente un ser cuya conservación y bienestar deseaba. Y así como se supone y casi se entrevé una tierra lejana cuando se va navegando a la aventura, así entreveía ella la contingencia de quererle con amor más firme y de pasar a su lado toda la vida, llegando a no desear nunca otra mejor. En vez de rehuir las obligaciones de su casa, Fortunata hacía por extenderlas y aumentarlas, conociendo que el trabajo la ayudaba a sostenerse en aquel equilibrio, sin balances de dicha, pero también sin penas, el corazón adormecido y aplanado, como bajo la acción de un bálsamo emoliente. Acordábase de los dos casos que le había presentado el bueno de Feijoo, y pensaba si ocurriría lo que ella tuvo por más inverosímil, esto es, que se realizara el primero. ¿Llegaría a conformarse con tal vida y a contentarse con aquel fruto desabrido del amor sin apetecer otro más dulzón y menos sano?...

Maximiliano, en cambio, no podía vencer su inquietud. Ningún motivo tenía para sospechar de su mujer, cuya conducta era absolutamente correcta. Doña Lupe y él se convinieron en que jamás Fortunata saldría sola a la calle, y esto se cumplía al pie de la letra. Pero ni con tales seguridades acababa de tranquilizarse. Deseaba ardientemente tener hijos, por dos motivos: primero, para echarle a su cara mitad un lazo más y ligaduras nuevas; segundo, para que la maternidad desgastase un poco aquella hermosura espléndida, que cada día deslumbraba más. La desproporción entre las estaturas de uno y otro y entre el conjunto de su apariencia personal mortificaba tanto al pobre chico, que hacía esfuerzos imposibles, y a veces ridículos, para amenguar aquella falta de armonía. Encargábase calzado con tacones altos y se esmeraba en vestir y en atender a ciertos perfiles de que sólo se ocupan los dandies. Desgraciadamente, aunque Fortunata apenas se componía, la desproporción era siempre muy visible. Pero Maxi veía con gozo que su esposa se cuidaba poco de hacer resaltar su belleza, mirando con desdén las modas, y se alegraba por dos razones también: porque así se igualarían algo los dos consortes *o harían más juego*, y porque así la mirarían menos los extraños.

Desde la restauración de su legalidad doméstica había abandonado por completo las lecturas filosóficas, reverdeciendo en su alma el mal curado dolor de su afrenta y los odios vengativos. Aquel ascetismo y aquel *ver a Dios en sí* fueron nada más que obra fugaz de la tristeza, o quizá de las circunstancias, y existían en su mente como esas lecciones, pegadas con saliva, que los estudiantes aprenden en los apuros del examen. Sus nuevas obligaciones en la botica le llamaban del lado de la Química y de la Farmacia, y se dedicó a esto con verdadero ardor, deseando aprender. Decíale doña Lupe que inventase algún específico, alguna papa cualquiera o antigualla que con nombre peregrino y nuevo pasase por prodigioso hallazgo; pero él se resistía, porque lo consideraba impropio de la ciencia. Tía y sobrino tenían sobre esto altercados muy vivos:

—¡Como si fuera un crimen idear cualquier clase de píldoras, cápsulas o grageas, y allá te va un nombre!... Cápsulas *hipoquitropíticas vegetales*... o *animales*..., lo mismo da..., del doctor Rubín..., *infalibles*... contra cualquier cosa..., contra la tisis... o el moquillo de los perros... Lo que importa es *descubrir* algo y plantarle unas etiquetas muy chi-

llonas con tu retrato... Eres un mandria. Si no inventas tú un específico, al fin tendré que inventarlo yo... Fortunata, dile que invente, hija, convéncele... Podéis ganar ríos de oro.

Pocas veces veía Fortunata al señor de Feijoo, que iba a la casa de visita, ceremoniosamente, y se estaba allí como una hora, charlando más con la señora de Jáuregui que con la de Rubín. El simpático viejo parecía contento; pero los achaques le pesaban cada día más, y ya en abril no salía a la calle sino acompañado de un criado. En una de sus visitas habló a solas con su amiga, en terminos tan paternales, que a ella le faltó poco para llorar. Todo iba bien, perfectamente bien, y ya se habría convencido la chulita del valor de sus lecciones y consejos. A Maxi le agradaba poco la amistad de Feijoo, sin que a punto fijo supiera por qué. Pero lo más particular era que a la misma Fortunata, al mes de aquella vida, empezaron a serle menos gratas las visitas de don Evaristo. Su gratitud y afecto hacia él eran siempre los mismos; pero no podía menos de considerar la presencia de su antiguo protector en la casa como una monstruosidad. "¿Será verdad—pensaba—, como me ha dicho él, que de estas barbaridades increíbles está llena la vida humana?... ¡Qué cosas hay, pero qué cosas!... Un mundo que se ve y otro que está debajo, escondido... Y lo de dentro gobierna a lo de fuera..., pues..., claro..., no anda la muestra del reloj sino la máquina que no se ve."

Al anochecer entró doña Lupe, después de haberse limpiado el lodo de las suelas en el felpudo del vecino.

—Oye una cosa—dijo a Fortunata, quitándose el manto—: he sabido esta tarde que Mauricia se está muriendo. ¡Pobre mujer! Tenemos que ir a verla. No es lejos. Calle de Mira el Río.

Dióle esta noticia su amiga Casta Moreno, que la supo por Cándido Samaniego. Doña Guillermina había sacado del hospital a Mauricia, trasladándola a casa de la hermana de ésta, y la asistía el médico de la Beneficencia domiciliaria y de la Junta de señoras. La infeliz tarasca viciosa, con estos cuidados y las ternezas de doña Guillermina, y más aún con la proximidad de la muerte, estaba que parecía otra, curada de sus maldades y arrepentida *en toda la extensión de la palabra,* diciendo que se quería morir lo más católicamente posible, y pidiendo perdón a todos con unos ayes y una religiosidad tan fervientes que partían el corazón.

—Te digo que si esto es verdad, habrá que alquilar balcones para verla morir. Mañana nos vamos allá.

Doña Lupe no iba a ver a Mauricia por pura caridad. Tiempo hacía que Guillermina la fascinaba, más por el poderío que por la virtud, y ya que la gran fundadora iba a hacer patente su santidad, teniendo por corte a las damas más encopetadas, en lugar accesible a doña Lupe, ¿por qué no había ésta de intentar meter la jeta? Pues qué, ¿no era ella también *dama*? Sobre estos particulares habló largamente con Casta Moreno, que algunas noches iba de tertulia con sus dos hijas a casa de Rubín, y la viuda de Samaniego se hacía lenguas de Guillermina, conceptuándola sobrenatural. ¡Y era parienta suya, lejana, por los Morenos! El amor propio y el orgullo inflaban a doña Lupe cuando se consideraba mangoneando en cosas de beneficencia elegante, a las órdenes de la ilustre fundadora. Una contra tendría esto si llegaba a realizarse, y era que no había más remedio que dar algo de *guano.*

A la mañana siguiente, vistiéndose para salir, pensó mi doña Lupe si debería ponerse el abrigo de terciopelo. Pero pronto cayó en la cuenta de que era un disparate. Sobre que se le mojaría, porque el día estaba lluvioso, no era propio aquel regio atavío del lugar, personas y ocasión de la visita. Tiempo tenía de darse pisto con el abrigo, la capota y otras prendas. Encargó a Fortunata que se vistiese con sencillez, y ella se puso algo más apañadita, de modo que resultase siempre la conveniente distancia.

CAPITULO VI

NATURALISMO ESPIRITUAL

I

Al entrar en la calle de Mira el Río encontraron a Severiana, a quien doña Lupe había visto algunas veces. Llevaba un vaso con medicina, tapado con un papel a estilo de botica antigua. Doña

Lupe la interrogó, y enterada la otra de que iban a ver a su hermana, hizo gustosamente de introductora, guiándolas por el sucio portal, la no menos sucia y tortuosa escalera, hasta llegar al corredor. Ya se sabe que la vivienda de Severiana era una de las mejores de aquel falansterio, y que por su capacidad y arreglo bien podía pasar por lujosa en semejante vecindad. Vivía en compañía de aquélla una tal doña Fuensanta, viuda de un comandante, y la casa respondía a esta situación comanditaria, pues constaba de dos salitas enteramente iguales, cada una con ventana a la calle. Entre la puerta y la sala primera había un pasillo, en el cual se veía la artesa de lavar y la entrada de la cocina, cuya reja daba al corredor. Dos piezas interiores completaban el cuarto. Cuando Guillermina, comprendiendo el fin próximo de Mauricia, indujo a Severiana a sacarla del hospital por tercera vez y llevarla a su casa, la señora viuda del comandante cedió su cuarto para tan benéfico objeto, trasladando sus muebles al cuarto de otra vecina. Mauricia fué, pues, instalada en la segunda de las dos salitas. Severiana tenía su cama en la alcoba interior, y la sala primera estaba destinada a recibir visitas, como lo declaraban el relativo lujo de la cómoda, las sillas de Vitoria, nuevecitas; el sofá de lo mismo, la mesa con cubierta de hule, el cuadrito de los *dos corazones amantes*, el de la *Numancia*, en mar de musgo; los retratos de militares cuñados de Severiana, la estera de esparto, flamante y sin ningún agujero, de pleitas rojas y amarillas, y, en fin, las laminotas que recientemente habían sido adquiridas en el Rastro por una bicoca. Eran excelentes grabados, ya pasados de moda, el papel viejo y con manchas de humedad, los marcos de caoba, y representaban asuntos que nada tenían de español, por cierto: las batallas de Napoleón I, reproducidas de los un tiempo célebres cuadros de Horacio Vernet y el barón Gros. ¿Quién no ha visto el *Napoleón en Eyleau*, y *en Jena*, el *Bonaparte en Arcola*, la *Apoteosis de Austerlitz* y la *Despedida de Fontainebleau*?

Doña Lupe y Fortunata entraron precedidas de Severiana en el aposento de la enferma, que estaba incorporada en la cama. Le habían cortado el pelo días antes para poderle curar la herida de la cabeza; su perfil romano se había acentuado; era más fina la nariz, la quijada inferior abultaba más, y la extenuación le agrandaba los ojos. Las curvas airosas de la boca eran más rasgueadas, y la comisura de los labios, que parecía obra de un agudo punzón, dábale cierto aspecto de grande caída o de humillación sublimemente resignada. Las cárdenas ojeras le cogían media cara; el superciliar salía como una visera; los ojos, hermosos y ardientes, quedábanse allá dentro, y rodeados de aquella piel morada relumbraban más, como si acecharan el acaso que iba a pasar. Las cejas, negras, formaban una sola línea recta. La frente era espaciosa, con un mechón de pelo negro... En fin, que la *Dura* completaba la historia aquella expuesta en las paredes: era el *Napoleón en Santa Elena*.

Cuando doña Lupe y Fortunata la saludaron, las estuvo mirando un rato, como si tardara en reconocerlas. Después las nombró. ¡Qué voz! Siempre fué muy ronca la voz de Mauricia; pero había bajado ya a lo más grave del diapasón.

"¡Dios mío!—se dijo Fortunata, oyéndola después de mirarla—, ¡si parece un hombre!..."

Doña Lupe, en tanto, sentándose en una de las sillas de paja, pronunciaba las frases de consuelo propias de la ocasión, añadiendo:

—Eso para que aprendas... y tengas formalidad. A ver si cuanto salgas de ésta te sirve de escarmiento.

Mauricia se volvió para Fortunata, que se había sentado junto a la cabecera; la miró mucho, sin decir nada; después clavó sus ojos en el techo, rezongando:

—Sí..., bien mala he sido, bien remala...

Y, vuelta otra vez hacia su amiga, le dirigió estas palabras:

—Oye, tú, arrepiéntete..., pero con tiempo, con tiempo. No lo dejes para última hora, porque... eso no vale. Tú tampoco eres trigo limpio, y el día que hagas sábado en tu conciencia vas a necesitar mucha agua y jabón, mucha escoba y mucho estropajo.

Con tan buena fe lo dijo, que Fortunata no podía ofenderse. A doña Lupe le pareció la amonestación muy impertinente y descortés, porque, ¿a santo de qué venía el hablar de pecados ajenos,

teniendo tantos propios de que ocuparse? Verdad que su sobrina política no había sido un modelo; pero ya estaba corregida y no había que volver sobre lo pasado.

—Ya sabemos que te tratan muy bien —dijo para variar la conversación.

—Gracias a la madre de los pobres —declaró Severiana, que estaba en pie, arreglando la cama—, no le falta nada. ¡Qué señora ésa!

—¡Una santa!—exclamó doña Lupe en el tono más encomiástico—. No le dé usted otro nombre, porque ése es el que le cae bien...

—Pero ésta se ha cerrado a no comer —dijo la hermana, mirándola—, y sin comer no viven más que los camaleones.

—¿Pero ayunas de verdad?...

—Para pasar el caldo tenemos que dárselo con jerez..., y por la mañana, para que pase una tostadita, hay que darle un dedito de la horchata de cepa, y por la noche otro dedito...

—Pero ¿de veras le dais... esa perdición?—preguntó, alarmadísima, doña Lupe.

—Lo ha mandado el médico. Dice que es medicina. Parece aquello de *al revés te lo digo.*

—¡Qué cosas!... ¿Y no te comerías tú —le propuso Fortunata—un muslito de gallina, una ruedita de merluza, una croquetita?

Sólo de oír hablar de comida se ponía peor Mauricia. Le temblaban mucho las manos y de rato en rato le daban como ataques de asfixia, siendo su respiración muy difícil, y quejándose de irresistible calor. Hallándose presentes la de Jáuregui y su sobrina, estuvo la *Dura* un ratito como quien desea romper a toser y no puede. Las tres mujeres la miraban con pena, lamentándose de no saber aliviarle aquel ahogo...

—Bebe un poco de agua—le dijo Fortunata, incorporándose.

Pero aquello pasó, y la infeliz volvió a hablar, cortando mucho las frases y tomando aire a cada palabra.

—Ayer me trajeron a la niña... ¡Qué guapa y qué señorita está!...

—Pero ¿no la tienes contigo?—preguntó la de Rubín.

—No, señora. Si está en el colegio... —replicó Severiana—, interna en el colegio de señoritas de doña Visitación.

—Sí..., más vale que esté... allá..., *desapartada* de mí. Ayer..., ¡qué pena!..., no me conoció... ¡Tanto tiempo sin verme!... Me tenía miedo..., ¡pobrecita de mi alma!..., miedo, así como se dice... Ni que su madre fuera el coco...

En esto oyeron pasos y miraron todas a la puerta. Era doña Guillermina, que entró, como siempre, muy apresurada, encendidas las mejillas, con su perdurable mantón oscuro, sus zapatones, su falda de merino. Doña Lupe y Fortunata se levantaron, y la fundadora saludó con aquella gracia y amabilidad que eran iguales para el rey y para el último de los mendigos. Doña Lupe creyó que no la reconocería, pues sólo se habían hablado una vez en la función del asilo; pero sí la reconoció, y aun la nombró, porque Guillermina era como los grandes capitanes, que tienen memoria felicísima de nombres y fisonomías, y soldados con quienes hablan una vez, ya no se les dispinta.

—Mi sobrina—dijo la viuda, presentándola.

Y Guillermina la miró sonriendo.

—No me es desconocida su cara..., la he visto en las Micaelas... Por muchos años.

En seguida dirigióse a Mauricia, apoyando ambas manos en la cama.

—¿Y qué tal te encuentras hoy? ¿Cómerías algo?... Nada, este chubasco te pasará pronto. Mañana recibirás a Dios. ¿Cómo va esa conciencia? Buen limpión te vamos a dar. Eso te conviene más que nada. Yo te quería coger por mi cuenta y hacerte confesar, porque diciéndole tú misma al Señor lo buena pieza que eres, el Señor te daría su gracia... Conque prepararse. Esta tarde volverá el padre Nones. Me ha dicho que te confesaste bien. Se me figura que aún tendrás algunas heces que sacar, ¿eh?

Mauricia se sonreía, cortada y confusa. Con la cabeza dijo que sí.

—Pues estos pozos endurecidos hay que echarlos fuera, porque el demonio se agarra de cualquier cosa—dijo la santa, acariciándole la barba—. Conque ya sabes..., mañana tenemos aquí gran fiesta... ¿Te parece? Viene a visitarte el que hizo los cielos y la tierra... Te parecerá a ti que no lo mereces... Pues aunque no lo merezcas, El viene, y sabido se tendrá por qué.

La vivacidad, la gracia y el fervor con que Guillermina decía estas cosas im-

presionaron a las cuatro mujeres que las oían. Severiana soltaba dos lagrimones. Fortunata sentía en su alma tanta admiración por aquella mujer, que le habría besado la orla del vestido.

"Luego dicen que ya no hay gente buena en el mundo—pensaba—. ¿Pues y ésta? ¡Cuidado que mandar todo a paseo, casa, parientes, fortuna, querer, y sacrificar su juventud para andar toda la vida entre miserias!..."

Asustábase de medir con el pensamiento la distancia que había entre ella y la ilustre señora; distancia infinita, sin duda, y que en manera alguna podía acortarse, pues, aunque la santa pecara, y ella hiciera muchas obras de caridad, las dos almas no llegarían jamás a verse próximas.

La fundadora, con aquella actividad vivaracha que ponía en todo, dictó a Severiana algunas disposiciones para la ceremonia que se preparaba.

—Aquí pondrás la mesilla que está en la otra sala y se hará el altar. Yo te mandaré un crucifijo y buscaremos flores... La ropa de la cama hay que ponerla limpia y adornar todo el cuarto lo mejor que se pueda...

Luego pasó a la sala, seguida de doña Lupe, que quería meter baza a todo trance.

—Tendremos sumo gusto en venir mañana. Aprecio mucho a Mauricia, que, a no ser por el maldito vicio, sería una buena mujer, trabajadora, fiel... Y dígame usted: de noche habrá que velarla. Yo no tendría inconveniente en quedarme alguna noche, y si no, mi sobrina...

—Dios se lo pague a usted... Se acepta, se acepta. Póngase usted de acuerdo con Severiana. La comandanta y yo nos hemos quedado anoche. Se necesitan dos personas, porque cuando le dan convulsiones, cuesta Dios y ayuda sujetarla.

—Verdaderamente—manifestó doña Lupe con adulación—, los ejemplos que usted da, señora, hacen que todas las demás seamos mejores de lo que seríamos si usted no existiera.

La flor estaba bien ideada; pero Guillermina se echó a reír, agradeciendo la flor, pero no queriéndola tomar.

—¡Ejemplos yo! Eso quisiera. Me vendría bien que alguien me los diese a mí. ¡Ay hija! Estoy para que me enseñen, no para enseñar.

—¿Usted qué ha de decir? Ni aun le gusta que le saquen la cuenta de todo lo que vale... Pues, amiga, no sea usted tan buena y rebajaremos.

—Quite usted, quite usted... Eso lo dice por disimular. ¡Sabe Dios las misericordias que usted, a la calladita, habrá hecho en este mundo, con esta misma Mauricia tal vez...! Y ahora me las quiere colgar a mí.

—¡Yo! ...¡Jesús! No digo que no tenga yo también algunas buenas obras en mi cuentecita del cielo; ¡pero compararme con usted!... Calle, por Dios, señora.

—En fin, no es cosa de que nos pongamos a reñir por quién peca menos..., ¿le parece a usted?—dijo la fundadora, uniendo la cortesía a la modestia y permitiéndose el característico guiñar de ojos, un tanto picaresco—. Mi lema es éste: "Haga cada uno lo que pueda y lo que sepa, y Dios verá."

—Eso mismo pienso yo...

—Conque, usted me dispensará..., tengo mucho que hacer. Hasta mañana; no faltar...

Entre tanto, la de Rubín estaba sola con la enferma, porque Severiana se fué a la cocina. Le arregló las almohadas, y después ambas se estuvieron mirando. Fortunata pensaba en la simpatía inexplicable que aquella mujer le había inspirado siempre, a pesar de ser tan loca y tan mala. ¿Sería tal simpatía un parentesco de perversidad? Ejercía sobre ella una atracción querenciosa, y como le dijera algún concepto lisonjero a su corazón, sentíalo retumbar en su mente cual si fuera verdad pronunciada por sobrenatural labio. Mil veces analizó la joven este poder fascinador de su amiga, sin lograr encontrarle nunca sentido. ¡Cosas del espíritu, que no las entiende más que Dios!

Mauricia parecía melancólica y sosegada.

—¡Qué señora esa!—exclamó Fortunata—. ¿Habrá nacido de madre como nosotras?

—Apuesto a que no—replicó la *Dura*—. ¡Qué mujer!... El día que me quiso sacar de esos indinos protestantes me entró el toque y la insulté... ¡Qué mala fuí!... (Iba a soltar un terno; pero se contuvo, porque le estaba absolutamente prohibido pronunciar palabras feas, siendo esto para ella un gran martirio, a

causa de la poca variedad de términos de su habitual lenguaje.) Y ella, como si le dijeran niña bonita... No has visto otra. ¡Mia que traerme aquí y cuidarme como me cuida, ¡re...! No sé cómo hablar...! ¡Mia que esto que hace conmigo!... Es prima hermana del Nazareno; no hay quien me lo quite de la cabeza... Figúrate lo que suponemos nosotras al compás de ella... ¡Nosotras, que hemos sido unos peines...! Es que ni arrepentidas valemos para descalzarle el zapato. Pues déjate que venga la otra..., también aquélla es de la piel de Cristo...

—¿Quién?

—La amiguita, la que protege a mi niña...

Fortunata vió delante de sí, súbitamente, una oscura niebla que se le iba encima... El corazón le dió un salto.

—Jacinta—dijo—; pues qué, ¿también viene aquí ésa?

—Ayer estuvo... Ella misma traía mi niña. Mira; créetelo porque te lo digo yo: cuando entró *paicia* que entraba una luz en el cuarto.

Fortunata sentía ganas de echar a correr.

—Pero ¿todavía la tienes tirria?... ¡Ay, qué mala eres! Perdónala, que bien lo merece. Te quitó tu hombre; pero ella no tenía la culpa. ¡Qué roña...!, ¡ay!, se me escapó. Palabra fea, vuélvete para adentro; no, quédate fuera... Pues, chica, no seas pava..., ¿qué crees tú, que el mejor día no te vuelve a querer tu Don Juan?... Como si lo viera. Cuando una se va a morir, ve las cosas claras, muy claritas; la muerte la alumbra a una, y yo te digo que tu señor volverá contigo. Es ley, hija, es ley que no puede faltar... Y si me apuras, te diré que a Jacinta no se le importa un pito. A cuenta que no le quiere nada... Estas casadas ricas, como viven con *tantismo* regalo, no quieren a sus maridos... Quieren a otros. No lo digo por ella, Dios me oiga, aunque sabe Dios lo que hará, lo cual no quita que sea moyormente un ángel y que reparta muchas caridades.

Fortunata no decía nada. La enferma se inclinó hacia ella, y dándose unos aires evangélicos, en el tono que podría emplear un pastor de almas, le amonestó así:

—Arrepiéntete, chica, y no lo dejes para luego. Vete arrepintiendo de todo, menos de querer a quien te sale de *entre ti*, que esto no es, como quien dice, pecado. No robar, no *ajumarse*, no decir mentiras; pero en el querer, ¡aire, aire!, y caiga el que caiga. Siempre y cuando lo hagas así, tu miajita de cielo no te la quita nadie.

Algo iba a contestarle su amiga; pero no pudo, porque entró doña Lupe, dándole prisa para marcharse. Era un poco tarde y tenían que ir a otra parte antes de regresar a casa. Despidiéronse con promesa de volver al día siguiente, y salieron. Por la calle hablaban de Guillermina, de quien dijo la de Jáuregui:

—Es una mujer ésa que electriza; y cuando se la trata, sin querer se vuelve una también algo santa... Cincuenta y tres reales me debía Mauricia. Yo, de todas maneras, se los había perdonado; pero ahora, créelo, me alegraría de que me debiera lo menos doscientos, para perdonárselos también.

II

Dos horas antes de la señalada para que Mauricia recibiera a Dios ya estaba allí la fundadora.

—Pero, Severiana, ¿en qué estás pensando?—fué lo primero que dijo al entrar por el pasillo—. Quita de aquí esta artesa. ¡Vaya un adorno! Ropa sucia y agua de jabón...

—Señorita, lo iba a quitar... Pase usted. Me han dicho las vecinas que las dos láminas de Napoleón que caen al lado del altar deben quitarse, porque era muy protestante, *masónico* y...

—Déjate de tonterías... Y ¿cómo está esta pájara hoy? ¿Qué tal, hija?

Aquel día estaba bastante aplanada, las manos más temblorosas, respirando lentamente, aunque sin gran fatiga, con invencible tendencia a permanecer muda y quieta, los ojos vagando por el techo o por la pared de enfrente, cual si siguiera el vuelo de una mosca.

Enteróse la dama minuciosamente de cómo había pasado la noche, de quiénes se quedaron a velarla, de lo que había dicho el médico en la visita de la mañana. A todo contestó Severiana: el doctor había mandado que se le diera doble dosis de la *nuez cómica*, seguir con las cucharadas por la noche, las papeletitas por el día, y a sus horas el jerez o pajarete. Guillermina, sin dejar de oír

esto, empezaba a poner su atención en otra cosa. Frente a la ventana, y formando ángulo recto con la cama, habían puesto la mesa que debía ser altar y en ella estaba de rodillas Juan Antonio, el marido de Severiana, fijando en la pared todos los clavos que creía necesarios para suspender la decoración proyectada.

—No clavetee usted más, por Dios... Parece que va a derribar la casa... Y que el ruido la molestará... Pero ¿qué van a poner ustedes ahí?

La comandanta entró con unos pedazos de damasco rojo y amarillo, que habían sido cortinas cuarenta años antes, pasando después por distintos usos. Con aquella tela se forraría la pared, formando la bandera española, y en el centro se pondría una lámina del Cristo del Gran Poder, propiedad de la portera.

—No me parece mal—dijo Guillermina, sacando del estuche sus anteojos y calándoselos—. A ver, Juan Antonio, si se luce usted. ¿Y flores, no tenemos?

—De trapo..., verá usted—replicó Severiana, llevando a la señora a su alcoba y mostrándole un montón de flores de papel dorado, tul y talco, extendidas sobre la cama.

Había también allí cintas de cigarros, y esas rosas con hojas plateadas que sirven para decorar los pitos de San Isidro.

—Esto es muy feo—opinó la santa—; pero ¿no hay naturales, o siquiera ramaje?

—Sí, señora... El vecino del seis, que es no sé qué de la Villa, me ha prometido traer rama de pino y carrasca. Esto lo pondrá Juan Antonio por arriba haciendo cenefas...

—Buscad algún bonito tiesto de *bónibus*, hija; no se os ocurre nada—dijo Guillermina, volviendo a la sala—, y en las ramas verdes atáis flores de trapo, y resulta muy bonito. Vaya, Juan Antonio, no más clavazón; ya están bien sujetas las cortinas. Ahora cuélgueme usted la Virgen de las Angustias debajo del Señor, y a los lados...

La comandanta entró trayendo un cuadrote que representaba a Pío IX echando la bendición a las tropas españolas en Gaeta. Para hacer juego, propuso Juan Antonio poner al otro lado la *Numancia*. Guillermina vaciló en dar su asentimiento; pero, al fin..., una risita y un guiño resolvieron la duda.

—Poned el barquito, ponedlo, que todo lo de la mar es de Dios.

Salió luego al corredor, y habiendo notado que la escalera no estaba barrida aún, llamó a la portera.

—Pero ¿usted en qué está pensando? ¿No le han dicho que hoy viene el Señor a esta casa? ¡Y está ese portal que da asco mirarlo! Coja usted la escoba, mujer. Si no, la cogeré yo. Qué, ¿se cree usted que no lo hago como lo digo?

La portera vió que doña Guillermina se quitaba el manto...

—No, señorita, no sea tan viva de genio. Barreremos..., pero ya verá lo que tarda esta granujería en volver a ensuciarlo.

—Pues lo vuelve usted a barrer.

Bajó la señora al patio, donde había entrado un ciego tocando la guitarra y estaban algunos chiquillos jugando a los toros.

—¡Eh, niños! Hoy es preciso que tengamos mucha formalidad. Y cuidadito con echarme basura en el portal y en la escalera. Estas ancas y juncos que habéis esparcido en el patio me los vais a recoger y entregárselos a su dueño.

Los chicos oyeron esto sin chistar. En el fondo del patio se había establecido un sillero que hacía fondos de junco y tenía montones de ellos arrimados a la pared, los unos teñidos de rojo y puestos a secar; los otros, sin teñir, cortados y apilados. Eran enemigos jurados de este industrial los *chavales* de la vecindad, que bonitamente le robaban los juncos para sus juegos y diabluras. Al ver a la santa parlamentando con ellos, salió de su tenducho y encarándose con la infantil cuadrilla, les dijo:

—Ya veis, gateras, lo que *vus* dice la señorita. Que *vus* estéis quietos, que *vus* estéis callados, que si no, *vus* llevará a todos a la cárcel.

—Tiene razón el maestro Curtis—dijo la fundadora, poniendo la cara más severa que le fué posible—. A la cárcel van atados codo con codo si no se portan hoy como es debido, hoy, que viene a honrar esta casa el...

La interrumpió un sacerdote anciano que entró y fué derecho hacia ella. Era el padre Nones.

—Buenos días, maestra. Ya está usted en planta, oficiando de capitana generala.

—Tengo que estar en todo. Si yo no

tratara de enseñar a esta gente la buena crianza, vendría usted luego con el Santísimo y tendría que entrar pisando lodo y cuanta inmundicia hay.

—¿Y qué importa?—observó Nones riendo.

—Claro que no importa; pero ¿por qué no hemos de tener limpieza y decoro delante del Señor, siquiera por estimación de nosotros mismos? Se limpia la casa cuando vienen el teniente alcalde y el médico del Ayuntamiento con sus bastones de borlas, y se ha de dejar sucia cuando viene el... Pero cállese usted, hombre, por amor de Dios.

Esto se lo decía al ciego de la guitarra, que, habiéndose enterado de la presencia de la señora, quiso que ésta conociera la suya, y se acercaba tanto, que al fin parecía querer meterle por los ojos el mango del instrumento. Al propio tiempo tocaba y cantaba hasta desgañitarse...

—Que se calle usted..., por amor de Dios... Nos deja sordos—dijo la santa sacando su portamonedas—. Tenga, y a la calle a cantar. Hoy no quiero aquí fandangos. ¿Me entiende?

Marchóse el porfiado ciego, y la fundadora siguió hablando con el padre Nones:

—Suba usted, a ver si me la reconcilia y le da la última pasadita. Paréceme que no está muy bien dispuesta. La encuentro peor de la enfermedad del cuerpo y en cuanto al alma, cada vez la entiendo menos. ¡Qué ideas tan extrañas! Arriba, arriba. Nos veremos luego. Yo no me voy ya de la casa hasta que se acabe todo.

Subió Nones, y la dama, después de recomendar al sillero y a otros vecinos que barrieran la delantera de las respectivas puertas, iba a subir también; pero le interceptaron el paso dos sujetos que bajaban. Era el uno don José Ido del Sagrario, a quien no conocerían los testigos de sus románticas hazañas al principio de esta historia, según estaba ya de bien trajeado y limpio. Visto por detrás, parecía otra persona; mas de frente, lo desengozado de su cuerpo, la escualidez carunculosa de su cara y el desarrollo cada vez mayor de la nuez, le declaraban idéntico a sí mismo. El que le acompañaba era un infeliz músico, habitante en el segundo patio y en el mismo cuchitril en que anidara antes Izquierdo. Lo primero que se notaba en él era la gran bufanda que le envolvía el cuello, subiendo en sus vueltas hasta más arriba de las orejas, y descendiendo hasta el pecho. Llevaba gorra con galón, y de la bufanda para abajo toda la ropa era de purísimo verano, y además adelgazada por el uso. Temblaba de frío, y con el brazo derecho oprimía los aros broncíneos de un trompón, dirigiendo la abollada boca hacia adelante, como si quisiera bostezar con ella, en vez de hacerlo con la suya propia.

—Este amigo—dijo Ido, en son de presentación—, este amigo mío..., un italiano, señora..., se llama el señor de Leopardi, artista desgraciado. Pues me ha dicho que si la señora quiere, naturalmente, se pondrá en la escalera cuando pase el Santísimo y tocará la Marcha Real.

El otro infeliz murmuró algo, con marcado acento extranjero, llevándose a la gorra la temblorosa mano.

—Pero ¡qué cosas se le ocurren a este hombre! Ave María Purísima—exclamó Guillermina con benevolencia—. Déjese usted de marchas reales... No, no se quite la gorra; se va usted a constipar. Caballeros, aquí, y durante la ceremonia, mientras menos música, mejor.

Ido y Leopardi se miraron desconcertados. A la observación de la señora no se ocultó lo mal que estaba de ropa el infeliz artista, y le dijo que se fuera a su cuarto, que tocara allí el trombón todo lo que quisiese y por fin que...

—Yo veré si encuentro por ahí unos pantalones.

Subió al principal, y de puerta en puerta exhortaba a los grupos de mujeres que allí estaban peinándose.

—A las doce..., que no vea yo aquí estos corrillos, ¿estamos? Y barredme bien todo el corredor. La que tenga velas, que las saque; la que tenga flores o tiestos bonitos, que los lleve allá..., y todos estos pingajos que aquí veo colgados están ahora de más.

—¿Sirven estos ramos de caracoles? —dijo la del guarda de Consumos, mostrándolos en la puerta de su casa.

—Ya lo creo. Llévalos. Y tú, Rita, recógete esas melenas, mujer, que pareces una cómica. Es preciso que estéis todas muy decentes.

La mujer del sereno se disponía a encender el farol de su marido y a po-

nerlo colgado del chuzo en la reja de la cocina. Otra preguntaba si valía el quinqué de petróleo. A las niñas que debían salir al portal con velas se les pusieron los pañuelos de Manila, llamados de talle, y la que tenía botas nuevas se las calzaba; la que no, salía como estaba, con las alpargatas llenas de agujeros.

—No se quiere lujo, sino decencia—repetía Guillermina, que comunicaba su actividad febril a todos los vecinos y vecinas de la casa.

Cuando volvía al cuarto de Severiana encontró al padre Nones que salía:

—Le he enderezado las ideas, maestra; ahora está bien preparada—le dijo el clérigo, que, por su alta estatura, tenía que encorvarse para hablar con ella—. Voy a la iglesia. Dentro de tres cuartos de hora estamos aquí.

Entró la fundadora en la casa, y vió el altar, que estaba muy bien. Juan Antonio había claveteado las flores de trapo al borde de los lienzos de damasco, formando como un marco. Resultaba un conjunto bonito y muy simpático, y así lo declaró la señora, echándole sus gafas. Luego cubrieron la mesa con una colcha muy hermosa que la comandanta, mujer de gran habilidad, había hecho para rifarla. Era de cuadros de malla, combinados con otros cuadros de *peluche carmesí*. Encima se puso un paño de altar traído de la parroquia, que tenía un hermoso encaje. Trajeron luego las ramas de pino, y para colocarlas fué preciso improvisar búcaros con barrilitos de aceitunas y de escabeche, que Juan Antonio cubrió y decoró con pedazos de papeles pintados. Era papelista, y en su arte, con paciencia y engrudo, hacía maravillas. Se colocaron los ramos de caracoles, cajitas de dulce y estampas; y, por fin, los retratos de los dos sargentos hermanos de Juan Antonio, con su pantalón rojo, muy a lo vivo, y los botones amarillos, asomaban por entre las ramas de pino, como soldados que están en emboscada acechando al enemigo.

Poco después apareció Estupiñá, de capa verde, trayendo bajo los pliegues de ella una cosa que abultaba mucho y que guardaba con respeto. Era el crucifijo de bronce de Guillermina, hermosa escultura de bastante peso, y que Plácido no quiso entregar a nadie sino a la misma dueña de él. Esta salió al pasillo, recibió de manos de Rossini la sagrada imagen, y, quitándole el pañuelo de seda que la envolvía, entró con ella en la sala, pareciéndose mucho en tal momento a una verdadera santa escapada del Año Cristiano para recibir culto en el pintoresco altar, que simbolizaba la ingenua sencillez y firmeza de las creencias del pueblo. Puso el Cristo en su sitio, regocijándose mucho con la admiración que producía el bronce en los circunstantes, y después salió a dar órdenes a Estupiñá.

—Vaya usted a la parroquia para que acompañe al Santísimo, y diga que traigan pronto las velas que se han de repartir aquí.

En esto, ya habían entrado Fortunata y su tía, ambas de negro, muy decentes, y mientras la de Jáuregui metía su cucharada en el corro de Guillermina, la otra pasó a ver a Mauricia. Encontróla como aturdida, sin saber lo que le pasaba. A las preguntas que le hizo respondía con la mayor concisión, porque el temor de decir alguna palabra fea enfrenaba sus labios. Estaba reducida a usar tan sólo la tercera parte de los vocablos que emplear solía, y aún no se le quitaban los escrúpulos, sospechando que tuviesen algún eco infernal las voces más comunes. Lo que Fortunata le oyó claramente fué esto:

—¡Ay, qué gusto salvarse!..

Pero al punto frunció Mauricia el ceño. Le había entrado la sospecha de que la palabra *gusto* fuese mala. Comunicó estos temores a su amiga, quien la tranquilizó sonriendo, y, por fin, le dijo que siendo su intención limpia, no importaba que se le saliese de la boca, sin querer, algún término sucio. Creyólo así la enferma, pero no las tenía todas consigo y estaba como bajo la presión de un gran temor. En un momento que cogió a Fortunata sola, le dijo temblorosa:

—Arrepiéntete de todo, chica, pero de todo... Somos muy malas..., tú no sabes bien lo malas que somos.

III

Se acercaba la hora, y en el patio sonaba el rumor de emoción teatral que acompaña a las grandes solemnidades. El pueblo ocupaba el sitio infalible que la curiosidad dispone. En el portal no

se cabía, y todos los chicos del barrio se habían dado cita allí, cual si creyeran que sin ellos no podía tener lucimiento alguno la ceremonia. Guillermina recorría toda la *carrera*, desde la puerta del cuarto de Severiana hasta la de la calle, dando órdenes, inspeccionando al público y mandando que se pusieran en última fila las individualidades de uno y otro sexo que no tenían buen ver. Había venido de la parroquia un hombre asacristanado, y estaba repartiendo la carga de velas que trajo.

En la parte del corredor que había de recorrer el Viático mandó que se pusieran las niñas que lucían pañuelo de talle, y como no tuvieran velas, ordeno que se les diesen. Abocóse a ella la comandanta, como un edecán de parada, para decirle que en la calle, frente al mismo portal, se había puesto un condenado pianito, tocando jotas, polcas y *La canción de la Lola*; que esto era una irreverencia y no se podía consentir. A lo que replicó la santa que no debían ocuparse de lo que pasase fuera; pero observando al punto que el profano instrumento molestaba mucho y estorbaba la edificación del vecindario, por el apetito que algunos sentían de ponerse a bailar, bajó al portal y habló con el de Orden Público que allí estaba. Todos los individuos de este Cuerpo, que conocían a Guillermina, la obedecían como al mismo gobernador. Total, que el piano tuvo que salir pitando, y sus arpegios y trinos se oían después perdidos y revueltos, como si alguien estuviera barriendo sus notas, por la calle de Toledo abajo.

Llegó el momento hermoso y solemne. Oíase desde arriba el rumor popular; y luego, en el seno de aquel silencio que cayó súbitamente sobre la casa como una nube, la campanilla vibrante marcó el paso de la comitiva del Sacramento. El altar estaba hecho un ascua de oro con tantísima luz, que reflejaba en el talco de las flores. Había sido entornada la ventana, y todos de rodillas esperaban. El *tilín* sonaba cada vez más cerca; se le sentía subir la escalera entre un traqueteo de pasos; después llegaba a la puerta; vibraba más fuerte en el pasillo entre el muge-muge de los latines que venía murmurando el acólito. Apareció, por fin, el padre Nones, tan alto, que parecía llegaba al techo, un poco encorvado, la cabeza blanca como el vellón del cordero pascual, llevando agasajado el portaformas entre los pliegues de la capa blanca. Arrodillóse ante el altar y allí estuvo rezando un ratito. Mauricia estaba en aquel instante blanca, diáfana, y sus ojos, entornados y como sin vida, miraban al sacerdote y lo que entre manos traía. Guillermina se le puso al lado y acercó su rostro al de ella. Cuando el sacerdote se aproximaba, la santa susurró al oído de la enferma, como secreto de ángeles, estas palabras.

—Abre la boca.

El cura dijo:

—*Corpus Domini Nostri...*

Etcétera, y todo quedó en silencio, y los párpados de Mauricia se abatieron, proyectando sobre las ojeras la sombra de sus largas pestañas.

Poco después salió la comitiva, precedida de la campanilla, entre la calle formada por mujeres arrodilladas, con velas o sin ellas. Se sintió que bajaba, que salía y se alejaba por la calle. Cuando ya no se oía más el *tilín*, Guillermina, cesando de rezar, acercó su cara a la de Mauricia y empezó a darle besos. Todas las demás, lloriqueando, la felicitaban con ruidosos aspavientos, y, por fin, la misma santa hubo de mandar que cesaran aquellas manifestaciones de regocijo, porque la enferma se afectaba mucho, y podría resultarle algún retroceso peligroso. Mas, por efecto de la excitación, Mauricia no sentía dolor ni molestia alguna; estaba como bajo la acción de fortísimo anestésico, de los que producen efectos infalibles, aunque pasajeros. Desde la edad de doce años, en que la llevaron a comulgar por primera vez, no había vuelto a verse en otra como aquélla, y con la impresión recibida retrogradaba su pensamiento a la infancia, llegando hasta adormecerse por breves momentos en la ilusión de que era niña inocente y pura, y de que, como entonces, ignoraba lo que son pecados gordos.

También mandó Guillermina despejar la habitación y que se apagaran las luces. Entre la mucha gente que había entrado, veíanse dos mujeres muy bien vestidas a la chulesca, con mantón color café con leche, delantal azul, falda de tartán, pañuelos de color chillón a la cabeza, el peinado rematado en *qui-*

quiriquí con peina de bolas, el calzado de la más perfecta hechura y ajuste. Parecían deseosas de hablar a Mauricia; pero no se atrevían a adelantarse hasta la casa. Guillermina, concluída la ceremonia, no les quitaba ojo, y por fin resolvió darles el quién vive.

—Señoras mías—les dijo—, ¿qué bueno traen ustedes por aquí? Si han venido por devoción, me parece muy bien. Pero si vienen a curiosear, siento tener que decirles que tomen la puerta y que aquí no hacen falta para nada.

Salieron las tales muy corridas, echando de sus bocas, por la escalera abajo, palabras absolutamente contrarias a los latines que pocos momentos antes se habían oído en el propio sitio. Todas las que presenciaron la *indirecta* que les echó la señora la celebraron mucho, diciéndole doña Lupe al pasar a la sala:

—Vaya unas despachaderas que tiene usted, amiga mía. Eso se llama carácter.

—Una de ellas—dijo Severiana—es Pepa la *Lagarta*..., mujer de historia, ¿sabe?..., la que dicen mató a su marido con una aguja de coser serones...; muy amigota de Mauricia, a quien debe quinientos reales... Y no se los puede sacar... Pero ¿creen ustedes que no tiene dinero? Ya quisiera yo... Gasta como una marquesa, y el mes pasado costeó, en San Cayetano, una novena a la Virgen de las Angustias, que era lo que había que ver...

—¿Novena?

—Sí, porque sanara el *Clavelero*, un chulito que tiene muy guapín, el cual recibió un achuchón en la plaza de Leganés..., como que le entró el pitón por salva la parte... Pues el *Clavelero* sanó. ¿Y eso...? Vea usted, señora, ¡qué cosas hace la Virgen!

—Ella se sabrá lo que le conviene, tonta.

Poco después se retiró Guillermina. La casa volvió a tomar su aspecto ordinario. La comandanta y doña Lupe estaban en la sala hablando de la rifa de la maravillosa colcha que decoraba el altar. Fortunata y Severiana acompañaban a Mauricia, que se aletargaba lentamente, pues no había dormido nada la noche anterior. Doña Fuensanta, deseosa de mostrar a la señora de Jáuregui sus habilidades, la invitó a pasar a la casa inmediata. Hay que decir de paso que doña Lupe estaba algo desilusionada, pues había creído que Guillermina iba siempre a sus visitas benéficas con un regimiento de señoras.

—Pero ¿dónde están esas *damas distinguidas* de que hablan los periódicos? Por lo que voy viendo, aquí no viene más *dama* que yo.

Viendo Fortunata que Mauricia se dormía profundamente, salió a la sala. No había nadie. Acercóse a la ventana, mirando a la calle por entre los cristales, y allí estuvo un largo rato con la atención vagabunda y el pensamiento adormilado, cuando un rumor en el pasillo la sacó de su abstracción. Al volverse, se quedó atónita, viendo a Jacinta, que, detenida en la puerta, alargaba la cabeza para ver quién estaba allí. Traía de la mano una niña, vestida a la moda, pero con sencillez y sin pizca de afectación de elegancia. Avanzó hacia Fortunata, interrogándola con aquella sonrisa angelical que, vista una vez, no se podía olvidar. Sentía la de Rubín una gran turbación, mezcla increíble de cortedad de genio y de temor ante la superioridad, y se puso muy colorada, después como la cera. Debió Jacinta de preguntarle algo; sin duda, la otra no acertó a responderle. La señora de Santa Cruz se acercó a la puerta que comunicaba con la otra sala. Entonces Fortunata, que se hallaba detrás, dijo:

—Se ha quedado dormida.

Volviéndose hacia ella, otra vez le echó Jacinta aquella mirada y aquella sonrisa que la asesinaban.

—En ese caso, esperaremos un poco —indicó con voz casi imperceptible, sentándose en una de las sillas de paja.

Fortunata no sabía qué hacer. No tuvo valor para marcharse, y se sentó en el sofá. Casi en el mismo instante la *Delfina* sintióse vacilar en su asiento, porque la silla estaba inválida, y se pasó al sofá. Halláronse las dos juntas, tocando falda con falda. Fortunata, por no mirar a su rival, miraba a la niña, a quien aquélla tenía en pie delante de sí, cogiéndola de las manos. Observó la de Rubín el trajecito azul de Adoración, sus botas, todo su decente atavío, y en aquella inspección fisgona que hizo sus miradas y las de Jacinta se encontraron alguna vez. "¡Oh, si tú supieras al lado de quién estás!

—pensaba Fortunata, y aquí su temor se desvanecía un tanto, para dejar revivir la ira—. Si yo te dijera ahora quién soy, padecerías quizá más de lo que yo padezco." Adoración quería decir algo; pero Jacinta le tapaba la boca, y mirando a la de Rubín se sonreía con esa ingenuidad que indica ganas de trabar conversación. Comprendiólo la otra, diciendo para sí: "No, pues yo no he de buscarte la lengua." La niña, aquel dato vivo de la bondad de la *Delfina,* no podía menos de determinar en Fortunata un pensamiento distinto de los anteriores. Pero sus renovados odios trataban de envenenar la admiración. "¡Oh! Sí, señora—pensaba—. Ya sabemos que tiene usted un sinfín de perfecciones. ¿A qué cacarearlo tanto?... Poco falta para que lo canten los ciegos. Si estuviéramos como usted, entre personas decentes, y bien casaditas con el hombre que nos gusta, y teniendo todas las necesidades satisfechas, seríamos lo mismo. Sí, señora; yo sería lo que es usted si estuviera donde usted está... Vaya, que el mérito no es tan del otro jueves, ni hay motivo para tanto bombo y platillo. Y si no, venga usted a mi puesto, al puesto que tuve desde que me engañó *aquél,* y entonces veríamos las perfecciones que nos sacaba la mona esta."

Y las miradas de la de Santa Cruz volvieron a flecharla. Eran un comentario que con los ojos podía a la tontería o pueril gracia que Adoración acababa de decirle. Sin saber cómo, aquel nuevo flechazo trajo a la mente de Fortunata un pensamiento que en cierto modo se eslabonaba con la presencia de la niña. Acordóse de que Jacinta había querido recoger a otro niño, creyéndolo hijo de su marido... "¡Y mío..., creyéndolo el mío!" Desde la altura de esta idea se despeñó en un verdadero abismo de confusiones y contradicciones... ¿Habría hecho ella lo mismo? "Vamos, que no..., que sí..., que no, y otra vez que sí..." ¡Y si el *Pituso* no hubiera sido una falsificación de Izquierdo; si en aquel instante, en vez de mirar allí a la niña de Mauricia, viera a su pobre Juanín!... Le entraron tan fuertes ganas de echarse a llorar, que para contenerse evocó su coraje, tocando el registro de los agravios, segura de que la sacarían del laberinto en que estaba. "Porque tú me quitaste lo que era mío..., y si Dios hiciera justicia, ahora mismo te pondrías donde yo estoy, yo donde tú estás, grandísima ladrona..." No siguió, porque Jacinta, no pudiendo resistir más las ganas de entablar conversación, la miró otra vez y le hizo esta preguntita:

—¿Qué tal estuvo la comunión? Y Mauricia, ¿qué tal?...

He aquí a la prójima otra vez turbada y sin saber lo que le pasaba.

—Muy bien..., pero muy bien... Mauricia, contenta...

Agradeció mucho Fortunata que en aquel momento se abriese suavemente la puerta de la alcoba y apareciera la cabeza de Severiana. Hacia ella fué corriendo Adoración.

—Chitito—le dijo su tía, entrando pasito a paso—. No hagas ruido, que tu mamá está dormida. Tiempo hace que no ha cogido un sueño tan largo. ¡Ay, señorita, lo que se perdió usted! Ha estado todo tan bien, que daba gusto.

Mientras la *Delfina* y Severiana hablaban, Fortunata, que continuaba sentada, examinó con curiosidad a la esposa de *aquél,* fijándose detenidamente en el traje, en el abrigo, en el sombrero... No le parecía propio venir de sombrero; pero por lo demás no había nada que criticar. El abrigo era perfecto. La de Rubín hizo propósito de encargarse el suyo exactamente igual. Y la falda, ¡qué elegante! ¿Dónde se encontraría aquella tela? Seguramente era de París.

Oyóse la voz ronca de Mauricia. Su hermana entró corriendo, y Jacinta miraba por el hueco de la puerta entornada. Cuando Severiana volvió a la sala, la señorita dijo:

—Yo no entro. Pase usted con la pequeña. Yo me quedo aquí.

A pesar de lo trastornadas que estaban sus facultades, Fortunata supo apreciar el verdadero sentido de aquella resistencia de Jacinta a presentarse con la niña. Era un sentimiento de modestia y delicadeza. Quería sustraerse a las manifestaciones de gratitud de la pobre enferma y evitarle a ésta el sonrojo de su desairada situación como madre.

—"¿Será por eso por lo que no quiere entrar?—se preguntó, mirándola de espaldas—. ¡Qué remilgos estos! Cuando

digo que me cargan a mí estas perfecciones... ¡Qué monas nos hizo Dios! Pues lo que es yo, sí entro."

Severiana se acercó a la cama, llevando de la mano a la chiquilla.

—Mira, mira lo que te traigo... ¿Cuál visita te gusta más? ¿Esta o la que estuvo antes?

Mauricia le echó los brazos a su hija y le dió muchos besos. Un poco asustada, la nena besó también a su madre, sin efusión de cariño y como besan a cualquier persona los chicos obedientes cuando se lo manda la maestra.

—¡Ay, qué mala he sido!—exclamó la enferma, también sin efusión, como quien cumple un trámite—. Niña de mi alma, bien haces en querer a la señorita más que a mí, porque yo he sido más mala que arrancada, ¡re...!

Atravesósele el vocablo, y ella hizo como que escupía algo. Luego revolvió a todos lados sus miradas anhelantes, diciendo:

—Severiana, o tú, o cualquiera, ¡si quisierais darme...!

Doña Lupe y la comandanta habían entrado también.

—¿Qué tal, Mauricia? Hoy es para ti día feliz. Recibes a Dios y ves a tu nena; ¡oh, qué maja está!

Pero la *Dura* tenía todo su ser embargado por la ardentísima ansiedad física que experimentaba, y sus ojos de águila se fijaron en Severiana, que escanciaba en un vaso algo del contenido de una botella. El licor brillaba con reflejos de topacio engastado en oro. "¡Cómo lo miras, bribona!—pensó la escéptica y observadora doña Lupe—. Esa es la Eucaristía que a ti te gusta, el pajarete..." Y viéndoselo tomar decía la muy picarona: "Eso, saboréate bien y relámete. No lo hacías así cuando recibías a Dios..."

Después del *trinquis*, Mauricia pareció como si resucitara, y su cara resplandecía de animación y contento. Entonces sí demostró que en el fondo de su ser existían instintos y sentimientos maternales; entonces sí que abrazó y besó con efusión ternísima a la hija que había llevado en sus entrañas... Y tanto se excitó, que temiendo le diera un síncope, quitáronle de los brazos a la nena.

—Sí, que te lleven, que te quiten de mi lado... No merezco tenerte... Me tienes miedo, rica... Como que cuando seas mañosa no te dirán "que viene el coco", sino "que viene tu madre". ¡Ay, qué pena!... Pero estoy conforme. Dicen que me tengo que salvar... ¡Ay, qué gusto! Y mi hijita está mejor en la tierra con la señorita que conmigo en el cielo... Y nada más.

Adoración rompió a llorar entre afligida y espantada. Total, que tuvieron que llevársela, porque aquel espectáculo no podía prolongarse. Mauricia seguía dando besos al aire, y diciendo cosas que enternecían a los demás...

"Sí, sí—pensó doña Lupe, que también estaba conmovida—. ¡Cuánto quieres a tu hija!... ¡Te la beberías!"

Fortunata no aguardó al fin de la escena. Sentía en su interior un trastorno tan grande, que, una de dos, o rompía en llanto o reventaba. Refugióse en el cuarto interior, y echándose sobre un baúl se echó a llorar. Los sentimientos que desataban aquel raudal de lágrimas no eran únicamente los producidos por la situación del momento; eran algo antiguo y profundo sedimentado en su alma, su tradicional desgracia, el despecho combinado con un vago deseo de ser buena, "sin poderlo conseguir...; cuidado, que esto es de lo que se dice y no se cree..."

Muchas lágrimas había derramado cuando sintió el ruido del coche de Jacinta, que partía, y entonces salió a la sala. Doña Lupe se despedía de la comandanta, ofreciéndole tomar diez papeletitas de la rifa de la colcha, y hacía una seña a su sobrina, indicándole que era hora de retirarse. Dieron un vistazo y un apretón de manos a la enferma, y salieron. Cuando iban por la calle, doña Lupe, que comprendió cuánto había impresionado a su sobrina el encuentro con la señora de Santa Cruz, intentó dos o tres veces aludir a esto; pero la prudencia y un sentimiento de delicadeza retuvieron su charlatana lengua.

IV

En el portal de su casa se separaron; doña Lupe subió y Fortunata fué a la botica, donde Maxi estaba solo, haciendo un emplasto. Contóle su mujer lo que había visto aquel día, recordando con feliz memoria todos los pormeno-

res. La visita de Jacinta fué omitida discretamente. Al farmacéutico le agradaba que su cara mitad anduviera en aquellos trotes de beneficencia, viese buenos ejemplos y se familiarizara con aquellos cuadros hondamente humanos de la miseria y de la muerte, pues sin duda serían más provechosos a su espíritu que los saraos, bullangas y diversiones.

A la hora de comer se hablaba de lo mismo, y ponderaba doña Lupe la solemnidad conmovedora del acto de aquel día. Discutióse si debían volver por la noche a la calle de Mira el Río o irse a Variedades a ver una pieza; mas como Fortunata mostrase gran repugnancia a las funciones teatrales, prevaleció lo primero, y Maxi, muy complacido de aquella aplicación a las obras de piedad, prometió que las acompañaría y que iría a recogerlas a las once.

—Y como no haya esta noche quien se quede a velar, me quedaré yo—dijo la viuda, a quien no se le cocía el pan hasta no dar a Guillermina prueba palmaria de humildad y abnegación.

Opusiéronse a esto el sobrino y su mujer, diciendo el primero que bueno era lo bueno, pero no lo demasiado. La de Jáuregui decía con deliciosa modestia:

—Si yo no lo hago por buscar un elogio; si no hay en esto el menor asomo de mérito... Yo resisto perfectamente una noche toledana, y hasta dos y tres. De modo que...

Las nueve serían cuando los tres entraban por el portal de la casa de corredor, y no fué poco su asombro al ver en el patio resplandor de hoguera y multitud de antorchas, cuyas movibles y rojizas llamas daban a la escena temeroso y fantástico aspecto. ¿Qué era aquello? Que los granujas de la vecindad habían pegado fuego a un montón de paja que en mitad del patio había y después robaron al maestro Curtis todas las eneas que pudieron, y encendiéndolas por un cabo, empezaron a *jugar al Viático*, el cual juego consistía en formarse de dos en dos, llevando los juncos a guisa de velas, y en marchar lentamente *echando latines* al son de la campanilla, que uno de ellos imitaba, y de la Marcha Real de cornetas, que tocaban todos. La diversión consistía en romper filas inesperadamente y saltar por encima de la hoguera. El que llevaba el copón, bien abrigadito con un refajo atado al cuello, daba las zapatetas más atrevidas que se podrían imaginar, y hasta vueltas de carnero, poniendo todo su arte en recobrar la actitud reverente en el momento mismo de tomar la vertical. En fin, que semejante escena daba una idea de aquella parte del infierno donde deben de tener sus esparcimientos los chiquillos del demonio. Maximiliano y su mujer se detuvieron un rato a ver aquello; pero doña Lupe dirigió a la infantil tropa miradas y expresiones de desdén, diciendo que la culpa la tenían los padres que tal sacrilegio consentían.

Subieron, y cuando Fortunata pasó a la alcoba de Mauricia, que estaba sola, retiróse Maxi, diciendo que volvería a las once. Estaba aquella noche la enferma sumamente inquieta, y lo poco que hablaba no era un modelo de claridad. El temor de pronunciar palabras malas parecía haberse desvanecido en ella, porque escupió de sus labios algunas que ardían. La memoria no debía de estar muy firme, porque cuando su amiga le dijo: "Sosiégate y acuérdate de lo de esta mañana", replicó: "¡Lo de esta mañana!... ¿Qué ha sido?..." Y mirando con extraviados ojos al techo, parecía entregarse al doloroso trabajo de recordar, cazando las ideas como si fueran moscas. Más presente que la administración del Sacramento tenía el *paso* con su hija; ¡ay, qué paso!...

—¿No viste a *la* Jacinta?—preguntó a Fortunata, volviéndose de un costado y poniéndole la mano en el hombro—. ¿Habló contigo?... Tú eres una sosona y no tienes genio... Si a mí me llega a pasar lo que te ha pasado a ti con esa pastelera; si el hombre mío me lo quita una mona golosa y se me pone delante, ¡ay!, por algo me llaman Mauricia la *Dura*. Si me la veo delante, digo, y me viene con palabras superferolíticas..., la trinco por el moño, y así, así, le doy cuatro vueltas hasta que la acogoto...

Uniendo la acción a la palabra, Mauricia hacía contorsiones violentas, se destapaba, rechinaba los dientes... No pudiendo sujetarla, Fortunata llamó a Severiana:

—¡Ay, venga usted! Está diciendo mil disparates... Por Dios, vea usted de re-

ducirla... Dele algo para que se calme, aguardiente...

—A mí no me puede nadie—gritó la infeliz con frenesí, los ojos desencajados, forcejeando contra los cuatro brazos que la querían sujetar—. Soy Mauricia la *Dura*, la que le abrió una ventana en el casco a aquella ladrona que me robaba los pañuelos, la que le arrancó el moño a la Pepa, la que le arañó la cara a doña Malvina la *Protestanta*... Suéltame, tiorra pastelera, o de una mordida te arranco media cara. ¡Persona decente tú!... Tú, que dejas un soldado pa tomar otro...; tú, que tienes ya el corazón como la Puerta de Alcalá de tanta gente como ha entrado por él... ¡Ja, ja, ja!... Loba, más que loba, so asquerosa, judía, con más babas que un perro tiñoso..., cara de escupidera, zurrón, celemín de peinetas..., verás qué recorrido te doy..., así, así, y te arranco la nariz, y te escupo en los ojos, y te saco todo el mondongo...

Por fin, no eran voces humanas las que de sus labios, llenos de espuma, salían, sino rugidos de fiera sujeta y acorralada. No pudiendo librar sus brazos de los vigorosos que la contenían, sus dedos se agarraron con rabia epiléptica a lo que encontraban, y querían deshacer y rasgar la sábana y la colcha. El fatigoso mugido iba calmándose poco a poco; las contorsiones eran menos violentas, y, por fin, cayó en un colapso profundísimo. La sedación era instantánea y a la misma muerte se parecía.

La señora de Rubín estaba aterrada. Severiana le dijo:

—Ya ha tenido esta noche tres achuchones de éstos, y anteanoche tuvo seis. Si viniera el médico, la aplacaría dándole esos pinchacitos que llaman *yeciones*..., ¿sabe?..., una gotita de morfina.

Sin duda, por esta frecuencia de los accesos, veíalos Severiana con relativa calma, como los que se acostumbran a los prodigios del dolor humano en las clínicas. A poco de tranquilizarse Mauricia, la otra se dedicó a preparar la lámpara que debía arder toda la noche: un vaso con agua, aceite y una mariposa encima.

Media hora estuvo la tarasca como dormida, pronunciando en sueños retazos de palabras y fragmentos de cláusulas groseras, como retumban en lontananza los dejos de la tempestad que ha pasado. Despertó luego, y con voz sosegada dijo a su amiga:

—¿Estás aquí?... ¡Qué gusto me da verte! De todas las personas que veo aquí, la que me gusta más eres tú. Te quiero más que a mi hermana. Lo primerito que he de pedirle al Señor cuando me meta en el cielo es que te haga feliz dándote lo que es muy retuyo, lo que te han quitado... Su Divina Majestad puede arreglarlo, si quiere...

A Fortunata no se le ocurría nada que responder a estos disparates.

—Porque tú has padecido..., ¡pobrecita! Buenas perradas te han jugado en esta vida. La pobre siempre debajo y las ricas pateándote la cara. Pero déjate estar, que el Señor te arreglará, haciendo justicia y dándote lo que te quitaron. Lo sé, lo he soñado ahora, cuando me dormí pensando que me moría y que entraba en el cielo escoltada por la mar de angelitos..., ¡tan monos!... Créetelo, porque yo te lo digo... Y *yo mismamente* le he de decir a la Virgen y al Verbo y Gracia que te hagan feliz y se acuerden de las amarguras que has pasado.

Callóse un instante, y después de los dos o tres suspiros que Fortunata echó de su seno, volvió a hablar la enferma de este modo:

—¿Has visto a Jacinta?... Porque ella fué quien trajo a mi niña. Es un serafín esa mujer... Ahora, cuando me pensé que estaba en el cielo, la vi encima de una nube con un velo blanco... Estaba allí, *entremedio* de algunos grandes corros de ángeles. ¿Será que se va a morir? Lo sentiré por mi niña. Pero Dios sabe más que nosotras, ¿verdad?, y lo que El hace bien sabido se lo tiene... Pero dime: ¿te habló ella? ¿Le soltaste alguna patochada? Harías mal. Porque ella no tiene la culpa. Perdónala, chica, perdónala; que lo primerito para salvarse es perdonar a una parte y otra. Mírame a mí, que no hago más que lo que me manda el padre Nones, y he perdonado a la Pepa, a la Matilde, que me quiso envenenar, y a doña Malvina la *Protestanta* y a todo el género humano..., ¡re...! Párate, boca, que ya ibas a soltarlo... Pues sí, perdonar; créetelo, porque yo te lo digo. ¿Ves qué tranquila estoy? Pues a cuenta que lo mismo estarás tú, y Dios te dará lo tuyo; eso no tiene duda...,

porque es de ley. Y por la santidad que tengo entre mí, te digo que si el marido de la señorita se quiere volver contigo y le recibes, no pecas, no pecas...

Fortunata creyó prudente mandarla callar, pues aquel concepto se armonizaba mal con la santidad de que hacía gala su amiga.

—Me parece—le dijo—que si el padre Nones te oye eso te ha de reprender..., porque ya ves..., quien manda, manda, y está dispuesto que no sean las cosas así.

—¡Qué risa contigo! Pues ¿tú qué sabes? Yo estoy arrepentida de todo lo malo que he hecho; yo he perdonado a todo Cristo. ¿Qué más quieren? Esto que te cuento es, como quien dice, una idea. ¿No puede una tener una idea?... Cuando me muera, veremos; créetelo..., el Santísimo me dirá que tengo razón...

Callóse fatigada, y Fortunata le impuso silencio. De repente determinóse una brusca sacudida en su espíritu, y tomándole la mano a su querida amiga y apretándosela mucho, le dijo con expresión de terror:

—¿Qué te parece a ti? ¿Me salvaré yo?

—Pues ¿qué duda tiene?—replicó la otra, tranquilizándola—. Dicen que, aunque los pecados de una sean tantos como las arenas de la mar..., figúrate tú la cantidad de arenas que habrá en todita la mar...

—¡Oh!... ¡Si habrá arena en todita la mar y sus arenales!—repitió Mauricia con voz patética.

—Pues aunque los pecados de una sean más que las arenas, Dios los perdona cuando una se arrepiente de verdad.

—¿Y crees tú que una idea, pongo por caso, es también pecado?

—Según y conforme. Pero tú no tienes malas ideas. Estate tranquila.

—Dios te oiga... Se me arranca el alma de verte penando... con un hombre que no quieres..., ¡qué traspaso! Chavala querida, muérete y vente conmigo. Verás qué bien vamos a estar las dos allá. ¡Porque te quiero tanto!... Dame un abrazo, hija, y muérete conmigo.

—No lo digas mucho—balbució Fortunata, conmovidísima, acariciando a su amiga—. Bien podría ser que me muriera pronto. Para lo que yo hago en este mundo...; no sé...; valdría más... ¡Ay, qué desgraciada soy!

—¡Re...! ¡Bendita sea tu alma! Lo primerito que le pido al Señor, lo juro por estas cruces, es que te mueras.

Las dos se echaron a llorar.

En tanto, doña Lupe sostenía una gallarda disputa son Severiana.

—Ya lo he dicho, y no hay más que hablar. Yo me quedo esta noche para que usted descanse un poco.

—Señora, no lo consiento. Hay vecinas que se quieren quedar.

—¡Vecinas!... Aviada está la enferma con las vecinas. ¡Son tan torpes y tan descuidadas...! Verá usted cómo trabucan las medicinas y le encajan una por otra.

—¡Oh! ¡No, señora, no consiento que usted se moleste!

—Repito que me quedo, ¡vaya! Si no hay en ello mérito alguno, ni sacrificio. No me cuesta ningún trabajo estar en vela toda la noche. Y, además, hija, hay que hacer algo por el prójimo. Velaremos, pues, y no me hable usted de gratitud, que es ridículo hacer tanto aspaviento por lo que no vale tres cominos.

La viuda de Jáuregui no hacía gran sacrificio, y su determinación estaba calculada con habilidad, pues como una de las vecinas le dijera que Guillermina pensaba echar un guante al día siguiente para atender a las apremiantes necesidades de algunos inquilinos de la casa, doña Lupe pensó de esta suerte: "Con quedarme a velar cumplo, y eso del guante no va conmigo, porque en todo el día de mañana no aparezco por aquí, ni a media legua a la redonda."

Severiana explicó minuciosamente a la señora cuanto había que hacer, advirtiéndole que llamase si ocurría algo extraordinario. Otra vecina se quedaba también, en calidad de ayudante. A las doce, Fortunata se retiró a su casa con su marido, que fué a buscarla. Cogiditos del brazo recorrieron el trayecto, más tortuoso que largo, que los separaba de su domicilio, hablando de alcoholismo y de Beneficencia domiciliaria, y poniendo muy en duda que doña Lupe resistiese toda la noche sin dormirse, pues era persona que en dando las diez ya estaba haciendo cortesías, aunque se encontrase en visita.

A la mañana siguiente determinó la

esposa ir a enterarse de la noche toledana que habría pasado doña Lupe, y Maximiliano no se opuso a ello. Cumplidas las sabias órdenes que había dado la directora de la casa, Fortunata salió con *Papitos*, y después de encaminarla a la compra, indicándole algunas cosas que debía tomar, separóse de ella en la plazuela de Lavapiés para dirigirse a la calle de Mira el Río. Encontró a su tía en el cuarto de la comandanta en un estado verdaderamente aflictivo, ojerosa, con la cabeza pesada y un humor poco dispuesto a las bromas.

—¡Bien por las valentías!...—le dijo Fortunata—. ¿Y qué tal se ha portado la enferma?

—No me hables, hija; noche más perra no la he pasado en mi vida. No me ha dejado ni siquiera descabezar un sueño de diez minutos. La maldita parecía que lo hacía a propósito y por vengarse de lo muy derecha que la he obligado a andar cuando me corría mantones... Figúrate: en un puro delirio hasta que Dios amaneció. Juraría que todo el aguardiente que ha bebido en su vida se le subió a la cabeza esta noche. Ya se levantaba, ya se revolvía, echaba las piernazas fuera de la cama y los brazos como aspas de molino... ¡Luego unas voces y unos berridos!... Ya sabes el diccionario que gasta... Y a lo mejor se quedaba como un gato que acecha, los ojos como ascuas y hablando bajito, bajito, y señalando para la mesa en que está el altar y la lamparilla, decía: "Mírenlo, mírenlo: allí está." ¡A mí me daba un miedo!... Prefería oírla gritar... Créete que me horripilaba cuando la veía señalar a la luz y al altarito.

Doña Lupe empezó a tomar el chocolate que le trajo doña Fuensanta, y a renglón seguido continuó la relación imitando la voz y la actitud de la delirante:

—Y se ponía así: "Allí está, mírenlo..., el *señor* de sor Natividad... La bribona lo tiene preso... Bribona, más que loba..." ¿Sabes tú quién es el *señor*, con retintín, de sor Natividad? Pues la Custodia, hija, el Santísimo. Y seguía: "Ahora voy allí, te cojo, te saco y te echo al pozo..." ¡Al pozo! ¿Has visto? ¡Arrojar la Custodia al pozo! Mira tú si tendrá malas ideas... Luego dice que se salva. ¡Como no se salve ésa!... Me ha dicho Severiana que cuando delira fuerte siempre sale con eso, con que va a sacar del Sagrario la Custodia y a guardarla en su baúl o qué sé yo qué. Verás: soltaba una risa que a mí me ponía los pelos de punta, y decía muy callandito: "¡Qué guapo estás con tu cara blanca, con tu cara de hostia dentro del cerco de piedras finas!... ¡Oh, qué reguapo estás! No creas que te robo las piedras... Para nada las quiero... Me gustas... ¡Te comería! No me digas que no te coja, porque te cojo, aunque me muera y me eches al infierno... Sor Natividad te falta; para que lo sepas; te falta con el padre Pintado." En fin, hija, que era un horror. Suprimo las flores que iba entreverando, porque me ardería la boca.

Doña Lupe hizo esfuerzos por atraer hacia su paladar con la lengua y con los rechupidos de sus labios lo que en el fondo del pocillo quedaba, y conseguido esto al fin, acabó así:

—Con estos disparates sacrílegos estuve toda la noche en vilo, horrorizada, el estómago revuelto y deseando que el día llegara.

—Me lo figuraba—dijo Fortunata, y después le dió cuenta de lo que había dispuesto y de lo que le indicó a *Papitos* que comprase.

—¡Ay! Me parece que he estado un año fuera de mi casa. Me ocurría que no sabríais desenvolveros y que la mona se declararía en cantón, haciendo lo que le daba la gana. Ahora, a casa, que es madre. Ya hemos cumplido. Claro que esto no es ninguna santidad extraordinaria, ni un caso de heroísmo; pero algo es algo...

Vieron entonces que Guillermina pasaba en dirección al cuarto de Severiana, y doña Lupe corrió a recibir de su boca augusta los plácemes que merecía.

—¡Oh, qué buena es usted!—le dijo la santa, estrechándole las manos—. ¡Quedarse aquí cuidando a esta pobre!... No, no diga usted que esto no vale nada. ¡Vaya si vale! ¡Dejar las comodidades de su casa para velar a la cabecera de una infeliz!... Pues lo que yo sé es que no lo hacen todas... Dios se lo pagará. Más de agradecer es esto que los donativos que hacen otras..., quedándose muy abrigaditas en sus camas..., porque ésta es la verdadera caridad que sale del corazón... En fin, veo que su modestia se ofende, amiga mía,

y no quiero sacarle a usted los colores a la cara. Gracias, gracias.

Doña Lupe estaba muy satisfecha; pero sospechando que la fundadora iba a sacar el temido guante, se despidió con prisa:

—Amiga de mi alma, la obligación me llama a mi choza.

—Sí, sí—le dijo Guillermina—. La obligación antes que nada. Hasta luego.

Y llevando aparte a Fortunata en el corredor, su tía le dijo:

—Tú te quedarás aquí un ratito; si hay petitorio, no quedaremos nosotras en mal lugar. Le dices que apunte un duro por ti y otro por mí. Es bastante. Bien debe saber que no somos potentados. No me gustan guantes; pero sé cumplir en todas las circunstancias y no hacer un mal papel. Un duro por ti y otro por mí; no lo olvides. No digas si podemos o no podemos más. Tú lo sueltas seco, sin achicarte ni engrandecerte; que ella, aunque se le dé un ochavo, siempre da las gracias con la misma boquita de merengue. Vaya... Mentira me parece que he de verme en mis cuatro paredes...

V

Cuando Fortunata, después de un ratito de palique con la comandanta, penetró en la otra casa, vió cosas que la pasmaron. Guillermina, dejando su mantilla y su libro de misa sobre el sofá, desempeñaba junto a Mauricia las obligaciones más penosas del arte de cuidar enfermos, acometiendo con actividad maquinal las faenas más repugnantes, como persona que tiene la obligación y la costumbre de hacerlo. Severiana se esforzaba en impedirlo; pero Guillermina no cedía.

—Déjame tú... Si a mí esto no me cuesta ningún trabajo... Vete a ver lo que quiere Juan Antonio, que está dando voces hace un rato.

La pobre menestrala deseaba tener tres o cuatro cuerpos para atender a todo.

—Hombre, ten consideración. ¿Cómo quieres que deje a la señora en...?

Al ver la de Rubín este tráfago y la poca gente que había para tan diversos quehaceres, brindóse gustosa a ayudar. Lo que hacía Guillermina era para asustar a cualquiera. Fortunata no se creía con valor para tanto. Y, sin embargo, al ver a la insigne dama aristocrática humillarse de aquel modo, avergonzóse de no tener valor para imitarla, y sacando fuerzas de flaqueza ofreció su ayuda. Como hija del pueblo, no quería ser menos que la *señora de la grandeza* en aquellos bajísimos menesteres...

—Quite usted allá, por Dios, hija... —replicó la santa—. No faltaba más; no lo consiento..., de ninguna manera. ¿Es que usted quiere ayudarnos? Pues si tan buen deseo tiene, barra la sala, que va a venir el médico.

Apenas hubo cogido Fortunata la escoba entró Severiana, y quieras que no se la quitó de las manos.

—No faltaba más..., señorita. Se va usted a poner perdida...

—Por Dios, déjeme usted que la ayude. ¿Quiere que le haga el almuerzo a su marido?

—¡Qué cosas tiene!...

—¡Ay, qué gracia!... ¿Cree usted que no sé?... La tortillita en la fiambrera y el pan abierto con la sardina dentro. Si he hecho yo en mi vida más almuerzos de obreros que pelos tengo en la cabeza...

—Hemos encendido la lumbre en la casa de la vecina. Allá está doña Fuensanta; pero va a salir a la compra, y si usted hiciera el favor...

Fortunata no necesitó más, y fué a la otra casa, donde encontró a la comandanta muy afanada, porque no era un almuerzo, sino tres los que tenía que preparar: el de Juan Antonio y el de dos obreros más, cuyas respectivas mujeres se habían ido ya para la fábrica, dejándole aquel encargo.

—Váyase usted a la compra—le dijo—, que de las tortillas se encarga una servidora.

Mucho agradeció esto doña Fuensanta, y poniéndose su toquilla encarnada, quedándose con la bata de tartán y las gruesas zapatillas de orillo, cogió el cesto y el portamonedas y fué a pedir órdenes a Severiana, que estaba en la sala, dentro de una nube de polvo.

—Tráigame usted un codillo como el del otro día para ponerlo en sal..., un cuarterón de agujas cortas... Tocino hay en casa... ¡Ah! No olvide las zanahorias, ni el cuarto de gallina... Si trae para usted sesada de carnero, cómpreme otra a mí... Oiga, oiga: si ve una

buena lengua, tráigamela descargada y la salaremos para las dos...

Salió la viuda del comandante renqueando por aquellas escaleras abajo, y a poco partieron Juan Antonio y los otros dos obreros con sus saquitos de comida en la mano. La señora de Rubín había desempeñado su cometido con tanta presteza como acierto, y mientras se lavaba las manos dejóse llevar por su vagabundo pensamiento a un orden de ideas que no era nuevo en ella: "Si es lo que a mí me gusta, ser obrera, mujer de un trabajador honradote que me quiera... No le des vueltas, chica; pueblo naciste y pueblo serás toda tu vida. La cabra tira al monte, y se te despega el señorío, créetelo, se te despega..."

Cuando pasó a decir a Severiana que estaba servida, ésta había concluído de limpiar la sala. Como había tan mal olor allí, trajeron una paletada de carbones encendidos y echando un puñado de espliego la pasearon por toda la casa, desde el pasillo hasta la cocina. Después del sahumerio, Fortunata entró a ver a Mauricia, a quien encontró muy mal, en un estado de decaimiento y postración muy visibles. El médico, que llegó entonces, la examinó detenidamente, observando hinchazón en las piernas y en el vientre. La parálisis agitante crecía de una manera aterradora. Antes de partir, el doctor habló con Guillermina en la sala, diciéndole que aquello no podía menos de acabar mal, y que, a todo tirar, tiraría dos días... Acercábase Fortunata para enterarse de esto, cuando vió entrar inesperadamente a una persona cuya presencia le hizo el efecto de una descarga eléctrica.

—¡Jesús, esa mona otra vez!... Yo me voy.

Jacinta y Guillermina hablaron un momento con el médico, que se despidió luego:

—Entraré un ratito a verla—dijo la *Delfina* a su amiga, sentándose en el sofá—. ¿Va usted a estar aquí mucho tiempo?

—Tengo que pasar al otro corredor a ver al zapatero... ¡Pobre hombre, no ha querido ir al hospital! Yo no había visto nunca un caso de hidropesía semejante. La barriga de ese infeliz era anoche como un tonel... Y ya le han dado tres barrenos; pero el de ayer con tan mala fortuna que no le sacaron más que medio litro, y dicen que tiene en aquel cuerpo la friolera de catorce litros... ¡Qué humanidad, Dios mío!

Fortunata pasó a la otra sala, y a poco volvió diciendo que Mauricia dormía profundamente. La fundadora hizo entonces una observación humorística. Dirigiéndose a las dos, les dijo:

—¿Oyen ustedes ese trombón que toca la Marcha Real?

En efecto, se oía bien clara, aunque lejana, la Marcha Real, tocada con verdadero frenesí por Leopardi, que en la repetición le ponía un lujo escandaloso de mordentes y apoyaturas.

—Pues ese pobre hombre—añadió la santa conteniendo la risa—, desde que se entera que estoy aquí, se pone a tocar como un descosido. Es la manera de recordarme que le prometí vestirle, porque el desventurado está mejor de pulmones que de ropa. Mira—propuso a Jacinta, cogiéndole un brazo—: en cuanto vayas hoy a tu casa, has de ver si tiene tu marido algunos pantalones que no le sirvan... ¡Puede que no tenga, porque ya hemos hecho tantos escrutinios en su guardarropa!...

—No sé, no sé—dijo la señora de Santa Cruz, procurando recordar—, me parece...

—Si no—manifestó prontamente la de Rubín—, yo traeré unos del mío...

—Dios se lo pagará a usted..., porque verdaderamente parte el corazón ver a ese pobre hombre, en este tiempo, con unos calzones de hilo, de los que traen los soldados de Cuba...

Salió Guillermina para ir al almacén de maderas de la Ronda, y Jacinta la acompañó hasta el corredor. Sentóse Fortunata en el sofá, creyendo que las dos se marchaban. Pero la de Santa Cruz, después de hablar con su amiga de varias cosas, le dijo:

—Aquí la espero a usted. Lleve mi coche, y luego me recogerá y nos iremos juntas.

Entró inmediatamente, sentándose también en el sofá.

¡Ponerse a su lado! No conocerle en la cara que las dos no podían estar juntas en parte alguna!... Esto pensaba la mujer de Maxi, que sintió deseos de huir, y luego vergüenza y miedo de hacerlo. Si la otra le hablaba, no tendría más remedio que responderle: "Pues si yo le dijera quién soy, la haría temblar.

Veríamos entonces quién temblaba más."

Jacinta la miró. Ya el día anterior había despertado su curiosidad hermosura tan expresiva. Y cuando sus ojos se encontraban con el rayo de aquellos ojos negros, sentía una impresión no muy grata, al modo de esos presentimientos inseguros que son, no como el contacto de un objeto, sino como la sensación del aire que hace el objeto al pasar rápidamente.

—Según ha dicho el médico—indicó la *Delfina*, decidida a pegar la hebra—, la pobre Mauricia no saldrá de ésta.

—No saldrá la pobre—opinó Fortunata, algo cortada, porque le asaltaba la idea de que su lenguaje no sería bastante fino.

—Si sigue así, traeré esta tarde a la niña, para que la vea... De todos modos, debo traerla, ¿no le parece a usted?

—Sí, tráigala.

Jacinta sabía que aquella desconocida no era soltera, porque había ofrecido unos pantalones *de su marido*. Hízole, pues, la pregunta que ingenuamente se le salía siempre de los labios cuando se encontraba delante de una casada:

—¿Tiene usted niños?

—No, señora—replicó la de Rubín con alguna sequedad.

—Yo tampoco. Pero me gustan tanto los niños, que tengo verdadera manía por ellos, y los ajenos me parece que deberían ser míos..., y créalo usted, no tendría escrúpulo de conciencia en robar uno, si pudiera...

—Pues yo también, si pudiera...—declaró Fortunata, que no quería ser menos que su rival en aquello de la manía materna.

—Pero ¿es que se le han muerto a usted, o que no los ha tenido?

—Tuve uno, sí, señora..., va para cuatro años...

—¿Y en cuatro años no ha tenido usted más que uno? ¿Qué tiempo lleva usted de matrimonio? Perdone mi indiscreción.

—¿Yo?...—murmuró la otra, vacilando—. Cinco años. Yo me casé antes que usted...

—¡Antes que yo!

—Sí, sí, señora...; pues decía que tuve un niño y se me murió, sí, señora..., y si me viviera, le digo a usted que...

Como advirtiera la dama en los ojos de su interlocutora una lucidez y movilidad singularísimas, sospechó si aquella mujer padecería enajenación mental. Su tono y su mirar eran muy extraños, impropios del lugar y de la sosegada conversación que ambas sostenían. "A esta mujer hay que dejarla—pensó Jacinta—; me callaré."

Guardaron silencio un rato mirando al suelo. Jacinta no pensaba en nada importante; Fortunata, sí, y por la mente le pasó toda su historia como envuelta en una nube de fuego. Se le vinieron a la boca palabras duras para increpar a aquella *mona del Cielo* que le había quitado lo suyo. ¿Pues no era esto una gran injusticia? Los agravios se le revolvían en el seno, saliéndole a los labios en esa forma descomedida y grosera de las hijas del pueblo cuando se ponen a reñir. "¡La cojo y la...!—decía para sí, clavándose las uñas en sus propios brazos—. ¿Que es un ángel? Pues que lo sea... ¿Que es una santa? ¿Y a mí qué?..." Pero de los labios para fuera, nada... "¡Qué cobarde soy! Con una palabra la haré caer redonda, y me tendrá un miedo tan grande que no le darán ganas de volverme a hacer preguntitas..."

En esto, *la mona del Cielo*, impaciente porque no venía Guillermina, salió un instante al corredor. Al verse sola, creyó sentirse la otra con más valor para dar un escándalo... Toda la rudeza, toda la pasión fogosa de mujer del pueblo, ardiente, sincera, ineducada, hervía en su alma, y una sugestión increíble la impulsaba a mostrarse tal como realmente era, sin disimulo hipócrita. "¡Si no volverá!...—se dijo, mirando al corredor, y al decir esto su espíritu volvía sobre sí, penetrándose del sentido lógico de las cosas—. Ella es una mujer de mérito y yo he sido una perdida... Pero yo tengo razón, y, perdida o no, la justicia está de mi parte, porque ella sería yo si estuviera en mi lugar..."

En esto vió que *la mona* volvía... Verla y cegarse fué todo uno. No podía darse cuenta de lo que pasó. Obedecía a un empuje superior a su voluntad cuando se lanzó hacia ella con la rapidez y el salto de un perro de presa. Juntáronse, chocando en mitad del angosto pasillo. La prójima le clavó sus dedos en los brazos, y Jacinta la miró aterrada, como quien está delante de una fiera... Entonces vió una sonrisa de brutal ironía en

los labios de la desconocida, y oyó una voz asesina que le dijo claramente:

—Soy Fortunata.

Jacinta se quedó sin habla..., después lanzó un ¡ay! agudísimo, como la persona que recibe la picada de una víbora. En tanto, Fortunata movía la cabeza afirmativamente, con insolente dureza, repitiendo:

—Soy..., soy..., soy la...

Pero tan sofocada estaba, que no articuló las últimas palabras. La *Delfina* bajó los ojos, y dando un tirón se soltó. Quiso decir algo, no pudo. La otra se apartó, echando llamas de sus ojos y resoplidos de su pecho, y andando hacia atrás siguió diciendo, sin que las palabras llegaran a articularse:

—Te cojo y te revuelco..., porque si yo estuviera donde tú estás, sería...

Aquí recobró el aliento y pudo decir:

—¡Mejor que tú, mejor que tú!...

La de Santa Cruz recobró primero la serenidad, y, entrando en la sala, volvió a ponerse en el sofá. Su actitud revelaba tanta dignidad como inocencia. Era la agredida, y no sólo podía serenarse más pronto, sino responder con el perdón mismo. La otra sintió, por el contrario, tremendo peso dentro de sí. ¡Ay! Su acción, descompuesta y brutal, le gravitó en el alma como si la casa se le hubiera desplomado encima. No tuvo ánimo para entrar también; tembló de pensar lo que diría Severiana si se enteraba; pues ¿y doña Guillermina?... Refugióse en el cuarto de la comandanta, donde había dejado velo y manguito. La cobardía que sintió impulsábala a correr hacia la calle. Huir, sí, y no volver a poner los pies en aquella casa ni en parte alguna donde pudiera tener tales encuentros... Salió sin hacer ruido, deslizándose, y al pasar frente a la puerta, miró y la vió allá dentro, al extremo del largo pasillo, que parecía un anteojo. La veía de perfil, la mano en la mejilla, muy pensativa, y Jacinta no la veía a ella. Bajó y se puso en la calle, acordándose de una de las principales recomendaciones que le había hecho Feijoo: "No descomponerse nunca." Pues bien se había descompuesto aquel día... "Pero verdaderamente —discurrió, tratando de serenarse—, yo ¿qué le he hecho? Nada... Unicamente decirle quién soy, para que me conozca..."

¡Cosa extraña! Le entraron ganas de esperar para verla salir. Púsose de centinela en la calle del Bastero, y cinco minutos después vió a la fundadora entrar en la casa. "Han de subir por la calle de Toledo—pensó—; desde allí las veré sin que me vean." Siguió a la calle de Toledo, poniéndose en acecho en la acera de enfrente, junto a la puerta de una taberna. Al cabo de un cuarto de hora apareció por la bocacalle la berlina con las dos damas. "Hablan de mí, y le está contando cómo pasó el lance...; me imita, remedando mi movimiento, cuando la cogí por los brazos... ¿Qué dirán, Dios mío, qué dirán? Me parece oírlas... Que soy un trasto y que me debían mandar a presidio."

VI

Cuando subía la escalera de su casa se iniciaba en la conciencia de la joven una reprobación clara de lo que había hecho. "...Hubiera sido mucho mejor —pensó, deteniendo el paso y tardando un minuto de escalón a escalón—decirle aquello de "Yo soy Fortunata" con calma, reparando bien qué cara ponía ella al oírlo, y luego quedarme tan fresca, esperando a ver por qué registro salía, o echarle tres o cuatro chinitas, diciéndole que yo también soy honrada, claro, y que su marido es un tunante... A ver por dónde la tomaba."

Al entrar en la casa halló a doña Lupe muy incomodada con *Papitos*, sobre cuya inocente cabeza descargaba el mal humor que la noche en vela le produjo. Cuanto se había hecho en su ausencia le parecía mal, dejándose decir que ni tan siquiera para una obra de caridad podía salir de casa, pues en cuanto volvía la espalda era todo un desbarajuste. Fortunata comprendió que también quería meterse con ella; mas no teniendo ganas de reñir, dejaba sin contestación sus refunfuños.

—Mira que es pifia mandar traer esta babilla y esta falda, que no sirve ni para el gato. Tienes la cabeza llena de viento. Nada, en cuanto yo me descuido, ya no das pie con bola.

Fortunata empezaba a sentirse mal. Tenía escalofríos, dolor de cabeza y ganas de bostezar a cada momento. Conocióle doña Lupe en la cara la desazón, y le preguntó con gran interés:

—¿Tienes ascos, mareos?...

—No sé lo que tengo; pero me acostaría de buena gana.

Doña Lupe, al irse a la cocina, iba pensando que aquellos síntomas podrían anunciar tal vez la probable reproducción del tipo de Rubín en la especie humana; pero bien sabía la otra que no era nada de esto, y, sin más explicaciones, echóse, bien envuelta en una manta, en el sofá de su cuarto. Después que se le aplacara el frío, sintió somnolencia, que la llevó a un delirio tranquilo, reproduciendo en su mente la escena aquella con varias adiciones de importancia. ¿Eran éstas algo que con la prisa no pudo decir, pero que debió haber dicho, o eran simplemente desvaríos de su cerebro encendido por la calentura?... "¡Si creerá esta señora que no hay en el mundo más mujeres honradas que ella!... Que se le quite a usted eso de la cabeza. ¡Vaya con el modelo!... ¡A buena parte viene usted!... ¿Sabe usted, niña, que como a mí se me meta en la cabeza, le doy a usted honradez y virtudes por los hocicos hasta que no quiera más? Porque eso es cuestión de decir: "¡Ea!..." Sí, y si me atufo, no hay quien me tosa. Pues ¿qué cree usted, que a mí me costaría trabajo cuidar enfermos y dármelas de muy católica? Pues si a mano viene me pondré el mejor día a cuidar y limpiar y revolver los enfermos más podridos, y me vestiré una saya, y recogeré niños que no tengan padres, que de eso y de mucho más soy yo capaz... ¡Vaya con *la mona del Cielo!* ¡Ea!..., no venga acá vendiendo mérito... ¡Y ángel me soy! Pues para que lo sepa, también yo, si me da la gana de ser ángel, lo seré, y más que usted, mucho más. Todas tenemos nuestro ángel en el cuerpo..."

Después de esto tornó a ver con claridad las cosas, y, dejando vagar su mirada por la habitación solitaria y semioscura, pensaba en lo mismo, pero apreciando mejor la realidad de las cosas. En aquella meditación, lo que descollaba, después de vueltas mil, era un vivo deseo de ser, no sólo igual, sino superior a la otra. El cómo era lo difícil. "Porque lo primero que tengo que hacer es querer a mi marido y portarme bien para que se olviden las maldades que he hecho..."

El pensamiento, recorriendo todas las caras del tema, iba de las cosas más sutiles a las más triviales. "Me tengo que hacer una falda enteramente igual a la que llevaba ella..., lo mismito, con aquel tableado; y si encontrara tela igual... La verdad es que tiene la mona un aire de señorío y de..., de..., ¿de qué?, de majestad, sí... ¡Bah!, esto es idea, idea nada más de los que la miran, porque con aquello de que es ángel... A saber si lo es realmente, que las apariencias engañan..."

Sacóla de esta cavilación doña Lupe, que entró con pisadas de gato, y le dijo que era preciso tomara algo. Negóse Fortunata a comer cosa alguna, y dijo que lo único que apetecía era una naranja para chuparla.

—¿Antojitos ya?—murmuró la tía, sonriendo, y mandó a *Papitos* por la naranja.

Mientras la chupaba, haciéndole un agujerito y apretándola como aprietan los chicos la teta, a la señora de Rubín le pasó por el cerebro otra ráfaga de aquel furor que determinó el acto de la mañana: "Tu marido es mío y te lo tengo que quitar... Pinturera..., santurrona...; ya te diré yo si eres ángel o lo que eres... Tu marido es mío; me lo has robado..., como se puede robar un pañuelo. Dios es testigo, y si no, pregúntale... Ahora mismo lo sueltas o verás, verás quién soy..."

Quedóse dormida, dejando caer al suelo la naranja. Despertó al sentir sobre su frente la mano de su amante esposo, que había subido a comer, y, enterado de que estaba indispuesta, se asustó mucho. Doña Lupe quiso hacerle concebir esperanzas de sucesión; pero él, moviendo la cabeza con expresión escéptica y desconsolada, entró en la alcoba y le palpó la frente a su mujer.

—Hija de mi vida, ¿qué tienes?

Al oír esta terneza y al ver delante la figura de Maxi, Fortunata sintió fuerte sacudida en su interior. Como una neurosis constitutiva, de esas que se manifiestan de repente, cuando menos se las espera, así se presentó en el alma de la joven, de golpe, y a manera de explosión de pólvora, la aversión que su marido le había inspirado en otro tiempo. Lo primero que pensó fué cómo había retoñado tan de repente la infame planta del odio que ella creía seca y muerta, o al menos moribunda. Le miraba, y

mientras más le miraba, peor... Se volvió del otro lado, respondiendo con sequedad:

—Nada.

—¿Sabes lo que dice la tía?... Oye...

La opinión de la tía aumentaba la malquerencia de la sobrina y el vivo deseo de perder de vista a su marido. Cerrando los ojos, invocó a Dios y a la Virgen, de quien esperaba auxilio para poder curarse de aquella insana antipatía; pero ni por ésas. "Si no le puedo ver; si me iría al fin del mundo por no verle... ¡Y yo creí que le iba tomando cariño! ¡Buen cariño nos dé Dios! Ni sé yo en qué estaba pensando Feijoo... Tonto él, y yo más tonta en hacerle caso."

Maxi, al tomarle el pulso, echó por aquella boca una retahila de frases de Medicina, concluyendo por decir:

—Subiré esta noche un antiespasmódico, jarabe de azahar con bromuro, y quizá, quizá, unas pildoritas de sulfato de quinina. Hay fiebre, aunque poca. Principio de un fuerte catarro. Tú te has enfriado en aquella maldita casa de corredor..., o te habrás atufado con algún brasero.

Fortunata pensó que, en efecto, se había atufado, pero no con brasero. Cediendo a los ruegos de su marido y de doña Lupe, se acostó, y a prima noche estaba más tranquila, desvelada, sin ningún apetito, oyendo con desagrado el ruido de los platos y cucharas que del comedor venía a la hora de cenar. Nicolás hablaba por los codos.

—Mejor es que no tomes nada si no tienes gana—le dijo Maxi, que entró mascando el postre y con un higo pasado en la mano—. Por si acaso, no bajaré esta noche a la botica, y te acompañaré.

La peor de las medicinas era ésta, pues gustaba la joven de estar sola, entretenida con sus pensamientos. Hizo por dormirse; su marido le ató fuertemente un pañuelo a la cabeza, y después se puso junto a la cama. Después de un breve sueño, vió ella la escueta figura de Maxi dando paseos en la habitación. Tan pronto miraba su persona como su sombra corriendo por la pared, larga, angulosa, doblándose en las esquinas del muro. "¡Ah!..., Jacinta, yo te quisiera ver casada con éste... Entonces me reiría, me estaría riendo tres años seguidos."

Maximiliano se desnudaba, para acostarse. Al quitarse el chaleco, salían de las bocamangas los hombros, como alones de un ave flaca que no tiene nada que comer. Luego, los pantalones echaron de sí aquellas piernas como bastones que se desenfundan. Todas sus coyunturas funcionaban con trabajo cual si estuvieran mohosas, y el pelo se le había hecho tan ralo que su cabeza ofrecía una de esas calvas sin dignidad que suelen verse en jóvenes de poca y mala sangre. Al meterse en la cama y estirar los huesos, exhalaba un *¡ah!* que no se sabía si era de dolor o de gusto. Fortunata, fingiendo dormir, se volvió para el otro lado y a medianoche dormía de veras.

A la madrugada abrió los ojos. La alcoba estaba en completa oscuridad. Oyó la respiración de su marido, áspera a ratos, a ratos silbante y con diversos flauteados, como si el aire encontrase en aquel pecho obstrucciones gelatinosas y lengüetas metálicas. Incorporóse Fortunata, cediendo a un movimiento interior cuyo impulso inicial se determinó cuando estaba dormida. Lo que pensaba entonces era por demás peregrino. El disparate que se le había ocurrido, porque disparate era y de los gordos, fué que debía echarse del lecho muy callandito, buscar a tientas su ropa, vestirse..., ir hacia la percha, coger su bata y ponérsela. El mantón, ¿dónde estaba? No pudo recordarlo; pero lo buscaría, a tientas también; y una vez hallado, saldría de la alcoba, cogería el llavín que estaba colgado de un clavo en el recibimiento, y ¡aire!..., ¡a la calle! La idea de la evasión estuvo flameando un rato sobre sus sesos, como una luz de alcohol, sin que pudiera entender cómo se había encendido semejante idea. En el bolsillo de la bata tenía medio duro, una peseta y algunos cuartos, la vuelta del duro que dió a *Papitos* para que le trajera... no recordaba qué. Pues con aquel dinero tenía bastante. ¿Para qué más? Y ¿adónde iría? A una casa de huéspedes. No..., a casa de don Evaristo... No, porque don Evaristo la reñiría. Esta idea de que la reñiría su *padrino* fué el golpe que la aclaró el sentido, porque la idea de la fuga era un rastro del sueño. "¿Estoy despierta o dormida?", se preguntaba al reconocer su desati-

no; y quedóse un rato sentada en la cama, con la mano en la mejilla. El pañuelo se le había desatado de la cabeza, y, deshecho el peinado, sus espesas guedejas le caían sobre los hombros. "¡Qué marido este!—pensaba, recogiéndose el cabello—. ¡Ni atar un pañuelo sabe!" Después creyó ver ojos que en aquella profunda oscuridad la miraban. "Debo de estar soñando todavía. ¿Qué me miras tú? ¿Qué dices? ¿Que estoy guapa? Ya lo creo. Más que tu mujer."

Y se volvió a acostar. Maximiliano, al revolverse, le dió un encontronazo con un omóplato. "¡Ay!, me ha hecho ver las estrellas", dijo para sí Fortunata, recogiéndose más en su lado.

—¿Duermes, vidita?—murmuró el otro, despertándose y rechupando luego como si tuviera una pastilla en la boca.

Pero sin oír la respuesta, se volvió a dormir

VII

Al día siguiente Fortunata se sentía mejor; pero aún estaba en la cama cuando su marido, después de dar una vuelta por la botica, subió a verla.

—¿Qué tal?—le dijo, inclinándose sobre ella y besándole en la frente—. Te puedes levantar. El día está bueno. ¡Ay! Yo tengo menos salud que tú, y no me quejo tanto. Siento tal debilidad que a veces me cuesta trabajo mover un dedo. Todos los huesos me duelen, y la cabeza la siento a ratos como si estuviera vacía, sin seso... Pero no me duele, y esto es mala señal, porque las jaquecas son un puntal de la vida. Yo no sé lo que me pasa. A ratos me distraigo, me entra como un olvido, me quedo lelo, sin saber dónde estoy ni lo que hago... Pues digo: ¿y cuando pierdo la memoria y se me va de ella lo que más sé?... Tú estarás buena mañana; pero yo no sé adónde voy a parar con estas cosas. Dice Ballester que tome mucho hierro, pero mucho hierro, y que esto es falta de glóbulos en la sangre, y así debe de ser... Esta máquina mía nunca ha sido muy famosa, y ahora está que no vale dos cuartos...

Fortunata le miraba y sentía una lástima profunda. Quizá esta lástima refrescaba el cariño fraternal que había empezado a marchitarse. Pero no estaba muy segura de esto, y cuando le vió salir pensaba que si aquella planta raquítica del cariño se agostaba debía hacer ella esfuerzos colosales por impedirlo.

Poco después, hallándose en el gabinete, sentada junto al balcón, por donde entraba el sol, sintió en los pasillos ruido de voces que al pronto no se podía saber si eran de gozo o de ira. Pero ni tuvo tiempo de asustarse porque vió entrar a Nicolás haciendo aspavientos de júbilo, el rostro encendido, los ojos chispos, y llegándose a su cuñada le dió un fuerte abrazo:

—Denme todos la enhorabuena... Ya..., al fin... No ha sido favor, sino justicia. Pero estoy muy agradecido a las personas que...

—¡Gracias a Dios! Ya tenemos a Periquito hecho fraile—dijo doña Lupe, que, después de haber recibido el estrujón en el pasillo, entraba tras él, radiante de dicha porque se le quitaba de encima aquella fiera boca—. ¿Y de dónde?

—De Orihuela, tía—replicó el clérigo, frotándose las manos—. Mala catedral; pero ya veremos si sale una permuta.

—Canónigo te vean mis ojos, que Papa como tenerlo en la mano.

—¡Cuánto me alegro!—dijo Fortunata, por decir algo, y miró a la calle al través de los cristales, temiendo que le leyeran en la cara los pensamientos que la cononjía de su cuñado le sugería.

"¡Lo que es el mundo!—pensaba—. Razón tenía don Evaristo. Hay dos sociedades, la que se ve y la que está escondida. Si no hubiera sido por mi maldad, ¡cuándo habría sido canónigo este tonto de capirote, ordinario y hediendo! ¡Y él tan satisfecho!"

—Me voy mañana mismo a que me den la colación... Pero antes convido a todo el mundo. Juan Pablo no lo sabe todavía. ¡Que rabie!... Ayer me apostaba que no me la darían. Ese Villalonga es una gran persona, y Feijoo lo que se llama un caballero, y el ministro también... ¿Sabéis quién me dió la noticia? Pues Leopoldo Montes, que está ahora en Gracia y Justicia. Corrí allá y cuando el jefe de personal de catedrales me dijo que eran ciertos los toros, creí que me daba un desmayo. La credencial estaba allí, y no me la habían mandado por no saber mis señas... Lo repito, convido a todo Cristo... a lo que quieran..., y convido a las de Torquemada, a Ba-

llester..., a doña Casta y sus simpáticas hijas.

—Para, hijo, para—dijo doña Lupe, amoscándose—, que para esas convidadas no te va a bastar el sueldo de un año; y si piensas que yo cargo con el mochuelo de los gastos, te equivocas...

Nicolás se calmó luego, tomando el tono que cuadra a un sacerdote, y con el cual sabía él muy bien rectificar la descompostura que le producían la ira o el contento.

—Nada, yo estoy satisfecho, y aunque creo que me lo merezco por mis estudios y por los servicios que he prestado en el confesonario, no he de tener orgullo; y desde ahora lo digo, me he de llevar bien con mis compañeros de cabildo..., ésta es la cosa. A mí me gusta la paz y concordia entre príncipes cristianos. Una vida descansada, una misita por las mañanas con la fresca, mi corito mañana y tarde, mi altar mayor cuando me toque, mi paseíto por las tardes, y vengan penas.

Cuando estaban almorzando, Fortunata no podía alejar de sí este comentario: "Si fué un bien que me adecentaras, estúpido; ya te lo he pagado y no te debo nada."

—Yo tengo que ir al Monte—le dijo más tarde doña Lupe—, que hoy empiezan las subastas. Ten cuidado con *Papitos*, que estos días anda muy salida. Tú la echas a perder con tus benevolencias. Date una vuelta por la cocina y no le quites ojo. Hazle que ponga el bacalao de remojo o ponlo tú. Y que cuando yo venga esté lavada toda la ropa.

Quedóse sola Fortunata con la chiquilla; pero no pudo vigilarla, porque toda la tarde estuvieron entrando visitas. Primero fué doña Casta Moreno, viuda de Samaniego, con sus hijas, dos jóvenes muy bien educadas o que se lo creían ellas. La mamá pertenecía a la familia de los Morenos, que en el primer tercio del siglo se dividieron en dos grandes ramas, los *Morenos ricos* y los *Morenos pobres*; pero habiendo nacido en la primera de estas ramas, vino a parar a la segunda. Casó con Samaniego, hombre de bien y muy entendido en Farmacia, pero que no supo hacerse rico. Por los Trujillos, tenía doña Casta parentesco remoto con Barbarita; pero habiendo sido muy amigas en la niñez, apenas se trataban ya, porque la fortuna y las vicisitudes de la vida las habían alejado considerablemente una de otra. Sus relaciones eran intermitentes. A veces se veían y se saludaban; a veces no. Les pasaba lo que a muchas personas que se han tratado en la infancia y que después están años y años sin verse. Resulta que cuando se encuentran dudan si hablarse o no, y al fin no se hablan, porque ninguna se decide a ser la primera.

Más cercano y claro era el parentesco de Casta con Moreno Isla, el cual, a pesar de ser *Moreno rico*, mantenía cierta comunicación de familia con aquella *Moreno pobre*, visitándola alguna vez. Se tuteaban por resabio de la niñez; pero sus relaciones eran frías, lo absolutamente preciso para salvar el principio de linaje. La rama de los Moreno Isla establecía además un enlace remoto entre doña Casta y Guillermina Pacheco; pero este parentesco era ya de los que no coge un galgo. Guillermina y la viuda de Samaniego no se habían tratado nunca.

Jactábase doña Casta de haber educado muy bien a sus dos hijas. La mayor, Aurora, guapetona, viuda de un francés, era mujer de mucha disposición para el trabajo. Había vivido algún tiempo en Francia, dirigiendo un gran establecimiento de ropa blanca, y tenía hábitos independientes y mucho tino mercantil. La segunda, Olimpia, había estado asistiendo al Conservatorio siete años seguidos y obtenido muchos premios de piano. Su mamá quería que fuese profesora consumada, y para demostrarlo en los exámenes y obtener buena nota, le hacía estudiar una pieza, con la cual mortificaba a la vecindad día y noche durante meses y aun años. Contaba esta niña la serie de sus novios por los dedos de las manos; pero lo que es a casarse no habían tocado todavía.

Fortunata simpatizaba mucho con Aurora y muy poco con mamá y con Olimpia. Temía que se burlasen de ella por su falta de educación y que la estimaran en poco sabedoras de su pasado. Reconociendo que le eran las tres muy superiores por la crianza y el acertado empleo de palabras finas, a veces quedábase a oscuras de lo que hablaban y sólo asentía con movimientos de cabeza. Siempre era de la opinión de ellas, pues aunque pensara de distinta manera no se atre-

vía a expresar su disentimiento. Aquella tarde, por causa de su situación de espíritu, estaba la de Rubín más cohibida que nunca y deseando que se marchasen. Pero desgraciadamente nunca estuvo doña Casta más habladora. Sentía mucho no encontrar a Lupe, pues deseaba comunicarle noticias de la mayor trascendencia. Aurora iba a ponerse al frente de un establecimiento de ropa blanca, montado a estilo de los mejores que hay en París y Londres. ¿Qué tal?

Esforzábase la mujer de Maxi en disimular el aburrimiento que esto le causaba, y a la hipérbole de doña Casta respondía con exclamaciones de pasmo y asentimiento.

—Mi hija—añadió la viuda de Samaniego—estará encargada de la dirección de los *trousseaux,* canastillas de bautizo y demás género elegante, y tendrá sueldo y participación en los beneficios. El dueño de este gran establecimiento, que tanto ha de llamar la atención, es Pepe Samaniego, a quien ha facilitado el dinero para montarlo mi *primo* don Manuel Moreno Isla, el hombre más bueno y más generoso del mundo, y con un capital... ¡Qué capital! Y vea usted, es soltero..., y se pasa la vida en Londres, aburriéndose... Lo que yo digo, podría haber hecho feliz a una joven de las muchas que hay en la familia... Siempre que viene a verme le largo un *spich,* como él dice; él se ríe, se ríe...

"Pero ¡qué me importarán a mí todas estas cosas!", pensaba Fortunata, que ya no podía sostener más tiempo el papel, ni sabía de dónde sacar los monosílabos y las sonrisas.

Por fin quiso Dios misericordioso que las *Samaniegas* se marcharan; pero no habían pasado diez minutos cuando entró don Evaristo, con su criado, que le sostenía por el brazo derecho, y Fortunata le condujo hasta la sala, en una de cuyas butacas se sentó el anciano pesadamente.

—¿Doña Lupe...?

—No hay nadie—dijo ella, lo que significaba: estoy sola, puede usted hablar con libertad.

—¡Ah!, sola... ¿Y qué tal?... Me dijeron que estabas..., que estaba usted algo mala...

Después de decirle que su enfermedad no había sido nada, la chulita se sentó junto a él, haciendo propósito de contarle la verdadera dolencia que sufría, que era puramente moral, y con los más graves caracteres. Pensaba preguntar a su sabio amigo y maestro por qué todo aquel desorden se había manifestado a consecuencia de las breves palabras que cruzó con Jacinta. ¿Qué relación tenía aquella mujer con su conducta y con sus sentimientos? Sobre esto le diría algo sustancioso aquel sagaz conocedor del corazón humano y del mundo, porque ella se devanaba los sesos y no podía dar con la razón de que *la mona* le trastornase su espíritu. Si era ángel, ¿por qué la hacía mala? ¿Por qué era con ella lo que es el demonio con las criaturas, que las tienta y les inspira el mal? Luego no era ángel. Otro punto oscuro quería consultarle, y era que sentía deseos vivísimos de parecerse a aquella mujer, y ser, si no mejor, lo mismo que ella. Luego Jacinta no era demonio.

Lo difícil era explicar esto de modo que el amigo Feijoo lo entendiese, porque ya se sabe que no se daba buena mano para encontrar las palabras que en lenguaje corriente expresan las cosas espirituales y enrevesadas.

VIII

Lo peor del caso fué que aún no había empezado la consulta cuando entró doña Lupe, quien invitó al señor de Feijoo a tomar chocolate. No se hizo de rogar el buen caballero, y la misma viuda de Jáuregui se lo sirvió. Mientras lo tomaba, hablaron de las visitas que tía y sobrina hacían a la calle de Mira el Río.

—Yo—declaraba doña Lupe—reconozco que no tengo valor ni estómago para practicar la caridad en ese grado. Admiro mucho a *la amiga* Guillermina; pero no la puedo imitar.

Feijoo expuso sobre aquel tema de la filantropía algunas consideraciones muy sesudas, y despidióse dando a cada una de las señoras un fuerte apretón de manos.

Aquella noche notó Fortunata en su marido algo que la puso en cuidado. Durante la comida no había dicho una palabra; tenía el color arrebatado, estaba muy inquieto, dando a cada instante suspiros hondísimos. Cuando subió a acos-

tarse no tenía ya el rostro encendido, sino de color de cola.

—¿Tienes jaqueca?—le preguntó su mujer, viéndole desplomarse en una silla y apoyar la cabeza en las manos.

Contestó Maxi que no, que la cabeza no le dolía nada, y que lo que le aterraba era sentir el cráneo vacío, *desalquilado,* como una casa *con papeles.*

—Hace poco—dijo con desaliento amargo—perdí la memoria de tal modo..., que... no sabía cómo te llamas tú. Venía subiendo la escalera, y me entró tal rabia, que me pregunté a gritos: "Pero ¿cómo se llama, cómo se llama?..." Me acordé al entrar en la casa. Hoy estaba haciendo una medicina para un enfermo de los ojos, y en vez del sulfato de *atropina* puse el de *eserina,* que es la indicación contraria. Si no lo advierte Ballester..., ¡qué atrocidad!, dejo ciego al enfermo... No puedo trabajar. Esta cabeza se me ha trastornado. Figúrate que a ratos...

Diciendo esto la miraba de hito en hito, y Fortunata no sabía disimular bien el terror que aquellos ojos le causaban.

—Figúrate que a ratos me siento tan estúpido, pero tan estúpido, que creo tener por cabeza un pedazo de granito. No salta aquí una idea aunque me dé con un martillo. Y otros ratos parece que me vuelvo el hombre de más seso del mundo, ¡y se me ocurren unas cosas!... De tan sublimes que son, no las puedo expresar; me tiembla la lengua, me la muerdo y escupo sangre... Después me quedo como el que sale de un desmayo.

—Acuéstate y descansa—le propuso su mujer, compadecida y asustada—. Eso no es más que cansancio de tanto discurrir.

Maximiliano empezó a desnudarse, deteniéndose a cada momento.

—En cuanto muevo un brazo—decía con terror—me aumentan de tal modo las palpitaciones, que no puedo respirar. Ballester dice que es nervioso, una hiperquinesia del corazón, producida por la dispepsia..., gases... Pero yo digo que no, que no, que esto es más grave. Es la aorta... Yo tengo un aneurisma, y el mejor día, ¡plaf!..., revienta...

—No seas aprensivo... Si no leyeras librotes de Medicina, no se te ocurrirían esos disparates—opinó ella sacándole los pantalones.

Quedóse con las piernas tiesas, en calzoncillos, esperando a que su mujer le quitara también las botas.

—Dios te lo pague, hija de mi vida. Ayúdame, que bien lo necesita tu pobre marido. Estoy lucido, como hay Dios.

Fortunata le cogió gallardamente en brazos y le metió en la cama. Aún podía ella más. Ambos se reían; pero después de la risa, Maximiliano dió un suspiro, diciendo con la tristeza mayor del mundo:

—¡Qué fuerza tienes!... ¡Y yo qué débil! ¡Y a éste llaman sexo fuerte! ¡Valiente sexo el mío!

—Duérmete, y no pienses en tonterías —indicó ella, que, movida de piedad, creyó oportuno y caritativo hacerle algunas caricias.

—Si no fuera por ti—dijo él, como un niño mimoso—, no me importaría que la vida se me acabara... El mundo no vale nada sino por el amor. Es el único efectivo y real; lo demás es figurado.

Acostóse también ella, y estuvo dándole conversación hasta que le entró sueño. ¡Pobre chico! La lástima que Fortunata sentía apagaba en su espíritu la aversión o, al menos, la escondía, como en un repliegue, no permitiéndole manifestarse. Y la compasión hacía que brotaran en su voluntad aquellos deseos de virtud sublime que a ratos surgían como flor de un minuto, criada por la emulación. La emulación o la manía imitativa eran lo que determinaba la idea de que si su marido se ponía muy malo, muy malo, ella sería la maravilla del mundo por el esmero en asistirle y cuidarle. Mas para que el triunfo fuese completo era menester que a Maxi le entrase una enfermedad asquerosa, repugnante y pestífera, de esas que ahuyentan hasta a los más allegados. Ella, entonces, daría pruebas de ser tan ángel como otra cualquiera, y tendría alma, paciencia, valor y estómago para todo.

"Y entonces verá *ésa* si aquí hay perfecciones o no hay perfecciones, y que cada una es cada una... Lo malo sería que no lo viese, porque acá no ha de venir..."

Maximiliano la distrajo de esta meditación dando quejidos profundos. Ya conocía aquello su mujer y sabía el remedio, que era volverlo suavemente del otro lado...

—¡Qué sueño!—murmuró Maxi, me-

dio despierto—. Soñaba que te habías marchado..., y yo te había cogido de un pie, y tú tirabas, y yo tiraba más, y tirando se me rompía la bolsa del aneurisma, y todo el cuarto se llenaba de sangre, todo el cuarto, hasta el techo...

Le arrulló para que se durmiera, y ella se durmió también. Levantóse temprano porque tenía que trabajar. Después de las nueve, cuando entró en la alcoba a ver si a su marido se le ofrecía alguna cosa, éste se estaba vistiendo y en una disposición de ánimo muy distinta de la que tuviera la noche anterior. No sólo parecía recobrado de su debilidad, sino que estaba inquieto, ágil y como si acabara de tomar un excitante muy enérgico En cuanto entró su mujer, se fué derecho a ella, abotonándose el cuello de la camisa, y en tono de acritud le dijo:

—Oye..., estaba deseando que vinieras para decirte que esas visitas del señor de Feijoo me cargan. Anoche te lo iba a decir y se me olvidó... Ya lo sabes... Sé que ayer tarde estuvo aquí otra vez y le dieron chocolate con mojicón. Me lo contó mi hermano Juan, que pasaba por la calle cuando él salía y hablaron.

Fortunata estaba pasmada de aquel *ex abrupto,* y más aún del tono. Por las mañanas solía estar Maximiliano algo regalón y displicente; pero nunca como aquel día. Volviéndose hacia el espejo para ponerse la corbata, prosiguió diciendo:

—Es que parece que hacen las cosas a propósito para molestarme, para que rabie... Y no eres tú sola..., mi tía también. Se han propuesto, sin duda, hacerme perder la salud.

En el espejo pudo ver Fortunata la cara pálida y contraída de Maxi, cuya susceptibilidad nerviosa se manifestaba en un movimiento vibratorio de cabeza, la cual parecía querer arrancarse por sí misma del tronco. Disculpóse ella como pudo; pero él, en vez de calmarse, siguió quejándose de que le mortificaban adrede, de que se proponían acabar con él. La esposa callaba, sospechando que su marido no tenía la cabeza buena, y que sería peor llevarle la contraria. Desde entonces pudo observar que por las mañanas se repetía en Maxi la misma excitación y la terquedad de que todas las personas de la familia se confabulaban contra él para atormentarle. Unas veces tomaba pie de alguna falta advertida en la ropa, botón caído, ojal roto o cosa semejante. Otras era que le ponían un chocolate muy malo para que reventara... ¡Como que le querían envenenar!... O bien que dejaban los balcones y las puertas abiertas para que entrase un aire colado y le partiese. Estas manías iban de mal en peor, poniendo a doña Lupe de un humor acerbísimo y haciéndole presagiar alguna desgracia. Llegó día en que Maxi se expresaba con una violencia muy opuesta a su carácter pacífico, y cuando no le contradecían se contestaba él, echando leña por sí propio en la hoguera de su ira; y por fin se iba refunfuñando, cerraba con golpe formidable la puerta y bajaba la escalera de cuatro en cuatro peldaños.

Por las noches, el lobo se trocaba en cordero. Creeríase que la fuerte inervación de la mañana se iba gastando con los actos y movimientos de la persona en el curso del día, y que ésta llegaba a la noche en el estado contrario, exhausta, como el que ha trabajado mucho. Ya Fortunata se había acostumbrado a este tira y afloja, y ninguna de las extravagancias de su marido la cogía de sorpresa. Por las mañanas lo mejor era no hacerle caso, aparentando sumisión a sus exigencias; por las noches no había más remedio que halagarle y mimarle un poco, que otra cosa habría sido cruel.

Diferentes veces, en las intimidades con su cara mitad, Maximiliano había expresado esas tristezas tan comunes en los matrimonios que no tienen hijos. Fortunata no gustaba de este tópico; pero no tenía más remedio que aceptarlo. Una noche lo acogió con verdadero entusiasmo, porque llevaba a él una felicísima idea que aquel día había tenido.

—Mirá tú—dijo a su esposo—, si Dios no quiere darnos una criatura, El se sabrá por qué lo hace. Pero podemos adoptar uno, buscar un huerfanito y traérnoslo a casa. A mí me gustaría mucho, y a los dos nos distraería. ¿Por qué no he de hacer yo, aunque soy pobre, lo que hacen las señoras ricas que no tienen hijos? Es muy soso un matrimonio sin chiquitín.

A Maximiliano le pareció bien la idea; pero doña Lupe, aunque no la contradijo abiertamente, no pareció entusiasmarse con ella. Los chiquillos ensucian la casa, todo lo revuelven y enredan y dan enormes disgustos con sus enfermedades

y travesuras. Aunque expuso estas ideas con mucha discreción, Fortunata se entristeció, porque se le había metido en la cabeza desde la noche antes aquel tema de recoger un niño huérfano, y encariñada con ella, le costaba mucho trabajo desecharla. ¡Manía de imitación!

IX

Doña Lupe la invitó dos días después de la tarde del choque con Jacinta a volver a visitar a Mauricia. ¡Qué diría doña Guillermina si no volvían! Negóse Fortunata no sé con qué pretexto a ir allá, y fué sola doña Lupe. Era el día de San Isidro, y no había ventas en el Monte de Piedad. A eso de las diez regresó muy afectada, y entrando en el gabinete donde su sobrina estaba cosiendo, le dijo:

—Hija, rézale un Padrenuestro a la pobre Mauricia.

—¡Se ha muerto!—exclamó Fortunata, sintiendo una fuerte sacudida en su alma.

—Sí, a las diez y media. Parecía que estaba esperando a que llegara yo para morirse..., ¡pobrecilla! Vengo horrorizada. Si yo lo sé, no parezco por allá. Estos cuadros no son para mí. Cuando llegué estaba en su sano juicio. Preguntóme por ti con un interés... Dijo que te quería más que a nadie, y que en cuantito que entrara en el cielo le iba a pedir al Señor que te hiciera feliz. Yo, francamente, al oír esto, vi que estaba fatal, y Severiana me dijo que anoche creyeron por dos o tres veces que se les quedaba entre las manos. Le dieron congojas tan fuertes, que se le acababa la respiración... Noté también que su voz parecía salir del hueco de un cántaro muy hondo, y sonaba como lejos... La cara la tenía muy arrebatada, y los ojos hundidos, pero muy brillantes. Guillermina estaba sentada a la cabecera, y a cada rato le daba abrazos y besos, diciéndole que pensara en Dios, que padeció tanto por salvarnos a nosotros... De repente se descompuso, hija; pero ¡de qué manera..., se quedó amoratada, empezó a dar manotazos y a echar por aquella boca unas flores, unas berzas...! Era un horror. En esto llegó el padre Nones, a quien Guillermina había mandado llamar para que la auxiliase; pero todo inútil. Ni la pobre enferma podía oír lo que le decían, ni estaba su cabeza para cosas de religión. La santa tuvo una idea feliz. Le dió a beber una copa de jerez, llena hasta los bordes. Mauricia apretaba los dientes; pero al fin debió de darle en la nariz el olorcillo, porque abriendo la bocaza se lo atizó de un trago. ¡Cómo se relamía la infeliz! Se calmó y, ¡pum!, la cabeza en la almohada. Entonces Guillermina, poniéndole una cruz entre las manos, le preguntaba si creía en Dios, si se encomendaba a Dios y a la Santísima Virgen y a tales y cuales santos del cielo, y contestaba ella que sí, moviendo la cabeza... El padre Nones estaba de rodillas, reza que te reza. Encendieron una vela, y te aseguro que el tufillo de la cera, los rezos y aquel espectáculo me levantaron el estómago y me han puesto los nervios como cuerdas de guitarra. Yo no quería mirar; pero la curiosidad..., eso es lo que tiene... me hacía mirar. Los ojos de Mauricia se le habían hundido hasta ponérsele en la nuca, y la nariz, aquella nariz tan bonita, se le afiló como un cuchillo. Guillermina, alzando la voz, decíale que se abrazara a la cruz, que Dios la perdonaba, que ella la envidiaba por irse derechita a la gloria, y otras muchas cosas que la hacían a una llorar. La cabeza de Mauricia se iba quedando quieta... Luego le vimos mover los labios y sacar la punta de la lengua, como si quisiera relamerse... Dejó oír una voz que parecía venir, por un tubo, del sótano de la casa. A mí me pareció que dijo: "Más, más..." Otras personas que allí había aseguran que dijo: "Ya." Como quien dice: "Ya veo la gloria y los ángeles." Bobería; no dijo sino "Más...", a saber, *más jerez*. Guillermina y Severiana le acercaron un espejo a la cara y le tuvieron un ratito... Después todos empezaron a hablar en voz alta. Ya estaba Mauricia en el otro mundo; se había quedado de un color violado, tirando a azul. A los diez minutos, su fisonomía estaba tan variada, que si la ves no la conoces.

—Pero Guillermina..., ¡qué mujer esa! —prosiguió la de Jáuregui, después de una triste pausa, poniendo los ojos en blanco—. ¿Creerás que la amortajó con sus propias manos? No haría más si fuera su hija. Ella la lavó..., ella la vistió..., ella le puso el hábito..., y tan tranquila. Yo habría querido ayudar; pero,

francamente, no sirvo para esas cosas. Me parecía natural el ofrecerme. Bien sabía yo que la santa no había de ceder a nadie el llevar la batuta en aquella operación: lo ha tomado por oficio. Pero me ofrecí, me ofrecí. Hay que estar en todo y quedar siempre en buen lugar. Y créete que lo poco que hice tiene mérito, porque en mí es un sacrificio cualquier niñería de este género, mientras que en esa señora no lo es, por estar muy acostumbrada a revolverse entre enfermos y difuntos, como las hermanas de la Caridad. Habías de verla. Y siempre con su carita tan sonrosada y aquel pasito ligero y vivaracho. Cuando concluyó echamos las dos un largo párrafo en la salita; hablamos de Mauricia, de la mucha miseria que hay en este Madrid y de que gracias a las buenas almas "como usted", me dijo, se remediaban muchos males. "Y la sobrinita, ¿no ha venido?—me preguntó—. El otro día me prometió unos pantalones de su marido."

—¡Ah! Sí—recordó Fortunata—. No crea usted que lo he olvidado. Ya los aparté. Son para un hombre que toca la corneta, el trombón o qué sé yo qué. Se los mandaremos a Severiana.

—Yo me encargo de eso—replicó doña Lupe, dando a entender que pensaba volver allá.

—No, los llevaré yo, bien envueltitos en un pañuelo—dijo la sobrina, a quien de súbito entraron ganas de ir a la casa mortuoria—. Llevaremos cada una nuestro duro, por si piden para el entierro.

—Eso no está mal pensado. Pero a quien hay que darlos es a Guillermina, que es la que sabe agradecer. ¡Ah! Se me olvidaba decirte otra cosa. Me invitó a ir a visitar su asilo, mejor dicho, nos invitó a las dos. Iremos. Ese día estrenaré mi abrigo nuevo y tú la falda que te piensas hacer. Habrá que echarle algo al cepillo; pero no importa. Otros petitorios me enfadan a mí; que a los cepillos no les temo.

Papitos entró, y su ama le dijo que hiciera una taza de té, porque tenía el estómago revuelto. La señora no se había quitado el manto ni los guantes; pero cuando se aligeraba charlando de la carga que en su espíritu tenía, pensó en mudarse de ropa. En la mano traía un lío. Eran varias cosillas que de paso compró para engolosinar a Maxi. Ballester había recomendado que se le diera carne cruda; pero como él se negaba a comerla, doña Lupe discurrió el darle menudillos, corazones de aves y suprimir para él el cocido y los feculentos. Para postre le trajo *bruños* de Portugal.

A nada de esto atendía Fortunata, por tener el pensamiento enteramente ocupado en aquella idea de visitar el asilo de doña Guillermina. De allí sacaría el huerfanito que quería prohijar... Pues digo..., si estada todavía en el establecimiento aquel mismo nene que su tío Pepe Izquierdo quiso venderle a Jacinta, ¡qué ocasión, Cristo! ¡Qué golpe! Que vieran, sí, que vieran cómo también ella...

Pero pronto había de ocurrir algo que desconcertó por completo el plan de adoptar un huerfanito. Al día siguiente, resistiendo el empeño de Maxi, que quería llevarlas a San Isidro, fueron, como estaba concertado, a la calle de Mira el Río. Temía Fortunata aquella visita por diferentes motivos, no siendo el menor la pena que le causaba ver los restos de Mauricia. Temerosa y sobresaltada, quedóse en la salita, donde estaba doña Fuensanta con un pañuelo negro por los hombros. Severiana entraba y salía. Sus ojos revelaban que había llorado, y también tenía un mantón negro por los hombros. Por un resquicio de la puerta que comunicaba la sala primera con la cámara mortuoria, vió Fortunata los pies de la *Dura* en el ataúd, y no tuvo ánimo para acercarse a ver más. Dábale pena y terror, y no podía olvidar las últimas palabras que le dijo su infeliz amiga: "Lo primerito que le he de pedir al Señor es que te mueras tú también y estaremos juntas en el Cielo." Aunque se tenía por desgraciada, la de Rubín se agarraba con el pensamiento a la vida. Lo que dijo Mauricia era un disparate. Cada uno se muere cuando le toca, y nada más. Doña Lupe, que pasó a ver a la difunta, se afectó tanto, que no pudo permanecer allí.

—Hija mía—dijo a su sobrina secreteándose—, yo no puedo ver estas cosas fúnebres. Creo que me va a dar algo. La muerte me aterra, y no es que yo sea aprensiva. No me causa espanto ninguna enfermedad, como no sea el mal de miserere. Es lo que temo... En fin, que yo me voy de aquí al Monte. Necesito que me dé el aire. Quédate tú, por el buen

parecer; ahí dentro está la santa. Toma mi duro, por si hay la consabida suscripcioncita. En cuanto se lleven el cuerpo te vas a casa. ¡Abur!

Cuando se fué la de Jáuregui, dejando sola a su sobrina, ésta mudó de sitio por no ver los pies a Mauricia, calzados con bonitas botas de caña clara, pies preciosísimos, que no darían ya un solo paso. Doña Fuensanta salió y le dijo algunas palabras. Un ratito después abrióse la puerta de la estancia mortuoria, y Fortunata tuvo un estremecimiento nervioso, creyendo al pronto que era la propia Mauricia que aparecía... Pero no, era Guillermina. Desde que dió ésta el primer paso en la sala fijáronse sus ojos en la joven, quien otra vez tuvo miedo. La santa iba derecha a ella, mirándola como no la había mirado nunca.

Tocándole suavemente un brazo, le dijo:

—Tengo que hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí, con usted.

Y al decir esto le volvió a tocar. La impresión de este contacto corriale por el brazo arriba, hasta llegar al corazón.

—Dos palabritas—añadió la santa.

Y luego se corrigió así:

—Algunas más serán.

Advertía Fortunata en aquella cara cierta severidad; iba a decir algo, pero la otra no le dió tiempo, y tomándole el brazo, como se toma el de los hombres, le dijo:

—Venga usted por aquí. ¿Tiene prisa?

—No, señora...

—Yo no me había marchado por esperar a ver si usted venía. Anoche también la esperé a usted, y no quiso venir.

Condújola a la casa próxima, donde doña Fuensanta vivía, y entraron en una salita bastante desordenada, en la cual había más baúles que sillas, y dos cómodas. Guillermina cerró la puerta, e invitando a Fortunata a ocupar una silla, sentóse en un cofre.

X

Fortunata no sabía qué decir, ni qué cara poner, ni para dónde mirar: tanto la asustaba y sobrecogía la presencia de la respetable dama y la presunción del grave negocio que en aquella conferencia se iba a tratar. Guillermina, que no gustaba de perder el tiempo, abordó al instante la cuestión de esta manera:

—Yo tengo una amiga a quien quiero mucho...; la quiero tanto, que daría mi vida por ella; y esta amiga tiene un marido que... En una palabra, mi amiga ha padecido horriblemente con ciertas... tonterías de su esposo..., el cual es una excelente persona también..., entendámonos, y yo le quiero mucho, mucho... Pero, en fin, los hombres...

La señora de Rubín miraba los trastos que obstruían el cuarto. Sin duda buscaba algún mueble debajo del cual se pudiera meter.

—Vamos al caso—prosiguió la otra, dando un castañetazo con los labios—. Yo soy muy clara en todas mis cosas, no me gustan comedias. Me he comprometido a hablar con usted. Primero se convino en acudir a la señora de Jáuregui; pero luego creía mejor embestirla a usted directamente y apelar a su conciencia, porque me parecía a mí que llamando a esa puerta alguien me respondería desde dentro. Yo no creo que haya nadie malo, malo de todas veras. ¡Me he llevado tantos chascos!... ¡Tantas veces me ha pasado ver que una persona con fama de perversa salía de buenas a primeras con un acto de los más cristianos, que ya no me sorprendo de ver saltar el bien en donde menos se piensa! Que usted ha tenido sus extravíos, todo el mundo lo sabe. ¿Para qué hemos de decir otra cosa?

—¡Claro!...—murmuró Fortunata sin enterarse del verdadero sentido de las palabras.

—Yo no tenía el gusto de conocer a usted... Le confieso que me quedé pasmada cuando mi amiguita me dijo ayer quién era usted. Ni remota sospecha tenía yo... ¡Si esto parece comedia! ¡Encontrarse aquí, en un acto de caridad, dos personas tan..., no se me ofenda si digo tan opuestas por sus antecedentes, por su manera de ser!... Y no quiero rebajar a nadie. Todo lo contrario: se me figura, no sé por qué..., esto es cosa de presentimiento, de adivinación, de corazonada...; se me figura que usted, si la sacuden bien, así como otros, cuando los apalean, sueltan bellotas, si la sacuden bien, digo, ha de dejar caer alguna flor.

Fortunata dijo que sí con la cabeza, y el dogal que en el cuello sentía empezó a aflojarse.

—Por esto apelo a su conciencia, y le pido que me declare, la mano puesta en el corazón, si en esta temporada, en estos días, tiene algún trato con el esposo de mi amiga... Porque ésta es la idea que se le ha metido en la cabeza. Conque, a ver, dígame usted si...

—¡Yo!—exclamó Fortunata—que casi perdió el miedo con el empuje de la verdad que quería salir—. Yo..., ¿ahora? ¿Está usted soñando? Si hace un siglo que ni siquiera le he visto...

—¿De veras?—preguntó la santa, guiñando los ojos.

Aquel modo de mirar extraía la verdad como con tenazas, y ciertamente la pecadora sentía que la mirada aquella la penetraba hasta lo más profundo, trincando todo lo que encontraba.

—Pero ¿no lo cree?... Pero ¿lo duda? —añadió, y olvidándose de los buenos modales iba a hacer la cruz con los dedos y besárselos jurando *por ésta.*

El deseo de ser creída resplandecía de tal modo en sus ojos, que Guillermina no pudo menos de ver asomada en ellos la conciencia. Pero como disimulaba esto, permaneciendo fría y observadora, la otra se impacientaba y enardecía, no sabiendo ya qué decir para convencerla.

—¿Por quién quiere usted que se lo jure?... ¡Vamos, que dudar esto!... Ni verle, ni saber de él tan siquiera...

—No diga usted más—manifestó Guillermina con cierta solemnidad—. Me basta. Lo creo. Si usted me hubiera dicho lo contrario, yo le habría pedido que hiciese todo lo posible por devolver a esa pobrecilla la tranquilidad, eso es. Pero si no hay nada, me guardo mi súplica por ahora; únicamente me permito hacerla de un modo condicional, ¿qué le parece a usted?, mirando a lo futuro y para el caso de que lo que ahora no sucede sucediera mañana o pasado.

La señora de Rubín miraba al suelo. Tenía el pañuelo metido en el puño y éste en la barba.

—Pero ahora—agregó la santa mujer—se me ocurre hacer otra preguntita... Usted tenga mucha paciencia; buena jaqueca le ha caído encima. Vamos a ver: si ya no hay nada absolutamente entre usted y el marido de mi amiga, si todo pasó, ¿por qué guardamos ese rencor a una persona que no nos hace ningún daño?... ¿Por qué el otro día, ahí, en ese pasillo, la trató usted de una manera tan descompuesta y le dijo... no sé qué? Francamente, hija, esto nos ha parecido muy extraño, porque usted es casada y vive en paz con su marido, al menos así lo parece. Si aquellas diabluras se acabaron, ¿a qué venía maltratar de palabra y hasta de obra a la pobre Jacinta, cuando lo que procedía era pedirle perdón?

—Eso fué que...—murmuró Fortunata, haciendo del pañuelo una perfecta pelota—, eso fué..., pues fué que...

Y no había medio de pasar de aquí. Las lágrimas salían a sus ojos, y el nudo de la garganta volvió a apretársele de un modo horrible. En toda su vida, en tiempo alguno habíase visto la infeliz en trance semejante. La persona que familiar y cariñosamente llamaban algunos la *rata eclesiástica* infundíale más respeto que un confesor, más que un obispo, más que el Papa. Y la *rata* guiñaba más los ojos, y en su bondad quiso abrir camino a la confesión.

—Es que usted, como si lo viera, conserva resentimientos y quizá pretensiones que son un gran pecado; es que usted no está curada de su enfermedad del ánimo; es que usted, si no tiene ahora trato con aquel sujeto, se halla dispuesta a volverlo a tener. Las cosas claritas.

Fortunata no contestó.

—¿He acertado? ¿He puesto el dedo en la parte más sensible de la llaga? Franqueza, señora mía; que esto no ha de salir de aquí. Yo me tomo estas libertades porque sé que usted no se ha de enfadar. Bien sé que abuso y que me pongo insoportable y machacona; pero aguánteme usted por un momento; no hay más remedio... Conque a ver...

Tampoco dijo nada. Por fin, desliando el pañuelo y expresándose a tropezones, quiso escapar por la tangente en esta forma:

—Aquel día..., cuando le dije a esa señora aquello..., después me pesó.

—¿Y por qué no le pidió usted perdón?

—Digo que me pesó mucho.

—Estamos en ello..., corriente...; pero conteste claro: ¿por qué no le dió excusas?

—Porque me marché a mi casa.

—Bueno. ¿Y si ahora la viera usted?

Silencio completo. Guillermina no tuvo paciencia para esperar más la res-

puesta, y acalorándose expresó lo que sigue:

—Pero ¿usted no sabe que esa señora es mujer legítima..., mujer legítima de aquel caballero? ¿Usted no sabe que Dios los casó y su unión es sagrada? ¿No sabe que es pecado, y pecado horrible, desear el hombre ajeno, y que la esposa ofendida tiene derecho a ponerle a usted las peras a cuarto, mientras que usted, con dos adulterios nada menos sobre su conciencia, la ofende con sólo mirarla? Pero vamos a ver: ¿usted qué se ha llegado a figurar, que estamos aquí entre salvajes y que cada cual puede hacer lo que le da la gana, y que no hay ley, ni religión, ni nada? Pues estaríamos lucidos con esas ideítas, sí, señor... No extrañe usted que me enfade un poco, y dispense.

Fortunata estaba como si le hubieran vaciado sobre el cráneo una cesta de piedras. Cada palabra de Guillermina fué como un guijarro. En aquel momento, cogido el pañuelo por las dos puntas, hacía con él una soga. No se puede saber si fueron espontaneidad aturdida o bien reflexión deliberada estas palabras suyas:

—Es que yo soy muy mala; no sabe usted lo mala que soy.

—Sí, sí; ya voy viendo que no somos una perfección—indicó la santa irguiéndose en el asiento como para mirarla más de lejos—. Cuando hay arrepentimiento, el Señor perdona. ¡Pero usted, por lo visto, tiene una frescura para mirar estas cosas de la moral!..., frescura que no le envidio. Usted está casada: ya que la conciencia no le remuerde por un lado, ¿cómo no le escuece por el otro?

—Me casé sin saber lo que hacía.

—¡Qué angelito!... ¡Sin saber lo que hacía! Pues qué, ¿casarse es un acto insignificante y maquinal, como beber un buche de agua? ¿Puede alguien casarse sin saber que se casa?... Hija mía, ese argumento guárdelo usted para cuando hable con tontas, que conmigo no vale.

—Me casaron—agregó Fortunata, volviendo a hacer una pelota con el pañuelo—, me casaron sin que pueda decir cómo. Creí que me convenía y que podría querer a mi marido.

—¡Ay, qué gracioso!... ¡Qué monísima es la criatura!—exclamó la fundadora con amable ironía y gracejo—. Estas... hartas de pecados son muy saladas cuando se hacen las inocentes. ¡Creyó que le podía querer! Y ¿qué hizo usted para conseguirlo?... ¡Ah! Lo que usted quería, digamos las cosas claras, lo que usted quería era casarse para tener un nombre, independencia y poder corretear libremente. ¿Más clarito todavía? Pues lo que usted deseaba era una bandera para poder ejercer la piratería con apariencias de legalidad. ¡Desdichado hombre el que cargó con usted! De veras que le cayó la lotería. Y dígame: ¿al fin no saltó por alguna parte ese cariño que usted quería tener?

—No, señora—replicó Fortunata, rompiendo a llorar—. Pero si me habla usted de esa manera, no podré seguir; tendré que retirarme.

La santa se corrió en el cofre que le servía de asiento, para aproximarse a la silla en que estaba la otra.

—Vamos, no llore usted—le dijo con bondad, poniéndole la mano en el hombro—. No se ofenda por lo que le he dicho. Ya le recomendé a usted que me llevara con paciencia. Hay que tomarme o dejarme. Cuando me pongo a sacar pecados no se me puede aguantar... Pues es claro, les duele; pero luego sienten alivio. Y hasta ahora, nada me ha dicho usted en su descargo.

—Pero ¿qué culpa tengo yo de no querer a mi marido?—manifestó la pecadora de la manera sofocada e intermitente que el llanto le permitía—. Yo no lo puedo remediar. Yo no me casé por lo que la señora dice, sino porque estaba equivocada, porque veía las cosas de otro modo que como son. A mi marido no le quiero, ni le querré nunca, aunque me lo manden todos los santos de la corte celestial. Por eso digo que soy mala, muy mala.

Guillermina dió un gran suspiro. En presencia de aquel terrible antagonismo entre el corazón y las leyes divinas y humanas, problema insoluble, su gran piedad inspiróle una idea sublime.

—Bien sé que es difícil mandar al corazón. Pero eso mismo le da a usted motivo para dejar de ser mala, como dice, y adquirir méritos inmensos. Pero, hija, ¿en qué ha estado pensando que no se le ha ocurrido esto? Cumplir ciertos deberes, cuando el amor no facilita el cumplimiento, es la mayor hermosura

del alma. Hacer esto bastaría para que todas las culpas de usted fueran lavadas. ¿Cuál es la mayor de las virtudes? La abnegación, la renuncia de la felicidad. ¿Qué es lo que más purifica a la criatura? El sacrificio. Pues no le digo a usted más. Abra esos ojos, por amor de Dios; abra ese corazón de par en par. Llénese usted de paciencia, cumpla todos sus deberes, confórmese, sacrifíquese, y Dios la tendrá por suya, pero por muy suya. Haga usted eso, pero claro, que se vea, que se palpe, y el día en que usted sea como le propongo, yo..., yo...

Al decir *yo,* Guillermina se ponía la mano en el pecho y daba a sus ojos la expresión más hermosa.

—Yo, yo..., ese día, iré a confesarme con usted como usted se confiesa ahora conmigo.

Esto dejó a Fortunata tan desconcertada, que sus lágrimas se secaron de improviso. Miraba con verdadero espanto a la *rata eclesiástica.*

—No se asombre usted ni ponga esos ojazos—prosiguió ésta—. Yo no he tenido ocasión de tirar por el balcón a la calle una felicidad, ni una ilusión, ni nada. Yo no he tenido lucha. Entré en este terreno en que estoy como se pasa de una habitación a otra. No ha habido sacrificio, o es tan insignificante, que no merece se hable de él. Ríase usted de mí, si quiere; pero sepa que cuando veo a alguna persona que tiene la posibilidad de sacrificar algo, de arrancarse algo que duele, le tengo envidia... Sí; yo envidio a los malos, porque envidio la ocasión, que me falta, de romper y tirar un mundo, y los miro y les digo: "Necios, tenéis en la mano la facultad del sacrificio y no la aprovecháis..."

Esta idea, a pesar de ser tan alta, fué muy inteligible para Fortunata, a quien se acercó Guillermina, y echándole el brazo por los hombros, la apretó suavemente contra sí. Nunca, en tiempo alguno, ni en el confesonario, había sentido la prójima su corazón con tantas ganas de desbordarse, arrojando fuera cuanto en él existía. La mirada sola de la virgen y fundadora parecía extraerle la representación ideal que de sus propias acciones y sentimientos tenía aquella infeliz en su espíritu, como la tenemos todos, representación que se aclara o se oscurece, según los casos, y que en aquél resplandecía como un foco de luz.

XI

Abrióse la puerta y entró Severiana llorando a gritos. Había llegado el momento de que se llevaran el cuerpo de Mauricia, y este acto tristísimo se conoció en los gemidos y sollozos de todas las mujeres que en la casa mortuoria estaban. Cuando Guillermina y Fortunata salieron, ya el ataúd era bajado en hombros de dos jayanes para ponerlo en el carro humilde que esperaba en la calle. La curiosidad y el deseo de dar el último adiós a su amiga empujaron a Fortunata hacia la escalera... Alcanzó a ver las cintas amarillas sobre la tela negra, en la revuelta de la escalera; pero fué un segundo no más. Después se asomó al balcón, y vió cómo pusieron la caja en el carro, y cómo se puso en marcha éste sin más acompañamiento que el de un triste simón en que iban Juan Antonio y dos vecinos. Se vió tan vivamente acometida de ganas de llorar, que no recordaba haber llorado nunca tanto en tan poco tiempo. Y no era sólo la pena de ver desaparecer para siempre a una persona hacia la cual sentía amor, afición, querencia increíble; era además una necesidad de desahogar su corazón por penas atrasadas y que, sin duda, no estaban bien lloradas todavía.

Pronto desapareció el carro, y de Mauricia no quedó más que un recuerdo, todavía fresco; pero que se había de secar rápidamente. A los diez minutos de haber salido el cuerpo, entró Severiana con los ojos hinchados, y abrió todas las puertas, ventanas y balcones para que se ventilara la casa. La comandanta empezaba a disponer el tren de limpieza y a sacar los trastos para barrer con desahogo.

—¡Pobre Mauricia!—dijo Fortunata a Guillermina, secándose el llanto a toda prisa, pues no le parecía bien ser ella la que más llorase—. Mire usted, señora, a mí me pasaba con esa mujer una cosa rara. Sabiendo que era muy mala, yo la quería..., me era simpática, no lo podía remediar. Y cuando me contaba las barbaridades que hizo en su vida, yo no sé..., me alegraba de oírla..., y cuando me aconsejaba cosas malas, me parecía, acá para entre mí, que no eran tan malas y que tenía razón en aconsejármelas. ¿Cómo me explica usted esto?

—¿Yo?... ¿Qué le explique yo?—repuso la fundadora con cierto aturdimiento—. Hay en el corazón misterios muy grandes, y en lo que toca a la simpatía, misterios de misterios... ¡Pobre mujer! ¡Y si viera usted qué guapa era cuando polla! Se crió en casa de mis padres. ¡Lástima de chica! Su perfil elegante, la mirada, la expresión, eran de lo poco que se ve. Después se echó a perder, y se le puso la cara dura y hombruna, la voz ronca. Dicen que era el retrato vivo de Bonaparte, y efectivamente...

Guillermina miró las láminas napoleónicas, y Fortunata también, reconociendo el parecido. Después la santa se despidió de Severiana, diciéndole que volvería al día siguiente. Le recomendó la paciencia, y tomando el brazo de la de Rubín, se fué con ella. Severiana y la comandanta las escoltaron hasta el portal.

—Tenemos mucho que hablar—le dijo Guillermina en la calle—; pero mucho. Lo de hoy no ha sido más que desflorar el asunto. Me ha sabido a nada. Y usted, ¿tendrá un poco más de paciencia para aguantarme? Porque si no ha quedado harta de mí, le he de rogar que me dé otra audiencia. ¿Será usted tan buena que quiera tener conmigo otro rato de palique?

—Todos los que usted quiera—replicó la señora de Rubín, encantada con la indulgencia y cortesía de la ilustre dama.

—Bueno; ya fijaremos cuándo y cómo. ¿Va usted hacia su casa? Pues iremos juntas, porque yo tengo que ir a la calle de Zurita a echarle un réspice a mi herrero, y no hará usted nada de más si me acompaña un poco. Pronto despacho, y la dejaré a usted en la puerta de su casa.

Aceptada con sumo agrado la proposición, anduvieron juntas el torcido y desigual camino que separa la vertiente de la Arganzuela del barranco de Lavapiés. Hablaban de cosas que nada tenían de espirituales, de lo caro que se estaba poniendo todo... La carne sin hueso, ¡quién lo había de decir!, a peseta; la leche, a diez cuartos; el pan de picos, a dieciséis, y de las casas no dijéramos: un cuarto que antes costaba ocho reales, ya no se encontraba por catorce. Llegaron, por fin, a la calle de Zurita y se metieron en una herrería, grande, negra, el piso cubierto de carbón, toda llena de humo y de ruido. El dueño del establecimiento avanzó a recibir a la señora, con su mandil de cuero ennegrecido, la cara sudorosa y tiznada, y quitándose la gorra, le dió sus excusas por no haber entregado los clavos *bellotes*.

—Pero ¿y los gatillos, que es lo que hace más falta?—dijo la dama amoscándose—. Hombre de Dios, usted se va a condenar por tantos embustes como dice. ¿No me prometió que estarían por ayer? ¿Qué palabras son ésas? Vaya, que ni Job tendría paciencia para aguantarle a usted. Están parados los carpinteros de armar por causa de esa santa pachorra. No me extraña que esté usted tan gordo, señor Pepe... Y póngase la gorra, que está sudando y se puede constipar.

El herrero se excusaba con voz balbuciente, y, por fin, hizo juramento de dar los gatillos para el jueves, sí, para el jueves con toda seguridad... Había tenido un encargo con muchas prisas..., pero en seguida se pondría con los gatillos de la señora, y los tendría, los tendría *por encima de la cabeza de Cristo* para el día señalado. Volvió la fundadora a sermonearle, pues no se contentaba con promesas, y se despidió diciendo que si no estaban el jueves se podía quedar con ellos. Salió el señor Pepe haciendo cortesías hasta media calle, y las dos señoras subieron despacio hacia la del Ave María.

—Bueno—dijo Guillermina—, antes de separarnos, quedaremos en algo. ¿Quiere usted ir a mi casa? ¿Sabe usted dónde vivo?

Fortunata dijo que sí. Santa Cruz le había dicho varias veces que la *rata eclesiástica* vivía en la casa inmediata a la suya, y que ella y Barbarita se comunicaban por los miradores. Para fijar el día, tuvo que pensarlo, porque no quería dar cuenta a doña Lupe de tal visita, temerosa de que metiera en ella su cucharada, y discurrió que era preciso escoger un día en que *la de los Pavos* fuera al Monte de Piedad.

—El viernes..., ¿le parece a usted bien? De diez a once de la mañana.

—Perfectamente... Adiós, hija, conservarse—ya estaban en la puerta de la casa—. Que la espero a usted. Que no me dé un plantón.

—¡Quia!... No faltaba más.

Quedóse un rato Fortunata en la puerta mirándola subir, calle arriba, y después entró despacio, meditabunda. En todo el resto del día no la pudo apartar de su mente. ¡Qué extraordinaria mujer aquella! Sentíala dentro de sí, como si se la hubiese tragado, cual si la hubiera tomado en comunión. Las miradas y la voz de la santa se le agarraban a su interior como sustancias perfectamente asimiladas. Y por la noche, cuando Maxi se durmió, y estaba ella dando vueltas en la cama sin poder coger el sueño, vínole a la imaginación una idea que la hizo estremecer. Con tal claridad veía a Guillermina como si la tuviera delante; pero lo raro no era esto, sino que se le parecía también a Napoleón, como Mauricia la *Dura*. ¿Y la voz?... La voz era enteramente igual a la de su difunta amiga. ¿Cómo así, siendo una y otra personas tan distintas? Fuera lo que fuese, la simpatía misteriosa que le había inspirado Mauricia se pasaba a Guillermina. ¿Cómo, pues, se podían confundir la que se señaló por sus vergonzosas maldades y la santa señora que era la admiración del mundo? "Yo no sé cómo es esto—discurría Fortunata—; pero que se parecen no tiene duda. Y el habla de las dos me suena lo mismo... Señor, ¡qué será esto!" Se devanaba los sesos en el torniquete de su desvelo para averiguar el sentido de tal fenómeno, y llegó a figurarse que de los restos fríos de Mauricia salía volando una mariposita, la cual mariposita se metía dentro de la *rata eclesiástica* y la transformaba... ¡Cosa más rara! ¡El mal extremado refundiéndose y así reviviendo en el bien más puro!... Pero ¿no podría ser que Mauricia, arrepentida y bien confesada y absuelta, se hubiera trocado, al morir, en criatura sana y pura, tan pura como la misma santa fundadora... o más, o más? "¡Qué confusión, Dios mío! Y que no haya nadie que le explique a una estas cosas..."

Después le causaba pavor la visión figurada de los pies de Mauricia. En la oscuridad, que surcaban rayas luminosas, veía las botas elegantes y pequeñas de la difunta... Los pies se movían, el cuerpo se levantaba, daba algunos pasos, iba hacia ella y le decía: "Fortunata, querida amiga de mi alma, ¿no me conoces? ¡Re...! Si no me he muerto, chica, si estoy en el mundo, créetelo porque yo te lo digo. Soy Guillermina, doña Guillermina, la *rata eclesiástica*. Mírame bien, mírame la cara, los pies..., las manos, el mantón negro... Estoy loca con este asilo pastelero, y no hago más que pedir, pedir, pedir al Verbo y a la Verba. Señor Pepe, ¿me hace usted esos gatillos o no?... ¡Peinetas se debían volver!"

CAPITULO VII

LA IDEA..., LA PÍCARA IDEA

I

Guillermina vivía, como antes se ha dicho, en la calle de Pontejos, pared por medio con los de Santa Cruz. Era aquélla la antigua casa de los Morenos; allí estuvo la banca de este nombre desde tiempos remotos, y allí está todavía con la razón social de *Ruiz Ochoa y Compañía*. El edificio, por lo angosto y alto, parecía una torre. El jefe actual de la banca no vivía allí; pero tenía su escritorio en el entresuelo; en el principal moraban don Manuel Moreno Isla, cuando venía a Madrid; su hermana doña Patrocinio, viuda, y su tía Guillermina Pacheco; en el segundo vivía Zalamero, casado con la hija de Ruiz Ochoa, y en el tercero, dos señoras ancianas, también de la familia, hermanas del obispo de Plasencia, fray Luis Moreno Isla y Bonilla.

Entró Guillermina en su casa a las nueve y media de aquel día que debía ser memorable. Tan temprano, y ya había andado aquella mujer medio mundo, oído tres misas y visitado el asilo viejo y el que estaba en construcción, despachando de paso algunas diligencias. Llegósé un instante a su gabinete, pensando en la visita que aquel día esperaba; pero el interés de este asunto no le hizo olvidar los suyos propios, y, sin quitarse el manto, volvió a salir y fué al despacho de su sobrino.

—¿Se puede?—preguntó, abriendo suavemente la puerta.

—Pasa, *rata*—replicó Moreno, que se acababa de dar un baño y estaba sentado, escribiendo en su pupitre, con ba-

ta y gorro, clavados los lentes de oro en el caballete de la nariz.

—Buenos días—dijo la santa entrando; él la miraba por encima de los quevedos—. No vengo a molestarte... Pero, ante todo, ¿cómo estás hoy? ¿No se ha repetido el ahoguillo?

—Estoy bien. Anoche he dormido. Me parece mentira que haya descansado una noche. Todo lo llevo con paciencia; pero esos desvelos horribles me matan. Hoy, ya lo ves, hablo un rato seguido y no me canso.

—Vaya..., cosas de los nervios..., y resultado también de la vida ociosa que llevas... Pero vamos a mi pleito. Sólo te quería decir que ya que no me acabes el piso, me des siquiera unas vigas viejas que tienes en tu solar de la calle de Relatores... Ayer fuí a verlas. Si me las das, yo las mandaré aserrar...

—Vaya por las vigas, que no son viejas.

—¡Si están medio podridas!

—¡Qué han de estar! Pero, en fin, tarasca, tuyas son—replicó Moreno volviendo a escribir—. ¡Cuándo querrá Dios que acabes tu dichoso asilo, a ver si descansa el género humano! Mira: no sabes lo antipática que te haces con tus petitorios. ¡Eres la pesadilla de todas las familias, y cuando te ven entrar, no lo dudes, aunque te pongan buena cara, te echan de dientes adentro cada maldición!...

A estas palabras, dichas con seriedad que más bien parecía broma, contestóle Guillermina sentándose junto al pupitre, apoyando un codo en él y mirando frente a frente al sobrino, cuya barba acarició con sus dedos, entre los cuales tenía enredado aún el rosario.

—Todo eso lo dices por buscarme la lengua. Eres muy pillincito. Por de pronto, vengan esos maderos, que no te sirven para nada.

—Carga con ellos y así te perniquiebres—repuso don Manuel, sonriendo.

—Pero no basta eso. Es preciso que pongas una orden a tu administrador para que me los entregue. Aquí, en este papelito... Ya que tienes la pluma en la mano, no me voy sin la orden. Luego acabarás tu carta.

Diciendo esto, cogía de la papelera un pliego timbrado y se lo ponía delante, apartando con su propia mano la carta que estaba a medio escribir.

—¡Dios tenga compasión de mí! Y el diablo cargue con estas santas cursis, con estas fundadoras de establecimientos que no sirven para nada.

—Escribe, tontito. Si todo eso que hablas es bulla. ¡Si eres lo más bueno... y lo más cristiano!...

—¡Cristiano yo!—exclamó el caballero, enmascarando su benevolencia con una fiereza histriónica—. ¡Cristiano yo! ¡Mal pecado! Para que no te vuelvas a acercar más a mí, me voy a hacer protestante, judío, mormón... Quiero que huyas de mí como de la peste.

—Vamos, no tontees. Te advierto que de ninguna manera te has de librar de mí, pues aunque te vuelvas el mismo demonio, te he de pedir dinero y te lo he de sacar. Vamos, ponme eso.

—No me da la gana.

Y diciéndolo empezaba a redactar la orden.

—Así, así...—decía Guillermina dictando—. "Señor don..., haga usted el favor de dar los palos..."

—Por ahí..., los palos... Leña, que te den leña es lo que a ti te viene bien.

Durante el silencio de la escritura oyóse en el pasillo próximo rumor de faldas, voces de mujeres y estallido de besos. Moreno levantó la pluma, diciendo:

—¿Quién es?

—No te interrumpas... ¿Qué te importa a ti? Debe de ser Jacinta. Sigue.

—Pues que pase aquí. ¿Por qué no pasa?

—Está hablando con tu hermana. ¡Jacinta, Jacintilla!, entra; el monstruo quiere verte.

Abrióse la puerta y aparecieron Jacinta y Patrocinio, la hermana de Moreno. Esta se reía de ver a su hermano enzarzado con la santa, y riéndose se retiró.

—Venga usted..., Jacinta, por Dios —dijo Moreno, echando la firma al documento—, y sáqueme de este calvario. Crea usted que su amiguita me está crucificando.

—Calle usted, cicatero—le contestó la joven, avanzando hacia la mesa—. Usted es el que la crucifica a ella, porque pudiendo darle todo lo que le pide, que bien de sobra lo tiene, no se lo da; y hace muy mal en atormentarla si piensa dárselo al fin.

—Vamos, usted se me ha pasado al enemigo. Ya no hay salvación—afirmó

él, quitándose los lentes y frotándose los ojos, cansado de tanto escribir—. Estamos perdidos.

—¿Eh? ¿Qué tal? ¿Tengo buenos abogados?—dijo Guillermina recogiendo su papel.

—¡Cicatero!—repitió Jacinta—. ¡Negarle tres o cuatro mil tristes duros para acabar el piso!... Un hombre que no tiene hijos, que está nadando en dinero... ¡Usted, que antes era tan bueno, tan caritativo!...

—Es que me he vuelto protestante, hereje, y me voy a volver judío, a ver si esta calamidad me deja en paz.

—No, no le dejaremos, ¿verdad?—insistió la santa—. Mira, Manolo: Jacinta y yo pedimos ahora juntas. Aunque te vuelvas turco, ya te cayó que hacer.

—No, Jacinta no se mete en esos enredos—dijo Moreno, mirándola fijamente en los ojos.

—Vaya que sí me meto. El asilo es mío; lo he comprado.

—¿Sí? Pues si ha dado usted dos pesetas por él ha hecho un mal negocio. Todavía está a la mitad y ya se está cayendo.

—Primero te caerás tú.

—Es mío—afirmó la señora de Santa Cruz avanzando más y poniendo la palma de la mano sobre el pupitre—. A ver, rico avariento, dé usted para la obra de Dios.

—¡Otra! Ya he dado unas vigas que valen cualquier cosa—replicó Manolo, mirando embelesado tan pronto la cara de la mendicante como su mano de ángel, sonrosada y gordita.

—Eso no basta. Necesitamos acabar el piso principal y...

—Eso..., eso...—interrumpió Guillermina—. Pero no te dará ni una mota, ¿sabes? Se va a hacer mormón, y necesita el dinero para tantísimas mujeres como tendrá que mantener.

—Poco a poco, señoras mías—observó el rico avariento, echándose sobre el respaldo del sillón—. La cosa varía de aspecto. ¡Jacinta metida a santa fundadora! ¡Qué compromiso! Ahora sí que no sé cómo salir del paso, porque ahora sí que me condeno de veras si me obstino en la negativa. Porque no hay duda de que esta mano que pide mano del Cielo es...

—Y tan del Cielo—indicó la propia *Delfina* sacudiendo la mano—. Decidirse pronto, caballero. Es la primera vez que ejerzo de santa. Si me echa la limosnita, usted me estrena.

—¿Sí?...—dijo él, moviéndose en el sillón con gran desasosiego—. Pues doy, pues doy...

Guillermina empezó a dar palmadas, gritando:

—¡Hosanna!..., ya le tenemos cogido.

Y con vivacidad, semejante a la de una jovenzuela, echó mano a la llave que estaba puesta en uno de los cajones de la mesa.

—¡Eh! ¿Qué libertades son ésas? —gritó su sobrino, sujetándole la mano.

—El talonario del Banco...—decía la *rata eclesiástica*, luchando por desasirse y por sofocar la risa—. Aquí, aquí lo tienes, perro hereje...; sácalo pronto y pon cuatro números, cuatro letras y el garabato de tu firma. Jacinta, abre..., sácalo..., no tengas miedo.

—Orden, orden, señoras—arguyó Moreno, a quien la risa cortaba la respiración—. Esto ya es un allanamiento, un escalo. Tengan calma, porque si no me veré en el caso de llamar a una pareja.

—¡El talonario, el talonario!—chillaba Jacinta, dando también palmadas.

—Paciencia, paciencia. No tengo aquí el talonario. Está abajo, en el escritorio. Luego...

—¡Bah!... ¡Se está burlando de nosotras!...

—No, no—dijo Guillermina con ardor—, ya no puede volverse atrás.

—Yo no me voy ya sin la firma.

—Más que la firma—manifestó Moreno muy serio, poniéndose la mano sobre aquel corazón que no valía ya dos cuartos—, vale mi palabra.

Estaba pálido, casi blanco, del color del papel en que escribía.

—¿De veras?

—No hay más que hablar.

—Eso sí—dijo la santa—, él es un pillo, un hereje; pero lo que es palabra, la tiene...

Dichas otras cuantas bromas, retiráronse las dos santas fundadoras, dejando al hereje con su médico. Iban tan contentas, que cuando entraron en el cuarto de Guillermina a ésta le faltaba poco para ponerse a bailar.

—Pero ¿de veras nos mandará el talón?—preguntó Jacinta, incrédula.

—Como tenerlo en la mano... Has estado muy hábil... Como tiene conmigo tanta confianza, se pone muy pesado. Pero a ti no te había de negar... ¡Qué alegría!... ¡Ya tenemos piso principal! ¡Viva San José bendito! ¡Vivaaaa!... ¡Viva la Virgen del Carmen!... ¡Vivaaaa! Porque a ellos se le debe todo. Tarde o temprano, Manolo te habría dado esos cuartos. ¡Ah!, yo le conozco bien. ¡Si es un angelote, un bendito, un alma de Dios!...

II

No les duró mucho el regocijo, porque oyeron el reloj de la Puerta del Sol dando las diez, y ambas mudaron súbitamente la expresión de su rostro.

—Las diez; ya veremos si viene—dijo Guillermina, que aún conservaba resplandores de alegría en su cara—. Prometió venir; pero esa palabra no debe de ser tan de fiar como la de Manolo.

Y permaneciendo ambas en pie, la fundadora dijo a su amiguita:

—Esto no lo hago yo más que por ti..., ¡meterme en vidas ajenas! La impresión que saqué el otro día es que por el momento no es ella quien te le distrae. Sería una actriz consumada si así no fuese. Como venga hoy, le echaremos la sonda más abajo a ver si sale algo. De todas suertes, yo la sermonearé bien para que le reciba a cajas destempladas, si él intentara... ¿Creerás una cosa? ¡Que esa mujer no me parece enteramente mala!

—Podrá ser... Pero si usted hubiera visto la cara que me puso el otro día, una cara de rencor como usted no puede figurarse...

—Dice que después le pesó...

—¡Bribona!—exclamó Jacinta, frunciendo los labios y apretando los puños.

—Pero, en fin, hoy la tantearemos otra vez. Como quiera que sea, su sermoncito no hay quien se lo quite. Y por si viene pronto..., quedamos en que de diez a once..., debes marcharte ya, no sea que te pille aquí.

Después de un rato de silencio, la *Delfina* dijo con resolución:

—Yo no me voy.

—¡Hija, qué me dices!... ¿Estás loca?

—Yo no me voy. Me esconderé en la alcoba. Quiero oír lo que diga...

—Eso sí que no te lo consiento. ¿En mi casa escenas de comedia? No, no lo esperes.

—Pero ¡qué tonta y qué exagerada y qué puntillosa es usted, hija! ¿Qué mal hay en eso? A ver... Le digo a usted que no me voy.

—Pues te quedas aquí... ¡Ah!, no, eso tampoco. Márchate, niña de mi alma, y no me pongas en tan mal paso... No es de mi carácter eso.

—Déjeme..., ¡por Dios! Pero ¿qué le importa a usted?... ¡Vaya!... Yo me meto en la alcoba y me estoy allí como en misa.

—Hija, ni en los teatros resulta eso con sentido común... Para salir diciendo luego con voz hueca: "¡Lo he oído todo!"

—Yo no chistaré. No haré más que oír... Vamos, remilgada, déjeme usted.

—Ya me figuraba yo que habías de salir con alguna tontería. Eres una voluntariosa. ¿De esa manera me agradeces lo que hago por ti?...

—Pero ¿qué mal hay?... Vaya, que es usted terca. Pues que no me voy, que no me voy.

Sonó la campanilla.

—¿Apostamos a que es ella?... Lo siento—dijo Guillermina, asomándose a la puerta.

Jacinta no creyó prudente discutir más, y sin decir nada metióse en la alcoba, cerrando cuidadosamente las vidrieras. Guillermina, no conformándose con el escondite, quiso salir con ánimo de recibir la visita en otra habitación; mas dispuso la fatalidad que su prima Patrocinio, al ver entrar a Fortunata, la tomara por una de las muchas personas que iban allí a pedir socorros, y la introdujese, como si dijéramos, a boca de jarro, en el gabinete de la santa. Esta se vió algo confusa, sin saber cómo salir de aquel atolladero.

—¡Ah!, ¿era usted?... No la esperaba... Pase y tome asiento.

Fortunata, que iba vestida con mucha sencillez, entró como entraría una planchadora que va a entregar la ropa. Avanzaba tímidamente, deteniéndose a cada palabra del saludo, y fué preciso que Guillermina le mandase dos o tres veces sentarse para que lo hiciera. Su aire de modestia, su encogimiento, que

era el mejor signo de la conciencia de su inferioridad, hacíanla en aquel instante verdadero tipo de mujer del pueblo, que por incidencia se encuentra mano a mano con las personas de clase superior. Mucho le cohibía el temor de no saber usar términos en consonancia con los que emplearía la confesora, pues en todas las ocasiones difíciles recobraba su popular rudeza, y se le iban de la memoria las pocas enseñanzas de lenguaje y modales que había recibido en su corta y accidentada vida de señora.

Pero lo verdaderamente singular era que Guillermina, tan dueña de su palabra normalmente, estaba también azorada aquel día, y no sabía cómo desenvolverse. El escondite de su amiga la llenaba de confusión, porque era un engaño, un fraude, una superchería indigna de personas formales. Lo primero que a la santa se le ocurrió, para empezar, fué una ampliación de lo que había dicho en la casa de Severiana.

—Si quiere usted que seamos amigas y que le dé buenos consejos, es preciso que tenga conmigo mucha confianza y no me oculte nada, por feo y malo que sea. Hay en su vida de usted un punto muy oscuro. Usted está casada y no quiere a su marido; así me lo confesó el otro día. Crea que esto me ha dado que pensar. Dice usted que se casó sin saber lo que hacía... Explicación escurridiza. Tengamos sinceridad y hablemos claro. La sinceridad es difícil; pero así como los niños que confiesan por primera vez no confesarían si el cura no les sacara los pecadillos con cuchara, así yo voy a ayudarla a usted preguntando y echándole el anzuelo de la respuesta. Veremos si pica... Cuando usted se determinó a casarse, ¿no hizo allá, en el fondo de su pensamiento, la reserva de que el matrimonio le permitiera pecar libremente, no digo que con éste y con el otro, sino con el que usted quería?

Fortunata miraba al techo, recordando.

—¿No había esa reserva? A ver..., busque usted bien: busque más adentro, más abajo.

—Puede que sí la hubiera—dijo la otra al fin, con voz muy apagada y trémula—. Puede que sí...

—¿Ve usted cómo salen las heces cuando se las quiere sacar?

—Pero también le diré a usted que yo no contaba con volverle a ver... Pensé que no se acordaba de mí. Yo me llegué a creer que podría ser buena y honrada...; me lo tragué. Pero ¿cómo fué ello? Que él me buscó..., sí, señora, me buscó, y me encontró. Sin saber cómo, de repente, el casamiento y mi marido se me pusieron a cien mil leguas de distancia. Yo no sé explicarlo, no sé explicarlo.

En cuanto la conversación se corría del lado de Juanito Santa Cruz, Guillermina se aterraba. Quería apartarla de aquel extremo peligroso, y no sabía cómo llevar a su penitente a un terreno puramente ideal.

—Pero su conciencia..., eso es lo que quiero saber.

—¡Mi conciencia!... Esto sí que es raro... Se lo cuento a usted como pasó... No se me alborotaba cuando cometía yo aquellos pecados tan refeos... Le diré a usted más, aunque se horrorice...: mi conciencia me aprobaba..., vamos al caso, me decía una cosa muy atroz, me decía que mi verdadero marido...

—No siga usted—interrumpió la santa, alarmadísima, creyendo sentir ruido en la alcoba—. Es horrible. No siga usted. ¡Virgen del Carmen! Está usted muy dañada.

—Pareciame a mí—prosiguió la penitente, sin poder contener la efusión de su sinceridad—que aquel hombre me pertenecía a mí y que yo no pertenecía al otro..., que mi boda era un engaño, una ilusión, como lo que sacan en los teatros.

—Calle, cállese, por Dios...

—Pero aguárdese usted... A mí me había dado palabra de casamiento..., como ésta es luz... Y me la había dado antes de casarse... Y yo había tenido un niño... Y a mí me parecía que estábamos los dos atados para siempre, y que lo demás que vino después no vale..., eso es.

Guillermina se llevó las manos a la cabeza... Discurrió que lo mejor era diferir la conferencia para otro día, pretextando que tenía que salir.

—Eso es muy grave. Hay que tratarlo despacio. Cierto que una promesa liga algo... No sostendré yo que ese joven se portó bien con usted. Pero el tiempo, la sociedad... Y, sobre todo, los derechos que usted podría tener, los ha perdido con su mala conducta.

—Yo no habría sido mala—dijo la de Rubín envalentonándose al ver en su confesora un inexplicable aturdimiento—si él no me hubiera plantado en medio del arroyo con un hijo dentro de mí.

La santa vacilaba; no sabía por dónde romper. ¡Ah! Sin aquel peligroso testigo de Jacinta, ya se habría explicado ella bien, enseñando a la atrevida cuántas son cinco.

—Usted, hija mía, está como trastornada—le dijo, buscando modos de hacer insignificante la conversación—. El otro día me pareció usted más razonable... ¿Qué mosca la ha picado?...

—¿Qué mosca?—dijo Fortunata con cierto extravío en la mirada—. ¿Qué mosca? Pues una.

—Porque usted no se hace cargo de que ha pasado tiempo, de que ese hombre está casado con una mujer angelical y que...

En la fisonomía de la prójima se encendió de improviso una luz vivísima. Fué como una aureola de inspiración que la envolvía toda la cara. Más hermosa que nunca, sacó de su cabeza un gallardísimo argumento y se lo soltó a la otra, como se suelta una bomba explosiva.

¡Pruuun! Guillermina se quedó atontada cuando oyó esta atrocidad:

—¡Angelical!... Sí, todo lo angelical que usted quiera, pero *no tiene hijos*. Esposa que no tiene hijos no es tal esposa.

Guillermina se quedó tan pasmada, que no pudo responder.

—Es idea mía—prosiguió la otra con la inspiración de un apóstol y la audacia criminal de un anarquista—. Dirá usted lo que guste; pero es idea mía, y no hay quien me la quite de la cabeza... Virtuosa, sí; estamos en ello; pero no le puede dar un heredero... Yo, yo, yo se lo he dado y se lo puedo volver a dar...

—Por Dios... Cállese usted... No he visto otro caso... ¡Qué idea!... ¡Qué atrevimiento! Está usted condenada.

Y la virgen y confesora llegó a tal grado de confusión, que no daba ya pie con bola.

—Yo estaré todo lo condenada que usted quiera..., pero es mi idea: con esta idea me iré al infierno, al cielo o a donde Dios disponga que me vaya... Porque eso de que yo soy mala, muy mala, todavía está por ver.

La santa la miraba con verdadero espanto. Fortunata parecía estar fuera de sí y como el exaltado artista que no tiene conciencia de lo que dice o canta.

—¿Por qué he de ser yo tan mala como parece?... ¿Porque tengo una idea? ¿No puede una tener una idea?... ¿Dice usted que la otra es un ángel? Yo no lo niego, yo no pretendo quitarle su mérito... Si a mí me gusta, si quisiera parecerme a ella en algunas cosas, en otras no, porque ella será para usted todo lo santa que se quiera, pero está por debajo de mí en una cosa: *no tiene hijos*, y cuando tocan a tener hijos no me rebajo a ella, y levanto mi cabeza, sí, señora... Y no los tendrá ya, porque está probado, y por lo que hace a que yo los puedo tener, también muy probado está. Es mi idea, es una idea mía. Y otra vez lo digo: la esposa que no da hijos no vale... Sin nosotras, las que los damos, se acabaría el mundo... Luego nosotras...

"Nada, nada, esta mujer está loca y no tendré más remedio que ponerla en la calle—pensó Guillermina—. Y ¡qué trago estará pasando la otra pobre oyendo tales lindezas!"

Notaba en ella cierta exaltación insana. No era la misma mujer con quien había hablado dos días antes. Ya tenía la palabra en la boca para despedirla con buen modo, cuando se sintió ruido como de mano golpeando en los cristales de un mirador, y luego una voz que llamaba a Guillermina. Asomóse ésta. Fortunata oyó claramente la voz de doña Bárbara preguntando:

—¿Está ahí Jacinta?

III

La santa vaciló antes de dar respuesta. Por fin la dió:

—¿Jacinta?... No, aquí no está.

Poco más hablaron las dos damas, y Guillermina volvió al lado de la visita; pero la falsedad que se había visto obligada a decir trastornaba de tal modo su espíritu, que no parecía la misma mujer de siempre, segura, impávida y tan dueña de su palabra como de sus actos. La mentira y el escondite escénico de su amiga pusiéronla en la situación más crítica del mundo, porque se había hecho a la verdad y vivía en ella como los

peces en el agua. Estaba la pobre señora con aquellos escrúpulos como pez a quien sacan de su elemento, y aun le pasó por el magín la pavorosa idea: *¡pecado mortal!* En fin, que aquello se tenía que concluir.

—Hija mía, usted está un poco alucinada. Bien quisiera poderla oír, consolarla..., pero tiene que dispensarme por hoy... Otro día.

—¿Tiene usted que salir?—dijo la anarquista, con pena—. Bueno, volveré; yo tengo que contarle a usted una cosa... Si no se la cuento a usted lo sentiré... ¡Ay!, una cosa que me ha pasado ayer..., ¡tremenda, muy tremenda!

Guillermina permaneció en pie, diciendo para sí: "¿Qué será?"

—Si persiste usted—agregó en voz alta—en tener esas ideas estrambóticas, es difícil que yo la consuele. No nos entenderemos nunca.

En aquel momento la pecadora clavaba sus ojos en la santa. Se le estaba pareciendo a Mauricia. La cara no era la misma, pero la expresión sí..., y la voz se le había enronquecido como la de las personas que beben aguardiente.

—¿En qué piensa usted? ¿Por qué me mira tanto?—le preguntó Guillermina, que ya estaba impaciente por terminar.

—La miro a usted porque me gusta mirarla... Anoche y anteanoche, y todos los días desde aquel en que hablamos, la tengo a usted metida dentro de mis ojos, la veo cuando duermo y cuando no duermo. Ayer, cuando me pasó lo que me pasó, dije: "No tengo sosiego hasta que se lo cuente a la señora."

Guillermina, movida de gran curiosidad, se sentó, y tomándole una mano le dijo en voz queda:

—Cuente usted... Ya oigo.

—Pues ayer—refirió la joven, con los ojos bajos, alzándolos al final de cada frase, como si pusiera con ellos las comas más que con el acento—, pues ayer... iba yo tan tranquila por la calle de la Magdalena, pensando en usted..., porque siempre estoy pensando en usted..., y... me paré a ver el escaparate de una tienda donde hay tubos y llaves de agua... Ni se por qué me paré allí, pues ¿qué me importan a mí los tubos?..., cuando sentí a mi espalda..., mejor dicho, aquí, en el cuello, una voz... ¡Ay señora!, la voz me sonó aquí detrás, junto a estos pelitos que tenemos donde nace la cabellera, y fué como si me entraran una aguja muy fina y muy fría... Me quedé helada..., volvíme..., le vi..., se sonreía.

Guillermina extendió la mano para taparle la boca; pero sin resultado.

—Yo no podía hablar... Me quedé como una estatua; me dieron ganas de llorar, de echar a correr o de no sé qué.

—No le diría a usted nada de particular—indicó la santa muy asustada, quitando gravedad al asunto—. Nada más que un saludo...

—¿Qué saludo?... Verá usted. Me dijo: "Chiquilla, ¿qué es de tu vida?..." Yo no le pude contestar... Di media vuelta, y él me cogió una mano.

—Vamos, vamos, esto ya es demasiado—declaró Guillermina, levantándose turbadísima—. Otro día me contará usted eso...

—No, si no hay más... Yo retiré mi mano y me fuí sin decirle nada... No tuve alma para seguir adelante sin mirar para atrás, y miré y le vi... Me seguía distante. Apresuré el paso y me metí en mi casa...

—Muy bien hecho, muy bien hecho...

—Pero aguárdese usted—dijo Fortunata, que ya no estaba exaltada, sino en un grado de humildad lastimosa, y su tono era el de los penitentes muy afligidos, que no pueden con el peso de sus culpas—. Aún falta lo mejor. Después que le vi se me ha clavado de tal manera en el pensamiento la idea de... Es una idea mía, idea mala, señora..., pero usted es una santa y me la quitará de la cabeza... Por eso no tengo sosiego hasta no decírsela...

—Basta, basta; no quiero, no quiero.

—Que sí quiere—insistió la joven, reteniéndola por ambas manos, pues la confesora hizo ademán de apartarse de ella.

—Una idea infame..., la idea de pecar otra vez...—dijo Guillermina balbuciente—. ¿Es eso?

—Eso es...; pero verá la señora. Yo quiero echarla de mí; pero a veces se me ocurre que no debo echarla, que no peco...

—¡Jesús!

—Que así debe ser, que así está dispuesto—añadió la señora de Rubín, volviendo a exaltarse y a tomar la expresión del anarquista que arroja la bomba

explosiva para hacer saltar a los poderes de la tierra—. Es una idea mía, una idea muy perra, una idea negra, como las niñas de los ojos de Satanás..., y no me la puedo arrancar.

—Cállese usted...

Guillermina puso cara de consternación y dió algunos pasos, vacilando como una persona que se va a caer. Tiempo hacía, mucho tiempo, que la insigne fundadora no se había encontrado en compromiso semejante. Sentíase atada y sin libertad, y esto la ponía fuera de sí, destruyendo aquella serenidad soberana que normalmente tenía. Aún intentó un esfuerzo para dominar situación tan penosa, y echando miradas de alarma a la vidriera de su alcoba, dijo:

—Pero usted... no reflexiona... que...

No pudo concluir esta frase trivial. La otra, que siendo cifra de todas las debilidades humanas parecía más fuerte que la gran doctora y santa, se permitió sonreír oyéndola.

—¿Y qué saco de reflexionar? Mientras más reflexiono, peor.

—Veo que usted no tiene ataderos... Con esas ideas, pronto volveríamos al estado salvaje.

Con sonrisa sarcástica y un expresivo alzar de hombros dió a entender Fortunata que por ella no había inconveniente en que la sociedad volviera al estado salvaje...

"Usted no tiene sentido moral; usted no puede tener nunca principios, porque es anterior a la civilización; usted es una salvaje y pertenece de lleno a los pueblos primitivos." Esto o cosa parecida le habría dicho Guillermina si su espíritu hubiera estado en otra disposición. Unicamente expresó algo que se relacionaba vagamente con aquellas ideas:

—Tiene usted las pasiones del pueblo, brutales y como un canto sin labrar.

Así era la verdad, porque el pueblo, en nuestras sociedades, conserva las ideas y los sentimientos elementales en su tosca plenitud, como la cantera contiene el mármol, materia de la forma. El pueblo posee las verdades grandes y en bloque, y a él acude la civilización conforme se le van gastando las menudas de que vive.

De repente, Fortunata vaciló en su ánimo. Parecía una fuerza nerviosa que caía en brusca sedación. La otra, en cambio, se creció de repente por una sacudida de su conciencia.

—Ya no más, no más mentira. No puedo, no puedo...

Alzó los ojos al techo, cruzó las manos, su cara se puso muy encendida y sus ojos iluminados. Quedóse atónita la anarquista oyéndole decir estas palabras con un acento que parecía ser de otro mundo:

—Salva, Jesús mío, esa alma que se quiere perder y apártame a mí de la mentira.

Después se llegó a ella y la cogió una mano, diciéndole con profunda lástima:

—¡Pobre mujer!, yo tengo la culpa de las atrocidades que ha dicho usted. yo, yo, Dios me perdone, y la causa ha sido una farsa, una mentira... La verdad ante todo. La verdad me ha salvado siempre y me salvará ahora. Usted ha dicho cosas infernales que desgarran el corazón de mi amiga, y las ha dicho porque creía que hablaba sólo conmigo. Pues la he engañado a usted, porque Jacinta está escondida en aquella alcoba.

Diciéndolo, corrió hacia la puerta vidriera y la empujó. Fortunata, que estaba sentada frente a la puerta aquella, levantóse de golpe, quedándose yerta y muda. Jacinta no aparecía. Se oyeron tan sólo sus sollozos. Estaba sentada en una silla, apoyando la cabeza en la cama de la santa. Esta se fué a ella y le dijo:

—Perdónala, querida mía, que no sabe lo que se dice.

—Y usted...—añadió, saliendo a la puerta—bien comprenderá que debe retirarse. Hágame el favor...

Quizá todo habría concluído de un modo pacífico; pero la *Delfina* se levantó de repente, poseída de la rabia de paloma que en ocasiones le entraba. ¡Animas benditas! De un salto salió al gabinete. Estaba amoratada de tanto llorar y de tantísima cólera como sentía... No podía hablar..., se ahogaba. Tuvo que hacer como que escupía las palabras para poder decir con gritos intermitentes:

—¡Bribona..., infame, tiene el valor de creerse...! No comprende que no se la ha mandado... a la galera porque la justicia..., porque no hay justicia... Y usted—por Guillermina—no sé cómo con-

siente, no sé cómo ha podido creer... ¡Qué ignominia!... Esta mujerzuela aquí, en esta casa..., ¡qué afrenta!... ¡Ladrona!...

Fortunata, en el primer movimiento de sorpresa y temor, había dado una vuelta y puéstose tras el sillón en que poco antes estaba sentada. Apoyando las manos en el respaldo, agachó el cuerpo y meneó las caderas, como los tigres que van a dar el salto. Miróla Guillermina, sintiendo el espanto más grande que en su vida había sentido... Fortunata agachó más la cabeza... Sus ojos negros, situados contra la claridad del balcón, parecía que se le volvían verdes, arrojando un resplandor de luz eléctrica. Al propio tiempo dejó oír una voz ronca y terrible, que decía:

—¡La ladrona eres tú..., tú! Y ahora mismo...

La ira, la pasión y la grosería del pueblo se manifestaron en ella de golpe, con explosión formidable. Volvió a la niñez, a aquella época en que trabándose de palabras con alguna otra zagalona de la plazuela se agarraban por el moño y se sacudían de firme, hasta que los mayores las separaban. No parecía ser quien era, ni debía de tener conciencia de lo que hacía. Jacinta y Guillermina se acobardaron un momento; pero luego la primera lanzó un grito de angustia y la santa salió a pedir socorro. No tuvo tiempo Fortunata de prolongar su altercado, ni de volver en sí, porque apareció en la puerta el criado de Moreno, que era un inglesote como un castillo, y a poco vino también doña Patrocinio, y después el mismo Moreno.

La señora de Rubín no se dió cuenta de lo demás... Tenía después una idea incierta de que la mano dura del inglés la había cogido por un brazo, apretándoselo tanto, que aún le dolía al día siguiente; de que la sacaron del gabinete, de que le abrieron la puerta y de que se vió bajando la escalera.

Todos acudieron a la señora de Santa Cruz, que había perdido el conocimiento, y Moreno, poniendo una cara entre burlesca y consternada, se dejó decir:

—Estas cosas le pasan a mi querida tía por meterse a redentora.

IV

Bajó Fortunata los peldaños riendo... Era una risa estúpida, salpicada de interjecciones.

—¡A mí decirme...! Si no me echan, la cojo..., le levanto...; pero no sé, no recuerdo bien si le arañé la cara. ¡A mí decirme...! Si le pego un bocado, no la suelto... ¡Ja, ja, ja!...

Le temblaban tanto las piernas, que al llegar a la calle apenas podía andar. La luz y el aire parecía que le despejaban algo la cabeza, y empezó a darse cuenta de la situación. Pero ¿era verdad lo que había dicho y hecho? No estaba segura de haberle pegado; pero sí de que le dijo algo. ¿Y para qué la otra le había llamado a ella *ladrona?*... Subió por la calle de la Paz, pasando a cada instante de una acera a otra, sin saber lo que hacía.

"Pero ¿yo qué he hecho?... ¡Oh! Bien hecho está... ¡Llamarme a mí *ladrona* ella, que me ha robado lo mío!" Se volvió para atrás, y como quien echa una maldición, dijo entre dientes: "Tú me llamarás lo que quieras... Llámame tal o cual y tendrás razón... Tú serás un ángel..., pero tú no has tenido hijos. Los ángeles no los tienen. Y yo sí... Es mi idea, una idea mía. Rabia, rabia, rabia... Y no los tendrás, no los tendrás nunca, y yo sí... Rabia, rabia, rabia..."

Más allá del Banco volvió a reírse. Su monólogo era así: "¡Lo mismo que la otra, la *señora* del Espíritu Santo!... Doña Mauricia, digo, Guillermina, la *Dura*... Quiere hacernos creer que es santa... ¡Buen peine está! Harta de retozar con los curas, se quiere hacer obispa catoliquísima y meterse en el confesonario... ¡Perdida, borrachona, hipocritona!... Púa de sacristía, amancedaba con todos los clérigos..., con el Nuncio y con San José..."

De pronto sus ideas variaron, y sintiendo dolorosa angustia en su alma, como impresión de horrible vacío, pensaba así: "Pero ¿a quién me volveré ahora? ¡Dios mío, qué sola estoy! ¡Por qué te me has muerto, amiga de mi alma, Mauricia!... Por más que digan, tú eres un ángel en la tierra, y ahora estás divirtiéndote con los del cielo; ¡y yo aquí tan solita! ¿Por qué te has muerto? Vuélvete acá... ¿Qué es de mí?

¿Qué me aconsejas? ¿Qué me dices?... ¡Qué ganas siento de llorar! Sola, sin nadie que me diga una palabra de consuelo... ¡Oh, qué amiga me he perdido!... Mauricia, no estés más entre las ánimas benditas y vuelve a vivir... Mira que estoy huérfana, y yo y los huerfanitos de tu asilo estamos llorando por ti... Los pobres que tú socorrías te llaman. Ven, ven... Señor Pepe te ha hecho los gatillos...; le vi esta mañana en la fragua, machacando, *tin tan*... Mauricia, amiga de mi alma, ven y las dos juntas nos contaremos nuestras penas, hablaremos de cuando nos querían nuestros hombres y de lo que nos decían cuando nos arrullaban, y luego beberemos aguardiente las dos, porque yo también quiero el aguardientito, como tú, que estás en la gloria, y lo beberé contigo para que se me duerman mis penas, sí, para que se me emborrachen mis penas."

Entró, por fin, en casa. Enteramente trastornada, andaba como una máquina. No había nadie más que *Papitos*, a quien vió, mas no le dijo nada. Encerróse en su alcoba, tiró el manto y se echó en el sofá, dando un rugido. Después de revolcarse como las fieras heridas, se puso boca abajo, oprimiendo el vientre contra los muelles del sofá y clavando los dedos en un cojín. No tardó en caer en penoso letargo, lleno de visiones disparatadas y horribles, sin darse cuenta del tiempo que estuvo en tal disposición. Cuando volvió en sí había poca luz en el cuarto. Fijándose bien pudo distinguir la cara escrutadora de doña Lupe, que la observaba...

—¿Qué tienes?... Me has asustado. Dabas unos mugidos..., y de pronto te echabas a reír, ¡y se te escapaban unas palabritas...!

A las reiteradas y capciosas preguntas de su tía contestaba evasivamente y con mucha torpeza.

—¿En dónde has estado hoy? Tú has salido.

—Fuí a comprar aquella tela...

—¿Y dónde está?

—¿Que dónde está la tela?... Pues no sé...

—Parece que estás en Babia. A ti te pasa algo. Levántate de ese sofá.

Pero no se levantaba. Empezó a sospechar la viuda que aquel espíritu estaba perturbado, y tembló. Vinieron a su pensamiento pasadas vergüenzas y desdichas, y se prometió vigilar mucho. Estuvo la señora de morros toda la noche, y Fortunata, de más morros todavía, sintiendo que se apoderaba de su alma la aversión a toda aquella familia. No los podía ver. Eran sus carceleros, sus enemigos, sus espías. A cualquier parte de la casa que fuese seguíala doña Lupe. Se sentía vigilada, y el rechinar de las zapatillas de su tía le causaba violentísima ira. Al día siguiente, después de almorzar, y cuando Maxi se había marchado a la botica, tuvo tanto miedo Fortunata a que la ira estallase, que para evitarlo se ató una venda a la cabeza, fingiendo jaqueca, y encerrándose en su alcoba acostóse en su cama. A la media hora le entró, como el día anterior, la embriaguez aquella, el desvanecimiento de las ideas, que se emborrachaban con tragos de dolor y se dormían.

En tal situación siente vivos impulsos de salir a la calle; se levanta, se viste, pero no está segura de haberse quitado la venda. Sale, se dirige a la calle de la Magdalena y se para ante el escaparate de la tienda de tubos obedeciendo a esa rutina del instinto por la cual, cuando tenemos un encuentro feliz en determinado sitio, volvemos al propio sitio, creyendo que lo tendremos segunda vez. ¡Cuánto tubo! Llaves de bronce, grifos y multitud de cosas para llevar y traer el agua... Detiénese allí mediano rato, viendo y esperando. Después sigue hacia la plaza del Progreso. En la calle de Barrionuevo se detiene en la puerta de una tienda donde hay piezas de tela desenvueltas y colgadas haciendo onzas. Fortunata las examina y coge algunas telas entre los dedos para apreciarlas por el tacto.

—¡Qué bonita es esta cretona!

Dentro hay un enano, un monstruo, vestido con balandrán rojo y turbante, alimaña de transición que se ha quedado a la mitad del camino darvinista por donde los orangutanes vinieron a ser hombres. Aquel adefesio hace allí mil extravagancias para atraer a la gente, y en la calle se apelmazan los chiquillos para verle y reírse de él. Fortunata sigue y pasa junto a la taberna, en cuya puerta está la gran parrilla de asar chuletas, y debajo el enorme hogar lleno de fuego. La tal taberna tiene para ella recuerdos que le sacan tiras del cora-

zón... Entra por la Concepción Jerónima; sube después por el callejón del Verdugo a la plaza de la Provincia; ve los puestos de flores, y allí duda si tirar hacia Pontejos, adonde la empuja su pícara idea, o correrse hacia la calle de Toledo. Opta por esta última dirección, sin saber por qué. Déjase ir por la calle Imperial, y se detiene frente al portal del Fiel Contraste a oír un pianito que está tocando una música muy preciosa. Entranle ganas de bailar, y quizá baila algo, no está segura de ello. Ocurre entonces una de estas obstrucciones que tan frecuentes son en las calles de Madrid. Sube un carromato de siete mulas ensartadas formando rosario. La delantera se insubordina, metiéndose en la acera, y las otras toman aquello por pretexto para no tirar más. El vehículo, cargado de pellejos de aceite, con un perro atado al eje, la sartén de las migas colgando por detrás, se planta a punto que llega por detrás el carro de la carne, con los cuartos de vaca chorreando sangre, y ambos carreteros empiezan a echar por aquellas bocas las finuras de costumbre. No hay medio de abrir paso, porque el rosario de mulas hace una curva, y dentro de ella es cogido un simón que baja con dos señoras. Eramos pocos... A poco llega un coche de lujo, con un caballero muy gordo. Que si pasas tú, que si te apartas, que sí y que no. El carretero de la carne pone a Dios de vuelta y media. Palo a las mulas, que empiezan a respingar, y una de estas coces coge la portezuela del simón y la deshace... Gritos, leña, y el carromatero empeñado en que la cosa se arregla poniendo a Dios, a la Virgen, a la Hostia y al Espíritu Santo que no hay por dónde cogerlos.

Y el pianito sigue tocando aires populares, que parecen encender con sus acentos de pelea la sangre de toda aquella chusma. Varias mujeres que tienen en la cuneta puestos ambulantes de pañuelos recogen a escape su comercio, y lo mismo hacen los de la *gran liquidación por saldo, a real y medio la pieza.* Un individuo que sobre una mesilla de tijera exhibe el gran invento para cortar cristal tiene que salir a espetaperros; otro que vende los lápices más fuertes del mundo (como que da con ellos tremendos picotazos en la madera sin que se les rompa la punta) también recoge los bártulos, porque la mula delantera se le va encima. Fortunata mira todo esto y se ríe. El piso está húmedo y los pies se resbalan. De repente, ¡ay!, cree que le clavan un dardo. Bajando por la calle Imperial, en dirección al gran pelmazo de gente que se ha formado, viene Juanito Santa Cruz. Ella se empina sobre la punta de los pies para verle y ser vista. Milagro fuera que no la viese. La ve al instante y se va derecho a ella. Tiembla Fortunata, y él le coge una mano, preguntándole por su salud. Como el pianito sigue tocando y los carreteros blasfemando, ambos tienen que alzar la voz para hacerse oír. Al mismo tiempo, Juan pone una cara muy afligida, y llevándola dentro del portal del Fiel Contraste, le dice:

—Me he arruinado, chica, y para mantener a mis padres y a mi mujer estoy trabajando de escribiente en una oficina... Pretendo una plaza de cobrador del tranvía. ¿No ves lo mal trajeado que estoy?

Fortunata le mira y siente un dolor tan vivo como si le dieran una puñalada. En efecto, la capa del señorito de Santa Cruz tiene un siete tremendo, y debajo de ella asoma la americana con los ribetes deshilachados, corbata mugrienta y el cuello de la camisa de dos semanas... Entonces ella se deja caer sobre él y le dice con efusión cariñosa:

—Alma mía, yo trabajaré por ti; yo tengo costumbre, tú no; sé planchar, sé repasar, sé servir... Tú no tienes que trabajar... Yo para ti... Conque me sirvas para ir a entregar, basta..., no más. Viviremos en un sotabanco, solos y tan contentos.

Entonces empieza a ver que las casas y el cielo se desvanecen, y Juan no está ya de capa, sino con un gabán muy majo. Edificios y carros se van, y en su lugar ve Fortunata algo que conoce muy bien, la ropa de Maxi colgada de una percha; la ropa suya en otra, con una cortina de percal por encima; luego ve la cama, va reconociendo pedazo a pedazo su alcoba; y la voz de doña Lupe ensordece la casa riñendo a *Papitos* porque al aviar las lámparas ha vertido casi todo el mineral..., y gracias que es de día, que si es de noche y hay luz, incendio seguro.

V

Lo que había soñado se le quedó a la señora de Rubín tan impreso en la mente cual si hubiera sido realidad. Le había visto, le había hablado. Completó su pensamiento amenazando con el puño cerrado a un ser invisible: "Tiene que volver... ¿Pues tú qué creías? Y si él no me busca, le buscaré yo... Yo tengo mi idea, y no hay quien me la quite." Incorporóse después, quedándose apoyada en un codo y mirando a los ladrillos. Sus ojos se fijaron en un punto del suelo. Con rápido impulso saltó hacia aquel punto y recogió un objeto. Era un botón... Mirólo tristemente, y después lo arrojó con fuerza lejos de sí, diciendo:

—Es negro y de tres *aujeritos*. Mala sombra.

Vuelta otra vez a la cavilación: "Porque si le encuentro y no quiere venir, me mato, juro que me mato. No vivo más así, señor; te digo que no me da la gana de vivir más así. Yo veré el modo de buscar en la botica un veneno cualquiera que acabe pronto... Me lo trago y me voy con Mauricia." Esta idea parecía darle cierto aplomo, y salió del cuarto. En pocas palabras la puso doña Lupe al tanto de la gran burrada que había hecho *Papitos*.

—Nada, hija, que si es de noche y se vierte el mineral con la luz encendida, aquí perecemos todos achicharrados... Es muy perra esta chica, y me va a consumir la vida.

Pasado el berrinche, se fijó en la cara de su sobrino, encontrando en ella un oscurísimo jeroglífico que no podía descifrar: "Pero estate sin cuidado, que ya te lo acertaré yo... Conmigo no juegas tú."

Aquella noche hizo Maxi mil extravagancias, y a la mañana siguiente se puso tan encalabrinado y vidrioso, que no se le podía aguantar.

—Hay que tener mucha paciencia—dijo doña Lupe a Fortunata—. ¿Sabes lo que te aconsejo? Que no le lleves la contraria en nada. Hay que decirle a todo que sí, sin perjuicio de hacer lo que se deba. El pobrecito está mal. Me ha dicho esta mañana Ballester que tiene algo de reblandecimiento cerebral. Dios nos tenga de su mano.

Sentía Fortunata vivos deseos de salir a la calle, y no sabía qué pretexto inventar para procurarse escapatorias. Ofrecíase a hacer compras de que doña Lupe tenía necesidad, e inventaba menesteres que motivaran una salidita. La taimada viuda de Jáuregui comprendió que una sujeción absoluta sería perjudicial, y empezó a darle libertad. Un día le leyó la cartilla en estos términos:

—Puedes salir; no eres una chiquilla y ya sabes lo que haces. Yo creo que no nos darás ningún disgusto, y que has de mirar por el decoro de la familia lo mismo que miro yo. La dignidad, hija, la dignidad es lo primero.

Pero doña Lupe empezaba a hacérsele horriblemente antipática, y por nada del mundo le habría hecho una confidencia. Hablando con verdad, lo que más disgustada tenía a doña Lupe era, no que Fortunata saliese, sino que no le comunicase nada de lo que pensaba y sentía. El pensar que tal vez estaría a la sazón la señora de Rubín jugando una gran trastada al decoro de la familia, la mortificaba, sí, pero no tanto como el ver que no la consultaba ni le pedía consejo sobre aquello desconocido y oscuro que sin duda le ocurría. "El tapujito es lo que me revienta. Como yo lo descubra, va a ser sonada. En hora maldita entró aquí esta loquinaria. No, yo nunca la tragué, el Señor es testigo...; siempre me dió de cara. El ganso de Nicolás fué quien lo echó a perder tomándolo por lo religioso... Si al menos se llegara a mí y me dijera: "Tía, yo me veo en este conflicto, yo he faltado o voy a faltar, o puede que falte si no me atajan..." Demasiado sabe ella que con este mundo que yo tengo y con lo bien que discurro, gracias a Dios, le abriría el camino para poner a salvo el honor de la familia. Pero no..., la muy bestia se empeña en gobernarse sola. ¿y qué hará?... Alguna barbaridad, pero gorda. Si no, allá lo veremos."

Fortunata se echó a la calle, y en la plaza del Progreso vió muchos coches, pero muchos. Era un entierro, que iba por la calle del Duque de Alba hacia la de Toledo. Por las caras conocidas que fué viendo mientras el fúnebre séquito pasaba, vino a comprender que el entierro era el de Arnaiz el *Gordo*, que se había muerto el día antes. Pasaron los Villuendas, los Trujillos, los

Samaniegos, Moreno Isla... Pues irían también don Baldomero y su hijo..., quizá en los coches de delante, haciendo cabecera... "Toma; también Estupiñá." Desde el simón en que iba con uno de los chicos, el gran Plácido le echó una mirada de indignación y desdén. Siguió ella tras el entierro, y al llegar a la parte baja de la calle de Toledo, tomó a la derecha, por la calle de la Ventosa y se fué a la explanada del Portillo de Gilimón, desde donde se descubre toda la vega del Manzanares. Harto conocía aquel sitio, porque cuando vivía en la calle de Tabernillas, íbase muchas tardes de paseo a Gilimón, y sentándose en un sillar de los que allí hay, y que no se sabe si son restos o preparativos de obras municipales, estábase largo rato contemplando las bonitas vistas del río. Pues lo mismo hizo aquel día. El cielo, el horizonte, las fantásticas formas de la sierra azul, revueltas con las masas de nubes, le sugerían vagas ideas de un mundo desconocido, quizá mejor que éste en que estamos; pero seguramente distinto. El paisaje es ancho y hermoso, limitado al Sur por la fila de cementerios, cuyos mausoleos blanquean entre el verde oscuro de los cipreses. Fortunata vió largo rosario de coches como culebra que avanzaba ondeando; y al mismo tiempo otro entierro subía por la rampa de San Isidro, y otro por la de San Justo. Como el viento venía de aquella parte, oyó claramente la campana de San Justo, que anunciaba cadáver.

"Estará con su papá—pensó ella—, y aunque al volver me vea, no ha de decirme nada."

Después de permanecer allí largo rato, fué a la Virgen de la Paloma, a quien dijo cuatro cosas, y estaba rezándole cuando sus ojos, al resbalar por el suelo, tropezaron con un objeto que brillaba en medio de los baldosines de mármol. Púsose un momento a gatas para cogerlo. Era un botón. "¡Es blanco, y de cuatro *aujeritos*! Buena sombra", dijo, guardándolo.

Se fué a su casa, y al día siguiente salió a comprar tela para un vestido. Estuvo en dos tiendas de la plaza Mayor, tomó después por la calle de Toledo, con su paquete en la mano, y al volver la esquina de la calle de la Colegiata para tomar la dirección de su casa, recibió como un pistoletazo esta voz que sonó a su lado:

—¡Negra!

¡Ay Dios mío! Encontrársele así, tan de sopetón, precisamente en uno de los pocos instantes en que no estaba pensando en él. Como que iba discurriendo la combinación que le pondría al vestido. ¿Azul o plata vieja? Le miró y se puso del color de la cera blanca. El entonces detuvo un simón que pasaba. Abrió la portezuela, y miró a su antigua amiga sonriendo; sonrisa que quería decir: "¿Vienes o no? Si estás rabiando por venir...; ¿a qué esa vacilación?"

La vacilación duraría como un par de segundos. Y después Fortunata se metió en el coche, de cabeza, como quien se tira en un pozo. El entró detrás, diciendo al cochero:

—Mira: te vas hacia las Rondas..., paseo de los Olmos..., el Canal...

Durante un rato se miraban, sonreían y no decían nada. A ratos Fortunata se inclinaba hacia atrás, como deseando no ser vista de los transeúntes; a ratos parecía tan tranquila como si fuera en compañía de su marido.

—Ayer te vi..., digo, no te vi... Vi el entierro y me figuré que irías en los coches de delante.

Los ojos de ella le envolvían en una mirada suave y cariñosa.

—¡Ah! Sí, el entierro del pobre Arnaiz... Dime una cosa: ¿me guardas rencor?

La mirada se volvió húmeda.

—¿Yo?... Ninguno.

—¿A pesar de lo mal que me porté contigo?...

—Ya te lo perdoné.

—¿Cuándo?

—¡Cuándo! ¡Qué gracia! Pues el mismo día.

—Hace tiempo, *nena negra*, que me estoy acordando mucho de ti—dijo Santa Cruz con cariño que no parecía fingido, clavándole una mano en un muslo.

—¡Y yo!... Te vi en la calle Imperial... No, digo, soñé que te vi.

—Yo te vi en la calle de la Magdalena.

—¡Ah! Sí...; la tienda de tubos; muchos tubos.

Aun con este lenguaje amistoso, no se rompió la reserva hasta que salieron a la Ronda. Allí el aislamiento los in-

vadía. El coche penetraba en el silencio y en la soledad, como un buque que avanza en alta mar.

—¡Tanto tiempo sin vernos!—exclamó Juan, pasándole el brazo por la espalda...

—¡Tenía que ser, tenía que ser!—dijo ella inclinando su cabeza sobre el hombro de él—. Es mi destino.

—¡Qué guapa estás!... ¡Cada día más hermosa!

—Para ti toda—afirmó ella, poniendo toda su alma en una frase.

—Para mí toda—dijo él, y las dos caras se estrujaron una contra otra—. Y no me la merezco, no me la merezco. Francamente, chica, no sé cómo me miras.

—Mi destino, hijo, mi destino. Y no me pesa, porque yo tengo acá mi idea, ¿sabes?

Santa Cruz no pensó en rogarle que explicara su idea. La suya era ésta:

—Pero ¡qué hermosa estás! ¿Has hecho alguna picardía en el tiempo que ha pasado sin que nos veamos?

—¿Picardías yo?...—extrañando mucho la pregunta.

—Quiero decir: después que volviste con tu marido, ¿no has tenido por ahí algún devaneo...?

—¿Yo?—exclamó ella con el acento de la dignidad ofendida—. Pero ¿estás loco? Yo no tengo devaneos más que contigo...

—¿De cuánto tiempo puedes disponer?

—De todo el que tú quieras.

—Podrías tener un disgusto en tu casa.

—Es verdad..., pero ¿y qué?

Y en el acto se acordó de las amonestaciones de Feijoo. Claro; no había necesidad de descomponerse ni de faltar a la religión de las apariencias.

—Pues dispongo de una hora.

—¿Y mañana?

—¿Nos veremos mañana? No me engañes, pero no me engañes—dijo ella suplicante—. Estoy acostumbrada a tus papas...

—No, ahora no... ¿Me quieres?

—¡Qué pregunta!... Bien lo sabes tú, y por eso abusas. Yo soy muy tonta contigo; pero no lo puedo remediar. Aunque me pegaras, te querría siempre. ¡Qué burrada! Pero Dios me ha hecho así. ¿Qué culpa tengo?

Tanta ingenuidad, ya conocida del incrédulo *Delfín*, era una de las cosas que más le encantaban en ella. Tiempo hacía que él notaba cierta sequedad en su alma, y ansiaba inmergirla en la frescura de aquel afecto primitivo y salvaje, pura esencia de los sentimientos del pueblo rudo.

—¿Me engañarás otra vez, farsantuelo?—clavándole a su vez los dedos en la rodilla.

—No claves tanto, hija, que duele. Y ahora gocemos del momento presente, sin pensar en lo que se hará o no se hará después. Eso depende de las circunstancias.

—¡Ah! Esas señoras circunstancias son las que me cargan a mí. Y yo digo: "Pero, Señor, ¿para qué hay en el mundo circunstancias?" No debe haber más que *quererse* y a vivir.

—Tienes razón—abrazándola con nervioso frenesí y dándole la mar de besos—. *Quererse* y a vivir. Eres el corazón más grande que existe.

Fortunata se acordó otra vez de su amigo y maestro Feijoo. El corazón grande era un mal y había que recortarlo.

—Reconozco—prosiguió el *Delfín*—que vales mucho más que yo, como corazón; pero mucho más. Soy al lado tuyo muy poca cosa, *nena negra*. No sé qué tienes en esos condenados ojos. Te andan dentro de ellos todas las auroras de la gloria celestial y todas las llamas del infierno... Quiéreme, aunque no me lo merezco.

—¡Me muero por ti!—tirándole suavemente de las barbas—. Si no me quieres, te irás al infierno...; para que lo sepas; te irás conmigo...; te llevaré yo arrastrándote por estas barbas.

Risas.

—¡Qué feliz soy, pero qué feliz soy hoy, Dios mío!—exclamó la joven, con semblante y ojos iluminados—. No me cambiaría por todos los ángeles y serafines que están brincando delante de su Divina Majestad en el cielo; no me cambiaría, no me cambiaría.

—Ni yo...; hace tiempo que yo necesitaba una alegría. Estaba triste, y decía: "A mí me falta algo; pero ¿qué es lo que me falta a mí?"

—Yo también estaba triste. Pero el corazón me está diciendo hace tiempo:

"Tú volverás, tú volverás..." Y si una no volviera, ¿para qué es vivir? Vivir para que llegue un día así; lo demás es estarse muriendo siempre.

—Es tarde, y no quiero que te comprometas. Precaución, chica. No hagamos tonterías.

Volviendo a acordarse de Feijoo, repitió ella:

—Lo principal es no hacer tonterías.

—Quedamos en que...

—Mañana, a la hora que te venga mejor.

—Cochero, vuelva usted.

—Déjame a la entrada de la calle de Valencia.

—Donde tú quieras.

—Y pasado mañana también—dijo tras una pausa y con ansiedad la insensata mujer.

—Y al otro, y al otro... Pero no muerdas...

Miraba ella el porvenir, y su radiante felicidad se nublaba con la idea de que los días venideros desmintieran aquel en que estaba.

—Porque ahora no serás tan malito como antes. ¿Verdad, pillín mío?... ¿No serás, no, verdad, rico mío?

—Que no, que no... Vas a ver... Tú te convencerás...

—Júramelo... ¡Ah! ¡Qué tonta! ¡Cómo si los juramentos valieran! En fin, que ahora tomaré mis precauciones... Si mi idea se cumple...

—¿Y cuál es tu idea? ¿Qué idea es ésa?

—No te lo quiero decir... Es una idea mía: si te la dijera, te parecería una barbaridad. No lo entenderías... Pero ¿qué te crees tú, que yo no tengo también mi talento?

—Lo que tú tienes, *nena negra*, es toda la sal de Dios—besándola con romanticismo.

—Pues eso..., junto con la sal, está la idea... Si mi idea se cumple... No te quiero decir más.

—Mañana me lo dirás.

—No, mañana tampoco... El año que viene.

—*Ya llegó el instante fiero...*

—*Silvia, de la despedida.* Déjame aquí. Adiós, hijo de mi vida. Acuérdate de mí. ¡Que no fueran los minutos horas! Adiós..., me muero por ti.

—Que no faltes. Y no te olvides del número.

—¿Qué me he de olvidar, hombre? Primero me olvidaré de mi nombre.

—A la una en punto. Adiós, negra salada.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Madrid, diciembre de 1886.

CUARTA PARTE

CAPITULO PRIMERO

EN LA CALLE DEL AVE MARÍA

I

Segismundo Ballester (el licenciado en Farmacia que estaba al frente de la botica de Samaniego) tenía frecuentes altercados con Maxi por los garrafales errores en que éste incurría. Llegó el caso de prohibirle que hiciese por sí solo ningún medicamento de cuidado.

—¡Carambita, hijo, si da usted en confundirme los *alcoholatos* con las *tinturas alcohólicas*, apaga y vámonos! Este frasco es el *alcohol de cocledria*, y este otro la *tintura de acónito*... Vea usted la receta, y fíjese bien... Si seguimos así, lo mejor sería que doña Casta cerrase el establecimiento.

Y expresándose así, con ínfulas y asperezas de dómine, Ballester le quitó de las manos a su subalterno lo que entre ellas tenía.

—Pero ¿qué demonios ha echado usted aquí?—dijo luego con enojo, llevándose el potingue a la nariz—. O esto es *valeriana* o no sé lo que me pesco. ¡Cuando digo...! Hoy está usted muy malo. Más vale que se retire a su casa. Yo me las arreglo mejor solo. Cuidarse; llévese usted un derivativo... Mire, mire, llévese también un preparado de hierro. El derivativo se lo zampa en ayunas....

Luego en cada comida se atiza una píldora de *hierro reducido por el hidrógeno,* con *extracto de ajenjos*... Por la noche, al acostarse, se atiza usted otra... Con estos calores conviene no abusar mucho del hierro, ¿sabe?, y, sobre todo, paséese usted y no lea tanto.

Relevado por su regente de la obligación de trabajar, Rubín se fué al laboratorio, y tomando de debajo de la silla un librote, se puso a leer. Profundísima tristeza se revelaba en su rostro enjuto y granuloso. Caía en la lectura como en una cisterna: tan abstraído estaba y tan apartado de todo lo que no fuera el torbellino de letras en que nadaban sus ojos, y con sus ojos, su espíritu. Tomaba extrañas e increíbles posturas. A veces, las piernas, en cruz, subían por un tablero próximo hasta mucho más arriba de donde estaba la cabeza; a veces, una de ellas se metía dentro de la estantería baja, por entre dos garrafas de drogas. En los dobleces del cuerpo las rodillas juntábanse a ratos con el pecho, y una de las manos servía de almohada a la nuca. Ya se apoyaba en la mesa sobre el codo izquierdo, ya el sobaco derecho montaba sobre el respaldo de la silla, como si ésta fuera una muleta; ya, en fin, las piernas se extendían sobre la mesa, cual si fueran brazos. La silla, sustentada en las patas de atrás, anunciaba con lastimeros crujidos sus intenciones de deshacerse; y en tanto el libro cambiaba de disposición con aquellos extravagantes escorzos del cuerpo del lector. Tan pronto aparecía por arriba, sostenido en una sola mano, como agarrado con las dos, más abajo de donde estaban las rodillas; ya se le veía abierto con las hojas al viento, como si quisiera volar; ya doblado violentamente, a riesgo de desencuadernarse. Lo que nunca variaba ni disminuía era la atención del lector, siempre intensa y fija al través de todos los sacudimientos de la materia muscular, como el principio que sobrevive a las revoluciones.

Ballester iba y venía, trabajando sin cesar, y cantaba entre dientes estribillos de zarzuelas populares. Era un hombre simpático, no muy limpio, de barba inculta, la nariz muy gruesa, personalidad negligente, terminada por arriba en una cabellera de matorral, que debía de tener muy poco trato con los peines, y por abajo en anchas y muy usadas pantuflas de pana, que iba arrastrando por los ladrillos de la rebotica y laboratorio.

—Pero, alma de Dios, ya que no trabaja usted..., al menos, despache menudencias—dijo, parándose ante Rubín—. Mire: allí está esa mujer esperando hace un cuarto de hora... Diez céntimos de diaquilón. En aquella gaveta está. Vamos, menéese.

Rubín salía a la tienda y despachaba.

—¿En dónde están los frascos de Emulsión Scott?

—Mírelos, mírelos; si los tiene casi en la mano. Dígole que es preciso cuidar esa cabeza... ¡Otra vez a leer! Bueno; usted se acordará de mí... Leer, leer, y el aparato cerebroespinal que lo parta un rayo... Tararí, tararí...

Seguía cantando, y el otro, ¡plum!, se chapuzaba otra vez en su lectura.

—¿Y qué lee?..., vamos a ver—dijo Ballester mirando el libro—. *La pluralidad de mundos habitados*... Bueno va... ¡Cualquier día me iba yo a ocupar de si había personas en Júpiter! Cuando digo que usted, amigo Rubín, va a acabar mal. Aquí, para entre los dos: ¿a usted qué le va ni qué le viene con que haya gente en Marte o deje de haberla? ¿Le van a dar a usted algo por el descubrimiento? Tararí..., tararí. Yo doy de barato—añadió luego, poniéndose a machacar en el mortero—, yo doy de barato que haya familia en las estrellas: es más, declaro que la hay. Bueno, ¿y qué? La consecuencia es que estarán tan jorobados como nosotros.

Rubín no contestaba. A cierta hora dejó el libro, metiéndolo en un rincón de la anaquelería, que apestaba a fénico, entre dos potes de este líquido; después se restregaba los ojos y estiraba los brazos y el cuerpo todo, tardando lo menos cinco minutos en aquel desperezo, que activaba la circulación de su poca sangre. Cogía el hongo, que de una percha colgaba, y a la calle. Poco tenía que andar por ella para ir a su casa. Entró en ésta con la cabeza baja, las cejas fruncidas. Su tía le dijo que Fortunata no había venido aún y que la esperarían para comer. Maxi ocupó su sitio en la mesa, doña Lupe le recogió el sombrero, y volviendo al poco rato, sentóse en el sofá de paja; ambos esperaron un rato en silencio.

—Cuidado que hoy tarda más que nunca—observó doña Lupe; y como notase

en el rostro de su sobrino señales de desasosiego, se apresuró a entablar conversación más amena—. Todo el día me he estado acordando de lo que hablamos anoche. ¡Ah!, si tú fueras otro, si tú tuvieras ambición, pronto seríamos todos ricos. El farmacéutico que no hace dinero en estos tiempos es porque tiene vocación de pobre. Tú sabes bastante, y con un poco de trastienda y otro poco de farsa y mucho anuncio, mucho anuncio, negocio hecho. Créeme, yo te ayudaría.

—No crea usted, tía, yo también he pensado en eso. Ayer se me ocurría una aplicación del *hierro dializado* a sinfín de medicamentos... Creo que encontraría una fórmula nueva.

—Estas cosas, hijo, o se hacen en gordo o no se hacen. Si inventas algo, que sea *panacea,* una cosa que lo cure todo, absolutamente todo, y que se pueda vender en líquido, en píldoras, pastillas, cápsulas, jarabe, emplasto y en cigarros aspiradores. Pero, hombre, en tantísima droga como tenéis, ¿no hay tres o cuatro que bien combinadas sirvan para todos los enfermos? Es un dolor que teniendo la fortuna tan a la mano no se la coja. Mira el doctor Perpiñá, de la calle de Cañizares. Ha hecho un capitalazo con ese jarabe..., no recuerdo bien el nombre: es algo así como *latrofaccioso...*

—El *lactofosfato de cal perfeccionado* —dijo Maxi—. En cuanto a las *panaceas,* la moral farmacéutica no las admite.

—¡Qué tonto!... ¿Y qué tiene que ver la moral con esto? Lo que digo: no saldrás de pobre en toda tu vida... Lo mismo que el tontaina de Ballester: también me salió el otro día con esa música. ¿Nada os dice la experiencia? Ya veis: el pobre Samaniego no dejó capital a su familia porque también tocaba la misma tecla. Como que en su tiempo no se vendían en su farmacia sino muy contados específicos. Casta bufaba con esto. También ella desea que entre tú y Ballester le inventéis algo y deis nombre a la casa, y llenéis bien el cajón de dinero... Pero buen par de sosos tiene en su establecimiento.

Charla que te charla, doña Lupe miraba al reloj del comedor, mas no expresaba su impaciencia con palabras. Por fin sonó la campanilla débilmente. Era Fortunata, que, cuando iba tarde, llamaba con timidez y cautela, como si quisiera que hasta la campanilla comentase lo menos posible su tardío regreso al hogar doméstico. *Papitos* corrió a abrir, y doña Lupe fué a la cocina. Maxi habló con su mujer en un tono que indicaba la complacencia de verla, y se quejó suavemente de que no hubiese entrado antes. Tenía ella los ojos encendidos, como de haber llorado, y no era difícil conocer que disimulaba una gran pena. Pero Rubín no reparaba en lo cabizbaja y suspirona que estaba su mujer aquella noche. Hacía algún tiempo que la facultad de observación se eclipsaba en él; vivía de sí mismo, y todas sus ideas y sentimientos procedían de la elaboración interior. La impulsión objetiva era casi nula, resultando de esto una existencia enteramente soñadora.

A doña Lupe sí que no se le escapaba nada, y de todo iba tomando notas. Hablóse en la mesa del tiempo, del gran calor que se había metido, *impropio de la estación,* porque todavía no había entrado julio, aunque faltaban pocos días: de los trenes de ida y vuelta, y de la mucha gente que salía para las provincias del Norte. Con cierta timidez se aventuró Fortunata a decir que su marido debía dejarse de píldoras y decidirse a ir a San Sebastián a tomar baños de mar. Mostrándose muy apático, dijo el pobre chico que lo mismo era tomarlos en Madrid con las *algas marinas del Cantábrico,* a lo que respondió su mujer con energía:

—Eso de las algas es conversación, y aunque no lo fuera, lo que más importa es tomar las *brisas.*

Picando con el tenedor en el plato, para coger los garbanzos uno a uno, la señora de Jáuregui se decía lo siguiente: "Te veo venir..., buena pieza. Ya sé yo las *brisas* que tú quieres. Después de zarandearte aquí, quieres zarandearte allá, porque se te va el amigo... Sí, lo sé por Casta. Los señores de la plazuela de Pontejos se marchan mañana. Pero yo te respondo, picaronaza, de que con ésa no te sales... ¡A San Sebastián nada menos! Estás fresca... Ya te daré yo *brisas...*"

Vino luego doña Casta con Olimpia a proponerles dar un paseo al Prado. Rubín vacilaba; pero su mujer se negó resueltamente a salir. Fuése doña Lupe con sus amigas, y Fortunata y Maxi estuvieron solos hasta medianoche en la

sala, a oscuras, con los balcones abiertos, a causa del calor que reinaba, hablando de cosas enteramente apartadas de la realidad. El proponía los temas más extravagantes; por ejemplo:

—¿Cuál de nosotros dos se morirá primero? Porque yo estoy muy delicado; pero con estos achaques, quizá tenga tela para muchos años. Los temperamentos delicados son los que más viven, y los robustos están más expuestos a dar un estallido.

Hacía ella esfuerzos por sostener plática tan soporífera y desagradable. Otra proposición de Maxi:

—Mira una cosa: si yo no estuviera casado contigo, me consagraría por entero a la vida religiosa. No sabes tú cómo me seduce, cómo me llama... Abstraerse, renunciar a todo, anular por completo la vida exterior, y vivir sólo para adentro. Este es el único bien positivo; lo demás es darle vueltas a una noria, de la cual no sale nunca una gota de agua.

Fortunata decía a todo que sí, y aparentando ocuparse de aquello, pensaba en lo suyo, meciéndose en la dulce oscuridad y la tibia atmósfera de la sala. Por los balcones entraba muy debilitada la luz de los faroles de la calle. Dicha luz reproducía en el techo de la habitación el foco de los candelabros, con las sombras de su armadura, y esta imagen fantástica, temblando sobre la superficie blanca del cielo raso, atraía las miradas de la triste joven, que estaba tendida en una butaca con la cabeza echada hacia atrás. Maxi volvió a machacar:

—Si no fuera por ti, no me importaría nada morirme. Es más, la idea de la muerte es grata a mi alma. La muerte es la esperanza de realizar en otra parte lo que aquí no ha sido más que una tentativa. Si nos aseguraran que no nos moriríamos nunca, pronto se convertiría uno en bestia; ¿no te parece a ti?

—Pues ¿qué duda tiene?—respondía la otra maquinalmente, dejando a su idea revolotear por el techo.

—Yo pienso mucho en esto, y me entregaría desde luego a la vida interior si no fuera porque está uno atado a un carro de afectos, del cual hay que tirar

"¡Ay Dios mío, la que me espera mañana!", pensó la esposa. Era probado: siempre que su marido estaba por las noches muy dado a la somnolencia espiritual, al día siguiente le entraba la desconfianza furibunda y la manía de que todos se conjuraban contra él.

Poco después de esto dijo Maxi que se quería acostar. Fortunata encendió luz, y él fué hacia la alcoba, arrastrando los pies como un viejo. Mientras su mujer le desnudaba, el pobre chico la sorprendió con estas palabras, que a ella le parecieron infernal inspiración de un cerebro dado a los demonios:

—Veremos si esta noche sueño lo mismo que soñé anoche. ¿No te lo he contado? Verás. Pues soñé que estaba yo en el laboratorio, y que me entretenía en distribuir bromuro potásico en papeletas de un gramo... a ojo. Estaba afligido, y me acordaba de ti. Puse lo menos cien papeletas, y después sentí en mí una sed muy rara, sed espiritual, que no se aplaca en fuentes de agua. Me fuí hacia el frasco de clorhidrato de morfina y me lo bebí todo. Caí al suelo, y en aquel sopor..., tú vete haciendo cargo..., en aquel sopor se me apareció un ángel y me dijo, dice: "José, no tengas celos, que si tu mujer está encinta, es por obra del *Pensamiento puro*..." ¿Ves qué disparates? Es que ayer tarde trinqué la Biblia y leí el pasaje aquel de...

Maxi se estiró en la cama, y cerrando los ojos cayó al instante en profundo sueño, cual si se hubiera bebido todo el láudano de la farmacia.

II

Fortunata no se acostó en la cama, porque hacía mucho calor. Echóse medio vestida en el sofá, y a la madrugada, después de haber dormido algunos ratos, sintió que su marido estaba despierto. Oíale dar suspiros y gruñir como una persona sofocada por la cólera. Sintióle palpar en la mesa de noche buscando la caja de cerillas. Esta se cayó al suelo y en el suelo vió Fortunata la claridad lívida que los fósforos despiden en la oscuridad. La mano de Maxi descendió buscando la caja y al fin pudo apoderarse de ella. Fortunata vió subir el azulado resplandor, como difusa humareda. Este fenómeno desapareció con el restallido del fósforo y la instantánea presencia de la luz alumbrando la estancia. Los ojos del joven se esparcieron ansio-

sos por ella, y viendo a su mujer acostada, dijo:

—¡Ah!..., estás ahí... ¡Qué bien haces el papel!

Para evitar cuestiones tan a deshora, la esposa fingió que dormía. Pero entreabriendo los ojos le vió encender la vela. Púsose Maxi la ropa necesaria para no levantarse desnudo, y se bajó de la cama cautelosamente. Cogiendo la vela, salió al pasillo. Fortunata le sintió reconociendo el cerrojo de la puerta, registrando el cuarto en que ella tenía su ropa, y después el comedor y la cocina. Tantas veces había hecho Maxi aquello mismo, que su mujer se había acostumbrado a tal extravagancia. Era que le acometía la pícara idea de que alguien entraba o quería entrar en la casa con intenciones de robarle su honor.

Cuando Maxi volvió a su alcoba, ya principiaba a apuntar el día.

"Si no te cojo hoy, te cojo mañana —rezongaba—. No hay nada; pero yo sentí pasos, yo sentí cuchicheos; tú saliste de aquí... Has vuelto a entrar y estás ahí haciéndote la dormida, para engañarme... Déjate estar... Yo estoy con mucho ojo, y aunque parezca que no veo nada, lo veo todo... A buena parte vienes... Que andaba un hombre por los pasillos, no tiene duda. No vale el jurarme que no había nadie. Pues qué, ¿no tengo yo oídos?... ¿Estoy yo tonto?"

Decía esto sentado al borde del lecho, la vela en la mano, mirando a su mujer, que continuaba fingiéndose dormida, con la esperanza de que se aplacara. Pero esto no era fácil, y, una vez desatada la insana manía, ya había jaqueca para un rato. Acabando de vestirse, empezó a dar trancos por la habitación, manoteando y hablando solo.

"No, no, no... Si creen que me la dan, se equivocan. Lo más horrible es que mi tía es encubridora... Pues qué, ¿entraría nadie en la casa si ella no lo consintiera? Y *Papitos* también es encubridora. Buenas propinas se calzará. Pero ya te arreglaré yo, *celestina* menuda. Que no vengan con tonterías. Ayer noté yo bien marcadas en el felpudo de la entrada las suelas de unas botas de persona fina. Dicen que el aguador... ¡Qué aguador ni qué niño muerto!... Y anteayer había en esta misma alcoba la impresión, sí, la impresión de una persona que aquí estuvo. No lo puedo explicar; era como huellas dejadas en el aire, como un olor, como el molde de un cuerpo en el ambiente. No me equivoco: aquí entró alguien. Lucido, lucido papel estoy haciendo. ¡Dios mío! ¿De qué le vale a uno el poner su honor por encima de todas las cosas? Viene un cualquiera y lo pisotea, y lo llena de inmundicia. Y no le basta a uno vigilar, vigilar, vigilar. Yo no duermo nada, y, sin embargo... Pero es preciso vigilar más todavía y no perder de vista ni un momento a mi mujer, a mi tía, a *Papitos*... Esta condenada *Papitos* es la que abre la puerta, y yo la voy a reventar."

Fortunata creyó, al fin, que convenía hacer que despertaba. Lo particular era que en aquella crisis el desventurado joven no pasaba de las extravagancias de lenguaje a las violencias de obra; todo era quejas acerbadísimas, afán angustioso por su honor y amenazas de que iba a hacer y acontecer.

—¿Qué disparates estás hablando ahí? —le dijo su mujer—. ¿Por qué no te acuestas? Ya que tú no duermas, déjame dormir a mí.

—¿Te parece que, después de lo que has hecho, se puede dormir? ¡Qué conciencias, válgame Dios, qué conciencias éstas!... Tú lo negarás ahora... ¿Quién andaba por los pasillos? Claro, el gato. El pobre minino paga todas las culpas. Y tú, ¿a qué saliste? A jugar con el gato, ¿verdad? Justo. ¡Y eso me lo he de tragar yo! Lo que me anonada es que mi tía consienta esto, mi tía, que me quiere tanto. Tú, ya sé que no me quieres; pero mi tía... Vamos que... Pues esa víbora de *Papitos*, con su cara de mona... ¡Qué Humanidad, Dios mío! El hombre honrado no tiene defensa contra tanto enemigo; la traición le rodea; la deslealtad le acecha. Aquellos en quienes más confía le venden. Donde menos lo piensa, en el seno de la familia, salta un Judas. En la Tierra no hay ni puede haber honor. En el Cielo únicamente, porque Dios es el único que no nos engaña, el único que no se pone careta de amor para darnos la puñalada.

Fortunata se vistió a toda prisa. Sabía por experiencia que mientras más se le contradecía era peor. Un rato estuvo sentada en el sofá, oyéndole disparatar y aguardando a que avanzara un poco la mañana para avisar a doña

Lupe. Antes de ir a lavarse pasó por la alcoba de su tía, que ya se estaba vistiendo, y le dijo:

—Hoy está atroz... ¡Pobrecito!... A ver si usted le puede calmar.

—Voy, voy allá... Veo que sin mí no os podéis gobernar. Si yo faltara..., no quiero pensarlo. Mira, pon en planta a *Papitos*, y que encienda lumbre... Le haremos chocolate en seguida; porque la debilidad es lo que le pone así, y hay que meterle lastre en aquel pobre cuerpo Toma las llaves, saca de aquel chocolate que nos dió Ballester, *chocolate con hierro dializado*... ¡Qué chico, vaya por dónde le da!... Salgo al momento.

Cuando su tía entró con el chocolate, Maxi seguía tan disparado como antes.

—Lo que yo extraño, tía, lo que yo no puedo explicarme—dijo, clavando en ella sus ojos, que relampagueaban—, es que usted consienta esto y lo encubra y me quiera matar, porque, sépalo usted, para mí el honor es primero que la vida.

—Hijo de mi alma—le contestó doña Lupe, poniendo el chocolate sobre la mesa—, después hablaremos de eso... Yo te explicaré lo que hay, y te convencerás de que todo es una figuración tuya. Toma primero el chocolate, que estás muy débil...

El joven se dejó caer en el sofá, inclinándose hacia la mesa próxima, en que el desayuno estaba, y, tomando un bizcocho, lo mojó en el líquido espeso. Antes de probarlo se le fué la lengua otra vez acerca de lo mismo, si bien en tono más tranquilo.

—No sé cómo me va a usted a convencer, cuando yo tengo oídos, yo tengo ojos, y ante la evidencia no valen...

Hizo un gesto de repugnancia y horror al probar el bizcocho mojado.

—Tía... ¡Fortunata!... ¿Qué es esto? ¿Qué me dan?... Este chocolate tiene arsénico.

—Hijo, ¡por María Santísima!—exclamó doña Lupe, consternada, a punto que entraba su sobrina.

—Pero ¿ustedes creen que a mí se me puede ocultar el gusto del arsénico?... —dijo, enteramente descompuesto, los ojos extraviados—. Y no son tontas; ponen poca dosis... Un centigramo, para irme matando lentamente... Y apuesto a que ha sido Ballester el que les ha dado el ácido arsenioso..., porque también él está contra mí... ¿Qué infierno es éste, Dios mío?...

—Vamos, esto no se puede sufrir. Decir que le hemos envenenado el chocolate...

—Gusto a arsénico..., clavado...; ¡pero tan clavado...!

Levantóse en actitud de desesperación y volvió a la inquietud delirante de sus paseos.

—Tendré que dejarme morir de hambre..., es horrible... Mi casa, llena de enemigos. Las personas que más me querían antes, ahora desean mi muerte.

—¡Conque arsénico!...—dijo Fortunata, tomándolo a broma, con esperanza de obtener así mejor efecto—. Para que veas que eres un simple y un majadero, voy a tomarme yo el chocolate.

Y en el acto empezó a tomarlo. Su marido la miraba atónito.

—A ver si espichamos de una vez... El podrá tener veneno, pero bien rico está... ¿Te convences ahora?... Me tomaría otra jícara. No creas, me vendría bien que esto matara, porque así me iba pronto de este mundo, que maldita la gracia que tiene, con las jaquecas que me das y lo mucho que nos haces sufrir.

Doña Lupe, en tanto, trajo la cocinilla económica para hacer, en presencia de Maxi, otro chocolate. Aun así, fué preciso sostener una lucha penosa para que se decidiera a probarlo, pues insistía en que también aquél tenía gusto a arsénico.

—Aunque no tanto, convengo en que no es tanto.

Después tomando tonos de transacción, les dijo:

—Yo creo que todo ello es cosa de *Papitos*..., porque ustedes no saben lo mala que es y la inquina que me tiene.

—Vamos, que es para pegarte—le contestó doña Lupe—. ¡Tomarla así con la pobre *Papitos*!... Mira: cuando te den manías, échame a mí toda la culpa. Yo sé desenvolverme y probar mi inocencia. Y ahora, ¿por qué no os vais los dos a dar un paseíto por el Retiro? Hasta las nueve no hace calor; la mañana está deliciosa.

Fortunata apoyó esta proposición; pero él no tenía ganas de salir. Continuaba en el sofá, apoyado el codo en la mesilla y la cabeza en la mano, mirando al suelo, como si quisiera contar los juncos

de la esterita que había junto al sofá. Las dos mujeres se miraban, comunicándose con los ojos malas impresiones.

—Eso—murmuró él de una manera torva y recelosa—. Quieren echarme a la calle para...

—Pero, alma de Dios, si va ella contigo...

—Y ¿adónde me quiere llevar? Sabe Dios... Alguna trampa que me quieren armar. Si sólo fuera para asesinarme, pase; pero si es para atentar al sagrado de mi honor...

—Todo sea por Dios.

—¿No sabe usted, tía, que hace tres meses..., *La Correspondencia* lo trajo..., una mujer llevó a su marido al Retiro, y cuando iban por un paraje solitario salió el cómplice..., sí, el cómplice, que estaba escondido tras unas matas, y entre ella y aquel tuno cogieron al pobre marido, le ataron de pies y manos y le arrojaron al estanque?...

—¡Jesús, qué barbaridad! ¿De dónde has sacado esos desatinos?

—*La Correspondencia* no ha traído tal cosa—dijo Fortunata.

—Vamos, lo habrás soñado tú.

—Yo no lo he soñado—gritó él, levantándose con golpe de resorte—. Es verdad; lo he leído en *La Correspondencia*..., y... ¡También me llaman embustero! Yo no digo más que la verdad. Las embusteras son ustedes..., ustedes, con esas conciencias cargadas de crímenes...

Doña Lupe cruzaba las manos y miraba al cielo, invocando la Justicia divina. Fortunata expresaba un gran abatimiento, cual si su paciencia tocase ya al punto en que agotarse debía.

—Mira—dijo la viuda—: vete a la botica, ponte a trabajar, y con la distracción se te despejará la cabeza.

Sabía por experiencia la señora de Jáuregui que en los ataques fuertes de su sobrino, Ballester era la única persona que le hacía entrar en razón, desplegando ante él ya la burla descarada, ya la autoridad seca y hasta cruel. Las personas de la familia, a quienes él quería, eran las más ineptas para dominarle, pues contra ellas iba la descarga de su recelo furibundo.

—Bueno, bajaré—dijo Maxi, tomando su sombrero—. Tengo que ajustarle las cuentas al señor de Ballester. De mí no se ríe más... Y, en último caso, que me lo diga cara a cara. ¿A que no se atreve? Es un cobarde y un traidor, que, vendiendo amistad, hiere por la espalda.

Tía y esposa no le dijeron nada, y fueron tras él. Cogiendo de la percha del recibimiento la caña que usaba, salió, dando un fuerte portazo. Bajó rápidamente y estuvo hablando un rato con la portera. Desde el balcón le vieron las dos señoras salir a la calle, pasar a la acera de enfrente, mirar hacia la casa... Ocultáronse ellas entonces, y, asomándose con cautela por entre los hierros, viéronle seguir, gesticulando y haciendo molinete con el bastón. A cada instante se paraba y volvía hacia atrás. Daba unos cuantos pasos, y otra vez por la calle arriba. En una de estas vueltas salió Ballester a la puerta de la botica y le llamó con gesto imperativo:

—¡Aquí, pronto!... ¡Me gusta!... Venga usted aquí.

En actitud semejante a la de un perro que ante el palo de su amo agacha las orejas y arrastra el rabo por el suelo, entró Rubín en la botica, diciendo a su regente:

—Buenos días, amigo Ballester. No le había visto. Iba a tomar un poco el aire. Y usted, ¿qué tal?

III

—Yo, bueno... Conque a tomar el aire... —contestó Segismundo con cara de muy mal genio—. El aire que me va usted a tomar ahora es ponerle las etiquetas a estos frascos de jarabes... Y cuidado con equivocarse. Las etiquetas rojas son las del *jarabe de corteza de naranja amarga con yoduro potásico*; las verdes, el mismo, con *hierro dializado*. Como usted me trueque las papeletas, le trituro.

Poníase a trabajar, y, cosa por demás extraña, a pesar del desorden de su cabeza, no cometía una sola equivocación, ni aun cuando le dieron seis clases más de jarabes con sus correspondientes letreros de diferentes colores. Ballester, pues ya tenía noticia, por una esquelita de doña Lupe, del rudo acceso de aquella mañana, le vigilaba disimuladamente, mirándole por el rabillo del ojo; pero en una de las vueltas que dió al laboratorio, Maxi dejó bruscamente el trabajo y se fué a la calle sin sombrero.

Al volver a la tienda y notar la ausencia del joven, el gerente se quedó muy tranquilo y no dijo más que: "Ya voló... Bueno va." Tomaba con calma las extravagancias de su colega, y su deseo era que una de aquellas escapatorias fuera la del humo. "Pero no tendré esa suerte—decía—, y ya me le volverán a traer para que le amanse."

Maxi subió a su casa. Al abrirle la puerta no se admiró Fortunata de lo descompuesto que venía, porque ya no eran nuevas aquellas inesperadas apariciones.

—Supongo—dijo él con trémulo labio—que no me lo negarás ahora... Puede que mi tía lo niegue..., ¡es tan hipócrita...! Pero tú, no; tú eres mala y sincera. Cuando das el golpe mortal, lo dices, ¿verdad? Y ahora, ante los hechos palpables, evidentes, ¿qué tenéis que decir?

—Otra vez... Pero, hijo...—chilló doña Lupe, saliendo al recibimiento.

—Usted, tía, se empeñará en negarlo ahora...; pero ésta no lo niega. Cierto que no le cogeré, porque habrá saltado por el balcón;' pero no me negarán que entró... Le he visto yo, le he visto pasar por delante de la botica... En la escalera ha dejado su huella, su rastro, rastro y huella, señoras, que no se pueden confundir con nada..., pero con nada.

—¡Pues estamos divertidas!—dijo doña Lupe a Fortunata, que daba suspiros mirando a su marido con lástima intensísima.

—La que me las va a pagar todas juntas es esa indecente de *Papitos*—gritó él, dando algunos pasos hacia la cocina.

—*¡Papitos!* Está en la compra. ¡Pobre chica!... ¡Ea!, ya estamos hartas. A ver si nos dejas en paz. Le encargaremos a Ballester que lo amarre... Niño, niño, se acabaron las tonterías.

Diciendo esto, le cogía por un brazo y le sacudía con ira materna y correccional.

—Mira que no te podemos sufrir... Lo que tú tienes es mucho mimo.

El desgraciado joven se dejó caer en un banco que en el recibimiento había, el cual semejaba banco de iglesia, y allí se transformó la máscara insana de su rostro, pasando de la furia a la consternación.

—Garantíceme usted..., pues..., que mi honor está... lo que llaman intacto..., y yo me tranquilizaré.

—¡Tu honor! Pero ¿quién diablos se ha metido con él? Si todo es humo, humo que hay dentro de esa cabeza.

—¡Humo!... ¡Ah!...

—Sí, todo humo—dijo Fortunata, poniéndole cariñosamente la mano en el hombro—. No pienses y no temerás nada. Es la imaginación, nada más que la imaginación..., la loca de la casa, como decía tu hermano Nicolás.

—¿Sabes lo que vamos a hacer?—indicó doña Lupe, algún tiempo después, aprovechando la relativa calma que en su sobrino se notaba—. Pues vamos a darle de almorzar.

Su mujer le agarró por un brazo para llevarle a la mesa, y él no hizo ninguna resistencia. Temían una y otra que no quisiese tomar *nada*, fundándose en que la comida estaba envenenada; pero, con gran sorpresa de ambas, Maxi no manifestó recelo alguno sobre este particular. Tenía poco apetito, y para que pasara algo, las dos hubieron de hacer a competencia considerable gasto de palabras tiernas. Tan cariñosas se mostraron, que Maxi comió más que otros días, sin hacer observación alguna ni quejarse de lo mal condimentado que estaba todo. Hiciéronle café, y esto fué lo único que tomó con gana. De sobremesa, trató doña Lupe de alegrarse los espíritus, charlando de cosas enteramente contrarias a aquella monserga del honor; mas él daba a conocer con suspiros profundos que la tormenta de su alma no estaba del todo extinguida. Pero la fuerza del ataque había pasado, y pronto vendría la completa serenidad. Al despedirse para volver a la botica, llevó a su mujer aparte y le dijo:

—Prométeme no salir esta tarde..., prométeme no salir nunca sino conmigo.

—¡Salir yo! ¡Qué disparates se te ocurren! No pienso en tal cosa—repitió ella, sonriendo—. Aquí me estaré esperándote. A la noche iremos a casa de doña Casta. ¿Quieres? O a paseo.

Mientras esto decía, doña Lupe, acechándola desde un rincón del pasillo, fijaba en ella una mirada astuta.

Aquella tarde estuvo Maxi en la botica bastante más calmado. En un rato que tuvo libre, se fué al rincón del laboratorio en que guardaba sus libros, y

cogió uno, disponiéndose a sumergirse en la lectura. Pero Ballester tomó una vara, se fué derecho a él, y, arrebatándole el libro, le amenazó con castigarle.

—¡Ea!, dejémonos de sabidurías, que eso es lo que nos trastorna. ¿A ver qué es esto?... Hombre, ¡qué bonito! *Errores de la teogonía egipcia y persa...* Esto reza el epígrafe del capítulo... Pero, criatura, ¡que siempre ha de estar usted metiéndose en lo que no le importa! ¿Qué le va a usted ni qué le viene con que aquellos bárbaros, que ya se murieron hace miles de años, adoraran muchos dioses?... Es gana de meterse en vidas ajenas. ¡Que tenían los dioses por gruesas! Bueno, ¿y qué? ¿Acaso los tiene usted que mantener?... Lo que yo digo: es gana de entremeterse. No puedo ver tanta tontería—exaltándose más a cada frase y llegando hasta la cólera—; no puedo ver que un cristiano se queme las cejas por averiguar cosas de las cuales ha de sacar lo que el negro del sermón... Que le escondo los libros, que se los quemo... Voy al momento.

Esto último se lo decía a un parroquiano que mostraba una receta.

—A ver, marmolillo—por Maxi—, menéese usted. Alcánceme el alcanfor, el nitro dulce, el polvo de regaliz...

Confeccionada la medicina en un dos por tres, volvió Ballester a coger la vara, y continuó la filípica de este modo:

—Lo mismo que la tontería en que ahora ha dado...; que le van a quitar su honor, que entran hombres en la casa..., que por todas partes se le tienden asechanzas a su honor... ¡Qué melodramáticos estamos y qué simples *semos!* Parece mentira que tales absurdos se le ocurran a quien está casado con una mujer que es *la casta Susana,* sí, señor, me ratifico: *la casta Susana,* mujer que antes se dejaría descuartizar que mirarle a la cara a un hombre. Y si lo sabe usted, ¿para qué arma esas tragedias? ¡Ah! Si yo tuviera una hembra así, tan hermosa, tan virtuosa; si yo tuviera a mi lado una virgen como ésa, la adoraría de rodillas y primero me apaleaban que darle un disgusto. ¡Su honor! Si tiene usted más honor que..., vamos, no sé con qué compararlo. Tiene usted un honor más limpio que el sol..., ¿qué digo sol, si el sol tiene manchas?; más limpio que la limpieza. Y todavía se queja... Nada, yo le voy a curar a usted con esta vara. En cuanto hable del honor, ¡zas!... No hay otra manera. Lo que yo digo: esas cosas las hace usted por lo muy mimadito que está. Tía que le cuida, mujer guapa que le mima también y que se mira en las niñas de sus ojos... Como que es la verdad... Carambita, pues si yo tuviera una mujer así...

Al llegar a esta parte de la reprimenda que Segismundo le espetaba más serio que un ladrillo, Rubín se había tranquilizado tanto, que casi estaba dispuesto a oírle con benevolencia y hasta con jovialidad. Y concluyó por sonreír, y al cabo de un gran rato le dijo:

—Amigo Ballester, le convido a usted a Variedades esta noche. ¿Quiere?

—Pues ¿no he de querer? Bueno va. Pedradas de ésas vengan todos los días, ilustre amigo mío. Iremos..., en el bien entendido de que venga Padilla esta noche a quedarse de guardia. Vamos ahora, mi queridísimo colega, a hacer estas píldoras de *protoyoduro de mercurio.* Prepare usted el regaliz y el mucílago de goma arábiga. Receta de cuidado. Mucho ojo. Le digo a usted que no hay ciencia más sublime que la Farmacia. ¡Cuánto más bonito que averiguar si hubo o no tantas o cuántas docenas de dioses! Vamos allá; mucho cuidado con este precioso mercurial. Aviado estará el enfermo para quien sea. No, no le arriendo la ganancia. Pero a fe que se habrá divertido bastante en este mundo con las mozas guapas, y si buenos azotes le cuesta ahora, buenas ínsulas se habrá calzado. ¡Eh!..., cuidado con la dosis. No sea usted tan vivo de genio. Mire que va a jorobar al paciente, y la saliva que eche va a llegar hasta aquí... ¡Qué hermosa es la Farmacia! Para mí hay dos artes: la Farmacia y la Música. Ambas curan a la Humanidad. La Música es la Farmacia del alma, y la..., viceversa, ya usted me entiende. Nosotros, ¿qué somos sino los compositores del cuerpo? Usted es un Rossini, por ejemplo; yo, un Beethoven. En uno y otro arte todo es combinar, combinar. Llámanse notas allá; aquí las llamamos drogas, sustancias; allá, sonatas, oratorios y cuartetos...; aquí, vomitivos, diuréticos, tónicos, etc... El *quid* está en saber herir con la composición la parte sensible... ¿Qué le parecen a usted estas teorías?... Cuando desafinamos, el enfermo se muere.

A poco llegó el practicante, que sólo

hacía servicio en la botica por las noches, y, llevándole aparte, le dijo Segismundo:

—Amigo Padilla, hoy mismo le voy a proponer a doña Casta que vengas de día, porque esta calamidad de Rubín tiene la cabeza como un cesto, y me temo que si se queda solo envenene a toda la parroquia.

IV

Aquella noche, después de comer, fueron todos a casa de doña Casta, donde debían reunirse para ir a paseo. Pero a poco de estar allí entró Ballester, diciendo que se había levantado un airote muy fuerte y amenazaba tormenta, por lo que unánimemente se acordó no salir; se encendió luz en la sala, y doña Casta dijo a Olimpia que tocara la pieza para que la oyeran Maximiliano y Ballester.

Olimpia era la menor de las hijas de Samaniego, y hubiera causado gran admiración en la época en que era moda ser tísico, o al menos parecerlo. Delgada, espiritual, ojerosa, con un corte de cara fino y de expresión romántica, la niña aquella habría sido perfecta beldad cincuenta años ha, en tiempo de los tirabuzones y de los talles de sílfide. Quería doña Casta que sus niñas tuvieran un medio de ganarse la vida para el día en que, por cualquier contingencia, empobreciesen, y Olimpia fué llevada al Conservatorio desde edad temprana. Siete años estuvo tecleando, y después tecleaba en casa, bajo la dirección de un reputado maestro que iba dos veces por semana. Tratábase de que ganara premio en los exámenes, y para esto la niña estuvo por espacio de tres años estudiando una dichosa pieza, que no acababa de dominar nunca. Pieza por la mañana, pieza por la tarde y noche. Ballester se la sabía ya de memoria, sin perder nota. No había logrado Olimpia *decir* toda, toda la pieza, desde el *adagio patético* hasta el *presto con fuoco*, sin equivocarse alguna vez, y siempre que tocaba delante de gente, se embarullaba y hacía un pisto de notas que ni Cristo lo entendía. Por eso doña Casta le mandaba tocar cuando había personas extrañas, para que fuese perdiendo el miedo al *público*.

La determinación de no salir a paseo puso a la señorita de mal talante, porque no podía hablar con su novio, que a aquella hora estaba clavado en la esquina de la calle de los Tres Peces, esperando a que saliese la familia para incorporarse. Era un chico de mérito, que estudiaba el último año de no sé qué carrera, y escribía artículos de crítica (gratis) en diferentes periódicos. A pesar de sus notables prendas, doña Casta no le veía con buenos ojos, porque la crítica, francamente, como oficio para mantener una familia, no le parecía de lo más lucrativo. Pero Olimpia estaba muy apasionada; leía todos los artículos de su novio, que éste le llevaba recortados de los periódicos y pegados en cuartillas, y con esta lectura se iba ilustrando considerablemente. Todo aquel fárrago de sentencias estéticas lo guardaba con las cartas y con los mechones de pelo. Doña Casta no permitía aún al apreciable joven entrar en la casa.

Tocó la niña su pieza con no poca fatiga, a ratos aporreando las teclas, como si las quisiera castigar por alguna falta que habían cometido; a ratos acariciándolas para que sonaran suavemente con ayuda del pedal, arqueando el cuerpo, ya de un lado, ya de otro, y poniendo cara afligida o de mal genio, según el pasaje. Parecía que los dedos eran bocas, y que estas bocas tenían hambre atrasada por las muchas notas que se comían. En ciertas escalas difíciles, algunas notas se anticipaban a sus predecesoras, y otras se quedaban rezagadas; pero cuando llegaba un efecto fácil, la pianista decía: "Aquí no peco", y se indemnizaba de las pifias que cometiera antes. Durante el largo martirio de las teclas, las exclamaciones de admiración no cesaban.

—¡Qué dedos los de esta chica!... Me río yo de Guelbenzu... Y ¡qué talento artístico, qué expresión!—decía el gran tuno de Ballester.

Y doña Casta:

—Ahora viene el paso difícil, ahora... En este trozo no tiene pero... ¡Qué limpieza..., qué manera de frasear!...

Doña Lupe también hacía aspavientos, y Fortunata se veía obligada a expresar su entusiasmo, aunque no entendía una palabra de tal cencerrada, y en su interior se pasmaba de que aquello se llamase arte *sublime*, y de que las perso-

nas formales aplaudiesen música semejante a la de un taller de calderería. Cualquier tonadilla de los pianitos de ruedas que van por la calle le gustaba y le conmovía más.

Olimpia tocaba con fe y emoción, presumiendo que el espejo de los críticos la oía desde la calle. Cuando concluyó estaba rendida, sudorosa, le dolían todos los huesos y apenas podía respirar. Ni siquiera tenía aliento para dar las gracias por las flores que todos le echaban. La tos que le entró parecía anunciar un ataque de hemoptisis.

—Hija mía—le dijo su mamá, viéndola ir hacia el balcón—, no te asomes, que estás sudando. Toma, ponte esta toquilla.

Y se la ponía, y no pudiendo refrenar las ganas de salir al balcón, salió con Fortunata, y ambas estuvieron contemplando el alma en pena que se paseaba en la acera de enfrente.

Al poco rato entró Aurora, la mayor de las *Samaniegas,* que era muy distinta de su hermana: pelinegra, bien parecida, sin ser una hermosura de esas que a un color anémico unen cierta robustez fofa y lozanía de carnes incoloras. Su pecho era desproporcionadamente abultado; su cuello, corto; las caderas y el talle, bien torneados, y las costuras de las mangas parecían próximas a reventar por la gordura creciente de los brazos. La cabeza era bonita, de poco pelo y muy bien arreglada. Tenía más entendimiento que su hermana; vestía con esa sencillez airosa de las mujeres extranjeras que se ganan la vida en un mostrador de tienda elegante o llevando la contabilidad de un restaurante. Su traje era siempre de un solo color, sin combinaciones, de un corte severo y como expeditivo, traje de mujer joven que sale sola a la calle y trabaja honradamente.

Expliquemos esto. Aurora Samaniego tenía treinta años y era viuda de un francés que vino a España representando casas extranjeras de droguería. A poco de casarse, allá por el 65, el francés se fué con su mujer a Burdeos, y allí heredó de sus padres un establecimiento de ropa blanca, que mejoró a fuerza de trabajo, poniendo en él las bases de una fortuna. Pero entre Bismarck y Napoleón III lo echaron todo a perder, pues por causa de estos dos personajes sobrevino la guerra de 1870, que tantas esperanzas había de segar en flor. Fenelón, que era hombre bonísimo y de inteligencia mercantil, tenía el defecto del *chauvinisme.* Empuñó las armas, se agregó a un cuerpo de ejército, y a los primeros disparos los prusianos le dejaron seco.

Viuda y con poco dinero, aunque también sin hijos, Aurora volvió a Madrid, donde las disposiciones y hábitos de trabajo que había adquirido no pudieron tener empleo por no existir aquí *grandes almacenes,* y los que hay están servidos por esos gandulones de horteras que usurpan a las muchachas el único medio decoroso de ganarse la vida. Había aprendido la viuda de Fenelón cuanto hay que saber en lo concerniente al ramo de ropa blanca; estaba fuerte en contabilidad; tenía nociones claras del orden económico y del régimen a que debe sujetarse un negocio bien montado, y hablaba el francés a la perfección. Pero todos estos méritos habrían sido inútiles hasta el fin del mundo, si no se le ocurriera a Pepe Samaniego establecer el comercio de ropa blanca *con arreglo a los últimos adelantos del extranjero,* y llevar a él a persona tan inteligente y para el caso como su prima. El plan era vastísimo. Aurora estaría al frente del departamento de equipos de boda y canastillas de bautizo, ropa de niños y de señora. El capital para la instalación de esta importante industria habíalo facilitado don Manuel Moreno-Isla, que tenía confianza en la honradez y tino de Pepe Samaniego. La tienda estaría en una casa nueva de la subida a Santa Cruz, frente por frente a la calle de Pontejos, y sus escaparates serían, de seguro, los más vistosos y elegantes de Madrid. Inauguración, el 1 de septiembre.

Samaniego estaba en París haciendo compras, y en la fecha a que esto se refiere ya empezaban a venir algunas cajas. En la tienda provisional, que estaba próxima a la definitiva, había ya mucho trabajo. Aurora, al frente de una graciosa pléyade de oficialas habilísimas, estaba disponiendo las piezas-modelo que se habían de presentar en los primeros días como muestras de las ricas confecciones de la casa. De sol a sol vivía entre oleadas de batista con espuma de encajes riquísimos, cortando y probando, puntada aquí, tijeretazo allá, gobernando

su hato de cosedoras con tanta inteligencia como autoridad.

Por las noches, cuando llegaba a su casa, rendida, su madre gustaba de que estuvieran presentes doña Lupe, Fortunata o las demás amigas, para dar rienda suelta a su vanidad. En cuanto la veía entrar, se le iluminaba el rostro, y ya no se hablaba más que del establecimiento nuevo y de las cosas no vistas que en él admiraría el Madrid elegante. Las cuatro mujeres no paraban el pico hasta las doce, y por eso Ballester, aquella noche, al ver que se armaba el nublado de ropa blanca, cogió por un brazo a Maxi y le dijo:

—Nosotros nos vamos a ver una piececita en Variedades.

Dicho se está que Olimpia, no participando de la presunción ni del entusiasmo mercantil de su mamá, seguía posada en el antepecho del balcón del gabinete, viendo pasar la sombra melancólica del aburrido Aristarco, y arrojándole desde arriba alguna palabrilla para que endulzara el plantón.

—Estarás muy cansada. Siéntate—decía doña Casta a su hija, armando el corrillo—. ¿Cómo va eso?

—Hoy han estado probando el gas en la nueva tienda. Será una cosa espléndida. Ya están llegando cajas de novedades, cosas, ¡ay!, *por ejemplo*, tan bonitas, que en Madrid no se ha visto nada igual. Aquí no saben poner escaparates. Verán, verán el nuestro con *todo lo que hay de más lindo*, para llamar la atención y hacer que la gente se pare y entre a comprar algo. Después que entran, se les enseña más, *se les hace ver* esta y la otra cosa de precio, se los engatusa, y al fin caen. Los tenderos de aquí apenas tienen el arte del *étalage*, y en cuanto al arte de vender, pocos lo poseen. Hay muchos que pertenecen todavía a la escuela de Estupiñá, que reñía a los que iban a comprar.

—Yo creo—dijo doña Lupe con expresión avariciosa—que Pepe Samaniego va a hacer un gran negocio. Madrid está por explotar. Todo consiste en tener pesquis. ¡Oh! Pues en el ramo de Farmacia, Dios mío, hay una verdadera mina. Yo estoy bregando con Maxi para que invente, para que salga por ahí con su poco de *panacea*. Pero nos hemos vuelto todos muy morales y muy rigoristas. Vean por qué esta nación no adelanta, y los extranjeros nos explotan, llevándose todo el dinero.

Esta última frase llevó la conversación al primitivo terreno, del cual se había desviado un poco con aquello de la panacea.

—Por eso—dijo doña Casta—, un establecimiento montado como los mejores del extranjero no puede menos de hacerse de oro, pues habiéndolo aquí, las señoras de la grandeza no tendrán que ir a Bayona y a Biarritz a comprar la última novedad.

Aurora vestía un traje de percal, azul claro, con cinturón de cuero, y en éste una gran hebilla. Su atavío era todo frescura, sencillez de obrera elegante. Fué un rato para adentro a tomarse la colación o golosina que su madre le guardaba siempre, y volvió con un platito en una mano y una cucharilla en la otra. Era una compota de ciruelas lo que tomaba, con un pedazo de rosca.

—¿Ustedes gustan?... Pues decía que en las cajas que están ahora en la Aduana de Irún vienen unos trajecitos de niño, de punto, que han de hacer sensación. El modelo llegó ayer en gran velocidad, y también vino un *fichú*, del cual estamos haciendo imitaciones de clase inferior, con puntilla ordinaria. Verán, verán ustedes... Pues el faldón de bautizo, *por ejemplo*, que estamos arreglando con encaje *valenciennes*, no se podrá poner menos de quinientos francos—Aurora tenía la costumbre de contar siempre por francos—. Es verdaderamente encantador. Lo traeré aquí cuando esté acabado para que lo vean ustedes.

—Mejor será que vayamos nosotras allá—dijo doña Lupe—, y así veremos y hocicaremos todo antes que se abra al público.

Fortunata decía también algo, aunque no mucho, porque lo de la tienda no despertaba en ella gran interés. Después que apuró el platillo de la compota, volvió Aurora para adentro, y trajo unas yemas en un papel. ¡Qué golosa era! Ofreció una a Fortunata, que la tomó, y doña Casta se dispuso a obsequiar a sus amigas con vasos de agua. Ponía esta señora sus cinco sentidos en los botijos para enfriar el agua, y tenía a gala el que en ninguna parte la hubiese tan fresca y rica como en su casa. Después de traer un plato con azucari-

llos, fué a escanciar el precioso contenido de los botijos, pues eran varios, y en ellos graduaba la temperatura, poniéndolos o no en el balcón. Doña Lupe la ayudaba en la traída de aguas, y en tanto Aurora le pasó a Fortunata el brazo por la cintura y ambas salieron al balcón de la sala. Cada cual se comía una yema de chocolate, y después tomaron otra de coco.

Lejos del oído impertinente de doña Lupe y doña Casta, Aurora se secreteó con Fortunata:

—Se han ido todos esta tarde... El primo Manolo va también con ellos.

V

Aquí cuadra bien decir que Fortunata y la viuda de Fenelón se habían hecho muy amigas. Esta mostraba a la de Rubín una gran simpatía, y con esta simpatía, la dulce confianza que de ella emanaba, y, por fin, con el verdadero derroche de indulgencia que en favor de sus faltas hacía, apoderóse poco a poco de todos sus secretos. Por de contado, estas intimidades sólo tenían lugar a espaldas de doña Lupe y muy lejos de doña Casta, pues ni una ni otra habrían consentido que tales temas se trajesen a las honestas y decorosas conversaciones de aquella casa.

Enlazadas por la cintura, brazo con brazo, estuvieron un rato las dos mujeres sin decirse nada, comiéndose las yemas y mirando a la calle. De pronto se echó a reír Aurora.

—Mira el tonto de Ponce, haciéndole cucamonas a Olimpia. Yo creo que mi hermana es la única mujer que en el mundo existe capaz de querer a un crítico. Merecería, en castigo, casarse con él. *Solamente,* que como es mi hermana, no le deseo esta catástrofe.

—Vaya que está apurado el hombre —decía Fortunata, riendo también—. Le hace señas para que baje... Sí, ahora va a bajar. Estás tú fresco... Será que quiere darle uno de esos artículos que escribe y en los cuales cuenta el argumento de los dramas para que nos enteremos. Vaya, hombre, no te apures, que ya le hablarás otra noche. Ahora no puede ser... Qué pesados son estos novios, ¿verdad?

Pasado otro rato, y cuando los brazos soltaron las cinturas y ambas estaban limpiándose los dedos en sus respectivos pañuelos, Aurora volvió a decir:

—Pues sí: todos partieron esta tarde, y el primo Moreno con ellos. Creo que van a San Juan de Luz.

Fortunata volvió la cara para el balcón del gabinete, donde estaba Olimpia. Después miró a su amiga, diciéndole en tono muy seco:

—Van a San Sebastián y a Biarritz, y a principios de septiembre irán todos a París.

—Niñas—dijo doña Casta, tocándoles en los hombros—, ¿de qué agua quieren ustedes?... ¿*Progreso* o Lozoya?

—Lo mismo me da—replicó Fortunata.

—Toma Lozoya, y créeme—insinuó doña Lupe, con su vaso en la mano—, por más que diga ésta, *Progreso* es un poquito salobre.

—Eso va en gustos... Y también influye el hábito—arguyó Casta con la suficiencia y formalidad de un catador de vinos—. Como yo me he criado bebiendo el agua de *Pontejos,* que es la misma que la de la Merced, que hoy llaman *Progreso,* toda otra agua me parece que sabe a fango.

No insistiré en lo mucho que se dijo sobre este tratado de las aguas de Madrid. Mientras las dos señoras mayores cotorreaban dentro, Fortunata y Aurora lo hacían en el balcón. Las once y media serían cuando sintieron la voz de Ballester. Este y Maxi las miraban desde la acera de enfrente.

—Si bajan ustedes—dijo Rubín—, las espero aquí.

—Olimpia—gritó Ballester—, venimos de ver la obra que se estrenó anteanoche. ¡Qué mala es! ¿Tiene usted ya noticias de ella?

—¿Yo?... ¿Qué está usted diciendo?

—Como usted se trata con autoridades...

Al decir esto pasaba el crítico junto a él.

—Oiga usted, Olimpia... La obra es una ferocidad; pero ciertos amigos del autor la pondrán en las nubes. Quisiera yo verlos para que me dijeran a mí por qué engañan de este modo al público.

—Déjeme usted en paz... ¡Qué tonto es usted!—replicó Olimpia, y se metió para adentro.

—¿Bajáis o no?—dijo Maxi.

Y su mujer le contestó que esperase en la botica, que ellas bajarían.

Aurora y Fortunata se reían mirando a Ponce, que iba escapado por la calle arriba, como alma que lleva el diablo.

Retiráronse las de Rubín a su domicilio, teniendo ambas señoras la satisfacción de ver a Maxi tan mejorado de los desórdenes cerebrales de aquella mañana, que no parecía el mismo hombre. Síntomas favorables eran la obediencia a cuanto se le mandaba, y lo juicioso y sosegado de sus respuestas. Aquella noche durmió con tranquilidad, y nada ocurrió que saliera del canon ordinario. A la tarde siguiente convinieron marido y mujer en dar un paseo a prima noche. Fué ella a buscarle a la botica a la hora concertada, y no le encontró.

—Ha ido a cortarse el pelo—le dijo Ballester, ofreciéndole una silla—. Con las murrias de estos últimos tiempos, el pobre chico no caía en la cuenta de que se iba pareciendo a los poetas melenudos... Le he mandado que se trasquilase esta misma tarde. Tenga usted presente una cosa: hay que imponérsele, combatirle el abandono, las lecturas, y no consentir que se ensimisme. Antes que dejarle caer en las melancolías, vale más darle un disgusto. Yo siempre le hablo gordo, y, crea usted..., me ha cogido miedo. Es lo que hace falta.

—¡Pobrecito!...—exclamó Fortunata—. Pero ¿ve usted por dónde le ha dado?... Yo no he visto un desatinar semejante.

Segismundo, que en aquel momento tenía poco que hacer, dejólo todo por atender cortésmente a la señora de su amigo y serle grato en lo que de él dependiera. Era hombre que tenía que contenerse mucho para no ser galante y aun atrevido con cualquier mujer en cuya presencia estuviese. Con Fortunata se había permitido alguna vez tal cual broma: aquel día se corrió más. Llevándose los dedos a su rebelde cabellera para hacer con ellos púas de peine, se la atusó, y arqueando el cuerpo, inclinóse hacia la señora para decirle con retintín:

—Muy triste está usted desde ayer... No, no me lo niegue... Pues ¿yo no veo lo que pasa? Leo en las caras.

—Pues en la mía poco habrá leído usted.

—Más de lo que se piensa.. Leo pasajes ternísimos..., estrofas de despedida..., aves de soledad...

—¡Ay, qué majadero!

—¡Oh! A mí no se me escapa nada... Convengo en que hay motivos para que usted esté tan patética... Pero hay otra cosa... A mí me gusta remontarme a los orígenes, me gusta buscar el porqué, y, francamente, cuando miro ese porqué no puedo menos de lamentar la equivocación que usted viene padeciendo desde tiempos remotos.

Fortunata le miraba sonriendo, pues no creía que debía enojarse.

—Sí, no puedo menos de deplorar —prosiguió el regente, inflándose—que usted sea tan consecuente con personas que no lo merecen... Habiendo en el mundo tanto corazón leal, ir a buscar precisamente el más inconstante y...

—¿Qué disparates está usted diciendo?

—¡Oh! No son disparates—replicó el farmacéutico, dando algunos pasos delante de ella y procurando que dichos pasos fueran todo lo airosos posible—. Perdóneme usted mi atrevimiento. Yo las gasto así; siempre he sido Juan Claridades, y cuando una idea quiere salir de mí, le abro la puerta para que salga, porque si la dejo dentro, estallo... Pues decía... ¿Se va usted a enfadar?

—No, hombre. ¿Qué me voy a enfadar yo? Suéltela, suéltela.

—Pues decía...—Ballester tomaba una actitud que a él le parecía aristocrática—, decía que a quien debiera usted querer es a mí... Ya ve usted que no me muerdo la lengua.

—¡Ay, qué gracia! Me gusta usted por lo corto de genio.

—Al pan, pan, y al vino, vino. Queriéndome a mí, verá lo que es corazón amante, consecuente y tropical. Pero le advierto una cosa.

—¿Qué?

—Que si se decide a quererme..., usted no se decidirá, pero si se decide, tenga cuidado de no decírmelo de sopetón..., porque me moriré de gusto... Sería como una descarga eléctrica.

—Estese tranquilo... Sí, se lo iré diciendo poco a poco..., preparándole, como cuando se dan las malas noticias...

—No tanto, no tanto...

—Vaya que es usted malo... Aquí, entre tanta medicina, ¿no hay nada que le cure la cabeza?

—Pues si lo hubiera, amiga mía, si lo hubiera... Y creen muchos que la peor cabeza de esta casa es la del pobre Ma-

xi, cuando la mía es una pajarera. Verdad que dos palabras de quien yo me sé me harían la persona más cuerda y más feliz de la Tierra...

Viendo en esto que entraba Rubín, dió otro giro a la charla.

—Aquí le estaba diciendo a su cara mitad que le voy a dar unas píldoras... ¡Dios, qué píldoras!

—¿Para ella?

—No, hombre; para usted.

—Y ¿de qué son?

—Bueno va; ya quiere saber de qué son. Carambita, cuando uno discurre algo nuevo, debe reservarse el secreto. Es un específico.

—Este Segismundo está ido—dijo Fortunata—. Vámonos.

—Yo no tomo píldoras sin saber la composición—indicó Maxi con la mayor buena fe.

—Estos hombres felices son muy impertinentes. Todo lo quieren averiguar... ¡Y ahora se va de paseíto con su tórtola! ¡Qué babosos... *semos!* ¡Luego se queja el nene!...—tirándole de una oreja—, se queja de vicio... el niño mimado de la Providencia... Abur, divertirse.

Salió a despedirlos a la puerta de la botica, se puso muy tieso, y, estirándose todo lo posible sobre la base de sus zapatillas, los siguió con la vista hasta que desaparecieron en lo alto de la calle.

VI

Iban pasando los cansados días del verano, que es en Madrid la estación de las tristezas, porque el sueño y el apetito escasean, la sociedad disminuye, y los que aquí se quedan parece que comen el pan de la emigración. En la familia de Rubín nada ocurría de particular, pues Maxi no empeoraba, aunque todas las mañanas tenía su excitación correspondiente, más o menos aparatosa; pero mientras no llegase a un grado de furor como el de la célebre mañanita del arsénico, las dos mujeres podían llevarlo con paciencia. De noche, las depresiones se manifestaban levemente, y a veces no se conocían. Ballester había conseguido, combinando la persuasión con la severidad, apartarle en absoluto de toda lectura favorable a la concentración del ánimo.

Entre Fortunata y doña Lupe no era todo concordia, como se puede haber comprendido, pues la señora de Jáuregui, observadora sagaz, había comprendido que desde principios de junio su sobrina andaba en malos pasos. Todas las personas relacionadas con la familia de Rubín sabían la historia de la mujer de Maxi y el dramático papel que desempeñaba en ella el señorito de Santa Cruz. Algunas, quizá, tenían conocimiento de aquella tercera salida de la aventurera al campo de su loca ilusión; pero nadie se atrevió a llevar el cuento a *la de los Pavos*. Esta, no obstante, lo sabía por obra del puro cálculo y de sus facultades olfatorias. Arrancóse una vez a *armar la gorda*. "Para que no crea —pensaba—que me trago sus mentiras y que estoy aquí haciendo el papamoscas." Pero Fortunata, recordando al instante las lecciones de su amigo Feijoo, trazó la raya divisoria que éste le recomendara, y vino a decir en sustancia: "De aquí para allá, señora, gobierna usted: de aquí para acá están *mis cosas*, y en ellas no tiene usted que meterse."

No se dió por vencida la orgullosa viuda del alabardero, y volvió a la carga dos o tres veces en esta forma:

—Si el pobre Maxi estuviera bueno, él te arreglaría como cumple a todo hombre que se estima; pero no lo está, y tengo yo que tomar a mi cargo el decoro de la familia. Me he dicho mil veces: "¿Daré el estallido o no daré el estallido?" En la situación de ese pobrecito, mi estallido sería su muerte. Por eso me contengo y me trago todo el veneno. ¿Ves? Mi cabeza se está llenando de canas desde que veo estas ignominias sin poderlas remediar...

Fortunata volvió el rostro para ocultar sus lágrimas. Esta escena ocurría en el gabinete, hallándose las dos cosiendo sus trajes de verano.

—Después de lo que pasó en noviembre del año pasado—prosiguió la viuda, con serenidad que espantaba—; después de tu enmienda, verdadera o falsa; después que se te perdonó (y por mi voto no se te habría perdonado); después que echamos tierra al horrible crimen, me parece que estabas obligada a portarte de otra manera. No vengas ahora con lagrimitas que han de parecer pura hipocresía. Porque yo digo una cosa. Oyeme atentamente.

Doña Lupe dejó la costura y se pre-

paró a hablar, como los oradores de profesión.

—Yo me pongo en el caso de una mujer que siente una pasión antigua, con raigones muy hondos y que no se pueden arrancar. Hay casos, y verdaderamente esto es para mirarlo despacio. Pues si tú hubieras venido a mí y me hubieras dicho: "Tía, esto me pasa. Me persiguen; yo no sé si podré defenderme; soy débil; ayúdeme usted..." ¡Oh! La cosa variaba mucho. Porque yo te habría dirigido, yo te habría dado fortaleza, consuelo... Pero no; se te antoja campar por tus respetos, y hacer y acontecer, como una mozuela sin juicio... Eso es un disparate: ahí tienes, ahí tienes el motivo de todas tus desgracias, el no contar para nada con las personas que deben guiarte. Total: que cuando acudas pidiendo socorro ya será tarde, y esas personas te dirán: "Entiéndete ahora, húndete, y cúbrete de vergüenza y date a los demonios."

Pronunciada esta elocuente filípica, continuó la señora un buen espacio de tiempo dando resoplidos, y Fortunata no levantaba los ojos de su costura. Discurría sobre la extrañeza de aquellos conceptos de la viuda, que parecía dispuesta a ciertos temperamentos indulgentes en caso de que se la consultara, y de que se la tuviera por dispensadora infalible de protección y por sancionadora de las acciones. "Esta mujer quiere ser Papa—pensaba—, y con tal que la hagan Papa, se aviene a todo. Pero lo que es por mí..." A Fortunata le repugnaba la moral despótica de doña Lupe, en la cual entreveía más soberbia que rectitud, o una rectitud adaptada jesuíticamente a la soberbia. No se conformaba esto con las ideas absolutas de la joven criminal. Ella quería para sus actos la absolución completa o la completa condenación. Infierno o Cielo, y nada más. Tenía *su idea*, y para nada necesitaba de consejos ni de la protección de nadie. Se las componía sola mucho mejor, y cualquiera que fuese su cruz, no le hacía falta Cirineo. Sus acciones eran decisivas, rectilíneas; iba a ellas disparada como proyectil que sale del cañón.

Enterada doña Lupe, en aquellos secreteos que con su amiga Casta tenía, de que los de Santa Cruz se habían marchado a veranear, tomó pie de esta circunstancia para endilgarle a su sobrina otro discurso, aunque en tono menos catilinario que los anteriores.

Era aquella señora esencialmente gubernamental, y edificaba siempre sobre la base sólida de los hechos consumados todos sus planes y raciocinios.

—Mira tú por dónde podríamos llegar a entendernos—le dijo una tarde que la volvió a coger a mano para el caso—. He sabido que la persona que te trae dislocada no está ya en Madrid. ¿Qué mejor ocasión quieres para emprender la reforma de tu estado interior, que está como una casa en ruinas? Yo estoy dispuesta a ayudarte todo lo que pueda. No debiera hacerlo; pero tengo caridad y me hago cargo de las flaquezas humanas. Otra tomaría por la calle de en medio; yo creo que en cosas tan delicadas se debe proceder con cierto ten con ten. Habrías de empezar por ponerme en antecedentes, por confiarme hasta los menores detalles, entiéndelo bien, hasta los menores detalles; por ponerme al tanto de lo que piensas, de lo que sientes, de las tentaciones que te dan por la mañana, por la tarde y por la noche; en fin, habías de declarar todos, toditos los síntomas de esa maldita enfermedad, y darme palabra de hacer cuanto yo te mandare.

Hablaba, pues, la viuda como si tuviera en el bolsillo las recetas para los casos patológicos del alma.

Por cumplir, más que por gusto, Fortunata tuvo la condescendencia de decir algo, reservando, como es natural, lo más delicado. Doña Lupe se entusiasmó tanto con aquella muestra de sumisión, que hizo gala de sus facultades profesionales, y terminó así:

—Te aseguro que si me obedeces, te quitaré eso de la cabeza y serás lo que no eres, un modelo de mujeres casadas. Por de pronto, me comprometo a que no vuelvas a caer, aun en el caso de que se te tendiera el lazo otra vez. ¡Vaya con el caballerito! Es cosa de dar parte a la Policía. Tú déjate llevar; pon el pleito en mis manos, déjame a mí... y verás. ¿Apuestas a que me planto un día en casa de doña Bárbara y le canto clarito? Tú no sabes quién soy yo, tú no me conoces. ¡Y has sido tan tonta, que no has querido valerte de mí...! Bien merecido tienes lo que te pasa. Pues lo que es ahora, que quieras que no, tomo cartas en el asunto... Has de concluir

por adorarme como se adora a una madre.

Y, al finalizar, estaba doña Lupe radiante. Casi, casi se aventuró a hacer a su sobrina una maternal caricia; tales eran su gozo y satisfacción. Un pensamiento se le salía del magín a cada instante; pero lo reservaba en la hoja más escondida de su gramática parda. Ni la sombra de este pensamiento dejaba entrever a Fortunata. Guardábalo para sí y se recreaba con él a solas. "¿Le habrá dado dinero?" Siempre que se hacía esta pregunta se contestaba afirmativamente. "Tiene que haberle dado algo, quizá grandes cantidades. Pero ¿dónde demonios las tiene? ¿Qué hace, que no me las da para que se las coloque?... Como si lo viera: es que tiene vergüenza de poner en mis manos dinero adquirido por tales medios. Esta delicadeza la honra... Y no es otra cosa; le da vergüenza de decírmelo. Pero al fin ello saldrá."

Y una tarde que el matrimonio había ido a paseo, la gran capitalista, no pudiendo enfrenar por más tiempo su curiosidad, mandó a *Papitos* a un recado, por quedarse sola, y con determinación admirable hizo un registro en la cómoda y baúl de Fortunata. Valiéndose del sinfín de llaves que tenía, abrió todos los cajones y revolvió en ellos cuidadosamente, esmerándose en dejar las cosas, después de bien examinadas, en la misma disposición que antes tenían. Este proceder jesuítico lo practicaba siempre que metía sus manos escudriñadoras en donde no debían estar. Busca por allí, busca por allá, y nada. Los billetes se esconden tan fácilmente, que no hay manera de encontrarlos. Pero tenía doña Lupe tan fino olfato para descubrir dinero, que estaba segura de dar con los billetes si los había. "¿Tendrálos cosidos en la ropa?—pensó—. Puede ser. ¡Esa socarrona parece que no sabe jota, y sabe más...!" En la cómoda no había nada que a dinero se pareciese, ni tampoco cartas. Algunas joyas y chucherías vió, que le parecieron recuerdo o prenda de amores; pero lo que es *guano,* ni olor.

—Es muy particular—gruñía la viuda, registrando el baúl, después del reconocimiento minucioso que en la cómoda hizo—. ¡Y no se comprende que siendo él tan rico y ella una pobre...!

El baúl, que sólo contenía ropas viejas, no dió tampoco nada de sí.

—Pues tiene que haber algo...—rezongó la señora—, tiene que haber algo. En alguna parte está el escondrijo. Dinero hay, o no hay dinero en el mundo.

Cansada de su inútil escrutinio y guardando las llaves, que formaban apretado racimo, digno del arsenal de una compañía de ladrones, doña Lupe se sentó a meditar, y, poniéndose una mano sobre el pecho de algodón y acariciándoselo, se rascó con los dedos de la otra la frente, allí donde principia el cabello, como quien estimula la generación de una idea, y dijo:

—Pues si efectivamente no le ha dado nada, hay que reconocer que ese hombre es el mayor de los indecentes.

VII

Apretaba el calor, y las escenas que he descrito se repetían, reproduciéndose con ese amaneramiento que suele tomar la vida humana en ciertos períodos, cual fatigado artista que descuida la renovación de la forma. Los paseítos por la noche para tomar el tranvía del *barrio*; las excursiones a algún teatro de verano; las tertulias en casa de Samaniego o de Rubín; las garatusas del crítico en la calle; la romántica figura de Olimpia, colgada en el balcón como una muestra o insignia que dijera: "Aquí se ama por lo fino"; las extravagancias de Ballester; los espasmos de Maxi, todo continuaba repitiéndose de día en día con regularidad de programa.

En agosto ocurrió algo que no estaba en los papeles, y fué del modo siguiente: Una mañana fué Torquemada a ver a doña Lupe para tratar de negocios. Con su traje de verano tenía el buen don Francisco aspecto semejante al de los militares que vienen de Cuba, pues a más del trajecito azul, se había encasquetado un sombrero de paja de ala ancha. Su camisa, de rayas coloradas, parecía la bandera de los Estados Unidos, y para recalcar más su facha americana llevaba una joya en la corbata y una cadena de reloj interminable, que le daba muchas vueltas de una parte a otra del pecho. Los pantalones eran tan cortos, que al sentarse se le veía media pierna. Allí venía bien decir que el *difunto era más chico.* Todo ello parecía prendas heredadas, o venidas a su poder

por embargo judicial, o cogidas a algún filibustero. Serviale el sombrero de abanico, cuando estaba en visita, con la ventaja de que las personas circunstantes participaban de la ventilación que daba aquella prenda tropical tan bien manejada.

Un rato llevaban de interesante conferencia, cuando sonó la campanilla, y a poco entró Maxi en el gabinete, que era donde su tía y don Francisco estaban. Fortunata estaba planchando. En cuanto vió llegar a su marido, fué a ver qué se le ofrecía, pues algo desusado debía de ser. A tal hora, las diez de la mañana, no venía jamás a casa el pobre chico. Echándose un pañuelo por los hombros, porque el calor de la plancha la obligaba a estar al fresco, pasó al gabinete. Lo mismo ella que su tía se pasmaron de ver en el semblante del joven una alegría inusitada. Los ojos le brillaban, y hasta en la manera de saludar a don Francisco advirtieron algo extraño que las llenó de alarma.

—Hola, don Paco; yo bien. ¿Y usted?... Y doña Silvia y Rufinita, ¿siguen tomando los baños del Manzanares?

Este lenguaje, tan confianzudo, era lo más contrario al temperamento y a la timidez de Maxi.

—¿Qué traes por aquí a esta hora? —le preguntó su tía, disimulando la sorpresa.

Fortunata le examinaba atentamente, sentada lejos del grupo principal, en una silla próxima a la puerta de la alcoba de doña Lupe. El no se sentó, y después de aquel saludo tan campechano que le echó al usurero, se puso de espaldas al balcón, con las manos en los bolsillos, mirando a todos como quien espera recibir felicitaciones.

—Pues nada—dijo—, que estoy de enhorabuena.

—Qué, ¿te ha caído la lotería?

—No es eso... ¿Para qué quiero yo loterías? Ni falta... Es mucho más que eso, porque he encontrado lo que buscaba. Ya le dije a usted que estaba pensando que sólo me faltaba una fórmula para completar...

—¡La combinación!... Pues qué, ¿has encontrado la *panacea*?—expresó la tía con incredulidad.

—No es mal nombre si usted se lo quiere dar—dijo el pobre chico, exaltándose más a cada palabra—. De *pan*, que significa todo..., y *akos*, que es lo mismo que decir *remedio*. Que lo sana y purifica todo, vamos...

—¡Gracias a Dios que haces algo de provecho!—declaró doña Lupe, recelosa, observando las miradas de Maxi, cuyo resplandor de júbilo era enteramente febril.

—Anoche estuve toda la noche discurriendo muy intranquilo, los sesos como ascuas, porque al plan, mejor dicho, al sistema, no le faltaba más que una fórmula para estar completo... La maldita fórmula... Por fin, ahora, hace un ratito, se me ocurrió; di un brinco de alegría. Ballester, que no comprende esto, ni lo comprenderá nunca, se enfadó conmigo y no me quería dar papel y tinta para escribir la fórmula y dejarla consignada... Temo que se me escape, que se me vaya de la cabeza... Mi memoria es una jaula abierta, y los pájaros..., pif...

Doña Lupe y Fortunata se miraron con tristeza.

—Bueno—dijo la tía, viendo que le venía encima una nube—. Tranquilízate, escribirás la fórmula, harás tu *panacea*, tendrá un gran éxito y ganaremos mucho dinero.

—¡Ah!...—exclamó él con la expresión que se da a toda idea de un trabajo abrumador—. No crea usted...: para exponer el sistema completo con claridad bastante para que todos lo comprendan, se necesita quemarse las cejas..., ¡digo! Tendré que pasar las noches de claro en claro. No importa; cuando esto empiece a correr, verán ustedes; adquiriré una reputación y una gloria tan grandes, pero tan grandes, que...

—¡Adiós mi dinero!—murmuró doña Lupe, y Fortunata dijo para sí algo parecido.

—El problema que quedaba por resolver —dijo Maxi, acercándose a su tía y dando castañetazos con los dedos—era el de la emanación de las almas. ¿De dónde emana el alma? ¿Es parte de la sustancia divina, que se encarna con la vida y se desencarna con la muerte para volver a su origen?... ¿O es una creación accidental hecha por Dios, subsistiendo siempre impersonal? Aquí estaba el intríngulis.

Doña Lupe dió un gran suspiro, mirando a don Francisco, que guiñaba los ojos de una manera entre burlesca y compasiva.

—¡Hijo, por Dios!—dijo Fortunata,

acercándose—. No discurras esas cosas, que dan dolor de cabeza... Sí, está muy bien; pero todo lo que hay que averiguar sobre esto está ya averiguado... No te calientes la cabeza.

—Querida mía—rechazándola con dulzura y tomando un tonillo enfático—, si en este *via crucis* de trabajos y persecucuciones que me espera, si en el camino doloroso y glorioso de este apostolado no me quieres acompañar tú, lo sentiré por ti más que por mí; pero tú, al fin, vendrás. ¿Cómo no, si eres pecadora, y para los pecadores, para su redención y para su salvación, es para lo que yo pienso lo que pienso y propongo lo que propongo?

Fortunata volvió a la apartada silla en que antes estuvo, y doña Lupe, después de llevarse las manos a la cabeza, hizo un gesto de conformidad cristiana. Le faltaba poco para echarse a llorar. En este punto creyó oportuno Torquemada intervenir, con esperanza de que sus discretas razones enderezaran el torcido *intellectus* del desdichado joven.

—Mire usted, amigo Maximiliano, yo creo que todo lo que debemos saber sobre eso ya nos lo han enseñado. Y lo que no, más vale que no lo sepamos..., porque el mucho apurar las cosas le quita a uno la fe. Esta vida no es más que un mediano pasar; así lo encontramos y así lo hemos de dejar; y por mucho que miremos para el cielo, no ha de caer el maná... "Ganarás el pan con el sudor de tu frente", dijo quien dijo, y no hay más. ¿Qué saca usted de ponerse a cavilar sobre si el alma es esto o aquello? Si al fin nos hemos de morir... Tengamos la conciencia tranquila; no hagamos cosas malas, y ruede la bola... y no temamos el materialismo de la muerte; que, al fin, polvo somos y...

—Basta, no siga usted—dijo Maxi, ceñudo, cortándole el discurso—. Si usted es materialista, nunca nos entenderemos.

—No, si lo que yo digo es que el alma tiene el pago que merece, y como el cuerpo no es más que a la manera de un cascarón, cuando éste se pudre, a mí no me asusta el materialismo de hacerse uno polvo.

—Ya..., comprendido—dijo el otro con mayor exaltación y acentuando la contrariedad que experimentaba—. Usted es de la escuela de mi hermano Juan Pablo: *fuerza y materia*. Ya discutiremos eso Yo expondré mi doctrina; que exponga Juan Pablo la suya, y veremos quién se lleva tras sí a la señora Humanidad.

Diciendo esto, giró sobre un tacón, y rápidamente salió, marchándose a su cuarto. Su mujer fué tras él muy afligida. Maxi se sentó en la mesilla en que tenía algunos libros y recado de escribir. Apoyando la mano en el hombro de él, su mujer miró los garrapatos que trazaba con febril mano sobre un papel.

—Ved aquí fijados los puntos capitales —balbucía él, escribiendo—. "Solidaridad de sustancia espiritual. La encarnación es un estado penitenciario o de prueba. La muerte es la liberación, el indulto, o sea la vida verdadera. Procuremos obtenerla pronto..."

—Chico, descansa ahora un ratito—díjole su esposa, tratando de quitarle la pluma de la mano—. Bastante has trabajado hoy con esos cálculos tan difíciles... Mañana seguirás... No, no creas que me parece mal; yo te ayudaré a pensar... Hablaremos de esto. Yo también discurro.

Contra lo que esperaba, Maxi no se irritó. Tenía su semblante expresión seráfica, sus modales eran suaves, y más parecía un iluminado antiguo, cuya demencia se elaboraba en la soledad claustral, que el insensato de estos tiempos, educado para el manicomio en los febriles apetitos de la sociedad presente.

—Tú también discurres—le dijo con dulzura—. Lo sé; tú piensas, porque sientes; tú me comprendes, porque amas. Has pecado, has padecido; pecar y padecer son dos aspectos de una misma cosa; por consiguiente, tienes el sentimiento de la liberación... Usando una parábola, te escuece en las muñecas el grillete de la vida.

Fortunata se quedó en ayunas de toda esta cantilena; pero, por no contrariarle, respondía que sí.

—Lo que es por padecer no ha de quedar, porque toda mi vida ha sido un puro suplicio... Pero ahora no te ocupes más de eso.

Doña Lupe miraba por el hueco de la puerta entornada.

—Tú me ayudarás—prosiguió Maxi con ráfagas de inspiración religiosa en sus ojos encandilados—, tú me ayudarás a propagar esta gran doctrina, resultado de tantas cavilaciones, y que no habría llegado a ser completamente mía sin el

auxilio del Cielo. El gran misterio de la revelación se ha renovado en mí. Lo que sé, lo sé porque me lo ha dicho quien todo se lo sabe.

Observando entonces que su tía le miraba, extendió la mano para llamarla, y le dijo:

—Tía, pase usted... Aquí no hablamos en secreto. También usted será conmigo en la inmensa..., en la inmensa y dolorosa propaganda... Por cierto que no me explico, que no sé cómo ustedes dejan entrar aquí a ese materialista...

—¡Don Francisco...! Hijo, ¿pues qué mal puede hacerte?

—Mucho, tía, mucho, porque todos los de esa infame secta no me pueden ver ni pintado, y si ese hombre sigue entrando en esta casa con tanta confianza, podría intentar el descrédito de mi sistema, robándome antes mi honor.

Y miraba a Fortunata como para buscar en su rostro la aseveración o apoyo de lo que decía. Ella lo comprendió.

—Tiene razón, tía... Ese materialista que no entre más aquí.

—Pues no entrará, hijo, no entrará... Vaya. Yo le diré que se largue con su materialismo a los infiernos.

—¿Te sientes bien? ¿Quieres tomar algo?—le dijo su mujer con cariño.

—Me siento tan bien como nunca me he sentido, créanmelo—demostrando en su tono y semblante la placidez de su alma—. Desde que di con la tan rebuscada fórmula, paréceme que soy otro... Antes mi vida era un martirio, ahora no me cambio por nadie. No me duele nada, me siento bien, y para colmo de felicidad, no tengo ganas de comer ni de dormir...

—Pues es preciso que tomes algo.

—No lo necesito... Créanmelo. Verán cómo no lo necesito. Si soy otro, si no tengo ya carne ni para nada la quiero. No tengo más que el esqueleto, y él se basta para llevar el alma.

A Fortunata se le humedecieron los ojos. Poco después, cuando salió un instante, encontró a doña Lupe lloriqueando.

—Está perdido—le dijo la señora de Jáuregui—, enteramente perdido... Ya esto no tiene soldadura.

VIII

Aquella tarde pasaron las dos pobres mujeres ratos muy malos. Quedóse él como aletargado en el sofá de la alcoba, más propiamente en éxtasis, porque tenía los ojos abiertos y no parecía enterarse de nada de lo que a su alrededor pasaba. Fortunata tomó su costura y se le sentó al lado, esperando a ver en qué paraba aquello. Doña Lupe entraba y salía, dando suspiros y haciendo algún puchero. Al llegar la hora de comer, Maxi se despabiló un poco, resistiéndose a tomar alimento. Ellas no tenían ganas de probar bocado, y le instaban a él a que lo hiciese, empleando los más extraños medios de persuasión. Por fin, doña Lupe obtuvo resultado con este argumento:

—No sé cómo vas a resistir esta vida de trabajos sin comer algo. Se dice de Cristo que ayunaba; pero no que estuviera días y días sin probar bocado. Al contrario, su institución fundamental, la Eucaristía, la hizo cenando...

Con esto, Maxi se avino a tomar un plato de sopa y un poco de vino; pero de aquí no le hicieron pasar. Después parecía más exaltado. Tomándole las manos a su mujer, le dijo:

—Yo no soy más que el precursor de esta doctrina; el verdadero Mesías de ella vendrá después, vendrá pronto; ya está en camino. Quien todo se lo sabe me lo ha dicho a mí.

Fortunata no entendía palotada.

Doña Lupe mandó recado a Ballester, que fué a verle después de anochecido. No sabía vencer el farmacéutico su genio vivo y zumbón, ni mostrarse tan habilidoso como el caso exigía, y aunque Fortunata le tirara de los faldones de la levita para que tomase un tono más contemporizador, el maldito no se podía contener:

—Vaya con lo que saca ahora... Pero, hombre de Dios, ¿a usted qué le importa que el alma venga de acá o venga de allá? ¿Qué se mete usted en el bolsillo con esto? ¿Cree que le van a dar algo por el descubrimiento? Anteayer me dió usted la gran jaqueca con aquello de *la cosa en sí*... Pues pongamos que sea *la cosa en no*. Yo digo que esto es música pura; *la cosa en si bemol*. ¡Ah, qué tontita es la criatura y qué refitole-

ra! Porque esto de meter las narices en la eternidad es una cosa que a Dios le debe de cargar mucho. A nadie le gusta que le estén atisbando de cerca y viendo lo que hace o deja de hacer. Por esto, Dios, a todos los sobones y entremetidos que le siguen los pasos y le cuentan las arrugas, los castiga volviéndolos tontos. Conque saque usted la consecuencia. Parece mentira que un hombre que podría ser el más feliz del mundo, casado con esta perla de Oriente y sobrino de esta tía, que es otra perla, se devane los sesos por cosas que no le importan. Si nadie se lo ha de agradecer... En fin, que si estas señoras me autorizan, yo le curo a usted con el extracto de fresno administrado en vírgulas, uso externo, por la mañana y por la tarde.

Maxi le miraba con desdén, y el otro, viendo que sus cuchufletas no hacían el efecto de costumbre, púsose más serio y tomó por otros rumbos. Al salir, acompañado hasta la puerta por las dos señoras, les dijo:

—Le voy a dar la *hatchisschina*, o *extracto de cáñamo indiano*, que es maravilloso para combatir el abatimiento del ánimo, causante de las ideas lúgubres y de la manía religiosa. Efecto inmediato. Verán ustedes... Si se le da a un anacoreta, en seguida se pone a bailar.

Como la nueva fase del trastorno de Maxi era pacífica, tía y esposa estaban en expectativa. Por las noches no se movía de la cama, y si bien es verdad que hablaba solo, hacíalo en voz baja, en el tono de los chicos que se aprenden la lección. A pesar de esto, Fortunata se ponía tan nerviosa, que no podía pegar los ojos en toda la noche, durmiendo algunos ratos de día. El enfermo no iba ya a la botica ni mostraba deseos de ir a parte alguna, pareciendo caer en profunda apatía y reconcentrar toda su existencia en el hervidero callado y recóndito de sus propias ideas. Fuera de los paseos que daba en el comedor o en la alcoba, no hacía ejercicio alguno, y después de la inapetencia de los primeros días, le entró un apetito voraz, que las dos mujeres tuvieron por buen síntoma. A la semana manifestó deseos de salir; pero una y otra trataron de disuadirle. Estaba tranquilo, y como hablara de algo distinto de aquellas manías de la emanación del alma y de la doctrina que iba a predicar, se expresaba con seso y hasta con donaire. Poco a poco iban siendo menos los ratos de extravío, y se pasaba largas horas completamente despejado y tratando de cualquier asunto con discreta naturalidad. Fortunata hacía que le ayudase a estirar ropa o a devanar madejas, y él se prestaba a todo con sumisión; doña Lupe solía encargarle que le arreglase alguna cuenta, y con esto se entretenía, y nadie le tuviera por dañado en la parte más fina de la máquina humana. A principios de septiembre, habiendo llegado a estar tres días sin mentar para nada aquel galimatías del alma, las dos señoras estaban muy alegres, confiando en que pasaría pronto el ramalazo. Volvieron los paseos de noche, y por fin le permitieron salir solo, y reanudó sus trabajos en la botica, cuidadosamente vigilado por Ballester.

Fortunata tenía además otros motivos de hondísima pena. *Aquél* no le había escrito ni una sola carta, faltando a su solemne promesa. ¡Ingrato! ¿Qué le costaba poner dos letras diciendo, por ejemplo: "Estoy bueno y te quiero siempre"? Pero nada, ni siquiera esto... Revelaba estas tristezas a su única confidente, Aurora, en aquellos ratos de charla sabrosa que las señoras mayores les permitían. La inauguración de la tienda de Samaniego, que se verificó hacia el 15 de septiembre, tuvo a la viuda de Fenelón muy atareada en aquellos días. Pocas veces se vió en un comercio de Madrid tanto movimiento ni más claras señales de que había caído bien en la gracia y atención del público. Las novedades de exquisito gusto, traídas de París por Pepe Samaniego, atraían mucha gente, y las señoras se encaminaban y caían como las moscas en la miel. Los dependientes no tenían manos para enseñar, y Aurora estaba rendida de trabajo, porque los encargos de *trousseaux* y ajuares se sucedían sin interrupción. Doña Casta no estaba tranquila el día en que no iba a meter las narices en la tienda y taller, para traerle luego el cuento a doña Lupe de los encargos que había y de lo que se estaba haciendo para la Casa Real y otras que, sin ser reales, tienen mucho dinero. Fortunata iba poco, por propia inspiración y también por consejo de Aurora, pues no convenía que la viesen allí las de Santa Cruz, que frecuentaban mucho el taller y la tienda.

Los domingos pasaban juntas las dos

amigas toda la tarde en la casa de una o de otra, y allí era el comer dulces y el contarse cositas, sentadas al balcón, viendo las idas y venidas del crítico desde la calle de los Tres Peces a la de la Magdalena. El no tendría criterio, pero lo que es piernas...

Un domingo de los últimos de septiembre, la Fenelón llevó a la otra una noticia importante:

—Mañana vienen. Hoy ha estado Candelaria limpiando toda la casa.

Lo que Fortunata sintió era una combinación de pena y alegría que no la dejaba hablar. Porque, deseando que volviese, al mismo tiempo tenía presentimientos de una nueva desgracia. ¡Cuidado que no haberle escrito ni una soia letra, pero ni una!... Aurora convenía en que era una gran bribonada. Después que pusieron a esto los comentarios propios del caso, la de Fenelón dijo a su compinche algo más que fué oído con extraordinaria curiosidad y atención:

—¿Creerás que se me ha metido una cosa en la cabeza?... Ello no será; pero bien podría ser. Ayer estuvo doña Guillermina en la tienda. Pepe le había ofrecido una cantidad para su obra, si salía bien la inauguración, y nada..., que se plantó allí a cobrar... Pues, hablando de la familia, dijo que el primo Moreno viene también mañana con ellos. Se fué con ellos y con ellos vuelve. Yo sé que han pasado el verano en Biarritz, y después han ido todos a París... ¿Qué te parece a ti? El primo Manolo no viene a España más que, *por ejemplo*, en invierno; nunca ha venido en septiembre. Y eso de pegarse a la familia de Santa Cruz, ¡él, que gustaba de andar siempre solo! Ello no será, pero ¡hay tantas cosas que parece que no pueden ser y luego son! Antes que partieran, me pareció a mí, por ciertas cosas que vi y oí, que al *buen hombre* le gustaba demasiado Jacinta. ¡Si habrá algo...! ¿A ti qué te parece?

Fortunata estaba absorta y como lela. Le parecía increíble lo que su amiga contaba.

—Porque ¡es muy rara esa persecución! ¡Siempre con ellos..., un hombre que no hace su nido en ninguna parte!... Yo no sé, yo no sé. ¿Habrá algo?... ¿Qué te parece a ti?

—Pues...—dijo la de Rubín, pensándolo mucho—a mí me parece que no.

—Pues, como haya algo, no se me ha de escapar, porque estoy allí, como quien dice, en mi garita de vigilancia. Desde la ventana de mi entresuelo veo los miradores de la casa de Santa Cruz y los de Moreno. Como haya telégrafos, cuenta que les *atrapo* el juego... ¿A ti qué te parece?... ¿Habrá...?

—Me parece que no—volvió a decir Fortunata, pensándolo cada vez más.

IX

La noticia del regreso de los de Santa Cruz, que le fué comunicada por Casta, avivó en la viuda de Jáuregui los deseos de emprender su campaña reparadora en favor de su sobrina. Cogióla muy a mano aquel día y le endilgó otra perorata:

—Ahora o nunca. El enemigo en puerta. Estoy a tus órdenes, por si quieres consejos o un plan de defensa en toda regla.

Dicho esto, trató de meterle los dedos en la boca para salir de dudas respecto a si había recibido o no alguna cantidad gruesa de manos de su amante.

Fortunata no apartaba los ojos de la ropa que estaba repasando.

—Comprendo—expuso la señora con acento parlamentario—que tengas cortedad para confesarme ciertas cosas, y, por mi parte, te soy franca: no te tengo yo por peor de lo que eres; no creo, como podrían creerlo otras personas, que tu debilidad es interesada y que quieres a ese hombre porque es rico y que no lo querrías si fuese pobre. No, yo no te hago ese disfavor..., para que veas. Tengo la seguridad de que, arrastrada y todo como eres, loca y sin pizca de juicio, tus faltas nacen del amor y no del interés, y los mismos disparates que haces por un hombre poderoso, que te da grandes cantidades, los harías si fuera un pobre pelagatos y tuvieras que comprarle tú a él una cajetilla.

—¿Qué está usted ahí hablando de grandes cantidades?—preguntó Fortunata, mirándola con sorpresa y casi casi echándose a reír.

—No, si esto no es para que me digas la cifra exacta. Cállatela..., haz el favor..., que ciertas cosas vale más que se queden dentro. No vayas a creerte que pretendo me entregues a mí esos capitales para colocártelos... No, ya sabrás tú manejarte bien...

—Pero ¿qué está usted diciendo..., señora?...

—No, yo no digo nada. Me repugnaría, puedes creerlo, manejar esos fondos.

—Pero ¿qué fondos ni qué...? Usted está soñando.

—Vaya..., ¿si pretenderás que me trague yo esa rueda de molino, más grande que esta casa? ¡Si me querrás hacer creer que no te da...!

—¡A mí!

—No me hagas tan tonta...

—No sé de dónde ha sacado usted... Para que lo sepa de una vez: no tengo nada. Me daría si me viera en una necesidad. Me ha ofrecido...; pero yo no he querido tomarlo.

Iba doña Lupe a soltarle otra andanada: "Valiente turrón te ha caído, grandísima idiota. Por no saber, no sabes ni siquiera perderte." Pero se contuvo y se tragó su ira, desahogándola después en agitado soliloquio: "No he visto otra. No tiene vergüenza, ni tampoco sentido común. ¡Qué canalla y al mismo tiempo qué bestia! Si hubiera un infierno para los tontos, ahí debieras ir tú de cabeza."

Maximiliano volvía lentamente a la vida regular, sin que esto quiera decir que se le quitara de la cabeza la idea aquella. Habíase transformado, y así como en las crisis hepáticas hay derrames de bilis, en aquella crisis mental parecía haberse verificado un derrame de sentimientos. No sólo era ya pacífico, sino ternísimo, y sus afectos se habían sutilizado, como el licor que pasa por el alambique. Las fórmulas de cariño que con su tía y su mujer usaba eran extraordinariamente suaves y hasta empalagosas; se afligía cuando causaba alguna molestia, y agradeciendo mucho los cuidados que se le prodigaban, los rehuía como pudiera. Iniciábase en él cierta tendencia a imponerse privaciones y sufrimientos, y la mortificación, que antes le sublevaba, por liviana que fuese, ya le complacía. Si en la conversación, o en aquellas polémicas que con su familia tenía a las horas de comer, se le escapaba una palabra más alta que otra, luego sentía remordimientos de haberla pronunciado, y si no la recogía, pidiendo perdón de ella, era porque la timidez le ponía un freno.

Un día hubo de decirle a *Papitos*, porque no le había limpiado las botas:

—Vaya con la chiquilla esta... ¡Verás tú!

Y al salir de la casa sintió tal pena de haberse expresado con displicencia y ardor, que le faltaba poco para derramar una lágrima. "¡Cuándo se me quitará esta costumbre viciosa de ultrajar a los humildes!... ¿Qué más da que estén las botas con o sin betún? La que debe tener lustre es el alma, no el calzado. Parece mentira que los humanos demos tal valor a estas niñerías. ¡Injusto estuve con la pobre chiquilla! ¡Inocente y angelical criatura! Soy un animal... Pero ¿quién es el guapo que de estrellas abajo entiende y practica la justicia? El tenido por justo hace setenta y dos barbaridades cada día. Trabajillo cuesta el desprenderse de esta sarna moral, heredada, con la cual nace uno y con la cual vive hasta que llega la hora de la liberación."

—¿Qué trae usted ahí entre ceja y ceja? ¿Saco la vara?—le dijo Ballester con aquella dureza que era, según él, el más eficaz tratamiento—. Porque hoy me parece que venimos muy *evangelísticos*. Cuidadito. Ya sabe usted cómo las gasto.

—Pégueme usted. No me importa—le contestó Maxi, dejando el sombrero en la percha—. Lo merezco, como lo merece toda persona que se enfada porque no le han limpiado las botas. ¡Qué Humanidad tan imbécil! Amigo Segismundo, ¡qué hermosa es la muerte!

—Si me vuelve usted a decir que es hermosa la muerte—replicó el otro, cogiendo la vara y esgrimiéndola cómicamente—, le lleno el cuerpo de chichones. ¡Decir que es guapa esa tarasca, mamarracho, más fea que el no comer!... Mírela usted allí, mírela allí con esa cara que da asco...; mírela, y como diga que es guapa, le pulverizo.

Señalaba a un emblema pintado en el techo de la botica, en el cual estaban decorativamente combinados la serpiente de Esculapio, el reloj de arena del Tiempo, un alambique, una retorta, el busto de Hipócrates y y una calavera.

—Si quiere usted contemplar toda la gracia del mundo, míreme a mí—dijo Ballester, que, dejando la vara, dió una vuelta, cogiéndose los faldones de la levita—. Estoy guapo, ¿sí o no?

Ballester ostentaba aquel día zapatillas nuevas, estrenaba traje de lanilla de los más baratos y se había ido a la peluquería, donde, después de cardarle la

cabellera, se la habían rizado con tenacillas.

—Vaya, que está usted elegante—dijo Maxi, poniéndose a pesar unas dosis para píldoras.

—Pues más he de estarlo mañana. Mañana se casa mi hermanita con Federico Ruiz, un chico de mucho talento. ¿Le conoce usted? Los periódicos, que hablan constantemente de él, anteponen siempre a su nombre algún mote muy salado. Ahora le llaman *el distinguido pensador*. ¿A que no le llaman a usted así, a pesar de lo mucho que piensa? Porque usted no piensa con juicio y él sí.

Por la noche estaban en la botica, además de Ballester, los dos practicantes Padilla y Rubín. Como apareciese en la acera de enfrente el célebre crítico, Segismundo se vió acometido de la ira cómica que le producía la presencia de aquel personaje de tan indudable importancia en la república de las letras.

—Tengo a ese caballerito—decía—sentado en la boca del estómago... Sobre todo, desde que elogió aquella obra tan mala estrenada este invierno, diciendo que en ella se *planteaba el problema*, y qué sé yo qué. Veréis: es aquel dramita moral en que se recomienda el matrimonio y las buenas costumbres; como que allí resulta que todos los solteros somos unos pillos; y porque un joven se retira tarde y se gasta algún durete en picos pardos, me le llaman monstruo y el papá le maldice... Hay una escena en que todos se desmayan, porque sale uno muy malo, que resulta ser un hombre dedicado a la ciencia, el cual dice con la mayor frescura que él no cree en Dios aunque le fusilen. Total, que cuando la vi representar pensé que me tragaba todos los eméticos que hay en mi farmacia. La moraleja de la obra es que sin religión no hay felicidad, y por eso la pone en las nubes este ángel de Dios, que es el alcaloide de la cursilería.

Cerró la noche, y Ponce se acercó para telegrafiarse con su amada. Del balcón descendía una cuerda, a la que el joven ataba un papel.

—Le manda su último artículo—dijo el regente a sus amigos, acechando en la puerta de la farmacia—. Ahora baja la cuerda con un dulce... Como anoche, lo mismo que anoche. Veréis, veréis la broma que le tengo preparada.

Con nerviosa presteza fué a la botica y sacó del cajón un objeto del tamaño de una yema, blanco y de apariencia azucarada. Padilla se desternillaba de risa, y Maxi observaba con atención simpática.

—Pero es preciso que me ayudéis. Tú, Padillita, que le conoces, sales, te haces el encontradizo, le hablas de literatura dramática, le entretienes un rato, volviéndole la cara para allá; y, entre tanto, yo, con muchísimo disimulo, me escurro pegado a la pared en el momento en que baja el bramante con el dulce. Quito la yema, ¿sabes?..., y pongo ésta. La hice anoche. Es estricnina, a la dosis que se echa a los perros, bien neutralizado el sabor con regaliz y forrada de azúcar. Se la come y revienta como un triquitraque.

Padilla se partía de risa, y Maxi lo tomaba a broma.

—Hombre, matarle, no—dijo Padilla—. Si la hubieras hecho de jalapa, escamonea o cosa así...

—No, chico; si yo lo que quiero es que reviente... Iré a presidio... Me pierdo... ¿Y qué? No se la perdono... ¡Ultrajar a los hombres de ciencia y a los solteros!

Llevando su broma hasta el fin, Ballester porfiaba que la yema era venenosa; mas como el otro rechazara la complicidad en aquel homicidio, dióse a partido el exaltado boticario, diciendo que la pelotilla era de azúcar con aceite de crotón, que es el derivativo drástico por excelencia. Maxi, que le había ayudado a hacerla, se sonreía. Como en estos dimes y diretes se pasó bastante tiempo, cuando Ballester quiso poner en ejecución la chuscada, ya había bajado el hilo con una yema de coco, y el crítico se la estaba comiendo. El otro se consoló pensando que otra noche consumaría su trágica venganza.

—El se la tiene que comer...—dijo, guardando la bola—. Como me llamo Segismundo, se la tiene que tragar, y entonces diré, como mi tocayo: "¡Vive Dios que pudo ser!"

X

Aquella noche, cuando Maxi subió a comer, encontró a su mujer un poco enferma. Le dolía la cabeza y tenía náuseas. Doña Lupe, que la estaba observando siempre, veía en su mal un pre-

texto para esconder de la familia los pesares que la consumían. "Lo que tú tienes—pensaba—es el afán de volver al reclamo. Estás luchando contigo misma. Quieres ir y no te determinas." Algo de esto debía de ser, pues Fortunata se metió en su alcoba, resistiéndose a tomar alimento. Maximiliano no le instaba a que comiera, pues aquella actitud de su mujer tomábala él por querencia de privaciones, por iniciación del aniquilamiento o apetito de muerte o liberación. Doña Lupe, fatigada de lidiar con tanta insensatez de una y otra parte, se retiró, dejándolos solos y diciendo:

—Haced lo que queráis. Allá os arregléis a vuestro gusto. Yo estoy rendida.

Comió sola, y con *Papitos* les mandaba de algún plato, que volvía casi intacto. Después entró un instante en la alcoba para preguntarles qué tal estaban, y se fué a descansar.

—No puedo resistir más esta vida de perros—decía—. Dios tenga compasión de mí.

Fortunata habría deseado que su marido se durmiese y la dejase en paz. Pero no parecía él dispuesto a hacerle el gusto en esto. Presentábase aquella noche bastante locuaz, lo que la disgustó mucho, pues pocas veces se había sentido con menos ganas de conversación. A poco de acostarse, observó que su marido, sentado frente a la mesa donde estaba la luz, sacaba del bolsillo un paquete, después otro, objetos envueltos en papeles, y los ponía frente a sí, como un hombre que se prepara a trabajar. El ligero ruido estridente que hace el papel al ser desdoblado, ruido que se acrecía con el silencio de la noche, molestaba a Fortunata atrayendo su atención. Lo primero que Hizo Maxi fué sacar de un envoltorio de regular tamaño multitud de paquetes chicos muy bien doblados, como los que en farmacia se llaman *papeletas,* forma en que se dividen y expenden las dosis de las medicinas en polvo. Poco después vió la joven que desliaba otro paquete de forma larga y... ¡Ay, Dios mío, era un cuchillo!... Lo estuvo él contemplando un rato por un lado y por otro, y acercaba la yema del dedo a la punta como para probar si era bien aguda. La esposa sintió sudor frío en todo su cuerpo... No pudo contenerse, y como si despertase a un durmiente para librarle de los fingidos horrores de angustiosa pesadilla, le dijo:

—Maxi, hijo, ¿qué haces?

El la miró con gran tranquilidad.

—Yo creí que dormías. ¿No tienes sueño? Pues charlaremos de cosas agradables.

—Como quieras. Pero más vale que te acuestes y dejes las cosas agradables para mañana.

—No... De seguro que te gustará lo que voy a decirte. Espera un poco.

Recogió todos sus paquetes y el cuchillo, y trasladándose a la silla que estaba junto a la cama, lo puso todo sobre la mesa de noche.

—¡Ajajá!... Ahora verás—dijo, sonriendo cariñosamente, como el que se dispone a dar a la persona amada la sorpresa de un regalito—. Esto, ya lo ves, es un puñal.

Fortunata se estremeció, como si la hoja fría le tocara las carnes, y se puso a dar diente con diente.

—Lo compré hoy en la tienda de espadas de la calle de Cañizares. Aquí dice: "Toledo, 1873." Es bonito, ¿verdad? Hace días que vengo pensando en cuál es la mejor manera de hacerle al alma el gran favor de mandarla para el otro barrio. ¿A ti qué te parece? No decido nada sin tu consejo, y lo que tú prefieras, eso preferiré yo.

La infeliz mujer estaba tan medrosa, que apenas podía hablar.

—Guarda eso, ¡por Dios!... Mira que me da mucho miedo.

—¡Miedo!—exclamó él con asombro y desconsuelo—. Pues yo creí que había conseguido infundirte mi idea y que ya mi idea te era familiar. ¡Miedo a la muerte! Es decir, ¡miedo a la libertad y amor al calabozo! ¿Ahora salimos con eso? Si lo primero, mil veces te lo he dicho, es mirar a la muerte como el fin de los padecimientos, como miran a la playa los infelices que luchan con las olas, agarrados a un madero.

—No, si no tengo miedo—dijo ella con deseos de tranquilizarle, porque observó que se exaltaba—. Pero es que... esas cosas más vale dejarlas para de día. Ahora, a dormir.

—¡Dormir!... Ahí tienes otra tontería. Dormir. ¿y qué saca uno de dormir? Pues embrutecerse, olvidarse de lo principal, que es el desprendimiento y la evasión. Querida mía, o estás conmigo o estás contra mí; decídete pronto. ¿Es-

tás dispuesta a tomar la llave de la puerta y escaparte conmigo? ¿Sí? Pues lo primero es no tener horror a la muerte, que es la puerta, estar siempre mirándola y prepararse para salir por ella cuando llegue la hora feliz de la liberación.

Fortunata se arropó bien, porque le había entrado más frío. ¡Ay, qué miedo tan grande!

—...El momento de la liberación es aquel en que uno se considera suficientemente purificado para apechugar con el paso de un mundo a otro y dar ese paso por sí mismo. Las religiones dominantes prohiben el suicidio. ¡Qué tontas son! La mía lo ordena. Es el sacramento, es la suprema alianza con la divinidad... Bueno; pues las personas que por medio de la anulación social, y cultivando la vida interior, llegan a purificarse, comprenden por su propio sentido cuándo llega el momento de tomar el portante. La liberación no debiera llamarse suicidio. La expresión mejor es ésta: matar a la bestia carcelera. Llega un momento en que el alma no puede ya aguantar la esclavitud, y es preciso soltarse. ¿Cómo? Mira.

Fortunata tiritaba, discurriendo si se levantaría para llamar a doña Lupe.

—...Esto es un puñal... bien afilado... Hay que tener en cuenta que la bestia se defiende, por muy decaída que esté. La carne es carne, y mientras tenga vida, hace la gracia de doler. Por eso conviene que la liberación sea con el menor dolor posible, porque la misma alma, con toda su fortaleza, se amilana, siente lástima de la bestia carcelera e intercede por ella. Tú fíjate bien, y si el arma blanca no te gusta, me lo dices con franqueza. ¿Prefieres el arma de fuego? Pueden fallar los tiros, y entonces el alma se impacienta; suele suceder que la bala no toma la dirección conveniente y queda la bestia a medio matar, con medio cuerpo muerto y medio cuerpo vivo. Por eso yo te traigo aquí los medios tóxicos, que son callados y seguros.

Empezó a mostrar aquellas papeletas tan bien hechas y bien dobladas, sobre las cuales había escrito con clarísima letra el nombre de cada droga. Mirábalas Fortunata con indecible terror, y se tapaba la nariz y la boca, temerosa de que, respirando tales ingredientes, pudiera envenenarse.

—Vete enterando. Esta sustancia que ves aquí, blanca y en cristalitos, es la *estricnina*... Muerte segura y tetánica, y que produce muchas angustias, por lo cual no te la recomiendo. La *atropina* es ésta, y ésta la *cicutina*. ¿Ves? Polvos blancos. La *cicutina* tiene una ventaja, y es que con ella se liberó el señor de Sócrates, lo que la hace venerable. Ambos son venenos virosos, es a saber, que se queda uno dormido y en sueños se acaba. Pero yo me pregunto: en las tinieblas del sueño, ¿no producirán los pataleos de la bestia horribles martirios? ¿Qué te parece a ti? ¿Preferiremos la *digitalina*, que mata por asfixia? ¿O nos fijaremos en los mercuriales? Míralos aquí: el *yoduro de mercurio*, rojo; el *cianuro de mercurio*, blanco. También tengo un preparado de fósforo, que mata por envenenamiento de la sangre. Pero lo bueno está aquí, míralo; el verdadero *ojo de boticario*, la bendición de Dios. Esto sí que mata, y pronto. ¿Ves este polvo gris? Es la *gelsemina*, la maravilla de la toxicación. La bestia se estremece sólo de verla, porque sabe que con esto no hay bromas. Muerte instantánea.

—Basta, basta—dijo Fortunata, que ya no podía resistir más—. Si no guardas todo eso, me levanto y me voy.

El la miró con semblante en que se pintaban un desconsuelo siniestro y un asombro compasivo. Esta mirada le aumentó a ella el miedo, y comprendiendo que era forzoso disimularlo, acariciándole la manía para evitar cualquier barbaridad, le dijo:

—Todo está muy bien... Yo comprendo... Claro, la bestia hay que matarla. Pero si quieres que yo te quiera, ha de ser con condición de que no me traigas acá venenos...

—¡Ah! Corriente... Si prefieres las armas de fuego... Pero en este caso hay que ejercitarse. Preciso es que mueras primero tú, después yo... ¿Y si me falla el tiro y me quedo vivo y viene gente y me sujetan...?

—No, hijo, no; cada cual coge una pistola, y apunta uno para el otro como en los desafíos... Se da la señal, ¡pum!, y ya verás cómo quedan las dos bestias.

Maximiliano meditaba.

—No me parece muy practicable tu solución.

—Sí, chico, sí, te digo que sí. Hazme

el favor de coger todos esos polvos y tirarlos por la ventana al patio. No, mejor será que los envuelvas en un paquete y me los des; yo los guardaré. Te prometo guardarlos. Pero qué, ¿desconfías de mí?... Gracias, hombre.

De veras que desconfiaba, porque cuando ella extendió sus manos para coger las papeletas, acudió él a defenderlas como se defiende una propiedad sagrada.

—Tate, tate; déjame esto aquí. Yo lo guardaré...

—Bueno, mételo en el cajón de la mesa de noche, y también el cuchillo. Yo te prometo no tocarlo.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro... No parece sino que yo te he engañado alguna vez. ¡Qué cosas tienes!... Pero te has de acostar...

—Si no tengo sueño, a Dios gracias. Cuando duermo algo, sueño que soy hombre, es decir, que la bestia me amarra, me azota y hace de mí lo que le da la gana... ¡Infame carcelero!

Impaciente, Fortunata se lanzó a las determinaciones que exigen los casos graves. Echóse de la cama tal como estaba, y casi a la fuerza, mezclando los cariños con la autoridad, como se hace con los niños, le hizo acostar. Quitóle la ropa, le cogió en brazos, y después de meterle en la cama, se abrazó a él sujetándole y arrullándole hasta que se adormeciera. Decíale mil disparates referentes a aquello de la liberación, de la hermosura de la muerte y de lo buena que es la matanza de la bestia carcelera.

—A cada bestia le llega su San Martín—repetía, con otras frases que habrían sido humorísticas si las circunstancias no las hicieran lúgubres.

Ella durmió muy poco. Al amanecer, viéndole en profundo letargo, levantóse cautelosamente y echó mano al puñal y las papeletas. Escondido el primero, vació todo el contenido de las segundas en un periódico, metiéndolo todo revuelto en un cucurucho para llevárselo a Ballester. Con ayuda de doña Lupe, que se horripilaba oyendo contar el paso de la noche anterior, pusieron en cada papelillo cantidad proporcionada de sal o azúcar molida, y bien dobladitos como estaban, volvieron a meterlos en la mesa de noche. Lo primero que él hizo al despertar fué ver si le habían quitado su tesoro, y como extrañase no hallar el puñal, díjole su mujer:

—El puñal lo he guardado yo... Es monísimo. Descuida, que no lo perderé. ¿Tienes o no confianza en mí? Tocante a estos polvos, encárgate tú de guardarlos, y si el caso llega, chico, no seré yo quien les haga ascos, porque, bien mirado, para lo que sirve esta vida... Lucidos estamos. ¡Siempre penando, siempre penando! Espera que te espera, y cada día un desengaño... Te aseguro que el vivir es una broma pesada.

—Dame un abrazo—le dijo Maxi, arrojándose a ella medio vestido—. Así te quiero. Tú has padecido, tú has pecado... Luego eres mía.

Y como en aquel momento entrara su tía, trayéndole el chocolate, se fué hacia ella, en pernetas, con intento de abrazarla, diciéndole:

—También usted ha padecido, también usted ha pecado, querida tía.

—¡Pecar yo...!

—Y es usted de mi tanda.

—Todo lo que quieras, con tal que te tomes ahora el chocolatito.

—Lo tomaré, lo tomaré, aunque no tengo apetito. Venga... Por aquello de cumplir.

—Dices bien; una cosa es enamorarse de la muerte y otra es cumplir nuestras obligaciones mientras no llega el momento—dijo doña Lupe con naturalidad—. De mí te sé decir que estoy harta de la vida, pero harta, y si no he tomado ya una determinación es porque como tiene una tanto que hacer, no le queda tiempo ni para pensar en lo que le conviene. Pero ya lo arreglaremos, hijo, y a mí me tienes dispuesta a darle la morrada a la bestia cuando menos ella se lo piense. Ya no la puedo sufrir.

Tía y esposa, disimulando su tristeza, le contemplaban mientras tomó el chocolate, admiradas de que lo tomase con gana. Las ganas teníalas la bestia, él no.

XI

A eso de las diez salió Fortunata para llevar a Ballester el paquete de sustancias venenosas.

—Ahí tiene usted la que nos preparaba su amigo—le dijo con desabrimiento—. ¡Vaya un cuidado que tiene usted! Vea lo que llevó a casa...

Ballester examinaba las terribles drogas. Después se puso muy serio:

—Ese tonto de Padillita tiene la culpa. No sé cómo le permitió andar en esto. Descuide usted, que le echaré hoy una buena peluca. Lo mejor será que no trabaje más aquí; cualquier día nos mete en un conflicto... Pero siéntese usted...

Al ofrecerle una silla, Ballester parecía poner especial cuidado en dar a conocer sus botas nuevas, resplandecientes, en que Fortunata admirase su levita y su cabellera rizada a fuego, la cual despedía fuerte olor a heliotropo. En todo reparó ella, demostrándolo con una sonrisa picaresca.

—Se ríe usted de lo reguapo que me he puesto hoy, ¿verdad? Acostumbrada a verme hecho un cavador... Pues le diré: hoy se casa mi hermana con ese a quien llaman *el distinguido pensador*, Federico Ruiz. Voy a la boda, y esta noche le traeré a usted los dulces.

Fortunata volvió a su tema:

—Es preciso tomar una determinación. Las medicinas que usted le da no le hacen ningún efecto. Hoy hemos hablado mi tía y yo. Antes de llevarle a un manicomio, es preciso probar algún otro medicamento. ¿No se decide usted a darle eso que decía?... No me acuerdo cómo se llama..., eso que suena así como un estornudo...

—¡Ah!, el *hatchiss*... Lo prepararemos. Usted manda en esta casa... Es usted el ama, y me manda a mí, y si me pide una cataplasma hecha con picadillo de mi corazón, al momento se la hago.

—¿Ya está usted con guasas?

—Y ahora me toca a mí pedirle un favor...

—Usted dirá.

—Esta noche traigo los dulces de la boda. Mando al segundo una parte, otra la dejo aquí para los amigos que vengan. ¿Irá usted arriba, a casa de doña Casta, o vendrá aquí?

—Iremos arriba... Si paseamos, puede que entremos aquí. Según esté ése.

—Bueno; esta noche ha de venir mi amigo el crítico. Padilla le invitará a entrar y le ofrecerá dulces. Quiero que se coma uno que tengo yo aquí preparado para él... No sabe usted cuánto le odio.

Fortunata, que tenía la cabeza caldeada con ideas de envenenamiento, se asustó.

—Pero ¿qué demonios le va a usted a dar a ese infeliz? Si es un buen chico.

—Nada, no se asuste usted... No es más que un derivativo... La fiesta consiste en que luego le invite doña Casta a subir, y que suba...

—No sea usted bruto. Si es un chico muy bueno. Me han dicho que mantiene a su madre...

—¡Que mantiene a su madre! Pues estará lucida. Y ¿con qué la mantiene? ¿Con los artículos?

—Le dan dos duros por cada uno. Ya ve usted. Y hace cuatro todas las semanas.

—Buen pelo, buen pelo... Pero, en fin, aunque mantenga a su madre y a su abuela y a toda su familia y sea un excelente chico, yo le quiero dar esta broma inocente. ¿Me hará usted el favor que le pido?

—¿Cuál?

—No le pido a usted que me dé un beso, porque si le pidiera ese pedazo de la gloria, usted no me lo daría, y si me lo diera, al instante me tendrían que poner en manos del amigo Esquerdo... Pues mis aspiraciones se concretan hoy, querida amiga, a que usted, si está aquí cuando entre ese niño ilustrado, le ofrezca la yema que yo tengo dispuesta. Dándosela usted, no sospechará... Además, usted le dirá a doña Casta o a Aurora que le inviten a subir para que oiga tocar la pieza...

—Quítese usted de ahí... Yo no me meto en esas intrigas. ¡Pobre muchacho! Me pongo de su parte. ¡Qué malo es usted!

—Más mala es usted... En pago de su infamia, le voy a dar una buena noticia.

—¿A mí noticias?...

—Y tan buena, que le ha de saber a usted mejor que los dulces que le enviaré esta noche... ¡Ay!, me consuela una cosa, amiga mía; y es que si conmigo es usted ingrata, lo es también con otros. ¡Mal de muchos...!

—¿Qué está diciendo?

—Pues que bien le pasean a usted la calle... Y la niña sin parecer por ninguna parte. El niño rompía el pescuezo mirando por los balcones, y usted atormentándole con su ausencia. ¡Pobre señor!... Toda la tarde calle arriba, calle abajo...

Fortunata palideció, y con la mayor seriedad del mundo se dejó decir:

—¿Quién..., y cuándo?...

—No se haga usted la tonta... Pues ayer tarde, cuando se retiró, ¡iba con una cara de mal humor...! Plantón como aquél no se ha llevado nunca. Yo le miraba y me decía: "Bien merecido te está... Aguántate, cachete... Todos somos iguales." ¿Quiere usted que le dé un consejo? Pues trátele a la baqueta. Que suspire, que pasee, que le tome la medida a la calle. Toda la hiel no ha de ser para mí... ¿Quiere que le dé otro consejo? Pues a usted le conviene un corazón como este que yo tengo aquí guardadito, virgen, créalo usted, virgen. Acéptelo, y déjese de querer a ingratos...

Fortunata se había puesto tan desasosegada, que no oía las amorosas confianzas del farmacéutico.

—Abur, abur—dijo, levantándose—. Tengo que volverme a mi casa.

—Vamos a ver... Y si vuelve esta tarde, ¿qué le digo?

—Quítese usted allá...—indicó ella corriendo hacia la puerta, y el otro detrás.

—¿Qué le digo?... Porque aunque no le he hablado nunca, le hablaré, si usted me lo manda. ¿Dígole que no parezca más por aquí?... ¡Ay, qué mujer! Allá va como una exhalación. Está tocada, tan tocada como su marido... Todo por no enamorarse de un hombre digno, como, por ejemplo..., un servidor. ¡Ah! Segismundo, paciencia. Imita a los pescadores de caña; espera, espera, que al fin ella picará.

Doña Lupe, cuando entró su sobrina bastante sofocada por haber subido muy aprisa la escalera, admiróse de verla tan alegre. "Sabe Dios—dijo para sí—; sabe Dios por qué estarán los tiempos tan divertidos... Probablemente esta salidita, con pretexto de llevarle a Ballester los polvos, sería para verle... El le diría que pasaba a tal hora... Y ¡qué colorada viene! Sin duda, ha habido hocicadas en el portal."

Maxi continuaba tranquilo. Más bien parecía un convaleciente que un enfermo. Estaba muy débil y no apetecía más que sentarse junto a los cristales del balcón del gabinete, contemplando con incierta mirada a los transeúntes. Esto no le hacía maldita gracia a Fortunata porque... "si *al otro* le da la gana de pasar también esta tarde y Maxi le ve, se va a excitar mucho". Por tal motivo estuvo muy inquieta, y a cada instante se asomaba y volvía para adentro, tratando de que su marido se pusiese en otra parte. Pero al otro no le dió la gana de pasar aquella tarde. Lo que hizo fué mandar un recadito a su amiga, sacándola del purgatorio de incertidumbre y tristeza en que estaba. Servía de Celestina para estas comunicaciones la tía de Fortunata, Segunda Izquierdo, que en mayo último se le había presentado, miserable y llorosa, a que le diera una limosna. Desde entonces iba todas las semanas, y su sobrina la socorría, unas veces con dinero, otras con comida sobrante o alguna prenda de vestir. Santa Cruz la amparaba también, y ella se servía de su mendicidad para introducir en la morada de Rubín los mensajes de amor; y tan ladinamente lo hacía, que la sagaz doña Lupe no sospechaba nada. Pues aquella tarde, después de mucho tiempo de entrar allí *con las manos vacías*, puso en las de Fortunata una esquelita. Al fin, ¡oh dicha increíble!... Cuando pudo, leyó la feliz mujer el papelito, en el cual se la citaba a tal hora y a tal sitio para el día siguiente.

Por la noche fueron todos a casa de doña Casta, quien tomó por su cuenta a Maxi, prodigándole mil cuidados, ofreciéndole golosinas, y tratando de refrescarle el cerebro con una plácida disertación sobre las aguas de Madrid, y sobre las propiedades por que se distinguen las de la Alcubilla, Abroñigal y fuente de la Reina de las del Lozoya.

La viuda de Fenelón llegó a la hora de costumbre, y a poco subió el mozo de la botica con la bandeja de dulces que mandaba Ballester. No tardaron en presentarse el señor y la señora del tercero de la derecha. El, por una de esas ironías tan comunes en la vida, era el hombre más grave, seco y desapacible del mundo, comadrón de oficio, y se llamaba *don Francisco de Quevedo* (hermano del cura castrense Quevedo, a quien conocimos en la tertulia del café, junto con el *Pater* y Pedernero). Su mujer competía en elegancia con una boya de las que están ancladas en el mar para amarrar de ellas los barcos. Su paso era difícil, lento y pesado, y cuando se sentaba, no había medio de que se levantara sin ayuda. Su cara redonda semejaba farol de alcaldía o Casa de Socorro, por-

que era roja y parecía tener una luz por dentro: de tal modo brillaba. Pues a esta monstruosidad la llamaba Ballester *Doña Desdémona,* por ser o haber sido Quevedo muy celoso, y con este mote la designaré, aunque su verdadero nombre era doña Petra. No tenía niños este matrimonio, y mientras don Francisco se pasaba la vida sacando a luz los hijos del hombre, su esposa sacaba y criaba pájaros, para lo cual tenía muy buena mano. Estaba la casa llena de jaulas, y en ellas se reproducían diversas familias y especies de aves cantoras. Y para colmo de contrastes, era la señora del comadrón una mujer chistosísima, que contaba las cosas con mucha sal. En cambio, don Francisco de Quevedo no tenía más chiste que el que podría tener un caimán.

XII

Aurora y Fortunata, después de cumplir un rato con la visita, riéndole las gracias a *Doña Desdémona,* se fueron al balcón. La viuda tenía que contar a su amiga cosas de mucha importancia, y al instante empezó el secreto.

—Ya no me queda duda. Ciertos son los toros. ¿Sabes que el primo Moreno no sale de la tienda? Allí se va por las mañanas, y no quita los ojos del portal de Santa Cruz, acechando si entran o salen. El muy tonto, ¡qué mal lo disimula! Parece mentira que se chifle así un hombre de su edad..., porque anda ya cerca de los cincuenta; un hombre enfermo..., porque los médicos dirán lo que quieran, pero el mejor día hace el *crac*... Y ¿qué más prueba de su embrutecimiento que estar aquí?... ¿Por qué no se va al extranjero como otros años? Buen pajarraco está. Ya ves; un hombre, *por ejemplo,* que podría haber hecho la felicidad de cualquier muchacha honrada, se ve ahora sin amor, sin familia propia, solo, triste... ¡Ah! Le conozco bien; es un disoluto, un inmoral, un corrompido. No le gustan más que las casadas. Me lo ha dicho a mí misma..., a mí me lo ha dicho.

—Pero ¿tú...?

—Espera, te contaré—dijo Aurora con cautela, asegurándose de que ningún curioso se destacaba de la tertulia para acecharlas—. Pues este primo Moreno, aunque pariente lejano, y más lejano por ser rico y nosotras pobres, nos visitaba alguna vez..., hará de esto trece o catorce años. Mamá le consideraba mucho, y cuando venía a casa le recibía poco menos que con palio. Tuvo mamá en un tiempo la ilusión, ¡qué tonterías!, de casarme con él. Yo tenía dieciocho años, él treinta y pico. ¿Te vas enterando?

Fortunata atendía con toda su alma.

—¿Quieres que te hable con franqueza? Pues a mí no me disgustaba; pero nunca me dijo nada... Tenía buena figura y unos aires de caballero como los tienen pocos... Mamá y papá hechos unos tontos con aquella esperanza..., ¡qué inocentes! Es muy lagarto ese hombre. ¡Casarse conmigo! Sí, para mí estaba. A lo mejor, meses y meses sin parecer por aquí. Yo me acordaba de él y de cuando venía a casa; como que al verle entrar nos quedábamos todos turulatos y nos parecía que entraba por esa puerta la Divina Majestad... Pues como te digo, dejó de venir. En aquel tiempo conocí a Fenelón; fué mi novio y me pidió. Mamá tenía todavía ilusiones; papá se había curado de ellas. Nos casamos... ¿Pues creerás que al mes de casarnos viene el primo a Madrid y empieza a hacerme la corte por lo fino?

Fortunata parecía que estaba oyendo leer el relato más novelesco, según el interés y asombro que mostraba.

—...Pues verás: Fenelón era un bendito; de estos que juzgan a todo el mundo por sí mismos, y que no ven el mal aunque se lo cuelguen de la nariz. No se enteraba de la persecución, y yo pasando la pena negra. ¡Ay, hija, qué peligro tan grande! Siempre que salía, ¡pin!, me lo encontraba. Yo no sé..., parecía que me olía como los perros huelen la caza. Una tarde que llovía, me cogió y casi a la fuerza me metió en su coche. Estuve a dos dedos del abismo, casi a dedo y medio; pero no, no caí. ¡Dios mío, qué hombre! Es absurdo.

—Pero ¿tú le querías?—preguntó la de Rubín, que con la idea del querer resolvía todos los problemas.

—Yo..., te diré..., me pasaba una cosa particular. Temblaba siempre que nos encontrábamos..., le tenía miedo, y..., de ti para mí, me gustaba. Pero, lo que yo digo, ¿por qué no se casó conmigo?

—Claro.

—Yo le hubiera querido mucho, y no le habría faltado por nada de este mundo. Pero estos hombres, ¡qué malos son.

pero qué malos! Pues verás. Me voy a Burdeos con mi marido, pasan meses y meses, llega el verano y nos vamos a pasar una corta temporada en Royan, un pueblo de baños de mar. Pues, hija, estaba yo una tarde en el muelle viendo desembarcar a los pasajeros que venían en el vaporcito de Burdeos, cuando me veo al primo Moreno. Me quedé..., ¡ay!, no te quiero decir nada.

—Y ¿tu marido estaba contigo?

—No; ése es el caso. Fenelón había ido a París a hacer compras. En París estaba Moreno, le vió... y chitito callando se fué a Royan, sabiendo que me cogía sola y descuidada. Descuido fué, que aquella vez, hija, no pude zafarme como cuando la del coche... ¡Ay! Estas cosas te las cuento a ti, porque sé que eres muy callada y no me has de hacer traición. ¡Si mamá lo supiera...! En fin, que el muy tunante se divirtió todo lo que quiso, y después la del humo. Llegó el 70, y al pobrecito Fenelón le mataron esos infames prusianos. Fué un dolor..., ¡ah!, por ser valiente, por empeñarse en salir en una descubierta. Era un hombre tan patriota, que por salvar a su querida Francia habría dado él cien vidas que tuviera... Pero vamos al otro, a ese solterón estragado... Cuando enviudé, dije: "Pues ahora, si de veras le gusto..." ¡Quia! Me lo encontré en Madrid al año siguiente, y como si tal cosa. ¿Creerás que me dijo algo de amor? ¿Creerás que se acordaba de cumplir las promesas que me había hecho? Buen cumplimiento nos dé Dios. Hija, frialdad igual no he visto. Te aseguro que me daban ganas, *por ejemplo*, de clavarle un puñal... Cierto que me ofreció lo que yo quisiera para establecerme..., pero no quise tomar nada de aquellas manos. ¡Monstruo! Cuando le dió al primo Pepe dinero para la gran tienda, puso por condición que me había de colocar al frente de las labores... Pero no se lo agradezco, palabra de honor, no se lo agradezco...

—A tu primo no le gustan más que las casadas. ¡Valiente tuno!—dijo Fortunata moviendo la cabeza, como quien comprende tarde lo que debió de comprender antes.

—Estos solterones vagabundos y ricos son así... Están viciosos, estragados, mimosos; y como se han acostumbrado a hacer su gusto, piden *mediodía a catorce horas*. Ahí le tienes ya, aburrido, enfermo; no sabe qué hacerse; quiere calor de familia y no lo encuentra en ninguna parte. Bien merecido le está; me alegro. Que lo pague. Y para mayor desgracia, se engolosina ahora con Jacinta. Lo que a él le enciende el amor es la resistencia; y las que tienen fama de honradas, le entusiasman, y las que sobre tener fama, lo son, le vuelven loco. Con Jacinta debe de haber sostenido una guerra tremenda, sí, tremenda; pero al fin, ella se ha rendido, no te quepa duda. Yo fuí Metz, que cayó demasiado pronto; y ella es Bellfort, que se defiende; pero al fin cae también... ¡Ah! Las señas son mortales. El primo va a la casa todos los días, y la acecha cuando sale, para hacerse el encontradizo... Algunas tardes no parece por la tienda. ¿Tendrán citas? He aquí mi idea. Te juro que lo he de averiguar. Imposible que yo no lo averigüe. Aunque tuviera que perder mi colocación, aunque me quedara sin camisa que ponerme... ¡Qué infamia! Y miren la otra, la mosquita muerta, con su cara de Niño Jesús y su fama de virtud. Sí; santidades a cuarto; véase la clase. Te aseguro que el día en que esto estalle y haya la gran tragedia, será el día más feliz de mi vida. Pues ¿qué cree ése? ¿Que se puede engañar, y engañar, y engañar siempre, y burlarse de los pobres maridos? Pues ya cayó otro; *solamente* que ahora no da con mi Fenelón, que era un santo y no sospechaba de nadie más que de los prusianos. Ahora da con un hombre templado, tu amigo, que no se conformará con esa deshonra, ¿verdad? Te aseguro que le va a arder el pelo al tal primito con todo su mal de corazón y su extranjerismo.

Fortunata no chistó. Aquella revelación le había dejado tan atontada, cual si le descargaran un fuerte golpe en la cabeza.

Jacinta... ¡Jesús!..., el modelito, el ángel, la mona de Dios... ¿Qué diría Guillermina, la *obispa*, empeñada en convertir a la gente y en ver la que peca y la que no peca?... ¿Qué diría? ¡Ja, ja, ja!... ¡Ya no había virtud! ¡Ya no había más que la ley del amor!... ¡Ya podía ella alzar su frente! Ya no le sacarían ningún ejemplo que la confundiera y abrumara. Ya Dios las había hecho a todas iguales... para poderlas perdonar a todas.

CAPITULO II

INSOMNIO

I

A las doce de un hermoso día de octubre, don Manuel Moreno-Isla regresaba a su casa de vuelta de un paseíto por Hide Park..., digo, por el Retiro. Responde la equivocación del narrador al *quid pro quo* del personaje, porque Moreno, en las perturbaciones superficiales que por aquel entonces tenía su espíritu, solía confundir las impresiones positivas con los recuerdos. Aquel día, no obstante el cansancio que experimentaba, determinando en él un trabajo mental comparativo, permitíale apreciar bien la situación afectiva y el escenario en que estaba. "Muy mal debe de andar la máquina, cuando a mitad de la calle de Alcalá ya estoy rendido. Y no he hecho más que dar la vuelta al estanque. ¡Demonio de neurosis o lo que sea! Yo, que después de darle la vuelta a la *Serpentine* me iba del tirón a *Cromwell road...*, friolera; como diez veces el paseo de hoy...; yo, que llegaba a mi casa dispuesto a andar otro tanto, ahora me siento fatigado a la mitad de esta condenada calle de Alcalá... ¡Tal vez consista en estos endiablados pisos, en este repecho insoportable!... Esta es la capital de las setecientas colinas. ¡Ah! Ya están regando esos brutos, y tengo que pasarme a la otra acera para que no me atice una ducha este salvaje con su manga de riego. Eso es, bestias, encharcad bien para que haya fango y paludismo... Pues por aquí, los barrenderos me echan encima una nube de polvo... Animales, respetad a la gente... Prefiero las duchas .. En fin, que este salvajismo es lo que me tiene a mí enfermo. No se puede vivir aquí... Pues digo; otro pobre. No se puede dar un paso sin que le acosen a uno estas hordas de mendigos. ¡Y algunos son tan insolentes!... Toma, toma tú también. Como me olvide algún día de traer un bolsillo lleno de cobre, me divierto. ¡Aquí no hay Policía, ni beneficencia, ni formas, ni civilización!... Gracias a Dios que he subido el repecho. Parece la subida al Calvario, y con esta cruz que llevo a cuestas, más... ¡Qué hermosos nardos vende esta mujer! Le compraré uno... Deme usted un nardo. Una varita sola... Vaya, deme usted tres varitas. ¿Cuánto? Tome usted... Abur. Me ha robado. Aquí todos roban... Debo de parecer un San José; pero no importa... Yo no juego a la lotería; déjeme usted en paz. ¿Qué me importará a mí que sea mañana último día de billetes, ni que el número sea bonito o feo...? Se me ocurre comprar un billete y dárselo a Guillermina. De seguro que le toca. ¡Es la mujer de más suerte!... Venga ese décimo, niña... Sí, es bonito número. Y tú, ¿por qué andas tan sucia? ¡Qué pueblo, válgame Dios, qué raza! Lo que yo le decía anteayer a don Alfonso: "Desengáñese vuestra majestad, han de pasar siglos antes que esta nación sea presentable. A no ser que venga el cruzamiento con alguna casta del Norte, trayendo aquí madres sajonas." Ya poco me falta. Francamente, es cosa de tomar un coche, pero no, aguántate, que pronto llegarás... Un entierro por la Puerta del Sol. No, lo que es aquí no me he de morir yo, para que no me lleven en esas horribles carrozas... Dan las doce. Allá están los cesantes mirando caer la bola. Buena bola os daría yo. Ahí viene Casa-Muñoz. Pero ¿qué veo? ¿Es él? Ya no se tiñe. Ha comprendido que es un absurdo llevar el pelo blanco y las patillas negras. No me mira, no quiere que le salude. Realmente, es muy ridícula la situación de un hombre que se tiñe, el día en que se decide a renunciar a la pintura, porque la edad lo exige o porque se convence de que nadie cree en el engaño... Allí va en un coche la duquesa de Gravelinas... No me ha visto... Abur, Feijoo... ¡Qué bajón ha dado ese hombre!... Vamos, ya entro por mi calle de Correos. Si habrá venido a almorzar mi primo... Lo que es hoy me tiene que hacer un reconocimiento en toda regla, porque me siento muy mal... Que me ausculte bien, porque este corazón parece un fuelle roto. ¿Será esto un fenómeno puramente moral? Puede ser. Ya veo el remedio... Pero ¡qué verdes están las uvas, qué verdes! Los balcones, tan tristes como siempre. ¡Ah!..., sale al mirador Barbarita para hablar con la *rata eclesiástica*... Adiós, adiós..., vengo de dar mi paseíto. Estoy muy bien. Hoy no me he cansado nada... ¡Qué mentira tan grande he dicho! Me canso como nunca. Ahora, es-

calera de mi casa, sé benévola conmigo. Subamos... ¡Ay, qué corazón, maldito fuelle! Despacito, tiempo hay de llegar arriba. Si no llego hoy, llegaré mañana. Seis escalones a la espalda. ¡Dios mío, lo que me falta todavía!"

Cuando llegó al principal, su hermana le esperaba en la puerta.

—¿Te has cansado mucho?

—Así, así. ¿Dónde está Tom? Que venga.

Moreno entró en su habitación, seguido del criado. Este era inglés y le acompañaba en todos sus viajes. Decía el antipatriota que los sirvientes españoles son tan torpes que no saben ni cerrar una puerta. El suyo era de esos que hacen de la servidumbre una profesión inteligente y se adelantan a los más insignificantes deseos de sus amos para satisfacerlos. En inglés le dijo Moreno que echase agua en uno de los búcaros que en la estancia había, para poner los nardos; y sin soltar éstos de la mano, se dejó caer en el sofá. Vestía el caballero americana oscura y pantalón de cuadros, sombrero de copa y los indispensables botines blancos cubriendo las botas holgadísimas, con suelas de un dedo de grueso.

—¿Ha venido mi primo?—preguntó a Tom, dándole las flores.

—El señor doctor está en la habitación de *miss* Guillermina.

—*Dígale usted* que estoy aquí.

La fatiga del paseo y de la escalera le duraba aún cuando vió entrar al más simpático de los doctores, Moreno Rubio, despidiendo tufo de alegría, como un preservativo contra las tristezas de la Medicina. Médico de gran saber y aplicación, había alcanzado mucha fama y tenía una clientela brillantísima.

—Hoy me vas a examinar bien...—le dijo su primo—. Figúrate que soy un desconocido que se te presenta en tu consulta. Déjate de bromas conmigo, y no me ocultes la verdad. Mira que te desacredito si no lo haces así.

—Bueno, hombre, descuida; te registraremos en toda regla—replicó el médico sonriendo y sentándose junto a él—. ¿Te has cansado mucho?

—¿No me ves? También es gana de hacer preguntas. En cuanto almorcemos, me entrego a ti, como un cadáver de la sala de disección.

—Pues mejor es antes...—sacando la trompetilla y atornillándola.

—Bueno, pues ya puedes empezar —quitándose la americana—. ¿Me echo en la cama? Es mejor, sí; aquí me tienes como un muerto, con las manos cruzadas.

—No, extiende los brazos. Así...

El doctor abrió la camisa y aplicó un extremo de la trompeta, inclinándose para poner su oído en el otro.

—No te muevas... Ahora, respira fuerte..., da un suspiro, pero un suspiro grande, como los de los enamorados.

—Me parece que tú estás de guasa. Pepe, por Dios, mira que esto es serio, muy serio. Llevo más de diez noches sin pegar los ojos, y tu dichosa digital no me alivia nada.

—Cállate, y déjame oír...

—¿Qué notas?... ¿Qué?

—Pero ten paciencia. Aguarda... Pues esto está muy malo. Hay aquí dentro un zipizape de mil demonios.

—¿Qué clase de ruido sientes? La sístole es demasiado fuerte y...

—Algo de eso.

—El empuje de la corriente sanguínea.

—Sí; pero prevalece un síntoma muy perro, un síntoma...

—¿Cuál es? Dímelo. ¿Cómo se llama?

—Amor.

—¡Vaya! Llamaré otro médico. Tú no me sirves..., con tus guasitas de mal gusto. ¡Ni qué tendrá que ver...!

—¡Pues no ha de tener que ver!—dijo Moreno Rubio poniéndose serio y guardando su instrumento—. No sé qué te figuras tú. ¿Quieres romper de un golpe la armonía del mundo espiritual con el mundo físico? Ya lo sabes: te lo he dicho mil veces. No necesito auscultarte más. Tienes desórdenes de circulación, los cuales podrán ser muy graves si no cambias de vida.

—No parece sino que hago yo la vida del perdido—levantándose y volviéndose a poner su ropa.

—Haces la vida del caprichoso, que es peor. Te conviene una tranquilidad absoluta, renunciar a los deseos vehementes, a las cavilaciones que la no satisfacción de ellos te produce; viajar menos, ahogar todo apetito loco de los sentidos, renunciar a todos los excitantes malsanos; no me refiero solamente al café y al té, sino más principalmente a los excitantes imaginativos e ideales; huir de las emociones y cortarte la co-

leta de banderillero, con intención de no dejártela crecer más; trazar una raya en tu vida y decir: "Ni Cristo pasó de la Cruz, ni yo paso de aquí." Si tuvieras treinta o treinta y cinco años, te aconsejaría que te casaras; pero vale más que te hagas la cuenta de que por reciente providencia judicial... o divina han desaparecido todas las mujeres que hay en el mundo, casadas, solteras y viudas.

—¡Bah!, ¡bah! Siempre la misma historia—dijo Moreno-Isla, tomándolo a broma—. Pero ¿tú eres un médico o un confesor?

—Las dos cosas—afirmó el otro con serenidad y energía—. Si no haces lo que te he dicho, Manolo, si no lo haces, te mueres, y pronto. De modo que ya sabes mi opinión. No vuelvas a consultarme. No sé más. He agotado mi ciencia contigo. Si hay algún colega que encuentre el medio de poner de acuerdo tus costumbres y tus pasiones con una ordenada y sana función vascular, llámalo, y entiéndete con él.

El criado anunció que el almuerzo estaba servido.

—Vamos en seguida—dijo el enfermo, cogiendo a su primo por el brazo—. Espérate un poco, que te quiero consultar otra cosa.

Detuviéronse un instante en la habitación, y don Manuel, poniéndole una cara muy seria, hizo a su primo esta pregunta:

—Vamos a ver, sin guasa. En mi estado, sea bueno, sea malo; en mi estado presente, fíjate bien, tal como ahora estoy, ¿podría yo tener hijos?

Moreno Rubio soltó la carcajada.

—Hombre, no digo que no. Podrías tener una escuela de párvulos.

—Quiero decir..., pero respóndeme en serio..., quiero decir, si tal como estoy, con la tubería descompuesta...

—Ya lo creo, por poder...

—Esto te lo digo porque después de eso me decidiría a aceptar lo que propones, el retraimiento, cortar la coleta, etcétera...

—Mira, inocente, no te cuides de aumentar la especie. Mientras menos seres humanos nazcan, mejor. Para lo que vale esta vida...

—Creo lo mismo..., pero a mí me gustaría tener la seguridad de que... Es un ejemplo, un por si acaso nada más. No creas que me parece mal tu plan de vida vegetativa. Yo lo adoptaría, sí, señor; pero a su tiempo.

—Primo—le dijo el otro mirándole con socarronería—, si quieres hijos, haberlo pensado antes.

—No, tonto, si no es que yo los quiera; ni maldita la falta que me hacen a mí los chiquillos. Si esto te lo pregunto hipotéticamente. Me basta con tener conciencia de mi aptitud... Curiosidades de enfermo...

—Qué, ¿no vienen?—dijo, presentándose en la puerta, la hermana de Moreno-Isla.

—Vaya unas prisas. Ya vamos. ¡Para la gana que uno tiene...!

—Pero la tengo yo, ¡canastos!—dijo el médico.

II

Por la tarde pidió Moreno su coche y estuvo haciendo visitas hasta las siete. Comió en casa de los de Santa Cruz, y éstos le notaron sombrío, padeciendo chocantes distracciones, y tan indiferente a todo, que ni siquiera tomaba con calor la defensa de sus principios y gustos extranjeros, cuando Barbarita, por combatirle la murria, sacaba a relucir algún tema de entretenida polémica sobre este punto. Algo dijo, sin embargo, que animó la desmayada conversación de aquella noche.

—¿Saben ustedes cuál es una de las cosas que más me cargan en España? La costumbre que tienen las criadas de ponerse a cantar cuando trabajan. Parecía natural que en mi casa me viera yo libre de este tormento. Pues no, señor. Tiene mi tía Guillermina una criadita cuya boca vale por dos murgas. No vale mandarle callar. Obedece durante diez minutos, y de repente vuelve otra vez con *el señor alcalde mayor*. Dice que se olvida. Créanmelo ustedes. Le rompería la cabeza.

—¡Y me quieres hacer creer que en el extranjero...! Pero, Manolo...

—¡Ah!, no, señora..., esté usted segura de que si en Londres una criada se permitiera cantar, pronto la pondrían de patitas en la calle. Es que ni se les ocurre tal disparate.

—Lo creo; tan sosas son.

—Es que esta pícara raza, que no conoce el valor del tiempo, tampoco conoce

el del silencio. No podrá usted meterle en la cabeza a esta gente la idea de que la persona que se pone a pegar gritos cuando yo escribo, o cuando pienso, o cuando duermo, me roba. Es una falta de civilización como otra cualquiera. Apoderarse del silencio ajeno es como quitarle a uno una moneda del bolsillo.

Estas cosas hacían gracia, y aquella noche las rieron más, para animarle. Invitado por Juan a ir al teatro Real, lo rehusó. Había en la casa muy poca gente: Guillermina en su rincón, don Valeriano Ruiz Ochoa y Barbarita II. Barbarita I había concebido el loco proyecto de casar a Moreno con esta sobrina suya, que era muy mona, y comunicado el pensamiento a Jacinta, ésta lo encontró de lo más insensato que se le podría ocurrir a nadie.

—¡Pero, mamá, si mi hermana no tiene más que dieciocho años y Moreno anda ya cerca de los cincuenta, y además está enfermo!

—Cierto que hay diferencia de edades —decía la señora, riendo—, pero es un gran partido. Andate con repulgos y verás cómo le cae a tu hermana un subteniente, un oficial de la clase de quintos u otra lotería semejante. Este hombre es un buenazo muy rico, y eso que padece no es sino aburrimiento, mal de soltería, lo que los ingleses llaman *esplin*. Cásale, y se le quitan diez años de encima.

Jacinta no se convencía, y en cuanto a la enfermedad, su opinión era muy distinta de la de su suegra. Aquella noche le cogió por su cuenta para echarle un buen réspice. Estaban en el despacho apartados de los dos grupos de tresillistas (don Baldomero, Ruiz Ochoa, su señora, Pepe Samaniego y otros). Barbarita II y su hermana tenían delante a Moreno, que en los primeros momentos de aquella situación decía de dientes para adentro: "Creo que si no estuviera presente la polla, le diría algo. Me enfada esta niña con su inocencia y su cara bonita. Parece que se la pone al lado como un escudo contra mí... Es fatalidad ésta; las pocas veces que la cojo sola, no adelanto nada. Si le digo cualquier reticencia delicada, se hace la tonta. Evita el encontrarse sola conmigo, y ahora trae siempre a rastras el espantajo angelical de su hermana para asustarme."

—Pero qué callado está usted...—observó Jacinta, sonriendo—. ¿Qué? ¿Se siente usted peor? Dice mamá que si usted se casa se le quitarán diez años de encima. Conque, decidirse...

La fisonomía del misántropo se iluminó al oír esta peregrina receta.

—También yo lo creo—dijo—. Vea usted; un remedio que parece tan fácil, es imposible.

—Justo, como se ha concluído el género femenino... Tiene usted razón, ya no hay mujeres.

—Para mí como si no las hubiera... ¿Qué le dije a usted ayer? Ya no se acuerda. Si ya se sabe: cosa que yo le diga a usted es como si la escribiera en el agua.

—De veras que se me ha olvidado. ¿Te acuerdas tú, Bárbara?

—No, si Bárbara no estaba presente.

—No importa. Todo lo que usted me dice a mí, al instante voy a contárselo a mi hermana.

—Sí, es usted muy cuentera. ¿Y por qué se lo cuenta usted a su hermana?

—Porque le hace gracia.

Moreno no pudo disimular la profunda tristeza que se apoderaba de él.

—Pero ¿qué tiene usted?... Esta noche le encuentro más *esplinado* que nunca.

—¿No nos contaba ayer que dejó tres novias en Londres?—apuntó Barbarita, que gustaba de buscarle la lengua.

—Sí; pero a ésas no las quiero—replicó Moreno con la ingenuidad de un niño.

Y luego, revolcándose en aquella tristeza, contra la cual nada podía su dominio de hombre de sociedad, se espetó otro monólogo: "Ya estoy entrando en el período pueril... La tontería y la incapacidad me invaden... Esta mujer con su frialdad y su ironía me ha puesto el pie sobre la cabeza y me la ha aplastado, como la Virgen la de la serpiente... Ya empiezo a estar ridículo..."

—¿Por qué no le repite usted esta noche a mi hermana lo que le dijo la semana pasada?—dijo Barbarita II al melancólico caballero.

—¿Yo...? ¿Qué?...—asustado, como quien despierta de un sueño—. Yo... no le he dicho nada.

—Sí, la semana pasada, cuando fuimos a la Casa de Campo, y se puso usted a contar el cuento de aquella ingle-

sona que le quiso pegar un tiro porque le dijo no sé qué de un tren.

—No me acuerdo—dijo el misántropo con todas las apariencias de un estúpido.

—Este hombre—indicó Jacinta—, cuando tocan a olvidarse, no hay quien le gane. Me dijo usted que se casaba si yo me comprometía a buscarle la novia...

—¡Ah!... Pues no; me desdigo, recojo la proposición. Si ha empezado usted sus trabajos, delos por inútiles. Pagaré indemnización si es preciso.

—Ya lo creo que es preciso... Poquito que había yo hecho ya. ¡Vaya que la formalidad de usted...!

Ambas se pusieron muy serias. Notaban en Moreno palidez mortal, gran abatimiento y un cierto olvido, extraño en él, de la atención constante que se debe prestar a las señoras cuando se platica con ellas. Jacinta se inclinó un poco hacia él, abriendo su abanico sobre las rodillas, y le dijo en tono muy cariñoso:

—Amigo mío, es preciso que usted se cuide y mire más por su salud. Esta tarde nos encontramos a Moreno Rubio en casa de Amalia, y me dijo que lo que usted padece no es nada; pero que si se descuida y no hace lo que él le manda, lo va a pasar mal. Usted no es un niño, y debe comprenderlo. ¿Por qué no hace caso de lo que le dicen las personas que le quieren bien y que se interesan por usted?

Moreno la miraba extático. Algunos monosílabos salieron de su boca; pero aquellos pedazos rotos de su pensamiento más bien parecían de aquiescencia que de protesta. Jacinta siguió hablándole en un tono dulce, ternísimo, y más bien parecía una madre que una amiga.

—¡Cuánto nos alegraríamos de verle a usted bueno y sano, y qué fácil sería con buena voluntad!... Porque lo que usted tiene no es más que malas ideas. Así me lo dijo su primo, y viene bien esta opinión con lo que yo creía. Es lástima que teniendo todos los medios de ser feliz, no lo sea. ¿Qué le falta a usted?...

Moreno sentía que el corazón se le hacía pedazos. "¿Pues no dice que qué me falta?... Si me falta todo, absolutamente todo. ¡Ay, qué mujer! Si sigue en esta cuerda, creo que me pongo más en ridículo."

—...¿Qué le falta a usted? Nada. Si no se le pusieran en la cabeza cosas imposibles, estaría tan campante. Lo que tiene usted es mucho mimo. Es como los chiquillos.

"¡Ya lo creo, soy como los chiquillos!", pensaba el infeliz caballero.

—...Moreno Rubio lo ha dicho y tiene razón: usted tiene en su mano su salud y su vida. Si las pierde es porque quiere. Parece mentira que un hombre de su edad no sepa ponerse a las órdenes de la razón.

"¡La razón! Buena tía indecente está", observó don Manuel dentro de su pensamiento.

—...Y sacudir las malas ideas y atemperar el espíritu; no desear lo que no se puede tener, y hacer vida ramplona, sin empeñarse en que todas las cosas se desquicien para acomodarse a su gusto y satisfacción. ¿Qué es el *esplin* más que soberbia? Sí, lo que usted tiene es soberbia, el *usted* satánico. Estos inglesotes se figuran que el mundo se ha hecho para ellos... No, señor mío; hay que ponerse en fila y ser como los demás... ¿Conque se cuidará usted, hará lo que le manda su primo y lo que le mande yo?..., porque yo también soy médica... Otra cosa: aquí, en España, está usted siempre renegando y echando pestes. Esto no le gusta, ¿pues para qué vive aquí? ¿Por qué no se va a Inglaterra?

—Ya me quiere echar..., ¿ve usted? —dijo Moreno, mirando a Barbarita y esforzándose en sonreír para ocultar su turbación—. Y luego quieren que no viaje.

—No, no le conviene andar siempre de ceca en meca, como un viajante de comercio que va enseñando muestras. Márchese a su Londres, estese allí quietecito, muy quietecito, y si se le presenta una inglesa fresca y de buen genio, cásese, apechugue con ella, aunque sea protestante... ¡Ay, Dios!, que no me oiga Guillermina; sí, cásese, y verá cómo se le pasan todas las murrias, y tendrá niños... Me comprometo a ser madrina del primero..., digo, si es que le bautizan. Y hasta madre me comprometo a ser si me le dan... Le tomo, aunque esté sin cristianar. Yo le bautizaré. Pero no hay que hablar de esto. Me contento con ser madrina del primer Morenito que nazca, y le diré a mi marido que me lleve a Londres para el bautizo...

Moreno se levantó. Se sentía muy mal, y las palabras de la *Delfina* le excitaban extraordinariamente.

—Pero ¿se va usted?... ¿Se ha puesto malo? ¿Es que no le gustan mis sermones?

"Si no me voy la entrego—pensaba el misántropo, apretando los labios—. Esta pícara me está asesinando."

—¿Te vas, Manolo?—le preguntó don Baldomero desde el otro extremo de la habitación.

—¡Si me echan, padrino!... Su hijita de usted me quiere desterrar.

—¡Ay, qué pillo!... Si es todo lo contrario.

Barbarita I se adelantó, diciendo:

—Extravagante, coge del brazo a la polla, y paséate un momento de aquí a mi gabinete, y de mi gabinete aquí. ¿Te sientes mal? Eso no es más que nervios. Distráete un poquito. Bárbara, anda.

Moreno le dió el brazo a Barbarita II, y empezaron los paseos. De su conversación insustancial cogió al vuelo Jacinta algunas cláusulas, cuando la pareja en aquel ir y venir de una estancia a otra, pasaba junto a ella: "¿Yo? No... me lo puedo creer..." "¡Ay, qué cosas se le ocurren!... ¡Pero qué malo es usted!" "En cuanto vaya allá me voy a convertir al judaísmo." "¡Jesús...!" "¿Que yo tengo novio? ¿De dónde ha sacado eso?..." "Lo apuntaré para que no se me olvide..." "No, si a mí no me gustan los pollos..."

—Si ésta fuera más lista—dijo la señora de Santa Cruz a su nuera—, creo que le cazaba.

Pero Jacinta era muy incrédula en este particular, y miraba tristemente a la pareja cuando paseaba. Al retirarse, Moreno pudo hablarle un instante sin testigos.

—Se hará lo que usted desea... Se ha de cumplir todo el programa..., todo, hasta en lo que se refiere al *nene*. Tendrá usted su *Morenito*.

Jacinta observó en su mirada una expresión tan tétrica que no pudo menos de decirse: "Está ya completamente trastornado."

Moreno salió con paso inseguro... La cabeza se le desvanecía, y al bajar la escalera tuvo que agarrarse al barandal para no caerse...

"Cuando digo que me he vuelto tonto, pero tonto de remate... Ya no sé pensar. No sé adónde diablos se me ha ido la razón... Esta mujer me ha embrujado... Nada, enteramente imbécil."

III

En la soledad de su alcoba encontróse mi hombre más dueño de sí mismo, habiendo vencido aquella turbación inexplicable con que saliera de la casa de Santa Cruz. Despidió a su criado, después de quitarse la ropa, y envuelto en su bata se tendió en el sofá. En aquellas tristes horas engañaba el insomnio paseándose a ratos por la habitación, a ratos echado y descabezando un ligero, intranquilo sueño. Acudían entonces a su memoria las acciones e imágenes de aquel día o de los anteriores, a veces las de fechas muy remotas y que no tenían relación alguna con su situación presente. Aquella noche, cosa rara, apenas salió el ayuda de cámara, Moreno se quedó profundamente dormido en el sofá, sin soñar nada; pero despertó a la media hora, no pudiendo apreciar el tiempo que su letargo durara. Al despertar huyó de tal modo el sueño de su cerebro y hallábase tan inquieto, que ni siquiera admitía como probable la idea de dormir. A la manera que el jugador saca las piezas del ajedrez y las va poniendo sobre el tablero de casillas blancas y negras, así fué sacando sus ideas.

Tenía por pareja a sí mismo en aquel juego... "Adelante un peón. ¡Te has lucido! ¡Campaña como ésta!... ¿Cuánto tiempo hace que estás en España? A poco más, año completo. Y ¿para qué? Para nada. ¡Pobre hombre! Lo que me pareció fácil, resulta no ya difícil, sino imposible... Para más contrariedad, delante de esa bendita y maldita mujer me convierto en el más insípido de los colegiales. ¿Por qué es esto? Y dime otra cosa, idiota: ¿qué tiene esa mona para que de este modo te hayas embrutecido por ella? Otras son más guapas, otras tienen más ingenio, otras hay más elegantes; y, sin embargo, es el número uno, el número único. De gustarme pasa a enloquecerme, y noto en mí lo que no había notado nunca, una alegría, una tristeza..., ganas de llorar, de reír, y ¡aun de hacer el tonto delante de ella! Nada, que a los cuarenta y ocho años me sale

el sarampión y la edad del pavo. Tampoco me había pasado nunca lo que me pasa ahora, cortarme, sentir que quiero ser atrevido y no puedo. Le voy a decir una galantería intencionada, y me sale una simpleza. Me infunde un respeto que jamás conocí. La sigo a Biarritz, la acompaño a París; y cuanto más la trato, más atado me veo por este maldecido respeto... Me cortaría yo este respeto como se corta una mano gangrenada. ¿A qué viene tal respeto? ¿Qué quiere decir esto? Sea lo que quiera, de esa mujer digo yo lo que hasta ahora no he dicho de ninguna, y es que si fuera soltera, me casaría con ella..."

Se agitó tanto, que tuvo que levantarse y ponerse a pasear. "Vaya, que este mundo es una cosa divertida. Yo, desgraciado; ella, desgraciada, porque su marido es un ciego y desconoce la joya que posee. De estas dos desgracias podríamos hacer una felicidad, si el mundo no fuera lo que es, esclavitud de esclavitudes y todo esclavitud... Me parece que le estoy viendo cuando le dije aquello... ¡Qué risita, qué serenidad y qué contestación tan admirable! Me dejó pegado a la pared. Tan pegado estoy, que no he vuelto por otra, y cuando preparo algo para decírselo, ¡anda, valiente!..., le digo todo lo contrario. Que se vuelve uno tan estúpido es cosa que no me cabía en la cabeza. ¡Ay Dios! Si me muero, y el pensamiento vive más allá de la muerte, estaré viendo toda la eternidad esta carita graciosa, con su expresión celestial, estos ojos serenos y risueños, esta cabellera oscura con ráfagas blancas que le hacen tanta gracia...; esta boca, que no habla sin que me duela el alma. ¡Pobre ángel! Su única pasión es la maternidad, sed no satisfecha, desconsuelo inmenso. Su pasión se me comunica y me abrasa; yo también quiero tener un hijo, yo también. ¡Si me parece que le estoy viendo! Si está aquí, en los linderos de la vida, mirándome, diciéndome que le traiga, y no falta más que... traerlo. Vendría si ella quisiera. Tengo la seguridad de que vendría; es una idea que se me ha clavado aquí. Y yo le digo: "Por un niño, bien se podría dar la virtud..." ¡Ah!, no tener valor para decirle esto... Pero ¿cómo? ¡Si no hay palabra que se preste a decirlo!..."

La palpitación que sentía era tan fuerte, que tuvo que sentarse. Se ahogaba. En la región cardíaca, o cerca de ella, más al centro, sentía el golpe de la sangre, con duro y contundente compás. Era como si un herrero martillase junto al mismo corazón, remachando a fuego una pieza nueva que se acababa de echar. "Esto es horrible. Si rompe, que rompa de una vez... ¡Ay de mí!... Si me quisiera, el corazón se me curaría; como que no es enfermedad lo que tiene, sino impaciencia..., hormiguilla. ¿Qué habré hecho yo para ser tan desgraciado? Ahora caigo en la cuenta de que no me he divertido nunca. Todas mis aventuras han sido el deseo corriendo detrás del fastidio. ¡Y cree la gente que yo he sido un hombre feliz, que yo estoy enfermo de congestión de goces! ¡Estúpidos!"

Sin saber cómo ni por qué, ciertas impresiones de aquel día se reprodujeron en su mente. Entre ellas la menos fugaz fué ésta: por la mañana, entrando en el Retiro, se le puso delante uno de esos pobres asquerosos que suelen pedir en los extremos de la población, y que a veces se corren hasta el centro. Era un hombre cubierto de andrajos, y que andaba con un pie y una muleta; la otra pierna era un miembro repugnante, el muslo hinchado y cubierto de costras, el pie colgando, seco, informe y sanguinolento. Mostraba aquello para excitar la compasión. Era la pierna para él su modo de vivir, su finca, su oficio, lo que para los mendigos músicos es la guitarra o el violín. Tales espectáculos indignaban a Moreno, que al verse acosado por estos industriales de la miseria humana trinaba de ira. Pues cuando se volvía para no verle, el maldito, haciendo un quiebro con su ágil muleta, se le ponía otra vez delante, mostrándole la pierna. Al aburrido caballero se le quitaban las ganas de dar limosna, y por fin la dió para librarse de persecución tan terrorífica. Alejóse el pordiosero renegando. "¡Ni esto es país, ni esto es capital, ni aquí hay civilización!... ¡Qué ganas tengo de pasar el Pirineo!"

Pues bien: aquella noche se le representó el pobre paralítico con tanta viveza, que casi casi creía verle en su alcoba. Hubo un instante en que la alucinación de Moreno llegó a ser tan efectiva, que se incorporó, y cogiendo un libro que en la próxima silla estaba... "Mira, si no te marchas con tu pierna podrida..." Después cayó otra vez su cabeza en el

sofá y se puso la mano sobre los ojos. "El infeliz se ha de buscar la vida de alguna manera. No tiene él la culpa de que no haya en esta tierra maldita establecimientos de beneficencia. Si lo veo mañana, le doy un duro... Vaya si se lo doy... ¡Qué envidia le va a tener mi tía Guillermina! Volvámonos ahora para la pared, a ver si duermo un poco. Así; cerraré los ojos. No, mejor será que los abra, y que me figure que quiero despabilarme. Lo que se desea no se tiene nunca. ¡Ea!, figurémonos que hago esfuerzos para no dormirme. Y ¿para qué quiero yo dormir? Mejor es estar así, pensando uno en sus cosas. Estas rayas del papel, azules y verdes, se quiebran a distancia de veinticinco centímetros; no, de veinte. La flor gris alterna con la flor azul. Bonito dibujo. ¡Cómo se le quedaría la cabeza al que lo inventó!... Y aquí hay una pequeña mancha... Creo que si me pusiera a mirar la luz, me dormiría más pronto. Vuelta otra vez."

Miró la luz puesta sobre la mesa central, grande, redonda y cubierta con rico tapete. La lámpara era de aceite, compuesta de dos candilones de bronce unidos por un vástago. Ambas luces tenían pantallas verdes, con añadidura de raso del mismo color, al modo de faldones que caían por una sola parte de las dos circunferencias. La claridad se esparcía por la mesa, y el resto de la habitación estaba en penumbra manchada, con verdosa pátina de tapiz viejo. Sobre la mesa había unos guantes, varios libros, dos retratos en bonitos marcos, uno de ellos del gordo Arnaiz; una papelera, juego de té de finísima porcelana, una cajita de marfil y otros objetos muy lindos. "Aquel guante—dijo Moreno—, que monta sobre la papelera, parece exactamente un lebrel que corre tras la caza... ¡Qué silencio tan solemne hay ahora! El chorrear de la fuente de Pontejos es lo que se siente siempre, y alguno que otro coche que pasa por la Puerta del Sol... Son los trasnochadores, que se retiran. Así iba yo en mi *cab* al salir del club de Picadilly..., sólo que mi *cab* corría como una exhalación y estos carruajes andan poco y parece que se deshacen sobre los adoquines. Y ¡cómo se me refrescan las memorias...! Parece que estoy mirando a aquella prójima que se me apareció una noche en Haymarket, al salir de aquel bar... ¡No me ha ocurrido otra...! Y ¡cómo se parecía a esta tonta de Aurora Fenelón! Todo pasó, todo va cayendo atrás y revolviéndose en la estela que deja el barco..."

De repente dió un salto, y, levantándose, se puso a dar paseos. "Mañana mismo me voy—dijo—. Sí, me voy para siempre. ¡Morirme yo aquí, para que me lleven en esos carros tan cursis! No; gracias a Dios que tomo una resolución, y lo que es ésta viene fuertecilla. Me ha entrado de repente y con un empuje... No veo la hora que amanezca para mandarle a Tom que haga el equipaje. Mañana haré mis compras. No puede uno ir de España sin llevar los regalitos de abanicos y panderetas... ¡Ay, qué feliz me siento con esta idea que me ha dado! ¡Irme!... ¡Si esto debiste resolverlo hace tiempo! ¿Para qué estás aquí? ¿Para consumirte más? Vamos, no dirá ella que no la obedezco; sus deseos son órdenes. Me ha dicho: "Amigo mío, vete", y me voy. ¿Me querrá cuando me vaya? ¿Pensará en mí...? Bien podría ser... ¡Si se convenciera de que el amor que tiene a su marido es como echar rosas a un burro para que se las coma, si se convenciera de esto...! Pero vaya usted a esperar que se convenza. No puede ser. Quiere locamente a ese mico, y se morirá queriéndole. A mí se me figura que le desprecia y le ama; hay estos dualismos en el corazón humano. Pero yo digo: ¿no pasará por su mente alguna vez la idea de quererme a mí? Me contentaría con esto, con que la idea hubiera pasado una vez: vamos, dos veces. Bien puede haber dicho: "¡Qué bueno es este Moreno! Si yo fuera su mujer no me daría disgustos, y habríamos tenido un chiquillo, dos o más." Quién sabe... ¿Habrá dicho esto alguna vez? No sé por qué me figuro que sí lo ha dicho. Qué sé yo... Dentro de mí anida este convencimiento como un germen de esperanza, como una semilla que está dentro de la tierra y que no ha brotado, pero que vive... Si me constara que ella se ha dicho esto, yo, al verla tan religiosa, me volvería el hombre más católico del mundo... Por agradarla, ¡cuántas funciones y misas había de costear yo! Y no haría esto con hipocresía, porque amándola vendría la fe, la fe, sí, que se ha ido yo no sé adónde... Creo que ya amanece. No tengo sueño, ni lo tendré más. Mañana me voy, y me iría esta tarde si

tuviera tiempo de arreglar el viaje... Y otra cosa. ¿Iré a despedirme de ella? No sé qué determinar. Si la veo, no me voy. Pues ¿por qué no? Me iré. Ella me ha dicho que me vaya, que desea que me vaya. De lejos la querré lo mismo que de cerca, y ella me querrá tal vez. Seré para ella como un sueño, y los sueños suelen herir el corazón más que la realidad."

Volvió a echarse, y se entretuvo contemplando con errante mirada las paredes de la habitación. Había allí un San José, cuadro grande, de familia, que como pintura valía poco, pero Moreno lo tenía en gran estima, porque estuvo muchos años en la alcoba donde él nació. Se asociaba a las impresiones de su niñez, aquel santo tan guapote, reclinado sobre nubes, con su vara, su niño, y aquella capa amarilla cuyos pliegues hacían competencia al celaje. Se le refrescó de tal modo al buen caballero en aquel momento la memoria de su padre, que parecía que le estaba viendo y oyéndole el metal de su voz. A su madre no la había conocido, porque murió siendo él muy niño. También se acordó de cuando su hermana y él (aquella misma hermana viuda que allí vivía) iban a la casa del abuelito, en la Concepción Jerónima, cogidos de la mano. Y una tarde, al revolver la calle Imperial, se perdieron, es decir, se perdió ella, y él por poco se muere del susto. Pues un día que iba por la plaza de la Provincia vió el burro de un aguador, suelto: el dueño estaba en la taberna próxima. Entráronle ganas a Manolito de montarse en el pollino, y como lo pensó lo hizo. Pero el condenado animal, en cuanto sintió el jinete, salió escapado, y aunque el chico hacía esfuerzos por detenerlo, no podía... Total, que llegó hasta la calle de Segovia, muy cerca del puente. Y no fué el burro que parara, sino que el jinete se cayó, abriéndose la cabeza. Todavía tenía la señal. Por suerte, los hermanos García, boteros, que tenían su taller de corambres debajo del Sacramento, y le vieron caer, le conocían, y, recogiéndole, le llevaron a casa de su abuelito. ¡La que se armó allí! Acordábase don Manuel de aquel lance como si hubiera ocurrido el día anterior; veía a su abuelito, don Antonio Moreno, que todavía usaba chorreras, corbatín de suela y casaca a todas las horas del día. Hasta en el almacén (droguería al por mayor) estaba de frac. Pues luego vino el papá y estuvo dudando si pegarle o no... Lo peor de todo fué que al asno no se le vió más el pelo, y la familia tuvo que pagar por él una fuerte indemnización.

"Si parece que fué ayer", decía Moreno, tocándose la frente en el sitio donde estaba la cicatriz.

Cuando ya clareaba el día sintió ruido en la casa; mas al punto comprendió lo que era. "Ya está en pie la *rata eclesiástica*. Ahora se va a oír siete misas lo menos..., y a tratar de tú a la Santísima Trinidad. ¡Pobrecilla, qué sacará de eso!... Pero, en fin, saque o no saque, es una felicidad ser así..."

IV

Guillermina dió dos golpecitos en la puerta y, abriéndola un poco, asomó por ella su cara sonrosada y sus ojos vivos.

—Hijo, al ver luz en tu alcoba, dije: "Ese pobrecillo estará en vela todavía." Veo que acerté. ¿Qué es eso? ¿Has pasado otra mala noche?

—Ya lo ves. Pasa. No he dormido nada. ¿Y tú?

—¿Yo? Del lado que me acuesto amanezco. No duermo más que cuatro horas; pero van de un tirón. ¿No ves que llego a casa rendida? Y lo que tengo que cavilar lo cavilo por el día.

—¡Qué felicidad! ¿Te vas ahora a misa?

—Sí, para lo que gustes mandar—replicó la santa; y su semblante recién lavado despedía tanta frescura como regocijo.

—¡Y tan tranquila!... Porque tú estás muy tranquila..., con tus misas por la mañana, y el resto del día, dando cada sablazo que tiembla el misterio. ¿Sabes una cosa? Te tengo envidia... Me cambiaría por ti...

—Pues, tonto—avanzando hacia él—, lo que yo hago es lo fácil; ¿qué más tienes que... hacerlo?

—Siéntate un ratito—dijo Moreno, haciéndolo en el sofá y dando una palmada en el asiento—. Más santidad que en oír siete misas hay en practicar las obras de misericordia, acompañando a los enfermos y dando un ratito de conversación a quien se ha pasado toda la noche

en vela. Dime una cosa. ¿Cómo llevas las obras de tu asilo?

—¿Pues no lo sabes?—sentándose—. Bien. Gracias a las almas caritativas, la construcción va echando chispas. Jacinta lo ha tomado con tanto calor, que hoy trabaja más que yo, y maneja el sable con un garbo que me deja tamañita.

—Tienes unas amigas que valen cualquier cosa. Esta noche he pensado en ti y en tus devociones. Te asombrarás si te digo que desde la madrugada se me ha metido aquí un sentimiento desconocido, algo como ganas de hacerme religioso, de pensar en Dios, de dedicarme a obras de piedad...

—¡Manolo!...—poniéndose muy seria—. Si empiezas con tus bromitas, me voy.

—No, no es broma—replicó él; y tenía en su cara tal expresión de abatimiento, que la santa se quedó como lela mirándole.

—Pero ¿estás de chanza o...? Manolo, ¿en qué piensas?... ¿Qué te pasa?

—Hay horas en la vida que parecen siglos por las mudanzas que traen. Hace un rato, verás, ¡qué cosa tan extraña! Me acordé de un pobre que me pidió limosna esta mañana... Era un infeliz que tiene una pierna deforme y repugnante, llena de úlceras... Me pidió limosna y le arrojé una moneda de cobre, diciéndole con horror: "Quítese usted de delante de mí, so pillete." Pues esta noche he tenido aquí la visita de aquel hombre... Le he visto, como te estoy viendo a ti, y primero me inspiraba repugnancia; después, compasión, y acabé por decirle: "¿Quieres cambiarte conmigo?" Porque con su pierna podrida, su muleta y su libertad, disfruta él de una tranquilidad que yo no tengo. Su conciencia está como un charco empozado en el cual no cae jamás la piedra más pequeña. ¡Pobre de mí! Cambiaría con él; cambiaría mi riqueza por su mendicidad, mi corazón enfermo por su pierna inerte y mi desasosiego por su paz. ¿Qué crees tú?

—Creo que Dios te toca en el corazón —dijo la dama, guiñando los ojos y poniendo sobre la cabeza del triste caballero su mano derecha, en la cual tenía el libro de misa y el rosario—. No tienes tú cara de bromas. Alguna procesión muy grande te anda por dentro. Y si otras veces te da la vena por decirme herejías y hacerme rabiar, no creas que te he tenido por malo. Eres un bendito; y si vivieras siempre con nosotras y no te pasaras la vida entre protestantes y ateos, tú serías otro.

—Pero ¿no sabes que me voy mañana?

—¿Te vas? ¿De veras?—con vivo desconsuelo—. Mal negocio. Buscando siempre la frialdad; huyendo siempre del calor de la familia.

—No, si aquí es donde no me quieren —manifestó Moreno con aire sombrío.

—¿Que no te queremos? Vaya con lo que sales... Tontín, no digas disparates.

—Mi vida está completamente truncada y rota. No hay manera de soldarla ya... Cree que si me quisieran, yo me quedaría aquí, yo sería bueno, y por darte gusto a ti y a tus amigas, me haría muy religioso, muy amigo de Dios y de la Virgen; emplearía todo mi dinero en obras de caridad, protegería la devoción...

El asombro de la santa era tan grande, que no lo podía expresar. Abría la boca, maravillada, cual si presenciara un milagro.

—¿Pero de veras que tú...? Mira, hijo, si quieres que yo crea en ese estado de tu espíritu, es preciso que me lo pruebes.

—¿Cómo he de probártelo?

—Vamos a ver—dijo la virgen y fundadora con resolución—. ¿A que no haces una cosa?

—¿A que sí la hago?

—¿A que no te vienes conmigo a San Ginés?

—A que sí.

Levantóse para tirar de la campanilla.

—Necesito verlo para creerlo—dijo Guillermina, echando de sus ojos chispazos de alegría—. Deja, yo llamaré a Tomás. El pobre chico no se habrá levantado todavía.

—Creo que sí... ¡Tom!...

—Yo te haré el té... Vamos, vete vistiendo.

Aquella salida matinal le agradaba, porque rompía las tediosas rutinas de su existencia.

—Vaya que si voy yo a la iglesia... —disponiéndose con actividad febril—. Y oiré todas las misas que quieras, y rezaré contigo... Dime: ¿no va Jacinta a esta hora a San Ginés?

—Hombre, tan temprano, no. Un poco más tarde que yo suele ir Bárbara.

—Pues me alegro de que seamos nos-

otros los primeros, los más madrugadores, los más impacientes por cumplir y santificarnos... ¡Tom!

El inglés entró, y a poco, cuando ya su amo estaba vestido, le trajo el té. Guillermina, sirviéndole el desayuno, le decía:

—Abrígate bien, que las mañanas están frescas. No sea cosa que por empezar tu vida nueva vayas a coger una pulmonía.

—Mejor...; me he convencido de que vivir es la mayor de las sandeces—le dijo él, bajando la escalera—. ¿Para qué vive uno? Para padecer. El pobre de la pierna es el que lo pasa regularmente. Porque aquello no duele. Lleva su pierna por delante como si fuera una cosa bonita que el público desea conocer.

—Hay mucha miseria—observó la dama, tomando el tema por otro lado—, y los que tenemos que comer nos quejamos de vicio. Mientras más padezcamos aquí, más gozaremos allá.

El misántropo no dijo nada a esto. Seguía tan pensativo.

—... El mendigo de la pierna se irá al cielo derechito, con su muleta, y muchos de los ricos que andan por ahí en carretela irán tan muellemente en ella a pasearse por los infiernos. Yo le pido a Dios que me dé la más asquerosa de las enfermedades, y... no me quiere hacer caso; siempre tan sana. Paciencia. El nos da siempre lo que nos conviene.

Tampoco a esto dijo nada Moreno. Entraron en San Ginés, y Guillermina se fué derecha a la capilla de la Soledad, a punto que empezaba la primera misa. Mientras ésta duró, la ilustre dama, aunque no apartaba su atención del Oficio, pudo advertir que su sobrino estaba tras ella, cumpliendo con todo el ritual como cualquier devoto, arrodillándose y levantándose en las ocasiones convenientes. Pero a la segunda misa observóle distraído e inquieto. Iba de un lado para otro, examinaba los altares y las imágenes como si estuviera en un museo. Esto la disgustó, y tal fué su incomodidad, que no se atrevió a comulgar aquel día, porque no se encontraba con el espíritu absolutamente sereno y limpio. Ya en la cuarta misa, el caballero aquel, no sólo se distraía, sino que perturbaba la devoción de los fieles, pasando delante de los altares donde se decía misa sin hacer la más ligera genuflexión ni reverencia. "Tendré que decirle que se vaya—pensaba la santa—. Esa no es manera de estar en la iglesia."

Hallábase Moreno contemplando una imagen yacente, encerrada en lujosa urna de cristal, cuando sintió a su lado este susurro:

—Bonita efigie, ¿verdad? Es el Cristo que sacamos en la procesión del Santo Entierro.

Volvióse y vió a su lado a Estupiñá, calado hasta las orejas el gorro negro de punto, señalando la imagen con gesto de cicerone.

—La mortaja, de fina holanda, la bordaron las señoras Micaelas, y es regalo de doña Bárbara. Escultura soberbia..., y es de movimiento, porque le clavamos en la cruz o le *descendemos*, según conviene.

Y como el caballero no le dijese nada, Plácido se alejó rezando entre dientes. Sentóse en un banco, y desde entonces, sin dejar de atender a sus devociones, no le quitaba ojo al señor de Moreno, sin poder explicarse su presencia en la parroquia. "Es lo que me quedaba que ver—decía—: don Manolo aquí..., él, que no tiene religión. Es que gusta de ver las buenas imágenes... Por ahí empecé yo."

Menudo réspice le echó la fundadora a su sobrino cuando salieron.

—Pero, hijo, me has quitado la devoción con tus paseos por la iglesia. Ya decía yo que te habías de cansar.

—Pues, tía, para primer día de curso no puedes quejarte. Todo es empezar. Ya ves que oí una misita. ¿Qué querías? ¿Que fuera como tú? Te aseguro que me satisfizo el ensayo. Pasé un rato muy agradable, en un estado de tranquilidad que me ha hecho mucho bien. ¿Te quejas de que me paseaba por la iglesia?... Es que cuando uno va a hacer vida nueva le gusta enterarse... Quería yo mirar bien las imágenes. Créelo, si siguiera en Madrid, me haría amigo de todas ellas. Me gusta verlas tan hermosas, con sus ropas de lujo y sus miradas fijas en un punto. Parece que están viendo venir algo que no acaba de venir. Las que nos miran parece que nos dicen algo cuando las miramos, y que, efectivamente, nos han de consolar si les pedimos algo. Comprendo el misticismo; lo veo claro... ¡Ay!, si yo me quedara aquí...

—¿Por qué no te quedas?... ¡Qué tonto!—le dijo la santa con desconsuelo.

—¡Imposible!... Me tengo que marchar... Y allá voy a estar muy triste; como si lo viera...

—Entonces... quédate. ¿Quieres que te dé una ocupación? Buena falta te hace. Te nombro sobrestante de mis obras, administrador de mis colectas y sacristán mayor de mi capilla nueva, cuando esté concluída.

Moreno se echó a reír con gana.

—¡Monaguillo mayor!... Lo aceptaría... Te juro que lo aceptaría... Me estoy volviendo enteramente infantil. ¡Monaguillo en jefe! Y yo encendería las velas, yo quitaría el polvo a las imágenes y las pondría tan guapas; yo charlaría con las beatas... No lo creerás, pero dentro de mí está naciendo algo que se compagina muy bien con ese oficio humilde.

—Si eres tú un buenazo. La ociosidad, lo mucho que te has divertido y el *esplin* inglés te ponen así. Y yo te juro que te aburrirás más si no vuelves a Dios tus miradas. Haz lo que yo, Manolo; dale un puntapié al mundo; hazte chiquito para ser grande; bájate para subir. Tú ya no eres pollo; tú no te has de casar ya. Ni te conviene el andar siempre de viaje, como una carta con el sobre mal puesto, que recorre todas las estafetas del mundo. Mujeres, ¿para qué sirven sino para perdición? Ten un cuarto de hora de arrojo, y ofrécele a Dios lo que te queda de vida. No es esto decir que te metas a fraile; hay mil maneras de ganarse la dicha eterna. Oye lo que se me ocurre. ¿Por qué no dedicas tu dinero, tu actividad y todo tu espíritu a una obra grande y santa, no a una obra pasajera, sino a esas que quedan para bien de la Humanidad y gloria de Dios? Levanta de nueva planta un buen edificio, un asilo para este o el otro fin; por ejemplo, un gran manicomio en que se recoja y cuide a los pobrecitos que han perdido la razón...

—Tú tienes la manía de los edificios, y quieres pegármela a mí...

—Es lo primero que se me ha ocurrido. ¿Te parece mala idea? Un manicomio modelo, como los que habrás visto en el extranjero. Aquí estamos en eso muy atrasados. Harías una inmensa obra de caridad, y Madrid y España te bendecirían.

—¡Un manicomio!—dijo Moreno, sonriendo de un modo que le heló la sangre a su generosa tía—. Sí, no me parece mal. Y lo estrenaríamos tú y yo...

V

Despidióse Guillermina en la puerta de la casa para ir al asilo, y él subió. ¡Cosa más rara! Apenas se cansaba al acometer la escalera. Sentíase muy bien aquella mañana: el espíritu, confortado; la palpitación, muy adormecida; el apetito, despierto. Al entrar en su casa pidió más té, y mientras Tom se lo servía, le dijo en español:

—Mañana nos vamos. Haz el equipaje. Avisarás a Estupiñá... Que me haga el favor de venir, para que me traiga de las tiendas algunas cosillas. No puede uno ir de España a Inglaterra sin llevar a los amigos alguna chuchería que tenga color local.

Luego siguió hablando consigo mismo: "Es un mareo. Si no lleva usted panderetas con figuras de toros, chulos u otras porquerías así, se lo comen vivo. Veremos si encuentro algunas acuarelas. También necesito mantas, moñas de toros, y trataré de encontrar algún cacharro de carácter. No hay peor calamidad que ser amigo de coleccionistas."

Estupiñá, que en aquella temporada frecuentaba el trato de Moreno, por haberle éste confiado la administración de su casa de la Cava, se presentó dispuesto a llevarle todo el contenido de las tiendas de Madrid para que escogiese. Panderetas de las más abigarradas, abanicos y algunos cuadritos fueron llegando sucesivamente en todo el transcurso del día, y don Manuel escogía, y pagaba. Aquello le entretuvo agradablemente, y se reía pensando en la felicidad que iba a repartir entre sus amistades londinenses.

—Esta suerte de picas con el caballo pisándose las tripas está pintiparada para las de Simpson, que son tan marimachos. Esta pandereta, con la chula tocando la guitarra, para *miss* Newton. Si ella viera los originales, ¡qué desilusión! Esta pareja del andaluz a caballo y la maja en la reja pelando la pava, para la sentimental y romancesca *mistress* Mitchell, que pone los ojos en blanco al hablar de España, el país del amor, del naranjo y de las aventuras increíbles...

¡Ah! Este Don Quijote reventando a cuchilladas los cueros de vino, para el amigo Davidson, que llama a Don Quijote *don Cuiste*, y se las tira de hispanófilo... Bien, bien. De cacharros estamos tal cual. Estos botijos son horribles. Toda la cerámica moderna española no vale dos cuartos. A ver, Plácido, ¿serías tá capaz de buscarme un vestido de torero completo?... Lo quiero para un amigo que sueña con ponérselo en un baile de trajes... Estará hecho un mamarracho. Pero a nosotros no nos importa. ¿Podrás buscármelo?

—Pues ya lo creo—dijo Plácido, para quien no había nunca dificultades tratándose de comprar—. ¿Usado o sin usar?

—Hombre, sin usar... En fin, como lo encuentres...

Salió Estupiñá como si Mercurio le hubiera prestado sus alados borceguíes, y a poco entró el doméstico, a quien su amo tenía también ocupado en la busca de ciertos encargos. Tom se había aficionado mucho a los toros; no perdía corrida y entre sus amigos contaba a varias eminencias del arte del cuerno. Por esto le dió Moreno el encargo de buscarle alguna moña, de las que guardan los aficionados como venerandas reliquias, y convenía que tuviese manchas de sangre y muchos pisotones, con señales de la trágica brega. Muy desconsolado entró el inglés, diciendo que no encontraba moñas ni aun ofreciendo por ellas un ojo de la cara.

—Mira, chico—le dijo su amo—, no te apures. Puesto que no se encuentran moñas, llevaremos otra cosa. ¿Has visto por ahí, en el Prado y Recoletos, a un tío muy feo que lleva una cesta, y en ella, puestos en cañas, formando como un gran árbol, multitud de molinillos de papel dorado y plateado y de todos los colores?... ¿Sabes? Molinillos que dan vueltas con el viento, y que los niños compran por dos o tres peniques. Pues tráete una docena, los llevamos y decimos que ésas son las moñas que se les ponen a los toros cuando salen a la plaza, *¡brrr...!*, reventando al mundo entero con aquellos cuernos tan afilados... Y se lo creen... Si conoceré yo a mi gente.

Tom se reía; pero en su interior rechazaba aquella superchería por dos móviles de conciencia: el móvil de la rectitud inglesa y el de la formalidad de aficionado a toros. Con el fraude propuesto por su amo se cometían dos graves faltas: engañar a una nación y ultrajar al respetable arte de la tauromaquia, el verdadero *sport trágico*. No sé qué se decidió de esto. En tanto, Rossini llenaba la casa de abanicos y panderetas, y Moreno escogía y pagaba, entreteniéndose luego en envolverlos en papeles y en ponerles rótulos con el nombre del destinatario.

Había resuelto hacer muy pocas visitas de despedida, pretextando el mal estado de su salud. Después de almorzar, bajó al escritorio y se ocupó en liquidar y poner en claro su cuenta personal. No intervenía en ningún negocio; y el trabajo de Banca, que en otro tiempo le había gustado tanto, aburríale ya. Pero aquel día pareció que se le despertaban las aficiones, porque habló largamente de negocios con Ruiz Ochoa, recomendándole no dejase de interesarse en alguna subasta de pastas de oro para el Banco.

—Me parece que este año he de comprar algún oro... Bien podéis andar aquí con mucho pulso en eso de acuñar tanta plata, porque este metal va para abajo y ha de ir mucho más. Al precio que tienen aquí las libras, vale más expedir oro, y, por mi parte, me he de llevar todo el que pueda.

En esto entró Ramón Villuendas, preguntando a cómo tomaban las libras, y la conversación vino a recaer sobre el mismo tema. El estaba mandando oro y más oro...

—Este pico dádselo a Guillermina —dijo Moreno al ver, en la cuenta de alquileres de sus casas, un sobrante con que no contaba.

Entraron otras personas y se habló de muy diferentes cosas. Mientras duró aquella conversación, pensaba Moreno si iría o no a despedirse de los de Santa Cruz. Si no iba, se ofendería quizá su padrino, y yendo, podían sobrevenirle contrariedades mayores, incluso la de arrepentirse del viaje y aplazarlo... No había más remedio que ir. Pero ¿a qué hora? ¿A la de comer? Titubeaba, y de vuelta a su casa estuvo discurriendo un largo rato sobre aquel problema de la hora.

"Adoptado un partido—se dijo—, lo mejor será que no la vea más en carne

y hueso, porque lo que es en idea, viéndola estoy a todas horas. ¡Qué chiquillo me he vuelto!... En fin, tengo tiempo de pensarlo de aquí a mañana, porque lo que es hoy no iré."

A eso de las cinco fué el misántropo a una tienda de la plaza Mayor a ver las mantas granadinas con que quería obsequiar a sus amigos ingleses. Allí estuvo un cuarto de hora, y el tendero le propuso mandarle con Plácido lo mejor que tenía para que escogiese. Ya era casi de noche, y valía más que el señor examinase de día el género. Así se convino, y volvióse a su casa. Al entrar en el portal sintió un golpecito en el hombro. Era Jacinta, que le pegaba un paraguazo. Quedóse el buen señor como si le hubieran dado un tiro. Quiso hablar y no pudo. Jacinta le cogió del brazo y, rebasados los primeros escalones, empezó el diálogo.

—¿Conque al fin se va usted?

—Al fin me arranco. Ya era tiempo...

—Pero qué, ¿se cansa usted mucho hoy...? Pues vamos despacio, más despacio si usted quiere. ¡Ah! Ya me ha contado Guillermina que hoy estuvo usted muy santito... Así me gusta a mí la gente.

—¿Por qué no fué usted a verme?... ¡Estaba yo más salado!...

—Si no lo sabía. ¿Vuelve usted mañana?

—¿De veras que va usted a ir a verme?... ¡Cómo se reirá de mí!

—¡Reírme! ¡Qué cosas se le ocurren! Iré a tomar ejemplo.

—¿A que no va?

—¿A que sí?

—Pues allí me tendrá, haciéndole la competencia a Estupiñá... Verá usted, verá usted... Cada día más.

—¡Cada día! Pero ¿no se va usted mañana?

—Es verdad; no me acordaba... Bueno, pues no me iré.

—Eso, no: le conviene a usted marcharse, y allí seguirá haciendo su noviciado.

—Allá no vale.

—¿Cómo que no vale?

—Porque allá me cogen por su cuenta unas amigas protestantes que tengo, y que quiera que no me hacen renegar... Usted tendrá la culpa; sobre su conciencia va. Conque ¿me quedo o me voy?

—Pues con esa responsabilidad tan grande no me atrevo a aconsejarle. Haga usted lo que le parezca mejor... Vaya, por fin llegamos. ¿Se ha cansado usted mucho?

—Un poquitito..., pero con usted, siempre contento. ¿Quiere usted volver a bajar?

—¿Otra vez?

—Sí, para volver a subir... Como si quisiera usted ir al cuarto piso.

—No me lo perdonaría, si usted me acompañaba, fatigándose tanto.

Entraron, y Jacinta se metió en el cuarto de la santa. Moreno fuése al suyo y se dejó caer en el sofá, echándose el sombrero para atrás. Pensaba descansar un ratito y pasar luego a la habitación de Guillermina.

"No, no paso; no quiero verla más. ¿Para qué atormentarme? Se acabó. Pongámosle encima una losa."

Al poco rato, sintiendo que Jacinta salía, acercóse a la puerta con ánimo de verla. Pero no pudo ver nada. Como aún no habían encendido la luz del recibimiento, sólo columbró un bulto, una sombra, y pudo oír dos o tres palabras que se dijeron, al despedirse, Jacinta y la *rata eclesiástica*. Esta fué entonces al cuarto de su sobrino y hallóle dando vueltas en él.

—¿Qué tal te encuentras, catecúmeno?—le dijo con mucho cariño.

—Regular, casi bien... Espero dormir esta noche.

—Recógete temprano.

—Eso pienso hacer..., y mañana... Oye una cosa: ¿no te ha dicho Jacinta que mañana pienso volver a San Ginés?

—No, no me lo ha dicho.

—¿No te ha dicho que ella iría a verme tan devoto?

—No...; no hemos hablado una palabra de ti.

—¿No dijo que había subido conmigo y que...?

—No..., nada.

Moreno sintió que la horrible pulsación de su pecho era anegada por una onda glacial. En aquel punto tuvo que sentarse, porque le flaqueaban las piernas y se le desvanecía la cabeza.

—Pues si quieres volver mañana, yo vendré a llamarte. Se entiende, si pasas buena noche.

—Iremos a pasar un rato—dijo Moreno de una manera lúgubre—, y a echar-

le a mi desesperación una hora de esparcimiento, como se le echa carne a una fiera para que no muerda.

—Si tú le pidieras al Señor..., pero bien pedido..., que te curara esos *esplines*, te los curaría... Pídeselo, hijo; ¡si sabré yo lo que me digo!

—¿Qué has de saber tú?... ¿Qué has de saber lo que hay del lado allá de la puerta negra?

—¿Ahora sales con eso?... Tú podrás haber perdido parte de la fe; pero toda no se pierde nunca. Esas cosas se dicen sin creer en ellas, por fatuidad. Con todas tus bromas, si te rascan, aparece el creyente...

—No, tonta; yo no creo en nada, en nada, en nada—le dijo Moreno con énfasis, complaciéndose en mortificarla.

—Todo sea por Dios... Entonces, ¿para qué vienes conmigo a la iglesia?

—Toma, por distraerme un rato, por verte a ti, por ver a Estupiñá, figuras raras de la Humanidad, excentricidades, tipos, como todo esto que yo llevo a Londres para los aficionados a lo característico y al color local.

Guillermina daba suspiros. No quería incomodarse.

—Para rarezas, tú...—dijo al fin, echándose a reír—. A ti sí que te debían enseñar por las ferias... *a dos reales, un real los niños y soldados.* Cree que ganaba dinero el que te expusiera.

—Con un cartelón que dijese: "Se enseña aquí el hombre más desgraciado del mundo."

—Por su culpa, por su culpa; hay que añadir eso. Ser desgraciado y no volver los ojos a Dios es lo último que me quedaba que ver. Eso es, bruto, encenágate más; hazte más materialista y más gozón, a ver si te sale la felicidad... Eres un soberbio, un tonto... Mira, sobrino, me voy, porque si no me voy, te pego con tu propio bastón.

Y él estaba tan abstraído, que ni siquiera la sintió salir.

VI

Comió con regular apetito en compañía de su hermana y de Guillermina. Cuando concluyeron, dijo a ésta que había dado orden en el escritorio de que le entregaran el sobrante de su cuenta personal, con cuya noticia se puso la fundadora como unas castañuelas, y no pudiendo contener su alegría, se fué derecha a él y le dijo:

—¡Cuánto tengo que agradecer a mi querido ateo de mi alma! Sigue, sigue dándome esas pruebas de tu ateísmo y los pobres te bendecirán... ¿Ateo tú? ¡Ni aunque me lo jures lo he de creer!

Moreno se sonreía tristemente. Tal entusiasmo le entró a la santa, que le dió un beso...

—Toma, perdido, masón, luterano y anabaptista; ahí tienes el pago de tu limosna.

Sentíase él tan propenso a la emoción, que cuando los labios de la santa tocaron su frente le entró una leve congoja y a punto estuvo de darlo a conocer. Estrechó suavemente a la santa contra su pecho, diciéndole:

—Es que lo uno no quita lo otro, y aunque yo sea incrédulo, quiero tener contenta a mi *rata eclesiástica,* por lo que pudiera tronar. Supongamos que hay lo que yo creo que no hay... Podría ser... Entonces mi querida *rata* se pondría a roer en un rincón del cielo para hacer un agujerito, por el cual me colaría yo...

—Y nos colaríamos todos—indicó la hermana de Moreno, gozosa, pues le hacían mucha gracia aquellas bromas.

—¡Vaya si le haré el agujerito!—dijo Guillermina—. Roe que te roe me estaré yo un rato de eternidad, y si Dios me descubre y me echa una peluca, le diré: "Señor, es para que entre mi sobrino, que era muy ateo..., de jarabe de pico, se entiende; y me daba para los pobres." El Señor se quedará pensando un rato, y dirá: "Vaya, pues que entre sin decir nada a nadie."

A las diez estaba el misántropo en su habitación, disponiéndose para acostarse.

—¿Se te ofrece algo?—le dijo su hermana.

—No. Trataré de dormir... Mañana a estas horas estaré oyendo cantar el *botijo e leche.* ¡Qué aburrimiento!

—Pero, hombre, ¿qué más te da? Con no comprárselo si no te gusta... Si esa pobre gente vive de eso, déjalos vivir.

—No, si yo no me opongo a que vivan todo lo que quieran—replicó Moreno con energía—. Lo que no quita que me cargue mucho, pero mucho, oír el tal pregón...

—¡Vaya por Dios!... Otras cosas hay peores y se llevan con paciencia.

Después llegó Tom, y la hermana de Moreno se retiró a punto que entraba Guillermina con la misma cantinela.

—¿Quieres algo?... A ver si te duermes, que no es mal ajetreo el que vas a llevar mañana. Mira: de París telegrafías para que sepamos si vas bien...

Daba algunos pasos hacia fuera y volvía:

—Lo que es mañana no te llamo. Necesitas descanso. Tiempo tienes, hijo, tiempo tienes de darte golpes de pecho. Lo primero es la salud.

—Esta noche sí que voy a dormir bien—anunció don Manuel con esa esperanza de enfermo que es gozo empapado en melancolía—. No tengo sueño aún; pero siento dentro de mí un cierto presagio de que voy a dormir.

—Y yo voy a rezar porque descanses. Verás, verás tú. Mientras estés allá, rezaré tanto por ti, que te has de curar, sin saber de dónde te viene el remedio. Lo que menos pensarás tú, tontín, es que la *rata eclesiástica* te ha tomado por su cuenta y te está salvando sin que lo adviertas. Y cuando te sientas con alguna novedad en tu alma, y te encuentres de la noche a la mañana con todas esas máculas ateas bien curadas, dirás: "¡Milagro, milagro!", y no hay tal milagro, sino que tienes el padre alcalde, como se suele decir. En fin, no te quiero marear, que es tarde... Acuéstate prontito, y duérmete de un tirón siete horas.

Le dió varios palmetazos en los hombros, y él la vió salir con desconsuelo. Habría deseado que le acompañase algún tiempo más, pues sus palabras le producían mucho bien.

—Oye una cosa... Si quieres llamarme temprano, hazlo... Yo te prometo que mañana estaré más formal que hoy.

—Si estás despierto, entraré. Si no, no—dijo Guillermina, volviendo—. Más te conviene dormir que rezar. ¿Necesitas algo? ¿Quieres agua con azúcar?

—Ya está aquí. Retírate, que tú también has de dormir. Pobrecilla, no sé cómo resistes... ¡Vaya un trabajo que te tomas!...

Iba a decir: "Y todo ¿para qué?", pero se contuvo. Nunca le había sido tan grata la persona de su tía como aquella noche, y se sintió atraído hacia ella por fuerza irresistible. Por fin se fué la santa, y a poco, Moreno ordenó a su criado que se retirara.

—Me acostaré dentro de un ratito —dijo el caballero—; pues aunque creo que he de dormir, todavía no tengo ni pizca de sueño. Me sentaré aquí y revisaré la lista de regalos, a ver si se me queda alguno... ¡Ah!, conviene no olvidar las mantas. La hermana de Morris se enfadará si no le llevo algo de mucho carácter...

La idea de las mantas llevó a su mente, por encadenamiento, el recuerdo de algo que había visto... aquella tarde. Al ir a la tienda de la plaza Mayor en busca de aquel original artículo, tropezó con una ciega que pedía limosna. Era una muchacha, acompañada por un viejo guitarrista, y cantaba jotas con tal gracia y maestría, que Moreno no pudo menos de detenerse un rato ante ella. Era horriblemente fea, andrajosa, fétida, y al cantar parecía que se le salían del casco los ojos cuajados y reventones, como los de un pez muerto. Tenía la cara llena de cicatrices de viruelas. Sólo dos cosas bonitas había en ella: los dientes, que eran blanquísimos, y la voz pujante, argentina, con vibraciones de sentimiento y un dejo triste que llenaba el alma de punzadora nostalgia. "Esto sí que tiene carácter", pensaba Moreno oyéndola, y durante un rato tuviéronle encantado las cadencias graciosas, aquel amoroso gorjeo que no saben imitar las celebridades del teatro. La letra era tan poética como la música.

Moreno había echado mano al bolsillo para sacar una peseta. Pero le pareció mucho, y sacó dos peniques (digo, dos piezas del perro), y se fué.

Pues aquella noche se le representaron tan al vivo la muchacha ciega, su fealdad y su canto bonito, que creía estarla viendo y oyendo. La popular música revivió en su cerebro de tal modo, que la ilusión mejoraba la realidad. Y la jota esparcía por todo su ser tristeza infinita, pero que al propio tiempo era tristeza consoladora, bálsamo que se extendía suavemente untado por una mano celestial. "Debí darle una peseta", pensó, y esta idea le produjo un remordimiento indecible. Era tan grande su susceptibilidad nerviosa, que todas las impresiones que recibía eran intensísimas, y el gusto o pena que ellas emanaban le revolvían lo más hondo de sus entrañas.

Sintió como deseos de llorar... Aquella música vibraba en su alma, como si ésta se compusiera totalmente de cuerdas armoniosas. Después alzó la cabeza y se dijo: "Pero ¿estoy dormido o despierto? De veras que debí darle la peseta... ¡Pobrecilla! Si mañana tuviera tiempo, la buscaría para dársela."

El reloj de la Puerta del Sol dió la hora. Después Moreno advirtió el profundísimo silencio que le envolvía, y la idea de la soledad sucedió en su mente a las impresiones musicales. Figurábase que no existía nadie a su lado, que la casa estaba desierta, el barrio desierto, Madrid desierto. Miró un rato la luz, y bebiéndola con los ojos, otras ideas le asaltaron. Eran las ideas principales, como si dijéramos las ideas inquilinas, palomas que regresaban al palomar después de pasearse un poco por los aires. "Ella se lo pierde...—se dijo con cierta convicción enfática—. Y en el desdén se lleva la penitencia, porque no tendrá nunca el consuelo que desea... Yo me consolaré con mi soledad, que es el mejor de los amigos. Y ¿quién me asegura que el año que viene, cuando vuelva, no la encontraré en otra disposición? Vamos a ver... ¿Por qué no había de ser así? Se habrá convencido de que amar a un marido como el que tiene es contrario a la Naturaleza; y su Dios, aquel buen Señor que está acostado en la urna de cristal, con su sábana de holanda finísima, aquel mismo Dios, amigo de Estupiñá, le ha de aconsejar que me quiera. ¡Oh!, sí, el año que viene vuelvo... En abril ya estoy andando para acá. Ya verá mi tía si me hago yo místico, y tan místico, que dejaré tamañitos a los de aquí... ¡Oh!..., mi niña adorada bien vale una misa. Y entonces gastaré un millón, dos millones, seis millones, en construir un asilo benéfico. ¿Para qué dijo Guillermina? ¡Ah!, para locos; sí, es lo que hace más falta... Y me llamarán la *Providencia de los desgraciados*, y pasmaré al mundo con mi devoción... Tendremos uno, dos, muchos hijos, y seré el más feliz de los hombres... Le compraré al Cristo aquel tan lleno de cardenales una urna de plata..., y..."

Se levantó, y después de dar dos o tres paseos, volvió a sentarse junto a la mesa donde estaba la luz, porque había sentido una opresión molestísima. Las pulsaciones, que un instante cesaron, volvieron con fuerza abrumadora, acompañadas de un sentimiento de plenitud torácica. "¡Qué mal estoy ahora!... Pero esto pasará, y me dormiré. Esta noche voy a dormir muy bien... Ya va pasando la opresión. Pues sí, en abril vuelvo, y para entonces tengo la seguridad de que..."

Tuvo que ponerse rígido, porque desde el centro del cuerpo le subía por el pecho un bulto inmenso, una ola, algo que le cortaba la respiración. Alargó el brazo como quien acompaña del gesto un vocablo; pero el vocablo, expresión de angustia tal vez, o demanda de socorro, no pudo salir de sus labios. La onda crecía, la sintió pasar por la garganta y subir, subir siempre. Dejó de ver la luz. Puso ambas manos sobre el borde de la mesa, e inclinando la cabeza, apoyó la frente en ellas, exhalando un sordo gemido. Dejóse estar así, inmóvil, mudo. Y en aquella actitud de recogimiento y tristeza expiró aquel infeliz hombre.

La vida cesó en él a consecuencia del estallido y desbordamiento vascular, produciéndole conmoción instantánea, tan pronto iniciada como extinguida. Se desprendió de la Humanidad, cayó del gran árbol la hoja completamente seca, sólo sostenida por fibra imperceptible. El árbol no sintió nada en sus inmensas ramas. Por aquí y por allí caían en el mismo instante hojas y más hojas inútiles; pero la mañana próxima había de alumbrar innumerables pimpollos, frescos y nuevos.

Ya de día, Guillermina se acercó a la puerta y aplicó su oído. No sentía ningún rumor. No había luz. "Duerme como un bendito... Buen disparate haría si le despertara." Y se alejó de puntillas.

CAPITULO III

DISOLUCIÓN

I

A mediados de noviembre, Fortunata estaba algo desmejorada. Observándola, Ballester se decía: "¡Cuando digo yo que me debía querer a mí en vez de consumir su vida por ese botarate! ¡Qué mujeres éstas! Son como los burros, que cuando se empeñan en andar por el borde del precipicio, primero los matan a palos que tomar otro camino."

Desde la rebotica, donde estaba trabajando, la vió pasar por la calle: "Allá va la nave... Siempre tan puntual a la citita. Doña Lupe, furiosa; el pobre Rubín, ido, y esta paloma volando al tejado del vecino. ¡Qué lejos está ella de que le he descubierto el escondrijo! Trabajillo me costó; pero me salí con la mía. Y no es que me proponga delatarla..., cosa impropia de un caballero como yo. Hágolo para mi gobierno. Yo soy así; me gusta seguir los pasos de la persona que me interesa... De seguro que al volver del tortoleo entra por aquí... ¡Ah, qué memoria la tuya, Segismundo! Ya no te acordabas de que para hoy le prometiste tener hechas las píldoras de *hatchischina*, que le quieren dar al pobre Maxi, a ver si le levantan y aclaran un poco aquellos espíritus tan entenebrecidos. Vamos a ello, y que la alegría más expansiva y la más placentera ilusión de mi vida—sacando de un armario el frasco del extracto indiano—iluminen el cacumen de mi infeliz amigo, a la acción de este precioso excitante."

Dos o tres horas después de esto, Fortunata entraba en la botica. El farmacéutico observó pintada en su semblante la consternación. Sin duda, tenía una pena grande, grande, horrible, de esas que no pueden expresarse sino con la imagen retórica de una espada traspasando el pecho.

—Amiga mía—le dijo Ballester—, no tema usted que la mortifique con consuelos vulgares. Usted padece hoy, y no es cosa de poco más o menos, sino alguna tribulación muy gorda lo que usted tiene dentro. No, no me lo niegue. Su cara de usted es para mí un libro, el más hermoso de los libros. Leo en él todo lo que a usted le pasa. No valen evasivas. Ni pretendo que me confíe sus penitas, hasta que no se convenza de que el médico llamado a curárselas soy yo.

—Vaya, Ballester—dijo Fortunata, con malísimo humor—, no estoy ahora para bromas.

—Lo creo... Tiene usted el corazón como si se lo estuvieran apretando con una soga...

—¡Ay, sí..., sí!—exclamó con arranque la joven, a quien faltaba poco para echarse a llorar.

—Y usted ha llorado, porque los ojos también lo están diciendo.

—Sí, sí...; pero déjese de tonterías y no se meta en lo que no le importa. Está usted hoy muy agudo.

—*Siempre lo fué Don García.* Para otras personas tendrá usted secretos; para mí, no. Sé de dónde viene usted. Sé la calle, número de la casa y piso... Y, si me apura, sé lo que ha ocurrido. Desazón; que si tú, que si yo; que no me quieres, que sí, que tira, que afloja, que vira, que vuelta; que me engañas, que no, que tú más, y hemos concluído, y adiós, y allá va la lagrimita.

La señora de Rubín dejó caer su cabeza sobre el pecho, dando un chapuzón en el lago negro de su tristeza. Ballester la miraba sin osar decirle nada, respetando aquel dolor, que, por lo muy verdadero, no podía disimularse. Por fin, Fortunata, como quien vuelve en sí, se levantó de la silla, y le dijo:

—Esas píldoras, ¿las ha hecho usted?

—Aquí están—entregándole la cajita—. Y, a propósito, a usted no le vendrá mal tomarse una.

—¿Yo?... Lo mío no va con píldoras. Quédese usted con Dios; me voy a mi casa.

—Consolarse—le dijo Segismundo en la puerta—. La vida es así: hoy, una pena; mañana, una alegría. Hay que tener calma, y tomar las cosas como vienen, y no ligar todo nuestro ser a una sola persona. Cuando una vela se acaba, debe encenderse otra... Conque tengamos valor y aprendamos a despreciar... Quien no sabe despreciar, no es digno de los goces del amor... Y, por último, simpática amiga mía, ya sabe que estoy a sus órdenes, que tiene en mí el más rendido de los servidores para cuanto se le ocurra, amigo diligente, reservadísimo, buena persona... ¡Abur!

Subió la joven a su casa. Doña Lupe no estaba, porque en aquellos días iba infaliblemente a las subastas del Monte de Piedad. Maximiliano permanecía largas horas en su despacho o en la alcoba, sin salir ni siquiera a los pasillos, sumergido en una meditación que más bien parecía somnolencia, por lo común echado en el sofá, la vista fija en un punto del techo, al modo de penitente visionario. No molestaba a nadie; no se resistía a tomar el alimento ni las medicinas, sometiéndose silenciosamente a cuanto se le mandaba, como si lo dominante, en aquella fase del proceso encefálico, fuera la anulación de la voluntad, el no

ser nada para llegar a serlo todo. Considerándose sola en la casa, Fortunata anduvo de una parte a otra, buscando una ocupación que la distrajera y consolara. Imposible. Mientras más trabajaba, con más energía y claridad repetía su mente lo que le había pasado aquella mañana. "Yo me voy a volver loca —se dijo, poniéndose a mojar la ropa—. Más loca estoy que el pobre Maxi, y esto me acabará de rematar."

Sin que se interrumpiera la acción mecánica, el espíritu de la pobre mujer reproducía fielmente la escena aquella, con las palabras, los gestos y las inflexiones más insignificantes del diálogo. En medio de la reproducción iban colocándose, como anotaciones puestas al acaso, los comentarios que se le ocurrían. El trabajo de su cerebro era una calenturienta y dolorosa mezcla de las funciones del juicio y de la memoria, revolviéndose con desorden y alumbrándose unas y otros con aquella claridad de relámpago que a cada instante despedían.

"Tontería grande fué decírselo... El está hace tiempo muy frío y como con ganas de romper. ¡Cansado otra vez, cansado; y allá por junio, sí, bien me acuerdo de que era junio, porque estaban poniendo los palos para el toldo de la procesión del Corpus, me dijo que nunca más me dejaría, que se avergonzaba de haberme abandonado dos veces, y qué sé yo cuántas mentiras más!... Lo que hace ahora es buscar un pretexto para llamarse andana... ¡Cristo, qué cara me puso cuando le dije aquello!... No seas bobo, ni fíes tanto en la virtud de tu mujer. Pues ¿qué te crees? ¿Que no es ella como las demás? Para que lo sepas: tu mujer te ha faltado con aquel señor de Moreno, que se murió de repente una noche. La suerte tuya fué que dió el estallido; y es que los corazones revientan de la fuerza del querer... Créete, como Dios es mi padre, que la *mona del Cielo* le quería también, y tenían sus citas..., no sé dónde..., pero las tenían. Tan listo como eres, y a ti también te la dan." ¡Bendito Dios, qué cara me puso! ¡Ah! El amor propio y la soberbia le salían a borbotones por la boca."

Después sentía claramente en su oído la vibración de aquella réplica que la había hecho estremecer, que aún la abrumaba, porque las palabras se repetían sin cesar, como la pieza de una caja de música, cuyo cilindro, sonada la última nota, da la primera. "Pero ¿qué te has figurado, que mi mujer es como tú? ¿De dónde has sacado esa historia infame? ¿Quién te ha metido en la cabeza esas ideas? Mi mujer es sagrada. Mi mujer no tiene mancilla. Yo no la merezco a ella, y por lo mismo la respeto y la admiro más. Mi mujer, entiéndelo bien, está muy por encima de todas las calumnias. Tengo en ella una fe absoluta, ciega, y ni la más ligera duda puede molestarle. Es tan buena, que, sobre serme fiel, tiene la costumbre de entregarme todos sus pensamientos para que yo los examine. ¡Ojalá pudiera yo entregarle los míos! Y ahora, cuando tú me traes esos absurdos cuentos, me veo tan por bajo de ella, que no puede ser más. Tú misma me estás castigando con eso de decirme que mi mujer es como tú, o que en algo puede parecerse a ti. Me castigas porque me demuestras la diferencia; te comparo con ella, y si pierdes en la comparación, échate a ti la culpa... Para concluir, si vuelves a pronunciar delante de mí una palabra sola referente a mi mujer, cojo mi sombrero... y no vuelves a verme más en todos los días de tu vida."

Comentario: "¡Y yo que me había hecho la ilusión de que no era honrada, para salir ahora con que no tengo más remedio que confesar que lo es! ¿Habrá visto visiones Aurora? Lo asegura de un modo, que no sé... Puede que se equivoque... Puede que el caballero ese estuviera prendado de ella; eso no quiere decir que ella pecase, ni mucho menos..."

Otra vez sentía retumbar en su oído las tremendas palabras de *aquél*: "Si vuelves a pronunciar delante de mí...", etcétera... Y el comentario parecía producirse en el cerebro paralelamente a la repetición de la filípica: "¡Ah!, tuno, no hablabas antes de ese modo. En junio, sí, bien me acuerdo, todo era *te quiero y te adoro,* y bastante que nos reíamos de la *mona del Cielo,* aunque siempre la teníamos por virtuosa. ¿Que es sagrada, dices?... Entonces, ¿para qué la engañas? ¡Sagrada! Ahora sales con eso. *Cojo mi sombrero y no me vuelves a ver.* Eso es que tú lo quieres hace tiempo. Estás buscando un motivo, y te agarras a lo que dije. *Te comparo con*

ella, y si pierdes en la comparación, échate a ti misma la culpa. Eso es decirme que soy un trasto, que yo no puedo ser honrada, aunque quiera... ¡Cómo me requemaba oyendo esto y cómo me requemo ahora mismo! Se me aprieta la garganta, y los ojos se me llenan de lágrimas. ¡Decirme a mí esto, a mí, que me estoy condenando por él!... Pero, Señor, ¡qué culpa tendré yo de que esa niña bonita sea ángel! Hasta la virtud sirve para darme a mí en la cabeza. ¡Ingrato!"

Reproducción de algo que ella le había contestado: "Mira: no lo tomes tan a pechos. Podrá ser mentira. ¿Yo qué sé? No creerás que lo he inventado yo. Para que veas que no me gustan farsas contigo: eso que te incomoda tanto, es cosa de Aurora..."

Y él: "Como yo la coja, le arranco la lengua. Es una víbora esa mujer, una envidiosa, una intrigante. Andate con cuidado con ella."

Comentario: "De veras que estuve muy imprudente. No se debe hablar mal de nadie sin tener seguridad de lo que se dice. Desde aquel momento no me volvió a mirar como me mira siempre. Le chafé su amor propio. Es como cuando se sienta una, sin pensarlo, sobre un sombrero de copa, que no hay manera, por más que se le planche después, de volverlo a poner como estaba. Esta sí que no me la perdona. Perdona él todo; pero que le toquen a su soberbia no lo perdona. "¿Estás enfadado?" "¡Si te parece que no debo estarlo!..." "Hazte el cargo de que no he dicho nada." "No puedo; me has ofendido; te has rebajado a mis ojos. Como tú no tienes sentido moral, no comprendes esto. No calculas el valor que se quitan a sí mismas las personas cuando hablan más de la cuenta." "No me digas esas cosas." "Se me salen de la boca. Desde que calumniaste a mi pobre mujer, la veneración y el cariño que le tengo se aumentan, y veo otra cosa: veo lo miserable que soy al lado tuyo; tú eres el espejo en que miro mi conciencia, y te aseguro que me veo horrible."

Comentario: "Cuando toma este tonito le pegaría... Eso es decirme que soy una indecente. Y siempre que saca estas *tiologías*, es porque me quiere dejar. Yo no puedo vivir así, Dios mío; esto es peor que la muerte."

Reproducción: "¿Te vas ya?" "¿Te parece que es temprano todavía?" "¿Vienes el lunes?" "No puedo asegurártelo." "Ya empiezas con tus mañas." "Tú sí que te pones pesada." "No quiero disputar. Dime lo que quieras." "Si rompemos, no me eches a mí la culpa, porque eres tú quien la tiene." "¿Yo?" "Sí, tú, por salir con alguna patochada ordinaria." "Bueno; lo que quieras... Tú siempre has de tener razón... Adiós." "Hasta la vista."

Y, al cabo de un rato, su mente saltó de improviso con una idea nueva, expresada en medio de los ahogos de la desesperación, como un rayo que atraviesa las nubes y momentáneamente las horada, las ilumina con sus refulgentes dobleces. "Pero ¿qué demonios es esto de la virtud, que, por más vueltas que le doy, no puedo hacerme con ella y meterla en mí?"

Entonces advirtió que no había mojado la ropa. Su tarea estaba por empezar, y los rollos de camisas, chambras y demás prendas continuaban delante de ella, muertos de risa, lo mismo que el barreño de agua. *Papitos*, que entró en el comedor con los cuchillos ya limpios, fué el choque que la hizo salir de su abstracción.

II

El día de San Eugenio propuso doña Casta ir de merienda a El Pardo; pero las de Rubín no querían ni oír hablar de nada que a diversión se pareciese. Bueno tenían ellas el espíritu para meriendas. Fueron las *Samaniegas* con *Doña Desdémona*, Quevedo y otros amigos. Por la noche, doña Casta se empeñaba en que todas habían de comer bellotas de la provisión que trajo. Estaban de tertulia en casa de Rubín. Sólo faltaba Aurora, a quien Fortunata esperaba con ansia, y siempre que sentía pasos en la escalera, iba a la puerta para abrirla antes que llamase. Por fin, llegó la viuda de Fenelón, fatigadísima. Los encargos en aquel mes eran considerables; las bodas aristocráticas menudeaban, y la pobre Aurora no podía desenvolverse. Como que por cumplir y hacer las entregas a tiempo se había traído alguna labor para trabajar en su casa. Velaría hasta las doce o la una. Brindóse la de Rubín a ayudarla, y con la venia de las

dos señoras mayores se fueron a la casa próxima, Fortunata deseaba estar sola con su amiga para hablar largo y tendido sobre diferentes cosas.

Encendieron luz en el gabinete, y sobre una gran mesa que allí había, por el estilo de las mesas de los sastres, Aurora, sacando sus avíos, se puso a cortar y a preparar. Fortunata la ayudaba a desenvolver los patrones y a hilvanarlos sobre la tela. A cada momento se arrancaba Aurora del pecho una aguja enhebrada o se la clavaba en él, pues el pecho era su acerico, y allí tenía también una batería de alfileres. Extendiendo sus miradas sobre los patrones, con atención de artista, cogiendo ora la aguja, ora las tijeras, ya inclinada sobre la mesa, ya derecha y mirando desde lejos el efecto del corte; moviendo la cabeza para obtener la oblicuidad de la mirada en ciertas ocasiones, empezó a charlar, arrojando las palabras como un sobrante de la potencia espiritual que aplicaba a su obra mecánica.

—Hoy ha sido el funeral. ¡Cosa estupenda, según me ha dicho Candelaria! El catafalco llegaba hasta el techo, y la orquesta era magnífica; muchas luces... Ahí tienes para qué les sirve el dinero a esos *celibatarios* egoístas. Estaban las de Santa Cruz y Ruiz Ochoa, las *Trujillas*, y qué sé yo quién más... Como no nos vemos desde hace muchos días, no te he podido contar la impresión que recibí aquella mañana. Verás: pasaba yo, a eso de la ocho y media, por la plaza de Pontejos para ir a mi obrador, cuando vi que del portal salía despavorido el criado inglés... Según después supe, iba en busca de mi primo Moreno Rubio, que vive en la calle de Bordadores. Yo dije: "¿Qué pasará?" Y Samaniego salió de la tienda, preguntando: "¿Qué hay?" "¿Cómo que qué hay?" El inglés, entonces, con un terror que no puedo pintarte, nos dijo: "Señor muerto; señor como muerto." Corrió allá Pepe, y yo detrás. En el portal había un corrillo de gente; unos salían, otros entraban, y todos se lamentaban del suceso. Subí con Pepe... La puerta estaba abierta. Los gritos de Patrocinio Moreno se oían desde la escalera. ¡Ay, qué paso, hija! Yo tenía un miedo que no te puedo ponderar. Acerquéme poco a poco a la habitación. Allí estaba la santa, todavía con el manto puesto y el libro de misa en la mano... Parecía una imagen. Y Moreno..., no me quiero acordar, sentado en una silla junto a la mesa... Dicen que le encontraron con la cabeza apoyada en las manos, seco, rígido y sin sangre. No puedo pintarte el horror que me causó lo que vi. Le habían incorporado en el asiento. Toda la pechera de la camisa estaba manchada de sangre; la barba, llena de cuajarones...; los ojos, abiertos—aquí suspendió Aurora su trabajo, poniendo todo su espíritu en lo que relataba—. No quise entrar. De la puerta me volví, y no sé cómo llegué al taller, porque me iba cayendo por el camino; tal impresión me hizo. Hay que reconocer que ese hombre tenía que concluir de mala manera; pero eso no quita que una le tenga lástima—volvió a poner toda la atención en su trabajo—. Estuve muy mala aquel día, y a ratos me entraban ganas de llorar. Mal se portó conmigo, muy mal... ¡Ah! Ya veo yo que todo se paga en este mundo.

—¡Pobre señor!—exclamó Fortunata—. A mí también me dió lástima cuando lo supe. Pero ¿no sabes una cosa? Que hoy hemos tenido la gran bronca *ése* y yo, porque le dije aquello...

—¿Lo de...?—apuntó Aurora, suspendiendo otra vez el trabajo y mirando a su amiga con intención picaresca.

—Sí... Se enfadó tanto, que concluímos mal. ¡Ay, qué pena tengo! Porque si es calumnia, figúrate, ¡qué barbaridad ir con esa historia!

—Calumnia, no—dijo la de Fenelón, atendiendo más a su corte—. Podrá ser equivocación. ¿Quién demonios sabe lo que pasa en el interior de *la mona*? Que el difunto Moreno andaba loco por ella, no tiene duda. Falta saber, *por ejemplo*, si ella le correspondía o no.

—Tú me dijiste que sí, y que tenían citas..

—Sí; pero te lo dije como una suposición nada más—replicó la astuta mujer con cierto despego, como si deseara mudar de conversación—. Tú te precipitaste al llevarle ese cuento. Se habrá volado. Hay que tener tacto, amiga mía, y no herir el amor propio de los hombres. Ya debías suponer que le sabría mal.

—Y tú, ¿qué crees?, hablando ahora como si estuviéramos delante de un confesor. ¿Tú qué crees? ¿Es, como quien dice, ángel, o qué?

Aurora dejó las tijeras, y se clavó en

el pecho la aguja enhebrada. Después de calcular su respuesta, la soltó en esta forma:

—Pues hablando con verdad, y sin asegurar nada terminantemente, te diré que la tengo por virtuosa. Si mi primo hubiera vivido, no sé adónde habrían llegado las cosas. El hacía el trovador de la manera más infantil del mundo. ¡Quién lo diría!... ¡Un hombre tan corrido!... Ella..., no sé..., creo que se reía de él... Y bien merecido le estaba, por pillo. Quizá le miraba con alguna simpatía...; pero lo que es citas, amiga mía, me parece que no las hubo, digo, me parece; y si algo de esto dije, fué como un *tal vez,* y me vuelvo atrás.

Tornó a su faena, dejando a la otra en la mayor confusión.

—Y en último resultado—le dijo después—, ¿a ti qué más te da que sea honrada o deje de serlo? Lo que te importa es que él te quiera a ti más que a ella.

—¡Oh, no!...—exclamó Fortunata con toda su alma—. Es que si no fuera honrada esa mujer, a mí me parecería que no hay honradez en el mundo y que cada cual puede hacer lo que le da la gana... Paréceme que se rompe todo lo que la ata a una; no sé si me explico; y que ya lo mismo da blanco que negro. Créetelo: esa duda no se me va de la cabeza a ninguna hora; siempre estoy pensando en lo mismo, y tan pronto me alegro de que sea mala, como de que no lo sea. ¡Ah!, no sabes tú lo que yo cavilo al cabo del día. Las cosas que me pasan a mí no tienen nombre.

—Pues para que te tranquilices de una vez—dijo la otra, sin mirarla—. Tenla por honrada, y cuando hables de esto con *él,* hazle entender que no lo crees así, y no aspires a que *él* te dé su respeto; conténtate con el amor.

—Quítate de ahí, mujer—saltó Fortunata, muy nerviosa—. Si esto se acaba... ¡Si me está faltando ese perro!... Si en quince días no le he visto más que dos veces. Siempre llega tarde, y como de mala gana. ¡Oh!, yo le conozco bien las mañas: me le sé de memoria. Nada, que quiere echarme al agua otra vez; lo veo, lo estoy viendo. Hoy se lo dije claro, y no me contestó nada.

—Entonces, tenemos a la *mona del Cielo* de enhorabuena.

—¡Ah, no!... Me parece que ahora la veleta marca para otro lado. Me está faltando con alguna que ni su mujer ni yo conocemos. Más claro: a las dos nos está dando el plantón *hache,* y yo estoy que no sé lo que me pasa, más muerta que viva..., llena de rabia, llena de celos. No he de parar hasta cogerle, y de veras te digo que si le cojo, y si cojo a la otra, me pierdo. Yo vengaré a la *mona del Cielo* y me vengaré a mí. No quisiera morirme sin este gusto.

—Dime una cosa... ¿Te has fijado en determinada mujer?—le preguntó su amiga, mirándola de hito en hito.

—No sé. Esta noche se me ocurrió si será Sofía la *Ferrolana,* o la *Peri,* o Antonia, esa que estaba con Villalonga.

—Es natural: piensas en las que conoces. ¿Qué me das, querida mía, si te lo averiguo?

Al decir esto, Aurora abandonó todo trabajo y se puso delante de su amiga en la actitud más complaciente.

—¿Que qué te doy? Lo que tú quieras. Todo lo que tengo... Te lo agradeceré eternamente.

—Bueno; pues déjame a mí, que como yo coja el cabo del hilo, hemos de llegar a la otra punta. Verás por qué lo digo. En mi taller hay una chiquilla, muy graciosa, por cierto, que me parece, me parece...

—¡En tu taller!...

—Sí; pero no te precipites... No es ella tal vez... Quiero decir, que por ella he de coger el cabo del hilo, y verás..., iré tirando, tirando, hasta dar con lo que queremos saber. Tú confíate en mí, y no hagas nada por tu parte. Prométeme que no te has de meter en nada. Sin esa condición, no cuentes conmigo.

—Pues bien, yo te lo prometo. Pero me has de decir todo lo que vayas averiguando. Te digo que si la cojo... No me importa ir a la Modelo; te juro que no me importa. Si ya me parece que la tengo entre mis uñas.

Doña Casta entró abriendo la puerta con su llavín. Era tarde, y Fortunata tuvo que retirarse. Aurora se quedó trabajando un momento más, y decía para sí: "Estas tontas son terribles cuando les entra la rabia. Pero ya se aplacará. Pues no faltaría más... Estaría bueno..."

III

Una tarde, doña Lupe vió entrar a su sobrina tan desolada, que no pudo menos de írsele encima, llena de irascibilidad, no pudiendo sufrir ya que no le confiase sus penas, cualquiera que fuese la causa de ellas.

—¿Te parece que éstas son horas de venir? Y haz el favor, para otra vez, de dejarte en la calle tus agonías y no ponérteme delante con esa cara de viernes, pues bastantes espectáculos tristes tenemos en casa.

Fortunata tenía su interior tan tempestuoso, que no pudo contenerse, y estalló con esa ira pueril que ocasiona las reyertas de mujeres en las casas de vecindad.

—Señora, déjeme usted en paz, que yo no me meto con usted, ni me importa la cara que usted tenga o deje de tener. Pues estamos bien... Que no pueda una ni siquiera estar triste, porque a la señora esta le incomodan las caras afligidas... Me pondré a bailar, si le parece.

No estaba acostumbrada doña Lupe a contestaciones de este temple, y al pronto se desconcertó. Por fin, hubo de salir por este registro:

—Eso de que me ocupe o no me ocupe, no eres tú quien lo ha de decidir. Pues qué, ¿han tocado ya a emanciparse? Estás fresca. ¿Crees que se te va a tolerar ese cantonalismo en que vives? ¡Me gustan los humos de la loca esta!... Ya te arreglaré, ya te arreglaré yo.

Estaba la otra tan violenta y tenía los nervios tan tirantes, que al apartar una silla la tiró al suelo, y al poner su manguito sobre la cómoda dió contra un vaso de agua que en ella había.

—Eso es, rómpeme la sillita... Mira cómo has derramado el agua.

—Mejor.

—¿Sí?... Ya te mejoraré yo, ya te arreglaré.

—Usted, señora, se arreglará sus narices, que a mí no me arregla nadie...

—No quiero incomodarme, no quiero alzar tampoco la voz—dijo doña Lupe, levantándose de su asiento—, porque no se entere ese desventurado.

Salió un momento con objeto de cerrar puertas para que no se oyera la gresca, y a poco volvió al gabinete, diciendo:

—Se ha quedado dormido. Si te parece, haz bulla para que no descanse el pobrecito. Te estás portando... ¡Silencio!

—Si es usted la que chilla... Yo bien callada entré. Pero se empeña en buscarme el genio.

—Mete ruido, mete ruido. Ni siquiera has de dejar dormir al pobre chico.

—Por mi parte, que duerma todo lo que quiera.

—Y lo que más me subleva es tu terquedad—dijo doña Lupe, bajando la voz—y ese empeño de gobernarte sola, sí, esa independencia estúpida... Tú te lo guisas y tú te lo comes. Así te sabe a demonios. Bien empleado te está todo lo que te pasa, muy bien empleado.

Tanta turbación había en el alma de la esposa de Rubín, que la ira estaba en ella como prendida con alfileres, y el menor accidente, una nada, determinaba la transición de la rabia al dolor, y de la energía convulsiva a la pasividad más desconsoladora. Algo se derrumbaba dentro de ella y, perdiendo toda entereza, rompió a llorar como un niño a quien le descubren una travesura gorda. Doña Lupe se vanaglorió mucho de aquel cambio de tono, que consideraba obra de sus facultades persuasivas. Fortunata se dejó caer en una silla, y más de un cuarto de hora estuvo sin articular palabra, oprimiendo el pañuelo contra su cara.

—Pues sí, tía..., es verdad que debiera yo... contarle a usted... No lo hice porque me parecía impropio. ¡Qué barbaridad! Traer a esta casa cuentos de... Soy una miserable; yo no debo estar aquí... Hasta llorar aquí por lo que lloro es una canallada. Pero no lo puedo remediar. El alma se me deshace. Yo tengo que decirle a alguien que me muero de pena, que no puedo vivir. Si no lo digo, reviento... Usted crea lo que quiera...; pero soy muy desgraciada. Yo sé que me lo merezco, que soy mala, mala de encargo..., pero soy muy desgraciada.

—Ahí tienes—le dijo doña Lupe, moviendo la mano derecha, con los dedos de ella muy tiesos, en ademán enteramente episcopal—; ahí tienes lo que te pasa por no hacer lo que yo te digo... Si hubieras seguido los consejos que te di este verano, no te verías como te ves.

La otra estaba tan sofocada, que su tía tuvo que traerle un vaso de agua.

—Serénate—le decía—, que ahora no te he de reñir, aunque bien lo mereces. No, no necesitas explicarme lo que te pasa; justo castigo de Dios. ¿Crees que no tengo yo pesquis? Me basta verte la cara. Ello tenía que suceder, porque los malos pasos conducen siempre a malos fines... El resultado es que sale todo lo que yo digo. El pecado trae la penitencia Otra vez te da carpetazo ese hombre, ¿acerté?

—Sí, sí... Pero ¡qué infame!...

—Anda que los dos estáis buenos. Tal para cual. Las relaciones criminales siempre acaban así. Uno se encarga de castigar al otro, y el que castiga ya encontrará también su trancazo en alguna parte. Pues estás lucida... Tras de cornuda, aporreada, y después sacada a bailar.

—Pero ¡qué infame!—volvió a decir Fortunata, mirando a su tía con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Pues no ha tenido el atrevimiento de decirme, entre bromas y veras, que yo estaba enredada con Ballester? Pretextos, *tiologías*, y nada más. De seguro que no lo cree.

—Aguanta, que todo te lo tienes bien merecido. Ni vengas a que yo te consuele... Acudiendo con tiempo, no digo que no. Abres ahora los ojos y te encuentras horriblemente sola, sin familia, sin marido, sin mí.

Fortunata, con un pánico semejante al de quien se está ahogando, agarróse a la falda de doña Lupe, y vuelta a soltar un raudal de lágrimas.

—No, no, no... Yo no quiero estar sola..., triste de mí. Dígame usted algo, siquiera que tenga paciencia, siquiera que me porte ahora bien... Sí, me portaré bien; ahora, sí; ahora, sí.

—Ahora, sí. Vaya, hija, no madrugues tanto. Tú no te acuerdas de Santa Bárbara sino cuando truena. ¿Qué sacaría yo de consolarte ahora y corregirte, si el mejor día volvías a las andadas?

—Ahora, no...; ahora, no.

—Quien no te conoce, que te compre... Al extremo a que han llegado las cosas, me parece que no debo intervenir ya, ni tomar vela en este entierro. Sería hasta indecoroso para mí. Resultaría... así como cierta complicidad en tus crímenes. No, hija, has acudido tarde... Te he estado metiendo la indulgencia por los ojos, sin que tú la quisieras ver, y ahora que te ahogas vienes a mí... ¡Ay!, no puedo, no puedo.

Y, sin decir más, se fué a la cocina, pensando que toda severidad era poca contra aquella mujer, y que convenía aterrorizarla, a ver si se sometía al fin de una manera absoluta.

Pronto se hizo de noche. Los días menguaban, entristeciendo el ánimo de los que ya, por otros motivos, estaban tristes. A las seis y media, la casa estaba a oscuras, y doña Lupe retardaba el encender luces todo lo posible. Fortunata, en el cuarto de su marido, y casi a tientas, llegó al sofá donde él estaba echado, y le preguntó si tenía ganas de comer, sin obtener respuesta. Oía los suspiros que daba el infeliz, y en una de aquellas aproximaciones, Maxi, cogiéndole las manos, se las apretó con afecto. Algo había en el alma de Fortunata que respondía a la demostración de ternura. Sentía hacia él cariño semejante al que inspira un niño enfermo, efusión de lástima que protege y que no pide nada.

Doña Lupe trajo luz, y, mirando a los esposos con sus ojos encandilados por el vivo resplandor de la llama de petróleo, dijo, sin duda por animar a Maxi con una broma:

—¿Ya estáis haciendo los tortolitos?... Más cuenta te tiene comer. ¿Quieres que ésta coma contigo?

—Sí, sí. Yo comeré aquí—dijo la esposa prontamente—. Y él comerá también, ¿verdad, hijo? ¿Verdad que comerás con tu mujer? Ella te cortará los pedacitos de carne y te los irá dando.

—Pues yo os mandaré la comida—indicó doña Lupe, poniendo la pantalla al quinqué y acortando la llama—. Tengo hoy un arroz con menudillos que es lo que hay que comer.

En el rato que estuvieron solos, antes que entrara *Papitos* con el servicio y la sopa, Maxi endilgó a su mujer algunas frases enteramente ceñidas al endiablado asunto que constituía su demencia. Fortunata le apoyó en todo, mostrándose muy penetrada de la urgencia de establecer, como realidad social, el principio de solidaridad de la sustancia divina. A todo decía que sí, y mientras comían notó que el enfermo se animaba extraordinariamente, llegando hasta mostrarse alegre, locuaz, y poniendo un singular calor en sus proyectos de apostolado. En un momento que salió fuera, preguntóle Fortunata a su tía:

—¿Y le dió usted, al fin, esas píldoras?

—Sí, por cierto. Esta mañana, en ayunas, se tomó una, y a las cuatro le di otra. ¿No lo dispuso así Ballester?

—Sí... Vea usted por qué está tan avispado. ¡Vaya con el cáñamo ese! Pero los disparates son los mismos; sólo que ahora no ve las cosas de un modo tan negro, sino que las toma por lo risueño.

Volvió al lado de él, y le fué dando los menudillos con el tenedor, y él se los comía con gana, sin cesar de hablar y aun de reír. Su risa plácida no parecía la de un demente.

Fortunata sentía leve consuelo en su alma, y se decía: "¡Si Dios quisiera que se pusiera bueno...! Pero cómo va Dios a hacer nada que yo le pida... ¡Si soy lo más malo que él ha echado al mundo! Para mí esta casa se tiene que acabar. ¿Adónde me retiraré? ¿Qué será de mí? Por dondequiera que vaya, me gustará saber de este pobrecito, el único que me ha querido de verdad, el que me ha perdonado dos veces y me perdonaría la tercera... y la cuarta... Yo creo que me perdonaría también la quinta, si no tuviera esa cabeza como un campanario. Y esto es por culpa mía. ¡Ay, Cristo, qué remordimiento tan grande! Iré con este peso a todas partes, y no podré ni respirar."

Después de comer estaba él animadísimo, cual no lo había estado en mucho tiempo; pero sus conceptos eran de lo más estrafalario que imaginarse puede. Como entraran doña Silvia y Rufinita de visita, doña Lupe se fué con ellas a la sala, y los esposos se quedaron solos. Maxi se levantó y estiró todo el cuerpo, elevando los brazos. Los huesos crujieron, hizo diferentes contorsiones que parecían un trabajo de gimnasia, y luego volvió a sentarse, abrazando a su mujer y quedándose ante ella (pues estaba sentado en una banqueta junto al sofá) en actitud semejante a la que toman los amantes de teatro cuando van a decirse algo muy bonito en décimas o quintillas.

IV

—Vida mía—le dijo en el tono más dulce del mundo—, gracias mil por el consuelo que me has dado con tus palabras...

Fortunata no sabía qué palabras eran aquellas que le habían consolado; pero lo mismo daba. Hizo un signo afirmativo, y adelante.

—...Porque estando tú conforme conmigo, no deseo más. Mis aspiraciones están cumplidas. ¡Viva el gran principio de la liberación por el desprendimiento, por la anulación!...

—¡Vivaaa...!

—Así lo dirán las multitudes cuando esta doctrina se propague; pero esto no nos toca a nosotros, sino al que vendrá después. Cumplamos tú y yo la ley de morir cuando nos creamos llegados al punto de caramelo de la pureza. Matemos a la bestia cuando de ella esté completamente desligada su prisionera, la sustancia espiritual, como del erizo se desprende la castaña bien madura.

—Nada, hijo, que la mataremos.

—Me gusta verte así. ¿Hay nada más hermoso que la muerte? ¡Morir, acabar de penar, desprenderse de todas estas miserias, de tantos dolores y de toda la inmundicia terrenal! ¿Hay nada que pueda compararse a este bien supremo? ¿Concibe el alma nada más sublime?

—¿Y después?—dijo Fortunata, que aun sabiendo con quién hablaba, oía con mucho gusto aquella manera de considerar la muerte.

—¡Oh! Después, sentirse uno absolutamente puro, perteneciente a la sustancia divina; reconocerse uno parte de ella, y todito con aquel gran todo... ¡Qué dicha tan grande!

—¡No padecer!...—murmuró la prójima, inclinando su cabeza sobre el pecho de él—. ¡No temer si le hacen a uno esta o la otra perrería!... No verse en agonías nunca, y gozar, gozar, gozar...

Su mente se dejó ir en alas de aquella sublime idea, perdiéndose en los espacios invisibles y sin confines.

—¡Sentir luego la irradiación del bien en sí, y contemplarse uno en aquel todo etéreo y sustancial, infinitamente perfecto y sano, hermoso, transparente y placentero!...

Esto era ya un poco metafísico, y Fortunata no lo comprendía bien. Lo accesible para ella era la idea primera: morirse, desprenderse de las lacerias de este mundo, y sentirse luego persona idéntica a la persona viva, gozando todo lo que hay que gozar y amando y siendo

amada con arrobamientos que no se acaban nunca.

—Querida mía—le dijo Maxi, moviendo mucho la cabeza y los músculos de la cara, señal de una fuerte excitación nerviosa—, los dos moriremos después que hayamos cumplido nuestra misión. Y para que te penetres bien de la tuya, te voy a decir lo que he sabido por revelación celestial.

Fortunata se preparó a oír el gran disparate que su marido anunciaba, y puso una carita muy gravemente atenta.

—Pues yo sé una cosa que tú no sabes, aunque quizá lo presientes, y que seguramente sabrás muy pronto. Quizá hayas empezado a notar algún síntoma; pero aún tu espíritu no tendrá más que presentimientos de este gran suceso.

La miraba de tal modo, que ella empezó a asustarse. ¿Qué sería, Dios, qué sería? Maxi estuvo un rato en silencio, clavados en ella sus ojos como saetas, y, por fin, le dijo estas palabras, que la hicieron estremecer.

—Tú estás encinta.

Quedóse un rato la infeliz mujer como petrificada. Trataba de tomarlo a broma, trataba de negarlo; pero para ninguna de estas determinaciones tenía valor. Terror inmenso llenaba su alma al ver que Maxi decía lo que decía con expresión de la más grande seguridad. Pero lo último que a Fortunata le quedaba de oír fué esto, dicho con exaltación de iluminado y con atroz recrudecimiento de las sacudidas nerviosas de la cabeza:

—Ha sido una revelación. El espíritu que me instruye me ha traído anoche esta idea... Misterio bonitísimo, ¿verdad? Tú estás embarazada... Y tú lo presumes; mejor dicho, lo sabes, te lo estoy conociendo en la cara; lo ocultas porque ignoras que esto no ha de arrojar ninguna deshonra sobre ti. El hijo que llevas en tus entrañas es el hijo del Pensamiento Puro, que ha querido encarnarse para traer al mundo su salvación. Fuiste escogida para este prodigio, porque has padecido mucho, porque has amado mucho, porque has pecado mucho. Padecer, amar y pecar...: he ahí los tres infinitivos del verbo de la existencia.. Nacerá de ti verdadero Mesías. Nosotros somos nada más que precursores, ¿te vas enterando?, nada más que precursores, y cuando des a luz, tú y yo habremos cumplido nuestra misión, y nos liberaremos, matando nuestras bestias.

Del salto se puso Fortunata al otro lado de la habitación. Habíale entrado tal pánico, que por poco sale al pasillo pidiendo socorro. Maxi tenía la cara descompuesta y transfigurada, y sus ojos parecían carbones encendidos. Ni siquiera reparó que su mujer se había alejado de él, y continuó hablando como si aún la tuviera al lado. La infeliz, turbada y muerta de miedo, se acurrucó en el rincón opuesto, y, cruzadas las manos, miraba al desgraciado demente, diciendo para sí: "¿En qué lo habrá conocido?... Dios mío, ¡qué hombre! ¿Será farsa todo esto de la locura? ¿Será que se finge así para poder matarme, sin que la Justicia le persiga?... Pero ¡cómo habrá descubierto!... ¡Si no lo he dicho a nadie! ¡Si no se me conoce todavía!... ¡Ah!, lo que este hombre tiene es mucha picardía. Eso de la revelación lo dice para engañar a la gente... Sin duda se lo figura, se lo teme, o me lo ha conocido no sé en qué... ¿Lo habré dicho yo en sueños? Aunque no; podrá haberlo adivinado por su propia locura. ¿No dicen que las grandes verdades las saben los niños y los locos?... ¡Ay, qué miedo me ha entrado! Dios mío, líbrame de esta tribulación. Este hombre me quiere matar y hace todas estas comedias para vengarse de mí y asesinarme a lo bóbilis bóbilis..."

El iluminado fué hacia su mujer, cogiéndola por un brazo. Tal temor sentía ella, que hasta se encontró con fuerzas inferiores a las de su marido, que era tan débil.

—Moñuca mía—le dijo, apretándole el brazo con nerviosa energía y mirándola con una expresión en que la desdichada veía confundidos al amante y al asesino—, nos liberaremos por medio de una sangría suelta, desde que hayas cumplido tu misión. ¿Cuándo será? Allá por febrero o marzo.

"Debe ser por marzo—pensó Fortunata—; pero para ti estaba... Ya me pondré yo en salvo. Mátate tú, si quieres, que yo tengo que vivir para criarlo, ¡y voy a ser tan feliz con él!... Va a ser el consuelo de mi vida. Para eso le tengo, y para eso me lo ha dado Dios... ¿Ves cómo me salí con mi idea?... Mi hijo es una nueva vida para mí. Y entonces no habrá quien me tosa... ¡Oh!,

si no lo sintiera aquí dentro, yo y tú seríamos iguales, tan loco el uno como el otro, y entonces sí que debíamos matarnos."

Oíase el runrún de las despedidas de doña Silvia y Rufinita en el pasillo. A poco entró la de Jáuregui, y viéndola su sobrino, se volvió al sofá, dejando a su mujer en pie en medio del cuarto.

—¿Qué tal?—dijo doña Lupe—. ¿Hay sueño? Son las once.

—Ha venido usted a turbar nuestra felicidad—replicó Maxi, sentado, y moviendo las piernas en el aire—. Mi elegida y yo deseamos estar solos, enteramente solos. Los misterios inefables que a ella y a mí...

—Pero ¿qué volteretas son esas que das?—no sabiendo si reír o ponerse seria—. Pareces un saltimbanqui.

—Que a ella y a mí se nos han revelado... los misterios inefables, digo..., nos llevan a un éxtasis delicioso, de que no pueden participar las personas vulgares.

—¡Llamarme a mí persona vulgar!...

—La vulgaridad consiste en estar muy apegada a los bienes terrenos..., es decir, en hacerle mimos a la bestia.

—Pero qué, ¿también vas a dar vueltas de carnero?—dijo doña Lupe, asustada, viendo apoyar las manos en el sofá y doblar luego la cabeza hasta tocar con ella la gutapercha.

—Lo que yo dé, a usted no le importa, mujer de poca fe... La noche está fría y necesito que las extremidades entren en calor. Dentro del cráneo me han encendido un hornillo.

—¿Ve usted..., ve usted?...—indicó Fortunata, no recatándose de decirlo en alta voz—. El efecto de esas condenadas píldoras. Creo que no deben dársele más. Ya ve usted cómo se pone: se le trastorna más el cerebro y adivina los secretos.

—¿Cómo que adivina los secretos?... Pero, niño, ¿qué haces?

Rubín se sentaba y se levantaba, dando botes en el asiento, como un jinete que monta a la inglesa.

—Allá por marzo será el gran suceso, la admiración del mundo—gruñía el infeliz, dando vueltas sobre sí mismo—. Lo anunciará una estrella que ha de aparecer por Occidente, y los cielos y la tierra resonarán con himnos de alegría.

—Pero ¿qué estás diciendo? Vamos, hijo de mi alma, estate tranquilo.

—Lo que yo quisiera saber ahora es dónde está mi sombrero—dijo él, mirando debajo de la mesa y del sofá.

—Y ¿para qué quieres el sombrero?

—Quiero salir; tengo que ir a la calle. Pero lo mismo da salir con la cabeza descubierta. Hace un calor horrible.

—Sí, vámonos al Retiro. Fortunata, coge la vela; y tú, por delante.

Y, agarrándose al brazo del joven sin ventura, le llevaron a la alcoba. Del salto se plantó Maxi en la cama, quedándose un instante con los brazos y las piernas en alto. Después dejaba caer pesadamente las extremidades para volver a levantarlas.

—¡Bonita noche nos va a hacer pasar!—exclamó doña Lupe, cruzando las manos.

Fortunata, desalentada y meditabunda, se dejó caer en el sofá.

—¿A que no me aciertan ustedes en dónde estoy?—dijo el pobre demente—. Me he caído del cielo sobre un tejado. ¿Qué hace mi mujer ahí que no viene en mi socorro?

—Pues sí, señor, ¡bonita noche!—repetía doña Lupe, echando un suspiro por cada palabra.

Intentaron acostarle. Pero no fué posible. Se les escapaba de las manos con viveza de niño, que a veces parecía agilidad de mono. Su risa causaba espanto a las dos señoras, y últimamente no se le entendía una palabra de las muchas que de su boca soltaba atropelladamente, pronunciándolas de un modo primitivo, como los chiquillos que empiezan a hablar. Por fin, el desgaste nervioso hubo de rendirle, y se quedó quieto en el sofá, con una pierna sobre la mesa, la otra en una silla, la cabeza debajo de un cojín, y los brazos extendidos en cruz. Una mano daba contra el suelo, y tenía la otra metida debajo del cuerpo, dando al brazo una vuelta que parecía inverosímil. No quisieron ellas variarle la difícil postura, temiendo que si le tocaban se alborotaría de nuevo y les daría otra jaqueca. Doña Lupe dormitaba, sentada en una silla junto a la cama del matrimonio; pero Fortunata no pegó los ojos en toda la noche. Ya amanecía cuando le acostaron. Apenas daba acuerdo de sí, y gemía, al moverse, como si tuviera molido a palos su ruin y desdichado cuerpo.

V

Creo que fué el día de la Concepción cuando Rubín salió de su cuarto con un cuchillo en la mano detrás de *Papitos*, diciendo que la había de matar. El susto de la tía y de Fortunata fué muy grande, y les costó trabajo quitarle el arma homicida, que era un cuchillo de la mesa, con el cual no era fácil quitar la vida a nadie. Pero el paso fué terrible, y los chillidos de *Papitos* se oyeron en toda la vecindad. Salió despavorida del cuarto del señorito, y él detrás, frío y resuelto, como si fuera a hacer la cosa más natural del mundo. La mona se refugió entre las faldas de su ama, gritando: "¡Que me mata, que me quiere matar!", y Fortunata corrió a sujetarle, lo que no hubiera conseguido, a pesar de su superioridad muscular, sin la ayuda de doña Lupe. La resistencia de él era puramente espasmódica, y mientras se defendía de los cuatro brazos que querían contenerle y arrancarle el cuchillo, decía con voz ronca:

—¡Le siego el pescuezo y la...!

Después se supo que *Papitos* tenía la culpa, porque le había irritado, contradiciéndole estúpidamente. Doña Lupe lo sospechó así, y mientras Fortunata se le llevaba otra vez a su cuarto, procurando calmarle, la señora cogió a la chiquilla por su cuenta, y con la persuasión de tres o cuatro pellizcos, hízole confesar que ella era culpable de lo ocurrido.

—Mire, señora—replicaba ella, bebiéndose las lágrimas—, él fué quien empezó, porque yo no chisté. Estaba recogiendo el servicio, y él saltó contra mí, diciéndome que para arriba y que para abajo... Yo no le entendía y me eché a reír... Pero *dimpués* salió con unos disparates muy gordos. ¿Sabe, señora, lo que dijo? Que la señorita Fortunata iba a tener un niño, y qué sé yo qué más. No pude *por menos* de soltar la carcajada, y entonces fué cuando *garró* el cuchillo, y salió tras de mí. Si no doy un *blinco*, me divide.

—Bueno; vete a la cocina, y aprende para otra vez. A todo lo que él diga, por disparatado que sea, dices tú *amén*, y siempre *amén*.

Aquel hecho era quizá síntoma de un nuevo aspecto de locura, y las dos señoras no cabían ya en su pellejo, de temor y zozobra. No pasaron ocho días sin que el caso se repitiera. Maxi pudo apoderarse de un cuchillo, y fué hacia su tía, diciendo que la quería *liberar*. Gracias a que estaba allí el señor Torquemada, no fué difícil desarmarle: pero el susto no había quien se lo quitara a doña Lupe, que tuvo que tomarse una taza de tila. Por cierto que la señora se conceptuaba infeliz entre todas las señoras y damas de la tierra, por las muchas pesadumbres que sobre su alma tenía. No era sólo el estado lastimosísimo del más querido de sus sobrinos; otras cosas la mortificaban atrozmente, abatiendo su grande espíritu. Entre Fortunata y ella mediaron ciertas palabras que imposibilitaban absolutamente toda concordia.

—¡Vaya—le dijo doña Lupe una noche—, que te estás luciendo! ¿A qué esas reservas, cuando más indicada estaba la confianza? ¿Cómo es que lo ha sabido Maximiliano, que está demente, antes que yo, que estoy en mi sano juicio? ¿A qué esos escondites conmigo?

Después de una larga pausa, Fortunata, con muchísimo trabajo, se determinó a responder esto:

—Yo no se lo he dicho. El lo adivinó. Esto no podía yo decirlo a nadie de esta casa, y a él menos...

—¡Y a él menos!—repitió doña Lupe, clavando en la delincuente sus miradas como flechas.

—Sí, porque él no debía saberlo nunca—prosiguió la otra, haciendo el último esfuerzo—. A usted pensaba yo decírselo, pero no me determiné, por la vergüenza que me daba. Ahora que lo sabe, lo que tengo que hacer es pedirle que tenga compasión de mí, recoger mi ropa y marcharme de esta casa... Ahora sí que será para siempre.

La viuda de Jáuregui se tomó tiempo para dar contestación a estas gravísimas palabras. Un sinfín de ideas se le metió en la cabeza, y estuvo aturdida largo rato, sin saber con cuál de ellas quedarse. El rompimiento definitivo le arrancaba una tira de su corazón, con dolor agudísimo, por no serle posible retener las cantidades que Fortunata había puesto en sus manos. La elasticidad de su conciencia no llegaba nunca en sus estirones a la apropiación de lo ajeno, ni directa ni indirectamente. Lo ajeno era sagrado para ella, y aunque aumentase lo suyo cuanto pudiera a costa del pró-

jimo, jamás llegaba a la absorción de lo que se le confiaba. Devolvería, pues, lo que se le había entregado, con los aumentos que a su buena administración se debían. Cierto que esta devolución era para ella un trance doloroso, algo como la separación de un hijo que se va a la guerra a que le maten, pues aquel *guano*, entregado a su dueño, pronto se perdería en el desorden y los vicios.

Pero si esta pena la estimulaba a transigir una vez más, su decoro, y más aún su amor propio, se sublevaban airados contra aquella infame, que traía al hogar doméstico hijos que no eran de su marido. Esto no se podía sufrir sin cubrirse de baldón; esto no lo toleraría doña Lupe, aunque tuviera que dar no sólo el dinero ajeno, sino el propio... Tanto como el propio, no, vamos; pero, en fin, así lo pensaba para poder expresar de una manera enfática su grandísimo enojo.

¡Qué diría la gente!... ¡Qué las amigas, ante quienes doña Lupe oficiaba como guardadora de la moralidad y de los buenos principios! Cierto que para el mundo la situación que crearía la maternidad de la de Rubín sería una situación legal, toda vez que Maxi, enfermo y encerrado quizá para entonces en un manicomio, no había de llamarse a engaño; pero en este caso la afrenta sería mayor, por añadirse a ella la mentira. Y todos tendrían a doña Lupe por encubridora, y le cortarían lindos sayos. Si ya le parecía a ella oírlo: "Miren ésta, tan orgullosa y rígida, tapando el matute que la otra bribona ha introducido en su casa. Lo hará por la cuenta que le tiene. El padre de la criatura es hombre rico y habrá pagado bien el alijo." La idea de que pudieran decir esto hacía brotar de la frente augusta de la viuda gotas de sudor del tamaño de garbanzos.

"Ella misma—pensó—no se ha recatado para decirme que el pobre Maxi está tan inocente de esto como yo. Lo cantará lo mismo a todo el mundo, porque ella es así, muy bocona... Pero, entre dos afrentas, prefiero que le haya dado por pregonar la verdad, pues así no hará catálogos la gente ni tendrá nadie que decir si el chico es o no es..."

De todo esto se deducía que aquella pícara había traído la maldición a la casa; ella tenía la culpa de la demencia de Maxi. Bien lo vaticinó doña Lupe: mucha mujer para tan poco hombre. Naturalmente, el pobre chico tenía que morirse o perder la cabeza. Lo que había que desear ya era que la prójima se perdiese completamente de vista; que entre la familia y ella mediasen abismos infranqueables; que pudiera decir doña Lupe a los amigos: "Esa mujer se ha muerto para mí." La sombra de Jáuregui parecía venir en ayuda de las determinaciones de su ilustre viuda, porque a ésta le faltaba poco para ver a su marido salirse del cuadro en que retratado estaba, tomar vida y voz para decirle: "Si no arrojas de tu casa a esa pájara, me voy yo, me borro de este lienzo en que estoy, y no me vuelves a ver más. O ella o yo." Y cuando la pájara repitió que se marchaba, doña Lupe no pudo menos de decirle con acritud: "Pero ¿qué haces que no has echado ya a correr?... Francamente, me pasma que tengas pachorra para estar aquí todavía. Otra de más frescura no habrá." Llevándola a su gabinete, le habló de la entrega de las cantidades que en su poder tenía. Fortunata dijo con mucha calma y frialdad que no se llevaba el dinero y que sólo tomaría los réditos. "¿Cómo voy a colocarlo yo? Téngalo usted; yo guardo el recibo y vendré todos los trimestres a recoger el premio."

Doña Lupe abrió tanta boca, que por poco se le entra una mosca en ella. Su primer impulso fué negarse a ser administradora y apoderada de semejante persona; pero tal prueba de confianza la anonadaba. Insistió en dar el dinero; insistió más la otra en dejarlo en manos que tan bien lo sabían aumentar, y así quedó el asunto. *La de los Pavos* temía que entre ella y su sobrina quedase aquella relación, aquel cable telegráfico por donde vinieran a comunicarse la honradez más pura y la inmoralidad. Conservar el dinero era sostener una especie de parentesco... ¡Oh! No, esto parecía como transacción con la afrenta. Pero, al propio tiempo, entregar los santos cuartos a su dueña era lo mismo que tirarlos a la calle. Sus amantes se lo gastarían en un decir Jesús..., y era lástima que tan bonito capital se destruyese.

Mucho se disputó sobre esto, haciendo ambas alardes de delicadeza; pero, al fin, el dinero quedó en poder de doña Lupe. Ascendía la suma a treinta mil reales, los veinte mil dados por Feijoo

y diez mil y pico que habían producido desde aquella fecha, colocados por Torquemada en préstamos a militares. Precisamente en los días últimos del año, cuando ocurrió lo que ahora se cuenta, casi toda la suma estaba sin colocar, y la tenía la señora en su cómoda, esperando una *proporción* que don Francisco tenía en tratos con un señor comandante. La suma que poseía Fortunata en acciones del Banco se conservaba en esta misma forma, porque así lo había dispuesto don Evaristo. Guardaba la tía de Maxi el extracto de la inscripción en un hueco de su bargueño, y no se sacaba sino al fin de los semestres, para ir al Banco a cobrar el dividiendo. Sobre esta clase de valores no hubo disputa entre las dos mujeres, porque, desde luego, pensó Fortunata llevárselos, y la otra no gustaba de conservar fondos de que no podía disponer para sus ingeniosas combinaciones financieras. La custodia de la inscripción le molestaba y la ponía tan en cuidado sin ningún beneficio, que no sintió verla salir de su casa. Los treinta mil reales quedaron bien agasajaditos en un rincón de la cómoda. Eran para doña Lupe como un hijo adoptivo a quien quería como a los hijos propios.

VI

La evasión (pues así debe llamársela) de su mujer no fué notada por Maxi en los primeros días. Pero cuando se hizo cargo de ella manifestó una inquietud que puso a la pobre doña Lupe en mayor aburrimiento del que tenía. Pensó seriamente en llevar a su infeliz sobrino a un manicomio. Mucha pena le daba separarse de él, entregándole a la asistencia de gentes mercenarias; pero no había otro remedio. Para tratar de esto y acordar lo más conveniente, llamó a Juan Pablo, que a la sazón había pasado de Penales a Sanidad y podría tal vez poner a su hermano en Leganés en un departamento de distinguidos, con pago de media pensión o quizá sin pagar un cuarto.

Entre tanto, Fortunata, al salir de la casa de su marido, y antes de dirigirse a su nueva morada, encaminó sus pasos a la de don Evaristo. Era éste la primera persona a quien tenía que consultar sobre la crítica situación en que se encontraba. Referirle lo ocurrido era ya para ella un verdadero castigo de su perversidad, porque de sólo pensar que lo refería le entraba espanto. ¡Bueno se iba a poner Feijoo al saber que la chulita había hecho mangas y capirotes de la doctrina práctica expuesta con tanto ardor y cariño por el simpático anciano, cuando dispuso la separación! ¡Cuánto mejor no haberse separado de aquel hombre sin igual! ¡Ella le habría soportado en su vejez caduca, y habría sido feliz cuidándole como se cuida a un niño inocente! Al llegar a la plaza de los Carros y al ver la calle de Don Pedro pensó que no tendría valor para contarle a su amigo sus últimas calaveradas. Subió temblando por la ancha escalera, que estaba aquel día alfombrada y con muchos tiestos, porque la noche antes se había celebrado en la Legación, con gran comistraje y mucha fiesta, el aniversario del emperador. Así se lo dijo doña Paca a Fortunata cuando ésta le preguntó por su amo.

—Anoche ha estado muy inquieto, porque hemos tenido convite y recepción en el principal, y los coches no cesaron de alborotar en la calle hasta la madrugada. Esta casa es ordinariamente muy silenciosa; pero cuando hay ruido parece que se hunde el mundo. ¡Figúrese usted qué nos importará a nosotros que cumpla no sé cuantos años el señor emperador, a quien parta un rayo! ¡Valiente jaqueca nos dió anoche!... Pase usted. Hoy le encontrará un poco aturdido a consecuencia de la mala noche.

Don Evaristo se hallaba ya en lastimoso estado. Las piernas las tenía casi completamente paralizadas, y salía a paseo en un cochecito o sillón de ruedas, que empujaba su criado. Iba a las Vistillas a tomar el sol, y a veces se extendía hasta la plaza de Oriente por el Viaducto. Al centro de la Villa no venía nunca, y para las relaciones y amistades que en las partes más animadas de Madrid tenía, aquella existencia paralítica y con tantos achaques, aquella vida circunscrita al barrio extremo, eran como una muerte anticipada, pues del verdadero Feijoo, tal como le conocimos, no quedaba ya más que una sombra. Estaba completamente sordo, teniendo que auxiliarse de una trompetilla para re-

coger algunos sonidos; su inteligencia sufría eclipses, y la memoria se le perdía en ocasiones casi por completo, quedándose en la tristeza del instante presente, sin ayer, sin historia, como si cayera de una nube en mitad de la vida, a la manera de un bólido. Sus distracciones eran ya puramente pueriles. Se pasaba las horas muertas haciendo el juego del *bilboquet,* o bien entretenido en enredar con los muchos gatos que había en la casa. Todas las crías de la hermosa *menina* de doña Paca se conservaban, al menos mientras les duraba el donaire de la infancia gatesca. Sentado al sol junto al balcón en su sillón muy cómodo, Feijoo arrojaba a sus graciosos amigos una pelota atada con un hilo, y se divertía con las monísimas cabriolas y morisquetas que hacían los pequeñuelos. Otras veces les tiraba la pelota a lo largo de la enorme estancia, o ataba al hilo un pedazo de trapo, recogiéndolo como recoge el pescador su aparejo, para verlos correr tras él. Cuando entró Fortunata, el juego del hilo y de la pelota estaba suspendido, por ley de variedad, y don Evaristo tenía en la mano su *bilboquet,* saltando la bola, y acertando muy raras veces a clavarla en el palo. Dos o tres gatitos blancos con manchas grises enredaban sobre el buen señor. Uno se le subía por la manta que le envolvía las piernas; otro estaba en su regazo sentado sobre los cuartos traseros, refregándose las patas con la lengua y el hocico con la pata, y un tercero se le había subido a un hombro y allí seguía con vivaracha atención los brincos de la bola del *bilboquet,* marcándolos con la pata en el aire. Lo que él quería era meterle mano a la bola aquella tan bonita.

Al ver entrar a su amiga, el inválido puso una cara muy risueña. Todos sus sentimientos los expresaba ya riendo. La mandó sentar a su lado, y aun quiso seguir en su solaz inocente; pero tuvo que suspenderlo para coger la trompetilla. Fortunata cogió en sus manos uno de los gatitos para acariciarlo.

—¿Qué hay?—dijo don Evaristo, mirándola de un modo que parecía indicar agradecimiento de las caricias que al micho hacía—. ¡Ah! Ese es el más tunante de todos... ¡Sabe más...! ¡Y tiene más picardías...! Conque a ver, chulita, ¿qué hay?

Fortunata no sabía cómo empezar. Contrariábala mucho tener que decir las cosas a gritos, y temía que se enterasen los criados, la vecindad y hasta el embajador con toda su gente extranjera. Y ¿cómo se podía contar una cosa tan delicada dando berridos, al modo que cantan los serenos las horas, o como los pregones de las calles? Algo dijo que llevó al ánimo de don Evaristo el convencimiento de que su chulita se veía en un mal paso. De repente soltó mi hombre la risa infantil y babosa, diciendo:

—¿Apostamos a que ha habido algún *rasgo*? Precisamente lo que más prohibí, los dichosos *rasgos,* que siempre traen alguna desgracia.

La consternada joven no podía asegurar que sus últimas diabluras mereciesen la denominación y categoría de *rasgos*; pero, indudablemente, era una cosa muy mala. Sobre todo, no había hecho maldito caso de las sabias recetas de vida social que le diera su amigo. Para hacerle comprender mejor que con largas explicaciones algo de lo que ocurría, sacó la inscripción, que llevaba dentro de un sobre y éste envuelto en un papel.

—¿Qué es eso, la inscripción?—dijo el anciano, riéndose más—. ¿Pues qué... ¡ji, ji, ji...!, ha habido rompimiento con ese bendito?...

Y se puso la trompetilla en la oreja para recoger con ella la respuesta.

—Completamente ido de la cabeza... manicomio.

—¡Que no come!

—Al manicomio..., que le van a poner en Leganés...

—¡Ah! ¿Y doña Lupe?

—Ella y yo...

Fortunata hizo con sus dos dedos índices un signo muy expresivo, poniéndolos punta con punta.

—Habéis reñido..., ¡ji, ji, ji...! ¡Qué cosas! Doña Lupe, muy lagarta...

El gatito que se había subido en el hombro del señor, estaba muy preocupado con la trompetilla. Ignoraba, sin duda, lo que era aquello, y quería saberlo a todo trance, porque alargaba la pata como para hacer un reconocimiento de tan misterioso objeto. La curiosidad del animalito interrumpía la audición, que era ya bastante penosa. Feijoo tomó la inscripción, diciendo:

—Pero ¿qué ocurre?... ¿Doña Lupe...?

¡Ji, ji, ji...! ¡Todavía sostendrá que yo le hice el amor. No hay quien se lo quite de la cabeza. Y todo porque me solía parar en la esquina de la calle de Tintoreros esperando a la mujer de Inza, ¡ji, ji, ji...!, el de la tienda de mantas.

Después de esta brillante ráfaga de memoria, la preciosa facultad se eclipsó por completo, y el ayer se borró absolutamente del espíritu del buen caballero. Miraba a su chulita con estupidez y cierta expresión de duda y sorpresa. Fortunata seguía pegando gritos; pero él no se enteraba; lo poco que oía era como si oyese el ruido del viento: no le sacaba sentido. Cansada de inútiles esfuerzos, la joven se calló, mirando a su amigo con hondísima pena. Y mirándola él también, de repente volvió a su risa pueril, motivada por las cosquillas que en el cuello le hacía el gatito...

—Si es un granuja éste..., si no me deja vivir.

Fortunata daba suspiros. sin que el anciano se enterase de esta expresiva manifestación de disgusto, y al fin, ella, comprendiendo que era inútil esperar de aquella ruina apuntalada un consuelo y un consejo, decidió retirarse. Al darle un cariñoso abrazo, el anciano pareció volver en sí, recobrando su acuerdo, y se le refrescó la memoria.

—Chulita, no te vayas—le dijo, dándole un palmetazo en el muslo—. ¡Ah..., qué tiempos aquéllos! ¿Te acuerdas? ¡Qué días tan felices! Lástima que yo no hubiera tenido veinte años menos. Entonces sí que habríamos sido dichosos.

Ella decía que sí con la cabeza. Luego don Evaristo pareció instantáneamente asaltado por una idea que le inquietaba. Después de meditar un instante, aprovechando aquella ráfaga de inteligencia que cruzaba por su cerebro, cogió el sobre que contenía la inscripción y, devolviéndoselo, le dijo:

—No dejes esto aquí. Puedo morirme de un momento a otro, y tu dinero corre peligro de extraviarse. Es mejor que lo guardes tú. No tengas cuidado. Las acciones son nominativas, y nadie más que tú puede disponer de su importe.

Y como si el despejo de su inteligencia no hubiera tenido más objeto que permitirle aquella importante advertencia, en cuanto la hizo, la nube le invadió otra vez toda la caja del cerebro, volvió a la risa infantil y a preocuparse más de que la bola del *bilboquet* se pinchase en el palito que de todo lo que a su desgraciada amiga pudiera referirse.

Salió, pues, Fortunata de la triste visita con la impresión de haber perdido para siempre aquel grande y útil amigo, el hombre mejor que ella tratara en su vida, y seguramente también el más práctico, el más sabio y el que mejores consejos daba. Verdad que ella hizo tanto caso de estos consejos como de las coplas de Calaínos; pero no dejaba de conocer que eran excelentes y que debió al pie de la letra seguirlos.

VII

De aquel anciano chocho y que más bien parecía un niño, no podía la esposa de Rubín esperar ya ninguna protección ni amparo moral. Sólo en muy contados momentos lúcidos se revelaba en él un recuerdo vago de lo que había sido. Le lloró por muerto con verdadera efusión de hija desconsolada, y se aterraba de la orfandad en que iba a quedar cuando más necesitaba de una persona sesuda y discreta que la dirigiera. La impresión de vacío y soledad que sacó de la casa poníala en grandísima tristeza. En la Cava Baja pasó por junto a un pianito que tocaba aires de ópera con ritmo picante y amoroso. Esta música le llegaba al alma. Paróse un rato a oírla, y se le saltaron las lágrimas. Lo que sentía era como si su espíritu se asomara al brocal de la cisterna en que estaba encerrado y desde allí divisara regiones desconocidas. La música aquella le retozaba en la epidermis, haciéndola estremecer con un sentimiento indefinible que no podía expresarse sino llorando. "Yo debo de ser muy bruta —pensó, alejándose—, porque me gusta más esta música de los pianitos de la calle que la pieza que toca Olimpia, y que dicen que es cosa tan buena. A mí me parece que cuando la oigo me aporrean los oídos con la mano del almirez."

Había resuelto Fortunata, de acuerdo con su tía Segunda, albergarse en la Cava. Allá se encaminó desde la calle de Don Pedro, y antes de entrar en el portal de la pollería, el mismo portal y

el mismo edificio donde tuvo principio la historia de sus desdichas, una vecina le dijo que Segunda estaba en el puesto de la plazuela comiendo con unas amigas. Fuése allá, y vió a su tía con otras dos tarascas junto a una mesilla, comiendo un guiso de cordero en platos de Talavera. Jarro de vino y botijo de agua completaban el servicio. Las tres damas estaban con los moños al aire, hablando a un tiempo en alta voz con ese desparpajo y esa independencia de modales que caracterizan a los vendedores ambulantes, que viven siempre al aire libre y tienen la voz hecha a la gritería de los pregones. Segunda Izquierdo era una mujerona compulenta y con la cara arrebatada, el pelo entrecano Se parecía bastante a su hermano José; pero no conservaba tan bien como éste la hermosura de aquella *raza de gente guapa,* porque las miserias, las enfermedades y la vida aperreada de los últimos años habían hecho efectos devastadores en su cara y cuerpo. Los que trataron a Segunda en su edad de oro apenas la conocían ya, porque su cara estaba toda llena de costurones, y en el cuello y quijada inferior llevaba unas rúbricas que daban fe de otros tantos abscesos tratados quirúrgicamente. El ojo derecho no estaba ya todo lo abierto que debía, a causa de una rija, y el párpado inferior del mismo había adquirido notoria semejanza con un tomate, a consecuencia de la aplicación de un puño cerrado, de lo que resultó una inflamación que vino a parar en endurecimiento. Ni aun su hermosa dentadura conservaba Segunda, pues un año hacía que empezaban a emigrar las piezas una tras otra. El cuerpo se iba pareciendo al de una vaca que se pusiera en dos pies.

En cuanto vió venir a su sobrina, cogió de encima de la mesilla una llave enorme, que parecía la llave de un castillo, y, alargándosela, le dijo que subiera a la casa si quería. Las otras dos tiorras miraron a la joven con descarada curiosidad. A una de ellas la conocía Fortunata; a la otra, no. Sentóse un momento en una banqueta que le ofrecieron, porque estaba cansada; pero, sintiéndose molesta por las preguntas impertinentes de las amigas de su tía, subió al cuarto que debía de ser su albergue... hasta sabe Dios cuándo. Aquel barrio y los sitios aquellos éranle tan familiares, que a ojos cerrados andaría por entre los cajones sin tropezar. ¿Pues y la casa? En ella, desde el portal hasta lo más alto de la escalera de piedra, veía pintada su infancia, con todos sus episodios y accidentes, como se ven pintados en la iglesia los Pasos de la Pasión y Muerte de Cristo. Cada peldaño tenía su historia, y la pollería y el cuarto entresuelo y después el segundo tenían ese *revestimiento de una capa espiritual* que es propio de los lugares consagrados por la religión o por la vida. "¡Las vueltas del mundo!—decía, dando las de la escalera y venciendo con fatiga los peldaños—. ¡Quién me había de decir que pararía aquí otra vez! Ahora es cuando conozco que, aunque poco, algo se me ha pegado el señorío. Miro todo esto con cariño; ¡pero me parece tan ordinario! Aquellas dos tiburonas..., ¡qué tipos! Pues ¿y mi tía?..."

El cuarto que entonces tenía Segunda en aquella casa era uno de los más altos. Estaba sobre el de Estupiñá. No había llegado Fortunata al segundo, cuando vió bajar a éste y le entraron ganas de saludarle. Puso él una carátula durísima al verla; pero, a pesar de esto, la joven sentía ganas de decirle algo. Erale simpático; conocía sus apetitos *parlamentarios,* y aunque por sus amistades con los de Santa Cruz podía contarle ella en el número de sus enemigos, le miraba con buenos ojos, teniéndole por hombre inofensivo y bondadoso.

—Aunque usted no quiera, don Plácido, buenos días.

El gran Rossini no se dignó volver hacia ella su perfil de cotorra, y refunfuñando algo que la nueva inquilina no pudo entender, siguió por la escalera abajo, haciendo sonar con desusado estrépito los peldaños de piedra.

Fortunata vió el cuarto. ¡Ay, Dios, qué malo era y qué sucio y qué feo! Las puertas parecía que tenían un dedo de mugre, el papel era todo manchas, los pisos muy desiguales. La cocina causaba horror. Indudablemente, la joven se había adecentado mucho y adquirido hábitos de señora, porque la vivienda aquella se le representaba inferior a su categoría, a sus hábitos y a sus gustos. Hizo propósito de lavar las puertas y aun de pintarlas y de adecentar aquel basurero lo más posible, sin perjuicio de buscar

casa más a la moderna, quisiera o no Segunda vivir en su compañía. El gabinetito que ella había de ocupar tenía, como la sala, una gran reja para la plaza Mayor. Estuvo un rato ocupada en hacer mentalmente la colocación de sus muebles: la cama, la cómoda, una mesa y dos sillas. Por cierto que todo esto tenía que comprarlo, pues de la casa matrimonial no había de sacar nada. Recorriendo el cuarto, pensó que si el casero se conformaba a hacer algunas reparaciones, no quedaría mal. Era menester blanquear la cocina, tapar con yeso algunos agujeros y enormes grietas que por todas partes había, empapelar el gabinete que iba a ser su alcoba y pintar las puertas. Ya pensaba en la jaqueca que le iba a dar al administrador, cuando se acordó (su gozo en un pozo) de que el administrador era Estupiñá. "De seguro que en cuanto le hable de obras en la casa se va a poner hecho un tigre. Claro, me tiene tirria. ¿Pues qué es él más que un servilón de los de Santa Cruz? Con todo, pienso decirle algo, porque, en último caso, con dejarle el cuarto hemos concluído. Y ahora que recuerdo, esta casa era de don Manuel Moreno-Isla, que el año pasado le dió la administración a don Plácido. Me lo contó mi tía, y don Plácido es tan tirano, que no da una paletada de yeso aunque le fusilen. Falta saber de quién es ahora la casa... ¿La habrá heredado doña Guillermina?..." Quedóse meditando en que su destino no le permitía salir de aquel círculo de personas que en los últimos tiempos la había rodeado. Era como una red que la envolvía, y como pensara escabullirse por algún lado, se encontraba otra vez cogida. "No; habrán heredado la casa de los señores de Ruiz Ochoa, o la mujer de Zalamero... Y después de todo, ¿a mí qué me importa que herede la finca Juan o Pedro? Yo no la he de heredar."

Si tuviera agua en abundancia se pondría al instante a lavar toda la casa; pero desde el siguiente empezaría. Vió que la reja daba a un balconcillo o terraza, y al punto determinó poner allí todos los tiestos de flores que cupiesen. La vista del cuadrilátero de la plaza era bonita, despejada y alegre. El jardín lucía muy bien desde arriba, con sus dos fuentecillas y el caballo panzudo, del que Fortunata veía los cuartos traseros como los de un cebón, y el rey aquel encima, con su cañuto en la mano. Acercábase Navidad, y ya estaban preparando los puestos de Nochebuena. Distinguió también a su tía y a las otras dos matronas, que, ayudadas de un jayán, estaban claveteando tablas y armando un toldo. Poco después, mirando para la acera de la Casa-Panadería, alcanzó a ver a Juan Pablo, sentado en uno de los puestos de limpiabotas y leyendo un periódico mientras le daban lustre al calzado. Después le vió pasar a la acera de enfrente y seguir hasta el rincón de la escalerilla, como si fuese al café de Gallo.

VIII

Como antes se ha dicho, a los pocos días de la desaparición de su mujer, Maxi empezó a echarla de menos, mostrándose receloso y apeteciendo su compañía con cierta mimosidad impertinente que ponía furiosa a doña Lupe. Juan Pablo y ella disertaron largamente sobre lo que se debía hacer, y, por fin, el primogénito dijo que intentaría aplicar a su hermano un buen sistema terapéutico antes de recurrir al extremo de encerrarle en un manicomio. No se habían probado las duchas, ni el sacarle de paseo al campo, ni el bromuro de sodio, que estaba dando tan buen resultado contra la periencefalitis difusa y contra la meningoencefalitis, etc., y siguió echando términos de Medicina por aquella boca, pues entonces le daba por leer libros de esta ciencia, y con una idea tomada de aquí y otra de allá hacía unos pistos que eran lo que había que ver.

Dicho y hecho. Todas las mañanas iba Juan Pablo a buscar a su hermano, y unas veces engañado, otras casi a la fuerza, le llevaba a San Felipe Neri, y allí le arreaba una ducha escocesa capaz de resucitar a un muerto. Algunas tardes sacábale a paseo por las afueras, procurando entretener su imaginación con ideas y relatos placenteros, absolutamente contrarios al fárrago de disparates que el infeliz chico había tenido últimamente en su cerebro. A los quince días de este enérgico tratamiento mejoró visiblemente, y su hermano y médico estaba muy satisfecho. Más de una vez se expresó Maxi durante el paseo como la persona más razonable. De su mujer

no hablaba nunca; pero como saltase en la conversación algo que de cerca o de lejos se relacionara con ella, se le veía caer en sombrías meditaciones y en un mutismo tétrico del cual Juan Pablo, con todas sus retóricas, no le podía sacar. Una mañana, al salir de la ducha, y cuando el enfermo parecía entonado por la reacción, ágil y con la cabeza muy despejada, se paró en la calle y, cogiendo suavemente las solapas del gabán de su hermano, le dijo:

—Pero vamos a una cosa. ¿Por qué ni tú, ni mi tía, ni nadie queréis decirme dónde está mi mujer? ¿Qué ha sido de ella? Tened franqueza y no hagáis más misterios conmigo... ¿Es que se ha muerto y no me lo quieres decir? ¿Teméis que la noticia me altere?

Juan Pablo no supo qué contestarle. Viendo en la cara y en los ojos de su hermano señales de nerviosa inquietud, trató de desviar la conversación. Pero el otro se aferraba a ella, repitiendo sus preguntas y parándose a cada instante.

—Pues mira—le respondió al fin, haciendo un gesto campechano—: hazte cuenta que se ha muerto..., porque lo que yo te digo... ¿A ti qué más te da que viva o muera? ¿Para qué quieres tú mujer? Las mujeres no sirven más que para dar disgustos, chico. Ve aquí por lo que yo no he querido casarme nunca.

—¡Muerta!—dijo Maxi sin alzar la voz, pero con extraordinaria luz en los ojos—. ¡Muerta!... De modo que yo me puedo volver a casar.

Al decir esto se insubordinaba; no quería ir por la acera, sino por el empedrado, dando manotadas y tropezando con algunos transeúntes. Juan Pablo le metió en un coche para llevarle a su casa. Enterada la tía, apoyó la misma idea respecto a Fortunata, diciéndole:

—Hijo, todos nos tenemos que morir. No te asombres de que le haya tocado a ella la china antes que a ti. Si Dios se la ha querido llevar, ¿qué quieres que hagamos? Conformarnos, mandar decirle sus misas correspondientes..., y yo te aseguro que ya lleva dichas más de cuatro, y consolarnos poco a poco como podamos.

Desde que ocurrió esto, la mejoría iniciada con el nuevo tratamiento pareció desmentirse. El enfermo no alborotaba; pero volvió a chapuzarse en hondísimas abstracciones. Sin duda, en su cerebro había aparecido una nueva idea, o reproducídose alguna de las antiguas, que ya se tenían por abandonadas o dispersas. Durante muchos días no nombró a su mujer, hasta que una noche, yendo de paseo con Juan Pablo por las calles, se paró y le dijo:

—¿Me quieres hacer creer que se ha muerto?... ¡Qué tontería! En ese caso, ¿por qué no nos vestimos de luto?

—¡Qué atrasado de noticias estás! ¿No sabes que hay ahora una ley prohibiendo el luto?

—¡Una ley prohibiendo el luto! Si creerás que a mí me comulgas con ruedas de molino. Mira, chico, aunque parece que estoy trastornado, veo más claro que todos vosotros.

Y no se habló más del asunto. Conviene apuntar, antes de pasar adelante, que aquella abnegación de Juan Pablo y el asiduo interés que por la salud de su hermano mostraba serían absolutamente inexplicables, dado el egoísmo del señor de Rubín, si no se acudiera, para encontrar la causa, a ciertas ideas relacionadas con la economía política o la ciencia que llaman financiera. Tiempo hacía que Juan Pablo tenía un proyecto de conversión de su deuda flotante, proyecto vasto, para cuyo éxito necesitaba el concurso de la casa Rothschild, por otro nombre, su tía. Respecto a la necesidad del empréstito, no cabía la menor duda: era cuestión de vida o muerte. Lo que restaba era que doña Lupe se prestase a hacerlo, pues la garantía moral de una de las entidades contratantes no era ni con mucho tan sólida como la de Inglaterra o Francia. Empezó, pues, el primogénito de Rubín por prestarle en aquel delicado asunto de la enfermedad de Maxi la oficiosa ayuda que se ha visto. Iba de continuo a la casa, y en todo cuanto hablaba con su tía era de la opinión de ésta, ya fuese de política, ya de hacienda, lo que se tratara. Hizo entusiásticos elogios del señor de Torquemada; explanó acaloradamente la necesidad de arreglar sus propios asuntos, con aquello de *año nuevo, vida nueva*, estableciendo en sus gastos un orden tan escrupuloso, que no haría más el primer lord de la Tesorería inglesa. Cuando hallaba ocasión echaba una puntadita; pero doña Lupe tenía más conchas que un galápago y se hacía la tonta...; pero tan tonta, que habría que pegarle.

Apretado por el crecimiento aterrador de su deuda flotante, el filósofo desplegaba un tesón y constancia más que fraternales en el cuidado de Maxi. En enero del 76 había conseguido domarle hasta el punto que le llevaba consigo a la oficina, teníale allí ocupado en ordenar papeles o tomar algún apunte, y por las noches solía llevarle a la tertulia del café, donde estaba el pobre chico como en misa, oyendo atentamente lo que se decía y sin desplegar sus labios. Rara vez sacaba de su cabeza aquel viejo y maldecido tema de *la liberación voluntaria* y de *la muerte de la bestia carcelera;* pero una noche que estaban solos en el café lo sacó, como se trae del desván un trasto viejo y se le limpia el polvo, a ver si lo ha deteriorado el tiempo o lo han roído los ratones. Con gran serenidad, Juan Pablo, oficiando de maestro de filosofía, dijo lo siguiente:

—Mira, el dogma de la *solidaridad de sustancia* ha sido declarado cursi por todos los sabios de la época, congregados en un concilio ecuménico que acaba de celebrarse en... Basilea. Las conclusiones son tremendas. Como no lees la Prensa, no te enteras. Pues se ha decretado que son mamarrachos netos todos los individuos que creen en la *liberación por el desprendimiento,* y en que se debe dar *la morcilla a la bestia.* A los que sostienen la herejía filosófica de que va a venir un nuevo Mesías, encarnándose en una buena moza, etcétera, etcétera, se los declara menos de capirote y se los condena a comer virutas.

—Mira tú—dijo Maximiliano con el acento más grave del mundo y como quien hace una confidencia importante—, eso del Mesías, acá para entre los dos, no lo he creído yo nunca, ni era dogma ni cosa que lo valga. Lo dije porque tuve un sueño, y al despertar se me quedó parte de él en la cabeza, y me andaba aquí dentro como un cascabel. Lo que hay es que me había entrado en aquellos días una idea de lo más estrafalario que te puedes imaginar, una idea que debía de ser criada aquí, en el seno cerebral, donde fermenta eso que llaman celos. ¿Qué creerás que era? Pues que mi mujer me faltaba y estaba encinta. ¿Ves qué disparate?

—Ave María Purísima, ¡qué barbaridad!

—Sentía en mí, detrás de aquella idea, una calentura de celos que me abrasaba. Para averiguar si era fundada aquella pícara idea, fuí, ¿y qué hice? Pues saqué la cancamurria del Mesías que iba a venir, diciéndole que ella lo tenía en su seno y que el papá era el *Pensamiento Puro*... En fin, que con esta farsa pensaba yo arrancarle la confesión de lo que se me había metido entre ceja y ceja. ¿Qué resultó? Nada, porque aquella noche me puse muy enfermo; pero después he comprendido mi desatino, he visto claro, muy claro, y... Dios la perdone.

Empezó a tomar su café, y en tanto Juan Pablo se decía con tristeza: "¡Pero qué malo está esta noche! ¡Dios, qué malo!", Maxi repitió hasta seis veces el *Dios la perdone,* y cuando entraron Leopoldo Montes y otro amigo, se calló. A la hora y media de tertulia dió en celebrar con extremada hilaridad los donaires que Montes contaba. Después tomó parte en la conversación, expresándose con tanta serenidad y con juicios tan acertados, que se maravillaban de oirle todos los presentes. Juan Pablo discurría así: "Pues no está tan *guillati* como pensé, y lo que dijo antes revela más bien talento agudísimo. ¡Por vida de la santísima uña del diablo! Si consigo yo ponerte bueno, mi querida tía, *alias* la baronesa de Rothschild, no tendrá más remedio que hincar la jeta y darme lo que necesito."

CAPITULO IV

VIDA NUEVA

I

El 4 del mes de enero, Fortunata sintió un campanillazo y salió a abrir, mirando antes por el ventanillo, cubierto de una chapa de hierro con agujeros (estilo primitivo). Era Estupiñá, que miraba a los tales agujeritos del modo más autoritario. Abrió la joven, y el gran Plácido, con gesto displicente, las cejas algo fruncidas, mostrando en una mano el bastón, cuyo puño era una cabeza de cotorra (regalo que le trajeron de Sevilla los señoritos de Santa Cruz), alargó con la otra un papel que tenía un sello.

—El recibo del mes—dijo en tono de

déspota asiático que dicta una orden de pena de muerte.

—Pase, don Plácido—sonriendo con gracia—. Tengo que hablarle.

—Yo no paso. Vengan los cuartos. No tengo ganas de conversación.

¡Decir aquel hombre que no tenía ganas de conversación era como si el mar dijese que no tiene agua! Pero el tesón podía en él más que su liviano apetito.

—¡Jesús, qué mal genio ha echado este hombre! Si le voy a dar la *guita*. No tendrá usted mejores inquilinas que nosotras.

—Sí... Buenas jaquecas me ha dado la Segunda. No..., yo no paso; no sea majadera.

—Quiero que vea usted cómo está la casa, para que se convenza de que aquí no pueden vivir cristianos.

—Pues mudarse.

—Pero, ¡hijo, qué *tiranístico* se ha vuelto! No he visto casero más malo... Pero ¿ni siquiera me blanqueará la cocina, que parece una carbonería? ¡Y hay cada agujero!... Yo no puedo vivir entre tanta suciedad. ¿Sabe lo que le digo? Que si no quiere usted hacer las obras, las haré yo por mi cuenta, ¡vaya!

—Eso es otra cosa. Siempre que sea bajo mi vigilancia y...

—Pase, pase y verá...

Al fin, Plácido se dignó entrar por el pasillo adelante. Fué a la cocina, echó un vistazo a la alcoba interior, que estaba llena de grietas...

—No se pueden hacer obras cada vez que lo pide un inquilino, porque sería el cuento de nunca acabar. Mañana, si a mano viene, se mudan ustedes, y el que tome el cuarto, como vea la cal fresca, pide más obras. No podemos. El mes pasado me gasté más de veinte mil reales en reparaciones. Conque despácheme, que tengo prisa.

—Pero ¿se ha vuelto usted cohete? Siéntese un momento. Dígame una cosa...

—No tengo que decir cosas. Que me voy...

—¡Ay, qué pólvora de hombre! Mire que así va a vivir poco.

—Mejor. Bastante he vivido ya.

—Siéntese. En seguidita le doy el dinero. Pero dígame una cosa que quiero saber: ¿De quién es ahora esta casa?

—Eso a usted no le importa. ¿Cree que estoy yo para perder el tiempo? La casa es de su amo. Le repito que no tengo ganas de conversación. ¿Es que quiere usted comprar la finca? Vamos, al avío. Ya sabe que soy hombre de pocas palabras.

—¿De pocas? ¡Digo..., pues si lo fuera de muchas...! Si usted el día que nació estaba charlando por siete. Dígame..., ¿de quién es la casa?

—De su amo. Conque... Bastante hemos hablado..., y, finalmente, la finca es magnífica, está tasada en treinta y cinco mil duros. Sólo el pedernal de los cimientos y la berroqueña de la escalera valen un dineral. Pues ¿y las paredes? El otro día, al abrir un hueco, los albañiles no le podían meter el pico. Nada, que *talmente* se rompen las herramientas en este ladrillo recocho que parece un diamante... Pues, para concluir..., no tengo ganas de conversación. Cuando se abrió el testamento del señor don Manuel Moreno-Isla, que en gloria esté, testamento hecho tres años ha, se encontró que dejaba esta casa y el solar de la calle de Relatores a doña Guillermina Pacheco, su tía... La señora ha hipotecado ambas fincas para acabar el asilo, y por esa verá usted que éste va echando chispas. Lo acabarán este año... Conque...

Extendió la mano, y con la otra mostraba el bastón como si fuera un bastón de autoridad.

—¡Doña Guillermina, mi casera!—dijo Fortunata, pensativa, entregando el dinero—. Pues a ella le voy a pedir que me haga las obras. Es amiga mía.

—Qué ha de ser amiga de usted..., qué ha de ser—replicó Estupiñá con sarcasmo—. Y si quiere usted verla furiosa, háblele de obras que no sean las del asilo. ¡Adiós!; que haya salud... ¡Ah!, me olvidaba: cuidado con los tiestos de la ventana. Como yo vea rezumos de agua la echo a usted, cuente que la echo... ¡María Santísima, y cuánta planta tiene usted aquí! Es un jardín... Me parece mucho peso... ¡Qué vistas tan hermosas! Mal año ha sido éste para los puestos de Navidad. Están los pobres vendedores que trinan. Ya se ve..., con tanta agua... Y hoy me parece que tenemos nieve. En toda mi vida he visto un invierno tan frío como éste. ¿Sabe usted que se murió el sordo, el del puesto de carne? Anoche..., de repente. Yo le vi tan bueno y tan sano anteayer, y... ¡qué vida ésta!... En fin, voy a ver

si les saco algo a los del segundo de la izquierda. Me deben cinco meses. ¡Ay qué gente! Si la señora me dejara, ya les habría puesto los trastos en la calle; pero mi ama es así; no quiere desahucios. "Por Dios, Plácido, no los eches...; los pobrecitos ya pagarán; es que no pueden." "Pero, señora, con que me dieran lo que gastan en aguardiente y lo que se dejan en la pastelería de Botín..." Total, que con caseras como la mía, estos bribones de inquilinos están como quieren.

Tanto charló aquel hombre, que Fortunata, después de haberle rogado para que entrara, le tuvo que echar con buen modo:

—Pero, don Plácido, mire que se le va a hacer tarde...

—¡Ah, sí!... La culpa la tiene usted, que es lo más habladora... Abur, abur...

Fortunata no salía nunca a la calle. Ella misma se arreglaba su comida, y Segunda, que tenía puesto en la plazuela, le traía la compra.

En los días que siguieron a la primera visita del administrador de la casa no pudo la prójima apartar de su pensamiento a la que por tan breve espacio de tiempo fué su amiga. "¡Quién le había de decir a ella y quién me había de decir que viviría en su casa! ¡Qué vueltas da el mundo! En aquellos días, ni a mí se me pasaba por la cabeza venirme aquí, ni esta casa era tampoco de ella. Y cuando don Plácido le cuente que soy su inquilina, ¿qué dirá? ¿Se pondrá furiosa y querrá echarme a la calle? Tal vez no, tal vez no..." Cuando esta idea u otra semejante le refrescaba el recuerdo de la inaudita escena y altercado en el gabinete de la santa, sentía la pobre mujer que la conciencia se le alborotaba, y no podía aplacarla ni aun arguyéndose que *la otra la había provocado*. "Me cegué, no supe lo que hice. De veras digo que si tuviera ocasión, le habría de decir a doña Guillermina que me perdonara."

La soledad en que vivía, favoreciendo en ella esta resurrección mental de lo pasado, inspirábale juicios muy claros de sus acciones y sentimientos. Todo lo veía entonces transparentado por la luz de la razón, a la distancia que permite apreciar bien el tamaño y forma de los objetos, así como la paz del claustro permite a los fugitivos del mundo ver los errores y maldades que cometieron en él. "Y a Jacinta, ¿le pediría yo perdón?", se preguntaba, sin acertar con la respuesta. Tan pronto se le ocurría que sí como que no. La *Delfina* la había ofendido y ultrajado, cuando ella no hacía más que contarle a la santa sus penas y el conflicto en que estaba. Por fin, a fuerza de meditar en ello, amasando sus ideas con la tristeza que destilaba su alma, empezó a prevalecer la afirmativa. Cierto que debía pedirle perdón por el intento que tuvo de arañarle la cara. ¡qué barbaridad!, y por las palabras que se dejó decir. Mas para que esta idea triunfase por completo faltaba aclarar el siguiente punto:

¿Había faltado Jacinta con el señor de Moreno? Porque si había faltado, allá se iba la una con la otra, y tan buena era Juana como Petra. Nunca pudo la señora de Rubín llegar en sus cavilaciones a una solución terminante en este punto oscurísimo. Ya afirmaba la culpabilidad de la *mona del Padre Eterno*, ya la negaba. "Daría yo cualquier cosa —exclamaba, invocando al cielo—por saber esa verdad que ahora no saben más que Dios y ella, pues el tercero que la sabía se ha muerto. La sabrá también el confesor de Jacinta, si es que lo ha confesado. Pero nadie más, nadie más. Pues no sé qué daría yo por salir de la duda. Esta curiosidad me quema la sangre... Flojilla diferencia va de una cosa a otra... Si pecó, todo varía en mí y no me rebajo yo a pedirle perdón; pero si no faltó..., ¡ay!, la dichosa *mona* me tiene debajo de su pie como tiene San Miguel al diablo."

De aquí pasaba a otro eslabón de ideas: "Y ahora estamos las dos de un color. A ninguna de las dos nos quiere. Estamos lucidas... Ambas nos podríamos consolar..., porque, en mi terreno, yo soy también virtuosa, quiere decirse que yo no le he faltado con nadie, y si ella se hace cargo de esto, bien podría venir a mí, y entre las dos buscaríamos a la pindongona que nos le entretiene ahora, y la pondríamos que no habría por dónde cogerla... Vamos a ver: ¿por qué Jacinta y yo, ahora que estamos iguales, no habíamos de tratarnos? Por más que digan, yo me he afinado algo. Cuando pongo cuidado digo muy pocos disparates. Como no se me suba la mostaza a la nariz, no suelto ninguna palabra fea.

Las señoras Micaelas me desbastaron, y mi marido y doña Lupe me pasaron la piedra pómez, sacándome un poco de lustre. ¿Por qué no nos habíamos de tratar, olvidando aquellas bromas que nos dijimos?... Esto en el caso de que sea honrada, porque si no, no me rebajo. Cada una tiene su aquel de honradez."

Pasaba, sin pensarlo, a otro eslabón. "Pero ella no querrá... Tiene mucho orgullo y mucho tupé, mayormente ahora que se la comerá la envidia. ¡Ah!, que no me venga ahora hablando de sus derechos... ¿Qué derechos ni qué pamplinas? Esto que yo tengo aquí *entre mí* no es humo, no. ¡Qué contenta estoy!... El día en que *ésa* lo sepa, va a rabiar tanto, que se va a morir del berrenchín. Dirá que es mujer legítima... ¡Humo! Todo queda reducido a unos cuantos latines que le echó el cura, y a la ceremonia, que no vale nada... Esto que yo tengo, señora mía, es algo más que latines; fastídiese usted... Los curas y los abogados, ¡mala peste cargue con ellos!, dirán que esto no vale... Yo digo que sí vale; es mi idea. Cuando lo natural habla, los hombres se tienen que callar la boca."

Y su convicción era tan profunda, que de ella tomaba fuerza para soportar aquella vida solitaria y tristísima.

II

Una mañana, al levantarse, vió que había caído durante la noche una gran nevada. El espectáculo que ofrecía la plaza era precioso; los techos, enteramente blancos; todas las líneas horizontales de la arquitectura y el herraje de los balcones, perfilados con purísimas líneas de nieve; los árboles, ostentando cuajarones que parecían de algodón, y el rey Felipe III, con pelliza de armiño y gorro de dormir. Después de arreglarse, volvió a mirar la plaza, entretenida en ver cómo se deshacía el mágico encanto de la nieve; cómo se abrían surcos en la blancura de los techos; cómo se sacudían los pinos su desusada vestimenta; cómo, en fin, en el cuerpo del rey y en el del caballo se desleían los copos y chorreaba la humedad por el bronce abajo. El suelo, a la mañana tan puro y albo, era ya al mediodía charca cenagosa, en la cual chapoteaban los barrenderos y mangueros municipales, disolviendo la nieve con los chorros de agua y revolviéndola con el fango para echarlo todo a la alcantarilla. Divertido era este espectáculo, sobre todo cuando restallaban los airosos surtidores de las mangas de riego y los chicos se lanzaban a la faena, armados con tremendas escobas. Miraba esto Fortunata, cuando de repente..., ¡ay Dios mío!, vió a su marido; era él, Maximiliano, que entraba en la plaza por el Arco del Siete de Julio, y tuvo que retroceder saltando más que de prisa, porque el chorro de agua le cortó el paso. Instintivamente se quitó la joven de su ventana; pero después se volvió a asomar, diciéndose: "Si aquí no puede verme... Lo que menos piensa él es que está tan cerca de mí... Vamos, da la vuelta... Se ha metido en los soportales. Sin duda va al café de Gallo a reunirse con su hermano, la otra cabeza de campanario. Pero ¿cómo es que le dejan salir solo? ¿Se habrá puesto bueno? ¿Estará mejor? ¡Pobre chico!..."

Y no se volvió a acordar más de él hasta la noche, cuando estaba acostada, sola en la casa, pues su tía no había entrado aún.

—Es una barbaridad que le dejen salir solo a la calle. El mejor día hace cualquier desavío y da un disgusto... Pues ahora que le he visto suelto voy a tener miedo, y me pondré a discurrir si se meterá aquí el mejor día... La suerte es que no sabrá dónde estoy: buen cuidado tengo yo de que no lo sepa. Pero ¿quién está segura de ningún secreto en estos tiempos? A lo mejor, cualquier chusco se lo canta, y ya tenemos jaqueca para rato... ¡Como no le dé por venir a matarme!... Eso tendrá que ver. Pero muy descuidada habría de cogerme, porque le deshago yo de un par de porrazos... Pero ¿y si entra, se esconde, me acecha y, ¡pim!, me pega un tiro?... No; yo tengo que estar con mucho cuidado. Ni a Cristo le abro yo la puerta. Y voy a decirle a mi tía que necesito tomar una criada. Una chiquilla modosa y dispuestilla, así como *Papitos*, me vendría muy bien. ¡Sola todo el día en esta jaula!... ¡Ah!, gracias a Dios; ya siento el llavín de mi tía, que entra. ¿Será ella o será alguno que le ha quitado el llavín y viene a matarme? Tía, tía, ¿es usted?

—Yo soy; ¿qué se te ocurre?...

—Nada; ya estoy tranquila. Es que me da mucho miedo de estar sola, y me parece que entran ladrones, asesinos y qué sé yo...

Ninguna noche conciliaba el sueño antes que diera las doce el reloj de la Casa-Panadería. Oía claramente algunas campanadas; después el sonido se apagaba alejándose, como si se balanceara en la atmósfera, para volver luego y estrellarse en los cristales de la ventana. En el estado incierto del crepúsculo cerebral imaginaba Fortunata que el viento venía a la plaza a jugar con la hora. Cuando el reloj empezaba a darla, el viento la cogía en sus brazos y se la llevaba lejos, muy lejos... Después volvía para acá, describiendo una onda gratísima, y retumbaba, ¡plam!, tan fuerte como si el sonoro metal estuviera dentro de la casa. El viento pasaba con la hora en brazos por encima de la plaza Mayor y se iba hasta Palacio, y aun más allá, cual si fuera mostrando la hora por toda la villa y diciendo a sus habitantes: "¡Aquí tenéis las doce, tan guapas!" Y luego tornaba para acá, ¡plam!..., ¡ay!, era la última. El viento entonces se largaba refunfuñando. Otras noches se entretenía la joven discurriendo que la hora de la Puerta del Sol y la hora de la Panadería se enzarzaban. Empezaba ésta, y le respondía la otra. De tal modo se confundían los toques, que no conociera aquella hora ni la misma noche que la inventó. Las doce de acá y las doce de allá eran una disputa o guirigay de campanadas. "Vamos, que también se oye la Merced... Tantísima hora, tantísima hora, y no sabe una si son las doce o qué..."

Para tener compañía y servicio, tomó por criada a una niña, hija de una de las placeras amigas de Segunda. Llamábase Encarnación y parecía muy formalita. Su ama le leyó la cartilla el primer día, diciéndole: "Mira, si algún sujeto que tú conoces, por ejemplo, un señorito flaco, de mal color, así un poco alborotado, te pregunta en la calle si vivo yo aquí, dices que no. No abras nunca la puerta a ninguna persona que no sea de casa. Llaman, miras, y vienes y me dices: "Señorita, es un hombre o una mujer de estas y de estas señas." Conque fíjate bien en lo que te mando. Tu tía te habrá hecho la misma recomendación. Si no nos obedeces, ¿sabes lo que hacemos? Pues cogerte y mandarte a la cárcel. Y no creas que te van a sacar: allí te estarás lo menos, lo menos, tres años y medio."

La chica cumplía estas órdenes al pie de la letra. Un domingo llamaron. "Señorita, ahí está un hombre con barbas largas, muy aseñorado... y tiene la voz así, como *respetosa*." Miró Fortunata por los agujeros de la chapa. Era Ballester. "Dile que pase." Se alegraba de verle para saber lo que ocurría en la familia, y para que le contara por qué demonios andaba suelto Maxi por esas calles.

De tan gozoso, estaba turbado el bueno del farmacéutico. Venía vestido con los trapitos de cristianar, peinado en la peluquería, con una raya muy bien sacada desde la frente a la nuca, y las mechas negras chorreando olorosa grasa, las botas nuevas y sombrero de copa muy lustroso.

—¡Qué deseos tenía de verla a usted...! No me atrevía a venir..., pero doña Lupe me ha instado tanto para que venga, que al fin... No, no, no tema que Maximiliano descubra dónde usted está. Hay mucho cuidado para que no se entere de nada. Y eso que ahora, si viera usted, ha recobrado la razón; parece que está juiciosísimo; habla de todo con tino, y no hace ningún disparate.

Fortunata estaba algo cohibida, pues a pesar de la convicción de que hacía gala con respecto a ciertas legitimidades, le daba vergüenza de no poder disimular ya su estado ante un amigo de la familia de Rubín. Se puso muy colorada cuando Segismundo le dijo esto:

—Doña Lupe me ha dado un recadito para usted. Me ha encargado decirle si quiere que le avise a don Francisco de Quevedo... Es hombre que sabe su obligación; muy cuidadoso y muy hábil...

—No sé, veremos..., lo pensaré..., todavía...—balbució ella cortadísima, bajando los ojos.

—¿Cómo todavía? Me ha dicho doña Lupe que será en marzo. Estamos a veinte de febrero. No, no se descuide usted..., que a lo mejor podría verse sorprendida... Estas cosas deben prepararse con tiempo.

Tomando una actitud galante, añadió:

—...Porque yo me intereso vivamente por usted en todas las circunstancias,

en todas absolutamente. Soy el mismo Segismundo de siempre; y cuando usted necesite de un amigo leal y callado, acuérdese de mí...

Y elevando el tono casi hasta lo patético, saltó de repente con esto:

—...No me vuelvo atrás de nada de lo que he dicho a usted en otras ocasiones.

Como ella aparentase no interesarse en este giro de la conversación, volvió Ballester a tomar el tono fraternal de esta manera:

—...Me voy a permitir hablar a Quevedo. Debemos estar prevenidos... Le diré que venga a ver a usted... Es persona de confianza, y ya sabe él que no tiene que decir nada al amigo Rubín.

Lo que tenía a Fortunata muy sorprendida y maravillada era el interés que mostraba hacia ella, según le dijo el regente, la viuda de Jáuregui.

—...Yo no sé lo que es, amiga mía; pero la *ministra*, de unos días a esta parte, me ha preguntado como unas seis veces si la había visto a usted... "Yo no voy—me dijo—; pero hay que mirar algo por ella, y no abandonarla como a un perro." Por esto me decidí a venir, y ahora me alegro, porque veo que usted me ha recibido, y que continuaremos siendo buenos amigos. Quedamos en que vendrá Quevedo. Sí; preparémonos, porque estas cosas unas veces se presentan bien y otras mal. No le faltará a usted nada. ¡Qué caramba! Hay que afrontar las situaciones, y... ¡Oh, qué cabeza esta! ¿Pues no se me olvidaba lo mejor? —metiéndose la mano en el bolsillo—. La *ministra* me ha dado para usted este paquetito de dinero. Por fuera está escrita la cantidad: mil doscientos cincuenta y dos reales. Debe ser lo que le corresponde a usted por réditos de algún dinero. Para concluir: siempre que se le ofrezca a usted alguna cosa, sea del orden que fuese, piensa usted un rato y dice: "¿A quién acudiré yo? Pues a ese tarambana de Segismundo." Con mandarme un recadito... Aunque yo cuidaré de venir algún domingo o los ratos que tenga libres, porque ahora, como estoy solo con Padilla, dispongo de muy poquito tiempo. Si pudiera, vendría mañana y tarde todos los días, contando con su permiso. Pero en este pícaro mundo se llega hasta donde se puede, y el que, impulsado por el querer, va más allá del poder, cae y se estrella.

Repitió sus ofrecimientos y se fué, dejando a Fortunata la impresión de que no estaba tan sola como creía, y de que el tal Segismundo era, en medio de sus tonterías y extravagancias, un corazón generoso y leal. Mucho le extrañaba a la infeliz joven que Aurora no hubiese ido a verla, y sintió que se le olvidara, durante la visita del regente, preguntar a éste por las *Samaniegas*. Pero ya se lo preguntaría cuando volviese.

Con el cambio de vida y domicilio, reanudó la señora de Rubín algunas relaciones de familia que estaban absolutamente quebrantadas, siendo de notar entre ellas la de José Izquierdo, que, empezando por ir a cenar con su hermana y sobrina algunas noches, acabó, conforme a su genial parasitario, por estar allí todo el tiempo que tenía libre. Fortunata encontró a su tío transfigurado moralmente, con un reposo espiritual que nunca viera en él, suelto de palabra, curado de su loca ambición y de aquel negro pesimismo que le hacía renegar de su suerte a cada instante. El bueno de *Platón*, encontrando al fin el descanso de su vida vagabunda, se había sentado en una piedra del camino, a la sombra de frondoso árbol cargado de fruto (valga la figura) sin que nadie le disputase el hartarse de ella. No existía por aquel entonces en Madrid un *modelo* mejor, y los pintores se lo disputaban. Veíase Izquierdo acosado, requerido; recibía esquelas y recados a toda hora, y le desconsolaba el no tener tres o cuatro cuerpos para servir con ellos al arte. Ni había oficio en el mundo que más le cuadrase, porque aquello no era trabajar, ¡qué demonio!, era *retratarse*, y el que trabajaba era el pintor poniendo en él sus cinco sentidos y mirándole como se mira a una novia. En aquellos días de febrero del 76, como se pusiera a hablar con su hermana y sobrina de las muchas obras que traía entre manos, no acababa. En tal estudio hacía de *Pae Eterno*, en el momento de estar fabricando la luz; en otro de rey don Jaime, a caballo, entrando en Valencia. Allí de Nabucodonosor andando a cuatro patas; aquí de un *tío en pelota que le llaman* Eneas, con su padre a *la pela*. "Pero lo mejor que estamos pintando ahora... y que lo vamos sacando *de lo fino*..., es aquel paso de Hernán Cortés cuando

manda dar fuego a las judías naves..." Ganaba mi hombre todo lo que necesitaba, y era venturoso, y la sujeción del día la compensaba con las largas expansiones de charla y copas que se daba de noche en algún café, convidando a los amigos. A su sobrina le prestaba servicios, haciéndole cuantos encargos eran compatibles con sus tareas artísticas. Solía ella enviarle con algún mensaje a casa de su costurera, o se valía de él para recados y compras. Más de una vez le mandó a la gran tienda de Samaniego por tela o encajes para el ajuar que estaba haciendo; pero siempre le encargaba que no la descubriese allí, pues ya que Aurora no había ido a verla, lo que propiamente era una falta de educación, y hablando mal y pronto, una cochinada, no quería ella tampoco aparentar que solicitaba su amistad; y si razones tenía la *Samaniega* para retraerse, también ella las tenía para no rebajarse. "A fina me ganará; pero a orgullosa, no."

CAPITULO V

LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN

I

La mejoría de Maximiliano continuaba, de lo cual coligieron su tía y su hermano que la separación matrimonial había sido un gran bien, pues sin duda la presencia y compañía de su mujer era lo que le sacaba de quicio. Todo aquel invierno continuó el tratamiento de las duchas circular y escocesa y el bromuro de sodio. Al principio, cuando no le sacaba a paseo Juan Pablo, sacábale su misma tía, teniendo ocasión de notar lo bien concertados que eran sus juicios. Observaron, no obstante, que en el caletre del joven se escondía un pensamiento relativo al paradero de su consorte, y temían que este pensamiento, aunque contenido en proporciones menudas por el renacimiento armónico de la vida cerebral, tuviera el mejor día fuerza expansiva bastante para volver a trastornar toda la máquina. Pero estos temores no se confirmaron. En diciembre y enero la mejoría fué tan notoria, que doña Lupe estaba pasmada y contentísima. En febrero ya le permitieron salir solo, pues no se metía con nadie y se le habían acentuado considerablemente la timidez y la docilidad. Era como un retroceso a la edad en que estudió los primeros años de su carrera, y aun parecía que se renovaban en él las ideas de aquellos lejanos días, y con las ideas el encogimiento en el trato, la sobriedad de palabras y la falta de iniciativa.

Su vida era muy metódica; no se le permitía leer nada, ni él lo intentaba tampoco, y siempre que iba a la calle, doña Lupe le fijaba la hora a que había de volver. Ni una sola vez dejó de entrar a la hora que se le mandaba. Para que tales días se pareciesen más a los de marras, el único gusto del joven era pasear por las calles sin rumbo fijo, a la ventura, observando y pensando. Una diferencia había entre la deambulación pasada y la presente. Aquélla era nocturna y tenía algo de sonambulismo o de ideación enfermiza; ésta era diurna y a causa de las buenas condiciones del ambiente solar en que se producía, resultaba más sana y más conforme con la higiene cerebroespinal. En aquélla, la mente trabajaba en la ilusión, fabricando mundos vanos con la espuma que echan de sí las ideas bien batidas; en ésta trabajaba en la razón, entreteniéndose en ejercicios de lógica, sentando principios y obteniendo consecuencias con admirable facilidad. En fin, que en la marcha que llevaba el proceso cerebral, le sobrevino el *furor de la lógica,* y se dice esto así, porque cuando pensaba algo, ponía un verdadero empeño maniático en que fuera pensado en los términos usuales de la más rigurosa dialéctica. Rechazaba de su mente con tenaz repugnancia todo lo que no fuera obra de la razón y del cálculo, no desmintiendo esto ni en las cosas más insignificantes.

Que al poco tiempo de sentir en sí este tic del razonamiento lo aplicó al oscuro problema lógico de la ausencia de su mujer, no hay para qué decirlo. "Que vive, no tiene duda; éste es un principio inconcuso que ni siquiera se discute. Ahora dilucidemos si está en Madrid o fuera de Madrid. Si se hubiera ido a otra parte, alguna vez recibiría mi tía cartas suyas. Es así que jamás llega a casa el cartero del exterior, y cuando va es para traer alguna carta de las hermanas de mi tío Jáuregui; luego... Pero propon-

gamos la hipótesis de que dirige las cartas a otra persona para que yo no me entere. Es inverosímil; pero propongámosla. En tal caso, ¿qué persona sería ésta? En todo rigor de lógica no puede ser doña Casta, porque la señora de Samaniego no gusta de tales papeles. En todo rigor de lógica tiene que ser Torquemada. Pero Torquemada, anteayer, entró en el gabinete de mi tía, y yo, desde el pasillo, le oí preguntarle claramente si había sabido de la señorita. Luego Torquemada no es. Luego no siendo Torquemada, no hay intermediario de cartas, no puede haber correspondencia; luego está en Madrid."

Quedóse muy satisfecho, y después de detenerse un rato a ver un escaparate de estampas, volvió a pegar la hebra: "Podría ponerse en duda que entre ella y mi tía haya comunicación, y en caso de que no la hubiera, el problema de su residencia seguiría como boca de lobo; pero yo sostengo que hay comunicación. Si no, ¿qué significa el papelito de apuntes que sorprendí el otro día sobre la cómoda de mi tía, y en el cual, pasando al descuido la vista, distinguí este renglón que decía: *Corresponden a F. 1.252 reales. F.* quiere decir ella. Luego hay comunicación entre mi tía y ella, y como esta comunicación no es postal, resulta claro, como la luz del día, que reside en Madrid."

Largos ratos se pasaba en este ejercicio de la razón. A veces se decía: "Rechacemos todo lo fantástico. No admitamos nada que no se apoye en la lógica. ¿De qué vive? ¿Vivirá honradamente? No aventuremos ningún juicio temerario. Podrá vivir honradamente y podrá vivir de mala manera. Yo llegaré a descubrir la verdad enterita, sin preguntar una palabra a nadie. Pues todos callan ante mí, yo callo ante todos. Veo, oigo y pienso. Así sabré todo lo que quiero. ¡Qué hermosa es la verdad, mejor dicho, estos bordes del manto de la verdad que alcanzamos a ver en la tierra, porque el cuerpo del manto y el de la verdad misma no se ven desde estos barrios!... Dios mío, me asombro de lo cuerdo que estoy. La gente me mira con lástima, como a un enfermo; pero yo, en mí, me recreo en lo sano de mis juicios. Dichoso el que piensa bien, porque él está en grande."

Entró en el café del Siglo, donde creía encontrar a su hermano; pero Leopoldo Montes le dijo que habiendo aceptado Villalonga la Dirección de Beneficencia y Sanidad, había encargado a Juan Pablo un trabajo delicadísimo y muy enojoso, cosa de poner en claro unas cuentas de lazaretos, y me le tenía en la oficina de sol a sol. Allí le llevaban el café. No le venía mal a Juan Pablo que el director le encargase trabajos extraordinarios, pues esto significaba confianza, y tras la confianza vendría un ascenso. Hablaron de empleos y de política, diciendo Maximiliano cosas muy buenas.

Refugio, la querida de Juan Pablo, estaba aquel invierno muy mal de ropa, y no iba al café del Siglo, sino al de Gallo, porque le cogía cerca (la pareja moraba en la Concepción Jerónima), y además porque la sociedad modesta que frecuentaba aquel establecimiento permitía presentarse en él de trapillo o con mantón y pañuelo a la cabeza. Agregábansele a Refugio algunas personas con quienes tenía amistad fácil y advertencia, de esas que se contraen por vecindad de casa o de mesa de café. Eran un portero de la Academia de la Historia, con su esposa, y un cobrador municipal de puestos del mercado, con la suya, o lo que fuese. Este matrimonio solía ir los domingos acompañado de toda la familia, a saber: una abuela que había sido *víctima* del 2 de mayo, y siete menores. El café se compone de dos crujías, separadas por gruesa pared y comunicadas por un arco de fábrica; mas a pesar de esta rareza de construcción, que le asemeja algo a una logia masónica, el local no tiene aspecto lúgubre. En la segunda sala, donde se instalaba Refugio, había siempre animación campechana y concienzuda, y como el espacio es allí tan reducido, toda la parroquia venía a formar una sola tertulia. En ella imperaba Refugio como en un salón elegante en el cual fuera estrella de la moda. Dábase mucho lustre, tomando aires de señora, alardeando de expresarse con agudeza y de decir gracias que los demás estaban en la obligación de reír. Poníase siempre en un ángulo, que tenía, por la disposición del local, honores de presidencia. Cuando Maxi iba, su cuñada le hacía sentar a su lado, y le mimaba y atendía mucho, con sentimientos compasivos y de protección familiar, permitiéndose también tutearle y darle consejos higiénicos. El se dejaba

querer, y apenas tomaba parte en la tertulia, como no fuera con los silogismos que mentalmente hacía sobre todo lo que allí se charlaba. Una noche estaba el pobre chico tomándose su café, muy callado, en la misma mesa de Refugio, cuando se fijó en dos hombres que en la próxima estaban, uno de los cuales no le era desconocido. Pensando, pensando, acertó al fin. Era Pepe Izquierdo, tío de su mujer, a quien sólo había visto una vez, yendo de paseo con Fortunata por las rondas, y ella se lo presentó. Como en Gallo había tanta confianza, pronto se comunicaron los de una y otra mesa. Primero se hablaba de política; después, de que la guerra se acabaría a fuerza de dinero, y como la política y las guerras vienen a ser las fibras con que se teje la Historia, hablóse de la Revolución francesa, época funesta en que, según el cobrador municipal, habían sido guillotinadas *muchas almas.* Oír que se hablaba de Historia y no meter baza, era imposible para Izquierdo; pues desde que se puso a *modelo* sabía que Nabucodonosor era un rey que comía hierba; que don Jaime entró en Valencia a caballo, y que Hernán Cortés era un *endivido* muy templado que se entretenía en quemar barcos. Los disparates que aquel hombre dijo acerca del *Pronunciamiento* de Francia hicieron reír mucho a todos, particularmente al portero de la Academia de la Historia, que echaba al concurso miradas desdeñosas, no queriendo aventurar una opinión, que habría sido lo mismo que arrojar margaritas a cerdos. Mas el compañero de *Platón,* persona enteramente desconocida para Maxi, debía de ser uno de los sujetos más eruditos que en aquel local se habían visto nunca, y cuando rompió a hablar se ganó la atención del auditorio. Tenía la cara granulosa y el pescuezo como el de un pavo, con una nuez muy grande, el pelo como escobillón, y se expresaba en términos muy distintos del gárrulo lenguaje de su amigo: "Al rey Luis Dieciséis—dijo—y a la reina doña María Antonieta les cortaron la cabeza, naturalmente, porque no querían darle libertad al pueblo. Por eso hubo, naturalmente, aquel gran pronunciamiento, y todo lo variaron, hasta los nombres de los meses, señores, y hasta abolieron la vara de medir y pusieron el metro, y la religión también fué abolida, celebrándose las misas, naturalmente, a la diosa Razón."

Tanta sabiduría impresionó a Maxi, que al punto se desató a charlar con Ido del Sagrario, pues no era otro el docto amigo de Izquierdo, y estuvieron poniendo comentarios a los trágicos sucesos del 93. "Porque, mire usted, cuando el pueblo se desmanda, los ciudadanos se ven indefensos, y, francamente, naturalmente, buena es la libertad; pero primero es vivir. ¿Qué sucede? Que todos piden orden. Por consiguiente, salta el dictador, un hombre que trae una macana muy grande, y cuando empieza a funcionar la macana, todos la bendicen. O hay lógica o no hay lógica. Vino, pues, Napoleón Bonaparte, y empezó a meter en cintura a aquella gente. Y que lo hizo muy bien, y yo le aplaudo, sí, señor, yo le aplaudo."

—Y yo también—dijo Maxi con la mayor buena fe, observando que aquel hombre razonaba discretamente.

—¿Quiere esto decir que yo sea partidario de la tiranía?—prosiguió Ido—. No, señor. Me gusta la libertad; pero respetando..., respetando a Juan, Pedro y Diego..., y que cada uno piense como quiera; pero sin desmandarse, sin desmandarse, mirando siempre para la ley. Muchos creen que el ser liberal consiste en pegar gritos, insultar a los curas, no trabajar, pedir abolíciones y decir que mueran las autoridades. No, señor. ¿Qué se desprende de esto? Que cuando hay libertad mal entendida y muchas abolíciones, los ricos se asustan, se van al extranjero, y no se ve una peseta por ninguna parte. No corriendo el dinero, la plaza está mal, no se vende nada, y el bracero que tanto chillaba dando vivas a la Constitución, no tiene qué comer. Total, que yo digo siempre: "Lógica, liberales", y de aquí no me saca nadie.

"Este hombre tiene mucho talento", pensaba Rubín, apoyando con movimientos de cabeza la aseveración de aquel sujeto.

Y cuando, al despedirse, Ido le dió su nombre, agregando que era profesor de primeras letras en las escuelas católicas, Maximiliano discurrió que no estaba en armonía la humildad del empleo con el saber y la destreza dialéctica que aquel individuo mostraba.

Al siguiente día, por la tarde, Maxi fué a Gallo y no estaban, de las personas co-

nocidas, más que el cobrador municipal y José Izquierdo. Este había dejado en la silla próxima un envoltorio. Mirólo el joven con disimulo y vió que era algo como ropa o calzado, cubierto con un pañuelo. Tan mal hecho estaba el atadijo, que al mover la silla se descubrió una bota elegante con caña de color de café. Al verla Rubín, sintió como si le cayera una gota fría en el corazón. "Esa bota es de ella..., ¡ay, de ella es!... La conozco, como conozco las mías. No la lleva a componer porque está casi nueva. La lleva de muestra para que le hagan otro par. Es muy presumida en cuestiones de calzado. Le gusta tener siempre tres o cuatro pares en buen uso. Y ¿por qué no las lleva ella? Porque no sale. Luego está enferma... Enferma, ¿de qué?"

II

Platón se despidió de su amigo y cogió el lío, diciendo que tenía que ir a la calle del Arenal.

"Justo—discurrió Maxi, sin decir una palabra—. Allí está su zapatero. Arenal, veintidós... Lo que me falta saber podría averiguarlo siguiendo a ese bárbaro. Pero no... Con la lógica y sólo con la lógica lo averiguaré. ¿Para qué quiero esta gran cordura que ahora tengo? Con mi cabeza me gobierno yo solo."

Después, cuando entraron Ido, Refugio y otras personas, estuvo muy comunicativo, discurriendo admirablemente sobre todo lo que se trató, que fué la insurrección de Cuba, el alza de la carne, lo que se debe hacer para escoger un bonito número en la lotería, la frecuencia con que se tiraba gente por el Viaducto de la calle de Segovia, el tranvía nuevo que se iba a poner y otras menudencias.

Un día de los primeros de marzo, Maxi, al dirigirse al café, vió a Izquierdo en los soportales de la Casa-Panadería, y a punto que se saludaban pasó y se detuvo el cobrador municipal. Este y José cambiaron unas palabras.

—En seguida voy al café—dijo el *modelo*, mostrando varios paquetes a su amigo, que los miraba con curiosidad—. Subo a largar esto: varas de cinta..., jabón..., demonios, dátiles. Voy cargado como un santísimo burro.

Maximiliano siguió hacia el café, y observando que *Platón* tomaba hacia la calle de Ciudad Rodrigo, miró su reloj.

"¡Dátiles!... ¡Cuántos le he comprado yo! Las golosinas la venden. Se despepita por ellas...—pensó el razonador, penetrando en el establecimiento, sin ver nada de lo que en él había—. Come dátiles..., luego no está mala; los dátiles son muy indigestos. Y puesto que ella los come, la causa de no salir no es enfermedad... Luego es otra cosa..."

Y viendo entrar a Izquierdo, volvió a mirar su reloj. "Ha tardado doce minutos. Luego la casa está cerca... Doce minutos: pongamos cuatro para subir la escalera, dos para bajarla... Y está cansado el hombre; debe de ser alta la escalera... La casa está cerca. La descubriremos por la lógica. Nada de preguntas, porque no me lo dirían: ni seguir a este animal, porque eso no tendría mérito. Cálculo, puro cálculo..."

Izquierdo y el cobrador municipal le convidaron a unas copas; pero él no quiso aceptar, porque le repugnaba el aguardiente. Oyóles la conversación sin aparentar oírla, aunque nada interesante tenía para él, pues versó sobre si la Villa iba a suprimir tantas y cuántas mulas del ramo de jardines y paseos para repartirse la cebada entre los concejales. Después el recaudador sacó a relucir no sé qué asunto de familia, quejándose de las continuas enfermedades de su esposa, de lo que Izquierdo tomó pie para decir unas cuantas barbaridades sobre las ventajas de no tener familia que mantener.

—*Musotros* los viudos estamos como queremos—dijo, volviéndose a Maxi y dándole un palmetazo en el hombro.

El pobre muchacho hizo como que aprobaba la idea, sonriendo, y para sí dió unas cuantas vueltas al manubrio de la lógica: "Se te ha encargado que no descubras nada; se te ha dicho que tengas mucho cuidado con lo que hablas delante de mí, dromedario, y tú, como todos, te empeñas en meterme en la cabeza la idea de que estoy viudo. No cuentas con que mi cabeza es un prodigio de claridad y raciocinio. A buena parte vienes. Verás cómo destruyo tus sofismas y mentiras. Verás lo que puede el cálculo de un cerebro lleno de luz... ¡Conque yo viudo! Lo mismo que mi tía, que me dijo ayer: "Desde que *enviu-*

daste, pareces otro..." Me conviene hacerles creer que me lo trago. Con mi lógica me las arreglo admirablemente y me río del mundo. ¡Qué bonita es la lógica; pero qué bonita! Y ¡qué hermosura tener la cabeza como la tengo ahora, libre de toda apreciación fantasmagórica, atenta a los hechos, nada más que a los hechos, para fundar en ellos un raciocinio sólido!... Pero vámonos a mi casa, que mi tía me espera."

Tres días después de esto, al entrar en la botica, notó que Ballester y Quevedo hablaban, y que al verle llegar a él se callaron súbitamente. Como había adquirido facilidad para la apreciación de los hechos, aquél se le reveló claramente. Segismundo y el comadrón trataban de algo que no querían oyese Maximiliano. Para disimular, le preguntaron a él por su salud, y a poco dijo Quevedo al farmacéutico en tono muy misterioso:

—¿Ha preparado usted el cornezuelo de centeno? Basta con eso por ahora.

—Qué tal, ¿paseamos mucho, joven? —agregó en alta voz, volviendo hacia Maxi su cara de caimán, en la cual la sonrisa venía a ser como una expresión de ferocidad—. Vamos bien, vamos bien. Al fin podrá usted volver a sus ocupaciones ordinarias. Ya decía yo que en cuanto estuviera usted libre..., por aquello de *muerto el perro, se acabó la rabia.*

Rubín contestó afirmativamente y con amabilidad. Después observó que Ballester sacaba de un cajón un paquetito de medicamento y se lo daba al señor de Quevedo, diciéndole: "Lléveselo usted; lo he pulverizado yo mismo con el mayor esmero. La antiespasmódica la llevaré yo." El comadrón tomó el paquete y se fué.

A poco entró *Doña Desdémona* preguntando por su marido, y pudo observar el joven que Ballester le hizo señas, llamándole la atención sobre la presencia de Maxi, pues la señora empezó diciendo: "¿Ha ido otra vez a la Cava?" Aquello se arregló, y *Doña Desdémona* invitóle a que la acompañase a su casa, lo que él hizo de bonísima gana, remolcándola del brazo por la escalera arriba. Conversando estuvieron largo rato, y la señora de Quevedo le enseñaba sus jaulas de pájaros, canarios en cría, un jilguero que sacaba agua del pozo y comía extrayendo el alpiste de una caja, con otras curiosidades ornitológicas de que tenía llena la casa. A la hora de comer entró Quevedo muy fatigado, diciendo: "No hay nada todavía..." Y como vió allí al sobrino de doña Lupe, no dijo más.

Cuando Maximiliano se retiró, iba desarrollando en su mente la más prodigiosa cadena de razonamientos que en aquellas cavidades se había visto. "¿Ves cómo salió? Lo que fulminó en mi cabeza como un resplandor siniestro del delirio, ahora clarea como luz cenital que ilumina todas las cosas. Vaya, hasta poeta me estoy volviendo. Pero dejémonos de poesía; la inspiración poética es un estado insano. Lógica, lógica, y nada más que lógica. ¿Cómo es que lo averiguado hoy por procedimientos lógicos, fundados en datos e indicios reales, existió antes en mi mente como los rastros que deja el sueño o como las ideas extravagantes de un delirio alcohólico? Porque esto no es nuevo para mí. Yo lo pensé, yo lo concebí envuelto en impresiones disparatadas y confundido con ideas enteramente absurdas. ¡Misterios del cerebro, desórdenes de la ideación! Es que la inspiración poética precede siempre a la verdad, y antes que la verdad aparezca, traída por la sana lógica, es revelada por la poesía, estado morboso... En fin, que yo lo adiviné, y ahora lo sé. El calor se transforma en fuerza. La poesía se convierte en razón. ¡Qué claro lo veo ahora! Vive en la Cava, en la Cava, en la misma casa tal vez donde vivió antes. Se esconde para que no la vea nadie. El suceso se aproxima. La asiste Quevedo. Para ella son el cornezuelo de centeno y la antiespasmódica. ¡Ah, cómo me río yo de estos imbéciles que creen que me engañan!... ¡Engañarme a mí, que estoy ahora más cuerdo que la misma cordura! ¡Dios mío, qué talento tengo! ¡Qué manera de discurrir!... ¡Estoy asombrado de mí mismo, y compadezco a mi tía, a Ballester, a todos los que hacen delante de mí esta comedia. "Todavía no hay nada", fué lo que dijo Quevedo al volver de la Cava. Presunción equivocada, falsos síntomas. Luego la cosa está próxima. Estamos en marzo. Bien, no me falta más que averiguar la casa. Si me dejara llevar de la inspiración, aseguraría que es la misma casa aquella, la de los escalones de piedra. Pero no; procedamos con estricta lógica, y no aseguremos na-

da que no esté fundado en un dato real."

Al día siguiente estuvo con su hermano en el café del Siglo, y después en el de Gallo con Refugio. Era el 19 de marzo, y los que se llamaban José convidaban a toda la tertulia. Ido del Sagrario se negaba a tomar copas, y su amigo Izquierdo, que bebía aguardiente como si fuera agua, se burlaba de la sobriedad del profesor de instrucción primaria, el cual aseguró haber *comido fuerte* y no hallarse muy bien del estómago. Poco a poco se iba desprendiendo el buen Ido de la masa de gente que formaba la tertulia, retirándose de silla en silla, hasta que Maxi le vió en la mesa más lejana, ensimismado, los codos sobre el mármol y la cabeza en las palmas de las manos. Fuése hacia él movido de lástima, y le preguntó lo que tenía.

—Amigo—le dijo Ido con voz cavernosa, mostrando su cara descompuesta—, ¿ve usted cómo me tiembla el párpado derecho? Pues es señal de que me estoy poniendo malo..., pero no tiene usted idea de lo malo que me pongo.

—Vamos, don José, eso no es más que aprensión—tratando de llevarle al grupo principal.

—Déjeme usted... Se ríen de mí porque desbarro mucho... Tiempo hacía que no me daba esto; pero lo veo venir, lo veo venir... Ya, ya me entra, y no lo puedo remediar. Tendré que ausentarme, para que no se burlen de mí. Porque me pongo perdido... Me pongo como si bebiera mucho aguardiente, y ya ve usted que no lo cato..., no lo cato, créamelo usted, caballero. Usted es el único que no se reirá de mí; usted comprende mi desgracia y me compadece.

—Don José..., que se le quiten esas cosas de la cabeza—le dijo el otro, oficiando de hombre sesudo y razonable.

—¡Ah!..., pues quíteme del campo de mi vida los hechos...—tocándole amigablemente el brazo—. Porque somos esclavos de las acciones ajenas, y las nuestras no son la norma de nuestra vida. Así es el mundo. De nada le vale a usted ser honrado si la maldad de los demás le obliga a hacer una barbaridad.

—Eso está muy bien discurrido.

—¡Oh!, la desgracia vuelve sabios a los tontos.. No, no somos dueños de nuestra vida. Estamos engranados en una maquinaria, y andamos conforme nos lleva la rueda de al lado. El hombre que hace el disparate de casarse se engrana, se engrana, ¿me entiende usted?, y ya no es dueño de su movimiento.

—Entiendo, sí...

—Pues no me acuse usted si oye que he cometido un crimen—hablándole al oído—, porque los que tenemos la desgracia de ser esposos de una adúltera..., los que tenemos esa desgracia, no podemos responder de aquel mandamiento que dice: *no matar*. Creo que es el quinto.

—Sí, el quinto es—dijo Maxi, que sentía una corriente fría pasándole por el espinazo.

—Y aquí donde usted me ve...—echándose para atrás y expresándose siempre en voz muy baja—, hoy mato yo...

Esto, aunque dicho muy quedamente, fué oído de Izquierdo, que, rompiendo a reír, soltó esta andanada:

—¡Pues no dice este judío *Dio* que hoy mata él!... ¿En qué plaza, camaraíta?

Las carcajadas atronaban el café, y Rubín se acercó al grupo principal, diciendo con la mayor serenidad del mundo y en tono de benevolencia y compasión:

—Señores, no burlarse de este pobre señor, que no tiene la cabeza buena. Un trastorno mental es el mayor de los males, y no es cristiano tomar estas cosas a broma. Denle un poco de agua con aguardiente.

Se la ofrecieron; pero Ido no la quiso tomar. Amorraba la cabeza entre los brazos cruzados sobre el mármol, y el dueño del establecimiento, mirándole con sorna, le decía:

—Aquí no se duermen monas. A dormirlas a la calle.

Maxi trató de hacerle levantar la cabeza.

—Don José, a usted le convendría tomar duchas y también unas pildoritas de bromuro de sodio. ¿Quiere que se las prepare? Es el tratamiento más eficaz para combatir eso... Dígamelo usted a mí, que durante una temporada he estado como usted..., muchísimo peor. Yo inventaba religiones; yo quería que todo el género humano se matara; yo esperaba el Mesías... Pues aquí me tiene tan sano y tan bueno...

Y volviendo al grupo principal:

—...Nada, hay que dejarle. Eso le pasará. ¡Pobrecito! Me da mucha lástima.

De repente, don José se levantó de su

asiento y salió de estampía, entre la risa y chacota de toda la partida. Maxi quiso salir detrás; pero Refugio le tiró de los faldones y le hizo sentar a su lado:

—Déjalo tú, ¿qué te importa?

Y arreció el tumulto, por la entrada de otros Pepes; y el amo del café, que también era algo José, repartió puros y ron con marrasquino. Algunos se empeñaron en que Maximiliano bebiese; pero ni él quería, ni Refugio se lo hubiera permitido, atenta siempre a cuidar de su preciosa salud. Lo que hacía el excelente muchacho era reír con la mayor buena fe todas las gracias que allí se decían, hasta las más zafias y groseras, aunque sin participar mucho de la estrepitosa alegría de aquella gente.

III

Comió Rubín aquella noche sosegadamente con su tía, contándole algo de lo que había visto y oído en el café, a lo que respondió la gran señora expresándole su deseo de que no fuese más a aquel establecimiento, por estar muy lejos, y porque en él siempre encontraría una sociedad inculta y ordinaria. El joven parecía conformarse con esta idea, y aseguró que no volvería más. Después fué con su tía a la casa de Samaniego, y mientras duró la tertulia, permaneció apartado de ella, labrando y puliendo su idea. "Es en la casa de los escalones de piedra... Después que echó aquel brindis estúpido, Izquierdo habló de subir a gatas a casa de su hermana, y de bajar rodando por los escalones de piedra... Ya sé, pues, dónde está. Ahora, hay que proceder con sigilo y decisión. Llegó la hora de castigar. El honor me lo pide. No soy un asesino, soy un juez. Aquel desgraciado hombre lo decía: "Estamos engranados en la máquina, y la rueda próxima es la que nos hace mover. Sus dientes empujan mis dientes, y ando."

—¿Por qué suspiras, hijo?—le preguntó su tía, observándole caviloso y suspirante.

Contestó evasivamente, y a poco se retiraron, no sin que *Doña Desdémona* invitase al joven a pasar en su casa la mañana siguiente. Le enseñaría todos sus pájaros y le daría de almorzar. Aceptada esta fineza, Maxi se personó en casa de Quevedo desde las nueve, hora en que la señora aquella se hallaba en la plenitud de sus funciones, limpiando jaulas, revisando nidos, examinando huevos y sosteniendo con este y el otro volátil pláticas muy cariñosas. Su obesidad no le impedía ser ágil y diligentísima en aquella faena. Gastaba una bata de color de almagre, y como su figura era casi esférica, no parecía persona que anda, sino un enorme queso de bola que iba rodando por las habitaciones y pasillos. No tardó en asociar al chico a sus operaciones, enseñándole a distribuir el alpiste a toda la familia. Con algunos sostenía *Doña Desdémona* conversaciones maternales: "¿Qué dices tú, chiquitín de la casa?... Gloria mía... A ver, ¿tiene el niño mucha hambre?... ¡Ay, qué pico me abre este hijo!" Y los trinos ensordecían la casa. Con verdadero ahinco, Maximiliano seguía torneando en su cabeza las ideas de la noche anterior. "La mataré a ella y me mataré después, porque en estos casos hay que poner el pleito en manos de Dios. La justicia humana no lo sabe fallar."

—¡Qué mala es esa pájara!—decía *Doña Desdémona*—. No sabe usted lo mala que es. Ha matado ya tres maridos..., y de los hijos no hace caso. Si no fuera por el macho, que es, ahí donde usted lo ve, toda una persona decente, los pobrecitos se morirían de hambre.

—Hay que perdonarla—replicó Maxi con humorismo—, porque no sabe lo que se hace... Y si la fuéramos a condenar, ¿quién le tiraría la primera piedra?

—Vamos ahora a los pericos, que ya están alborotados.

"La lógica exige su muerte—pensaba Rubín, colgando cuidadosamente una jaula en que había muchos nidos—. Si siguiera viviendo, no se cumpliría la ley de la razón."

La renovación del alpiste y del agua daba a aquellos infelices y graciosos seres aprisionados una alegría insensata; y poniéndose todos a piar y a cantar a un tiempo, no era posible que se entendieran las personas que entre ellos estaban. *Doña Desdémona* hablaba por señas. Maxi parecía contento, y hubiera vuelto a empezar todas las operaciones por puro entretenimiento. Cuando llegó la hora de almorzar, tenía ya muy buen apetito, y el comadrón y su esposa estuvieron muy amables con él, diciéndole que le agradecerían fuese todos los días,

si tenía gusto en ello. Ya Quevedo no era celoso, y desde que su esposa se había redondeado hasta hacer la competencia a los quesos de Flandes, se curó el buen señor de sus murrias y no volvió a hacer el Otelo. Sin embargo, a ninguno que no fuera el pobre Rubín le habría permitido entrar libremente en la casa, porque, en verdad, no le consideraba a éste capaz de comprometer la honra de ningún hogar donde penetrase.

Doña Lupe entró muy gozosa, diciendo:

—¿Qué tal se ha portado el galán?

—Admirablemente, señora. Es lo más amable...—replicó *Doña Desdémona,* y llevándola aparte, añadió—: Si está bueno y sano... ¡Si viera usted qué contento y qué tranquilo!... Nada, como la persona de más juicio.

—Yo creo—dijo la de Jáuregui—que si no está curado le falta poco. Y ¿qué hay de eso?

—Esta mañana volvió Quevedo. Todavía nada... Esperando por momentos... Ella, con mucho miedo.

Algo más cotorrearon, pero no hace al caso. Doña Lupe se llevó a su sobrino al Monte de Piedad, y como aquel día las ventas fueron de muy poco interés, tornaron pronto a casa, después de comprar fresa y espárragos en un puesto de la calle de Atocha. Por la tarde, la señora encargó a su sobrino que le hiciera unas cuentas algo complicadas, y él las despachó con presteza y exactitud, sin equivocarse ni en un céntimo; y como su tía se maravillase de aquel tino aritmético, el joven se echó a reír, diciéndole:

—Pero usted ¿qué se ha figurado? Si tengo yo la cabeza como no la he tenido nunca. Si estoy tan cuerdo que me sobra cordura para darla a muchos que por cuerdos pasan.

Hacía muchísimo tiempo que doña Lupe no había visto al chico tan despejado, con tanto reposo en el espíritu y el ánimo tan dispuesto a la alegría, señales todas de reparación indudable.

—Si no dudo que estés bien... Cierto que ya quisieran muchos... Yo me alegro infinito de verte así, y le pido a Dios que te conserve.

—Crea usted que seguiré lo mismo. Yo reconozco en mi cabeza una fuerza que nunca he tenido. Discurro admirablemente, y se lo voy a probar a usted ahora mismo. Se pasmará usted al ver que si buena comedia han hecho ustedes conmigo, mejor la he hecho yo con ustedes. Los engañadores son los engañados.

Doña Lupe empezó a alarmarse.

—Pues verá usted—continuando en la mesa en que había hecho las cuentas y con el papel de ellas entre las manos—. Mi familia, Ballester y todas las personas a quienes conozco fuera de casa, *bordaban* admirablemente su papel; y yo callado..., haciéndome el tonto, mientras con la sola fuerza del cálculo descubría la verdad...

Y doña Lupe tan parada, que no sabía qué decirle.

—...Y vea usted cómo le pruebo que mi cabeza da quince y raya hoy a las cabezas mejor organizadas, incluso la de usted. Sin decir una palabra a nadie, sin preguntar a bicho viviente, y fundándome sólo en algún indicio que pescaba aquí y allí, sentando hechos y deduciendo consecuencias, he descubierto la verdad..., todo con la pura lógica, tía, con la lógica seca. Atienda usted y asómbrese...

Estaba, en efecto, la viuda ilustre tan asombrada como quien ve volar un buey.

—...Pues por el orden siguiente, he ido descubriendo estos hechos: que Fortunata no se ha muerto, que está en Madrid, que vive cerca de la plaza Mayor, que vive en la Cava de San Miguel, en la casa de los escalones de piedra; que está fuera de cuenta desde hace un mes, y que don Francisco de Quevedo la asiste.

Doña Lupe no se atrevió a negar: tan abrumadoras eran las verdades que su sobrino manifestaba.

—Verás... Tú no debes ocuparte de eso... Te concedo que vive, pero no sé dónde. Y en cuanto al embarazo, es error tuyo y de tu maldita lógica. ¡Vaya con la salida! El diablo cargue con tu lógica.

—Si insiste usted, querida tía, en hacer comedias, creeré que quien ha perdido el juicio es usted. Yo afirmo lo que he dicho, y tengo la evidencia de que es verdad. Mi lógica no me engaña ni puede engañarme. Con franqueza: ¿nota usted en mí algo que remotamente se parezca a falta de juicio?...

—Doña Lupe no supo qué responder.

—...¿He dicho algún disparate?... ¿Se atreve usted a sostener que lo he dicho? Pues tomemos un coche y vamos a la

Cava... ¡Ah!, no quiere usted. Luego yo he dicho la verdad, y la que falta ahora a ella, sin duda con muy buen fin, es mi señora tía. ¿Quién es aquí el cuerdo y quién no lo es?

—Pues repito que eso del estado interesante es una papa—dijo la viuda llena de confusión—. Alguien ha querido darte un bromazo, que por cierto es de muy mal gusto.

—Yo le juro a usted que con nadie he hablado de este asunto, absolutamente con nadie. El conocimiento adquirido es obra del cálculo puro. Y ahora, por si alguien duda todavía de que yo sea la cordura andando, voy a dar a todos la última prueba de ella. ¿Cómo? Pues no volviendo a hablar de semejante asunto. Se acabó. Sigamos la vida ordinaria... Aquí no ha pasado nada, tía; hágase usted cuenta de que no hemos hablado nada. ¿No me dijo usted que tenía otra cuenta que arreglar? Venga; estoy pronto, con una cabeza que es un acero para los números, pues éstos son la pura esencia de la lógica.

Y se puso a trabajar en las operaciones aritméticas con tanta serenidad y un temple tan equilibrado, que doña Lupe salió de la estancia haciéndose cruces y diciendo que si lo que acababa de oír se lo hubieran contado los cuatro Evangelistas, no les habría dado crédito. Pero siendo lo que refirió el sobrino un prodigio de capacidad intelectual, la señora no las tenía todas consigo respecto al estado de aquella cabeza. Entráronle alarmas, como las de los peores días pasados, y se puso de un humor vidrioso, no acertando a determinar si aquello de la lógica era una crisis favorable, o, por el contrario, traería nuevas complicaciones.

Y no estuvo muy feliz Juan Pablo en la elección de aquel día para hacer a doña Lupe la proposición de empréstito, pues encontró a la capitalista dada a todos los demonios. Era el hombre de menos suerte que existía, pues nunca daba en el quid de la buena ocasión; lástima grande, porque el discurso que llevaba preparado para convencer a la señora era admirable, y una roca se ablandaría oyéndolo. Su tía no le dejó pasar del exordio, negándose absolutamente a contratar ninguna clase de préstamo ni en las condiciones más usurarias. Total: que salió Juan Pablo de la casa renegando de su estrella, de su tía y de todo el género humano, revolviendo en su mente propósitos de venganza con proyectos de suicidio, pues estaba el infeliz como el náufrago que patalea en medio de las olas, y ya no podía más, ya no podía más. Se ahogaba.

IV

En la noche de aquel aciago día, que creyó deber marcar con la piedra más negra que en su triste camino hubiera, Juan Pablo sostuvo en el café del Siglo las teorías más disolventes. Con gran estupefacción de don Basilio Andrés de la Caña, que volvió a la tertulia, embistió contra la propiedad individual, haciendo creer al propio sujeto y a otros tales que se había dado un atracón de lecturas prudhonianas. No había visto un solo libro, ni por el forro, y toda su argumentación ingeniosa sacábala de la rabia que contra doña Lupe sentía, rencor satánico que habría bastado a inspirar epopeyas.

Como el gran principio de la propiedad individual no tenía en aquella desigual contienda más defensor que don Basilio, quedó maltrecho. La mesa de mármol, en torno de la cual formaban animado círculo las caras de los combatientes, estaba a última hora llena de cadáveres, revueltos con las cucharillas, con los vasos que aún tenían heces de café y leche, con la ceniza de cigarro, los periódicos y los platillos de metal blanco, en los cuales la mano afanadora de don Basilio no había dejado más que polvo de azúcar. Dichos cadáveres, horriblemente destrozados, eran la propiedad, todas las clases de propiedad posibles; el Estado, la Iglesia y cuantas instituciones se derivan de estos dos principios: matrimonio, Ejército, crédito público, etc... Con admiración de todos, Juan Pablo se lanzó a la defensa del amor libre, de las relaciones absolutamente espontáneas entre los sexos, y puso la patria potestad sobre la cabeza de la madre. Al Papa le deshizo, y la tiara quedó pateada bajo la mesa, con los pedazos de periódico, los salivazos y el palillo deshilachado de don Basilio, quien, al fin, en el barullo de la derrota,

arrojó lejos de sí aquel marcador de sus argumentos. También andaba por el suelo la corona real, triturada por las suelas de las botas, y el centro de toda autoridad corría la misma suerte. Las conteras de los bastones, golpeando con furia el sucio entarimado, remataban las víctimas que iban cayendo de la mesa, expirantes. Creeríase que Juan Pablo las estrujaba con los codos, después de acribillarlas con su dialéctica, y cuando cogía un lápiz y trazaba números con febril mano sobre el mármol, para probar que no debe haber presupuesto, parecía un Fouquier de Tinville firmando sentencias de muerte y mandando carne a la guillotina.

Y ¿qué menos podía hacer el desgraciado Rubín que descargar contra el orden social y los poderes históricos la horrible angustia que llenaba su alma? Porque estaba perdido, y la cruel negativa de su tía le puso en el caso de escoger entre la deshonra y el suicidio. Antes que ir al café había tenido un vivo altercado con Refugio, por pretender ésta que fuese con ella a Gallo, y el disgusto con su querida, a quien tenía cariño, le revolvió más la bilis. Sus amigos no podían con él; estaba furioso; poco faltaba para que insultase a los que le contradecían, y su numen paradójico se excitaba hasta un grado de inspiración que le hacía parecer un propagandista de la secta de los *tembladores*. El que mejor le replicaba, ¡parece increíble!, era Maxi, que se quedó en el café más tiempo del acostumbrado, retenido por el interés de la polémica. Defendía el joven Rubín los principios fundamentales de toda sociedad con un ardor y una serena convicción que eran el asombro de cuantos le oían. No se alteraba como el otro; argumentaba con frialdad, y sus nervios, absolutamente pacíficos, dejaban a la razón desenvolverse con libertad y holgura. La suerte de Rubín mayor fué que Rubín menor se marchó a las diez, pues doña Lupe le tenía prescrito que no entrase en casa tarde, y por nada del mundo desobedecería él esta pragmática. Había vuelto a la docilidad de los tiempos *antediluvianos* o que precedieron a la catástrofe de su casamiento. Dejando que su hermano se arreglara como pudiese con los demás tratadistas de derecho público, abandonó el café con ánimo de irse derechito a su casa. Atravesó la plaza Mayor, desde la calle de Felipe III a la de la Sal, y en aquel ángulo no pudo menos de pararse un rato, mirando hacia las fachadas del lado occidental del cuadrilátero. Pero esta suspensión de su movimiento fué pronto vencida del prurito de lógica que lo dominaba; y se dijo: "No; voy a casa, y han dado ya las diez... Luego no debo detenerme." Siguió por la calle de Postas y Vicario Viejo, y antes de desembocar en la subida a Santa Cruz vió pasar a Aurora, que salía de la tienda de Samaniego para ir a su casa. "¡Qué tarde va hoy!", pensó, siguiendo tras ella por la calle arriba, hacia la plazuela de Santa Cruz, no por seguirla, sino porque ella iba delante de él, sin verle. Andaba la viuda de Fenelón a buen paso, sin mirar para ninguna parte, y llevaba en la mano un paquete, alguna obra tal vez para trabajar en su casa al día siguiente, que era domingo, y Domingo de Ramos por más señas.

Como iba más aprisa que él, pronto se aumentó la distancia que los separaba. En vez de seguir por la calle de Atocha para tomar por la de Cañizares, como parecía natural (éste era el itinerario que usaba Maxi), la joven se metió por el oscuro callejón del Salvador. En la sombra del Ministerio de Ultramar la esperaba un hombre, que la detuvo un instante. Diéronse las manos y siguieron juntos. "Hola, hola—se dijo Maxi, acechando—, ¿belenes tenemos?" Y viéndolos ir por el callejón adelante, una idea o más bien sospecha encendió en él vivísima curiosidad. Siguiéndolos a cierta distancia, se cercioró al punto de lo que antes fuera presunción, y la certidumbre produjo en su alma violentísima sacudida. "Es él, ese infame... La espera; van juntos... y toman la vía más solitaria... Luego son amantes... ¡Engañar a una pobre mujer..., un hombre casado!..." Determinóse en él con poderosa fuerza el rencor de otros tiempos, aquel rencor concentrado y sutil que era como un virus ponzoñoso, tan pronto manifiesto como latente, y que al derramarse por todo su ser producía tantos y tan distintos fenómenos cerebrales. Al propio tiempo se desbordaba en el alma del desdichado joven un sentimiento quijotesco de la justicia, no tal como la estiman las leyes y los hombres, sino como se ofrecía a nuestro espíritu, directamen-

te emanada de la esencia divina. "Esto lo tolera y aun lo aplaude la sociedad... Luego es una sociedad que no tiene vergüenza. Y ¿qué defensa hay contra esto? En las leyes, ninguna. ¡Ay Dios mío, si tuviera aquí un revólver, ahora mismo, ahora mismo, sin titubear un instante, le pegaba un tiro por la espalda y le partía el corazón! No merece que se le mate por delante. ¡Traidor, miserable, ladrón de honras! ¡Y esa tonta que se deja engañar!... Pero ella no merece la muerte, sino la galera, sí, señor, la galera..."

Al día siguiente del lastimoso lance ocurrido cerca de Cuatro Caminos no estaba Maxi más excitado y rencoroso que aquella noche lo estuvo. En el tiempo transcurrido desde la noche aciaga de noviembre no había visto a su ofensor sino muy contadas veces, y siempre de lejos; nunca le había tenido así, tan a tiro... "¡Ay!, ¿por qué no traigo un revólver?... Ahora mismo le dejaba seco. Si pasara por una armería, lo compraba... Pero si no tengo dinero. La tía no me da más que los dos reales para el café. Dios, ¡qué desesperación! Si me infundes la idea de la justicia, idea lógica, perfectamente lógica, ¿por qué no me das los medios de hacerla efectiva?... Verle expirar revolcándose en su sangre; no tenerle ninguna lástima... ¡Que no vea yo esto, Dios!... ¡Que no lo vea el mundo entero!... ¡Porque el mundo entero se había de regocijar!..."

Después de recorrer la calle de Barrionuevo y la plaza del Progreso, la pareja tomó por la calle de San Pedro Mártir, buscando la vía menos concurrida. "Van a tomar por la calle de la Cabeza—dijo Maxi—, por donde no pasa un alma a estas horas. ¡Ah!, justo, ladrón de honras, asesino... La justicia caerá sobre ti algún día, si no hoy, mañana. Lo que siento es que no sea por mi mano." Seguíalos sin perderlos de vista, a bastante distancia... "Me duelen las contusiones que recibí aquella noche como si las acabara de recibir... Perdulario, cobarde, que te ensañas con los débiles de cuerpo, con los enfermos que no se pueden tener... A ti se te contesta con una bala... *¡plaf!* Y se te deja seco... Y yo me quedaría tan fresco si te pudiera dar lo que mereces... Pero tan fresco y tan satisfecho como se queda todo el que ha hecho un bien muy grande, pero muy grande..."

Al llegar a la calle del Ave María, Rubín se pasó a la acera de los impares y se puso en acecho en la esquina de la calle de San Simón, en la sombra. Detuviéronse: Aurora parecía decir a su galán que no siguiese más. Era prudente esta indicación, y el galán se despidió apretándole la mano. Maxi le miró subir hacia la calle de la Magdalena, y sentía deseos de gritar e írsele encima: "Ratero de mi honor y de todos los honores..., ahora las vas a pagar todas juntas." Creía que se le afilaban las uñas, haciéndosele como garras de tigre. En un tris estuvo que Maxi diese el salto y cayese sobre la presa. La lógica le salvó. "Soy mucho más débil y me destrozará... Un revólver, un rifle es lo que yo necesito."

Cuando los amantes desaparecieron de su vista, Rubín penetró en su casa. Lo más particular fué que la idea de su mujer se borró de su mente durante aquel suceso, o quizá personificaba en Aurora la totalidad de las deslealtades y traiciones femeninas. A solas en su cuarto, fué acometido de una duda horrible. "Pero esto que me desvela ahora—se decía, revolviéndose en el lecho—, ¿es verdad, o lo he soñado yo? Sé que entré, sé que caí en la cama, sé que dormí, y ahora me encuentro con esa impresión espantosa en mi cerebro. ¿Es verdad que les he visto, al infame y a ella, o lo he soñado? Que yo he tenido un sopor breve y profundo, es indudable... Pues ya voy creyendo que ha sido sueño... Sí, sueño ha sido... Aurora es honrada. Vaya con las cosas que sueña uno... Pero no, Dios, si lo vi, si lo vi, si lo estoy viendo todavía, y si tengo estampadas aquí las dos figuras... Esto es para volverse uno loco..., ¡y sería lástima, ahora que estoy tan cuerdo!..."

Todo el día siguiente estuvo con la misma confusión en su mente. ¿Lo había visto, o lo había soñado? El Miércoles Santo envióle su tía con un recado a casa de Samaniego, y después de estarse allí gran rato oyendo tocar la pieza, notó que doña Casta hablaba muy vivamente con Aurora.

—Vaya, hija, que hoy nos has dado un buen plantón. ¡Tres horas esperándote!... ¿A qué tienes tú que ir hoy al obrador, si hoy no se trabaja? Lo mismo que el Domingo de Ramos... Toda la tarde en el obrador, y luego viene Pepe

y me dice que ni has parecido por allí ni ése es el camino. ¿En dónde estuviste? ¡En casa de las de Reoyos? Y ¿qué hacías tú tantas horas en casa de las de Reoyos? Tengo yo que averiguarlo...

Aurora se defendía con ingenio y tesón, como quien sabe que es mayor de edad y puede, cuando quiera, echar a rodar la autoridad materna; pero no llegó el caso de hacerlo así. Maxi, aparentando poner sus cinco sentidos en la pieza que tocaba Olimpia, no perdía sílaba de aquel doméstico altercado. Gracias que la cuestión ocurrió cuando la niña tenía entre sus dedos el *andante cantabile molto expresivo,* que si llega a coincidir con el *allegro agitato,* ni Dios pesca una letra de lo que hija y madre hablaron. Durante el *presto con fuoco,* Maxi se decía: "Parece mentira que dudara yo un instante de que aquello era la pura realidad... ¡Y lo creí sueño...! ¡Qué imbécil!... Un dato tomado de la existencia positiva me ha quitado todas las dudas. Ahora no me basta con la lógica, necesito ver algo más..., y veré. ¡Qué lección para mi mujer! ¡Oh Dios mío!, ahora me asalta otra duda horrible. Si la mato no hay lección. La enseñanza es más cristiana que la muerte, quizá más cruel, y de seguro más lógica... Que viva para que padezca y padeciendo aprenda... Pero a él debo matarle... ¡A él, sí!"

Oyendo el estrepitoso fin de la pieza, tuvo como un sopor de medio minuto, y volvió de él asaltado por esta idea que le sacudía: "No; matar, no. Su maldad es necesaria para este gran escarmiento. La vida es lo que duele y lo que enseña... La muerte, para los buenos... Para los perversos, lógica, lógica."

Apenas se había acabado la tocata, entró doña Casta a decirle:

—Maxi, la señora de Quevedo me ha llamado por la ventana del patio para decirme que le mande a usted subir un momento. Tiene que enviar un recado a Lupe.

Subió el pobre chico, y *Doña Desdémona* le hizo esperar un ratito, pues estaba ayudando a su marido a desnudarse. Acababa de entrar, muy fatigado; le llamaron a las doce y hasta aquella hora no había podido volver a casa.

—Querido—dijo a Rubín la dama esférica, tocándole amistosamente en el hombro—. Hágame el favor de decirle a Lupe que la pájara mala sacó pollo esta mañana..., un polluelo hermosísimo..., con toda felicidad...

Maxi se rascó una oreja, y sacando de su alma a los labios una sonrisa extraña, cuya significación no pudo entender la señora de Quevedo:

—La pájara mala—dijo con acento de niño mimoso—, enséñemela usted..., y el pollo..., enséñemelo también.

—No, no, ahora no—replicó *Doña Desdémona,* empujándole hacia la puerta—. Mañana los verá... Vaya ahora a decirle esto a su tía.

V

El interés con que doña Lupe esperaba noticias de la pájara mala y de si sacaba bien o mal el pollo no podrá ser comprendido sin tener en cuenta las grandes ideas que en aquellos días despuntaban en el caletre de la insigne señora. Su entendimiento excelso sugeríale determinaciones para todos los casos y medios de armonizar los hechos con los principios en la medida de lo posible. Era su lema que debemos partir siempre de la realidad de las cosas, y sacrificar lo mejor a lo bueno, y lo bueno a lo posible. Esto lo había aprendido en la experiencia de los negocios, la cual se aplica con éxito a los asuntos morales del mismo modo que el ejercicio de las matemáticas y la agilidad gimnástica que dan al entendimiento facilitan el estudio de la filosofía.

Pues pensando en su sobrina, vino a sentar ciertas bases, que discutió consigo misma, dándolas, al fin, por indestructibles; a saber: que aquello no tenía remedio, que la deshonra era inevitable, si bien no recaía sobre doña Lupe, pues a todo el mundo constaba que ella no alentó ni favoreció jamás los desvaríos de Fortunata. Esto lo sabían hasta los perros de la calle. Por consiguiente, bien podía la señora estar tranquila sobre este particular. Segundo punto: Fortunata sería todo lo mala que se quisiera suponer; pero había pertenecido a la familia, y la persona más importante de ésta no podía menos de echar una mirada a la descarriada joven para enterarse de sus pasos y tratar de impedir que arrojasen sobre el claro apellido de Rubín ignominias mayores. Presentábase un problema grave, cuya solución no esta-

ba al alcance de los entendimientos vulgares. Aquel pequeñuelo que iba a presentarse en el mundo era, por ley de la Naturaleza, sucesor de los de Santa Cruz, único heredero directo de la poderosa y acaudalada familia. Verdad que por la ley escrita, el tal nene era un Rubín; pero la fuerza de la sangre y las circunstancias habían de sobreponerse a las ficciones de la ley, y si el señorito de Santa Cruz no se apresuraba a portarse como padre efectivo, buscando medio de transmitir a su heredero parte del bienestar opulento de que él disfrutaba, era preciso darle el título de monstruo.

"¡Oh!, si a mí me hubiera pasado lo que le pasa a esa panfilona—se decía—, ¿cómo no me había de señalar el otro una pensión de alimentos? Bonito genio tengo yo para estas cosas... ¡Ah! Pues si ésa hiciera caso de mí, y se dejara llevar... Lo que es ahora, yo le aseguro que sus dos o tres mil duros de pensión no se los quitaba nadie... Lo primerito que yo haría era plantarme en casa de doña Bárbara y leerle la cartilla bien leída... Y lo haré, lo haré, aunque esa simple no me autorice. No lo puedo remediar; la iniciativa me alborota todo el espíritu, y reviento si no le doy salida... Y me inspira lástima lo que va a nacer, porque es un dolor que viva pobre viniendo de quien viene. Pues el día de mañana (pongo que sea varón), cuando crezca y sea preciso librarle de quintas, ¿qué va a hacer ese infeliz? No, esto no puede quedar así... ¡Pobre criaturita! Hay que hacer algo, y véase aquí cómo es una caritativa cuando menos lo piensa... No, lo que es yo no me callo, yo me voy a ver a doña Bárbara, y con esta labia que tengo y lo bien que pongo los puntos, le haré ver el disparate de que su nieto esté peor que un incluso..., porque ¿de qué va a vivir? Las acciones del Banco se las comerán hijo y madre en un par de años, y con el rédito de los treinta mil reales no tienen ni para sopas. Lo que es dinero de Maxi no lo han de ver, de eso respondo yo, porque sería el colmo de la afrenta y de la tontería... Nada, nada: que yo doy la campanada gorda, siempre y cuando el señorito ese no le señale el estipendio en el término de un mes. Vaya si la doy... Me pongo mi abrigo de terciopelo, mi capota, mis guantes, y ¡hala!... Ahora se me ocurre que debo empezar por darle una embestida a mi amiga Guillermina, que se hará cargo de la justicia del caso... Sí, ¡magnífica idea! Guillermina hablará con la otra y... Ahora, ahora comprenderá esa loquinaria la diferencia que hay entre obrar ella por cuenta propia y tenerme a mí por consejera y directora. ¿Apostamos a que ella, si el otro no le da un cuarto, se deja estar con su santa pachorra, sin atreverse a nada, tragando hiel y muriéndose de hambre? Pero yo, cuando hago el bien, lo hago contra viento y marea, y se lo meto por los hocicos a las personas tercas e inútiles que no saben hacer nada por sí."

Estas ideas, que fermentaron en el cerebro de aquella gran diplomática y ministra durante todo el mes de marzo, determinaron los recaditos que mandó a Fortunata con Ballester, el encargo que hizo a Quevedo de asistirla cuando el caso llegara, no vacilando en decir al feo y hábil profesor de Obstetricia que sus honorarios no serían perdidos. Algo la desconcertó Maxi el día en que se mostró sabedor del secreto, pues la señora, para hacer todos aquellos proyectos benéficos en interés del vástago de Santa Cruz, *partía del principio* de que su sobrino desconocía en absoluto la verdad. Muchísimo se alegraba de verle tan sereno; pero la sacaba de quicio el pensar que se volvería razonable hasta el punto de compadecerse de su mujer y asignarle alguna pequeña renta para que no pidiera limosna o se prostituyese. No, el otro, el que había roto los vidrios, era el que los tenía que pagar.

A esta altura estaban sus cavilaciones cuando Maxi le llevó la noticia que le diera *Doña Desdémona*. Lo primero en que doña Lupe puso su atención inteligente fué en la cara del joven al dar el recado, y se pasmó de su impavidez, a pesar de que demostraba penetrar el sentido recto de la alegoría empleada por la señora de Quevedo. Después de repetir textualmente el recado, añadió:

—Ha sido esta mañana. Don Francisco acababa de llegar y se estaba acostando

Doña Lupe no volvía de su asombro. "Vaya, que lo toma con calma. Más vale así. ¿Y esto es cordura o qué es? Será lo que llaman filosofía... Dios nos tenga de su mano, si después le da por la filosofía contraria."

—¿Piensa usted ir a verla?—le pregun-

tó después el chico con la mayor naturalidad.

—¿Yo?... Pero qué cosas tienes... Veo que es inútil hacer comedias contigo. Con ese talentazo que estás echando nada se te escapa... ¡Verla yo! Sólo por curiosidad he querido saber lo que sé... De aquí en adelante, como si no existiera. ¿No piensas tú lo mismo?

—Exactamente lo mismo... ¿Ve usted lo frío y sereno que estoy?

—Así me gusta. Esto se llama ser filósofo en toda la extensión de la palabra, y elevarse sobre las miserias humanas —dijo la viuda con emoción verdadera o falsa—. No vuelvas a acordarte más del santo de su nombre.

—Y aunque me acordara, tía, aunque me acordara...

—¿Para qué?... Tú no has de verla.

—Y aunque la viera, tía, y aunque la viera...

Doña Lupe se inquietó un poco oyendo esta frase, dicha con cierto sentido de tenacidad maniática. Pero Maximiliano se apresuró a tranquilizarla con otro argumento:

—Pero ¿no observa usted lo cuerdo que estoy? Si no me he visto nunca así, ni en mis mejores tiempos... Ya quisieran todos...

La señora tomó pie de esto último para variar la conversación:

—Dices bien. ¿Sabes que tu hermano Juan Pablo me parece a mí que no está bueno de la cabeza? Hoy estuvo otra vez a darme la jaqueca... Pues que le he de hacer el préstamo o se pega un tirito. ¡Como no se mate él! Es el egoísmo andando. Se necesita atrevimiento. ¡Pedirme dinero un hombre que, cuando debe, no hay medio de sacarle un real, y se enfada si una reclama lo suyo! Dice que le van a hacer secretario de un gobierno de provincia y qué sé yo qué... ¿Tú lo crees? Muy rebajada está la talla de los empleados; pero no tanto.

En aquel segundo ataque desesperado que dió Juan Pablo a su tía salió de la casa el pobre hombre más muerto que vivo. Su tía no era ya simplemente una mujer mala: era un monstruo, una furia, un dragón mitológico. Aquel tiro con el que él se amenazaba a sí mismo, ¡cuánto mejor estaría empleado en ella!

"Pero ese tiro, ¿me lo doy o no me lo doy?... No tengo más remedio que dármelo—discurría entrando por la calle de la Magdalena—. Por ninguna parte veo la solución. Sí, lo que es el tiro me lo pego; vaya si me lo pego... Lo malo es que no tengo revólver... Se me está figurando que al fin y al cabo no me pegaré tiro ninguno. Es uno así, tan dejado, que no se arranca... Ya voy viendo yo que una cosa es decir uno de buena fe que se mata y otra cosa es hacerlo... Pero, en fin, yo sigo en mis trece, y, al fin, me lo tendré que pegar, no habrá más remedio."

VI

Estuvo con un humor de mil diablos todo el Jueves y Viernes Santo. El sábado, a poco de entrar en la oficina, le llamó Villalonga a su despacho. Rubín se dirigió allá, palpitante de emoción. "¡Dios!—se decía—. ¿Será para darme la secretaría? ¡Qué cuña, si no es para esto, qué cuña, ya no aguanto más! En cuanto salga del despacho del jefe me levanto la tapa de los sesos, como hay Dios. La contra es que no tengo revólver... Me tiraré por el balcón... No, eso, no; ¡me haría una tortilla!... Vamos, que el corazoncito me anuncia secretaría... Animo, chico, que hoy te va a sonreír la suerte."

El director era hombre muy expeditivo, y sin hacerle sentar le dijo:

—Amigo Rubín, usted es listo y me conviene usted...

Rubín vió la cara del director como la del Padre Eterno que los pintores ponen entre nubes, esmaltadas de angelitos.

—...Me conviene usted y yo le voy a meter en carrera.

—Muchas gracias, señor don Jacinto. Ya sabe que estoy a sus órdenes.

—Pues le voy a dar a usted la gran sorpresa. Yo necesito un hombre; y como entiendo que usted sabrá desenvolverse en el destino delicadísimo que le pienso dar...

—La secretaría de...

—No, amigo; es más. Yo, cuando encuentro una persona que me entra por el ojo derecho, y que sirve, digo copo, y la tomo para que me sirva a mí. Le juro a usted que me conviene, *camará*. Allá va la bomba. Va usted a ser gobernador de una provincia de tercera clase...

Rubín no pudo decir nada. Creyó que se le caía encima el techo del despacho

y todo el Ministerio de la Gobernación.

—...Pues sí, gobernador de *mi* provincia. Quiero ver cómo arreglo aquello. Usted no tiene que entenderse más que conmigo. El ministro me da vara alta.

—Señor director—balbució Rubín—, disponga usted de mí.

—Pues será usted incluído en la combinación que va mañana a la firma del rey. Ya hablaremos, y le enteraré a usted de cómo está aquello. Creo que iremos bien.

Luego echaron un cigarro y hablaron algo del estado de la provincia, desflorando el asunto. Empezó a entrar gente en el despacho, y Rubín se retiró para comenzar sus preparativos. Estaba el hombre que no sabía lo que le pasaba; creía soñar..., se daba pellizcos a ver si estaba despierto, anduvo algún tiempo por la calle como un insensato..., se reía solo... Le dieron ganas de comprar un revólver para ponerse a disparar tiros al aire... ¡Ah!, lo que debía hacer era meter un par de balas en el cuerpo a doña Lupe..., sí, por mala, por tacaña... Pero no, no; perdonar a todo el mundo... La vida es hermosa, y gobernar un pedazo del país es el mayor de los deleites. A los individuos de Orden Público o de la Guardia Civil que iba encontrando los miraba ya como subalternos, y por poco les manda prender a su tía y Torquemada.

En el café, aquella noche, hubo la gran escena. Al principio no dijo nada, esperando dar la sorpresa de sopetón; pero sus amigos conocieron que no era el mismo hombre. Daba un sonsonete de autoridad a sus palabras, medíalas mucho, tomaba el café con más pausa que de costumbre, y a cada momento echaba una frasecilla de protección.

—Pero, amigo Montes, no hay que apurarse... Ya veremos, ya veremos si se te puede meter en algún hueco... Don Basilio me tiene que dar unos datos que necesito sobre la recaudación en la provincia de X... Oiga usted, Relimpio, no se dé prisa a presentar la Memoria, porque esta situación dura. Cánovas tiene para un rato. Es hombre que entiende la aguja de marear.

Y como se suscitara un debate político de los más graves, Rubín se puso de parte de los que defendían la tesis más razonable, conciliadora y templada.

—Pero ustedes, ¿qué creen, que una sociedad puede vivir siempre soñando con trastornos? Seamos prácticos, señores, seamos prácticos, y no confundamos las pandillas de politicastros con el verdadero país.

En esto llegó *La Correspondencia*, y a las primeras ojeadas conspicuas que arrojó sobre las columnas de ella el buen don Basilio tropezó con la combinación de gobernadores, y lanzando un berrido de sorpresa, se restregó los ojos creyendo que leía mal. Más convencido de que no era error, lanzó otra exclamación más fuerte y al instante se enteraron todos, y Juan Pablo fué objeto de aclamaciones y plácemes, unos sinceros, otros con su poco de bien disimulada envidia.

—Hace tiempo que el amigo Villalonga tenía empeño en eso. Hoy ha machacado tanto, que no he podido decirle que no.

—Pero ¡qué callado se lo tenía!

De todos lados de la cámara..., digo, del café, vino gente a felicitar al gobernador, y el mozo, a quien Juan Pablo debía el consumo de cinco meses, y algunos picos, se puso más contento que si le hubiera caído la lotería; y hasta el amo del establecimiento fué a dar un apretón de manos a su parroquiano, diciéndole si podía colocar en las oficinas de la provincia a un sobrinito suyo que tenía muy buena letra.

—No le digo que sí ni que no, don José. Veremos. Tengo la mar de compromisos... Pero ya sabe usted que haré los imposibles por servirle... Usted me manda.

El hombre compensó con los goces de aquella noche los sufrimientos y tristezas de tantísimos meses. Toda la gente que próxima estaba mirábale con cierta expresión de asombro y respeto, como se mira a quien es, ha sido o va a ser algo en el mundo. En cuantos asuntos se trataron aquella noche en el círculo, Rubín hizo gala de las ideas más sensatas. Era preciso moralizar la administración provincial, desterrar abusos; sobre todo, en el destierro de los abusos insistió mucho. Su plan de conducta era muy político... Contemporizar, contemporizar mientras se pudiera, apurar hasta lo último el espíritu conciliador; y cuando se cargara de razón, levantar el palo y deslomar a todo el que se desmandase... Mucho respeto a las instituciones sobre que descansa el orden so-

cial. Cuando va cundiendo el corruptor materialismo, es preciso alentar la fe y dar apoyo a las conciencias honradas. Lo que es en su provincia, ya se tentarían la ropa los *revolucionarios* de oficio que fueran a predicar ciertas ideas. ¡Bonito genio tenía él!... En fin, que el pueblo español está ineducado y hay que impedir que cuatro pillastres engañen a los inocentes... La mayoría es buena; pero hay mucho tonto, mucho inocente, y el Gobierno debe velar por los tontos para que no sean engañados... En cuanto a moralidad administrativa, no había que hablar. El no pasaba ni pasaría por ciertas cosas. Ya le había dicho a Villalonga que aceptaba con la condición de que no le pondría veto a la persecución y exterminio de los pillos...

—A muchos que mangonean ahora les he de llevar *codo con codo* a la cárcel de partido... Yo soy así; hay que tomarme o dejarme.

Don Basilio era de los que sinceramente se alegraban del *golpe de suerte* que había tenido Juan Pablo. Aquel destino no era *de su ramo*, y, por tanto, no lo envidiaba. Si se hubiera tratado de la dirección económica de una provincia, don Basilio habría sentido tristeza del bien ajeno. Pero no le sacaran a él de sus números... Por cierto que el ministro le había encargado un trabajo que le traía mareado... *Proyecto de reglamento para la cobranza del subsidio industrial...*

—Siempre me caen a mí estos turrones. Ocurre en secretaría que no se conocen los antecedentes de tal o cual cosa... "¡Ah!, La Caña lo sabrá." Piden en el Congreso una nota del estado en que se halla la codificación de Hacienda. ¡Qué lío! Nadie sabe una palabra... "¡Ah!..., a ver..., La Caña." Y La Caña les saca del apuro. Que el ministro quiere enterarse de los trabajos hechos para el establecimiento del Registro fiscal, que es el gran medio para descubrir la riqueza oculta... Pues toda la casa revuelta; busca por aquí, busca por allá. Hasta que a uno se le ocurre decir: "Eso, La Caña..." Y, efectivamente, como que La Caña es el que hizo los primeros estudios del Registro fiscal. Total, que si por desgracia llegaba a faltar don Basilio del Ministerio de Hacienda, éste se venía abajo de golpe, como un edificio al cual falta el cimiento.

Leopoldo Montes aspiraba a que Rubín le llevase de secretario; pero esto no era fácil.

—Chico, yo se lo diré a Villalonga. Creo que me dan el secretario hecho... Veremos si te meto de inspector de Policía.

Otros tertuliantes sentían envidia, y aunque felicitaban y adulaban al favorecido, al propio tiempo hacían pronósticos de las dificultades que había de tener en el gobierno de su ínsula. Pero ello es que la lisonja y la envidia, la codicia ambiciosa, la curiosidad y la novelería aumentaban considerablemente el personal de la tertulia en el tiempo que medió entre el nombramiento y la salida de Rubín para su destino. Mucho ajetreo tuvo aquellos días para arreglar sus asuntos y proveerse de ropa. Y no dejaron de molestarle también y entorpecerle ciertas disensiones domésticas, pues Refugio, que ya se estaba dando pisto de gobernadora y se había despedido de sus amigas con ofrecimiento de protección a todo el género humano, se quedó helada cuando su señor le dijo que no la podía llevar... Pucheros, lloros, apóstrofes, quejas, gritos...

—Pero, hija de mi alma, hazte cargo de las cosas; no seas así. ¿No comprendes que no me puedo presentar en mi capital de provincia con una mujer que no es mi mujer? ¡Qué diría la alta sociedad, y la pequeña sociedad también, y la burguesía!... Me desprestigiaría, chica, y no podríamos seguir allí. Esto no puede ser. Pues estaría bueno que un gobernador, cuya misión es velar por la moral pública, diera tal ejemplo. ¡El encargado de hacer respetar todas las leyes, faltando a las más elementales!... ¡Bonita andaría la sociedad si el representante del Estado predicara prácticamente el concubinato! Ni que estuviéramos entre salvajes... Convéncete de que no puede ser. Tú te quedas aquí y yo te mandaré lo que vayas necesitando... Pero lo que es allá no me pongas los pies..., porque si lo hicieras, tu *chachito* se vería en el caso de cogerte..., ya sabes que tengo mucho carácter..., de cogerte y mandarte para acá por tránsitos de la Guardia Civil.

CAPITULO VI

FINAL

I

Fortunata sintió ruido en la puerta y esta voz:

—¿Se puede?

—Pase usted, don Segismundo—dijo, reconociendo al regente de la botica.

Y entró el tal con cara risueña y actitud oficiosa, como de persona que cree ser útil. Estaba la joven incorporada en su lecho, con chambra y pañuelo a la cabeza.

"¡Qué reguapa está!—pensaba Ballester al saludarla, apretándole mucho la mano—. ¡Lástima de mujer!"

—Ayer no pasó usted—le dijo ella con amabilidad—, porque yo no sabía quién era, y no quiero recibir visitas. Estoy muerta de miedo, y por las noches sueño que alguien viene a robármelo. ¿Quiere usted verle?...

A su lado, estaba durmiendo con plácido sueño el recién venido personaje, cuyas precoces gracias quería mostrar a su amigo. Así lo hizo con más orgullo que vergüenza, y apartó las sábanas, dejando ver la carita sonrosada y los puños cerrados del tierno niño.

—¡Cuidado que es bonito!—dijo Ballester inclinándose—. Tiene a quien salir por una y otra banda.

—Dos horas hace que está tan dormidito. ¡Qué ángel! ¡Y si viera usted qué pillo es y qué tragón! Viene determinado a darse buena vida. Si lo viera usted cuando se pone a mirarme... ¡Pobrecito! Me quiere mucho. Sabe que le quiero más que a mi vida, y que es para mí el mundo entero.

—Ya sabe usted lo convenido. Seré padrino de su excelencia. Usted me lo prometió la última vez que nos vimos.

—Sí, sí, y no me vuelvo atrás. Usted será padrino.

—Y después del primer nombre, que usted designará—poniéndose muy inflado—, llevará el mío, Segismundo. ¿Qué le parece a usted?

—Muy bien. Se llamará Juan; después, Evaristo, y después, Segismundo.

—Bueno; transijo con el tercer lugar en el escalafón; pero de ahí no paso; como usted me quiera echar al cuarto, me sublevo.

Ambos se rieron. Ballester se había sentado en una silla, junto al lecho, y no quitaba los ojos de aquella mujer, que le parecía entonces más hermosa que nunca. "Le daría cuatro besos—pensaba—; pero de amistad, de pura amistad, porque me interesa esta infeliz... Y, digan lo que quieran, no es tan mala como se cree por ahí." Después empezó a dar noticias de la familia y amigos, las cuales oía Fortunata con gran curiosidad.

—Doña Lupe, con toda su fiereza, no la olvida a usted. Todos los días nos pide noticias a mí o a Quevedo, y pregunta también por el muchacho, si es robusto, si mama bien, si tiene algún defecto físico...

—¡Defecto!...—exclamó la madre, indignada—. Si es una preciosidad. Más perfecto es que las perfecciones. Se lo enseñaré a usted desnudo, para que vea qué hermosura de hijo. Estoy loca con él. Me parece que han de venir a quitármelo. Y no crea usted, ¡hay tanta envidiosona!...

Dejando que pasara la racha de entusiasmo maternal, Ballester continuó así:

—Pero lo que la pasmará a usted es saber que el amigo Maxi está tan mejorado, pero tan mejorado, que si le ve usted no le conoce.

—Pero ¿es de verdad?... ¡Quia!, guasas de usted.

—No, hija. Siempre que ocurre en la casa o en la vecindad algo difícil de resolver, se le consulta a él. Está hecho un Salomón. *Doña Desdémona,* cuando surge alguna dificultad en su república de pájaros, le llama, y lo que él dice se hace.

—Vaya, que hoy estamos de vena. Ojalá fuera verdad lo que usted dice. Yo me alegraría mucho, con tal que no se acordara de mí para nada ni supiera que estoy viva.

—Pues eso sí que no lo logra usted... Todo lo sabe.

—¡Ay, no me lo diga, por Dios!—asustadísima y palideciendo—. No sabe usted el miedo que me ha entrado. Ya no voy a tener un minuto de tranquilidad. ¿Pero es eso verdad? No se divierta conmigo, Ballester; mire que estoy temblando de miedo.

—¿Miedo a qué? Si está muy razonable y más tranquilo que nunca. Todas sus ideas son ideas de benevolencia y tolerancia. Habla poco, y a lo mejor se descuelga diciendo cosas muy buenas. No le suelta a usted un disparate ni aunque se lo pida por favor. Respecto de usted, creo que el sentimiento que tiene es la indiferencia, si es que la indiferencia se puede llamar sentimiento.

—No me fío, no me fío—meditabunda, demostrando en el tono que no las tenía todas consigo—. Verá usted cómo el mejor día...

La conversación pasó de Maximiliano a las *Samaniegas*, mostrando Fortunata gran extrañeza de que Aurora no se acordase de ella.

—Es una mala crianza, porque bien sabe dónde estoy, y desde su obrador aquí se viene en tres minutos. Y si no quería ella venir, ¿qué le costaba mandar a una oficiala a preguntar si vivo o si muero? Crea usted que esto me duele; porque yo, a quien me quiere como dos le quiero como catorce.

Ballester contestó con un gran suspiro, al cual no dió su interlocutora la interpretación conveniente. De pronto el farmacéutico mudó el tema:

—¡Ah!, me olvidaba de lo mejor. ¿Sabe usted que el crítico y yo nos hemos hecho amigos? ¡Quién lo creería! ¡Tanto como yo le odiaba! Pues verá usted: Padillita le metió un día en la botica, y yo empecé a darle guasa con sus críticas, diciéndole que me gustaban mucho. Pues resulta que es muy modesto y que se asusta cuando le elogian lo que escribe. Poco a poco hemos ido intimando, y toda la inquina que le tenía se ha evaporado. Es tan honradito el pobre Ponce, que todo lo que escribe es de conciencia, y hasta cuando elogió el dramón aquel que a mí me sacaba de quicio, lo hizo porque le salía de dentro. Y aunque le paguen tarde, mal y nunca, él tan conforme en su *sacerdocio*; lo toma en serio, y le parece que nadie ha de tener opinión sobre las obras si él no la da. Ha hecho oposición a una placita en el Tribunal de Cuentas y la ha ganado. ¿Pues qué cree usted? El infeliz tiene que mantener a su madre, que está enferma; y yo, desde que me contó su historia, no le cobro nada por las medicinas. Le damos bromas con Olimpia y la pieza que toca, diciéndole que su adorada es muy romántica y que no tenga miedo de casarse, porque no come. Ni necesitan cocinera, ni cocina, ni siquiera cesto para la compra. Yo le digo que abandone el *sacerdocio* y que deje a los autores y al público que se arreglen como quieran. Está conforme conmigo, y, por fin, me ha revelado un secreto: ha escrito un drama y lo tiene en el Español; y como se represente, el exitazo es seguro. La noche del estreno pienso ir con todos mis amigos para armar un alboroto y llamar al autor a la escena lo menos cuarenta veces. Me quiere leer la obra y yo le he dicho que me la deje allí. Sin leerla, le diré que es magnífica, y un amigo mío, periodista, pondrá un sueltecito con aquello de que *en los círculos literarios se habla mucho*, etc... Le digo a usted que me interesa mucho ese infeliz, y que haría yo algo por él si pudiera. En *bálsamo tranquilo* le tengo dado ya más de medio cuartillo, y el extracto de belladona se lo lleva de calle, porque lo que padece la mamá es reuma. También le he hecho una bizma para la cintura que vale cualquier dinero. Yo soy así; al que me entra por el ojo derecho le doy hasta la camisa. ¡Y si viera usted qué cariño me ha tomado Ponce! Echamos largos párrafos sobre el arte realista, y el ideal, y la emoción estética, y cuanto yo digo, aunque sea un gran desatino, porque en mi vida las he visto más gordas, lo escucha como el Evangelio, y yo me doy con él un lustre que no hay más que ver. Fuera de estas tonterías de la crítica, es un alma de Dios, muy agradecido, muy delicado, sin más debilidad que la de querer a Olimpia y figurarse que un hombre de sesos se puede casar con semejante inutilidad. Yo me he propuesto quitárselo de la cabeza, y creo que lo voy consiguiendo. Porque yo le digo: "¿Con qué se van a mantener? ¿Con la pieza?" Si se casa, van a ser cuatro de familia: el matrimonio y la mamá de él, enferma, y una hermanita que, según me ha contado Ponce, debe de tener hambre canina. De esto hablamos largamente en la botica, que llamamos el *círculo literario*, y le voy engatusando. Olimpia me sacaría los ojos si supiera las cosas que le digo a su novio; pero que se fastidie. Ya le he conocido siete *osos*, y lo

que es a éste no le pesca tampoco. Yo le he tomado bajo mi protección, y le he de salvar. ¡Buen turrón le caía si se casara!...

—¡Qué risa con usted! ¡Pobre Ponce! Ya le decía yo que era un buen chico, y usted empeñado en darle la morcilla.

—¡Ah!, de buena escapó. Guardo la fatídica yema para otro, sí, para otro en quien ahora recaen todos mis odios. No me pregunte usted quién es, porque no se lo he de decir... Se lo diré después que se la haya zampado, porque se la tiene que comer, como éste es día.

En esto, el ruido de voces que sonaba en la salita próxima aumentó considerablemente, y a los oídos de Ballester llegaban estas palabras: "Envido a la grande; órdago a los pares."

—Es mi tío José—dijo Fortunata—, que está jugando al mus con su amigo. Le mando que venga aquí para que me acompañe mientras estoy en la cama, porque tengo mucho miedo, y para que no se aburra hago que le traigan una botella de cerveza y le permito que venga su amigo a hacerle compañía.

Ballester se asomó a la puerta entornada para ver a la pareja. No conocía a ninguno de los dos; pero la cara de Ido del Sagrario no era nueva para él, y creía haberla visto en alguna parte, aunque no recordaba dónde ni cuándo.

II

La primera vez que Ballester vió a Izquierdo y a su docto amigo no les dijo más que algunas palabras dictadas por la buena crianza; pero a la segunda se cruzó entre ellos tal tiroteo de cumplidos, ofrecimientos y franquezas, que no había de tardar la amistad en unirse a los tres con apretado lazo.

Desde su alcoba, donde continuaba encamada, Fortunata se reía de las ocurrencias de Segismundo, buscándole la lengua a *Platón* y a Ido del Sagrario, a quien solía llamar *maestro*. Siempre que iba por las noches el farmacéutico, los encontraba infaliblemente y se divertía con ellos lo indecible.

Mucho agradecía la desdichada joven aquellas visitas. Ballester era el corazón más honrado y generoso del mundo, y tenía cierta vanidad en tomar sobre sí el cumplimiento de los deberes que correspondían a otros y que estos otros olvidaban. Y aunque alentara, con respecto a la señora de Rubín, pretensiones amorosas a plazo largo, no dejaban por eso de ser puros y desinteresados sus actos de caridad, y habrían sido lo mismo aun en el caso de que su amiga espantara de fea y careciese de todo atractivo personal.

Fortunata iba adquiriendo confianza con él, y le revelaba sus pensamientos sobre diferentes cosas. No obstante, algo había que no se atrevía a manifestar, por no tener la seguridad de ser bien comprendida. Ni Segunda ni José Izquierdo lo comprenderían tampoco. Y como le era forzoso echar fuera aquellas ideas, porque no le cabían en la mente y se le rebosaban, tenía que decírselas a sí misma para no ahogarse. "Ahora sí que no temo las comparaciones. Entre ella y yo, ¡qué diferencia! Yo soy madre del único *hijo de la casa*; madre soy, bien claro está, y no hay más nieto de don Baldomero que este rey del mundo que yo tengo aquí... ¿Habrá quien me lo niegue? Yo no tengo la culpa de que la ley ponga esto o ponga lo otro. Si las leyes son unos disparates muy gordos, yo no tengo nada que ver con ellas. ¿Para qué las han hecho así? La verdadera ley es la de la sangre, o, como dice Juan Pablo, la Naturaleza, y yo por la Naturaleza le he quitado a la *mona del Cielo* el puesto que ella me había quitado a mí... Ahora la quisiera yo ver delante para decirle cuatro cosas y enseñarle este hijo... ¡Ah! ¡Qué envidia me va a tener cuando lo sepa!... ¡Qué rabiosilla se va a poner!... Que me venga ahora con leyes, y verás lo que le contesto... Pero no, no le guardo rencor; ahora que he ganado el pleito y está ella debajo, la perdono; yo soy así. Pues él, ¡digo!, cuando lo sepa, ¿qué hará?, ¿qué pensará? ¡No acabo de cavilar en esto, Dios mío! El será un pillo y un ingrato; pero lo que es a su nene le tiene que querer. Como que se volverá loco con él. Y cuando vea que es su retrato vivo, ¡Cristo! ¡Pues digo, si doña Bárbara le viera!... Y le verá, toma que le verá... Como hay Dios, que se vuelve loca. ¡Qué contenta estoy, Señor, qué contenta! Yo bien sé que nunca podré alternar con esa familia, porque soy muy ordinaria y ellos muy requetefinos; yo lo que quiero es que conste, que conste, sí, que una servi-

dora es la madre del heredero, y que sin una servidora no tendrían nieto. Esta es mi idea, la idea que vengo criando aquí, desde hace tantísimo tiempo, empollándola hasta que ha salido, como sale el pajarito del cascarón... Bien sabe Dios que esto que pienso no es porque yo sea interesada. Para nada quiero el dinero de esa gente ni me hace maldita falta; lo que yo quiero es que conste... Sí, señora doña Bárbara, es usted mi suegra por encima de la cabeza de Cristo Nuestro Padre, y usted salte por donde quiera, pero soy la mamá de su nieto, de su único nieto."

Quedábase muy convencida después de sentar estas arrogantes afirmaciones, y la satisfacción le producía tal contento, que se ponía a cantar en voz baja, arrullando a su hijo; y cuando éste se dormía, continuaba rezongando como la pájara en el nido. El gozo, algunas noches, no la dejaba dormir, y se pasaba largas horas jugando con su idea ya realizada, saltándola como Feijoo saltaba el *bilboquet*.

Quevedo iba a verla todos los días y aunque la encontraba muy bien, ordenaba que no se levantase. ¡Qué aburrimiento estar tanto tiempo prisionera! Gracias que con el chiquitín se entretenía. De noche le ayudaba Segunda a fajarlo y limpiarlo; por el día, Encarnación, que era muy lista y se volvía loca de gusto cuando su ama le dejaba tener el pequeñuelo en brazos durante algunos minutos. En sus ratos de alegría delirante, Fortunata se acordaba mucho de Estupiñá.

—Pero, tía, ¿no se ha tropezado usted en la escalera con Plácido? Dígale que pase, que le tengo que hablar.

Respondía Segunda que no una ni dos veces, sino más de veinte había encontrado al tal; pero que todas las chinitas que le echaba para que subiese habían sido como si no.

—Me puso una cara, chica, cuando le conté la novedad, que parecía un juez de primera *estancia*. Y ayer me dijo: "¡Quite usted allá, so chubasca, encubridora; a usted y a la otra farfantona las voy a poner en la calle!"

—Ya se amansará. ¿Qué apostamos a que se amansa?—decía la joven sonriendo—. Yo quiero que entre y vea esta estrella que se ha caído del Cielo.

Tanto hizo Segunda y tales enredos armó, que Estupiñá entró una mañana gruñendo y echándoselas de hombre de mal genio que tiene que contraer todos los músculos de su cara para enfrenar la indignación. A cuanto le decían Segunda y su hermano respondía con bufidos; y si la señora de Izquierdo no me le sujeta por un brazo, de fijo que echa a correr por la escalera abajo.

—No se puede tratar con estas tías farfantonas. ¡Vaya usted al rábano! ¡Vaya usted muy enhoramala!

Pero dando estos respiros a su ira, verdadera o falsa, ello es que no se marchaba, y Segunda le metió casi a la fuerza en la alcoba. Obedeciendo a un impulso instintivo, Estupiñá se quitó el sombrero en el momento en que sentía los chillidos del heredero de Santa Cruz, que estaba pidiendo teta con mucha necesidad. Al ver que el hablador descubría su venerable cabeza, Fortunata sintió en su alma inundación de alegría, y se dijo: "Eso es, saluda a tu amito. El te protegerá como te han protegido sus abuelos y su padre." Plácido se inclinó para verle, y aunque se quería hacer el hombre terrible, se le escapó esta frase:

—Clavado, *talmente* clavado...

—¡Qué feo es!..., ¿verdad, don Plácido?—dijo la madre, radiante de gozo—. Qué, ¿no le da un beso?... ¿Cree que le va a pegar algo? Descuide, que lo bonito no se pega... ¿Sabe una cosa, don Plácido? Me parece que le va usted a querer..., y él a usted también. ¿A que sí?

El hablador murmuraba algo que no se oía bien. Estuvo un momento como indeciso entre el furor y la suavidad. Después rompió a hablar con Segunda sobre si ésta ponía o no ponía aquel año cajón en San Isidro, y se retiró, al fin, despidiéndose de una manera que bien podía pasar por conciliadora. Fortunata estaba contentísima, y se decía: "De seguro que ahora mismo va con el cuento. Es lo que yo quiero, que lleve el chisme." Encadenando las ideas, se daba a pensar en el gusto que tendría de ver a doña Guillermina, presumiendo al mismo tiempo que si la viera había de sentir mucha vergüenza. "Le pediré perdón por lo mal que me porté aquel día, y me perdonará... como ésta es luz. De fijo que me calienta las orejas; pero paso por todo con tal de ver la cara que pone delante de este hijo. A ver qué tiene que decir de mi idea. ¿Qué se le ocurrirá?

Alguna cosa que yo no entenderé ni la entenderá nadie... Diga lo que quiera y tómelo por donde lo tome, Dios no puede volverse atrás de lo que ha hecho; y aunque se hunda el mundo, este hijo es el *verídico nieto natural* de esos señores, don Baldomero y doña Bárbara..., y la otra, con todo su ángel, no toca pito, no toca pito..., eso es lo que yo digo. Que me presente uno como éste... No lo presentará, no. Porque Dios me dijo a mí: *Tu pitarás*; y a ella no le ha dicho tal cosa. Y si doña Bárbara se chifló por el *Pituso falso*, ¡cómo no se dislocará por el oro de ley! De lo contenta que estoy, creo que me voy a poner mala... Y de fijo que Estupiñá lleva el cuento. La que yo quiero que lo sepa primero que todos es mi amiga *la obispa*. ¿Apostamos a que viene a verme? Ya..., no se le queda a ella en el cuerpo el sermón que me tiene preparado. ¡Vengan sermones! No me importa; mejor. Yo le diré que tiene razón; pero que yo tengo el hijo, y allá se van hijos con razones."

Esta visita teníala por infalible, pues la santa era muy amiga de echar réspices y de enderezar a los que cometían pecados gordos. Tan segura estaba de verla, que siempre que sonaba la campanilla creía que era ella, y se preparaba a recibirla, arreglando la cama y poniéndose con la mayor decencia posible, trémula de emoción y esperanza.

III

El bautizo se celebró, con modestia suma, en San Ginés, una mañana de abril, y le pusieron al chico los nombres de Juan Evaristo Segismundo y algunos más. Ballester se corrió gallardamente aquel día a convidar a Izquierdo y a Ido del Sagrario en el próximo café de Levante. Instó mucho al *maestro* a que tomara un bistec; pero don José lo rehusó, aunque buenas ganas tenía de aceptarlo. De sólo oler la carne y ver la sangre de ella y la grasa en el plato de sus amigos, le parecía que se trastornaba. Su almuerzo fué un café con media tostada de abajo y otra media de arriba. Tras el café vinieron las incitantes copas, y también les hizo escrúpulos el profesor; no así *el modelo*, que se llenó el cuerpo de ron hasta que ya no podía más, sin que por eso se perturbase su sólida cabeza, que debía de ser un alambique. Mientras comían, vieron pasar a Maximiliano Rubín, que salía del café; pero como él no aparentó verlos, no le dijeron nada. A eso de la una, Ballester se fué a su botica y los dos Josés a la casa de la Cava. Era domingo, y ninguno de los dos tenía ocupaciones. Izquierdo mandó a Encarnación por una *grande* de cerveza, y, sacando de una caja muy sucia el juego de dominó, extendió y mezcló las fichas para empezar una partidita. Y cuentan las crónicas *platónicas* que antes de llegar a la mitad del segundo juego las pobres fichas se quedaron solas. Ido se había levantado y daba grandes paseos por la sala. Izquierdo se dejó caer sobre el sofá de Vitoria y dormía como un *verídico* bruto, el sombrero sobre los ojos, la boca abierta y las cuatro patas estiradas. La *señá* Segunda se llevó a Encarnación a la plazuela, porque la noche antes había habido fuego en dos o tres puestos inmediatos al de ella, y se pasó la mañana ayudando a sus compañeras a meter los trastos que sacaron y a reparar lo que de reparación era susceptible.

Fortunata estuvo aquel día aburridísima, con muchas ganas de levantarse. Por respeto a las ordenanzas del señor de Quevedo, seguía en la cama; pero ya no aguantaría aquella cárcel enojosa dos días más. Juan Evaristo Segismundo, después que le trajeron de San Ginés, estaba tan guapote y satisfecho, cual si tuviera conciencia de su dichoso ingreso en la familia cristiana; y, para celebrarlo, en cuantito llegó al lado de su madre buscó la despensa y se puso el cuerpo que no le cabía una gota más de leche. Oía Fortunata los ronquidos del venerable *Platón*, cual monólogo de un cerdo, y sentía también los paseos de Ido, y algún monosílabo ininteligible, suspiros que parecían ayes de pena o invocaciones poéticas; y cuando el profesor llegaba, en su deambulación febril, a la puerta de la alcoba, creía distinguir sus manos o parte de un brazo que subían hasta cerca del techo. Luego sonó la campanilla, y don José fué a abrir. Fortunata creyó que era Encarnación que volvía de la plazuela; pero se equivocaba. No tardó en oír cuchicheos en la puerta. ¿Quién sería? Después sintió pasos y un chillar de botas que la hicieron estremecer, y se quedó muda de te-

rror al ver en la puerta a Maximiliano. Era él; así lo afirmó después de dudarlo un momento. La estupefacción que sentía apenas le permitió dar un grito, y su primer movimiento fué echarle los brazos al nene, dedicida a *comerse a bocados* a quien intentase hacerle daño o quitárselo. Rubín estuvo más de un minuto sin dar un paso, clavado en la puerta y destacándose dentro del marco de ella como la figura de un cuadro. ¡Cosa rara! Ningún signo de hostilidad se veía en su cara ni en su ademán. Miraba a su mujer con seriedad, pero sin dureza, y cuando dió los primeros pasos para acercarse a la cama, su expresión era casi indulgente. Pero ella no las tenía todas consigo, y le miró como quien se dispone a una defensa enérgica.

—Tío, tío—dijo, alzando la voz—. Encarnación...

Como ni Izquierdo ni la criada respondieran, quiso llamar al esperpento aquel que en el cuarto se paseaba. Mas al ir a pronunciar su nombre, se le borró de la memoria.

—¿Cómo diablos se llama este hombre?... Usted, venga acá... ¡Ah!, ya me acuerdo. Señor Sagrario, haga el favor de despertar a mi tío.

Pero ni el tío despertaba ni don José se hacía cargo de que le llamaban.

—Parece que me tienes miedo y que pides socorro—le dijo Maxi con fría bondad—. No te voy a comer. Estás equivocada si piensas que vengo de malas. Si no se trata ya de matarte ni de matar a nadie... Esa idea estúpida voló..., por fortuna para todos.

Diciendo esto, se sentó en la silla y quitándose el sombrero, lo puso sobre la cama. Fortunata le encontró más delgado; la calva parecía mayor, y sus miradas tenían cierto reposo que la tranquilizó.

—Aunque nadie me ha dicho una palabra—prosiguió Rubín—, sé todo lo que te ha pasado; lo he sabido por mi propia razón, y vengo a compadecerte y a hacerte un gran bien... Porque yo perdí la razón, bien lo sabes; pero luego la volví a adquirir. Dios me la quitó y me la volvió a dar tan completa, que en este momento estoy más cuerdo que tú y que toda la familia. No te asombres, hija, que bien conocerás, por lo que voy a decirte, que mi cabeza está buena, tan buena como nunca lo estuvo. Qué, ¿no lo crees?

Fortunata no sabía si creerlo o no. Su miedo no se había extinguido, y esperaba que tras aquellas palabras tranquilas vinieran otras airadas y sin pies ni cabeza. No dijo nada, y siguió protegiendo a su hijo, en actitud de defenderle al primer ataque. Maxi no parecía reparar en el niño. Con gran serenidad habló así:

—Tan sano estoy de la cabeza, que me hago cargo de tu situación y de la mía. Ya entre tú y yo no puede haber nada. Nos casamos por debilidad tuya y equivocación mía. Yo te adoraba; tú a mí, no. Matrimonio imposible. Tenía que venir el divorcio, y el divorcio ha venido. Yo me volví loco y tú te emancipaste. Los disparates que habíamos hecho los enmendó la Naturaleza. Contra la Naturaleza no se puede protestar.

Miraba el bulto que en la cama hacía Juan Evaristo; pero como su ademán no tenía nada de hostil, Fortunata se iba sosegando.

—¡Ya sé lo que hay aquí! ¡Pobre niño! Dios no ha querido que sea mío. Si lo fuera, me querrías algo. Pero no lo es, todo el mundo lo sabe, y lo sé yo también. Divorcio consumado. Más vale así. Yo no debí casarme contigo. Bien lo pagué perdiendo la razón. ¿Qué debo hacer ahora que la he recobrado? Pues ver las cosas de muy alto, y acatar los hechos, y observar las lecciones tremendas que da Dios a las criaturas... Antes me las dió a mí..., ahora a ti. Prepárate. No vengo a hacerte daño, sino a anunciarte la buena nueva de la lección, porque estas pedradas que vienen de arriba sanan, curan y fortalecen.

"Pero este hombre—se decía Fortunata—, ¿está cuerdo o está más loco que antes? Buena jaqueca me está dando; pero como no pase de ahí, se le puede aguantar."

Algo quiso decir ella en alta voz; pero él no le dejaba meter baza, y como si trajera un discurso preparado y no quisiera dejar de pronunciar ninguna de sus partes, pegó en seguida la hebra.

—¿Te acuerdas de cuando yo estaba loco? Los ratos que te di te los tenías bien merecidos; porque, en realidad, te portabas muy mal conmigo. Tu infidelidad se me había metido a mí en la cabeza; no tenía ningún dato en que fun-

darme; pero el convencimiento de ella no lo podía echar de mí. No sé decir bien si soñé que ibas a ser madre, o si me inspiraron estas ideas los celos que tenía. Porque yo tenía unos celos, ¡ay!, que no me dejaban vivir. "Mi mujer me falta—decía yo—, no tiene más remedio que faltarme. No puede ser de otra manera." Y como por lo mucho que te quería yo no encontraba a tu pecado más solución que la muerte, ahí tienes por qué me nació en la cabeza, lo mismo que nace el musgo en los troncos, aquella idea de la liberación, pretextos y triquiñuelas de la mente para justificar el asesinato y el suicidio. Era aquello un reflejo de las ideas comunes, el pensar general, modificado y adulterado por mi cerebro enfermo. ¡Ay, qué malo me puse! Te digo que cuando inventé aquel sistema filosófico tan ridículo, estaba en el período peorcito. No me quiero acordar. Los disparates que yo decía los recuerdo como se recuerdan los de las novelas que uno ha leído de niño; y ahora me río de ellos, y calculo cuánto se reirían los demás. ¿Te acuerdas tú?...

Fortunata respondió que sí con la cabeza. No le quitaba los ojos, siguiendo atentamente sus movimientos por ver si se descomponía y estar preparada a cualquier agresión.

—... Después me atacó lo que yo llamo la *Mesianitis*... Era también una modificación cerebral de los celos. ¡El Mesías.... tu hijo, el hijo de un padre que no era tu marido! Empezó por ocurrírseme que yo debía matarte a ti y a tu descendencia, y luego esta idea hervía y se descomponía como una sustancia puesta al fuego, y entre las espumas burbujeaba aquel absurdo del Mesías. Examínalo bien, y verás que todo era celos, celos fermentados y en putrefacción. ¡Ay, hija, qué malo es estar loco! ¡Cuánto mejor es estar cuerdo, aunque uno, al recobrar el juicio, se encuentre apagado el hornillo de los afectos, toda la vida del corazón muerta, y limitado a hacer una vida de lógica, fría y algo triste!

Al oír esto, que Maxi expresó con cierta elocuencia, Fortunata volvió a inquietarse, y llamó de nuevo a su tío, que seguía dando los ronquidos por respuesta. El mismo resultado tuvieron las voces de "Señor Sagrario, señor Sagrario..., haga el favor de venir". Don José se asomó a la puerta, echando a la pareja una mirada de maestro de escuela que inspecciona el aula en que estudian los alumnos, y vuelta a pasearse, sin hacer caso de nada.

Rubín acercó más la silla, y Fortunata tuvo más miedo.

—Pero todo aquello de la liberación y del Mesías voló. Los hechos reales sustituyeron a las figuraciones de mi cerebro... Dios me volvió mi razón, y me la devolvió corregida y aumentada. Con ella vi los hechos; con ella descubrí lo que mi familia me ocultaba; con ella reconstruí mi ser, que había pasado por tantos cataclismos; con ella me penetré bien de nuestro divorcio y deseché dos y hasta tres veces la idea de homicidio; con ella pude llegar a considerarte mujer extraña, madre de hijos que yo no podía tener, y con ella me he revestido de serenidad y conformidad. ¿No te admiras de verme como me ves? Más te asombrarías si pudieras leer en mi pensamiento, y comprender esta elevación con que yo miro todas las cosas, la calma con que te veo a ti, la indiferencia con que veo a tu hijo... ¡Un ser más en el mundo! Cuando él ha venido, sus razones tendrá. ¿Qué derecho tengo yo a estorbarle la vida? ¿Qué derecho a matarte a ti porque se la hayas dado? Fíjate bien: es muy grave eso de decir: "Tal o cual persona no debió nacer."

"¡Dios mío!—exclamó para sí Fortunata—. Pero ¿este hombre está cuerdo o cómo está? Eso que dice, ¿es razón, o los mayores disparates que en mi vida le he oído?..."

—Yo pregunto—añadió Maxi, acercándose más—: el derecho de nacer, ¿no es el más sagrado de todos los derechos? ¿Quién me mete a mí a poner estorbo a ningún nacimiento? Estaría gracioso... Nazcan y vivan, que viviendo aprenderán.

"Nada, para mí está peor que antes —pensaba la esposa—, y esto que dice podrá ser cuerdo, pero yo no entiendo palotada."

—Parece que me tienes miedo—le dijo él, siempre serio y tranquilo—. No sé por qué. Ya habrás visto que a razonable no me gana nadie.

—Sí, es verdad; pero...

—Pero ¿qué?...

—Tú dirás que gato escaldado del agua fría huye—sonriéndose ligeramente por

primera vez en aquella conferencia—. Otra cosa: enséñame a tu hijo.

Fortunata volvió a sentir terror, y al ver que Maxi alargaba las manos hacia donde estaba el pequeñuelo, las apartó con las suyas, diciendo:

—Otro día le verás... Déjale..., está dormido y me lo vas a despertar.

—Pero ¡qué maniática eres!... Yo creí que, después de haberme oído, te convencerías de que mi razón está como un reloj y de que, además, me ha entrado un gran talento. ¿Qué has visto en mí que te parezca sospechoso? Nada absolutamente. Mis sentimientos son de paz; la última idea mala la tuve hace días; pero la arranqué, y estoy limpio de ira y de odio. Y para decírtelo todo en una palabra: Fortunata, soy un santo. No es esto jactancia, es la verdad... ¿Crees que voy a hacer daño a tu hijo? ¡Hacer daño a una criatura! Eso no cabe en lo humano. Déjamele ver, y te diré algo que te aprovechará.

Fortunata, al fin, sospechando que la contrariedad podría irritarle, permitióle ver al nene, sin acercarse mucho, y protegiéndole con sus manos. No dijo nada mientras le miraba. Después volvió a su asiento y estuvo un rato con la mirada perdida entre los ramos de la colcha, ligeramente fruncido el ceño.

—Se parece a tu verdugo. Lo malo no perece nunca. La maldad engendra y los buenos se aniquilan en la esterilidad.

IV

—Tío, ¡por Dios!; tío, despierte usted —volvió a decir Fortunata, gritando; y como asomase a la puerta la fláccida y carunculosa efigie de Ido del Sagrario, la joven le dijo—: Pero ¿qué hace usted que no despierta a mi tío?... ¡Qué sola me tienen aquí! ¡Y esa chiquilla que no viene!

Ido refunfuñó algo que Fortunata no pudo entender. Mirando al profesor con lástima, Maxi dijo a su esposa:

—Este buen señor está tocado. Me da mucha lástima, porque sé lo que es andar mal de la cabeza. Si él quisiera seguir mi plan, yo me comprometía a ponerle como nuevo.

Y en alta voz, viendo al desgraciado Ido llegar otra vez hasta la puerta de la alcoba y mirar hacia dentro con ojos de estúpido:

—Señor don José, serénese y aprenda a ver la vida como es... Es tontería creer que las cosas son como nos las imaginamos y no como a ellas les dé la gana de ser. Al amor no se le dictan leyes. Si la mujer falta, divorcio al canto, y dejar que obre la lógica, pues ella castiga sin palo ni piedra.

Y Fortunata se persignaba, llena de admiración, diciéndose: "Pero ¿será verdad, Dios mío, que a mi marido le ha entrado un gran talento, o estas cosas que dice son farsa para tapar una mala idea? ¿Qué haré yo para que se marche pronto? Porque a lo mejor me sale por malagueñas, y me da el gran susto."

—¡Se parece a tu enemigo!—repitió Maxi, volviendo a la idea que le había excitado ligeramente—. Es una desgracia para él. Y si en lo moral saca la casta, peor que peor. El niño inocente no es responsable de las culpas del padre; pero hereda las malas mañas. ¡Pobre niño! Tengo lástima de él. Si se te muere, debes alegrarte, porque, si vive, te dará muchos disgustos.

A Fortunata le indignó esta idea; pero no se atrevió a contradecirle. Que dijera todo lo que quisiese. Su plan era no contestarle nada, a ver si se aburría y se marchaba pronto.

—Tiene a quién salir—añadió Maxi con lúgubre ironía—. Su papá es de oro... No necesitas decirme que no te hace caso... Harto lo sé. Ni siquiera habrá venido a verte... También me lo figuro. No vendrá; ten por cierto que no vendrá.

—¡Quién sabe!...—se dejó decir la joven, sintiendo que se le apretaba la garganta.

—Te repito que no vendrá... Tengo mis razones para asegurarlo.

—¡Claro!... ¡Qué ha de venir!... Ni falta.

—Dices bien: ni falta. Gracias que te oigo una expresión filosófica. Ese hombre tiene ahora otros entretenimientos.

Fortunata sintió que toda la sangre se le subía al rostro, y se puso muy sofocada. Rubín estiró el codo sobre el lecho, apoyándose en él con actitud perezosa, semejante a la que tomaba en la botica cuando leía.

—Es preciso que lo sepas pronto. Todo lo que tardes en saberlo, tardas en regenerarte.

La *Pitusa* tenía mucho calor, y cogiendo un abanico que junto a la almohada tenía, empezó a abanicarse.

—Es preciso que lo sepas—volvió a decir Maxi, con cierta frialdad implacable, propia del hombre acostumbrado al asesinato—. Tu verdugo no se acuerda ya de ti para nada, y ahora tiene amores con otra mujer.

—¡Con otra mujer!—dijo ella, repitiendo la frase como una muletilla a la cual no se saca sentido. Sus miradas vagaban por los dibujos de la colcha.

—Sí, con otra mujer a quien tú conoces.

El asesino le iba soltando a la víctima las palabras en dosis pequeñas, y la miraba, observando el efecto que le causaban. Fortunata quiso sobreponerse a aquel suplicio, y, sacudiendo la despeinada cabeza, como para alejar y espantar una convicción que quería penetrar en ella, le dijo:

—¿Qué historias me vienes a contar ahí?... Déjame en paz.

—Esto que te cuento no es un enredo; es verdad. Ese hombre está enamorado de otra mujer, y tú la conoces. Aprende, pues. Ahí tienes la maravillosa arma de la lógica humana, con la cual te hiero para sanarte. Más vale morir aprendiendo que vivir ignorando. Esta lección terrible puede llevarte hasta la santidad, que es el estado en que yo me encuentro. Y ¿quién me ha traído a mí a este bendito estado? Pues una lección, una simple lección. Mira, Fortunata, bendito sea el cuchillo que sana.

—Falta que sea verdad lo que cuentas—dijo la víctima, defendiéndose.

—Tú podrás creerlo o no creerlo, como un enfermo puede tomar o no la medicina que el médico le da. Porque esto es la medicina de tu conciencia. ¿Quieres otra? ¿Quieres el nombre de la que te ha robado lo que tú robaste? Pues te lo voy a decir.

Fortunata sintió como un desvanecimiento, y, al incorporarse, se le iba la cabeza, y la habitación daba vueltas en torno suyo. Llevándose las manos a los ojos, dijo a su marido:

—Me lo tienes que decir.

—Es una amiga tuya.

—¡Amiga mía!

—Sí, y su nombre empieza con A.

—¡Aurora, Aurora es!—exclamó la joven, dando un salto en su lecho y mirando a su marido como miran las personas de honor que han recibido una bofetada.

—Ella es.

—Hace tiempo que el corazón me decía algo de esto, pero muy bajito, y yo no lo quería creer.

—Estoy tan seguro de lo que afirmo, que no puede ser más.

—Tú me engañas, tú me engañas—replicó la joven, en actitud de Dolorosa—. Tú me quieres matar, y en vez de pegarme un tiro, me vienes con esta historia.

—Si lo tomas como golpe de muerte, tómalo—manifestó Rubín con implacable frialdad.

—¡Aurora..., Aurora!... ¡Dios mío! ¡Qué idea tan perra!...—agitándose extraordinariamente—. Pero no puede ser. Este hombre está loco y no sabe lo que se dice.

—¿Que estoy loco?...—imperturbable—. Bueno, defiéndete con eso. Pero tú caerás, tú te convencerás. No tienes escape. La verdad se impone. Ahí tienes un tiro que no yerra nunca. ¿Quieres más señas? Cuando Aurora sale de su obrador, él la espera en la calle de Santo Tomás, y van juntos hacia el Ave María. Los domingos, Aurora dice en su casa que va al obrador, y adonde va es a...

—Cállate; te digo que te calles—gritó Fortunata, retorciéndose los brazos—. Eres un mentiroso, un calumniador.

—Pues ¿qué querías tú...?—con sonrisa glacial—. Hija, es preciso estar a las agrias y a las maduras. ¿Qué querías? ¿Herir y que no te hirieran? ¿Matar y que no te mataran? El mundo es así. Hoy tiras tú la estocada, y mañana eres tú quien la recibe... ¿Dudas todavía?

La víctima no dijo nada. No dudaba, no; lo denunciado por aquel hombre, que a veces parecía demente, a veces no, revestía las apariencias de un hecho cierto. Algo tenía la infeliz joven en su cabeza que se lo confirmaba, inundándola de luz. Recordó frases y actos, ató cabos, y... Nada, que era verdad, como hay Dios. El infeliz chico estaría todo lo enfermo que se quisiera suponer, pero lo que decía, verdad era.

—¿Lo dudas todavía?—volvió a preguntar él.

—No sé, no sé... ¿Y si te has equivocado?...—con extremada inquietud y ráfagas de ira—. No sé qué pensar... Maxi,

Maxi, si me hubieras dado un tiro, me habrías matado menos. Te juro que, si es verdad, esa mujer, esa hipócrita, esa sinvergüenza que me vendía amistad, no se ha de reir de mí. Te juro que le pateo el alma más pronto que lo digo—revolcándose en el lecho—. Esto no puede quedar así. La mato, le saco los ojos, le arranco el corazón... Que me traigan mi ropa. Tío, chiquilla; quiero levantarme. Pero ¡qué abandonada me tienen!

—Comprendo que te dé tan fuerte. Así me dió a mí; pero luego me he vuelto estoico. Aprende de mí. ¿No ves qué sereno estoy? He pasado por todas las crisis de la ira, de la rabia y de la locura...

—Porque tú no eres un hombre—interrumpiéndole.

—Es que las lecciones me han valido.

—Bueno; porque eres un santo... Yo no soy santa; ni quiero.

—Y ¿por qué no habías de serlo tú también?—tomándole las manos y tratando de contener con suavidad sus movimientos de ira—. ¿Por qué no habías de aspirar al estado en que yo me encuentro? A él he llegado pasando por la rabia, por la locura... Ahora mismo, no hace mucho, cuando vi a ese diablo de hombre cometiendo una nueva infamia, sentí otra vez la debilidad de espíritu que creía vencida...; me entraron ganas de pegarle un tiro, por librar a la Humanidad de semejante monstruo... Pero después he sabido vencerme, y he dicho: "Mejor castiga una consecuencia lógica que un puñal."

—¡Quiere decirse que le viste con ella y te quedaste tan fresco!—gritó la joven, furibunda, echando llamaradas de los ojos.

—No me quedé fresco... Me alboroté mucho; pero después vino la reflexión. Lo que importa, me dije, no es que él muera, sino que ella aprenda. Y tú has aprendido.

—¡Pues si yo los llego a ver...!

—Si los llegas a ver, acuérdate de mí. Hazte santa, como yo... Los miras y pasas...

—Tú no eres hombre... Tú no eres nada—exclamó la joven, con desprecio—. A ella, a esa bribona, es a quien yo quisiera arreglar. Si la cojo no lo cuenta. ¡Infame, arrastrada, indecente, engañarme así!

—Tú mira bien si tienes derecho a tratarla de ese modo.

—¡Pues no he de tener!—ofuscándose por completo y sin reparar en lo que decía—. Me ha quitado lo mío. Yo seré mala; pero ella lo es más, mucho más.

—Comprendo tu exaltación. Yo, que no tenía otro móvil que la justicia, cuando los vi, cuando me persuadí de que pecaban, cree que, si tengo un revólver, les suelto los seis tiros por la espalda.

—Bien, bien—dijo la esposa con ferocidad—. ¿Por qué no lo hiciste? Eres un tonto... Aunque después me hubieras matado a mí también. Tienes derecho a hacerlo.

—Los vi entrar en aquella casa...

Fortunata abría los ojos con espanto.

—Los esperé para verlos salir. Calle tal, número tantos. Me escondí en un portal. ¡Oh! La suerte de ellos fué que no llevaba revólver.

—Yo te lo compraré... Hoy mismo, ahora mismo—agitándose en el lecho, cogiendo a su hijo, volviéndolo a dejar, descubriéndose el pecho, tapándoselo y sin saber qué hacer.

—¡Matar!... ¿Lección a ella? ¿Y la tuya?

—¿La mía, la mía? Ya la tengo, majadero. ¿Todavía quieres más lección? A esa traicionera sí que se la voy yo a dar, y gorda.

—Irás a presidio si matas.

—Pues iré contenta.

—¿Y tu hijito?

Al oír esto, Fortunata tuvo un retroceso en su salvaje idea, y, cogiendo al chiquillo, que empezaba a rezongar, se lo llevó al seno.

La madre lloraba, el chico también, y el gran Ido apareció otra vez en la puerta sin decir nada, contemplando a marido y mujer con miradas semejantes a las de las estatuas de yeso o mármol, pues parecía no tener niñas en los ojos. Gracias que la entrada de Segunda puso término a la situación; y lo mismo fué ver a Rubín que volarse, soltando por aquella boca sapos y culebras y echando la culpa de todo a su hermano y al tagarote inútil de don José Ido, el cual, viéndose insultado, a su parecer tan sin motivo, hacía contracciones casi inverosímiles con los músculos de la cara, juntando un ojo con la boca y encaramando el otro hasta la raíz del pelo.

—Yo no sé lo que es—decía—, yo no sé lo que es; pero hoy no tengo la ca-

beza buena... Y conste que si entró fué porque quiso; que yo no le mandé entrar..., y si la mata, sus razones tendrá, naturalmente... ¡Vaya con la señora esta, qué genio gasta! Y ¡cómo me trata! ¿No sabe quién soy? Pues soy Josef..., el Idumeo..., profesor en partos... intelectuales.

V

—Cállese usted, so *guillati*—chillaba Segunda, que, por los movimientos amenazadores que hizo, parecía dispuesta a desbaratar con un par de bofetadas la frágil persona del *profesor idumeo*—. La culpa la tiene este morral que está aquí durmiéndola.

Obra de romanos fué el despertar a *Platón*; por fin, su hermana le tiró de una pata, mientras Encarnación tiraba de la otra, y el corpachón del *modelo*, resbalando sobre el sofá, se desplomó con estruendo sobre el piso. Un rato estuvo estirándose, refregándose los ojos con las manazas y escupiendo más *hostias* que palabras.

—*¿Onde* está el judío ladrón que ha entrado sin mi *premiso?* ¡Hostia!, que le parto por la *metá*.

El lenguaje de Segunda no desmerecía del de su hermano por la finura ni por lo escogido de las voces, lo que desagradaba extraordinariamente a Ido. Maxi salió a la salita, y José Izquierdo se le cuadró, ladrándole así:

—¡Ah! Era *usté*. *Ora* mismo a la calle..., ¡brrr...! ¡Y que tengo yo un genio *mu* blando!... Pues si le llego a ver antes, ¡hostia!, me caso con la santísima..., si le llego a ver antes, por el judío balcón, ¡hostia!, va *solutamente* a la calle.

Sin demostrar temor alguno, Maximiliano sonreía. Se armó tal algazara, que tuvo que intervenir Ido con frases de concordia, y Segunda manoteaba, echando la culpa al calzonazos de su hermano, y éste increpaba a Encarnación, y la chiquilla daba de rechazo contra Maxi; y fué tal el vocerío, que hubo de presentarse en la puerta, que estaba abierta, Estupiñá, y penetró en la casa con ademanes policíacos, mandando callar a todo el mundo y amenazando con traer una pareja.

—Ya decía yo que en este cuarto no habría paz, y como sigan así, pronto los planto a todos en la calle.

Se fué refunfuñando, y al anochecer, cuando ya Ido y Maxi se habían marchado, y los hermanos Izquierdo estaban comiendo, volvió a subir, con bastón de mando, y dijo despóticamente:

—Orden, orden, y el primero que meta ruido va a la cárcel.

—Pues qué, don Plácido, ¿va a venir el Viático?

—Poco menos—replicó el hablador, entrando sin pedir permiso y dirigiéndose a la alcoba—. Que va a venir el ama, la señora casera. Mucho orden, señores, mucha formalidad.

Lo mismo fué oír *Platón* que la señora de Pacheco venía, que el temor de verla le intranquilizó y no tuvo ya sosiego. A trangullones despachó la comida, apresurándose a largarse a la calle. Tal era su miedo de que la señora le viese, que bajó la escalera a escape, y se le erizaba el cabello pensando en que si Guillermina subía cuando él bajaba, no tendría donde meterse para evitar su encuentro.

Desde la entrevista con su marido, Fortunata se puso tan inquieta, que Segunda tuvo que enfadarse para impedir que se levantara, pues quería hacerlo a todo trance. El chiquitín debía de encontrar novedad en lo tocante a provisiones de boca, porque estaba malhumorado, como si quisiera también echarse a la calle, en son de pronunciamiento. El aviso de la visita de la santa calmó bastante a la madre; pero no al hijo, que no entendía aún ni jota de santidades. Presentóse la dama a las nueve, acompañada de Estupiñá; y, después de saludar a Segunda, como si fuera ésta la señora más encopetada, pasó, y, antes de decir nada a la que fué su amiga, examinó bien a Juan Evaristo Segismundo. Segunda acercaba una vela para que la dama pudiera ver bien las facciones del niño, quien no parecía entusiasmado, ni mucho menos, con inspección tan impertinente ni con la viveza de la luz, tan próxima a sus ojitos.

—¡Qué mal genio tiene!—dijo la santa, sentándose junto al lecho, mientras Fortunata agasajaba a su hijo y, metiéndole el pecho en la boca, trataba de aplacarle.

Fué Guillermina muy parca en saludos y demostraciones de afecto, y luego, cuando se quedaron solas la señora de

Rubín y la santa, ésta no dijo nada de religión, ni mentó la virtud, ni el pecado, ni cosa alguna concerniente al orden moral. Habló de si la joven madre tenía o no mucha leche, y de si sentía esta o la otra molestia, con otras cosas pertinentes al estado en que se hallaba. Fortunata notó en la cara apacible de la fundadora cierta severidad estudiada, y para romper aquel hielo, dijo lo siguiente, cuya oportunidad podría dudarse:

—Este sí que es el *Pituso* legítimo, el de la propia tía Javiera, ¿verdad, señora? ¡Ah! ¿No sabe? En cuanto mi tío José oyó decir que usted venía, salió de carrera, como alma que lleva el diablo.

—Por el miedo que me tiene. Buena nos la dió... Déjele usted estar, que como yo le coja a mano, le he de decir cuatro cosas.

Y cuando la madre puso al niño a su lado, ya harto y dormido, Guillermina le volvió a mirar atentamente, observando sus facciones como el numismático observa el borroso perfil y las inscripciones de una moneda antigua para averiguar si es auténtica o falsificada. Después dió un suspiro, y guiñando los ojos para mirar a Fortunata, se expresó así:

—¡Buena la hemos hecho, buena!...

Y ambas estuvieron calladas un rato, mirándose.

—Señora—dijo de improviso la parida, como queriendo romper un secreto que abruma—, yo tengo que pedir a usted perdón...

—¡A mí! ¿Perdón... de qué?

—De las burradas que hice, de las atrocidades que dije aquella mañana en su casa de usted. También a ella le pediría perdón si la viera... Me porté mal, lo conozco. Yo no guardo rencor a nadie..., digo, no se lo guardo a ella, porque..., ¡ay!, señora, usted no sabe lo que pasa; usted no sabe que a las dos nos está engañando..., y sé quién es la que nos lo entretiene; una culebra, una hipocritona, que me vendía amistad... Esto no quedará así, señora, no quedará así...

—No me traiga usted a mí cuentos que no me dan frío ni calor—con reprensión cariñosa—. Ahora lo que conviene es tranquilidad; que tiempo hay de ajustar cuentas atrasadas...

Y volvió a mirar al chico, recreándose silenciosamente en su hermosura y lozanía. Fortunata le bebía a ella las miradas, jactándose de adivinarle el pensamiento, el cual bien podía ser éste: "¡Si Jacinta le viera...!" Pero ¿cómo le había de ver? Esto sí que era imposible. "Por mí—pensaba la *Pitusa*—no habría inconveniente... Pero cuánto sufrirá la pobrecilla si le ve! Y puede que se le antoje... Sí, para ella estaba... Amiga mía, tenerlos, tenerlos... Esta le irá contando cómo es; le dirá: "Tiene la boca así, los ojos asado, y en esto se parece a su padre y en lo otro a su madre. Criatura más perfecta no ha echado Dios al mundo."

—Cuando esté usted buena, hablaremos—indicó la santa, con ánimo ya de retirarse—. Yo tengo una idea... No es usted sola quien tiene ideas; sólo que las mías no son malas, al menos no las tengo yo por tales. Y para concluir por hoy, ¿necesita usted algo? Si no puede criar, no se apure; le pondremos un ama a este caballerito, que me parece que no habría de hacerle ascos. Es preciso criarle bien.

—Yo puedo, yo puedo..., ¡vaya!—replicó la otra, contrariada—. ¿Qué cree usted? Soy muy fuerte. Mi hijo no lo cría nadie más que yo.

—Pues alimentarse bien—recobrando su tono, dulcemente autoritario—. Y cuidado con hacerme disparates. Obedecer al médico... Nada de arrebatos de ira, ni devaneos. ¡Ah!, yo dudo mucho que usted sirva...

Y sintiendo uno de aquellos arranques de inspiración que la embellecían y sublimaban, le dijo esto, ya en pie para marcharse:

—Porque ha de saber usted que Dios me ha hecho tutora de este hijo... Sí, buena moza, no se espante ni me ponga esos ojazos. Su madre es usted; pero yo tengo sobre él una parte de autoridad. Dios me la ha dado. Si su madre le faltara, yo me encargo de darle otra, y también abuela. Hijo mío, has venido al mundo con bendición, porque, suceda lo que suceda, no estarás nunca solo. Déjeme usted que le vea otra vez. No me harto de mirarle. Quiero llevármele metido dentro de mis ojos. ¡Virgen del Carmen, qué lindísimo es!... Tiene a quien salir. Adiós, adiós.

Salió acompañada de Estupiñá, diciendo al modo de rezo:

—Acatemos la voluntad de Dios... El sabrá para qué ha mandado acá este angelote. Jacinta, furiosa, dice que Dios

está chocho y que no hace más que disparates... ¡Pobrecilla!... ¡Qué limitada inteligencia la nuestra! No comprendemos nada, pero nada, de lo que El hace, y nos devanamos los sesos por adivinar el sentido de ciertas cosas que pasan, y mientras más vueltas les damos, menos las entendemos. Por eso yo corto por lo sano, y todas mis *matemáticas* se reducen a decir: "Cúmplase la voluntad del Señor."

Fortunata soñó aquella noche que entraban Aurora, Guillermina y Jacinta, armadas de puñales y con caretas negras, y, amenazándola con darle muerte, le quitaban a su hijo. Después era Aurora sola, que cometía el nefando crimen, penetrando de puntillas en la alcoba, dándole a oler un maldecido pañuelo empapado en mejunje de la botica, y, dejándola como dormida, sin movimiento, pero con aptitud de apreciar lo que pasaba. Aurora cogía al chiquillo y se lo llevaba, sin que su madre pudiera impedirlo, ni siquiera gritar. Despertó acongojadísima. Se sentía mal, propensa a desvaríos de la mente en cuanto se aletargaba, y con muchísima sed. Esta llegó a ser tan fuerte, que, no pudiendo despertar a su tía, dando con los nudillos en el tabique, tuvo al fin que levantarse en busca de agua. Al volverse a acostar sintió bastante frío, y con estas alternativas de frío y calor estuvo hasta la mañana.

VI

Ballester fué temprano, y a ella le faltó tiempo para hablarle de la visita de Maxi y de la historia que éste le había llevado. Mucho se incomodó el regente al enterarse de esto, y con desusada seriedad y calor hubo de negar lo que su amigo contara de la *Samaniega*.

—Mire, compañero—dijo ella—, mientras más se amontone usted para negarlo, más creo yo en ello. Usted no habla nunca así; y cuando se pone serio, no dice más que mentiras. Lo que quiere es que yo me serene. Se lo agradezco; pero no puede ser. Y lo que es esa francesilla asquerosa no se ríe de mí.

Agotó el buen amigo toda su lógica para arrancarle aquella idea, sin adelantar nada.

—Y por fin—dijo, tomando el tono festivo y maleante que empleara con Maxi en otra ocasión—, ¿para qué hacemos caso de lo que diga ese desventurado?... ¡Ay, qué románticas y qué súpitas... *semos!* Mi amigo Rubín, con esas apariencias que ahora tiene de hombre de seso, está más *tocati* que nunca. Todo lo dice al revés, y el otro día me sostenía que *Doña Desdémona* es una mujer hermosa. Me parece que si seguimos por ese camino, tendré que traerme acá la vara...

No afectaron a Fortunata estas bromas. Observábala él con atención seria, notando que una idea muy siniestra y tenaz la dominaba, y que no era fácil quitársela de la cabeza. Temió que aquel estado de ánimo influyese desfavorablemente en su salud, y para prevenirlo metióle miedo.

—Me ha dicho Quevedo que en estos días hay que tener mucho cuidado con usted, y que no le permitirá levantarse hasta la semana que viene. Cualquier disparate que usted hiciera podría sernos fatal. Conque, hija mía—tomándole las manos—, muchísimo cuidado. No le digo que lo haga por mí. ¿Qué caso hace usted de este pobre boticarín? Ninguno, y con razón, porque yo para usted no soy nadie... Hágalo por mi amigo Juan Evaristo, a quien quiero ya como si fuera hijo mío, sí, sépalo usted, y me constituyo en su tutor; hágalo por él, y *tutti contenti*.

Parecía convencida, y Ballester se fué con la impresión de haber triunfado. Tranquila estuvo toda la mañana; pero a eso del mediodía, al despertar de un sueño breve, se sintió tan vivamente acometida de ganas de salir a la calle, que no pudo sobreponerse a este ciego impulso. Levantóse, con gran sorpresa de Encarnación, única persona que en la casa estaba, se peinó a la ligera y se puso su falda de merino oscuro, pañuelo de crespón negro, otro de color a la cabeza, mitones colorados, sus botas de caña clara, y... Pero antes de salir dedicó un gran rato a su hijo, que, habiendo despertado cuando la mamá se vestía, parecía declarar, con sus chillidos, que le cargaba la salidita. Le convenció ella, dándole todo lo que quiso o lo que había, y el angelito se quedó dormido en su cuna de mimbres.

—Mira—dijo a Encarnación su ama—, yo voy a salir. No estaré fuera sino poco tiempo, porque tomaré un coche, y haré

la diligencia en media hora. Tú no te separas de aquí, y si despierta el niño, le arrullas y le meces, diciéndole que yo vendré en seguidita... Cuidado cómo te separas de él. Oye: mientras yo esté fuera, no abres a nadie... Mejor será otra cosa: yo cierro, dando las dos vueltas, y me llevo la llave. Si viene Segunda, que espere en la escalera.

Dió muchos besos a su hijo, de quien, por primera vez en aquella ocasión, se separaba, y salió, cerrando la puerta y llevándose la llave. "No sea cosa que alguien venga y... No, no me lo quitarán; pero se han dado casos. Este ángel mío veo que tiene muchos golosos. Y, sobre todo, esa envidiosa de Jacinta es la que más miedo me da. De la pelusa que tiene le van a salir más canas, y se va a poner como un alambre de flaca. Pero ¿qué remedio tiene sino conformarse?... Bastante he penado yo... Que pene ahora ella. ¡Ah! Siento pasos. Francamente, no quisiera que me viera nadie, porque empezarán a decir si salgo o no salgo, y no me gustan *refirencias*. Me parece que es don Plácido el que sube. Me aguardaré un poquito hasta que entre en su casa... Ya llega, abre su puerta. Ahora me escabullo, y Dios me acompañe. Debiera llevar algo que duela... ¡Ah!, la llave. Es mejor que la mano del almirez. Con esto y las uñas..., yo le juro que..."

Tomó un coche, y apenas entró en él se sintió tan mareada, a causa del movimiento y de su propia debilidad, que hubo de cerrar los ojos e inclinar la cabeza para no ver las casas volteando en torno suyo. "Debí haber tomado un caldito antes de salir... Pero a buena hora me acuerdo. En fin, esto pasará." Pasó, ciertamente, y lo primero que hizo al reponerse fué variar la orden que había dado al simón. Habíale dicho: "Ave María, dieciocho"; pero tuvo una idea, y dijo: "Cabeza, diez", sacando la suya por la ventanilla, alargando el brazo y tocando con la llave que en la mano llevaba, al modo de un arma, el brazo del cochero. En la casa últimamente designada estuvo como una media hora, y cuando bajó a tomar de nuevo el carruaje, su cara pálida tenía transparencias de cera, los labios no tenían color.

—¿Adónde vamos, señora?—le preguntó el cochero, viendo que pasaba tiempo sin que diera ninguna orden.

—Subida a Santa Cruz, esquina a la calle del Vicario Viejo.

Y dicho esto, y al rodar de la berlina, daba vueltas a este pensamiento: "Claro, lo que yo dije. La Visitación a mí no me lo había de ocultar. ¡Y luego dice el tonto de Ballester que mi marido está loco! Más razón tiene y más talento que todos los cuerdos juntos... No se ha equivocado ni en tanto así. Veinte duros le he dado a la Visitación por la cantilena... Claro, a mí no me lo había de negar..." Y, partiendo de esta idea, volvía a la misma cien y cien veces, describiendo el doloroso círculo.

Apeóse en la subida a Santa Cruz, y subió al obrador de Samaniego, entrando por el portal, que estaba en la calle del Vicario Viejo. Iba tan decidida, que no tuvo ni la más ligera vacilación. La puerta del entresuelo tenía mampara de hule, que, al abrirse, hacía sonar un timbre. Fortunata había estado allí en los días que precedieron a la inauguración de la tienda, y recordaba perfectamente todo. No había que llamar, sino que se empujaba la mampara, sonaba un *plin* muy fuerte, y ya estaba uno dentro. Así lo hizo aquel día, y apenas recorrió el corto pasillo que a la estancia principal conducía, encaróse con Aurora, que en aquel momento iba desde el centro, donde estaba la mesa, hacia una de las ventanas, llevando telas en la mano. Alrededor de la mesa vió Fortunata como unas seis o siete oficialas, cosiendo, y en un sofá, junto a la ventana apaisada que daba a la calle, estaban dos señoras, examinando a la luz encajes y telas.

—Buenos días—dijo la Rubín, deteniéndose un instante y recorriendo con mirada fugaz todas las caras que delante tenía.

Aurora, al verla, se quedó tan inmutada, que no supo ni qué decir ni qué cara poner.

—¡Ah!... Tú, Fortunata... ¡Cuánto tiempo...!

De improviso tomó un tonillo de sequedad.

—Dispensa... Estoy ocupada. Si quisieras volver a otra hora...

Pero al instante cambió de registro.

—¡Qué cara te vendes! ¿Has estado mala?

—Y tú, ¿cómo estás?... Siempre tan famosa...—le dijo Fortunata, acercándose y poniendo una cara fingidamente

amable, pero en la cual no era difícil ver la cruel suavidad con que algunas fieras lamen a la víctima antes de devorarla.

—Y tú, ¿dónde te metes?—balbució Aurora, muy cortada, sin saber para dónde volverse.

Por fin se dirigió a las señoras que allí estaban; pero no supo qué decirles. Fortunata se le puso delante cuando volvía hacia la mesa central.

—Tenía que hablar contigo... Como no se te ve... ¡Ay, qué amigas éstas; se muere una sin que le digan nada!

Algo se tranquilizaba Aurora con este lenguaje, y sonriendo, contestó:

—Hija, con tantas ocupaciones no tiene una tiempo para visitas. Pensé ir a verte... Pero siéntate.

—Estoy bien así... Pronto despacho.

Aurora se acercó otra vez a las señoras, y al volverse, su amiga le tocó un brazo.

—Tenía que hablarte dos palabras..., una cosita que te quería decir. Me estaba muriendo por verte. ¡Ingrata! Sabiendo el gusto que me da tu compañía...

—Tienes razón—dijo la otra, volviendo a inquietarse, porque en la cara de su amiga advirtió algo que la puso en cuidado—. Todos los días pensaba ir...

—Sabiendo que te quiero tanto...

—Y yo a ti... Pero ¿por qué no te sientas?

—No... Me voy en seguida. No he venido más que a traerte una cosa...

—A traerme una cosa..., ¡a mí!

—Sí, verás.

Y diciendo *verás*, hizo con el brazo derecho un raudo y enérgico movimiento, y le descargó tan de lleno la mano sobre la cara, que la otra no pudo resistir el impulso y, dando un grito, se cayó al suelo. Fortunata dijo:

—¡Toma, indecente, púa, ladrona!

Bofetada más sonora y tremenda no se ha dado nunca. Todas las oficialas corrieron, espantadas, al auxilio de su jefa; pero, por pronto que acudieron, no fué posible impedir que Fortunata, empuñando su llave con la mano derecha, le descargase a la otra un martillazo en la frente; y después, con indecible rapidez y coraje, le echó ambas manos al moño y tiró con toda su fuerza. Los chillidos de Aurora se oían desde la calle. Las dos señoras aquellas salieron a la escalera pidiendo socorro. Gracias que las oficialas sujetaron a la fiera en el momento en que clavaba sus garras en el pelo de la víctima, que, si no, allí da cuenta de ella. Sujetada por tantas manos, Fortunata hizo esfuerzos por desasirse y seguir la gresca; pero, al fin, el número, que no el valor, venció su increíble pujanza. A una de las modistillas la tiró patas arriba de una manotada; a otra le puso un ojo como un tomate. Dando resoplidos, lívida y sudorosa, los ojos despidiendo llamas, Fortunata continuaba con su lengua la trágica obra que sus manos no podían realizar.

—Eso para que vuelvas, so tunanta, a meter tus dedos en el plato ajeno... Embustera, timadora, comedianta, que eres capaz de engañar al Verbo Divino. ¡Lástima de agua del bautismo la que te echaron! Tramposa, chalana... Te pateo la cara, aunque me deshonre las suelas de las botas.

Y tal esfuerzo hizo por desasirse, que a punto estuvo de lograrlo. Dos de ellas habían acudido a levantar a Aurora, que continuaba dando gritos de dolor. Si no se presentan Pepe Samaniego y un dependiente, sabe Dios la que se arma allí.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién es usted? ¿Qué busca usted?

—¡Quién soy!...—gritó Fortunata con desesperación—. Una persona decente.

—Sí, ya se conoce... Aurora, ¡por Dios! ¿Qué es esto?

—Una persona decente, que ha venido a ajustarle la cuenta a este serpentón que tiene usted en su casa. Y también es calumniadora.

—Cállese usted y váyase muy enhoramala... Pero ¿qué es esto, Aurora?... ¡Jesús!, sangre en la cabeza. Una herida... Oiga usted, mujerzuela, ahora mismo va usted a la cárcel... ¡Eh! Llamad a una pareja.

La Fenelón estaba como desmayada, y sus alumnas le desabrocharon el vestido para aflojarle el corsé.

—Quien va a ir a la cárcel es ésa—chilló la agresora, frenética, revertida otra vez bruscamente a las condiciones de su origen, mujer del pueblo, con toda la pasión y la grosería que el trato social había disimulado en ella—. Yo no he faltado... A mí sí que me han faltado... Esa bribona me ha engañado, nos ha engañado a las dos, porque somos dos

las agraviadas, dos, y usted debe saberlo... *Aquélla* es un ángel; yo, otro ángel; digo, yo no... Pero hemos tenido un hijo: *el hijo de la casa*, y ésta es una entremetida, fea, tiñosa y sinvergüenza, que me la tiene que pagar, me la tiene que pagar.

—¡Si no se calla usted...!—dijo Samaniego, llegándose a ella con ademán amenazador—. Vamos, que por ser usted mujer no le sacudo el polvo ahora mismo.

—¿Usted a mí?... Falta que pueda. Más le valdrá a usted no permitir las indecencias que hace ésta...

—Le digo a usted que si no se calla... No me puedo contener... ¡Eh!, llamad a una pareja.

La escena tomó aún peor carácter con la aparición inesperada de doña Casta, que hubo de llegar a la tienda en aquel instante, y enterada de la zaragata, subió renqueando, y entró en el teatro del dramático suceso dando gritos:

—¡Hija de mi alma!... ¡Pero qué!... ¡La han matado!... ¡Sangre!... ¡Ay Dios mío! ¡Aurora..., Aurora! Pero ¿quién ha sido?... ¡Ah, esa mujer...!

—Sí, yo, yo he sido—le dijo Fortunata desde el rincón donde la tenían acorralada—. Mejor cuenta le tendría a usted, so bruja, no ser tapadera de las tunanterías de su niña...

Doña Casta, acudiendo a su hija, no se hacía cargo de las flores que la otra le echaba. Aurora volvió en sí exhalando gemidos.

—No es nada, tía—dijo Samaniego—. No se asuste usted... Una leve contusión, y el susto correspondiente... Pero ¿no se calla esa salvaje?... A la Prevención, a la Prevención...

—Dejadla. Que se vaya...—murmuró Aurora, con los ojos cerrados.

—¡A la cárcel!—gritaba, ronca, doña Casta.

—No: a la cárcel, no—dijo la víctima, haciendo gala de generosidad—. Dejadla, dejadla... Pepe, no le hagas nada.

—No; si yo no le pego... Allá se entenderá con el juez.

—No; juez, no; juez, no—decía la de Fenelón, muy apurada—. La perdono. Dejadla; que se vaya pronto; que yo no la vea.

Fortunata, implacable, no se quería callar, y entre los que rodeaban a la víctima se dividieron los pareceres respecto a lo que se debía hacer con la agresora. Subió más gente, y el obrador, con tanto vocear y las pisadas de los que entraban y salían, parecía un infierno.

VII

La primera que llegó a la casa de la Cava, durante la ausencia de la *Pitusa*, fué Guillermina. Después de llamar dos veces, la voz de Encarnación le respondió a través de los agujeros de la chapa:

—La señorita ha salido. Me ha dejado encerrada.

—¡Ha salido!... ¡Dios nos asista!... Pero ¿es verdad, o es que no quiere recibirme?

—No, señora; no está. Dijo que volvería pronto. Echó la llave con dos vueltas.

—¿Y el niño?

—Sigue tan dormidito.

—Esperaré un rato—dijo la santa, dando un suspiro; y cansada de estar en pie, se sentó en el más alto escalón del tramo. Parecía una pobre que espera se abra la puerta para pedir limosna—. Pero ¿dónde habrá ido esa loca?... Lo que yo digo: a ésta no la sujeta nadie. No va a poder criar a su hijo. Tiene a lo mejor algunas corazonadas felices; pero cuando menos se piensa la pega... El mejor día abandona a su niño o lo mete en la Inclusa... No, eso sí que no se lo consentimos. Si el pobrecito tiene una madre descastada, no le faltará quien mire por él.

Cuando esto pensaba, sintió subir a otra persona. Era Ballester, quien, al verla, se quedó algo cortado.

—¿Viene usted a esta casa?—le dijo la dama—. Pues tómelo con paciencia, que el pájaro voló. La señora esa se ha ido a la calle. Dentro están el chico y la criada; pero como se llevó la llave, no podemos entrar. Aguante usted el plantón como yo, si no tiene prisa, que ya no puede tardar.

—¡Pero si le habíamos prohibido que saliera!—asustadísimo y disgustado—. Anoche, según me dijo don Francisco de Quevedo, estaba algo excitada. Por eso yo venía a ver... ¡Qué disparates hace!

—¡Ya lo creo que es disparate! ¿Y usted no sospecha dónde podrá estar?

—Yo..., nada. En fin, esperaremos.

Sentóse el regente dos escalones más abajo, y la santa guiñó los ojos para

mirarle. Como no se paraba en barras cuando creía necesario interrogar a alguna persona, de buenas a primeras acometió a Ballester en esta forma:

—Dígame usted, caballero, y dispense la confianza: ¿Es usted la persona que ahora... tiene más ascendiente con esta mujer?

—Yo, señora..., ascendiente no creo tenerlo... La conozco hace poco tiempo. Soy su amigo; me intereso algo por ella.

—No trato yo de que usted me diga qué clase de amistad es ésa...

—Las relaciones más puras... Qué, ¿no lo cree usted?

—Sí, yo creo todo. Precisamente, tengo mucha fe—riendo con gracia—; pero no se trata ahora de esto. ¿A mí qué me importa? Lo que quiero decir es que si usted tiene algún influjo sobre ella, debe aconsejarle que... Porque el día mejor pensado, esta mujer vuelve a las andadas, y se cansará de criar a su niñito. Lo mejor sería que le pusiera un ama, entregándoselo a personas que le habrían de cuidar mejor que ella. Aconséjele usted esto.

—Yo..., qué quiere usted que le diga..., creo que no le abandonará. Está muy entusiasmada con él.

—Sí; buen entusiasmo nos dé Dios. ¡Mire usted que ésta...! ¡Marcharse a paseo! Qué ganas de calle tenía. Ni sé cómo el angelito aguanta tanto tiempo sin mamar...

No había acabado de decirlo, cuando oyeron los chillidos del pobre niño. No pudiendo contenerse, Guillermina se levantó y fué hacia la chapa agujereada, y por allí echó estas vehementes expresiones:

—¡Hijo mío, esa loca que no viene!... Tienes razón... ¡Bribona! Aguárdate un poquitín, un poquitín.

Llamó para que viniese a la puerta la chiquilla, y le dijo:

—Oye, niña, a ver cómo le entretienes, un momentito, que tu ama no puede tardar. Mécelo en su cunita, cántale algo, sosona.

Y volviendo al peldaño, charló con su compañero de plantón:

—¡Qué alma de mujer!... ¡Ay! Tengo el genio tan vivo, que rompería la puerta, cogería al niño y le llevaría a que le dieran de mamar... ¿Es usted médico?

—No, señora; soy farmacéutico.

Se calló porque sintieron pasos, ya muy cerca, como de una persona que subía con cautela, y miraron a la meseta inmediata, esperando a que el que subía diese la vuelta. La aparición de aquella persona los dejó a ambos muy sorprendidos. Era Maximiliano, quien al ver a doña Guillermina y a Segismundo sentados en la escalera, hizo el siguiente razonamiento: "Dos personas que esperan y que se sienten cansadas. Luego hace tiempo que esperan, y la casa está cerrada."

Un rato estuvo inmóvil sin saber si seguir subiendo o volverse para abajo. El regente se reía y Guillermina le miraba con gracejo.

—Nada—le dijo ésta—, que tiene usted que esperar también. ¿Tiene usted llave?

—¿Llave yo?

—La del campo—indicó Ballester con mal humor, discurriendo que maldita la falta que hacía Maxi allí—. Más vale que se vaya usted, amigo Rubín, y vuelva, porque esto va largo.

—Esperaré yo también—contestó el otro, sentándose debajo de Ballester.

Y volvieron a oírse los desesperados gritos del *Pituso*, y Guillermina no disimulaba su impaciencia y zozobra.

—Ya se ve, la pobre criatura tiene ganita... ¡Cuidado que levantarse antes de tiempo y plantarse en la calle...! Le digo a usted que le pegaría...

Maximiliano callaba, no quitándole los ojos a la santa, a quien nunca había visto tan de cerca.

—Pues estamos lucidos—añadió ella—. Ya somos tres. Y esto va picando en historia. Siento pasos. Si será, al fin, esa veleta...

Los pasos no parecían de mujer. ¿Quién sería? Miraron los tres, y apareció José Izquierdo, quien al ver a doña Guillermina se sobresaltó extraordinariamente y miró para abajo, como si se quisiera tirar de cabeza. Habría él dado cualquier cosa por tener dónde meterse. La santa se reía en sus barbas, y por fin le dijo:

—No me tenga usted miedo, señor de *Platón*... ¿Por qué está usted tan asustado? No me como la gente. Si somos amigos usted y yo...

—Señora—dijo el *modelo* con un gruñido—, cuando el *endivido* tiene necesidad, no *pue* ser caballero y hace *cualsiquiera* cosa.

—Sí, hombre, ya lo sé; y aquel gran timo que usted nos dió está olvidado... ¡Pues si viera usted qué guapo está el *Pituso*!

—¿De veras? ¡Ay! ¡*Probe* piojín de mis entrañas!

—Sí; se cría perfectamente. Y es tan listo y tan travieso, que tiene alborotado todo el asilo.

—¡Ay! Cómo se le conoce la santísima sangre de su madre, que revolvía medio mundo. Si tenía aquel chico un talento macho..., vamos, que...

—Ahora está usted como quiere, señor de *Platón*, según he oído, ganando unos grandes dinerales con la pintura.

—Defendemos el santo garbanzo, señora...

—Yo me alegro por diferentes motivos, pues estando usted tan en grande no se le ocurrirá engañar a la gente.

Izquierdo se rascaba una oreja, y la habría dado porque la santa mudara de conversación.

—Si la señora quiere, no miremos *patrás*.

—Si esto no es mirar *patrás*... Vamos, que ahora, si usted estuviera mal de fondos, bien podría intentar otro negocio como aquel..., y no con moneda falsa, sino con legítima.

Ballester se reía y Maximiliano estaba muy serio, lo que reparó la fundadora, apresurándose a decir:

—Si no fuera por estas bromas, ¿cómo pasaríamos el horrible plantón? Yo me consumo cuando tengo que esperar, y cuando espero estúpidamente por la tontería de una persona, pierdo la paciencia en absoluto...

Volvió a oírse la quejumbrosa cantilena de Juan Evaristo, y Guillermina tiró de la campanilla para decir a la criada:

—Mujer, entretenle; dile cositas. Pareces tonta... ¡Hijo mío, ya viene, ya viene!... Verás qué soba le doy cuando entre, por tenerte así tan solito, muertecito de hambre... Señores—volviendo al escalón—, ustedes me han de dispensar, y si alguno se cansa, no esté aquí por hacerme compañía. Algo debe de haberle pasado a esa mujer cuando tarda tanto. Propongo que se nombre una comisión que vaya a hacer un reconocimiento a la calle y averigüe dónde puede estar.

Al decir esto, miraba a Maxi, dando a entender que fuera él de la citada comisión. El joven no hizo ademán alguno que indicara intención de moverse, y en la misma actitud perezosa en que estaba, mirando de soslayo a sus compañeros de plantón, dijo así:

—Hace como unos cinco cuartos de hora iba en un coche por la calle de Atocha. Entró por la calle de Cañizares... Hace como unos tres cuartos de hora, vi el mismo coche atravesar la plaza de Santa Cruz hacia la calle de Esparteros...

Ballester y Guillermina se miraron alarmados.

—Pues propongo—repitió ella—que vaya una comisión a la calle de Esparteros... ¿Y no vió usted si el coche se detuvo en alguna parte?

—No, señora... Yo creí que el coche venía hacia acá, pues aunque el camino más directo desde la calle de Atocha es la plaza Mayor, Ciudad Rodrigo y Cava, como en la entrada de la plaza, por Atocha, están adoquinando y no se puede pasar, dije yo: "Es que el cochero va a tomar la calle Mayor." Pero por lo visto no ha venido aquí. Luego ha ido a otra parte. Quizá haya ido a visitar a alguna amiga; Aurora, por ejemplo.

Ballester y la santa volvieron a mirarse con inquietud.

—Lo que este chico dice—indicó el farmacéutico, comunicando a la dama sus temores—me parece tan lógico, que casi me inclino a tenerlo por cierto.

Oyéronse pasos otra vez; pero eran muy pesados y los acompañaba un carraspeo y resoplido de persona madura, por lo que nadie creyó fuera Fortunata la que llegaba.

—Es *Sigunda*—dijo Izquierdo antes de verla, y no se equivocó.

La placera se puso en jarras al ver la escalonada tertulia que allí había, y cuando apreció quién estaba sentada en el lugar más alto, abrió medio palmo de boca, expresando su admiración de esta manera:

—¡Bendito Dios! ¡El ama de la casa sentadita en la escalera, como una pobre que está esperando las sobras de la comida! Pero qué, ¿no está esa diabla? ¡Se ha escapado a la calle! Me lo temía. ¡Qué cabeza! ¡Si estaba ella anoche muy encalabrinada...! Pero, señora, ¿por qué no pasa a casa de don Plácido? Allí habrá sillas al menos, y podrán la

señora y los señores sentarse a gusto...

—Hágame el favor de llamar en el tercero y ver si está Plácido. Tengo la seguridad de que él la encuentra.

Segunda llamó, y Plácido no estaba.

—¿Quiere la señora que vaya a buscarla? Pero ¿adónde?

—Yo iré—dijo Ballester, que no podía desechar la idea de que en el obrador de Samaniego darían razón de la fugitiva.

Pero aún hablaba con Guillermina en secreto, cuando Segunda, que había bajado en busca de una llave o ganzúa con que abrir la puerta, gritó desde el principal:

—¡Ya está aquí, ya está aquí!

—¡Ah! ¡Gracias a Dios!...—exclamó Guillermina sin intención de doble sentido—. Ya pareció la perdida. Veremos lo que trae.

—Una de dos—dijo Ballester suspirando—: o trae la cara arañada, o trae sangre y quizá piel humana en las uñas.

—Es mucha mujer ésta...

Todos se levantaron, menos Maximiliano, que continuó echado apáticamente hasta que vió a su mujer. Esta subía jadeante, sofocadísima, limpiándose con un pañuelo el sudor de la cara y levantándose las faldas para no pisárselas. En la mano traía la llave de la casa.

—Qué, ¿he tardado?... Si no he tardado nada. Despaché en seguida... ¡Ah! Doña Guillermina también aquí. Hija, yo creí desocuparme más pronto... Y mi rey tiene hambre..., ya le oigo llorar... Voy, voy, hijo de mis entrañas... ¡Ay! Creí que no me dejaban venir. Si me llevan a la cárcel, no sé..., pobrecito mío.

—Abra usted, abra pronto...—le dijo Guillermina, empujándola—, callejera, cabra montés. Está visto: no sirve usted para madre... ¡Angel de Dios! Hace dos horas que está rabiando... Si usted no se enmienda, tendremos que mirar por él.

VIII

Abrió y entraron todos atropelladamente: Fortunata, delante; Guillermina, agarrada a ella, y detrás, Ballester, Maxi, Izquierdo y Segunda. La madre corrió derecha a la alcoba, donde estaba el pequeño en su cuna, dando unos gritos que enternecerían al caballo de bronce de Felipe III.

—Aquí estoy, rico mío; aquí está tu esclava... Ven, ven, cielo de mi vida; toma la tetita, toma... ¡Ay, qué hambre tan grande!... ¡Cuánto ha llorado mi ángel!... Yo, desatinada por venir. ¡Qué contento se pone mi niño!... Ya no llora más, ¿verdad? Ya no más...

Sin quitarse el mantón, había cogido al chiquillo, disponiéndose a aplacar su gran necesidad. Se sentó en la cama para dejar a Guillermina la única silla que en la alcoba había. La santa no atendía más que al pequeñuelo, observando si la ansiedad con que mamaba iba acompañada de satisfacción:

—Me temo que con esos arrebatos se quede usted sin leche.

—¡Quia! No, señora... Vea usted, la tengo de sobra. Al contrario, creo que si no me desahogo me quedo seca. Estaba ya anoche que no cabía en mí. Me era tan preciso vengarme como el respirar y el comer. Pues verá usted..., después de darle una bofetada que debió de oírse en Tetuán, le pegué un achuchón con la llave y la descalabré... Después metí mano a las greñas...

—Cállese usted, por Dios, que me da horror de oírla.

—Me querían llevar a la cárcel, y estuvieron cerca de una hora si me llevan o no me llevan. Fueron los policías, y yo dije que estaba criando. Total, que por fin me soltaron, y aquí me vine corriendo. ¡Si no hay como ser así para que la respeten a una! Si no están allí las condenadas modistas, me paseo por encima de su corpacho como por esa sala. Porque mire usted que es remala; ¡engañar a dos; a dos, señora: a mí y a la otra, que es un ángel, según dice todo el mundo! Dígale usted que su cuenta con la *Samaniega* está ajustada.

—Me parece que está usted trastornada... Cállese, cállese, y atienda a su hijo...

—Ya atiendo, señora, ya atiendo. ¿Pues no me ve?... Hijo, gloria de tu madre, emperador del mundo... ¡Ay! Crea usted que si aquellos perros guindillas no me dejan venir a dar de mamar a mi hijo, no sé lo que me pasa... El mismo Samaniego fué quien me soltó, diciendo: "Que se vaya noramala." Pues sí, señora, estoy contenta. Y crea usted que no me alegro por interés... ¿Para

qué quiero yo el dinero? Para nada. Me alegro por tener *el hijo de la casa*, y esto no me lo quita nadie. Ni con latines ni sin latines me lo quitan. ¿Verdad, señora? Usted está ahora de mi parte. Y *ella* también está ahora de mi parte, ¿verdad?

—Cuando digo que usted no tiene la cabeza buena—bastante alarmada—. Cállese la boca. Tengamos formalidad —dándole palmadas en el hombro—, porque si no le cría bien le pondremos ama; y en último caso, hasta le recogeremos para tenerlo con nosotras.

—¡Quia!... No, señora... Yo no lo suelto—con gran excitación y desbordamientos de alegría—. ¡Estoy tan contenta!... Usted me va a querer, señora, ¿verdad? ¿Me querrá usted? Porque yo necesito que alguien me quiera de firme. Verá usted qué bien me voy a portar ahora. ¿Hombres?, ni mirarlos. No quiero cuentas con ninguno. Mi hijito y nada más.

—Sí..., quien no te conozca, que te compre.

—¡Ah! Usted no me conoce, señora... ¿Cree que...? ¡Ja, ja, ja!... Mi hijito, y aquí paz... Verá usted; nos haremos cargo de que es hijo de las tres, y tendrá tres madres en vez de una...

A la santa le hizo gracia aquella extraña idea.

—...Mire usted: después que Dios me ha dado al *hijo de la casa*, no le guardo rencor a la otra... Porque yo soy tanto como ella, por lo menos... Como no sea más. Pero pongamos que soy lo mismo. No le guardo rencor, y como me apuren mucho, hasta le tomaré cariño... Tres mamás va a tener este rico, esta gloria; yo, que soy la mamá primera; ella, la mamá segunda, y usted, la mamá tercera.

—Pero, hija, qué alborotada está usted, ¡y qué disparates dice!—tomándole el pulso y examinando con alarma el brillo de sus ojos—. Extraño mucho que el pobre Juanín encuentre qué sacar de ese pecho...

Las demás personas que en la casa entraron estaban en la sala, sin atreverse a pasar mientras durase aquel animado coloquio de la diabla y la santa, cuyo lejano runrún oían. Guillermina pasó a la salita en busca de Ballester, que estaba muy cariacontecido junto a los cristales de la ventana, mirando a la plaza, y le dijo:

—Está esa mujer excitadísima, y me temo que se seque... ¿Hay aquí antiespasmódica?

—Sí, sí, la preparé yo con muchísimo esmero; pero traeré más esta noche. ¿Dice usted que está excitadísima?

—Pero atroz... Cabeza trastornada; dice mil despropósitos. Entre usted.

Cuando Ballester le propuso que tomara la medicina, replicó la joven:

—Lo que quiero es agua. Tengo una sed horrible..., la boca seca.

Bebió con ansia, y, entre tanto, la fundadora llevaba aparte a Ballester y le decía:

—Oiga usted. Y su marido, ese pobre hombre, ¿qué viene a buscar aquí? ¿Qué hace, qué dice, cómo ha tomado esto?

—Señora—replicó el regente, fluctuando entre la seriedad y la risa—, ¿usted no lo entiende?... Pues yo tampoco. Su natural es tímido. Por eso, cuando veo que rompe a hablar con personas que no son de confianza, me escamo mucho. De algún tiempo acá todo cuanto ese chico habla es tan atinado, que podrían tenerlo por suyo los siete sabios de Grecia.

—Pero ¿no está...?—preguntó la dama, llevándose a la sien su dedo índice.

—A saber... El fué quien le trajo el cuento de lo del tal con la cual. Quiero decir, con la *Fenelona*. Yo no me fío de la cordura de este caballerito, y siempre que le cojo a mano le registro, a ver si trae algún arma. No me gusta nada verle aquí.

Rubín e Izquierdo estaban sentados en el sofá de la sala, ambos silenciosos. Fortunata llamó a Ballester y a *Platón* para contarles lo que había hecho, y en tanto Guillermina se fué a sentar junto a Maximiliano, insinuándose con él por medio de una sonrisa de benignidad. Quiso la dama hablarle y no pudo decir una palabra, pues con todo su talento y práctica del mundo no acertaba con la clave de las ideas que ante aquel hombre, dada la situación de él, debía desarrollar. ¿Qué le diría? ¡Este sí que era problema! ¿Qué tono tomaría? ¿Era cuerdo el tal o no? Porque si había dificultades considerándole demente, tratándole como sano las dificultades eran tales que rayaban en lo imposible. ¿Le hablaría del niño?... Jesús, qué

disparate. ¿Le diría que su mujer era una joya? ¡Qué barbaridad! ¿Acometería el estado real de las cosas? Ni pensarlo. ¿Lo tomaría por el lado religioso y de la resignación? Tampoco. ¿Por el lado mundano? ¡Quia!... Nunca se había visto la buena señora enfrente de un problema de ciencia social tan enrevesado y temeroso. Aquel enigma superaba a cuantos enigmas había visto ella en su vida infatigable.

"Vamos—pensó la fundadora—, ¿a que tirando por la calle de en medio salgo bien? Es lo mejor, y este sistema siempre me ha dado resultados."

—Oiga usted, caballerito...

—Señora...

Y aquí se atascó el diálogo, porque la santa no se atrevía a pasar adelante. Pero quiso Dios que la misma esfinge le abriese el camino, diciéndole:

—...Yo conocía a usted de vista y de fama; pero nunca había tenido el gusto de hablarle... Es usted una santa, y cuando se muera, la canonizaremos y la pondremos en los altares.

—Gracias; es favor—replicó ella con gracejo—. Y a mí me parece que el santo es usted.

—Yo...—sin maravillarse mucho de la lisonja—. Pero de mí a usted hay una gran diferencia. Cierto que yo he ganado algunas batallitas contra mis pasiones, pero no he llegado, ni con mucho, al grado de perfección que usted. Disto bastante todavía. Si con padecer se llegara, ya estaríamos en el pináculo, porque yo he padecido mucho, señora. Usted se pasmará de la serenidad que nota en mí. Todos se pasman, y no es para menos. Porque aquí donde usted me ve, he estado loco, loco perdido...

—Lo sé, lo sé... ¡Ay, qué dolor!

—Y he ido pasando por este y el otro grado. Primero tuve el delirio persecutorio; después, el delirio de grandezas... Inventé religiones; me creí jefe de una secta que había de transformar el mundo. Padecí también furor de homicidio, y por poco mato a mi tía y a *Papitos*. Siguieron luego depresiones horribles, ganas de morirme, manía religiosa, ansias de anacoreta y el delirio de la abnegación y el desprendimiento... Pero Dios quiso curarme, y poco a poco aquellos estados fueron pasando, y la razón, que estaba muerta, empezó a nacer, primero chiquitita, y después creció tanto, tanto, que se me hizo un cerebro nuevo, y fuí otro hombre, señora. Y me encontré entonces con la novedad de un gran talento, perdóneme usted la inmodestia, con una gran aptitud para juzgar de todas las cosas.

Guillermina estaba pasmada y no se le ocurría nada que oponer a aquellas razones. Expresábase él con admirable serenidad y con fácil y aun ingeniosa palabra, sin atropellarse ni vacilar un instante, las facciones reposadas, todo cortesía y aplomo.

—...Y cuando volví a la vida, porque volver a la vida fué aquello, encontréme como el que sube a un monte muy alto, muy alto, y ve todas las cosas, de golpe, reducidas a mínimo tamaño. "Aquello, decía yo, que me pareció tan grande, vedlo allá tan chiquitín. Híceme cargo de todo lo que había pasado durante mi enfermedad, que más bien me parecía sueño, y vi la infidelidad de esa desgraciada; vi también que tenía una cría, y la claridad de aquella razón nueva y robusta que yo había echado me hizo ver un caso de aplicación de la justicia, y consideré que era de mi deber contribuir a la extirpación del mal en la Humanidad, matando a esa infeliz, con lo cual la redimía, porque yo he dicho siempre: "Bienaventurados los que van al patíbulo, porque ellos en su suplicio se arrepienten, y arrepintiéndose, se salvan."

Guillermina iba a contestar algo a esto; pero el otro no le dejaba meter baza.

—...Aguárdese usted un poquito, que falta la segunda parte. Pensaba yo cómo realizaría aquel acto de justicia, cuando la casualidad, mejor será decir la Providencia, me deparó una solución mejor y más cristiana que la muerte. Esta pobre mujer no necesitaba de mi justicia. Dios mismo había dispuesto su castigo y una lección tremenda. ¿Qué debía yo hacer? Dejar que hiriera la lección. La infidelidad castiga a la infidelidad. ¿Hay nada más lógico que esto? Yo debía, pues, dejar que obrase la lógica. Di gracias a Dios por aquella luz que hizo venir a mí. Dios es el único que castiga, ¿verdad, señora? Y ¡qué bien que lo sabe hacer! ¿A qué usurparle sus funciones? Dios, realizando la justicia por medio de los sucesos, lógicamente, es el espectáculo más admirable

que pueden ofrecer el Mundo y la Historia. Así es que yo me lavo las manos, y dejo que la lección natural se produzca y la justicia se cumpla. ¿Es esto ser razonable? ¿Es esto ser cuerdo?...

Hizo la pregunta cruzándose de brazos, y Guillermina, después de vacilar, le dijo:

—Vaya si lo es. Y Cristo nos enseña que no debemos tomarnos la justicia por nuestra mano, pues Dios castiga sin palo ni piedra, y El da a cada criatura lo que le conviene. Cuando alguna injusticia nos envuelve, por picardías de los hombres, lo que debemos hacer es aguantar, y cruzarnos de brazos, y decir: "Vengan palos. Mientras más me humillen, más me levantaré después. Mientras más me azoten aquí, más salud tendré allá."

—Eso mismo pienso yo. Los resentimientos que había en mi corazón los he ido desechando... La idea de matar la considero yo ineficaz y absurda, como un medicamento equivocado. Sólo Dios mata, y El es quien siempre enseña. Yo he tenido celos horribles, yo he tenido rencores ardientes; sin embargo, toda esta maleza va cayendo bajo el hacha de la razón... Razón y nada más que razón. Ya no pienso en matar a nadie, ni aun a los que tanto odié. Veo las admirables enseñanzas de Dios, veo a los malos recibir su castigo, y procuro no merecerlo yo... Este es mi sistema, esta es mi vida.

Segismundo había llamado a Guillermina desde la puerta de la alcoba. Allí cuchichearon algo referente a Fortunata, y habiéndole preguntado a la santa su parecer respecto al joven Rubín, la fundadora se expresó de este modo:

—Lo último que me ha dicho es el colmo de la sabiduría y de la cordura; pero...

—No las tiene usted todas consigo... Ni yo tampoco.

IX

Izquierdo entró con una botella de cerveza y detrás el mozo del café de Gallo con un *grande* de limón, ponchera y copas.

—La señora—dijo él, queriendo ser amable—, va a tomar un vasito de cerveza con limón.

—¡Quite usted allá!—replicó la dama—. Yo no bebo esas porquerías. Se lo agradezco...

A Fortunata la invitaron también; pero ella no quiso tampoco tomarlo, y pidió leche. Ballester, atento a serle agradable, mandó a Encarnación por la eche, y Guillermina se despidió para retirarse en el momento en que entraba Plácido, que había subido presuroso y lleno de oficiosidad a ponerse a sus órdenes.

Segismundo observaba a su amiga, y a la verdad, no le parecía su estado muy católico. El falso gozo que la hacía reír a cada instante no era buena señal, y hubiera él deseado que hablase menos. Pero todo se volvía contar el lance con Aurora, dándole proporciones trágicas, y, una vez concluído, lo empezaba de nuevo, revelando contra la que fué su amiga una saña implacable. Ballester la contradecía suavemente, recomendándole la prudencia, la tolerancia y el perdón de las injurias. No sabiendo ya qué decirle, llegó hasta sacarle el ejemplo de Maximiliano, que llevaba con tan cristiana mansedumbre el cargamento de sus agravios. La diabla, al oír esto, se reía más, diciendo que su marido era un santo, un verdadero santo, y que si le canonizaban y le ponían en los altares, ella le rezaría y le escupiría. Esto no lo oyó Rubín, que a la sazón estaba jugando a las damas con Izquierdo.

Trajeron la leche, y cuando Encarnación se la servía a su ama, ésta vió que habían caído dos moscas; le entró mucho asco y puso a la chiquilla como hoja de perejil, llamándola puerca y descuidada. El regente mandó traer más leche, y dijo que la de las moscas se la bebería él, pues no tenía asco de nada. Sacó los insectos con el dedo meñique, y su amiga le criticó esta acción, llamándole sucio y tratándole con cierta sequedad. Trajeron la leche bien tapada para que no cayeran moscas, y mientras Fortunata se la bebía, Ballester se tomó la otra, diciendo bromas y chuscadas, con las cuales no lograba disipar la negra tristeza en que la joven había caído tras la ruidosa alegría. Mandóla acostar, y, entre tanto, pasó el farmacéutico a la sala, haciendo que atendía al juego de las damas No podía tener tranquilidad mientras Maxi estuviera allí, ni se fiaba de sus apariencias resignadas y filosóficas. Con disimulo, y fingiendo que

le hacía cosquillas, por jugar, le tocó los bolsillos, temeroso de que llevara algún arma. Pero nada encontró en su disimulado reconocimiento. A pesar de todo, no quería Ballester irse sin llevarle por delante, y tanto bregó con él, que hubo de conseguirlo. Salió, pues, el regente haciendo propósito de volver, pues su amiga le había puesto en cuidado.

Platón se fué también al anochecer, pero a las nueve regresó encendiendo luz en la sala. No eran las nueve y cuarto, cuando Fortunata, que había empezado a dormitar, sintió pasos, y vió que un hombre entraba en la alcoba.

—¿Quién es?—p r e g u n t ó alarmada, echando los brazos a su hijo—. ¡Ah!, eres tú, Maxi; no te había conocido. Está todo tan oscuro.

La tos perruna de su tío la tranquilizó, diciéndole que no estaba sola. Mandó a la chica que trajese luz, pues se le había despabilado el sueño, y José, atento a custodiarla, se asomaba a cada instante a la alcoba. Sentóse Maximiliano junto a la cama como el día anterior, y bondadosamente le dijo:

—Esta tarde había aquí mucha gente y no pude hablarte. Por eso he vuelto. Ya sé que tú y Aurora os pegasteis. Doña Casta está furiosa, y mi tía no puedes figurarte lo alborotada que está contra ti. Sobre este suceso de hoy se me ocurre a mí una cosa que te quiero comunicar.

—Dímelo, dímelo prontito—indicó ella, que sin saber por qué esperaba de aquel hombre, a quien tenía en tan poco, ideas extrañas y quizá consoladoras.

—Pues lo que has hecho esta tarde favorece a tu enemiga—afirmó Rubín con severidad de médico, aguardando el efecto que tales palabras habían de hacer en ella—. Sí; favorece a tu enemiga. Tú eres tonta y no conoces la naturaleza humana. Yo, desde que entré en esta gran crisis de la razón, todo lo veo claro, y la naturaleza humana no tiene secretos para mí...

Fortunata no comprendía.

—...Me explicaré mejor. Quiero decir que al maltratar a tu rival le has dado la victoria sobre ti. El hombre a quien queréis las dos pudo haber vacilado antes de elegir la que definitivamente había de merecer su amor. Ahora no vacilará. Entre una que se descompone y hace las brutalidades que tú hiciste y otra que padece y es maltratada, el amor tiene que preferir a la víctima. Toda víctima es por sí interesante. Todo verdugo es por sí odioso. En un pleito de amor, la víctima gana siempre. Esta es una verdad que está escrita en el corazón humano como en un libro, y yo leo en él tan claro como leemos una noticia en *El Imparcial*. Yo lo sé todo; nada se me oculta. Demasiadas pruebas tienes de ello.

A Fortunata le hizo esto tan mal efecto, que sintió ganas de coger la palmatoria y tirársela a la cabeza. Respondió con despecho:

—Pues si gana ella, mejor. A mí no me importa nada que él la quiera ni que la deje de querer...

—Y ahora la va a querer tanto—agregó Maxi, impasible y frío—, la va a querer tanto, que los amantes de Teruel van a ser paja al lado de ellos. La querrá porque ha sido atropellada, y las víctimas siempre inspiran amor. Créetelo, porque te lo digo yo, que todo lo sé. La querrá con locura, más que a ti, más que a su mujer; y hará con ella lo que no hizo con ninguna. Abandonará a su mujer y a sus padres para vivir a sus anchas con ella... Y serán felices y tendrán muchos hijitos...

Lo que la de Rubín dijo no fué más que un mugido. Hizo el ademán de coger la palmatoria. Después se tapó la cara con la mano.

—...Yo te digo estas cosas porque son la verdad, y te pego con la verdad para que la lección escueza. Así, así es como aprendes. Bonita enseñanza, ¿verdad? Cierto que duele y hace sangre; pero padecer y aprender son sinónimos. Por tu bien es. Tu conciencia se purificará, y ojalá te murieras con esta pena, porque te irías derecha al cielo...

La joven lloraba con angustia, y él no parecía tenerle compasión.

—...Veo que me crees, y haces bien. Lo que te he dicho ha salido siempre verdad. Yo lo sé todo, y mi razón me presenta la vida como un panorama ante los ojos. Es un don que recibí de Dios. Cuando estaba loco, adivinaba por inspiración; bien lo sabes, y recordarás que te anuncié todo lo que iba a pasar... La verdad venía entonces a mí envuelta en una especie de simbolismo, como las verdades reveladas a los pueblos de Oriente. Pero luego entré en la época de la ra-

zón, y la verdad se me ofrece clara y desnuda, y desnuda y clara te la digo. ¿Acerté a encontrarte cuando todos me decían que te habías muerto? ¿Acerté a descubrir lo de Aurora con los detalles de casa, hora a que se reunían...? Pues ya ves. Nada se me esconde, y lo que acabo de decirte es el Evangelio. Has dado la victoria a tu enemiga... Aguanta el golpe. Tu víctima y tu verdugo serán felices y tendrán muchos hijos.

—Cállate, cállate o verás...—dijo Fortunata, amenazándole con el puño y tratando de vencer el terror sugestivo y supersticioso que su marido le inspiraba—. Yo también sé verdades y te voy a decir una.

—Pues dímela pronto.

—Digo que eres un hombre sin honor...

Maximiliano se estremeció ligeramente, pero nada más. Seguía oyendo.

—¿Y qué más?—dijo.

—¿Te parece poco?—prosiguió la diabla, que de rabiosa que estaba tenía espuma y saliva en los labios—. Pues Ballester y doña Guillermina lo decían hace poco: "Es un santo; pero no tiene el sentimiento del honor." Conque ya sabes. Déjame en paz. No quiero verte más. Unos dicen que estás cuerdo y otros que estás loco. Yo creo que estás cuerdo, pero que no eres hombre; has perdido la condición de hombre, y no tienes..., vamos al decir, amor propio ni dignidad... Conque ahí tienes tu lección. Aguanta y vuelve por otra. ¿Qué creías? ¿Que yo iba a sufrirte tus lecciones y no te iba a dar las mías?

—Lo que dices—con glacial estoicismo—es propio de una criatura llena de debilidades y de impurezas, en quien la razón se halla en estado embrionario, y que habla y obra siempre al impulso de las pasiones y del vicio.

—*¡Tiologías!*—gritó Fortunata exaltándose y moviendo los brazos como una actriz en pasaje de empeño—. Si tú hubieras tenido tanto así de dignidad, me habrías pegado un tiro... No lo has hecho. Mejor para mí. Y otra cosa te digo. Si hubieras tenido un adarme de sangre de hombre, cuando viste a ése y a ésa les habrías pegado seis tiros, dejándolos secos a los dos. Pero tú no tienes sangre. Esa santidad y esa cristiandad y esa pastelera razón son la horchata indecente que tienes en las venas...

Izquierdo, que oía desde la puerta, se alarmó, creyendo oportuno evitar aquel coloquio, que tan mal giro tomaba:

—¡Ea!—dijo, entrando—, bastante hemos hablado. Y usted, señor de Maxi, haga el favor de tomar soleta...

Le cogía por un brazo, sin que él hiciera resistencia. Rubín estaba algo aturdido, como si analizara y descompusiera en su mente las acusaciones de su mujer antes de darles la réplica que merecían. De repente, cual movida de un impulso epiléptico, Fortunata se incorporó en el lecho, echó los brazos hacia adelante, clavó los dedos de una mano en el hombro de su marido con tanta fuerza que le tuvo como atenazado, y comiéndosele con los ojos, le gritó de este modo:

—Marido mío, ¿quieres que te quiera yo? ¿Quieres que te quiera con el alma y la vida?... Di si quieres... Yo me he portado mal contigo; pero ahora, si haces lo que te pido, me portaré bien. Seré una santa como tú... Di si quieres...

Maxi la interrogaba con su mirada luminosa.

—...Di si quieres. Verás cómo lo cumplo. Seré una mujer modelo, y tendremos hijos tú y yo... Pero has de hacer lo que te digo. Yo te juro que no me volveré atrás y te querré. Tú no sabes lo que es una mujer que se muere por un hombre. ¡Pobretín, esa miel no la has catado nunca!... ¿No darías tú algo porque yo te quisiera como tú me querías a mí?... ¿Te acuerdas de cuando me adorabas, te acuerdas?... Pues figúrate que yo te adoro a ti lo mismo y que te llevo estampado en mi corazón, como tú me llevabas a mí...

Maximiliano empezó a inmutarse... La máscara fría y estoica parecía deshacerse como la cera al calor, y sus ojos revelaban emoción que por instantes crecía, como una ola que avanza engrosando.

—... Di si quieres...—repetía la diabla con exaltación delirante—. Déjate de santidades y reconciliémonos y querámonos... Tú no lo has catado nunca. No sabes lo que es ser querido... Verás... Pero ha de ser con una condición... Que hagas lo que debiste hacer, matar a esa indina, matarla..., porque lo merece... Yo te compro el revólver... ahora mismo...

Sus manos revolvieron temblorosas bajo las almohadas, buscando el portamonedas. De él sacó un billete de Banco.

—... Toma, ¿quieres más? Compras un revólver... bien seguro..., pero bien seguro... La acechas, y ¡plim...!, la dejas seca... Oye otra cosa: para que se te quiten los celitos, y cumplas con tu honor como un caballero, los matas a los dos, ¿sabes?, a ella y a él, que también lo merece, y después de muertos—con salvaje sarcasmo—, después de muertos, que tengan los hijos en el otro mundo... ¿Conque lo harás? Hazlo por mí, y por su pobrecita mujer, que es un ángel... Las dos somos ángeles, cada una a su manera... Dime que lo harás... ¡Y luego te querré tanto...! No viviré más que para ti... ¡Qué felices vamos a ser!... Tendremos niños... Hijos tuyos, ¿qué te crees?...

Maxi, lelo y mudo, la miraba, y, al fin, sus ojos se humedecieron... Se deshelaba. Quiso hablar y no pudo... La voz le hacía gargarismos.

—... Sí..., quererte a ti—añadió ella—. No sé por qué lo dudas. ¡Ah!, no me conoces..., no sabes de lo que soy capaz... Déjate de *tiologías*... ¡El amor! Yo te enseñaré lo que es... No lo sabes, tontín... ¡La cosa más rica!...

—Vamos, ¿qué *yecciones* son éstas? —clamó Izquierdo, tirando a Rubín de un brazo—. Basta de música... A la calle, que esta chica está *mu* mala.

—Tío, déjele usted, déjele usted... Es mi marido, y queremos estar juntos... ¡Vaya!

Maxi se dejaba levantar del asiento como un saco. Se había quedado inerte De pronto, hubo algo en su espíritu que podría compararse a un vuelco súbito, o movimiento de cosas que, girando sobre un pivote, estaban abajo y se habían puesto arriba. Las manos le temblaban, sus ojos echaron chispas, y cuando dijo *matarlos, matarlos*, su voz sonó en falsete, como en la noche aquella funesta, después del atropello de que fué víctima en Cuatro Caminos.

—Mátamelos, sí...—añadió la diabla, retorciéndose las manos—. ¡Hijos ella!... En el infierno los tendrá...

Cayó desplomada sobre las almohadas, chocando la cabeza contra los hierros de la cama.

Maxi alargó la mano y recogió el billete, que estaba aún sobre la colcha. Y a punto que Izquierdo le sacaba, resonó la voz de Juan Evaristo con agudísimo timbre, y entraba Segismundo, asombrándose mucho de ver al filósofo otra vez allí.

X

—¡Demonio de chico!—dijo a Izquierdo cuando volvía de acompañar hasta la puerta al señor de Rubín—. Hay que tener mucho cuidado con él y no perderle de vista cuando entra aquí. Y ella, ¿qué tal está?... Buena moza, ¿cómo va ese valor?

La joven no respondía. Estaba como aletargada. Pero el chico siguió chillando, y al reclamo de él, la madre abrió los ojos, y tomándole en brazos, le acercó a su seno. Ballester mandó a la criada que quitara la luz, que acaloraba mucho la alcoba, y se sentó donde antes había estado Maxi. Luego sacó una cajita de medicinas y una botellita con poción.

—Aquí traigo otra antiespasmódica. La he hecho yo mismo, y traigo también el *percloruro de hierro* y la *ergotina*, por si acaso... Mucho cuidado, hija mía, mucho reposo; que las emociones y los disparates de hoy nos pueden traer un trastorno. Apuesto a que Maxi ha venido a contarle a usted alguna otra tontería. Es preciso prohibirle la entrada.

Fortunata había vuelto a cerrar los ojos. El niño callaba y se oían sus lengüetazos.

—Buenas tragaderas tiene el amigo —dijo Ballester; y para sí, contemplando a la diabla, que dormía o fingía dormir—: ¡Qué hermosa está!... Le daría un par de besos... con la intención más pura del mundo... He aquí una mujer que hoy no vale nada moralmente, y que valdría mucho si reventara ese maldito Santa Cruz, que la tiene *sugestionada*... ¡Lástima de corazón echado a los perros!...

El chico rompió a llorar otra vez, y la madre parecía tan inquieta como él.

—Amigo Ballester..., ¿sabe usted que me parece que me quedo sin leche?... Mi hijo chupa, chupa, y no saca...

—No asustarse. Es accidental. Procure usted dormir... A ver: ¿Maxi le ha dicho a usted alguna tontería?

—Tontería, no... Verdades...

—¡Verdades!...—rompiendo a reír—. Y ¿cómo sabe usted que son verdades?

—Porque las grandes verdades las dicen los niños y los locos.

—Es un refrán sin sentido común. Los locos no dicen más que disparates.

—Es que mi marido no está loco... Tiene ahora mucho talento. Tal creo yo.

Juan Evaristo volvió a callar, pegándose al pezón con salvaje ahinco.

—Tome usted un poco de esta bebida. La he preparado como para usted... Está riquísima. Es preciso calmar los nervios.

La chica trajo un vaso con cucharilla, y Fortunata tomó la antiespasmódica.

—¡Qué bueno es usted, Segismundo! ¡Qué agradecida estoy a lo que hace por mí!

—Todo y mucho más se lo merece usted, ¡carambita!—replicó el farmacéutico con efusión de cariño—. Hemos de ser muy amigos.

—Amigos, sí; porque lo que es querer... No vuelvo yo a querer a ningún hombre, como no sea a mi marido, siempre y cuando haga lo que le mando.

—¡A su marido!—tomándolo a broma—. No me parece mal. Y ahora que está hecho un santo...

—Santo, no... ¡Qué simplezas dice usted!

—Santo; así como suena. De modo que será usted también santa... Pues yo seré su discípulo. Nos iremos los tres a un desierto a hacer penitencia y comer hierba.

—Cállese usted.

—Usted es la que se va a callar..., a ver si se duerme y se le calman los nervios. La salida de hoy no tendrá consecuencias. ¿Sabe usted lo que venía pensando? Que si encontraba mal a la buena moza, me quedaría aquí esta noche Y al salir de casa le dije a mi madre que quizá no volvería. Nada, que estoy decidido a cuidarla como si fuera mi cara mitad.

—No; si no es preciso que usted se moleste. Crea que me siento regular esta noche, casi bien. Anoche, ¿sabe?, estaba peor.

—Pues me estaré hasta las doce o la una. Me pondré a leer *La Correspondencia* o a jugar al tute con el señor Izquierdo. Y si la veo a usted tranquila y dormida, me retiraré. Si no, aquí me estoy de centinela.

Así lo hizo, y no habiendo observado hasta más de medianoche nada de particular, salió de puntillas, dando a la placera instrucciones por si la mamá o el niño tenían alguna novedad durante la noche. El *modelo* se fué también, y Segunda se metió en su cuchitril; mas apenas había descabezado el primer sueño, la llamó Encarnación de parte de la señorita, que se sentía mal. El chiquillo soltaba todos los registros de su voz y no había manera de acallarle. Agotó la madre todos sus medios y Encarnación los suyos, que eran cogerle en brazos y dar un paso adelante y otro atrás, como si bailara, tratando de persuadirle con amorosas palabras de que los niños deben estarse calladitos.

—Paréceme—dijo Fortunata, con terror—que me estoy secando.

—Pues si te secas—le contestó su tía, que hasta para consolar era regañona y desapacible—, pues si te secas, ¡demonche!, mejor. Ponemos un ama, y a vivir...

—Diga usted, tía, ¿ha venido mi marido?

Segunda la miró, asombrada.

—¡Tu marido!... ¿Sabes la hora que es? ¿Y para qué quieres que venga acá ese tipo?

—Tenía que hablarle.

—¡Santo Cristo de Burgos, cortinas verdes!... A buenas horas nos entra la fineza... El demonio que te entienda, chica. ¡Ahora clamas por tu marido! Para lo que ha de servirte, más vale que no parezca por acá en mil años.

—Es que le tenía que hablar. No ha estado aquí desde anoche.

Segunda la volvió a mirar, echándose a reír con descarada grosería.

—Pero, chica, si ha estado aquí esta noche, y se fué a las diez...

—¡Ah! ¿Esta noche ha sido? Es que confundo yo las noches... Creía que había habido un día entre medio. Cuando una está en la cama se le va la idea del tiempo...

La criatura seguía alborotando, y su madre se quejaba de un desasosiego que no podía explicar.

—¡Cuánto siento que se haya ido Segismundo! El me recetaría alguna cosa, o, al menos, diciéndome que esto no es nada, yo me lo creería.

Segunda propuso ir a llamarle; pero Fortunata no consintió en ello, porque una noche, dijo, se pasaba de cualquier manera. Así fué, y la verdad es que la pasaron todos muy mal, incluso Encarnación, que se dormía en pie.

A la mañana siguiente subió Estupiñá a preguntar por toda la familia con un interés del cual Segunda sabía sacar partido.

—¿Cómo ha pasado la noche la mamá? Y el niño, ¿qué tal? Ya me he enterado del *artículo* de amas, y tengo noticias de tres muy buenas: la una, pasiega; otra, de Santa María de Nieva, y la tercera, de la parte de Asturias, con cada ubre como la de una vaca suiza. ¡Género excelente!

—Pues no está de más que usted haya dado estos pasos, don Plácido, porque estoy en que se nos seca—dijo la placera, gozosa de meter su cucharada en aquel asunto—; y si la señora—aludiendo a Guillermina—quiere que se le ponga ama, yo soy de la misma conformidad.

Plácido, después de cotorrear un poco con Segunda en la puerta de la casa de ésta, bajó a la suya, y en la salita, tapizada de carteles de novenas y otras funciones eclesiásticas, estaba Guillermina, en pie, el rosario y el libro de rezos en la mano. La casera y el administrador cotorrearon otro poco, y el resultado de esta nueva conferencia fué que Rossini volvió a subir presuroso y a tener otra hocicada con Segunda en la puerta.

—Dígame usted: ¿está durmiendo ahora? Y el niño, ¿mama o no mama?

—Pues ahora están los dos callados... *Paice* que duermen.

—Pues silencio. Cuide usted de que no haya ruido en la casa... Yo, verá usted, como salgan los chicos del latonero a alborotar en la escalera, los deslomo.

Y vuelta a bajar y a subir nuevamente con un mensaje.

—*Señá* Segunda, oiga. Que no dejé usted de mandar recado hoy a ese señor de Quevedo, para que la vea y nos diga si traemos el ama o no traemos el ama.

—Bien, está bien.

—Yo estaré a la mira; ya las tengo apalabradas, y las reconoceremos en mi casa. Buenas mujeres, y no tienen pretensiones de cobrar un sentido. Como leche, *señá* Segunda, como leche, creo que la asturiana nos ha de dar mejor resultado que ninguna. Tengo yo un ojo... En fin, mucho cuidado.

Y tornó a bajar con toda su oficiosidad y diligencia, dispuesto a subir cien veces si fuese menester. Guillermina estuvo aún un ratito en casa de su amigo, el cual no sabía qué hacerse al ver su pobre vivienda honrada con persona tan excelsa. Habría traído de San Ginés, si pudiera, el trono de la Virgen del Rosario para que se sentara. Pues, digo, cuando llamaron a la puerta y fué a abrir, y vió ante sí la simpática figura de Jacinta, creyó el pobre hombre que toda la corte celestial penetraba en su casa. No dijo nada la señorita; no hizo más que sonreír de un modo que significaba: "¡Qué raro verme aquí!"

Guillermina alzó la voz desde la sala, diciendo:

—Pasa, aquí estoy...

Estupiñá, siempre delicado, se apartó para dejarlas hablar a solas. Parecía que la santa reprendía paternalmente a la otra:

—Si ya te he dicho que lo dejes de mi cuenta. Yo me entiendo. Si te empeñas en meter la cucharada, creo que lo vas a echar a perder... No, no te dejo subir... ¿Te parece fácil entrar a verle sin que se entere su madre? Atrevidilla te has vuelto... ¿Que le bajen aquí? ¡Vamos, las cosas que se te ocurren!... Tiempo tienes de verle. Si empezamos a hacer disparates y a portarnos como dos intrigantas que se meten donde no las llaman, merecemos que nos tome Ido por tipos de sus novelas. Vámonos ahora a San Ginés, y luego sabremos la opinión del señor de Quevedo. Descuida, que no se nos morirá de hambre.

Salieron, y Plácido se fué con ellas a la iglesia, pues aunque ya había estado en ella, érale muy grato acompañar a las señoras a misa. Oyeron dos, y antes de salir, sentadas en un banco, la *Delfina* dijo a su amiga:

—¿Sabe usted que no he podido oír las misas con devoción, acordándome de esa mujer? No la puedo apartar de mi pensamiento. Y lo peor es que lo que hizo ayer me parece muy bien hecho. Dios me perdone esta barbaridad que voy a decir: creo que con la justiciada de ayer, esa picarona ha redimido parte de sus culpas. Ella será todo lo mala que se quiera; pero valiente lo es. Todas deberíamos hacer lo mismo.

La santa no respondió, porque dentro de la iglesia no gustaba de tratar ciertos asuntos de reconocida profanidad; pero cuando salían por el patio que da a la calle del Arenal, tomó el brazo de su amiguita, diciéndole:

—Bueno estuvo el lance, bueno. ¡Qué par de alhajas!

—¡Crea usted que a mí me daba una alegría cuando lo oí contar!... Habría yo dado cualquier cosa por estar presente en aquella tragedia...

—Quita allá..., es repugnante... Dos mujeres pegándose...

—Será lo que usted quiera; pero desde que me lo contaron, la bribona antigua se ha crecido a mis ojos y me parece menos arrastrada que la moderna.

—Este mundo, hija mía, está lleno de maldades. Dondequiera que mira una, no ve más que pecados, y pecados cada vez más gordos, porque la Humanidad parece que se vuelve de día en día más descarada y menos temerosa de Dios... ¡Quién había de decir que esa muchacha, esa Aurorita, que parecía tan buena, tan lista...! No, como lista, ya lo es; aunque la otra lo ha sido más... Y ¿qué dice Bárbara? Estaba encantada con ella, y todos los días iba al obrador a verla trabajar... Pero cállate, que aquí viene tu señora suegra...

Barbarita y la pareja se encontraron.

—Ya no alcanzas la del señor cura... ¡Qué horas de ir a misa!

—Pero si no me han dejado salir en toda la mañana... Mira, Jacinta, allí tienes a tu marido llama que te llama... Entré y... "Que dónde estabas tú. Que qué tenías tú que hacer en la calle tan temprano." Conque bien puedes darte prisa.

—Que espere... Pues no faltaba más... —replicó Jacinta con tedio—. Que tenga paciencia, que también la tienen los demás.

—Y vosotras, ¿de dónde venís?

—¿Nosotras? De ver amas de cría—dijo la santa, sonriendo.

—¡Amas de cría!...

—Sí, no es broma... Amas, amas, amas.

—¡Qué graciosa estás hoy!...

—Pues qué, ¿no te ha dicho esta tonta que hemos encontrado otro *Pituso?*

Barbarita se echó a reír con donaire.

—Pero qué, ¿os han dado otro timo?

—¡Quia!, ahora no. Este es auténtico... Este es de ley; *no tiene hoja,* como el otro, por quien perdiste la chaveta.

—¡Bah!, no quiero oírte...—repuso Barbarita con humor festivo, y se separó de ellas para ir presurosa a la iglesia.

—Oye..., mira—dijo Guillermina, llamándola—. Cuando salgas date una vuelta por las tiendas. Allí tienes a tu corredor, Estupiñá el Grande. Aguarda, oye; te compras una buena cuna...

La dama se reía; todas se reían.

XI

El dictamen de Quevedo no fué alarmante con respecto a la madre; pero al chico le dió el comadrón malas noticias, anunciándole que se quedaba sin provisiones. Por la tarde, Plácido comunicó a la señora que la mujer aquella se negaba a poner a su hijo en pechos de nodriza, aunque ésta fuese bajada del cielo; insistía en que tenía leche; el niño berreaba, dando a entender que su mamá faltaba descaradamente a la verdad...

—En fin, señora—agregó Estupiñá con oficiosidad sañuda—, que a esa mujer hay que matarla. Es más mala que arrancada, y lo que ella quiere es que la criatura perezca...

Fué allá la fundadora, y se alegró de encontrar a Ballester en la sala.

—A ver si la convence usted de que no puede criar. La pobre, como tiene la cabeza un tanto débil y trastornada, se figura que le van a quitar a su hijo... Y no es eso, no es eso... Hay interés en que le crien bien.

—Ya se lo he dicho... Casi he empleado las mismas palabras, señora... Pero si viera usted... Hállase hoy en un estado de apatía y tristeza que no me hace maldita gracia. No hay medio de sacarle una respuesta a nada de lo que se le dice. Tiene el chico en brazos, y cuando le hablan de amas o de que ella se está secando, le aprieta, le aprieta tanto contra sí, que me temo que en una de éstas le ahogue.

—Todo sea por Dios... Entraré a ver a la fiera, y trataremos de amansarla.

Sin abandonar aquella actitud de desconfianza y de miedo, Fortunata pareció alegrarse de ver a Guillermina, que la saludó con extremada amabilidad, demostrando un gran interés por ella y por su niño.

—¡Qué gusto verla a usted!—exclamó la pecadora, sin moverse—. Tenía yo ganas de que viniera para decirle una cosa...

—Pues ya me la está usted diciendo, porque me voy a escape.

La infeliz joven puso el nene a su

lado, mostrando menos desconfianza; pero le rodeó con su brazo en ademán de protección.

—Pero ¿me le quitarán?... Diga si me le quería quitar... Fuera bromas. Lo que usted me diga me lo creeré.

—Muchas gracias, amiga mía... Me toma por ladrona de chiquillos. No sabía yo que soy bruja...

—No; es que..., verá. Yo pensaba que me lo iban a quitar, por lo mala que he sido. Pero eso no tiene que ver, ¿verdad? Pues ahora soy mucho más mala. ¡Ay! Señora, he cometido un pecado tan grande, tan regrande, que no creo que me lo perdone Dios.

—¿Apostamos a que es cualquier tontería?—inclinándose hacia ella y acariciándole la barba.

—¡Ay, señora, ojalá fuera tontería!... Voy a decírselo... Pero no me riña mucho... Pues anoche estuvo aquí mi marido, hablamos, y le di veinte duros para que comprara un revólver. El revólver es para matar a *ése* y a *ésa*..., sobre todo a la francesota, infame, traicionera...

Guillermina recibió impresión muy fuerte con estas palabras; pero hizo un esfuerzo por aparentar que no perdía su serenidad.

—Fuertecillo es; sí, señora... Pero su marido de usted no hará nada. He hablado con él y me ha parecido muy razonable.

—La razón es su tema..., pero no hay que fiar... Lo que es los tiros, crea usted que no se le escapan. Yo le calenté bien la cabeza... Toda aquella sabiduría que ahora tiene se la quité con las cosas que le dije... Se volvió loco otra vez, señora; le prometí quererle como él me quiso a mí, y crea usted que hice la promesa con voluntad.

—Me hace usted temblar—alarmándose—. Vamos, el pecado ese es de lo más atroz que puede haber. El, si los mata, peca menos que usted, por haberle mandado que lo hiciera, acalorándole con promesas.

—Lo mismo me parece a mí, y por eso he estado con miedo toda la noche.

—Si usted reconoce que ha hecho mal, y le pide perdón a Dios de su mala intención y procura limpiarse de ella, Dios tendrá piedad de la pecadora.

—Es que..., verá usted..., estoy arrepentida por mitad. ¡Matarle a él! ¿Sabe usted que me da lástima? No, no, que no le mate... Pero lo que es a esa bribona, tramposa, embustera... ¿Pues no tiene la poca vergüenza de creer que tendrá hijos?... ¡Hijos ella!... Dígame usted, ¿qué se pierde con que se vaya para el otro mundo un trasto semejante?

Esto lo decía con tanta naturalidad, que Guillermina, por un instante, no supo si indignarse o tomarlo a risa.

—Vaya, que las ideas de usted me gustan... Se me figura que marido y mujer allá se van... en sabiduría. Si usted no se desdice al momento de todos esos disparates, me voy y no vuelve a verme en su vida más. No se puede tolerar esto...

—¿De modo que a esa tía *monstrua* no se le da un castigo?... Eso sí que está bueno. Y seguirá riéndose de nosotras... No lo entiendo.

—Dios es el que castiga; nosotros aprendemos.

Ambas callaron, mirándose.

—Tengo que traerle a usted un confesor. Usted no está buena ni del cuerpo ni del alma. Pues digo, si, lo que Dios no quiera, sobreviene la muerte a la hora menos pensada, y la coge así, le cayó la lotería.

—Si me muero, me llevo a mi hijo conmigo—dijo la diabla, volviéndole a coger y estrechándole contra sí.

—Otra barbaridad. Hoy estamos de vena.

—¿Pues no es mío? ¿No le he dado yo la vida?—con febril impaciencia y ardor.

—¡Cómo!... ¿Darle vida usted? Hija, no tiene usted pocas pretensiones. También quiere ponerse en competencia con el Creador del mundo y de todas las cosas... Vamos, lo mejor es que me eche a reír... En fin, estamos aquí como dos tontas, y hay que poner las cosas en su lugar. Tiene usted que llamar a su marido y decirle que para quererle como Dios manda es preciso que no mate a nadie, absolutamente a nadie. ¿Lo hará usted?

—Si usted me lo manda, sí... ¡Ay!, yo creí que matar al que nos engaña, al que nos vende, no es pecado... Vamos, que no era pecado muy gordo, muy gordo. Anoche me trastorné, lo conozco; se me subió la hiel a la cabeza. ¡Le tengo tanta rabia a esa...! Digo yo que se puede tener rabia a otra persona, y desear

que la maten, y, sin embargo, no ser una mala.

Incorporóse para expresar con mímica más persuasiva un argumento que se le había ocurrido y que creía de gran fuerza:

—Vamos a ver, señora. ¿A que la dejo callada ahora? ¿A que, sabiendo usted tanto como sabe, no me devuelve ésta?

—¿Qué?

—Esta razón. Vamos a ver. La señorita Jacinta es, como quien dice, un ángel. Todos la llaman así... Bueno; pues con todo su mérito y su *santificación*, ¿no se alegraría ella de que me quitaran a mí de en medio?

Se volvió a reclinar en las almohadas, satisfecha, esperando la respuesta, con la seguridad de que la santa no tenía más remedio que mentir para no darle la razón.

—¿Qué está usted diciendo?—replicó Guillermina, indignada—. ¡Jacinta desear que maten a nadie!... ¡O usted es tonta o ha perdido el juicio!

—Vamos... Pues, bueno, diré otra cosa —retirándose a la segunda paralela después de rechazada en la primera—. ¿No se alegrará la señorita de que yo me muera?...

—¿Alegrarse... de que usted se muera..., de que se la lleve Dios?...—titubeando—. Tampoco..., tampoco... Jacinta no desea el mal del prójimo, y sabe que debemos amar a nuestros enemigos y hacer bien a los que nos aborrecen.

Con un *ju ju* melancólico expresaba Fortunata su incredulidad.

—¡Ay! ¿No lo cree?...

—¡Que me desea bien a mí! *Tié* gracia.

—Jacinta no sabe tener rencor..., ni se acuerda de usted para nada...

—Pero de eso a que me mire con buenos ojos...

—Pues no faltaba más sino que la quisiera a usted como me quiere a mí... Por cierto que ha hecho la niña merecimientos para ello. Conque la perdone debe darse por satisfecha...

—¿Y me perdona de verdad?... Pero ¿es de verdad?

—Pues ¿qué duda tiene? Usted, como no sabe lo que es fe, ni temor de Dios, ni nada, no comprende esto.

—¿Y podría ser mi amiga?

—Hija, tanto como amiga... Eso ya es un poco fuerte—no pudiendo contener la risa—. Vamos, que no pide usted poco... Ahora quiere que después de lo que ha pasado partan un piñón...

—¡Amigas!—repitió la diabla, frunciendo las cejas—. Por más que usted diga, no me puede ver, mayormente ahora que he tenido un hijo y ella no... Y lo que es ahora, ya no lo tiene, está visto... Que no le dé vueltas.

Como Ballester se acercara a la puerta de la alcoba cuando oía reír a la santa, ésta le dijo:

—Entre usted si quiere divertirse, pues esto es una comedia. Su amiga de usted está por conquistar. ¡Qué ideas tiene! Por cierto que yo le voy a traer al padre Nones. Tenemos que darle una limpieza buena. En fin, me retiro, que con estas tonterías se me va la mañana.

Se levantó, y Fortunata le tiró del vestido para hacerla sentar otra vez.

—Una duda me queda, señora. Sáqueme de ella.

—Veamos esa duda..., otro despropósito. ¡Ay, qué cabeza!

—Siéntese usted un momento, que le voy a hacer otra pregunta. Dígame—bajando la voz—, Jacinta ¿faltó o no faltó con aquel caballero?

—¡Ave María Purísima!... ¿Con qué caballero?

—Con aquel que se murió de repente...

—Cállese, cállese, o le pego...

—No, si yo no lo creo ya. Lo creía; pero como fué la indecente de Aurora quien me lo dijo, ya dejé de creerlo.... sólo que tenía un poquito de duda.

—¿Esa...?—con soberano desprecio—. ¡Y se atreve a decir...!

—Si es lo más mala... Usted no puede figurarse lo mala que es—con la mayor buena fe—. Aquí donde usted me ve, yo, al lado de ella, soy un ángel.

—Lo creo—sonriendo—. No nos ocupemos de esas miserias... ¡Jacinta faltar! Estas pecadoras empedernidas creen que todas son como ellas...

—No, si yo no lo creo, señora; si no lo creí—muy apurada—. Ella fué la que lo dijo y lo creía... ¿Sabe una cosa? —atrayéndola a sí y hablándole en secreto—. Créame esto que le voy a decir... Uno de los motivos por que le pegué fué el haber dicho eso, el haberme encajado la bola de que Jacinta era como nosotras... Y dígame: ¿no merecería el morrazo que le di con la llave por

afrentar a nuestra amiguita?... ¿No lo merecía? Claro que sí...

Guillermina estaba confusa; no sabía si aprobar o desaprobar...

—Quedamos en una cosa—dijo, levantándose—: mañana vendrá el padre Nones para usted, y para este ternerito, un ama asturiana, que, según dice Estupiñá...

—Ama, no... ¿Para qué? Si puedo... ¿No ha visto lo satisfecho que está el rey de la casa? ¿No es verdad, rico, que para nada te hacen falta amas? Su mamá, su mamá le da al niño todo lo que quiere.

—El señor de Quevedo sabe más que usted... Aquí no se hace más que lo que yo mando—declaró la santa con aquel ademán y tono autoritarios a los cuales nadie se podía oponer—. Si de aquí a mañana Quevedo no varía de opinión, vendrá la nodriza. Usted calla y obedece... Yo pago y dispongo. Conque a cuidarse y ya hablaremos. El *excelentísimo* señor de Ballester queda encargado de la ejecución del presente decreto.

XII

Por la tarde llegó doña Lupe, muy alarmada, buscando a Maximiliano, a quien suponía allí. No pasó de la sala, ni quiso ver a Fortunata, de quien dijo que la compadecía, pero que no podía tener ninguna clase de relaciones con ella. En la sala cuchicheó la *ministra* con Segismundo, contándole lo ocurrido. Pues ahí era nada: Maximiliano había comprado un revólver... Pero ¿quién diablos le dió el dinero? Descubriólo la señora por una casualidad... Le dió el olor, al verle entrar con un bulto entre papeles. Lo peor del caso fué que no pudo quitárselo. Salió escapado de la casa, y al poco rato los del herrero del bajo vinieron diciendo que le habían visto en la Ronda pegando tiros contra la tapia de la fábrica de Gas, como para ejercitarse... ¡Ay! *La de los Pavos* estaba aterrada. Toda aquella sabiduría lógica que el pobre chico tenía en la cabeza, se le había convertido en humo, sin duda. Y lo peor era que no había ido a almorzar, ni se sabía su paradero...

—Tenemos que dar parte a la Policía, para evitar que haga cualquier barbaridad. Yo pensé que habría venido aquí, y corrí desalada... ¿Dónde demonios estara? Ballester, por Dios, averigüelo usted y sáqueme de este conflicto. Usted es la única persona que le domina cuando se pone así... Salga a ver si le encuentra; se lo ruego.

A esto replicó el buen farmacéutico que no podía repicar y andar en la procesión. Fuése la de Jáuregui desconsoladísima, con intento de ver al señor de Torquemada, faro luminoso que le marcaba el puerto en todas las borrascas de la vida.

Fortunata había oído la voz de doña Lupe, y cuando ésta se retiró, quiso que Ballester le explicase qué traía por allí.

—Pues nada, que la *ministra* esa quiere meter aquí las narices, y ver a usted, y hablarle y decirle cosas que, sin duda, la marearán.

—¡Ah! Que no entre... No la puedo ver. Creo que me pondré mala si la veo. Y de mi marido, ¿qué dijo?

—No le nombró.

—Pues tampoco a Maxi le quiero ver... No sabe usted lo mal que me sienta verle y hablar con él... Me trastorna. No los deje usted pasar. Que se vayan a los infiernos. ¡Estoy tan tranquila aquí solita con mi hijo y los amigos que me protegen!... ¡Que no vengan, por Dios! ¿Usted me promete que no vendrán?

Lo pedía con terror suplicante. Ballester, deshaciéndose en demostraciones de caballerosidad protectora y de fraternal hidalguía, le dijo que los Rubines grandes y chicos, así los de carne y hueso como los que tenían pechos de algodón, no entrarían en aquella alcoba sino pasando sobre su cadáver.

Toda aquella tarde estuvo la joven con la idea fija de lo antipáticos que eran los Rubines, y de lo que ella haría para no recibirlos si a verla iban. El buen Segismundo se esforzaba en tranquilizarla sobre este particular, y habiendo observado que el recuerdo de otras personas excitaba y encendía su ánimo favorablemente, le habló de doña Guillermina y de su hermosa vida.

—¿Sabe lo que me dijo al salir? Pues que si se le ofrece a usted algo no estando yo aquí, avise a don Plácido, al cual se ha encargado que se ponga a las órdenes de usted si lo necesitara.

—Claro—dijo Fortunata, rebosando de orgullo inocente—, como que Plácido es todo *de la casa*, y desde chiquito no ha-

ce más que llevar recados de los señores, y servirlos en mil menudencias. Es un buen hombre, y yo le quiero mucho... Y a doña Bárbara, ¿la conoce usted? Yo tampoco... Pero cuando Jacinta y yo seamos amigas, también lo seré de doña Bárbara... Francamente, estoy admirada del cariño que le tengo ahora a *la mona del Cielo*, cuando en otro tiempo, sólo de pensar en ella, me ponía mala. Verdad que no acababa de aborrecerla, quiere decirse, que la aborrecía y me gustaba..., cosa rara, ¿verdad? Ahora seremos amigas, crea usted que seremos amigas... ¿Lo duda usted?

—¿Cómo he de dudar eso, criatura?

—Es que usted parece como que se sonríe un poquitín cuando me lo oye decir.

—Está usted viendo visiones. Bueno va...

—Pues, aunque usted se guasee, seremos amigas..., y nadie tendrá que decir de mí ni esto, para que usted lo sepa... Porque voy a portarme... ¡Cristo, cómo me voy a portar ahora! Mi hijo, mi hijo, y nada más... Vaya, ¿me sostendrá usted que no se sonríe ahora?

—Sí, pero es de satisfacción, por verla a usted tan regenerada... ¡Quién le tose a usted ahora, hallándose en relaciones con personas de la corte celestial!...

—Y nada más... Pues ¿qué se creía usted?

Se sofocaba tanto, que el farmacéutico creyó prudente llevar la conversación a un terreno insignificante: pero Fortunata se las componía para volver a lo mismo, a que ella y la *Delfina* iban a ser uña y carne, y a que su conducta en lo sucesivo había de ser como de quien está en escuela de serafines.

—Aquí donde usted me ve, amigo Ballester, yo también puedo ser ángel, poniéndome a ello. Todo está en ponerse... Y es cosa muy sencilla. Al menos, a mí me parece que no me ha de costar ningún trabajo. Lo siento yo aquí *entre mí*.

—Depende también de las personas con quien uno se junta—le dijo su amigo, muy serio—. Hablemos ahora de otra cosa. De ciertos atrevimientos que yo tenía y tengo respecto a usted, no quiero decirle nada, porque se nos va a hacer santa... Aunque todo podía conciliarse, me parece a mí, ser santa y querer a este hijo de Dios... Pero, en fin, vuelvo la hoja. ¿Sabe usted que si me descuido pierdo mi colocación en la botica de Samaniego? Si doña Casta sabe que estas ausencias mías son para venir a visitar a la que le tomó las medidas a su niña, al instante me limpia el comedero. Por eso no puedo tirar mucho de la cuerda, y esta noche no vendré. Tengo que quedarme de guardia. Yo rompería con todo, si no fuera porque me será difícil encontrar colocación inmediatamente, y crea usted que un período de vacaciones me balda... Por mí no me importaría; pero a mi madre y a mi hermana no quiero hacerlas ayunar. El pobre *pensador*, mi ilustre cuñado, está mal de intereses, y si yo no tiro del carro, los ayes y lamentos pidiendo pan se han de oír en Algeciras.

—Pero no sea usted tonto—dijo Fortunata con aquel arranque de generosidad que en ella era tan común—. Yo tengo *guita*. Si quiere mandar a paseo a las *Samaniegas*, mándelas. Que se fastidien, que se arruinen, que coman piedras... Yo le doy a usted lo que necesite para su madre y para el *pensador*, hasta que encuentre otra botica... Tenga confianza conmigo... O *semos* o no *semos*.

Ballester era tan delicado, que de sólo oír tal proposición le salieron los colores a la cara, y se excusó con expresiones de gratitud. Poco después de anochecer se retiró, dando las órdenes más rigurosas a los hermanos Izquierdo con respecto a las visitas. Si algún Rubín, fuese quien fuese, se presentaba, no abrir. Dejó sobre la mesa de la sala un arsenal de medicamentos, y a Fortunata la recomendó la quietud, y que *diese con la puerta del cerebro en los hocicos* a toda idea triste que se presentara.

Izquierdo se plantó de centinela en la sala, acompañado de una grande de cerveza, y por si la grande no era bastante para pasar la noche, llevó también una chica, de añadidura. Segunda regresó a las diez, después de la horita de tertulia que solía pasar en el puesto de carne, y viendo a su sobrina muy despabilada, le dió un poco de palique.

—¿Sabes a quién he visto? A la tía esa, *la de los Pavos*. Fué a buscarme al cajón, muy ofendida porque el señor Ballester no la dejó entrar a verte. Anda a caza del sobrino, que se le escapó esta mañana, y todavía no ha aparecido. ¿Sabes lo que me dijo? Te lo cuento para que te rías. Dice que las *Samaniegas* están trinando contigo, y que la viejona aquella, doña Casta, no parará hasta no

verte en la *Modelo*. ¡Qué comedia! Ríete, que eso es envidia. Pues verás. La tía esa indecente, la *Fenelona*, francesota, más mala que el no comer, dice que este hijo que tienes no es hijo de quien es, sino de don Segismundo. Tú ríete, tonta, que eso no es más que envidia.

La prójima no chistó; pero bien se conocía que aquellas palabras habían hecho en su espíritu un efecto desastroso. Cuando se quedó sola, no le fué posible contener los impulsos de levantarse. La rabia surgió terrible en su alma, y, sin reparar en lo que hacía, incorpórose en el lecho, alargando las manos a la percha para coger su ropa... "Ahora mismo, ahora mismo voy, y con esta zapatilla le aporreo la cara hasta chafarle la nariz..., trasto indecente. ¡Decir eso!... ¡Una mentira tan grande! Pero ¿qué hora es? ¡Si están dando las doce! Sea la hora que quiera, saldré, no me puedo contener... Voy, entro en la casa, la saco a rastras de la cama, me paseo por encima de su alma... ¡Decir eso, decir eso! Sin creerlo, porque ella no lo cree. ¡Lo dice por deshonrarme! Antes calumnió a Jacinta, y ahora me calumnia a mí."

Se sentó en la cama, entreviendo, a pesar de lo ofuscado que su espíritu estaba, las dificultades de la empresa. "Si lo dejo para mañana ya no iré, porque me lo quitarán de la cabeza... Y yo le he de refregar la jeta con la suela de mis botas. Si no lo hago, Dios mío, me va a ser imposible ser ángel, y no podré tener santidad. Como no haga esto tendré que volver a ser mala; lo conozco en mí."

Y tan pronto se ponía una pieza de ropa como se la quitaba, con vacilación horrible, fluctuando entre los ímpetus formidables de su deseo y el sentimiento de la imposibilidad. Por fin, se vistió, y, saliendo a la sala, vió a su tío dormido, de bruces sobre la mesa, junto a la luz, la botella grande a su lado, medio vacía. "Podría salir sin que me sintiera nadie... ¿Y si despertara a mi tío y le dijera que viniese conmigo?..." La idea de asociar a *Platón* a su temeraria empresa hízole ver la realidad y lo disparatado de aquella idea. "Pues lo que es mañana temprano—se dijo, volviendo a la alcoba—, mañana tempranito, antes que salga para el obrador, voy y la acogoto."

Al mirar a su hijo, la llama de su ira se avivó más. "¡Decir que no es hijo de su padre!... ¡Qué infamia! La despedazaría sin compasión ninguna. ¡Inocente! ¡Tan chiquitito y ya le quieren deshonrar! Pero no le deshonrarán, no, porque aquí está su madre para defenderle; y al que me diga que éste no es el *hijo de la casa* le saco los ojos. *El* no puede haberlo dicho... A mí me la soltó, pero fué así como en broma. *El* no puede haberlo dicho, y si yo supiera que lo había dicho, juro por esta cruz—haciéndola con los dedos y besándola—, por esta cruz en que te mataron, Cristo mío, juro que le he de aborrecer..., pero aborrecerle de cuajo, no de mentirijillas... ¡Ay Dios mío!—echándose en la cama, acongojadísima—. Si le dicen esta mentira tan gorda a Guillermina y a Jacinta, ¿la creerán?... Puede que sí... Todo lo malo se cree, y lo malo que de mí se diga se cree más... Pero no, puede que no lo crean... Es muy atroz el embuste. Esto no lo puede creer nadie, no puede ser, no puede ser, y primero creerán que el mundo se vuelve del revés, y que el día se hace noche, y el sol luna, y el agua fuego. Y si alguien lo creyera, el lo desmentiría; estoy segura de que lo desmentiría. Yo no he faltado, yo no he faltado—alzando la voz—, y quien diga que yo he faltado, miente, y merece que se le arranque la lengua con unas tenazas de hierro echando fuego. Quieren que yo me pierda; pero, por más que hagan esos perros, no me quitarán, Dios mío, que yo sea tan ángel como otra cualquiera. Que rabien, que rabien, porque lo seré, lo seré."

Estaba inquietísima, dando vueltas en la cama. El hijito pidió y tomó el pecho; pero no debía de encontrar muy abundante el repuesto, cuando a cada instante apartaba su boca, chillando desesperadamente. A sus gritos de necesidad y desconsuelo uníanse los de su madre, que decía:

—Hijo de mi alma... Qué, ¿no hay?... Esa, esa bruja ratera tiene la culpa; ella te lo ha quitado. Ya verás cómo la arregla tu mamá... Pobretín, tan chiquitito y ya le quieren deshonrar... Y mi niño es el rey de España y nada tiene que ver con Ballester, que es su amiguito, y nada más... Y mi niño es de quien es, y no hay otro en *la casa*, ni le habrá, ¿verdad?..., ¿verdad, gloria, cielo, alegría del mundo?

Todo esto era muy bonito y muy tier-

no; pero la leche no parecía, por lo cual Juan Evaristo no se daba por satisfecho con aquellas expresiones de tan poco valor en la práctica. Los alaridos que la madre y el hijo daban, cada uno en su registro, no despertaron a José Izquierdo, pues éste era un hombre que, cogiendo la mona, no le enderezaba un cañón; pero sí sacaron de su letargo a Segunda, que fué a ver lo que ocurría, y, hallando a su sobrina medio vestida, se puso hecha una furia y por poco le pega.

—Mira que te estrello si das en hacer funciones de comedia—le dijo con aquellas formas exquisitas que usaba—. ¿Pero no ves, burra, no ves que se te ha retirado la leche, y el pobrecito no tiene qué mamar?

Por fortuna, entre las cosas que dejó Ballester en previsión de todos los contratiempos posibles, había un biberón muy majo. Segunda, con determinación rápida, lo llenó de leche (de la cual tenía, por casualidad, un par de copas) y probó a dárselo al chico. Este, al principio, extrañaba la dureza y frialdad de aquel pezón que en su boquita le metían. Hizo algunos ascos; pero, al fin, pudo más el hambre que los remilgos, y apencó con la teta artificial.

—Mira, mira, qué pronto se hace a todo el angelito. ¡Si es lo más noble...! Rico..., ¡qué *carpanta* estábamos pasando!

La madre le miraba con desconsuelo, aunque contenta de que se hubiera encontrado forma y manera de vencer la dificultad.

—¿Sabes una cosa?—le dijo su tía, poniéndole la mano en la cara—. Tienes calentura... Eso es por ponerte a pensar lo que no debes. ¡Si hicieras caso de mí, ahora que vas a ser la reina del mundo!... Porque lo que es tu tanto mensual te lo tienen que dar. De eso hablamos *la de los Pavos* y yo... ¡Vaya, pues no vas tú a ser ahora poco señora...! Chica, chica, no te hagas de miel; levanta tu cabeza. ¡Aire!... ¿Pues no ves que las señoronas esas te hacen la rueda? Como que serás una potentada, y yo que tú no paraba hasta que la Jacinta viniera a besarme la zapatilla. Pues qué..., ¿crees que él no ha de venir también? Ya le llamará la sangre, y en cuantito que vea a este retrato suyo, se le caerá la baba..., y..., chica, créemelo, hasta coche vamos a tener..., ¡qué comedia! ¡Cuando digo que estaremos en grande...! ¡Vendrá, vendrá él, y te aseguro que si tarda cuatro días es mucho tardar. ¿No ves que esa familia no tiene un nene que la alegre?... ¡Si se están todos muriendo de ganas de chiquillo!... Tú, trabájalo bien, que nos ha venido Dios a ver con este hijo de nuestras entrañas... Yo estoy muy orgullosa, porque él Santa Cruz es como hay Dios; pero su poco de Izquierdo no se lo quita nadie: las dos familias están de enhorabuena... Ya he empezado yo a sacudirme las pulgas, y esta tarde le eché su puntadita a Plácido para que nos diera la casa gratis... ¿Qué te crees? Si están los Santa Cruz con tu hijo como chiquillos con zapatos nuevos... Te diré una cosa que no sabes. Ayer estuvo la Jacinta en casa de don Plácido... Quería subir a verle; pero esa otra, la santona, le dijo que otro día, por si tú te remontabas... Conque vete enterando. ¡Ah! ¡Quién me lo había de decir!... Todavía me he de ver yo cogida al brazo de don Baldomero, dando vueltas en la Castellana..., ¡y poco charol que me voy a dar!... Si es una comedia... Tú date tono, no seas boba..., que si sabemos aprovecharnos, de esta hecha vamos para marquesas.

Fortunata, desde que su tía empezó a hablar, lloraba a lágrima suelta; pero al oír lo de que iban a ser marquesas, una ráfaga de jovialidad pasó por encima de la onda de tristeza, y la joven se echó a reír con la cara anegada en llanto.

—No, no te rías; tanto como marquesas, no; ni para qué queremos nosotras ser *títulas*; pero lo que es nuestro coche no nos lo quita nadie... Yo te aseguro que si hoy viene la Jacinta, tiene que subir... Verás qué prontito viene el otro... Claro, cuando no esté aquí su mujer... Me *paice* a mí que su mujer de esta hecha se tendrá que ir a plantar cebollino. Tú, tú eres la que va a subir al trono ahora, o no hay equidad en la tierra... Y no digan que eres casada y que tu hijo se tiene que llamar Rubín... ¡Qué comedia! Tú eres, mayormente, viuda y libre, porque a tu marido cuéntale como que está en gloria... Y bien saben todos que a la vuelta lo venden tinto, y el chico en la cara trae la casta, y lo que es la pensión verás cómo te la dan.

Fortunata no se rió más, ni Segunda dijo nada que excitase su hilaridad. Hasta la madrugada estuvo la tía acompañándola, y viéndola relativamente sosegada, se fué a descabezar un sueño antes de bajar al mercado. A poco de quedarse sola, la joven sintió dentro de sí una cosa extraña. Se le nublaron los ojos, y se le desprendía algo en su interior, como cuando vino al mundo Juan Evaristo; sólo que era sin dolor ninguno. No pudo apreciar bien aquel fenómeno, porque se quedó desvanecida. Al volver en sí advirtió que era ya de día claro, y oyó el piar de los pajarillos que tenían su cuartel general en los árboles de la plaza Mayor y en las crines de bronce del caballo de Felipe III. Fué a coger a su hijo en brazos y apenas podía con él. Le faltaban las fuerzas, ¡pero de qué manera!, y hasta la vista parecía amenguársele y pervertírsele, porque veía los objetos desfigurados y se equivocaba a cada momento, creyendo ver lo que no existía. Se asustó mucho y llamó; pero nadie vino en su auxilio. Después de llamar como unas tres veces, fué a llamar la cuarta, y... aquello sí era grave: no tenía voz, no le sonaba la voz, se le quedaba la intención de la palabra en la garganta sin poderla pronunciar. Dió algunos toques con los nudillos en el tabique; pero, al fin, su mano se quedó como si fuera de algodón: daba golpes con ella, y los golpes no sonaban. También podía ser que sonaran y ella no los sintiera. Pero ¿cómo no los oía Segunda, que estaba al otro lado del tabique? Luego, el brazo se puso también como carne muerta, resistiéndose a moverse. "¿Será que me estoy muriendo?", pensó la joven, echando miradas a su interior. Pero poco pudo ver allí, por estar el interior a oscuras o fantásticamente iluminado. Todas sus ideas sufrieron trastornos más o menos febriles, las imágenes se disfrazaron, cual si fuesen a las máscaras, tomando cara y apariencia de lo que no eran, y la única sensación dominante con alguna claridad en aquel desorden fué la de estar inmóvil y rígida, con los movimientos involuntarios suspendidos y los voluntarios desobedientes al deseo. A su parecer, no respiraba; el oído y la vista daban de rato en rato alguna impresión fugaz de la vida exterior; pero estas impresiones eran como algo que pasaba, siempre de izquierda a derecha. Creyó ver a Segunda y oírla hablar con Encarnación; pero hablaban a la carrera, como seres endemoniados, pasando y perdiéndose en un término vago que caía hacia la mano derecha. El piar de pájaros también se precipitaba en aquel sombrío confín, y los chillidos con que Juan Evaristo pedía su biberón.

Pasado cierto tiempo, indeterminado para ella, recobró sus sentidos y pudo moverse, apreciando fácilmente la realidad.

—¿Quién eres tú?—preguntó a Encarnación, única persona que estaba a su lado—. ¡Ah! Ya te conozco... ¡Qué tonta soy! ¿No está mi tía?

Díjole la chiquilla que la señora Segunda había bajado al mercado, y que subió con la leche para el niño, y después se volvió a marchar. Sacó Fortunata de aquel desvanecimiento una convicción que se afianzaba en su alma como las ideas primarias: la convicción de que se iba a morir aquella mañana. Sentía la herida allá dentro, sin saber dónde, herida o descomposición irremediables, que la conciencia fisiológica revelaba con diagnóstico infalible, semejante a inspiración o numen profético. La cabeza se le había serenado; la respiración era fácil, aunque corta; la debilidad crecía atrozmente en las extremidades. Pero mientras la personalidad física se extinguía, la moral, concentrándose en una sola idea, se determinaba con desusado vigor y fortaleza. En aquella idea vaciaba, como en un molde, todo lo bueno que ella podía pensar y sentir; en aquella idea estampaba con sencilla fórmula el perfil más hermoso y quizá menos humano de su carácter, para dejar tras sí una impresión clara y enérgica de él. "Si me descuido—pensó con gran ansiedad—, me cogerá la muerte y no podré hacer esto..., ¡qué gran idea!... Ocurrírseme tal cosa es señal de que voy a ir derecha al cielo... Pronto, pronto, que la vida se me va..." Llamando a Encarnación, le dijo:

—Chiquilla, vete corriendo al cuarto de abajo, y le dices a don Plácido que le necesito..., ¿entiendes?, que le necesito, que suba... Anda, no te detengas. Ya debe de estar ahí, de vuelta de la iglesia, tomándose su chocolate... Anda prontito, hija, y te lo agradeceré mucho.

En el tiempo que estuvo fuera Encar-

nación, la diabla no hizo más que dar a su hijo muchos besos, diciéndole mil ternezas. El chico estaba despierto, y, callado, la miraba, y aunque nada decía, a ella se le figuró que hablaba... "Estarás tan ricamente..., hijo mío. No te querrán tanto como yo, pero sí un poquito menos... Me estoy muriendo..., qué sé yo qué tengo... La medicina esa... yo la tomaría..., ¿dónde está?... ¡Encarnación!... Pero se ha ido abajo... Parece que me voy en sangre... Hijo mío, Dios me quiere separar de ti; y ello será por tu bien... Me muero; la vida se me corre fuera, como el río que va a la mar. Viva estoy todavía por causa de esta bendita idea que tengo... ¡Ah!, qué idea tan repreciosa... Con ella no necesito Sacramentos; claro, como que me lo han dicho de arriba. Siento yo aquí en mi corazón la voz del ángel que me lo dice. Tuve esta idea cuando estaba aquí sin habla, y al despertar me agarré a ella... Es la llave de la puerta del Cielo... Hijo mío, estate calladito y no chistes, que si tu mamá se va es porque Dios se lo manda... ¡Ah! Don Plácido, ¿está usted ahí...?"

—Sí, señora—dijo el hablador, entrando en la alcoba con los ademanes más oficiosos del mundo—. ¿Qué se le ofrece a usted? La señora me ha encargado...

—Amigo, hágame el favor de traer pluma y papel... Espere; deme la medicina..., esos polvos amarillos... ¿Cuáles? No sé... Pero deje, deje, que me tiene que escribir una carta.

—¡Una carta!... Pero antes...—revolviendo en la mesa de noche—. ¿Qué medicamento quiere?

—Ninguno. Ya ¿para qué?... Andese pronto, que me voy..., que me muero.

—¡Que se muere! Vamos..., no bromee usted.

—Don Plácido, si no me sirve para esto llamaré a otra persona. Si pudiera esperar a Ballester; pero no, no me da tiempo...

—No, hija; no hay que apurarse. Voy por el tintero.

Y no tardó cinco minutos en volver, y al entrar de nuevo en la alcoba vió que Fortunata se había incorporado en su cama con el chiquillo en brazos, y que después, entre ella y Encarnación, le ponían, bien abrigadito, en su cuna de mimbres, la cual venía a ser como un canasto. Le pusieron entre las manos su biberón para que no alborotase, y cubriéronle con un pañuelo finísimo de seda. Estupiñá no entendía una palabra, ni veía la relación que la pluma y papel pudieran tener con lo que veía.

—Don Plácido—dijo Fortunata con mucha animación—, hágame el favor de escribir... Aquí no hay mesa. Chiquilla, tráele el tablero de las damas. Déjate de medicinas... ¿Para qué ya?... Vaya, don Plácido, prepárese; verá qué golpe... Se me ocurrió una idea, hace poco, cuando estaba sin habla, al punto que me entraba también la idea de mi muerte... Ponga ahí lo que yo le diga: "Señora doña Jacinta. Yo..."

—"Yo..."—repitió don Plácido.

—No; hay que empezar de otra manera... No se me ocurre. ¡Qué torpe soy! ¡Ah, sí! Ponga usted: "Como el Señor se ha servido llevarme con El, y ahora se me alcanza lo mala que he sido..." ¿Qué tal? ¿Va bien así?

—"Lo mala que he sido..."

—En fin, siga usted poniendo lo que le digo...: "No quiero morirme sin hacerle a usted una fineza, y le mando a usted, por mano del amigo don Plácido, ese *mono del Cielo* que su esposo de usted me dió a mí, equivocadamente..." No, no, borre usted el *equivocadamente*; ponga: "Que me lo dió a mí, robándoselo a usted..." No, don Plácido; así, no; eso está muy mal..., porque yo lo tuve..., yo, y a ella no se le ha quitado nada. Lo que hay es que yo se lo quiero dar, porque sé que ha de quererle, y porque es mi amiga... Escriba usted: "Para que se consuele de los tragos amargos que le hace pasar su maridillo, ahí le mando al verdadero *Pituso*. Este no es falso, es legítimo y *natural*, como usted verá en su cara. Le suplico..."

—"Le suplico..."

—Usted póngalo todo muy clarito, don Plácido; yo le doy la idea. Pues "le suplico que le mire como hijo y que le tenga por *natural* suyo y del padre..., y mande a su segura servidora y amiga, que besa su mano..." ¿Qué tal? ¿Esta con finura?... Ahora, veremos si puedo echar mi nombre... Me tiembla mucho el pulso... Tráigame la pluma...

Puso un garabato, y luego mandó a Estupiñá abriese la cómoda y sacara la inscripción de las acciones del Banco. Después de revolver mucho fué encontrado el documento.

—Eso—dijo Fortunata—se lo da usted a mi amiga doña Guillermina.

—Pero no vale sin transferencia—replicó el hablador, examinando el papel.

—¿Sin qué?

—Sin transferencia en toda regla.

—Pamplinas. Es mío, y yo lo puedo dar a quien quiera. Coja usted la pluma, y ponga que es mi voluntad que esas acciones sean para doña Guillermina Pacheco. Le echaré muchas firmas debajo, y verá si vale.

Aunque Estupiñá no creía válida aquella manera de testar, hizo lo que se le mandaba.

—Ahora, amigo—dijo ella, perdiendo gradualmente el uso de la palabra—, coja usted a mi hijo y lléveselo..., ¡ay!, déjemelo besar otra vez... Aguarde a que me muera... No; lléveselo antes que venga mi tía, o mi marido, o doña Lupe..., gente mala. Pueden venir, y ya ve usted..., qué compromiso. No me dejarán hacer mi gusto, me enfadaré, y no me moriré tan santamente... como quiero morirme.

No dijo más. Plácido, acercándose a contemplarla, se asustó extraordinariamente. Creyó que estaba muerta o que le faltaba poco para morirse; mandó a Encarnación en busca de Segunda y de José Izquierdo, y cogiendo la cesta en que Juan Evaristo dormía, la puso en la sala. "No me determino a llevármelo —pensó el buen viejo—. Pero al mismo tiempo, si esos brutos se empeñan en impedirme que me lo lleve... ¡Ah!, no; yo cargo con él, y que tiren por donde quieran." Cogió la cesta, y bajándola a su casa con toda la rapidez que le permitían sus piernas, no muy fuertes, azarado como ladrón o contrabandista, volvió a subir y se aproximó a la enferma, mirándola tan de cerca, que casi se tocaban cara a cara.

—Fortunata, *Pitusa*—murmuró, echando *talmente* la voz en el oído de la joven.

A la tercera o cuarta llamada, Fortunata movió ligeramente los párpados, y, desplegando los labios, apenas dijo:

—*Nene.*

XIV

—¡Caracoles! Esta mujer se va... ¡Y yo solo aquí con ella! Y el crío, allá abajo. ¡Van a decir que le he robado! Anda, los ladrones serán ellos. Que digan lo que quieran. A mí, ¿qué? Les presento el papelito firmado por ella, y en paz. ¡Pobre mujer!—contemplándola horrorizado—. ¡Virgen del Carmen, si se va en sangre!... Pero esta gentuza, ¿cómo es que la abandona así? ¿No vieron el peligro? Y ese médico, ¿en qué está pensando?... ¡Qué compromiso! ¿Y qué le daría yo? Aquí hay medicinas; se las daré. Pero ¿y si me equivoco? Cuidado con las drogas, Plácido, y no hagas una barbaridad. Esperaremos. Pero ¡qué!... Si cuando vengan ya estará ella en el otro barrio. Dios la perdone y le dé lo que más le convenga... Es preciso tratar de animarla...—hablándole al oído—. Fortunata, Fortunatita, abra usted los ojos y no se nos muera así, tan tontamente... Le traeré el Viático, siquiera la Santa Unción... ¡Eh! Hija, chica... ¡Quia!, no se entera... Esto está perdido. Hija mía, piense usted en Dios y en la Santísima Virgen; invóquelos en esta hora tremenda y la ampararán... Nada, como si le hablaran en griego; no oye, o es que está tan aferrada a la maldad, que no quiere que se le hable de religión. Voy a tocar otro registro—con malicia—. Fortunata, buena moza, mire usted quién está aquí... Despierte y verá... ¿No le conoce? Es aquel sujeto, el señor don Juanito, que viene a ver a su... dama... Mírele, mírele tan afligido de verla a usted malita—hablando para sí—. ¡Cómo se sonríe la picarona! ¡Ah! Está dañada hasta el tuétano. Abre los ojos y le busca con las miradas. Es como los borrachos, que aunque estén expirando, si les nombran vino, parece que resucitan... ¡Como no se salve ésta! Al infierno va de cabeza... Vean qué manera de arrepentirse. Le nombro a Nuestro Divino Redentor y a María Santísima del Carmen, y como si tal cosa... Sorda como una tapia. Pero le nombro al señorete, y ya la tiene usted tan avispada, queriendo vivir, y, sin duda, con intenciones de pecar. ¡Ah! Cualquier día se salva ésta... Me parece que sube ya la tía. Oigo sus resoplidos como los de una loba marina... Sí, aquí vienen—saliendo al pasillo y hablando con Segunda, que subía, sofocadísima, precedida de Encarnación—. ¡Vaya una calma que tiene usted! Se ha puesto muy mala, pero muy mala.

Apenas entró en la alcoba, Segunda empezó a dar gritos.

—¡Hija de mi alma, me la han matado, me la han asesinado! ¡Ay, qué carnicería! ¡Cómo está!... Me la han matado... ¿Y el niño? Nos le han robado, nos le han robado...

—Atienda a su sobrina y vea si la puede salvar—dijo Estupiñá, cogiéndola por un brazo—, y déjese de asesinatos y robos de hijos, y no sea usted mamarracho.

—Niña de mi alma... Pero ¿qué? Fortunata..., ¿te han matado, o qué es esto? A ver, cordera, ¿tienes heridas? *Paice* que te han dado cien puñaladas... Pero estás viva. Cuéntame qué ha sido. ¿Quién ha sido? Y tu niño, nuestro niño, ¿dónde está? ¿Te lo quitaron?

—Llame usted al médico—indicó Plácido con ira—. ¿Dónde vive? Yo le avisaré... Y no se cuide del niño, que está mejor que quiere, y nada le falta.

—Pero ¿dónde está?... Don Plácido, don Plácido—exclamó Segunda, descompuesta y furiosa—. Me parece que va usted a ir al palo... Voy a dar parte a la Justicia. Usted es un forajido, sí, señor, no me vuelvo atrás... Usted nos ha *birlado* a la criatura.

—¡Atiza!... Pero, mujer de Barrabás —retirándose por miedo a que Segunda le sacara los ojos—, ¿quiere usted callarse? ¿No ve que su sobrina se muere?

—Porque usted me la ha matado, so verdugo, caribe, usted, usted.

—Dale con gracia... Habrá que ponerle un bozal. Voy a avisar a la Casa de Socorro.

—A la cárcel... es donde tiene que ir usted.

Y en aquel momento entró José Izquierdo, a quien su hermana quiso incitar para que acometiese al bueno de Estupiñá. *Platón* vacilaba, no dando a Segunda todo el crédito que ésta creía merecer.

—¡Ea! Que me voy cargando... y quien va a traer al juez soy yo—afirmó el anciano, dando una patada—. El chico está donde debe estar, y bien saben que yo no miento. Y si no, pregúntele a su madre.

—Hija de mi vida—chillaba Segunda, abrazando y besando a su sobrina, que si no era ya cadáver, lo parecía—. Dinos lo que te han hecho, dímelo, corazón. ¡Ay, qué dolor de hija!...

—Usted—dijo Plácido a Izquierdo autoritariamente—, corra a llamar a ese señor boticario que suele venir, el que ahora la protege. Yo avisaré a otra persona, y vamos a escape, que la muerte nos coge la delantera.

Se escabulló sin esperar la opinión de Segunda. *Platón*, comprendiendo por instinto antes que por criterio que las órdenes de Estupiñá eran más prácticas que las de la placera, salió y fué presuroso a la calle del Ave María.

La primera persona que llegó a la casa fué Guillermina, a quien Plácido enteró por el camino de cuanto había ocurrido. Subiendo la escalera, la santa dijo a su sacristán:

—Entre usted en su casa a esperar a Jacinta, que vendrá en seguida. Adviértale que no quiero que suba. En cuanto pueda, bajaré yo. A Jacinta, que no se mueva de aquí y me aguarde.

Cuando la fundadora entró, la enferma continuaba en el mismo estado. Segunda, llena de consternación, no hablaba ya de asesinato, y aunque no acababa de comprender el *robo del chiquillo*, no se atrevió a mentarlo ante la señora casera. Había intentado hacerle tomar a Fortunata fuertes dosis de *ergotina*; pero no pudo conseguirlo. Apretaba los dientes, y no había medio de traerla a la razón. Guillermina tuvo más suerte o puso en ejecución mejores medios, porque logró hacerle beber algo de aquel eficaz medicamento. Hubo gran barullo, aplicación precipitada de remedios diferentes, externos e internos. La santa y la placera, ambas con igual ardor, trabajaron por atajar la vida que se iba; pero la vida no quería detenerse, y ante la ineficacia de sus esfuerzos, las dos mujeres se pararon rendidas y desconsoladas. Fortunata miraba con expresión de gratitud a su amiga, y cuando ésta le cogía la mano trataba de hablarle; pero apenas podía articular algún monosílabo. Calladas, se hablaron mirándose.

—El padre Nones va a venir—dijo la santa—. Le mandé recado al salir de casa. Prepárese usted, hija mía, poniendo el pensamiento en Nuestro Señor Jesucristo; y como le pida perdón de sus pecados con verdadera contrición, se lo dará. ¿Se lo ha pedido usted?

Fortunata dijo que sí con la cabeza.

—Mi amiguita se ha enterado del regalo que usted le ha hecho, y está tan agradecida. Ha sido un rasgo feliz y cristiano.

En las nieblas que envolvían su pensamiento, la infeliz joven, al oír aquello del *rasgo,* se acordó de Feijoo y de sus prohibiciones; pero este recuerdo no la hizo arrepentirse de su acción.

—Jacinta me encarga que dé a usted las gracias. No le guarda ningún rencor. Al contrario: usted ha sabido arreglarse para dejar buena memoria de sí. Además, ella es de las pocas personas que saben perdonar. Imítela usted ahora, que no le vendría mal en este instante sofocar sus pasiones, amar a sus enemigos y hacer bien a los que la aborrecen. Hija mía—abrazándola—, ¿ha perdonado usted al hombre que tiene la culpa de todos sus males y que la ha arrastrado tantas veces al pecado?

Fortunata dijo que sí con la cabeza, y sus miradas daban a entender que aquel perdón era de los fáciles porque el amor andaba de por medio.

—¿Perdona usted también a esa mujer de quien se suponía ofendida, y a quien usted ofendió de palabra y de obra, con o sin motivo?

Este perdón sí que era de los duros. Callóse la santa, observando a la diabla intranquila. Esta tenía la cabeza echada hacia atrás, moviéndola sobre la almohada con cierta inquietud, y sus miradas vagaban por el techo.

—Qué, ¿duda usted?... Pues Dios, para perdonarnos, necesita saber si perdonamos nosotros antes. ¿Para qué quiere usted ahora ese odio mezquino? ¿De qué le sirve? De peso para impedirle subir al cielo. Hay que arrojar ese plomo —abrazándola con más cariño—. Amiguita, hágalo por mí, por *el mono del Cielo,* que debe quedar aquí rodeado de bendiciones, no de maldiciones.

Fortunata se estremeció desde el cabello hasta los pies... Su respiración fatigosa indicaba el afán de vencer las resistencias físicas que entorpecían la voz.

—No necesita usted hablar—le dijo la santa—; basta que manifieste su intención, respondiéndome con la cabeza. ¿Perdona usted a Aurora?

La moribunda movió la cabeza de un modo que podría pasar por afirmativo, pero con poco acento, como si no toda el alma, sino una parte de ella afirmase.

—Más, más claro.

Fortunata acentuó un poquito más, y sus ojos se humedecieron.

—Así me gusta.

Entonces resplandeció en la cara de la infeliz señora de Rubín algo que parecía inspiración poética o religioso éxtasis, y vencida maravillosamente la postración en que estaba, tuvo arranque y palabras para decir esto:

—Yo también..., ¿no lo sabe usted?..., soy ángel...

Y algo más expresó; pero las palabras volvieron a ser ininteligibles, y en la cara le quedó una expresión de dicha inefable y reposada. La santa estuvo un instante sin saber qué actitud tomar.

—¡Angel!... Sí—dijo al fin—; lo será si se purifica bien. Amiga querida, es preciso prepararse con formalidad. El padre Nones va a venir, y él le dará a usted consuelos que yo no puedo darle... Ahora recuerdo que usted tenía una idea maligna, origen de muchos pecados. Es preciso arrojarla y pisotearla... Busque, rebusque bien en su espíritu y verá cómo la encuentra; es aquel disparate de que el matrimonio, cuando no hay hijos, no vale..., y de que usted, por tenerlos, era la verdadera esposa de... Vamos—con extraordinaria ternura—, reconozca usted que semejante idea era un error diabólico a fuerza de ser tonto, y prométame que ha de renegar de ella y que no la olvidará cuando el amigo Nones la confiese. Mire usted que si se la lleva consigo le ha de estorbar mucho por allá.

La *Pitusa* no expresaba nada, por lo cual su fervorosa amiga volvía al ataque con más brío y pasión.

—Fortunata, hija mía, por el cariño que me tiene, y que yo no me merezco, por el que yo le he tomado y que le conservaré toda mi vida, le pido que se arranque esa idea, y la arroje aquí, como si fuera un adorno de los que se ponen las pecadoras, un lunar postizo, un colorete. Eso no sirve allá, como no le sirva al demonio para hacer de las suyas... ¿Se la arranca usted, sí o no? Hágalo por mí, para que yo me quede tranquila.

Fortunata volvió a tener la llamarada en sus ojos, al modo de un reflejo de iluminación cerebral, y, en su cuerpo, vibraciones de gozo, como si entrara alborotadamente en ella un espíritu benigno. La voluntad y la palabra reaparecieron; pero sólo fué para decir:

—Soy ángel... ¿No lo ve?...

—Angel, sí; bueno, esa convicción me gusta—con inquietud—. Pero yo quisiera...

Interrumpió a la señora la aparición del padre Nones, que no cabía por la puerta, y tuvo que inclinarse para poder entrar. Toda la estancia se llenó de una negrura triste y severa.

—Aquí estoy, *maestra*—dijo el anciano, y la dama se levantó para dejarle el asiento.

Algo susurraron los dos antes que ella se retirara. Nones habló cariñosamente a la enferma, que le miraba con empañados ojos, sin dar ninguna respuesta a sus palabras... Por fin, echó una voz que parecía infantil, voz quejumbrosa y dolorida, como de una tierna criatura lastimada. Lo que Nones creyó entender entre aquellas articulaciones de indecible sentimiento fué esto:

—¿No lo sabe?... Soy ángel... yo también..., *mona del Cielo*.

Y siguió su exhortación el cura, diciendo para sí: "Trabajo perdido..., cabeza trastornada."

Y en alta voz:

—Angel, sí; pero es preciso, hija mía, confesar la fe de Cristo, consagrar a ella nuestros últimos pensamientos y pedirle con el corazón que nos perdone. Es tan bueno, tan bueno, que no niega su amparo a ningún pecador que se llegue a El, por empedernido que sea... Lo principal es tener un interior puro, un...

La miró, alarmado. ¿Había dicho algo? Sí; pero Nones no pudo enterarse. Fué, sin duda, aquello de *soy ángel*, y luego inclinó la cabeza cómo quien se va a dormir. El sacerdote la miró más de cerca, y en alta voz dijo:

—Maestra, maestra, venga usted.

Entró Guillermina, y ambos la observaron.

—Creo—dijo Nones—que ha concluído. No ha podido confesar... Cabeza trastornada... ¡Pobrecita! Dice que es ángel... Dios lo verá.

La maestra y el cura se pusieron a rezar en voz alta. Segunda empezó a escandalizar, y en aquel momento llegaba Segismundo, quien, sabedor en la escalera de lo que ocurría, entró en la casa y en la alcoba más muerto que vivo.

XV

Mientras estuvo allí el padre Nones, Ballester se mantuvo en una actitud consternada, contemplando el lastimoso cuadro con el respeto que infunden los muertos, y encerrando su dolor en una compostura que tenía cierta corrección. Pero cuando no quedaron allí más testigos que la santa y Segunda, el buen farmacéutico creyó que no tenía para qué sujetar la onda impetuosa que del corazón le salía, y, llegándose al cuerpo todavía caliente de su infeliz amiga, la abrazó y estampó multitud de besos en su frente y mejillas.

—¡Ah! Señora—dijo a la fundadora, secándose las lágrimas—, veo que se asombra usted de... verme llorar así, y de estas demostraciones... Es que yo la quería mucho..., era mi amiga..., iba a ser mi querida..., digo..., no, dispense usted; éramos amigos... Usted no la conocía bien; yo, sí... Era un ángel..., digo, debía serlo, podría serlo; dispense usted, señora, no sé lo que me digo; porque me ha llegado al alma esta desgracia. No la esperaba... Ha sido un descuido. Ella misma, con los disparates que hacía..., porque era de estos ángeles que hacen muchos disparates..., ¿me entiende usted?... ¡Pobre mujer..., tan hermosa y tan buena!... La hemorragia ha provenido, sin duda, de no haberse verificado la involución... Me lo temía... La salida antes de tiempo, la agitación moral... Añada usted descuidos, falta de asistencia, de vigilancia, y de una autoridad que se le hubiera impuesto. ¡Ah! Si yo hubiera estado aquí. Pero no podía, no podía. Mis obligaciones... ¡Ah! Señora, crea usted que tengo el corazón destrozado, y que tardaré, tardaré en consolarme de esta pesadumbre... Le había tomado yo tanto cariño, que a todas horas la tenía en el pensamiento. Mi destino me ligaba a ella, y hubiéramos sido felices, sí, felices, créalo usted... Nos habríamos ido a otro país, a un país lejano, muy lejano. Con permiso de usted, la voy a besar otra vez. No la había besado nunca. No me atrevía, ni ella me lo habría consentido, porque era la persona más honrada y honesta que usted puede imaginar.

Guillermina sentía tanto asombro como lástima ante las demostraciones de aquel buen hombre que con tanta franqueza se expresaba. Poco a poco fué tomando el dolor de Segismundo acentos más tranquilos, y, sentado a la cabecera del lecho mortuorio, habló con la santa de un asunto que necesariamente y por la fuerza de la realidad se imponía.

—¡Ah! No, señora; dispense usted. Los gastos del entierro los pago yo. Quiero tener esa satisfacción. No me la quite usted, por Dios...

—Pero, hijo—replicó la fundadora—, si usted es un pobre. ¿Qué necesidad tiene de ese gasto? Si no hubiera más remedio, muy santo y muy bueno. Pero no sea usted tonto y guarde su dinero, que bastante falta le hace. Esta obligación la pagará quien debe pagarla, y no digo más: al buen entendedor...

No dándose por vencido, Ballester persistió en su idea; pero Guillermina hubo de machacar tanto, que, al fin, se la quitó de la cabeza. Segunda y sus dos compañeras de plazuela amortajaron a la infeliz señora de Rubín, y en tanto el farmacéutico se ocupaba con incansable actividad en los preparativos del entierro, que debía ser a la mañana siguiente. En todo aquel día no abandonó la casa mortuoria. Al mediodía estaba solo en ella, y el cuerpo de Fortunata, ya vestido con su hábito negro de los Dolores, yacía en el lecho. Ballester no se saciaba de contemplarla, observando la serenidad de aquellas facciones que la muerte tenía ya por suyas, pero que no había devorado aún. Era el rostro como de marfil, tocado de manchas vinosas en el hueco de los ojos y en los labios, y las cejas parecían aún más finas, rasgueadas y negras de lo que eran en vida. Dos o tres moscas se habían posado sobre aquellas marchitas facciones. Segismundo sintió nuevamente deseos de besar a su amiga. ¿Qué le importaban a él las moscas? Era como cuando caían en la leche. Las sacaba, y después bebía como si tal cosa. Las moscas huyeron cuando la cara viva se inclinó sobre la muerta, y al retirarse tornaron a posarse. Entonces Ballester cubrió la faz de su amiga con un pañuelo finísimo.

Guillermina volvió más tarde. Subía del cuarto de Plácido a decir a Ballester algo referente al entierro. Un rato hablaron, y como ella se mostrase recelosa de que el marido de la difunta fuese por allá y armara un escándalo, el farmacéutico la tranquilizó, diciéndole:

—No tema usted nada. Esta mañana hemos conseguido encerrarle. Está furioso el infeliz, y costó Dios y ayuda quitarle un maldito revólver que ha comprado y con el cual quiere fusilar a las pobres *Samaniegas* y a otra persona que suele pasear por el barrio. La célebre doña Lupe estaba con el alma en un hilo. Acudimos Padilla y yo, y con gran trabajo pudimos desarmar al filósofo y encerrarle en su cuarto, donde quedó dando cabezadas contra las paredes y pegando unos gritos que se oían desde la calle.

—Ya lo dije yo. Tanta y tanta lógica tenía que parar en eso... Conque ya sabe usted. A las diez habrá misa y responso en el cementerio. Y se ha dispuesto, por quien debe hacerlo, que el entierro sea de primera, coche de lujo con seis caballos; irán los niños del Hospicio... Usted dirá que esta ostentación no viene al caso.

—No, yo no digo nada.

—No tendría nada de particular que lo dijera, porque a primera vista es absurdo. Pero la complicación de causas trae la complicación de efectos, y por eso vemos en el mundo tantas cosas que nos parecen despropósitos y que nos hacen reír. Vea usted por qué yo profeso el principio de que no debemos reírnos de nada, y que todo lo que pasa, por el hecho de pasar, ya merece algo de respeto. ¿Se va usted enterando?

Algo más iba a decir; pero entró Plácido, sombrero en mano, y con ciertos aires de ayudante de campo anunció a su generala que había llegado doña Bárbara.

Bajó, pues, la santa y encontró a su amiga un poco adusta, observando los cariñosos extremos de Jacinta con aquel canario de alcoba que estaba en su poder, como si se lo hubiera encontrado en la calle o se lo hubieran puesto en una cesta en la puerta de su casa. Algo le decían también a la señora de Santa Cruz las facciones del chiquitín; pero, escarmentada y previsora, se contenía por no incurrir en la ridiculez de un chasco semejante al de marras. Estaba, pues, la señora indecisa, sin resolverse a entusiasmarse; y las razones que Guillermina le dió para convencerla no la sacaron de aquella actitud reservada y suspicaz. Los afectos que se desbordaban del corazón de la *Delfina* eran combinación armoniosa de alegría y de pena, por las circunstancias en que aquella tierna criatura había ido a sus manos. No podía apartar su pensamiento de la persona que un poco más arriba, en la misma casa, había dejado de existir aquella

mañana, y se maravillaba de notar en su corazón sentimientos que eran algo más que lástima de la mujer sin ventura, pues entrañaban tal vez algo de compañerismo, fraternidad fundada en desgracias comunes. Recordaba, sí, que la muerta había sido su mayor enemigo; pero las últimas etapas de la enemistad y el caso increíble de la herencia del *Pituso* envolvían, sin que la inteligencia pudiera desentrañar este enigma, una reconciliación. Con la muerte de por medio, la una en la vida visible y la otra en la invisible, bien podría ser que las dos mujeres se miraran de orilla a orilla, con intención y deseos de darse un abrazo.

Las tres señoras dijeron a un tiempo:

—¿Y qué hacemos ahora?

Entablóse discusión breve sobre el punto a que llevarían aquella adquisición preciosa. Guillermina cortó las dificultades, proponiendo que le llevaran a su casa. Se dieron órdenes a Estupiñá para que fuesen conducidas también al domicilio de la santa las tres mujeronas entre las cuales sería elegida, a toda conciencia, la que había de criar al *mono del Cielo*.

Por la noche de aquel célebre día hubo en la casa de Santa Cruz una escena memorable. Jacinta y su suegra cogieron por su cuenta al *Delfín* y le pusieron en duro compromiso, refiriéndole lo ocurrido, mostrándole la carta redactada por Estupiñá y obligándole (con lastimoso desdoro de su dignidad) a manifestarse sinceramente consternado, pues el caso no era para puesto en solfa ni para rehuído con cuatro frases y un pensamiento ingenioso. Había faltado gravemente, ofendiendo a su mujer legítima, abandonando después a su cómplice, y haciendo a ésta digna de compasión y aun de simpatía, por una serie de hechos de que él era exclusivamente responsable. Por fin, Santa Cruz, tratando de rehacer su destrozado amor propio, negó unas cosas, y otras, las más amargas, las endulzó y confitó admirablemente, para que pasaran, terminando por afirmar que el chico era suyo y muy suyo, y que por tal lo reconocía y aceptaba, con propósitos de quererle como si le hubiera tenido de su adorada y legítima esposa.

Cuando se quedaron solos los *Delfines*, Jacinta se despachó a su gusto con su marido, y tan cargada de razón estaba y tan firme y valerosa, que apenas pudo él contestarle, y sus triquiñuelas fueron armas impotentes y risibles contra la verdad que afluía de los labios de la ofendida consorte. Esta le hacía temblar con sus acerados juicios, y ya no era fácil que el habilidoso caballero triunfara de aquella alma tierna, cuya dialéctica solía debilitarse con la fuerza del cariño. Entonces se vió que la continuidad de los sufrimientos había destruído en Jacinta la estimación a su marido, y la ruina de la estimación arrastró consigo parte del amor, hallándose por fin éste reducido a tan míseras proporciones, que casi no se le echaba de ver. La situación desairada en que esto le ponía inflamaba más y más el orgullo de Santa Cruz, y ante el desdén no disimulado, sino real y efectivo, que su mujer le mostraba, el pobre hombre padecía horriblemente, porque era para él muy triste que a la víctima no le doliesen ya los golpes que recibía. No ser nadie en presencia de su mujer, no encontrar allí aquel refugio a que periódicamente estaba acostumbrado, le ponía de malísimo talante. Y era tal su confianza en la seguridad de aquel refugio, que al perderlo experimentó por vez primera esa sensación tristísima de las irreparables pérdidas y del vacío de la vida, sensación que en plena juventud equivale al envejecer, en plena familia equivale al quedarse solo, y marca la hora en que lo mejor de la existencia se corre hacia atrás, quedando a la espalda los horizontes que antes estaban por delante. Claramente se lo dijo a ella, con expresiva sinceridad en sus ojos, que nunca engañaban:

—Haz lo que quieras. Eres libre como el aire. Tus trapisondas no me afectan nada.

Esto no era palabrería, y en las pruebas de la vida real vió el *Delfín* que aquella vez iba de veras.

Durante algún tiempo el *Delfinito* siguió en casa de Guillermina, donde estaba la nodriza, hasta que enteraron de todo a don Baldomero, y se le pudo llevar a la casa patrimonial. Jacinta vivía consagrada a él en cuerpo y alma, y tenía la satisfacción de que todos en la casa le querían, incluso su padre. A solas con él, la dama se entretenía fabricando en su atrevido pensamiento edificios de humo con torres de aire y cúpulas más frágiles aún, por ser de pura idea. Las facciones del heredado niño no

eran las de la otra, eran las suyas. Y tanto podía la imaginación, que la madre putativa llegaba a embelesarse con el artificioso recuerdo de haber llevado en sus entrañas aquel precioso hijo y a estremecerse con la suposición de los dolores sufridos al echarle al mundo. Y tras estos juegos de la fantasía traviesa, venía a discurrir sobre lo desarregladas que andan las cosas del mundo. También ella tenía su idea respecto a los vínculos establecidos por la ley, y los rompía con el pensamiento, realizando la imposible obra de volver el tiempo atrás, de mudar y trastrocar las calidades de las personas, poniendo a éste el corazón de aquél, y a tal otro la cabeza del de más allá, haciendo, en fin, unas correcciones tan extravagantes a la obra total del mundo, que se reiría de ellas Dios si las supiera, y su vicario con faldas, Guillermina Pacheco. Jacinta hacía girar todo este ciclón de pensamientos y correcciones alrededor de la cabeza angélica de Juan Evaristo: recomponía las facciones de éste, atribuyéndole las suyas propias, mezcladas y confundidas con las de un ser ideal, que bien podría tener la cara de Santa Cruz, pero cuyo corazón era seguramente el de Moreno..., aquel corazón que la adoraba y que se moría por ella... Porque bien podría Moreno haber sido su marido..., vivir todavía, no estar gastado ni enfermo, y tener la misma cara que tenía el *Delfín*, ese falso mala persona... "Y aunque no la tuviera, vamos, aunque no la tuviera... ¡Ah!, el mundo entonces sería como debía ser, y no pasarían las muchas cosas malas que pasan..."

XVI

En el entierro de la señora de Rubín contrastaba el lujo del carro fúnebre con lo corto del acompañamiento de coches, pues sólo constaba de dos o tres. En el de cabecera iba Ballester, que por no ir solo se había hecho acompañar de su amigo el crítico. En el largo trayecto de la Cava al cementerio, que era uno de los del Sur, Segismundo contó al buen Ponce todo lo que sabía de la historia de Fortunata, que no era poco, sin omitir lo último, que era, sin duda, lo mejor; a lo que dijo el eximio sentenciador de obras literarias que había allí elementos para un drama o novela, aunque, a su parecer, el tejido artístico no resultaría vistoso sino introduciendo ciertas urdimbres de todo punto necesarias para que la vulgaridad de la vida pudiese convertirse en materia estética. No toleraba él que la vida se llevase al arte tal como es, sino aderezada, sazonada con olorosas especias y después puesta al fuego hasta que cueza bien. Segismundo no participaba de tal opinión, y estuvieron discutiendo sobre esto con selectas razones de una y otra parte, quedándose cada cual con sus ideas y su convicción, y resultando al fin que la fruta cruda bien madura es cosa muy buena, y que también lo son las compotas, si el repostero sabe lo que trae entre manos.

En esto llegaron y se dió tierra al cuerpo de la señora de Rubín, delante de las cuatro o cinco personas acompañantes, las cuales eran Segismundo y el crítico, Estupiñá, José Izquierdo y el marido de una de las placeras, amiga de Segunda. Ballester, afectadísimo, hacía de tripas corazón, y se retiró el último. De regreso a Madrid, en el coche, llevaba fresca en su mente la imagen de la que ya no era nada.

—Esta imagen—dijo a su amigo—vivirá en mí algún tiempo; pero se irá borrando, borrando, hasta que enteramente desaparezca. Esta presunción de un olvido posible, aun suponiéndole lejano, me da más tristeza que lo que acabo de ver. Pero tiene que haber olvido, como tiene que haber muerte. Sin olvido no habría hueco para las ideas y los sentimientos nuevos. Si no olvidáramos, no podríamos vivir, porque en el trabajo digestivo del espíritu no puede haber ingestión sin que haya también eliminación.

Y más adelante:

—Mire usted, amigo Ponce, yo estoy inconsolable; pero no desconozco que, atendiendo al egoísmo social, la muerte de esa mujer es un bien para mí (bienes y males andan siempre aparejados en la vida), porque, créamelo usted, yo me preparaba a hacer grandes disparates por esa buena moza, ya los estaba haciendo, y habría llegado sabe Dios adónde... ¡Calcule usted qué atracción ejercía sobre mí! Me tengo por hombre de seso, y, sin embargo, yo me iba derecho al abismo. Tenía para mí esa mujer un poder sugestivo que no puedo ex-

plicarle; se me metió en la cabeza la idea de que era un ángel, sí, ángel disfrazado, como si dijéramos, vestido de máscara para espantar a los tontos, y no me habrían arrancado esta idea todos los sabios del mundo. Y aun ahora la tengo aquí fija y clara... Será un delirio, una aberración; pero aquí dentro está la idea, y mi mayor desconsuelo es que no puedo ya, por causa de la muerte, probarme que es verdadera... Porque yo me lo quería probar... y, créalo usted, me hubiera salido con la mía.

A la semana siguiente Ballester salió de la botica de Samaniego, porque doña Casta se enteró de sus relaciones (que a ella se le antojaron inmorales) con la infame que tan groseramente había atropellado a Aurora, y no quiso más cuentas con él. Doña Lupe le rogó varias veces que fuese a ver a Maximiliano, que continuaba encerrado en su cuarto, y le daban la comida por un tragaluz, no atreviéndose a entrar ni la señora ni *Papitos*, porque los aullidos que daba el infeliz eran señal de agitación insana y peligrosa. Segismundo fué el primero que penetró en la estancia, sin miedo alguno, y vió a Maxi en un rincón, hecho un ovillo, con más apariencias de imbecilidad que de furia, demudado el rostro y las ropas en desorden.

—¿Qué?—le dijo el farmacéutico, inclinándose y tratando de levantarle—. ¿Se va pasando eso?... Como hace días nos quiso usted morder, cuando le quitamos el revólver, y daba mordiscos y patadas, y quería matar a todo el género humano, tuvimos que encerrarle. Justo castigo de la tontería... Qué, ¿ha perdido el uso de la palabra? Míreme de frente y no hagamos visajes, que se pone muy feíto. ¿No me conoce? Soy Ballester, y ahí tengo la vara aquella para enderezar a los niños mal criados.

—Ballester—dijo Maxi, mirándole fijamente y como quien vuelve de un letargo.

—El mismo, ¿y qué?... ¿Quiere que le dé noticias del mundo? Pues prométame tener juicio.

—¿Juicio...? Ya lo tengo, ya lo tengo. Pues ¿acaso he perdido yo alguna vez ni tanto así del juicio?

—¡Quia! Nada, en gracia de Dios. ¡Usted perder el juicio...! Bueno va...

—Ello es que yo he dormido, amigo Ballester—dijo Rubín con relativa serenidad, levantándose—. Lo que recuerdo ahora es que yo estaba cuerdo, más cuerdo que nadie, y de repente me entró el frenesí de matar. ¿Por qué, por qué fué?

—Eso, rásquese la cabecita, a ver si hace memoria... Fué porque *semos* muy tontos. Era usted el espejo de los filósofos, y ya iba para santo, cuando de repente le dió por comprar un revólver...

—¡Ah!..., sí—abriendo espantado los ojos—, fué porque mi mujer me dió palabra de quererme con verdadero amor, de quererme con delirio, ¿oye usted?, como ella sabe querer.

—Bueno va. Y ahora le quiere echar la culpa a la otra pobre.

—Ella, sí, ella fué. Me arrebató... y arrebatado estoy. Tengo dentro de mí el espíritu del mal... y apenas me queda un recuerdo vago de aquel estado de virtud en que me hallaba.

—¡Qué lástima, hijo, qué lástima! Tenemos que volver a las duchas y al bromuro de sodio. Es lo mejor para echar virtud y filosofía.

—Volveré—dijo Maxi con gravedad suma—cuando haya cumplido la promesa que a mi mujer hice. Mataré, gozaré después de aquel amor inefable, infinito, que no he catado nunca y que ella me ofreció en cambio del sacrificio que le hice de mi razón, y luego nos consagraremos ella y yo a hacer penitencia y a pedir a Dios perdón de nuestra culpa.

—¡Bonito programa, sí, señor; bonito contrato! Sólo que ya no puede realizarse, porque falta una de las partes.

—¿Qué parte?

—La que ponía el amor, ese amor tan sublime y... delirante.

Maxi no comprendía, y Ballester, decidido a darle la noticia sin rodeos ni atenuaciones, concluyó así:

—Sí, su mujer de usted ya no existe. La pobrecita se nos ha muerto hace hoy ocho días.

Y al decirlo se conmovió extraordinariamente, velándosele la voz. Maxi prorrumpió en una risa desentonada.

—Otra vez la misma comedia, otra vez... Pero ahora, como entonces, no cuela, señor Ballester... ¿Apostamos a que con mi lógica vuelvo a descubrir dónde está? ¡Ay Dios mío!, ya siento la lógica invadiendo mi cabeza con fuerza admirable, y el talento vuelve..., sí, me vuelve, aquí está, le siento entrar. ¡Bendito sea Dios, bendito sea!

Doña Lupe, que escuchaba este coloquio desde el pasillo, aplicando su oído a la puerta entornada, fué perdiendo el miedo al oír la voz serena de su sobrino, y abrió un poquito, dejando ver su cara inteligente y atisbadora.

—Entre usted, doña Lupe—le dijo Segismundo—. Ya está bien. Pasó el arrebato. Pero no quiere creer que hemos perdido a su esposa. Ya; como la otra vez le engañamos... Pero él tuvo más talento que nosotros.

—Y ahora también, y ahora también —afirmó Rubín con maniática insistencia—. Empezaré al instante mis trabajos de observación y de cálculo.

—Pues no necesitará calentarse la cabeza, porque yo se lo probaré... Yo demostraré lo que he dicho. Doña Lupe, hágame el favor de traerle la ropita, porque no está bien que salga a la calle con esa facha.

—Pero ¿adónde le va usted a llevar? —alarmada.

—Déjeme usted a mí, *señá ministra*. Yo me entiendo. ¿Teme que le robe esta alhaja?

—Mi ropa, tía, mi ropa—dijo Maxi, tan animado como en sus mejores tiempos y sin ninguna apariencia de trastorno mental.

Por fin se hizo lo que Ballester deseaba; Maxi se vistió y salieron. En el pasillo, Segismundo comunicó su pensamiento a doña Lupe.

—Mire usted, señora, yo tengo que ir al cementerio a ver la lápida que he hecho poner en la sepultura de esa pobrecita. La costeo yo; he querido darme esa satisfacción... Una lápida preciosa, con el nombre de la difunta y una corona de rosas...

—¡Corona de rosas!—exclamó *la de los Pavos*, que con toda su diplomacia no supo disimular un ligero acento de ironía.

—De rosas... ¿Y qué más le da a usted...?—quemándose—. ¿Acaso tiene usted que pagarla?... Yo hubiera querido hacerla de mármol; pero no hay posibles..., y es de piedra de Novelda; tributo modesto y afectuoso de una amistad pura... Era un ángel. Sí; no me vuelvo atrás aunque usted se ría.

—No, si no me he reído. Pues no faltaba más.

—Un ángel a su manera. En fin, dejemos esto y vamos a lo otro. Como ha de influir mucho en el estado mental de este pobre chico el convencerse de que su mujer no vive, le pienso llevar... para que lo vea, señora, para que lo vea.

Aprobó doña Lupe, y los dos farmacéuticos salieron y tomaron un simón. Por el camino iba Maxi cabizbajo, y la aproximación al cementerio le imponía, subyugando su ánimo con la gravedad que lleva en sí la idea del morir.

—Adelante, niño—le dijo su amigo, cogiéndole por un brazo y llevándole dentro del campo santo. Atravesaron un gran patio lleno de mausoleos de más o menos lujo; después, otro patio que era todo nichos; pasaron a un tercero en el cual había sepulturas abiertas, otras recién ocupadas, y paráronse delante de una en la cual estaban aún los albañiles, que acababan de poner una lápida y recogían las herramientas.

—Aquí es—dijo Ballester, señalando la gran losa de cantería de Novelda, en cuyo extremo superior había una corona de rosas bastante bien tallada, debajo el R. I. P. y luego un nombre y la fecha del fallecimiento—. ¿Qué dice ahí?

Maximiliano se quedó inmóvil, clavados los ojos en la lápida... ¡Bien claro lo rezaba el letrero! Y al nombre y apellido de su mujer se añadía *de Rubín*. Ambos callaban; pero la emoción de Maxi era más viva y difícil de dominar que la de su amigo. Y al poco rato, un llanto tranquilo, expresión de dolor verdadero y sin esperanza de remedio, brotaba de sus ojos en raudal que parecía inagotable.

—Son las lágrimas de toda mi vida —pudo decir a su amigo—las que derramo ahora... Todas mis penas me están saliendo por los ojos.

Ballester se lo llevó, no sin trabajo, porque aún quería permanecer allí más tiempo y llorar sin tregua. Cuando salían del cementerio, entraba un entierro con bastante acompañamiento. Era el de don Evaristo Feijoo. Pero los dos farmacéuticos no fijaron su atención en él. En el coche, Maximiliano, con voz sosegada y dolorida, expresó a su amigo estas ideas:

—La quise con toda mi alma. Hice de ella el objeto capital de mi vida, y ella no respondió a mis deseos. No me quería... Miremos las cosas desde lo alto: no me podía querer. Yo me equivoqué, y ella también se equivocó. No fuí yo

sólo el engañado; ella también lo fué. Los dos nos estafamos recíprocamente. No contamos con la Naturaleza, que es la gran madre y maestra que rectifica los errores de sus hijos extraviados. Nosotros hacemos mil disparates, y la Naturaleza nos los corrige. Protestamos contra sus lecciones admirables, que no entendemos, y cuando queremos que nos obedezca, nos coge y nos estrella, como el mar estrella a los que pretenden gobernarlo. Esto me lo dice mi razón, amigo Ballester, mi razón, que hoy, gracias a Dios, vuelve a iluminarme como un faro espléndido. ¿No lo ve usted?... Pero ¿no lo ve? Porque el que sostenga ahora que estoy loco es el que lo está verdaderamente, y si alguien me lo dice en mi cara, ¡vive Cristo, por la santísima uña de Dios!, que me la ha de pagar.

—Calma, calma, amigo mío—con bondad—. Nadie le contradice a usted.

—Porque yo veo ahora todos los conflictos, todos los problemas de mi vida con una claridad que no puede provenir más que de la razón... Y para que conste, yo juro ante Dios y los hombres que perdono con todo mi corazón a esa desventurada, a quien quise más que a mi vida, y que me hizo tanto daño; yo la perdono, y aparto de mí toda idea rencorosa, y limpio mi espíritu de toda maleza, y no quiero tener ningún pensamiento que no sea encaminado al bien y a la virtud... El mundo acabó para mí. He sido un mártir y un loco. Que mi locura, de la que con la ayuda de Dios he sanado, se me cuente como martirio, pues mis extravíos, ¿qué han sido más que la expresión exterior de las horribles agonías de mi alma? Y para que no quede a nadie ni el menor escrúpulo respecto a mi estado de perfecta cordura, declaro que quiero a mi mujer lo mismo que el día que la conocí; adoro en ella lo ideal, lo eterno, y la veo, no como era, sino tal y como yo la soñaba y la veía en mi alma; la veo adornada de los atributos más hermosos de la divinidad, reflejándose en ella como en un espejo; la adoro, porque no tendríamos medio de sentir el amor de Dios si Dios no nos lo diera a conocer figurando que sus atributos se transmiten a un ser de nuestra raza. Ahora que no vive, la contemplo libre de las transformaciones que el mundo y el contacto del mal le imprimían; ahora no temo la infidelidad, que es un rozamiento con las fuerzas de la Naturaleza que pasan junto a nosotros; ahora no temo las traiciones, que son proyección de sombra por cuerpos opacos que se acercan; ahora todo es libertad, luz; desaparecieron las asquerosidades de la realidad, y vivo con mi ídolo en mi idea, y nos adoramos con pureza y santidad sublimes en el tálamo incorruptible de mi pensamiento.

—Era un ángel—murmuró Ballester, a quien, sin saber cómo, se le comunicaba algo de aquella exaltación.

—Era un ángel—gritó Maxi, dándose un fuerte puñetazo en la rodilla—. ¡Y el miserable que me lo niegue o lo ponga en duda se verá conmigo...!

—¡Y conmigo!—repitió Segismundo con igual calor—. ¡Lástima de mujer!... ¡Si viviera!

—No, amigo; vivir, no. La vida es una pesadilla... Más la quiero muerta...

—Y yo también—dijo Ballester, cayendo en la cuenta de que no debía contrariarle—. La amaremos los dos como se ama a los ángeles. ¡Dichosos los que se consuelan así!

—¡Dichosos mil veces, amigo mío—exclamó Rubín con entusiasmo—, los que han llegado, como yo, a este grado de serenidad en el pensamiento! Usted está aún atado a las sinrazones de la vida; yo me liberté, y vivo en la pura idea. Felicíteme usted, amigo de mi alma, y deme un gran abrazo, así, así, más apretado; más, más, porque me siento muy feliz, muy feliz.

Al entrar en su casa, lo primero que dijo a doña Lupe fué esto:

—Tía de mi alma, yo me quiero retirar del mundo y entrar en un convento donde pueda vivir a solas con mis ideas.

Vió el cielo abierto la de Jáuregui al oírle expresarse de este modo, y respondió:

—¡Ay, hijo mío, si ya te tenía yo dispuesta tu entrada en un monasterio muy retirado y hermoso que hay aquí, cerca de Madrid! Verás qué ricamente vas a estar. Hay en él unos señores monjes muy simpáticos, que no hacen más que pensar en Dios y en las cosas divinas. ¡Cuánto me alegro de que hayas tomado esa determinación! Anticipándome a tu deseo, te estaba yo preparando la ropa que has de llevar.

Apoyó Ballester la idea que a su amigo le había entrado, y todo el día estu-

vo hablándole de lo mismo, temeroso de que se desdijera; y para aprovechar aquella buena disposición, al día siguiente tempranito él mismo le llevó en un coche al sosegado retiro que le preparaban. Maxi iba contentísimo, y no hizo ninguna resistencia. Pero, al llegar, decía en alta voz, como si hablara con un ser invisible:

—¡Si creerán estos tontos que me engañan! Esto es Leganés. Lo acepto, lo acepto y me callo, en prueba de la sumisión absoluta de mi voluntad a lo que el mundo quiera hacer de mi persona. No encerrarán entre murallas mi pensamiento. Resido en las estrellas. Pongan al llamado Maximiliano Rubín en un palacio o en un muladar... Lo misma da.

Madrid, junio de 1887.

FIN DE
"FORTUNATA Y JACINTA"

MIAU

(1888)

NOTA PRELIMINAR

HASTA *fines del pasado siglo la burocracia española—la* gris, *la plúmbea, la lenta—tenía semejanza con el mar, cada una de cuyas olas es distinta de la anterior, y borra y suele llevarse la siguiente lo que la precedente pintó o trajo. Borrón y cuenta nueva. Un hacer y deshacer continuado sin por qué, sin para qué. Un misterio. Pero si en la Naturaleza los misterios logran una aureola poética perfectamente estimable, en la burocracia los misterios suelen malograr todo practicismo útil. El misterio, aquí, es un engendro. Allí era un ensueño. En la burocracia española—la lenta, la plúmbea, la* gris—, *cada ola era un cambio de rumbo en la política. Pero un cambio* radical, *que afectaba hasta a los más pequeños intereses. ¿Que subían los conservadores al Poder? Se quedaban cesantes todos los liberales: ministros, directores generales, jefes de Administración, jefes de negociado, oficiales, escribientes, conserjes, ordenanzas, porteros... ¡Todos! ¿Que recobraban el Poder los liberales? Pues a comer todos los suyos, desde el portero hasta el ministro. Y a dejar de comer los eliminados. Y estas tragicomedias, repetidas cada cinco o seis meses.*

Uno de estos funcionarios sometidos al régimen torturado impar de no comer y par de malcomer es el protagonista de Miau: *don Ramón Villaamil. Y su sometimiento lleva consigo el de doña Pura, su esposa; doña Milagros, su cuñada; Abelarda, su hija, y Luisito Cadalso, su nieto, hijo de su primogénita, Luisa, fallecida de* pasión de ánimo *disfrazada de tuberculosis, y del guapo sinvergüenza, empleado también en Hacienda, Víctor Cadalso.*

Porque Miau *es la novela de la burocracia española de fin de siglo, tan* gris, *tan plúmbea, tan lenta. "Galdós no había enfocado, hasta ahora, con tanta fijeza como en esta obra, la lente de su observación, escrupulosa, detallista, fiel e implacable, hacia la burocracia de aquel tiempo, y en* Miau *nos dejó un estudio de ella exacto, triste e impresionante, por lo precario del vivir de sus componentes; por la estrechez de sus miras en punto al regimiento de las oficinas públicas, natural y lógica consecuencia del modo adventicio y de aluvión con que se elegía a los que lo formaban; y por la falta de entusiasmo que tiene que producir la carencia absoluta de equidad, así en la recompensa como en el castigo." (G. Gamero.)*

Todo es impresionante en esta novela. Impresiona en ella todo con lo que yo creo más impresionante, más que el dolor, que la miseria, que el vicio, que las pasiones malogradas, que las frustradas virtudes... Impresiona con la desilusión. *Galdós no es un pesimista. El pesimismo es* más negro *que la desilusión, pero no es una calidad anímica inalterable. Se atenúa. Se dulcifica. Se aclara. Pasa en ocasiones. El desencanto no tiene arreglo ni compostura. El pesimismo es un sedimento, a veces, y en ocasiones como un polvillo aposado, que puede ser removido y aventado. El desencanto se lleva en los tuétanos. Galdós es un desencantado de un modo muy parecido a la experiencia, es decir, de la manera más segura. Por esta desilusión es im-*

presionante todo en la bellísima novela Miau, que, a mi parecer, con El amigo Manso y Nazarín, forma la trilogía paradigmática de la novelística moderna española. Empiezan por ser impresionantes los tipos. Don Ramón Villaamil, con el más espantable físico que pueda darse: alto, seco, amarillo, arrugado, desorbitado, con su barba rala y cerdosa, con su enorme boca, con sus orejas transparentes, largas y pegadas al cráneo; con sus miradas, cuando no muertas, alucinantes.

Y, sin embargo, ¡qué buena persona, qué gran corazón, qué estupendo infeliz dominado por su mujer y obediente a sus caprichos y a sus deseos! Doña Pura, la esposa, con su gesto agrio, atenta sólo a satisfacer sus ansias de aparentar, de llevar una existencia incompatible con su modestísima posición, sin pensar jamás en el mañana, áspera con el infortunado esposo, mandona... Doña Milagros, que tuvo en su juventud cierta hermosa voz y cierta hermosura física, perdidas ya ambas, conservando en su memoria retazos de cavatinas, arias y romanzas, que casi a sotto voce entona en la cocina mientras prepara el condumio familiar sencillo. Abelarda, la hija, que se siente envejecer con pavura, alejada del amor varonil. Luisito, el nieto, enteco, cobarde, lleno de sobresaltos, pálido, como uno de aquellos príncipes españoles hijos de los Austrias, que desde la cuna no hacían sino buscar con prisa, melancólicamente, su lugar definitivo en El Escorial para dejar de ser una sombra y convertirse en un fantasma. Víctor Cadalso, que de una manera triste apuró la muerte de su esposa y que de un modo triste encandila el sentimentalismo de su cuñada Abelarda, hombre de burlas de mala ley y de traidores alfilerazos. Posturitas, niño incordiante y reventante, ordinario y malévolo, con lombrices y comezones sexuales, comoañero del pálido Luisito, al que hace objeto de irrisión constante...

Pero si impresionantes son los tipos, más impresionantes son las acciones. Las escapadas al paraíso del Real de las tres mujeres: doña Pura, doña Milagros y Abelarda, con caprichosos vestidos, a los que se mareó de tanto darles vueltas, soslayando las burletas de los asiduos a tan alta esfera, quienes, basándose en la forma y tamaño especiales de las narices y de la boca, en lo corto de los semblantes, casi redondos, en "cierta efusión extravagante de los mechones próximos a las frentes" de las tres damas, que dábanles raro parecido con la cara de los gatos, habíanlas motejado las de Miau. La tragedia cotidiana que era para el pálido y corto de alientos Luisito la asistencia a la escuela pública de la plazuela del Limón, donde los compañeros, conociéndole, le asaetaban con el remoquete de Miau, con otros más duros y con alguno que otro papirotazo o capón. Los cotidianos itinerarios amargos del cesante don Ramón por los antros y covachuelas del Ministerio de Hacienda, recibiendo comentarios malévolos, pullas intencionadas, malas caras, sofiones poco edulcorados por la escasa educación, sonrisas ofensivas, negativas rotundas... Don Ramón, transformado en el clásico pelmazo, en el quisquilloso insufrible, de quien se huye y a quien se hace la cruz o por quien se toca madera. Las andanzas indignas de Víctor Cadalso enamorando a su cuñada por el placer morboso de sacarla de sus casillas, sin finalidad alguna; sus enjuagues administrativos, sus intrigas bien anudadas para obtener el codiciado ascenso, su absoluta falta de piedad para su infeliz suegro. Y hasta las referencias minuciosas a la marcha de la burocracia, en la que reinan la intriga, la arbitrariedad y el capricho. "Si Dante—escribe G. Gamero—hubiera conocido el régimen a que estaba sometida la burocracia oficial de nuestra tierra en la época en que Galdós la describió con tan gráficos trazos, seguramente lo incluyera en uno de los círculos de su infierno famoso."

Impresionantes son en Miau los escenarios. Las viejas calles del viejo barrio del Noviciado. Casas cuarteadas con caras ictéricas, con interiores cochambrosos y malolientes. Plazuelas provincianas de arbolillos entecos, costaneras y costanilladas. Empedrados de guijos picudos, entre los que la hierba brota con fuerza. Tenduchines de mala muerte. Tabernas sospechosas de tipos y delatadas de mugre a cien metros. Basuras abandonadas en la calzada. Rincones convertidos en mingitorios. Reverberos pálidos de cristales rotos a pedradas. Gritos y canciones canallas. Ropas miserables puestas a secar en los balcones y en cuerdas tendidas de árbol a árbol. Comadres en banquetas por las aceras. Sacerdotisas de

Venus chistando desde las bocas de los portales más tétricos. Obreros escurridizos con las tarteras colgadas de las muñecas. De vez en vez, algún guindilla *municipal, con su chacó de acordeón y su charrasco enmohecido, haciendo la* vista gorda *y caracoleando, a dos dedos, el bigote cerdoso de las apariencias respetables...*

Sin embargo, de tantos seres, de tantos detalles que perturban la emoción en Miau, *nada tan impresionante como los coloquios frecuentes de Luisito Cadalso, el pálido niño soñador, con Nuestro Señor. Jesús se apiada del niño y le habla de mil cosas lindas en un delicioso lenguaje que no olvidaremos nunca. ¡Con qué timidez tan audaz Luisito le interroga y se va familiarizando con El! Y con estos coloquios—¡qué soberano mentís para los que acusan a Galdós de irreverente y de seco de corazón!—, el fin escalofriante del desdichado don Ramón Villaamil, harto de las burlas, de las irreverencias, de los remoquetes, de los esquinazos de la Vida para su vida. El pobre don Ramón, que camina a su fin echando a los pájaros las migajas del pan que a él le niega el presupuesto. Es muy difícil—creo yo—que se borren del recuerdo del lector estos dos momentos de la hermosa novela* Miau: *aquel en que Luisito Cadalso—¡el mínimo!—ve aparecérsele a Dios, que lleva consigo un puñado de ángeles, y aquel en que don Ramón, que no creía que le fuera—¡tan desdichado!—posible ni morir después de dispararse un pistoletazo, aún tiene tiempo para pensar: "¡Ah, pues si...!"*

MIAU

I

A las cuatro de la tarde, la chiquillería de la escuela pública de la plazuela del Limón salió atropelladamente de clase, con algazara de mil demonios Ningún himno a la libertad, entre los muchos que se han compuesto en las diferentes naciones, es tan hermoso como el que entonan los oprimidos de la enseñanza elemental al soltar el grillete de la disciplina escolar y *echarse a la calle* piando y saltando. La furia insana con que se lanzan a los más arriesgados ejercicios de volatinería, los estropicios que suelen causar a algún pacífico transeúnte, el delirio de la autonomía individual, que a veces acaba en porrazos, lágrimas y cardenales, parecen bosquejo de los triunfos revolucionarios que en edad menos dichosa han de celebrar los hombres... Salieron, como digo, en tropel; el último quería ser el primero, y los pequeños chillaban más que los grandes. Entre ellos había uno de menguada estatura, que se apartó de la bandada para emprender solo y calladito el camino de su casa. Y apenas notado por sus compañeros aquel apartamiento, que más bien parecía huída, fueron tras él y le acosaron con burlas y cuchufletas no del mejor gusto. Uno le cogía del brazo, otro le refregaba la cara con sus manos inocentes, que eran un dechado completo de cuantas porquerías hay en el mundo; pero él logró desasirse, y ¡pies, para qué os quiero! Entonces, dos o tres de los más desvergonzados le tiraron piedras, gritando: *Miau;* y toda la partida repitió con infernal zipizape: *Miau, Miau.*

El pobre chico de este modo burlado se llamaba Luisito Cadalso y era bastante mezquino de talla, corto de alientos, descolorido, como de ocho años, quizá de diez; tan tímido que esquivaba la amistad de sus compañeros, temeroso de las bromas de algunos, y sintiéndose sin bríos para devolverlas. Siempre fué el menos arrojado en las travesuras, el más soso y torpe en los juegos y el más formalito en clase, aunque uno de los menos aventajados, quizá porque su propio encogimiento le impidiera decir bien lo que sabía o disimular lo que ignoraba. Al doblar la esquina de las Comendadoras de Santiago para ir a su casa, que estaba en la calle de Quiñones, frente a la cárcel de mujeres, uniósele uno de sus condiscípulos, muy cargado de libros, la pizarra a la espalda, el pantalón hecho

una pura rodillera, el calzado con tragaluces, boina azul en la pelona, y el hocico muy parecido al de un ratón. Llamaban al tal Silvestre Murillo, y era el chico más aplicado de la escuela y el amigo mejor que Cadalso tenía en ella. Su padre, sacristán de la iglesia de Montserrat, le destinaba a seguir la carrera de Derecho, porque se le había metido en la cabeza que el mocoso aquel llegaría a ser personaje, quizá orador célebre, ¿por qué no ministro? La futura celebridad habló así a su compañero:

—Mia tú, Cadarso, si a mí me dieran esas chanzas, de la galleta que les pegaba les ponía la cara verde. Pero tú no tienes coraje. Yo digo que no se deben poner motes a las presonas. ¿Sabes tú quién tie la culpa? Pues *Posturitas,* el de la casa de empréstamos. Ayer fué contando que su mamá había dicho que a tu abuela y a tus tías las llaman las *Miaus,* porque tienen la fisonomía de las caras, es a saber, como las de los gatos. Dijo que en el paraíso del teatro Real les pusieron este mal nombre, y que siempre se sientan en el mismo sitio, y que cuando las ven entrar dice toda la gente del público: "Ahí están ya las *Miaus.*"

Luisito Cadalso se puso muy encarnado. La indignación, la vergüenza y el estupor que sentía no le permitieron defender la ultrajada dignidad de su familia.

—*Posturitas* es un ordinario y un disinificante—añadió Silvestre—, y eso de poner motes es de tíos. Su padre es un tío, y su madre una tía, y sus tías unas tías. Viven de chuparle la sangre al pobre, y ¿qué te crees?, al que no desempresta la capa le despluman, es a saber: que se la venden y le dejan que se muera de frío. Mi mamá las llama *las arpidas.* ¿No las has visto tú cuando están en el balcón colgando las capas para que les dé el aire? Son más feas que un túmulo, y dice mi papá que con las narices que tienen se podrían hacer las patas de una mesa, y sobraba madera... Pues también *Posturitas* es un buen mico; siempre pintándola y haciendo gesto como los *clos* del circo. Claro, como a él le han puesto mote, quiere vengarse, encajándotelo a ti. Lo que es a mí no me lo pone, ¡contro!, porque sabe que tengo yo mu malas pulgas, pero mu malas... Como tú eres así tan poquita cosa, es a saber, que no achuchas cuando te dicen algo, vele ahí por qué no te guarda el rispeto.

Cadalsito, deteniéndose en la puerta de su casa, miró a su amigo con tristeza El otro, arreándole un fuerte codazo, le dijo:

—Yo no te llamo *Miau,* ¡contro!, no tengas cuidado que yo te llame *Miau.*

Y partió a escape hacia Montserrat.

En el portal de la casa en que Cadalso habitaba había un memorialista. El biombo o bastidor forrado de papel, imitando jaspes de variadas vetas y colores, ocultaba el hueco del escritorio o agencia donde asuntos de tanta monta se despachaban de continuo. La multiplicidad de ellos se declaraba en manuscrito papel que en la puerta de la casa colgaba. Tenía forma de índice, y decía de esta manera:

Casamientos.—Se andan los pasos de la Vicaría con prontitud y economía.
Doncellas.—Se proporcionan.
Mozos de comedor.—Se facilitan.
Cocineras.—Se procuran.
Profesor de acordeón.—Se recomienda.
Nota. Hay escritorio reservado para señoras.

Abstraído en sus pensamientos, pasaba el buen Cadalso junto al biombo, cuando, por el hueco que éste tenía hacia el interior del portal, salieron estas palabras:

—Luisín, bobillo, estoy aquí.

Acercóse el muchacho, y una mujerona muy grandona echó los brazos fuera del biombo para cogerle en ellos y acariciarlo:

—¡Qué tontín! Pasas sin decirme nada. Aquí te tengo la merienda. Mendizábal fué a las diligencias. Estoy sola, cuidando la *oficina,* por si viene alguien. ¿Me harás compañía?

La señora de Mendizábal era de tal corpulencia, que cuando estaba dentro del escritorio parecía que había entrado en él una vaca, acomodando los cuartos traseros en el banquillo y ocupando todo el espacio restante con el desmedido volumen de sus carnes delanteras. No tenían hijos, y se encariñaba con todos los chicos de la vecindad, singularmente con Luisito, merecedor de lástima y mimos por su dulzura hu-

milde, y más que por esto *por las hambres que en su casa pasaba,* al decir de ella. Todos los días le reservaba una golosina para dársela al volver de la escuela. La de aquella tarde era un bollo (de los que llaman *del Santo*), que estaba puesto sobre la salvadera, y tenía muchas arenillas pegadas en la costra de azúcar. Pero Cadalsito no reparó en esto al hincarle el diente con gana.

—Súbete ahora—le dijo la portera memoralista, mientras él devoraba el bollo con gragea de polvo de escribir—; súbete, cielo, no sea que tu abuela te riña; deja los libritos, y bajas a hacerme compañía y a jugar con *Canelo.*

El chiquillo subió con presteza. Abrióle la puerta una señora cuya cara podía dar motivo a controversias numismáticas, como la antigüedad de ciertas monedas que tienen borrada la inscripción, pues unas veces, mirada de perfil a cierta luz, daban ganas de echarle los sesenta, y otras el observador entendido se contenía en la apreciación de los cuarenta y ocho o los cincuenta bien conservaditos.

Tenía las facciones menudas y graciosas del tipo que llaman aniñado, la tez rosada todavía, la cabellera rubia cenicienta, de un color que parecía de alquimia, con cierta efusión extravagante de los mechones próximos a la frente. Veintitantos años antes de lo que aquí se refiere un periodistín que escribía la cotización de las harinas y las revistas de sociedad, anunciaba de este modo la aparición de aquella dama en los salones del gobernador de una provincia de tercera clase: "¿Quién es aquella figura arrancada de un cuadro del beato Angélico, y que viene envuelta en nubes vaporosas y ataviada con el nimbo de oro de la iconografía del siglo XIV?" Las vaporosas nubes eran el vestidillo de gasa que la señora de Villaamil encargó a Madrid por aquellos días, y el áureo nimbo el demonio me lleve si no era la efusión de la cabellera, que entonces debía de ser rubia, y, por tanto, cotizable a la par, literariamente, con el oro de Arabia.

Cuatro o cinco lustros después de estos éxitos de elegancia en aquella ciudad provinciana, cuyo nombre no hace al caso, doña Pura, que así se llamaba la dama, en el momento aquel de abrir la puerta a su nietecillo, llevaba peinador no muy limpio, zapatillas de fieltro no muy nuevas y bata floja de tartán verde.

—¡Ah! ¿Eres tú, Luisín?—le dijo—. ¡Yo creí que era Ponce con los billetes del Real! ¡Y nos prometió venir a las dos! ¡Qué formalidades las de estos jóvenes del día!

En este punto apareció otra señora muy parecida a la anterior en la corta estatura, en lo aniñado de las facciones y en la expresión enigmática de la edad. Vestía chaquetón degenerado, descendiente de un gabán de hombre, y un mandil largo de arpillera, prenda de cocina en todas partes. Era la hermana de doña Pura y se llamaba Milagros. En el comedor, adonde fué Luis para dejar sus libros, estaba una joven cosiendo, pegada a la ventana para aprovechar la última luz del día, breve como día de febrero. También aquella hembra se parecía algo a las otras dos, salvo la diferencia de edad. Era Abelarda, hija de doña Pura, y tía de Luisito Cadalso. La madre de éste, Luisa Villaamil, había muerto cuando el pequeñuelo contaba apenas dos años de edad. Del padre de éste, Víctor Cadalso, se hablará más adelante.

Reunidas las tres, picotearon sobre el caso inaudito de que Ponce (novio titular de Abelarda, que obsequiaba a la familia con billetes del teatro Real) no hubiese parecido a las cuatro y media de la tarde, cuando generalmente llevaba los billetes a las dos.

—Así, con estas incertidumbres, no sabiendo una si va o no va al teatro, no puede determinar nada ni hacer cálculo ninguno para la noche. ¡Qué cachaza de hombre!

Díjolo doña Pura con marcado desprecio del novio de su hija, y ésta le contestó:

—Mamá, todavía no es tarde. Hay tiempo de sobra. Verás como no falta ése con las entradas.

—Sí; pero en funciones como la de esta noche, cuando los billetes andan tan escasos que hasta influencias se necesitan para hacerse con ellos, es una contracaridad tenernos en este sobresalto.

En tanto, Luisito miraba a su abuela, a su tía mayor, a su tía menor, y comparando la fisonomía de las tres con la del micho que en el comedor esta-

ba, durmiendo a los pies de Abelarda, halló perfecta semejanza entre ellas. Su imaginación viva le sugirió al punto la idea de que las tres mujeres eran gatos en *dos pies y vestidos de gente*, como los que hay en la obra *Los animales pintados por sí mismos;* y esta alucinación le llevó a pensar si sería él también gato *derecho* y si maullaría cuando hablaba. De aquí pasó rápidamente a hacer la observación de que el mote puesto a su abuela y tías en el paraíso del Real era la cosa más acertada y razonable del mundo. Todo esto germinó en su mente en menos que se dice, con el resplandor inseguro y la volubilidad de un cerebro que se ensaya en la observación y en el raciocinio. No siguió adelante en sus gatescas presunciones, porque su abuelita, poniéndole la mano en la cabeza, le dijo:

—Pero ¿la Paca no te ha dado esta tarde merienda?

—Sí, mamá..., y ya me la comí. Me dijo que subiera a dejar los libros y que bajara después a jugar con *Canelo*.

—Pues ve, hijo, ve corriendito, y te estás abajo un rato, si quieres. Pero, ahora me acuerdo..., vente para arriba pronto, que tu abuelo te necesita para que le hagas un recado.

Despedía la señora en la puerta al chiquillo, cuando de un aposento próximo a la entrada de la casa salió una voz cavernosa y sepulcral, que decía:

—Puuura, Puuuura.

Abrió ésta una puerta que a la izquierda del pasillo de entrada había, y penetró en el llamado despacho, pieza de poco más de tres varas en cuadro, con ventana a un patio lóbrego. Como la luz del día era ya tan escasa, apenas se veía dentro del aposento más que el cuadro luminoso de la ventana. Sobre él se destacó un sombrajo larguirucho, que, al parecer, se levantaba de un sillón, como si se desdoblase, y se estiró desperezándose, a punto que la temerosa y empañada voz decía:

—Pero, mujer, no se te ocurre traerme una luz. Sabes que estoy escribiendo, que anochece más pronto que uno quisiera, y me tienes aquí secándome la vista sobre el condenado papel.

Doña Pura fué hacia el comedor, donde ya su hermana estaba encendiendo una lámpara de petróleo. No tardó en aparecer la señora ante su marido con la luz en la mano. La reducida estancia y su habitante salieron de la oscuridad, como algo que se crea surgiendo de la nada.

—Me he quedado helado—dijo don Ramón Villaamil, esposo de doña Pura; el cual era un hombre alto y seco; los ojos, grandes y terroríficos; la piel, amarilla, toda ella surcada por pliegues enormes, en los cuales las rayas de sombra parecían manchas; las orejas, transparentes, largas y pegadas al cráneo; la barba, corta, rala y cerdosa, con las canas distribuídas caprichosamente, formando ráfagas blancas entre lo negro; el cráneo, liso y de color de hueso desenterrado, como si acabara de recogerlo de un osario para taparse con él los sesos. La robustez de la mandíbula, el grandor de la boca, la combinación de los tres colores: negro, blanco y amarillo, dispuestos en rayas; la ferocidad de los ojos negros, inducían a comparar tal cara con la de un tigre viejo y tísico que, después de haberse lucido en las exhibiciones ambulantes de fieras, no conserva ya de su antigua belleza más que la pintorreada piel.

—A ver, ¿a quién has escrito?—dijo la señora, acortando la llama, que sacaba su lengua humeante por fuera del tubo.

—Pues al jefe del personal, al señor de Pez, a Sánchez Botín y a todos los que puedan sacarme de esta situación. Para el ahogo del día (dando un gran suspiro), me he decidido a volver a molestar al amigo Cucúrbitas. Es la única persona verdaderamente cristiana entre todos mis amigos, un caballero, un hombre de bien, que se hace cargo de las necesidades... ¡Qué diferencia de otros! Ya ves la que me hizo ayer ese badulaque de Rubín. Le pinto nuestra necesidad; pongo mi cara en vergüenza suplicándole ..; nada, un pequeño anticipo, y... ¡Sabe Dios la hiel que uno traga antes de decidirse..., y lo que padece la dignidad!... Pues ese ingrato, ese olvidadizo, a quien tuve de escribiente en mi oficina siendo yo jefe de negociado de cuarta; ese desvergonzado, que por su audacia ha pasado por delante de mí, llegando nada menos que a gobernador, tiene la poca delicadeza de mandarme medio duro.

Villaamil se sentó, dando sobre la mesa un puñetazo que hizo saltar las cartas, como si quisieran huir atemorizadas.

Al oír suspirar a su esposa irguió la amarilla frente, y con voz dolorida prosiguió así:

—En este mundo no hay más que egoísmo, ingratitud, y mientras más infamias se ven, más quedan por ver... Como ese bigardón de Montes, que me debe su carrera, pues yo le propuse para el ascenso en la Contaduría Central. ¿Creerás tú que ya ni siquiera me saluda? Se da una importancia que ni el ministro... Y va siempre adelante. Acaban de darle catorce mil. Cada año su ascensito y ole, morena... Este es el premio de la adulación y la bajeza. No sabe palotada de administración; no sabe más que hablar de caza con el director, y de la galga y del pájaro y qué sé yo qué... Tiene peor ortografía que un perro y escribe *hacha* sin *h* y *echar* con ella... Pero, en fin, dejemos a un lado estas miserias. Como te decía, he determinado acudir otra vez al amigo Cucúrbitas. Cierto que con éste van ya cuatro o cinco envites; pero no sé ya a qué santo volverme. Cucúrbitas comprende al desgraciado y le compadece, porque él también ha sido desgraciado. Yo le he conocido con los calzones rotos, y en el sombrero, dos dedos de grasa... El sabe que soy agradecido... ¿Crees tú que se le agotará la bondad?... Dios tenga piedad de nosotros, pues si este amigo nos desampara, iremos todos a tirarnos por el Viaducto.

Dió Villaamil un gran suspiro, clavando los ojos en el techo. El tigre inválido se transfiguraba. Tenía la expresión sublime de un apóstol en el momento en que le están martirizando por la fe, algo del *San Bartolomé* de Ribera, cuando le suspenden del árbol y le descueran aquellos tunantes de gentiles, como si fuera un cabrito. Falta decir que este Villaamil era el que en ciertas tertulias de café recibió el apodo de *Ramsés II* (1).

—Bueno, dame la carta para Cucúrbitas—dijo doña Pura, que, acostumbrada a tales jeremíadas, las miraba como cosa natural y corriente—. Irá el niño volando a llevarla. Y ten confianza en la Providencia, hombre, como la tengo yo. No hay que amilanarse—con risueño optimismo—. Me ha dado la corazonada..., ya sabes tú que rara vez me equivoco..., la corazonada de que en lo que resta de mes te colocan.

(1) *Fortunata y Jacinta*, tercera parte.

II

—¡Colocarme!—exclamó Villaamil poniendo toda su alma en una palabra.

Sus manos, después de andar un rato por encima de la cabeza, cayeron desplomadas sobre los brazos del sillón. Cuando esto se verificó, ya doña Pura no estaba allí, pues había salido con la carta, y llamó desde la escalera a su nieto, que estaba en la portería.

Ya eran cerca de las seis cuando Luis salió con el encargo, no sin volver a hacer escalada breve en el escritorio de los memorialistas.

—Adiós, rico mío—le dijo Paca besándole—. Ven prontito para que vuelvas a la hora de comer—leyendo el sobre—. Pues digo..., no es floja caminata, de aquí a la calle del Amor de Dios. ¿Sabes bien el camino? ¿No te perderás?

¡Qué se había de perder, ¡contro!, si más de veinte veces había ido a la casa del señor de Cucúrbitas y a las de otros caballeros con recados verbales o escritos! Era el mensajero de las terribles ansiedades, tristezas e impaciencias de su abuelo; era el que repartía por uno y otro distrito las solicitudes del infeliz cesante, implorando una recomendación o un auxilio. Y en este oficio de peatón adquirió tan completo saber topográfico, que recorría todos los barrios de la villa sin perderse; y aunque sabía ir a su destino por el camino más corto, empleaba comúnmente el más largo, por costumbre y vicio de paseante o por instintos de observador, gustando mucho de examinar escaparates, de oír, sin perder sílaba, discursos de charlatanes que venden elixires o hacen ejercicios de prestidigitación. A lo mejor topaba con un mono cabalgando sobre un perro o maneiando el molinillo de la chocolatera lo mismito que una *persona natural*; otras veces era un infeliz oso encadenado y flaco o italianos, turcos, moros falsificados que piden limosna haciendo cualquiera habilidad. También le entretenían los entierros muy lucidos, el riego de las calles, la tropa marchando con música, el ver subir la piedra sillar de un edificio en construcción, el Viático con muchas velas, los encuartes de los tranvías, el trasplantar árboles y cuantos accidentes ofrece la vía pública.

—Abrígate bien—le dijo Paca besándole otra vez y envolviéndole la bufanda en

el cuello—. Ya podrían comprarte unos guantes de lana. Tienes las manos heladitas y con sabañones. ¡Ah, cuánto mejor estarías con tu tía Quintina! ¡Vaya, un beso a Mendizábal y hala! *Canelo* irá contigo.

De debajo de la mesa salió un perro de bonita cabeza, las patas cortas, la cola enroscada, el color como de barquillo, y echó a andar gozoso delante de Luis. Paca salió tras ellos a la puerta, los miró alejarse y, al volver a la estrecha oficina, se puso a hacer calceta, diciendo a su marido:

—¡Pobre hijo! Me lo traen todo el santo día hecho un carterito. El sabañazo de esta tarde va contra el mismo sujeto de estos días. ¡La que le ha caído al buen señor! Te digo que estos Villaamiles son peores que la filoxera. Y de seguro que esta noche las tres *lambionas* se irán también de pindongueo al teatro y vendrán a las tantas de la noche.

—Ya no hay cristiandad en las familias—dijo Mendizábal grave y sentenciosamente—. Ya no hay más que suposición.

—Y que no deben nada en gracia de Dios—meneando con furor las agujas—. El carnicero dice que ya no les fía más aunque le ahorquen; el frutero se ha plantado, y el del pan lo mismo... Pues si esas muñeconas supieran arreglarse y pusieran todos los días, si a mano viene, una cazuela de patatas... Pero Dios nos libre... ¡Patatas ellas! ¡Pobrecitas! El día que les cae algo, aunque sea de limosna, ya las tienes dándose la gran vida, y echando la casa por la ventana. Eso sí, en arreglar los trapitos para suponer no hay quien las gane. La doña Pura se pasa toda la mañana de Dios enroscándose las greñas de la frente, y la doña Milagros le ha dado ya cuatro vueltas a la tela de aquella eternidad de vestido color de mostaza para sinapismos. Pues digo, la antipática de la niña no para de echar medias suelas al sombrero, poniéndole cintas viejas o alguna pluma de gallina o un clavo de cabeza dorada, de los que sirven para colgar láminas.

—Suposición de suposiciones... Consecuencias funestas del materialismo—dijo Mendizábal, que solía repetir las frases del periódico a que estaba suscrito—. Ya no hay modestia, ya no hay sencillez de costumbres. ¿Qué se hizo de aquella pobreza honrada de nuestros padres, de aquella—no recordaba lo demás—, de aquella, pues..., como quien dice...?

—Pues el pobre don Ramón, cuando cierre el ojo, se irá derecho al cielo. Es un santo y un mártir. Créete que si yo le pudiera colocar, le colocaba. ¡Me da una lástima! Con aquellas miradas que echa parece que se va a comer a la gente. ¡pobre señor!, y se la comería a una, no por maldad, sino por puras hambres —clavándose en el pelo la cuarta aguja—. Da miedo verle. Yo no sé cómo el señor ministro, cuando le ve entrar en las oficinas, no se muere de miedo y le coloca por perderle de vista.

—Villaamil—dijo Mendizábal con suficiencia—es un hombre honrado, y el Gobierno de ahora es todo de pillos. Ya no hay honradez, ya no hay cristiandad, ya no hay justicia. ¿Qué es lo que hay? Ladronicio, irreligiosidad, desvergüenza. Por eso no le colocan, ni le colocarán mientras no venga el único que puede traer la justicia. Yo se lo digo siempre que pasa por aquí y se para en el portal a echar un párrafo conmigo: "No le dé usted vueltas, don Ramón, no le dé usted vueltas. De todo tiene la culpa la libertad de cultos. Porque ínterin tengamos racionalismo, mi señor don Ramón, ínterin no sea aplastada la cabeza de la serpiente y...—perdiendo el hilo de la frase y no sabiendo ya por dónde andaba—, y en tanto que.... precisamente..., quiero decir, digo...—cortando por lo sano—. ¡Ya no hay cristiandad!"

Entre tanto, Luisito y *Canelo* recorrían parte de la calle Ancha y entraban por la del Pez, siguiendo su itinerario. El perro, cuando se separaba demasiado, deteníase mirando hacia atrás, la lengua fuera. Luis se paraba a ver escaparates, y a veces decía a su compañero esto o cosa parecida:

—*Canelo*, mira qué trompetas tan bonitas.

El animal se ponía en dos patas, apoyando las delanteras en el borde del escaparate; pero no debían de ser para él muy interesantes las tales trompetas, porque no tardaba en seguir andando. Por fin llegaron a la calle del Amor de Dios. Desde cierta ocasión en que *Canelo* tuvo unos ladridos con otro perro inquilino en la casa de Cucúrbitas, adoptó el temperamento prudente de no subir y esperar en la calle a su amigo. Este su-

bió al segundo, donde el incansable protector de su abuelo vivía, y el criado que le abrió la puerta púsole aquella noche muy mala cara.

—El señor no está.

Pero Luisito, que tenía instrucciones de su abuelo para el caso de hallarse ausente la víctima, dijo que esperaría. Ya sabía que a las siete, infaliblemente, iba a comer el señor don Francisco Cucúrbitas. Sentóse el chico en el banco del recibimiento. Los pies no le llegaban al suelo, y los balanceaba como para hacer algo con que distraer el fastidio de aquel largo plantón. El perchero, de pino imitando roble viejo, con ganchos dorados para los sombreros, su espejo y los huecos para los paraguas, le había producido en otro tiempo gran admiración; pero ya le era indiferente. No así el gato, que de la parte interior de la casa solía venir a enredar con él. Aquella noche debía de estar ocupado el bicho, porque no aportó por el recibimiento; pero, en cambio, vió Luis a las niñas de Cucúrbitas, que eran simpáticas y graciosas. Solían acercarse a él, mirándole con lástima o con desdén, pero nunca le habían dicho una palabra halagüeña. La señora de Cucúrbitas, que a Luis le parecía, por lo gruesa y redonda, una imitación humana del elefante *Pizarro*, tan popular entonces entre los niños de Madrid, solía también dejarse rodar por allí, y ya conocía bien Cadalsito sus pasos lentos y pesados. La señora llegaba al ángulo que el pasillo de la derecha formaba con el recibimiento, y desde aquel punto miraba con recelo al mensajero. Después se internaba sin decirle una palabra. Desde que el chico la sentía venir se levantaba rígido, como un muñeco de resortes, recordando las lecciones de urbanidad que le había dado su abuelo.

—¿Cómo está usted?... ¿Cómo lo pasa usted?

Pero la mole aquella, rival en corpulencia de Paca la memorialista, no se dignaba contestarle, y se alejaba haciendo estremecer el suelo, como la máquina de apisonar que Luis había visto en las calles de Madrid.

Aquella noche fué muy tarde a comer el respetable Cucúrbitas. Observó el nieto de Villaamil que las niñas estaban impacientes. La causa era que tenían que ir al teatro y deseaban comer pronto. Por fin sonó la campanilla y el criado fué presuroso a abrir la puerta, mientras las pollas, que conocían los pasos del papá y su manera de llamar, corrían por los pasillos dando voces para que se sirviera la comida. Al entrar el señor y ver a Luisín, dió a entender con ligera mueca su desagrado. El niño se puso en pie, soltando el saludo como un tiro a boca de jarro, y Cucúrbitas, sin contestarle, metióse en el despacho. Cadalsito, aguardando a que el señor le mandara pasar, como otras veces, vió que entraron las hijas dando prisa a su papá, y oyó a éste decir:

—Al momento voy..., que saquen la sopa.

Y no pudo menos de considerar cuán rica sopa sería aquella que a sacar iban. Esto pensaba, cuando una de las señoritas salió del despacho y le dijo:

—Pasa tú.

Entró gorra en mano, repitiendo su saludo, al cual se dignó al fin contestar don Francisco con paternal acento. Era un señor muy bueno, según opinión de Luis, el cual, no entendiendo la expresión ligeramente ceñuda que tenía en su cara lustrosa de próvido funcionario, se figuró que haría aquella noche lo mismo que las demás. Cadalsito recordaba muy bien el trámite: el señor de Cucúrbitas, después de leer la carta de Villaamil, escribía otra o, sin escribir nada, sacaba de su cartera un billetito verde o encarnado y, metiéndolo en un sobre, se lo daba y decía: "Anda, hijo; ya estás despachado." También era cosa corriente sacar del bolsillo duros o pesetas, hacer un lío y dárselo, acompañando su acción de las mismas palabras de siempre, con esta añadidura: "Ten cuidado, no lo pierdas o no te lo robe algún tomador. Mételo en el bolsillo del pantalón... Así..., guapo mozo. Anda con Dios."

Aquella noche, ¡ay!, en pie, delante de la mesa *de ministro*, observó Luis que don Francisco escribía una carta frunciendo las peludas cejas, y que la cerraba sin meter dentro billete ni moneda alguna. Notó también el niño que al echar la firma daba mi hombre un gran suspiro y que después le miraba a él con profundísima compasión.

—Que usted lo pase bien—dijo Cadalsito cogiendo la carta, y el buen señor le puso la mano en la cabeza.

Al despedirle le dió dos perros gran-

des, añadiendo a su acción generosa estas magnánimas palabras:

—Para que compres pasteles.

Salió el chico tan agradecido... Pero por la escalera abajo le asaltó una idea triste: "Hoy no lleva nada la carta." Era, en efecto, la primera vez que salía de allí con la carta vacía. Era la primera vez que don Francisco le daba perros a él, para su bolsillo privado y fomentar el vicio de comer bollos. En todo esto se fijó con la penetración que le daba la precoz experiencia de aquellos mensajes. "Pero ¡quién sabe!—dijo después con ideas sugeridoras por su inocencia—. Puede que le diga que le colocan mañana..."

Canelo, que ya estaba impaciente, se le unió en la puerta. Se pusieron ambos en camino, y en una pastelería de la calle de las Huertas compró Luis dos bollos de a diez céntimos. El perro se comió uno y Cadalso el otro. Después, relamiéndose, apresuraron el paso, buscando la dirección más corta por el mismo laberinto de calles y plazuelas, desigualmente iluminadas y concurridas. Aquí mucho gas, allí tinieblas; acá mucha gente, después soledad, figuras errantes. Pasaron por calles en que la gente, presurosa, apenas cabía; por otras en que vieron más mujeres que luces; por otras en que había más perros que personas.

III

Al entrar en la calle de la Puebla iba ya Cadalsito tan fatigado, que para recobrar las fuerzas se sentó en el escalón de una de las tres puertas con rejas que tiene en dicha calle el convento de don Juan de Alarcón. Y lo mismo fué sentarse sobre la fría piedra, que sentirse acometido de un profundo sueño... Más bien era aquello como un desvanecimiento, no desconocido para el chiquillo, y que no se verificaba sin que él tuviera conciencia de los extraños síntomas precursores. "¡Contro!—pensó, muy asustado—, me va a dar aquello..., me va a dar, me da..." En efecto, a Cadalsito *le daba* de tiempo en tiempo una desazón singularísima, que empezaba con pesadez de cabeza, sopor, frío en el espinazo, y concluía con la pérdida de toda sensación y conocimiento. Aquella noche, en el breve tiempo transcurrido desde que se sintió desfallecer hasta que se le nublaron los sentidos, se acordó de un pobre que solía pedir limosna en aquel mismo escalón en que él estaba. Era un ciego muy viejo, con la barba cana larga y amarillenta, envuelto en parda capa de luengos pliegues, remendada y sucia; la cabeza blanca, descubierta, y el sombrero en la mano, pidiendo sólo con la actitud y sin mover los labios. A Luis le infundía respeto la venerable figura del mendigo, y solía echarle en el sombrero algún céntimo cuando lo tenía de sobra, lo que sucedía muy contadas veces.

Pues, como iba diciendo, cayó el pequeño en su letargo, inclinando la cabeza sobre el pecho, y entonces vió que no estaba solo. A su lado se sentaba una persona mayor. ¿Era el ciego? Por un instante creyó Luis que sí, porque tenía barba espesa y blanca y cubría su cuerpo con una capa o manto... Aquí empezó Cadalso a observar las diferencias y semejanzas entre el pobre y la persona mayor, pues ésta veía y miraba y sus ojos eran como estrellas, al paso que la nariz, la boca y frente eran idénticas a las del mendigo, la barba del mismo tamaño, aunque más blanca, muchísimo más blanca. Pues la capa era igual y también diferente; se parecía en los anchos pliegues, en la manera de estar el sujeto envuelto en ella; discrepaba en el color, que Cadalsito no podía definir. ¿Era blanco, azul o qué demonches de color era aquél? Tenía sombras muy suaves, por entre las cuales se deslizaban reflejos luminosos, como los que se filtran por los huecos de las nubes Luis pensó que nunca había visto tela tan bonita como aquélla. De entre los pliegues sacó el sujeto una mano blanca preciosísima. Tampoco había visto nunca Luis mano semejante, fuerte y membruda como la de los hombres, blanca y fina como la de las señoras... El sujeto aquel, mirándole con paternal benevolencia, le dijo:

—¿No me conoces? ¿No sabes quién soy?

Luisito le miró mucho. Su cortedad de genio le impedía responder Entonces el señor misterioso, sonriendo como los obispos cuando bendicen, le dijo:

—Yo soy Dios. ¿No me has conocido?

Cadalsito sintió entonces, además de la cortedad, miedo, y apenas podía res-

pirar. Quiso envalentonarse, mostrándose incrédulo, y con gran esfuerzo de voz pudo decir:

—¿Usted Dios, usted?... Ya quisiera...

Y la aparición, pues tal nombre se le debe dar, indulgente con la incredulidad del buen Cadalso, acentuó más la sonrisa cariñosa, insistiendo en lo dicho:

—Sí, soy Dios. Parece que estás asustado. No me tengas miedo. Si yo te quiero, te quiero mucho...

Luis empezó a perder el miedo. Se sentía conmovido y con ganas de llorar.

—Ya sé de dónde vienes—prosiguió la aparición—. El Señor de Cucúrbitas no os ha dado nada esta noche. Hijo, no siempre se puede. Lo que él dice, ¡hay tantas necesidades que remediar!...

Cadalsito dió un gran suspiro para activar su respiración, y contemplaba al hermoso anciano, el cual, sentado, apoyando el codo en la rodilla y la barba resplandeciente en la mano, ladeaba la cabeza para mirar al chiquitín, dando, al parecer, mucha importancia a la conversación que con él sostenía.

—Es preciso que tú y los tuyos tengáis paciencia, amigo Cadalsito, mucha paciencia.

Luis suspiró con más fuerza, y sintiendo su alma libre de miedo y al propio tiempo llena de iniciativas, se arrancó a decir esto:

—Y ¿cuándo colocan a mi abuelo?

La excelsa persona que con Luisito hablaba dejó un momento de mirar a éste, y fijando sus ojos en el suelo parecía meditar. Después volvió a encararse con el pequeño, y suspirando, ¡también él suspiraba!, pronunció estas graves palabras:

—Hazte cargo de las cosas. Para cada vacante hay doscientos pretendientes Los ministros se vuelven locos y no saben a quién contentar. Tienen tantos compromisos, que no sé yo cómo viven los pobres Paciencia, hijo, paciencia, que ya os caerá la credencial cuando salte una ocasión favorable... Por mi parte haré también algo por tu abuelo... ¡Qué triste se va a poner esta noche cuando reciba esa carta! Cuidado, no la pierdas. Tú eres un buen chico. Pero es preciso que estudies algo más. Hoy no te supiste la lección de Gramática. Dijiste tantos disparates, que la clase toda se reía, y con muchísima razón. ¿Qué vena te dió de decir que el *participio expresa la idea del verbo en abstracto*? Lo confundiste con el *gerundio*, y luego hiciste una ensalada de los *modos* con los *tiempos*. Es que no te fijas, y cuando estudias estás pensando en las musarañas...

Cadalsito se puso muy colorado, y metiendo sus dos manos entre las rodillas se las apretó.

—No basta que seas formal en clase; es menester que estudies, que te fijes en lo que lees y lo retengas bien. Si no, andamos mal; me enfado contigo, y no vengas luego diciéndome que por qué no colocan a tu abuelo... Y así como te digo esto, te digo también que tienes razón en quejarte de *Posturitas*. Es un ordinario, un mal criado, y ya le restregaré yo una guindilla en la lengua cuando vuelva a decirte *Miau*. Por supuesto, que esto de los motes debe llevarse con paciencia, y cuando te digan *Miau*, tú te callas y aguantas. Cosas peores te pudieran decir.

Cadalsito estaba muy agradecido, y aunque sabía que Dios está en todas partes, se admiraba de que estuviese tan bien enterado de lo que en la escuela ocurría. Después se lanzó a decir:

—¡Contro, si yo lo cojo!...

—Mira, amigo Cadalso—le dijo su interlocutor con paternal severidad—, no te las eches de matón, que tú no sirves para pelearte con tus compañeros. Son ellos muy brutos. ¿Sabes lo que haces? Cuando te digan *Miau*, se lo cuentas al maestro, y verás cómo éste pone a *Posturitas* en cruz media hora.

—Vaya que si lo pone..., y aunque sea una hora.

—Ese nombre de *Miau* se lo encajaron a tu abuela y tías en el paraíso del Real; es, a saber, porque parecen propiamente tres gatitos. Es que son ellas muy relamidas El mote tiene gracia.

Sintió Luis herida su dignidad; pero no dijo nada.

—Ya sé que esta noche van también al Real—añadió la aparición—. Hace un rato les ha llevado ese Ponce los billetes. ¿Por qué no les dices tú que te lleven? Te gustaría mucho la ópera. ¡Si vieras qué bonita es!

—No me quieren llevar.. ¡Bah!... —desconsoladísimo—. Dígaselo usted.

Aun cuando a Dios se le dice *tú*, en los rezos, a Luis le parecía irreverente, *cara a cara*, tratamiento tan familiar.

—¿Yo? No quiero meterme en eso. Además, esta noche han de estar todos

de muy mal temple. ¡Pobre abuelito tuyo! Cuando abra la carta... ¿La has perdido?

—No, señor, la tengo aquí—dijo Cadalso, sacándola—. ¿La quiere usted leer?

—No, tontín. Si ya sé lo que dice... Tu abuelo pasará un mal rato; pero que se conforme. Están los tiempos muy malos, muy malos...

La excelsa imagen repitió dos o tres veces el *muy malos,* moviendo la cabeza con expresión de tristeza, y desvaneciéndose en un instante desapareció. Luis se restregaba los ojos, se reconocía despierto y reconocía la calle. Enfrente vió la tienda de cestas en cuya muestra había dos cabezas de toro, con jeta y cuernos de mimbre; juguete predilecto de los chicos de Madrid. Reconoció también la tienda de vinos, el escaparate con botellas; vió en los transeúntes *personas* naturales, y a *Canelo,* que a su lado seguía, le tuvo por verídico perro. Volvió a mirar a su lado buscando un rastro de la maravillosa visión, pero no había nada. "Es que me dió *aquello* —pensó Cadalsito, no sabiendo definir lo que le daba—; pero me ha dado de otra manera." Cuando se levantó tenía las piernas tan débiles, que apenas se podía sostener sobre ellas. Se palpó la ropa, temiendo haber perdido la carta; pero la carta seguía en su sitio. ¡Contro!, otras veces le había dado aquel desmayo, pero nunca había visto personajes tan..., tan..., no sabía cómo decirlo. Y que le vió y le habló, no tenía duda. ¡Vaya con el *señorón* aquel!... ¡Si sería el Padre Eterno en *vida natural!*... ¡Si sería el anciano ciego que le quería dar un bromazo!...

Pensando de este modo, dirigióse Luis a su casa con toda la prisa que la flojedad de sus piernas le permitía. La cabeza se le iba, y el frío del espinazo no se le quitaba andando. *Canelo* parecía muy preocupado... ¡Si habría visto también algo!... ¡Lástima que no pudiese hablar para que atestiguara la verdad de la visión maravillosa! Porque Luis recordaba que durante el coloquio con Dios acarició dos o tres veces la cabeza de *Canelo,* y que éste le miraba sacando mucho la lengua... Luego *Canelo* podría dar fe.

Llegó por fin a su casa, y como le sintieran subir, Abelarda le abrió la puerta antes que llamara. Su abuelo salió ansioso a recibirle, y el niño, sin decir una palabra, puso en sus manos la carta. Don Ramón fué hacia el despacho, palpándola antes de abrirla, y en el mismo instante doña Pura llamó a Luis para que fuera a comer, pues la familia estaba ya concluyendo. No le habían esperado porque tardaba mucho y las señoras tenían que irse al teatro de prisa y corriendo para coger un buen puesto en el paraíso, antes que se agolpara la gente. En dos platos tapados, uno sobre otro, le habían guardado al nieto su sopa y cocido, que estaban ya fríos cuando llegó a catarlos; mas como su hambre era tanta, no reparó en la temperatura.

Estaba doña Pura atando al pescuezo de su nieto la servilleta de tres semanas cuando entró Villaamil a comer el postre. Su cara tomaba expresión de ferocidad sanguinaria en las ocasiones aflictivas, y aquel bendito, incapaz de matar una mosca, cuando le amargaba una pesadumbre parecía tener entre los dientes carne humana cruda, sazonada con acíbar en vez de sal. Sólo con mirarle comprendió doña Pura que la carta había venido *in albis.* El infeliz hombre empezó a quitar maquinalmente las cáscaras a dos nueces resecas que en el plato tenía. Su cuñada y su hija le miraban también, leyendo en su cara de tigre caduco y veterano la pena que interiormente le devoraba. Por poner una nota alegre en cuadro tan triste, Abelarda soltó esta frase:

—Ha dicho Ponce que la ovación de esta noche será para la Pellegrini.

—Me parece una injusticia—afirmó doña Pura con sus cinco sentidos—que se quiera humillar a la Scolpi Rolla, que canta su parte de Amneris muy a conciencia. Verdad que sus éxitos los debe más al buen palmito y a que enseña las piernas. Pero la Pellegrini, con tantos humos, no es ninguna cosa del otro jueves.

—Calla, mujer—indicó Milagros doctoralmente—. Mira que la otra noche dijo el *fuggi, fuggi; tu sei perdutto,* como no lo hemos oído desde los tiempos de Rossina Penco. No tiene más sino que bracea demasiado, y, francamente, la ópera es para cantar bien, no para hacer gestos

—Pero no nos descuidemos—dijo Pu-

ra—. En noches así, el que se descuida se queda en la escalera.

—¡Quia!... Pero ¿no creéis que Guillén o los chicos de Medicina nos guardarán los asientos?

—No hay que fiar... Vámonos, no nos pase lo de la otra noche. ¡Dios mío!, que si no es por aquellos muchachos tan finos, los de Farmacia, ¿sabes?, nos quedamos en la puerta como unas pasmarotas.

Villaamil, que nada de esto oía, se comió un higo pasado, creo que tragándolo entero, y fué hacia su despacho con paso decidido, como quien va a hacer una atrocidad. Su mujer le siguió, y, cariñosa, le dijo:

—¿Qué hay? ¿Es que esa nulidad no te ha mandado nada?

—Cero—replicó Villaamil con voz que parecía salir del centro de la tierra—. Lo que yo te decía, se ha cansado. No se puede usar un día y otro día... Me ha hecho tantos favores, tantos, que pedir más es temeridad. ¡Cuánto siento haberle escrito hoy!

—¡Bandido!—exclamó iracunda la señora, que solía dar esta denominación y otras peores a los amigos que se ladeaban para evitar el sablazo.

—Bandido, no—declaró Villaamil, que ni en los momentos de mayor tribulación se permitía ultrajar al *contribuyente*—. Es que no siempre se está en disposición de socorrer al prójimo. Bandido, no. Lo que es ideas, no las tiene ni las ha tenido nunca; pero eso no quita que sea uno de los hombres más honrados que hay en la Administración.

—Pues no será tanto—con enfado impertinente—, cuando le luce el pelo como le luce. Acuérdate de cuando fué compañero tuyo en la Contaduría Central. Era el más bruto de la oficina. Ya se sabía; descubierta una barbaridad, todos decían: "Cucúrbitas." Después, ni un día cesante, y siempre para arriba. ¿Qué quiere decir esto? Que sera muy bruto, pero que entiende mejor que tú la aguja de marear. ¿Y crees que no se hace pagar a tocateja el despacho de los expedientes?

—Cállate, mujer.

—¡Inocente!... Ahí tienes por lo que estás como estás, olvidado y en la miseria; por no tener ni pizca de trastienda y ser tan devoto de *San Escrúpulo bendito*. Créeme, eso ya no es honradez, es sosería y necedad. Mírate en el espejo de Cucúrbitas; él será todo lo melón que se quiera, pero verás cómo llega a director, quizá a ministro. Tú no serás nunca nada, y si te colocan, te darán un pedazo de pan, y siempre estaremos lo mismo—acalorándose—. Todo por tus gazmoñerías, porque no te haces valer, porque *fray modesto* ya sabes que no llegó nunca a ser guardián. Yo que tú me iría a un periódico y empezaría a vomitar todas las picardías que sé de la Administración, los enjuagues que han hecho muchos que hoy están en candelero. Eso, cantar claro y caiga el que caiga..., desenmascarar a tanto pillo... Ahí duele. ¡Ah! Entonces verías cómo les faltaba tiempo para colocarte; verías cómo el director mismo entraba aquí, sombrero en mano, a suplicarte que aceptaras la credencial.

—Mamá, que es tarde—dijo Abelarda desde la puerta, poniéndose la toquilla.

—Ya voy. Con tantos remilgos, con tantos miramientos como tú tienes, con eso de llamarlos a todos *dignísimos* y ser tan delicado y tan de ley que estás siempre montado al aire, como los brillantes, lo que consigues es que te tengan por un cualquiera. Pues sí—alzando el grito—, tú debías ser ya director, como ésa es luz, y no lo eres por mandria, por apocado, porque no sirves para nada, vamos, y no sabes vivir. No; si con lamentos y suspiros no te van a dar lo que pretendes. Las credenciales, señor mío, son para los que se las ganan enseñando los colmillos. Eres inofensivo, no muerdes, ni siquiera ladras, y todos se ríen de ti. Dicen: "¡Ah, Villaamil, qué honradísimo es! ¡Oh el empleado *probo!*..." Yo cuando me enseñan un *probo*, le miro a ver si tiene los codos fuera. En fin, que te caes de honrado. Decir honrado, a veces, es como decir ñoño. Y no es eso, no es eso. Se puede tener toda la integridad que Dios manda y ser un hombre que mire por sí y por su familia...

—Déjame en paz—murmuró Villaamil desalentado, sentándose en una silla y derrengándola.

—Mamá—repetía la señorita, impaciente.

—Ya voy, ya voy.

—Yo no puedo ser sino como Dios me ha hecho—declaró el infeliz cesante—. Pero ahora no se trata de que yo sea así o asado; trátase del pan de cada día,

del pan de mañana. Estamos como queremos, sí... Tenemos cerrado el horizonte por todas partes. Mañana...

—Dios no nos abandonará—dijo Pura, intentando robustecer su ánimo con esfuerzos de esperanza que parecían patalеos de náufrago—. Estoy tan acostumbrada a la escasez, que la abundancia me sorprendería, y hasta me asustaría... Mañana...

No acabó la frase, ni aun con el pensamiento. Su hija y su hermana le daban tanta prisa, que se arregló apresuradamente. Al envolverse en la cabeza la toquilla azul, dió esta orden a su marido:

—Acuesta al niño. Si no quiere estudiar, que no estudie. Bastante tiene que hacer el pobrecito, porque mañana supongo que saldrá a repartirte dos arrobas de cartas.

El buen Villaamil sintió un gran alivio en su alma cuando las vió salir. Mejor que su familia le acompañaba su propia pena, y se entretenía y consolaba con ella mejor que con las palabras de su mujer, porque su pena, si le oprimía el corazón, no le arañaba la cara, y doña Pura, al cuestionar con él, era toda pico y uñas toda.

IV

Cadalsito estaba en el comedor, sentado a la mesa, los codos sobre ella y los libros delante. Estos eran tantos, que el escolar se sentía orgulloso de ponerlos en fila, y parecía que los pasaba revista, como un general a sus unidades tácticas. Estaban los infelices tan estropeados, cual si hubieran servido de proyectiles en furioso combate; las hojas retorcidas, los picos de las cubiertas doblados o rotos, la pasta con pegajosa mugre. Pero no faltaba a ninguno, en la primera hoja, una inscripción en letra vacilante que declaraba la propiedad de la finca, pues sería en verdad muy sensible que no se supiera que pertenecían exclusivamente a Luis Cadalso y Villaamil. Este cogía uno cualquiera, a la suerte, a ver lo que salía. ¡Contro, siempre salía la condenada Gramática!... Abríala con prevención y veía las letras hormiguear sobre el papel iluminado por la luz de la lámpara colgante. Parecían mosquitos revoloteando en un rayo de sol. Cadalso leía algunos renglones. "¿Qué es adverbio?" Las letras de la respuesta eran las que se habían propuesto no dejarse leer, corriendo y saltando de una margen a otra. Total, que el adverbio debía de ser una cosa muy buena; pero Cadalsito no lograba enterarse de ello claramente. Después leía páginas enteras, sin que el sentido de ellas penetrara en su espíritu, que no se había desprendido aún del asombro de la visión: ni se le había quitado el malestar del cuerpo, a pesar de haber comido con tanta gana, y como notase que al fijar la atención en el libro se ponía peor, tuvo por buen remedio de ir doblando una a una las puntas de las hojas de la Gramática, hasta dejar el pobre libro rizado como una escarola.

En esto estaba cuando sintió que su abuelo salía del despacho. Se le había apagado la luz por falta de petróleo, y aunque no escribía, la oscuridad le lanzó de su guarida hacia el comedor. En éste y en el pasillo se paseó un rato el infeliz hombre, excitadísimo, hablando solo y dando algunos tropezones, porque la desigual y en algunos puntos agujereada estera no permitía el paso franco por aquellas regiones.

Otras noches que se quedaban solos abuelo y nieto, aquél le tomaba las lecciones, repitiéndoselas y fijándoselas en la memoria. Aquella noche, Villaamil no estaba para lecciones, lo que agradeció mucho el pequeño, quien por el bien parecer empezó a desdoblar las hojas del martirizado texto, planchándolas con la palma de la mano. Poco después el mismo libro fué blando cojín para su cabeza, fatigada de estudios y visiones, y dejándola caer se quedó dormido sobre la definición del adverbio.

Villaamil decía: "Esto ya es demasiado, Señor Todopoderoso. ¿Qué he hecho yo para que me trates así? ¿Por qué no me colocan? ¿Por qué me abandonan hasta los amigos en quienes más confiaba?" Tan pronto se abatía el ánimo del cesante sin ventura como se inflamaba, suponiéndose perseguido por ocultos enemigos que le habían jurado rencor eterno. "¿Quién será, pero quién será el danzante que me hace la guerra? Algún ingrato quizá que me debe su carrera." Para mayor desconsuelo, se le representaba entonces toda su vida administrativa, carrera lenta

y honrosa en la Península y ultramar, desde que entró a servir, allá por el año 41, y cuando tenía veinticuatro de edad (siendo ministro de Hacienda el señor Surrá). Poco tiempo había estado cesante antes de la terrible crujía en que le encontramos: cuatro meses en tiempo de Bertrán de Lis, once durante el bienio y tres y medio en tiempo de Salaverría. Después de la revolución pasó a Cuba y luego a Filipinas, de donde le echó la disentería. En fin, que había cumplido sesenta años, y los de servicio, bien sumados, eran treinta y cuatro y diez meses. Le faltaban dos para jubilarse con los cuatro quintos del sueldo regulador, que era el de su destino más alto, jefe de Administración de tercera. "¡Qué mundo éste! ¡Cuánta injusticia! ¡Y luego no quieren que haya revoluciones!... No pido más que los dos meses para jubilarme con los cuatro quintos, sí, señor..." En lo más vivo de su soliloquio, vaciló y fué a chocar contra la puerta, repercutiendo al punto para dar con su cuerpo en el borde de la mesa, que se estremeció toda. Despertando sobresaltado, oyó Luis a su abuelo pronunciar claramente al incorporarse estas palabras, que le parecieron lo más terrorífico que había oído en su vida:

—...¡Con arreglo a la ley de Presupuestos del treinta y cinco, modificada el sesenta y cinco y el sesenta y ocho!

—¿Qué, papá?—dijo, espantado.

—Nada, hijo; esto no va contigo. Duérmete. ¿No tienes ganas de estudiar? Haces bien. ¿Para qué sirve el estudio? Mientras más burro sea el hombre, mientras más pillo, mejor carrera hace... Vamos, a la cama, que es tarde.

Villaamil buscó y halló una palmatoria, mas no le fué tan fácil encontrar vela que encender en ella. Por fin, revolviendo mucho, descubrió unos cabos en la mesa de noche de Pura, y encendido uno de ellos, se dispuso a acostar al niño. Este dormía en la alcoba de Milagros, que estaba en el mismo comedor. Había en aquella pieza un tocador del tiempo de *¡vivan las caenas!*, una cómoda jubilada con los cuatro quintos de su cajonería, dos baúles y las dos camas. En toda la casa, a excepción de la sala, que estaba puesta con relativa elegancia, se revelaba la escasez, el abandono y esa ruina lenta que resulta del no reparar lo que el tiempo desluce y estraga.

Empezó el abuelo a desnudar a su nieto, y le decía:

—Sí, hijo mío, bienaventurados los brutos, porque de ellos es el reino... de la Administración.

Y le desabrochaba la chaqueta y le tiraba de las mangas con tanta fuerza, que a poco más se cae el chico al suelo.

—Hijo mío, ve aprendiendo, ve aprendiendo para cuando seas hombre. Del que está caído nadie se acuerda, y lo que hacen es patearle y destrozarle para que no se pueda levantar... Figúrate tú que yo debiera ser jefe de Administración de segunda, pues ahora me tocaría ascender, con arreglo a la ley de Cánovas del setenta y seis, y aquí me tienes pereciendo... Llueven recomendaciones sobre el ministro, y nada... Se le dice: "Vea usted los antecedentes", y nada. ¿Tú crees que él se cuida de examinar mis antecedentes? Pues si lo hiciera... Todo se vuelve promesas, aplazamientos; que espera una ocasión favorable; que ha tomado nota preferente... En fin, las pamplinas que usan para salir del paso... Yo, que he servido siempre lealmente, que he trabajado como un negro; yo, que no he dado el más ligero disgusto a mis jefes...; yo, que estando en la Secretaría, allá por el cincuenta y dos, le caí en gracia a don Juan Bravo Murillo, que me llamó un día a su despacho y me dijo... lo que callo por modestia... ¡Ah! Si aquel grande hombre levantara la cabeza y me viera cesante... ¡Yo, que el cincuenta y cinco hice un plan de presupuestos que mereció los elogios del señor don Pascual Madoz y del señor don Juan Bruil, plan que en veinte años de meditaciones he rehecho después, explanándolo en cuatro memorias que ahí tengo! Y no es cosa de broma. Supresión de todas las contribuciones actuales, sustituyéndolas con el *income tax*... ¡Ah, el *income tax!* Es el sueño de toda mi vida, el objeto de tantísimos estudios y el resultado de una larga experiencia... No lo quieren comprender, y así está el país..., cada día más perdido, más pobre y todas las fuentes de riqueza secándose que es un dolor... Yo lo sostengo: el impuesto único, basado en la buena fe, en la emulación y en el amor propio del contribuyente, es el remedio mejor de la miseria

pública. Luego, con los derechos muy altos para proteger la industria nacional... Y, por último, la unificación de las Deudas, reduciéndolas a un tipo de emisión y a un tipo de interés...

Al llegar aquí tiró Villaamil con tanta fuerza de los pantalones de Luis, que el niño lanzó un ¡ay!, diciendo:

—Abuelo, que me arrancas las piernas.

A lo que el irritado viejo contestó secamente:

—Por fuerza tiene que haber un enemigo oculto, algún trasto que se ha propuesto hundirme, deshonrarme.

Por fin quedó Luis acostado. Había costumbre de no apagarle la luz hasta mucho después de dormido, porque le daban pesadillas, y despertándose con sobresalto se espantaba de la oscuridad. En vista de que el primer cabo de vela se apagaba, encendió otro el abuelo, y sentándose junto a la cómoda, se puso a leer *La Correspondencia*, que acababan de echar por debajo de la puerta. En su febril trastorno, el desventurado buscaba ansioso las noticias de personal, y por una fatal puntería de su espíritu encontraba al instante las noticias malas. "Ha sido nombrado oficial primero en la Dirección de Impuestos el señor Montes... Real decreto concediendo a don Basilio Andrés de la Caña los honores de jefe superior de Administración."

—Esto es escandaloso, esto es el *delirium tremens* del polaquismo. Ni en las cabilas de Africa pasa esto. ¡Pobre país, pobre España!... Se ponen los pelos de punta pensando lo que va a venir aquí con este desbarajuste administrativo... Es buena persona Basilio; ¡pero si ayer, como quien dice, le tuve de oficial cuarto a mis órdenes!

Tras de la pena venía la esperanza. "Pronto se hará la combinación de personal, con arreglo a la nueva plantilla de la Dirección de Contribuciones. Dícese que serán colocados varios funcionarios inteligentes que hoy se hallan cesantes."

Las miradas de Villaamil bailaron un instante sobre el papel, de letra en letra. Los ojos se le humedecieron. ¿Iría él en aquella combinación? Cabalmente, los amigos que le recomendaban al ministro en aquella campaña fatigosa proponíanle para la próxima hornada. "¡Dios mío, si iré en esa bendita combinación! ¿Y cuándo será? Me dijo Pantoja que sería cosa de tres o cuatro días."

Y como la esperanza reanimaba todo su ser, dándole un inquieto hormigueo, lanzóse al dédalo oscuro de los pasillos. "La combinación..., la plantilla nueva..., dar entrada a los funcionarios inteligentes, y además de inteligentes, digo yo, identificados con... ¡Dios mío! Inspíralos, mete todas tus luces dentro de esas molleras..., que vean claro..., que se fijen en mí; que se enteren de mis antecedentes. Si se enteran de ellos, no hay cuestión, me nombran... ¿Me nombrarán? No sé qué voz secreta me dice que sí. Tengo esperanza. No, no quiero consentirme ni entusiasmarme. Vale más seamos pesimistas, muy pesimistas, para que luego resulte lo contrario de lo que se teme. Observo yo que cuando uno espera confiado, ¡pum!, viene el batacazo. Ello es que siempre nos equivocamos. Lo mejor es no esperar nada, verlo todo negro, negro como boca de lobo, y entonces, de repente, ¡pum!..., la luz... Sí, Ramón, figúrate que no te dan nada, que no hay para ti esperanza, a ver si creyéndolo así viene la contraria... Porque yo he observado que siempre sale la contraria... Y en tanto, mañana moveré todas mis teclas y escribiré a unos amigos y veré a otros, y el ministro..., ante tantas recomendaciones..., ¡Dios mío, qué idea! ¿No sería bueno que yo mismo escribiese al ministro?..."

Al decir esto volvió maquinalmente a donde Cadalsito dormía, y contemplándole, pensó en las caminatas que tenía que dar al día siguiente para repartir la correspondencia. Cómo se encadenó esto con las imágenes que en el cerebro del niño determinaba el sueño, no puede saberse; pero ello es que mientras su abuelo le miraba, Luis, ya profundamente dormido, estaba viendo al mismo sujeto de barba blanca; y lo más particular es que le veía sentado delante de un pupitre, en el cual había tantas, tantísimas cartas, que no bajaban, según Cadalsito, de un par de cuatrillones. El Señor escribía con una letra que a Luis le parecía la más perfecta cursiva que se pudiera imaginar. Ni don Celedonio, el maestro de su escuela, la haría mejor. Concluída cada carta, la metía el Padre Eterno en un sobre más blanco que la nieve, lo acer-

caba a su boca, sacaba de ésta un buen pedazo de lengua fina y rosada para humedecer con rápido pase la goma, cerraba, y volviendo a coger la pluma, que era ¡cosa más rara!, la de Mendizábal, y mojada, por más señas, en el mismo tintero, se disponía a escribir la dirección. Mirando por encima del hombro, Luisito creyó ver que aquella mano inmortal trazaba sobre el papel lo siguiente:

B. L. M.

Al Excmo. Sr. Ministro de Hacienda,
cualisquiera que sea,
su seguro servidor,
DIOS.

V

Aquella noche no durmió Villaamil ni un cuarto de hora seguido. Se aletargaba un instante; pero la idea de la combinación próxima, el criterio pesimista que se había impuesto, poniéndose en lo peor y esperando lo malo para que viniese lo bueno, le sembraban de espinas el lecho, desvelándole apenas cerraba los ojos, cuando su mujer volvió del teatro. Villaamil habló con ella algunas palabras extraordinariamente desconsoladoras. Ello fué algo referente a la dificultad de allegar provisiones para el día siguiente, pues no había en la casa ninguna especie de moneda ni tampoco materia hipotecable; el crédito estaba agotado, y apuradas también la generosidad y paciencia de los amigos.

Aunque afectaba serenidad y esperanza, doña Pura estaba muy intranquila, y también pasó la noche en claro, haciendo cálculos para el día siguiente, que tan pavoroso y adusto se anunciaba. Ya no se atrevía a mandar traer géneros a crédito de ningún establecimiento, porque todo era malas caras, grosería, desconsideración, y no pasaba día sin que un tendero exigente y descortés armase un cisco en la misma puerta del cuarto segundo. ¡Empeñar! La mente de la señora hizo rápida síntesis de todas las prendas útiles que estaban condenadas al ostracismo: alhajas, capas, mantas, abrigos. Se había llegado al máximum de emisión, digámoslo así, en esta materia, y no había forma humana de desabrigarse más de lo que ya lo estaba toda la familia. Una pignoración en grande escala se había verificado el mes anterior (enero del 78), el mismo día del casamiento de don Alfonso con la reina Mercedes. Y, sin embargo, las tres *Miaus* no perdieron ninguna de las fiestas públicas que con aquel motivo se celebraron en Madrid. Iluminaciones, retretas, el paso de la comitiva hacia Atocha; todo lo vieron perfectamente, y de todo gozaron en los sitios mejores, abriéndose paso a codazo limpio entre las multitudes.

¡La sala, hipotecar algo de la sala! Esta idea causaba siempre terror y escalofríos a doña Pura, porque la sala era la parte del menaje que a su corazón interesaba más, la verdadera expresión simbólica del hogar doméstico. Poseía muebles bonitos, aunque algo anticuados, testigos del pasado esplendor de la familia Villaamil; dos entredoses negros con filetes de oro y lacas, con cubiertas de mármol; sillería de damasco, alfombra de moqueta y unas cortinas de seda que habían comprado al regente de la Audiencia de Cáceres, cuando levantó la casa por traslación. Tenía doña Pura a las tales cortinas en santa estima como a las telas de su corazón. Y cuando el espectro de la necesidad se le aparecía y susurraba en su oído con terrible cifra el conflicto económico del día siguiente, doña Pura se estremecía de pavor, diciendo:

—No, no; antes las camisas que las cortinas.

Desnudar los cuerpos le parecía sacrificio tolerable; pero desnudar la sala... ¡eso nunca! Los de Villaamil, a pesar de la cesantía con su grave disminución social, tenían bastantes visitas. ¡Qué dirían éstas si vieran que faltaban las cortinas de seda, admiradas y envidiadas por cuantos las veían! Doña Pura cerró los ojos, queriendo desechar la fatídica idea y dormirse; pero la sala se había metido dentro de su encefalo, y la estuvo viendo toda la noche, tan limpia, tan elegante... Ninguna de sus amigas tenía una sala igual. La alfombra estaba tan bien conservada, que parecía que humanos pies no la pisaban, y era que de día la defendían con pasos de quita y pon, cuidando de limpiarla a menudo. El piano vertical, desafinado, sí, desafinadísimo, tenía el palisandro de su caja resplandeciente. En

la sillería no se veía una mota. Los entredoses relumbraban, y lo que sobre ellos había, aquel reloj dorado y sin hora, los candelabros dentro de fanales, todo estaba cuidado exquisitamente. Pues las mil baratijas que completaban la decoración, fotografías en marcos de papel cañamazo, cajas que fueron de dulces, perritos de porcelana y una licorera de imitación de Bohemia, también lucían sin pizca de polvo. Abelarda se pasaba las horas muertas limpiando estos cachivaches y otros que no he mencionado todavía. Eran objetos de frágiles tablillas caladas, de esos que sirven de entretenimiento a los aficionados a la marquetería doméstica. Un vecino de la casa tenía maquinilla de trepar y hacía mil primores, que regalaba a los amigos. Había cestos, estantillos, muebles diminutos, capillas góticas y chinescas pagodas, todo muy mono, frágil, de *mírame y no me toques*, y muy difícil de limpiar.

Doña Pura dió una vuelta en la cama, como queriendo variar sus lúgubres ideas con un cambio de postura. Pero entonces vió en su mente con mayor claridad las suntuosas cortinas color de amaranto, de seda riquísima, de esa seda *que no se ve ya en ninguna parte*. Todas las señoras que iban de visita habían de coger y palpar la incomparable tela, y frotarla entre los dedos para apreciar la clase. ¡Pero había que tomarle el peso para saber lo que era aquello!... En fin, doña Pura consideraba que mandar las cortinas al Monte o la casa de préstamos era trance tan doloroso como embarcar un hijo para América.

En tanto que la *figura de Fra Angélico* se agitaba en su angosto colchón (dormía en la alcobita de la sala, y su marido, desde que vino de Filipinas, ocupaba solo la alcoba del gabinete), proponíase distraer y engañar su pena recordando las emociones de la ópera y lo bien que dijo el barítono aquello de *rivedrai le foreste imbalsamate*...

Villaamil, solo, insomne y calenturiento, se revolcaba en el gran camastro matrimonial, cuyo colchón de muelles tenía los ídem en lastimoso estado, los unos quebrados y hundidos, los otros estirados y en erección. El de lana, que encima estaba, no le iba en zaga, pues todo era pelmazos por aquí, vaciedades por allá, de modo que la cama habría podido figurar dignamente en las mazmorras de la Inquisición para escarmiento de herejes. El pobre cesante tenía en su lecho la expresión externa o el molde de las torturas de su alma, y así, cuando la hormiguilla del insomnio le hacía dar una vuelta, caía en profunda sima, del centro de la cual surgía, como la joroba de un demonio, enorme espolón, que se le clavaba en los riñones; y cuando salía de la sima, un amasijo de lana, duro y fuerte como el puño, le estropeaba las costillas.

Algunas veces dormía tal cual en medio de estos accidentes; pero aquella noche, la exaltación de su cerebro le agrandaba en la oscuridad las desigualdades del terreno: ya creía que se despeñaba, quedándose con los pies en alto, ya que se balanceaba en el vértice de una eminencia o que iba navegando hacia Filipinas con un tifón de mil demonios. "Seamos pesimistas—era su tema—; pensemos, con todo el rigor del pensamiento, que no me van a incluir en la combinación, a ver si me sorprende la felicidad del nombramiento. No esperaré el hecho feliz, no, no lo espero, para que suceda. Siempre pasa lo que no se espera. Póngome en lo peor. No te colocan, no te colocan, pobre Ramón; verás como ahora también se burlan de ti. Pero aunque estoy convencido de que no consigo nada, convencidísimo, sí, y no hay quien me apee de esto; aunque sé que mis enemigos no se apiadarán de mí, pondré en juego todas las influencias y haré que hasta el lucero del alba le hable al ministro. Por supuesto, amigo Ramón, todo inútil. Verás como no te hacen maldito caso; tú lo has de ver. Yo estoy tan convencido de ello como de que ahora es de noche. Y bien puedes desechar hasta el último vislumbre de credulidad. Nada de melindres de esperanza; nada de *si será o no será*; nada de debilidades optimistas. No lo catas, no lo catas, aunque revientes."

VI

Doña Pura durmió, al fin, profundamente toda la madrugada y parte de la mañana. Villaamil se levantó a las ocho sin haber pegado los ojos. Cuando salió de su alcoba, entre ocho y nueve, después de haberse refregado el hocico con un poco de agua fría y de pasarse

el peine por la rala cabellera, nadie se había levantado aún. La estrechez en que estaban no les permitía tener criada, y entre las tres mujeres hacían desordenadamente los menesteres de la casa. Milagros era la que guisaba; solía madrugar más que las otras dos; pero la noche anterior se había acostado muy tarde, y cuando Villaamil salió de su habitación, dirigiéndose a la cocina, la cocinera no estaba aún allí. Examinó el fogón sin lumbre, la carbonera exhausta; y en la alacena que hacía de despensa vió mendrugos de pan, un envoltorio de papeles manchados de grasa, que debía de contener algún resto de jamón, carne fiambre o cosa así; un plato con pocos garbanzos, un pedazo de salchicha, un huevo y medio limón... El tigre dió un suspiro y pasó al comedor para registrar el cajón del aparador, en el cual, entre los cuchillos y las servilletas, había también pedazos de pan duro. En esto oyó rebullicio, después rumor de agua, y he aquí que aparece Milagros con su cara gatesca muy lavada, bata suelta, el pelo en sortijillas enroscadas con papeles y un pañuelo blanco por la cabeza.

—¿Hay chocolate?—le preguntó su cuñado sin más saludo.

—Hay media onza nada más—replicó la señora, corriendo a abrir el cajón de la mesa de la cocina, donde estaba—. Te lo haré en seguida.

—No; a mí, no. Lo haces para el niño. Yo no necesito chocolate. No tengo gana. Tomaré un pedazo de pan seco y beberé encima un poco de agua.

—Bueno. Busca por ahí. Pan no falta. También hay en la alacena un trocito de jamón. El huevo ese es para mi hermana, si te parece. Voy a encender lumbre. Haz el favor de partirme unas astillas mientras yo voy a ver si encuentro fósforos.

Don Ramón, después de morder el pan, cogió el hacha y empezó a partir un madero, que era la pata de una silla vieja, dando un suspiro a cada golpe. Los estallidos de la fibra leñosa al desgarrarse parecían tan inherentes a la persona de Villaamil como si éste se arrancase tiras palpitantes de sus secas carnes y astillas de sus pobres huesos. En tanto, Milagros armaba el templete de carbones y palitroques.

—Y hoy, ¿se pone cocido?—preguntó a su cuñado con cierto misterio.

Villaamil meditó sobre aquel problema tan descarnadamente planteado.

—Tal vez..., ¡quién sabe!—replicó, lanzando su imaginación a lo desconocido—. Esperemos a que se levante Pura.

Esta era la que resolvía todos los conflictos, como persona de iniciativa, de inesperados golpes y de prontas resoluciones. Milagros era toda pasividad, modestia y obediencia. No alzaba nunca la voz, no hacía observaciones a lo que su hermana ordenaba. Trabajaba para los demás por impulso de su conciencia humilde y por hábito de subordinación. Unida fatalmente durante toda su vida al mísero destino de aquella familia, y partícipe de las vicisitudes de ésta, jamás se quejó ni se la oyó protestar de su malhadada suerte. Considerábase una gran artista malograda en flor, por falta de ambiente; y al verse perdida para el arte, la tristeza de esta situación ahogaba todas las demás tristezas. Hay que decir aquí que Milagros había nacido con excelentes dotes de cantante de ópera. A los veinticinco años tenía una voz preciosísima, regular escuela y loca afición a la música. Pero la fatalidad no le permitió nunca lanzarse a la verdadera vida de artista. Amores desgraciados, cuestiones de familia, aplazaron de día en día la deseada presentación al público, y cuando los obstáculos desaparecieron, ya Milagros no estaba para fiestas; había perdido la voz. Ni ella misma se dió cuenta de la suave gradación por donde sus esperanzas de artista vinieron a parar en la precaria situación en que se nos aparece; por donde el soñado escenario y los triunfos del arte se convirtieron en la cocina de Villaamil, sin provisiones. Cuando pensaba ella en el contraste duro entre sus esperanzas y su destino, no acertaba a medir los escalones de aquel lento descender desde las cumbres de la poesía a los sótanos de la vulgaridad.

Milagros tenía un tipo fino, delicado, propio para los papeles de Margarita, de *Dinorah*; de Gilda, de *La Traviata*, y voz aguda de soprano. Todo esto se convirtió en hojarasca, sin que nunca llegara a ser admiración del público. Sólo una vez cantó en el Real la parte de Adalgisa, por condescendencia de la empresa, como alumna del Conservatorio. Estuvo muy feliz, y los perió-

dicos le auguraron un porvenir brillante. En el Liceo Jover, ante un público invitado y poco exigente, cantó *Saffo* y *Los Capuletos,* de Bellini, con el tercer acto de Vacai. Entonces se trató de que fuera a Italia; pero se atravesó una pasión, la esperanza de un gran partido para casarse, enredándose mucho el asunto entre el novio y la familia. Pasó tiempo, y la cantatriz hubo de malograrse, pues ni fué a Italia, ni se contrató en el Real, ni se casó.

Doña Pura y Milagros eran hijas de un médico militar, de apellido Escobios, y sobrinas del músico mayor del Inmemorial del Rey. Su madre era Muñoz, y tenían ellas pretensiones de parentesco con el marqués de Casa-Muñoz. Por cierto que cuando trataron de que Milagritos fuera cantante de ópera se pensó en italianizarle el apellido, llamándola la *Escobini*; pero como la carrera artística se malogró en cierne, el mote italiano no llegó nunca a verse en los carteles.

Antes que la vida de la señorita de Escobios se truncara, tuvo una época de fugaz éxito y brillo en una capital de provincia de tercera clase, adonde fué con su hermana, esposa de Villaamil. Este era jefe económico, y su familia intimó, como era natural, con la de los gobernadores civil y militar, que daban reuniones, a que asistía lo más granadito del pueblo. Milagros, cantando en los conciertos de la brigadiera, enloquecía y electrizaba. Salíanle novios por docenas y envidias de mujeres que la inquietaban en medio de sus triunfos. Un joven de la localidad, poeta y periodista, se enamoró frenéticamente de ella. Era el mismo que en la reseña de los saraos llamaba a doña Pura, con exaltado estilo, *figura arrancada a un cuadro de Fra Angélico.* A Milagros la ensalzaba en términos tan hiperbólicos que causaban risa, y aún recuerdan los naturales algunas frases describiendo a la joven en el momento de presentarse en el salón, de acercarse al piano para cantar, y en el acto mismo del cantorrio: *Es la pudorosa Ofelia, llorando sus amores marchitos y cantando con gorjeo celestial la endecha de la muerte.* Y, ¡cosa extraña!, el mismo que escribía estas cosas en la segunda plana del periódico tenía la misión, y por eso cobraba, de hacer la revista comercial en la primera. Suya era también esta endecha: "Harinas: *Toda la semana acusa marcada calma en este polvo. Sólo han salido para el canal mil doscientos sacos, que se hicieron a veintidós y tres cuartillos. No hay compradores, y ayer se ofrecían dos mil sacos a veintidós y medio, sin que nadie se animara.*" Al día siguiente, vuelta otra vez con *la pudorosa Ofelia, o el ángel que nos traía a la tierra las celestiales melodías.* Ya se comprende que esto no podía acabar en bien. En efecto: mi hombre, inflamándose y desvariando cada día más con su amor no correspondido, llegó a ponerse tan malo, pero tan malo, que un día se tiró de cabeza en la presa de una fábrica de harina, y por pronto que acudieron en su auxilio, cuando le sacaron era cadáver. Poco después de este desagradable suceso, que impresionó mucho a Milagros, ésta volvió a Madrid, verificóse entonces el *début* en el Real, luego las funciones en el Liceo Jover, y todo lo demás que brevemente referido queda. Echemos sobre aquellos tristes sucesos un montón de años tristes, de rápido envejecimiento y decadencia, y nos encontramos a la *pudorosa Ofelia* en la cocina de Villaamil, con la lumbre encendida y sin saber qué poner en ella.

De un cuartucho oscuro que en el pasillo interior había salió Abelarda restregándose los ojos, desgreñada, arrastrando la cola sucia de una bata mayor que ella, la cual fué usada por su madre en tiempos más felices, y se dirigió también a la cocina, a punto que salía de ella Villaamil para ir a despertar y vestir al nieto. Abelarda preguntó a su tía si venía el panadero, a lo que Milagros no supo qué responder, por no poder ella formar juicio acerca de problema tan grave sin oír antes a su hermana.

—Haz que tu madre se levante pronto—le dijo, consternada—, a ver qué determina.

Poco después de esto oyóse fuerte carraspeo allá en la alcoba de la sala, donde Pura dormía. Por la puertecilla que dicha alcoba tenía al recibimiento, frente al despacho, apareció la señora de la casa, radiante de displicencia, embutido el cuerpo en una americana vieja de Villaamil, el pelo en sortijillas, el hocico amoratado del agua fría con que acaba-

ba de lavarse, una toquilla rota cruzada sobre el pecho, en los pies voluminosas zapatillas.

—Qué, ¿no os podéis desenvolver sin mí? Estáis las dos atontadas. Pues no es para tanto. ¿Habéis hecho el chocolate del niño?

Milagros salió de la cocina con la jícara, mientras Abelarda sentaba al pequeñuelo y le colgaba del pescuezo la servilleta. Villaamil fué a su despacho, y a poco salió con el tintero en la mano, diciendo:

—No hay tinta, y hoy tengo que escribir más de cuarenta cartas. Mira, Luisín, en cuanto acabes, te vas abajo y le dices al amigo Mendizábal que me haga el favor de un poquito de tinta.

—Yo iré—dijo Abelarda, cogiendo el tintero y bajando en la misma facha en que estaba.

Las dos hermanas, en tanto, cuchicheaban en la cocina. ¿Sobre qué? Es presumible que fuera sobre la imposibilidad de dar de comer a la familia con un huevo, pan duro y algunos restos de carne que no bastaban para el gato. Pura fruncía las cejas y hacía con los labios un mohín muy extraño, juntándolos con la nariz, que parecía alargarse. *La pudorosa Ofelia* repetía este signo de perplejidad, resultando las dos tan semejantes, que parecían una misma. De sus meditaciones las distrajo Villaamil, el cual apareció en la cocina diciendo que tenía que ir al Ministerio y necesitaba una camisa limpia.

—¡Todo sea por Dios!—exclamó Pura con desaliento—. La única camisa lavada está en tan mal estado, que necesita un recorrido general.

Pero Abelarda se comprometió a tenerla lista para el mediodía, y además planchada, siempre que hubiera lumbre. También hizo don Ramón a su hija sentidas observaciones sobre ciertos flecos y desgarraduras que ostentaba la solapa de su gabán, rogándole que pasara por allí sus hábiles agujas. La joven le tranquilizó, y el buen hombre metióse en su despacho. El conciliábulo que las *Miaus* tenían en la cocina terminó con un repentino sobresalto de Pura, que corrió a su alcoba para vestirse y largarse a la calle. Había estallado una idea inmensa en aquel cerebro cargado de pólvora, como si en él penetrase una chispa del fulminante que de los ojos brotara.

—Enciende bien la lumbre y pon agua en los pucheros—dijo a su hermana al salir, y se escabulló fuera con diligencia y velocidad de ardilla.

Al ver esta determinación, Abelarda y Milagros, que conocían bien a la directora de la familia, se tranquilizaron respecto al problema de subsistencias de aquel día, y se pusieron a cantar, la una en la cocina, la otra desde su cuarto, el dúo de *Norma: In mia mano al fin tu sei.*

VII

A eso de las once entró doña Pura bastante sofocada, seguida de un muchacho recadista de la plazuela de los Mostenses, el cual venía echando los bofes con el peso de una cesta llena de víveres. Milagros, que a la puerta salió, hízose multitud de cruces de hombro a hombro y de la frente a la cintura. Había visto a su hermana salir avante en ocasiones muy difíciles con su enérgica iniciativa; pero el golpe maestro de aquella mañana la parecía superior a cuanto de mujer tan dispuesta se podía esperar. Examinando rápidamente el cesto, vió diferentes especies de comestibles, vegetales y animales, todo muy bueno, y más adecuado a la mesa de un director general que a la de un mísero pretendiente. Pero doña Pura las hacía así. Las bromas, o pesadas o no darlas. Para mayor asombro, Milagros vió en manos de su hermana el portamonedas, casi reventando de puro lleno.

—Hija—le dijo la señora de la casa, secreteándose con ella en el recibimiento, después que despidió al mandadero—, no he tenido más remedio que dirigirme a Carolina Lantigua, la de Pez. He pasado una vergüenza horrible. Hube de cerrar los ojos y lanzarme, como quien se tira al agua. ¡Ay, qué trago! Le pinté nuestra situación de una manera tal, que la hice llorar. Es muy buena. Me dió diez duros, que prometí devolverle pronto; y lo haré, sí, lo haré, porque de esta hecha le colocan. Es imposible que dejen de meterle en la combinación. Yo tengo ahora una confianza absoluta... En fin, lleva esto para dentro. Voy allá en seguida. ¿Está el agua cociendo?

Entró en el despacho para decir a su marido que por aquel día estaba salvada la tremenda crisis, sin añadir cómo ni cómo no. Algo debieron de hablar también de las probabilidades de colocación, pues se oyó desde fuera la voz iracunda de Villaamil gritando:

—No me vengas a mí con optimismos de engañifa. Te digo y te redigo que no entraré en la combinación. No tengo ninguna esperanza, pero ninguna, me lo puedes creer. Tú, con esas ilusiones tontas y esa manía de verlo todo de color de rosa, me haces un daño horrible, porque viene luego el trancazo de la realidad, y todo se vuelve negro.

Tan empapado estaba el santo varón en sus cavilaciones pesimistas, que cuando le llamaron al comedor y le pusieron delante un lucido almuerzo, no se le ocurrió inquirir, ni siquiera considerar, de dónde habían salido abundancias tan disconformes con su situación económica. Después de almorzar rápidamente, se vistió para salir. Abelarda le había zurcido las solapas del gabán con increíble perfección, imitando la urdimbre del tejido desgarrado; y dándole en el cuello una soba de bencina, la pieza quedó como si la hubieran rejuvenecido cinco años. Antes de salir, encargó a Luis la distribución de las cartas que escrito había, indicándole un plan topográfico para hacer el reparto con método y en el menor tiempo posible. No le podían dar al chico faena más de su gusto, porque con ella se le relevaba de asistir a la escuela, y se estaría toda la santísima tarde como un caballero paseando con su amigo *Canelo*. Era éste muy listo para conocer dónde había buen trato. Al cuarto segundo subía pocas veces, sin duda por no serle simpática la pobreza que allí reinaba comúnmente; pero con finísimo instinto se enteraba de los extraordinarios de la casa, tanto más espléndidos cuanto mayor era la escasez de los días normales. Estuviera el can de centinela en la portería o en el interior de la casa, o bien durmiendo bajo la mesa del memorialista, no se le escapaba el hecho de que entraran provisiones para los de Villaamil. Cómo lo averiguaba, nadie puede saberlo; pero es lo cierto que el más astuto vigilante de Consumos no tendría nada que enseñarle. Por supuesto, la aplicación práctica de sus estudios era subir a la casa abundante y estarse allí todo un día y a veces dos; pero en cuanto le daba en la nariz olor de quema, decía: "Hasta otra", y ya no le veían más el pelo. Aquel día subió poco después de ver entrar a doña Pura con el mandadero; y como las tres *Miaus* eran siempre muy buenas con él y le daban golosinas, a Cadalsito le costó trabajo llevárselo a su excursión por las calles. *Canelo* salió de mala gana, por cumplir un deber social y porque no dijeran.

Las tres *Miaus* estuvieron aquella tarde muy animadas. Tenían el don felicísimo de vivir siempre en la hora presente y de no pensar en el día de mañana. Es una hechura espiritual como otra cualquiera, y una filosofía práctica que, por más que digan, no ha caído en descrédito, aunque se ha despotricado mucho contra ella. Pura y Milagros estaban en la cocina, preparando la comida, que debía de ser buena, copiosa y dispuesta con todos los sacramentos, como desquite de los estómagos desconsolados. Sin cesar en el trabajo, la una espumando pucheros o disponiendo un frito, la otra machacando en el almirez al ritmo de un *andante con espresione* o de un *allegro con brío*, charlaban sobre la probable o más bien segura colocación del jefe de la familia. Pura habló de pagar todas las deudas, y de traer a casa los diversos objetos útiles que andaban por esos mundos de Dios en los cautiverios de la usura.

Abelarda estaba en el comedor con su caja de costura delante, arreglando sobre el maniquí un vestidillo color de pasa. No llamaba la atención por bonita ni por fea, y en un certamen de caras insignificantes se habría llevado el premio de honor. El cutis era malo, los ojos oscuros, el conjunto bastante parecido a su madre y tía, formando con ellas cierta armonía, de la cual se derivaba el mote que les pusieron. Quiero decir que si, considerada aisladamente, la similitud del cariz de la joven con el morro de un gato no era muy marcada, al juntarse con las otras dos parecía tomar de ellas ciertos rasgos fisonómicos que venían a ser como un sello de raza o familia, y entonces resultaban en el grupo las tres bocas chiquitas y relamidas, la unión entre el pico de la nariz y la boca por una raya indefinible, los ojos redondos y vivos, y la efusión caracterís-

tica del cabello, que era como si las tres hubieran estado rodando por el suelo en persecución de una bola de papel o de un ovillo.

Aquella tarde todo fué dichas, porque entraron visitas, lo que a Pura agradaba mucho. Dejó rápidamente los menesteres culinarios para echarse una bata y componerse el pelo, y entró satisfecha en la sala. Eran los visitantes Federico Ruiz y su esposa, Pepita Ballester. El insigne *pensador* estaba también sin empleo, pasando una crujía espantosa, de la cual había más señales en su ropa que en la de su mujer; pero llevaba con tranquilidad su cesantía, mejor dicho, tan optimista era su temperamento, que la llevaba hasta con cierto gozo. Siempre era el mismo hombre, el métomeentodo infatigable, fraguando planes de bullanguería literaria y científica, premeditando veladas o centenarios de celebridades, discurriendo algún género de ocupación que a ningún nacido se le hubiera pasado por el magín. Aquel bendito hacía pensar que hay una *Milicia Nacional* en las letras.

Escribía artículos sobre lo que debe hacerse para que prospere la agricultura, sobre las ventajas de la cremación de los cadáveres, o bien reseñando puntualmente lo que pasó en la Edad de Piedra, que es, como si dijéramos, hablar de ayer por la mañana. Su situación económica era bastante precaria, pues vivía de la pluma. De higos a brevas lograba que en Fomento le tomasen cierto número de ejemplares de ediciones viejas y de libros tan maulas como el *Comunismo ante la razón*, o el *Servicio de incendios en todas las naciones de Europa*, o la *Reseña pintoresca de los Castillos*. Pero tenía en su alma caudal tan pingüe de consuelo, que no necesitaba la resignación cristiana para conformarse con su desdicha. El estar satisfecho venía a ser en él una cuestión de amor propio, y por no dar su brazo a torcer se encariñaba, a fuerza de imaginación, con la idea de la pobreza, llegando hasta el absurdo de pensar que la mayor delicia del mundo es no tener un real ni de dónde sacarlo. Buscarse la vida, salir por la mañana discurriendo a qué editor de revista enferma o periódico moribundo llevar el artículo hecho la noche anterior constituía una serie de emociones que no pueden saborear los ricos. Trabajaba como un negro, eso sí, y el *Tostado* era un niño de teta al lado de él en el correr de la pluma. Verdaderamente, ganarse así el cocido tenía mucho de placer, casi de voluptuosidad. Y el cocido no le había faltado nunca. Su mujer era una alhaja y le ayudaba a sortear aquella situación. Pero la eficaz Providencia suya era su carácter, aquella predisposición optimista, aquel procedimiento ideal para convertir los males en bienes y la escasez adusta en risueña abundancia. Habiendo conformidad no hay penas. La pobreza es el principio de la sabiduría, y no ha de buscarse la felicidad en las clases privilegiadas. El *pensador* recordaba la comedia de Eguílaz, en la cual el protagonista, para ponderar lo divertido que es ser pobre, dice con mucho calor:

Yo tenía cinco duros
el día que me casé.

Y recordaba también que la cazuela se venía abajo con el estruendo de los aplausos y las patadas de entusiasmo, prueba de lo popular que es en esta raza la escasez de dinero. También Ruiz había hecho en sus tiempos una comedia en que se probaba que para ser honrado y justo es indispensable andar con los codos de fuera, y que todos los ricos acaban siempre malamente. Por supuesto, a pesar de esta idealidad con que sabía dorar el cobre de sus crisis económicas, pasando la calderilla por oro, Ruiz no cedía en sus pretensiones de ser nuevamente colocado. No dejaba vivir al ministro de Fomento, y las direcciones de Instrucción Pública y de Agricultura se echaban a temblar en cuanto él traspasaba la mampara. A falta de empleo, pretendía una comisioncita para estudiar cualquier cosa; lo mismo le daba la legislación de propiedad literaria en todos los países que los depósitos de sementales de España.

VIII

En la visita se habló primero de la ópera, a la que Ruiz iba con frecuencia, lo mismo que las *Miaus*, con entradas de *alabarda*. Después recayó la conversación en el tema de destinos.

—A don Ramón—dijo Ruiz—no le harán esperar ya mucho.

—Va en la combinación que se hará estos días—dijo Pura, radiante—. Y no ha ido ya porque Ramón no quiso aceptar plaza fuera de Madrid. El ministro tenía gran empeño en mandarle a una provincia, donde hacen falta hombres como mi esposo. Pero Ramón no está ya para viajes. Yo, si he de decir verdad, deseo que le coloquen porque esté ocupado; nada más que porque esté ocupado. No puede usted figurarse, Federico, lo mal que le sienta a mi marido la ociosidad...; vamos, que no vive. ¡Ya se ve, acostumbrado a trabajar desde mozo!... Y que le conviene también colocarse para los derechos pasivos. Figúrese usted, a Ramón no le faltan más que dos meses para poderse jubilar con los cuatro quintos. Si no fuera por esto, mejor se estaría en su casa. Yo le digo: "No te apures, hijo, que, gracias a Dios, para vivir modestamente no nos falta"; pero él no se conforma, le gusta el calor de la oficina, y hasta el cigarro no le sabe si no se lo fuma entre dos expedientes.

—Lo creo... ¡Qué santo varón! Y ¿cómo está de salud?

—Delicadillo del estómago. Todos los días tengo que inventar algo nuevo para sostenerle el apetito. Mi hermana y yo nos dedicamos ahora a la cocina, por entretenimiento, y por vernos libres de criadas, que son una calamidad. Le hacemos cada día un platito distinto..., caprichos y frioleras suculentas. A veces tengo que irme a la plazuela del Carmen en busca de cosas que no se encuentran en los Mostenses.

—Pues vea usted—dijo la señora de Ruiz—, ése es un trabajo que yo no conozco, porque éste tiene un estómago que no se lo merece, y un apetito tan famoso, que no se necesitan melindres para sostenérselo.

—Gracias a Dios—indicó el *publicista* con jovialidad—. De ahí viene esta buena pasta mía y la confianza que tengo en mi suerte. Créame usted, doña Pura, no hay nada que valga lo que un buen estómago. Aquí me tiene usted tan conforme siempre: si me colocan, bien; si no, dos cuartos de lo mismo. Hablando con verdad, no me gusta ser empleado, y preferiría lo que me ofreció ayer el ministro: una comisión para estudiar los Montes de Piedad de Alemania. Es cuestión muy importante.

—Ya lo creo que es importante. ¡Figúrese usted!—exclamó la señora de Villaamil arqueando las cejas.

En esto entró otra visita. Era un amigo de Villaamil, que vivía en la calle del Acuerdo, un tal Guillén, cojo por más señas, empleado en la Dirección de Contribuciones. Dijo el tal, después de los saludos, que un compañero suyo, que estaba en Personal, le había asegurado aquella misma tarde que Villaamil iba en la próxima combinación. Doña Pura lo dió por cierto, y Ruiz y su señora apoyaron esta apreciación lisonjera. Se fueron enzarzando de tal modo en la conversación los plácemes, que doña Pura, al fin, se arrancó a ofrecer a sus buenos amigos una copita y pastas. Entre las provisiones de aquel fausto día se contaba una botella de moscatel de a tres pesetas, licor con que Pura solía obsequiar a su marido a los postres. Ruiz y Guillén chocaron las copas, expresando con igual calor su afecto a la simpática familia. La sobriedad del *pensador* contrastaba con la incontinencia un tanto grosera del empleado cojo, quien rogó a doña Pura no se llevase la botella, y escanciando que te escanciarás, pronto se vió que quedaba el líquido en menos de la mitad.

Ya encendidas las luces, y cuando se habían ido las visitas, entró Villaamil. Pura corrió a su encuentro, viendo con satisfacción que el ferocísimo semblante tigresco tenía cierto matiz de complacencia.

—¿Qué hay? ¿Qué noticias traes?

—Nada, mujer—dijo Villaamil, que se encastillaba en el pesimismo y no había quien le sacara de él—. Todavía nada; las palabritas sandungueras de siempre.

—Y el ministro..., ¿le has visto?

—Sí, y me recibió tan bien—se dejó decir Villaamil, haciendo traición, por descuido, a su afectada misantropía—, me recibió tan bien, que..., no sé..., parece que Dios le ha tocado el corazón, que le ha dicho algo de mí. Estuvo amabilísimo..., encantado de verme por allí..., sintiendo mucho no tenerme a su lado..., decidido a llevarme...

—Vamos; no dirás ahora que no tienes esperanza.

—Ninguna, mujer, absolutamente ninguna—recobrando su papel—. Verás co-

mo todo se queda en jarabe de pico. Si sabré yo... ¡Tenlo por cierto! ¡No me colocan hasta el día del Juicio por la tarde!

—¡Ay, qué hombre! Eso también es ponerle a Dios cara de palo. Se podría enojar y con muchísima razón.

—Déjate de tonterías, y si tú esperas, buen chasco te llevarás. Yo no quiero llevármelo; por eso no espero nada, ¿sabes? Y cuando venga el golpe me quedaré tan tranquilo.

Luisito llegó cuando sus abuelos discutían acaloradamente si debían abrigar o no esperanza, y dió cuenta de la puntual entrega de todas las cartas. Tenía hambre, frío, y le dolía un poco la cabeza. Al regreso de la excursión se había sentado en el pórtico de las Alarconas; pero no *le dió aquello,* ni la visión tuvo a bien presentarse en ninguna forma. *Canelo* no se apartaba de doña Pura, siguiéndola del despacho a la cocina, y de ésta al comedor, y cuando llamaron a comer al dueño de la casa, como éste tardara un poco en salir, fué el entendido perro a buscarle, y con meneos de cola le decía: "Si usted no tiene gana, dígalo; pero no nos tenga tanto tiempo espera que te espera."

Comieron con regular apetito y bastante buen humor, y de sobremesa Villaamil se fumó, saboreándolo mucho, un habano que el señor de Pez le había dado aquella tarde. Era muy grande, y al tomarlo el cesante dijo a su amigo que lo guardaría para después. Aquel cigarro le recordaba sus tiempos prósperos. ¿Sería tal vez anuncio de que los tales tiempos volverían? Dijérase que el buen Villaamil leía en las espirales de humo azul su buena ventura, porque se quedaba alelado mirándolas subir en graciosas curvas hacia el techo del comedor, nublando vagamente la lámpara.

Por la noche tuvieron gente—Ruiz, Guillén, Ponce, los De Cueva, Pantoja y su familia, de quien se hablará después—, y se formalizó el proyecto iniciado el mes anterior de representar una piececita, pues algunos amigos de la casa tenían aptitudes no comunes para el teatro, sobre todo en el género cómico. Federico Ruiz se encargó de escoger la pieza, de distribuir los papeles y dirigir los ensayos. Se convino en que Abelarda haría uno de los principales personajes, y Ponce otro; pero éste, reconociendo con laudable modestia que no tenía maldita gracia y que haría llorar al público en los papeles más jocosos, reservó para sí la parte de *padre,* si en la comedia le hubiera.

Cansado de tales majaderías, don Ramón huyó de la sala, buscando en el interior oscuro de la casa las tinieblas que convenían a su pesimismo. Maquinalmente entró en el cuarto de Milagritos, donde ésta desnudaba a Luis para acostarle. El pobre niño había hecho tentativas para estudiar, que fueron completamente inútiles. Le dolía la cabeza, y sentía como el presagio y el temor de la visión, pues ésta, al par que le daba mucho gusto, causábale cierta ansiedad. Se fué a acostar con la idea de que le entraría la desazón y de que iba a ver cosas muy extrañas. Cuando su abuelo entró, ya estaba metido en la cama, y su tía le hacía rezar las oraciones de costumbre: "Con Dios me acuesto, con Dios me levanto", etc..., que él recitaba de carretilla. Con brusca interrupción se volvió hacia Villaamil para decirle:

—Abuelito, ¿verdad que el ministro te recibió muy bien?

—Sí, hijo mío—replicó el anciano, estupefacto de esta salida y del tono con que fué dicha—. Y tú, ¿por dónde lo sabes?

—¿Yo?... Yo lo sé.

Miraba Cadalsito a su abuelo con una expresión tan extraña, que el pobre señor no sabía qué pensar. Parecióle expresión de Niño-Dios, la cual no es otra cosa que la seriedad del hombre armonizada con la gracia de la niñez.

—Yo lo sé..., lo sé—repitió Luis sin sonreír, clavando en su abuelo una mirada que le dejó inmóvil—. Y el ministro te quiere mucho..., porque le escribieron...

—¿Quién le escribió?—dijo con ansiedad el cesante, dando un paso hacia el lecho, los ojos llenos de claridad.

—Le escribieron de ti—afirmó Cadalsito, sintiendo que el miedo le invadía y no le dejaba continuar.

En el mismo instante pensó Villaamil que todo aquello era una tontería, y dando media vuelta se llevó la mano a la cabeza y dijo:

—Pero ¡qué cosas tiene este chiquillo!...

IX

¡Cosa rara! Nada le pasó a Cadalsito aquella noche, ni sintió ni vió cosa alguna, pues a poco de acostarse hubo de caer en sueño profundísimo. Al día siguiente costó trabajo levantarle. Sentíase quebrantado y como si hubiese andado largo trecho por sitio desconocido y lejano, que no podía recordar. Fué a la escuela y no se supo la lección. Encontrábase tan torpe aquel día, que el maestro le hizo burla y ajó su dignidad ante los demás chicos. Pocas veces se había visto en la escuela carrera en pelo como la que aguantó Cadalsito al ser confinado al último puesto de la clase en señal de ignorancia y desaplicación. A las once, cuando se pusieron a escribir, Cadalso tenía junto a sí al famoso *Posturitas*, chiquillo travieso y graciosísimo, flexible como una lombriz y tan inquieto, que donde él estuviese no podía haber paz. Llámabase Paquito Ramos y Guillén, y sus padres eran los dueños de la casa de préstamos de la calle del Acuerdo. Aquel Guillén, cojo y empleado, que hemos visto en casa de Villaamil celebrando con copiosas libaciones de moscatel la próxima colocación de su amigo, era tío materno de *Posturitas*, el cual debía este apodo a la viveza ratonil de sus movimientos, a la gracia con que remedaba las actitudes y gestos de los *clowns* y dislocados del circo. Todo se le volvía hacer garatusas, sacar la lengua, volver del revés los párpados, y como pudiera metía el dedo en el tintero para pintarse rayas negras en la cara.

Aquella mañana, cuando el maestro no le veía, *Posturitas* abría la carpeta y él y su amigo Cadalso hundían la pelona en ella para ver las cosas diversas que encerraba. Lo más notable era una colección de sortijas, en las cuales brillaban el oro y los rubíes. No se vaya a creer que eran de metal, sino de papel, anillos de esos con que los fabricantes adornan los puros medianos para hacerlos pasar por buenos. Aquel tesoro había venido a manos de Paquito Ramos mediante un cambalache. Perteneció la colección a otro chico llamado Polidura, cuyo padre, mozo de café o restaurante, solía recoger los aros de cigarro que los fumadores dejaban caer al suelo y obsequiar con ellos a su hijo, a falta de mejores juguetes. Había llegado a reunir Poliduras más de cincuenta sortijas de diversos calibres. En unas decía *Flor fina*, en otras *Selectos de Julián Alvarez*. Cansado al fin de la colección, se la cambió a *Posturitas* por un trompo en buen uso, mediante contrato solemne ante testigos. Cadalso regaló al nuevo propietario el anillo de la tagarnina dada por el señor De Pez a Villaamil, y que éste se fumó majestuosamente después de la comida.

La travesura de *Posturitas*, fielmente reproducida por el bueno de Cadalso, consistía en llenarse ambos los dedos de aquellas sorprendentes joyas, y cuando el maestro no les veía, alzar la mano y mostrarla a los otros granujas con dos o tres anillos en cada dedo. Si el maestro venía, se los quitaban a toda prisa, y a escribir como si tal cosa. Pero en una vuelta brusca sorprendió el dómine a Cadalsito con la mano en alto, distrayendo a toda la clase. Verle y ponerse hecho un león fué todo uno. Pronto se descubrió que el principal delincuente era el maligno *Posturitas*, que tenía en su carpeta un depósito de aros de papel, y en un santiamén el maestro, después que arrancó de los dedos las pedrerías de que estaban cuajados, agarró todo el depósito y lo deshizo, terminando con una mano de coscorrones aplicados a una y otra cabeza. Ramos rompió a llorar, diciendo:

—Yo no he sido... *Miau* tiene la culpa.

Y *Miau*, no menos lastimado de esta calumnia que del mote, clamó con severa dignidad:

—El es el que los tenía. Yo no traje más que uno...

—Mentira.

—El mentiroso es él.

—*Miau* es un hipócrita—dijo el maestro.

Y Cadalso no supo contener su aflicción oyendo en boca de don Celedonio el injurioso apodo. Soltó el llanto sin consuelo, y toda la clase coreaba sus gemidos repitiendo *Miau*, hasta que el maestro, ¡pim, pam!, repartió una zurribanda general, recorriendo espaldas y mofletes, como el fiero cómitre entre las filas de galeotes, vapuleando a todos sin misericordia.

—Se lo voy a decir a mi abuelo—exclamó Cadalso con un arranque de dignidad—, y no vengo más a esta escuela.

—Silencio, silencio todos—gritó el ver-

dugo, amenazándolos con una regla que tenía los ángulos como filos de cuchillo—. Sinvergüenzas, a escribir, y al que me chiste le abro la cabeza.

Al salir, Cadalso seguía indignado contra su amigo *Posturitas*. Este, que era procaz, de una frescura y audacia sin límites, dió un empujón a Luis, diciéndole:

—Tú tienes la culpa, tonto..., panoli..., cara de gato. Si te cojo por mi cuenta...

Cadalso se revolvió iracundo, acometido de nerviosa rabia, que le puso pálido y con los ojos relumbrones.

—¿Sabes lo que te digo? Que no ties que ponerme motes, ¡contro!, mal criado..., ordinario..., cualisquiera.

—*¡Miau!*—maulló el otro con desprecio, sacando media cuarta de lengua y crispando los dedos—. Ole..., *Miau* morrongo..., fu, fu, fu...

Por primera vez en su vida percibió Luis que las circunstancias le hacían valiente. Ciego de ira, se lanzó sobre su contrario, y lo mismo se lanzaría si éste fuese un hombre. Chillido de salvaje alegría infantil resonó en toda la banda y viendo el desusado embestir de Cadalso, muchos le gritaron:

—Entrale, éntrale...

Miau peleándose con *Posturas* era espectáculo nuevo, de trágicas y nunca sentidas emociones, algo como ver la liebre revolviéndose contra el hurón o la perdiz emprendiéndola a picotazos con el perro. Y fué muy hermosa la actitud insolente de *Posturitas* al recibir el primer achuchón, despatarrándose para aplomarse mejor, soltando libros y pizarra para tener los brazos libres... Al mismo tiempo rezongaba con orgullo insano:

—Verás, verás..., ¡recontro!..., me caso con la Biblia...

Trabóse una de esas luchas homéricas, primitivas y cuerpo a cuerpo, más interesantes por la ausencia de toda arma, y que consisten en encepar brazos con brazos y empujar, empujar, sacudiendo topetadas con la cabeza, a lo carneril, esforzándose cada cual en derribar a su contrario. Si pujante estaba *Posturas*, no lo parecía menos Cadalso. Murillito, Polidura y los demás miraban y aplaudían, danzando en torno con feroz entusiasmo de pueblo pagano, sediento de sangre. Pero acertó a salir de la casa en aquel punto y ocasión la hija del maestro, señorita algo hombruna, y los separó de un par de manotadas, diciendo:

—Sinvergüenzas, a casa o llamo a la pareja para que os lleve a la Prevención.

Ambos tenían la cara como lumbre, respiraban como fuelles y echaban por aquellas bocas injurias tabernarias, sobre todo Paco Ramos, que era consumado hablista en el idioma de los carreteros.

—Vamos, *hombres*—decía Murillito, el hijo del sacristán de Montserrat, en la actitud más conciliadora—; no es para tanto..., vaya... Quítate tú... Mia que te..., verás. Sa cabaron los quistiones.

Mostrábase el mediador decidido a arrearle un buen lapo a cualquiera de los dos que intentase reanudar la contienda. Un policía que por allí andaba los dispersó, y se alejaron chillando y saltando, algunos haciéndose lenguas del arranque de Cadalsito. Este tomó silencioso el camino de su casa. Su ira se calmaba lentamente, aunque por nada del mundo le perdonaba a *Posturas* el apodo, y sentía en su alma los primeros rebullicios de la vanidad heroica, la conciencia de su capacidad para la vida, o sea, de su aptitud para ofender al prójimo, ya probada en la tienta de aquel día.

Aquella tarde no había escuela por ser jueves. Luisito se fué a su casa, y durante el almuerzo ninguna persona de la familia reparó en lo sofocado que estaba. Bajó luego a pasar un ratito en compañía de sus amigos los memorialistas, que sin duda le tenían guardada alguna friolera.

—Parece que arriba andamos muy divertidos—le dijo Paca—. Oye: ¿han colocado ya a tu abuelo? Porque debe de ser ya lo menos ministro o tan siquiera embajador. ¡Vaya con la cesta de compra que trajeron ayer! Y botellas de moscatel, como quien no dice nada. ¡Anda, anda, qué rumbo! Estamos como queremos. Así no hay quien haga bajar a *Canelo* de tu casa...

Luis dijo que todavía no habían colocado a su abuelo; pero que era cosa *de entre hoy y mañana*. El día estaba hermosísimo, y Paca propuso a su amiguito ir a tomar el sol en la explanada del Conde-Duque, a dos pasos de la

calle de Quiñones. Púsose la enorme memorialista su mantón mientras Luisito subía a pedir permiso, y echaron a andar. Eran las tres, y el vasto terraplén comprendido entre el paseo de Areneros y el cuartel de Guardias estaba inundado de sol, y muy concurrido de vecinos que iban allí a desentumecerse. Gran parte de este terreno se veía entonces, y se ve hoy, ocupado por sillares, baldosas, adoquines, restos o preparativos de obras municipales, y entre la cantería las vecinas suelen poner colgaderos para secar ropa lavada. La parte libre de obstáculos la emplea la tropa para los ejercicios de instrucción, y aquella tarde vió Cadalsito a los reclutas de Caballería aprendiendo a marchar, dirigidos por un oficial que, sable al puño y dando gritos, los enseñaba a medir el paso. Entretúvose el pequeñuelo en contemplar las evoluciones, y oía la cadencia con que los soldados pisaban unísonamente, diciendo: *uno, dos, tres cuatro.* Era un mugido que se confundía con la vibración del suelo al ser golpeado a compás, cual inmenso tambor batido por un gigante. Entre la sociedad que allí se congregaba a gozar del sol discurrían vendedores de cacahuetes y avellanas, pregonándolos con un grito dejoso. Paca le compró a Cadalso algunas de estas golosinas y se sentó en una piedra a chismorrear con varias comadres amigas suyas. El chiquillo corrió detrás de la tropa, evolucionando con ella; fué y vino durante una hora en aquella militar diversión, marcando también el *uno, dos, tres cuatro,* hasta que, sintiendo fatiga, se sentó en un rimero de baldosas. Entonces se le fué un poco la cabeza; vió que la mole pesada del cuartel se corría de derecha a izquierda y que en la misma dirección iba el palacio de Liria, sepultado entre el ramaje de su jardín, cuyos árboles parecen estirarse para respirar mejor fuera de la tumba inmensa en que están plantados. Empezóle a Cadalsito la consabida desazón; se le iba el conocimiento de las cosas presentes, se mareaba, se desvanecía, le entraba el misterioso sobresalto, que era, en realidad, pavor de lo desconocido; y apoyando la frente en una enorme piedra que próxima tenía, se durmió como un ángel. Desde el primer instante, la visión de las Alarconas se le presentó clara, palpable, como un ser vivo sentado frente a él, sin que pudiese decir dónde. El fantástico cuadro no tenía fondo ni lontananza. Lo constituía la excelsa figura sola. Era el mismo personaje de luenga y blanca barba, vestido de indefinibles ropas, la mano izquierda escondida entre los pliegues del manto, la derecha fuera, mano de persona que se dispone a hablar. Pero lo más sorprendente fué que antes de pronunciar la primera palabra, el Señor alargó hacia él la diestra, y entonces se fijó en ella Cadalsito, y vió que tenía los dedos cuajados de aquellas mismas sortijas que formaban la rica colección de *Posturas.* Sólo que en los dedos soberanos, que habían fabricado el mundo en siete días, los anillos relumbraban cual si fueran de oro y piedras preciosas. Cadalsito estaba absorto, y el Padre le dijo:

—Mira, Luis, lo que os quitó el maestro. Ve aquí los bonitos anillos. Los recogí del suelo y los compuse al instante sin ningún trabajo. El maestro es un bruto, y ya le enseñaré yo a no daros coscorrones tan fuertes. Y por lo que hace a *Posturitas,* te diré que es un pillo, aunque sin mala intención. Está mal educado. Los niños decentes no ponen motes. Tuviste razón en enfadarte, y te portaste bien. Veo que eres un valiente y que sabes volver por tu honor.

Luis quedó muy satisfecho de oírse llamar valiente por persona de tanta autoridad. El respeto que sentía no le permitió dar las gracias; pero algo iba a decir, cuando el Señor, moviendo con insinuación de castigo la mano aquella cuajada de sortijas, le dijo severamente:

—Pero, hijo mío, si por ese lado estoy contento de ti, por otro me veo en el caso de reprenderte. Hoy no te has sabido la lección. Ni por casualidad acertaste una sola vez. Bien claro se vió que no habías abierto un libro en todo el santo día... (Luisín, acongojadísimo, mueve los labios queriendo disculparse.) Ya, ya sé lo que me vas a decir. Estuviste hasta muy tarde repartiendo cartas; volviste a casa de noche. Pero luego pudiste leer algo; no me vengas con enredos. Y esta mañana, ¿por qué no echaste un vistazo a la lección de Geografía? ¡Cuidado con los desatinos que has dicho hoy! ¿De dónde sacas tú que Francia está limitada al Norte por el Danubio y que el Po pasa por Pau? ¡Vaya unas barba-

ridades! ¿Te parece a ti que he hecho Yo el mundo para que tú y otros mocosos como tú me lo estéis deshaciendo a cada paso?

Enmudeció la augusta persona, quedándose con los ojos fijos en Cadalso, al cual un color se le iba y otro se le venía, y estaba silencioso, agobiado, sin poder mirar ni dejar de mirar a su interlocutor.

—Es preciso que te hagas cargo de las cosas—añadió, por fin, el Padre, accionando con la mano cuajada de sortijas—. ¿Cómo quieres que Yo coloque a tu abuelo si tú no estudias? Ya ves cuán abatido está el pobre señor, esperando como pan bendito su credencial. Se le puede ahogar con un cabello. Pues tú tienes la culpa, porque si estudiaras...

Al oír esto, la congoja de Cadalsito fué tan grande, que creyó le apretaban la garganta con una soga y le estaban dando garrote. Quiso exhalar un suspiro y no pudo.

—Tú no eres tonto, y comprenderás esto—agregó Dios—. Ponte tú en mi lugar, ponte tú en mi lugar, y verás que tengo razón.

Luis meditó sobre aquello. Su razón hubo de admitir el argumento, creyéndolo de una lógica irrebatible. Era claro como el agua: mientras él no estudiase, ¡contro!, ¿cómo habían de colocar a su abuelo? Parecióle esto la verdad misma, y las lágrimas se le saltaron. Intentó hablar, quizá prometer solemnemente que estudiaría, que trabajaría como una fiera, cuando se sintió cogido por el pescuezo.

—Hijo mío—le dijo Paca sacudiéndole—, no te duermas aquí, que te vas a enfriar.

Luis la miró aturdido, y en su retina se confundieron un momento las líneas de la visión con las del mundo real. Pronto se aclararon las imágenes, aunque no las ideas; vió el cuartel del Conde-Duque y oyó el *uno, dos, tres cuatro* como si saliese de debajo de tierra. La visión, no obstante, permanecía estampada en su alma de una manera indeleble. No podía dudar de ella, recordando la mano ensortijada, la voz inefable del Padre y Autor de todas las cosas. Paca le hizo levantar y le llevó consigo. Después, quitándole del bolsillo los cahahuetes que antes le diera, díjole:

—No comas mucho de esto, que se te ensucia el estómago. Yo te los guardaré. Vámonos ya, que principia a caer relente...

Pero él tenía ganas de seguir durmiendo; su cerebro estaba embotado, como si acabase de pasar por un acceso de embriaguez; le temblaban las piernas y sentía frío intensísimo en la espalda. Andando hacia su casa le entraron dudas respecto a la autenticidad y naturaleza divina de la aparición. "¿Será Dios o no será Dios?—pensaba—. Parece que es, porque lo sabe todito... Parece que no es, porque no tiene ángeles."

De vuelta del paseo, hizo compañía a sus buenos amigos. Mendizábal, concluída su tarea y después de recoger los papeles y de limpiar las diligentes plumas, se dispuso a alumbrar la escalera. Paca limpió los cristales del farol, encendiendo dentro de él la lamparilla de petróleo. El *secretario del público* lo cogió entonces, y con ademán tan solemne como si alumbrara al Viático, fué a colgarlo en su sitio, entre el primero y segundo piso. En esto subía Villaamil, y se detuvo, como de costumbre, para echar un párrafo con el memorialista.

—Sea enhorabuena, don Ramón—le dijo éste.

—Calle usted, hombre...—replicó Villaamil, afectando el humor que suele acompañar a un terrible dolor de muelas—. Si todavía no hay nada, ni lo habrá...

—¡Ah! Pues yo creí... Es que son muy perros, don Ramón. ¡Vaya unos birrias de ministros! Lo que yo le digo a usted: mientras no venga la escoba grande...

—¡Oh amigo mío!—exclamó Villaamil con cierto aire de templanza gubernamental—, ya sabe usted que no me gustan exageraciones. Sus ideas son distintas de las mías... ¿Qué es lo que usted quiere? ¿Más religión? Pues venga religión, venga; pero no oscurantismo... Desengañémonos. Aquí lo que hace falta es administración, moralidad...

—Ahí duele, ahí duele—con expresión de triunfo—. Precisamente lo que no habrá mientras no haya fe. Lo primero es la fe, ¿sí o no?

—Corriente; pero... No, amigo Mendizábal, no exageremos.

—Y las sociedades que la pierden—en

tono triunfal—corren derechitas, como quien dice, al abismo...

—Todo eso está muy bien; pero... Haya moralidad, moralidad; que el que la hace la pague, y allá los curas se entiendan con las conciencias. No me cambalache los poderes, amigo Mendizábal.

—No, si yo no cambalacho nada... En fin, usted lo verá—bajando un escalón, mientras Villaamil subía otro—. Interin domine. el libre pensamiento, espere usted sentado. Como que no hay justicia ni nadie se acuerda del mérito. Buenas noches.

Desapareció por la escalera abajo aquel hombre feísimo, de semblante extraño, por tener los ojos tan poco separados que parecían juntarse y ser uno solo cuando fijamente miraban. La nariz le salía de la frente, y después bajaba chafada y recta, esparrancando sus dos ventanillas en el nacimiento del labio superior, dilatado, tirante y tan extenso en todas direcciones, que ocupaba casi la mitad del rostro. La boca era larga, terminada en dos arrugas que dividían la barba en tres compartimientos fláccidos, de pelambre ralo y gris; la frente, estrecha; las manos, enormes y velludas; el cogote, recio; el cuerpo, corto, inclinado hacia adelante, como resabio de una raza que hasta hace poco ha andado a cuatro pies. Al descender la escalera, parecía que la bajaba con las manos, agarrándose al barandal. Con esta filiación de *gorila*, Mendizábal era un buen hombre, sin más tacha que su furiosa inquina contra el libre pensamiento. Había sido fabricante en piedras de chispa durante la primera guerra civil. espía faccioso y cocinero del padre Cirilo. "¡Ah!—mil veces lo decía él—. ¡Si yo escribiera mi historia!" Ultimo detalle biográfico: le compuso una rueda a la célebre tartana de San Carlos de la Rápita.

X

Poco después de anochecido, al subir a su casa, Cadalsito sintió pasos detrás de sí: pero no volvió la cara. Mas cuando faltaban pocos escalones para llegar al piso segundo, manos desconocidas le cogieron la cabeza y se la apretaron, no dejándole mirar hacia atrás. Tuvo miedo, creyéndose en poder de algún ladrón barbudo y feo que iba a robar la casa y empezaba por asegurarle a él. Pero antes que tuviera tiempo de chillar, el intruso le levantó en peso y le besó. Luis pudo verle entonces la cara, y al reconocerle su intranquilidad no disminuyó. Había visto aquella cara por última vez algún tiempo antes, sin poder apreciar cuándo, en una noche de escándalo y reyerta, en la cual todos chillaban en su casa; Abelarda caía con una pataleta y la abuelita gritaba pidiendo el auxilio de los vecinos. La dramática escena doméstica había dejado indeleble impresión en Luis, que ignoraba por qué se habían puesto sus tías y abuela tan furiosas.

En aquel tiempo estaba el abuelito en Cuba, y no vivía la familia en la calle de Quiñones. Recordó también que las iras de las *Miaus* recaían sobre una persona que entonces desapareció de la casa para no volver a ella hasta la ocasión que ahora se refiere. Aquel hombre era su padre. No se atrevió Luis a pronunciar el cariñoso nombre; de mal humor, dijo:

—Suéltame.

Y el sujeto aquel llamó.

Cuando doña Pura, al abrir la puerta, vió al que llamaba, acompañado de su hijo, quedó un instante como quien no da crédito a sus ojos. La sorpresa y el terror se pintaban en su semblante.... después contrariedad. Por fin murmuró:

—Víctor..., ¿tú?

Entró saludando a su suegra con cierta emoción, de una manera cortés y expresiva. Villaamil, que tenía el oído muy fino, se estremeció al reconocer desde su despacho la voz aquella. "¡Víctor aquí!... ¡Víctor otra vez en casa! Este hombre nos trae alguna calamidad." Y cuando su yerno entraba a saludarle, el rostro tigresco de don Ramón se volvió espantoso, y le temblaba la mandíbula carnicera, indicando como un prurito de ejercitarla contra la primera res que se le pusiera delante.

—Pero ¿cómo estás aquí? ¿Has venido con licencia?—fué lo único que dijo. Víctor Cadalso sentóse frente a su suegro. El quinqué los separaba, y su luz, iluminando los dos rostros, hacía resaltar el vivo contraste entre una y otra persona. Era Víctor acabado tipo de hermosura varonil, un ejemplar de los que parecen destinados a conservar y transmitir la elegancia de formas en la

raza humana, desfigurada por los cruzamientos, y que por los cruzamientos, reflujo incesante, viene de cuando en cuando a reproducir el gallardo modelo, como para mirarse y recrearse en el espejo de sí misma y convencerse de la permanencia de los arquetipos de hermosura, a pesar de las infinitas derivaciones de la fealdad. El claroscuro producido por la luz de la lámpara modelaba las facciones del guapo mozo. Tenía nariz de contorno puro, ojos negros, de ancha pupila, cuya expresión variaba desde el matiz más tierno hasta el más grave, a voluntad. La frente, pálida, tenía el corte y el bruñido que en escultura sirve para expresar nobleza. Esta nobleza es el resultado del equilibrio de piezas craneanas y de la perfecta armonía de línea. El cuello, robusto; el pelo, algo desordenado y de azabache; la barba, oscura también y corta, completaban la hermosa lámina de aquel busto, más italiano que español. La talla era mediana; el cuerpo, tan bien proporcionado y airoso como la cabeza; la edad debía de andar entre los treinta y tres o los treinta y cinco. No supo responder terminantemente a la pregunta de su suegro, y después de titubear un instante, se aplomó y dijo:

—Con licencia, no...; es decir..., he tenido un disgusto con el jefe. Salí sin dar cuenta a nadie. Ya conoce usted mi carácter. No me gusta que nadie juegue conmigo... Ya le contaré. Ahora vamos a otra cosa. Llegué esta mañana, en el tren de las ocho, y me metí en una casa de huéspedes de la calle del Fúcar. Allí pensaba quedarme. Pero estoy tan mal, que si ustedes—doña Pura se hallaba todavía presente—no se incomodan, me vendré aquí por unos días, nada más que por unos días.

—Doña Pura se echó a temblar y corrió a transmitir la fatal nueva a su hermana y a su hija.

—¡Se nos mete aquí! ¡Qué horror de hombre! Nos ha caído quehacer.

—Aquí estamos muy estrechos—objetó Villaamil, con cara cada vez más fiera y tenebrosa—. ¿Por qué no te vas a casa de tu hermana Quintina?

—Ya sabe usted—replicó—que mi cuñado Ildefonso y yo estamos así..., un poco de punta. Con ustedes me arreglo mejor. Yo les prometo ser pacífico y razonable y olvidar ciertas cosillas.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿sigues o no en tu destino de Valencia?

—Le diré a usted...—mascando las primeras palabras, pero discurriendo al fin una respuesta que disimulase su perplejidad—. Aquel jefe económico es un trapisonda... Se empeñó en echarme de allí y ha intentado formarme expediente. No conseguirá nada; tengo yo más conchas que él.

Villaamil dió un suspiro, tratando de descifrar por la fisonomía de su yerno el misterio de su intempestiva llegada. Pero sabía por experiencia que la cara de Víctor era impenetrable y que, histrión consumado, expresaba con ella lo que más convenía a sus fines.

—¿Y qué te parece tu hijo?—le preguntó al ver entrar a Pura con Luisín—. Está crecido, y le vamos defendiendo la salud. Delicadillo siempre, por lo cual no queremos apretarle para que estudie.

—Tiempo tiene—dijo Cadalso, abrazando y besando al niño—. Cada día se parece más a su madre, a mi pobre Luisa. ¿Verdad?

Al anciano se le humedecieron los ojos. Aquella hija malograda en la flor de la edad fué todo su amor. El día de su temprana muerte, Villaamil envejeció de un golpe diez años. Siempre que alguien la nombraba en la casa, el pobre hombre sentía renovada su aflicción inmensa, y si quien la nombraba era Víctor, al pesar se mezclaba la repugnancia que inspira el asesino condoliéndose de su víctima después de inmolada. A doña Pura también se le abatieron los espíritus al ver y oír al que fué esposo de su querida hija. Luis se entristeció, más bien por rutina, pues había notado que cuando alguien pronunciaba en la casa el nombre de su mamá, todos suspiraban y se ponían muy serios.

Víctor, llevando a su hijo, pasó a saludar a Milagros y a Abelarda. Aquélla le aborrecía de todo corazón, y respondió a su saludo con desdeñosa frialdad. La cuñadita se metió en su cuarto al sentirle; luego salió, y su color, siempre malo, era como el color de una muerta. Le temblaba la voz; quiso afectar el mismo desdén de su tía hacia Víctor; éste le apretaba la mano.

—¿Ya estás aquí otra vez, perdido? —balbució ella, y sin saber qué hacer, se volvió a meter en el aposento.

Entre tanto, Villaamil, aprensivo y sobresaltado, se desperezaba en su asiento, como si quisiera crucificarse, y decía a su mujer:

—Este hombre traerá hoy la desgracia a nuestra casa, como la ha traído siempre. Y si no, tú lo has de ver. Cuando le sentí la voz creí que el infierno se nos metía por las puertas. Maldita sea la hora—exaltándose y dejando caer con ruidosa pesadumbre las palmas de las manos sobre la mesa—en que este hombre entró en mi casa por vez primera; maldita la hora en que nuestra querida hija se prendó de él, y maldito el día en que los casamos... porque ya no tenía remedio. ¡Ojalá viviera mi hija deshonrada, ojalá!... ¡Qué estúpido afán de casar a las hijas sin saber con quién! ¡Oh! Pura, mucho cuidado con ese danzante; no te fíes. Tiene el arte de adornar su perversidad con palabras que, al pronto, emboban y seducen. A mí no me la da, no; a mí me engañó una vez sola. Pero pronto le calé, y ahora me pongo en guardia, porque es el hombre más malo que Dios ha echado al mundo.

—Pero ¿no ha dicho a qué viene? ¿Le han dejado cesante? De seguro ha hecho alguna pillada y viene a que tú se la tapes.

—¡Yo!—espantado y echando los ojos fuera del casco—. ¡Como no se la tape el moro Muza! A buena parte viene...

Llegada la hora de comer, Víctor, sentándose a la mesa con la mayor frescura, hubo de permitirse ciertos alardes de conversación jocosa... Todos le miraban con hostilidad, esquivando los temas joviales que quería sacar a relucir. A ratos se ponía ceñudo y receloso; pero a la manera de un actor que recobra su papel, momentáneamente olvidado, tomaba la estudiada actitud bonachona y festiva. Luego reapareció la dificultad grave. ¿Dónde le ponían? Y doña Pura, sofocada ante la imposibilidad de alojar al intruso, se plantó diciéndole.

—No, no puede ser, Víctor; ya ves que no hay medio de tenerte en casa.

—No se apure usted, mamá—replicó él, acentuando con cariño el tratamiento—. Me quedaré aquí, en el sofá del comedor. Deme usted una manta y dormiré como un canónigo.

Nada pudieron oponer a esta conformidad doña Pura y las otras *Mians*. Cuando empezaron a llegar las personas que iban a la tertulia, Víctor dijo a su suegra:

—Mire usted, mamá, yo no me presento. No tengo malditas ganas de ver gente, al menos en algunos días. Me parece que he oído la voz de Pantoja. No le diga usted que estoy aquí.

—Pues no sé a qué vienen esos incógnitos—replicóle amoscada su suegra—. ¿Te vas a estar de plantón en el comedor? Pues sabrás que voy a poner en esta mesa los vasos de agua para que salgan a beber todos los que tengan sed. Y te advierto que Pantoja es hombre que me bebe media cuba todas las noches.

—Pues me meteré en el cuarto de Luis, si no pone usted el abrevadero en otra parte.

—Pero ¿dónde?

—Nada, nada, mamá; por mi parte, no altere usted sus costumbres. Váyase usted a la sala, donde va tiene toda la *crème* reunida. No olvide ponerme aquí la manta. Mañana temprano traeré mi equipaje.

Cuando doña Pura transmitió a su marido el recelo de ser visto que en Cadalso notara, el buen señor se intranquilizó más, y echó nuevas pestes contra el intruso. Puesta sobre la mesa del comedor la bandeja con los vasos de agua, único refrigerio que los Villaamil podían ofrecer a sus amigos, Cadalso se quedó un rato solo con su hijo, el cual mostraba aquella noche aplicación desusada.

—¿Estudias mucho?—preguntó su padre, acariciándole.

Y él contestó que sí con la cabeza, cohibido y vergonzoso, como si el estudiar fuese delito. Su padre era para él como un extraño, y al intentar hablarle, la timidez le ataba la lengua. El sentimiento que al pobre niño inspiraba aquel hombre era mezcla singularísima de respeto y temor. Le respetaba por el concepto de padre, que en su alma tierna tenía ya el natural valor; le temía, porque en su casa había oído mil veces hablar de él en términos harto desfavorables. Era Cadalso el papá malo, como Villaamil era el papá bueno.

Al sentir los pasos de algún tertulio sediento que venía al abrevadero, Víctor se colaba en el cuarto de Milagros. Conoció por la voz a Ponce, que, amén de

crítico, era novio de Abelarda; reconoció también a Pantoja, empleado en Contribuciones, amigo de Villaamil y aun del propio Cadalso, quien le tenía por la máquina humana más inútil y roñosa que en oficinas existiera. No puedo dejar de notar que una de las personas que más sed tuvieron aquella noche fué Abelarda. Salió dos o tres veces a beber, y además quiso sustituir a su tía Milagros en la abligación de acostar al pequeño. Estando en ello, se metió Víctor en la alcoba, huyendo de otro tertulio sofocado que iba a refrescarse.

—Papá está muy inquieto con esta aparición tuya—le dijo Abelarda sin mirarle—. Has entrado en casa como Mefistófeles, por escotillón, y todos nos alteramos al verte.

—¿Me como yo la gente?—respondió Víctor, sentándose en la misma cama de Luis—. Por lo demás, en mi venida no hay misterio; hay algo, sí, que no comprenderán tu padre y tu madre; pero tú lo comprenderás cuando te lo explique, porque tú eres buena para mí, Abelarda; tú no me aborreces como los demás, sabes mis desgracias, conoces mis faltas y me tienes compasión.

Insinuó esto con mucha dulzura, contemplando a su hijo, ya medio desnudo. Abelarda evitaba el mirarle. No así Luisito, que había clavado los ojos en su padre, como queriendo descifrar el sentido de sus palabras.

—¡Lástima yo de ti!—repuso al fin la insignificante con voz trémula—. ¿De dónde sacas eso?... ¿Si pensarás que creo algo de lo que dices? A otras engañarás, pero a la hija de mi madre...

Y como Víctor empezase a replicarle con cierta vehemencia, Abelarda le mandó callar con un gesto expresivo. Temía que alguien viniese o que Luis se enterase, y aquel gesto señaló una nueva etapa en el diálogo.

—No quiero saber nada—dijo, determinándose al fin a mirarle cara a cara.

—Pues ¿a quién he de confiarme yo si no me confío a ti.... la única persona que me comprende?

—Vete a la iglesia, arrodíllate ante el confesonario...

—La antorcha de la fe se me apagó hace tiempo. Estoy a oscuras—declaró Víctor, mirando al chiquillo, ya con las manos cruzadas para empezar sus oraciones.

Y cuando el niño hubo terminado, Abelarda se volvió hacia el padre, diciéndole con emoción:

—Eres muy malo, muy malo. Conviértete a Dios, encomiéndate a El, y...

—No creo en Dios—replicó Víctor con sequedad—; a Dios se le ve soñando, y yo hace tiempo que desperté.

Luisito escondió su faz entre las almohadas, sintiendo un frío terrible, malestar grande y todos los síntomas precursores de aquel estado en que se le presentaba su misterioso amigo.

XI

A las doce, cuando los tertulios desfilaron, Cadalso se acomodó en el sofá del comedor, cubriéndose con la manta que Abelarda le diera. Ignoraba él que su cuñada se acostaría vestida aquella noche por carecer de abrigo. Retiráronse todos, menos Villaamil, que no quiso recogerse sin tener una explicación con su yerno. La lámpara del comedor había quedado encendida, y el abuelo, al entrar, vió a Víctor incorporado en su duro lecho, con la manta liada de medio cuerpo abajo. Comprendió al punto el yerno que su padre político quería palique, y se preparó, cosa fácil para él, pues era hombre de imaginación pronta, de afluente palabra, de salidas ágiles y oportunas, y fuer de meridional de pura sangre, nacido en aquella costa granadina que tiene detrás la Alpujarra y enfrente a Marruecos. "Este tío—pensó—me quiere embestir. A buena parte viene... Empiece la brega. Le trastearemos con gracia."

—Ahora que estamos solos—dijo Villaamil con aquella gravedad que imponía miedo—decídete a ser franco conmigo. Tú has hecho algún disparate, Víctor. Te lo conozco en la cara, aunque tu cara pocas veces dice lo que piensas. Confiésame la verdad, y no trates de marearme con tus pases de palabras ni con esas ideas raras de que sacas tanto partido.

—Yo no tengo ideas raras, querido don Ramón; las ideas raras son las de mi señor suegro. Debemos juzgar las ideas de las personas por el pelo que éstas echan. ¿Le han colocado a usted ya? Se me figura que no. Y usted sigue tan fresco, esperando su remedio de la justi-

cia, que es lo mismo que esperarlo de la luna. Mil veces le he dicho a usted que el mismo Estado es quien nos enseña el derecho a la vida. Si el Estado no muere nunca, el funcionario no debe perecer tampoco administrativamente. Y ahora le voy a decir otra cosa: mientras no cambie usted de papeles no le colocarán; se pasará los meses y los años viviendo de ilusiones, fiándose de palabras zalameras y de la sonrisa traidora de los que se dan importancia con los tontos, haciendo que los protegen.

—Pero tú, necio—dijo Villaamil, enojadísimo—, ¿has llegado a figurarte que yo tengo esperanzas? ¿De dónde sacas, majadero, que yo me forje ni la milésima parte de una condenada ilusión? ¡Colocarme a mí! No se me pasa por la imaginación semejante cosa, no espero nada, nada, y digo más: hasta me ofende el que me supone pendiente de formulillas y de palabras cucas.

—Como siempre le he conocido a usted así, tan confiado, tan optimista...

—¡Optimista yo!—muy contrariado—. Vamos, Víctor, no te burles de estas canas. Y, sobre todo, no desvíes la cuestión. Ahora no se trata de mí, sino de ti. Vuelvo a mi pregunta: ¿Qué has hecho? ¿Por qué estás aquí, y por qué te escondes de la gente?

—Es que las tertulias de esta casa me cargan. Ya sabe usted que soy muy extremado en mis antipatías. Yo no me escondo; es que no quiero ver la cara de Ponce, con sus ojos pitañosos, ni que me hable Pantoja, el cual tiene un aliento que da el *quién vive*.

—No se trata del aliento de Pantoja, sino de que tú no has dejado tu destino con la frente alta.

—Tan alta, que si mi jefe dice algo contra mí, tengo medios de mandarle a presidio—acalorándose—. Sepa usted que he prestado servicios tales, que si el Estado fuera agradecido, ya sería yo jefe de Administración. Pero el Estado es esencialmente ingrato, bien lo sabe usted, y no sabe premiar. Si el funcionario inteligente no se recompensa a sí propio, está perdido. Para que usted se entere, cuando fuí a Valencia a encargarme de Propiedades e Impuestos, el Negociado estaba por los suelos. Mi antecesor era un cómico sin voz que recibió el empleo como jubilación de la escena. El infeliz no sabía por dónde andaba. Llegué yo, y *¡arsa!*, a trabajar. ¡Qué lío! Las cédulas personales no se cobraban ni a tiros. En Consumos había descubiertos horribles. Llamé a los alcaldes, los apremié, les metí el resuello en el cuerpo. Total, que saqué una millonada para el Tesoro, millonada que se habría perdido sin mí... Entonces reflexioné y dije: "¿Cuál es la consecuencia natural del inmenso servicio que he prestado a la nación? Pues la consecuencia natural, lógica, ineludible de defender al Estado contra el contribuyente es la ingratitud del Estado. Abramos, pues, el paraguas para resguardarnos de la ingratitud, que nos ha de traer la miseria."

—No se puede decir más claro que tus manos no están muy limpias.

—No hay tal, no, señor—incorporándose y accionando con mucha energía—; porque mediador entre el contribuyente y el Estado, debo impedir que ambos se devoren, y no quedarían más que los rabos si yo no los pusiera en paz. Yo formo parte de la entidad contribuyente, que es la nación; yo formo parte del Estado, como funcionario. Con esta doble naturaleza, yo, mediador, tengo que asegurar mi vida para seguir impidiendo el choque mortal entre el contribuyente y el Estado...

—Ni te entiendo, ni te entenderá nadie—con gesto de ira y desprecio—. El mismo de siempre. Con esas chuscadas de tu ingenio quieres ocultar tus trapisondas. ¿Pues sabes lo que te digo? Que en mi casa no puedes estar.

—No se acalore, mi querido suegro. Entre paréntesis, no he pretendido que me tengan aquí por mi linda cara. Pagaré mi pupilaje... Será por pocos días, porque en cuanto me asciendan...

—¡Ascenderte! ¿Qué dices?—como si le hubiera picado un escorpión.

—¡Ay! ¿Pues usted qué se creía? ¡Qué inocente! Siempre el mismo don Ramón, la virginal doncella. Que le traigan tila. Ya..., ¿qué creía usted? ¿Que yo no soy de Dios y no debo ascender? ¿Sabe que llevo dos años de oficial primero y me corresponde el ascenso a jefe de Negociado de tercera, por la ley de Cánovas? Y usted, que tan optimista es en lo propio y tan pesimista en lo ajeno, creerá que me voy a pasar la vida escribiendo cartas, espiando la sonrisa de un director general o quitándole motas a Cu-

cúrbitas. No, señor mío, yo no voy al trapo rojo, sino al bulto.

—Sí, sí, lo que es a descarado no te gana nadie; y digo más..., por lo mismo que no tienes vergüenza—lívido de ira y tragándose su propia amargura—consigues todo lo que quieres... El mundo es tuyo... Vengan ascensos, y ¡ole morena!

—En cambio, usted—con cruel sarcasmo—siga meciéndose en esos dulces éxtasis, siga creyendo que las mariposillas le traen la credencial, y despiértese todos los días diciendo: "Hoy, hoy será", y lea *La Correspondencia* por las noches con la esperanza de ver su nombre en ella.

—Te repito de una vez para siempre —deseando tener a su mano una botella, tintero o palmatoria que tirarle a la cabeza—que yo no espero nada, ni pienso que me colocarán jamás. En cambio, estoy convencido de que tú, tú, que acabas de defraudar al Tesoro, tendrás el premio a tu gracia, porque así es el mundo, y así está la cochina Administración... ¡Dios mío! ¡Que viva yo para ver estas cosas!—levantándose y llevándose las manos a la cabeza.

—Lo que tiene usted que hacer—con cierta fatuidad—es aprender de mí.

—¡Bonito modelo! No quiero oírte, no quiero verte ni en pintura... Adiós—marchándose y volviendo desde la puerta—. Y ten entendido que yo no espero ni esto; que estoy conforme, que llevo con paciencia mi desgracia y que no se me ocurre que me puedan colocar ahora, ni mañana, ni el siglo que viene..., aunque buena falta nos hace. Pero...

—Pero ¿qué?...—echándose a reír malignamente—. Vamos, ¿a que le coloco yo a usted si me atufo?

—¡Tú..., tú! ¡Deberte yo a ti...!

Y fué tal su indignación, que no quiso hablar más, temeroso de hacer un disparate, y pegando un portazo que estremeció la casa, huyó a su alcoba y arrojóse en la inquieta superficie de su camastro como un desesperado al mar.

Víctor se arrebujó en la manta, tratando de dormir; pero hallábase excitadísimo, más que por el altercado con su suegro, por la memoria de sucesos recientes, y no podía conciliar el sueño, no siendo tampoco extraña a este fenómeno la dureza del banco en que reposaba. La luz menguó de tal manera después de medianoche, que apenas alumbraba con incierto resplandor la estancia; y en el cerebro insomne y febril de Víctor esta penumbra y el olor a comida fiambre que flotaba en la atmósfera se confundían en una sola impresión desagradable. Examinó punto por punto el comedor, las paredes vestidas de papel, a trozos desgarrado, a trozos sucio. En algunos sitios, particularmente junto a las puertas, la crasitud marcaba el roce de las personas; en otros se veían impresas la mano de Luisito y aun los trazos de su artístico lápiz. El techo, ahumado en la proyección de la lámpara, tenía dos o tres grietas, dibujando una inmensa M y quizá otras letras menos claras. En la pared, agujeros de clavos, de los cuales colgaron en otros tiempos láminas. Víctor recordaba haber visto ahí un reloj, que nunca había dicho *esta campana es mía*, y señalaba siempre una hora inverosímil; también hubo antaño bodegones al cromo como sandías y melones despanzurrados. Láminas y reloj habían desaparecido, como carga que se arroja al mar para que el barco no zozobre. El aparador subsistía; pero ¡qué viejo y qué aburrido estaba, con sus vivos negros despintados, un cristal roto, caído el copete! Dentro de él se veían algunas copas boca abajo, vinagreras con frascos desiguales, un limón muy arrugado, un molinillo de café, latas mugrientas y algunas piezas de loza. La puerta que conducía al pasillo de la cocina estaba cubierta por un pesado portier de abacá, mugriento por el borde en que lo sobaban las manos, y con una claraboya en medio, que bien pudiera servir de torno.

Cansado de mudar posturas, Víctor se incorporó en su lecho, que parecía un potro, y su desasosiego paró en desvarío mental. Le entraron ganas de explicarse consigo mismo, de deshacer con recriminaciones el nublado de su alma, y en voz no muy alta, pero perceptible, se expresó de este modo: "Esto es mío, estúpidos. Ratas de oficina, idos a roer expedientes. Yo valgo más que vosotros; en un día sé despabilar yo todo el trabajo del negociado correspondiente a un mes."

Después se echó, asustado de su propio acento. Y al poco rato, los ojos cerrados, el ceño fruncido, reprodujo en su cerebro, como ciertos somnámbulos, el

caso cuya reminiscencia no podía echar de sí.

"Los Consumos..., ¡ah!, los Consumos. Son la más ingeniosa de las invenciones. ¡Pícaros pueblos! Por no pagar, son ellos capaces de venderse al diablo... Y ¡cómo les sabe a cuerno quemado la cuenta corriente que se les lleva! Y que a mí no me joroban. Al que me cerdee le abraso vivo. ¡Ah! En la expedición de los apremios está el *quid*. Y como nunca falta un roto para un descosido, nada más fácil que ponerse de acuerdo con el interventor para formar la relación de apremios. ¡Feliz el pueblo que se escabulle de la relación, aunque tenga dos semestres en descubierto!... Señor alcalde, entendámonos. ¿Ustedes quieren respirar? Pues yo también necesito oxígeno. Todos somos hijos de Dios... Y tú, Hacienda, ¿por qué te amontonas? ¿No te salvé yo más de seis millones que mi antecesor dió por perdidos? Pues entonces, ¿a qué ese lloriqueo de mujer arrastrada? Quien presta tan grandes servicios, ¿no merece premio? ¿No hemos de ponernos a cubierto de la ingratitud del Estado agradeciéndonos nosotros mismos nuestros leales servicios? La recompensa es el principio de la moralidad, es la aplicación de la justicia, del derecho, del *Jus*, a la Administración. Un Estado ingrato, indiferente al mérito, es un Estado salvaje... Lo que yo digo: dondequiera que hay el *haber* de un servicio hay el *debe* de una comisión. Partida por partida, esto es elemental. Yo doy al Estado con una mano seis millones que andaban trasconejados, y alargo la otra para que me suelten mi comisión... ¡Ah! Pero, Estado, ladrón, indecente, ¿qué querías tú? ¿Mamarte los millones y después dejarme asperges? ¡Ah! Infame, eso habrías hecho si yo me descuido. Pues te juro que, por listo que tú seas, más lo soy yo. Vamos de pillo a pillo. Y tú, contribuyente, ¿por qué me pones hocico? ¿No ves que te defiendo? Pero para que tú respires es preciso que respire yo también. Si yo me ahogo, vendrá otro que te sacará el redaño. ¡Y ese estúpido jefe, ese animal, ese bandido, que en Pontevedra se merendó la suscripción para los náufragos y en Cáceres dejó en cueros a las viudas de los mineros muertos; ése, que sería capaz de tragarse la Necrópolis con todos sus difuntos, quiere formarme expediente! Pero la comprobación es muy difícil, tunante, y si me pinchas, te denunciaré, te sacaré los trapitos a la calle, con datos, con fechas, con números. Yo tengo buenos amigos, y manos blancas que me defiendan... Eso es lo que tú no me perdonas... Te come la envidia. Y por eso te revuelves contra mí ahora, tomador, que no sirviendo para afanar relojes, te metiste a empleado."

Y al cabo de un cuarto de hora, cuando parecía que había encontrado el sueño, soltó de improviso la risa, diciendo: "No me pueden probar nada. Pero aunque me lo probaran..." Por fin, se durmió, y tuvo una pesadilla, semejante a otras que en los casos de agitación moral turbaban su descanso. Soñó que iba por una galería muy larga, inacabable, con paredes de espejos, que hasta lo infinito repetían su gallarda persona. Iba por aquel inmenso callejón persiguiendo a una mujer, a una dama elegante, la cual corría agitando con el rápido mover de sus pies la falda de crujiente seda. Cadalso le veía los tacones de las botas, que eran... ¡cascarones de huevo! Quién podía ser la dama lo ignoraba; era la misma con quien soñara otra noche, y al seguirla se decía que todo aquello era sueño, asombrándose de correr tras un fantasma, pero corriendo siempre. Por fin, ponía la mano en ella, la dama se paraba y se volvía, diciéndole con voz muy ronca: "¿Por qué te empeñas en quitarme esta cómoda que llevo aquí?" En efecto, la dama llevaba en la mano una cómoda ¡de tamaño natural!, y la llevaba tan desahogadamente como si fuera un portamonedas. Entonces Víctor despertaba, sintiendo sobre sí un peso tal, que no podía moverse, y un terror supersticioso que no sabía relacionar ni con la cómoda, ni con la dama, ni con los espejos. Todo ello era estúpido y sin ningún sentido.

Despierto, tenían más miga los sueños de Cadalso, porque toda la vida se la llevaba pensando en riquezas que no tenía, en honores y poder que deseaba, en mujeres hermosas, cuyas seducciones no le eran desconocidas; en damas elegantes y de alta alcurnia, que con ardentísima curiosidad anhelaba tratar y poseer, y esta aspiración a los supremos goces de la vida le traía siempre intranquilo, vigilante y en acecho. Devorado por el ansia de introducirse en las cla-

ses superiores de la sociedad, creía tener ya en las manos un cabo y el primer nudo de la cuerda por donde otros menos audaces habían logrado subir. ¿Cuál era este nudo? Ved aquí un secreto que por nada del mundo revelaría Cadalso a sus vulgarísimos y apocados parientes los de Villaamil.

XII

Apareciósele muy temprano *la figura arrancada a un cuadro de Fra Angélico*, por otro nombre doña Pura, quien le acometió con el arma cortante de la displicencia, agravada por la mala noche que un dolorcillo de muelas le hizo pasar.

—Ea, despejadme el comedor. Ve a lavarte a mi cuarto, que tenemos precisión de barrer aquí. Lárgate pronto, si no quieres que te llenemos de polvo.

Apoyaba esta admonición, de una manera más persuasiva, la segunda *Miau*, que se presentó escoba en mano.

—No se enfade usted, mamá—a doña Pura le cargaba mucho que su yerno la llamase mamá—. Desde que está usted hecha una potentada no se la puede aguantar. ¡Qué manera de tratar a este infeliz!

—Eso es, búrlate... Es lo que te faltaba para acabar de conquistarnos. ¡Y que tienes el don de la oportunidad! Siempre te descuelgas por aquí cuando estamos con el agua al cuello.

—¿Y si dijera que precisamente he venido creyendo ser muy oportuno? A ver..., ¿qué respondería usted a esto? Porque no conviene despreciar a nadie, querida mamá, y se dan casos de que el huésped molesto nos resulta Providencia de la noche a la mañana.

—Buena Providencia nos dé Dios—siguiéndole hacia el cuarto donde Víctor pensaba lavarse—. ¿Qué quieres decir? ¿Que vas a apretar la cuerda que nos ahorca?

—Tanto como está usted chillando ahí —con zalamería—, y todavía soy hombre para convidarla a usted a palos por asientos.

—Ninguno falta nos hacen tus palos... ¡Y por qué has de convidar tú, si siempre se ha conocido más arrancado que el Gobierno!

—Mamá, mamá, por Dios, no rebaje usted tanto mi dignidad. Y, sobre todo, el que yo sea pobre no es motivo para que se dude de mi buen corazón.

—Déjame en paz. Ahí te quedas. Despacha pronto.

—Prefiero ver delante de mí el puñal del asesino a ver malas caras—deteniéndola por un brazo—. Un momento. ¿Quiere usted que pague mi hospedaje?

Sacó su cartera en el mismo instante, y a doña Pura se le encandilaron los ojos viendo que abultaba y que el bulto lo hacía un grueso manojo de billetes de Banco.

—No quiero ser gravoso—dándole un billete de cien pesetas—. Tome usted, querida mamá, y no juzgue mis intenciones por la insuficiencia de mis medios.

—Pues no creas...—echando la zarpa al billete como si éste fuera un ratón—, no creas que voy a llevar mi delicadeza hasta lo increíble, rechazando con indignación tu dinero, a estilo de teatro. No estamos ahora para escrúpulos ni para indignaciones cursis. Lo tomo, sí, lo tomo, y voy a pagar con él una deuda sagrada, y además nos viene bien para...

—¿Para qué?

—Déjame a mí. ¿Quién no tiene sus secretillos?

—Y un hijo, un hijo cariñoso, ¿no merece ser depositario de esos secretos? Gracias por la confianza que merezco. Yo creí que me apreciaban más. Querida mamá, aunque usted no me considere de la familia, yo no puedo desprenderme de ella. Mándeme usted que no los quiera, y no obedeceré... En otra parte puedo entrar con indiferencia, pero en esta casa, no; y cuando en ella noto síntomas de estos, aunque usted me lo prohiba, me tengo que afligir.—poniéndole cariñosamente la mano en el hombro—. Simpática suegra, no me gusta que papá ande sin capa.

—¡Pobrecito!... Y ¡qué le hemos de hacer!... Su situación viene siendo muy triste hace tiempo. La cesantía ve estirando más de lo que creíamos. Sólo Dios y nosotros sabemos las amarguras que en esta casa se pasan.

—Menos mal si el remedio viene, aunque sea de la persona a quien no se estima—dándole otro billete de igual cantidad, que doña Pura se apresuró a recoger.

—Gracias... No es que no te estimemos; es que tú...

—He sido malo, lo confieso—patéticamente—; reconocerlo es señal de que ya no lo soy tanto. Tengo mis defectos como cada *quisque*; pero no soy empedernido, no está mi corazón cerrado a la sensibilidad, ni mi entendimiento a la experiencia. Yo seré todo lo malo que usted quiera; pero, en medio de mi perversidad, tengo una manía, vea usted..., no tolero que esta familia, a quien tanto debo, pase necesidades. Me da por ahí..., llámelo usted debilidad o como quiera—dándole un tercer billete con gallardía generosa, sin mirar la mano que lo daba—. Mientras yo gane un real, no consiento que el padre de mi pobre Luisa vista indecorosamente, ni que mi hijo ande desabrigado.

—Gracias, Víctor, gracias—entre conmovida y recelosa.

—No tiene usted por qué darme las gracias. No hay mérito ninguno en cumplir un deber sagrado. Se me ocurre que podría usted tomar hasta dos mil reales, porque no serán una ni dos las cosas que se han ido a Peñaranda.

—Rico estás...—con escama de si serían falsos los billetes.

—Rico, no... Ahorrillos. En Valencia se gasta poco. Se encuentra uno con economías sin notarlo. Y repito que si usted me habla de agradecimiento, me incomodo. Yo soy así. ¡He variado tanto! Nadie sabe la pena que siento al recordar los malos ratos que he dado a ustedes, y sobre todo a mi pobre Luisa —con emoción falsa o verdadera, pero tan bien expresada que a doña Pura se le humedecieron los ojos—. ¡Pobre alma mía! ¡Que no pueda yo reparar los agravios que aquella santa recibió de mí! ¡Que no pueda yo resucitarla para que vea mi corazón mudado, aunque luego nos muriéramos los dos!—dando un gran suspiro—. Cuando la muerte se interpone entre la culpa y el arrepentimiento no tiene uno ni el amargo consuelo de pedir perdón a quien ha ofendido.

—¡Cómo ha de ser! No pienses ahora en cosas tristes. ¿Quieres otra toalla? Aguarda. Y si necesitas agua caliente, te la traeré volando.

—No; nada de molestarse por mí. Pronto despacho, y en seguida iré a traer mi equipaje.

—Pues si se te ocurre algo, llamas... La campanilla no hay quien la haga sonar. Te asomas a la puerta y me das una voz.

Aquel hombre, que sabía desplegar tan variados recursos de palabra y de ingenio cuando se proponía mortificar a alguien, ya con feroz sarcasmo, ya hiriendo con delicada crueldad las fibras más irritables del corazón, entendía maravillosamente el arte de agradar, cuando entraba en sus miras. A doña Pura no la cogían de nuevas las demostraciones insinuantes de su yerno; pero esta vez, sea porque fuesen acompañadas de la donación en metálico, sea porque Víctor extremara sus zalamerías, la pobre señora le tuvo por moralmente reformado o en camino de ello siquiera. Corridas algunas horas, no pudo la *Miau* ocultar a su cónyuge que tenía dinero, pues el disimular las riquezas era cosa enteramente incompatible con el carácter y los hábitos de doña Pura. Interrogóla Villaamil sobre la procedencia de aquellos que modestamente llamaba *recursos*, y ella confesó que se los había dado Víctor, por lo cual se puso don Ramón muy sobresaltado, y empezó a mover la mandíbula con saña, soltando de su feroz boca algunos vocablos que asustarían a quien no le conociera.

—Pero ¡qué simple eres!... Si no me ha dado más que una miseria. Pues ¿qué querías tú, que le mantenga yo el pico? Bonitos estamos para eso. Le he acusado las cuarenta..., clarito, clarito. Si se empeña en estar aquí, que contribuya a los gastos de la casa. ¡Bah! ¡Qué cosas dices! Que ha defraudado al Tesoro. Falta probarlo...; serán cavilaciones tuyas. ¡Vaya usted a saber! Y, en último caso, ¿es eso motivo para que viva a costa nuestra?

Villaamil calló. Tiempo hacía que estaba resignado a que su señora llevase los pantalones. Era ya achaque antiguo que cuando Pura alzaba el gallo, bajase él la cabeza, fiando al silencio la armonía matrimonial. Recomendáronle cuando se casó este sistema, que cuadraba admirablemente a su condición bondadosa y pacífica. Por la tarde volvió doña Pura a la carga, diciéndole:

—Con este poco de barro hemos de tapar algunos agujeros. Ve pensando en hacerte ropa. Es imposible que consiga nada el que se presenta en los

ministerios hecho un mendigo, los tacones torcidos, el sombrero del año del hambre y el gabán con grasa y flecos. Desengáñate: a los que van así nadie les hace caso, y lo más a que pueden aspirar es a una plaza en San Bernardino. Y como ahora te han de colocar, también necesitas ropa para presentarte en la oficina.

—Mujer, no me marees... No sabes el daño que me haces con esa confianza de que no participo; al contrario, yo nada espero.

—Pues sea lo que sea; si te colocan, porque sí, y si no, porque no, necesitas ropa. El traje es casi casi la persona, y si no te presentas como Dios manda, te mirarán con desprecio, y eres hombre perdido. Hoy mismo llamo al sastre para que te haga un gabán. Y el gabán nuevo pide sombrero, y el sombrero, botas.

Villaamil se asustó de tanto lujo; pero cuando Pura adoptaba el énfasis gubernamental no había medio de contradecirla. Ni se le ocultaba lo bien fundado de aquellas razones, y el valor social y político de las prendas de vestir; y harto sabía que los pretendientes bien trajeados llevan ya ganada la mitad de la partida. Vino, pues, el sastre, llamado con urgencia, y Villaamil se dejó tomar las medidas, taciturno y fosco, como si más que de gabán fuesen medidas de mortaja.

Con la entrada del sastre tuvieron Paca y su marido comidilla para todo el resto del día y parte de la noche.

—¿No sabes, Mendizábal? Ha entrado también un sombrero nuevo. Desde que estamos en esta casa, y va para quince años, no he visto entrar más chisteras nuevas que la de hoy y la que estrenó don Basilio Andrés de la Caña, el que vivió en el tercero, a los pocos días de venir don Alfonso. ¿Será que va a haber revolución?

—No me extrañaría—dijo Mendizábal—, porque ese Cánovas ha perdido los papeles. El periódico dice que hay crisis.

—Debe de haberla, y será que van a subir los de don Ramón. Tú, ¿quiénes son los del señor Villaamil?

—Los del señor Villaamil son las ánimas benditas...—echándose a reír—. ¿Conque cobertura nueva y ropa maja? Pues mira, mujer, en vista de ese lujo... asiático, voy a subir ahorita mismo con los recibos atrasados, por si pagan todo o parte de lo que deben. A esta gente es menester acecharla, para cogerla en el momento económico, ¿me entiendes?, en el ínterin, como quien dice, de no tener dinero, que es ni visto ni oído.

Miraba el memorialista a su perro, el cual parecía decirle con su expresiva jeta: "Arriba, mi amo, y no se descuide, que ahora tienen guita. Vengo de allí y están como unas pascuas. Por más señas, que han traído un salchichón italiano, gordo como mi cabeza, y que huele a gloria divina."

Subió, pues, Mendizábal, precedido del can. Casi siempre, cuando el portero se aparecía con aquellos fatídicos papeles en la mano, Villaamil temblaba sintiendo herida su dignidad en lo más vivo, y a doña Pura se le ponía la boca amarga, los labios descoloridos y el corazón rebosando congoja y despecho. Ambos, cada cual en la forma propia de su temperamento, alegaban razones mil para convencer a Mendizábal de lo bueno que sería esperar al mes siguiente. Por dicha suya, el hombre *gorila*, aquel monstruo cuyas enormes manos tocarían el suelo a poco que la cintura se doblase, aquel tipo de transición zoológica, en cuyo cráneo parecían verse demostradas las audaces hipótesis de Darwin, no ejercía con malos modos los poderes conferidos por el casero. Era, en suma, Mendizábal, con su fealdad digna de la vitrina de cualquier museo antropológico, hombre benévolo, indulgente, compasivo, que se hacía cargo de las cosas. Sentía lástima de la familia y verdadero afecto hacia Villaamil. No apremiaba sino en términos comedidos y amistosos, y al rendir cuentas al casero echaba por aquella boca horrenda, rascándose la oreja corta y chata, frases de intercesión misericordiosa en pro del inquilino atrasado *por mor* de la cesantía. Y gracias a esto, el propietario, que no era de los más déspotas, aguardaba con triste y filosófica resignación.

Cuando Villaamil y doña Pura no estaban en disposición de pagar, añadían a sus excusas algún oficioso párrafo con el memorialista, lisonjeándole y cayéndose del lado de sus aficiones. Decíale Villaamil:

—Pero ¡cuánto ha visto usted en es-

te mundo, amigo Mendizábal, y qué de cosas habrá presenciado tan trágicas, tan interesantes, tan...!

Y el *gorila,* abarquillando los recibos, contestaba:

—La Historia de España no se ha escrito todavía, amigo don Ramón. Si yo plumeara mis memorias, vería usted...

Doña Pura extremaba aún más la adulación:

—El mundo anda perdido. Mendizábal está en lo cierto: mientras haya libertad de cultos y eso que llaman el racionalismo...

Total, que el portero se guardaba los recibos, y a la señora se le alegraban las pajarillas. Ya teníamos otro mes de respiro.

Pero aquel día, en que, por merced de la Providencia, les era dado pagar dos meses de los tres vencidos, ambos esposos rectificaron con cierta arrogancia aquel criterio de asentimiento. Villaamil habló con discreta autoridad de los ideales modernos, y doña Pura, al verle embolsar los billetes, dijo:

—Pero venga acá, Mendizábal, ¿para qué tiene esas ideas? ¿Y usted cree de buena fe que va a venir aquí don Carlos con la Inquisición y todas esas barbaridades? Vamos, que es preciso estar—apuntando a la sien—de la jícara para creer eso...

Mendizábal les contestó con frases truncadas, mal aprendidas del periódico que solía leer, y se alejó refunfuñando. Contraste increíble: se iba de mal humor siempre que llevaba dinero.

XIII

Antes de proseguir, evoquemos la doliente imagen de Luisa Villaamil, muerta, aunque no olvidada, en los días de esta humana crónica. Pero retrocediendo algunos años la cogeremos viva. Vámonos, pues, al 68, que marca el mayor trastorno político de España en el siglo presente, y señaló, además, graves sucesos en los azarosos anales de la familia Villaamil.

Contaba Luisa cuatro años más que su hermana Abelarda y era algo menos insignificante que ella. Ninguna de las dos se podía llamar bonita; pero la mayor tenía en su mirada algo de *ángel,* un poco más de gracia, la boca más fresca, el cuello y hombros más llenos, y, por fin, la aventajaba ligeramente en la voz, acento y manera de expresarse. Las escasas seducciones de entrambas no las realzaba una selecta educación. Se habían instruído en tres o cuatro provincias distintas, cambiando de colegio a cada triquitraque, y sus conocimientos, aun en lo elemental, eran imperfectísimos. Luisa llegó a saber un francés macarrónico que apenas le consentía interpretar, sobando mucho el Diccionario, la primera página del *Telémaco,* y Abelarda llegó a farfullar dos o tres polcas, martirizando las teclas del piano. De cuatro niñas y un varón, frutos del vientre de doña Pura, sólo se lograron aquellas dos; las demás crías perecieron a poco de nacer. A principios de 1868 desempeñaba Villaamil el cargo de jefe económico en una capital de provincia de tercera clase, ciudad arqueológica, de corto y no muy brillante vecindario, famosa por su catedral y por la abundante cosecha de desportillados pucheros e informes pedruscos romanos que al primer azadonazo salían del terruño. En aquel *pueblo de pesca* pasó la familia de Villaamil la temporada triunfal de su vida, porque allí doña Pura y su hermana daban el tono a las costumbres elegantes y hacían lucidísimo papel, figurando en primera línea en el escalafón social. Cayó entonces en la oficina de Villaamil un empleadillo joven y guapo, de la clase de aspirantes, con cinco mil reales, engendro reciente del caciquismo. Cómo fué a parar allí Víctor Cadalso es cosa que no nos importa saber. Era andaluz; había estudiado parte de la carrera en Granada; se vino a Madrid sin blanca, y aquí, después de mil alternativas, encontró un padrinazgo de momio, que lo lanzó de un manotazo a la vida burocrática, como se puede lanzar una pelota. A poco de entrar en las oficinas de aquella provincia hízose muy de notar, y como tenía atractivos personales, lenguaje vivo y gracioso, buenas trazas para vestirse y desenvueltos modales, no tardó en obtener la simpatía y agasajo de la familia del jefe, en cuya sala (no hay manera de decir *salones*), bastante concurrida los domingos y fiestas de guardar, fué desde la primera noche astro refulgente. Nadie le igualaba en el donaire, generalmente equívoco, de la conversación, en

improvisar pasatiempos ingeniosos, en dar sesiones de magnetismo, prestidigitación o nigromancia casera. Recitaba versos imitando a los actores más célebres, bailaba bien, contaba todos los cuentos de Manolito Gázquez y sabía como nadie entretener a las señoras y embobar a las niñas. Era el *lión* de la ciudad, el número uno de los chicos elegantes, espejo de todos en finura, garbo y ropa. La alta sociedad se reunía alternativamente en la casa de Villaamil, en la del brigadier gobernador militar, cuya esposa era una jamona de muchas campanillas; en la de cierto personaje, que era el cacique, agente electoral y déspota de la comarca; pero la casa en que había más refinamientos sociales era la de Villaamil, y las señoras de Villaamil, las más encumbradas y vanagloriosas. La esposa del cacique tenía hijas casaderas; la brigadiera no las tenía de ninguna edad; el gobernador era célibe; de modo que las del jefe económico, las *cacicas*, la gobernadora militar y la alcaldesa, boticaria por añadidura, componían todo el mujerío distinguido de la localidad. Eran las dueñas del cotarro elegante, las que recibían incienso de aquella espiritada juventud masculina con *chaquet* y hongo, las que asombraban al pueblo presentándose en los toros (dos veces al año) con mantilla blanca, las que pedían para los pobres en la catedral el Jueves Santo, las que visitaban al obispo, las que daban el tono y recibían constantemente el homenaje tácito de la imitación. En aquellos tiempos le quedaban aún a Milagros algunos vestigios de su hermosa voz, mucha afinación y todo el compás. Todavía, haciéndose muy de rogar, casi casi a la fuerza, se acercaba al piano, y soltando las rebañaduras de su arte les largaba allí un par de cavatinas que hacían furor. Los palmoteos se oían desde la cercana plaza de la Constitución y las alabanzas duraban toda la noche, amenizando el baile y los juegos de prendas.

Ornamento de esta sociedad fué, desde que en ella se introdujo, Víctor Cadalso, artista social digno de teatro mejor, y no con las facultades marchitas como las de Milagros, sino en la plenitud de su poder y lozanía. Por esto sucedió lo que debía suceder, que Luisa se prendó del aspirante repentina y locamente desde la primera noche que se vieron, con ese amor explosivo en que los corazones parece que están llenos de pólvora cuando los traspasa la inflamada flecha. Esto suele ocurrir en las clases pobres y en las sociedades primitivas, y pasa también alguna vez en el seno del vulgo infatuado y sin malicia cuando cae en él, como rayo enviado del cielo, un ser revestido de apariencias de superioridad. La pasión súbita de Luisa Villaamil fué tan semejante a la de Julieta, que al día siguiente de hablarle por primera vez no habría vacilado en huir con Víctor de la casa paterna, si él se lo hubiera propuesto. Siguieron al flechazo unos amoríos furibundos. Luisa perdió el sueño y el apetito. Había carteo dos o tres veces al día y telégrafos a todas horas. Por la noche espiaban la coyuntura de verse a solas, aunque fuese breves momentos. La enamorada chica contaba sus tristezas y sus alegrones a la luna, a las estrellas, al gato, al jilguero, a Dios y a la Virgen. Hallábase dispuesta, si la ley de su amor se lo exigía, a cualquier género de heroicidad, al martirio. Doña Pura no tardó en contrariar aquellos amores, porque soñaba con el ayudante del brigadier para yerno, y Villaamil, que empezó a columbrar en el carácter de Víctor algo que no le agradaba, hubo de gestionar con el cacique para que le trasladasen a otra provincia. Los amantes, guiados por la perspicacia defensiva que el amor, como todo gran sentimiento, lleva en sí, olfatearon el peligro; ante el enemigo se juraron fidelidad eterna, resolviendo ser dos en uno, y antes morir que separarse, con todo lo demás que en estos apretados lances se acostumbra. El delirio los extraviaba, y la oposición los precipitó a estrechar de tal modo sus lazos, que nadie fuera poderoso a desatarlos. En resolución, que el amor se salió con la suya, como suele. Trinaron los señores de Villaamil; pero, pensándolo bien, ¿qué remedio quedaba más que arreglar aquel desavío como se pudiese?

Luisa era toda sensibilidad, afecto y mimo; un ser desequilibrado, incapaz de apreciar con sentido real las cosas de la vida. Vibraban en ella el dolor y la alegría con morbosa intensidad. Tenía a Víctor por el más cabal de los hombres, se extasiaba en su guapeza y era completamente ciega para ver las jorobas de su carácter. Los seres y las acciones eran

como hechuras de su propia imaginación, y de aquí su fama de escaso mundo y discernimiento. Fué padrino del bodorrio el cacique, y su regalo, sacarle a Víctor una credencial de ocho mil, lo que agradecieron mucho don Ramón y su mujer, pues una vez incorporado Cadalso a la familia, no había más remedio que empujarle y hacer de él un hombre. A poco estalló la revolución, y Villaamil, por deber aquel destino a un íntimo de González Bravo, quedó cesante. Víctor tuvo aldabas y atrapó un ascenso en Madrid. Toda la familia se vino por acá, y entonces empezaron de nuevo las escaseces, porque Pura había tenido siempre el arte de no ahorrar un céntimo, y una gracia especial para que la paga de primero de mes hallase la bolsa más limpia que una patena.

Volviendo a Luisa, sépase que, comido el pan de la boda, seguía embelesada con su marido, y que éste no era un modelo. La infeliz niña vivía en ascuas, agrandando cavilosamente los motivos de su pena; le vigilaba sin descanso, temerosa de que él partiese en dos su cariño o se lo llevase todo entero fuera de casa. Entonces empezaron las desavenencias entre suegros y yerno, enconadas por enojosas cuestiones de interés. Luisa pasaba las horas devorada por ansias y sobresaltos sin fin, espiando a su marido, siguiéndole y contándole los pasos de noche. Y el truhán, con aquella labia que Dios le dió, sabía desarmarla con una palabrita de miel. Bastaba una sonrisa suya para que la esposa se creyese feliz, y un monosílabo adusto para que se tuviera por inconsolable. En marzo del 69 vino al mundo Luisito, quedando la madre tan desmejorada y endeble, que desde entonces pudieron los que constantemente la veían augurar su cercano fin. El niño nació raquítico, expresión viva de las ansias y aniquilamiento de su madre. Pusiéronle ama, sin ninguna esperanza de que viviera, y estuvo todo el primer año si se va o no se va. Y por cierto que trajo suerte a la familia, pues a los seis días de nacido dieron al abuelo un destino con ascenso en Madrid, y de este modo pudo doña Pura bandearse en aquel golfo de trampas, imprevisión y despilfarro. Víctor se enmendó algo. Cuando ya su mujer no tenía remedio, mostróse con ella cariñoso y solícito. Padecía la infeliz accesos de angustiosa tristeza o de alegría febril, cuyo término era siempre un ataque de hemoptisis. En el último período de su enfermedad, el cariño a su marido se le recrudeció en términos que parecía haber perdido la razón, y cuando él no estaba presente llamábale a gritos. Por una de esas perversiones del sentimiento que no se explican sin un desorden cerebral, su hijo llegó a serle indiferente; trataba a sus padres y a su hermana con esquiva sequedad. Toda la atención de su alma era para el ingrato, para él todos sus acentos de amor, y sus ojos habían eliminado cuantas hermosuras existen en el mundo moral y físico, quedándose tan sólo con las que su exaltada pasión fantaseaba en él.

Villaamil, que conocía la incorrecta vida de su yerno fuera de casa, empezó a tomarle aborrecimiento. Pura, más conciliadora, dejábase engatusar por las traidoras palabras de Cadalso, y a condición de que éste tratara con piedad y buenos modos a la pobre enferma, se daba por satisfecha y perdonaba lo demás. Por fin, la demencia, que no otro nombre merece, de la infortunada Luisa, tuvo fatal término en una noche de San Juan. Murió llorando de gratitud porque su marido la besaba ardientemente y le decía palabras amorosas. Aquella mañana había sufrido un ataque de perturbación mental más fuerte que los anteriores, y se arrojó del lecho pidiendo un cuchillo para matar a Luis. Juraba que no era hijo suyo, y que Víctor le había traído a la casa en una cesta, debajo de la capa. Fué aquel día de acerbo dolor para toda la familia, singularmente para el buen Villaamil, que, sin ruidoso duelo exterior, mudo y con los ojos casi secos, se desquició y desplomó interiormente, quedándose como ruina lamentable, sin esperanza, sin ilusión ninguna de la vida, y desde entonces se le secó el cuerpo hasta momificarse, y fué tomando su cara aquel aspecto de ferocidad famélica que le asemejaba a un tigre anciano e inútil.

La necesidad de un sueldo que permitiese economía le lanzó a colocarse en Ultramar. Fué con un regular destino, de los que proporcionan buenas obvenciones, y regresó a los dos años con algunos ahorros, que se deshicieron pronto, como granos de sal en la mar sin fondo de la administración de doña

Pura. Emprendió segundo viaje con mejor empleo, pero tuvo no sé qué cuestiones con el intendente y volvió para acá en los aciagos días de los cantonales. El Gobierno, presidido por Serrano después del 3 de enero del 74, le mandó a Filipinas, donde se las prometía muy felices; pero una cruel disentería le obligó a embarcarse para España sin ahorros y con el propósito firme de desempeñar la portería de un Ministerio antes que pasar otra vez el charco. No le fué difícil volver a Hacienda, y vivió tres años tranquilo, con poco sueldo, siendo respetado por la Restauración, hasta que en hora fatídica le atizaron un *cese* como una casa. Y el tremendo anatema cayó sobre él cuando le faltaban dos meses para jubilarse con los cuatro quintos del sueldo regulador, que era el de jefe de Administración de tercera. Acudió al ministro, llamó a distintas puertas; pero las intercesiones fueron solicitadas sin éxito. Poco a poco sucedió a la molesta escasez la indigencia descarnada y aterradora; los recursos se concluían, y se agotaron también los medios extraordinarios y arbitristas de sostener a la familia.

Llegó, por último, la etapa dolorosísima para un hombre delicado como Villaamil de tener que llamar a la puerta de la amistad implorando socorro o anticipo. Había el prestado en mejor tiempo servicios de tal naturaleza a algunos que se lo agradecieron y a otros que no. ¿Por qué no había de apelar al mismo sistema? Sobre todo, no podía discutirse si estas postulaciones eran o no decorosas. El que se quema no se pone a considerar si es conveniente o no sacudir los dedos. El decoro era ya nombre vano, como la inscripción impresa en la etiqueta de una botella vacía. Poco a poco se gasta la vergüenza, como se gasta el diente de una lima, y las mejillas pierden la costumbre de colorearse. El desgraciado cesante llegó a adquirir maestría terrible en el arte de escribir cartas invocando a la amistad. Las redactaba con amplificaciones patéticas y en un estilo que parecía oficial, algo parecido a los preámbulos de las leyes en que se anuncia al país aumento de contribución; verbigracia: "Es muy sensible para el Gobierno tener que pedir nuevos sacrificios al contribuyente..." Tal era el patrón, aunque el texto fuera otro.

XIV

Para completar las noticias biográficas de Víctor, importa añadir que tenía una hermana llamada Quintina, esposa de un tal Ildefonso Cabrera, empleado en el ferrocarril del Norte, buenas personas ambos, aunque algo extravagantes. Faltándoles hijos, Quintina deseaba que su hermano le encomendase la crianza de Luis, y quizá lo habría conseguido sin las desavenencias graves que surgieron entre Víctor y su hermano político por cuestiones relacionadas con la mezquina herencia de los hermanos Cadalso. Tratábase de una casa ruinosa y sin techo en el peor arrabal de Vélez-Málaga, y sobre si el tal edificio correspondía a Quintina o a Víctor, hubo ruidosísimas querellas. La cosa era clara según Cabrera, y para probar su diafanidad, no inferior a la del agua, puso el asunto en manos de la curia, la cual, en poco tiempo, formó sobre él un mediano monte de papel sellado. Todo para demostrar que Víctor era un pillo, que se había adjudicado indebidamente la valiosa finca, vendiéndola y guardándose su importe. El otro lo echaba a broma, diciendo que el producto de su fraude no le había alcanzado para un par de botas. A lo que respondía Ildefonso que no era por el huevo, sino por el fuero; que no le incomodaba la pérdida material, sino la frescura de su cuñado; y por esta y otras razones le llegó a cobrar odio tan profundo, que Quintina temblaba por Víctor cuando éste iba a la casa. Cabrera tenía el genio tan atropellado, que un día por poco descarga sobre Víctor los seis tiros de su revólver. La hermana de Cadalso deseaba que el pleito se transigiera y concluyesen aquellas enojosas cuestiones, y cuando su hermano fué a verla, a los pocos días de llegar de Valencia—aprovechando la ocasión en que la fiera de Ildefonso recorría el trozo de línea de que era inspector—le propuso esto:

—Mira, si me das a tu Luis, yo te prometo desarmar a mi marido, que desea tanto como yo tener al niño en casa.

Trato inaceptable para Víctor, que, aunque hombre de entrañas duras, no osaba arrancar al chiquillo del poder y amparo de sus abuelos. Quintina, firme en su pretensión, argumentaba:

—Pero ¿no ves que esa gente te lo va

a criar muy mal? Lo de menos serían los resabios que ha de adquirir; pero es que le hacen pasar hambre al ángel de Dios. Ellas no saben cuidar criaturas ni en su vida las han visto más gordas. No saben más que suponer y pintar la mona; ni se ocupan más que de si tal artista cantó o no cantó como Dios manda, y su casa parece un herradero.

Aunque se trataban las *Miaus* y Quintina, no se podían ver ni en pintura, porque la de Cadalso, que era una buena mujer—con lo cual dicho se está que no se parecía a su hermano—, tenía el defecto de ser excesivamente curiosa, refitolera, entremetida, olfateadora. Al visitar a la Villaamil no entraba en la sala, sino que se iba de rondón al comedor, y más de una vez hubo de colarse en la cocina y destapar los pucheros para ver lo que en ellos se guisaba. A Milagros, con esto, se la llevaban los demonios. Todo lo preguntaba Quintina, todo lo quería averiguar y en todo meter sus ávidas narices. Daba consejos que no le pedían, inspeccionaba la costura de Abelarda, hacía preguntas capciosas y, en medio de su cháchara impertinente, se dejaba caer con alguna reticencia burlona, como quien no dice nada.

A Cadalsito le quería con pasión. Nunca se iba de casa sin verle, y siempre le llevaba algún regalillo, juguete o prenda de vestir. A veces se plantaba en la escuela y mareaba al maestro preguntándole por los adelantos del rapaz, a quien solía decir:

—No estudies, corazón, que lo que quieren es secarte los sesitos. No hagas caso; tiempo tienes de echar talento. Ahora come, come mucho, engorda y juega, corre, y diviértete todo lo que te pida el cuerpo.

En cierta ocasión, observando a las *Miaus* bastante tronadas, les propuso que le dieran al chico; pero doña Pura se indignó tanto de la propuesta, que Quintina no hubo de plantearla más sino en broma. Al bajar de la visita echaba siempre una parrafada con los memorialistas, a fin de sonsacarles mil menudencias sobre los del cuarto segundo: si pagaban o no la casa, si debían mucho en la tienda—aunque este conocimiento lo solía beber en más limpias fuentes— si volvían tarde del teatro, si la sosa se casaba al fin con el *cab* de Ponce, si había entrado el zapatero con calzado nuevo... En fin, que era una moscona insufrible, un fiscal pegajoso y una espía siempre alerta.

Eran sus costumbres absolutamente distintas de las de sus víctimas. No frecuentaba el teatro, vivía con orden admirable, y su casa de la calle de los Reyes era lo que se dice una tacita de plata. Físicamente valía Quintina menos que su hermano, que se llevó toda la guapeza de la familia; era graciosa, mas no bella: bizcaba de un ojo, y la boca pecaba de grande y deslucida, aunque la adornase perfecta dentadura. Vivía el matrimonio Cabrera pacíficamente y con desahogo, pues, además del sueldo de inspector, disfrutaba Ildefonso las ganancias de un tráfico hasta cierto punto clandestino, que consistía en traer de Francia objetos para el culto y venderlos en Madrid a los curas de los pueblos vecinos y aun al clero de la corte. Todo ello era género barato, de cargazón, producto de la industria moderna, que no pierde ripio y sabe explotar la penuria de la Iglesia en los difíciles tiempos actuales. Cabrera tenía sus socios en Hendaya y entendíase con ellos, llevándoles telas, cornucopias, plata de ley, algún cuadro y otras antiguallas sustraídas a las fábricas de los templos de Castilla, un día opulentos y hoy pobrísimos. El toque de este comercio estaba, según indicaciones, maliciosas, en que al ir y venir pasaban las mercancías la frontera francas de derecho; pero esto no se ha comprobado. De ordinario, la quincalla eclesiástica que Cabrera introducía —objetos de latón dorado, todo falso, frágil, pobre y de mal gusto—era tan barata en los centros de producción y se vendía tan bien aquí, que soportaba sin dificultad el sobreprecio arancelario. En otras épocas, cuando empezaba este negocio, solía Quintina introducirse en la sacristía de cualquier parroquia con un bulto bajo el mantón, como quien va a pasar matute, y susurrar al oído del ecónomo:

—¿Quieren ustedes ver un cáliz que da la hora? Y se pasmarán los señores del precio. La mitad que el género. Meses...

Pero en breve la señora renunció al papel de chalana, y recibió en su casa a los clérigos de Madrid y pueblos inmediatos. Últimamente importaba Cabrera

enormes partidas de estampitas para premios o primera comunión, grandes cromos de los dos Sagrados Corazones, y, por fin, agrandando y extendiendo el negocio, trajo surtidos de imágenes vulgarísimas, los San José por gruesas, los Niños Jesús y las Dolorosas a granel y en variados tamaños, todo al estilo devoto francés, muy relamido y charolado, doraditas las telas a la bizantina, y las caras con chapas de rosicler, como si en el cielo se usara ponerse colorete. No sé si consistía en el trato familiar con las cosas santas o en una disposición de carácter el que Quintina fuera radicalmente escéptica. Lo cierto es que cumplía yendo a misa de Pascuas a Ramos y rezando un poco, por añeja rutina, al acostarse. Y nada de hociqueos con sacerdotes, como no fuera para encajarles el *artículo* o sonsacarles alguna casulla vieja de brocado, hecha un puro jirón.

Cadalsito iba de tiempo en tiempo a casa de la de Cabrera y se embelesaba contemplando las estampas. Cierto día vió un Padre Eterno, de luenga y blanca barba, en la mano un mundo azul, imagen que le impresionó mucho. ¿Se derivaba de esto el fenómeno extrañísimo de sus visiones? Nadie lo sabe; nadie quizá lo sabrá nunca. Pero, a lo mejor, prohibióle su abuela volver a la casa aquella repleta de santos, diciéndole: "Quintina es una picarona, que te nos quiere robar para venderte a los franceses." Cadalsito cogió miedo, y no volvió a aparecer por la calle de los Reyes.

Tampoco Villaamil tragaba a Ildefonso, que era atrozmente sincero en la emisión de sus opiniones, desconsiderado y a veces groserote. En otro tiempo iban a la misma tertulia de café; pero desde que Cabrera dijo que el planteamiento del *income tax* en España era un desatino, y que tal cosa no se le ocurría a nadie que tuviera sesos, Villaamil le tomó ojeriza. Se encontraban..., saludo al canto y hasta otra. Doña Pura reservaba para Cabrera motivos de odio más graves que aquel criterio despiadado sobre el *income tax*. En jamás de los jamases los había obsequiado aquel t o con billetes a mitad de precio para una excursioncita veraniega. Víctor hablaba perrerías de su cuñado, vengándose de los malos ratos que el otro le hacía pasar con exhortos, notificaciones y comparecencias. Para Víctor era de rúbrica que Cabrera burlaba el rigor de la Aduana en sus traídas de material eclesiástico y exportaciones de guiñapos artísticos. Y no sólo robaba al Estado, sino a la empresa, porque en los comienzos del negocio confiaba sus paquetes a los conductores, y después, cuando aquéllos se trocaron en voluminosas cajas y no quiso exponerse a un réspice de los jefes, facturaba, sí, pero aplicando a sus mercancías de lujo la tarifa de *envases de retorno* o maderas de construcción. En sus declaraciones de Aduanas había cosas muy chuscas.

—¿Cómo creen ustedes que declaró una caja llena de San Josés?—decía Víctor—. Pues la declaró *piedras de chispa*.

Como él hacía favores a los vistas, éstos le pasaban aquellos manifiestos incongruentes; y los incensarios de bronce, ¿qué eran?... *Ferretería ordinaria*. ¿Y los ternos de tela barata?... *Paraguas sin armar y corsés en bruto*.

XV

En los días subsiguientes, Pura saldó algunas cuentas de las que más la agobiaban; trajo a casa diversas prendas de ropa de las más indispensables, y en la mesa restableció el trato de los días felices. La *pudorosa Ofelia* se pasaba las horas muertas en la cocina, pues insensiblemente iba tomando afición al arte de Vatel, tan distinto, ¡María Santísima!, del de Rossini, y sentía verdadero goce espiritual en perfeccionarse en él, lanzándose a inventar o componer algún plato. Cuando había provisiones, o, si se quiere, asunto artístico, la inspiración se encendía en ella, y trabajaba con ahínco, entonando a media voz, por añeja costumbre y con afinación perfecta algún ternísimo fragmento, como el *moriamo insieme, ah!, sì, moriamo*...

Todas las noches que las *Mias* no iban a la ópera, la sala llenábase de gente. *Alguando*, la espléndida doña Pura obsequiaba a los actores con dulces y pastas, lo que hacía creer a la tertulia que Villaamil estaba ya colocado o al menos con un pie dentro de la oficina. La combinación, sin embargo, no acababa de salir, porque el ministro, harto de recomendaciones y compromisos, no se resolvía a darle la última mano. Creí-

cía, pues, en la familia la incertidumbre, y Villaamil hundíase más y más en su estudiado pesimismo, llegando al extremo de decir:

—Antes veremos salir el sol por Occidente que a mí entrar en la oficina.

Desde el segundo día de su llegada, Víctor no se recataba de nadie. Entraba y salía con libertad; pasaba a la sala a las horas de tertulia, pero sin echar raíces en ella, porque tal sociedad le era atrozmente antipática. Desarmada Pura por la generosidad de su hijo político, se compadeció de verle dormir en el duro sofá del comedor, y por fin convinieron las tres *Miaus* en ponerle en la habitación de Abelarda, previa la traslación de ésta a la de su tía Milagros, que era la de Luisito. La *pudorosa Ofelia* se fué a dormir a la alcoba de su hermana, en angostísimo catre. A don Ramón no le supieron bien estos arreglos, porque lo que él desearía era ver salir a su yerno a cajas destempladas. En la Dirección de Contribuciones, su amigo Pantoja le había dicho que Víctor pretendía el ascenso y que tenía un expediente cuya resolución podía serle funesta si algún padrino no arrimaba el hombro. Era cosa de la Administración de Consumos o irregularidades descubiertas en la cuenta corriente que Cadalso llevaba con los pueblos de la provincia. Parecía que en la relación de apremios no figuraban algunos pueblos de los más alcanzados, y se creía que Cadalso obraba en connivencia con los alcaldes morosos. También dijeron a Villaamil que el reparto de Consumos propuesto en el último semestre por Víctor estaba hecho de tal modo que *saltaba a la vista* el chanchullo, y que el jefe no había querido aprobarlo.

De estas cosas no habló Villaamil ni una palabra con su yerno. En la mesa, el primero estaba siempre taciturno, y Cadalso muy decidor, sin conseguir interesar vivamente en lo que decía a ninguno de la familia. Con Abelarda echaba largos parlamentos si por acaso se encontraban solos o en el acto interesante de acostar a Luis. Gustaba el padre de observar el desarrollo del niño y vigilar su endeble salud, y una de las cosas en que principalmente ponía cuidado era en que le abrigaran bien por las noches y en vestirle con decencia. Mandó que se le hiciera ropa, le compró una capita muy mona y traje completo azul, con medias del mismo color. Cadalsito, que era algo presumido, no podía menos de agradecer a su papá que le pusiera tan majo. Pero en lo tocante a ropa nueva, nada es comparable al lujo que desplegó en su persona el mismo Víctor al poco tiempo de llegar a Madrid. Cada día traía el sastre una prenda flamante, y no era ciertamente su sastre, como el de Villaamil, un *artista* de poco más o menos, casi de portal, sino de los más afamados de Madrid. ¡Y que no lucía poco la gallarda figura de Víctor con aquel vestir correcto y airoso, no exento de severidad, que es el punto y filo de la verdadera elegancia, sin cortes ni colores llamativos! Abelarda le observaba con disimulo, solapadamente, admirando y reconociendo en él al mismo hombre excepcional que algunos años antes le sorbió el seso a su desgraciada hermana, y sentía en su alma depósito inmenso de indulgencia hacia el joven tan vivamente denigrado por toda la familia. Aquel depósito parecía pequeño mientras no se veía de él sino la mal explorada superficie; pero luego, cavando, se veía que era inagotable, quizá infinito, como grande y riquísima cantera. Y ¡qué vetas purpúreas se encontraban en la masa; qué ráfagas brillantes; algo como venas henchidas de sangre o como el material de las piedras preciosas derretido y consolidado por los siglos en el seno de la tierra! La indulgencia se le subía del corazón al pensamiento en esta forma: "No, no puede ser tan malo como dicen. Es que no le comprenden, no le comprenden."

La idea de no ser comprendido la había expresado Víctor muchas veces, no sólo en aquella temporada, sino en otra más antigua, dos años antes, cuando pasó algunos meses con la familia. ¿Cómo habían de comprender las pobres cursis a un ser de esfera o casta superior a la de ellas por la figura, los modales, las ideas, las aspiraciones y hasta por los defectos? Abelarda retrocedía con la imaginación a los tiempos pasados, y estudiando sus sentimientos con respecto a Víctor, se reconocía poseedora de ellos aun en vida de la pobre Luisa. Cuando todos en la casa hablaban pestes de él, Abelarda consolaba a su hermana con especiosas defensas del pérfido o vol-

viendo por pasiva sus faltas. "No tiene Víctor la culpa de que todas las mujeres le quieran", solía decir.

Muerta su hermana, Abelarda siguió admirando en silencio al viudo. Cierto que había dado disgustos y jaquecas sin fin a la difunta; pero ello consistía en la fatalidad de su buena figura. Sin saber cómo, a veces por delicadeza, se veía cogido en lazos amorosos o en trampas que le tendían las pícaras mujeres. Pero tenía buen fondo; con la edad sentaría un poco la cabeza, y sólo necesitaba una mujer de corazón y de temple que le sujetase, combinando el cariño con la severidad. La desdichada Luisa no servía para el caso. ¿Cómo había de practicar este difícil régimen una mujer que por cualquier motivo fútil se echaba a llorar; una mujer que en cierta ocasión cayó con un síncope porque su marido, al entrar en casa, traía el lazo de la corbata hecho de manera muy distinta de como ella se lo hiciera al salir?

En los días de este relato costábale a la insignificante gran esfuerzo el disimular la turbación que su cuñado producía en ella al dirigirle la palabra. A veces, un gozo íntimo y bullicioso, con inflexiones de travesura, le retozaba en el corazón, como insectillo parásito que anidase en él y tuviera crías; a veces era una pena gravativa que la agobiaba. En toda ocasión, sus respuestas eran vacilantes, desentonadas, sin gracia ninguna.

—Pero ¿es de veras que te casas con ese pájaro frito de Ponce?—le dijo él una noche, cuando acostaba al pequeño—. Buena boda, hija. ¡Qué envidia te tendrán tus amigas! No a todas les cae esa breva.

—Déjame a mí..., tonto, mala persona.

Otra noche, demostrando vivo interés por la familia, Víctor le indicó:

—Mira, Abelarda, no esperes que coloquen a tu papá. La combinación está hecha, pero no se publica todavía. No va en ella. Me lo han dicho reservadamente. Ya comprenderás cuánto lo deploro. ¡El pobre señor, tan lleno de ilusiones!... Porque, aunque él diga que no espera nada, no hace otra cosa el infeliz. Cuando se desengañe recibirá un golpe tremendo. Pero no tengas cuidado; mi ascenso es seguro, tengo mejor arrimo que tu padre, y como he de quedarme en Madrid, no os abandonaré; ten por cierto que no. Os he dado muchos disgustos, y mi conciencia necesita descargarse. Por mucho que haga en beneficio vuestro, no acabaré de quitarme este peso.

"No, no es malo—pensaba Abelarda, reconcentrándose en sus cavilaciones—. Y todo eso que dice de que no cree en Dios es música, guasa, por divertirse conmigo y hacerme rabiar. Porque eso sí, echa por aquella boca cosas muy extrañas que no se le ocurren a nadie. No es malo, no; es travieso, y tiene mucho talento, pero mucho. Sólo que no le sabemos entender."

En lo de no ser entendido insistía Víctor siempre que le venía a pelo.

—Mira tú, Abelarda, esto que te digo no debiera parecerte a ti una barbaridad, porque tú me comprendes algo; tú no eres vulgo, o, al menos, no lo eres del todo, o vas dejando de serlo.

A solas se descorazonaba la pobre joven, achicándose con implacable modestia. "Sí, por más que él diga que no, vulgo soy, y ¡qué vulgo, Dios mío! De cara...; ¡pchs!, soy insignificante; de cuerpo, no digamos; y aunque algo valiera, ¿cómo había de lucir, mal vestida, con pingos aprovechados, compuestos y vueltos al revés? Luego soy ignorantísima; no sé nada, no hablo más que tonterías y vaciedades, no tengo salero ninguno. Soy una calabaza con boca, ojos y manos. ¡Qué pánfila soy, Dios mío, y qué sosaina! ¿Para qué nací así?"

XVI

Siempre que Víctor entraba en la casa mirábale Abelarda cual si llegase de regiones sociales muy superiores. En su andar lo mismo que en sus modales, en su ropa lo mismo que en su cabellera, traía Víctor algo que se despegaba de la pobre vivienda de las *Miaus*, algo que reñía con aquel hogar destartalado y pedestre. Y las entradas y salidas de Cadalso eran muy irregulares. A menudo comía de fonda con sus amigos; iba al teatro un día sí y otro también; y hasta se dió el caso de pasarse toda la noche fuera. No siempre estaba de buen talante; tenía rachas de tristeza, durante las cuales no se le sacaba palabra

en todo el día. Pero otros estaba muy parlanchín, y como sus suegros no le hacían maldito caso, despachábase con su hermana política. Los ratos de plática a solas no eran muchos; pero él sabía aprovecharlos, conociendo el dinamismo de su persona y de su conversación sobre el turbado espíritu de la insignificante.

Luisito andaba malucho, llegando su desazón al punto de guardar cama; doña Pura y Milagros fueron aquella noche al Real. Villaamil al café, en busca de noticias de la combinación, y Abelarda se quedó cuidando al chiquillo. Cuando menos lo pensaba llaman a la puerta. Era Víctor, que entró muy gozoso, tarareando un tango zarzuelero. Enteróse de la enfermedad de su hijo, que ya estaba durmiendo; le oyó respirar, reconoció que la fiebre, caso de haberla, era levísima, y después se puso a escribir cartas en la mesa del comedor. Su cuñada le vigilaba con disimulo; dos o tres veces pasó por detrás de él fingiendo tener que trastear algo en el aparador, y echando furtiva ojeada sobre lo que escribía. Carta de amores era, sin duda, por lo largo, por lo metido de la letra y por la febril facilidad con que Víctor plumeaba. Pero no pudo sorprender ni una frase ni una sílaba. Concluída la misiva, Cadalso trabó conversación con la joven, que salió a coser al comedor.

—Oye una cosa—le dijo, apoyando el codo en la mesa y la cara en la palma de la mano—. Hoy he visto a tu Ponce. ¿Sabes que he variado de opinión? Te conviene; es un buen muchacho, y será rico cuando se muera su tío el notario, de quien dice va a ser único heredero... Porque no hemos de atenernos al criterio del amigo Ruiz, según el cual no hay felicidad como estar a la cuarta pregunta... Si Federico tuviera razón, y yo me dejara llevar de mis sentimientos, te diría que Ponce no te conviene, que te convendría más otro; yo, por ejemplo...

Abelarda se puso pálida, desconcertándose de tal modo, que sus esfuerzos por reír no le dieron resultado alguno.

—¡Qué tonterías dices!... ¡Jesús, siempre has de estar de broma!

—Bien sabes tú que esto no lo es—poniéndose muy serio—. Hace dos años, una noche, cuando vivías en Chamberí, te dije: "Abelardilla, me gustas. Siento que el alma se me desmigaja cuando te veo..." ¿A que no te acuerdas? Tú me contestaste que... No sé cómo fué la contestación; pero venía a significar que si yo te quería, tú... también.

—¡Ay, qué embustero!... ¡Quita allá! Yo no dije tal cosa.

—Entonces, ¿lo soñé yo?... Comoquiera que sea, después te enamoraste locamente de esa preciosidad de Ponce.

—Yo..., enamorarme... Tú estás malo... Pues sí, pongamos que me enamoré. ¿Y a ti qué te importa?

—Me importa, porque en cuanto yo me enteré de que tenía un rival volví mi corazón hacia otra parte. Para que veas lo que es el destino de las personas: hace dos años estuvimos casi a punto de entendernos; hoy la desviación es un hecho. Yo me fuí, tú te fuiste, nosotros nos fuimos. Y al encontrarnos otra vez, ¿qué pasa? Yo estoy en una situación muy rara con respecto a ti. El corazón me dice: "Enamórala", y en el mismo momento sale, no sé de dónde, otra voz que me grita: "Mírala y no la toques."

—¿Qué me importa a mí nada de eso —ahogándose—, si yo no te quiero a ti ni pizca, ni te puedo querer?

—Lo sé, lo sé... No necesitas jurármelo. Hemos convenido en que no tiene el diablo por dónde desecharme. Me aborreces, como es lógico y natural. Pues mira tú lo que son las cosas. Cuando una persona me aborrece, a mí me dan ganas de quererla, y a ti te quiero, porque me da la gana, ya lo sabes, ¡ea!..., y ¡ole morena!, como dice tu papá.

—¡Qué cosas tienes!... ¡Ay, qué tonto!—proponiéndose estar seria y echándose a reír.

—No, si yo no te engaño, ni te engañaré nunca. Créasla o no la creas, allá va la verdad. Te quiero y no debo quererte, porque eres demasiado angelical para mí. No puedes ser mía sino por el matrimonio, y el matrimonio, esa máquina absurda que sólo funciona bien para las personas vulgares, no nos sirve en estos momentos. Bueno o malo, como tú quieras suponerme, tengo, aunque parezca inmodestia, una misión que cumplir; aspiro a algo peligroso y difícil, para lo cual necesito ante todo libertad: corro desalado hacia un fin, al cual no llegaría si no fuera solo. Acompañado, me quedaré a la mitad del camino.

Adelante, adelante siempre—con afectación teatral—. ¿Qué impulso me arrastra? La fatalidad, fuerza superior a mis deseos. Vale más estrellarse que retroceder. No puedo volver atrás ni llevarte conmigo. Temo envilecerte. Y si tuvieras la inmensa desgracia de ser mujer de este miserable...—cerrando los ojos y extendiendo la mano como para apartar una sombra—. No, rechacemos con energía semejante idea... Te quiero lo bastante para no traerte jamás a mi lado. Si algún día...—con sonsonete declamatorio—, si algún día me alucino y cometo la torpeza insigne de decirte que te amo, de pedirte tu amor, despréciame, no te dejes llevar de tu inmensa bondad; arrójame de ti como a un animal dañino, porque más te valiera morir que ser mía.

—Pero di, ¿te has propuesto marearme?—trémula y disimulando su turbación con la tentativa frustrada de enhebrar una aguja—. ¿Qué disparates son esos que me dices? Si yo no he de... hacerte caso... ¿A qué viene eso de que me mate o que me muera o que me lleven los demonios?

—Ya sé que no me quieres. Lo único que te pido, y te lo pido como un favor muy grande, es que no me aborrezcas, que me tengas compasión. Déjame a mí, que yo me entiendo solo, guardando con avaricia estas ideas para consolarme con ellas. En medio de mis desgracias, que tú no conoces, tengo un alivio, y es saber vivir en lo ideal y fortificar mi alma con ello. Tu destino es muy diferente al mío, Abelarda. Sigue tu senda, que yo voy por la mía, llevado de mi fiebre y de la rapidez adquirida. No contrariemos la fatalidad que todo lo rige. Quizá no volvamos a encontrarnos. Antes que nos separemos, te voy a dar un consejo: si Ponce no te es desagradable, cásate con él. Basta con que no te sea desagradable. Si no te gusta, si no encuentras otro que tenga los ojos menos húmedos, renuncia al matrimonio... Es el consejo de quien te quiere más de lo que tú piensas... Renuncia al mundo, entra en un convento, conságrate a un ideal y a la vida contemplativa. Yo no tengo la virtud de la resignación, y si no consigo llegar a donde pienso, si mi sueño se convierte en humo, me pegaré un tiro.

Lo dijo con tanta energía y tal acento de verdad, que Abelarda se lo creyó, más impresionada por aquel disparate que por los otros que acababa de oír.

—No harás tal. ¡Matarte! Eso sí que no me haría gracia...—cazando al vuelo una idea—. Pero ¡quia!, todo eso de la desesperación y el tirito es porque tienes por ahí algún amor desgraciado. Alguien habrá que te atormenta. Bien merecido lo tienes, y yo me alegro.

—Pues mira, hija—variando de registro—, lo has dicho en broma y quizá, quizá aciertes...

—¿Tienes novia?—fingiendo indiferencia.

—Novia, lo que se dice novia..., no.

—Vamos, algún amor.

—Llámalo fatalidad, martirio...

—Dale con la dichosa fatalidad... Di que estás enamorado.

—No sé qué responderte—afectando una confusión bonita y muy del caso—. Si te digo que sí, miento, y si te digo que no, miento también. Y habiéndote asegurado que te quiero a ti, ¿en qué juicio cabe la posibilidad de interesarme por otra? Todo ello se explicará distinguiendo entre un amor y otro amor. Hay un cariño santo, puro y tranquilo, que nace del corazón, que se apodera del alma y llega a ser el alma misma. No confundamos este sentimiento con las ebulliciones enfermizas de la imaginación, culto pagano de la belleza, anhelo de los sentidos, en el cual entra también por mucho la vanidad, fundada en la jerarquía de quien nos ama. ¿Qué tiene que ver esta desazón, accidente y pasatiempo de la vida, con aquella ternura inefable que inspira al alma deseo de fundirse con otra alma, y a la voluntad el ansia del sacrificio?...

No siguió, porque con sutil instinto comprendía que la excesiva sutileza le llevaba a la ridiculez. Para la pobre Abelarda, estos conceptos ardorosos, pronunciados con cierta mímica elegante por aquel hombre guapísimo, que, al decirlos, ponía en sus ojos negros expresión tan dulce y patética, eran lo más elocuente que había oído en su vida, y el alma se le desgarraba al escucharlos. Comprendiendo el efecto, Víctor buscaba en su mente discursiva nuevos arbitrios para seguir sorbiendo el seso a la cuitada joven. Allí le soltó algunas frases más paradójicas y acaloradas, en contradicción con las anteriores; pero Abelarda no se

fijaba en lo contradictorio. La honda impresión de los últimos conceptos borraba en su mente la de los primeros, y se dejaba arrastrar por aquel torbellino, entre un hervidero de sentimientos encontrados, curiosidad, amor, celos, gozo y rabia. Víctor doraba sus mentiras con metáforas y antítesis de un romanticismo pesimista que está ya mandado recoger. Mas para la señorita Villaamil, la quincalla deslucida y sin valor era oro de ley, pues su escasa instrucción no le permitía aquilatar los textos olvidados de que Víctor tomaba aquella monserga de la fatalidad. El volvió a la carga, diciéndole en tono un tanto lúgubre:

—No puedo seguir hablando de esto. Lo que no debe ser no es. Comprendo que convendría más entregarme a ti...; quizá me salvarías. Pero no, no me quiero salvar. Debo perderme, y llevarme conmigo este sentimiento que no merecí, este rayo celestial que guardo con susto, como si lo hubiera robado... En mí tienes un trasunto del Prometeo de la fábula. He arrebatado el fuego celeste, y en castigo de esto, un buitre me roe las entrañas.

Abelarda, que no sabía nada de Prometeo, se asustó con aquello del buitre, y el otro, satisfecho de su triunfo, prosiguió así:

—Soy un condenado, un réprobo... No puedo pedirte que me salves, porque la fatalidad lo impediría. Por tanto, si ves que me llego a ti y te digo que te quiero, no me creas...; es mentira, es un lazo infame que te tiendo; despréciame, arrójame de tu lado; no merezco tu cariño, ni tu compasión siquiera...

La insignificante, con inmensa pena y desaprobación de sí misma, pensó: "Soy tan pava y tan vulgar, que no se me ocurre nada que responder a estas cosas tan remontadas y tan sentidas que me está diciendo." Dió un gran suspiro y le miró con vivos deseos de echarle los brazos al cuello exclamando: "Te quiero yo a ti más de lo que tú puedes suponer. Pero no hagas caso de mí; no merezco nada ni valgo lo que tú. Quiero gozarme en la amargura de quererte sin esperanza."

Víctor, sosteniéndose la cabeza con ambas manos, espaciaba sus distraídos ojos por el hule de la mesa, ceñudo y suspirón, haciéndose el romántico, el no comprendido, algo de ese tipo de Manfredo adaptado a la personalidad de mancebos de botica y oficiales de la clase de quintos. Después la miró con extraordinaria dulzura, y tocándole el brazo, le dijo:

—¡Ah, cuánto te hago sufrir con estas horribles misantropías, que no pueden interesarte! Perdóname; te ruego que me perdones. No estoy tranquilo si no dices que sí. Eres un ángel; no soy digno de ti, lo reconozco. Ni siquiera aspiro a merecerte; sería insensato atrevimiento. Sólo pretendo por ahora que me comprendas... ¿Me comprenderás?

Abelarda llegaba ya al límite de sus esfuerzos por disimular el ansia y la turbación. Pero su dignidad podía mucho. No quería entregar el secreto de su alma sin defenderlo hasta morir; y al cabo, con supremo heroísmo, soltó una risa que más bien parecía la hilaridad espasmódica que precede a un ataque de nervios, diciendo a Cadalso:

—Vaya si te comprendo... Te haces el pillo, te haces el malo..., sin serlo, para engañarme. Pero a mí no me la pegas... Tonto de capirote..., yo sé más que tú. Te he calado. ¿Qué manía de que te aborrezcan, si no lo has de conseguir?...

XVII

Luisito empeoró. Tratábase de un catarro gástrico, achaque propio de la infancia, y que no tendría consecuencias, atendido a tiempo. Víctor, intranquilo, trajo al médico, y aunque su vigilancia no era necesaria, porque las tres *Miaus* cuidaban con mucho cariño al enfermito, y hasta se privaron durante varias noches de ir a la ópera, no cesaba de recomendar la esmerada asistencia, observando a todas horas a su hijo, arropándole para que no se enfriara y tomándole el pulso. A fin de entretenerle y alegrar su ánimo, cosa muy necesaria en las enfermedades de los niños, le llevó algunos juguetes, y su tía Quintina también acudió con las manos llenas de cromos y estampas de santos, el entretenimiento favorito de Luis. Debajo de las almohadas llegó a reunir un sinnúmero de baratijas y embelecos, que sacaba a ciertas horas para pasarles revista. En aquellas noches de fiebre y de mal dormir, Cadalsito se había imaginado estar

en el pórtico de las Alarconas o en el sillar de la explanada del Conde-Duque; pero no veía a Dios, o, mejor dicho, sólo le veía a medias. Presentábasele el cuerpo, el ropaje flotante y de incomparable blancura: a veces distinguía confusamente las manos, pero la cara no. ¿Por qué no se dejaba ver la cara? Cadalsito llegó a sentir gran aflicción, sospechando que el Señor estaba enfadado con él. ¿Y por qué causa? En una de las estampitas que su padre le había traído estaba Dios representado en el acto de fabricar el mundo. ¡Cosa más fácil!... Levantaba un dedo, y salían el cielo, el mar, las montañas... Volvía a levantar el dedo, y salían los leones, los cocodrilos, las culebras enroscadas y el ligero ratón... Pero la lámina aquella no satisfacía al chicuelo. Cierto que el Señor estaba muy bien pintado; pero no era, no, tan guapo y respetuoso como su amigo.

Una mañana, hallándose ya Luis limpio de calentura, entró su abuelo a visitarle. Parecióle al chico que Villaamil sufría en silencio una gran pena. Ya, antes de llegar el viejo, había oído Luis un runrún entre las *Miaus*, que le pareció de mal agüero. Se susurraba que no había sitio en la combinación. ¿Cómo se sabía? Cadalsito recordaba que por la mañana temprano, en el momento de despertar, había oído a doña Pura diciendo a su hermana:

—Nada por ahora... Valiente mico nos han dado. Y no hay duda; me lo ha dicho Víctor, que lo averiguó anoche en el Ministerio.

Estas palabras, impresas en la mente del chiquillo, las relacionó luego con la cara de ajusticiado del abuelo cuando entró a verle. Luis, como niño, asociaba las ideas imperfectamente, pero las asociaba poniendo siempre entre ellas afinidades extrañas sugeridas por su inocencia. Si no hubiera conocido a su abuelo como le conocía, le habría tenido miedo en aquella ocasión, porque en verdad su cara era cual la de los ogros que se zampan a las criaturas... "No le colocan", pensó Luisito, y al decirlo juntaba otras dos ideas en su mente, aún turbada por la mal extinguida calentura. La dialéctica infantil es a veces de una precisión aterradora, y lo prueba este razonamiento de Cadalsito: "Pues si no le quiere colocar, no sé por qué se enfada Dios conmigo y no me enseña la cara. Más bien debiera yo estar enfadado con El."

Villaamil se puso a dar paseos por la habitación, con las manos en los bolsillos. Nadie se atrevía a hablarle. Luis sintió entonces congojosa pena que le abatía el ánimo. "No le colocan—pensaba—porque yo no estudio, ¡contro!, porque no me sé las condenadas lecciones." Pero al punto la dialéctica infantil resurgió para acudir a la defensa del amor propio: "Pero ¿cómo he de estudiar si estoy malo?... Que me ponga bueno El y verá si estudio."

Entró Víctor, que venía de la calle, y lo primero que hizo fué darle un abrazo a Villaamil, cortando sus pasos de fiera enjaulada. Doña Pura y Abelarda hallábanse presentes.

—No hay que abatirse ante la desgracia—dijo Víctor al hacer la demostración afectuosa, que Villaamil, por más señas, recibió de malísimo temple—. Los hombres de corazón, los hombres de fibra, tienen en sí mismos la fuerza necesaria para hacer frente a la adversidad... El ministro ha faltado una vez más a su palabra, y han faltado también cuantos prometieron apoyarle a usted. Que Dios los perdone, y que sus conciencias negras los acusen con martirio horrible del mal que han hecho.

—Déjame, déjame—replicó Villaamil, que estaba como si le fueran a dar garrote.

—Bien sé que el varón fuerte no necesita consuelos de un hombre vulgar como yo. ¿Qué ha sucedido aquí? Lo natural, lo lógico en estas sociedades corrompidas por el favoritismo. ¿Qué ha pasado? Que al padre de familia, al hombre probo, al funcionario de mérito, envejecido en la Administración, al servidor leal del Estado, que podría enseñar al ministro la manera de salvar la Hacienda, se le posterga, se le desatiende y se le barre de las oficinas como si fuera polvo. Otra cosa me sorprendería; esto no. Pero hay más. Mientras se comete tal injusticia, los osados, los ineptos, los que no tienen conciencia ni título alguno, apandan la plaza, en premio de su inutilidad. Contra esto no queda más recurso que retirarse al santuario de la conciencia y decir: "Bien. Me basta mi propia aprobación."

Víctor, al expresarse con tanta filoso-

fía, miraba a doña Pura y a Abelarda, que estaban muy conmovidas y a dos dedos de llorar. Villaamil no decía palabra, y con la cara lívida y la mandíbula temblorosa, había vuelto a sus paseos.

—Nada me sorprende—añadió Víctor, desbordándose en sacrosanta indignación—. Esto está tan podrido que va a resultar la cosa más chocante del mundo: mientras a este hombre, que debiera ser director general, lo menos, se le desatiende y se le manda a paseo; yo, que ni valgo nada, ni soy nada y tengo tan cortos servicios; yo..., créanlo ustedes, yo, cuando esté más descuidado, me encontraré con el ascenso que he pedido. Así es el mundo, así es España y así nos vamos educando todos en el desprecio al Estado, y atizando en nuestra alma el rescoldo de las revoluciones. Al que merece, desengaños; al que no, confites. Esta es la lógica española. Todo al revés; *el país de los viceversas*... Y yo, que estoy tranquilo, que no me apuro, que no tengo tampoco necesidades, que desprecio la credencial y a quien me la ofrece, seré colocado, mientras el padre de familia, cargado de obligaciones, el que por su respetabilidad, por sus servicios, se hacía tan fundadamente la ilusión de que...

—Yo no me hacía ilusiones, ni ése es el camino—dijo bruscamente y con arrebato de ira don Ramón, elevando las manos hasta muy cerca del techo—. Yo no tuve nunca esperanzas..., yo no creí que me colocasen, ni lo volveré a creer jamás. ¡Vaya, que es tema el de esta gente! Si yo no esperé nada... ¿Cómo se ha de decir? De veras parece que entre todos os proponéis freírme la sangre.

—Hijo, cualquiera diría que es un crimen tener esperanzas—observó doña Pura—. Pues las tengo, y ahora más que nunca. Habrá otra combinación. Te lo han prometido, y a la fuerza te lo han de cumplir.

—¡Claro!—dijo Víctor, contemplando a Villaamil con filial interés—. Y, sobre todo, no conviene apurarse. Venga lo que viniere: puesto que todo es injusticia y sinrazón, si [illegible] me ascienden, [illegible] mi suerte compensará la [illegible] de la familia [illegible] soy deudor a la familia de grandes favores. Por [illegible] que hace no los podré pagar. [illegible] sido malo: pero ahora me da, no diré que por ser bueno, pues lo veo difícil pero sí porque se vayan olvidando mis errores... La familia no carecerá de nada mientras yo tenga un pedazo de pan.

Agobiado por sentimientos de humillación, que caían sobre su alma como un techo que se desploma, Villaamil dió un resoplido y salió del cuarto. Siguióle su mujer, y Abelarda, dominada por impresiones muy distintas de las de su padre, se volvió hacia la cama de Luis, fingiendo arroparle, para esconder su emoción, mientras discurría: "No; lo que es de malo no tiene nada. No lo creeré, dígalo quien lo diga."

—Abelarda—insinuó él melosamente, después de un rato de estar solos con el pequeño—, yo bien sé que a ti no necesito repetirte lo que he manifestado a tus padres. Tú me conoces algo, me comprendes algo; tú sabes que mientras yo tenga un mendrugo de pan, vosotros no habéis de carecer de sustento; pero a tus padres he de decírselo, y aun probárselo, para que lo crean. Tienen muy triste idea de mí. Verdad que no se pierde en dos días una mala reputación. ¿Y cómo no había de brindar a ustedes ayuda, a no ser un monstruo? Si no lo hiciera por los mayores, tendría que hacerlo por mi hijo, criado en esta casa; por este ángel, que más os quiere a vosotros que a mí..., y con muchísima razón.

Abelarda acariciaba a Luis, tratando de ocultar las lágrimas que se le agolpaban a los ojos, y el pequeñuelo, viéndose tan besuqueado y oyendo aquellas cosas que papá decía y que le sonaban a sermón o parrafada de libro religioso, se enterneció tanto, que rompió a llorar como una Magdalena. Ambos se esforzaron en distraer su espíritu, riendo, diciéndole chuscadas festivas e inventando cuentos.

Por la tarde, el muchacho pidió sus libros, lo que admiró a todos, pues no comprendían que quien tan poco estudiaba estando bueno, quisiese hacerlo hallándose encamado. Tanto se impacientó él, que le dieron la Gramática y la Aritmética, y las hojeaba, cavilando así: "Ahora no, porque se me va la vista; pero en cuanto yo pueda, ¡contro!, me lo aprendo enterito..., y veremos entonces..., ¡veremos!"

XVIII

La mísera Abelarda andaba tan desmejoradilla, que su madre y su tía la creyeron enferma y hablaron de llamar al médico. No obstante, continuaba haciendo la vida ordinaria, trabajando, durante muchas horas del día, en transformaciones y arreglos de vestidos. Usaba un maniquí de mimbres, trashumante del gabinete al comedor, y que al anochecer parecía una persona, la cuarta *Miau*, o el espectro de alguno de la familia que venía del otro mundo a visitar a su progenie. Sobre aquel molde probaba la insignificante sus cortes y hechuras, que eran bastante graciosas. A la sazón traía entre manos un vestido con retazos de cachemir que prestaron ya dos servicios y había sido vuelto del revés y lo de arriba abajo. Se les añadía, para combinar, una telucha de a peseta. Semejantes componendas eran familiares a Pura, y si una tela no podía lavarse ni volverse, la mandaba al tinte. y... como acabada de estrenar. Con tal sistema, hubo vestido que salió por veinticuatro reales. Pero en lo que Abelarda lucía sorprendentes facultades era en la metamorfosis de sombreros. La capota de doña Pura había pasado por una serie de vidas diferentes, que al modo de encarnaciones la hacían siempre nueva y siempre vieja. Para invierno forrábanla de terciopelo, y para verano, la cubrían con el encaje de una *visita* desechada; las flores o prendidos eran regalo de las vecinas del principal. La martirizada armadura del sombrero de Abelarda había tomado ya, durante la época de la cesantía, formas y estilos diferentes, según las pragmáticas de la moda, y con este exquisito arte de disimular la indigencia, salían las Villaamil a la calle hechas unos brazos de mar.

Las noches que no iban las *Miaus* a rendir culto a Euterpe, tenía que aguantar Abelarda, por dos o tres horas, la jaqueca de Ponce, o bien ensayaba su papel en la pieza. Mucho disgustaba a doña Pura tener que dar función dramática habiendo fracasado las esperanzas de próxima colocación; pero como estaba anunciada a son de trompeta, distribuídos los papeles y tan adelantados los ensayos, no había más remedio que sacrificarse en aras de la tiránica sociedad. De propósito había escogido Abelarda un papel incoloro: el de criada, que al alzarse el telón salía plumero en mano, lamentándose de que sus amos no le pagaban el salario, y revelando al público que la casa en que servía era la más tronada de Madrid. La pieza pertenecía al género predilecto de los ingenios de esta corte, y se reducía a presentar una familia cursi, con menos dinero que vanidad; una señora hombruna que trataba a zarpazos a su marido, un noviazgo, un enredo fundado en equivocaciones de nombres, con gran mareo de entradas y salidas, hasta que, cuando aquello parecía una casa de orates, salía el padre memo diciendo: *Ahora lo comprendo todo*, y se acababa el entremés con boda y una décima pidiendo al público aplausos. Ponce hacía el papel de padre tonto, y el de un pollo calavera y achulado, que era autor del lío y la sal y pimienta de la pieza, tocó a un tal Cuevas, hijo del vecino del principal, don Isidoro Cuevas, viudo con mucha familia, empleado en la Alcaidía de la vecina cárcel de mujeres, y comúnmente llamado en la vecindad *el señor de la Galera*. El Cuevas hijo era chistoso, de buena sombra; contaba cuentos de borrachos con tal gracia que era morirse de risa; imitaba el lenguaje chulo, se cantaba flamenco por todo lo alto, amén de otras muchas habilidades, por las cuales se lo rifaban en las tertulias del jaez de las de Villaamil. El papel de señorita de la casa corría a cargo de la chica de Pantoja (don Buenaventura Pantoja, empleado en el Ministerio de Hacienda, amigo íntimo de Villaamil), y el de mamá impertinente, ordinaria, lenguaraz, sargentona, papel del tipo Valverde, correspondió a una de las chicas de Cuevas (eran cuatro y se ayudaban con la modistería de sombreros, por cierto muy bien). Otros papeles, un lacayo, un viejo prestamista, un marqués tronado y de filfa, que resultaba ser *lipendi* de marca mayor, fueron repartidos entre diferentes chicos de la tertulia. El cojo Guillén se avino a ser apuntador. Federico Ruiz oficiaba de director de escena, y habría deseado que tal función tuviera carteles en las esquinas, para poner en ellos con letras muy gordas: *bajo la dirección del reputado publicista*, etc., etc.

Poseía Abelarda memoria felicísima, y se aprendió el papel muy pronto. Asis-

tía a los ensayos como un autómata, prestándose dócilmente a la vida de aquel mundo, para ella secundario y artificial; como si su casa, su familia, su tertulia, Ponce, fuesen la verdadera comedia, de fáciles y rutinarios papeles... y permaneciese libre el espíritu, empapado en su vida interior, verdadera y real, en el drama exclusivamente suyo, palpitante de interés, que no tenía más que un actor, ella, y un solo espectador, Dios.

Monólogo desordenado y sin fin. Una mañana, mientras la joven se peinaba, el espectador habría podido oír lo siguiente: "¡Qué fea soy, Dios mío; qué poco valgo! Más que fea, sosa, insignificante; no tengo ni un grano de sal. ¡Si al menos tuviera talento! Pero ni eso... ¿Cómo me ha de querer a mí, habiendo en el mundo tanta mujer hermosa y siendo él un hombre de mérito superior, de porvenir, elegante, guapo y con muchísimo entendimiento, digan lo que quieran?...—pausa—. Anoche me contó Bibiana Cuevas que en el paraíso del Real nos han puesto un mote: nos llaman las de *Miau* o las *Miaus,* porque dicen que parecemos tres gatitos, sí, gatitos de porcelana, de esos con que se adornan ahora las rinconeras. Y Bibiana creía que yo me iba a incomodar por el apodo. ¡Qué tonta es! Ya no me incomodo por nada. ¿Parecemos gatos? ¿Sí? Mejor. ¿Somos la risa de la gente? Mejor que mejor. ¿Qué me importa a mí? Somos unas pobres cursis. Las cursis nacen, y no hay fuerza humana que les quite el sello. Nací de esta manera, y así moriré. Seré mujer de otro cursi y tendré hijos cursis, a quienes el mundo llamará los *michitos*...—pausa—. ¿Y cuándo colocarán a papá? Si lo miro bien, no me importa; lo mismo da. Con destino y sin destino, siempre estamos igual. Poco más o menos, mi casa ha estado toda la vida como está ahora. Mamá no tiene gobierno; ni lo tiene mi tía, ni lo tengo yo. Si colocan a papá, me alegraré por él, para que tenga en qué ocuparse y se distraiga; pero por la cuestión de bienestar, me figuro que nunca saldremos de ahogos, farsas y pingajos... ¡Pobres *Miaus!* Es gracioso el nombre. Mamá se pondrá furiosa si lo sabe; yo, no; ya no tengo amor propio. Se acabó todo, como el dinero de la familia..., si es que la familia ha tenido dinero alguna vez. Le voy a decir a Ponce esto de las *Miaus,* a ver si lo toma a risa o por la tremenda. Quiero que se encrespe un día para encresparme yo también. Francamente, me gustaría pegarle o algo así... —pausa—. ¡Vaya que soy desaborida y sin gracia! Mi hermana Luisa valía más; aunque, la verdad, tampoco era cosa del otro jueves. Mis ojos no expresan nada; cuanto más, expresan que estoy triste, pero sin decir por qué. Parece mentira que detrás de estas pupilas haya... lo que hay. Parece mentira que este entrecejo y esta frente angosta oculten lo que ocultan. ¡Qué difícil para mí figurarme cómo es el cielo; no acierto, no veo nada! ¡Y qué fácil imaginarme el infierno! Me lo represento como si hubiera estado en él... Y tienen razón; el parecido con la cara de un gato salta a la vista... La boca es lo peor; esta boca de esquina que tenemos las tres... Sí; pero la de mamá es la más característica. La mía, tal cual; y cuando me río, no resulta maleja. Una idea se me ocurre: si yo me pintara, ¿valdría un poco más? ¡Ah! No. Víctor se reiría de mí. El podrá desdeñarme, pero no me considera mujer ridícula y antipática. ¡Jesús! ¿Seré antipática? Esta idea sí que no la puedo sufrir. ¡Antipática, no, Dios mío! Si me convenciera de que soy antipática, me mataría...—pausa—. Anoche entró y se metió en su cuarto sin decir oxte ni moste. Más vale así. Cuando me habla me estruja el corazón. Porque me quisiera, sería yo capaz de cometer un crimen ¿Qué crimen? Cualquiera..., todos. Pero no me querrá nunca, y me quedaré con mi crimen en proyecto y desgraciada para siempre."

—Hija—indicó doña Pura, sacándola impensadamente de su abstracción—, cuando venga Ponce le dices que le matamos si no nos trae los billetes para el beneficio de la Pellegrini. Si no los tiene, que los busque. Ella ha de dar billetes a los periódicos y a toda la dignísima alabarda. Créelo; si Ponce va a pedírselos, ella es muy fina y no se los negará. Nos enojaremos de veras si no los trae.

—Los traerá—dijo Abelarda, que había acabado de edificar su moño—. Como no los traiga, no le vuelvo a dirigir la palabra.

Ponce entraba allí como Pedro por su casa, dirigiéndose al comedor, donde comúnmente encontraba a su novia. Lle-

gó aquella tarde a eso de las cuatro, y pasó, atusándose el pelo, después de haber colgado la capa y hongo en la percha del recibimiento. Era un joven raquítico y linfático, de esos que tienen novia como podrían tener un paraguas, con ribetes de escritor, crítico gratuito, siempre atareado, quejoso de que no le leía nadie—aquí no se lee—, abogadillo, buen muchacho, orejas grandes, lentes sin cordón, bizcando un poco los ojos, mucha rodillera en los pantalones, poca sal en la mollera, y en el bolsillo obra de seis reales, cuando más. Gozaba un destinillo en el Gobierno de la provincia de seis mil, y estaba hipando por los ocho que le habían prometido desde el año anterior..., que hoy, que mañana. Cuando los tuviera, boda al canto. Estas esperanzas no habrían bastado a que los Villaamil aceptasen su candidatura a yerno; pero tenía un tío rico, notario, sin hijos, enfermo de cáncer, y como se había de morir antes de un año, quizá de un mes, y Ponce era su heredero, la familia *Miau* vió en el aspirante una chiripa. El desgraciado tío, según los cálculos de Pantoja, que era su amigo y testamentario, dejaría dos casas, algunos miles y la notaría...

Lo mismo fué entrar Ponce en el comedor que soltarle Abelarda esta indirecta:

—Si no trae usted las entradas para el beneficio de la Pellegrini, no vuelve usted a poner los pies aquí.

—Calma, hija, calma; déjame sentar, tomar aliento... He venido a escape. Me pasan cosas muy gordas, pero muy gordas.

—¿Qué le pasa a usted, hombre de Dios?—preguntó doña Pura, que acostumbraba reprenderle como a un hijo—. Siempre viene con apuros, y total, nada.

—Oigame usted, doña Pura, y tú, Abelarda, óyeme también. Mi tío está muy malo, pero muy malo.

—¡Ave María Purísima!—exclamó doña Pura, sintiendo que le daba un vuelco el corazón.

Y brincando como un cervatillo, fué a la cocina a dar la noticia a su hermana.

—Está expirando.

—¿Quién?

—El tío, mujer el tío...; ¿no te enteras?... Pero dígame usted, Ponce—volviendo al comedor con rapidez gatuna—, ¿va de veras?... Estará usted muy contento, muy... triste, quiero decir.

—Se harán ustedes cargo de que no puedo ir al teatro, ni visitar a la Pellegrini. Como ustedes conocen... Muy malo, muy malito... Dicen los médicos que no dura dos días...

—¡Pobre señor!... ¿Y qué hace usted que no se planta en casa del difunto...; digo, del enfermo?

—De allí vengo... Esta noche, a las siete, le llevaremos el Viático.

Corrió doña Pura al despacho, donde estaba Villaamil.

—El Viático..., ¿no te enteras?

—¿Qué?... ¿Quién?

—El tío, hombre, el tío de Ponce, que está dando las boqueadas...—deslizándose otra vez hacia el comedor—. Amigo Ponce, ¿quiere usted tomar una copita de vino con bizcochos? Estará usted muy afectado... Y no hay que pensar en teatros... ¡No faltaba más! Nosotras tampoco iremos. Ya ve usted, el luto..., guardaremos luto riguroso... ¿De veras no quiere usted una copita de vino con bizcochos?... ¡Ah! ¡Qué cabeza!... ¡Si se ha acabado el vino!... Pero lo traeremos... Con formalidad: ¿no quiere usted?

—Gracias; ya sabe usted que el vino se me sube a la cabeza.

Abelarda y Ponce pegaron la hebra, sin más testigo que Luis, que andaba enredando en el comedor, y a veces se paraba ante los novios, mirándolos con estupor infantil. Hablaban a media voz... ¿Qué dirían? Las trivialidades de siempre. Abelarda hacía su papel con aquella indolente pasividad que demostraba en los lances comunes de la vida. Era ya rutina en ella charlotear con aquel tonto, decirle que le quería, anticipar alguna idea sobre la boda. Había contraído el hábito de responder afirmativamente a las preguntas de Ponce, siempre comedidas y correctas. El albedrío no tomaba parte alguna en semejantes confidencias; la mujer exterior y visible realizaba una serie de actos inconscientes, a manera de sonámbula, quedando desligada la mujer interna para obrar conforme a sentimientos más humanos. Antes de la aparición súbita de Víctor en la casa, Abelarda consideraba a Ponce como un recurso y apoyo probable en las vicisitudes de la suerte. Se casaría con él por colocarse, por tener

posición y nombre y salir de aquella estrechez insoportable de su hogar. Desde que vino el *otro* dejábase llevar de estas mismas ideas, pero como el patinador, que, una vez lanzado, sigue y sigue girando y resbalando sin caer sobre el hielo. No se le ocurría a la joven desdecirse ni renegar del matrimonio con Ponce; porque tener aquel marido equivalía a tener un abanico, un imperdible u otro objeto cualquiera de los más usuales, a la vez que indiferentes. El pegajoso crítico se creyó obligado a mostrarse aquel día más tierno que los demás, atreviéndose a fijar el de las condiciones, y a proponer, desmintiendo su timidez, algunos particulares de su futura existencia matrimonial. Oíale la insignificante como quien oye llover, y en virtud de la velocidad adquirida, se mostraba conforme con semejantes proyectos y los apoyaba con palabras glaciales y descoloridas, a la manera de quien repite paternósters y avemarías de un rosario rezado a bostezos sin devoción alguna.

Sonó la campanilla y Abelarda se sobresaltó por dentro, sin perder su continente frío. Le conocía en el modo de llamar, conocía su taconeo al subir la escalera, y si desde la puerta de la casa hasta el comedor pronunciaba alguna frase, hablando con doña Pura o con Villaamil, discernía por la inflexión lejana del acento si llegaba bien o malhumorado. Doña Pura, al abrir a Víctor, le embocó la noticia de la inminente muerte del tío de Ponce. Incapaz de contenerse la buena señora, se espontaneó hasta con el *maestro de baile* (vulgo aguador). Víctor entró sonriendo, y por inadvertencia o malicia, hubo de dar la enhorabuena a Ponce, el cual se quedó turulato.

XIX

—¡Ah! No... dispense usted. Me confundí... Es que a mi señora suegra le bailaban los ojos cuando me lo dijo. Efectos del cariño que le tiene a usted, ínclito Ponce. El cariño ciega a las personas... Usted es ya de casa; le queremos mucho, y como no tenemos el gusto de conocer, ni aun de vista, a su señor tío...

Acarició a Luis sobándole la cara y repujándole los carrillos para besárselos, y después le mostró el regalo que le traía. Era un álbum para sellos, prometido el día que el niño tomó la purga, y además del álbum, una porción de sellos de diferentes colores, algunos extranjeros, españoles los más, para que se entretuviera pegándolos en las hojas correspondientes. Lo que agradeció Cadalsito este obsequio no puede ponderarse. Estaba en la edad en que empieza a desarrollarse el sentido de la clasificación y en que relacionamos los juguetes con los conocimientos serios de la vida. Víctor le explicó la distribución de las hojas del álbum, enseñándole a reconocer la nacionalidad de los sellos.

—Mira, esta tía frescachona es la República francesa. Esta señora con corona y *bandós* es la reina de Inglaterra, y esta águila con dos cabezas, Alemania. Los vas poniendo en su sitio, y ahora lo que has de hacer es reunir muchos para llenar los huecos todos.

El pequeñuelo estaba encantado; sólo sentía que la cantidad de sellos no fuera suficiente a inundar la mesa. Pronto se enteró del procedimiento, y en su interior hizo voto de conservar el álbum y de cuidarlo mientras le durase la vida.

Víctor, entre tanto, metió cucharada en la conversación hocicante que se traían Abelarda y Ponce. Casi estaban morro con morro, tejiendo un secreto, una conspiración de soserías, para él amorosas y para ella indiferentes y cansadas. Víctor encajó la cuchara entre boca y boca, diciéndoles:

—Amiguitos, los gorros a quien los tolere; yo protesto. Y ¿no podrían aguardar a la luna de miel para hacer los tortolitos? Francamente, eso es insultar a la desgracia. La felicidad debe disimularse ante los desdichados, como la riqueza ante el pobre. La caridad lo manda así.

—Pero a ti ¿qué te importa que nosotros nos queramos o dejemos de querernos—dijo Abelarda—, ni que nos casemos o dejemos de casarnos? Seremos felices, o no, según nos dé la gana. Eso, acá nosotros. Tú nada tienes que ver.

—Don Víctor—indicó Ponce con su habitual insipidez—, si está usted envidioso, con su pan se lo coma.

—¿Envidioso? No negaré que lo estoy. Mentiría si otra cosa dijese.

—Pues rabia, pues rabia.

—Papá, papá—chilló Luisito, empeña-

do en que Víctor volviera la cabeza hacia donde él estaba, y poniéndole la mano en la cara para obligarle a que le mirase—. ¿De qué parte es este que tiene un señor con bigotes muy largos?

—Pero ¿no lo ves, hijo? Es de Italia... Pues sí, que estoy envidioso. Esta me dice que rabie, y no tengo inconveniente en rabiar y aun en morder. Porque cuando veo dos que se quieren bien, dos que resuelven el problema del amor y allanan todas las dificultades, y caminito, caminito de la dicha, llegan hasta el matrimonio, me muero de envidia. Para mí, créanlo o no lo crean, ustedes han resuelto el problema. Yo miro en esta parejita lo que nunca podré alcanzar. Ustedes no tienen ambición, ustedes se contentan con una vida pacífica y modesta, estimándose y queriéndose sin fiebre ni locuras de ésas... Ustedes no tendrán mucho *parné,* pero no carecerán del puchero; ustedes, sin ser santos, reunen bastante virtud para recrearse el uno en el otro... ¿Qué más se puede desear?... ¡Ah! Inclito Ponce, usted lo ha sabido entender; ha sabido elegir..., y ella también; esta pícara, que parece que no rompe un plato, ha metido la mano en el cesto y ha sacado la fruta mejor. Yo me felicito, ¿pues no me he de felicitar? Pero eso no quita que tenga mi *pelusa,* como cualquier hijo de vecino, porque me contemplo en situación tan distinta, ¡ay!, tan distinta... Daría todo cuanto tengo, cuanto espero, por una cosa. ¿A que no lo adivinan?

Con repentina intuición, Abelarda le vió venir, y temblaba.

—Pues yo daría todo por ser el ínclito Ponce. Créanlo ustedes o no lo crean, ésta es la verdad. ¿Quiere usted cambiarse, Ponce amigo?

—Francamente, si en el cambio me quedo con la dama, no hay inconveniente ninguno.

—¡Oh! Eso no, porque cabalmente ahí está la tostada. Yo daría sangre de las venas por echar mi anzuelo en el mar de la vida con el cebo de una declaración amorosa y pescar una Abelarda. Es una ambición que me curaría de las demás.

—Papá, papá—tirándole de la nariz para que volviera la cara hacia él—. Y ¿este que tiene una cotorra?

—Guatemala... Déjame, hijo... No aspiro a más. Una Abelardita que me mime, y con tal compañía lo arrostro todo. Con una como ésta me casaría yo por puertas, es decir, sin una mota. No faltaría el garbanzo. Prefiero con ella un pedazo de pan solo a todas las riquezas del mundo. Porque ¿dónde se encuentra un carácter tan dulce, un corazón tan tierno, una mujer tan hacendosita, tan...?

—Don Víctor, que se corre usted mucho—con tentativas de humorismo enteramente frustradas—. Que es mi novia, y tantos piropos me van a dar celos...

—Aquí no se trata de celos... A buena parte viene usted... ¿Esta, ésta?... Esta es segura, amigo; le quiere a usted con el alma y con la vida. Ya podían acudir todos los reyes y príncipes del orbe a disputársela a su Ponce adorado. ¿Pues se figura usted que si no lo creyera yo así no le habría puesto los puntos? La caridad bien ordenada empieza por uno mismo. Si yo llego a concebir tanto así de esperanza, ¿piensa que no me alzo con el santo y la limosna? Pero ¡quia!, a otra puerta... Mírela usted: al que le hable de cambiar a su Poncecito por otro, le tira los trastos a la cabeza... Véala usted con esa cara que parece un enigma, con esa sonrisita que parece postiza; cualquiera se atreve a decirle algo.

—Vamos, don Víctor—objetó Ponce con mucha saliva en la boca—, que cuando usted habla así, es porque ha tenido sus pretensiones..., y ha sacado lo que el negro del sermón.

—No hagas caso, tontín—dijo Abelarda muy inquieta, sonriendo violentamente, y con más ganas de llanto que de broma—. ¿No ves que se está quedando contigo?

—Que se quede. Lo que hay es que Abelarda es formal, y, una vez dada su palabra, no hay quien la apee. Nosotros nos comprendimos en cuanto nos tratamos; nuestros caracteres ajustan perfectamente, y si yo estoy cortado para ella, ella está cortadita para mí.

—Poco a poco, caballero Ponce—poniéndose muy serio, como siempre que elevaba al grado heroico sus crueles bromas—; usted estará cortado para quien guste, no me meto en eso. Pero lo que es Abelarda, lo que es Abelarda...

Ponce le miró serio también, esperando el final de la frase, y la insignificante bajó la vista hacia su labor de costura.

—Digo que lo que es ella no está cortada para usted. Y lo sostendré contra todo el que opine lo contrario. La verdad por delante. Ella le quiere a usted, lo reconozco; pero en cuanto al corte... Es mucho corte el suyo; hablo del corte moral y también del físico, sí, señor, también del físico. ¿Quiere usted que lo diga claro? Pues para quien está cortada Abelarda es para mí... Para mí; y no hay que tomarlo a ofensa. Para mí, aunque a usted le parezca un disparate. ¡Si usted no puede juzgarla como yo, que la conocí siendo una muñeca todavía!... Y, además, usted no me ha tratado a mí lo bastante para saber si congeniamos o no... Ya sé que estoy hablando de una cosa imposible; ya sé que tengo la culpa de haber llegado tarde; ya sé que usted me cogió la delantera, y no hemos de reñir... Pero en cuanto a conocer el mérito de quien lo tiene; en cuanto a deplorar que tantas dotes no sean para mí, lo que es en eso —marcando la frase con la mayor formalidad y en tono oratorio—, ¡ah!, lo que es en eso, no cedo ni puedo ceder.

—No le hagas caso, déjale—indicó Abelarda a su novio, que empezaba a enfurruñarse.

—Amigo don Víctor, todo eso podrá ser verdad, pero no viene muy al caso.

—Parece que se amostaza usted, ínclito Ponce. Sépase que yo soy muy leal. Reconozco que se ha ganado usted lo que a mi parecer debió ser mío—patéticamente—. Bien ganado está. Ha sido en buena lid. Lo que he perdido, lo he perdido por mi culpa. No me quejo. Seremos amigos, siempre amigos. Vengan esos cinco.

—¡Ah! Este don Víctor, ¡qué cosas tiene!—dejándose apretar la mano.

Con otro que no fuera Ponce bien se libraría Cadalso de emplear lenguaje tan impertinente; pero ya sabía él con quién trataba. El novio estaba amoscadillo, y Abelarda no sabía qué pensar. Para burla, le parecía demasiado cruel; para verdad, harto expresiva. Mucho le pesó a Ponce tener que marcharse; presumía que Víctor continuaría hablando a la chica en el mismo tono, y, francamente, Abelarda era su novia, su prometida, y aquel cuñadito hospedado bajo el propio techo principiaba a inquietarle. El pillete de Cadalso, conociendo la turbación del crítico, en el momento de despedirse, le sacudió mucho la diestra, repitiendo:

—Leal, soy muy leal... Nada hay que temer de mí.

Y cuando volvió al lado de la joven, que le miraba consternada:

—Perdóname, hija; se me escapó aquella idea, que yo quería esconder a todos... Espontaneidades que uno tiene cuando menos piensa, y que el más ducho en disimular no puede contener a veces. Yo no quería hablar de esto; pero no sé qué me entró. ¡Me dió tal envidia de veros como dos tórtolos!... ¡Me asusté tanto de la soledad en que me encontraba, nada más que por llegar tarde, sí, por llegar tarde!... Dispénsame, no te diré una palabra más. Sé que este capítulo te aburre y te molesta. Seré discreto.

Abelarda no podía reprimirse. Levantándose, sintiendo pavor, deseo de huir y de esconderse, para ocultar algo que impetuosamente al demudado rostro le salía.

—Víctor—exclamó descompuesta y temblando—, o eres el hombre más malo que hay en el mundo, o no sé lo que eres.

Corrió a su habitación y rompió a llorar, desplomándose de cara sobre las almohadas de su lecho. Víctor se quedó en el comedor, y Luis, que en su inocencia comprendía que pasaba algo extraño, no se atrevió durante largo rato a molestar a papá con aquel tejemaneje de los sellos. El padre fué quien afectó entonces interesarse en el juego inteligente, y se puso a explicar a su hijo los símbolos de nacionalidades que éste no comprendía:

—Este rey barbudo es Bélgica, y esta cruz la República helvética, es decir, Suiza.

Doña Pura entró de la calle, y como no viese a su hija en el comedor ni en la cocina, buscóla en el dormitorio. Abelarda salía ya, con los ojos muy colorados, sin dar a su madre explicación satisfactoria de aquellos signos de dolor. Víctor, interrogado por doña Pura sobre el particular, le dijo con socarronería:

—Parece usted tonta, mamá. Llora por el tío de Ponce.

XX

Acostaron temprano a Luis, quien metió consigo en la cama el álbum de sellos y se durmió teniéndole muy abrazadito. No sufrió aquella noche el acceso espasmódico que precedía a la singular visión del anciano celestial. Pero soñó que lo sufría, y, por consiguiente, que deseaba y esperaba la fantástica visita. El misterioso personaje hizo novillos, y así lo expresaba con desconsuelo Cadalsito, deseando enseñarle su álbum. Esperó, esperó mucho tiempo, sin poder determinar el sitio donde estaba, pues lo mismo podía ser la escuela que el comedor de su casa o el escritorio del memorialista. Y al hilo del sueño, donde todo era sinrazón y desvarío, descargó el rapaz un golpe de lógica admirable: "Pero ¡qué tonto soy!—pensó—. ¿Cómo ha de venir, si le han llevado esta noche a casa del tío de Ponce?"

El día siguiente le dieron de alta; pero se determinó que no fuese a la escuela en lo que restaba de semana, lo que él agradeció mucho, determinando estudiar algo por las noches, nada más que una miaja, y reservando los grandes esfuerzos de aplicación para cuando volviera a sus tareas escolares. Le permitieron bajar a la portería, y cargó con el álbum para enseñárselo a Paca y a *Canelo*. Bien quisiera llevarlo a casa de su tía Quintina; mas para esto no hubo permiso. En la portería se estuvo hasta el anochecer, hora en que le llamaron, temiendo que se pasmase con el aire del portal. Al subir llevaba una idea que en sus conversaciones con Mendizábal y Paca había adquirido; una idea que le pareció al principio algo rara, pero que luego tuvo por la más natural del mundo. Hallábase solo con Abelarda, pues su abuela y Milagros zascandileaban por la cocina, cuando se determinó Cadalsito a comunicar a su tía la famosa idea. Esta le acariciaba con extremada vehemencia, le daba besos, le prometía regalarle un álbum mayor, y, de repente, Luis, respondiendo a tantos cariños con otros no menos tiernos, le dijo:

—Tía, ¿por qué no te casas tú con mi papá?

Quedóse la chica como lela, fluctuando entre la risa y el enojo.

—¿De dónde has sacado tú eso, Luis? —le dijo, asustándole con la fiereza de su semblante—. Tú no lo has inventado. Alguien te lo ha dicho.

—Me lo dijo Paca—afirmó Luis, no queriendo cargar con responsabilidades ajenas—. Dice que Ponce es más tonto que quiere, y que no te conviene; que mi papá es listo y guapo, y que va a hacer una carrera muy grande, muy grande.

—Dile a Paca que no se meta en lo que no le importa... Y ¿qué más, qué más te dijo?

—Pues... —escarbando en su memoria—. ¡Ah! Que mi papá es un caballero muy decente..., como que le da pesetas a la Paca siempre que le lleva algún recado... Y que tú debías casarte con mi papá para que todo quedase en casa.

—¿Le lleva recados?... ¿Cartas? Y ¿a quién? ¿No sabes?

—Debe de ser al ministro... Es que son muy amigos.

—Pues todo eso que te ha contado Paca del pobre Ponce es un disparate —afirmó Abelarda sonriendo—. ¿A ti no te gusta Ponce? Dime la verdad, dime lo que pienses.

Luis vaciló un rato en dar contestación. Habían extinguido la prevención medrosa que su padre le inspiraba no sólo los regalos recibidos de él, sino la observación de que Víctor se llevaba muy bien con toda la familia. En cuanto a Ponce, bueno será decir que Cadalsito no había formado opinión ninguna acerca de este sujeto, por lo cual aceptó, sin discutir, la de Paca.

—Ponce no sirve para nada, desengáñate. Va por la calle que parece que se le caen los calzones. Y lo que es talento... Mira, más talento tiene Cuevas. ¿No te parece a ti?

Abelarda se reía con tales ocurrencias. Aún hubiera seguido charlando con Luis de aquel asunto; pero la llamó su padre para que le pegara algunos botones al chaleco, y en esto se entretuvo hasta la hora de comer. Doña Pura dijo que Víctor no comía en casa, sino en la de un amigo suyo, diputado y jefe de un grupito parlamentario. Sobre esto hizo Villaamil algunos comentarios acres, que Abelarda oyó en silencio, con grandísima pena. Discutióse si irían o no al teatro aquella noche, resolviéndose en afirmativa, porque Luis estaba ya bien. Abelarda solicitó quedarse, y su madre

le dió una arremetida a solas, asestándole varias preguntas:

—¿Por qué no comes? ¿Qué tienes? ¿Qué cara es esa de carnero a medio morir? ¿Por qué no quieres venir al Real? No me tientes la paciencia. Vístete, que nos vamos en seguida.

Y fueron las tres *Miaus*, dejando a Villaamil con su nieto y sus fúnebres soledades. Después de acostar al niño, se puso a leer *La Correspondencia*, que hablaba de una nueva combinación.

Cuando las *Miaus* regresaron, ya Víctor estaba allí, escribiendo cartas, en la mesa del comedor. Don Ramón seguía royendo el periódico, y suegro y yerno no se decían media palabra. Retiráronse todos, menos Abelarda, que tenía que mojar ropa para planchar al día siguiente, y al verla metida en esta faena, Víctor, sin soltar la pluma, le dijo:

—He pensado en ti todo el día. Temí que te enojaras por lo de ayer. Yo había hecho el propósito de no revelarte nunca mis sentimientos. Aún no te he dicho toda la verdad, ni te la diré, Dios mediante. Cuando uno llega tarde, debe resignarse a callar. Y ¿tú no me respondes nada? ¿No hablas ni siquiera para reñirme?

La insignificante tenía los ojos fijos en la mesa, y sus labios se agitaban como si la palabra retozara en ellos. Por fin no chistó.

—Te hablaré como hermano—con aquella gravedad bondadosa que tan bien sabía fingir—, ya que de otra manera no me es lícito. Soy muy desgraciado..., no lo sabes tú bien. Aquí me tienes, arrastrado por un vértigo de pasiones insanas; aquí me tienes, bajo el peso de relaciones que solicité con aturdimiento, que mantuve por rutina y por pereza, y que ahora deseo romper. Contaba yo para este fin con el auxilio de un ser angelical a quien pensaba encomendarme primero y entregarme, por fin, en cuerpo y alma. Pero ya no puede ser. ¿Qué hago yo en este trance? Seguir y seguir encenagado, perderme más y más en el laberinto sin salida. Ya no hay salvación para mí. La fatalidad me arrastra... Tú no comprendes esto, Abelarda; pero ¡quién sabe!... Quizá lo comprendas, porque tienes mucha penetración. ¡Oh! ¡Pues si yo te hubiera encontrado libre...! Mil veces me he propuesto no decirte nada. Sólo que las palabras se me salen de la boca... Basta, basta; no me hagas caso. Esto te lo vengo diciendo desde un principio. No hagas caso de este infeliz, despréciame. Yo no te merezco. Estoy expiando los enormes disparates que cometí desde que me faltó mi pobre Luisa, aquel ángel.... ángel del cielo, pero inferior a ti, tan inferior, que no hay punto de comparación entre ambas. Yo, francamente—levantándose con exaltación—, cuando veo que tesoro tan grande va a ser para un Ponce, cuando pienso que tal conjunto de cualidades cae en manos de...

Abelarda estaba tan sofocada, que si no desahoga, si no abre al menos una valvulita, revienta, de seguro.

—¿Y si yo te dijera...; vamos a ver —palideciendo—, si yo te dijera que no quiero a Ponce?...

—¿Tú?... Y ¿es verdad?...

—¿Si yo te dijera que ni le quise jamás ni le querré nunca?... A ver.

Víctor no contaba con esta salida, y se desorientó.

—Ahí tienes tú una cosa..., vamos... —balbuciendo—, una cosa que me produce el efecto de un porrazo en la cabeza... Pero ¿es verdad? Cuando lo dices, verdad debe de ser. Abelarda, Abelarda, no juegues conmigo; no juegues con fuego... Estas bromas, si bromas son, suelen traer catástrofes. Porque cuando se aborrece a un hombre, como me aborreces tú a mí...—confuso y sin saber a qué santo encomendarse—, no se le dice nada que pueda extraviarle respecto a..., quiero decir, respecto a los sentimientos de la persona que le aborrece, porque podría suceder que el aborrecido... No, no atino a explicarte lo que siento. Si no quieres a Ponce, es que quieres a otro, y esto es lo que no debes decirme a mí... ¿Para qué? ¿Para que me confunda más de lo que estoy?—columbrando un postigo y aguzando su ingenio para escurrirse por él—. Y no quiero interrogarte sobre este particular, porque me volvería loco. Guárdate tu secreto y respeta mi situación. Si yo no te inspiro más que odio, si no llegas a la repugnancia, te ruego que me dejes solo, que te retires y no añadas una palabra más. No te ofrezco mis consejos, porque no los aceptarías; pero si te encontraras en alguna situación difícil y mis consejos te pudieran servir de algo, ya sabes que soy para ti lo que tú quieras que sea: her-

mano, si como hermano me tratas...

—¿Y si los necesitara, si necesitara tus consejos? — inquirió Abelarda, que buscaba no una salida, sino la entrada, sin poder descubrirla.

—Pues dispón de mí—otra vez desconcertado—. Si quieres a un hombre y temes la oposición de tus padres, si la ruptura con Ponce te parece difícil y necesitas auxilio, aquí estoy, dispuesto a prestártelo, por penoso que el caso sea para mí—acercándose más a ella—. Dímelo, dímelo, no tengas miedo. ¿Quieres a un hombre que no es tu novio?

—Es mucho pedir que confiese yo..., así..., de tenazón—recurriendo a la coquetería para salir del paso—. Y a ti, ¿quién te da vela en este entierro?...

—Soy de la familia..., soy tu amigo. Podría ser algo más si tú quisieras. Pero he llegado tarde; no hay que hablar de mi persona. Estoy fuera de juego. Si no quieres confiarme tu secreto, mejor para mí. Así no padeceré tanto. Respóndeme a una pregunta: el hombre a quien tú quieres, ¿te quiere a ti también?

—Yo no he dicho que quiera a nadie... Me parece que no lo he dicho... Pero pongamos que lo dijese. Eso no es cuenta tuya. Eres muy entremetido... Claro que yo no iba a querer a nadie que no me correspondiese. ¡Pues lucida estaba!

—De modo que hay reciprocidad—con fingida cólera—. ¡Y estas cosas me las dices en mi propia cara!

—¡Yo!... Si yo no he chistado.

—Pero lo das a entender... No quiero ser tu confidente, vamos... ¿De modo que el otro te ama?...

—No lo sé...—dejándose llevar de su espontaneidad ya irresistible—. Es lo que no he podido averiguar todavía.

—Y vienes, sin duda, a que yo te lo averigüe—con sarcasmo—. Abelarda, esa clase de papeles no los hago yo. No, no me digas quién es; no necesito saberlo. ¿Es quizá persona que yo conozco? Pues cállate el nombre, cállatelo, si no quieres que perdamos las amistades. Esto te lo dice un hombre que siente hacia ti un afecto..., pero un afecto que ahora no quiero definir; un hombre que vive bajo el peso de su destino fatal—estas filosofías y otras semejantes las tomaba Cadalso de ciertas novelas que había leído—, un hombre a quien está vedado referirte sus padecimientos; y pues yo no debo quererte ni puedo ser tuyo ni tú mía, no debo atormentarme ni dejar que me atormentes tú. Guárdate tu secreto y yo reservaré la parte de él que he adivinado. Si la fatalidad no se hubiera interpuesto entre nosotros dos, yo intentaría aún tu remedio, procurando arrancarte ese amor, reemplazándolo con el mío. Pero no soy dueño de mi voluntad. El sentimiento este—golpeándose el pecho—jamás pasará del corazón a la realidad de la vida. ¿Por qué me incitas a descubrirlo? Déjalo en mí mudo, sepultado, pero siempre vivo. No me tientes, no me irrites. ¿Quieres a otro? Pues que yo no lo sepa. ¿A qué enconar una herida incurable?... Y para impedir mayores conflictos, mañana mismo me voy de esta casa, y no vuelvo a entrar aquí.

Abelarda sintió tan viva aflicción al oír esto, que no pudo encubrirla. No tenía ella en su pobre caletre armas de razonamiento para combatir con aquel monstruo de infinitos recursos e ingenio inagotable, avezado a jugar con los sentimientos serios y profundos. Aturdida y atontada, iba a entregar su secreto, ofreciéndose indefensa y cubierta de ridiculez al brutal sarcasmo de Víctor; pero pudo serenarse un poco, recobrar algún equilibrio, y con afectada calma le dijo:

—No, no, no hay motivo para que te vayas. ¿Es que hiciste las paces con Quintina?

—¿Yo? ¡Qué disparate! Ayer Cabrera por poco me pega un tiro. Es un animal. Me iré a vivir a cualquier rincón.

—No, eso no. Puedes seguir aquí.

—Pues prométeme no hablar de esto una palabra más.

—Si yo no he hablado. Eres tú el que se lo dice todo. Que me quieres, que no me puedes querer. ¿Cómo se entiende?

—Y la última prueba de que te quiero y no te debo querer—con agudeza—te la voy a dar ahora con este consejo: vuelve los ojos a Ponce...

—Gracias.

—Vuelve los ojos al ínclito Ponce. Cásate con él. Ten espíritu práctico. ¿Que no le quieres? No importa.

—Tú estás loco—aturrulladísima—. ¿Acaso he dicho yo que no le quería?

—Lo has dicho, sí.

—Pues me vuelvo atrás. ¡Qué disparate! Si lo dije fué en broma, por oírte y darte tela.

—Eres muy mala, muy mala. Yo pensaba otra cosa de ti.

—¿Pues sabes lo que digo?—levantándose con violento arrebato de ira y despecho—. Que estás de lo más cargante y de lo más inaguantable con tus..., con tus enigmas, y que no te puedo ver, no te puedo ver. La culpa la tengo yo, que oigo tus necedades. Abur... Voy a dormir... Y dormiré tan ricamente, ¿qué te crees?

—El odio muy vivo, como el amor, quita el sueño.

—A mí no..., perverso..., tonto...

—Tú a dormir, y yo a velar pensando en ti... Adiós, Abelarda... Hasta mañana.

Y cuando se retiró el impío, un minuto después de la desaparición de la víctima—que se metió en su cuarto y atrancó la puerta, como quien huye de un asesino—, llevaba en los labios risilla diabólica, y este monólogo amargo y cruel: "Si me descuido, me espeta la declaración con toda desvergüenza. Y ¡cuidado que es antipática y levantadita de cascos la niña!... Y cursi hasta dejárselo de sobra, y sosita... Todo se le podría perdonar si fuera guapa... ¡Ah! Ponce, ¡qué ganga te ha caído!... Es una plepa que no hay por dónde cogerla para echarla a la basura."

XXI

Aunque las esperanzas de los Villaamil, apenas segadas en flor, volvían a retoñar con nueva lozanía, el atribulado cesante las daba siempre por definitivamente muertas, fiel al sistema de esperar desesperando. Sólo que su pesimismo se avenía mal con el furor de escribir cartas y de mover cuantas teclas pudiesen comunicar vibración a la desmayada voluntad del ministro.

—Todo eso de esperar vacante es música—decía—. Yo sé que cuando quieren hacer las cosas las hacen saltando por cima de las vacantes y hasta por cima de las leyes. Ni que fuéramos tontos. He visto mil veces el caso de entrar un prohombre en el Ministerio navaja en mano, pedir una credencial de las gordas; el ministro, ¡zas!, llama al jefe del personal... "No hay vacante..." "Pues hacedla." ¡Pataplún! Allá te va, caiga el que caiga... Pero ¿dónde está mi prohombre? ¿Qué personaje de campanillas entrará en el despacho del ministro con cara *feroce* diciendo: "De aquí no me muevo hasta que me den... eso"? ¡Ay Dios mío, qué desgraciado soy y cómo me voy quedando fuera de juego!... Con esta Restauración maldita, epílogo de una condenada revolución, ha salido tanta gente nueva, que ya se vuelve uno a todos lados sin ver una cara conocida. Cuando un don Claudio Moyano, un don Antonio Benavides o un marqués de Novaliches le dicen a uno: "Amigo Villaamil, ya estamos mandados recoger", es que el mundo se acaba. Bien dice Mendizábal que la política ha caído en manos de mequetrefes.

Para distraer su pena y olfatear nombramientos ajenos, ya que en el suyo afectaba no creer, o realmente no creía, iba por las tardes al Ministerio de Hacienda, en cuyas oficinas tenía muchos amigos de categorías diversas. Allí se pasaba largas horas charlando, enterándose del expedienteo, fumando algún cigarrillo y sirviendo de asesor a los empleados noveles o inexpertos que le consultaban sobre cualquier punto oscuro de la enrevesada Administración.

Profesaba Villaamil entrañable cariño a la mole colosal del Ministerio; la amaba como el criado fiel ama la casa y familia cuyo pan ha comido durante luengos años; y en aquella época funesta de su cesantía visitábala él con respeto y tristeza, como sirviente despedido que ronda la morada de donde le expulsaron, soñando en volver a ella. Atravesaba el pórtico, la inmensa crujía que separa los dos patios, y subía despacio la monumental escalera, encajonada entre gruesos muros, que tiene algo de feudal y de carcelaria a la vez. Casi siempre encontraba por aquellos tramos a algún empleado amigote que subía o bajaba.

—Hola, Villaamil, ¿qué tal?

—Vamos tirando.

Al llegar al principal titubeaba antes de decidir si entraría en Aduanas o en el Tesoro, pues en ambas Direcciones le sobraban conocidos; pero en el segundo prefería siempre Contribuciones a Propiedades. Los porteros le saludaban, y como Villaamil era tan afable, siempre echaba un párrafo con ellos. Si era tarde, los encontraba con la paletada de brasas, resto de las chimeneas, cuyo último fuego sirve para alimentar

los braseros de las porterías; si temprano, llevando papeles de una oficina a otra o transportando bandejas con vasos de agua y azucarillos.

—Hola, Bermejo, ¿cómo va?

—Tal cual, don Ramón, y sintiendo mucho no verle a usted todos los días por aquí.

—Dígame, ¿y Ceferino?

—Ha pasado a Impuestos. El pobre Cruz fué el que *cascó*.

—¿Qué me cuenta usted? Hombre, ¡si le vi el otro día tan bueno y tan sano!... ¡Qué mundo éste! Vamos quedando pocos de aquella fecha. Cuando yo entré aquí, en tiempos de don Juan Bravo Murillo, ya estaba Cruz *en la casa*... Mire usted si ha llovido... ¡Pobre Cruz! Lo siento.

El mejor amigo, entre los muchos buenos que Villaamil tenía en aquella casa, era don Buenaventura Pantoja, de quien algo sabemos ya, padre de Virginia Pantoja, una de las actrices del coliseo doméstico de las *Miaus*. Visitaba con preferencia don Ramón la oficina de tan excelente y antiguo compañero (Contribuciones), de la cual había sido jefe; tomaba asiento en la silla más próxima a la mesa; le revolvía los papeles si no estaba allí, y si estaba, trabábase entre los dos sabroso coloquio de chismografía burocrática.

—¿Sabes..?—decía Pantoja—. Hoy salieron calentitos dos oficiales primeros y un jefe de Administración. Ayer estuvo ese fantoche (aquí el nombre de cualquier célebre político), y, claro, a raja tabla. Lo que yo te digo: cuando quieren hacer las cosas, saltan por cima de todo.

—Sea por amor de Dios—respondía Villaamil, dando un doliente suspiro, que ponía trémulas las hojas de papel más cercanas.

Aquel día tardó mucho el buen hombre en fondear ante la mesa de Pantoja. A cada paso saltaban conocidos. Uno salía por aquí, aferrando legajos atados con balduque; otro entraba presuroso por allá, retrasando y temiendo un regaño del jefe.

—¡Cuánto bueno!... ¿Qué tal, Villaamil?

—Hijo, defendiéndonos.

La oficina de Pantoja formaba parte de un vastísimo salón, dividido por tabiques como de dos metros de alto. El techo era común a los distintos departamentos, y en la vasta capacidad se veían los tubos de las estufas, largos y negros, quebrados en ángulo recto para tomar la horizontal, horadando las paredes. Llenaba aquel recinto el estridor sonoro de los timbres, voz lejana de los jefes, llamando sin cesar a sus subalternos. Como era la hora en que entran los rezagados, en que los madrugadores almuerzan, en que otros toman café, que mandan traer de la calle, no reinaba allí el silencio propicio al trabajo mental; antes, todo se volvía cierres de puertas, risas, traqueteo de loza y cafeteras, gritos y voces impacientes.

Villaamil entró en la sección, saludando a diestro y siniestro. Allí estaba de oficial tercero el cojo Guillén, muy amigo de la familia Villaamil, tertuliano asiduo, apuntador en la pieza que se iba a representar. Era, por más señas, tío del famoso *Posturitas*, amigo y émulo de Luisito Cadalso, y vivía con sus hermanas, dueñas de la casa de *empréstamos*. Tenía fama Guillén de mordaz y maleante, capaz de tomarle el pelo al lucero del alba. En la oficina escribía juguetes cómicos groseros y verdes, algún dramón espeluznante, que nunca llegaría a arrostrar las candilejas; dibujaba caricaturas y rimaba sátiras contra la mucha gente ridícula de la casa. También había por allí un aspirantillo, hijo del director del Tesoro, que apenas frisaba en los dieciséis y cobraba sus cinco mil reales, listo como una pólvora, apto para traer y llevar recados de oficina en oficina. Oficial segundo era un tal Espinosa, señorito elegante, de carrera improvisada y raya en el pelo, con mucho requilorio en el vestir y bastantes gazapos en la ortografía; buen muchacho, que no se formalizaba nunca por las cargantes bromas de Guillén. Pero el más característico de todos era un tal Argüelles y Mora, oficial segundo, perfecta parodia de un caballero del tiempo de Felipe IV: pequeño, genuino *gato* de Madrid, rostro enjuto y color de cera, bigote y perilla teñidos de negro, melenas largas y bien atusadas. Para que el tipo resultase más cabal, usaba cierta capita corta y negra, que parecía un desecho del guardarropa de Quevedo. El sombrero era hongo chato, achambergado, con un dedo de grasa. Lástima

que no llevara golilla; mas, aun sin ella, era un acabado tipo de alguacil. En sus tiempos tuvo pretensiones de guapeza, originalidad y elegancia; pero ya sus espaldas tiraban a corcovarse, y su rostro, con los pelos pintados, tenía un sello de vigilia forzosa que daba compasión. Tocaba la trompa en un teatro. Llamábanle sus compañeros el *Padre de familia,* porque en todas las conversaciones burocráticas traía a colación la multitud de bocas que tenía que mantener con el mezquino y descontado sueldo de doce mil reales. Había tres o cuatro empleados más, algunos taciturnos y atentos a su obligación, repartidos en varias mesas, a distancia respetuosa de la del jefe, próxima a la ventana que daba al patio.

Cerca de las mesas veíanse las perchas donde los funcionarios colgaban capas y sombreros. Guillén tenía las muletas junto a sí. Entre mesa y mesa, estantes y papeleras, trastos de forma y aspecto que sólo se ven en las oficinas: viejos los unos, con no sé qué olor y color de *Paja y Utensilios,* de donde tal vez procedían; los otros nuevos, pero no semejantes a ningún mueble usado fuera de las regiones burocráticas. Sobre todos los pupitres abundaban legajos atados con cintas rojas, los unos amarillentos y polvorosos, papel que tiene algo de cinerario y encierra las esperanzas de varias generaciones; los otros de hojas flamantes y reciente escritura, con notas marginales y firmas ininteligibles. Eran las piezas más modernas del pleito inmenso entre el pueblo y el fisco.

Pantoja no estaba: le había llamado el director.

—Tome usted asiento, don Ramón. ¿Quiere un cigarrito?

—Y tú, ¿qué te traes entre manos? —acercándose a la mesa del cojo y apoderándose de un papel—. ¿A ver, a ver...? Drama original y en verso. ¿Título? *La hijastra de su hermanastra.* Muy bien, zánganos; así perdéis las horas.

—Don Ramón, don Ramón—dijo el elegante, que acababa de paladear su café—. ¿No sabe? A Cañizares, ¿se acuerda usted, el que estaba en Propiedades, aquel a quien llamábamos *Don Simplicio*?, le han dado los doce mil. ¿Ha visto usted *polacada* mayor?

—Le tuve yo en mi oficina con cinco mil hace catorce años—dijo el *Padre de familia,* esgrimiendo su puño cerrado y revelando toda la aflicción del mundo en su cara alguacilesca—. Era tan asno, que le ocupábamos en traer leña para la estufa. Ni para eso servía. ¡Cáscaras, qué hombre más animal! Yo cobraba entonces doce mil, lo mismo que ahora. Vean ustedes si esto es justicia o qué. ¿Tengo o no tengo razón cuando digo que vale más recoger boñiga en las calles que servir al gran pindongo del Estado? Convengamos en que se acabó la vergüenza.

—Amigo Argüelles—suspiró Villaamil con tristeza estoica—, no hay más remedio que tragar bilis. Dígamelo usted a mí, que he tenido a mis órdenes, en provincias, con seis mil, al propio director del ramo... Estaba la criatura en Estancadas..., y no valía ni para pegar precintos en las cajas de cigarros.

—Dame, paloma mía, de lo que comes... ¡Cuando me acuerdo, ¡cascarones!, de que mi padre quería colocarme de hortera en una tienda, y yo me remonté creyendo que esto no era cosa fina! ¡Vamos, cuando me acuerdo de esto, me dan ganas de arrancarme a puñados estos condenados mechones que a uno le quedan!... Era allá por el cincuenta y uno. Pues no sólo no quise oír hablar de mostrador, sino que me metí a empleado por aquello de ser caballero; y para acabar de ensuciarla, me casé. ¡Si sería yo pillín!... Después, pian, pianito, nueve de familia, suegra y dos sobrinos huérfanos. Y defienda usted el garbanzo de tanta gente... Y gracias que la trompa ayuda, señores. El sesenta y cuatro llegué a los doce mil reales, y allí me planté. ¿Saben ustedes quién me sacó los doce mil? Julián Romea. No me veré en otra. Catorce años llevo en esta plaza. Ya ni siquiera pido el ascenso. ¿Para qué? Como no lo pida a tiros...

Las lamentaciones del trompista *Padre de familia* eran oídas siempre con deleite. Entró en aquel punto Pantoja, y *conticuere omnes.* Cubría la cabeza del jefe de la sección un gorrete encarnado, con unas al modo de alcachofas bordadas de oro, y borla deshilachada, que caía con gracia. Vestía gabán pardo y muy raído, pantalón con rodilleras, rabicorto, dejando ver la caña de las botas recién estrenadas, sin lus-

tre aún. Después de saludar al amigo, ocupó su asiento. Arrimóse Villaamil y charlaron. Pantoja no olvidaba por el palique los deberes, y a cada instante daba órdenes a su tropa.

—Oiga usted, Argüelles, haga el favor de ponerme una orden a la Administración Económica de la Provincia pidiendo tal cosa... Usted, Espinosa, sáqueme en seguida el estado de débitos por Industrial.

Y deshacía con mano experta el lazo de balduque para destripar un legajo y sacarle el mondongo. En atarlos también mostraba singular destreza, y parecía que los acariciaba al mudarlos de sitio en la mesa o al ponerlos en el estante.

El tipo fisonómico de este hombre consistía en cierta inercia espiritual que en sus facciones se pintaba. Su frente era ancha, lisa, y tan sin sentido como el lomo de uno de esos libros rayados para cuentas, donde no se lee rótulo alguno. La nariz era gruesa en el arranque, resultando tan separados los ojos, que parecían estar reñidos y mirar cada uno por su cuenta y riesgo, sin hacer caso del otro. Su gran boca no se sabía dónde acababa. Las orejas lo sabrían. Sus labios fruncidos parecía que se violentaban al desplegarse para hablar, cual si fuesen expresamente creados para la discreción.

Moralmente era Pantoja el prototipo del integrismo administrativo. Lo de *probo funcionario* iba tan adscrito a su persona como el nombre de pila. Se le citaba de tenazón y por muletilla, y decir *Pantoja* era como evocar la propia imagen de la moralidad. Hombre de pocas necesidades, vivía oscuramente y sin ambición, contentándose con su ascenso cada seis o siete años, ni ávido de ventajas, ni temeroso de cesantía, pues era de esos pocos a quienes, por su conocimiento práctico, cominero y minucioso de los asuntos oficinescos, no se les limpia nunca el comedero. Había llegado a considerar su inmanencia burocrática como tributo pagado a su honradez, y esta idea se transformaba en sentimiento exaltado o superstición. Era un alma ingenuamente honrada, una conciencia tan angosta, que se asustaba si oía hablar de millones que no fuesen los de la Hacienda. Las cifras muy altas, no siendo las del presupuesto del Estado, le producían un estremecimiento convulsivo; y si en el Ministerio se preparaba algún proyecto relacionado con fuertes empresas industriales o bancarias, se le subía a la boca, sin poderlo remediar, la palabra *chanchullo*. Nunca iba a la Tesorería Central sin experimentar sensación de espanto, como en presencia de un abismo o sima pavorosa donde anidan el peligro y la muerte; y cuando veía entrar en la Dirección del Tesoro o en la Secretaría a los altos personajes de la Banca, temblaba por la riqueza del Erario, de quien se creía perro de presa. Según Pantoja, no debía ser verdaderamente rico nadie más que el Estado. Todos los demás caudales eran producto del fraude y del cohecho. Siempre había servido en Contribuciones, y durante su larga y laboriosa carrera fué cultivando en su alma el insano goce de perseguir al contribuyente moroso o maligno, placer que tiene algo del cruel entusiasmo de la caza: para él era deleite inefable ver a la grande y a la pequeña propiedad defenderse, pataleando, de la persecución del Fisco, y sucumbir siempre ante la superioridad del cazador. En todos los conflictos entre la Hacienda y el contribuyente, la Hacienda tenía siempre razón, según el dictamen inflexible de Pantoja, y este criterio se mostraba en sus notas, que jamás reconocieron el derecho de ningún particular contra el Estado. Para él, la propiedad, la industria, el consumo mismo, eran organismos o instrumentos de defraudación, algo disolvente y revolucionario, que tenía por objeto disputar sus inmortales derechos a la única entidad dueña y propietaria de todo: la nación. Pantoja no poseyó nunca más que su ropa y sus muebles; era hijo de un portero de la Sala de *Mil y Quinientas;* se había criado en un desván de los Consejos, sin salir nunca de Madrid; no conocía más mundo que las oficinas, y para él la vida era una sucesión no interrumpida de menudos servicios al Estado, recibiendo de éste, en recompensa, el garbanzo y la santa rosca de cada día.

XXII

¡Ah! ¡Cielos! ¿Qué sería del mundo sin cocido? ¿Y qué de la mísera humanidad sin pagas? La paga era la única forma de bienes terrestres en conformidad con los principios morales, pues para todas las demás clases de bienestar archivaba Pantoja en el fondo de su alma un altivo desprecio. Difícilmente concedía que en la clase de ricos hubiera alguno que fuese propiamente honrado, y a las grandes empresas y a los audaces contratistas los miraba con religioso horror. Labrar en pocos años pingüe fortuna, pasar de la pobreza a la opulencia..., era imposible por medios lícitos. Para que tal cosa suceda es indispensable *ensuciarse,* quitándole lo suyo a la víctima eterna, al propietario elemental, el Estado. Al millonario que había heredado su fortuna y no hacía más que gastarla, le perdonaba el buen Pantoja; pero aun así no le tenía en olor de santidad, diciendo que si él no robaba, lo habían hecho sus padres, y la responsabilidad, como el dinero, se transmitía de generación en generación.

Cuando veía entrar en el Ministerio y pasar al despacho del ministro al representante de Rothschild o de otra opulenta casa española o extranjera, pensaba cuán útil sería ahorcar a todos aquellos señores que no iban allí sino a tramar algún enjuague. Estas ideas y otras semejantes las vertía Pantoja en el círculo del café adonde concurría, siendo objeto de punzantes burlas por su estrechez de miras; pero él no se daba a partido. ¿Hablábase de Hacienda? Pues en el acto tremolaba Pantoja su banderín con este sencillo y convincente lema: "Mucha administración y poca o ninguna política." Guerra a los grandes negocios, guerra al agio y guerra también a los extranjeros, que no vienen aquí más que a explotarnos y a llevarse el *comquibus,* dejándonos más pobres que las ratas. Tampoco ocultaba Pantoja sus simpatías por el rigor arancelario, pues el libre cambio es la protección a la industria de extranjis.

Al propio tiempo sostenía que los propietarios se quejan de vicio, que en ninguna parte se pagan menos contribuciones que en España, que el país es esencialmente defraudador, y la política, el arte de cohonestar las defraudaciones y el turno pacífico o violento en el saqueo de la Hacienda. En suma, las ideas de Pantoja eran tres o cuatro, pero profundamente incrustadas en su *intellectus,* como si se las hubieran metido a mazo y escoplo. Su conversación en el círculo de amigos languidecía, porque nunca hablaba mal de sus jefes, ni censuraba los planes del ministro; no se metía en honduras, ni revelaba ningún secreto de entre bastidores. En el fondo de su cerebro dormía cierto comunismo, de que él no se daba cuenta. De este tipo de funcionario, que la política vertiginosa de los últimos tiempos se ha encargado de extinguir, quedan aún, aunque escasos, algunos ejemplares.

En su trabajo era Pantoja puntualísimo, celoso, incorruptible y enemigo implacable de lo que él llamaba *el particular.* Jamás emitió dictamen contrario a la Hacienda; la Hacienda le pagaba, era su ama, y no estaba él allí para servir a los enemigos *de la casa.* En cuanto a los asuntos oscuros, de una ambigüedad telarañosa y de resolución difícil, su sistema era que no debían resolverse nunca; y cuando llegaba forzosamente el último trámite impuesto por las leyes, buscaba en la ley misma la triquiñuela necesaria para enredarlos de nuevo. Escribir la última palabra de uno de estos pleitos equivalía a una fragilidad de la Administración, a declararse vencida y casi deshonrada. En cuanto a su probidad, no hay que decir sino que recibía a cajas destempladas a los agentes que iban a ofrecerle recompensa por despachar bien y pronto tal o cual negocio. Conocíanle ya, y no se atrevían con aquel puerco espín, que erizaba sus púas todas al sentir la aproximación del *particular,* o sea, del contribuyente.

En su vida privada era Pantoja el modelo de los modelos. No había casa más metódica que la suya, ni hormiga comparable a su mujer. Eran el reverso de la medalla de los Villaamil, que se gastaban la paga entera en los tiempos bonancibles, y luego quedaban pereciendo. La señora de Pantoja no tenía, como doña Pura, aquel ruinoso prurito de suponer, aquellos humos de persona superior a sus medios y posición social. La señora de Pantoja había sido criada de servir—creo que de don Claudio Antón de Luzuriaga, al cual debió Pantoja su

credencial primera—, y lo humilde de su origen la inclinaba a la oscuridad y al vivir modesto y esquivo. Nunca gastaron más que los dos tercios de la paga, y sus hijos iban adoctrinados en el amor de Dios y en el supersticioso miedo al fausto y pompas mundanales. A pesar de la amistad íntima que entre Villaamil y Pantoja reinaba, nunca se atrevió el primero a recurrir al segundo en sus frecuentes ahogos; le conocía como si le hubiese parido; sabía perfectamente que el *honrado* ni pedía ni daba, que la postulación y la munificencia eran igualmente incompatibles con su carácter, arcas cuyas puertas jamás se abrían ni para dentro ni para fuera.

Sentados los dos, el uno ante un pupitre, el otro en la silla más próxima, Pantoja se ladeó su gorro, que resbalaba sobre su cabeza lustrosa al menor impulso de la mano, y dijo a su amigo:

—Me alegro que hayas venido hoy. Ha llegado el expediente contra tu yerno. No le he podido echar un vistazo. Parece que no es nada limpio. Dejó de incluir dos o tres pueblos en la nota de apremios, y en los repartos del último semestre hay sapos y culebras.

—Ventura, mi yerno es un pillo; demasiado lo sabes. Habrá hecho cualquier barrabasada.

—Y me enteró ayer el director de que anda por ahí dándose la gran vida, convidando a los amigachos y gastando un lujo estrepitoso, con un surtidito de sombreros y corbatas que es un asco, y hecho un figurín el muy puerco. Dime una cosa: ¿vive contigo?

—Sí—respondió secamente Villaamil, que sentía la ola de la vergüenza en las mejillas, al considerar que también su ropa, por flaqueza de Pura, procedía de los dineros de Cadalso—. Pero estoy deseando que se largue de mi casa. De su mano, ni la hostia.

—Porque..., verás, me alegro de tener esta ocasión de decírtelo: eso te perjudica, y basta que sea yerno tuyo y que viva bajo tu techo para que algunos crean que vas a la parte con él.

—¡Yo... con él!—horrorizado—. Ventura, no me digas tal cosa...

—No; si yo no soy quien lo dice, ni me pasa por el magín. Pero la gente de esta casa... Ya ves, ¡hay tanto pillo! Y cuando tocan a pensar mal, los más pillos son los que descueran al inocente.

—Pues aunque Víctor es mi yerno, tan ajeno soy a sus trapacerías, que si en mi mano estuviera el impedirle ir a presidio, no lo impediría... Figúrate.

—¡Ah! No irá, no irá; no te dé cuidado. No irá, por lo mismo que lo merece. Tiene pararrayos y paracaídas. Se están poniendo los tiempos tan corruptos, que estos granujas como tu yerno son los que cobran el barato. Verás cómo le echan tierra al expediente, aprueban su conducta y le dan el jeringado ascenso. Por cierto que es de lo más atrevido que conozco. Ayer estuvo aquí; bajó a ver al subsecretario, y como tiene aquella labia y aquel buen ver, el subsecretario...—me lo ha dicho quien estaba presente—le recibió con palmas, y allí estuvieron los dos de cháchara más de media hora.

—¿Y el señor ministro le ha visto? —con grandísimo desconsuelo.

—No te lo puedo decir; pero me consta que ha venido a recomendárselo un diputado de la provincia en que servía la alhajita de tu yerno. Es de estos que mientras más les dan más quieren. No sale de aquí nunca el tal sin apandar dos o tres credenciales gordas, pero gordas, y eso que es disidente; pero, por lo mismo, por la disidencia le atienden más.

—¿Crees tú que le darán el ascenso a Víctor?—con ansiedad profunda.

—Yo no puedo asegurarte nada.

—Y de lo mío, ¿qué sabes?—con ansiedad mayor aún.

—El jefe del personal no suelta prenda. Cuando le hablo de ti, me echa un *veremos* y un *yo haré lo que pueda*, que es tanto como no decir nada. ¡Ah! Entre paréntesis: ayer, después de hablar con el subsecretario, se coló Víctor en el Personal. Vino a contármelo el hermano de Espinosa. El jefe le enseñó las vacantes de provincias, y tu yernito se dejó decir con arrogancia que a provincias no iba ni atado.

—Amigo Ventura—indicó Villaamil con dolorosa consternación—, acuérdate de lo que te anuncio. Tú lo has de ver, y, si lo dudas, apostemos algo... ¿A que ascienden a Víctor y a mí no me colocan? Otra cosa sería justicia y razón, y la razón y la justicia andan ahora de paseo por las nubes.

Pantoja volvió a ladear el gorro. Era una manera especial suya de rascarse la cabeza. Dando un gran suspiro, que

salió muy oprimido de la boca, porque ésta no se abría sino con cierta solemnidad, trató de consolar a su amigo en la forma siguiente:

—No sabemos si podrán arreglar lo del expediente de Víctor, a pesar de las ganas que parece tienen de ello sus protectores. Y, por lo que hace a ti, yo que tú, sin dejar de machacar en el director, el subsecretario y el ministro, me buscaría un buen faldón entre la gente que manda.

—Pero si me cojo y tiro, y... como si no.

—Pues sigue tirando, hombre, hasta que te quedes con el faldón en la mano. Arrímate a los pájaros gordos, sean o no ministeriales; dirígete a Sagasta, a Cánovas, a don Venancio, a Castelar, a los Silvelas; no repares si son blancos, negros o amarillos, pues al paso que vas, tal como se han puesto las cosas, no conseguirás nada. Ni Pez ni Cucúrbitas te servirán; están abrumados de compromisos, y no colocan más que a su pandilla, a sus paniaguados, a sus ayudas de cámara, y hasta a los barberos que los afeitan. Esa gente, que sirvió a la Gloriosa primero y después a la Restauración, está con el agua al cuello, porque tiene que atender a los de ahora, sin desamparar a los de antes, que andan ladrando de hambre. Pez ha metido aquí a alguien que estuvo en la facción y a otros que retozaron con la cantonal. ¿Cómo puede olvidar Pez que los del gorro colorado le sostuvieron en la Dirección de Rentas, y que los amadeístas casi casi le hacen ministro, y que los moderados del tiempo de sor Patrocinio le dieron la gran cruz?

Villaamil oía estos sabios consejos los ojos bajos, la expresión lúgubre y sin desconocer cuán razonables eran. Mientras que los dos amigos departían de este modo, totalmente abstraídos de lo que en la oficina pasaba, el maldito cojo Salvador Guillén trazaba en una cuartilla de papel, con humorísticos rasgos de pluma, la caricatura de Villaamil, y una vez terminada, y habiendo visto que era buena, puso por debajo: "El señor de *Miau* meditando sus planes de Hacienda." Pasaba el papel a sus compañeros para que se riesen, y el monigote iba de pupitre en pupitre, consolando de su aburrimiento a los infelices condenados a la esclavitud perpetua de las oficinas.

Cuando Pantoja y Villaamil hablaban de generalidades tocantes al ramo, no sonaban con armonioso acuerdo sus dos voces. Es que discrepaban atrozmente en ideas, porque el criterio del honrado era estrecho y exclusivo, mientras Villaamil tenía concepciones amplias, un plan sistemático, resultado de sus estudios y experiencia. Lo que sacaba de quicio a Pantoja era que su amigo preconizara el *income tax*, haciendo tabla rasa de la Territorial, la Industrial y Consumos. El impuesto sobre la renta, basado en la declaración, teniendo por auxiliares el amor propio y la buena fe, resultaba un disparate aquí, donde casi casi es preciso poner al contribuyente delante de una horca para que pague. La simplificación, en general, era contraria al espíritu del *probo funcionario*, que gustaba de mucho personal, mucho lío y muchísimo mete y saca de papeles. Y, por último, algo había del recelo personal en Pantoja, pues aquella manía de suprimir las contribuciones era como si quisiesen suprimirle a él. Sobre esto discutían acaloradamente hasta que a los dos se les agotaba la saliva. Y cuando Pantoja tenía que salir porque le llamaba el director, y se quedaba Villaamil solo con los subalternos, éstos se distraían y solazaban un rato a cuenta de él, distinguiéndose el cojo Guillén por su intención maligna.

—Dígame, don Ramón, ¿por qué no publica usted su plan para que lo conozca el país?

—Déjame a mí de publicar planes —paseándose agitadamente por la oficina—. ¡Sí; buen caso me haría ese puerco de país! El ministro los ha leído y les ha dado un vistazo el director de Contribuciones. Como si no ... Y no es la dificultad de enterarse pronto, porque en las Memorias que he escrito he atendido: primero, a la sencillez; segundo, a la claridad; tercero, a la brevedad.

—Yo creí que eran muy largas, pero muy largas—dijo Espinosa con gravedad—. Como abrazan tantos puntos...

—¿Quién le ha dicho a usted semejante cosa?—enfadándose—. Si cada una no abraza más que un punto, y son cuatro. Y basta y sobra. ¡Ojalá no me hubiera ocupado de escribirlas! Bienaventurados los brutos...

—Porque de ellos es la nómina de los cielos... Bien dicho, señor don Ramón —observó Argüelles, mirando con ojeriza a Guillén, a quien detestaba—. A mí también se me ocurrió un plan; pero no quise darlo a luz. Más cuenta me tenía componer el solo de trompa.

—Eso, toque usted la trompa y déjese de arreglar la Hacienda, que, al paso que va, pronto ni los rabos. Mire usted, amigo Argüelles—parándose ante la mesa del caballero de Felipe Cuarto, la capa terciada, la mano derecha muy expresiva—, yo he consagrado a esto mi experiencia de tantos años. Podré acertar o no, pero que aquí hay algo, que aquí hay una idea, no puede dudarse —todos le oían con gran atención—. Mi trabajo consta de cuatro Memorias o tratados, que llevan su título, para más fácil inteligencia. Primer punto: *Moralidad.*

—Muy bien. Rompe lanza la moralidad, que es lo primero.

—Es el fundamento del orden administrativo. Moralidad arriba, moralidad abajo, a izquierda y a derecha. Segundo punto: *Income tax.*

—Que es la madre del cordero.

—Fuera Territorial, Subsidio y Consumos. Lo sustituyo con el impuesto sobre la renta, con su recarguito municipal, todo muy sencillo, muy práctico, muy claro; y expongo mis ideas sobre el método de cobranza, apremios, investigación, multas, etcétera. Tercer punto: *Aduanas.* Porque, fíjense ustedes, las Aduanas no son sólo un arbitrio, son un método de protección al trabajo nacional. Establezco un arancel bien remontadito, para que prosperen las fábricas y nos vistamos todos con telas españolas.

—*Superior de Holanda*... Don Ramón, Bravo Murillo era un niño de teta... Siga usted...

—Cuarto punto: *Unificación de la Deuda.* Recojo todo el papel que anda por ahí con diferentes nombres (*Tres* consolidado, Diferido, Bonos, Banco y Tesoro, Billetes hipotecarios) y lo canjeo por un cuatro por ciento, emitido al tipo que convenga... Se acabaron los quebraderos de cabeza...

—Sabe usted más, don Ramón, que el muy marrano que inventó la Hacienda. Coro de plácemes. El único que callaba era Argüelles, que no gustaba de reírle mucho las gracias a Guillén.

—No es que sepa mucho—con modestia—; es que miro las cosas *de la casa* como mías propias, y quisiera ver a este país entrar de lleno por la senda del orden. Esto no es ciencia; es buen deseo, aplicación, trabajo. Ahora bien, ¿ustedes me hicieron caso? Pues ellos tampoco. Allá se las hayan. Llegará día en que los españoles tengan que andar descalzos y los más ricos pedir para ayuda de un panecillo...; digo, no pedirán limosna porque no habrá quien la dé. A eso vamos. Yo les pregunto a ustedes: ¿tendría algo de particular que me restituyesen a mi plaza de jefe de Administración? Nada, ¿verdad? Pues ustedes verán todo lo que quieran, pero eso no lo han de ver. Vaya, con Dios.

Salía encorvado, como si no pudiera soportar el peso de la cabeza. Todos le tenían lástima; pero el despiadado Guillén siempre inventaba algún sambenito que colgarle a la espalda después que se iba.

—Aquí he copiado los cuatro puntos conforme los decía; señores, oro molido. Vengan acá. ¡Qué risa, Dios! Vean, vean los cuatro títulos, escritos uno bajo el otro.

Moralidad.
Income tax.
Aduanas.
Unificación de la Deuda.

Juntadas las cuatro iniciales, resulta la palabra *M I A U.*

Una explosión de carcajadas retumbó en la oficina, poniéndola tan alegre como si fuera un teatro.

XXIII

Desconcertada para muchos días quedó Abelarda después del largo diálogo aquel con Víctor; pero ponía la infeliz tal arte en evitar que su madre y su tía comprendieran el estado de su ánimo, que lo lograba al fin. Desde el día posterior a las incomprensibles declaraciones de Víctor notó a éste taciturno. Evitaba encontrarse solo con su cuñada; apenas la miraba, y ni por incidencia le dirigía palabra alguna. Creyérase que un delicado asunto personal le traía caviloso. Transcurrido poco tiempo, observó Abelarda que estaba de mejor temple y que le echaba miradas amorosas y lánguidas, a las que ella, sin poderlo re-

mediar, respondía con otras inflamadas, aunque rapidísimas. Delante de la familia le hablaba Víctor; pero a solas, ni jota. Estaban, pues, como los que se aman y no se atreven a decírselo; mas ella esperaba ese estallido impensado y súbito de la ocasión que no falta nunca, como si las leyes del tiempo y del espacio tuvieran marcado el necesario instante en que se junten las órbitas de los seres compelidos a ello por la voluntad. En aquella temporada le dió a la insignificante por ir a la iglesia bastante a menudo. Las prácticas religiosas de los Villaamil se concretaban a la misa dominguera en las Comendadoras, y esto no con rigurosa puntualidad. Don Ramón faltaba rara vez; pero doña Pura y su hermana, por aquello de no estar vestidas, por quehaceres o por otra causa, quebrantaban algunos domingos el precepto. Abelarda se sentía ansiosa de corroborar su espíritu en la religión y meditar en la iglesia; se consolaba mirando a los altares, el sagrario, donde el propio Dios está guardado, oyendo devotamente la misa, contemplando los santos y vírgenes con sus ahuecadas vestiduras. Estos inocentes consuelos le sugirieron pronto la idea de otro más dulce y eficaz: el confesarse; porque sentía la necesidad imperiosa y punzante de confiar a alguien un secreto que no le cabía en el corazón. Temía que si no lo confiaba, *se le escaparía* a lo mejor con espontaneidad indiscreta delante de sus padres, y esto la aterraba, porque sus padres se habrían de enfadar cuando lo supieran. ¿A quién confiarlo? ¿A Luis? Era muy niño. Hasta se le pasaba por las mientes el disparate increíble de revelar su secreto al buenazo de Ponce. Por último, el mismo sentimiento religioso que se amparaba en su alma le inspiró la solución, y a la mañana siguiente de pensarla acercóse al confesonario y le contó al cura lo que le pasaba, añadiendo pormenores que al sacerdote no le importaba saber. Después de la confesión se quedó la insignificante muy aliviada y con el espíritu bien dispuesto para lo que pudiera sobrevenir.

Como era tiempo de Cuaresma, había ejercicios todas las tardes en las Comendadoras y los viernes en Montserrat y en las Salesas nuevas. Algo chocaba a la familia la asiduidad con que Abelarda iba a la iglesia, y a doña Pura no se le pudrió en el cuerpo esta observación impertinente:

—¡Vaya, hijita, a buenas horas, mangas verdes!

La circunstancia de que Ponce estaba complacidísimo y un sí es no es entusiasmado con las devociones de su novia, por ser él uno de los chicos más católicos de la generación presente—aunque más de pico que de obras, como suele suceder—, acalló las susceptibilidades de doña Pura. El ínclito joven acompañaba a su novia algunas tardes a la iglesia, a pesar de las reiteradas instancias de ella para que la dejara sola. Comúnmente la esperaba al salir, y juntos iban hasta la casa, hablando del predicador, como la noche antes, en la tertulia, hablaban de los cantantes del Real. Si Abelarda iba temprano a la iglesia, la acompañaba Luis, que a poco de probar estas excursiones tomó grandísima afición a ellas. El buen Cadalsito pasaba un rato de devoción y compostura; pero luego se cansaba y se ponía a dar vueltas por la iglesia, mirando los estandartes de la Orden de Santiago que hay en las Comendadoras, acercándose a la reja grande para atisbar a las monjas, inspeccionando los altares recargados de exvotos de cera. En Montserrat, iglesia perteneciente al antiguo convento que es hoy cárcel de mujeres, no se encontraba Luis tan a gusto como en las Comendadoras, que es uno de los templos más despejados y más bonitos de Madrid. A Montserrat encontrábalo frío y desnudo; los santos estaban mal trajeados; el culto le parecía pobre, y, además de esto, había en la capilla de la derecha, conforme entramos, un Cristo grande, moreno, lleno de manchurrones de sangre, con enaguas y una melena natural tan larga como el pelo de una mujer, la cual efigie le causaba tanto miedo, que nunca se atrevía a mirarla sino a distancia, y ni que le dieran lo que le dieran entraba en su capilla.

Sucedió más de una vez que Cadalsito, en su inquieta vagancia dentro de la iglesia, se sentaba en algún banco solitario, sintiéndose acometido del mal precursor de la extraña visión. Más de una vez se dijo que en tal sitio, a poco que se adormilase, había de ver al *Señor de la barba blanca,* por ser aquélla una de sus casas. Pero cerraba los ojos, haciendo como una mental evocación de la ex-

traordinaria visita, y ésta no se presentaba. En alguna ocasión, no obstante, creyó ver al augusto anciano saliendo por una puerta de la sacristía y perdiéndose en el altar, como si se introdujera por invisible hueco. También le pareció que el mismo Señor salía revestido de la sacerdotal túnica y casulla bordada, a decir misa, a *decirse a Sí mismo la misa*, cosa que a Cadalsito le pareció por demás extraña. Pero no estaba muy seguro de que esto fuera así, y bien podía ser que se engañase; al menos, grandes dudas tenía sobre el particular. Una tarde, oyendo en Montserrat el rosario que rezaba el cura, al cual contestaban en la iglesia unas dos docenas de mujeres y en el coro las presas, que debían de ser más de ciento, por el murmullo intensísimo que sus voces hacían, Luisito se sintió con los síntomas de somnolencia. En la iglesia había muy poca luz, y todo en ella era misterio, sombras, que la cadencia tétrica del rezo hacía más cerradas y tenebrosas. Desde donde Cadalsito estaba veía un brazo del Cristo aquel y la lamparilla que junto al brazo colgaba del techo. Le entró tal pánico, que se habría marchado a la calle si hubiera podido; pero no se pudo levantar. Hizo propósito de vencer el sopor, y se pellizcó los brazos diciendo: "¡Ay! ¡Contro! Si me duermo y se me pone al lado el Cristo de las melenas, del miedo me caigo muerto." Y el miedo y los esfuerzos por despabilarse vencían al fin su insano sopor.

En cambio de estos malos ratos, Montserrat se los proporcionaba buenos cuando se aparecía por allí su amigo y condiscípulo Silvestre Murillo, hijo del sacristán. Silvestre inició a Luis en algunos misterios eclesiásticos, explicándole mil cosas que éste no comprendía; por ejemplo: qué era la Reserva del Santísimo, qué diferencia hay entre el Evangelio y la Epístola, por qué tiene San Roque un perro y San Pedro llaves, metiéndose en unas erudiciones litúrgicas que tenían que oír.

—La Hostia, verbigracia, lleva dentro a Dios, y por eso los curas, antes de cogerla, se lavan las manos para no ensuciarla; y *dominus vobisco* es lo mismo que decir: *Cuidado, que seáis buenos.*

Metidos los dos en la sacristía. Silvestre le enseñaba las vestiduras, las hostias sin consagrar, que Cadalso miraba con respeto supersticioso; las piezas del monumento que pronto se armaría, el palio y la manga-cruz, revelando en el desenfado con que lo enseñaba y en sus explicaciones un cierto escepticismo, del cual no participaba el otro. Pero no pudo Murillito hacerle entrar en la capilla del Cristo de las melenas, ni aun asegurándole que él las había tenido en la mano cuando su madre se las peinaba, y que aquel Señor era muy bueno y hacía la mar de milagros.

Como la mente de los chicos se impresiona con todo, y a esta impresión se amolda con energía y prontitud su naciente voluntad, aquellas visitas a la iglesia despertaron en Cadalsito el deseo y propósito de ser cura, y así lo manifestaba a sus abuelos una y otra vez. Todos se reían de esta precoz vocación, y al mismo Víctor le hizo mucha gracia. Sí, Luisito aseguraba que o no sería nada o cantaría misa, pues le entusiasmaban todas las funciones sacerdotales, incluso el predicar, incluso el meterse en el confesonario para *oír los pecados de las mujeres.* Díjolo con ingenuidad tan graciosa, que todos se partieron de risa, y de ello tomó pie Víctor para romper a hablar a solas con la insignificante por primera vez después de la conferencia de marras. No estaba presente ninguna persona mayor, y el único que podía oír era Luis, y estaba engolfado en su álbum filatelítico.

—Yo no diré, como mi hijo, que quiero ordenarme; ¡pero ello es que de algún tiempo a esta parte siento en mí una necesidad tan viva de creer!... Este sentimiento, júzgalo como quieras, me viene de ti, Abelarda—aquí una mirada amplia, sostenida, ternísima—, de ti, y de la influencia que tu alma tiene sobre la mía.

—Pues cree, ¿quién te lo impide?—repuso la joven, que se sentía aquella tarde con facilidades para hablar, y esperaba mayor claridad en él.

—Me lo impiden las rutinas de mi pensamiento, las falsas ideas adquiridas en el trato social, que forman una broza difícil de extirpar. Me convendría un maestro angélico, un ser que me amase y que se interesara por mi salvación. Pero ¿dónde está ese ángel? Si existe, no es para mí. Soy muy desgraciado. Veo el bien muy próximo, y no me pue-

do acercar a él. Dichosa tú si no comprendes esto.

Encontrábase la señorita de Villaamil con fuerzas para tratar aquel asunto, porque la religión se las diera hasta para confesar su secreto a quien no debía oírlo de sus labios.

—Yo quise creer, y creí—dijo—. Yo busqué un alivio en Dios, y lo encontré. ¿Quieres que te cuente cómo?

Víctor, que, sentado junto a la mesa, se oprimía la cabeza entre las manos, levantóse de pronto, diciendo con el tono y gesto de un consumado histrión:

—No hables: me atormentarías sin consolarme. Soy un réprobo, un condenado...

Estas frases de relumbrón, espigadas sin criterio en diferentes libros, las traía muy preparaditas para espetarlas en la primera ocasión. Apenas dichas, acordóse de que había quedado en juntarse en el café con varios amigos, y buscó la fórmula para cortar la hebra que su cuñada había empezado a tender entre boca y boca.

—Abelarda, necesito alejarme, porque si estoy aquí un minuto más..., yo me conozco: te diré lo que no debo decirte..., al menos todavía... Dame tu permiso para retirarme. Voy a dar vueltas por las calles, sin dirección fija, errante, calenturiento, pensando en lo que no puede ser para mí..., al menos todavía...

Dió un suspiro, y hasta otra... Dejó a la insignificante confusa y con un palmo de morros, procurando desentrañar el significado de aquel *al menos todavía*, frase de risueños horizontes.

Por la noche, antes de comer, Víctor entró muy gozoso y dió un abrazo a su suegro, al cual no le hicieron gracia tales confianzas, y estuvo por decirle: "¿En qué pícaro bodegón hemos comido juntos?"

No tardó el otro en explicar los móviles de su enhorabuena. Había estado en el Ministerio aquella tarde, y el jefe del personal le dijo que Villaamil iba en la primera hornada.

—¡Otra vez el mismo cuento!—exclamó don Ramón, furioso—. ¿De cuándo acá es permitido que te burles de mí?

—No es burla, hombre—manifestó doña Pura, alentada por dulces esperanzas—. Cuando él te lo dice es porque lo sabe.

—Créalo usted o no lo crea, es verdad.

—Pues yo lo niego, yo lo niego—declaró Villaamil, rayando el aire con el dedo índice de la mano derecha—. Y de mí no se ríe nadie, ¿estamos? ¿Cuándo y por dónde te has ocupado tú de mí en el Ministerio? Tú vas allá por tus asuntos propios, por trabajar tu ascenso, que te darán... ¡Ah! Yo estoy cierto de que te lo dan... Bueno fuera que no.

—Pues yo le digo a usted—con gran energía—que podré haber ido otras veces con ese objeto; pero hoy por hoy fuí, y por cierto en compañía de dos diputados de muchísima influencia, exclusivamente a interceder por usted, a hablarle gordo al jefe del personal, después de teclear al ministro. Si no se lo digo a usted porque me lo agradezca; si esto no tiene mérito ninguno... Y tan cierto como es luz esa que nos alumbra —con solemne acento—, lo es que yo dije a los amigos que me apoyan: "Señores, antes que mi ascenso, pídase la colocación de mi suegro." Repito que no lo digo para que me lo agradezca nadie. Vaya un puñado de anís...

Doña Pura estaba radiante, y Villaamil, desconcertado en su pesimismo, parecía un combatiente a quien le destruyen de improviso las defensas que le amparan, dejándole inerme y desnudo ante las balas enemigas. Esforzábase en recobrar su aplomo pesimista...

—Historias... Bueno, y aunque fuese verdad que Juan, Pedro y Diego me recomendaran, ¿de eso se sigue que me coloquen? Déjame en paz, y pide para ti, pues sin abrir la boca te lo han de dar, mientras que yo, aunque vuelva loco al género humano, nada alcanzaré.

Abelarda, aunque no desplegó los labios, sentía su pecho inundado de gratitud hacia Víctor, y se congratulaba de amarle, declarándose que ninguna duda podía existir de la bondad de sus sentimientos. Imposible que aquel acento noble y hermoso no fuera el acento de la verdad. Mientras comían, se discutió lo mismo: Villaamil, opinando tercamente que jamás habría piedad para él en las esferas ministeriales, y la familia entera sosteniendo con denuedo lo contrario. Entonces soltó Luisito aquella frase que fué célebre en la familia durante una semana y se comentó y repitió hasta la saciedad, celebrándola como gracia inapreciable, o como uno de

esos rasgos de sabiduría que de la mente divina pueden descender a la de los seres cuyo estado de gracia les comunica directamente con aquélla. Lo dijo Cadalsito con ingenuidad encantadora y cierto aplomo petulante que aumentaba el hechizo de sus palabras.

—Pero, abuelito, parece que eres tonto ¿Por qué estás pidiendo y pidiendo a esos tíos de los ministerios, que son unos cualisquiera y no te hacen caso? Pídeselo a Dios, ve a la iglesia, reza mucho, y verás como Dios te da el destino.

Todos se echaron a reír; pero en el ánimo de Villaamil hizo efecto muy distinto la salida del inspirado niño. Por poco se le saltan al buen viejo las lágrimas, y dando un golpe en la mesa con el cabo del tenedor, decía:

—Ese demonches de chiquillo sabe más que todos nosotros y que el mundo entero.

XXIV

Marchóse Víctor apenas tomado el postre, que era, por más señas, miel de la Alcarria, y de sobremesa, doña Pura echó en cara a su marido la incredulidad y desabrimiento con que éste había oído lo expresado por el yerno.

—¿Por qué no ha de ser cierto que se interesa por ti? No debemos ponernos siempre en la mala. Es más: Víctor, si no lo ha hecho ya, estaba en la obligación de hacerlo.

—Pues es claro...—observó Abelarda, dispuesta a hacer panegírico ardiente de su cuñado, a quien no entendía en la cuestión de amores, pero cuya cacareada maldad estimaba calumniosa.

—¿Pero vosotras—dijo Villaamil, sulfurándose—sois tan cándidas que creéis lo que dice ese embustero trapalón?... Apuesto lo que queráis a que, en vez de recomendarme, lo que ha hecho es llevarle al jefe del personal algún cuento para que se le quiten las pocas ganas que tiene de servirme...

—¡Jesús, Ramón!

—¡Papá, por Dios!... También usted tiene unas cosas...

—Parece mentira que en tantos años no hayáis aprendido a conocer a ese hombre—exaltándose—, el más malo y traicionero que hay bajo la capa del sol. Para hacerle más temible, Dios, que ha hecho tan hermosos a algunos animales dañinos, le dió a éste el mirar dulce, el sonreír tierno y aquella parla con que engaña a los que no le conocen, para atontarlos, fascinarlos y comérselos después... Es el monstruo más...

Detúvose Villaamil al reparar que estaba presente Luisito, que no debía oír semejante apología. Al fin, era su padre. Y por cierto que el pobre niño clavaba en el abuelo sus ojos con expresión de terror. Abelarda, como si le arrancaran el corazón a tenazazos, sentía impulsos de echarse a llorar, seguidos de un brutal anhelo de contradecir a su padre, de taparle la boca, de disparar algún denuesto contra su cabeza venerable. Levantóse y se fué a su cuarto, aparentando que entraba a buscar algo, y desde allí oyó aún el murmullo de la conversación... Doña Pura denegaba tímidamente lo dicho por su esposo, y éste, después que se retiró Luisito, llamado por Milagros para lavarle en la cocina boca y manos, reiteró su bárbaro, implacable y sangriento anatema contra Víctor, añadiendo que con él no iba ni a recoger monedas de cinco duros. Era tan hondo el acento del buen Villaamil, y tan lleno de sinceridad y convicción, que Abelarda creyó volverse loca en aquel mismo instante, soñando como único alivio a su desatada pena salir de casa, correr hacia el viaducto de la calle de Segovia y tirarse por él. Figurábase el momento breve de desplomarse al abismo, con las enaguas sobre la cabeza, la frente disparada hacia los adoquines. ¡Qué gusto! Después, la sensación de convertirse en tortilla, y nada más. Se acabaron todas las fatigas.

A poco de esto, empezó a llegar la escogida sociedad que frecuentaba en determinadas noches aquella elegante mansión. Milagros, terminada su faena en la cocina, preparó la luz de petróleo para iluminar la sala. Se arregló, dejando en la cocina a la vieja que iba a fregar, pues la *pudorosa Ofelia*, si se adaptaba con gusto a todos los ramos de la culinaria, no entraba con aquel rudo trajín del fregado, y a poco penetró en *sus salones* tan bien apañadita que daba gusto verla. Abelarda tardó más en presentarse, y apareció, al fin, con tan fuerte mano de polvos en la cara que parecía una molinera. Y aún no bastaba tanto afeite a disi-

mular el tono cadavérico de su faz ni el cerco violado de sus ojos. Virginia Pantoja, su madre y otras señoras la observaron y callaban, guardando sus comentarios para posdata de la tertulia. Ninguna de las amigas dejó de decir para sí: "¡Ajadilla está!" Fué también aquella noche Salvador Guillén, el cual presentó a su compañero de oficina, el elegante Espinosa. Villaamil, desde que empezaba a entrar gente, se iba a la calle, renegando de la tal tertulia, y se pasaba en el café un par de horitas oyendo hablar de crisis o probando, como dos y tres son cinco, que debía haberla. Solía Pantoja acompañarle, volviendo después con él para recoger a su familia, y por el camino seguían glosando el tema eterno, sin agotarlo nunca ni encontrar jamás la última variación. Conocedor sagaz de la vida burocrática y de las misteriosas energías psicológicas que determinan la elevación y caída de funcionarios, Pantoja trazaba a su amigo un nuevo plan de campaña. Primero, sin perjuicio de buscarse entre la gente política de influencia algún padrinazgo de empuje, convenía no dejar vivir al ministro, ni al jefe del personal; convertirse en su sombra, espiarles las entradas y salidas, acometerlos cuando más descuidados estuvieran, ponerlos en el terrible dilema de la credencial o la vida, imponerse por el terror. De esta manera se sacaba siempre tajada, pues, al fin, ministros, subsecretarios y jefes del personal eran hombres, y para poder respirar y vivir daban al mosconcito lo que pedía, por quitárselo de encima de su alma y perderlo de vista. Reconociendo el profundo sentido humano y político de estos consejos, Villaamil deploraba sinceramente haber llegado al extremo de ser él lo que tantas veces había censurado en otros; acosador importuno y pordiosero inaguantable.

Víctor no solía concurrir a las tertulias; pero aquella noche entró más temprano que de costumbre y pasó a la sala, produciendo la admiración de Virginia Pantoja y de las chicas de Cuevas. ¡Era tan superior por todos conceptos a los tipos que allí se veían! Guillén le tenía ojeriza, y como Víctor le pagaba en la misma moneda, se tiroteaban con frases de doble sentido, haciendo reír a la concurrencia.

Al día siguiente, antes de almorzar, hallándose en el comedor Víctor, su suegra, Abelarda y Luisito, que acababa de llegar de la escuela, dijo Cadalso a doña Pura:

—Pero ¿cómo reciben ustedes en su casa a ese cojo inmundo? ¿No comprenden que viene por divertirse observando y contar luego en la oficina lo que ve?

—Pero ¿acaso tenemos monos pintados en la cara—dijo Pura con desenfado—, para que ese cojitranco venga aquí nada más que a reírse?

—Es un sapo venenoso, que en cuanto ve algo que no es sucio como él, se irrita y suelta toda la baba. Cuando papá va a la oficina de Pantoja, ¿en qué creen ustedes que se ocupa Guillén? En hacerle la caricatura. Tiene ya una colección que anda de mano en mano entre aquellos gandules. Ayer, sin ir más lejos, vi una con un letrero al pie que dice: "El señor de *Miau* meditando su plan de Hacienda." Había ido corriendo de oficina en oficina, hasta que Urbanito Cucúrbitas la llevó al Personal, donde el majadero de Espinosa, hermano de ese cursilón que estuvo aquí anoche, la pegó en la pared con cuatro obleas para que sirviera de chacota a todo el que entraba. Cuando vi aquello me sulfuré, y por poco se arma allí la de San Quintín.

Doña Pura se indignó tanto, que el coraje le cortaba la respiración y la palabra.

—Pues yo le diré a ese galápago que no vuelva a poner los pies en mi casa... Y ¿cómo dices que llaman a mi marido? ¿Habrá desvergüenza?...

—Es que le quieren aplicar ahora el mote que le pusieron a la familia en el Real—dijo Víctor, dulcificando su crueldad con una sonrisa—; mote que no tiene maldita gracia.

—¡A nosotras, a nosotras!—exclamaron a un tiempo, rojas de ira, las dos hermanas.

—Tomémoslo a risa, pues no merece otra cosa. Es público y notorio que cuando toman ustedes posesión de su sitio en el paraíso, todo el mundo dice: "Ya están ahí las *Miaus*..." ¡Qué tontería!

—¡Y el muy mamarracho se ríe de la gracia!—exclamó doña Pura, cogiendo lo primero que encontró a mano, que

fué un pan, y apuntando con él a la cabeza de su yerno.

—No, no la emprenda usted conmigo, señora, que no soy yo autor del apodo... Pues si yo las acompañara a ustedes alguna vez y un cursi de aquellos se atreviera a maullar delante de mí, de la primera bofetada todas sus muelas salían a tomar el aire.

—No estás tú mal fastasmón—devorando su ira—. Pico, y nada más que pico. ¡Si no tuviéramos nosotras más defensa que tú...!

La ira de las dos hermanas era nada en comparación de la que agitaba el ánimo de Luisito Cadalso al oír que el cojo Guillén motejaba a su abuelo y le ponía en solfa; y para sí decía: "De todo esto tiene la culpa *Posturitas*, y le he de dar *pa* el pelo, porque la ordinariota de su mamá, que es hermana de Guillén, fué la que puso el mote, ¡contro!, y luego se lo dijo al cojo, que es un sapo venenoso, y el muy canalla se lo ha dicho a los de la oficina."

Tan rabioso se puso, que al ir a la escuela cerraba los puños y apretaba los dientes. De seguro que si encuentra a *Posturitas* en la calle la emprende con él dándole una morrada buena en *mitá la cara*. Tocóle después estar a su lado en la clase y le pegó con el codo, diciéndole:

—No *quio na* contigo, sinvergüenza. Tú no eres caballero, ni tu familia tampoco *son* caballeros.

El otro no le contestó, y dejando caer la cabeza sobre el brazo, cerró los ojos como vencido de un profundo sueño. Hubo de notar entonces Cadalso que su amigo tenía la cara muy encendida, los párpados hinchados, la boca abierta, respirando por ella, y a ratos soplando fuertemente por la nariz, como si quisiera desobstruirla. Nuevos y más fuertes codazos de Luisito no le hicieron salir de aquel pesado sopor.

—¿Qué tienes, recontro?... ¿Estás malo?

La cara de *Posturitas* echaba fuego. El maestro llegó por allí, y viéndole en tal estado y que no había medio de enderezarle, le observó, le pulsó, le puso la mano en la cara.

—Chiquillo, tú estás malo; vete corriendo a tu casa y que te acuesten y te abriguen bien para que sudes.

Levantóse entonces el rapaz tambaleándose, y con cara y gesto de malísimo humor, atravesó la sala de la escuela. Algunos compañeros le miraron con envidia porque se iba a su casa antes que los demás. Otros, Cadalsito entre ellos, creían que la enfermedad era farsa, pura comedia para irse de pingo y estarse brincando toda la tarde en el Retiro con los peores gateras de Madrid. Porque era muy pillo, muy embustero, y en poniéndose a inventar y a hacer pamemas no había quien le ganara.

Al día siguiente, Murillito trajo la noticia de que Paco Ramos estaba enfermo de tabardillo, y que le había entrado tan fuerte, pero tan fuerte, que si no bajaba la calentura aquella noche se moriría. Hubo discusión a la salida sobre ir o no a verle.

—Que eso se pega, *hombre*.

—Que no se pega... ¡Bah, tú!

—Morral.

—Morral él.

Por fin, Murillito, otro que llamaban Pando, y Cadalso con ellos, fueron a verle. Era a dos pasos de la escuela, en la casa que tiene farol y muestra de prestamista. Subieron los tres muy ternes, discutiendo todavía si se pegaba o no se pegaba la *tifusidea*, y Murillito, el más farfantón de la partida, los animaba escupiendo por el colmillo.

—No seáis gallinas. ¡Si creeréis que por entrar *vus* vais a morir...!

Llamaron y les abrió una mujer, quien al ver la talla y fuste de los visitantes no les hizo maldito caso y los dejó plantados, sin dignarse responder a la pregunta que hizo Murillito. Otra mujer pasó por el recibimiento y dijo:

—¿Qué buscan aquí estos monos? ¡Ah! ¿Venís a saber de Paquito? Más animado está esta tarde...

—Que pasen, que pasen—gritó dentro otra voz femenil—, a ver si mi niño los conoce.

Vieron, al entrar, el despacho de los préstamos, donde estaba un señor de gorro y espejuelos, que *parecía un ministro* (según pensó Cadalso), y atravesaron luego un cuarto grande, donde había ropa, golfos de ropa, la mar de ropa, y por fin, en una habitación, toda llena de capas dobladas, cada una con su cartón numerado, yacía el enfermo, y a su lado dos enfermeras, la una sentada en el suelo, la otra junto al lecho. *Posturitas* había delirado atroz-

mente toda la noche y parte de la mañana. En aquel momento estaba más tranquilo, sin que el recargo se iniciara aún.

—Rico—le dijo la mujer o señora instalada a la cabecera, y que debía de ser la mamá—, aquí están tus amiguitos, que vienen a preguntar por ti. ¿Quieres verlos?

El pobre niño exhaló una queja, como si quisiera romper a llorar, lenguaje con que indican las criaturas enfermas lo que les desagrada y molesta, que suele ser todo lo imaginable.

—Míralos, míralos. Te quieren mucho.

Paquito dió una vuelta en la cama, e incorporándose sobre un codo echó a sus amigos una mirada atónita y vidriosa. Tenía los ojos, aunque inflamados, mortecinos, los labios tan cárdenos que parecían negros, y en los pómulos manchas de color de vino. Cadalso sentía lástima y también terror instintivo, que le mantuvo desviado de la cama. La mirada fija y sin luz de su compañero de escuela le hacía temblar. Paco Ramos, sin duda, no conoció de los tres más que a Luisito, porque sólo dijo *Miau, Miau,* después de lo cual su cabeza se derrumbó sobre la almohada. La madre hizo una seña a los chicos para que despejaran, y ellos obedecieron como unos santos. En la habitación próxima tropezaron con dos hermanillos de *Posturitas,* más chicos que él, carisucios y culirrotos, los zapatos agujereados y los mandiles hechos una sentina. El uno arrastraba un muñeco de trapo amarrado por el pescuezo, y el otro un caballo sin patas, gritando como un desesperado: "¡Arre!" Al ver gente menuda se fueron detrás, deseando hacer migas con ella; pero Murillo, echándoselas de persona, los reprendió por la bulla que armaban estando el hermanito malo. Ellos se miraron estupefactos. No comprendían jota. El más pequeño sacó del bolsillo del delantal un pedazo de pan ya muy lamido, todo lleno de babas, y le metió el diente con fe. Al pasar por la sala, el señor aquel que parecía un ministro estaba examinando los mantones de Manila que le presentaba una mujer. Los tres amigos le saludaron con exquisita cortesía, pero él no les contestó.

XXV

Muy pensativo se fué Cadalsito a su casa aquella tarde. El sentimiento de piedad hacia su compañero no era tan vivo como debiera, porque el mameluco de Ramos le había insultado, arrojándole a la cara el infamante apodo, delante de gente. La infancia es implacable en sus resentimientos, y la amistad no tiene raíces en ella. Con todo, y aunque no perdonaba a su mal educado compañero, pensó pedir por él en esta forma: "Ponga usted bueno a *Posturitas.* A bien que poco le cuesta. Con decir: *Levántate, Posturas,* ya está." Acordándose después de que la mamá de su amigo, aquella misma señora que estaba junto al lecho tan afligida, era la inventora del ridículo bromazo, renovóse en él la inquina que le tenía. "Pero no es *señora*—pensó—. No es más que *mujer,* y ahora Dios la castiga de firme por poner motes."

Aquella noche estuvo muy intranquilo; dormía mal, se despertaba a cada instante, y su cerebro luchaba angustiosamente con un fenómeno muy singular. Habíase acostado con el deseo de ver a su benévolo amigo, el de la barba blanca; los síntomas precursores se habían presentado, pero la aparición no. Lo doloroso para Cadalsito era que soñaba que la veía, lo que no era lo mismo que verla. Al menos no estaba satisfecho, y su mente forcejeaba en un razonar penoso y absurdo, diciendo: "No es éste, no es éste..., porque yo no le veo, sino sueño que le veo y no me habla, sino sueño que me habla." De aquella febril cavilación pasaba a estotra: "Y no podrá decir ya que no estudio, porque hoy sí que me supe la lección. ¡Contro! El maestro me dijo: "Bien, bien, Cadalso." Y la clase toda estaba turulata. Largué de corrido lo del adverbio, y no me comí más que una palabra. Y cuando dije lo de que caía el maná en el desierto también *me lo supe,* y sólo me trabuqué después en aquello de los Mandamientos, por decir que los trajo encima de un tablero, en vez de una tabla." Luis exageraba el éxito de su lección de aquel día. La dijo mejor que otras veces, pero no había motivo fundado para tanto bombo.

Mala noche fué aquélla para los dos habitantes del estrecho cuarto, pues

Abelarda no hacía más que dar vueltas en su caletre, rebelde al sueño, conciliándolo breves minutos, sintiéndose acometida por bruscos estremecimientos, que la hacían pronunciar algunas palabras, de cuyo sonido se asombraba ella propia. Una vez dijo:

—Huiré con él.

Y al punto le respondió un acento suspirón:

—Con el que tenía los anillos de puros.

Al oír esto dió un salto, aterrada. ¿Quién le respondía? Todo era silencio en la alcoba; pero al poco rato la voz volvió a sonar, diciendo:

—Le castiga usted por malo, por poner motes.

Al fin, la mente de Abelarda se esclarecía, pudiendo apreciar la realidad y reconocer la vocecilla de su sobrino. Volvióse del otro lado y se durmió. Luis murmuraba gimiendo, como si quisiera llorar y no pudiese:

—Que sí me supe la lección..., que sí.

Y al cabo de un rato:

—No me mojes el sello con tu boca negra... ¿Ves? Eso te pasa por malo. Tu mamá no es señora, sino mujer...

A lo que contestó Abelarda:

—Esa elegantona que te escribe cartas no es dama, sino una tía *feróstica*... Tonto, y me desprecias a mí por ella, ¡a mí, que me dejaría matar por...! Mamá, mamá, yo quiero ser monja.

—No...—decía Luis—; ya sé que no le dió usted al señor de Moisés los Mandamientos en un tablero, sino en una tabla... Bueno, en dos tablas... *Posturas* se va a morir. Su padre le envolverá en aquel mantón de Manila... Usted no es Dios, porque no tiene ángeles... ¿En dónde están los ángeles?

Y Abelarda:

—Ya pesqué la llave de la puerta. Quiero escapar. ¡Con el frío que hace, esperándome en la calle!... ¡Vaya un llover!

Luis:

—Es un ratón lo que *Posturas* echa por la boca, un ratón negro y con el rabo *mu* largo. Me escondo debajo de la mesa. ¡Papá!

Abelarda, en voz alta:

—Qué..., ¿qué es eso, Luis?, ¿qué tienes? Pobrecito..., esas pesadillas que le dan. Despierta, hijo, que estás diciendo disparates. ¿Por qué llamas a tu papá?

Despierto también Luis, aunque no con el sentido muy claro:

—Tiita, no duermo. Es que... un ratón. Pero mi papá lo ha cogido. ¿No ves a mi papá?

—Tu papá no está aquí, tontín, duérmete.

—Sí que está... Mírale, mírale... Estoy despierto, tiita. ¿Y tú?

—Despéjate, hijo... ¿Quieres que encienda la luz?

—No... Tengo sueño. Es que todo es muy grande, todas las cosas grandes, y mi papá estaba acostado contigo, y cuando yo le llamé vino a cogerme.

—Prenda, acuéstate de ladito y no tendrás malos sueños. ¿De qué lado estás acostado?

—Del lado de la mano izquierda... ¿Por qué es todo grandísimo, del tamaño de las cosas mayores?

—Acuéstate del lado derecho, alma mía.

—Estoy del lado de la mano izquierda y del pie derecho... ¿Ves?, éste es el pie derecho, ¡tan grande! Por eso la mamá de *Posturas* no es señora. Tiita...

—¿Qué?

—¿Estás dormida?... Yo me duermo ahora. ¿Verdad que no se muere *Posturas*?

—¡Qué se ha de morir, hombre! No pienses en eso.

—Dime otra cosa. Y mi papá, ¿se va a casar contigo?

En la excitación cerebral que producen la oscuridad y el insomnio, Abelarda no pudo responder lo que habría respondido a la luz del día con la cabeza serena, por cuya razón se dejó decir:

—No sé todavía...; verdaderamente no sé nada... Puede...

Poco después murmuró Luis: "Bueno", en tono de conformidad, y se quedó dormido. Abelarda no pegó los ojos en el resto de la noche, y al día siguiente se levantó muy temprano, la cabeza pesadísima, los párpados encendidos y el humor destemplado, deseando hacer algo extraordinario y nuevo, reñir con alguien, así fuese el mismísimo cura cuya misa pensaba oír pronto, o el monago que había de ayudarla. Se fué a la iglesia, y en ella tuvo muy malos pensamientos, tales como escabullirse de la casa, sin saber para qué; casarse con Ponce y pegársela después, meterse monja y amotinar el convento, hacerle una

declaración burlesca de amor al cojo Guillén, empezar la representación de la comedia y retirarse a la mitad, dejándolos a todos plantados; envenenar a Federico Ruiz, tirarse del paraíso del Real a las butacas en lo mejor de la ópera... y otros disparates por el estilo. Pero la permanencia en el templo, silencioso y plácido; las tres misas que oyó, sosegaron poco a poco sus nervios, estableciendo en su cerebro la normalidad de las ideas. Al salir se asustaba y aun se reía de aquellas extravagancias sin sentido. Pasara lo de tirarse del paraíso a las butacas en un momento de desesperación; pero envenenar al pobre Federico Ruiz, ¿a qué santo?

Al llegar a su casa, lo primero que hizo, según costumbre, fué enterarse de si Víctor había salido o no. Resultó que sí, y doña Pura dijo con alegría no disimulada que su yerno almorzaba fuera. Los recursos se le habían ido agotando a la señora con la rapidez solutiva de esa sal puesta en agua que se llama dinero. ¡Cosa más rara! Lo mismo era cambiar un duro que desleírsele pieza a pieza. Y ya veía próximo el aterrador lindero que separa la escasez de la carencia absoluta. Detrás de aquel lindero se alzaban los espectros familiares, mirando a doña Pura y haciéndole muecas. Eran sus terribles compañeros de toda la vida, el deber, el pedir y el empeñar, resueltos a acompañarla hasta la tumba. Ya estaba la señora tirando sus líneas a ver si Víctor le daba medios de zafarse de aquellos socios insufribles. Pero Víctor, a las primeras indirectas, se había hecho el mal entendedor, señal de que no encerraba ya su cartera los tesoros de mejores días. Además, pudo observar doña Pura que por dos o tres veces habían venido a cobrarle a su yerno cuentas de zapateros o sastres, y que Víctor no había pagado, diciendo que volvieran o que él pasaría por allá. Este olor a chamusquina puso a la señora sobre ascuas.

Fueron aquella tarde doña Pura y su hermana a visitar a unas amigas. Milagros encargó a Abelarda que diese una vuelta por la cocina; pero la exaltada joven, al quedarse sola, pues Villaamil había ido al Ministerio y Luis a la escuela, echó al olvido cacerolas y sartenes, y metióse en el cuarto de Víctor, con el fin de revolver, de escudriñar, de ponerse en íntimo contacto con su ropa y los objetos de su uso. Sentía la insignificante, en esta inspección vedada, los estímulos de la curiosidad, mezclados con un goce espiritual de los más profundos. El examen de la indumentaria, la exploración de todos los bolsillos, aunque en ellos no encontrara cosa de verdadero interés, era un gusto que no cambiaría ella por otros más positivos e indiscutibles. Porque manoseando las camisas, se suponía por momentos en una intimidad a la cual su viva imaginación daba apariencias reales. Soñaba actos de los más nobles, como el cuidar la ropa de su hombre, fuera marido o no, deseando algo que arreglar en ella, botón suelto o forro descosido; y en tanto reconocía en el olor la persona, por más señas limpia y elegante, gozando en olfatearla a menor distancia que en familia y ante el mundo. Las pocas veces que Abelarda podía darse estos atracones de idealidad y sensaciones rebuscadas, sus registros de bolsillos no arrojaban ninguna luz sobre el misterio que a su parecer envolvía la existencia de Cadalso. A veces encontraba en el bolsillo del pantalón perros grandes o chicos, billetes de tranvía y butacas de teatro; en los de la americana o levita, alguna nota del Ministerio, alguna carta indiferente. Al concluir, cuidaba de volver todo a su sitio para que no fuera notado el escrutinio, y se sentaba sobre el baúl a meditar. No había sido posible poner en el cuarto de Víctor cómoda ni armario ropero, de modo que tenía su equipo en la misma maleta de viaje, como si estuviera por pocos días en una fonda. Lo que desesperaba a la insignificante era encontrar el baúl siempre cerrado. Allí sí que habría querido ella meter manos y ojos. ¡Qué de secretos guardaría aquella cavidad misteriosa! Varias veces había probado a abrirla con llaves diferentes, pero en vano.

Pues, señor, aquel día, al sentarse en el baúl, ¡tlin!, un rumorcillo metálico. Miró y... ¡las llaves estaban puestas! Víctor se había olvidado de quitarlas, faltando a sus hábitos cautelosos y previsores. Ver las llaves, abrir y levantar la tapa casi fueron actos simultáneos. Gran desorden en la parte superior del contenido. Había allí un sombrero cha-

fado, de los que llaman *livianillos;* cuellos y puños sueltos, cigarros, una caja de papel y sobres, ropa blanca y de punto, periódicos doblados, corbatas ajadas y otras nuevecitas. Abelarda observó todo un buen rato, sin tocar, enterándose bien, como es uso de curiosos y ladrones, de la colocación de los objetos, para volver a ponerlos lo mismo. Luego deslizó la mano por un lado, explorando la segunda capa. No sabía por dónde empezar. Al propio tiempo, la presunción de que Víctor andaba en lios con alguna señora de mucho lustre y empinadísimo copete se imponía y destacaba sobre las ideas restantes. Pronto se descubriría todo; allí se encontraban, de fijo, las pruebas irrecusables. De tal modo dominaba este prejuicio la mente de Abelarda, que antes de descubrir el cuerpo del delito ya creía olfatearlo, porque el olfato era quizá su sentido más despierto en aquellas pesquisas. "¡Ah! ¿No lo dije? ¿Qué es esto? Un ramito de violetas." En efecto, al levantar con cuidado una pieza de ropa, encontró el ramo ajado y oloroso. Siguió explorando. Su instinto, su intuición o corazonada, que tenía la fuerza de una luz precursora o de indicador misterioso, la guiaba por aquellas revueltas honduras. Sacó varias cosas cuidadosamente, las puso en el suelo, y adelante: busca de aquí, busca de allí, su mano convulsa dió con un paquete de cartas. ¡Ah! Por fin había parecido la clave del secreto. ¡Si no podía ser de otro modo! Cogió el paquete, y al sentirlo entre sus dedos infundióle terror su propio hallazgo.

Sin quitar la goma leyó algo ya, pues las cartas no tenían envoltura que las cubriese. Lo primero que se echó a la cara fué una coronita estampada en el membrete de la carta superior; y como no era fuerte en heráldica, no supo si la corona era de marquesa o condesa... Pensó entonces la insignificante en su mucho acierto y sagacidad. No, no podía ella equivocarse al suponer que la misteriosa persona con quién *él* estaba en relaciones era de alta categoría. Había nacido Víctor para las esferas superiores de la vida, como el águila para remontarse a las alturas. Pensar que hombre de tales condiciones descendiese a las esferas de cursilería y pobreza en que ella vivía..., ¡absurdo!, y raciocinando así persuadíase también de que lo incomprensible y tenebroso de la conducta y del lenguaje de Víctor no era falta de él, sino de ella, por no alcanzar con sus cortas luces y su apreciación vulgar de la vida a la superioridad de semejante hombre.

A leer tocan. No sabía la joven por dónde empezar. Hubiera querido echarse al coleto en un santiamén todas las cartas de cruz a fecha. El tiempo apremiaba; su madre y su tía no tardarían en entrar. Leyó rápidamente una, y cada frase fué una cuchillada para la lectora. Allí se trataba de negativa de rompimiento, se daban descargos como respondiendo a una acusación celosa; allí se prodigaban los términos azucarados que Abelarda no había leído nunca más que en las novelas; allí todo era finezas y protestas de amor eterno, planes de ventura, anuncios de entrevistas venideras y recuerdos dulces de las pasadas, refinamientos de precaución para evitar sospechas y, al fin, derrames de ternezas en forma más o menos velada. Pero el nombre, el nombre de la sinvergonzona aquella, por más que la lectora lo buscaba con ansia, no parecía en ninguna parte. La firma no rompía el anónimo; a veces una expresión convencional, *tu chacha, tu nenita;* a veces un simple garabato... Pero lo que es nombre, ni rastros de él. Leyendo todo, todo, cuidadosamente, se habría podido sacar en limpio por referencias quién era la *chacha;* pero Abelarda no podía detenerse; ya era tarde; llamaban a la puerta... Había que colocar todo en su sitio, de modo que no se conociese la mano revoltijera. Hízolo rápidamente, y fué a abrir. Ya no se borró más de su mente, en aquel día ni en los que siguieron, la fingida imagen de la odiada señora. ¿Quién sería? La insignificante se la figuraba hermosota, muy *chic*, mujer caprichosa y desenfadada, como a su parecer lo eran todas las de las altas clases. "¡Qué guapa debe de ser!..., ¡qué perfumes tan finos usará!", se decía a todas horas con palabras de fuego que del cerebro le salían para estampársele en el corazón. "¡Y cuántos vestidos tendrá, cuántos sombreros, cuántos coches!..."

XXVI

Allá va otra vez el amigo don Ramón a la oficina de Pantoja. El no quiere hablar de su pleito, de su cuita inmensa y desgarradora, pero, sin quererlo, habla, y cuanto dice va a parar insensiblemente al eterno tema. Le pasa lo que a los amantes muy exaltados, que cuanto hablan y escriben se convierte en sustancia de amor. Aquel día encontró en la oficina de su amigo a cierto sujeto que discutía ardorosamente. Era un señor de provincia, uno de aquellos enemigos de la Administración a quienes *el honrado* designaba con el desdeñoso nombre de *particulares;* comerciante de vinos al por mayor, con establecimiento abierto, y la Hacienda le había cogido por banda, haciéndole pagar contribución por dos conceptos. Protestó él alegando que renunciaba a detallar, quedándose sólo con el almacén. El asunto pasó a informe de Pantoja. Quejábase *el particular* de que se le hiciera pagar por dos conceptos, y va Pantoja y ¿qué hace? Pues informar que pagará por tres. De suerte que mi hombre, hecho un basilisco, dijo allí tales picardías de la Administración, que por poco le echan a la calle. Villaamil comprendía que tenía razón. Nunca había sido él verdugo del *particular,* como su amigo Pantoja; pero no se atrevió a intervenir por no malquistarse con *el honrado.* Su flaqueza le llevó hasta apoyar la providencia del Dracón administrativo, diciendo:

—Claro, por tres conceptos: por el de detallista, por el de almacenista y por el de fabricante de vinos.

En fin, que el desgraciado *particular* se largó trinando como ruiseñor en la época de celo, y cuando se quedaron solos Villaamil y Pantoja, al primero le faltó tiempo para decir:

—¿Ha vuelto Víctor por aquí? ¿Cómo va su expediente?

Pantoja tardó en responder; tenía la boca lo mismo que si se la hubieran cosido. Se ocupaba en abrir pliegos, dentro de los cuales, al ser abiertos, sonaba la arenilla pegada a la tinta seca, y *el honrado* cuidaba de que los tales polvos no se cayeran, ¡lástima de desperdicio!, y prolijamente los vertía en la salvadera. Era en él costumbre antigua este aprovechamiento de los polvos empleados ya en otra oficina, y lo hacía con nimio celo, cual si mirase por los intereses de su alma, la señora Hacienda.

—Créeme a mí—replicó al fin, dando permiso a la boca y poniendo la mano por pantalla, a fin de que sus oficiales no oyeran—. No le harán nada a tu yerno. El expediente es música. Créeme a mí, que conozco el paño.

—Ventura, las influencias lo pueden todo—observó Villaamil con inmensa pena—; absolver a los delincuentes, y aun premiarlos, mientras los leales perecen.

—Y las influencias que vuelven el mundo patas arriba y hacen escarnio de la justicia no son las políticas...; quiero decir que estas influencias no revuelven el cotarro tanto como otras.

—¿Cuáles?—preguntó Villaamil.

—Las faldas—replicó Pantoja, tan a media voz, que Villaamil no lo oyó y tuvo que hacerse repetir el concepto.

—¡Ah!... Noticia fresca... Pero dime. ¿Crees tú que Víctor, por ese lado...?

—Me ha dado en la nariz—con malicia, llevándose el dedo a la punta de aquella facción—. No aseguro nada; es que yo, con mi experiencia de esta casa, lo huelo, lo huelo, Ramón...; no sé... Puede que me equivoque. Al tiempo. Anoche, en el café, Ildefonso Cabrera, el cuñado de tu yerno, contó de éste ciertos lances...

—¡Dios, qué cosas ve uno!—dijo Villaamil, llevándose las manos a la cabeza.

Y en medio de su catoniana indignación, pensando en aquella ignominia de las faldas corruptoras, se preguntaba por qué no habría también faldas benéficas que, favoreciendo a los buenos, como él, sirvieran a la Administración y al país.

—Ese tuno sabe por dónde anda. Acuérdate de lo que te digo: le echarán tierra al expediente...

—¡Y venga el ascenso..., y ole, morena!

Sonó el timbre, y Pantoja fué al despacho del director, que le llamaba. En cuanto salió, los subalternos la emprendieron con el cesante.

—Amigo Villaamil, ni usted ni yo echaremos buen pelo hasta que no suban los nuestros, y los nuestros son los del petróleo.

—Así subieran mañana—dijo don Ramón, agitando las quijadas y poniendo

en sus ojos toda la ferocidad de su expresión carnívora.

—No lo diga usted de broma, que esto está muy malo. Hay crisis.

—¿Qué broma? ¡Sí, para bromitas está el tiempo! Así saltara esta noche el cantón de Madrid y la *Commune* inclusive, y tocasen a pegar fuego... Les digo a ustedes que el amigo Job era un niño mimado y se quejaba de vicio... Que venga el santo petróleo, que venga. Más de lo que nos han quitado no nos han de quitar... Peor que esta gente no lo han de hacer.

—¿Sabe usted la que corre hoy? Que van a ceder las islas Baleares a Alemania... Y que quieren arrendar las Aduanas a no sé qué empresa belga, recibiendo el primer plazo en unos puentes viejos para ferrocarriles.

—Como si lo viera, hombre, como si lo viera... Todo lo que sea un disparate tiene aquí su fundamento. Francamente, el don Antonio tendrá mucho pesquis, pero no se le conoce... Digo, cualquiera que estuviese en su puesto me parece a mí que lo había de hacer mejor.

—¡Pues claro!—dijo *el caballero de Felipe IV,* atusándose el bigotillo embetunado—. Y si no, figúrese usted que los que estamos aquí formamos un Ministerio: Villaamil, Presidencia; Espinosa, por la buena lámina, iría a Estado, a poner varas a las diplomáticas.

—Y que las hay de *buten.* A Guillén le encajamos en Guerra.

—¡Madre de Dios! ¡Un cojo en Guerra! Mejor es en Marina.

—Sí, para que reme con las muletas.

—O por lo que tiene de tortuga—dijo Argüelles, que no perdonaba ocasión de tirar una china al cojo—. Y para mí venga la carterita de Gobernación.

—Clavado. Para que pueda colocar de temporeros a su cáfila de hijos, los de teta inclusive.

—Y para que expida una real orden mandando que se toque la trompa en todos los entierros. ¿Y Hacienda, señores?

—Hacienda, Villaamil, con la Presidencia.

—¿Y qué le damos al *insine* Pantoja?

—Hacienda, Ventura, ¿qué duda tiene?—apuntó Villaamil, que no tomaba aquello en serio, pero dejaba correr la broma para prestar un poco de esparcimiento a su angustiado espíritu.

—Sí, ¡buena se iba a armar!... ¿Y el *income tax?*

—Lo que es eso...—observó Villaamil, sonriendo triste y descorazonado—no me lo pasaba.

—No; fuera Pantoja, que es capaz de imponer una contribución sobre las pulgas que lleva cada quisque. Viva el *income tax,* dogma del nuevo Gabinete, y la unificación de la Deuda.

—Eso...—con seriedad, bostezando—es fácil que me lo admitiera Ventura... Vaya, caballeros—como quien vuelve en sí, levantándose con ademán diligente—, ustedes tienen que hacer, y yo ídem. A trabajar se ha dicho.

Y pasó a Propiedades—el mismo piso a la derecha—, donde era segundo jefe don Francisco Cucúrbitas, y de allí bajó para caer como una bomba en el Personal, donde tenía varios conocidos, entre ellos un tal Sevillano, que a veces le informaba de las vacantes efectivas o presuntas. Después bajaba a Tesorería, dando una vuelta por el Giro Mutuo, previo el consabido palique de los porteros al entrar en cada oficina. En algunas partes le recibían con cordialidad un tanto helada; en otras, la constancia de sus visitas empezaba a ser molesta. No sabían ya qué decirle para darle esperanzas, y los que le habían aconsejado que machacase sin tregua, se arrepentían ya, viendo que sobre ellos se ponía en práctica el socorrido consejo. En el Personal era donde Villaamil se mostraba más tenaz y jaquecoso. El jefe de aquel departamento, sobrino de Pez y sujeto de mucha escama, le conocía, aunque no lo bastante para apreciar y distinguir las excelentes prendas del hombre, bajo las importunidades del pretendiente. Así, cuando las visitas arreciaron, el jefe no ocultaba su desabrimiento ni sus pocas ganas de conversación. Villaamil era delicado, y sufría lo indecible con tales desaires; pero la imperiosa necesidad le obligaba a sacar fuerzas de flaqueza y a forrar de vaqueta su cara. Con todo, a veces se retiraba consternado, diciendo para su capote: "¡No puedo, Señor, no puedo! El papel de mendigo porfiado no es para mí." Y la consecuencia de este abatimiento era no parecer unos días por el Personal. Luego volvía la ley tiránica de la necesidad a imponerse brutalmen-

te; el amor propio se sublevaba contra el olvido, y a la manera del lobo en ayunas, que sin reparar en el peligro de muerte se echa al campo y se aproxima impávido al caserío en busca de una res o de un hombre, así don Ramón se lanzaba otra vez, hambriento de justicia, a la oficina del Personal, arrostrando desaires, malas caras y peores respuestas. Quien mejor le recibía y más le alentaba, ofreciéndole cordialmente su ayuda, era don Basilio Andrés de la Caña (Impuestos). Terminada la excursión, Villaamil volvió a su casa rendido de cuerpo y espíritu. Su mujer le interrogaba con arte; pero él, firme en su dignidad estudiada, sostenía no haber ido al Ministerio más que a fumar un cigarro con los amigos; que no esperando nada, no formulaba pretensiones, y que la familia no debía edificar castillos en el aire, sino irse preparando para un viaje de recreo a San Bernardino. Replicaba a esto Pura que si él no hacía por colocarse, entraría ella a funcionar, apelando a la intercesión de la señora de Pez, Carolina de Lantigua, pues hasta los gatos saben que donde acaba la eficacia de las recomendaciones políticas empieza la de las *faldas*.

—¡Ah! No es esa *faldamenta* la que hace y deshace la fortuna—respondía Villaamil con profundo escepticismo, hijo de su conocimiento del mundo burocrático—. Carolina Pez es una señora honrada, es decir, para el caso, la carabina de Ambrosio. Además..., hazte cargo: los Peces no privan ahora; se defienden, y nada más. Ya hay quien habla de dejarlos en seco. Figúrate una gente que ha mamado en todas las ubres y que ha sabido empalmar la Gloriosa con Alfonsito... Pues el turrón que ellos comen es el que corresponde a tantos leales como estamos mirando a la luna. Ya principia a levantarse un runrún contra ellos. Y digo más: la Administración necesita de servidores fieles, identificados, fíjate bien, identificados con la política monárquica; es preciso que no se vinculen los destinos; es menester que haya turno. Si no, ¿adónde vamos a parar? Y ahí tienes al jefe del Personal, sobrino de Pez, vendiendo protección a los que, por no servir a la jeringada República, sacrificaron sus destinos. Esto es escandaloso y no se ha visto nunca. De esta manera no se puede evitar que haya trifulcas, y que a España se la lleve Pateta. ¿Conque te vas enterando? Por el lado de Pez, ya se trate de Peces con faldas o con pantalones, no esperes tanto así. Por supuesto—volviendo a su tema, del cual se había olvidado en el calor del discurso—, con Peces y sin Peces, para mí no habrá nada. La Caña es el único que se interesa ahora por mí. Algo haría, si pudiera. Pero tengo enemigos ocultos, que a la sombra trabajan por hundirme. Alguien me ha jurado guerra a muerte. Quién podrá ser no lo sé; pero el traidor existe, no lo dudes.

Por aquellos días, que eran ya primeros de marzo, volvió la infortunada familia a notar los pródromos de la *sindineritis*. Hubo una semana de horrible penuria, mal disimulada ante los íntimos, sobrellevada por Villaamil con estoica entereza y por doña Pura con aquella ecuanimidad valerosa que la salvaba de la desesperación. Pero el remedio vino inopinadamente y por el mismo conducto que en otra ocasión no menos aflictiva. Víctor volvió a estar boyante. Su suegra fué sorprendida cuando menos lo pensaba por nuevos ofrecimientos de metálico, que no vaciló en aceptar, sin meterse en la filosofía de inquirir la procedencia. Ni creyó discreto contarle a su marido que había visto la cartera de Víctor reventando de billetes. ¡Como que se le habían encandilado los ojos! Embolsó los cuartos recibidos y las consideraciones que el caso le sugería. Si aún no le habían colocado, ¿de dónde sacaba tanto dinero? Y aunque le hubieran colocado... Por fuerza, había mano oculta... En fin, ¿a qué escarbar en el temido enigma? No gustaba ella de averiguar vidas ajenas. Víctor andaba otra vez muy fachendoso. Se había encargado más ropa, tenía butaca una y otra noche en diferentes teatros, y en el mismo Real; hacía frecuentes regalitos a toda la familia, y su esplendidez llegó hasta convidar a las tres *Miaus* a la ópera, a butaca nada menos.

Lo que produjo en Villaamil verdadera indignación, pues era un escarnio de su pobreza y un insulto a la moral pública. Pura y su hermana se rieron del ofrecimiento, pues aunque rabiaban por ir, carecían de los perendengues necesarios a semejante exhibición. Abelarda se negó resueltamente. Armóse gran disputa sobre esto, y la mamá sugirió algunas

ideas para obviar las grandes dificultades con que el pensamiento de su yerno tropezaba en la práctica. Véase lo que discurrió el cacumen arbitrista de la *figura de Fra Angélico*. Sus amigas y vecinas las de Cuevas se ayudaban, como se ha dicho antes, con la confección de sombreros. En cierta ocasión que las *Miaus* pescaron tres butacas de periódico para el Español, Abelarda, doña Pura y Bibiana Cuevas se encasquetaron los mejores modelos que aquellas amigas tenían en su taller, después de arreglarlos cada cual a su gusto. ¿Por qué no hacer lo mismo en la ocasión que se discutía? Bibiana no se había de oponer. Y por cierto que tenía en aquel entonces tres o cuatro *prendas*, una de la marquesa A, otra de la condesa B, a cuál más bonitas y elegantes. Se las disfrazaba, pues para eso había en el taller cantidad de alfileres, hebillas, cintas y plumas, y aunque sus dueñas estuvieran en el teatro, no habían de conocer las mascaritas. En cuanto a los vestidos, ellas lo arreglarían, con ayuda de las amigas, procurándose además algún abrigo, traído de la tienda para probarlo, y como Víctor se había brindado a regalarles también los guantes, no era un arco de iglesia el ir a butacas. ¡Cuántos no irían disimulando con menos gracia la *tronitis!*

XXVII

Abelarda se resistió a esta trapisonda, asegurando que ni en pedazos la llevarían a butacas de aquella manera, y así quedó la cuestión. Todo se redujo a ir a delantera de paraíso una noche que dieron *La Africana*, y al punto de sentarse las tres cundió por la concurrencia de aquellas alturas el comentario propio de tan desusado acontecimiento. "¡Las *Miaus* en delantera!" En diez años no se había visto un caso igual. La vasta gradería del centro y las laterales estaban llenas de bote en bote. Las *Miaus* eran conocidas de todo aquel público como puntos fijos del paraíso, siempre en la última fila lateral de la derecha, junto a la salida. La noche que faltaban notábase un vacío, como si desaparecieran los frescos de la techumbre. No eran ellas las únicas *abonadas a paraíso*, pues innumerables personas y aun familias se eternizan en aquellos bancos, sucediéndose de generación en generación. Estos beneméritos y tenaces *dilettanti* constituyen la masa del entendido público que otorga y niega el éxito musical, y es archivo crítico de las óperas cantadas desde hace treinta años y de los artistas que en las gloriosas tablas se suceden. Hay allí círculos, grupos, peñas y tertulias más o menos íntimas; allí se traban y conciertan relaciones; de allí han salido infinitas bodas, y los tortoleos y los telégrafos tienen, entre romanza y dúo, atmósfera y ocasión propicias. Desde su delantera, las *Miaus* saludaron con sonrisas a los amigos que en la banda de la derecha y en el centro tenían, y de una y otra parte las asaetearon con miradas y frasecitas del tenor siguiente:

—Mira qué sílfide está doña Pura. Se ha traído toda la caja de polvos.

—Pues ¿y la hermana, con su cinta de terciopelo al cuello? Si las tres traen cinta negra, no les faltará el cascabelito para estar en carácter.

—Mira, mira con los gemelos a la *Miau* chica: tiene que ver. Aquel traje café y leche es el que llevaba el año pasado la mamá. Le ha puesto unas cintas coloradas, que parecen de caja de cigarros.

—Sí, sí, son de mazos de cigarros.

—Pues la otra, la cantante averiada, trae el vestido que debió de sacar en el Liceo Jover, cuando hizo la parte de Adalgisa.

—Sí, mira, mira; es una túnica romana, con grecas y todo. ¡Qué clásica está!

—Diga usted, Guillén—murmuraban en otro círculo, donde hacía el gasto el maldecido cojo—. ¿Han colocado a ese pobre *Miau*, el padre de sus amigas de usted? Porque ese lujo asiático de delantera significa que *han subido los nuestros*.

—Como no le coloquen en Leganés... Viven ahora del *sable*. El buen señor da unas estocadas... de maestro.

Abelarda, más que en la ópera, que había visto cien veces, fijó su atención en la concurrencia, recorriendo con ansiosa mirada palcos y butacas, reparando en todas las señoras que entraban por la calle del centro con lujosos abrigos, arrastrando la cola e introduciéndose después con todo aquel falderío por las filas ya ocupadas. Poco a poco se iba poblando el patio. Los palcos no aparecían poblados hasta el fin del primer acto, cuando Vasco, incomodado con

aquellos fantasmones del Consejo, tan retrógrados, les canta cuatro frescas. En el palco regio apareció la reina Mercedes, detrás de Don Alfonso. Las señoras inevitables, conocidas del público, aparecieron en el segundo acto, conservando el abrigo hasta el tercero, y aplaudían maquinalmente siempre que había por qué. Las *Miaus,* conocedoras de toda la sociedad elegante, *abonada* también, la comentaban, como ellas fueron comentadas al ocupar sus asientos. Viéndola una y otra noche, habían llegado a tomarse tanta confianza, que se creería que trataban íntimamente a damas y caballeros.

—Ahí está ya la duquesa. Pero Rosario no ha venido todavía... María Buschental no puede tardar. Ya empiezan a llegar al *tranvía* sus amigos. Mira, mira, ahora viene María Heredia... Pero ¡qué pálida está Mercedes; pero qué pálida!... Ahí tienes a don Antonio, en el palco de los ministros, y a ese Cos-Gayón..., así le fusilaran.

Después de mucho rebuscar, descubrió la insignificante a su cuñadito en la segunda fila de butacas. Estaba de frac, tan elegante como el primero. ¡Qué cosas hay en la vida! ¡Quién había de decir que aquel hombre parecido a un duque, aquel apuesto joven que charlaba desenfadadamente con su vecino de butaca, el ministro de Italia, era un empleado oscuro y cesante, alojado en la casa de la pobreza, en cuartucho humilde, guardando su ropa en un baúl!

—¿No es aquél Víctor?—dijo Pura, echándole los gemelos—. ¡Buen charol se está dando!... ¡Si le conocieran!... ¡Parece un potentado! ¡Cuánto hay de eso en Madrid! Yo no sé cómo se las compone. El buena ropa, él butacas en todos los teatros, él cigarros magníficos. Mira, mira con qué desparpajo habla. ¡Pobre señor, qué papas le estará encajando! Y esos extranjeros son tan inocentes que todo se lo creerá.

Abelarda no le quitaba los ojos, y cuando le veía mirar para algún palco seguía la dirección de sus miradas, creyendo que ellas venderían el amoroso secreto. "¿Cuál de estas que aquí están será?—pensaba la insignificante—. Porque alguna de éstas tiene que ser. ¿Será aquella vestida de blanco? ¡Ah! Puede. Parece que le mira. Pero no; él mira a otro lado. ¿Será alguna cantante? ¡Quia! No. Cantante, no. Es de estas, de estas elegantonas de los palcos, y no la he de descubrir." Fijábase en alguna sin saber por qué, por mera indicación de su avizor instinto; pero luego, desechando la hipótesis, se fijaba en otra, y en otra, y en otra más, concluyendo por asegurar que no era ninguna de las presentes. Víctor no manifestaba preferencias en sus ojeadas a butacas y palcos. Podría ser que hubieran concertado no mirarse de una manera descarada y delatora. También echó la joven una visual hacia la delantera de paraíso, e hizo un saludito a la familia. Doña Pura estuvo un cuarto de hora dando cabezadas, en respuesta a la salutación que del noble fondo del teatro subía hasta las pobres *Miaus.*

En los entreactos, algunos amigos, *abonados* como ellas a paraíso limpio, se acercaron a saludarlas, abriéndose paso por entre la apretada muchedumbre. Federico Ruiz era uno de ellos, y él y todos querían oír la opinión crítica de Milagros sobre la soprano que se estrenaba aquella noche en el papel de Selika. Cuando ésta espichó bajo el manzanillo, retiráronse las *Miaus,* que nunca perdonaban nota, y no se marcharon sino después de la última llamada a escena. Durante el penoso descenso por las anchas escaleras invadidas del público se les aproximaron varios íntimos, entre ellos el cojo Guillén, y algunas amigas de las que tan acerbamente pusieron en solfa su aparición en la delantera.

Al regresar a su casa, encontraron a Villaamil en vela; Víctor no había entrado aún, ni lo hizo hasta muy tarde, cuando todos dormían menos Abelarda, que sintió el ruido del llavín, y echándose de la cama y mirando por un resquicio de la puerta, le vió entrar en el comedor y meterse en su alcoba, después de beber un vaso de agua. Venía de buen humor, tarareando, el cuello del gabán alzado, pañuelo de seda al cuello, anudado con negligencia, y la felpa del sombrero ajadísima y con chafaduras. Era la viva imagen del perfecto perdís de buen tono.

Al día siguiente molestó bastante a la familia, solicitando pequeños servicios de aguja, ya pegadura de botón, ya un delicado zurcido, o bien algo referente a las camisas. Pero Abelarda supo atender a todo con gran diligencia. A la hora de almorzar entró doña Pura di-

ciendo que se había muerto el chico de la casa de préstamos, noticia que confirmó Luis con más acento de novelería que de pena, condición propia de la dichosa edad sin entrañas. Villaamil entonó al difuntito la oración fúnebre de gloria, declarando que es una dicha morirse en la infancia para librarse de los sufrimientos de esta perra vida. Los dignos de compasión son los padres, que se quedan aquí pasando la tremenda crujía, mientras el niño vuela al cielo a formar en el glorioso batallón de los ángeles. Todos apoyaron estas ideas, menos Víctor, que las acogía con sonrisa burlona, y cuando su suegro se retiró y Milagros se fué a la cocina y doña Pura empezó a entrar y salir, encaróse con Abelarda, que continuaba de sobremesa, y le dijo:

—¡Felices los que creen! No sé qué daría por ser como tú, que te vas a la iglesia y te estás allí horas y horas, ilusionada con el aparato escénico que encubre la mentira eterna. La religión, entiendo yo, es el ropaje magnífico con que visten la nada para que no nos horrorice... ¿No crees tú lo mismo?

—¿Cómo he de creer eso?—clamó Abelarda ofendida de la tenacidad artera con que el otro hería sus sentimientos religiosos siempre que encontraba coyuntura favorable—. Si lo creyera no iría a la iglesia, o sería una farsante hipócrita. A mí no tienes que salirme por ese registro. Si no crees, buen provecho te haga.

—Es que yo no me alegro de ser incrédulo, fíjate bien; yo lo deploro, y me harías un favor si me convencieras de que estoy equivocado.

—¿Yo? No soy catedrática ni predicadora. El creer nace de dentro. ¿A ti no se te pasa por la cabeza alguna vez que puede haber Dios?

—Antes, sí; hace mucho tiempo que semejante idea voló.

—Pues entonces..., ¿qué quieres que yo te diga?—tomándolo en serio—. Y ¿piensas tú que cuando nos morimos no nos piden cuenta de nuestras acciones?

—Y ¿quién nos la va a pedir? ¿Los gusanitos? Cuando llega la de *vámonos* nos recibe en sus brazos la señora *Materia*, persona muy decente, pero que no tiene cara, ni pensamiento, ni intención, ni conciencia, ni nada. En ella desaparecemos, en ella nos diluímos totalmente. Yo no admito términos medios. Si creyese lo que tú crees, es decir, que existe allá por los aires, no sé dónde, un magistrado de barba blanca que perdona o condena y extiende pasaportes para la gloria o el infierno, me metería en un convento y me pasaría todo el resto de mi vida rezando.

—Y es lo mejor que podías hacer, tonto—quitándole la servilleta a Luis, que tenía fijos en su padre los atónitos ojuelos.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Y ¿qué sabes si lo haré hoy o mañana? Estate con cuidado. Dios te va a castigar por no creer en El; te va a sentar la mano, y una mano muy dura; verás.

En este momento, Luisito, muy incomodado con los dicharachos de su padre, no se pudo contener, y con infantil determinación agarró un pedazo de pan y se lo arrojó a la cara al autor de sus días, gritando:

—¡Bruto!

Todos se echaron a reír de aquella salida, y doña Pura dió muchos besos a su nieto, azuzándole de este modo:

—Dale, hijo, dale, que es un pillo. Dice que no cree para hacernos rabiar. Pero ¿veis qué chico? Si vale más que pesa. Si sabe más que cien doctores. ¿Verdad que mi niño va a ser eclesiástico, para subir al púlpito y echar sus sermoncitos y decir sus misitas? Entonces estaremos todos hechos unos carcamales, y el día que Luisín cante misa nos pondremos allí de rodillas para que el clerigüito nuevo nos eche la bendición. Y el que estará más humilde y cayéndosele la baba será este zángano, ¿verdad? Y tú le dirás: "Papá, ya ves cómo al fin has llegado a creer."

—¡Qué guapo es este hijo y qué talento tiene!—dijo Víctor, levantándose gozoso y besando al pequeño, que escondía la cara para rehuir el halago—. ¡Si le quiero yo más...! Te voy a comprar un velocípedo para que pasees en la plazuela de enfrente. Verás qué envidia te van a tener tus compañeros.

La promesa del velocípedo trastornó por un momento las ideas del pequeño, quien calculó con rudo egoísmo que sus deseos de ser cura y de servir a Dios y aun de llegar a santo no estaban reñidos con tener un velocípedo precioso,

montarse en él y pasárselo por los hocicos a sus compañeros, muertos de dentera.

XXVIII

A la mañana siguiente, Villaamil celebró con su mujer, cuando ésta volvió de la compra, una conferencia interesante. Estaba él en su despacho escribiendo cartas, y al sentir entrar a su costilla siseó con misterio, y encerrándose con ella, le dijo:

—De esto ni una palabra a Víctor, que es muy perro y me puede parar el golpe. Aunque yo nada espero, he dado ayer algunos pasos. Me apoya un diputado de mucho empuje... Hablamos anoche largamente. Te diré, para que lo sepas todo, que me presentó a él mi amigo La Caña. Le relaté mis antecedentes, y se admiró de que me tuvieran cesante. Así como quien no quiere la cosa, le expuse mis ideas sobre Hacienda, y mira tú qué casualidad: son las mismas que tiene él. Piensa igualito que yo. Que deben ensayarse nuevas maneras de tributación, tirando a simplificar, apoyándose en la buena fe del contribuyente y tendiendo a la baratura de la cobranza. Pues prometió apoyarme a raja tabla. Es hombre que vale mucho y parece que no le niegan nada.

—¿Es de oposición?

—No; ministerialísimo, pero disidente, ahí está el chiste, y cada día le da una desazón al Gobierno. Vale, vale. Y es de esos que no se ocupan más que del bien del país. Cuando se levanta a hablar, el banco azul tiembla. Como que les prueba, ce por be, que el país corre a la perdición si siguen las cosas como van, y que la agricultura está arruinada, la industria muerta y la nación toda en la más espantosa miseria. Esto salta a los ojos. Pues el Gobierno, que ve en él su acusador, le tiene un miedo, hija, un canguelo tal, que cosa que él pida es otorgada. Saca las credenciales a espuertas... Bueno; hemos quedado en que yo le avisaría si se hace hoy una vacante que me indicaron Sevillano y Pantoja. Voy al Ministerio en cuanto almuerce, me entero de si hay o no la vacante, y como la haya, le escribo a su casa o al Congreso, según la hora. Me ha dado palabra de hablar esta tarde al ministro, el cual le está agradecidísimo por haber renunciado a explanar una interpelación sobre cierta contrata en que hay sapos y culebras. Ya se ve, el ministro le daría hoy el arpa de David si se la pidiera. ¿Te vas enterando?

—Sí, hombre, sí—radiante de satisfacción—; y me parece que lo que es ahora no hay quien nos quite el bollo.

—¡Oh! Lo que es confianza, lo que se llama confianza, yo no la tengo. Ya sabes que me pongo siempre en lo peor. Pero vamos a hacer nuestro plan: yo, al Ministerio; que Luis no vaya a la escuela esta tarde, y que espere aquí, porque con él tengo que mandar la carta. No le veré yo mismo, porque Víctor se ha empeñado en que visitemos juntos esta tarde al jefe del Personal. Quiero ir con él para despistarle. ¿Entiendes? Cuidado como le dejas entender a ese pillo de dónde sopla ahora el viento.

Levantándose excitadísimo, se puso a dar paseos por el angosto aposento. Su mujer, gozosa, le dejó solo, y, a pesar de la reserva que se impuso, su hija y hermana le conocieron en la cara las buenas nuevas. Era de esas personas que atesoran en sí mismas un arsenal de armas espirituales contra las penas de la vida y poseen el arte de transformar los hechos, reduciéndolos y asimilándoselos en virtud de la facultad dulcificante que en sus entrañas llevan, como la abeja, que cuanto chupa lo convierte en miel.

Para Cadalsito fué aquel día de huelga, pues por la mañana, según disposición del maestro, debían ir todos al sepelio del malogrado *Posturitas*. Y uno de los designados para llevar las cintas del féretro era Luis, a causa de ser tal vez el que mejor ropa tenía, gracias a su papá Víctor. Su abuela le puso los trapitos de cristianar, con guantes y todo, y salió muy compuesto y emperejilado, gozoso de verse tan guapo, sin que atenuara su contento el triste fin de tales composturas. La mujer del memorialista le hizo mil caricias, encareciendo lo majo que estaba, y el niño se dirigió hacia la casa de préstamos, seguido de *Canelillo*, que también quiso meter su hocico en el entierro, aunque no era fácil que le dieran vela en él. Al entrar en la calle del Acuerdo se encontró Cadalso a su tía Quintina, que le llenó de besos, ensalzó mucho su elegancia, le esti-

ró el cuerpo de la chaqueta y las mangas, y le arregló el cuello para que resultara más guapo todavía.

—Esto me lo debes a mí, pues le dije a tu padre que te comprara ropita. A él no se le hubiera ocurrido nunca tal cosa; anda muy distraído. Por cierto, corazón, que estoy bregando ahora más que nunca con tu papá para que te lleve a vivir conmigo. ¿Qué es eso? ¿Qué cara me pones? Estarás conmigo mucho mejor que con esas remilgadas *Miaus*... ¡Si vieras qué cosas tan bonitas tengo en casa! ¡Ay si las vieras! Unos Niños Jesús que se parecen a ti, con el mundito en la mano; unos nacimientos tan preciosos, pero tan preciosos...; tienes que verlos. Y ahora estamos esperando cálices chiquititos, custodias que son una monada, casullas así..., para que los niños buenos jueguen a las misas; santos de este tamaño, así, mira, como los soldados de plomo, y la mar de candeleritos y arañitas que se encienden en los altares de juguete. Todo lo tienes que ver, y si vas a casa, puedes hacer con ello lo que quieras, pues es para tu diversión. ¿Irás, rico mío?

Cadalsito, abriendo cada ojo con aquellas descripciones de juguetes sacros, decía que sí con la cabeza, aunque afligido por la dificultad de ver y gozar tales cosas, pues abuelita no le dejaba poner los pies allá. En esto llegaron a la puerta de la casa mortuoria, donde Quintina, después de besuquearle otra vez, refregándole la cara, le dejó en compañía de los demás chicos, que ya estaban allí, alborotando más de lo que permitían las tristes circunstancias. Unos por envidia, otros porque eran en toda ocasión muy guasones, empezaron a tomarle el pelo al amigo Cadalso por la ropa flamante que llevaba, por las medias azules y más aún por los guantes del mismo color, que, dicho sea entre paréntesis, le entorpecían las manos. No dejaba él que le tocasen, resuelto a defender contra todo ataque de envidiosos y granujas la limpieza de sus mangas. Tratóse luego de si subían o no a ver a Paco Ramos muerto, y entre los que votaron por la afirmativa se coló también Luis movido de la curiosidad. Nunca tal hiciera.

Porque le impresionó tan vivamente la vista del chiquillo difunto, que a poco se cae al suelo. Le entró una pena en la boca del estómago, como si le arrancasen algo. El pobre *Posturitas* parecía más largo de lo que era. Estaba vestido con sus mejores ropas; tenía las manos cruzadas, con un ramo en ellas; la cara muy amarilla, con manchas moradas; la boca entreabierta y de un tono casi negro, viéndose los dos dientes de en medio, blancos y grandes, mayores que cuando estaba vivo... Tuvo que apartarse Luisín de aquel espectáculo aterrador. ¡Pobre *Posturas*!... ¡Tan quieto el que era la misma viveza, tan callado el que no cesaba de alborotar un punto, riendo y hablando a la vez! ¡Tan grave el que era la misma travesura y a toda la clase la traía siempre al retortero! En medio de aquel inmenso trastorno de su alma, que Luis no podía definir, ignorando si era pena o temor, hizo el chico una observación que se abría paso por entre sus sentimientos, como voz del egoísmo, más categórico en la infancia que la piedad. "Ahora—pensó—no me llamará *Miau*." Y al deducir esto, parecía quitársele un peso de encima, como quien revuelve un arduo problema o ve conjurado un peligro. Al descender la escalera procuraba consolarse de aquel malestar que sentía, afirmando mentalmente: "Ya no me dirá *Miau*... Que me diga ahora *Miau*."

Poco tardó en bajar la caja azul para ser puesta en el carro. En todos los balcones de la casa, sin exceptuar los del establecimiento de préstamos, se asomaron no pocas mujeres para ver salir el entierro. El cojo Guillén apareció con los ojos encendidos de llorar y la cara tan seria, que no se parecía a sí mismo. El fué quien dispuso todo y distribuyó las cintas, confiándole una a Cadalso. Después se metió en el coche, donde iba también el maestro, con su bastón de roten y su chistera lacia; el tendero vecino, con limpia camisa de cuello corto sin corbata, y un señor viejo a quien no conocía Cadalso. En marcha, pues. Luis pensó que su ropa daba golpe, y no fué insensible a las satisfacciones del amor propio. Iba muy consentido en su papel de portador de cinta, pensando que si él no la llevase, el entierro no sería, ni con mucho, tan lucido. Buscó a *Canelo* con la mirada; pero el sabio perro de Mendizábal, en cuanto entendió que se trataba de enterrar, cosa poco divertida y que sugiere ideas misantrópicas, dió media vuelta y tomó otra dirección, pensando que le tenía más cuenta ver si se pa-

recía alguna perra elegante y sensible por aquellos barrios.

En el cementerio, la curiosidad, más poderosa que el miedo, impulsó a Cadalso a ver todo... Bajaron del carro el cadáver, le entraron entre dos, abrieron la caja... No comprendía Luis para qué, después de taparle la cara con un pañuelo, le echaban cal encima aquellos brutos... Pero un amigo se lo explicó. Cadalsito sentía, al ver tales operaciones, como si le apretasen la garganta. Metía su cabeza por entre las piernas de las personas mayores, para ver, para ver más. Lo particular era que *Posturitas* se estuviese tan callado y tan quieto mientras le hacían aquella herejía de llenarle la cara de cal. Luego cerraron la tapa... ¡Qué horror quedarse dentro! Le daban la llave al cojo, y después metían la caja en un agujero, allá, en el fondo, allá... Un albañil empezó a tapar el hueco con yeso y ladrillos. Cadalso no apartaba los ojos de aquella faena... Cuando la vió concluída, soltó un suspiro muy grande, explosión del respirar contenido largo tiempo. ¡Pobre *Posturitas*! "Pues, señor, a mí me dirán *Miau* todos los que quieran; pero lo que es éste no me lo vuelve a decir."

Cuando salieron, los amigos le embromaron otra vez por su esmerado atavío. Alguno dejó entrever la intención malévola de hacerle caer en una zanja, de la cual habría salido hecho una compasión. Varias manos muy puercas le tocaron con propósitos que es fácil suponer, y ya Cadalso no sabía qué hacerse de las suyas, aprisionadas en los guantes, entumecidas e incapaces de movimiento. Por fin se libró de aquella apretura, quitándose los guantes y guardándolos en el bolsillo. Antes de llegar a la calle Ancha, los chicos se dispersaron y Luisito siguió con el maestro, que le dejó a la puerta de su casa. Ya estaba allí *Canelo*, de vuelta de sus depravadas excursiones, y subieron juntos a almorzar, pues el can no ignoraba que había repuesto fresco de víveres arriba.

—¿Y los guantes?—preguntó doña Pura a su nieto cuando le vió entrar con las manos desnudas.

—Aquí están... No los he perdido.

Villaamil, a eso de las tres, entró de la calle, afanadísimo, y metiéndose en su despacho escribió una carta delante de su esposa, que veía con gusto en él la excitación saludable, síntoma de que la cosa iba de veras.

—Bueno. Que Luis lleve esta carta y espere la contestación. Me ha dicho Sevillano que tenemos vacante, y quiero saber si el diputado la pide para mí o no. De la oportunidad depende el éxito. Yo estoy citado con Víctor, y para desorientarle no quiero faltar... Es labor fina la que traigo entre manos, y hay que andar con muchísimo tiento. Dame mi sombrero..., mi bastón, que ya estoy otra vez en la calle. Dios nos favorezca. A Luis, que no venga sin la respuesta. Que dé la carta a un portero y se aguarde en el cuarto aquel, a la derecha conforme se entra. Yo no espero nada; pero es preciso, es preciso echar todos los registros, todos...

Salió Cadalsito a eso de las cuatro con la epístola y sin guantes, seguido de *Canelo* y conservando la ropita del entierro, pues su abuela pensó que ninguna ocasión más propicia para lucirla. No fué preciso indicarle hacia dónde caía el Congreso, pues había ido ya otra vez con comisión semejante. En veinte minutos se plantó allá. La calle de Floridablanca estaba invadida de coches, que después de soltar en la puerta a sus dueños se iban situando en fila. Los cocheros de chistera galonada y esclavina, charlaban de pescante a pescante, y la hilera llegaba hasta el teatro de Jovellanos. Junto a las puertas del edificio, por la calle del Sordo, había filas de personas formando cola, que los de Orden Público vigilaban, cuidando de que no se enroscase mucho. Examinado todo esto, el observador Cadalsito se metió por aquella puerta coronada de un techo de cristales. Un portero con casaca le apartó suavemente para que entrasen unos señorones con gabán de pieles, ante los cuales abría la mampara roja. Cadalsito se encaró después con el sujeto aquel de la casaca, y quitándose la gorra, pues él, siempre cortés, en viendo galones no distinguía en jerarquías, le dió la carta, diciendo con timidez:

—Aguardo contestación.

El portero, leyendo el sobre:

—No sé si habrá venido. Se pasará.

Y poniendo la carta en una taquilla, dijo a Luis que entrase en la estancia a mano derecha.

Había allí bastante gente, la mayor parte en pie, junto a la puerta, hombres

de distintas cataduras, algunos muy mal de ropa, la bufanda enroscada al cuello, con trazas de pedigüeños; mujeres de velo por la cara, y en la mano enrollado papelito que a instancia trascendía. Algunos acechaban con airado rostro a los señores entrantes, dispuestos a darles el alto. Otros, de mejor pelo, no pedían más que papeletas para las tribunas, y se iban sin ellas por haberse acabado. Cadalsito se dedicó también a mirar a los caballeros que entraban en grupos de dos o tres, hablando acaloradamente. "Muy grande debe de ser esta casona—pensó Luis—cuando cabe tanto señorío." Y cansado al fin de estar en pie, se metió para dentro y se sentó en un banco de los que guarnecen la sala de espera. Allí vió una mesa donde algunos escribían tarjetas o volantes, que luego confiaban a los porteros, y aguardaban sin disimular su impaciencia. Había hombre que llevaba tres horas y aún tenía para otras tres. Las mujeres suspiraban inmóviles en el asiento, soñando una respuesta que no venía. De tiempo en tiempo abríase la mampara que comunicaba con otra pieza; un portero llamaba: "El señor Tal." Y el señor Tal se erguía muy contento.

Transcurrió una hora, y el niño bostezaba aburridísimo en aquel duro banco. Para distraerse, levantábase a ratos y se ponía en la puerta a ver entrar personajes, no sin discurrir sobre el intríngulis de aquella casa y lo que irían a guisar en ella tantos y tantos caballerotes.

El Congreso (bien lo sabía él) era un sitio donde se hablaba. ¡Cuántas veces había oído a su abuelo y a su padre: "Hoy habló Fulano o Mengano, y dijeron esto, lo otro y lo de más allá." Y ¿cómo sería la casa por dentro? Gran curiosidad. ¿Cómo sería? ¿Dónde hablaban? Ello debía de ser una casa grandona como la iglesia, con la mar de bancos, donde se sentaban para charlar todos a un tiempo. ¿Y a qué era tanta habladuría? Pues también entraban allí los ministros. Y ¿quiénes eran los ministros? Los que gobernaban y daban los destinos. Igualmente recordó haber oído a su abuelo, en frecuentes ratos de mal humor, que las Cortes eran una farsa y que allí no se hacía más que perder el tiempo. Pero otras veces se entusiasmaba el buen viejo, elogiando un discurso de alboroto. Total, que Luisín no podía formar juicio exacto, y su mente era toda confusión.

Volvió al banco, y desde él vió entrar a uno que se le figuró su padre: "¡Mi papá también aquí!" Y le franquearon la mampara como a los demás. Por poco sale tras él gritando: "Papá, papá." Pero no hubo tiempo, y donde estaba se quedó. "¿Y será mi papá de los que hablan? Quien debía venir aquí a explicarse es Mendizábal, que sabe tanto, y dice unas cosas tan buenas..." En esto sintió que se le nublaba la vista y le entraba el intenso frío al espinazo. Fué tan brusca y violenta la acometida del mal, que sólo tuvo tiempo de decirse: "Que me da, que me da." Y dejando caer la cabeza sobre el hombro y reclinando el cuerpo en la esquina próxima, se quedó profundamente dormido.

XXIX

Por un instante, Cadalsito no vió ante sí cosa alguna. Todo tinieblas, vacío, silencio. Al poco rato aparecióse enfrente el Señor, sentado, pero ¿dónde? Tras de él había algo como nubes, una masa blanca, luminosa, que oscilaba con ondulaciones semejantes a las del humo. El Señor estaba serio. Miró a Luis, y Luis a El, en espera de que le dijese algo. Había pasado mucho tiempo desde que le vió por última vez, y el respeto era mayor que nunca.

—El caballero para quien trajiste la carta—dijo el Padre—no te ha contestado todavía. La leyó y se la guardó en el bolsillo. Luego te contestará. Le he dicho que te dé un *sí* como una casa. Pero no sé si se acordará. Ahora está hablando por los codos.

—Hablando—repitió Luis—, ¿y qué dice?

—Muchas cosas, hombre, muchas que tú no entiendes—replicó el Señor sonriendo con bondad—. ¿Te gustaría a ti oír todo eso?

—Sí que me gustaría.

—Hoy están muy enfurruñados. Acabarán por armar un gran rebumbio.

—Y usted—preguntó Cadalso tímidamente, no decidiéndose nunca a llamar a Dios de *tú*—, ¿usted no habla?

—¿Dónde? ¿Aquí? Hombre..., yo..., te diré...; alguna vez puede que diga algo...

Pero casi siempre lo que yo hago es escuchar.

—¿Y no se cansa?

—Un poquitín; pero ¡qué remedio!

—¿El caballero de la carta contestará que sí? ¿Colocarán a mi abuelo?

—No te lo puedo asegurar. Yo le he mandado que lo haga. Se lo he mandado la friolera de tres veces.

—Pues lo que es ahora—con desembarazo—bien que estudio.

—No te remontes mucho. Algo más aplicado estás. Aquí, entre nosotros, no vale exagerar las cosas. Si no te distrajeras tanto con el álbum de sellos, más aprovecharías.

—Ayer me supe la lección.

—Para lo que tú acostumbras, no estuvo mal. Pero no basta, hijo, no basta. Sobre todo, si te empeñas en ser cura, hay que apretar. Porque, figúrate tú, para decirme una misa has de aprender latín, y para predicar tienes que estudiar un sinfín de cosas.

—Cuando sea mayor lo aprenderé todito... Pero mi papá no quiere verme cura, y dice que él no cree nada de usted, ni aunque lo maten. Dígame: ¿es malo mi papá?

—No es muy católico que digamos.

—Y la Quintina, ¿es buena?

—La tía Quintina, sí. ¡Si vieras qué cosas tan bonitas tiene en su casa! Debías ir a verlas.

—Abuelita no me deja—desconsolado—. Es que a la tía Quintina se le ha metido en la cabeza que me vaya a vivir con ella, y los de casa..., que nones.

—Es natural. Pero tú, ¿qué piensas de esto? ¿Te gustaría seguir donde estás y que te dejaran ir a casa de la tía para ver los santos?

—¡Vaya si me gustaría!... Dígame, ¿y mi papá está aquí dentro?

—Sí, por ahí anda.

—¿Y también él hablará?

—También. ¡Pues no faltaba más!...

—Usted perdone. El otro día dijo mi papá que las mujeres son muy malas. Por eso no quiero casarme nunca.

—Muy bien pensado—conteniendo la risa—. Nada de casorios. Tú vas a ser curita.

—Y obispo, si usted no manda otra cosa...

En esto vió que el Señor se volvía hacia atrás como para apartar de sí algo que le molestaba... El chico estiró el cuello para ver qué era, y el Padre dijo:

—¡Largo! Idos de aquí y dejadme en paz.

Entonces vió Luisito que por entre los pliegues del manto de su celestial amigo asomaban varias cabecitas de granujas. El Señor recogió su ropa y quedaron al descubierto tres o cuatro chiquillos en cueros vivos y con alas. Era la primera vez que Cadalso los veía y ya no pudo dudar que Aquél era verdaderamente Dios, puesto que tenía ángeles. Empezaron a aparecerse por entre aquellas nubes algunos más, y alborotaban y reían, haciendo mil cabriolas. El Padre Eterno les ordenó segunda vez que se largaran, sacudiéndolos con la punta de su manto, como si fuesen moscas. Los más chicos revoloteaban, subiéndose hasta el techo, pues había techo allí, y los mayores le tiraban de la túnica al buen abuelo para que se fuera con ellos. El anciano se levantó al fin, algo contrariado, diciendo:

—Bien; ya voy, ya voy... ¡Qué machacones sois! No os puedo aguantar.

Pero esto lo decía con acento bonachón y tolerante. Cadalsito estaba embobado ante tan hermosa escena, y entonces vió que de entre los alados granujas se destacaba uno...

¡Contro! Era *Posturitas*, el mismo *Posturas*, no tieso y lívido como le vió en la caja, sino vivo, alegre y tan guapote. Lo que llenó de admiración a Cadalso fué que su condiscípulo se le puso delante, y con el mayor descaro del mundo le dijo:

—*Miau*, fu, fu...

El respeto que debía a Dios y a su séquito no impidió a Luis incomodarse con aquella salida, y aún se aventuró a responder:

—¡Pillo, ordinario...; eso te lo enseñaron la puerca de tu madre y tus tías, que se llaman *las arpidas!*

El Señor habló así, sonriendo:

—Callad, a callar todos... Andando...

Y se alejó pausadamente, llevándoselos por delante y hostigándolos con su mano, como a una bandada de pollos. Pero el recondenado de *Posturitas*, desde gran distancia, y cuando ya el Padre celestial se desvanecía entre celajes, se volvió atrás, y plantándose frente al que fué su camarada, con las patas abiertas, el hocico risueño, le hizo mil garatusas y le sacó un gran pedazo de lenguaza, diciendo otra vez:

—*Miau, Miau,* fu, fu...

Cadalsito alzó la mano... Si llega a tener en ella libro, vaso o tintero, le descalabra. El otro se fué dando brincos, y desde lejos, haciendo trompeta con ambas manos, soltó un *Miau* tan fuerte y tan prolongado, que el Congreso entero, repercutiendo el inmenso maullido, parecía venirse abajo.

Un portero con una carta en la mano despertó al chiquillo, que tardaba mucho en volver en sí:

—Niño, niño, ¿eres tú el que ha traído la carta para ese señor? Aquí está la respuesta, señor don Ramón Villaamil.

—Sí, yo soy..., digo, es mi abuelo —contestó al fin Luisito, y restregándose los ojos salió.

El fresco de la calle despejóle un poco la cabeza. Estaba lloviendo, y su primera idea fué para considerar que se le iba a poner la ropa perdida. *Canelo* a todas estas, había matado el tiempo en la Carrera de San Jerónimo, calle arriba, calle abajo, viendo las *muchachas* bonitas que pasaban, algunas en coches, con sus collares de lujo; y cuando Luis salió del Congreso ya estaba de vuelta de su correría esperando al amigo. Unióse a éste, esperando que comprase bollos; pero el pequeño no tenía cuartos, y aunque los tuviera, no estaba él de humor para comistrajos, después de las cosas que había visto y con el gran trastorno que en todo su cuerpo le quedara.

¿Y la carta?... ¿Qué decía la carta? Con trémula mano abrióla Villaamil, mientras doña Pura se llevaba adentro al chiquillo para mudarle la ropa, y al leerla se le cayeron las alas del corazón. Era una de esas cartas de estampilla, como las que a centenares se escriben diariamente en el Congreso y en los ministerios. Mucha fórmula de cortesía, mucho trasteo de promesas vagas, sin afirmar ni negar nada. Cuando su mujer acudió a enterarse, Villaamil ofreció un aspecto trágico, mostrando la epístola abierta, arrojada sobre la mesa.

—¡Ya!—dijo la *Miau* después de leerla—; las pamplinas de siempre. Pero no te apures, hombre. Vete mañana a verle, y...

—Cuando te digo—con atroz desaliento—que entre unos y otros me están jorobando...

Pasó la noche sumido en negra tristeza, y a la mañana inmediata, cambio completo de decoración. En la afanosa vida del pretendiente ocurren estos rudos contrastes, que le hacen pasar del desconsuelo a la esperanza. Recibió Villaamil una esquela del prohombre citándole para su casa, de doce a una. Con la prisa y el anhelo que le entró a mi hombre, no acertaba a ponerse el gabán. "Me llamará para decirme alguna tontería—pensaba, arrimándose siempre a lo peor—. Vamos, vamos allá." Y salió, dejando a su mujer excitadísima con la ilusión de un próximo triunfo. Por el camino procuraba compenetrarse bien de su fatalismo pesimista. Según su teoría, siempre sucede lo contrario de lo que uno piensa. Véase por qué no nos sacamos nunca la lotería; bien claro está: porque compra uno el billete con el intento firme de que le ha de caer el premio gordo. Lo previsto no ocurre jamás, sobre todo en España, pues por histórica ley, los españoles viven al día, sorprendidos de los sucesos y sin ningún dominio sobre ellos. Conforme a esta teoría del fracaso de toda previsión, ¿qué debe hacerse para que suceda una cosa? Prever la contraria, compenetrarse bien de la idea opuesta a su realización. ¿Y para que una cosa no pase? Figurarse que pasará, llegar a convencerse, en virtud de una sostenida obstinación espiritual, de la evidencia de aquel supuesto. Villaamil había experimentado siempre con éxito este sistema, y recordaba multitud de ejemplos demostrativos. En uno de sus viajes a Cuba, corriendo furioso temporal, se compenetró absolutamente de la idea de morir, arrancó de su espíritu toda esperanza, y el vapor hubo de salvarse. Otra vez, hallándose amenazado de una cesantía, se empapó de la persuasión de su desgracia; no pensaba más que en el fatídico *cese*; lo veía delante de sí día y noche, manifestándose con brutal laconismo. ¿Y qué sucedió? Pues sucedió que me lo ascendieron.

En resumidas cuentas, al ir a casa del padre de la patria, Villaamil se impregnó bien del convencimiento de un desastre, y pensaba así: "Como si lo viera; este señor me va a dar ahora la puntilla, diciéndome: Amigo, lo siento mucho; el ministro y yo no nos entendemos, y me es imposible hacer nada por usted."

Pero las palabras del aprovechado personaje fueron muy distintas, y jamás habría podido barruntar don Ramón que el otro saliese por este registro:

—Pues ayer tarde, después de escribir a usted, hablé con su yerno, el cual me manifestó que a usted le convendría más servir en provincias. Eso ya varía de especie, porque en provincias es mucho más fácil. Hoy mismo me ocuparé del asunto.

En medio de la sorpresa grata que tan expresivas razones le causaron, sintió mi hombre el disgusto de la injerencia de Víctor en aquel negocio. Retiróse a su casa intranquilo, pues le hacía muy poca gracia ver mezcladas la persona y recomendaciones de Cadalso con las suyas. No participó doña Pura de estos recelos, y el sol de su regocijo brilló sin nubes. Cierto que les contrariaba tener que hacer el hatillo; pero no estaban en situación de escoger lo mejor, sino de apechugar con lo posible, dando gracias a Dios.

Desde aquel día, Villaamil frecuentaba la iglesia de un modo vergonzante. Al salir de casa, si las Comendadoras estaban abiertas, se colaba un rato allí y oía misa si era hora de ello, y si no se estaba un ratito de rodillas, tratando, sin duda, de armonizar su fatalismo con la idea cristiana. ¿Lo conseguiría? ¡Quién sabe! El cristianismo nos dice: *Pedid y se os dará;* nos manda que fiemos en Dios y esperemos de su mano el remedio de nuestros males; pero la experiencia de una larga vida de ansiedad sugería al buen Villaamil estas ideas: No esperes y tendrás; desconfía del éxito para que el éxito llegue. Allá se las compondría en su conciencia. Quizá abdicaba de su diabólica teoría, volviendo al dogma consolador; tal vez se entregaba con toda la efusión de su espíritu al Dios misericordioso, poniéndose en sus manos para que le diera lo que más le convenía, la muerte o la vida, la credencial o el eterno *cese,* el bienestar modesto o la miseria horrible, la paz dichosa del servidor del Estado o la desesperación famélica del pretendiente. Quizá anticipaba su acalorada gratitud para el primer caso o su resignación para el segundo, y se proponía aguardar con ánimo estoico el divino fallo, renunciando a la previsión de los acontecimientos, resabio pecador del orgullo del hombre.

XXX

Una tarde, ya cerca de anochecido, al volver a su casa, vió a Montserrat abierto, y allá se entró. La iglesia estaba muy oscura. Casi a tientas pudo llegar a un banco de los de la nave central, y se hincó junto a él, mirando hacia el altar, alumbrado por una sola luz. Pisadas de algún devoto que entraba o salía y silabeo tenue de rezos eran los únicos rumores que turbaban el silencio, en cuyo seno profundo arrojó el cesante su plegaria melancólica, mezcla absurda de piedad y burocracia... "Porque por más que revuelvo en mi conciencia no encuentro ningún pecado gordo que me haga merecer este cruel castigo... Yo he procurado siempre el bien del Estado, y he atendido a defender en todo caso la Administración contra sus defraudadores. Jamás hice ni consentí un chanchullo, jamás, Señor, jamás. Eso bien lo sabes tú, Señor... Ahí están mis libros cuando fui tenedor de la Intervención... Ni un asiento mal hecho, ni una raspadura... ¿Por qué tanta injusticia en estos jeringados gobiernos? Si es verdad que a todos nos das el pan de cada día, ¿por qué a mí me lo niegas? Y digo más: si el Estado debe favorecer a todos por igual, ¿por qué a mí me abandona?... ¡A mí, que le he servido con tanta lealtad! Señor, que no me engañe ahora... Yo te prometo no dudar de tu misericordia como he dudado otras veces; yo te prometo no ser pesimista, y esperar, esperar en Ti. Ahora, Padre nuestro, tócale en el corazón a ese cansado ministro, que es una buena persona; sólo que me le marean con tantas cartas y recomendaciones."

Transcurrido un rato, se sentó, porque el estar de rodillas le fatigaba, y sus ojos, acostumbrándose a la penumbra, empezaron a distinguir vagamente los altares, las imágenes, los confesonarios y las personas, dos o tres viejas que rezongaban acurrucadas en ruedos al pie de los confesonarios. No esperaba el buen encuentro que tuvo a la media hora de estar allí. Deslizándose sobre el banco o andando con las asentaderas sobre la tabla, se le apareció su nieto.

—Hijo, no te había visto. ¿Con quién vienes?

—Con tía Abelarda, que está en aque-

lla capilla... Aquí la estaba esperando, y me quedé dormido. No le vi entrar a usted.

—Pues allí llegué hace un ratito—le dijo el abuelo, oprimiéndole contra sí—. ¿Y tú vienes aquí a dormir la siesta? No me gusta eso; te puedes enfriar y coger un catarro. Tienes las manos heladitas. Dámelas que te las caliente.

—Abuelo—le preguntó Luis, cogiéndole la cara y ladeándosela—, ¿estaba usted rezando para que le coloquen?

Tan turbado se encontraba el ánimo del cesante, que al oír a su nieto pasó de la risa al lloro en menos de un segundo. Pero Luis no advirtió que los ojos del anciano se humedecían, y suspiró con toda su alma al oír esta respuesta:

—Sí, hijo mío. Ya sabes tú que a Dios se le debe pedir todo lo que necesitamos.

—Pues yo—replicó el chicuelo, saltando por donde menos se podía esperar—se lo estoy diciendo todos los días, y nada.

—¿Tú..., pero tú también pides?... ¡Qué rico eres! El Señor nos da cuanto nos conviene. Pero es preciso que seamos buenos, porque si no, no hay caso.

Luis lanzó otro suspiro hondísimo, que quería decir: "Esa es la dificultad, ¡contro!, que uno sea bueno." Después de una gran pausa, el chiquillo, manoseando otra vez la cara del abuelo para obligarle a mirar para él, murmuró:

—Abuelo, hoy me he sabido la lección.

—¿Sí? Eso me gusta.

—¿Y cuándo me ponen en latín? Yo quiero aprenderlo para cantar misa... Pero mire usted, lo que es esta iglesia no me hace feliz. ¿Sabe usted por qué? Hay en aquella capilla un Señor con pelos largos que me da mucho miedo. No entro allí aunque me maten. Cuando yo sea cura, lo que es allí no digo misa...

Don Ramón se echó a reir.

—Ya se te irá quitando el temor, y verás cómo también al Cristo melenudo le dices tus misitas.

—Y que ya estoy aprendiendo a echarlas. Murillo sabe todo el latinaje de la misa, y cuándo se toca la campanilla y cuándo se le levanta el faldón al cura.

—Mira—le dijo su abuelo, sin enterarse—, ve y avisa a la tía que estoy aquí. No me habrá visto. Ya es hora de que nos vayamos a casa.

Fué Luis a llevar el recado, y el taconeo de sus pisadas resonó en el suelo de la iglesia como alegre nota en tan lúgubre silencio. Abelarda, sentada a la turca en el suelo, miró hacia atrás; después se levantó y vino a situarse junto a su padre.

—¿Has acabado?—le preguntó éste.

—Aún me falta un poquito.

Y siguió silabeando, fijos los ojos en el altar.

Confiaba mucho Villaamil en las oraciones de su hija, que creía fuesen por él, y así, le dijo:

—No te apresures; reza con calma y cuanto quieras, que hay tiempo todavía. ¿Verdad que el corazón parece que se descarga de un gran peso cuando le contamos nuestras penas al único que las puede consolar?

Esto brotó con espontaneidad nacida del fondo del alma. El sitio y la ocasión eran propicios al dulcísimo acto de abrir de par en par las puertas del espíritu y dar salida a todos los secretos. Abelarda se hallaba en estado psicológico semejante; pero sentía con más fuerza que su padre la necesidad de desahogo. No era dueña de callar en aquel instante, y a poco que se descuidara le rebosarían de la boca confidencias que en otro lugar y momento por nada del mundo dejaría asomar a sus labios.

—¡Ay, papá!—se dejó decir—. Soy muy desgraciada... Usted no lo sabe bien.

Asombróse Villaamil de tal salida, porque para él no había en la familia más que una desgracia: la cesantía y angustiosa tardanza de la credencial.

—Es verdad—dijo saturnamente—; pero ahora..., ahora debemos confiar... Dios no nos abandonará.

—Lo que es a mí—confirmó Abelarda—bien abandonada me tiene... Es que le pasan a una cosas muy terribles. Dios hace a veces unos disparates...

—¿Qué dices, hija?—alarmadísimo—. ¡Disparates Dios!...

—Quiero decir que a veces le infunde a una sentimientos que la hacen infeliz; porque ¿a qué viene querer si no van las cosas por buen camino?

Villaamil no comprendía. La miró por ver si la expresión del rostro aclaraba el enigma de la palabra. Pero la menguada luz no permitía al anciano descifrar el rostro de su hija. Y Luisito, en

pie entre los dos, no entendía ni jota del diálogo.

—Pues si te he de decir verdad—añadió Villaamil, buscando luz en aquella confusión—, no te entiendo. ¿Qué disgusto tienes? ¿Has reñido con Ponce? No lo creo. El pobre chico, anoche, en el café, me habló tan natural de la prisa que le corre casarse. No quiere esperar a que se muera su tío, el cual, entre paréntesis, es hombre acabado.

—No es eso, no es eso—dijo la *Miau*, con el corazón en prensa—. Ponce no me ha dado rabieta ninguna.

—Pues entonces...

Callaron ambos, y a poco Abelarda miró a su padre. Le retozaba en el alma un sentimiento maligno, un ansia de mortificar al bondadoso viejo, diciéndole algo muy desagradable. ¿Cómo se explica esto? Unicamente por el rechazo de la efusión de piedad en aquel turbado espíritu, que buscando en vano el bien, rebotaba en dirección del mal, y en él momentáneamente se complacía. Algo hubo en ella de ese estado cerebral—relacionado con desórdenes nerviosos familiares del organismo femenil—que sugiere los actos de infanticidio, y en aquel caso, el misterioso flúido de ira descargó sobre el mísero padre, a quien tanto amaba.

—¿No sabes una cosa?—le dijo—. Ya han colocado a Víctor. Hoy, al mediodía..., a poco de salir tú, llamaron a la puerta: era la credencial. El estaba en casa. Le han dado el ascenso, y le nombran... no sé qué en la Administración Económica de Madrid.

Villaamil se quedó atontadísimo, como si le hubieran descargado un fuerte golpe de maza en la cabeza. Le zumbaron los oídos..., creyó delirar, se hizo repetir la noticia, y Abelarda la repitió con acento en que vibraba la saña del parricida.

—Un gran destino—añadió—. El está muy contento, y dijo que si a ti te dejan fuera, puede, por de pronto y para que no estés desocupado, darte un destinillo subalterno en su oficina.

Creyó por un momento el anciano sin ventura que la iglesia se le caía encima. Y en verdad, un peso enorme se le sentaba sobre el corazón, no dejándole respirar. En el mismo instante, Abelarda, volviendo en sí de aquella perturbación cerebral que nublara su razón y sus sentimientos filiales, se arrepintió de la puñalada que acababa de asestar a su padre, y quiso ponerle bálsamo sin pérdida de tiempo.

—También a ti te colocarán pronto. Yo se lo he pedido a Dios.

—¡A mí! ¡Colocarme a mí!—con furor pesimista—. Dios no protege más que a los pillos... ¿Crees que espero algo ni del ministro ni de Dios? Todos son lo mismo... ¡Arriba y abajo, farsa, favoritismo y polaquería! Ya ves lo que sacamos de tanta humillación y de tanto rezo. Aquí me tienes, desairado siempre y sin que nadie me haga caso, mientras que ese pasmarote, embustero y trapisondista...

Se dió con la palma de la mano un golpe tan recio en el cráneo, que Luisito se asustó, mirando consternado a su abuelo. Entonces volvió a sentir Abelarda la malignidad parricida, uniéndola a un cierto instinto defensivo de la pasión que llenaba su alma. Los grandes errores de la vida, como los sentimientos hondos, aunque sean extraviados, tienden a conservarse, y no quieren en modo alguno perecer. Abelarda salió a la defensa de sí misma defendiendo al otro.

—No, papá, malo no es—con mucho calor—; malo, no. ¡En qué error tan grande están usted y mamá! Todo consiste en que le juzgan de ligero, en que no le comprenden.

—¿Tú qué sabes, tonta?

—¿Pues no he de saberlo? Los demás no le comprenden; yo, sí.

—¡Tú, hija!...—y al decirlo, una sospecha terrible cruzó por su mente, atontándole más de lo que estaba.

Pronto se rehizo, diciéndose: "No puede ser; ¡qué absurdo!" Pero como notara la excitación de su hija, el extravío de su mirar, volvió a sentirse acometido de la cruel sospecha.

—¡Tú..., dices que le comprendes tú!

Resistiéndose a penetrar el misterio, éste, al modo de negra sima, más profunda y temerosa cuanto más mirada, le atraía con vértigo insano. Comparó rápidamente ciertas actitudes de su hija, antes inexplicables, con lo que en aquel momento oía; ató cabos, recordó palabras, gestos, incidentes, y concluyó por declararse que estaba en presencia de un hecho muy grave. Tan grave era y tan contrario a sus sentimientos, que le daba terror cerciorarse de él. Más

bien quería olvidarlo o fingirse que era vana cavilación sin fundamento razonable.

—Vámonos—murmuró—. Es tarde, y yo tengo que hacer antes de ir a casa.

Abelarda se arrodilló para decir sus últimas oraciones, y el abuelo, cogiendo a Luisito de la mano, se dirigió lentamente hacia la puerta, sin hacer genuflexión alguna, sin mirar para el altar ni acordarse de que estaba en lugar sagrado. Pasaron junto a la capilla del Cristo melenudo, y como Cadalsito tirase del brazo de su abuelo para alejarle lo más posible de la efigie que tanto miedo le daba, Villaamil se incomodó y le dijo con cruel aspereza:

—Que te come... Tonto...

Salieron los tres, y en la esquina de la calle de Quiñones se encontraron a Pantoja, que detuvo a don Ramón para hablarle del inaudito ascenso de Cadalso. Abelarda siguió hacia la casa. Al subir por la mal alumbrada escalera, sintió pasos descendentes. Era él... Su andar con ningún otro podía confundirse. Habría deseado esconderse para que no la viera, impulso de vergüenza y sobresalto que obedecía a misterioso presentimiento. El corazón le anunciaba algo inusitado, desarrollo y resultante natural de los hechos, y aquel encuentro la hacía temblar. Víctor la miró y se detuvo tres o cuatro escalones más arriba del rellano en que la chica de Villaamil se paró, viéndole venir.

—¿Vuelves de la iglesia?—le dijo—. Yo no como hoy en casa. Estoy de convite.

—Bueno—replicó ella, y no se le ocurrió nada más ingenioso y oportuno.

De un salto bajó Víctor los cuatro escalones, y sin decir nada, cogió a la insignificante por el talle y la oprimió contra sí apoyándose en la pared. Abelarda dejóse abrazar sin la menor resistencia, y cuando él la besó con fingida exaltación en la frente y mejillas, cerró los ojos, descansando su cabeza sobre el pecho del guapo monstruo, en actitud de quien saborea un descanso muy deseado después de una larga fatiga.

—Tenía que ser—dijo Víctor con la emoción que tan bien sabía disimular—. No hemos hablado con claridad, y al fin nos entendemos. Vida mía, todo lo sacrifico por ti. ¿Estás dispuesta a hacer lo mismo por este desdichado?

Abelarda respondió que sí con voz que sólo fué un simple despegar de labios.

—¿Abandonarías casa, padres, todo, por seguirme?—dijo él en un rapto de infernal inspiración.

Volvió la sosa a responder afirmativamente, ya con voz más clara y con acentuado movimiento de cabeza.

—¿Por seguirme para no separarnos jamás?

—Te sigo como una tonta, sin reparar...

—¿Y pronto?

—Cuando quieras... Ahora mismo.

Víctor meditó un rato.

—Alma mía, todo puede hacerse sin escándalo... Separémonos ahora... Me parece que viene alguien. Es tu padre... Súbete. Hablaremos.

Al sentir los pasos de su padre, Abelarda despertó de aquel breve sueño. Subió azorada, trémula, sin mirar hacia atrás. Víctor siguió bajando lentamente, y al cruzarse con su suegro y el niño, ni les dijo nada ni ellos le hablaron tampoco. Cuando Villaamil llegaba al segundo, ya la joven había llamado presurosa, deseando entrar antes que su padre pudiera sorprender la turbación de criminal que desencajaba su rostro.

XXXI

Toda aquella noche estuvo la insignificante en un estado próximo a la demencia, dividido su espíritu entre la alegría loca y una tristeza sepulcral. A ratos sentíase acometida de punzante suspicacia. Había entregado su voluntad sin condiciones, sin exigir, en cambio, la rendición del albedrío del otro y el término de aquellos amores con mujer desconocida, amores de compromiso, sin duda, difíciles de romper. ¿Los rompía y liquidaba todas sus atrasadas cuentas de amor? Así tenía que ser. Y, francamente, no estaba de más haberlo dicho. Pero ¡si no había habido tiempo para nada, ni pudieron darse y pedirse las explicaciones propias del caso!... Fué como un relámpago aquel trueque y abandono mutuo de ambas voluntades. Convenía, pues, en la primera coyuntura, despejar la situación, alejando todo temor de duplicidad, y poner para siem-

pre a un lado a la señora aquella de las cartas. Hecho esto, Abelarda se entregaría sin ningún trámite al hombre que le había absorbido el alma; renunciaba a toda libertad, era suya, de él, en la forma y condiciones que él quisiese, con escándalo o sin escándalo, con honra o sin honra.

Mientras comían, Villaamil observaba a su hija, poniendo en su rostro los rasgos más enérgicos de aquella ferocidad tigresca que le caracterizaba. Comía sin apetito, y creeríase que devoraba una pieza palpitante y medio viva, que gemía y temblaba con dolores horribles, clavada en su tenedor. Doña Pura y Milagros no osaron hablarle de la colocación de Víctor. Ambas estaban mohinas, lúgubres y con cara de responso, y la misma Abelarda concluyó por formar parte de aquel silencioso coro de sepulcrales figuras. Aquella noche no había Real. El cesante se metió en su despacho, y las tres *Miaus* fueron a la sala, donde se reunieron el ínclito Ponce y las de Cuevas. Abelarda tuvo momentos de febril locuacidad, y otros de meditación taciturna.

A las doce se acabó la tertulia, y a dormir... La casa en silencio, Abelarda en vela, esperando a Víctor para decirse lo que por decir estaba, y vaciar de lleno alma en alma, cambiando los vasos su contenido. Pero dió la una, la una y media, y el galán no parecía. Entre dos y tres, la infeliz muchacha se hallaba en estado febril, que encendía en su mente los más peregrinos disparates. Le habían matado... También podía ser que el abrazo, el besuqueo y la declaración de la escalera fueran una burla infame... Esta idea la rechazaba por ser demasiado absurdo y no caber, según ella, dentro de los moldes de la humana maldad. Luego pensaba (y eran ya las tres y media) que la elegantona de las cartas coronadas, al enterarse aquella misma noche de que el amante se le iba, o al oír de su propio labio tristes acentos de ruptura, tramaba contra él terrible venganza, le convidaba a cenar y le envenenaba, echándole en una copa de jerez el veneno de los Borgias. Con las extrañas cavilaciones mezclaba la sosa mil lances que había visto en las óperas, las conjuraciones que arma la mezzosoprano contra el tenor, porque éste la desprecia por la tiple; las perrerías del barítono para deshacerse de su aborrecido rival, la constancia sublime del tenor (y eran ya las cuatro), que, sucumbiendo a las combinadas artimañas del bajo y la contralto, revienta en brazos de la tiple, y concluyen ambos diciéndose que se amarán en el otro mundo.

Las cinco, y Víctor sin parecer. El cerebro de Abelarda era un volcán, que desfogaba por los ojos en destellos de calentura, por los labios en monosílabos de despecho, de amor, de cólera. Sólo dos veces en la temporada aquella había pasado el *hombre superior* toda la noche fuera de casa; y la primera vez que esto sucediera, entró a eso de las diez de la mañana en un desorden lamentable, denunciando con su actitud, con sus palabras y hasta con su ropa, los excesos de una noche de festín entre personas de vida poco regular. ¡Si sucedería lo m i s m o aquella segunda vez!... Pero no; algo había ocurrido. Entre el ternísimo paso de la escalera y aquella ausencia inexplicable había un enigma, algo misterioso, quizá una desgracia o una monstruosidad que la pobre muchacha, en la ofuscación de su inteligencia, no acertaba a comprender. Las seis, y nada. Rompió a llorar, y tan pronto reclinaba su cabeza sobre la almohada como se sentaba en un baúl o iba de una parte a otra de la habitación, cual pájaro saltando en su jaula, de palito en palito.

Llegó el día, y nada. El primero a quien Abelarda sintió levantarse fué su padre, que pasó, camino de la cocina, y después al despacho. Las ocho. Doña Pura no tardaría en abandonar las ociosas plumas. Como ya, aunque Víctor entrase, no era posible hablar a solas con él, la dolorida se acostó, no para dormir ni descansar, sino para que su madre no cayese en la cuenta de la noche toledana. Más de las nueve eran ya cuando entró el trasnochador con muy mal cariz. Doña Pura le abrió la puerta sin decirle una sola palabra. Metióse en su cuarto, y Abelarda, que salía del suyo, le sintió revolviéndose en el estrecho recinto, donde apenas cabían la cama, una silla y el baúl.

—Si vas a la iglesia—díjole Pura, sacando unos cuartos del portamonedas—, te traes cuatro huevos... Que te acompañe Luis. Yo no salgo. Me duele la ca-

beza. Tu padre está disgustadísimo, y con razón. ¡Mira que colocar a este perdulario y dejarle a él en la calle, a él, tan honrado y que sabe más de Administración que todo el Ministerio junto! ¡Qué gobiernos, Señor, qué gobiernos! ¡Y se espantan luego de que haya revolución! Te traes cuatro huevos. ¡No sé cómo saldremos del día!... ¡Ah! Tráete también el cordón negro para mi vestido, y los corchetes.

Abelarda fué a la iglesia, y, al volver con los encargos de su madre, halló a ésta, su tía y Víctor en el comedor, enzarzados en furiosa disputa. La voz de Cadalso sobresalía, diciendo:

—Pero, señoras mías, ¿yo qué culpa tengo de que me hayan colocado a mí antes que a papá? ¿Es esto razón bastante para que todos en esta casa me pongan cara de cuerno? Pues ganas me dan, como hay Dios, de tirar la credencial a la calle. Antes que nada, la paz de la familia. Yo desviviéndome porque me quieran, yo tratando de hacer olvidar los disgustos que les he causado, y ahora, ¡válgame Dios!, porque al ministro se le antoja colocarme, ya falta poco para que mi suegra y la hermana de mi suegra me saquen los ojos. Bueno, señoras; arañen, peguen todo lo que gusten; yo no he de quejarme. Mientras más perrerías me digan, más he de quererlos yo a todos.

—¡Como si no supiéramos—objetó doña Pura, hecha un áspid—que tú tienes vara alta en el Ministerio, y que si hubieras querido, ya Ramón tendría plaza!...

—¡Por Dios, mamá, por Dios!—replicó Víctor, revelando verdadera consternación—. Eso es del género inocente... No puedo creer que usted lo diga con formalidad. ¡Que yo...! Vamos; ¡tengo entre la familia una reputacioncita...! ¿Y si yo jurase que he gestionado por papá antes que por mí? ¿Si yo lo jurase? Claro, no me creerían. Pero créanlo o no, lo digo y lo sostengo.

Abelarda no intervino en la reyerta, pero mentalmente se ponía de parte de su hermano político. En esto entró Villaamil, y Víctor se fué resueltamente a él:

—Usted, que es un hombre razonable, dígame si cree, como estas señoras, que yo he gestionado o trabajado o intrigado porque me colocaran a mí y a usted no. Porque aquí me están calentando las orejas con esa historia, y, francamente, me aflige oírme tratar como un Judas sin conciencia—con noble acento—. Yo, señor don Ramón, me he portado lealmente. Si he tenido la desgracia de ir por delante de otros, no es culpa mía. ¿Sabe usted lo que yo haría ahora?... Y que me muera si no digo verdad. Pues cederle a usted mi plaza.

—Si nadie habla del asunto—replicó Villaamil con serenidad, que obtenía violentándose cruelmente—. ¡Colocarme a mí! ¿Crees que alguien piensa en tal cosa? Ha pasado lo natural y lógico. Tú tienes allá..., no sé dónde..., buenos padrinos o madrinas... Yo no tengo a nadie... Que te aproveche.

Cerró la puerta de su despacho, dejando en el pasillo a Víctor, algo confuso y con una respuesta entre labio y labio, que no se atrevió a soltar. Aún quiso engatusar a doña Pura en el comedor, tratando de rendir su ánimo con expresiones servilmente cariñosas.

—¡Qué desgracia tan grande, Dios mío, no ser comprendido! Me consumo por esta familia, me sacrifico por ella, hago mías sus desgracias y suyos mis escasos posibles, y como si nada. Soy y seré siempre aquí un huésped molesto y un pariente maldito. Paciencia, paciencia.

Dijo esto con afectación hábil, en el momento de sacar papel y disponerse a escribir sobre la mesa del comedor. Al sentarse vió ante sí a su cuñada, en pie y mirándole, sosteniendo la barba entre los dedos de la mano derecha, actitud atenta, pensativa y cariñosa, semejante, salvo la belleza, a la de la célebre estatua de Polimnia en el grupo antiguo de las musas. No era preciso ser lince para leer en las pupilas y expresión de la insignificante estas o parecidas reconvenciones: "Pero ¿qué haces ahí sin atenderme? ¿No sabes que soy la única persona que te ha comprendido? Vuélvete hacia mí, y no hagas caso de los demás... Estoy aguardándote desde anoche, ¡ingrato!, y tú tan distraído. ¿Qué se hicieron tus planes de escapatoria? Estoy pronta... Me iré con lo puesto."

Al verla en tal actitud y al leer en sus ojos la reconvención, cayó Víctor en la cuenta de que estaba en descubierto con ella. Maldito si desde la noche anterior se había vuelto a acordar del pa-

so de la escalera, y si lo recordaba era como un hecho baladí, cual humorada estudiantil, sin consecuencias para la vida. Su primera impresión, al despertarse la memoria, fué de disgusto, cual si recordase la precisión impertinente de pagar una visita de puro cumplido. Pero al instante compuso la fisonomía, que para cada situación tenía una hermosa máscara en el variado repertorio de su histrionismo moral; y cerciorándose de que no andaba por allí su suegra, puso una cara muy tierna, miró al techo, después a su cuñada, y entre ambos se cruzaron estas breves cláusulas:

—Vida mía, tengo que hablarte... ¿Dónde y cuándo?

—Esta tarde..., en las Comendadoras..., a las seis.

Y nada más. Abelarda se escapó a arreglar la sala y Víctor se puso a escribir, arrojando con desdén la careta y pensando de este modo: "La chiflada esta quiere saber cuándo tocan a perderse... ¡Ah!... Pues si tú lo cataras... Pero no lo catarás."

XXXII

Puntual, como la hora misma, entró Abelarda a la de la cita en las Comendadoras. La iglesia, callada y oscura, estaba que ni de encargo para el misterioso objeto de una cita. Quien hubiera visto entrar a la chica de Villaamil se habría pasmado de notar en ella su mejor ropa, los verdaderos trapitos de cristianar. Se los puso sin que lo advirtiera su madre, que había salido a las cinco. Sentóse en un banco, rezando distraída y febril, y al cuarto de hora entró Víctor, que al pronto no veía gota, y dudaba a qué parte de la iglesia encaminarse. Fué ella a servirle de guía y le tocó el brazo. Diéronse las manos y se sentaron cerca de la puerta, en un lugar bastante recogido y el más tenebroso de la iglesia, a la entrada de la capilla de los Dolores.

A pesar de su pericia y del desparpajo con que solía afrontar las situaciones mas difíciles, Víctor, no sabiendo cómo desflorar el asunto, estuvo mascando un rato las primeras palabras. Por fin, resuelto a abreviar, encomendándose mentalmente al demonio de su guarda, dijo:

—Empiezo por pedirte perdón, vida mía; perdón, sí, lo necesito, por mi conducta... imprudente... El amor que te tengo es tan hondo, tan avasallador, que anoche, sin saber lo que hacía, quise lanzarte por las... escabrosidades de mi destino. Estarás enojadísima conmigo, lo comprendo, porque a una mujer de tu calidad proponer yo, como propuse... Pero estaba ciego, demente, y no supe lo que me dije. ¡Qué idea habrás formado de mí! Merezco tu desprecio. Proponerte que abandonaras a tus padres, tu casa, por seguirme a mí, a mí, cometa errante—recordando frases que había leído en otros tiempos y enjaretándolas con la mayor frescura—, a mí, que corro por los espacios sin dirección fija, sin saber de dónde he recibido el impulso ni adónde me lleva mi carrera loca... Me estrellaré; de fijo, me estrellaré. Pero sería un infame, Abelarda—tomándole una mano—, sería el último de los monstruos si permitiera que te estrellaras conmigo...; tú, que eres un ángel; tú, que eres el encanto de tu familia... ¡Oh! Te pido perdón, y me pondría de rodillas para alcanzarlo. Cometí gravísimo atentado contra tu dignidad, ultrajé tu candor, proponiéndote aquella atrocidad nacida en este cerebro calenturiento...; en fin, perdóname, y admite mis honradas excusas. Te amo, te amo y te amaré siempre, sin esperanza, porque no puedo aspirar a poseer tan... rica joya. Insultaría a Dios si tal aspiración tuviese...

No acertaba la *Miau* a comprender bien aquella palabrería, de sentido tan opuesto a lo que esperaba escuchar. Mirábale a él, y después a la imagen más próxima, un San Juan con cordero y banderola, y le preguntaba al santo si aquello era verdad o sueño.

—Estás, estás perdonado — murmuró, respirando muy fuerte.

—No te extrañes, amor mío—prosiguió él, dueño ya de la situación—, que en tu presencia me vuelva tímido y no sepa expresarme bien. Me fascinas, me anonadas, haciéndome ver mi pequeñez. Perdóname el atrevimiento de anoche. Quiero ahora ser digno de ti, quiero imitar esa serenidad sublime. Tú me marcas el camino que debo seguir, el camino de la vida ideal, de las acciones perfectamente ajustadas a la ley divina. Te imitaré; haré por imitarte. Es preciso que nos separemos, mujer incomparable. Si nos juntamos, tu vida corre peligro y

la mía también. Estamos cercados de enemigos, que nos acechan, que nos vigilan... ¿Qué debemos hacer?... Separarnos en la tierra, unirnos en las esferas ideales. Piensa en mí, que yo ni un instante te apartaré de mi pensamiento...

Abelarda, inquietísima, se movía en el banco como si éste se hallara erizado de púas.

—¿Cómo olvidar que cuando toda la familia me despreciaba, tú sola me comprendías y me consolabas? ¡Ah! No se olvida eso en mil años. Te aseguro que eres sublime. Soy un miserable. Déjame abandonado a mi triste suerte. Sé que has de pedir a Dios por mí, y esto me consuela. Si yo creyera, si yo pudiera prosternarme ante ese altar o ante otro semejante, si yo rezar pudiese, rezaría por ti... Adiós, amor mío.

Quiso cogerle una mano, pero Abelarda la retiró, volviendo la cara hacia el opuesto lado.

—Tu esquivez me mata. Bien sé que la merezco... Anoche estuve contigo irrespetuoso, grosero, indelicado. Pero ya has dicho que me perdonabas. ¿A qué ese gesto? Ya, ya sé... Es que te estorbo, es que te soy aborrecible... Lo merezco; sé que lo merezco. Adiós. Estoy expiando mis culpas, porque ahora quiero separarme de ti, y, ya ves, no puedo... ¡Clavado en este banco!...—impaciente, y atropellándose por concluir pronto—. ¿Te acordarás de mí en tu vida futura?... Oye un consejo: cásate con Ponce, y si no te casas, entra en un convento, y reza por él y por mí, por este pecador... Tú has nacido para la vida espiritual. Eres muy grande, y no cabes en la estrechez del matrimonio ni en la... prosaica vida de familia... No puedo seguir, mujer, porque pierdo la razón..., deliro y... Valor..., un supremo esfuerzo... Adiós, adiós.

Y como alma que lleva Satanás, salió de la iglesia, refunfuñando. Tenía prisa, y se felicitaba de haber saldado una fastidiosa cuentecilla. "¡Qué demonio! —dijo mirando su reloj y avivando el paso—. Pensé despachar en diez minutos y he empleado veinte. ¡Y *aquélla* esperándome desde las seis!... Vamos, que sin poderlo remediar me da lástima de esta inefable cursi. Van a tener que ponerme camisa... o corsé de fuerza."

Y Abelarda, ¿qué hacía y qué pensaba? Pues si hubiera visto que al púlpito de la iglesia subía el diablo en persona y echaba un sermón acusando a los fieles de que no pecaban bastante, y diciéndoles que si seguían así no ganarían el infierno; si Abelarda hubiera visto esto, no se habría pasmado como se pasmó. La palabra del monstruo y su salida fugaz dejáronla yerta, incapaz de movimiento, el cerebro cuajado en las ideas y en las impresiones de aquella entrevista, como sustancia echada en molde frío y que prontamente se endurece. Ni le pasó por la cabeza rezar, ¿para qué? Ni marcharse, ¿adónde? Mejor estaba allí, quieta y muda, rivalizando en inmovilidad con el San Juan del gallardete y con la Dolorosa. Esta se hallaba al pie de la cruz, rígida en su enjuto vestido negro y en sus tocas de viuda, acribillado el pecho de espaditas de plata, las manos cruzadas con tanta fuerza, que los dedos se confundían formando un haz apretadísimo. El Cristo, mucho mayor que la imagen de su Madre, extendíase por el muro arriba, tocando al techo del templete con su corona de abrojos y estirando los brazos a increíble distancia. Abajo, velas, los atributos de la Pasión, exvotos de cera, un cepillo con los bordes de la hendidura mugrientos y el hierro del candado muy roñoso; el paño del altar goteado de cera; la repisa, pintada imitando jaspe. Todo lo miraba la señorita de Villaamil, no viendo el conjunto, sino los detalles más ínfimos, clavando sus ojos aquí y allí como aguja que picotea sin penetrar, mientras su alma se apretaba contra la esponja henchida de amargor, absorbiéndolo todo.

Vinieron a coincidir en el tiempo dos gravísimos actos, cada uno de los cuales pudo decidir por sí solo la vida ulterior de la insignificante y trastornada joven. Con diferencia de dos horas y media se realizaron el suceso que acabo de referir y otro no menos importante. Ponce, conferenciando con doña Pura, en la sala de éstas, sin testigos, se mostró enojado porque los padres de su prometida no habían fijado aún el día de la boda.

—Pues por fijado, hijo, por fijado. Ramón y yo no deseamos otra cosa. ¿Le parece a usted que a principios de mayo? ¿El día de la Cruz?

Poco antes doña Pura había explica-

do la ausencia de su hija en la tertulia por el grandísimo enfriamiento que aquella tarde cogiera en las Comendadoras. Entró en casa castañeteando los dientes y con un calenturón tan fuerte, que su madre le mandó acostarse al momento. Era esto verdad; mas no toda la verdad, y la señora se calló el asombro de verla entrar a horas desusadas y con un vestido que no acostumbraba ponerse para ir de tarde a la iglesia más próxima.

—Eso es, lo mejorcito que tienes; estropéalo donde no lo puedes lucir y dedícate a refregar con ese casimir tan rico de catorce reales los bancos de la iglesia, llenos de mugre, de polvo y de cuanta porquería hay.

También se calló que su hija no contestaba acorde a nada de cuanto le decía. Esto, el chasquido de dientes y la repugnancia a comer movieron a doña Pura a meterla en la cama. No las tenía la señora todas consigo, y estaba cavilosa buscando el sentido de ciertas rarezas que en la niña notaba. "Sea lo que quiera—pensó—, cuanto más pronto la casemos, mejor." Sobre esto dijo algo a su marido; pero Villaamil no se había dignado contestar sílaba: tan tétrico y cabizbajo andaba.

Abelarda, que se hacía la dormida para que no la molestase nadie, vió a Milagros acostando a Luisito, el cual no se durmió pronto aquella noche, sino que daba vueltas y más vueltas. Cuando ambos se quedaron solos, Abelarda le mandó estarse callado. No tenía ella ganas de jarana; era tarde y necesitaba descanso.

—Tiita, no puedo dormirme. Cuéntame cuentos.

—Sí, para cuentos estoy yo. Déjame en paz, o verás...

Otras veces, al sentir a su sobrino desvelado, la insignificante, que le amaba entrañablemente, procuraba calmar su inquietud con afectuosas palabras; y si esto no era bastante, se iba a su cama, y arrullándole y agasajándole, conseguía que conciliara el sueño. Pero aquella noche, excitada y fuera de sí, sentía tremenda inquina contra el pobre muchacho; su voz la molestaba y hería, y por primera vez en su vida pensó de él lo siguiente: "¿Qué me importa a mí que duermas o no, ni que estés bueno ni que estés malo, ni que te lleven los demonios?"

Luisito, hecho a ver a su tía muy cariñosa, no se resignaba a callar. Quería palique a todo trance, y con voz de mimo, dijo a su compañera de habitación:

—Tía, ¿viste tú, por casualidad, a Dios alguna vez?

—¿Qué hablas ahí, tonto?... Si no te callas, me levanto y...

—No te enfades...; pues yo, ¿qué culpa tengo? Yo veo a Dios, le veo cuando me da la gana, para que lo sepas... Pero esta noche no le veo más que los pies..., los pies con mucha sangre, clavaditos y con un lazo blanco, como los del Cristo de las melenas que está en Montserrat..., y me da mucho miedo. No quiero cerrar los ojos, porque..., te diré..., yo nunca le he visto los pies, sino la cara y las manos..., y esto me pasa..., ¿sabes por qué me pasa?..., porque hice un pecado grande..., porque le dije a mi papá una mentira, le dije que quería ir con la tía Quintina a su casa. Y fué mentira. Yo no quiero ir más que un ratito para ver los santos. Vivir con ella, no. Porque irme con ella y dejaros a vosotros es pecado, ¿verdad?

—Cállate, cállate, que no estoy yo para oír tus sandeces... ¿Pues no dice que ve a Dios, el muy borrico?... Sí, ahí está Dios para que tú le veas, bobo...

Abelarda oyó al poco rato los sollozos de Cadalsito, y, en vez de piedad, sintió, ¡cosa más rara!, una antipatía tal contra su sobrino, que mejor pudiera llamarse odio sañudo. El tal mocoso era un necio, un farsante, que embaucaba a la familia con aquellas simplezas de ver a Dios y de querer hacerse curita; un hipócrita, un embustero, un mátalascallando..., y feo, y enclenque, y consentido, además...

Esta hostilidad hacia la pobre criatura era semejante a la que se inició la víspera en el corazón de Abelarda contra su propio padre, hostilidad contraria a la naturaleza, fruto, sin duda, de una de esas auras epileptiformes que subvierten los sentimientos primarios en el alma de la mujer. No supo ella darse cuenta de cómo tal monstruosidad germinara en su espíritu, y la veía crecer, crecer a cada instante, sintiendo cierta complacencia insana en apreciar su magnitud. Aborrecía a Luis, le aborrecía con todo su corazón. La voz del chiquillo le

encalabrinaba los nervios, poniéndola frenética.

Cadalsito, sollozando, insistió:

—Le veo las piernas negras, con manchurrones de sangre; le veo las rodillas con unos cardenales muy negros, tiita..., tengo mucho miedo... ¡Ven, ven!

La *Miau* crispó los puños, mordió las sábanas. Aquella voz quejumbrosa removía todo su ser, levantando en él una ola rojiza, ola de sangre, que subía hasta nublarle los ojos. El chiquillo era un cómico, fingido y trapalón, bajado al mundo para martirizarla a ella y a toda su casta... Pero aún quedaba en Abelarda algo de hábito de ternura que contenía la expansión de su furor. Hacía un movimiento para echarse de la cama y correr a la de Luis, con ánimo de darle azotes, y se reprimía luego. ¡Ah! Como pusiera las manos en él, no se contentaría con la azotaina...; le ahogaría, sí. ¡Tal furia le abrasaba el alma y tal sed de destrucción tenían sus ardientes manos!

—Tiita, ahora le veo el faldellín todo lleno de sangre, mucha sangre... Ven, enciende luz, o me muero de susto; quítamele, dile que se vaya. El otro Dios es el que a mí me gusta, el abuelo guapo, el que no tiene sangre, sino un manto muy fino y unas barbas blanquísimas...

Ya no pudo ella dominarse, y saltó del lecho... Quedóse a su orilla inmovilizada, no por la piedad, sino por un recuerdo que hirió su mente con vívida luz. Lo mismo que ella hacía en aquel instante lo había hecho su difunta hermana en una noche triste. Sí, Luisa padecía también aquellas horribles corazonadas de aborrecer a su progenitura, y cierta noche que le oyó quejarse, echóse de la cama y fué contra él, con las manos amenazantes, trocada de madre en fiera. Gracias que la sujetaron, pues si no, sabe Dios lo que habría pasado. Y Abelarda repetía las mismas palabras de la muerta, diciendo que el pobre niño era un monstruo, un aborto del infierno, venido a la tierra para castigo y condenación de la familia.

Llevóla este recuerdo a comparar la semejanza de causas con la semejanza de efectos, y pensó angustiadísima: "¿Estaré yo loca, como mi hermana?... ¿Es locura, Dios mío?"

Volvió a meterse entre sábanas, prestando atención a los sollozos de Luis, que parecían atenuarse, como si al fin le venciera el sueño. Transcurrió un largo rato, durante el cual la tiita se aletargó, a su vez; pero de improviso despertó sintiendo el mismo furor hostil en su mayor grado de intensidad. No la detuvo entonces el recuerdo de su hermana; no había en su espíritu nada que corrigiese la idea o, mejor dicho, el delirio de que Luis era una mala persona, un engendro detestable, un ser infame a quien convenía exterminar. El tenía la culpa de todos los males que la agobiaban, y cuando él desapareciera del mundo, el sol brillaría más y la vida sería dichosa. El chiquillo aquel representaba toda la perfidia humana, la traición, la mentira, la deshonra, el perjurio.

Reinaba profunda oscuridad en la alcoba. Abelarda, en camisa y descalza, echándose un mantón sobre los hombros, avanzó palpando... Luego retrocedió buscando las cerillas. Habíasele ocurrido en aquel momento ir a la cocina en busca de un cuchillo que cortara bien. Para esto necesitaba luz. La encendió, y observó a Luis, que, al cabo, dormía profundamente. "¡Qué buena ocasión!—se dijo—. Ahora no chillará, ni hará gestos... Farsante, pinturero, monigote, me las pagarás... Sal ahora con la pamplina de que ves a Dios... Como si hubiera tal Dios ni tales carneros..." Después de contemplar un rato al sobrinillo, salió resuelta. "Cuanto más pronto, mejor." El recuerdo de los sollozos del chico, hablando aquellos disparates de los pies que veía, atizaba su cólera. Llegó a la cocina y no encontró cuchillo; pero se fijó en el hacha de partir leña, tirada en un rincón, y le pareció que este instrumento era mejor para el *caso*, más seguro, más ejecutivo, más cortante. Cogió el hacha, hizo ademán de blandirla, y, satisfecha del ensayo, volvió a la alcoba, en una mano la luz, en otra el arma, el mantón por la cabeza... Figura tan extraña y temerosa no se había visto nunca en aquella casa. Pero en el momento de abrir la puerta de cristales de la alcoba sintió un ruido que la sobrecogió. Era el del llavín de Víctor girando en la cerradura. Como ladrón sorprendido, Abelarda apagó de un soplo la luz, entró, y se agachó detrás de la puerta, recatando el hacha. Aunque rodeada de tinieblas, temía que Víctor la viese al pasar

por el comedor y se hizo un ovillo, porque la furia que había determinado su última acción se trocó súbitamente en espanto con algo de femenil vergüenza. El pasó alumbrándose con una cerilla, entró en su cuarto y se cerró al instante. Todo volvió a quedar en silencio. Hasta la alcoba de Abelarda llegaba débil, atravesando el comedor y las dos puertas de cristales, la claridad de la vela que encendiera Víctor para acostarse. Cosa de diez minutos duró el reflejo; después se extinguió, y todo quedó en sombra. Pero la cuitada no se atrevía ya a encender su luz; fué tanteando hasta la cama, escondió el hacha bajo la cómoda próxima al lecho, y se deslizó en éste reflexionando: "No es ocasión ahora. Gritaría, y el otro... Al otro le daría yo el hachazo del siglo; pero no basta un hachazo, ni dos, ni ciento..., ni mil. Estaría toda la noche dándole golpes y no le acabaría de matar."

XXXIII

Nuestro infortunado Villaamil no vivía desde el momento aciago en que supo la colocación de su yerno, y para mayor desdicha, el prohombre ministerial no le hacía caso. Inmediatamente después de almorzar se echaba a la calle, y se pasaba el día de oficina en oficina, contando su malaventura a cuantos encontraba, refiriendo la atroz injusticia, que, entre paréntesis, no le cogía de nuevo; porque él, se lo podían creer, nunca esperó otra cosa. Cierto que, apretado por la fea necesidad, y llegando a sentir como un estorbo en aquel pesimismo que se había impuesto, se lo arrancaba a veces como quien se arranca una máscara, y decía implorando con toda el alma desnuda:

—Amigo Cucúrbitas, me conformo con cualquier cosa. Mi categoría es de jefe de Administración de tercera; pero si me dan un puesto de oficial primero, vamos, de oficial segundo, lo tomo, sí, señor, lo tomo, aunque sea en provincias.

La misma cantilena le entonaba al jefe de Personal, a todos los amigos influyentes que en la casa tenía, y epistolarmente al ministro y a Pez. A Pantoja, en gran confianza, le dijo:

—Aunque sea para mí una humillación, hasta oficial tercero aceptaré por salir de estas angustias... Después, Dios dirá.

Luego iba de estampía contra Sevillano, de quien se hablará después, empleado en el Personal, el cual le decía con expresión de lástima:

—Sí, hombre, sí; cálmese usted; tenemos nota preferente... Debe usted procurar serenarse.

Y le volvía la espalda. Poco a poco, fué el santo varón desmintiendo su carácter, aprendiendo a importunar a todo el mundo y perdiendo el sentido de las conveniencias. Después de verle andar por las oficinas, dando la lata a diferentes amigos, sin excluir a los porteros, Pantoja le habló en confianza:

—¿Sabes lo que el bigardo de tu yerno le dijo al diputado ese? Pues que tú estabas loco y que no podías desempeñar ningún destino en la Administración. Como lo oyes; y el diputado lo repitió en el Personal, delante de Sevillano y del hermano de Espinosa, que me lo vino a contar a mí.

—¿Eso dijo?—estupefacto—. ¡Ah! Lo creo. Es capaz de todo...

Esto acabó de trastornarle. Ya la insistencia de su incansable porfía y la expresión de ansiedad que iban tomando sus ojos asustaba a sus amigos. En algunas oficinas cuidaban de no responderle o de hablarle con brevedad para que se cansara y se fuese con la música a otra parte. Pero estaba a prueba de desaires, por habérsele encallecido la epidermis del amor propio. En ausencia de Pantoja, Espinosa y Guillén le tomaban el pelo de lo lindo:

—¿No sabe usted, amigo Villaamil, lo que se corre por ahí? Que el ministro va a presentar a las Cortes una ley estableciendo el *income tax*. La Caña la está estudiando.

—Como que me ha robado mis ideas. Mis cuatro Memorias durmieron en su poder más de un año. Vean ustedes lo que saca uno de quemarse las cejas por estudiar algo que sirva de remedio a esta Hacienda moribunda... País de ratería, Administración de nulidades, cuando no se puede afanar una peseta, se tima el entendimiento ajeno. ¡Ea!, con Dios.

Y salía disparado, precipitándose por los escalones abajo, hacia la Dirección de Impuestos (patio de la izquierda), ansioso de calentarle las orejas al amigo

La Caña. A la media hora se le veía otra vez venciendo jadeante la cansada escalera para meterse un rato en el Tesoro o en Aduanas. Algunas veces, antes de entrar, daba la jaqueca a los porteros, contándoles toda su historia administrativa.

—Yo entré a servir en tiempo de la Regencia de Espartero, siendo ministro el señor Surrá y Rull, excelente persona, hombre muy mirado. Me parece que fué ayer cuando subí por esa escalera. Traía yo unos calzoncitos de cuadros, que se usaban entonces, y mi sombrero de copa, que había estrenado para tomar posesión. De aquel tiempo no queda ya nadie en *la Casa*, pues el pobre Cruz, a quien vi en este mismo sitio cuando yo entraba, se las lió hace dos meses. ¡Ay qué vida ésta!... Mi primer ascenso me lo dió don Alejandro Mon..., buena persona..., y de mucho carácter, no se crean ustedes. Aquí se plantificaba a las ocho de la mañana, y hacía trabajar a la tropa; por eso hizo lo que hizo. Como madrugador, no ha habido otro don Juan Bravo Murillo. y el número uno de los trasnochadores era don José Salamanca, que nos tenía aquí a los de Secretaría hasta las dos o las tres de la madrugada. Pues digo, ¿hay alguno entre ustedes que se acuerde de don Juan Bruil, que, por más señas, me hizo a mí oficial tercero? ¡Ah, qué hombre! Era una pólvora. Pues también el amigo Madoz las gastaba buenas. ¡Qué cascarrabias! Yo tuve el cincuenta y siete un director que no hacía un servicio al lucero del alba ni despachaba cosa alguna como no viniera una mujer a pedírsela. Crean ustedes que la perdición del país es la faldamenta.

Los porteros le llevaban el humor mientras podían; pero también llegaron a sentir cansancio de él, y pretextaban ocupaciones para zafarse. El santo varón, después de explayarse por las porterías, volvía adentro, y no faltaba en Aduanas o en Propiedades un guasón presumido, como Urbanito, el hijo de Cucúrbitas, que le convidase a café para tirarle de la lengua y divertirse oyendo sus exaltadas quejas.

—Miren ustedes; a mí me pasa esto por decente, pues si yo hubiera querido desembuchar ciertas cosas que sé referente a pájaros gordos, ¿me entienden ustedes?..., digo que si yo hubiera sido como otros, que van a las redacciones con la denuncia del enjuague A, del enredo B..., otro gallo me cantara... Pero ¿qué resulta? Que aunque uno no quiera ser decente y delicado, no puede conseguirlo. El pillo nace, el orador se hace. Total, que ni siquiera me vale haber escrito cuatro Memorias, que constituyen un plan de presupuestos, porque un mal amigo, a quien se las enseño, me roba la idea y la da por suya. Lo que menos piensan ustedes es que ese dichoso *income tax* que quieren establecer, ¡temprano y con sol!, es idea mía...; diez años devanándome los sesos..., ¿para qué? Para que un grajo se adorne con mis plumas o con la obra de mi pluma. Yo digo que si el ministro sabe esto, si lo sabe el país, ¿qué sucederá? Puede que no suceda nada, porque allá se van el país y el ministro en lo puercos y desagradecidos... Yo me lavo las manos; yo me estoy en mi casa, y si vienen revoluciones, que vengan; si el país cae en el abismo, que caiga con cien mil demonios. Después dirán: "¡Qué lástima no haber planteado los cuatro puntos aquellos del buen Villaamil: *Moralidad, Income tax, Aduanas, Unificación*!" Pero yo diré: "*Tarde piache*... Haberlo visto antes." Dirán: "Pues que sea Villaamil ministro"; y yo responderé: "Cuando quise, no quisiste, y ahora..., a buena hora, mangas verdes..." Conque, señores, me voy para que ustedes trabajen. En mis tiempos no había estos ocios. Se fumaba un cigarrito, se tomaba café, y luego al telar... Pero ahora, empleado hay que viene aquí a inventar charadas, a chapucear comedias, revistas de toros y gacetillas. Así está la Administración Pública, que es una mujer pública, hablando mal y pronto. Francamente, esto da asco, y yo no sé cómo todos ustedes no hacen dimisión, y dejan solos al ministro y al jefe de personal, a ver cómo se desenvuelven. No, no lo digo en broma; veo que se ríen ustedes, y no es cosa de risa. Dimisión total, huelga en un día dado, a una hora dada...

Por fin, hartos de este charlar incoherente, le echaban con buenos modos, diciéndole:

—Don Ramón, usted debiera ir a tomar el aire. Un paseíto por el Retiro le vendría muy bien.

Salía rezongando, y, en vez de seguir

el saludable consejo de oxigenarse, bajaba, mal terciada la capa, y se metía en el Giro Mutuo, donde estaba Montes, o en Impuestos, donde su amigo Cucúrbitas soportaba con increíble paciencia discursos como éste:

—Te digo en confianza aquí, de ti para mí, que me contento con una plaza de oficial tercero; proponerme al ministro. Mira que siento en mi cabeza unas cosas muy raras, como si se me fuera el santo al cielo. Me entran ganas de decir disparates, y aun recelo que a veces se me salen de la boca. Que me den esos dos meses, o no sé; creo que pronto empezaré a tirar piedras. Ya sabes mi situación; sabes que no tengo cesantía, porque, si bien soy anterior al cuarenta y cinco, mi primer destino no fué de real orden; no entré en plantilla hasta el cuarenta y seis, gracias a don Juan Martín Carramolino. Bien te acordarás. Tú estabas por debajo de mí; yo te enseñé a poner una minuta en regla. El cincuenta y cuatro tú entraste en la Milicia Nacional; yo no quise, porque nunca me ha gustado la bullanga. Ahí tienes el principio de tu buena fortuna, y el de mi desdicha. Gracias al morrión te plantaste de un salto en jefe de Negociado de segunda, mientras yo me estancaba en oficial primero... Parece mentira, Francisco, que el sombrero influya tanto. Pues dicen que Pez debe su carrera nada más que al chisterómetro de alas anchas y abarquilladas, que le da un aire tan solemne. Bien, recuerda que tú me decías: "Ramón, ponte un chaleco de buen ver, que esto ayuda; gasta cuellos altos, muy altos, muy tiesos, que te obliguen a engallar la cabeza con cierto aire de importancia." Yo no te hice caso, y así estoy. A Basilio, desde que se encajó la levita inglesa, le empezaron a indicar para el ascenso, y a mí se me antoja que las botas chillonas del amigo Montes, dando a su personalidad un no sé qué de atrevido, insolente, y *qué se me da a mí,* han influído para que avance tanto. Sobre todo, el sombrero, el sombrero es cosa esencialísima, Francisco, y el tuyo me parece un perfecto modelo..., alto de copa y con hechuras de trombón, el ala muy semejante a la canaleja de un cura. Luego esas corbatas que tú te permites... Si me colocan, me pondré una igual... Conque ya sabes: oficial tercero: cualquier cosa; el quid está en firmar la nómina, en ser algo, en que cuando entre yo aquí no me parezca que hasta las paredes lloran compadeciéndome... Francisco, hormiga de esta casa, hazlo por Dios y por tus hijos, tres de los cuales tienes ya bien colocados de aspirantes con cinco mil, sin contar a Urbanito, que se calza doce. Si mi mujer fuera Pez, en vez de ser rana, ay!, no estaría yo en seco. Parece que lo tenéis en la masa de la sangre, y cuando nacen tus nenes y sueltan el primer lloro de la vida, en vez de ponerles la teta en la boca, les ponen el *estado letra A, Sección octava,* del Presupuesto. Adiós; interésate por mí, sácame de este pozo en que me he caído... No quiero molestarte; tienes que hacer. Yo también estoy atareadísimo. Abur, abur.

No se crea que se iba mi hombre a la calle. Atraído de irresistible querencia, se lanzaba otra vez, jadeante, a la fatigosa ascensión por la escalera y llegaba sin aliento a Secretaría. Allí cierto día se encontró una novedad. Los porteros, que comúnmente le franqueaban la entrada, le detuvieron, disimulando con insinuaciones piadosas la orden terminante que tenían de no dejarle pasar.

—Don Ramón, váyase a su casa, y descanse y duerma para que se le despeje ese meollo. El jefe está encerrado y no recibe a nadie.

Irritóse Villaamil con la desusada consigna y aún quiso forzarla, alegando que no debía regir para él. La capa del infeliz cesante barrió el suelo de aquí para allí, y aún tuvieron los ordenanzas que ponerle el sombrero, desprendido de su cabeza venerable.

—Bien, Pepito Pez, bien—decía el infeliz, respirando con dificultad—: así pagas a quien fué tu jefe, y te tapó muchas faltas. En donde menos se piensa salta un ingrato. Basta que yo te haya hecho mil favores, para que me trates como a un negro. Lógica puramente humana... Quedamos enterados. Adiós... ¡Ah!—volviéndose desde la puerta—. Dígale usted al jefe del personal, al don Soplado ese, que usted y él se pueden ir a escardar cebollinos.

XXXIV

Pecho a los escalones, y otra vez al piso segundo, a la oficina de Pantoja. Cuando entró, Guillén, Espinosa y otros badulaques estaban muy divertidos, viendo las aleluyas que el primero había compuesto, una serie de dibujillos de mala muerte, con sus pareados al pie, ramplones, groseros y de mediano chiste, comprendiendo la historia completa de Villaamil desde su nacimiento hasta su muerte. Argüelles, que no veía con buenos ojos las groseras bromas de Guillén, se apartaba del corrillo para atender a su trabajo. Rezaba la aleluya que el señor de *Miau* había nacido en Coria, garrafal dislate histórico, pues vió la luz en tierra de Burgos; que desde el vientre de su madre pretendía, y que el ombligo se lo ataron con balduque. Entre otras particularidades decía la ilustrada crónica con dudosa gramática: *En vez de faja y pañales—le envuelven en credenciales;* y más adelante: *Pide teta con afán—y un Presupuesto le dan.* Luego, cuando el digno funcionario llega a la mayor edad, *Henchido de amor sin tasa—con Zapaquilda se casa;* y a poco de estrenada la vida matrimonial empiezan los apuros. El desmantelado hogar de Villaamil se caracteriza en este elegante dístico: *Cuando faltan patacones—se dan a cazar ratones...* Pero en lo que el inspirado coplero explaya su numen es en la pintura de los sublimes trabajos villaamilescos: *Modelo de asiduidaz—inventa el* INCOME TAX... *Al ministro le presenta—sus planes sobre la renta... El jefe, al ver el* INCOMIO—*me le manda a un manicomio.* Por fin, le arroja el poeta estas flores: *Su existencia miserable—la sostiene con el sable;* y por aquí seguía hasta suponer el glorioso tránsito del héroe: *Le dan al fin la ración—y muere del alegrón... Los gatos, cuando se muere,—dicen todos: "Miserere..."*

Al ver a Villaamil escondieron el nefando pliego, pero con hilaridad mal reprimida denunciaban la broma que traían y su objeto. Ya otras veces el infeliz cesante pudo notar que su presencia en la oficina (faltando de ella Pantoja) producía un recrudecimiento en la sempiterna chacota de aquellos holgazanes. Las reticencias, las frases ilustradas con morisquetas al verle entrar, la cómica seriedad de los saludos, le revelaron aquel día que su persona y quizá su desventura motivaban impertinentes chanzas, y esta certidumbre le llegó al alma. El enredijo de ideas que se había iniciado en su mente y la irritación producida en su ánimo por tantas tribulaciones, encalabrinaban su amor propio, su carácter se agriaba, la ingénita mansedumbre trocábase en displicencia y el temple pacífico en susceptibilidad camorrista.

—A ver, a ver—gruñó, acercándose al grupo con muy mal gesto—. Me parece que se ocupaban ustedes de mí... ¿Qué papelotes son esos que guarda Guillén?... Señores, hablemos claro. Si alguno de ustedes tiene que decirme algo, dígamelo en mis barbas. Francamente, en toda la casa noto que se urde contra mí una conjuración de calumnias; se trata de ponerme en ridículo, de indisponerme con los jefes, de presentarme al señor ministro como un hombre grotesco, como un... ¡Y he de saber quién es el canalla..., quién...! ¡Maldita sea su alma! —terciándose la capa y pegando fuerte puñetazo en la mesa más próxima.

Quedáronse todos fríos y mudos, porque no esperaban en Villaamil aquel rasgo de dignidad. El *caballero de Felipe IV* fué el primero que se explicó aquel súbito cambio de temperamento por un desequilibrio mental. Además de que odiaba profundamente a Guillén, sentía lástima de su amigo, y echándole el brazo por encima del hombro le rogó que se tranquilizara, añadiendo que donde él estuviera nadie osaría zaherir a persona tan respetable. Mas no se calmaba Villaamil con estas razones, porque vió al maldito Guillén aguantando la risa con la cara pegada al pupitre, y en un arrebato de cólera se fué a él, y con ahogada y trémula voz le dijo:

—Sepa usted, cojitranco de los infiernos, que de mí no se ríe nadie... Ya sé, ya sé que ha hecho usted unos estúpidos versos y unos mamarrachos ridiculizándome. En Aduanas he oído que si yo propuse o no propuse al ministro el *income tax...*, y si me mandó o no me mandó a un manicomio.

—¿Yo?... Don Ramón..., ¡qué cosas tiene!—repitió Guillén, cortado y cobarde—. Yo no he hecho las aleluyas; las hizo Pez Cortázar, el de Propiedades, y

Urbano Cucúrbitas es el que las ha enseñado por ahí.

—Pues hágalas quien las hiciere, el autor de esa porquería es un marrano, que debiera estar en un cubil. Me ultrajan porque me ven caído. ¿Es eso de caballeros? A ver, respóndanme. ¿Es eso de personas regulares?

El santo varón giró sobre sí mismo, y se sentó, quebrantadísimo de aquel esfuerzo que acababa de hacer. Siguió murmurando, como si hablara a solas:

—Es que por todos los medios se proponen acabar conmigo, desautorizarme, para que el ministro me tenga por un ente, por un visionario, por un idiota.

Exhalando suspiros hondísimos, encajó la quijada en el pecho, y así estuvo más de un cuarto de hora, sin pronunciar palabra. Los demás callaban, mirándose de reojo, serios, quizá compadecidos, y durante un rato no se oyó en la oficina más que el rasgueo de la pluma de Argüelles. De pronto, el chillar de las botas de Pantoja anunció la aproximación de este personaje. Todos afectaron atender a la faena, y el jefe de la sección entró con las manos cargadas de papeles. Villaamil no alzó la cabeza para mirar a su amigo, ni parecía enterarse de su presencia.

—Ramón—dijo Pantoja en afectuoso tono, llamándole desde su asiento—, Ramón..., pero, Ramón, ¿qué es eso?

Y por fin el amigo, dando otro suspirazo como quien despierta de un sueño, se levantó y fué hacia la mesa con paso claudicante.

—Pero no te pongas así—le dijo don Ventura quitando legajos de la silla próxima para que el otro se sentara—. Pareces un chiquillo. En todas las oficinas hablan de ti como de una persona que empieza a pasearse por los cerros de Ubeda... Es preciso que te moderes, y sobre todo—amoscándose un poco—, es preciso que cuando se hable de planes de Hacienda y de la confección de nuevos Presupuestos, no salgas con la patochada del *income tax*... Eso está muy bueno para artículos de periódico—con desprecio—o para soltarlo en la mesa del café delante de cuatro tontos perdularios, de esos que arreglan con saliva el presupuesto de un país y no pagan al sastre ni a la patrona. Tú eres hombre serio y no puedes sostener que nuestro sistema tributario, fruto de la experiencia...

Levantóse Villaamil como si en la silla hubiera surgido agudísimo punzón, y este movimiento brusco cortó la frase de Pantoja, que sin duda iba a rematarla en estilo administrativo, más propio de la *Gaceta* que de humana boca. Quedóse el buen jefe de sección archipasmado al ver que la faz de su amigo expresaba frenética ira, que la mandíbula le temblaba, que los ojos despedían fuego, y subió de punto el pasmo al oír estas airadas expresiones:

—Pues yo te sostengo..., sí, por encima de la cabeza de Cristo lo sostengo..., que mantener el actual sistema es de jumentos rutinarios..., y digo más, de chanchulleros y tramposos... Porque se necesita tener un dedo de telarañas en los sesos para no reconocer y proclamar que el *income tax*, impuesto sobre la renta o como quiera llamársele, es lo único racional y filosófico en el orden contributivo..., y digo más: digo que todos los que me oyen son un hatajo de ignorantes, empezando por ti, y que sois la calamidad, la polilla, la ruina de esta casa y la filoxera del país, pues le estáis royendo y devorando la cepa, majaderos mil veces. Y esto se lo digo al ministro si me apura, porque yo no quiero credenciales, ni colocación, ni derechos pasivos, ni nada; no quiero más que la verdad por delante, la buena administración, y conciliar..., compaginar..., armonizar—golpeando los dos dedos índices uno contra otro—los intereses del Estado con los del contribuyente. Y el mastuerzo canalla que diga que yo quiero destinos se verá conmigo de hombre a hombre, aquí o en mitad de la calle, junto al Dos de Mayo o en la pradera del Canal, a medianoche, sin testigos...—dando terribles gritos, que atrajeron a los empleados de la oficina inmediata—. Claro, me toman por un mandria porque no me conocen, porque no me han visto defendiendo la ley y la justicia contra los infames que en esta casa la atropellan. Yo no vengo aquí a mendigar una cochina credencial, que desprecio; yo me paso por las narices a toda la casa, y a vosotros, y al director, y al jefe del personal, y al ministro: yo no pido más que orden, moralidad, economía...

Revolvió los ojos a una parte y otra, y viéndose rodeado de tantas caras, al-

zó los brazos como si exhortara a una muchedumbre sediciosa, y lanzó un alarido salvaje gritando:

—¡Vivan los presupuestos nivelados!

Salió de la oficina arrastrando la capa y dando traspiés. El buen Pantoja, rascándose con el gorro, le siguió con mirada compasiva, mostrando sincera aflicción:

—Señores—dijo a los suyos y a los extraños, agrupados allí por la curiosidad—, pidamos a Dios por nuestro pobre amigo, que ha perdido la razón.

XXXV

No eran las once de la mañana del día siguiente, día último de mes, por más señas, cuando Villaamil subía con trabajo la escalera encajonada del Ministerio, parándose a cada tres o cuatro peldaños para tomar aliento. Al llegar a la entrada de la Secretaría, los porteros, que la tarde anterior le habían visto salir en aquella actitud lamentable que referida está, se maravillaron de verle tan pacífico, en su habitual modestia y dulzura, como hombre incapaz de decir una palabra más alta que otra. Desconfiaban, no obstante, de esta mansedumbre, y cuando el buen hombre se sentó en el banco, duro y ancho como de iglesia, y arrimó los pies al brasero próximo, el portero más joven se acercó y le dijo:

—Don Ramón, ¿para qué viene por aquí? Estese en su casa y cuídese, que tiempo tiene de rodar por estos barrios.

—Puede que tengas razón, amigo Ceferino. En mi casa metidito, y acá se las arreglen estos señores como quieran. ¿Yo qué tengo que ver? Verdad que el país paga los vidrios rotos, y no puede uno ver con indiferencia tanto desbarrar. ¿Sabes tú si han llevado ya al ministro el nuevo Presupuesto ultimado? No sabes... Verdad, ¡a ti qué más te da! Tú no eres contribuyente... Pues desde ahora te digo que el nuevo Presupuesto es peor que el vigente, y todo lo que hacen aquí una cáfila de barbaridades y despropósitos. Ahí me las den todas. Yo, en mi casa, tan tranquilo, viendo cómo se desmorona este país, que podría estar nadando en oro si quisieran.

A poco de soltar esta perorata, el pobre cesante se quedó solo, meditando, la barba en la mejilla. Vió pasar algunos empleados conocidos suyos; pero como no le dijeron nada, no chistó. Consideraba quizá la soledad que se iba formando en torno suyo, y con qué prisa se desviaban de él los que fueron sus compañeros y hasta poco antes se llamaban sus amigos. "Todo ello—pensó con admirable observación de sí mismo—consiste en que mis desgracias me han hecho un poco extravagante y en que alguna vez la misma fuerza del dolor es causa de que se me escapen frases y gestos que no son de hombre sesudo y contradicen mi carácter y mi..., ¿cómo es la palabreja?..., ¡ah!, mi idiosincrasia... ¡Todo sea por Dios!"

Distrájole de su meditación un amigo que entraba y que se fué derecho a él en cuanto le vió. Era Argüelles, *el padre de familia,* envuelto en su capa negra, o más bien, ferreruelo, el sombrerete ladeado a la chamberga, el bigote retorcido, la perilla enhiesta y erizada por el roce del embozo. Antes de subir a Contribuciones solía entrar un rato en el Personal para desahogar las penas de su alma con un amigo que le daba cuenta de todo, y así alimentaba sus ilusiones de un próximo ascenso.

—¿Qué hace usted por aquí, amigo Villaamil?—le dijo en el tono que se emplea con los enfermos graves—. ¿Quiere usted que tomemos café? Pero no; quizá el café le sentará mal. Hay que cuidarse, y si vale mi consejo, haría usted muy bien en no parecer por esta *posá del Peine* en muchos días.

—¿Adónde vamos?—levantándose.

—Al Personal. Echaremos un parrafillo con Sevillano, que nos enterará de los nombramientos del día. Venga usted.

Y se internaron por luengo corredor, no muy claro, que primero doblaba hacia la derecha, después hacia la izquierda. A lo largo del pasadizo accidentado y misterioso, las figuras de Villaamil y de Argüelles habían podido trocarse, por obra y gracia de hábil caricatura, en las de Dante y Virgilio buscando por senos recónditos la entrada o salida de los recintos infernales que visitaban. No era difícil hacer de don Ramón un burlesco Dante por lo escueto de la figura y por la amplia capa que le envolvía; pero en lo tocante al poeta, había que sustituirle con Quevedo, parodiador de la *Divina comedia,* si bien el bueno de Argüelles más semejanza tenía con el *Al-*

guacil alguacilado que con el gran vate que lo inventó. Ni Dante ni Quevedo soñaron, en sus fantásticos viajes, nada parecido al laberinto oficinesco, al campaneo discorde de los timbres que llaman desde todos los confines de la vasta mansión, al abrir y cerrar de mamparas y puertas, y al taconeo y carraspeo de los empleados que van a ocupar sus mesas colgando capa y hongo; nada comparable al mete y saca de papeles polvorosos, de vasos de agua, de paletadas de carbón, a la atmósfera tabacosa, a las órdenes dadas de pupitre a pupitre y al tráfago y zumbido, en fin, de estas colmenas donde se labra el panal amargo de la Administración. Metiéronse Villaamil y su guía en un despacho donde había dos mesas y una sola persona, que en aquel momento se mudaba el sombrero por un gorro de pana morada, y las botas por zapatillas. Era Sevillano, oficial de secretaría, buen mozo, aunque algo machucho, bienquisto en la casa, con fama de cuquería. Saludó el tal a Villaamil con recelo, mirándole mucho a la cara.

—Vamos tirando—contestó el cesante eterno, y ocupó una silla junto a la mesa.

—¿De lo mío, nada?...—dijo Argüelles, usando una fórmula interrogativa y afirmativa a la vez.

—Nada—replicó el presumido Sevillano, que al ponerse delante de la mesa parecía movido del deseo de que le vieran las zapatillas bordadas y de que admiraran su breve pie—, lo que se llama nada. Ni te han propuesto ni ése es el camino.

—No me coge de nuevo—gruñó el otro soltando capa y sombrero, como si quisiera oponer a la publicidad de las zapatillas de Sevillano la exhibición de sus encrespadas melenas—. Ese perro de Pantoja me ha engañado ya tres veces, y me engañará la cuarta si no le doy la morcilla. Yo lo paso todo con tal que no me eche el pie adelante ese gorgojo repulsivo de Guillén. ¡Vamos, si le ascienden a él antes que a mí, si un *padre de familia* cargado de hijos y que lleva todo el peso de la oficina, se ve pospuesto a ese aborto inútil que mata el tiempo pintando monos...!—volviéndose a Villaamil en solicitud de su aquiescencia—. ¿Tengo razón o no tengo razón? ¿Le parece a usted que después de tantos años en este empleo todavía les parezca temprano para darme el ascenso, y, en cambio, se lo den a ese coco, mamarracho, mal hombre y peor amigo, que además no sabe poner una minuta?

—Cabalmente, cabalmente por eso, por ser una nulidad—afirmó Villaamil con inmenso pesimismo—, tiene asegurada su carrera.

—Yo me subievo—declaró con rabia *el caballero de Felipe IV,* dando una patada—. Si ascienden a ése antes que a mí, me voy al ministro y le digo..., vamos, le suelto una frescura. Esto es peor que insultarle a uno y escupirle la cara. Sí, porque tanto polaquismo requema la sangre, y le entran a uno ganas de echarse la moral a la espalda y casarse con Judas. Esa garrapata de Guillén, con sus chuscadas y sus versitos y sus porquerías se ha hecho popular aquí. Le ríen las gracias estúpidas... Todos tenemos algo de culpa en darle alas, lo reconozco... Yo le aseguro a usted, amigo don Ramón, que no volverá a enseñar delante de mí sus monigotes. Ya le diré yo cuántas son cinco, ya le diré...

Argüelles se detuvo, creyendo ver en el rostro de Villaamil señales de excitación; pero, contra lo que temía, el anciano escuchaba sereno, no mostrándose lastimado por el recuerdo de las groseras burlas.

—Dejadle, dejadle—contestó—. Por mi parte, sé sobreponerme a esas majaderías. Acuérdese usted; ayer, al enterarme de que se burlaban de mí, no dije esta boca es mía; ¿verdad que no? Estas cosas se desprecian, y nada más. Después me tropecé en la calle con el chico de Cucúrbitas, Urbanito, el cual está en Aduanas, y me contó que allí había ido Guillén con las aleluyas, que son una pura sandez. Ni siquiera hay un chiste en ellas. Que si de niño, en vez de envolverme en pañales, me envolvían en nóminas..., que si le propuse al ministro el *income tax*... Y a él, pregunto yo ahora, a él, el muy asno, ¿qué le va ni le viene con que yo proponga el *income tax*? ¿Qué entiende él de esas materias tan superiores al entendimiento de un escuerzo sietemesino? Luego dice que doy sablazos..., calumnia infame, porque si en las horribles trinquetadas que paso, la necesidad me impulsa a pedir el auxilio de un

amigo, eso no quiere decir que sea yo un petardista. Pero estas injurias hay que llevarlas con muchísima paciencia, y no dar al infame denostador ni siquiera el gusto de nuestras quejas, porque se engreiría del mal que hace. Desprecio, indiferencia y que vomite veneno hasta que se le seque el alma. ¡Ah! Yo no obsequiaré nunca a esos reptiles con el favor de mis miradas. Y a ese tal le he dado yo calor en mi seno, vean ustedes, porque él va a mi casa, adula a mi familia, se bebe mi vino y allí parece que nos quiere a todos como hermanos. ¡Valiente bicharraco!... Y digo más: digo que Pantoja también tiene algo de culpa, porque le permite perder el tiempo en hacer estas porquerías... Todos sus mamarrachos los conozco lo mismo que si los hubiera visto, pues Urbanito no omitió detalle. Pasa por tonto ese chico; pero yo afirmo que tiene mucho talento, y lo que es a memoria no hay quien le gane. Díjome también que con las iniciales de los títulos de mis cuatro Memorias ha compuesto Guillén el mote de *Miau*, que me aplica en las aleluyas. Yo lo acepto. Esa M, esa I, esa A y esa U son como el *Inri*, el letrero infamante que le pusieron a Cristo en la Cruz... Ya que me han crucificado entre ladrones, para que todo sea completo, pónganme sobre la cabeza esas cuatro letras en que se hace mofa y escarnio de mi gran misión.

XXXVI

Sevillano y Argüelles, que al principio le habían oído con algo de respeto, en cuanto oyeran aquella salida, titubearon entre la compasión y la risa, prevaleciendo al fin la primera, que expresó Sevillano en esta forma:

—Hace bien usted en despreciar tales miserias. Nada más repugnante que hacer burla de un hombre digno y desgraciado. Aquí me trajeron también los muñecos esos; pero no los quise ver... Ahora, si ustedes quieren, tomaremos café.

Entró el mozo con el servicio; Villaamil rehusó cortésmente el obsequio, y los otros dos se sentaron para tomar a gusto, en vaso muy colmadito, el brebaje aromático que es alegría y consuelo de las oficinas.

—Pues le he de decir a usted—manifestó el cesante con la serenidad de un hombre dueño de sus facultades—que se vaya usted haciendo a la injusticia, que se familiarice con las bofetadas y se acostumbre a la idea de ver a ese piojo pasándole por delante. La lógica española no puede fallar. El pillo delante del honrado, el ignorante encima del entendido, el funcionario probo debajo, siempre debajo. Y agradezca usted que en premio de sus servicios no le limpian el comedero..., que no sé, no sé si sacar también esa consecuencia lógica.

—Armo un tiberio, créalo usted, lo armo, pero gordo—dijo *el padre de familia* entre sorbo y sorbo—. Como le asciendan antes que a mí, crea usted que todo el Colegio de Sordomudos me tendrá que oír.

—Le oirá y callará, y no habrá más remedio que conformarse. Véase mi raciocinio—acercando su silla a las de los bebedores de café—: ¿quién le apoya a usted? Nadie; y digo nadie, porque no le apoya ninguna mujer.

—Eso es verdad.

—Bueno. Cuando veo un nombramiento absurdo pregunto: "¿Quién es ella?" Porque es probado: siempre que una nulidad se sobrepone a un empleado útil, ponga usted el oído y escuchará rumor de faldas. ¿Apostamos a que sé quién ha pedido el ascenso del cojo? Pues su prima, la viuda del comandantón aquel que está en Filipinas, esa tal Enriqueta, frescachona, más suelta que las gallinas, de la cual se dice si tuvo que ver o no tuvo que ver con nuestro egregio director. Ahora, sabiendo a qué aldabas se agarra ese morral de Guillén, ayúdenme ustedes a sentir. Nada, el amigo Argüelles, con toda su prole a rastras, se quedará ladrando de hambre, y el otro ascenderá, y ¡ole, morena!

Sevillano confirmaba con una sonrisa las acres observaciones del trastornado Villaamil, que no lo parecía al decir cosas tan a pelo; y *el caballero de Felipe IV* se atusaba sus engrasadas melenas y se retorcía el bigote, dándole a la perilla tales tirones, que a poco más se la arranca de cuajo.

—Lo vengo diciendo hace tiempo, ¡cáscaras! Se necesita no tener vergüenza para servir a este cabrón del Estado. Y ya que el amigo Villaamil está hoy de buena pasta, le diremos una cosa que no

sabe. ¿Quién recomendó a Víctor Cadalso para que echaran tierra al expediente y encimita le encajaran un ascenso?

—Ello debe de ser cosa de hembras; alguna joven sensible que ande por ahí, porque Víctor las atrapa lindamente.

—Le apoyaron dos diputados—dijo Sevillano—; hicieron fuerza de vela, sin conseguir nada, hasta que vino presión por alto...

—Pero si me ha dicho Ildefonso Cabrera—observó el viejo, acalorándose—que ese pelele está liado con marquesas, duquesas y cuanta señorona hay en la alta sociedad...

—No haga usted caso, don Ramón —indicó Argüelles—. Si, después de todo, su yerno de usted es un cursi..., así como suena, un cursilón. No se ve ya un mozo verdaderamente elegante como los de mi tiempo. Ríase usted de todas esas conquistas de Víctor, que no tiene más amparo que el de mi vecina. En el principal de mi casa vive un marqués..., no me acuerdo del título; es valenciano y algo así como Benengeli, algo que suena a morisco. Este marqués tiene una tía, dos veces viuda..., una criatura, como quien dice... Mi mujer, que ya pasó de los cincuenta, asegura que estando ella de corto—mi mujer, se entiende—, conoció a esa señora en Valencia, ya casada. En fin, que los sesenta y pico no hay quien se los quite, y aunque debió de ser buena moza, ya no hay pintura que la salve ni remiendo que la enderece.

—Y cuando menos, mi yernecito ha seducido toda esa inocencia.

—Aguárdese usted. Es cosa pública en Valencia que el tiburón ese se enamoriscó de Cadalso, y él... también la quiso, por supuesto, con su cuenta y razón. Vinieron juntos a Madrid; enredito allá, enredito aquí. A mí nadie tiene que contármelo, pues le veo en la calle, esperando a la abuela, porque los marqueses no le permiten entrar en la casa. Ella sale en su coche, muy emperejilada, toda fofa y hueca, con unas témporas así, todo postizo, se entiende, y la cara con más pintura que el *Pasmo de Sicilia*... Se para en la esquina de Relatores, y allí entra el terror de las doncellas y se van qué sé yo adónde... Y me ha contado el lacayo, que es vecino mío en el sotabanco de la izquierda, que casi todos los días recibe carta la tarasca, y en seguida le larga a su nene tres pliegos... El lacayo echa las cartas al correo, y me cuenta lo que dice el sobre y las señas... Quiñones, trece, segundo.

—Si yo me sorprendiera de esto—declaró Villaamil, entre risueño y desdeñoso—, sería un niño de teta. ¡Y esa fantasma ha venido aquí, al templo de la Administración—indignándose—, a arrojar sobre el Estado la ignominia de sus recomendaciones en favor de un perdis...!

—No, por aquí no ha parecido, ni lo necesita—apuntó Sevillano—. Con el teclado de sus relaciones mueven ésas todo el Ministerio, sin poner los pies en él.

—Les basta decir una palabrita a cualquier pájaro gordo... Luego descarga aquí la nota...

—De esas que no piden, sino mandan.

—A raja tabla... Hágase... Y hecho está, y ¡ole, morena!... No sería malo un buen pararrayos para esas chispas, un ministro de carácter. Pero ¿dónde está ese Mesías?—dándole fuerte puñetazo en la rodilla—. La condenada Administración es una hi... de mala hembra, con la que no se puede tener trato sin deshonrarse... Pero los que tienen hijos, amigo Argüelles, ¿qué han de hacer sino prostituirse? A ver, búsquese usted por ahí un felpudito que le ampare. Usted tiene todavía buen ver. A poco que se emperifolle le salen las conquistas así..., y le pica en el anzuelo una lamprea con conchas... Animarse, pollo... ¡Pues si yo tuviera veinte años menos...!

Sevillano se reía, y Argüelles se pavoneaba henchido de fatuidad, enroscándose aquella birria de bigote pintado... No parecía echar en saco roto la exhortación, porque la edad no le había curado de su vanidad de Tenorio.

—Francamente, señores—manifestó con acento de hombre muy corrido—, nunca me ha gustado el amor como negocio... El amor por el amor. Ni con dinero encima cargo yo con una res como esa de Víctor, contemporánea del andar a pie y que todo lo tiene postizo, todo absolutamente, créanme ustedes.

—¡Fuera remilgos y a ellas!—dijo Villaamil, a quien le había entrado hilaridad nerviosa—. No están los tiempos para hacer *fu* a nada... Este *padre de familia* es terrible. No le gustan más que las doncellitas tiernas.

—Pues de broma ha dicho usted la verdad. De quince a veinte. Lo demás para bobos.

—¡Vamos, que si le cayera a usted un pimpollo como ese de Víctor!... Porque la tal debe de tener guita, y a su vera no hay bolsillo vacío... Ahora me explico que mi yerno, cuando se le acabaron los dineros que afanó por el enjuague de Consumos, gastaba del capítulo de guerra de esa vejancona... ¡Vamos—dándose otro palmetazo en la rodilla—, que vivimos una condenada época, en que no podemos ni siquiera avergonzarnos, porque el estiércol, la condenada costra de estiércol que llevamos en la cara, nos lo impide!

Levantóse para salir. Argüelles suspiró, y con un gesto despidióse de Sevillano, que se puso a trabajar antes que salieran.

—Vamos a la oficina—dijo el caballero alguacilado, embozándose en el ferreruelo, cogiendo del brazo a su amigo e internándose por los pasillos—, que ese mal bicho de Pantoja me chillará si tardo. ¡Qué vida, don Ramón, qué vida!... Y a propósito. ¿No observó usted que mientras hablábamos de la señora que protege a Víctor, Sevillano no chistaba? Es que también él se calza a una momia..., sí..., ¿no sabía usted?, la viuda de aquel Pez y Pizarro, que fué director de Loterías en la Habana, primo de nuestro amigo don Manuel. Eso lo saben hasta los perros..., y ella le protege, le regala cada dos años su ascensito.

—¿Qué me dice usted?—parándose y mirándole cara a cara, en una actitud propiamente dantesca—. Conque Sevillano... Sí; ya decía yo que ese chico iba demasiado aprisa. Era yo jefe de negociado cuando entró de aspirante con cinco mil...

Se persignó y siguieron hasta Contribuciones. Pantoja y los demás recibieron al sufrido cesante con sobresalto, temerosos de una escena como la del día anterior. Pero el anciano los tranquilizó con su apacible acento y la serenidad relativa de su rostro. Sin dignarse mirar a Guillén, fué a sentarse junto al jefe, a quien dijo de manos a boca:

—Hoy me encuentro muy bien, Ventura. He descansado anoche, me despejé, y estoy hasta contento, me lo puedes creer, echando chispas de contento.

—Más vale así, hombre, más vale así —repuso el otro, observándole los ojos—. ¿Qué traes por acá?

—Nada..., la querencia..., hoy estoy alegre..., ya ves cómo me río—riendo—. Es posible que hoy venga por última vez, aunque..., te lo aseguro..., me divierte, me divierte esta casa. Se ven aquí cosas que le hacen a uno... morir de risa.

El trabajo concluyó aquel día más pronto que de ordinario, porque era día de paga, la fecha venturosa que pone feliz término a las angustias de fin de mes, abriendo nueva era de esperanzas. El día de paga hay en las salas de aquel falansterio más luz, aire más puro y un no sé qué de diáfano y alegre que se mete en los corazones de los infelices jornaleros de la Hacienda Pública.

—Hoy os dan la paga—dijo Villaamil a su amigote, suspendiendo aquel reír franco y bonachón de que afectado estaba.

Ya se conocía en el ruido de pisadas, en el sonar de timbres, en el movimiento y animación de las oficinas, que había empezado la operación. Cesaba el trabajo, se ataban los legajos, eran cerrados los pupitres, y las plumas yacían sobre las mesas entre el desorden de los papeles y las arenillas que se pegaban a las manos sudorosas. En algunos departamentos, los funcionarios acudían, conforme los iban llamando, al despacho de los habilitados, que les hacían firmar la nominilla y les daban el trigo. En otros, los habilitados mandaban un ordenanza con los santos cuartos en una hortera, en plata y billetes chicos, y la nominilla. El jefe de la sección se encargaba de distribuir las raciones de metálico y de hacer firmar a cada uno lo que recibía.

XXXVII

Es cosa averiguada que cuando Villaamil vió entrar al portero con la horterita aquella, se excitó mucho, acentuando su increíble alegría, y expresándola de campechana manera:

—¡Anda, anda, qué cara ponéis todos!... Aquí está ya el santo advenimiento..., la alegría del mes... San Garbanzo bendito... ¡Pues apenas vais a echar mal pelo con tantos dinerales!

Pantoja empezó a repartir. Todos cobraron la paga entera, menos uno de los

aspirantes, a quien entregó el jefe el pagaré otorgado a un prestamista, diciendo:

—Está usted cancelado.

Y Argüelles recibió un tercio no más, por tener retenido lo restante. Cogiólo torciendo el gesto, echando la firma en la nominilla con rasgos que declaraban su furia; y después, el gran Pantoja se guardó su parte pausada y ceremoniosamente, metiendo en su cartera los billetes, y los duros en el bolsillo del chaleco, bien estibaditos para que no se cayesen. Villaamil no le quitaba ojo mientras duró la operación, y hasta que no desapareció la última moneda no dejó de observarle. Le temblaba la mandíbula, le bailaban las manos.

—¿Sabes?—dijo a su amigo, levantándose—. Nos iremos de paseo. Yo tengo hoy... muy buen humor..., ¿no ves?... Estoy muy divertido...

—Yo me quedo un rato más—respondió *el honrado,* que deseaba quitarse de encima aquella calamidad—. Tengo que ir un rato a Secretaría.

—Pues quédate con Dios... Me largo de paseo... Estoy contentísimo..., y de paso, compraré unas píldoras.

—¿Píldoras? Te sentarán bien.

—¡Ya lo creo!... Abur; hasta más ver. Señores, que sea por muchos años. Y que aproveche... Yo, bueno, gracias...

En la escalera de anchos peldaños desembocaban, como afluentes que engrosan el río principal, las multitudes que a la misma hora chorreaban de todas las oficinas. Contribuciones y Propiedades descargaban su personal en el piso segundo; descendía la corriente uniéndose luego a la numerosa grey de Secretaría, Tesoro y Aduanas. El humano torrente, haciendo un ruido de mil demonios, de peldaño en peldaño, apenas cabía en la escalera, y mezclábanse los pisotones con la charla gozosa y chispeante de un día de paga. En los oídos de Villaamil añadíase al murmullo inmenso el tintineo de los duros, recién guardados en tanta faltriquera. Pensó que el metal de los pesos debía de estar frío aún; pero se calentaría pronto al contacto del cuerpo, y aun se derretiría al de las necesidades. Al llegar al vasto ingreso que separa del pórtico la escalera, veíanse en los patios de derecha e izquierda afluir las muchedumbres de Impuestos, Tesorería y Giro Mutuo, y antes de llegar a la calle, las corrientes se confundían. Las capas deslucidas abundaban más que los raídos gabanes; pero también los había flamantes, y chisteras lustrosas, destacándose entre la muchedumbre de hongos chafados y verdinegros. El taconeo ensordecía la casa, y Villaamil oía siempre, por cima del rumor de pisadas, aquel tintín de las piezas de cinco pesetas. "Hoy—se dijo, echando toda su alma en un suspiro—han dado casi toda la paga en duros nuevecitos, y algo en pesetas dobles con el cuño de Alfonso."

Al desaguar la corriente en la calle, iba cesando el ruido, y el edificio se quedaba como vacío, solitario, lleno de un polvo espeso levantado por las pisadas. Pero aún venían de arriba destacamentos rezagados de las multitudes oficinescas. Sumaban entre todos tres mil, tres mil pagas de diversa cuantía, que el Estado lanzaba al tráfico devolviendo por modo parabólico al contribuyente parte de lo que sin piedad le saca. La alegría del cobro, sentimiento característico de la Humanidad, daba a la caterva aquella un aspecto simpático y tranquilizador. Era, sin duda, una honrada plebe anodina, curada del espanto de las revoluciones, sectaria del orden y la estabilidad, pueblo con gabán y sin otra idea política que asegurar y defender la pícara olla; proletariado burocrático, lastre de la famosa nave, masa resultante de la hibridación del pueblo con la mesocracia, formando el cemento que traba y solidifica la arquitectura de las instituciones.

Embozábase Villaamil en su pañosa para resguardarse del frío callejero, cuando le tocaron en el hombro. Volvióse y vió a Cadalso, quien le ayudó a asegurar el embozo liándoselo al cuello.

—¿Qué tiene usted..., de qué se ríe usted?

—Es que... estoy esta tarde muy contento... A bien que a ti no te importa. ¿No puede uno ponerse alegre cuando le da la real gana?

—Sí..., pero... ¿Va usted a casa?

—Otra cosa que no es de tu incumbencia. ¿Tú adónde vas?

—Arriba, a recoger mi título... Yo también estoy hoy de enhorabuena.

—¿Te han dado otro ascenso? No me extrañaría. Tienes la sartén por el mango. Mira, que te hagan ministro de una vez; acaba de ponerte el mundo por

montera antes que se acaben las carcamales.

—No sea usted guasón. Digo que estoy de enhorabuena, porque me he reconciliado con mi hermana Quintina y el salvaje de su marido. El se queda con aquella maldecida casa de Vélez-Málaga, que no valía dos higos, paga las costas, y yo...

—Suma y van tres... Otra cosa que a mí me tiene tan sin cuidado como el que haya o no pulgas en la luna. ¿Qué se me da a mí de tu hermana Quintina, de Ildefonso ni de que hagáis o no cuantas recondenadas paces queráis?

—Es que...

—Anda, sube, sube pronto, y déjame a mí. Porque yo te pregunto: ¿en qué cochino bodegón hemos comido juntos? Tú por tu camino, lleno de flores; yo por el mío. Si te dijera que con toda tu buena suerte no te envidio ni esto... Más quiero honra sin barcos que barcos sin honra. Agur...

No le dió tiempo a más explicaciones, y asegurándose otra vez el embozo avanzó hacia la calle. Antes de traspasar la puerta le tiraron de la capa, acompañando el tirón de estas palabras amigables:

—¡Eh, simpático Villaamil, aunque usted no quiera!...

Urbanito Cucúrbitas, pollancón rubio, ralo de pelo, estirado, zancudo y con mucha nuez; semejante a vástago precoz de la raza gallinácea que llaman Cochinchina; vestido con elegante traje a cuadros, cuello larguísimo, de cucurucho, hongo claro; manos y pies inconmensurables, muy limpio y la boca risueña, enseñando hasta los molares, que bien podrían llamarse del juicio si alguno tuviera.

—¡Hola, Urbanito!... ¿Has cobrado tu paga?

—Sí, aquí la llevo—tocándose el bolsillo y haciendo sonar la plata—; casi todo en pesetas. Me voy a dar una vuelta por la Castellana.

—¿En busca de alguna conquistilla? Hombre feliz... Para ti es el mundo. ¡Qué risueño estás! Pues mira: yo también estoy de vena hoy... Dime, y tus hermanitos, ¿han cobrado también sus paguillas? Dichosos los nenes a quienes el Estado les pone la teta en la boca o el biberón. Tu harás carrera, Urbanito; yo sostengo que eres muy listo, contra la opinión general, que te califica de tonto. Aquí el tonto soy yo. Merezco, ¿sabes qué?, pues que el ministro me llame, me haga arrodillar en su despacho y me tenga allá tres horas con una corona de orejas de burro..., por imbécil, por haberme pasado la vida creyendo en la moral, en la justicia y en que se deben nivelar los presupuestos. Merezco que me den una carrera en pelo, que me pongan motes infamantes, que me llamen *el señor de Miau*, que me hagan aleluyas con versos chabacanos para hacer reír hasta a las paredes de la casa... No, si no lo digo en son de queja; ya ves..., estoy contento, y me río..., me hace una gracia atroz mi propia imbecilidad.

—Mire usted, querido don Ramón—poniéndole ambas manos en los hombros—: yo no he tenido arte ni parte en los monigotes. Confieso que me reí un poco cuando Guillén los llevó a mi oficina; no niego que me entró tentación de enseñárselos a mi papá, y se los enseñé...

—Pero si yo no te pido explicaciones, hijo de mi alma.

—Déjeme acabar... Y mi papá se puso furioso y a poco me pega. Total, que enterado Guillén de las cosas que mi papá dijo, salió a espetaperros de nuestra oficina, y no ha vuelto a parecer. Yo digo que ello puede pasar como broma de un rato. Pero ya sabe usted que le respeto, que me parece una tontería juntar las iniciales de sus cuatro Memorias, que nada significan, para sacar una palabra ridícula y sin sentido.

—Poco a poco, amiguito—mirándole a los ojos—; a que la palabra *Miau* sea una sandez no tengo nada que objetar; pero no estoy conforme con que las cuatro iniciales no encierren una significación profunda...

—¡Ah!... ¿Sí?—suspenso.

—Porque es preciso ser muy negado o no tener pizca de buena fe para no reconocer y confesar que la M, la I, la A y la U significan lo siguiente: *Mis... Ideas... Abarcan... Universo.*

—¡Ah!... Ya..., bien decía yo... Don Ramón, usted debe cuidarse.

—Si bien no faltará quien sostenga... (y no me atrevería a contradecirlo de plano), quien sostenga, quizá con algún fundamento, que las cuatro misteriosas letras rezan esto: *Ministro... I... Administrador... Universal.*

—Pues mire usted, esa interpretación

me parece una cosa muy sabia y con muchísimo intríngulis.

—Lo que yo te digo: hay que examinar imparcialmente todas las versiones, pues éste dice una cosa, aquél sostiene otra, y no es fácil decidir... Yo te aconsejo que lo mires despacio, que lo estudies, pues para eso te da el Gobierno un sueldo sin ir a la oficina más que un ratito por la tarde, y eso no todos los días... Y que tus hermanitos lo estudien también con el biberón de la nómina en los labios. Adiós, memorias a papá. Dile que crucificado yo, por imbécil, en el madero afrentoso de la tontería, a él le toca darme la lanzada, y a Montes la esponja con hiel y vinagre, en la hora y punto en que yo pronuncié mis Cuatro Palabras diciendo: *Muerte... Infamante... al... Ungido...* Esto de ungido quiere decir, para que te enteres, *lleno de basura* o embadurnado todo de materias fétidas y asquerosas, que son el símbolo de la zanguanguería, o llámese principios.

—Don Ramón..., ¿va usted a su casa? ¿Quiere que le acompañe? Tomaré un coche.

—No, hijo de mi alma; vete a tu paseíto. Yo me voy *pian pianito*. Antes tengo que comprar unas píldoras..., aquí, en la botica.

—Pues le acompañaré..., y si quiere que veamos antes a un médico...

—¡Médico! —riendo desaforadamente—. Si en mi vida me he sentido más sano, más terne... Déjame a mí de médicos. Con estas pildoritas...

—De veras, ¿no quiere que le acompañe?

—No; y digo más: te suplico que no lo hagas. Tiene uno sus secretillos, y el acto, al parecer insignificante, de comprar tal o cual medicina, puede evocar el pudor. El pudor, chico, aparece donde menos se piensa. ¿Qué sabes tú si soy yo un joven, digo, un anciano, disoluto? Conque vete por tu camino, que yo tomo el de la farmacia. Adiós, niño salado, chiquitín del Ministerio, diviértete todo lo que puedas; no vayas a la oficina más que a cobrar; haz muchas conquistas; pica siempre muy alto; arrímate a las buenas mozas, y cuando te lleven a informar un expediente, pon la barbaridad más gorda que se te ocurra... Adiós, adiós... Sabes que se te quiere.

Fuése el pollancón por la calle de Alcalá abajo, y Villaamil, después de cerciorarse de que nadie le seguía, tomó en dirección de la Puerta del Sol, y antes de llegar a ella entró en la que llamaba botica; es, a saber, en la tienda de armas de fuego que hay en el número 3.

XXXVIII

Notaban aquellos días doña Pura y su hermana algo desusado en las maneras, en el lenguaje y en la conducta del buen Villaamil, que si en actos de relativa importancia se mostraba excesivamente perezoso y apático, en otros de ningún valor y significación desplegaba brutales energías. Tratóse de la boda de Abelarda, de señalar fecha y de fijar ciertos puntos a tan gran suceso pertinentes, y el hombre no dijo esta boca es mía. Ni la bonita herencia de su futuro yerno (pues ya se había llevado Dios al tío notario) le arrancó una sola de aquellas hipérboles de entusiasmo que de la boca de doña Pura salían a borbotones. En cambio, a cualquier tontería daba Villaamil la importancia de suceso trascendente, y por si su mujer cerró la puerta con algún ruido (resultado de lo tirantes que tenía los nervios), o por si le habían quitado para ensortijarse la cabellera un número de *La Correspondencia*, armó un cisco que hubo de durar media mañana.

También merece notarse que Abelarda acogió la formalización de su boda con suma indiferencia, la cual, a los ojos de la primera *Miau*, era modestia de hija modosa bien educada, sin más voluntad que la de sus padres. Los preparativos, en atención al ahogo de la familia, habían de ser muy pobres, casi nulos, limitándose a algunas prendas de ropa interior, cuya tela se adquirió con un donativo de Víctor, del cual no se dió cuenta a Villaamil para evitar susceptibilidades. Debo advertir que desde la escena aquella en las Comendadoras, Víctor apenas paraba en la casa. Rarísimas noches entraba a dormir, y comía y almorzaba fuera todos los días. Los tertulios de la casa eran los mismos, excepto Pantoja y familia, que escaseaban sus visitas, sin que doña Pura penetrase la causa de este desvío, y Guillén, que definitivamente se eclipsó, muy a gusto de las tres *Miaus*. Las repetidas ausencias de Virginia Pantoja motivaron gran atraso en los ensayos de la pieza. A la señorita de la casa

se le olvidó en absoluto su papel, y por estas razones y por la desgana de fiestas que Pura sentía mientras no se resolviera el problema de la colocación de su esposo, fué abandonado el proyecto de función teatral.

Federico Ruiz, consecuente siempre, iba algunos ratos por las tardes, pidiendo mil perdones a las *Miaus* por quitarles su tiempo, pues no ignoraba que debían de estar sobre un pie con los preparativos... ¡Dichosos preparativos, y cuántos castillos y torres edificó sobre cimiento tan frágil la imaginación fecunda de la esposa de Villaamil!... Una mañana entró Ruiz muy sofocado, seguido de su mujer, ambos despidiendo alegría de sus ojos, ebrios de júbilo, deseando que los amigos participaran de su dicha.

—Vengo—dijo él casi sin aliento—a que nos den la enhorabuena. Sé que nos quieren y que se alegrarán de verme colocado.

Tanto Federico como Pepita fueron sucesivamente abrazados por las tres *Miaus*. En esto salió de su despacho olfateando alegría el buen Villaamil, y antes que Ruiz tuviera tiempo de embocarle la venturosa nueva, le cogió en los brazos, diciéndole:

—Sea mil y mil veces enhorabuena, queridísimo... Bien merecido lo tiene, y muy requetebién ganado.

—Gracias, muchísimas gracias—dijo Ruiz, constreñido en los enormes brazos de Villaamil, que apretaba con nerviosa contracción—. Pero, por la Virgen Santísima, no me apriete tanto, que me va a ahogar... Don Ramón..., ¡ay, ay!, que me hace añicos.

—Pero, hombre—dijo Pura a su marido, sorprendida y temerosa—, ¡qué manera de abrazar!

—Es que...—balbució el cesante—quiero darle un parabién bien dado..., una enhorabuena de padre y muy señor mío, para que le quede memoria de mí y de lo muy contento que estoy por su triunfo. Y ¿qué es ello?

—Una comisioncilla en Madrid mismo..., ésa es la ganga..., para estudiar y proponer mejoras en el estudio de las ciencias naturales..., a fin de que resulte práctico.

—¡Oh, cosa buena!... Ni sé cómo no se les había ocurrido antes. Y ¡este mísero país vive ignorando cómo se enseñan las ciencias naturales! Felizmente ahora, amigo Ruiz, vamos a salir de dudas... Nuestro sabio Gobierno tiene una mano para escoger el personal... Así está la nación, reventando de gusto. Pues digo, si tendrá su aquel la comisioncita. Golpes de ésos bastan a salvar la patria oprimida... En fin, lo celebro mucho... Y digo más, señor de Ruiz: si usted está de enhorabuena, no lo está menos el país, que debe ponerse a tocar las castañuelas al saber que tiene quien le estudie eso..., ¿verdad? Con su permiso, me vuelvo a trabajar. Mil millones de plácemes.

Sin esperar lo que Federico contestaba a estas expansiones calurosas, el buen hombre se metió de rondón en su despacho. Algo extrañó a los Ruices, lo mismo que a las *Miaus*, aquella manera desordenada y estrepitosa de dar enhorabuenas; pero disimularon su extrañeza. Fuéronse los felicitados para seguir sus visitas de dar parte, cosechando a granel las felicitaciones. Y no era la comisioncita el único motivo de contento que Ruiz aquella mañana tenía, pues el correo le trajo nueva satisfacción con que no contaba. Era nada menos que el diploma de una sociedad portuguesa, cuyo objeto es enaltecer a los que realizan actos heroicos en los incendios y también a los que propagan por escrito las mejores teorías sobre este útil servicio. Todo individuo perteneciente a dicha asociación tenía derecho, según rezaba el diploma, a usar el título de *Bombeiro, salvador da humanidade*, y a ponerse un vistosísimo uniforme con relucientes bordados. El figurín de la deslumbradora casaca acompañaba al nombramiento. ¡Si estaría hueco el hombre con su comisión (de que dependía el porvenir científico de España), que con los honores de *bombeiro* y con la librea reluciente pensaba lucir en la primera coyuntura pública y solemne que se les presentase!

Luisito salió a paseo aquella tarde con Paca, y al volver se puso a estudiar en la mesa del comedor. Pasado el extrañísimo, increíble arrechucho de Abelarda en la famosa noche de que antes hablé, el cerebro de la insignificante quedó aparentemente restablecido, hasta el punto de que un olvido benéfico y reparador arrancó de su mente los vestigios del acto. Apenas lo recordaba la joven con la inseguridad de sueño borroso, como pesadilla estúpida cuya imagen se desvanece con la luz y las realidades del dia.

Ocupábase en coser su ajuar, y Luis, cansado del estudio, se entretenía en quitarle y esconderle los carretes de algodón.

—Chiquillo—le dijo su tía sin incomodarse—, no enredes. Mira que te pego.

En vez de pegarle, le daba un beso, y el sobrinillo se envalentonaba más, ideando otras travesuras, como suyas, poco maliciosas. Pura ayudaba a su hija en los cortes, y Milagros funcionaba en la cocina, toda tiznada, el mandilón hasta los pies. Villaamil, siempre encerrado en su leonera. Tal era la situación de los individuos de la familia cuando sonó la campanilla, y cátate a Víctor. Sorprendiéronse todos, pues no solía ir a semejante hora. Sin decir nada pasó a su cartucho, y se le sintió allí lavándose y sacando ropa del baúl. Sin duda estaba convidado a una comida de etiqueta. Esto pensó Abelarda, poniendo especial estudio en no mirarle ni dirigir siquiera los ojos a la puerta del menguado aposento.

Pero lo más singular fué que a poco de la entrada del monstruo sintió la sosa en su alma, de improviso, con aterradora fuerza, la misma perturbación de la noche de marras. Estalló el trastorno cerebral como una bomba, y en el mismo instante toda la sangre se le removía, amargor de odio hacíale contraer los labios, sus nervios vibraban y en los tendones de brazos y manos se iniciaba el brutal prurito de agarrar, de estrujar, de hacer pedazos algo, precisamente lo más tierno, lo más querido y, por añadidura, lo más indefenso. Tuvo Cadalsito, en tan crítica ocasión, la mala idea de tirarle del hilo de unos hilvanes, y la tela se arrugó...

—Chiquillo, si no te estás quieto, verás—gritó Abelarda con eléctrica conmoción en todo el cuerpo, los ojos como ascuas.

Quizá no habría pasado a mayores; pero el tontín, queriendo echárselas de muy pillo, volvió a tirar del hilo, y... aquí fué Troya. Sin darse cuenta de lo que hacía, obrando cual inconsciente mecanismo que recibe impulso de origen recóndito, Abelarda tendió un brazo, que parecía de hierro, y de la primera manotada le cogió de lleno a Luis toda la cara. El restallido debió de oírse en la calle. Al hacerse para atrás, vaciló la silla en que el chico estaba, y ¡pataplum!, al suelo.

Doña Pura dió un chillido...

—¡Ay, hijo de mi alma!... ¡Mujer!

Y Abelarda, ciega y salvaje, de un salto cayó sobre la víctima, clavándole los dedos furibundos en el pecho y en la garganta. Como las fieras enjauladas y entumecidas recobran al primer rasguño que hacen al domador toda su ferocidad, y con la vista y el olor de la primera sangre pierden la apatía perezosa del cautiverio, así Abelarda, en cuanto derribó y clavó las uñas a Luisito ya no fué mujer, sino el ser monstruoso creado en un tris por la insana perversión de la naturaleza femenina.

—¡Perro, condenado..., te ahogo! ¡Embustero, farsante.... te mato!—gruñía rechinando los dientes.

Y luego buscó con ciego tanteo las tijeras para clavárselas. Por dicha, no las encontró a mano.

Tal terror produjo el acto en el ánimo de doña Pura, que se quedó paralizada, sin poder acudir a evitar el desastre, y lo que hizo fué dar chillidos de angustia y desesperación. Acudió Milagros, y también Víctor, en mangas de camisa. Lo primero que hicieron fué sacar al pobre Cadalsito de entre las uñas de su tía, operación no difícil, porque pasado el ímpetu inicial, la fuerza de Abelarda cedió bruscamente. Su madre tiraba de ella, ayudándola a levantarse, y de rodillas aún, convulsa, toda descompuesta, su voz temblorosa y cortada, balbucía:

—Ese infame..., ese trasto..., quiere acabar conmigo... y con toda la familia...

—Pero, hija, ¿qué tienes?...—gritaba la mamá, sin darse cuenta del brutal hecho, mientras Víctor y Milagros examinaban a Luisito por si tenía algún hueso roto.

El chico rompió a llorar, el rostro encendido, la respiración fatigosa.

—¡Dios mío, qué atrocidad!—murmuró Víctor ceñudamente.

Y en el mismo instante se determinaba en Abelarda una nueva fase de la crisis. Lanzó tremendo rugido, apretó los dientes, rechinándolos; puso en blanco los ojos y cayó como cuerpo muerto, contrayendo brazos y piernas y dando resoplidos. Aparece entonces Villaamil, pasmado de aquel espectáculo; su hija con pataleta, Luisito llorando, la cara rasguñada; doña Pura sin saber a quién atender primero; los demás, turulatos y aturdidos.

—No es nada—dijo al fin Milagros, co-

rriendo a traer un vaso de agua fría para rociarle la cara a su sobrina.

—¿No hay por ahí éter?—preguntó Víctor.

—Hija mía—exclamó el padre—, ¿qué te pasa? Vuelve en ti.

Había que sujetarla para que no se hiciese daño con el pataleo incesante y el bracear violentísimo. Por fin, la sedación se inició tan enérgica como había sido el ataque. La joven empezó a exhalar sollozos, a respirar con esfuerzo, como si se ahogara, y un llanto copiosísimo determinó la última etapa del tremendo acceso. Por más que intentaban consolarla, no tenía término aquel río de lágrimas. Lleváronla a su lecho, y en él siguió llorando, oprimiéndose con las manos el corazón. No parecía recordar lo que había hecho. Entre Villaamil y Cadalso habían conseguido acallar a Luisito, convenciéndole de que todo había sido una broma un poco pesada.

De repente, el jefe de la familia se cuadró ante su yerno, y con temblor de mandíbula, intensa amarillez de rostro y mirada furibunda, gritó:

—De todo esto tienes tú la culpa, danzante. Vete pronto de mi casa, y ojalá no hubieras entrado nunca en ella.

—¡Que tengo yo la culpa!... ¡Pues no dice que yo...!—respondió el otro descaradamente—. Ya me parecía a mí que no estaba usted bueno de la jícara...

—La verdad es—observó Pura, saliendo del cuarto próximo—que antes que tú vinieras no pasaban en mi casa estas cosas que nadie entiende.

—¡Ah! También usted... No parece sino que me hacen un favor con tenerme aquí. ¡Y yo creí que los ayudaba a pasar la travesía del ayuno! Si me marcho, ¿dónde encontrarán un huésped mejor?

Villaamil, ante tanta insolencia, no encontraba palabras para expresar su indignación. Acarició el respaldo de una silla, con prurito de blandirla en alto y estampársela en la cabeza a su hijo político. Pudo dominar las ganas que de esto tenía, y reprimiendo su ira con fortísima rienda, le dijo con voz hueca de sochantre:

—Se acabaron las contemplaciones. Desde este momento estás de más aquí. Recoge tus bártulos y toma el portante, sin ningún género de excusas ni aplazamiento.

—No se apure usted... No parece sino que estoy en Jauja.

—Jauja o no Jauja—a punto de estallar—, ahora mismo, fuera. Vete a vivir con los esperpentos que te protegen. ¿De qué te sirve esta familia pobre y desgraciada? Aquí no hay credenciales, ni destinos, ni recomendaciones, ni nada, como dijo el otro. Y en esta pobreza honrada somos felices. ¿No ves lo contento que yo estoy?—castañeteando los dientes—. En cambio, tú no tendrás paz en el pináculo de tus glorias, alcanzadas por el deshonor... Pronto, a la calle... El señor de *Miau* quiere perderte de vista.

Víctor, lívido; doña Pura, asustada; Luisito, con ganas de romper a llorar nuevamente; Milagros, haciendo pucheros...

—Bien—dijo Cadalso con aquella gallardía que sabía poner en sus resoluciones, siempre que eran mortificantes—. Me voy. También yo lo deseaba, y no lo había hecho por caridad, porque soy aquí un sostén, no una carga. Pero la separación será absoluta. Me llevo a mi hijo.

Las dos *Miaus* se miraron aterradas. Villaamil apretó con ferocidad los dientes.

—¿Pues qué?... Después de lo que ha pasado hoy—añadió Víctor—, ¿todavía pretenden que yo deje aquí a este pedazo de mi vida?

La lógica de este argumento desconcertó a todos los *Miaus* de ambos sexos.

—Pero ¡qué tonto!—insinuó doña Pura, con ganas de capitular—. ¿Crees tú que esto volverá a pasar? ¿Y adónde vas con tu hijo, adónde? Si el pobrecito no quiere separarse de nosotros.

Poco le faltaba para llorar. Milagros dijo:

—No, lo que es el niño no sale de aquí.

—¡Vaya si sale!—sostuvo Cadalso con brutal resolución—. A ver: saque usted toda la ropita de mi hijo para juntarla con la mía.

—Pero ¿adónde le llevas? Bobo, simple... ¡Qué cosas se te ocurren tan disparatadas!

—Por sabido se calla. Su tía Quintina le criará y educará mejor que ustedes.

Doña Pura se sentó, atacada de gran congoja, sudor frío y latidos dolorosos del corazón. Vaya, que después de la hija, la madre iba a caer con la pataleta.

Villaamil dió una vuelta sobre sí mismo, como si le hiciera girar el vórtice de un ciclón interior, y después de parar en firme, abrióse de piernas, alzó los brazos enormes, simulando la figura de San Andrés clavado en las aspas, y rugió con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Que se lo lleve..., que se lo lleve, con mil demonios! Mujeres locas, mujeres cobardes, ¿no sabéis que *Morimos... Inmolados Al Ultraje?*

Y tropezando en las paredes, corrió hacia el gabinete. Su mujer fué detrás, creyendo que iba disparado a arrojarse por el balcón a la calle.

XXXIX

—No cedo, no cedo—dijo Víctor a Milagros, al quedarse solo con ella—. Me llevo a mi hijo. Pero ¿no comprende usted que no podré vivir con tranquilidad dejándole aquí después de lo que ha pasado hoy?

—¡Por Dios, hijo!—le respondió con dulzura *la pudorosa Ofelia,* queriendo someterle por buenas—. Todo ello es una tontería... No volverá a suceder. ¿No ves que es nuestro único consuelo este mocoso?... Y si nos le quitas...

La emoción le cortaba la palabra. Calló la artista, tratando de disimular su pena, pues harto sabía que como la familia mostrase vivo interés en la posesión de Luisito, esto sólo era motivo suficiente para que el monstruo se obstinase en llevársele. Creyó oportuno dejar el delicado pleito en las manos diplomáticas de doña Pura, que sabía tratar a su yerno, combinando la energía con la suavidad. Al ir la *Miau* mayor al gabinete en seguimiento de su marido, le encontró arrojado en un sillón, la cabeza entre las manos.

—¿Qué te parece que debemos hacer? —le dijo ella confusa, pues no había tenido tiempo aún de tomar una resolución.

Grande, inmensa fué la sorpresa de doña Pura cuando su marido, irguiendo la frente, respondió estas inverosímiles palabras:

—Que se lo lleve cuando quiera. Será un trance doloroso verle salir de aquí; pero ¡qué remedio!... Por lo demás, no hay que remontarse; digo más..., digo que, en efecto, mejor estará el chiquillo con Quintina que con... *vosotras.*

Al oír esto, *la figura de Fra Angélico* examinó en silencio, atónita, el turbado rostro del cesante. La sospecha de que empezaba a perder la razón confirmóse entonces, oyéndole decir aquel gran desatino.

—¡Que estará mejor con Quintina que con nosotras! Tú no estás en tu juicio, Ramón.

—Y dejando a un lado lo que al niño convenga—atenuando su crueldad—, Víctor es su padre, y tiene sobre él más autoridad que nosotros. Si él quiere llevársele...

—Es que no querrá... ¡Pues no faltaba otra! Verás cómo arreglo yo a ese truhán...

—Yo no le diría una palabra, ni me rebajaría a tratar con él—cayendo en gran aplanamiento, sedación enérgica de su furia pasada—. Yo le dejaría hacer su gusto. Tiene autoridad, ¿sí o no? Pues si la tiene, a nosotros nos corresponde callar y sufrir.

—¿Pues no dice que callemos y suframos—espantada y briosa—, cuando ese vil nos quiere quitar nuestra única alegría?... Tú no estás bueno. Te aseguro que Víctor se llevará al niño, pero ha de ser a la fuerza, atropellándonos, y no sin que yo le arranque las orejas a ese perro.

—Pues mi opinión es no cuestionar con semejante tipo... Se me figura que si le veo otra vez delante de mí le muerdo... Siento algo como una ansiedad física de clavar los dientes en alguien. Créelo, mujer, la Administración está deshonrada; ya no podrá decir *el probo y sufrido personal* de Hacienda, como se decía antes. Y lo que en cuanto a nivelación del presupuesto, que se limpien. Con esta chusma que va invadiendo la casa es imposible.

—Pero ¿a qué me sacas ahora la Administración—exaltada—, ni qué tiene que ver el burro con las témporas? ¡Ay Ramón, tú no estás bueno! Déjame a mí de *probos*... Que los parta un rayo. Mírate en tu espejo y abre esos ojos, ábrelos...

—¡Abiertos, muy abiertos los tengo! —intencionadamente—. ¡Y qué horizontes ante mí!

Viendo que no podía ponerse de acuerdo con su marido, volvió a emprenderla con Víctor, que no había salido aún.

Contra la creencia de Pura, el otro continuaba inflexible, sosteniendo su acuerdo con tenacidad digna de mejor causa. A entrambas *Miaus* se les habría podido ahogar con un cabello, y Abelarda, confesándose autora del conflicto, lloraba en su lecho como una Magdalena. Entre atender a su hija y discutir con Víctor, doña Pura tenía que duplicarse, corriendo de aquí para allí, mas sin poder dominar la aflicción de la una ni la implacable contumacia del otro. Nunca había visto al guapo mozo tan encastillado en una resolución, ni encontraba el busilis de tanta crueldad y firmeza. Para ello habría sido preciso estar al tanto de lo ocurrido el día anterior en casa de los de Cabrera. Este ganó en segunda instancia el famoso pleito de la casucha de Vélez-Málaga, siendo Víctor condenado a reintegrar el valor de la finca y al pago de costas. El irreconciliable Ildefonso le había echado ya el dogal al cuello, y disponíase a apretar, reteniéndole la paga, persiguiéndole y acosándole sin piedad ni consideración. Pero del fallo judicial tomó pie la muy lagarta de Quintina para satisfacer sus aspiraciones maternales, y engatusando a Cabrera con estudiadas zalamerías y carantoñas, obtuvo de él que aprobara las bases del siguiente convenio: "Se echaría tierra al asunto; Ildefonso pagaría las costas (quedándose con la casa, se entiende). Y Víctor les entregaría su hijo." Vió el cielo abierto Cadalso, y aunque le hacía mala boca arrancar al chiquillo del poder y amparo de sus abuelos, hubo de aceptar a ojos cerrados. Todo se reducía a pasar un mal rato en casa de las *Miaus*, a recibir algún arazaño de Pura y otro de Milagros y una dentellada quizá de Villaamil. He aquí muy claro el móvil de la determinación por la cual hubo de cambiar de casa y de familia el célebre Cadalsito.

En lo más recio del trajín que Milagros y Pura traían, corriendo de Abelarda, inconsolable, a Víctor, inflexible, con escala en Luisito, que también había vuelto a gimotear, entró Ponce. No podía venir en peor ocasión, y su presunta suegra, contrariada con la visita, le enchiqueró en la sala para decirle:

—Ese trasto de Víctor nos ha hecho una pillada. Hemos tenido aquí hoy una verdadera tragedia. Figúrese usted que ha dado en llevarse al chiquitín, arrancándolo de este hogar, donde se ha criado. Estamos consternadísimas. Abelarda, al ver que ese verdugo se llevaba al niño a viva fuerza, cayó con un síncope atroz, pero atroz. En la cama la tenemos, hecha un mar de llanto. ¡Ay hijo, qué rato hemos pasado!

Por fin, como Abelarda estaba vestida sobre el lecho, se permitió a Ponce pasar a verla. La insignificante no lloraba ya; tenía los ojos encendidos, los miembros desmadejados. El ínclito mancebo se sentó a la cabecera, apretándole la mano y permitiéndose el inefable exceso de besársela cuando no estaba presente la mamá, quien repitió delante de su hija la versión dada al novio sobre el suceso del día.

—Pero ¡qué malo es ese hombre!—dijo el crítico a su amada—. Es una bestia apocalíptica.

—No lo sabes tú bien—respondió la chica, mirando fijamente a su novio, mientras éste se acariciaba con el pañuelo sus siempre húmedos lagrimales—. Alma más negra no echó Dios al mundo... ¡Mira tú que es maldad; querer quitarnos a Luisito, nuestro encanto, nuestra dicha! Desde que nació está con nosotras. Nos debe la vida, porque le hemos cuidado como a las niñas de nuestros ojos; le sacamos adelante del sarampión y de la tos ferina con mil sacrificios. ¡Qué ingratitud y qué infamia! Ya ves lo pacífica que soy. Más que pacífica, soy cobarde, inofensiva, pues hasta cuando mato una pulga me da lástima del pobre animalito. Pues bien, a ese hombre, si a mano le tuviera, creo que le atravesaría de parte a parte con un cuchillo... Para que veas.

—Sosiégate, minina—dijo Ponce con voz melíflua—. Estás excitada. No hagas caso tú. ¿Me quieres mucho?

—¡Vaya si te quiero!—replicó Abelarda, plenamente decidida a tirarse por el Viaducto, es decir, a casarse con Ponce.

—Tu mamá te habrá dicho que hemos fijado el tres de mayo, día de la Cruz. ¡Qué largo me está pareciendo el tiempo y con qué lentitud corren noches y días!

—Pero todo llega... Detrás de un día viene otro—dijo Abelarda mirando al techo—. Todos los días son enteramente iguales.

Las conferencias entre las dos *Miaus*

y Víctor duraron hasta que éste salió vestido de etiqueta, y toda la diplomacia de la una y los ruegos quejumbrosos de la otra no ablandaron el duro corazón de Cadalso. Lo más que obtuvieron fué aplazar la traslación de Luis hasta el día siguiente. Enterado Villaamil de esto, salió y dijo a su yerno con sequedad:

—Yo te prometo, te doy mi palabra de que lo llevaré yo mismo a casa de Quintina. No hay más que hablar... No necesitas tú volver más acá.

A esto respondió el monstruo que por la noche volvería a mudarse de ropa, añadiendo benévolamente que el acto de llevarse al hijo no significaba prohibición de que le vieran sus abuelos, pues podían ir a casa de Quintina cuando gustaran, y que así lo advertía él a su hermana.

—Gracias, señor elefante—dijo doña Pura con desdén.

Y Milagros:

—Lo que es yo..., ¿allá?... ¡Estás tú fresco!

Faltaba todavía un dato importante para apreciar la gravedad del asunto; faltaba conocer la actitud del interesado, si se prestaría de buen grado a cambiar de familia o si, por el contrario, se resistiría con la irreducible firmeza propia de la edad inocente. Su abuela, en cuanto el monstruo se fué, empezó a disponer el ánimo del chico para la resistencia, asegurándole que la tía Quintina era muy mala, que le encerraría en un cuarto oscuro, que la casa estaba llena de unas culebronas muy grandes y de bichos venenosos. Oía Cadalsito estas cosas con incredulidad, porque realmente eran papas demasiado gordas para que las tragase un niño ya crecidito y que empezaba a conocer el mundo.

Aquella noche nadie tuvo apetito, y Milagros se llevaba para la cocina las fuentes lo mismo que habían ido al comedor. Villaamil no desplegó los labios sino para desmentir las terroríficas pinturas que su mujer hacía del domicilio de Cabrera:

—No hagas caso, hijo mío; la tía Quintina es muy buena, y te cuidará y te mimará mucho. No hay allí sapos ni culebras, sino las cosas más bonitas que puedes imaginarte: santos que parece que están hablando, estampas lindísimas y altares soberbios, y... la mar de cosas. Vas a estar muy a gusto.

Oyendo esto, Pura y Milagros se miraban atónitas, sin poder explicarse que el abuelo se pasase descarada y cobardemente al enemigo. ¿Qué vena le daba de apoyar la inicua idea de Víctor, llegando hasta defender a Quintina y pintando su casa como un paraíso infantil? ¡Lástima que la familia no estuviera en fondos, pues de lo contrario, lo primero sería llamar a un buen especialista en enfermedades de la cabeza para que estudiara la de Villaamil y dijere lo que dentro de ella ocurría!

XL

Cadalsito tampoco tuvo ganas de comer y menos de estudiar. Mientras le acostaban, la tiita, completamente repuesta de aquel salvaje desvarío y sin tener de él más que vaga reminiscencia, le besó y le hizo extremadas caricias, no sin cierta escama del pequeño y aun de doña Pura. Milagros se quedó allí a dormir aquella noche, por lo que pudiera tronar.

Luis cogió pronto el sueño; pero a medianoche despertó con los síntomas anunciadores de la visión. Su tía Milagros cuidó de arroparle y hacerle mimos, acostándose al fin con él para que se tranquilizase y no tuviera miedo. Lo primero que vió el chiquillo al adormilarse fué una extensión vacía, un lugar indeterminado, cuyos horizontes se confundían con el cielo, sin accidente alguno, casi sin términos, pues todo era igual, lo próximo y lo lejano. Discurrió si aquello era suelo o nubes, y luego sospechó si sería el mar, que nunca había visto más que en pintura. Mar no debía de ser, porque el mar tiene olas que suben y bajan, y la superficie aquella era como la de un cristal. Allá lejos, muy lejos, distinguió a su amigo, el de la barba blanca, que se aproximaba lentamente recogiendo el manto con la mano izquierda y apoyándose con la otra en un bastón grande o báculo como el que usan los obispos. Aunque venía de muy lejos y andaba despacio, pronto llegó delante de Cadalsito, sonriendo al verle. Acto continuo se sentó. ¿Dónde, si allí no había piedra ni silla? Todo ello era maravilloso en grado sumo, pues por encima de los hombros del Padre vió Luis el respaldo de uno de los sillones

de la sala de su casa. Pero lo más estupendo de todo fué que el buen abuelo, inclinándose hacia él, le acarició la cara con su preciosa mano. Al sentir el contacto de los dedos que habían hecho el mundo y cuanto en él existe, sintió Cadalso que por su cuerpo corría un temblor gustosísimo.

—Vamos a ver—le dijo el amigo—, he venido desde la otra parte del mundo sólo por echar un párrafo contigo. Ya se que te pasan cosas muy raras. Tu tía... ¡Parece mentira que queriéndote tanto...! ¿Tú entiendes esto? Pues yo tampoco. Te aseguro que cuando lo vi, me quedé como quien ve visiones. Luego, tu papá, empeñado en llevarte con la tía Quintina... ¿Sabes tú el porqué de estas cosas?

—Pues yo—opinó Luis con timidez, asombrándose de tener ideas propias ante la sabiduría eterna—creo que de todo lo que está pasando tiene la culpa el ministro.

—¡El ministro!—asombrado y sonriente.

—Sí, Señor, porque si ese tío hubiera colocado a mi abuelo, todos estarían contentos y no pasaría nada.

—¿Sabes que me estás pareciendo un sabio de tomo y lomo?

—Mi abuelo, furioso porque no le colocan, y mi abuela, lo mismo, y mi tía Abelarda también. Y mi tía Abelarda no puede ver a mi papá, porque mi papá le dijo al ministro que no colocara a mi abuelo. Y como no se atreve con mi papá, porque puede más que ella, la emprendió conmigo. Después se puso a llorar... Dígame, ¿mi tía es buena o es mala?

—Yo estoy en que es buena... Hazte cuenta que el achuchón de hoy fué de tanto como te quiere.

—¡Vaya un querer! Todavía me duele aquí, donde me clavó las uñas... Me tiene mucha tirria desde un día que le dije que se casara con mi papá. ¿Usted no sabe? Mi papá la quiere; pero ella no le puede ver.

—Eso sí que es raro.

—Como usted lo oye. Mi papá le dijo una noche que estaba enamoradísimo de ella, por lo fatal..., ¿sabe?, y que él era un condenado, y qué sé yo qué...

—Pero ¿a ti quién te mete a escuchar lo que dicen las personas mayores?

—Yo... estaba allí...—alzando los hombros.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué cosas ocurren en tu casa! Se me figura que estás en lo cierto: el pícaro del ministro tiene la culpa de todo. Si hubiera hecho lo que Yo le dije, nada de esto pasaría. ¿Qué le costaba, en aquella casona tan llena de oficinas, hacer un hueco para ese pobre señor? Pero nada, no hacen caso de Mí, y así anda todo. Verdad que tienen que atender a éste y al otro, y cuanto Yo les digo por un oído les entra y por otro les sale.

—Pues que le coloquen ahora..., ¡vaya! Si Usted va allá y lo manda pegando un bastonazo fuerte con ese palo en la mesa del ministro...

—¡Quia! No hacen caso. Pues si consistiera en bastonazos, por eso no había de quedar. Los doy tremendos, y como si no.

—Entonces, ¡contro!—enval onado por tanta benevolencia—, ¿cu to le van a colocar?

—Nunca—declaró el Padre con serenidad, como si aquel *nunca,* en vez de ser desesperante, fuera consolador.

—¡Nunca!—no entendiendo que esto se dijera con tanta calma—. ¡Pues estamos aviados!

—Nunca, sí, y te añadiré que lo he determinado Yo. Porque verás: ¿para qué sirven los bienes de este mundo? Para nada absolutamente. Esto, que tú habrás oído muchas veces en los sermones, te lo digo Yo ahora con mi boca, que sabe cuanto hay que saber. Tu abuelito no encontrará en la tierra la felicidad.

—¿Pues dónde?

—Parece que eres bobo. Aquí, a mi lado. ¿Crees que no tengo Yo ganas de traérmele para acá?

—¡Ah!...—abriendo la boca todo lo que abrirse podía—. Entonces... eso quiere decir que mi abuelo se muere.

—Y verdaderamente, chico, ¿a cuento de qué está tu abuelo en este mundo feo y malo? El pobre no sirve ya para nada. ¿Te parece bien que viva para que se rían de él, y para que un ministro le esté desairando todos los días?

—Pero yo no quiero que se muera mi abuelo...

—Justo es que no lo quieras..., pero ya ves..., él está viejo, y, créelo, mejor

le irá Conmigo que con vosotros. ¿No lo comprendes?

—Sí—diciendo que sí por cortesía, pero sin estar muy convencido...—. Entonces..., ¿el abuelo se va a morir pronto?

—Es lo mejor que puede hacer. Adviértelo tú; dile que has hablado Conmigo, que no se apure por la credencial, que mande al ministro a freír espárragos, y que no tendrá tranquilidad sino cuando esté Conmigo. Pero ¿qué es eso? ¿Por qué arrugas las cejas? ¿No comprendes eso, tontín? ¿Pues no dices que vas a ser cura y a consagrarte a Mí? Si así lo piensas, vete acostumbrando a estas ideas. ¿No te acuerdas ya de lo que dice el catecismo? Apréndetelo bien. El mundo es un valle de lágrimas, y mientras más pronto salís de él, mejor. Todas estas cosas, y otras que irás aprendiendo, las has de predicar tú en mi púlpito cuando seas grande, para convertir a los malos. Verás cómo haces llorar a las mujeres, y dirán todas que el padrito *Miau* es un pico de oro. Dime: ¿no estás en ser clérigo y en ir aprendiendo ya unas miajas de misa, un poco de latín y todo lo demás?

—Sí, Señor... Murillo me ha enseñado ya muchas cosas: lo que significa *aleluya* y *gloria patri,* y sé cantar lo que se canta cuando alzan, y cómo se ponen las manos al leer los santísimos Evangelios.

—Pues ya sabes mucho. Pero es menester que te apliques. En casa de tu tía Quintina verás todas las cosas que se usan en mi culto.

—Me quieren llevar con la tía Quintina. ¿Qué le parece?... ¿Voy?

Al llegar aquí, Cadalsito, alentado por la amabilidad de su amigo, que le acariciaba con sus dedos las mejillas, se tomó la confianza de corresponder con igual demostración, y primero tímidamente, después con desembarazo, le tiraba de las barbas al Padre, quien nada hacía para impedirlo ni se incomodaba diciendo, como Villaamil: "¿En qué cochino bodegón hemos comido juntos?"

—Sobre eso de vivir o no con los Cabreras, Yo nada te digo. Tú lo deseas por la novelería de los juguetes eclesiásticos, y al mismo tiempo temes separarte de tus abuelitos. ¿Sabes lo que te aconsejo? Que, llegado el momento, hagas lo que te salga de dentro.

—¿Y si me lleva mi papá a la fuerza, sin dejarme pensarlo?

—No sé..., me parece que a la fuerza no te llevará. En último caso, haces lo que mande tu abuelo. Si él te dice: "A casa de Quintina", te callas, y andando.

—¿Y si me dice que no?

—No vas. Pásate sin los altaritos, y entre tanto, ¿sabes lo que haces? Le dices al amigo Murillo que te dé otra pasada de latín, de ese que él sabe, que te explique bien la misa y el vestido de cura, cómo se pone el cíngulo, la estola, cómo se preparan el cáliz y la hostia para la consagración...; en fin, Murillito está muy bien enterado, y también puede enseñarte a llevar el Viático a los enfermos, y lo que se reza por el camino.

—Bueno... Murillo sabe mucho; pero su padre quiere que sea abogado. ¡Qué estúpido! Dice él que llegará a ministro, y que se casará con una moza muy guapa. ¡Qué asco!

—Sí que es un asco.

—También *Posturas* tenía malas ideas. Una tarde nos dijo que se iba a echar una querida y a jugar a la timba. ¿Qué cree Usted? Fumaba colillas y era muy mal hablado.

—Todas esas mañas se le quitan aquí.

—¿Dónde está, que no le veo con Usted?

—Todos castigados. ¿Sabes lo que me han hecho esta mañana? Pues entre *Posturitas* y otros pillos que siempre están enredando me cogieron el mundo, ¿sabes?, aquel mundo azul que Yo uso para llevarlo en la mano, y lo echaron a rodar, y cuando quise enterarme se había caído al mar. Costó Dios y ayuda sacarlo. La suerte que es un mundo figurado, ¿sabes?, que no tiene gente, y no hubo que lamentar desgracias. Les di una mano de cachetes como para ellos solos. Hoy no me salen del encierro...

—Me alegro. Que la paguen. Y dígame, ¿dónde los encierra?

La celestial persona, dejándose tirar de las barbas, miraba sonriendo a su amigo, como si no supiera qué decir.

—¿Dónde los encierra?... A ver..., diga...

La curiosidad de un niño es implacable, y ¡ay de aquel que la provoca y no la satisface al momento! Los tirones de barba debieron de ser demasiado fuertes, porque el bondadoso viejo, amigo de

Luis, hubo de poner coto a tanta familiaridad.

—¿Que dónde los encierro?... Todo lo quieres saber. Pues los encierro... donde me da la gana. ¿A ti qué te importa?

Pronunciada la última palabra, la visión desapareció súbitamente, y quedóse el buen Cadalso hasta la mañana, durante el sueño, atormentado por la curiosidad de saber dónde los encerraba... Pero ¿dónde diablos los encerraría?

XLI

No pareció Víctor en toda la noche; pero a la mañana, temprano, fué a reiterar la temida sentencia respecto a Luis, no cediendo ni ante las conminaciones de doña Pura ni ante las lágrimas de Abelarda y Milagros. El chiquillo, afectado por aquel aparato luctuoso, se mostró rebelde a la separación; no quería dejarse vestir ni calzar; rompió en llanto, y Dios sabe la que se habría armado sin la intervención discreta de Villaamil, que salió de su alcoba diciendo:

—Pues es forzoso separarnos de él, no atosigarse, no afligir a la pobre criatura.

Asombrábase Víctor de ver a su suegro tan razonable, y le agradecía mucho aquel criterio consolador, que le permitiría realizar su propósito sin apelar a la violencia, evitando escenas desagradables. Milagros y Abelarda, viendo el pleito perdido, retiráronse a llorar al gabinete. Pura se metió en la cocina, echando de su boca maldiciones contra los Cabreras, los Cadalsos y demás razas enemigas de su tranquilidad, y en tanto Víctor le ponía las botas a su hijo, tratando de llevárselo pronto, antes que surgieran nuevas complicaciones.

—Verás, verás—le decía—qué cosas tan monas te tiene allí la tía Quintina: santos magníficos, grandes como los que hay en las iglesias, y otros chiquitos para que tú enredes con ellos; vírgenes con mantos bordados de oro, luna de plata a los pies, estrellas alrededor de la cabeza, tan majas...; verás... Y otras cosas muy divertidas...: candeleros, cristos, misales, custodias, incensarios...

—¿Y les puedo poner fuego y menearlos para que den olor?

—Sí, vida mía. Todo es para que tú te entretengas y vayas aprendiendo, y a los santos puedes quitarles la ropa, para ver cómo son por dentro, y luego volvérsela a poner.

Villaamil se paseaba en el comedor oyendo todo esto. Como observara que Luis, después de aquel entusiasmo por el uso del incensario, volvió a caer en su morriña, gimoteando: "Yo quiero que la abuela me lleve y se esté allí conmigo", hubo de meter su cuarto a espadas en la catequización, y acariciándole, le dijo:

—Tienes allá también altares chicos con velitas y arañas de este tamaño, custodias así, casullitas bordadas, un sagrario que es una monada, una manga-cruz que la puedes cargar cuando quieras, y otras preciosidades..., como, por ejemplo...

No sabía por dónde seguir, y Víctor suplió su falta de inventiva añadiendo:

—Y un hisopo de plata que echa agua bendita por todos lados, y, en fin, un cordero pascual...

—¿De carne?

—No, hombre... Digo, sí, vivo...

Para abreviar la penosa situación y acelerar el momento crítico de la salida, Villaamil ayudó a ponerle la chaqueta; pero aún no le habían abrochado todos los botones, cuando, ¡madre de Dios!, sale doña Pura hecha una pantera y arremete contra Víctor, badila en mano, diciendo:

—¡Asesino, vete de mi casa! ¡No me robarás esta joya!... ¡Vete, o te abro la cabeza!

Y lo mismo fué oír las otras *Miaus* aquella voz airada, salieron también chillando en la propia cuerda. En suma, que aquello se iba poniendo feo.

—Puesto que ustedes no quieren que sea por buenas, será por malas—dijo Víctor, poniéndose a salvo de las uñas de las tres furias—. Pediré auxilio a la justicia. El aquí no se ha de quedar. Conque ustedes verán...

Villaamil intervino, diciendo con voz conciliadora, sacada trabajosamente del fondo de su oprimido pecho:

—Calma, calma. Ya lo teníamos arreglado cuando estas mujeres nos lo echan a perder. Váyanse para adentro.

—Eres un estafermo—le dijo la esposa, ciega de ira—. Tú tienes la culpa, porque si te pusieras de nuestra parte, entre todos habíamos ganado la partida.

—Cállate tú, loca, que harto sé yo lo

que tengo que hacer. ¡Fuera de aquí todo el mundo!

Pero Luisito, viendo a sus tías y abuela tan interesadas por él, volvió a mostrar resistencia. Pura no se contentaba con menos que con sacarle los ojos a su yerno, y aquello iba a acabar malamente. La suerte que aquel día estaba Villaamil tan razonable y con tal dominio de sí mismo y de la situación, que parecía otro hombre. Sin saber cómo, su respetabilidad se impuso.

—Mientras tú estés aquí—dijo a Víctor, sacándole con hábil movimiento de la cuna del toro, o sea, de entre las manos tiesas de doña Pura—, no adelantaremos nada. Vete, y yo te doy mi palabra de que llevaré a mi nieto a casa de Quintina. Déjame a mí, déjame... ¿No te fías de mi palabra?

—De su palabra, sí; pero no de su capacidad para reducir a estos energúmenos.

—Yo los reduciré con razones. Descuida. Vete, y espérame allá.

Habiendo logrado tranquilizar a su yerno, entró en gran parola con la familia, agotando su ingenio en hacerles ver la imposibilidad de impedir la separación del chiquillo.

—¿No veis que si nos resistimos vendrá el propio juez a quitárnosle?

Media hora duró el alegato, y, por fin, las *Miaus* parecieron resignadas; convencidas, nunca.

—Lo primero que tenéis que hacer —les dijo, deseando alejarlas en el momento crítico de la salida—es iros a la sala cantando bajito. Yo me entiendo con Luis. ¡Si él no va a dejar de querernos porque se vaya con Quintina!... Y, además, su padre me ha prometido que le traerá todos los días a vernos, y los domingos a pasar el día en casa...

Abelarda se retiró la primera, llorando, como quien se aparta de la persona agonizante para no verla morir. Después se fué Milagros y, finalmente, Pura, quien no se hubiera resignado a no domarla su esposo con este último argumento:

—Si porfiamos, vendrá el juez esta tarde. ¡Figúrate qué escena! Apuremos el cáliz, y Dios castigará al infame que nos lo ofrece.

Sólo con Luis, el abuelo estuvo a punto de perder su estudiada, dificilísima compostura, y echarse a llorar. Se tragó toda aquella hiel, invocando mentalmente al Cielo con esta frase:

—Terrible es la separación, Señor; pero es indudable que estará mucho mejor allá, mucho mejor... Vamos, Ramón, ánimo, y no te amilanes.

Pero no contaba con su nieto, que, oyendo el gimoteo de las tías, volvió a las andadas, y cuando se acercaba el instante fiero de la partida, se afligió diciendo:

—Yo no quiero irme.

—No seas tonto, Luis—le amonestó el anciano—. ¿Crees tú que si no fuera por tu bien te sacaríamos de casa? Los niños bonitos y dóciles hacen lo que se les manda. Y que no puedes tú figurarte, por mucho que yo te las pondere, las preciosidades que Quintina tiene allí para tu uso particular.

—¿Y puedo yo cogerlo todo para mí, y hacer con ello lo que me dé la gana? —preguntó el chiquillo con la ansiedad avariciosa que en la edad primera revela el egoísmo sin freno.

—Pues ¿quién lo duda? Hasta puedes romperlo si te acomoda.

—No, romper, no. Las cosas de la Iglesia no se rompen—declaró el niño con cierta unción.

—Bueno..., vamos ya... Saldremos calladitos para que no nos sientan ésas... y no se alboroten... Pues verás: entre otras cosas, hay una pilita bautismal que es una monería; yo la he visto.

—Una pila..., ¿con mucha agua bendita?

—Cabe tanta agua como en la tinaja de la cocina... Vamos—cargándoselo a cuestas—. Mejor será que yo te lleve en brazos...

—Y esa pila, ¿es para bautizar personas?

—¡Claro!... Con ella puedes tú jugar todo lo que quieras, y de paso vas aprendiendo, para cuando seas cura, la manera de cristianar a un pelón.

Atravesó Villaamil con paso recatado el corredor y recibimiento, llevando a su nieto en brazos, y como durante la peligrosa travesía el chico prosiguiese con su flujo de preguntas, sin bajar la voz, el abuelo le puso una mano por tapaboca, susurrándole al oído:

—Sí, puedes bautizar niños, todos los niños que quieras. Y también hay mitras a la medida de tu cabeza y capitas do-

radas y un báculo para que te vistas de obispín y nos eches bendiciones...

Con esto franquearon la puerta, que Villaamil no cerró, a fin de evitar el ruido. La escalera la bajó a trancos, como ladrón que huye cargando el objeto robado, y, una vez en el portal, respiró y dejó su carga en el suelo: ya no podía más. No estaba él muy fuerte que digamos, ni soportaba pesos, aun tan livianos como el de su nietecillo. Temeroso de que Paca y Mendizábal cometiesen alguna indiscreción, esquivó sus saludos. La mujerona quiso decir algo a Luis, condoliéndose de su marcha; pero Villaamil anduvo más listo; dijo "Volvemos", y salió a la calle más pronto que la vista.

El temor de que Luis cerdease otra vez le estimuló a reforzar en la calle sus mentirosas artimañas de catequista:

—Tienes allí tan gran cantidad de flores de trapo para altares, que sólo para verlas todas necesitas un año..., y velas de todos colores..., y la mar de cirios... Pues hay un San Fernando vestido de guerrero, con armadura, que te dejará pasmado, y un San Isidro, con su yunta de bueyes, que parecen naturales. El altar chico para que tú digas tus misas es más bonito que el de Montserrat...

—Dime, abuelito, y confesonario, ¿no tengo?

—¡Ya lo creo!..., y muy majo..., con rejas, para que las mujeres te cuenten sus pecados, que son muchísimos... Te digo que vas a estar muy bien, y cuando crezcas un poquito te encontrarás hecho cura sin sentirlo, sabiendo tanto como el padre Bohigas, de Montserrat, o el propio capellán de las Salesas Nuevas, que ahora sale a canónigo.

—Y yo, ¿seré canónigo, abuelito?

—Pues, ¿qué duda tiene?..., y obispo, y hasta puede que llegues a Papa.

—¿El Papa es el que manda en todos los curas?...

—Justamente... ¡Ah! También verás allí un monumento de Semana Santa, que lo menos tiene mil piezas, qué sé yo cuántas estatuas, todo blanco y como de alfeñique. Parece que acaba de salir de la confitería.

—¿Y se come, abuelo, se come?—preguntó Cadalsito, tan vivamente interesado en todo aquello, que su casa, su abuela y sus tías se le borraron de la mente.

—¿Quién lo duda? Cuando te canses de jugar le pegas una dentellada—respondió Villaamil, ya vuelto tarumba, pues su imaginación se agotaba, y no sabía de qué echar mano.

Andaba el abuelo rápidamente por la acera de la calle Ancha, y a cada paso suyo daba Cadalsito tres, cogido de la mano paterna, o más bien colgado. Don Ramón se detuvo bruscamente y giró sobre sí mismo, dirigiéndose hacia la parte alta de la calle, donde está el hospital de la Princesa. Fijóse Luis en la incongruencia de esta dirección, y observó, impacientándose:

—Pero, abuelo, ¿no vamos a casa de la tía Quintina, en la calle de los Reyes?

—Sí, hijo mío; pero antes daremos una vuelta por aquí para que tomes el sol.

En el cerebro del afligido anciano se determinó un retroceso súbito, semejante al rechazo de la enérgica idea que informaba todos los actos referentes a la cesión y traslado de su nieto. Este seguía charla que te charla, preguntando sin cesar, tirándole a su abuelo del brazo cuando las respuestas no empalmaban inmediatamente con las interrogaciones. El abuelo contestaba por monosílabos, evasivamente, pues todo su espíritu se reconcentraba en la vida interior del pensar. Cabizbajo, fijos los ojos en el suelo, como si contara las rayas de las baldosas, apechugaba con la cuesta, tirando de Luisito, el cual no advertía la congoja de su abuelo ni el temblor de sus labios, articulando en baja voz la expresión de las ideas. "¿No es un verdadero crimen lo que voy a hacer, o, mejor dicho, dos crímenes?... Entregar a mi nieto, y después... Anoche, tras larga meditación, me parecieron ambas cosas muy acertadas, y consecuencia la una de la otra. Porque si yo voy a... cesar de vivir muy pronto, mejor quedará Luis con los Cabreras que con mi familia... Y pensé que mi familia le criaría mal, con descuido, consintiéndole mil resabio...: eso sin contar el peligro de que esté al lado de Abelarda, que volverá a las andadas cualquier día. Los Cabreras me son antipáticos; pero los tengo por gente ordenada y formal. ¡Qué diferencia de Pura y Milagros! Estas, con su música y sus tonterías, no sirven para

nada. Así pensé anoche, y me pareció lo más cuerdo que a humana cabeza pudiera ocurrirse... ¿Por qué me arrepiento ahora y me entran ganas de volver a casa con el chico? ¿Es que estará mejor con las *Miaus* que con Quintina? No, eso no... ¿Es que desmaya en mí la resolución salvadora que ha de darme libertad y paz? ¿Es que te da ahora el antojillo de seguir viviendo, cobarde? ¿Es que te halagan el cuerpo los melindres de la vida?"

Atormentado por crudelísima duda, Villaamil echó un gran suspiro, y sentándose en el zócalo de la verja del hospital que cae al paseo de Areneros, cogió las manos del niño y le miró fijamente, cual si en sus inocentes ojos quisiera leer la solución del terrible conflicto. El chico ardía de impaciencia; pero no se atrevió a dar prisa a su abuelo, en cuyo semblante notaba pena y cansancio.

—Dime, Luis—propuso Villaamil abrazándole con cariño—, ¿quieres tú de veras irte con la tía Quintina? ¿Crees que estarás bien con ella, y que te educarán e instruirán los Cabreras mejor que en casa? Háblame con franqueza.

Puesta la cuestión en el terreno pedagógico y descartado el aliciente de la juguetería eclesiástica, Luis no supo qué contestar. Buscó una salida, y al fin la halló:

—Yo quiero ser cura.

—Corriente; tú quieres ser cura y yo lo apruebo... Pero suponiendo que yo falte, que Pura y Milagros se vayan a vivir con Abelarda, señora de Ponce, ¿con quién te parece a ti que estarías mejor?

—Con la abuela y la tía Quintina juntas.

—Eso no puede ser.

Cadalsito alzó los hombros.

—¿Y no temerías tú, si siguieras donde estabas, que mi hija se alborotase otra vez y te quisiera matar?

—No se alborotará—dijo Cadalsito con admirable sabiduría—. Ahora se casa y no volverá a pegarme.

—¿De modo que tú... no tienes miedo? Y entre la tía Quintina y nosotros, ¿qué prefieres?

—Prefiero... que vosotros viváis con la tía.

Ya tenía Villaamil abierta la boca para decirle: "Mira, hijo, todo eso que te he contado de los altarcitos es musica. Te hemos engañado para que no te resistieses a salir de casa", pero se contuvo, esperando que el propio Luis esclareciese con alguna idea primitiva, sugerida por su inocencia, el problema tremendo. Cadalsito montó una pierna sobre la rodilla de su abuelo, y echándole una mano al hombro para sostenerse bien, se dejó decir:

—Lo que yo quiero es que la abuela y la tía Milagros se vengan a vivir con Quintina.

—¿Y yo?—preguntó el anciano, atónito de la preterición.

—¿Tú? Te diré. Ya no te colocan..., ¿entiendes? Ya no te colocan, ni ahora ni nunca.

—¿Por dónde lo sabes?—con el alma atravesada en la garganta.

—Yo lo sé. Ni ahora ni nunca... Pero maldita la falta que te hace.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

—Pues... yo... Te lo contaré; pero no lo digas a nadie... Veo a Dios... Me da así como un sueño y entonces se me pone delante y me habla.

Tan asombrado estaba Villaamil, que no pudo hacer ninguna observación. El chico prosiguió:

—Tiene la barba blanca, es tan alto como tú, con un manto muy bonito... Me dice todo lo que pasa..., y todo lo sabe, hasta lo que hacemos los chicos en la escuela...

—Y ¿cuándo le has visto?

—Muchas veces: la primera, en las Alarconas; después, aquí cerca, y en el Congreso, y en casa... Me da primero como un desmayo, me entra frío, y luego viene El y nos ponemos a charlar... Qué, ¿no lo crees?

—Sí, hijo, sí lo creo—con emoción vivísima—. ¿Pues no lo he de creer?

—Y anoche me dijo que no te colocarán, y que este mundo es muy malo, y que tú no tienes nada que hacer en él, y que cuanto más pronto te vayas al cielo, mejor.

—Mira tú lo que son las cosas: a mí me ha dicho lo mismo.

—Pero ¿tú le ves también?

—No, tanto como verlo..., no soy bastante puro para merecer esa gracia...; pero me habla alguna vez que otra.

—Pues eso me dijo... Que morirte

pronto es lo que te conviene, para que descanses y seas feliz.

El estupor de Villaamil fué inmenso. Eran las palabras de su nieto como revelación divina, de irrefragable autenticidad.

—Y a ti, ¿qué te cuenta el Señor?

—Que tengo que ser cura..., ¿ves?, lo mismo, lo mismito que yo deseaba..., y que estudie mucho latín y aprenda pronto todas las cosas...

La mente del anciano se inundó, por decirlo así, de un sentido afirmativo, categórico, que excluía hasta la sombra de la duda, estableciendo el orden de ideas firmísimas a que debía responder en el acto la voluntad con decisión inquebrantable.

—Vamos, hijo, vamos a casa de la tía Quintina—dijo al nieto, levantándose y cogiéndole de la mano.

Le llevó aprisa, sin tomarse el trabajo de catequizarle con descripciones hiperbólicas de juguetes y chirimbolos sacro-recreativos. Al llamar a la puerta de Cabrera, Quintina en persona salió a abrir. Sentado en el último escalón, Villaamil cubrió de besos a su nieto, entrególe a su tía paterna, y bajó a escape, sin siquiera dar a ésta los buenos días. Como al bajar creyese oír la voz del chiquillo, que gimoteaba, avivó el paso y se puso en la calle con toda la celeridad que sus flojas piernas le permitían.

XLII

Era ya cerca de mediodía y Villaamil, que no se había desayunado, sintió hambre. Tiró hacia la plaza de San Marcial, y al llegar a los vertederos de la antigua huerta del Príncipe Pío se detuvo a contemplar la hondonada del Campo del Moro y los términos distantes de la Casa de Campo. El día era espléndido, raso y bruñido; el cielo, de azul, con un sol picón y alegre; de estos días precozmente veraniegos en que el calor importuna más por hallarse aún los árboles despojados de hoja. Empezaban a echarla los castaños de Indias y los chopos; apenas verdegueaban los plátanos; y las sóforas, gleditchas y demás leguminosas estaban completamente desnudas. En algunos ejemplares del árbol del amor se veían las rosadas florecillas y los setos de aligustre ostentaban ya sus lozanos renuevos rivalizando con los *evonymus* de perenne hoja. Observó Villaamil la diferencia de tiempo con que las especies arbóreas despiertan de la somnolencia invernal, y respiró con gusto el aire tibio que del valle del Manzanares subía. Dejóse ir, olvidado de su buen apetito, camino de la Montaña, atravesando el jardinillo recién plantado en el relleno, y dió la vuelta al cuartel, hasta divisar la sierra, de nítido azul con claros de nieve, como mancha de acuarela extendida sobre el papel por la difusión natural de la gota, obra de la casualidad más que de los pinceles del artista.

"¡Qué hermoso es esto!—se dijo, soltando el embozo de la capa, que le daba mucho calor—. Paréceme que lo veo por primera vez en mi vida, o que en este momento se acaban de crear esta sierra, estos árboles y este cielo. Verdad que en mi perra existencia, llena de trabajos y preocupaciones, no he tenido tiempo de mirar para arriba ni para enfrente... Siempre con los ojos hacia abajo, hacia esta puerca tierra que no vale dos cominos, hacia la muy marrana Administración, a quien parta un rayo, y mirándoles las cochinas caras a ministros, directores y jefes del personal, que maldita gracia tienen. Lo que yo digo: ¡cuánto más interesante es un cacho de cielo, por pequeño que sea, que la cara de Pantoja, la de Cucúrbitas y la del propio ministro!... Gracias a Dios que saboreo este gusto de contemplar la Naturaleza, porque ya se acabaron mis penas y mis ahogos, y no cavilo más en si me darán o no me darán destino; ya soy otro hombre, ya sé lo que es independencia, ya sé lo que es vida, y ahora me los paso a todos por las narices, y de nadie tengo envidia, y soy..., soy el más feliz de los hombres. A comer se ha dicho, y ole, morena mía."

Dió un par de castañetazos con los dedos de ambas manos, y volviendo a liarse la capa, se dirigió hacia la cuesta de San Vicente, que recorrió casi toda, mirando las muestras de las tiendas. Por fin, ante una taberna de buen aspecto se detuvo, murmurando: "Aquí deben de guisar muy bien. Entra, Ramón, y date la gran vida." Dicho y hecho. Un rato después hallábase el buen Villaamil sentado ante una mesa redonda, de cuatro patas, y tenía delan-

te un plato de guisado de falda olorosísimo, un cubierto cachicuerno, jarro de vino y pan. "Da gusto—pensaba, emprendiéndola resueltamente con el guisote—encontrarse así, tan libre, sin compromisos, sin cuidarse de la familia..., porque, en buena hora lo diga, ya no tengo familia, estoy solo en el mundo, solo y dueño de mis acciones... ¡Qué gusto, qué placer tan grande! El esclavo ha roto sus cadenas, y hoy se pone el mundo por montera, y ve pasar a su lado a los que antes le oprimían como si viera pasar a Perico el de los Palotes... Pero ¡qué rico está este guisado de falda! En su vida compuso nada tan bueno la simple de Milagros, que sólo sabe hacerse ricitos y cantarse y mayarse por todo lo alto aquello de *morriamo, morriamo*... Parece un perrillo cuando le pellizcan el rabo... De veras está rica la falda... ¡Qué gracia tienen para sazonar en esta taberna! ¡Y qué persona tan simpática es el tabernero, y qué bien le sientan los manguitos verdes, los zapatos de alfombra y la gorra de piel! ¡Cuánto más guapo es que Cucúrbitas y que el propio Pantoja!... Pues, señor, el vinillo es fresco y picón... Me gusta mucho. Efectos de la libertad de que gozo, de no importárseme un bledo de nadie, y de ver mi cabeza limpia de cavilaciones y pesadumbres. Porque todo lo dejo bien arregladito: mi hija se casa con Ponce, que es buen muchacho y tiene de qué vivir; mi nieto en poder de Quintina, que le educará mejor que su abuela..., y en cuanto a esas dos pécoras, que carguen con ellas Abelarda y su marido... En resolución, ya no tengo que mantener de pico a nadie, ya soy libre, feliz, independiente, y me abro *al cartaginés incautamente*. ¡Qué dicha! Ya no tengo que discurrir a qué cristiano espetarle mañana la cartita pidiendo un anticipo. ¡Qué descanso tan grande haber puesto punto a tanta ignominia! El alma se me ensancha..., respiro mejor, me ha vuelto el apetito de mi mocedad, y a cuantas personas veo me dan ganas de apretarles la mano y comunicarles mi felicidad."

Aquí llegaba del soliloquio cuando entraron en la taberna tres muchachos, sin duda recién salidos del tren, con sendos morrales al hombro, vara en cinto, vestidos a usanza campesina, iguales en el calzado, que era de alpargata, y distintos en el sombrero, pues el uno lo traía de aparejo redondo, el otro boina y el tercero un pañuelo de seda liado a la cabeza.

—¡Qué chicos tan gallardos!—dijo Villaamil, contemplándolos embebecido, mientras ellos, bulliciosos y maleantes, pedían al tabernero algo con que matar la feroz gazuza que traían—. ¿Serán jóvenes labradores que han dejado la oscura pobreza de sus aldeas por venir a esta Babel a pretender un destino que les dé barniz de señorío y aire de personas decentes?... ¡Infelices! Y ¡qué gran favor les haría yo en desengañarlos!

Sin más deliberación, se fué derecho a ellos, diciéndoles:

—Jóvenes, pensad lo que hacéis. Aun estáis a tiempo. Volveos a vuestras cabañas y dehesas, y huíd de este engañoso abismo de Madrid, que os tragará y os hará infelices por toda la vida. Seguid el consejo de quien os quiere bien, y volveos al campo.

—¿Qué dice este tío?—contestó el más despabilado de ellos, poniéndose al hombro la chaqueta, que se le había caído—. ¡Otra que Dios con el abuelo! Somos quintos de este reemplazo, y como no nos presentemos nos afusilan...

—¡Ah! Bueno, bueno... Si sois militares, la cosa muda de aspecto... A defender la patria. Yo la defendí también, saliendo en una compañía de voluntarios cuando aquel pillo de Gómez se corrió hacia Madrid... Pero también os digo que no hagáis caso de lo que os prediquen vuestros jefes, y que os sublevéis a las primeras de cambio, hijos. Despreciad al gran pindongo del Estado... ¿No sabéis quién es el Estado?

Los tres chicos se reían, mostrando sus dentaduras sanas y frescas; sin duda les hacía mucha gracia la estantigua que tenían delante. Ninguno de ellos supo quién era el Estado, y tuvo Villaamil que explicárselo en esta forma:

—Pues el Estado es el mayor enemigo del género humano, y a todo el que coge por banda lo divide... Mucho ojo... Sed siempre libres, independientes, y no tengáis cuenta con nadie.

Uno de los mozos sacó la vara del cinto y dió con ella tan fuerte golpe sobre la mesa, que por poco la parte en dos, gritando:

—Patrona, que tenemos mucha ham-

bre. Por vida del condenado Solimán... Vengan esas magras.

A Villaamil le cayó en gracia esta viveza de genio, y admiró la juventud, la sangre hirviente de los tres muchachos. El tabernero les rogó que esperasen unos minutos, y les puso delante pan y vino para que fueran matando el gusanillo. Pagó entonces Villaamil, y el tabernero, ya muy sorprendido de sus maneras originales y teniéndole por tocado, se corrió a ofrecerle una copita de cariñena. Aceptó el cesante, reconocido a tanta bondad, y tomando la copa y levantándola en alto, "brindó por la prosperidad del establecimiento". Los quintos berrearon:

—¡Madrid, cinco minutos de parada y fonda!... ¡Viva la Nastasia, la Bruna, la Ruperta y toas las mozas de Daganzo de Arriba!

Y como Villaamil elogiase, al despedirse del tabernero con mucha finura, el buen servicio y lo bien condimentado del guiso, el dueño le contestó:

—No hay otra como ésta. Fíjese en el rótulo: *La Viña del Señor.*

—No, si yo no he de volver. Mañana estaré muy lejos, amigo mío. Señores —volviéndose a los chicos y saludándolos sombrero en mano—, conservarse. Gracias, que les aproveche..., y no olviden lo que les he dicho..., ser libres, ser independientes..., como el aire. Véanme a mí. Me pongo al Estado por montera... Hasta ahora...

Salió arrastrando la capa, y uno de los mozos se asomó a la puerta gritando:

—¡Eh..., abuelo, agárrese, que se cae!... Abuelo, que se le han quedado las narices. Vuelva acá.

Pero Villaamil no oía nada, y siguió hacia arriba, buscando camino o vereda por donde escalar la Montaña segunda vez. Encontróla al fin, atravesando un solar vacío y otro ya cercado para la edificación, y, por último, después de dar mil vueltas y de salvar hondonadas y de trepar por la movediza tierra de los vertederos, llegó a la explanada del cuartel y lo rodeó, no parando hasta las vertientes áridas que desde el barrio de Argüelles descienden a San Antonio de la Florida. Sentóse en el suelo y soltó la capa, pues el vino por dentro y el sol por fuera le sofocaban más de lo justo.

—¡Qué tranquilo he almorzado hoy! Desde mis tiempos de muchacho, cuando salimos en persecución de Gómez, no he sido tan dichoso como ahora. Entonces no era libre de cuerpo; pero de espíritu, sí, como en el momento presente; y no me ocupaba de si había o no había para mandar mañana a la plaza. Esto de que todos los días se ha de ir a la compra es lo que hace insoportable la vida... A ver, esos pajarillos tan graciosos que andan por ahí picoteando, ¿se ocupan de lo que comerán mañana? No; por eso son felices; y ahora me encuentro yo como ellos, tan contento, que me pondría a piar si supiera, y volaría de aquí a la Casa de Campo, si pudiese. ¿Por qué razón, Dios, vamos a ver, no le haría a uno pájaro en vez de hacerle persona?... Al menos, que nos dieran a elegir. Seguramente nadie escogería ser hombre para estar descrismándose luego por los empleos y obligado a gastar chistera, corbata y todo este matalotaje que, sobre molestar, le cuesta a uno un ojo de la cara... Ser pájaro sí que es cómodo y barato. Mírenlos, mírenlos tan campantes, pillando lo que encuentran y zampándoselo tan ricamente... Ninguno de éstos estará casado con una pájara que se llame Pura, que no sabe ni ha sabido nunca gobernar la casa, ni conoce el ahorro...

Como viera los gorriones delante de sí a distancia de unas cuatro varas, acercándose a brincos, cautelosos y audaces, para rebuscar en la tierra, sacó el buen hombre de su bolsillo el pan sobrante del almuerzo, que había guardado en la taberna, y desmigándolo lo arrojó a las menudas aves. Aunque el movimiento de sus manos espantó a los animalitos, pronto volvieron y, descubierto el pan, ya se colige que cayeron sobre él como fieras. Villaamil sonreía y se esponjaba observando su voracidad, sus graciosos meneos y aquellos saltitos tan cucos. Al menor ruido, a la menor proyección de sombra o indicio de peligro, levantaban el vuelo, pero su loco apetito los traía pronto al mismo lugar.

"Coman, coman tranquilos—les decía mentalmente el viejo, embelesado, inmóvil, para no asustarlos—. Si Pura hubiese seguido vuestro sistema, otro gallo nos cantara. Pero ella no entiende de acomodarse a la realidad. ¿Cabe algo más natural que encerrarse en los límites de lo posible? ¿Que no hay más que patatas?... Pues patatas... ¿Que mejora la situación y se puede ascender hasta la

perdiz?... Pues perdiz. Pero, no, señor, ella no está contenta sin perdiz a diario. De esta manera llevamos treinta años de ahogo, siempre temblando; cuando lo había, comiéndonoslo a trangullones, como si nos urgiese mucho acabarlo; cuando no, viviendo de trampas y anticipos. Por eso, al llegar la colocación ya debíamos el sueldo de todo un año. De modo que perpetuamente estábamos lo mismo, *a ti suspiramos,* y mirando para las estrellas... ¡Treinta años así, Dios mío! Y a eso llaman vivir. "Ramón, ¿qué haces que no te diriges a tal o cual amigo?... Ramón, ¿en qué piensas? ¿Crees que somos camaleones?... Ramón, determínate a empeñar tu reloj, que la niña necesita botas... Ramón, que yo estoy descalza, y aunque me puedo aguantar así unos días, no puedo pasarme sin guantes, pues tenemos que ir al beneficio de la Furranguini... Ramón, dile al habilitado que te anticipe quinientos reales; son tus días y es preciso convidar a las de tal o cual... Ramón..." ¡Y que yo no haya sido hombre para trincar a mi mujer y ponerle una mordaza en aquella boca, que debió de hacérsela un fraile, según es de pedigüeña! ¡Cuidado que soportar esto treinta años!... Pero ya, Gracias a Dios, he tenido valor para soltar mi cadena y recobrar mi personalidad. Ahora yo soy yo, y nadie me tose, y por fin he aprendido lo que no sabía: a renegar de Pura y de toda su casta y a mandarlos a todos a donde fué el padre Padilla."

No pudiendo reprimir su entusiasmo y alegría, dió tales manotadas, que los pájaros huyeron.

XLIII

—No seáis tontos..., con vosotros nadie se mete. ¿Por quién me tomáis? ¿Por algún ministro sin entrañas que quita el pan a los padres de familia para darlo a cualquier gandul? Porque vosotros también sois padres de familia y tenéis hijitos que mantener. No os asustéis, y tomad más miguitas... Creed que si mi mujer hubiera sido otra, la de Ventura, por ejemplo, yo no habría llegado a esta situación... La esposa de Ventura, de quien la mía se burla tanto porque dice bacalao de *Escuecia,* vale más que ella cien veces... Con Pura no hay dinero que alcance; ni la paga de un director. El maldito suponer, el trapito, las visitas, el teatro, los perendengues y el morro siempre estirado para fingir dignidad de personas encumbradas nos perdieron... No temáis, tontos; podéis acercaros, aún tengo más migas... En cuanto a Milagros, vosotros convendréis conmigo en que si es buena y sencilla, no por eso deja de ser una inutilidad, como su hermana. ¡Qué bien hizo aquel que se tiró al agua! Pues si no se tira y carga con ella, a estas horas se habría ahogado cien mil veces quedándose vivo, que es lo peor que le puede pasar a un cristiano... Entre las dos hermanitas me han tenido a mí lo mejor de mi vida con un dogal al cuello, aprieta que te apretarás... No dirán que me he portado mal con ellas, pues desde que me casé... Ahora me ocurre que, cuando fuí a pedir al señor Escobios la mano de su hija, el apreciable médico del Cuarto Montado debió arrearme un bofetón que me volviera la cara del revés... ¡Ay, cuánto se lo hubiera agradecido más adelante!... Coman, coman tranquilos, que aquí no estamos para quitarle el pan a la gente... Pues decía que desde que me casé hasta la fecha he sido víctima de la insustancialidad y el desgobierno de esas dos tarascas, y no podrán quejarse de que no he sido sumiso y paciente, ni tampoco de que las abandono y las dejo en la miseria, pues no me he determinado a recobrar mi libertad sino al saber que quedan al amparo de Ponce, que es un bendito y les mantendrá el pico, pues para eso le dejó todas las migas el tío notario. ¡Ay, ínclito Ponce, y qué mochuelo te toca! Ya verás lo que es canela fina. Si no tienes cuidado, pronto te liquidan..., te evaporan, te volatilizan, te sorben. Allá se las haya. Yo he cumplido..., he cargado mi cruz treinta años; ahora, que la lleve otro... Se necesitan espaldas jóvenes..., y el peso es mayúsculo, amigo Ponce. Ya lo verás... Si he de ser franco, te diré que mi hija, sin ser un talento, vale más que su mamá y su tía; tiene algunas ideas de orden y previsión; no es tan amiga de echar plantas... Pero cuidadito con ella, Ponce amigo, porque o yo no entiendo nada de afectos y afecciones de mujeres, o a mi Abelarda le gustas tú lo mismo que un dolor de muelas. Nadie me quita de la cabeza que ese peine de Víctor le había sorbido los sesos... Pero cásese en bue-

na hora, y si son felices las señoras *Miaus*, y aprenden ahora lo que ignoraban en mi tiempo, yo me alegraré mucho y hasta las aplaudiré desde allá: vaya si las aplaudiré.

Con estas meditaciones, harto más largas y difusas de lo que en la narración aparecen, se le fué pasando la tarde a Villaamil. Dos o tres veces mudó de sitio, destrozando impíamente al pasar alguno de los arbolillos que el Ayuntamiento en aquel erial tiene plantados. "El Municipio—decía—es hijo de la Diputación Provincial y nieto del muy gorrino del Estado, y bien se puede, sin escrúpulo de conciencia, hacer daño a toda la parentela maldita. Tales padres, tales hijos. Si estuviera en mi mano, no dejaría un árbol ni un farol... El que la hace que la pague..., y luego la emprendería con los edificios, empezando por el Ministerio del cochino ramo, hasta dejarlo arrasadito, arrasadito..., como la palma de la mano. Luego no me quedaría vivo un ferrocarril, ni un puente, ni un barco de guerra, y hasta los cañones de las fortalezas los haría pedacitos así."

Vagaba por aquellos andurriales, sombrero en mano, recibiendo en el cráneo los rayos del sol, que a la caída de la tarde calentaba desaforadamente el suelo y cuanto en él había. La capa la llevaba suelta, y tuvo intenciones de tirarla, no haciéndolo porque consideró que podía venirle bien a la noche, aunque fuese por breve tiempo. Paróse al borde de un gran talud que hay hacia la Cuesta de Areneros, sobre las nuevas alfarerías de la Moncloa, y mirando al rápido declive se dijo con la mayor serenidad: "Este sitio me parece bueno, porque iré por aquí abajo, dando vueltas de carnero, y luego, que me busquen... Como no me encuentre algún pastor de cabras... Bonito sitio, y, sobre todo, cómodo, digan lo que quieran."

Pero luego no debió de parecerle el lugar tan adecuado a su temerario intento, porque siguió adelante, bajó y volvió a subir, inspeccionando el terreno, como si fuera a construir en él una casa. Ni alma viviente había por allí. Los gorriones iban ya en retirada hacia los tejares de abajo o hacia los árboles de San Bernardino y de la Florida. De repente le dió al santo varón la vena de sacar un revólver que en el bolsillo llevaba, montarlo y apuntar a los inocentes pájaros, diciéndoles:

—Pillos, granujas, que después de haberos comido mi pan pasáis sin darme tan siquiera las buenas tardes, ¿qué diríais si ahora yo os metiera una bala en el cuerpo?... Porque de fijo no se me escapaba uno. ¡Tengo yo tal puntería!... Agradeced que no quiero quedarme sin tiros; pues si tuviera más cápsulas aquí me las pagabais todas juntas... De veras que siento ganas de acabar con todo lo que vive, en castigo de lo mal que se han portado conmigo la Humanidad y la Naturaleza y Dios...—con exaltación furiosa—. Sí, sí; lo que es portarse se han portado cochinamente... Todos me han abandonado, y por eso adopto el lema que anoche inventé, y que dice literalmente: *Muerte... Infamante... Al... Universo...*

Con esta cantata siguió buen trecho, alejándose, hasta que ya cerrada la noche encontróse en los altos de San Bernardino, que miran a Vallehermoso, y desde allí vió la masa informe del caserío de Madrid con su crestería de torres y cúpulas y el hormigueo de luces entre la negrura de los edificios... Calmada entonces la exaltación homicida y destructora, volvió el pobre hombre a sus estudios topográficos: "Este sitio sí que es de primera... Pero no; me verían los guardas de Consumos, que están en esos cajones, y quizá..., son tan brutos..., me estorbarían lo que quiero y debo hacer... Sigamos hacia el cementerio de la Patriarcal, que por allí no habrá ningún importuno que se meta en lo que no le va ni le viene. Porque yo quiero que vea el mundo una cosa, y es que ya me importa un pepino que se nivelen o no los presupuestos y que me río del *income tax* y de toda la indecente Administración. Esto lo comprenderá la gente cuando recoja... mis restos, que lo mismo me da vayan a parar a un muladar que al propio panteón de los reyes. Lo que vale es el alma, la cual se remonta volando a eso que llaman... el Empíreo, que es por ahí arriba, detrás de aquellos astros que relumbran y parecen hacerle a uno guiños llamándole... Pero aún no es hora. Quiero llegarme a ese puerco Madrid y decirle las del barquero a esas indinas *Miaus* que me han hecho tan infeliz."

El odio a su familia, ya en los últimos

días iniciado en su alma, y que en aquél tomaba a ratos los vuelos de frenesí demente o rabia feroz, estalló formidable, haciéndole crispar los dedos, apretar reciamente la mandíbula, acelerar el paso con el sombrero echado atrás, la capa caída, en la actitud más estrafalaria y siniestra. Era ya noche oscura. Resueltamente se dirigió al Conde-Duque, pasó por delante del cuartel, y al aproximarse a la plaza de las Comendadoras andaba con paso cauteloso, evitando el ser visto, buscando la sombra y mudando de dirección a cada instante. Después de meterse por la solitaria calle de San Hermenegildo, volvió hacia la plazuela del Limón, rondó la manzana de las Comendadoras, aventurándose por fin a atravesar la calle de Quiñones y a observar los balcones de su casa, no sin cerciorarse antes de que no estaban en el portal Mendizábal y su mujer. Agazapado en la esquina de la plazuela oscura, solitaria y silenciosa, miró repetidas veces hacia su casa, queriendo espiar si alguien entraba o salía... ¿Irían las *Miaus* al teatro aquella noche? ¿Vendrían a la tertulia Ponce y los demás amigos? En medio de su trastorno, supo colocarse en la realidad, considerando al fin como seguro e inevitable que, alarmada por la ausencia de su marido, Pura ponía en movimiento a todos los íntimos de la familia para buscarle.

Al amparo de la esquina, como ladrón o asesino que acecha el descuidado paso del caminante, Villaamil alargaba el pescuezo para vigilar sin que le vieran. Propiamente, su cuerpo estaba en la plazuela de las Comendadoras y su cabeza en la calle de Quiñones; su fláccido cuello, dotado de prodigiosa elasticidad, se doblaba sobre el ángulo mismo. "Allá sale el ínclito Ponce de estampía. De seguro han ido a casa de Pantoja, al café, a todos los sitios que acostumbro frecuentar... Ese que llega echando los bofes me parece que es Federico Ruiz. De fijo viene de la Prevención o del Juzgado de guardia... Habrá salido a averiguar... ¡Pobrecillos, qué trabajo se toman! Y cuánto gozo yo viéndolos tan afanados y considerando a las *Miaus* tan aturdiditas. Fastidiarse; y usted, doña Pura de los infiernos, trague ahora la cicuta, que durante treinta años la he estado tragando yo sin quejarme... ¡Ah! Alguien sale y viene hacia acá... Me parece que es Ponce otra vez. Agazapémonos en este portal... Sí, él es...—viendo al crítico atravesar la plazuela de las Comendadoras—. ¿Adónde irá? Quizá a casa de Cabrera. Trabajo te mando... ¿Habrá bobo igual? No, no me atraparéis, no me privaréis de esta santa libertad que ahora gozo, ¡bendita sea!, ni aunque revolváis el mundo entero me daréis caza, estúpidos. ¿Qué se pretende?—amenazando con el puño a un ser invisible—. ¿Qué vuelva yo al poder de Pura y Milagros para que me amarguen la vida con aquel continuo pedir de dinero, con su desgobierno y su majadería y su presunción? No; ya estoy hasta aquí; se colmó el vaso... Si sigo con ellas me entra un día la locura y con este revólver..., con este revólver—cogiendo el mango del arma dentro del bolsillo y empuñándolo con fuerza—las despacho a todas... Más vale que me despache yo, emancipándome y yéndome con Dios... ¡Ah! Purita, Purita, se acabó el suplicio. Hinca tus garras en otra víctima. Ahí tienes a Ponce con dinero fresco; cébate en él...; ahí me las den todas... ¡Cuánto me voy a reír!... Porque esta doña Pura es atroz, querido Ponce, y como se encuentre con barro a mano se armó la fiesta, y mesa y ropa y todo ha de ser de lo más fino, sin considerar que mañana faltará la condenada libreta... ¡Ay Dios mío! El último de los artesanos, el triste mendigo de las calles, me han causado envidia en esta temporada; así como ahora, desahogado y libre, no me cambio por el rey; no, no me cambio; lo digo con toda el alma."

XLIV

Fuera del portal, y vuelta a los atisbos. "Sale ahora el chico de Cuevas afanadillo y presuroso. ¿Adónde irá? Busca, hijo, busca, que ya te lo pagará doña Pura con una copita de moscatel... Pues la bobalicona de Milagros estará con el alma en un hilo, porque la infeliz me quiere... Es natural; ha vivido conmigo tantos años y ha comido mi pan... Y si vamos a poner cada cosa en su punto, también Pura me quiere..., a su modo, sí. Yo también las quise mucho; pero lo que es ahora las aborrezco a las dos; ¿qué digo a las dos?, a las tres, porque también mi hija me carga. Son tres

apuntes que se me han sentado aquí, en la boca del estómago, y cuando pienso en ellas, la sangre parece que se me pone como metal derretido, y la tapa de los sesos se me quiere saltar... ¡Vaya con las tres *Miaus!*... Bien haya quien os puso tal nombre! No más vivir con locas. ¡Vaya por donde le dió a mi dichosa hijita! ¡Por enamoriscarse de Víctor!... Porque, o yo no lo entiendo, o aquello era amor de lo fino... ¡Qué mujeres, Dios santo! Prendarse de un zascandil porque tiene la cara bonita, sin reparar... Y que él la desprecia, no hay duda... Me alegro... Bien empleado le está. Chúpate las calabazas, imbécil, y vuelve por más, y cásate con Ponce... Francamente, si uno no se suprimiese por salvarse de la miseria, debiera hacerlo por no ver estas cosas."

Como observara luz en el gabinete, se encalabrinó más. "Esta noche, Purita de mis entretelas, no hay teatrito, ¿verdad? Gracias a Dios que está usted con la pierna quebrada. ¡Jorobarse!... Ya la veo a usted arbitrando de dónde sacar el dinero para el luto. Lo mismo me da. Sáquelo usted... de donde quiera. Venda mi piel para un tambor o mis huesos para botones... ¡Magnífico, admirable, deliciooooso!..."

Al decir esto, vió a Mendizábal en la puerta, y éste, por desgracia, le vió también a él. Grandes fueron la alarma y turbación del anciano al notar que el memorialista le observaba con ademán sospechoso. "Ese animal me ha conocido y viene tras de mí", pensó Villaamil, deslizándose pegado al muro de las Comendadoras. Antes de volver la esquina, miró, y, en efecto, Mendizábal le seguia paso a paso, como cazador que anda quedito tras la res, procurando no espantarla. En cuanto transpuso el ángulo, Villaamil, recogiéndose la capa, apretó a correr despavorido con cuanta rapidez pudo, creyendo escuchar los pasos del otro y que un enorme brazo se alargaba y le cogía por el cogote. Mal rato pasó el infeliz. La suerte que no había nadie por aquellos barrios, pues si pasa gente y a Mendizábal se le ocurrre gritar "¡A ése!", en aquel mismo punto hubiera acabado la preciosa libertad del buen cesante. Huyó con increíble ligereza, atravesando la plazuela del Limón; pasó por delante del cuartel, temeroso de que la guardia le detuviese, y siguiendo la calle del Conde-Duque miró hacia atrás, y vió que Mendizábal, aunque le seguía, quedaba bastante lejos. Sin tomar aliento, encaminóse hacia la desierta explanada, y antes que su perseguidor pudiera verle se ocultó tras un montón de baldosas. Sacando la cabeza con gran precaución y sin sombrero por un hueco de su escondite, vió al hombre-mono desorientado, mirando a derecha e izquierda, y con preferencia a la parte del paseo de Areneros, por donde creyó se había escabullido la caza. "¡Ah! Sectario del oscurantismo, ¿querías cogerme? No te mirarás en ese espejo. Sé yo más que tú, monstruo, feo, más feo que el hambre y más neo que Judas. Ya sabes que siempre he sido liberal y que antes moriré que soportar el despotismo. Vete al cuerno, grandísimo reaccionario, que lo que es a mí no me encadenas tú... Me futro en tu absolutismo y en tu inquisición. Jeríngate, animal, carca y liberticida, que yo soy libre y liberal y demócrata, y anarquista y petrolero, y hago mi santísima voluntad..."

Aunque perdiera de vista al feo gorila, no las tenía todas consigo. Conocedor de la fuerza hercúlea de su portero, sabía que si éste le echaba la zarpa, no le soltaría a dos tirones; y para evitar su encuentro se agachó buscando la sombra y amparo de los sillares o rimeros de adoquines que de trecho en trecho había. Protegido por la densa oscuridad, volvió a ver al memorialista, que, al parecer, se retiraba, desesperanzado de encontrarle. "Abur, lechuzo, sicario del fanatismo y opresor de los pueblos... ¡Miren qué facha, qué brazos y qué cuerpo! No andas a cuatro pies por milagro de Dios. Joróbate y búscame, y date tono con doña Pura diciéndole que me viste... Zángano, neo, salvaje, los demonios cargen contigo."

Cuando se creyó seguro, volvió a internarse en las calles, siempre con el recelo de que Mendizábal le iba a los alcances, y no daba un paso sin revolver la vista a un lado y otro. Creía verle salir de todos los portales o agazapado en todos los rincones oscuros, acechándole para caer encima con salto de mono y coraje de león. Al doblar la esquina del callejón del Cristo para entrar en la calle de Amaniel, ¡pataplum!, cátate a Mendizábal hablando con unas mujeres. Afortunadamente, el memorialista le vol-

vía la espalda y no pudo verle. Pero Villaamil, viéndose cogido, tuvo una inspiración súbita, que fué meterse por la primera puerta que halló a mano. Encontróse dentro de una taberna. Para justificar su brusco ingreso, pasado el primer instante de sobresalto, fuése al mostrador y pidió cariñena. Mientras le servían observó la concurrencia: dos sargentos, tres paisanos de chaqueta corta y cuatro mozas de malísimo pelaje. "¡Vaya unas chicas guapas y elegantes! —dijo, mirándolas, al beber, por encima del vaso—. Véase por dónde me entran ahora ganas de echarles alguna flor... ¡Yo, que desde que llevé a Pura al altar no he dicho a ninguna mujer *por ahí te pudras!*... Pero con la libertad parece que me remozo y que me resucita la juventud..., vaya..., y me bailan por el cuerpo unas alegrías... ¡Cuidado que pasarse un hombre seis lustros sin acordarse de más mujer que la suya!... ¡Qué cosas! Vamos, que también me da por beberme otra copa... Treinta años de virtud disculpan que uno eche ahora media docena de canas al aire...—al tabernero—: Deme usted otra copita... Pues lo que es las mozas me están gustando, y si no fuera por esos gandules que las cortejan, les diría yo algo por donde comprendiesen lo que va de tratar con caballeros a andar entre gansos y soldaduchos... Debiera trabar conversación, al menos para dar tiempo a que desfile Mendizábal. ¡Dios mío, líbrame de esa fiera ultramontana y facciosa!... Nada, que me gustan las niñas; sobre todo aquella que tiene el moño alto y el mantón colorado... También ella me mira, y... ¡Ojo, Ramón, que estas aventuras son peligrosas! Modérate, y para hacer más tiempo, toma una copita más. Paisano, otra..."

La partida salió, y Villaamil, calculando con rápida inspiración, se dijo: "Me meto entre ellos, y si aún está el esperpento ahí, me escabullo mezclado con estos galanes y estas señoras." Así lo hizo, y salió confundido con las mozas, que a él le parecían de ley, y con los militares. Mendizábal no estaba en la calle ya; pero don Ramón no las tenía todas consigo, y siguió tras la patulea, pegado a ella lo más posible, reflexionando: "En último caso, si el orangután ese me ataca, es fácil que estos bravos militares salgan a defenderme... Vas bien Ramón, no temas... La sacrosanta libertad, hija del Cielo, no te la quita ya nadie."

Al llegar cerca de las Capuchinas, vió que la alegre banda desaparecía por la calle de Juan de Dios. Oyó carcajadas de las desenvueltas muchachas, y juramentos y voquibles de los hombres. Mirando con tristeza y envidia el grupo: "¡Oh dichosa edad de la despreocupación y del *qué se me da a mí!* Dios os la prolongue. Haced todos los disparates que se os ocurran, jóvenes, y pecad todo lo que podáis, y reíos del mundo y sus incumbencias, antes que os llegue la negra y caigáis en la horrible esclavitud del pan de cada día y de la posición social."

Al decir esto, todas sus ideas accesorias e incidentales se desvanecieron, dejando campar sola y dominante la idea constitutiva de su lamentable estado psicológico. "Debe de ser tarde, Ramón. Apresúrate a ponerte punto final. Dios lo dispone." De aquí pasó al recuerdo de Luis, de quien tan cerca estaba, pues el anciano había entrado en la calle de los Reyes. Paróse frente a la casa de Cabrera, y mirando hacia el segundo, soltó en el embozo de su capa estas expresiones: "Luisín, niño mío, tú, lo más puro y lo más noble de la familia, digno hijo de tu madre, a quien voy a ver pronto, ¿qué tal te encuentras con esos señores? ¿Extrañas la casa? Tranquilízate, que ya te irás acostumbrando a ellos: son buenas personas, tienen mucho arreglo, gastan poco, te criarán bien, harán de ti un hombre. No te pese haber venido: Haz caso de mí, que te quiero tanto, y hasta me dan ganas de rezarte, porque tú eres un santo en flor, y te han de canonizar..., como si lo viera. Por tu boca inocente se me confirmó lo que ya se me había revelado..., y yo, que aún dudaba, desde que te oí ya no dudé más. Adiós, chiquillo celestial; tu abuelito te bendice...; mejor sería decirte que te pide la bendición, porque eres un santito, y el día que cantes misa verás, verás qué alegría hay en el cielo... y en la tierra... Adios; tengo prisa... Duérmete, y si eres muy desgraciado y alguien te quita tu libertad, ¿sabes lo que haces?, pues te largas de aquí...; hay mil maneras... y ya sabes dónde me tienes... Siempre tuyo."

Esto último lo dijo andando hacia la

plaza de San Marcial con reposado continente, como hombre que vuelve a su casa sin prisa, cumplidos los deberes de la jornada. Encontróse de nuevo en los vertederos de la Montaña, en lugares adonde no llega el alumbrado público, y los altibajos del terreno poníanle en peligro de dar con su cuerpo en tierra antes de sazón. Por fin se detuvo en el corte de un terraplén reciente, en cuyo movedizo talud no se podía aventurar nadie sin hundirse hasta la rodilla, amén del peligro de rodar al fondo invisible. Al detenerse, asaltóle una idea desconsoladora, fruto de aquella costumbre de ponerse en lo peor y hacer cálculos pesimistas. "Ahora que veo cercano el término de mi esclavitud y mi entrada en la gloria eterna, la maldita suerte me va a jugar otra mala pasada. Va a resultar—sacando el arma—que este condenado instrumento falla... y me quedo vivo o a medio morir, que es lo peor que puede pasarme, porque me recogerán y me llevarán otra vez con las condenadas *Miaus*... ¡Qué desgraciado soy! Y sucederá lo que temo..., como si lo viera... Basta que yo desee una cosa para que suceda la contraria... ¿Quiero suprimirme? Pues la perra suerte lo arreglará de modo que siga viviendo."

Pero el procedimiento lógico que tan buenos resultados le diera en su vida, el sistema aquel de imaginar el reverso del deseo para que el deseo se realizase, le inspiró estos pensamientos: "Me figuraré que voy a errar el jeringado tiro, y como me lo imagine bien, con obstinación sostenida de la mente, el tirito saldrá... ¡Siempre la contraria! Conque a ello... Me imagino que no voy a quedar muerto y que me llevarán a mi casa... ¡Jesús! Otra vez Pura y Milagros y mi hija, con sus salidas de pie de banco, y aquella miseria, aquel pordioseo constante..., y vuelta al pretender, a importunar a los amigos... Como si lo viera, este cochino revólver no sirve para nada. ¿Me engañó aquel armero indecente de la calle de Alcalá?... Probémoslo, a ver..., pero de hecho me quedo vivo...; sólo que..., por lo que pueda suceder, me encomiendo a Dios y a San Luisito Cadalso, mi adorado santín..., y... Nada, nada, este chisme no vale... ¿Apostamos a que falla el tiro? ¡Ay! Antipáticas *Miaus*, ¡cómo os vais a reír de mí!... Ahora, ahora... ¿A que no sale?"

Retumbó el disparo en la soledad de aquel abandonado y tenebroso lugar; Villaamil, dando terrible salto, hincó la cabeza en la movediza tierra y rodó seco hacia el abismo, sin que el conocimiento le durase más que el tiempo necesario para poder decir:

—Pues... sí...

Madrid, abril de 1888.

FIN DE "MIAU"

LA INCÓGNITA

(1888-1889)

NOTA PRELIMINAR

Una *incógnita social, como una incógnita matemática, admite infinitos supuestos y tiene infinitas soluciones inexactas. La incógnita social, sin sujetarse a reglas infalibles, casi nunca tiene, por el contrario que la matemática, una exacta solución. En Madrid, en unos desmontes del paseo de Santa Engracia, una madrugada aparece muerto un hombre. Tiene un balazo en la frente y otro en un costado. El hombre es joven, guapo, viste bien, conserva todas sus prendas de valor. El hombre resulta ser un caballero conocidísimo entre la buena sociedad, soltero, apasionado, gracioso en el hablar, fino en el galantear, discreto en el presumir. De este caballero se comentan mil lances, se discuten mil acciones, se ponderan mil actitudes. Los periódicos del día dejan en cada hogar la incógnita expuesta con gran lujo de pequeños detalles. La incógnita que se va descomponiendo, a los comentos individuales, en* porciones *de incógnita. ¿Se suicidó el caballero? ¿Le mataron? ¿Quién le mató? ¿Por qué? ¿Tal vez por aquello que se decía?... ¿Pudo ser la causa aquello que se sospechaba?... ¿Quién era ella?... ¿La...? ¿Habría sufrido pérdidas en el juego?*

Quien antes soluciona su incógnita *es la Policía. Acepta la idea del suicidio, motivada por la suerte adversa en el tapete verde. Solución la más descabellada, como puede demostrar una mujer bella, de vida fácil, amadora del muerto, que sabe como éste atacó con suerte loca todos los azares en la noche anterior a la de su muerte.*

Este asunto, de vivo dramatismo, de ingredientes excitantes y saporitos, lo desarrolla Galdós en dos obras. El aspecto externo, *en* La incógnita. *La descripción interior del mismo, en* Realidad.

Por vez primera desde que inició la gran tarea de las Novelas españolas contemporáneas *se aparta Galdós de la pintura de una zona determinada de la vida madrileña, desentrañando con inimitable sutileza y clarividencia pasmosa sus peculiaridades y sus entresijos todos.* La incógnita *es una obra puramente novelesca, en la que la descripción del ámbito, la interpretación del ambiente y el estudio de los personajes no es fin, sino medio. Como es lógico, en* La incógnita *Galdós nos presenta personajes nuevos: Manolo Infante, diputado a Cortes—como lo era Galdós en esta época—, hombre lírico, simpático y muy impresionable; Carlos María de Cisneros, buen viejo de lengua de hacha y que piensa mal de todo el mundo, pero corazón grande y gracia espontánea; Augusta, su hija, casada con Tomás Orozco, hermosa mujer y altamente sugestiva por el espíritu que de ella fluye, por lo chispeante y donoso de su charla, por la simpatía de sus gestos y actitudes, por cierta majestad que es* su pátina y su aire; *Tomás Orozco, ecuánime, hospitalario, bondadoso, transigente, algo reservado de carácter, incapaz de hablar mal de nadie, en cuyo torno giran estas interrogantes: ¿Se trata de un tipo de grandeza moral? ¿Es un vulgar misántropo,* un poco *enmascarado por cierta discreción estimable? ¿Es una conciencia sublime? ¿Es un egoistón de educación*

esmerada? ¿Es un punto filipino, según calificación de su suegro? ¿Es un santo, según aseveración de su esposa? Federico Viera, arrogante mozo sin oficio ni beneficio, que vive de su simpatía, de su ingenio, de—como ahora diríamos—su cara dura, gran entendimiento inculto, cierta acentuación quijotesca, gran orador de tertulia, hijo de un solemnísimo bribón y chantajista y sacacuartos que le acostumbró al ocio, al regalo, a la disipación, a todos esos vicios parásitos que engendra la apetencia pervertida y que incuba la esplendidez sin freno. Clotilde Viera, hermana de Federico, su pantalla acorazada contra los acreedores, desdichada hembra, a la que la vida estrecha y dura va quitando los hábitos de finura y distinción adquiridos en su niñez, hasta el punto de casarse muy a gusto con un hortera de tomo y lomo, deshonrando así a su envanecido hermano, traído y llevado en olas de espuma. Leonor la Peri, antigua y adicta amiga de Federico Viera, hembra de rompe y rasga, hermosa y algo abrutada, que se deja llevar por las corazonadas y guiar por los sentimientos. Don Cornelio Malibrán y Orsini, diplomático y perito en antigüedades, uno de esos seres que, a pesar de la finura de su trato y de su educación esmeradísima, no nos gusta encontrar y con los que jamás amigaremos...

La incógnita es una novela de forma epistolar. Manolo Infante, gran conocedor de Orbajosa—en la que residió cinco años, deshaciendo enredos curiales, cortando nudos apretados por lugareños astutos, deslindando pertenencias, delatando triquiñuelas con apariencias legales, a los que tan aficionados eran los orbajosinos y orbajosenses, como ya saben cuantos leyeron Doña Perfecta—, escribe desde Madrid sabrosas epístolas a su amigo Equis, el cual, por vicisitudes de su adversa fortuna, ha tenido que encerrarse en Orbajosa, donde vegeta, añorando la vida de la villa y corte, donde residió siempre. Manolo Infante es de una franqueza absoluta con la pluma en la mano. Se vuelca en cada carta. Pero por muy agudo y sincero que Manolo Infante sea, Equis no puede enterarse sino del interior de Manolo y del exterior de todo lo demás y de todos los demás. Cuanto Manolo cuenta de su hermosa prima Augusta, aparte de la apariencia, suposiciones, posibilidades, sospechas... Cuanto Manolo refiere de Tomás Orozco, aparte de su físico y de su estado físico mórbido, sospechas, presunciones, salpicadas del quizá y del tal vez y del es posible que... Cuanto Manolo dice de Federivo Viera, aparte de su existencia parásita, atisbos, suposiciones, reservas... ¿Ama Augusta a su esposo tan profundamente como parece? ¡Qué sabe Manolo! ¿Está enamorado Federico Viera de Augusta, tan sutilmente reservado como se transparenta? ¡Qué sabe Manolo! ¿Sospecha Tomás Orozco de que existan unas relaciones amorosas entre Augusta y Federico tan sin sospecharlo como aparenta? ¡Qué sabe Manolo! Y como Manolo no sabe mirar en lo oscuro, en lo hondo, ¡en la realidad!... Equis y los lectores deben contentarse, por ahora, con La incógnita y con sus mil supuestos sabrosos y con sus mil sabrosas soluciones inexactas. La verdad, la realidad, únicamente pueden delatarla las almas que se desviven viviéndola a escondidos tragos.

La incógnita es, pues, el anverso de una historia de la que Realidad es el envés. La incógnita es, pues, la superficie de la realidad.

Pero aún puede señalarse en La incógnita otra novedad. Hasta ella Galdós no escribió casi siempre—y ese casi en atención a capítulos sueltos, a personajes aislados de otras novelas suyas—sino la novela social, la novela de costumbres o de grandes medios, en la que huye de presentarnos tipos de excepción superiores o inferiores al nivel general. En La incógnita, Galdós abandona, por una vez a lo menos—atribúyase a un capricho momentáneo o al deseo de descansar de la improba tarea anterior, toda en un sentido—, la vía ordinaria y se adentra con ánimo resuelto por un camino desconocido para él: la novela psicológica, en la que es lo importante que los personajes se desnivelen del tipo medio y sean héroes o monstruos; y que el escenario—ámbito y ambiente—sea un mero decorado, esto es: lo que sitúa y no lo que prende la admiración.

Por entonces estaba muy en boga en Europa este género novelístico. Lo cultivaban Turgueniev, Dostoyevski, Flaubert, Zola, Bourget... Novelas psicológicas en las que se dejara ver tan sólo el drama con sus escenas culminantes y la catástrofe moral. No es de creer que Galdós, de rebeldía insobornable, para estudiar

el plan de La incógnita, *se atreviese a los postulados canónicos del género iniciado* filosóficamente *en Francia e Inglaterra, complicados Claudio Bernard y William James. Galdós emprendió su nuevo camino a voluntad propia y con medios personalísimos. Con* La incógnita, *Galdós trata un asunto de psicología principalmente, traza una novela de carácter, y, dentro del carácter, esencialmente* ética. *Y por propio impulso, siguiendo una regla que parece fatal en el género, por muy personal que sea quien le aborde, escoge Galdós no tipos medios, sino personajes de excepción, superiores a su modo, como lo son, sin duda, Augusta Cisneros, Tomás Orozco y Federico Viera. Porque, aun cuando lo parezca, Federico Viera no es un ser* sencillo, *sino de doble fondo, de dos caras, de terribles contradicciones, de reacciones desconcertantes. Uno de esos seres que los entendidos simplistas — o simplicistas — denominan con desdén* tipo compuesto, *quizá porque no caen al tiro de corto alcance del lector sentimental. Dice muy bien* Clarín *que Federico Viera tiene un alma y una vida semejante "a esas asambleas que tiene que disolver la autoridad, porque sus miembros no se entienden, se amenazan, se atropellan y son incapaces de adoptar un acuerdo y por la deliberación sólo llegan al tumulto". Tampoco Tomás Orozco, aun cuando parezca un bendito, es un ser* sencillo. *Tiene más conchas que un galápago. Tiene más facetas que un calidoscopio. Y Augusta Cisneros, aun cuando se nos presente como mujer* de una pieza, *no lo es, sino de muchas casadas con mucha paciencia, las que resultan fáciles de desensamblar con un pequeño impulso.*

LA INCÓGNITA

A D. EQUIS X, EN ORBAJOSA

I

Madrid, 11 de noviembre.

Querido Equis: Allá va mi primera carta. La empiezo recordándote la condición *sine qua non* de mi compromiso epistolar, y es que esto no ha de leerlo nadie más que tú. Sólo con la seguridad de que humanos ojos, fuera de los tuyos de ratón, no han de ver el contenido de estas cartas, puedo ser, como me propongo, absolutamente sincero al escribirlas. A cambio de la solemne promesa de tu discreción, nada te ocultaré, ni aun aquello que recelamos confiar verbalmente al amigo más íntimo.

Ya que por tus pecados, de los cuales más vale no hablar, te ves recluído en la estrechez carcelaria de ese lugarón, donde todas las murrias del alma humana tienen su asiento, quiero enviarte la sal de estas cartas para que sazones con ella el pan desaborido de tu destierro forzado o voluntario, que esto es harina de otro costal. En ellas verás personas, sucesos, chismes y trapisondas de esta pícara corte, cuya confusión y bullicio tanto te agradan, como buen *gato* madrileño; y la sociedad que has dejado con pena, la vida esta, entretenidísima, variada y estimulante, revivirán en tu espíritu, descritas sin galanura, pero con veracidad, por tu mejor amigo.

Hemos cambiado nuestros papeles, como trocamos nuestra residencia. Yo perdí de vista a la gran Orbajosa, muy a gusto mío, para venirme acá, y tú abandonas tu patria intelectual para confinarte en lo que fué mi destierro durante cinco años de faenas tan necesarias como fastidiosas, arreglando dos testamentarías, midiendo y partijando fincas, pleiteando con medio pueblo, deshaciendo enredos de curiales y líos de lugareños astutos, deslindando pertenencias mineras, con otras muchas fatigas y trabajos que me permiten hombrearme con Hércules, y tener por niños de teta a los héroes más templados de la antigüedad.

Yo resucito, y tú mueres; yo salgo a la luz, y tú caes en ese pozo de ignorancia, malicia y salvaje ruindad. Y así como en mi largo cautiverio me distraje contándote las marrullerías y gansadas

de esos lugareños, capaces de marear a Cristo, si Nuestro Señor tuviera el mal gusto de meterse con ellos; ahora que en Madrid estoy, libre, gozoso, rico, sin otra pena que no tenerte a mi lado; ahora que me agasajan y miman más de lo que merezco, y que la vida, con mi posición independiente y el cargo de diputado (obtenido de momio y por mi linda cara), es para mí como una racha favorable, que ojalá no se quede corta; ahora, querido Equis, estoy obligado a cuidar de que no te aburras o desesperes, y te escribiré con verdadero ensañamiento, a fin de alegrar algunos instantes de tu existencia solitaria.

Lo peor es que no sabré contar la historia de mi vida en Madrid de un modo que te interese y cautive. Ni poseo el arte de vestir con galas pintorescas la desnudez de la realidad, ni mi conciencia y mi estéril ingenio, ambos en perfecto acuerdo, me han de permitir invenciones que te entretengan con graciosos embustes. Conoces a casi todas las personas de quienes he de hablarte. Mal podría yo, aunque quisiera, desfigurarlas: y en cuanto a los sucesos, que de fijo serán comunes y nada sorprendentes, el único interés que han de tener para ti es el que resulte de mi manera personal de verlos y juzgarlos. La última vez que hablamos me anticipaste la opinión que yo había de formar de ciertas personas. Ya puedo anunciarte que has acertado con respecto a algunas. Otras hay que conoces poco, o, al menos, no las has visto tan de cerca como ahora las veo yo. Por éstas quiero empezar, y creo darte agradable sorpresa estrenándome con mi buen tío y padrino don Carlos María de Cisneros, cuya fama de estrafalario justamente incita tu curiosidad. Sé que has deseado tratarle, y que le admiras, por lo que de él se cuenta, como uno de los tipos más singulares de nuestra sociedad y de nuestra raza. Yo te lo presentaré. Verás su casa y sus costumbres; le oirás exponer sus ideas, que a las de ningún mortal se parecen, y será tu amigo como lo es mío.

Habíale yo conocido en mi niñez, cuando mi madre vino a Madrid, trayéndome consigo, a consultar los médicos. Recordaba la casa, toda llena de cuadros desde la antesala a la cocina, pinturas ennegrecidas en su mayor parte, entre las cuales me causaban más miedo que admiración las que cubrían las paredes del recibimiento, representando asuntos de frailes cartujos, rostros cadavéricos, muertos que se levantaban de sus ataúdes, y mártires en carne viva o estrangulados, con medio palmo de lengua fuera de la boca. Recordaba también la persona de don Carlos, un señor muy fino, muy amable, pulcro y decidor, cariñoso con mi madre y conmigo. Después le vi en París dos veces, pero tan rápidamente, que continuaba siendo poco menos que un desconocido para mí. Hasta el mes pasado, cuando me instalé en la corte, no se me han revelado la persona completa y el carácter originalísimo de este sujeto, que me hizo el honor de tenerme en brazos en la pila bautismal.

No te quiero decir las bondades y miramientos que he merecido de él desde que vine aquí. Me cotiza a precio mucho más alto del que debo tener; me mima, me adula, celebra todo lo que digo, me da palmetazos en la espalda a cada instante, y repite, aunque no venga a cuento, esta frase: "Mira, Manolito, tú no me has de dejar mal, porque cuando te cristiané, hice la profecía de que aquel muñeco que en brazos tuve había de ser un grande hombre." Me ha presentado a todos sus amigos, que son muchos, y entre los cuales hay algunos que no se me quedarán en el tintero. Me convida a almorzar dos veces por semana, haciéndome el increíble honor de discutir conmigo sobre mil cosas, y de explanarme sus deliciosas teorías políticas y sociales.

La primera vez que fuí a su casa no me dejó salir hasta medianoche, y al despedirme hízome prometer que volvería al día siguiente. La alegría inquieta y locuaz del buen señor era como el entusiasmo de un niño a quien entregan un juguete nuevo. Hablamos de la familia: de mi madre, a quien Cisneros tanto admiraba; de mi padre, que era para él como un hermano. Sacamos a relucir episodios de la historia de los Cisneros, de los Calderones de la Barca, de los Infantes, y de toda nuestra parentela, hasta no sé qué generación. Su felicísima memoria le permite restaurar los árboles genealógicos más carcomidos y con más saña talados por el tiempo, el abandono y la democracia. El pobre señor no acaba cuando se po-

ne a contar las aventuras que corrió mi padre, allá por los años del 40 al 50; lances de amor y pendencias que ya no se estilan, porque los muchachos, con esta educación hipócrita de los tiempos modernos, han trocado la inocencia petulante por la formalidad corrompida. El 53 se casaron ambos. Mi padrino tuvo una hija, Agustina Cisneros, mujer de Tomás Orozco, a quien tú conoces mejor que yo; a mi padre le nacieron cinco hijos, de los cuales yo sólo he quedado para muestra. La señora de mi padrino y mi mamá eran primas hermanas de la familia de los Calderones de Valladolid; se habían criado juntas y se amaban tiernamente. Cisneros también tiene lejano parentesco con los Infantes, y por eso le llamo tío. Suspendo aquí las informaciones genealógicas para no volverte loco. Te diré tan sólo que ambas familias dejaron de tratarse con intimidad y frecuencia hace unos quince años, por residir mi padre casi constantemente en país extranjero.

De este largo período de expatriación he tenido que dar cuenta prolija a mi buen don Carlos, que no se saciaba de oírme. También le hablé de ti, y te conoce por tus obras, mejor dicho, por la fama de tus obras, pues declara con ingenuidad un tanto vergonzosa que no las ha leído. Le he contado cómo se trabó y remachó nuestra amistad en aquel maldito colegio de Beauvais, siendo tu padre cónsul de España en El Havre y después en París. Departimos extensamente sobre las vicisitudes de mi familia, y el santo varón se hace lenguas de mí, admirando que tuviera yo bastante virtud y firmeza de carácter para sepultarme, a la muerte de mis padres, en esa triste Orbajosa, con el fin de buscar el derecho y la razón en el caos de mi herencia.

¿Verdad que no debo quejarme de la suerte? Porque terminada aquella labor de gigantes y encontrándome más rico de lo que creía, mis amigos y deudos me obsequian una mañanita con un acta de diputado, que tomo con mis manos lavadas; me vengo a Madrid; mi pariente Cisneros, así como su hija, la de Orozco, me acogen con afectuosa simpatía, y el pobre huérfano encuentra en ambos hogares ese calorcillo de familia que le hace llevadera su soledad. Entro en los Madriles con pie derecho, y en la política con cierto estruendo de notoriedad. Ya supiste los ruidosos incidentes electorales y la guerra sañuda que me hizo en la Comisión de Actas el candidato derrotado. Pero no sé si llegaron a tu noticia las infamias de cierto periódico, diciendo que yo era deudor al Tesoro de gruesas sumas, por atraso en la contribución de la mina *Esperanza*. Para defenderme, publiqué una carta, que reprodujo la semana pasada toda la Prensa. Ha sido muy elogiada por su lacónica dignidad y por las insinuaciones maliciosas que, en justo desquite, supe encajar en ella. Te la mando para que te rías un poco.

Y ahora te diré otra cosa que te hará reír más. Sabes que soy bastante desmañado, y ya puedes figurarte que, al venirme a estas esferas, donde la vida es tan distinta a aquel desgaire tosco que impera en la episcopal Orbajosa, he tenido que arrostrar los azares de la aclimatación social. Cierta aspereza que hay en mí, el desconocimiento de los convencionalismos de forma y de lenguaje imperantes en cada sociedad, el no saber encontrar la justa medida que aquí existe entre la etiqueta y la confianza, me han hecho aparecer un tanto desairado y cohibido en el salón de mi prima—por rutina sigo dando este nombre a la hija del célebre Cisneros—. Fácilmente comprenderás que mi asimilación ha hecho prodigios en pocos días, y que voy soltando la cáscara de lugareño; pero no he podido evitar, con tan notorios progresos, que se haya ejercitado en mi humilde persona el arte exquisito de esta gente para poner motes muy salados. De mi rudeza social y de la momentánea celebridad que adquirí cuando me discutieron el acta, han sacado el dicharacho. Me llaman *el payo de la carta*. Díjomelo ayer mi prima en casa de su padre, celebrando con risas la ocurrencia; y al ver que yo, no sólo no me enfadaba ni pizca, sino que aplaudía el chiste, añadió que esta broma inocente no disminuye la estimación que me tienen sus amigos. Convenimos todos en reír la gracia, y por mi parte aseguro que no siento molestia alguna. Sin duda te ríes al leerme, como yo me río al escribirte.

Pero mi buen humor no me libra, querido Equis, de la fatiga de esta larga carta. He llenado dos plieguecillos, y

tengo más sueño que vergüenza. Dispénsame por esta noche, y aguarda un día o dos la continuación, que si tú rabias por que te cuente cosas de mi padrino, más rabio yo por desembucharlas. Abúrrete lo menos posible, y que Dios te haga ligera la cruz de tu existencia en la metrópoli *ajosa, urbs augusta,* que dijeron los romanos, si es que lo dijeron. Aquí de nuestras bromas escépticas. ¿Crees tú que hubo romanos? Quita allá, bobo... Invenciones de los sabios para darse pisto. Siempre tuyo,

Manolo Infante.

II

13 de noviembre.

Pues volviendo a lo mismo, Equis de mis pecados, te diré que encuentro a mi padrino más viejo de lo que yo me lo figuraba. ¡Pero qué chispa en aquel rostro, qué ojos de lince, y qué gracia de dicción la suya! Su cara es enjuta, morena, bien afeitada; el labio superior enérgico y velloso, casi negro de la fuerza del pelo bien descañonado; la nariz tajante, corta, y unida al labio como si quisiera hacerlo suyo; la mandíbula robusta y saliente; los ojos vivos, bajo cejas tan pobladas que parecen dos tiras de terciopelo negro; la cabeza de perfectísima hechura, sin calva; el pelo con bastantes canas y cortado al rape. Si te digo que su perfil se me parece al del insigne cardenal de su mismo nombre y que tal vez es su pariente, no te digo más que la verdad. No lo creas si no quieres, hombre sin fe. Pertenece a la más genuina cepa castellana o extremeña; es seco como la tierra, agudo con toda la agudeza de la raza, duro y flexible como el clima de aquel país; mezcla de sagaz lugareño y de señor magnánimo, con no sé qué de fraile que lleva pistolas debajo del hábito. No te puedo expresar bien mis impresiones acerca de esta figura eminentemente nacional. Trae a tu imaginación aquellos guerreros afeitados que parecían curas, aquellos señores que semejaban labriegos vestidos de seda, los comuneros de rostro recurtido por el sol y los hielos de Castilla; piensa en el obispo Acuña, en el conde de Tendilla, en Torquemada, en San Pedro Alcántara, que sólo comía dos veces por semana; reconstruye el cuño de la raza y tipo de la madre Castilla, y podrás decir: "Vamos, ya le tengo."

Habrás oído que mi padrino posee una buena colección de cuadros y antigüedades, parte por herencia de su hermano don Diego, parte allegada por él. Y aquí, ¡oh ínclito Equis!, mi sinceridad me hace soltar una herejía, que de seguro leerás con indignación. Mas no me importa, y allá va: *Me cargan las antigüedades.* No iré tan lejos como el poeta, que cuando se estaba muriendo reunió a sus hijos y deudos en torno al lecho del dolor, para decirles con mucho misterio que *le cargaba Dante.* Peri sí te aseguro que no tengo maldito entusiasmo por las colecciones de *bric-à-brac,* pues si bien reconozco que en algunas figuran objetos de extraordinario mérito, la mayor parte de ellas sólo tiene un valor convenido. A eso me dirás, ya lo estoy oyendo, que la historia del arte..., y que patatín, y que patatán... Estamos conformes: me tomo, antes que me lo des, el diploma de bruto. Es que no lo entiendo, y tengo la franqueza de decirlo, mientras que otros, sin entenderlo más que yo, fingen extasiarse delante de cualquier roñoso cachivache o de un trapo descolorido y mugriento. Excuso decirte que me guardaré muy bien de decir esto al amigo don Carlos, quien, al segundo día de nuestro conocimiento, empleó no sé cuántas horas en enseñarme su galería. Si te descuidas, te hará creer con sus aspavientos y ponderaciones que el Kensington de Londres es, en comparación de lo que él posee, un puesto del Rastro. Indudablemente, la colección es grande, y a mi parecer, de ti para mí, muy poco selecta. Apenas cabe en aquel enorme principal de la plaza del Progreso, el cual tiene veinticinco balcones y da a tres calles; casa de tal amplitud, que pocas he visto en Madrid con tanta luz y desahogo.

Salí de la visita artística con una mediana jaqueca, y si he de decirte la verdad, fuera de algunos tapices, de media docena de cuadros, de tres o cuatro piezas de armería y herraje, todo me aburrió soberanamente, y más que nada, aquello en que el anticuario funda su orgullo, que es la colección copiosísima de tablas del siglo xv. Repito que soy

muy bruto, y declaro que mi antipatía a las tales tablas no es inferior a la que me inspiran los códices en lengua sabia, de esas que no entiende ya ningún cristiano. Juzga de mi apuro al tener que asombrarme y entusiasmarme a cada rato cuando Cisneros a ello me incitaba mostrándome las maldecidas tablas, sin perdonar una, y explicándome su asunto.

No sé si la pasión de mi padrino por las antiguallas es verdadera o afectada. Bien podría ser lo último, pues le tengo por hombre de esos que, movidos del orgullo, se imponen un papel con el fin de agradar o de distinguirse, y lo representan sin desmayo, llegando, con la perfección histriónica, a formarse una personalidad artificial, y a subordinar a ella todos los actos de la vida.

Para satisfacer su codicia arqueológica, en la cual hay más de *dilettantismo* que de sentimiento artístico, Cisneros ha explorado todos los pueblos de Castilla la Vieja, donde tiene sus propiedades, buscando pinturas, trapos y cacharros. Las sacristías de las iglesias de Toro, Valoria la Buena, Villalón, Villalpando y Bermillo de Sayago le conocen de antiguo. Palacios y conventos expolió con mano dadivosa. Las monjas le agradecen que les haya cambiado por dinero contante tablas apolilladas, algún cerrojo cubierto de orín o el plato en que debieron de servirle las gachas al pobre rey que rabió por ellas.

Como todo fanático, el buen Cisneros se corre un poco en la filiación de los objetos preciosos que posee. Si hay dudas sobre un autor, se quita de cuentos y cuelga el milagro a los artistas más ilustres. ¿Trátase de una obra de platería? Pues seguramente es de Arfe... "Arfe legítimo..., ¿no lo ves? Conozco la huella del cincel como conocería el carácter de letra de un amigo que me escribiera todas las semanas." Si es cosa de cerrajería, se la endosa al maestro Villalpando. Si el cuadro dudoso tiene figuras atléticas y frescachonas, ello es del propio Rubens, o, por lo menos, de Jordaens. Si es algún retrato escuálido y con cara de tercianas, por fuerza tiene que ser del Greco, o, a todo tirar, de Juan Bautista Mayno.

En su conversación artística, mejor dicho, en todas las conversaciones, es amenísimo. ¡Qué ideas tiene y con qué salero las expresa! Te digo que hay que tratarle de cerca para apreciar bien su originalidad. Siempre que hablo con él, me acuerdo de ti; pienso que su charla te agradaría extraordinariamente, y que sacarías de ella inmenso partido. Y todo en él, fondo y superficie, es digno de observación. Dentro de casa gasta una célebre bata bastante arqueológica, color de guinda, rameada, que, al parecer, ha salido de una de aquellas tablas del siglo XV que cubren las paredes. ¿Querrás creer que hace dos días, hallándonos presentes tres personas de su intimidad, fumando y tomando café, se empeñó en enseñarnos cómo se bailan las seguidillas en los pueblos de tierra de Campos, y las bailó delante de nosotros, haciendo la más graciosa y estrafalaria figura que te puedes imaginar? Pues ayer nos contaba a Villalonga, a Federico Viera y a mí lances de su juventud, entreverando mentiras muy gordas con donaires finísimos, y se dejó decir que en su tiempo no había mujer de alta o baja clase que se le resistiera. Es hombre, además, a quien nunca oyes hablar bien de nadie. Como se le diga algo que enaltezca a cualquier persona, o lo pone en duda, o lo admite con salvedades y reticencias malignas. Pero si se le lleva algún cuento que denigra o envilece, le falta tiempo para repetir, haciendo ademán de machacar en el mortero, la célebre frase del boticario aquel: "¡Como si lo viera, como si lo viera!"

Hay quien dice que, a pesar de estas malicias, puramente externas, mi padrino es lo que en lenguaje usual llamamos *un infeliz*. Con los criados, aparentemente, se las da de hombre de mal genio, y hace el papel de amo severo y gruñón. Pero me han dicho, con referencia a los mismos sirvientes, que en el trato doméstico, y cuando no hay delante personas extrañas, es bondadoso y tolerante. Hasta se susurra que los criados si son listos y saben llevarle el genio, le dominan y hacen de él lo que quieren.

En el poco tiempo que conozco a este hombre singular, no le he oído tratar con benevolencia a ninguna persona de la familia, como no sea a su hija y a mí. Por Agustina, a quien él llama *Tinita* y todos los demás *Augusta*, tiene verdadera idolatría. Sólo ante ella doblega su altivez y pone freno a sus genialidades despóticas y a veces pueriles. Pero de esta influencia de la hija sobre el

difícil carácter del padre no participa el yerno, por quien Cisneros siente una antipatía que a veces logra disimular y a veces manifiesta sin rebozo alguno. Cuán injusta es esta inquina del castellano viejo no necesito demostrártelo, pues conoces a Orozco mejor que yo. Y te diré de paso que los encomios que de él me has hecho no me parecen exagerados. Mientras más lo trato, más me gusta este hombre, todo rectitud, nobleza y veracidad, y que a tan sólidas prendas añade trato afabilísimo y otros adornos personales. Su suegro no le traga: ignoro la causa, y sólo puedo atribuirla a un sentimiento envidioso, por la consideración y las ardientes simpatías que el otro merece de cuantos le tratan.

Por lo que a mí respecta, mi padrino parece quererme tanto como quiere a su hija. ¿Le durará esto? Presumo que no, porque lo que conozco de su carácter me permite reconstruirlo enterito, induciendo de la forma de algunos huesos el conjunto del esqueleto. El hombre que tiene los aspectos que te he descrito, debe ser también versátil en sus sentimientos, antojadizo en sus pasiones; ha de pasar fácilmente del amor al odio, por móviles escondidos, cuya explicación es difícil encontrar en los repliegues de su alma.

Ayer almorzamos con él mi prima y yo. ¡Qué de carantoñas nos hizo, prodigando por igual sus afectos a ella y a mí! ¡Qué expresiones cariñosas para ambos, y qué elogios casi ridículos de mi persona, apelando al testimonio de Augusta, que, riendo y bromeando, no vacilaba en asentir a todo para tenerle contento! Al despedirnos nos dijo con paternal benevolencia: "Hijos míos, id con Dios y divertíos."

Y aquí me despido también yo, amigo de mi alma, incitándote a divertirte todo lo que puedas.

III

16 de noviembre.

Modera tu impaciencia, voluntarioso y desocupado Equis. ¿Deseas saber pronto lo que pienso de mi prima? Me había propuesto dejar ese interesante tratado para cuando mi observación hubiese reunido datos suficientes en que apoyar una buena crítica. Pero cedo a tus exigencias de proscrito aburrido y mimoso, y empiezo por decirte que Augusta no me pareció, la primera vez que la vi, tan hermosa como yo me la representaba. No puedo olvidar que nunca me diste una opinión terminante sobre ella, tú, que debes conocerla, aunque no tanto como a su marido. En tus expresiones al hablarme de esta mujer, he notado siempre como una velada reticencia. No creas: el recuerdo de tus vaguedades en tal asunto me pone en guardia. Observo, reparo y escudriño en torno a ella, sospechando que podré descubrir algo que me asombre, y aunque nada veo, nada absolutamente más que una conducta pura y una reputación intachable, la *escama* persiste en mí y suspendo mi juicio. Contén tu insana curiosidad, ¡oh varón depravado!, que yo, cuando sepa bien a qué atenerme, no me pararé en pelillos para manifestártelo. Por ahora, no me sacarás del cuerpo sino una apreciación breve y superficial. Que Augusta es elegante, no tengo por qué decírtelo. Te reirás, sin duda, de mi descubrimiento. Sobre si es o no hermosa, ya cabe mayor variedad de opiniones. Hermosa, lo que se llama hermosa, quizá no lo sea para los que creen, como tú, en eso de las reglas y proporciones estéticas. Para mí, que no le encuentro ninguna gracia a la boca chiquita de las Venus griegas y de las Vírgenes de Rafael, una de las mayores seducciones de mi prima es su boca, que un amigo mío llama *el templo de la risa*. ¡Vaya que es grandecita! ¡Pero qué salada y hechicera! Dime: ¿tú las has visto reír, pero con gana, burlándose de alguien o contando un pasaje chistoso? ¿Y no te has extasiado ante aquella doble sarta de dientes blancos, duros, igualitos, de los cuales te dejarías morder si a su dueña se le antojase? ¿No te divierte, no te embelesa oír la cascada de aquella risa, que inunda de alegría el mundo y sus arrabales, como el trinar de los pájaros celebrando la aurora? Toma poema... Otrosí, querido Equis: tiene mi prima unos ojos negros que te marean si fijamente te miran; ojos que llevan en sí el vértigo de las alturas y el misterio de las profundidades—aguántate esa imagen—, ojos que..., no sigo por temor a mi retórica y a tus guasitas.

Fuera de los ojos, que son, como dice

un amigo nuestro, *la sucursal del cielo,* si miras aisladamente las facciones de Augusta las encontrarás imperfectas; pero luego se componen y arreglan ellas a su manera, y resulta un conjunto encantador que te vuelve loco; digo, a ti no; pero a otros, si no los ha enloquecido, los enloquecerá. Y ¿qué tienes que decir de su figura? ¿Has conocido alguna más arrogante? Di que no, hombre, di que no, o te pego. Buena talla, sin ser desmedida; buenas carnes, sin gorduras; curvas hermosísimas... Yo me la figuro con poca ropa, y me extasío, como lo harías tú, castamente estético, delante de la estatua viva, considerando con la mayor formalidad que la belleza de las líneas convierte la carne tibia en el más honesto de los mármoles... Suprimo las imágenes porque te estás riendo de mí, y de seguro dices al leerme: "¡Miren el tonto ese!..." ¡Ah! La edad la fijo en treinta años; y lo más, lo más que añado, si en ello te empeñas, es dos o tres a lo sumo.

Y pensarás también, clareándote con una de esas muequecillas profesionales que son resultado del hábito de la crítica: "Mujer hermosa, pero sin instrucción." Ya tenemos en campaña el problema educativo. Pues a eso te digo que, en efecto, Augusta carece de instrucción, si por eso entiendes algo más que las llamadas *tinturas* de las cosas; pero tiene tal gracia y desenfado para abordar cualquier cuestión grave o ligera, que oyéndola no podemos menos de celebrar que no sea instruída de verdad. Si lo fuera, si la sosería de la opinión sensata apuntara en aquellos ojos y en aquella boca, cree que perderían mucho. Habías de oírla cuando se pone a hincar el colmillito en las ridiculeces humanas o a sostener una tesis paradójica. Si entonces no se te caía la baba, no sé yo cuándo se te iba a caer. Pues en aplicar motes no hay quien la gane. Cuando tuvo bastante confianza conmigo, me confesó, llorando de risa, que de su cacumen había salido el apodo de *el payo de la carta,* y te aseguro que nunca he perdonado con más gusto un agravio.

Basta, basta; no has de sacarme una palabra más acerca de esta interesante persona. Lo único que me resta decirte es que anoche estuve en el teatro con ella y su marido. Este es un cumplido caballero, digno de poseer tal joya. Parécemе de salud algo delicada. Su mujer le mima, le cuida, y no está profundamente seria sino cuando teme que aquella salud se quebrante más. Hallo perfecta armonía en este matrimonio. Podré equivocarme; pero... ¿Qué es esto? ¿Te ríes? A mí no me descompones tú con tus risitas... ¿He dicho algún disparate? Tu opinión sobre Orozco, ¿no es la mía? ¿No eres tú quien me ha hecho ver en él una excepción dentro de la actual sociedad? ¡Ah! Ya sé por qué te ríes, hombre incrédulo y malicioso. Es porque desde que empecé esta carta estoy diciendo que no quiero hablar de Augusta, y ya llevo tres carillas sin ocuparme de otra cosa. Punto, punto aquí, ¡vive Dios! Pon un punto como una casa, indiscreta pluma, o te estrello contra el papel.

Hablemos otra vez de Cisneros, de ese espejo de los padrinos, de esa potencia crítica de primer orden, que por sí solo representa una escuela sistemática de sátira social, a la que ajusta sus juicios sangrientos. Tú no sabes bien lo que es este hombre y cuánto se prestan sus pensamientos a la admiración y al análisis. ¡Y yo, tonto de mí, que los primeros días, juzgando por la superficie de las ideas, le tuve por carlista o, al menos, por partidario del poder absoluto! Figúrate, Equis de mi alma, cómo me quedaría hoy cuando me expuso las ideas más contrarias al absolutismo... Poco a poco: quizá no; puede que ello sea el propio absolutismo en su forma más concentrada. Vamos por partes, y dime si estas rarezas no merecen que un observador como tú las estudie.

Mi padrino vive, como sabes, en la plaza del Progreso. Aborrece los barrios del centro y del este de Madrid, que son los más sanos. La tradición le amarra al Madrid viejo y a la parte aquella donde siente el tufo de la plebe, apiñada en las calles del sur. Ha vivido siempre al borde del abismo, según dice, y no quiere apartarse de él. Detesta la Prensa, que, en su sentir, es la vocinglería, el embuste, el instrumento de corrupción con que nuestra edad envilece los caracteres y falsea todas las cuestiones. A pesar de esto, no conozco a nadie que lea más periódicos. Por las mañanas, en su casa, se traga tres o cuatro, y de noche, en el Casino, media docena. Busca en ellos la comidilla, la

información malintencionada, el palpitar convulsivo de la sociedad que considera enferma. La política, tal como aquí se practica, le inspira despiadadas burlas. Atiende a ella, según dice, como quien asiste a un sainetón extravagante. Para él no hay ministro honrado, ni personaje que no merezca la horca... Y, sin embargo, muchos de éstos son sus amigos, se sientan a su mesa y le celebran las gracias. Cuando surge algún escándalo en la Prensa, adopta y da por válidas las versiones más desfavorables. La complacencia y el orgullo iluminan su rostro cuando tiene que dar su opinión pesimista sobre cualquier asunto que cautiva y apasiona al público. Cada frase suya es un alfiler candente que penetra hasta el hueso y hace chisporrotear la carne.

A propósito de mi entrada en la política, oigo de él opiniones y consejos que, la verdad, me entristecen. Hoy, después de almorzar, pasamos al gabinete donde habitualmente lee y escribe, y después de ofrecernos—los convidados éramos Federico Viera y yo—un par de cigarros secos, duros, amargos, que tiene en el cajón de una de las papeleras, y que por lo viejos deben de ser los primeros que como muestra vinieron a España en los albores del vicio, dió a Viera una carpeta de estampas para que se entretuviese, y me echó este sermoncito, del cual te doy un extracto, que, gracias a mi excelente memoria, ni tomado por taquígrafos sería más ajustado a la verdad:

—Mira, hijo, todas las cuestiones que se refieren a libertad política, a garantía de derechos o a leyes que robustezcan la Constitución y los altos poderes, son pura pamema. Oye estas cosas como aquel paleto que decía: *Por un oído me sale y por otro me sale*; es decir, que no le entraba por ninguno. Cuida mucho de que estas rimbombancias huecas no te entren en el cerebro, porque si llegan a entrar, siempre queda en la masa encefálica algo que puede trastornarte. Otra tocata muy común es la organización de los partidos, la necesidad imperiosa de que haya partidos y de que estén bien disciplinados... ¡Oh!, ¡la gran simpleza!... Bien disciplinaditos. Esto lo oyes y te callas, como se calla uno cuando oye el canto del grillo. ¿Nos vamos a poner a discutir con un grillo y a refutarle lo que canta? No. Pues lo mismo haces cuando te echen el registro ese de los partidos y de la disciplina. En esto sigue la norma de conducta que he seguido yo cuando me han llevado a la reata del Senado o a la del Congreso. Mira, hijo: yo, a los badulaques que me hablaban de cohesión, de apoyar al Gobierno, les contestaba que sí, que muy santo y muy bueno; y después hacía lo que me daba mi santa gana. Siempre que veía al Gobierno comprometido en las Secciones, votaba con los enemigos. En el salón, te juro que nadie ha tenido tanta gracia para abstenerse a tiempo. Y nadie supo nunca si yo soltaba el *sí* o el *no* hasta que salía de mis labios. Veo que frunces el ceño y alargas el hocico, como si esto que te digo fuera una gran inmoralidad que escandaliza tu conciencia. Ten calma, que te daré razones convincentes para acallar tus escrúpulos. Mi sistema se inspira en el bien universal, no en el interés de unos cuantos charlatanes y explotadores de la nación. Ya lo irás conociendo; ya te vendrás a mi campo, al campo de las negaciones, de todas las negaciones juntas donde se asienta la soberana afirmación.

"También tratarán de meterte en la cabeza esa monserga de la paz..., que necesitamos paz para prosperar y enriquecernos con la..., la... industria, la agricultura..., y dale que le darás. Esto, chico, es como si al que no tiene que comer se le dice que se siente a esperar que le caigan del cielo jamones y perdices, en vez de salir y correr en busca de un pedazo de pan. ¡La paz!... Llamar paz al aburrimiento, a la somnolencia de las naciones, languidez producida por la inanición intelectual y física, por la falta de ideas y pan, es muy chusco. ¿Y para qué queremos esa paz? ¿De qué nos sirve esa imagen de la muerte, ese sueño estúpido, en cuyo seno se aniquila la nación, como el tifoideo que se consume en el sopor de la fiebre? En el fondo de este sueño late la revolución, no esa revolución pueril por que trabajan los que no tienen el presupuesto entre los dientes, sino la verdadera, es decir, la muerte, la que todo debe confundirlo y hacerlo polvo y ceniza, para que de la materia descompuesta salga una vida nueva, otra cosa, otro mundo,

querido Manolo; otra sociedad, modelada en los principios de justicia."

Al llegar aquí no pude menos de mostrarme asombrado de que tales ideas profesase un hombre que vive tranquilamente de las rentas extraídas de la propiedad inmueble y de la riqueza mobiliaria, es decir, un fortísimo sillar del edificio del Estado, tal como hoy existe. Por respeto a las canas de Cisneros no me eché a reír ante ellas. ¿Estará loco este hombre?, me dije. Y le tiré de la lengua, preguntándole qué forma social era esa en la cual quiere que resucitemos después de muertos y putrefactos.

No creas que se acobarda cuando se le estrecha pidiéndole que concrete sus ideas. Al contrario, esto le estimula a exprimir el magín para sacar de él nuevos donaires.

—Es—me dijo—como si me mandaras escribir la historia antes que ocurran los hechos que han de componerla. ¿Qué es lo que ha de venir? ¿Qué forma traerá la catástrofe, y en qué posición van a quedar las piedras del edificio una vez caídas? ¿Cómo he de saber yo eso, tonto? Lo que yo sé es que debo hacer cuanto esté de mi parte por ayudar al principio de suicidio que late en nuestra sociedad y apresurar la destrucción, contribuyendo a fomentar todo lo negativo y disolvente. ¿Que me hablan de libertades públicas y de los derechos del hombre? Música, bombo y platillo. Contesto que el pueblo no tiene más aspiración que la indiferencia política, ni más derecho que el derecho a esperar, cruzado de brazos, el vuelco de la sociedad presente, que ha de producirse por un fenómeno de física social. Háblanme de los partidos y de la disciplina, y hago tanto caso como de las disputas de los chicos de la calle, cuando juegan a los botones, al trompo y a cojito-pie. Me ponderan la necesidad de apoyar a estos gobiernos de filfa para que duren mucho, y yo me persuado más de la urgencia de combatirlos para que duren lo menos posible. ¿No hás observado que, cuando se habla de crisis, la sociedad toda parece que se esponja, palpitando de esperanza y de júbilo? Es que tiene la conciencia de que el remedio de sus males ha de venir de la pulverización. Que esas cuadrillas de vividores que se llaman partidos y grupos se dividan cada vez más; que los gobiernos sean semanales, y tengamos jaleos y trapisondas un día sí y otro también. Esta movilidad, este vértigo, encierra un gran principio educativo, y el país va sacando de la confusión el orden, de lo negativo la afirmación y de los disparates la verdad. Yo, que siento en mí este prurito de la raza, me alegro cuando soplan aires de crisis, y aunque no la haya digo y sostengo que la hay o que debe haberla..., para que corra... Cuando mi barbero entra a afeitarme por las mañanas, siempre le pregunto dos cosas: "¿Cómo está el tiempo, Ramón?... Ramón, ¿tenemos crisis?"

Con ésta tienes para un rato, hijo de mi alma. Mientras la digieres, te preparo la continuación, que irá, Dios mediante, mañana.

IV

17 de noviembre.

Escucha y tiembla. Después de reír a carcajadas de las observaciones que le hice, según él, del estúpido eclecticismo de estos tiempos vulgares, burgueses, insignificantes; después de llamarme cándido y paloma torcaz, dijo el gran Cisneros:

—Pero ¿tú has reflexionado bien lo que significa la anarquía? Medita bien sobre ella, y verás que un pueblo sin gobierno de ninguna clase, entregado a sí mismo, un pueblo sin leyes, está en situación de hacer efectivas las leyes verdaderas, las inmortales. ¡Que hay sacudimientos, tiranías, atropellos! Déjalo, tonto, déjalo. Esto es precisamente lo que hace falta para que nazca el verdadero derecho... Por mi parte, detesto estas sociedades acompasadas, verdaderas aglomeraciones de cuáqueros, donde la Policía y la justicia oficial impiden la florescencia de las facultades humanas. ¿Concibes que el gran arte y la ciencia noble puedan existir en ninguna sociedad donde hay más leyes que ciudadanos y donde sale la *Gaceta* todos los días con un fárrago de disposiciones, que son otras tantas ligaduras puestas a la acción del individuo? Estas son sociedades estériles; y no me hables de la industria y de los inventos, pues la mayor parte de esas llamadas conquistas sólo han servido para hacer más infelices a

los hombres y aumentar las horribles desigualdades sociales; para establecer el hambre allí donde reinó la hartura, implantar la tiranía de la ropa, quitar a los viajes su encanto y destruir el misterio de las cosas; el misterio, sí, fuente que antes manaba delicias y ahora está seca, seca, con tanta ciencia y tanta máquina y tanta tontería de adelantos materiales. No me digas que te entusiasma esta edad de hierro, más árida que ninguna otra edad y más antipática y pedestre. Y ¡qué trajecitos usamos! ¡Parece que nos vestimos no para engalanarnos, sino para disimular lo deforme y enteco de nuestros cuerpos jimiosos! ¡Y qué costumbres tan necias, y qué idiotismo en las relaciones de los sexos, y qué monotonía desesperante en la vida toda, qué aburrimiento en esta selva inmensa de leyes, que prevén hasta nuestros menores movimientos; qué inmenso tedio en este sistema de profundizar todas las cosas para matar todo lo desconocido; lo desconocido, Manolo de mis entrañas, lo desconocido, que es la alegría de las almas, la sal de la existencia! No, no; yo quiero que toda esa balumba de artificios y de esclavitudes, formada por el puritanismo inglés y la gazmoñería protestante, desaparezca en el abismo de esa historia fastidiosa que nadie ha de leer. Quiero la libertad, no estas libertades que son como la disciplina de un cuartel, y que le obligan a uno a andar a compás, a uniformarse y a no poder toser sin permiso del cabo, sino la verdadera libertad, fundada en la Naturaleza. Quiero que la sociedad florezca y produzca el gran arte, las virtudes sublimes, la santidad; que en ella sea posible lo que hoy no existe, la inspiración artística y las acciones heroicas. Quiero que se vaya con mil demonios toda esta corrección grotesca y policíaca que mata la personalidad, la iniciativa, la idea, la santa idea, producto del entendimiento, y ahoga el producto de la fantasía, la imagen... Ea, punto final. Me parece que he hablado bastante. Me sofoco...

No pude menos de celebrar su elocuencia y de aplaudir su ingenio, añadiendo que, conforme le oía, me iban entrando ganas de trocar mi ropa por cualquier traje de teatro o por los verdes lampazos de la Edad de Oro y echarme a un monte para ser ciudadano de cualquier república de pastores.

Cisneros se levantó de la butaca y dió cuatro o cinco vueltas por la estancia, inquieto y nervioso, cual si quisiera envolver en un ovillo el hilo del discurso que acababa de enjaretarme. Acerquéme a Federico Viera, que seguía examinando estampas, y de pronto mi padrino se paró ante nosotros, arremangóse la bata y nos mostró su pierna, vestida de un pantalón bastante estrecho y no flamante.

—A ver, ¿qué tienen que decir de esa pierna?—nos preguntó con pueril orgullo—. Toquen, toquen para que vean que aquí no hay relleno. Les desafío a que me presenten otra tan bien formada, ni con estas curvas de la pantorrilla...; toquen, miren..., tan elegantes y tan... ¿No merece esta extremidad vestirse con aquellas calzas de listas rojas y negras que se usaban en Italia en el siglo quince?

Sin esperar nuestra respuesta, siguió paseándose. Federico y yo nos miramos, conteniendo la risa. ¿Qué pensarás tú al leer esto? Lo mismo que pensaba yo al presenciarlo. Que mi buen padrino, si no está rematado, tiene momentos en que se destornilla casi por completo.

Nuestro amigo Viera, que le conoce hace tiempo y sabe tomarse con él confianzas que yo no me tomaría, le dió bromas sobre aquello de las calzas italianas; pero Cisneros se lo sacudió como se sacude una mosca, diciéndole:

—Sois unos encanijados de cuerpo y de espíritu, y en vuestros caletres hidrocefálicos no cabe ninguna idea grande. Sois incapaces de comprender la vida más que como un reglamento, escrito con el fin de que toda la Humanidad se ajuste a la talla de los tonos... Os he argumentado de un modo parabólico, única manera de que podáis comprenderme, almas cándidas. Vamos a ver...

Puso una mano en el hombro de Viera y otra en el mío, y con tonillo autoritario nos dijo:

—¿Creéis vosotros que Dante habría escrito la *Divina Comedia* si hubiera sido bachiller en Artes, licenciado en Derecho, después ateneísta, alcanzando fama de *persona ilustrada*, viviendo entre el tumulto de lo que llaman crítica, y expuesto a ser académico, diputado o quizá, quizá ministro de Fomento?...

¿Creéis, hijos míos, que el autor del *Cantar de los Cantares* habría *compuesto* este delicioso poemita si, en vez de andar con las piernas al aire, hubiera gastado pantalones? No admito distingos: contestad sí o no... ¿Creéis que Miguel Angel habría hecho el *Moisés* y pintado el techo de la Capilla Sixtina si en su tiempo se hubieran usado los sombreros de copa, los informes de Academias, los estudios de estética y los paraguas?... Sí o no... No se me escapen por la tangente... Lo que hay...—diciendo esto nos sacudía con violencia, como si quisiera arrojarnos al suelo—, lo que hay es que sois unos pobres idiotas, educados en las teorías de la enseñanza oficial, de esa enseñanza que, si dura, concluirá por retrotraer a la Humanidad a la época de los monos, micos ilustrados si se quiere, pero micos al fin.

Federico y yo le hicimos ver que tales ideas son admisibles como elemento de amenidad en esa literatura sin imprenta que se llama la conversación, y que influye tanto o más que la estampada en la opinión general, pero que no puede admitirse con pretensiones de formar doctrina. Además, le demostramos que sus pensamientos estaban en contradicción con sus actos. La cosa era bien clara.

—Usted—le dijimos—truena contra la instrucción pública como un medio de fabricar tontos y de conseguir la extensión de la cultura a costa de la intensidad. ¿No es eso?

—Sí—replicó—; abomino de esta enseñanza estúpidamente niveladora. ¿Creéis que si a Homero le hubieran dado la nota de *sobresaliente* en los exámenes habría compuesto *La Ilíada*?

—Claro que sí—le aseguró mi amigo—, y por ello habría ganado el *accésit* en cualquier certamen... Pero déjeme completar mi argumento. Si usted es tan enemigo de la instrucción pública, ¿para qué ha fundado dos escuelas en Tordehumos, dotándolas con esplendidez? Y si cree que la actual organización de la sociedad y de la propiedad es tan mala, ¿para qué defiende sus rentas con tanto tesón? Porque a mí me han dicho, don Carlos, y no vaya a enfadarse por esto; a mí me han dicho que usted no perdona un céntimo, y al infeliz arrendatario que no es puntual le revienta sin andarse en chiquitas...

Federico seguía; pero mi padrino le cortó la palabra airado y descompuesto, y pisando, *alterno pede*, como caballo que se encabrita, nos dijo:

—Sepan, señores mequetrefes, que he fundado las escuelas porque me ha dado la gana, y que mis móviles no cabrán nunca en esas molleras llenas de la paja del saber oficial. Sepan también que si cobro mis rentas, no hago más que tomar lo mío y defenderme de pillos y ladrones... Pues ¿qué querían? ¿Que tenga lástima de los que se gastan mi dinero en las tabernas y en las timbas de los pueblos? ¡Pobrecicos de mi alma! Cuando me vienen llorando por las malas cosechas, yo les daría una mano de palos por tramposos, embrollones y por esa fea maña de achacar al cielo y a la tierra lo que sólo es culpa de sus vicios... Pues ¿qué quieren estos mocosos, que yo deje a mis colonos reírse de mí y comerse mis rentas?...

—No; si nosotros no queremos eso... Hemos señalado una contradicción y nada más...

—No hay contradicción... Pero ¿qué entendéis vosotros de esto? Si me querrán marear estos gaznápiros... Sois muy niños para meteros conmigo... Vamos, no quiero haceros caso, no me rebajo a discutir con esta infancia enfatuada, pedantesca... Tengo canas, señores, y no las quiero ensuciar metiéndome con chicos...

Nosotras le estrechábamos; injuriábanos él, mitad en broma, mitad en serio, y nuestra disputa habría sido interminable si no la cortara bruscamente la llegada de un amigo de Cisneros, ex ministro que había soltado la cartera en la última crisis, hombre muy corrido en política y que tenía mucho metimiento en aquella casa, así como en la de Orozco. Acogióle mi padrino con exclamaciones de gozo, y el visitante no gastó preámbulos para decirle a qué venía. Pues simplemente a pedirle su voto para la elección parcial en no sé qué distrito de Castilla. Don Carlos, poseedor de grandes tierras en Tordehumos, Magaz y Valoria la Buena, tiene influencia en el país, y como se meta de hoz y de coz en la lucha electoral, se lleva de calle a los contrarios.

No bien le explicó el tal sus deseos de sacar adelante al candidato amigo, Cisneros le dió un abrazo, diciéndole:

—Pues no faltaba más... Hoy mismo escribiré. ¿Le apoya el Gobierno? Ya sabe usted que soy ministerial de todos los Ministerios, ministerial furibundo...

—Querido don Carlos, no nos apoye tanto ni nos abrace tan fuerte—dijo el otro riendo—. Temo sus caricias y su ministerialismo.

—Y con razón. Es la mejor manera de ser disolvente. Ya conoce usted mi sistema: apoyo a todos los Gobiernos para que duren poco.

—Usted es de los que no temen el diluvio porque tiene ya hecha el arca. Si yo la tuviera...

—¡Que no tiene usted su arca! Yo creía que sí. Pues aquel asunto de la subvención a los ferrocarriles de vía estrecha, ¿no le proporcionó algunas tablas para su salvamento el día en que toquen a ahogarse?

—Don Carlos, don Carlos—replicó el personaje en tono agridulce—. No es propio de persona tan respetable acoger los chismorreos del vulgo.

—Pero si yo no le retiro a usted mi estimación...

—Es que debería retirármela.

—No... Lo malo es que cuando suban las aguas no habrá barca que las resista. Diga usted, ¿qué hay de eso que tanto da que hablar? ¿Es cierto que dos ministros andan a la greña, y que por una cuestión de faldas presenta su dimisión un alto personaje?

—¡Absurdo, disparate!... Don Carlos de mi vida, ¿cómo cree usted esas cosas?

—Vamos, desahogue ese corazoncito. Aquí todos somos ministeriales, y viene bien aquello de que la ropa sucia debe lavarse en casa. Usted, como todos los que están convalecientes de ministros, tiene lo que llaman los médicos la *febris carnis*, disgusto, mal cuerpo y peor paladar, tristeza, alternativas de desgana y hambre canina... Vamos, no me niegue usted que está torcido con el Gobierno. Si se lo conozco en la cara. Soy ya perro viejo; he andado algunos años en esos trotes de la política, y he visto siempre que todos los que salen se convierten en ruiseñores, es decir, que trinan. Conque, si usted no es un hipócrita, trinemos todos ahora; es decir, mordamos.

El ex ministro denegó con frases ingeniosas las malicias de Cisneros, declarándose poseído de aquella satisfacción interior tan necesaria a la disciplina de los ejércitos, así en la milicia como en la política. Pero luego, en el curso de la conversación, que trabamos los cuatro sobre los asuntos corrientes, dejaba entrever mi hombre su mal humor. Que las cosas del partido no van bien, y el mejor día puede sobrevenir un desastre; que si esto sucede, él se lava las manos... Mi padrino, con refinada ironía, le llevaba la contraria; y, por fin, tratando de la próxima elección parcial, aprovechó la coyuntura que se le presentaba para arrimar el ascua a su sardina, pues es hombre que, en medio de sus desenfrenos de argumentación paradójica, sabe conservar la serenidad y el sentido práctico, como esos borrachos que, aunque beban mucho y se trastornen, no hacen jamás un disparate que los pueda comprometer.

Este juicio del carácter de don Carlos es fruto de mi observación en el poco tiempo que llevamos de conocimiento. He visto que, aun en las ocasiones en que parece más delirante y más tocado de la manía de originalidad, lima siempre para adentro, si la cuestión que trata conduce a algún fin positivo, que afecte a sus intereses. El ex ministro desplegaba mucho donaire contra el donaire del castellano viejo, y éste, que nunca pierde ripio, le ofreció los votos con las siguientes condiciones: Que sin tardanza sea destituído el Ayuntamiento de Tordehumos, en el cual hay un concejal que se ha plantificado como una mosca en la nariz de mi buen padrino. El tal es un revolucionario que con el dinero de los Consumos levanta partidas, y últimamente disputa a Cisneros una finca que había sido de propios y pasó a manos de éste por medios legales. Que se despache prontito el expediente de información posesoria incoado por Cisneros tocante a la susodicha dehesa de Tordehumos. Y, por último, que se limpie el comedero al jefe de Propiedades e Impuestos de la Delegación de Hacienda de Palencia, tío del dichoso concejal y encubridor de sus chanchullos, y se dé la vacante al hijo del administrador que mi padrino tiene en Valoria la Buena, muchacho listo, que hoy es oficial segundo en Santander. El ex ministro se llevó la nota de estos encarguillos, prometiéndo recomendarlos, y salimos Federico y

yo con él, dando por terminada sesión tan interesante.

Por la calle íbamos haciendo la monografía de don Carlos, de quien dijo el ex ministro que es uno de los hombres más amenos que conoce, explicándonos por qué, con su talento, riqueza y grandes relaciones, no figura en la política activa. Es que ningún partido ha podido hacer carrera de él y de todos le han tenido que echar por perturbador y revoltijero. Fíjate ahora en otra cosa, querido Equis, y es que siendo este hombre una calamidad en política, en el terreno privado no hallarás persona de más formalidad. Fuera de ciertos devaneos mujeriles, que con la edad se van concluyendo, es Cisneros lo que se llama un perfecto ciudadano: paga puntualmente sus contribuciones, cumple con fidelidad todos sus deberes, y en sus tratos resplandece la honradez más pura. Dicen que en cualquier negocio que con él se entable, su palabra vale tanto como la mejor escritura. Y ¡a un hombre así no se le puede fiar, en política, el valor de un alfiler! ¿Cómo me explicas esto tú, sociólogo y psicólogo; tú, que sabes tanto, y que, de tanto saber, no se te puede aguantar? ¿Cómo me explicas el fenómeno contrario, no menos real, que sean piezas útiles, y aun necesarias, de la máquina política, tantos y tantos que en el mecanismo privado no son nada de fiar?

Cuando el ex ministro se separó de nosotros, quedámonos hablando de lo mismo Federico Viera y yo, sin encontrar solución medianamente satisfactoria. Y a propósito: me has preguntado varias veces en tus cartas por tu amigo Viera. Poco te he hablado de él; pero le nombro con frecuencia, lo que te bastará para saber que vive y está bueno. De todos los muchachos de nuestro tiempo con los cuales he reanudado amistad, éste es el más agradable y el más simpático para mí. He llegado a quererle mucho y a ser indulgente, pero muy indulgente, con sus defectos graves. Anoche me dijo que te había escrito; pero no sé por qué se me antoja ponerlo en duda. No desconfío de su veracidad, sino de la fijeza de sus ideas, y me temo que esté persuadido de que te ha escrito sin haberlo hecho. Adiós.

V

23 de noviembre.

Ayer estuvo Augusta en la tribuna del Congreso. Fue con las de Trujillo, la marquesa de Monte-Cármenes y otras damas ilustres. Por cierto que las infelices pasaron una tarde cruel, prensadas, estrujadas y, lo que es peor, aburridas como quien va a un baile y se encuentra en un duelo. Desde los escaños, varios amigos y yo las mirábamos con piedad, deplorando no poder dar a los debates un carácter divertido y sainetesco para aliviar la tristísima situación de aquellas desgraciadas. Nosotros, al menos, podíamos confortar nuestros decaídos espíritus contemplando aquella batería de mujeres, entre las cuales las había muy guapas. Pero ellas, ¿qué iban ganando con mirar calvas, presenciar una votación, el barullo de los que entran y salen y el acto de encender el gas? Figúrate que fueron a oír a Castelar, a Cánovas y a todas las primeras partes, atraídas por el cartel parlamentario de aquel día, publicado en los periódicos de la mañana. Como habían madrugado por coger la delantera, al abrirse la sesión, a las dos y cuarto, ya estaban las pobrecillas medio fritas. La parte de la sesión destinada a preguntas las entretuvo un poco y aun las hizo reír, porque tuvimos discurso de chascarrillos. Hombre hubo, además, que, al hacer su preguntita, parecía que la brindaba a las señoras de la tribuna, mirándolas como si la defensa del Ayuntamiento de Valderrediles de Abajo no fuese más que fórmula enigmática de una declaración amorosa. Todo esto aliviaba las agustias del plantón, y lo demás se llevaba con paciencia esperando la orden del día. Pero a nuestro presidente le dió la mala idea, sugerida, sin duda, por algún espíritu maligno, de meter el embuchado de una enmienda pendiente, con cuya discusión creía despachar en breve tiempo el artículo último de la ley de Jurisdicciones administrativas. Total: que la discusión se enzarzó cuando menos se creía, y he aquí, mi buen Equis, que entre la general consternación se levanta, decidido a *explicar su actitud* en aquel asunto, un orador de los que hablan a cántaros, excelente persona, por otra parte, pero que

tiene la desgracia de no acertar a exponer la cosa más sencilla sin consumir un par de horitas, más bien más que menos. Bien examinado todo lo que mi hombre dijo, era de lo que no le interesa a nadie. Que si en 1870 opinó o dejó de opinar esto o aquello; que si, al poner su firma en la proposición tal, lo hizo simplemente por autorizar la lectura, con todo lo demás que es de cajón, y aquello de *si se me permite recordar lo que tuve el honor de exponer ante el Congreso en la tarde de ayer, me será fácil demostrar que al poner de manifiesto en la tarde de hoy las deficiencias del proyecto que se discute, no dije nada, no expuse nada, ni de cerca ni de lejos, que no estuviese en perfecto acuerdo, en perfecta consonancia, en perfecta conformidad con lo que salió de mis labios en la tarde de anteayer.*

Pasó una hora, dos horas, dos horas y media, y la salmodia no tenía fin. Las toses y murmullos parecía que le animaban cual si fuesen aplausos, y su voz sin matices caía sobre el cerebro del auditorio como lluvia menuda y persistente sobre un techo de cristales. A ratos molestaba como el ruido del andar isócrono de un reloj de pared, cuando luchamos con el insomnio, dando vueltas en la cama; a ratos me hacía el efecto de uno de esos cantorrios con que las nodrizas duermen a los niños. Los bancos rojos se despoblaban, como país empobrecido por las malas cosechas, en el cual se propaga la fiebre de la emigración de un modo alarmante. La gente se iba a fumar y a murmurar a los pasillos o a la cantina, y en el salón no quedaban sino unos cuantos amigos del orador y los que se entretenían *timándose* con las señoras de arriba.

Estas pobrecitas mártires de la curiosidad me infundían tanta lástima, que subí a consolarlas. Observé en todos y cada uno de los rostros la consternación y el desaliento. Charlaban criticando acerbamente el régimen, y poniendo de oro y azul al presidente por haber alterado los números del programa, echando aquella murga insufrible antes del gran quinto clásico que esperaban oír y gozar. Les llevé dulces y caramelos, y les di esperanza de que pronto concluiría la terrible *lata* que aquel buen patricio nos estaba dando a todos.

—Sí, buenas trazas tiene de acabar —me dijo mi prima—. Ahora ha dicho que *esto es grave, gravísimo,* y que se ha traído los datos para probarlo. Mira, mira el rimero de papeles que tiene en el banco. ¿Ves? Se prepara a leernos media docena de *Gacetas.*

Pasó todavía una hora más, una de esas horas negras, tediosas, que se estiran languideciendo, y al desperezarse juntan la cabeza con la cola, imitando el emblema de la eternidad, y entonces el orador dijo: "Voy a concluir, señores..." Las tribunas le hicieron una ovación; y el muy tunante, ¿creerás que lo agradeció? En vez de abreviar el epílogo, lo alargó media hora más, regalándonos, por vía de resumen, una nueva paráfrasis de lo que ya había dicho. Las cinco y media serían cuando la Mesa decidió que el debate gordo se quedara para el lunes siguiente. Subí a comunicar la noticia a las pobres mártires, medio muertas ya de calor, estrechez e inmovilidad. Algunas no tenían ni fuerzas para levantarse; otras estaban en pie para salir, y todas maldecían las *Jurisdicciones administrativas* y al perro que las inventó. Augusta salió con jaqueca, y cuando la bajaba del brazo, me dijo que no volvería a la tribuna hasta que yo no hablase.

Creo que lloverá bastante de aquí a ese día, porque me siento sin ninguna aptitud para la oratoria, y cuando me figuro que tengo que hablar y que me levanto y empiezo, me parece que el pavor me ha de suspender las ideas y paralizarme la lengua. El afán de Augusta porque yo hable es ya verdadera manía, y siempre que me coge a tiro me vuelve loco. Anoche me dijo que si no me arranco pronto, hasta me negará el saludo, y que todos mis progresos en el arte de la cortesanía no valen nada si no suelto el último pelo de lugareño lanzándome a usar la palabra en público. Y puesto que entre tú y yo no ha de haber nunca misterios, según lo convenido, te diré sin rodeos que mi prima me gusta cada día más, y que siento hacia ella una inclinación que me ha ocasionado no pocas horas de tristeza. No había querido contártelo, esperando que pasase esto, que me parecía una fugaz indisposición del alma, semejante a los resfriados en el orden físico. Pero hace días que me encuentro sorprendido con invencible tendencia a pensar

en ella, a figurármela delante de mí, a recordar sus gestos y palabras, y a suponer y anticiparme las que me ha de decir la primera vez que nos veamos. Al propio tiempo, nace en mi espíritu una admiración irreflexiva hacia ella, y me sorprendo a mí mismo en la tarea ideal de adornarla con las más excelentes cualidades que jamás embellecieron a criatura alguna. De aquí nace mi mayor pena, pues precisamente las cualidades que le atribuyo ponen una barrera moral entre ella y yo. Para imaginar que esta aspiración mía, incierta y tímida, pueda satisfacerse alguna vez, tengo que destruir mi propia obra, y exonerar a la señora de mis pensamientos, quitándole aquellas mismas perfecciones que le supuse. Aquí tienes la brega que traigo en mi mente estos días, y que viene a ser como una enfermedad que me ha cogido de súbito.

Apuesto a que te reirás de mí al leerme, pues no caen bien, en hombres de nuestra edad descreída, el misticismo amoroso de un Petrarca ni la fiebre de un Werther. No; todavía disto mucho de llegar a tales extremos. Lo que te cuento no tiene valor más que como presagio. También te diré que se me ha ocurrido visitarla lo menos posible, huir de su trato, apartar de mis ojos su hermosura y gracia incomparables, su donaire y suprema elegancia... Sí, no te rías. Te veo haciendo garatusas y dudando de estas honradas disposiciones mías. Pues sí, querido Equis: la delicadeza me inspira el propósito de evitar su compañía, y te aseguro que he podido cumplirlo, dejando de ir repetidas noches a su palco y a su casa. Pero el demonio, que en todo se mete, ha hecho sin duda juramento de impedir los virtuosos planes de tu amigo; el demonio, ¡asómbrate!, toma la figura de mi buen padrino para perseguirme y llevarse mi alma, pues Cisneros me obliga a almorzar con él casi todos los días, y su hija ha dado en la flor de ir también, y allí me vuelve loco con su cháchara, sus monerías, su amabilidad y demás seducciones. De modo que el terreno que gano de noche alejándome de la montaña, lo pierdo por el día viendo venir la montaña hacia mí; y no me vale huir del abismo, porque se me pone delante cuando menos lo pienso. De todo lo cual deduzco que... Vete al diablo, que no tengo ganas de hacer deducciones ni de continuar esta deslavazada epístola. Estoy fatigado y de malísimo humor. ¿Te sabe a poco ésta? ¿Te deja a media miel? Pues fastídiate, y aguántate, y revienta.

VI

25 de noviembre.

Continúo, señor de Equis, bajo la influencia de esta tontería, de esta murria estúpida que me iguala al más cándido de los colegiales. Mi desordenado trabajo mental sigue dándome mucha guerra, y por las noches la hiperemia del cerebro no me deja dormir. El gran simpático responde al punto a la presión de arriba, y ya me tienes hecho un ovillo ardiente, de puro nervioso, con alternativas de angustia y de exaltación febril. No te cuento las cosas que se me ocurren en las horas negras de insomnio, porque, de fijo, mis disparates y atrevimientos te parecerían los más estrafalarios que habrías oído en tu vida. Te contaré lo que en pleno día pienso, cuando mi mente se despeja de aquellas nieblas y el contacto del mundo me devuelve la razón.

Verás: ahora he dado en la tecla de que Augusta no es ni con mucho el arquetipo de perfecciones que imaginé, llevado de aquel prurito de idealización que me entró como podría entrarme un dolor neurálgico. Esta maldecida enfermedad ha tomado otro sesgo, y ahora discurro que la bella por quien suspiro (la frasecilla será todo lo cursi que quieras, pero la sostengo) no es un ángel, que está dotada de las seductoras imperfecciones que Naturaleza derramó con sabia mano en la Humanidad toda, y que quizá, quizá se juntan y hermanan en ella dichos defectos con mayor relieve que en otras de su edad y clase. No vayas a deducir de esto que la tengo por mala, no. Es que en la tierra no tenemos ángeles, ni en verdad nos hacen falta. Mi inclinación hacia Augusta, a quien acabo de borrar del escalafón de los serafines, no es, en esta nueva etapa de mi mal, menos vehemente; y si en ella no hay pureza absoluta, tampoco hay absoluta impureza, pues en las pasiones humanas entran siempre por lo común todos los estímulos que correspon-

den a las diferentes regiones que componen nuestra naturaleza. Decir amor de corazón, amor de imaginación, amor de sentidos, es no decir nada, o expresar abstracciones sin valor alguno en la realidad. Todo marcha con orgánico engranaje, y ninguna parte de nuestro ser se emancipa de las demás que lo constituyen.

Pero basta ya de filosofías, y sigue prestando la debida atención a las confidencias de tu amigo. ¿A que no aciertas en qué empleo ahora mis facultades de idealización? Pues en figurarme el marido de mi prima, Tomás Orozco, como el hombre más completo que imaginarse puede, y en esto no hago más que responder con mis ideas a tu opinión acerca de él. Orozco es, según tú, la mayor perfección moral que en nuestros tiempos puede alcanzarse; Orozco merecería, según tú, el dictado de *santo*, si nuestra época consintiese aplicar este nombre con propiedad. Es la persona que deberíamos tomar por modelo para cumplir nuestros deberes humanos y sociales. Si alguien existe en quien la observación leal no puede señalar un solo defecto, es Orozco. Fijas están en mi mente tus ardorosas alabanzas de este hombre, y, créelo, me duelen como si fueran abrojos de una corona de martirio clavada en mi cabeza. Porque has de saber, amado Teótimo, que este sujeto, a ningún otro comparable, según tú, y también según mi entender, me demuestra vivísimo afecto, me rodea de delicadas atenciones cuando voy a su casa, me recuerda la estimación que su familia tuvo siempre a la mía y su padre a mi padre, y con esto ha traído a mi alma una turbación y un desasosiego que no puedo encarecerte.

Ahora falta un término de la ecuación que no puedo resolver, y allá va para que te hagas cargo de todo. Me preguntas si creo que mis pretensiones respecto a Augusta podrán tener acogida favorable, y muy bajito, pero muy bajito, de modo que nadie lo entienda más que tú, te respondo que sí. ¿Me fundo acaso en algo terminante y afirmativo? No; es una idea, un presentimiento, una corazonada. Estas cosas se saben sin saber por qué se saben. Es algo que se ve en las brumas del horizonte con los ojos de la previsión, y, si se quiere, del temor. Pues bien, amigo mío: espero, y me tengo por un miserable si lo que espero llega. Hay y habrá siempre en mí algo que me impide caer en la depravación y en la laxitud de conciencia de mis contemporáneos. Al menos, creo que seré de los últimos que caigan. Ciertas tradiciones, que fácilmente obtienen disculpa en nuestros tiempos, no caben en mí. Y no te digo más, porque fácilmente comprendes mi confusión y la tremenda batahola que llevo en mi conciencia. Aquí pongo punto, porque si me dejara llevar de mi pensamiento, y me abriera todos los grifos para seguir vaciando en el papel lo mucho que sobre el particular se me ocurre, te aburriría; y si intento escribir de otra cosa, no podré, porque el horno no cuece más bollos que los que tiene dentro.

Sigue el consejo que voy a darte. No vuelvas más a este Madrid, donde se pierde el candor y se deshoja al menor soplo la flor de nuestras honradas ilusiones. Equisillo de mis pecados, quédate en esa ruda Orbajosa, entre clérigos y gañanes; búscate una honrada lugareña, con buen dote y hacienda de diez o doce pares de mulas, que las hay, yo te aseguro que las hay. Búscala guapa, no digo rolliza, porque lo que es rollizas y frescas no las habrás visto nunca. Elige la menos amarilla y fláccida, la que se te figure menos puerca dentro del hinchado armatoste de refajos verdes y amarillos; cásate con ella, hazte labrador, ten muchos hijos, sanotes y muy brutos; vive vida patriarcal y bucólica, y no aspires a otros goces que los que te brinden esa ciudad y ese campo, productor de los mejores ajos del mundo. Fórmate una familia, en la cual no pueda salir nadie que tenga ideales; come sopas, y no aspires ni a ser cacique de campanario. Dichoso el que logra emanciparse de esta esclavitud de las ideas y aprende a vivir en la escuela de la verdadera sabiduría, que tiene por modelo a los animales, querido Equis, a los mismísimos animales.

VII

1 de diciembre.

Vengan esos cinco, Equis de mis entretelas. El espíritu de tu amigo no se dejará dominar de la maleza estúpida

que le amenazaba, y cuyas primeras manifestaciones pudiste colegir de mis cartas precedentes. Ha surgido en mí una energía medicatriz, que de la noche a la mañana me regenera, atiesando mi voluntad, mi ser todo, dándome noción cierta de la ridiculez de mi enfermedad. Ello ha sido de una manera súbita: me levanté un día con ganas atroces de reírme de mis sandeces amorosas, y me reí, sorprendiéndome mucho de verme objeto de mi propia burla. La naturaleza moral, como la física, tiene estas bruscas remisiones, victorias rápidas que la vida alcanza sobre la muerte, y la razón sobre el principio de tontería que en nosotros llevamos. Bastóme aplicar algunos esfuerzos mentales a esta acción interna para verla crecer y hacerse dueña al fin de todo el campo. No tardé en ver las cosas con claridad, y en notar lo inconveniente de que se rompa la relación armónica que cada individuo debe guardar con su época. Augusta no dejó de parecerme tan interesante y bonita como antes; pero al propio tiempo comprendí que no debía apasionarme como un cadete ni devanarme los sesos como un seminarista descarriado, sino plantarme esperando los sucesos con frialdad y mundología. El que tome por lo serio esta sociedad, está expuesto a estrellarse cuando menos lo piense.

El fenómeno que te estoy refiriendo no ha venido aislado. Apareció entre accidentes varios, que en el término de un día, de horas quizá, distrajeron mi ánimo, movieron mis ideas como el viento mueve la veleta. La política, hijo de mi alma, con las vehemencias increíbles que determina en nosotros, no ha tenido poca parte en este cambio, de lo que deduzco que la *res pública* es cosa muy buena, un emoliente, un antiflogístico eficacísimo para ciertos ardores morbosos de la vida. Y las irritaciones que uno coge en este dichoso Congreso obran también como revulsivo, trasladando el desorden orgánico a la piel, o, si quieres, a la lengua, por donde se escapa el mal o flúido pernicioso.

Y a propósito de esto, voy viendo cuán cierto es lo que tantas veces me has dicho, fundado en tu larga experiencia. Aquí hay que hablar o condenarse a perpetua nulidad e insignificancia. Al que se calla no le hacen maldito caso. Supón que eres, como yo, consumado gramático del idioma del silencio, y que en tales condiciones pides un favorcito a cualquier ministro. Como no te teme, ni le prestas tus servicios en el banco de la comisión, ni le consumes la figura de cuando en cuando con preguntas fastidiosas, te sonríe muy afable cuando le saludas; pero no te da nada, créelo; no te da más que los buenos días; cosa de sustancia, ten por cierto que no te la da. No creas que me incomodo por esto: reconozco que el favor ministerial es un resorte del sistema, y no debemos criticar que se utilice para acallar a los descontentos y recompensar a los servidores, porque si suprimimos aquel resorte, adiós sistema. Ello está en la naturaleza humana, y es resultado de la eterna imperfección con que luchamos de tejas abajo. O nos declaramos serafines con patas, o hemos de reconocer que el régimen, bueno o malo, tiene su moral propia, su decálogo, transmitido desde no sé qué Sinaí, y que difiere bastante de la moral corriente; y si no, que salga el Moisés que ha de arreglarlo.

Hoy estoy inspirado, amigo mío, y si no escribo de política reviento, porque este tema me divierte, hace derivar mi pensamiento del centro congestivo en que me atormentan, y me esponja, créete que me esponja, me refresca el cuerpo y el alma... Pues verás. He caído en la cuenta de que es una sandez este silencio mío, esta pasividad, esta inercia de grano inconsciente en el famoso montón parlamentario que hace las leyes, sostiene los gobiernos y robustece las instituciones. Tiene muy poca gracia desperdiciar la influencia y el favor con que el amigo Estado debe corresponder a nuestros servicios. Nada, yo hablo o reviento, yo me despotrico el mejor día: y aunque me tengo un miedo horrible como orador, y aunque, al considerarme hablando, me entran ganas de prenderme a mí mismo y mandarme a la cárcel, la lógica humana y cierta ambicioncilla que me muerde el corazón impúlsanme a vencer mi torpeza y cobardía. Ya empecé anteayer, como quien deletrea, presentando a primera hora una exposicioncita de Orbajosa para que le rebajen los Consumos; pronto seguiré mi aprendizaje en las Secciones, dando explicación breve, de acuerdo con otro que me las pida; y, por fin, metido en una Comisión de fácil asunto, ten por cierto

que lo empollo bien, y me largo mi discursito como un caballero. Todo es empezar. Una vez perdida la vergüenza, lo demás va por sus pasos contados. Y dejando de ser pasivo en la política, da uno empleo y desagüe a mil cosas malas que dentro le bullen. Si la política es un vicio, con este daño inocente se pueden matar otras diátesis viciosas que nos trastornan el seso. ¿Qué te parece? ¿Te ríes? Dame tus graves consejos, alma de cántaro; vacía ese saco de filosofías pardas y de marrullerías espirituales. Espero tu *exequátur* o una rociada de vituperios, porque te conozco, y quien no te conoce, que te consulte. Conque, ¿hablo o no hablo? ¿Conviene hablar, aunque sea ladrando?

VIII

3 de diciembre.

Sin esperar tu contestación, te encajo ésta. Mira que me escarba en el magín, y más aún en la voluntad, la portentosa oración que ha de sacarme de la sosa esfera de la nulidad parlamentaria; mira que me disparo el mejor día y te avergüenzo, porque saben que eres mi mentor, y los dislates del discípulo recaerán sobre el maestro.

Consulté con mi padrino lo que a ti te consulto, y me dió un abrazo muy apretado, felicitándome por mi sabia resolución. Incitóme a hablar contra el Gobierno, sin reparar que éste me apoyó a raja tabla en la elección, sacándome por los cabellos de aquella misteriosa urna. Díjome que haciéndolo así prestaba un servicio a la sociedad y favorecía los principios eternos contra lo transitorio y accidental; que nada es tan útil como los cambios de mandarines, para que el telón de esta comedia suba y baje muchas veces, hasta ver si el público se aburre y prorrumpe en la gran pita final. Augusta, que tales cosas oía, se indignó y tuvo una fuerte agarrada con su padre, diciéndole:

—Hubieras sido ministro, serías, por lo menos, senador vitalicio, si tuvieras más juicio, papá.

El lo tomaba con calma, recalcando la extravagancia como siempre que se le contradice. De palabra en palabra, en la tertulia de sobremesa, la conversación pasó de la política al arte, y Cisneros se despachó a su gusto, sosteniendo delante de su hija, de Villalonga (el célebre Villalonga, ¡qué tipo!) y de mí, que no puede existir el Arte verdadero en los países organizados, donde hay Justicia y Policía, instituciones esencialmente enemigas del numen artístico. Pon atención a esto: "El genio de Shakespeare floreció en medio de la dramática barbarie inglesa del siglo XVI, como las artes italianas en medio del elegante desconcierto de las repúblicas florentina y genovesa, y de las guerras civiles desde el XIV al XVI, en aquellos tiempos pintorescos, anárquicos, de pasiones sin freno, igualmente propicios a la santidad y al crimen, al ascetismo y al homicidio; tiempos en que el derecho público llegó a tener por ley el veneno y el dogal, y se creó la diplomacia de la traición. La frecuencia del asesinato fomentaba en el pueblo la idea del desnudo; la Iglesia protegía las Humanidades, y el paganismo resucitaba en el propio regazo de los Papas. César Borgia personifica esa época gloriosa, y cierra el período del florecimiento artístico, en el cual caben todas las ideas activas que pueden inflamar la mente de los pueblos. Entre la moral austera de Dante y las licencias de Boccaccio hay una extensión, un campo inmenso y fecundo en que nacen las flores más bellas de la vida humana. Entre el místico Giotto y el aventurero Benvenuto Cellini se encierran todos los desarrollos de la belleza corporal, base del arte pictórico." Y por aquí siguió deslumbrándonos y confundiéndonos. Su hija le rebatía, como si dijéramos, a puñados, y aunque no estaba muy fuerte en la historia de César Borgia, sostuvo que era un sinvergüenza. Luego soltó varías herejías, hablando pestes del Giotto, de Fra Angélico y de todos los prerrafaelistas, y diciendo que no daría dos pesetas por ninguna de las tablas del siglo XV ni por la mayor parte de los cuadránganos religiosos que llenan aquella casa. Cisneros llamó a su hija tonta e ignorante, y le dió muchos besos. Así acaban siempre sus reyertas.

En esto entró Malibrán. (Si esto fuera novela pondría: *Aparición de un nuevo personaje.*) Adivino tu gesto de sorpresa al leer este nombre. No sabes quién es, mejor dicho, no le conoces por su apellido, aunque le has visto y le has

hablado. Te ayudaré a hacer memoria. ¿Recuerdas que, yendo los dos una tarde de París a Enghien, nos encontramos a un señor a quien teníamos por extranjero, y de pronto nos habló en correcto español, y estuvo muy fino y obsequioso con nosotros al despedirse, ofreciéndonos su casa, que señaló extendiendo la mano hacia un techo gris cercano a la estación? ¿Recuerdas que, visitando algún tiempo después el *Salón*, nos le encontramos acompañando a un amigo nuestro, Pepe Díez, y éste nos le presentó? Al poco rato nos acompañaba en el examen de algunos cuadros, oficiando de crítico, y mostrándose muy severo con la mayor parte de las obras que vimos. Tú no tienes tan buena memoria como yo: no recordarás que al salir dimos una vuelta por los Campos, y el tal habló pestes de España y de los españoles; nos dijo que su residencia habitual era Italia, que había reunido algunos cuadros antiguos de grandísimo mérito, y que se hallaba en París gestionando la venta de un estupendo Mantegna, por el cual le ofrecía el Louvre cien mil francos y Rothschild un poco más; pero que no pensaba darlo en menos de doscientos mil. ¿No te ha quedado presente ese detalle del Mantegna? Después de separarnos de él y del amigo con quien iba, hicimos la observación de que nos parecía uno de esos tipos de nacionalidad equívoca que en París tan a menudo se encuentran. Su fisonomía, como su apellido y la facilidad con que se expresa en diferentes idiomas, daban lugar a que se le creyese oriundo de todas las fronteras europeas. Al mismo tiempo notamos su atildada educación, su finura, la elegancia de su vestir.

Pues bien, este sujeto, que entonces pasó ante nuestra vista como un cometa de quien hablamos como se habla de aquello que no se espera volver a ver más, llámase Cornelio Malibrán y Orsini; es español y nacido en Madrid, hijo de un antiguo empleado de Palacio y nieto de un coronel de guardias valonas. Su madre es italiana, hija de no sé qué militar extranjero al servicio de España. De modo que en nuestro don Cornelio se juntan y mezclan todas las sangres europeas, y en su progenie por ambas líneas, según nos explicaba la otra noche, hay una señora holandesa de la familia de Riperdá, y un caballero portugués y un emigrado polaco, y qué sé yo qué más.

Te presento con tantos pelos y señales a este prójimo porque presumo he de tener que ocuparme de él más de lo que quisiera. Ha servido en la diplomacia; estuvo algún tiempo cesante, residiendo en Italia y en Francia, y ahora ha logrado pasar al Ministerio. Es célibe, y vive con su madre, señora mayor, según he oído, bastante instruída y que sabe muchas y buenas historias de interioridades palatinas y aristocráticas... Un poco de paciencia, querido Equis, y acabaré el retrato. El origen de la amistad de este don Cornelio con mi padrino hay que buscarlo en la contagiosa chifladura de ambos en materias de arte pictórico. Cisneros es inteligente (al menos, él lo dice, y yo lo creo bajo su palabra) en tablas españolas del siglo XV; pero en pintura italiana me parece a mí que no da pie con bola, y precisamente las escuelas italianas anteriores a Rafael son el fuerte de Malibrán. En cualquier sombrajo negro y ahumado, donde nosotros apenas vemos algún torso indefinible, señala él un Botticelli, un Sodoma, un Signorelli o un fray Bartolomeo, nombres que rara vez sonaron en mis profanos oídos. Mi tío y él se pasan largas horas discutiendo sobre los inciertos caracteres que separan la escuela paduana de la veneciana, o acerca de otro problema pictórico tan oscuro como éste.

De la intimidad con Cisneros vino la introducción de Malibrán en la casa de Orozco, donde le tienen todas, todas las noches. Su finísimo trato, su conocimiento del mundo, le ponen en primera línea en toda sociedad, sin que él necesite esforzarse por alcanzar aquel puesto. Descuella naturalmente y por la propia virtud de sus modales, que son la misma perfección, pues hay en ellos el grado exacto de rigidez compatible con la soltura. Sabe combinar como nadie la cortesía respetuosa con esas licencias que hoy agradan tanto, usadas discretamente, como la sal y los picantes en la culinaria. No conozco otro que sepa entretener y divertir a las damas como él las entretiene; es la única persona a quien he oído sostener largas conversaciones sobre vestidos, mostrando en ello la espiritual erudición que al asunto corresponde. Las señoras le consultan acerca de sus trajes, del adorno de sus casas,

y, sobre todo, las asesora con maestría. Al propio tiempo, si le hablas de política extranjera, te pasmas oyéndole, querido Equis, porque la conoce al dedillo, tan bien como podríamos apreciar nosotros la nuestra.

Pues bien, presentado el tipo, me falta expresarte, para concluir, un sentimiento mío con el respeto a él. Allá va, y no te asustes. Este hombre me es profundamente antipático, tanto que mi antipatía traspasa los límites que separan este sentimiento del odio verdadero. Te oigo preguntarme: "¿Por qué?" Te asombrarás si te digo que no me es fácil definir la causa. Malibrán me considera mucho; parece estimarme, y aun quererme. Jamás ha tenido palabra ni acto, con respecto a mí, que puedan molestarme. Hasta se digna elogiar lo que digo, y oírme con afable atención. Pero ello es que no le puedo ver. Te muestro este fenómeno de mi alma como le mostraría al médico una llaga que nadie ha visto y que sólo el médico debe ver. Yo mismo me asombro de llevar en mí un afecto depresivo que no me favorece; me sondeo, y trato de analizarlo para encontrar su origen. ¿Es envidia, es más bien intuición? ¿Es que penetro, sin darme cuenta de ello, el carácter de este individuo, y adivino que es una mala persona revestida de brillantes adornos sociales? ¿Es que...?

Pero estoy fatigado, aturdido, y presumo que en mi próxima, después de pensar un poco en este peregrino caso, te podré decir algo más concreto.

IX

6 de diciembre.

He vuelto a las andadas, compañero, y aquella serenidad de espíritu que adquirí dándome un baño (perdona lo extravagante de la figura) en las turbias aguas de la política, se la llevó la trampa. Hoy estoy muy nervioso, y a pesar mío saldrán a relucir en mi carta conceptos amargos y apreciaciones que no se ajustarán quizá a la realidad. He pasado mala noche, batiéndome con lo absurdo, queriendo ahuyentar las cavilaciones sin poderlo conseguir, porque me atacaban con lógica deslumbradora, y me desarmaban y me rendían. No extrañes, pues, que esté hoy inaguantable.

Ese Malibrán se me ha atravesado de tal modo que no le puedo tragar. Seguramente te has olvidado de su fisonomía, y quiero recordártela. Representa como unos cuarenta años, pero creo que tiene más. Buena figura: es lo que comúnmente se llama un hombre guapo. No se olvida, vista una vez, su cara expresiva, que comparo, relacionándola con la pintura, a algo que abunda en la variada colección de mi tío. Aquel rostro afilado, aquel mirar penetrante, aquellas facciones correctísimas, la barba rubia acabada en punta, la frente de marfil, la color anémica, te recuerdan esos cuadros votivos de la pintura italiana que tienen en el centro a la Virgen y a cada lado de ésta dos santos, San Jorge o San Francisco, San Jerónimo o San Pedro. Cornelio me hace recordar a veces al San Jorge, con su cariz de guerrero afeminado, y a veces, ¡pásmate!, al San Francisco de Asís, de seráfica y calenturienta belleza. Vas a decir que me voy del seguro. Es que, en efecto, estoy bastante excitado, y me excito más escribiéndote estas cosas, en vez de ponerme a estudiar el discursito que pronunciaré dentro de dos días combatiendo el dictamen sobre el *Proyecto de ley de rectificación de listas electorales*. Ahora relatemos.

Pues, como te dije, entró Malibrán, llamado con premura por mi padrino para consultarle acerca de un cuadro que acababa de adquirir. Tiempo hacía, según nos dijo, que lo había visto en la sacristía de las Descalzas de Villalón, sin poder meterle mano. Por fin, el administrador de Cisneros logró apandar la joya, y se la remitió. Es una tabla como de cincuenta centímetros por cuarenta, y representa el bautismo de Jesús. Las dos figuras, desnudas, amarillas y tiesas, destácanse en el fondo ennegrecido, con cuya lóbrega tinta se funde el sombreado de los cuerpos. En la parte superior se ve un par de ángeles con vestiduras de elegantes pliegues sosteniendo un letrero con las palabras sacramentales del Bautismo. En cuanto llegó Malibrán empezaron las discusiones frente a la obra de arte.

—O esto es un Massaccio—dijo Cisneros con suficiencia triunfal—o yo no entiendo palotada de pintura.

A lo que respondió el diplomático, des-

pués de mirar mucho la tabla de cerca y de lejos, y de frotarla en diferentes partes:

—Qué sé yo, qué sé yo... Me inclino a creer que es más bien un Pinturicchio. La figura del Bautista se parece extraordinariamente a las que hay en los frescos de Araceli en Roma.

Y tras esta razón pericial, siguió dando otras, que debían de ser muy fuertes. Entráronme ganas de contradecirle, aunque no entendía ni jota de aquellas cuestiones, y apoyé la opinión de Cisneros, el cual la sustentaba con furor, fundado en una referencia de Cea Bermúdez. Luego corrió a su archivo y trajo una carta autógrafa, inédita, en la cual el célebre investigador de bellas artes da cuenta de haber visto una relación de los cuadros traídos de Italia por un don Alonso Núñez de Villalpando, fundador de las Descalzas de Villalón. Háblase en dicha nota de una tabla del Massaccio, tasada en no sé cuántos miles de escudos, y que se tenía por obra en alto grado maravillosa. Respecto a dimensiones y asunto, dice el papel: "Es como de un pie y medio de alto, y representa el bautismo de Nuestro Redentor." Malibrán movía la cabeza, sonriendo, y quitaba importancia, con la mayor urbanidad, a las fuentes críticas de donde mi tío sacaba sus especiosos argumentos. Por fin, el testarudo castellano se atufó, y nada..., tijeretas han de ser...

—¡Oh!... Un Massaccio, el padre del Renacimiento... Tengo el cuadro más raro que existe en las galerías particulares de Europa y aun en las oficiales. Esta tabla no se sabe lo que vale. Es un tesoro. Véanla ustedes: les permito tocarla, pero... con muchísimo respeto. Usted, señor Malibrán, es muy inteligente; pero por esta vez reconozca que se ha caído. Y por más que en ello se empeñe, no logrará desacreditar mi colección ni desvirtuar la gloria de este gran hallazgo.

La discusión no se acaba. Villalonga y yo nos pusimos de parte de mi tío, y Augusta votaba con Cornelio, lo que me sabía muy mal. Allá nos íbamos ella y yo en conocimiento de tal asunto, y opinábamos por capricho, o quizá por simpatías personales, como suele suceder en la mayoría de las polémicas. Es casi seguro que ambos oíamos entonces por primera vez el nombre de Massaccio. Y, no obstante, yo sostenía con calor el partido de Cisneros o *massaccista*, y ella se declaraba franca y resueltamente *pinturicchista*.

Querido Equis, ríete todo lo que gustes de esta simpleza; pero en aquel punto y hora, y mientras disputábamos sobre una cosa que entendíamos como si nos pusieran a descifrar escritura chinesca, asaltó mi mente una sospecha que me trajo al estado de inquietud en que me encuentro todavía. Mi corazón, antes que mi entendimiento, se lanzaba ansioso al campo de las adivinaciones, partiendo de un hecho insignificante, incierto quizá. Pero ¡cuántas tonterías hay reveladoras de hechos graves! ¡Cuántas nimiedades saltan ante nuestra vista destapando misterios y abriendo los horizontes de investigación que cerrara la cautela! Mi suspicacia y el odio instintivo que aquel pegajoso diplomático me inspiraba, odio revelador también, lleváronme a creer que cuanto hablaron mi prima y Malibrán aquel día encerraba un sentido doble, y que sus palabras eran fórmulas de inteligencia convenidas, al modo de una clave cifrada. Augusta se fué, diciendo que iba a recoger a unas amigas para llevarlas a paseo, y a poco se despidió también Malibrán, dejando a mi padrino solo con su cuadro y su tenaz opinión de que era legítimo Massaccio, por encima de todas las cábalas de la envidia. Como yo me mostrara bastante frío y con pocas ganas de jalearle, toda la matraca que dió después fué contra el amigo Villalonga, que le aguantaba con estoica paciencia.

Retiréme a un ángulo del gabinete aquel, tan bonito, tan diferente de cuanto vemos en otras casas, y durante largo rato examiné una por una las rosas del suelo. Necesito explicarte esto. Hay allí una magnífica alfombra de Santa Bárbara, hermana de las de Palacio y Sitios Reales, blanda, gruesa y amorosa bajo nuestras pisadas. Es de fondo blanco, rameado y amarillo, y guirnaldas de rosas, estilo Carlos IV, que ante la crítica dominante pasa hoy por anticuado. A mí no me lo parece... Pero, sea lo que quiera, los colores se conservan admirablemente; el tejido es de una solidez que avergonzaría a toda la industria moderna; y en cuanto a las rosas, te diré que las deshojé con mis miradas, mientras en el otro extremo de la pieza apu-

raban el tema Villalonga y Cisneros. Este, inquietísimo, entraba y salía trayendo papeles y librotes con alguna referencia en apoyo de su dictamen, y también cuadros para buscar argumentos comparativos. Vi abierta ante mí una papelera, en cuyos compartimientos brillaba el oro antiguo y de ley con la amarillez elegante de las onzas peluconas. De aquellas áureas gavetas sacó mi tío un papel, que leyó como se podía leer un bando. Era el inventario citado por Cea Bermúdez; y en el trajín que el buen señor armaba, se tambaleó de improviso una armadura completa, milanesa, y cayó al suelo con estrépito y chirrido de articulaciones metálicas, como guerrero que cae malherido en el combate.

Después oí la voz de Cisneros en la pieza inmediata, riñendo con los criados, llamándolos idiotas, embusteros y enredadores. Pedía su ropa, no ésta, sino aquélla. El gabán de pieles no, ¡zopenco!..., sino el otro... Al cochero le amenazaba con despedirle por borracho, al lacayo por sucio, al administrador por entremetido, a la cocinera por habladora, a la pincha por sisona, al ayuda de cámara por indecente. Todo aquello era genialidad pasajera, pues al poco rato los trataría con la familiaridad más revolucionaria.

Villalonga se marchó, diciéndome que no salía nunca de aquella casa sin sentir que se le aflojaba un tornillo del cerebro, y cuando me quedé solo con mi padrino y pasé a su cuarto, mientras se vestía, me dijo:

—Ese Malibrán, que es un trasto envidioso, quiere quitarme la gloria de poseer el cuadro más raro que hay en el mundo. Pero se fastidiará, se fastidiará. La culpa la tiene quien le da alas, consultándole sobre lo que no entiende. ¿Has visto qué fatuidad? ¿No salta a la vista que mi tabla es Massaccio, pero tan claro que negarlo es como negar la luz del sol? Pues qué, ¿Cea Bermúdez es algún gacetillero? Tú has dado razones que no pueden rebatirse... Vamos, vamos a tomar el aire.

Llevóme al Retiro en su carruaje, y paseamos a pie desde la Casa de Fieras al Angel Caído. Saludamos a muchos amigos, y de cuantas personas conocidas pasaron a pie o en coche tuvo Cisneros algo que decir. Su feliz memoria, suplida a veces por ingeniosa inventiva, regalóme aquella tarde mil anécdotas, picantes unas, despiadadas y terribles otras, ninguna inocente, todas con ese singular acento que da la verosimilitud o la probabilidad de los yerros humanos. Era aquello la historia, compuesta y adornada a lo Tito Livio, como arte verdadero; historia no inferior por su trascendencia y ejemplaridad a la que nos cuenta en fastidiosas páginas las bodas de los reyes y las batallas que se ganaron o se perdieron por un quítame allá esas pajas. Mi tío me ilustró también con algunas particularidades de su vida, en las cuales no pude menos de ver esa mano de gato con que algunos cronistas desfiguran y engalanan lo que les conviene; y por fin me dió este consejo:

—Mira, Manolo, tú no seas tonto. Haz el amor a las mujeres de todos tus amigos, y conquístalas si puedes. No pierdas ripio por cortedad, ni por escrúpulos, ni por miramientos sociales, de escaso valor ante las grandes leyes de la Naturaleza. Las prójimas que más respeto te infundan son quizá las que más desean que avances; no te quedes, pues, a mitad del camino. Sé atrevido, guardando las formas, y vencerás siempre. Toma el mundo como es, y las pasiones y deseos como fenómenos que constituyen la vida. La única regla que no debe echarse en olvido nunca es la buena educación, ese respeto, ese *coram vobis* que nos debemos todos ante el mundo.

Algo más me dijo; pero yo dejé de oírle, porque el alma toda se me fué detrás de Augusta, a quien vi de lejos en su landó, con otra señora, su amiga, su encubridora quizá. Tal pensé en aquel momento, y con ellas, tieso y amable en la delantera, el hombre más cargante que alumbra el sol: Malibrán. Sí, le vi, y no quiero decirte más. ¿Qué tenía de particular que la acompañase, como yo mil veces lo había hecho? ¿Qué podía significar cosa tan sencilla? Nada, en rigor. Era una simpleza que me atormentaba, como nos atormenta el granito de tierra que en un ojo nos cae... Hasta debía pensar que la circunstancia de acompañarlas públicamente revelaba la mayor inocencia, pues de haber algo evitarían mostrarse juntos en el paseo... Pero nada de esto, que he pensado después, me ocurrió entonces. Habrás comprendido que yo estaba aquella tarde hecho un imbécil, un sentimental de la

peor especie, digno de que me cogieran por su cuenta los novelistas chirles. Ahora estoy viendo que tú, con la sorna que sueles gastar, vas a decirme que merezco una camisa de fuerza. Pero yo sigo en mis trece: la idea es la madre de los hechos. ¿Qué importa que no aparezcan los hechos, si se ve que la idea, por el bulto que hace, está embarazada de ellos? No, no te hagas cruces... Mira, vete al cuerno y no fastidies más.

X

13 de diciembre.

He dejado pasar ocho días desde mi última carta, y tanto me he serenado en este tiempo, que si pudiera retirar lo en ella escrito, como retiran y anulan estos oradores las palabras ofensivas que en el fuego de la discusión se escapan de sus labios imprudentes, lo haría, ¡oh Equis de mis pecados!, porque hallándome en aquellos días bajo la influencia de una exaltación insana, casi no soy responsable de las bobadas que pensé y te escribí. ¡Bendita sea mil veces la política, digo otra vez, ese arte supremo de la vida colectiva; benditos sean Sagasta, Cánovas, Castelar y demás sacerdotes de esta religión consoladora, cuyo culto produce en nuestro ánimo el efecto de las friegas en el organismo, llamando a la epidermis la irritación interior! Has de saber que la jarana parlamentaria de estos días, el temor de que el Gabinete se derrumbara y la situación con él, las alarmas, el disputar, el choque terrible de las ambiciones que se defienden con las ambiciones que embisten, han producido en mí un mareo reparador, una embriaguez que me ha hecho mucho bien. Si te digo que estos azarosos días no han sido para mí de entretenimiento, no expreso la verdad, pues también he llegado a apasionarme y a tomar con calor un asunto que nunca llegué a entender. Cuando nos encontramos dentro de una colectividad activa, un sentimiento parecido al espíritu militar nos arrastra, y corremos ciegos al disparate y a la sinrazón, como los pelotones se lanzan a la trinchera donde han de encontrar la muerte. En fin, querido amigo, estoy contento otra vez, y me parece que te oigo decir: "Bien venida sea la paz si dura." Porque como tengo estas bruscas intermitencias, temerás que salte mañana otra vez con la murria y el lloriqueo.

Y a propósito de intermitencias: no sólo no las niego, sino que he de presentarte otras versatilidades de mi espíritu, de que hasta ahora no te he dado cuenta, para que las estudies y me las expliques si puedes, que de fijo no podrás.

Desde que estoy en Madrid, es tal la movilidad de mis ideas, que me produce alarma. Recuerdo que te has reído mucho de mí oyéndome contar que en Orbajosa me levantaba algunas veces religioso y otras descreído. Pues aquí hay días que me despierto con las ilusiones democráticas más risueñas y angelicales que imaginarte puedes, y al siguiente cátame con sentimientos tan autoritarios, que me dan ganas de mirar como una bendición el palo del absolutismo. Tengo mis mañanas de popular entusiasmo, en las cuales creo que debemos dar a la plebe todos los derechos, para que se gobierne sola y haga su santa voluntad, y mañanas en que se me representan mis conciudadanos como la tropa más ingobernable y aviesa del mundo. Esta falta de aplomo proviene, sin duda, de la atmósfera de controversia febril en que vivimos, de la rapidez con que se suceden hechos y fenómenos de carácter opuesto. Nuestra sociedad está elaborándose. Nos hallamos en pleno estado de formación geológica. Las masas del planeta político están en parte blandas, en parte enteramente líquidas; por aquí hay demasiadas corrientes de agua; por allí, demasiado fuego.

Pues oye otra observación: tengo mañanas, y si quieres, tardes o noches, en que siento verdadera ansia de leer mucho e instruirme y agrandar todo lo posible la esfera de mis conocimientos. Pues se pone el sol, o sale el sol, y ya me tienes pensando que la mayor de las locuras es enviciarse con los libros, y el más molesto de los empachos, la erudición. Se me ocurre que la única ciencia digna del alma humana es vivir, amar, relacionarse, observar los hechos, hojear y repasar el gran libro de la existencia. Lo demás es perder el tiempo, tarea de catedráticos que tienen por oficio retribuído extractar el saber anterior para dárselo en tomas digeribles a la niñez.

Nada quiero decirte de mis intermi-

tencias de religiosidad o descreimiento, que raya en ateísmo. Estamos en eso lo mismo que antes. Pero hay más, querido Equis, y es que también en cuestiones de moral tengo mis caprichitos, pues hay días en que me enamoro como un bobo de los principios y no concibo que podamos ni respirar sin ellos, y otras veces veo y palpo que los principios huelgan, que sólo tienen valor las formas. Nada, nada: que vivimos en un mundo deshecho o por hacer; que somos o los grandes demoledores, o los grandes arquitectos de una sociedad.

Pues en el orden afectivo, aquella impresionabilidad que tantas censuras y chanzas me ha valido de ti, también se ha recrudecido en vez de corregirse. No olvidaré lo que te ha dado que reír esta facilidad mía para prendarme locamente de una mujer cualquiera, apenas vista y tratada. Cierto que la exaltación dura poco; pero reconozco que es peligrosísima. El caso se ha repetido en esta época, no sólo con respecto a mi prima (aquí la cosa es algo más seria), sino con personal de menos cuantía. Omito la relación de mis *súbitos incendios* para evitar tus burlas.

Hace tiempo me recomendabas el trabajo mental, no precisamente la erudición, sino la labor literaria, y veo que en tu última carta insistes en la receta, como norma de disciplina contra la versatilidad y el repentinismo. No hay quien te apee de esto, y sostienes que soy ante todo hombre de imaginación, y que sólo en el terreno del trabajo artístico he de poder fundar algo. ¡Qué disparates se te ocurren! ¡Yo imaginar, yo, que me he pasado cinco años haciendo cuentas, ordenando papeles, destruyendo embustes y aclarando derechos! La idoneidad que revelé entonces para la aritmética práctica y para las menudencias vulgares de la vida; la paciencia de laborioso insecto que entonces mostré, prueban mi ineptitud para empresas de vuelo más alto. Quien trabaja en la oscuridad como la carcoma no sabe remontarse a las nubes como el águila. Si yo intentara lo que recomiendas, verías qué engendros miserables y enfermizos saldrían de padre tan estéril.

Y a otra cosa. Hace dos noches tuve una conversación muy interesante con Augusta. Parecióme que ella misma la había buscado con habilidad suma, como se busca y provoca una explicación. Preguntóme no sé qué..., estábamos solos en su casa..., respondíle lo que me pareció bien, y ella pasó discretamente una especie de revista a casi todas las personas que habitualmente componen su tertulia. Al llegar a Malibrán bajó la voz, como quien revela un secreto, y me dijo:

—Tengo que advertirte que Cornelio es persona muy solapada y de muchas conchas, y hay que tener cuidado con él.

Como yo le dijera que pensaba lo mismo, ella añadió:

—A mí, personalmente, no me ha hecho ninguna mala pasada; pero sé de él, por referencia, cosas que me le pintan de cuerpo entero.

Esta breve monografía, hecha con acento de profundísima verdad, me consoló mucho. Era como una satisfacción, y la agradecí con toda mi alma. En aquel momento se me disiparon de la mente las frasecillas que había preparado días antes para echárselas a la cara si ocasión propicia se me presentaba para ello. Y aun recordándolas no las hubiera proferido. ¿Qué era? Ya lo adivinarás. Una declaración habilidosa y galante, con su poco de hipocresía. Yo había pensado decirle: "Augusta, aspiro a ser el primero de tus amigos, nada más que amigo; pero el primero. Y si algún día quiere Dios que ames a alguien, aunque sea poco, pido el ascenso inmediato, o sea pasar del primer puesto de la amistad al escalafón del amor." De esta sutileza estaba yo muy satisfecho. Pues has de saber que después del diálogo que he referido, infundíame la mujer aquella tanto respeto, que no hubiera osado traspasar la línea por nada de este mundo. Y aún hubo algo que me contuvo más dentro del terreno de las conveniencias, porque me habló de su marido, a propósito de un asunto que trataré a tiempo; y tales elogios hizo de él y con tanta sinceridad ensalzó sus grandes prendas, que admiré sin rebozo aquella exaltada demostración de cariño conyugal. Acabó por decirme:

—Ni tú ni nadie que no le trate con la mayor intimidad puede saber todo lo bueno que es Tomás. Es como una mina inagotable, y mientras más se ahonda en ella, más oro se encuentra. Ya ves la fama que tiene de honradez, y lo que se cuenta de su nobleza de carácter, de

cómo practica la caridad y todas las virtudes. Pues la fama se queda corta. Créelo, no tiene semejante, y esta sociedad no se lo merece.

Lo decía con tanto entusiasmo, que me anonadó, Equis amigo. La impresión que saqué de este diálogo fué altamente favorable a la hija de Cisneros. Se me representó como un ser a quien se ofende sólo con la sospecha de impureza, y ante quien no debemos ni podemos sentir más que un delicado y caballeroso acatamiento. Y ¡qué mona estaba aquella tarde!, que luego se hizo noche, pues si la vi al principio a la luz del crepúsculo, pronto su cara y su elegante traje se me presentaron vivamente iluminados por la luz artificial. El vestido era de seda, rayas blancas sobre azul turquí, y no olvidaré su indolente postura en uno de esos blandos muebles que llaman *puff*, torcido el cuerpo de modo que a veces presentaba hacia mí la cara, el costado y las rodillas. Doblaba los brazos de un modo que parecía enroscárselos en el cuerpo, y en un cambio de actitud vi una mano, con brazalete en la muñeca, que asomaba por la espalda. No te exagero. No vayas a creer que esta flexibilidad desvergonzada que te pinto acusa falta de señorío o dignidad. Es que..., verás..., no sé cómo decírtelo. No hay mujer que, como mi prima, parezca en ocasiones tan formada de pedazos mal unidos, ni figura que se desbarate más para componerse y ajustarse luego en términos que resulta airosa por todo extremo.

El encargo que me haces de que te describa la casa de Orozco, con todo lo que hay en ella, fondo y forma, añadiendo un croquis de los tipos diversos que la frecuentan, no lo puedo desempeñar en esta carta. ¿Sabes la hora que es, hijito? Las doce de la noche. Llenas están ya de mis garabatos seis carillas, y economizo las dos restantes para no acostumbrarte mal y curarte de malos vicios. Duerme si puedes, que yo me acuesto y voy a soñar con las espirituales bellezas de la *Rectificación de listas electorales*. ¡Dichosa enmienda y quién me habrá metido a mí a proponerte y apoyarte!...

XI

15 de diciembre.

¿Sobre quién quieres que te escriba hoy, animal? Vamos, decídete pronto, porque si insistes en que te mande la fotografía de la casa de Orozco, te privarás de otro regalo que te tengo preparado, verdadera golosina que ha de saberte a gloria. ¿No adivinas lo que es? Tonto, mi discurso apoyando la famosa enmienda. Vamos, apuesto mi cabeza a que, entre la relación de aquel gran suceso parlamentario y la pintura de una familia, has de optar por lo primero, pues un discursazo como el mío es cosa nueva en la Historia del mundo, y sabe Dios cuándo nos veremos en otra.

Ya sabes el sentido de la enmienda, la cual sólo ha sido un pretexto para lanzarme. Nada más cómodo para un ensayito fácil de la palabra. Se prepara uno bien; se pone de acuerdo con el individuo de la Comisión que ha de contestarle, y esta connivencia permite hacer una rectificación lucida. A pesar de lo bien dispuesto que estaba, era tal mi temor, que minutos antes de comenzar habría dado mi investidura de diputado por verme libre de tan angustiosa incertidumbre. La idea de que pronto tendría que levantarme delante de tanta gente guasona y romper a hablar me ponía carne de gallina. ¿Cómo sonará mi voz aquí—me decía yo, lleno de perplejidad—, y de qué manera moveré estos malditos brazos, que no sé para qué han de servirme? En vano quería consolarme, pensando que la mayor parte de los que allí hablan lo hacen bastante mal, sin que a nadie choque su falta de medios oratorios, y que es preciso llegar al colmo de lo extravagante y mamarracho para señalarse y provocar la risa.

Cuando llegó el instante fatal y oí la voz del presidente concediéndome la palabra, tuve ganas de echar a correr, diciendo: "Si yo no he pedido palabra ninguna, ni me hace falta para nada." Me levanté, no obstante, con un arranque de firmeza, sostenido por la idea del honor, como quien va a batirse; y mirando yo no sé para dónde, y moviendo los brazos yo no sé de qué manera, dije que era *difícil por todo extremo mi situación en aquel momento*, y luego no sé qué más, y... ¡otra!, *que no iba a ha-*

cer un discurso. Pasado un momento angustioso, durante el cual creí notar cierta curiosidad en las caras de los que estaban cerca de mí, parecióme que mi exordio caía en la Cámara en medio de la mayor indiferencia. Era todo lo que yo podía desear; y esto, lejos de desanimarme, dióme cierto aplomo. Pero la palabra se me rebelaba. Los conceptos que estudiados llevé se me trabucaron, y el hilo de la sintaxis se me enmarañó de tal manera, que hube de cortarlo repetidas veces para poder seguir. Observé que muchos padres de la patria cogían el sombrero y se marchaban. Mejor: mientras menos fueran a oírme, con más desembarazo me desenvolvería yo. Allí enjareté mis argumentos como Dios me dió a entender. Véase la clase: "Yo no traigo a este debate ninguna idea nueva; traigo una convicción profunda, traigo una rectitud de mis intenciones, traigo... (No recuerdo bien qué más cosas traía.) Si no llevo la convicción a vuestro ánimo, cúlpese a mi falta de medios oratorios, no a la idea que sustento; idea patriótica, señores; idea justa, idea práctica."

Pero, por más que intentaba dar calor a mi acento, no advertí en ninguna cara señales de convicción, ni aun de que dieran importancia a lo que yo decía. Mi voz no debía de oírse desde una distancia regular, porque al principio me dijeron: "Más alto", y tuve que esforzar la voz. Como mis dignos compañeros, salvo los amigos que me rodeaban, preferían oírme desde los pasillos, me dirigí a los taquígrafos para que tomaran bien el discurso y no perdieran sílaba. Daba también, de tiempo en tiempo, mis palmetazos en el pupitre, para expresar mi indignación contra el pícaro artículo que enmendar quería. En las paradas, y cuando me refrescaba el gaznate con un sorbo de agua y vino, los amigos que estaban detrás me decían: "Va usted muy bien, pero muy bien." Y yo, deseando concluir, volvíame con disimulo para consultarles: "¡Qué mal lo estoy haciendo! ¡Qué plancha me estoy tirando!" La bondad de aquellos leales colegas me envolvía, para confortarme, en nubes de incienso. Detrás de mí sonaba sin cesar esta frase: "Admirable..., pero muy bien..." Por último, los amigos colmaron su benevolencia, diciéndome: "Acabe usted ya; redondee, redondee... Basta, basta ya..." En efecto: ya había dicho toda la sustancia y me estaba repitiendo. Pero no acertaba con una conclusión airosa. La que había pensado se me escapó del magín y subídose al techo, y yo, por más que miraba para arriba, no la podía pillar. Por fin, Equis de mi alma, dando tropezones y recordando confusamente que mi olvidado final era cosa de la patria, eché mano de esta idea, como el nadador que envuelto por las olas ve un palo a que agarrarse, y salí... Salí diciendo que no podría rechazarse la enmienda sin dar una bofetada a la patria. No, no fué así: dije que..., en fin, no sé lo que dije; sólo sé que me senté y que todos los que estaban a mi lado y detrás de mí me felicitaron con efusión, apretándome la mano. "Muy bien, muy bien. A poco que usted se ejercite, será un gran orador. Ha estado usted intencionado, intencionadísimo y contundente."

El de la Comisión que me contestó hizo su exordio felicitándome y felicitando al Congreso por *la gallarda prueba que yo había hecho de mis facultades oratorias*, y a renglón seguido refutó mi *elocuentísimo* discurso, diciendo que yo había explanado con extraordinario talento y con pasmosa erudición una teoría inadmisible. Echóme la mar de flores llamándome su *particular amigo y una de las personalidades más conspicuas de la Cámara.* Rectifiqué según lo convenido, y estuve bastante más sereno y despabilado en la rectificación que en el discurso: le devolví sus flores con creces; nos estuvimos incensando un gran rato, conviniendo los dos en que éramos muy grandes oradores y que nos inflamaba el más ardiente patriotismo; retiré mi enmienda, y a vivir. En los pasillos me felicitaron todos calurosamente, aun aquellos que se habían largado de los escaños apenas empecé a hablar. "Ha estado usted muy bien... Yo no le oí todo el discurso, porque tuve que salir... ¡Caramba, que hay buenas explicaderas!... Tiene usted grandes facultades, y es lástima que no las ejercite... Muy bien, amigo Infante... Venga un abrazo. Me han dicho que estuvo usted acertadísimo y muy lógico, sobre todo muy lógico." Sin pagarme mucho de estas alabanzas, que yo he prodigado mil veces a varios Demóstenes de pega, fuí al *Diario de Sesiones* a corregir mi discurso,

mejor dicho, a rehacerlo, y lo dejé como una seda, tan diáfano y con una sintaxis tan redondeada, que si algún día se me antoja leerlo tendré que decir: "Mascarita, no te conozco." En todos los periódicos ministeriales, y aun en los de oposición, leerás *que he revelado no comunes condiciones oratorias*. La noticia me ha cogido muy de sorpresa; pero te aseguro que no caeré en este lazo que tiende a mi vanidad la adulación. Sigo creyendo que lo hice muy mal y que la única elocuencia que debo cultivar es la del silencio.

Mi prima no fué a la tribuna, porque tuve buen cuidado de engañarla respecto al día de mi estreno. Por ningún caso quería que me oyese, temeroso de que su presencia me hiciera perder pie. Pero tan a mal ha llevado el quiebro que di a su curiosidad, que no quiere perdonármelo. Anoche, cuando todos en su casa me felicitaban, empeñóse en chafarme el triunfo, asegurando saber, por conducto de un ministerial, que no dije más que vulgaridades; que mis movimientos eran torpes y desmañados y que los pocos que se resignaron a oírme se durmieron... Con estas bromas me estuvo asaeteando toda la noche, y noté en ella algo de ira o despecho por no haber oído mi *speech*.

Ya que la tengo otra vez en el pico de mi pluma, voy a referirte algunas particularidades suyas, para que, desde ese escondite donde estás, la conozcas y la veas tan claramente como la veo y la conozco yo. No sé si te he dicho ya (y si lo dije lo repito ahora, porque es muy importante) que mi prima se aparta bastante de las ideas y de los gustos de su dichoso papá. Se le parece en que tira siempre a sacrificar la verdad al ingenio y a despreciar los dictados del sentido común, prefiriendo la originalidad a la certeza y poniendo el chiste por cima de toda idea de justicia. Pero, fuera de esto, nada hay de común entre hija y padre. Augusta profesa a las tablas del siglo XV un odio casi africano, y hace de ellas graciosas caricaturas habladas y aun dibujadas, pues cuando está de vena coge un lápiz y te parodia con cuatro rasgos aquellos santos rígidos, con las caras afligidas, las manos como palmetas, las posturas imposibles, los paños duros, aquellos fondos arquitectónicos sin perspectiva ni proporciones, aquellos animales toscos como los que pintan los chicos. Dice que de la colección de su padre apartaría dos docenas de cuadros, y lo demás lo haría astillas, si la estolidez humana no le diera un precio convencional.

Aun tratándose de pintura buena, se permite atrevidas salvedades: sostiene, sin temor a los aspavientos de Malibrán, que la aburren los cuadros de santos, la poca variedad de los asuntos, el amaneramiento de la idea, el convencionalismo de las composiciones, que vienen a ser como un estribillo que se ha oído centenares de veces. Hace gala, siempre que sale a cuento, de sus doctrinas iconoclastas en materias de arte; gusta de verse sola defendiendo contra todos la originalidad de sus opiniones, y se declara partidaria ardiente de la pintura moderna, asegurando que prefiere un buen cuadrito de género intencionado y vivo, un buen estudio realista y jugoso, a las cacareadas obras maestras de la pintura religiosa. De lo que llamamos clásico, le gusta más un retrato de Moro que todas las visiones celestiales de Fray Angélico, y más un dedo de cualquier figura de Velázquez que todo Rafael. Esta independencia, un tanto afectada, del gusto, le habría ocasionado algunas desazones con su padre, si no cuidara de atenuarla ante él. Disimula, pues, con respeto y cariño; pero con los amigos pone cátedra de heterodoxia, ¡y qué cátedra, Equisillo!

En la casa de Orozco están representadas visiblemente las ideas de su ingeniosa dueña, y fuera de dos o tres retratos anónimos atribuídos a Pantoja y un Murillo (Malibrán dice que es Tovar), no hay en ella un cuadro antiguo ni para un remedio. Allí no verás más que pinturas frescas, nuevecitas, de buena mano, firmadas por García Ramos. Jiménez Aranda, Mélida, Martín Rico, Domínguez, Román Ribera, Sala, Beruete, Plasencia y otros muchos; escenas andaluzas o madrileñas, tipos gitanescos, militares, marítimos, cabezas elegantísimas, grupos parisienses, majas, y además paisajes muy lindos, imagen exacta de la Naturaleza. Declarándome previamente sin ninguna autoridad, y reconociendo mi ignorancia, te declaro, con la rudeza de un bruto, que me entretiene mucho más la colección de mi prima que la de Cisneros.

Tengo que añadir un perfil a la figura, diciéndote que es muy apasionada del estilo Luis XV y del barroquismo como arte decorativo. Posee un sinfín de cacharros de gran precio, cornucopias y marcos de talla dorada muy hermosos. Cierto que el Luis XV no tiene sustitución posible para decorado de salones elegantes; pero Augusta extrema su preferencia, afectando no entender las bellezas de la ornamentación arábiga, detestando lo gótico y sosteniendo que todo lo griego está muy bueno para cementerios.

Algo más tengo que decirte, que sería como ampliación de estas ideas y gustos de mi prima en terreno muy distante del artístico; pero las guardo para mejor ocasión, y acabo ésta dándote las buenas noches.

¡Ah! Se me olvidaba un perfil; pero te prometo empezar con él mi próxima.

XII

16 de diciembre.

Voy a lo que se me quedó ayer. Otra de las grandes divergencias entre padre e hija es que Cisneros tiene gran afición a Castilla y ama el país clásico, donde planta sus raíces el árbol secular de la raza a que pertenece, la tierra madre autora de la lengua que hablamos, maestra y criandera de nuestro ser castizo, mientras que Augusta profesa a aquel suelo y a sus paisanos un odio mortal. Cuentan que cuando era niña y su padre la llevaba a Tordehumos, se entristecía tanto, que la sacaban de allí con un principio de ictericia. A poco que le tires de la lengua, te hace descripciones en caricatura de aquel suelo venerable y extenuado; de los pueblos de adobes, más propios para que los habiten sabandijas que hombres; de los campos que en invierno están helados y en verano parecen de yesca; de los alimentos que apestan a aceite de linaza; de las casas calentadas con humazo de paja; de la tristeza de la raza, que se refleja hasta en las diversiones populares. Y has de notar que en ese país tan aborrecido y despreciado tiene la criticona parte de sus propiedades. Allí hay centenares de hombres que, agobiados por la usura, los impuestos, la miseria, y luchando heroicamente con un suelo empobrecido y un clima de los demonios, trabajan como esclavos para que ella viva cómodamente en Madrid, sin cuidarse de lo que cuesta arrancar a la tierra sus tesoros. Asegura que cuando va de viaje se alegra de que el expreso del Norte pase de noche por aquella región antipática, para librarse del pesar de verla.

Mi tío no es así. Habla siempre de Castilla con grandes encarecimientos, y asegura que todo lo bueno que tenemos procede de allí; pero este amor al suelo nativo es puramente platónico, pues hace muchos años que el buen Cisneros no aporta por allá, y sus relaciones con la patria son puramente administrativas y epistolares, enderezadas a recoger puntualmente sus rentas y a comprar todas las fincas que se venden, por sucumbir sus dueños en las garras de la usura. Francamente, esta falta de comunicación entre el propietario y la tierra me da muy mala espina. He hablado con Cisneros de esto, y conviene conmigo en que el diluvio ha de venir; "sólo que —añade—como creo que está aún bastante lejos y que no me ha de coger a mí, no me ocupo de él, y voy viviendo lo mejor que puedo, reuniendo los materiales para que mis sucesores hagan un arca, si pueden y saben hacerla".

Entra conmigo ahora, *temerario mancebo*, en la casa de Augusta. ¿Quieres que te hable de Orozco? Es hombre que vale mucho, sí; pero reconociendo su mérito, no he acabado de entenderle todavía. Y te advierto que la opinión acerca de él no es tan unánime como tú piensas. Verdad que opiniones unánimes, en sentido favorable, aquí no las hay nunca. En una sociedad tan chismosa, tan polemista, y donde cada quisque se cree humillado si no sustenta, así en la charla pública como en la privada, un criterio distinto del de los demás, son muy raras las reputaciones, y éstas tienden siempre a flaquear y derrumbarse como puentes de contrata, construídos sin buen cimiento. Faltan grandes unidades. La independencia de criterio, extendida en toda la raza como una moda perpetua, y el individualismo del pensamiento, determinan una gran inseguridad en diversos órdenes de la vida. Faltan disciplina intelectual y moral. Somos demasiado libres, pecamos de autónomos, y

así no podemos crear nada estable. Para que las naciones marchen bien, es preciso que haya muchos que sacrifiquen sus ideas a las ideas de los demás, y aquí nadie se sacrifica: cada uno de nosotros cree sabérselo todo. De esto se deriva la gran enfermedad, amigo Equis, o sea la antipatía invencible de la raza a las reputaciones. No gusta de ellas porque tienden a crear unidades, y aquí la unidad es como una planta maldita, que todos pisoteamos para que no prospere. Siempre que aparece el fenómeno de una reputación, cuando los hechos y pareceres que la constituyen principian a concretarse, ya estamos todos desasosegados, buscando los peros que hemos de ponerle para que no cuaje. En el orden moral, en el literario, en el político, las reputaciones crecen difícilmente, como un árbol raquítico lleno de verrugas y comido de insectos. Si andas por el mundo, oirás el ruido incesante del laborioso *Termes,* que taladra y devora los troncos más robustos. La malicia, aderezada de ingenio, es grata y sabrosa a nuestros paladares, y no oirás nunca alabar a una persona por honrada, por inteligente o por otra cualidad sin que al punto venga ese inmortal y castizo tío Paco con sus implacables rebajas. Las restas son a veces cruelmente chistosas. Muchos las discuten o las deniegan; pero casi todos las ríen, y aunque alguien las ponga en cuarentena, ello es que se les da curso y corren como la moneda fiduciaria bien garantida.

Y tú dirás: ¿a qué viene todo esto, señor chiflado? Y yo te respondo que más chiflado es él, y que esto es un razonamiento para apoyar lo que te dije de Orozco, de ese hombre tan encomiado por diferentes apologistas, entre ellos tú. Pues para que lo sepas, en el Casino y en la Peña de los Ingenieros, donde paso algunos ratos de noche, he oído poner en solfa esa tan cacareada honradez y rectitud. Cierto que lo que allí se dice nadie lo sostendría en una discusión seria. Hablan, como aquí es costumbre, por lujo y sibaritismo de conversación, por el placer de producir asombro en los oyentes, por arrojar en las bocas de la curiosidad estragada una golosina picante, sin creer en lo que se refiere y con el propósito de retirarlo y desmentirlo si fuese menester. Excuso decirte que lo que oí no me ha hecho variar de opión respecto a tu ídolo.

En la tertulia de Augusta, valga la verdad, no somos mejores que en otros centros de entretenimiento y grata sociabilidad. Hablamos por los codos y criticamos todo cuanto existe. Sólo al amo de la casa no he oído jamás concepto alguno desfavorable a nadie. Su prudencia es allí una disonancia. En cambio, Cisneros, que va casi todas las noches a echar su tresillo, ha promulgado una ley a la cual nos sujetamos todos los que somos más o menos políticos: "Aquí no se permite en ningún caso ni bajo ningún pretexto hablar bien del Gobierno, cualquiera que sea."

Aquella casa es de las pocas que se caracterizan en el orden social por una opulencia razonable y enteramente desahogada. En ella reina un lujo discreto, que nunca rebasa la línea dentro de la cual están la comodidad y el agrado de los amigos; lujo que, al llegar a las fronteras de la disipación, se detiene y de allí no pasa. Conoces a Orozco por ese trato superficial que se entabla en la calle o en los centros de reunión. No conoces su casa; no has entrado nunca en aquel magnífico principal de la cuesta de Santo Domingo, y me alegro, pues así puedo yo introducirte y guiarte, señalándote lo que me convenga. Allí admirarás el mayor grado de desarrollo de la burguesía pudiente y bien educada, que ha sabido asimilarse aquella parte de las costumbres aristocráticas conveniente a los intereses y reclamada por su posición política o económica; allí encontrarás todo el elemento extranjero introducido de poco acá en la manera de comer, de hablar, de vestirse, y ha de sorprenderte verlo armonizado con la sobriedad española, el orden y la calma de nuestra antigua clase media, anterior a la desamortización.

Remontándonos a los orígenes, hallamos que no es muy ilustre el abolengo del amigo Orozco. Su abuelo hizo mediana fortuna en el comercio menudo. Su padre se enriqueció, según dicen, con negocios poco limpios, entre ellos el de aquella Sociedad de Seguros, *La Humanitaria,* que en su catástrofe dejó tras sí un reguero de desdichas, lágrimas y desesperaciones. El actual Orozco no es responsable de los actos de su padre; pero se me figura a mí que su fortuna,

por la calidad de los materiales que la formaron veinte años ha, pesa bastante sobre su conciencia. Me fundo para creerlo así en la cara que pone cuando le hablan de *La Humanitaria*. No diré que le enoje el ser tan rico; pero me parece que tendría un gran alegrón si le probaran ahora (cosa un poco difícil) que don José Orozco había labrado su riqueza en moldes más puros.

Marido y mujer aborrecen la ostentación, y a él no le ha dado nunca por esas bobadas del *sport*. Bailes, no se han visto allí, según he oído, más que dos en los seis años que llevan de casados. Comidas, al año suele haber dos o tres de solemnidad. Ordinariamente, no pasan de seis u ocho cubiertos. Coches, con un landó y una berlina contratados se pasan tan ricamente. Viajes, los de verano de rutina, con algún que otro estirón hacia Alemania, Bélgica o Suiza. En trapos, mi prima gasta mucho, pero nunca todo lo que podría; de modo que ni aun este renglón, en otras partes tan peligroso, altera el orden de casa tan bien dirigida. Recepciones, allí no las hay, realmente; pero concurren de noche a la casa bastantes amigos, casi todos de confianza.

A poco de frecuentar la tertulia noté que existe en ella un bando o partido en el cual se politiquea y se murmura con ligereza, a veces con saña, de toda persona que tiene la desgracia de fatigar a la voz pública con la repetición de su nombre. No hay que decir que es cabeza del temible bando mi padrino Cisneros. En el mismo levanta el gallo Jacinto Villalonga, a quien conoces quizá mejor que yo, hombre ameno, discutidor de oficio, privado en absoluto de paladar moral, tratándose de política, que es su pasión y su manera de vivir. Por lo demás, muy corriente, muy servicial, muy amigo de sus amigos, siempre en disidencia y siempre pretendiendo y enredando. Es el tipo del *pillo simpático* que aquí tanto abunda. Considera al Estado como cosa propia, y si puede despojarlo de algo, lo hace sin recelo alguno, con la conciencia tan tranquila como la de un niño. Al propio tiempo, incapaz de quitarle al individuo el valor de un alfiler. El pobre Estado es la eterna víctima. Y cuenta que si al día siguiente de haber hecho Villalonga una de las suyas vas a verle y le pides un favor, te da todo lo que tiene, hasta la camisa si no tiene otra cosa. ¿Ves qué moral? En España la gastamos así.

Ya va para viejo, y parece que quiere sentar la cabeza. Ansía fijarse, después de haber hecho alto en todas las tiendas del campamento y sentado plaza en todos los ejércitos. Ahora bebe los vientos porque le hagan senador vitalicio, como jubilación de sus campañas y reposo de sus odiseas. Te aseguro que está graciosísimo cuando nos cuenta lo de la senaduría y las fatigas que por ella pasa.

En el mismo bando tienes al ex ministro que te presenté en una de mis cartas anteriores y a un alto empleado de Cuba, cesante, que no habla más que de chanchullos de Ultramar. Dicen que es buen sastre el que conoce el paño. Aguado, que así se llama, me parece a mí que es maestro viejo, y sus ganas de volver allá no se compaginan bien con los horrores que nos cuenta. Augusta le llama *el Catón ultramarino*. Es un catonismo el suyo de tal calidad, que cuando le oigo me dan ganas de poner entre sus manos y mi bolsillo una pareja de la Guardia Civil. De otros que suelen arrimarse a la partida maldiciente te hablaré si se destacan en lo que contándote voy. Allí verás algunas noches a la de San Salomó, ya bastante ajadita, pero siempre guapa, rajando con la lengua a todo el que coge por delante. Alardea de entender de política; mas de sus explicaderas no puedes colegir si es carlistona furibunda o anarquista frenética.

Dejando a un lado la banda de los devorantes, sigo la cuenta de los que concurren con más o menos asiduidad. No falta ninguna noche el noble marqués de Cicero, varón serio y vacío, de una modestia que no me cansaré de alabar. Practica el *nosce te ipsum* tan al pie de la letra, que jamás se permite el intento de formular una idea propia. Habla siempre con las ideas de los demás, única manera de hacerse tolerable. También es bastante puntual el conde de Monte Cármenes, hombre simpático y apacible, muy rico. De su riqueza y su buena pasta ha salido la filosofía optimista que profesa con tanto salero. Nadie le ha visto nunca inquieto ni afanado por cosa alguna; todo lo encuentra bien, perfectamente bien. Puedes

creer que el amigo Pangloss a su lado en un carácter tétrico.

Adelante. ¿Conoces tú a Trujillo, el banquero, y a su señora, Teresita Trujillo? De seguro que no los conoces. Ella va una noche sí y otra no, acompañada de su marido, o de su hijo Pepe, oficial de Artillería, muy guapo, que juega divinamente al tresillo. Es señora amabilísima, alegre como pocas, habladora hasta la ronquera, y que tiene verdadera pasión por los crímenes célebres. Otro que nunca falta es don Manuel Pez, que suele hablar sesuda y campanudamente de las cosas públicas. Yo voy casi todas las noches. Menos asiduo, pero también constante, es tu amigo Federico Viera, de cuya amenidad, gracia y recursos para la conversación nada te digo, porque le conoces muy bien. Y el más puntual, el infalible, es mi detestado rival Malibrán, perito en bellas artes, en modas, en política extranjera y, sobre todo, en mujeres, pues se las da de tenorio, y cuando trae a colación la lista famosa de sus triunfos no hay quien le aguante. Te juro que si llego a persuadirme de que este brillante majadero consigue, como al parecer es su intención, *robarle el albedrío* a mi adorada prima, vamos a tener aquí una tragedia.

Me falta señalarte otro de los puntos fijos, Calderón de la Barca, pariente, no sé en qué grado, de la señora de Cisneros, y aun creo que mío también. Orozco y su mujer le miran como de la familia. Es viudo, con pocos medios de fortuna, y padre de una niña monísima, que casi siempre está en la casa, y con la cual mi prima, a falta de hijos propios, *madrea* diariamente hasta dejárselo de sobra. La confianza de Calderón en la casa de Orozco tiene algo de parasitismo: casi siempre come allí, y creo que Tomás le ocupa en su administración por no verle inactivo y darle apariencias de dignidad. Es hombre muy sencillo, un buenazo, pero de imaginación tan disparatada y farfantona, que a lo mejor te cuenta las mentiras más estupendas con la mayor formalidad, y...

Mira, niño, estoy cansadísimo; te mando ésta para que te vayas entreteniendo, y seguiré mañana. No hay que abusar, y eso de que yo me queme las cejas para divertirte tiene su límite. Buenas noches.

XIII

17 de diciembre.

Pues decía que este Calderón te encaja las papas más gordas que da la fantasía humana, y se queda tan fresco. Lo mejor es que no miente a sabiendas, porque se cree a pie juntillas cuanto dice. Yo me río de él lo que no puedes figurarte. El otro día me porfiaba que un misterioso industrial de Madrid ha establecido, bajo el patrocinio secreto de altos personajes, el más extraño negocio que se puede imaginar. ¿A que no lo aciertas? Pues el negocio consiste en hacer el matute en gran escala por medio de los carros fúnebres, de unos cuantos hombres vestidos de curas y de unas mujeronas disfrazadas de hermanas de la Caridad. Daba tales pormenores, que parecía estar en el ajo y ser de la partida. Te advierto que en todas las extravagancias que te cuenta Calderón hay siempre alto personaje: esto no puede faltar.

Tía de este tipo, y también de Augusta, por parte de madre, es doña Serafina Calderón, señora respetable, muy querida de toda la familia y especialmente del matrimonio Orozco. De noche nunca la vi en la casa, y hace un mes que no va tampoco de día, porque padece gravísima afección al pecho, y dicen que se morirá pronto. Desde que Augusta ha dado en pasar las tardes junto a su tía enferma, me siento muy solo en el Retiro y Castellana, y elevo una humilde oración al Altísimo para que la señora se ponga buena o, al menos, se alivie. Pero el Altísimo no me hace maldito caso, y mi prima no pasea.

Ya comprenderás que, fuera de las rabietas que paso como enamorado y no correspondido, lo paso regularmente en casa de Orozco. Allí tenemos billar, tresillo, *bezigue*, y algunas noches música, con grandísimo júbilo mío. Augusta toca el piano muy bien, y sería consumada profesora si estudiase algo más. Te aseguro que cuando la oigo me transporto al séptimo cielo. Los devorantes del famoso bando capitaneado por mi padrino, aunque fingen humanizarse con el trato de Beethoven, Liszt y Chopin, no dejan en paz a sus víctimas. Allí se desmenuzan las cuestiones que van saliendo, traídas por la Prensa, o por ese

otro periodismo hablando *sotto voce* que no se atreve a expresarse en letras de molde. Hay noches benignas en que las hachas sólo despuntan las ramas; pero otras, querido Equis, caen con estruendo y furia los troncos más robustos. Creerías que están todos poseídos de un vértigo ecualitario, de un furor terrorista y guillotinante, ansiosos de establecer para los casos de moral el nivel del suelo raso. Durante varias noches se trató del crimen misterioso de la calle del Baño (habrás leído algo de esto en la Prensa), y excuso decirte que prevaleció, con gran lujo de fundamentos lógicos, la popular especie de que influencias altísimas aseguraron la impunidad de los asesinos. Vino después la cuestión del escandaloso desfalco de la Deuda. Quedó probada la inocencia de los infelices que están presos y la culpabilidad de Fulano y Zutano (personas muy conocidas). También oirás allí que en un círculo social muy señalado se cotizan las credenciales de Cuba como si fueran títulos del 4 amortizables.

Esto de la inmoralidad ultramarina, ¡María Santísima!, es la correa más larga de todas. Algo se cuenta que indudablemente es exacto; pero añaden tales horrores, que me resisto a creerlos. En la crítica de los negocios coloniales lleva la voz cantante aquel Aguado de quien antes te hablé, el cual estuvo allá tres años y se trajo, según dicen, media isla. Pues las cosas que éste desembucha, más son para oídas y calladas que para referidas. Ya comprenderás que allí, tratándose de la situación, es cosa corriente lo de *esto se va, esto no dura tres meses, esto se cae de pura corrupción*, etc. Y a lo mejor se hacen preguntas muy chuscas.

—Oye, tú—dirigiéndose a mí—, ¿qué hay de ese ministro que se quiere marchar porque el Consejo no le aprueba el nombramiento de director en favor de X?...

Pon aquí un nombre muy desacreditado. Rara es la noche en que alguno de la partida no lleva noticias de este jaez:

—En el Consejo de hoy se han tirado los trastos a la cabeza... Dicen que andan a tiros en tal o cual parte... Los revolucionarios, contentísimos.

Se entabla allí cada polémica que Dios tirita. Villalonga, echándoselas de hombre de orden y de ministerial, aunque parezca mentira, defiende al Gobierno algunas veces; pero Aguado, furioso porque no me le echan para *allá* otra vez, sale espada en mano al combate. Su lengua es horrorosamente mortífera:

—El presidente del Consejo no dice más que embustes, y a todo el que coge le engaña como a un chino.

Otro día asegura (le consta de buena tinta) que dos ministros han reñido por cuestión de faldas; que están de uñas los tales con los cuales... Cisneros se baña en agua rosada, y aunque siempre trata estas materias de una manera espiritual, y se chunguea del ministerialismo acomodaticio de Villalonga, así como de la furibunda y ciega oposición de Aguado, no por eso es menos cáustico en sus conclusiones.

Cuando se deja caer por allí, Augusta suele defender al Gobierno por enzarzarlos, y también pincha al *Catón ultramarino* para verle hecho un basilisco, soltando veneno por lengua y ojos. En cuanto al ex ministro, aparenta tomarlo a broma; pero mete su cuarto a espadas, lanzando puntaditas, pues está esquinado con la situación, aunque lo disimula. Dice que va al grupo para saber noticias. A veces las desmiente con tibieza, a veces con un calor que viene a reforzarlas. Volviendo a mi prima, te contaré algo que te hará reír. Tiene un gran talento natural, no bien cultivado. Ya sabes que se educó en Francia, que perdió a su madre siendo muy niña y que la casaron muy joven. Su inteligencia se ha cultivado sola: hace gala, como ya te he dicho, de altiva y temeraria independencia en sus juicios, y nada le desagrada tanto como encontrarse con una opinión que los demás aceptan. Hace pocas noches aseguraba que no puede soportar la literatura española, desde Moratín inclusive para atrás, y nos dijo que, fuera del *Quijote*, no ha podido nunca leer tres páginas seguidas de ningún autor en prosa ni en verso, místico ni profano; que el teatro de capa y espada le es atrozmente antipático leído y visto representar; que los tan ponderados místicos, sin excluir a Santa Teresa, no valen más que para narcóticos en caso de insomnio rebelde; que varias veces intentó leer la *Historia*, de Mariana, y que siempre le ha producido jaqueca; que los romances y poemas de

fabla antigua le recuerdan demasiado a su desapacible y adusta tierra de Campos, pues son la misma cosa puesta en letras, el clima helado y seco y la tierra estéril... En fin, que en literatura es también iconoclasta rabiosa, y que a ella no le den más que lo moderno español, y más aún lo francés. En lo francés, le gusta todo lo del siglo pasado; pero no pasa más allá, y hasta los padrotes Molière y Racine le resultan de una insipidez intolerable.

De esta radical opinión surgió una disputa muy viva entre ella y Federico Viera. Ya conoces el carácter de Federico; su ingenio, que sería fecundísimo si lo cultivara, sabes que jamás se queda en los términos medios; que en sus simpatías y aborrecimientos va hasta el furor, y que su desmedido orgullo suple en él, como en otros muchos, las energías de la convicción para sostener cualquier idea. Te añadiré que de los amigos de Orozco, sin contar a Calderón y a mí, Federico es el que tiene más confianza en la casa, pues su amistad con Tomás data de larga fecha. Augusta se pelea con él, siempre que hay ocasión, contradiciéndole con cierto énfasis, buscándole las vueltas, y zahiriendo sin piedad sus quijotismos. El toma en serio los furores iconoclastas de su amiga, y ella los exagera para exaltarle. No sé el tiempo que duró aquella discusión deliciosa, en que mi prima se permitió decirle:

—¡Pero qué tonto es usted!... Quiere hacernos creer que ha leído el poema del Cid. No tendría usted tan buen color.

Y él:

—Sí; eso lo dice usted por afán de originalidad, y no niego que está usted monísima sosteniendo tales disparates...

Simpatizo cada día más con este pobre Viera; y si no me agradase tanto por bueno y leal, habría de gustarme por desgraciado. A propósito de él, tengo que contarte algo que te ha de interesar.

Abur, gaznápiro. Dios te libre de caer en el bando de los devorantes o manteadores.

XIV

20 de diciembre.

La opinión que en tu carta me indicas respecto a mi prima no me parece ajustada a la verdad. ¿Se funda acaso en informes míos dados con ligereza y cuando no había hecho las convenientes observaciones? Pues me retracto, querido Equis; me trago todo lo escrito, y ahora, conociendo mejor cosas y personas, quiero quitarte de la cabeza esos juicios malévolos. Créelo: Augustina es buena; ama con firmísima ternura a su marido. Sus aspiraciones afectivas están colmadas, y nada revela en ella que padezca inquietudes del alma, ni curiosidades de esas comparables a las de los geógrafos navegantes que buscan mundos mejores que los conocidos. Noto en ella la tranquilidad del que está contento en su mundo y no indaga con ansiosa mirada lo que habrá más allá del horizonte. Ya estoy oyéndote decir: "Este tonto se viene cada día con una cantilena distinta..., y lo peor es que pretende se le admitan todas estas ideas, variado fruto de su fecunda impresionabilidad." Reconozco, señor maestro, que varío la tocata con demasiada frecuencia. Es que yo no me aferro a las opiniones, ni tengo la estúpida vanidad de la consecuencia del juicio. Observo lealmente, rectifico cuando hay que rectificar, quito y pongo lo que me manda quitar y poner la realidad, descubriéndose por grados, y persigo la verdad objetiva, sacrificándole la subjetiva, que suele ser un falso ídolo fabricado por nuestro pensamiento para adorarse en efigie. Ríete de mí; pero acepta la versión que hoy te mando, que es la oficial, la verdadera. Que es honrada te digo, y si me lo niegas, hombre de poca fe, nos veremos las caras.

Y, sin embargo, Equis de mil demonios, heme aquí empecatado, heme aquí sin poder vencer la diabólica intención que en mí ha nacido, y que tras largas vacilaciones se manifiesta positivamente. Mira si estoy dominado por la infernal influencia, que creyendo no es ella terreno dispuesto para el mal, me inclino a seguir tu consejo satánico. Es que los obstáculos nos infunden temeridad, y los peligros nos ilusionan más que la confianza. No, no hay allí, como tú sostie-

nes, una fácil victoria; pero contando con la resistencia, solicitado quizá por la resistencia misma, romperé pronto el fuego.

Somos muy pillos los descendientes del señor de Adán. Llevamos el mal en nuestra naturaleza, y la cultura nos ha dado una filosofía pérfida y farisaica para cohonestarlo. La sociedad, con diarios y persuasivos ejemplos, nos incita a cursar esta filosofía, y si no lo crees, ahí tienes a mi padrino, el castizo Cisneros, que me repite a cada instante su famosa prescripción, resultado de un profundo sabor sociológico:

—Manolo, no seas burro. Haz el amor sin reparo alguno a las mujeres de todos tus amigos.

El afecto del honrado y leal Orozco me da algunos malos ratos todavía en esta campaña infernal, que aún no ha salido de la esfera nebulosa de mi intención. ¡Ah! En la voluntad mía, ya he ultrajado al hombre sin par, modelo de nobleza y rectitud. Pero, como te dije antes, el siglo fecundo en que vivimos nos da una filosofía muy cómoda para acudir al remedio de estos desastres de la conciencia. ¡Hay tantos casos semejantes! ¡Si fuera yo el primero que alterara la ley moral! ¡Si introdujera yo esta moda de los esposos de mérito, burlados y escarnecidos! No mil veces. Yo no he puesto la sociedad tal y como se halla hoy; yo no he reformado el Decálogo, rebajando los pecados gordos a la categoría de veniales; yo no he aceptado las enmiendas a la ley fundamental, que la convierten en papel mojado. Yo llego y me encuentro las cosas como las dejaron otros, y no he de hacer el reformador ni el protestante.

Me dices una cosa que me lanza más al disparadero. Dices que llame y me responderán. Llamaré, hijo mío, aun dudando mucho de que me respondan. Soy como aquel que sin saber palabra de la asignatura iba a examen, diciendo: "Me expongo a que me aprueben." Eso digo yo: "Llamaré; me expongo a que me abran la puerta." ¿Y si no me la abren?

Por ahora no te diré nada sobre el particular. Me reservo para cuando tenga que comunicarte el éxito o el fiasco.

Y vamos a las informaciones que tantas veces me has pedido acerca del pobre Federico Viera. Me volvió a decir ayer que te había escrito, y ahora sí creo que lo ha hecho. No le tengas mala voluntad por su tardanza en contestar a tus cartas, la cual no significa que te olvide, sino que anda medio trastornado con las mil cosas que le rebullen en la cabeza. El problema de la vida es en él, por la pícara suerte y por los obstáculos permanentes de su carácter, de muy difícil solución. Yo creo que llegará a la vejez dando vueltas al tal problema sin resolverlo nunca. Conozco algunos así, y los tengo por los seres más dignos de lástima. Federico Viera es uno de los hombres de más entendimiento que creo existen en España. Quizá por tenerlo tan grande y algo incompleto, así como por la acentuación quijotesca de algunas prendas morales y por carecer de otras, ha de fracasar constantemente. ¡Qué lástima! Pocos hombres conozco aquí más simpáticos y de trato tan seductor. De mí sé decirte que le estimo de veras, y que trato de mejorar su adversa suerte. Pero me parece que no haremos carrera de él. Quéjase de la fatalidad, ¡el comodín de todos los que equivocan el camino de la vida!, pero yo voy creyendo que en este caso la fatalidad existe, y que Federico no adelanta porque se lo estorba alguna fuerza interior incontrastable, y también circunstancias externas independientes de su voluntad.

Ha pasado de los treinta años y se encuentra sin carrera, sin medios de fortuna, incapacitado para desempeñar un destino, pues carece de condiciones legales para obtenerlo, y no es cosa de que empiece por oficial quinto. Aborrece la política, sin considerar que es la única puerta practicable que ante él se abre. Sobre esto hemos tenido varias disputas.

—La política—le digo—será todo lo inmoral que quieras. Ella tendrá sus máculas como todas las cosas; pero es un medio, y hay que aceptarlo como tal cuando no se tienen otros. Es una especie de proteccionismo, un sistema de beneficencia que el país ejerce para dar colocación a los que se han quedado sin casillero en el reparto de puestos sociales. Viene a ser como una sucursal de la providencia; y si no existiera, los desastres que habrían de ocasionarse serían mucho mayores que los tan cacareados y evidentes daños que ahora se le atribuyen.

Al fin me pareció que le convencí, pe-

ro la dificultad está en meterle en la política. Si lo lográramos, figúrate cuánto brillaría. No conozco a nadie con más facultades oratorias. Sus contados ensayos periodísticos revelan también aptitud extraordinaria para el caso. Posee como nadie ese golpe de vista rápido, esa preciosa facultad de ver el lado conveniente y oportuno de las cuestiones, abandonando las demás. Pues nada de esto le sirve mientras no tenga la afición, el prurito ambicioso que a otros, faltos de aptitud, les sobra.

Por mi parte, trato de empujarle, y he bebido los vientos estos días para conseguirle un acta en cualquier elección parcial; pero no me ha sido posible. A nuestro amigo le perjudica el nombre de su padre, que es la mayor de sus desdichas. Lo mismo es decir Viera, que surge la imagen de ese solemnísimo bribón, cuya triste fama permanece en Madrid, viviendo él fuera de España. Esta es la fatalidad de Federico, el sino perverso que le hará miserable y desgraciado toda su vida; pues aun cuando llegara a vencer los inconvenientes del deshonrado nombre que lleva, no se quitará nunca de encima la mala sombra que su padre ha echado sobre él con la perversa educación que le dió. Este muchacho se ha malogrado porque su padre no supo serlo nunca, ni tuvo autoridad sobre él para encarrilarle y hacerle hombre. La niñez y juventud de Federico coincidieron con la época en que Joaquín Viera gastaba lo suyo y lo ajeno, sin cuidarse para nada de su hijo. Crióse para aristócrata; adquirió necesidades de esas con las cuales se identifica el ser, y que vienen a formar parte del ser mismo; se hizo al regalo, a la disipación, al lujo, a la generosidad y a los vicios que cría la esplendidez y que no pueden separarse de ella. Aunque su despierta imaginación no desdeñó la lectura, jamás estudió nada formalmente, ni se aplicó a carrera alguna científica ni literaria. Vino el desastre, y el que se había criado caballero encontróse peón. Era tarde para atajar las consecuencias de este abandono. Aún se forjaba ilusiones el pobre chico durante algún tiempo, aspirando a plantear no sé qué empresas industriales. Humo y tontería. Lo que han pasado él y su pobre hermana, no es para dicho brevemente.

Harto sabes tú que soporta su desgracia con estoicismo admirable, y que encubre su miseria con arte exquisito. Nadie que le vea y le trate sospechará las procesiones que andan por dentro. Viste bien y con esa fácil elegancia que es una cualidad antes que una costumbre. Frecuenta, por hábito y necesidad espiritual, lo que llamamos bárbaramente *el gran mundo*, y sabe distinguirse en él, siendo bien recibido en todas partes y muy echado de menos en sus ausencias.

Me parece que a la hora presente, a pesar de que le has tratado bastante, no le conoces tan bien como yo. Contigo era siempre reservado; conmigo tiene espontaneidades que nadie le ha merecido todavía. De la amistad hemos llegado poco a poco a la familiaridad, y me cuenta algunos pormenores de su vida pasada, y aun de la presente, por demás interesantes. Recuerdo haberle oído decir que jamás entraste en su casa; yo sí, y conozco a su hermana. Sobre esto hay mucho que hablar: iremos despacio para no confundirnos.

Si he merecido de Viera confianzas y revelaciones inapreciables, todavía hay en su existencia repliegues que no he podido desdoblar. Es hombre que no se abre nunca por entero. Respeto sus secretillos, y no juzgo prudente ni delicado forzar el arca de discreción en que los guarda. No es misterio para nadie su afición al juego ni que este vicio es en él el único arbitrio practicable para ir conllevando la vida..., ¡vida sumamente azarosa, figúrate!... Pero te advierto que no es posible andar con más dignidad en tratos tan ruines. Sus degradaciones no están a la vista de los que públicamente le tratamos. El se las arregla allá con su vicio y saca lo que puede sin que se trasluzca nada en la vida ordinaria. Yo me he permitido hablarle de esto, incitándole a arreglarse de otro modo, y me responde con amarga tristeza que no puede ser, que está ya hecho a ese angustioso sistema, y que no halla manera de abandonarlo. He procurado sondear el abismo de su situación económica, llegando hasta proponerle un medio decoroso de regularizar su presupuesto; pero no quiere aceptarlo. Me ha confesado que sus deudas son enormes, y que sólo con un *golpe de suerte*, con una de esas ventoleras favorables que en breves momentos amontonan un capital, podría ponerse a flote. Y no hay quien le

quite de la cabeza esta idea fija y monomaníaca. Es tan delicado, que fuera de los antros, más o menos decentes, donde pulsa la fortuna, nada verás en él que signifique rebajamiento moral. Nadie, absolutamente nadie, entre nuestros muchos amigos, puede jactarse de que Viera le ha dado sablazo grande ni chico. Antes reventará que pedir. Yo no sé cómo se las compone, ni qué casta de garduña usurera le suministra lo que necesita cuando viene la mala. Te aseguro que me inspira compasión este hombre, y a veces me pongo a discurrir qué haría yo para favorecerle sin lastimarle. Debe de haber por ahí, en manos negras y rapaces, mucho papel suyo, que seguramente se ha de cotizar en baja constante; pero por más que le hurgo para que me informe de esto, no obtengo de él más que vaguedades y evasivas.

Es amigo de Cisneros, que le aprecia mucho, y a menudo le invita a comer para tenerle por oyente y admirador; amigo también de Orozco, que le protegería (me consta) si él se dejara proteger, y discurre, como yo, procedimientos delicados e indirectos de favorecerle. El padre de Federico fué, en sus tiempos de prosperidad, compinche del padre de Orozco, y ambos armaron, según dice la gente, aquella trampa de *La Humanitaria* que arrambló con los ahorros de una generación. Don José Orozco ya no existe; Joaquín Viera anda huído por el extranjero, ocupado en oscuros negocios; y si alguna vez se descuelga por aquí, viene sable en mano contra los amigos de su hijo. Considera, alma cristiana, esta anomalía de las razas, y mira por dónde de padres perversos han nacido hijos tan apreciables, cada uno por su estilo. He de añadir que Orozco, sea por tradiciones de amistad, sea por otra causa que no se me alcanza, tiene para ese tuno de Viera padre increíbles deferencias; y no sólo se ha dejado herir más de una vez por el tremendo chafarote del gran petardista, sino que en cierta ocasión le libró de un bochornoso proceso. Federico se muestra muy agradecido a Orozco, y pelea con él siempre que hay ocasión, le tiene en tanta estimación como el más entusiasta, como tú, por ejemplo. Y en reciprocidad de estos sentimientos, Augusta y su marido le consideran y agasajan, aunque no pierden ripio (ella sobre todo) para censurar con benevolencia su incorrecta manera de vivir. Más de una vez me han dicho que arbitre un medio de mejorar la situación de Viera y su hermana, negociando diplomáticamente con él sin herir su susceptibilidad vidriosa. Hemos discutido los medios sin encontrar solución práctica. Ambos han deplorado ingenuamente que un hombre de tan buen fondo, tan caballero, tan bien cortado para la vida digna y honrosa, se envilezca buscando un infame jornal en las *salas del crimen*. Yo también lo lamento, nos afligimos todos; pero no veo manera de evitarlo. Y basta por hoy. De *aquello*, buenas impresiones. Ya te las contaré otro día.

XV

22 de diciembre.

De aquello, buenas impresiones, chico; pero sólo impresiones, barruntos, corazonadas. Te advierto que ando muy distraído de mis deberes parlamentarios, y de seguro la patria ofendida ha de pedir cuenta estrecha de este abandono en que la tiene su papá. Se pasan días sin que yo ponga los pies en aquella casona tan ahogada y turbulenta, y lo mismo me da que nos llamen a votar que no nos llamen. Tocan a Secciones, me mandan las candidaturas, y me importan tanto como las pulgas que le están picando en este momento al emperador de la China. Hágome cuenta de que por un voto de menos o de más no ha de torcerse el azaroso rumbo que lleva el barquichuelo de la política. Algunas tardes, porque no digan, asomo las narices por allá, me asombro de lo ocurrido durante mi ausencia, aseguro que *ya lo tenía yo todo muy previsto*, hago el papel de que me intereso vivamente en la cuestión del día y en las intrigas que hierven en los pasillos; y a la hora en que la atmósfera empieza a caldearse, doy un vistazo al salón desde la *contrabarrera*; entérome en un abrir y cerrar de ojos del estado de la brega, para poder responder a las preguntas con que han de fusilarme por la noche en casa de Orozco, y me escabullo lindamente. Un secretario intenta cortarme la retirada:

—¡Eh, que habrá votación!

Y yo digo:

—Vuelvo.

Trinco el gabán, y a la calle. Me voy al Retiro o a la Castellana en amoroso seguimiento de mi ingrata Filis.

En el tumulto del paseo me parece oír el cencerro gordo de la Cámara llamando a votación, y la conciencia se me alborota un tantico por el abandono en que tengo mi mandato. ¡Qué le hemos de hacer! Los infinitos asuntos del distrito también aguardan tiempos mejores, y habías de ver las arrobas de cartas que tengo aquí, abiertas ya y medio leídas, pero no contestadas. Ni aun he podido formar la nota de chinchorrerías que en las últimas semanas me han encajado esos pedigüeños voraces. Ya se hará, y que el demonio cargue con ellos. A fe que no piden nada los angelitos. Si te tropiezas con esos brutos impertinentes, y se lamentan de que no les escribo, diles lo que se te ocurra; verbigracia, que no escribo porque todo el tiempo, ¡claro!, lo necesito para gestionar. Eso es lo que ellos quieren, que uno se queme la figura y eche los hígados, de Ministerio en Ministerio, constituyéndose en servidor de sus ambiciones y en instrumento de sus ruines envidias. Les dirás que, según tus auténticas noticias, *vivo sin vivir en mí* por servirlos y hacerles el gusto, que soy su esclavo y que se vayan a la mismísima porra.

Conque quedamos en que hay buenas impresiones, y mutis. No me arrancarás una sílaba más, y si te empeñas en que cante antes de tiempo, te trataré como a mis lectores.

Y sigo con Federico. Su casa, su vida íntima, su desconocida hermana, han despertado tu curiosidad, y voy a satisfacerla. Pocos penetraron hasta hoy en la caverna del león, y creo que Viera me ha dado la mayor prueba de amistad y confianza permitiéndome visitarle. Cinco veces he ido allá. Vive en lo más bajo de la calle de Lope de Vega, cerca de la del Fúcar, lugar escondido y excéntrico, adonde no se va sin precisión de ir. La casa es buena; el piso, segundo con entresuelo. Llegas, tiras de la campanilla, y ésta no se da por entendida; sigues tirando cada vez más fuerte, hasta que al fin oyes el eco perezoso de una esquila o timbre que allá dentro repica de mala gana. Después sientes pasos, y el chirrido de la chapa de cobre del ventanillo te indica que te están mirando por los huecos. Una voz te pregunta: "¿Quién es?", y respondes; te dicen "No está"; tú insistes, diciendo que el señor te espera, y das tu nombre. No vayas a creer que te abren en seguida. Hay una pausa. Oyes dentro cuchicheo de mujeres. Van y vienen como en consulta. Entre tanto, si te fijas en los claros del ventanillo, ves que entre ellos lucen unos ojos negros que te examinan. La consulta sigue allá dentro. Oyes pasos que se alejan, pasos que a la puerta se aproximan. Por fin suena el cerrojo, *trucutrucu*, y la puerta se abre recelosa. Una joven mal vestida y peor peinada te dice: "Pase usted." La tomas por criada; pero después te enteras de que es Clotilde, la hermana de Federico.

Esta visita a la cueva de la fiera no puedes hacerla sino entre tres y cinco de la tarde, hora en que nuestro amigo se levanta, con raras excepciones. Yo fuí un día a las dos, y le vi almorzando entre sábanas, teniendo delante una mesilla sin patas, apropiada a la extravagante operación de comer en el lecho. En éste y en la mesa de noche había dos o tres volúmenes franceses, alguno con las hojas cortadas con el dedo. Servían el almuerzo la joven aquella y una mujeraza desgarbada y grandullona que entraba y salía llevando un chico en brazos.

La alcoba es una hermosa habitación con chimenea, que verás encendida siempre que no hace mucho calor. En esta alcoba, como en el gabinete y salita que la preceden, se ven algunos muebles buenos, restos de la antigua morada de Joaquín Viera, y otros de los más ordinarios y vulgares. No falta limpieza; pero la falta de recursos brilla más que el aseo. Podrás figurarte el aspecto de una vivienda donde nada de lo que se estropea se compone, donde la reparación de los objetos no se ha conocido nunca. Clavo que se cae, o pata que se rompe, o esquinazo que se desmocha, o astilla que se levanta, o metal que se desluce, o porcelana que se desportilla, así se quedan *per saecula saeculorum*. He dicho que hay algunos muebles buenos; pero cosa de valor en venta, llámese cuadro, jarrón, tapiz o bronce, no la verás.

Clotilde Viera es bonita, si bien, guapeza por guapeza, su hermano le lleva gran ventaja. Bien vestida, luciría como tantas otras. Federico me la presentó con timidez, como avergonzado del aspecto

de criada que le da su mala ropa. La chica es fina y discreta; pero está como sobrecogida, y en su apocamiento adviértese al instante la conciencia de su degradación social. Teme ponerse en ridículo haciendo un papel que no correspondería al puesto oscuro que hoy ocupa en el mundo. Debe de andar tal cual de ropa la pobrecilla, porque la única vez que la he visto en la calle iba con modestia excesiva, aunque se echa de ver que sabría ser elegante si pudiera. Recuerdo ahora que Augusta se ha sorprendido de que Federico no presente a su hermana en sociedad. Cuando se habla de esto a nuestro amigo, pone una cara que da compasión, y no le vale el disimulo para encubrir su amargura. El primer día que entré en su casa, la tristeza de su rostro me reveló que conocía el mal efecto que su hermana había hecho en mí; y para disipar esta mala impresión, hice vivos elogios de ella cuando no se hallaba presente. Pero mis hipérboles, en vez de atenuar la pena de Federico, parecían aumentarla, y mudé de conversación.

El día que le vi almorzar en la cama observé que se da buen porte. El infeliz no puede prescindir de ciertos regalos a que habituado está desde la niñez. Hízome algunas revelaciones acerca de las mujeres aquellas. La que entraba y salía con el mocoso en brazos se llama Claudia y está casada con el estanquero de la calle del Fúcar. Sirvió muchos años en la casa de los padres de Federico, y tiene tanta ley a los dos señoritos, que no ha querido abandonarlos en la desgracia. Guisa muy bien, sabe manejar una casa, y si no se hubiera cargado de familia, no tendría precio para ama de llaves. Otra de las domésticas, hermana de la anterior, se llama Bárbara, y es mujer de un ambulante de Correos. Cuando el marido está ausente, ella se alberga en casa de Federico, y ayuda a su hermana en el trajín de la cocina y en el cuidado de los chiquillos. La tercera es prima de ambas, y ha venido del pueblo en busca de acomodo. Por las noches, según me contó Viera, se reúnen a comer allí el estanquero con toda su prole, el ambulante y dos o tres personas más. Díjele que este sistema de beneficencia sería muy bonito como obra de misericordia, pero que no podía menos de irregularizar su presupuesto; y me contestó que no tenía corazón para expulsar a nadie que de él se amparase; que su casa, en los buenos tiempos de los Vieras, había sido una tienda-asilo: que el conservar esta tradición era uno de los placeres de su vida, y, por fin, que su peculio no había de mejorar con la miserable economía de quitar la pitanza a aquellos infelices.

—Me siento con fuerzas—añadió—para cualquier acción desproporcionada y hasta heroica; pero no las tengo para cortar una rutina.

Le vi lavarse y peinarse. En ello emplea bastante tiempo, y es cuidadoso de su persona hasta la prolijidad, costumbres de rico que también son incorregibles. Presenciando una de estas tardes la compleja operación, pensaba yo en su pobre hermana. Al menos él vive por las noches en el medio que le corresponde, frecuenta la sociedad, donde el cariño de los amigos compensa hasta cierto punto las tristezas de su vida íntima. La sociedad, por este medio, le da algo de lo que él se merece, a cambio de lo que la suerte y su perversa educación le han quitado; pero aquella pobre joven, ¿qué compensación tiene de su estado miserable? ¿No es un dolor que viva entre criadas y gente ordinaria, envileciendo sus modales y degradando sus gustos? Me imaginaba yo a la infeliz niña conformándose con aquel género de vida grosera, sin deseos ya de otra mejor; me la figuraba en trato familiar con la estanquera y la mujer del ambulante, comiendo con ellas y con toda aquella turba de gorrones de baja estofa que invadía la casa. Y al pensar en esto, me acordaba de lo que he oído referir a Cisneros y a Orozco respecto a la madre de Federico. Era señora de ejemplar virtud, nacida en noble cuna, del linaje de los Trastamaras y los Gravelinas, muy digna, muy severa de costumbres, muy refinada en gustos y maneras. Su exquisita educación revestía de formas seductoras la rigidez de su inmenso orgullo. Padeció la mayor de las humillaciones con la inicua conducta y el envilecimiento de su marido, a quien amaba. Enfermó de pena y quizás de vergüenza. Adoraba a sus dos hijos, y cometió el error de no criarlos para la pobreza, que ni siquiera comprendía. Como te digo, pensé en la infeliz señora y en la cara que pondría si resucitara y viera a su hija

en aquella facha, en aquel vivir indecoroso, miserable y soez. Pero no me atreví a decir nada de esto a Federico, y me lo guardé para cuando viniera más a cuento.

Vamos, ya estás satisfecho. Ahí tienes los informes que de tu amigo querías tener y que me has pedido tantas veces. Esta carta te causará tristeza; pero qué remedio... ¡La verdad rara vez tiene cara de pascua!

XVI

26 de diciembre.

¡Qué pesado estás con tu exigencia de que te cuente algo de mi campaña, y de cómo he puesto las paralelas para rendir plaza tan bien artillada y defendida! Como no me gusta darme tono con fingidas hazañas, te diré que he seguido la táctica vulgar, por no ocurrírseme otra; que mi amartelamiento ha pasado y pasa por los trámites corrientes de la galantería al alcance de todos los corazones, y que soy lo que para estos casos aconsejan las reglas acreditadas por el éxito; obsequioso con discreción, puntual en los encuentros, tierno en el mirar, intencionado en el decir, triste hasta la ictericia cuando el caso lo requiere, y bastante hábil para hacerme pasar en ciertas ocasiones por el ser más desventurado que existe debajo del sol.

Estos preliminares tienen que acabarse pronto, so pena de caer en la ridiculez. Veo venir una situación insostenible si no cambio pronto las armas del sentimentalismo por las del atrevimiento. Respecto a ella, ¿qué he de decirte? Ya conoces la tesis general de que a ninguna mujer, aunque sea la misma honradez y la castidad en persona, le desagrada que se chiflen por ella. Luego, en corresponder o no consisten las diferencias, o sea empleando una figura, las fronteras que separan el cielo del infierno. No me atrevo a jactarme de la victoria ni a darme prematuramente por vencido. Hay días que me parece notar en la plaza un agrado excesivo por verse merecedora de tan empeñado cerco; otros creo lo contrario, y me malicio que se hace la indiferente con la pícara idea de dejarme aproximar a sus robustos muros y reventarme en una brusca y vigorosa salida. En fin, chico, permíteme que sea reservado y que no enseñe las cartas. Francamente, te voy cogiendo miedo. Y no me negarás que te asusta la degradación moral que suponen estos intentos míos. Es que se hace uno a todo, amigo Equis, y la conciencia, arrullada por los goces sociales, que se empalman lindamente para no darnos respiro, se va amodorrando y concluye por dormirse. Ya no más. Chitón.

Te hablaré, sí, de alguien que con esto se relaciona, del buen Orozco, porque ciertas especies que he oído acerca de él han repuesto mi ánimo y acallado mis escrúpulos. ¡Ah! La sociedad en que vivimos nos ofrece a cada instante materia narcótica en abundancia para cloroformizar la conciencia y poder operarla sin dolor. Te diré: estas noches he oído hablar de tu ídolo en términos muy distintos de esa opinión lisonjera que tú y yo tenemos de él. Parecía que tantas y tan diferentes lenguas se habían confabulado para quitar a ese hombre su crédito, la brillante aureola que es el principal obstáculo a mi campaña, algo como deidad tutelar que ampara la plaza más que la fortaleza de sus muros.

No sé si te he dicho que me corro por el Casino algunas tardes y noches. Me divierto oyendo contar anécdotas a dos o tres sabedores de vidas ajenas que allí tienen su cátedra, el más sabroso y entretenido círculo social que puedes imaginarte. Nunca había oído hablar de la familia con quien me ligan tantos vínculos. Hace dos noches, no sé cómo, recayó la conversación en Orozco, y uno que se pinta solo para lo que llaman allí *sacar ánima*, dijo de nuestro amigo que es el mayor hipócrita que Dios ha echado al mundo.

—Ya no engaña a nadie—añadió—con aquella capita de perfecciones que usa. Hijo de tal padre, del famoso fundador y liquidador de *La Humanitaria*, no podía salir bueno.

Otro emprendió la defensa de Orozco, asegurando que en el tratado de la honradez no era ni podía ser atacable; que lo dicho por el preopinante no tenía fundamento; pero... Estos peros son temibles, y al oírlo me eché a temblar.

Vino a decir aquel malhablado que Orozco no tiene mérito alguno.

—Niego lo de la hipocresía, y afirmo que es hombre de buena fe y de cortísi-

mos alcances. A mí me han asegurado que todas las noches, después que se retira la tertulia, Tomás se encierra en su cuarto y se está un par de horas de rodillas, rezando y dándose golpes con unas disciplinas.

Carcajada general. Al instante salí al encuentro de esta tontería, negándola en redondo, sin que me constara su falsedad; pues ¿qué sé yo lo que hace Orozco en la intimidad de su casa, después que nos retiramos los amigos? Alguien se puso de mi parte, y se trabó una disputa muy viva sin traspasar los límites de la urbanidad. Como en estos casos cada uno goza en rodar la bola de nieve para que aumente, allí saltó uno diciendo que mientras Tomás se pone las espaldas en carne viva, su mujer llora de soledad y desconsuedo. Otro soltó la papa de que en el matrimonio hay grandes peloteras, porque él quiere que su mujer no abra sus salones a nadie, ni dé comidas, ni reciba, ni se vista con elegancia. Sobre este tema trazó el de más allá un cuadro terrorífico de celos y zaragatas domésticas. En fin, que de absurdo en absurdo se llegó a la conclusión de que no se sabe nada, y que tales cosas se dicen simplemente para dar gusto a la sin hueso. ¿Qué sería de los casinos si no hubiese en ellos timba y murmuración? Los más locuaces reconocían que si algo extraño ocurre en la intimidad conyugal, no puede saberse, pues ninguno de los consortes ha de ir con el cuento. Yo lo negué todo en absoluto; hubo quien me dió la razón, y los señores pasaron a otro asunto: le sacaron a la de San Salomó todito el pellejo, como a San Bartolomé, y luego fueron picando aquí y allí, hasta que llegó la hora del desfile.

En rigor, de verdad, no daba yo crédito a las tontunas que oí; pero te confieso que salí de allí mal impresionado y caviloso. Mas no era sólo pena lo que yo sentía, no. Te abro mi conciencia para mostrarte cuanto hay en ella. El ver rebajada y escarnecida la figura de Orozco me daba cierto gusto perverso. Su reputación y respetabilidad me estorbaban, como al ladrón que se propone robar la custodia le estorba la Forma consagrada que en el centro de ella resplandece. Yo no iba contra la forma, sino contra el oro y las piedras. Me alegraba, pues, de que alguien me quitara el miedo a la Hostia, haciéndome creer que no era Dios ni cosa que lo valiera.

Pues aún hay más. Estas cosas no vienen nunca aisladas. Algunas noches, a última hora, me paso por la Peña de los Ingenieros, círculo modestísimo y muy agradable, instalado en un principal de la calle de Cedaceros. Allí tengo porción de amigos que también lo son tuyos: los muchachos de Minas, con quienes viví en Orbajosa, y otros de Caminos, gente toda de muy buen trato. Esta tertulia procede de un rincón del Suizo, donde hace años estuvo, y habiendo crecido considerablemente, hubo de acomodarse en local propio. Allí no hay lujo, ni timba, ni billares, ni más juego que el tresillo, periódicos y política, mucha política. Como es natural, de cuando en cuando cae un asunto privado, sabroso y vivito, y ya puedes figurarte con qué gusto se ceban en él. Pues anoche, no bien desvanecido aún de mi mente lo que oí en el Casino, conversaba yo con dos ingenieros sobre el ferrocarril de Albarracín, y oí que en un corrillo próximo nombraron a Augusta. Puse atención, y ¡anda, morena!, lo que yo me temía... Estaban discutiendo si era honrada o no era honrada. La mayoría, más por escepticismo que por otra razón, se inclinaba a la negativa. Acerquéme, echando mi parecer en medio del grupo y recomendando la prudencia en los juicios acerca de mujeres. En esto, un señor de bastante edad, para mí muy respetable, se dejó decir que votaba resueltamente con los acusadores, y que para hacerlo así tenía pruebas. Incitado a exponerlas, escapóse por la tangente, y tergiversó la cuestión, hablando de las mujeres en tesis general, de lo aficionadas que son a practicar sus devociones en las iglesias de dos puertas, con otras muchas cosas divertidas y gacetillescas que no te transmito por no alargar demasiado esta carta. Aquello, como comprenderás, me supo a demonios, y no tuve calma hasta que no hallé manera de echar un parrafito aparte con el sujeto maldiciente, el cual, sin pararse en pelillos ni hacer misterio de sus informaciones, me dijo lo que casi a la letra copio:

—Pues sí, amigo mío: la he visto dos o tres noches, a primera hora, allá por mis barrios, salir de una casa que no diré sea mala, pero que no es de las que personas de tal calidad frecuentan hon-

radamente. Su porte reservado, su manera de andar y de mirar buscando un simón, diéronme en la nariz tufillo de crimen. Soy perro viejo, y he adquirido con mi larga experiencia un olfato sutilísimo para rastrear ciertas madrigueras. Nosotros los muchachos no nos asustamos de nada, amigo Infante, y bueno es que usted se acostumbre a mirar con serenidad los fenómenos sociales más corrientes, perdiendo la pueril costumbre del *no puede ser*. Borre usted de sus libros esas tres palabras, que son las más tontas y baldías que usamos..., es decir, yo no las uso nunca para nada de lo que es físicamente posible.

Contesté que bien podrían ser inocentes las visitas de mi prima a la tal casa, y él me arguyó, sonriendo:

—Hijo de mi alma, en aquella finca no hay ninguna modista, ni encajera, ni planchadora en fino. Y no es esto decir que viva allí gente mala. Conozco a los porteros, que son la pareja más callada del mundo... Pero le veo a usted un tanto inquieto. No, no diré una palabra más que pueda lastimarle. Al contrario, torceré el curso que había dado a sus sospechas, diciéndole que quizá su prima haga esas visitas con fines de caridad. Pues mire usted: ahora caigo en que muy bien podrá ser así, y que yo me equivocara en el juicio que al principio formé... Algo inverosímil es que esas visitas de beneficencia se hagan en coche de plaza, teniéndolo propio; pero admitámoslo... ¿Por qué no hemos de admitirlo, resueltos como estamos a impedir que se manche infundadamente una reputación? Sobre todo, establezcamos la hipótesis del fin caritativo, y así descargaremos nuestra conciencia de la responsabilidad de un juicio temerario...

Las salvedades sarcásticas de aquel hombre me molestaban casi más que sus indicaciones acusadoras, y no insistí; pero sentía subir a mí la oleada de ira, y tuve miedo de ponerme en ridículo saliendo a la defensa quijotesca de una mujer que no era mi esposa ni mi hermana. Contentéme con afirmar severamente que el móvil de aquellas visitas no podía ser malo, y el anciano, reconociéndolo así, me dijo cosas muy atinadas acerca de lo peligroso que es poner nuestra mano en el fuego por ningún hecho problemático; y lo hizo el muy pillo con tanta gracia, con tan paternal dulzura y trasteándome tan gallardamente, que me desarmó, y concluí por notar en sus palabras un resplandor repentino que me permitía ver... Pero qué, ¿era acaso verdad?

Tan aturdido estaba al separarme de él, que no le pregunté qué barrios eran aquéllos ni en qué calle había visto a mi prima. Me esfuerzo en desvirtuar la revelación, pero no puedo conseguirlo. La importancia y gravedad del caso crecen más a mis ojos, cuando achicarlas quiero con recursos de esa lógica forense que sirve para defender pleitos, pero no para calmar las inquietudes y suspicacias de nuestro espíritu. No ceso de pensar en esto, Equisillo. ¿Qué opinas tú? ¿Eres de la escuela de mi padrino Cisneros, y dices: "Como si lo viera, como si lo viera"? ¿Te parece que se lo debo preguntar a ella misma, rogándole que me saque de esta cruel duda? ¡Ah! Eso no; me lo negaría si es verdad, y si no lo fuera, la ofendería gravemente. ¿Debo seguirle los pasos y acecharla buscándole las vueltas? No, no me aconsejarás tú ese espionaje, indigno de un caballero... Consuélame, hombre; dime que todo ello es cavilación mía, malicia o yerro del anciano delator. Dime eso, bruto, que estás ahí mirándome como la estatua de la razón fría... Pero en vez de consolarme, me preguntas si la amo o la desprecio, si este descubrimiento apaga los hornos de mi pasión o los enciende más. ¿Qué ordena la lógica? La lógica, esa gran tarasca, entremetida, farfantona, ordenará lo que quiera; pero ello es que en cuanto han surgido las dudas, y desde que he borrado a esa mujer de la lista de los ángeles terrestres..., mira tú lo que son las cosas..., paréceme que estoy más chiflado por ella.

XVII

2 de enero.

Arnica, venga árnica, querido Equis, porque descalabradura como ésta no la he recibido desde que tengo cráneo. Y gracias que, con la fuerza del golpe, no haya perdido el sentido y pueda contarte el terrible accidente y describirte mi turbación, mi pena, mi despecho, mi rabia... Ya te veo muerto de risa y diciendo que bien ganado me lo tengo por mi depravación, por mi inmoralidad, por

mi... El demonio cargue contigo. Acepto la reprimenda. Somos, en efecto, unos bribonazos los hombres de este siglito, aunque, si examinamos la condenada historia, veremos que tan pillines como nosotros fueron nuestros padres y abuelos y tatarabuelos hasta el señor de Adán; y si es verdad lo del transformismo, añadiré que lo mismo que nosotros fueron el hombre-mono y la mujer-mona.

Para mujeres monas, ésta. Y ¡cuánto me ha hecho padecer la muy pícara, solapada, ingratona!... Pero vamos por partes. ¿Te he contado que la noche de Navidad cenamos en casa de Orozco Malibrán, Calderón, Villalonga, Viera, Cicero y yo?... Pues, mira, tampoco te lo cuento ahora, porque si bien algunos detalles de aquella cena se enlazan con mi catástrofe, son largos de referir y no está su importancia en relación con el gran espacio que ocuparían. Voy a lo principal. Me declaré ayer, primero de enero: yo creí que inauguraba un año de delicias, y me salió..., mejor dicho, salí con las manos en la cabeza. Verás... Nos hallábamos solos en su casa, en la situación más propicia del mundo. No pienses que me fuí del seguro ni que hice o dije cosa alguna de esas que le dejan a uno en ridículo en caso de negativa. Tomé toda clase de precauciones contra las demasías del sentimentalismo; me previne contra la brutalidad, sin quitar al arma del atrevimiento el importante papel que en tales batallas le corresponde; estuve patético y atrevidillo, ¡oh Equis de mis entrañas!, caballeresco y atolondrado, todo en la medida racional y justa... Y, sin embargo, me rechazó en toda la línea y tuve que capitular ignominiosamente. Te confío sin ningún recelo el desastre, y reclamo que me eches para acá toda la compasión de que sea capaz tu grande alma, porque... Mira que tu amigo tiene en el casco un boquete por donde se le ven los sesos... Esto se llama caerse en toda regla. Hijo de mi alma, nada me valió lo bien preparadito que yo llevaba el plan de ataque, ni lo bien que se conocía en la cara la pasión... Todavía, cuando me acuerdo de aquella firmeza, de aquella seca austeridad de mi primita, me tiemblan las carnes. Nunca me he visto en otra. Allí fué el lamentarse de haber prestado atención a mis galanterías, creyéndolas inocentes y de pura fórmula, tal como las autorizan el mundo y la moral tolerante de nuestros días; allí fué el expresar su equivocación con respecto a mí; allí el acusarme de injuriarla gravemente a ella y a su esposo, que me colma de atenciones y agasajos; y no te digo más. ¡Ah! No invocó los llamados eternos principios; pero, aunque no los invocó, procedía con arreglo a esos grandísimos hijos de tal...

En resolución, que me dejó pegado a la pared, y, lo que es peor, sin esperanzas de obtener más tarde el éxito que ahora no he podido alcanzar. Aquí me tienes, pues, atajándome con una mano la sangre que me chorrea de la frente, y oprimiéndome el corazón con la otra..., porque, te lo diré todo para que te rías más..., después del estacazo, y al volver del mareo que produjo en mí, encontré más vivos y punzantes mis deseos de poseerla y de ser su amante. Su belleza, su talento, su boca grandecita, que es la fuente de donde brota todo el caudal de la gracia humana; sus ojos persuasivos, que te miran penetrantes, ora lanzándose hacia ti, ora recogiéndose en no sé qué misteriosa desconfianza; su talle flexible, su vestir elegante, parécenme ahora con mayores hechizos. ¡Y si vieras con qué gracia me curó ella misma la tremenda herida, ponderándome las dulzuras de la amistad respetuosa! Esto tiene chiste. ¡Qué remedio queda más que conformarse y apechugar con los arrastrados principios! Pero nuestra infame naturaleza se rebela contra ellos siempre que no se prestan a satisfacer sus caprichos, de lo que yo deduzco, en conformidad con los santos padres (muy señores míos), que somos los humanos una raza indecente, y que nos estuvo bien merecido que nos echaran a cajas destempladas del Paraíso, entregándonos al muy cochino de Satanás, para que nos tentara y perdiera, y nos arrastrara a los profundos infiernos.

Y ahora surge de nuevo la gran duda. ¿Es honrada o no lo es? Ríete de mi impresionabilidad todo lo que quieras; pero escucha lo que estoy pensando. Otra vez se representa a mis ojos con los caracteres de la más pura virtud, y cuanto sospeché de ella me parece indigno, y lo que oí contar, patraña maliciosa y absurda. Te cuento todos los fenómenos que se van sucediendo en mi alma, porque eres mi confesor y nada debo

ocultarte. Permíteme que analice un poco. ¿Consistirá esto en que ahora, por causa del desaire, estoy verdaderamente enamorado y no veo en el ser que me fascina más que perfecciones? Antes, quizá, no la amaba de veras; empujóme hacia ella un antojo, una voluntariedad de joven del siglo, que por rutina o moda no quiere ser menos depravado que los contemporáneos de su clase. Era aquello como un ensayo de vivir, ajustado al canon vigente. Pero ahora..., ahora... Me parece que estás reventando de risa, y no quiero seguir.

Bueno, pues aunque te rías, aquí tienes a tu amigo hecho un ojeroso romántico, idealizando el objeto de su pasión y remontándose, con ella en brazos, a los espacios infinitos; viéndola reflejada en sí mismo, con todos los atributos de sobrenatural hermosura, y adornada de las cualidades más excelsas. No te oculto que hago inútiles esfuerzos por volver a la realidad. Se me ha plantado en el magín la idea de que es la pureza misma; y recordando que la borré inconsideradamente de la plantilla de serafines terrestres, me apresuro a volver a incribirla en ella con letras muy gordas; "¡Es un ángel!" Sí, veo desde aquí tu sonrisilla escéptica; pero no me importa. Lo que sí te diré es que precisamente su celestial jerarquía es lo que más me estimula a solicitarla. Y como no siento ninguna vocación de volverme yo también ángel, mi maldad aspira a sentar plaza en las filas satánicas y acosar nuevamente a la *querubina* con mis pretensiones, hasta cansarla, rendirla, vencerla y hacerla mi dama. Nada halaga tan vivamente los instintos humanos como traerse un ángel del cielo a la tierra, lo que equivale a robar la esencia celeste. Todos somos algo Prometeos, amigo Equis, o intentamos serlo. ¿Comprendes lo que te digo? Por lo mismo que mi adorada prima se me ha puesto en un pedestal de virtud, quiero arrancarla de él, perderla y perderme, bajándonos ambos muy abrazaditos a las cavidades de ese infierno donde los amantes de verdad, dígase lo que se quiera, han de pasarlo muy bien, quemándose por dentro y por fuera.

En fin, que estoy exaltado y tú principias a inquietarte por esta enfermedad mía. Tranquilízate, hombre, y óyeme otra cosa. La política es un bálsamo para los ligeros disturbios del espíritu. ¿Lo será también para trastornos graves? No sé: lo probaremos: he de buscar en la política el desgaste de esta superabundancia de vitalidad espiritual. Desde mañana me planto en los escaños rojos, y hablaré sobre lo primero que salte, revolviendo a Roma con Santiago, y me pondré frente al Gobierno, frente a las instituciones, y... boca abajo todo el mundo; me propongo *minar los cimientos sociales*, como se dice en lenguaje ministerial. Es que estoy furioso; necesito vengarme. ¿De quién? De los *grandes principios*..., que mala sarna se los coma. Verás, verás, qué camorras voy a armar allí todos los días. Llegará pronto hasta ti mi fama de anarquista, demoledor y petrolero. La piqueta, la famosa piqueta y la tea incendiaria son los chismes que he de usar. Por cierto que hoy almorcé con Cisneros, y aunque no le hacía gran caso por tener todo mi pensamiento concentrado en mi amarga cuita, me mostré conforme con cuantas atrocidades echó aquella donosísima boca. Es el tío de más talento que hay en España. Hemos convenido en transformar la sociedad y ponerlo todo patas arriba. Vengan otras leyes, otra forma de la propiedad, otra moral, otra religion, otras costumbres, otra raza, otra manera de vestir, aunque sea en cueros; otra lengua, y venga, por fin, otro planeta, que éste ya no nos sirve.

Vas a creer que firmo ésta en Leganés; pero no: la firmo y fecho en mi cuarto del Hotel de Roma, a las cuatro de la madrugada, después de pasar una noche de perros, y decidido a no acostarme, porque sé que no he de dormir. No se aparta de mí la hermosa imagen austera, con toda la gracia divina y humana, coronada de aquella honradez que admiro y anhelo hacer añicos. Mírola como una santa de altar, no vestida de severos paños, sino con los atavíos elegantes de la última moda. Es un ángel que se ha entregado a las modistas. ¡Oh, qué virtud tan tentadora! No poderla tronchar en un abrazo, no poder estrujarla como se estruja una flor... Si no me modero, amigo mío, voy a salir por esas calles tirando piedras.

No te enamores, Equis, no te enamores; dedícate en esa tierra, con malos fines, a las Galateas de refajo amarillo. Y si alguna te sale con que debajo de

todas aquellas bayetas está la honestidad, renuncia a las vanidades del mundo y métete cura.

XVIII

6 de enero.

Bueno, hombre, bueno; variaré la tocata. Creo, como tú, que eso me tranquilizará. Esta tarde fuí a ver a Federico. Tuve intenciones de confiarle mi pena; pero luego me rehice de esta debilidad, y mutis. Por cierto que observé allí cosas que me hicieron gracia. Cuando entré, a eso de las dos, nuestro amigo acababa de despertarse y había pedido el almuerzo. Para funcionar con más desembarazo, Claudia, después de dar la teta al nene, le colocó bien abrigado en el lecho de Federico. Este apartó las sábanas y me dijo:

—Mira lo que tengo aquí.

Mucho nos reímos los dos, y más aún cuando despertó el chicuelo y se puso Viera a jugar con él, haciéndole cosquillas y dejándose tirar de la barba por las manos delicadas del tierno infante. Pero habías de ver aquello cuando pusieron la mesa sin patas sobre la cama y empezaron Claudia y Clotilde a servir el almuerzo. Lo mismo fué olerlo, que entraron de rondón cuatro canarios de alcoba, hijos de Claudia, el mayor como de seis años, la más pequeña como de dos, y piando y gorjeando se enracimaron en los bordes del lecho. Uno daba un brinco hasta plantarse en las almohadas, tocando con sus patitas la cabeza de Federico; otro se encaramaba por los pies. La madre los reñía, llamándolos insolentes y granujas; pero no se los llevaba. Federico, de todo lo que iba comiendo, les repartía por turno, con el tenedor, diciéndoles:

—Ahora tú... No más... Formalidad y todos probarán.

El de teta, que estaba entre las sábanas, con aquella algazara empezó a berrear, y Clotilde tuvo que cogerle en brazos. Tan fuertes chillidos dió el angelito, rojo y apoplético, los puños cerrados, soltando gruesos lagrimones, que fué menester llevárselo fuera. Sus hermanos eran más amables. Federico tuvo que andar con ellos a trastazo limpio; pero no se dieron por ofendidos. Al fin del almuerzo, la cama estaba como si hubiera pasado por encima de ella un regimiento de caballería. No pudo evitar Viera que cogieran los libros que allí tenía, ni que el mayor los examinara deletreando el título, ni que la pequeña les arrancara algunas hojas como quien no hace nada. Claudia se los llevó con no poco trabajo, y volvieron a entrar, y costó un triunfo echarlos de nuevo. Toda la tarde estuvimos oyendo el rumor de su batahola en la cocina. A mis observaciones sobre la paciencia con que toleraba molestias fáciles de evitar, contestóme Federico con el *qué más da*, que usa siempre para disculparse de su abandono.

Noto en él una indiferencia parecida a la resignación. Su melancolía envuelve cierta pereza intelectual, como si, acobardado ante su mala suerte, sintiéndose incapaz de luchar con ella, se le entregara sin quejarse. La conversación que acerca de esto sostuvimos mientras se vestía llevónos a tratar de su hermana, que me ha inspirado tanta lástima desde que la vi. Arriesguéme a censurar, con el tacto necesario para no lastimarle, el abandono en que la tiene. ¿Por qué no la presenta en sociedad? ¿Por qué no la inclina al trato de sus iguales, librándola del roce de personas sin educación, ennobleciendo su vida y tratando de proporcionarle un buen partido? A esto me contestó, con fría amargura, que tales habían sido sus propósitos; pero que ha renunciado a ellos por la resistencia que su propia hermana le opone. La ruina de la familia cogió a Clotilde en la transición de niña a mujer. Vinieron terribles días de penuria, y la pobre joven, criada en colegios de lujo, se vió privada hasta de lo indispensable, sin poder reunirse con sus amigas más queridas. De aquellos días data su encogimiento huraño y su gusto de la insignificancia y oscuridad. No tardó mucho en acomodarse al aburrimiento que le prescribía su desgracia, consagrándose a cuidar de su hermano; y aunque éste hizo esfuerzos increíbles por ponerla, al menos aparentemente, en otras condiciones de vida, cada día encontraba en ella resistencias mayores. Poco a poco la pobre niña se iba encariñando con las criadas en cuya compañía estaba constantemente; llegó a perder toda afición a vestir bien, y sus gus-

tos delicados se fueron embasteciendo hasta parar en el desaliño. El *qué más da* de su hermano la contagió como una diátesis de familia; no pudo sostener el esmero de la persona, refinado y minucioso, que aquél conserva en medio de su indolencia. Se habituó a los modales descompuestos y al inculto lenguaje de aquellas tarascas, y ha concluído por comer con ellas, cuidar los chicos de Claudia y no hallarse bien sino en tal compañía. Estas familiaridades con gente baja han influído en su carácter de tal modo, que apenas tiene ya la conciencia de su mérito personal. Es algo salvaje: cuando yo voy allí, huye como una cierva, evita mi conversación todo lo que puede, y si forzosamente tiene que hablarme, la noto cohibida y como temerosa de no expresarse bien. ¡Pobre niña! Te aseguro que me inspira compasión. Su mirada inteligente y tímida es de esas que no se olvidan.

A mis indicaciones sobre esto, contestó Federico así:

—Hoy por hoy, apartarla forzosamente de estas mujeres sería una crueldad, porque les tiene inmenso cariño. Cierto que ha perdido sus modales; cierto que sus gustos se han hecho toscos y que su persona se ha rebajado; pero yo, ¿qué puedo hacer? Soy pobre. No puedo luchar con mi infame destino. Adelante, y hasta el fin, si esto tiene algún fin.

Hícele notar que su hermana está en la edad en que por donde menos se piensa salta el amor, y bien valía la pena de mirar con interés asunto tan delicado. Encogióse de hombros y me dijo que ni aun sospechaba que Clotilde tuviese novio o pretendiente. No insistí sobre este particular, por no aparecer más papista que el Papa; y ya que de amores hablábamos, no sé por qué sentí nuevamente deseos de confiar a Federico los míos o, mejor dicho, mis frustradas esperanzas. Pero también supe contener aquella segunda tentación de espontaneidad.

Pude observar aquel día que la casa de este hombre infeliz es un jubileo mareante. Razón tiene en decir que el sonido de la campanilla le produce un estado nervioso y cardíaco que ya constituye verdadera enfermedad. Los acreedores y pedigüeños se suceden sin interrupción, y una de las mayores dificultades del gobierno de aquella casa es lo que llamaríamos *el servicio de puerta*. Clotilde se ha hecho a este innoble servicio y lo desempeña hábilmente, con todo el manejo de mentiras diplomáticas que el caso exige. A unos los engaña, a otros les manda volver la semana próxima, a los más los engatusa con bonitas promesas. Hay usureros de fuste, que pasan siempre y se entienden con Federico, el cual los recibe de mal talante, con cariz avinagrado y duro.

—A esos tipos—me dijo un día—hay que tratarlos a la baqueta y no tenerles consideración alguna. Es la manera de que nos sirvan bien. Al que se hace de mieles, se le comen vivo.

En cuanto a sablazos, no he visto debilidad como la de nuestro amigo para dejárselos pegar. Allí van llorones que le encajan mil embustes, y como le cojan con dinero, le dan el timo. Yo le recomendé que mirase mucho a quién socorría, y me respondió:

—¿Qué más da? Estos infelices también han de vivir. Cada uno se las arregla como puede.

Y los condenados se dan tal maña, que hasta parecen adivinar cuándo tiene cuartos para caerle encima como las moscas. Dice que el único placer de la vida consiste en dar. La cara que ponen los pedigüeños, el brillo de sus ojos cuando sacan tajada, vienen a ser como una visión de alegría, un rayo celeste a que no puede renunciar quien vive entre negruras, sin ver más que esas caras muertas, esas máscaras de la sociedad culta que nunca reflejan los grandes goces del alma.

¿Qué te va pareciendo esto? ¿Qué piensas del pobre Viera? Hay que reconocer que si algunas de sus facultades duermen, si su cociencia se amodorra, tiene siempre bien despierto el punto de dignidad y de amor propio, y con esta especie de virtud disimula en sociedad los desastres de su vida íntima. Te repito que he intentado ayudarle a salir de apuros, y que me tapa todas las brechas que trato de abrir en su susceptibilidad para introducir con delicado contrabando mi socorro. Otros amigos que pretendieron lo mismo no han logrado rendir su orgullo. ¡Qué mal efecto me hace verle de noche en casa de Orozco, de la San Salomó o de Trujillo y recordar, mientras le veo y le oigo, las tristezas de su modo de vivir y los cuadros lastimosos que he visto en su casa! Los

muchos amigos y amigas que tiene en sociedad, aunque algo saben de sus ahogos pecuniarios, ignoran lo que yo sé y he visto. Algunos, ¡ay!, le admiran. Hay quien le envidia. Es Federico de estos hombres que se hacen querer en cuanto se los trata un poco. Su perfecta educación—en lo tocante a modales y a la vida externa—; aquel aire de modestia, no incompatible ciertamente con su orgullo, y que más bien lo templa, lo ennoblece, convirtiéndolo de defecto en cualidad; su gracia melancólica en la conversación; aquel mismo abandono moral, tan semejante al cansancio, cautivan y desarman, predisponiéndonos a la indulgencia. Físicamente, algo tengo también que decirte. Su cara, que es un prodigio de expresión y movilidad, comienza a desmejorarse. Me parece bastante anémico, y envejecerá pronto. Ya se le ven algunos hilos de plata en la barba negra y en las sienes, y su mal color revela la insana costumbre de hacer de la noche día. Asegura que vivirá poco, y creo que no se equivoca.

Y ahora se me ocurre hablarte de la *Peri*. Dirás tú: "¿Y quién es la *Peri*? ¿Y por qué eslabona este tonto el nombre de Federico con el de ésta que no sé si es mujer, o gata, o yegua?" No te hagas el virtuosito y el morigeradito, diciendo que no conoces a la *Peri*, y que a ti no te hablen de ninguna moza *de estas que llaman del partido*. ¡Hipócrita, me quieres hacer creer que con esa capita de seminarista o de filósofo motilón no te haces el perdidizo alguna vez en las enramadas del jardín de Venus! Pero, en fin, te concedo, si tu gazmoñería se empeña en ello, que no ha llegado a tu noticia el excelso nombre de la *Peri*. Los sabios suelen estar muy atrasados de noticias, y de fijo tú sabes más de Semíramis o de Aspasia que de esta contemporánea nuestra. Voy a sacarte de dudas y a enriquecer tu erudición en lo tocante a *heroínas* modernas. La *Peri*..., esto de la *Peri* yo no sé de dónde diablos viene. Puede que algún rancio etimologista te lo pueda explicar. Yo lo que sé es que se llama Leonor, y que el origen del apodo se encontraría en el misterioso lexicón de la gente de bronce. También sé, sin necesidad de recurrir a las bibliotecas, que Leonor es monísima, elegante, depravada y con muy buena sombra para hacer olvidar su relajación; mujer de excepcionales dotes para atontar a los hombres, y que, de nacer en Francia, habría sido una celebridad. Aquí no lo es sino en los círculos puramente madrileños y a media voz; pero su fama, sin llegar nunca a la difusión que dan las letras de molde, toca en los límites de la popularidad. Se ha comido a media docena de hijos de familia, y se ha merendado a dos o tres viejos verdes. Es simpática, todo lo simpática que puede ser una serpiente de manchada piel, cabeza chata y diente venenoso. Y de rodillas ya ante el confesonario, me golpeo el pecho y te digo que yo también me he dejado tentar de esta hermanita de Satanás; pero que, si enfermé de su ponzoña instantánea, la curación ha seguido prontamente a la picadura. Es que somos pura fragilidad los jóvenes de esta generación. Echame un sermoncito, hombre; échamelo, por amor de Dios.

Con decirte que somos jóvenes, y que no hay mayor tontería que llegar a la vejez sin probar cuanta manzana y cuanto melocotón y cuanta breva dan los frutales de la vida, me parece que te contesto bien y aun que te dejo callado. Pues bien, durante algunas noches hemos pasado los amigos y yo ratos muy agradables en casa de la *Peri*... No te asustes; no se trata aquí de pecados contra la honestidad. Ibamos simplemente a que nos echara las cartas. Te mueres de risa si llegas a venir con nosotros, porque la verdad es...—váyanse al cuerno tus moralidades y todo el fastidioso empaque de tu filosofía—que tiene esa mujer la sal de Dios para echar las cartas, y que otra más serrana no ha nacido en el mundo. Lo gracioso es que se cree todas aquellas paparruchas gitanescas como si fuesen el Evangelio. Y si vieras, parece que realmente le adivina a uno los pensamientos y que, pitonisa de nuestra época de realidad, levanta el velo de lo por venir y desmiente las leyes de la razón. Me gustaría verte allí, tronando severamente contra la cábala y rindiéndote a las carantoñas de la linda bruja, como cualquier hijo de vecino.

Pero tú dices: "¿Qué tiene que ver esa diablesa con mi amigo Federico?" Voy allá, hombre; voy allá, y no seas tan vivo de genio. Pues, si se han de creer las apariencias, hoy no son aman-

tes; pero lo fueron cuando la *Peri* sentó plaza. En el actual momento histórico se tratan con familiar y honesta amistad, aunque ella tenga sus enredos más o menos transitorios con personas que la mantienen. Esto he oído, esto te cuento. Dícese, y podrá ser verdad, que Federico la socorre a ella en los casos de penuria; dícese también, y esto lo pongo en duda, que Leonor le echa a su amigo un cable cuando le ve con el agua al cuello. ¿Lo crees? ¿Te parece verosímil que hombre tan delicado y susceptible, rebelde al auxilio de sus amigos, acepte los de una mujer de tal clase? Yo rechazo la versión maligna, que me parece forjada por la envidia o el pesimismo de esta sociedad. Pero te diré una cosa para tu gobierno. Federico, al menos conmigo, no hace misterio de su amistad honrada con esa buena pieza. Ayer hablamos de ella en la calle, yendo a casa de Orozco, donde comimos, y me dijo lo que a la letra copio para que vayas atando cabos:

—Te aseguro que esa pobre Leonor es una buena mujer, y que no conozco un corazón más noble que el suyo.

Y basta de Fritz. Ya ves cómo te he complacido, escribiéndote una carta absolutamente limpia de toda murria *wertheriana*. He tenido que violentarme y poner diques y compuertas al flujo de mis cuitas amorosas. Di ahora que no sé guardar las debidas consideraciones a mis amigos, ahorrándoles las náuseas de una toma fuerte de sentimentalismo. Pero alguna vez me ha de tocar hablar de lo mío. Prepárate para la próxima.

XIX

8 de enero.

Pero ¿es broma o qué es? Dices que vas a dar mis cartas para el folletín de *El Impulsor Orbajosense*, ¡arre!, ilustrado periódico de esa localidad, *órgano de los intereses materiales y morales*, etcétera. ¿Sabes que tendría gracia? Pero aun variando los nombres, la broma sería tan pesada, que no habría más remedio que retarte en duelo a ti y poner las peras a cuarto al cojo ese que dirige el papel y que tiene tan mala voluntad desde que le quité la Administración de Loterías para dársela al marido del ama que me crió a sus castos pechos. Basta de guasas, Equisín; no me irrites, no me cosquillees con tus chirigotas maleantes; mira que estoy echando chispas, y si llego a estallar... ¡Dios mío, cómo me he puesto! Si me pica una pulga, creo que me ha mordido un perro rabioso; si tengo que cerrar una puerta, doy con ella tan fuerte golpe, que se estremece todo el hotel; si la pluma con que te escribo saca un pelo, ¡zas!, la estrello contra la mesa; si tengo que llamar, echo abajo la campanilla y se me enredan en el cuello cuatro varas de alambre; en fin, estoy hecho una fiera. Me muerdo a mí mismo, y por no poderme soportar, me mando a paseo, dándome de puntapiés.

Y lo que me pasa no es para menos. Tú, con esa flema que Dios te ha dado, estarías tan fresco. No truenes contra mi repentinismo; cada uno es cada uno. Mis afectos propenden a la amplificación, y cuando gozo o padezco paréceme que en toda la anchura del mundo no caben mi placer o mi martirio. No me enfado nunca a medias. Si riño con un amigo, despídome de él para siempre. Siéntome niño en mis dolores y en mis alegrías. La ligera ofensa se me hace mortal agravio. Tengo miedo a enamorarme, porque fáltame asiento en la voluntad, y voy como buque sin lastre en un mar agitado: a cada tumbo me parece que veo el abismo abierto a mis pies. ¡Por qué no nacería yo en tiempo de los frailes para meterme a motilón y vivir en dulce uniformidad, sin pasiones, sin estímulos, hecho un honesto marmolillo y una mano inconsciente!

Como esto siga así, ya puedes encomendarte a Dios. Esa cruel nereida, perdona el clasicismo, va a acabar con tu infeliz amigo. Sigue en sus severidades, echando cada día sobre lo que llama mi capricho jarros y más jarros de agua *frapée*, moral pura de la más cargante y trasnochada, de la de catecismo con preguntas y respuestas. A veces creo que me ha tomado a mí por cabeza de turco, para ensayar la fuerza y empuje de su virtud y hacer gala de ella ante el mundo. Estas virtuosas me fastidian. Paréceme que no son virtuosas por la satisfacción de serlo, sino por ganarse un premio en el *Derby* de la honestidad.

La resistencia ha redoblado mis anhe-

los hasta un punto de que no tienes idea. Muéstrome exaltado, y nada: calabazas más gordas que la primera vez. Hágome el desdeñoso, y en seguida me conoce el juego: calabazas como la copa de un pino. Le ruego que me permita besarle una mano, ósculo de amistad, puro como la caricia de un niño, y me despide con una displicencia que anonada. Cuando trata en solfa mis pretensiones, menos mal: lo llevo con paciencia. Pero cuando me pone el hociquillo de virtud, créelo, la pegaría... Despedido, me voy y vuelvo con cualquier pretexto, y entonces me presenta a la preciosa Estefanía, como un santero presenta la reliquia para que la adoren los beatos. Esta niña es hija de Calderón, y Augusta la tiene casi siempre en casa, y la mima y agasaja como si fuera suya. La chiquilla es monísima; marido y mujer se consuelan con ella de la pena de no tener sucesión. Pues, como te digo, me la pone delante, sentándola sobre sus rodillas, y con la crueldad más salerosa del mundo, dice:

—Bésame a ésta, bésamela todo lo que quieras.

Y yo me la como; la beso tanto, que la hago llorar. Adoro el santo; pero lo que a mí me gusta es la peana. ¡Ay, qué peana!

No tengo ganas de escribir más esta noche. Vete a los infiernos, tonto, majadero, a quien por vivir en Orbajosa debo llamar *harto de ajos*.

*

Sigo la que empecé. Hay novedades, amigo Equis, pero grandes novedades. Trátase de un caso extrañísimo, que por su calidad y trascendencia merece tu examen. Anoche tuve una revelación. ¿Crees tú en las revelaciones? ¿Crees tú que cuando dormimos, o cuando nos hallamos en ese estado psicológico fronterizo entre el sueño y la vigilia, estado en que se confunde la estupidez y la perspicacia, puede venir un espíritu a injerirnos en el cerebro una idea o murmurar en nuestro oído palabras que son la cifra de un misterioso enigma? De fijo no lo crees. Yo tampoco lo creía, y ahora sí: creo en el Angel de la Guarda, ese bondadoso, invisible amigo que velaba nuestra cuna cuando éramos nenes, y que, de hombres, nos visita alguna vez para resolvernos un grave problema de la vida, para señalarnos un sendero de la intrincada selva donde nuestra insegura voluntad se ha perdido. ¿No recibiste alguna vez ese soplo sobrenatural, revelación que por la claridad con que se te hace no puedes tener por obra de tu propio espíritu, sino por aviso de *alguien* superior y externo?

Pues verás: acostéme caviloso y con el cerebro lleno de nieblas. Dormí no sé cuánto tiempo sin soñar nada. Desperté de súbito, cual si me clavaran un aguijón; desperté con una idea que había brotado en mi mente como el fulminante que estalla. La idea era ésta: "Augusta no es honrada; Augusta tiene un amante." ¡Ay! Lo sentí bajo mi cráneo, no como pensado, sino como sugerido, casi, casi escuchado. Me alucinó hasta el punto de creer que alguien estaba allí, y de sentir el calor de una cara junto a la mía. Encendí la luz; temblando, revolví mis miradas por la alcoba. Excuso decirte que no había alma viviente. Llama a esto, si quieres, fenómeno cerebral; pero confiésame que la idea que produjo no es una idea mía, sino partícula del saber total, venida a mí por medios que no están a mi alcance. Hay que distinguir cuándo funciona nuestro cerebro *de por sí* y cuándo engranado en la máquina inmensa del conocimiento universal. ¿Qué? ¿Te parece esto una sutileza? No puedes juzgarlo, porque no has experimentado como yo el choque inenarrable del rayo celeste al horadar el hueso en que se encierra nuestra mente. La recepción de la verdad no puede confundirse nunca con la emisión de una idea propia. Desconoces el lúcido entusiasmo que el fenómeno produce, la fe tenaz que enciende en nuestra alma. Puedo asegurarte que desde aquel instante mi convencimiento fué tal, que la evidencia y la comprobación no lo habrían producido mayor. Ni me hacen falta testimonios para creer y sustentar lo que sustento y creo a puño cerrado, como afirmamos nuestra propia existencia. Excuso decirte que no volví a pegar los ojos en toda la noche. Me la pasé recordando pormenores y trayéndolos a la corroboración del hecho, no porque éste, a juicio mío, necesitase pruebas, sino por puro entretenimiento de la mente, que se recrea en la lógica como los ojos gozan en la

claridad de un hermoso día. ¡Ay, Equisillo! ¡Qué amarga satisfacción la de hallar la conformidad entre el hecho revelado y las menudencias que acudían a mi memoria, como testigos impacientes por declarar en un proceso! Cosas que antes me parecieron raras, parécenme ahora lo más natural del mundo.

Te conozco bien, y porque te conozco, recelo que mis psicologías no te resulten sensatas; pero no me importa. Crees que estoy febril cuando esto escribo, y no es verdad. Esta madrugada sí lo estuve, y también parte del día y un buen rato de esta noche; pero me he serenado como por ensalmo, y escribo ahora con relativa frialdad. Te contaré todo lo que me ha pasado hoy, para que veas *cuánto se emprende en término de un día.*

Vamos despacio. Almorcé solo; esquivé antes y después del almuerzo ocuparme de asuntos del distrito. Estuvo aquí una Comisión, que ha venido de ese inmundo poblacho a gestionar la consabida rebaja de los Consumos, y no quise recibirla, pretextando enfermedad. No fuí a Gobernación, adonde me llamaba un asunto de muchísimo interés... para los de Orbajosa. ¡Figúrate tú qué me importará a mí ni a nadie que sea nombrado don Juan Tafetán secretario del Juzgado municipal, en vez de serlo don Paco Cebollino, de la noble familia de los Licurgos! ¿Crees que la armonía del cosmos se alterará porque la fuente de los Chorrillos corra o deje de correr, o porque la carretera de Valdegañanes pase o deje de pasar por la finca de don Cayetano Polentinos? En medio del desdén que estos problemas locales me inspiraban, ocurrióseme visitar a Cisneros. Tres días hacía que no pasaba por allí, y el buen señor no se conforma con estar tanto tiempo sin verme. Yo también echaba ya de menos el recreo de su charla, la saludable expansión que en su casa tiene siempre mi ánimo, con aquellas teorías tan chuscas y originales. Envuelto en su bata roja, mi padrino estaba aquel día entregado a la administración y trabajaba con el escribiente, tirándole de las orejas a cada descuido, y encontrando siempre muy mal todo lo que el pobre muchacho hacía. Hablóme de lo que goza ordenando sus cuentas; quejóse de las contribuciones; puso de vuelta y media al Gobierno porque no las reduce; díjome que pocos propietarios pagan al Fisco tan puntualmente como él, y que lo más sensible es que, pagando tanto, los servicios del Estado sean tan perros. De los municipales no hay que hablar. Duélese de que tributa enormemente por su propiedad urbana, y...

—Mira qué calles, qué gas tan malo, qué Policía tan detestable. ¿Querrás creer que por no satisfacerme el servicio de seguridad tengo yo un sereno mío que me custodia la finca? Si así no fuera, no podría dormir tranquilo en este barrio tan próximo a los del Sur, infestado de ladrones.

Tú dirás que a qué viene esto. Creerás que es para señalarte la contradicción entre el proceder eminentemente conservador de don Carlos y sus ideas disolventes. No, no es eso: ya hemos convenido en que la palingenesia política de mi tío es pura fanfarria, un papel para recitarlo y hacerse aplaudir en sociedad. Cuéntote estas cosas por otra razón. Verás adónde fué a parar el ingenioso Cisneros.

—El hombre más feliz—me dijo al fin—, y estoy por decir que el más sabio de España, es nuestro amigo Federico Viera, que no paga contribución y vive como un príncipe; que no tiene nada que administrar, ni hace jamás un número, y con sólo mirar una carta y ver lo que sale, ha sabido arreglarse su modo de vivir. No necesita tener ninguna clase de moralidad para que el mundo le aprecie y le mime, porque su talento, su buena figura, su educación, lo suplen todo. Come en las mesas de éste y el otro, que todavía le agradecen que acepte un puesto en ellas. Sus acreedores no se atreven a molestarle, porque saben que les saldría peor la cuenta. Va a todos los teatros sin comprar localidad; y para colmo de ventura, el ramo de mujeres no le cuesta un maravedí, porque siempre habrá, entre las de sus amigos, alguna que le ofrezca platito sabroso y gratis en el festín del amor. Es mucho hombre el amigo Viera. Yo se lo digo siempre: *Eres el ciudadano del siglo XXI, de ese siglo en que todo será común, hasta las mujeres.*

Oí a mi padrino, y quedéme aturdido como quien recibe un fuerte golpe en la cabeza. ¡Otra revelación teníamos! Te reirás de mí todo lo que quieras; pero

yo no me vuelvo atrás de lo dicho. Mensaje superior fué aquello, complemento del que recibí de madrugada, al despertar de un sueño profundo. Oírlo y creer, como creo en la luz, que el amigo Viera es... Ya habrás comprendido: me repugna tanto la idea, que hasta me resisto a escribirla. Sí, bien claro estaba. ¡Qué estupidez no haberlo comprendido antes!... Pero así, por súbitas, inesperadas referencias, se nos revelan las verdades que se ocultan al conocimiento general. La casualidad, una voz, una cita, un nombre, son el rayo de luz que esclarece todos los misterios.

Tanta fué mi inquietud, que no supe ni encontrar un pretexto para despedirme bruscamente de mi padrino y echar a correr. No recuerdo bien lo que le dije, y salí como alma que lleva el diablo. Una resolución súbita me enardeció el ánimo, y había que ponerla en ejecución al instante. Tomé un coche y me planté en casa de Federico. Yo no sabía cómo decírselo; pero sí que se lo tenía que decir, y que si no se lo decía, reventaba.

Encontréle en la cama, y le acometí sin preparación, diciéndole:

—Federico, tengo que comunicarte una idea; tengo que hacerte una pregunta. Vengo a que me saques de cierta duda... No, no es duda, es evidencia: necesito que corrobores..., que corrobores...

Mirábame con asombro y susto. Nunca me había visto descompuesto y agitado como hoy lo estaba. Su sorpresa le hizo enmudecer algún tiempo. Yo me expliqué mejor. Te referiré en dos palabras el diálogo aquel, que bien merecía lo escribieras tú, porque, francamente, fué dramático hasta no más. No anduve con rodeos para confiarle la pasión que me hacía infeliz y el fracaso de mis anhelos. El dudaba que la pasión fuese tan honda como dije, y en cuanto al fiasco, no vaciló en tenerlo por natural. Cuando le expresé mi convicción contraria a la honradez de Augusta, parecióme que se nublaba su frente, que le ofendían mis palabras y que se violentaba para no obligarme a una retractación.

—Ceguedad tuya—me dijo—, monomanía, locura razonante.

Yo no podía probar lo que tan vivamente creía, y falto de argumentos fundados en hechos, tenía que emplear los de mi fe, incomunicable sin duda. Nuestro diálogo se acaloraba, y de improviso le apreté un brazo, diciéndole con voz descompuesta:

—Tú eres, tú eres...

Y no sé qué más dije, no sé qué sarta de palabras salió de mi boca; frases violentas, injuriosas quizá, inflamadas por la convicción. Pero no pude menos de sentirme cortado ante la frialdad con que Federico me oía. Observé su rostro perfectamente tranquilo, inmutable, y en sus ojos no brilló ni el más leve destello que delatara una conciencia intranquila. Soltando después una risa franca, no enteramente burlona, más bien compasiva, díjome estas cariñosas palabras:

—Es preciso que te pongas en cura; pero pronto, antes que el mal te coja toda la cabeza... Manolo, tú estás muy malo. Te aconsejo la rusticación. Vete a Orbajosa por una quincena, y sanarás. Eso no es pasión verdadera; es una crisis de voluntad contrariada y una chafadura del amor propio, males ambos que en las grandes poblaciones son una verdadera epidemia. Unos días de campo te pondrán como nuevo.

A pesar de su humorismo y de la perfecta tranquilidad, superior a todo disimulo, que su semblante revelaba, insistí, y él entonces, poniéndose muy serio, me dijo:

—Si una declaración mía formal no te basta, no sé qué puedo hacer. Te juro que estás en un error. Y aunque los juramentos estén pasados de moda, me veo en el caso de jurar, por lo que valga. Te juro que no hay nada de lo que sospechas. ¿Lo crees? Bueno. ¿No lo crees? Allá tú.

Y después de otras cosas que no han persistido tan claramente en mi memoria, añadió esto:

—Todo lo que hay en aquella casa es sagrado para mí.

Y ahora, Equis mío, no te alborotes si te digo que Viera me convenció. Toda esta tarde, mientras estuve en su compañía, viéndole lavarse y vestirse, mi espíritu no cesó un instante de machacar en la misma idea, como herrero en la forja. La segunda revelación parecíame fallida; pero la primera, la del despertar, aquélla no había quien me la quitase. Federico lo intentó con hábil dialéc-

tica; pero nada pudo conseguir. Yo discurría así:

—Lo que es éste no es; pero será otro, y ese otro, ¡vive Dios!, yo lo he de encontrar.

Salimos y paseamos juntos. Federico se permitió darme bromas sobre aquel caso; yo me sentía un tanto ridículo, fingíme aliviado del mal de amores y aun me burlé un poco de mi desvarío, atribuyéndolo a mi carácter impresionable. No comimos juntos aquella noche. El se fué no sé adónde, y yo al hotel de Cicero. Luego fuí a casa de Orozco y me encontré a éste con un fuerte catarro, por lo cual su mujer no quería ir a la reunión de San Salomó; él la instaba para que fuese, y me suplicó que la acompañara. Por fin se decidió. Vistióse en un momento, y salimos. Al entrar en la berlina, yo no me encontraba muy satisfecho, porque de no ser amante, el papel de *sigisbeo*, aunque en el mundo sea un papel envidiable, a mí no me agrada.

—Me ha contado papá que hoy estuviste en su casa—díjome Augusta cuando la berlina echó a andar— y que parecías medio loco.

La contestación, *en el próximo número*. Ya no veo lo que escribo, de cansado que estoy. Buenas y santas.

XX

10 de enero.

¿Qué tal? ¿Te resulta esto divertido, o te parece extravagante, empalagoso, digno sólo de figurar en el folletín de *E' Impulsor Orbajosense?* Vamos, me ha hecho reír tu idea de que podría publicarse, trocando los nombres por otros extranjeros, suponiendo la acción en Varsovia y anunciando a la cabeza que es traducción del francés... Cállate la boca, o te estrello. ¡Publicar esto..., vamos, ni aun con tales disfraces! Además, si como representación de hechos positivos pudiera tener algún interés para los conocedores de las personas que andan en el ajo, como obra de arte resultaría deslucido, por carecer de invención, de intriga y de todos los demás perendengues que las obras de entretenimiento requieren.

Quedamos en que nos metimos ella y yo en la berlina. Bueno. Nunca me había parecido tan guapa como aquella noche. Vestía... Aquí de mis apuros. Soy tan torpe para describir trajes de señoras, que cuando lo intento digo los mayores disparates. No sólo ignoro los nombres de esta y la otra prenda, y de las distintas formas de *toilette,* sino que confundo los nombres de las telas. Está visto que para revistero de salones no sirvo yo. Sólo te diré que estaba elegantísima, que llevaba abrigo de pieles, que el peinado... ¿Cómo lo diré si no doy pie con bola en estas quisicosas? Pues llevaba el pelo recogido hacia arriba formando un pico, y en éste una joya, algo que echaba chispas cuando mi ingrata movía la sin par cabeza... ¡Ah!... Se me olvidó: el pelo ligeramente empolvado. Los guantes eran claros, de muchísimos botones; eso, eso, la mar de botones. Cuando entré, ya los llevaba puestos. Yo habría deseado que no, para ayudarle en la operación de abrochárselos. En el pecho, una flor rosa...; no diré que amarilla; pero amarillenta, sí. Nada de escote, chico. Y en la fisonomía, ¡oh desventura!, en el resalado hociquito, nada que me alentara, nada que me significara una promesa. A lo que dije, contestóme severa, indiferente. Comprendí que mi juego era mostrarme tranquilamente resignado, y así lo hice, diciéndole poco más o menos:

—Descuida, que ya no te molesto más. Me he convencido de que es una insensatez pretenderte... Cuando se llega tarde, no hay más remedio que tener paciencia. Y mi sino es llegar siempre tarde. Otro más feliz que yo ha merecido lo que a mí se me niega.

Creí notar inquietud en su mirada. Fué como un relámpago. Volvió la cara para mirar hacia fuera, y después de una enfadosa pausa me contestó así:

—Hay que dejarte. Estás insufrible de tonto, de loco y de no sé qué.

El coche había recorrido la calle Ancha, y atravesaba Chamberí para bajar a la Castellana por las casas de Indo. Densa niebla luminosa y blanca se aplanaba sobre Madrid. No se veían las casas ni los árboles. Las luces de gas, desvaneciéndose en la claridad lechosa, formaban discos, en algunos puntos teñidos de un viso rosado, en otros de verde. Augusta y yo observamos aquel fenómeno, y alguna observación hicimos

acerca de él; pero en realidad lo que decíamos era un pretexto para ocultar nuestra turbación. No era yo sólo el intranquilo y preocupado; ella también lo estaba. Me miró y me dijo:

—No creí yo que fueras tan mala persona.

—Yo seré todo lo mala persona que quieras, Augusta; pero ello es que tú no te atreves a negar lo que he dicho, y aunque lo negaras, de nada te valdría, porque lo que sé de ti, lo sé, fíjate bien, como si lo hubiera visto.

Observé en su boca y en sus ojos esa expresión particular de quien se esfuerza por tomar a risa lo que no es para reír. Mientras más contraía sus labios, más seriedad resultaba en aquel semblante.

—No me llames malo—le dije, estrechándole una mano, que no se atrevió a retirar de las mías—, ni temas que de mí pueda venirte ningún sinsabor. Si algo sé que tú quieres que ignore todo el mundo, hazte cuenta que soy como un muerto. No temas nada.

¡Qué bien leí en su alma en aquel momento, aun sin verle la cara, que hacia el cristal volvía! Su voz resonaba con timbre extraño al decirme:

—¡Qué tontería!... ¡Si no te hago caso!

Y hasta me pareció que su mano temblaba. Al través del guante, no sé qué estremecimiento de la epidermis me revelaba que la señora de Orozco me había cogido miedo. Y su miedo me permitió lo que nunca me había permitido su confianza: besarle la mano.

—Augusta, yo estoy loco por ti. Me has hecho desgraciado para toda la vida...

Y ella seguía observando la neblina, en la cual los discos luminosos, formados por la llama al desleírse en la humedad, crecían o menguaban al paso del coche.

—Augusta, yo soy y seré siempre el primero de tus amigos, fervoroso, leal, dispuesto a sacrificarlo todo por ti, a evitarte cualquier pena. No me conoces, si supones que de mí, de mi indiscreción, motivada por el despecho o los celos, te puede sobrevenir algún mal.

Volví a besarle el guante. El miedo empezaba a disiparse en su alma, o a ser vencido por otro sentimiento. Retiró su mano, diciéndome:

—Paciencia necesito para oírte.

—Paciencia necesitamos todos—le contesté—. Seamos indulgentes unos con otros. La tolerancia es la norma de la vida. No te asustes porque me veas poseedor de tu secreto.

Vuelta a mirar para fuera. Otra vez me tenía miedo.

—Te digo que no te asustes; no temas al mejor de tus amigos, al que se dejaría matar antes que hacer nada que te perjudique.

Quiso sobreponerse a la zozobra que la dominaba, y me amenazó con su abanico.

—Mira que te pego.

—Pega, pero escucha.

—Estás cargante.

—No estoy sino sumiso. Te obedezco; no tengo más voluntad que la tuya. Soy tu esclavo. Algo más te pudiera decir; pero hemos llegado, y se acabó la función...

Al volver a mi casa, desde la de San Salomó, me he puesto a escribirte. Son las tres de la mañana. En mi mente hay un gran barullo. Nada vi ni observé en aquella reunión que me dé la luz que necesito. Toda la noche me he sentido desorientado, estúpido a veces, a ratos tan excesivamente sutil, que he imaginado los mayores absurdos. Mi suplicio consiste en una interrogación que me causa ardores semejantes a los de la sed: "¿Quién será?" Porque Federico no es. Me lo juró en un tono tal de sinceridad, que no es posible creer que representara una comedia. ¿Será Malibrán? ¿Tendré que admitir ahora la hipótesis que antes deseché? El diplomático es hombre que debe poseer en grado supino la aptitud de seducir. A la expresión delicada y soñadora de su rostro corresponde lo agudo de un ingenio puramente florentino. Tiene, por su madre, sangre italiana; sabe fingir, adular, hacerse grato, componer su rostro. ¿Será Malibrán, Dios mío, y al arte de enamorar une el del disimulo con toda la perfección diplomática y maquiavélica?

Cuando perdía terreno en mi ánimo la candidatura, digámoslo así, de Malibrán, la ganaban otras. Hasta se me ocurrió si será Calderón de la Barca, el pegajoso amigo de la casa, el papá de Estefanía. No; esto es inadmisible. A Calderón le miran marido y mujer como a un hermano... Sin embargo, podría ser... Al

fin desecho a Calderón, y me fijo en otros: en un oficial de Artillería, sobrino de las de Trujillo, muy buen muchacho; me fijo también en Villalonga... ¡Quia! ¡Villalonga, gastado, lleno de canas... y tan poco apreciable moralmente!... Imposible, imposible. Busco otros; paso revista, analizo...

¡Qué problema, querido Equis! Pero yo digo que estos enigmas podrá no descifrarlos un investigador que se auxilia de la razón y la paciencia, pero un enamorado los descifra siempre. Yo lo haré sin que nadie me ayude, yo solo. Y no faltará, como en las sumarias de los crímenes, la feliz casualidad que, en un punto y hora, rasgue el velo de este endiablado tapujo.

Convengo contigo en que mi cabeza no está del todo buena. Lo confieso. hombre, si te empeñas en ello. Pero no me juzgues por lo que esta noche te escribo. Espera más noticias, y, sobre todo, espera la solución del acertijo, que no puede tardar. Abur.

XXI

13 de enero.

Pues, señor, me levanto muy tarde; me entretengo en varios asuntillos después de almorzar; voy al Congreso. Animación en los pasillos, runrún de crisis, chismorreo largo, mucho secretico, mucho racimo de curiosos en torno a este y el otro personaje, pechugones aquí y allí por si tú debías votar y no votaste. Oyense las frases iracundas de siempre, y aquello de *ni esto es partido, ni esto es Gobierno, ni esto es nada.* En el salón reina la paz de los sepulcros. Discútese el proyecto de ley de Enjuiciamiento criminal: soledad en los escaños; el orador, rodeado de tres o cuatro amigos, trata de convencer a los bancos vacios. En el de la Comisión hay dos que se marcharían también si pudieran. En la Mesa, el vicepresidente charlando con Villalonga; el conde de Monte Cármenes repantigado en el sillón de uno de los secretarios; los taquígrafos, afligidos porque no oyen bien al orador; los maceros le dirigen una mirada compasiva. En la escalerilla de la Presidencia, y cuando voy a que me den caramelos, me tropiezo con Villalonga, el cual me dice que Orozco estuvo muy mal la noche última... ¿Qué fué? ¿Cólico, ataque de asma?... No sabe. Pero ello es que amaneció con fiebre muy alta. El médico se alarmó.

Corrí allá, y me encontré al enfermo muy mejorado; la gravedad no fué tanta como se había creído. Pero continuaba en cama. El pronóstico del médico, si no grave, era reservado; había que observar el recargo de la tarde. Pasé a la alcoba de Orozco, y le vi. Estaba tranquilo; a mi parecer (algo me entiendo de Medicina), aquello no es más que un catarrillo gástrico. No veo motivo de alarma. Sin embargo, debo decirte que Augusta no tiene consuelo por haber estado ausente de su casa la noche en que su marido se puso tan malo. Tengo por seguro que su pena es sincera. Entre paréntesis, me ha sido muy grato advertir en ella estos sentimientos; y si te añado que me gusta más así, que la quiero más, digo la pura verdad. Mi prima es de esas personas que se ponen a morir cuando tienen un enfermo en la familia; tiembla de todo, y es excesivamente escrupulosa en la administración de las medicinas. Hoy no se ha separado un momento del enfermo; le interroga a cada instante:

—¿Te duele esto, te duele lo otro? ¿Tienes sed? No te destapes. Eso no es nada; mañana estarás bien.

Yo la admiro, qué quieres, por este cariño conyugal que tanto me confunde; aunque, bien examinado el punto, podrá ser este sentimiento compatible con otro. Tú harás los doctos comentarios que tu ciencia y conocimiento del humano corazón te sugieran. En esta carta no hago más que relatar hechos.

Me quedo a comer. Augusta no tiene un momento de sosiego, y a cada instante se levanta de la mesa para correr a la alcoba. Vuelve diciendo:

—Me parece que está algo recargado.

—No, hija; es que te parece a ti que lo está. Yo le encuentro despejadísimo.

Armamos nuestra tertulia en el salón. Va Cisneros, que, so pretexto de no molestar al enfermo, se exime de entrar a verle, y dice:

—Poco mal y bien quejado.

Va el mirífico Malibrán, a quien noto reservado y con no sé qué traicioncillas en sus ojos italianos de *Santi boniti barati.* Este hombre trae entre ceja y ceja

algo que no entiendo, y que más bien adivino por la fuerza reveladora del odio que me inspira. Va también Villalonga, el cual está graciosísimo, llevando la cuenta de los senadores moribundos, enclenques o delicados de salud, pues si el número de vacantes no aumenta, es difícil que entre en la combinación. Va también el marqués de Cicero, y el donoso optimista conde de Monte Cármenes. En el bando de los trasquiladores, mi padrino y el *Catón ultramarino* sostienen viva discusión, porque el primero cree que debemos vender la isla de Cuba a los Estados Unidos. El segundo no está por la venta, al menos hasta que él se deje caer allá otra vez, para poner cual una seda la administración de la tan desgraciada como generosa isla.

Pero de lo que más se habla allí, como en todas partes, es de ese misterioso crimen de la calle del Baño. ¡Ay, qué jaqueca! Los periódicos no se ocupan de otra cosa, y cada cual por su lado, todos tratan de buscar la pista; pero temo que tantas pistas acaben por despistar a la Justicia. ¿No has leído algo de esto? Una señora joven, madre, cuyo estado se ignora, apareció asesinada en su lecho y medio quemada, juntamente con su hijo, niño de pocos años. En la casa no había más persona, al descubrirse el crimen, que un sirviente, Segundo Cuadrado, el cual, si no es idiota, finge serlo. No sabe dar razón de nada de lo que allí pasó. Algunos le consideran autor del crimen; pero una parte del público da en acusar a la madrastra de la víctima, señora de muy mal genio, que vive en la misma calle y se llama doña Sara. Se dividen los pareceres. Hay quien sostiene que la vió entrar en la casa pronunciando no sé qué palabras amenazadoras. Y, por otra parte, la madrastra prueba su coartada, demostrando que aquella noche, a la hora del crimen, estuvo en el teatro. No falta quien asegura haberla visto en una butaca del Español. En fin, Equis, un lío espantoso; la Justicia, embarullada, dando palos de ciego, prendiendo y soltando gente. Es la conversación de moda en todos los círculos de Madrid, y personas muy formales ven en esto una intriga honda, con ramificaciones extensas. Dícese también que elevadísimos personajes protegen y amparan a la madrastra, presentando como asesino al inocente criado a quien se halló en la casa.

Las dos opiniones, que claramente se marcan ya, han dado origen a dos bandos encarnizados, en cada uno de los cuales la imaginación de esta raza fabrica toda clase de extravagancias novelescas. Y no es el vulgo el que más fecundidad muestra y más apetito de versiones maravillosas y pesimistas, pues la gente de cultura no le va en zaga. Las mujeres especialmente, y si quieres, las damas, se pirran por esa comidilla picante del famoso y no descubierto crimen. En casa de Orozco, Augusta *criminaliza* sin descanso, y la de San Salomó también; pero la más furibunda es la señora de Trujillo, quien no te pone buena cara en toda la noche si no le relatas algún detalle terrorífico, si no añades que tal o cual persona de tu conocimiento vió salir de la casa a la muy perra de la madrastra, puñal en mano. Hay que decirle, para que esté contenta, que el criado es un santo, y que tienes pruebas de que el asesinato de la infeliz doña Bernarda (así se llama la víctima) corrió de cuenta de dos empingorotados personajes. Calderón es quien le lleva todas las noches las noticias más frescas, siempre estrambóticas, y al parecer tomadas de un folletín de Ponson du Terrail. Teresita le oye encantada, y otros también. Si algún día oyes decir que ha pasado por encima de Madrid una bandada de bueyes, volando como las golondrinas, no preguntes quién ha dado la noticia. Es Pepe Calderón.

También entra Federico Viera. Este, Calderón y yo somos los únicos que pasamos un rato a ver a Orozco. A eso de las once, Augusta nos anuncia contentísima que Tomás se ha quedado dormido, que no tiene fiebre y que pasará buena noche. Todos nos congratulamos, yo el primero, y me pongo a pensar en lo mismo, querido Equis; ya sabes... Mientras los demás roen el crimen, yo mastico mi enigma; digo, mío no, de ella, y trato de dilucidar el arduo punto de quién será su cómplice. Mi sumaria está tan embrollada como la del hecho de la calle del Baño, y a cada hora veo una pista nueva. La sigo, y nada. Y ¿qué me dices a esto, pedazo de alcornoque? Ilumíname con un rayo de tu inteligencia. ¿Dónde está el criminal que busco? Cla-

ro, si yo, que actúo de juez y tengo todos los hilos en la mano, no averiguo nada, ¿qué has de descubrir tú, lejos de personas y sucesos? Pero... ya oigo lo que me dices, y te contesto: "No me da la gana de ser razonable. Maldito sea el sentido común y quien lo inventó."

Vacío sobre el papel mis impresiones todas, para que el papel las lleve a la *culta* Orbajosa. Así llama *El Impulsor* a esa rústica ciudad cuando habla de la procesión de San Roque o de los bailes del Casino.

XXII

18 de enero.

Tranquilízate. El señor de Orozco, a quien tanto admiras, está mejor, casi enteramente restablecido. Por más que tu imaginación feliz sepa figurarse cómo son las regiones celestiales; por acostumbrado que estés a concebir en tu mente el Supremo Bien, no puedes hacerte cargo del júbilo que resplandecía en la cara de Augusta al darme esta mañana la noticia. Sus ojos eran las puras divinidades, chico. La hubiera adorado de rodillas. ¿Qué quieres tú? Yo soy así. Admiro lo bueno, aunque no lo entienda. Alguien que leyera lo que para ti solo escribo, preguntaría quizá: "Pero ¿cómo se armoniza esto con aquello?" ¡Ah! Tú, que sueles penetrar en lo recóndito del alma humana, no lo preguntarás, seguramente. Hay una ciencia superficial del corazón aprendida en los teatros, donde las pasiones son presentadas en forma rudimentaria y simple. Con arreglo a esa ciencia incompleta juzgan muchos las cosas de la vida, y cuando éstas no pasan conforme al módulo del arte dramático, dicen que no lo entienden. Yo sí que lo entiendo, y tú también, ¿verdad?

Adelante. Vi al amigo Orozco ya levantado y en amable disputa con su mujer, porque él se empeñaba en abrir el correo, y ella le reñía como a un niño para que no se ocupase de nada. La encantadora Estefanía completaba la preciosa escena. No faltaba sino que la chiquilla fuese hija de Augusta para que resultara una *Sacra Familia*. Vamos, que me estoy volviendo muy... doméstico y muy... patriarcal.

Dime una cosa; háblame con franqueza: ¿crees tú que aquella revelación nocturna de que te hablé es un error mío? ¿Crees que estoy equivocado al afirmar lo que afirmo con tan profunda convicción? Ea, venga la *rimpuesta*, y, verdadero *payo de la carta*, no te la entrego, es decir, no sigo ésta hasta que la contestación llegue a mis manos.

XXIII

21 de enero.

Ya pareció la respuesta. Te juro que me ha sorprendido. Yo creí que me contestarías *estás equivocado*, porque, la verdad, en mi mente empezaba a aclimatarse la sospecha de que mi revelación de marras fué, como suelen serlo otras, enteramente subjetiva. ¡Y ahora me sales tú con que *estoy en lo cierto!* ¡Y añades que no tienes conocimiento de hechos en qué fundarlo! Pues lo mismo me pasa a mí, chico. Afirmo sin saber por qué. Creo, como tú, que estas cosas se sienten y no se razonan. Adivinar es sentir los hechos separados de nuestra vista por el tiempo o por el espacio; ver lo que, por invisible, parece no existente, de donde todos los sabios hemos colegido que la adivinación es una facultad parecida al estro poético. El poeta precede al historiador, y anticipa al mundo las grandes verdades. Heme aquí convertido en vate, descubriendo lo escondido y guipando desde muy arriba las cosas, lo mismito que un águila. Pero dejemos a un lado estos amaneramientos filosóficos, y voy a satisfacer un deseo que me manifiestas en tu carta. Quieres saber mi opinión respecto a Orozco; crees que me será fácil trazarte un retrato, y deseas que lo haga con suprema imparcialidad. Pues a ello voy; ya sabes que yo no me paro en barras, y que a sincero no me gana nadie.

Pero he de empezar diciéndote que esta opinión o, si quieres, semblanza o retrato, llevará el carácter de provisional, por no encontrarme en posesión de todos los datos para darla por definitiva. Hay en ese hombre algo que no he comprendido bien todavía. No es persona Orozco que se revela entera en cualquier momento; al menos así me lo parece a mí. Cosas he visto en él que me han producido admiración, y otras sobre

las cuales no me atrevo aún a opinar resueltamente. Empiezo por decirte que pocos hombres he conocido más agradables, y ninguno, quizá, que sepa con tanta rapidez ganar simpatías, y, con las simpatías, amistades verdaderas. A esto contribuyen seguramente sus maneras corteses, su exquisita bondad, su cara misma, que tanto me recuerda (veremos qué te parece esta observación) el tipo judaico, hermoso y puro, que apenas se conserva ya; barba poblada y larga, nariz de caballete y un tanto gruesa, ojos apagados, poca vivacidad en los movimientos fisonómicos, y, en fin, ese reposo, esa gravedad dulce que parecen indicar un perfecto equilibrio interior. Me encanta aquella manera de tratar a grandes y chicos, afable con todos, familiar con ninguno. Hay en su trato algo de los reyes, que por muy bondadosos que sean, siempre son reyes, y mantienen los fueros de su alta jerarquía. ¿Qué tal, voy bien?

Entrando ahora en lo moral, debo decirte que, aparte de ciertas hablillas, la reputación de que goza Tomás es sólida y unánime. Sobre esto no cabe duda. Y no hay que darle vueltas, Equis: el que tiene una reputación así es porque la merece. Cuando un nombre sobrevive a la constante lima de la murmuración, por algo será. ¿No crees tú lo mismo? Convengo en que Orozco lleva una sombra sobre su apellido. El fortunón que disfruta lo amasó su padre, don José Orozco, según pública voz, de una manera bastante irregular, por no decir otra cosa. Aquella execrada Compañía de Seguros, sobre la cual han caído y caen aún tantas maldiciones, arroja, como te digo, cierta opacidad sobre nuestro amigo, y él hace todo lo posible para purificar un nombre que recibió con bastantes máculas. Es absolutamente irresponsable de las faltas de su padre, llámalas crímenes, si quieres; heredó el caudal y vive tranquilamente, matando la ociosidad en algún negocio de los más limpios y haciendo todo el bien que puede. Aquí viene de molde aquello de *modelo de ciudadanos, modelo de esposos, modelo de...* Pero no precipitemos nuestros juicios.

Corre bastante por ahí la especiota de que Tomás es hombre muy místico, mejor dicho, beato. Hay quien sostiene que se consagra a prácticas religiosas de las más exageradas; que en secreto se da disciplinazos, que ayuna como un trapense... Todo esto es pura novela. Yo no he observado en la casa nada absolutamente que confirme tal suposición. En su biblioteca, puedo asegurarlo, no hay obras místicas, fuera de aquellas comprendidas en la colección de clásicos, y que están en las estanterías con todas las trazas de no ser abiertas nunca. Entre los libros familiares de uso constante, que tiene en su mesa de despacho, no he visto nada religioso. En su alcoba no hallarás un crucifijo ni imagen devota, pues si hay algún cuadro de asunto sagrado, está allí como obra de arte. Pila de agua bendita no la ves en toda la casa. Y puedo dar fe de que ni Orozco ni su mujer tienen afición ostensible a cosas de iglesias, ni se apuran mucho por cumplir los preceptos del catolicismo. Lo más, lo más que hacen es oír a misa algún domingo, si la mañana está buena. Pero lo que es confesar y comulgar, no sé, no sé: casi me atrevería a sostener que en esto están como tú y como yo. De modo que cuanto se dice del misticismo de Orozco y de los zurriagazos, no tiene el menor fundamento. Lo mismo que esa otra paparrucha de sus connivencias con los jesuítas. No faltan tontos que te juren que Tomás pertenece secretamente a la Orden, y que la apoya y le da dinero... Yo, que entro en la casa todos los días y a diferentes horas, puedo asegurar que jamás he visto allí una sotana, como no sea la del bondadoso padre Nones, a quien los de Orozco dan muchas limosnas para que las reparta entre los pobres de la parroquia de San Lorenzo. Tú, que tratas al padre Nones, dirás si tiene el pobrecillo trazas de andar en la *Compañía*. No, todo eso es fábula. Queda, pues, rechazado. Pero vete a arrancar de la mente del vulgo una rutina de éstas. Pero ¿qué más? El mismo Cisneros, que conoce la casa tan bien como yo, pero que gusta de fomentar las malicias vulgares, me decía anteayer:

—Y ¿cómo está el jesuitón de mi yerno?

Lo dice sin creerlo, por hacer eco a lo que oye.

Mas reconociendo y afirmando que todo es cháchara, pregunto yo ahora: ¿No habrá algo que motive, siquiera remotamente, esta opinión? ¿Es posible

que sin ningún fundamento se fabriquen errores semejantes? ¿No habrá algo..., algo que, sin ser aquello, se le parezca? Y aquí entran mis dudas, porque trato de sondear, y no encuentro, no encuentro en la vida de Orozco la explicación del supuesto misticismo y jesuitismo. Lo que haya estará tan recóndito, que no podrán atisbarlo los ojos fisgones de los amigos de la casa. Esto se enlaza con otra cuestión. ¿Hay armonía conyugal en este matrimonio? Si he de decir verdad, aparentemente dicha armonía es perfecta. Cuanto he visto y observado parece probar que Tomás ama con ternura a su mujer. De que su mujer le respeta, le estima y aun le ama, también creo haber visto señales incontrovertibles. Y, sin embargo, la idea que me fué sugerida por el conocimiento universal, la revelación aquella con que te he dado tantas jaquecas, está en abierta pugna con lo que afirmo ahora. ¿O es que no lo está? Aclárame el misterio, Equisillo, tú, que sabes tanto. Como dice aquel amigo nuestro que escribe artículos sobre las relaciones de la Iglesia con el Estado, *nos encontramos frente a uno de los problemas más intrincados de la época presente.*

Añadiré que siempre que Augusta habla de su marido lo hace con acento de entusiasmo, de su admiración reverente. Paréceme que se juzga muy inferior a él. Un día, en confianza, me reveló pormenores interesantes de las obras de caridad que Orozco hace. En pensiones a familias pobres, emparentadas o no con la suya, se gasta un caudal. Hace mucho bien, siempre guardando el secreto para que no lo sepa la gente, porque le molesta que de ello se hable, y ni aun admite que los favorecidos le den las gracias. Inventa mil arbitrios sutiles y delicados para hacer llegar sus beneficios a ciertos menesterosos, que no pueden admitirlos sino por vías muy diplomáticas. De esto sabía yo algo; pero lo que yo sabía, con ser tan bueno, no llega a las maravillas que me ha contado Augusta.

Voy trazando el retrato como puedo. Quisiera seguir; pero te advierto que no veo bien todo el original: hay algo que permanece en la sombra, y por eso mi pintura no es ni puede ser completa. Complétala tú, si puedes, añadiendo tu saber al mío. Ya no describo, sino te consulto. ¿Qué hombre es éste? ¿Es un tipo de grandeza moral, raro, aunque no imposible, en nuestros tiempos de variedad y verdaderamente fecundos? ¿Nos hallamos frente a un vigoroso carácter religioso, no informado en las religiones vigentes, sino de nuevo cuño y de índole novísima? ¿Es un soldado heroico de los eternos principios, que combate por ellos recatándose de la profana admiración del vulgo? ¿Es una conciencia sublime o un vulgar misántropo? ¡Ah! Una idea diabólica ha nacido en mí, y no vacilo en exponerla, para que la tomes como quieras. Deseo conocer a fondo a este hombre. Si yo lograra ser amante de Augusta, ella me revelaría cosas muy peregrinas. Mira por dónde soy un diablo teólogo, o *teófilo*; un diablo que no busca el mal por el mal, sino impulsado del ansia del conocimiento, y que por el camino del pecado aspira a llegar a donde pueda contemplar de cerca el Supremo Bien. ¿Qué te parece? Una gran idea, ¿verdad? ¡Si la diabla esa me quisiera!...; pero como no me ha de querer, eso ya lo estoy viendo, me quedaré con mi amor y con mi triste ignorancia acerca del enigma moral de Orozco. Soy, pues, el diablo más desairado y más tonto del mundo; un diablo merecedor de que le pongan un cacharro en el rabo, como a perro o gato sin dueño, para ser burla y alboroto de los chiquillos de la calle.

Concluyo, hijo mío, poniendo a tus órdenes toda mi diabólica inutilidad.

XXIV

23 de enero.

Pues, señor, hoy pensaba continuar el retrato del buen Orozco con datos y observaciones nuevas de grandísimo interés; pero cátate que salta un asunto del cual no puedo menos de darte noticia sin tardanza, y a ello voy. Nuestro amigo Federico Viera es el rigor de las desdichas. ¿Recuerdas la descripción que te hice de su casa, de su hermana, del abandono indecoroso en que ésta vivía? Pues las consecuencias que yo me temí y que te anuncié no se han hecho esperar. Hace pocas noches, acompañando yo a Federico hasta su casa, entre una y dos, sorprendimos a un joven que del

portal salía. Federico le echó mano al pescuezo. ¡Qué escena, chico, tan desagradable, y al mismo tiempo, no sé por qué, tan graciosa!... En fin, que, según lo que Viera me había dicho poco antes del fatal encuentro, el agredido es novio o pretendiente de Clotilde, por más señas, honrado hortera de una tienda próxima. Aquello habría concluído mal sin mi intervención y la del sereno, pues nos costó trabajo librar al infeliz amante de las garras del hermano de su ídolo. Pero no pararon ahí las cosas. Escucha lo mejor: ayer la mosquita muerta desapareció de la casa, dejando una carta para su hermano en que le anunciaba su resolución de casarse —mira si tiene alientos la niña—, añadiendo que se halla depositada judicialmente en casa de la viuda de Calvo, señora respetable, muy amiga de los Viera y también de los Orozco, y que al amparo de dicha señora esperaba el permiso pedido a su padre para verificar el matrimonio. No puedes figurarte la ira de nuestro pobre amigo ante este arranque de su hermanita, a quien creyó toda sumisión y apocamiento. Lo de siempre, amigo Equis. La autoridad arbitraria no se entera de que los oprimidos tienen alma hasta que no les ve levantarse y sacudir el yuyo por los medios que están a su alcance.

Esta revolución doméstica ha puesto a Federico fuera de sí. Ya sabes que es un temperamento absolutista y aristocrático. La publicidad que va a tener o que tiene ya su humillación le saca de quicio. Y mira tú qué cosa tan rara. No ignoraba que Clotilde vivía indecorosamente entre criadas y gente soez, y se irrita de que la infeliz se emancipe aceptando un marido de clase inferior a la suya. El orgullo de nuestro amigo transige con que su hermana se consuma en la tristeza y en la vulgaridad, y no transige con una unión que llama degradante. Pero la niña, a la chita callando, y como quien no hace nada, se ha dejado llevar de la corriente del siglo, y desde la ignominiosa oscuridad en que vivía se ha lanzado a la democracia, buscando en ella una especie de redención. Ya sabes el odio corso que Federico profesa a las ideas democráticas, con qué graciosa crueldad se burla de ellas y de los progresistas y del *morrión,* etc... Reconoce sinceramente que está fuera de lugar en nuestra sociedad; que ha venido al mundo rezagado, y que por equivocación no nació en los tiempos a que su carácter se ajusta. Figúrate cómo estará ahora, viendo a su hermana sacrificada al aborrecido principio de la igualdad política y social; viéndola pasarse vergonzosamente al enemigo, en brazos de un ser insignificante y que personifica, según él, todas las garrulerías de la época presente. Está el hombre que arde y no se le puede hablar de esto sin que al instante pierda pie y se descomponga.

Anoche dió mucho que hablar en casa de Orozco este caso concreto de revolución social, eclipsando la conversación del crimen famoso, y Augusta estuvo de acuerdo conmigo en la ninguna razón que tiene Federico para quejarse. Convinimos en que él ha provocado el triunfo de la democracia, descuidando a Clotilde y privándola del puesto que en la sociedad le corresponde. Federico no pareció por allí: anda huído, y no le veo desde la noche que sorprendimos al atrevido galán saliendo de la casa. Fué una escena calderoniana, que no te describo porque espero han de ocurrir otras más dignas de pasar a tu conocimiento.

Volviendo a Tomás, te diré que está ya completamente restablecido. Ayer almorcé con él, y estuve casi todo el día acompañándole. Su mujer salió a eso de las cinco. ¿Adónde iría? He aquí el tema de mis sombrías meditaciones durante toda la tarde. Aparte de esto, te juro que el buen Orozco me hizo pasar un rato muy agradable, charlando conmigo de asuntos diversos con una amenidad, con una discreción que me dejaron pasmado. Hizo una pintura del carácter de su suegro, que siento no poderte transcribir íntegra, pues mis cavilaciones impidiéronme fijar en sus atinados conceptos la atención taquigráfica que acostumbro. También analizó el caso de la hermana de Federico Viera con un criterio semejante al que yo te expuse. Ha pasado en esto lo que debía prever todo hombre que no tenga el entendimiento lleno de ideas arcaicas y el carácter agriado por los contratiempos económicos.

Pues, señor, me da la gana ahora de continuar el retrato interrumpido. Cuando menos lo pensaba, he visto más de cerca la figura, se me han revelado al-

gunas líneas que antes se perdían en la sombra, y quiero fijarlas inmediatamente sobre el lienzo, esperando que se vaya clareando lo que oculto permanece todavía.

Quizá no sepas que Orozco es uno de los hombres más arreglados que se conocen. Podría dar lecciones de prudente economía y de previsión a toda la raza española. Lleva sus cuentas al día y al céntimo, sin que esto signifique mezquindad cicatera. Al contrario: no regatea nada de lo que pueda contribuir al lustre de su casa, ni pone a su linda costilla cortapisa alguna. Verdad que ella sabe mantenerse dentro de los límites de la más exquisita prudencia. Orozco no trabaja por aumentar su capital, que es grandecito, y los negocios en que toma parte, en cooperación con otros capitalistas, no le dan muchos quebraderos de cabeza. Me consta que en negocios de usura jamás ha querido interesarse. Sé que se le han hecho proposiciones solicitando préstamos con enormes ventajas, y las ha rechazado. Da, pero no presta, y da en la medida conveniente. Dos cosas hay que no se conocen allí, y son: la sordidez y el despilfarro.

Te confieso que este hombre me impone un respeto casi supersticioso. Cuando hablo con él, me siento enano, me inspiro a mí mismo cierto desprecio, me entra cortedad..., no sé qué. Y debo añadir que ayer, cuando me senté a su lado y me puso cariñosamente la mano en el hombro, sentí remordimientos muy vivos. Cierto que yo no le he faltado más que con la intención; pero aun esta idea no acallaba mi conciencia, y procuré tranquilizarla con sofisterías. "Por lo mismo que este hombre es tan perfecto—me dije—, hállase fuera de las leyes humanas. Está tan alto, que el ser burlado no le ofende, ni hay injuria que alcance a tal excelsitud. Los que le ofendan y ultrajen darán cuenta a Dios, pero no a él, que se rebajaría pidiéndola." Estas cosas me pasaron por la mente, y cuando vi a mi prima entrar de la calle con su cara risueña, imagen de una conciencia sosegada, parecióme que su serenidad era cinismo y su sonrisa hipocresía. Púseme resueltamente del lado de la moral y de los consabidos principios, muy señores míos, y me pareció crimen nefando engañar a un hombre tan bueno. ¡Qué picardía! ¡Engañarle no siendo yo el cómplice! Te descubro mi conciencia con todos sus escondrijos. Se me antoja que la ofensa, hecha en mi obsequio, sería más disculpable.

Tomó parte la esposa en nuestra conversación. Yo la observaba, y no sé, no sé..., me parecía que su tranquilidad era sólo aparente. Su manera de oírnos indicaba cierto sobresalto y su reír no era tan franco y natural como de costumbre. De pronto, Orozco le dijo:

—¿Has sabido algo más del pleito de Federico con su hermana? ¿Le has visto a él?

Yo temblé. No sé por qué me asaltaron de nuevo las sospechas de aquella mi segunda revelación. Fijéme en Augusta, que en aquel momento revolvía la mesa buscando no sé qué papel o revista; creí que esquivaba la respuesta, que evitaba las miradas de su marido y las mías; pero me equivoqué de medio a medio. Al oír el nombre de Federico dejó lo que buscaba y vino a sentarse frente a su marido, separada de él por la mesilla en que éste tenía varias cartas y periódicos; puso los codos sobre la mesa, la barba en una mano, y sonriendo nos dijo:

—Pues no le he visto, ni sé dónde se mete. Pero me ha dicho Malibrán esta tarde que no cede, que está furioso, que lo que siente es no haber acogotado a ese pobre chico cuando le encontró saliendo del portal. ¡Qué extravagancia! Creo que debemos todos abrazar la causa de Clotilde.

Al nombrar a Malibrán—¿sería aprensión mía?—parecióme notar en su acento una veladura, en sus ojos no sé qué timidez o sobresalto... Vamos, que se me enroscaron en el corazón las culebras, y ya no tuve serenidad para seguir atentamente la conversación que los tres entablamos.

Y no continúo por ahora el retrato. Lo seguiré cuando me parezca bien. No tengo ya malditas ganas de acabar ésta en la forma que pensaba. Quédate con Dios, y no te burles mucho de tu trastornado amigo.

XXV

26 de enero.

¡Malibrán! No puedo evitar hablarte de este tipo, que se me ha plantado en la nariz como una mosca. Quiero echarle, le sacudo y vuelve. Me persigue, me le encuentro en dondequiera que estoy; llego a pensar que no es él a quien veo, sino a mi execrable sospecha, representada en carne mortal. Es que desde ayer no se aparta de mi cerebro la idea de que he despejado la famosa incógnita: X = Malibrán. ¿Me equivocaré también ahora?

Anoche estuvimos juntos largo rato en el teatro Real. Hablóme de Augusta con un cierto respeto que me pareció afectado. No podía yo tirar de la lengua a semejante hombre, diciendo de mi prima alguna picardía capciosa para obtener una respuesta lúcida, y al elogiarla con calor, ponderando su rectitud moral y el cariño que tiene a su marido, parecióme que eran finamente irónicas las palabras con que Malibrán acogía mis alabanzas. Luego noté como que esquivaba aquella conversación, rebuscando otros temas de charla. Si me apuras, no puedo darte la razón de la antipatía que el diplomático me inspira. Quisiera se me presentase ocasión de tener un altercado con él; pero es tan correcto el maldito, que ni esa esperanza me queda. Le rompería la crisma, aunque después comprendiese que había hecho una inútil barbaridad. Para colmo de desventura, hoy al mediodía me le encontré en casa de Orozco, y allí almorzamos juntos. No me queda duda de que Augusta y él cambiaron algunas palabras que no debían de ser cosa buena cuando hablaban tan bajito. ¡Sabe Dios!... Adelante. En un rato que nos encontramos solos, me dijo mi prima:

—Tomás está muy disgustado con una carta que ha recibido hoy.

Picada mi curiosidad, la interrogué y supe que la carta es de Joaquín Viera, el padre de Federico, y que en ella anuncia su llegada a Madrid para dentro de dos o tres días. Has de saber, y no hago más que dar traslado de lo que me contó mi prima, que siempre que se aparece en Madrid ese pájaro de mal agüero trae estudiado algún plan de sablazo en grande escala para atacar con él a los que tuvieron la desgracia de ser sus amigos. Orozco ha sido víctima varias veces de las combinaciones sutiles de aquel insigne tramposo, las cuales merecen más bien el nombre de estafas.

—Esto será—observé yo—otro motivo de zozobra para el pobre Federico, a quien siempre he oído hablar de su padre con muy poco entusiasmo. Cada vez que viene a Madrid le deja envuelto para mucho tiempo en una atmósfera de escándalo y vergüenza.

Augusta manifestó propósito de hacer los imposibles para precaver por todos los medios a su marido contra la malicia del que explota su extremada bondad. Orozco tiene con él increíbles debilidades, y no le trata nunca con el desprecio que merece; suele ceder a sus malvadas exigencias, por lástima, sin duda, en memoria quizá del gran afecto que los padres de ambos se tenían.

¿Qué te parece todo esto? Dirás que aquí se prepara algún enjuague. Pues lo mismo pienso yo. Y sábete que me han entrado ganas de conocer a ese celebérrimo espadista, que hace tantos años desapareció de aquí, y no viene sino contadas veces y por corto tiempo con el temido alfanje en la mano. Pues hoy, hablando de esto con Augusta y Orozco, dijéronme que Viera *senior* es hombre de trato seductor, capaz de embaucar con su labia a medio género humano. No se parece nada a su hijo, todo susceptibilidad, orgullo y delicadeza, esclavo del punto de honor y de las leyes de la respetabilidad aparente. Añadió Tomás que Joaquín vive hace tiempo del chantaje, amenazando desde el extranjero o presentándose con alguna máquina ingeniosa de líos y enredos. Porque, eso sí, es hombre de grandísimos recursos intelectuales, muy sabedor de negocios de todo género, y con una trastienda y una flexibilidad y una manita que dan quince y raya al más pintado. Augusta no le puede ver, y se complace en aplicarle las terribles denominaciones de timador, tramposo, caballero de industria, etc... No comprende, y en esto nos hallamos todos de acuerdo, que de un padre tan sin paladar moral haya salido un hijo con la cualidad contraria, extremada hasta rayar en defecto.

Suspendo el trabajo y continuaré mañana.

*

Continúo hoy 27. Si esta carta fuera un capítulo de novela, debería titularse ¡¡¡*Ancora il Malibrán*!!!, así, con muchas admiraciones y su poquitín de italiano. Porque no he visto asiduidad más aterradora. Si veinte veces voy a casa de Orozco, veinte veces me le encuentro. Y por más que procuro chocar con él, no puedo conseguirlo. Le llevo la contraria en todo lo que habla. Digo mil barbaridades; sostengo que el arte italiano es un arte de filfa; que Rafael me parece un pintor de muestras; que Tiziano dibuja menos que el último alumno de la Academia; que el Mantegna puede pasar como un chico aplicado (te advierto que yo no sé quién es el Mantegna), y que todos los prerrafaelistas no son más que unos pintamonas. ¡Qué asuntos tan tontos, qué pobreza en la composición, qué falta de verdad!... En fin, chico, que yo mismo me río de lo bruto que soy o que aparento ser. Pues aunque Augusta suele apoyarme con aquella monísima independencia de criterio que le hace tanta gracia, no consigo mi objeto. El otro me rebate con dulzura y benevolencia. Su exquisita educación pone una muralla infranqueable a mi odio insensato. Si charla con Orozco de política extranjera, le llevo la contraria con más furor. Me declaro rabioso *parnellista;* sostengo que Gladstone es un progresista de morrión; que *el canciller de hierro* está chocho y debe retirarse, dedicándose a la cría de aves de corral; que Austria, mira que esto tiene gracia, es una nación que para nada sirve, y debe desaparecer, repartiéndosela Rusia, Alemania e Italia... En fin, no sigo para que no te rías de mí. Ni por ésas: no me vale apoyar mis opiniones con terquedad, a ver si le sulfuro y me sale con alguna denegación provocativa. Pues como si hablara con la misma estatua de la prudencia. A mi prima le dirige frases de una galantería refinada y madrigalesca, y bien claro veo cómo se esponja la muy hipócrita oyéndolas. Recordarás que en cierta ocasión me habló de él en términos muy desfavorables, diciéndome que era persona malévola y peligrosa... Farsa, hijo, pura farsa, y disimula para desorientarme.

Pues oye otra cosa. Por la noche, Malibrán daba las gracias a Orozco por haber atendido la recomendación que le hizo en favor de no sé quién. Ya sabes que Tomás socorre con delicadeza a multitud de familias que han venido a menos. Pues bien: al oír las expresiones de gratitud del diplomático, noté que el semblante del grande hombre expresaba cierta contrariedad primero y después verdadero disgusto. Malibrán sonreía bondadosamente, y no insistió. Como yo manifestara a mi prima, casi en el momento mismo, mi sorpresa por la actitud de Orozco, me dijo en un gracioso y largo aparte:

—No seas cándido; tú no conoces a mi marido, como no le conoce tampoco ese majadero de Malibrán, que se las da de tan diplomático y tan Metternich. A Tomás no le gusta que le alaben sus acciones benéficas, ni aun que le den gracias por ellas. Te lo advierto para tu gobierno. Cree que la generosidad y la caridad pierden su mérito con el bombo. ¿Sabes lo que a él le agrada? Te lo diré para que te pasmes. Lo que a él le hace feliz es el secreto absoluto de sus buenas acciones y la ingratitud de los favorecidos. Te advierto esto porque como tú también le has recomendado a esa desgraciada viuda de Freire, si la favorece, no se te pase por la cabeza darle las gracias; lo mejor que puedes hacer es no hablar del asunto. ¿A qué abres tanto la boca, tonto? Vosotros, los que presumís de listos, no entendéis palotada de los secretos humanos. Tomás es un santo, lo que se llama un santo. ¿No lo has comprendido? Pero ¿crees tú, bobalicón, que no hay santos en esta época? Pues los hay, los hay, con sus levitas, sus fraques y sus chisteras, en vez de mitra, báculo y sayal. Esa serenidad suya, que le diferencia tanto de las demás personas, no se altera sino cuando le trompetean los beneficios: se pone tan nervioso que, créelo, me causa inquietud. Conque ya sabes, y adviértelo también a tu amigo *le petit* Talleyrand, para que no volváis a incurrir en la simpleza de mostraros agradecidos.

Quedéme con esto como puedes suponer. Era un desconocido perfil de la figura de Orozco, mejor dicho, un golpe de luz, que resuelvo añadir sin pérdida de tiempo al retrato no concluído. ¿Y

qué opinas tú de este aspecto de la persona del grande hombre? Te soy franco: no he acabado de entenderlo, y me parece que tú, por más que digas, no lo entenderás tampoco.

XXVI

28 de enero.

Pues ayer se me ocurrió, revolviendo en mi mente las palabras de Augusta, lo que vas a leer: "Malibrán no es. Si lo fuera, habría confianza entre ellos, y la pecadora no tendría que valerse de mí para advertir a su cómplice la inconveniencia de hacer al marido demostraciones de gratitud. Esto parece la pura lógica. Pero como la lógica, en cuestiones de amor, suele andar como Dios quiere, me doy a cavilar si no será todo una bien ensayada comedia para envolverme y confundirme más. Es mucho cuento esta señora Humanidad, querido Equis, y cada día vemos en ella cosas más raras e incomprensibles. Estoy sobre aviso, y sigo observando."

Vamos a otra humana rareza. Ha llegado ése, la *estrella con rabo*. Llámole así, porque su aparición produce general terror. Le he visto, he hablado con él, hemos almorzado juntos, y puedo asegurarte que no he visto hombre más seductor y ameno. El podrá ser un pillo de siete suelas, y de fijo lo es cuando todo el mundo lo dice; pero a las primeras de cambio da el pego al lucero del alba.

Con la presencia de su padre aquí y la barrabasada de su hermanita, está Federico inaguantable de mal humor e intolerancia. Por cierto que el papá no sólo se muestra indulgente con la chiquilla, sino complacidísimo de su resolución, y le da el permiso legal. No hay en él ni asomos de las ideas del hijo en punto a distinciones sociales y al decoro de los nombres. Se pasa de demócrata, y su despreocupación social, política y religiosa te parecería cinismo si no la revistiera, al expresarlas, de formas tan simpáticas. Por cierto que hijo y padre difieren tanto en lo espiritual como se asemejan en lo físico. Tan grande es el parecido entre uno y el otro, que los tomarías por hermanos; y hasta la diferencia de edad se amengua por estar Federico bastante envejecido y el otro rozagante, esponjado y hecho un pollo, como suele decirse. Pero entre los caracteres hay tal diferencia, que no cabe aproximación. Es de esas distancias de que no podemos dar idea ni aun llamándolas abismos.

Sé que hoy han celebrado una conferencia Orozco y Viera padre; pero nada pude traslucir, aunque almorcé en la casa esta mañana, y allí estaba cuando anunciaron al tramposo. Me parece, por lo que oí a mi prima y al mismo Tomás, que se trata de sablazo gordo, como los suele dar ese consumado tirador. Augusta, indignadísima. Aunque de las pocas palabras que Orozco pronunció sobre este asunto se desprende que abre la bolsa, no sé yo si el abrirla reservadamente para el pícaro que fué socio y compinche de su padre entra también en la categoría de esas obras misericordiosas practicadas en secreto, y que no deben ser agradecidas. ¡Ah! Por lo que hace al agradecimiento de ese bribón, que me lo claven en la frente. He podido colegir que Viera le ha presentado un antiguo crédito, obligación o no sé qué de la célebre *Humanitaria*, y que hay dudas de si la tal obligación ha prescrito o no legalmente. Veremos lo que resulta de esto.

Después de la visita del espadista tenía Orozco la cara tan plácida, tan serena como siempre, y por ella no podía traslucirse que padeciese la más ligera agitación. Augusta, en cambio, parecía muy contrariada. ¿Será que no encuentre práctica ni conveniente, en los tiempos que corren, la santidad de su consorte? No lo sé. Algo más tengo que decirte; pero estoy muy cansado, chiquillo, porque... Vamos, te lo cuento si no lo dices a nadie. Estuve esta noche en casa de la *Peri*. No pongas el ceño de moralista empalagoso y cursi. Hemos ido a que nos echara las cartas. A ver, ¿tiene eso algo de particular? Pues ¿no va uno a las cátedras del Ateneo y de la Universidad con objeto de instruirse? Y ¿acaso en estos templos de la sabiduría se encuentran unas chicas tan guapetonas como las que esta noche había en casa de Leonor? Amado Teótimo, todo es aprender, observar y cursar la difícil carrera de la vida; y eso de que vaya uno todas las noches a oír discutir sobre la organización de los poderes públicos

o sobre lo que pasó en la época merovingia, empacha, créelo, empacha y embrutece. Es preciso echar una cana al aire, sobre todo antes de tenerlas... Conque, abur, que me voy al catre.

XXVII

30 de enero.

Gordas y frecas, amigo Equis. La hermana de Federico, la gran demócrata y revolucionaria, se casa con su querido hortera, realizando así el soñado ideal de la concordia de las clases, de la reconciliación del pasado con el presente. ¿Qué tal? Ahí tienes a la señora realidad haciendo muy calladita lo que escribís en vuestros libros y otros dicen en sus discursos. Yo te pregunto: ¿precede la idea al hecho, o el hecho a la idea? Pero dejémonos de averiguaciones y vete enterando de la realidad. El chico que ha venido a entroncar su humilde nombre con el de los Viera y Gravelina pertenece a una de esas honradas familias mercantiles oriundas del valle de Mena, la verdadera antesala de la calle de Postas. Le llaman Santanita, y es simpático, de cara inteligente, guapín, modesto. Ha ido a suplicarme que intercediera con el señor de Orozco para obtener la plaza de tenedor de libros en una casa de Banca, y te aseguro que me interesó aquel humilde representante del estado llano, que se abre paso, a codazo limpio, entre la turbamulta social.

Por lo poco que hablé con él, me pareció uno de esos caracteres que, bajo la capita de modestia, ocultan una voluntad decidida para marchar impávidos hacia su objeto. Sabe arrimarse a los que pueden serle útiles; no pierde ripio, y olfatea dónde guisan. La chica está depositada en casa de la viuda de Calvo (no la conoces, ni hace al caso), señora de campanillas, a quien el padre de Santanita sirvió de administrador, mayordomo o no sé qué. Ha venido a menos, y vive de una pensión que le da Orozco. Ya sabe ese pillo de Santanita a qué árbol se arrima. Me ha dicho Tomás que no podía hacer nada por él; pero algo hará, tú lo has de ver. Ya voy conociendo las santas marrullerías de ese hombre sin segundo, que practica la hipocresía de la dureza de corazón. Todo su empeño está en que le tengan por insensible a las miserias y desdichas humanas. Pero lo que es a mí no me la da.

Bueno: quedamos en que el tal hortera es una diligente hormiga. Clotilde no podía aspirar a un Coburgo-Gotha, y cuando las cosas vienen rodadas, debemos tener por buenas las soluciones impuestas por el carácter nivelador de la época presente. ¿Qué tal? Estoy cargante hoy. Pues te diré: más lo está Federico, obcecado hasta el punto de asegurar que preferiría ver a su hermana muerta a verla casada con el pobre Santanita. Es que nuestro amigo lleva a todas las cosas el ardor del sectario, y es inútil intentar persuadirle. Ve el mundo por cristales muy subjetivos, y lo que para nosotros es natural, a él le parece monstruoso. La pavorosa *estrella con rabo* se marcha para otros mundos, cumplido, al parecer, el objeto de su aparición en éste; pero ignoro la verdad de lo ocurrido entre él y Orozco. En el rostro de éste no he podido leer nada; pero el de Viera resplandece con esa luz particular que encienden en nuestros ojos los triunfos de la voluntad. No me queda duda de que ha obtenido todo o parte de lo que solicitaba. Augusta debe de saberlo; pero no se clarea, y cuantos esfuerzos hago para meter la nariz en este secretillo han sido inútiles. Pero hoy ha ocurrido algo que aumenta mi confusión, pues no sé cómo relacionarlo con los demás hechos conocidos para sacar la deseada luz.

Pues verás: anoche me dijo Orozco que no dejase de ir hoy a almorzar, que tenía que hablarme. Figúrate si me apresuraría yo a ir. ¡Qué mañana tan deliciosa! Augusta, amabilísima conmigo, como no lo ha estado nunca, muy alegre, y despidiendo chispas de gracia de aquella boca infernal..., digo, celestial. He dicho infernal porque si no la hizo el diablo, como una trampa para coger almas, no entiendo yo quién diablos se la pudo hacer. Tomás, como siempre, reflexivo y cariñoso, revelando esa quietud serena de las almas superiores que han encontrado el suelo firme y se sienten bien plantados en él. Por dicha mía, no almorzó allí ningún extraño más que yo. Ni siquiera estaba Calderón, que nos habría mareado lindamente contándonos alguna nueva versión del crimen. No se habló más que del bodorrio de Clotilde,

de Santanita y de lo vividorcillo que es. Augusta censuró acerbamente a Federico por su disconformidad con las ideas dominantes en el mundo, su apego al antiguo y ya desacreditado prestigio de los nombres y de las clases. Orozco le disculpaba, asegurando que las ideas y el sentir de las cosas, acumulándose en nuestra vida durante los años que empalman la juventud con la edad madura, forman un conglomerado de tal dureza, que es tontería pensar que ha de ceder ante las ideas y el sentir de los demás. Si Federico es así, no podemos nada contra él, y sólo conviene procurar que el bien se realice, respetando las ideas y aun las preocupaciones de cada cual.

Esto llevó la conversación al terreno en que nuestro buen amigo quería ponerla; y como yo notase en él cierto embarazo para abordar el asunto, le ayudé, y pude sacar en limpio lo siguiente: Orozco desea mi intervención para que Federico se decida a aceptar de él un beneficio, que no ha expresado todavía en forma concreta. La dificultad principal que surge es el carácter puntilloso de Viera, y su resistencia, no sólo a admitir cierta clase de favores, sino a declarar su pobreza y angustiosa manera de vivir. Para vencer esta dificultad es para lo que se recurre a mí, esperando que con diplomacia consiga yo doblegar el inflexible tesón de nuestro amigo. Orozco no ha hecho más que apuntar su idea, esforzándose en quitar valor a la generosidad que envuelve; y por lo que he podido entender, no se trata aquí de un donativo, que sólo serviría para apuntalar pasajeramente un presupuesto en ruinas: trátase de asegurar al favorecido un modo de vivir que le libre para siempre del molesto enjambre de usureros e *ingleses*, y le aparte de las *salas del crimen*... ¿Vas entendiendo?

Y ahora te pregunto tu parecer sobre caso tan extraño de protección, y sobre el intríngulis que esto pueda tener. Preveo que tu opinión es que en el caso referido no hay ni puede haber más que lo aparente: un acto de generosidad, digno del alma elevadísima de mi amigo. Perfectamente. Pero ¿no se te ocurre enlazarlo con otra cosa? ¿Me entiendes, tonto? ¿No se te ocurre, como se me ha ocurrido a mí, buscar un hilo entre la intención cristiana del grande hombre y el objeto de ella, y seguir ese hilo cuidadosamente hasta descubrir que se enreda en la blanca mano astuta de una mujer? ¿No has pensado que el plan de Orozco pueda ser más sugerido que espontáneo? ¿No se te pasa por la cabeza que el conocimiento de dicho plan y de su determinación inicial podría darme la llave del arca en que se guarda el secreto que busco? ¿Crees tú que no hay tal relación? ¡Cuánto me alegraría de que me contestaras de una manera categórica!

Pero no me contestarás, porque no es posible sentenciar desde lejos un pleito tan oscuro y delicado. Dirás que esta sospecha mía nace de la mezquindad de sentimientos propia de la época, de la mala costumbre de señalar en todo hecho grandemente generoso móviles bajos. No; yo miro la acción por el lado de Orozco nada más, y admito que es un rasgo admirable; no quiero ver el consabido hilo; no quiero ver más que el acto noble y altamente cristiano, pues aunque existiera el móvil sugestivo que es objeto de mi inquietud, no por eso valdría moralmente menos el acto en cuestión. También en nuestra edad, dígase lo que se quiera, hay ejemplos de estupenda virtud, no inferiores a los de antaño. Eso de que ahora no se dan santos es una tontería. No habrá martirios en el orden material; no habrá aquellas penitencias rudas, brutales y calagurritanas; pero hay exaltación de las almas, hay fiebres de virtud, secretos entusiasmos por el bien, y sacrificios quizá mayores que los de otros tiempos, porque en los nuestros hay más materia que sacrificar.

Excuso decirte que aquella conferencia trastornó mis ideas, llevándome a decir con toda seguridad: "Malibrán no es." Y si al pronto me fijé de nuevo en Federico, no he seguido afirmándolo, y me concreto a preguntármelo a todas horas del día y de la noche: "¿Será ése? Y si es, ¡con qué donosa perfidia me engaña! ¡No le perdono la doblez, no se la perdono!" Por cierto que hace diez días que no he hablado con él, ni he podido encontrarle en los sitios adonde habitualmente va. Esta noche me han dicho que le vieron en el teatro Real en el palco de Augusta. Yo no le vi.

31 de enero.

Anoche no pude concluir ésta porque me acometió Morfeo, y no tuve más remedio que echarme en sus brazos. Te la mando hoy con esta posdata que no deja de tener miga. Pues verás: hoy me ha hablado Villalonga con cierto misterio de unas palabras malignas dichas por Malibrán en casa de la *Peri*, en una cena que allí celebraron anoche. La cosa es grave. El *petit Talleyrand* se permitió algo más que esas reticencias que inspira el champaña, y de las cuales ninguna reputación está libre. Ya adivinarás que las chinitas iban contra mi prima. Pues dijo, como quien no dice nada, que había descubierto la madriguera donde la muy hipócrita tiene su amoroso refugio. Lo más indigno es que de algunos días a esta parte ha dado en pegarse a Orozco y en adularle bajamente, y mañana se van juntos a Las Charcas (el monte que Tomás posee más allá de Las Zorreras) a cazar un par de días... ¡Figúrate cómo me habré puesto yo, con las ganas que le tengo a ése...! Mi primer impulso fué ir en su busca, pedirle explicaciones, pegarme con él si no me las daba... Pero lo he pensado mejor, y me guardo para otra ocasión las ganas de pelea. ¿No es verdad, amigo mío, que tú me aconsejas no hacer el paladín? Si eso lo hubiera dicho Malibrán delante de mí, pase que yo... Pero más vale que no haya sido en mi presencia, porque así me veo libre de disgustos y de la ridiculez que acompaña siempre al paladinismo. Tengo un humor de mil demonios.

XXVIII

3 de febrero.

Querido Equis: No sé lo que me pasa ni cómo puedo escribirte, ni si entenderás estos garabatos. Mi mano no acierta a trazar las letras. La sorpresa, el pavor de esta misteriosa tragedia, han desquiciado la máquina toda, y no sé lo que hago ni lo que digo, ni aun lo que siento. No te escribo para darte la tremenda noticia, que ya sabrás por los periódicos (hoy no se habla de otra cosa en Madrid). Te escribo para que no te inquietes, juzgando que podría tocarme alguna parte en las complicaciones de este asunto... No me toca más que el horror de que estoy poseído, la confusión espantosa, que me acongoja más que el horror mismo... Ayer al mediodía, hallándome en la cama, sentí que me despertaban, sacudiéndome un brazo. Era Calderón; le miré entre dormido y despierto... Figúrate el efecto que harían en mí estas palabras que me dijo:

—Levántate... ¿No sabes lo que pasa?... ¡Federico Viera, asesinado!... ¡Su cuerpo, encontrado hoy en un muladar, allá, no sé dónde!... Levántate.

Creí soñar... Me revolví contra Calderón... Bromas pesadas... Creí que eran bromas. Su cara consternada me hizo estremecer... El me iba echando la ropa encima de la cama para que me vistiera. Yo me volví estúpido... No podía creer tamaña atrocidad... ¡Asesinado! Y ¿por quién? Es lo primero que se me ocurre. Calderón me dijo:

—¿Por quién? La Justicia lo averiguará... ¡Pobre muchacho!... Todo el cuerpo lleno de balazos y cuchilladas...

Levantéme temblando, la garganta oprimida, sin poder hablar...

—¿Dónde?

—¡Allá!...

—¡Valiente información! ¡Allá!

—Le han llevado al Depósito—añadió Calderón—. El juez, amigo mío, no conocía al muerto; pero, por algo que se halló en su cartera, se supo su nombre. Me avisaron... Le reconocí. Miedo horrible, querido Manolo. El juez quiere identificación en regla. Vamos tú y yo... La hermana no lo sabe. Vamos.

Todo se me volvía preguntar:

—Pero ¿quién le ha matado?

—Vete a saber... Lances del juego quizá..., amores..., venganza... Vete a saber. Misterio. Yo no lo entiendo... Vamos. ¡Qué trance!

El pobre Calderón estaba como trastornado. Yo más aún. Salimos, tomamos un coche, fuimos allá... Antes pasamos por el Juzgado de guardia: se nos unió un médico forense. ¡Qué día, Equis! Si mil años viviera, creo que no podría olvidar las emociones espantosas de ayer, la pavura que llenaba mi ánimo... Hoy me es imposible referírtelas: diría mil disparates, no acertaría a expresar cosa alguna con claridad... Si te escribo hoy es para que te tranquilices con respecto a mí. Estoy abrumado de pena y horror, pero nada más. Mañana, si logro

tranquilizarme, te contaré todo... ¡Ay! Presumo que habrá materia larga, más larga de lo que convendría. Necesito descanso. En veinticuatro horas no he podido pasar bocado; sólo he tomado café y más café... Dormir, imposible. Aguarda un día para que te entere de lo que he visto y sentido..., no de la verdad, que ignoramos. Estamos todos en completa oscuridad respecto al tremendo suceso. Adiós.

XXIX

4 de febrero.

Yo no sabía lo que me pasaba, al recorrer en coche, con el juez, escribano y médico forense, la distancia entre el Juzgado y el Depósito. Los pensamientos que durante aquel viaje lúgubre asaltaron mi mente, querido Equis, no puedo ni debo comunicártelos, al menos todavía. Yo debí de preguntar a Calderón si nuestros amigos tenían ya noticia de la ocurrencia, porque él me dijo que Augusta se había puesto mala de la terrible sorpresa, y que al punto telegrafió a su marido, el cual se fué el día 1 por la tarde a Las Charcas en compañía de Malibrán y de no sé quién más. Indicóme también que Clotilde no sabía una palabra, que probablemente Orozco se encargaría de darle la noticia cuando viniese. No sé qué más me dijo, porque yo no me enteraba claramente de nada. A veces creía soñar; ansiaba llegar pronto, y a ratos lo temía; y cuando estuvimos cerca del Puente de Toledo y el juez señaló el vulgar edificio del Depósito, sentí tal pánico, que por punto no me volví atrás. Me enfadaba que el forense, un viejo rígido y seco, sordo, completamente insensible ya, por su larga práctica, a las emociones de estos dramas judiciales, estuviese tan tranquilo, y nos contase con la mayor frialdad que en su dilatada carrera ha hecho dos mil y tantas autopsias. Me infundía horror y lástima aquel sujeto, cuya inteligencia no desconozco y cuya serenidad ante estas catástrofes he admirado al fin.

Dejamos el coche. Las piernas me temblaban. Entré el último de todos, para que la primera impresión de los demás, si alguna tenían, atenuara la mía... El forense sordo entró como puede entrar un cura en la sacristía para ponerse la casulla... Frente a la puerta, sobre una mesa, vi el cadáver de Federico Viera, no tan desfigurado como yo me lo imaginaba. Creí que una mano invisible me apretaba el cuello, ahogándome. No lloré ni podía llorar. El rostro de Federico parecía de blanca cera, con manchas violáceas; tenía los ojos medio abiertos, cuajados y sin brillo; la nariz afilada, la boca contraída, mostrando por un violento repliegue del labio superior los blanquísimos dientes. Vestía de levita: el pantalón y las botas, llenos de fango; la levita, enlodada también por el costado derecho. En mitad de la hermosa frente, una mancha roja del tamaño de un duro, cárdena en el centro: por allí había entrado la bala. Le habían desabrochado el chaleco, y se veía la camisa llena de sangre, ya seca en parte y oscura, en parte roja y fresca, formando cuajarones. El forense, señalando el costado izquierdo por la cintura, dijo:

—Aquí hay otra herida de revólver. La bala está dentro.

Procedióse a la identificación en forma legal. Calderón y yo declaramos, reconociendo en el muerto a nuestro amigo Federico Viera; firmamos, y nada más. En otras mesas más allá había dos cadáveres tapados con un paño. El guarda los descubrió, y los vi con indiferencia, cual si fueran dos animales muertos. No podía apartar los ojos de mi infeliz amigo, y con todas las potencias de mi alma, en un instante de muda y patética tensión, le dije:

—Cuerpo infeliz, recobra un soplo de vida, y dime quién te hirió, si fué alevosamente o en riña...

Junto a mí la voz de Calderón y otras murmuraban no sé qué, o discutían sobre si era suicidio u homicidio. No apartaba yo los ojos ni la mente de aquel tristísimo espectáculo. El juez me preguntó si habíamos prevenido a la hermana del muerto, y entonces repitió Calderón que Clotilde no sabía nada aún, y que era menester decírselo. Me enteré de si podía yo presenciar la autopsia; respondiéronme que sí, y que se haría en la mañana siguiente. Salimos con ánimo de volver; yo por lo menos... Aún me parecía pesadilla horrenda lo que veían mis ojos, y mi pensamiento volaba afanoso hacia las misteriosas causas, hacia la acción determinante de aquella muerte.

Al salir, vimos que se acercaba un co-

che. De él bajó una mujer. Era la *Peri*, vestida de trapillo, con mantón y pañuelo por la cabeza, guapísima, pálida como una muerta. Cuando nos vió, llegóse a nosotros: su rostro dolorido expresaba terror y sobresalto.

—Leonorilla—le dijo Calderón—, no entres, no entres, que esto no es para ti...

La pobre mujer me agarró el brazo, y me dijo en un tono que no olvidaré nunca:

—¿Quién le ha matado? ¿No sabe usted quién le ha matado?

El juez entonces le pidió sus señas para llamarla a declarar, y ella, después de dárselas, prorrumpió en exclamaciones:

—¡Pobre niño de mi alma! Tan bueno, tan cariñoso, tan caballero, y tan persona decente... Pero ¿qué será esto? Lo que yo digo: faldas, faldas... ¡Ay! No tengo valor para verle...

Apoyándose en el tronco de un álamo, derramó muchas lágrimas.

Allí se quedó. Desde lejos la miramos, sentada al pie del árbol, vuelta la cara hacia la puerta del Depósito.

Después quisimos ver el lugar donde apareció el cadáver, y atravesando todo Madrid, fuimos al paseo de Santa Engracia, más arriba de la Fábrica de Tapices, donde hay unas casas modernas muy hermosas. A la izquierda ábrese una calle en proyecto, cortísima, que sólo tiene un edificio a cada lado, y termina en terraplén, sobre un suelo mucho más bajo. Para llegar a éste hay que descender un vertedero de tierra movediza. Aún había allí carros echando cascote y arena del vaciado de casas en construcción. A la derecha vense chozas construídas con adoquines gastados, tablas, planchas en calamina; detrás de ellas, montones de basura; y delante de algunas, corrales cercados por baldosas rotas, tablas y alambres sustraídos a las plazoletas municipales; cubiles de cerdos entre los montones de paja; bastantes gallinas picoteando aquí y allí. Todo aquello estaba en hondo, y debe quedar sepultado cuando los terraplenes iniciados por una parte y otra lleguen a unirse. En el centro de la hondonada corre un arroyo, por donde las aguas van a parar a la alcantarilla. Próximo al arroyo, y en la línea más avanzada de las tierras vertidas, encontraron el cuerpo.

—Aquí estaba—dijo el juez, señalando con el bastón una mancha oscura que podía ser de sangre—. Los habitantes de las covachas dicen que sintieron un tiro a eso de las siete de la noche... Un muchacho asegura que vió venir a un hombre sin sombrero, por el vertedero abajo, y que hablaba solo.

—¿Y el sombrero no ha parecido?

—Pareció a la entrada de la calle, junto a la valla de la casa en construcción. Los vecinos no están de acuerdo con el número de tiros que sonaron. Algunos no oyeron más que uno; otro asegura haber oído dos, y no falta quien llegue a los tres y a los cuatro.

—¿Y atestiguan todos lo mismo?

—No: una muchacha habla de dos hombres, muy altos, muy negros, con unas barbas muy largas y los sombreros echados sobre la cara..., sombreros de ala ancha.

—¿Y el arma?

—No hemos podido encontrarla todavía. El terreno es muy desigual; la tierra, blanda y movediza. Puede muy bien haber sido ocultada por los escombros que se han vertido esta mañana.

—¿Se ha interrogado a los habitantes de las casas vecinas, en el paseo de Santa Engracia?

—Sí; pero no dan ninguna luz. Los porteros del diecisiete triplicado, que es la casa más próxima, no han visto ni oído nada.

Discutióse sobre si fué suicidio u homicidio. Uno de los presentes, que no sé si era el actuario, expresó la hipótesis de que el crimen se había cometido en otra parte, habiendo transportado el cadáver hasta arrojarlo por el vertedero. No sé por qué me pareció esto inadmisible. Examinamos el suelo, en el cual vimos impresas tantas pisadas, que nada se podía leer en él. Alguien dijo allí que aquel sitio era, después de anochecido, muy solitario. Antes hubo en él una vereda que permitía pasar desde Santa Engracia a la calle de Trafalgar; pero han cerrado ya el paso con una valla, y ni un alma transita por allí de noche, a excepción de los habitantes de las chozas, los cuales tampoco toman la dirección del sitio en que apareció el cadáver, sino que se arriman a la derecha. No hay alumbrado en aquel sitio ni cosa que lo valga.

Volvíme a casa. No pude almorzar.

Sentía vivos deseos de visitar a los de Orozco, y al mismo tiempo dábame espanto la idea de entrar en aquella casa. ¡Oh Dios! No podía apartar de mi mente la idea (¡terrible y misteriosa presunción!) de que Augusta sabe la verdad. No sé en qué orden de impresiones o de corazonadas me había fundado yo, la noche antes de conocer el suceso, es decir, la noche misma en que debió de ocurrir la catástrofe, para dar por despejada la incógnita que tanto me atormenta, y decir con efusiva y franca convicción: "Federico es." Como que al acostarme pensé escribirte mi primera carta en este sentido, diciéndote: "Eureka!..." Me acuerdo de esto del *eureka* y de los razonamientos con que me propuse apoyar mis conclusiones. ¡Qué lejos estaba de que mi carta primera sería escrita bajo una impresión trágica! Estoy aturdidísimo. Déjame que coja el hilo, que se me ha escapado de las manos. Te decía que..., ya me acuerdo..., que no hay quien me quite de la cabeza que Augusta sabe la verdad. Yo quería observar aquella cara, aquellos ojos..., ver si tiene entereza para ponerse la máscara, y cómo engaña con ella a los demás, pues lo que es a mí...

Entré temblando. Yo debía de estar como un muerto. El primero a quien vi fué a Orozco, triste, pero sin perder aquella tranquilidad que tanto admiramos en él. No calificó el caso de suicidio ni de homicidio. Fuera lo que fuese, parecía atribuirlo a lances de juego. Acababa de llegar de Las Charcas con Malibrán, y los dos refirieron la impresión terrible que les causó por la mañana el telegrama de Augusta participándoles el terrible suceso. Hablóme después Tomás de la pobre Clotilde, y allí me enteré, no sé por quién, de que ya sabía la muerte de su hermano. Nos libramos, pues, del tremendo paso de darle la noticia. No me atreví a preguntar por Augusta, a quien no veía en el salón ni en su gabinete. Pronto supe que la desagradable sorpresa recibida por la mañana, cuando Calderón le contó el caso, habíale producido una fuerte jaqueca; hallábase acostada, y no quería ver a nadie. Comimos solos Orozco, Malibrán y yo. Cornelio era el único que tenía un mediano apetito; el santo comió poquísimo, y yo nada. Los tres callábamos. A mí se me humedecían los ojos a cada instante. El diplomático (digo esto haciéndole justicia) me pareció sinceramente apenado, y añadiré que por primera vez sentí dulcificarse la antipatía que siempre le tuve. Tomás y él hicieron elogios del pobre muerto, encareciendo su extremada delicadeza, su cariñoso trato, y lamentando que las irregularidades de su vida le hubieran llevado a tan triste fin. No pude conservar mi varonil entereza, y me eché a llorar como un chiquillo.

Llegaron después algunos de los concurrentes de abono, a quienes noté consternados y como temerosos de abordar el asunto. Me parece (no puedo asegurarlo) que Villalonga y Malibrán cuchichearon en un largo aparte, mientras el marqués de Cicero me pedía relación circunstanciada de lo que vi en el Depósito. Hablé de esto lo menos que pude. Otra cosa reparé, y es que aquella noche no se habló de crimen. Bastante teníamos con aquella realidad fresca y que nos tocaba tan de cerca. Las emociones jurídicas del otro drama, antiguo ya y manoseado a fuerza de representaciones, perdían su novelesco interés. Cisneros no dijo una palabra del suceso, y observé en él una taciturnidad que por completo le desfiguraba, presentándomele muy otro de como le había visto siempre. El *Catón ultramarino* dejaba en profunda paz a la Administración de Cuba y a los picarones que van a explotarla. Todos los temas de conversación, tan vivos y apetitosos otras noches, se trocaban en insípidos fiambres. Pero el gran asunto, la novedad del día, les imponía miedo y no osaban tratarla. Te repito que la morriña lúgubre de mi padrino me causaba no poca extrañeza. No era el mismo hombre: una de dos: o se ponía la careta o la arrojaba, mostrando su verdadera faz. Pero aún ocurrió algo que debía dejar en mi mente impresión más honda que todas las impresiones de aquel infausto día inolvidable, el 2 de febrero, día de la Candelaria. Ten un poco de paciencia.

A eso de las once, díjome Orozco que Augusta quería verme. Sólo había pasado la señora de Trujillo, que ya estaba de vuelta en el salón, aguardando una coyuntura para echar con Calderón su parrafito *criminal*. Entré en la alcoba de mi prima. El ruido leve de mis pasos y de los de Orozco, que entró conmigo, me sonaba como si en mi vida hubiera

oído rumor de pasos. Vi a la dama echada en una silla larga, bien tapadita. No había luz en aquella estancia, sino en la próxima, y por entre las cortinas apenas penetraba la claridad suficiente para que pudiéramos vernos las caras. Augusta me alargó la mano izquierda, mandándome sentar a su lado. Su marido le preguntó cariñosamente si se sentía mejor, y ella replicó que sí, preguntándole a su vez quién había venido y cuál de los asiduos faltaba aquella noche. Un rato hablamos los tres del caso de Federico, siendo ella la primera que lo mentó, diciéndome:

—¿Qué te parece esta tragedia?

Respondí con las frases de cajetín, procurando observarle la cara; pero la oscuridad me impedía distinguirla. Su voz sí que pude apreciarla bien. Tenía cierto temblor, una empañadura o sordina que delataba profundísima turbación.

—Todavía no se me ha pasado el susto—dijo, procurando templar su voz en un timbre claro—. Esta mañana, al salir yo para misa, vino Pepe, y a boca de jarro me disparó la noticia. Precisamente me cogía de muy mal humor, porque pasé parte de la noche con la prima Serafina, que sigue muy grave. Me parece que la perderemos pronto. Pues figúrate: en tal situación de ánimo, un trabucazo así... Me afecté tanto, que no pude salir de casa, y a poco me entró jaqueca. No puedo oír hablar de gente que se mata o a quien matan sin que me ponga a dar diente con diente. Y cuando se trata de una persona conocida...

—¡Pobre muchacho!—indicó Tomás—. Tenía sus defectos, como todo el mundo; pero también grandes cualidades.

—Cualidades que no son nada comunes, ésa es la verdad—añadió Augusta mirándome—. Es realmente un dolor... Le apreciábamos como te apreciamos a ti, que eres de la familia. Tengo que advertirle a Pepe que aprenda a dar estas noticias terribles con más tacto y de un modo gradual, no de sopetón, como hoy... Me quedé muerta... Lo primero que se me ocurrió, como siempre que me siento apenada y nerviosa, fué telegrafiar a éste para que viniera. Tenía miedo de estar sola. Desde que te vi entrar esta noche (mirando a su marido cariñosamente), me pareció que se me disipaba el miedo. Voy recobrando la serenidad, y si se me hubiera quitado esta puntadita de clavo, estaría tan campante recibiendo a mis amigos...

Yo me condolí acerbamente del desgraciado fin de mi amigo, y Augusta dijo, ya con voz más segura:

—¡Dios le haya perdonado! ¡Pobrecito! ¿Qué extravíos, qué conflictos, qué desórdenes de la vida le habrán llevado a ese desastre?

No sé qué respondí. Pensaba en aquel momento que mi prima me había llamado para decir todo aquello delante de mí, como se trae a un testigo para dar fuerza legal a manifestaciones de importancia. Pensé también que aseguraba su coartada con aquello de acompañar a la tía Serafina. Orozco dijo que no debíamos aventurar juicio alguno sobre los móviles de la muerte de Federico, ni aun sobre la muerte misma, que hasta aquel momento permanecía envuelta en el misterio; y dicho esto, se fué, dejándome la impresión de que le preocupaba el suceso más de lo que a primera vista parecía. Cuando nos quedamos solos, Augusta introdujo diplomáticamente en la conversación una idea extraña al asunto capital de aquella noche. No sé qué me dijo de si se casaba o no al fin con el artillero la chica segunda de Pez, y volvió a caer con repentino salto sobre el trágico tema, diciéndome:

—¡Vaya, que esto da qué pensar! Pero tú, que eras quizá el único algo conocedor de las interioridades de su vida, ¿no tienes antecedentes para descubrir...?

—Al enterarme de esta desgracia—contesté, presentando la versión más vulgar para ver si la aceptaba con alegría—, pensé que alguna pérdida de juego ha podido ser la causa.

—Pero ¿qué?—apuntó con viveza, huyendo, la muy pícara, de la trampa que yo le tendía—, ¿está averiguado que fuera suicidio? Mira tú, juzgando sólo por impresión, yo me inclino a creer que no.

—Fácil es que la Justicia lo ponga en claro; y si acaso resultase...

—Para mí—afirmó con aplomo interrumpiéndome—, lo que hay aquí es un choque por cuestiones de mujeres. Ya tienes noticia de las francachelas escandalosas en casa de esa que llaman la *Perio* o la *Pera*, o no sé cómo.

Parecióme que daba este giro al asunto para despistarme, a fin de que yo no pudiera sorprenderle los pensamientos.

"Tú lo sabes—me dije, llena el alma

de amargura—, lo que pasó tú lo sabes, tú sola. Si alguien le dió muerte o se la dió él mismo, tú lo sabes, porque delante de ti ocurrió la espantosa desgracia, como quiera que fuese."

En voz alta dije que no sospechaba que Leonor tuviera conexiones con el misterioso hecho, y ella repitió que en el mujerío de mal vivir y en el juego, fatalmente combinados, hay que buscar siempre las causas de estos dramas. Yo le miraba el rostro, considerándolo como un espejo en cuya superficie la terrible escena había estado reproducida durante breves instantes. ¡Cuánto habría dado yo porque de la imagen aquella subsistiese algún rasgo en la cara-espejo! Pero si algo había, no me era fácil verlo a causa de la oscuridad. Ni podía tampoco examinar sus expresivos ojos, que alguna sombra fugaz reproducirían tal vez de lo que en la mente se conservaba fielmente estampado. Hube de reparar después que se movía inquieta, procurando envolverse mejor en su cachemira, y que en aquellos movimientos de precaución ni una sola vez sacó la mano derecha. Parecíame que la ocultaba entapujada.

—¿Qué tienes en esa mano?—le pregunté vivamente.

—Nada. Ayer me quemé un poco lacrando una carta. Pero no es nada. Para evitar el roce, me defiendo la quemadura con el pañuelo.

Dió más explicaciones; pero lo que es la quemadura no me la enseñó.

—Pues verás—le dije, después de una pausa—: si la Justicia no descubre la verdad de lo ocurrido, yo la descubriré.

Parecióme que no se inmutaba al oír esto. Por fin me contestó:

—Yo creo que la Justicia lo pondrá bien en claro, Manolo. No te metas a polizonte, no vaya a pasarte lo que a esos que se proponen descubrir el crimen de la calle del Baño, y que han armado ya un lío que nadie se entiende.

Calló, y se puso a mirar al techo. Yo la contemplaba a ella sin pestañear. Hubo un instante, te lo declaro ingenuamente, en que me inspiró aquella mujer un horror que no puedo pintarte. Impulso sentí de arrojarme sobre ella y echarle las manos al pescuezo, gritando: "Confiesa tu crimen; confiesa que por tu culpa ha perecido ese infeliz hombre. Revélame la verdad, o te ahogo aquí mismo." Desvanecióse pronto aquel arrechucho, sin que llegara, por fortuna, a pasar de la idea a la acción. Pero mi exquisita impresionabilidad determinó al instante otro fenómeno anímico, y fué que me asombraba de haber amado a semejante mujer. No; en aquel momento habría jurado yo que la aborrecía y la despreciaba con todas las fuerzas de mi alma. La pasión que sentí por ella se me representaba como uno de esos estímulos de nuestro amor propio, que nos lleva a situaciones y actitudes enfáticas, de las cuales nos arrepentimos en cuanto caemos en la cuenta de que no arrancan del fondo efectivo de nuestro ser.

Hablamos luego de cosas indiferentes, y me retiré pensando que vivimos en una sociedad esencialmente dramática: sólo que el barniz de cultura que nos hemos dado encubre el drama en las esferas altas, dejándolo sólo descubierto en las inferiores.

Salí de allí con el alma destrozada, y me marché temprano de aquella casa, a la que empezaba a cobrar aborrecimiento.

Pasé muy mala noche... Mi cama, toda llena de agujas.

XXX

5 de febrero.

Asistí a la autopsia. ¡La de cosas que hay dentro de este mísero cuerpo humano! ¡Espantosa lección de anatomía! No la olvidaré mientras viva. El cadáver tenía varias contusiones y dos heridas de revólver: una en la frente y otra en el costado izquierdo. En la primera, la bala atravesó el cerebro y fué a salir por la región occipital. Era mortal de necesidad. La segunda, que interesaba el hígado, también era mortal, aunque no de muerte inmediata. La bala había ido a incrustarse en una vértebra. Además, se observó una fuerte erosión en el brazo izquierdo, y los dedos de ambas manos desollados. Hubo, pues, lucha. Creo que no hay datos suficientes para probar el suicidio; pero veo al juez inclinado a admitirlo como un hecho. Ha tomado declaración a los habitantes de las covachas, y no resulta nada preciso. Es un cúmulo de testimonios vagos y contra-

dictorios que más bien sirve para confundirnos que para iluminarnos. La indagatoria de los porteros de las casas próximas tampoco ha dado luz. ¡Esto es morir!... Las lentitudes de la Justicia y la falta de Policía me desesperan. Se me ocurren mil recursos probatorios, que de seguro darían resultados; pero ese juez, ¿en qué piensa?... Obraré por cuenta propia. De los pasos que he dado y que pienso dar para conocer la verdad por mí mismo, sin auxilio de polizontes, te enteraré oportunamente.

Déjame ahora seguir contándote. Cuando fuimos a la autopsia, el 3 por la mañana, nos encontramos a la *Peri* sentada al pie del mismo árbol en que la habíamos visto el día anterior. Su cara descolorida y ojerosa revelaba cansancio y falta de sueño. Como que había pasado allí toda la noche la infeliz. Contónos que al fin había tenido valor para penetrar en el Depósito, *pasito a pasito,* procurando quitarse el miedo de un modo gradual. Acercóse despacio a la puerta; alargó la cabeza hasta que pudo distinguir un pie de Federico; después fué avanzando lentamente, viendo más, más a cada instante..., hasta que su ánimo se robusteció y pudo arrostrar el espectáculo del cadáver completo, de pies a cabeza. Aun con estas precauciones no pudo evitar una súbita emoción dolorosísima al verle la cara..., y se cayó con un poquitín de síncope, y el guarda la tuvo que levantar. Mientras se lo permitieron estuvo allí, rezando, según dice; después mojó un pañuelo en la sangre que destilaba del cráneo del difunto, y cortándole mechones de pelo los guardó en otro pañuelo. Mostrábame estas reliquias mientras lo refería. Cuando el guarda la hizo salir, porque ya era tarde, sentóse junto al árbol, decidida a quedarse allí toda la noche, *velando a su amigo de su alma.* ¡El pobrecito estaba tan solo en aquel muladar, olvidado de todo el mundo! Daba dolor ver arrojado sobre aquella mesa, compuesta de una losa de mármol sobre cuatro patas de hierro, el cuerpo del hombre que había sido alegría y encanto de la sociedad. No lo dijo así la *Peri,* pero tal fué su idea. Recuerdo esta frase: "¡...Y los otros allá, divirtiéndose, y quizá alegrándose de haberle quitado de en medio! ¡Canallas!"

Pues, como te digo, la noche entera pasó Leonor en campo raso, al amparo del olmo sin follaje, arrebujadita en su mantón. A la madrugada diéronle albergue los habitantes de un ventorrillo cercano; tomó un trago de aguardiente, después buñuelos y encima otro poquito de aguardiente. Con esto se entonó y vuelta a la guardia. Al amanecer, no podía con su alma, de sueño, cansancio y pesadumbre. Todo esto nos lo contaba con ingenua naturalidad, sin dar importancia al plantón ni a las molestias del mal dormir en cama tan dura; y como el forense, a quien acompañábamos, se permitiese decirle alguna cuchufleta sobre la soledad en que se habían quedado sus amigos de Madrid aquella noche, contestó con gran desembarazo: "Que se fastidien", agregando a la frase un gesto sumamente expresivo. Enterada de que iba a verificarse la autopsia, se horrorizaba de pensar cómo le pondrían el cuerpo y la cabeza a su pobre amigo.

—¿Y para qué semejante carnicería?

—Más vale que te vayas—le dije yo—, que estas cosas son muy tristes.

—Pero ella, haciendo propósito de no presenciar el *desmoche,* aunque se lo permitieran, dijo que no se retiraría a su casa hasta no dejar el cuerpo de su amigo en tierra sagrada, y echarle encima un buen Padrenuestro.

Al salir del terrible acto médico-legal la encontré en el propio sitio, llorando. Suplicóme que le contara los horrores que yo había visto; pero hallábame tan impresionado, que apenas pude complacerla. Su curiosidad me estimulaba a hablar, y haciame preguntas que me dejaban frío.

—¿Le abrieron la cabeza? ¿Qué tenía dentro? ¿Se había visto bien claro que era el mejor caballero del mundo?

—No, mujer; eso no se puede ver.

Preguntaba luego si le habían sacado el corazón, y cómo era. Debía de ser, según ella, un corazón grandísimo, tan grande que no le cabía dentro... Me lastimaban tanto las candorosas interrogaciones de aquella mujer, como si sintiera en mis carnes las cuchillas del forense haciendo mi propia autopsia. Admiré en Leonor aquella fidelidad de perro, y la pobre mujer se engrandecía a mis ojos.

El entierro se verificó en el cementerio de San Justo. Fué Santanita representando a la familia, y con él dos per-

sonas a quienes yo no había visto nunca. Eran el marido de Claudia y el de Bárbara, ambos de catadura humilde. Habían dispuesto lo necesario para que el entierro fuera decoroso, y trajeron, en un coche de la funeraria, todo lo que hacía falta para el caso. Por no ser posible vestir de nuevo el cadáver, le envolvieron en sábanas, dejándole descubierto el rostro, y nada más se hizo, ni había para qué. Cuando ya salíamos del Depósito llegaron el marqués de Cicero, Villalonga y otros amigos. El cortejo fúnebre no excedía de quince personas y de seis o siete coches. Recorrimos en breve tiempo y a paso regular el camino del campo santo. Nos apeamos. Seguimos tras el ataúd por aquellos tristísimos patios rodeados de nichos. Leonor y yo íbamos a la cola del reducido acompañamiento; pero en el acto del sepelio me aproximé, y ella se quedó a cierta distancia, llorando. Era la única persona, entre todos los presentes, que mostraba un dolor vivo, hondo, inconsolable; pues los demás, incluso Santanita, sólo expresaban duelo de etiqueta, y en algunas caras se podía leer esa conmiseración oficial, mezclada de una crítica severa, que si se tradujese en palabras, resultaría: "¡Pobre perdis! No podías tener otro fin que el que has tenido. Dios te haya perdonado."

Nada te diré de lo triste del acto. Puedes figurártelo y comprenderlo, conocidas las circunstancias del difunto y su desastrosa muerte. Ni te hablaré de las *ideas que se agolpaban a mi mente*, ni del lúgubre sonido de la caja al caer en el fondo de la fosa. Todo esto, aunque es verdad, no te expresaría bien lo que yo sentía. Además de la pena de ver desaparecer para siempre a un amigo simpático y amable, me afligía el considerar que con él enterrábamos el indescifrado enigma de su fin lastimoso; que Federico, al caer dentro de la sepultura y recibir encima la tierra, echaba la llave al secreto y nos daba las buenas noches de la eternidad con cierto humorismo lúgubre que me helaba la sangre: "Adiós, tontos. La solución, en el valle de Josafat."

Salimos de allí hablando del muerto en los términos trillados, fríos, casi indiferentes que es costumbre usar. Unos a otros nos preguntábamos por nuestra preciosa salud, quejándonos del mal tiempo que hacía, voluble y desigual, *impropio de la estación*, y echándole la culpa de nuestros achaques. Nos distrajimos viendo llegar más entierros, con bastantes coches, y en ellos algunas personas conocidas, a quienes saludamos, alegrándonos de verlas vivas. Por las Rondas descendían largos rosarios de carruajes en dirección a los distintos cementerios. A lo lejos se nos presentaba, como invitándonos a vivir un poquito más, la loma de Madrid con cien cupulillas, bajo un cielo claro, transparente, bruñido. El sol lucía espléndido y picaba bastante. De los árboles secos y desnudos no te diré que me parecieron esqueletos ni que chasqueteaban sus ramas con lúgubre son, porque faltaría a la verdad. El día era de los mas bonitos que se ven aquí, frío a la sombra, ardiente al sol; día que amenazaba la existencia con dos espadas paralelas: la pulmonía y el tabardillo.

Nos metimos en nuestros carruajes, y a Madrid. Mira tú lo que son las cosas: la imagen del pobre Federico, envuelto en la sábana y metido bajo tanta tierra, no se apartaba de mi pensamiento; pero se iba quedando lejos, muy lejos, desvaneciéndose un poco a cada vuelta de las ruedas del coche. En el mio traje a Calderón y a la pobre *Peri*, que se había secado las lágrimas y parecía más tranquila. Calderón es hombre indelicado e inoportuno, y creía, sin duda, que la mala reputación de Leonor le autorizaba para hacer burla de sus sentimientos, permitiéndose dirigirle chirigotas de mal gusto en ocasión tan triste.

—Dime: ¿estás todavía con el malagueño, o has vuelto con Guillermón?

Contestóle ella con desprecio, y a mí, francamente, me indignaba la grosería de mi amigo y su falta de respeto hacia lo que siempre es respetable, hállese donde se hallare. Pero hablamos durante el trayecto. Yo no hacía más que mirar a la *Peri*, contemplando con arrobamiento su rostro dolorido dentro del pañuelo atado a la chulesca. El insomnio y la tristeza la hacían más bella, o a mí, al menos, me lo parecía. No te oculto nada de lo que siento, aun sabiendo que tal vez te burlarás de mí. Por eso te digo que la mujer aquella me pareció interesantísima, y que me gustaba, sí, me gustaba; sentía en mí una propulsión misteriosa que hacia ella de la manera más espiritual me lanzaba. Mi di-

chosa impresionabilidad me iba armando ya una de esas tremolinas pasionales que tan comunes son en mí. No paraba mientes en la clase de mujer que es; no quise ver más que el sentimiento noble, puro y acendrado que mostrado había, sin mezcla alguna de afectación, y la admiraba con toda mi alma. Tras la admiración vino no sé qué respeto; sí, respeto, no te hagas cruces. ¿Por qué no hemos de dar a las cosas su nombre? Yo veía en ella un calor de sentimientos que me era muy simpático, y entráronme ganas de arrimar a aquel rescoldo mi existencia espiritualmente solitaria y aterida.

—Leonor—le dije cuando nos aproximábamos a su casa, en la calle de Preciados, después de haber dejado a Calderón en la suya—, yo tengo que hablar contigo, y si me lo permites, ha de ser hoy mismo, ahora mismo. Te convido a almorzar. Iremos a donde tú quieras.

No sé si el móvil que me impulsaba a hablarle así era un vivo deseo de estar a su lado o el propósito de interrogarla sobre ciertos hechos, referentes a Federico, que deseaba esclarecer, a fin de instruir con buenos fundamentos mi sumario. Creo que serían ambos móviles a la vez los que determinaron mi aproximación a aquella mujer. Aún le dije más:

—Tú eres muy buena, Leonorilla, y yo necesito entenderme contigo sin tardanza; te necesito como amiga y como reveladora de ciertas cosas que deseo saber.

—No sé si podré—replicó sonriendo—. *Ese* debe de estar quemado, esperándome. Suba usted y almorzaremos juntos..., o nos iremos a donde usted quiera..., con tal que me dejen.

Subimos. En la casa no había ningún hombre, lo que a ella pareció contrariarla, y a mí me fué muy grato. La criada enteró a Leonor de todo lo ocurrido en su ausencia, y creí entender que alguien estaba hecho un veneno por ausencia tan larga. Habían salido en su busca..., habían dado parte al alcalde de barrio. Leonor se reía. Quedéme solo en la sala, y desde allí la sentí trasteando en su gabinete; oí rumor de lavatorio, criada y ama rezongando. Pronto entró la chavala transformada en mujer elegante, con su bata preciosa y chinelas rojas.

—Supongo—me dijo—que usted desea saber algo de ese pobrecito...

Se le humedecieron de nuevo los ojos, y sentándose junto a mí en la actitud más honesta, añadió:

—Era, me lo puede usted creer, el primer caballero del mundo y la persona más decente que había en Madrid.

Apoyé sus afirmaciones con un movimiento de cabeza. Después me sonreí al oírle esto:

—El día antes sabía yo lo que iba a pasar. Eché las cartas, y en *lo que esperas* salió el siete de espadas, *muerte segura*, con el dos de copas, *sorpresa*, por causa de *la mujer de buen color*...

—Pero ¿es posible que tengas fe en esas paparruchas?

—No me han fallado nunca. Sale siempre clavadito todo lo que rezan las cartas. Aquí estuvo el infeliz el día mismo del caso. No sé si debo contarle a usted lo que habló conmigo, que fué muy poco. Cuando el juez me cite, saldré del paso con cuatro papas; pero con usted, si me da palabra de callarse, seré más franca. Federico y yo éramos amigos, pero amigos...; no sé cómo explicárselo...; vamos, que no teníamos nada, que no había nada entre él y yo... En otro tiempo, sí nos quisimos; pero ya... Éramos lo mismo que los matrimonios viejos... Como ilusión, no la había... Le juro a usted que no me tocaba. Pero nos teníamos mucha ley, nos apreciábamos, y yo me aconsejaba de él siempre que me veía en alguna situación mala, y él de mí.

—¡El se aconsejaba de ti, de ti! ¿Cómo?... Explícame eso... Pero vamos por partes y no nos aturrullemos. Claridad, orden ante todo. Lo primero que deseo saber, y tú podrás decírmelo, es si Federico tuvo grandes pérdidas en el juego estos últimos días.

—No, no; todo lo contrario. La noche antes ganó muchísimo dinero, pero muchísimo... Al juez le diré sobre esto lo que me parezca, lo que no comprometa el buen nombre del pobre difunto.

—Sí; pero a mí me dirás cuanto sepas, todo absolutamente. Yo te guardaré el secreto, Leonor, y seré tu amigo..., amigo como lo fué él.

—Dificilillo es eso—me dijo, sonriendo con tristeza y mirándose las uñas—. Habrían de reunirse muchos perendengues. Esto viene de muy lejos, señor mío. Yo

podré, en un abrir y cerrar de ojos, prendarme de un hombre y él de mí y querernos más o menos tiempo; pero una amistad como la que teníamos aquél y yo no es cosa de tres ni de cuatro días.

—Pues todo has de contármelo—repetí, devorado por la curiosidad—, y pronto.

—No vaya usted tan de prisa... Y, además, hay cosas que no sé si debo decirlas. Son muy delicadas, y si usted no las entiende bien, podría pensar mal de nuestro amigo. No todos comprenden bien lo que pasa. Hay cosas..., cosas, ¿eh?, que parecen muy malas y no lo son.

—Cierto; pero se me figura que yo entenderé todo lo que tú me confíes, y que la buena memoria de mi amigo no perderá nada por eso. Ahora, lo primero que has de decirme, y en ello sí que no puede haber aplazamiento, es lo que piensas tú de esta desgracia... ¿Qué ha sido? ¿Cuándo la supiste? ¿Qué dijiste al saberla? Nadie como tú le conocía a él; nadie como tú estaba al tanto de sus trapisondas... Tu opinión sobre esta muerte es de grandísima importancia, Leonor.

Al hacerle la pregunta interrogaba yo también la expresión de su rostro. La vi compungirse y llorar de nuevo. Enjugándose las lágrimas, me respondió con voz entrecortada:

—No sé, no sé...; pero para mí..., a Federico le han matado... Eso de que se mató él..., qué sé yo...; me parece invención de la Justicia para tapar la verdad. ¡Pobrecito de mi alma, tan bueno, tan leal, tan persona decente! ¡Maldita sea la muy pilonga que tiene la culpa!

—¿Luego tú crees que aquí hay mano de mujer o influencia de mujer?

—Crea usted que sí la hay... Si el juez me pregunta sobre esto, me haré la tonta; pero yo tengo acá mi idea, y no hay quien me la quite.

—¿Cuál es tu idea?... Yo quiero saberla...

—Hay mujeres muy remalas.

—Eso es verdad; pero lo que falta saber es qué remala mujer ha andado en esto.

Leonor dió un gran suspiro; se miró otra vez las uñas, lo que hacía siempre que meditaba, y por fin me dijo en voz queda:

—¿Para qué me lo pregunta, si usted la conoce mejor que yo?

No quise pronunciar el nombre que flotaba en la confluencia de nuestras palabras. Tan sólo dije:

—¿Federico te habló de esa mujer alguna vez? ¿Te dió cuenta de sus amores con ella?

—Nunca, nunca—declaró la *Peri* con cierta dignidad—. Le juro a usted que nunca me dijo nada. Era tan delicado, que en esta casa jamás pronunció el nombre de las señoras que se chiflaron por él. Y cuando yo quería tirarle de la lengua, me lo negaba, crea usted que me lo negaba...

—Entonces, ¿cómo sabías tú...?

—Lo sabía por otro lado; lo sabía..., porque sí..., como se saben muchas cosas.

—Bueno. Dejemos el origen de tu conocimiento. ¿Y en qué te fundas para creer que le mataron?

—Es corazonada..., pero que no me engaño—respondió con acento convencido y picaresco—. Tan cierto es lo que pienso como éste es día... Yo me guardaré mi idea. No quiero confiársela a nadie.

—¿Ni a mí tampoco?

—¿Para qué? No hemos de poder probarlo. Si hablo de esto, podrían vengarse de mí.

—Bueno, pues dime una sola cosa, una sola, y no te pregunto más: ¿Crees tú que Federico murió a mano de hombre?

—Claro; de hombre...

—Me basta.

Te refiero este diálogo, del cual poca sustancia sacarás, para que comprendas la confusión de mis ideas. No quise insistir en mi interrogatorio; y como las necesidades corporales, por lo avanzado de la mañana, se nos impusieran, a entrambos se nos ocurrió que nada es tan inconveniente para los altos fines humanos como pasarse todo un día sin almorzar. Nuestra pena misma exigía la reparación orgánica, y hasta el intrincado problema que nos inquietaba pedía fuerzas materiales para ser tratado con la debida entereza y formalidad. Porfiaba ella en que almorzáramos allí; yo, que en el restaurante. Venció por fin el sexo débil, y pasamos al comedor. ¿Acabaré de ser sincero contigo? Pues sí, ¿por qué no? Aquella mujer me tenía fascinado: ante mí se agigantaba, no sólo por su belleza, sino también, y más quizá, por

no sé que aureola moral que mi mente voluntariosa veía o quería ver en ella. Nada, hijo de mi alma, que estaba yo enamorado..., no retiro la palabra, enamorado de la *Peri*, y deseando manifestárselo; y has de saber también que lo que en mí sentía era muy por lo fino, algo de galantería caballeresca y sentimental que me andaba por dentro como lucida procesión y... no sé qué más decirte.

Dejo la conclusión para otra carta, porque estoy fatigadísimo, y no puedo concluir sin llenar un pliego más. Hasta mañana.

XXXI

7 de febrero.

¿Creerás tú que el almuerzo acabó bien; que mi fascinación llegó a su apogeo, y que con el estímulo de los manjares y bebidas me lancé a manifestar mis sentimientos, y alcé los amantes brazos y cayó en ellos la *Peri*, pagándome mi respetuosa afición con otra de la misma calidad o quizá menos pura? ¡Quia, no seas tonto! Si te has creído esto, bórralo de tus papeles. Ambos estuvimos muy desganados de todo, muy tristes. Advierte ahora, en lo que vas a leer, de qué manera se enlazan en la vida las cosas tristes con las cómicas, y cómo nuestros propósitos y la realidad andan o suelen andar a la greña.

No habíamos concluído nuestro almuerzo, el cual, dicho sea entre paréntesis, fué bastante irregular, como hecho en casa no muy bien regida, cuando vino a torcer el rumbo de mis alambicados pensamientos la brusca entrada de un sujeto conocido en el mundo de la galantería con el remoquete de *el pollo malagueño*. Supongo que no irás a buscar esta celebridad en el Vapereau, en el Larousse ni en ninguna otra enciclopedia. No la busques porque no la encontrarías, lo que no quita que sea celebridad incontestable, al menos aquí, y que le conozcamos todos, unos de vista, otros de trato, como yo, por desgracia. Te presento a este chulito de buena familia y mejor sombra, un poco torero, un poco aristócrata, un poco borrachín, tan ligero de palabras como torpe de entendimiento, guapo, eso sí, aunque afeminado, pies y manos de mujer, el cuerpo muy espigadillo, el pelo sobre la oreja, y un bigotito que parece de seda negra; los ojos, como soles; hombre, en fin, a quien yo, siempre que le veo, daría de buena gana dos patadas en semejante parte, y te juro que no se las di en aquella ocasión por respeto a la que no vacilo en llamar..., ríete, hombre, ríete hasta mañana..., *dama de mis pensamientos*.

Pues, señor, lo mismo fué entrar el tal pollo que... ¿Crees que se armó una gran marimorena, que la *Peri* y su amante se enzarzaron de palabras, que luego el chulo y yo nos liamos, y...? No, hombre, ten paciencia; no hubo nada de esas *trigedias*, que en lenguaje filosófico se llaman *broncas*. Me parece que Leonor le saludó con un "¡Hola, perdis! ¿Ya estás aquí?" Pero no estoy seguro de si dijo esto o simplemente: "¡Válgame Dios, lo que está aquí!" En la duda no apuntes nada, no sea que después, en las edades futuras, armen los historiadores un cisco por dilucidar los verdaderos términos de esta importante salutación.

De lo que sí no me cabe duda, y esto puedes consignarlo con toda solemnidad, es que Pepe Amador, que tal es su nombre, llegóse a su querida e hizo ademán de darle un sopapo, en broma se entiende, con actitud entre cariñosa y enojada, rebuznando así:

—¡Mia que too un día y toa una noche! ¡Pamplinosa!... ¿Pa qué esos papeles, si tú no eras na del cadáver?

Leonor se dejó acariciar de aquel gaznápiro, y volviéndose a mí, me dijo:

—Vamos, dígamelo usted con franqueza. ¿No es un disparate que yo esté tan chalaíta por este animal?

Iba a contestarle que, en efecto, el disparate era de los más gordos; pero no dije nada. Amador me saludó de un modo servil, con extremos de amistad, a que yo nunca había dado pie, porque el tipo me repugnaba. No manifestó en aquel instante la más ligera inquietud por mi presencia, y creo que, aunque hubiera tenido celos de mí, se habría guardado muy bien de manifestarlos. Sentóse el chulapo junto a ella, y pronto empezaron a ponerse babosos, lo que me enfadó sobremanera. No comprendía yo, ciertamente, que una mujer de mérito..., digo de mérito y no me vuelvo atrás, porque todo es relativo en este mundo...; pues sí, no comprendía que una mujer de calidad amase a semejante gandul.

En las ternezas y recriminaciones que ella le dirigió creí notar confundidos el cariño y el desprecio. Analiza esto, hombre sesudo, si no te causa empacho. Yo te diría algo sobre el particular si tuviera humor para entretenerme en tales tontunas. Ya comprenderás que no me haría maldita gracia el gorro que intentaban ponerme aquel par de peines, y quise retirarme. Leonor se opuso, diciendo a su chico que tuviera formalidad.

Y ahora, procediendo con esa lógica que los sabios llamáis inflexible, creerás, sin duda, que ante el amor de la *Peri* por aquel tipejo, ante el espectáculo de las gansadas de él y de las zalamerías de ella, me desilusioné de golpe, y que, súbitamente, me repugnó la que antes me parecía tan seductora. Crees esto, ¿verdad? Pues no, señor, no fué así. Esas son las lógicas de los trataditos de Etica; las del humano corazón suelen ser, ¡ay!, muy distintas. Te diré, pues, que contraviniendo toda ley escrita, la chavala siguió atrayéndome y fascinándome, y sus debilidades manifiestas no me quitaron la ilusión de aquel extraño resplandor moral que creí ver en ella. Esto te parecerá un ciempiés; pero como es te lo cuento, y con la realidad no se gastan bromas.

Despedíme dos o tres veces, y otras tantas Leonor y su querindango me retuvieron. En una de éstas, el muy tonto se permitió dar su opinión sobre el suceso del día, contándonos lo que había oído en la esquina del Suizo, en La Taurina y en otros centros de instrucción y cultura. La versión recogida por Amador no podía ser más extravagante. Federico había sido muerto por Orozco.

—¡Qué barbaridad!—le dije—. ¡Si Orozco estaba aquella noche en Las Charcas!... Me consta.

—Pues un amigo mío—replicó el chulo con la seguridad de la barbarie—me ha dicho que vió a don Tomás a las once de la noche en una calle que desemboca en el propio lugar del crimen. Iba bien embozado en su capa, con otro *chavó*. ¿Y ésa?

Yo me reí. La *Peri* también se rió, aunque con afectación notoria, como intentando encubrir su pensamiento. No quise entrar en discusiones sobre punto tan delicado, y me retiré, prometiendo a Leonor que volvería a charlar con ella cuando pudiese consagrarme un rato largo, pero muy largo. Convinimos en que me fijaría sitio, día y hora, y me marché por esos mundos de Dios en busca de las impresiones públicas y callejeras, que no habían de faltar.

En las tres o cuatro partes adonde fuí no se hablaba de otra cosa. Fácilmente comprenderás que un asunto de tal naturaleza, formado de misterio y escándalo, ha de excitar vivamente la chismografía de la raza más crismográfica del mundo; raza dotada de fecundidad prodigiosa para poner variantes a los hechos y adornarlos hasta que no los conoce la madre que los parió; raza esencialmente artista y plasmadora, que crea casos y caracteres, formando una realidad verosímil dentro y encima de la realidad auténtica. Ante un suceso de gran resonancia, todo español se cree humillado si no da sobre él su opinión firme, tanto mejor cuanto más distinta de los demás. Oí, como puedes figurarte, explicaciones razonables; otras, novelescas, aunque dotadas de esa verosimilitud propia de las obras de imaginación escritas con talento; algunas estrafalarias, pertenecientes al género de entregas, de esas que, llenas de chafarrinones, se te meten por debajo de la puerta. Todo lo oí con paciencia y atención, pues hasta los mayores desatinos deben, en casos tales, oírse y sopesarse para obtener la verdad. Personas encontré que se cebaban en el asunto con brutal fiereza, ávidas de hincar el diente en reputaciones hasta entonces intactas; otras que se inclinaban a lo más atroz, arriesgado y pesimista, y algunas que, gustando de tomar el simpático papel de la sensatez entre tanto delirio, proponían las versiones más anodinas y triviales; pero, en honor de la verdad, debo decirte que éstas hacían pocos prosélitos. La multitud se iba tras los que arbolaban estandartes rojos y llamativos, con algún lema muy escandaloso; tras los que anunciaban su tesis con tambor y cornetín, como si exhibieran un fenómeno en las barracas de una feria. De todo esto, querido Equis, he de darte cuenta detallada cuando yo esté más sereno y tú menos harto de mí.

Dispénsame que no siga ésta; pero ya ves que el día ha sido de prueba. Júzgalo por el índice que a la carrera te trazo, y que parece el sumario de un capítulo de causa célebre: Autopsia.—En-

tierro.—Mi pasión por la *Peri*.—Almuerzo en casa de ésta.—Amador.—La opinión pública o la confusión de las opiniones.

Abur, y date buena vida, que esto es lo único que se saca en limpio en nuestro breve tránsito por el más malo y el más tonto de los planetas.

XXXII

9 de febrero.

Hoy, amigo mío, tengo que contarte algo muy importante; y como vivimos en plena atmósfera novelesca, porque cada quisque, con motivo de este suceso, inventa, zurce y enjareta argumentos más o menos aceptables, se me ha pegado algo del amaneramiento artístico, y aspiro a excitar en ti el interés de lector, contándote los hechos sin seguir la serie de los mismos, esto es, empezando por el medio, para caer luego en el principio y saltar de éste al final, concluyendo tal vez con vaguedades, interrogaciones o puntos suspensivos en que haya conjeturas para todos los gustos.

Pues verás: mi padrino me mandó llamar ayer. Supuse que quería tratar conmigo del trágico fin de Viera, y así fué. Nunca he visto al buen Cisneros como ayer le vi. Se distraía, se le iba el santo al cielo a cada instante. Visibles eran sus esfuerzos por disimular una turbación hondísima; pero no podía conseguirlo. Se encasquetaba la burlona máscara que sabe usar como ninguno cuando le place; mas ni por ésas. La turbación le salía por los ojos en destellos fugaces, por la boca en monosílabos y expresiones entrecortadas.

—Es una indecencia la opinión en este país—me dijo, temblando de ira—. No respetan nada... Esto es un escándalo.

Enseñóme varios periódicos que daban cuenta del crimen, haciendo alusiones veladas a la familia de Orozco.

—Es cosa de ir y romperles la cabeza a esos miserables.

—Poco a poco, don Carlos—le respondí— Estas cosas, que antes eran la más sabrosa golosina de usted, ¿por qué ahora le enfadan tanto?

—¡Oh! No, no; si yo no niego que la sociedad está pervertida; que todo lo malo, por el solo hecho de ser malo, es verdad—indicó, recobrando su papel—; pero si cojo a uno de esos periodistas, tendría mucho gusto en darle un estacazo... Conste que yo sostengo lo que siempre sostuve. Pero no confundamos las cosas. Si al tronera de Federico le da la vena de matarse, ¿tiene esto que ver con mis hijos? Ya sabes que no tengo cariño a Orozco; pero eso no quita para que... En fin, que me da la gana de indignarme con estas infamias, y no sé cómo tú no te indignas también. ¿Eres o no eres de la familia?

—Yo comprendo que usted se sulfure —le dije—, y por eso ha tenido ayer una conferencia de dos horas con el juez que instruye la causa.

Esta noticia del juez, adquirida y comprobada por mí el día antes, es el resorte que, debiendo ser expuesto al principio, reservaba yo para encajarlo al promedio de mi entrevista con Cisneros. Con este recursillo pensaba yo construir artísticamente la narración para jugar con tu curiosidad; pero, chico, se me ha escapado antes de tiempo, y yo no borro nada de lo escrito. En rigor, debo preferir el orden lógico del relato a las triquiñuelas del oficio narrativo, que no son para usadas por aprendices.

Pues bueno. Cuando le encajé a mi tío lo del juez, se le descompuso la cara y montó súbitamente en cólera, diciéndome:

—Y tú, ¿qué sabes de eso? Mira, mequetrefe, te echo de mi casa, y no vuelvas a poner los pies en ella. Veo que en ti no hay sentimientos honrados. Has dicho un embuste, una tontería, una estupidez, sí, señor.

No sé las atrocidades que de su boca salieron; pero no negó que hubiese conferenciado con el juez. ¿Y cómo negarlo? Había perdido por completo la serenidad, y no la conservaba. Iba y venía agitadísimo de un ángulo a otro de la habitación, recogiéndose los faldones de su bata arqueológica. A lo mejor, el enfurecido viejo daba puñetazos en todo lo que cogía por delante, fuera cobre, bargueño o mesa de mosaico. Fíjate en lo que decía:

—Llegará ocasión, si seguimos así, en que no pueda uno salir a la calle. Esto da náuseas. ¡Cuánta inmundicia en esa opinión! Pero ¿qué opinión ni qué...? Decididamente, yo le rompo el bautismo a alguien..., lo que no quiere decir, en-

tiéndelo bien (parándose ante mí y amenazándome con el puño), que yo crea que el mundo es bueno. Manolo, créeme, vamos a un cataclismo. La sociedad no puede seguir así. Sus bases, las célebres bases de que hablan tanto esos papeles inmundos, hacen *crac, crac*. El matrimonio se hunde, las instituciones políticas y religiosas se desmoronan. ¡Ejército, Iglesia, Magistratura, pilares podridos que sólo aguardan un encontronazo para caerse! Sí, Manolo, Manolito, tiene que venir un mundo nuevo...; pero lo que digo: aunque sé que ese mundo nuevo ha de venir, y vendrá, no lo dudes, por el momento, yo tengo ganas de dar un par de guantadas a esos que hablan de lo que no les importa, a los que acusan a las personas formales de crímenes ilusorios... Por lo mismo, hombre, por lo mismo que la sociedad está haciéndose polvo, quiero yo desahogarme... ¡Ah!... ¡Qué tropa, hijo!... ¡Cuidado que permitirse reticencias contra mi adorada Tinita!... ¡Vamos, esto es el colmo de la desvergüenza y de la...! Por supuesto, yo reconozco que el mundo es un presidio esférico. El pecado, el mal, son su dueño absoluto; pero la honradez y la pureza existen; ¿pues no han de existir? Hombre, aunque sólo sea como término imprescindible de comparación. Pues bien, yo te digo que estas atrocidades que cuentan ahora de la familia Orozco son injustas y calumniosas... Yo estoy que trino; y si quieres que tu padrino te quiera, sal por ahí, y al primero que suelte una alusioncita le rompes todas las muelas.

—Amigo don Carlos—le dije—, yo creo que debemos callarnos, pues ignoramos la verdad.

—Manolo, eres un cobarde..., y tendré que arrojarte de mi casa.

—Me marcharé, si usted se empeña; pero no sin decirle que la versión judicial respecto a la muerte de Federico me parece absurda.

Aquí viene bien indicar que aquella mañana misma me dijo el escribano que de la sumaria no sale nada en que se pueda fundamentar el homicidio. La Justicia opina que Federico se dió la muerte a consecuencia de grandes pérdidas en el juego. Las diligencias continúan, sí, pero encarriladas ya en una dirección de la cual no se desviarán.

—¿Y en qué te fundas tú—me dijo Cisneros, plantándose delante con aire jaquetón—para creer que la versión judicial es absurda?

—En que me consta que Federico no tuvo pérdidas en los últimos días, sino grandes ganancias.

—Quita allá, tonto. Pues cualquiera prueba que hubo esas ganancias. Y aunque las hubiera... ¿Qué significa eso? Vaya una manera de argumentar.

Sin duda estaba el buen señor enteramente trastornado o a dos dedos del trastorno, porque de improviso mudó de acento y de expresión, y echándome el brazo al cuello, me dijo:

—Ven acá, tontín, carísimo ahijado mío... ¿Para qué te metes en lo que no te importa? ¿Qué averiguaciones son ésas sin contar conmigo, que tengo más arte del mundo que tú? Entendámonos y obremos de común acuerdo. De ti para mí, podemos comunicarnos nuestras impresiones. Lo que tú sepas, lo que pienses o sospeches acerca de esta tremenda chiquillada del pobre Federico, confíamelo a mí, y yo con mi experiencia te daré la pauta lógica de los hechos. Cuéntame lo que hayas oído por ahí. ¿Te ha dicho algo la *Peri*? ¿Qué se habla en el Casino y en la Peña de los Ingenieros? Yo quiero saberlo. Es que..., te diré: me gusta enterarme de los diferentes aspectos de la malicia humana, de todas las enfermedades de la opinión, porque la opinión es una pura gangrena, ¿sabes?... Mala es la sociedad; pero la opinión, hijo mío, esa gran charlatana, merece ser tratada como la última de las mujerzuelas.

Nunca le había visto tan fuera de su centro. En él luchaban las ideas que constituyen lo más típico y lo más agradable de su personalidad, con la obligación de aplicar a un hecho real criterio distinto del que siempre usa; luchaba también en su ánimo el afán de conocer la verdad con la vergüenza de ver mezclado el nombre de su hija en aquel drama incomprensible. El traqueteo de esta lucha, los brincos que daba su ingenio enzarzándose con su conciencia, los chillidos que a veces salían de lo más hondo de ésta, las ansias de la curiosidad, los bramidos del orgullo, queriendo sostener la idea pesimista por encima de todo, producían un zipizape espiritual que me hizo muchísima gracia. Créelo: me costó trabajo no echarme a reír, pues

a veces se me representaban los sentimientos y las ideas de mi padrino como gatos que se arañaban y mordían en furiosa reyerta. Llegué a creer que le daba un ataque de nervios, porque el pobre señor, en aquel ir y venir, parecía que bailaba o que hacía volatines. Procuraba yo tranquilizarle, y al fin conseguí que se tendiera en un sofá. Al cambiar de postura, varió de tono. Habías de verle y oírle.

—Te confesaré una cosa: tengo un amargor en el alma que me atosiga. Yo sigo en mis trece: la Humanidad es esclava del mal; pero, francamente, no me gusta que mi nombre ande en bocas de la caterva maliciosa. Me has de contar todo lo que oigas, aunque sea de lo más insolente y desvergonzado. Después, ¿sabes lo que hacemos tú y yo? Desafiar a medio Madrid.

—¡Ave María Purísima!

—Es que yo, aquí donde me ves, tengo el punto de honor muy delicado, y no aguanto que nadie me toque al pelo de la ropa. Estoy furioso; quiero emprenderla con alguno, dar un recorrido al que me contradiga, hacer cualquier atrocidad. Si me parece que he vuelto a los veinte años, a la edad valiente en que ya cobraba el barato entre los muchachos de mi taifa.

Quería levantarse. Yo le contuve, diciéndole:

—Don Carlos, no sea chiquillo. Yo le contaré a usted todo lo que oiga. Pero advierta que la mayor parte de lo que se dice es pura necedad, novelas que cada cual compone a su gusto, para reunir un público de tontos que las escuche y las aplauda.

—Bien, bien..., así me gusta que te expreses..., porque, francamente, cuando empezaste a hablar conmigo esta tarde me pareciste inclinado a creer todas esas bolas que corren. Por eso quise echarte de mi casa. Me alegro de verte de acuerdo conmigo. Tú y yo pensamos lo mismo; tú y yo opinamos que la titulada Humanidad es un hatajo de pillos; pero en el caso presente rechazamos las suposiciones malévolas y nos indignamos... ¿Verdad que estás indignado, hijo mío? ¡Ay! Hace dos noches que no pego los ojos, impresionadísimo, devorado por el despecho y la curiosidad... Mira, te lo diré con franqueza: deseo conocer la verdad, y temo conocerla. Es que no puede uno ser de roca, aunque quiera. Yo, que presiento la destrucción de la actual sociedad en un plazo más o menos largo, pero no en mis días, en mis días no; yo, que difícilmente admito móviles puros en la mayor parte de las acciones humanas, no soporto que anden por los suelos mi nombre y el de mi Tinita... Ya tú me entiendes. Esto es una calumnia, una asquerosa calumnia, y no debemos consentirlo.

—Mire usted, padrino—observé yo—, si no poseo la verdad, trato de poseerla. Le juro a usted por mi salvación que si doy con ella, la tendrá usted, por dolorosa y amarga que sea.

Su primer impulso fué darme un fuerte abrazo; pero después le vi palidecer y fruncir el ceño, y me dijo con voz muy grave:

—Tú me contarás todo lo que oigas; pero no hagas averiguaciones; no revuelvas, no menees esto.

—Pero ¿qué mal hay en perseguir la verdad, la santa verdad, tío?

—La santa verdad, hijo de mi alma, no la encontrarás nunca, si no bajas tras ella al infierno de las conciencias, y esto es imposible. Conténtate con la verdad relativa y aparente, una verdad fundada en el honor, y que sacaremos, con auxilio de la ley, de entre las malicias del vulgo. El honor y las formas sociales nos imponen esa verdad, y a ella nos atenemos.

Dicho esto, me abrazó de nuevo, y casi al oído me dijo estas palabras:

—No averigües nada, ni te metas a buscador de la verdad absoluta, que no encontrarás. El juez es hombre recto y muy amigo mío, y nos dará la solución. Tú la aceptas, la propalas, y al que te diga algo contra ella, le divides. Tose fuerte, y tendrás siempre razón. Y ya que nos hemos explicado, te confesaré que el juez y yo hablamos. Es amigo mío y me debe su carrera, porque, conociendo su mérito, le saqué de Valoria la Buena, donde estaba oscurecido, y le llevé a Zamora, y de Zamora me le traje acá. No vayas a creerte que he ejercido presión sobre él. Es hombre de ideas lúcidas y de puntos de vista muy elevados. Bien sabe que no mediando perjuicio de tercero, la mayor de las injusticias es arrojar inútilmente la ignominia sobre una familia respetable.

Yo quise objetar algo, y noté que se enfurecía.

—Cállate la boca—gritó—. No admito observaciones tontas... Mira que te echo de mi casa. Tú no lo quieres creer; pues te arrojo, te pongo de patitas en la calle, como tres y dos son cinco.

No me atreví a contrariarle, temeroso de que le diera un berrinche de consecuencias funestas para su salud, y en pago de mi silencio me abrazó con paternal efusión, y me palmoteó bien las espaldas, llamándome su hijo querido, y asegurando que soy la persona de la familia a quien más ama. Me habría gustado que presenciaras la escena, pues yo no puedo darte idea de las marrullerías de este viejo zorro. Ahora me acuerdo de que en una de tus cartas me dijiste que la figura de Cisneros te parece creación mía; que dejándome llevar de la fiebre narrativa y del natural deseo de cautivar a quien me lee, he pintado los rasgos y perfiles de la fisonomía moral de este individuo, haciendo una figura de realidad artística, pero no un verdadero retrato, como esperabas de mí. No, querido Equis: te juro que es retrato. No te mueva lo extraño de la silueta a dudar de su parecido y autenticidad. Piensa en las variedades infinitas que atesora la Naturaleza, en la abundancia de sus inagotables colecciones, donde así la fauna como la flora te ofrecen formas nuevas cada vez que las examinas. No es Cisneros invención mía, ni yo invento nada. Y ¿qué iría ganando yo con meterme a plasmador, aunque hacerlo pudiera? Siempre me quedaría muy lejos de la realidad. ¡Esa sí que inventa, y con qué garbo! ¡Qué cosas nos enseña, y qué sorpresas nos da! ¡Lo que sabe esa pícara! Para comprender su maestría fecunda, ponte a hacerle la competencia y suelta las riendas a tu imaginación; dedícate a fingir, por ejemplo, tipos de plantas, variedades de animales. ¿A que te cansas antes de llegar a la millonésima parte de lo que ya existe, y desesperado tiras los trastos de imaginar? Pues lo mismo te pasaría en el inmenso capítulo de la psicología y los actos humanos. Echate a componer caracteres y acontecimientos, y verás cómo te quedas corto, muy corto. ¡Trabajo inútil y necio, cuando la realidad te los da siempre vivos y verdaderos, y siempre nuevecitos! La invención realmente práctica consiste en abrir mucho los ojos y en acostumbrarse a ver bien lo que entre nosotros anda... No sigo, porque ahora me acuerdo de que tú y yo solemos tronar contra las *consideraciones*, y estas que haciendo estoy son quizá de las más soporíferas.

XXXIII

10 de febrero.

Sigo la de ayer, que, aunque bastante larguita y pesada, iba incompleta. Contábale yo a mi tío alguna de las desatinadas hipótesis que había oído, cuando entró Malibrán. Comprendiendo yo que mi presencia les contrariaba y que querían hablar a solas, apartéme, y les vi de gran secreteo durante un mediano rato. No llegó a mis oídos ni una sola sílaba, ni intenté atraparla tampoco. Que hablaron del suceso de autos, era indudable. Malibrán se expresaba con la vehemencia oficiosa de una persona que, por propia iniciativa o por encargo, se ha impuesto la misión de arreglar un asunto de difícil compostura. Cisneros oía y como que dictaba un plan. Creí que, después de esto, Cornelio saldría a la calle; pero no fué así. Mi padrino parecía cansado y soñoliento. Le dejamos en el sofá, y nos fuimos a un gabinete próximo, donde el diplomático se puso a ver carteras de estampas. Yo hice lo mismo, y trabamos conversación, empezando él por darme un curso instructivo de Alberto Durero, Lucas de Leyden, Holbein y otros maestros, y te confieso que le oía con gusto, porque se sabe al dedillo la historia del grabado en talla dulce y del agua fuerte, y la explica con amenidad y lucidez.

Cuando ya me pareció que habíamos hablado bastante de aquellas materias, metí el embuchado del tema que tratar quería, y le dije:

—Vamos a ver, amigo Malibrán: usted, como todo el mundo, habrá formado su opinión sobre este lío. Dígamela usted con sinceridad, si no es indiscreción el desear saberla.

—¡Oh! No, indiscreción de ninguna manera—me respondió sereno y afectuosísimo—. Mi opinión es bien clara, y no la oculto a nadie. Desde el momento en que Orozco y yo recibimos la noticia en

Las Charcas, tuve una idea; y después de llegar aquí y de oír tanto disparate, no la he variado en nada. Creo que esto es sencillamente un suicidio por insolvencia, por no poder cumplir obligaciones contraídas en el juego, ofuscación del ánimo cuyo origen hay que buscar en un sentimiento bravío del honor y de la responsabilidad.

—¿Y no cree usted que...?

—¿Mujeres?... ¿La novela cursi que anda por ahí...? Por Dios, amigo Infante: considere usted que a nosotros nos corresponde juzgar estas cosas con un criterio racional y no con el de la patulea. Me parece que debemos rechazar la fábula vergonzosa que, además de ser inverosímil, va contra la reputación y contra el honor de amigos muy queridos.

Puesta la cuestión en este terreno, no tenía yo más remedio que otorgar callando, y aun dije alguna frase ambigua en defensa de nuestros amigos. Sorprendióme la actitud de Malibrán, circunspecta hasta dejárselo de sobra, y amoldada a las formas diplomáticas, conforme al papel que tan bien sabe representar en el mundo. No me habría sorprendido semejante actitud si no me constara que un día antes había lanzado, en casa de San Salomó, una de las variantes más novelescas y estrafalarias del tenebroso drama. No me habría sorprendido si no supiera, como sé, que, noches antes del suceso, Malibrán se dejó decir en casa de la *Peri*, delante de varios amigos excitados por el champaña, que había descubierto el nido de amores de mi prima Augusta, y que sabía quién era *él*, aunque se reservó su nombre.

Pero, en rigor, nada debía cogerme de nuevas, tratándose del carácter de un sujeto cuya falsedad y doblez se me revelaron bajo las exterioridades más cultas. Sin duda, tras un rapto de malevolencia manifiesta, había vuelto sobre sí, encerrándose en su papel social; sin duda, causado el daño que se propuso, había vuelto a vestirse la piel de cordero, dentro de la cual tan bien resuelve los problemas de la vida. Mi padrino y él se entienden, de seguro, y manejan los hilos de la trama ocultadora.

Hablamos algo más, esforzándose él en demostrarme la necesidad de sofocar en lo posible el alboroto de las murmuraciones. Mira lo que saqué en limpio de aquel coloquio: que Malibrán aspira a hacerse grato a mi prima, abrazando su causa con ardor y defendiéndola con la donosa fraseología que posee el muy tuno. Seguro estoy de que sacas de los hechos expuestos la misma deducción que he sacado yo.

Pero espérate ahora, que voy a contarte otra cosa que te sorprenderá. De repente sentimos que mi padrino, desde la estancia próxima, nos llamaba:

—Eh, pollos, que me tenéis aquí solo y abandonado.

Suele llamar pollos a todos los que no son de su edad. Comimos con él, y de buenas a primeras, como quien continúa en alta voz un monólogo, nos dijo riendo:

—Por supuesto, yo estoy siempre en que ese yernecito que Dios me ha dado, ese Orozquito, es un buen punto...

—No estamos de acuerdo, don Carlos; ya sabe usted que yo...—apuntó Malibrán, firme en su papel.

—Amigo mío, usted se me va siempre del lado benévolo. Debe usted dedicarse a escribir vidas de santos, lo mismo que ese tontín de Manolo, que sostiene que a Tomás debiéramos ponerle en los altares. ¡Qué inocencia! Si es el pillo más grande que..., vamos... Extraño mucho que no lo comprendáis así. Si tocan a hacer santos, ahí está mi hija, que no es floja virtud querer a este jesuitón como le quiere...

—La canonizaremos—afirmó Malibrán, con una sonrisa que me dejó helado, pues había en ella el sarcasmo más sutil que imaginarse puede.

—Sí, canonizádmela—repitió Cisneros, levantándose—. ¡Pobre Tinita mía! ¡Cuánto debe de padecer con estas infamias!...

Malibrán y yo nos miramos sin decir nada; pero se me figura que él leyó en mis ojos mi pensamiento, como yo leí el suyo en los de él.

Y basta por hoy. Me parece que tienes para meditar un rato.

XXXIV

12 de febrero.

Prepárate para oír las versiones del drama ocurrido en *el solar del polvorista*, que así, según supe después, se llama el sitio donde apareció muerto nues-

tro amigo. No te cuento todo lo que la fantasía popular nos regala, porque sería tarea interminable; te doy sólo las variantes que más aceptación tienen en los corrillos chismográficos, algunas corriendo con el crédito que le dan labios de reconocida autoridad en el arte de la maledicencia; otras desacreditadas, pero no por eso mal recibidas. La primera que te endilgaré es la que oí en la Peña de los Ingenieros, y se funda en datos suministrados por aquel viejo zorro de quien te hablé en una de mis cartas, ¿no te acuerdas?; el que me aseguró haber visto salir a Augusta de cierta casa en la cual no debía de entrar con buenos fines. Roguéle me dijese cuanto supiera, y por fin me designó la casa, aunque no podía hacerlo del piso. Es una de las del paseo de Santa Engracia, próxima al *solar del polvorista.* Del portal al vertedero habrá unos sesenta pasos míos. Esta mañana hice mis pruebas topográficas sobre el terreno; pero te advierto que estas pesquisas son para mi uso particular, pues la primera condición que me puso el señor aquel para clarearse conmigo fué que no había de llevar ningún dato a las diligencias judiciales.

Vale más que te dé un breve extracto de sus propias palabras:

—Mire usted, amiguito, yo no quiero meterme en líos ni delatar a nadie. Si se tratara de un asesinato por robo, yo sería el primero en ayudar a la Justicia con los indicios que tengo; pero en una desgracia ocasionada por amores clandestinos; en una tragedia íntima, de estas cuyos factores son la pasión, los celos, el sentimiento exaltado de la dignidad y el honor, creo yo que no debe intervenir la acción de los ciudadanos. Por tanto, las noticias de la casa, que para mí son una autenticidad incontestable, porque no una, sino varias veces he visto entrar en ella a esa señora y a su amante (que de Dios goce), se las comunico a usted para que se vaya ilustrando; pero ello ha de quedar entre nosotros, porque si usted tiene la debilidad de llevar este dato al juez y el juez me llama, negaré yo la referencia y le dejaré a usted por mentiroso. Hablando en plata: creo que el poder judicial hace bien en no apurar la investigación de estos asuntos de amor y celos, porque las querellas y zaragatas por la posesión de una hembra están, como el duelo, por cima de las leyes, dígase lo que se quiera. No extrañe usted que, cuando ocurre un caso como el de su amigo, sobre todo si el muerto pertenece a las clases principales, resulte que es suicida por lances de juego o por arrebato de locura. Bien sé que la solución no satisface a la justicia estricta; pero me parece que el camino derecho produciría mayores males por aquello de *summum jus summa injuria.*

Dióme que pensar la opinión de aquel sujeto, que reforzaba sus argumentos con sus canas, pues bien se le conoce que es hombre de consumada pericia y de erudición enciclopédica en todos los ramos de fragilidades humanas. Respecto al hecho, lo reconstruye de este modo.

—Orozco tuvo noticia de la infidelidad de su mujer y del lugar donde podría comprobarlo por sus propios ojos. Presentóse allí en la noche del primero de febrero...

Le interrumpí para hacerle ver que esto era imposible, por hallarse Tomás en Las Charcas; y él, echándose a reír, me dijo:

—No sea usted inocente. Las coartadas se preparan con habilidad cuando se tiene empeño en ello, y lo que ha habido es el recurso vulgarísimo de fingir un viaje, despidiéndose y quedándose. Para mí, Orozco los sorprendió y no tuvo valor para matar a su mujer. Hirió al infeliz Viera, disparándole a quema ropa. Esta primera herida es la del costado, mortal, aunque no inmediatamente. El herido pudo huir. Acosado por el agresor, y cuando ya estaba caído y exánime, recibió el segundo balazo, el de la cabeza, con el cual quedó rematado.

El aspecto de verosimilitud de esta hipótesis no ganaba mi ánimo, lleno de dudas acerca de la participación de Orozco. Cierto que por grandes que sean la virtud de un hombre, su prudencia y suavidad de costumbres en los actos corrientes de la vida, no podemos responder de que ese mismo hombre, movido de los celos y hostigado por el mayor ultraje que a su dignidad puede inferirse, no se transforme de pacífico en vengador. El conocimiento del carácter de una persona nos puede dar la norma de su proceder probable en todas las situaciones sociales, menos en aquellas que se derivan de la pasión amorosa, los

celos o el honor. Tratándose de la situación creada a un hombre por estos grandes móviles, no podemos responder de que sus actos se contengan en un límite fácil de trazar. Se vuelve fiera irresponsable, y todas las prendas que constituían su personalidad en la vida ordinaria se eclipsan y se desvirtúan. Pues, a pesar de esto, y de la posibilidad de la exaltación homicida de Orozco, yo no entro con ella. Mi entendimiento la repugna. Qué quieres que te diga: *no veo*, no puedo ver a Orozco, revólver en mano, persiguiendo a su enemigo. Ello podrá ser; pero yo no sé reproducir el acto en mi mente, no acierto a figurarme la cara ni la actitud trágica de un hombre a quien he visto ayer mismo ostentando una serenidad y un reposo de ánimo que..., vamos, que no pueden en manera alguna ser obra de la hipocresía, y sostengo que no hay histrionismo en grado tal de perfección.

En la misma Peña corría otra variante, en la cual Orozco no figura sino como impulsor del crimen, por medio de un asesino mercenario. Este esperó a Federico cuando salía, y *pim, pam*. El principal sostenedor de esta historieta asegura que un amigo suyo, al pasar a las nueve de la noche por la bocacalle que da ingreso al vertedero, vió a un hombre de mala traza, y que a las diez le volvió a ver. Esto del matador pagado me parece todavía menos aceptable. Que Orozco matara, puede ser, aunque yo no *siento* el acto, ¿me entiendes?, no hay en mi ánimo ese movimiento íntimo de fe que nos lleva a la convicción. Pero lo de comprar un asesino me parece contrario a toda lógica. Orozco no es capaz de eso.

Completaré estas noticias diciéndote que he tratado de hacer hoy, en la que llamaremos *casa del crimen*, algunas indagaciones. La casa, que es de construcción reciente, no tiene más que dos pisos, bajo y principal, y dos cuartos en cada uno de ellos. El principal de la izquierda y el bajo de la derecha están con papeles. Me inclino a creer que el bajo izquierda es el lugar nefando. Interrogo a los porteros; pero no he visto gente más discreta. Les ofrezco gratificación; les hago comprender que no soy de la Curia, que no les seguirá perjuicio por las revelaciones que me hagan, y nada. Tranquilos y confiados, ni aceptan mis dádivas, ni me dan ninguna luz. O son inocentes, o están vendidos ya. Me inclino a creer esto último. Enseñáronme los dos cuartos vacíos, en los cuales todo indica que no han sido habitados aún. En el principal vive un procurador, con señora y la mar de chiquillos; en el bajo de la izquierda, objeto de mis sospechas, hay un almacén o taller de muebles, de estos que se anuncian en Madrid como almonedas. Entré; no se podía dar un paso, porque todo está obstruído con sillerías en blanco, butacas apiladas, sofás patas arriba. En el centro de la sala, llena de mil trebejos, y donde se masca el polvo del pelote y se le enredan a uno los pies en las sartas de muelles de acero, dos hombres trabajan en tapicería. La mujer que me enseñó el establecimiento, y a quien intenté hacer cantar ofreciéndole con habilidad buena recompensa, se ofendió de mis insinuaciones. Su altanería desdeñosa me pareció sincera o muy bien fingida. A pesar de tantas señales contrarias a mi idea, no sé por qué insisto en pensar que aquellas paredes encerraron lo que yo presumo y Dios sabe.

Por lo demás, como adquisición de conocimientos reales sobre este problema, no he adelantado nada. La oscuridad es mayor cada día, el vértigo crece, la razón se apaga, y si de ésta no me vuelvo loco, creo que tengo asegurada mi cordura por todo el resto de mis días.

Hasta mañana, y dime algo, ilumíname. A veces el que está lejos de los acontecimientos ve más y mejor que el que los toca con sus narices. Dime cuanto se te ocurra, que por disparatado que sea, no ha de llegar a las gárrulas novelas que se forjan aquí. Adiós.

XXXV

14 de febrero.

Allá va otra.

De seis o siete versiones recogidas en el Casino, elijo la que tiene más prosélitos. Orozco es eliminado de esta hipótesis, y no figura para nada en el crimen. En cambio, aparece otro personaje que nadie sabe quién es: un segundo amante de la desgraciada Augusta. Cómo se determina la participación en el drama de este nuevo elemento, es cosa

que cada cual explica a su modo. con criterios y puntos de vista originalísimos. Algunos atestiguan y refieren el lance como si lo hubieran visto. Uno de los presentes sostiene que Augusta entró en la casa con el desconocido a eso de las nueve y media. Las once serían cuando entró Federico.

—Pero ¿usted lo vió?

A esta pregunta te contestan:

—Yo no lo vi; pero me lo ha contado Vargas.

Cuando llega el llamado Vargas, que es un *sportman* y ciclista muy conocido, se le interroga con toda solemnidad; pero resulta que él no vió nada, sino que se lo dijo un amigo, capitán de Infantería, el cual marchó ayer a las Baleares. ¡Alabado sea Dios! Danme ganas, querido Equis, de ponerme en marcha inmediatamente para Mallorca, a fin de evacuar esta cita. Pero lo pienso mejor, y me quedo. Lo referido a Vargas por su amigo es que la señora (falta averiguar si el tal capitán la conoce, o si, habiendo visto entrar en la casa a otra mujer, da en creer de buena fe que era la persona de quien tanto se habla hoy) llegó en coche simón con un sujeto, del cual no puede decir sino que tenía barba larga y rubia.

—¿Era alto?

—Más bien alto que bajo..., bien vestido.

En seguida empieza la tarea sabrosa de personalizar este dato, y unos en serio, otros en broma, le cuelgan el muerto a tu buen amigo Bueno de Guzmán, el cual no vuelve de su asombro al encontrarse con que es la auténtica *tía Javiera* del asesinato de Federico. Bromas aparte, esta versión la tienen muchos por aceptable, y alguien la cree como el Evangelio. Varían las apreciaciones respecto al desconocido: quién le tiene por caballero o persona de nuestra clase, quién por hombre ordinario. Un primito de Villalonga, de estos que, cuando se habla de acontecimientos misteriosos, se pirran por ser a todo trance testigos presenciales, jura y perjura que hace dos semanas próximamente, a eso de las once de la noche, vió a la de Orozco por calles extraviadas de Chamberí paseando del brazo de un hombrachón que no le pareció caballero. *Por cierto que le chocó.* Da las señas: alto, fuerte, con barba rubia y larga, ropa holgada y de feo corte, aspecto extranjero, como de maquinista o jefe de alguna industria. En fin, ya puedes figurarte lo que vería el muy lince. Primero se deja matar que sufrir el desaire de no haber visto alguna cosita.

Y qué, ¿crees tú esto? Yo no lo acepto, ni en absoluto lo rechazo, pues la misma confusión en que estoy me obliga a admitir todo lo humanamente probable, y a no poner puertas al campo inmenso de la fragilidad femenina. Anoche pensé bastante en el hombre misterioso y barbudo, alto, grueso, como lo describió aquel demonio de chico. Francamente, no caigo en quién pueda ser. Casi casi me decido a eliminarle, como un fantasma intruso, de la serie de hipótesis razonables.

Pues verás ahora la más salada. En casa de la de San Salomó hay paráfrasis para todos los gustos. Pero la marquesa tiene una suya, que no confía sino a ciertos amigos de mucha confianza, siempre con la nota marginal de que lo sabe por el conducto más fidedigno. Te transmito el dicharacho de la ilustre dama sin quitar punto ni coma:

—Pues yo sé la verdad, la pura verdad. Crea usted que esto es lo auténtico. Se lo diré a usted si me promete guardar el secreto, y le advierto que la persona que me lo ha dicho lo sabe..., vamos, lo sabe como si lo hubiera presenciado. Ni Orozco ni hombre alguno tienen culpabilidad. Ella, ella fué quien le mató por celos de la *Peri*. Hace días que venían las cosas muy tirantes: cada cita era un altercado. No, no lo dude usted, que esto es como el Evangelio. Se sabe dónde compró el revólver; se sabe que a un amigo íntimo (que no puedo nombrar.... usted considere) le confió su propósito de matar a Fritz. Pero qué, ¿no cree usted en las mujeres que matan? Aquella noche fué grande la marimorena. Augusta disparó, y le atravesó el hígado, y el estómago, y el espinazo, y la vejiga, y no sé qué. Salió el pobrecito y fué a caer en el sitio donde le encontraron.

—Pero, señora, ¿y la herida en la frente, que es la mortal de necesidad?—objetan todos los que oyen versión tan chabacana.

—No hay tal herida en la frente—responde imperturbable la marquesa—. Es usted un cándido y un tragabolas. El forense, el mismo forense—bajando mucho

la voz—ha dicho a un amigo mío, a quien no he de nombrar, que no había tal herida, y que eso se puso en el informe pericial para dar por probado el suicidio. Créame: lo que le cuento a usted es lo que pasó... ¡Ah! El enderezar este entuerto les cuesta un pico a Orozco y a don Carlos.

—Pero, señora, permítame usted que ponga en duda...

—De incrédulos está el infierno lleno... Digo lo que sé, y sólo añado, amigo Tal, que esto se queda entre usted y yo. No vayamos ahora pregonándolo por ahí. Pero créalo..., créalo y cállese.

Esto me lo contó el *Catón ultramarino*, y el cual ni lo creía ni callaba, y por su cuenta y riesgo, después de oír a *tirios* y *troyanos*, dióme también su versioncita. Orozco sorprende a los amantes... (se da por supuesto que no hubo tal viaje a Las Charcas); Augusta se echa a los pies de su marido y le pide perdón. ¡Ah, oh! Federico, siempre orgulloso, desafía al marido. ¡Oh, ah! Este saca un revólver, y alargándoselo al otro, le dice:

—No, aquí quien debe morir eres tú. Si hay en tu alma una chispa de sentimiento del honor, ya sabes lo que tienes que hacer.

Al otro le parece la fraterna muy puesta en razón, coge el arma y *pim, pum*...

¿Querrás creer, Equisillo, que no dormí en toda la noche, pensando en esta interpretación, en la cual veía no sé qué lejanos vislumbres de certeza? Pues aguárdate un poco. Hoy por la mañana salí decidido a comprobar la coartada de Tomás; bajéme a la estación del Norte, y con el testimonio del jefe, de varios empleados y del inspector de la Sección, puedo afirmar, sin ningún género de duda, que Orozco y Malibrán estuvieron en Las Charcas toda la noche del 1 al 2 de febrero. Como que el inspector los acompañó y cenaron juntos, y estuvieron charlando hasta las doce, hora en que se acostaron los tres, en una misma habitación por más señas, pues los alojamientos en aquella finca dejan mucho que desear. El inspector me merece crédito. Mas no satisfecho aún, cojo el tren, me planto en Las Charcas, y compruebo aquel testimonio con los del jefe de Las Zorreras, de los guardas del monte y de la mujer que tienen allí para hacer la comida a los cazadores. En fin, chico, que la coartada de Orozco es un hecho incontestable, y que probándola he quitado al problema un gran elemento de confusión.

Más noticias. En los corrillos del Congreso, adonde voy ahora lo menos posible, también he oído cada catálogo que canta el misterio. No te los cuento para no trasladar a tu cabeza la olla de grillos que tengo yo dentro de la mía. Joaquín Pez me dijo hoy con mucho sigilo:

—Tengo un gran dato, amigo Infante, que arroja mucha luz. Me ha dicho el marido de la sobrina de la nuera del forense..., ya ve usted que el conducto no puede ser mejor..., me ha dicho que, comiendo ayer el forense en casa del hermano de la cuñada de su primo, dijo esto: "La herida del costado es de homicidio; la de la frente, de suicidio."

—No es mal dato—le contesté—, si resulta cierto. Mas para comprobarlo, necesitaremos recorrer ese laberíntico rosario de la nuera del hermano del tío de la sobrina... Verá usted, amigo Pez, cómo al llegar al forense, resulta que el buen señor no ha dicho esta boca es mía.

Estas y otras especies corren por allí cuando no hay asuntos más graves de que tratar. Los periodistas, justo es decirlo, si son los más fecundos en combinaciones novelescas, parecen haberse propuesto no lastimar a la familia Orozco. Si el reporterismo y la fiebre de la noticia los inducen comúnmente a explotar cualquier asunto que dé saborete y picor de escándalo al papel de la mañana o de la tarde, basta una indicación amistosa hecha en estos pasillos para poner coto a las reticencias contra personas respetables, sobre todo si éstas son de las que, por no mezclarse en política, están libres de odios personales o colectivos. Por tal medio, fácil ha sido conseguir que los nombres no aparezcan en letras de molde. Esto no significa que los estragos de la opinión no sean grandes, porque el barullo anónimo de la prensa se une al reporterismo oral, que es más difusivo, más penetrante, y tiene entre nosotros increíble fuerza. La cháchara verbal destruye las reputaciones privadas y públicas más pronto y más eficazmente que la cháchara escrita... Antes que se me olvide: un periodista me reprodujo esta noche la opinión aquella del forense sobre la natura-

leza de las heridas; pero a la inversa de como me la transmitió Joaquín Pez, es decir, que la herida de la frente era de homicidio, la del costado, de suicidio. Respecto al origen de la noticia, diómela por auténtica y autorizada a no poder más. Lo había oído él mismo, la noche anterior, en la tertulia de no sé qué ministro, de boca de un respetable sujeto de la Curia. Conque ve tomando notas, y acaba de volverte loco como tu corresponsal y amigo.

El cual anda ahora tan sin brújula, que no sabe por dónde va, ni se entera de lo que ocurre en las filas parlamentarias. ¿Querrás creer que estos días ha votado el buen Infante no sé cuántas leyes, y ha dicho sí o no en multitud de resoluciones, sin tener conciencia clara de sus actos legislativos?... Soy un simple número, una energía mecánica, inconsciente; voy con la masa, a donde la masa va. En mi oído suena el runrún de las votaciones, y presiento que hemos hecho la dicha del país con leyes como la de Enjuiciamiento criminal, y las de Acuñación de plata, del Trabajo de los niños en las fábricas, de Rectificación de listas electorales, etc...; ítem más, con multitud de ferrocarriles que raudos cruzarán el patrio suelo en todas direcciones. Me convenzo, por lo que oigo decir, de que he votado todas estas cosas tan buenas, y estoy dispuesto a votar la transustanciación del Verbo si me la ponen delante. No me pidas cuenta de nada, ni aun del olvido en que tengo los asuntos del infame distrito. Si murmuran de mí en esa tierra de maldición, hazme el favor de decirles que ahí me las den todas. Los odio con toda mi alma, y deseo que el cielo los aflija con mil calamidades, sequías, riadas, pedriscos y ciclones, y un terremoto por añadidura; que no quede en pie ni casa ni árbol; que pasen a mejor vida todas las reses, incluso los caciques del pueblo, y que la tierra sea infecunda y no produzca ni un solo ajo. Abur.

XXXVI

16 de febrero.

He aquí que me presento en casa de la *Peri* con ánimo de tener con ella la conferencia que vivamente deseo.

Y la hechicera quiere echarme las cartas, rasgando con su dedo de rosa el denso velo del porvenir..., ¡atiza! Mas yo se lo quito de la cabeza, abordando el asunto que me hace penetrar en aquel mágico santuario de la..., permíteme que no acabe la frase.

Y Leonorilla pone unos morros muy... no sé cómo, apresurándose a variar la conversación. Y he aquí que, burla burlando, cuéntame que ha reñido con el malagueño pollo, de rizada crencha, y echádole de su casa por las escaleras abajo. Es un chulapo, un indecente, un marica y un qué sé yo cuántos. Alabo su juiciosa resolución, añadiendo que el tal mancebo me es bastante antipático, y que ella se merece más, mucho más, por su buen corazón y sus sentimientos hidalgos y generosos. No recuerdo bien si dije lo de hidalgos y generosos; pero algo así, o poco menos, fué lo que brotó de mis autorizados labios.

Perdona la falta de formalidad con que te escribo; pero mi espíritu se inclina ya a tomar en broma todos los asuntos y a hacer chacota de lo más grave, porque no hallando juicio ni seriedad en parte alguna, las ideas se me vuelven chirigotas, y las rigideces de mi voluntad se convierten en dislocaciones de payaso.

Pues he aquí que, a poco de interrogar a la *Peri*, me encuentro su sinceridad tapiada a piedra y barro. No es la misma mujer que vi días antes; ahora es toda reserva, medias palabras, y una discreción bien poco en armonía con su oficio. Total, que Leonor no sabe jota; le falta poco para decirme que no conoció a Federico. Se ha vuelto completamente ignorante de lo que éste hizo en los días que precedieron al crimen. No le consta que ganara ni que perdiera al juego; no le consta que tuviera amores con esta o la otra dama; no se ha enterado de cosa alguna, ni hay medio de arrancar a su bonita boca una sola frase que ilustre el asunto. Excuso decirte que observar esto y desilusionarme de ella, fué todo uno; más claro, que en un instante se me borró del espíritu la fascinación que me había producido su fidelidad hacia el pobre muerto, y el sentimiento que mostrara el triste día de la autopsia. Aquí tienes cómo se desvanece una pasión, nacida tan de impro-

viso, y de improviso trocada en desvío, suspicacia, lástima o no sé qué.

Pero espérate, que falta lo mejor. En ella se determinó el fenómeno contrario; quiero decir, que en el momento en que yo me apagaba, como luz a la cual se da un soplo, ella se encendía súbitamente, como si la llama pasara de mi ser al suyo por arte milagroso. Vamos, que le estaba yo haciendo tilín, un tilín tremendo, según me manifestaron sus ojos flecheros y sus actitudes insinuantes. En fin, que a la media hora de conferencia empezó a hacerme cucamonas, y yo, frío y completamente desilusionado, di en dejarme querer, imaginando que por aquel camino podría romper la reserva en que la muy bribona se había encerrado, metiéndose también a diplomática.

Las garatusas iban en *crescendo* alarmante: díjome que soy muy simpático, que se le alegra el alma cuando me ve, y que le da el corazón que íbamos a ser amigos, pero muy amigos. Yo apoyé estas enamoradas razones, y en la confianza que rápidamente se estableció entre nosotros pude obtener algún indicio de su cambio de conducta.

—Mira, monín—me dijo, tuteándome ya y tirándome de las orejas—, yo no me meto con la Justicia. Desde el momento en que han querido liarme a mí también en esa muerte, me he plantado, chico, y ya no sé nada, ni estoy en autos de lo que aquél hacía o dejaba de hacer. En fin, que no toco pito, ¿sabes? Eso le dije a ese tío de juez, y eso te digo a ti, que también andas por ahí buscándole tres pies al gato. Si quieres que seamos amigos, echemos tierra, mucha tierra. El pobrecito está en la sepultura, y de allí no le han de sacar tus diligencias, ni las mías, ni las de nadie. Hoy le he mandado decir cuatro misas; créete, eso es lo que ha de valerle para la otra vida, y no las averiguaciones en ésta. Que si fué suicidio, que si no; que si le mató tal o cual mano... Mira, nada importa eso para su alma, que debe de estar ahora en el Purgatorio por ciertos pecadillos, aunque yo pienso que la soltarán pronto, pues era bueno y leal como ninguno, más honrado que el sol, y caballero hasta por encima de la coronilla. Créeme a mí y déjale ya en paz al pobrecito.

Se conmovió un poco al recordar a su amigo, añadiendo con dolorido acento que otro como aquél no volvería a tener en su vida. Esto picó mi amor propio, y me propuse para la vacante de aquella amistad, que se me pintaba como tan acendrada y pura. Leonor rechazó la propuesta, dándome a entender que Federico era insustituíble; que siendo yo muy bueno, no concurrían en mí las circunstancias especialísimas que hicieron de la amistad del otro un lazo ininteligible para los que no estaban en el secreto.

Por más empeño que puse, ya fingiendo cariño, ya recurriendo a mil arbitrios dialécticos, no conseguí que me explicase qué clase de relaciones o tratos constituían aquella amistad. En este punto su reserva fué impenetrable, y no vacilo en reconocerlo, tenía ciertos asomos de dignidad, impropios de su vida relajada. Púsose muy seria, y examinó muy detenidamente sus rosadas uñas, para decirme:

—Siento haberte hablado algo de esto, y si pudiera recogerlo lo recogería, como hacen los de las Cortes cuando se les escapa una barbaridad. Lo que pasaba entre Federico y yo es cosa *particular* nuestra, tan *particular*, que si quieres que yo te quiera, has de coserte la boquita y no hacerme preguntas, porque te planto en la calle, como he plantado a ese puerco del *pollo malagueño*, que maldito sea y toda su casta.

¿Qué te parece? Lo peor del caso es que no puede uno menos de respetar estas delicadezas... *particulares*, que tal vez tienen un origen espiritual y elevado. ¿Creerás que, hablando de ello, mi impresionabilidad hizo de las suyas, y volví a ilusionarme unas miajas con la persona física y moral de aquella mágica hembra? Entre mil cosas que dijo, hubo una que me dejó pasmado:

—Y no te creas que le vas a sustituir, porque te juro por estas cruces que el vacío que ha dejado aquí en mi alma aquel buen amigo no se llenará jamás, aunque yo viva cien mil años y medio, porque no ha nacido el hombre que lo pueda llenar. Conque ya lo sabes, y basta de matemáticas.

—De modo—le dije entre risueño y meditabundo—que cuando yo pensaba que venía a heredar al pobre Federico, resulta que heredo...

—A ese mequetrefe, a ese lameplatos,

a ese gatera—replicó, sin dejarme concluir—. Ya ves si soy franca. Yo pongo todo el corazón en la boca, y enseño todo mi natural, todo, todo, menos una parte que se me queda dentro. Soy yo muy desfachatada, muy abierta, muy frescota; pero también muy *acá para mí*. Entrego al que *habla conmigo* las llaves todas de mi natural, menos la de un cuartito reservado, que ya no se volverá a abrir, porque se mudó el inquilino. ¿Estás en lo que te digo? Eres ahora mi caprichito; me gustas; te quiero; me haces ilusión. Durará dos meses, tres, un año; puede que menos, puede que sólo dure ocho días; pero si me quieres, si te gusto, tómame tal como soy. El día que me canse te lo diré. Yo no sé fingir. Ahora me da por echarte los brazos; mañana te pegaré una coz. No te rías; doy coces cuando me ahito de un hombre, y al *pollo* le eché a la escalera, dándole así, con el pie para atrás, hasta que se me quitó de delante.

Hágome cargo de tu asombro al leer estas tonterías. No creas que quito ni pongo nada. Estaba monísima la tunanta aquella, que no por ser quién es, deja de tener en su carácter algo que admirar debemos, aunque uno se proponga no admirar nada, salvo la belleza corpórea, tratándose de hembras de tal clase. Verás ahora el complemento de la escena de ayer, que quisiera referirte con todos sus pormenores, por la lección que encierra y los horizontes que abre al conocimiento de las cosas humanas. Al pasar de la sala al gabinete, ¡oh sorpresa!, me veo colgado de la pared un soberbio tapiz. Al punto se me iluminó la mente, y lo reconocí: ¿pues no había de reconocerlo?

—¡Ah! Bribona, ya te has caído—le dije, abrazándola por el cuello, mientras ella me abrazaba por la cintura—. Ya te cogí. Ese tapiz te lo ha dado mi padrino. Si lo conozco, si lo he visto allí mil veces. Es flamenco, cartón de Rubens o Jordaens, y de los repetidos, que él guarda para sus cambalaches. No me lo niegues: te lo ha dado en pago de tu silencio, quizá para que prestes una declaración falsa, asegurando al juez que Federico perdió grandes cantidades a la ruleta en los días anteriores a su muerte. Vamos, confiésamelo todo. ¿Somos o no amigos? Ello ha de quedar entre nosotros

¿Cómo había de negármelo? Ni siquiera lo intentó. Desconcertada primero ante mi brusca interpelación, pues ya no se acordaba del tapiz, pronto se echó a reír, confirmando con cuatro palabras lo que yo expresé, no sin añadir algunas explicaciones.

—Me lo dió Cisneritos, es cierto... Ya sabes que es mi amigo desde que tomé la alternativa. Yo se lo había pedido muchas veces, y siempre me lo negaba el muy perro. Pero estos días... Te contaré: lo que él quiere es que yo calle, no que declare eso que tú supones. Al juez le dije que no sabía una palabra. Porque, verás..., si yo hubiera boqueado más de la cuenta, podría armar un lío de mil demonios. Pero ¿qué se saca de deshonrar a una familia respetable? Hazte cargo. Lo que quiero es que me dejen tranquila, y no me traigan ni me lleven. Te diré otra cosa: Cisneros pensaba que yo tenía cartas de Federico o papeles de compromiso para alguien... Le traje aquí para que viera que no hay nada. Me registró todos los muebles como un celoso. En fin, que ese viejo marrullero me estuvo mareando dos días y yo le dije, digo: "Ahora sí que me he ganado el tapiz." Vamos, que me lo dió, a condición de que me volviera muda, y no declarara en sustancia cosa ninguna, guardándome mucho de esos trompeteros de periodistas. ¡Qué odio les tiene! Pues, la verdad, yo, como todo el mundo, me había compuesto mi novelona para embocársela a los de mi tertulia.

—Y ¿cuál era tu novela?

—Pues que se mató él mismo delante de tu prima, porque descubrió que ella se la pegaba con Malibrán.

—¡Jesús!

—Francamente, como en casa de la San Salomó contaban que ella le había matado por celos de mí, yo me abronqué y dije: pues antes que me envuelvan, voy a salir yo también con mi romance de ciego. A todo el que venía aquí se lo encajaba, y tan fresca... Súpolo Cisneros, me mandó llamar y me dijo, dice: "Chica, ¿qué haces? Mira que si te descuidas te mando a presidio." Me asusté: faltóme poco para llorar. En fin, que le prometí no mentar más el crimen y plantarme en que yo no sé nada. Total: que con esto y algo más, me gané el tapiz.

Tales declaraciones, a pesar del acento de sinceridad con que Leonor las ha-

cía, me parecieron, si no falsas, incompletas. La pícara me decía una parte no más de la verdad, la menos importante, tal vez. Incansable yo en mi plan investigador, puse cerco a sus camándulas, redoblé mis zalamerías, ensanché todo lo que pude el campo de la confianza, y por fin, hoy, transcurrido un día de esas fáciles relaciones, he logrado arrancarle aquella otra parte de la verdad que me escomoteaba. Vas a saberla.

Cisneros le propuso declarar ante el juez que Federico había estado en su casa el mismo día 1 de febrero, por la mañana, angustiadísimo, y le había dicho: "Si no encuentro de aquí a la noche determinada cantidad, me pego un tiro."

—Tanto y tanto me predicó ese viejo zorro—añadió Leonor—, haciéndome ver que con estas mentirijillas no perjudicaba a nadie y podía hacer mucho bien, que cedí... Claro, no perjudicando..., ¿qué importaba?... ¡Ah! También quería que dijese que Federico me pidió dinero a mí, y yo no se lo quise dar... A esto me resistía; pero, chico, el tapiz se me había montado entre ceja y ceja... Era un antojo, y soy temible cuando me encapricho por algo... Hicimos nuestro trato, y punto concluído... Pero no sabes lo más salado, y es que me porté cochinamente con Cisneritos. Cuando me encontré delante del juez entráronme remordimientos, y pensé que si decía lo que me mandó el vejete arrojaba una mancha sobre el buen nombre de mi amigo querido, el número uno de los caballeros de Madrid... Nada, nada, que se me resistía declarar aquellas papas..., yo soy así. El escribano me hizo muchas cucamonas, y el secretario me dijo mil porquerías; entre todos me estuvieron mareando un rato. Pues, chico, me atufé y me dió la santísima gana de no soltar prenda: que yo no sabía una palabra, que no había visto al *interfezto,* que no me constaba si ganaba o perdía. Allí escribieron todito lo que dije, firmé y a vivir... Tú dirás que me porté mal con don Carlos, y que debía devolverle el tapiz... Pero ya ves: era una indecencia que yo dijese de Federico cosas que le ponen en mal lugar. Vamos, que me acordaba de él, y los ojos se me llenaban de lágrimas. Yo tengo todos los defectos, todos, menos el de la ingratitud... El pobrecito fué siempre muy bueno para mí. ¡Cómo había yo de...! Verdad que no cumpliendo con Cisneros, debía decirle: "Tome usted su arrastrado tapiz, que yo soy más persona decente de lo que usted piensa..." Pero sobre que no tuve alma de devolverle el regalo, ¿no te parece a ti que es justo jugarle una partida serrana a ese tío, más malo que el no comer?... Y bastante favor le hago callando, ¡digo! Mi *no sé nada,* mi *no he visto nada,* valen bien, no digo yo un tapiz, sino media docena.

¿Qué te parece? ¿No es verdad que este rasgo pinta una persona? ¿No ves a Leonor enterita con sólo la relación de un acto suyo? Lo único que me resta decirte acerca de esta gitana, cuyos desplantes abomino a veces y a veces no puedo menos de admirar, es que mis habilidades para saber algo más fueron de todo punto inútiles. No me han valido mimos ni triquiñuelas capciosas para obtener de la chavala algún indicio de la clase de conexiones que con Viera tuvo. Ignoro si seré más afortunado en lo sucesivo; pero no sé por qué se me figura que cuando ésta se planta no valen contra ella ni aguijonazos ni palmaditas. Plantada se queda, y hay que matarla o dejarla.

Allá va otro detalle, que, si nada tiene que ver con el asunto principal, merece consignarse para regocijo tuyo y mío; que viene bien un poco de sainete entre estas seriedades fúnebres y curialescas. Estábamos Leonor y yo conversando íntimamente, en el mayor abandono y confianza posibles, cuando sonó la campanilla; oí ruido de voces, y la doncella entró muy sofocada en el gabinete anunciándonos que el *pollo malagueño* se había presentado en actitud hostil y camorrista. Habías de ver a la *Peri* saltar en paños que más que menores debieran llamarse mínimos, y agarrar una zapatilla, arma que, según dijo, le bastaba y le sobraba para poner en vergonzosa fuga al invasor.

—Verás, verás qué pronto le despacho—me dijo risueña y nerviosa, sin acertar a meter los brazos en las mangas de la bata—. No le puedo ver... ¡Indecente, gandul, canalla!...

Salió en medias, pantufla en mano, y sentí luego un gran vocerío; mas no me pareció que sonaban zapatazos. A poco volvió Leonor, y riendo me dijo:

—¡Pobrecillo, está muerto de hambre! Es preciso que coma, al menos.

Metió sus dedos, de rosadas uñas, en el bolsillo de mi chaleco, y me sacó cincc duros, que por conducto de la criada pasaron a las necesitadas manos del mocito aquel de lánguidos ojos. Al hacerle la limosna, la gitana le mandó este cariñoso recado:

—Dale eso para que coma, y dile que aquí no venga más, porque estoy de él por encima de los pelos, y que vaya a que le mantenga el nuncio.

Y ¿qué dices tú ahora de mis depravaciones, de mi caída en la profunda ciénaga del vicio, *do se anidan* (¡atiza!) todas las sierpes venenosas que destruyen el alma... y el cuerpo? Haz el favor de no llevarte las manos a la veneranda cabeza. No hay tal vicio ni cosa que lo valga. Es la vida, chico; el desenvolvimiento biológico dentro del medio social... Vamos, si esto no es filosofía, que venga el diablo y lo vea.

XXXVII

17 de febrero.

Evangelio del día, *secundum Villalonga*. Este astuto vividor, bullebulle de la política, que es en él pasión y oficio, se ha vuelto de poco acá hombre de orden. Su lengua de hacha, que antes convertía en leña las reputaciones más sólidas si se le interponían en su camino, ahora es una lengüecita muy enguatada, y más lamedora que cortante. Aspira el tal a ocupar un puesto en la situación, y ya no muerde sino cuando se le amortiguan las esperanzas de la senaduría vitalicia. Estos días parece que la cosa va bien, y el hombre es de lo más razonable, de lo más sensato que imaginarte puedes.

Truena contra los calumniadores, y dice que esta tendencia a enlodar los nombres más respetables es un síntoma de desquiciamiento social. Cuando pone el paño al púlpito, nos reímos, porque parece que está refutando todo lo que en veinte años ha dicho y hecho. Pues si le quieren ver desbocado, que le toquen a la familia Orozco. Algo esperará de ella, sin duda, o algún favor hay de por medio Oye su versión: "La muerte de Federico no ha sido más que el vulgarísimo final de una pendencia de garito. Como todo vicioso estragado, como el borracho que no encuentra bastante fuerte ningún licor, y cada día los apetece más ardientes, Federico no se satisfacía ya con las emociones de las timbas establecidas en círculos elegantes, y frecuentaba garitos innobles... "¡Si esto se puede probar el día que se quiera!", dice Villalonga a todo el que le quiere oír. Prosigue su informe jurídico asegurando que un amigo suyo le vió salir con otro sujeto de una casa de juego de malísima traza, a eso de las diez y media de la noche del 1, y que en actitud de querella se metieron por la calle que conduce al *solar del polvorista*. "Me parece que más claro no puede estar. Este amigo mío los vió, repitió que los vió, y está dispuesto a declararlo."

A renglón seguido se lamenta de que quieran convertir este hecho vulgarísimo en fábula de amores, difamando a una dama ilustre... Y luego enjareta el panegírico de ella, y crudos anatemas contra la ligereza y ruindad de una parte del público. Es que en esta raza proterva ha existido y existirá siempre el *tic nervioso nacional* de abatir lo que está alto, de manchar la misma limpieza y de enturbiar lo más claro y puro. Concluye el orador jurando y perjurando que daría cualquier cosa por cambiar de nacionalidad, abandonando la raza proterva y el suelo ingrato para metamorfosearse en inglés, en alemán o, si a mano viene, en moro berberisco... Pero no: lo que él quiere ser es inglés. Ahora le da mucho por lo inglés, por lo parlamentario y por el *self-government*. ¡Eso es país, eso es política y opinión soberana... y *juego* de las instituciones!...

Basta de Villalonga, y voy con Calderón de la Barca, del cual creía yo que, por ser amigo íntimo de los Orozco, o más bien parásito, sostendría las versiones más favorables a sus patronos. Pues no, señor. La intención a eso va; pero no le resulta, y su destornillada cabeza ha compuesto un novelorrio que cree muy lisonjero para sus amigos; pero es tal la necedad de su invención que ni daño ni favor puede hacerles. Supone a Federico perdidamente enamorado de Augusta, y a ésta rechazándole con desdén. Si le apuran, Calderón es capaz de sostener que *le consta*, por haber oído y visto algo que corrobora semejante afirmación. Pues bien. Federi-

co, loco de amor, frenético, y sin reparar en los medios que emplea para obtener de la dama la cita que con tenacidad le pide, resuelve engañarla, diciéndole que su esposo tiene una querida; Augusta niega y duda; él insiste, y ofrece probarlo. ¿Cómo? Pues en tal sitio se ven los amantes: la esposa ofendida puede sorprenderlos y cerciorarse de que se la pegan. Cae mi prima en el lazo, y se deja llevar por el traidor a la casa donde éste le ha ofrecido patentizarle la infidelidad de Orozco. Llegan... Escena. Federico, ebrio de amor, confiesa su pérfido ardid, y cae de rodillas. Augusta le pone de vuelta y media: esto es de cajón. El otro, arrebatado y ciego, le dice: "O eres mía, o te mato." Y el muy pillín saca su revólver. La dama prefiere la muerte. Trábase una pequeña lucha, cae el revólver al suelo, se dispara solo, ¡pataplum!, y la bala se le mete a Federico por la cintura. *Table...a...u.* Imagínate lo demás. Viéndose herido, reconoce el criminal *el dedo de la Providencia,* porque este dedito fué el que oprimió el gatillo del arma; y abrumado por los remordimientos, pide perdón a la dama. Esta se lo da, y le encaja su sermoncillo, recomendándole que se arrepienta, a lo que él accede, porque ya no tiene más remedio.

—¿Y la herida de la cabeza, la herida mortal de necesidad?—le preguntamos.

—¿La herida de la cabeza?

Ráscase el narrador la suya, pero no acierta a sacar con la uña la continuación de tan absurdo argumento. Por fin..., la cosa es clara..., el pérfido huye... Pero ¿a qué seguir? Ya puedes figurarte el desarrollo de estos adefesios de la inventiva ramplona.

No quiero entretenerte más con vueltas alrededor del asunto, y vámonos al centro, al corazón de él. ¡Pensar que este jeroglífico no lo es para una sola persona, y que tal persona, si quisiera, podría disipar con cuatro palabras la confusión de mi mente! ¡Pensar que Augusta sabe la solución, y que yo no puedo leérsela en la cara; que detrás de aquel entrecejo está la representación exacta del hecho, y que yo no puedo verla! Mi curiosidad se ha excitado tanto, que no sé qué daría, amigo Equis: creo que daría años de mi vida porque esa mujer tuviera un momento de franqueza conmigo y me revelara su secreto. Vamos, que le perdono el mal que hizo, falta, error o delito, si me cuenta lo que pasó en aquella noche aciaga.

Pues no creas, lo he de intentar; he de emprender con ella una campaña de astucia, de constancia; un asedio en que emplee todas las armas, desde las que infunden miedo a las que inspiran afecto y confianza. No me muero yo con esta incertidumbre, y ella misma me ha de librar del fiero suplicio. Seis días estuve sin parecer por la casa de Orozco, y al quinto el propio Tomás me envió recado quejándose de mi desvío. Hoy he almorzado con ellos. Ya te contaré lo que hablamos. Tengo prisa, y además estoy en expectativa de una conferencia que espero celebrar con Augusta, quien, a instancia mía, me prometió que hablaríamos un rato a solas. Convinimos en que ella señalara día y hora, y aquí tienes establecida ya una comunicación reservada entre los dos. Te contaré todo; pero no te apures, que hay tiempo, y aplazo mis informes con la esperanza de adquirir conocimiento más claro de alguno de los hechos. Hasta otro día.

XXXVIII

19 de febrero.

No me lo vas a creer; pero te lo diré cien veces si es preciso. El santo está como si ignorara lo que pasa y lo que se dice, y es casi seguro que no lo ignora. Tal serenidad, que por nada se altera, ¿es grandeza de alma, o todo lo contrario? Para afirmar lo primero, sería preciso ver en este hombre un temple de carácter tan superior que rayara en lo sobrenatural. Porque habías de ver su cara, en la cual no notas ni el más ligero signo de disgusto o contrariedad; habías de oír su acento, siempre firme y reposado. A su mujer la trata con la cariñosa deferencia de siempre, y ella a él con mayores consideraciones, si cabe, que antes. Te lo digo con franqueza: el arcano que en la intimidad de este matrimonio se esconde, sin duda, me inquieta ya más que el otro de la muerte de nuestro amigo, y daría no sé qué, años de vida también, única moneda con que se avaloran tales satisfacciones, por poder ocultarme en la alcoba conyugal y oír lo que hablan... Pero ¿qué hablarán,

Dios mío? ¿Qué dirán? ¿O es que no dicen nada, y se han puesto de acuerdo para ignorarse y desconocerse el uno al otro?...

Este Orozco, ¿qué clase de hombre es? Explícamelo tú, entusiasta apologista de sus virtudes. Francamente, cuando éstas se me presentan en grado tal de perfección, éntranme ganas de dudar de ellas, o de tenerlas por papel bien estudiado y aprendido para embaucar al mundo. Imposible que un hombre de carne y hueso conserve tal presencia de ánimo en medio de la atmósfera que se ha formado en torno suyo; y si realmente la conserva, es que no es de hueso y carne como nosotros. No niego que pueda existir en nuestros tiempos la santidad; pero me resisto a admitirla en las altas clases. Existirá en las Ordenes religiosas, o en los desiertos habitados por una sola persona; pero en el mundo activo, en la sociedad, en el matrimonio, en medio de los chismes, de las envidias, de la soberbia, del lujo... Vamos, Equisillo, que se te quite eso de la cabeza. A tu sagaz olfato no ha faltado nunca el olor de esa santidad... perfumada.

Vamos a otra cosa. La conferencia con Augusta, a solas, se verificó ayer. Fué interesante, aunque estéril para mis fines inquisitivos. Recibióme en su tocador, por la tarde, y no había nadie presente, pues no llamo persona a la chiquilla de Calderón, que iba y venía por la estancia tirando de una muñeca amarrada por el pescuezo, imagen exacta de mi situación espiritual, pues a ratos, en estos tristes días, me parece que un demonio me echa una soga al cuello y se divierte tirando de mí y aprentándome sin ahogarme.

Mi prima no puede ocultar que ha tenido insomnios, malísimos días y peores noches, y que su ánimo está profundamente perturbado. Sin duda, no posee la santidad en grado tan alto como su marido ni sabe sobreponerse a las miserias humanas. Está mustia la pobrecita, ojerosa; la mirada se le extravía, se le pierde. Cierto que trata de disimular, echando un nudo a los suspiros que del pecho se le quieren salir; pero no puede lograrlo. Si te digo que está más guapa que nunca, no lo creerás seguramente, aunque supondrás que esto es efecto del amor que me inspira. Veo que te ríes. ¿No habíamos quedado, dirás tú, en que todo aquel amor se trocó en aborrecimiento de lo más fino? Bueno: pues te contesto que estas cosas se dicen muy pronto, pero rara vez son la expresión de la verdad. Nada nos engaña tanto como el desarrollo de nuestros propios afectos en los casos graves de la vida. Suele suceder que nos equivoquemos, como chiquillos que empiezan a vivir, y que amemos más cuando creamos odiar, o viceversa. Ello es que la encontré aquel día guapísima, y sentí que las energías de mi carácter se debilitaban lastimosamente ante ella. Pero me callo por ahora todo lo que al buen Cupido se refiere.

Lo que mi prima quería de mí, bien lo calé desde que empezó a hablarme. Ya puedes figurártelo: que me dejara de averiguaciones, pues lo que resultaba de ellas era espesar más la atmósfera de dicharachos y mentiras. Para decírmelo empleó mil circunloquios hábiles, reconociendo la bondad de mi intento, mi amor a la familia, etc., etc... Por mi parte, le hice ver que yo no perseguía la verdad para hacerla pública; que si lograba adquirirla, la guardaría en mí como el secreto más delicado de mi vida. Bien podía ella, pues, revelármela, que yo la oiría como un confesor y la encerraría en mí como en un sepulcro. A estas insinuaciones, que expresé con calor y casi con elocuencia, contestóme la taimada negándolo todo en redondo. No tenía absolutamente participación ni responsabilidad en aquel asunto. Ni Federico fué su amante ni ella faltó a sus deberes con aquél ni con nadie. Todo calumnia, novela mal pensada y peor escrita, obra de los desocupados, de los que envidiaban la dicha de su hogar, de los que, por vivir depravadamente, no perdonan la honradez de los demás. Era, pues, completamente ajena a las causas de la muerte de aquel buen amigo de la casa, y no sabía si se mató o le mataron, ni quería meterse en indagaciones.

Díjele que no pusiera a prueba ni respeto a su persona; que podía ser inocente de la muerte de Viera; pero inocente de amarle y de tener con él trato secreto..., eso, que se lo contara a otro, pues yo tenía datos bastantes para formar mi opinión sobre el particular. No se dió a partido, y negaba, negaba con una insistencia que me volvía loco.

Después examinó, riendo con forzado

humorismo, las distintas versiones. La de su amiga, la marquesa de San Salomó, fué tratada con sarcástica frase.

—¿Y es posible que tú seas de los que han creído que yo le maté, yo?... ¿Que mis manos...? Vamos, esto sería la mayor de las indignidades, si no fuera grotesco.

Pero las interpretaciones que más la irritaban eran aquellas en que se incluía al buen Orozco en la trama, dándole el papel de matador, bien directamente, bien valiéndose de un asesino mercenario. ¡Qué estúpida monstruosidad!

Viendo que de nada me valía la argumentación seca, apelé al sentimiento; traté de halagar su amor propio, diciéndole poco más o menos lo que escribo a continuación:

—No sé por qué vacilas en confiarme tu falta. ¿Crees que desmerecerás a mis ojos, que perderás mi estimación? No, porque falta y aun crimen de amor, de verdadero amor, no merece más castigo que el amor mismo, el cual es bastante penitencia. Si un sentimiento vivo se ha sobrepuesto a tu voluntad y a tus deberes legales, ¿qué remedio hay más que perdonártelo? Y ¿cómo no había de perdonártelo yo, que peco de amor por ti; yo, que también he faltado a la ley, aunque sólo con la intención? Si yo me absolví de mi falta intencional, ¿cómo no absolverte de la tuya, aunque haya sido menos inocente? Yo tengo cierto derecho a saber tus penas para consolarlas; deseo ardientemente que arrojes sobre mí las cargas que abruman tu conciencia, porque te quiero con locura, y no vacilaría en perder por ti, si preciso fuera, no sólo la paz del alma, sino el honor y cuanto me liga a la sociedad. Si alguien hay a quien debes confiarte, soy yo, porque te amo; y para que no achaques a egoísmo lo que te pido, declaro amarte sin esperanza, y estoy convencido, ¡esto sí que es triste!, de que no me corresponderás ni me corresponderás nunca. Me inspiraste una pasión loca, y te la declaré, ignorando que amases a otro, o dudándolo, al menos. Ahora, sabedor de que amaste al pobre Fritz, no se me oculta que la pasión aquella no puede repetirse ni heredarse. Pero ya que no puedo pretender llenar en tu corazón el hueco que ha dejado quien ya no existe, aspiro a ser tu mejor amigo, tu consejero, y a poseer tu confianza. Yo te consolaré; yo sabré, como nadie, respetar tu soledad, tu pena inmensa, que por mucho tiempo ha de resistir a todas las tentativas de consuelo.

¿Qué te parece la perorata, que no sé si he copiado con exactitud? Fastidiosa, ¿verdad?, y hasta un poquillo cursi. Pues así y todo le hice un efecto atroz. La vi conmovida; sus ojos se humedecieron, y no pudo contener algunas lágrimas. Yo callé, creyendo que el llanto sería precursor de la espontaneidad que deseaba.

Observé que hacía esfuerzos por tranquilizarse y ser dueña de sí. Se enjugaba los ojos, comprimía su emoción para no dejarse vencer por ella, y me dijo esto, que me impresionó vivamente:

—Soy muy desgraciada..., no lo sabes tú bien. Tenme mucha lástima, porque de veras lo merezco.

La acaricié una mano, sin que tratara de impedirlo. Lejos de hacerlo, me abandonó la otra, como persona en quien la necesidad de consuelo se sobrepone a toda consideración. Le repetí mis deseos de ser su amigo, de consagrarle mi vida y una intención moral incesante, y no se escandalizó, ni mucho menos. Al contrario, mostróse agradecida, hondamente afectada.

Pero de súbito noté en su fisonomía y en su entrecejo no sé qué severidad, algo que provenía de un sentimiento de orgullo, el cual se posesionaba de su alma tras un momento de flaqueza; y poniéndose en pie y apartándome de sí con cierta sequedad ceremoniosa, me dijo:

—Seremos amigos; pero a condición de que no me preguntes nada, de que no indagues absolutamente nada, ni de los demás ni de mí.

Quise contestarle; pero me impuso silencio. Imposible desobedecerla: de tal modo imperaban su gesto y su voz sobre mí. Y aún hubo más. Dió por terminada la conferencia, mandándome que me retirara... Otro día hablaríamos más: así lo dió a entender. ¿Qué había de hacer yo más que someterme ciegamente a su caprichosa voluntad?

Pasé malísima noche, sin poder apartar de mí la imagen y las palabras de esta endiablada mujer, que, si no me engaño, va a volver loco a tu amigo, si es que no lo está ya de remate. Y mira

tú qué cosa tan rara: piensa en el enlace misterioso de las palabras con los afectos en esta arrastrada vida humana, tan fecunda que cuantas más cosas peregrinas ve uno en ella, más le quedan por ver. Pues empecé a dirigirle aquellas frases amorosas que te he copiado, como quien emplea un argumento capcioso; se las dije, persuadido de que no decía la verdad, y al concluir, sorprendíme de ver que mi corazón respondía a todas aquellas retóricas con un sentimiento afirmativo. Nada, Equisillo, que toda la noche y al día siguiente estuve en brega con mis potencias cerebrales, dudando de lo que sentía y concluyendo por declararme que esa mujer me tiene embrujado; que mientras más me esconde su secreto, más impelido me siento hacia ella, y que si me convenciera de que fué realmente matadora, más la querría, no vacilando en someterme a la prueba de ser muerto por su mano, con tal que antes... No sigo, porque te alarmarás, creyendo que ya no tengo remedio. Abur, tonto.

XXXIX

20 de febrero.

Emociones, más emociones. Ante todo, puedes llegarte a Zaragoza o venirte a Leganés, y mandar que me vayan preparando una jaula con los barrotes bien fuertes, porque estoy..., ya lo irás viendo.

La entrevista segunda se verificó ayer en casa de la tía Serafina, que sigue muy mal. Augusta va todos los días a acompañarla. Yo fuí también sin citación previa, seguro de encontrármela allí y de que podríamos hablar sin testigos. Nos encerramos en un gabinete próximo al cuarto de la enferma, en ocasión en que no había allí médicos, ni enfermeras, ni visitas. ¡Qué bien! Forjéme la ilusión, al verme solo con ella y observar su actitud expectante, no exenta de recelo, que aquélla era cita amorosa en discreto lugar ignorado de todo el mundo. Lo primero que se me ocurrió fué cogerle la mano derecha y examinarle la muñeca, diciéndole:

—¿Se te ha curado ya la quemadura?

Turbada, retiró la mano, no sin que yo viese la señal de la heridilla no bien cicatrizada, y me dijo:

—Hemos convenido en que has de ser discreto y no hacer ni decir tonterías... ¿Qué significa, grandísimo simple, esa estúpida sospecha? ¿Acaso te ha cabido en la cabeza que yo me magullé la mano en una lucha? Claro, como que soy asesina, y he tenido que sujetar a la víctima para...

—No es eso, no es eso—apresuréme a contestarle—. Yo no he creído nunca que fueras asesina; pero sí he creído, y creo, que presenciaste la muerte de un hombre, ocasionada de una manera que ignoro.

—Vamos, niño: la primera condición para que yo te admita en mi confianza es que seas conmigo delicado y me consideres y me creas cuando te digo algo que directamente me atañe. De otra manera no puede existir esa amistad que deseo y casi necesito... Y no la desvirtúes; no aspires a otro sentimiento más vivo, porque si te empeñaras en ello, no obtendrías ese sentimiento, y adiós amistad.

Comprendiendo que en estos casos debe uno contentarse con lo que le otorgan, y fiar al tiempo la ampliación de la dádiva, díjele que aunque estoy perdidamente enamorado, conténtome con el sentimiento apacible y honesto que me concede y reconozco no merecer más.

—Si hemos de ser amigos—me dijo—, ya que tú te permites intervenir en mis asuntos, y echártelas de padre maestro, y aun de padre espiritual, con tus pretensioncitas de huronear faltas que no existen, voy yo también a llamarte a capítulo, pidiéndote cuenta de ciertos deslices y excitándote a la corrección. Pues ¿qué se creía usted, señor moralista?

Quedéme perplejo, sin acertar a calarle la intención. ¿Querría aturdirme, desorientarme, o qué demonios se proponía la muy ladina, en quien no pude menos de reconocer la sagacidad castellana de su padre, el zorro de Cisneros? No tardé en suponer adónde apuntaba; caí en la cuenta de que su objeto era tomar la ofensiva, como papel más airoso para ella en la lucha que entablado habíamos.

—Sin duda te han traído el cuento —le dije sin turbarme—de que hay algo y aun algos con la *Peri*. Bueno: no te lo negaré. Pero ya debes suponer que

esto es accidental y sin importancia alguna en la vida. No llames a eso relaciones. Es una veleidad de ella y una condescendencia mía, que se pueden dar por terminadas en cualquier momento.

Quedóse pensativa, y a poco reanudó la conversación, diciendo tales cosas de la *Peri*, con tanto énfasis y saña tan viva, que no pude menos de fijar en ello la atención.

—Has tenido muy mal gusto—me dijo—. Esa mujer es una desvergonzada, una trapisondista, y además no tiene nada de particular como hermosura, pero nada. No comprendo cómo os ilusionáis con un tipo semejante. ¡Lástima grande que en estos tiempos de vulgaridad democrática no haya las justiciadas de otra época! ¡Lástima que a estas bribonas no las emplumen y las azoten por las calles, para lección de los mentecatos que se pierden por ellas, o de los que...!

No siguió. Se exaltaba más de la cuenta, olvidándose del papel que quería representar; se clareó demasiado, y dejóme ver la punta de un odio inmenso que en su alma latía. Le temblaron los labios y perdieron su encendido color. Pronto noté que intentaba rehacerse y enmendar el descuido de sinceridad que acababa de tener. Para esto, compuso su rostro diciendo:

—Pero ¿a mí qué me importa? Lo he dicho porque... me repugna verte en esa degradación.

Más atento a observar su cara que a calcular lo que debía decirle, contesté de este modo:

—Basta que a ti no te agrade *eso*, para que al instante se concluya.

—No, si yo no te pido que sacrifiques por mí tus gustos.

—Pues ¿no dijiste que, para afianzar nuestra amistad, te hacías mi directora espiritual y correctora de mis malas costumbres?

—Sí, lo dije; pero luego se me ocurre que no debo hacerlo.

Parecióme desorientada, sin saber qué camino tomar. Por fin se decidió por uno, tras breve meditación.

—Mira, Manolo, te lo diré con franqueza: yo no quiero que rompas tus amistades con esa mujerzuela.

Juzga cómo me quedaría con esta no esperaba declaración.

—No te pasmes, no abras esos ojazos —me dijo—. Es un poco raro mi deseo, y necesito explicarlo. Te hago el favor de creer que es muy fácil para ti dar un puntapié a ese trasto de mujer. Y creo más..., a ver si te adivino..., creo que tu enredo lleva un fin policíaco: el fin de averiguar qué clase de relaciones, qué clase de tratos tenía el pobre Federico con ella, porque, como te has metido a juez instructor, naturalmente, habías de buscar datos... del propio cosechero... ¿He adivinado?

—Sí..., tal ha sido mi intención.

—Bueno, bueno—manifestó, perdiendo el miedo al asunto—; pues si has descubierto algo, dímelo, y si no, sigue cultivando esa confianza, en la cual encontrarás la luz que buscas y que los demás también deseamos ver.

¡Ay! Querido Equis, de aquel anhelo de indagar las relaciones de Federico con la *Peri* resulta una nueva complicación. Hay algo que Augusta ignora, sabiendo, según mi cálculo, lo principal. Así se lo manifesté, y ella insistió en que sólo era curiosidad. Díjele que podía negármelo todo; pero no su pasión por el pobre amigo muerto, y su presencia en el acto que determinó la muerte de él. Perdí los estribos; me descompuse; creo que se me escaparon frases violentas, seguidas de otras tiernas y apasionadas. Me puse de rodillas ante ella, y besándole con ardor las manos, le supliqué me revelara la verdad de aquella tragedia, de la cual ella había sido por lo menos testigo, y ni un tímido asentimiento pude obtener. Encerróse en torvo silencio, que era mi desesperación; denegaba con la cabeza a cada frase mía, y terminó asegurando otra vez que no sabía nada, que no había visto nada. Unicamente al interrogarla sobre sus amores con Viera, observé que su denegación era débil, casi casi afirmativa, por la manera como la hizo entre suspiros que le salían del fondo del alma.

Por fin, serenándose y tratando de calmarme a mí, se explicó en estos términos:

—Para obtener la confianza de una persona, lo primero es hacerse digno de tal confianza. Lo que mucho vale, mucho cuesta, amigo Infante. Tráeme lo que te he pedido, y hablaremos. ¿No te has hecho amigo de la *Peri* para indagar por tu cuenta?

—Sí, y ahora quieres que indague por la tuya.

—Cierto, ésa es la verdad.

—¡Y quieres que yo sea tu polizonte, y que te sirva, sin obtener de ti ni una sola confianza! Revélame lo que sabes, y si es incompleto, yo te ayudaré a completarlo.

Me abrumó la infame, diciéndome con aplomo cruel:

—¿Cómo he de expresarme para que me entiendas? Precisamente por no saber nada, quiero que me averigües lo que te he propuesto averiguar... Y no prolonguemos más esta conversación, porque siento gente en la alcoba; estás muy excitado, hablas en voz alta, y van a creer que estamos aquí tirándonos los trastos a la cabeza. Hazme el favor de marcharte, y hasta mañana o pasado...

Salí de allí con la cabeza como un borracho, desesperado y aturdido, y estuve paseándome un rato por las calles para que se me refrescaran las ideas. Y tan pronto sentía un loco impulso de todas las fuerzas de mi vida hacia aquella mujer, más fascinadora por los misterios que la rodeaban, como un velo liado con suprema coquetería; tan pronto me inclinaba a huir de ella como de un abismo insondable por cuyo borde se me resbalaban ya los pies. Pasada una hora de inquieto vagar por las calles, me dirigí a casa de Leonor, que me aguardaba, y de buenas a primeras, sin preparación alguna, la interpelé en esta forma:

—Me vas a contestar ahora mismo a lo que varias veces te he preguntado sin lograr una respuesta. Mira, Leonor, que la cosa es grave: me lo vas a decir, y así me lo probarás que me quieres y eres mi amiga. Nada, que me lo dices, ¿verdad? Deseo saber qué clase de relaciones tenías tú con Federico. No vale negar. Porque él entraba aquí muy a menudo. Esto lo sabemos todos, y hay quien cree que no venía por contemplar tu cara bonita. Conque me lo dices, ¿sí o no? Leonor, Leonor, te lo pido por lo que más ames. Hazme el favor de no mirarte tanto las uñas, y habla claro. ¿Verdad que me lo vas a decir... a mí, pichona, monina: a mí, que te quiero mucho...?

Empezó tomándolo a broma.

—Como la trucha al trucho. Chalaíto por mí... ¡Ay! ¡Qué resalao es mi peine, y qué bonitos ojos tiene!

Esas tonterías me exaltaban más.

—Leonor, Leonor, no bromees, hablo muy serio, pero muy serio. Yo necesito saber eso, o acabaré como el pobre Federico.

—¡Tú, tú...! ¡Jesús de mi vida!—exclamó, echándose a reír—. Tú no tienes alma para eso, ni estás en sus circunstancias. No eres ni tan caballero como él, ni tan perdido como él, ni tan... Pero ¿qué mosca te ha picado hoy, peinecito de mi vida?... A ti te pasa algo. Voy, voy a echar las cartas para saberlo.

Levantóse y trajo los naipes, y en el mismo sofá en que yo estaba empezó su juego, poniendo los cinco montoncitos: *lo que esperas, lo que no esperas, lo que te ha de venir, tu suerte, lo que se cubre.* Hallábame tan excitado, que de un manotazo fué toda la baraja al suelo, y le dije:

—Pareces una bruja... Déjame de disparates y contesta a lo que te pregunto.

Leonor se amoscó. Cuadrándose y meneando la cabeza, me dijo:

—Mira, Infantito, que ya me voy cargando; mira, Infantito, que yo tengo malas pulgas; mira, Infantito, que si te pones pesado, voy y traigo la palmeta, ¿sabes?, la zapatilla con que despedí al otro peine... Es la que me sirve para dar pasaporte a los pesados, chinchosos y reventativos... Recordarás que te dije: "De aquello no me preguntes nada." Con esa condición te admití.

—Pues me vuelvo atrás—contesté, ciego de ira, echándole la zarpa a los hombros y sacudiéndola con brutalidad—. ¡Tienes que decírmelo, o te mato, te mato, te ahogo!

Aquello iba a concluir mal. Yo estaba como demente y no era dueño de mis acciones. Leonor se puso a dar chillidos, y entró la criada... No creas que hubo golpes o arañazos. Fué sólo un estrujón, acompañado de palabras descompuestas. Por fin, volviendo en mí, la solté sobre el sofá. La pobre muchacha, llorando de pena por mi ultraje y mi brutalidad, se mostró más bien ofendida que airada, y opuso a mi tenacidad loca una tenacidad mayor.

—Ni tú eres caballero—me dijo secándose las lágrimas—, ni siquiera persona decente... Eres un tío y no sé, francamente, no sé cómo me gustaste... ¿Sabes lo que te digo ahora? Que aunque

me hagas picadillo, aunque me cortes en pedacitos de este tamaño, no has de arrancarme una palabra. Fastidiate. ¿Crees que porque soy una mujer pública no tengo tesón? Pues te equivocas, porque también soy mujer *particular* cuando me da la gana, y sé serlo lo mismo que otra cualquiera. Mira, ahí tienes la puerta abierta de par en par. Me gustaste, y me gustas todavía. Yo soy muy franca y no oculto lo que siento. Puedes volver si me pides perdón por esta bronca. Pero si me vienes con preguntas, te doy la patadita para atrás, así, como los burros cuando cocean, y te planto en la calle, para que te hagas cargo de que cuando una quiere ser *particular*, y decente, y callada, lo es.

Aunque su lenguaje no era tan violento como de mi violencia debía esperar, me sentí profundamente lastimado. Aquella discreción a toda prueba era una especie de virtud, que yo no esperaba encontrar allí. Me ofendía, y te lo diré claro, me empequeñecía. Salí de aquella casa haciendo voto de no volver más, aunque Leonor no me repugnaba, ni mucho menos; al contrario, me era grata su imagen transparentándose en mi memoria. Pero la otra me atraía más, muchísimo más; la otra, Equis de mis pecados, me volvía loco, me producía un vértigo de pasión, de curiosidad... A sus atracciones naturales unía la pérfida el indefinible resplandor del drama desconocido o a medio conocer. ¡Qué noche pasé, qué noche! Imposible darte idea de mi suplicio, ni de las vueltas dolorosas que mi espíritu daba, ya queriendo poner el afán de conocimiento sobre la ilusión de amor, ya ésta sobre aquél.

Y tú no me dices nada; tú ni me aconsejas ya, ni me das siquiera una opinión. Parece que te has vuelto tonto, o que miras con indiferencia lo que me atañe. Pues para eso, maldita la falta que me hace tu amistad ni ese saber omnímodo que dicen que tienes. Me has olvidado. Eres un egoísta..., sí, un egoístón. Ya lo he comprendido. No quería decírtelo; pero al fin dicho está, y no me vuelvo atrás.

XL

21 de febrero.

Si mal no recuerdo, ayer terminé mi carta tratándote con cierta dureza. Haz la vista gorda, hombre, y considera el estado de mi ánimo, propenso a la violencia y a la injusticia. Yo necesito desahogar con alguien esta efervescencia, esta turbación honda de mi alma. Déjame que te llame *perro judío*, y así me calmaré un poco: parece que se me quita un peso de encima. Disimula, pues, toda barbaridad que leas aquí. He tenido momentos de verdadera epilepsia, y aún no se me han sosegado los malditos nervios, la mano me tiembla, y... ya ves qué letra y qué sintaxis gasto... ¡Hasta endecasílabos, chico!

Hoy ha sido para mí un día de prueba; mejor será que diga ayer, porque son las dos de la noche. ¡Qué día! Por la tarde, después de delirar como un calenturiento, se me ocurrió coger el tren y volar a tu lado, para llorar contigo...; es decir, tú no llorarías... Después lo pensé mejor. Imposible salir de aquí, imposible apartarme de lo que me enloquece. Pero aún no sé, no sé si me será forzoso adoptar una resolución que me ponga a salvo de mi propia ansiedad. ¿Qué crees tú?

Pues ayer tarde la vi otra vez. Acababa ella de entrar de la calle, y estábamos solos. No había soltado el *entucás*, ni quitádose la capota. Me parece que la tengo aún delante de mí, con su abrigo de pieles desabrochado: ¡hacía un calor en aquel gabinete!... Aún creo ver la mirada compasiva que me dirigió, y oír su acento fraternal. Porque desde que me vi ante ella, me desbordé en palabras enamoradas que me salían del fondo del alma. Fascinación mayor no he sentido nunca ni creo que la vuelva a sentir. El enigma terrible que la rodea, lejos de desilusionarme, me trastorna más. La quiero por honrada si lo es, y la quiero por criminal si, en efecto, lo ha sido. Y creo que lo fué: criminal en un grado que no acierto a precisar, y que, sin duda, no llega a la perpetración del hecho. No puedo precisar bien lo que le dije: que estoy loco por ella; que no importa, para quererla, que tenga en sus manos una mancha de sangre como la de lady Macbeth.

—No la tienes—añadí con desvarío, besándole las manos enguantadas—, no la tienes; pero si la tuvieras, Augusta, yo te la borraría con mis besos. Tu corazón se purificará con sólo corresponder a la efusión del mío. He pasado por mil alternativas. El despecho me ha sugerido ideas malas; he creído que eras perversa; tan obcecado estuve, que llegué a creer que te odiaba..., mira qué absurdo... Y en el mismo momento de creerlo habría sido capaz de darte mi vida. Perdóname mis impertinentes investigaciones, que podrían resultar ofensivas para ti. Las hice fingiéndome el pretexto de descubrir tu falta; pero el verdadero móvil era conocer tu pasión. Nada enciende nuestra curiosidad como el secreto, el *quid* ilícito de la persona que amamos, eso que en nuestro egoísmo creemos infidelidad. Yo buscaba en ti a la infiel, y por infiel te tengo, y por infiel te quiero más.

Suplicóme con acento grave y cariñoso que no insistiera, pues no podía quererme en la forma que yo pretendía. Seríamos amigos sin traspasar los límites de la amistad respetuosa.

—No creas—me dijo después con acento conmovido—que me atribuyo cualidades que no tengo, ni pienses que me quiero hacer pasar por impecable. Mi conciencia no está tranquila; pero sí hay en ella el deseo y el propósito de tranquilizarme, y esto es algo.

Como yo la instara otra vez dulcemente a que me confesase su falta, quiso hacerme callar con estas palabras:

—Ignoro todavía quién podrá ser la persona digna de oírme en confesión, como no sea un sacerdote, y de esto no se trata ahora. Para confesarme a un amigo necesito que éste me dé pruebas de verdadera amistad, prudencia y abnegación.

Aquí de mi argumento:

—Tú me has exigido que te preste un servicio que ha resultado superior a mi voluntad. La *Peri* no quiere darme las noticias que me pediste. ¿Qué puedo hacer yo? Ni con ruegos ni con amenazas he podido obtener de ella una palabra.

—Lo cual prueba—replicó—que las mujeres, aun siendo malas, como ésa, sabemos guardar un secreto mejor que vosotros... ¿Sabes que he variado de parecer respecto al encargo que te hice? Aplaudo la reserva de esa mujer. Ya no quiero saber nada. Mi curiosidad era cosa inconveniente y de mal gusto, y vale más no satisfacerla. Lo que ignoro, ignorado se quede mientras viva. Lo concluído, concluído. Tú y yo nos contentamos con lo poquísimo que sabemos, ¿verdad?

Esto me encendió más. Su tesón de castellana la engrandecía a mis ojos, y conforme ella se iba ennobleciendo, iba yo curándome también de la insana curiosidad que me había devorado.

—Quiéreme—le dije, tratando de estrecharla en mis brazos—, quiéreme, y ocúltame tu falta, tu crimen o lo que sea. No te haré más preguntas; no deseo informarme de nada. Pensé adorarte sincera, y callada te adoro más. Pero no me mates con esa amistad fría: estoy loco por ti, y me muero si no me amas. Rota la ley, Augusta; rota la ley, condénate conmigo, que ya no tengo salvación. No se me oculta que tu corazón está lastimado, que está muy fresca la herida para que puedas quererme; pero dame esperanzas, dámelas, o yo no viviré...

Se desprendió de mí con vigorosos esfuerzos, apartando el rostro. No decía más que esto:

—No puede ser, no puede ser.

—Considera que renuncio a hacer más diligencias, y que de mis labios no saldrá una sola pregunta. La curiosidad ha sido ahogada por la pasión.

—Esto no puede prolongarse. Manolo, serénate. Te diré una palabra sola, la última, y ajusta a ella tu proceder.

—Venga esa palabra; venga pronto.

Retiróse de mí, y puesta la derecha mano en la cortina de la puerta que conducía a la habitación próxima, me dijo en voz baja y con la mayor seriedad y aplomo del mundo:

—La última palabra, y quizá la confesión más sincera de que puedo alabarme en toda mi vida: no he sido honrada; pero estoy decidida a serlo ahora, y lo seré hasta el fin de mis días.

Vi moverse la cortina, y desapareció aquella mujer, dejándome en la mayor de las soledades: la soledad del no poseer y del ignorar. Sentí impulsos de coger una silla y hacerla pedazos. Mira qué puerilidad. Me marché porque me asaltó la idea de que, si me encontraba con Orozco, me sería imposible disimular ante él mi agitación insana.

Querido Equis, yo estoy enfermo, yo

no sé lo que me pasa. Esa mujer me ha desquiciado. ¿Qué debo hacer? ¿Debo insistir o dejarla? Si no puedo; si soy un chiquillo; si esta noche, decidido a faltar a su tertulia para coquetear con mi ausencia, me he pasado las primeras horas de la noche paseándole la calle, como un cadete, por el gusto de ver los balcones de su casa y contarlos desde fuera, diciendo: "Allí tiene su tocador, allí duerme..." Mira si estaré trastornado...

No he vuelto a casa de la *Peri* ni pienso volver. Todos me enfadan. Orozco, el ejemplar, el santo, el incomprensible, me es odioso, y todos mis amigos se me han hecho tan antipáticos como Malibrán.

Estoy fuera de mí... Hasta tú me cargas. Te pegaría, creo que te pegaría. Pero, en fin, me resigno a no perder tu preciosa amistad. Te perdono la vida. La desesperación y el despecho me inspiran cosas que presumo han de ser enormes disparates. ¡Vaya, que no quererme! ¡Esa honradez de última hora...! El diablo harto de carne... Es una bribona; no, que es un ángel... La adoro por criminal; ¡tremenda antítesis! Si me probara su inocencia, ¿acaso me gustaría menos? Tal vez... Equis, Equisillo, ven, por Dios, en mi ayuda.

22 de febrero.

P. D.—Creo que si sigo en Madrid no acabaré en bien. Hoy intenté verla, y se negó a recibirme. Le he escrito. Me devolvió la carta sin abrirla. He tenido un momento de exaltación, que felizmente va pasando. Determino poner tierra por medio. Me voy a Orbajosa. Un día no más necesito para arreglar ciertos asuntos, lo estrictamente indispensable. Saldré mañana en el tren correo, y a medianoche estaré en tu compañía. Por Dios, Equis de mi vida, haz todo lo posible para que no salga la música del pueblo a recibirme.

XLI

23 de febrero.

¿Qué es esto, Equis de mi vida? ¿Está escrito que yo he de volverme loco, y que seas tú quien me remate?

Vamos por partes. Hoy, cuando estaba disponiendo mis bártulos, cae sobre mí como un aerolito, mejor dicho, como si desde Orbajosa me arrojasen un canto rodado, el insigne hijo de esa localidad don Juan Tafetán, el cual, después de saludarme en tono lacrimoso, participándome que le han limpiado el comedero, y que viene a solicitar con mi ayuda, ¡Dios nos asista!, su reposición, me entrega un encarguillo que le diste para mí.

El paquete... Pero no: he dicho que vayamos por partes, y por partes hemos de ir. Pues las quejas que del afligido pecho de Tafetán salieron partirían una roca. Díjome que esa gente está furiosa contra mí por la indiferencia, rayana en menosprecio, con que de algún tiempo acá he mirado los asuntos del distrito. Los encumbrados Polentinos, así como los humildes Licurgos, hállanse acordes en ponerme de hoja de perejil, porque he permitido con mi incuria que los *de la oposición* se hayan montado sobre los nuestros. Estos, es decir, los que fueron míos, celebraron la semana pasada un patriótico mitin para convenir en la forma y manera de darme una silba si tengo la frescura de presentarme en la metrópoli del ajo. ¡Y yo, que, en el colmo de la inocencia, creí o temí que saldría a recibirme la música del pueblo con sus desacordados trompetones! ¡Y ya me figuraba oír el restallido de los cohetes que a los aires lanzaría, en homenaje a mi persona, la diestra mano de Frasquito González!

Pero dime tú: ¿es cierto lo que me cuenta este pobre hombre, con el cual no sé qué hacer, ni dónde ponerlo, ni cómo consolarle en su tribulación de cesante? ¿Es cierto, di, que en toda esta temporada de angustias, fiebre y diligencias policíacas no he contestado ni una sola carta de los caciques y gente menuda del distrito? ¿Es cierto que en esto que llamaremos interregno se ha resuelto la cuestión del emplazamiento de la estación del ferrocarril, situándola en Valdegañanes, y dejando a nuestra *Urbs Augusta* a diecisiete kilómetros de la línea? ¡Bueno se va a poner *El Impulsor*, que decía no hace mucho que el ferrocarril llamaba a las puertas de Orbajosa con el *alerta* de las locomotoras, *esos* centinelas avanzados de la civilización! ¿Y es cierto (el cabello se me eriza al

escribirlo) que los de Valdegañanes, *esas* lumbreras apagadas del oscurantismo, amenazan con arrancar de cuajo el Juzgado y llevárselo a su término? ¿Es cierto que nuestros enemigos, envalentonados por mi abandono, han secado la fuente de los Chorrillos, llevándose el caudaloso real de agua al abrevadero de Penitentes de San Bartolomé de Abajo? ¿Es cierto que me birlaron el peatón de Fuente los Tojos, y el estanco del tío *Majavacas,* y que me han dejado cesante a ese sinventura Tafetán? Cierto debe de ser, pues se trae una cara tan compungida que ni la de la Magdalena se le iguala. Pues con estos golpes y la destitución en masa del Ayuntamiento de Villahorrenda, veo por tierra, o a punto de derrumbarse, eso que los representantes del país llamamos el *altarito,* o sea, mi poder político en el pedazo de España que tuvo la honra de elegirme su esclavo y opresor. Ante tal cúmulo de desastres, querido Equis, resuelvo aplazar la visita a mis electores, con el doble objeto de ver si puedo poner algún puntal al consabido altarejo, y de librarme de la serenata que mis siervos y tiranos, ¡ay dolor!, me tienen preparada.

Y vamos a lo otro, pues dije que iríamos por partes, y por partes, ¡vive Dios!, iremos. Tafetán me entrega un grueso paquete, que me parece, al pasar de sus temblorosas manos a las mías, una caja de bizcochos borrachos. Y he aquí que me digo: "¡Por dónde se le ocurre a este tonto ahora mandarme bizcochos borrachos!" ¡Ah! ¡Es que necesito medicina dulce y narcótica! ¡Qué talento tiene este Equis!... Pues, señor, abro el mamotreto y me encuentro que contiene papeles. ¡Ajajá! Cinco cuadernos manuscritos, de igual tamaño aproximadamente, y muy cosiditos con hilo encarnado. Los hojeo con febril curiosidad. Lo primero que me llama la atención es la letra. Yo conozco esta letra... Pero, señor, ¿de quién es esta condenada letra? De Equis no es, y, sin embargo, me es familiar, familiarísima... Y de una sorpresa grande pasamos a otra mayor. Figúrate cuál sería mi asombro al ver los nombres de Augusta, Orozco, Federico, Malibrán, corriendo en medio de las hojas, pasadas velozmente por mis dedos. Lo que más me maravilla es que la disposición de los nombres a la cabeza de trozos más o menos largos de texto parece indicar que el contenido de los cuadernos está en diálogo dramático. Me fijo en el encabezamiento de uno de ellos, y veo que dice: *Jornada tercera.* La portada del primero es lo que remata mi estupor, y desconfío de mis ojos cuando leo: REALIDAD, *novela en cinco jornadas.* Abro tanta boca, que el mismo Tafetán, haciendo un paréntesis en su consternación de cesante con nueve hijos, se ríe de mí.

Pero ¿qué es esto, Equis de todos los demonios? ¿Qué drama es éste, o qué novela, y quién la ha escrito? ¿Has sido tú? ¿Es un bromazo que me das?... ¡Anda, anda! Leo la lista de personajes, escrita en la primera hoja, y me encuentro a toda mi gente. Equis, Equis, explícate, por tu vida, si no quieres que yo acabe de perder la razón. ¿Por qué no acompaña al paquete una carta tuya, informándome del porqué de este extrañísimo y misterioso escrito? Pero ¡si yo conozco la letra..., la he visto mil veces, y no puedo en este momento, por el trastorno de mi cabeza, recordar a quién pertenece!... ¡Ah! Ya caigo en ello. La letra es tuya, tuya, desfigurada. No me lo niegues. Tú, que eres de la familia de los Merlines; tú, que posees un poder de adivinación no concedido a todos los mortales; tú, que sabes ver la cara interna de los hechos humanos cuando los demás no vemos más que la cara exterior, y penetrar en las vísceras de los caracteres cuando los demás sólo vemos y tocamos la epidermis; tú, Equisillo diabólico, has sacado esta *Realidad* de los elementos indiciarios que yo te di, y ahora completas con la descripción interior del asunto la que yo te hice de la superficie del mismo. De modo que mis cartas no eran más que la mitad, o si quieres, el cuerpo, destinado a ser continente, pero aún vacío, de un ser para cuya creación me faltaban fuerzas. Mas vienes tú con la otra mitad, o sea, con el alma; a la verdad aparente que a secas te referí, añades la verdad profunda, extraída del seno de las conciencias, y ya tenemos el ser completo y vivo. ¿Es esto así? Dime sí o no, y mientras me arrojo como un hambriento sobre tu *Realidad,* carguen contigo los demonios, y conmigo también.

DE EQUIS A INFANTE

XLII

Orbajosa, 24 de febrero.

Gandul: Recibo la tuya, y me apresuro a explicarte el porqué del manuscrito que te llevó el buen Tafetán. Pero ven acá, tonto, ¿es posible que no reconozcas tu letra? ¡Si es tuya, grandísimo idiota! ¿A tal punto has llegado en tu desvarío cerebral que ni conoces tu propia escritura? A esto me contestarás que tú no has compuesto tal drama ni cosa que lo valga, y temerás, sin duda, que mis explicaciones aumenten el barullo de tu infeliz cabeza. Verás cómo no; verás cómo te tranquilizas al saber de qué modo natural y sencillo se produjo esa REALIDAD que tanto te pasma, saliendo de tu letra sin que tú pusieras en ella la mano.

Pues verás, hijo mío, qué fenómeno tan fácilmente comprensible para un sabio perspicuo, como lo eres tú, formado en la escuela de la *Peri* y de otras filósofas peri... patéticas. Atiende bien. Guardaba yo tu correspondencia perfectamente liada con balduque, en un arca donde suelo meter, para que no me los roben estos pillos, los ajos de la última cosecha. Guarda también cebollas, alguna calabaza, sartas de guindillas, simiente de anís y otros productos de este prolífico suelo. Ya ves que tus cartas estaban en buena compañía. Yo les había puesto un rotulito que decía: *La incógnita.*

Pues anteayer se me antojó releerlas. Abro mi arca y... ¡puf! Sin juramento me puedes creer que salía de allí un olor de mil demonios. Echo mano al paquete, y me lo encuentro transformado en el drama o novela dialogada, *de tu puño y letra,* que recibiste por el buen Tafetán. Comprendiendo que debes leerlo tú antes que nadie, refrené mi curiosidad y allá te fueron las cinco jornadas. Pero qué, ¿no crees en la metamorfosis? Para mí es tan común el fenómeno, y lo he presenciado tantas veces, que no me causa sorpresa alguna. Sí, chico, no te quemes las cejas averiguando quién ha compuesto eso. La realidad no necesita que nadie la componga; se compone ella sola.

Qué, ¿lo dudas todavía, y persistes en que yo...? No, hijo, no tengo ese saber de adivinación que me atribuyes. El fenómeno que hoy admiras es tan natural como el más corriente que en la Naturaleza puedes advertir uno y otro día. Cuando quiero obtener la verdad de un caso, cojo los datos aparentes y públicos, los escribo en varias hojas de papel, los meto en el arca de los ajos, y a los tres días, hora más, hora menos, ya está hecho.

Aún dudas, ¿verdad? Pues si quieres que yo te crea tu pasión por Augusta, tienes que creerme la sobrenatural y ajosa metamorfosis de tus cartas en novela dramática.

Tu invariable,

Equis X.

P. D.—Se me olvidaba decirte que haces bien en no venir. Todas las referencias tafetánicas son ciertas. Si pareces por acá, te aguarda una silba en la cual tomaremos parte todos los habitantes de esta ciudad excelsa, lo mismo los brutos que los ilustrados, entre los cuales tengo la inmodestia de contarme. Se han vendido ya en el pueblo cuarenta docenas y media de silbatos. Iré de simple testigo a presenciar la justa cólera de los ciudadanos y tu vergüenza y humillación. No te chiflaré, pues ya lo sabes..., no toco pito...

Madrid, noviembre de 1888.
Febrero de 1889.

FIN DE
"LA INCÓGNITA"

REALIDAD

NOVELA EN CINCO JORNADAS

(1889)

NOTA PRELIMINAR

En esta novela galdosiana—fuerte y un poco áspera, pero estimulante y entonadora—volvemos a encontrarnos a personajes a los que ya estábamos presentados y con alguno de los cuales habíamos ya trabado una sincera amistad, iniciada en la simpatía súbita, diana del primer flechazo. Esta dama hermosa, jarifa, un poco melancólica, llena de gracia sexual y aureolada de imperio espiritual, que casi casi se recoge hermética cuando ya iba a transparentarse—traslúcida y traslumbrante—, es Augusta Cisneros, aquella de quien nos dijeron, al sernos presentada, que tenía el entusiasmo, la exaltación temeraria de las almas de complexión robusta. Este caballero entrecano y severo, alto y seco lo mismo que un varón toledano y católico de los que, con la mano posada en el pecho, sirvieron de modelo al Greco, ya castellanizado del todo, es Tomás Orozco, el esposo de Augusta, ser de imposibles reacciones exteriorizadas, ser que se reconcome y que siempre anda vuelto hacia sí, y con raro equilibrio, lo mismo hasta el corazón que hasta la cabeza; ser de palabras medidas y opacas, de miradas inconcretas y opacas, de ademanes reprimidos y opacos; ser del que siempre se espera nada. Este otro mozo guapo y fornido, más pertinente al tipo apolíneo—cáscara y almendrilla dulce—que al tipo odiseo—nebulosa circundante y nada sólido donde hincar el diente—, es Federico Viera, el amante de Augusta; mozo comprimido de prejuicios y petulante de evasiones morales; ser simpático a que sí—esto es: a que debe serlo—, y no porque sí—esto es: porque lo sea realmente—; ser firme en todo lo inestable: en la pasión mala, en el honor mal entendido, en el puntillo de la hombría, en la atrición de la culpa. Esta mujercita gesticulante y lacrimosa, perdida entre las frases sentimentales y recuperada en las acciones de la prosa amatoria, es la Peri, hembra como de cristal, muy propensa a empañarse por el frío de las acciones, a tintinear al menor roce. Este señor campanudo y fosco, con su aire de traidor de melodrama..., que lo es, deseoso siempre de, sin ser el protagonista, adelantarse hasta las candilejas para hilvanar unas razones y para esgrimir ciertos ademanes que le encubran, es el banquero Malibrán...

Sí, a todos estos personajes que en Realidad van saliendo, cada uno a vivir su vida inexorablemente, ni más ni menos que de carne y hueso, de albedrío libre y de alma inmortal, los conocíamos de antes: En La incógnita nos los presentó el simpático Manolo Infante. Y nos los presentó con muchos pormenores, recalcando mucho su impresión crédula de ente que dice más de lo que piensa con seguridad y menos de lo que supone con ahínco. Manolo Infante, luego de presentados, intentó darnos a conocer—y hasta, quizá, a entender—sus vidas. Manolo Infante es un hombre despierto y agudo, sutil a ratos, curioso siempre. ¡Cuánto se afanó para enten-

der él, por entender él—suponiendo, recapacitando, tanteando probabilidades, mordiendo en los indicios y agarrándose a las apariencias—lo que pretendía que entendiéramos nosotros! Pero en seguida nos dimos cuenta de que Manolo Infante se estaba engañando y nos estaba engañando, sin querer él, sin él suponerlo. No hacía sino contarnos de lo que veíamos todos porque a la vista estaba. No lograba sino levantarnos mil sospechas que nosotros ya teníamos apercibidas. Allí, en La incógnita, *pasaba algo. Y pasaba algo tremendo. Tremebundo casi. Pero... ¿qué? ¿Era, en verdad, un simple adulterio? ¿Era un marido simple en desconocer su deshonra? ¿Eran unos comparsas dedicados a agravar el tema o deseosos de descomponerlo, para desmenuzarlo? ¿Era...? ¿Qué...? Las presunciones de Manolo Infante ya nos las teníamos hechas todos. Nosotros y él —ocasional narrador de mil sospechas— no veíamos más que* la cara *de la cuestión. Cuestión que diputábamos ardua. Una cara casi inexpresiva, como la de un* samurai. *O suave en la insinuación como la de un Buda, mitad complejidad y mitad sencillez y todo* expresión *hacia dentro. ¡Extraña antinomia!*

Pero en Realidad, *Augusta Cisneros, Tomás Orozco, Federico Viera, la* Peri, *Malibrán, Clotilde, Santana, Joaquín Viera..., van a delatarse porque sí. En* Realidad, *todos los personajes se van a salir de los supuestos y van a eludir las interrogantes que les puso la imaginación apremiante de Manolo Infante, y van claramente, desnudamente, a vivir sus vidas. Sin componendas, sin distingos. Sin segundas intenciones. Sin reservas mentales. Sin intentos de esa teatralización que merma los fueros de la naturalidad dramática. Por fin vamos a ver resuelta la incógnita. Y con esa seguridad tan fácil con que los números exactos sustituyen a las letras ambiguas en las resoluciones matemáticas. Por fin sabremos a quién ama Augusta Cisneros, y cómo y por qué. Y cuál es el lazo que la une a su esposo. Y sus reacciones ante las exigencias anormales de su corazón y ante los reconcomios normales de su conciencia. Por fin sabremos qué especimen de hombre es Tomás Orozco... Si un santo desasido de cualquier conmoción humana. Si un psicótico cavaz de anular el más fuerte apremio de la Naturaleza. Si un ente envanecido del islote de ensueños en el que ha encallado. Si un rumiador incansable de los sabrosos fracasos amorosos de cada día. Por fin sabremos si Federico Viera ama o desea a su amante, si la utiliza para revalidar su donjuanismo o si la lleva de lastre en el cabotaje de su existencia libertina, si logró evadirse—como él cree—de los límites a los que alcanzan los códigos del honor, o si no hace sino girar en torno a la más débil de las alucinaciones—que es esa de creernos cada quisque redentores de nuestra misma culpabilidad—. Por fin sabremos por qué Malibrán saca su cabeza de saurio viejo del limo de su Nilo y a quién atemoriza con sus falsos gemidos de niño dando traspiés por los aguazales. Por fin... De verdad que por fin sabremos de todo cuanto nos interesa. Si no del todo, todo, sí casi todo del todo.* Realidad *es cuanto se escondía bajo la incógnita.*

Realidad *fué la primera novela dialogada que escribiera Galdós, movido tal vez porque bien de intento, ya de casualidad, tropezara con un argumento esencialmente dramático y teatralizable. ¿Ventajas de esta forma dialogada? Bastantes. Rapidez en la acción, amenidad aventurada, por lo atractivos que resultan para el lector sin asperezas literarias los diálogos ininterrumpidos, las escasas digresiones del novelista, las rápidas alusiones a los lugares y a las cosas. Y... ¡ese caminar recto, a trancos grandes, hacia lo esencial! ¿Inconvenientes? Bastantes. El dejar inexplicada —o explicada a medias—la psicología de los personajes, ya que las palabras suelen ser, más que delación, máscara. El forzoso abuso de los monólogos, con el subsiguiente peligro de que éstos se transformen en sermones, para explicar lo que se entrevé, lo que se entreluce, los puntos suspensivos que se arrastran y las interrogaciones que se cuelgan. El que en los* apartes—*que son como razonamientos o juicios introspectivos—se emplee en ocasiones una fraseología impropia de quienes hablan. El quitar al tema esos acordes tan íntimos y bellos que son las descripciones. Pero...*

Realmente, en Realidad, *si se patentizan todas las ventajas de la obra dialogada, no se delata ninguno de los defectos. La maestría de Galdós todo lo puede.*

REALIDAD

DRAMATIS PERSONÆ

Federico Viera.
Orozco.
Joaquín Viera, padre de Federico.
Cornelio Malibrán ..... | Amigos de Orozco.
Manolo Infante ..... | Amigos de Orozco.
Villalonga ..... | Amigos de Orozco.
Marqués de Cicero ..... | Amigos de Orozco.
El Conde de Monte Cármenes ..... | Amigos de Orozco.
Calderón de la Barca ..... | Amigos de Orozco.
Aguado ..... | Amigos de Orozco.
Señor de Pez ..... | Amigos de Orozco.
Ex Ministro ..... | Amigos de Orozco.
Trujillo ..... | Amigos de Orozco.
El Opicial de Artillería ..... | Amigos de Orozco.
Don Carlos de Cisneros.
Santanita.
La Sombra de Orozco.
Augusta, mujer de Orozco.
Leonor la Peri.
Clotilde Viera, hermana de Federico.
La Viuda de Calvo.
Teresa Trujillo.
Felipa, criada de Augusta.
Claudia, criada de Federico.
Bárbara, su hermana.

La acción es contemporánea, y pasa en Madrid.

JORNADA PRIMERA

La escena representa tres habitaciones de la casa de Orozco; gran salón en el centro y dos salas laterales, las tres piezas comunicadas entre sí y decoradas con elegancia y riqueza. Por la puerta del fondo del salón entran los personajes que vienen del exterior. La sala de la derecha, en la cual se ven las mesas de tresillo, comunica por el fondo con el comedor y billar de la casa; la de la izquierda, con gabinetes y dormitorios. Es de noche. El salón y sala de la derecha están profusamente alumbrados. En la sala de la izquierda, decorada a estilo japonés, sólo hay dos lámparas, ambas con grandes pantallas.

ESCENA PRIMERA

Sucesivamente, conforme lo indica el diálogo, entran por la puerta del fondo del salón central Villalonga, el Marqués de Cicero, Aguado, Cisneros y el Conde de Monte Cármenes.

Villalonga.—*(Con displicencia.)* ¡Maldito tiempo! Vamos, que ni esto es invierno, ni esto es Madrid, ni esto es nada. ¡Por vida de...! ¿Cuándo se han visto aquí, en la última decena de enero, estas noches tibias, este aire húmedo y templado, este cielo benigno...? Otros años, en los días que corren de "cátedra" a "cátedra", como dicen los paletos, el tiempo suele ser tan duro, tan destemplado y variable, que cae la gente como moscas. Pero llevamos un invierno..., ¡ay, qué invierno pastelero! Con esta temperatura de estufa, los viejos y gastados se agarran a la pícara existencia, y como no se les dé estricnina... ¡Vaya, que desdicha como ésta...!

Marqués de Cicero.—*(Entrando.)* Buenas noches. ¿Qué dice el amigo Villalonga?

Villalonga.—*(Con astío.)* Que no se muere nadie, y que así no se puede vivir.

Cicero.—No lo entiendo.

Villalonga.—Considere usted, querido marqués, que suspiro por la senaduría vitalicia, como término y descanso de una vida de ansiedades...; en fin, usted me entiende. Somos cincuenta candidatos. El presidente, agobiado de compromisos, no puede disponer, hoy por hoy, más que de once vacantes. Si el condenado enero se portara como teníamos derecho a esperar de su formalidad, nos traería esos vientecillos de rechupete, esos cambios bruscos, que son la gala de Madrid. Lo que yo le he dicho hoy al presidente:

"Pero ¿dónde están aquellas heladitas que de una barredura ,¡ras!, se llevaban a seis o siete carcamales, de esos que no aciertan ya ni a ponerse los pantalones?" El convenía conmigo en que el tiempo se nos ha puesto en contra. ¡Once vacantes, por junto! Nada, amigo marqués, con tres o cuatro más podría el presidente lanzarse a la combinación, y de seguro entraría yo en ella...

CICERO.—*(Riendo.)* Es gracioso... Pero, hijo mío, todos hemos de vivir...

VILLALONGA.—Calle usted, calle usted, por Dios. Yo no hago más que leer la Prensa, a ver si anuncia algún ciclón muy gordo. Y lo anuncia, claro que lo anuncia; pero el ciclón no viene. Créame usted, hay que quitarle al Guadarrama su reputación; tenemos que destituirlo y mandarle a donde fué el padre Padilla. Pero si es un dolor, querido marqués; si podría yo designarle a usted cuatro o cinco Matusalenes que están como la fruta muy madura, esperando un vientecillo, un soplo ligero para caerse...

CICERO.—Y caerán, día más o día menos. Y a mí, ¿se me cuenta también en el número de los maduritos?

VILLALONGA.—*(Abrazándole.)* ¡A usted, no..., caramba! Está usted hecho un roble... Que seamos compañeros, y por muchos años, es lo que deseo. *(Aguado, alias el* Catón Ultramarino, *entrando muy erguido y fachendoso.)*

AGUADO.—Felices, señores y milores. Poca gente todavía... ¡Qué tarde comen en esta casa! ¿Han visto ustedes los periódicos de la noche?

CICERO.—Aquí me traigo "El Correo".

VILLALONGA.—Y yo "El Resumen".

AGUADO.—¿Se han enterado ya de ese nuevo escándalo? ¡Otra falsificación de billetes del Banco Español! Si lo vengo anunciando, si ya están hartos de oírmelo decir. De la pillería que allá mandaron hace tres meses, amigo Villalonga, no podía esperarse otra cosa. *(Con énfasis.)* Esto indigna, esto subleva, esto abochorna.

CICERO.—Tiene razón. ¡Pobre país!

VILLALONGA.—*(A Aguado.)* Inclito Aguado, calma, calma..., filosofía.

AGUADO.—Pero ¿usted no se indigna?

VILLALONGA.—Hombre, ¿de qué? No me gusta hacer mala sangre y malas tripas... Luego, la hidalga nación maldito si lo agradece que nos indignemos en su defensa.

AGUADO.—Yo sostengo que ni esto es país, ni esto es patria, ni esto es Gobierno, ni aquí hay vergüenza ya. Pues digo: lo mismo que ese otro gatuperio, el crimencito de la calle del Baño; la curia vendida a un personaje gordo metido de patitas en ese fregado indecente.

CICERO.—Poco a poco. ¿Hemos de admitir todos los chismes que corren por ahí? Señor de Aguado, no nos confundamos con el vulgo; respetemos las reputaciones.

AGUADO.—Que empiecen ellas por hacerse respetables. Señor marqués, usted es un ángel, y no ha tenido, como yo, la desgracia de ver de cerca la podredumbre política y administrativa. Por supuesto, lo de ahora es ya el acabóse. Al paso que vamos, llegará día en que, cuando pase un hombre honrado por la calle, se alquilen balcones para verle. ¿Es esto cierto o no? Hay momentos en que hasta llego a dudar si seré yo persona decente, y sospecho si estaré también contaminado...

VILLALONGA.—Y, por fin, ¿cuándo vuelve usted a Cuba? *(Cisneros, que entra despacio, sonriendo, las manos a la espalda.)*

CISNEROS.—¿Que cuándo vuelve a Cuba? Toma, cuando le manden. El está ya con la espuerta al hombro.

AGUADO.—Don Carlos, ¿ya viene usted con la suya llena de chinitas? Bien saben todos que no quiero ir, a menos que no me den las facultades que...

CISNEROS.—Eso es lo que usted quiere, facultades..., facultades...; venga de ahí. Por mí, que se las den.

AGUADO.—Facultades o poderes para limpiar de orugas aquella administración.

VILLALONGA.—Somos ahora muy Catones, ¿verdad?

AGUADO.—Díganoslo usted al revés: "Tacones". Un Tacón es lo que hace falta allí.

CISNEROS.—Y como Tacón quiere usted que le manden. ¡Pobre isla! Todos dicen que van de Tacón, y de lo que van es de zapatilla. Perdone usted, Aguadito de mi alma, y ya sabe que no le quiero mal; pero siempre que oigo tronar muy recio contra la inmoralidad, instintivamente me llevo la mano al bolsillo. Yo no censuro a nadie; es más: deseo que usted vuelva allá, para que

esté contento y se le siente la bilis. Vamos, que si el hombre se viera otra vez en aquella bendita Aduana, ¡ay, qué gusto, morena!, pues en aquella Aduana de Dios, con las manos bien arremangadas, pues...

AGUADO.—A este don Carlos hay que dejarle.

CISNEROS.—Pero ¿esta gente no va a concluir de comer en toda la noche? Hasta luego, señores. *(Se interna en la casa por la sala de la derecha.)*

VILLALONGA.—Es la peor lengua de España, y la intención más aviesa del mundo.

CICERO.—Pesimista incorregible; pero en el fondo, buena persona.

AGUADO.—Como que todo eso es jarabe de pico.

VILLALONGA.—La postura pesimista es muy socorrida y de muy buen aire cuando se tienen cuarenta mil duros de renta para matar el gusanillo. Sosteniendo que todo es malo, y no casándose con nadie, no se compromete uno, y vive en la comodidad de su egoísmo, contemplando las fatigas de los que luchan por la existencia. Los pesimistas sistemáticos, como los optimistas furibundos, son, por lo común, personas que tienen amasado el pan de la vida, y adoptan esas actitudes para que no los molesten los que están con las manos en la masa. Y si no, que lo diga Monte Cármenes, que aquí viene. *(El Conde de Monte Cármenes, que entra risueño, alargando las manos.)*

MONTE CÁRMENES.—Aquí está ya todo lo bueno. ¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué me cuentan ustedes?

CICERO.—Pues apenas hay tela. Escándalos, inmoralidad en Ultramar y en la Península, pero mucha, muchísima inmoralidad; nuevos datos horripilantes del crimen de la calle del Baño, y, por último, crisis. ¿Le parece poco? Como no pida usted el diluvio universal...

MONTE CÁRMENES.—*(Con expresión de dicha.)* Suceda lo que suceda, todo va bien, pero muy bien.

AGUADO.—Es una delicia la falsificación de billetes.

MONTE CÁRMENES.—Yo sostengo que lo que llamamos falsificación es una idea relativa.

VILLALONGA.—Y los falsificadores unos honrados... relativos.

CICERO.—*(Con alarma cómica.)* ¡Que hay crisis, conde!

MONTE CÁRMENES. — Mejor. Conviene que todos coman.

AGUADO.—¿Ha oído usted que en el "infundio" del crimen están metidos dos ministros?

MONTE CÁRMENES.—Ya saldrán. ¡Cuando digo que todo va como una seda!... Nada, no hay quien me rinda. Yo soy un hombre que, al levantarse por la mañana, hace el firme propósito de encontrarlo todo muy bien, perfectamente bien.

VILLALONGA.—También yo lo haría si tuviera esa bicoca de renta que usted tiene. Pondría en el oratorio de mi casa la imagen de Pangloss, y le rezaría al acostarme y al levantarme. Querido conde, usted y Cisneros son los seres más felices que conozco. Prescinden de la realidad, y ven el mundo conforme a su deseo. ¡Ay! Los que tienen que ganarse la condenada rosca, los que corren afanados tras una posición o un honor equivalente a tantas o cuantas raciones para la familia, no pueden menos de mirarle la cara a la realidad, y ver si la trae fea o bonita para ajustar a ella sus acciones. *(Entran en el salón el Ex ministro, el Señor de Pez (de levita), el Señor de Trujillo (de frac), anciano y valetudinario, apoyado en el brazo de su hijo, el cual viste uniforme de Artillería.)*

ESCENA II

LOS MISMOS. Aparece AUGUSTA en la sala de la derecha, dando el brazo a MALIBRÁN.

MALIBRÁN. — Aunque usted me riña, aunque me mande apalear y me arroje de su casa, persistiré... Soy la terquedad personificada, y me crezco al castigo. Y bien podrá suceder que la desesperación me lleve al suicidio, a la locura... ¡Qué responsabilidad para usted!

AUGUSTA.—*(Riendo.)* ¡Para mí! ¡Ay qué gracioso! ¿Yo qué culpa tengo de que usted se haya vuelto tonto?... Pero ¿de veras se va usted a matar?

MALIBRÁN.—No bromee usted con una pasión verdadera.

AUGUSTA.—Pero diga usted: ¿es volcánica o no es volcánica? Vamos, nunca creí que a persona de tan buen gus-

to se le ocurriera que por lo trágico me había de impresionar. Me fastidian las tragedias.

MALIBRÁN.—¿Cuáles? ¿Las representadas?

AUGUSTA.—Y las reales. Eso de matarse, sea por amor, sea por otra causa, me parece sumamente cursi... Además, me le figuro a usted refractario a la extravagancia, aun a ésa, por ser todo corrección, formas exquisitas y arte de la vida. ¡Pasiones usted, pasiones hondas! No lo creeré, aunque me lo diga ante notario... ¡Ah! Qué hipócritas nos hizo Dios, amigo Malibrán... Con esa mónita ha hecho usted su carrera, y ha engañado a mucha gente; pero lo que es a mí...

MALIBRÁN.—¡Ay Dios mío! Casi me agrada que usted me injurie. A falta de otro sentimiento, venga esa bendita enemistad. La prefiero a la indiferencia. *(Pasan al salón central, donde Augusta es rodeada por Villalonga, Cicero, Monte Cármenes, Aguado, el Ex ministro, el Señor de Pez y los Trujillos. Malibrán se aparta de este grupo.)*

AUGUSTA.—*(Al Ex ministro.)* ¿Qué tal? ¿Tenemos crisis, al fin? Diga usted que sí, para que esta gente se alegre.

EX MINISTRO.—Por mí que la haya. Un vendaje a la situación no vendría mal. *(Con malicia.)* ¿Verdad, Jacinto?

VILLALONGA.—Sobre todo si te ponen a ti de esparadrapo.

PEZ.—*(Coleando y nervioso.)* No hay crisis más que en la mente de los que la desean. ¡Pues no faltaba más sino que se cambiara de política porque Fulanito está malhumorado o porque hay otros a quienes la tranquilidad del país los coge sin dinero!

AUGUSTA.—Así me gusta a mí la gente, o ser ministerial de coraje o no serlo.

VILLALONGA.—Exactamente como yo.

AUGUSTA.—*(A Trujillo.)* Bien venidos los Trujillos. ¿Y Teresa?

OFICIAL DE ARTILLERÍA.—No la espere usted tan pronto. No saldrá de casa hasta que acabe de leer la Prensa.

TRUJILLO.—Mi mujer está fanatizada con el crimen. Hoy me atreví a poner en duda las tendencias "saraístas", y por poco me pega.

AUGUSTA.—Pues conmigo no sé cómo saldrá, porque yo me he propuesto hacer subir el papel "cuadradista".

OFICIAL.—¡Por Dios, que no lo sepa mamá!

AUGUSTA.—Pero ¿viene esta noche?

OFICIAL.—Sí, en cuanto despache los periódicos.

VILLALONGA.—Eso se llama empaparse en la opinión.

AUGUSTA.—Justamente... Villalonga, ya me ha contado Tomás que está usted furioso contra la temperatura suave. ¡Cuánto nos hemos reído!

VILLALONGA.—Amiga mía, vivo bajo la influencia de un sino fatal. Usted es mi mala estrella.

AUGUSTA.—¡Yo! *(Riendo.)*

VILLALONGA.—Sí, y tenemos que reñir de veras... Ríase de mi superstición; pero lo cierto es que siempre que la veo a usted y le hablo, buen tiempo.

AUGUSTA.—Ya sabía yo eso. El Padre Eterno me ha dado vara alta para dirigir las estaciones. ¿No lo había usted notado? Y para castigar a los deseosos del mal ajeno he dispuesto que no hiele, para que se fastidie usted y no pueda ser senador vitalicio. Tampoco mi marido lo será, por la misma razón.

VILLALONGA.—Pues acabe usted de una vez, y dé las órdenes para que caiga un rayo y nos parta a los dos.

AUGUSTA.—Todo se andará. *(A Monte Cármenes.)* ¿Qué tal? ¿Vamos bien?

MONTE CÁRMENES.—Perfectamente bien, y sobre tantas dichas, la de verla a usted tan guapa. ¿Y Tomás?

AUGUSTA.—En el billar, fumando. Me dijo que le espera a usted para echar unas carambolas. Señores fumadores, señores carambolistas, mi marido y Pepe Calderón están solos allá. Ea, señor "Catón pasado por agua", usted, que es una de nuestras primeras chimeneas, al billar.

TRUJILLO.—Yo también; tengo que hablar con Tomás.

AUGUSTA.—*(A Monte Cármenes.)* Usted, conde, el primer taco de Madrid, allá también. Distráiganme a Tomás, que no está bien de salud. *(Al Ex ministro.)* Cuidado con el oficialete, que se jacta de darle a usted codillo cuantas veces quiera.

EX MINISTRO.—Lo veremos esta noche. Señor oficial, todo el que sea tresillista, que me siga. *(Dirígense a la sala de juego. Aguado, Monte Cármenes y Trujillo padre pasan por la sala de juego para entrar en el billar, a punto que sale Cisneros. Oyese el chasquido de las bolas de marfil.)*

CISNEROS. — ¡Malditos carambolistas, cómo le marean a uno!... ¿Y los fumadores? ¡Qué atmósfera, qué aburrimiento! Busquemos quien me haga la partida. *(A Malibrán, que ha vuelto a aproximarse al grupo principal.)* ¡Eh!... Diplomático de chanfaina, ¿la echamos o no la echamos?

MALIBRÁN.—Amigo don Carlos, lo siento mucho; pero tengo que retirarme pronto. Trabajamos ahora por las noches en el Ministerio...; un asunto urgentísimo.

AUGUSTA.—Sí, corra, corra allá, no se vaya a alterar el equilibrio europeo... Me parece a mí que entre él y ese pillo Bismarck están tramando algo ¡Buen par!

MALIBRÁN.—¡Ay, qué mala, qué burlona!

VILLALONGA.—Esos trabajos nocturnos en Estado me figuro lo que son: unas juerguecitas muy disolutas en donde yo me sé.

AUGUSTA.—Claro, y a eso le llaman el arbitraje de España en la cuestión entre Nicaragua y... qué sé yo qué. Todo lo arreglan éstos con cañitas de manzanilla.

MALIBRÁN.—¿Y por qué no?

CISNEROS.—*(Cogiendo por el brazo a Malibrán y llevándoselo.)* Ande usted, perdido.

MALIBRÁN.—Don Carlos, a sus órdenes. Pero hasta las once y media nada más. Sin broma, tenemos que trabajar en el Ministerio. Busque usted quien nos haga el pie.

AUGUSTA.—*(Dirigiéndose a la sala japonesa, seguida de Villalonga y Cicero.)* ¿Qué es eso de las francachelas de Malibrán?

VILLALONGA.—El se lo contará a usted. No es corto de genio. Pertenece a la escuela moderna de la sinceridad.

MALIBRÁN.—*(Aparte, en el salón, mientras Cisneros trata de reclutar otro tresillista.)* Esta condenada..., hasta se permite ponerme en solfa... a mí. No se rinde, no. ¿Si acertará Infante, que la tiene por la virtud más incorruptible y la fortaleza más inexpugnable?... Eso lo veremos... ¡Y ahora tengo que aguantar las latas de este buen señor, y dejarme ganar cinco o seis duros, adorando la peana por el santo! Lo peor es que en toda esta quincena, en los almuercitos del papá, nunca he podido cogerla sola. ¡Siempre allí el tontín de Infante, o Federico Viera! Y la única vez que faltaban convidados, hizo el vejete castellano la gracia de no quedarse dormido, como de costumbre. A este tío quisiera yo darle un disgusto, por ejemplo, probándole que el "Greco" que ha adquirido ahora no es tal "Greco", sino un Mayno de los peores, y el que supone Valdés Leal, un Antolínez el Malo.

CISNEROS.—Ea..., ya tenemos tercero, el amigo Pez. *(Pasan a la sala de la derecha y juegan. Trujillo padre e hijo, y el Ex ministro, hacen otra partida en la mesa próxima.)*

ESCENA III

LOS MISMOS. MANOLO INFANTE entra en el salón y lo recorre, observando con precaución. Atisba por la puerta de la izquierda.

INFANTE.—Está en la sala japonesa con Cicero, Villalonga y no sé quién más. Malibrán ha comido aquí hoy. ¿Se habrá marchado ya? Probablemente; es de los invitados esta noche por la "Peri"... *(Mirando por la puerta que da a la sala de juego.)* ¡Ah!, no; está haciéndole la partida a Cisneros, y dejándose ganar. ¡Cómo le adula fingiendo creer que son de grandes maestros las tablas viejas y podridas que el otro compra en el Rastro, y soportando sus tresillos!... Por allí suena la voz de Villalonga diciendo graciosos disparates... Y Orozco, ¿dónde andará? Oigo el chasquido de las bolas... Huyamos por esta noche de los carambolistas. A Federico no le veo ni le oigo; pero no ha de tardar. Observaremos...

MONTE CÁRMENES.—*(Que sale del billar y atraviesa la sala de juego y el salón.)* Dios le guarde.

INFANTE.—A la orden, mi conde.

MONTE CÁRMENES.—¿Qué ha habido esta tarde?

INFANTE.—Nada; una sesión aburridísima. El consabido chubasco de preguntas rurales hasta las cinco, y en la orden del día la insufrible lata de Petróleos en bruto. ¿No fué usted?

MONTE CÁRMENES.—No. Me revienta el tema de estos días en aquellos pasillos. Tanto hablar de inmoralidad le revuel-

va a uno los humores. Y luego que si hay crisis, que si no debe haberla, que si vira, que si torna... Esto divierte un día, dos; pero luego marea. Y eso que yo gasto la gran pachorra: a cada cual le doy por su gusto, y al que me dice que no podemos vivir sin crisis, le contesto que me parece bien, y al otro lo mismo, y siempre bien, siempre en el mejor de los mundos posibles.

INFANTE.—Es verdad.

MONTE CÁRMENES.—Vamos a ver qué hay por aquí. *(Entran ambos en la sala japonesa.)*

AUGUSTA.—¡Manolo, dichosos los ojos!... Hoy hemos hablado muy mal de ti... ¿Por qué no viniste a comer?

INFANTE.—¡Desdichado de mí! He tenido que comer con una Comisión de mi distrito que viene a gestionar la rebaja del cupo de Consumos. Me gustaría que probaras un convite de éstos, para que vieras lo resalado que es.

AUGUSTA.—Gracias, me lo figuro. ¡Y has tenido que aguantar..., pobre ángel!

INFANTE.—Y oírlos, y agasajarlos, y fingir que estoy muy indignado con el ministro, y prometer, dándome un golpe de pecho..., así, que si el ministro no me complace, le pondré verde con una preguntita sobre la corta de pinos en Rebollar. Y añade a esto los chismes de aldea que he tenido que oír. Al fin, pude zafarme de ellos, diciendo que me había citado el director de Obras Públicas para ponernos de acuerdo sobre el emplazamiento de la estación del ferrocarril en construcción, y con esto les di el esquinazo, y se fueron tan ternes a ver una funcioncita en Lara.

AUGUSTA.—¡Pobres baturros, cómo te diviertes con su inocencia! Pues mira, eso es una gran inmoralidad. *(Entra Aguado bruscamente.)* ¡Ay! Me ha asustado usted. En cuanto se habla de inmoralidad se nos presenta este hombre como caído del cielo.

AGUADO.—Señora, no caigo del cielo, sino que entro en él, pues entro donde está usted.

AUGUSTA.—¡Ave María Purísima! ¡Cuánta finura! ¡Qué metafórico está el tiempo!

AGUADO.—Yo no las gasto menos.

AUGUSTA.—Hablaban aquí de política, y decían que esto está muy perdido.

AGUADO.—*(A Infante.)* ¿Qué ha habido esta tarde en esa leonera?

INFANTE.—Pues nada. No se puede ir allí, porque ha salido una plaga de honrados..., vamos, es cosa de mandarlos a la cárcel..., por honrados, precisamente por honrados del género inaguantable. ¡Dichosa moralidad!

AUGUSTA.—Muy bien dicho. Y usted *(A Aguado)*, ¿no sale a defender la clase?

AGUADO.—¿Qué clase?

AUGUSTA.—La de los honrados, hombre.

INFANTE.—Esto no va con él. Me he referido a la clase peninsular, y respecto a la ultramarina o de la "Vuelta abajo", pues de ésa nada tengo que decir.

AGUADO.—Este es un ministerial de la clase de "Isidros", o del montón anónimo. Todo lo encuentran bien, y cuando se les habla del cáncer de la inmoralidad alzan los hombros y se quedan tan frescos.

AUGUSTA.—Tiene razón Aguado: lo mismo les da a éstos el país que la carabina de Ambrosio... No se ría usted, conde, que contra usted voy; usted no tiene patriotismo, usted no se indigna como debiera indignarse, y esa sonrisa, esa santa pachorra, es un insulto a la moral.

MONTE CÁRMENES.—Si fuera una necesidad que yo me "indiznase", me "indiznaría". Pero si otros lo hacen, y lo hacen muy bien, ¿a qué cuento viene que yo me enfurruñe y haga malas digestiones? Máxime cuando veo que todo se arregla al fin, y que los más severos hoy son mañana los más condescendientes.

AGUADO.—O, en otros términos, que todos son lo mismo, y vamos tirando. Hoy por ti y mañana por mí.

CICERO.—*(Con buena fe.)* No es malo que se hable tanto de nuestros vicios, porque así los corregiremos.

AUGUSTA.—¡Ay, marqués, no sea usted cándido! Eso de la moralidad es cuestión de moda. De tiempo en tiempo, sin que se sepa de dónde sale, viene una de estas rachas de opinión, uno de estos temas de interés contagioso en que todo el mundo tiene algo que decir. ¡Moralidad, moralidad! Se habla mucho durante una temporadita, y después seguimos tan pillos como antes. La Humanidad siempre igual a sí misma. Ninguna época es mejor que otra. Cuando más, varía un poco la forma o el estilo

de la maldad; pero lo de dentro, crean ustedes que poco o nada varía.

VILLALONGA.—¡Eh! ¿Se explica la niña? ¡Qué talentazo!

AGUADO.—*(Con hinchazón.)* Perdóneme usted, señora. No me compare esta época con otras. Yo recuerdo..., por ejemplo, cuando fuí a Cuba la primera vez...

AUGUSTA.—*(Con viveza.)* Cuando usted fué a Cuba la primera vez vendían la carne humana, y usted, creyendo que no hacía nada malo, afanaba algunas hilachas de aquella carne... No, no le censuro; era cosa corriente...

AGUADO.—Perdone usted...

AUGUSTA.—Está usted perdonado; pero déjeme acabar... Pues en aquel tiempo se defraudaba tanto como ahora, o quizá más, mucho más. Cierto que usted fué siempre de los puros, en eso estamos... Si lo sabemos, si es artículo de fe; no se apure. Yo reconozco que usted se enfurece ahora con muchísima razón, y que si quiere volver allá es para corregir todas aquellas infamias que antes no corrigió.

AGUADO.—Permítame...

AUGUSTA.—¡Día feliz el día que usted vuelva!

INFANTE.—Se extirpará de raíz el cáncer.

MONTE CÁRMENES. Y aquello será la delicia del mundo.

VILLALONGA.—*(Mandando callar.)* Dejadla, dejadla.

AUGUSTA.—Pues haría muy mal el señor de Aguado en meterse a cirujano de cánceres. Dirían de él los horrores que ahora dicen de los otros.

AGUADO.—Pero como yo desprecio la calumnia...

AUGUSTA.—Justo es despreciarla. En fin, yo reconozco, todos reconocemos, que usted hace allí mucha falta; y si yo fuera ministro del cáncer..., digo, de Ultramar, ahora mismo extendía la credencial.

AGUADO.—Gracias..., estimando.

AUGUSTA.—Y usted me mandaría, por el primer correo, cigarros para mi marido, y para mí, cascarilla, de esa tan buena que usan allí las señoras.

AGUADO.—¡Quia!! Usted no la necesita..., con ese cutis.

AUGUSTA.—O dulces piñas, guayaba.

AGUADO.—Si es usted más dulce que todas las jaleas del mundo.

AUGUSTA.—En fin, váyase usted pronto, a ver si arreglando aquello no se vuelve a mentar la dichosa inmoralidad. Ya empalaga. Me gusta más oír hablar del crimen famoso, que, al menos, interesa por sus lances dramáticos y sus misterios de folletín.

AGUADO.—Eso a mí no me divierte. Mientras ustedes desmenuzan el crimen, voy a echar un vistazo a los tresillistas. *(Pasa al salón.)*

VILLALONGA. — ¡Adelante con el crimen!... En el Casino he oído novedades estupendas.

AUGUSTA.—¿Qué se dice?... ¿A ver?

ESCENA IV

LOS MISMOS y FEDERICO VIERA.

INFANTE.—*(Aparte, retirándose del grupo.)* ¡Qué hermosa está, qué simpática y qué mona es esta maldita, y cómo me fascina y enloquece!... ¡Ah! Paréceme que oigo la voz de Federico en el salón. *(Entra en el salón Federico Viera y habla con Aguado.)* El es, sí. Observaré la cara que pone mi prima cuando él entre. ¿Por qué mis sospechas, sin fundamento formal, sobreviven a todas las razones y se rebelan contra las pruebas en contrario? Acechando rostros y palabras espero sorprender algún indicio y coger la punta del hilo por donde se saque el ovillo de la realidad. Este bendito marqués de Cicero me servirá de garita para ponerme de centinela. *(Llevándole hacia la consola que está junto a la puerta.)* Querido marqués, el domingo sentí mucho no ir a pasar el día en Las Charcas.

CICERO.—Pues acertó usted quedándose porque el día, que amaneció hermosísimo, se nos puso infernal. Tomás no fué tampoco, ni Malibrán; sólo estuvimos Villalonga y yo; pero Jacinto, viendo el mal cariz, se metió en la casa. Yo, siempre impertérrito, me corrí hacia el puesto con el guarda, porque me daba la corazonada de que habían de venir las perdices. Lo que venía, hijo de mi alma, era el chubasco número uno. Pero yo..., impertérrito con mi capote de monte. El macho que llevamos es un macho que no nos lo merecemos, ni se lo merecen ellas, las muy correntonas; ¡venga agua!, y el macho impertérrito, cantando que se las pelaba, "chiquití". Por fin,

¿creerá usted que parecieron por allí las muy...?

INFANTE.—*(Aparentando atender al marqués y contestándole con cabezadas.)* Yo... ¡Oh! Yo no creo... *(Aparte.)* Ya se acerca. Disimulo, y mucho ojo a la cara de esa hipócrita. Que no se me escape ni la inflexión más ligera.

AUGUSTA.—*(Para sí, fingiendo prestar atención a lo que le dice Villalonga.)* Ahí está ya. Cara mía, ojos míos, haceos de piedra. Que ninguna suspicacia, ninguna curiosidad os sorprendan en un descuido de expresión. Ese pillo de Manolo me está observando... A buena parte viene. El corazón me salta en el pecho; pero la cara, bien prevenida, se mantiene firme; y aquí no pasa nada. Indiferencia afectuosa..., distracción...; no le siento entrar. *(Entra Federico.)*

INFANTE.—*(Para sí.)* No repara en él...

FEDERICO.—*(Saludando.)* Aunque usted no quiera..., Augusta...

AUGUSTA.—*(Fingiéndose sorprendida y sin ninguna emoción visible.)* ¡Ah!... Parece que entra usted como los ladrones. ¡Cuánto tiempo!... ¿Ha estado usted malo?

FEDERICO.—Un poquillo.

AUGUSTA.—Pues no se le conoce en la cara. Me alegro de verle. ¿Nos trae usted noticias nuevas del crimen?

INFANTE.—*(Para sí.)* Pues, señor, cualquiera los descubre a éstos. ¿Tocaré yo el violón a toda orquesta? ¿Correré tras un fantasma?

FEDERICO.—*(Sentándose.)* Traigo noticias... para chuparse los dedos. Esta tarde se dice que la muerta no es quien se creía, sino otra persona. ¿Qué tal? ¡Equivocarse en la identificación! Esta sí que es gorda.

AUGUSTA.—Pues ¿quién era?

FEDERICO.—Una señora recién venida de Cuba, y cuyo nombre nadie sabe.

AUGUSTA.—Vamos, eso es ya delirar.

VILLALONGA.—Ganas de aumentar la confusión. No, sobre la persona de la víctima no puede caber duda. Estas bolas las hacen correr los curiales con la idea de desorientar al público, a fin de que no se fije en los verdaderos asesinos.

AUGUSTA.—*(Convencida.)* Para mí, el matador es Segundo Cuadrado, ese pillo a quien algunos quieren hacer pasar por santo porque ayuda a misa y se reza tres o cuatro rosarios al día. Creo además que es instrumento de personas muy altas.

FEDERICO.—He oído que algunos vecinos vieron entrar en la casa, horas antes del crimen, a un cura.

AUGUSTA.—¡También un cura!

FEDERICO.—Por las trazas debía de ser alguien disfrazado de sacerdote, quizá una mujer.

MONTE CÁRMENES.—La madrastra... Si digo que...

FEDERICO.—¿Por qué no?

CICERO.—Eso no puede ser.

INFANTE.—Es un disparate.

MONTE CÁRMENES.—*(Aburrido.)* Ea, señores, es mucho crimen para mí. Volveré cuando hayan ustedes pescado la verdad, y la trinquen bien para que no se escape. *(Vase.)*

AUGUSTA.—Pues ustedes dirán lo que quieran, pero a mí, la madrastra, esa doña Sara, me parece una buena persona. Manolo, ¿tú qué piensas?

INFANTE.—Que es un crimen adocenado, y que ni hay madrastra, ni intoxicación, ni alto personaje, ni influencia, sino vulgarísima tragedia del sirviente que roba, y al verse sorprendido, mata; ni más ni menos.

FEDERICO.—Vamos, tú eres sensato, y te atienes a la versión de rúbrica, que nos presenta los hechos como arregladitos a un patrón de conveniencias curiales. Hasta el crimen debe ser correcto, y los asesinos han de tener su poquito de ministerialismo.

AUGUSTA.—Muy bien dicho.

INFANTE.—No es eso. Pero me parece ridículo mezclar en asuntos tan bajos a personas respetables. Hasta han dicho que el criaducho, ese Segundo, es hijo natural de...

FEDERICO.—¿Quién podrá afirmarlo ni negarlo? Si los misterios de la conciencia individual rara vez se descubren a la mirada humana, también la sociedad tiene escondrijos y profundidades que nunca se ven, así como en el interior de las masas rocosas hay cavernas donde jamás ha entrado un rayo de luz. Pero de repente ocurre un cataclismo, una convulsión del terreno, un derrumbamiento, y la roca se parte, descubriendo el hueco que nadie hasta entonces había visto... En cuestión de enigmas sociales, yo no afirmo nada de lo que la malicia supone; pero tampoco lo niego sistemáticamente.

AUGUSTA.—Yo no soy sistemática; pero me inclino comúnmente a admitir lo extraordinario, porque de este modo me parece que interpreto mejor la realidad, que es la gran inventora, la artista siempre fecunda y original siempre. Suelo rechazar todo lo que me presentan ajustado a patrón, todo lo que solemos llamar "razonable" para ocultar la simpleza que encierra. ¡Ay! Los que se empeñan en amanerar la vida no lo pueden conseguir. Ella no se deja, ¿Qué se ha de dejar? Este Manolo, empapado en esa tontería del ministerialismo, no quiere ver más que la corteza oficial o pública de las cosas. Es la mejor manera de acertar una vez y engañarse noventa y nueve. Nadie me quita de la cabeza que en ese crimen hay algo extraordinario y anormal. Sería ridículo y hasta deshonroso para la Humanidad que los delitos fuesen siempre a gusto de los jueces. Admito lo del personaje influyente que protege al asesino; me inclino a creer que el móvil fué amor y no robo, y en cuanto a la madrastra, esa doña...

VILLALONGA.—Cuidado con defender a la madrastra, que aquí está Teresa Trujillo, y, según parece, va a negar el saludo a los que no opinen como ella.

AUGUSTA.—Es furibunda "madras... trista"; dificilillo es de pronunciar, pero no hay más remedio que admitir la palabreja.

ESCENA V

LOS MISMOS y TERESA TRUJILLO, de edad madura, vivaracha, el pelo pintado de rubio.

AUGUSTA.—Las trae acabaditas de coger.

TERESA.—Vengo a buscarlas. *(Saludando a todos.)* Manolito, buenas noches. Jacinto, Federico, marqués..., de fijo ustedes saben algo nuevo. Hoy me he leído una arroba de Prensa. ¡Qué buena viene! Por supuesto, al que sostenga que no fué la madrastra, le diré que ha tomado dinero de los "cuadradistas".

AUGUSTA.—Pues yo la defiendo, y de mí no creerá usted que me he vendido.

TERESA.—Pero estás influída por éstos, que en su afán de sacar del pantano al juez, hacen la causa del "cuadradismo", sosteniendo que el criado "mojó". ¡Qué infamia! ¡Pobre Segundo, un muchacho honrado y decente, devoto de la Virgen!... Yo no puedo ver esto con paciencia. Te juro que si a esa bribona no la llevan al palo..., va a haber aquí un cataclismo.

INFANTE.—¡Qué la han de llevar, señora, si doña Sara es una santa, devotísima de San José!

TERESA.—Quite allá el muy tonto... Usted es de los que trabajan porque triunfe la farsa. Ya se ve; defiende al Gobierno, que tiene interés en echar tierra... Una horca en la Puerta del Sol para ir colgando en ella ministros y pájaros gordos es lo que hace falta.

AUGUSTA.—¡Hija, por Dios!...

TERESA.—O la guillotina. Aquí no hay justicia ni vergüenza. Es cosa probada que los que andan en el ajo le han asegurado la vida a ese bendito Segundo para que declare en forma que no comprometa a doña Sara. Esto es un espanto. Yo puedo asegurar a ustedes una cosa, y es que unas amigas mías la vieron un día en "Las Palmas", comprando cintas para sombreros.

VILLALONGA.—¿Y qué?

TERESA.—Si no me ha dejado usted concluir. Iba con ella un hombre de barba rubia.

INFANTE.—¿Y qué?

TERESA.—¡Y qué!... ¡Y qué! *(Exaltándose.)* Ese sujeto es el hombre con barba postiza que los vecinos vieron bajar momentos antes del crimen.

FEDERICO.—¡Si el que bajó iba vestido de cura!

INFANTE.—De anchas caderas, bajito él, pecho abultado... Era la propia doña Sara disfrazada de sacerdote.

TERESA.—No echemos la cosa a barato, amiguitos, que esto es muy serio.

AUGUSTA.—Pongámonos en lo razonable.

TERESA.—Eso es, en lo razonable.

FEDERICO.—*(A Augusta, vivamente.)* Pero ¿no decía usted que es enemiga de lo razonable, porque lo razonable es el amaneramiento de los hechos?

AUGUSTA.—Sí; pero hay que distinguir...

FEDERICO.—No, no crea usted que voy a condenar sus ideas. Convengo en que la realidad es fecunda y original, en que la verdad artificiosa que resulta de las conveniencias políticas y sociales nos engaña. Pero no nos lancemos por sistema a lo novelesco, ni por huir de un amaneramiento caigamos en otro, amiga

mía. Usted tiene viva imaginación, y lo dramático y extraordinario la seduce, la fascina. La vida, por desgracia, ofrece bastantes peripecias, lances y sorpresas terribles, y es tontería echarnos a buscar el interés febricitante cuando quizá lo tenemos latente a nuestro lado, aguardando una ocasión cualquiera para saltarnos a la cara.

AUGUSTA.—En eso estamos conformes. Pero yo no busco el interés febricitante. Es que, sin darme cuenta de ello, todo lo vulgar me parece falso, tan alta idea tengo de la realidad... como artista; ni más ni menos.

VILLALONGA.—*(Aplaudiendo.)* Admirable paradoja. ¡Qué maravilloso talento! *(Todos aplauden.)*

AUGUSTA.—*(Soltando la risa.)* Gracias, amado pueblo.

FEDERICO.—Tiene usted toda la sal de Dios.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* ¡Qué zalamerito viene esta noche! ¡Ah!, grandísimo pillo, tú me las pagarás. No sabes tú la culebra que tengo enroscada aquí. Deja que yo te coja...

TERESA.—No entiendo de estas zarandajas. Yo sigo siempre el criterio del pueblo. ¿Es esto lo que llaman ustedes vulgo? Pues sea; no me negarán que el pueblo tiene un instinto...

VILLALONGA.—Sí; pero es profundamente sugestivo y fascinable. Los milagros, ¿qué son más que fenómenos de hipnotismo? Todas las religiones, incluso la cristiana, se fundan en eso.

TERESA.—*(Amoscándose.)* ¡Eh! Cuidado; no me toquen a la religión. De las falsas hablen ustedes lo que gusten, pero de la verdadera...

INFANTE.—Y usted, ¿cómo siendo tan absolutista...?

TERESA.—*(Irritada.)* Sí, señor, muy absolutista, muy católica, apostólica, romana, y, al mismo tiempo, muy popular, muy populachera. Qué, ¿no lo entiende usted, angelito?

MONTE CÁRMENES.—*(Asomándose a la puerta.)* ¿No ha concluído todavía el crimen?

AUGUSTA.—Sí, sí; basta ya. Tilín, tilín: se suspende esta discusión. Orden del día... *(Entra Monte Cármenes. La conversación se generaliza y se deslíe, subdividiéndose.)*

ESCENA VI

OROZCO, CALDERÓN y AGUADO aparecen en la sala de la derecha. En una de las mesas de ésta continúan jugando al tresillo CISNEROS, MALIBRÁN y PEZ. En otra juegan el EX MINISTRO y los TRUJILLOS, padre e hijo.

OROZCO.—*(A Aguado.)* No es exacto, repito, y buen tonto sería yo si tal hiciese.

AGUADO.—Pues a mí me han dicho que, a no ser por usted, el Correccional de jóvenes delincuentes no se habría construído nunca.

OROZCO.—Habladurías. He contribuído a esta obra benéfica en la misma medida que los demás iniciadores, y desempeño el cargo de tesorero de la Junta.

AGUADO.—Ahí es donde cae usted, amigo mío. ¡Si todo se sabe! La Junta no recauda lo bastante para continuar con método las obras. Llega un sábado y faltan fondos para pagar los jornales de la semana. Pero no hay que apurarse: el buen Orozco tirará del talonario y...

OROZCO.—*(Risueño y calmoso.)* Pues estaría yo lucido. No, esas generosidades caen ya dentro del fuero de la tontería, y, francamente, yo aspiro a que se tenga mejor idea de mí. El atribuirle a uno méritos que no posee y que, por lo disparatados, no deben lisonjear a nadie, constituye una especie de calumnia, sí, señor, una calumnia de benevolencia, que si no se cuenta entre los pecados, no debe contarse tampoco entre las virtudes.

AGUADO.—¿De modo que, según ese criterio, yo soy un calumniador... al revés? Pues me corregiré, pierda usted cuidado; diré que usted es un pillo, un hombre sin conciencia; diré más: diré que el tesorerito este se da sus mañas para distraer cantidades del fondo del Correccional y aplicarlas a sus vicios.

OROZCO.—Basta; no tanto. *(Con jovialidad.)* Pues mire usted, si se dijera eso alguien lo creería más fácilmente que lo otro, siendo ambas cosas falsas.

AGUADO.—No crea usted que la opinión pública se deja extraviar tan fácilmente por los difamadores. Ya ve usted las atrocidades que han dicho de mí. Que si me traje media isla de Cuba en los bolsillos; que si vendía los blancos como antes se vendían los morenos; mil tonterías. Pues si al principio se formó contra mí una atmósfera tan densa que se

podía mascar, no tardé en disiparla con mi desprecio, y al fin la opinión me hizo justicia.

CALDERÓN.—¿Qué duda tiene? *(Con ironía.)* La reputación de usted es como el sol, que disipa las nieblas, y resplandeciendo en el cenit de la fama...

OROZCO.—No te metas a hacer figuras, Pepe, que armas unos líos... Por supuesto, yo desconfío siempre de la voz pública, así cuando vitupera como cuando alaba, y creo que rarísima vez acierta.

AGUADO.—Pues aguantar el chubasco, señor mío. De usted se dicen horrores: que costea solo o casi solo las obras del Correccional para chicos; que le comen un codo las Hermanitas de la Paciencia; que viste todo el Hospicio dos veces al año, y qué sé yo...

OROZCO.—Más vale que les dé por ahí. Yo también pienso echarme a panegirista de los amigos; diré que el señor de Aguado fundará un asilo para cesantes de Ultramar.

AGUADO.—¿Yo? Que los parta un rayo. Eso sí que no lo creerá bicho viviente. Para que me asilen estoy yo, no para asilar a nadie. Desnudo fuí y desnudo vine.

CISNEROS.—*(Terminando una jugada.)* Ea..., entregarse... No puede usted conmigo.

MALIBRÁN.—*(Paga, disimulando cortésmente su mal humor.)* Ahí va..., don Carlos; he tenido el honor de que me gane usted seis duros.

CISNEROS.—El honor de jugar conmigo se paga caro.

MALIBRÁN—Pero con gusto. *(Aparte.)* Maldita sea tu estampa, pícaro viejo. *(Alto.)* Don Carlos, dispénseme y deme de alta, tengo que marcharme. Calderón me sustituirá en el papel de víctima. *(Se levanta; Calderón ocupa su puesto)*

CALDERÓN.—No, lo que es a mí no me trastea, don Carlos. Prepárese usted, que le voy a abrasar vivo.

CISNEROS.—*(Barajando.)* Este Calderón es de cuidado; pero no puede conmigo. ¿Tienes dinero? Si no lo tienes, dile al benéfico Orozco que te llene los bolsillos, porque ahora la entregas. *(Juegan.)*

MALIBRÁN.—*(A Orozco.)* ¡Ah, qué cabeza...! ¿Pues no me iba sin decirle a usted lo que más presente tenía?... Aquel muchacho que usted me recomendó... ¿No se acuerda? Ya le hemos metido en un viceconsulado de Asia.

OROZCO.—Bien... Pues, francamente, yo tampoco me acordaba. Ha hecho usted una buena obra. Ese joven es hijo de una pobre viuda...

MALIBRÁN.—No tiene que agradecerme su colocación... Yo lo he hecho por usted.

OROZCO.—¡Por mí!... Si apenas le conozco. Me lo recomendó... *(Haciendo memoria.)* Pues no me acuerdo, ni hace al caso. Ello es que hay tanta miseria en este mundo, que se llega a perder la cuenta de los desfavorecidos de la suerte que pordiosean en una u otra forma.

AGUADO.—Es verdad; el desequilibrio entre las necesidades y las posiciones es tal, que el sablazo ha venido a ser continuo y denso, como una granizada, y no cae sólo sobre la cabeza del rico, sino también sobre los que vivimos con modesto pasar. Sablazos en la calle y en la casa, por la mañana y por la tarde, en pleno día y a la melancólica hora del crepúsculo; sablazos de dinero, de recomendaciones, de influencias. Aseguro a usted que comemos de milagro.

OROZCO.—*(Distraído.)* De milagro...

AGUADO.—Admiro la paciencia de usted y su longanimidad. *(Siguen hablando. Malibrán pasa al salón y se encuentra con Villalonga, que ha salido de la sala japonesa.)*

VILLALONGA.—¿Te vas ya?

MALIBRÁN.—Sí, voy a despedirme de la ingrata.

VILLALONGA.—Y ¿cómo va eso?

MALIBRÁN.—Desastrosamente. No he adelantado ni un solo palmo de terreno. Me confirmo cada día más en la certeza de lo que hablábamos anoche.

VILLALONGA.—¿Crees que hay moros por la costa?

MALIBRÁN.—Como creo en Dios. Y esa morisma hace tiempo que piratea. Nada, Augusta tiene su enredito. Y ten por cierto que tiro de la manta y se lo descubro.

VILLALONGA.—*(Con sorna.)* Sí; véngate. A estas virtudes enfatuadas hay que arrancarles la aureola. ¡Cuidado si será tonta esa mujer! No quererte a ti, tan buena figura, tan sacadito de cuello, entendidito en pintura, familiarizado con la política extranjera y muy fuerte en todo lo que sea "triples alianzas". Por supuesto, yo creo que te idolatra y lo disimula; también ella tiene sus puntas de diplomática.

MALIBRÁN.—No te burles. Y que está

enamorada, no ofrece ya duda para mí. ¡Ah! Tengo yo un olfato... He rastreado mis síntomas infalibles. Cualquier día se me escapa a mí una pieza de esta clase.

VILLALONGA.—Grandísimo adúltero, de quien está prendado es de ti.

MALIBRÁN.—No, no.

VILLALONGA.—¿En quién te fijas, pues?

MALIBRÁN.—Qué sé yo. En Calderón, la ostra de la casa; en el artillerito ese, en Federico Viera, en Manolo Infante.

VILLALONGA.—El más verosímil me parece Infante. Ese las mata callando.

MALIBRÁN.—Pues no sé qué te diga. Déjame proseguir mis estudios y mis... diligencias. Ahora... *(Bajando la voz.)* la estoy acechando en sus salidas de casa, y, créelo, le deshago el tapadijo; créelo como ésta es noche.

VILLALONGA.—Estás trastornado, Cornelio.

MALIBRÁN.—Chico, es cuestión de amor propio. Todas las pasiones son eso y nada más que eso. Llámalo el diablo. Tal como están hoy las sociedades, con las religiones abatidas y la moral llena de distingos, el amor propio nos gobierna. ¿Ves a Orozco, a quien todos llaman la mejor persona del mundo? Pues es que se ha impuesto ese papel, y lo sostiene por algo que se asemeja a la vanidad del artista. Si estuviéramos en época en que la santidad fuera moda, ése se haría canonizar por pintarla, y extremaría sus actos benéficos hasta el sacrificio y la mortificación, todo por orgullo, por el culto del arrastrado "yo". Ley primaria del mundo es el amor propio. Todos hacemos un altar donde nos ponemos a nosotros mismos y nos adoramos con un dogma cualquiera. Mi dogma es vencer en empeños amorosos.

VILLALONGA.—Vencerás. Así tuviera yo tan seguros el cielo y mi canonjía del Senado. Por cierto, que el empeño de meter a Orozco en la combinación me ha hecho bajar un puesto en la lista.

MALIBRÁN.—Tontería. ¡Si Tomás no lo desea!

VILLALONGA.—No te fíes de apariencias. Ya sabes que tengo a nuestro amigo por un poquitín hipócrita. Esa modestia, esos ascos al bombo, son afectados. Cada cual se busca su toque o manera en la sociedad, y el toque de ése es decir: "No quiero, no quiero", para que se lo den todo, y tres más.

MALIBRÁN.—Puede que tengas razón... En fin, es muy tarde, y yo me voy.

VILLALONGA.—¿A casa de Leonor?

MALIBRÁN.—Después. Sobre la una. Abur. *(Entra en la sala japonesa, se despide y sale de la casa.)*

ESCENA VII

Los MISMOS, menos MALIBRÁN.

OROZCO.—*(Pasando con Aguado al salón.)* Apuesto a que todavía están apurando el tema del crimen.

MONTE CÁRMENES.—*(Que sale de la sala japonesa.)* ¡Crimen y siempre crimen! Augusta quiso entrar en el orden del día; pero Teresa se rebeló contra la presidencia, y ahora está haciendo una excursión patibulario-comparativa al campo de la Historia analizando la vida y milagros de la Bernaola, Vicenta Sobrino y otras tales.

OROZCO.—Mi mujer se pirra por los crímenes, y Teresa es capaz de traerse el verdugo en el bolsillo. Yo que el Gobierno, crearía con ellas y otras damas la Policía judicial, que tanta falta nos hace. ¿Verdad, Villalonga? Venga usted para acá. Parece que está usted de puntas conmigo. Le prevengo que no he dado paso alguno para entrar en la combinación. Es cosa de los amigos de usted. Yo lo agradezco, sin solicitarlo, y lo aceptaré si me lo dan, así como me quedaré tan fresco si me lo niegan.

VILLALONGA.—*(Para sí.)* ¡Valiente jesuitón estás tú! *(Alto.)* Para mí es cuestión de amor propio, y, ¿a qué negarlo?, de conveniencia. Necesito el cargo para bandearme. Estoy cansado de luchar; tengo, como cada hijo de vecino, mi "serie de lamentables equivocaciones". Llámelo usted mala cabeza, vértigo político; llámelo usted temperamento anárquico, si le parece mejor. Pero ya voy para viejo, y solicito esa posición para formalizarme y adquirir los hábitos de consecuencia que no tengo. ¿Soy sincero?

OROZCO.—Sí. Sólo por su sinceridad merece usted la breva. Yo siento mucho que, sin comerlo ni beberlo, hayamos venido a ser rivales.

VILLALONGA.—Rivales, no. En este caso hay que hacer justicia al mérito y quitarse el sombrero. La posición, la ri-

queza de usted justificarían mi preterición, si no hubiera otros motivos.

EX MINISTRO.—*(Que ha salido poco antes con ambos Trujillos de la sala de juego y ha oído lo dicho últimamente por Villalonga, le coge por la solapa y con desentono le dice.)* Pero ven acá, impertinente, ¿para qué quieres tú la senaduría vitalicia? ¿Crees que eso se puede cambiar por una Dirección? ¿Crees que eso se da a la gente insegura y a los veletas como tú?

VILLALONGA.—*(Reprimiendo su ira.)* Y ¿para qué querías tú la cartera grande, hombre pequeñísimo?

EX MINISTRO.—¡Yo! ¡Si yo no la quería!...

VILLALONGA.—Que no..., ¡angelito! Como que si no te la dan te mueres. ¡Cuántas veces, en días de crisis, me dijiste: "Jacinto, por Dios, ¿le has hablado al presidente? ¿Crees tú que iré yo ahora?" Y al fin fuiste. Y te ayudamos los amigos, jaleándote hasta tres meses después, y dándote un bombo fenomenal. Conque prudencia, que yo no me muerdo la lengua, y en historia contemporánea no me gana nadie.

EX MINISTRO.—Ni en hablar más de la cuenta tampoco. Siempre disolvente, adondequiera que vas. Parece mentira que teniendo tanto talento te hayas empeñado en probar tu inutilidad.

VILLALONGA.—Pues te diré... *(Conteniéndose.)* En fin, no quiero enfadarme.

EX MINISTRO.—Aunque te enfadaras...

OROZCO.—Vaya, señores, envainen los aceros.

AGUADO.—*(Apartando a Orozco del grupo.)* Deje usted a los compadres que se peleen. Buen par de chanchulleros están los dos. Y Jacinto hace bien en tomarle el pelo al otro. Me ha contado que le tuvo quince años en la Redacción de *El Fanal*, trabajando de tijera. Explíqueme usted estas elevaciones. ¡Qué país! *(Villalonga y el Ex ministro siguen disputando con viveza, pero sin faltar a la cortesía.)*

OROZCO.—Jacinto es muy listo y vale mucho; pero su inconstancia le pierde. Habría sido ya ministro si no tuviera la desgracia de encontrarse mal dondequiera que está.

TRUJILLO (padre).—*(Con displicencia.)* Todos lo mismo. Unos por consecuentes, otros por inconsecuentes, ¡bueno tienen el país, bueno!

VILLALONGA.—*(Disputando con el Ex ministro.)* No hay quien te baraje. Los hombres de talento, cuando dan en desbarrar...

EX MINISTRO.—¡Si quien desbarra eres tú! ¡Lo repito: parece mentira que teniendo tantísimo talento...!

VILLALONGA.—No te haces cargo de nada... Pero escucha.

EX MINISTRO.—Permíteme, bruto...

TERESA TRUJILLO.—*(Que sale de la sala japonesa y busca a su hijo.)* ¿En dónde está mi artillero? ¡Ah! *(Cogiéndole del brazo.)* Ven acá, hijo de mi alma. Vámonos, sácame de aquí.

OROZCO.—Pero ¿se va usted? No lo consiento.

TERESA.—¡Ay, Tomás, tiene usted su casa infestada de "cuadradismo"! Aquí no puede estar una persona que se interesa por la justicia.

OROZCO.—Pues yo creí que usted había convertido a mi mujer a la sana doctrina "saraísta".

TERESA.—*(Picada.)* ¡Quia! Siempre ha de llevarme la contraria. Si siguiéramos disputando, acabaríamos por reñir, como ese par de tontos. *(Por el Ex ministro y Villalonga.)*

INFANTE.—*(Que sale con el marqués de Cicero de la sala japonesa.)* ¿Qué rebullicio es éste? Lo de siempre, discutiendo sobre cuál ha hecho más tonterías.

MONTE CÁRMENES.—Diciéndoles que hay crisis puede que se pongan de acuerdo.

INFANTE.—*(Interviniendo en la disputa.)* Señores, cese la discordia. El Ministerio está de cuerpo presente. *(Los disputadores no se aplacan; Infante y Monte Cármenes se injieren en la discusión, y Orozco, Cicero, Teresa Trujillo, su esposo y su hijo los contemplan sonriendo. En la sala de la izquierda se quedan solos Augusta y Federico.)*

AUGUSTA.—*(En pie, airada.)* Al fin se ha ido Manolo, el centinela de vista, y podemos hablar un instante. Tengo que decirte que te estás portando indignamente.

FEDERICO.—¿Yo? ¿Por qué? *(Va a la puerta, atisba y retrocede.)* También yo deseaba que estuviéramos solos para poder decirte...

AUGUSTA.—No quiero saber nada. ¡Seis días sin verme!

FEDERICO.—Por culpa tuya.

AUGUSTA.—No; tuya, mil veces tuya... No sé qué tienes en esos ojos..., la trai-

ción, la mentira y el cinismo. *(Muy agitada.)* Ya me estoy acostumbrando a la idea de que te vas de mí, atraído por personas indignas, que no quiero ni debo nombrar.

FEDERICO.—No digas disparates. ¿Te espero mañana?

AUGUSTA.—No, repito que no. *(Mirando al salón con recelo.)* No vuelvo más; no me mereces.

FEDERICO.—Que no te merezco ya lo sé; pero ¡tiene uno tantas cosas que no merece! ¡Dios es tan bueno!... ¿Irás?

AUGUSTA.—No quiero. Bien claro te lo digo.

FEDERICO.—¡Y yo que tenía que contarte tantas cosas!

AUGUSTA.—*(Con viva curiosidad.)* ¿Qué cosas? Cuéntamelas ahora.

FEDERICO.—Ahora no puede ser. Te espero allá, ¿sí o no?

AUGUSTA.—He dicho que no voy. *(Aturdida.)* Lo pensaré... No, no, y mil veces no. Si fuera, iría para injuriarte, para decirte que te me estás haciendo aborrecible.

FEDERICO.—Pues para eso. Vas, y allí, muy tranquilamente, nos tiraremos los trastos a la cabeza.

AUGUSTA.—Cállate... Pueden oír... *(Con miedo.)* Te escribiré dos letras... No, no te escribo ni media letra; no me da la gana.

FEDERICO.—Pero...

AUGUSTA.—Basta..., cállate..., salgamos. *(Aparece en la puerta del salón.)*

OROZCO.—*(A su mujer.)* Si tú no calmas a estos energúmenos, no sé qué va a pasar aquí. Siéntate al piano, que la música a las fieras domestica.

OFICIAL DE ARTILLERÍA.—*(A Augusta.)* Es gracioso: los cuatro son ministeriales, y vea usted cómo están. Música, música. *(Augusta se sienta al piano y preludia.)*

AGUADO.—*(Aparte.)* Música tenemos. Tocará seguramente esas cosas que a mí me aburren. De buena gana me plantaría en la calle. ¡Beethoven, Chopin! Os cambio por una de aquellas habaneritas... Pero si lo digo me llamarán vulgo. Fingiré que estoy en éxtasis.

INFANTE.—*(Corriendo hacia el piano.)* Augusta, por amor de Dios, la sonata catorce, el *Clair de lune*...

EX MINISTRO.—Música, arte. Parta un rayo a la política.

VILLALONGA.—Tiene la palabra el señor de Beethoven. *(Todos ríen, se alegran, y algunos se sientan para disfrutar de la buena música.)*

AUGUSTA.—*(Para sí, tocando.)* ¡Para tocatas estoy yo! Dios tenga piedad de mí.

ESCENA VIII

Alcoba en casa de OROZCO. Dos camas, una a cada lado de la estancia. OROZCO, sentado, meditabundo. AUGUSTA, que entra, vestida aún de sociedad.

OROZCO.—*(Para sí.)* Yo deseaba que se fueran. Me siento esta noche más fatigado que nunca.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* Gracias a Dios que me he quedado sola. ¡Tener que sonreír y tocar el piano para que los demás se diviertan!...

OROZCO.—*(Alto.)* La música me pone triste esta noche. ¿A qué lo atribuyes tú?

AUGUSTA.—*(Absorta, no contesta sino después de una pausa.)* Perdona; estaba distraída.

OROZCO.—Te digo que la música me ha puesto triste...

AUGUSTA.—*(Alarmada.)* ¿Tú triste?... ¿Por qué? ¡Ah! La pícara imaginación. Es que de algún tiempo a esta parte cavilas demasiado, y te fijas más de lo conveniente en asuntos que por tu posición debieras mirar con calma. Ahí tienes por qué te desvelas tan a menudo. Cuando no se duerme bien, querido, toda la máquina anda mal, y el espíritu más valiente se desmaya.

OROZCO.—De veras que duermo mal, y no sé a qué atribuirlo. Ello debe de ser contagioso, porque tú también, al menos anoche, estuviste muy despabilada.

AUGUSTA.—Es que cuando te siento despierto yo no puedo dormir... No creas, a mí no me importa. Resisto perfectamente el insomnio. Este cerebro mío no trabaja ordinariamente lo que el tuyo. A ti te pasa lo que a muchos, que hallándose dotados de grandes energías, no saben en qué emplearlas, por haberse encontrado resueltos los principales problemas de la vida. No hay ningún asunto grave, de tu propio interés, que ocupe tu ánimo, y para llenar este vacío buscas fuera mil extrañas cosas, y te las apropias, y les das un calor que no debieran tener para ti.

OROZCO.—*(Aparte ensimismado.)* ¡Qué lejos de mí, pero qué lejos, veo a mi mujer!

AUGUSTA.—Ya te afanas porque los muchachos delincuentes tengan un asilo en que se los corrija, ya te interesas por las niñas abandonadas, como si fueran tuyas. O bien das en proteger a ingratos, en salvar de la miseria a los que se han arruinado por informales o tramposos... No, yo no te censuro que seas caritativo y ayudes al prójimo. Pero todo tiene su límite, hasta la bondad. Para todo hay una medida en lo humano.

OROZCO.—Vida mía, me juzgas mejor de lo que soy. Mira tú, si cavilo a ratos, es porque recelo no cumplir bien los deberes que me impone mi posición. Algunas noches he dormido mal porque la conciencia intranquila y como quisquillosa me turbaba el sueño...

AUGUSTA.—*(Sorprendida.)* ¡Tú... con la conciencia intranquila..., tú!... ¡El hombre mejor del mundo! ¡Alabado sea Dios!... *(Persignándose.)* Tomás, tú no sabes lo que te dices.

OROZCO.—En esto de la conciencia, hija mía, cada triunfo que se alcanza trae nuevos anhelos de alcanzar más. Cuando uno se deja entumecer por el egoísmo, la conciencia se atrofia, como órgano sin uso, y hasta llegamos a cometer mil iniquidades sin advertirlo. Pero cuando nos aficionamos, por esta o la otra causa, a la contemplación de la idea moral y a recrearnos en ella, ¡ay!..., entonces, Augusta, mientras más horizontes se ven, más nos gusta avanzar para reconocer, descubrir y conquistar espacios nuevos.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* Ya tenemos en planta la idea fija de estas últimas noches...

OROZCO.—Mi mayor satisfacción sería que mi mujer comprendiera esto... Creo que, al fin, lo entenderás.

AUGUSTA.—*(Acariciándole.)* Mira, hijito, acuéstate y procura dormirte. Si la conciencia te quita el sueño a ti, a ti, que eres tan bueno, ¿quién, dímelo, quién dormirá en este mundo?

OROZCO.—Los muertos y los egoístas, que vienen a ser lo mismo. *(Con jovialidad.)* Oye, Augustilla, esta noche deseo el descanso, y me propongo arrojar de mi cerebro toda idea que no sea la de mi propio bien. Ea, durmamos. *(Se dispone a acostarse. La doncella aparece en la puerta, y Augusta pasa con ella a otra habitación para cambiar de ropa.)*

OROZCO.—*(Solo, acostándose.)* Sí, es preciso descansar, transigir con este mecanismo brutal y tonto en que estamos metidos. Aquí solo, dentro del círculo de mis pensamientos, apartado del mundo, ante el cual represento el papel que me señalan, restablezco mi personalidad, me gozo en mí mismo, examino mis ideas y me recreo en este sistema..., lo llamaré religioso..., en este sistema que me he formado, sin auxilio de nadie, sin abrir un libro, indagando en mi conciencia los fundamentos del bien y del mal... ¡Qué placer descubrir la fuente eterna, aunque no podamos beber en ella sino algunas gotas que nos salpican a la cara! Hay en el mundo más de cuatro necios que me creen fanatizado por las prácticas de esta o la otra religión positiva. Su error me encubre. No los sacaré de él... Una sola idea me aflije, y es que mi mujer está aún distante, pero muy distante de mí. Miro para atrás, y apenas la distingo. Cada noche, al quedarnos solos en este dulce retiro, libres de la estolidez humana, arrojo a su entendimiento algunas ideas...; hoy ésta, mañana aquélla, como el novio que tira chinitas al balcón de su amada para llamar la atención. No las recibe mal; pero no se halla todavía en estado de asimilárselas. Creo que al fin se enterará. Es buena, y su corazón está preparado para limpiarse de egoísmo...; ¡limpieza en extremo difícil!... ¡Vaya si es difícil!... *(Se adormece.)*

AUGUSTA.—*(Entrando de puntillas, en traje de noche.)* Dormido ya; pero esto no es más que el primer sueño, breve y profundo, que le dura apenas media hora. Y yo, ¿por qué me acuesto si sé que no he de dormir? ¡Habla de conciencia intranquila!... Este bienaventurado no sabe lo que es vivir con los pies sobre la tierra. El tiene alas. *(Se sienta junto a su lecho y apoya el brazo en él y la frente en la mano.)* Si mi fe religiosa fuera más viva..., me consolaría. Pero mis creencias están, como techo de casa vieja, llenas de goteras. De esto tiene la culpa el trato social, lo que una piensa, y lo que oye, y lo que ve... Por ese lado no hay esperanza. *(Mirando a su marido, que duerme.)* Si Dios se ocupa de nuestras pequeñeces, sabrá que quiero tiernamente a

este hombre, que su salud me interesa más que la mía; sabrá también que esta unión no satisface mi alma, que otro cariño me salió al paso y lo tomé, porque me llena la vida hasta los bordes. Esto ha venido a ser esencial en mí. Mi conciencia es voluble, y suele regirse por las impresiones que recibo y por los movimientos del ánimo. Cuando estoy contenta y satisfecha, y los celos no me punzan, mi conciencia se relaja, se hace la tonta, y me dice que mi falta no es falta, sino ley del espíritu y de la Naturaleza. Pero cuando mi pasión se alborota con las contrariedades, y el alma se me revuelve, y se enturbia con sus propias heces que suben, pierdo la tranquilidad y me tengo por mala, por indigna de perdón... ¿Qué es lo que siento esta noche? Inquietud, temor de no ser amada. El despecho y la ira se me vuelven remordimientos. Casi, casi me dan impulsos de abrir el alma delante de mi marido, y contarle todo lo que me pasa. ¿Y para qué? ¿Para renegar de mi error y prometer la enmienda? No, no tendré fuerza para enmendarme, ni hipocresía para hacer promesa tan imposible de cumplir. Me confesaría, simplemente, por el consuelo de vaciar un secreto que ahoga... *(Irguiendo la cabeza.)* ¡Dios mío, qué disparates pienso! Paréceme que tengo fiebre. A estas horas, el insomnio y las cavilaciones nos llevan a una verdadera locura. ¡Confesarme a Tomás! No me comprendería, como yo no comprendo las sutilezas de su conciencia, que por querer adelgazarse tanto, se quiebra; incurriría en las vulgaridades de la moral gruesa y común, de esa que parece que se compra por kilos. ¡Ay! Digan lo que quieran, estamos gobernados por leyes estúpidas..., hechas para regularizar lo irregularizable, para contener en distancias muy medidas el vuelo de las almas..., porque yo también tengo plumas. *(Hace con las manos movimientos de aleteo.)* ¡Vaya, que se me ocurren unas cosas cuando cavilo a estas horas!... Sí, ardo en calentura; como que dudo a veces si estoy despierta o estoy soñando... y hasta me parece que un diablillo gracioso me sopla al oído lo que he de pensar... Despierta estoy, y discurro claramente que la sociedad y sus leyes son obras de la tontería. *(Accionando como si hablara con alguien.)* Y lo digo y lo sostengo: si no nos encontrásemos atados por estos nudos del convencionalismo, yo podría tener un gran consuelo. Ante la razón grande, hablo de la grandísima, de la que anda por allá arriba sin que nadie la pueda coger, ¿qué inconveniente habría en que este hombre, que miro como hermano de mi alma; este hombre de entendimiento superior, de gran corazón, todo nobleza, supiera lo que me está pasando, y que lo oyera de mi propia boca?... Esto, que parece absurdo..., ¿por qué lo es? Mejor dicho, ¿por qué lo parece? No: lo absurdo no es esto que pienso, sino lo otro, todo el armatoste social... *(Sonriendo.)* ¿Por qué me río?... No me río: es que rabio; es que mi sabiduría, esta ciencia que me entra por las noches, me hace reír... de rabia.

OROZCO.—*(Para sí, despertando súbitamente, y volviéndose.)* Tengo la cabeza tan despejada como a las doce del día. Y, francamente, no veo la necesidad de dormir toda la noche. Después de un breve letargo reparador, no hace falta más. En vez de embrutecernos en el sueño, ¡cuánto mejor es meditar sobre los graves problemas que nos rodean, examinar nuestras acciones del día pasado, preparar las del siguiente!... *(Pausa.)* Lo que más me enoja es que me aplaudan, como si fuera yo un cómico. Quiero que mis actos sean tan secretos que nadie los penetre; mas aún, quiero que resulten con apariencias de maldad, para que el mundo los censure y los ridiculice. Pero esto es difícil, muy difícil. El maldito tiene un gran olfato para rastrear la verdad, y no es fácil engañarle... Porque el bien no es tal bien si no se le disfraza, para que vaya por la calle bien enmascaradito. Y lo peor es que no puede uno evitar que los favorecidos salgan por ahí con mucho bombo y mucho cascabel, pregonando el bien que uno les hace, mientras yo... no sé qué daría porque me formaran una reputación de tacaño y cruel. Nada me molesta tanto como la gratitud, y las manifestaciones de ella... Verdad que hay muchos ingratos, y esto ya es un consuelo... *(Pausa.)* También me gusta cavilar sobre los términos precisos de este orden de creencias que yo he encontrado en mi propio pensamiento y en mi corazón; obra mía es todo, y la primera necesidad que experimento es

recatarla del mundo. Aquí no cabe propaganda, ni yo he de hacerla más que con mi mujer. Sólo a una persona tiernamente amada comunicaré esta creencia honda, que proporciona al alma tan grandes consuelos... Sólo a mi pobrecita Augusta... *(Reparando en su esposa, sentada junto al lecho.)* Augustilla, hija mía, ¿qué haces que no duermes?

AUGUSTA.—Ya estaba acostándome, cuando me pareció notarte inquieto. ¿Te sientes mal?

OROZCO.—No, hija de mi alma. Estoy muy bien; he dormido un rato, y no necesito descansar más. Déjame que medite sobre cosas que te iré comunicando en forma tal que puedas comprenderlas.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* Vuelta a lo de anoche... *(Alto.)* No pienses en eso. Eres bueno, y por ser mejor te estás dando muy malos ratos. Es hasta un rasgo de soberbia el pretender salirse de la imperfección humana.

OROZCO.—Desconoces los verdaderos grados del bien. Tu inteligencia es grande; pero no ve la verdad. No me extraña eso. Yo te iniciaré. Eres la persona que más quiero en el mundo, y es preciso que vengas tras de mí, ya que no conmigo. Según mis creencias, la primera de mis obligaciones es proporcionarte todos los placeres lícitos, rodearte de las comodidades y encantos que nuestra fortuna nos permite. Hoy por hoy, no cuadra a mis ideas el cambiar de vida. Me conviene que continúe este lazo que al mundo nos une, y aparentar que, lejos de haber en mí perfecciones, soy lo mismo que los demás.

AUGUSTA.—*(Para sí, confusa.)* ¿Estoy segura de entender lo que me dice? *(Alto.)* Eso me agrada; pues si tuvieras tú vocación de anacoreta, yo no creo tenerla nunca.

OROZCO.—*(Algo excitado.)* No, no es eso. En el mundo, en plena sociedad activa, es donde se debe luchar por el bien. Nada de ascetismo; los que se van a un páramo no tienen ningún mérito de ser puros. Sigamos aquí... Cabalmente ésa es la dificultad: realizar cuanto me piden mis creencias en medio de este tráfago y en el torbellino de maldades que nos envuelve. Jamás te apartaré del medio social en que vives. La regeneración no puede ser eficaz sino dentro de ese medio. Nada de privaciones materiales, nada de vida de cartujo; eso es de caracteres mediocres.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* Pues lo que ahora dices me parece muy razonable. *(Alto.)* Todo eso está muy bien; pero vale más que lo dejes para mañana, y que duermas ya y descanses.

OROZCO.—¡Si no tengo sueño, ni me hace falta dormir! *(Inquieto.)* Mejor será que me levante y me pasee por el gabinete.

AUGUSTA.—*(Corriendo a él y deteniéndole.)* No, no hagas tal. Te lo prohibo.

OROZCO.—Bueno, pues yo no puedo consentir que estés desvelada por acompañarme. Ya que no tienes nada en que pensar, porque tu conciencia no chista, recógete y duérmete. No me levantaré, para que no estés inquieta por mí. Acuéstate, y si no te entra sueño, hablaremos un poco de cama a cama. *(Augusta se acuesta.)* ¿Sabes en lo que pienso ahora? En la carta que he recibido de Joaquín Viera, el padre de Federico.

AUGUSTA. *(Con viveza.)* ¿Sí?... ¿Y qué es?

OROZCO.—Pues me dice que llegará aquí del veintiséis al veintiocho, y que viene a tratar conmigo de un asunto de intereses.

AUGUSTA.—Sablazo seguro. ¡Por amor de Dios, Tomás, ponte en guardia!

OROZCO.—No caigo en qué podrá ser. Dejémosle venir.

AUGUSTA.—¡Qué trasto ese Joaquín!... No se parece nada a su hijo, que, aunque mala cabeza y desordenado, tiene un fondo de caballerosidad que...

OROZCO.—Es verdad. El papá es tal, que no tiene el diablo por dónde desecharle.

AUGUSTA.—Y abusa de tu bondad siempre que quiere. Mucho cuidado, Tomás; ponle mala cara cuando le recibas. Recuerdo que Joaquín hace dos años, después de explotarte indignamente, dijo de ti horrores.

OROZCO.—Debemos perdonar las ofensas.

AUGUSTA.—¿Crees tú que toda ofensa se debe perdonar?

OROZCO.—Todas, en absoluto, y sin reserva de ninguna clase.

AUGUSTA.—¿Estás dispuesto tú a perdonar toda ofensa que se te haga?

OROZCO.—Sin género alguno de duda. Me agravias sólo con dudarlo. Pues qué,

¿no tienes tú en tu alma la misma decisión?

AUGUSTA.—*(Vacilante.)* No sé. Eso no puede asegurarse sino frente a los hechos. La resistencia moral, como el grado de tensión de una cuerda, no se conoce hasta que se prueba... Pero me parece que hemos hablado bastante, hijito. Ahora, a dormir.

OROZCO.—A dormir tú; yo, no.

AUGUSTA.—Los dos... *(Para sí.)* ¡Ay, cuánto me molesta este diálogo!... Quiero estar sola y pensar lo que a mí me dé la gana, sin tener que llevar a cuestas el pensamiento ajeno... Fingiré que duermo para que se calle.

OROZCO.—Como si lo viera, Joaquín me presentará algún antiguo y olvidado crédito... ¡Pero si por mi cuenta no hay ninguno que no esté satisfecho!... *(Suspirando.)* ¡Ay! Esa maldita "Humanitaria" ha dejado tras sí un rastro vergonzoso. Yo no soy responsable; pero disfruto del capital que se amasó con aquel negocio, en que trabajaron juntos mi padre (que Dios perdone) y este Joaquín Viera, que es de la piel del diablo. No juzgo lo que hicieron. Después Joaquín se arruina, se va al extranjero y se dedica al chantaje y a mil trapisondas. ¡Quién sabe si se descolgará ahora con algún enredo!... ¿No crees tú que...? *(Observando que su mujer no chista.)* Vaya..., se ha dormido. ¡Pobrecilla!

AUGUSTA.—*(Para sí.)* Me cree dormida. De este modo me rodeo de soledad, me meto en mí. *(Atendiendo sin mirar.)* Parece que discute consigo mismo en voz baja. Yo pensaré en silencio. Los dos padecemos con el insomnio. A mí me desasosiega el pecado y a él la perfección... No le siento ahora; no sé qué daría porque se durmiese profundamente. También yo... empiezo a notar, así, cierta torpeza, como si las ideas se me cuajaran... *(Pausa.)* Pero no se calma la inquietud que siento en mi corazón, este temor, esta ira, los celos. Se calmaría quizá si lo contase a alguien. Consuelo del espíritu turbado es la confesión; pero la confesión religiosa no acaba de satisfacerme. A un cura tendría yo que prometerle la enmienda, y esto no puede ser. Le engañaría si la prometiera; sería estafar la absolución, que es lo que hacen la mayor parte de los penitentes. Figurándose de buena fe que están arrepentidos y creyendo que no reincidirán. Como no me gusta engañar, empiezo por no engañarme a mí misma. El que a mí me confiese ha de ser un sacerdote extraordinario, ideal, superior a cuantos hombres andan por el mundo, de un saber tan grande y de una sensibilidad tan fina para tomar el pulso a las pasiones, que pueda yo mostrarle con sinceridad hasta los últimos dobleces de la conciencia... *(Agitándose en el lecho.)* Pero ¿yo estoy dormida o despierta? Porque esto que pienso no es un despropósito de los que solemos soñar...; esto que se me ocurre indica talento... Vaya si lo indica... Pues sí, ese confesor que me hace falta ya lo siento venir. Parece que lo traigo yo misma con la fuerza de mi pensamiento. *(Aparece la sombra de Orozco sentada junto al lecho. Es una forma indeterminada, cuyo ropaje no se percibe; distínguense claramente la cara y las manos.)* Aquí está ya. Lo que yo me figuraba: su rostro es el mismo de mi marido; sus ojos, que me miran con tanto cariño y dulzura, revelan el saber total y la piedad eterna... *(Le mira fijamente.)* ¿Y qué...? *(Pausa.)* No dice nada. No hace más que clavarme su mirada, que me penetra hasta lo más hondo. No, no mentiré, no te ocultaré nada. Confesor, no me causas miedo, sino confianza... *(Agitándose más.)* Ya, ya sé qué es lo primero que debo decir: cuándo empezó mi infidelidad y la razón de ella. ¿La razón de ella? ¡Yo qué sé! Esas cosas no tienen razón. Le traté algún tiempo, ya casada, sin sospechar que le quería con amor. No caí en la cuenta de que estaba prendada de él sino cuando me declaró que se había prendado de mí. Tres días de ansiedad y de lucha precedieron a uno memorable para mí. ¡Vaya diita, Señor! No me acuerdo bien de lo que sentí aquel día. La vida se me completó. Le amé locamente, y cuando me fuí enterando de sus desgracias, de las cadenas ocultas que arrastra el pobrecito, le quise más, le adoré. Declaro que hay dentro de mí, allá en una de las cuevas más escondidas del alma, una tendencia a enamorarme de lo que no es común ni regular. Las personas más allegadas a mí ignoran esta querencia mía, porque la educación me ha enseñado a disimularla. Pues sí, tengo antipatía al orden pacífico del vivir, a la corrección, a esto mismo que llamamos comodidades. Esto de hacer un día y otro

las mismas cosas, el tenerlo todo previsto, el encontrar todo a punto, me entristece, me fatiga. Bendito sea lo repentino, porque a ello debemos los pocos goces de la existencia. ¿Hemos nacido acaso para este tedio inmenso de la buena posición, teniendo tasados los afectos como las rentas? No; para algo nos habéis dado la facultad de imaginar y de sentir, por algo somos un alma que ama los espacios libres y quiere dar un paseíto por ellos. Este compás social, esta prohibición estúpida del más allá no me hace a mí maldita gracia. Y lo peor es que la educación puritana y meticulosa nos amolda a esta vida, desfigurándonos, lo mismo que el corsé nos desfigura el cuerpo. De este modo aprendemos la hipocresía, y buscamos la compensación al fastidio trayendo a nuestra vida algún elemento secreto, algo que no esté a la vista ni aun de los más próximos. Tener un secreto, burlar a la sociedad, que en todo quiere entremeterse, es un recreo esencial de nuestras almas con corsé, oprimidas, fajadas... Sin misterio, el alma se encanija. Aborrezco esa vida, que no vacilo en llamar pública o, si se quiere, legal, muy santa y muy buena para quien se pueda amoldar a ella, pero que no es para mí... Que me quite Dios las ideas que me andan por dentro del cráneo, que me quite los nervios, y me volveré la burguesa más pánfila de la clase... *(Se agita de nuevo y contempla con estupor la Sombra.)* Veo que me miras con ojos benévolos. No podía ser de otra manera. Declaro todo lo que siento y me someto al fallo tuyo... ¿Soy pecadora o qué soy? No me dices nada. ¿Por qué callas? ¿Te asombras de que no me disculpe? No siento en mí la disculpa. Creo que al principio intenté sofocar el amor hacia un hombre que no es mi marido. Pero pronto me convencí de que era inútil intentarlo. Me encantaban la persona y sus palabras, el sonido de su voz, su carácter noble, su susceptibilidad, su desgracia, la pobreza disimulada con tanta gallardía; y no puedo dejar de amarle ni, en rigor, aquí dentro de mí, me avergüenzo de ello. ¿Qué tienes que objetarme? Dirás que estoy unida por la ley a ese amigo sin par, a ese hombre extraordinariamente bueno y amable. Yo reconozco sus méritos y virtudes, yo le admiro. Tú, que me oyes, ¿eres él o has tomado su rostro para inspirarme más respeto? Porque si eres él mismo y vienes a oírme en confesión, te traerás la razón grande, el metro elástico para medirme; habrás dejado fuera de aquí las reglas chiquitas, hechas a gusto del medidor... Dime, al fin, el juicio que te merezco; háblame para que yo no crea que es mi propio pensamiento quien te pone delante de mí. *(Sofocada.)* ¡Dios mío, el talento que saco en estas horas de insomnio me hace padecer! *(A la Sombra.)* ¿Qué piensas de mí? ¿No me dices una palabra consoladora? Cuando entraste me mirabas con indulgencia, y ahora... *(La Sombra principia a desvanecerse.)* ¿Te vas? Aguarda... En verdad que no puedo asegurar que estoy despierta ni que estoy dormida... ¿Crees que no he sido bastante sincera? No te vayas, no... *(La Sombra desaparece.)* ¡Disparates como los que yo pienso! *(Llevándose la mano a los ojos.)* Pero ¡si yo no dormía! Despierta estaba, y qué sé yo..., puedo jurar que le he visto ahí..., una persona, un sacerdote, un ser extraño, con la cara y los ojos de... ¡Qué desatinos engendra la fiebre!... Sí, en mi juicio estoy. *(Golpeándose el cráneo.)* No tengo duda. Mi marido duerme tranquilamente. ¡Y yo imaginaba confesarme con él!... ¡Vaya, que es de lo más absurdo!... En el fondo no deja de tener cierta gracia... *(Se incorpora.)* ¡Qué suplicio el de estar en la cama sin sueño! *(Pausa larga. Permanece un rato con las ideas oscurecidas, murmurando frases deshilvanadas. Restriégase los ojos. Por fin se aclara su juicio, y se reconoce en la realidad.)* Difícil es que pueda precisar si he dormido o no... Lo que es ahora bien despabilada estoy... ¡Ay amor mío, cuánto me haces sufrir! Quiero verte, quiero dolerme de tus agravios, y que me pidas perdón y desvanezcas este enojo que siento contra ti. No puedo soportar tu amistad con esa mujer indigna. No te vale decirme que las visitas son inocentes. ¿Qué objeto tienen entonces? No escucho tus explicaciones, no las admito. Esta noche me has parecido amable, como pesaroso de ofenderme y con deseos de desagraviarme. ¿De veras quieres que nos veamos mañana en nuestro asilo? ¡Y yo, tonta, respondí que no! ¡Tenemos a veces unos arranques de dignidad tan ridículos!... *(Pausa.)* Nada, mañana le escribo en cuanto me levante; le diré: "Aunque tú no lo mereces, grandísimo

pillo, necesito oír tus descargos, y acudiré a la hora de costumbre. Si tardas, te araño." No, no, esto es humillante. Debo fingirme muy incomodada, ¡huy, qué genio tengo!, y con pocas ganas de perdonar. El es el que debe humillarse. Coquetearemos. Le diré: "Amigo mío, es preciso que esto concluya, y vale más que tratemos, serenamente y sin atufarnos, de nuestra separación definitiva." Esto, esto; magnífico. ¡Qué feliz idea! Quisiera tener aquí lápiz y papel para apuntarla, no sea que se me olvide de aquí a mañana. ¡Señor, qué ansiedad, y cómo se estiran las horas de la noche! Me dan ganas de saltar de la cama volando, y escribir la esquela antes que se me escape del cerebro aquella idea felicísima. No; aguantaréme aquí. Tomás no duerme. Se sorprendería de verme levantada. ¡Ay, qué tumulto dentro de mí! Esa "Peri", esa "Peri"; no la puedo ver. He de obligarle a que me prometa no poner más los pies en su casa. No, no le escribo lo que pensé. Más fuerte, más fuerte, y unos morros así... Le diré: "Imposible perdonarte tus visitas a esa mujerzuela. Entre tú y yo no puede haber ya ni siquiera amistad si no me juras..." Sí, que jure, que jure, que se fastidie... Esto es lo que he de escribirle... ¡Ah! Se me ocurre ahora otra idea estupenda. Una carta llena de ternura es lo mejor, pues si me muestro arisca y exigente, puede que se incomode. ¡Es tan orgulloso! Nada, nada, mucha suavidad, quejas dulces... "Eres un ingrato, y correspondes mal al inmenso cariño que te tengo. No debiera verte más; pero soy débil, y mi debilidad te necesita. No me faltes esta tarde, si no quieres que me muera." Esto escribiré..., ¡lástima no tener lápiz!..., porque si no lo apunto, de fijo que se me olvida... Estoy llorando, y no había notado que lloro... *(Pausa.)* Me parece que Tomás descansa. Su respiración indica sueño... *(Poniendo atención.)* Sí, duerme. Me levantaré. Las sábanas son de fuego... Me levanto, voy al gabinete, y endilgo esa carta, antes que se me borre la idea... No, esperaré a que sea más tarde, a que apunte el día, que ya no puede tardar. Y nada de ternura, nada de mimos. Hay que tratarle a la baqueta. Pero ¿y si se crece al castigo? No, no se crecerá... Lo que hay es que no puedo seguir acostada. Arriba, pues. En mi gabinete escribiré. Hora tremenda es ésta para el cerebro. Creo que me vuelvo loca si sigo así. *(Salta del lecho, se pone la bata, mete los pies en las pantuflas y, de puntillas, recorre la alcoba.)* ¡Ah! Gracias a Dios que me siento más serena. En cuanto salí de las abrasadas sábanas soy más dueña de mí. Las ideas se me aclaran. No, no escribo ahora. Tengo la seguridad de que lo que escribiese hoy me parecería mal mañana, y rompería la carta. Al mediodía le pondré cuatro líneas, muy secas, citándole... ¡Qué frío hace! Cuatro palabras, y, luego, charlando cara a cara, le diré muchas cosas, pero muchas cosas... *(Después de dar algunos pasos, detiénese junto al lecho de Orozco y contempla a éste dormido.)* Mañana romperé la regularidad enervante de esta vida, mañana probaré lo misterioso y secreto, que arroja algunos granos de sal sobre la insipidez de lo legal y público. El corazón apasionado se alimenta de la flor de lo desconocido. Envidio a los que al abrir los ojos dicen: "¿Qué me pasará hoy? ¿Qué comeré hoy?..." Hombre santo y ejemplar, tus luchas son como una comedia que compones y representas tú mismo en el teatro de tu conciencia para conllevar el fastidio del puritanismo. El bien y el mal, esos dos guerreros que nunca acaban de batirse, ni de vencerse el uno al otro, ni de matarse, no cruzan sus espadas en tu espíritu. En ti no hay más que fantasmas, ideas representativas, figuras vestidas de vicios y virtudes, que se mueven con cuerdas. Si eso es la santidad, no sé yo si debo desearla. Duerme... *(Volviéndose hacia un cuadro de la Virgen, Murillo auténtico.)* Pero, lo que yo digo, los santos deben estar en el cielo. La tierra dejádnosla a nosotros los pecadores, los imperfectos, los que sufrimos, los que gozamos, los que sabemos paladear la alegría y el dolor. *(Contemplando otra vez a Orozco.)* Los puros, que se vayan al otro mundo. Nos están usurpando en éste un sitio que nos pertenece. *(Principia a amanecer.)*

JORNADA SEGUNDA

Antesala de un círculo de recreo. Sucesivamente cambia en escalera, en calle y en café, según se indica.

ESCENA PRIMERA

FEDERICO VIERA y MANOLO INFANTE.

FEDERICO.—*(Que sale por el fondo.)* ¡Maldita sea mi suerte! ¡Necio de mí! Debí prever este desastre, pues cuando nos amenaza un día de prueba, la noche que le precede es siempre una noche de perros. Las desdichas, como las venturas, no vienen nunca solas: vienen en parejas, como la Guardia Civil. Si mañana (debo decir hoy, porque son las dos) ha de ser para mí un día tremendo, ¿cómo no calculé que esta noche no podía ganar? Las vísperas de los días malos son... peores. *(Un Lacayo le pone el abrigo.)*

INFANTE.—*(Que entra, por la derecha, como viniendo de la calle.)* ¡Hola, Federico el Grande!... ¡Qué oportunidad!

FEDERICO.—Infantillo, ¿venías a buscarme?

INFANTE.—Justamente, a eso vengo... Salía de mi honrado Círculo de Ingenieros, y dije: "Voy a subir un momento allá, a ver si está ese perdío y le arranco al nefando tapete para llevármele a tomar chocolate y echar un párrafo con él."

FEDERICO.—¡Cuánto te hubiera agradecido que me arrancaras al nefando tapete! .. ¡Noche más infame!... Vámonos, vámonos. *(Bajan la escalera.)* ¿Tenías que decirme algo concreto o simplemente charlar?

INFANTE.—Nada concreto.

FEDERICO.—¿De veras? Tú eres muy ladino, y con esa apariencia de "bon enfant" tienes tus trapacerías, y en la conversación un gancho invisible para extraer las ideas.

INFANTE.—Me juzgas a mí por ti mismo. Indeliberadamente atribuímos a los demás nuestras cualidades.

FEDERICO.—En este caso, el listo eres tú..., y yo también un poco, porque adivino de qué quieres hablarme.

INFANTE.—Mejor; así no necesitaré exordio. Cuando nos atormenta una idea fija nos arrimamos a las personas que pueden darle pábulo. Es una necesidad del alma. Sí..., confieso que te busco para charlar, pero siempre con ánimo de que la conversación recaiga en lo de siempre, en mi prima.

FEDERICO.—Creí que con lo que te dije hace dos días quedabas convencido y satisfecho.

INFANTE.—Lo estoy por lo que a ti se refiere. Te he borrado de la lista de sospechosos; pero puedes volver a ella cuando menos lo pienses. Te absuelvo libremente, pero quedas sujeto a las resultas del proceso... Y en cuanto a ella, ¡qué bien defiende su enigma! Mas yo he jurado ante la laguna Estigia descifrárselo y se lo descifraré. Estas noches he puesto varias trampas. Hubo momentos en que creí ver caer en ellas a Malibrán, a ti, al oficialito de Artillería, al propio Calderón de la Barca... Pero no cayó nadie. Todos los indicios son tan vagos, que nada racional puedo fundar en ellos.

Calle.

FEDERICO.—¡Qué noche tan clara y serena! Se ensancha el alma mirando al cielo estrellado, y espaciándose por ese azul inmenso. Las noches de Madrid son mejores y más bellas que los días, y en mi opinión, toda la vida, la política, los negocios, el comercio y la poca industria que hay, debiera hacerse de noche.

INFANTE.—A eso vamos.

FEDERICO.—¡Mira ese cielo; pero míralo, hombre; observa qué templado ambiente!

INFANTE.—Sí, sí; pero no varíes la conversación. Oye una cosa. Dice Schopenhauer que cuando sufrimos un fuerte dolor físico, si nos ponemos a analizarlo, aplicando a él todo nuestro espíritu con insistencia, el dolor se alivia.

FEDERICO.—¿Te has consolado así? Vaya, menos mal.

INFANTE.—Déjame concluir. Verás cómo hago mi análisis. Empiezo por pre-

guntarme: "Pero ¿estoy yo realmente enamorado? Esto que siento, ¿es lo que llaman amor? ¿Hállome dispuesto al sacrificio, a la abnegación, a posponerlo todo al objeto amado?" ¡Ay! Me temo que si tocaran a sacrificarse mucho, yo, francamente..., vamos, que no. De lo cual deduzco que lo que siento es una pasión de amor propio, la pasión de las sociedades refinadas, como dice Malibrán. Lo que tomamos por amor no es más que el afán de vencer y de halagar nuestro orgullo. Te confieso que quiero a esa mujer como se quiere lo que llega a constituir un gran empeño de nuestra vida, lo que representa un triunfo, una gloria, el colmo de nuestros afanes. He dado con el vocablo; no debo decir que amo a mi prima, sino que la ambiciono.

FEDERICO.—Lo comprendo; pero como en mí se ha extinguido hace bastante tiempo toda ambición, no siento bien lo que me dices. Vamos, tú corres detrás de ella como otros detrás de un acta, de una gran cruz o de una cartera.

INFANTE.—No es enteramente lo mismo; pero, en fin, hay alguna semejanza.

FEDERICO.—Pasión de vanidad o, si quieres, pasión de gloria. Vencer, ganar una batalla, descubrir un territorio, inventar una máquina.

INFANTE.—Algo así, algo así... Y, en suma, lo que me trae a mal traer es la rivalidad, sentimiento profundamente humano, la envidia (demos a las cosas su nombre), el temor de que la batalla que yo debía ganar la tenga ya ganada otro, que otro inventor haya descubierto lo que yo inventar quise. Y persigo a mi rival con ensañamiento. Si eres tú el que busco, dímelo, por Dios; si sabes algo de otro, dímelo también.

FEDERICO.—*(Friamente.)* Pues sí sé... Vaya si lo sé..., y contando con tu discreción, voy a decírtelo.

INFANTE.—Bendita sea tu boca, si no te sales con alguna extravagancia.

FEDERICO.—Pues sí, Augusta está enamorada... de su marido.

INFANTE.—¡Ay, qué pillín! Como si no supiéramos con cuánta sandunga concilian ellas sus deberes con sus caprichos. Estiman a su maridos, los respetan, hasta los aman; pero luego hacen en la trastienda de su alma unas distinciones jesuíticas que son lo que hay que ver.

FEDERICO.—Eso no reza con nuestra amiga, que tiene a su marido un cariño firme y leal.

INFANTE.—Te diré... Razonemos. A mí me parece que Augusta estima a su marido, y le quiere, y no le pondrá en ridículo por nada del mundo. No hay miedo de que dé escándalos, y si tiene, como pienso, algún drama íntimo de estos imposibles de evitar en las altas clases sociales, uno de estos..., llámalos errores, llámalos derivaciones espiritualistas o materialistas que nacen de la excitación de la vida elegante, en fin, dales el nombre que quieras..., pues digo, que si se sale de la vida legal, ha de ser con sensatez y buenas formas, guardándole a su marido todo el respeto y hasta el cariño..., que... Mira tú, para aclarar esto sería preciso que antes fijáramos todas las categorías y formas del amor, las cuales son tantas, que no se cuentan nunca, y cada día encontramos una categoría y una forma nuevas.

FEDERICO.—¡Cuánto sabe este chico, Dios!... Pues yo no admito esas filosofías de estira y afloja, y me atengo a la idea de que Augusta es honrada.

INFANTE.—Es que la honestidad también tiene sus categorías.

FEDERICO.—No, no las tiene. Veo, Infantillo, que siendo yo una mala cabeza, como dicen, y tú uno de los niños más formalitos de estos tiempos, estoy menos corrompido que tú. Pues te digo otra cosa: tus pretensiones son una mala acción y una deslealtad.

INFANTE.—Si pones la cuestión en el terreno de la moral del "Amigo de los Niños"...

FEDERICO.—Que es la única. Si yo me viera en tu caso, me haría infeliz la idea de agraviar y deshonrar a un hombre tan bondadoso, tan digno de respeto y amistad. Dime, ¿eres tú de los que ven en Orozco un hipócrita, un egoistón lleno de camándulas?

INFANTE.—No, yo no creo eso; le tengo por persona estimabilísima. Pero te diré... Yo no hago la sociedad. La pícara está formada ya. Si ahora me dijeran a mí: "Infante, ahí tiene usted el caos. Fabrique usted la sociedad como cree que debe ser, bien ajustadita a los principios eternos", cuenta que lo arreglaría a gusto tuyo, a gusto de todos los sensatos y escrupulosos. Pero como me la encuentro hecha, y vieja, ya con multitud de repliegues y arrugas; como la

moral existe y es otro vejestorio entrado en siglos, con sus reservas, sus distingos, sus ondulaciones, yo no he de ponerme en ridículo haciéndome el apóstol de la línea recta. Juraría que piensas lo mismo que yo; pero por afán de originalidad te las das ahora de Catón inflexible.

FEDERICO.—Cree de mí lo que quieras. Aquí donde me ves, tan desquiciado, tengo yo mis preferencias por la línea recta. Me dirás que no la sigo; pero en estos tiempos, hasta el conocerla sin andar por ella viene a ser un mérito. Soy bastante testarudo, y poseo pocas ideas morales, pero firmes y claras. Aborrezco las interpretaciones farisaicas. Bien sé que no tengo autoridad, maldita la que hay acá; por eso te digo que los curas dicen: "Haz lo que te predico y no lo que yo hago..." ¡Pero si hallarás por ahí mil mujeres a quienes puedes dedicarte...! Busca otra, que las hay con maridos tontos o merecedores de que se los burle. Pero a ésa déjala..., déjala.

INFANTE.—¿Crees en conciencia, no en conciencia estrecha, sino en conciencia amplia, la única que podemos tener...; crees en conciencia amplia que es villanía engañar sin escándalo a Orozco?

FEDERICO.—En conciencia de todos tamaños lo creo. Dejemos la moral alta y vengamos a la rastrera. Hasta la moral menuda te lo prohibe.

INFANTE.—¿Lo crees tú? He dicho sin escándalo.

FEDERICO.—Con escándalo o sin él, será una indignidad.

INFANTE.—En ti se comprendería esto, porque tienes obligaciones de cierta clase con Orozco. Pero yo no las tengo. Conmigo es un amigo de tantos. Le debo las atenciones usuales y corrientes en sociedad; pero nada más. Tú no estás en ese caso. A ti te quiere mucho; tiene por ti verdadera debilidad. ¿Sabes lo que me dijo ayer? Te lo repito textualmente: "Es preciso que entre todos hagamos un esfuerzo para regularizar la vida de ese pobre Federico, arrancándole sus hábitos viciosos. Es un excelente corazón y un carácter hidalgo debajo de su capa de libertino con embozos de bohemio."

FEDERICO.—¿Eso dijo? *(Con sequedad y soberbia.)* Pero ¡qué empeño de reformarme! Estos amigos reformadores y redentoristas me fastidian. ¿Por qué no me dejan como soy?

INFANTE.—Hombre, agradece la intención.

FEDERICO.—Sí, la agradezco.

INFANTE.—Por lo demás, ya sabemos que a ti no te baraja nadie.

FEDERICO.—*(Con ira disimulada.)* Pues no vacilo en decir que si yo estuviese, como tú, prendado de Augusta, y no supiera contenerme en una actitud completamente platónica, sería un hombre indigno... Si te parece, entraremos en la chocolatería. Luego daremos otro paseo hasta mi casa.

Chocolatería. Toman asiento y son servidos por un Mozo.

INFANTE.—¿De modo que tu consejo es que desista?

FEDERICO.—*(Ensimismado.)* Sí; el honor lo pide así.

INFANTE.—¡El honor! Ahí tienes otra cosa que no se ha definido bien todavía, y que tiene muchos arrumacos. ¿Y si yo te probara que el honor precisamente me manda no desistir?

FEDERICO.—Dirías un disparate.

INFANTE.—Sobre esto hemos de hablar mucho. ¿Quieres que me pase mañana por tu casa?

FEDERICO.—*(Con amargura fría, dando fuerte palmada sobre la mesa.)* Calla, por Dios; mañana será para mí un día nefasto; con dificultades de tal magnitud, que no veo cómo saldré de ellas. Mi sistema, ante estos tremendos compromisos, consiste en la ausencia de toda previsión. En el momento crítico discurro lo que debo hacer, y lo hago. Obro por inspiración, y la inspiración y el cálculo no son compatibles. En presencia del enemigo que me acosa siento en mí algo del genio militar, y me descuelgo súbitamente con una combinación ingeniosa y salvadora.

INFANTE.—¡Tremenda vida! ¿Por qué no eres franco con los amigos? ¿Por qué no aceptas...?

FEDERICO.—*(Interrumpiéndole.)* Porque me quedaría sin amigos. Déjame a mí. Yo me bandeo solo. *(Tratando de arrojar de su mente las penosas ideas que le abruman.)* No hablemos de eso. Tengo por sistema no apurarme por nada. Te digo que no hablemos de eso.

INFANTE.—¿Y si yo insistiera en ha-

blar y en pedirte que me confiaras tus afanes y en ayudarte a vencerlos?...

FEDERICO.—Te lo agradecería; pero, francamente, no quiero perder tu amistad.

INFANTE.—¡Perderla!

FEDERICO.—Sí, perderla. Déjame a mí. Los favores de cierta clase se pagan con el aborrecimiento. ¿Recuerdas aquel verso: "Inglés, te aborrecí, hérce te admiro"?... Pues viene que ni de molde. Querido Infantillo, tú no sabes de la misa la media. Cuando uno tiene la fatalidad de ser insolvente, si quiere conservar a los amigos, lo primero que debe hacer es no deberles nada. "Inglés te aborrezco." Yo no puedo evitar que se apodere de mí una aversión insana hacia toda persona decente que viene en mi auxilio... En fin, no quiero tocar este punto. No lo toques tú tampoco, y déjame. Lo único que te diré es que no vayas mañana a casa. Estaré fuera casi todo el día.

INFANTE.—*(Para sí.)* ¡Qué hombre este! El orgullo le acabará.

FEDERICO.—Ahora vámonos, pian pianito, a dar otro paseo.

Calle. Siguen paseando y charlando. Llegan a la calle de Lope de Vega.

INFANTE.—¡Qué noche tan serena y deliciosa!... Te acompañaré hasta tu casa.

FEDERICO.—Esta es la hora de las confidencias, la hora de la amistad. Me estaría yo charlando contigo, de calle a calle, hasta el día. No tengo sueño ni ganas de acostarme.

INFANTE.—Dios quiera que mañana salgas bien de tus conflictos.

FEDERICO.—Saldremos, sí. Hay fe en la Providencia. Como si yo no tuviera hoy bastantes pesadumbres sobre mi alma, me ha caído una que... Vamos, te la cuento.

INFANTE.—Gracias a Dios que me confías algo.

FEDERICO.—Y la cosa es grave. *(Avanzan hacia el extremo de la calle.)* Sigamos hablando hasta el Prado, y luego volveremos. Esta es mi casa. *(Señalando a la derecha.)*

INFANTE.—Noticia fresca. Como no digas más...

FEDERICO.—Quedamos en que ésta es mi casa. Bueno. Mira ahora la de enfrente.

INFANTE.—La miro y no veo en ella nada de particular.

FEDERICO.—Fíjate en la planta baja... En la tienda...

INFANTE.—Veo un rótulo de ultramarinos que dice: "Santana. Géneros del reino y extranjeros."

FEDERICO.—Perfectamente. Más arriba verás dos ventanas que corresponden al entresuelo de la derecha. Ahí tiene su escritorio ese animal.

INFANTE.—Todo lo veo, menos la relación que eso pueda tener contigo.

FEDERICO.—Te lo diré. En el escritorio trabaja un chiquillo como de veinte años, un hortera que le hace guiños a mi hermana.

INFANTE.—¡Ah! Ya...

FEDERICO.—Y no es eso lo peor, sino que la muy tonta se deja querer de semejante mequetrefe. Lo descubrí ayer, y me volé... Escena terrible en mi casa. Tengo que hacer un escarmiento con esas pagartonas que me sirven y plantarlas en la calle.

INFANTE.—Cuestión delicada es ésa para resolverla "ab irato". Considera que tu hermana no vive en la esfera social que le corresponde. Está en la edad crítica del amor... No ve a nadie... Ha visto a ese chico...

FEDERICO.—*(Irritándose.)* Cállate. No puedo soportarlo... ¡Mi hermana dejándose impresionar por un tipo de ésos!... Tú conoces mis ideas. Soy un botarate, un vicioso...; pero hay en mi alma un fondo de dignidad que nada puede destruir. Llámalo soberbia, si te parece mejor. No me resigno a que ese vil hortera haya puesto los ojos en Clotilde. Soporto menos que ella guste de vérselos encima. Te aseguro que habrá la de San Quintín en mi casa. A mi hermanita la meteré en un convento de Arrepentidas, y al danzante este, como yo le coja a mano, como le sorprenda en la escalera de mi casa..., tengo sospechas de que hay aproximaciones..., como le sorprenda, te juro que no le quedan ganas de volver.

INFANTE.—Moderación. Esas son ideas del siglo diecisiete, clavaditas. Comprendo que no te agrade la elección de tu hermana: pero fíjate en las circunstancias. ¿Acaso la has puesto tú en condiciones de elegir?

FEDERICO.—*(Nervioso.)* No me vengas a mí con esa clase de reflexiones. La tapadera de las circunstancias sirve para en-

cubrir los ultrajes al honor. Que mis ideas son anticuadas en este particular, lo sé, lo sé; pero son así, y no admito otras. Aunque me llames extravagante, te diré que no me cabe en la cabeza la igualdad. Yo no soy de esta época, lo confieso; no encajo, no ajusto bien en ella. Ya sabes mi repugnancia a admitir ciertas ideas hoy dominantes. Esto que en lenguaje político se llama pueblo, yo lo detesto, qué quieres que te diga, y no creo que con la gente de baja extracción vayan las sociedades a nada grande, hermoso ni bueno. Soy aristócrata hasta la médula..., no lo puedo remediar... Eso de la democracia me ataca los nervios. Gracias que no es verdad, ni hay tal democracia, pues si la hubiera... ¡Dios nos asista!

INFANTE. Tú podrás pensar lo que gustes, pero como los hechos se sobreponen a las ideas, si tu hermanita se empeña en democratizarse, se democratizará..., a despecho de tu aristocracia.

FEDERICO.—Prefiero verla muerta.

INFANTE.—Piénsalo bien... Esas cosas se dicen pronto..., pero luego la realidad... *(Aproximanse a la puerta de la casa.)*

FEDERICO.—¿Dónde estará ahora ese maldito sereno? Quizá, durmiendo la mona en el hueco de alguna puerta. *(Suena la cerradura, y observa que la puerta se abre por dentro.)* ¡Ah! Escucha, mira. Alguien sale...

ESCENA II

LOS MISMOS y SANTANITA. Abrese la puerta y aparece SANTANITA, el cual, al ver a los dos amigos, retrocede asustado y como si quisiera volver a meterse en el portal.

FEDERICO.—*(Con súbita ira.)* ¡Rayos y demonios!... ¡Eh!... ¿Quién es usted? *(Echándole mano al pescuezo.)*

SANTANITA.—*(Con terror suplicante.)* ¡Ay, ay!... Por Dios, don Federico, no me mate usted.

FEDERICO.—Badulaque, mequetrefe, tú vienes de mi casa. *(Le sujeta con nerviosa energía. Infante interviene con ademán pacífico.)*

INFANTE.—¡Por Dios..., calma!... ¡Qué atrocidad! *(Tratando de calmar a su amigo.)*

FEDERICO.—Si no fuera quien soy, le ahogaría... ¡Miserable! ¿Qué hacías en esta casa?

SANTANITA.—¡Señor, óigame usted!... *(Anonadado y trémulo.)* Subí sin más objeto que hablarle... por el ventanillo..., nada más. Yo se lo juro.... y puede usted comprobarlo arriba.

INFANTE.—Basta. Retírese usted.

FEDERICO.—*(Soltándole.)* Sí..., que se vaya. La escena es repugnante. *(Mirando a Santanita con desprecio.)* ¡Qué ignominia! Si en vez de ser un bicho, fuera un hombre, acabaría con él, puesto que no hay tribunales que castiguen estas infamias.

INFANTE.—Concluyamos. *(A Santanita.)* ¿Todavía está usted aquí?

FEDERICO.—Ya has oído, muñeco, que no me rebajo a castigarte. Otra cosa será si llego a cogerte en mi casa.

INFANTE.—Largo... Se acabó la cuestión.

SANTANITA.—*(Recogiendo su sombrero, que en la refriega se le ha caído.)* Don Federico, usted abusa de su posición. No es caballero todo el que lo parece, ni para serlo basta llevar sombrero de copa. Puesto que usted se pone en ese terreno, a él iremos todos. *(Se aleja.)*

FEDERICO.—*(Sin poder contenerse.)* ¡Pues no se atreve...! ¡Si me provoca...!

INFANTE.—*(Sujetándole.)* Déjale, por Dios. Ya ves que huye.

SANTANITA.—*(Desde lejos.)* Don Federico, usted se empeña en luchar con la corriente, imponiendo a todo el mundo su quijotismo, y usted se fastidiará. *(Vase calle abajo.)*

ESCENA III

FEDERICO e INFANTE.

INFANTE.—Pero, hombre, ¿estás en ti? Si le maltratas gravemente, ¿no sabes que podría costarte la torta un pan?

FEDERICO.—Iré a la cárcel... ¡Qué vergüenza! ¡Qué leyes! Si esto se llevara a la justicia, a mí me condenarían, y a ellos los casaban. ¡Y a esto llaman organismo social! La ley protege la deshonra, y el Estado es el amparador de los criminales. *(Entra en el portal.)*

INFANTE.—No me despido. En la calle te he librado de hacer un disparate, y ahora entro contigo para impedirte hacer otro en tu casa.

FEDERICO.—A esa chiquilla sin seso y de condición villana le enseñaré yo el

respeto que debe a su nombre. ¡Qué falta de pudor! ¡Qué vileza!

INFANTE.—¡Ay, amigo mío *(Ambos encienden cerillas y suben.)*, no echas de ver que se han quedado muy atrás los tiempos calderonianos!

FEDERICO.—Sí, y también echo de ver la gran diferencia en favor de aquéllos. Pero ¿tú crees que si en nuestra edad se usara el ceñir espada se me escapa ese tipo asqueroso? Le atravieso en el acto.

INFANTE.—Más vale que no usemos armas.

FEDERICO.—*(Llega a su habitación y llama.)* Verás, verás cómo ahora resulta que nadie ha visto nada, que todo es figuración mía y ganas de reñir. Estas canallas de mujeres me las han de pagar.

ESCENA IV

LOS MISMOS y CLAUDIA.

CLAUDIA.—*(Abriendo la puerta.)* Buenas noches.

FEDERICO.—Oye, ¿qué hacía en casa ese sinvergüenza que acaba de salir?

CLAUDIA.—*(Soñolienta.)* ¿Quién? ¿Está usted loco? ¡Bah! Ya viene con sus remontazones. Aquí no ha entrado nadie.

FEDERICO.—Tú y tu hermana sois unas grandísimas alcahuetas... ¿Y la señorita?

CLAUDIA.—Acostada y durmiendo.

FEDERICO.—Pasa, Infante. *(Entran en la sala.)*

INFANTE.—Mira, deja el asunto para mañana. Ya debes suponer que te han de negar todo. Ten calma, soporta el hecho, y búscale solución de la manera más práctica.

FEDERICO.—¡Qué tonto eres! *(A Claudia.)* Mañana os ponéis en la calle con toda vuestra indigna parentela, y mi hermana irá a las Arrepentidas... ¡Qué bajeza de espíritu y de sentimientos!... No quiero verla... Que no se ponga delante de mí. No podría contenerme...

INFANTE.—*(Sentándose.)* Eso me parece muy bien: no hables con nadie esta noche. Aplaza la cuestión para otro día.

FEDERICO.—*(A Claudia, con vivo enojo.)* Esta casa es una sentina, y vosotras alimañas inmundas.

INFANTE.—Bien, desahógate.

FEDERICO.—*(A Claudia.)* Quítate de mi presencia... Vete... con mil pares de demonios.

CLAUDIA.—*(Para sí.)* Ya se le pasará el enfado... Este señorito fantasioso cree que estamos en tiempos como los de esas comedias en que salen las cómicas con manto, y los cómicos con aquellas espadas tan largas, y hablando en consonancia. ¡Válgate Dios con la quijotería! *(Vase.)*

FEDERICO.—*(Paseándose.)* ¡Esto es horrible! ¡Qué bochorno! ¡Aquí tienes tu dichosa idea de igualdad, que todo lo encanalla! Ese pelanduscas se ríe de mí en mis barbas, ultraja un nombre respetable, y tengo las manos atadas contra él.

INFANTE.—Has hecho bien en aplazar la función. Y ahora puedo irme tranquilo.

FEDERICO.—Retírate, si quieres. *(Recogiendo tres cartas que hay en el velador.)* ¿Tres cartas? ¿Apostamos a que en ellas vienen nuevas calamidades? Nada, que sigue la mala. *(Abre una.)* ¿Lo ves?... Una desgracia, un golpe en la nuca... Mi padre me anuncia que llega pasado mañana... Y ¿a qué viene?... Es mi padre y no puedo decir contra él ninguna palabra ofensiva. *(Con ira.)* Te juro, amigo Infante, que soy el hombre más digno de lástima que hay bajo el sol. No puedo echar de mí esta susceptibilidad delicadísima, y adondequiera que me vuelvo no encuentro sino agudas puntas que me la hieren y me la chafan. ¡Este hombre!... *(Estruja la carta y la arroja al suelo.)* Si no fuera mi padre creo que le... Pero ¿a qué vendrá a Madrid? Me lo figuro, y la rabia me ahoga. ¿Por qué no se estará allí, en su libre América, olvidado y olvidándonos? No me bastaba con el sofoco que me ha dado Clotilde, sino que también este azote había de caer sobre mí.

INFANTE.—Lee las demás cartas. La suerte suele darnos sorpresas... Quizá en alguna de ellas encuentres un bien inesperado.

FEDERICO.—*(Examinando otra carta.)* Sí..., para bienes inesperados está el tiempo. Conozco la letra. Es de Torquemada... *(La abre.)* Maldita sea tu alma... *(Lee.)* "Pongo en su conocimiento que si mañana a las doce...

INFANTE.—Lo que es por ese lado... Entérate de la otra. ¿Conoces también la letra del sobre?

FEDERICO.—*(Que sonríe examinando el*

sobre.) Pues mira, estos garabatos me producen una dulce impresión entre tantas desventuras. Es de una mujer... ¿Para qué hacer misterios? Es de la "Peri"... ¡Pobrecilla!... *(Lee para sí.)* Nada, me convida a almorzar. Tiene que hablarme... Sí; el día es a propósito para almuercitos...

INFANTE.—Yo me retiro... No olvides mis consejos. Siento dejarte tan preocupado y caviloso. ¿Acaso, en medio de las agitaciones de esta noche, has visto un rayo de luz, un indicio de salvación?

FEDERICO.—*(Después de una pausa.)* ¡Quién sabe! Tal vez sí. *(Se dan las manos cariñosamente.)*

INFANTE.—Pues buenas noches..., digo, buenos días. Pronto amanecerá.

FEDERICO.—Adiós. *(Vase Infante. Federico pasa a la alcoba.)*

ESCENA V

Gabinete lujoso, en casa de la «Peri». Es de día. FEDERICO y LEONOR.

FEDERICO.—*(Entrando precedido de una Criada.)* Pásale recado en seguida. Si hay alguien y tengo que hacer antesala, me marcho, porque no estoy de humor de plantones.

CRIADA.—No hay nadie, digo, sí, está ése, que es lo mismo que decir nadie. Pero al momento se va... *(Poniendo atención.)* ¿Oye usted? Ya sale..., como siempre, metiendo mucho ruido.

FEDERICO.—Pues anda, dile a tu ama que estoy aquí, y que si no sale pronto me colaré adentro.

CRIADA.—Siéntese usted un ratito. Leonor sabe que es usted, porque me dijo: "Corre a abrir, que debe de ser ese..." Ahora saldrá. *(Vase.)*

FEDERICO.—*(Sentándose en un sillón.)* Aquí todos somos "eses". ¡Bueno, bueno, bueno!

LEONOR.—*(Que sale presurosa, muy maja, con bata negra de seda, adornada de lazos rosa-té, la cara recién empolvada, el pelo recogido con horquillas de concha.)* Niño, buenos días. Hay que echarte memoriales para verte. *(Poniéndole la mano en la cabeza.)* ¿Cómo estás? ¿A ver esa carátula? Palidez tenemos, y ojeritas... ¡Ay, ay! Habrás dormido mal... ¡Pobrecito de mi alma!

FEDERICO.—*(Estrechándole la mano.)* Yo, así, así. Y tú, ¿cómo estás? *(Se sientan juntos. Leonor le pasa la mano por el pelo.)*

LEONOR.—¿Recibiste mi papel?

FEDERICO.—Sí, esta madrugada, al llegar a casa. Te agradezco mucho la buena voluntad.

LEONOR.—El agradecimiento está de más. Pues oye: supe ayer por Torquemada lo que te pasa, y la que te tenían armada para hoy ese pillo y su compinche Bailón. Me entraron ganas de echar un capote por ti, como tú lo has echado por mí cuando me he visto en la cuna de la fiera.

FEDERICO.—Conozco tu buen corazón y tus desplantes de generosidad. Puesto que entre los dos hay confianza, hablemos. Nunca siento ante ti el embarazo que estas materias me producen ante otras personas con quienes tengo amistad.

LEONOR.—Es que yo soy tu amiga de..., de la entraña, y los demás lo son de aquí. *(Tocándose la punta de la lengua.)* Estoy contenta; esta mañana te eché las cartas, y en ellas vi que saldrías bien del soponcio.

FEDERICO.—¡Qué célebre! *(Riendo.)* Y ¿qué te dijeron los naipes?

LEONOR.—Primero salió disgusto grande..., ya sabes, el siete de espadas, en un corto camino, cuerpo y pensamiento de un hombre moreno. La cosa era bien clara...

FEDERICO.—*(Burlándose.)* Clarísima; ya lo creo.

LEONOR.—No lo tomes a broma. Pues rezados los tres padrenuestros con muchísima devoción, y encendida la lamparilla a San Antonio, volví a echar lo que ha de venir, y ¿qué creerás que salió? Pues recelo por la mañana, el caballo de bastos, que eres tú; la mujer de buen color, y por fin, el as de oros. ¿No sabes lo que significa el as de oros?

FEDERICO.—*(Impaciente.)* Signifique lo que quiera, vamos al grano, Leonorcita. No hay tiempo que perder, y es preciso plantear la cuestión lisa y crudamente. ¿Tienes dinero?

LEONOR.—¡Dinero!... *(Mirándose las uñas.)* Lo que es dinero, muy poco tengo disponible; pero se puede agenciar de aquí a la noche.

FEDERICO.—Imposible esperar de aquí a la noche.

LEONOR.—Tienes razón. Salió el dos de bastos, que quiere decir corto camino...

Bueno; pues, para no cansar, empeñaré todas mis alhajas o las que sean menester. ¿Qué quiere decir la sota de copas junto al as de oros sino que la mujer de buen color llevará a Peñaranda sus joyas? ¿Te parece bien?

FEDERICO.—Paréceme atroz, y lo acepto por la terrible ley de la necesidad, con pena, pero sin rubor. Pásmate, como se pasmaría el mundo si lo supiera. ¡Qué extrañas relaciones éstas! No somos amantes: lo fuimos. Somos tan sólo amigos; pero esta amistad nuestra es un fenómeno psicológico... ¿Sabes lo que es psicológico? Pues quiere decir de alma, un fenómeno...

LEONOR.—Mira *(Con ademán de pegarle.)*, no me llames a mí fenómeno, ni tampoco a nuestra amistad...

FEDERICO.—Quiero decir que esto nadie lo entiende más que nosotros. Por nada del mundo acepto yo, de un amigo de mi clase, ciertos favores. ¿Por qué los acepto de ti, sin que mi decoro se sienta herido? No puedo explicártelo claramente. ¿Qué significa esta fraternidad que entre nosotros existe? ¿Se funda quizá en nuestra degradación? Yo degradado, tú también, nos entendemos en secreto... Quizá si tus auxilios se hicieran públicos, yo los rechazaría con horror. Pero es el caso que de otras personas, bien seguro estoy de ello, no los recibiría ni aun ocultándolos con el mayor sigilo. Mi orgullo tiene esta debilidad contigo, quizá porque entre tú y yo hay un parentesco espiritual, algo de común, que no es honrosa, sin duda, la desgracia, Leonor, el envilecimiento... Esto me confunde.

LEONOR.—*(Sin entender estas psicologías.)* No, tonto; es que nos sale de dentro el ser amigos.

FEDERICO.—Amistad es ésta que Dios debiera tener en cuenta. En ella se funda algo, que, si no es verdad, se le parece; en ella puede haber abnegaciones y hasta sacrificios. No es por alabarme; pero conviene recordar que yo también supe ayudarte en trances críticos de tu vida, como tú me ayudas ahora. Me compadeces, como yo te he compadecido. Pues aunque seamos un par de pícaros tú y yo, este sentimiento que uno a otro nos inspiramos, ¿no es de la mejor ley?

LEONOR.—Yo no sé lo que me pasa contigo. Bueno debe de ser esto, porque yo, aunque corra mis temporales de amor, siempre tiro hacia ti como la cabra al monte. Cuando pasan muchos días sin verte, estoy intranquila, y si oigo decir que estás enfermo, me pongo de mal temple. Me enamoro de éste y del otro, me chapuzo, me emborracho; pero no me importa engañar al que más me entusiasma y encajarle una mentira. Pues no teniendo amores contigo, como no los tengo, primero me corto la lengua que decirte una falsedad. Esto sí que es rarísimo. No sé..., pero como vivo sin familia, me parece que tú eres para mí algo como hermano, como padre..., y si tú dices: "Leoncrilla, tal cosa te conviene", lo hago con los ojos cerrados. ¿Consiste en que tú solo me hablas con verdad? Por esto debe de ser. Eres el perdis más caballero que hay bajo el sol.

FEDERICO.—Y tú la perdida más señora que hay bajo la luna. Te profeso un cariño fraternal. ¡Caso extraño! En cuestión de amores, tú vas por tu lado, yo por el mío. Después de rodar cada cual por distinta órbita, venimos a juntarnos en este punto inexplicable de nuestra confianza, que es para mi alma un gran consuelo. *(Para sí.)* ¿Será verdad lo que estoy diciendo, o me engaño y me ilusiono con palabras artificiosas? ¿Será que me he connaturalizado con la degradación, como los seres que viven en una sentina, y no pueden respirar si se les saca del aire corrupto? Es triste que haya venido a encontrar el único afecto reposado y noble en el trato de esta mujer envilecida.

LEONOR.—*(Que le ha observado cariñosamente, tratando de penetrar el objeto de su meditación.)* ¿En qué piensas, monín?

FEDERICO.—En cosas que a mí me pasan.

LEONOR.—¿Amores? ¡Ah, pizpireto!, no me lo niegues. Como entre tú y yo no hay lío, puedes contarme tus penitas. Dime, ¿a qué señora trasteas, pillo? Porque señora ha de ser, y de las buenas.

FEDERICO.—Pues... algo hay. Pero la confianza contigo tiene su excepción, y lo que es el nombre no hay para qué sacarlo a relucir.

LEONOR.—Bueno; guárdate el nombre. No le vaya a dar el aire: ¿la quieres mucho?

FEDERICO.—Te diré... Me gusta. Es mujer hermosa, apasionada, y tan buena

: no me la merezco.
es muy salado. Di
so; despierta en mí
mas no sé qué ba-
a la separa de mí...
entre ella y yo se
ntre nosotros, esta
ridad, este abando-
enosos de la vida...
la parte que tengo
llevarla allá para
le del pelo.) ¿Y
illita?
no puedo. Estas co-
iores a nuestra vo-
ltando allá un liga-
esario, aquello tie-
as!
que te hablo de mis
iora los tuyos. ¿Si-
de La Cerda? ¿No
el "pollo malague-
marqués está cada
mí; sólo que de
arte se me ha vuel-
e muchos números.
verás. He estado
chísima, durante
vivir sin él. Ya me
: me ha hecho dos
s. ¡Y cómo me tira
uno! ¡Pero paso
an guapo, tan za-
días tuvimos una
fuerte que las de
ta a la cabeza y le
ite. Después no te-
: y anoche estuvi-
l fin tocamos a re-
da, chica! ¡Qué
s humanos! Y hay
lucirlos a reglas, y
muestras de una
raro lo que le pa-
lada por ese gita-
nfianza en él; no
na peseta ni nada
males.
ní me pasan hoy,
e dicho, cosas muy

desagradables. Si tuviéramos tiempo te las contaría.

LEONOR.—Sí que hay tiempo. Son las diez y media. Yo me visto volando, y arreglo eso en lo que se persigna un cura loco. Cuenta.

FEDERICO.—Pues he descubierto que mi hermana me ha salido enamoriscada de un muchacho de ultramarinos. Créelo: esto me produce el mismo efecto que si me dieran de bofetadas en mitad de la calle. Y ¿qué voy a hacer yo ahora? No lo sé. Me acostumbraré a la idea de que se ha muerto mi hermana.

LEONOR.—¡Vaya un disparate, niño! Si la pobrecita le tiene ley a ese facha, déjalos que se casen. Guárdate el orgullo para otras cosas. Puede que sea más feliz con él que con cualquier fantoche de esos que andan por ahí. Yo tuve un novio barbero. ¡Ay mi Lucas! Se llamaba Lucas... Si me hubiera casado con él, en vez de escaparme de casa de mis tíos con el tenientillo de Infantería que me perdió, hoy sería yo una mujer honrada; mira tú, tendría la mar de chiquillos y... Pero no nos descuidemos. Ya me parece hora de ocuparnos de nuestros negocios. Saldré a eso, y luego almorzaremos juntos... Vamos a ver: ¿quedamos en que empeño las alhajas? Si se pudiera aguardar a mañana, yo le pediría a mi marqués de La Cerda esa cantidad, amenazándole con sacarle los ojos si no vomitaba.

FEDERICO.—No..., eso no. Malo es lo de las alhajas; pero lo prefiero.

LEONOR.—Pues mano a la obra. Por una casualidad tuve noticia de este apurillo tuyo. Fuí a ver a Torquemada para pagarle mil reales que le debía mi pollancón maldecido, y me dijo aquel esperpento que ya no te da más prórrogas, que si hoy no le pagas te echa al juez. Por él supe también la cantidad. Dime: si yo no te hubiera llamado hoy, ¿habrías venido tú a contarme tu compromiso, y a pedirme que echara el resto por sacarte?

FEDERICO.—*(Después de vacilar.)* Creo que sí.

LEONOR.—¡Viva la confianza! Ahora, a la calle, Leonor. Voy a echarme una falda... Al momento estoy lista. *(Vase saltando.)*

FEDERICO.—*(Solo.)* ¡Qué criatura, qué arranques! Lo mismo absorbe una fortuna que la regala. Ha arruinado a tres

ricachos, y a mí me comió lo que heredé de mi madre. Pero ¡qué simpático desorden!

LEONOR.—*(Que entra en traje de calle, con mantilla y manguito.)* Ya estoy. No te muevas de aquí. Yo te lo arreglaré todo. Torquemada está a dos pasos, calle de Tudescos... Me parece que llevo bastante... género. *(Mostrando varios estuches envueltos en un pañuelo.)* Llevo los tres solitarios, el collar de perlas, los pendientes, la mariposa de brillantes... Con esto creo poder llegar a las trece mil pesetas. Si no es bastante, Valentín me dará lo que falte, prometiendo llevarle alguna alhaja más.

FEDERICO.—Haz lo que quieras. Te pintas sola para estas cosas. Aquí te aguardo.

LEONOR.—Si viene el marqués, no me le entretengas, a ver si se larga. Dices que no me has visto, que cuando llegaste ya había salido yo. Si le hablas del crimen ese, te advierto que es "cuadradista" rabioso, y que quiere ahorcar a todo el género humano, menos a la madrastra. Dale por ahí mucho jabón. Si cuando yo venga está él aquí, salúdame como si no me hubieras visto hoy. Ya buscaré un pretexto para escaparnos, dejándole en el chiquero.

ESCENA VI

FEDERICO, solo, paseándose.

FEDERICO.—Esto, ¿qué es? ¿Es la mayor de las dagradaciones, o acaso hay en esta amistad algo de bien moral, tan legítimo como lo más legítimo que en el mundo existe? ¿Es cierto que acepto estos auxilios en reciprocidad de otros prestados por mí, y es cierto que no encuentro en ellos nada de vergonzoso? Escudriño en mi conciencia, llena de susceptibilidades, y ningún remordimiento descubro por tales actos. Busco y revuelvo más, y mi orgullo no parece por ninguna parte. Anda huído por los rincones y escondrijos del alma. ¿Será que el tal orgullo es ley tiránica ante la sociedad, y todo licencia y anarquía para las acciones desconocidas de la gente? Entonces, el culto de la dignidad será, ni más ni menos, el arte de no dejar traslucir nuestro rebajamiento... Hay en mí dos hombres, el Federico Viera que todo el mundo conoce, y el amigo de la *Peri*. ¿Cuál es el verdadero y cuál el falsificado? Me marea esta duda, y no sé qué pensar de mí. *(Pausa. Trata de ordenar sus ideas.)* ¡En qué consiste que cuando me agobia un pesar, lo primero que se me ocurre es venir a contárselo a esta mujer? Para todos es ella el vicio, el embuste y la dilapidación; para mí es como un apoyo moral... Me espanto de decirlo. ¿Acaso le tengo amor? No, no es eso, porque sus amantes no me infunden celos. Amistad es, sí, y de las más atractivas. ¡Enigma tremendo! ¿Por qué me inspira esta mujer una confianza que no siento por ninguna otra?... *(Herido por un recuerdo.)* ¡Ah! Ya no me acordaba. Esta tarde, entrevista con Augusta. Parece que la idea de la cita ha brotado en mi mente con un ligero chispazo de disgusto. ¿Qué significa esto? ¿La quiero, sí o no? No puedo dudar que me interesa, y, no obstante, desearía que ella se cansase y me propusiese el rompimiento... Pero no lo hará. Mujer soñadora y altanera, tiene entusiasmo, la exaltación temeraria de las almas de complexión robusta. Bien sabe Dios que no quisiera lastimarla. Me gusta, me ilusiona, me embriaga a ratos; pero no me inspira la dulce familiaridad con que estoy ligado a esta bribona de Leonorilla. La otra pertenece a la sociedad, y ante ella, por una serie de actos maquinales, me revisto de mi orgullo, me lo pongo. *(Haciendo ademán de vestirse.)* como me pondría el frac. Soy su amante; su amigo, no. Por nada del mundo le confiaría los abrumadores aprietos en que me veo una semana sí y la otra también. Por nada del mundo admitiría de ella lo que admito de esta pobrecilla y despreciada *Peri*. La quise y la seduje por estímulos oscuros de la imaginación y de los sentidos, y por ella he faltado a la consideración que debo a un amigo. ¿No es esto más villano que empeñar las alhajas de la *Peri* para pagar mis deudas? *(Con rabia.)* Y, sin embargo, el mundo no lo ve así. Por lo que aquí ha pasado hoy, algunos quizá dejarían de saludarme; por lo otro me envidiarían... *(Agitadísimo.)* Lo indudable para mí es que con unas y otras cosas la vida se me va haciendo muy pesada, y me cuesta ya trabajo cargar con ella. No hay en mi existencia un rato de tranquilidad, y adondequiera que me vuelvo, doy con mi cara en un poste.

Y para acabar de anonadarme, viene mi padre, como llovido, a turbar más mis ideas y a ponerme en el disparadero. Porque, no tengo duda, el objeto de este viaje es un bien combinado ataque al bolsillo de Orozco. ¡Esto me faltaba! *(Fateando.)* Luego la casquivana de Clotilde... No, no soporto tanta mengua. No puedo más; mi resistencia se acabará pronto. *(Se sienta. Larguísima pausa.)* Ya, ya sé la cantilena de Augusta esta tarde. Me parece que la oigo: que desea regenerarme; que debo pensar en vivir de un modo regular; el estribillo de la última tarde que nos vimos. Y para eso me ofrecerá sus riquezas. ¡Qué oprobio, aceptar tal cosa, vivir, y vivir bien, con la fortuna del hombre a quien ultrajo! Esto no lo haré yo jamás. Prefiero mil veces pedir públicamente, delante de todos mis amigos, cinco duros a la *Peri*, y tomarlos sabiendo que ella los sustrae del bolsillo de sus amantes; prefiero esto a recibir de la mujer de Orozco esos medios de vida honrada que me ofrece. ¡Vaya una honradez! Antes me ganaría yo la vida con los oficios más vergonzosos, en esta casa o en otra cualquiera, envileciéndome, pero sin engañar a nadie... *(Vuelve a pasear.)* ¡Cuánto tarda Leonor! Si no viene pronto, creo que enloqueceré. No puedo estar solo. Necesito compañía constante. Pero ¿a quién descubrirme totalmente? ¿Cómo contarle a la otra lo que hoy he hecho? ¿Cómo decirle: "Tengo una amiga del alma, una socia moral que hace los mayores desatinos por librarme de las uñas de mis acreedores"? En cuanto yo le refiriera esto, ¡buena se pondría! No, entre Augusta y yo, las dulzuras inefables de la confianza no pueden existir. A Leonor sí le confío lo que es de cierto orden: mis deudas, mis apuros. Ella lo siente, lo comprende, y me conforta y me da la mano cuando voy a hundirme. ¡Compañerismo misterioso! Pero si le declaro mis relaciones con Augusta, la repugnancia con que miro sus ofertas y la inquietud inmensa que me produce el ultraje a Orozco, de seguro no lo comprendería, ni sabría consolarme. De modo que a una y a otra he de ocultarles algo; con ninguna puedo tener la comunicación plena y total, consuelo del alma... Mi vida ha venido a dividirse en dos esferas irreconciliables. Tengo que seguir en esta incertidumbre, partiendo el alma sin poder darla entera a nadie, y ni amiga ni amigo encuentro que me ayuden a soportar todo el peso de tristeza que llevo sobre mí. Adelante con él; iré hasta donde pueda... Me parece que ya viene Leonor, este diablillo de bondad.

ESCENA VII

FEDERICO y LEONOR.

LEONOR.—*(Entrando presurosa.)* Hecho todo. Dame un abrazo..., en premio de mi virtud.

FEDERICO.—*Ahí va. (La abraza y la besa.)* Tu virtud, sí. No creas que has dicho una broma.

LEONOR.—Basta de matemáticas, o sea de agradecimiento. No dirás que he tardado mucho. Fuí a casa de ese puerco de Torquemada, y desde la puerta me volví... Se me ocurrió que era imprudencia retirar yo misma los pagarés. Podría contarlo, el muy tuno, y tus amigos creerían horrores de ti: que yo te pago las trampas.

FEDERICO.—Has tenido una feliz idea. No había yo pensado en eso. De modo que...

LEONOR.—Te traigo los santos cuartos para que tú mismo vayas a casa de ese judío. Echate pronto a la calle, y a ver dónde nos reunimos luego para almorzar juntos...

FEDERICO.—*(Tomando el dinero.)* Donde tú quieras. Estoy a tus órdenes.

LEONOR.—¡Ah! ¿No ha venido el marqués, ni ningún otro de esos cataplasmas?

FEDERICO.—No ha venido nadie.

LEONOR.—De buena lata te has librado. Mira, "chiquio", conviene que tomemos soleta antes que se nos plante aquí algún punto fuerte.

FEDERICO.—Sí; ¿te parece que almorcemos en un sitio reservado, en un bodegoncito, donde nos sirvan cordero u otro plato español de los que a ti tanto te gustan?

LEONOR.—¡Ah pillastre! Te avergüenzas de que te vean conmigo, y buscas un sitio solitario para esconderte. Bien, iremos a casa de Botín, el de la Cava.

FEDERICO.—No; es que...

LEONOR.—Te veo, besugo... Tu señora, quienquiera que sea, estará celosa, y puede que te ande buscando las vueltas.

FEDERICO.—No es eso, tonta. Pero no nos detengamos.

LEONOR.—A la calle. *(Cantando.)* ¡Españoles, venid! Nos separaremos en el portal, y luego, fíjate bien, te espero en la plaza Mayor. No me des plantón.

En la escalera.

FEDERICO.—¡Quita! ¡Pues no faltaba más!...

LEONOR.—¡Ah! Me olvidaba de contarte... ¿Sabes a quién me encontré ahora? Al abuelo de Cisneros. ¡Qué terne está! Me paró y me dijo que fuese a verle. Mira tú, a ese tío marrullero le sacaría yo de buena gana diez mil realetes para dártelos a ti... No seas tonto y no pongas esa cara. ¡Vaya! Lo que ya hice una vez, ¿por qué no repetirlo ahora?

FEDERICO.—*(Contrariado.)* Por Dios, Leonor; que se te quite eso de la cabeza.

LEONOR.—¿Escrupulitos tenemos? ¡Qué tonto te me has vuelto, chico! Déjame a mí, que entiendo el tinglado del mundo mejor que tú. ¿Para qué quiere tanto dinero ese viejo chinche, más malo que la sarna? Nosotras somos las repartidoras de la riqueza y niveladoras de las fortunas mal distribuídas. No, no te rías. Cisneritos me tiene que pagar la última que me hizo, cuando me prometió el tapiz y luego se llamó andana. Se la guardo, sí, porque es la única persona que me ha engañado en este mundo. Déjale venir, tonto, y como yo le dé unos cuantos pases, el tapiz es mío, y luego lo empeñamos si nos hace falta dinero, o lo vendemos si te conviniere...

FEDERICO.—*(Con hondo disgusto.)* Leonorilla, no me mezcles a mí en esas historias...

LEONOR.—¡Ay, qué guasa! El diablo harto de carne...

FEDERICO.—No es que me meta a fraile, sino que... Cállate, cállate.

LEONOR.—Pues ¿sabes lo que se me ocurre en este momento? Que yo, preparando con tiempo una combinación, podría agenciarte, en el golfo que jugamos en casa por las noches, alguna cantidad gorda.

FEDERICO.—*(Apartándose de ella.)* ¡Qué ignominia! Me causa horror tu proposición.

LEONOR.—*(Con calma bonachona.)* Pero qué, ¿tu tranquilidad no vale una trampa?...

FEDERICO.—*(Aterrado.)* Ni en broma me lo digas... ¡Si esto lo oyera alguien! ¡Si esto se supiera!...

LEONOR.—¡Pero como nadie lo ha de saber!... El honor y el deshonor dependen de que las cosas se sepan o no se sepan. De forma y manera que si lo que debe quedar secreto quedara siempre, esas palabritas, honor y deshonor, habría que suprimirlas de la conversación.

FEDERICO.—Filosófica estás... *(Llegan al portal.)* Bueno, no nos entretengamos charlando.

LEONOR.—¡Eh, niño! No vayas a distraerte y a darme un esquinazo. Porque tú las gastas así.

FEDERICO.—Descuida. Seré puntual. *(Se separan en la calle.)*

ESCENA VIII

Dos habitaciones comunicadas, pequeñas, puestas con dudosa elegancia. En la de la derecha, sofá, butacas, un «secrétaire», velador con tapete, un entredós con lámpara de bronce, cortinas de seda, chimenea encendida, sobre la cual hay un gran espejo. En la de la izquierda, tocador con colgadura, una silla larga, banquetas de «peuche», armario de luna, lavabo. En el fondo de este gabinete, la puerta que comunica con una alcoba. Es de día. AUGUSTA y FELIPA.

AUGUSTA.—*(En la sala de la derecha, en pie, mirando su reloj.)* Las cuatro y veinticinco. Me retrasé con aquella visita .. ¡Qué ansiedad! Yo creía encontrarle aquí. Hoy estaba más obligado que nunca a la puntualidad...

FELIPA.—*(Entrando con una bata.)* ¿No se pone la señorita la bata?

AUGUSTA.—No... Pero sí; tienes razón, me la pondré. *(Pasa a la otra estancia. Se quita el abrigo y el sombrero.)* Hace mucho calor aquí. No eches ya más leña en esa chimenea, que parece el infierno. *(Para sí.)* Pero es tontería pedirle puntualidad. ¡Cuánto me hace padecer! *(Ayúdala Felipa a quitarse el vestido y a ponerse la bata. Después la descalza, poniéndole chinelas de raso, negras.)* Ya estoy cómoda. Ahora sólo falta que venga a las tantas. No, lo que es hoy no se lo perdonaría. *(Alto.)* Por Dios, Felipa, ten cuidado con la puerta para abrir en

cuanto sientas el coche. Otra cosa: a eso de las seis te vas a casa de la Serafina y preguntas cómo sigue y qué personas han estado allí. Me harás ahora una naranjada bien cargadita de azúcar. *(Vase Felipa, Augusta se acerca al balcón y mira a la calle, a través del visillo.)* Pero ¿por qué tardará tanto este hombre, el primer desocupado de Madrid?... ¡Pobrecillo! Sabe Dios si esos demonios de "ingleses" le habrán armado hoy alguna trampa de la cual no pueda escapar. ¡Ah! Otro coche por Santa Engracia. El es... Me lo dice el corazón. *(Atenta al ruido del carruaje. Pausa.)* No, no será éste. ¡Qué tristeza! No dobla la esquina... Sigue para arriba. *(Se pasea por la habitación.)* Por la calle solitaria no pasa un alma... El pregón del aguador, que va con el burro cargado de botijos, me suena como un "de profundis". Pues el machacar de los herreros que hay más abajo me late en las sienes como mi propia sangre. ¡Ah! Otro coche. ¿Será...? No; por el ruido debe de ser un carromato, de estos de siete mulas, que están pasando media hora. ¡Qué pesadez, qué monotonía y qué sobresalto! *(Se echa en una butaca, la cabeza hacia atrás.)* Esperaremos así. El corazón me dice que el primer coche que sienta en el paseo será el suyo. ¡Qué silencio ahora!... Otra vez ruido de ruedas; pero lejano, por la Ronda... Si me durmiera, se me haría menos sensible el plantón... Pero lo que yo digo, ¿qué quehaceres tendrá este hombre para...? *(Aguzando el oído.)* ¡Ahora, ahora! *(Levántase.)* Si no es éste me entrará la desesperación. Se acerca. ¡Ay! No sé qué tiene el coche en que viene él, que hace siempre más ruido que los demás. ¡Ah! Gracias a Dios, se para en la esquina... Vamos, ya estoy contenta. Ya sube... Esa Felipa, ¡cómo tarda en abrir!... ¡Felipa!

ESCENA IX

AUGUSTA y FEDERICO.

FEDERICO.—*(Entrando en la sala.)* Perdóname, hija de mi alma, si he tardado un poco.

AUGUSTA.—¿Cómo un poco? Hace media hora que estoy aquí. Ya pensé que no venías. Y como yo me pongo siempre en lo peor, creí que esta tardanza era... la del humo...

FEDERICO.—Pero ¡qué calor hace aquí! *(Quítase gabán y sombrero.)* ¿Conque la del humo?... ¡Qué bromas tiene mi nena! *(Se sientan ambos en el sofá.)*

AUGUSTA.—Quita allá, embustero, farsante. No me engatusas ya. A fe que estoy contenta hoy. Ha sido una debilidad darte esta cita, después de las perrerías que me haces.

FEDERICO.—Pero ¿qué perrerías ni qué...? ¡Cuidado con tus cavilaciones! No, gata salada, no hay ningún motivo para que te enojes con tu perdis. Tengo en ese punto la conciencia tan tranquila, que anoche, cuando me pusiste de vuelta y media, me decía: "Ya se amansará. La reconciliación ha de venir, pues nada ocurre en que fundarse pueda un agravio." Esta mañana, al recibir tu carta, me dije: "Paces tenemos."

AUGUSTA.—No hay que hablar de paces todavía. Antes conteste usted a mis preguntas.

FEDERICO.—¿Me tratas de usted? Cuando yo digo que paces tenemos...

AUGUSTA.—Será con su cuenta y razón. Empiezo a preguntar. Primero: ¿por qué has tardado tanto hoy?

FEDERICO.—¡Dale!... Cosas mías; asuntos que no pueden interesarte.

AUGUSTA.—¿Cómo no han de interesarme tus asuntos? ¡Qué herejías echas por esa boca! Si el amor tuviera su Inquisición, serías condenado a la hoguera por las atrocidades que dices contra el dogma... Yo no debí escribirte hoy. Repito que ha sido una flaqueza mía. ¡Anoche no dormí pensando en tus traiciones!...

FEDERICO.—*(Riendo.)* Pero sepamos cuáles son mis traiciones. No me he enterado de ellas todavía.

AUGUSTA.—Hazte el tonto. Esa mujer indigna, a cuya casa vas con tanta frecuencia...

FEDERICO.—*(Interrumpiéndola.)* Te lo habrá dicho Malibrán, que se dedica a desacreditarme.

AUGUSTA.—Quien me lo dijo añadió que ese trasto de la *Peri* tiene gran influjo sobre ti.

FEDERICO.—*(Con frialdad y un poco distraído.)* ¡Qué disparate!

AUGUSTA.—Nada de disparate. El disparate no existe. Los hechos pueden ser o no ser; pero no es la mejor manera

de negarlos el decir que son absurdos. Convénceme, pues, de otra manera.

FEDERICO.—¿Cómo?

AUGUSTA.—Demostrándome que me quieres. Si me lo pruebas, se aplacarán mis celos, pues queriéndome a mí no podrás querer a otra.

FEDERICO.—*(Abrazándola con cariño, pero receloso.)* ¡Pues si eso te lo tengo probado ya hasta la saciedad!... Vida mía, no pienses en infidelidades que sólo están en tu imaginación o en la malicia de amigos que me quieren mal.

AUGUSTA.—*(Dejándose abrazar y correspondiéndole con cariñosas ternezas.)* Soy débil, y me entrego a tus engaños para asegurar siquiera la dicha del momento presente. Te confesaré con franqueza una cosa, y es que esta mañana, después de una noche de martirio y de cavilaciones que me pusieron demente, se me despejó la cabeza y se me aclararon las ideas. Me dió por argumentar en favor tuyo. Verás lo que dije: "¡Si no puede ser, si no cabe en cabeza humana que habiéndole yo sacrificado mi honor y queriéndole como le quiero, me sustituya con una mujer de esa clase y de esa vida!" Pero al pensar esto no las tenía todas conmigo, porque los llamados disparates me parecen a mí lo más natural y verosímil. De todos modos, habías ganado en mi alma el terreno que por la noche perdiste, y me ablandé, chico, te tuve lástima, tanta lástima de ti y de mí, y te cité para hoy, diciéndome: "¡Qué demonio! Si estoy rabiando por verle y porque me haga fiestas, ¿a qué tanta gazmoñería?"

FEDERICO.—*(Besándola.)* Sí, vale más que nos veamos y que hablemos como buenos amigos.

AUGUSTA.—Y ahora siguen las preguntas.

FEDERICO.—¡Ay! Déjalas para otro día. Convéncete de que no te engaño. ¿Quieres que te hable con completa sinceridad? Pues la *Peri* es amiga mía... La conozco hace tres o cuatro años. Ya sabes que tuvimos nuestro devaneo. Pues aquello no dejó rastro alguno; sólo queda una amistad, así... *(Con embarazo.)*, así, ¿cómo te la explicaría yo? Ella me consulta alguna vez sus asuntos... Charlamos; yo, si se me ocurre, le doy un buen consejo, y... ¿Quieres más franqueza?... Pues alguna que otra vez voy a su casa. No..., no frunzas el ceño. Pero, ¡hija mía, si le hablo delante de su amante! El que te haya dicho otra cosa ha mentido, créemelo. Yo te juro, chiquilla, que amor no hay entre ella y yo...; amistad, sí, una amistad..., yo no sé cómo hacértela comprender.

AUGUSTA.—*(Seria.)* No te canses, que no la entenderé nunca. Comprendo que te enamores de una mujer perdida, prefiriéndola a mí. El amor no tiene lógica, ni entiende de clases. Pero la amistad no es tan independiente, señor mío; está más ligada con las condiciones sociales, con la decencia y la opinión. ¿No te parece a ti que la amistad formal con una mujer de ésas es degradante para un caballero? Y ¿no se te ocurre que la gente la interprete mal y suponga en ti ignominias que no existen, sin duda, pero que parecen la consecuencia natural de tu trato con personas de tal estofa?

FEDERICO.—*(Con acritud y ligeramente turbado.)* ¡Ignominias! ¡Qué absurdo! ¿Acaso se habrá atrevido alguien a calumniarme...?

AUGUSTA.—No, no he oído nada... Era una deducción que yo hacía de esas amistades confesadas por ti.

FEDERICO.—*(Impaciente.)* ¡Qué tontería invertir estas cortas horas en divagar sobre hechos imaginarios, querida mía! Tú tienes la culpa, con tus celos y tus cavilaciones. Y, en último caso, si yo te quiero a ti sola, si por más que rebusque tu suspicacia, no podrá encontrar un dato en contra, ¿qué te importa lo demás?

AUGUSTA.—*(Con cariño.)* Pues ¿no ha de importarme? Cuando se ama de veras, gusta mucho absorber toda la vida de la persona amada. Tú no me ofreces más que la flor de la vida, y eso no me satisface; yo quiero también las hojas, el tronco, las raíces... ¿Qué te parece la figurilla?

FEDERICO.—Buena, buena.

AUGUSTA.—¿El amor es acaso una ilusión pasajera? No; si es de ley, ha de completarse con la compañía y el apoyo moral recíproco, con la confianza absoluta, sin ningún secreto que la merme, y con la comunidad de penas y alegrías... Una queja he tenido siempre de ti, y es que nunca has querido confiarme secretos penosos que te oprimen el corazón. Yo sé que hay esos secretos, yo sé que padeces callandito por la falsa idea que tienes de la dignidad. ¿Para

qué sirve el amor si no sirve para que los amantes se consulten y se apoyen en sus desgracias? Dices que me quieres. Pues pruébamelo... ¿Cómo? Clavando en mi corazón parte de las espinas que tienes clavadas en el tuyo. ¡Si no puedes negar que las tienes, si todo el mundo lo sabe! ¡Ay! Alguna de esas espinas verás qué pronto me las sacudo yo.

FEDERICO.—*(Para sí.)* Corazón inmenso, no merezco poseerte. *(Alto, abrazándola.)* ¡Qué buena eres, qué talento tienes, vida mía, y qué indigno soy de ti!

AUGUSTA.—¡Embustero!... Si me quieres de verdad, confíate a mí. Ya sé los argumentos que te haces a ti mismo para no confiarte. ¿Crees que no tengo penetración, que no sé leer en tu alma? Pues sí que leo, y lo vas a ver. Tú piensas que, en ley de decoro, un caballero pobre no puede confiar a una señora casada y rica, con quien tiene relaciones, ciertas contrariedades de su vida. Temes parecer indelicado, innoble. ¡Qué tontería! El verdadero amor debe ahogar el orgullo y acabar con él, como el pez grande se come al chico. Yo aspiro a vencer tu orgullo y a devorarlo, avivando el amor y dándole, tontín, las grandes tragaderas. Pero ayúdame tú. Para animarte, te diré una cosa: yo te quiero por desgraciado, por bohemio, por el abandono que hay en ti, por lo que padeces en silencio y por las amarguras que pasas sin chistar. *(Con veleidad graciosa.)* Pues oye, se me ocurre una transacción: que gastes con todos esa delicadeza y la suprimas para mí. Es mi enemiga, mi rival y tengo celos de ella. Le clavaría las uñas. Para que lo sepas todo, tu vida angustiosa, tu pobreza, sí, empleemos la palabra terrible, han sido un incentivo más del amor que te tengo. *(Sonriendo.)* Si fueras capitalista, yo no te habría querido. Si fueras un hombre metódico, que llevaras tus cuentas por partida doble, créelo, me serías antipático.

FEDERICO.—*(Soltando la risa.)* ¡Monísima! Me haces mucha gracia.

AUGUSTA.—Yo soy así: estoy cansada de la regularidad. Me ilusiona el desorden.

FEDERICO.—*(Con viveza.)* ¡Ah! Ya te cogí. ¡Contradicción! Si eres como dices, ¿a qué ese empeño de poner orden en mí?

AUGUSTA.—*(Confundida.)* Pues si hay contradicción, que la haya. No retiro nada de lo dicho. ¡Ea!, hablemos claro. Yo deseo ser, además de tu amante, tu consejera y tu administradora. No quiero que pases tantas agonías. Dame tu confianza; destruye esta muralla que hay entre nosotros.

FEDERICO.—*(Con seriedad.)* Augusta, vida mía, lo que ignoras de mí se revela a tu imaginación soñadora como algo interesante, novelesco, dramático, y no es eso; es de lo más prosaico y vulgar. ¿Y si yo te dijera que derribando esta muralla de la China perdería quizá tu estimación?

AUGUSTA.—No, no; la pobreza no deshonra a nadie. Comprendo, aunque nunca las he pasado, las humillaciones que trae la falta de dinero; pero eso se remedia fácilmente, querido mío.

FEDERICO.—Yo no merezco el interés que te tomas por mí. Pero ¿no es mejor que dejemos en la sombra y detrás de nosotros toda esa realidad fastidiosa que, al fin, puede que diera al traste con el amor mismo? Eso que ignoras te seduce porque es misterio. Si dejara de serlo, lo mirarías quizá con repugnancia.

AUGUSTA.—Es cierto que me atrae el misterio, lo desconocido. Lo claro y patente me aburre.

FEDERICO.—Vuelvo a señalarte la contradición. Si eres así, ¿cómo se te antoja penetrar en mi vida íntima para que yo también te aburra?

AUGUSTA.—No, no es eso... ¿Me dejas explicarme?

FEDERICO.—Sí, estoy encantado oyéndote.

AUGUSTA.—Pues verás. Tú me conoces bien; tengo, no sé si por dicha mía o por desgracia, una imaginación exaltada. El peligro mismo me atrae, y aun eso que llaman disparate me seduce también. Eso de que siempre han de pasar las cosas con arreglo a pliego de condiciones, como si la vida fuera una continua subasta, me carga.

FEDERICO.—Veo en ti algunas de las ideas de tu padre.

AUGUSTA.—Mi padre tiene mucho talento y se anticipa a su época.

FEDERICO.—También tú.

AUGUSTA.—Yo apetezco lo extraño, eso que con desprecio llaman novelesco los tontos juzgando las novelas más sorprendentes que la realidad. ¿Por qué me enamoraste tú, grandísimo tunante? Por-

que eres una realidad no muy clara, porque no veo tu vida cortada por el patrón de este puritanismo inglés que aborrezco, porque llevas en ti el gustillo ese del disparate, que a mí me sabe tan bien.

FEDERICO.—Y ahora pretendes destruir todo ese encanto que, según dices, tengo, y cortarme a patrón y ponerme la marca ordinaria. Si me amas por absurdo, ¿a qué combates mi desequilibrio, que, según tú, es una cosa tan bonita?

AUGUSTA.—Ven acá, tonto, mamarracho; es que te quiero locamente; a nadie he querido ni quiero sino a ti, y este amor primero y último hace una revolución en mi naturaleza y en toda mi alma. ¿Que desmiento mi carácter? ¿Que me contradigo? Bueno. Deseo hacerte burgués, vulgarizarte. ¿Que destruyo ese encanto, esa poesía, llamémosla así, de tu pobreza disfrazada? Mejor; por eso no dejaré de quererte. Es el gran paso, que yo no he dado hasta ahora, en el proceso, o como quiera que eso se llame, de los afectos; el paso del período soñador al período práctico, del noviazgo al matrimonio; la gran crisis del amor; el tránsito de la época legendaria a la época clásica. ¿Qué tal? Esto se llama erudición. Tontín, ¿no me comprendes? Es que me transformo, es que aspiro a fundir la ilusión con la razón, a hacerte feliz en todos los terrenos, a establecer tu vida junto a la mía, en condiciones de estabilidad. ¿No lo entiendes, grandísimo gaznápiro. *(Le da muchos besos.)*

FEDERICO.—Lo entiendo..., en principio lo entiendo. Pero veo que no cuentas con la realidad. Esa aspiración tuya es un sueño. Olvidas que estás ya casada.

AUGUSTA.—Es cierto. Con esa idea me traes a la vida real. Iba yo por los espacios imaginarios, como las brujas que vuelan montadas en una escoba. Pero, en fin, el que no podamos hacer vida normal no estorba para que yo intente mejorar tu existencia y librarte de ciertos suplicios. ¿Te lo digo más claro? Pues guardando las formas y respetando lo que debo respetar, quiero que participes de los bienes materiales que yo disfruto. La desigualdad entre mi bienestar y tu malestar me mortifica. Hay que repetirlo cien veces: es preciso nos volvamos muy prosaicos, muy caseros. *(Sonriendo.)* Sin duda, esto es efecto de la edad. Ya voy siendo vieja.

FEDERICO.—*(Con exaltada pasión.)* ¡Vieja tú! Eres la juventud eterna, la gracia infinita y la tentación del mundo entero.

AUGUSTA.—*(Riéndose y abandonándose.)* ¡Borrico! *(Intermedio largo.)*

ESCENA X

La misma decoración. Los mismos personajes. FEDERICO, en el gabinete, reclinado en la silla larga. AUGUSTA, dentro de la alcoba. No se la ve al principio de la escena. Es de noche. La lámpara está encendida.

FEDERICO.—*(Mirando su reloj.)* Yo creí que era más tarde: las siete menos diez.

AUGUSTA.—*(Desde la alcoba.)* ¿Qué? ¿Deseas que corra el tiempo? ¿Tienes prisa de que me vaya?

FEDERICO.—Al contrario: cuento los minutos, y si pudiera pondría por delante los que ya están a la espalda.

AUGUSTA.—Esta noche podré estar hasta las ocho menos cuarto; pero ya sabes que no has de entretenerme cuando llegue la hora de marcharme. Llegando a casa a las ocho, ocho y quince, no hay temor. Resultará que he pasado la tarde en casa de la tía Serafina. Para saber lo que debo decir, he mandado a Felipa a que se entere de lo que ha ocurrido esta tarde allá.

FEDERICO.—¿Y si tu marido ha ido a ver a la enferma?

AUGUSTA.—Casi nunca va.

FEDERICO.—No te fíes, no te fíes.

AUGUSTA.—*(Apareciendo en la puerta de la alcoba.)* Veo que eres tú más receloso que yo.

FEDERICO.—Pues digo, si pudiera realizarse lo que antes me proponías, todas las precauciones serían inútiles, y el disimulo absolutamente imposible.

AUGUSTA.—No es imposible... Monín, déjate guiar por esta loca. *(Acercándose a él.)* Lo dicho, dicho. Acábese el romanticismo y empiece la época positiva, positivista o como quieras llamarla. Es menester, amigo de mi alma, que nos pongamos en prosa. Yo pienso mucho en ello, y se me ocurren mil planes.

FEDERICO.—Cuéntamelos. Me gusta oírte divagar con tanto donaire sobre lo imaginario y lo imposible, y admiro en ti la voluntad más independiente que existe en el mundo.

AUGUSTA.—*(Sentándose junto a Federico, en una banqueta, y reclinando su cabeza sobre el pecho de él.)* Te contaré una cosa interesante. Esta mañana me dijo el "Santo": "Tengo un proyecto para modificar la vida de ese pobre Federico y librarle de la plaga de sus acreedores."

FEDERICO.—*(Agitado.)* Por Dios, no me hables de eso. No sabes el daño que me causas.

AUGUSTA.—*(Vivamente.)* Considera que si algo hacemos por ti, no es él quien lo hace, sino yo.

FEDERICO.—No puedo considerar tal cosa. Querida mía, si me amas, impide por cuantos medios estén a tu alcance los favores de ese hombre, a quien yo, por mil motivos, debería reverenciar... *(Con mucha inquietud.)* De un hombre a quien tú y yo ofendemos gravemente. *(Augusta da un suspiro y cierra los ojos.)*

AUGUSTA.—*(Después de una pausa.)* ¿Sabes que me dormiría yo aquí tan ricamente? Siento el latido de tu corazón, ¡pum, pum!, y el chiquichiqui de tu reloj. Con ambos arrullos y el sueño que tengo me quedaría como piedra en un pozo. ¡Ay, qué gusto, si el tiempo maldito no me aguijoneara el pensamiento para mantenerme en vela!

FEDERICO.—*(Para sí, meditabundo.)* Alma ambiciosa de lo desconocido, de lo ilegislado, no puedo seguirte en tu vuelo. En ti no hay idea moral, al menos la idea mía, elemental y rutinaria, la que a mí me argumenta sin descanso. Hay entre tú y yo algo inconciliable, irreductible, y la tremenda muralla se alza cuando menos lo pienso. La belleza, la gracia de esta mujer me trastornan. Por ese lazo nos unimos. De la conciencia de ambos parte lo que eternamente nos separa. ¿Cómo decírselo sin ofenderla?

AUGUSTA.—*(Suspira otra vez y levanta la cabeza.)* Habíamos convenido en no hablar nunca de mi falta o lo que sea. Legalmente no tengo disculpa. Pero ¿no habíamos hecho nosotros, en la embriaguez primera, un código de estos que hacen todos los amantes, unas tablas muy monas, en que derogábamos toda la legislación que anda por esos mundos?

FEDERICO.—*(Para sí.)* Su valor es tan grande como su pasión. Defiende sus faltas como si fueran méritos. ¡Con qué brío se lanza por ese camino de vértigo y de sofismas! Mis ideas son claras; pero sin duda alcanzan poco. Me gustaría deslumbrarme como ella y poder seguirla hasta los abismos del disparate, que, sin duda, están llenos de flores.

AUGUSTA.—Pero no necesitas decirme nada para que yo respete al hombre cuyo nombre llevo, para que le profese un cariño fraternal. El se merece más, yo le doy lo que puedo. La equidad es letra muerta en cosas de amor.

FEDERICO.—*(Con sequedad.)* Está bien. Pero no me hables a mí de favores de ese hombre, porque no puedo admitirlos

AUGUSTA.—¿Ni míos tampoco los admites?

FEDERICO.—Tampoco.

AUGUSTA.—De modo que la pared vuelve a alzarse, y tú la haces más fuerte y más gruesa, recordando que somos pecadores. ¡Qué moral está el tiempo, querido mío!

FEDERICO.—Te diré... Si he sacado a relucir la cuestión moral, no ha sido por petulancia ni por gazmoñería. Me propuse no ocuparme de ella; pero desde el momento en que me hablas de generosidades de tu marido hacia mí, y de sus proyectos de favorecerme, la cuestión moral se me impone, y plantea un dilema que tanto tú como yo debemos mirar con la mayor seriedad.

AUGUSTA.—*(Inquieta y malhumorada.)* Ya, ya veo venir el sermoncito. El otro día apuntaste algo..., sí, y ya me esperaba yo hoy un chubasco de moral. ¿Es verdadera virtud, o simplemente falta de valor?... Bueno, déjame a mí el pecado entero, y coge para ti los escrúpulos. No me importa; tengo fuerzas para cargar toda la culpa, con tal de verte contento, tranquilo, y hecho un varón santo. Tú no me quieres, y por no quererme me das la leccioncita de buena conducta. Yo estoy enamorada, y por eso no podré quizá entenderla. Te contaré todo lo que pasa en mi interior, y luego, vengan sermones. *(Se dan las manos.)* Yo siento a veces en mi conciencia tumultos de reprobación, pero en seguida salen, por aquí y por allá, mil ideas que me absuelven. Conforme a la ley, yo no debiera quererte. La religión manda que combata y ahogue este loco amor. Y las fuerzas para combatirlo y

ahogarlo, ¿dónde están? Yo no las tengo, ni me parece que las tendré nunca. Es como si al que carece de vigor muscular le mandan que levante un peso de tantos quintales. Reconozco como nadie el mérito de mi marido, y en cuanto a su bondad, sólo yo, que a su lado vivo, sé bien toda la extensión de ella. Me inspira un cariño acendrado y puro, una gran admiración; pero Dios ha establecido la diferencia entre el amor que debemos a la divinidad, a la perfección moral, y el amor terreno, el que tenemos a nuestro igual, al semejante a nosotros por el pecado y la impureza. Yo reverencio a Tomás, le rezaría, ¿sabes?..., pero te amo a ti. Me casé sin saber lo que es amor, y no lo supe hasta que tú no me lo enseñaste. Todavía no me he convencido de que esto sea una cosa muy mala, rematadamente mala. Qué quieres; soy muy torpe, y quizá de condición perversa. Lo que sí te digo es que cuando me sermonees no necesitas hacer el panegírico de la persona que conozco mejor que tú y mejor que nadie. Bien sé que no hay otro que se le asemeje, aunque... te diré una cosa que hasta ahora no he querido decirte.

FEDERICO.—*(Para sí.)* ¿Qué será ello?

AUGUSTA.—Pues de algún tiempo a esta parte noto en la bondad de mi marido cierta exaltación de mal agüero, algo así como..., vamos, que la virtud ha llegado a ser en él una manía, un tic.

FEDERICO.—*(Irónicamente.)* ¡Qué salida! Eso lo dices por rebajarle a tus propios ojos, por disimular la inmensa diferencia de talla que entre él y nosotros hay.

AUGUSTA.—No; no me juzgues así. Lo digo porque es verdad. Como quiera que sea, la exageración no destruye lo extraordinario, lo excepcional de su bondad. *(Dando un gran suspiro.)* El es un santo, y yo te quiero a ti. Ahí tienes las dos verdades capitales. No creas que trato de buscar entre ellas una componenda hipócrita. Dejo los hechos como están. Tú eres cobarde y huyes. Yo soy valiente y me quedo delante de estas dos verdades, mirándolas cara a cara.

FEDERICO. *(Para sí.)* Me abruma con su admirable tesón.

AUGUSTA.—*(Después de una pausa.)* No tienes nada que contestarme, o necesitas pensar mucho tus argumentos. ¡Ay, qué sesudo se me ha vuelto mi borriquito, y qué gran moralizador!

FEDERICO.—Vamos a cuentas, vida mía. ¿No has dicho que estamos en la gran crisis, que salimos del período soñador para entrar en el práctico? ¿No quieres tu regularizarme?

AUGUSTA.—¡Ah pillo, y te vengas ahora proponiéndome a mí la regularidad! ¡Ingrato! Quita allá. *(Le rechaza cariñosamente.)*

FEDERICO.—No, alma mía. Te expongo esta idea como una mirada al porvenir. Supón tú que, por unas u otras causas, esto no pudiera continuar sin escándalo. No habría más remedio entonces que sacrificar nuestras relaciones.

AUGUSTA.—Por mi, nunca las sacrificaría.

FEDERICO.—No lo digas tan pronto. Eso no se puede afirmar tan de ligero. Yo te quiero demasiado para llevarte al escándalo y a la deshonra. A ti te corresponde, como mujer, la pasión irreflexiva; a mí, la serenidad. Si hablo de esto, si suscito la grave cuestión moral, tú has tenido la culpa, hablándome de favores que piensa hacerme tu marido, de protecciones que sólo se dispensan a un hijo, a un hermano. Eso pone la cuestión en el terreno de lo insoluble. Si no le impides que esos propósitos se manifiesten, te dejo...; no puedo tolerar situación tan degradante, tan vergonzosa. ¿No lo comprendes? ¿Es posible que no lo comprendas?

AUGUSTA.—*(Con exaltación.)* No; debo de ser tonta. Siento rabia de que te empeñes en hacérmelo comprender; para mí la situación es otra. Tú me perteneces; yo te amo más que a mi vida, y quiero que participes de los bienes materiales que yo poseo. Soy rica. ¿Cómo he de soportar que vivas en la miseria y que te veas sujeto a mil humillaciones? Yo quiero compartir contigo mi bienestar, a la faz del mundo, si es preciso. No me avergüenzo de ello.

FEDERICO.—¿Y pretendes que no me avergüence yo?

AUGUSTA.—¡Debilidad, tontería! ¡Si otros lo hacen...!

FEDERICO.—*(Exaltándose también.)* Pues si insistes en eso, he de hablarte con claridad, como no lo he hecho nunca. Hace tiempo que yo siento una pena, un sobresalto...; más claro: un remordimiento por el ultraje que infiero

el hombre más generoso, más digno que existe en el mundo... Quisiera que fueses siempre mía; pero las cosas de la vida, ¿van, por ventura, al compás de nuestros deseos?... ¿Ya no hay ley, ya no hay principio alguno que deba ser respetado? Todo tiene su límite, y yo sería un miserable si no te dijese ahora que intentes, que lo intentes siquiera, consagrar a tu marido todos los afectos de tu corazón. Ya sé que el amor es extravagante. Ya sé que cabe en lo humano, mejor dicho, que es muy humano no amar a un hombre de grandes cualidades, y prendarse de un cualquiera. Pues bien: protestando de que me gustas hoy lo mismo que ayer, tengo el valor de incitarte a que me sacrifiques, a que entres en la ley, a que vuelvas los ojos a aquel hombre tan superior a mí..., superior a mí hasta físicamente, para colmo de lo absurdo.

AUGUSTA.—*(Con rabia.)* ¡Qué manera tan suavecita de decirme que no me quieres ya! Ningún hombre enamorado sugiere a su querida la idea de volver al deber. Dímelo, háblame claro, porque esa moralidad tuya de última hora es ridícula y hasta poco delicada.

FEDERICO.—No; porque yo, al proponerte con honrada convicción lo que te propongo, estoy dispuesto, si no lo aceptas, a ir contigo hasta donde quieras, menos a la ignominia de recibir beneficios materiales de tu marido.

AUGUSTA.—Está bien. *(Llorando.)*

FEDERICO.—*(Con súbito arranque.)* Me revelo a ti con absoluta ingenuidad. Te diré que me creo bastante indigno, y no quiero serlo más.

AUGUSTA.—¡Indigno tú! Recurres al argumento de sensación para apartarme de ti. No, no, tú no eres un indigno.

FEDERICO.—*(Amargamente.)* No sabes lo que dices: no me conoces. Por algo te oculto las miserias de mi vida. Si conocieras ciertos oprobios que hay en mí, quizá no tendría yo que hacerte ningún argumento para que me dejaras y volvieras a la ley.

AUGUSTA.—*(Arrojándose a él.)* ¡No; dejarte, nunca! Porque si fueras el último de los bandidos, te querría lo mismo que te quiero.

FEDERICO.—*(Con cierto desvarío.)* Yo no te merezco. Regenérate huyendo de mí y entregando los tesoros de tu alma al hombre más digno de poseerlos.

AUGUSTA.—*(Con exaltación sublime.)* No me da la gana. Cuéntame tus cosas. Unámonos resueltamente en todas las esferas de la vida. Todo lo mío es tuyo.

FEDERICO.—Eso, jamás.

AUGUSTA.—Arreglaremos nuestras entrevistas con un misterio tal, con un arte tan soberano, que sólo Dios pueda saberlas.

FEDERICO.—No puede ser. Orozco las descubrirá; ya verás cómo las descubre. Y cuando pienso en esto, la terrible muralla se levanta entre nosotros más fuerte, más alta que nunca.

AUGUSTA.—*(Estrechándole en sus brazos.)* Pues yo la destruyo, yo la hago pedazos, la rompo con mil y mil besos. Y si tú eres un presidiario, yo seré una presidiaria; si tú eres un pillo, yo seré una bribona; seré lo que tú quieras que sea, menos...

FEDERICO.—*(Para sí, confuso.)* Nada puedo contra este corazón monstruoso. Las ideas morales se estrellan en él como migajas de pan arrojadas contra el blindaje de un acorazado...

AUGUSTA.—¿Qué piensas?

FEDERICO.—*(Con pasión.)* Pienso que no hay nada mejor que condenarse contigo. *(Para sí.)* ¡Y qué hermosa la muy...! Toda la legalidad del mundo no vale lo que sus ojos.

AUGUSTA.—¿No me quieres ya?

FEDERICO.—¿Y tú a mí?

AUGUSTA.—¡Borricote!

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Sala en casa de Federico. CLAUDIA y BÁRBARA: la primera, con un chiquillo en brazos; la segunda, con manto, como si entrara de la calle.

BÁRBARA.—Cuéntame, mujer. Es particular que todos los lances gordos han de ocurrir siempre en los días que yo estoy fuera.

CLAUDIA.—¡Pchs!... Chitito... Habla bajo... Federico no duerme, aunque está en la cama. Además, ha venido el papá.

BÁRBARA.—¡El señor!

CLAUDIA.—Anoche entró por esa puerta. La semana pasada, cuando empezamos a ver en el cielo la estrella con rabo, me dijo Pepe: "Alguna desgracia vendrá sobre el universo mundo." Y ya ves como no se equivocó. Pepe tiene mucho talento, y también anunció lo de Clotilde. "Esa niña—me decía—os va a dar un disgusto."

BÁRBARA.—Francamente, no la creí capaz de una resolución tan fuerte. Cuéntame... ¡Pobre niña! Ni pensé que la apretaran tanto las ganas de marido. ¿Es cierto que no está ya en la casa?

CLAUDIA.—¡Chis!... *(Vigilando las puertas.)* Pues voló. ¡Valiente chasco nos ha dado! Yo tampoco la creí con alma para arrancarse así. Federo, rabioso, te echa a ti la culpa.

BÁRBARA.—¡A mí! En el nombre del Padre...

CLAUDIA.—Dice que tú le has dado alas, y que cuando el chiquillo ese empezó a hacerle garatusas, con la pluma en la oreja, desde el entresuelo de enfrente, tú y yo debimos cerrar los balcones y no permitir a la niña que se asomase. Claro, quería que fuéramos "verdugas" de la infeliz señorita.

BÁRBARA.—Verdugos se dice... Es un egoísta, un tirano, y no se hace cargo de que Clotilde, por vivir aquí sin trato con sus iguales, no había de librarse de la regla del amor. Llegada la edad en que el corazón hace cosquillas, las mujeres necesitamos querer y que nos quieran, y si no se presentan duques, apencamos con lo que sale, aunque sea un sudatinta. No sé para qué quiere el señorito el talento que tiene, si no le sirve para hacerse cargo de una cosa tan sencilla.

CLAUDIA.—Eso no tiene vuelta de hoja. Pero no lo entiende. Ayer nos ha puesto a ti y a mí que no había por dónde cogernos... Que si tú le traías las cartas a Clotilde; que si... ¡Josús!

BÁRBARA.—Pues no me pesa..., ¡ea! ¿A quién, como no fuera de bronce, no se le partiría el alma viendo las miradas de pólvora que se echaban los pobrecitos de balcón a balcón? Era una contracaridad dejarlos consumirse sin el consuelo de un papelito. Francamente, yo no he nacido para ver padecer a nadie. Traje la primera carta... y la segunda y la tercera. Por cierto, que tiene una letra preciosa, y que pone la pluma con muchísima sal.

CLAUDIA.—Pues de mí dice que merezco la horca y el presidio y hasta el infierno, porque le abrí la puerta al otro para que entrase a ver de cerca a su novia... Que se ponga en mi caso. Los chicos, con el carteo y las miradas, estaban tan babosos, que no se les podía aguantar. Ella, ni dormir, ni comer, ni hacer cosa ninguna al derecho. Intenté quitarle de la cabeza su locura, y me puse ronca de tanto predicarle. Pues como si hablara con esta mesa. "Clotilde, mira que tu hermano no consiente esto...; mira que..." Mientras más le chillaba, peor. Cosa perdida. ¿Qué íbamos ganando con cerrarle la puerta al jovencito ese?

BÁRBARA.—Nada; que no pudiendo entrar por la puerta, entrase por la ventana. Un hombre ciego de amor es temible. Hasta pudo suceder que pegase fuego a la casa para poder entrar disfrazado de bombero. Se han dado casos.

CLAUDIA.—Esa misma cuenta echéme yo. Pero a Federo no le entran razones, y lo que es yo bien tranquila tengo la conciencia, porque si abrí... *(Suena el timbre de la puerta.)* Llaman. Debe de ser alguna fiera. Aguarda un momento. *(Sale.)*

BÁRBARA.—*(Sola.)* ¡Ay! ¡Qué egoístas

son estos hombres! Todo lo bueno ha de ser para ellos, y para nosotras, las del bello sexo, trabajos, hambres de amor y el no gozar de nada. Ellos se divierten con cuanta mujer encuentran, y a nosotras, si un hombre nos mira o le miramos, ya nos cae encima la deshonra y empieza el runrún de si lo eres o no lo eres... Pues ¿qué quería ese tonto? ¿Que mientras él se daba la gran vida, su hermana se pudriera en casa como una monja? No, la chiquilla, aunque parece tan para poco, tiene el moño muy tieso, y ha demostrado que sabe dejar bien puesto nuestro pabellón. ¡Ay, bello sexo! ¡Qué falta te hacen muchas así, resueltas y con garbo para darle el quiebro a la tiranía!

CLAUDIA.—*(Entrando.)* Lo que dije: era un "inglés"...: el de las alfombras. Le he dado el jabón que usamos aquí... ¡Qué "tronitis" en esta casa! Pues te decía que si abrí la puerta a ese mocoso ha sido con la mejor intención del mundo, y si se vieron algunos ratitos, fué delante de mí. Otra cosa no hubiera yo consentido. ¿Qué pudo pasar? Que cuando yo me distraía o daba una vuelta a la cocina se pegaban de besos; pero como yo estaba con mucho ojo y... ya sabes cómo las gasto, los reprendía, les ponía cara muy dura, diciéndoles que no me comprometieran, y el chico, tan agradecido... "Doña Claudia—me decía—, cuando nos casemos, usted será nuestra segunda madre."

BÁRBARA.—¡Pobres criaturas! No los entenderá quien no sepa lo que es un primer amor. ¿Qué sabe Federico de esto, si él no ha tenido primer amor, y todos los que gasta son segundos? Yo me acuerdo de cuando me emperré por Valeriano, el cochero, que me dió palabra de casarse conmigo... ¡Qué amarguras y qué dulzuras!... Pero esto no viene al caso. Cuéntame lo de la fuga. Yo me imagino que se engolosinaron con la besuquina, y con verse las caras de cerca..., es cosa que marea..., y que resolvieron morir o casarse.

CLAUDIA.—Así debió de ser. Los pícaros la tramaron por cartas, pues delante de mí nunca hablaron más que soserías, como si tuvieran vergüenza el uno del otro. Pues, señor, anteanoche sentí a Clotilde levantada. Como suele velar para coser la ropa, no me extrañó. La bribona, según después comprendí, estaba recogiendo y empaquetando en dos o tres líos sus vestidos y la poca ropa blanca que tiene. Por la mañana temprano la sentí andando con pisadas de gato por los pasillos, y me alarmé. Díjele a Pepe que aquellos andares me olían a escapatoria, y Pepe, que es muy largo, rezongó: "¡Cuando yo digo que...!" Levantéme; pero por pronto que acudí, ya el pájaro había salido de la jaula. Echábame yo la enagua, cuando la sentí descorriendo el cerrojo con mucho cuidado, como lo descorren los rateros. Salí al pasillo..., y ya iba ella echando chispas por las escaleras abajo. Se llevó la ropa en tres paquetes grandes.

BÁRBARA.—Y ¿cómo sabes que fué en tres?

CLAUDIA.—Porque me lo dijo la portera, que vió salir a Santanita, primero con un paquete, luego con dos, y después con Clotilde; total, cuatro paquetes... Yo me quedé como puedes suponer. Pero me tranquilicé pensando: "Lo que había de ser, que sea de una vez." Sobre la mesa del comedor dejó la chiquilla una carta para su hermano; pero éste no se enteró de la fuga hasta la hora de almorzar. ¡Qué mal rato pasé, hija! Nada, que me eché a llorar, y de la medrana que sentí se me fijó un dolor de clavo en la sien, ¡ay!, que no se me ha quitado todavía. No te quiero decir cómo se puso el hombre al leer la carta. Tuve que salirme y dejarle solo: la cama retemblaba de la fuerza de los aspavientos que hacía. Y después de despotricar contra mí, la emprendió contigo, y a ésta quiero y a ésta no quiero, nos zarandeó bien. Pues nada, que inmediatamente nos habíamos de plantar en la calle, porque éramos unas... alcahuetas, etcétera.

BÁRBARA.—*(Riendo.)* ¡Qué bobo! Si: cualquier día nos echa a nosotros, debiéndonos, como nos debe, tres mil y pico de reales.

CLAUDIA.—Y aunque no nos los debiera... Pero ¿tú crees que puede vivir sin nuestras reverendísimas personas? Le somos tan necesarias como el aire.

BÁRBARA.—No encontraría otras que le soportaran. Es un niño mimoso, y seríamos tontas si hiciéramos caso de sus rabietas. Yo, mientras no le pase esta calentura, me guardaré de ponérmele delante, porque, francamente, si me dice pitos, le contesto flautas. No tengo la

paciencia que tú para aguantar sus desvergüenzas, y me desboco. Ayer no quise venir en todo el día porque temo a mi dignidad, que no se anda en chiquitas, y hoy me marcharé antes que su señoría se levante..

CLAUDIA.—Hoy debe de estar más aplacado, porque el señorito Infante pasó ayer con él toda la tarde y le sermoneó de firme, diciéndole unas verdades como puños. Yo le escuchaba, poniendo la oreja en el agujero de la llave, y te aseguro que le leyó bien la cartilla. *(Enumerando por los dedos.)* Que él era el causante de todo, por tener a su hermana abandonada y fuera de su "alimento"...

BÁRBARA.—De su elemento diría.

CLAUDIA.—Eso es, de su elemento... Que la chica no es de palo, y que a alguien había de querer, porque la edad, el sexo, la ilusión, etcétera... Pero el otro, más orgulloso que don Rodrigo en la horca, no se daba a partido, y dijo que jamás haría a Santanita el honor de mirarle. ¡Anda!

BÁRBARA.—¡Palabrería! Esas bravuras se convierten en humo. Al fin, tendrá que apencar con el hortera y llamarle su hermano; y llegará día, acuérdate de lo que te digo, en que se vuelvan las tornas, y este señorito tan orgulloso irá a pedirle a su cuñado un pedazo de pan. Los muy soberbios acaban siempre a los pies de los humildes.

CLAUDIA.—*(Con incredulidad.)* Me parece a mí que eso no lo veremos. Primero se muere él de hambre en un rincón que rebajarse. No es como su papá, no...

BÁRBARA.—Y ¿cuándo dices que llegó el señor?

CLAUDIA.—Anoche. Parece que el demonio lo hace. Figúrate que oigo llamar a la puerta; salgo creyendo que era el carbonero, y me encuentro con don Joaquín. Pegué un grito como si me viera delante un toro de Miura. No sé por qué me da miedo ese hombre, que es amable y la trata a una como a señora... Me acuerdo de lo que padeció por él nuestra pobrecita ama, y sus zalamerías me ponen carne de gallina.

BÁRBARA.—¡Ay, qué hombre! Créete que no viene a nada bueno. Y ¿qué hablaron hijo y padre? ¿Cómo le recibió Federico? Cuéntame... Pero me sentaré, porque ahora estamos solas y podemos charlar todo lo que queramos. Mi Vicente me espera para almorzar; pero déjalo que aguarde, que bastantes plantones me ha dado él a mí en esta vida.

CLAUDIA.—Pues cuando le vió entrar, quedóse más blanco que el papel. Se abrazaron. Luego cerró Federo la puerta, y yo, más lista que él, arrimé la oreja, y oí... Don Joaquín preguntó por la niña, extrañando no verla, y el otro, mascando mucha hiel, le contó la ocurrencia. ¿Crees tú que el padre se remontó, echando los pies por alto? No, hija; lo tomó con calma, con mucha calma. Yo me hacía cruces, oyéndole decir que si los chicos se quieren, no hay razón ninguna para oponerse al casorio, y que él es partidario de que no haya clases, porque eso de las clases es un "maricronismo".

BÁRBARA.—Ana...cronismo me parece que se dice; pero no estoy segura... Pues ese hombre será un tarambana; pero lo que es talento, ¡vaya si lo tiene!

CLAUDIA.—Es que se hace cargo de la razón de las cosas, y no lleva en la cabeza tanto viento como el hijo. ¡Buena está la familia para gastar humos! El padre, hecho un judío errante por esas tierras; Federo, sin una mota, viéndolas venir, y comido de deudas. *(Suena la campanilla.)* ¡Ay! Llaman otra vez. Espérame un momento. *(Sale.)*

BÁRBARA.—*(Sola, abanicándose.)* Bien merecido le está a ese botarate lo que le pasa; pero muy bien requetemerecido. ¡Empeñarse en que ha de haber clases, cuando la realidad ha dispuesto que no las "haiga"! ¡Cabeza más dura! Y que no las hay, no las hay, aunque lo pida el Sursuncorda. Lo que dice mi Vicente: "Con la libertad, todos somos todo, y nadie es nada." Ese tonto de Federo bien sé yo lo que pretende: vivir él como un duque y que Clotilde sea su esclava. Bien sabe él ponerse su frac todas las noches para ir a comer a las casas grandes... Y la niña hecha un pingo, sin tratar con personas finas. Eso es, como dijo el otro, abrir un abismo... Anda, fachendoso, para que vuelvas otra vez a jugar con abismos. O hay igualdad o no hay igualdad. Santanita vale tanto como tú o más que tú, porque sabe la partida doble... y tú no entiendes más libro que el de las cuarenta hojas.

CLAUDIA.—*(Entrando.)* Otra fiera. Es-

to no es vivir. Ya no sé qué decirles. Pero, al fin, éste lleva cuerda para veinticuatro horas... Pues, como te decía, el padre está blando, pero muy blando. Dijo que pensaba ver a Clotilde mañana mismo (por hoy), y Federo, sacando la voz de los talones, le contestó: "Véala usted, si quiere. Para mí es como si se hubiera muerto."

BÁRBARA.—¡Habrá pillo!... Y tú, ¿has visto a Clotilde?

CLAUDIA.—*(En voz muy baja.)* Sí que la he visto. Cállate la boca. Cuidado como te das por entendida. Anoche di un salto a casa de la viuda de Calvo, donde está depositada, ¿sabes?, aquella señora tan vieja y tan acartonadita, que parece de caoba. Según dicen, es muy sabia, pero muy sabia, y más antigua que Jerusalén. Vive ahí en la calle de Atocha. Rabiaba yo por ver a la niña y decirle que ha llegado su papá, que viene tierno y que le dará el consentimiento. No pude hablar con ella más que dos palabras, porque la de Calvo estaba presente y me ponía una jeta que daba escalofríos. Pero, en fin, allá le soplé lo que más importaba. El papá debe de estar allá. Salió muy temprano..., serían las ocho..., y dijo que vendría a almorzar. Anoche estuvo Federo hasta las tantas escribiendo cartas. Cosas de mujeres, y líos mil, que trae siempre entre manos. Hombre de más "enreditis" no creo que exista, y lo mismo se aplica a las altas que a las bajas.

BÁRBARA.—¿Qué es eso de altas y bajas? Todas somos iguales. El arrastrar terciopelos o ajustarse una mala saya de tartán no significa diferencia más que en lo de fuera. Como no salgan diferencias en el honor, créete que en los trapos no las hay... ¿Y dices que escribió muchas cartitas? ¡Valiente trapacero! ¡A quién engañará ahora!

CLAUDIA.—Vete a saber.

BÁRBARA.—Si se acostó tarde, no se levantará en todo el día, y podré estar aquí. Francamente, temo encararme con él.

CLAUDIA.—Pues mira, hija, me parece que... *(Acércase a la puerta del foro y aplica el oído.)* ¿Sabes que me parece que anda ya por ahí?

BÁRBARA. — *(Levantándose, azorada.)* ¡Ay hija, no me lo digas!

CLAUDIA.—Bien puedes echar a correr. Levantado está.

ESCENA II

LAS MISMAS y FEDERICO, que entra por el foro.

BÁRBARA.—*(Tratando de escapar por la derecha.)* Por aquí me escabullo.

FEDERICO.—¡Eh!... ¿Quién es esa que huye de mí? Bárbara.

CLAUDIA.—Quédate, mujer, que no te comerá.

BÁRBARA.—*(Medrosa y turbada.)* Mi marido me espera.

FEDERICO.—Tu conciencia no te permite ponerte delante de mí.

BÁRBARA.—¿Mi conciencia? Yo no tengo culpa de nada. *(Temblando.)* Bastante le dije a la niña que no hiciera locuras.

FEDERICO. — ¡Valiente hipócrita estás tú! Entre las dos me habéis jugado una partida serrana. Debiera poneros en la calle, después de daros una mano de azotes.

CLAUDIA.—¡Pues no dice que nosotras...! ¡Josús! ¡No me incomode..., después que...!

FEDERICO.—Silencio. Ya sé que me aborrecéis. ¡Bien merecido lo tengo, por lo bien que me he portado con vosotras!

BÁRBARA.—¡Aborrecerle! Eso sí que no, aunque usted no nos pueda ver.

FEDERICO.—¿Cómo está Vicente?

BÁRBARA.—Mejor; pero no puede seguir en la ambulancia. Es preciso que le asciendan, llevándole a la Central. Usted puede hacerlo.

FEDERICO.—¡Yo!

BÁRBARA.—Sí, usted. Pero no se interesa nada por quien bien le sirve. Que vivamos o que nos muramos, lo mismo le da.

FEDERICO.—*(Con desvío.)* ¡Así reventarais!... Efectos de contagio. Hablando con ella me siento también grosero.

BÁRBARA.—*(Para sí.)* Está de buenas. Aquí que no peco. *(Alto.)* Asciéndame usted a mi marido.

FEDERICO.—¡Que te le ascienda yo!

BÁRBARA.—Si usted quiere, bien podrá hacerlo; pero lo dicho, no nos hace caso, y es todo "ingratituz". Conque me le empuja, ¿sí o no? Basta con que le pida una recomendación al señor de

Orozco, que es tan amigo del director de Correos.

FEDERICO. — *(Con desabrimiento.)* Y ¿qué tengo yo que ver con el señor de Orozco?

BÁRBARA.—Toma; que son ustedes uña y carne.

FEDERICO.—Vete al diablo, y déjame en paz. *(A Claudia.)* ¿Quién ha venido hoy?

CLAUDIA.—Los del jubileo de todos los días. "Inglesitis".

FEDERICO.—¿Ninguno se ha roto la crisma al subir o al bajar?

CLAUDIA.—Ninguno. Yo sí que ya no tengo crisma de tanto calcular las respuestas que debo darles.

FEDERICO.—Y papá, ¿ha salido?

CLAUDIA.—Sí, señor; pero viene a almorzar.

FEDERICO.—Pues vete a la cocina, que es tarde. Ea, dame acá ese chiquillo. *(Toma de los brazos de Claudia el niño y le mima y zarandea.)* Ven acá, Fefé, ángel de Dios. ¡Qué gusto tener un amigo inocente y puro, que no se permite otra malicia que tirarnos de las barbas! *(El chiquillo suelta la risa.)* Bien, bien, eres feliz conmigo. Esto consuela.

CLAUDIA.—*(Al chiquillo.)* Sol del mundo, soberano pontífice, regente del reino..., no le beses, que es muy malo. Pégale, pégale.

FEDERICO.—*(Besando al niño.)* Me quiere más que a ti. Lo que él dice ahora con esos gruñiditos es que desea estar solo conmigo y que os larguéis pronto.

CLAUDIA.—Gloria patri, ¿verdad que no?

BÁRBARA.—*(Para sí.)* Acariciando al niño, nos engatusa este perro y hace de nosotras lo que quiere.

CLAUDIA.—Es un buenazo. ¡Lástima que no tenga dinero! Es lo único que le falta.

FEDERICO.—¿Qué rezongáis ahí? A la cocina, tarascas, y dejadme en paz con mi amigo Fefé.

BÁRBARA.—*(Para sí.)* Ahí te quedas. No hay quien le sufra. Y, sin embargo, ni él puede vivir sin nuestros mordiscos, ni nosotras sin sus rasguños. *(Vanse las dos.)*

ESCENA III

FEDERICO, con el Chiquillo en brazos; después, JOAQUÍN VIERA.

FEDERICO.—¡Qué noche he pasado! Esta vileza de mi hermanita ha concluído de anonadarme. *(Se pasea.)* ¿Tendrá razón Infante sosteniendo que toda la culpa es mía? Pues, aunque cien veces lo sea, no transijo con ese cursi maldito. ¿No es verdad, Fefé, que debo mantenerme inflexible? Tú estás en lo cierto. Yo soy como soy, y no puedo ser de otra manera... *(Confuso.)* Y en verdad que no puedo entender por qué causa me es insoportable este vilipendio, mientras que acepto otros y los llevo conmigo, acostumbrándome a su peso, como al peso de la ropa que me cubre. Lo que llamamos dignidad, ¿será función social antes que sentimiento humano? ¿Será ley de ella escandalizarnos de la ignominia que se hace pública, y apechugar con la que permanece secreta?...

VIERA.—*(Entrando por la izquierda.)* Bien por los hombres madrugadores. ¡Levantado a las doce del día! Yo pensé que almorzaría solo, y almorzaremos juntos. "All rigth". *(Se sienta en un sofá.)* Pero, chico, ¡qué cambiado está nuestro viejo Madrid! Hasta pisos de madera me le han puesto. El lugareño con botas de charol. He salido a dar una vuelta, y el plumplum de las caballerías sobre el entarimado, el sordo ruido de los coches y el olor de la creosota me daban la impresión de Londres o París.

FEDERICO.—Sí; ha cambiado algo por fuera en los últimos tiempos. Pero por dentro está como tú lo dejaste.

VIERA.—Siempre es el perdido de buena sombra y de muchas trazas, que se contenta con las apariencias del vivir, viviendo en realidad muy mal... ¿Sabes lo que pareces tú ahora? Un San Cristóbal, de esos que hay en las catedrales. Y el nene es precioso. ¿A quién sale, siendo su padre más feo que su madre, que es cuanto hay que decir?... No *(Observando al Chiquillo.)*, no puede ser obra de Pepe. *(Alzando la voz, mira hacia la puerta de la derecha.)* ¡Ah Claudia, Claudia, veo que siguen los descuidos!... *(A Federico, que pasea meditabundo.)* Dame pronto de almorzar, que

tengo mucho que hacer. Y te advierto que mi primera diligencia es ir a ver a Clotilde. No, no te enfurruñes. No puedo seguirte por el camino de la intolerancia caballeresca. Cada uno obra según su carácter y el medio en que respira. ¡Vivimos en atmósfera tan distinta! Yo en un país democrático y rico, donde los apellidos y las posiciones aparentes no suponen nada; tú, en un país sin dinero, donde la exterioridad lo suple todo y donde las posiciones oficiales hacen las veces de riqueza. Nunca aspiré a que mi hija se casara con un noble, con un millonario. Modestísimo en mis pretensiones, y conociendo el país, me ilusionaba con verla esposa de un capitancito de Artillería o Ingenieros, o con un abogadillo de chispa, que, andando el tiempo, se hiciera diputado, y quizá ministro. A ti, que hacías veces de padre, te correspondía el arreglarlo de este modo. Pero ¿qué pasó? Que dejaste a la niña entregada a sí misma, y la pobre tuvo que elegir entre lo que veía. Si en vez del capitancito de Artillería nos ha resultado un chico de mostrador..., es sensible; pero ya no tiene remedio. Claro que no me gusta; pero no forcejeo con la realidad. ¿Qué? ¿Hemos de abandonar a la pobre niña? ¿Estamos en el caso de hilar muy fino, muy fino? ¿Quién sabe si el joven ese saldrá listo y trabajador, y poseerá el arte de estos tiempos, que consiste en traer legalmente a las arcas propias el dinero que anda por las ajenas? ¡Quién sabe si Clotilde habrá labrado, sin saberlo, su porvenir, y el tuyo y el mío, y estará en estos instantes preparándonos una vejez decorosa y tranquila! Ea, no seamos intransigentes ni pesimistas. Aceptemos la realidad, y, dentro de ella, saquemos el mejor partido posible de los hechos que no dependen de nuestra iniciativa.

FEDERICO.—No me decido a conceder que tengas razón, ni afirmaré que no la tienes. Sea lo que quiera, yo no transijo. Es cuestión de temperamento. Ciertas ideas me dominan a mí, antes que yo pueda ni aun siquiera formar el propósito de dominarlas.

VIERA.—Ya hablaremos de eso más despacio.

FEDERICO.—*(Para sí.)* Ha perdido toda idea del decoro de su nombre. *(Se sienta y pone al niño sobre sus rodillas. Entra Bárbara y da una carta a Viera.)*

VIERA.—*(Examinando el sobre.)* Es de Tomás. Conozco su letra jesuítica. *(La abre.)* Me cita para las tres. Eso sí: no es de los que huyen el bulto.

FEDERICO.—*(Malhumorado.)* Bárbara, llévate este chiquillo, que molesta.

BÁRBARA.—*(Aparte.)* Tan pronto se entusiasma con las criaturas como se cansa de ellas. ¡Ay! De todo se cansa. *(Tratando de coger al Chiquillo, que grita, patalea y se resiste a pasar a sus manos.)*

FEDERICO.—Fefé, no seas malo. Vete con tía Bárbara.

VIERA.—Prefiere estar con nosotros. El angelito gusta de la sociedad. Ea, dámele acá. *(Le toma en brazos.)* Conmigo. ¡Qué bien! Mira qué contento. Tú eres de casta de señores. Bárbara, puedes marcharte, y que nos den pronto de almorzar. Dispongo de poco tiempo, y hay mucho que hacer esta tarde. *(Sale Bárbara.)*

FEDERICO.—¿Qué ocupaciones son ésas, di? Por Dios, yo te suplicaría...; yo te agradecería mucho que dejases en paz a Orozco. Es un hombre excelente.

VIERA.—*(Zarandeando al niño y haciéndole cabalgar sobre sus rodillas.)* No niego su excelencia; pero que me la pruebe pagando lo que debe... Anda, caballo...; agárrate, valiente.

FEDERICO.—Pero ¿qué crédito es ése? Sin ofenderte, yo dudo mucho que sea un crédito real y efectivo.

VIERA.—*(Con socarronería.)* Buena idea tienes de mí. Aquí no entendéis de negocios, y rendís homenajes demasiado serviles a la delicadeza, madre del no comer y amparadora de la insolvencia. Los negocios son negocios, y se tratan con la crudeza que enseñan los números, lo cual nada quita a las efusiones de la amistad.

FEDERICO.—*(Inquieto.)* Cuéntame, ¿qué diantre de negocio es ése?

VIERA.—Una deuda.

FEDERICO.—Orozco no tiene deudas. Como no hayas descubierto alguna póliza olvidada y prescrita de la "Humanitaria"...

VIERA.—Eres más inocente que este niño que galopa en mis rodillas y se cree que monta a caballo. ¿Me juzgas tú a mí capaz de presentarme a Orozco sin refuerzo de documentos legales? ¿Por quién me tomas?

FEDERICO.—*(Con embarazo.)* Es que...

me causa pena recordarlo; pero debo decirte que, en otras ocasiones, Tomás te ha dado dinero por conmiseración, y por evitarse disgustos. Los hombres de orden temen a los pleiteantes enredosos y sin ningún derecho más que a los que de buena fe reclaman su propiedad.

VIERA. — *(Enérgicamente.)* En primer lugar, nadie da dinero por conmiseración, ni aun en este país tan estúpidamente platónico. En segundo lugar, yo vengo aquí a sostener un derecho claro y terminante, no a poner una trampa de derechos ilusorios para que caigan en ella los incautos. Y te diré, de paso, que tienes de Orozco una idea equivocada. ¿Crees tú que en él no hay más que bondad y mansedumbre, y que lleva su abnegación hasta el extremo de dejarse explotar? ¡Qué tonto eres! Bajo aquella dulzura de carácter se esconden todas las marrullerías de un ingenio vividor. Posee el arte de hacerse pasar por generoso cuando se ve en el caso de transigir con el derecho ajeno.

FEDERICO.—Me parece que le conoces más por referencias del vulgo que por propia observación. Tomás no es así.

VIERA.—Le he conocido niño, le vi crecer y hacerse hombre. Su padre y yo éramos como hermanos. ¡Ah! Pepe Orozco, gran hombre para los negocios, sin entrañas, duro, y económico en su vida interior hasta la sordidez, también algo zorro y de doble fondo, como su hijo. Créeme a mí, que he visto mucho mundo y he asistido al paso de una generación a otra...; gran enseñanza. Tomás se ha encontrado la fortuna hecha, y le ha sido fácil sentar plaza de virtuoso, de varón justo y magnánimo. *(Con sarcasmo.)* El otro trabajó como un negro, sacrificó a las ganancias su reputación, para que ahora éste se haga pasar por santo. Los padres se condenan para que los hijos puedan labrarse un huequecito en el cielo. La suerte que no hay cielo ni infierno, pues si existieran esos... locales sólo servirían para hacer eterna la injusticia.

FEDERICO.—*(Tristemente.)* Estás desvariando, y no te puedo seguir.

VIERA.—Te has pasado al enemigo. Mírame cara a cara. *(Observándole con suspicacia.)* Noto en ti no sé qué... Me sorprende mucho ese interés por una persona con quien no tienes más que relaciones superficiales, de esas que se establecen entre un estómago agradecido y el anfitrión que convida martes y jueves.

FEDERICO. — Le debo mil atenciones. Bien sabes que somos amigos de la infancia.

VIERA.—¿Te ha señalado dietas por hacerle la rueda a su mujer? ¿Cobras a tanto la frase, a tanto la anécdota y el chascarrillo?

FEDERICO.—*(Conteniendo su ira.)* No me hables de ese modo... No puedo tolerarlo.

VIERA.—*(Riendo.)* ¡Cándido! Déjame a mí, déjame, que si le saco a tu anfitrión este platito de lentejas realizaré un acto de justicia, por dos razones: primera, porque es de ley que me dé lo que reclamo; segunda, porque sus bienes fueron mal adquiridos, y deben volver a la masa, al despojado imponente, a quien representamos en este instante nosotros, los desfavorecidos de la fortuna.

FEDERICO.—Me hacen padecer horriblemente tus sofisterías. Haz lo que quieras, y no me comuniques ni tus planes ni el resultado que obtengas. Nada pretendo saber. Tratándose de esto, no quiero que haya entre nosotros ni la confianza natural entre hijo y padre.

VIERA.—Gracias. Tu tontería me anonada, porque yo pensaba pagarte tus deudas si salía bien de este negocio...; quiero decir, siempre que tus deudas se limitaran a una cifra razonable.

FEDERICO.—Cuídate de las tuyas. *(Para sí.)* Dios mío, ¡qué hombre! No hace ni dice cosa alguna que no sea para humillarme y herirme en lo más delicado. ¡Es fuerte cosa que no podamos aborrecer a un padre sin atropellar las leyes de la Naturaleza!

VIERA.—No te pareces a mí más que en la figura. Eres un somnámbulo catahumos y te pasas la vida mirando a las estrellas, viendo la fortuna pasar, rozándote la punta de los dedos, sin que se te ocurra oprimir la mano y atraparla. Podrías sacar un partido inmenso de tus relaciones, de tu buen parecer, de tu arte social, que no debe servirnos sólo para divertir a los ricos, como los bufones antiguos divertían a los reyes, sino para compartir con ellos el imperio del mundo. La opulencia está en el deber de compartirse con el ingenio, y cuando no lo hace de grado hay que llamarse a la

parte, como el galleguito del cuento, diciéndole: "¿Cuánto voy ganando?"

FEDERICO.—*(Para sí.)* No le contesto, porque perderé la serenidad.

CLAUDIA.—*(Entrando.)* Señores..., "almuercitis". *(Cogiendo al chico de los brazos de Joaquín.)* Ven con tu madre, rey de los cielos y de la tierra, ángel de amor, hijo pródigo, patriarca de las Indias.

VIERA.—Lo que es éste no pasa, Claudia. Es muy bonito para ser de tu marido.

CLAUDIA.—*(Soltando la risa.)* ¡Qué cosas tiene el señor! Por estas cruces le juro que es de Pepe.

VIERA.—Vamos, que estás tú buena pieza... A la mesa. Tengo sobre mi cuerpo toda el hambre española. *(Vase.)*

FEDERICO. — *(Abrumado.)* ¡Que este hombre sea mi padre! ¡Ay! Me dió su rostro, me puso el sello de su casta para que ni un momento pueda dejar de avergonzarme de ser su hijo.

ESCENA IV

Comedor en casa de OROZCO. AUGUSTA, OROZCO, INFANTE, MALIBRÁN y VILLALONGA, sentados a la mesa, almorzando.

OROZCO.—Pues ¿qué quería ese terco de Federico? ¿Que viviendo Clotilde como vivía fuese a pedir su mano un Hohenzollern o un Habsburgo? Anoche le vi tan excitado, que no quise contradecirle por no aumentar su pena. Tuve con él la consideración de apoyar débilmente sus quejas; pero ahora que no está presente declaro que no tiene razón.

AUGUSTA.—Creo lo mismo. Mil veces le hablé de su hermana, augurándole lo que ha pasado. Mal que nos pese, somos arrollados por... la ola democrática. ¿Qué tal la figura? Lo que hay es que nos gusta más verla reventar en la cabeza del vecino que en la propia.

MALIBRÁN.—Como figura del género balneario, no está mal. Eso lo aprendió usted este verano en Arcachón... Pues, volviendo a Federico, opino que es un desequilibrado de marca mayor, aristócrata por las ideas y los gustos, sin los medios materiales de que toda idea necesita disponer para manifestarse dignamente. Absolutista por temperamento, reniega de verse gobernado por el parecer de la multitud, y su orgullo tropieza a cada instante con las garrulerías de la igualdad. Es una contradicción viva, una antítesis...

AUGUSTA. — *(Interrumpiéndole y burlándose.)* ¡Jesús de mi vida, qué sabios venimos hoy!

MALIBRÁN.—Quiero decir que por efecto de esa radical contradicción entre la época y el hombre, todos los actos de éste resultarán incongruentes, no dará un paso que no sea un tropezón, y será al fin envuelto por la ola de que antes nos hablaba usted, ya que no se decide a sortearla, como hacemos los demás.

INFANTE.—Pues yo, sin meterme en filosofías, voy a dar noticias concretas. Esta mañana se presentó en mi casa el trovador de Clotilde.

AUGUSTA.—*(Con viveza.)* ¿Y cómo es?

OROZCO.—Según me han dicho, atrevidillo, y no peca de corto.

INFANTE.—Simpático; pero muy simpático, y parece despejadísimo. En cuatro palabras me ha contado su historia. Es huérfano, tiene veintitrés años, y desde los dieciséis se bandea solo. Es sobrino de un tal Santana, tendero en la calle de Lope de Vega, y de otro en la plaza Mayor, que le llaman Jáuregui, y de otro cuyo nombre y señas no recuerdo. En fin, que cuenta media docena de tíos detallistas de comestibles. Sabe al dedillo la partida doble y escribe cartas comerciales en francés; tiene título de perito mercantil y se ganó un premio de Economía política.

AUGUSTA. — *(Con animación.)* ¡Angel de Dios!... Señores, es preciso que le protejamos entre todos.

INFANTE.—El tío Santana le ocupaba en llevar la contabilidad y la correspondencia, y en medio de esta prosaica tarea nacieron los castos amores con la hermana de Federico. Pero ¡vean ustedes qué desgracia! Casi en los mismos días en que los tórtolos se lanzaban de cabeza en lo ideal, el tío Santana, por la paralización de los negocios y la necesidad de economías, despidió al chico, que a la sazón vive al amparo de su tío Jáuregui, sin sueldo. ¡Ah! Otro detalle. Nunca ha servido en el mostrador, que repugna a sus hábitos y a su educación; pero está decidido a todo, hasta a fregar copas en una taberna, con tal de ganarse el pan para mantener a la elegida de su corazón.

AUGUSTA.—Decididamente, le hemos de proteger.

MALIBRÁN.—¿Le encuentra usted chiste a la historia?

AUGUSTA.—La encuentro hasta poética. Por lo que veo, el verdadero amor, el principio activo que gobierna el mundo, no existe ya más que en la clase de dependientes de comercio. No podemos abandonar a ese joven. ¿Verdad, Tomás? *(Orozco se sonríe sin decir nada.)*

INFANTE.—Contóme también cómo nacieron y se formalizaron sus amores. Durante un mes no hacían más que mirarse, mirarse, hechos un par de bobos. Por fin, movido de un instinto irresistible, escribía con letras gordas en un pliego abierto, al modo de cartel, frases de ternura, y desde su balcón se las mostraba a la niña, que al principio huía ruborizada, soltaba la risa después y últimamente ponía una cara muy triste cuando él no estaba.

AUGUSTA.—Y ¿cómo no estando en el balcón sabía él que la chiquilla ponía la cara triste?

INFANTE.—Esa misma pregunta le hice yo, y me contestó, ¡miren si es pillo!, que entornaba las maderas de modo que pareciese no estar allí, y por un agujerito observaba en la cara de la niña el efecto de su fingida ausencia.

VILLALONGA.—¿Sabe o no sabe el pájaro ese?

AUGUSTA.—*(Con calor.)* Hay que casarlos, aunque no sea sino para premiar esa manera primitiva y pura de hacerse el amor. Eso es de lo que no se ve ya.

INFANTE.—Luego vinieron las cartitas, de que fueron conductores, por dicha de ambos, las criadas de Federico, hasta que una noche logró Santana colarse en la casa.

MALIBRÁN.—*(Vivamente.)* Sí, hay que casarlos; en eso estamos conformes, aunque no por las razones que usted alega, sino por otras de un orden muy diferente.

AUGUSTA.—Cállese usted, mal pensado. ¿Qué hay en estos amores que no sea la misma inocencia? ¡Bah, que entraba de noche en la casa! ¿Y qué?

VILLALONGA.—Nada, nada, que entraba a tomarle las medidas del cuerpo para entregarle el traje de boda.

AUGUSTA.—*(Conteniendo la risa.)* Cállese usted también, groserote; no dice más que disparates.

INFANTE.—Y por fin, después de referirme su historia, me suplicó que le consiguiera un destinito de oficial quinto para poder casarse.

OROZCO.—¿Y qué hace usted que no lo pide al momento?

AUGUSTA.—Yo que tú, volvía loco a todo el Ministerio hasta obtener la plaza.

INFANTE.—En estas alturas es más difícil sacar una plaza de oficial quinto que una Dirección general. Pero algo haré, porque el chico ese me ha entrado por el ojo derecho. "Pida usted informes a mis tíos acerca de mi honradez —decía—, y como no se los den buenos, me dejo cortar la cabeza." No quiere el destino más que como ayuda en los primeros tiempos, hasta que pueda tomar rumbos mejores. Y vean ustedes si el nene es activo y sabe apreciar el valor del tiempo. Por las mañanas emplea dos horitas en llevar las cuentas de una tienda de huevos de la Cava de San Miguel. De tarde, la misma faena en un establecimiento de ropas en liquidación, y por las noches se pasa tres o cuatro horas escribiendo al dictado en casa de un notario. Con esto reúne el pobrecillo treinta duretes al mes, que le saben a gloria por el trabajo que le cuesta ganarlos; mas para casarse le hace falta otro tanto o, por lo menos, la mitad. Ha echado bien la cuenta, y es de los que no gastan un real sin saber de dónde ha de salir. ¿Qué tal? ¿Es éste, sí o no, un hombre predestinado a capitalista?

VILLALONGA.—*(Dando una palmada en la mesa.)* Acuérdense todos los presentes de lo que digo. Si vivimos, a ese monigote le hemos de ver con más dinero que nosotros.

OROZCO.—Pues tiene, tiene, sí, señor, la fibra económica.

AUGUSTA.—¡Cuando digo que es preciso darle la mano!

INFANTE.—Aunque no quieran ustedes, tendrán que protegerle, porque es de los que se meten por el ojo de una aguja, y sabiendo que aquí hay buenos corazones, no tardará en llamar a esta puerta. Por si no cuaja lo de oficial quinto, quiere entrar de tenedor de libros en una casa de Banca. De ello me habló también, rogándome..., ya ven ustedes como no pierde ripio..., que intercediera con el señor de Orozco para que éste le recomendara a Trujillo y Ruiz Ochoa, en cuyo escri-

torio hay, según parece, una vacante de tenedor.

OROZCO.—Sí que la hay; pero no seré yo quien le recomiende...

AUGUSTA.—*(Con gracejo.)* Tomás de mi vida, no te me hagas el feroz tirano.

OROZCO.—Pero, ¡hija de mi alma, si ya he recomendado a tres..., a tres!

INFANTE.—Yo no sólo prometí hablar con interés al amigo Orozco, sino que invité a Santana a que viniera a verle...

OROZCO.—Angel de Dios, ¿le parece a usted que no tengo ya bastantes jaquecas?

INFANTE.—Es que yo quiero que conozca usted a este rey de las hormigas.

OROZCO.—¿Para qué, si no puedo hacer nada por él? Dígale usted que no se moleste.

INFANTE.—Ya será tarde; porque o mucho me engaño o ése es de los que obran rápidamente y detestan el "mañana". Hoy le tendrá usted aquí.

OROZCO.—*(Benévolamente.)* Mi casa es un hospicio, y no puedo verme libre de postulantes, que me marean pidiéndome lo que darles no puedo: éste una credencial, el otro una fianza, aquél dinero para salir de un apuro, el de más allá ropas usadas, y no falta quien me pida billetes de teatro o una recomendación para obtener la cruz de Beneficencia. La suerte mía es que cantando se vienen y cantando se van.

MALIBRÁN.—Amigo mío, aunque usted se empeñe en desacreditarse, no lo conseguirá.

AUGUSTA.—*(A su marido.)* Hijo, en este caso has de desmentir tu fiereza, tu crueldad y tu tacañería, recibiendo bien al pobre Santana y procurándole el destino en casa de Trujillo. Lo necesita para casarse. De ti depende la ventura de esa familia en cierne. ¡Casarse así, con todas las ilusiones del amor y con esas ansias de trabajar, previendo los hijitos que habrá de mantener! Estos son los seres verdaderamente providenciales, los que aumentan la raza humana, los que hacen poderosas y ricas a las naciones. Verán ustedes cómo Clotilde se carga de familia en pocos años y cómo ese marido modelo gana para mantener el pico a toda la prole.

INFANTE.—¡Vaya, que tiene un gancho ese joven! Me decía: "Si no consigo la plaza de tenedor de libros o la de oficial quinto, me pasaré las mañanas vendiendo tomates o pimientos en cualquier plazuela. Trescientas sesenta y cinco mañanas dan mucho de sí."

VILLALONGA. — *(Con vehemencia.)* ¿Ese..., ése?... Le hemos de ver firmando letras de cambio por miles de miles.

AUGUSTA.—*(Con entusiasmo.)* Amparémosle entre todos. Juremos ampararle. Es el hombre del porvenir, y todos los presentes están en el deber de prestar apoyo al que les da esta lección de arte de la vida.

VILLALONGA.—Acepto la lección y admiro a este tipo por lo mismo que es el reverso de mi medalla, mi revés moral.

OROZCO.—Ese es de los que no necesitan ayuda de nadie. Su propio instinto y su acometividad social le abrirán camino.

MALIBRÁN.—Protejámosle, lo que quiere decir que le proteja Orozco en nombre de todos. Usted le favorece, y él nos lo agradecerá a los demás. *(Sirven el café.)*

CRIADO.—Un joven está ahí que pregunta por el señor.

TODOS.—El, es él.

INFANTE.—¿Delgadito, mal color, ojos negros, el pelo rape, gabán muy viejo?

CRIADO.—El mismo.

OROZCO.—*(Un poco molesto.)* ¡Que todos los moscones de Madrid han de caer sobre mí!

AUGUSTA.—*(Al Criado.)* Dile que pase al despacho. El señor le recibirá... *(A su marido.)* Ea, fastidiate, corazón de granito.

OROZCO. — *(Fingiendo buen humor.)* Como recibirle, sí... ¡Pobre tonto! No es cosa de ponerle en la calle. Pero se irá como ha venido. *(Por Infante.)* Este métomentodo es quien me ha echado el mochuelo.

INFANTE.—Yo, no. Recuerdo muy bien lo que le dije: "Vaya usted mañana." Pero ése es de los que no padecen la enfermedad española del "mañana", profesa la teoría de que "mañana" quiere decir "hoy".

VILLALONGA.—¡Hoy! Dichoso el que sabe agarrarse al "hoy" antes que pase, porque ése llegará primero que los demás.

MALIBRÁN.—Y encontrando los mejores sitios desocupados, se apoderará de ellos.

AUGUSTA.—No le dejes ir sin esperanzas. Hazlo por mí, por todos los presentes, que tomamos al gran Santanita, al

futuro millonario, bajo nuestra alta protección.

OROZCO.—*(Sonriendo.)* Esperanzas sí, todas las que quiera; pero realidades no podrá sacar de mí. Me sacudiré la mosca... No sé qué se figuran... Francamente, es cosa de traer a casa una pareja de Orden Público. Yo aseguro a ustedes que este impertinente no volverá más por aquí. *(Toma el café de un sorbo y sale.)*

ESCENA V

LOS MISMOS, menos OROZCO.

AUGUSTA.—Pero ¿ustedes se han creído que le va a echar a cajas destempladas?

MALIBRÁN.—¡Cómo he de creer yo tal cosa! Felicitemos a nuestro protegido, porque le está cayendo el maná.

AUGUSTA.—Si Tomás dice que no hace nada por él, no le lleven ustedes la contraria. Finjan, más bien, creer que le ha echado por la escalera abajo. "I promesi sposi" están de enhorabuena. No les faltará pan para sus hijitos, y seguramente tendrán uno cada año, porque estos matrimonios ilusionados que se afanan por el niño antes de tenerlo son horriblemente fecundos.

MALIBRÁN.—Lo que a mí se me ocurre, señora mía, es que con estas filantropías van ustedes a perder a uno de los amigos más leales y consecuentes. Federico, cegado por la soberbia, dirá: "El amigo de mis enemigos es mi enemigo."

AUGUSTA.—Una cosa es decirlo y otra... ¡Ay! Ante la soberanía de los hechos no hay orgullo que no se rinda tarde o temprano... Esta es mi opinión. Y por mi parte he de hacer los imposibles porque Federico se reconcilie con su hermana. No es mal sermón el que le espera esta noche, si aparece por aquí.

VILLALONGA.—No le reducirá usted con sermones. Está fuera de sí. Anoche creí que me pegaba porque se me antojó disculpar a Clotilde.

MALIBRÁN.—Corazón fiero, orgullo indomable, ideas anticuadas y consistentes, de esas que desafían con su firmeza el empuje de la opinión vulgar; ideas macizas, que serían muy buenas en una época de acción y de unidad; pero que se vuelven ineficaces y hasta ridículas en una época de inestabilidad, de polémicas y de dudas.

AUGUSTA.—¡Cuando digo que estamos hoy muy sabios!...

MALIBRÁN.—No lo puedo remediar. Mi pedantería es hija de los desengaños, que me han obligado a estudiar la vida. Compadézcame usted en vez de zaherirme por lo que sé. Y sé más *(Con fineza de dicción y de intención.)*, mucho más de lo que usted se cree.

AUGUSTA.—No, si yo no he puesto límites ni fronteras a su sabiduría. Es que, francamente, me pareció que había examinado usted con buena crítica las ideas de Federico.

MALIBRÁN.—De quien nada ofensivo dije. Conste. No hay motivo, pues, para que usted se altere.

AUGUSTA.—*(Ligeramente desconcertada.)* ¡Yo!... ¡Alterarme yo!

MALIBRÁN.—Un poquitín, aun antes de que yo completara mi juicio. Me falta añadir que de su mismo orgullo, de su susceptibilidad extrema y de la pugna entre sus ideas y sus medios sociales nacen los hábitos de envilecimiento que, a pesar suyo, le dominan y que son su desgracia irremediable y su problema insoluble.

AUGUSTA.—*(Devorando su ira.)* Todas esas cosas, ¿por qué no se las cuenta usted a él?

INFANTE.—*(Con sequedad.)* Habla usted de hábitos de envilecimiento, y me parece que no se ha fijado usted en la significación de la palabra. De otro modo, haría mal en sostenerla. Yo afirmo que Federico es un caballero.

MALIBRÁN.—*(Rectificando.)* No lo he dudado nunca... Esos hábitos, que todo el mundo conoce, deben ser calificados quizá de un modo más suave, tratándose de un amigo. Emplearemos otra palabra.

AUGUSTA.—Mejor sería no haberla pronunciado.

MALIBRÁN.—No fué mi intención ofenderle.

INFANTE.—*(Para sí.)* Decididamente, el italiano este es de una blandura fenomenal. No entra, no entra, por más que se le pongan picas hasta el hueso.

AUGUSTA.—Vamos, usted quiso decir que Federico no es caballero.

INFANTE.—*(Para sí.)* ¡Qué bien me le capea ésta!... Pero no entra... Cada vez hás huído.

MALIBRÁN.—Perdone usted, amiga mía.

Jamás califico yo acerbamente a una persona con quien me une amistad. *(Para sí.)* ¿Quieres una estocada? Pues allá va. *(Alto.)* Lo que yo quise decir es que caballerosidad y necesidad rara vez se llevan bien. ¡Ay de aquel en quien estos dos estímulos se reúnen! En público son muy difíciles de conciliar, y sólo en la esfera privada pueden algunos armonizarlos. En el misterio, en los escondites que labran el miedo y la prudencia, se hacen cosas que a la clara luz del día son condenadas con cierto énfasis. Hay dos esferas o mundos en la sociedad: el visible y el invisible, y rara es la persona que no desempeña un papel distinto en cada uno de ellos. Todos tenemos nuestros dos mundos, todos labramos nuestra esfera oculta, donde desmentimos el carácter y las virtudes que nos informan en la vida oficial y descubierta.

AUGUSTA.—*(Vivamente.)* Perdone usted, Malibrán; todos, no; la tendrá usted; pero eso de todos es un poco fuerte. *(Para sí, con ira disimulada.)* ¿No habría quien le parara los pies a este majadero?...

MALIBRÁN.—*(Para sí.)* Vuelve por otra. *(Se levanta)*

AUGUSTA.—Pero qué, ¿nos deja usted ya?

MALIBRÁN.—Ya debiera estar en el Ministerio.

AUGUSTA.—No me acordaba... *(Irónicamente.)* Es tan grata su compañía y nos adormece de tal modo el encanto de su conversación, que olvidamos lo necesaria que es su presencia en el Ministerio para que marchen bien los asuntos exteriores.

MALIBRÁN.—*(Para sí.)* Búrlate todo lo que quieras. Ya me la pagarás.

AUGUSTA.—*(Estrechándole la mano.)* Váyase usted prontito. No le retengo, no quiero tener la responsabilidad de una catástrofe europea.

MALIBRÁN.—Tema usted las domésticas, no las internacionales. Y cuando se dispare el primer cañonazo, avise usted a los buenos amigos. Llamad, ¿eh?

VILLALONGA.—Dos toques y repique. *(Dándole la mano.)* Adiós, diplomático. Memorias al marqués de Salisbury.

MALIBRÁN.—De tu parte. Adiós, Infante. *(Vase.)*

ESCENA VI

LOS MISMOS y OROZCO.

OROZCO.—*(Entrando, con semblante risueño.)* Vamos, le despaché... Se va el pobrecillo muy descorazonado. Pero yo, ¿qué le he de hacer? Pues sólo faltaba que...

AUGUSTA.—(Con gracejo.) Eso es: fuertecillo. ¡Qué genio vas echando, hijo de mi alma!

OROZCO.—Lo siento; pero no he podido darle ni esperanzas siquiera.

AUGUSTA.—Sí, te lo conozco en la cara.

VILLALONGA.—Su cara revela satisfacción.

INFANTE.—La satisfacción de las malas acciones.

OROZCO.—Ni buenas ni malas.

AUGUSTA.—*(En voz baja, a Infante.)* Pero ¿tú le crees?

INFANTE.—¿Qué le hemos de creer? Para mí Santanita se ha puesto las botas.

VILLALONGA.—Permítame usted, amigo Orozco, que no dé crédito a su modestia. Lo mismo nos dijo usted el otro día cuando vino a importunarle aquel vejete arruinado de la plaza Mayor, y después supimos que a la calladita le puso usted una tienda nueva, un comercio de gorras.

OROZCO.—*(Excitado.)* ¿Quién ha dicho eso? ¡Calumnia!

VILLALONGA.—¡Calumnia!

OROZCO.—*(Dominándose y riendo.)* El que tal diga falta a la verdad. Conque de gorras, ¿eh? Tiene gracia.

AUGUSTA.—*(Hace señas a Villalonga para que se calle.)* ¡Eh! Chitón, indiscreto.

INFANTE.—Son voces que hace correr la maledicencia.

AUGUSTA.—No se hable más de eso. En resumidas cuentas, puesto que tú no quieres proteger al rey de las hormigas, le echaremos nosotros un cable.

OROZCO.—¡Bueno estoy yo para protecciones! ¿Quién me defenderá a mí de la fiera que me amenaza hoy, y que no tardará en presentarse?

INFANTE.—Ya sé quién es, Joaquín Viera, el papá de Federico, que llegó anoche.

VILLALONGA.—¡Demonio! Cuidado con ése, que es el primer sable de América... y de Europa.

INFANTE.—¿Quiere usted que le recibamos Villalonga y yo y le paremos la estocada?

AUGUSTA.—*(Con viveza.)* Eso sería lo mejor. Sí, sí. Tomás, que le reciban éstos y le pongan las peras a cuarto.

OROZCO.—No puede ser. A ese maestro de maestros no le sabe parar nadie más que yo. Dejádmele a mí.

AUGUSTA.—Hijo de mi vida, tiemblo por ti; temo a tu bondad, a tu miedo al escándalo.

OROZCO.—¡Quia! Que escandalice todo lo que quiera. No sé qué lío se traerá. Ya lo veremos.

AUGUSTA.—Estoy en ascuas. No tendré tranquilidad hasta que no le vea salir de casa. ¿A qué hora viene?

OROZCO.—A las tres. *(Hablan aparte Orozco y Villalonga.)*

AUGUSTA.—Faltan diez minutos. Siento escalofríos.

INFANTE.—¿Te pones mala?

AUGUSTA.—Creo que sí, y si la visita se prolonga, quizá... Me bullen en la cabeza presentimientos de no sé qué desdicha.

INFANTE.—Si no sales a paseo, te acompañaré en casa.

AUGUSTA.—No, no salgo. Pero no me acompañes; te aburrirías. Tengo muy mal humor esta tarde.

INFANTE.—Yo lo tengo pésimo. Si dos negaciones afirman, de dos displicencias puede salir un rato de agradable entretenimiento.

AUGUSTA.—No; de dos displicencias que se funden sale, seguro, la hora negra, la hora de la contradicción y del tirarse los trastos a la cabeza. Hoy es un día en que me peleo yo con el lucero del alba a poco que me exciten. Querido Manolo, si aprecias mi amistad, echa a correr y no aportes por acá hasta la noche.

INFANTE.—Se me figura que Malibrán te ha puesto de mal humor.

AUGUSTA.—*(Fingiendo tranquilidad.)* A mí, no. Estoy acostumbrada a sus tonterías, y lo oigo como si leyera los chascarrillos de la sección amena de un periódico.

INFANTE.—Mucho cuidado con él.

AUGUSTA.—Ya lo tengo... ¡Ah! Vaya si lo tengo. Conque, Infantito de mi vida, ¿me quieres hacer un favor? Te lo agradeceré mucho.

INFANTE.—Pide por esa boca.

AUGUSTA.—*(Con zalamería.)* Que te marches, y perdona la grosería. Quiero estar sola con mi marido.

INFANTE.—El egoísmo matrimonial es tal vez el más respetable. Me sacrifico, hija, me sacrifico a tu deseo, y te ofrezco mi ausencia como el más fino de los homenajes. *(Le estrecha la mano.)*

AUGUSTA.—Oye, Infantito mío: para que tu fineza sea colmada, y yo tenga algo que añadir a la gratitud que te debo, llévate a Villalonga.

INFANTE.—Si no quiere irse por su pie, me lo llevaré a cuestas.

AUGUSTA.—Gracias. Vales un imperio.

INFANTE.—*(A Villalonga.)* Eso es, entretenganse ustedes charlando, y la Comisión de Reforma del Catastro sin poderse reunir por falta de vocales.

VILLALONGA.—Tiene usted razón. Vamos allá. *(A Augusta.)* Patrona, ¿será usted tan buena que me deje marchar?

AUGUSTA.—No debiera hacerlo. Por mi gusto le pondría a usted habitación en esta casa, y no le permitiría salir sino para dar un corto paseíto higiénico... Pero como se trata del Catastro, que es una cosa muy buena, no quiero que me llamen rémora, no debo ser obstáculo a los progresos de la Administración, y le doy a usted permiso para que se largue con viento fresco, cuanto más pronto, mejor. *(Villalonga e Infante se despiden de Augusta. Un Criado entra y habla en voz baja con Orozco.)* Ya está ahí. Tenemos el cometa en casa. Tomás, por Dios, mucho pulso. Contente. Pon frenos y más frenos a tu bondad. Trátale como merece. *(Para sí.)* ¡Dios mío, qué intranquila estoy, y qué extraños, qué indefinibles temores me acechan en las revueltas de mi conciencia!

ESCENA VII

Despacho en casa de OROZCO. OROZCO y JOAQUÍN VIERA.

VIERA.—*(Abrazándole con efusión.)* ¡Tomás de mi alma!...

OROZCO.—¡Joaquín!

VIERA.—¿De salud bien? ¿Y tu mujer? ¡Siempre tan guapa, tan buena!... Lástima que no tengáis hijos. La felicidad parece que no es completa en el matrimonio cuando no hay familia menuda que lo alegre, lo adorne y lo santifique. Pero aún puede ser que... Sois muy jóvenes... ¡Qué placer me causa verte! Te conocí niño, después mozo, hombre por

fin..., y las afecciones primeras se renuevan en el alma cuando envejecemos. Tu padre y yo, más que amigos, fuimos hermanos, y a ti te he mirado siempre como hijo. Abrázame otra vez. Sé que no me tienes gran afecto, mas no por eso te retiro el mío, y me sirve de consuelo el corresponder a tu tibieza con el ardor de mi cariño. Yo soy así.

OROZCO.—Gracias. Y ¿qué es de la vida de usted?...

VIERA.—Hijo mío, mi vida es la continua privación de los bienes que apetece mi alma. Nada más conforme a mi carácter que la estabilidad. Pues heme aquí privado de los goces del hogar, errante por naciones extranjeras, sin oír la voz de un ser amado, sin ver el rostro de una persona de mi sangre y de mi raza. ¡Qué sino el mío, Tomás! Tres grandes atractivos tiene la existencia para un hombre de mi temple y mis inclinaciones: la familia en primer término; después la tierra, o sea la propiedad; después los libros, o sea el estudio, y la contemplación de la Naturaleza. *(Con ternura y acento firme.)* Mi ideal de vida sería éste: mis hijos conmigo; debajo de mis pies un triste pedazo de suelo que cultivar, sin ambición, ni envidioso ni envidiado, y como solaz, media docena de libros buenos. Créelo, éstos son los únicos bienes apetecibles y además las únicas amistades fecundas y verdaderas: la familia, manantial de goces infinitos; la tierra, que te devuelve generosa los cuidados que pones en ella, y el libro sano y ameno, que te deleita, te calma y te instruye. Pues nada de esto me concede Dios a mí. Sin duda, me priva de lo que más amo para concedérmelo en otro mundo mejor.

OROZCO.—Si los hechos correspondieran a las intenciones o a las palabras, no dudo que tendría usted todo eso que desea.

VIERA.—¡Los hechos, los hechos! ¿Sabes tú lo que has dicho? ¡Los hechos! Eres feliz; heredaste una gran fortuna; te viste encarrilado desde la niñez en la vida regular, y andas aún con la velocidad que te imprimieron. Todo lo encuentras llano, fácil... Los hechos son para ti una serie de movimientos maquinales, instintivos. Para los que se impulsan a sí propios, los hechos son el movimiento externo, los encontronazos, las sinuosidades del camino, pues de los obstáculos mismos hay que valerse para dar un paso. Mis hechos, Tomás querido, no son míos, y es injusticia juzgar estas cosas aisladamente. Aprécialas en conjunto, abarca de una mirada el mecanismo social, y fíjate en la posición que tenemos en él los desheredados de la fortuna. Es preciso que todos vivamos, Tomás; no se ha hecho el mundo sólo para que lo disfruten los capitalistas. Has visto en mí acciones que te desagradan. Pero tú, talento superior, alma elevada, ¿aplicas a todos los casos la moral cominera y menuda? No, hijo mío, a ti te corresponde medir con la gran regla. Lo harías sin trabajo si te hubieras formado en la adversidad; pero tu talento debe suplir la experiencia que te falta. No me juzgues, por Dios, con el criterio del vulgo necio. Tú no eres vulgo, Tomás, ni lo serás nunca, aunque vivas en atmósfera creada por él.

OROZCO.—*(Con benevolencia.)* ¡Lástima que ese gran ingenio no se emplee mejor! Suele ofrecernos la Humanidad este contraste, y es que la gente ordenada se cae de sosa, y los traviesos y desarreglados tienen toda la sal de Dios. Sin duda, la vida aventurera, de arbitrios sutiles y de combinaciones muy calculadas, fomenta en los hombres el donaire. No sé si Dios tendrá dispuesto que la bohemia y los caracteres picarescos desaparezcan al fin con la aplicación completa de la disciplina moral. Si así fuera, ¡qué lástima!, porque lo picaresco parece un elemento indispensable en el organismo humano.

VIERA.—Sí, sí; es preciso que haya de todo, querido, y cree que el mundo no ha de variar gran cosa en sus aspectos generales por mucho que lo pulimenten el saber de los hombres y eso que los periódicos llaman conquistas de la civilización. La diversidad de medios de vivir ha de corresponder siempre a la variedad y muchedumbre de caracteres y de móviles. *(Con agudeza.)* Si la moral de los catecismos llegara a imperar en absoluto y se acabaran la bohemia y la raza picaresca, como tú has dicho, el mundo sería insoportable de insulsez. En tal caso, la Humanidad, harta de sí misma, se suicidaría, no por individuos, sino por naciones: emplearíanse cantidades enormes de dinamita para volar continentes enteros; nos aborreceríamos por pueblos y por castas; nos cargaríamos

tanto, que nuestras guerras serían mil veces más feroces que las de los tiempor primitivos.

OROZCO.—*(Riendo.)* Original, graciosísimo. Pero no perdamos tiempo, Joaquín, y sepamos el objeto de su visita y de su viaje, que, según parece, son uno mismo.

VIERA.—*(Con emoción, estrechándole las manos.)* Mucho me duele que todas mis aproximaciones a ti tengan siempre un objeto... poco grato, al menos en apariencia. No puedes figurarte la pena que esto me causa.

OROZCO.—*(Con serenidad.)* No se apure usted, y vea cuán tranquilo estoy. Si he de ser franco, sus arranques de sensibilidad no me conmueven. Los miro como un medio de insinuación, lo mismo que sus alardes de ingenio.

VIERA.—*(Bajando los ojos.)* ¡Oh! No, te lo juro. Cree que siento en este instante una pena...

OROZCO.—¿Por qué?

VIERA.—Por lo desagradable del asunto que aquí me trae... Pero no creas; también yo, con auxilio de mi razón, sé rehacerme y quitar a la pena todo fundamento lógico, poniendo el acto este en su verdadero terreno. Vamos a ver, si yo te asegurase que el asunto que aquí me trae me parece, cuando pienso mucho en él, que envuelve un vivo interés hacia ti, ¿qué dirías?

OROZCO.—*(Riendo.)* Pues diría que me parece una cosa muy rara, y que sería preciso que me lo probara usted para creerlo.

VIERA.—Te lo probaré si tú me ayudas con tu buen juicio y tu manera amplia de ver las cosas. El criterio vulgar diría que yo vengo a molestarte. Si tú no fueras quien eres, lo creerías así. Siendo Tomás Orozco, no lo puedes creer.

OROZCO.—Para que yo forme juicio, lo principal es que sepa claramente de qué se trata.

VIERA.—Paciencia, amigo mío, paciencia. Eres un hombre superior. Si yo no lo supiera por mi observación directa, lo sabría por la fama de que gozas. *(Enfáticamente.)* Inteligencia clara, puntos de vista elevados, conocimiento de la realidad, ideas tolerantes; además, gran corazón, abierto siempre a la indulgencia y a la piedad, honradez a toda prueba, sentimiento vivo del decoro y de la posición; aptitud grande para ver lo íntimo de las cosas...

OROZCO.—*(Interrumpiéndole.)* Basta, basta de incienso.

VIERA.—Concluyo... Ya sé que el incienso te asfixia. Lo empleo como argumento para decirte que siendo tú quien eres, la conciencia más pura que hay bajo el sol, no has de tolerar nada contrario a la ley, ni has de convertir en provecho tuyo la propiedad ajena; en suma, que has de tener a gala y orgullo el devolver a sus verdaderos poseedores lo que ilegítimamente, por olvido o negligencia, no por malicia, está en tu poder.

OROZCO.—*(Agriamente.)* Y ¿qué es eso que no me pertenece y que yo retengo en mi poder? Sepámoslo.

VIERA.—*(Con la mano sobre el pecho.)* ¿Dudas de de mi palabra?

OROZCO.—¿Pues no he de dudar?

VIERA.—Pues mi palabra sola te ha de convencer, sin necesidad de apelar a la prueba legal. Quiero darme el gusto de que te persuadas por lo que yo te diga, porque tus dudas acerca de mi lealtad me lastiman profundamente. Escúchame. ¿Te acuerdas de las obligaciones de Proctor y Barry?

OROZCO.—*(Reconcentrando sus ideas.)* Sí que me acuerdo. Todas fueron canceladas; parte hace diez años, parte hace cinco. Sobre esto no tengo duda.

VIERA.—Todas, menos una, Tomás; aguza la memoria. No se diga que estoy más enterado de tus negocios que tú mismo.

OROZCO.—Menos una, es cierto, que había sido reservada por el viejo Proctor para su hija mayor, la cual tenía, además, una póliza de seguro en La Humanitaria. Y la obligación esa, que no se presentó en tiempo oportuno, se liquidó después, al liquidar la póliza... Espere usted, a ver si recuerdo bien. *(Confuso.)* ¡Ah! La liquidamos cuando murió la hija de Proctor, allá en...

VIERA.—En Bombay. Pero no fué como tú dices, Tomás de mi vida; haz memoria...; no fué así. Liquidasteis la póliza; pero la obligación, que era de las de ocho mil libras, quedó pendiente, por no encontrarse el documento original. Se hizo una información, que no resultó clara, y el asunto quedó en tal estado. Los Proctor murieron todos en una serie de catástrofes y desgracias de

familia. ¿No lo recuerdas? Wigham, afectado de locura, se tiró al mar en la travesía de Boulogne a Folkstone; Guillermo falleció de la disentería en Nueva Zelanda; Isaac pereció en un naufragio...

OROZCO.—Sí, todo lo recuerdo, y la hermana murió a consecuencia de haberse tragado un huesecillo de ave.

VIERA.—Sólo queda Benjamín, que ha recogido a los hijos de Adelaida Proctor.

OROZCO.—Y ese Benjamín, ¿es el que descubrió la obligación trasconejada?

VIERA.—Cierto.

OROZCO.—Comprendido. A ver... Venga. *(Con paciencia.)* Quiero ver qué trazas tiene ese documento.

VIERA.—*(Flemático.)* Aguárdate un poco. Deseo prevenir todas tus suspicacias. Como no podrás dudar de la autenticidad del documento, me vas a decir que ha prescrito; pero yo te probaré que no.

OROZCO.—Seguramente ha prescrito. No habiéndose presentado en el arreglo de mil ochocientos setenta y cuatro...

VIERA.—Veo que tu memoria es flaca, querido Tomás, y que, además, por querer contradecirme, incurres en graves errores, de los cuales tu clara inteligencia saldrá sin esfuerzo, a poco que yo te ilumine. Recuerda el caso aquel, bastante parecido a éste, en que creíamos todos que la obligación del Banco de Navarra habría prescrito, y el Tribunal Supremo declaró que el plazo de prescripción de estas obligaciones no podía depender de los plazos de arreglo que fijaran los liquidadores de La Humanitaria. Es cierto, ¿sí o no?

OROZCO.—*(Meditabundo.)* Cierto es; pero enséñeme usted...

VIERA.—*(Sacando un papel.)* Ahí está. Examínalo con la prolijidad que quieras. *(Mientras Orozco examina con profunda atención el documento presentado por Viera, éste se levanta y con las manos en los bolsillos se pasea por la habitación, hablando para sí.)* A ver por qué registro sales ahora, jesuitón, cuáquero de mil demonios. Estás cogido. La red es hermosa, y admirablemente tejida con hilos legales; y por más que la busques no encontrarás malla rota para escabullirte. *(En alta voz.)* ¿Qué piensas de eso? ¿Cabe en ti la sospecha o el recelo de que la obligación puede ser falsa?

OROZCO.—No; es legítima.

VIERA.—Luego yo no soy un falsario, querido Tomás. Devuélveme tu estimación, porque..., dilo con franqueza..., cuando te anuncié mi visita pensaste que yo te armaba alguna trampa como esas que se estudian en los presidios, y que se llaman "entierros".

OROZCO.—No pensé eso, aunque sí una cosa semejante.

VIERA.—*(Suspirando.)* Estoy en desgracia contigo. Con todo, acabarás por reconocer que este acto entraña un profundo interés hacia ti. *(Orozco hace un gesto de asombro.)* No, no hay que asustarse de lo que digo, ni tratarme como a un loco que trastorna el sentido de los conceptos. Con la mayor entereza y sinceridad del mundo digo y repito que este paso que doy, más debe ser por ti agradecido que vituperado. Tomás, te estoy haciendo un notable servicio en la ocasión presente. *(Con gravedad suma.)* Este viaje mío, y la presentación del documento que acredita una deuda sagrada, son prueba clarísima de amistad y de la parte que tienes en mis afectos, porque obrando así, te ahorro mil disgustos, y te facilito la solución de lo que podía ocasionarte un grave conflicto.

OROZCO.—*(Irónicamente.)* Gracias, gracias... Me enternece tamaña bondad. No le creí a usted tan magnánimo, amigo Viera.

VIERA.—*(Con afectada resignación.)* Júzgame como se te antoje.

OROZCO.—¿Cuánto tiempo ha empleado usted en Londres preparando este negocio? Y para lanzarse a perseguir la obligación perdida, ¿vino usted de Nueva York a Inglaterra hace tres meses? ¿Por cuánto la ha vendido Benjamín Proctor?

VIERA.—*(Secamente.)* No la he comprado. Tengo poderes del poseedor para gestionar el pago... ¿Quieres verlos?... Y para proponerte un arreglo que te facilite la cancelación.

OROZCO.—La deuda es legal: yo no lo niego: pero surge la duda de que esta obligación esté comprendida en el arreglo que se hizo en mil ochocientos setenta y cuatro. La cuestión no resulta tan clara como usted supone. Es, por lo menos, discutible el derecho de Benjamín Proctor a realizar este crédito.

VIERA.—El lo juzga clarísimo, y quería, desde luego, ponerte en un aprieto planteando la cuestión jurídica. Yo, que

te conozco y sé tu horror a la curia y al papel sellado, quise prestarte un servicio, y propuse a Benjamín intentar directamente un arreglo amistoso. Discutimos el caso, hícele ver las dificultades y dispendios de un pleito en España, le ponderé tu carácter conciliador, inclinado siempre a la justicia, y, por fin, convino en contentarse con la mitad: cuarenta mil libras al contado... Te juro, amigo de mi alma, que he puesto de mi parte en este asunto una desinteresada adhesión a tu persona y una defensa leal de tus intereses, pues la comisión que me da Proctor, en caso de éxito, apenas me basta para los gastos de viaje. Ahora resuelve tú. *(Se sienta.)*

OROZCO. — *(Levantándose, entrega la obligación a Viera.)* Tome usted su papel.

VIERA.—¿Qué decides?

OROZCO.—*(Con frialdad y aplomo.)* Decido... no pagar.

VIERA.—¿No reconoces la legalidad de la deuda?

OROZCO.—La reconozco; pero la declaro prescrita.

VIERA. — *(Desconcertado.)* Reflexiona, Tomás; no te arrebates... Piensa en la sentencia aquella del Supremo. Benjamín pleiteará, y te verás metido en un lío espantoso, y perderás con costas.

OROZCO.—*(Paseándose y mirando al suelo.)* Lo veremos. La cuestión es muy problemática, pues podemos sostener que la sentencia del Supremo sólo comprendía las obligaciones de la serie D.

VIERA.—*(Clavándole la mirada.)* Eso no puede sostenerse, Tomás; eso es absurdo. Reconoce la lealtad de la intención con que me presento a ti, y confórmate con el arreglo que te propongo.

OROZCO.—No quiero. *(Plantándose ante él, y resistiendo con fría tranquilidad la penetrante mirada de Viera.)* Y voy a explicarle a usted la razón de esta resistencia, que, según veo, le sorprende tanto. Es que me he cansado del papel de hombre recto y juicioso que la opinión pública se ha empeñado en hacerme representar. He visto que la rectitud, practicada tan en absoluto, me trae más males que bienes. Y resulta una cosa, amigo Viera: antes que los atenienses se aburran de oír llamar justo a Arístides, el mismo Arístides se ha cansado de serlo, y quiere igualarse a los demás. Yo había dado en la manía de no ir con el vulgo, y ahora caigo en la cuenta de que se va mejor por el camino que traza la muchedumbre. ¿Qué tal? Esta salida ha desconcertado al amigo Viera, al ingenioso arbitrista, al aventurero sagaz. *(Con cruel humorismo.)* ¡Ah! Usted no contaba con ésta, ¿verdad?, dígalo con franqueza; usted fiaba en la decantada severidad de mis principios, en esa fama que me han dado algunos tontos, la cual ha venido a cargarme tanto, pero tanto, que me propongo no perdonar ocasión de desmentirla.

VIERA.—*(Para sí, confuso y atortolado.)* Pero ¿este hombre se está burlando de mí, o qué es esto? *(Alto.)* Juraría que tu cerebro no está en perfecto estado de equilibrio.

OROZCO.—*(Volviendo a pasear sin agitación, a ratos deteniéndose ante el otro.)* Con el pensamiento me será muy fácil transportarme al ánimo del astuto Viera y reproducir la serie de juicios que han determinado este acto. Vamos a ver: usted entendió que el amigo Orozco era un ardiente puritano, capaz de dejarse desollar vivo antes que retener un maravedí que no le perteneciese, y se dijo: "Este es el hombre que me conviene a mí. Compro la obligación por una bicoca, y de fijo no vacilarán en dármela, porque la cuestión es compleja y oscura, y los ingleses pasan por todo antes de pleitear en España; me presento con mis papeles en regla; el hombre se asusta; la conciencia se sobrepone en él al interés; su inflexible noción del derecho hace mi negocio; cobro a toca teja, y hasta otra." ¿Es éste, sí o no, el verídico proceso de la intención y las ideas de usted?

VIERA.—*(Redoblando su astucia.)* Te veo ciegamente entregado a tu imaginación, querido Tomás, y cuanto has dicho es una fantasía loca. En mí no hubo ni hay más intento que el de servirte y ahorrarte penas y dinero.

OROZCO.—Pues ahora resulta que el virtuoso y rígido, el hombre de conciencia intachable, no existe más que en la infundada creencia de los tontos que han querido suponerle así; resulta que Orozco es como todos los que le rodean, ni perverso, ni tampoco santo; que desea mantenerse en el justo medio entre la tontería del bien absoluto y el egoísmo brutal de otros; que no quiere dejarse explotar, sosteniendo el derecho

estricto y la moral pura en cuestiones de intereses; que defiende su peculio, hasta donde pueda, con el criterio de la mayoría de los hombres de negocios; de todo lo cual resulta también que al trapisonda que me escucha le ha salido el tiro por la culata, y que por esta vez su maniobra ha sido un verdadero fracaso.

VIERA.—*(Tragando saliva.)* Tú harás lo que gustes, y podrás sostener, en lo referente a pago de deudas, ese criterio tan distinto de tus ideas de toda la vida, y que no es, por más que digas, el criterio de la mayoría de los hombres de negocios. Yo he cumplido contigo. Fracasadas mis gestiones conciliadoras, te entenderás con Benjamín Proctor, que inmediatamente entablará la acción contra ti.

OROZCO.—*(Resueltamente.)* Ese señor hará lo que le acomode, y yo también, y si quiere pleitear, que pleitee, pues el asunto no es claro ni mucho menos.

ESCENA VIII

LOS MISMOS y AUGUSTA, que entreabre cautelosamente la puerta del foro y permanece indecisa, escuchando, sin atreverse a entrar.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* Mi marido alza la voz. No puedo vencer mi curiosidad. ¿Entraré? No me atrevo. Parece que el cometa lleva la peor parte, y que no se sale con la suya. Su cara revela contrariedad, la rabia del reptil que se siente pisado.

VIERA.—*(Con sofocada ira.)* ¡Ay! Mi situación es sumamente penosa, pues si tú no fueras quien eres, un amigo de toda la vida, casi un hijo para mí, yo te diría lo que pienso acerca de esa singular manera de entender el derecho y de apreciar la oportunidad para el pago de deudas sagradas.

OROZCO.—Es lo que me faltaba, que usted me diese lecciones de conducta.

VIERA.—Me vería obligado a dártelas si no cayeras pronto en la cuenta del daño que te haces a ti mismo. Yo espero que seas razonable, Tomás, y que no consentirás que yo vaya ahora a Benjamín Proctor y le diga: "Aquel hombre a quien creíamos la conciencia más pura del mundo es un negociante vulgar, que se aprovecha de las oscuridades de la ley, y se apoya en los embrollos de la curia para no pagar. En él hay más astucia que virtud, y tiene todas las marrullerías de un tendero insolvente o de un zurupeto intrigante." Y, a pesar mío, habré de ayudar a tu acreedor a apretarte las clavijas, porque no puedo negarme a poner al servicio de la Justicia mi conocimiento de la curia española y de cómo se llevan aquí los negocios de cierta clase.

OROZCO.—Muy bien. Póngase usted al servicio de Benjamín, y ármeme todas las trampas curialescas que quiera. Todavía, si se me antoja, seré yo capaz de cancelar la obligación por una cantidad doble de lo que dió usted por ella...

VIERA.—¿Ya vienes con miserias? Tomás, me ofendes con proposición tan humillante. Me equivoqué al suponerte prendas extraordinarias; no quisiera equivocarme también, teniéndote por generoso y viendo la mezquindad con que le regateas a este infeliz un pedazo de pan. Nada, no hay arreglo posible. Pleitearemos; tú lo has querido. Si sobre quedar por los suelos y echar al arroyo tu fama, tienes que pagar el total de la obligación, y de añadidura las costas, no me culpes a mí, que me propuse hacerte un favor, y evitar el desdoro de tu nombre.

OROZCO.—Gracias... En pago de esa abnegación, ¿sabe usted a lo que me hallo dispuesto? Pues muy sencillo. Si usted insiste en aburrirme y en amenazarme, yo, el hombre comedido, el puritano, la conciencia recta y pura, no tendré empacho de tomarme la justicia por mi cuenta. *(Parándose ante él y accionando sin afectación y con flemática tranquilidad.)*, ni de romperle a usted el bautismo, así, muy sencillamente, a lo santo, sin escándalo y como quien no hace nada.

AUGUSTA.—*(Para sí, con alegría.)* Bien, muy bien.

VIERA.—*(Levantándose, demudado.)* Tomás, no puedo tolerar eso... No lo admito sino como broma..., una broma de mal género.

AUGUSTA.—*(Que avanza decidida, presentándose.)* Y si hace falta otro guapo, aquí está.

VIERA.—*(Inclinándose, con afectada etiqueta.)* Augusta, señora mía... ¡Qué a tiempo llega usted, como enviada por

el Cielo, para librarme de esta fiera que tiene usted por esposo!...

AUGUSTA.—Aquí la fiera no es él...

VIERA.—*(Con servilismo, y como queriendo echarlo a broma.)* Hija mía, si hasta se ha permitido amenazarme de palabra y de obra. ¡Qué bromas gasta este modelo de ciudadanos y espejo de maridos! No sabe usted bien cómo se ha puesto. ¡Caramba! Todo por una mala interpretación de mis rectas intenciones... Por Dios... Sea usted juez de esta contienda, Augusta, usted, que es un ángel.

AUGUSTA.—¿Juez yo? No he pensado entrar nunca en la magistratura.

VIERA.—¡Ay! Horrible tortura para mí verme mal juzgado por personas a quienes tanto quiero; por personas que son en mi ánimo lo primero del mundo, la crema, el cogollito de la Humanidad. *(Aturdido y descompuesto.)* Augusta, ¿quiere usted que la entere del asunto que me trae aquí? Apuesto mi cabeza a que lo ha de juzgar con más serenidad que su digno esposo, el cual ha sido hoy muy cruel con el compañero y socio de su padre... ¿Le parece a usted que merezco yo, el primer amigo de la casa, ser tratado como un...? No, Tomás, no es propio de ti ensañarte con el débil. Tu misma superioridad te obligaba a la benevolencia.

OROZCO.—Evitemos discusiones. *(Con desagrado.)* Todo lo que cabe decir sobre esto, dicho está ya por una parte y otra. Se me ha hecho una proposición, y yo no he querido admitirla.

VIERA.—*(Humillándose.)* Augusta, intervenga usted con su buen juicio, con su templanza, con su apacible y dulce trato, más propio de ángeles que de mujeres. Si en ninguno de los dos encuentro la consideración que creo merecer, si ambos me rechazan con la misma dureza, sólo me resta decirles que, aunque los dos se empeñen en ello, no conseguirán tener en mí un enemigo. Amigo soy y amigo seré siempre, y pruebas he de darles de mi cariño, superior a todas las injusticias y desdenes. Yo tendré mis defectos; no quiero hacer mi apología; pero nadie conoció en mí la ingratitud. Yo no puedo olvidar que debo mil atenciones a esta pareja feliz; no puedo olvidar tampoco que mi hijo, que mi querido hijo, es mirado en esta casa como un miembro de la familia...

AUGUSTA.—*(Para sí, con sobresalto.)* ¿Adónde irá a parar este tunante?

VIERA.—Los favores que el hijo merece desagravian al padre..., y me consuelo del mal trato viendo que en él se deposita la confianza que a mí se me niega.

AUGUSTA.—No habiendo semejanza en la conducta, no puede haberla en... lo demás.

OROZCO.—Tiene razón.

VIERA.—Augusta siempre la tiene. Es la pura discreción, y yo acepto los juicios que se digne formar de mí. Tomás, no debe ser implacable con los débiles el hombre que ha recibido de la Providencia tantos beneficios. Yo quisiera saber si hay algún bien de los concedidos a la Humanidad que tú no disfrutes. Y el mayor de todos, el que remata y compendia todas las felicidades, es esta perla, este galardón del cielo, esta mujer incomparable que más parece sobrenatural que humana.

AUGUSTA.—Basta de flores... No me gustan fuera de tiempo.

VIERA.—Lo supongo. Si no fuera usted modesta no sería lo que es. *(Con refinada habilidad.)* Tomás, la presencia de este ángel suaviza las asperezas entre tú y yo. No me lo niegues. Te has humanizado desde que ella entró.

OROZCO.—¡Válganos Dios! Si no es eso... Mi mujer, siempre que usted me hace alguna visita, teme que yo le reciba con demasiada benevolencia.

VIERA.—¿Es cierto eso, Augusta?

AUGUSTA.—Certísimo.

VIERA.—No me doy por vencido. ¡De este modo, ingrata, paga usted los elogios que le hice, y los piropos que le eché!... ¡Ay, qué mala se va usted volviendo! Tomás, Tomás, ten cuidado con ella.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* No puedo resistir el cinismo de este hombre.

VIERA.—Paciencia. He caído en esta casa con mala suerte. Recibís como a enemigo al que viene con bandera de paz... *(Para sí.)* Si no recojo velas estoy perdido. *(Alto.)* Tomás, ¿quieres que aplacemos para otro día la cuestión que ha dado motivo a estas diferencias, y no pensemos más que en renovar nuestra antigua amistad, en gozar de ella, como de un bien inapreciable? Yo tengo debilidad por ti, Tomás, yo te quiero como a mi hijo...

OROZCO.—La comparación no resulta, porque es dudoso que usted quiera bien a sus hijos.

VIERA.—*(Aparte.)* Este cuáquero maldito me tapa todas las brechas... *(Alto.)* ¡Si me niegas hasta los sentimientos primordiales del hombre, entonces...! *(Con fingida pena.)* Amigo mío, quizá sin mala intención, me estás agraviando, sí, con verdadera saña. Tú no sabes lo que es amor de hijos, porque no los tienes. En tu hogar falta la alegría, que es fuente de la piedad y de la indulgencia. Augusta, ¿por qué no ha dado usted familia menuda a este hombre? Amiga mía, yo quería encontrar a usted un defecto, y al fin he dado con él. Si en este hogar hubiera hijos, el pobre amigo menesteroso no sería recibido tan mal.

AUGUSTA.—Si doy o no doy hijos a mi marido, eso no es cuenta de usted.

VIERA.—¡Quién sabe si se los dará todavía! Yo espero que sí. Hago votos porque así sea.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* Su sarcasmo me envenena la sangre. *(Alto.)* Me parece que esta conversación es bastante impertinente.

VIERA.—*(Para sí, con rabia.)* ¡Grandísima tal, hállome atado de pies y manos ante ti, por desconocer los enredos que de fijo tienes!

OROZCO.—Demos por terminado este asunto, y que esta conferencia sea la primera y la última. Yo escribiré a usted y le haré una proposición. Si la acepta, bien, y si no, tiene el camino libre para proceder como quiera.

VIERA.—"Al right". He tenido la desgracia de encontrar aquí los corazones abroquelados contra mi cariño. El uno con su desconfianza y la otra con su huraña virtud, no han sabido comprender el celo y la abnegación con que les sirvo. *(Afectando dignidad.)* Está bien; por eso no dejaré yo de ser quien soy. Mi conducta no variará; soy incapaz de venganza, y aunque sintiera estímulos de maldad, no los dirigiría nunca contra personas para mí tan caras, contra personas que considero buenas, deplorando su obcecación. Tomás, no te molestará más este amigo, a quien no quieres comprender. Aguardo en mi casa, hasta mañana, la proposición que te dignes hacerme. Quédate con Dios... *(Da la mano a Orozco. Este se la estrecha con frialdad.)* ¡Qué triste me voy... y qué daño me has hecho! *(Con emoción, muy bien fingida.)* Dios te lo perdone. Y usted, Augusta, sea feliz; ignore siempre cuánto me duelen sus palabras incisivas y desdeñosas, y siga siendo compañera de este buen hombre, siga siendo ornamento de la sociedad y orgullo de su familia y de sus amigos. Dios quiera que pueda apreciar algún día que este infeliz no merece ser recibido tan mal. Adiós. *(Retírase afectando profunda aflicción. Para sí, en la puerta.)* ¡Negocio destripado!... ¡Maldita sea mi suerte, y mala peste os devore, cuáquero indecente y virtud relamida! Si buen punto es él, buena punta es ella... Volveré. *(Sale.)*

ESCENA IX

AUGUSTA y OROZCO.

OROZCO.—¿Has visto qué farsante, qué monstruo de astucia?

AUGUSTA.—*(Recostándose en un sillón.)* Deja, deja que me reponga del terror que me causa. No lo puedo remediar.

OROZCO.—¿Terror? ¿Por qué? A mí me causa risa. Es un histrión perfecto; pero yo le calo la intención; la máscara que usa se transparenta a mis ojos, y veo la cara del truhán verdadero bajo las muecas del falso amigo.

AUGUSTA.—¡Qué hombre! Cuéntame. ¿Qué te proponía? Yo rabiaba de curiosidad, y abrí un poco la puerta. Pero no pude enterarme bien... Creí entender algo de una obligación olvidada.

OROZCO.—De las que llamamos Proctor y Barry.

AUGUSTA.—Pero ¿es legítima? Porque ese pillo sería capaz de falsificar la escritura como falsifica los sentimientos.

OROZCO.—*(Pensativo.)* Es legítima. No creas que me pesa su descubrimiento. Puesto que la obligación existía, vale más que se presente de una vez. Tengo la seguridad de que no hay ninguna otra. Respecto a si ha prescrito o no, puede haber dudas, y de fijo un abogado travieso, con el sinfín de leyes y disposiciones que rigen sobre la materia, encontraría fundamentos legales en que apoyar la no cancelación.

AUGUSTA.—Yo temí que tu bondad te llevara a transigir; recelé que tus escrúpulos de conciencia pudieran más que el sentido práctico de la justicia.

Pero he visto con gusto que por esta vez hasta has puesto a un lado tus filosofías, y que te resistes a pagar una deuda prescrita.

OROZCO.—*(Después de una pausa.)* Hija mía, estás en un error. No has penetrado en mi pensamiento.

AUGUSTA.—*(Alarmada.)* Pues, ¿entonces...?

OROZCO. — Aunque, contando con el dédalo de nuestras leyes, pudiera sostenerse la prescripción, yo no la admito, no puedo admitirla, y el crédito ese, como deuda sagrada, debe pagarse.

AUGUSTA.—*(Cruzando las manos.)* Dios mío, ten piedad de mi pobre marido, que ha perdido la razón.

OROZCO.—No digas disparates, ni juzgues tan de ligero lo que no has comprendido bien todavía. Voy a explicarte mi pensamiento y el plan que he concebido...

AUGUSTA. — *(Inquietísima.)* Tomás de mi alma, ¿serás capaz de dejarte coger en las malvadas redes de ese miserable? ¿Serás capaz de dejarte conmover por su refinada astucia y por su adulación infame?

OROZCO.—No te acalores antes de enterarte bien...

AUGUSTA.—Es que te veo al borde del abismo de tu bondad, de esa bondad que es una desdicha, créelo, un pecado, una sugestión satánica...

OROZCO.—Ten calma, mujer.

AUGUSTA.—*(Levantándose.)* No puedo tenerla. Tu filantropía ha venido a ser una verdadera demencia. ¡Tomás, Tomás!

OROZCO.—Si no te callas y me oyes, no nos entenderemos.

AUGUSTA.—*(Disparada.)* Imposible que nos entendamos si no te curas de esa manía de la bondad y de la indulgencia... Consulta el caso con papá, con Manolo Infante, con todos nuestros amigos, y verás como todos me dan la razón, verás como te aconsejan no reconocer la validez de ese papelote que te ha presentado el monstruo. Esas deudas fiambres, oscuras y antediluvianas no se reconocen nunca, Tomás. Sólo los inocentes, los dejados de la mano de Dios, incurren en la tontería de hacer de ellas un caso de conciencia. *(Con sarcástico acento.)* En una palabra, que quieren darte un timo, y tú, como esos que creen en la paparrucha del dinero enterrado, aceptas el negocio.

OROZCO.—Estás graciosa, vida mía, y te oigo con muchísimo placer. Pero todo te lo dices tú, y así no hay discusión posible.

AUGUSTA.—Pues habla..., explícate.

OROZCO.—Ante todo, no apoyes tu idea con el argumento de que debo hacer tal cosa porque la hacen los demás. Hija de mi alma, sería insoportable este plantón de la vida terrestre si no se permitiera uno, de vez en vez, la humorada de hacer algo diferente de las acciones comunes y vulgares. El papel de comparsa no me ha gustado nunca. Tampoco debes ponerme delante de los ojos, como un emblema de sabiduría, la opinión de tu padre, de Manolo Infante y de otros amigos. Sin ser vanidoso, me precio de entender estas cosas mejor que ellos.

AUGUSTA.—Pues si esas opiniones no valen, valga la mía, y la mía es que no pagues a ese pillo.

OROZCO.—*(Sereno y sonriente.)* Pero si yo no te he dicho que pagaré a ese pillo ni a ningún pillo.

AUGUSTA.—Has dicho que la deuda es sagrada.

OROZCO.—Y lo repito. Y añado que esa obligación pendiente pesa sobre mi conciencia, y que no estaré tranquilo hasta que de ella no me descargue.

AUGUSTA.—¡La conciencia! Grandes y bellas cosas ha hecho la Humanidad en su nombre; pero también hay que poner tonterías muy gordas en el haber de los espíritus menguados, de esos que adoran la letra de la ley... Explícate. ¿Quieres decir que alivias tu conciencia pagando...?

OROZCO.—Pagando, sí; pero no he dicho que a Viera.

AUGUSTA.—Eso sí que no lo entiendo. ¿Es o no Viera poseedor legítimo de la obligación?

OROZCO.—Lo es. Antes que él entrase a verme ya sabía yo a qué venía, porque hoy recibí la carta de Horacio Miller, en la cual me dice que Viera compró esta obligación por un quince por ciento de su valor nominal. Lo supo por confidencia del propio Benjamín.

AUGUSTA. — ¡Ah!... ¿Y piensas, para evitar disgustos, recogerla de manos de Viera por el mismo quince por ciento y un poquito más, como comisión? Fal-

ta que él quiera; pero en estos términos, sólo en estos términos, admito la idea de pagar. ¿Es esto lo que piensas tú?... Dímelo pronto.

OROZCO.—No es eso. Pienso pagar íntegramente el valor nominal.

AUGUSTA. — ¡Integramente! *(Consternada.)* ¡Ay, hijo de mi vida! Yo voy a buscar un médico. Tú estás malo de la cabeza... Por Dios, no hagas tal disparate. *(Con ternura.)* Ya ves, nunca hemos reñido. Todos tus actos han sido aprobados y aplaudidos por mí. Verdad que siempre fueron buenos; pero aunque no lo hubiesen sido, el cariño que te tengo me los habría hecho ver como la misma perfección. Este acto de ahora resulta de tal modo contrario a lo que yo entiendo por bondad, que me veo en el caso de reprobártelo con todas mis fuerzas. Y muy a pesar mío, sintiendo mucho disgustarte, me enfadaré contigo, disputaré, chillaré, no te dejaré vivir; y ya no habrá en nuestra vida común la paz de que hemos gozado durante ocho años; y todo será discordia, rozamientos; tú por un lado, yo por otro, siempre de puntas.

OROZCO.—¡Quién sabe! Puede que no.

AUGUSTA.—Me haré insoportable. Tendrás en mí un censor agrio, displicente, quisquilloso... En fin, Tomás, que me tendrás que preferir a tu conciencia con tal de no ver tu casa convertida en una jaula de leones.

OROZCO.—*(Sonriendo.)* Sentiré mucho que te me insubordines; pero si lo haces, lo llevaré con paciencia. He meditado bien la solución de este asunto y puedes tener la seguridad de que será un hecho.

AUGUSTA.—¿Contra mi voluntad?

OROZCO.—*(Cariñosamente.)* De acuerdo con ella, porque he de convencerte, y en vez de tener en ti una censora implacable, tendré un apoyo decidido. Ven acá. Siéntate aquí. *(Se sientan ambos.)* ¿Hay mayor gloria, hay dicha mayor que poder realizar un acto en el cual resplandezca ese ideal de justicia que rara vez se nos ofrece en el mundo en condiciones fácilmente practicables? Hablo con una persona que sabe elevarse sobre las ideas y las pasiones del vulgo, y me parece que seré comprendido. Si no, peor para ti.

AUGUSTA.—Hasta ahora no entiendo ni pizca.

OROZCO. — Esta aparición del cometa Viera es un hecho feliz, dispuesto para la rectificación de uno de esos errores o anomalías de la existencia humana que nos hacen dudar de la Providencia. Vemos cosas en el mundo que parecen organizadas por el mal y para el mal; injusticias que por su enormidad repugnan a la razón y al sentimiento; los perversos, imponiéndose a los honrados y obligándolos a dejar de serlo; los de condición benigna, incapacitados de obrar bien por las influencias que los rodean. No desconocerás el poder y la importancia de los bienes materiales en el orden de la vida. Las materialidades mal repartidas, como por desgracia lo están, trastornan y aniquilan el bien espiritual, y así, cuando se consigue rectificar, siquiera sea mínimamente, esta calamitosa distribución del bienestar positivo, se presta a la Humanidad un servicio inmenso.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* No estoy segura de comprender adónde va a parar con todo esto. ¿Tiene algún sentido lo que dice o es una sinrazón, una efervescencia del talento descompuesto? *(Alto.)* Querido, lo que dices significa, si no soy tonta, que en el mundo hay muchos que carecen de lo que a otros les sobra. Eso ya lo sabíamos, y es cosa resuelta que no está en manos humanas el remediar ciertas desigualdades.

OROZCO.—A veces falla esa regla pesimista, y es lástima no intentar el remedio cuando de ello hay ocasión. Examinemos el caso este concretamente y con la pura lógica. Después vendrá su aplicación a la práctica. Fíjate bien: la suma que representa la obligación de Benjamín Proctor es una cantidad negativa en nuestra riqueza, un menos tanto. Esa cantidad debió ser abonada íntegra por mí, y no lo ha sido. Luego la retengo indebidamente en mi poder, no me pertenece... Esto es claro como el agua.

AUGUSTA.—En absoluto, sí.

OROZCO.—Ya llegaremos a lo relativo. Sígueme ahora y calla: Conste que, en principio, esa suma no me pertenece. La razón es razón, y la lógica, lógica, y los números, números.

AUGUSTA.—Pero...

OROZCO.—Cállate. Que Benjamín Proctor haya vendido su deuda a Joaquín Viera, eso no es cuenta mía. El valor

legal del crédito no crece ni mengua por los contratos a que da lugar ni por las condiciones morales del poseedor. Que éste sea un modelo de honradez o un pícaro redomado no da ni quita la más mínima cifra al valor numérico de la deuda. Nada podrás objetar a esto. Por consiguiente, la cantidad representada por la obligación no es mía en este instante, sino de Joaquín Viera.

AUGUSTA.—*(Rebelde a la lógica.)* Pero, hijo mío, en la vida, en esta vida humana tan compleja, ¿se puede razonar de ese modo? ¿Se han tratado así los negocios alguna vez? Los escritorios de las casas de banca y de comercio, ¿están poblados de ángeles o son hombres los que en ellos trabajan?

OROZCO.—Yo no sé lo que son, tonta. Déjame concluir. Quedamos en que soy deudor de Joaquín Viera, que éste es mi "inglés" neto y que no hay lógica divina ni humana que me libre del deber de darle lo suyo. Cierto que yo podría, sin escandalizar al mundo, defenderme del pago amparándome en la ley, mejor dicho, haciéndome el perdidizo en la selva intrincada de nuestras leyes. Estas, y más aún la curia, con sus tramitaciones y diligencias inacabables y el embrollo que de ellas resulta, me favorecerían, bien para no pagar, bien para hacer un arreglo que redujese el desembolso a una mínima cantidad. Esto se hace siempre. Alegando mil razones jurídicas y veinte mil argumentos de sofistería forense, conseguiríamos no pagar o pagar muy poco. De seguro que Joaquín llevaría la peor parte en una contienda ante los tribunales, y no sabría salir, como yo, del bosque espesísimo de nuestro enjuiciamiento civil. Pero yo, en conciencia, no puedo ni debo aminorar mis obligaciones pleiteando. Prefiero pagar íntegramente a pagar un poco al acreedor y un mucho a la curia. Dejo a un lado el amor propio; reconozco el crédito, y lo que no es mío no debe estar en mi poder.

AUGUSTA.—Volveremos a lo mismo, a que caes en las redes del monstruo ese y le regalas... *(Con irritación.)*, porque esto es regalar, Tomás; esto es proteger a los caballeros de industria.

OROZCO.—No, vida mía, porque yo no pagaré al caballero de industria sino poco más, muy poco más de lo que él ha dado a Benjamín Proctor.

AUGUSTA.—Entonces no pagas íntegramente.

OROZCO.—Sí, pagaré íntegramente, pero no a Joaquín.

AUGUSTA.—*(Confusa.)* No te entiendo. Pues ¿no dices que es el único poseedor legítimo?

OROZCO.—Sí, hija mía. Pero aquí entra lo relativo; aquí cesa de funcionar la letra de la ley moral, y entra en funciones el espíritu. ¿No hemos convenido en que Joaquín es un monstruo? Entre las muchas responsabilidades que tiene ante Dios y los hombres, la más notoria es la perversa educación que a sus hijos dió, el abandono en que los ha tenido, faltos de medios de subsistencia. Esta penuria ha motivado lentamente en Federico ciertos hábitos de mal género, el desorden y angustias humillantes de su vida; en Clotilde, su indecorosa manera de buscar marido. El enmendar la obra de Joaquín Viera, ¿no es, por ventura, un acto de alta justicia, de esa justicia que antes llamé relativa y que viene a resultar absoluta, de lo más absoluto que podemos concebir? *(Augusta no dice nada. Su estupefacción la hace enmudecer.)* ¿Comprendes ahora mi pensamiento, tonta? Yo propondré al monstruo pagarle el veinticinco por ciento de su crédito, y tengo la seguridad de que acepta. Gana un diez por ciento, si es que llegó a dar el quince, que yo lo dudo. La aspereza con que le recibí le habrá quitado toda esperanza de mejor arreglo, y no se lanza él a los azares de un pleito oscuro y de éxito dudoso. Como hombre muy necesitado, que vive siempre al día, es de los que prefieren pájaro en mano a ciento volando. Le conozco bien, y estoy segurísimo de que aceptará. Pues bien, con el resto, hasta el total importe de la obligación, constituiré un fondo que asegure a Federico y a Clotilde una renta decorosa, poniéndolo a su nombre en títulos intransferibles. Federico podrá vivir de este modo en modesta holgura, y si es hombre capaz de apreciar los beneficios de la vida ordenada, no dudo que su nueva situación bastará a corregirle de ciertos resabios. He pensado también que la distribución no debe, en justicia, hacerse por partes iguales, porque Federico tiene deudas y Clotilde no. Además, el que será marido de ésta dispone de otros medios de vivir que a su

cuñado le faltan, por lo cual juzgo equitativo asignar a Federico dos partes y una a Clotilde. Detalle es éste discutible, y que podrá modificarse con los reparos que pongas a mi plan, del cual has dicho tantas perrerías antes de conocerlo.

AUGUSTA.—*(En un rapto de entusiasmo.)* Tomás, hay que rendirse a tu bondad y a tu entendimiento, que ya me parecen sobrenaturales... ¡Qué hombre! ¡Qué gloria para mí tenerte...! *(Le abraza con efusión.)* Debo adorarte de rodillas... ¡Qué grande eres!

OROZCO.—¿Apruebas mi plan?

AUGUSTA.—¿Cómo no? *(Llora.)* ¿Ves? Se me saltan las lágrimas de alegría..., de admiración... *(Para sí, conteniéndose.)* ¡Dios mío..., me estoy vendiendo...; qué indiscreta soy! *(Alto.)* Pero no... Si tu increíble generosidad me entusiasma como rasgo de exaltada simpatía humana, con la fría razón, como esposa tuya, debo decirte que me parece un acto de..., de hermosa locura..., un disparate que raya en lo sublime. *(Confundida.)* En fin, todo lo que quieras. Nunca me opondré a tu voluntad en cosas de esta naturaleza. Cuanto imagines será acertado y merecerá mi aprobación.

OROZCO.—Ahora sólo falta que el tontín de Federico, con su carácter susceptible y vidrioso, nos suscite dificultades. Todo podría ser. Hay que salirle al encuentro. Háblale tú. Preséntale la cuestión con tacto y diplomacia.

AUGUSTA.—¿Yo?... *(Cortada.)*

OROZCO.—Y te encargo expresamente que procures alejar de su ánimo toda idea de gratitud.

AUGUSTA.—¡Por María Santísima, Tomás! ¿Cómo pretendes que no agradezca...? ¿Quieres que sea tan monstruo como su padre?

OROZCO.—No es eso. Que agradezca en su fuero interno todo cuanto le plazca; pero no que lo manifieste a nadie, y menos a mí. Me gustaría que no viese en esto una generosidad mía, sino un caso legal. Persuádase de que el donativo le viene de su padre, no por voluntad de éste, sino por una combinación que los favorecidos no deben examinar ni discutir. En fin, que no puedo descender a estos pormenores. Fácilmente concibo una idea, y la convierto en hecho con poderosa voluntad; pero en la aplicación flaqueo..., lo reconozco. *(Con inquietud.)* Encárgate tú de estas menudencias de la realidad. Hazle ver que esto no es donación, que es más bien una triquiñuela encaminada a fines de justicia... *(Nota que Augusta, profundamente pensativa, no presta atención a sus palabras.)* ¿Te enteras de lo que digo? ¿En qué estás pensando?

AUGUSTA.—*(Turbada.)* Nada..., pensaba... Sí..., te escucho... Justo, una triquiñuela... Perfectamente. Estamos conformes.

OROZCO.—Mis pretensiones van más lejos aún. Yo aspiro a que Federico y Clotilde se reconcilien, a que vivan juntos los dos, es decir, los tres, y que Santanita y Federico se miren como lo que deben ser, como hermanos.

AUGUSTA.—Paréceme mucho pretender, Tomás.

OROZCO.—Te advierto que Santana es una gran capacidad para la administración. Yo que Federico, me entregaría a él en cuerpo y alma para el gobierno de mi casa y de mis intereses. Conviene indicarle esto para que se vaya acostumbrando a la idea de las paces con sus hermanos.

AUGUSTA.—*(Dando un gran suspiro.)* ¡Ay nobles ideas; pero qué inmateriales, querido! Son como formas vaporosas que parecen figuras. Intentamos cogerlas y se nos desvanecen entre los dedos.

OROZCO.—Sutil estás.

AUGUSTA.—¿Quién no lo estará oyéndote? Inspiración contagiosa. Tu pensamiento brilla demasiado para que en mí no se refleje algo de su luz. Mi desgracia es que no puedo seguirte a esas esferas del bien supremo. Veo la realidad mejor y más de cerca que tú, porque soy peor que tú, claro está, y porque vivo más próxima al suelo. Tu proyecto de reconciliar a Federico con Santanita y de que vivan juntos y confundan sus intereses me parece un delirio.

OROZCO.—Soluciones que en principio nos parecen irrealizables, en la práctica, y por suave gradación, llegan a ser posibles y aun fáciles. Sé que Federico, al pronto, se sublevará; pero hay que empezar por manifestarle este proyecto y sugerirle la reconciliación. Abordemos la delicada empresa... *(Con una idea repentina.)* Convendría enterarle por escrito...

AUGUSTA.—*(Vivamente.)* ¡Ah!. Sí, yo le escribiré... Es mejor; así se expresan

las ideas con claridad y se dice lo que conviene. Déjalo de mi cuenta. *(Turbada y desanimándose.)* Pero no..., no sé... ¡Ah! Tomás, yo dudo mucho que ese hombre...

OROZCO.—La rutina se rebela contra el bien, harto lo sé, como el niño se resiste a tomar las medicinas. Pero es nuestro deber mandarle que las tome. Se me figura que dando a todos los medios de vivir bien y ser felices es imposible que ellos se obstinen en amarrarse a la desgracia. El bienestar lleva en sí mismo una fuerza persuasiva incontrastable. Yo tengo fe, y nadie me quita este placer íntimo, este regocijo de conciencia, por haber intentado corregir, con medios prácticos, una grave anomalía social. Créelo, hija mía, el único goce efectivo es éste. Lo demás es miseria, pequeñez, satisfacción de antojos pueriles... *(Se sienta junto a la chimenea, y contemplando el fuego cae en profunda meditación.)*

AUGUSTA.—*(Para sí, observándole con fijeza y temor.)* Inquietud vivísima llena mi alma. No sé qué siento; no sé qué temo. Esto que veo, ¿es grandeza de alma en su grado mayor o ebullición intelectual producida por un desquiciamiento del cerebro? ¿Serás tú la perfección humana y no podré yo comprenderte por ser, como soy, tan imperfecta? *(Con exaltación.)* Impulsos siento de adorarte, como adoramos a los seres sobrenaturales, y de rodillas ante ti, como si estuvieras en un altar, te diría que nada hay entre tú y yo que nos una, nada que humanamente nos ligue, nada más que el lazo del culto que te debo y que te tributaré. Soy poco para ti en el orden espiritual, porque soy simplemente una mujer. Eres mucho para mí, porque has dejado de ser un hombre. *(Pone la mano sobre la cabeza de Orozco, el cual, profundamente abstraído, parece no darse cuenta de la proximidad de su esposa.)*

JORNADA CUARTA

ESCENA PRIMERA

Vestíbulo del teatro Real. MALIBRÁN, paseándose de largo a largo, abstraído. Saluda maquinalmente a algunas de las personas que entran, dirigiéndose a la puerta central de butacas o a la escalera de palcos.

MALIBRÁN.—¡Cuánto tarda! Si no vendrá... *(Mira su reloj.)* No son más que las nueve y media. Rabio por darle a entender con un par de reticencias buenas, pero buenas, de las que yo echo... cuando me pisan..., que le he descubierto la madriguera. ¡Caramba! ¡No me ha costado pocos plantones, ni han sido breves los ratos de espionaje! Y yo me pregunto: ¿qué sentimiento me impulsa a obrar así? ¿Será el despecho? Y ¿qué quiere decir despecho? No; muéveme la suprema ley del amor propio, reguladora de todo el vivir humano... Esa tonta me desairó, no supo apreciarme en lo que valgo, y debo hacerle comprender que no se juega impunemente con una persona como esta que aquí se pasea. Lo mejor es que; sin habérmelo propuesto, realizo un acto de justicia, y heme aquí, persiguiendo el crimen, desenmascarándolo y poniéndoselo delante a quien debe y puede castigarlo. Porque yo no pararé hasta no abrir los ojos a ese Orozco bendito, que para todo tiene vista de lince, y sólo para las desviaciones de su mujer padece de cataratas. ¡Yo se las batiré, como hay Dios!... *(Frunciendo el ceño.)* Pero ¿qué vocecilla impertinente se permite susurrar dentro de mí que ésta es una empresa de perfidia y traición? ¡Bah! Resabios de la moralidad infantil, de todo ese estúpido fárrago de instrucción primaria que le meten a uno en el cuerpo antes de poder distinguir racionalmente el mal del bien. No; seamos justos con nosotros mismos: en lo que traigo entre manos veamos un propósito de reparación y de alta moralidad... ¡Cuidado si es torpe la conducta de esa mujer! Si al menos faltase conmigo a sus deberes, conmigo, que descuello sobre el vulgo por la superioridad y la extensión de mis talentos, por mi figura... *(Parándose brevemente ante un espejo al dar la vuelta.)* Sobre esto no

cabe duda. Yo sostengo que una de las cosas más relativas que hay en el mundo es la moral del amor y del matrimonio. Las faltas de más grave apariencia dejan de serlo o se atenúan cuando ponen de manifiesto el buen gusto de la culpable. Pero ¡caerse del lado de ese vulgar y trapacero, de ese zángano, de ese ignorantón de Federico!... ¡Qué ignominia! El grado de responsabilidad de la mujer que se desvía depende de la buena o mala mano que tenga para elegir. ¡Gallarda interpretación de la ley, que sólo podemos hacer los que gastamos filosofías muy finas y muy hondas! Me atrevería yo a desarrollar esta tesis y a convencer a la Humanidad del alto sentido que encierra... *(Parándose otra vez ante el espejo.)* Para eso se necesita talento, y tú le tienes... *(Sigue paseando.)* ¡Qué guapo soy! Y sobre ser tan guapo, llevo estampada en esta cara la sutileza y finura de mi crítica moral y social. Y a modales, ¿quién me gana? ¡Caracoles, qué modales y qué distinción! Yo mismo, con esas rutinas cursis de la modestia, no me doy cuenta de mis atractivos personales sino por los efectos que causo en el mujerío. ¡Ay! Esta tontuela de Augusta me pagará su necedad... La he cogido, pero ¡que bien!, en su propia trampa. ¡Y cuidado si tomaron precauciones los muy zorros! ¡Escondrijitos a mí! No, conmigo no os valdría el ocultaros en el centro de la tierra... ¡Vaya que tiene suerte ese botarate de Federico! A lo que él va, ya lo sé yo: a buscar que le pague las trampas. Ya estoy viendo las partidas que la señora le carga en cuenta a su marido por el capítulo de alfileres... No están malos alfileres, bribona, los que tú gastas... ¡Qué obcecación de mujer!... ¡Simpleza mayor que no quererme a mí! Lo que yo digo: es estúpida, de lo más estúpido, de lo más negado que Dios ha echado al mundo. Sólo tiene aquel barnicillo de cultura graciosa y chispeante... Pero ¿qué puede esperarse de una mujer que dice que le gusta el barroquismo, de una mujer que aborrece el arte ojival, que detesta a los místicos y a los dramaturgos y pone en solfa a Rafael y a Racine?...

ESCENA II

El MISMO, CISNEROS y VILLALONGA.

CISNEROS.—*(Por Malibrán.)* Aquí le tiene usted. Con esa cara de "santi boniti barati" es el más desorejado galopín que anda por estas tierras.

VILLALONGA.—Y el corruptor de las personas graves y sesudas como yo. Este fué el que me arrastró a la juerga de anoche, de que le hablaba a usted hace un momento.

MALIBRÁN.—No, don Carlos, él fué mi Mefistófeles. Yo estoy en mi oficina tan tranquilo, y se aparece allí este genio del mal y me saca por los cabellos para llevarme a lugares nefandos. No hay defensa contra él, y esas canas que gasta le sirven para engañar más fácilmente a los jóvenes inexpertos como yo.

CISNEROS.—Buen par de tomos están los dos, el uno con sus honradas canas y el otro con sus cuernecitos o sortijillas sobre la frente... *(Observando el pelo de Malibrán.)* A mí no me la da usted, Cornelio; usted se tiñe el pelo y la barba.

MALIBRÁN.—*(Bromeando.)* Ya lo creo. Con la tinta del tintero. Vaya, no sea usted envidioso, Carlitos, y resígnese a su vejez caduca. Villalonga y yo somos pollos tiernos todavía, aunque usted no quiera.

CISNEROS.—Sí, ya sé que anoche os habéis puesto como pellejos en casa de la "Peri".

MALIBRÁN.—¿Quién se lo ha contado a usted?

CISNEROS.—Este felpudo. Por supuesto, no me digáis a mí que os divertís los muchachos o viejos verdes de esta generación. Ya no hay alegría, ya no existe el dulce humor, ni el delirio de bacanal de otros tiempos. Desde que ha cundido esto que llaman ilustración, los muchachos, ya sean jóvenes absolutos, ya jóvenes relativos, como vosotros, no saben divertirse. Se ha perdido la norma del escándalo gracioso y de los desatinos con donaire...

VILLALONGA.—¡Vamos, que si hubiera usted venido con nosotros anoche!...

CISNEROS.—¿Yo? Me divertí en mi tiempo más de lo que quise, y con una intensidad de alegría de que no podéis tener idea. Porque ya no hay buen hu-

mor; es más, yo sostengo que ya no hay mujeres.

VILLALONGA.—*(Con malicia.)* Pues mire usted, éste nos refirió anoche cosas que prueban que las hay.

CISNEROS.—Hola, hola...

MALIBRÁN.—No fué nada, don Carlos; bromas de este bigardón.

VILLALONGA.—Bien sabe usted que es un gran investigador de bellas artes, punto fuerte en pintura antigua. Pues ahora se ha dedicado a descubrir cuadros vivos.

CISNEROS.—¡Ah pillo!

VILLALONGA.—Y tiene un ojo de perito que vale cualquier cosa. Aquí donde usted le ve, con su diplomacia y su equilibrio europeo, tiene la intención de un Veragua, y como le dé por los descubrimientos, crea usted que hemos de ver cosas muy buenas.

CISNEROS.—*(Con buena sombra.)* Hablad con claridad, hijos míos, que el lenguaje enigmático ya sabéis que no se ha hecho para mí. Me gusta expresar las ideas directamente, y detesto los rodeos y parábolas. ¿De qué nefando contubernio se trata? Decídmelo; ya sabéis que lo admitiré, porque en su propia naturaleza lleva el hecho la verosimilitud. Y si me apuráis, no sólo lo admito, sino que lo disculpo, porque de menos nos hizo Dios. Somos frágil barro.

VILLALONGA.—¡Y tan frágil!... Que le cuente a usted Cornelio...

MALIBRÁN.—*(Con socarronería.)* Nada, don Carlos, es que descubrió un cuadro de los muchos que hay ocultos y perdidos. Y no es de autor anónimo, ¡caracoles!... Asunto erótico... Las figuras no las conoce usted...

CISNEROS.—Como si las conociera. ¿Y qué? Sois los mayores mentecatos que me he echado a la cara. ¿Creéis que yo me asusto de vuestros descubrimientos? ¿Qué podría resultar? ¿Que fueran personas conocidas, amigas mías o de mi familia?

MALIBRÁN.—*(Vivamente.)* No, no lo son.

CISNEROS.—Pues entonces... *(Restregándose las manos.)* Contad, contad. Vengan ratas.

VILLALONGA.—Muy sencillo: éste dió en buscarle las vueltas a la mujer de un amigo nuestro, que tiene fama de virtud arisca, la mujer, se entiende.

CISNEROS.—¿Mujer de un amigo nuestro?...

MALIBRÁN.—¡Si aunque se vuelva loco no lo ha de acertar usted!... *(Entran de la calle Orozco y Augusta.)*

ESCENA III

LOS MISMOS, OROZCO y AUGUSTA.

CISNEROS.—¡Qué horas de venir!

AUGUSTA.—¿En qué acto están?

MALIBRÁN.—Han empezado el segundo.

OROZCO.—Hemos comido tarde... Día para mí de ocupaciones fastidiosas... No me dejan vivir. Son como las moscas, que si uno se las sacude, se irritan y vuelven con más coraje.

CISNEROS.—No se puede ser modelo de nada en estos tiempos. Como den en llamarle a uno modelo de cualquier cosa, aunque sea de ciudadanos, ya se puede encomendar a Dios. ¡Ah! Y, a propósito. Yo decía: "Le tengo que contar una cosa a Tomás", y no acertaba con lo que era. Ya me acuerdo. ¿Sabes que estuvo Joaquín Viera a despedirse de mí?

OROZCO.—¿Sí? Pues por casa no ha parecido. *(Augusta toma el brazo de Malibrán para subir al palco. A su lado, Villalonga. Detrás, a bastante distancia, suben Cisneros y Orozco.)*

CISNEROS.—Está furioso contra ti. Dice que le recibiste como a un perro.

OROZCO.—Como se merecía. *(Con satisfacción.)* Y hablará perrerías de nosotros.

CISNEROS.—Lo que no puedes figurarte. Que eres un ingrato, un egoísta sin entrañas y no sabes comprender la abnegación con que mira tus intereses.

OROZCO.—No creo que exista tunante más gracioso.

CISNEROS.—Dice que por no chocar, y por darte una prueba más de benevolencia, acepta la proposición denigrante que le hiciste.

OROZCO.—Denigrante..., eso es. Así la llama en la esquela que me escribió cerrando el trato. Pues ¿qué quería? He sido con él generoso hasta la esplendidez.

CISNEROS.—Habías de oírle. ¡Qué lengua! Ya sabes que no me espanto de nada. Pues tuve que suplicarle mudara de conversación. En fin, que se marcha mañana.

OROZCO.—Ya lleva cuerda para algún tiempo. No tiene motivos de queja, pues por una obligación prescrita le he dado casi el doble de lo que pagó por ella... Y ¿habló con usted algo de su hija Clotilde? Porque tengo curiosidad de saber...

CISNEROS.—¡Ah! Sí... Pues contentísimo. Es hombre de una llaneza patriarcal. Ni asomos de los escrúpulos de su hijo. Por él, si la niña quiere casarse con el verdugo, que se case. En medio de su extravagancia, tiene rasgos de ingenio donosísimos. Asegura que en la determinación de Clotilde influye el instinto de renovación de la raza española, repugnando los entronques aristocráticos y similares, y prefiriendo el cruce con las razas inferiores, que son las más sanas.

OROZCO.—Tiene chiste.

CISNEROS.—Vamos, que me reí un rato con él; y, al fin, volvió a vomitar denuestos contra ti, llamándote jesuitón, cuáquero, chupador de la sangre del pobre rico avariento, y qué sé yo qué.

OROZCO.—Bien, bien, bien. *(Augusta y Malibrán entran en el palco. Villalonga, Orozco y Cisneros se detienen en el pasillo, donde aparece el Conde de Monte Cármenes.)*

ESCENA IV

OROZCO, CISNEROS, VILLALONGA y MONTE CÁRMENES.

MONTE CÁRMENES.—Aquí estoy esperando a que se acabe el dúo. No puedo resistir al tenor, con ese braceo como si estuviera cogiendo moscas, y esa voz que parece la de un gato cuando le pisan la cola.

VILLALONGA.—Y ¿cómo no dice usted "bien, perfectamente bien"?

MONTE CÁRMENES.—Yo no juzgo al tenor, y si lo he juzgado, me desdigo. No me gustan juicios temerarios. Sólo que no me divierto oyéndole, y mientras él se gana el pan pegando gritos, yo salgo a fumar un cigarro.

OROZCO.—¿Y Pepita?

MONTE CÁRMENES.—Más animada. En nuestro palco está. Pase usted a verla y se lo agradeceré, que allí tenemos a nuestro pobre Cicero dándole matraca. Entre él y ese tenor de la clase de grillos me hacen la vida infeliz las noches de ópera.

CISNEROS.—Dígame, conde: ¿fué usted también de los que anoche se subieron a la parra en casa de la "Peri"?

MONTE CÁRMENES.—¡Yo! Don Carlos, no me confunda con usted mismo. Yo no voy a esos sitios execrables y pecaminosos.

OROZCO.—Si anduvo usted en malos pasos, ¿por qué negarlo ahora? Nosotros no se lo hemos de decir a Pepita.

CISNEROS.—¡Oh! Yo sí, se lo diría, si este pillín no me asegurara bajo su palabra que no estuvo.

VILLALONGA.—No, el conde no va sino cuando no hay nadie..., como usted.

MONTE CÁRMENES.—*(Mascando el cigarro.)* ¿Yo?... ¡Buenos estamos don Carlos y yo para fiestas! Nos hemos cortado la coleta.

CISNEROS.—Es mucho decir. Que uno sea honesto y cumpla la ley de Dios, no significa que se corte nada.

OROZCO.—¿Entramos o no?

MONTE CÁRMENES.—Me parece que ha concluído el dúo. *(Tira el cigarro.)* Voy al palco de mi primo. *(Se aleja, y retrocede, llamando a Orozco.)* ¡Ah! Tomás, se me olvidaba. Usted, ¿cuándo piensa ir a Las Charcas?

OROZCO.—El sábado por la noche. Vienen dos días de fiesta, domingo y lunes, la Candelaria. ¿Se anima usted?

MONTE CÁRMENES.—Es posible. *(Se dirige hacia el extremo del pasillo curvo. Orozco, Cisneros y Villalonga entran en el palco de Monte Cármenes.)*

ESCENA V

Interior del palco de OROZCO. AUGUSTA, en el antepecho; MALIBRÁN, detrás. En el antepalco, la SEÑORA DE TRUJILLO, leyendo «La Correspondencia».

AUGUSTA.—Ya, ya sé..., me lo ha dicho Aguado, que es, como usted sabe, el denunciador de todas las inmoralidades. Es usted un libertino, un escandalizador; está usted dando malos ejemplos.

MALIBRÁN.—Efectos de la murria y la desesperación. Deseo aturdirme. Quiérame usted, y seré un modelo de templanza y virtud.

AUGUSTA.—¿Que le quiera yo? *(Con displicencia.)* No sea usted mamarracho.

MALIBRÁN.—Pues acabaré por perderme... De seguro, me pierdo.

AUGUSTA.—¿No está todavía bastante perdido?

MALIBRÁN.—Por usted... Pensaba contarle mis aventuras, para que se vaya persuadiendo de que corro al abismo y se compadezca y me salve.

AUGUSTA.—¿Que le salve yo?...

MALIBRÁN.—Pero no quiero escandalizar a mi virtuosa amiga refiriéndole mis maldades... *(Para sí.)* ¡Caray, que no acierto a deslizar entre las flores la flecha envenenada! Veremos si por este otro lado... ¡Ah! Sí. *(Alto.)* Nosotros, los perdidos, sabemos respetar la susceptibilidad de las almas puras, a cuyo oído no debe llegar jamás una frase maliciosa. *(Para sí.)* Allá va la punta, salga como saliere. *(Alto.)* Es usted una criatura angelical, encanto y desesperación de los hombres imperfectos y frágiles que tenemos la desgracia de adorarla.

AUGUSTA.—¡Ave María Purísima, hasta cursi se está volviendo este hombre!

MALIBRÁN.—Pertenece usted a la escuela de su marido, que, fingiéndose insensible a las desdichas humanas, realiza en secreto las obras de caridad más admirables.

AUGUSTA.—*(Mirándole con cierto temor.)* ¿Qué...?

MALIBRÁN.—*(Aguzando su ingenio.)* Nada, amiga mía; que no le valen a usted sus disimulos, ni sus artimañas de modestia para asegurarse la indiferencia pública. La admiración, como la envidia, engendra la curiosidad, y la curiosidad acecha a la virtud para descubrirla y sacarla de las tinieblas. Hay espionajes que los mismos ángeles no desdeñarían, porque tienden a indagar los pasos más silenciosos de la virtud para denunciarlos al agradecimiento de la Humanidad; y este espionaje santo le sigue a usted hasta descubrir las guaridas apartadas y excéntricas, adonde va secretamente en busca de miserias que aliviar y lástimas que socorrer, cumpliendo la obra misericordiosa de consolar al triste.

AUGUSTA.—*(Para sí, turbada, mirando con los gemelos a la escena.)* Maldito seas tú y toda tu casta.

MALIBRÁN.—*(Para sí.)* Sacúdete la banderilla, tontaina... *(Alto.)* ¿Qué dice usted?

AUGUSTA.—No he dicho nada. Pensaba que está el diplomático esta noche más tonto que de costumbre, o, como dicen en la ópera, "che dáll, usato, piu moioso voi siete"; pero no me determiné a decírselo.

MALIBRÁN.—Sí, estoy yo muy tonto... *(Para sí.)* Vamos, que si me apuras, te suelto el nombre de la calle, el numerito y hasta el piso... *(Alto.)* Admirable cosa es la modestia, y adorno lindísimo de la verdadera virtud. Pero no le vale, no le vale..., no puede usted evitar nuestros homenajes.

AUGUSTA.—*(Que mira a los palcos para disimular su ira, y crispa los dedos, oprimiendo los gemelos. Para sí.)* Ya te daría yo a ti homenajes, y te estrellaría en la cara los gemelos.

MALIBRÁN.—Es natural que mi ilustre amiga se enoje conmigo porque le descubro las perfecciones.

AUGUSTA.—¿Enojarme yo? ¿Piensa usted que escucho sus bobadas? *(Sonriendo sin espontaneidad, y queriendo dar a su despecho un acento de broma.)* ¡Antipático! *(Se adelanta la señora de Trujillo.)*

MALIBRÁN.—Se habrá enterado usted de que el papel "cuadradista" está muy en baja.

TERESA.—Y tan en baja..., que ya no lo quiere nadie ni regalado. ¿Ha leído usted la declaración del cura de San Lorenzo, según el cual Cuadrado confesaba una semana sí y otra no?

AUGUSTA.—*(Con hastío.)* ¡Ay Teresa! Ya el crimen apesta.

TERESA.—Pues para mí no perderá su interés hasta que no vaya al palo esa tarasca... Pero dejémoslo ahora. ¿Sabes que el tenor este parece el sereno de mi calle? Tenemos un empresario que también debería ir al palo. ¡Qué adefesios nos trae! ¡Quien oyó esta ópera por la Lagrange, Fraschini y aquel Varessi!... *(A Malibrán.)* ¿Alcanzó usted a Varessi?

MALIBRÁN.—Le oí en Italia. ¡Qué pedazo de barítono!

TERESA.—*(Llamando la atención de Augusta.)* Dime: ¿qué promontorio es aquel que se trae en la cabeza la de Barragán?

AUGUSTA.—*(Sin dejar de mirar con los gemelos.)* Estoy estudiándolo y no puedo entenderlo. Es un tocado Directorio, de una exageración... ¡Qué mamarracho!

MALIBRÁN.—No quieren comprender que

estos prendidos Directorio y Primer Imperio, hoy tan en boga, exigen un corte de busto muy airoso, y las que no tienen arte para saber adaptarse las modas se ponen hechas unos esperpentos.

AUGUSTA.—Cierto. Y algunas, con tantc plumacho, vienen hechas unos milicianos nacionales. *(Dando los gemelos a la de Trujillo.)* Teresa, por Dios, mire usted el escote que se ha traído la de Tellería. ¡Qué escandalosa!

TERESA.—*(Mirando.)* ¡En el nombre del Padre!... No le falta más que la manzana en la mano. *(Suenan grandes aplausos.)* Pero ¡qué tontos!... ¿Cómo aplauden estas borricadas?

MALIBRÁN.—La "claque" está insoportable.

TERESA.—Pero si son los de butacas los que alborotan.

AUGUSTA.—Es que la alabarda de abajo es la peor. *(Entra Monte Cármenes, que saluda a las dos señoras. Trábase conversación entre Teresa Trujillo y los caballeros.)*

AUGUSTA.—*(Para sí, dirigiendo los gemelos a una parte y otra.)* Miro y remiro, y no le veo arriba ni abajo. ¡Qué inquieta estoy! En el palco de los "gorriones" no está..., ni tampoco en el de San Bernardino..., ni en butacas. ¡Si no vendrá, después de habérmelo prometido tan formalmente! Quiero ponerle en guardia contra el espionaje de este arrastrado Malibrán, que parece nos sigue los pasos, y que si no nos ha visto aún..., digo, yo creo que no nos ha visto..., nos verá el mejor día. *(Alto, tomando parte en la conversación general.)* ¡Enteramente un fiasco; y cuidado si anunciaba a este tenor como estrella del arte! *(Para sí.)* ¿Será aquél? *(Mirando.)* No, no es. No creo que deje de venir. ¡Ay! No vivo hasta no saber lo que piensa de la proposición de Tomás. ¿Cómo tomará la idea de reconciliarse con Clotilde? Hice bien en decírselo por escrito, meditando muy bien la forma, y pensando bien los conceptos. La carta era un modelo de sagacidad diplomática. ¿Aceptará? Dios quiera que no se alborote... ¡Ah! Allí está..., en el palco de San Bernardino. Me ha visto. *(Mirando a otro lado.)* Ahora no vendrá. Veremos si en el tercer entreacto... Nunca como esta noche he deseado verle y hablarle. ¿Saldrá por el registro de la dignidad? Mucho me lo temo... ¡Ay! Gracias a Dios que empieza el acto. *(Entra Aguado y la saluda. Se entabla animada conversación sobre puntos diferentes. Al llegar al entreacto tercero, sólo están en el palco Aguado y el marqués de Cicero, que hablan con Teresa Trujillo. Augusta pasa al antepalco.)*

ESCENA VI

AUGUSTA, en el antepalco, y FEDERICO.

AUGUSTA.—Nunca, como esta noche, he deseado verte...

FEDERICO.—Ni nunca nos hemos visto en sitio menos a propósito para hablar de cosas graves. *(Atisbando por un lado de la cortina.)* ¿Quién está ahí?

AUGUSTA.—Cicero, que duerme, y Aguado, que habla con Teresa de la moralidad. Siéntate...

FEDERICO.—¿Nos darán tiempo para decir cuatro palabras?

AUGUSTA.—Sí, sí..., y también ocho. *(Impaciente.)* Di, ¿qué te pareció mi carta? ¿Qué efecto te ha producido?

FEDERICO.—Ya puedes suponerlo.

AUGUSTA.—*(Con ansiedad.)* ¿Qué dices respecto al punto principal? ¿Aceptas? ¿Qué? ¿No te parece bien?... Por Dios, no me lo digas; no me des el disgustazo de... *(Federico, en pie, fijos los ojos en el suelo, deniega suavemente con la cabeza.)* ¡Qué ideas tan estrambóticas! Pero ¿qué mal hay en esto? Dímelo.

FEDERICO.—Pero, ven acá, ¿cómo ha podido ocurrírsete el absurdo de que yo lo acepte..., mediando...?

AUGUSTA. — ¡Qué aflicción me causas!... ¡Qué ingrato eres!

FEDERICO.—Por Dios, no llames a esto ingratitud... *(Preocupadísimo.)* Yo te explicaré... ¿Has reflexionado tú en la gravedad de lo que me pides? Respecto al otro punto que tratas en tu carta, o sea mi reconciliación con Clotilde, te contesto que accedo a hacerle una visita.

AUGUSTA.—¿De veras? *(Con alegría.)* ¿Me lo prometes?

FEDERICO.—Prometido. Mañana mismo irá a casa de la señora de Calvo. Haremos paces con Clotilde; pero con él, con ese pelagatos no transigiré nunca.

AUGUSTA.—Todo es empezar...

FEDERICO.—Con ella, sí. Ya ves cómo te complazco cuando me pides cosas razonables.

AUGUSTA.—Bueno... ¡Eh! Cuidadito; que vayas... *(Para sí.)* Lo que importa es restablecer en él los vínculos de familia, única manera de domesticarle. Lo demás vendrá por sus pasos contados. *(Alto.)* Quedamos en que visitarás a tu hermanita. ¿Qué sabes tú lo que harás después? El tiempo y la derivación natural de los hechos te marcarán la conducta. Y no hablemos más ahora de asuntos tan difíciles de tratar no estando solos. *(Observa, levantando un poco la cortina, a los que están en el palco.)* Otra cosa tengo que decirte, aprovechando este corto ratito. Malibrán nos sigue los pasos. Parece mentira que haya seres tan viles que se dediquen al espionaje por el infame placer de ver que no son buenos los que lo parecen.

FEDERICO.—¿Te ha dicho algo?

AUGUSTA.—Indicaciones breves; pero bastante intencionadas y maliciosas. Cree, hijo mío, que nos ha descubierto.

FEDERICO.—Lo dudo mucho... Tendrá sospechas.

AUGUSTA.—¡Ah! No; me parece que son más que sospechas.

FEDERICO.—En ese caso... *(Alarmados ambos, miran con recelo al palco, y atienden a las voces que se sienten en el pasillo.)*

AUGUSTA.—Calla... No podemos hablar aquí. ¡Qué angustia, teniendo tanto que decir! Espérame allá...

FEDERICO.—¿Cuándo?

AUGUSTA.—El sábado..., pasado mañana. Te pondré dos letras el mismo día, temprano. Si es el sábado, estaré hasta más tarde y cenaremos juntos.

FEDERICO.—¿No puedes decidirlo desde ahora?

AUGUSTA.—*(Bajando más la voz.)* No... Depende de que él vaya a Las Charcas. Te escribiré. Ahora, chitón. Entra a saludar a Teresa. *(Pasa Federico al palco. Aguado sale, a punto que entran Orozco y Villalonga.)*

ESCENA VII

Gabinete en casa de la «Peri». Es de día. FEDERICO y LEONOR.

FEDERICO.—Buenos días, Leonorilla.

LEONOR.—"Bonyú, mon ti cheri"... ¿Qué te creías tú, que yo no sé francés? El marqués me lo está enseñando. Ya sé porción de frases, y con ellas y con decir a todo "pagardón", "pagardón", podré entenderme con el franchute que sepa más.

FEDERICO.—*(Sin prestarle atención.)* Bien.

LEONOR.—Pero ¿qué? ¿Tienes mal humor?

FEDERICO.—De mil diablos.

LEONOR.—Ya... La condenada sota. ¿verdad? ¡Cuando te digo yo que no fíes de esa...! Es más mala que el cólera.

FEDERICO.—Pues no, no se ha portado mal. *(Saca un puñado de billetes.)* Mira.

LEONOR.—*(Cruzando las manos y dando un grito de alegría.)* ¡Billetes! ¡Ay, qué calorcito me corre por todo el cuerpo! Déjame que los toque. Me muero por ellos.

FEDERICO.—Son para ti. Hace dos noches que me sopla un poco la musa. Es una racha que pasará pronto. Por eso, antes que venga la mala, quiero cumplir contigo. Toma esos ocho mil realetes, y ve reuniendo para sacar tus alhajas.

LEONOR.—*(Echando la zarpa a los billetes.)* ¡Ay hijo de mi alma, qué bueno eres! Dame acá. Me hace una falta atroz. Y tú, ¿cómo estás de trampas y trópicos?

FEDERICO.—Absolutamente desahuciado. No tengo salvación. Los compromisos son tales, y se van enredando de tal manera, que pronto daré el barquinazo gordo.

LEONOR.—Ganarás, mico.

FEDERICO.—Gane o pierda, no puedo salir a flote. Me ahogo sin remedio. No veo ni aun probabilidades de evitar la insolvencia y la deshonra.

LEONOR.—*(Con calma.)* No te apures. Confía en Dios. Puede que te caiga alguna herencia.

FEDERICO.—¡Herencias a mí!

LEONOR.—¿Sabes que se me ha ocurrido un gran negocio, que podríamos emprender los dos? ¿No aciertas lo que es? Pues te lo diré: consiste en poner tres o cuatro casas de citas de muchísimo lujo, pero de un lujo... asiático, todas ellas combinadas con una timba tremenda y de muchísimo lujo también, como esas que hay en Baden y en Montecarlo... Te explicaré la combinación... Es cosa de ganar millones.

FEDERICO.—*(Displicente.)* No, no me

expliques nada. No sé cómo se te ocurren tales disparates.

LEONOR.—Pues, hijo, yo tengo que inventar algún negocio. Debo más que el Gobierno, y ese condenado pollo va a dar con mis pobrecitos huesos en un hospicio. Cuentas de sastre, cuentas de café, cuentas de La Taurina y cuentas de la santísima carandona de su madre. Todo lo tengo que pagar yo, y me voy cansando, como hay Dios.

FEDERICO.—*(Tirándole suavemente de una oreja.)* Eso le pasa a esta pájara por no hacer caso de mí. Bien te dije que ese pollo era una calamidad. ¿Por qué no te fiaste de mí en eso, como en todo?

LEONOR.—Chico, porque cuando tocan a enamorarse pierde una el sentido. Eso del amor es capítulo aparte, y los consejos y la amistad son para otras cosas. Ya sabes que me dió muy fuerte, que me cegué por él, y me puse como los mismos hornos. Pero ya me voy enfriando, y conozco que es un grandísimo "lipendi"... Otro más carantoñero y de más figuras no lo hay. Ahora está conmigo hecho un merengue. Como que necesita cuartos. Pues dice que soy yo otra como la "Traviata", y que él me va a redimir y a volverme honrada..., ¡qué risa! Parece que ahora va a venir su padre, para quitarle de mí y llevársele, y él pretende que, cuando su padre venga a verme, haga yo el papel de tísica arrepentida, tosiendo con sentimiento, y pintándome ojeras..., vamos, como la "Traviata", para que el buen señor se ablande y nos eche su santa bendición..., ¡qué risa! Con estas farsas, ello es que me está dejando por puertas. *(Federico vuelve a mostrarse triste y caviloso, sin prestar atención a su amiga.)* Pero ¿qué ocurre hoy? ¿Qué te pasa?

FEDERICO.—Ya debes figurarte que no estaré para ponerme a tocar las castañuelas. Tú sabes bien lo que me sucede. Tengo una hermana que es mi desesperación, mi vergüenza; tengo un padre que me abochorna siempre que viene a Madrid.

LEONOR.—Anoche contaron aquí que vino a cobrarle a Orozco unas cuentas que debía. ¿Sabes? Cosas allá muy gordas de ingleses..., pero de Inglaterra; y que el otro fué más listo que él y le engañó, recogiéndole el papel por un pedazo de pan. Ese Orozco se pierde de vista, y gasta unas como caretas de hombría de bien, con las cuales emboba a la gente.

FEDERICO.—*(Caviloso.)* No creas nada de eso. Es un desatino.

LEONOR.—Pero ¿a ti qué te importa que sea Orozco el engañado o que lo sea tu padre? Allá ellos. Y en cuanto a lo de tu hermanita, yo la dejaría casarse con el nuncio, si le gustaba; digo, con el monago de la Nunciatura... *(Tirándole suavemente de la oreja.)* También tú, con tantos pesquis como tienes, necesitas que te enseñe a vivir una tonta como yo. ¡Haces y piensas cada simpleza!... El casarse, hijo mío, debe ser una cosa muy liberal; quiero decir que la mujer debe escoger a quien le entre por el ojo derecho, y nada más. Ya no estamos en los días de la Inquisición...; no sé si me explico. Anoche dijeron aquí que tú eres un hombre del tiempo en que había Inquisición, y cadenas, y despotismo, y otras cosas muy malas...

FEDERICO.—*(Sonriendo con tristeza.)* Tiene gracia.

LEONOR. Pero a mí no me la pegas tú. La causa de que estés ahora tan "cabistivo" y "pensibajo" no es ni lo de tu padre ni lo de tu hermana. Es otra cosa. Si yo te calo muy bien, si yo te entiendo. Tú guardas un secreto, que no quieres confiarme, y haces mal, porque yo, que soy una pública, tengo corazón, y no me faltan entendederas para decirte esto y lo otro que te pudiera consolar. Se lo que son penas, y en lo tocante a penas de amor, no hay quien me baraje a mí. Podía tener cátedra de esto en la Universidad, y saldría yo, con mi birrete color de rosa y mi toga de batista, a explicar a los chicos el tratado de las fatigas de amor con todos sus pelos y señales.

FEDERICO.—¡Qué mona! Figúrate si eres salada, que me haces reír hoy a mí.

LEONOR.—*(Poniéndose en la cabeza, ladeado, el hongo de Federico.)* Conque, o hay confianza o no hay confianza entre este par de peines. ¿No te cuento yo a ti hasta mis pensamientos más íntimos? ¿Por qué no has de hacer tú lo mismo con esta pájara? A ver, desembucha. Tú tienes amores, y amores muy por lo alto. Mira que si no te explicas saco las cartas y te descubro todo el enredo.

FEDERICO.—Cierto que entre nosotros debiera existir una confianza sin límites.

Mi decoro no padece nada en mis tratos contigo, que no son nada buenos. ¡Excepción inexplicable! Yo, tan meticuloso fuera de aquí en cuestiones de dignidad, en tu casa soy tu propia imagen. No lo entiendo, pero es así. Sin embargo, te soy franco, hay cosas mías, secretos si quieres, que dejo siempre de la puerta afuera, cuando entro a visitarte.

LEONOR.—*(Impaciente.)* ¿Cantas o no cantas? Un hombre como tú no pone esos morros sino por una pasión fuerte. Yo sé lo que es apasionarse, irse del seguro. Lo pruebo todos los semestres.

FEDERICO.—Seguramente, si yo fuera contigo menos reservado en eso que deseas saber, no me comprenderías. Es difícil que esto lo entienda nadie, Leonorilla. Las cosas que me andan a mí por dentro, en mi conciencia y en todo mi espíritu, son de tal calidad que sólo Dios y yo las entendemos.

LEONOR.—Y yo también, porque soy "diosa". ¡Vaya! Así me lo llamó bien clarito ese poeta, ese Bardal, en los versos que me hizo la otra noche. Conque, claréate.

FEDERICO.—Bueno, pues concediéndote yo que hay algo de lo que sospechas, a ver si entiendes la explicación que voy a darte, sin nombrar personas. Esos amores no me satisfacen, y más bien son para mí un motivo de pena. ¿Por qué?, dirás tú. Porque se relacionan con ciertos estados de mi espíritu, y de tal relación viene a resultar que son amores incompletos y superficiales. ¿Me explico bien? La facultad imaginativa lleva la mejor parte, y el corazón se queda vacío, porque no hay confianza, ni la puede haber entre esa mujer y yo. La confianza consiste en entregar toda nuestra existencia al conocimiento de la persona querida, y a esa persona no puedo yo revelarle ciertas fealdades y humillaciones de mi vida angustiosa. Me quiere con locura, para mayor desgracia mía, y yo no puedo corresponderle. Hay momentos en que hasta se me figura que la aborrezco, porque nuestra alma tiende a odiar a las personas ante quienes no podemos descubrirnos sin que el amor propio se lastime. Ya ves que te confío mis secretos más delicados; te lo confío todo, menos el nombre.

LEONOR.—*(Para sí, con malicia.)* ¡Como si yo no lo supiera, mico! *(Alto, amenazándole con la mano.)* Te voy a matar.

FEDERICO.—Ese amor no me satisface, porque mi corazón no se ha entregado a él, porque para completarlo me sería preciso añadirle la confianza, este compañerismo que contigo tengo, tan dulce, tan práctico. No, no te envanezcas; el sentimiento inexplicable que nos une a ti y a mí tampoco es completo. Le falta algo, la imaginación, que está allá.

LEONOR.—*(Satisfecha.)* El corazón, por mi cuenta, ¿verdad?

FEDERICO.—Gran parte de él, créelo. No puedo completarme aquí ni completarme allá. La mitad de mi ser en cada lado. ¿Lo entiendes? *(Leonor, meditabunda, hace signos afirmativos con la cabeza.)* Si estas dos mitades se pudieran juntar y fundir, ¡qué bueno sería! ¡Si yo pudiera llevarme allá la confianza con sus envilecimientos y todo!... ¡Si yo pudiera traerme aquí el recreo de la imaginación y de los sentidos!...

LEONOR.—*(Reflexionando.)* De todo esto, lo que saco en consecuencia es que somos los nacidos una cosa muy rara. Hombres y mujeres somos guitarras, que no sabemos cómo se templan ni cómo no... De lo que resulta que esto de las pasiones es un fandango pastelero. *(Coge las cartas y empieza a barajarlas.)* Ahora voy a adivinarte los pensamientos. *(Sonriendo.)* Estoy inspirada. Ojo a la diosa. Se me ha puesto entre ceja y ceja que el santísimo naipe me va a decir el nombre de tu adorado tormento.

FEDERICO.—¿A que no?

LEONOR.—Y me dirá también si saldrás con suerte del "corto camino" en que te has metido.

FEDERICO.—*(Con cierto interés.)* Veremos. Tan trastornado estoy, que hasta me voy volviendo supersticioso.

LEONOR.—*(Poniendo los naipes sobre el sofá, en grupos, y haciendo sobre ellos, con mucha gracia, signos estrambóticos.)* ¡Ah! Mira; en las tres vueltas sale siempre encima la mujer de buen color. ¡Ay Dios mío, lo que veo aquí! ¿Sabes lo que quiere decir el seis de copas? Pues significa Santo Domingo..., y en seguida el siete del mismo palo. ¡Y Jesús, Madrecita mía de las Angustias!... Y en seguida el ocho, que declara camino cansado, como si dijéramos una cuesta. *(Con solemnidad)* La mujer por quien

penas, camaraíta, vive en la cuesta de Santo Domingo, número siete, y es casada.

FEDERICO.—*(Tirando las cartas con displicencia.)* Ea, deja esas tonterías... *(Levántase, inquietísimo.)* ¿Quién te lo ha dicho?

LEONOR.—*(Con naturalidad.)* Pero, hijo mío, ¡si lo saben hasta los perros!

FEDERICO.—No, no. Si lo sabe alguien, será de poco tiempo acá. Verdad que estas noticias cunden con rapidez eléctrica.

LEONOR.—*(Muy cariñosa.)* No te enfurruñes; no hay motivo para ponerse así. Esas cosas se saben siempre, miquito. Siéntate a mi lado, y te contaré algo que debes saber. Anoche hablaron aquí largamente de la de Orozco y de ti.

FEDERICO.—¿Quién?

LEONOR.—Amigos tuyos. *(Mirándose las uñas.)* Ya sabes que en eso de hablar no hay amigo para amigo. Se sueltan mil borricadas, sin intención de ofender. ¿Te lo cuento? ¿Me prometes no ofenderte? Es de clavo pasado que, tratándose de señora rica y de amante pobre, lo primero que se diga es que ella le paga las trampas.

FEDERICO.—No, no dirían tal atrocidad. *(Paseándose, agitado.)* ¿Qué amigo mío es capaz de suponer...? Como no sea Malibrán...

LEONOR.—El mismo...

FEDERICO.—Y ¿tú te callaste?...

LEONOR.—Buena soy yo para callarme, tratándose de tu honor, que es lo mismito que el mío...

FEDERICO.—*(Deteniéndose ante ella.)* Tu honor lo mismo que el mío..., es decir, el mío como el tuyo...

LEONOR.—He dicho una sandez. No hagas caso... Ahora caigo... *(Suspirando.)* en que yo no tengo honor. Quise decir... Pero tú ya me entiendes.

FEDERICO.—Sí, comprendido.

LEONOR.—Pues te defendí diciendo que tú no eras capaz de tomar dinero de ninguna mujer... *(Bajando la voz.)* Que nosotros tengamos acá nuestros cambalaches es cosa que nadie sabe, que a nadie le importa, y que entre nosotros se queda. Claro, de ti para mí, lo ganamos como podemos, y nos ayudamos. No es deshonra, digan lo que quieran... Pero ¡arrimarte tú a una casada rica para que te mantenga!... Eso no lo puede decir quien te conozca.

FEDERICO.—Sin embargo, los que mejor me conocen lo dirán. ¡Le parece a uno fácil exceptuarse de la lógica vulgar de la vida, y es tan difícil, pero tan difícil:... *(Con abatimiento, sentándose.)* Leonorilla, estoy dejado de la mano de Dios.

LEONOR.—No hagas caso de esas tonterías...

FEDERICO.—Que no pararon seguramente en lo que me has contado. Malibrán debió de decir algo más.

LEONOR.—Sí; pero te advierto que se le fué un poco la mano en la bebida, y no hay que tomar al pie de la letra lo que habló. ¿Te lo cuento? Sí, más vale que lo sepas, para que estés prevenido. Pues dijo que se había propuesto averiguar dónde os veis tú y esa señora; que estuvo muchos días trabajándolo como un polizonte, y que, por fin..., os ha descubierto el nido.

FEDERICO.—Bonita ocupación la de ese tonto... Y ¿dónde, dónde?... A ver... ¿Dónde dijo que...?

LEONOR.—Se lo calló muy bien callado, por más que le mareamos para que nos lo dijera.

FEDERICO.—Es que no lo sabe...

LEONOR.—¡Ay! No te hagas ilusiones. Lo sabe. Se le conoce en la manera de decirlo.

FEDERICO.—Pues que lo sepa. Mejor. Estas cosas se saben siempre.

LEONOR.—Mira, niño, ándate con tiento, porque es fácil que te veas envuelto en una cuestión muy mala. Yo estoy inquieta, y temo que haya lance.

FEDERICO.—¿Con ese zángano perverso de Malibrán? Puede.

LEONOR.—Me parece que la bronca del siglo va a ser con Orozco. Dijo Malibrán que el buen señor tiene los ojos cerrados, y que él se los va a abrir.

FEDERICO.—Pues que se los abra... Mejor...

LEONOR.—No; no digas tal. El que no quiere ver, que no vea.

FEDERICO.—*(Exaltado.)* Pues ¿qué piensas tú? Si siento vivos deseos de abrírselos yo mismo...

LEONOR.—¿Qué dices?... Chico, tú no tienes la cabeza buena. ¿Tú? ¿De manera que tú mismo acusarás a la que te quiere tanto?

FEDERICO.—Tienes razón... Tú conservas el sentido claro de las cosas y yo lo he perdido completamente. Siento y

pienso y digo los mayores despropósitos... Leonorilla, estoy desquiciado por dentro. Me desplomo..., verás cómo me hundo.

LEONOR. — *(Humorísticamente.)* Pues avisa, mico, para que no me cojas debajo...

FEDERICO.—*(Con ternura.)* Tú eres la única persona que veo con gusto a mi lado en esta ruina de mi espíritu. Cuantas personas trato más o menos íntimamente se me revisten de antipatía en esta desgana que me aniquila; todas, incluso ella, y lo digo porque es verdad, sintiéndolo mucho, pues no se lo merece la infeliz. Entre tantas caras que me ponen mal ceño, sólo la tuya resplandece. ¿Verdad que es raro? Pero siempre ha de haber algo que no se entiende, y lo que no entendemos, adviértelo, es lo que más consuela. Las cosas muy resabidas y muy estudiadas hastían el alma. Las que se nos presentan en términos vagos, confundiendo nuestra razón, son las que nos confortan y nos alientan.

LEONOR.—*(Fingiendo comprender.)* Es verdad, verdad. Yo me intereso por ti, y por ayudarte a sacarte de un apuro soy capaz de comprometerme. Pídeme lo que quieras. Mándame que haga trampas en el juego, y las haré.

FEDERICO.—No, eso no. ¡Quita allá!

LEONOR.—Pues las he hecho, para que lo sepas. Tu tranquilidad vale más que un poco de moral de timba, tratándose de estos bobalicones que vienen aquí a divertirse conmigo. En un día de gran ahogo, y antes que verte padecer por cochinos mil reales, le doy yo el pego al lucero del alba.

FEDERICO.—*(Enojado.)* Cállate. Me lastimas profundamente.

LEONOR.—Déjate proteger, mico. ¿No me das tú parte de lo que ganas?

FEDERICO.—Sí, pero yo no hago trampas.

LEONOR.—Cada uno es cada uno. Yo no soy tú; yo soy pública, aunque para ti sea muy particular.

FEDERICO.—*(Echándose a reir.)* Chica, como quiera que seas, me envanezco de tu amistad. Es lo único que me queda en este mundo. *(La abraza.)* ¡Lástima que no puedas salvarme! Yo no tengo remedio ya. *(Con profunda tristeza, levantándose.)* Soy hombre al agua.

LEONOR.—Pero ven acá. ¿Tan mal andas? ¿Temes no poder seguir viviendo como vives? ¿No podríamos arreglar que tuvieras un tanto fijo?

FEDERICO.—*(Sombrío.)* No hay posibilidad de que cambie mi manera de vivir.

LEONOR.—*(Con agudeza.)* Se me ocurre una idea. ¿Te la digo? Pero no has de enfadarte. Pues... allá voy... Me parece una atrocidad que pases tantas amarguras teniendo esa amiga tan ricachona.

FEDERICO. — *(Espantado.)* ¡Leonor!... ¡También tú...!

LEONOR.—No, monín; si yo no digo que tú le pidas... Digo que de ella debiera salir el ofrecerte una cantidad gorda para que de una vez...

FEDERICO.—*(Irritado.)* Quita, quita. Déjame en paz.

LEONOR.—Anda..., tonto... Fuera escrúpulos y bobadas... *(Remedándole.)* ¡El honor, la "diznidaz"!... ¿Qué importa que...? Vamos, que buenos miles podría darte; y algo me había de tocar a mí.

FEDERICO.—*(Excitadísimo.)* Me voy por no oírte.

LEONOR.—*(Alarmada.)* Chico, no te me pongas así. Tú tienes alguna mala idea y no quieres decírmela.

FEDERICO. — *(Tomando su sombrero.)* Me voy. Déjame.

LEONOR.—No me gusta verte salir de estampía.

FEDERICO.—Se me había olvidado que he prometido visitar hoy a mi hermana, visita que no significa reconciliación, ni mucho menos. *(Con enojo.)* Pues ¿no pretenden también que yo dé el nombre de hermano a ese...? ¡Estúpida exigencia!

LEONOR.—Vamos, perdona a tu hermanilla. Te estás atormentando... ¡Qué manías tienes tan tontas!... ¡Pobre niña! Haz las paces... y a vivir.

FEDERICO. — ¡Tú también!... Vuelvo. *(Retírase muy agitado.)*

LEONOR.—*(Alarmada, viéndole salir y sin atreverse a seguirle.)* ¡Pobre mico, no me gusta su cariz!... Su cabeza está llena de nubarrones. Diera yo algo por poder despejársela.

ESCENA VIII

Sala en casa de la viuda de Calvo. La VIUDA DE CALVO, señora de edad avanzadísima, pero bien conservada, vestida de negro, con espejuelos, gorro a la francesa. Sale por la derecha, apoyándose en un bastón; CLOTILDE, que está junto al balcón de la izquierda, mirando a la calle.

VIUDA DE CALVO.—¿Qué haces ahí?

CLOTILDE.—¿No ha concluído Santana de conferenciar con ese señor?

VIUDA DE CALVO.—Aún tiene para un ratito. ¿Qué miras? ¿A quién esperas?

CLOTILDE.—A mi hermano, que prometió venir a verme. No puedo apartar de la calle mis ojos, esperando verle entre los que pasan.

VIUDA DE CALVO.—*(Separándola del balcón.)* No te aflijas, chiquilla, ni te impacientes, que ya parecerá, si es cierto que ha manifestado propósitos y deseos de verte.

CLOTILDE.—Díjome Bárbara que vendría por la tarde, y la tarde se acaba.

VIUDA DE CALVO.—¿Tan pronto? ¿Cómo se ha de concluir el día antes de las cuatro de la tarde?

CLOTILDE.—*(Señalando al balcón.)* Ya lo ve usted, es casi de noche. El sol se pone.

VIUDA DE CALVO.—¡Qué se ha de poner, bobilla! No te empeñes en acelerar la carrera del sol, que bastante de prisa andan los días, sobre todo para los que ya los vemos pasar sin ninguna ilusión. Tu hermano vendrá, si no de tarde, de noche o cuando quiera venir.

CLOTILDE.—¡Ay! ¡Cuánto deseo verle! Siete días hace que de él me separé, y me parecen siete años. ¡Pobre hermano mío! Cuando salí de su casa, la fiebre de la resolución que tomé no me dejaba presentir la pena de esta ausencia. Federico tiene sus defectos, como todos; pero su corazón es noble. En los últimos días que pasé con él, sus defectos se abultaban a mis ojos y sus cualidades disminuían. Pues ahora me pasa lo contrario: las cualidades crecen y los defectos me parecen insignificantes.

VIUDA DE CALVO.—Es caballeroso, inteligente, simpático y de buen natural; pero has de convenir conmigo en que no sirve para criar hermanas. Descuellan en él estímulos de altanera dignidad, instintos de nobleza que lucirían bien en una posición opulenta, como piedras preciosas montadas en oro; pero que se despegan del cobre dorado de la penuria vergonzante en que se empeña en ponerlos. ¡Ay, hija de mi alma! La realidad, con sus lecciones dolorosas, me ha enseñado a mí lo que es decadencia. Ideas de vanagloria tuve yo también, y con ellas posición muy distinta de la que tengo ahora. Pero caí, y me encontré con que las tales ideas y el puntillo de honor y todo lo demás eran de muy mal ver sobre las ruinas que me rodeaban. Aprendí a ver mayores extensiones de mundo; la necesidad me hizo viajar por regiones bajas, que son las más interesantes y las que más vida encierran, y descubrí que el reino de la Humanidad tiene muchas más provincias y comarcas de las que yo creía. Por eso abrace tu causa, sin asustarme del escándalo que dabas, ni de tu desigual elección, ni del camino torcido que escogías para llegar al matrimonio. Cuando se miran las cosas desde arriba, se ve la grandeza de los móviles humanos, y no se distingue la pequeñez microscópica de los trámites sociales. Os protegí y os protegeré mientras pueda, sin hacer caso de los furores de tu hermano, ni de los asombros de lo que llaman opinión, asombros que no vienen a ser más que un movimiento de curiosidad, detrás del cual está la indiferencia.

CLOTILDE.—¡Ay, cuánto sabe usted, señora! *(Con entusiasmo.)* Habla lo mismo que un libro.

VIUDA DE CALVO.—Los años, hija mía, son mis libros, el tiempo mi biblioteca y mi estudio el vivir... *(Suena un timbre, se sienten pasos.)* Pero alguien ha entrado... Si será al fin el caballero de los imposibles... *(Clotilde corre a la puerta del fondo.)*

ESCENA IX

LAS MISMAS y FEDERICO.

VIUDA DE CALVO.—*(Viéndole entrar.)* ¿No lo dije?

CLOTILDE.—¡Hermanito!... *(Abrazándole.)* ¡Gracias a Dios!

FEDERICO.—*(Abrazándola.)* ¡Ingrata! *(Saluda a la señora de Calvo.)*

VIUDA DE CALVO.—Desde que la niña supo que usted vendría, la ansiedad y el contento no la han dejado vivir. Los

siete días de ausencia se le antojaban siglos, impaciente por ver a su hermano y oír de él palabras de concordia y perdón.

CLOTILDE.—*(Que besa las manos de Federico, llorando.)* ¿No es verdad que me perdonas, que olvidas la pena que te dí?

FEDERICO.—No soy rencoroso. Te perdono el mal que me hiciste emancipándote de mí y huyendo de mi lado sin consultarme tu inclinación. Si me hubieras pedido consejo, yo te habría quitado de la cabeza ese error deplorable.

CLOTILDE.—¿Aún insistes en que es error? Yo no te consulté, persuadida de que me habías de decir nones. Era cuestión grave. Me sentía sola en el mundo, y creí que estaba en mi derecho eligiendo por mí misma al que había de ser mi marido.

FEDERICO.—Creíste mal. Pero no he de volver ya sobre lo que no tiene remedio. El error está cometido, y yo, aunque te perdono, no varío de modo de pensar respecto al fondo de él. Lo hecho, hecho está. Me someto a la realidad, pero dentro de la medida que me marca mi criterio. Te perdono; te miraré siempre como hermana; pero no me pidas más de lo que humanamente puedo darte.

CLOTILDE.—*(Con tristeza.)* Eso quiere decir que transiges conmigo; pero no con el que va a ser mi esposo.

FEDERICO.—Así es.

CLOTILDE.—*(A la señora de Calvo.)* ¿Le parece a usted?... ¡Qué crueldad, qué orgullo!

VIUDA DE CALVO.—*(Festivamente.)* Hija mía, él es así; pero pierde cuidado, que se modificará.

CLOTILDE.—¿Cuándo?

VIUDA DE CALVO.—*(Riendo.)* Cuando tenga mis años. Si tan largo me lo fías... Señor de Viera, es usted un chiquillo y piensa y obra como tal.

FEDERICO.—¡Qué quiere usted, señora! No podemos ser de otra manera que como somos. Perdóneme la perogrullada.

VIUDA DE CALVO.—No tema el caballero de los imposibles que yo me ponga a sermonearle. No acostumbro predicar a quien no quiere oír. Lo único que le diré, para que vaya abriendo los ojos, es que Clotildita ha demostrado buen tino en la elección de marido, porque Santana, sin ser un Gutibamba ni un Muci-barrena, es mozo de muy buen natural y de gran talento para cultivar la ciencia del vivir. Hoy por hoy, no tiene sobre qué caerse muerto; pero acuérdese usted de lo que le dice esta vieja: llegará día en que el caballero melindres, abandonado de todo el mundo y sin tener donde guarecerse, llame a la puerta de su hermana, pidiendo un asilo y un pedazo de pan. Y su cuñado, que es un alma de Dios, aunque no vista elegante, se lo dará. Y usted tan... agradecido.

FEDERICO.—No dudo de que posea usted el don de la profecía, señora. Lo que ha dicho podrá suceder... *(Para sí.)* Parece propiamente una bruja esta buena señora.

VIUDA DE CALVO.—Vamos, no se enfade porque le diga la buenaventura, señor de Viera; leo en su pensamiento. En este instante está usted diciendo para sí: "Parece una bruja esta buena señora."

FEDERICO.—¡Oh! No, no he pensado tal cosa. Usted habla como la experiencia, yo contesto como la terquedad y las preocupaciones. ¿Qué culpa tengo de no convencerme? Están mis ideas muy remachadas, y no hay quien me las arranque. No nos trasladamos al siglo que viene; estamos donde estamos, y en este momento yo no quiero ni oír hablar de la persona que me ha quitado el cariño de mi hermana, tomándose una mujer que no merece ni se merecerá nunca, aunque llegue a reunir los millones de Rothschild.

CLOTILDE.—*(Enojada.)* Pues sí que me merece. Vale más que yo, mucho más.

FEDERICO.—No disputemos sobre eso. Se puede discutir todo, menos sobre las simpatías y antipatías personales. Lo que pertenece al orden de los sentimientos, sea cariño, sea rencor, es sagrado. Dejémoslo como está.

VIUDA DE CALVO.—Es cierto. Los odios están erizados de picos, y por mucho que las palabras froten sobre ellos no los suavizarán. Las palabras son blandas, los odios son duros. Las asperezas de la vida, ayudadas del tiempo, sí que liman bien. Déjale, déjale. Si no quiere hacer las paces con tu futuro, que no las haga. Por de pronto, las ha hecho contigo, y esto ya es algo.

CLOTILDE.—¿Serás tan ingrato, tan duro, tan orgulloso, que no asistas a mi boda?

FEDERICO.—No asistiré. No puede uno

desmentirse a sí mismo en tan breve tiempo. Sostengo que no es decoroso para mí ni para él que yo asista.

VIUDA DE CALVO.—*(Irónicamente.)* Tiene razón. En ley de caballería no se olvidan de hecho las ofensas tan pronto como se dice. Que no se vean. Vale más que no se vean..., no vaya a resultar que se coman.

CLOTILDE.—*(Animosa.)* Pues yo digo que se han de ver. Que quieras que no, has de darle la mano...

FEDERICO.—*(Para sí.)* Me despediré... *(Saludando a la Viuda de Calvo.)* Señora mía...

CLOTILDE.—*(Cogiéndole de una mano.)* No, no te dejo ir. Un momentito... En seguida sale. Está en este gabinete con el señor de Orozco.

FEDERICO.—¡Con Tomás!

CLOTILDE.—¿A qué viene ese espanto? Con Orozco, sí, con tu amigo, un señor muy bueno, que nos protege, y no nos abandonará nunca.

FEDERICO.—*(Desasosegado.)* Adiós.

CLOTILDE.—*(Tirándole del brazo.)* Que no te vas, digo.

VIUDA DE CALVO.—Más vale que le dejes. Le molesta sin duda ver a los que le dan una leccioncita de tolerancia.

FEDERICO.—Es la verdad, y como me molesta, me voy.

ESCENA X

LOS MISMOS; OROZCO, SANTANITA, que sale por la derecha.

OROZCO.—¡Tanto bueno por aquí!

FEDERICO.—*(Cohibido.)* Lo bueno estaba antes de venir yo: lo bueno eres tú.

OROZCO.—*(Queriendo hacerse el insignificante.)* El amigo Santana y yo tratábamos de un asunto..., menudencias, nada en suma. Me gusta verte aquí. Eso me prueba que corren vientos conciliadores.

CLOTILDE.—Paces, don Tomás, paces tenemos. Pero la fiera no está aún domesticada, y es preciso pasarle la mano por el lomo un poquito más.

OROZCO.—*(Festivamente.)* Cese la ruin discordia. Que esto sea como el "tableau" con que acaban las comedias. Reconciliación, tolerancia, y lo pasado pasado. Haya aquello de "¡Hermano mío!", y abrácense todos y caiga el telón sobre un final de buenos propósitos.

FEDERICO.—*(Con escepticismo.)* Pues si en las comedias el telón volviera a levantarse, se vería que los buenos propósitos eran conversación.

CLOTILDE.—*(Aparte, a Federico.)* Da la mano a mi Luis. Mira, el pobrecillo está asustado y no se atreve a dirigirte la palabra. Háblale tú.

FEDERICO.—¿Que le hable yo?... ¡Tonta!

OROZCO.—*(Observando a Federico y a Santanita.)* ¿Qué pasa? ¡Ah! Que no se doblan esos rígidos caracteres. Uno y otro se encariñan con su agravio, y no quieren echarlo de sí. ¡Bonita cosa guardáis! Sois un par de majaderos. Sí, defended vuestros rencores como si fueran un hallazgo precioso que alguien os disputa.

VIUDA DE CALVO.—Señor de Orozco, usted, que es tan cristiano y posee como nadie el arte de mover los corazones, ponga en paz a estos desdichados, pues de fijo a usted le harán más caso que a nosotras. Yo por vieja, con un pie en la sepultura, y ésta por niña, acabada de nacer, carecemos de autoridad.

OROZCO.—*(Con fingido egoísmo.)* Señora mía, nunca me ha gustado ser redentor de nadie, ni quiero meterme en libros de caballería. Además, conviene respetar las disensiones de familia, que en algo se fundan cuando existen. Cada uno tiene bastante con sus propios afanes. ¿A qué afanarse por el mal ajeno?

FEDERICO.—*(Para sí.)* ¡Hipócrita!

OROZCO.—Fijaos bien en este principio: lo que cada cual no haga por sí mismo no debe esperarlo de los demás. Conque, jóvenes inflexibles y caballerescos, si no simpatizáis, buen provecho os haga. No seré yo el que se desviva por zurciros las voluntades. Si esperáis a que yo os reconcilie, medrados estáis.

FEDERICO.—*(Para sí.)* ¡Farsante! *(Alto, a la Viuda de Calvo.)* ¿Lo ve usted?

VIUDA DE CALVO.—De los dichos a las acciones hay a veces mayor distancia que entre lo fingido y lo real.

CLOTILDE.—Pues yo insisto en que des la mano a Luis. ¿Te irás sin darme ese gusto?

FEDERICO.—*(Secamente.)* Todo lo que yo podía hacer por ti, ya lo he hecho.

OROZCO.—*(Burlándose.)* Eso es: carácter, firmeza, tesón. No se empeñe usted, Clotilde, en abatir esa fortaleza inex-

pugnable. Que no le da la mano, que no se la da...

SANTANITA.—*(Queriendo aparecer sereno.)* Pero es preciso hacer constar que yo no he deseado que me la dé. Conste eso.

OROZCO.—Sí, hombre, constará todo lo que usted quiera. Tratándose de tonterías por una y otra parte, hay aquí mucho que apuntar para enseñanza de las generaciones futuras.

SANTANITA.—Y conste también que nada absolutamente tenemos que agradecer Clotilde y yo a las personas que más debieran mirar por ella, ya que no por mí...

OROZCO.—Vamos, también eso constará si se empeñan en ello.

SANTANITA.—Y que toda nuestra gratitud, toda nuestra consideración y nuestro cariño son para usted, que se ha conducido con nosotros como un padre.

OROZCO.—*(Riendo.)* ¡Ave María Purísima! ¡Qué exageración, qué tontería, qué final de comedia cursi!

SANTANITA.—*(Con efusión.)* Y nosotros le reverenciamos como hijos amantes y sumisos, porque nos ha dado medios de vivir honradamente y de combatir la miseria. La felicidad que llevábamos como en germen en nosotros mismos usted nos la hace patente y efectiva.

OROZCO.—*(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¿Yo? Pues no me había enterado... ¡Qué manera de delirar!... No deis importancia a lo que no la tiene.

FEDERICO.—*(Para sí.)* ¡Hipócrita! Ya te cayó que hacer. ¿No querías ingratitud? Pues éstos con su gratitud impertinente te dan taza y media.

OROZCO.—*(Muy contrariado.)* No, no cantéis victoria, ni me atribuyáis vuestra felicidad. La plaza en casa de Trujillo, al mismo Trujillo la debéis..., casi, casi a disgusto mío, que la había pedido para otro.

VIUDA DE CALVO.—No le creáis, no le creáis. Su modestia es tal que no parece de este mundo.

OROZCO.—*(Ligeramente incómodo.)* Repito que no he sido yo..., vamos. ¿Cómo lo diré? *(A Santanita.)* Lo que hemos hablado hace un momento no lo considere usted como efectivo. Vaya, que el niño se entusiasma por adelantado. No es más que un proyecto, una hipótesis, que tampoco me pertenece. Sólo soy intermediario, y lo que vaya a poder de los hijos de Viera no saldrá seguramente de mi bolsillo.

VIUDA DE CALVO.—No le creáis..., que éste las gasta así. *(Con efusión.)* Si os ha prometido algo que aumente vuestro bienestar, creed que os lo dará, y no le hagáis maldito caso si os dice que no es él quien da. ¡Otro más marrullero no existe bajo el sol que alumbra tantas maravillas de Dios! Le conozco y a mí no me trastea. Os pondrá mala cara siempre que os encaje algún beneficio y procurará haceros creer que lo debéis a otro.

FEDERICO.—*(Para sí.)* Toma ingratitud.

OROZCO.—*(A la Viuda de Calvo.)* Señora, usted me está faltando.

VIUDA DE CALVO.—Sí, le falto a usted, me le subo a las barbas, no le permito echárselas de hombre malo y le arranco la careta. Conmigo *(Enarbolando el palo.)* no le valen a usted sus maquinaciones infernales.

CLOTILDE.—*(Colgándose de un brazo de Orozco.)* Es nuestro padre, nuestro verdadero padre, y le debemos gratitud eterna y un cariño sin fin.

OROZCO.—*(Sacudiéndose.)* Niña, por Dios, esto ya parece burla.

SANTANITA.—*(Intentando besar la mano a Orozco, el cual la retira.)* Nuestro padre será, aunque se enoje, y diga lo que dijere, como tal le tendremos.

OROZCO.—*(Sofocado.)* Basta, moscones, basta. Os juro que sois los mayores tontos que he visto en mi vida.

VIUDA DE CALVO.—Sí, adoradle, que bien se lo merece. No toméis en serio sus farándulas. Es el santo más pillo y más embustero que hay en la tierra.

OROZCO.—Me voy... No puedo resistir esto.

VIUDA DE CALVO.—Pues mal que le pese, le diremos que es un santo, y se lo haremos confesar... Duro con él: besadle las manos *(Clotilde y Santanita hacen esfuerzos por besarle las manos, pero él no se deja.)*, y si se resiste, le amarraremos, y con este palo... *(Renqueando hacia él con el bastón levantado.)* le convenceré de que es un farsante... y una mala persona..., así.., toma, toma. *(Le toca en los hombros suavemente con la punta del palo.)*

OROZCO.—*(Cogiendo del brazo a Federico.)* Vámonos de aquí. Parece que es-

tán todos locos en esta casa... ¡Almas de cántaro!...

VIUDA DE CALVO.—*(Corre tras ellos tambaleándose.)* Adiós, adiós.

ESCENA XI

Calle. OROZCO y FEDERICO.

OROZCO.—¿Has visto qué gente más fastidiosa?

FEDERICO.—Fastidiosos por agradecidos.

OROZCO.—Quita allá. No es para tanto. Cuando las acciones comunes se consideran actos dignos de alabanza es que el nivel moral desciende hasta lo increíble. Y ahora que estamos solos hablaremos. Tenía yo ganas de que echásemos un párrafo.

FEDERICO.—*(Sombrío.)* Y yo también.

OROZCO.—Por cierto que..., y perdona que me entremeta en tus asuntos..., creo debiste contemporizar con ese pobrecillo Luis, tu futuro cuñado. Ya no puedes impedir el parentesco. La sociedad sanciona los matrimonios desiguales en cuanto se convence de que no puede impedirlos. ¿Por qué has de ser tú menos que la colectividad?

FEDERICO.—*(Con ardor.)* ¿Otra vez el mismo asunto? Soy un anticuado, y no admito en la intimidad de mi familia a personas de esa clase, de esos hábitos y de esos procedimientos amorosos, los cuales acusan una extracción villana y grosera. Y no tengo más que decir.

OROZCO.—Bueno; no es preciso acalorarse. Hártate de aborrecer..., saborea las hieles del alma. Hay personas a quienes gusta el dolor propio con tal de producir el ajeno. No te arriendo la ganancia. Has hablado de extracción villana, tontería impropia de ti.

FEDERICO.—Pues que lo sea; mejor. Tontería constitutiva, contra la cual no puedo nada, como nada podemos contra nuestro temperamento.

OROZCO.—No insisto en ello. Entiéndete con tus errores. Te estás labrando tu infelicidad.

FEDERICO.—¿Y qué?

OROZCO.—No conceptúo la infelicidad terrestre como un mal absoluto; pero debemos evitarla.

FEDERICO.—*(Muy displicente.)* Pues a mí se me antoja no luchar contra ella. ¿Qué quieres? Será porque me he convencido de que me ha de vencer.

OROZCO.—Pesimista estás. La vida es un beneficio y no una carga.

FEDERICO.—Para mí no vale esa regla..., ni otras.

OROZCO.—Porque no quieres hacerla valer... Pero, en fin, no divaguemos, y vamos a lo concreto. ¿Adivinas el asunto de que quiero hablarte?

FEDERICO.—*(Para sí.)* ¡Dios mío, ahora es ella! *(Alto.)* Sí, me lo figuro.

OROZCO.—Augusta se encargó de tantear el terreno. Yo no quise hacerlo. Me asustaban esos relinchos que da tu falsa dignidad salvaje, y recalco la figura, porque verdaderamente es como un caballo sin desbravar... Adelante: mi mujer me ha dicho que no aceptas.

FEDERICO.—Es cierto.

OROZCO.—Dame una razón.

FEDERICO.—*(Después de vacilar.)* Porque no puedo, porque es absolutamente imposible que acepte.

OROZCO.—Pero eso no es razón... Dame una, siquiera sea del tamaño de una lenteja.

FEDERICO.—Las tengo del tamaño de calabazas.

OROZCO.—Pues vengan. Porque no comprendo yo delicadezas extremadas hasta la sinrazón. Eso ya es ingratitud y orgullo satánico.

FEDERICO.—¡Orgullo satánico! Es que yo sostengo que Lucifer no fué malo al rebelarse...; era un ángel muy delicado.

OROZCO.—Pase como chascarrillo. Trataremos la cuestión formalmente. ¿Qué agravio recibe tu decoro con adoptar una manera de vivir que te libre de amarguras y te asegure la paz moral para toda la vida? Empieza por considerar que lo que se te ofrece no es mío; es de tu padre.

FEDERICO.—Imposible considerarlo así. Las cosas son lo que son.

OROZCO.—Bueno, pues sea de quien sea, explícame por qué te humillan los favores de un amigo.

FEDERICO.—*(Turbado.)* No es que me humillen: es que... *(Para sí.)* Este hombre me está asesinando.

OROZCO.—¿Qué orgullo es ése? ¡Qué casta de dignidad tan incomprensible! ¿Te rebaja el beneficio otorgado por un amigo, por un compañero de la infancia, y no te envilecen otras cosas? ¿Cómo entiendes tú el honor? Tus arbi-

trios angustiosos y degradantes de buscarte la vida no te sonrojan, y te sonroja lo que te propongo.

FEDERICO. — Es que mis arbitrios degradantes son hábitos, y ya no puedo vivir sin ellos. Tomás, Tomás, me duele mucho decírtelo; pero te lo diré. Soy vicioso. La idea de una vida sosa y correcta, con el bienestar acompasado de un modesto rentista, me horroriza. No quiero esa vida, no la quiero. El veneno se ha adaptado a mi naturaleza, y no puedo existir sin él.

OROZCO.—Palabrería ingeniosa. Tú no sientes lo que dices. Me engañas, y yo, al menos, merezco de ti la sinceridad ¿Cómo pretendes hacerme creer a mí que prefieres esa vida de sobresaltos a...?

FEDERICO. — *(Interrumpiéndole.)* Créelo, sí. Me carga la tranquilidad. No sé cómo explicártelo. Los conflictos diarios, las angustias, el no respirar, el no vivir, la excitante lucha, me producen placer insano. ¿No lo comprendes? Soy como el borracho incorregible, que se siente envenenado por el alcohol, y lo apetece con todas las energías de su naturaleza. Yo apetezco el mal, el picor terrible de las dificultades pecuniarias, las emociones del azar, con sus desmayos hondos y sus alegrías delirantes.

OROZCO.—Nada de eso pertenece a la realidad. O es desvarío de enfermo o una manera hábil de argumentar. Otras razones te mueven a despreciar lo que te ofrezco. Dímelas, y quizá me sea fácil rebatirlas. Imposible que dejes de comprender las ventajas de la vida decente y sosegada. ¿Sabes cuál es mi aspiración y la de Augusta, que en esto, como en todo, está de acuerdo conmigo? Pues que te entiendas con tus hermanos y viváis juntos. Por eso te escribió mi mujer suplicándote que visitaras a Clotilde. Accediste, y pensamos que tu aquiescencia en este punto era señal de ceder también en el otro. Te propusimos el vivir con tu familia, calculando que de este modo os luciría más el pequeño capital que debéis a las travesuras de Joaquín. Porque a él, fíjate bien, a él, en primer término, debéis agradecerlo más que a mí.

FEDERICO.—¡No nombres a mi padre, por Dios! ¿Qué tiene él que ver con esto?

OROZCO.—Sí, porque él, inconscientemente, nos ha proporcionado los medios para esta combinación feliz.

FEDERICO. — *(Espontáneamente.)* Tuya, tuya, y sólo tuya es esta idea, que tiene una cara divina y un reverso diabólico. Todo lo hermoso de ella te pertenece; bien lo sé. Conmigo no te valen tus farsas de modestia; conmigo no te sirve el desprenderte de tu corona sublime. Te conozco y sé apreciarte en lo que vales. Desgracia mía es no poder corresponder a tanta..., no sé cómo llamarlo; Tomás, despréciame, no hagas caso de mí. Yo no merezco ni que me mires siquiera.

OROZCO.—No te escapes por ese registro de los elogios para aturdirme y apartar la cuestión de sus verdaderos términos. Por reducirte y ablandarte, soy capaz hasta de transigir con lo que más detesto, que es la vanidad, y llenarme de ella y atribuirme virtudes y méritos con tal que accedas a nuestra pretensión... ¿Te conviene este trato? Dime que aceptas, y yo diré que soy tu protector si así te acomoda. Por el contrario, ¿te molesta mi protección? ¿Tu orgullo se subleva contra lo que crees humillante? Pues me anularé. Nada habrá en mí que te recuerde la situación de favorecido. Es más: si quieres mostrarte ingrato conmigo, mejor, tanto mejor. Si te da por mostrarte olvidadizo, no creas que eso me incomoda; al contrario...

FEDERICO. — *(Con viva emoción.)* Tomás, si te digo que te tengo por sobrenatural, no expreso todo lo que siento. Cállate y déjame; no puedo oírte...

OROZCO.—*(Deteniéndose en un portal.)* Piensa en lo que te he dicho. Yo me quedo aquí.

FEDERICO.—*(Deseando escapar.)* Pues adiós... Sí, pensaré...

OROZCO.—Adiós. *(Entra en una casa. Federico sigue.)*

ESCENA XII

FEDERICO, solo, vagando por las calles en estado de vivísima agitación.

FEDERICO.—¡Ay, qué descanso!... ¡Libre de ese hombre! Huiré y me esconderé donde no pueda oír su voz, donde su mirada noble y profunda no me anonade. Imposible vivir así... Si otra vez me habla, mi sinceridad se desbordará

y le diré la verdadera causa de mi... ¡Enorme y absurda pretensión que yo acepte tal cosa! Me moriré cien veces antes. *(Reflexionando.)* Pero ¿a qué revelarle yo los motivos de mi rebeldía, si el ha de saberlos pronto? Yo confiaba, ¡menguado de mí!, en que este secreto no se descubriría fácilmente, y ahora resulta que no tardarán en conocerlo todos nuestros amigos, medio Madrid y él... Pero ¡qué hombre, santo Dios! ¿Por qué le hiciste de tan rara perfección, para ponérmele delante en la más crítica hora de mi vida? ¿Por qué no es un malvado, un egoísta sin entrañas, un envidioso, un falso al menos, siquiera un hombre vulgar, de estos que se encuentran a centenares, a millares más bien?... No, no iré esta noche a ninguna parte donde pueda verle. No comeré en su casa. Me acosa su presencia; su voz me persigue; me espanta la idea de que si hoy consigo evitarle, no lo conseguiré mañana. ¡Tal suplicio un día y otro, y al fin...! Porque lo ha de saber. *(Inquietísimo.)* ¿No valdría más que yo se lo dijera? "Amigo mío, estoy imposibilitado para aceptar tus beneficios, porque te he robado a tu mujer." ¡Qué locura! Esto sería denunciarla cobardemente. Vale más esperar a pie firme a que algún malicioso le revele la terrible y afrentosa verdad. Sucederá entonces lo que es de rúbrica: el hombre ofendido me exigirá reparación; se la daré con la estúpida forma del duelo, y... ¡Cuán grotesca es la sociedad! ¡Debiéramos todos pintarnos la cara con albayalde, como los "clowns", o colgarnos cascabeles de las orejas, como los antiguos bufones, pues somos unos grandes mamarrachos!... *(Fijándose en un transeúnte que pasa.)* Es Villalonga. Me meteré en este portal para que no me vea. Quiero estar solo. No me agrada más conversación que la mía, y sólo estoy a gusto conmigo, como con un ser amado que se despide... Porque yo me marcho; yo no puedo vivir así. La vida, tal como la voy arrastrando ahora, es imposible. Recibir mi salvación del hombre a quien he ultrajado, imposible también. ¡Oh, quién fuera uno de estos de conciencia ancha, que sólo miran su provecho! ¿Por qué hay en mi alma esta antipatía contra la protección y esta invencible repugnancia de la generosidad ajena? Ciertos agradecimientos le sumergen a uno en la inferioridad servil, y le subordinan y le rebajan. No sé por qué, me inclino a detestar a los que quieren ampararme. *(Reparando en alguna persona.)* ¿No es aquel Infantillo? Aquí me escondo. No quiero ver a nadie. La voz de un amigo me molesta, como si todo el que a mí se acerca viniera con intenciones de protegerme. Es Infante, sí. Y entra en el Casino. Yo pensaba comer hoy allí; pero comeré en otra parte. ¿En dónde? Lo mismo da. ¡Lo que puede la rutina de sentarse a la mesa a determinada hora! ¡Si no tengo apetito!... ¡Si hasta me repugna la idea de alimentarme!... *(Aturdido.)* Iré a casa, y Claudia me dará algo de lo que ellas tienen para sí. Ahora me entran ganas... Vamos, comería yo esta noche una cosa muy salada, muy salada...; no sé qué..., y muy agria, muy agria..., y después tomaría café bien cargadito... *(Entrando en un coche: al cochero.)* Lope de Vega, cincuenta y siete triplicado.

ESCENA XIII

Salones en casa de San Salomó. FEDERICO; después, la SOMBRA DE OROZCO.

FEDERICO.—*(Entrando.)* Aquí me refugio esta noche. No sé adónde ir. En esta casa no es probable que encuentre al santo cuya sublimidad pesa sobre mí como un peñasco que se me ha puesto sobre los hombros. Casi nunca viene aquí... No sé qué hay en mi cabeza esta noche; no puedo precisar bien lo que veo, ni estoy seguro de reconocer a las personas que a mi lado pasan. ¿No es aquél Monte Cármenes? Creo que sí; pero no lo juraría. Y aquélla, ¿no es Victoria Trujillo? Tampoco puedo responder de que sea. ¿He saludado a alguien al entrar? No lo aseguro. Me parece que sí; me parece que no. Daré una vuelta por los salones. ¡Cuánta gente! Nadie me mira. ¡Qué placer no ser advertido! Me apartaré a un sitio solitario, y me distraeré viendo caras de personas a quienes no se les ha ocurrido protegerme... ¡Oh, maldito de mí! *(Con súbito terror.)* ¿No es aquél Orozco? Y me ha visto. Desde lejos me descubre, y me clava sus ojos, que despiden lumbre. Viene hacia mí. Ya no me escapo. Que me coge, que me coge. *(La Sombra de Orozco, con per-*

fccta apariencia humana y vestida de etiqueta, avanza hacia Federico, y le coge del brazo.)

FEDERICO.—Ya, ya te veo...

SOMBRA.—Parece que huyes de mí.

FEDERICO.—¿Yo? No lo creas. Tanto gusto en verte. Siempre mucho gusto en verte, muchísimo.

SOMBRA.—Apártate aquí; charlaremos. *(Le lleva a un gabinete próximo.)*

FEDERICO.—*(Irónicamente.)* Es lo que deseo, charlar contigo, para que me ilumines. Eres el alma más grande que conozco.

SOMBRA.—¿Has reflexionado en lo que te dije?

FEDERICO.—¡Ya lo creo! Desde que nos vimos esta tarde no ha hecho tu amigo otra cosa que reflexionar. Como que con tantas reflexiones no he tenido tiempo de comer. No ha entrado en mi cuerpo esta noche más que un puñado de sal, una taza de café, y después dos copas de coñac, digo, tres.

SOMBRA.—La sal aviva las ideas, y el café las ennoblece.

FEDERICO.—Pues sí, he reflexionado, y... me confirmo en lo que hace poco te dije. No hay arreglo: déjame en la indigencia y en la degradación. El bienestar me rebajaría a mis propios ojos; necesito privaciones y padecimientos para regenerarme. Además, temo mucho que la flor de la gratitud no quiera nacer en mi huerto, y que al encontrarme favorecido no pueda amar a mi favorecedor. Vale más que busque en la penuria y en el sufrimiento los estímulos que mi alma necesita para purificarse. Quiero ser pobre, Tomás, pobre. Dirás tú: "¡Qué gusto tan raro!", y yo respondo que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Añadiré una idea que quizá te sorprenda. Aunque nos hemos tratado desde la infancia, apenas me conoces, y bajo estas apariencias insustanciales escondo una austeridad de principios que a mí mismo me asusta cuando atentamente la considero. ¡No faltaría más sino que pretendieras tú monopolizar la práctica de una moral rígida!

SOMBRA.—*(Con benevolencia.)* ¿Yo? ¿Qué había yo de monopolizar nada, hombre? Tranquilízate, y ten toda la rigidez de principios que gustes, sin temor a mi competencia. Esto me parece muy bien, pero muy bien. *(Dándole palmadas en el hombro.)* Pero si me lo permites, he de rogarte me digas qué principios, d' esos tan severos que tú profesas, son los que te impiden entenderte conmigo.

FEDERICO.—*(Lleno de confusión.)* Es que con mis principios, y como complemento de ellos, se enlaza un desprecio absoluto de los bienes materiales.

SOMBRA.—*(Sonriendo.)* Vocación de penitente y de anacoreta.

FEDERICO.—Tampoco es eso. Me parece que no estás tú hoy tan lúcido como otras veces. Si acertaré a explicarme. Profeso la teoría de que si somos siempre y en todo caso autores de nuestro propio mal, también debemos ser autores de nuestro bien, y debérnoslo todo a nosotros mismos.

SOMBRA.—*(Con acento ligeramente burlón.)* ¿Piensas trabajar?

FEDERICO.—¿Por qué no? ¿Me crees incapacitado para el trabajo?

SOMBRA.—No, por cierto. Pero no acabo de comprender tus principios. Seamos formales, y hablemos con absoluta sinceridad.

FEDERICO.—*(Palideciendo y temblando.)* Eso es... Sinceridad es lo que nos hace falta.

SOMBRA.—Me vas a explicar un enigma que observo en ti. ¿Cómo es que la aceptación de un favor mío subleva tus austeros principios y no los contraría tu trato infame con persona de tan bajo nivel moral como la "Peri"?

FEDERICO.—*(Aterrado.)* ¡Yo! ¿Qué dices? ¿De dónde has sacado eso? ¿Por dónde lo sabes? Es absurdo y no tiene fundamento alguno.

SOMBRA.—De esa pájara aceptas tú auxilios que te envilecen tanto como a ella, pues ya sabes que Leonor, cuando estás ahogado y no halla modos hábiles de socorrerte, se va del seguro y hace trampas en el juego...; le sustrae a su marqués billetes, escamoteándole la cartera que lleva en el bolsillo..., y, por fin, imagina planes industriales asociada contigo, establecimientos de infame comercio, timbas a estilo de Montecarlo...

FEDERICO.—*(Dando diente con diente.)* Eso no es verdad. Lo dice, sí, lo dice, pero ten por cierto que no lo hace. Es que da bromas, como tú, fingiendo codicia y maldad. Te propones humillarme con esas historias, y no lo conseguirás. Que la "Peri" y yo nos auxiliemos recíprocamente, nada tiene que ver con mis principios. Tú, como la generalidad de las

personas, no ves más que la moralidad de relación. La absoluta, la moral fina, no la ves: eres muy miope. *(Con grandísima zozobra.)* Y otra cosa, Tomás: ¿qué idea te has formado de Leonor? La idea vulgar, la idea de los cortos de vista, que no ven más que el bulto de las cosas. La "Peri" es una señora..., para mí al menos... Y pongo mi cabeza a que no ha sido ella quien te ha contado eso. Es en este punto la discreción personificada. ¿Acaso lo has pensado, lo has discurrido tú, sin que te lo dijera nadie? *(La Sombra contesta afirmativamente con la cabeza.)* No, no has formado idea exacta de mis relaciones con Leonor... Sería preciso que yo te las explicase..., y lo haría si ahora mi cabeza no propendiese a embarullar las ideas. No lo veo claro yo tampoco, no lo veo muy claro; pero te diré que Leonor es mi amiga, la única persona en el mundo con quien tengo verdadera amistad, y esa confianza, Tomás, es flor humilde y casera, que no nace sino en el terreno de la comunidad de sentimientos. Entre Leonor y yo hay un lazo moral, que será, visto desd fuera, muy feo, pero que por dentro es de lo más puro, créelo, de lo más puro que puede existir. *(Inquietísimo, observando expresión de incredulidad y burla en el rostro de la Sombra.* Pero ¿no lo entiendes?

SOMBRA.—*(Festivamente.)* Eso no lo entiende nadie.

FEDERICO.—¡Nadie! ¿Y si yo te dijera que, existiendo entre los dos esa leal confianza, no tengo amores con ella? Los amores van por otro lado, ¡ay!, amores sin raíces, como los que contraemos con las mujeres de vida ligera, para distraernos y engañar las penas; amores de imaginación, que producen ratos deliciosos, pero que dejan el corazón vacío y el alma sedienta. Tampoco entiendes esto, ¿verdad?

SOMBRA.—Eso sí.

FEDERICO.—Te estoy contando lo que no debes saber; pero la culpa es tuya. ¿Para qué excitas mi sinceridad? Queda siempre en pie el misterio inexplicable para ti: ¿por qué no acepto tu donativo? Pues sencillamente porque no me da la gana. ¿Lo quieres más claro? *(Acalorado y descompuesto.)* Y si te empeñas en que riñamos, reñiremos. Por mí no ha de quedar. Prepárate y elige la forma de reñir que más te agrade y er que veas más probabilidad de vencerme. Porque tú debes triunfar y yo debo sucumbir.

SOMBRA.—*(Flemáticamente.)* No veo por qué razón ha de haber en esto vencedores ni vencidos. Tú eres dueño de tu voluntad y de tu porvenir. No me siento ofendido por tu afición a la pobreza ni por tus simpatías hacia la "Peri". Buen provecho te hagan.

FEDERICO.—Lo que yo sé es que así no puedo vivir.

SOMBRA.—*(Con afecto.)* Explícate mejor: no tengas para mí secretos.

FEDERICO.—*(Doloridamente.)* No te canses, Tomás. Yo no puedo declararme a ti. Pero lo que mi lengua no acierta a decirte, cien lenguas del mundo te lo dirían. Francamente, no me importa nada que me mates.

SOMBRA.—¿Matarte? Si tu vida es un suplicio, quitártela es hacerte un bien, y como tú no quieres aceptar de mí favor alguno, te dejaré vivo y pobre. *(Riendo.)* ¿No es ése tu gusto?

FEDERICO.—*(Aturdido.)* Sí, sí. Y ahora... te hablaré con franqueza. ¡Cuánto te agradecería que te marchases! Tu presencia me mortifica horriblemente, y si no he huido de ti es porque no puedo moverme. Yo no sé lo que tengo.

SOMBRA.—*(Levantándose.)* No deseo más que complacerte.

FEDERICO.—¿No te gusta a ti la ingratitud? Pues en mí tienes lo que más puede agradarte. ¿Estás contento de mí?

SOMBRA.—No, porque la ingratitud que a mí me entusiasma es la de los que reciben un beneficio mío, y tú lo rechazas.

FEDERICO.—Pues hazme el beneficio inmenso de no ocuparte de mí. No me mires, no me hables.

SOMBRA.—*(Sonriendo.)* ¡Ingrato! Si no deseo más que tu bien...

FEDERICO.—*(Suplicante.)* Por Cristo, olvídate de mí.

SOMBRA.—Yo te digo a ti que no me olvides. *(Con humorismo.)* Soy algo pesado, ¿verdad? Vaya, descansa de mí un momento... Pero nos veremos otra vez. *(Estrechándole la mano.)* Sabes cuánto se te estima... *(La Sombra se aleja. Federico sale del salón.)*

ESCENA XIV

Calle. FEDERICO, solo, andando muy aprisa.

FEDERICO. — ¡Cómo está mi cabeza! Pues ¿no me entra la duda más espantosa que jamás agitó mi espíritu? ¿He hablado yo con Orozco en casa de San Salomó, o es ficción o superchería de mi mente? No puedo asegurar nada. Yo le he visto, yo he hablado con él... La realidad del hecho en mí la siento; pero este fenómeno interno, ¿es lo que vulgarmente llamamos realidad? Lo que yo he dicho cien veces: no hay bastantes palabras para expresar las ideas, y deben inventarse muchas, pero muchas más. Que yo le vi y le hablé no es dudoso para mí, y me parece que le oigo todavía. Pero un sentimiento vago de las cosas exteriores me dice que aquel encuentro es obra de mis propias ideas... *(Escudriñando en su espíritu.)* Pero ¿es cierto que hablamos Orozco y yo en esa casa? ¿Estuve yo realmente en ella? Vamos a ver: concretemos. *(Parándose.)* ¿En dónde has estado desde las diez?... No acierto a precisarlo. Sea lo que quiera, realidad por realidad, lo mismo da una que otra... Despéjate, cabeza. ¿Adónde iré para calmar mi afán? ¿Cómo pasaré las horas de esta triste noche, que no se acaba nunca? Cien veces he mirado el reloj sin enterarme... Miréloslo con la atención debida: las once y media. ¡Temprano, siempre temprano! *(Vuelve a andar, presuroso.)* Necesito desahogar mi corazón, confiando mis inquietudes a alguien. Pero ¿a quién? Se las contaría yo a Leonorilla; pero no es hora de ir allá. De noche, no puedo, no sé ver en ella a mi amiga querida. A estas horas encontraré la casa toda llena de... hombres. ¡Desgracia inmensa para mí que la única persona a quien declararme puedo no me sirve para el caso sino cuando no parece lo que es!... ¿Iré a que me consuele la otra, Augusta? Tampoco es ocasión. Esta, por ser honrada de noche, aquélla por no serlo, ambas me cierran sus puertas en las horas de mayor soledad y tristeza. Además, Augusta es la persona a quien menos puedo confiarme, porque ella, ella me ha lanzado a esta lucha, a este vértigo... ¡Pobre mujer! Alucinada por el amor, has perdido de vista la ley de la dignidad, o, al menos, desconoces en absoluto la dignidad del varón. ¡Ay, tus palabras, tan gratas para mí en otro tiempo, ahora serán como instrumentos de suplicio! Me embriagarás con tus avasalladoras seducciones; disiparás durante un rato grande o chico las tinieblas de mi vida; pero no derramarás en mi corazón ese bálsamo de ternura y consuelo, que es la única medicina de este mal espantoso de la conciencia... ¡A estas horas, ya la malicia se cebará en la verdad descubierta por Malibrán, y mientras Orozco cree y dice que la "Peri" me ayuda a vivir, nuestros amigos dirán que Augusta me mantiene y me paga las trampas! Esto me subleva. *(Con desesperación.)* Romperé con ella; rechazaré las ofertas de Tomás, y después que me devoren la miseria y la usura... *(Pausa.)* ¿Iré a pedir consuelos a mi hermana? No, porque me encontraría con esa facha innoble, a quien detesto. Sólo de verle se me crispan las manos, y siento anhelos de destrozar a alguien. No; allá no iré por nada de este mundo. Ya no tengo hermana, ya no tengo familia; estoy solo, y la compañera que me hace falta, ni puede dármela la amistad ni dármela puede el amor... Vagaré por las calles hasta que sea hora de entrar en mi casa... Pero el tiempo no avanza. ¡Demonio, siempre las once y media! Me canso ya de este paseo febril. *(Detiénese indeciso y fatigado.)* ¿En dónde me metería yo para reposarme y distraerme un rato? No iré a ningún sitio donde pueda encontrarme con el santo, pues su sola presencia me causa las agonías de la muerte. ¡Ah, qué idea feliz! Me refugiaré en un teatro. ¿En cuál? En éste, que es del género picante. No me reiré, porque no puedo reírme; pero mis ideas se desviarán un rato de la fijeza congestiva que me atormenta. *(Párase a la puerta de un teatro, toma localidad y entra.)* Están en el entreacto; pero pronto empezará la función, que ojalá sea una pieza muy disparatada, muy absurda, muy cínica... *(Dirígese al pasillo de butacas.)*

ESCENA XV

Teatro. FEDERICO y OROZCO, que se le presenta de improviso al dar los primeros pasos en el patio. Un poco más lejos, el MARQUÉS DE CICERO y el CONDE DE MONTE CÁRMENES.

FEDERICO. —*(Para sí, estremeciéndose al verle.)* ¡Orozco! Esto parece cosa del infierno.

OROZCO.—Hola, somnámbulo... ¿Qué es eso? ¿Te asombras de verme aquí?

FEDERICO.—No esperaba...

OROZCO.—Ese chiflado *(Señalando a Monte Cármenes, que mira con gemelos hacia los palcos.)* se empeñó en que entráramos aquí. Y la verdad, nos hemos divertido. Me gusta mucho el género cómico, aun con toques tan chillones y picantes como los que aquí se usan. ¿Y tú...? Tienes mala cara, chico; estás pálido...

FEDERICO.—*(Trémulo.)* No me siento bien esta noche.

OROZCO.—¿Qué tienes?

FEDERICO.—Aquí en el corazón..., no sé qué. No es dolor, no es punzada. Es una extraña sensación, que al anochecer empezó a molestarme, y que se acentuó terriblemente al entrar aquí.

OROZCO.—¿Te duele?...

FEDERICO. — Exactamente, dolor, no, no... Es más bien un estímulo, como ganas instintivas de meter los dedos por aquí, aquí, no sé si en el corazón o un poco más abajo. Lo que más me mortifica es la idea..., sí, no te rías, la idea de que me aliviaré introduciendo los dedos hasta tocar la parte dolorida, mejor dicho, la parte afectada.

OROZCO.—*(Sonriendo.)* Te diré lo que se dice siempre en tales casos: eso es nervioso. Poco mal y bien quejado. Quizá falta de sueño, quizá un poco de dispepsia. Sanarás cuando tu ánimo se tranquilice. Federico, haz caso de mí, regulariza tu vida, para lo cual te basta dejarte querer, y verás como desaparece esa molestia, que no es más que una acción refleja, partiendo del cerebro. Corta de raíz tus malos hábitos, y verás qué bien te va.

FEDERICO.—*(Con tristeza.)* ¡Qué pronto se dice eso, Tomás!

OROZCO.—Tonto, tú no has pensado en ello, no te has hecho cargo todavía del bien que te espera... A nuestra edad, pasados los treinta y cinco, un vivir metódico y sin sobresaltos es el único vivir posible... Y no me vengas con que la ociosidad te aburrirá, y que necesitas un poco de movimiento. Yo te daré ocupación; yo me encargo de que no te aburras, y con algo que ganes y algo que recibirás de Joaquín (porque hemos convenido en que esto es de tu padre), vivirás como un príncipe. Tú créeme y déjate llevar. Confíate a mí; verás cómo te arreglo tu "aurea mediocritas". Luego la tranquilidad de la conciencia... ¿Sabes tú lo que eso vale?

FEDERICO.—*(Para sí, turbadísimo.)* Insisto en que éste que me habla no es el Orozco de carne y hueso. Hállome en el vórtice de una gran alucinación, y lo que veo y oigo es hechura de mi propia idea.

OROZCO.—Entrégate a mí sin temor, a mí, que te quiero de veras y miro por tu bien...

FEDERICO.—*(Para sí, trastornado.)* Basta. No puedo soportar esto. *(Alto.)* Adiós, Tomás; me siento mal y tengo que retirarme.

OROZCO.—Cuídate, métete en tu casa. ¡Detestable costumbre esta de hacer de la noche día! Yo, no creas, tampoco me siento bien. No sé qué me pasa. Pero con un par de días de campo me repondré.

FEDERICO.—¿Te vas a Las Charcas?

OROZCO.—Pasaré los dos días de fiesta.

FEDERICO.—¿Vas solo?

OROZCO.—Estoy reclutando gente. Nuestro buen Cicero, el moderno Nemrod, no puede ir. Hasta ahora, sólo cuento con Malibrán.

FEDERICO.—¡Ah! ¿Vas con Malibrán?...

OROZCO.—¿Quieres agregarte?

FEDERICO. — No, gracias. Abur, abur. *(Sale presuroso del teatro.)*

ESCENA XVI

Gabinete en casa de Federico. Es de noche. FEDERICO y BÁRBARA; después, la SOMBRA DE OROZCO.

FEDERICO.—*(Echado en el sofá, junto al velador, en el cual hay una lámpara.)* Gracias a Dios que me encuentro solo. ¿Qué mejor refugio que mi propia casa? Creí no poder llegar a ella; de tal modo se me trastornó la cabeza en aquella correría por las calles. El cansancio me

abruma; pero lo que es sueño, no siento maldito. Apetezco el dormir como el mayor bien imaginable; pero la manera de lograrlo es lo que no se me alcanza... Y sigue molestándome la sensacioncita en el corazón, aquí..., donde debe estar el vértice de esa condenada máquina. Aguantaremos... La cabeza es la que anda peor. ¡Cuidado que la alucinación de esta noche!... ¡Figurarme que vi a Orozco en el teatro, y que le hablé! ¡Si me parece que oyéndole estoy aún! Ha sido un fenómeno subjetivo, determinado por cierta idea diabólica que me escarba en la mente...: la idea de transigir, de dejarme querer... ¡Oh tentación insana! Degradarme, pero vivir... Porque... razón tiene Orozco, ¡qué bien estaría yo si...! ¡Idea maldita, que hace vacilar mi dignidad y trastorna mi conciencia! No, Tomás; no insistas, no me tientes. Si me estimas, como dices, no me envilezcas más de lo que ya lo estoy.

BÁRBARA.—*(Entrando de puntillas.)* ¿Se le ofrece algo? Claudia no puede levantarse: está con un dolor en la cadera. Me rogó que me quedase aquí esta noche, por si el señorito volvía malo.

FEDERICO.—Nada se me ofrece. Puedes acostarte.

BÁRBARA.—*(Para sí.)* Esa cabeza no anda bien. ¡Qué hombres éstos! Comidos de vicios, no se hartan nunca de gozar, y cuando no pueden tenerse, vienen a que una los cuide. Las de fuera para la diversión y el jaleíto, las de casa para atenderlos cuando están malos... *(Contemplándole.)* ¡Y qué guapín, qué simpático! Como todos los pillos.

FEDERICO.— ¿Qué haces ahí, fantochona?

BÁRBARA.—Ya me voy... Estaré con cuidado por si usted llama... *(Detiénese en la puerta, y desde ella le observa.)* ¡Qué desmejorado y alicaído!... Esas bribonas le consumen. Si las cogiera yo... Pero él es el primer causante de su malestar. ¡Ay, qué hombres éstos! Son como las veletas. Hoy apuntan para aquí, mañana para allá.*(La Sombra de Orozco aparece sentada frente a Federico. Este la contempla un rato sin pestañear. Después habla.)*

FEDERICO.—Dispensa, Tomás, no te había visto. Me adormecí un poco. ¡Cuánto te agradezco que vengas a visitarme! ¡Si vieras qué malo estoy!

SOMBRA.—No te acobardes. Mal de imaginación, desasosiego del espíritu y nada más. Tranquilízate, hazte dueño de tu voluntad, y te sentirás bien.

FEDERICO.—Lo que anda peor es la cabeza, que a veces se me trastorna de una manera... Figúrate que esta noche me aluciné hasta el punto de verte y hablar contigo en un teatro... Tan claras fueron las falsas percepciones de mis sentidos, que aún me cuesta trabajo diferenciarlas de las percepciones reales... He pensado en lo que hablamos en casa de San Salomó. No puede ser, Tomás, no puede ser. Te lo agradezco infinito.

SOMBRA.—¡Es lástima, porque estarías tan bien...!

FEDERICO.—*(Acometido de nerviosa risa.)* Como estar bien, ya lo creo. Si otra cosa he dicho..., no hagas caso...; charla, sofistería. ¡Ay, no sabes cuánto apetezco la tranquilidad, aunque mi vida resulte de las más modestas, trabajar algo, tener seguros el hoy y el mañana, y luego una familia en cuyo seno encontrar el amor y la paz!

SOMBRA.—Todo eso y mucho más podrás tener.

FEDERICO.—Pero ¿cómo pretendes tú que lo acepte de ti, habiéndote burlado como te burlé, habiendo pervertido a lo que más amas en el mundo, que es tu mujer?

SOMBRA.—*(Con frialdad suma, sin accionar.)* Empequeñeces el asunto subordinando su resolución a las fragilidades de una mujer. Elevémonos sobre las ideas comunes y secundarias. Vivamos en las ideas primordiales y en los grandes sentimientos de fraternidad; y cuando hayas acostumbrado tu espíritu a esta luz superior, comprenderás que el amor material queda en la categoría de instinto y es enteramente libre.

FEDERICO.—Por Dios, que te explicas bien, y me consuelas con tus explicaciones. Pero oye: ese disparate también se me había ocurrido a mí.

SOMBRA.—Has dicho que me habías ofendido quitándome "mi" mujer. ¿Qué quiere decir eso? Augusta no es mía. Considera que en esta esfera de las ideas puras adonde nos hemos subido los seres todos gozan de omnímoda libertad. Nadie es de nadie. La propiedad es un concepto que se refiere a las cosas; pero a nada más... Los términos "mío" y "tuyo" no rezan con las personas. Nadie pertenece a nadie, y Augusta, como todo

ser, dueña es de sí misma. *(Con ligera inflexión humorística en su acento.)* Hemos convenido tú y yo en que se quedaron allá abajo, en las capas donde el vulgo rastrea, todos esos convencionalismos pueriles, y los aparatos legales que arma la sociedad por el gusto ridículo de dificultarse su propia vida.

FEDERICO.—¡Ah Tomás, toda esa argumentación ya ha pasado por mi cerebro, que hierve! Tú me estás engañando; tú me estás echando cloroformo en la conciencia para luego arrancármela sin que yo lo note, y envilecerme. No, no me dejo adormecer por ti. Estoy bien despabilado.

BÁRBARA. — *(Observándole desde la puerta.)* ¡Pobrecito! ¡Qué agitación la suya! Parece que delira, y que sueña, pero con los ojos abiertos. Si se dejara arrullar por mí, yo le tranquilizaría.

SOMBRA. — *(Inclinándose hacia él en ademán cariñoso.)* No te engaño... Deseo tu bien, y que reformes tu vida. Te daré asimismo una ocupación para que no estés ocioso.

FEDERICO. — *(Riendo desentonadamente.)* Me darás un estanco, y tendré por colega al marido de Claudia.

SOMBRA.—*(Riendo también.)* No es eso. Badulaque, tú y yo podemos emprender un trajín común, que nos distraiga, y al mismo tiempo nos sostenga el espíritu a constante altura sobre las miserias humanas.

FEDERICO.—Nos haremos pastores, marchándonos a una región distante y sosegada, donde impere la verdad absoluta.

SOMBRA.—Eso es.

FEDERICO.—Y ¿dónde se toma billete para ese viaje? Porque yo estoy dispuesto a irme ahora mismo contigo.

SOMBRA.—*(Con acento revelador.)* Para trasladarse a esa región de paz y de justicia no se toma billete. Todos los humanos tenemos bajo el corazón, aquí, en semejante parte... *(Se toca el pecho en la parte inferior del costado izquierdo.)*

FEDERICO.—Sí..., justamente donde yo siento ese estímulo indefinible.

SOMBRA.—Pues ahí tenemos un lóbulo, una concreción... Tócate y verás. Es algo semejante al botón de un timbre eléctrico. Nada, te lo aprietas con un poco de coraje y te trasladas en un abrir y cerrar de ojos.

FEDERICO. — *(Riendo.)* ¿Me traslado... suavemente..., sin que me pase nada en el camino?

SOMBRA.—Sin sentirlo.

FEDERICO. — ¡Excelente idea! Porque aquí los dos vivimos deshonrados; yo por haber seducido a la que el mundo llama tu mujer, y tú por ser ley que se deshonre el que pierde a su compañera, aunque ella sola sea responsable de la falta. ¡Caramba! Se ven cosas en este mundo que si uno las contara en el otro no las creerían.

SOMBRA.—*(Con humorismo.)* Es cierto; tú y yo hemos perdido lo que aquí se llama el honor, una especie de cédula o cartilla, sin la cual no se puede vivir en estos barrios que alumbran el sol y la luna. Tontería insigne es la tal cédula; pero como la piden a cada paso que das, ello es que no teniéndola no podemos vivir. Debemos, pues, largarnos pronto. *(Se levanta.)*

FEDERICO.—Yo estoy listo. Ve tú por delante. *(Oprimiéndose el costado izquierdo.)* Tomás, Tomás, yo aprieto, yo oprimo el condenado botón, y no siento que me traslade a ninguna parte. Sigo aquí... Espera.

SOMBRA.—*(Dando vueltas por la habitación.)* No te apures. Lo mismo da hoy que mañana. Aprieta más fuerte; todo lo fuerte que puedas.

FEDERICO.—¿Te has ido tú? No te veo.

SOMBRA. — *(Desde muy lejos.)* Estoy aún aquí.

FEDERICO.—*(Removiéndose inquieto en el sofá.)* Tomás, cualquiera diría que deliramos tú y yo... Sea lo que quiera, conste que yo no acepto ni puedo aceptar tu donativo. Mi dignidad lo rechaza.

SOMBRA.—*(Volviendo hacia él, rápidamente.)* Imbécil, ya no evitas eso que los puritanos llamamos deshonra, pues todos nuestros amigos dicen que Augusta te paga las trampas y te da para tus gastos. Ya no te libras de esa opinión, ni adelantas nada con delicadezas de última hora. Tu ignominia no crece ni mengua porque aceptes o dejes de aceptar.

FEDERICO.—*(Llevándose las manos a la cabeza.)* No me lo digas, que me vuelves loco de pena.

SOMBRA. — *(Remedando su movimiento.)* ¡Pobre hombre! Vives de ideas circunstanciales y de artificios jurídicos.

FEDERICO.—Siento una ansiedad que me anonada. Yo quiero morirme. Espérate. Pero ¡si por más que oprimo el

botón y me introduzco los dedos hasta el alma no puedo dar el salto! Aguárdate; no me dejes en esta soledad.

SOMBRA.—*(Con naturalidad.)* Pero qué, ¿crees tú que yo no tengo nada que hacer? Mi mujer me aguarda.

FEDERICO.—*(Burlándose.)* ¡Tu mujer! Pero si tú apenas haces vida marital con ella. Lo sé, tonto, lo sé... Tu perfección moral te ha elevado sobre las miserias del mundo fisiológico. ¡Mérito grande! Pero Augusta no entiende de esas perfecciones; me lo ha dicho. Es humana, y no le hace maldita gracia parecerse a los serafines.

SOMBRA.—¡Simple, confundes a Augusta con la "Peri".

FEDERICO.—Yo no tengo líos con la "Peri", fuera del trato de amistad y de las relaciones económicas. Leonor para mí rivaliza en pureza con los arcángeles.

SOMBRA.—*(Gravemente.)* Cuestión de apreciación. Todas son ángeles cuando no están en contacto con nosotros, que las humanizamos y las corrompemos... Y no me detengas más. Abur.

FEDERICO.—No te vayas. Tu compañía, que antes me era tan desagradable, ahora me gusta.

SOMBRA.—No puedo entretenerme. ¿No ves que viene el día? Me voy con la noche. *(Desaparece.)*

FEDERICO.—*(Fijándose en la claridad que entra por el balcón.)* Pues es verdad. ¡Amanece, y yo sin acostarme! ¡Oh, qué luz tan viva! ¡Si yo dormir pudiera!... Tomás, Tomás, ¿tú no duermes? *(Cierra los ojos apretando los párpados.)*

BÁRBARA.—*(Arropándole.)* ¡Pobrecito! Le atormenta su propio pensar. ¡Cómo castañetea los dientes!... ¡Ay, bueno le han puesto esas bribonas! Todo por la manía de que hay clases, pues si se persuadiera de que se acabaron las tales clases y de que todas somos lo mismo, se arreglaría de otra manera. Señorito, ¿quiere una taza de té?... Nada, no responde. Inmóvil y frío. Le daré friegas... *(Se las da.)* ¡Señorito!

FEDERICO.—¡Ay! Me lastimas. ¿Se fué Tomás?... No le vi salir. *(Abriendo los ojos y mirándola estupefacto.)* ¡Ah! Bárbara. Eres un ángel..., digo, precisamente un ángel, no, pero...

BÁRBARA.—*(Para sí.)* ¡Qué simpático, qué mono!

FEDERICO.—Pero sí una hembra mestiza; hermosa y espiritual mula, nacida de la yegua humana y del asno divino. Dime: ¿quién me salvará a mí? ¿Dónde encontraré yo la compañera de mi vida, la que reúna en un solo sentimiento el amor y la confianza, la ilusión y la amistad?

BÁRBARA.—Pues eso..., en cualquiera de las que pertenecen al bello sexo lo podría encontrar. ¡Somos tantas...! ¡Pero olvide sus preocupaciones y tire el orgullo por la ventana. ¿Quiere que le acueste?

FEDERICO.—Sí..., sálvame tú..., líbrame de esta opresión. Quiero decir que me desabroches el chaleco y me quites las botas. *(Bárbara le sirve de ayuda de cámara.)*

JORNADA QUINTA

ESCENA PRIMERA

La misma decoración de la escena octava de la segunda jornada. En el gabinete de la izquierda, mesa puesta con dos cubiertos. Anochece. Luz artificial. FEDERICO, que entra cabizbajo y sombrío; FELIPA, tras él, esperando órdenes.

FELIPA.—*(Para sí.)* ¡Virgen de Atocha, qué cara se trae hoy este señorito! Ni un rey en capilla la tiene peor. ¿Qué mosca le habrá picado?... ¡Ya; que apuntó mal anoche, y como las cartas no tienen entrañas...! Lástima de hombre, entregado a un vicio tan feo!...

FEDERICO.—*(Para sí.)* Vengo prevenido. Si ese trasto nos acecha esta noche a la salida, le dejo seco. *(Alto.)* Dime, Felipa...

FELIPA.—Señorito.

FEDERICO.—¿Has notado tú que, por la tarde o al anochecer, mientras estamos aquí la señorita y yo, ronde la casa alguna persona sospechosa, quiero decir, algún quídam que curiosee o esté a la mira de quién entra y sale?

FELIPA.—¡Ah! No, señor, no he visto nada; ni creo que...

FEDERICO.—¿Ni te ha dicho nada la portera? Yo me figuro que el que fisgonea vendrá muy embozadito, y se situará en la esquina o junto a la valla de la casa en construcción.

FELIPA.—Por esta calle, que no es más que un deseo de calle, no pasa alma viviente, como no sean los tíos que viven en los muladares, y ésos..., ¡pobrecitos!, ya quisieran ellos embozarse, y lo harían si tuvieran en qué.

FEDERICO.—Con todo, conviene estar alerta. Mira, esta noche, luego que venga la señorita, sales y, con disimulo, te fijas en toda persona que veas, sobre todo si esa persona se para en la esquina o en el portal próximo. Procura observarle la cara y me avisas. Verás qué pronto lo despacho yo.

FELIPA.—Saldré por precisión, pues faltan algunas cosas todavía. La señorita dispuso que cenaran ustedes aquí.

FEDERICO.—¡Ah! Sí, no me acordaba.

FELIPA.—He traído algo de casa Lhardy, y lo demás lo hemos arreglado entre mi hermana y yo. La mesa está puesta en el gabinete. Allí tiene usted la chimenea encendida. *(Vase.)*

FEDERICO.—*(Para sí, distraído.)* Como yo descubra que nos vigilan, quienquiera que sea no quedará con ganas de vigilancia. *(Pasa al gabinete. Saca del bolsillo del gabán un revólver, y lo oculta detrás del reloj de la chimenea. Se quita el sombrero.)* No tardará... Cogería yo a ese Malibrán y le ahogaría, así..., como a un pájaro. *(Apretando los puños.)* No nos hagamos ilusiones. Orozco no puede ignorar mucho tiempo su afrenta... Quizá la sepa ya, ¡y ella impávida!... Me parece que ya está ahí. *(Entra Augusta y se abrazan.)*

ESCENA II

FEDERICO y AUGUSTA.

AUGUSTA.—Perdis mío del alma... ¡Qué carita tienes tan, tan..., no sé cómo! ¿Has dormido mal esta noche? ¿Por qué no fuiste a comer a casa? ¡Qué sola estuve y qué triste! Pero ya tocan a olvidar penas pasadas. ¡Qué consuelo verte!... ¡Ah!... ¿Sabes?... No sé por dónde empezar... Tantas cosas tengo que decirte, que las palabras se me enredan en la lengua. Lo primero, sabrás que Tomás fué a Las Charcas.

FEDERICO.—¿Solo?

AUGUSTA.—Con Malibrán.

FEDERICO.—¡Y tú tan tranquila!

AUGUSTA.—¡Oh! No, no estoy tranquila, ni mucho menos. ¿Crees tú que...? ¡Ay! Por tu vida, no me asustes. Esta noche quiero ser feliz o hacerme la ilusión de que lo soy. La dicha pasa tan pronto, que debemos andar muy listos y cogerla y gozarla antes que vengan las complicaciones. Y aún espero yo que las venceremos. ¿No lo crees tú así? Dime que las venceremos, confórtame, anímame.

FEDERICO.—*(Sombrío.)* Ten por seguro que nuestro secreto no puede defenderse ya.

AUGUSTA.—¡Ay, qué pesimista! Yo rabiando por hacer aquí un paréntesis, un refugio, un mundo aparte, y tú empeñado en traer a este rinconcito los afanes de allá. Aislémonos, cortemos la comunicación con el mundo, querido.

FEDERICO.—No es posible cortar la comunicación cuando nos amenazan graves sucesos.

AUGUSTA.—¡Ay, qué miedo! Bueno, hijo mío, si quieres que llore, lloraré; ¡yo que venía dispuesta a reírme y hacerte reír! Y no creas, traigo muy pensados mis argumentos. Hoy me propongo convencerte, y para ello no habrá monería que yo no emplee.

FEDERICO.—*(Tedioso.)* Convencerme... ¿De qué?

AUGUSTA.—De que debes someterte a mi voluntad, grandísimo pillo. *(Acariciándole.)* ¿Qué tienes tú que hacer más que vivir exclusivamente para mí? Yo soy para ti el mundo entero, y agradarme y tenerme contenta es tu único fin. Si me dices que no, te arranco todo el pelo y te dejo más calvo que la ocasión... pintada.

FEDERICO.—*(Abatido.)* Palabras muy bonitas, pero inoportunas. Tú no te has hecho cargo del peligro que nos acecha. Mi opinión es que tu marido sabe ya esto. El viaje a Las Charcas es capcioso, una ausencia figurada para sorprendernos aquí.

AUGUSTA.—*(Ocultando la cara en el pecho de su amigo.)* ¡Oh, qué espanto! De sólo pensarlo parecéme que pierdo el sentido... *(Rehaciéndose.)* Pero no puede

ser. No me metas miedo. ¡Cuánto me haces sufrir! No nos sorprenderá.

FEDERICO.—Por mí no me importa. Estoy dispuesto a todo. A quienquiera que entre por esa puerta le suelto seis tiros.

AUGUSTA.—*(Temblando.)* ¡Ay, qué horror! Por la Virgen Santísima, no hables de tiros ni de que aquí va a entrar alma viviente. Tú estás alucinado, nervioso. Sueñas con peligros que no existen y ves fantasmas en tus propios dedos. ¿Qué te pasa?

FEDERICO. — *(Levantándose como con necesidad de expansión.)* ¡Ay, Augusta! Yo no puedo vivir así; yo tengo sobre mi alma un peso insoportable. Déjame explayarme contigo y no te asustes si digo algún despropósito..., algo que no ha de serte grato. Se ha complicado esto de tal modo, que es preciso echar una víctima al monstruo, al problema, y la víctima, o mucho me engaño, o seré yo.

AUGUSTA.—¡Por Dios, querido mío, no hables de víctimas! Es hasta de mal gusto... En todo caso, la víctima sería yo, como la más culpable; tú eres hombre, eres libre. Yo soy mujer casada y falto a mis deberes.

FEDERICO.—Tú, no. Por alborotada que esté tu conciencia, no hay en ella las luchas que agitan la mía. Yo no puedo acabar en bien. Lo menos malo que me podrá pasar es que perezca. Por desgracia mía, quizá la víctima que presiento será Tomás. *(Con desvarío.)* Porque, tenlo por cierto, si me insulta, cree que le mato. El derecho suyo a injuriarme y la justicia con que lo haría, si lo hiciera, me son insoportables.

AUGUSTA.—*(Horrorizada.)* ¡No hables así, por Cristo! Me pones enferma. Pero ¿qué ideas traes hoy, querido mío?

FEDERICO.—Tú contéstame a lo que te pregunto. Si yo matara a tu marido, bien en duelo, bien en defensa propia, ¿qué harías?

AUGUSTA.—*(Cubriéndose el rostro con las manos.)* Cállate, que me vuelves loca. ¿Y si te matase a ti? Esa es otra. ¡Jesús de mi vida! No quiero pensarlo. ¡Pesadilla horrenda!

FEDERICO.—¿Y si te matara a ti? Según la justicia vulgar, eso sería lo más derecho.

AUGUSTA. — *(Con aflicción.)* ¿A mí? ¿Por qué? ¿Porque te quiero? ¡Oh! No..., no es motivo suficiente. La idea de morir me horroriza. El sentimiento místico no cabe en mí. Quiero vivir, ¡ay!, y gozar de la vida que Dios me dió. Me son antipáticas las ideas trágicas y las emociones lúgubres; las proscribo de mi cerebro y de mi corazón como algo que no es de buen tono. Cállate, si quieres que yo no me arrepienta de haber venido a pasar este rato contigo.

FEDERICO. — *(Caviloso, con idea fija.)* Pues de los tres, tenlo por seguro, alguno, alguno ha de caer.

AUGUSTA. — *(Envalentonándose.)* Por Dios, basta ya de cosas lúgubres. Yo quiero vivir y que vivan todos: que viva él, tan bueno, tan humano; que vivas tu, perdulario mío, porque te quiero y me haces falta. Tu existencia me es tan necesaria como la mía propia. Que viva yo; también soy de Dios, y aunque mala, no me resigno a morirme... ¡Ay, la vida me gusta!

FEDERICO. — *(Con gran desaliento.)* También a mí me gustaba cuando te enamoré y me correspondiste. Pero ya me pesa, me hastía... ¿No lo comprendes? ¿Te parece un vislumbre de romanticismo trasnochado? Esto de que el vivir le cargue a uno se ha hecho algo cursi; mas no deja de ser verdad en ciertos casos. Figúrate tú: cuando las dificultades de la vida se complican de modo que no ves solución por ninguna parte; cuando, por más que te devanes los sesos, no encuentras sino negaciones; cuando nada se afirma en tu alma; cuando las ideas que has venerado siempre se vuelven contra ti, la existencia es un cerco que te oprime y te ahoga.

AUGUSTA.—Alma mía, estás trastornado de tanto cavilar en pamplinas. ¿Has pasado malas noches? ¿Estás enfermo? Cuéntame. Descansa en mí. Reposa tu cabecita sobre mi hombro y échame para acá, una por una, esas terribles penas. Verás cómo resulta que todas ellas son unas grandes necedades. ¿Tienes o no confianza con tu dama?

FEDERICO.—*(Para sí.)* Si le digo que no, me comprenderá menos. Más vale callar. *(Recuesta la cabeza sobre el hombro de su amada y cierra los ojos.)*

AUGUSTA.—Serénate. Yo te refrescaré las ideas, que están irritadas y ardientes de tantas vueltas como les has dado en el cerebro. No hay cosa peor que no tener un amigo a quien contarle todo lo que nos pasa. Tú te empeñas en ser reservadito con tu dama, y ahí tienes, ahí

tienes el resultado. *(Pausa.)* ¿Por qué callas? ¿Misterios tenemos, y conmigo? No salgas ahora con la evasiva de que estás así por el asunto de tu hermana. No es para tanto.

FEDERICO.—Mucha parte tiene en mi abatimiento.

AUGUSTA. — ¡Oh, no! Hay algo más. Un pajarito que a mí me lo cuenta todo me lo ha dicho así.

FEDERICO.—Mis cosas no están al alcance de los pajaritos cuenteros.

AUGUSTA.—Yo te digo que sí lo están. Además, yo no necesito que las aves me traigan secretos al oído para saber los tuyos. La ciencia sola del amor me da suficiente penetración para comprender que tus afanes de estos días y tu tristeza de reo en capilla obedecen a... *(Con arranque.)* Pero ¿a qué vienen esas delicadezas y esos tapujos tratándose de mí, que soy tu amiga del alma...

FEDERICO.—*(Para sí.)* Mi amiga, no; mi amiga, no.

AUGUSTA.—...y estoy en la obligación de compartir tus penas? Sean comunes nuestros bienes y nuestros males, como es común la responsabilidad. Juntos vamos por el camino de la vida, y resulta monstruoso que mientras yo no carezco de nada, vivas tú como vives. No, no lo eches a broma: tú estás mal, muy mal, y sin duda has llegado a una situación insostenible, ahogadísima, de naufragio irremediable... *(Federico deniega enérgicamente con la cabeza.)* Por Dios, no me atormentes; no me prives del mayor placer de mi vida, goce del alma tan puro, que no cabe mayor pureza; no me quites esta ilusión, que me compensa de los malos ratos que paso por ti: la ilusión de favorecerte... Y no diré favorecerte, porque te molesta la palabra. Si la idea de protección te humilla, diré... lo que quieras. Yo pongo los hechos, pon tú las palabras. Considera que no te doy nada, sino que tomas lo tuyo, porque lo mío es tuyo... Di una cosa: si tú fueras rico y yo pobre, ¿no me darías todo lo que yo necesitase?

FEDERICO.—Es diferente. Yo quisiera, vida mía, que no hablaras de estas cosas. No sé cómo responderte sin lastimarte. Tu bondad me confunde. Si te contesto que nada necesito, que mi situación es buena, creerás que miento y que sobrepongo mi orgullo a mi necesidad, por no rebajarme..., ¿crees eso?

AUGUSTA. — *(Impaciente.)* Palabrería, chico, palabrería. Estamos haciendo frases estúpidamente cuando lo que importa es hablar con claridad. Por mucho que disimules conmigo tu mala situación, no te vale. ¡Ni que fuéramos criaturas...! Ea, confianza, pues sin confianza no hay amor. Fuera caretas, perdis mío. Oye la palabra de Dios que sale de mis labios. *(Con secreteo cariñoso.)* ¡Tengo una hucha... más rica! En previsión de tus ahogos, que también son míos, vengo llenándola tiempo ha... Si quieres que no riñamos, di a todo que sí y déjate guiar, muñeco.

FEDERICO. — *(Sonriendo con tristeza.)* Cuando me ahogue te avisaré. Sigue engordando la hucha. Por ahora floto perfectamente.

AUGUSTA.—¡Qué has de flotar, mico, qué has de flotar, si llevas al pescuezo una piedra muy gorda!... *(Echándole los brazos al cuello.)* ¿Ves?, aquí tienes la piedra: ahógate, ahoguémonos juntos, y despertaremos, como dicen los amantes suicidas, en un mundo mejor... Eh, ¿qué suspiro tan grande es ése? ¿Qué tienes tú dentro de ese pecho que no quiere salir?

FEDERICO.—*(Sin aliento, oprimiéndose el costado.)* Nada, es cosa puramente física, un dolor aquí. No, no es dolor, una opresión; tampoco es opresión; un estímulo, no sé qué...

AUGUSTA.—Pobretín. ¿Dónde? ¿Aquí? *(Le frota suavemente el costado izquierdo.)* ¿Se pasó ya?...

FEDERICO.—No se pasa, no. Sensación más rara no creo que exista. Me gustaría poder meterme los dedos por aquí, hasta tocarme el corazón.

AUGUSTA.—¡Mimoso, aprensivo!... Pero estamos hechos aquí un par de tontos, olvidando la cenita que he mandado preparar. Tengo hambre. ¿Y tú?

FEDERICO.—¿Yo? Pues mira que sí. Mi desgana se ha convertido súbitamente en un apetito brutal.

AUGUSTA.—*(Riendo.)* ¡Vaya con tus enfermedades...! ¡Bobalicón, cuánto te quiero, qué loca estoy por ti! Ea, cenemos, y después se hablará otra vez de lo mismo. *(Pasan al gabinete y se sientan a la mesa. Les sirve Felipa.)*

FEDERICO.—¿Sabes que me siento ahora muy bien? Se me despeja la cabeza. ¡Ay hija mía, no te he contado...! ¡Terribles horas las de anoche! No puedes

figurártelo. Tuve alucinaciones, vi a tu marido como te estoy viendo ahora a ti... ¡Fenómeno extraño y por demás espantoso! Pues todavía tengo mis dudas de si fué realidad o ficción de mi mente lo que vieron mis ojos y escucharon mis oídos...

AUGUSTA.—Eso no es más que debilidad. ¡Pobrecito mío, si ni siquiera tienes quien te cuide! Paso muy malos ratos pensando en lo mal que te tratan esas criaduchas. ¿Por qué no fuiste a comer con nosotros anoche?...

FEDERICO.—Porque... *(Confuso.)*, porque tuve compromiso de comer en otra parte.

AUGUSTA.—¡Qué bien estamos aquí! ¡Qué soledad tan deliciosa, qué mundo éste, aparte y pequeñito, pero grande por el sentimiento!

FEDERICO.—*(Distraído.)* Hermoso es esto, sí.

AUGUSTA.—Y ese corazoncito, ¿cómo anda?

FEDERICO.—Calmado. ¡Qué bien me siento ahora! El amor evapora las penas, aunque de una manera fugaz.

AUGUSTA.—*(Con calor.)* Fugaz no, mil veces no.

FEDERICO.—*(Bebiendo fuerte.)* Embriaguez pasajera de los sentidos; pero aun así, buena es, ayuda a vivir...

AUGUSTA.—¿Qué es eso de embriaguez pasajera, chiquillo tonto?

FEDERICO.—Ni sé lo que digo.

AUGUSTA.—¿Me tomas a mí por una de esas a quienes se adora durante media noche?

FEDERICO.—*(Para sí.)* Si le dijera que sí, concluiríamos mal. *(Alto.)* No, vida mía; quiero decir que esta excitación, si durara, sería penosa.

AUGUSTA.—Déjala que dure. ¡Ay, quieres acortar los pocos instantes deliciosos de la vida! Olvidemos lo de fuera y revolvámonos libres y gozosos dentro del mundo que encierran estas cuatro paredes. El otro universo se queda allá, navegando en el piélago inmenso de su insipidez.

FEDERICO. — *(Ligeramente excitado.)* Quédese allá y divirtámonos nosotros en éste mientras nos dure. Aceptemos el engaño y alarguémoslo todo lo posible.

AUGUSTA.—Perdis, loco, botarate, ¿me quieres mucho? Dime que no amas ni puedes amar a nadie más que a mí. Siéntome ahora penetrada de un egoísmo brutal, y quiero alimentarlo oyéndote repetir que me adoras a mí sola, a mí sola, sin desviación alguna chica ni grande en tus afectos.

FEDERICO.—*(Maquinalmente.)* A ti sola, a ti sola. *(Beben champaña.)*

AUGUSTA.—*(Chocando las copas.)* Pertenézcame todo lo que te constituye; la persona visible y el espíritu, que no se palpa y se siente; las miradas y el alma; el carácter y la figura; las cualidades y los defectos, que adoro por igual, y hasta la ropa, hasta la ropa, todo ha de ser para mí. Quisiera vivir contigo en un rincón del mundo, y cuidarte, y coserte un botón si se te caía, y arreglarte la ropita..., y aunque fuéramos pobres, no me importaría nada. Esto de ser rica, y hacer un día y otro las mismas cosas aburre... Pero no; vale más que tengamos dinero tú y yo y que nos demos la gran vida. *(Con exaltación.)* ¿De veras que me quieres a mí sola, y que no tienes mirada ni pensamiento para ninguna otra mujer? ¿Verdad que esa "Peri" no es querida tuya, ni le haces maldito caso?... Tu amiga, tu "Peri", soy yo y nadie más que yo.

FEDERICO.—*(Delirante.)* Eres mi "Peri", y mi no sé qué, y yo soy tu perdis y tu chulo, y tú qué sé yo qué... Cuando me prendan por estafador, ¿irás tú a llevarme la comida a la cárcel, chavala mía?

AUGUSTA.—Sí; me pongo mi mantón, y allá me voy. Luego, cuando te suelten, nos iremos del bracete por esas calles, y entraremos en las tabernas, siempre juntitos, a beber unas copas... ¡Ay, qué feliz soy esta noche!

FEDERICO.—Y yo más que tú. Esta embriaguez nerviosa renueva y entona la vida. Aceptémosla con júbilo: vivamos. *(Pausa muy larga.)*

AUGUSTA.—¿Duermes, vida?

FEDERICO.—No; despierto estoy.

AUGUSTA.—¿Te sientes mal?

FEDERICO.—*(Inquieto.)* Siento aquello..., lo indefinible de que te hablé antes. *(Se levanta y pasea por la habitación.)* ¡Triste de mí, con qué furia me acometen mis ideas, estos centinelas incansables que me vigilan, que me cercan de día y de noche! Pasé la efervescencia nerviosa, se apagó la ilusión de momento, y ya estamos otra vez en el suplicio de la rueda oscura.

AUGUSTA.—¿Qué hablas ahí?

FEDERICO.—No digo nada.

AUGUSTA.—Cuéntame lo que piensas.

FEDERICO.—*(Secamente.)* No es bueno para ti que intervengas en mis asuntos. Contra mi voluntad, por efecto de no sé qué fatales emergencias de la vida, una muralla se levanta entre tu persona y la mía. El amor la destruye a veces...; no es que la derribe, es que la transparenta. El amor cree haberla destruído porque se ve..., nos vemos las caras de una parte a otra; pero no podemos juntarnos: la muralla es dura como el diamante.

AUGUSTA.—*(Recelosa.)* ¿Qué chifladuras estás rumiando ahí? Chico mío, hemos convenido en que no tienes ya por qué darte a las cavilaciones. *(Echándolo a broma.)* Estás como quieres, tonto, gandul. Recuerda que eres mi chulo, y que te llevo la comida a la cárcel.

FEDERICO.—*(Nervioso y afectado.)* Esa broma es de muy mal gusto.

AUGUSTA.—No te lo parecía antes... *(Con seriedad.)* En resolución, no te permito poner esa cara de deudor insolvente. Ya no tienes quien te ahogue. La confianza ha establecido la mancomunidad de nuestros bienes. Con lo que he guardado para ti cátate resuelto el problema del momento, ¿sabes? Y luego, tu desconcertada administración se regularizará con aquel ingenioso arbitrio que discurrió Tomás, después de la entrevista con tu padre.

FEDERICO.—Fácilmente, con tu jarabe de pico, arreglas tú todas las cosas, aun aquellas que no tienen arreglo.

AUGUSTA.—*(Enérgicamente.)* No; no puedo creer que persistas en la simpleza de rechazar eso. Si lo haces, es que no me quieres, ni estimas en nada mi felicidad. No me cabe en la cabeza tal obstinación, ni esa clase de orgullo tan tonto y tan... finchado.

FEDERICO.—¡Ay, querida mía!... *(Con aflicción.)* Mucho siento tener que decírtelo: tu sentido de la dignidad es muy incompleto; tus ideas morales no se ajustan a la razón.

AUGUSTA.—¿Qué significa eso? ¡Ah las ideítas morales! Nos las encontramos en el camino al volver de la excursión del amor; a la ida, hijo de mi alma, las ideas esas andarán por allí, pero no las vemos. Eres un ingrato, pues aun considerando que no es bueno lo que te propongo, debes aceptarlo y comulgar conmigo en esta maldad... Dilo de una vez. *(Alborotándose.)* ¿Es que no me quieres, y tomas eso por pretexto para separarte de mí?

FEDERICO.—No, tonta, no. *(Con cariño.)* Pero ven acá, sé razonable sin dejar de ser apasionada. ¿Cómo quieres tú que yo reciba tal beneficio de aquellas manos que...?

AUGUSTA.—Hazte cuenta que no lo recibes de aquéllas, sino de éstas.

FEDERICO.—No puedo hacer esas cuentas galanas. Y, aunque las haga, la monstruosidad no desaparece.

AUGUSTA.—¡Fantasmón, esclavo de la letra y de la forma! Sacrificas tu felicidad y la mía al respeto social, a esa paparrucha del "qué dirán", a la opinión de cuatro estúpidos, que censuran lo que ellos harían si pudieran.

FEDERICO.—Prescindo de la opinión, si gustas, y no veo frente a nosotros más que a tu marido sólo. Sin que yo me precie de austero, mi conciencia no puede soportar la contradicción horrible de ultrajarle gravemente y recibir de él limosnas de tal magnitud. ¿Es posible que no lo comprendas así? ¿Cabe en tu mente aberración semejante?

AUGUSTA.—*(Ligeramente desconcertada.)* Yo no pienso ni siento más sino que tú padeces, y que por este medio no padecerás.

FEDERICO.—Pero hay otra razón más poderosa que las razones de honor. ¿Crees que tu marido va a ignorar mucho tiempo esto?

AUGUSTA.—No, verás como no.

FEDERICO.—¡Inocente! ¿A qué crees tú que ha ido Malibrán a Las Charcas?

AUGUSTA.—*(Pensativa.)* ¡Si sucediera lo que temes!... No, no sucederá: el corazón me dice que Tomás no sabrá nada, y el corazón no me engaña nunca a mí.

FEDERICO.—Y aún no sabemos si el viajecito al monte será simulado, con el piadoso objeto de sorprendernos. *(Mirando con recelo a las puertas cerradas.)*

AUGUSTA.—*(Con pavor, agarrándose a él.)* Por tu salvación, no me asustes. ¡Sorprendernos! ¿Te has propuesto martirizarme esta noche? *(Rehaciéndose.)* No, no puede ser. Peligros que sólo están en tu imaginación. Esos viajes fingidos y esas sorpresas por escotillón sólo ocurren en los dramas.

FEDERICO.—Y también en la vida.

AUGUSTA.—*(Con gravedad.)* Oye, tú,

voy a revelarte un secreto. Me determino a ello... por ser cosa importante, que tal vez modifique tus ideas y te quite ese sobresalto.

FEDERICO.—¿Qué es?

AUGUSTA.—Algo que te indiqué otras veces como sospecha; pero que ya es evidencia.

FEDERICO.—¿Referente a mí?

AUGUSTA.—Referente a Tomás. La observación atenta de estos últimos días me lo ha comprobado. Ese afán de prodigar y repartir beneficios, ocultándolos como si fueran faltas; ese horror al agradecimiento; ese anhelo de una falsa reputación de egoísmo vienen a ser... ¡Ay! No te lo quería decir, porque me causa inmensa pena, y... Pues bien, eso que parece una exaltación de bondad, no es sino locura, hijo mío, locura que no se manifiesta aún ante el mundo, pero que en la intimidad de la vida doméstica resulta bastante clara para que yo la comprenda y la deplore. No lo dudes. Tomás tiene un principio de parálisis general. Con sana razón, no puede existir virtud semejante... Y ¿qué más? *(Bajando la voz)* El mismo caso sobre que estamos disputando, la sutil combinación para darte a ti lo que, según él, corresponde legalmente a tu padre, ¿no es obra de un cerebro enfermo? ¿Qué persona medianamente sensata ha podido discurrir cosa semejante? Dar por válida, en conciencia, una deuda que los tribunales no acertarían a poner en claro; reconocer como acreedor a tu padre, que adquirió el crédito por una bicoca; darle a él parte mínima, y lo demás a ti y a tu hermana...; eso que, presentado así, en pocas palabras, resulta hermoso y hasta sublime, es, no lo dudes, ebullición de la mente, atacada del delirio humanitario.

FEDERICO.—¡Ay, la pícara idea moderna, contra la cual yo estoy a matar! A todo el que piensa o hace algo extraordinario le llaman loco. Es que esta innoble sociedad sin religión, sin ningún principio, no comprende nada grande. El genio poético y la inspiración, locura; locura las acciones maravillosas; locos los criminales, para dejarlos impunes; locos los grandes hombres, para empequeñecerlos. ¿Pretenden, sin duda, establecer un nivel de tontería y vulgaridad, del cual no rebase nadie? No, yo protesto contra esa idea. ¡Orozco demente! ¡Oh Dios de justicia! Y ¿por qué? ¡Porque imaginó aquel plan admirable en beneficio mío y de mi hermana! Idea encantadora, original y atrevida; idea tan alta que no se puede uno elevar hasta ella y hacerse digno del que la concibió, sino no aceptándola. Sí, rechazarla es merecerla, querida mía, y aceptarla es una indignidad... Créelo, si aquí hay locos, somos nosotros, tú y yo, que estamos discutiendo una cosa tan clara y sencilla.

AUGUSTA.—*(Contrariada.)* Lo claro y sencillo es que no tienes sentido común..., o en ti no hay más que orgullo, soberbia, hinchazón, caballería andante y ganas de hacer el paladín.

FEDERICO.—Ni comprendo yo cómo podría ser amado un hombre capaz de envilecerse hasta ese punto. Yo, mujer..., ¡quita allá!, sentiría asco del hombre que, en un caso semejante, no procediera como yo procedo.

AUGUSTA.—*(Retirándose de la mesa y arrojándose en un sofá.)* Será que estoy imposibilitada de verlo así por mi ceguera, porque todas las potencias del alma me las tiene secuestradas el amor. *(Con arrogancia.)* No me pesa ser así: ni me concibo de otra manera. Pudo asustarme esta falta mía cuando a ella me vi lanzada; pero una vez en el camino, las cuestas y aun los despeñaderos no me asustan. Todas las consecuencias que pudieran sobrevenir, yo las soporto. A veces me doy a imaginarlas muy terribles, y, créelo, las miro sin pestañear. Queriéndote yo, y queriéndome tú, para nada me faltan alientos. Paréceme que no hay ningún interés superior al de tu tranquilidad, y que la logres por mi mediación será mi mayor dicha.

FEDERICO.—*(Agitado y hosco.)* No puede ser, repito que no puede ser.

AUGUSTA.—*(Con súbita energía.)* Pues lo será, quiéraslo o no. ¿Se ha de hacer siempre lo que a ti se te antoje?

FEDERICO.—En cosas que a mí sólo atañen, sí. ¡Pues no faltaba más!...

AUGUSTA.—*(Con exaltación.)* Tienes el deber de complacerme, de sacrificarme tu orgullo, a mí, a mí, que me he deshonrado por quererte... Vengamos a cuentas. ¿No puedes tú deshonrarte un poco por mí?

FEDERICO.—Augusta, mi sacrificio en ese caso sería superior al tuyo.

AUGUSTA.—Egoísta.

FEDERICO.—Egoísta, tú.

AUGUSTA.—*(Levantándose, poseída de furor.)* Pues tiene que ser, porque yo te lo mando... Necio, si ya no puedes evitarlo. Estás cogido. Te lo diré, para que te sometas a los hechos consumados. Esta mañana han estado en casa dos de tus acreedores. Los citó mi marido para tratar con ellos de la manera de recoger tus pagarés.

FEDERICO.—*(Con menosprecio.)* ¡Mujer!... Déjame en paz. Usas un argumento capcioso para doblegarme.

AUGUSTA.—Te doblegarás aunque no quieras. Lo hecho, hecho está, y que patalee tu ridículo orgullo. Y si te obstinas en luchar contra nosotros, te aborrezco, te abandono a tu suerte... *(Nerviosa y trémula, coge una copa de champaña como con intención de beber; pero de improviso la estrella contra la pared próxima.)* ¡Maldita sea yo mil veces!

FEDERICO.—Estás loca, loca..., y yo también.

AUGUSTA.—*(Rompiendo a llorar.)* ¡Dios mío, qué desgracia querer a este hombre, quererle así..., y no poder yo arrancarle de mi alma, como debo y como él se merece!

FEDERICO.—*(Aproximándose a ella.)* Aborréceme de una vez. Y así quedaremos francos para hacer cada cual nuestra santa voluntad.

AUGUSTA.—*(Con vivísima expresión en la voz y el gesto.)* No sé aborrecer..., pero sabré arrancarte de mi corazón y arrojarte a la indiferencia. Estúpido, tú te lo pierdes. Consúmete en la miseria; vive como los tramposos, sin familia, sin hogar casi, acechando la suerte, perseguido de acreedores, sin saber por qué calle pasar, porque en todas temes que salga una fiera con las garras afiladas; anda, sigue, corre, diviértete; devánate los sesos calculando cómo aplacar a este usurero, cómo entretener al otro, cómo engañarlos a todos; pásate la vida aparentando bienestar y alegría, de casa en casa, y, en realidad, más pobre y más angustiado que los infelices harapientos que piden limosna por las calles.

FEDERICO.—*(Que se sienta al otro extremo de la mesa, volviendo la espalda a Augusta.)* Sí, ése es mi destino. Qué quieres; viviré así... mientras viva.

AUGUSTA.—Buen provecho. Imposible hacer carrera de ti. Esto me desilusiona de una manera horrible. Hemos concluído. Ya era tiempo... Por culpa tuya es... Esta noche nos despedimos para siempre.

FEDERICO.—Concluiremos, sí... Yo lo deseo.

AUGUSTA.—¡Lo deseas! *(Conteniendo su furor.)* Ya lo conocía yo... Pues mira, yo también lo deseaba. No me decidía por lástima de ti.

FEDERICO.—Y yo también vacilaba, por la misma razón.

AUGUSTA.—Pues mejor... *(Rabiosa.)* Esto se acabó. Ya era tiempo.

FEDERICO.—*(Para sí, apoyando la cabeza en las manos.)* ¡Nada me queda ya, ni esto siquiera! Hasta el recreo de la imaginación se me acaba. Ya, ni aun podré engañar las soledades de mi vida llamando a la mujer seductora y diciéndole: "Vente a pasar un rato conmigo." Romperemos.

AUGUSTA.—*(Altanera y sarcástica.)* Tenía que ser. Somos incompatibles. Tu quijotismo no se aviene con mi llaneza... Puede que te lo sufran esas mujerzuelas con quienes tratas, las *Peris* y otros tipos semejantes, porque ésas, por su misma inferioridad, hasta pueden socorrerte sin herir tu soberbia...

FEDERICO.—*(Llena de champaña una copa y la bebe.)* ¡Dios mío, qué mal me siento! *(Pausa. Augusta le contempla sin chistar.)*

ESCENA IV

LOS MISMOS y la SOMBRA DE OROZCO, que entra por la puerta de la derecha y se sienta a la mesa, frente a FEDERICO. Viste traje de cazador, con capote de monte. AUGUSTA no le ve.

FEDERICO.—*(Mirándola con estupor.)* ¿Ya estás aquí?... Te esperaba.

SOMBRA.—*(Tiritando.)* ¡Hace un frío en aquel monte!... *(Se sirve champaña y bebe.)* Parece que te causo miedo. No temas; soy tu amigo. Desde la calle se oyen las voces que das, maltratando a esa pobrecita *Peri*... *(Contemplando a Augusta con lástima.)* ¿Ves cómo lloriquea? Eres un bruto, y no te mereces tal joya.

FEDERICO.—*(Con ironía delirante.)* ¡Valiente joya!... Reníamos porque se empeña en deshonrarme.

SOMBRA.—¡Deshonrarte a ti, el Amadís de la delicadeza y de la dignidad! Sobreponte a las hablillas del vulgo. Estoy contento de ti, porque has apechugado con mi favor. Así se cumple con los amigos y con la Humanidad.

FEDERICO.—Tu protección me abruma.

AUGUSTA.—¡Pues con dejarla...! Hemos concluído.

SOMBRA.—Ya no puedes volverte atrás, porque dijiste que la aceptabas.

FEDERICO.—Yo no he dicho eso.

AUGUSTA.—Pues lo digo yo.

SOMBRA.—Ya sabe todo el mundo que accedes, y se te alaba justamente por tu condescendencia. Con lo que yo te doy y lo que te ofrece Augusta para tus gastos mensuales, y algo que te supla también ésa... *(Mirando a Augusta.)*, la *Peri*, tienes para vivir como un príncipe. Nadie te censurará; al contrario, dirán: "¡Qué listo es!" De mí sí que oirás horrores. Pero mejor; eso me gusta.

FEDERICO.—*(Furioso.)* Repito que no acepto. Antes moriré cien veces.

AUGUSTA.—Bueno, bueno. No soy sorda. Te daré recibo si es preciso.

SOMBRA.—Aceptas, sí, porque ya no puedes evitarlo. Lo hecho, hecho está, y que patalee tu ridículo orgullo. *(Con atroz firmeza.)* Tu papel en la sociedad te hace sucumbir a mi deseo. Y tu aceptación realiza un ideal de justicia suprema, pues con ella te pones al nivel de tu bajeza. Estás en carácter. Tu deslealtad necesitaba un estigma, algo exterior que la patentizase, y mi dádiva te lo graba en la frente. Si tuvieras conciencia, diría que es un castigo; pero no hay castigo en quien carece de sensibilidad.

FEDERICO.—*(Arrebatado y fuera de sí.)* ¡Maldita sea tu alma! *(Coge una copa y se la tira, apuntando a la cabeza. La copa se hace mil pedazos en el respaldo de la silla frontera, y el champaña salpica el rostro de Augusta.)*

AUGUSTA.—*(Limpiándose la cara.)* Eso es, las pobres copas lo pagan. ¡Qué culpa tendrán ellas de tu tontería!... No creas: tus violencias no me inquietan nada...

SOMBRA.—La pobre *Peri* se escandaliza de tus arrebatos. Mira cómo se limpia la carita. Quiere quitarse hasta el último átomo de vergüenza. No frotes más, hija, que ya no queda nada.

AUGUSTA.—...pero nada.

FEDERICO.—*(Despejándose un poco, se pasa la mano por los ojos.)* No; esto no es, esto no puede ser real... *(A Augusta.)* Leonor, ¿tú le ves?

AUGUSTA.—*(Sorprendida.)* ¿A quién?

FEDERICO.—Está ahí...

SOMBRA.—*(Desvaneciéndose.)* Esa tonta dirá que no me ve; pero viéndome está.

AUGUSTA.—*(Con ira.)* ¿Qué nombre me has dado?

SOMBRA.—*(Con risa impertinente.)* El suyo... Pues ¿cómo quieres que la llamen?

FEDERICO.—*(Desesperado.)* Estoy yo loco, o qué es esto, razón mía?

SOMBRA.—*(Que se acerca a Federico y le toca en el hombro.)* Haz las paces con ella, sométete a su tirana voluntad. Tiene más talento que tú... Desecha esa idea que te acosa dias ha.

FEDERICO.—No quiero.

SOMBRA.—Deséchala. ¿A qué te atosigas con tal idea si te falta valor para realizarla?

FEDERICO.—¡Mal rayo! ¡Cara de Judas! No me falta valor.

SOMBRA.—Tu destino es encenagarte en la deshonra. No sabes ni sabrás nunca morir. ¿Por qué vuelves la cara? ¿Es que no quieres verme? Si ya me voy... Mírame, mírame salir. *(Abre la puerta y sale tranquilamente.)*

ESCENA V

FEDERICO y AUGUSTA.

FEDERICO.—*(Dejándose caer en un sillón.)* ¡Ay de mí!

AUGUSTA.—*(Corriendo hacia él, amorosa.)* ¿Qué tienes?

FEDERICO.—¡Amiga de mi vida, si vieras qué mal me siento! Esta ansiedad, este..., esto que me rebulle aquí... *(Oprimiéndose el costado izquierdo.)*, sensación que no tiene nombre..., prurito de meterme la mano hasta muy adentro, y separar algo que me estorba, que me impide pensar y sentir.

AUGUSTA.—No es nada..., estás nervioso. Te has excitado tontamente. Perdóname si te he dicho algunas cosillas desagradables. En cambio, tú, extraviado sin duda por la bebida, me diste un nombre que es una injuria.

FEDERICO.—*(Como volviendo en sí.)* ¿Yo..., yo...?

AUGUSTA.—Sí, tú... Me has llamado Leonor.

FEDERICO.—*(Mirándola con extravío.)* ¿Y qué...? Amiga mía, haz el favor de darme un vaso de agua. *(Augusta se dirige al aparador, y mientras echa agua en una copa, Federico se acerca a la chimenea y coge el revólver.)* No más padecer. *(Se dispara un tiro en el costado izquierdo.)*

AUGUSTA.—¡Ay!... *(Paralizada de terror.)*

FEDERICO.—*(Cayendo en un sillón, desvanecido.)* Nada, nada. Ya estoy bien.

ESCENA VI

LOS MISMOS Y FELIPA.

AUGUSTA.—*(Horrorizada, las manos en la cabeza.)* ¿Qué es esto?... Federico... Felipa.

FELIPA.—*(Sin aliento.)* ¡Jesús!... *(Ambas se arrojan sobre él.)*

AUGUSTA.—¿Qué has hecho..., vida mía?... *(Palpándole y buscando la herida.)* ¡Ah! No será nada.

FELIPA.—No veo sangre... *(Se mancha de sangre la mano.)* ¡Ah! Sí..., mire usted. Por aquí, en este costado.

AUGUSTA.—*(Consternada.)* Amor mío, ¿qué has hecho? Estás herido... Pero no, no será de gravedad. Respiras, vives... ¡Mírame, por Dios..., mírame y háblame!

FEDERICO.—*(Tratando de apartarla de sí.)* Déjame... No ha sido nada. Me siento bien ahora. *(Con rápido movimiento recoge del suelo el revólver.)*

AUGUSTA.—¿Qué quieres, qué buscas? Dame acá. *(Las dos tratan de quitarle el arma. Entáblase violentísima lucha, en la cual Federico desarrolla considerable fuerza muscular. Consigue desasirse de ellas.)*

FEDERICO.—Déjame, o te mato.

AUGUSTA.—*(Que ha caído al suelo, se pone de rodillas y le interpela, llorando.)* ¿Qué haces? ¿Estás loco? Amor mío, cálmate... Te has herido..., pero sanarás; es cosa ligera...; sé razonable, no escandalices..., vendrá gente. ¡Qué deshonra!... Oye..., te quiero mucho; haré todo lo que tú mandes... Tu voluntad es mi voluntad. Pero ¡no te mates, por Cristo crucificado, no te mates!... Me moriré de pena.

FEDERICO.—*(Con entereza, dominándose.)* Sé lo que debo hacer. Voy a lo que voy, y pido a Dios que me perdone.

FELIPA.—Llamaré a los vecinos.

AUGUSTA.—No, aguarda..., calla. Federico, por Dios, apiádate de mí... Oye, sosiégate, hijo de mi alma; traeremos un médico, un médico discreto..., te curará y luego nos vamos... tranquilamente.

FEDERICO.—*(Con sequedad.)* Vete a tu casa... y pronto. *(Da varias vueltas atontado, como buscando la salida, y por fin pasa al otro gabinete.)* Al que se me ponga por delante lo seco... *(Sale precipitadamente, sin sombrero. Las dos mujeres, aterrorizadas, no se atreven a detenerle.)*

AUGUSTA.—*(Corriendo detrás por el pasillo.)* Se mata, se mata de seguro... ¡Dios tenga piedad de él y de mí!...

FELIPA.—*(Corriendo detrás de su señora.)* Va disparando; no le podemos seguir. *(Baja la escalera.)*

ESCENA VII

Calle oscura. Casas a la derecha; a la izquierda, vallas de madera y solares abiertos; en el fondo, un declive del terreno.

AUGUSTA.—No veo nada. ¿Por dónde va?

FELIPA.—*(Señalando al fondo.)* Por allí... Parece que se cae... Señorito, por Dios, no sea loco. *(Ambas tratan de seguirle.)*

AUGUSTA.—*(Avanzando decidida en la oscuridad.)* No le abandono, suceda lo que quiera... Alma mía, ¿dónde estás? Aguarda. Tengo que hablarte..., escucha...

FEDERICO.—*(Cuya voz se oye muy lejana.)* Leonorilla, no me sigas. Procura ser buena. Yo... así. *(Suena el tiro. Las dos mujeres se detienen, espantadas.)*

AUGUSTA.—Me muero... ¡Jesús, ampárame!

FELIPA.—*(Avanzando, se inclina y palpa el terreno.)* Por aquí... ¡Ay, aquí está!... *(Tocando el cuerpo exánime.)* ¡Qué miedo!... *(Para sí.)* Más muerto que mi abuelo. ¡Eh! ¿Qué es esto? La condenada pistola. *(Recoge el revólver.)*

AUGUSTA.—*(Da algunos pasos, despavorida, y cae de rodillas.)* Yo también...

FELIPA.—Señorita, ¿dónde está usted? No veo. *(Buscándola. Recuerda que lleva*

en su mano el revólver.) Y ¿qué hago yo con este chisme? No se me vaya a disparar. *(Lo arroja por detrás de una empalizada próxima.)* Señorita, deme la mano... *(Encontrándola, la levanta del suelo con vigoroso esfuerzo, tirándole de los brazos.)* Vámonos de aquí..., pronto... Puede venir gente.

AUGUSTA.—Que venga. No me importa.

FELIPA.—¡No me comprometa, por Dios!... Vámonos. *(Tirando de ella.)* Si ya no tiene remedio... Que no nos cojan aquí.

AUGUSTA.—*(Atolondrada, insensible.)* ¿Adónde me llevas?

FELIPA.—Por aquí..., vamos..., pronto... *(Quitándose una toquilla que lleva sobre los hombros.)* Póngase esto por la cabeza. Así... *(Se la pone.)* Para no llamar la atención. Ahora... serenidad. Cogeremos un coche, y a mi casa.

AUGUSTA.—Lo que quieras. Me dejo llevar. No tengo voluntad..., no tengo alma. *(Huyen por la izquierda.)*

ESCENA VIII

Salones en casa de Orozco. La misma decoración de la primera jornada. Es de noche. MALIBRÁN y VILLALONGA, en la sala de la derecha.

VILLALONGA.—Da gracias a Dios, amigo Cornelio, por haberte librado de la desagradabilísima operación de batir las cataratas a nuestro buen Orozco. Ni comprendo yo cómo se puede acometer a sangre fría tal empresa quirúrgica. Llegarse a un hombre, a un amigo, y decirle a boca de jarro: "Mira, Fulano, yo sé que tu mujer, etcétera..., y te ofrezco medios de comprobación material cuando gustes." Es cosa fuerte, pero tan fuerte, que si yo me hallara en el triste caso de ser operado así, cree que mi primer impulso habría de ser romperle los ojos al... oculista.

MALIBRÁN.—La verdad es que se me hacía dificilísimo el primer pinchazo. En la mañana del domingo, hallándonos los dos en el solitario monte, vi la ocasión propicia y quise lanzarme, pero no hallé manera de abordar el peligroso tema. Toca por aquí, escarba por allá, y nada. Mi reconocimiento de las mil emboscadas de la conversación resultaba inútil. Luchaban en mí el deber de conciencia mandándome hablar y la gravedad del asunto poniéndome cien mordazas.

VILLALONGA.—No veo tan claro, francamente, lo del deber de conciencia. La mía no me ha inducido nunca a ilustrar a mis amigos sobre puntos tan delicados.

MALIBRÁN.—Cada cual ve las cosas a su manera. No soy gazmoño en asuntos de moral conyugal. Tengo acá mis ideas, quizá un poco extravagantes, y para metérselas en la cabeza necesitaría explanar con alguna extensión mi teoría de que el grado de culpabilidad adulterina depende de la elección de cómplice, resultando una escala que va desde lo disculpable, por no decir plausible, hasta lo que merece mayor execración. Pero no me parece oportuno ahora...

VILLALONGA.—No; déjalo para otra vez.

MALIBRÁN.—Sea lo que quiera, me alegro mucho de que el Acaso, el socorrido "Fatum", me librara del compromiso fastidioso de tener que cantar. Y se me quitó un peso de encima cuando llegó el telegrama de Calderón anunciando a Tomás la inesperada tragedia. Los dos nos quedamos al leer el parte como quien ve visiones, y celebré para mi sayo que la divina Providencia se encargase de la misión difícil que yo me había impuesto. *(Bajando la voz.)* Porque tengo para mí que, en presencia de este hecho elocuentísimo, Orozco no puede permitirse seguir ignorando... ¿Qué te parece? Desde que se conoció la catástrofe en Madrid, el nombre de Augusta figura en todas las versiones que corren de boca en boca.

VILLALONGA.—No sé, no sé... *(Meditabundo.)* Y tú, ¿qué piensas de esta desgracia?

MALIBRÁN.—Para mí, el pobre Viera se hallaba en una situación ahogadísima, en declarada, irremediable bancarrota. Enormes deudas de juego, de esas que no admiten prórroga, le abrumaban. Augusta le había auxiliado hasta ahora en la medida razonable; pero las exigencias de él llegaron a ser tales, que la pobre mujer no quiso o no pudo satisfacerlas. De esta resistencia de Augusta y de las tremendas razones con que Federico apoyaba sus demandas de dinero hubo de resultar un vivo altercado, amenazas, demasías de lenguaje, qué sé yo... Federico, en un rapto de furia y desesperación, harto de padecer, viéndose sin honra, insolvente, comido de acreedores, rechazado de sus amigos, liquidó con la

vida. En rigor, era la única liquidación posible.

VILLALONGA.—Es verosímil.

MALIBRÁN.—Tan verosímil, que yo me represento la escena como si la estuviera viendo y escuchara la voz de ambos personajes.

VILLALONGA.—Pero hay algo que no está claro, ni creo que lo esté nunca. No tengo yo por seguro que la pobre Augusta se hallara presente en el acto del suicidio.

MALIBRÁN.—Para mí es indudable que sí.

VILLALONGA.—¡Pobre mujer! Cree que me inspira lástima y que daría yo cualquier cosa porque su nombre no figurara en este misterioso asunto.

MALIBRÁN.—Déjala, déjala que pague su error. Estas damas que presumen de inteligentes son atroces en sus deslices. Escogen siempre lo peorcito, y luego se llaman desgraciadas y se encomiendan a la Virgen. El mejor auxilio que les puede dar el Espíritu Santo es sugerirles una buena lección.

VILLALONGA.—*(Con seriedad.)* Amigo Malibrán, como amigos de la casa, debemos desear que se corte el escándalo y se eche tierra al asunto. No sé si Orozco se dará por entendido ante el público del descarrilamiento de su mujer. Es probable que la discordia conyugal, consecuencia segura de este mal paso, quede en las sombras de la vida íntima. Orozco es muy circunspecto, muy metido en su concha, y sabe tragarse en silencio la cicuta. Se me figura, por algo que he olfateado esta tarde, que Cisneros intriga subterráneamente, a fin de ahogar el escándalo. A nosotros, amigos leales de la familia, nos corresponde coadyuvar a esta obra benéfica del gran castellano viejo. Desmintamos las especies terroríficas que circulan por ahí; defendamos el honor de esta casa y saquemos a la pobre Augusta del pantano en que ha caído.

MALIBRÁN.—¡Diantre! *(Caviloso.)* Pues si ella lo agradeciera...

VILLALONGA.—Claro que lo agradecerá. La infeliz es una bendita. Ha padecido una alucinación... ¡Ah! El mal de la época, la diátesis de nuestros tiempos de refinamiento social. Amigo mío, la vida esta de recepciones, galantería, sibaritismo, comidas y el charlar ingenioso y pérfido entre los dos sexos es un excitante desmoralizador. No hay familia posible con semejante vida. Perdona que esté tan filósofo yo, el último de los desmoralizados, pero también el primero de los alumnos de la gran profesora la experiencia.

MALIBRÁN.—Si yo contara con la gratitud de Augusta, sería el primero en llevar mi espuerta de tierra al montón que ha de cubrir el escándalo. Pero dudo que...

VILLALONGA.—*(Poniéndose serio.)* No seas idiota. Y, en último caso, el agravio que la opinión infiere a nuestro amigo Orozco lo hago yo mío; vamos, que me meto a paladín, sí, señor. Cuidado, pues, Malibrancito; ten juicio, pues bien pudiera suceder que yo me amoscara... Todo está en que me dé por ahí...

MALIBRÁN.—Pero ¿tú qué tienes que ver...?

VILLALONGA.—Tengo y no tengo... En fin, que me carga tu intervención, tu espionaje y tu lamentable oficiosidad en este asunto.

MALIBRÁN.—*(Con mal humor.)* Ea, déjame a mí... *(Cediendo.)* Pero, en fin, ¿qué es lo que tú quieres?

VILLALONGA.—Que hagas propaganda sensata. Aquí no ha pasado nada. Nuestra conducta ha de corresponder a los agasajos de esta excelente familia. Augusta se merece un sinfín de homenajes, y Orozco es tan bueno, tan generoso... Te diré: yo le debo el grandísimo favor de haberme cedido su puesto en la combinación de senadores. ¡Caray, si no es por él me quedo también ahora en la calle, muerto de risa!

MALIBRÁN.—¡Ah mameluco, "that is the question"! Ya veo la clave de tu sensatez.

VILLALONGA.—Este pastelero mundo es una cadena, un collar, un toisón de oro, en el cual las personas, remachadas con las ideas, somos los eslabones, y no podemos escoger la relación o argolla que nos une al eslabón vecino. ¿Qué tal? ¿Estoy yo filosófico esta noche? Mentecato, ¿tú qué te creías?... Y punto en boca, que viene aquí el grande hombre.

ESCENA IX

Los mismos; Orozco y Calderón, que salen del billar. Al propio tiempo van entrando en el salón del centro los amigos de la casa que se indicarán después.

Orozco.—*(Dando la mano a Malibrán y a Villalonga.)* Está mejor; pero aún no se le ha pasado la tremenda jaqueca de ayer. Este majadero *(Por Calderón.)* le espetó de golpe la noticia..., como si se tratara de cualquier suceso insignificante.

Calderón.—La verdad, yo no creí... Tan afectado estaba, que no supe lo que me hacía.

Villalonga. — Pero ¡qué bruto eres, Pepe!

Orozco.—La pobre Augusta salía tranquilamente para ir a misa, después de haber pasado una mala noche al lado de su tía enferma, cuando recibió el jicarazo. Se afectó, como es natural tratándose de un amigo a quien queríamos tanto, y más por lo repentino y desastroso del caso.

Malibrán.—¿Y no tendremos el gusto de verla esta noche?

Orozco.—Esta noche, no. Aunque ha pasado la fuerza de la cefalalgia, le molestan el ruido y la claridad.

Malibrán.—*(Para sí.)* ¡El ruido y la luz! Eso precisamente es lo que la mata.

Orozco.—Voy a saludar a esa gente. *(Para sí.)* ¡Curioso estudio el de esta noche, el examen de las caras de los que entran aquí! En todas veo cierto temor y como el deseo de sorprender en la mía alguna emoción desusada. Pero lo que es en ésta..., ¡aviados están! Mi cara es de mármol. *(Dirígese al salón, donde han entrado Teresa Trujillo, Aguado, Monte Cármenes, el Ex ministro, el señor de Pez. En la sala de tresillo quedan Villalonga, Malibrán y Calderón.)*

Villalonga.—*(A Calderón.)* Ven acá, tagarote. ¿Sabe tu pariente los disparates que corren por Madrid acerca del suceso de la noche del primero?

Calderón.—Todo lo sabe. Se lo he dicho yo. ¡Cuánta infamia y qué sociedad tan nauseabunda!

Malibrán.—Sí, muy nauseabunda.

Calderón.—Tomás me llamó esta tarde y me rogó que le enterara de lo que se dice por ahí. No me anduve en chiquitas. Sé cuanto le agrada la verdad, y a la buena de Dios le informé de todo, empezando por las versiones necias y acabando por las horripilantes. Vale más que lo sepa y que entienda que algunos de sus amigos no merecen serlo. Pero ¿has visto, Villalonga, qué tonta es esta Humanidad?

Villalonga.—Sí, hijo mío, es más tonta que tú, que es cuanto hay que decir.

ESCENA X

Los mismos y Cisneros, que aparece en la sala japonesa, viniendo del interior de la casa.

Cisneros.—*(Para sí.)* ¡Pobrecita mía, cuánto padece! ¡Verse calumniada, zarandeada por tanto imbécil!... Esto es un horror... *(Con rabia.)* ¡Bendito sea Nerón! Comprendo su deseo de que la Humanidad no tuviese más que una sola cabeza para cortarla... Hasta los periodiquillos se atreven a deslizar malévolas alusiones a esta casa. Ya os daría yo una buena mano de azotes si pudiera. ¡Habráse visto otra! ¡Reticencias contra mi hija...! Estoy que trino. *(Atraviesa el salón sin saludar a nadie y entra en la sala de tresillo.)*

Villalonga. — Aquí está don Carlos. ¡Qué fea vitola trae! Don Carlos, ¿qué nos cuenta?... ¿Qué se dice?

Cisneros.—*(Sofocando su rabieta.)* Se dice..., pues se dice que éste es un país de idiotas.

Villalonga.—Eso ya lo sabía yo. Detesto a mi patria, la hidalga nación del garbanzo, de Recaredo y de la gramática parda. ¡Pues si yo pudiera metamorfosearme en inglés o en alemán...!

Cisneros.—Como no te metamorfosees tú en el moro de los dátiles. Este es un país liliputiense. Dan ganas de andar sobre él así... *(Pisa fuerte.)*, destruyéndolo a pisotones, como a las hormigas. Les juro a ustedes que esta noche dormiría yo muy tranquilo si tuviera ocasión de dar un par de linternazos a alguien.

Villalonga.—Pues déselos usted a Malibrán, que dice...

Cisneros.—*(Con viveza, apretando los puños.)* ¿Qué dice?

Malibrán.—Pues que la tabla que ha comprado usted anteayer como de Memling no es ni siquiera flamenca. La ten-

go por una imitación francesa de las peores.

CISNEROS.—Váyase usted al cardo con sus tablas. Entiende usted de pintura lo que yo de empollar mosquitos. Lo que hacía falta aquí, créanlo, era un Nerón. ¡Qué hombre tan simpático y qué buena persona! Ya podían echarle periódicos a ése.

CALDERÓN. — ¡Fuertecillo está usted, don Carlos!

VILLALONGA.—Desengaños amorosos. ¿Lo digo?

CISNEROS.—¿Qué?

VILLALONGA.—Lo diré. Entre barbianes no debe haber misterios. Pues esta tarde le han visto a usted salir de la gruta de Calipso, o sea de la casa de Leonor.

CISNEROS.—Toma, ¿y qué?

VILLALONGA.—Es que creíamos que usted no sirve ya ni para novilladas de invierno, y que ya no sabe ni marcar una banderilla.

CISNEROS.—¡Monigotes!... Generación menguada y raquítica; los viejos toreamos mejor que vosotros. Preguntádselo a cualquier res. No servís para nada, y con estas canas os dejo yo tamañitos siempre que queráis.

MALIBRÁN.—¡Buen punto está usted! Con su carga de años, visitas a la "Peri"...

CISNEROS.—Porque se puede. Fastidiarse... Ea, fantoches, vuestra conversación me revienta.

CALDERÓN.—¿No quiere echar una partidita?

CISNEROS.—No estoy de humor de juegos. No tengo tranquilidad, no puedo estarme quieto; necesito moverme, correr, ir de aquí para allá, empujar al que se me ponga delante, y si alguien se desmanda, ¡por vida de la tía Cotilla!, le..., le pulverizo. *(Sale de estampía por la puerta del billar.)*

CALDERÓN.—¡Es mucho don Carlos...!

MALIBRÁN.—Se me figura que he calado el objeto de sus visitas a la "Peri".

VILLALONGA.—Y yo también. *(Pasan al salón, formando grupos que entablan animados coloquios.)*

OROZCO.—*(A Calderón.)* Nada más divertido esta noche que el examen de caras, Pepe. La de Teresa Trujillo, deliciosa, incomparable. Expresa curiosidad febril y el arrobamiento artístico del que asiste a una función dramática con buenos actores. Me ha mirado con impertinencia; me ha leído en la frente y en los ojos con tanto interés como si fuera yo un folletín espeluznante. Pues ¿y la carátula de Aguado? Es un puro resplandor de júbilo, como faz vergonzosa que se consuela con la vergüenza ajena. El rostro abesugado del buen Pez, radiante de cordura y ministerialismo. Parece descargar todo el peso de su severidad contra la opinión pública diciéndole: "Tus historias son ridículas y despreciables." Pues ¿y el palmito de Monte Cármenes? La imposibilidad de soltar ahora el todo va bien le da una contracción violenta que le desfigura y le hace parecer otro hombre. La cara del ex ministro, entre benévola y disgustada, con vislumbres de protección, como si dijera: "Si yo fuese Poder, no pasarían estas cosas." Te aseguro que me he divertido delante de este museo de la opinión expectante y muda. ¡Oh! ¡Si hablaran...! ¡Cuánto daría yo por oírlos!

CALDERÓN.—Si tú has gozado con el estudio de caras, ellos se habrán divertido fotografiándose la tuya.

OROZCO. — No, porque en ésta nada pueden notar que no adviertan todos los días. La cara mía que expresa y siente, ¡ay!, es la que mira para adentro. *(Llegan más personas.)* Parece que esta noche carga el gentío que es un primor. Naturalmente, el crimen misterioso despierta inmenso interés: el público necesita emociones, contemplar rostros de víctimas o de criminales o de testigos; examinar el lugar de la catástrofe, ver los sitios por donde vaga el ánima del interfecto, olfatear la sangre, tocar los objetos que llevan impresa la huella del delito... *(Con amargura.)* En suma, el drama está en mi casa, y tengo esta noche un lleno completo. *(Dirígese a saludar a los que llegan.)*

CALDERÓN.—*(Para sí.)* Hombre sin igual es éste. Todo lo sabe, y parece que lo ignora todo.

ESCENA XI

Tocador de Augusta. Es de noche. AUGUSTA, doliente, recostada en un sofá; FELIPA, en pie, delante de ella.

AUGUSTA.—¡Gracias a Dios que vienes a tranquilizarme!

FELIPA.—Dos veces estuve aquí esta

mañana; pero la señorita dormía y no quise molestarla.

AUGUSTA.—¡Dormir! No he descansado desde aquel momento terrible... No sé si esto es dormir o no; ignoro si mis impresiones son fingidas o reales; estoy como idiota, Felipa, y el temor que llena mi alma no me permite ordenar los recuerdos ni apreciar lo sucedido. Ni aun puedo formar juicio de mis acciones desde aquel instante, ni de cómo vine aquí. Cuéntame lo que ha pasado después. Estoy en ascuas. ¿Qué hiciste? ¿Se ha descubierto? Dímelo todo, sin ocultarme cosa alguna, por terrible que sea.

FELIPA.—*(Bajando la voz.)* Tranquilícese la señorita. No se ha descubierto ni se descubrirá nada. En cuanto dejé a la señorita aquí, después de lavarle las manchas de barro y una muy chiquita de sangre que había en la manga, me volví allá. ¡Nos habíamos olvidado del sombrero, el sombrero del pobre...!

AUGUSTA.—*(Dando un gran suspiro.)* ¡Ay!

FELIPA.—Afortunadamente, en cuanto entré lo vi sobre una silla.

AUGUSTA.—¿Lo tiraste a la calle?

FELIPA.—Bajé, y asegurándome de que no había nadie, lo tiré junto a la valla. Después corrí en busca de mi hermana, y entre las dos lavoteamos las manchas de sangre de la alfombra, muy poquita cosa. Examinamos con remuchísimo cuidado la escalera, temiendo encontrar en ella gotas de sangre; pero no hallamos... ni esto. Los vecinos del principal, únicos que hay en la casa, como si estuviesen en Babia. No se enteraron de cosa alguna. Verdad que el tiro retumbó muy poco. Lo habrían oído los vecinos si hubieran estado encima; pero, claro, al otro piso no llegó la bulla. Los porteros, sordos, mudos y ciegos; de ellos respondo, y no hay nada que temer. Ya les pueden echar jueces. Les he prometido que la señorita les librará de quintas al hijo.

AUGUSTA.—¿Uno, un hijo sólo?... Les libraré más: todos los que tengan.

FELIPA.—Uno tan sólo. Con esto y la gratificación, tan contentos los pobres. Son unas almas de Dios.

AUGUSTA.—¡Ay! Habla más bajo... Tengo un miedo horrible... Mira si hay alguien en el gabinete.

FELIPA.—*(Que se asoma al gabinete y vuelve.)* Ni una mosca. Podemos hablar sin recelo. Esta mañana fuí y ¿qué hice? Llevé allá a mi hermana, con toda su chiquillería, y atesté de muebles la sala, y ya está Rafael trabajando. Quitamos primero la alfombra, desmontamos la cama, me llevé las botas, el sombrero y el vestido de la señorita..., saqué del pupitre los papeles, cartas a medio escribir, cigarros de él; en fin, todo lo que había me lo llevé a mi casa...

AUGUSTA.—Mejor sería que lo quemaras todo...

FELIPA.—Lo que pudiera comprometer, ceniza es ya. De la casa, tan cierto como Dios es mi Padre, no sacará el juez ni tanto así de luz. Por donde puede flaquear la trama es por el lado de doña Serafina, quiero decir que si van y averiguan que la señorita no estuvo aquella noche...

AUGUSTA.—*(Secreteando.)* Ya está prevenida Ramona, y bien recompensada. Esta mañana vino a verme. Confío en que no me faltará. Si la curia hiciera alguna tontería, corriéndose en las averiguaciones, mi padre lo arreglará. Hablamos esta noche: no cree nada malo de mí; pero esto de que los periódicos me lancen chinitas le subleva. Es amigote del juez, y quedó en hablarle mañana mismo.

FELIPA.—*(Casi entre dientes.)* Todo irá como en las propias manos del Silencio, y aquí el que más mira menos ve.

AUGUSTA.—¡Ay Felipa, qué buena eres! Lo que has hecho por mí de ningún modo podré recompensarlo. Me serviste fielmente hasta que te casaste. Cierto que te he protegido; pero mis beneficios son muy cortos en comparación de la lealtad y la adhesión con que los estás pagando.

FELIPA.—No hablemos de eso. Por usted me dejaría yo matar, si fuera preciso.

AUGUSTA.—*(Conmovida.)* No merezco tanta abnegación... Déjame que llore. ¡Ay de mí! Todavía no acierto a dominar la situación en que me encuentro. A ti, que me has ayudado a ocultar mi falta; a ti, que sabes la verdad de esta deshonra, sin necesidad de que yo te la explique, puedo decirte a boca llena que me reconozco mala, muy mala; pe-

ro que considero el castigo desproporcionado a la culpa. Esto no puede ser castigo, porque si fuera castigo, no resultaría tan terrible. No merezco tanto, no. ¡Verle morir así, sin que en su agonía tuviera para mí una palabra de ternura!... ¿No te acuerdas? Parecía que me despreciaba... ¡A mí, que le he querido tanto, que estaba dispuesta a sacrificarle mi posición, mi honor!... El desdén con que me trató después de atentar a su vida por primera vez me ha destrozado el alma, dejándome una herida que no se cerrará nunca. Recordarás que me dió un nombre ofensivo, ultrajante, el apodo de esa mujerzuela...

FELIPA.—El trastorno, la ofuscación... Si no supo lo que hacía, menos había de saber lo que hablaba.

AUGUSTA.—Pero la proximidad de la muerte, aun muriendo por la propia mano, aviva en el alma los sentimientos dominantes en ella. ¿Por qué no me dijo una palabra cariñosa, que yo pudiera recordar después como consuelo?

FELIPA.—No olvide usted que dijo: "Sé lo que debo hacer, y pido a Dios que me perdone."

AUGUSTA.—Eso es, perdón a Dios, y a mí que me partiera un rayo. ¿Por qué no me había de pedir perdón también a mí, aunque no fuera sino por este rastro de deshonra que tras sí deja? ¿Sabes? Hay quien dice que le maté yo. ¡Qué infamia tan estúpida!... Yo estoy muerta de pena y desconsuelo; de pena por él, porque le amé quizá más de lo que se merecía; desconsolada porque no le volveré a ver, porque murió queriéndome poco o nada, dejándome afligida y celosa..., sí, celosa... ¡Si yo pudiera olvidar esta terrible pesadilla!... ¿Crees tú que el tiempo me hará perder la memoria? No, no hay tiempo bastante largo para borrar esto. No sé qué será de mí.

FELIPA.—*(Con agudeza.)* El tiempo es muy bueno; trabaja sin que se sienta, y del fin de unas cosas hace el principio de otras.

AUGUSTA.—Cada hora que pasa me siento más acongojada y padezco más. Aquella noche, cuando me dejaste aquí, la misma turbación, el terror mismo, me daban cierta energía. Creí salir del paso haciéndome la valiente. Por la mañana me vestí para ir a misa, y cuando Pepe me dió la noticia me asusté como si fuera una novedad para mí. Hízome el efecto de ver traducida a la realidad una cosa soñada. Desde aquel momento perdí el valor y me descompuse. Postrada en este sofá pasé un día horrible, y tuve que dominar ante mi marido mi pena inmensa, aparentando otra pena muy distinta y menor. Fingir lo pequeño para ocultar lo grande es trabajo de prueba. Más fácilmente fingimos los sentimientos muy vivos que los ligeros y superficiales. Figúrate tú que cuando se te ha muerto un hijo te hubieras visto obligada a aparentar que sólo llorabas el gato de la casa.

FELIPA.—¡Ay, no me lo diga! Reviento yo antes que hacer tal comedia.

AUGUSTA.—Pues considera si sufriré. Por eso te digo que el castigo es desproporcionado a la falta. ¡Luego, de la situación esta se derivan tantos suplicios diferentes! La presencia de mi marido despierta en mí sentimientos tan extraños, que me pongo a morir cuando entra aquí y me habla. A veces me figuro que no hay entre los dos nada de común, y su serenidad ni me lastima ni me inquieta; a veces paréceme que le admiro todo lo que admirarse puede y me pondría de rodillas delante de él para adorarle, como a un ser que no participa de nuestras miserias.

FELIPA.—*(Advirtiendo que Augusta tiene una mano envuelta en un pañuelo.)* ¿Qué es esto?

AUGUSTA.—La maguiladura que me hice en la muñeca cuando forcejeamos para quitarle aquel maldito revólver. No lo noté hasta la mañana siguiente.

FELIPA.—A mí también me dejó en este brazo un cardenal que me duele bastante.

AUGUSTA.—He dicho que me quemé lacrando una carta. Pero aunque nadie lo ha puesto en duda, se me antoja que llevo aquí un espantoso dato para los que me creen asesina.

FELIPA.—El miedo, el miedo hace ver visiones. No seamos tontas. Don Tomás se creerá lo del lacre.

AUGUSTA.—*(Con profunda tristeza.)* ¡Ay! ¡Si vieras tú que recelosa estoy de que lo sabe todo, aunque aparenta ignorarlo! ¡Tengo mil motivos para conocer su penetración, que, en ciertos casos, supera a cuanto se puede decir. No obstante, su tranquilidad me hace dudar... Si lo sabe, me pregunto yo, ¿por qué no me lo dice? Su calma, ¿es

la expresión más refinada del desprecio que le merezco, o significa una situación de espíritu muy diferente? Anoche me pasó lo que no me ha pasado nunca: tener pesadillas horribles, una tras otra, y no poder discernir después lo real de lo soñado. Creí que Federico estaba aquí, y vi reproducida la terrible escena, lo mismo, Felipa, lo mismo que la vimos tú y yo. De que esto fué imaginario no tengo duda. Pero después..., y aquí entran mis dudas, porque el recuerdo que ha quedado en mí, aunque turbio y calenturiento, es vivísimo en las imágenes. Pues oye. Me levanté..., fuí al despacho de Tomás y llamé a la puerta. El dijo desde dentro: "¿Quién es?", y yo respondí: "Soy la "Peri." Abrió, entré y, sentándome a su lado, confesé, sin omitir nada. ¡Qué atrocidad! Pues he pasado todo el día de hoy revolviendo en mi cabeza aquel acto, y trabajando por poner en claro si fué real o no. Tengo los sesos derretidos de tanto cavilar. Me parece que estoy viendo a Tomás cuando yo le contaba aquellos horrores. Ponía una cara de conmiseración que me lastimaba enormemente, y yo le decía: "Soy la "Peri"; no vayas a creer que soy tu mujer"; y luego vuelta a contarle cómo y por qué se mató Federico. Lo que me atormenta y me confunde es la duda de si este delirio sólo tuvo realidad dentro de mi cerebro o si, en efecto, yo me levanté de mi cama y fuí al despacho de Tomás, y él me abrió, y hablamos, y...

FELIPA.—Señorita, ¡por los clavos de Cristo!, eso no se hace nunca sino en sueños.

AUGUSTA.—Pero en el trastorno en que yo estuve anoche, trastorno de los sentidos y del alma toda, no sé... ¿No sabes tú que hay personas que dormidas andan y hablan, y repiten lo que les ha pasado recientemente?

FELIPA.—Sí, y a ésos llaman somnámbulos.

AUGUSTA.—Yo no me he tenido nunca por somnámbula. ¡Oh, no; imposible que este recuerdo amarguísimo sea recuerdo de un acto real! ¿Verdad que no? La impresión del hecho que llevo en mí es de pesadilla, de esas que a veces se quedan dentro de nosotros tan bien estampadas como los hechos positivos. Pero... todo podría ser. Anoche deliraba yo como un tifoideo, y tenía fiebre muy alta. Yo cerraba los ojos, y al abrirlos, de tiempo en tiempo, Tomás junto a mí, mirándome sin pestañear. Sus miradas me penetraban hasta el fondo del alma. No puedo asegurarte si le veía despierta o le veía dormida. ¿Hablé yo? ¿Me levanté y anduve? Conservo una idea vaga de haber sentido sus pasos alejándose hacia el despacho, a no sé qué hora de la noche. También ha quedado en mí una oscura reminiscencia de lo que me atormentó la idea de ser yo la "Peri", ese trasto, y de los esfuerzos que hice para no ser ella, sino quien soy. ¡Lucha espantosa entre un nombre y mi conciencia!... Pero nada puedo afirmar con certeza. No sé qué daría por disipar esta duda horrible, cerciorándome de que no hablé, de que no me vendí. *(Pasándose la mano por la frente.)* ¡Cómo está esta cabeza!

FELIPA.—*(Atisbando a la puerta.)* Me parece que el señor viene. *(Se levanta.)*

ESCENA XII

LAS MISMAS y OROZCO.

OROZCO.—*(A su mujer.)* Querida, aunque no es tarde, harías bien en irte a descansar. ¿Por qué no te acuestas?

AUGUSTA.—Espero a tener sueño. ¡He dormido tanto en este sofá!...

OROZCO.—La conversación no te conviene. *(Tomándole el pulso.)* Ni pizca de fiebre; pero la charla puede hacerte daño, y has picoteado bastante esta noche; primero con tu papá, después con Manolo Infante, ahora con Felipa.

AUGUSTA.—Hablar me distrae. Di: ¿se han ido todos ya?

OROZCO.—Todos. Como no estabas tú, la reunión, cansada de su propia insipidez, se ha disuelto temprano. Y ahora nos quedaremos solos, porque ésta se marchará también. Felipa, retírate, que algo tendrás que hacer en tu casa.

FELIPA.—*(Para sí, turbada.)* Parece que me echa. Sabe más que Merlín el señor este... Imposible que deje de... *(Alto.)* Con permiso...

AUGUSTA.—Felipa, quedamos en que mañana recogerás en casa de Sobrino veinticuatro varas, que con las diez y media que tienes...

FELIPA.—*(Oficiosamente.)* Ocho y po-

co más, señorita... Pues hacen treinta y dos.

AUGUSTA.—Eso es; pero antes de cortar me traes la batista para verla, porque si no es igual a la otra, la devolveremos.

FELIPA.—Bueno. ¿Me manda algo más?

AUGUSTA.—Que te des mucha prisa. ¡Ah! Y que no me olvides los visillos...

FELIPA.—Estamos en ellos. Buenas noches. Que ustedes descansen. *(Vase.)*

OROZCO.—Si no tienes sueño, pasa a mi despacho y hablaremos un ratito.

AUGUSTA.—Sí que pasaré. ¿Piensas velar?

OROZCO.—Es posible.

AUGUSTA.—*(Recelosa.)* ¿Tienes que hacer? ¡Qué afán de calentarte los cascos en cosas que no nos importan!

OROZCO.—Si nos importan o no, lo veremos... Allí te aguardo.

AUGUSTA.—Iré. *(Se incorpora.)*

ESCENA XIII

Despacho de Orozco. AUGUSTA, envuelta en su cachemira, se acomoda en una butaca, junto a la chimenea, muy cargada de lumbre; OROZCO, junto a la mesa, en la cual hay una lámpara encendida.

OROZCO.—Qué..., ¿tienes frío?

AUGUSTA.—Un poco; pero ya voy entrando en calor. *(Para sí.)* No sé por qué tiemblo. Su mirada me desconcierta.

OROZCO.—No es tarde. Si te encuentras bien, hablaremos un poco de asuntos que a entrambos nos interesan.

AUGUSTA.—¿Asuntos...? Tú siempre discurriendo empresas o aventuras humanitarias...

OROZCO.—*(Interrumpiéndola.)* No es eso...

AUGUSTA.—Vale más que te acuestes y descanses.

OROZCO.—*(Acercándose a ella.)* Descansaría si pudiera. Pero por mucho dominio que uno tenga sobre sí propio, por grande que sea nuestra energía para disciplinar las ideas, hay ocasiones, querida, en que las ideas ahogan la necesidad de reposo, y el sueño es imposible.

AUGUSTA.—*(Para sí, con espanto.)* Llegó el momento de las explicaciones. Estoy perdida. ¿Lo sabe o desea saberlo? *(Mirándole fijamente a los ojos.)* ¿Quién podrá descifrar el jeroglífico de ese rostro de mármol?

OROZCO.—*(Para sí, mirándola a su vez con atención profunda.)* ¿Será capaz de confesar? Me temo que no.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* No nos acobardemos. Me adelantaré gallardamente a sus preguntas. *(Alto.)* ¿Por qué me miras así? ¿Es que quieres decirme algo y no te atreves?

OROZCO.—Te observo temerosa, y esperaré a que te tranquilices.

AUGUSTA.—¡Temerosa yo! *(Para sí.)* Fingiré un valor que no tengo... Hasta para confesar lo necesitaría, pues si me rindo, conviéneme hacerlo con dignidad.

OROZCO.—Yo sé que eres valiente. No necesitas demostrármelo con palabras. Yo también lo soy, más que tú, mucho más, pues tengo ánimo suficiente para poner la verdad por encima de los afectos grandes y chicos, para reducir a la insignificancia las pasiones, cuando contradicen el sentimiento universal.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* Desvaría. El delirio humanitario se ha apoderado de él. Esto me envalentona. Veámosle venir.

OROZCO.—Yo había pensado educarte en estas ideas, iniciarte en un sistema de vida que empieza siendo espiritual y difícil, y acaba por ser fácil y práctico. Ahora no sé si debo insistir en mi propósito. Se me figura que no ha de gustarte esta creencia mía, adquirida en la soledad a fuerza de meditaciones y de magnas luchas.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* ¡Ay Dios mío, cómo se evapora el pensamiento de este hombre! Si me hablase en lenguaje humano, que moviera mi corazón y mi conciencia, me impresionaría; pero estas cosas tan etéreas no se han hecho para mí, amasada en barro pecador. *(Alto.)* Ya sé que eres un hombre sin segundo, al menos entre los que yo conozco. Has cultivado, a la calladita y sin que nadie se entere, la vida interior; has conseguido lo que parece imposible en la flaqueza humana, a saber: no tener pasiones, subirte a las alturas de tu conciencia eminente, y mirar desde allí los actos de tus semejantes, como el ir y venir de las hormigas; aislarte y no permitir que te afecte ninguna maldad, por muy próxima que la tengas. ¿Es esto así? ¿Te he comprendido bien? *(Orozco hace signos afirmativos con la cabeza.)* Y ¿quieres que

yo te acompañe en esa purificación? ¡Ay! Bien quisiera; pero no sé si podré. Soy muy terrestre; peso mucho, y cuando quiero remontarme, caigo y me estrello.

OROZCO.—La gravedad se disminuye limpiando el corazón de malos deseos, y el pensamiento de toda inclinación mala.

AUGUSTA.—¡Ay! Yo, limpio, limpio; pero se vuelven a ensuciar cuando menos lo pienso.

OROZCO.—Yo te enseñaré la manera de triunfar, si te confías a mí; pero por entero; confianza ciega, absoluta. Revélame todo lo que sientes, y después que yo lo sepa... hablaremos.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* ¡Confesar! Esto me aterra. Si él fuera más hombre y menos santo, tal vez...

OROZCO.—¿No contestas a lo que te digo? Descúbreme tu interior; pero con efusión completa.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* Lo sabe, y quiere arrancarme la confesión. ¿Cómo lo habrá sabido? ¿Se lo dije yo? Esta duda me vuelve loca. Tomemos la ofensiva. *(Alto.)* ¿Qué quieres que te descubra? ¿Sospechas de mí? Empieza por decirme en qué se funda tu suspicacia, y yo veré lo que debo contestarte.

OROZCO.—*(Con determinación.)* Inútiles y ridículos escarceos. Vale más que hablemos con claridad. Desde que apareció muerto Federico, tu nombre anda en lenguas de la gente. No necesito añadir más. Lo que haya de verdad en esto tú me lo has de decir. Si es falso, desmiéntelo; si no lo es, que yo lo sepa por ti misma. Esta ocasión es solemne, y en ella he de saber quién eres y lo que vales.

AUGUSTA.—*(Turbada.)* Pero ¿tú... crees...?

OROZCO.—Yo no creo ni dejo de creer nada. Espero a que tú hables.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* ¡Confesar!... ¡Antes morir!... ¡Siento un pavor!... *(Alto.)* Pues te diré: extraño mucho que des asentimiento a esas infamias.

OROZCO.—*(Flemáticamente.)* Luego es falso lo que se dice.

AUGUSTA.—¿Y lo dudas?

OROZCO.—No afirmo ni niego. Aplazo mi juicio, porque te veo cohibida por el temor, y te incito a sosegarte y reflexionar. Tiemblas. Tu cara es como la de un muerto.

AUGUSTA.—Estoy enferma.

OROZCO.—Enferma de susto. Tranquilízate; tómate el tiempo que quieras para pensarlo: es temprano. Estamos solos, y nadie nos molesta. Mira, yo me siento en esta butaca a leer un poco, y en tanto, tú recoges tu conciencia y decides, delante de ella, lo que debes responderme. *(Se sienta junto a la mesa en que está la luz, toma un libro y lee.)*

AUGUSTA.—*(Para sí, la cabeza inclinada sobre el pecho, y arrebujada en su abrigo.)* Lo sabe... Ese lenguaje claramente lo indica. ¡Qué actitud tan extraña la suya! Por grande que sea la serenidad de espíritu de un hombre, no la comprendo en grado tal. Imposible que su cerebro no sufra alguna alteración honda. La Humanidad, ni aun en los ejemplares más perfectos, puede ser así... Y, no obstante, ¿qué hay en esa actitud, que me causa una especie de alivio, y me inspira confianza? Todo esto, ¿será para oírme y perdonarme? Y pregunto yo: "¿Ese perdón vale? El perdón del que no siente, ¿es tal perdón? ¿Puede un alma consolarse con semejante indulgencia, venida de quien no participa de nuestras debilidades?" ¡Oh!, no; su santidad me hiela. Yo no confieso, no confesaré... ¡Y si tras esa mansedumbre rebulle el propósito de imponerme un castigo severo!... ¡Si en su sistema, para mí no bien comprensible, entra también el trámite de matarme!... ¡Ay, siento escalofrío mortal!... ¡No, no confieso!

OROZCO.—*(Apartando la vista del libro.)* ¿Piensas, Augusta, o es que te has quedado dormida?

AUGUSTA.—No duermo, no. Pensaba en esa tontería que me has dicho, en tu sospecha. ¿Quién te la sugirió? ¿Te habló alguien?

OROZCO.—Curiosidad por curiosidad, creo que la mía debe llevar la preferencia. Habla tú primero.

AUGUSTA.—Sin duda, algún amigo nuestro, de los que te tienen envidia y mala voluntad, o amiga mía chismosa y visionaria, te ha... *(Impaciente.)* ¿Por qué medio adquiriste esas ideas?

OROZCO.—*(Con ligera inflexión festiva.)* Por adivinación.

AUGUSTA.—No creo en las adivinaciones. *(Para sí.)* Virgen Santa, mis temores se confirman... Anoche, en aquel delirio estúpido, canté... ¡Si lo tengo bien presente!... ¡Si no se me ha borra-

do del cerebro la impresión de lo que hice y dije!... ¡Miserable de mí, vendida neciamente! Si ahora me obstino en negar... *(Alto, tragando saliva.)* Explícame ese misterio de las adivinaciones.

OROZCO.—Tú lo has dicho: misterio es de nuestra alma. Pero, en ese caso, el poder mío revelador ha tenido auxiliares.

AUGUSTA.—¿Alguien me acusó?

OROZCO.—Quizá.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* ¡Dios mío, sácame de esta incertidumbre, y separa en mi espíritu las acciones reales de las fingidas por el cerebro del enfermo! *(Rehaciéndose.)* ¡Oh! ¡No es posible que yo hablara; no puede ser! Me estoy atormentando con un recelo pueril, hijo del miedo. Animo..., y no confesar.

OROZCO.—*(Para sí, fingiendo leer.)* Esto sí que es difícil de extirpar. El desgarrón de este sentimiento, que me arranco para echarlo en el pozo de las miserias humanas, ¡cómo me duele! Al tirar, me llevo la mitad del alma, y temo que mi serenidad claudique. Si salgo triunfante de esta prueba, ya no temeré nada; dominaré el mundo, y nada terrestre me dominará. Pero ¡cómo me duele esta amputación! *(Mirando furtivamente a su mujer.)* Era el encanto de mi vida. Inferior a mí por su inconsistencia moral, su amor me daba horas felices, su compañía me era grata, y la idea de igualarla a mí, purificándola, me enorgullecía. La pierdo. Quizá será un bien esta viudez que me espera; quizá este lazo me ataba demasiado a las bajezas carnales... Me convendrá seguramente perder el único afecto que me ligaba al mundo. ¿Y si no lo perdiera?... Si con un acto de hermosa contrición se eleva hasta mí... *(Volviendo a fijar los ojos en el libro.)* ¡Ah! No tiene alma para nada grande. Si me confiesa la verdad, toda la verdad, la perdono y procuraré regenerarla.

AUGUSTA.—*(Para sí, sofocada y limpiándose el sudor de la frente.)* No sé qué siento en mí..., un prurito irresistible de referir cuanto me ha pasado, mi falta, mi pena inconsolable... Pero ¡si ya se lo revelé...! Sí; no tengo duda. Paréceme que viéndome estoy en el acto inconsciente de anoche; oigo mis propias palabras; me retumban aquí, como si ahora mismo las pronunciara. Todo lo canté bien claro... Y si lo sabe, ¿a qué me pregunta? ¿A qué humillarme con una segunda confesión?

OROZCO.—¿Has pensado, Augusta?

AUGUSTA.—No, no pienso. Todo está pensado ya. *(Para sí, con tenacidad.)* No confieso, no puedo, no quiero. Me falta valor. Siento en mi alma la expansión religiosa; pero el dogma frío y teórico de este hombre no me entra. Prefiero arrodillarme en el confesonario de cualquier iglesia... Y si despierta niego, después de haberme acusado delirando, ¿qué pensará de mí? Nadie es responsable de lo que dice en sueños... Pero los delirios suelen ser el espejo turbio y movible de la vida real... ¡Qué combate dentro de mí! No sé qué hacer ni por dónde escurrirme.

OROZCO.—¿Has examinado tu conciencia, Augusta?

AUGUSTA.—*(Sacando fuerzas de flaqueza.)* Déjame en paz. Mi conciencia no tiene nada que examinar.

OROZCO.—¿Estás tranquila? ¿No te acusas de ninguna acción contraria al honor, a las leyes divinas y humanas?

AUGUSTA.—*(Para sí.)* Me confieso a Dios, que ve mi pensamiento; a ti, no...

OROZCO.—¿Qué dices?

AUGUSTA.—No he dicho nada. *(Para sí, con brutal entereza.)* Me arriesgo a todo... Salga lo que saliere, negaré...

OROZCO.—¿Insistes en llamar disparatado y absurdo el rumor de que presenciaste la muerte violenta de Federico?

AUGUSTA.—*(Para sí, desconcertada.)* ¿Poseerá alguna prueba material?

OROZCO.—¿Callas?

AUGUSTA.—*(Enfrentándose.)* No, no callo... Es que me asombro de que creas semejante desatino. *(Para sí.)* Si tiene pruebas, que las tenga. Yo no me vuelvo atrás.

OROZCO.—¿De modo que lo niegas?

AUGUSTA.—Lo niego terminantemente.

OROZCO.—¿Y lo juras?

AUGUSTA.—¿A qué viene eso de jurar?... Si es preciso..., lo juro también.

OROZCO.—*(Para sí.)* Me engaña miserablemente. Peor para ella. Desgraciada, quédate en tu miseria y en tu pequeñez.

AUGUSTA.—No es propio de ti dar crédito a las invenciones de la gente maliciosa.

OROZCO.—*(Gravemente.)* Yo no anticipo juicio alguno. Me atengo a lo que tú declares.

AUGUSTA.—*(Para sí, recelosa.)* ¿Me crees? ¿Crees lo que digo?

OROZCO.—Sí... *(Se aparta de ella, y pasea por la habitación, mirando al suelo. Para sí.)* Me he quedado solo, solo como el que vive en un desierto.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* No me ha creído... ¡Y yo noto un vacío en mi alma!... Me siento divorciada, sola, como si viviera en un páramo.

OROZCO.—*(Para sí.)* Mi mujer ha muerto. Soy libre. Ningún cuidado me inquieta ya, si no es el de mi propia disciplina interior, hasta llegar a no sentir nada, nada más que la claridad del bien absoluto en mi conciencia.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* He mentido... Su virtud no me convence ni despierta emoción en mí. ¡Divorciados para siempre...! Si viera en él la expresión humana del dolor por la ofensa que le hice, yo no mentiría, y después de confesada la verdad, le pediría perdón. Ningún rayo celeste parte de su alma para penetrar en la mía. No hay simpatía espiritual. Su perfección, si lo es, no hace vibrar ningún sentimiento de los que viven en mí.

OROZCO.—*(Para sí.)* Pero ¡qué solo estoy! Murió el encanto de mi vida. ¿Flaqueará mi ánimo en esta crisis tremenda? La conmoción interior es grande. ¿Conseguiré dominarla, o me dejaré arrastrar de este impulso maligno que en mí nace, o, más bien, resucita, porque es resabio de mis dominadas pasiones de hombre? *(Detiénese detrás de Augusta, contemplándola. Ella no le ve.)* ¿Por qué no te impongo el castigo que mereces, malvada mujer? ¿Por qué no te...? *(Apretando los puños.)*

AUGUSTA.—*(Para sí, sobresaltada y recelosa, al sentirle parado detrás de ella.)* ¿Qué hacer? No me atrevo a moverme, ni a mirar siquiera para atrás. ¡Dios me ampare!

OROZCO.—*(Para sí, venciéndose con supremo esfuerzo.)* No, no te iguales a lo más miserable y rastrero de la Humanidad. Déjala...

AUGUSTA. — *(Volviéndose, aterrada.)* ¿Qué? ¿Qué hay?

OROZCO.—Nada, no he dicho nada. *(Para sí, paseando de nuevo.)* No, los brutales instintos no destruirán, en un instante de flaqueza, la serenidad que adquirí a fuerza de mutilar y mutilar pasiones y afectos miserables. Elévate, alma, otra vez, y mira de lejos estas bastardías liliputienses. Nada existe más innoble que los bramidos del macho celoso por la infidelidad de su hembra.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* Si en él viera yo el noble egoísmo del león que se enfurece y lucha por defender su hembra..., me sería fácil humillarme y pedirle perdón.

OROZCO.—*(Para sí.)* Animo, y adelante. Volvamos a esta vida externa, cuya estupidez me es necesaria, como la esterilidad glacial del yermo en que habito. Vivamos en esta aridez pedregosa, como si nada hubiera ocurrido. Despierto de un sueño en que sentí reverdecer mis amortiguadas pasiones, y vuelvo a mi rutina de fórmulas comunes, dentro de la cual fabrico, a solas conmigo, mi deliciosa vida espiritual. *(Alto y con resolución.)* Augusta.

AUGUSTA.—*(Volviéndose, sobresaltada.)* ¿Qué?

OROZCO.—¿Pero no te acuestas, hija? Es muy tarde.

AUGUSTA.—*(Para sí.)* El mismo acento de siempre. *(Alto.)* Sí, me acostaré. ¿Y tú?

OROZCO.—Yo también. Oye una cosa: mañana recuérdame que hay que comprar el regalo para Victoria Trujillo, cuya boda es el jueves.

AUGUSTA.—Es verdad. ¿Qué le compraremos?

OROZCO.—Lo que tú quieras. Tienes mejor gusto que yo para elegir cachivaches. ¡Ah! Otra cosa: si mañana estás bien, hemos de visitar a Clotilde Viera.

AUGUSTA.—¡Ah! Sí... Mañana estaré bien, y saldré; saldremos.

OROZCO.—Daremos una vuelta en coche por el Retiro y la Castellana. Te llevaré a que veas los cuadros que ha comprado últimamente tu papá.

AUGUSTA.—Bueno... *(Para sí.)* Como si tal cosa. El mismo hombre, el mismo, inalterable, marmóreo, glacial. ¿Qué significa esto? *(Alto.)* Francamente, no tengo muchas ganas de ver los cuadros que ha comprado papá, pues me dijo Malibrán que era cosa de muertos y santos en oración, flacos, sucios y amarillos. Todo eso me es antipático.

OROZCO.—Por cierto, que ayer estuve a punto de comprarte una imitación de Watteau muy linda... Pastorcillos, elegantes marquesas con cayado, mucho lazo en la frente y hombros, zapatito de ra-

so, y luego amorcillos jugando con las ovejas.

AUGUSTA.—¡Ay, eso me encanta! ¿Por qué no lo trajiste?

OROZCO.—Pensé consultar contigo la compra antes de hacerla; pero como estuviste mala, no quise molestarte.

AUGUSTA.—*(Que se levanta y tira del cordón de la campanilla.)* Pues no dudes que te agradezco de todas veras regalito tan de mi gusto. *(Mirándole fijamente y con alarma.)* ¿Qué significa esta indiferencia grave y hermosa que raya en lo sobrenatural? Esto no es grandeza de alma. Esto es...

OROZCO.—*(Para sí.)* Explayate, hombre, explayate en el páramo de la vida externa. Eso conforta.

AUGUSTA.—*(Para sí, cavilosa.)* Una nueva pena, una nueva inquietud. Será preciso consultar con los mejores especialistas en perturbaciones cerebrales. *(La Criada aparece en la puerta. Augusta se retira con ella.)*

ESCENA XIV

OROZCO, solo.

OROZCO.—¡Dominada la pavorosa crisis!... Pero andan por dentro de mí los jirones de la tempestad, y necesito dispersarlos, no sea que se junten y condensen de nuevo, y me pongan otra vez al borde del abismo de la tontería... Fuera locurillas impropias de mí. Los celos, ¡qué estupidez! Las veleidades, antojos o pasiones de una mujer, ¡qué necedad raquítica! ¿Es decoroso para el espíritu de un hombre afanarse por esto? No: elevar tales menudencias al foro de la conciencia universal es lo mismo que si, al ver una hormiga, dos hormigas o cuatro o cien, llevando a rastras un grano de cebada, fuéramos a dar parte a la Guardia Civil y al juez de primera instancia. No: conservemos nuestra calma frente a estas agitaciones microscópicas, para despreciarlas más hondamente. Figúrate que no existen para ti: muéstrate indiferente, y no hagas a la sociedad y a la opinión el inmerecido honor de darles a entender que te inquietas por ellas. Que nadie advierta en ti el menor cuidado, la menor pena por lo que ha ocurrido en tu casa. Para tus amigos serás el mismo de siempre. Que te juzgue cada cual como quiera, y tú sé para ti mismo lo que debes ser en ti, compenetrándote con el bien absoluto. *(Asómase a una ventana que da al patio de la casa.)* ¡Hermosa noche, tibia y serena, de las que ponen a Villalonga fuera de sí! ¡Cómo lucen las estrellas! ¡Qué diría esa inmensidad de mundos si fuesen a contarle que aquí, en el nuestro, un gusanillo insignificante llamado mujer quiso a un hombre en vez de querer a otro! Si el espacio infinito se pudiera reír, cómo se reiría de las bobadas que aquí nos revuelven y trastornan!... Pero para reírse de ellas era menester que las supiera, y el saberlas sólo le deshonraría. *(Abre los cristales y apoya los codos en el antepecho. En la pared opuesta del patio rectangular se ven las ventanas de la escalera de la casa.)* Da gusto respirar el aire libre: su frescura despeja la cabeza y sutiliza la imaginación... *(Pausa.)* Siéntome otra vez asaltado de la idea que ha sido mi suplicio ayer y hoy, la maldita representación del trágico suceso, y la manía de reconstruirlo con elementos lógicos. ¿Qué pasó, cómo fué, qué móviles lo determinaron? Me había propuesto expeler y dispersar estos pensamientos; pero no es fácil. Se apoderan de mi mente con despótico empuje, y tal es su fuerza plasmadora, que no dudo puedan convertirse en imágenes perceptibles, a poco que yo lo estimulara. *(Agitado.)* Debo recogerme y procurar el reposo. *(Cierra la ventana y se retira. Discurre por varias habitaciones de la casa, las unas oscuras, alumbradas las otras. Largo intermedio, al fin del cual vuelve a encontrarse Orozco, por efecto de una traslación inconsciente, en la ventana que da al patio.)* ¿Cómo es esto? ¿Todavía luz en la escalera? Y parece que entra alguien y sube. *(Fijándose en las ventanas de enfrente.)* Sí, una persona sube con paso lento, como fatigada. ¡Ya! Será Juan, que se retira después de haber cerrado el portal y apagado las luces. Pero ¡si el gas está encendido aún!... El tal sigue subiendo..., y es persona a quien creo conocer..., aunque no puedo asegurar quién sea. Juan se ha dormido, ¡qué posma!, y deja entrar a todo el que llega. *(Llamando.)* ¡Juan!... No me oye... Iré a ver qué intruso es éste. *(Se aparta de la ventana, atraviesa el despacho, luego el billar, y sale a la sala de tresillo.)* Pero ¿qué es

esto? ¿El salón también encendido? *(Sorprendido de ver luces en todas las estancias.)* Vamos, que... Saldremos por aquí a la antesala y a la escalera, a ver quién... a estas horas... *(Asómase a la puerta de la antesala, y retrocede después de una breve inspección.)* Nadie, nadie. Era mi idea, queriendo convertirse en imagen. *(Atraviesa el salón y la sala japonesa, pasa al gabinete próximo que comunica con el tocador y la alcoba conyugal, y al entrar en ésta siente pasos detrás de sí, vuélvese y ve una imagen subjetiva, representación fidelísima de persona viviente. La imagen viste de frac. Semblante triste y afectuoso.)*

OROZCO.—*(Levantando el cortinón de la puerta que da a la alcoba.)* ¡Ah! ¿Eres tú? Acabáramos... Yo decía: "Pero ¿quién sube a estas horas?" ¿Estaba Juan dormido cuando entraste?

IMAGEN.—Sí; todos duermen a estas horas; tú también.

OROZCO.—Yo, no. ¿No me ves en pie?

IMAGEN.—¡Qué has de estar en pie, hombre! Por cierto que tienes una postura molestísima. ¿Negarás que te duelen el brazo derecho y el cuello?

OROZCO.—Sí que me duelen.

IMAGEN.—Ponte de otra manera y respirarás más fácilmente. ¿Por qué no duermes tranquilo? ¡Pobre cerebro, atormentado noche y día por las fórmulas algebraicas de la conciencia universal! Si no te calentaras los cascos dormido y despierto, no vendría yo a molestarte.

OROZCO.—No me molestas. Pasa aquí. *(Entran en la alcoba.)*

IMAGEN.—Se me ocurrió venir porque pensabas en mí más de lo que yo merezco, reproduciendo en tu mente mi persona y mis actos con una fuerza tal, que hacías vibrar mis inertes huesos. En medio de tus extraordinarias perfecciones tuviste flaquezas impropias de un hombre de tu altura moral; reconstruiste, al par de la terrible escena de mi muerte, las escenas amorosas que la precedieron.

OROZCO.—*(Con tristeza.)* Es verdad: ayer y hoy, a pesar de mis esfuerzos por encastillarme en un vivir superior, no he podido menos de ser a ratos tan hombre como cualquiera. Pensé mucho en ti y en ella. Y tú me dirás: "¿Cómo has llegado a conocer la verdad de mi desastrosa muerte?" Te contestaré que he pasado rápidamente de la presunción a la certidumbre.

IMAGEN.—¿Te lo ha dicho ésa?

OROZCO.—Anoche, calenturienta y trastornada, articuló delante de mí palabras ininteligibles. Pero no vendió su secreto. Esta noche, despierta y en posesión de su juicio, no ha tenido grandeza de alma para confesarme la verdad. La muy tonta se ha perdido mi perdón, que es bastante perder, y la probabilidad de regenerarse.

IMAGEN.—*(Acercándose al lecho de Augusta y contemplándola dormida.)* Duerme como tú, intranquila, y también me trae a su lado.

OROZCO.—Pero ¿la ves a ella? Yo creí que me veías a mí sólo, como hechura mía que eres. Y te equivocas al pensar que duermo. Ni siquiera estoy en el lecho; me veo en pie, como tú, vestido; aún no me he quitado el frac. Acércate acá. ¿Qué haces ahí mirando a mi mujer? ¿No la has visto bastante? Es una falta de atención que me dejes con la palabra en la boca, habiendo venido a visitarme... Pero qué, ¿te vas? *(Se pasa la mano por los ojos.)*

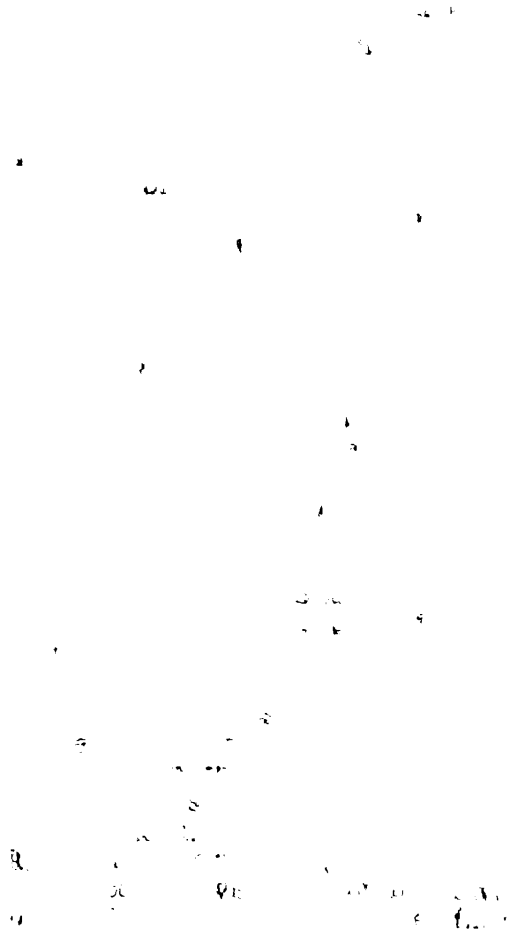
IMAGEN.—No; aquí me tienes. Te toco para que no dudes de mi presencia.

OROZCO.—*(Cogiéndole una mano.)* No he concluído de contarte cómo se determinó en mí el conocimiento de esa triste verdad. El rumor público acerca de la culpabilidad de Augusta fué principio y fundamento de mis presunciones. Oí todas las hablillas, y de su variedad y garrulería saqué la certidumbre de que esa desdichada te amó y de que tú la amaste. Completaron mi conocimiento diversos accidentes: las visitas de Felipa, algo que advertí en la cara de ésta, la turbación de Augusta, la rozadura de su mano y un no sé qué, un misterioso sentido testifical notado en la luz de sus ojos, en el eco de su voz y hasta en el calor de su aliento. Ahora, respecto a tu muerte, nada concreto sé. No puedo decir que poseo la verdad; pero tengo una idea, interpretación propiamente mía, hija de mi perspicacia y de mi estudio de la conciencia universal e individual. Esta interpretación atrevida no concuerda con ninguna de las versiones vulgares patrocinadas por los comentaristas del ruidoso y sangriento caso; es mía exclusivamente y voy a comunicártela. *(La imagen se sienta al borde del lecho en*

que yace Orozco y se inclina sobre éste.) Pero no peses tanto sobre mí. Me sofocas, me oprimes, no me dejas respirar... Oye lo que pienso de tu muerte... ¡Ay! Por Dios, no te apoyes en mi pecho. La más grande montaña del mundo no pesa lo que tú... Pues mi opinión es que moriste por estímulos del honor y de la conciencia; te arrancaste la vida porque se te hizo imposible colocada entre mi generosidad y mi deshonra. Has tenido flaquezas, has cometido faltas enormes; pero la estrella del bien resplandece en tu alma. Eres de los míos. Tu muerte es un signo de grandeza moral. Te admiro y quiero que seas mi amigo en esta región de paz en que nos encontramos. Abracémonos. *(Se abrazan.)*

Madrid. julio de 1889.

FIN DE
"REALIDAD"



LAS NOVELAS DE TORQUEMADA

NOTA PRELIMINAR

Si de los centenares de criaturas nacidos del numen prodigioso de Galdós tuviéramos que seleccionar una docena entre los más sugestivos, firmes y palpitantes, sin duda alguna, Torquemada iría en ella. Con Angel Guerra y Leré, con Fortunata y Guillermina Pacheco, con el amigo Manso y con la de Bringas, con Benina, con León de Albrit, con Gloria, con Doña Perfecta, con Federico Viera... Tipo grandioso el del usurero Torquemada. Tan grande como cualquiera de los grandes avaros que el genio literario ha regalado a la Humanidad para su asombro y ejemplarización. No un avaro monstruoso como el Grandet de Balzac. Ni un avaro grotesco como el Harpagón de Molière. Ni un avaro con perversidad mítica como el Shylock de Shakespeare. Estos tres tipos son inhumanos. Ni la inteligencia ni la sensibilidad humanas se les acercan sino para despreciarlos... sin comprenderlos. Torquemada es un avaro terriblemente humano. A la buida inspección de una crítica inexorable presenta las fallas que merman su significación simbólica. Fallas de calidad humana. Defectos, si se prefiere. O virtudes, acaso. Cosas, al cabo, de hombres. Torquemada no es un símbolo, como Shylock, como Harpagón, como Grandet. Torquemada está vaciado imperfectamente en un molde perfecto. Por ello lo que pierde en simbolismo lo gana en autenticidad personal. Torquemada tiene todas las características del avaro tipo: sordidez, meticulosidad, crueldad, malos modos. Y hasta el pergeño físico clásico: perilla amarillenta, el bigote más negro que blanco, el color bilioso, los ojos negros, penetrantes y fríos; los modales entre hipócritas y afeminados, la calva despoblada y limpia, y todo él craso, resbaladizo, repulsivo. Viste prendas viejas y pardas, moteadas por la caspa y salpicadas por los lamparones. Vive en una casa viejísima, de corredor, en la calle de San Blas, con vuelta a la de la Leche, entre mil cachivaches roñosos. Sin embargo...

Por mucho ingenio que ponga el genio literario en caracterizar a sus criaturas, si no logra transformarlas en símbolos, las criaturas, por muchas vueltas que se les den y muchos perendengues maravillosos que se les apliquen, acabarán por delatar su contextura. Cuál más, cuál menos. ¿Es ello un defecto, una defección? En modo alguno. Es, precisamente, el logro más inesperado del autor. ¿No deseaba parir seres de carne y hueso, de nervios y de alma? Pues ¿qué mayor éxito que parirlos y tan humanamente humanos, que les es imposible faltar en todos los grados a su humanidad y en todos los sentidos a su humanismo? Quién menos, quién más de ellos, responderán implacablemente a los infinitos requerimientos que cada día hacen los sucesos y las cosas al ser humano. Así, Torquemada, que iba—quizá—para símbolo, se quedó nada menos que en hombre. Es cruel. Es sórdido. Es repulsivo. Pero ¡tiene flaquezas! Pero ¡tiene sensibleria! Le gusta la familia. Gasta con cierta esplendidez cuando es menester. ¡Si hasta ama! Amó a su primera esposa. Amó a su hijito Valentín. Fué capaz de iniciar un apasionamiento religioso en momentos de angustia, cuando uno a uno le fallaban los recursos humanos. ¡Si hasta es capaz de amar! ¿Ca-

be síntoma mejor de su humanidad absoluta?

Ni en Grandet ni en Harpagón ni en Shylock se encontrarán tales flaquezas. Son avaros de una pieza. Las más felices espadas de ataque jamás pincharán en carne viva dirigidas contra ellos. Apenas si la idea de morir—reacción humana hasta en los dioses—les hará parecer menos odiosos, menos inhumanos.

Desde muchos años antes de escribir Torquemada en la hoguera—primera de las cuatro novelas que dedica a este personaje—ya se delató Galdós encariñado con él. A Torquemada ya le entrevimos en El doctor Centeno, bajo la humilde capa de prestamista que cultiva la amistad de los estudiantes, siempre apurados y exhaustos de recursos monetarios; más tarde, con un mayor empaque él en sus artes industriosas, le tropezamos en La de Bringas; después, en Fortunata y Jacinta, le vemos como especulador ya cuajado, seguro de su instinto y de sus recursos. Y como todo llega en este mundo, le llegó a Torquemada la ocasión de presentarse en primera fila, protagonista, y con tal fuerza vital, que en nada desmerece de los demás protagonistas que mayor la tengan en la gloriosa estirpe galdoniana. Torquemada se presenta ante las candilejas como debe presentarse: hosco y torvo, un tanto encogido y bastante recogido, como parapetado en algo que le aisle de cualquier respingo de rabia colectiva. Torquemada se presenta a desempeñar lo mejor que siente su papel odioso. Trata de hacerse antipático. Susurra. Murmura. Gruñe. Malhabla. Maldice. Cierra el ceño y los puños. Enverdece. La voz se le llena de aristas y le suena a cristales hechos añicos. Hace y dice lo que dijeron e hicieron las voces y los gestos de los mitos. Harpagón, Shylock, Grandet, se comportaron así. Ni más ni menos. Sin embargo... ¿Por qué el espectador reacciona en sentido favorable a Torquemada? Y conste que al principio fué odioso. He afirmado yo, comentando la ternura pía que Velázquez logró contagiar a sus monstruos palaciegos, que una sensación y un sentimiento de legítima humanidad bastan a disputar mil errores, a dispensar mil gracias. Lo legítimamente humano es sugestivo y hermoso. Solamente cuando nos hacemos inhumanos perdemos todo el derecho a la eximente y a la piedad. Pues bien: Torquemada—sin pensarlo él, sin quererlo él—se delata hombre ante las candilejas. No es un símbolo, como Shylock. No es una caricatura, como Harpagón. No es un monstruo, como Grandet. Es, sencillamente, no un avaro tipo, sino un practicante de la avaricia. La practica bastante bien, justo es proclamarlo. Pero ¡tanto y tanto le queda por aprender en su aprendizaje, que jamás será maestría! El espectador, en mil detalles, va sorprendiendo su humanidad. Y, claro está, le va perdonando, le va disculpando, se le va amistando, mientras dice para su capote lo que en voz alta de estímulo le dice la admirable Cruz del Aguila a su bella hermana Fidela para que cierre los ojos y se lance al abismo matrimonial con Torquemada... ¡Si Torquemada es de carne y hueso y, por ende, susceptible de cambio y mejora! ¡Si Torquemada acaba por ablandarse a la lágrima hecha perennidad de gotera sobre lo que parecía roca! ¡Si las aristas de Torquemada admiten el cepillo! ¡Si Torquemada se muestra deseoso—con pulso y medida, eso sí—de tirar para caballero, incluso con el título de marqués de San Eloy! ¡Si Torquemada nada anhela tanto como cambiar su título repelente de prestamista por el atrayente de financiero! ¡Si Torquemada añora a todas horas la paz del hogar y la travesura de los hijos! Los avaros tipos sienten una repulsión invencible a recordar su pasado. Tienen fija la mirada de rapaces volantones en lo venidero. Por el contrario, Torquemada goza lo indecible echando la vista hacia atrás. Recordar cuando, el año de la Gloriosa, compró la casucha de corredor de la calle de San Blas, con vuelta a la de la Leche. Recordar entre 1851 y 1868, los terribles años de aprendizaje, mal trajeado, en relación con avecillas de poca pluma: estudiantes, paletos de los pueblos aledaños, poetas troneras con Mecenas perdis, gentes de covachuela oficial, damas del quiero y no puedo, siempre en lucha con los ocho mil reales del presupuesto. Recordar, allá por los alrededores del 70, cierto gozado bienestar, tanto en su casa como en su personal arreo, el parecerse ya más personaje que persona, el advertir en sí los alientos propios de su capacidad social y financiera. Re-

cordar, hacia el 73, que ya se notaba orondo, propietario y rentista, y cómo se le venían a las manos los negocios, los amigos más útiles y explotables. Y recordar, mejor que nada, traza y estilo de su indudable vocación, cómo la vanidad no le cegó nunca; como él, hombre de contextura homogénea, dura y compacta, no incurrió jamás en la memez de estirar el pie más del largo de la sábana; cómo él, carácter, mejor que características, supo resistir a todas las mudanzas formales impuestas por los tiempos. Comprendía muy bien Torquemada que si no era él un avaro tipo, por sobrarle calidades humanas, al menos no perdía con los años su parte perfectamente definida de avaricia; que al pulirla la valorizaba.

El acierto definitivo de Galdós estriba aquí precisamente: en haber sabido crear un avaro que, siéndolo lo más, hasta el límite de lo humano, *no haya perdido su tanto de humanidad, en lo que tiene ésta de tierna, de pía, de sociable, más o menos halladas tales virtudes a flor de piel o cavando algunos codos. En Torquemada, cavando bastante...*

TORQUEMADA EN LA HOGUERA

(1889)

I

Voy a contar cómo fué al quemadero el inhumano que tantas vidas infelices consumió en llamas; que a unos les traspasó los hígados con un hierro candente; a otros les puso en cazuela bien mechados, y a los demás los achicharró por partes, a fuego lento, con rebuscada y metódica saña. Voy a contar cómo vino el fiero sayón a ser víctima; cómo los odios que provocó se le volvieron lástima, y las nubes de maldiciones arrojaron sobre él lluvia de piedad; caso patético, caso muy ejemplar, señores, digno de contarse para enseñanza de todos, aviso de condenados y escarmiento de inquisidores.

Mis amigos conocen ya, por lo que de él se me antojó referirles, a don Francisco Torquemada, a quien algunos historiadores inéditos de estos tiempos llaman *Torquemada el Peor*. ¡Ay de mis buenos lectores si conocen al implacable fogonero de vidas y haciendas por tratos de otra clase, no tan sin malicia, no tan desinteresados como estas inocentes relaciones entre narrador y lector! Porque si han tenido algo que ver con él en cosa de más cuenta; si le han ido a pedir socorro en las patalетas de la agonía pecuniaria, más les valiera encomendarse a Dios y dejarse morir. Es Torquemada el habilitado de aquel infierno en que fenecen desnudos y fritos los deudores; hombres de más necesidades que posibles; empleados con más hijos que sueldo; otros ávidos de la nómina tras larga cesantía; militares trasladados de residencia, con familión y suegra por añadidura; personajes de flaco espíritu, poseedores de un buen destino, pero con la carcoma de una mujercita que da tés y empeña el verbo para comprar las pastas; viudas lloronas que cobran el Montepío civil o militar y se ven en mil apuros; sujetos diversos que no aciertan a resolver el problema aritmético en que se funda la existencia social, y otros muy perdidos, muy faltones, muy destornillados de cabeza o rasos de moral, tramposos y embusteros.

Pues todos éstos, el bueno y el malo, el desgraciado y el pillo, cada uno por su arte propio, pero siempre con su sangre y sus huesos, le amasaron al sucio de Torquemada una fortunita que ya la quisieran muchos que se dan lustre en Madrid, muy estirados de guantes, estrenando ropa en todas las estaciones y preguntando como quien no pregunta nada: "Diga usted, ¿a cómo han quedado hoy los fondos?"

El año de la revolución compró Torquemada una casa de corredor en la calle de San Blas, con vuelta a la de la Leche; finca bien aprovechada, con veinticuatro habitacioncitas, que daban, descontando insolvencias inevitables, reparaciones, contribución, etc., una renta de mil trescientos reales al mes, equivalente a un siete o siete y medio por ciento del capital. Todos los domingos se personaba en ella mi don Francisco para hacer la cobranza, los recibos en una mano, en otra el bastón con puño de asta de ciervo, y los pobres inquilinos que tenían la desgracia de no poder ser puntuales andaban desde el sábado por la tarde con el estómago descompuesto, porque la adusta cara, el carácter férreo del propietario, no concordaban con la idea que tenemos del día de fiesta, del día del Señor, todo descanso y alegría. El año de la Restauración ya había dupli-

cado Torquemada la pella con que le cogió la *Gloriosa*, y el radical cambio político proporcionóle bonitos préstamos y anticipos. Situación nueva, nómina fresca, pagas saneadas, negocio limpio. Los gobernadores flamantes que tenían que hacerse ropa, los funcionarios diversos que salían de la oscuridad famélicos le hicieron un buen agosto. Toda la época de los conservadores fué regularcita, como que éstos le daban juego con las esplendideces propias de la dominación, y los liberales también, con sus ansias y necesidades no satisfechas. Al entrar en el Gobierno, en 1881, los que tanto tiempo estuvieron sin catarlo, otra vez Torquemada en alza: préstamos de lo fino, adelantos de lo gordo, y vamos viviendo. Total, que ya le estaba echando el ojo a otra casa, no de corredor, sino de buena vecindad, casi nueva, bien acondicionada para inquilinos modestos, y que si no rentaba más que un tres y medio a todo tirar, en cambio su administración y cobranza no darían las jaquecas de la cansada finca dominguera.

Todo iba como una seda para aquella feroz hormiga, cuando de súbito le afligió el cielo con tremenda desgracia: se murió su mujer. Perdónenme mis lectores si les doy la noticia sin la preparación conveniente, pues sé que apreciaban a doña Silvia, como la apreciábamos todos los que tuvimos el honor de tratarla y conocíamos sus excelentes prendas y circunstancias. Falleció de cólico miserere, y he de decir, en aplauso a Torquemada, que no se omitió gasto de médico y botica para salvarle la vida a la pobre señora. Esta pérdida fué un golpe cruel para don Francisco, pues habiendo vivido el matrimonio en santa y laboriosa paz durante más de cuatro lustros, los caracteres de ambos cónyuges se habían compenetrado de un modo perfecto, llegando a ser ella otro él, y él como cifra y refundición de ambos. Doña Silvia no sólo gobernaba la casa con magistral economía, sino que asesoraba a su pariente en los negocios difíciles, auxiliándole con sus luces y su experiencia para el préstamo. Ella defendiendo el céntimo en casa para que no se fuera a la calle, y él barriendo para adentro a fin de traer todo lo que pasara, formaron un matrimonio sin desperdicio, pareja que podría servir de modelo a cuantas hormigas hay debajo de la tierra y encima de ella.

Estuvo Torquemada el *Peor* los primeros días de su viudez sin saber lo que le pasaba, dudando que pudiera sobrevivir a su cara mitad. Púsose más amarillo de lo que comúnmente estaba, y le salieron algunas canas en el pelo y en la perilla. Pero el tiempo cumplió, como suele cumplir siempre, endulzando lo amargo, limando con insensible diente las asperezas de la vida, y aunque el recuerdo de su esposa no se extinguió en el alma del usurero, el dolor hubo de calmarse; los días fueron perdiendo lentamente su fúnebre tristeza; despejóse el sol del alma, iluminando de nuevo las variadas combinaciones numéricas que en ella había; los negocios distrajeron al aburrido negociante, y a los dos años, Torquemada parecía consolado; pero, entiéndase bien y repítase en honor suyo, sin malditas ganas de volver a casarse.

Dos hijos le quedaron: Rufinita, cuyo nombre no es nuevo para mis amigos, y Valentinito, que ahora sale por primera vez. Entre la edad de uno y otro hallamos diez años de diferencia, pues a mi doña Silvia se le malograron más o menos prematuramente todas las crías intermedias, quedándole sólo la primera y la última. En la época en que cae lo que voy a referir, Rufinita había cumplido los veintidós, y Valentín andaba al ras de los doce. Y para que se vea la buena estrella de aquel animal de don Francisco, sus dos hijos eran, cada cual por su estilo, verdaderas joyas o como bendiciones de Dios que llovían sobre él para consolarle en su soledad. Rufina había sacado todas las capacidades domésticas de su madre, y gobernaba el hogar casi tan bien como ella. Claro que no tenía el alto tino de los negocios, ni la consumada trastienda, ni el golpe de vista, ni otras aptitudes entre molares y olfativas de aquella insigne matrona; pero en formalidad, en modesta compostura y buen parecer, ninguna chica de su edad le echaba el pie adelante. No era presumida, ni tampoco descuidada en su persona; no se la podía tachar de desenvuelta, ni tampoco de huraña. Coqueterías, jamás en ella se conocieron. Un solo novio tuvo desde la edad en que apunta el querer hasta los días en que la presento, el cual, después de mucho rondar y suspiretear, mostrando por mil me-

dios la rectitud de sus fines, fué admitido en la casa en los últimos tiempos de doña Silvia, y siguió después, con asentimiento del papá, en la misma honrada y amorosa costumbre. Era un *chico de Medicina,* chico en toda la extensión de la palabra, pues levantaba del suelo lo menos que puede levantar un hombre; estudiosillo, inocente, bonísimo y manchego por más señas. Desde el cuarto año empezaron aquellas castas relaciones, y en los días de este relato, concluída ya la carrera y lanzado Quevedito (que así se llamaba) a la práctica de la facultad, tocaban ya a casarse. Satisfecho el *Peor* de la elección de la niña, alababa su discreción, su desprecio de vanas apariencias para atender sólo a lo sólido y práctico.

Pues digo, si de Rufina volvemos los ojos al tierno vástago de Torquemada, encontraremos mejor explicación de la vanidad que le infundía su prole, porque (lo digo sinceramente) no he conocido criatura más mona que aquel Valentín, ni preciosidad tan extraordinaria como la suya. ¡Cosa tan rara! No obstante el parecido con su antipático papá, era el chiquillo guapísimo, con tal expresión de inteligencia en aquella cara, que se quedaba uno embobado mirándole; con tales encantos en su persona y carácter, y rasgos de conducta tan superiores a su edad, que verle, hablarle y quererle vivamente era todo uno. ¡Y qué hechicera gravedad la suya, no incompatible con la inquietud propia de la infancia! ¡Qué gracia mezclada de no sé qué aplomo inexplicable a sus años! ¡Qué rayo divino en sus ojos algunas veces, y otras qué misteriosa y dulce tristeza! Espigadillo de cuerpo, tenía las piernas delgadas, pero de buena forma; la cabeza, más grande de lo regular, con alguna deformidad en el cráneo. En cuanto a su aptitud para el estudio llamémosla verdadero prodigio, asombro de la escuela y orgullo y gala de los maestros. De esto hablaré más adelante. Sólo he de afirmar ahora que el *Peor* no merecía tal joya, ¡qué había de merecerla!, y que si fuese hombre capaz de alabar a Dios por los bienes con que le agraciaba, motivos tenía el muy tuno para estarse, como Moisés, tantísimas horas con los brazos levantados al cielo. No los levantaba, porque sabía que del cielo no había de caerle ninguna breva de las que a él le gustaban.

II

Vamos a otra cosa. Torquemada no era de esos usureros que se pasan la vida multiplicando caudales por el gustazo platónico de poseerlos, que viven sórdidamente para no gastarlos y al morirse quisieran, o bien llevárselos consigo a la tierra, o esconderlos donde alma viviente no los pueda encontrar. No; don Francisco habría sido así en otra época; pero no pudo eximirse de la influencia de esta segunda mitad del siglo XIX, que casi ha hecho una religión de las materialidades decorosas de la existencia. Aquellos avaros de antiguo cuño, que afanaban riquezas y vivían como mendigos y se morían como perros en un camastro lleno de pulgas y de billetes de Banco metidos entre la paja, eran los místicos o metafísicos de la usura; su egoísmo se sutilizaba en la idea pura del negocio; adoraban la santísima, la inefable cantidad, sacrificando a ella su material existencia, las necesidades del cuerpo y de la vida, como el místico lo pospone todo a la absorbente idea de salvarse. Viviendo el *Peor* en una época que arranca de la desamortización, sufrió, sin comprenderlo, la metamorfosis que ha desnaturalizado la usura metafísica, convirtiéndolo en positivista, y si bien es cierto, como lo acredita la Historia, que desde el 51 al 68, su verdadera época de aprendizaje, andaba muy mal trajeado y con afectación de pobreza, la cara y las manos sin lavar, rascándose a cada instante en brazos y piernas, cual si llevase miseria; el sombrero con grasa, la capa deshilachada; si bien consta también en las crónicas de la vecindad que en su casa se comía de vigilia casi todo el año y que la señora salía a sus negocios con una toquilla agujereada y unas botas viejas de su marido, no es menos cierto que alrededor del 70 la casa estaba ya en otro pie; que mi doña Silvia se ponía muy maja en ciertos días; que don Francisco se mudaba de camisa más de una vez por quincena; que en la comida había menos carnero que vaca y los domingos se añadía al cocido un despojito de gallina; que aquello de judías a todo pasto y algunos días pan seco y salchi-

cha cruda fué pasando a la historia; que el estofado de contra apareció en determinadas fechas por las noches, y también pescados, sobre todo en tiempo de blandura, que iban baratos; que se iniciaron en aquella mesa las chuletas de ternera y la cabeza de cerdo, salada en casa por el propio Torquemada, el cual era un famoso salador; que, en suma y para no cansar, la familia toda empezaba a tratarse como Dios manda.

Pues en los últimos años de doña Silvia, la transformación acentuóse más. Por aquella época cató la familia los colchones de muelles; Torquemada empezó a usar chistera de cincuenta reales; disfrutaba dos capas, una muy buena, con embozos colorados; los hijos iban bien apañaditos; Rufina tenía un lavabo de los de mírame y no me toques, con jofaina y jarro de cristal azul, que no se usaba nunca por no estropearlo; doña Silvia se engalanó con un abrigo de pieles que parecían de conejo, y dejaba bizca a toda la calle de Tudescos y callejón del Perro cuando salía con la *visita* guarnecida de abalorio; en fin, que pasito a paso y a codazo limpio, se habían ido metiendo en la clase media, en nuestra bonachona clase media, toda necesidades y pretensiones, y que crece tanto, tanto, ¡ay dolor!, que nos estamos quedando sin pueblo.

Pues, señor, revienta doña Silvia, y empuñadas por Rufina las riendas del gobierno de la casa, la metamorfosis se marca mucho más. A reinados nuevos, principios nuevos. Comparando lo pequeño con lo grande y lo privado con lo público, diré que aquello se me parecía a la entrada de los liberales, con su poquito de sentido revolucionario en lo que hacen y dicen. Torquemada representaba la idea conservadora; pero transigía, ¡pues no había de transigir!, doblegándose a la lógica de los tiempos. Apechugó con la camisa limpia cada media semana; con el abandono de la capa número dos para de día, relegándola al servicio nocturno; con el destierro absoluto del hongo número tres, que no podía ya con más sebo; aceptó, sin viva protesta, la renovación de manteles entre semana, el vino a pasto, el cordero con guisantes (en su tiempo), los pescados finos en Cuaresma y el pavo en Navidad; toleró la vajilla nueva para ciertos días; el chaquet con trencilla, que en él era un refinamiento de etiqueta, y no tuvo nada que decir de las modestas galas de Rufina y de su hermanito, ni de la alfombra del gabinete, ni de otros muchos progresos que se fueron metiendo en la casa a modo de contrabando.

Y vió muy pronto don Francisco que aquellas novedades eran buenas y que su hija tenía mucho talento, porque..., vamos, parecía cosa del otro jueves...; echábase mi hombre a la calle y se sentía, con la buena ropa, más persona que antes; hasta le salían mejores negocios, más amigos útiles y explotables. Pisaba más fuerte, tosía más recio, hablaba más alto y atrevíase a levantar el gallo en la tertulia del café, notándose con bríos para sustentar una opinión cualquiera, cuando antes, por efecto, sin duda, del mal pelaje y de su rutinaria afectación de pobreza, siempre era de la opinión de los demás. Poco a poco llegó a advertir en sí los alientos propios de su capacidad social y financiera; se tocaba, y el sonido le advertía que era propietario y rentista. Pero la vanidad no le cegó nunca. Hombre de composición homogénea, compacta y dura, no podía incurrir en la tontería de estirar el pie más del largo de la sábana. En su carácter había algo resistente a las mudanzas de formas impuestas por la época, y así como no varió nunca su manera de hablar, tampoco ciertas ideas y prácticas del oficio se modificaron. Prevaleció el amaneramiento de decir siempre que los tiempos eran muy malos, pero muy malos; el lamentarse de la desproporción entre sus miseras ganancias y su mucho trabajar; subsistió aquella melosidad de dicción y aquella costumbre de preguntar por la familia siempre que saludaba a alguien, y el decir que no andaba bien de salud, haciendo un mohín de hastío de la vida. Tenía ya la perilla amarillenta, el bigote más negro que blanco, ambos adornos de la cara tan recortaditos, que antes parecían pegados que nacidos allí. Fuera de la ropa, mejorada en calidad, si no en la manera de llevarla, era el mismo que conocimos en casa de doña Lupe *la de los Pavos*; en su cara la propia confusión extraña de lo militar y lo eclesiástico, el color bilioso, los ojos negros y algo soñadores, el gesto y los modales expresando lo mismo afeminación que hipo-

cresía, la calva más despoblada y más limpia, y todo él craso, resbaladizo y repulsivo, muy pronto siempre cuando se le saludaba a dar la mano, por cierto bastante sudada.

De la precoz inteligencia de Valentinito estaba tan orgulloso, que no cabía en su pellejo. A medida que el chico avanzaba en sus estudios, don Francisco sentía crecer el amor paterno, hasta llegar a la ciega pasión. En honor del tacaño, debe decirse que, si se conceptuaba reproducido físicamente en aquel pedazo de su propia naturaleza, sentía la superioridad del hijo, y por esto se congratulaba más de haberle dado el ser. Porque Valentinito era el prodigio de los prodigios, un jirón excelso de la divinidad caído en la tierra. Y Torquemada, pensando en el porvenir, en lo que su hijo había de ser, si viviera, no se conceptuaba digno de haberlo engendrado, y sentía ante él la ingénita cortedad de lo que es materia frente a lo que es espíritu.

En lo que digo de las inauditas dotes intelectuales de aquella criatura no se crea que hay la más mínima exageración. Afirmo con toda ingenuidad que el chico era de lo más estupendo que se puede ver, y que se presentó en el campo de la enseñanza como esos extraordinarios ingenios que nacen de tarde en tarde destinados a abrir nuevos caminos a la humanidad. A más de la inteligencia, que en edad temprana despuntaba en él como aurora de un día espléndido, poseía todos los encantos de la infancia: dulzura, gracejo y amabilidad. El chiquillo, en suma, enamoraba, y no es de extrañar que don Francisco y su hija estuvieran loquitos con él. Pasados los primeros años, no fué preciso castigarle nunca, ni aun siquiera reprenderle. Aprendió a leer por arte milagroso, en pocos días, como si lo trajera sabido ya del claustro materno. A los cinco años sabía muchas cosas que otros chicos aprenden difícilmente a los doce. Un día me hablaron de él dos profesores amigos míos que tienen colegio de primera y segunda enseñanza, llevároníme a verle y me quedé asombrado. Jamás vi precocidad semejante ni un apuntar de inteligencia tan maravilloso. Porque si algunas respuestas las endilgó de tarabilla, demostrando el vigor y riqueza de su memoria, en el tono con que decía otras se echaba de ver cómo comprendía y apreciaba el sentido.

La Gramática la sabía de carretilla; pero la Geografía la dominaba como un hombre. Fuera del terreno escolar, pasmaba ver la seguridad de sus respuestas y observaciones, sin asomos de arrogancia pueril. Tímido y discreto, no parecía comprender que hubiese mérito en las habilidades que lucía, y se asombraba de que se las ponderasen y aplaudiesen tanto. Contáronme que en su casa daba muy poco que hacer. Estudiaba las lecciones con tal rapidez y facilidad, que le sobraba tiempo para sus juegos, siempre muy sosos e inocentes. No le hablaran a él de bajar a la calle para enredar con los chiquillos de la vecindad. Sus travesuras eran pacíficas, y consistieron, hasta los cinco años, en llenar de monigotes y letras el papel de las habitaciones o arrancarle algun cacho; en echar desde el balcón a la calle una cuerda muy larga, con la tapa de una cafetera, arriándola hasta tocar el sombrero de un transeúnte y recogiéndola después a toda prisa. A obediente y humilde no le ganaba ningún niño, y por tener todas las perfecciones, hasta maltrataba la ropa lo menos que maltratarse puede.

Pero sus inauditas facultades no se habían mostrado todavía; iniciáronse cuando estudió la Aritmética, y se revelaron más adelante en la segunda enseñanza. Ya desde sus primeros años, al recibir las nociones elementales de la ciencia de la cantidad, sumaba y restaba de memoria decenas altas y aun centenas. Calculaba con tino infalible, y su padre mismo, que era un águila para hacer en el filo de la imaginación cuentas por la regla de interés, le consultaba no pocas veces. Comenzar Valentín el estudio de las matemáticas de instituto y revelar de golpe toda la grandeza de su numen aritmético fué todo uno. No aprendía las cosas, las sabía ya, y el libro no hacía más que despertarle las ideas, abrírselas, digámoslo así, como si fueran capullos que al calor primaveral se despliegan en flores. Para él no había nada difícil ni problema que le causara miedo. Un día fué el profesor a su padre y le dijo:

—Ese niño es cosa inexplicable, señor Torquemada: o tiene el diablo en el cuerpo o es el pedazo de divinidad más hermoso que ha caído en la tierra. Den-

tro de poco no tendré nada que enseñarle. Es Newton resucitado, señor don Francisco; una organización excepcional para las matemáticas, un genio que sin duda se trae fórmulas nuevas debajo del brazo para ensanchar el campo de la ciencia. Acuérdese usted de lo que digo: cuando este chico sea hombre asombrará y trastornará el mundo.

Cómo se quedó Torquemada al oír esto se comprenderá fácilmente. Abrazó al profesor, y la satisfacción le rebosaba por ojos y boca en forma de lágrimas y babas. Desde aquel día, el hombre no cabía en sí: trataba a su hijo no ya con amor, sino con cierto respeto supersticioso. Cuidaba de él como de un ser sobrenatural, puesto en sus manos por especial privilegio. Vigilaba sus comidas, asustándose mucho si no mostraba apetito; al verle estudiando recorría las ventanas para que no entrase aire, se enteraba de la temperatura exterior antes de dejarle salir para determinar si debía ponerse bufanda o el *carrik* gordo o las botas de agua; cuando dormía andaba de puntillas; le llevaba a paseo los domingos o al teatro, y si el angelito hubiese mostrado afición a juguetes extraños y costosos, Torquemada, vencida su sordidez, se los hubiera comprado. Pero el fenómeno aquel no mostraba afición sino a los libros: leí rápidamente y como por magia, enterándose de cada página en un abrir y cerrar de ojos. Su papá le compró una obra de viajes con mucha estampa de ciudades europeas y de comarcas salvajes. La seriedad del chico pasmaba a todos los amigos de la casa, y no faltó quien dijera de él que parecía un viejo. En cosas de malicia era de una pureza excepcional: no aprendía ningún dicho ni acto feo de los que saben a su edad los retoños desvergonzados de la presente generación. Su inocencia y celestial donosura casi nos permitían conocer a los ángeles como si los hubiéramos tratado, y su reflexión rayaba en lo maravilloso. Otros niños, cuando les preguntan lo que quieren ser, responden que obispos o generales si despuntan por la vanidad; los que pican por la destreza corporal dicen que cocheros, atletas o payasos de circo; los inclinados a la imitación, actores, pintores... Valentinito, al oír la pregunta, alzaba los hombros y no respondía nada. Cuando más, decía "No sé", y al decirlo clavaba en su interlocutor una mirada luminosa y penetrante, vago destello del sinfín de ideas que tenía en aquel cerebrazo, y que en su día habían de iluminar toda la tierra.

Mas el *Peor*, aun reconociendo que no había carrera a la altura de su milagroso niño, pensaba dedicarlo a ingeniero, porque la abogacía es cosa de charlatanes. Ingeniero; pero ¿de qué? ¿Civil o militar? Pronto notó que a Valentín no le entusiasmaba la tropa y que, contra la ley general de las aficiones infantiles, veía con indiferencia los uniformes. Pues ingeniero de Caminos. Por dictamen del profesor del colegio, fué puesto Valentín antes de concluir los años de bachillerato en manos de un profesor de estudios preparatorios para carreras especiales, el cual, luego que tanteó su colosal inteligencia, quedóse atónito, y un día salió asustado, con las manos en la cabeza, y corriendo en busca de otros maestros de matemáticas superiores, les dijo:

—Voy a presentarles a ustedes el monstruo de la edad presente.

Y le presentó y se maravillaron, pues fué el chico a la pizarra, y como quien garabatea por enredar y gastar tiza, resolvió problemas dificilísimos. Luego hizo de memoria diferentes cálculos y operaciones, que aun para los más peritos no son coser y cantar. Uno de aquellos maestrazos, queriendo apurarle, le echó el cálculo de radicales numéricos, y como si le hubieran echado almendras. Lo mismo era para él la raíz enésima que para otros dar un par de brincos. Los tíos aquellos, tan sabios, se miraron absortos, declarando no haber visto caso ni remotamente parecido.

Era en verdad interesante aquel cuadro y digno de figurar en los anales de la ciencia: cuatro varones de más de cincuenta años, calvos y medio ciegos de tanto estudiar, maestros de maestros, congregábanse delante de aquel mocoso, que tenía que hacer sus cálculos en la parte baja del encerado, y la admiración los tenía mudos y perplejos, pues ya le podían echar dificultades al angelito, que se las bebía como agua. Otro de los examinadores propuso las homologías, creyendo que Valentín estaba raso de ellas, y cuando vieron que no, los tales no pudieron contener su entusiasmo: uno le llamó el Anticristo; otro le co-

gió en brazos y se lo puso a la pela, y todos se disputaban sobre quién se le llevaría, ansiosos de completar la educación del primer matemático del siglo. Valentín los miraba sin orgullo ni cortedad, inocente y dueño de sí, como Cristo niño entre los doctores.

III

Basta de matemáticas, digo yo ahora, pues me urge apuntar que Torquemada vivía en la misma casa de la calle de Tudescos donde le conocimos cuando fué a verle la de Bringas para pedirle no recuerdo qué favor, allá por el 68, y tengo prisa por presentar a cierto sujeto que conozco hace tiempo y que hasta ahora nunca menté para nada: un don José Bailón, que iba todas las noches a la casa de nuestro don Francisco a jugar con él la partida de damas o de mus, y cuya intervención en mi cuento es necesaria ya para que se desarrolle con lógica. Este señor Bailón es un clérigo que ahorcó los hábitos el 69, en Málaga, echándose a revolucionario y a librecultista con tan furibundo ardor, que ya no pudo volver al rebaño, ni aunque quisiera le habían de admitir. Lo primero que hizo el condenado fué dejarse crecer las barbas, despotricarse en los clubs, escribir tremendas catilinarias contra los de su oficio, y, por fin, operando *verbo et gladio*, se lanzó a las barricadas con un trabuco naranjero que tenía la boca lo mismo que una trompeta. Vencido y dado a los demonios, le catequizaron los protestantes, ajustándole para predicar y dar lecciones en la capilla, lo que él hacía de malísima gana y sólo por el arrastrado garbanzo. A Madrid vino cuando aquella gentil pareja, don Horacio y doña Malvina, puso su establecimiento evangélico en Chamberí. Por un regular estipendio, Bailón los ayudaba en los oficios, echando unos sermones agridulces, estrafalarios y fastidiosos. Pero al año de estos tratos, yo no sé lo que pasó..., ello fué cosa de algún atrevimiento apostólico de Bailón con las neófitas; lo cierto es que doña Malvina, que era persona muy mirada, le dijo en mal español cuatro frescas; intervino don Horacio, denostando también a su coadjutor, y entonces Bailón, que era hombre de muchísima sal para tales casos, sacó una navaja tamaña como hoy y mañana, y se dejó decir que si no se quitaban de delante les echaba fuera el mondongo. Fué tal el pánico de los pobres ingleses, que echaron a correr pegando gritos, y no pararon hasta el tejado. Resumen: que tuvo que abandonar Bailón aquel acomodo, y después de rodar por ahí dando sablazos, fué a parar a la redacción de un periódico muy atrevidillo; como que su misión era echar chinitas de fuego a toda autoridad: a los curas, a los obispos y al mismo Papa. Esto ocurría el 73, y de aquella época datan los opúsculos políticos de actualidad que publicó el clerizonte en el folletín, y de los cuales hizo tiraditas aparte; bobadas escritas en estilo bíblico y que tuvieron, aunque parezca mentira, sus días de éxito. Como que se vendían bien y sacaron a su endiablado autor de más de un apuro.

Pero todo aquello pasó; la fiebre revolucionaria, los folletos de Bailón, tuvieron que esconderse, afeitándose para disfrazarse y poder huir al extranjero. A los dos años asomó por aquí otra vez, de bigotes larguísimos, aumentados con parte de la barba, como los que gastaba Víctor Manuel, y por si traía o no traía chismes y mensajes de los emigrados, metiéronle mano y le tuvieron en el Saladero tres meses. Al año siguiente, sobreseída la causa, vivía el hombre en Chamberí, y, según la cháchara del barrio, muy a lo bíblico, amancebado con una viuda rica que tenía rebaño de cabras y además un establecimiento de burras de leche. Cuento todo esto como me lo contaron, reconociendo que en esta parte de la historia patriarcal de Bailón hay gran oscuridad. Lo público y notorio es que la viuda aquella cascó, y que Bailón apareció al poco tiempo con dinero. El establecimiento y las burras y cabras le pertenecían. Arrendólo todo; se fué a vivir al centro de Madrid, dedicándose a *inglés*, y no necesito decir más para que se comprenda de dónde vinieron su conocimiento y tratos con Torquemada, porque bien se ve que éste fué su maestro, le inició en los misterios del oficio y le manejó parte de sus capitales como había manejado los de doña Lupe, la *Magnífica*, más conocida por *la de los Pavos*.

Era don José Bailón un animalote de gran alzada, atlético, de formas robustas y muy recalcado de facciones, verda-

dero y vivo estudio anatómico por su riqueza muscular. Ultimamente había dado otra vez en afeitarse; pero no tenía cara de cura, ni de fraile, ni de torero. Era más bien un Dante echado a perder. Dice un amigo mío que por sus pecados ha tenido que vérselas con Bailón, que éste es el vivo retrato de la sibila de Cumas, pintada por Miguel Angel, con las demás señoras sibilas y los profetas, en el maravilloso techo de la Capilla Sixtina. Parece, en efecto, una vieja de raza titánica que lleva en su ceño todas las iras celestiales. El perfil de Bailón y el brazo y pierna, como troncos añosos; el forzudo tórax y las posturas que sabía tomar, alzando una pataza y enarcando el brazo, le asemejaban a esos figurones que andan por los techos de las catedrales, despatarrados sobre una nube. Lástima que no fuera moda que anduviéramos en cueros para que luciese en toda su gallardía académica este ángel de cornisa. En la época en que lo presento ahora pasaba de los cincuenta años.

Torquemada lo estimaba mucho, porque, en sus relaciones de negocios, Bailón hacía gala de gran formalidad y aun de delicadeza. Y como el clérigo renegado tenía una historia tan variadita y dramática, y sabía contarla con mucho aquel, adornándola con mentiras, don Francisco se embelesaba oyéndole, y en todas las cuestiones de un orden elevado le tenía por oráculo. Don José era de los que con cuatro ideas y pocas más palabras se las componen para aparentar que saben lo que ignoran y deslumbrar a los ignorantes sin malicia. El más deslumbrado era don Francisco, y además el único mortal que leía los folletos babilónicos a los diez años de publicarse; literatura envejecida casi al nacer, y cuyo fugaz éxito no comprendemos sino recordando que la democracia sentimental a estilo de Jeremías tuvo también sus quince.

Escribía Bailón aquellas necedades en parrafitos cortos, y a veces rompía con una cosa muy santa: verbigracia: "Gloria a Dios en las alturas y paz, etcétera", para salir luego por este registro:

"Los tiempos se acercan, tiempos de redención, en que el Hijo del Hombre será dueño de la tierra.

"El Verbo depositó hace dieciocho siglos la semilla divina. En noche tenebrosa fructificó. He aquí las flores.

"¿Cómo se llaman? Los derechos del pueblo."

Y a lo mejor, cuando el lector estaba más descuidado, le soltaba ésta:

"He aquí al tirano. ¡Maldito sea!

"Aplicad el oído y decidme de dónde viene ese rumor vago, confuso, extraño.

"Posad la mano en la tierra y decidme por qué se ha estremecido.

"Es el Hijo del Hombre que avanza, decidido a recobrar su primogenitura.

"¿Por qué palidece la faz del tirano? ¡Ah! El tirano ve que sus horas están contadas..."

Otras veces empezaba diciendo aquello de: "Joven soldado, ¿adónde vas?" Y por fin, después de mucho marear, quedábase el lector sin saber adónde iba el soldadito, como no fueran todos, autor y público, a Leganés.

Todo esto le parecía de perlas a don Francisco, hombre de escasa lectura. Algunas tardes se iban a pasear juntos los dos tacaños, charla que te charla; y si en negocios era Torquemada la sibila, en otra clase de conocimientos no había más sibila que el señor de Bailón. En política, sobre todo, el ex clérigo se las echaba de muy entendido, principiando por decir que ya no le daba la gana de conspirar; como que tenía la olla asegurada y no quería exponer su pelleja para hacer el caldo gordo a cuatro silbantes. Luego pintaba a todos los políticos, desde el más alto al más oscuro, como un hatajo de pilletes, y les sacaba la cuenta al céntimo de cuanto habían rapiñado... Platicaba mucho también de reformas urbanas, y como Bailón había estado en París y Londres, podía comparar. La higiene pública les preocupaba a entrambos: el clérigo le echaba la culpa de todo a los miasmas, y formulaba unas teorías biológicas que eran lo que había que oír. De astronomía y música también se le alcanzaba algo; no era lego en botánica, ni en veterinaria, ni en el arte de escoger melones. Pero en nada lucía tanto su enciclopédico saber como en cosas de religión. Sus meditaciones y estudios le habían permitido sondear el grande y temerario problema de nuestro destino total.

—¿Adónde vamos a parar cuando nos morimos? Pues volvemos a nacer; esto es claro como el agua. Yo me acuerdo

—decía, mirando fijamente a su amigo y turbándole con el tono solemne que daba a sus palabras—, yo me acuerdo de haber vivido antes de ahora. He tenido en mi mocedad un recuerdo vago de aquella vida, y ahora, a fuerza de meditar, puedo verla clara. Yo fuí sacerdote en Egipto, ¿se entera usted?, allá por los años de qué sé yo cuántos... Sí, señor, sacerdote en Egipto. Me parece que me estoy viendo con una sotana o vestimenta de color de azafrán, y unas al modo de orejeras, que me caían por los lados de la cara. Me quemaron vivo, porque... verá usted..., había en aquella iglesia, digo templo, una sacerdotisa que me gustaba..., de lo más barbián, ¿se entera usted?..., ¡y con unos ojos... así, y un golpe de caderas, señor don Francisco...! En fin, que aquello se enredó y la diosa Isis y el buey Apis lo llevaron muy a mal. Alborotóse todo aquel clericuicio, y nos quemaron vivos a la chavala y a mí... Lo que le cuento es verdad, como ése es sol. Fíjese usted bien, amigo, revuelva en su memoria; rebusque bien en el sótano y en los desvanes de su ser, y encontrará la certeza de que también usted ha vivido en tiempos lejanos. Su niño de usted, ese prodigio, debe de haber sido antes el propio Newton o Galileo o Euclides. Y por lo que hace a otras cosas, mis ideas son bien claras. Infierno y cielo no existen: papas simbólicas y nada más. Infierno y cielo están aquí. Aquí pagamos tarde o temprano todas las que hemos hecho; aquí recibimos, si no hoy, mañana, nuestro premio, si lo merecemos, y quien dice mañana, dice el siglo que viene... Dios, ¡oh!, la idea de Dios tiene mucho busilis..., y para comprenderla hay que devanarse los sesos, como me los he devanado yo, dale que dale sobre los libros, y meditando luego. Pues Dios...—poniendo unos ojazos muy reventones y haciendo con ambas manos el gesto expresivo de abarcar un grande espacio—es la Humanidad, la Humanidad, ¿se entera usted?, lo cual no quiere decir que deje de ser personal... ¿Qué cosa es personal? Fíjese bien. Personal es lo que es uno. Y el gran Conjunto, amigo don Francisco, el gran Conjunto..., es uno, porque no hay más, y tiene los atributos de un ser infinitamente infinito. Nosotros en montón, componemos la Humanidad, somos los átomos que forman el gran todo; somos parte mínima de Dios, parte minúscula, y nos renovamos como en nuestro cuerpo se renuevan los átomos de la cochina materia...; ¿se va usted enterando?...

Torquemada no se iba enterando ni poco ni mucho; pero el otro se metía en un laberinto del cual no salía sino callándose. Lo único que don Francisco sacaba de toda aquella monserga era que *Dios es la Humanidad*, y que la Humanidad es la que nos hace pagar nuestras picardías o nos premia por nuestras buenas obras. Lo demás no lo entendía así le ahorcaran. El sentimiento católico de Torquemada no había sido nunca muy vivo. Cierto que en tiempos de doña Silvia iban los dos a misa por rutina; pero nada más. Pues después de viudo las pocas ideas del Catecismo que el *Peor* conservaba en su mente, como papeles o apuntes inútiles, las barajó con todo aquel fárrago de la Humanidad-Dios, haciendo un lío de mil demonios.

A decir verdad, ninguna de estas teorías ocupaba largo tiempo el magín del tacaño, siempre atento a la baja realidad de sus negocios. Pero llegó un día, mejor dicho, una noche, en que tales ideas hubieron de posesionarse de su mente con cierta tenacidad, por lo que ahorita mismo voy a referir. Entraba mi hombre en su casa al caer de una tarde del mes de febrero, evacuadas mil diligencias con diverso éxito, discurriendo los pasos que daría al día siguiente, cuando su hija, que le abrió la puerta, le dijo estas palabras:

—No te asustes papá, no es nada... Valentín ha venido malo de la escuela.

Las desazones del monstruo ponían a don Francisco en gran sobresalto. La que se le anunciaba podía ser insignificante, como otras. No obstante, en la voz de Rufina había cierto temblor, una veladura, un timbre extraño, que dejaron a Torquemada frío y suspenso.

—Yo creo que no es cosa mayor—prosiguió la señorita—. Parece que le dió un vahido. El maestro fué quien lo trajo en brazos.

El *Peor* seguía clavado en el recibimiento, sin acertar a decir nada ni a dar un paso.

—Le acosté en seguida y mandé un recado a Quevedo para que viniera a escape.

Don Francisco, saliendo de su estupor,

como si le hubiesen dado un latigazo, corrió al cuarto del chico, a quien vió en el lecho con tanto abrigo encima, que parecía sofocado. Tenía la cara encendida, los ojos dormilones. Su quietud más era de modorra dolorosa que de sueño tranquilo. El padre aplicó su mano a las sienes del inocente monstruo, que abrasaban.

—Pero ese trasto de Quevedillo... Así reventara... No sé en qué piensa... Mira, mejor será llamar otro médico que sepa más.

Su hija procuraba tranquilizarle; pero él se resistía al consuelo. Aquel hijo no era un hijo cualquiera, y no podía enfermar sin que alterara el orden del universo. No probó el afligido padre la comida; no hacía más que dar vueltas por la casa, esperando al maldito médico, y sin cesar iba de su cuarto al del niño, y de aquí al comedor, donde se le presentaba ante los ojos, oprimiéndole el corazón, el encerado en que Valentín trazaba con tiza sus problemas matemáticos. Aún subsistía lo pintado por la mañana: garabatos que Torquemada no entendió, pero que casi le hicieron llorar como una música triste: el signo de raíz, letras por arriba y por abajo, y en otra parte una red de líneas, formando como estrella de muchos picos con numeritos en las puntas.

Por fin, alabado sea Dios, llegó el dichoso Quevedito, y don Francisco le echó la correspondiente chillería, pues ya le trataba como a yerno. Visto y examinado el niño, no puso el médico muy buena cara. A Torquemada se le podía ahogar con un cabello cuando el doctorcillo, arrimándole contra la pared y poniéndole ambas manos en los hombros, le dijo:

—No me gusta nada esto; pero hay que esperar a mañana, a ver si brota alguna erupción. La fiebre es bastante alta. Ya le he dicho a usted que tuviera mucho cuidado con este fenómeno del chico. ¡Tanto estudiar, tanto saber, un desarrollo cerebral disparatado! Lo que hay que hacer con Valentín es ponerle un cencerro al pescuezo, soltarle en el campo en medio de un ganado y no traerle a Madrid hasta que esté bien bruto.

Torquemada odiaba el campo, y no podía comprender que en él hubiese nada bueno. Pero hizo propósito, si el niño se curaba, de llevarle a una dehesa a que bebiera leche a pasto y respirase aires puros. Los aires puros, bien lo decía Bailón, eran cosa muy buena. ¡Ah! Los malditos miasmas tenían la culpa de lo que estaba pasando. Tanta rabia sintió don Francisco, que si coge un miasma en aquel momento lo parte por el eje. Fué la sibila aquella noche a pasar un rato con su amigo, y mira por dónde se repitió la matraca de la Humanidad, pareciéndole a Torquemada el clérigo más enigmático y *latero* que nunca, sus brazos más largo, su cara más dura y temerosa. Al quedarse solo, el usurero no se acostó. Puesto que Rufina y Quevedo se quedaban a velar, él también velaría. Contigua a la alcoba del padre estaba la de los hijos, y en ésta, el lecho de Valentín, que pasó la noche inquietísimo, sofocado, echando lumbre de su piel, los ojos atónitos y chispeantes, el habla insegura, las ideas desenhebradas, como cuentas de un rosario cuyo hilo se rompe.

IV

El día siguiente fué todo sobresalto y amargura. Quevedo opinó que la enfermedad era *inflamación de las meninges* y que el chico estaba en peligro de muerte. Esto no se lo dijo al padre, sino a Bailón, para que le fuese preparando. Torquemada y él se encerraron, y de la conferencia resultó que por poco se pegan, pues don Francisco, trastornado por el dolor, llamó a su amigo embustero y farsante. El desasosiego, la inquietud nerviosa, el desvarío del tacaño sin ventura, no se pueden describir. Tuvo que salir a varias diligencias de su penoso oficio, y a cada instante tornaba a casa jadeante, con medio palmo de lengua fuera, el hongo echado hacia atrás. Entraba, daba un vistazo, vuelta a salir. El mismo traía las medicinas, y en la botica contaba toda la historia: "Un vahído estando en clase; después calentura horrible... ¿Para qué sirven los médicos?" Por consejo del mismo Quevedito mandó venir a uno de los más eminentes, el cual calificó el caso de meningitis aguda.

La noche del segundo día, Torquemada, rendido de cansancio, se embutió en uno de los sillones de la sala, y allí se estuvo como media horita, dando vueltas a una pícara idea, ¡ay!, dura y con

muchas esquinas, que se le había metido en el cerebro. "He faltado a la Humanidad, y esa muy tal y cual me las cobra ahora con los réditos atrasados... No; pues si Dios, o quienquiera que sea, me lleva mi hijo, ¡me voy a volver más malo, más perro...! Ya verán entonces lo que es canela fina. Pues no faltaba otra cosa... Conmigo no juegan... Pero no, ¡qué disparates digo! No me le quitará, porque yo... Eso que dicen de que no he hecho bien a nadie es mentira. Que me lo prueben..., porque no basta decirlo. ¿Y los tantísimos a quien he sacado de apuros?... Pues ¿y eso? Porque si a la Humanidad le han ido con cuentos de mí: que si aprieto, que si no aprieto..., yo probaré... Ea, que ya me voy cargando; si no he hecho ningún bien, ahora lo haré; ahora, pues por algo se ha dicho que nunca para el bien es tarde. Vamos a ver: ¿y si yo me pusiera ahora a rezar, qué dirían allá arriba? Bailón me parece a mí que está equivocado, y la Humanidad no debe de ser Dios, sino la Virgen... Claro, es hembra, señora... No, no, no..., no nos fijemos en el materialismo de la palabra. La Humanidad es Dios, la Virgen y todos los santos juntos... Tente, hombre, tente, que te vuelves loco... Tan sólo saco en limpio que no habiendo buenas obras, todo es, como si dijéramos, basura... ¡Ay Dios, qué pena, qué pena!... Si me pones bueno a mi hijo, yo no sé qué cosas haría; pero ¡qué cosas tan magníficas y tan...! Pero ¿quién es el sinvergüenza que dice que no tengo apuntada ninguna buena obra? Es que me quieren perder, me quieren quitar a mi hijo, al que ha nacido para enseñar a todos los sabios y dejarlos tamañitos. Y me tienen envidia, porque soy su padre, porque de estos huesos y de esta sangre salió aquella gloria del mundo... Envidia; pero ¡qué envidiosa es esta puerca Humanidad! Digo, la Humanidad no, porque es Dios...; los hombres, los prójimos, nosotros, que somos todos muy pillos, y por eso nos pasa lo que nos pasa... Bien merecido nos está..., bien merecido nos está."

Acordóse entonces de que al día siguiente era domingo y no había extendido los recibos para cobrar los alquileres de su casa. Después de dedicar a esta operación una media hora descansó algunos ratos, estirándose en el sofá de la sala. Por la mañana, entre nueve y diez, fué a la cobranza dominguera. Con el no comer y el mal dormir y la acerbísima pena que le destrozaba el alma estaba el hombre *mismamente* del color de una aceituna. Su andar era vacilante, y sus miradas vagaban inciertas, perdidas, tan pronto barriendo el suelo como disparándose a las alturas. Cuando el remendón que en el sucio portal tenía su taller vió entrar al casero y reparó en su cara descompuesta y en aquel andar de beodo, asustóse tanto, que se le cayó el martillo con que clavaba las tachuelas. La presencia de Torquemada en el patio, que todos los domingos era una desagradabilísima aparición, produjo aquel día verdadero pánico, y mientras algunas mujeres corrieron a refugiarse en sus respectivos aposentos, otras, que debían de ser malas pagadoras y que observaron la cara que traía la fiera, se fueron a la calle. La cobranza empezó por los cuartos bajos y pagaron sin chistar el albañil y las dos pitilleras, deseando que se les quitase de delante la aborrecida estampa de don Francisco. Algo desusado y anormal notaron en él, pues tomaba el dinero maquinalmente y sin examinarlo con roñosa nimiedad, como otras veces, cual si tuviera el pensamiento a cien leguas del acto importantísimo que estaba realizando; no se le oían aquellos refunfuños de perro mordelón, ni inspeccionó las habitaciones buscando el baldosín roto o el pedazo de revoco caído para echar los tiempos a la inquilina.

Al llegar al cuarto de la Rumalda, planchadora, viuda, con su madre enferma en un camastro y tres niños menores que andaban en el patio enseñando las carnes por los agujeros de la ropa, Torquemada soltó el gruñido de ordenanza, y la pobre mujer, con afligida y trémula voz, cual si tuviera que confesar ante el juez un negro delito, soltó la frase de reglamento:

—Don Francisco, por hoy no se puede. Otro día cumpliré.

No puedo dar idea del estupor de aquella mujer y de las dos vecinas que presentes estaban cuando vieron que el tacaño no escupió por aquella boca ninguna maldición ni herejía, cuando le oyeron decir con la voz más empañada y llorosa del mundo:

—No, hija; si no te digo nada...; si no

te apuro...; si no se me ha pasado por la cabeza reñirte... ¡Qué le hemos de hacer si no puedes!...

—Don Francisco, es que...—murmuró la otra, creyendo que la fiera se expresaba con sarcasmo, y que tras el sarcasmo vendría la mordida.

—No, hija, si no he chistado... ¿Cómo se han de decir las cosas? Es que a ustedes no hay quien las apee de que soy un hombre, como quien dice, tirano... ¿De dónde sacáis que no hay en mí compasión ni..., ni caridad? En vez de agradecerme lo que hago por vosotras, me calumniáis... No, no; entendámonos. Tú, Rumalda, estate tranquila; sé que tienes necesidades, que los tiempos están malos... Cuando los tiempos están malos, hijas, ¿qué hemos de hacer sino ayudarnos los unos a los otros?

Siguió adelante, y en el principal dió con una inquilina muy mal pagadora, pero de muchísimo corazón para afrontar a la fiera, y así que le vió llegar, juzgando por el cariz que venía más enfurruñado que nunca, salió al encuentro de su aspereza con estas arrogantes expresiones:

—Oiga usted, a mí no me venga con apreturas. Ya sabe que no lo hay. *Ese* está sin trabajo. ¿Quiere que salga a un camino? ¿No ve la casa sin muebles, como un hospital prestao? ¿De dónde quiere que lo saque?... Maldita sea su alma...

—¿Y quién te dice a ti, grandísima tal, deslenguada y bocona, que yo vengo a sofocarte? A ver si hay alguna tarasca de éstas que sostenga que yo no tengo humanidad. Atrévase a decírmelo...

Enarboló el garrote, símbolo de su autoridad y de su mal genio, y en el corrillo que se había formado sólo se veían bocas abiertas y miradas de estupefacción.

—Pues a ti y a todas les digo que no me importa un rábano que no me paguéis hoy. ¡Vaya! ¿Cómo lo he de decir para que lo entiendan?... ¡Conque estando tu marido sin trabajar te iba yo a poner el dogal al cuello!... Yo sé que me pagarás cuando puedas, ¿verdad? Porque lo que es intención de pagar, tú la tienes. Pues entonces, ¿a qué tanto enfurruñarse?... ¡Tontas, malas cabezas!—esforzándose en producir una sonrisa—. ¡Vosotras creyéndome a mí más duro que las peñas y yo dejándooslo creer, porque me convenía, porque me convenía, claro, pues Dios manda que no echemos facha con nuestra humanidad! Vaya, que sois todas unos grandísimos peines... Abur. Tú, no te sofoques. Y no creas que hago esto para que me eches bendiciones. Pero conste que no te ahogo, y para que veas lo bueno que soy...

Se detuvo y meditó un momento, llevándose la mano al bolsillo y mirando al suelo.

—Nada, nada. Quédate con Dios.

Y a otra. Cobró en las tres puertas siguientes sin ninguna dificultad.

—Don Francisco, que me ponga usted piedra nueva en la hornilla, que aquí no se puede guisar...

En otras circunstancias, esta reclamación habría sido el principio de una chillería tremenda; verbigracia:

—Pon el traspontín en la hornilla, sinvergüenza, y arma el fuego encima.

—Miren el tío manguitillas; así se le vuelvan veneno los cuartos.

Pero aquel día todo era paz y concordia, y Torquemada concedía cuanto le demandaban.

—¡Ay don Francisco!—le dijo otra en el número 11—. Tengo los jeringados cincuenta reales. Para poderlos juntar no hemos comido más que dos cuartos de gallineja y otros dos de hígado con pan seco... Pero por no verle el carácter de esa cara y no oírle, me mantendría yo con puntas de París.

—Pues mira, eso es un insulto, una injusticia, porque si las he sofocado otras veces, no ha sido por el materialismo del dinero, sino porque me gusta ver cumplir a la gente... para que no se diga... Debe haber dignidad en todos... ¡A fe que tienes buena idea de mí!... ¿Iba yo a consentir que tus hijos, estos borregos de Dios, tuviesen hambre?... Deja, déjate el dinero... O mejor, para que no lo tomes a desaire, partámoslo y quédate con veinticinco reales... Ya me los darás otro día... ¡Bribonazas, cuando debíais confesar que soy para vosotras como un padre, me tacháis de inhumano y de qué sé yo qué! No, yo les aseguro a todas que respeto a la Humanidad, que la considero, que la estimo, que ahora y siempre haré todo el bien que pueda y un poquito más... ¡Hala!

Asombro, confusión. Tras él iba el parlero grupo chismorreando así:

—A este condenado le ha pasado al-

gún desavío... Don Francisco no está bueno de la cafetera. Mirad qué cara de patíbulo se ha traído. ¡Don Francisco con humanidad! Ahí tenéis por qué está saliendo todas las noches en el cielo esa estrella con rabo. Es que el mundo se va a acabar.

En el número 16:

—Pero, hija de mi alma, so tunanta, ¿tenías a tu niña mala y no me habías dicho nada? Pues ¿para qué estoy yo en el mundo? Francamente, esto es un agravio que no te perdono, no te lo perdono. Eres una indecente, y en prueba de que no tienes ni pizca de sentido, ¿apostamos a que no adivinas lo que voy a hacer? ¿Cuánto va a que no lo adivinas?... Pues voy a darte para que pongas un puchero..., ¡ea! Toma, y di ahora que yo no tengo humanidad. Pero sois tan mal agradecidas, que me pondréis como chupa de dómine, y hasta puede que me echéis alguna maldición. Abur.

En el cuarto de la señá Casiana, una vecina se aventuró a decirle:

—Don Francisco, a nosotras no nos la da usted... A usted le pasa algo. ¿Qué demonios tiene en esa cabeza o en ese corazón de cal y canto?

Dejóse el afligido casero caer en una silla, y quitándose el hongo se pasó la mano por la amarilla frente y la calva sebosa, diciendo tan sólo entre suspiros:

—¡No es de cal y canto, puñales, no es de cal y canto!

Como observasen que sus ojos se humedecían, y que, mirando al suelo y apoyado con ambas manos en el bastón, cargaba sobre éste todo el peso del cuerpo, meciéndose, le instaron para que se desahogara; pero él no debió creerlas dignas de ser confidentes de su inmensa, desgarradora pena. Tomando el dinero, dijo con voz cavernosa:

—Si no lo tuvieras, Casiana, lo mismo sería. Repito que yo no ahogo al pobre..., como que yo también soy pobre... Quien dijese—levantándose con zozobra y enfado—que soy inhumano, miente más que la *Gaceta*. Yo soy humano; yo compadezco a los desgraciados; yo los ayudo en lo que puedo, porque así nos lo manda la Humanidad; y bien sabéis todas que como faltéis a la Humanidad, lo pagaréis tarde o temprano, y que si sois buenas, tendréis vuestra recompensa. Yo os juro por esa imagen de la Virgen de las Angustias con el Hijo muerto en los brazos—señalando una lámina—, yo os juro que si no os he parecido caritativo y bueno, no quiere esto decir que no lo sea, ¡puñales!, y que si son menester pruebas, pruebas se darán. Dale, que no lo creen...; pues váyanse todas con doscientos mil pares de demonios, que a mí, con ser bueno me basta... No necesito que nadie me dé bombo... Piojosas, para nada quiero vuestras gratitudes... Me paso por las narices vuestras bendiciones.

Dicho esto, salió de estampía. Todas le miraban por la escalera abajo, y por el patio adelante, y por el portal afuera, haciendo unos gestos tales que parecía el mismo demonio persignándose.

V

Corrió hacia su casa, y contra su costumbre (pues era hombre que comúnmente prefería despernarse a gastar una peseta), tomó un coche para llegar más pronto. El corazón dió en decirle que encontraría buenas noticias, el enfermo aliviado, la cara de Rufina sonriente al abrir la puerta; y en su impaciencia loca, parecíale que el carruaje no se movía, que el caballo cojeaba y que el cochero no sacudía bastantes palos al pobre animal...

—Arrea, hombre. ¡Maldito jaco! Leña en él—le gritaba—. Mira que tengo mucha prisa.

Llegó, por fin, y al subir jadeante la escalera de su casa razonaba sus esperanzas de esta manera: "No salgan ahora diciendo que es por mis maldades, pues de todo hay..." ¡Qué desengaño al ver la cara de Rufina tan triste, y al oír aquel *Lo mismo, papá,* que sonó en sus oídos como fúnebre campanada! Acercóse de puntillas al enfermo y le examinó. Como el pobre niño se hallara en aquel momento amodorrado, pudo don Francisco observarle con relativa calma, pues cuando deliraba y quería echarse del lecho, revolviendo en torno los espantados ojos, el padre no tenía valor para presenciar tan doloroso espectáculo y huía de la alcoba trémulo y despavorido. Era hombre que carecía de valor para afrontar penas de tal magnitud, sin duda por causa de su deficiencia moral; se sentía medroso, consterna-

do, y como responsable de tanta desventura y dolor tan grande. Seguro de la esmeradísima asistencia de Rufina, ninguna falta hacía el afligido padre junto al lecho de Valentín: al contrario, más bien era estorbo, pues si le asistiera, de fijo, en su turbación, equivocaría las medicinas, dándole a beber algo que acelerara su muerte. Lo que hacía era vigilar sin descanso, acercarse a menudo a la puerta de la alcoba, y ver lo que ocurría, oír la voz del niño delirando o quejándose; pero si los ayes eran muy lastimeros y el delirar muy fuerte, lo que sentía Torquemada era un deseo instintivo de echar a correr y ocultarse con su dolor en el último rincón del mundo.

Aquella tarde le acompañaron un rato Bailón, el carnicero de abajo, el sastre del principal y el fotógrafo de arriba, esforzándose todos en consolarle con las frases de reglamento; mas no acertando Torquemada a sostener la conversación sobre tema tan triste, les daba las gracias con desatenta sequedad. Todo se le volvía suspirar con bramidos, pasearse a trancos, beber buches de agua y dar algún puñetazo en la pared. ¡Tremendo caso aquel! ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!... Aquella flor del mundo segada y marchita! Esto era para volverse loco. Más natural sería el desquiciamiento universal que la muerte del portentoso niño que había venido a la tierra para iluminarla con el fanal de su talento... ¡Bonitas cosas hacía Dios, la Humanidad o quienquiera que fuese el muy tal y cual que inventó el mundo y nos puso en él! Porque si habían de llevarse a Valentín, ¿para qué le trajeron acá, dándole a él, al buen Torquemada, el privilegio de engendrar tamaño prodigio? ¡Bonito negocio hacía la Providencia, la Humanidad o el arrastrado Conjunto, como decía Bailón! ¡Llevarse al niño aquel, lumbrera de la ciencia, y dejar acá todos los tontos! ¿Tenía esto sentido común? ¿No había motivo para rebelarse contra los de arriba, ponerlos como ropa de pascua y mandarlos a paseo?... Si Valentín se moría, ¿qué quedaba en el mundo? Oscuridad, ignorancia. Y para el padre, ¡qué golpe! ¡Porque figurémonos todo lo que sería don Francisco cuando su hijo, ya hombre, empezase a figurar, a confundir a todos los sabios, a volver patas arriba la ciencia toda!... Torquemada sería en tal caso la segunda persona de la Humanidad; y sólo por la gloria de haber engendrado al gran matemático sería cosa de plantarle en un trono ¡Vaya un ingeniero que sería Valentín si viviese! Como que había de hacer unos ferrocarriles que irían de aquí a Pekín en cinco minutos, y globos para navegar por los aires y barcos para andar por debajito del agua, y otras cosas nunca vistas ni siquiera soñadas. ¡Y el planeta se iba a perder estas gangas por una estúpida sentencia de los que dan y quitan la vida!... Nada, nada, envidia pura, envidia. Allá arriba, en las invisibles cavidades de los altos cielos, alguien se había propuesto *fastidiar* a Torquemada. Pero..., pero... ¿y si no fuese envidia, sino castigo? ¿Si se había dispuesto así para anonadar al tacaño cruel, al casero tiránico, al prestamista sin entrañas? ¡Ah! Cuando esta idea entraba en turno, Torquemada sentía impulsos de correr hacia la pared más próxima y estrellarse contra ella. Pronto reaccionaba y volvía sobre sí. No, no podía ser castigo, porque él no era malo, y si lo fue, ya se enmendaría. Era envidia, tirria y malquerencia que le tenían por ser autor de tan soberana eminencia. Querían truncarle su porvenir y arrebatarle aquella alegría y fortuna inmensa de sus últimos años... Porque su hijo, si viviese, había de ganar muchísimo dinero, pero muchísimo, y de aquí la celestial intriga. Pero él (lo pensaba lealmente) renunciaría a las ganancias pecuniarias del hijo, con tal que le dejaran la gloria, ¡la gloria!, pues para negocios le bastaba con los suyos propios... El último paroxismo de su exaltada mente fué renunciar a todo el *materialismo* de la ciencia del niño, con tal que le dejasen la gloria.

Cuando se quedó solo con él, Bailón le dijo que era preciso tuviese filosofía; y como Torquemada no entendiese bien el significado y aplicación de tal palabra, explanó la sibila su idea en esta forma:

—Conviene resignarse, considerando nuestra pequeñez ante estas grandes evoluciones de la materia..., pues, o sustancia vital. Somos átomos, amigo don Francisco; nada más que unos tontos de átomos. Respetemos las disposiciones del grandísimo Todo a que pertenecemos, y vengan penas. Para eso está la filosofía.

o, si se quiere, la religión: para hacer pecho a la adversidad. Pues si no fuera así, no podríamos vivir.

Todo lo aceptaba Torquemada menos resignarse. No tenía en su alma la fuente de donde tal consuelo pudiera salir, y ni siquiera lo comprendía. Como el otro, después de haber comido bien, insistiera en aquellas ideas, a don Francisco se le pasaron ganas de darle un par de trompadas, destruyendo en un punto el perfil más enérgico que dibujara Miguel Angel. Pero no hizo más que mirarle con ojos terroríficos, y el otro se asustó y puso punto en sus teologías.

A prima noche, Quevedito y el otro médico hablaron a Torquemada en términos desconsoladores. Tenían poca o ninguna esperanza, aunque no se atrevían a decir en absoluto que la habían perdido, y dejaban abierta la puerta a las reparaciones de la Naturaleza y a la misericordia de Dios. Noche horrible fué aquélla. El pobre Valentín se abrasaba en invisible fuego. Su cara encendida y seca, sus ojos iluminados por esplendor siniestro, su inquietud ansiosa, sus bruscos saltos en el lecho, cual si quisiera huir de algo que le asustaba, eran espectáculo tristísimo que oprimía el corazón. Cuando don Francisco, transido de dolor, se acercaba a la abertura de las entornadas batientes de las puertas y echaba hacia dentro una mirada tímida, creía escuchar, con la respiración premiosa del niño, algo como el chirrido de su carne tostándose en el fuego de la calentura. Puso atención a las expresiones incoherentes del delirio, y le oyó decir: "Equis elevado al cuadrado menos uno partido por dos, más cinco equis menos dos partido por cuatro, igual equis por equis más dos partido por doce... Papá, papá, la característica del logaritmo de un entero tiene tantas unidades menos una, como..." Ningún tormento de la Inquisición iguala al que sufría Torquemada oyendo estas cosas. Eran las pavesas del asombroso entendimiento de su hijo revolando sobre las llamas en que éste se consumía. Huyó por allí por no oír la dulce vocecita, y estuvo más de media hora echado en el sofá de la sala, agarrándose con ambas manos la cabeza como si se le quisiese escapar. De improviso se levantó, sacudido por una idea; fué al escritorio, donde tenía el dinero; sacó un cartucho de monedas que debían de ser calderilla, y vaciándoselo en el bolsillo del pantalón, púsose capa y sombrero, cogió el llavín, y a la calle.

Salió como si fuera en persecución de un deudor. Después de mucho andar, parábase en una esquina, miraba con azoramiento a una parte y otra, y vuelta a correr calle adelante, con paso de inglés tras de su víctima. Al compás de la marcha, sonaba en la pierna derecha el retintín de las monedas... Grandes eran su impaciencia y desazón por no encontrar aquella noche lo que otras le salía tan a menudo al paso, molestándole y aburriéndole. Por fin..., gracias a Dios..., acercósele un pobre.

—Toma, hombre, toma: ¿dónde diablos os metéis esta noche? Cuando no hacéis falta salís como moscas, y cuando se os busca para socorreros, nada...

Apareció luego uno de esos mendigos decentes que piden, sombrero en mano, con lacrimosa cortesía:

—Señor, un pobre cesante...

—Tenga, tenga más. Aquí estamos los hombres caritativos para acudir a las miserias... Dígame: ¿no me pidió usted noches pasadas? Pues sepa que no le di porque iba muy de prisa. Y la otra noche, y la otra, tampoco le di porque no llevaba suelto: lo que es voluntad la tuve, bien que la tuve.

Claro es que el cesante pordiosero se quedaba viendo visiones, y no sabía cómo expresar su gratitud. Más allá salió de un callejón la fantasma. Era una mujer que pide en la parte baja de la calle de la Salud, vestida de negro, con un velo espesísimo que le tapa la cara.

—Tome, tome, señora... Y que me digan ahora que yo jamás he dado una limosna. ¿Le parece a usted qué calumnia? Vaya, que ya habrá usted reunido bastantes cuartos esta noche. Como que hay quien dice que pidiendo así y con ese velo por la cara, ha reunido usted un capitalito. Retírese ya, que hace mucho frío..., y ruegue a Dios por mí.

En la calle del Carmen, en la de Preciados y Puerta del Sol a todos los chiquillos que salían dió su perro por barba.

—¡Eh, niño! ¿Tú pides o qué haces ahí como un bobo?

Esto se lo dijo a un chicuelo que estaba arrimado a la pared, con las manos a la espalda, descalzos los pies, el pes-

cuezo envuelto en una bufanda. El muchacho alargó la mano aterida.

—Toma... Pues qué, ¿no te decía el corazón que yo había de venir a socorrerte? ¿Tienes frío y hambre? Toma más, y lárgate a tu casa, si la tienes. Aquí estoy yo para sacarte de un apuro; digo, para partir contigo un pedazo de pan, porque yo también soy pobre y más desgraciado que tú, ¿sabes? Porque el frío, el hambre, se soportan; pero, ¡ay!, otras cosas...

Apretó el paso sin reparar en la cara burlona de su favorecido, y siguió dando, dando, hasta que le quedaron pocas piezas en el bolsillo. Corriendo hacia su casa, en retirada, miraba al cielo, cosa en él muy contraria a la costumbre, pues si alguna vez lo miró para enterarse del tiempo, jamás, hasta aquella noche, lo había contemplado. ¡Cuantísima estrellla! Y qué claras y resplandecientes, cada una en su sitio, hermosas y graves, millones de millones de miradas que no aciertan a ver nuestra pequeñez. Lo que más suspendía el ánimo del tacaño era la idea de que todo aquel cielo estuviese indiferente a su gran dolor, o más bien ignorante de él. Por lo demás, como bonitas, ¡vaya si eran bonitas las estrellas! Las había chicas, medianas y grandes; algo así como pesetas, medios duros y duros. Al insigne prestamista le pasó por la cabeza lo siguiente: "Como se ponga bueno me ha de ajustar esta cuenta: si acuñáramos todas las estrellas del cielo, ¿cuánto producirían al cinco por ciento de interés compuesto en los siglos que van desde que todo eso existe?"

Entró en su casa cerca de la una, sintiendo algún alivio en las congojas de su alma; se adormeció vestido y a la mañana del día siguiente la fiebre de Valentín había remitido bastante. ¿Habría esperanzas? Los médicos no las daban sino muy vagas, y subordinado su fallo al recargo de la tarde. El usurero, excitadísimo, se abrazó a tan débil esperanza como el náufrago se agarra a la flotante astilla. Viviría, ¡pues no había de vivir!

—Papá—le dijo Rufina, llorando—, pídeselo a la Virgen del Carmen, y déjate de humanidades.

—¿Crees tú?... Por mí no ha de quedar. Pero te advierto que no habiendo buenas obras no hay que fiarse de la Virgen. Y acciones cristianas habrá, cueste lo que cueste: yo te lo aseguro. En las obras de misericordia está todo el intríngulis. Yo vestiré desnudos, visitaré enfermos, consolaré tristes... Bien sabe Dios que ésa es mi voluntad, bien lo sabe... No salgamos después con la peripecia de que no lo sabía... Digo, como saberlo, lo sabe... Falta que quiera.

Vino por la noche el recargo, muy fuerte. Los calomelanos y revulsivos no daban resultado alguno. Tenía el pobre niño las piernas abrasadas a sinapismos, y la cabeza hecha una lástima con las embrocaciones para obtener la erupción artificial. Cuando Rufina le cortó el pelito por la tarde, con objeto de despejar el cráneo, Torquemada oía los tijeretazos como si se los dieran a él en el corazón. Fué preciso comprar más hielo para ponérselo en vejigas en la cabeza, y después hubo que traer el yodoformo; recados que el *Peor* desempeñaba con ardiente actividad, saliendo y entrando cada poco tiempo. De vuelta a casa, ya anochecido, encontró, al doblar la esquina de la calle de Hita, un anciano mendigo y haraposo, con pantalones de soldado, la cabeza al aire, un andrajo de chaqueta por los hombros, y mostrando el pecho desnudo. Cara más venerable no se podía encontrar sino en las estampas del *Año Cristiano*. Tenía la barba erizada y la frente llena de arrugas, como San Pedro; el cráneo terso y dos rizados mechones blancos en las sienes.

—Señor, señor—decía con el temblor de un frío intenso—, mire cómo estoy, míreme.

Torquemada pasó de largo, y se detuvo a poca distancia; volvió hacia atrás, estuvo un rato vacilando, y al fin siguió su camino. En el cerebro le fulguró esta idea: "Si conforme traigo la capa nueva, trajera la vieja..."

VI

Y al entrar en su casa:

—¡Maldito de mí! No debí dejar escapar aquel acto de cristiandad.

Dejó la medicina que traía, y, cambiando de capa, volvió a echarse a la calle. Al poco rato, Rufinita, viéndole entrar a cuerpo, le dijo asustada:

—Pero, papá, ¡cómo tienes la cabeza!... ¿En dónde has dejado la capa?

—Hija de mi alma—contestó el tacaño bajando la voz y poniendo una cara muy compungida—, tú no comprendes lo que es un buen rasgo de caridad, de humanidad... ¿Preguntas por la capa? Ahí te quiero ver... Pues se la he dado a un pobre viejo, casi desnudo y muerto de frío. Yo soy así: no ando con bromas cuando me compadezco del pobre. Podré parecer duro algunas veces; pero como me ablande... Veo que te asustas. ¿Qué vale un triste pedazo de paño?

—¿Era la nueva?

—No, la vieja... Y ahora, créemelo, me remuerde la conciencia por no haberle dado la nueva..., y se me alborota también por habértelo dicho. La caridad no se debe pregonar.

No se habló más de aquello, porque de cosas más graves debían ambos ocuparse. Rendida de cansancio, Rufina no podía ya con su cuerpo: cuatro noches hacía que no se acostaba; pero su valeroso espíritu la sostenía siempre en pie, diligente y amorosa como una hermana de la caridad. Gracias a la asistenta que tenían en casa, la señorita podía descansar algunos ratos; y para ayudar a la asistenta en los trabajos de la cocina, quedábase allí por las tardes la trapera de la casa, viejecita que recogía las basuras y los pocos desperdicios de la comida, *ab initio*, o sea, desde que Torquemada y doña Silvia se casaron, y lo mismo había hecho en la casa de los padres de doña Silvia. Llamábanla la *Tía Roma*, no sé por qué (me inclino a creer que este nombre es corrupción de Jerónima), y era tan vieja, tan vieja y tan fea, que su cara parecía un puñado de telarañas revueltas con la ceniza; su nariz de corcho ya no tenía forma; su boca redonda y sin dientes menguaba o crecía, según la distensión de las arrugas que la formaban. Más arriba, entre aquel revoltijo de piel polvorosa, lucían los ojos de pescado, dentro de un cerco de pimentón húmedo. Lo demás de la persona desaparecía bajo un envoltorio de trapos y dentro de la remendada falda, en la cual había restos de un traje de la madre de doña Silvia, cuando era polla. Esta pobre mujer tenía gran apego a la casa, cuyas barreduras había recogido diariamente durante luengos años; tuvo en gran estimación a doña Silvia, la cual nunca quiso dar a nadie más que a ella los huesos, mendrugos y piltrafas sobrantes, y amaba entrañablemente a los niños, principalmente a Valentín, delante de quien se prosternaba con admiración supersticiosa. Al verle con aquella enfermedad tan mala, que era, según ella, una reventazón del talento en la cabeza, la *Tía Roma* no tenía sosiego; iba mañana y tarde a enterarse; penetraba en la alcoba del chico y permanecía largo rato sentada junto al lecho, mirándole silenciosa, sus ojos como dos fuentes inagotables que inundaban de lágrimas los fláccidos pergaminos de la cara y pescuezo.

Salió la trapera del cuarto para volverse a la cocina, y en el comedor se encontró al amo, que, sentado junto a la mesa y de bruces en ella, parecía entregarse a profundas meditaciones. La *Tía Roma*, con el largo trato y su metimiento en la familia, se tomaba confianzas con él...

—Rece, rece—le dijo, poniéndose delante y dando vueltas al pañuelo con que pensaba enjugar el llanto caudaloso—; rece, que buena falta le hace... ¡Pobre hijo de mis entrañas, qué malito está!... Mire, mire—señalando al encerado—las cosas tan guapas que escribió en su bastidor negro. Yo no entiendo lo que dice..., pero a cuenta que dirá que debemos ser buenos... ¡Sabe más ese ángel!... Como que por eso Dios no nos le quiere dejar...

—¿Qué sabes tú, *Tía Roma?*—dijo Torquemada poniéndose lívido—. Nos le dejará. ¿Acaso piensas tú que yo soy tirano y perverso, como creen los tontos y algunos perdidos, malos pagadores?... Si uno se descuida, le forman la reputación más perra del mundo... Pero Dios sabe la verdad... Si he hecho o no he hecho caridades en estos días, eso no es cuenta de nadie: no me gusta que me averigüen y pongan en carteles mis buenas acciones... Reza tú también, reza mucho hasta que se te seque la boca, que tú debes ser allá muy bien mirada, porque en tu vida has tenido una peseta... Yo me vuelvo loco, y me pregunto qué culpa tengo yo de haber ganado algunos jeringados reales... ¡Ay *Tía Roma*, si vieras cómo tengo mi alma! Pídele a Dios que se nos conserve Valentín, porque si se nos muere, yo no sé lo que pasará: yo me volveré loco, saldré a la calle y mataré a alguien. Mi

hijo es mío, ¡puñales!, y la gloria del mundo. ¡Al que me lo quite...!

—¡Ay, qué pena!—murmuró la vieja, ahogándose—. Pero ¡quién sabe!... Puede que la Virgen haga el milagro. Yo se lo estoy pidiendo con muchísima devoción. Empuje usted por su lado, y prometa ser tan siquiera rigular.

—Pues por prometido no quedará... *Tía Roma,* déjeme..., déjeme solo. No quiero ver a nadie. Me entiendo mejor solo con mi afán.

La anciana salió gimiendo, y don Francisco, puestas las manos sobre la mesa, apoyó en ellas su frente ardorosa. Así estuvo no sé cuánto tiempo, hasta que le hizo variar de postura su amigo Bailón, dándole palmadas en el hombro y diciéndole:

—No hay que amilanarse. Pongamos cara de vaqueta a la desgracia, y no permitamos que nos acoquine la muy... Déjese para las mujeres la cobardía. Ante la Naturaleza, ante el sublime Conjunto, somos unos pedazos de átomos que no sabemos de la misa la media.

—Váyase usted al rábano con sus Conjuntos y sus papas—le dijo Torquemada, echando lumbre por los ojos.

Bailón no insistió; y, juzgando que lo mejor era distraerle, apartando su pensamiento de aquellas sombrías tristezas, pasado un ratito le habló de cierto negocio que traía en la mollera.

Comoquiera que el arrendatario de sus ganados asnales y cabríos hubiese rescindido el contrato, Bailón decidió explotar aquella industria en gran escala, poniendo un gran establecimiento de leches a estilo moderno, con servicio puntual a domicilio, precios arreglados, local elegante, teléfono, etc... Lo había estudiado, y...

—Créame usted, amigo don Francisco, es un negocio seguro, mayormente si añadimos el ramo de vacas, porque en Madrid las leches...

—Déjeme usted a mí de leches y de... ¿Qué tengo yo que ver con burras ni con vacas?—gritó el *Peor,* poniéndose en pie y mirándole con desprecio—. Me ve cómo estoy, ¡puñales!, muerto de pena, y me viene a hablar de la condenada leche... Háblame de cómo se consigue que Dios nos haga caso cuando pedimos lo que necesitamos, háblame de lo que..., no sé cómo explicarlo..., de lo que significa ser bueno y ser malo..., porque, o yo soy un zote o ésta es de las cosas que tienen más busilis...

—¡Vaya si lo tienen, vaya si lo tienen, carambita!—dijo la sibila con expresión de suficiencia, moviendo la cabeza y entornando los ojos.

En aquel momento tenía el hombre actitud muy diferente de la de su similar en la Capilla Sixtina: sentado, las manos sobre el puño del bastón, éste entre las piernas, las piernas dobladas con igualdad; el sombrero caído para atrás, el cuerpo atlético desfigurado dentro del gabán de solapas aceitosas, los hombros y cuello plagados de caspa. Y, sin embargo de estas prosas, el muy arrastrado se parecía a Dante y ¡había sido sacerdote en Egipto! Cosas de la pícara Humanidad...

—Vaya si lo tienen—repitió la sibila, preparándose a ilustrar a su amigo con una opinión cardinal—. ¡Lo bueno y lo malo..., como quien dice, luz y tinieblas!

Bailón hablaba de muy distinta manera de como escribía. Esto es muy común. Pero aquella vez la solemnidad del caso exaltó tanto su magín, que se le vinieron a la boca los conceptos en la forma propia de su escuela literaria.

—He aquí que el hombre vacila y se confunde ante el gran problema. ¿Qué es el bien? ¿Qué es el mal? Hijo mío, abre tus oídos a la verdad y tus ojos a la luz. El bien es amar a nuestros semejantes. Amemos y sabremos lo que es el bien; aborrezcamos y sabremos lo que es el mal. Hagamos bien a los que nos aborrecen, y las espinas se nos volverán flores. Esto dijo el Justo, esto digo yo. Sabiduría de sabidurías, y ciencia de ciencias.

—Sabidurías y armas al hombro—gruñó Torquemada con abatimiento—. Eso ya lo sabía yo..., pues lo de *al prójimo contra una esquina* siempre me ha parecido una barbaridad. No hablemos más de eso... No quiero pensar en cosas tristes. No digo más sino que si se me muere el hijo..., vamos, no quiero pensarlo...; si se me muere, lo mismo me da lo blanco que lo negro...

En aquel momento oyóse un grito áspero, estridente, lanzado por Valentín, y que a entrambos los dejó suspensos de terror. Era el grito meníngeo, semejante al alarido del pavo real. Este extraño síntoma encefálico se había iniciado aquel día por la mañana y revelaba el

gravísimo y pavoroso curso de la enfermedad del pobre niño matemático. Torquemada se hubiera escondido en el centro de la tierra para no oír tal grito: metióse en su despacho sin hacer caso de las exhortaciones de Bailón, y dando a éste con la puerta en el hocico dantesco. Desde el pasillo le sintieron abriendo el cajón de su mesa, y al poco rato apareció guardando algo en el bolsillo interior de la americana. Cogió el sombrero, y sin decir nada se fué a la calle.

Explicaré lo que esto significaba y adónde iba con su cuerpo aquella tarde el desventurado don Francisco. El día mismo en que cayó malo Valentín recibió su padre carta de un antiguo y sacrificado cliente o deudor suyo, pidiéndole préstamo con garantía de los muebles de la casa. Las relaciones entre la víctima y el inquisidor databan de larga fecha, y las ganancias obtenidas por éste habían sido enormes, porque el otro era débil, muy delicado y se dejaba desollar, freír y escabechar como si hubiera nacido para eso. Hay personas así. Pero llegaron tiempos penosísimos, y el señor aquel no podía recoger su papel. Cada lunes y cada martes el *Peor* le embestía, le mareaba, le ponía la cuerda al cuello y tiraba muy fuerte, sin conseguir sacarle ni los intereses vencidos. Fácilmente se comprenderá la ira del tacaño al recibir la cartita pidiendo un nuevo préstamo. ¡Qué atroz insolencia! Le habría contestado mandándole a paseo si la enfermedad del niño no le trajera tan afligido y sin ganas de pensar en negocios. Pasaron dos días, y allá te va otra esquela angustiosa, de *in extremis*, como pidiendo la Unción. En aquellas cortas líneas en que la víctima invocaba los *hidalgos sentimientos* de su verdugo se hablaba de un compromiso de honor, proponíanse las condiciones más espantosas, se pasaba por todo con tal de ablandar el corazón de bronce del usurero y obtener de él la afirmativa. Pues cogió mi hombre la carta, y, hecha pedazos, la tiró a la cesta de papeles, no volviendo a acordarse más de semejante cosa. ¡Buena tenía él la cabeza para pensar en los compromisos y apuros de nadie, aunque fueran los del mismísimo Verbo!

Pero llegó la ocasión aquella antes descrita, el coloquio con la *Tía Roma* y con don José, el grito de Valentín, y he aquí que al judío le da como una corazonada, se le enciende en la mollera fuego de inspiración, trinca el sombrero y se va derecho en busca de su desdichado cliente. El cual era apreciable persona, sólo que de cortos alcances, con un familión sin fin, y una señora a quien le daba el hipo por lo elegante. Había desempeñado el tal buenos destinos en la Península y en Ultramar, y lo que trajo de allá, no mucho, porque era hombre de bien, se lo afanó el usurero en menos de un año. Después le cayó la herencia de un tío; pero como la señora tenía unos condenados *jueves* para reunir y agasajar a la mejor sociedad, los cuartos de la herencia se escurrían de lo lindo, y sin saber cómo ni cuándo, fueron a parar al bolsón de Torquemada. Yo no sé qué demonios tenía el dinero de aquella casa, que era como un acero para correr hacia el imán del maldecido prestamista. Lo peor del caso es que aun después de hallarse la familia con el agua al pescuezo, todavía la tarasca aquella tan *fashionable* encargaba vestidos a París, invitaba a sus amigas para un *five o'clock tea*, o imaginaba cualquier otra majadería por el estilo.

Pues, señor, ahí va don Francisco hacia la casa del señor aquel, que, a juzgar por los términos aflictivos de la carta, debía de estar a punto de caer, con toda su elegancia y sus tés, en los tribunales, y de exponer a la burla y a la deshonra un nombre respetable. Por el camino sintió el tacaño que le tiraban de la capa. Volvióse... ¿y quién creéis que era? Pues una mujer que parecía la Magdalena por su cara dolorida y por su hermoso pelo, mal encubierto con pañuelo de cuadros rojos y azules. El palmito era de la mejor ley; pero muy ajado ya por fatigosas campañas. Bien se conocía en ella a la mujer que sabe vestirse, aunque iba en aquella ocasión hecha un pingo, casi indecente, con falda remendada, mantón de ala de mosca y unas botas... ¡Dios, qué botas, y cómo desfiguraban aquel pie tan bonito!

—¡Isidora!...—exclamó don Francisco, poniendo cara de regocijo, cosa en él muy desusada—. ¿Adónde va usted con ese ajetreado cuerpo?

—Iba a su casa. Señor don Francisco, tenga compasión de nosotros... ¿Porqué es usted tan tirano y tan de pie-

dra? ¿No ve cómo estamos? ¿No tiene tan siquiera un poquito de humanidad?

—Hija de mi alma, usted me juzga mal... ¿Y si yo le dijera ahora que iba pensando en usted..., que me acordaba del recado que me mandó ayer por el hijo de la portera..., y de lo que usted misma me dijo anteayer en la calle?

—¡Vaya, que no hacerse cargo de nuestra situación!—dijo la mujer, echándose a llorar—. Martín, muriéndose..., el pobrecito..., en aquel buhardillón helado... Ni cama, ni medicinas, ni con qué poner un triste puchero para darle una taza de caldo... ¡Qué dolor! Don Francisco, tenga cristiandad y no nos abandone. Cierto que no tenemos crédito; pero a Martín le quedan media docena de estudios muy bonitos... Verá usted..., el de la sierra de Guadarrama, precioso...; el de La Granja, con aquellos arbolitos..., también, y el de... qué sé yo qué. Todos muy bonitos. Se los llevaré..., pero no sea malo y compadézcase del pobre artista...

—¡Eh..., eh!... No llore, mujer... Mire que yo estoy montado a pelo...; tengo una aflicción tal dentro de mi alma, Isidora, que..., si sigue usted llorando, también yo soltaré el trapo. Váyase a su casa, y espéreme allí. Iré dentro de un ratito... ¿Qué...? ¿Duda de mi palabra?

—Pero ¿de veras que va? No me engañe, por la Virgen Santísima.

—Pero ¿la he engañado yo alguna vez? Otra queja podrá tener de mí; pero lo que es ésa...

—¿Le espero de verdad?... ¡Qué bueno será usted si va y nos socorre!... ¡Martín se pondrá más contento cuando se lo diga!

—Váyase tranquila... Aguárdeme, y mientras llego pídale a Dios por mí con todo el fervor que pueda.

VII

No tardó en llegar a la casa del cliente, la cual era un principal muy bueno, amueblado con mucho lujo y elegancia, con *vistas a San Bernardino*. Mientras aguardaba a ser introducido, el *Peor* contempló el hermoso perchero y los soberbios cortinajes de la sala, que por la entornada puerta se alcanzaban a ver, y tanta magnificencia le sugirió estas reflexiones: "En lo tocante a los muebles, como buenos, lo son..., vaya si lo son." Recibióle el amigo en su despacho; y apenas Torquemada le preguntó por la familia, dejóse caer en una silla con muestras de gran consternación.

—Pero ¿qué le pasa?—le dijo el otro.

—No me hable usted, no me hable usted, señor don Juan. Estoy con el alma en un hilo... ¡Mi hijo...!

—¡Pobrecito! Sé que está muy malo... Pero ¿no tiene usted esperanzas?

—No, señor... Digo, esperanzas, lo que se llama esperanzas... No sé, estoy loco; mi cabeza es un volcán...

—¡Sé lo que es eso!—observó el otro con tristeza—. He perdido dos hijos que eran mi encanto: el uno de cuatro años, el otro de once.

—Pero su dolor de usted no puede ser como el mío. Yo, padre, no me parezco a los demás padres, porque mi hijo no es como los demás hijos: es un milagro de sabiduría. ¡Ay, don Juan, don Juan de mi alma, tenga usted compasión de mí! Pues verá usted... Al recibir su carta primera no pude ocuparme..., la aflicción no me dejaba pensar... Pero me acordaba de usted y decía: "Aquel pobre don Juan, ¡qué amarguras estará pasando!..." Recibo la segunda esquela, y entonces digo: "Ea, pues lo que es yo no le dejo en ese pantano. Debemos ayudarnos los unos a los otros en nuestras desgracias." Así pensé; sólo que con la batahola que hay en casa no tuve tiempo de venir ni de contestar... Pero hoy, aunque estaba medio muerto de pena, dije: "Voy, voy al momento a sacar del purgatorio a ese buen amigo don Juan..." Y aquí estoy para decirle que aunque me debe usted setenta y tantos mil reales, que hacen más de noventa con los intereses no percibidos, y aunque he tenido que darle varias prórrogas, y..., francamente..., me temo tener que darle alguna más, estoy decidido a hacerle a usted ese préstamo sobre los muebles para que evite la peripecia que se le viene encima.

—Ya está evitada—replicó don Juan, mirando al prestamista con la mayor frialdad—. Ya no necesito el préstamo.

—¡Que no lo necesita!—exclamó el tacaño, desconcertado—. Repare usted

una cosa, don Juan. Se lo hago a usted... al doce por ciento.

Y viendo que el otro hacía signos negativos, levantóse, y recogiendo la capa, que se le caía, dió algunos pasos hacia don Juan, le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Es que usted no quiere tratar conmigo por aquello de que si soy o no soy agarrado. ¡Me parece a mí que un doce! ¿Cuándo las habrá visto usted más gordas?

—Me parece muy razonable el interés; pero, le repito, ya no me hace falta.

—¡Se ha sacado usted el premio gordo, por vida de...!—exclamó Torquemada con grosería—. Don Juan, no gaste usted bromas conmigo... ¿Es que duda de que le hable con seriedad? Porque eso de que no le hace falta..., ¡rábano!..., ¡a usted!, que sería capaz de tragarse, no digo yo este pico, sino la Casa de la Moneda enterita... Don Juan, don Juan, sepa usted, si no lo sabe, que yo también tengo mi humanidad como cualquier hijo de vecino, que me intereso por el prójimo y hasta que favorezco a los que me aborrecen. Usted me odia, don Juan; usted me detesta, no me lo niegue, porque no me puede pagar; esto es claro. Pues bien: para que vea usted de lo que soy capaz, se lo doy al cinco..., ¡al cinco!

Y como el otro repitiera con la cabeza los signos negativos, Torquemada se desconcertó más, y alzando los brazos, con lo cual dicho se está que la capa fué a parar al suelo, soltó esta andanada:

—¡Tampoco al cinco!... Pues, hombre, menos que el cinco, ¡caracoles!..., a no ser que quiera que le dé también la camisa que llevo puesta... ¿Cuándo se ha visto usted en otra?... Pues no sé qué quiere el ángel de Dios... De esta hecha me vuelvo loco. Para que vea, para que vea hasta dónde llega mi generosidad, se lo doy sin interés.

—Muchas gracias, amigo don Francisco. No dudo de sus buenas intenciones. Pero ya nos hemos arreglado. Viendo que usted no me contestaba me fuí a dar con un pariente, y tuve ánimos para contarle mi triste situación. ¡Ojalá lo hubiera hecho antes!

—Pues aviado está el pariente... Ya puede decir que ha hecho un pan como unas hostias... Con muchos negocios de ésos... En fin, usted no lo ha querido de mí, usted se lo pierde. Vaya diciendo ahora que no tengo buen corazón; quien no lo tiene es usted...

—¿Yo? Esa sí que es salada.

—Sí, usted, usted—con despecho—. En fin, me las guillo, que me aguardan en otra parte donde hago muchísima falta, donde me están esperando como agua de mayo. Aquí estoy de más. Abur...

Despidióle don Juan en la puerta, y Torquemada bajó la escalera refunfuñando:

—No se puede tratar con gente mal agradecida. Voy a entenderme con aquellos pobrecitos... ¡Qué será de ellos sin mí!...

No tardó en llegar a la otra casa, donde le aguardaban con tanta ansiedad. Era en la calle de la Luna, edificio de buena apariencia, que albergaba en el principal a un aristócrata; más arriba, familias modestas, y en el techo, un enjambre de pobres. Torquemada recorrió el pasillo oscuro buscando una puerta Los números de éstas eran inútiles, porque no se veían. La suerte fué que Isidora le sintió los pasos y abrió.

—¡Ah! Vivan los hombres de palabra. Pase, pase.

Hallóse don Francisco dentro de una estancia cuyo inclinado techo tocaba al piso por la parte contraria a la puerta: arriba, un ventanón con algunos de sus vidrios rotos, tapados con trapos y papepeles; el suelo, de baldosín, cubierto a trechos de pedazos de alfombra; a un lado un baúl abierto, dos sillas, un anafre con lumbre; a otro, una cama, sobre la cual, entre mantas y ropas diversas, medio vestido y medio abrigado, yacía un hombre como de treinta años, guapo, de barba puntiaguda, ojos grandes, frente hermosa, demacrado y con los pómulos ligeramente encendidos; en las sienes una depresión verdosa, y las orejas transparentes como la cera de los exvotos que se cuelgan en los altares. Torquemada le miró sin contestar al saludo y pensaba así: "El pobre está más tísico que la *Traviatta*. ¡Lástima de muchacho! Tan buen pintor y tan mala cabeza... ¡Habría podido ganar tanto dinero!"

—Ya ve usted, don Francisco, cómo estoy... Con este catarrazo que no me

quiere dejar. Siéntese... ¡Cuánto le agradezco su bondad!

—No hay que agradecer nada... Pues no faltaba más. ¿No nos manda Dios vestir a los enfermos, dar de beber al triste, visitar al desnudo?... ¡Ay! Todo lo trabuco. ¡Qué cabeza!... Decía que para aliviar las desgracias estamos los hombres de corazón blando..., sí, señor.

Miró las paredes del guardillón, cubiertas en gran parte por multitud de estudios de paisajes, algunos con el cielo para abajo, clavados en la pared o arrimados a ella.

—Bonitas cosas hay todavía por aquí.

—En cuanto suelte el constipado voy a salir al campo—dijo el enfermo, los ojos iluminados por la fiebre—. ¡Tengo una idea, qué idea!... Creo que me pondré bueno de ocho a diez días, si usted me socorre, don Francisco, y en seguida al campo, al campo...

"Al campo santo es a donde tú vas prontito", pensó Torquemada, y luego en alta voz:

—Sí, eso es cuestión de ocho o diez días... nada más... Luego saldrá usted por ahí..., en un coche... ¿Sabe usted que la guardilla es fresquita?... ¡Caramba! Déjeme embozar en la capa.

—Pues asómbrese usted—dijo el enfermo incorporándose—. Aquí me he puesto algo mejor. Los últimos días que pasamos en el estudio..., que se lo cuente a usted Isidora..., estuve malísimo; como que nos asustamos, y...

Le entró tan fuerte golpe de tos, que parecía que se ahogaba. Isidora acudió a incorporarle, levantando las almohadas. Los ojos del infeliz parecía que se saltaban, sus deshechos pulmones agitábanse trabajosamente, como fuelles que no pueden expeler ni aspirar el aire; crispaba los dedos, quedando al fin postrado y como sin vida. Isidora le enjugó el sudor de la frente, puso en orden la ropa que por ambos lados del angosto lecho se caía y le dió a beber un calmante.

—Pero ¡qué pasmo tan atroz he cogido!...—exclamó el artista al reponerse del acceso.

—Habla lo menos posible—le aconsejó Isidora.

—Yo me entenderé con don Francisco; verás cómo nos arreglamos. Este don Francisco es más bueno de lo que parece, es un santo disfrazado de diablo, ¿verdad?

Al reírse mostró su dentadura incomparable, una de las pocas gracias que le quedaban en su decadencia triste. Torquemada, echándoselas de bondadoso, la hizo sentar a su lado y le puso la mano en el hombro, diciéndole:

—Ya lo creo que nos arreglaremos... Como que con usted se puede entender uno fácilmente; porque usted, Isidorita, no es como esas otras mujeronas que no tienen educación. Usted es una persona decente que ha venido a menos, y tiene todo el aquel de mujer fina, como hija neta de marqueses... Bien lo sé..., y que le quitaron la posición que le corresponde esos pillos de la curia...

—¡Ay Jesús!—exclamó Isidora, exhalando en un suspiro todas las remembranzas tristes y alegres de su novelesco pasado—. No hablemos de eso... Pongamonos en la realidad, don Francisco ¿Se ha hecho usted cargo de nuestra situación? A Martín le embargaron el estudio. Las deudas eran tantas, que no pudimos salvar más que lo que usted ve aquí. Después hemos tenido que empeñar toda su ropa y la mía para poder comer... No me queda más que lo puesto..., ¡mire usted qué facha!, y a él nada, lo que le ve usted sobre la cama. Necesitamos desempeñar lo preciso; tomar una habitacioncita más abrigada, la del tercero, que está con papeles; encender lumbre, comprar medicinas, poner siquiera un buen cocido todos los días... Un señor de la beneficencia domiciliaria me trajo ayer dos bonos, y me mandó ir allá, adonde está la oficina; pero tengo vergüenza por presentarme con esta facha... Los que hemos nacido en cierta posición, señor don Francisco, por mucho que caigamos, nunca caemos hasta lo hondo... Pero vamos al caso; para todo eso que le he dicho y para que Martín se reponga y pueda salir al campo, necesitamos tres mil reales..., y no digo cuatro porque no se asuste. Es lo último. Sí, don Francisquito de mi alma, y confiamos en su buen corazón.

—¡Tres mil reales!—dijo el usurero poniendo la cara de duda reflexiva que para los casos de benevolencia tenía; cara que era ya en él como una fórmula dilatoria, de las que se usan en diplomacia—. ¡Tres mil realetes!... Hija de mi alma, mire usted.

Y haciendo con los dedos pulgar e índice una perfecta rosquilla, se la presentó a Isidora, y prosiguió así:

—No sé si podré disponer de los tres mil reales en el momento. De todos modos, me parece que podrían ustedes arreglarse con menos. Piénselo bien y ajuste sus cuentas. Yo estoy decidido a protegerlos y ayudarlos para que mejoren de suerte..., llegaré hasta el sacrificio y hasta quitarme el pan de la boca para que ustedes maten el hambre, pero..., pero reparen que debo mirar también por mis intereses...

—Pongamos el interés que quiera, don Francisco—dijo con énfasis el enfermo, que por lo visto deseaba acabar pronto.

—No me refiero al materialismo del rédito del dinero, sino a mis intereses, claro, a mis intereses. Y doy por hecho que ustedes piensan pagarme algún día.

—Pues claro—replicaron a una Martín e Isidora.

Y Torquemada para su coleto: "El día del Juicio por la tarde me pagaréis; ya sé que éste es dinero perdido."

El enfermo se incorporó en su lecho, y con cierta exaltación dijo al prestamista:

—Amigo, ¿cree usted que mi tía, la que está en Puerto Rico, ha de dejarme en esta situación cuando se entere? Ya estoy viendo la letra de cuatrocientos o quinientos pesos que me ha de mandar. Le escribí por el correo pasado.

"Como no te mande tu tía quinientos puñales", pensó Torquemada. Y en voz alta:

—Y alguna garantía me han de dar ustedes también..., digo, me parece que...

—¡Toma! Los estudios. Escoja los que quiera.

Echando en redondo una mirada pericial, Torquemada explanó su pensamiento en esta forma:

"Bueno, amigos míos, voy a decirles una cosa que les va a dejar turulatos. Me he compadecido de tanta miseria; yo no puedo ver una desgracia semejante sin acudir al instante a remediarla. ¡Ah! ¿Qué idea teníais de mí? Porque otra vez me debieron un pico y los apuré y los ahogué, ¿creen que soy de mármol? Tontos, era porque entonces le vi triunfando y gastando, y, francamente, el dinero que yo gano con tanto afán no es para tirado en francachelas. No me conocéis, os aseguro que no me conocéis. Comparen la tiranía de esos chupones que les embargaron el estudio y os dejaron en cueros vivos; comparen eso, digo, con mi generosidad y con este corazón tierno que me ha dado Dios... Soy tan bueno, tan bueno, que yo mismo me tengo que alabar y darme las gracias por el bien que hago. Pues verán qué golpe. Miren..."

Volvió a aparecer la rosquilla, acompañada de estas graves palabras:

—Les voy a dar los tres mil reales, y se los voy a dar ahora mismo..., pero no es eso lo más gordo, sino que se los voy a dar sin intereses... Qué tal, ¿es esto rasgo o no es rasgo?

—Don Francisco—exclamó Isidora con efusión—, déjeme que le dé un abrazo.

—Y yo le daré otro si viene acá—gritó el enfermo, queriendo echarse fuera de la cama.

—Sí, vengan todos los cariños que queráis—dijo el tacaño, dejándose abrazar por ambos—. Pero no me alaben mucho, porque estas acciones son deber de toda persona que mire por la Humanidad, y no tienen gran mérito... Abrácenme otra vez, como si fuera vuestro padre, y compadézcanme, que yo también lo necesito... En fin, que se me saltan las lágrimas si me descuido, porque soy tan compasivo..., tan...

—Don Francisco de mis entretelas —declaró el tísico arropándose bien otra vez con aquellos andrajos—, es usted la persona más cristiana, más completa y más humanitaria que hay bajo el sol. Isidora, trae el tintero, la pluma y el papel sellado que compraste ayer, que voy a hacer un pagaré.

La otra le llevó lo pedido, y mientras el desgraciado joven escribía, Torquemada, meditabundo y con la frente apoyada en un solo dedo, fijaba en el suelo su mirar reflexivo. Al coger el documento que Isidora le presentaba, miró a sus deudores con expresión paternal y echó el registro afeminado y dulzón de su voz para decirles:

—Hijos de mi alma, no me conocéis. Pensáis sin duda que voy a guardarme este pagaré... Sois unos bobalicones. Cuando yo hago una obra de caridad, allá te va de veras, con el alma y con la vida. No os presto los tres mil reales, os los regalo, por vuestra linda cara. Mirad lo que hago: ras, ras.

Rompió el papel. Isidora y Martín lo

creyeron porque lo estaban viendo, que si no, no lo hubieran creído.

—Eso se llama hombre cabal... Don Francisco, muchísimas gracias—dijo Isidora, conmovida.

Y el otro, tapándose la boca con las sábanas para contener el acceso de tos que se iniciaba:

—¡María Santísima, qué hombre tan bueno!

—Lo único que haré—dijo don Francisco levantándose y examinando de cerca los cuadros—es aceptar un par de estudios, como recuerdo... Este de las montañas nevadas y aquel de los burros pastando... Mire usted, Martín, también me llevaré, si le parece, aquella marinita y este puente con hiedra...

A Martín le había entrado el acceso y se asfixiaba. Isidora, acudiendo a auxiliarle, dirigió una mirada furtiva a las tablas y al escrutinio y elección que de ellas hacía el aprovechado prestamista.

—Los acepto como recuerdo—dijo éste apartándolos—; y si les parece bien también me llevaré este otro... Una cosa tengo que advertirles: si temen que con las mudanzas se estropeen estas pinturas, llévenmelas a casa, que allí las guardaré y pueden recogerlas el día que quieran... Vaya, ¿va pasando esa condenada tos? La semana que entra ya no toserá usted nada, pero nada. Irá usted al campo..., allá, por el puente de San Isidro... Pero ¡qué cabeza la mía!..., se me olvidaba lo principal, que es darles los tres mil reales... Venga acá, Isidorita, entérese bien... Un billete de cien pesetas, otro, otro...—los iba contando y mojaba los dedos con saliva a cada billete para que no se pegaran—. Setecientas pesetas... No tengo billete de cincuenta, hija. Otro día lo daré. Tiene ahí ciento cuarenta duros, o sean dos mil ochocientos reales...

VIII

Al ver el dinero, Isidora casi lloraba de gusto, y el enfermo se animó tanto, que parecía haber recobrado la salud. ¡Pobrecillos, estaban tan mal, habían pasado tan horribles escaseces y miserias! Dos años antes se conocieron en casa de un prestamista que a entrambos los desollaba vivos. Se confiaron su situación respectiva, se compadecieron y se amaron: aquella misma noche durmió Isidora en el estudio. El desgraciado artista y la mujer perdida hicieron el pacto de fundir sus miserias en una sola y de ahogar sus penas en el dulce licor de una confianza enteramente conyugal. El amor les hizo llevadera la desgracia. Se casaron en el ara del amancebamiento, y a los dos días de unión se querían de veras y hallábanse dispuestos a morirse juntos y a partir lo poco bueno y lo mucho malo que la vida pudiera traerles. Lucharon contra la pobreza, contra la usura, y sucumbieron sin dejar de quererse: él siempre amante; solícita y cariñosa ella; ejemplo ambos de abnegación, de esas altas virtudes que se esconden avergonzadas para que no las vean la ley y la religión, como el noble haraposo se esconde de sus iguales bien vestidos.

Volvió a abrazarlos Torquemada, diciéndoles con melosa voz:

—Hijos míos, sed buenos y que os aproveche el ejemplo que os doy. Favoreced al pobre, amad al prójimo, y así como yo os he compadecido, compadecedme a mí, porque soy muy desgraciado.

—Ya sé—dijo Isidora, desprendiéndose de los brazos del avaro—que tiene usted al niño malo. ¡Pobrecito! Verá usted cómo se le pone bueno ahora...

—¡Ahora! ¿Por qué ahora?—preguntó Torquemada con ansiedad muy viva.

—Pues..., qué sé yo... Me parece que Dios le ha de favorecer, le ha de premiar sus buenas obras...

—¡Oh!, si mi hijo se muere—afirmó don Francisco con desesperación—, no sé qué va a ser de mí.

—No hay que hablar de morirse—gritó el enfermo, a quien la posesión de los santos cuartos había despabilado y excitado cual si fuera una toma del estimulante más enérgico—. ¿Qué es eso de morirse? Aquí no se muere nadie. Don Francisco, el niño no se muere. Pues no faltaba más. ¿Qué tiene? ¿Meningitis? Yo tuve una muy fuerte a los diez años, y ya me daban por muerto cuando entré en reacción, y viví, y aquí me tiene usted, dispuesto a llegar a viejo, y llegaré, porque lo que es el catarro ahora lo largo. Vivirá el

niño, don Francisco, no tengo duda; vivirá.

—Vivirá—repitió Isidora—; yo sé lo voy a pedir a la Virgencita del Carmen.

—Sí, hija, a la Virgen del Carmen —dijo Torquemada, llevándose el pañuelo a los ojos—. Me parece muy bien. Cada uno empuje por su lado, a ver si entre todos...

El artista, loco de contento, quería comunicárselo al atribulado padre, y medio se echó de la cama para decirle:

—Don Francisco, no llore, que el chico vive... Me lo dice el corazón, me lo dice una voz secreta... Viviremos todos y seremos felices.

—¡Ay hijo de mi alma!—exclamó el *Peor*; y abrazándole otra vez—: Dios le oiga a usted. ¡Qué consuelo tan grande me da!

—También usted nos ha consolado a nosotros. Dios se lo tiene que premiar. Viviremos, sí, sí. Mire, mire: el día en que yo pueda salir, nos vamos todos al campo, el niño también, de merienda. Isidora nos hará la comida, y pasaremos un día muy agradable, celebrando nuestro restablecimiento.

—Iremos, iremos—dijo el tacaño con efusión, olvidándose de lo que antes había pensado respecto al *campo* a que iría Martín muy pronto—. Sí, y nos divertiremos mucho y daremos limosnas a todos los pobres que nos salgan... ¡Qué alivio siento en mi interior desde que he hecho ese beneficio!... No, no me lo alaben... Pues verán: se me ocurre que aún les puedo hacer otro mucho mayor.

—¿Cuál?... A ver, don Francisquito.

—Pues se me ha ocurrido... No es idea de ahora, que la tengo hace tiempo... Se me ha ocurrido que si la Isidora conserva los papeles de su herencia y sucesión de la casa de Aransis hemos de intentar sacar eso...

Isidora le miró entre aturdida y asombrada.

—¿Otra vez eso?—fué lo único que dijo.

—Sí, sí, tiene razón don Francisco —afirmó el pobre tísico, que estaba de buenas, entregándose con embriaguez a un loco optimismo—. Se intentará... Eso no puede quedar así.

—Tengo el recelo—añadió Torquemada—de que los que intervinieron en la acción la otra vez no anduvieron muy listos o se vendieron a la marquesa vieja... Lo hemos de ver, lo hemos de ver.

—En cuantito que yo suelte el catarro. Isidora, mi ropa; ve al momento a traer mi ropa, que me quiero levantar... ¡Qué bien me siento ahora!... Me dan ganas de ponerme a pintar, don Francisco. En cuanto el niño se levante de la cama, quiero hacerle el retrato.

—Gracias, gracias..., sois muy buenos..., los tres somos muy buenos, ¿verdad? Venga otro abrazo y pedid a Dios por mí. Tengo que irme, porque estoy con una zozobra que no puedo vivir.

—Nada, nada, que el niño está mejor, que se salva—repitió el artista, cada vez más exaltado—. Si le estoy viendo, si no me puedo equivocar.

Isidora se dispuso a salir con parte del dinero, camino de la casa de préstamos; pero al pobre artista le acometió la tos y disnea con mayor fuerza, y tuvo que quedarse. Don Francisco se despidió con las expresiones más cariñosas que sabía, y cogiendo los cuadritos salió con ellos debajo de la capa. Por la escalera iba diciendo:

—¡Vaya, que es bueno ser bueno!... ¡Siento en mi interior una cosa, un consuelo...! ¡Si tendrá razón Martín! ¡Si se me pondrá bueno aquel pedazo de mi vida!... Vamos corriendo allá. No me fío, no me fío. Este botarate tiene las ilusiones de los tísicos en último grado. Pero ¡quién sabe!, se engaña de seguro respecto a sí mismo y acierta en lo demás. A donde él va pronto es al nicho... Pero los moribundos suelen tener doble vista, y puede que haya *visto* la mejoría de Valentín...; voy corriendo, corriendo. ¡Cuánto me estorban estos malditos cuadros! ¡No dirán ahora que soy tirano y judío, pues rasgos de éstos entran pocos en libra!... No me dirán que me cobro en pinturas, pues por estos apuntes, en venta, no me darían ni la mitad de lo que yo di. Verdad que si se muere valdrán más, porque aquí cuando un artista está vivo nadie le hace maldito caso, y en cuanto se muere de miseria o de cansancio le ponen en las nubes, le llaman genio y qué sé yo qué... Me parece que no llego nunca a mi casa. ¡Qué lejos está, estando tan cerca!

Subió de tres en tres peldaños la escalera de su casa, y le abrió la puer-

ta la *Tía Roma*, disparándole a boca de jarro estas palabras:

—Señor, el niño parece que está un poquito más tranquilo.

Oírlo don Francisco y soltar los cuadros y abrazar a la vieja fué todo uno. La trapera lloraba, y el *Peor* le dió tres besos en la frente. Después fué derechito a la alcoba del enfermo y miró desde la puerta. Rufina se abalanzó hacia él para decirle:

—Está desde mediodía más sosegado... ¿Ves? Parece que duerme el pobre ángel. Quién sabe... Puede que se salve. Pero no me atrevo a tener esperanzas, no sea que las perdamos esta tarde.

Torquemada no cabía en sí de sobresalto y ansiedad. Estaba el hombre con los nervios tirantes, sin poder permanecer quieto ni un momento, tan pronto con ganas de echarse a llorar como de soltar la risa. Iba y venía del comedor a la puerta de la alcoba, de ésta a su despacho, y del despacho al gabinete. En una de estas volteretas llamó a la *Tía Roma*, y metiéndose con ella en la alcoba la hizo sentar y le dijo:

—*Tía Roma*, ¿crees tú que se salva el niño?

—Señor, será lo que Dios quiera, y nada más. Yo se lo he pedido anoche y esta mañana a la Virgen del Carmen con tanta devoción, que más no puede ser, llorando a moco y baba. ¿No me ve cómo tengo los ojos?

—¿Y crees tú...?

—Yo tengo esperanza, señor. Mientras no sea cadáver, esperanzas ha de haber, aunque digan los médicos lo que dijeren. Si la Virgen lo manda, los médicos se van a hacer puñales... Otra, anoche me quedé dormida rezando, y me pareció que la Virgen bajaba hasta delantito de mí, y que me decía que sí con la cabeza... Otra, ¿no ha rezado usted?

—Sí, mujer; ¡qué preguntas haces! Voy a decirte una cosa importante. Verás.

Abrió un bargueño, en cuyos cajoncillos guardaba papeles y alhajas de gran valor que habían ido a sus manos en garantía de préstamos usurarios; algunas no eran todavía suyas, otras sí. Un rato estuvo abriendo estuches, y a la *Tía Roma*, que jamás había visto cosa semejante, se le encandilaban los ojos de pez con los resplandores que de las cajas salían. Eran, según ella, esmeraldas como nueces, diamantes que arrojaban pálidos rayos, rubíes como pepitas de granada y oro finísimo, oro de la mejor ley, que valía cientos de miles... Torquemada, después de abrir y cerrar estuches, encontró lo que buscaba: una perla enorme, del tamaño de una avellana, de hermosísimo oriente, y cogiéndola entre los dedos, la mostró a la vieja.

—¿Qué te parece esta perla, *Tía Roma*?

—Bonita de veras. Yo no lo entiendo. Valdrá miles de millones. ¿Verdá usted?

—Pues esta perla—dijo Torquemada en tono triunfal—es para la señora Virgen del Carmen. Para ella es si pone bueno a mi hijo. Te la enseño, y pongo en tu conocimiento la intención para que se lo digas. Si se lo digo yo, de seguro no me lo cree.

—Don Francisco—mirándole con profunda lástima—, usted está malo de la jícara. Dígame, por su vida, ¿para qué quiere ese requilorio la Virgen del Carmen?

—Toma, para que se lo pongan el día de su santo, el dieciséis de julio. ¡Pues no estará poco maja con esto! Fué regalo de boda de la excelentísima señora marquesa de Tellería. Créelo, como ésta hay pocas.

—Pero, don Francisco, ¡usted piensa que la Virgen le va a conceder...! Paice bobo..., ¡por ese piazo de cualquier cosa!

—Mira qué oriente. Se puede hacer un alfiler y ponérselo a ella en el pecho, o al Niño.

—¡Un rayo! ¡Valiente caso hace la Virgen de perlas y pindonguerías!... Créame a mí: véndala y dele a los pobres el dinero.

—Mira, tú, no es mala idea—dijo el tacaño, guardando la joya—. Tú sabes mucho. Seguiré tu consejo, aunque, si he de ser franco, eso de dar a los pobres viene a ser una tontería, porque cuanto les das se lo gastan en aguardiente. Pero ya lo arreglaremos de modo que el dinero de la perla no vaya a parar a las tabernas... Y ahora quiero hablarte de otra cosa. Pon muchísima atención: ¿te acuerdas de cuando mi hija, paseando una tarde por las afueras con Quevedo y las de Morejón, fué a dar allá, por donde tú vives, hacia los Tejares del

Aragonés, y entró en tu choza y vino contándome, horrorizada, la pobreza y escasez que allí vió? ¿Te acuerdas de eso? Contóme Rufina que tu vivienda es un cubil, una inmundicia hecha con adobes, tablas viejas y planchas de hierro, el techo de paja y tierra; me dijo que ni tú ni tus nietos tenéis cama y dormís sobre un montón de trapos; que los cerdos y las gallinas que criáis con la basura son allí las personas y vosotros los animales. Sí; Rufina me contó esto, y yo debí tenerte lástima y no te la tuve. Debí regalarte una cama, pues nos has servido bien; querías mucho a mi mujer, quieres a mis hijos, y en tantos años que entras aquí jamás nos has robado ni el valor de un triste clavo. Pues bien; si entonces no se me pasó por la cabeza socorrerte, ahora sí.

Diciendo esto, se aproximó al lecho y dió en él un fuerte palmetazo con ambas manos, como el que se suele dar para sacudir los colchones al hacer las camas.

—*Tía Roma,* ven acá, toca aquí. Mira qué blandura. ¿Ves este colchón de lana encima de un colchón de muelles? Pues es para ti, para ti, para que descanses tus huesos duros y te despatarres a tus anchas.

Esperaba el tacaño una explosión de gratitud por dádiva tan espléndida, y ya le parecía estar oyendo las bendiciones de la *Tía Roma,* cuando ésta salió por un registro muy diferente. Su cara telarañosa se dilató, y de aquellas úlceras con vista que se abrían en el lugar de los ojos salió un resplandor de azoramiento y susto mientras volvía la espalda al lecho, dirigiéndose hacia la puerta.

—Quite, quite allá—dijo—; vaya con lo que se le ocurre... ¡Darme a mí los colchones, que ni tan siquiera caben por la puerta de mi casa!... Y aunque cupieran..., ¡rayo! A cuenta que he vivido tantísimos años durmiendo en duro como una reina, y en estas blanduras no pegaría los ojos. Dios me libre de tenderme ahí. ¿Sabe lo que le digo? Que quiero morirme en paz. Cuando venga la de la cara fea me encontrará sin una mota, pero con la conciencia como los chorros de la plata. No, no quiero los colchones, que dentro de ellos está su idea..., porque aquí duerme usted, y por la noche, cuando se pone a cavilar, las ideas se meten por la tela adentro y por los muelles, y ahí estarán, como las chinches cuando no hay limpieza. ¡Rayo con el hombre, y la que me quería encajar!...

Accionaba la viejecilla de una manera gráfica, expresando tan bien con el mover de las manos y de los flexibles dedos cómo la cama del tacaño se contaminaba de sus ruines pensamientos, que Torquemada la oía con verdadero furor, asombrado de tanta ingratitud; pero ella, firme y arisca, continuó despreciando el regalo:

—Pos vaya un premio gordo que me caía, Santo Dios... ¡Pa que yo durmiera en eso! Ni que estuviera boba, don Francisco. ¡Pa que a medianoche me salga toda la gusanera de las ideas de usted y se me meta por los oidos y por los ojos, volviéndome loca y dándome una mala suerte...! Porque, bien lo sé yo..., a mí no me la da usted..., ahí dentro, ahí dentro están todos sus pecados, la guerra que le hace al pobre, su tacañería, los réditos que mama y todos los números que le andan por la sesera para ajuntar dinero... Si yo me durmiera ahí, a la hora de la muerte me saldrían por un lado y por otro unos sapos con la boca muy grande, unos culebrones asquerosos que se me enroscarían en el cuerpo, unos diablos muy feos con bigotazos y con orejas de murciélago, y me cogerían entre todos para llevarme a rastras a los infiernos. Váyase al rayo y guárdese sus colchones, que yo tengo un camastro hecho de sacos de trapo, con una manta por encima, que es la gloria divina... Ya lo quisiera usted... Aquello sí que es rico para dormir a pierna suelta...

—Pues dámelo, dámelo, *Tía Roma*—dijo el avaro con aflicción—. Si mi hijo se salva, me comprometo a dormir en él lo que me queda de vida y a no comer más que las bazofias que tú comes.

—A buenas horas y con sol. Usted quiere ahora poner un puño en el cielo. ¡Ay, señor, a cada paje su ropaje! A usted le sienta eso como a las burras las arracadas. Y todo ello es porque está afligido; pero si se pone bueno el niño, volverá usted a ser más malo que Holofernes. Mire que ya va para viejo; mire que el mejor día se le pone delante la de la cara pelada, y a ésa sí que no le da usted el timo.

—Pero ¿de dónde sacas tú, estampa de la basura—replicó Torquemada con ira, agarrándola por el pescuezo y sacu-

diéndola—, de dónde sacas tú que yo soy malo ni lo he sido nunca?

—Déjeme, suélteme, no me menee, que no soy ninguna pandereta. Mire que soy más vieja que Jerusalén y he visto mucho mundo y le conozco a usted desde que se quiso casar con la Silvia. Y bien le aconsejé a ella que no se casara..., y bien le anuncié las hambres que había de pasar. Ahora que está rico no se acuerda de cuando empezaba a ganarlo. Yo sí me acuerdo, y me paice que fué ayer cuando le contaba los garbanzos a la cuitada de Silvia y todo lo tenía usted bajo llave, y la pobre estaba descomida, trasijada y ladrando de hambre. Como que si no es por mí, que le traía algún huevo de ocultis, se hubiera muerto cien veces. ¿Se acuerda de cuando se levantaba usted a medianoche para registrar la cocina a ver si descubría algo de condumio que la Silvia hubiera escondido para comérselo sola? ¿Se acuerda de cuando encontró un pedazo de jamón en dulce y un medio pastel que me dieron a mí en casa de la marquesa, y que yo le traje a la Silvia para que se lo zampara ella sola, sin darle a usted ni tanto así? ¿Recuerda que al otro día estaba usted hecho un león, y que cuando entré me tiró al suelo y me estuvo pateando? Y yo no me enfadé, y volví, y todos los días le traía algo a la Silvia. Como usted era el que iba a la compra, no le podíamos sisar, y la infeliz ni tenía una triste chambra que ponerse. Era una mártira, don Francisco, una mártira; ¡y usted guardando el dinero y dándolo a peseta por duro al mes! Y mientre tanto, no comían más que mojama cruda con pan seco y ensalada. Gracias que yo partía con ustedes lo que me daban en las casas ricas, y una noche, ¿se acuerda?, traje un hueso de jabalí, que lo estuvo usted echando en el puchero seis días seguidos, hasta que se quedó más seco que su alma puñalera. Yo no tenía obligación de traer nada: lo hacía por la Silvia, a quien cogí en brazos cuando nació de señá Rufinica, la del callejón del Perro. Y lo que a usted le ponía furioso era que yo le guardase las cosas a ella y no se las diera a usted, ¡un rayo! Como si tuviera yo obligación de llenarle a usted el buche, perro, más que perro... Y dígame ahora, ¿me ha dado alguna vez el valor de un real? Ella sí me daba lo que podía, a la chita callando; pero usted, el muy capigorrón, ¿qué me ha dado? Clavos torcidos y las barreduras de la casa. ¡Véngase ahora con jipíos y farsa!... Valiente caso le van a hacer.

—Mira, vieja de todos los demonios —le dijo Torquemada furioso—, por respeto a tu edad no te reviento de una patada. Eres una embustera, una diabla, con todo el cuerpo lleno de mentiras y enredos. Ahora te da por desacreditarme, después de haber estado más de veinte años comiendo mi pan. Pero ¡si te conozco, zurrón de veneno; si eso que has dicho nadie te lo va a creer: ni arriba ni abajo! El demonio está contigo, y maldita tú eres entre todas las brujas y esperpentos que hay en el cielo..., digo, en el infierno.

IX

Estaba el hombre fuera de sí, delirante; y sin echar de ver que la vieja se había largado a buen paso de la habitación, siguió hablando como si delante la tuviera.

—Espantajo, madre de las telarañas, si te cojo, verás... ¡Desacreditarme así!

Iba de una parte a otra en la estrecha alcoba, y de ésta al gabinete, cual si le persiguieran sombras; daba cabezadas contra la pared, algunas tan fuertes que resonaban en toda la casa.

Caía la tarde, y la oscuridad reinaba ya en torno del infeliz tacaño, cuando éste oyó claro y distinto el grito de pavo real que Valentín daba en el paroxismo de su altísima fiebre.

—Y ¡decían que estaba mejor!... Hijo de mi alma... Nos han vendido, nos han engañado.

Rufina entró llorando en la estancia de la fiera, y le dijo:

—¡Ay, papá, qué malito se ha puesto; pero qué malito!

—¡Ese trasto de Quevedo!—gritó Torquemada, llevándose un puño a la boca y mordiéndoselo con rabia—. Le voy a sacar las entrañas... El nos le ha matado.

—Papá, por Dios, no seas así... No te rebeles contra la voluntad de Dios... Si El lo dispone...

—Yo no me rebelo, ¡puñales!, yo no me rebelo. Es que no quiero, no quiero dar a mi hijo, porque es mío, sangre de mi sangre y hueso de mis huesos...

—Resígnate, resígnate, y tengamos conformidad—exclamó la hija, hecha un mar de lágrimas.

—No puedo, no me da la gana de resignarme. Esto es un robo... Envidia, pura envidia. ¿Qué tiene que hacer Valentín en el cielo? Nada, digan lo que dijeren; pero nada... Dios, ¡cuánta mentira, cuánto embuste! Que si cielo, que si infierno, que si Dios, que si diablo, que si... ¡tres mil rábanos! ¡Y la muerte, esa muy pindonga de la muerte, que no se acuerda de tanto pillo, de tanto farsante, de tanto imbécil, y se le antoja mi niño, por lo mejor que hay en el mundo!... Todo está mal, y el mundo es un asco, una grandísima porquería.

Rufina se fué y entró Bailón, trayéndose una cara muy compungida. Venía de ver al enfermito, que estaba ya agonizando, rodeado de algunas vecinas y amigos de la casa. Disponíase el clerizonte a confortar al afligido padre en aquel trance doloroso, y empezó por darle un abrazo, diciéndole con empañada voz:

—Valor, amigo mío, valor. En estos casos se conocen las almas fuertes. Acuérdese usted de aquel gran Filósofo que expiró en una cruz dejando consagrados los principios de la Humanidad.

—¡Qué principios ni qué...! ¿Quiere usted marcharse de aquí, so chinche?... Vaya que es de lo más pelmazo y cargante y apestoso que he visto. Siempre que estoy angustiado me sale con esos retruécanos.

—Amigo mío, mucha calma. Ante los designios de la Naturaleza, de la Humanidad, del gran Todo, ¿qué puede el hombre? ¡El hombre! Esa hormiga, menos aún, esa pulga..., todavía mucho menos.

—Ese coquito..., menos aún, ese..., ¡puñales!—agregó Torquemada con sarcasmo horrible, remedando la voz de la sibila y enarbolando después el puño cerrado—. Si no se calla le rompo la cara... Lo mismo me da a mí el grandísimo todo que la grandísima nada y el muy piojoso que le inventó. Déjeme, suélteme, por la condenada alma de su madre, o...

Entró Rufina otra vez, traída por dos amigas suyas, para apartarla del tristísimo espectáculo de la alcoba. La pobre joven no podía sostenerse. Cayó de rodillas exhalando gemidos, y al ver a su padre forcejeando con Bailón, le dijo:

—Papá, por Dios, no te pongas así. Resígnate..., yo estoy resignada, ¿no me ves?... El pobrecito..., cuando yo entré..., tuvo un instante, ¡ay!, en que recobró el conocimiento. Habló con voz clara y dijo que veía a los ángeles que le estaban llamando.

—¡Hijo de mi alma, hijo de mi vida!—gritó Torquemada con toda la fuerza de sus pulmones, hecho un salvaje, un demente—. No vayas, no hagas caso; que ésos son unos pillos que te quieren engañar... Quédate con nosotros...

Dicho esto, cayó redondo al suelo, estiró una pierna, contrajo la otra y un brazo. Bailón, con toda su fuerza, no podía sujetarle, pues desarrollaba un vigor muscular inverosímil. Al propio tiempo soltaba de su fruncida boca un rugido feroz y espumarajos. Las contracciones de las extremidades y el pataleo eran en verdad horrible espectáculo: se clavaba las uñas en el cuello hasta hacerse sangre. Así estuvo largo rato, sujetado por Bailón y el carnicero, mientras Rufina, transida de dolor, pero en sus cinco sentidos, era consolada y atendida por Quevedito y el fotógrafo. Llenóse la casa de vecinos y amigos, que en tales trances suelen acudir compadecidos y serviciales. Por fin, tuvo término el patatús de Torquemada, y caído en profundo sopor, que a la misma muerte, por lo quieto, se asemejaba, le cargaron entre cuatro y le arrojaron en su lecho. La *Tía Roma*, por acuerdo de Quevedito, le daba friegas con un cepillo, rasca que te rasca, como si le estuviera sacando lustre.

Valentín había expirado ya. Su hermana, que quieras que no, allá se fué, le dió mil besos, y ayudada de las amigas, se dispuso a cumplir los últimos deberes con el pobre niño. Era valiente, mucho más valiente que su padre, el cual, cuando volvió en sí de aquel tremendo síncope, y pudo enterarse de la completa extinción de sus esperanzas, cayó en profundísimo abatimiento físico y moral. Lloraba en silencio y daba unos suspiros que se oían en toda la casa. Transcurrido un buen rato, pidió que le llevaran café con media tostada, porque sentía debilidad horrible. La pérdida absoluta de la esperanza le trajo la sedación, estímulos apremiantes de reparar el fatigado organismo. A medianoche fué

preciso administrarle un sustancioso potingue, que fabricaron la hermana del fotógrafo de arriba y la mujer del carnicero de abajo, con huevos, jerez y caldo de puchero.

—No sé qué me pasa—decía el *Peor*—; pero ello es que parece que se me quiere ir la vida.

El suspirar hondo y el llanto comprimido le duraron hasta cerca del día, hora en que fué atacado de un nuevo paroxismo de dolor, diciendo que quería ver a su hijo, *resucitarle costara lo que costase,* e intentaba salirse del lecho, contra los combinados esfuerzos de Bailón, del carnicero y de los demás amigos que contenerle y calmarle querían. Por fin, lograron que se estuviera quieto, resultado en que no tuvieron poca parte las filosóficas amonestaciones del clerigucho y las sabias cosas que echó por aquella boca el carnicero, hombre de pocas letras, pero muy buen cristiano.

—Tiene razón—dijo don Francisco, agobiado y sin aliento—. ¿Qué remedio queda más que conformarse? ¡Conformarse! Es un viaje para el que no se necesitan alforjas. Vean de qué le vale a uno ser más bueno que el pan, y sacrificarse por los desgraciados, y hacer bien a los que no nos pueden ver ni en pintura... Total, que lo que pensaba emplear en favorecer a cuatro pillos..., ¡mal empleado dinero, que había de ir a parar a las tabernas, a los garitos y a las casas de empeño!..., digo que esos dinerales los voy a gastar en hacerle a mi hijo del alma, a esa gloria, a ese prodigio que no parecía de este mundo, el entierro más lucido que en Madrid se ha visto. ¡Ah, qué hijo! ¿No es dolor que me lo hayan quitado? Aquello no era hijo: era un diosecito que engendramos a medias el Padre Eterno y yo... ¿No creen ustedes que debo hacerle un entierro magnífico? Ea, ya es de día. Que me traigan muestras de carros fúnebres..., y vengan papeletas negras para convidar a todos los profesores.

Con estos proyectos de vanidad excitóse el hombre, y a eso de las nueve de la mañana, levantado y vestido, daba sus disposiciones con aplomo y serenidad. Almorzó bien, recibía a cuantos amigos llegaban a verle, y a todos les endilgaba la consabida historia:

—Conformidad... ¡Qué le hemos de hacer!... Está visto: lo mismo da que usted se vuelva santo, que se vuelva usted Judas, para el caso de que le escuchen y le tengan misericordia... ¡Ah misericordia!... Lindo anzuelo sin cebo para que se lo traguen los tontos.

Y se hizo el lujoso entierro, y acudió a él mucha y lucida gente, lo que fué para Torquemada motivo de satisfacción y orgullo, único bálsamo de su hondísima pena. Aquella lúgubre tarde, después que se llevaron el cadáver del admirable niño, ocurrieron en la casa escenas lastimosas. Rufina, que iba y venía sin consuelo, vió a su padre salir del comedor con todo el bigote blanco, y se espantó creyendo que en un instante se había llenado de canas. Lo ocurrido fué lo siguiente: fuera de sí y acometido de un espasmo de tribulación, el inconsolable padre fué al comedor y descolgó el encerado en que estaban aún escritos los problemas matemáticos, y tomándolo por retrato que fielmente le reproducía las facciones del adorado hijo, estuvo larguísimo rato dando besos sobre la fría tela negra, y estrujándose la cara contra ella, con lo que la tiza se le pegó al bigote mojado de lágrimas, y el infeliz usurero parecía haber envejecido súbitamente. Todos los presentes se maravillaron de esto, y hasta se echaron a llorar. Llevóse don Francisco a su cuarto el encerado, y encargó a un dorador un marco de todo lujo para ponérselo y colgarlo en el mejor sitio de aquella estancia.

Al día siguiente, el hombre fué acometido, desde que abrió los ojos, de la fiebre de los negocios terrenos. Como la señorita había quedado muy quebrantada por los insomnios y el dolor, no podía atender a las cosas de la casa; la asistenta y la incansable *Tía Roma* la sustituyeron hasta donde sustituirla era posible. Y he aquí que cuando la *Tía Roma* entró a llevarle el chocolate al gran inquisidor, ya estaba éste en planta, sentado a la mesa de su despacho, escribiendo números con mano febril. Y como la bruja aquella tenía tanta confianza con el señor de la casa, permitiéndose tratarle como a igual, se llegó a él, le puso sobre el hombro su descarnada y fría mano y le dijo:

—Nunca aprende... Ya está otra vez preparando los trastos de ahorcar. Mala muerte va usted a tener, condenado de Dios, si no se enmienda.

Y Torquemada arrojó sobre ella una mirada que resultaba enteramente amarilla, por ser en él de este color lo que en los demás humanos ojos es blanco, y le respondió de esta manera:

—Yo hago lo que me da mi santísima gana, so mamarracho, vieja más vieja que la Biblia. Lucido estaría si consultara con tu necedad lo que debo hacer.

Contemplando un momento el encerado de las matemáticas, exhaló un suspiro y prosiguió así:

—Si preparo los trastos, eso no es cuenta tuya ni de nadie, que yo me sé cuanto hay que saber de tejas abajo y aun de tejas arriba, ¡puñales! Ya sé que me vas a salir con el materialismo de la misericordia... A eso te respondo que si buenos memoriales eché, buenas y gordas calabazas me dieron. La misericordia que yo tenga, ¡puñales!, que me la claven en la frente.

Madrid, febrero de 1889.

FIN DE
"TORQUEMADA EN LA HOGUERA"

TORQUEMADA EN LA CRUZ [1]

(1893)

PRIMERA PARTE

I

Pues, señor..., fué el 15 de mayo, día grande de Madrid (sobre este punto no hay desavenencia en las historias), del año... (esto sí que no lo sé; averígüelo quien quiera averiguarlo), cuando ocurrió aquella irreparable desgracia que, por más señas, anunciaron cometas, ciclones y terremotos, la muerte de doña Lupe *la de los Pavos*, de dulce memoria.

Y consta la fecha del tristísimo suceso, porque don Francisco Torquemada, que pasó casi todo aquel día en la casa de su amiga y compinche, calle de Toledo, número... (tampoco sé el número, ni creo que importe), cuenta que, habiendo cogido la enferma, al declinar la tarde, un sueñecico reparador que parecía síntoma feliz del término de la crisis nerviosa, salió él al balcón para tomar un poco el aire y descansar de la fatigosa guardia que montaba desde las diez de la mañana; y allí se estuvo cerca de media hora contemplando el sinfín de coches que volvían de la Pradera, con estruendo de mil demonios; los atascos, remolinos y encontronazos de la muchedumbre, que no cabía por las dos aceras arriba; los incidentes propios del mal humor de un regreso de feria, con todo el vino y el cansancio del día convertidos en flúido de escándalo. Entreteníase oyendo los dichos germanescos que, como efervescencia de un líquido bien batido, burbujeaban sobre el tumulto, revolviéndose con doscientos mil pitidos de pitos del Santo, cuando...

—Señor—le dijo la fámula de doña Lupe, dándole tan tremendo palmetazo en el omóplato, que el hombre creyó que se le caía encima el balcón del piso segundo—, señor, venga, venga acá... Otra vez el accidente. De ésta me parece que se nos va.

Corrió a la alcoba don Francisco, y, en efecto, a doña Lupe le había dado la pataleta. Entre el amigo y la criada no la podían sujetar; trancaba la buena señora los dientes; en sus labios hervía una salivilla espumosa, y sus ojos se habían vuelto para dentro, como si quisieran cerciorarse por sí mismos de que ya las ideas volaban dispersas por esos mundos. No se sabe el tiempo que duraron aquellas fieras convulsiones. Pareciéronle a don Francisco interminables, y que se acababa el día de San Isidro y le seguía una larguísima noche, sin que doña Lupe entrase en caja. Mas no habían sonado las nueve, cuando la buena señora se serenó, quedándose como lela. Diéronle de un brebaje, cuya composición farmacológica no consta en autos, como tampoco el nombre de la enfermedad, se mandó recado al médico, y hallándose la enferma en completa quietud de miembros, precursora de la del sepulcro, con toda la vida que le restaba asomándose a los ojos, otra vez vivos y habladores, comprendió Torquemada que su amiga quería hablarle, y no podía. Ligera contracción de los músculos de la cara indicaba el esfuerzo para romper el lúgubre silencio. La lengua, al fin, pellizcada por la voluntad, se despe-

---

(1) Antecedentes: *Fortunata y Jacinta, Torquemada en la hoguera.*

gó, y allá fueron algunas frases que sólo don Francisco con su sutil oído y su conocimiento de cuanto pudiera pensar y decir *la de los Pavos* podía entender.

—Sosiéguese ahora...—le dijo—. Tiempo tenemos de hablar todo lo que nos dé la gana sobre esa incumbencia.

—Prométame hacer lo que le dije, don Francisco—murmuró la enferma, alargando una mano, como si quisiera tomar juramento—. Hágalo, por Dios...

—Pero, señora... ¿Usted sabe...? ¿Cómo quiere que...?

—Y ¿cree usted que yo, su amiga leal —dijo la viuda de Jáuregui, recobrando como por milagro toda la facultad de palabra—, puedo engañarle? En ningún caso le aconsejaría cosa contraria a sus intereses, menos ahora, cuando veo las puertas de la eternidad abiertas de par en par delante de mí..., cuando siento dentro de mi pobre alma la verdad, sí, la verdad, señor don Francisco, pues desde que recibí al Señor... Si no me falla la memoria, ha sido ayer por la mañana.

—No, señora, ha sido hoy, a las diez en punto—replicó él, satisfecho de rectificar un error cronológico.

—Pues mejor: ¿había yo de engañarle... con el Señor acabadito de tomar? Oiga la santa palabra de su amiga, que ya le habla desde el otro mundo, desde la región de..., de la...

Tentativa frustrada de dar un giro poético a la frase.

—...Y añadiré que lo que le predico le vendrá de perillas para el cuerpo y para el alma, como que resultará un buen negocio, y una obra de misericordia, en toda la extensión de la palabra... ¿No lo cree?...

—¡Oh! Yo no digo que...

—Usted no me cree... y algún día le ha de pesar si no lo hace... ¡Que siento morirme sin que podamos hablar largamente de esta peripecia! Pero usted se eternizó en Cadalso de los Vidrios, y yo en este camastro, consumiéndome de impaciencia por echarle la vista encima.

—No pensé que estuviera usted tan malita. Hubiera venido antes.

—¡Y me moriré sin poder convencerle!... Don Francisco, reflexione, haga caso de mí, que siempre le he aconsejado bien. Y para que usted lo sepa, todo moribundo es un oráculo, y yo muriéndome le digo: Señor don Paco, no vacile un momento, cierre los ojos y...

Pausa motivada por un ligero amago. Intermedio de visita del médico, el cual receta otra pócima, y al partir, en el recodo del pasillo, pronostica, con sólo alargar los labios y mover la cabeza, un desenlace fúnebre. Intermedio de expectación y de friegas desesperadas. Don Francisco, desfallecido, pasa al comedor, donde, en colaboración con Nicolás Rubín, sobrino de la enferma, despacha una tortilla con cebolla, preparada por la sirvienta en menos que canta un gallo. A las doce, doña Lupe, inmóvil y con los ojos vigilantes, pronunciaba frases de claro sentido, pero sin correlación entre sí, truncadas, sin principio las unas, sin fin las otras. Era como si se hubiera roto en mil pedazos el manuscrito de un sabio discurso, convirtiéndolo en papeletas, que, después de bien revueltas en un sombrero, se iban sacando, a semejanza del juego de los estrechos. Oíala Torquemada con profunda pena, viendo cómo se desbandaban las ideas en aquel superior talento, palomar hundido y destechado ya.

—...Las buenas obras son la riqueza perdurable, la única que, al morirse una, pasa a la cuenta corriente del cielo... En la puerta del Purgatorio le dan a una una chapa, y luego, el día que se saca ánima, cantan: "Número tantos", y sale la que le toca... La vida es muy corta. Se muere una cuando cree que todavía está naciendo. Debieran darle a una tiempo para enmendar sus equivocaciones... ¡Qué barbaridad!, con el pan a doce, y el vino a seis, ¿cómo quieren que haya virtud? La masa obrera quiere ser virtuosa y no la dejan. Que San Pedro bendito mande cerrar las tabernas a las nueve de la noche, y veremos... Voy pensando que el morirse es un bien, porque si una viviera siempre y no hubiese entierros ni funerales, ¿qué comerían los ministros del Señor?... Veintiocho y ocho debieran ser cuarenta; pero no son más que treinta y seis... Eso por andar la aritmética, desde que el mundo es mundo, tan mal apañada, en manos de maestros de escuela y de pasantes que siempre tiran a la miseria, a que triunfe lo poco, y lo mucho se... fastidie.

Tuvo un ratito de lucidez, en el cual, mirando cariñosamente a su compinche, que junto al lecho era un verdadero es-

pantajo de conmiseración silenciosa, volvió al tema de antes con igual insistencia:

—...Mire que me voy persuadida de que lo hará... No, no menee la cabeza.

—Pero si no la meneo, mi señora doña Lupe, o la meneo para decir que sí

—¡Oh, qué alegría! ¿Qué ha dicho'

Torquemada afirmaba, sin reparo de falsificar sus intenciones ante un moribundo. Bien se podía consolar con un caritativo embuste a quien no había de volver a pedir cuenta de la promesa no cumplida.

—Sí, sí, señora—agregó—, muérase tranquila...; digo, no; no hay que morirse..., ¡cuidado!, quiero decir, que se duerma con toda tranquilidad... Conque... a dormirnos tocan.

Doña Lupe cerró los ojos; pero no tardó en abrirlos otra vez, trayendo con el resplandor de ellos una idea nueva, la última, recogida de prisa y corriendo, como un bulto olvidado que el viajero descubre en un rincón, en el momento de partir. "¡Si sabré yo lo que me pesco al recomendarle que se junte con esa familia! Debe hacerlo por conciencia, y si me apura, hasta por egoísmo. ¿Usted sabe, usted sabe lo que puede sobrevenir?" Hizo esta pregunta con tanto énfasis, moviendo ambos brazos en dirección del asustado rostro del prestamista, que éste se previno para sujetarla, viendo venir otro delirio con traqueteo epiléptico.

—¡Ay!—añadió la señora, clavando en Torquemada una mirada maternal—yo veo claro lo que ha de sobrevenir porque el Señor me permite adivinar las cosas que a usted le convienen... y adivino que con su ayuda ganarán mis amigas el pleito... Como que es de justicia que lo ganen. ¡Pobre familia! Mi señor don Francisco les lleva la suerte.. Arrimamos el hombro, y pleito ganado La parte contraria hecha un trapo miserable; y usted... No, no se han inventado todavía los números con que poder contar los millones que va usted a tener... ¡Pero, si no lo merece, por testarudo y por moños que se pone!... ¡Menudo pleitazo! Sepa—bajando la voz, en tono de confidencia misteriosa—, sepa, don Francisco, que cuando lo ganen, poseerán todita la huerta de Valencia, toditas las minas de Bilbao, medio Madrid en casas, y dos terceras partes de La Habana, en casas también... Item, una faja de terreno de veintitantas leguas, de Colmenar de Oreja para allá, y tantas acciones del Banco de España como días noches tiene el año; con más siete vapores grandes, grandes, y la mitad, aproximadamente, de las fábricas de Cataluña... *Ainda mais*, el coche correo de coleras que va de Molina de Aragón a Sigüenza, un panteón soberbio en Cabra, y no sé si treinta o treinta y cinco ingenios, los mejorcitos, de la isla de Cuba..., y añada usted la mitad del dinero que trajeron los galeones de América y todo el tabaco que da la Vuelta Abajo, y la Vuelta Arriba, y la Vuelta grande del Retiro...

Y no dijo más, o no pudo entender don Francisco las cláusulas incoherentes que siguieron, y que terminaron en gemidos cadenciosos. Mientras doña Lupe agonizaba, paseábase en el gabinete próximo con la cabeza mareada de tanto ingenio de Cuba y de tanto galeón de América como le metió en ella, con exaltación de moribunda delirante, su infeliz amiga.

La cual tiró hasta las tres de la mañana Hallábase mi hombre en la sala, hablando con una vecina, cuando entró el clérigo Nicolás Rubín, y consternado, pero sin perder su pedantería en ocasión tan grave, exclamó: *Transit.*

—¡Bah! Ya descansó la pobrecita—dijo Torquemada, como dando a la difunta el parabién por la terminación de su largo padecimiento.

No quiere decir esto que no sintiese la muerte de su amiga: pasados algunos minutos después de oído aquel lúgubre *transit*, notó un gran vacío en su existencia. Sin duda, doña Lupe le había de hacer mucha falta, y no encontraría él, a la vuelta de una esquina, quien con tanta cordura y desinterés le aconsejase en todos los negocios. Caviloso y triste, midiendo con vago mirar del espíritu las extensiones de aquella soledad en que se quedaba, recorrió la casa, dando órdenes para lo que restaba que hacer. No faltaron allí parientes, deudos y vecinas que, con buena voluntad y todo el cariño que se merecía la difunta, le hicieron los últimos honores, ésta rezando cuanto sabía, aquélla ayudando a vestirla con el hábito del Carmen. De acuerdo con el presbítero Rubín, dictó don Francisco acertadas disposiciones

para el entierro, y cuando estuvo seguro de que todo saldría conforme a los deseos de la finada y al decoro de la familia y de él mismo, pues como amigo tan antiguo y principal, al par de la propia familia se contaba, retiróse a su domicilio, echando suspiros por la escalera abajo y por la calle adelante. Ya despuntaba la aurora, y aún se oían, a lo largo de las calles oscuras, pitidos de pitos del Santo, sonando estridentes por haberse cascado el tubo de vidrio. Oía también don Francisco pasos arrastrados de trasnochadores y pasos ligeros de madrugadores. Sin hablar con nadie ni detenerse en parte alguna, llegó a su casa, en la calle de San Blas, esquina a la de la Leche.

II

Sin permitirse más descanso que unas cinco horas de catre y hora y media más para desayuno, cepillar la ropita negra y ponérsela, calzarse las botas nuevas y *echar un ojo a los intereses*, volvió el usurero a la casa mortuoria, recelando que no harían poca falta allí su presencia y autoridad, porque las amigas todo lo embarullaban, y el sobrino cura no era hombre para resolver cualquier dificultad que sobreviniese. Por fortuna, todo iba por los trámites ordinarios. Doña Lupe, de cuerpo presente en la sala, dormía el primer sueño de la eternidad, rodeada de un duelo discreto y como de oficio. Los parientes lo habían tomado con calma, y la criada y la portera mostraban una tendencia al consuelo, que había de acentuarse más cuando se llevasen el cadáver. Nicolás Rubín hocicaba en su breviario con cierto recogimiento, entreverando esta santa ocupación con frecuentes escapatorias a la cocina para poner al estómago los reparos que su debilidad crónica y el cansancio de la noche en claro exigían.

De cuantas personas había en la casa, la que expresaba pena más sincera y del corazón era una señora que Torquemada no conocía, alta, de cabellos blancos prematuros, pues su rostro cuarentón y todavía fresco no armonizaba con la canicie sino en el concepto de que ésta fuese gracia y adorno más que signo de vejez; bien vestida de negro, con sombrero que a don Francisco le pareció una de las prendas más elegantes que había visto en su vida; señora de aspecto noble *hasta la pared de enfrente*, con guantes, calzado fino de pie pequeño, toda ella pulcra, decente, requetefina, despidiendo de su persona lo que Torquemada llamaba *olorcillo de aristocracia*. Después de rezar un ratito junto al cadáver, pasó la desconocida al gabinete, adonde la siguió el avaro, deseoso de meter baza con ella, haciéndole comprender que él, entre tanta gente ordinaria, sabía distinguir lo fino y honrarlo. Sentóse la dama en un sofá, enjugando sus lágrimas, que parecían verdaderas, y viendo que aquel estafermo se le acercaba sombrero en mano, le tuvo por representación de la familia, que hacía los honores de la casa.

—Gracias—le dijo—, estoy bien aquí... ¡Ay, qué amiga hemos perdido!

Y otra vez lágrimas, a las que contestó el prestamista con un suspiro gordo, que no le costó trabajo sacar de sus recios pulmones.

—¡Sí, señora, sí; qué amiga, qué *sujeta* tan excelente...! ¡Como disposición para el manejo..., pues... y como honradez a carta cabal, no había quien le descalzara el zapato. Siempre mirando por el interés, y haciendo todas las cosas como es debido...! Para mí es una pérdida...

—¿Y para mí?—agregó la dama con vivo desconsuelo—. Entre tanta tribulación, con los horizontes cerrados por todas partes, sólo doña Lupe nos consolaba, nos abría un huequecito por donde viéramos lucir algo de esperanza. Cuatro días hace, cuando creíamos que la maldita enfermedad iba ya vencida, nos hizo un favor que nunca le pagaremos...

Aquello de no *pagar nunca* sonó mal en los oídos de Torquemada. ¿Acaso era un préstamo el favor indicado por la aristócrata?

—... Cuatro días hace, me hallaba yo en mi finca de Cadalso de los Vidrios —dijo, haciendo una o redondita con dos dedos de la mano derecha—, sin sospechar tan siquiera la gravedad, y cuando me escribió el sobrino sobre la gravedad, vine corriendo. ¡Pobrecita! Desde el trece por la noche, su caletre, que siempre fué como un reloj, ya no marchaba, no, señora. Tan pronto le decía a usted cosas que eran como los chorros de la ver-

dad, tan pronto salía con otras que el demonio las entendiera. Todo el día catorce se lo pasó en una tecla que me habría vuelto tarumba si no tuviera un servidor de usted la cabeza más firme que un yunque. ¿Qué locura condenada se le metió en la jícara, barruntándole ya la muerte? Figúrese si estaría tocada la pobrecita, que me cogió por su cuenta, y después de recomendarme a unas amigas suyas a quienes tiene dado a préstamo algunos reales, se empeñaba en...

—En que usted ampliase el préstamo, rebajando intereses...

—No, no era eso. Digo, eso y algo más: una idea estrafalaria, que me habría hecho gracia si hubiera estado el tiempo para bromas. Pues... esas amigas de la difunta son unas que se apellidan *Aguilas,* señoras de buenos principios, según oí; pobres porfiadas, a mi entender... Pues la matraca de doña Lupe era que yo me había de casar con una de las Aguilas, no sé cuál de ellas, y hasta que cerró la pestaña me tuvo en el suplicio de *Tártaro* con aquellos disparates.

—Disparates, sí—dijo la señora gravemente—; pero en ellos se ve la nobleza de su intención. ¡Pobre doña Lupe! No le guarde usted rencor por un delirio. ¡Nos quería tanto...! ¡Se interesaba tanto por nosotras...!

Suspenso y cortado, don Francisco contemplaba a la señora, sin saber qué decirle.

—Sí—añadió ésta con bondad, ayudándole a salir del mal paso—. Esas Aguilas somos nosotras, mi hermana y yo. Yo soy el Aguila mayor... Cruz del Aguila... No, no se corte; ya sé que no ha querido ofendernos con eso del supuesto casorio... Tampoco me lastima que nos haya llamado pobres porfiadas...

—Señora, yo no sabía...; perdóneme.

—Claro, no me conocía; nunca me vió, ni yo tuve el gusto de conocerle... hasta ahora, pues por las trazas paréceme que hablo con el señor don Francisco Torquemada.

—Para servir a usted...—balbució el prestamista, que se habría dado un bofetón en castigo de su torpeza—. ¿Conque usted...? Muy señora mía; haga cuenta que no he dicho nada. Lo de pobres...

—Es verdad, y no me ofende. Lo de *porfiadas* se lo perdono: ha sido una ligereza de esas que se escapan a las personas más comedidas cuando hablan de lo que desconocen...

—Cierto.

—Y lo del casamiento, tengámoslo por una broma; mejor dicho, por un delirio de moribundo. Tanto como a usted le sorprende esa idea, nos sorprende a nosotros.

—Y era una idea sola, una idea clavada, que le cogía todo el hueco de la cabeza, y en ella estaba como embutido todo su talento... ¡Y lo decía con un alma! Y era, no ya recomendación, sino un suplicar, un rogar como se pide a Dios que nos ampare... Y para que se muriera tranquila tuve que prometerle que sí... ¡Ya ve usted qué desatino!... Digo que es desatino en el sentido de... Por lo demás, como honra para mí, ¡cuidado!, supóngase usted... Pero digo que para aplacarle el delirio yo le aseguraba que me casaría, no digo yo con las señoras Aguilas mayores y menores, sino con todas las águilas y buitres del cielo y de la tierra... Naturalmente, viéndola tan sofocada, no podía menos de avenirme; pero en mi interior, naturalmente, echaba el pie atrás, ¡caramba!, y no por el materialismo del matrimonio, que..., ya digo, mucha honra es para mí, sino por razones naturales y respectivas a mí mismo, como edad, circunstancias...

—Comprendido. Nosotras, si Lupe nos hubiera hablado del caso, habríamos contestado lo mismo, que sí..., para tranquilizarla; y en nuestro fuero interno... ¡Oh! ¡Casarse con...! No es desprecio, no... Pero respetando, eso sí, respetando a todo el mundo, esas bromas no se admiten, no, señor; no pueden admitirse... Y ahora, señor don Francisco...

Levantóse, alargando la mano fina y perfectamente enguantada, que el avaro cogió con muchísimo respeto, quedándose un rato sin saber qué hacer con ella.

—Cruz del Aguila... Costanilla de Capuchinos, la puerta que sigue a la panadería..., piso segundo. Allí tiene usted su casa. Vivimos los tres solos, mi hermana y yo, y nuestro hermano Rafael, que está ciego.

—Por muchos años..., digo, no; no sabía que estuviera ciego su hermanito. Disimule... A mucha honra...

—Beso a usted la mano.

—Estimando a toda la familia...

—Gracias...

—Y... lo que digo... Conservarse.

Acompañóla hasta la puerta, refunfuñando cumplidos, sin que ninguno de los que imaginó le saliera correcto y airoso, porque el azoramiento le atascaba las cañerías de la palabra, que nunca fueron en él muy expeditas.

—¡Valiente plancha acabo de tirarme! —bramó, airado contra sí mismo, echándose atrás el sombrero y subiéndose los pantalones con movimiento de barriga ayudado de las manos.

Maquinalmente se metió en la sala, sin acordarse de que allí estaba, entre velas resplandecientes, la difunta; y, al verla, lo único que se le ocurrió fué decirle con el puro pensamiento:

"Pero ¿usted, ¡ñales, por qué no me advirtió...?"

III

Todo aquel día estuvo el avaro de malísimo temple, sin poder apartar del pensamiento su turbación infantil ante la dama, cuya finura y aristocrático porte le cautivaban. Era hombre muy pagado de las buenas formas y admirador sincero de las cualidades que no poseía, entre las cuales contaba, en primer término, con leal modestia, la soltura de modales y el arte social de los cumplidos. Pensó que la tal doña Cruz habría bajado la escalera riéndose de él a todo trapo, y se la imaginaba contando el caso a la otra hermana, y partiéndose las dos de risa, llamándole gaznápiro y... ¡sabe Dios lo que le llamarían! Francamente, él tenía su puntillo de amor propio, como cualquier hijo de vecino, y su dignidad y todos los perendengues de un sujeto merecedor de ocupar puesto honroso en la sociedad. Poseía fortuna suficiente (bien ganadita con su industria) para no hacer el monigote delante de nadie, y eso de ser él personaje de sainete no le entraba..., ¡cuidado! Verdad que, en el caso de aquel día, él tuvo la culpa, por haber hecho befa de las señoras del Aguila, llamándolas *pobres porfiadas* en la propia *fisonomía del rostro* de la mayor de ellas, tan peripuesta, tan política, en toda la extensión de la palabra... ¡Ay! Al recordarlo le subían ardores a la cara y apretaba los puños. Porque, verdaderamente, ya podía haber sospechado que aquella individua era... quien era. Y, sobre todo, ningún hombre agudo dice cosas en desprecio de nadie delante de personas desconocidas, porque el diablo las carga, y cuando menos se piensa salta un compromiso... Hay que mirar lo que se parla, so pena de no poder meter el cuezo en cotarro de gente fina. "Yo—decía, poniendo término a sus meditaciones, porque había llegado la hora de la conducción del cuerpo—tengo pesquis, bastante pesquis, comprendo todo muy bien. Dios no me ha hecho tonto, ni medio tonto, ¡cuidado!, y entiendo el trasteo de la vida. Pero ello es que no tengo política, no la tengo; en viéndome delante de una persona principal, ya estoy hecho un zángano y no sé qué decir, ni qué hacer con las manos... Pues hay que aprenderlo, ¡ñales!, que cosas más difíciles se aprenden cuando sobran buena voluntad y entendederas... Animo, Francisco, que a nuevas posiciones, nuevos modos, y el rico no es bien que haga malos papeles. ¡Bueno andaría el mundo si los hombres de peso, los hombres afinados, los hombres de riñón cubierto, fueran cuento de risa!... ¡Eso, no, no, no!"

En el largo trayecto fúnebre, en la monotonía de aquel paseo perezoso y triste, los mismos pensamientos le acometieron. Delante veía el monstruoso y feísimo armatoste del carro mortuorio, con balances de barco; su cerebro se aletargaba con el rumor lento, sin solución ni fin, de las llantas de las ruedas rayando el suelo polvoroso de los mal cuidados caminos. Como unos veinte simones iban detrás del coche de cabecera, ocupado por don Francisco, Nicolás Rubín, otro clérigo y un señor, pariente lejano de doña Lupe, personas las tres que al usurero le cargaban, y más en aquella ocasión, por tenerlas tan cerca y sin poder zafarse de ellas. No era Torquemaba hombre para estar tanto tiempo embutido en angosto cajón, entre tipos que le daban de cara, y no hacía más que cambiar de postura, apoyándose ya en una, ya en otra cadera. Le estorbaban sus piernas y las de Nicolás Rubín, su chistera y la teja del otro cura; le estorbaban el continuo fumar y la charla de aquellos tres puntos, que no sabían hablar más que del matute y de lo perdido que andaba el Ayuntamiento.

Sin dignarse arrojar en la conversación más que algún vocablo afirmativo

para que lo royeran, como hueso, aquellos pelagatos, que no poseían fincas en Cadalso de los Vidrios ni casas en Madrid, Torquemada seguía tejiendo en su meollo la tela empezada en la casa mortuoria.

"Lo que digo, no tengo política..., y hay que gastar política para ponerse a la altura que corresponde. Pero ¿cómo había yo de aprender nada tocante a la buena forma, si en mi vida he tratado más que con gente ordinaria?... Esta pobre doña Lupe, que en gloria esté, también era ordinaria, ¿qué duda tiene? No la ofendo, no, ¡cuidado! Persona bonísima, con mucho talento, un ojo para los negocios que ya lo quisieran más de cuatro. Pero, diga ella lo que quiera, y no la ofendo, lo que es persona fina..., ¡que te quites! Intentaba serlo, y no le salía..., ¡ñales!, no le salía. Su hipo era ser dama..., ¡y que si quieres! Aunque se pusiera encima manteletas traídas de París, resultaba tan dama como mi abuela... ¡Ah! Para damas, las de esta mañana. Aquello sí que es del mismísimo cosechero. Y de nada le valió a mi amiga mirarse en tal espejo... Ya era tarde, ya era tarde para aprender... ¡Pobre señora! Como trastienda y disposición, eso sí, ¡cuidado!, yo soy el primero en reconocer... Pero finura, tono..., ¡quia! Si ella, como yo, no trataba más que con gente de poco más o menos. ¿Y qué es lo que oye uno al cabo del día? Burradas y porquerías. Doña Lupe, me acuerdo bien, decía *ibierno, áccido, Jacometrenzo,* palabras que, según me ha advertido Bailón, no se dicen así... No vaya a creer que la ofendo por eso... Cualquiera equivoca el discurso cuando no ha tenido principios. Yo estuve diciendo *diferiencia* hasta el año ochenta y cinco... Pero para eso está el fijarse, el poner oído a cómo hablan los que saben hablar... El cuento es que cuando uno es rico, y lo ha sacado a pulso con su sudor, cavilando aquí, cavilando allá, está muy mal que la gente se le ría. Los ricos deben dar el ejemplo, ¡cuidado!, así de las buenas costumbres como de los buenos modos, para que ande derecha la sociedad y todo lleve el compás debido... Que sean torpes y mamarrachos los que no tienen sobre qué caerse muertos, me parece bien. Ahí hay equidad; eso es lo que llaman equilibrio. Pero que los acaudalados tiren coces, que los terratenientes y los que pagamos contribución seamos unos..., unos asnos, eso no, no y no."

Aún le duraba la correa de aquella meditación cuando volvían del cementerio, después de dejar los fríos despojos de la gran hacendista perfectamente ennichados en uno de los tristísimos patios de San Justo. Los tres compañeros de coche, volviendo a engolosinarse con la comidilla del matute, contaron mil cuchufletas acerca del modo de introducir aceite, y de las batallas entre los guardias y toda la chusma matutera, mientras la imaginación de Torquemada iba en seguimiento de la señora del Aguila, y fluctuaba entre el deseo y el temor de volverla a ver: deseo, por probar la enmienda de su torpeza, mostrándose menos ganso que en la primera entrevista; temor, porque, sin duda, las dos hermanas se soltarían a reír cuando le viesen, tomándole el pelo en la visita. La más negra era que, forzosamente, tenía que visitarlas, por encargo expreso de doña Lupe y obligación ineludible. Había convenido con su difunta amiga en renovar un pagaré de las dos damas, añadiendo cierta cantidad. Y el nuevo pagaré no sería a la orden de los herederos de la viuda de Jáuregui, sino a las de Torquemada, a quien la difunta había dejado, con aquel y otros fines, algunos fondos, de cuyo producto gozarían unos parientes pobres de su difunto esposo. Que don Francisco habría de cumplir con recta conciencia cuantos encargos de este linaje le hizo su socia mercantil, no hay para qué decirlo. Lo difícil era cumplirlos sin personarse en el nido de las Aguilas, como categóricamente le había ordenado la muerta, y aquí entraban los apuros del pobre hombre. ¿Cómo se presentaría? ¿Risueño o con cara de pocos amigos? ¿Cómo se vestiría? ¿Con los trapitos de cristianar o con los de diario? Porque pensar en evadir el careo, dando la comisión a otra persona, era un disparate; además, implicaba cobardía, deserción ante el peligro, y esto le malquistaba consigo mismo, pues su amor propio le pedía siempre apencar con las dificultades y no volver la espalda a ninguna peripecia grave. Resolvió, pues, poner pecho a las Aguilas, y en aquella duda sobre el vestir, su natural despejo triunfó de la vanidad, sugiriéndole la idea de presentarse con el traje de todos los días, la camisita lim-

pia, eso sí, que aquella soez costumbre de la camisa de quincena ya no regía desde que el hombre empezó a ver claro en el panorama social. En suma: se presentaría tal cual era siempre, y hablaría lo menos posible, contestando con sencillez a cuanto le preguntasen. Si se reían, que se rieran..., ¡ñales! Pero no; probablemente le recibirían con palio, atendiendo al favor que les hacía y al consuelo que les llevaba con su visita, pues debían de estar las pobres señoras, con toda su aristocracia y su innegable finura, esperando el santo advenimiento..., como quien dice.

IV

Elegida la hora que le pareció conveniente, encaminóse el hombre a la Costanilla. La casa no tenía pérdida en calle tan pequeña y con las señas mortales de la tahona. Vió don Francisco, arrimados a una puerta, dos o tres hombres enharinados y, más arriba, una tienda de antigüedades, que más bien debiera llamarse prendería. Allí era, segundo piso. Al mirar el rótulo de la tienda, lanzó una exclamación de gozo:

—Pues si a este prendero le conozco yo. Si es Melchor, el que antes estaba en el cinco duplicado de la calle de San Vicente.

Excuso decir que le entraron ganas de echar un párrafo con su amigo antes de subir a la visita. No tardó el prendero en darle referencias de las señoras del Aguila, pintándolas como lo más decente que él se había echado a la cara desde que andaba en aquel comercio. Pobres, eso sí, como las ratas; pero si nadie en pobreza las ganaba, en dignidad tampoco, ni en resignación para llevar la cruz de su miseria. ¡Y qué educación fina, qué manera de tratar a la gente, qué meterse por los ojos y ganarse el corazón de cuantos les hablaban!... Con estas noticias sintió el avaro que se le disipaba el susto, y subió corriendo. La misma doña Cruz le abrió la puerta. Y aunque estaba de trapillo (sin perjuicio de la decencia, eso sí), a él se le antojó tan elegante como el día anterior la vió, de tiros largos.

—Señor don Francisco—dijo la dama, con más alegría que sorpresa, pues, sin duda, esperaba la visita—. Pase, pase...

Las primeras palabras del visitante fueron torpes:

—¡Cómo había de faltar!... ¿Y qué tal? ¿Toda la familia buena?... Gracias... Es comodidad.

Y se metió por donde no debía, teniendo ella que decirle:

—No, no; por aquí.

Su azoramiento no le impidió observar muchas cosas desde los primeros instantes, cuando Cruz del Aguila le llevaba, por el pasillo de tres recodos, a la salita. Fijóse en la hermosa cabeza, bien envuelta en un pañuelo de color, de modo que no se veía ni poco ni mucho la cabellera blanca. Observó también que vestía bata de lana, antiquísima, pero sin manchas ni jirones, con una toquilla blanca cruzándole el pecho, todo muy pulcro, revelando el uso continuo y esmerado de aquellas personas que saben eternizar las prendas de ropa. Lo más extraño era que tenía guantes viejos y con los dedos tiznados.

—Dispénseme—dijo con graciosa modestia—, estaba limpiando los metales.

—¡Ah!... Perfectamente...

—Porque ha de saber usted, si ya no lo sabía, que no tenemos criada, y nosotras lo hacemos todo. No, no vaya a creer que me quejo por esta nueva privación, una de las muchas que nos ha traído nuestro adverso destino. Hemos convenido en que las criadas son una calamidad, y cuando una se acostumbra a servirse a sí misma, lleva tres ventajas: primera, que no hay que lidiar con fantasmonas; segunda, que todo se hace mucho mejor y a nuestro gusto; tercera, que se pasa el día sin sentirlo, con ejercicio saludable.

—Higiénico—dijo Torquemada, gozoso de poder soltar una palabra bonita que tan bien encajaba. Y el acierto le animó de tal modo, que ya era otro hombre.

—Con permiso de usted—indicó Cruz—seguiré. No estamos en situación de gastar muchos cumplidos, y como usted es de confianza...

—¡Oh! Sí, de toda confianza. Tráteme la señora mismamente como a un chiquillo... Y si quiere que la ayude...

—¡Quia! Eso sería ya faltar al respeto, y... De ninguna manera.

Con la cajita de los polvos en la mano izquierda y un ante en la derecha, ambas manos enguantadas, se puso a dar restregones en la perilla de cobre de

una de las puertas, y al punto la dejó tan resplandeciente que de oro fino parecía.

—Ahora saldrá mi hermana, a quien usted no conoce—suspirando fuerte—. Es triste decirlo; pero... está en la cocina. Tenemos que ir alternando en todos los trabajos de casa. Cuando yo declaro la guerra al polvo, o limpio los metales, ella friega la loza o pone el puchero. Otras veces guiso yo, y ella barre, o lava, o compone la ropa. Afortunadamente, tenemos salud; el trabajo no envilece; el trabajo consuela y acompaña, y, además, fortifica la dignidad. Hemos nacido en una gran posición; ahora somos pobres. Dios nos ha sometido a esta prueba tremenda... ¡Ay, qué prueba, señor don Francisco! Nadie sabe lo que hemos sufrido, las humillaciones, las amarguras... Más vale no hablar. Pero el Señor nos ha mandado, al fin, una medicina maravillosa, un específico que hace milagros...: la santa conformidad. Véanos usted hoy ocupadas las dos en estos trajines, que en otro tiempo nos habrían parecido indecorosos; vivimos en paz, con una especie de tristeza plácida que casi casi se nos va pareciendo a la alegría. Hemos aprendido, con las duras lecciones de la realidad, a despreciar todas las vanidades del mundo, y poquito a poco hemos llegado a creer hermosa esta honrada miseria en que vivimos, a mirarla como una bendición de Dios...

En su pobrísimo repertorio de ideas y expresiones no halló el bárbaro nada que pudiera ser sacado dignamente ante aquel decir elegante y suelto, sin afectación. No supo más que admirar y gruñir asintiendo, que es el gruñido más fácil.

—...También conocerá usted a mi hermano, el pobrecito ciego.

—¿De nacimiento?

—No, señor. Perdió la vista seis años ha. ¡Ay, qué dolor! Un muchacho tan bueno, llamado a ser... qué sé yo, lo que hubiera querido... ¡Ciego a los veintitantos años! Su enfermedad coincidió con la pérdida de nuestra fortuna..., para que nos llegara más al alma. Créalo usted, don Francisco: la ceguera de mi hermano, de ese ángel, de ese mártir, es un infortunio al cual mi hermana y yo no hemos podido resignarnos todavía. Dios nos lo perdone. Claro que de arriba nos ha venido el golpe; pero no lo admito, no bajo la cabeza, no, señor... La levanto..., aunque a usted le parezca mal mi irreverencia.

—No, señora..., ¿qué ha de parecerme? El Padre Eterno... es atroz. ¿Pero usted sabe lo que me hizo a mí? No es que yo me le suba a las barbas, ¡cuidado!...; ¡pero, francamente, quitarle a uno toda su esperanza! Al menos, usted no la habrá perdido; su hermanito podrá curarse...

—¡Ah! No, señor... No hay esperanza.

—Pero ¿usted sabe?... Hay en Madrid los grandes *ópticos*...

En el momento de decirlo conoció el hombre la enormidad de su *lapsus linguae*. ¡Vaya, que decir *ópticos* por *oculistas!* Quiso enmendarlo; pero la señora, que, al parecer, no había parado mientes en el desatino, le dió fácil salida por otra parte. Pidióle permiso para ausentarse brevemente, a fin de traer a su hermana, lo que a don Francisco le supo muy bien, aunque las zozobras no tardaron en acometerle de nuevo. ¿Cómo sería la hermanita? ¿Se reiría de él? ¡Si por artes del enemigo no era tan fina como Cruz, y se espantaba de verle a él tan ordinario, tan zafiote, tan...! "Vamos, no es tanto—se dijo, estirando el cuello para verse en un espejo que, frontero al sofá, pendía de la pared, con inclinación hacia adelante, como haciendo una cortesía—, no es tanto... Lo que digo..., llevo muy bien mi edad, y si yo me perfilara, daría quince y raya a más de cuatro mequetrefes que no tienen más que la estampa."

En esto estaba cuando sintió a las dos hermanas en el pasillo, disputando con cierta viveza:

—Así, mujer, ¿qué importa? ¿No ves que es de toda confianza?

—Pero ¿cómo quieres que entre así? Deja siquiera que me quite el delantal.

—¿Para qué? Si somos nuestras propias criadas y nuestras propias señoras, y él lo sabe bien. ¿Qué importa que te vea así? Este es un caso en que la forma no supone nada. Si estuviéramos sucias o indecentes, bueno que no nos vieran humanos ojos. Pero a limpias nadie nos gana, y las señales del trabajo no nos hacen desmerecer a los de una persona tan razonable, tan práctica, tan... sencilla. ¿Verdad, don Francisco?

Esto lo dijo alzando la voz, ya cerca de la puerta, y el aturrullado prestamis-

ta creyó que la mejor respuesta era adelantarse a recibir airosamente a las dos damas, diciendo:

—Bien, bien; nada de farándulas conmigo, que soy muy llano y tan trabajador como el primero; y desde la más tierna infancia...

Iba a seguir diciendo que él se limpiaba sus propias botas y se barría el cuarto; pero le cortó la palabra la aparición de la segunda Aguila, que le dejó embobado y suspenso.

—Mi hermana Fidela—dijo Cruz, tirando de ella por un brazo hasta vencer su resistencia.

V

—¿Qué importa que yo las vea en traje de mecánica, si ya sé que son damas, y muy requetedamas?—argumentó don Francisco, que a cada nuevo incidente se iba desentumeciendo de aquel temor que le paralizaba—. Señorita Fidela, por muchos años... ¡Si está muy bien así!... Las buenas mozas no necesitan perfiles...

—¡Oh! Perdone usted—dijo la Aguila menor, toda vergonzosa y confusa—. Mi hermana es así: ¡hacerme salir en esta facha!..., con unas botas viejas de mi hermano, este mandil... y sin peinarme.

—Soy de confianza, y conmigo, ¡cuidado!, con Francisco Torquemada no se gastan cumplidos... Y ¿qué tal? ¿Usted buena? ¿Toda la familia buena? Lo que digo, la salud es lo primero, y en habiendo salud, todo va bien. Pienso, de conformidad con ustedes, que no hay chinchorrería como el tener criadas, generalmente puercas, enredadoras, golosas, y siempre, siempre, soliviantadas con los malditos novios.

A todas éstas, no le quitaba ojo a la cocinerita, que era una preciosa miniatura. Mucho más joven que su hermana, el tipo aristocrático presentaba en ella una variante harto común. Sus cabellos rubios, su color anémico, el delicado perfil, la nariz de caballete y un poquito larga, la boca limpia, el pecho de escasísimo bulto, el talle sutil, denunciaban a la señorita de estirpe, pura sangre, sin cruzamientos que vivifican, enclenque de nacimiento y desmedrada luego por una educación de estufa. Todo esto y algo más se veía bajo aquel humilde empaque de fregona, que más bien parecía invención de chicos que juegan a las máscaras.

Como la pobre niña (no tan niña ya, pues frisaba en los veintisiete) no se había penetrado aún de aquel dogma de la desgracia que prescribe el desprecio de toda presunción, esfuerzo grande le costaba el presentarse en tal facha ante personas desconocidas. Tardó bastante en aplomarse delante de Torquemada, el cual, acá para *inter nos*, le pareció un solemne ganso.

—El señor—indicó la hermana mayor—era grande amigo de doña Lupe.

—¡Pobrecita! ¡Qué cariño nos tomó! —dijo Fidela, sentándose en la silla más próxima a la puerta, y escondiendo sus pies tan mal calzados—. Cuando Cruz trajo la noticia de que había muerto la pobre señora, sentí una aflicción... ¡Dios mío! Nos vimos más desamparadas en aquel instante, más solas... La última esperanza, el último cariño, se nos iban también, y me pareció ver allá, allá lejos, una mano arrugadita que nos hacía...—doblando los dedos a estilo de despedida infantil—así, así ...

"Pues ésta—pensó el avaro, de admiración en admiración—también se explica, ¡ñales! ¡Qué par de picos de oro!"

—Pero Dios no nos desampara—afirmó Cruz, denegando expresivamente con su dedo índice—, y dice que no, que no, que no nos quiere desamparar, aunque el mundo entero en ello se empeñe.

—Y cuando nos vemos más solas, más rodeadas de tinieblas, asoma un rayito de sol que va entrando, entrando, y...

"Esto va conmigo; yo soy ese sol...", dijo para su sayo Torquemada, y en alta voz:

—Sí, señoras; pienso lo mismo. La suerte protege al que trabaja... ¡Vaya, que esta señorita tan delicada meterse en el materialismo de una cocina!

—Y lo peor es que no sirvo—dijo Fidela—. Gracias que ésta me enseña...

—¡Ah! ¿La enseña doña Cruz?... ¡Qué bien!

—No, no quiere decir esto que yo aprenda... Empieza ella por no ser una eminencia, ni mucho menos. Yo me aplico, eso sí; pero soy muy distraída, ¡y hago cada barbaridad...!

—Bueno, ¿y qué?—indicó la mayor en tono festivo—. Como no cocinamos para huéspedes exigentes, como esto no es hotel, y sólo tenemos que gustarnos a

nosotras mismas, cuantas faltas se cometan están de antemano perdonadas.

—Y una vez porque sale crudo, otras porque sale quemado, ello es que siempre tenemos diversión en la mesa.

—Y, en fin, que nos resulta una salsa con que no contamos: la alegría.

—Que no se compra en ninguna tienda—dijo Torquemada, muy gozoso de haber comprendido la figura—. Justo y cabal. Que me den a mí esa salsa, y le meto el diente a todas las malas comidas de la cristiandad. Pero usted, señorita Fidela, dice que guisa mal por modestia... ¡Ah! Ya quisieran más de cuatro...

—No, no; lo hago malditamente. Y puede usted creerme—añadió con la expresión viva que era quizá la más visible semejanza que tenía con Cruz—, puede usted creerme que me gustaría cocinar bien; pero muchísimo. Sí, sí; el arte culinario paréceme un arte digno del mayor respeto, y que debe estudiarse por principios y practicarse con seriedad.

—¡Como que debiera ser parte principal de la educación!—afirmó Cruz del Aguila.

—Lo que digo—apuntó Torquemada—: debieran poner en las escuelas una clase de guisado... Y que las niñas, en vez de tanto piano y tanto bordado de zapatillas, aprendieran a poner bien un arroz a la vizcaína, o un atún a la marinera.

—Apruebo.

—Y yo.

—Conque...—murmuró el prestamista, golpeando con ambas manos los brazos del sillón, manera ruda y lacónica de expresar lo siguiente: "Señoras mías, bastante tiempo hemos perdido en la parlamenta. Vamos ahora al negocio..."

—No, no; no venga usted con prisas —dijo la mayor, risueña, alardeando de una confianza que trastornó más al hombre—. ¿Qué tiene usted que hacer ahora? Nada. No le dejamos salir de aquí sin que conozca a nuestro hermano.

—Con *sumísimo* gusto... No faltaba más. Como prisa, no la hay. Es que no quisiera molestar...

—De ningún modo.

Fidela fué la primera que se levantó, diciendo:

—No puedo descuidarme. Dispénseme.

Y se fué presurosa, dejando a su hermana en situación conveniente para hacerle el panegírico.

—Es un ángel de Dios. Por la diferencia de edad, que no es menor de doce años, soy para ella, más que hermana mayor, una madre. Hija y madre somos, hermanas, amiguitas, pues el cariño que nos une no sólo es grande por lo intenso, señor don Francisco, sino por la extensión... No sé si me explico...

—Comprendido—indicó Torquemada, quedándose a oscuras.

—Quiero decir que la desgracia, la necesidad, la misma bravura con que Fidela y yo luchamos por la vida, ha dado a nuestro cariño ramificaciones...

—Ramificaciones..., justo.

—Y por mucho que usted aguce su entendimiento, señor don Francisco, ya tan agudo, no podrá tener idea de la bondad de mi hermana, de la dulzura de su carácter. Y ¡con qué mansedumbre cristiana se ha sometido a estas duras pruebas de nuestro infortunio! En la edad en que las jóvenes gustan de los placeres del mundo, ella vive resignada y contenta en esta pobreza, en esta oscuridad. Me parte el alma su abnegación, que parece una forma de martirio. Crea usted que si, a costa de sufrimientos mayores aún de los que llevo sobre mí, pudiera yo poner a mi pobre hermana en otra esfera, lo haría sin vacilar. Su modestia es para esta triste casa el único bien que quizá poseemos hoy; pero es también un sacrificio, consumado en silencio para que resulte más grande y meritorio, y, la verdad, quisiera yo compensar de algún modo este sacrificio... Pero... —confusa—no sé lo que digo..., no puedo expresarme. Dispénseme si le doy un poquito de matraca. Mi cabeza es un continuo barajar de ideas. ¡Ay! La desgracia me obliga a discurrir tanto, pero tanto, que yo creo que me crece la cabeza, sí... Tengo por seguro que con el ejercicio de pensar se desarrolla el cráneo por la hinchazón de todo el oleaje que hay dentro...—riendo—. Sí, sí... Y también es indudable que no tenemos derecho a marear a nuestros amigos... Dispénseme, y venga a ver a mi hermano.

Camino del cuarto del ciego, Torquemada no abrió el pico, ni nada hubiera podido decir aunque quisiera, porque la elocuencia de la noble señora le fascinaba, y la fascinación le volvía tonto,

dispersando sus ideas por espacios desconocidos, e inutilizando para la expresión las poquitas que quedaban.

En la mejor habitación de la casa, un gabinetito con mirador, hallábase Rafael del Aguila, figura inmóvil y melancólica que tenía por peana un sillón negro. Hondísima impresión hizo en Torquemada la vista del joven sin vista, y la soberana tristeza de su noble aspecto, la resignación dulce y discreta de aquella imagen, a la cual no era posible acercarse sin cierto respeto religioso.

VI

Imagen dije, y no me vuelvo atrás, pues con los santos de talla, mártires jóvenes o Cristos guapos en oración, tenía indudable parentesco de color y líneas. Completaban esta semejanza la absoluta tranquilidad de su postura, la inercia de sus miembros, la barbita de color castaño, rizosa y suave, que parecía más oscura sobre el cutis blanquísimo de nítida cera; la belleza, más que afeminada, dolorida y mortuoria, de sus facciones, el no ver, el carecer de alma visible, o sea mirada.

—Ya me han dicho las señoras que... —balbució el visitante, entre asombrado y conmovido—. Pues..., digo que es muy sensible que usted perdiera el órgano... Pero ¡quién sabe...! Buenos médicos hay que...

—¡Ah! Señor mío—dijo el ciego, con una voz melodiosa y vibrante que estremecía—, le agradezco sus consuelos, que, desgraciadamente, llegan cuando ya no hay aquí ninguna esperanza que los reciba.

Siguió a esto una pausa, a la cual puso término Fidela entrando con una taza de caldo, que su hermano acostumbraba tomar a aquella hora. Torquemada no había soltado aún la mano del ciego, blanca y fina como mano de mujer, de una pulcritud extremada.

—Todo sea por Dios—dijo el avaro entre un suspiro y un bostezo; y rebuscando en su mente, con verdadera desesperación, una frase del caso, tuvo la dicha de encontrar ésta—: En su desgracia, pues... la suerte le ha desquitado dándole estas dos hermanitas tan buenas, que tanto le quieren.

—Es verdad. Nunca es completo el mal, como no es completo el bien—aseguró Rafael, volviendo la cara hacia donde le sonaba la voz de su interlocutor.

Cruz enfriaba el caldo pasándole de la taza al plato, y del plato a la taza. Don Francisco, en tanto, admiraba lo limpio que estaba Rafael, con su americana o batín de lana clara, pantalón oscuro y zapatillas rojas admirablemente ajustadas a la medida del pie. El señorito de Aguila mereció en su tiempo, que era un tiempo no muy remoto, fama de muchacho guapo, uno de los más guapos de Madrid. Lució por su elegancia y atildada corrección en el vestir, y después de quedarse sin vista, cuando, por ley de lógica, parecía excusada e inútil toda presunción, sus bondadosas hermanas no querían que dejase de vestirse y acicalarse como en los tiempos en que podía gozar de su hermosura ante el espejo. Era en ellas como un orgullo de familia el tenerle aseado y elegante, y si no hubieran podido darse este gusto entre tantas privaciones, no habrían tenido consuelo. Cruz o Fidela le peinaban todas las mañanas con tanto esmero como para ir a un baile; le sacaban cuidadosamente la raya, procurando imitar la disposición que él solía dar a sus bonitos cabellos; le arreglaban la barba y bigote. Gozaban ambas en esta operación, conociendo cuán grata era para él la *toilette* minuciosa, como recuerdo de su alegre mocedad; y al decir ellas: "¡Qué bien estás!", sentían un goce que se comunicaba a él, y de él a ellas refluía, formando un goce colectivo.

Fidela le lavaba y perfumaba las manos diariamente, cuidándole las uñas con un esmero exquisito, verdadera obra maestra de su paciencia cariñosa. Y para él, en las tinieblas de su vida, era consuelo y alegría sentir la frescura de sus manos. En general, la limpieza le compensaba hasta cierto punto de la oscuridad. ¿El agua sustituyendo a la luz? Ello podría ser un disparate científico; pero Rafael encontraba alguna semejanza entre las propiedades de uno y otro elemento.

Ya he dicho que era el tal una figura delicada y distinguidísima, cara hermosa, manos cinceladas, pies de mujer, de una forma intachable. La idea de que su hermano, por estar ciego y no salir a la calle, tuviese que calzar mal, suble-

vaba a las dos damas. La pequeñez bonita del pie de Rafael era otro de los orgullos de raza, y antes se quitaran ellas el pan de la boca, antes arrostrarían las privaciones más crueles que consentir en que se desluciera el pie de la familia. Por eso le habían hecho aquellas elegantísimas zapatillas de tafilete, exigiendo al zapatero todos los requisitos del arte. El pobre ciego no veía sus pies tan lindamente calzados; pero se los sentía, y esto le bastaba a ellas, sintiendo al unísono con él en todos los actos de la existencia.

No le ponían camisa limpia diariamente, porque esto no era posible en su miseria y, además, no lo necesitaba, pues su ropa permanecía días y semanas en perfecta pulcritud sobre aquel cuerpo santo; pero aun no siendo preciso, le mudaban con esmero..., y cuidado con ponerle siempre la misma corbata.

—Hoy te pones la azul de rayas—decía con candorosa seriedad Fidela—, y el anillo de la turquesa.

El contestaba que sí, y a veces manifestaba una preferencia bondadosa por otra corbata, tal vez porque así creía complacer más a sus hermanas.

El esmerado aseo del infeliz joven no fué la mayor admiración de don Francisco en aquella casa, en la cual no escaseaban los motivos de asombro. Nunca había visto él casa más limpia. En los suelos, alfombrados tan sólo a trozos, se podía comer; en las paredes no se veía ni una mota de suciedad; los metales echaban chispas... ¡Y tal prodigio era realizado por personas que, según expresión de doña Lupe, no tenían más que el cielo y la tierra! ¿Qué milagros harían para mantenerse?... ¿De dónde sacaban el dinero para la compra? ¿Tendrían trampas? ¡Con qué artes maravillosas estirarían la triste peseta, el tristísimo perro grande o chico! ¡Había que verlo, había que estudiarlo, y meterse hasta el cuello en aquella lección soberana de la vida! Todo esto lo pensaba el prestamista, mientras Rafael se tomaba el caldo, después de ofrecerle.

—¿Quiere usted, don Francisco, un poquito de caldo?—le dijo Cruz.

—¡Oh! No. Gracias, señora.

—Mire usted que es bueno... Es lo único bueno de nuestra cocina de pobres...

—Gracias... Se lo estimo...

—Pues vino no podemos ofrecerle. A éste no le sienta bien, y nosotras no lo gastamos por mil y quinientas razones, de las cuales con que usted comprenda una sola, basta.

—Gracias, señora doña Cruz. Tampoco yo bebo vino más que los domingos y fiestas de guardar.

—¡Vea usted qué cosa tan rara!—dijo el ciego—. Cuando perdí la vista tomé en aborrecimiento el vino. Podría creerse que el vino y la luz eran hermanos gemelos, y que a un tiempo, por un solo movimiento de escape, huían de mí.

Fáltame decir que Rafael del Aguila seguía en edad a su hermana Cruz. Había pasado de los treinta y cinco años; mas la ceguera, que le atacó el 83, y la inmovilidad y tristeza consiguientes, parecían haber detenido el curso de la edad, dejándole como embalsamado, con su representación indecisa de treinta años, sin lozanía en el rostro, pero también sin canas ni arrugas, la vida como estancada, suspensa, semejando en cierto modo a la inmovilidad insana y verdosa de aguas sin corriente.

Gustaba el pobre ciego de la amenidad en la conversación. Narraba con gracejo cosas de sus tiempos de vista, y pedía informes de los sucesos corrientes. Algo hablaron aquel día de doña Lupe; pero Torquemada no se interesó poco ni mucho en lo que de su amiga se dijo, porque embargaban su espíritu las confusas ideas y reflexiones sobre aquella casa y sus tres moradores. Habría deseado explicarse con las dos damas, hacerles mil preguntas, sacarles a tirones del cuerpo sus endiablados secretos económicos, que debían de constituir toda una ley, algo así como la Biblia, un código supremo, guía y faro eterno de pobres vergonzantes.

Aunque bien conocía el avaro que se prolongaba más de la cuenta la visita, no sabía cómo cortarla, ni en qué forma desenvainar el pagaré y los dineros, pues esto, sin saber por qué, se le representaba como un acto vituperable, equivalente a sacar un revólver y apuntar con él a las dos señoras del Aguila. Nunca había sentido tan vivamente la *cortedad del negocio*, que esto y no otra cosa era su perplejidad; siempre embistió con ánimo tranquilo y conciencia firme en su derecho a los que por fas o por nefas

necesitaban de su auxilio para salir de apuros. Dos o tres veces echó mano al bolsillo y se le vino al pico de la lengua el sacramental introito: "Conque, señoras...", y otras tantas la desmayada voluntad no llegó a la ejecución del intento. Era miedo, verdadero temor de faltar al respeto a la infeliz cuanto hidalga familia. La suerte suya fué que Cruz, bien porque conociera su apuro, bien porque deseara verle partir, tomó la iniciativa, diciéndole:

—Si a usted le parece, arreglaremos eso.

Volvieron a la sala, y allí se trató del negocio tan brevemente, que ambos parecían querer pasar por él como sobre ascuas. En Cruz era delicadeza; en Torquemada, el miedo que había sentido antes, y que se le reprodujo con síntomas graves en el acto de ajustar cuentas pasadas y futuras con las pobrecitas aristócratas. Por su mente pasó como un relámpago la idea de perdonar intereses en gracia de la tristísima situación de las tres dignas personas... Pero no fué más que un relámpago, un chispazo, sin intensidad ni duración bastantes para producir explosión en la voluntad... ¡Perdonar intereses! Si no lo había hecho nunca, ni pensó que hacerlo pudiera en ningún caso... Cierto que las señoras del Aguila merecían consideraciones excepcionales; pero el abrirles mucho la mano, ¡cuidado!, sentaba un precedente funestísimo.

Con todo, su voluntad volvió a sugerirle, allá en el fondo, allá en el fondo del ser, el perdón de intereses. Aún hubo en la lengua un torpe conato de formular la proposición; pero no conocía él palabra fea ni bonita que tal cosa expresara, ni qué cara se había de poner al decirlo, ni hallaba manera de traer semejante idea desde los espacios oscuros de la primera intención a los claros términos del hecho real. Y, para mayor tormento suyo, recordó que doña Lupe le había encargado algo referente a esto. No podía determinar su infiel memoria si la difunta había dicho *perdón* o *rebaja*. Probablemente sería esto último, pues *la de los Pavos* no era ninguna derrochadora... Ello fué que, en su perplejidad, no supo el avaro lo que hacía, y la operación de crédito se verificó de un modo maquinal. No hizo Cruz observación alguna, Torquemada tampoco, limitándose a presentar a la señora el pagaré ya extendido para que lo firmase. Ni un gemido exhaló la víctima, ni en su noble faz pudiera observar el más listo novedad alguna. Terminado el acto, pareció aumentar el aturdimiento del prestamista; y, despidiéndose grotescamente, salió de la casa a tropezones, chocando como pelota en los ángulos del pasillo, metiéndose por una puerta que no era la de salida, enganchándose la americana en el cerrojo, y bajando, al fin, casi a saltos, pues no se fijó en que eran curvas las vueltas de la escalera; y allá iba el hombre por aquellos peldaños abajo, como quien rueda por un despeñadero.

VII

Su confusión y atontamiento no se disiparon, como pensaba, al pisar el suelo firme de la calle; antes bien, éste no le pareció absolutamente seguro. Ni las casas guardaban su nivel, dígase lo que se dijera; tanto, que por evitar que alguna se le cayera encima, ¡cuidado!, don Francisco pasaba frecuentemente de una acera a otra. En el café de Zaragoza, donde tenía una cita con cierto colega para tratar de un embargo, en dos o tres tiendas que visitó después, en la calle, y, por fin, en su propia casa, en la cual recaló ya cerca de anochecido, le perseguía una idea molesta y tenaz que sacudió de sí sin conseguir ahuyentarla; y otra vez le atacaba, como el mosquito en la oscura alcoba desciende del techo con su trompetilla y su aguijón, y cuando más se le ahuyenta, más porfiado el indino, más burlón y sanguinario. La pícara idea concluyó por producirle una desazón indecible que le impedía comer con el acompasado apetito de costumbre. Era una mala opinión de sí mismo, un voto unánime de todas las potencias de su alma contra su proceder de aquella mañana. Claro que él quería rebatir aquel dictamen con argumentos mil que sacaba de este y el otro rincón de su testa; pero la idea condenatoria podía más, más, y salía siempre triunfante. El hombre se entregaba, al fin, ante el aterrador aparato de lógica que la enemiga idea desplegaba, y, dando un trastazo en la mesa con el mango del tenedor, se echó a su propia cara este apóstrofe:

—Porrón de Cristo..., ¡ñales!, mal que

te pese, Francisco, confiesá que hoy te has portado como un cochino.

Abandonó los nada limpios manteles sin probar el postre, que, según rezan las historias, era miel de la Alcarria, y, tragado el último buche de agua del Lozoya, se fué a su gabinete, mandando a la tarasca, su sirvienta, que le llevase la lámpara de petróleo. Paseándose desde la cama al balcón, o sea desde la mitad de la alcoba al extremo del gabinete; dando tal cual bofetada a la vidriera que ambas piezas separaban, y algún mojicón a la cortina para que no le estorbara el paso, se rindió, como he dicho, a la idea vencedora. Porque, lo que él decía, alguna ocasión había de llegar en que fuera indispensable tener un rasgo. El jamás tuvo ningún rasgo, ni había hecho nunca más que apretar, apretar y apretar. Ya era tiempo de abrir un poco la mano, porque había llegado a reunir, trabajando a pulso, una fortuna que... Vamos, era más rico de lo que él mismo pensaba; poseía casas, tierras, valores del Estado, créditos mil, todos cobrables; dineros colocados con primera hipoteca, dineros prestados a militares y civiles con retención de paga, cuenta corriente en el Banco de España; tenía cuadros de gran mérito, tapices, sinfín de alhajas valiosísimas; era, hablando bien y pronto, un hombre *opíparo*, vamos al decir, opulento... ¿Qué inconveniente había, pues, en darse un poco de lustre con las señoras del Aguila, tan buenas y finas, damas, en una palabra, cual él nunca las había visto? Ya era tiempo de tirar para caballero, con pulso y medida, ¡cuidado!, y de presentarse ante el mundo, no ya como el prestamista sanguijuela, que no va más que a chupar, a chupar, sino como un señor de su posición que sabe ser generoso cuando le sale de las narices el serlo. Y, ¡qué demonios!, todo era cuestión de unas sucias pesetas, y con ellas o sin ellas él no sería ni más rico ni más pobre. Total, que había sido un puerco, y se privaba de la satisfacción de que aquellas damas le guardaran gratitud y le tuvieran en más de lo que le tenía el común de los deudores... Porque las circunstancias habían cambiado para él con el fabuloso aumento de riqueza; se sentía vagamente ascendido a una categoría social superior; llegaban a su nariz tufos de grandeza y de *caballería*, quiere decirse, de caballerosidad... Imposible afianzarse en aquel estado superior sin que sus costumbres variaran, y sin dar un poco de mano a todas aquellas artes innobles de la tacañería. ¡Si hasta para el negocio le convenía una miaja de rumbo y liberalidad, hasta para el negocio..., ¡ñales!, porque cuando se marcara más aquella transformación a que abocado se sentía, por la fuerza de los hechos, forzoso era que acomodara sus procederes al nuevo estado!... En fin, había que ver cómo se enmendaba el error cometido... Difícil era, ¡re-Cristo!, porque ¿con qué incumbencia se presentaba él nuevamente allá? ¿Qué les iba a decir? Aunque parezca extraño, no encontraba el hombre, con toda su agudeza, términos hábiles para formular el perdón de intereses. Infinitos recursos de palabra poseía para lo contrario; pero del lenguaje de la generosidad no conocía ni de oídas un solo vocablo.

Toda la prima noche se estuvo atormentando con aquellas ideas. Su hija Rufinita y su yerno estuvieron a visitarle, y achacaron su inquietud a motivos enteramente contrarios a los verdaderos.

—A tu papá le han arreado algún timo—decía Quevedito a su esposa cuando salían para irse al teatro a ver una función de hora—. Y ¡que debe de haber sido gordo!

Rufina, cogida del brazo de su diminuto esposo y rebozada en su toquilla color de rosa, iba refunfuñando por la calle:

—Es que papá no aprende... Aprieta sin compasión; quiere sacar jugo hasta de las piedras; no perdona, no considera, no siente lástima ni del sursuncorda; y ¿qué resulta? Que la divina Providencia se descuelga protegiendo a los malos pagadores.... y al pícaro prestamista, estacazo limpio... Papá debiera abrir los ojos, ver que con lo que tiene puede hacer otros papeles en el mundo, subirse a la esfera de los hombres ricos, usar levita inglesa y darse mucha importancia. ¡Vamos, que vivir en una casa de corredor y no tratar más que con gansos y vestir tan a la pata la llana...! Esto no está bien, ni medio bien. Verdad que a nosotros, ¿qué nos va ni nos viene? Allá se entienda; pero es mi padre, y me gustaría verle en otra conformidad... Voy a lo que iba: papá estruja demasiado, ahoga al pobre, y... hay Dios en

el Cielo, que está mirando dónde se cometen injusticias para levantar el palo. Claro, ve que mi padre es una fiera para la cobranza, y allá va el garrotazo... Vete a saber lo que habrá pasado hoy: alguno que no paga ni a tiros y al ir a embargarle se han encontrado con cuatro trastos viejos que no valen ni las diligencias... O alguno que ha hecho la gracia de morirse, dejando a mi padre colgado; en fin, qué sé yo lo que será... Lo que digo, que a Dios no le hace maldita gracia que papá sea tan atroz, y le dice: "¡Eh, cuidado!..."

VIII

Desde la muerte de su hijo Valentín, de triste memoria, Torquemada se arregló una vivienda en el principal de la casa de corredor que poseía en la calle de San Blas. Juntando los dos cuartitos principales del exterior, le resultó una huronera bastante capaz, con más piezas de las que él necesitaba, todo muy recogido, tortuoso y estrecho, verdadera vivienda celular en la cual se acomodaba muy a gusto, como si en cada uno de aquellos escondrijos sintiera el molde de su cuerpo. A Rufina le dió casa en otra de su propiedad, pues aunque hija y yerno eran dos pedazos de pan, se encontraba mejor solo que bien acompañado. Había dado Rufinita en la tecla de refitolear los negocios de su padre, de echarle tal cual sermoncillo por su avaricia, y él no admitía bromas de esta clase. Para cortarlas y hacer su santa voluntad sin intrusiones fastidiosas, que cada cual estuviese en su casa, y Dios... o el diablo en la de todos.

Tres piezas tan sólo de aquel pequeño laberinto servían de vivienda al tacaño para dormir, para recibir visitas y para comer. Lo demás de la huronera teníalo relleno de muebles, tapices y otras preciosidades adquiridas en almonedas o compradas por un grano de anís a deudores apurados. No se desprendía de ningún bargueño, pintura, objeto de talla, abanico, marfil o tabaquera sin obtener un buen precio, y aunque no era artista, un feliz instinto y la costumbre de manosear obras de arte le daban ciencia infalible para las compras, así como para las ventas.

En el ajuar de las habitaciones vivideras se notaba una heterogeneidad chabacana. A los muebles de la casa matrimonial del tiempo de doña Silvia habíanse agregado otros mejores, y algunos de ínfimo valor, desmantelados y ridículos. En las alfombras se veían pedazos riquísimos de Santa Bárbara cosidos con fieltros indecentes. Pero lo más particular de la vivienda del gran Torquemada era que desde la muerte de su hijo había proscrito toda estampa o cuadro religioso en sus habitaciones. Acometido, en aquella gran desgracia, de un feroz escepticismo, no quería ver caras de santos ni vírgenes, ni aun siquiera la de nuestro Redentor, ya fuese clavado en la cruz, ya arrojando del templo a los mercachifles. Nada, nada..., ¡fuera santos y santas, fuera Cristos, y hasta el mismísimo Padre Eterno, fuera!..., que el que más y el que menos, todos le habían engañado como a un chino, y no sería él, ¡ñales!, quien les guardase consideración. Cortó, pues, toda clase de relaciones con el Cielo, y cuantas imágenes había en la casa, sin perdonar a la misma Virgencita de la Paloma, tan venerada por doña Silvia, fueron llevadas en un gran canasto a la buhardilla, donde ya se las entenderían con las arañas y ratones.

Era tremendo el tal Torquemada en sus fanáticas inquinas religiosas, y con el mismo desdén miraba la fe cristiana que todo aquel fárrago de la Humanidad y del *Gran Todo* que le había enseñado Bailón. Tan mala persona era el *Gran Todo* como el otro, el de los curas, fabricante del mundo en siete pasteleros días, y luego... ¿para qué? Se mareaba pensando en el turris-burris de cosas sucedidas desde la creación hasta el día del cataclismo universal y del desquiciamiento de las esferas, que fué el día en que remontó su vuelo el sublime niño Valentín, tan hijo de Dios como de su padre, digan lo que quieran, y de tanto talento como cualquier *Gran Todo* o cualquier *Altísimo* de por allá. Creía firmemente que su hijo, arrebatado al Cielo en espíritu y carne, lo ocupaba de un cabo a otro, o en toda la extensión del espacio infinito sin fronteras... ¡Cualquiera entendía esto de no acabarse en ninguna parte los terrenos, los aires o lo que fuesen!... Pero, ¡qué demonio!, sin meterse en medidas, él creía a pies juntillas que o no había Cielo ninguno,

ni Cristo que lo fundó, o todo lo llenaba el alma de aquel niño prodigioso, para quien fué estrecha cárcel la Tierra y menguado saber todas las matemáticas que andan por estos mundos.

Bueno. Pues con tales antecedentes se comprenderá que la única imagen que en la casa del prestamista representaba a la Divinidad era el retrato de Valentinito, una fotografía muy bien ampliada, con marco estupendo, colgado en el testero principal del gabinete, sobre un bargueño, en el cual había candeleros de plata repujada, con velas, pareciéndose mucho a un altar. La carilla del muchacho era muy expresiva. Diríase que hablaba, y su padre, en noches de insomnio, entendíase con él en un lenguaje sin palabras, más bien de signos o visajes de inteligencia, de cambio de miradas y de un suspirar hondo a que respondía el retrato con milagrosos guiños y muequecillas. A veces sentíase acometido el tacaño de una tristeza indefinible, que no podía explicarse, porque sus negocios marchaban como una seda, tristeza que le salía del fondo de toda aquella cosa interior que no es nada del cuerpo; y no se le aliviaba sino comunicándose con el retrato por medio de una contemplación lenta y muda, una especie de éxtasis, en que se quedaba el hombre como lelo, abiertos los ojos y sin ganas de moverse de allí, sintiendo que el tiempo pasaba con extraordinaria parsimonia, los minutos como horas, y éstas como días bien largos. Excitado algunas veces por contrariedades o cuestiones con sus víctimas, se tranquilizaba haciendo la limpieza total y minuciosa del cuadro, pasándole respetuosamente un pañuelo de seda que para el caso tenía y a ningún otro uso se destinaba; colocando con simetría los candeleritos, los libros de matemáticas que había usado el niño y que allí eran como misales, un carretoncillo y una oveja que disfrutó en su primera infancia; encendiendo todas las luces y despabilándolas con exquisito cuidado, y tendiendo sobre el bargueño, para que fuese digno mantel de tal mesa, un primoroso pañuelo grande bordado por doña Silvia. Todo esto lo hacía Torquemada con cierta gravedad, y una noche llegó a figurarse que aquello era como decir misa, pues se sorprendió con movimientos pausados de las manos y de la cabeza, que tiraban a algo sacerdotal.

Siempre que le acometía el insomnio rebelde, se vestía y calzaba, y encendido el altar, se metía en pláticas con el chico, haciéndole garatusas, recordando con fiel memoria su voz y sus dichos, y ensalzando con una especie de hosanna inarticulado... ¿Qué dirán ustedes? Las matemáticas, las santísimas matemáticas, ciencia suprema y única religión verdad en los mundos habidos y por haber.

Dicho se está que aquella noche, por lo muy excitado que estaba el hombre, fué noche de gran solemnidad en tan singulares ritos. Sintiéndose incapaz de dormir, ni siquiera pensó en acostarse. La tarasca le dejó solo. Encendidas las luces, apagó la lámpara de petróleo, llevándola a la sala próxima para que el tufo no le apestara, y entregóse a su culto. El recuerdo de las señoras del Aguila y el vigor con que su conciencia le afeaba la conducta observada con ellas, mezcláronse a otras visiones y sentimientos, formando un conjunto extraño. Las matemáticas, la ciencia de la cantidad, los sacros números, embargaban su espíritu. Caldeado el cerebro, creyó oír cantos lejanos sumando cantidades con música y todo... Era un coro angélico. El rostro de Valentinico resplandecía de júbilo. El padre le dijo: "Cantan, cantan bien... ¿Quiénes son ésos?"

En su interior sentía el retumbar de una gran verdad proferida como un cañonazo; a saber, que las matemáticas son el *Gran Todo*, y los números los espíritus, que, mirados desde abajo..., son las estrellas... Y Valentinico tenía en su ser todas las estrellas, y, por consiguiente, todito el espíritu que anda por allá y por acá. Ya cerca de la madrugada rindióse don Francisco al cansancio, y se sentó frente al bargueño, apoyando la cabeza en el ruedo de sus brazos, y éstos en el respaldo de la silla. Las luces se estiraban y enrojecían lamiendo el pabilo negro; la cera chorreaba, con penetrante olor de iglesia. El prestamista se aletargó o se despabiló, pues ambos verbos, con ser contrarios, podían aplicarse al estado singular de sus nervios y de su cabeza. Valentín no decía nada, triste y mañoso como los niños a quienes no se ha hecho el gusto en algo que

vivamente apetecen. Ni habría podido decir don Francisco si le miraba realmente, o si le veía en los nimbos nebulosos de aquel sueñecillo que en la silla descabezaba. Lo indudable es que hijo y padre se hablaron; al menos puede asegurarse, como de absoluta realidad, que don Francisco pronunció estas o parecidas palabras:

—Pero si no supe lo que hacía, hijo de mi alma. No es culpa mía si no sé tocar esa cuerda del perdón..., y si la toco, no me suena, cree que no me suena.

—Pues... lo que digo—debió de expresar la imagen de Valentín—, fuiste un grandísimo puerco... Corre allá mañana y devuélveles a toca teja los arrastrados intereses.

Levantóse bruscamente Torquemada, y despabilando las luces, se decía: "Lo haremos; es menester hacerlo... ¡Devolución..., caballerosidad..., rasgo! Pero ¿cómo se compone uno para el rasgo? ¿Qué se dice? ¿De qué manera y con qué retóricas hay que arrancarse? Diréles, ¡ñales!, que fué una equivocación..., que me distraje..., ¡ea!, que me daba vergüenza de ser rumboso..., la verdad, la verdad por delante... Que no acertaba con el vocablo por ser la primera vez que..."

IX

¡La primera vez que perdonaba réditos! Confuso y mareado durante toda la mañana, se sentía en presencia de una estupenda crisis. Veía como un germen de otro hombre dentro de sí, como un ser nuevo, misterioso embrión, que ya rebullía, queriendo vivir por sí dentro de la vida paterna. Y aquel sentimiento novísimo, apuntado como las ansias de amor en quien ama por vez primera, le producía una turbación juvenil, mezcla de alegrías y temor. Dirigióse, pues, a casa de las señoras del Aguila, como el novato de la vida, que después de mil vacilaciones se decide a lanzar su primera declaración amorosa. Y por el camino estudiaba la frase, rebuscando las que tuvieran el saborete melifluo que al caso correspondía. Dificultad grande era para él la palabra suave y cariñosa, pues en su repertorio usual todas sonaban broncas, ordinarias, como la percusión de la llanta de un carro sobre los desgastados adoquines.

Recibido, como el día anterior, por Cruz, que se asombró mucho de verle, estuvo muy torpe en el saludo. Olvidóse todo el *diccionario* fino que preparado llevaba, y como la dama le preguntase por la feliz circunstancia a que debía el honor de tal visita, disparóse el hombre, a impulsos de la expansiva ansiedad que dentro llevaba, y allá como el diablo le dió a entender fué echando de su boca este chorretazo de conceptos:

—Porque verá usted, señora doña Cruz... Ayer, como soy tan distraído... Pero mi intención, ¡cuidado!, era dar a ustedes una muestra... Soy hombre considerado y sé distinguir. Crea usted que pasé un mal rato al percatarme, cuando salí, de mi descuido, de mi... *estupefacción*. Ustedes valen, ya lo creo, valen mucho, son personas dignísimas y merecen que un amigo de corazón les dé una muestra...

Embarullándose, tomó otro hilo; pero siempre iba a parar a la muestra, hasta que dando un brinco, de locución, se entiende, fué a caer despanzurrado en el terreno de la verdad pura y concisa:

—¡Ea! Señora, que no cobro intereses, que no los cobro, aunque me lo mande el Verbo... Y aquí tiene usted, en buena moneda, lo que ayer descontamos.

Quitósele un gran peso de encima, y se maravilló de que la dama no hiciese remilgos para tomar el dinero devuelto. Diríase que esperaba el rasgo, y su sonrisa benévola y graciosa de mujer bien curtida en la sociedad revelaba la satisfacción de una sospecha confirmada. Dióle las gracias con delicadeza, sin lloriqueos de pobre en quien el tomar y el pedir ha venido a ser un oficio, y conociendo con tino admirable que al usurero le causaba enojo aquel asunto, por no ser de su cuerda, mudó airosamente de conversación. ¡Qué mal tiempo hacía! ¡Vaya, que, después de tanto llover, venirse aquel frío seco del Norte, en pleno mayo! Y ¡qué desastrosa temporada para los infelices que tenían cajón en la pradera! Francamente, el Santo no se había portado bien aquel año. De aquí pasaron al disgusto de las dos señoras por la mala salud de Rafael. Era, sin duda, una afección hepática, efecto de su vida sedentaria y tristísima. Una temporada de campo, un viajecito, una tanda de baños alcalinos, serían, quizá, remedio seguro; pero no podían pensar

en semejante cosa. Con discreción de buen tono se abstuvo la señora de recalcar en el tema de sus escaseces, porque no creyera el otro que pordioseaba su auxilio para llevar a baños al ciego.

La mente de Torquemada se había chapuzado en un profundo cavilar sobre la pobreza decorosa de sus amigas, y aunque Cruz habló de muy distintas cosas, no podía él seguirla más que con algún que otro tropezón monosilábico. De repente, como el nadador que después de una larga inmersión sale a flote respirando fuertemente, se arrancó el hombre con esta pregunta:

—¿Y ese pleito?...

Reproducíanse en su imaginación las estupendas ponderaciones de doña Lupe agonizante, y aquellas galeras cargadas de oro, las provincias enteras, los ingenios de Cuba y el cúmulo increíble de riquezas que por derecho pertenecían a los del Aguila, y que, sin duda, les había quitado algún malsín. ¡Hay tanta pillería en esta España hidalga!

—¿Y ese pleito?...—volvió a decir, pues la señora no había contestado al primer tiro.

—Pues el pleito—replicó, al fin, Cruz—sigue sus trámites. Es de lo contencioso-administrativo.

—Quiere decirse que la parte contraria es el Gobierno.

—Justo.

—Pues entonces, no cansarse, lo perderán ustedes... El Gobierno se lo lleva todo. Es el amo. Peseta que en sus manos cae, no esperemos que vuelva a salir de aquellas condenadas arcas. Y dígame: ¿es de mucha cuantía?

—¡Oh! Sí, señor... Y en los seis millones del suministro de cebada en la primera guerra civil..., negocio de nuestro abuelo, ¿sabe usted?..., pues en los seis millones, la cosa es tan clara, que si no nos reconocen ese crédito, hay que despedirse de la justicia en España.

Al oír el vocablo *millones*, Torquemada se quedó lelo, y aguzó el hocico soplando hacia arriba, manera muy suya de expresar la magnitud de las cosas juntamente con el asombro que produce.

—...Hay, además, otros cabos, otros asuntos. La cosa es muy compleja, señor don Francisco... Mi padre fué despojado de sus tierras de la Rioja y de la ribera del Jalón, que estuvieron afectas a una fianza, por la contrata de conducción de caudales. El Gobierno no cumplió lo pactado, hizo mangas y capirotes de las cláusulas del arrendamiento, y echó mano a las fincas. Absurdos, señor don Francisco, que sólo se ven en este país desquiciado... ¿Quiere usted conocer detalladamente el asunto? Pues véngase por aquí alguna de estas noches. En la soledad y desamparo en que vivimos, víctimas de tanta injusticia y de tanto atropello, alejadas de la sociedad en que nacimos y en la cual hemos sufrido tantos desaires y desengaños tan horribles, Dios misericordioso nos ha concedido un lenitivo, un descanso del alma, la amistad de un hombre incomparable, de un alma caritativa, hidalga y generosa, que nos sostiene en esta lucha y nos da ánimo. Sin ese hombre compasivo, sin ese ángel, nuestra vida sería imposible: ya nos habríamos muerto de tristeza. Ha sido el contrapeso de tanto infortunio. En él hemos visto a la Providencia piadosa y bella, trayéndonos un ramito de oliva después del diluvio, y diciéndonos que no olvidemos que existe la esperanza. ¡Esperanza! Basta con saber que no ha sido arrebatada del mundo, para sentirla y vivir y alentar con ella. Gracias a ese buen amigo no lo creemos todo perdido. Miramos a las tinieblas que nos cercan, y allá lejos vemos una lucecita, una lucecita...

—¿Y ese señor...?—dijo Torquemada, en quien la curiosidad pudo más que el gustillo de oír a la señora.

—¿Conoce usted a don José Ruiz Donoso?

—Donoso, Donoso... Me parece que me suena ese nombre.

—Persona muy conocida en Madrid, de edad madura, buena presencia, respirando respetabilidad; modales de príncipe, pocas palabras, acciones hidalgas sin afectación... Don José Ruiz Donoso... Sí, le habrá usted visto mil veces. Ha sido empleado en Hacienda, de esos que nunca quedan cesantes, pues sin ellos no hay oficina posible... Hoy le tiene usted jubilado con treinta y seis mil, y vive como un patriarca, sin más ocupación como cuidar a su mujercita enferma, y mirar por nosotras, activando el dichoso pleito, que si fuera cosa suya no le inspiraría mayor interés. ¡Ay, nos quiere mucho, nos adora! Fué íntimo de nuestro padre, y juntos siguieron en Granada la carrera de Leyes. Hombre muy bien-

quisto en todo el Madrid oficial, para él no hay puerta cerrada en este y el otro Ministerio, ni en el Tribunal de Cuentas, ni en el Consejo de Estado. Todo el día le tiene usted de oficina en oficina, dando empujones al carro pesadísimo de nuestro pleito, que hoy se nos atasca en este bache, mañana en el otro. Conocedor como nadie del teclado jurídico y administrativo, ya toca el registro de la recomendación amistosa, ya el de la autoridad severa; un día le echa el brazo por el hombro al consejero A; otro le suelta una peluca al oficial B, del Tribunal de Cuentas; y así marcha el asunto, y así sabemos lo que es esperanza, y así vivimos. Crea usted que el día en que Donoso nos falte, para nosotros se acabó el mundo, y nada tendremos que hacer en él más que procurarnos una muerte cristiana que nos lleve al otro lo más pronto posible.

Panegírico tan elocuente acreció la curiosidad de Torquemada, que no veía las santas horas de echarse a la cara al señor de Donoso, a quien, por el retrato trazado de tan buena mano, ya creía conocer. Le estaba viendo, le sentía, érale familiar.

—...No falta aquí ni una noche, aunque caigan capuchinos de bronce—añadió la dama—. Es nuestra única tertulia, y el único solaz de esta vida tristísima. Se me figura que han de simpatizar ustedes. Conocerá usted a un hombre muy severo de principios, recto como los caminos de Dios, veraz como el Evangelio, y de trato exquisito sin zalamerías, ese trato que ya se va perdiendo, la finura unida a la dignidad y al sentimiento justo de la distancia que debe guardarse siempre entre las personas.

—Sí que vendré—dijo don Francisco, abrumado por la superioridad del personaje, tal como Cruz le pintaba.

Algo más de lo conveniente alargó la visita, esperando que asomara Fidela, a quien deseaba ver. Oyó su voz dulce y cariñosa, hablando con el ciego en el gabinete próximo, como si amorosamente le riñera. Mas la cocinerita no se presentaba, y al fin el tacaño no tuvo más remedio que largarse, consolándose de su ausencia con el propósito firme de volver a la noche.

X

Vestido con los trapitos de cristianar, se fué entre ocho y nueve, y cuando llamaba a la puerta, subía tosiendo y con lento paso el señor de Donoso. Entraron casi juntos, y en el saludo y presentación, dicho se está que habían de contrastar la soltura y práctica mundana del viejo amigo de la casa con la torpeza desmañada del nuevo. Era Donoso un hombre eminentemente calvo, de bigote militar casi blanco; las cejas muy negras, grave y ceremonioso el rostro, como un emblema oficial que en sí mismo llevaba el respeto de cuantos lo miraban; lleno y bien proporcionado de cuerpo y talla, con cierta tiesura de recepción, obra de la costumbre y del trato social; vestido con acendrada pulcritud, todo muy limpio, desde el cráneo pelado, que relucía como una tapadera de bruñido marfil, hasta las botas, bien dadas de betún, y sin una mota del fango de las calles.

Desde los primeros momentos cautivó a Torquemada, que no le quitaba ojo, ni perdía sílaba de cuanto dijo, admirando lo correcto de su empaque y la fácil elegancia de sus expresiones. Aquella levita cerrada, tan bien ajustadita al cuerpo, era la pieza de ropa más de su gusto. Así, así eran galanas y *señoras* las levitas, *herméticamente cerradas*, no como la suya, del tiempo de Mariana Pineda, tan suelta y desgarbada, que no parecía, al andar con ella, sino un murciélago en el momento de levantar el vuelo. Pues ¿y aquel pantalón de rayas, con tan buena caída, sin rodilleras?... ¡Y todo, Señor, todo: los cuellos tiesos, blancos como la leche; las botas de becerro, gruesas sin dejar de ser elegantes, y hasta la petaca que sacó, con cifra, para ofrecerle un cigarrillo negro, de papel pectoral engomado! Todo, Señor, todo en don José Ruiz Donoso delataba al caballero de estos tiempos tal y como debían ser los caballeros, como Torquemada deseaba serlo, desde que esta idea de la caballería se le metió entre ceja y ceja.

El estilo, o lo que don Francisco llamaba *la explicadera*, le cautivaba aún más que la ropa, y apenas se atrevía el hombre a dar una opinión tímida sobre las cosas diversas que allí se hablaron. Donoso y Cruz se lo decían todo, y se lo

comentaban a competencia. Ambos gastaban un repertorio inagotable de frases lucidísimas, que Torquemada iba apuntando en su memoria para usarlas cuando el caso viniese. Fidela hablaba poco; en cambio, el ciego metía baza en todos los asuntos, con verbosidad nerviosa y con el donaire propio de un hombre en quien la falta de vista ha cultivado la imaginación.

Dando mentalmente gracias a Dios por haberle deparado en el señor de Donoso el modelo social más de su gusto, don Francisco se proponía imitarle fielmente en aquella transformación de su personalidad que le pedían el cuerpo y el alma; y más atento a observar que a otra cosa, no se permitía intervenir en la conversación sino para opinar como el oráculo de la tertulia. ¡Vamos, que también doña Cruz era oráculo, y decía unas cosas que ya las habría querido Séneca para sí! Torquemada soltaba gruñiditos de aprobación, y aventuraba alguna frase tímida, con el encogimiento de quien a cada instante teme hacer un mal papel.

Dicho se está que Donoso trataba al prestamista de igual a igual, sin marcar en modo alguno la inferioridad del amigo nuevo de la casa. Su cortesía era como de reglamento, un poco seca y sin incurrir en confianzas impropias de hombres tan formales. Representaba don José unos sesenta años; pero tenía más, bastantes más, muy bien llevados, eso sí, gracias a una vida arregladísima y llena de precauciones. Cuerpo y alma se equilibraban maravillosamente en aquel sujeto de intachables costumbres, de una probidad en que la maledicencia no pudo poner jamás la más mínima tacha; con la religión del método, aprendida en el culto burocrático y trasegada de la administración a todos los órdenes de la vida; de inteligencia perfectamente alineada en ese nivel medio que constituye la fuerza llamada opinión. Todo esto, con sagacidad adivinatriz, lo caló al instante Torquemada; aquél era su hombre, su tipo, lo que él debía y quería ser al encontrarse rico y merecedor de un puesto honroso en la sociedad.

Picando aquí y allá, la conversación recayó en el pleito. Aquella noche, como todas, Donoso llevaba noticias. Cuando no tenía algo nuevo que decir, retocaba lo de la noche anterior, dándole visos de frescura, para sostener siempre verdes las esperanzas de sus amigas, a quienes quería entrañablemente.

—Al fin, en el Tribunal ha parecido el inventario del año treinta y nueve. No ha costado poco encontrarlo. El oficial es amigo mío, y ayer le acusé las cuarenta por su morosidad... El ponente del Consejo me ha prometido despachar el dictamen sobre la incidencia. Podemos contar con que antes de las vacaciones habrá recaído fallo... He podido conseguir que se desista del informe de Guerra, que sería el cuento de nunca acabar...

Y por aquí seguía. Cruz suspiraba, y Fidela parecía más atenta a su labor de *frivolité* que al litigio.

—En este Madrid—dijo don Francisco, que en aquel punto de la conversación se encontró con valor para irse soltando—se eternizan los pleitos, porque los que administran justicia no miran más que a las influencias. Si las señoras las tienen, échense a dormir. Si no, esperen sentadas el fallo. De nada le vale al pobre litigante que su derecho sea más claro que el sol, si no halla buenas aldabas a que agarrarse.

Dijo, y se sopló de satisfacción al notar lo bien que caía en los oyentes su discurso. Donoso lo apoyaba con rápidos movimientos de cabeza, que producían en la convexidad reluciente de su calva destellos mareantes.

—Lo sé por experiencia propia de mí mismo—agregó el orador, abusando lastimosamente del pleonasmo—. ¡Ay, qué curia, ralea del diablo, peste del infierno! Olían la carne; se figuraban que había dónde hincar la uña, y me volvían loco con esperas de hoy para mañana, y de este mes para el otro, hasta que yo los mandaba a donde fué el padre Padilla y un poquito más allá. Claro, como no me dejaba saquear, perdía, y por esto ahora, antes que andar por justicia, prefiero que todo se lo lleven los demonios.

Risas. Fidela le miró, diciendo de improviso:

—Señor don Francisco, ya sabemos que en Cadalso de los Vidrios tiene usted mucha propiedad.

—Lo sabemos—agregó Cruz—por una mujer que fué criada nuestra y que es de allá. Viene a vernos de cuando en

cuando, y nos trae albillo por octubre, y en tiempo de caza, conejos y perdices.

—¿Propiedad yo?... Regular, nada más que regular.

—¿Cuántos pares?—preguntó lacónicamente Donoso.

—Diré a ustedes... Lo principal es viña. Cogí el año pasado mil quinientas cántaras...

—¡Hola, hola!

—¡Pero si va a seis reales! Apenas se saca para el coste de laboreo y para la condenada contribución.

—No se achique—dijo Cruz—. Todos los labradores son lo mismo. Siempre llorando...

—Yo no lloro; no, señora... No vayan a creer que estoy descontento de la suerte. No hay queja, no. Tengo, sí, señora, tengo. ¿A qué lo he de negar, si es el fruto de mi sudor?

—Vamos, que es usted riquísimo—dijo Fidela en tono que lo mismo podía ser de burla que de desdén, con un poquito de asombro, como si detrás de aquella frase hubiese una vaga acusación a la Providencia por lo mal que repartía las riquezas.

—Poco a poco... ¿Qué es eso de riquísimo? Hay, sí, señora, hay para una mediana olla. Tengo algunas casas... Y en Cadalso, además del viñedo, hay un poco de tierra de labor, su poco de pasto...

—Va a resultar—observó el ciego en tono jovial—que con todos esos pocos se trae usted medio mundo en el bolsillo. ¡Si con nosotros no ha de partirlo usted!

Risas. Torquemada, un poquitín corrido, se arrancó a decir:

—Pues bueno, señoras y caballeros, soy rico, relativamente rico, lo cual no quita que sea humilde, muy humilde, muy llano, y que sepa vivir a lo pobre, con un triste pedazo de pan si a mano viene. Miserable me suponen algunos que me ven trajeado sin los requilorios de la moda; por pelagatos me tienen los que saben mi cortísimo gasto de casa y boca, y el no suponer, el no pintarla nunca. Como que ignoro lo que es darse lustre, y para mí no se ha hecho la bambolla.

Al oír este arranque, en que don Francisco puso cierto énfasis, Donoso, después de reclamar con noble gesto la atención, endilgó un solemne discurso, que todos oyeron religiosamente, y que merece ser consignado, pues de él se derivan actitudes y determinaciones de la mayor importancia en esta real historia.

XI

—¿A qué hacer un misterio de la riqueza bien ganada?—dijo Donoso en tono grave, midiendo las palabras, y oyéndose el concepto, por lo que venía a ser a un tiempo mismo orador y público—. ¿A qué disimularla con mal entendida humildad? Resabio es ése, señor don Francisco, de una educación meticulosa, y de costumbre que debemos desterrar, si queremos que haya bienestar y progreso, y que florezcan el comercio y la industria. ¿Y a qué vienen, señor don Francisco, esa exagerada modestia, esos hábitos de sobriedad sórdida, sí, señor, sórdida, en desacuerdo con los posibles atesorados por el trabajo? ¿A qué viene ese vivir con apariencias de miseria, poseyendo millones, y cuando digo millones, digo también miles, o lo que sea? No; cada cual debe vivir en armonía con sus posibles, y así tiene derecho a exigirlo la sociedad. Viva el jornalero como jornalero, y el capitalista como capitalista, pues si es chocante ver a un pobre pelele echando la casa por la ventana, no lo es menos ver a un rico escatimando el céntimo y rodeado de escaseces y porquerías. No; cada cual según su porqué; y el rico que vive con miseria, entre gente zafia y ordinaria, peca gravemente, sí, señor, pero contra la sociedad. Esta necesita constituir una fuerza resistente contra los embates del proletariado envidioso. ¿Y con qué elementos ha de constituir esa fuerza sino con la gente adinerada? Pues si los terratenientes y los rentistas se meten en una covacha y esconden lo que les da el derecho de ocupar las grandes posiciones; si renuncian a éstas y se hacen pasar por mendigos, ¿en quién, digo yo, en quién ha de apoyarse la sociedad para su mejor defensa?

Se cruzó de brazos. Nadie le contestaba, porque nadie se atrevía a interrumpir con palabra ni gesto retahila tan elocuente. Siguió diciendo:

—...La riqueza impone deberes, señor mío: ser pudiente, y no figurar como tal en el cuadro social, es yerro grave. El rico está obligado a vivir armónica-

mente con sus posibles, gastándolos con la prudencia debida y presentándose ante el mundo con esplendor decoroso. La posición, amigo mío, es cosa muy esencial. La sociedad designa los puestos a quienes deben ocuparlos. Los que huyen de ellos dejan a la sociedad desamparada y en poder de la pillería audaz. No, señor; hay que penetrarse bien de las obligaciones que nos trae cada moneda que entra en nuestro bolsillo. Si el pudiente vive cubierto de harapos, ¿me quiere usted decir cómo ha de prosperar la industria? Pues y el comercio, ¿me quiere usted decir cómo ha de prosperar? ¡Adiós riqueza de las naciones, adiós movimiento mercantil, adiós cambios, adiós belleza y comodidad de las grandes capitales, adiós red de caminos de hierro!... Y hay más. Las personas de posición constituyen lo que llamamos *clases directoras* de la sociedad. ¿Quién da la norma de cuanto acontece en el mundo? Las clases directoras. ¿Quién pone un valladar a las revoluciones? Las clases directoras. ¿Quién sostiene el pabellón de la moralidad, de la justicia, del derecho público y privado? Las clases directoras. ¿Le parece a usted que habría sociedad, y que habría paz, y que habría orden y progreso, si los ricos dijeran: "Pues mire usted, no me da la gana de ser clase directora, y me meto en mi agujero, me visto con siete modas de atraso, no gasto un maravedí, como un cesante; duermo en un jergón lleno de pulgas, no hago más que ir metiendo mis rentas en un calcetín, y allá se las componga la sociedad, y defiéndase como pueda del socialismo y de las trifulcas. Y la industria, que muera, pues para nada me hace falta; y el comercio, que lo parta un rayo; y las vías de comunicación, que se vayan en hora mala. ¿Ferrocarriles? Si yo no viajo, ¿para qué los quiero? ¿Urbanización, higiene, ornato de las ciudades? ¿A mí qué? ¿Policía, justicia? Como no pleiteo, como no falto a la ley escrita, vayan con mil demonios..."

Detenido para tomar aliento, el labio palpitante, acalorado el pecho, oyóse un vago rumor de aprobación, la cual no se manifestaba con aplausos por el excesivo respeto que a todos el orador infundía.

Pausa. Transición de lo serio a lo familiar.

—...No tome a mal, señor don Francisco, esta filípica que me permito echarle. Oigala con benevolencia, y después usted, con su buen juicio, hará lo que le acomode... Hablamos aquí como amigos, y cada cual dice lo que siente. Pero yo soy muy claro, y con las personas a quienes estimo de veras uso una claridad que a veces encandila. Conozco bien la sociedad. He vivido más de cuarenta años en contacto con todas las eminencias del país; he aprendido algo; no me faltan ideas; sé apreciar las cosas; la experiencia me da cierta autoridad. Usted me parece persona muy sensata, de muy buen sentido, sólo que demasiado metido en su concha. Es usted el caracol, siempre con la casa a cuestas. Hay que salir, vivir en el mundo... Me permito decirle mi parecer, porque yo predico a los hombres agudos; a los tontos no les digo nada. No me entenderían.

—Bien, bien—murmuró Torquemada, que, atontado por el terrible efecto de las amonestaciones de Donoso, no acertaba a expresar su admiración—. Ha hablado usted como Séneca; no, mejor, mucho mejor que Séneca... Es que..., diré a ustedes... Como yo me crié pobre, y con estrechez he vivido ahorrando hasta la saliva, no puedo acostumbrarme... ¿Cuál es el camino más derecho del mundo? La costumbre..., y por él voy. ¿Yo metiéndome a clase directora? ¿Yo pintándola por ahí? ¿Yo echando facha y...? No, no puede ser; no me cae, no me comprendo así, vamos.

—¡Si no es echar facha, por Dios!

—Si más afectación, y por consiguiente más *facha*, hay en aparentar pobreza siendo rico.

—Sólo se trata de dar a la verdad su natural semblante.

—Se trata de representar lo que se es.

—Otra cosa es engaño.

—Mentira, farsa.

—No basta ser rico, sino parecerlo.

—Justo.

—Cabal.

Estos comentarios, expresados rápidamente por los tres Aguilas, sin dar a don Francisco tiempo para hacerse cargo de cada uno de ellos, le envolvieron en un torbellino. Sus oídos zumbaban; las ideas penetraban en su mente como una bandada de alimañas perseguidas, y volvían a salir en tropel para revolotear por fuera. Balbuciente primero, con se-

gura voz después, manifestóse conforme con tales ideas, asegurando que ya había pensado en ello despacio, y que se reconocía fuera de su natural centro y clase; pero ¿cómo vencer su genio corto y encogido, cómo aprender de golpe las mil cosas que una persona de posibles debe saber? Echóse instintivamente por este camino de sinceridad, después de muchos tropezones y reticencias, y antes que pensara si le sería conveniente declarar su incapacidad para la finura, ya la había declarado y confesado como un niño sorprendido en falta. ¿Qué remedio ya? Lo dicho, dicho estaba, y no se volvía atrás. Donoso le arguyó con razones poderosas; Cruz sostuvo que otros más desmañados andaban por el mundo hechos unos príncipes, y Fidela y el ciego le animaban con observaciones festivas, que si algo tenían de burla, era ésta tan discreta y sazonada que no podía ofenderle.

Charla charlando, llegó el fin de la velada, y tan gustoso se encontraba allí el hombre, que habría podido creer que su conocimiento con las Aguilas y con Donoso databa de fecha muy remota; de tal modo se le iban metiendo en el corazón. Juntos salieron los dos amigos de la casa, y por el camino platicaron cuanto les dió la gana sobre negocios, maravillándose don Francisco de lo fuerte que estaba don José en aquellas materias y de lo bien que discurría sobre el interés del capital y demás incumbencias económicas.

Y solo ya en su madriguera, recordaba el prestamista, palabra por palabra, el réspice que le echó aquel su nuevo amigo y ya director espiritual, pues pensaba seguir lo mejor que pudiese su sapientísima doctrina. Lo que le había dicho sobre los deberes del rico y la ley de las posiciones sociales era cosa que se debía oír de rodillas, algo como el sermón de la Montaña, la nueva ley que debía transformar el mundo. El mundo en aquel caso era él, y Donoso el Mesías que había venido a volverlo todo patas arriba, y a fundar nueva sociedad sobre las ruinas de la vieja. En sus ratos de desvelo no pensaba don Francisco más que en el sastre a que había de encargar una levita *herméticamente cerrada*, como la de Donoso; en el sombrerero que le decoraría la cabeza, y en otras cosas pertinentes a la vestimenta. ¡Oh! Sin pérdida de tiempo había que declarar la guerra a la facha innoble, al vestir sucio y ordinario. Bastantes años llevaba ya de adefesio. La sociedad fina le reclamaba como a un desertor, y allá se iba derecho, con botas de charol y todo lo demás que le correspondía.

Pero su mayor asombro era que en una sola noche de palique con aquellas dignísimas personas había aprendido más términos elegantes que en diez años de su vida anterior. Del trato con doña Lupe había sacado (en justicia debía decirlo) diferentes modos de hablar que le daban mucho juego. Por ejemplo, con ella aprendió a decir: *plantear la cuestión, en igualdad de circunstancias, hasta cierto punto* y *a grandes rasgos*. Pero ¿qué significaba esta miseria de lenguaje con las cosas bonitísimas que acababa de asimilarse? Ya sabía decir *ad hoc* (pronunciaba *azoc*), *partiendo del principio, admitiendo la hipótesis, en la generalidad de los casos*; y, por último, gran conquista era aquello de llamar a todas las cosas el *elemento tal*, el *elemento cual*. Creía él que no había más elementos que el agua y el fuego, y ahora salíamos con que es muy bello decir los *elementos conservadores*, el *elemento militar*, el *eclesiástico*, etc.

Al día siguiente, todas las cosas se le antojaron distintas de como ordinariamente las veía. "Pero ¿me he vuelto yo niño?", se dijo, notando en sí un gozo que le retozaba por todo el cuerpo, una como ansia de vivir, o dulce presagio de felicidades. Todas las personas de su conocimiento que aquel día vió, pareciéronle de una tosquedad intolerable. Algunas le daban asco. El café del Gallo y el de las Naranjas, adonde tuvo que ir en persecución de un infeliz deudor, pareciéronle indecorosos. Amigos encontró que no andaban a cuatro pies por especial gracia de Dios, y los había que le apestaban. "Atrás, ralea indecente", se decía, huyendo del trato de los que fueron sus iguales, y refugiándose en su casa, donde al menos tenía la compañía de sus pensamientos, que eran unos pensamientos muy guapos, de levita y sombrero de copa, graves, sonrientes, y con tufillo de agua de colonia.

Recibió a su hija con cierto despego aquel día, diciéndole: "¡Pero qué facha te traes! Hasta me parece que hueles

mal. Eres muy ordinaria, y tu marido el cursi más grande que conozco, *uno de nuestros primeros cursis.*"

XII

Dicho se está que antes faltaran las estrellas en la bóveda celeste que Torquemada en la tertulia de las señoras del Aguila, y en la confraternidad del señor de Donoso, a quien poco a poco imitaba, cogiéndole los gestos y las palabras, la manera de ponerse el sombrero, el tonito para saludar familiarmente, y hasta el modo de andar. Bastaron pocos días para entablar amistad. Empezó el tacaño por hacerse el encontradizo con su modelo en Recoletos, donde vivía; le visitó luego en su casa con pretexto de consulta sobre un préstamo a retro que acababan de proponerle, y por mediación de Donoso hizo después otro hipotecario en condiciones muy ventajosas. De noche se veían en casa de las del Aguila, donde el tacaño había adquirido ya cierta familiaridad. No sentía encogimiento, y viéndose tratado con benevolencia y hasta con cariño, arrimábase al calor de aquel hogar en que dignidad y pobreza eran una misma cosa. Y no dejaba de notar cierta diferencia en la manera de tratarle las cuatro personas de aquella gratísima sociedad. Cruz era quien mayores miramientos tenía con él, mostrándole en toda ocasión una afabilidad dulce y deseos de contentarle. Donoso le miraba como amigo leal. En Fidela creía notar cierto despego y algo de intención zumbona, como si delicadamente y con mucha finura quisiera a veces... lo que en estilo vulgar se llama tomar el pelo; y por fin, Rafael, sin faltar a la urbanidad, siempre correcto y atildado, le llevaba la contraria en muchas de las cosas que decía. Poquito a poco vió don Francisco que se marcaba una división entre los cuatro personajes, dos a un lado, dos al otro. Si en algunos casos la división no existía, y todo era fraternidad y concordia, de repente la barrerita se alzaba, y el avaro tenía que alargar un poco la cabeza para ver a Fidela y al ciego de la parte de allá. Y ellos le miraban a él con cierto recelo, que era lo más incomprensible. ¿Por qué tal recelo, si a todos los quería, y estaba dispuesto a descolgarse con algún sacrificio de los humanamente posibles, dentro de los límites que le imponía su naturaleza?

Cruz sí que se le entraba por las puertas del alma con su afabilidad cariñosa y aquel gracejo que le había dado Dios para tratar todas las cuestiones. Poquito a poco fué creciendo la familiaridad, y era de ver con qué salero sabía la dama imponerle sus ideas, trocándose de amiga en preceptora. "Don Francisco, esa levita le cae a usted que ni pintada. Si no moviera tanto los brazos al andar, resultaría usted un perfecto diplomático"... "Don Francisco, haga por perder la costumbre de decir *mismamente* y *ojo al Cristo.* No sienta bien en sus labios esa manera de hablar"... "Don Francisco, ¿quién le ha puesto a usted la corbata? ¿El gato? Creeríase que no han andado manos en ella, sino garras"... "Don Francisco, siga mi consejo y afeítese la perilla, que mitad blanca y mitad negra, tiesa y amenazadora, parece cosa postiza. El bigote sólo, que ya le blanquea, le hará la cara más respetable. No debe usted parecer un oficial de clase de tropa retirado. A buena presencia no le ganará nadie si hace lo que le digo"... "Don Francisco, quedamos en que desde mañana no me trae acá el cuello marinero. Cuellito alto, ¿estamos? O ser o no ser persona de circunstancias, como usted dice"... "Don Francisco, usa usted demasiada agua de colonia. No tanto, amigo mío. Desde que entra usted por la puerta de la calle vienen aquí esos batidores del perfume anunciándole. Medida, medida, medida en todo"... "Don Francisco, prométame no enfadarse, y le diré... ¿Se lo digo?... Le diré que no me gusta nada su escepticismo religioso. ¡Decir que no le *entra el dogma*! Aparte la forma grosera de expresarlo, *¡entrarle el dogma!*, la idea es abominable. Hay que creer, señor mío. Pues qué, ¿hemos venido a este mundo para no pensar más que en el miserable dinero?"

Dicho se está que con estas reprimendas dulces y fraternales se le caía la baba al hombre, y allí era el prometer sumisión a los deseos de la señora, así en lo chico como en lo grande, ya en el detalle nimio de la corbata, ya en el grave empeño de apechugar a ojos cerrados con todas y cada una de las verdades religiosas.

Fidela se permitía dirigirle iguales ad-

moniciones, si bien en tono muy distinto, ligeramente burlón y con toques imaginativos muy graciosos.

—Don Francisco, anoche soñé que venía usted a vernos en coche, en coche propio, como debe tenerlo un hombre de *posibles*. Vea usted como los sueños no son disparates. La realidad es la que no da pie con bola, en la mayoría de los casos... Pues sí, sentimos el estrépito de las ruedas, salí al balcón, y me veo a mi don Francisco bajar del *landeau*, el lacayo en la portezuela, sombrero en mano...

—¡Ay, qué gracia!...

—Dijo usted al lacayo no sé qué..., con ese tonillo brusco que suele usar..., y subió. No acababa nunca de subir. Yo me asomé a la escalera, y le vi sube que te sube, sin llegar nunca, pues los escalones aumentaban a cientos, a miles, y aquello no concluía. Escalones, siempre escalones... Y usted sudaba la gota gorda... Ya, por último, subía encorvadito, muy encorvadito, sin poder con su cuerpo..., y yo le daba ánimos. Se me ocurrió bajar, y el caso es que bajaba, bajaba sin poder llegar hasta usted, pues la escalera se aumentaba para mí bajando como para usted subiendo...

—¡Ay, qué fatiga y qué sueños tan raros!

—Esta es así—dijo Cruz, riendo—. Siempre sueña con escaleras.

—Es verdad. Todos mis sueños son de subir y bajar. Amanezco con las piernas doloridas y el pecho fatigado. Subo por escaleras de papel, por escaleras de diamante, por escalas tan sutiles como hilos de araña. Bajo por peldaños de metal derretido, por peldaños de nieve, y por un sinfín de cosas que son mis propios pensamientos puestos unos debajo de otros... ¿Se ríen?

Sí que se reían; Torquemada principalmente, con toda su alma, sin sentirse lastimado por el ligero acento de sátira que salpimentaba la conversación de Fidela como un picante usado muy discretamente. El sentimiento que la joven del Aguila le inspiraba era muy raro. Habría deseado que fuese su hija, o que su hija Rufina se le pareciese, cosas ambas muy difíciles de pasar del deseo a la realidad. Mirábala como una niña a quien no se debía consentir ninguna iniciativa en cosas graves, y a quien convenía mimar, satisfaciendo de vez en vez sus antojos infantiles. Fidela solía decir que le encantaban las muñecas, y que hasta la época en que la adversidad le impuso deberes domésticos muy penosos se permitía jugar con ellas. Conservaba de los tiempos de su niñez opulenta algunas muñecas magníficas, y a ratos perdidos, en la soledad de la noche, las sacaba para recrearse y charlar un poco con sus mudas amigas, recordando la edad feliz. Confesábase, además, golosa. En la cocina, siempre que hacían algún postre de cocina, fruta de sartén o cosa tal, lo saboreaba antes de servirlo, y el repuesto de azúcar tenía en la cocinera un enemigo formidable. Cuando no mascaba un palito de canela, roía las cáscaras de limón; se comía los fideos crudos, los tallos tiernos de lombarda y las cáscaras de queso.

—Soy el ratón de la casa—decía con buena sombra—, y cuando teníamos jilguero, yo le ayudaba a despachar los cañamones. Me gusta extraordinariamente chupar una hojita de perejil, roer un haba o echar en la boca un puñadito de arroz crudo. Me encanta el picor de la corteza de los rabanitos, y la miel de la Alcarria me trastorna hasta el punto de que la estaría probando, probando, por ver si es buena, hasta morirme. Por barquillos soy yo capaz de no sé qué, pues me comería todos los que se hacen y se pueden hacer en el mundo; tanto, tanto me gustan. Si me dejaran, yo no comería más que barquillos, miel y... ¿a que no lo acierta don Francisco?

—¿Cacahuete?

—No.

—¿Piñones confitados?

—Tampoco.

—¿Pasas, alfajores, guirlache, almendras de Alcalá, bizcochos borrachos?

—Los bizcochos borrachos también me emborrachan a mí. Pero no es eso, no es eso. Es...

—Chufas—dijo el ciego para concluir de una vez.

—Eso es... Me muero por las chufas. Yo mandaría que se cultivara esa planta en toda España, y que se vendiera en todas las tiendas, para sustituir el garbanzo. Y la horchata debiera usarse en vez de vino. Ahí tiene usted una cosa que a mí no me gusta, el vino. ¡Qué asco! ¡Vaya con lo que inventan los hombres! Estropear las uvas, una cosa tan buena, por sacar de ellas esa bebida

repugnante... A mí me da náuseas, y cuando me obligan a beberlo me pongo mala, caigo dormida y sueño los desatinos más horripilantes: que la cabeza me crece, me crece hasta ser más grande que la iglesia de San Isidro, o que la cama en que duermo es un organillo de manubrio, y yo el cilindro lleno de piquitos que volteando hace sonar las notas... No, no me den vino, si no quieren que me vuelva loca.

¡Lo que se divertían Donoso y Torquemada con estas originalidades de la simpática joven! Deseando mostrarle un puro afecto paternal, no iba nunca don Francisco a la tertulia sin llevar alguna golosina para el ratoncito de la casa. Felizmente, en la travesía del Fúcar, camino de la calle de San Blas, tenía su tienda de esteras y horchata un valenciano que le debía un pico a Torquemada, y éste no pasaba por allí ninguna tarde sin afanarle con buenos modos un cartuchito de chufas. "Es para unos niños", solía decirle. El confitero de la calle de las Huertas, deudor insolvente, le pagaba, a falta de moneda mejor, intereses de caramelos, pedacitos de guirlache, alguna yema, melindres de Yepes o mantecadas de Astorga, género sobrante de la última Navidad, y un poco rancio ya. Hacía de ello el tacaño paquetitos con papeles de colores que el mismo confitero le daba, y corriéndose alguna vez a adquirir en la tienda de ultramarinos el cuarterón de pasas, o la media librita de galletas inglesas, no había noche que entrara en la tertulia con las manos vacías. Todo ello no le suponía más que una peseta y céntimos cada vez que tenía que comprarlo, y con tan poco estipendio se las daba de hombre galante y rumboso. Rebosando dulzura, con todas las confituras del mundo metidas en su alma, presentaba el regalito a la damisela, acompañándolo de las expresiones más tiernas y mejor confitadas que podía dar de sí su tosco vocabulario. "Vamos; sorpresa tenemos. Esta no la esperaba usted... Son unas cosas de chocolate fino, que llaman *pompones*, con hoja de papel de plata fina, y más rico que el mazapán." No podía corregirse la costumbre de anunciar y ponderar lo que llevaba. Acogía Fidela la golosina con grandes extremos de agradecimiento y alegría infantil, y don Francisco se embelesaba viéndola hincar en la sabrosa pasta sus dientes, de una blancura ideal, los dientes más iguales, más preciosos y más limpios que él había visto en su condenada vida; dientes de tan superior hechura y matiz, que nunca creyó pudiese existir en la Humanidad nada semejante. Pensando en ellos, decía: "¿Tendrán dientes los ángeles? ¿Morderán? ¿Comerán?... Vaya usted a saber si tendrán dientes y muelas, ellos, que, según rezan los libros de religión, no necesitan comer. Y ¿a qué es *plantear esa cuestión*? Falta saber que *haiga* ángeles."

XIII

La amistad entre Donoso y Torquemada se iba estrechando rápidamente, y a principios del verano, don Francisco no ponía mano en cosa alguna de intereses sin oír el sabio dictamen de hombre tan experto. Donoso le había ensanchado las ideas respecto al préstamo. Ya no se reducía al estrecho campo de la retención de pagas a empleados civiles y militares ni a la hipoteca de casas en Madrid. Aprendió nuevos modos de colocar el dinero en mayor escala, y fué iniciado en operaciones lucrativas sin ningún riesgo. Próceres arruinados le confiaron su salvación, que era lo mismo que entregársele atados de pies y manos; sociedades en decadencia le cedían parte de las acciones a precio ínfimo, con tal de asegurar sus dividendos, y el Estado mismo le acogía con benignidad. Todo el mecanismo del Banco, que para él había sido un misterio, le fué revelado por Donoso, así como el manejo de Bolsa, de cuyas ventajas y peligros se hizo cargo al instante con instinto seguro. El amigo le asesoraba con absoluta lealtad, y cuando le decía: "Compre usted Cubas sin miedo", don Francisco no vacilaba. Armonía inalterable reinaba entre ambos sujetos, siendo de admirar que en la intervención de Donoso en los tratos torquemadescos resplandecía siempre el más puro desinterés. Habiéndole proporcionado dos o tres negocios de gran monta, no quiso cobrarle corretaje ni cosa que lo valiera.

Al compás de esta transformación en el orden económico, iba operándose la otra, la social, apuntada primero tímidamente en reformas de vestir, y llevada a su mayor desarrollo por medio de tran-

siciones lentas, para que el cambiazo no saltara a la vista con crudezas de sainete. El uso del hongo atenuaba la rutilante aparición de un terno nuevo de paño color de pasa, y los resplandores de la chistera flamante se oscurecían y apagaban con un gabán de cuello algo seboso, contemporáneo de la entrada de nuestras valientes tropas en Tetuán. Tenía suficiente sagacidad para huir del ridículo o para sortearlo con hábiles combinaciones. Aún así, la metamorfosis fué cogida al vuelo por más de un guasón de los barrios en que residían sus principales conocimientos, y no faltaron cuchufletas ni venenosas mordeduras. Sin hacer caso de ellas, don Francisco iba dando de lado a sus tradicionales relaciones, y ya no podía disimular el despego que le inspiraban sus amigos del café del Gallo, y de diversas tiendas y almacenes de la calle de Toledo, despego que para algunos era antipatía más o menos declarada, y para otros aversión. Alguien encontraba natural que don Francisco quisiera *pintarla,* poseyendo, como poseía, más que muchos que en Madrid iban desempedrando las calles en carretelas no pagadas, o que vivían de la farsa y del enredo. Y no faltó quien, viéndole con pena alejarse de la sociedad en que había ganado el primer milloncito de reales, le tildara de ingrato y vanidoso... Al fin, hacía lo que todos: después de chupar a los pobres, hasta dejarlos sin sangre, levantaba el vuelo hacia las viviendas de los ricos.

Y si en los hábitos, particularmente en el vestir, la evolución se marcaba con rasgos y caracteres que podía observar todo el mundo, en el lenguaje no se diga. Ya sabía decir cada frase que temblaba el misterio, y se iba asimilando el hablar de Donoso con un gancho imitativo increíble a sus años. Verdad que a lo mejor afeaba los conceptos con groseros solecismos, o tropezaba en obstáculos de sintaxis. Pero así y todo, a quien no le conociera le daba el gran chasco, porque, advertido por su sagacidad de los peligros de hablar mucho, se concretaba a lo más preciso, y el laconismo y tal cual dicharacho pescado en la boca de Donoso le hacían pasar por hombre profundo y reflexivo. Más de cuatro, que por primera vez en aquellos días se le echaron a la cara, veían en él un sujeto de mucho conocimiento y gravedad, oyéndole estas o parecidas razones: "Tengo para mí que los precios de la cebada serán un *enigma* en los meses que siguen, por *actitud expectante* de los labradores." O esta otra: "Señores, yo tengo para mí (el ejemplo de Donoso le hacía estar constantemente *teniendo para sí*) que ya hay bastante libertad, y bastante *naufragio* universal, y más derechos que queremos. Pero yo pregunto: ¿Esto basta? La nación, por ventura, ¿no come más que principios? ¡Oh, no!... Antes del principio, désele el cocido de una buena administración, y la sopa de un presupuesto nivelado... Ahí está el *quiquiriquí*... Ahí le duele..., ahí... Que me administren bien, que no gotee un céntimo..., que se mire por el contribuyente, y yo seré el primero en felicitarme de ello, *a fuer* de español y *a fuer* de contribuyente..." Alguien decía, oyéndole hablar: "Un poco tosco es este *tío,* pero ¡qué bien discurre!" Y ¡qué ingenioso el chiste de llamar *naufragio* al sufragio! Dicho se está que lo juicioso de sus manifestaciones y su fama de hombre de *guita* le iban ganando amigos en aquella esfera en que desplegaba sus alas. *Manifestaciones* eran para él cuanto se hablaba en el mundo, y tan en gracia le cayó el término, que no dejaba de emplearlo en todo caso, así le dieran un tiro. Manifestaciones lo dicho por Cánovas en un discurso que se comentaba; manifestaciones lo dicho por la portera de la casa de la calle de San Blas acerca de si los chicos del tercero hacían o no hacían aguas menores sobre los balcones del segundo.

Y ya que se nombra la casa de don Francisco, debe añadirse que la primera vez que entró en ella Donoso para tratar de un fuerte préstamo que solicitaban los duques de Gravelinas se asombró de lo mal que vivía su amigo, y, valido de la confianza que ya tenía con él, se permitió amonestarle en aquel tonillo paternal que tan buen resultado le daba:

—No lo creería si no lo viera, amigo don Francisco... Es que me enfado; tómelo como quiera, pero me enfado, sí, señor... Vamos a ver: ¿no le da vergüenza vivir en este tugurio? ¿No comprende que hasta su crédito pierde con tener casa tan miserable? ¡Qué dirá la gente! Que es usted Alejandro en puño, un avaro de mal pelaje, como los que se estilan en las comedias. Créame: esto le

hace poco favor. Tal como es el hombre, debe ser la casa. Me carga que no se tenga de una personalidad como usted el concepto que merece.

—¡Pues yo, señor don José, me acomodo tan bien aquí!... Desde que perdí a mi querido hijo, le tomé asco a los barrios del centro. Vivo aquí muy guapamente, y tengo para mí que esta casa me ha traído buena suerte... Pero no vaya a creer, ¡cuidado!, que echo en saco roto sus manifestaciones. Se pensará, don José, se pensará...

—Piénselo, sí. ¿No le parece que en vez de andar buscando con un candil inquilino para el principal de su casa de la calle de Silva debe usted instalarse en él?

—¡En aquel principal tan grande..., veintitrés piezas, sin contar el...! ¡Oh! No. ¡Qué locura! ¿Qué hago yo en aquel palaciote, yo solo, sin necesidades; yo, que sería capaz de vivir a gusto en un cajón de vigilante de Consumos, o en una garita de guardagujas?

—Siga mi consejo, señor don Francisco—añadió Donoso, cogiéndole la solapa—, y múdese al principal de la calle de Silva. Aquélla es la residencia natural del hombre que me escucha. La sociedad tiene también sus derechos, a los cuales es locura querer oponer el gusto individual. Tenemos derecho a ser puercos, sórdidos y a desayunarnos con un mendrugo de pan, cierto; pero la sociedad puede y debe imponernos un coranvobis decoroso. Hay que mirar por el conjunto.

—Pero, don José de mi alma, mi personalidad se perderá en aquel caserón, y no sabrá cómo arreglarse para abrir y cerrar tanta puerta.

—Es que usted...

Hizo punto Donoso, como sin atreverse con la *manifestación* que preparaba; pero, después de una corta perplejidad, acomodó sus caderas en el sillón no muy blando que de pedestal le servía, miró a don Francisco severamente, y accionando con el bastón, que parecía signo de autoridad, le dijo:

—Somos amigos... Tenemos fe el uno en el otro, por cierta compenetración de los caracteres...

"¡Compenetración! —repitió Torquemada para sí, apuntando la bonita palabra en su mente—. No se me olvidará."

—...Supongo que usted creerá leal y sincero, inspirado en un interés de verdadero amigo, cuanto yo me permita manifestarle.

—Cierto, por la com..., compenetranza..., penetración...

—Pues yo sostengo, amigo don Francisco, y lo digo sin rodeos, clarito, como se le deben decir a usted las cosas..., sostengo que usted debe casarse.

Aunque parezca lo contrario, no causó desmedido asombro en Torquemada la *manifestación* de su amigo; pero creyó del caso pintar en su rostro la sorpresa:

—¡Casarme yo, a mis años!... Pero ¿lo dice de verdad? ¡Cristo! Casarme... Ahí es nada lo del ojo... Como si fuera beberse un vaso de agua... ¿Soy algún muchacho?

—¡Bah!... ¿Qué tiene usted? ¿Cincuenta y cinco, cincuenta y siete...? ¿Qué vale eso? Está usted hecho un mocetón, y la vida sobria y activa que ha llevado le hacen valer más que toda la juventud encanijada que anda por ahí.

—Como fuerte, ya lo soy. No siento el correr de la edad... A robustez no me gana nadie, ni a... Qué se yo... *Tengo para mí* que no carecería de facultades; digo, me parece... Pero no es eso. Digo que adónde voy yo ahora con una mujer colgada del brazo, ni qué tengo yo que pintar en el matrimonio, encontrándome, como me encuentro, muy a mis anchas en el *elemento* soltero.

—¡Ah!... Eso dicen todos... Libertad, comodidad..., el buey suelto... Pero y en la vejez, ¿quién ha de cuidarle? Y esa atmósfera de santo cariño, ¿con qué se sustituye cuando llegamos a viejos?... ¡La familia, señor don Francisco! ¿Sabe usted lo que es la familia? ¿Puede una personalidad importante vivir en esta celda solitaria y fría, que parece el cuarto de una fonda? ¡Oh! ¿No lo comprende, bendito de Dios? Cierto que usted tiene una hija; pero su hija mirará más por la familia que ella se cree que por usted. ¿De qué le valdrán sus riquezas en la espantosa soledad de un hogar sin afecciones, sin familia menuda, sin una esposa fiel y hacendosa?... Dígame: ¿de qué le sirven sus millones? Reflexione...; considere que nada puedo aconsejarle yo que no sea la misma lealtad. La posición quiere casa, y la casa quiere familia. ¡Buena andaría la sociedad si todos pensaran como usted y procedieran

con ese egoísmo furibundo; No, no; nos debemos a la sociedad, a la civilización, al Estado. Crea usted que no se puede pertenecer a las clases directoras sin tener hijos que educar, ciudadanos útiles que ofrecer a esa misma colectividad que nos lleva en sus filas, porque los hijos son la moneda con que se paga a la nación los beneficios que de ella recibimos...

—Pero venga acá, don José, venga acá —dijo Torquemada, echándose atrás el sombrero y tomando muy en serio la cosa—. Vamos a cuentas. *Partiendo del principio* de que a mí me dé ahora el naipe por contraer matrimonio, queda en pie la gran cuestión, la madre del cordero... ¿Con quién?

—¡Ah!... Eso no es cuenta mía. Yo planteo la cuestión; no soy casamentero. ¿Con quién? Busque usted...

—Pero, don José, venga acá. ¡A mis años...! ¿Qué mujer me va a querer a mí, con esta facha?... Digo, mi facha no es tan mala, ¡cuidado! Otras hay peores.

—Digo... si las hay peores.

—Con cincuenta y seis años que cumpliré el veintiuno de septiembre, día de San Mateo... Cierto que no faltaría quien me quisiera por mi *guano*..., digo, por mi capital; pero eso no me llena, ni puede llenar a ningún hombre de juicio.

—¡Oh! Naturalmente. Bien sé yo que si usted anunciara su blanca mano se presentarían cien mil candidatas. Pero no se trata de eso. Usted, si acepta mis indicaciones, contrarias de todo en todo al celibato, busque, indague, coja la linterna y mire por ahí. ¡Ah! ¡Ya sabrá, ya sabrá escoger lo mejorcito! A buena parte van. Mi hombre sabe ver claro, y posee una sagacidad que da quince y raya al lucero del alba. No, no temo yo que pueda resultar una mala elección. ¿Existe la persona que emparejará dignamente con don Francisco? Pues si existe, contemos con que don Francisco la encuentra, aunque se esconda cien estados bajo tierra.

—¡Vaya, que a mis años...!—repitió el usurero con ligera inflexión de lástima de sí mismo.

—No tergiverse la cuestión ni se escape por la tangente a su edad... ¡Su edad! Si es la mejor. Como usted, en caso de volver a la cofradía, no habría de descolgarse con una mocosa, frívola y llena la cabeza de tonterías, sino con una mujer sentada...

—¿Sentada?

—Y de una educación intachable...

—Pero ¡qué cosas tiene don José!... Salir ahora con la peripecia de que debo casarme... ¡Y todo por la... *colectividad!* —dijo Torquemada rompiendo a reír como un muchacho, ávido de bromas.

—No—replicó Donoso, levantándose despacio, como quien acaba de cumplir un alto deber social—, no hago más que señalar una solución conveniente: no hago más que decir al amigo lo que entiendo razonable y eminentemente práctico.

Salieron juntos, y aquel día no hablaron más de casorio. Pero antes que concluyera la semana, don Francisco se mudó a su amplísimo principal de la calle de Silva.

XIV

Había él oído mil veces *el casado, casa quiere;* pero nunca oyó que por el simple hecho de tener casa debiera un cristiano casarse. En fin, cuando Donoso lo decía, su poco de razón habría seguramente en ello. Las noches que siguieron a aquella memorable conversación estuvo el hombre receloso y asustado en la tertulia de las señoras del Aguila. Temía que don José saliese allí con la tecla del casorio, y, francamente, si llegaba a sacarla, de fijo el aludido se pondría como un pimiento. De sólo pensarlo le subían vapores a la cara. ¿Por qué le daba vergüenza de oírse interrogar sobre nuevas nupcias delante de Crucita y Fidelita? ¿Acaso le había pasado por las mientes ahorcarse con alguna de ellas? ¡Oh! No; eran demasiado finas para que él pretendiese tal cosa, y aunque su pobreza las bajaba enormemente en la escala social, conservaban siempre el aquel aristocrático, barrera perfumada que no podía salvar con todo su dinero un hombre viejo, groserote y sin principios. No, nunca soñó tal alianza. Si alguien se la hubiera propuesto, el hombre habría creído que se reían en sus barbas.

Una noche, Cruz le habló de Valentinico, y las dos hermanas mostraron tal interés en saber pormenores de la vida y muerte del prodigioso niño, que Torquemada no paró de hablar hasta muy alta la noche, contando la triste historia

con sinceridad y sin estudio, en su lenguaje propio, olvidado de los terminachos que se le caían de la boca a Donoso, y que él recogía. Habló con el corazón, narrando las alegrías de padre, las amarguras de la enfermedad que le arrebató su esperanza, y con calor y naturalidad tan elocuentes se expresó el hombre, que las dos damas lloraron, sí, lloraron, y Fidela más que su hermana; como que no hacía más que sonarse y empapar el pañuelo en los ojos. Rafael también oyó con recogimiento lo que contaba don Francisco; pero no lloraba, sin duda por no ser propio de hombres, ni aun ciegos, llorar. El sí que echaba unos lagrimones del tamaño de garbanzos, como siempre que alguien refrescaba en su espíritu la fúnebre historia.

Y para que se vea cómo se enlazan los hechos humanos y cómo se va tejiendo esta trenza del vivir, aquella noche, paseándose en su cuarto delante del altarito con las velas encendidas, no podía pensar más que en las dos damas gimoteando por la memoria del pobre Valentinico, y en la circunstancia notoria de que Fidela había llorado más que Cruz, pero más. Bien lo sabía ya el chiquillo, sin que su padre se lo dijera. Acostóse don Francisco ya muy tarde, cansado de dar vueltas y de hacer garatusas delante del bargueño, cuando en medio de un letargo oyó claramente la voz del niño:

—¡Papá, papá!...

—¿Qué, hijo mío?—dijo, levantándose de un salto, pues casi siempre dormía medio vestido, envuelto en una manta

Valentín le habló en aquel lenguaje peculiar suyo, sólo de su padre entendido, lenguaje que era rapidísima transmisión de ojos a ojos.

—Papa, yo quiero resucitar.

—¿Qué, hijo mío?—repitió el tacaño sin entender bien, restregándose los ojos.

—Que quiero resucitar, vamos, que me da la gana de vivir otra vez.

—¡Resucitar..., vivir otra vez..., volver al mundo!

—Sí, sí. Ya veo lo contento que te pones. Yo también, porque lo que te digo, aquí se aburre uno.

—¡Según eso, te tendré otra vez conmigo, pedazo de gloria!—exclamó Torquemada, sentándose, o más bien cayéndose sobre una silla, cual si estuviera borracho perdido.

—Volveré a ese mundo.

—Resucitando, como quien dice, al modo que Jesucristo; saliéndote tan guapamente de la sepulturita perpetua, que... me costó diez mil reales.

—Hombre, no; eso no podría. Tú, ¿qué estás pensando? Salir así..., ¿cómo dices? ¿Grande y con el cuerpo de cuando me morí?... Quítate. Así no me dejan...

—Pues así, así debe ser. ¿Quién se opone? ¿El Grandísimo Todo? Ya, ya veo la tirria que me tiene por si digo o no digo de El lo que me da la gana, ¡ñales! Pero conmigo que no juegue...

—Cállate... El Señor Grandísimo es bueno y me quiere. Como que me deja hacer en todo mi santísima voluntad, y ahora me ha dicho que me salga de este elemento, que me vaya contigo para convertirte y quitarte de la cabeza tus herejías endemoniadas.

—¿Y vienes a este elemento?—murmuró Torquemada, hecho un ovillo, la cabeza entre las piernas.

—Al elemento de la Humanidad bonita. Pero me da risa lo que tú piensas, padre. ¡Creer que salgo de la fosa con mi cuerpo de antes! ¿Estamos en los tiempos de la Biblia? No y no. Entérate bien: para ir allá tengo que volver a nacer.

—¿Volver a nacer?

—Verbigracia, nacer chiquitín, como se nace siempre, como la otra vez que nací, que no fué la primera, digo que no fué la primera, ¡ñales!

—Entonces, hijo mío..., me vestiré... ¿Qué hora es? Iré a avisar al comadrón, don Francisco de Quevedo, calle del Ave María.

—Todavía no... ¿Qué prisa hay? Pues apenas falta tiempo para eso. Tú estás tonto, padre.

—Sí que lo estoy. No sé lo que me pasa. Ya me parece que despunta el día. Las velas alumbran poco, y no te veo bien la cara.

—Es que me borro; yo no sé qué tengo que me borro. Me voy volviendo chiquitín...

—Espérate... Y tu mamá, ¿dónde está? —al decir esto, Torquemada, tendido cuan largo era en medio de la estancia, parecía un muerto—. Se me figura que la he sentido gritar... Lo que dije: empiezan los dolores; hay que avisar.

—No avises, no. Estoy tan chiquitín, que no me encuentro. No tengo más que

el alma, y abulto menos que un grano de arroz.

—Ya no veo nada. Todo tinieblas. ¿Dónde estás?—en esto se arrastraba a gatas por el cuarto—. Tu mamá no parece. La traía yo en el bolsillo, y se me ha escapado. Puede que esté dentro de la caja de fósforos... ¡Ah pícaro! La tienes tú ahí; la escondes en el bolsillo de tu chaleco.

—No, tú la tienes. Yo no la he visto. El Grandísimo Todo me dijo que era fea...

—Eso, no.

—Y vieja.

—Tampoco.

—Y que no sabía cómo se llamaba, ni le hacía falta averiguarlo.

—Yo sí lo sé; pero no te lo digo.

—Tiempo tengo de saberlo.

—*Partiendo del principio* de que sea quien tú crees...

—No se dice así, papá. Se dice: en el *mero hecho* de que sea...

—Justo: en el *mero hecho;* se me había olvidado el término... Pues si es, que sea, y si no es, que no sea... Será otra.

Púsose en cuclillas con gran dificultad, y sobándose los ojos, miraba con estupefacción el altarito, diciendo:

—¡Qué cosas me pasan!

Valentinico no replicaba.

—Pero ¿es verdad que...?—le preguntó don Francisco, que se había quedado solo—. Tengo frío. Me salí de la cama sin echarme el chaquetón, y no tendrá maldita gracia que coja una pulmonía. Lo que haría yo ahora es tomar algo; *por ejemplo,* migas o unas patatas fritas. Pero a estas horas, ¿cómo le *planteo* yo a *Rumalda la cuestión* de que me haga el almuerzo?... Juraría que mi hijo quiere nacer y que me lo ha dicho... Pero yo, triste de mí, ¿cómo lo *nazgo?*... Me volveré a la cama y dormiré un poco, si puedo. Todo ello será una suposición, un *mero hecho.* Le contaré a Donoso lo que me pasa, y resuelva él mismamente esta... *hipoteca,* digo *hipótesis,* que es como decir lo que se supone. Para que mi hijo nazca se necesita, en primer término, una madre; no, en primer término, un padre. Don José quiere que yo sea padre de familia, como quien dice, señor de muchas circunstancias. Ya le veo las cartas al señor de Donoso, que me estima, sí, me estima... Pero no puede ser. Dispense usted, amigo mío; pero no hay forma humana de que se realice ese..., ¿cómo se dice?, ¡ah, sí...!, *desideratum.* Yo le agradezco a usted mucho el *desideratum,* y estoy muy envanecido de saber que..., muy satisfecho, y, a la verdad, también tengo yo unas miajas de *desideratum...*; pero hay una barrera..., eso de las clases. Pronto se dice que no hay clases; pero, al decirlo, las dichosas clases saltan a la vista. Don José, dispénseme: pídame usted lo que quiera, la Biblia en pasta; pero no me pida eso. La idea de que me digan: "¡So! Vete de ahí, populacho, que apestas", me subleva y me pone a morir. Y no es que yo huela mal. Bien ve usted que me lavo y me aseo. Y hasta el aliento, que, según me decía doña Lupe, tiraba un poco para atrás..., se me ha corregido con la limpieza de la boca..., y desde que me quité la perilla, que parecía un rabo de conejo, tengo mejor ver. Dice *Rumalda* que me parezco algo a O'Donnell cuando volvía del Africa... En fin, que por lo físico no hay caso. Tengo para mí que, *en igualdad de circunstancias,* sería yo el preferido; es decir, si yo fuera más fino y de nacimiento y educación más *compatibles*... Pero no, no soy *compatible,* no caso, no ajusto... Mi corteza es muy dura, áspera y picona como lija... No puede ser, no puede ser.

Pasado algún tiempo, se agitó en la cama, diciéndose con sobresalto: "¿Apostamos a que he roncado? Sí, ronqué... Me oí soltar un piporrazo como los de los funerales... Esto sí que es gordo... Y yo pregunto: El señor Donoso, que es hombre tan fino, ¿roncará? Y aquellas delicadísimas señoras..., por vida del Todísimo, ¿roncarán?

XV

A causa de la mala noche, estuvo destemplado y ojeroso toda la mañana siguiente; y por la tarde se le vió hecho un azacán, persiguiendo gangas de almoneda para amueblar con decencia, dentro de la economía, su nueva casa. No compró cama de matrimonio porque ya la tenía, y de palo santo, adquirida por doña Silvia en un precio bajísimo. Y como Ruiz Donoso se tomaba la confianza de asesorarle en aquellos arduos asuntos, aun antes que don Francisco le pidiera su leal parecer sobre ellos, resul-

to que fueron comprados multitud de objetos pertinentes al uso de señoras distinguidas, algunos tan extraños, que no sabía Torquemada para qué demonios servían. Como adquirido en liquidaciones diferentes, por embargo, quiebra o defunción, el moblaje era de lo más heterogéneo que imaginarse puede. Pero la casa iba resultando elegante, de rico y señoril aspecto. Imposible que dejase de hablarse de ella en la tertulia de las del Aguila: Cruz pedía informes, se hacía explicar y describir todos los trastos, expresando opiniones discretísimas sobre la necesaria armonía entre la comodidad y la elegancia.

Una de aquellas tardes (debió de ser pocos días después de la mudanza) fueron de paseo Torquemada y su modelo, charlando de negocios. A la vuelta del Retiro por el Observatorio, saltó la conversación a lo del pleito, y don José, parándose en firme, expresó una opinión optimista acerca de él; mas luego venían los peros, una cáfila de inconvenientes que quitaban todo su efecto a la primera afirmación. Había que gastar mucho, y como las señoras carecían de posibles, quizá..., *y sin quizá*, tendrían que abandonar su derecho por falta de medios para demostrarlo. ¡Qué pena! ¡Una cosa tan clara! El había agotado en obsequio de sus buenas amigas toda su actividad, todas sus relaciones, y, por fin, su corto peculio. Y no le pesaba, no. ¡Eran tan dignas ellas de que todo el mundo se sacrificara por servirlas y sacarlas de su horrorosa situación! Pero ésta, ¡ay!, empeoraba, hasta el punto de que las señoras y su infeliz hermano tendrían pronto que pedir plaza en un asilo de mendicidad: ya no poseían renta alguna, pues lo último que restaba de una lámina intransferible, bocado a bocado se lo habían ido comiendo; ya no tenían nada que vender ni que empeñar.

—Por mi parte—añadió descorazonado y casi a punto de romper en llanto—, he hecho cuanto humanamente podía. Los gastos del pleito absorben los tres cuartos de mi paga, y héteme aquí imposibilitado de ir más adelante, señor don Francisco. Habrá que abandonar a los pobres náufragos, pues ni agarrándolos por los cabellos se los puede sacar a flote. Me voy temiendo que Dios se ha empeñado en ahogar a esa digna familia, y que todos nuestros esfuerzos por salvarla son inútiles. Dios lo quiere, y como dueño absoluto de vidas y haciendas, lo hará.

—Pues no lo hará—dijo Torquemada bravamente, soltando un terno y reforzándolo con fuerte patada.

—¿Y qué podemos nosotros contra los designios...?

—¡Qué *desinios* ni qué...!—aquí una palabra que no se puede copiar—. Las señoras ganarán el pleito.

—¡Oh! Sí... Pero... garantíceme usted que llegaremos a la sentencia. Yo confío en la rectitud del Consejo de Estado; pero de aquí a que el pleno falle hay una tiradita de tiempo y de gastos en la cual nos veremos obligados a abandonar el asunto.

—No se abandonará.

—¿Usted...?

—Yo, yo. *Héteme* aquí diciendo: adelante con los faroles y con el litigio. Pues no faltaba más.

—Eso varía... Concretemos: usted...

—Yo, sí, señor; yo, Francisco Torquemada, ordeno y mando que se pleitee. ¿Qué hace falta? ¿Un abogado de los gordos? Pues a él. ¿Qué más? ¿Levantar un monte de papel sellado? ¡Pues hala con él!... Nada de abandono. O hay corazón o no hay corazón. ¿Está claro el derecho? Pues saquémoslo por encima de la cabeza del mismísimo Cristo.

—Bueno... Me parece muy bien—dijo Donoso, agarrando a su amigo por el brazo, pues en el calor de la improvisación, a punto estuvo de que le cogiera un carruaje de los que en tropel bajaban del Retiro.

Emprendieron la caminata por el paseo de Atocha, hacia el Prado, a la hora en que los faroleros encendían el gas y en que los paseantes a pie y en coche regresaban en bandadas en busca de la sopa. Allá por el Museo vieron un hormigueo de luces en el Prado y les dió en la nariz tufo de aceite frito. Era la verbena de San Juan. Ya comenzaba el bullicio, y, por evitarlo, subieron los dos respetables amigos por la Carrera, charlando sobre lo mismo, parándose a ratos, para poder expresar con cierto reposo las graves cosas que les salían del cuerpo.

—Conformes, señor don Francisco—dijo Donoso allá frente a los leones del Congreso—. Permítame que le felicite por su delicadeza, virtud de la cual veo en usted uno de los ejemplos más raros.

He dicho delicadeza, y añado abnegación, porque abnegación grande se necesita para hacer frente a tales dispendios, sin..., vamos, obtener ninguna ventaja... Si usted me lo permite, le diré que me parece mal, pero muy mal—Torquemada no chistaba—. Digo que no me parece bien, y que usted, modesto en demasía, no se aprecia en lo que vale. Le basta con la gratitud de las señoras, y, francamente, no veo paridad entre la recompensa y el servicio. Y no es que sea yo muy positivista...; es que me duele verle a usted achicarse tanto...

Como don Francisco no rezongaba, clavados sus ojos en el suelo, cual si tomara nota de las rayas de las baldosas, arrancóse el otro a mayores claridades, y allá por la esquina de Cedaceros paróse otra vez en firme, y con gallardía rasgó el velo en esta forma:

—¡Ea!, basta de jugar a la gallina ciega con nuestras intenciones, señor don Francisco. ¿Para qué hacemos misterio de lo que debe ser claro como la luz? Yo le adivino a usted los sentimientos. ¿Quiere que le describa el estado de su ánimo?

—A ver...

—Pues desde que tuve la honra de hablarle de un delicado asunto..., vamos, de la conveniencia de tomar estado, la idea ha ido labrando en usted... ¿Es o no cierto que desde entonces no cesa usted de pensar en ello noche y día...?

—Es certísimo.

—Usted piensa en ello; pero su descomunal modestia le impide tomar una resolución. Se cree indigno, ¡oh!, siendo, por el contrario, digno de las mayores felicidades. Y ahora, cuando planteamos la cuestión de sacar adelante el pleito famoso, ahora, cuando usted se dispone a prestar a esa familia un servicio impagable, su delicadeza viene a remachar el clavo, porque si antes se sentía usted cohibido como diez, ahora lo está como doscientos mil, y no cesa de atormentarse con este argumento, que es un verdadero sofisma: "Yo, que me creo indigno de aspirar a la mano, *etcétera*..., ahora que, por venir las cosas rodadas, les presto este servicio, *etcétera*, menos puedo pensar en casorio, porque creerían ellas y el mundo, *etcétera*, que vendo el favor, o que compro la mano, *etcétera*..." ¿Es esto, sí o no, lo que piensa el amigo Torquemada?

—Eso mismísimo.

—Pues me parece una tontería mayúscula, señor don Francisco de mi alma, que usted sacrifique sentimientos nobilísimos ante el ídolo de una delicadeza mal entendida.

Dijo esto con tanta gallardía, que a Torquemada le faltó poco para que la emoción le hiciera derramar lágrimas.

—Es que..., diré a usted..., yo..., como soy así..., no me ha gustado nunca ser *mayúsculo*, vamos al decir, picar más alto de lo que debo. Cierto que soy rico; pero...

—Pero ¿qué?

—Nada, no digo nada. Dígaselo usted todo...

—Ya sé lo que usted teme: la diferencia de clases, de educación, los timbres nobiliarios...; todo eso es música en los tiempos que corren. ¿Se le ha pasado por las mientes que sería rechazado?...

—Sí, señor... Y este cura, aunque de cepa humilde, y no muy fuerte en finuras de sociedad, porque no ha tenido tiempo de aprenderlas, no quiere que nadie le desprecie, ¡cuidado!

—Y la pobreza de ellas le cohibe más, y dice usted: "No vayan a creer que porque son pobres les hago la forzosa..."

—Justo... Parece que anda usted por dentro de mí con un farolillo, registrando todas las incumbencias y *sofismas* que me andan por los rincones del alma.

Aproximábanse a la Puerta del Sol, donde habían de separarse, porque Donoso vivía hacia Santa Cruz y el camino de Torquemada era la calle de Preciados. Fué preciso abreviar la conferencia, porque a entrambos les picaba la necesidad, y en su imaginación veían el santo garbanzo.

—No hay para qué decir—indicó Donoso—que he hablado por cuenta propia antes y ahora, y que jamás, jamás, puede creerlo, hemos tocado esta cuestión las señoras y yo... Debo recordar, además, que la pobre doña Lupe, que en gloria esté, abrigaba este proyecto...

—Sí que lo abrigaba—replicó don Francisco, encantado de la frase *¡abrigar un proyecto!*

—Algo me dijo a mí.

—Y a mí. Como que me volvió loco el día de su defunción.

—En ella debió de ser manía, y me consta que indicó a las señoras...

—Las cuales no me conocían entonces.

—Justo; ni yo tampoco. Ahora nos conocemos todos y yo, amigo don Francisco, me voy a permitir...

—¿Qué cosa?

—Me voy a permitir proponer a usted que ponga el asunto en mis manos. ¿Cree que seré buen diplomático?

—El mejor que ha echado Dios al mundo.

—¿Cree que sabré dejar a salvo la dignidad de todos en caso de aceptación y en caso de repulsa?

—Pues ¿qué duda tiene?

—¡Ea!... No hay más que hablar por ahora. Adiós, que es tarde.

Se despidió con un fuerte apretón de manos, y no había andado seis pasos, cuando don Francisco, que perplejo quedó en la esquina de Gobernación, sintióse asaltado de una duda punzante... Quiso llamar a su amigo; pero éste se había perdido ya entre la muchedumbre. El tacaño se llevó las manos a la cabeza, formulando esta pregunta: "Pero... ¿con cuál?" Porque Donoso hablaba siempre en plural: *las señoras*. ¿Acaso pretendía casarle con las dos? ¡Demonio, la duda era para volver loco a cualquiera! Lanzándose intrépido en el torbellino de la Puerta del Sol, y haciendo quiebros y pases para librarse de los tranvías y evitar choques con los transeúntes, interrogaba mentalmente la esfinge de su destino: "Pero ¿con cuál, ¡ñales!, con cuál...?"

XVI

Le faltó ánimo aquella noche para acudir a la tertulia; porque si a don José le tentaba el demonio y *planteaba la cuestión allí*, cara a cara, ¿debajo de qué silla o de qué mesa se metería él? Y no se achicaba, no; después de lo hablado con Donoso, tan hombre era él como otro cualquiera. Pues qué, ¿el dinero, la posición, no suponen nada? ¿No se compensaba una cosa con otra, es decir, la democracia del origen con la aristocracia de las talegas? Pues ¿no habíamos convenido en que los santos cuartos son también aristocracia? ¿Y acaso, acaso las señoritas del Aguila venían en línea recta de algún archipámpano o del rey de Babilonia? Pues si venían, que vinieran. El cuento era que a la hora presente no tenían sobre qué caerse muertas, y su propiedad era... lo que las personas bien habladas llaman *un mito*..., un pleito que se ganaría allá para la venida de los higos chumbos. ¡Ea, nada de repulgos ni de hacerse el chiquitín! Bien podían las tales darse con un canto en los pechos, que brevas como él no caían todas las semanas. Pues ¿a qué más podían aspirar? ¿Había de venir el hijo mayor del emperador de la China a pedir por esposa a Crucita, ya llena de canas, o a Fidelita, con los dientes afilados de tanta cáscara de patata como roía? ¡Ay, ya iba él comprendiendo que valía más de lo que pesaba! ¡Fuera modestia, fuera encogimientos, que tenían por causa el no dominar la palabra y el temor de decir un disparate que hiciera reír a la gente! No se reirán, no, que, gracias a su aplicación, ya había cogido sinfín de términos y los usaba con propiedad y soltura. Sabía encomiar las cosas diciendo muy a cuento: "Excede a toda ponderación." Sabía decir: "Si yo fuera al Parlamento, nadie me ganaría en poner los puntos sobre las íes." Y aunque no supiera, ¡ñales!, su pesquis para los negocios, su habilidad maravillosa para sacar dinero de un canto rodado, su economía, su formalidad, su pureza de costumbres, ¿no valían nada? A ver, que le sacaran a relucir algún vicio. El, ni bebida; él, ni mujeres; él, ni juego; él, ni tan siquiera el inofensivo placer del tabaco. Pues entonces..., ¿por qué le habían de rechazar? Al contrario, verían el cielo abierto, y creerían que el Santísimo y toda su corte se les entraba por las puertas de la casa. Razonando de este modo, se tranquilizó, llenándose de engreimiento y de confianza en sí mismo. Pero luego volvía la terrible duda: "¿Con cuál, Señor, con cuál?"

En un tris estuvo, por la mañana, que escribiera una esquelita a don José Donoso rogándole que le sacara de aquella enfadosa incertidumbre. Pero no lo hizo. ¿Para qué, si pronto había de despejarse la incógnita? Al fin, como las señoras mandaran recado a su casa preguntando por su salud (con motivo de haber hecho rabona en la tertulia de la noche precedente), no tuvo el hombre más remedio que ir. Casi casi lo deseaba. ¡Qué miedo ni qué ocho cuartos!

Cada uno es cada uno. Si le rechazaban, ellas se lo perdían. Por mucho que se les subiera a la cabeza el humillo de la vanidad, no dejarían de comprender que de hombres como él entran pocos en libra... ¡Y a fe que estaban los tiempos para reparillos y melindres!... *Sin ir más lejos,* véase a la Monarquía transigiendo con la Democracia, y echando juntos un piscolabis en el bodegón de la política representativa. Y este ejemplo, ¿no valía? Pues allá iba otro. La aristocracia, árbol viejo y sin savia, no podía ya vivir si no lo *abonaba* (en el sentido de *estercolar*) el pueblo enriquecido. ¡Y que no había hecho flojos milagros el sudor del pueblo en aquel tercio de siglo! ¿No andaban por Madrid arrastrados en carretelas muchos a quienes él y todo el mundo conocieron vendiendo alubias y bacalao, o prestando a rédito? ¿No eran ya senadores vitalicios y consejeros del Banco muchos que allá en su niñez andaban con los codos rotos, o que pasaron hambres para juntar para unas alpargatas? Pues bien: a ese *elemento* pertenecía él, y era un nuevo ejemplo del *sudor de pueblo fecundando*... No sabía concluir la frase.

Esto pensaba al subir la escalera de la casa de sus amigas, casi casi podía decir de sus mujeres, pues no pudiendo discernir en su agitada mente cuál de las dos le tocaría, se le representaba el matrimonio dando una mano a cada una. Abrióle Cruz, que le llevó a la sala, como si quisiera hablarle a solas. "Esto de enchiquerarme en la sala—pensó Torquemada—me huele a *manifestaciones*. Ya tenemos la pelota en el tejado."

En efecto, Cruz, que había llevado a la salita la lámpara que de ordinario alumbraba la tertulia del gabinete, le acorraló allí para *manifestarle* con fría urbanidad que el señor de Donoso *les* (¡siempre en plural!) había hablado de un asunto cuya importancia ni a ellos ni al señor de Torquemada se podía ocultar. Inútil decir que las señoras se sentían honradísimas con la... indicación... No era aún más que indicación; pero luego vendría la proposición. Honradísimas, naturalmente. Agradecían con toda su alma el nobilísimo rasgo... (*rasgo* nada menos) de su noble amigo, y estimaban sus nobles sentimientos (tanta nobleza empalagaba ya) en lo mucho que valían. Mas no era fácil dar respuesta categórica hasta que no pasara algún tiempo, pues cosa tan grave debía mirarse mucho y pesarse... Así convenía a la dignidad de todos. Contestó don Francisco en frases entrecortadas y rápidas, sin decir nada en sustancia, sino que él *abrigaba la convicción de*... y que él había hecho aquellas *manifestaciones* al señor de Donoso movido de la lástima..., no, movido de un sentimiento nobilísimo (ya todos éramos nobilísimos...); que su deseo de ser grato a las señoras del Aguila *excedía a toda ponderación*..., que se tomaran todo el tiempo que quisieran para pensarlo, pues así le gustaban a él las cosas, bien pensaditas y bien mediditas...; que él era muy sentado, y *evacuaba* siempre despacito y con toda mesura los asuntos de responsabilidad.

Breve fué la conferencia. Dejóle solito un instante la señora, y él se paseó agitadísimo por aquella sala, otra vez atormentado por aquella duda que ya se iba volviendo del género cómico, de un cómico verdaderamente sainetesco. Fué a dar ante el espejo, y al ver su imagen no pudo menos de increparse con saña: "Pero, ¡hombre, si serás burro, que todavía no sabes con cuál ha de ser...! Pedazo de congrio, pregúntalo, pregúntalo, que es ridículo ignorarlo a estas alturas..., aunque también preguntarlo es gran mamarrachada, ¡ñales!"

La entrada del señor de Donoso puso fin a estas *manifestaciones* internas, y no tardaron los cinco personajes en hallarse reunidos en el próximo gabinete: las señoras, próximas a la luz; don Francisco, junto al ciego, y Donoso, allá en la marquesina del ángulo, apartado como en señal de veneración, para que sus palabras, teniendo que recorrer un espacio relativamente largo, resonaran con mayor solemnidad. Perdido ya el miedo, Torquemada, si le pinchan, arroja en medio de la noble sociedad su pregunta explosiva: "Conque a ver, sepamos, señoras mías, con cuál de ustedes me voy a casar yo." Pero no hubo nada de esto, porque ni alusiones remotísimas se hicieron al peliagudo caso, y por más atención que puso, no pudo descubrir el avaro ninguna novedad en el rostro de las dos damas, ni síntoma alguno de emoción. ¡Cosa más rara! Porque lo natural era que estuviese *emocionada* la que..., la que *fuese*. En Cruz únicamen-

te podía observarse un poco de animación; en Fidela, quizá, quizá un poco más de palidez. Amables como siempre las dos señoritas, no le dijeron al pretendiente nada que él no supiera, de lo que dedujo que no les importaba un comino el casorio, o que disimulaban la procesión que les andaba por dentro. Lo que sí pudo notar don Francisco fué que a Rafael no hubo medio de sacarle del cuerpo una palabra en toda la velada. ¿Cuál sería el motivo de que estuviese el bendito joven tan tétrico y metido en sí? ¿Tendría relación aquella..., ¿cómo se decía?..., ¡ah!, *actitud*..., aquella actitud con el proyectado casorio? Puede que no, porque probablemente nada le habrían dicho sus hermanas.

Cruz, siempre afable, guardando la distancia, señora neta y de calidad superior; Fidela, más corriente, tendiendo a la familiaridad festiva, con leves atrevimientos y mayor flexibilidad que su hermana en la conversación. Tales fueron aquella noche, como la anterior, como siempre; mas por lo tocante al *materialismo* de aquel proyecto que alborotaba el espíritu y los nervios de Torquemada, fueron un par de jeroglíficos a cuál más enigmático e indescifrable. Ya le iba cargando a don Francisco tanto repulgo, tanto fruncido de labios marcando la indiferencia, y tanto escoger y recalcar las palabras más sosas y que no tenían carne ni pescado. Deseaba que terminase la tertulia para salir de estampía y desahogarse con don José... ¡Ah, gracias a Dios que se acababa al fin! "Buenas noches... Conservarse..." En la escalera no quiso decir nada, porque las señoras, que salían de faroleras, podían oír. Pero en cuanto llegaron a la calle cuadróse el hombre, y allí fué el estallar de su cólera con la grosería que informaba su ser efectivo, anterior y superior a los postizos de su artificiosa metamorfosis.

—¿Me quiere usted decir qué comedia de puñales es ésta?

—Pero ¡don Francisco...!

—Si se han enterado, ¡me caigo en la mar!, ¿por qué tanta tiesura? ¡Vaya, que ni tan siquiera darle a entender a uno que les retoza un poco de alegría por el cuerpo...!

—Pero ¡don Francisco...!

—Y, sobre todo, y esto es lo que más me revienta..., dígame, dígamelo pronto...: ¿con cuál de las dos me caso?... El demonio me lleve si lo entiendo... ¡Puñales, y la Biblia en pasta!

—Moderación, mi querido don Francisco. Y parta del principio de que yo no intervengo si...

—Yo no parto de más principio ni de más postre, ¡cuerno!, sino del saber ahora mismo...

—¿Con cuál...?

—¡Sí, con *cuála*! Sépalo yo con cien mil gruesas de demonios y con la Biblia en pasta...

—Pues... no lo sé yo tampoco todavía. Estamos en lo más delicado de las negociaciones, y si no me confirma sus poderes plenos, aguardando con moderación y calma lo que resulte, me desentiendo y nombre usted a otro... legado pontificio—echándose por lo festivo—, o trate usted directamente con la potencia.

—¡Mecachis con la potencia! Yo creía..., vamos..., parecía natural—calmándose—que lo primero fuera saber cuál es la rama en que a uno le cuelgan... De modo que...

—Nada puedo decir aún sobre ese particular, cuya importancia soy el primero en reconocer.

—Apañado estoy... Ya debe comprender que tengo razón... *hasta cierto punto*, y que otro cualquiera, *en igualdad de circunstancias*...

Al ver que se ponía otra vez la máscara de finura, Donoso le tuvo por vencido, y le encadenó más, diciéndole:

—Repito que si mis gestiones no le acomodan, ahí va mi dimisión de ministro plenipotenciario...

—¡Oh! No, no... No la admito, no debo admitirla... ¡Cuidado! Es más, suplico a usted que la retire...

—Queda retirada — palmetazo en el hombro.

—Dispénseme si se me fué un poco la burra...

—Dispensado, y tan amigos como antes

Separáronse en la Red de San Luis, y Torquemada se fué rezongando: aún repercutían en su interior los ecos de la tempestad, mal sofocada por la fascinación que don José Donoso ejercía sobre él.

SEGUNDA PARTE

I

Levantábase Cruz del Aguila al amanecer de Dios, y comúnmente se despertaba un par de horas antes de dejar el lecho, quedándose en una especie de éxtasis económico, discurriendo sobre las dificultades del día y sobre la manera de vencerlas o sortearlas. Contaba una y otra vez sus escasos recursos, persiguiendo el problema insoluble de hacer de dos tres y de cuatro cinco, y a fuerza de revolver en su caldeado cerebro las fórmulas económicas, lograba dar realidad a lo inverosímil y hacer posible lo imposible. Con estos cálculos entremezclaba rezos modulados maquinalmente, y las sílabas de oraciones se refundían en sílabas de cuentas... Su mente volvíase de cara a la Virgen y se encontraba con el tendero. Por fin, la voluntad poderosa ponía término al balance previo del día, todo fatigas, cálculos y súplicas a la Divinidad, porque era forzoso descender al campo de batalla, a la lucha con el destino en el terreno práctico, erizado de rocas y cortado por insondables abismos.

Y no sólo era general en jefe en aquella descomunal guerra, sino el primero y el más bravo de los soldados. Empezaba el día, y con el día el combate; y así habían transcurrido años, sin que desmayara aquella firme voluntad. Midiendo el plazo, larguísimo ya, de su atroz sufrimiento, se maravillaba la ilustre señora de su indomable valor, y concluía por afirmar la infinita resistencia del alma humana para el padecer. El cuerpo sucumbe pronto al dolor físico, el alma intrépida no se da por vencida y aguanta el mal en presiones increíbles.

Era Cruz el jefe de la familia, con autoridad irrecusable; suya la mayor gloria de aquella campaña heroica, cuyos laureles cosechara en otra vida de reparación y justicia; suya también la responsabilidad de un desastre, si la familia sucumbía, devorada por la miseria. Obedecíanla ciegamente sus hermanos, y la veneraban, viendo en ella un ser superior, algo como el Moisés que los llevaba al través del desierto, entre mil horrendas privaciones y amarguras, con la esperanza de pisar al fin un suelo fértil y hospitalario. Lo que Cruz determinaba, fuese lo que fuese, era como artículo de fe para los dos hermanos. Esta sumisión facilitaba el trabajo de la primogénita, que en los momentos de peligro maniobraba libremente, sin cuidarse de la opinión inferior, pues si ella hubiera dicho un día: "No puedo más; arrojémonos los tres abrazaditos por la ventana", se habrían arrojado sin vacilar.

El uso de sus facultades en empeños tan difíciles, repetidos un día y otro, escuela fué del natural ingenio de Cruz del Aguila, y éste se le fué sutilizando y afinando en términos que todos los grandes talentos que han ilustrado a la Humanidad en el gobierno de las naciones eran niños de teta comparados con ella. Porque aquello era gobernar, lo demás es música; era hacer milagros, porque milagro es vivir sin recursos; milagro mayor cubrir decorosamente todas las apariencias, cuando, en realidad, bajo aquella costra de pobreza digna se extendía la llaga de una indigencia lacerante, horrible, desesperada. Por todo lo cual, si en este mundo se dieran diplomas de heroísmo y se repartieran con justicia títulos de eminencia en el gobernar, el primer título de gran ministra y el emblema de heroína debían ser para aquella hormiga sublime.

Cuando se hundió la casa del Aguila los restos del naufragio permitieron una vida tolerable por espacio de dos años. La repentina orfandad puso a Cruz al frente de la corta familia, y como los desastres se sucedían sin interrupción, al modo de golpes de maza dados en la cabeza por una Providencia implacable, llegó a familiarizarse con la desdicha; no esperaba bienes; veía siempre delante la cáfila de males aguardando su turno para acercarse con espantosa cara. La pérdida de toda la propiedad inmueble la afectó poco: era cosa prevista. Las humillaciones, los desagradables rozamientos con parientes próximos y le-

janos, también encontraron su corazón encallecido. Pero la enfermedad y ceguera de Rafael, a quien adoraba, la hizo tambalear. Aquello era más fuerte que su carácter, endurecido y templado ya como el acero. Tragaba con insensible paladar hieles sin fin. Para combatir la terrible dolencia, realizó empresas de heroína, en cuyo ser se confundieron la mujer y la leona; y cuando se hubo perdido toda esperanza no se murió de pena, y advirtió en su alma durezas de diamante que le permitían afrontar presiones superiores a cuanto imaginarse puede.

Siguió a la época de la ceguera otra en que la escasez fué tomando carácter grave. Pero no se había llegado aún a lo indecoroso; y además el leal y consecuente amigo de la familia los ayudaba a sortear el tremendo oleaje. La venta de un título, único resto de la fortuna del Aguila, y de varios objetos de reconocida superfluidad, permitióles vivir malamente; pero ello es que vivían, y aun hubo noche en que, al recogerse después de rudos trabajos, las dos hermanas estaban alegres y daban gracias a Dios por la ventura relativa que les deparaba. Esta fué la época que podríamos llamar de doña Lupe, porque en ella hicieron conocimiento con la insigne prestamista, que si empezó echándoles la cuerda al cuello, después, a medida que fué conociéndolas, aflojó, compadecida de aquella destronada realeza. De los tratos usurarios se pasó al favor benigno, y de aquí, por natural pendiente, a una amistad sincera, pues doña Lupe sabía distinguir. Para que no se desmintiera el perverso sino que hacía de la existencia de las señoras del Aguila un tejido de infortunios, cuando la amistad de doña Lupe anunciaba algún fruto de bienandanza, la pobre señora hizo la gracia de morirse. Creeríase que lo había hecho a propósito, por fastidiar.

Y ¡en qué mala ocasión le dió a *la de los Pavos* la humorada de marcharse al otro mundo! Cuando su enfermedad empezó a presentar síntomas graves, las Aguilas entraban en lo que Torquemada, metido a hombre fino, habría llamado el *período álgido* de la pobreza. Hasta allí habían ido viviendo con mil estrecheces, careciendo no sólo de lo superfluto en que se habían criado, sino de lo indispensable en que se crían grandes y chicos. Vivían mal, aunque sin ruborizarse, porque se comían lo suyo; pero ya se planteaba el dilema terrible de morir de inanición o de comer lo ajeno. Ya era llegado el caso de mirar al cielo, por si caía algún maná que se hubiera quedado en el camino desde el tiempo de los hebreos, o de implorar la caridad pública en la forma menos bochornosa. Si se ha de decir la verdad, este período de suprema angustia se inició un año antes; pero el leal amigo de la casa, don José Donoso, lo contuvo, o lo disimuló con donativos ingeniosamente disfrazados. Para las señoras, las cantidades que de las manos de aquel hombre sin par recibían eran producto de la enajenación de una carga de justicia; mas no había tal carga de justicia enajenada ni cosa que lo valiera. Descubriólo al fin Crucita, y su consternación no puede expresarse con palabras. No se dió por entendida con don José, comprendiendo que éste le agradecería el silencio.

Habría seguido el buen Donoso practicando la caridad de tapadillo, si humanamente tuviera medios hábiles para ello. Pero también había empezado a gemir bajo el yugo de un adverso destino. No tenía hijos, pero sí esposa, la cual era, sin género alguno de duda, la mujer más enferma de la creación. En el largo inventario de dolencias que afligen a la mísera Humanidad, ninguna se ha conocido que ella no tuviera metida en su pobre cuerpo, ni en éste había parte alguna que no fuese un caso patológico digno de que vinieran a estudiarlo todos los facultativos del mundo. Más que una enferma, era la buena señora una escuela de Medicina. Los nervios, el estómago, la cabeza, las extremidades, el corazón, el hígado, los ojos, el cuero cabelludo, todo en aquella infeliz mártir estaba como en revolución. Con tantos alifafes, por indefinido tiempo sufridos sin que se vieran señales de remedio, la señora de Donoso llegó a formarse un carácter especial de persona soberanamente enferma, orgullosa de su mala salud. De tal modo creía ejercer el monopolio del sufrimiento físico, que trinaba cuando le decían que pudiera existir alguien tan enfermo como ella. Y si se hablaba de tal persona que padecía tal dolor o molestia, ella, no queriendo ser menos que nadie, se declaraba atacada de lo mismo, pero en un gra-

do superior. Hablar de sus dolencias, describirlas con morosa prolijidad, cual si se deleitara con su propio sufrimiento, era para ella un desahogo que fácilmente le perdonaban cuantos tenían la desdicha de oírla; y los de la familia le daban cuerda para que se despotricara, con aquel dejo vago de voluptuosidad que ponía en el relato de sus punzadas, angustias, bascas, insomnios, calambres y retortijones. Su esposo, que la quería entrañablemente y que ya llevaba cuarenta años de ver en su casa aquella recopilación de toda la Patología interna, desde los tiempos de Galeno hasta nuestros días, concluyó por asimilarse el orgullo hipocrático de su doliente mitad, y no le hacía maldita gracia que se hablase de padecimientos no conocidos de su Justa, o que a los de su Justa remotamente se pareciesen.

II

La primera pregunta que a don José se hacía en la tertulia de las del Aguila era ésta: "Y Justa, ¿cómo ha pasado el día?" Y en la respuesta había siempre una afirmación invariable: "Mal, muy mal", seguida de un comentario que variaba cada veinticuatro horas: "Hoy ha sido la asistolia." Otro día era la cefalalgia, el bolo histérico, o el dolor agudísimo en el dedo gordo del pie. Gozaba Donoso pintando cada noche con recargadas tintas un sufrimiento distinto del de la noche anterior. Y si no se hablaba nunca de esperanzas o probabilidades de remedio, porque el curarse habría sido quitar a la epopeya de males toda su majestad dantesca, en cambio, siempre había algo que decir sobre la continua aplicación de remedios, los cuales se ensayaban por una especie de *dilettantismo* terapéutico, y se ensayarían mientras hubiese farmacias y farmacéuticos en el mundo.

Con estas bromas y el sinfín de médicos que iban examinando, con más entusiasmo científico que piedad humanitaria, aquella enciclopedia doliente, los posibles de Donoso se mermaban que era un primor. El no hablaba de tal cosa; pero las Aguilas lo presumían, y acabaron por cerciorarse de que también su amigo padecía de ciertos ahogos. Por indiscreción de un íntimo de ambas familias, enteróse Cruz de que don José había contraído una deuda, cosa en él muy anómala y que pugnaba con los hábitos de toda su vida. Y ¡que no pudiera ella acudir en su auxilio, devolviéndole con creces los beneficios de él recibidos! Con estas penas, que unos y otros devoraban en silencio, coincidieron los días de la tremenda crisis económica de que antes hablé, los crujidos espantosos que anunciaban el principio del fin, dejando entrever el rostro lívido de la miseria, no ya vergonzante y pudibunda, sino desnuda, andrajosa, descarada. Ya se notaban en algunos proveedores de la casa desconfianzas groseras, que hacían tanto daño a las señoras como si las azotaran públicamente. Ya no había esperanzas remotas de restablecer las buenas relaciones con el propietario de la casa, ni se veía solución posible al temido problema. Ya no era posible luchar, y había que sucumbir con heroísmo, llamar a las puertas de la caridad provincial o municipal, si no preferían las nobles víctimas una triple ración de fósforos en aguardiente o arrojarse los tres en cualquier abismo que el demonio les deparase.

En tan críticos días apareció la solución. ¡La solución! Sí que lo era, y cuando Donoso la propuso, refrescando memorias de doña Lupe, que la había propuesto también como una chifladura que hacía reír a las señoras, Cruz se quedó aturdida un buen espacio de tiempo, sin saber si oía la voz de la Providencia anunciando el iris de paz, o si el buen amigo se burlaba de ella.

—No, no es broma—dijo Donoso—. Repito que no es imposible. Hace tiempo que esta idea está labrando aquí. Creo que es una solución aceptable, y, si se me apura, la única solución posible. Falta, dirá usted, que el interesado manifieste... Pues aunque nada en concreto me ha dicho, creo que por él no habrá dificultad.

Hizo Cruz un gesto de repugnancia, y después un gesto de conformidad, y sucesivamente una serie de gestos y mohines que denotaban la turbación de su alma. Solución, sí, solución era. Si no había otra, ni podía haberla, ¿a qué discutirla? No se discute el madero flotante al cual se agarra el náufrago que ya se ha bebido la mitad de la mar. Marchóse don José, y al siguiente día volvió

con la historia de que sus negociaciones iban como una seda; que, por la parte masculina, bien se podía aventurar un *sí* como una casa. Faltaba el *sí* del *elemento* femenino. Cruz, que aquella mañana tenía un volcán en su cerebro, del cual eran señales las llamaradas rojizas que encendían su rostro, movió los brazos como un delirante tifoideo, y exclamó: "Aceptado, aceptado, pues no hay valor para el suicidio..."

Donoso no sabía si la señora lloraba o si se mordía las manos cuando la vió caer en una silla, taparse la cara, extender luego los brazos echando la cabeza hacia atrás.

—Calma, señora mía. Hablando en plata, diré a usted que el partido me parecería aceptable en cualesquiera circunstancias. En las presentes, tengo para mí que es un partido soberbio.

—Si no digo que no: no digo nada. Arréglelo usted como quiera... El humorismo del destino adverso es horrible, ¿verdad? ¡Gasta unas bromas Dios Omnipotente!... Crea usted que no puedo menos de ver todo eso de la inmortalidad y de la eterna justicia por el lado cómico. ¿Qué hizo Dios, al crear al hombre, más que fundar el eterno sainete?

—No hay que tomarlo así—dijo don José, buscando argumentos de peso—. Nos encontramos frente a un problema... La solución única, aceptable, desde luego, es un poquito amarga, de catadura fea... Pero hay cualidades; yo creo que raspando la tosquedad se encuentra el hombre de mérito, de verdadero mérito...

Cruz, que tenía los brazos desnudos porque había estado lavando, los cruzó, clavándose en ellos las uñas. A poco más se saca tiras de piel.

—Aceptado; he dicho que aceptado —afirmó con energía, tembloroso el labio inferior—. Ya sabe que mis resoluciones son decisivas. Lo que resuelvo, se hace.

Cuando se retiraba, don José, asaltado de una duda enojosa, tuvo que llamarla.

—Por Dios, no sea usted tan viva de genio. Hay que tratar de un extremo importantísimo. Para seguir las negociaciones y fijar con la otra parte contratante los términos precisos de la solución, necesito saber...

—¿Qué, qué más?

—Pues ahí es nada lo que ignoro. A estas alturas, ni él ni yo sabemos con cuál de ustedes...

—Es verdad... Pues... con ninguna, digo, con las dos... No, no me haga usted caso. Yo pensaré ese detalle.

—¿Lo llama detalle?...

—Tengo la cabeza en ebullición. Déjeme pensarlo despacio, y lo que yo resuelva, eso será...

Retiróse don José, y la dama siguió lavando, sin dejar comprender a Fidela el gallo tapado que el amigo de la casa traía. Ambas se ocupaban con el ardor de siempre en las faenas domésticas, alegre la joven, taciturna la mayor. Una de las cosas a que más difícilmente se resignaba ésta era a la necesidad de ir a la compra. Pero no había más remedio, pues la portera, que tal servicio solía prestarles, se hallaba gravemente enferma, y antes morir que fiarse para ello de alguna de las vecinas entremetidas y fisgonas. Confiar los secretos económicos de la desgraciada familia a gente tan desconsiderada, incapaz de comprender toda la grandeza de aquel martirio, habría sido venderse estúpidamente. Y antes que venderse, mejor era humillarse a bajar al mercado, hacer frente a placeras insolentes y tenderos desvergonzados, procurando no darse a conocer o haciéndose la ilusión de no ser conocida. Cruz se disfrazaba, envolviéndose el cuerpo en un mantón, y la cara en luengo pañuelo, y así salía, con su escaso repuesto de moneda de cobre, que cambiaba por porciones inverosímiles de carne, legumbres, pan y algún huevo en ciertos días. Ir a la compra sin dinero o con menos dinero del necesario era para la dignísima señora suplicio que se dejaba tamañitos todos los que inventó Dante en su terrible Infierno. Tener que suplicar que se le concediese algún crédito, tener que mentir, ofreciendo pagar la semana próxima lo que seguramente no había de poder dar, era un esfuerzo de voluntad sólo inferior en un grado al que se necesita para estrellarse el cráneo contra la pared. Flaqueaba a veces; pero el recuerdo del pobrecito ciego, que no conocía más placer que saborear la comida, la estimulaba con aguijón terrible a seguir adelante en aquel *vía crucis*. "Y ¡luego me hablan a mí de mártires—se decía, camino de la calle de Pelayo—y de las vírgenes

arrojadas a las fieras y de otras a quienes desollaban vivas! Me río yo de todo eso. Que vengan aquí a sufrir, a ganar el cielo sin ostentación de que se gana, sin bombo y platillo." Regresaba a su casa, jadeante, el rostro como un pimiento, rendida del colosal esfuerzo, que otra vez le daba idea de la infinita resistencia de la voluntad humana. Seguían a estas amarguras las de aderezar aquellos recortes de comida, de modo que Rafael tuviese la mejor parte, si no la totalidad, sin enterarse de que sus hermanas no lo probaban. Para que no conociese el engaño, Fidela imitaba el picoteo del tenedor, el rumor del mascar y todo lo que pudiera dar la ilusión de que ambas comían. Cruz se había hecho ya a sobriedades inverosímiles, y si Fidela mordiscaba, por travesura y depravaciones del gusto, mil porquerías, hacíalo ella por convicción, curada ya de todos los ascos posibles. El partido que allí se sacaba de una patata resultaría increíble si se narrara con toda puntualidad. Cruz, como el filósofo calderoniano, recogía las hierbas arrojadas por la otra. Huevos, ninguna de las dos los cataba tiempo hacía, y para que Rafael no lo comprendiera, la traviesa hermana menor golpeaba un cascarón sobre la huevera, imitando con admirable histrionismo el acto de comer un huevo pasado. Para sí hacían caldos inverosímiles, guisos que debieran pasar a la historia culinaria cual modelos de la nada figurando ser algo. Ni aun a Donoso se le revelaban estos milagros de la miseria noble, por temor de que el buen señor hiciera un disparate sacrificándose por sus amigas. Tanta delicadeza en ellas era ya excesiva; pero se encontraban sin fuerzas para conllevar por más tiempo actitudes tan angustiosamente difíciles, y por las noches no podían sostener la afable rigidez de la tertulia sino con tremendas erecciones de la voluntad.

Aquel día, que debía señalarse con piedra de algún color, por ser la fecha en que fueron aceptadas, en principio, por Cruz, las proposiciones de Torquemada, sentíase la buena señora con más ánimos. Se presentaba una solución, buena o mala, pero solución al fin. La salida de aquella caverna tenebrosa era ya posible, y debían alegrarse, aun ignorando adónde irían a parar por la grieta que en la ingrata roca se vislumbraba. Al dar de comer a su hermano, la dama ponderó más que otras veces la buena comidita de aquel día.

—Hoy tienes lo que tanto te gusta: lenguado al *gratín*. Y un postre riquísimo: polvorones de Sevilla.

Fidela le ataba la servilleta al cuello, Cruz le ponía delante el plato de sopa, mientras él, tentando en la mesa, buscaba la cuchara. La falta de vista habíale aguzado el oído, dándole una facultad de apreciar las más ligeras variaciones del timbre de voz en las personas que le rodeaban. De tal modo afinaba, en aquel memorable día, la ampliación del sentido, que conoció por la voz no sólo el temple de su hermana, sino hasta sus pensamientos, a nadie declarados.

En los ratos que Cruz iba a la cocina, dejándole solo con Fidela, el ciego, comiendo despacio y sin mucho apetito, platicaba con su hermana.

—¿Qué pasa?—le preguntó con cierta inquietud.

—Hijo, ¿qué ha de pasar? Nada.

—Algo pasa. Yo lo conozco, lo adivino.

—¿En qué?...

—En la voz de Cruz. No me digas que no. Hoy ocurre en casa algo extraordinario.

—Pues no sé...

—¿No estuvo don José esta mañana?

—Sí.

—¿Oíste lo que hablaron?

—No; pero supongo que no hablarían nada de particular.

—No me equivoco, no. Algo hay, y algo muy gordo, Fidela. Lo que no sé es si nos traerá felicidad o desgracia. ¿Qué crees tú?

—¿Yo?... Hijo, sea lo que fuere, más desgracias no han de caer sobre nosotros. No puede ser; la imaginación no concibe más.

—¿De modo que tú sospechas que será bueno?

—Te diré... En primer lugar, yo no creo que ocurra nada; pero si algo hubiere, por razón lógica, por ley de justicia, debe de ser cosa buena.

—Cruz nada nos dice. Nos trata como a niños... ¡Caramba! Y si lo que pasa es bueno, bien podía decírnoslo.

La entrada de Cruz cortó este diálogo.

—Y vosotras, ¿qué tenéis hoy para comer?

—¿Nosotras?... ¡Ah! Una cosa muy buena. Hemos traído un pez...

—¿Cómo se llama? ¿Lo ponéis con arroz, o cocido, en salsa tártara?

—Lo pondremos a la madrileña.

—A estilo de besugo, las tres rajitas y las ruedas de limón.

—Pues yo no lo pruebo. No tengo gana—dijo Fidela—. Cómetelo tú.

—No, tú... Para ti se ha traído.

—Tú, tú..., tú te lo comes. ¡No faltaba más!...

—¡Ay, qué risa!—dijo el ciego con infantil gozo—. Será preciso echar suertes.

—Sí, sí.

—Arranca dos pajitas de la estera y tráemelas. A ver..., vengan... Ahora, no miréis. Corto una de las pajitas para que sean iguales de tamaño... Ya está... Ahora las cojo entre los dedos: no mirar, digo... ¡Ajajá! La que saque la paja grande, ésa se come el pescadito. A ver..., señoras, a sacar...

—Yo, ésta.

—Yo, ésta.

—¿Quién ha ganado?

—¡Tengo la pajita chica!—exclamó Fidela, gozosa.

—Yo, la grande.

—Cruz se lo come, Cruz—gritó el ciego con seriedad y decisión impropias de cosa tan baladí—. Y no admito evasivas. Yo mando... A callar... y a comer.

III

Aquélla fué la noche en que don Francisco dejó de asistir a la tertulia, lo que no causó poca extrañeza, pues era de una puntualidad que él mismo solía llamar *matemática*, empleando con deleite un término que le parecía de los más felices. ¿Qué tendría, qué no tendría?... Todo era conjeturas, temores de enfermedad. Al retirarse, Donoso prometió mandar un recado lo más temprano posible al día próximo, para saber a qué atenerse.

Cuando Fidela, como de costumbre, ayudaba a Rafael a quitarse la ropa para meterse en el lecho, el ciego, en voz tan apagada que pudiera dudarse si hablaba con su hermana o consigo mismo, decía: "No cabe duda, no. Algo ocurre."

—¿Qué estás ahí rezongando?

—Lo que te dije... Veo un suceso, un suceso extraordinario, aquí, sobre la casa, dándole sombra como una nube que casi se toca con la mano, o como un gran pájaro con las alas abiertas...

—Pero ¿en qué te fundas tú para pensar tal cosa? Caviloso eres...

—Me fundo..., no sé en qué me fundo. Cuando uno no ve, se le desarrolla un sentido nuevo, el sexto sentido, el poder de adivinación, cierta seguridad del presentimiento, que... No sé, no sé lo que es. Me mareo pensándolo... Pero jamás me equivoco.

Cualquier suceso insignificante que alterara en mínima parte la monótona regularidad de la triste existencia de aquella familia era para Rafael motivo de cavilaciones, poniendo en febril ejercicio su facultad de husmear los sucesos en el misterioso efluvio de la atmósfera. El no haber venido aquella noche Torquemada, motivo fué para pensar en un desequilibrio de los hechos que componían el inalterable cuadro vital de la tertulia, y aunque Rafael no echaba de menos a don Francisco, vió en aquel vacío creado por su ausencia algo anormal, que le confirmaba en sus sospechas o barruntos. Y enlazando aquella ausencia con fenómenos acústicos del género más sutil, como el timbre de voz de su hermana mayor, se metía en un laberinto de hipótesis, capaz de volver loco a quien no tuviera por cabeza una perfecta *máquina de probabilidades*.

—Vaya, niño—indicó su hermana, arropándole—, no pienses tonterías, y a dormir.

Entró Cruz a ver si estaba bien acostado, o si algo le faltaba.

—¿Sabes?—le dijo Fidela, que a broma tomaba siempre aquellas cosas—. Dice que algo va a suceder, rarísimo y nunca visto.

—Niño, duérmete—respondió la hermana mayor, acariciándole la barba—. Nunca sabemos lo que sucederá mañana. Lo que Dios quiera será.

—Luego... algo hay—afirmó el ciego con rápida percepción.

—No, hijo, nada.

—Con tal que sea bueno, venga lo que quiera—apuntó Fidela graciosamente.

—Bueno, sí: pensar cosas buenas. Ya es tiempo..., me parece...

—¿Luego... es bueno?—dijo vivamente Rafael, sacando la boca del embozo.

—¿Qué?

—Eso.

—¿Qué, hijo?

—Eso que va a pasar.

—Vaya, no caviles, y duérmete tranquilo... ¿Quién duda que Dios, al fin y al cabo, ha de apiadarse de nosotros? ¡Oh, pensar en que aún pueden venir más desgracias...! Nunca; no cabe en lo humano. Hemos llegado al límite. ¿Hay o no hay límite en las cosas humanas? Pues si hay límite, en él estamos... ¡Ea! A dormir todo el mundo.

¡El límite! No necesitaba Rafael oír más para pasarse parte de la noche hilando y deshilando una palabra. Límite era lo mismo que frontera, el punto o línea en que acaba un territorio y empieza otro. Si ellos tocaban ya el límite, era que su vida cambiaría por completo. ¿Cómo, por qué?... También Fidela, creyendo notar algo de excitación nerviosa en su hermana, ordinariamente tan impenetrable y reposada, creyó que aquello del límite no era un dicho insignificante, y empezó a divagar, abriendo su espíritu a las ilusiones risueñas que constantemente le rondaban para colarse dentro. La pobrecilla necesitaba poco para ponerse alegre, ávida de respirar fuera de aquella cárcel tenebrosa de la miseria. Una idea suelta, media palabra, le bastaban para entregarse al juego inocente de creer en el bien posible, de mirarlo venir, y de llamarlo con la fuerza misma del deseo.

—Acuéstate—le dijo su hermana con la dulce autoridad que gastar solía—. Y cogiendo una luz, se fué a registrar la casa, costumbre que había prevalecido en ella desde un fuerte susto que pasaron a poco de habitar allí. Examinaba todos los rincones, poníase a gatas para mirar debajo del sofá y de las camas, y concluía por asegurarse de que estaba bien echado el cerrojo y bien trancadas las ventanas que caían al patinillo medianero. Cuando volvió al lado de su hermana, ésta se desnudaba para acostarse, doblando cuidadosamente su ropa. "¿Se lo diré ahora?—pensó Cruz, después de aplicar el oído a la vidriera del gabinete para cerciorarse de que Rafael no rebullía—. No, no; se desvelará la pobrecilla. Mañana lo sabrá. Además, temo el oído sutil de mi hermano, que oye lo que se piensa, cuanto más lo que se dice."

Viendo a Fidela rezar entre dientes, ya en el lecho, se acostó en la cama próxima, operación sencillísima, pues la señora no se desnudaba. Dormía con enaguas, medias y una chambra, liado en la cabeza un pañuelo al modo de venda. Una manta de algodón la reservaba del frío en los meses crudos; en verano le bastaba un abrigo viejo, de rodillas abajo. Seis meses hacía que la mayor de las Aguilas no sabía lo que eran sábanas.

Apagada la luz y masculladas dos o tres oraciones, la dama dió un chapuzón en aquella estancada laguna de su mísera vida, sintiéndose con agilidad para nadar un poco. Además, la laguna se agitaba; en su seno levantábanse olas que columpiaban y sumergían a la nadadora con gallardo movimiento.

"No, Virgen y Padre Eterno y Potencias celestiales, yo no... No es a mí a quien toca este sacrificio para salvarnos de la muerte. A mi hermana le corresponde, a ella, más joven; a ella, que apenas ha luchado. Yo estoy rendida de esta horrible batalla con el Destino. Ya no puedo más; me caigo, me muero. ¡Diez años de espantosa guerra, siempre en guardia, siempre en primera línea, parando golpes, atendiendo a todo, inventando triquiñuelas para ganar una semana, un día, horas; disimulando la tribulación para que los demás no perdieran el ánimo; comiendo abrojos y bebiendo hiel para que los demás pudieran vivir...! No, yo he cumplido, Señor; estoy relevada de esta obligación; me ha pasado el turno. Ahora me toca descansar, gobernar tranquilamente a los demás. Y ella, mi hermanita, que entre ahora en fuego, en este desconocido combate que se prepara; ella, tropa de refresco; ella, joven y briosa, y con ilusiones todavía. Yo no las tengo; yo no sirvo ya para nada, menos para el matrimonio... Y ¡con ese pobre adefesio!..."

Media vuelta, y rápida emergencia desde lo profundo de las aguas a la superficie.

"En resumidas cuentas, no es mal hombre... Ya me encargaré yo de pulirle, raspándole bien las escamas. Debe de ser docilote y manso como un pececillo. ¡Ah, si mi hermana tiene un poquito de habilidad, haremos de él lo que nos convenga!... La solución será todo lo estrafalaria que se quiera; pero es

una solución. O aceptarla, o dejarnos morir. Cierto que resulta un poquito y un muchito ridícula..., pero no estamos en el caso de mirar mucho al qué dirán. ¿Qué debemos a la sociedad? Desaires y humillaciones, cuando no dentelladas horribles. Pues no miremos a la sociedad; figurémonos que no existe. Los mismos que nos critiquen le besarán la mano a él, sí..., porque con esa mano firma el talonario... Le besarán, por si algo se les pega... ¡Qué risa!"

Media vuelta, y rápida inmersión a los profundos abismos.

"Pues si esta pobrecita Fidela, que siempre fué mimosilla y voluntariosa, se niega al sacrificio; si no logro convencerla, si prefiere la muerte a la redención de la familia por tal procedimiento, no tendré más remedio que apechugar yo... No, no; yo la convenceré; es razonable, y comprenderá que a ella le toca apurar este cáliz, como a mí me han tocado otros... Lo que es yo, no me lo bebo... Además, ya estoy vieja. De seguro que él preferirá a la otra... ¿Pero si por artes del enemigo se vuelve a mí, o me saca, como en el juego de las pajitas...? ¡No, no; qué disparate! He cumplido cuarenta años y me siento como si hubiera vivido sesenta. ¡Yo ahora en esos trotes, teniendo que acostarme con ese gaznápiro, y soportarle, y...! ¡Ni cómo he de servir yo para eso!... Fidela, Fidela, que apenas tiene veintinueve... Porque..., ¡cielos divinos!, para que el sacrificio sea provechoso, es preciso que nazca algo... Yo criaré a mis sobrinitos, y gobernaré a todos, chicos y grandes, porque eso sí..., mi autoridad no la pierdo. Estableceré una dictadura; nadie respirará en la casa sin mi permiso, y..."

Breve sueño, y despertar repentino, con excitación y hormiguilla en todo el cuerpo.

"En cuanto a ese pobre hombre, respondo de que le afinaré. Yo le alecciono de una manera directa, y..., la verdad, no hay queja del discípulo. En su afán de encasillarse en lugar más alto del que tiene, se asimila todas las ideas que le voy echando, como se echa pan a los pececillos de un estanque. El infeliz está ávido de ideas nuevas, de modales finos y de términos elegantes. No tiene nada de tonto, y se espanta de ser ridículo. Ponte en mis manos, asnito de la casa, y yo te volveré tan galán que causes envidia... Cuando tenga más confianza, le cogeré por mi cuenta, y veremos si me luzco. Por de pronto, me valgo del amigo Donoso para advertirle ciertas conveniencias, leccioncillas que no puede una espetar sin tocarle el amor propio. Don José me servirá de intermediario para hacerle entender que las personas finas no comen cebolla cruda. Hay noches, ¡Dios mío!, en que es preciso ponerse a metro y medio del buen señor, porque..."

Balanceo en aguas medias... Desvanecimiento, letargo.

IV

A la siguiente mañana, tempranito, cuando Rafael aún no rebullía, Cruz trincó a su hermana, y metiéndose con ella en la cocina, lugar retirado y silencioso, desde el cual, por mucho que se alzase la voz, no podía ésta llegar al sutil oído del ciego, sin preparativos ni atenuantes que aquella mujer de acero no acostumbraba usar en las ocasiones de verdadera gravedad, se lo dijo. Y muy clarito, en breves y categóricas palabras.

—¡Yo..., pero yo...!—exclamó Fidela, abriendo los ojos todo lo que abrirlos podía.

—Tú, sí... No hay más que hablar.

—¿Yo, dices?

—¡Tú, tú! No hay otra solución. Es preciso.

Cuando Cruz, con aquel solemne y autoritario acento, robustecido y virilizado en el continuo batallar con la suerte, decía *es preciso*, no había más remedio que bajar la cabeza. Allí se obedecía a estilo de disciplina militar, o con la sumisión callada de la ordenanza jesuítica, *perinde ac cadaver*.

—¿Creías tú otra cosa?—dijo, después de una pausa, en que observaba en el rostro de Fidela los efectos del testarazo.

—Anoche empecé a sospecharlo, y creí..., creí que serías tú...

—No, hija mía, tú. Conque ya lo sabes.

Dijo esto con fría tranquilidad de ama de casa, como si le mandara mondar los guisantes o poner los garbanzos de remojo. Alzó los hombros Fidela, y pestañeando a toda prisa, replicó:

—Bueno...

Y se fué hacia su cuarto, disparada, sin saber adónde iba.

La primera impresión de la graciosa joven, pasado el estupor del momento en que oyó la noticia, fué de alegría, de un respirar libre, y de un desahogo del alma y de los pulmones, como si le quitaran de encima un formidable peñasco, con el cual venía cargada desde inmemorial fecha. El peñasco podía ser una pesadísima joroba que en aquel instante por sí sola se le extirpaba, permitiéndole erguirse con su natural gallardía.

"Matrimonio—se dijo—significa límite. De aquí para allá, no más miseria, no más hambre, no más agonías, ni la tristeza infinita de esta cárcel... Podré vestirme con decencia, mudarme de ropa, arreglarme, salir a la calle sin morirme de vergüenza, ver gente, tener amigas..., y, sobre todo, soltar este remo de galera, no tener que volverme loca pensando en cómo ha de durar un calabacín toda la semana... No contar los garbanzos como si fueran perlas, no cortar y medir al quilate los pedazos de pan, comerme un huevo entero..., rodear a mi pobre hermano de comodidades, llevarle a baños, ir yo también, viajar, salir, correr, ser lo que fuimos... ¡Ay, hemos sufrido tanto, que el dejar de sufrir parece un sueño! ¿Acaso estoy yo despierta?"

Se pellizcaba, y luego corría por toda la casa, emprendiendo maquinalmente las faenas habituales: coger un zorro y empezar a sacudir latigazos a las puertas, coger también la escoba, barrer...

—No hagas mucho ruido—le dijo Cruz, que pasaba del comedor a la cocina llevando loza—. Todavía me parece que duerme. Mira..., yo barreré un poco; enciende tú la lumbre, toma la cerilla... Cuidadito al encenderla, que no tenemos más que tres por junto.

Daba estas órdenes con sencillez, como si momentos antes no hubiera ejercido su autoridad en la cosa más grave que ejercerse podía. Creyérase que no había pasado nada, que todo había sido broma. Pero Cruz era así, un carácter entero, que disponía lo que juzgaba conveniente, empleando la misma autoridad glacial en las cosas chicas que en las grandes. Cambió de mano la escoba. ¡Sabe Dios lo que Cruz pensaba mientras barría! Fidela, al encender la lumbre, siguió recreando su mente con la risueña perspectiva del cambio de vida. Hubo de pasar algún tiempo, en el cual prendió la astilla y se levantó la vagorosa llama, antes que comenzara la natural reacción de aquel júbilo, o el despertar de aquel ensueño, permitiendo ver la realidad del tremendo caso. La llama atacaba con brío el carbón, cuando a Fidela se le representó la imagen de Torquemada en toda su estrafalaria tosquedad. Bien observado le tenía, y jamás pudo encontrar en él ninguna gracia de las que adornan al sexo fuerte. Pero ¿qué remedio había más que resignarse para poder vivir? ¿Era o no una salvación? Pues siendo salvación para los tres, ella por los tres se ofrecía en holocausto al monstruo, y se le entregaba por toda la vida. Menos mal si los demás vivían alegres, aunque ella pasase la pena negra con los amargores de aquel brebaje que se tenía que tomar.

Esta idea le quitó el apetito, y cuando su hermana preparó, con la rapidez de costumbre, el chocolate con agua que a las dos servía de desayuno, Fidela no quiso probarlo.

—¿Ya vienes con tus remilgos? ¡Si está muy bueno!—le dijo Cruz, poniendo sobre la mesa de la cocina los mendrugos de pan del día anterior que ayudaban a tragar la pócima—. ¿Qué? ¿Estás preocupada por lo que te dije? ¡Ay hija mía, en esta fiera lucha que venimos sosteniendo, cuando hay que hacer algo, se hace! A ti te ha tocado esta obligación, como a mí me han tocado otras, bien rudas por cierto, y no hay remedio. Si los tres hemos de vivir, de ti dependen nuestras vidas. Y no resulta el sacrificio tan duro como a primera vista parece. Cierto que no es muy galán que digamos. Cierto que se ha enriquecido prestando dinero con espantosa usura, y lleva sobre sí el menosprecio y el odio de tanta y tanta víctima. Pero, ¡ay Fidela, no puede una escoger el peñasco en que ha de tomar tierra! La tempestad nos arroja en ése. ¿Qué hemos de hacer más que agarrarnos? Figúrate que somos pobres náufragos flotando entre las olas, sobre una tabla podrida. ¡Que nos ahogamos, que nos traga el abismo! Y así se pasan días, meses, años. Por fin alcanzamos a ver tierra. ¡Ay, una isla! ¿Qué hemos de hacer más que plantarnos en ella y dar gracias a Dios? ¿Es

justo que, ahogándonos y viendo tierra cercana, nos pongamos a discutir si la isla es bonita o fea, si hay en ella flores o cardos borriqueros, si tiene pájaros lindos, o lagartijas y otras alimañas asquerosas? Es una isla, es suelo sólido, y en ella desembarcamos. Ya procuraremos pasarlo allí lo mejor posible. Y ¡quién sabe, quién sabe si metiéndonos tierra adentro encontraremos árboles y valles hermosos, aguas saludables y todo el bien de que estamos privadas!... Conque no hay que afligirse. Es hombre de clase inferior y de extracción villana. Pero su inferioridad, y las ganas que tiene de aseñorarse, le harán más dócil, más dúctil, y conseguiremos volverle del revés. Por más que tú digas, yo veo en él cualidades; no es tonto, no. Rascando en aquella corteza se encuentra rectitud, sensibilidad, juicio claro... En fin, casados os vea yo, y déjale de mi cuenta...—pausa—. Y ¿a qué viene ahora ese lloro? Guarda la lagrimita para cuando venga a pelo. Esto no es una desgracia; esto, después de diez años de horrible sufrimiento, es una salvación, un inmenso bien. Reflexiona y lo comprenderás.

—Sí, lo comprendo... No digo nada —murmuró Fidela, decidiéndose a tomar el chocolate, que más pudo, al fin, la necesidad que el asco—. ¿Es preciso hacerlo? Pues no se hable más. Aunque el sacrificio fuera mucho mayor, yo lo haría. No están los tiempos para escrupulizar, ni para pedir que nos sirvan platos de gusto. Lo que dices..., ¡quién sabe si será la isla menos árida y menos fea de lo que parece mirada desde el mar!

—Justo... ¡Quién sabe!...

—Y si una vez salvados, nos alegraremos de estar en ella... Porque eso no se sabe. ¡Cuántas se han casado creyendo que iban a ser muy felices, y luego resultaba que él era un perdido y un sinvergüenza! Y ¡cuántas se casan como quien va al matadero, y luego...!

—Justo... Luego se encuentran con ciertas virtudes que suplen la belleza, y con un orden económico que, al fin y al cabo, hace la vida metódica, dulce y agradable. En este mundo pícaro no hay que esperar felicidades de relumbrón, que casi siempre son humo; basta adquirir un mediano bienestar. Las necesidades satisfechas: eso es lo principal... ¡Vivir, y con esto se dice todo!

—¡Vivir!... Eso es... Pues bien, hermana, si de mí depende, viviremos.

Gozosa de su triunfo, se levantó Cruz, y encargando a su hermana que no diese la noticia a Rafael sino después de prepararle gradualmente, se vistió de máscara para ir a la compra, la obligación que más le molestara y que más penosa se le hacía entre todas las cargas de aquella abrumadora existencia.

Rafael llamaba. Acudió Fidela, y dándole la ropa le incitó a levantarse. Aquel día estaba la joven de buenas, y propuso a su hermano llevarle a dar un paseo.

—Noto en el timbre de tu voz una cosa muy extraña—le dijo el ciego, levantado ya, y cuando la hermana le ponía delante la jofaina para que se lavase la cara—. No me niegues que te pasa algo. Tú estás más alegre que otros días... Alegre, sí, conmovida... Tú has llorado, Fidela, no me lo niegues; hay en tu voz la humedad de lágrimas que se han secado hace un ratito. Tú has reído después o antes de llorar. Todavía te queda en la voz la vibración de la risa.

—Anda, no hagas caso... Date prisa, que es hora de peinarte, y te voy a poner hoy más guapo que un sol.

—Dame la toalla.

—Toma...

—¿Qué hay? Cuéntamelo todo...

—Pues hay... un poquitín de novedades.

—¿Ves? Anoche lo dije. Si yo adivino...

—Pues...

—¿Ha estado alguien en casa?

—Nadie, hijo.

—¿Han traído alguna carta?

—No.

—Yo soñé que traían una carta con buenas noticias.

—Las buenas noticias pueden llegar sin carta; vienen por el aire por los medios desconocidos que suele usar la infinita sabiduría del Señor.

—¡Ay, me pones en ascuas! Dilo pronto.

—Te peinaré primero... Estate quieto... No hagas visajes...

—¡Oh, no seas cruel!... ¡Qué suplicio!

—Si no es nada, hijito... Quieto. Dé-

jame sacar bien la raya. ¡Apenas es importante la raya!

—A propósito de raya... ¿Qué es eso del límite que dijo Cruz? No he pensado en otra cosa durante toda la noche. ¿Quiere decir que hemos llegado al límite de nuestro sufrimiento?

—Sí.

—¿Cómo?...—levantándose con febril inquietud—. Dímelo, dímelo al instante..., Fidela, no me irrites, no abuses de mi estado, de esta ceguera que me aísla del mundo y me encierra dentro de una esfera de engaños y mentiras. Ya que no puedo ver la luz, vea, al menos, la verdad, la verdad, Fidela, hermana querida.

V

—Sosiégate... Te diré todo—replicó Fidela, un poquitín asustada, colgándose de sus hombros para hacerle sentar—. Tiempo hacía que no te enfadabas así.

—Es que desde ayer estoy como un arma cargada a pelo. Me tocan y me disparo... No sé qué es esto..., un presentimiento horrible, un temor... Dime: en este cambio feliz que nos espera, ¿ha tenido algo que ver don José Donoso?

—Puede que sí. No te lo aseguro.

—¿Y don Francisco Torquemada?

Pausa. Silencio grave, durante el cual el vuelo de una mosca sonaba como si el espacio fuera un gran cristal rayado por el diamante.

—¿No respondes? ¿Estás ahí?—dijo el ciego con ansiedad vivísima.

—Aquí estoy.

—Dame tu mano... A ver.

—Pues siéntate y ten juicio.

Rafael se sentó, y su hermana le besó la frente, dejándose atraer por él, que le tiraba del brazo.

—Paréceme que lloras—tentándole la cara—. Sí..., tu cara está mojada. Fidela, ¿qué es esto? Respóndeme a la pregunta que te hice. En ese cambio, en ese..., no sé cómo decirlo..., ¿figura de algún modo, como causa, como agente principal, ese amigo de casa, ese hombre ordinario que ahora estudia para persona decente?

—Y si figurara, ¿qué?—contestó la joven, después de hacerse repetir tres veces la pregunta.

—No digas más. ¡Me estás matando!—exclamó el ciego, apartándola de sí—. Vete, déjame solo... No creas que me coge de nuevas la noticia. Hace días que me andaba por dentro una sospecha... Era como un insecto que me picaba las entrañas, que me las comía... ¡Sufrimiento mayor!... No quiero saber más: acerté. ¡Qué manera de adivinar! Pero dime: ¿no trajiste a ese hombre a casa como bufón, para que nos divirtiera con sus gansadas?

—Cállate, por Dios—dijo Fidela con terror—. Si Cruz te oye, se enojará.

—Que me oiga. ¿Dónde está?

—Vendrá pronto.

—¡Y ella!... Dios mío, bien hiciste en cegarme para que no viera tanta ignominia... Pero si no la veo, la siento, la toco...

Gesticulaba en pie, y habría caído, tropezando contra los muebles, si su hermana no se abrazara a él, llevándole casi por fuerza al sillón.

—Hijo, por Dios, no te pongas así. Si no es lo que tú crees.

—Que sí, que sí es.

—Pero óyeme... Ten juicio, ten prudencia. Déjame que te peine.

De una manotada arrancó Rafael el peine de manos de Fidela y lo partió en dos pedazos.

—Vete a peinar a ese mastín, que lo necesitará más que yo. Estará lleno de miseria...

—¡Hijo, por Dios!... Te vas a poner malito.

—Es lo que deseo. Mejor me vendría morirme; y así os quedabais tan anchas, en libertad para degradaros cuanto quisierais.

—¡Degradarnos! Pero ¿tú qué te figuras?

—No, si ya sé que se trata de matrimonio en regla. Os vendéis, por mediación o corretaje de la Santa Iglesia. Lo mismo da. La ignominia no es menor por eso. Sin duda creéis que nuestro nombre es un troncho de col, y se lo arrojáis al cerdo para que se lo coma.

—¡Oh, qué disparates estás diciendo!... Tú no estás bueno, Rafael. Me haces un daño horrible...

Echóse a llorar la pobre joven, y en tanto su hermano se encerraba en torvo silencio.

—Daño, no—le dijo, al fin—, no puedo hacerte daño. El daño te lo haces tú misma, y a mí me toca compadecerte

con toda mi alma, y quererte más. Ven acá.

Abrazáronse con ternura, y lloraron el uno sobre el pecho de la otra, con la efusión ardiente de una despedida para la eternidad.

Inmenso cariño aunaba las almas de los tres hermanos del Aguila. Las dos hembras sentían por el ciego un amor que la compasión elevaba a idolatría. El las pagaba en igual moneda; pero queriéndolas mucho a las dos, algún matiz distinguía el afecto a Cruz del afecto a Fidela. En la hermana mayor vió siempre como una segunda madre, dulce autoridad que, aun ejerciéndola con firmeza, reforzaba el cariño. En Fidela no veía más que la hermanita querida, compañera de desgracias y hasta de juegos inocentes. En vez de autoridad, confianza, bromas, ternura, y un vivir conjuntivo, alma en alma, sintiendo cada uno por los dos. Era un caso de hermanos siameses, seres unidos por algo más que el parentesco y un lazo espiritual. A Cruz la miraba Rafael con veneración casi religiosa; para ella eran los sentimientos de filial sumisión y respeto; para Fidela, toda la ternura y delicadeza que su vida de ciego acumulaba en él, como manantial que no corre, y labrando en su propio seno, forma un pozo insondable.

Llorando sin tregua, no sabían desabrazarse. Fidela fué la primera que quiso poner fin a escena tan penosa, porque si Cruz entraba y los veía tan afligidos, tendría un disgusto. Secándose a toda prisa las lágrimas, porque creyó sentir el ruido del llavín en la puerta, dijo a su hermano:

—Disimula, hijo. Creo que ha entrado... Si nos ve llorando..., de fijo se incomodará... Creerá que te he dicho lo que no debo decirte...

Rafael no chistó. La cabeza inclinada sobre el pecho, el cabello en desorden, esparcido sobre la frente, parecía un Cristo que acaba de expirar, o más bien *Ecce homo*, por la postura de los brazos, a los que no faltaba más que la caña para que el cuadro resultase completo.

Cruz se asomó a la puerta, sin soltar aún el disfraz que usaba para ir a la compra. Los observó a los dos, pálida, muda, y se retiró al instante. No necesitaba más informaciones para comprender que Rafael lo sabía, y que el efecto de la noticia había sido desastroso. La convivencia en la desgracia, el aislamiento y la costumbre de observarse de continuo los tres, daban a cada uno de los individuos de la infeliz familia una perceptibilidad extremada y un golpe de vista certero para conocer lo que pensaban y sentían los otros dos. Ellas leían en la fisonomía de él como en el Catecismo; él las había estudiado en el metal de la voz. Ningún secreto era posible entre aquellos tres adivinos, ni segunda intención que al punto no se descubriera.

"Todo sea por Dios", se dijo Cruz, camino de la cocina, con sus miserables paquetes de víveres.

Arrojando su carga sobre la mesa, con gesto de cansancio, sentóse y puso entre sus trémulas manos la cabeza. Fidela se acercó de puntillas.

—Ya—le dijo Cruz, dando un gran suspiro—, ya veo que lo sabe, y que le ha sentado mal.

—Tan mal, que... ¡Si vieras!... ¡Una cosa horrible!...

—¿Acaso se lo dijiste de sopetón? ¿No te encargué...?

—¡Quia! Si él ya lo sabía...

—Lo adivinó. ¡Pobre ángel! La falta de vista le aguza el entendimiento. Todo lo sabe.

—No transige.

—El maldito orgullo de raza. Nosotros lo hemos perdido con este baqueteo espantoso del Destino. ¡Raza, familia, clases! ¡Qué miserable parece todo eso desde esta mazmorra en que Dios nos tiene metidas hace tantos años! Pero él conserva ese orgullo, la dignidad del nombre que se tenía por ilustre, que lo era... Es un ángel de Dios, un niño: su ceguera le conserva tal y como fué en mejores tiempos. Vive como encerrado en una redoma, en el recuerdo de un pasado bonito, que... El nombre lo indica: *pasado* quiere decir... lo que no ha de volver.

—Me temo mucho—dijo Fidela secreteando—que tu... proyecto no pueda realizarse.

—¿Por qué?—preguntó la otra con viveza, echando lumbre por los ojos.

—Porque... Rafael no resistirá la pesadumbre...

—¡Oh! No será tanto... Le convenceré, le convenceremos. No hay que dar tanta importancia a una primera impresión... El mismo reconocerá que es

preciso... Digo que es preciso y que es preciso..., y se hará.

Reforzó la afirmación dejando caer su puño cerrado sobre la mesa, que gimió con estallido de maderas viejas, haciendo rebotar el pedazo de carne envuelto en un papel. Después, la dama suspiró al levantarse. Diríase que al tomar aliento con toda la fuerza de sus pulmones metía en su interior una gran cuchara para sacar la energía que, después del colosal gasto de aquellos años, aún quedaba dentro. Y quedaba mucha: era una mina inagotable.

—No hay que acobardarse—añadió, sacando del ensangrentado papel el pedazo de carne, y desenvolviendo los otros paquetes—. No pensemos ahora en eso, porque nos volveríamos locas: y a trabajar... Mira, corta un pedazo de bistec. Lo demás lo pones como ayer... Nada de cocido. Aquí tienes el tomate..., un poco de lombarda..., los tres langostinos..., el huevo..., tres patatas... Haremos para la noche sopa de fideos... Y no te muevas allá. Yo le peinaré, y veremos si logro templarle.

Encontróle en la misma actitud de *Ecce homo* sin caña.

—¿Qué te pasa, hijo mío?—le dijo, besándole en el pelo y dando a su voz toda la ternura posible—. Voy a peinarte. A ver..., no hagas mañas. ¿Te duele algo, tienes algún pesar? Pues cuéntamelo prontito, que ya sabes que estoy aquí para procurarte todo el bien posible... Vamos, Rafael, pareces un chiquillo; mira, hijo, que son las tantas; no te has peinado, y tenemos mucho que hacer.

Con una de cal y otra de arena, con palabras dulcísimas, le dominaba siempre. El respeto a la hermana mayor, en quien había visto desde que empezaron los tiempos de desgracia un ser dotado de sobrenatural energía y capacidad para el gobierno, puso en el alma de Rafael, y sobre aquellos ímpetus de rebeldía mostrados poco antes, pesadísima losa. Dejóse peinar. La primogénita del Aguila, que siempre se crecía ante las dificultades, en vez de rehuir la cuestión la embistió de frente.

—¡Bah!... Todo eso..., por lo que te ha dicho Fidela del pobre don Francisco y de sus pretensiones. ¡El pobre señor es tan bueno, nos ha tomado un cariño tal!... Y ahora sale con la tecla de querer aplicar un remedio definitivo a nuestra horrible situación, a esta agonía en que vivimos, abandonados de todo el mundo. Y no hay que acordarse ya del pleito, que es cosa perdida, por falta de recursos. Se ganaría si pudiéramos hacer frente a los gastos de curia... Pero ¿quién piensa en eso?... Pues como te decía, el buenazo de don Francisco quiere traer un cambio radical a nuestra existencia, quiere... que vivamos.

Sintió la peinadora que bajo sus dedos se estremecía la cabeza y la persona toda del pobre ciego. Pero éste no dijo nada, y después de sacar cuidadosamente la raya, siguió impávida, presentando con lenta ductilidad y cautela la temida cuestión.

—¡Pobre señor! Por los de Canseco he sabido ayer que todo eso que se cuenta de su avaricia es una falsa opinión propalada por sus enemigos. ¡Oh! El que hace bien los tiene, los cría al calorcillo de su propia generosidad. Me consta que a la chita callando, y aun dejándose desollar vivo por los calumniadores, don Francisco ha remediado muchas desdichas, ha enjugado muchas lágrimas. Sólo que no es de los que cacarean sus obras de caridad, y prefiere pasar por codicioso... Es más, le gusta verse menospreciado por la voz pública. Yo digo que así es más meritorio el buen hombre, y más cristiano... ¡Ah! Con nosotras se ha portado siempre como un cumplido caballero... Y lo es, lo es, a pesar de su bárbara corteza...

Nada. Rafael no decía una palabra, y esto desconcertaba a la hermana mayor, que le requería para que hablase, pues en la discusión tenía la seguridad de vencerle, disparándole las andanadas de su decir persuasivo. Pero el ciego, conociendo, sin duda, que en la controversia saldría derrotado, se amparaba en la inercia, en el mutismo, como en un reducto inexpugnable.

VI

Le citaba (digámoslo en estilo tauromáquico); pero él no quería salir de su posición defensiva. Por fin, concluyendo de peinarle, y al dar la última mano a los finos cabellos ondeados sobre la frente, le dijo con un poquito de severidad:

—Rafael, me vas a hacer un favor, y

no es súplica, es más bien mandato. No des ocasión a que me enfade de veras contigo. Si esta noche viene don Francisco, espero que le tratarás con la urbanidad de siempre, y que no saldrás con alguna pitada... Porque si el buen señor tiene ciertas pretensiones, que ahora no califico, a nosotros nos corresponde agradecerlas, en ningún caso vituperarlas, cualquiera que sea la respuesta que demos a esas pretensiones... ¿Me entiendes?

—Sí—dijo Rafael, inmóvil.

—Confío en que no nos pondrás en ridículo, tratando mal, en nuestra propia casa, a quien desea favorecernos en una forma que ahora no discuto... No se trata de eso. ¿Puedo estar tranquila?

—Una cosa es la buena crianza, a la cual no faltaré nunca, y otra la dignidad, a la que tampoco puedo faltar.

—Bien.

—Así como te digo que nunca desmentiré mi buena educación ante personas extrañas, sean quienes fueren, también te digo que jamás, jamás transigiré con ese hombre, ni consentiré que entre en nuestra familia... No tengo más que decir.

Cruz desfalleció, reconociendo en las categóricas palabras de su hermano la veta dura de la raza del Aguila, unida al irreducible orgullo de los Torre-Auñón. Aquel criterio dogmático sobre la dignidad de la familia, ella se lo había enseñado a Rafael cuando era niño, cuando ella, señorita de casa noble opulenta, vivía rodeada de adoradores, sin que sus padres encontraran hombre alguno merecedor de su preciosa mano.

—¡Ah hijo mío!—exclamó la dama sin disimular su pena—. Diferencias grandes hay entre tiempos y tiempos. ¿Crees que estamos en aquellos días de prosperidad..., ya no te acuerdas..., cuando, por apartarte de relaciones que no eran muy gratas a la familia, te mandamos de agregado a la Legación de Alemania? ¡Pobrecito mío! Después vino la desgracia sobre nuestras pobres cabezas, como una lluvia torrencial que todo lo arrasa... Perdimos cuanto teníamos, el orgullo inclusive. Quedaste ciego; no has visto la transformación del mundo y de los tiempos. De nuestra miseria actual y de la humillación en que vivimos no ves la parte dolorosa. Lo más negro, lo que más llega al alma y la destroza más, no lo conoces, no puedes conocerlo. Estás todavía, por el poder de la imaginación, en aquel mundo brillante y lleno de ficciones. Y no puedo consolarme ahora de haber sido tu maestra en esas intransigencias de una dignidad tan falsa como todos los oropeles que nos rodeaban. Sí, ese viento, yo, yo misma te lo metí en la cabeza, cuando te enamoraste de la chica de Albert, hija de honrados banqueros, monísima, muy bien educada, pero que nosotros creíamos que nos traía la deshonra, porque no era noble..., porque su abuelo había tenido tienda de gorras en la plaza Mayor. Y yo fuí quien te quitó de la cabeza lo que llamábamos tu tontería; y en el hueco que dejaba metí mucha estopa, mucha estopa. Todavía la tienes dentro. Y ¡cuánto me pesa, cuánto, haber sido yo quien te la puso!

—Es muy distinto este caso de aquél —dijo el ciego—. Reconozco que hay tiempos de tiempos. Hoy, yo transigiría, pero dentro de ciertos límites. Humillarse un poco, pase... Pero ¡humillarse hasta la degradación vergonzosa, transigir con la villanía grosera, y todo, ¿por qué? ¡Por lo material, por el vil interés!... ¡Oh hermana querida! Eso es venderse, y yo no me vendo. ¿De qué se trata? ¿De comer un poco mejor?

—¡De vivir—dijo briosamente, echando lumbre por los ojos, la noble dama—, de vivir! ¿Sabes tú lo que es vivir? ¿Sabes lo que es el temor de morirnos los tres mañana, de aquella muerte que ya no se estila..., porque está lleno el mundo de establecimientos benéficos..., de la muerte más horrible y más inverosímil, de hambre? Qué, ¿te ríes? Somos muy dignos, Rafael, y con tanta dignidad no creo que debemos llamar a la puerta del Hospicio y pedir por amor de Dios un plato de judías. Esa misma dignidad nos veda acercarnos a las puertas de los cuarteles, donde reparten la bazofia sobrante del rancho de los soldados, y comer de ella para tirar un día más. Tampoco nos permite nuestro dignísimo carácter salir a la calle los tres, de noche, y alargar la mano esperando una limosna, ya que nos sea imposible pedirla con palabras... Pues bien: hijo mío, hermano mío, como no podemos hacer eso, ni tampoco aceptar otras soluciones que tú tienes por deshonrosas, ya no nos queda más que una, la de reunirnos los tres,

y, bien abrazaditos, pidiendo a Dios que nos perdone, arrojarnos por la ventana y estrellarnos contra el suelo..., o buscar otro género de muerte, si ésta no te parece en todo conforme con la dignidad.

Rafael, anonadado, oyó esta fraterna sin chistar, apoyados los codos en las rodillas y la cabeza en las palmas de las manos. Atraída por la entonada voz de Cruz, Fidela curioseaba desde la puerta, pelando una patata.

Pasado un ratito, y cuando la primogénita, recogiendo los objetos de tocador, se congratulaba mentalmente del efecto causado por sus palabras, el ciego irguió la cabeza con arrogancia, y se expresó así:

—Pues si nuestra miseria es tan desesperada como dices, si ya no nos queda más solución que la muerte, por mí... sea. Ahora mismo. Estoy pronto..., vamos.

Se levantó, buscando con las manos a su hermana, que no se dejó coger, y desde el otro extremo de la habitación le dijo:

—Pues por mí tampoco quedará. La muerte es para mí un descanso, un alivio, un bien inmenso. Por ti no he dejado ya de vivir. Siempre creí que mi deber era sacrificarme y luchar... Pero ya no más, ya no más. ¡Bendita sea la muerte, que me lleva al descanso y a la paz de mis pobres huesos!

—¡Bendita sea, sí!—exclamó Rafael, acometido de un vértigo insano, entusiasmo suicida que no se manifestaba entonces en él por vez primera—. Fidela, ven... ¿Dónde estás?

—Aquí—dijo Cruz—. Ven, Fidela. ¿Verdad que no nos queda ya más recurso que la muerte?

La hermana menor no decía nada.

—Fidela, ven acá... Abrázame... Y tú, Cruz, abrázame también... Llevadme; vamos, los tres juntitos, abrazaditos. ¿Verdad que no tenéis miedo? ¿Verdad que no nos volveremos atrás, y que... resueltamente, como corresponde a quien pone la dignidad por encima de todo, nos quitaremos la vida?

—Yo no tiemblo...—afirmó Cruz, abrazándole.

—¡Ay, yo sí!—murmuró Fidela, desvaneciéndose; y al tocar con los brazos a su hermano cayó en el sillón próximo y se llevó la mano a los ojos.

—Fidela, ¿temes?

—Sí..., sí—replicó la señorita, trémula y desconcertada, pues había llegado a creer que aquello iba de veras; y por parte de Rafael bien de veras iba.

—No tiene el valor mío—dijo Cruz—, que es todavía más grande que el tuyo.

—¡Ay, yo no puedo, yo no quiero! —declaró Fidela, llorando como una chiquilla—. ¡Morir, matarse!... La muerte me aterra. Prefiero mil veces la miseria más espantosa, comer tronchos de berza... ¿Hay que pedir limosna? Mandadme a mí. Iré, antes que arrojarme por la ventana... ¡Virgen Santa, lo que dolería la cabeza al caer! No, no, no me habléis a mí de matarnos... Yo no puedo, no; yo quiero vivir.

Actitud tan sincera y espontánea terminó la escena, apagando en Rafael el entusiasmo suicida y dando a Cruz un apoyo admirable para llevar la cuestión al terreno para ella más conveniente.

—Ya ves, nuestra querida hermanita nos deja plantados en mitad del camino..., y sin ella, ¿cómo vamos a matarnos? No es cosa de dejarla solita en el mundo, entre tanta miseria y desamparo. De todo lo cual se deduce, querido hermano, chiquitín de la casa—acariciándole con gracejo—, que Dios no quiere que nos suicidemos... por ahora. Otro día será, porque en verdad no hay más remedio.

—Ah, pues conmigo no cuenten—manifestó Fidela, nuevamente aterrada, tomándolo muy en serio.

—Por ahora no se hable de eso. Conque, tontín, ¿me prometes ser razonable?

—Si ser razonable es transigir con... eso, y dar nombre de hermano a... Vamos, no puedo; no esperes que yo sea razonable..., no lo soy, no sé la manera de serlo.

—Pero, ¡hijo mío, si no hay nada todavía! ¡Si no es más que un rumor, que no sé cómo ha llegado a tus oídos! En fin, ya conozco tu opinión, y la tendré en cuenta. Don José hablará contigo, y si entre todos acordamos rechazar la proposición, entre todos acordaremos también lo que se ha de hacer para vivir... Mejor dicho, no hay que discutir más que el asilo en que hemos de pedir plaza. Esta no quiere que muramos; tú no quieres lo otro. Pues al Hospicio con nuestros pobres cuerpos.

—Pues al Hospicio. Yo no transigiré nunca con... aquello.

—Bien, muy bien.

—Que venga don José. El nos dirá dónde debemos refugiarnos.

—Mañana se ajustará la cuenta definitiva con nuestro destino... Y como aún tenemos un día—agregó la dama con transición jovial—, hemos de aprovecharlo. Ahora almuerzas. Tienes lo que más te gusta.

—¿Qué es?

—No te lo digo; quiero sorprenderte.

—Bueno: lo mismo me da.

—Y después que almuerces, nos vamos de paseo. Tenemos un día que ni de encargo. Llegaremos hasta la casa de Bernardina, y te distraerás un rato.

—Bien, bien—dijo Fidela—; yo también quiero tomar el aire...

—No, hija mía, tú te quedas aquí. Otro día saldrás tú, y yo me quedo.

—¿De modo que voy...?

—Conmigo—afirmó la dama, como diciendo: "Lo que es hoy no te suelto"—. Tengo que hablar con Bernardina...

—¡Salir!—exclamó el ciego, respirando fuerte—. Buena falta me hace. Parece que se me apolilla el alma...

—¿Ves, tontín, como el vivir es bueno?

—¡Oh..., según y conforme!...

VII

Si no se ha dicho antes, dícese ahora que la antigua y fiel criada de las Aguilas vivía en Cuatro Caminos, en el cerro que cae hacia Poniente, del lado del Canalillo del Norte. La casa, construída con losetones que fueron de la Villa, adobes, tierra, pedazos de carriles del tranvía y puertas viejas de cuarterones, era una magnífica choza, decorada a estilo campesino con plantas de calabaza, cuyas frondosas guías perfilaban el alero y la cumbre del tejado. Ocupaba el centro de un grandísimo muladar con cerca de piedras sueltas, material que fué de un taller de cantería, y de trecho en trecho veíanse montones de basura y paja de cuadra, donde escarbaban hasta docena y media de gallinas muy ponedoras, y un gallo muy arrogante, de plumas de oro. Al extremo oriental del cercado, mirando hacia la carretera de Tetuán, se destacaba un desmantelado edificio de un solo piso, con todas las trazas de caseta de sobrestantía: techo provisional y paramentos sin revoco; pero su destino era muy distinto. En la puerta que daba al camino veíase un palo largo, al extremo de él una como gran estrella de palitroques negros, algo como un paraguas sin tela, y debajo un letrero de chafarrinones negros sobre yeso, que decía: *Baliente, polvorista.*

Allí tenía su taller el esposo de Bernardina, Cándido Valiente, que surtía de fuegos artificiales, en las fiestas de sus santos titulares, a los barrios de Tetuán, Prosperidad, Guindalera y a los pueblos de Fuencarral y Chamartín. Bernardina había servido a las señoras del Aguila en los primeros tiempos de pobreza, hasta que se casó con Valiente: y tal fué la fidelidad y adhesión de aquella buena mujer, que sus amas siguieron tratándola después, y sostenían con ella relaciones de franca amistad. De Bernardina se valía Cruz para comisiones delicadas, sobre las cuales era prudente guardar impenetrable secreto; con Bernardina consultaba en asuntos graves, y con ella se permitía confianzas que con nadie del mundo habría osado tener. Formalidad, discreción, sentido claro de las cosas, resplandecían en la mujer aquella, que sin saber leer ni escribir, habría podido dar lecciones de arte de la vida a más de cuatro personas de clase superior.

Su matrimonio con el polvorista había sido hasta entonces infecundo: malos partos, y pare usted de contar. Vivía con la pareja el padre de él, Hipólito Valiente, vigilante de Consumos, soldado viejo, que estuvo en la campaña de Africa: el grande amigo del ciego Rafael del Aguila, que gozaba lo indecible oyéndole contar sus hazañas, las cuales en boca del propio héroe de ellas, resultaban tan fabulosas como si fuera el mismísimo Ariosto quien las cantase. Si se llevara cuenta de los moros que mandó al otro mundo en los Castillejos, en Monte Negrón, en el llano de Tetuán y en Wad-Ras, no debía quedar ya sobre la Tierra ni un solo sectario de Mahoma para muestra de la raza. Había servido Valiente en *Cazadores de Vergara,* de la división de reserva mandada por don Juan Prim. Se batió en todas las acciones que se dieron para proteger la construcción del camino desde el

Campamento de Oteros hasta los Castillejos; y luego allí, en aquella gloriosa ocasión... ¡Cristo!, empezaba el hombre y no concluía. *Cazadores de Vergara* siempre los primeritos, y él, Hipólito Valiente, que era cabo segundo, haciendo cada barbaridad que cantaba el misterio. ¡Qué día, qué 1.º de enero de 1860! El batallón se hartó de gloria, quedándose en cuadro, con la mitad de la gente tendida en aquellos campos de maldición. Hasta el 14 de enero no pudo volver a entrar en fuego, y allí fué otra vez el hartarse de escabechar moros. ¡Monte Negrón! También fué de las gordas. Llega, por fin, el gloriosísimo 4 de febrero, el acabóse, el *nepusuntra* de las batallas habidas y por haber. Bien se portaron todos, y el general O'Donnell mejor que nadie, con aquel disponer las cosas tan a punto, y aquella *comprensión de cabeza,* que era la maravilla del Universo.

Estas y las subsiguientes maravillas las oía Rafael con grandísimo contento, sin que lo atenuara la sospecha de que adolecían del vicio de exageración, cuando no del de la mentira poética forjada por el entusiasmo. Desde que desembarcó en Ceuta hasta que volvió a embarcar para España, dejando al perro marroquí *sin ganas de volver por otra,* todo lo narraba Valiente con tanta intrepidez en su retórica como en su apellido, pues cuando llegaba a un punto dudoso, o del cual no había sido testigo presencial, metíase por la calle de en medio, y allí lo historiaba él a su modo, tirando siempre a lo romancesco y extraordinario. Para Rafael, en el aislamiento que le imponía su ceguera, incapaz de desempeñar en el mundo ningún papel airoso conforme a los impulsos de su corazón hidalgo y de su temple caballeresco, era un consuelo y un solaz irreemplazables oír relatar aventuras heroicas, empeños sublimes de nuestro Ejército, batallas sangrientas en que las vidas se inmolaban por el honor. ¡El honor siempre lo primero, la dignidad de España y el lustre de la bandera siempre por cima de todo interés de la materia vil! Y oyendo a Valiente referir cómo, sin haber llevado a la boca un triste pedazo de pan, se lanzaban aquellos mozos al combate, ávidos de hacer polvo a los enemigos del nombre español, se excitaba y enardecía en su adoración de todo lo noble y grande, y en su desprecio de todo lo mezquino y ruin. ¡Batirse sin haber comido! ¡Qué gloria! ¡No conocer el miedo, ni el peligro; no mirar más que el honor! ¡Qué ejemplo! ¡Dichosos los que podían ir por tales caminos! ¡Miserables y desdichados los que se pudrían en una vida ociosa, dándose gusto en las menudencias materiales!

Entrando en el corral, lo primero que preguntó Rafael, al sentir la voz de Bernardina, que a su encuentro salía, fué:

—¿Está hoy tu padre franco de servicio?

—Sí, señor... Por ahí anda, componiéndome una silla.

—Llévale con tu padre—le dijo Cruz—, que le entretendrá contándole lo de Africa; y entremos tú y yo en tu casa, que tenemos que hablar.

Apareció por detrás de un montón de basura el héroe de los héroes del Mogreb, hombre machucho ya, pequeño de cuerpo, musculoso y ágil, a pesar de su edad, no inferior a los sesenta; tipo de batallón de cazadores, cara curtida, bigote negro, cortado como un cepillo; ojos vivaces y un reír continuo que perpetuaba en él las alegrías del tiempo de servicio. En mangas de camisa, los brazos arremangados, un pantalón viejo del uniforme de Consumos, la cabeza al aire, Hipólito se adelantó a dar la mano al señorito, y le llevó a donde estaba trabajando.

—Siga, siga usted en su faena—le dijo Rafael, sentándose en una banqueta con ayuda del veterano—. Ya sé que está componiendo sillas.

—Aquí estamos enredando por matar la pícara vagancia, que es otro gusanillo como el hambre.

Sentado en el santo suelo, las patas abiertas, entre ellas la silla, Valiente iba cogiendo eneas de un montón próximo, y con ellas tejía un asiento nuevo sobre la armazón del vetusto mueble.

—A ver, Hipólito—le dijo Rafael, sin más preámbulo, que aquel romancero familiar no lo necesitaba—, ¿cómo es aquel pasaje que empezó usted a contarme el otro día?...

—¡Ya!... ¿Cuando en la cabecera del puente Buceta, sobre el río Gelú, defendíamos el paso de los heridos?...

—No, no era eso. Era el paso por un

desfiladero... Moros y más moros en las alturas.

—¡Ah!... Ya..., al día siguiente de Wad-Ras, ¡vaya una batallita!... Pues el ejército, para ir de Tetuán a Tánger, tenía que pasar por el desfiladero de Fondac... ¡Cristo, si no es por mí..., digo, por *Cazadores de Vergara*!... Nos mandó el general que subiéramos a echar de allí a la morralla, y había que vernos, sí, señor, había que vernos... Nos abrasaban desde arriba. Nosotros tan ternes, sube que te sube. Al grupo que cogíamos en medio del monte..., ¡carga a la bayoneta!..., lo barríamos... Salían de los matojos a la desbandada, como conejos. Una vez en lo alto, pim, pam..., aquello no acababa... Yo sólo puse patas arriba más de cincuenta...

Mientras con tanta fiereza desalojaban los nuestros al agareno de sus terribles posiciones, en la puerta de la casa, sentadas una frente a otra con familiar llaneza, Cruz y Bernardina platicaban sobre combates menos ruidosos, de los cuales ningún historiador grande ni chico ha de decir jamás una palabra.

—Necesito dos gallinas—había dicho Cruz como introducción.

—Todas las que la señorita quiera. Escójalas ahora.

—No; escógelas tú bien gordas, y no me las lleves hasta que yo te avise. Es indispensable convidarle a comer un día.

—Según eso, *aquello* marcha.

—Sí; es cosa hecha. Poco antes de salir de casa recibí una esquela de don José, en la cual me dice que anoche quedó todo convenido, y el hombre como unas pascuas de contento. No puedes imaginarte lo que he sufrido y sufro. Para llegar a esto, ¡cuánto discurrir, y qué trabajo tan penoso el de acallar la repugnancia, para no oír más voz que la de la razón, unida a otra voz no menos grave, la de la necesidad! Se hará; no hay más remedio.

—¿Y la señorita Fidela?...

—Se resigna... La verdad, no lo ha tomado por la tremenda, como yo me temí. Puede que haga de tripas corazón, o que comprenda que la familia merece este sacrificio, que bien mirado no es de los más grandes. Sacrificios peores hay, ¿no lo crees tú?

—Sí, señorita... El hombre se va afinando. Ayer le vi y no le conocí, con su chisterómetro acabado de planchar, que parecía un sol, y levita inglesa... Vaya; a cualquiera se la da... ¡Quién le vió con la camisa sucia de tres semanas, los tacones torcidos, la cara de judío de los pasos de Semana Santa, cobrando los alquileres de la casa de corredor de frente al Depósito!

—Por Dios, cállate, no recuerdes eso. Tapa, tapa.

—Quiero decir que ya no es lo que era, y al igual de su ropa, habrán cambiado el genio y las mañas...

—¡Ah..., lo veremos luego! Esas son otras batallas que habrá que dar después.

Ambas volvieron la vista, asustadas por un ruido como de disparos que muy cerca se oía... ¡Pim, pam, pum!

—¡Ah!—exclamó Bernardina riendo—. Es mi padre, que le cuenta al señorito las palizas que dieron a los moros.

—Pues, como te decía, Fidela no me inspira cuidado: se somete a cuanto yo dispongo. Pero ¡lo que es éste..., el pobrecito ciego!... ¡Si supieras qué disgusto nos ha dado hoy!

—¿No le hace gracia?...

—Maldita... Tan no le hace gracia, que hoy quiso matarse... No transige, no. En él tienen raíz muy honda ciertas ideas..., sentimientos de familia, orgullo de raza, la tradición noble... Yo tenía también... eso; pero me lo he ido dejando en las zarzas del camino. A fuerza de caer y arrastrarme, la vulgaridad me ha ido conquistando. Mi hermano sigue en su antigua conformación de persona de alcurnia, enamorado de la dignidad y de otra porción de cosas que no se comen ni han dado de comer a nadie en días aciagos.

—El señorito Rafael, ¿qué ha de hacer más que lo que las señoras quieran?

—No sé, no sé... Me temo que ha de estallar alguna tempestad en casa. Rafael conserva en su alma el tesón de la familia, como los objetos preciosos que están en los museos. Pero, suceda lo que quiera, lucharemos, y como esto debe hacerse, porque es la única solución, se hará, yo te aseguro que se hará.

Los temblores del labio inferior indicaban la resolución inquebrantable, que convertiría en realidad aquel propósito, desafiando todos los peligros.

—Pues hemos de prepararnos para el hecho con hechos, ¿entiendes?... Quiero

decir que tengo que ir tomando medidas... Verás. El señor de Donoso me ha escrito hoy, asegurándome que ha cerrado el trato, y que el hombre tiene prisa.

—Es natural.

—Y quiere llevarlo a pasos de carga. Mejor: estos tragos, de una vez y por sorpresa. Cuando la gente se percate, ya está hecho. Excuso decirte que necesitamos prepararnos. Así me lo dice don José, que, comprendiendo las dificultades que en nuestra situación tristísima hallaríamos para esa preparación, me ofrece los recursos necesarios... Claro, en el caso presente, acepto el favor... ¡Qué hombre, qué previsión, qué bondad!... Acepto, sí, por la seguridad de poder reintegrar pronto el anticipo. ¿Te vas enterando?

—Sí, señora. Habrá que...

—Sí... Veo que me entiendes. Tenemos que ir sacando...

—Ya sabe que me tiene a su disposición.

—Desde mañana te vas por casa todos los días. No sacaremos todo de golpe por no llamar la atención. Urgen los cubiertos de plata.

—Están en...

—En lo que estuvieren: lo mismo da.

—Calle de Espoz y Mina. Diez meses, si no recuerdo mal.

—Luego, la ropa de cama..., los relojes...

—Todo, todo... ¡Y yo que pensé que se perdía...! Como que los réditos subirán...

—Déjalos que suban—dijo Cruz vivamente, queriendo evitar un cálculo enojoso y denigrante—. ¡Ah! Ahora que recuerdo: mañana te daré los diez duros que te debo.

—No corre prisa. Déjelos. Si Cándido se entera, me los quitará para pólvora. Guárdemelos.

—No, no... Quiero saborear el placer, que ya iba siendo desconocido para mí, de no deber nada a nadie—dijo Cruz, iluminado el rostro por una ráfaga de dicha inefable—. Si me parece mentira. A veces me digo: ¿sueño yo? ¿Será verdad que pronto respiraré libre de esta opresión angustiosa? ¿Se acabó este vivir muriendo? El suceso que está al caer, ¿nos traerá bienandanza, o nuevas desgracias y tristezas nuevas, en sustitución de las que se lleva?

VIII

Quedóse la señora un rato suspensa, el pensamiento lanzado en persecución del misterioso porvenir, la mirada perdida en el horizonte, que ya empezaba a teñirse de púrpura con el descenso del sol entre nubes. El labio inferior marcó, con casi imperceptible vibración, el encabritarse de la voluntad. Si era preciso seguir luchando, a luchar sin tregua; las condiciones de la pelea y la disposición del campo serían sin duda alguna muy distintas.

—Ya es tarde. Debemos marcharnos.

—¿Va la señorita en coche?

—Bien podría hoy volver en simón, y mis pobres piernas lo agradecerían; pero no me atrevo. Tanto lujo pondría en cuidado a Rafael. Iremos en el coche de San Francisco...—llamando—. Rafael, hijo mío, que es tarde...—yendo hacia él risueña—. ¿Qué? ¿Habéis tomado ya toditas las trincheras? De fijo no quedará un moro para contarlo.

—Estábamos—dijo el héroe de Berbería, levantándose—en los mismísimos Castillejos, cuando don Juan Prim...

—Allí murió nuestro primo Gaspar de la Torre-Auñón, capitán de Artillería —indicó Rafael, volviendo el rostro hacia donde sonaba la voz de su hermana—. Es la gloria más reciente de la familia. ¡Dichoso él!... Conque..., ¿nos vamos ya?

—Sí, hijo mío.

—Pues... paso redoblado... ¡Marchen!

En aquel momento salió de su taller el pirotécnico, todo tiznado, las manos negras de andar con pólvora, y saludó cortésmente. Mientras Rafael le hablaba del negocio de cohetes, y él maldecía la crisis industrial que afectaba a toda la fabricación de fuegos, haciendo hincapié en la poca protección que daban los ayuntamientos y corporaciones a industrias tan brillantes y a diversión tan instructiva para el pueblo, Bernardina, tomándoles la delantera, acompañaba a su ama hasta el boquete de entrada.

—¿Llevo mañana las gallinas?

—No; todavía no. Me llevarás, de las carnicerías de Tetuán, una buena lengua para poner en escarlata...

—Bien.

—Y un buen solomillo.

—¿Quiere chorizo superior..., de Salamanca?

—Ya hablaremos de eso.

El polvorista, que se lavó las manos en un santiamén, salió a darles convoy hasta más abajo del Depósito de Aguas. Desde allí a su casa, solitos y agarrados del brazo, tardaron los dos hermanos media hora, que a ella le pareció larga por la prisa que de llegar tenía, y a él, por la razón contraria, corta.

Ni Donoso ni Torquemada faltaron aquella noche, siendo muy de notar en éste la turbación, el no saber qué decir ni qué cara poner. Ni media palabra pronunció sobre el grave proyecto, pues don José había encargado a su amigo un silencio prudente sobre aquel arduo punto. Tiempo había de explicarse. Mostróse Rafael seco y glacial en todo el tiempo de la tertulia; pero sin permitirse ninguna inconveniencia. Fidela evitaba el mirar cara a cara a don Francisco, que no le quitaba ojo, congratulándose en su fuero interno de aquel casto rubor de la interesante joven, a quien ya tenía por suya. Hacia la mitad de la velada, el novio fué perdiendo su cortedad; se soltaba, decía cuchufletas, echándoselas de hombre locuaz y que sabe perfilar las frases. Advirtieron todos en él un recrudecimiento de palabras finas, aprendidas en los días últimos, y lanzadas ya en el torbellino del discurso con la seguridad que sólo da una larga práctica. Sus amaneramientos de lenguaje saltaban a la vista: si había que manifestar algo del objeto o fin de una cosa, decía *el objetivo*, y en corto tiempo infinidad de *objetivos* salieron a relucir, a veces con dudosa propiedad, verbigracia: "No sé para qué riegan tanto las calles, pues si el *objetivo* es que no haya polvo, *lo que procede* es barrer primero... Pero nadie como nuestro *Municipio* (jamás decía ya el *Ayuntamiento*) para *tergiversar* las operaciones." También reveló un tenaz empeño de que se supusiera que sabía decir *por ende, ipso facto, los términos del dilema, bajo la base*. Esto principalmente le cautivaba, y todo lo consideraba *bajo tales* o *cuales*. Notaron asimismo las damas que iba adquiriendo soltura; como que al despedirse lo hizo con cierta gallardía, y Cruz no pudo menos de congratularse de tales progresos. Algo dijo a Fidela en el momento de salir que no desagradó a ésta: era una galantería que sin duda le había enseñado Donoso. En la cara de éste se veía retozar el gozo, sin duda por la satisfacción de aquella conquista por él dichosamente realizada. Había cogido a la fiera con lazo, y de la fiera hacía, con sutil arte de mundo, un hombre, un caballero, quién sabe si un personaje.

Cuando Cruz y Fidela se quedaron solas, después de acostado Rafael, picotearon sobre lo mismo, y la hermana mayor dijo, entre otras cosillas:

—¿Verdad que es cada día menos ganso? Esta noche me ha parecido otro hombre.

—También a mí.

—El roce, la conciencia de su nueva posición. ¡Ah! El hecho de alternar con nosotras obliga, y él no es tonto y procura instruirse. Verás como al fin...

—Pero ¡ay!—observó Fidela con profunda tristeza—. Rafael no transige. ¡Si vieras lo que me ha dicho ahora cuando se acostaba...!

—No quiero saberlo. Déjame a mí, que yo le aplacaré los humos... Acuéstate, y no pensemos en dificultades, porque se vencerán todas, todas. Lo digo yo, y basta.

Muy inquieto estuvo Rafael toda la noche; tanto, que oyéndole rezongar, levantóse Cruz, y descalza se aproximó a su lecho. El fingía dormir sintiéndola acercarse, y la dama, después de un largo acecho, se retiró intranquila. Al siguiente día, mientras Fidela le peinaba, el ciego, nervioso, mascullaba palabras, y a cada instante quería ponerse en pie.

—Por Dios, estate quietecito: ya te he clavado dos veces el peine en las orejas.

—Dime, Fidela: ¿qué significan estas entradas y salidas de Bernardina? Llegó esta mañana temprano, cuando yo no me había levantado aún; salió, volvió a entrar, y así sucesivamente. Ahora entra por quinta vez. Parece que lleva y trae no sé qué... ¿Qué recados son éstos? ¿Qué ocurre?

—Hijo, no sé. Bernardina trajo una lengua.

—¿Una lengua?

—Sí, para ponerla en escarlata... Y a propósito, hoy comerás un bistec de solomillo riquísimo.

—Sin duda, la abundancia reina en la casa—dijo Rafael con sarcasmo—. Pues ¿no sosteníais ayer que la situación es tal, la escasez tan horrible, que no nos queda más remedio que entrar en un

asilo? ¿Cómo me compaginas el pedir limosna con la lengua escarlata?

—Toma: nos la regala Bernardina.

—¿Y el solomillo?

—¡No sé! Pero ¿a ti qué te importa?

—Pues ¿no ha de importarme? Quiero saber de dónde vienen esos lujos que se han metido tan de rondón en esta casa de la miseria vergonzante. O no sabéis lo que es dignidad, o tendréis que declarar que os ha caído la lotería. No, no vengáis con componendas: ésos son los *términos del dilema,* como diría la bestia, que anoche se traía una de *dilemas* y de *bases* y de *objetivos* que daba risa... Por cierto que no tendréis queja de mí. He respetado a vuestro mamarracho, y no he querido desmandarme en su presencia. Si lo hiciera, me pondría a su nivel. No; mi buena educación jamás medirá armas con su grosería villana.

—Por Dios, Rafael—dijo Fidela, sofocadísima.

—No, si no puedo hablar de otra manera tratándose de ese hombre... Cuando se marcha, el olor de cuadra que deja tras sí parece que lo mantiene en mi presencia. Antes de llegar, cuando sube la escalera, ya le anuncia el olor de cebolla.

—Eso sí que no es verdad. ¡Bah!... No digas desatinos.

—Si yo reconozco que vuestro jabalí procura echar pelo fino y va aprendiendo a ser menos animal, y adquiere cierto parecido con las personas. Ya no escupe en el pañuelo, ya no dice *por mor* ni *mesmamente*; ya no se rasca la pantorrilla; que yo, sin verlo, sentía un asco..., y el ruido de sus uñas me ponía nervioso, como si sobre mi carne las sintiera. Reconozco que hay progresos. Buen provecho para ti y para Cruz. Yo no le acepto ni en basto ni en fino, y la puerta que se abra para darle entrada en casa se abrirá para darme a mí salida... ¡Qué quieres, soy así! No puedo volverme otro. No he olvidado a mi madre: la tengo aquí..., y ella te habla conmigo... No he olvidado a mi padre: le siento en mí, y esto que digo lo dice él...

Fidela no pudo contener su emoción, y se echó a llorar, sin que con esto se aplacara el ciego, que, más excitado con los gemidos de su hermana, siguió atosigándola en esta forma:

—Podréis Cruz y tú hacer lo que queráis. Yo me separo de vosotras. Mucho os he querido y os quiero; me será imposible vivir lejos de ti, Fidela, de ti, que eres el único encanto de esta vida mía, rodeada de tinieblas; de ti, que eres para mí la luz, o algo parecido a la luz que he perdido. Me moriré de pena, de soledad; pero jamás autorizaré con mi presencia esta degradación en que vais a caer.

—Cállate, por Dios... No se hará nada... Le diremos que se vaya al infierno con sus millones. Para vivir, yo me pondré de costurera, mi hermana entrará a servir en casa de algún señor sacerdote o persona grave... ¿Qué importa? Hay que vivir, hermanito... Nos rebajaremos. ¿También eso te enoja?

—Eso, no: lo que me subleva es que queráis introducir en mi familia a esa asquerosa sanguijuela del pobre. Esto envilece, no el trabajo honrado. ¡Si yo tuviera ojos, si yo sirviera para algo...! Pero el no servir para nada, el ser una carga y un estorbo no me priva de la dignidad, y otra vez y otra, y ciento y mil, te digo que no cedo, que no consiento, que no me da la gana de entregarte a la bestia infame, y que si persistís, yo me voy a pedir limosna por los caminos...

—¡Jesús, no digas eso!—exclamó espantada la joven, corriendo a abrazarle.

Afortunadamente, Cruz no estaba en casa. Cuando entró, ya la crisis había pasado, y Rafael, quieto y silencioso en el sitio de costumbre, aguardaba su almuerzo.

—¡Si supieras qué cosita tan buena te he traído!—le dijo Cruz, todavía con la mantilla puesta—. ¿A que no aciertas?

El almuerzo, preparado por Bernardina, estaba ya listo y se lo sirvieron afectando una alegría que en ambas era la más dolorosa mueca que es posible imaginar. Comió Rafael con mediano apetito el sabroso y tierno bistec; pero cuando le presentaron la golosina, traída por la misma Cruz de casa de Lhardy, un pedazo de cabeza de jabalí trufada, la rechazó con sequedad, diciendo gravemente:

—No puedo comerlo. Me huele a cebolla.

—¿A cebolla? Tú estás loco... ¡Tanto como te gusta!

—Me gusta, sí...; pero apesta... No lo quiero.

Las dos hermanas se miraron consternadas. Por la noche repitióse la escena. Había traído también Cruz de casa de Lhardy unas salchichas muy sabrosas, que a Rafael le gustaban extraordinariamente. Resistióse a probarlas.

—Pero, hijo...

—Apestan a cebolla.

—Vamos, no desvaríes.

—Es que me persigue el maldito olor de la cebolla... Vosotras mismas lo tenéis en las manos. Se os ha pegado de algo que lleváis en el portamonedas y que ha venido a casa no sé cómo.

—No quiero contestarte... Supones cosas indignas, Rafael, que no merecen ser tomadas en serio... No tienes derecho a ultrajar a tus pobres hermanas, que darían su vida mil veces por ti.

—Por el decoro de la familia os pido, no las vidas, sino algo que vale mucho menos.

—El decoro de la familia está en salvo...—replicó la mayor de las Aguilas con arranque viril—. ¿Acaso eres tú el único depositario de nuestro honor, de nuestra dignidad?

—Voy creyendo que sí.

—Haces mal en creerlo—añadió la dama con vibración grande del labio inferior—. Ya te pones pesadito, y un poco impertinente. Se te toleran tus genialidades; pero llega un punto, hijo, en que se necesita, para tolerarlas, mayor paciencia y mayor calma de las que yo tengo; y cuenta que las tengo en grado sumo... Basta ya, y demos por terminada esta cuestión. Yo lo quiero así, yo lo mando... Lo mando, ¿oyes?

Calló el desdichado, y poco después las dos damas se vestían a toda prisa en su alcoba para recibir a los amigos Torquemada y Donoso. Como Fidela lloriquease, revuelto aún su espíritu por la anterior borrasca, Cruz la reprendió con aspereza:

—Basta de blanduras. Esto es ya demasiado tonto. Si nos achicamos, acabará por imponernos su locura. No, no; hay que mostrarle energía y oponer a sus escrúpulos de señorito mimado una resolución inquebrantable... Animo, o se nos viene a tierra el andamiaje levantado con tanta dificultad.

IX

Fué preciso llevar a don José Donoso como parlamentario. Fiadas en la autoridad del amigo de la casa, las dos hermanas le encerraron con Rafael y aguardaron ansiosas el resultado de la conferencia, no menos grave para ellas que si se tratara de celebrar paces entre guerreras naciones enemigas. Estupendo fué el discurso de don José, y no quedó argumento de agudo filo que no emplease con destreza de tirador diplomático... ¡Ah, no estaban los tiempos para mirar mucho la desigualdad de los orígenes! Casos mil de tolerancia en punto a orígenes mil de citar... El, *Pepe* Donoso, era hijo de humildes labradores de tierra de Campos, y había casado con Justina, de la familia ilustre de los Pipaones de Treviño, y sobrina carnal del conde de Villaociosa. Y en la propia estirpe de los Aguilas, ejemplos elocuentísimos podrían citarse. Su tía (de Rafael), su tía doña Bárbara de la Torre-Auñón, había casado con Sánchez Regúlez, cuyo padre dicen que fué fabricante de albardas en Sevilla. Y en último caso, ¡Señor!, él debía someterse ciegamente a cuanto dispusiera su hermana Cruz, aquella mujer sin par que luchaba heroicamente por salvarlos a los tres de la miseria... Tocó el hábil negociador varios registros, atacándole ya por la ternura, ya por el miedo, y tan pronto empleaba el blando mimo como la amaneza rigurosa. Mas al fin, afónico de tanto perorar, y exhausto el entendimiento del horroroso consumo de ideas, hubo de retirarse del palenque sin conseguir nada. A su especiosa dialéctica contestaba el ciego con las afirmaciones o negativas rotundas que le sugería su indomable terquedad, y cada cual se quedó con sus opiniones, el uno sin ganar un palmo de terreno, ni perderlo el otro, firme y dueño absoluto del campo en que bravamente se batía. Terminó Rafael su vigorosa jornada defensiva, asentando con fuertes palmetazos sobre el brazo del sillón y sobre su propio muslo que jamás, jamás, jamás transigiría con aquel sabandijo infame que querían introducir estúpidamente en su honrada familia, y no se recató de emplear tintas muy negras en la breve pintura que del sujeto discutido hizo, sacando a relucir la ignominia

de sus riquezas, amasadas con la sangre del pobre...

—¡Pero, hijo, si vamos a buscarle el pelo al huevo...! Tú estás en Babia... Te cojo del suelo y te vuelvo a poner en las pajitas del nido de que acabas de caerte... Sí, porque meterse a indagar de dónde viene la riqueza..., es tontería mayúscula. Ven acá... ¿No andan por ahí muchos que son senadores vitalicios y hasta marqueses, con cada escudo que mete miedo? Y ¿quién se acuerda de que unos se redondearon vendiendo negros, otros absorbiendo con el chupón de la usura las fortunas desleídas? Tú no vives en la realidad. Si recobraras la vista, verías que el mundo ha marchado, y que te quedaste atrás, con las ideas de tu tiempo amojamadas en la mollera. Te figuras la sociedad conforme al criterio de tu infancia o de tu adolescencia, informadas en el puro quijotismo, y no es eso, Señor, no es eso. Abre tus ojos: digo, los ojos no puedes abrirlos; abre de par en par tu espíritu a la tolerancia, a las transacciones que nos impone la realidad y sin las cuales no podríamos existir. Se vive de las ideas generales, no de las propias exclusivamente, y los que pretenden vivir de las propias exclusivamente suelen dar con ellas y con sus cuerpos en un manicomio. He dicho.

Desconcertado y sin ganas de proseguir batiéndose con enemigo tan bien guarnecido entre cuatro piedras, otras tantas ideas duras e inconmovibles, abandonó Donoso el campo, con las manos en la cabeza, como vulgarmente se dice. Era para él derrota ignominiosa el no haber triunfado de aquel mezquino ser, a quien en otras circunstancias y por otros motivos habría reducido con una palabra. Pero disimuló ante las dos hermanas el descalabro de su amor propio, tranquilizándolas con vagas expresiones... Adelante con los faroles, que si el joven no cedía por el momento, el tiempo y la lógica de los hechos le harían ceder... Y en último caso, Señor, ¿qué podría el testarudo aristócrata contra la firme voluntad de sus dos hermanas, que veían claro el campo entero de la vida y los caminos abiertos y por abrir? Nada, nada; valor y adelante; no era cosa de subordinar el bien de todos, *el bien colectivo*, a la genialidad mimosa del que no era en la casa más que un niño adorable. Finalmente: como a niño había que tratarle en aquellas graves circunstancias.

Cruz no tenía sosiego. Mientras, presurosas, arreglaban el comedor, poniendo en su sitio los diversos objetos rescatados y traídos por Bernardina de las casas de préstamos, acordaron suprimir, o por lo menos aplazar, el convite a don Francisco, pues bien podía suceder que surgiera en mitad del festín algún desagradable incidente. Y aquel mismo día, si no mienten las crónicas, recibió Fidela del bárbaro una carta que ambas hermanas leyeron y comentaron, encontrando en ella mejor gramática y estilo de lo que en buena lógica debía esperarse.

—No—dijo Cruz—, si de tonto no tiene nada.

—Puede que se la haya redactado algún amigo de más práctica que él en cosas de escritura.

—No; suya es: lo juraría. Esos *dilemas*, y esos *objetivos*, y esos *aspectos* de las cosas, lo mismo que las *bases*, *bajo* las cuales quiere fundar tu felicidad, obra son de su caletre. Pero no está mal la epístola. Pues anoche, hasta ingenioso estuvo el pobre. ¡Y cómo se va soltando, y qué rasgos de buen sentido y observación justa! Te aseguro que hay hombres infinitamente peores, y partidos que sólo ganan a éste en las mentirosas apariencias.

La casa iba perdiendo de hora en hora su ambiente de miseria. Aparecieron colchas y cortinajes, que, arrugados, volvían de su larga prisión; ropas de uso, que ya resultaban anticuadas, por aquello de que cambian más pronto las modas que la fortuna; dejáronse ver los cubiertos de plata, por largo tiempo en lastimosa emigración, y vajillas y cristalería, que incólumes volvían del largo cautiverio.

De todo se enteraba Rafael, conociendo la vuelta de la loza por el sonido, y la de la ropa por el tufo de alcanfor que al ser desdoblada despedía. Triste y caviloso presenciaba, si así puede decirse, la restauración de la casa, aquella vuelta a las prosperidades de antaño, o a un bienestar que habría sido para él motivo de júbilo, si las causas del repentino cambio fueran otras. Pero lo que le llenaba el alma de amargura era no advertir en su hermana Fidela aquel abatimiento y consternación que él creía lógicos ante el horrendo sacrificio. ¡In-

comprensible fenómeno! Fidela no parecía disgustada, ni siquiera inquieta, como si no se hubiese hecho cargo aún de la gravedad del suceso, antes temido que anunciado. Sin duda, los seis años de miseria habíanla retrotraído a la infancia, dejándola incapaz de comprender ninguna cosa seria y de responsabilidad. Y de este modo se explicaba Rafael su conducta, porque la sentía más que nunca tocada de ligereza infantil. En sus breves ratos de ocio, la señorita jugaba con las muñecas, haciendo tomar a su hermano participación en tan frívolo ejercicio, y las vestía y desnudaba, figurando llevarlas a visita, al baño, de paseo y a dormir; comía con ellas mil fruslerías extravagantes, en verdad más propias de mujeres de trapo que de personas vivas. Y cuando no jugaba, su conducta era de una extremada volubilidad; no hacía más que agitarse y correr de un lado para otro, echándose a reír por fútiles motivos, o excitándose a la risa sin motivo alguno. Esto indignaba al ciego, que, adorándola siempre, habríala querido más reflexiva ante las responsabilidades de la existencia, ante aquel atroz compromiso de casarse con un hombre a quien no amaba ni amar podía.

La señorita del Aguila, en efecto, veía en su proyectado enlace tan sólo una obligación más sobre las muchas que ya sobre ella pesaban, algo como el barrer los suelos, mondar las patatas y planchar las camisolas de su hermano. Y atenuaba lo triste de esta visión oscura del matrimonio, figurándose también el vivir sin ahogos, el poner un límite a las horrendas privaciones y a la vergüenza en que la familia se consumía.

X

Así lo comprendió Rafael con seguro instinto, y de ello le habló ingenuamente una tarde que se encontraron solos.

—Hermana querida, me estás matando con esa sonrisa inocente, de persona sin seso, que llevas al degolladero. Tú no sabes lo que haces, ni adónde vas, ni la prueba terrible que te espera.

—Cruz, que sabe más que nosotros, me ha mandado que no me aflija. Creo que debemos obedecer ciegamente a nuestra hermana mayor, que es para nosotros padre y madre a un tiempo. Cuanto ella dispone, bien dispuesto está.

—¡Cuanto ella dispone! ¿Infalibilidad tenemos? ¿De modo que tú accedes...? Ya no hay esperanza. Te pierdo. Ya no tengo hermana... Pues pensar que yo he de vivir junto a ti, casada con ese hombre, es la mayor locura imaginable. Lo que más quiero en el mundo eres tú. En ti veo a nuestra madre, de quien ya no te acuerdas...

—Sí que me acuerdo.

—¡Ah! Cruz y tú, que conserváis la vista, habéis perdido la memoria. En mí sí que vive fresco el recuerdo de nuestra casa...

—En mí también... ¡Ah nuestra casa!... Paréceme que la estoy viendo. Alfombras riquísimas, criados muchos. El tocador de mamá podría yo describírtelo sin que se me olvidase ninguna de las chucherías elegantes que en él veíamos... Diariamente comían en casa veinte personas; los jueves, muchas más... ¡Ah! Lo recuerdo todo muy bien, aunque poco alcancé de aquella vida, que en su esplendidez era un poquito triste... No hacía dos meses que me habían traído de Francia cuando estalló el volcán, la quiebra espantosa. Se juntan en mi memoria las visiones risueñas y la impresión de las ruinas... No creas que la desgracia me cogió de sorpresa. Sin saber por qué, yo la presentía. Aquella vida de disipación nunca fué de mi gusto. Bien recuerdo que a Cruz la llamaban los periódicos *el astro esplendoroso de los salones del Aguila*, y a mí no sé qué mote extravagante me pusieron..., algo así como satélite o qué sé yo... Sandeces que me han dejado un cierto amargor en el alma... La muerte de mamá la recuerdo como si hubiera pasado ayer. Fué del dolor que le produjo el desastre de nuestra casa. A papá le quitó de la mano don José Donoso el revólver con que quería matarse... Murió de tristeza cuatro meses después... Pero qué, ¿lloras? ¿Te lastiman estos recuerdos?

—Sí... Papá no tenía la firmeza estoica que necesitaba para afrontar la adversidad. Era hombre, además, capaz de doblegarse a ciertas cosas con tal de no verse privado de las comodidades en que había nacido. Mamá, no; mamá no era así. Si mamá hubiera alcanzado nuestros tiempos de miseria, los habría sobrellevado con valor y entereza cristia-

na, sin transigir con nada humillante ni deshonroso, porque a sus muchas virtudes unía el sentimiento de la dignidad del nombre y de la raza. Entre tantas desdichas, siento yo algo en mí que me consuela y me da esperanza, y es que el espíritu de mi madre se me ha transmitido; lo siento en mí. De ella es este culto idolátrico del honor y de los buenos principios. Fíjate bien, Fidela: en la familia de nuestra madre no hay ningún hecho que no sea altísimamente decoroso. Es una familia que honra a la patria española y a la Humanidad. Desde nuestro bisabuelo, muerto en el combate naval del cabo San Vicente, hasta el primo Feliciano de la Torre-Auñón, que pereció con gloria en los Castillejos, no verás más que páginas de virtud y de cumplimiento estricto del deber. En los Torre-Auñón jamás hubo nadie que se dedicara a estos oscuros negocios de comprar y vender cosas..., mercaderías, valores, no sé qué. Todos fueron señores hidalgos que vivían del fruto de las tierras patrimoniales, o soldados pundonorosos que morían por la patria y el rey, o sacerdotes respetabilísimos. Hasta los pobres de esa raza fueron siempre modelo de hidalguía... Déjame, déjame que me aparte de este mundo y me vuelva al mío, al otro, al pasado... Como no veo, me es muy fácil escoger el mundo más de mi gusto.

—Me entristeces, hermano. Digas lo que quieras, no puedes escoger un mundo, sino vivir donde te puso Dios.

—Dios me pone en éste, en el mío, en el de mi santa madre.

—No se puede volver atrás.

—Yo vuelvo a donde me acomoda... —levantándose airado—. No quiero nada de vosotras, que me deshonráis.

—Cállate, por Dios. Ya te da otra vez la locura.

—Te he perdido. Ya no existes. Veo lo bastante para verte en los brazos del jabalí—gritó Rafael con turbación frenética, moviendo descompasadamente los brazos—. Le aborrezco; a ti no puedo aborrecerte; pero tampoco puedo perdonarte lo que haces, lo que has hecho, lo que harás...

—Querido, hijito mío—dijo Fidela abrazándole, para que no se golpeara contra la pared—. No seas loco... Escucha... Quiéreme como te quiero yo.

—Pues arrepiéntete...

—No puedo. He dado mi palabra.

—¡Maldita sea tu palabra y el instante en que la diste!... Vete; ya no quiero más que a Dios, el único que no engaña, el único que no avergüenza... ¡Ay, deseo morirme!...

Luchando con él, pudo Fidela llevarle al sillón, donde quedó inerte, anegado en lágrimas. Anochecía. Ambos callaban, y profunda oscuridad envolvió al fin la triste escena silenciosa.

Desde aquel día determinaron las hermanas que Rafael no asistiese a la tertulia, porque si él estaba violentísimo en presencia de Donoso y Torquemada, no era menor la violencia de ellas, temerosas de un disgusto; como que ya en las últimas noches había dirigido el ciego a su futuro cuñado dardos agudísimos, no bien revestidos de las flores de la cortesía. La separación de campos fué, pues, inevitable. Por indicación del mismo Rafael, poníanle de noche en un cuartito próximo a la puerta, el cual era la pieza más ventilada y fresca de la casa. Naturalmente, se determinó que el ciego no estuviese sin compañía durante las horas de velada, y antes que tenerle solo y aburrido, las dos damas habrían disuelto la tertulia, cerrando la puerta a las dos únicas personas que a ella concurrían. Propuso Rafael que subiera a darle palique un amigo por quien tenía verdadera debilidad, el chico mayor de Melchor el prendero, habitante en la planta baja de la casa. Era Melchorito de lo más despabilado que podría encontrarse a su edad, no superior a dieciocho años; tan corto de estatura como largo de entendimiento; vivaracho, cariñoso y con toda la paciencia y gracia del mundo para entretener al ciego durante largas horas sin aburrirle ni aburrirse. Estudiaba pintura en la Academia de San Fernando, y no se contentaba con llegar a ser menos que un Rosales o un Fortuny. Al dedillo conocía el Museo del Prado; como que había copiado multitud de Vírgenes de Murillo, que, bien o mal vendidas, le daban para botas y un terno de verano; y como estudio de las sumas perfecciones del arte, *se había metido* con Velázquez, copiando la cabeza del Esopo y el pescuezo de la Hilandera. La descripción del Museo y el recuento de todas las maravillas que atesora servíanle para tener embelesado a Rafael, que, recordando lo que años

atrás había visto, lo veía nuevamente con ajenos ojos. Y de todo aquel Olimpo de la pintura, el ciego prefería los retratos, donde se admiraba tanto la Naturaleza como el arte, porque en ellos revivían las personas efectivas, no imaginadas, de antaño. Por ver y examinar retratos, revolvía todas las salas del Museo con su inteligente lazarillo, el cual le prestaba sus ojos, como pueden prestarse unos lentes, y uno y otro se embelesaban ante aquellas nobles figuras, personalidades vivas eternizadas en el arte por Velázquez, Rafael, Antonio Moro, Goya o Van Dyck. Algunas noches, por variar de entretenimiento, Melchorito, que era punto fijo en el paraíso del teatro Real y poseía una feliz memoria musical, daba conciertos vocales e instrumentales, cantándole a Rafael trozos de ópera, arias, dúos y piezas de conjunto, no sin agregar a su salmodia todo el colorido orquestal que obtener podía con las modulaciones de boca más extrañas. El ciego ponía de su parte algún bajete o ritornello fácil, por no ser su retentiva filarmónica tan grande como refinado su gusto, y gozaba lo indecible, llegando a creer que se hallaba en su butaca del teatro, como antes llegaba a figurarse que paseaba por las galerías del Museo.

Lo que agradecían las dos damas la complacencia del *chiquillo de abajo* y lo que admiraban su habilidad, no hay para qué decirlo, pues Rafael era dichoso con tal compañía y no la cambiara por la de todos los sabios del mundo. Cruz solía asomar sonriente a la puerta del cuarto para ver la cara radiante de su hermano, mientras el otro, colorado como un pavo, dirigía la orquesta, dando la entrada a los trombones o atacando el sobreagudo de los violines. Volvía la dama a la tertulia diciendo:

—Están ahora en el cuarto acto de *Los Hugonotes*.

Y poco después:

—Ya, ya concluye... Se marcha la reina, porque oigo la *Marcha Real*.

Enterado don Francisco por Donoso de la irreducible oposición de Rafael, no le daba importancia; tan ensoberbecido estaba el pobre hombre de su próximo enlace, y con la conciencia de su exaltación a un estado social superior.

—¿Conque ese mequetrefe—decía—no quiere aceptarme por hermano político? *Cúmpleme* declarar que me importa un rábano su oposición y que tengo cuajo para pasármele a él con todo su orgullo por las narices. Agradezca a Dios que es ciego y no ve; que si tuviera ojos, ya le enseñaría yo a mirar derecho y ver quién es quién. Sus pergaminos de *puñales* me sirven a mí para limpiarme el moco...; que si yo quiero, ¡cuidado!, pergaminos tendré mejores que los suyos y con más requilorios de nobleza de *ñales*, que me hagan descender de la Biblia pastelera y de la estrella de los Reyes Magos.

Pasaron días; arreciaba el calor, y como Torquemada quería llegar lo más pronto posible al *nuevo orden de cosas*, fijóse la fecha de la boda para el 4 de agosto. La familia se trasladaría a la calle de Silva, para lo cual se completó el moblaje con un comedor de nogal, elegantísimo, escogido por Donoso, y todo habría marchado sobre carriles si no inquietara a las señoras y al propio don Francisco la actitud de Rafael, petrificado en su intransigencia. No había que pensar en llevarle a la casa matrimonial, a menos que el tiempo suavizase tanto rigor. Si Donoso y Fidela confiaban en la acción del tiempo y en la imposición de los hechos consumados, Cruz no tenía tal confianza. Discutían sin cesar los tres el difícil problema, no hallándole solución adecuada, hasta que, por fin, don José propuso una especie de *modus vivendi*, que no pareció mal a sus amigas; esto es, que si Rafael se obstinaba en no vivir bajo el mismo techo que el usurero, él le llevaría a su casa, donde le tendría como a hijo, pudiendo sus hermanas verle siempre que quisieran. Triste pareció la solución, pero admitida fué por ser la menos mala.

Una noche de julio, Rafael y su amigo platicaban de pintura moderna. Díjole Melchorito que tenía una crítica muy calada y chispeante de los cuadros de la última Exposición; mostró el ciego deseos de que su amigo se la leyera; corrió el otro en busca del folleto; quedóse solo el joven del Aguila.

No notaron las hermanas la salida del *chiquillo de abajo*, pues como aquella noche no había música, el silencio no les llamó la atención. Con todo, al cabo de un rato el silencio fué demasiado profundo para no ser advertido. Corrió Cruz al cuartito. Rafael no estaba. Gritó. Acudieron los demás; buscáronle por toda la casa, y el ciego sin parecer. La

idea de que se hubiese arrojado por la ventana al patio o por algún balcón a la calle los alarmó un momento. Pero no; no podía ser. Todos los huecos cerrados. Donoso fué el primero que descubrió que la puerta de la escalera estaba abierta. Pensaron que Rafael y su amigo habían bajado a la tienda. Pero en aquel instante subía Melchorito, el cual se maravilló de lo que ocurría.

Bajaron las dos hermanas más muertas que vivas, y tras ellas los dos amigos de la casa. En la plazuela un guardia les dijo que el señorito ciego había atravesado solo por el jardinillo, dirigiéndose a la calle de las Infantas o a la del Clavel. Preguntaron a cuantas personas vieron, pero nadie daba razón.

Consternadas, resolvieron ir en su busca. Pero ¿adónde?... No había que perder tiempo. Fidela, con Donoso, iría por un lado. Cruz, con Torquemada, por otro... ¿Habría tomado el fugitivo la dirección de Cuatro Caminos? Esta era la opinión más admisible. Pero bien podría haberse dirigido a otra parte. Melchorito y su padre recorrieron presurosos las calles próximas. Nada; no parecía.

—¡A casa de Bernardina!—dijo Cruz, que conservaba la serenidad en medio de tanta desolación y aturdimiento. Y al punto, como general en jefe indiscutible, empezó a dictar órdenes—: Usted, don Francisco, no nos sirve para nada en este caso. Retírese; le informaremos de lo que ocurra. Tú, Fidela, súbete a casa. Yo me arreglaré sola. Don José y yo, por un lado; Melchor, padre e hijo, por otro, le buscaremos, y por fuerza le hemos de encontrar... ¡Qué locura de chico! Pero conmigo no juega... Si él es terco, yo más. El a perderse y yo a encontrarle, veremos quién gana..., ¡veremos!

XI

En cuanto se vió solo Rafael determinó poner en ejecución el plan que hacía dos semanas embargaba su mente, y para el cual se había preparado con premeditaciones de criminal callado y reflexivo. Desde que ideó la evasión, todas las noches llevaba furtivamente al cuarto su bastón y su sombrero, y se metía en el bolsillo un pedazo de pan, que afanaba con mil precauciones en la comida. Aguardando una ocasión favorable, pasaron noches y noches, hasta que, al fin, la salida de Melchorito en busca del folleto de crítica le vino que ni de encargo, porque, para mayor facilidad, el pintor y músico, siempre que por breve tiempo bajaba, solía dejar abierta la puerta, a fin de no molestar a las señoras cuando volvía.

No bien calculó que había transcurrido el tiempo necesario para no encontrar a Melchor en la escalera, deslizóse con pie de gato, y tanteando las paredes, se escurrió fuera sin que sus hermanas le sintiesen. Bajó todo lo aprisa que podía, y tuvo la suerte de que nadie en el portal le viera salir. Conociendo perfectamente las calles, sin ayuda de lazarillo andaba por ellas, con la sola precaución de dar palos en el suelo para prevenir a los transeúntes del paso de un hombre sin vista. Atravesó el jardín, y ganando la calle de las Infantas, que le pareció la vía más apropiada para la fuga, pegado a la fila de casas de los impares, avanzó resueltamente. Para prevenirse contra la persecución, que inevitable sería en cuanto notaran su ausencia, creyó prudente meterse por las calles transversales, tomando un camino de zigzag. "Por aquí no es creíble que vengan a buscarme—decía—; irán por las calles de San Marcos y Hortaleza, creyendo que voy hacia Cuatro Caminos. Y mientras ellas se vuelven locas buscándome por allá, yo me escurro bonitamente por estos barrios, y luego me bajaré a Recoletos y la Castellana."

¡Oh, qué sensación tan placentera la de la libertad!... Dulce era ciertamente la tiranía de sus hermanas siempre que la ejercieran solas. Con la salvaje y grotesca alimaña que introducido habían en la casa, ésta resultaba calabozo, y a la más suave de las esclavitudes era preferible la más desamparada y triste de las libertades.

Avanzaba resueltamente, castigando la acera con su palo, no sin recibir algún que otro golpe, por la impaciencia que le espoleaba y la falta de costumbre, pues era la primera vez que andaba solo por calles y plazuelas. El paso de una acera a otra colmaba la dificultad de su tránsito. Atento al ruido de coches, en cuanto dejaba de sentirlo lanzábase al arroyo, sin solicitar el auxilio de los transeúntes. A esto no habría recurrido sino en un caso extremo, porque consi-

deraba humillante apoyarse en personas extrañas, mientras tuviera manos con que palpar y bastón con que abrirse paso al través de las tinieblas.

Al llegar a Recoletos saboreó la frescura del ambiente que de los árboles surgía, y su gozo aumentó con la grata idea de independencia en aquellas anchuras, pudiendo tomar la dirección más de su gusto sin que nadie le marcase el camino ni le mandara detenerse. Tras corta vacilación, dirigióse a la Castellana por el andén de la derecha, para lo cual tuvo que orientarse cuidadosamente, buscando con cautela de náutico la derrota más segura para atravesar la plaza de Colón. Su oído sutil le anunciaba los coches lejanos, y sabía aprovecharse del momento propicio para pasar sin tropiezo. Avanzó por el andén, respirando con delicia el aire tibio, impregnado de emanaciones vegetales, con ligero olor de tierra humedecida por el riego. Y más que nada le embelesaba la dulcísima libertad, aquel andar *de por sí*, sin agarrarse al brazo de otra persona; la certidumbre de no parar hasta que su voluntad lo determinase, y de estarse así toda la noche, bañando su alma y su cuerpo en la intemperie, sin sentir sobre su cabeza otro techo que el santo cielo, en el cual, con los ojos del alma veía sinfín de estrellas que le contemplaban con cariño y le alentaban en su placentera vagancia. Antes que vivir con Torquemada, resignaríase el pobre ciego a todos los inconvenientes de la vida vagabunda, sin más amigo que la soledad, un banco por lecho y el firmamento por techumbre. Antes que aceptar a la bestia zafia y villana, aceptaría el sustentarse de limosna. ¡La limosna! Ni la idea ni la palabra le asustaban ya. La pobreza a ningún ser envilecía; solicitar la caridad pública, no teniendo otro recurso, era tan noble como ejercerla. El mendigo de buena fe, el infeliz que pedía para no morirse de hambre, era el hijo predilecto de Jesucristo, pobre en este mundo, rico de inmortales riquezas en el otro... Pensando en esto, concluyó por *sentar el principio*, como diría la bestia, de que, para su honrada profesión de ciego mendicante, le vendría bien un perro. ¡Ay, cómo le gustaban los perros! Daría en aquel momento un dedo de la mano por tener un fiel amigo a quien acariciar y que le acompañase calladito y vigilante. Consideró luego que para solicitar eficazmente la limosna le convendría tocar algo; es decir, poseer alguna habilidad musical. Recordó con pena que el único instrumento que manejaba era el acordeón; pero sin pasar de las cuatro notas de *la donna e móbile*, y aun este pasajillo no sabía concluirlo... En fin, que para desgarrar los oídos del transeúnte valía más no tocar nada.

Sentóse en un banco, dejando pasar el tiempo en dulce meditación, durante la cual sus hermanas se le representaron en término muy remoto, alejándose más cada vez y borrándose en el espacio. O se habían muerto Cruz y Fidela, o se habían ido a vivir a otro mundo que no se podía ver desde éste. Y en tanto, no había formado plan ninguno para pasar la noche. Tan sólo pensó vagamente que cuando le rindiera el sueño iría a pedir hospitalidad al polvorista. Pero no, no...; mejor era dormir al raso, sin solicitar favores de nadie ni perder, por la gratitud, aquella santa independencia que le hacía dueño del mundo, de la tierra y del cielo.

De pronto le asaltó una idea que le hizo estremecer. Husmeaba el aire como un sabueso que busca el rastro de personas o lugares. "Sí, sí, no me queda duda—se dijo—. Sin proponérmelo, sin pensar en ello, he venido a sentarme frente a mi casa, frente al hotel que fué de mis padres... Paréceme que no me equivoco. El trecho recorrido desde la plaza de Colón es la distancia exacta. Conservo el sentido de la distancia, y, además, no sé qué instinto o más bien doble vista me dice que estoy aquí, frente al palacio donde vivimos en los tiempos de felicidad, breves si los comparo con nuestra insoportable miseria." Trémulo de emoción, quiso cerciorarse por el tacto, y avanzó, traspasando con cautela el seto, hasta llegar a una verja, que hubo de reconocer cuidadosamente. Se le anudó la voz en la garganta al adquirir la certidumbre que buscaba. "Estos, son éstos —se dijo—los hierros de la verja... La estoy viendo, pintada de verde oscuro, con las lanzas doradas... La conozco como conocería mis propias manos. ¡Oh tiempos! ¡Oh lenguaje mudo de las cosas queridas!... No sé qué siento, la resurrección dentro de mí de un pasado hermoso y triste, ahora más triste por

ser pasado... Dios mío, ¿me has traído a este lugar para confortarme o para hundirme más en el abismo negro de mi miseria?"

Limpiándose las lágrimas, volvió al banco, y, humillada la frente sobre las manos, suscitó en su mente con vigor de ciego la visión del pasado. "Ahora viven aquí—se dijo, exhalando un gran suspiro—los marqueses de Mejorada del Campo. Se me figura que poco han cambiado el hotel y el jardín. ¡Qué hermosos eran antes!" Sintió que se abría la verja para dar paso a un coche.

"De seguro van ahora al teatro Real. Mi mamá iba siempre a esta hora, tardecito, y llegaba al acto tercero. Jamás oía los dos primeros actos de las óperas. Estábamos abonados a la platea número siete. Paréceme que veo la platea, y a mi mamá, y a Cruz, y a las primas de Rebolledo, y que estoy yo en la butaca número dos de la fila octava. Sí, yo soy, yo, yo, aquel que allí veo, con mi buena figura de hace ocho años..., y ahora vengo al palco de mi madre, y la riño por no haber ido antes... No sé por qué me suben a la boca, al recordarlo, dejos de aburrimiento. ¿Era yo feliz entonces? Voy creyendo que no."

Pausa. "Desde donde estoy vería yo, si no fuera ciego, la ventana del cuarto de mi madre... Paréceme que entro en él. ¡Qué se haría de aquellos tapices de Gobelinos, de aquella rica cerámica *viejo Viena* y *viejo Sajonia!* Todo se lo tragó el huracán. Arruinados, pero con honra. Mi madre no transigía con ninguna clase de ignominia. Por eso murió. Ojalá me hubiera muerto yo también, para no asistir a la degradación de mis pobres hermanas. ¿Por qué no se murieron ellas entonces? Dios quiso, sin duda, someterlas a todas las pruebas, y en la última, en la más terrible, no han sabido sobreponerse a la flaqueza humana, y han sucumbido. Se rinden ahora, después de haber luchado tanto; y aquí tenemos al diablo vencedor, con permiso de la Divina Majestad, que es quien a mí me inspira esta resolución de no rendirme, prefiriendo al envilecimiento la soledad, la vagancia, la mendicidad... Mi madre está conmigo. Mi padre también..., aunque no sé, no sé si en el caso presente, hallándose vivo, se habría dejado tentar de... Mucha influencia tenía sobre él Donoso, el amigo leal antes, y ahora el corruptor de la familia. Contaminóse mi padre del mal de la época, de la fiebre de los negocios, y no contento con su cuantioso patrimonio, aspiró a ganar colosales riquezas, como otros muchos... Comprometido en empresas peligrosas, su fortuna tan pronto crecía como mermaba. Ejemplos que nunca debió seguir le perdieron. Su hermano y mi tío había reunido un capitalazo comprando bienes nacionales. La maldición recayó sobre los que profanaban la propiedad de la Iglesia, y en la maldición fué arrastrado mi padre... A mamá, bien lo recuerdo, le eran horriblemente antipáticos los negocios, aquel fundar y deshacer sociedades de crédito como castillos de naipes, aquel vértigo de la Bolsa, y entre mi padre y ella el desacuerdo saltaba a la vista. Los Torre-Auñón aborrecieron siempre el compra y vende y los agios oscuros. Al fin, los hechos dieron razón a mi madre, tan inteligente como piadosa; sabía que la ambición de riquezas, aspirando a poseerlas fabulosas, es la mayor ofensa que se puede hacer a Dios, que nos ha dado lo que necesitamos y un poquito más. Tarde conoció mi padre su error, y la conciencia de él le costó la vida. La muerte los igualó a todos, dejándonos a los vivos el convencimiento de que sólo es verdad la pobreza, el no tener nada... Desde aquí no veo más que humo, vanidad y el polvo miserable en que han venido a parar tantas grandezas; mi madre, en el Cielo; mi padre, en el Purgatorio; mis hermanas, en el mundo, desmintiendo con su conducta lo que fuimos; yo echándome solo y desamparado en brazos de Dios para que haga de mí lo que más convenga."

XII

Pausa. "¡Qué hermoso era el jardín de mi casa!... Y lo será todavía, aunque oí que le han quitado una tercera parte para construir casas de vecindad. ¡Qué hermoso era el jardín y qué horas tan gratas he pasado en él!... Paréceme que entro en el hotel y subo por la escalera de mármol. Allí, las soberbias armaduras que poseía mi padre, adquiridas de la casa de San Quintín, parientes de los Torre-Auñón. En el despacho de mi padre están Donoso, don Manuel Paz, el general Carrasco, que delira por los ne-

gocios, y envainando para siempre su espada, se dedica a hilvanar ferrocarriles; el ex ministro García de Paredes, Torres, el agente de Bolsa, y otros puntos... Allí no se habla más que de combinaciones financieras que no entiendo... Me aburro, se ríen de mí; me llaman *don Galaor*... Insultan en mí a la diplomacia, que el general llama, remedando a Bismarck, *vida de trufas y condecoraciones*... Me largo de allí. Paréceme que veo el despacho con su chimenea monumental, y en ella, un bronce magnífico, reproducción del Colleone de Venecia. En los *stores*, bordados los escudos de Torre-Auñón y del Aguila. La alfombra, de lo más rico de Santa Bárbara, es profanada por los salivazos del agente de Bolsa, que al entrar y al salir parece que se trae y se lleva en la cartera toda la riqueza fiduciaria del mundo... Y todo eso es ahora polvo, miseria; y los gusanos le ajustan a mi padre la cuenta de sus negocios... Torres, el agente, se pegó un tiro en Montecarlo tres años después, y el general anda por ahí miserable, paseando su hemiplejía del brazo de un criado. Sólo viven él y Donoso, petrificado en su suficiencia administrativa, que a mí me carga tanto, aunque me guardo muy bien de decírselo a mis hermanas, porque me comerían vivo."

Pausa. "¡Oh, qué linda era Cruz, qué elegante y qué orgullosa, con legítimo y bien medido orgullo! La llamábamos *Croissette*, por la estúpida costumbre de decirlo todo en francés. Fidela, al venir de Francia, nos encantaba con su volubilidad. ¡Qué ser tan delicado, y qué temperamento tan vaporoso! Diríase que no estaba hecha de nuestra carne miserable, sino de sustancias sutiles, como los ángeles, que nunca han puesto los pies en el suelo. Ella los ponía por gracia especial de Dios, y podía creerse que al tocarla se nos desbarataba entre las manos, trocándose en vapor impalpable. Y ahora..., ¡Santo Dios!, ahora..., allá la miro metida en fango hasta el cuello. He querido sacarla... No se deja. Le gusta la materia. Buen provecho le haga... Cuando yo me fuí a la Embajada de Alemania, que entonces era todavía Legación, salí de casa con el presentimiento de que no había de volver a ver a mi madre. Esta se empeñó en que no me llevara a *Toby*, el perro danés que me regaló el primo Trastamara. ¡Pobre animal! Nunca me olvidaré de la cara que puso al verme partir. Murió de enfermedad desconocida, dos días antes que mi madre... Y ahora que me acuerdo: ¿adónde habrá ido a parar el bueno de Ramón, aquel criado fiel que tan bien entendía mis gustos y caprichos? Cruz me dijo que puso un comercio de vinos en su pueblo, y que, fabricando valdepeñas, ha hecho un capital... El tenía sus ahorros. Era hombre muy económico, aunque no sisaba como aquel bribón de Lucas, el mozo de comedor, que hoy tiene un restaurante de ferrocarril. Con los cigarros que le robaba a mi padre compró una casa en Valladolid, y con lo que sisaba en el champaña sacó para establecer una fábrica de cerveza."

Pausa. "¿Qué hora será?... Pero ¿qué me importa a mí la hora, si soy libre y el tiempo no tiene para mí ningún valor? Mi hotel no duerme aún. Siento rumores en la portería. Los criados arman tertulia con el portero, esperando la vuelta de la señora... Ya, ya me parece que siento el coche. Es la hora de salir del Real, la una menos cuarto, si no ha sido ópera larga. Wagner y su escuela no nos sueltan hasta la una y tres cuartos... Ya está ahí... Abren la verja... Entra el coche. ¡Si me parece que estoy en mis tiempos de señorito! El mismo coche, los mismos caballos, la noche igual, con las mismas estrellas en el cielo... para quien pueda verlas... Ya cierran. El hotel se entrega al sueño como sus habitantes... Yo siempre principio a sentir..."

Más que sueño, lo que empezaba a sentir era hambre, y echando mano al zoquete de pan que llevaba en el bolsillo, dió principio a su frugal cena, que le supo más rica que cuantos manjares delicados solía llevarle Cruz de casa de Lhardy.

"¡Qué apuradas andarán mis hermanas buscándome!—dijo, comiendo despacito—. Fastidiarse. Os habéis acostumbrado a que yo fuese un cero, siempre un cero. Convenido: soy cero, pero os dejo solas, para que valgáis menos. Y yo me encastillo en mi dignidad de cero ofendido, y sin valer nada, absolutamente nada para los demás, me declaro libre y quiero buscar mi valor en mí mismo. Sí, señoras del Aguila y de la Torre-Auñón: arreglad ahora vuestro bodorrio

como gustéis, sin cuidaros del pobre ciego. ¡Ah, vosotras tenéis vista; yo, no! Mi desdicha se compensa con la inmensa ventaja de no poder ver a la bestia. Vosotras la veis, la tenéis siempre delante, y no podéis libraros de su grotesca facha, que viene a ser vuestro castigo... ¡Qué rico está este pan!... ¡Gracias a Dios que he perdido al comer aquella sensación mortificante del olor de cebolla!"

Sintió sueño, y se estiraba en el banco, buscando la postura menos incómoda, haciendo almohada del brazo derecho, cuando se le acercó un pobre que arrastraba un pie como si fuera bota a medio poner, y alargaba en vez de mano, para pedir limosna, un muñón desnudo y rojo. La voz bronca del mendigo hizo estremecer a Rafael, que se incorporó, diciéndole:

—Perdone, hermano. Yo soy pobre también, y si no he pedido todavía es por la falta de costumbre. Pero mañana, mañana pediré.

—¿Es usted, por casualidad, ciego? —dijo el otro, desesperanzado de obtener limosna.

—Para servir a usted.

—Estimando.

—Si hubiera venido usted un poquito antes, habríale dado parte del pan que acabo de comerme. Pero lo que es dinero no puedo darle. No llevo sobre mí moneda alguna, ni perro grande ni chico... Soy más pobre que nadie. He venido, ¡ay!, muy a menos. Y usted, ¿qué es?

—¿Cómo que qué soy?

—Quiero decir si es usted también ciego.

—No, gracias a Dios. No soy más que cojo; pero de los dos cabos, y manco de la derecha... La perdí dando un barreno.

—Por la voz, me parece que es usted viejo.

—Y usted muy parlanchín. ¡Porras! Como todos los ciegos, que echan el alma y los hígados por la pastelera lengua.

—Dispense usted que no le conteste en ese lenguaje ordinario. Soy persona decente.

—Sí, ya se ve... ¡Persona decente! Yo también lo fuí. Mi padre tenía catorce pares.

—¿De qué?

—De mulas.

—¡Ah!... Creí que de bemoles... ¿Conque mulas? Pues eso no es nada en comparación de lo que tuvo el mío. Ese palacio que está frente a nosotros, si hablara, no me dejaría mentir.

—¡Porras *maúras*! ¿A que va a decir que es suyo el palacio?

—Digo que lo fué; la verdad...

—Mecachis, y que se lo limpiaron los usureros. Como a mí, como a mi padre, que era mayorazgo, y por tomar dinero a rédito para meterse en negocios nos dejó más pobres que las ratas.

—¡Los malditos negocios, el compra y vende!... Y henos aquí a los hijos pagando las culpas de la ambición de los padres. Ahora pedimos limosna, y de seguro los que nos empobrecieron pasan a nuestro lado sin darnos una triste limosna. Pero Dios no nos desampara, ¿verdad? Donde menos se piensa salta una persona caritativa. Hay almas caritativas. Dígame usted que las hay, pues yo, la verdad, no quisiera morirme de hambre por esas calles.

—¿No tiene familia?

—Mis hermanas, hombre de Dios. Pero no quiero nada con ellas.

—Ya, ¡contra!, le han desamparado, ¡porras verdes! Como a mí, lo mismo que a mí.

—¿Sus hermanas?

—No... *¡Pior, pior!*—dijo el otro con una voz bronca y arrastrada que parecía extraer con gran trabajo de lo más hondo de su cuerpo—. ¡Son mis hijas las que me pusieron en la calle!

—¡Ja, ja, ja! ¡Sus hijas!—exclamó Rafael, acometido de violentísimas ganas de reír—. Y dígame: ¿son señoras?

—¿Señoras?—dijo el otro con todo el sarcasmo que cabe en la voz humana—. Señoras del pingajo y damas del tutilimundi. Son...

—¿Qué?

—Púas coronadas... ¡Agur!

Y se fué, arrastrando la pata, echando demonios por su boca, entre gruñidos bestiales, babeándose como un perro con moquillo.

"Pobre señor...—murmuró Rafael, volviendo a tomar la postura de catre—. Sus hijas, por lo que dijo, son... ¡Qué abismos nos revela el fondo de la miseria cuando bajamos a él! Si yo me durmiera, ahogaría en mi cerebro ideas que me mortifican. Probaremos. Más duro es esto que mi cama; pero no me im-

porta. Conviene acostumbrarse al sufrimiento... Y ¡vaya usted a saber ahora con qué me desayunaré mañana! Lo que Dios me tenga reservado, café o chocolate o mendrugo de pan: El lo sabe, en alguna parte estará... ¿No se desayunan los pájaros? Pues algo ha de haber también para mí."

Quedóse aletargado, y tuvo un sueño breve con imágenes intensísimas. En corto tiempo soñó que se hallaba en el vestíbulo del hotel cercano, tendido en un banco de madera. Vió entrar a su padre con gabán de pieles, accidente de invierno que no le chocaba a pesar de hallarse en pleno verano. Su padre se maravilló de verle en tal sitio, y le dijo que saliese a comprar diez céntimos de avellanas. ¡Cuánto disparate! Aun soñando, discurría que todo aquello no tenía sentido. Después salió el perro danés aullando, con una pata rota y el hocico lleno de sangre. En el momento de abalanzarse en socorro del pobre animal, despertó. En un tris estuvo que se cayera del banco de piedra.

Le dolían los huesos; el frío empezaba a molestarle, y su estómago no parecía conforme con pasar toda la noche al raso sin más sustento que un pedazo de pan. Para sobreponerse al clamor de la naturaleza desfallecida, salió de estampía por el paseo adelante, tropezando con los árboles y besando el santo suelo en dos o tres tumbos que dió al perder el equilibrio. Pero supo sacar fuerzas de flaqueza y sostener el cuerpo con los bríos del ánimo.

"Vamos, Rafael, no seas niño; a la primera contrariedad, ya estás aturdido y sin saber qué camino tomar. Pronto ha de amanecer y, o mucho me engaño, o Dios, que vela por mí, ha de depararme un alma caritativa. No siento pasos... Debe de ser la madrugada. ¡Qué soledad! ¿Cómo podría enterarme de que ha salido el sol, o de que va a salir? ¡Ah! Siento cantar un gallo, anunciando el día. Será ilusión tal vez, pero me parece que es el gallo de Bernardina el que canta. Y otra vez, y otra... No, son muchos gallos, todos los gallos de estos contornos que dicen a su manera: "Basta ya de noche..." Lo que no siento aún es el gracioso piar de los pajarillos. No, no amanece todavía. Más adelante, en otro banco, podré dormir otro poquito, y cuando los pájaros me avisen, dejaré las ociosas plumas, digo, la ociosa berroqueña... Adelante y valor. De seguro que ninguna de estas avecillas que ahora duermen inocentes en el ramaje que se extiende sobre mi cabeza se preocupa ni poco ni mucho de lo que ha de comer cuando despierte. El desayuno, en alguna parte está. Las almas caritativas duermen también ahora, y dormirá la mañanita; pero de fijo no faltará alguna que madrugue."

Hacia el fin de la Castellana volvió a darse su ración de banco; mas no pudo pegar los ojos, ni siquiera sosegar sus cansados huesos. Dos perros vagabundos se llegaron a él, y le olieron y le hocicaron. Quiso Rafael retenerlos con voz cariñosa; pero los dos animales, que debían de estar dotados de gran penetración y agudeza, entendieron que de allí muy poco o nada sacarían. Después de infringir ambos sosegadamente, en el banco del ciego, las ordenanzas de policía urbana, se fueron en busca de aventura más provechosa.

Levantóse Rafael al rayar la aurora, cuya claridad saludaron las avecillas, y restregándose las manos para proveerse de un poco de calor que supliera bien que mal la falta de alimento, echó a andar y desentumeció sus piernas. El valor no le abandonaba; pero iba comprendiendo que la iniciación en el oficio de mendigo tiene sus contras, y que el aprendizaje había de ser para él durísimo. ¡Qué bien le habría venido en aquella hora un poco de café! Pero las almas caritativas no parecieron con la provisión del precioso líquido. Pasos de hombres y brutos oyó en dirección al centro de Madrid: eran trajinantes, mercaderes de hortalizas y huevos que llevaban frutas a la plaza. Sintió el ruido de cántaros de leche que chocan con el movimiento de la caballería que los conduce. ¡De buena gana se habría él tomado un vaso de leche! Pero ¿a quién, ¡Santo Dios!, se lo había de pedir? Gentes de pueblo pasaron al lado suyo sin hacerle caso. De fijo que si él se lanzara a pordiosero, alguien le daría. "Pero el mérito grande de las almas caritativas —pensó—será que me socorran sin que yo pase por la vergüenza de pedirlo." Por desgracia suya, en aquel tímido ensayo de mendicidad las almas compasivas se abstenían de socorrer a un necesitado que no empezaba por marear al

transeúnte con enfadosos reclamos de limosna. Largo trecho anduvo desorientado, sin saber adónde iba, y, al fin, el cansancio y el hambre determinaron en su espíritu el propósito de pedir albergue a Bernardina; pero al hacer esta concesión a la dura necesidad quería engañarse y dar satisfacciones a su entereza, diciéndose: "No, si no haré más que tomar un bocadillo y seguir luego. A la calle otra vez, al camino."

No le fué tan fácil encontrar el rumbo. Pero si sentía cortedad para implorar limosna, no la sentía para pedir informes topográficos. "¿Voy bien por aquí a Cuatro Caminos?" Esta pregunta, sinnúmero de veces repetida y contestada, fué la brújula que le señaló la derrota por campos, carreteras y solares baldíos, hasta que dió con sus cansados huesos en el corralón de los Valiente.

XIII

Vióle Bernardina antes que traspasara el hueco del portalón, y salió a recibirle con demostraciones de vivo contento, mirándole como un aparecido, como un resucitado.

—Dame café—le dijo el ciego con trémula voz—. Siento... nada más que un poquito de debilidad.

Llevóle adentro la fiel criada, y con rara discreción se abstuvo de decirle que la señorita Cruz había estado tres veces durante la noche buscándole, muerta de ansiedad. Mucha prisa corría comunicar el hallazgo a las angustiadas señoras; pero no urgía menos dar al fugitivo el desayuno que con tanta premura pedían la palidez de su rostro y el temblor de sus manos. Con toda la presteza del mundo preparó Bernardina el café, y cuando el ciego, ávidamente, lo tomaba, dió instrucciones a Cándido para que le retuviese allí, mientras ella iba a dar parte a las señoras, que, sin duda, le creían muerto. Lo peor del caso era que Hipólito Valiente, el héroe de Africa, estaba aquel día de servicio.

—Ya que no tenemos aquí al viejo, que sabe embobarle con historias de batallas—dijo Bernardina a su marido—, entretenle tú como puedas. Cuéntale lo que se te ocurra; inventa mentiras muy gordas. No seas bruto... En fin, lo que importa es que no se nos escabulla. Como quiera salir, le sujetas, aunque para ello tengas que amarrarle por una pata.

Rafael no mostró después del desayuno deseos de nuevas correrías. Estaba tan decaído de espíritu y tan alelado de cerebro, que sin esfuerzo alguno le pudo llevar Cándido al taller de polvorista donde trabajaba. Hízole sentar en un madero, y siguió el hombre en su faena de amasar pólvora y meterla en los cilindros de cartón que forman el cohete. Su charla continua, a ratos chispeante y ruidosa como las piezas de fuego que fabricaba, no sacó a Rafael de su sombría taciturnidad. Allí se estuvo con quietud expectante de esfinge, los codos en las rodillas, los puños convertidos en sostén de quijadas, que parecían adheridas a ellos por capricho de Naturaleza. Y oyendo aquel runrún de la palabra de Valiente, que era un elogio tan enfático como erudito del arte pirotécnico; y sin enterarse de nada, pues la voz del polvorista entraba en su oído, pero no en su entendimiento, se iba engolfando en meditaciones hondísimas, de las cuales sacó súbitamente la entrada de su hermana Cruz y de don José Donoso. Oyó la voz de la dama en el corralón:

—Pero ¿dónde está?

Y cuando la sintió cerca no hizo movimiento alguno para recibirla.

Cruz, cuyo superior talento se manifestaba señaladamente en las ocasiones críticas, comprendió al punto que sería inconveniente mostrar un rigor excesivo con el prófugo. Le abrazó y besó con cariño, y don José Donoso le dió palmetazos de amistad en los hombros, diciéndole:

—Bien, bien, Rafaelito. Ya decía yo que no te habías de perder..., que ello ha sido un bromazo... Tus pobres hermanas muertas de ansiedad... Pero yo las tranquilizaba, seguro de que parecerías.

—¿Sabes que son tus bromas pesaditas?—dijo Cruz, sentándose a su lado—. ¡Vaya, que tenernos toda la noche en aquella angustia! Pero, en fin, la alegría de encontrarte compensa nuestro afán, y de todo corazón te perdono la calaverada... Ya sé que Bernardina te ha dado el desayuno. Pero tendrás sueño, pobrecillo. ¿Dormirías un rato en tu camita?

—No necesito cama—declaró Rafael

con sequedad—. Ya sé lo que son lechos duros, y me acomodo perfectamente en ellos.

Habían resuelto Donoso y Cruz no contrariarle, afectando ceder a cuanto manifestara, sin perjuicio de reducirle luego con maña.

—Bueno, bueno—manifestó Cruz—; para que veas que quiero todo lo que tú quieras, no contradigo esas nuevas opiniones tuyas sobre la dureza de las camas. ¿Es tu gusto? Corriente. ¿Para qué estoy yo en el mundo más que para complacerte en todo?

—Justo—dijo don José, revistiendo su oficiosidad de formas afectuosas—. Para eso estamos todos. Y ahora, lo primero que tenemos que preguntar al fugitivo es si quiere volver a casa en coche o a pie.

—¡Yo... a casa!—exclamó Rafael con viveza, como si oído hubiera la proposición más absurda del mundo.

Silencio en el grupo. Donoso y Cruz se miraron, y en el mirar sólo se dijeron: "No hay que insistir. Sería peor."

—Pero ¿en dónde estarás como en tu casa, hijo mío—dijo la hermana mayor—. Considera que no podemos separarnos de ti, yo al menos. Si se te antoja vagabundear por los caminos, yo también.

—Tú, no... Déjame... Yo me entiendo solo.

—Nada, nada—expuso Donoso—. Si Rafael, por razones, o caprichos, o genialidades que no discuto ahora, no, señor, no las discuto; si Rafael, repito, no quiere volver a su casa, yo le ofrezco la mía.

—Gracias, muchas gracias, señor don José—replicó, desconcertado, el ciego—. Agradezco su hospitalidad; pero no la acepto... Huésped molestísimo sería...

—¡Oh, no!

—Y créame a mí... En ninguna parte estaré tan bien como aquí.

—¡Aquí!

Volvieron a mirarse Donoso y Cruz, y a un tiempo expresaron los ojos de ambos la misma idea. En efecto, aquel deseo de permanecer en casa de Bernardina era una solución que por el momento ponía fin a la dificultad surgida; solución provisional que daba espacio y tiempo para pensar descansadamente en la definitiva.

—¡Vaya, qué cosas tienes!—dijo Cruz, disimulando su contento—. Pero, ¡hijo, aquí!... En fin, para que veas cuánto te queremos, transijo. Yo sé transigir; tú, no, y a todos nos haces desgraciados.

—Transigiendo se llega a todas partes—declaró don José, dando mucha importancia a su sentencia.

—Bernardina tiene un cuarto que se te puede arreglar. Te traeremos tu cama. Fidela y yo turnaremos para acompañarte... ¡Ea! Ya ves cómo no soy terca, y me doblego, y... Conviene, en esta vida erizada de dificultades, no encastillarnos en nuestras propias ideas y tener siempre en cuenta las de los demás, pues eso de creer que el mundo se ha hecho para nosotros solos es gran locura... Yo, ¡qué quieres!, he comprendido que no debo contrariarte en ese anhelo tuyo de vivir separado de nosotras... Descuida, hijo, que todo se arreglará... No te apures. Vivirás aquí, y vivirás como un príncipe.

—No es preciso que me traigan mi cama—indicó Rafael, entrando ya en familiar y cariñoso coloquio con su hermana mayor—. ¿No tendrá Bernardina un catre de tijera? Pues me basta.

—Quita, quita... Ahora sales con querer pintarla de ermitaño. ¿A qué vienen esas penitencias?

—Si nada cuesta traer la camita... —apuntó don José.

—Como quieran—manifestó el ciego, que parecía dichoso—. Aquí me pasaré los días dando vueltas por el corralón, conversando con el gallo y las gallinas; y a ratos vendré a que Cándido me enseñe el arte de polvorista...; no vayan a creer ustedes que es cualquier cosa ese arte. Aprenderé, y aunque no haga nada con las manos, bien puedo sugerirle ideas mil para combinar efectos de luz, y armar los ramilletes, y los castillos, y todas esas hermosas fábricas de chispas, que tanto divierten al respetable público.

—Bueno, bueno, bueno—clamaron a una Donoso y Cruz, satisfechos de verle en tan venturosa disposición de ánimo.

Brevemente conferenciaron la dama y el fiel amigo de la casa, sin que Rafael se enterase. Ello debió de ser algo referente a la traída de la cama y otros objetos de uso doméstico. Despidióse Donoso abrazando al joven ciego, y éste volvió a caer en su murria, presumiendo que su hermana, al hallarse sola con

él, le hablaría del asunto que causaba las horribles desazones de todos.

—Vámonos a la casa—dijo Cruz, cogiendo del brazo a su hermano—. Tengo miedo de estar aquí, señor Valiente... No es desprecio de su taller, es... que no sé cómo hay quien tenga tranquilidad en medio de estas enormes cantidades de pólvora. Supóngase usted que por artes del enemigo cae una chispa...

—No, señorita, no es posible...

—Cállese usted. Sólo de pensarlo parece que me siento convertida en pavesas. Vamos, vámonos de aquí. Antes, si te parece, daremos un paseíto por el corralón. Está un día precioso. Ven, iremos por la sombra.

Lo que el señorito del Aguila recelaba era cierto. La primogénita tenía que tratar con él algo muy importante, reciente inspiración, sin duda, y último arbitrio ideado por su grande ingenio. ¿Qué sería?

"¿Qué será?", pensó el ciego temblando, pues todo su tesón no bastaba para hacer frente a la terrible dialéctica de su hermana.

Principió ésta por encarecer las horrendas amarguras que ella y Fidela habían pasado en los últimos días, por causa de la oposición de su querido hermano al proyecto de matrimonio con don Francisco.

—Renunciad a eso—dijo prontamente Rafael—y se acabaron las amarguras.

—Tal fué nuestra idea..., renunciar, decirle al buen don Francisco que se fuera con la música a otra parte, y que nos dejase en paz. Preferimos la miseria con tranquilidad a la angustiosa vida que ha de traernos el desacuerdo con nuestro hermano querido. Yo dije a Fidela: "Ya ves que Rafael no cede. Cedamos nosotras, antes que hacernos responsables de su desesperación. ¡Quién sabe! Cieguecito, puede que vea más que nosotras. ¿Su resistencia será aviso del Cielo, anunciándonos que Torquemada, con el *materialismo,* como él dice, del buen vivir, nos va a traer una infelicidad mayor que la presente?

—Y ¿qué dijo Fidela?

—Nada: que ella no tiene voluntad; que si yo quería romper, por ella no quedara.

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Pues nada, por el pronto. Consulté con don José. Esto fué la semana pasada. A ti nada te dije, porque como estás tan puntilloso no quise excitarte inútilmente. Parecióme mejor no hablar contigo de este asunto hasta que no se resolviera en una o en otra forma.

—Y Donoso, ¿qué opinó?

—¿Donoso?... ¡Ah!

XIV

—¡Cuando yo te digo que Donoso es un ángel bajado del Cielo! ¡Qué hombre, qué santo!—prosiguió la dama, sentándose con Rafael en un madero que en el mejor sitio del corralón había—. Verás: la opinión de nuestro fiel amigo fué que debíamos sacrificar el enlace con Torquemada por conservar la paz en la familia... Así lo acordamos. Pero ya habían tramado entre él y don Francisco algo que éste llevó prontamente de la idea a la práctica, y cuando don José acudió a proponerle la suspensión definitiva de las negociaciones matrimoniales ya era tarde.

—¿Pues qué ocurría?

—Torquemada había hecho algo que nos cogía a todos como en una trampa. Imposible escaparnos ya, imposible salir de su poder. Estamos cogidos, hermanito; nada podemos ya contra él.

—Pero ¿qué ha hecho ese infame? —gritó Rafael fuera de sí, levantándose y esgrimiendo el bastón.

—Sosiégate—replicó la dama, obligándole a sentarse—. ¡Lo que ha hecho! Pero qué, ¿crees que es malo? Al contrario, hijo mío: por bueno, por excesivamente bueno, el acto suyo es..., no sé cómo decírtelo, es como una soga que nos echa al cuello, incapacitándonos ya para tener voluntad que no sea la voluntad suya.

—Pero ¿qué es? Sépalo yo—dijo el ciego con febril impaciencia—. Juzgaré por mí mismo ese acto, y si resulta como dices... No, tú estás alucinada, y quieres alucinarme a mí. No me fío de tus entusiasmos. ¿Qué ha hecho ese majagranzas que pudiera inducirme a no despreciarle como le desprecio?

—Verás... Ten calma. Tan bien sabes tú como yo que nuestras fincas del Salto y la Alberquilla, en la sierra de Córdoba, fueron embargadas judicialmente. No pudo rematarlas el sindicato de acreedores, porque estaban afectadas

a una fianza que al Estado tuvo que dar papá. El dichoso Estado, mientras no se aclarase su derecho a constituirse en dueño de ellas (y ése es uno de los pleitos que sostenemos), no podía privarnos de nuestra propiedad, pero sí del usufructo... Embargadas las fincas, el juez las dió en administración a...

—A Pepe Romero—apuntó el ciego vivamente, quitándole la palabra de la boca—, el marido de nuestra prima Pilar...

—Que reside en ellas, dándose vida de princesa. ¡Ah, qué mujer! Sin duda por haber recibido de papá tantos beneficios, ella y el rufián de su marido nos odian. ¿Qué les hemos hecho?

—Les hemos hecho ricos. ¿Te parece poco?

—Y no han sido para auxiliarnos en nuestra miseria. La crueldad, el cinismo, la ingratitud de esa gente, son lo que más ha contribuído a quitarme la fe en todas las cosas, lo que me induce a creer que la Humanidad es un inmenso rebaño de fieras. ¡Ay! En esta vida de sufrimientos inauditos, pienso que Dios me permite odiar. El rencor, que en casos comunes es un pecado, en el caso mío no lo es, no puede serlo... La venganza, ruin sentimiento en circunstancias normales, ahora... me resulta casi una virtud... Esa mujer que lleva nuestro nombre y nos ha ultrajado en nuestra desgracia, ese Romerillo indecente que se ha enriquecido con negocios sucios, más propios de chalanes que de caballeros, viven sobre nuestra propiedad, disfrutan de ella. Han intrigado en Madrid para que el Consejo sentenciase en contra de la testamentaría del Aguila, porque su anhelo es que sean subastadas las fincas...

—Para rematarlas y quedarse con ellas.

—¡Ah!... Pero les ha salido mal la cuenta a ese par de traficantes, de raza de gitanos, sin duda... Créelo, porque yo te lo digo... Pilar es peor que él, es uno de esos monstruos que causan espanto y hacen creer que la hembra de Satanás anda por estos mundos...

—Pero vamos al caso. ¿Qué...?

—Verás. Ahora puedo decir que ha llegado la hora de la justicia. No puedes figurarte la alegría que me llena el alma. Dios me permite ser rencorosa, y, lo que es peor, vengativa. ¡Qué placer, qué inefable dicha, hermano mío! ¡Pisotear a esa canalla..., echarlos de nuestra casa y de nuestras tierras, sin consideración alguna, como a perros, como a villanos salteadores!... ¡Ay, Rafael, tú no entiendes estas pequeñeces; eres demasiado angelical para comprenderlas! La venganza sañuda es un sentimiento que rara vez encuentras hoy fuera de las clases bajas de la sociedad... Pues en mí rebulle, ¡y de qué modo! Verdad que también es un sentimiento feudal, y en nosotros, de sangre noble, revive ese sentimiento, que viene a ser la justicia, la justicia brutal, como en aquellos tiempos podía ser, como en los nuestros también debe serlo, por insuficiencia de las leyes.

Púsose en pie la noble dama, y en verdad que era una figura hermosa y trágica. Hirió el suelo con su pie dos o tres veces, aplastando en figuración a sus enemigos, ¡y por Dios que si hubieran estado allí no les dejara hueso sano!

—Ya, ya entiendo—dijo Rafael, asustado—. No necesito más explicaciones. Esperas rescatar el Salto y la Alberquilla. Donoso y Torquemada han convenido hacerlo así, para que puedas confundir a los Romero... Ya, ya lo veo todo bien claro: el don Francisco rescatará las fincas poniendo en manos de la Hacienda una cantidad igual a la fianza... Pues, por lo que recuerdo, tiene que ir aprontando millón y medio de reales... si es que, en efecto, se propone...

—No se propone hacerlo—dijo Cruz radiante—. Lo ha hecho ya.

—¡Ya!

La estupefacción paralizó a Rafael por breve rato, privándole del uso de la palabra.

—Ahora tú me dirás si después de esto es digno y decente en nosotros plantarnos delante de ese señor y decirle: "Pues... de aquello, no hay nada."

Pausa que duró... sabe Dios cuánto.

—Pero ¿en qué forma se ha hecho la liberación de las fincas?—preguntó, al fin, el ciego—. Falta ese detalle... Si quedan a su nombre, no veo...

—No; las fincas son nuestras... El depósito está hecho a nuestro nombre.

—Ahora dime si es posible que...

Después de accionar un rato en silencio, Rafael se levantó súbitamente, dió algunos pasos agitando el bastón y dijo:

—Eso no es verdad.

—¡Que yo te engaño!

—Repito que eso no puede ser como tú lo cuentas.

—¡Que yo miento!

—No, no digo que mientas. Pero sabes, como nadie, desfigurar las cosas, dorarlas cuando son muy feas, confitarlas cuando son amargas.

—He dicho la verdad. Créela o no. Y ahora te pregunto: "¿Podemos poner en la calle a ese hombre? ¿Tu dignidad, tus ideas sobre el honor de la familia me aconsejan que le despida?..."

—No sé, no sé—murmuró el ciego, girando sobre sí y haciendo molinete con los dos brazos por encima de la cabeza—. Yo me vuelvo loco... Vete; déjame. Haced lo que queráis...

—¿Reconoces que no podemos retirar nuestra palabra, ni renunciar al casamiento?

—Lo reconozco, siempre que sea verdad lo que me has dicho... Pero no lo es; no puede serlo. El corazón me dice que me engañas..., con buena intención, sin duda. ¡Ah! Tienes tú mucho talento..., más que yo, más que toda la familia... Hay que sucumbir ante ti y dejarte hacer lo que quieras.

—¿Vendrás a casa?—dijo Cruz, balbuciente, porque el gozo triunfal que inundaba su alma le entorpecía la voz.

—Eso, no... Déjame aquí. Vete tú. Estoy bien en este corral de gallinas, donde me podré pasear, sin que nadie me lleve del brazo, a todas las horas del día.

Cruz no quiso insistir por el momento. Había obtenido la victoria con su admirable táctica. No le argüía la conciencia por haber mentido, pues Rafael era una criatura, y había que adormecerle, como a los niños llorones, con historias bonitas. El cuento infantil empleado hábilmente por la dama no era verdad sino a medias, porque al pactar Donoso y Torquemada el rescate de las fincas de la sierra de Córdoba establecieron que esto debía verificarse después del casamiento. Pero Cruz, en su afán de llegar pronto al *objetivo*, como diría el novio, no sintió escrúpulos de conciencia por alterar la fecha del suceso feliz, tratándose de emplearlo como argumento con que vencer la tenacidad de su hermano. ¡Decir que Torquemada había hecho ya lo que, según formal convenio, haría después! ¿Qué importaba esta leve alteración del orden de los acontecimientos, si con ello conseguía eliminar el horrible estorbo que impedía la salvación de la familia?

Volvió Donoso con la noticia de haber dictado las disposiciones convenientes para el traslado de la cama y demás ajuar de la alcoba del ciego. Después que charlaron los tres un rato de cosas extrañas al grave asunto que a todos los inquietaba, Cruz espió un momento en que Rafael se enredó en discusiones con Valiente sobre la pirotecnia, y llevando a su amigo detrás del más grande montón de basura y paja que en el corralón había, le echó esta rociada:

—Deme la enhorabuena, señor don José. Lo he convencido. El no querrá volver a casa; pero su oposición no es, no puede ser ya tan furiosa como era. ¿Que qué le he dicho? ¡Ah, figúrese usted si en este atroz conflicto pondré yo en prensa mi pobre entendimiento para sacar ideas! Creo que Dios me ilumina. Ha sido una inspiración que tuve en el momento de entrar aquí. Ya le contaré a usted cuando estemos más despacio... Y ahora, lo que importa es activar... eso todo lo posible, no vaya a surgir alguna complicación.

—No lo quiera Dios. Crea usted que a impaciencia no le gana nadie. Hace un rato me lo decía: por él, mañana mismo.

—Tanto como mañana, no; pero nos pasamos de gazmoños alejando tanto la fecha. De aquí al cuatro de agosto pueden ocurrir muchas cosas, y...

—Pues acerquemos la fecha.

—Sí, acerquémosla. Lo que ha de ser, que sea pronto.

—La semana que entra...

—¡Oh! No tanto.

—Pues la otra.

—Eso me parece muy tarde... Tiene usted razón: la semana próxima. ¿Qué es hoy?

—Viernes.

—Pues el sábado de la semana entrante.

—Corriendo. Dígaselo usted..., propóngaselo como cosa suya.

—Pues no se pondrá poco contento. Ya le digo a usted: por él..., mañana. Y volviendo a nuestro joven disidente, ¿cree usted que no nos dará ningún disgusto?

—Espero que no. Su deseo de instalarse aquí nos viene ahora que ni de

molde. Bernardina nos inspira confianza absoluta: le cuidará como nosotras mismas. Vendremos Fidela y yo, alternando, a hacerle compañía, y, además, yo me encargo de mandar acá al bueno de Melchorito algunas tardes para que le cante óperas...

—Muy bien... Pero..., y aquí entra lo grave. ¿Sabe que sus hermanas se mudan a la calle de Silva?

—No lo sabe. Pero lo sabrá. ¿Qué? ¿Teme usted que no quiera entrar en aquella casa?

—¡Me lo temo, como hay Dios!

—Entrará... Respondo de que entrará —afirmó la dama; y le temblaba horrorosamente el labio inferior, cual si quisiera desprenderse de su noble faz.

XV

Con lento paso de fecha deseada, llegó por fin aquel día, sábado por más señas, y víspera o antevíspera (que esto no lo determinan bien las historias) de la festividad de Santiago, patrón de las Españas. Celebróse la boda en San José, sin ostentación, tempranito, como ceremonia de tapadillo a la que no se quería dar publicidad. Asistieron tan sólo Rufinita Torquemada y su marido, Donoso, y dos señores más, amigos de las Aguilas, que se despidieron al salir de la iglesia. Don Francisco iba de levita *herméticamente cerrada,* guantes tan ajustados, que sus dedos parecían morcillas, y sudó el hombre la gota gorda para quitárselos. Como era la época de más fuerte calor, todos, la novia inclusive, no hacían más que pasarse el pañuelo por la cara. La del novio parecía untada de aceite, según relucía, y para mayor desdicha, exhalaba con su aliento emanaciones de cebolla, porque a medianoche se había comido de una sentada una fuente de salpicón, su plato predilecto. A Cruz le dió el vaho en la nariz en cuanto se encaró con su cuñado, y tuvo que echar frenos a su ira para poder contenerla, mayormente al ver cuán mal se avenía el olor cebollesco con las palabras finas que a cada instante, y vinieran o no a cuento, desembuchaba el ensoberbecido prestamista. Fidela parecía un cadáver, porque..., creyérase que el demonio había tenido parte en ello..., la noche antes tomó un refresco de agraz para mitigar el calor que la abrasaba, y agraz fué que se le agriaron todos los líquidos de su cuerpo, y tan inoportunamente se descompuso, que en un tris estuvo que la boda no pudiera celebrarse. Allá le administró Cruz no sé qué droga atemperante, en dosis de caballo, gracias a lo cual no hubo necesidad de aplazamiento; pero estaba la pobre señorita hecha una mártir, un color se le iba y otro se le venía, sudando por todos sus poros, y sin poder respirar fácilmente. Gracias que la ceremonia fué breve, que si no, patatús seguro. Llegó un momento en que la iglesia, con todos sus altares, empezó a dar vueltas alrededor de la interesante joven, y si el esposo no la agarra, cae redonda al suelo.

Cruz no tenía el sosiego hasta no ver concluído el ritual, para poder trasladarse a la casa, con objeto de quitar el corsé a Fidela y procurarle descanso. En dos coches se dirigieron todos al nuevo domicilio, y, por el camino, Torquemada le daba aire a su esposa con el abanico de ésta, diciéndole de vez en vez:

—Eso no es nada, la *estupefacción,* la emoción, el calor... ¡Vaya que está haciendo un verano!... Dentro de dos horas no habrá quien atraviese la calle de Alcalá por la acera de acá, que es la del *solecismo.* A la sombra, menos mal.

En la casa, la primera impresión de Cruz fué atrozmente desagradable. ¡Qué desorden, qué falta de gusto! Las cosas buenas colocadas sin ningún criterio, y entre ellas mil porquerías con las cuales debía hacerse un auto de fe. Salió a recibirlos Romualda, la tarasca, sirvienta de don Francisco, con una falda llena de lamparones, arrastrando las chancletas, las greñas sin peinar, facha asquerosa de criada de mesón. En la servidumbre, como en todo, vió la noble dama reflejada la tacañería del amo de la casa. El criado apestaba a tagarnina, de la cual llevaba una colilla tras de la oreja, y hablaba con el acento más soez y tabernario. ¡Dios mío, qué cocina, en la cual una pincha vieja y con los ojos pitañosos ayudaba a Romualda!... No, no, aquello no podía ser. Ya se arreglaría de otra manera. Felizmente, el almuerzo de aquel día clásico se había encargado a una fonda, por indicación de Donoso, que en todo ponía su admirable sentido y previsión.

Fidela no se mejoró con el aflojar del corsé y de todas las demás ligaduras de su cuerpo. Intentó almorzar; pero tuvo que levantarse de la mesa, acometida de violentos vómitos, que le sacaron del cuerpo cuanto tenía. Hubo que acostarla, y el almuerzo se dividió en dos tiempos, ninguno de los cuales fué alegre, por aquella maldita contrariedad de la desazón de la desposada. Gracias que había *facultativo* en la casa. Torquemada llamaba de este modo a su yerno, Quevedito.

—Tú, ¿qué haces que no me la curas al instante? Reniego de tu facultad y de la Biblia en pasta.

Iba y venía del comedor a la alcoba, y viceversa, regañando con todo el mundo, confundiendo nombres y personas, llamando Cruz a Romualda, y diciendo a su cuñada:

—Vete con mil demonios.

Quevedito ordenó que dejaran reposar a la enferma, en la cual parecía iniciarse una regular fiebre; Cruz prescribió también el reposo, el silencio y la oscuridad, no pudiendo abstenerse de echar los tiempos a Torquemada por el ruido que hacía, entrando y saliendo en la alcoba sin necesidad. Botas más chillonas no las había visto Cruz en su vida, y de tal modo chillaban y gemían aquellas endiabladas suelas, que la señora no pudo menos de hacer sobre esto una discreta indicación al amo de la casa. Al poco rato apareció el hombre con unas zapatillas de orillo, viejas, agujereadas y sin forma.

Continuaron almorzando, y don Francisco y Donoso hicieron honor a los platos servidos por el fondista. Y el novio creyó que no cumplía como bueno en día tan solemne si no empinaba ferozmente el codo; porque, lo que él decía: ¡Haberse corrido a un desusado gasto de champaña, para después hacer el pobrete melindroso! Bebiéralo o no, tenía que pagarlo. Pues a consumirlo, para que al menos se igualara el haber del estómago con el debe del bolsillo. Por esta razón puramente económica y de partida doble, más que por vicio de embriaguez, bebió copiosamente el tacaño, cuya sobriedad no se desmentía sino en casos rarísimos.

Terminado el almuerzo, quiso don Francisco enterar a Cruz de mil particulares de la casa, y mostrarle todo, pues ya había tratado Donoso con él de la necesidad de poner a su ilustre cuñada al frente del gobierno doméstico. Estaba el hombre, con tanta bebida y la alegría que por todo el cuerpo le retozaba, muy descompuesto, el rostro como untado de craso bermellón, los ojos llameantes, los pelos erizados, y echando de la boca un vaho de vinazo que tiraba para atrás. A Cruz se le revolvía el estómago; pero hizo de tripas corazón. Llevóla don Francisco de sala en sala, diciendo mil despropósitos, elogiando desmedidamente los muebles y alfombras, con referencias numéricas de lo que le habían costado; gesticulaba, reía estúpidamente, se sentaba de golpe en los sillones para probar la blandura de los muelles; escupía, pisoteando luego su saliva con la usada pantufla de orillo; corría y descorría las cortinas con infantil travesura; daba golpes sobre las camas, agregando a todas estas extravagancias los comentarios más indelicados:

—En su vida ha visto usted cosa tan rica... ¿Y esto? ¿No se le cae la baba de gusto?

De uno de los armarios roperos sacó varias prendas de vestir, muy ajadas, oliendo a alcanfor, y las iba echando sobre una cama para que Cruz las viese.

—Mire usted qué falda de raso. La compró mi Silvia por un pedazo de pan. Es riquísima. Toque, toque... No se la puso más que un Jueves Santo y el día que fuimos padrinos de la boda del cerero de la Paloma. Pues, para que vea usted lo que la estimo, señora doña Cruz, se la regalo generosamente... Usted se la arreglará, y saldrá con ella por los Madriles hecha una real moza... Todos estos trajes fueron de mi difunta. Hay dos de seda, algo antiguos, eso sí, como que fueron antes de una dama de Palacio...; cuatro de merino y de lanilla..., todo cosa rica, comprado en almonedas por quiebra. Fidela llamará a una modista de poco pelo para que se los arregle y los ponga de moda; que ya tocan a economizar, ¡ñales!, porque aunque es uno rico, eso no quiere decir, ¡cuidado!, que se tire el santísimo dinero... Economía, mucha economía, mi señora doña Cruz, y bien puede ser maestra en el ahorro la que ha vivido tanto tiempo lampando..., quiero decir..., como el perro del tío Alegría, que tenía que arrimarse a la pared para poder ladrar.

Cruz hizo que asentía, pero en su interior bramaba de coraje, diciéndose: "¡Ya te arreglaré, grandísimo tacaño!"

Enseñando el aposento destinado a la noble dama, decía el prestamista:

—Aquí estará usted muy ancha. Le parecerá mentira, ¿eh?... Acostumbrada a los cuchitriles de aquella casa. Y si no es por mí, ¡cuidado!, allí se pudren usted y su hermana. Digan que las ha venido Dios a ver... Pero ya que me privo de la renta de este señor piso principal, viviendo en él, hay que economizar en el plato pastelero, y en lo tocante a ropa, aquí no quiero lujos, ¿sabe?... Porque ya me parece que he gastado bastante dinero en los trajes de boda. Ya no más, ya no más, ¡ñales! Yo fijaré un tanto, y a él hay que ajustarse. Nivelación siempre; éste es el *objetivo*, o el *ojete*, para decirlo más pronto.

Prorrumpía en bárbaras risas, después de disparatar así, casi olvidado de los términos elegantes que aprendido había; tocaba las castañuelas con los dedos o se tiraba de los pelos, añadiendo alguna nueva patochada, o mofándose inconscientemente del lenguaje fino: porque yo *abrigo la convicción* de que no debemos *desabrigar* el bolsillo, ¡cuidado!, y *parto del principio* de que *haiga* principio sólo los jueves y domingos; porque si, como dice el amigo Donoso, las leyes administrativas han venido a *llenar un vacío*, yo he venido a llenar el vacío de los estómagos de ustedes..., digo..., no haga caso de este materialismo..., es una broma.

Difícilmente podía Cruz disimular su asco. Donoso, que había estado de sobremesa platicando con Rufinita, fué en seguimiento de la pareja que inspeccionaba la casa, uniéndose a ella en el instante en que Torquemada enseñaba a Cruz el famoso altarito con el retrato de Valentín convertido en imagen religiosa, entre velas de cera. Don Francisco se encaró con la imagen, diciéndole:

—Ya ves, hombre, cómo todo se ha hecho guapamente. Aquí tienes a tu tía. No es vieja, no, ni hagas caso del materialismo del cabello blanco. Es guapa de veras, y noble por los cuatro costados... Como que desciende de la muela del juicio de algún rey de bastos...

—Basta—le dijo Donoso, queriendo llevárselo—. ¿Por qué no descansa usted un ratito?

—Déjeme..., ¡por la Biblia! ¡No sea pesado ni cócora! Tengo que decirle a mi niño que ya estamos todos acá. Tu mamá está mala... ¡Pues no es flojo contratiempo!... Pero descuida, hijo de mis entrañas, que yo te *naceré pronto*... Más guapín eres tú que ellas. Tu madre saldrá a ti..., digo no, tú a tu madre... No, no; yo quiero que seas el mismo. Si no, me descaso.

Entró Quevedito anunciando que Fidela tenía una fiebre intensa y que nada podía pronosticar hasta la mañana siguiente. Acudieron todos allá, y después de ponerla entre sábanas, le aplicaron botellas de agua caliente a los pies, y prepararon no sé qué bebida para aplacar su sed. Don Francisco no hacía más que estorbar, metiéndose en todo, disponiendo las cosas más absurdas y diciendo a cada momento:

—¿Y para esto, ¡Cristo, re-Cristo!, me he casado yo?

Donoso se lo llevó al despacho, obligándole a echarse hasta que se le pasaran los efectos del alcoholismo; pero no hubo medio de retenerle en el sofá más que algunos minutos, y allá fué otra vez a dar matraca a su hermana política, que examinaba la habitación en que quería instalar a Rafael.

—Mira, Crucita—le dijo, arrancándose a tutearla con grotesca confianza—, si no quiere venir el caballerete andante de tu hermano, que no venga. Yo no le suplico que venga; ni haré nada por traerle, ¡cuidado!, que mi suposición no es menos que la suya. Yo soy noble: mi abuelo castraba cerdos, que es, digan lo que quieran, una profesión muy bien vista en los... *pueblos cultos*. Mi tataratío, el inquisidor, tostaba herejes y tenía un bodegón para vender chuletas de carne de persona. Mi abuela, una tal doña Coscojilla, echaba las cartas y adivinaba los secretos. La nombraron bruja universal... Conque ya ves.

Ya era imposible resistirle más. Donoso le cogió por un brazo, y llevándole al cuarto más próximo, le tendió a la fuerza. Poco después, los ronquidos del descendiente del inquisidor atronaban la casa.

—¡Demonio de hombre!—decía Cruz a don José, sentados ambos junto al lecho de Fidela, que en profundo letargo febril yacía—. Insoportable está hoy.

—Como no tiene costumbre de beber,

le ha hecho daño el champaña. Lo mismo me pasó a mí el día de mi boda. Y ahora usted, amiga mía, procediendo hábilmente, con la táctica que sabe usar, hará de él lo que quiera...

—¡Dios mío, qué casa! Tengo que volverlo todo del revés... Y dígame, don José: ¿no le ha indicado usted ya que es indispensable poner coche?

—Se lo he dicho... A su tiempo vendrá esa reforma, para la cual está todavía un poco rebelde. Todo se andará. No olvide usted que hay que ir por grados.

—Sí, sí. Lo más urgente es adecentar este caserón, en el cual hay mucho bueno que hoy no luce entre tanto desarreglo y suciedad. Esos criados que nos ha traído de la calle de San Blas no pueden seguir aquí. Y en cuanto a sus planes de economía... Económica soy; la desgracia me ha enseñado a vivir con poco, con nada. Pero no se han de ver en la casa del rico escaseces indecorosas. Por el decoro del mismo don Francisco pienso declarar la guerra a esa tacañería que tiene pegada al alma como una roña, como una lepra, de la cual personas como nosotras no podemos contaminarnos.

Rebulló Fidela, y todos se informaron con vivo interés de su estado. Sentía quebranto de huesos, cefalalgia, incomodidad vivísima en la garganta. Quevedito diagnosticó una angina catarral sin importancia: cuestión de unos días de cama, abrigo, dieta, sudoríficos y una ligera medicación antifebrífuga. Tranquilizóse Cruz; pero no teniéndolas todas consigo, determinó no separarse de su hermana; y despachó a Donoso a Cuatro Caminos para que viese a Rafael y le informase de aquel inesperado accidente.

—¡Si de esta desazón—dijo Cruz, que todo lo aprovechaba para su altos fines—resultará un bien! ¡Si conseguiremos atraer a Rafael con el señuelo de la enfermedad de su querida hermana!... Don José de mi alma, cuando usted le hable de esto, exagere un poquito...

—Y un muchito, si por tal medio conseguimos ver a toda la familia reunida.

Allá corrió como exhalación don José, después de echar un vistazo a su amigo, que continuaba roncando desaforadamente.

XVI

Tristísimo fué aquel día para el pobre ciego, porque desde muy temprano le atormentó la idea de que su hermana se *estaba casando,* y como fijamente no sabía la hora, a todas las del día y en los instantes todos *estaba viéndola casarse,* y quedar por siempre prisionera en los brazos del aborrecido monstruo que en mal hora llevó el oficioso don José a la casa del Aguila. Hizo el polvorista imposibles por distraerle; propuso llevarle de paseo por todo el Canalillo hasta la Moncloa; pero Rafael se negó a salir del corralón. Por fin metiéronse los dos en el taller, donde Valiente tenía que ultimar un trabajillo pirotécnico para el día de San Agustín, y allí se pasaron tontamente la mañana, decidor el uno, triste y sin consuelo el otro. A Cándido le dió aquel día por enaltecer el arte del polvorista, elevándolo a la categoría de arte noble, con ideales hermosos, y su correspondiente trascendencia. Quejábase de la poca protección que da el Gobierno a la pirotecnia, pues no hay en toda España ni una mala escuela en que se enseñe la fabricación de fuegos artificiales. El se preciaba de ser maestro en aquel arte, y con un poquitín de auxilio oficial haría maravillas. Sostenía que los juegos de pólvora pueden y deben ser una rama de la Instrucción Pública. Que le subvencionasen, y él se arrancaría, en cualquier festividad de las gordas, con una función que fuera el asombro del mundo. Vamos, que se comprometía a presentar toda la historia de España en fuegos artificiales. La forma de los castilletes, ruedas, canastillas, fuentes de luz, morteros, lluvias de estrellas, torbellinos, combinando con esto los colores de las luces, le permitiría expresar todos los episodios de la historia patria, desde la venida de los godos hasta la ida de los franceses en la guerra de la Independencia...

—Créalo usted, señorito Rafael—añadió para concluir—: con la pólvora se puede decir todo lo que se quiera, y para llegar a donde no llega la pólvora tenemos multitud de sales, compuestos y fulminantes, que son lo mismito que hablar en verso...

—Oye, Cándido—dijo Rafael bruscamente, y manifestando un interés vivísimo, que contrastaba con su anterior

desdén por las maravillas pirotécnicas—. ¿Tienes tú dinamita?

—No, señor; pero tengo el fulminante de protóxido de mercurio, que sirve para preparar los garbanzos tronantes y las arañas de luz.

—¿Y explota?

—Horrorosamente, señorito.

—Cándido, por lo que más quieras, hazme un petardo, un petardo que al estallar se lleve por delante..., ¡qué sé yo!, medio mundo... No te asustes de verme así. La impotencia en que vivo me inspira locuras como la que acabo de decirte... Y no creas..., te lo repito, sabiendo que es una locura: yo quiero matar, Cándido—excitadísimo, levantándose—, quiero matar, porque sólo matando puedo realizar la justicia. Y yo te pregunto: ¿De qué modo puede matar un ciego? Ni con arma blanca, ni con arma de fuego. Un ciego no sabe dónde hiere, y creyendo herir al culpable, fácil es que haga pedazos al inocente... Pero, lo que yo digo, discurriendo, discurriendo, un ciego puede encontrar medios hábiles de hacer justicia. Cándido, Cándido, ten compasión de mí, y dame lo que te pido.

Aterrado le miró Valiente, las manos en la masa, en la negra pólvora, y si antes había sospechado que el señorito no tenía la cabeza buena, ya no dudaba de que su locura era de las de remate. Mas de pronto, una violenta crisis se efectuó en el espíritu del desgraciado joven, y con rápida transición pasó de la ira epiléptica a la honda ternura. Rompió a llorar como un niño, fué a dar contra la pared negra y telarañosa, y apoyó en ella los brazos, escondiendo entre ellos la cabeza. Valiente, confuso y sin saber qué decir, se limpiaba las manos de pólvora, restregándolas una contra otra, y pensaba en sus explosivos, y en la necesidad de ponerlos en lugar completamente seguro.

—No me juzgues mal—le dijo Rafael, tras breve rato, limpiándose las lágrimas—. Es que me dan estos arrechuchos..., ira..., furor..., ansia de destrucción; y como no puedo..., como no veo... Pero no hagas caso, no sé lo que digo... ¡Ea! Ya me pasó... Ya no mato a nadie. Me resigno a esta oscuridad impotente y tristísima, a ser un muñeco sin iniciativa, sin voluntad, sintiendo el honor y no pudiendo expresarlo... Guárdate tus bombas, y tus fulminantes, y tus explosivos. Yo no quiero, yo no puedo usarlos.

Sentóse otra vez, y con lúgubre acento, que algo tenía de entonación profética, acabó de expresar su pensamiento en esta forma:

—...Cándido, tú, que eres joven y tienes ojos, has de ver cosas estupendas en esta sociedad envilecida por los negocios y el positivismo. Hoy por hoy, lo que sucede, por ser muy extraño, permite vaticinar lo que sucederá. ¿Qué pasa hoy? Que la plebe indigente, envidiosa de los ricos, los amenaza, los aterra y quiere destruirlos con bombas y diabólicos aparatos de muerte. Tras esto vendrá otra cosa, que podrás ver cuando se disipe el humo de estas luchas. En los tiempos que vienen, los aristócratas arruinados, desposeídos de su propiedad por los usureros y traficantes de la clase media, se sentirán impulsados a la venganza..., querrán destruir esa raza egoísta, esos burgueses groseros y viciosos, que después de absorber los bienes de la Iglesia, se han hecho dueños del Estado, monopolizan el poder, la riqueza, y quieren para sus arcas todo el dinero de pobres y ricos, y para sus tálamos las mujeres de la aristocracia... Tú lo has de ver, Cándido; nosotros los señoritos, los que, siendo como yo, tengan ojos y vean dónde hieren, arrojaremos máquinas explosivas contra toda esa turba de mercachifles soeces, irreligiosos, comidos de vicios, hartos de goces infames. Tú lo has de ver, tú lo has de ver.

En esto entró Donoso, pero la perorata estaba concluída, y el ciego recibió a su amigo con expresiones joviales. En cuatro palabras le enteró don José de la situación, notificándole las bodas y la enfermedad de Fidela, que inopinadamente había venido a turbar las alegrías nupciales, sumiendo... A pesar de su práctica oratoria, no supo Donoso concluir la frase, y pronunció el *sumiendo* tres o cuatro veces. La idea de exagerar la dolencia, faltando a la verdad, como reiteradamente le había recomendado Cruz, le cohibía.

—Sumiendo...—repitió Rafael—. ¿A quién y en qué?

—En la desesperación..., no tanto: en la tristeza... Figúrate: ¡en día de boda, enferma gravemente!..., o al menos de mucho cuidado. A saber si será pulmonía insidiosa, escarlatina, viruelas...

—¿Tiene fiebre?

—Altísima, y aún no se atreve el médico a diagnosticar, hasta no ver la marcha...

—Yo diagnosticaré—dijo el ciego con altanería, y sin mostrar pena por su querida hermana.

—¿Tú?

—Yo. Sí, señor. Mi hermana se muere. Ahí tiene usted el pronóstico y el diagnóstico, y el tratamiento, y el término fatal... Se muere.

—¡Oh, no es para tanto!...

—Que se muere, digo. Lo sé, lo adivino: no puedo equivocarme.

—¡Rafael, por Dios!...

—Don José, por la Virgen... ¡Ah, he aquí la solución, la única racional y lógica! Dios no podía menos de disponerlo así en su infinita sabiduría.

Iba y venía como un demente, presa de agitación insana. No se consolaba don José de haberle dado la noticia, y procuró atenuarla por todos los medios que su hábil retórica le sugería.

—No, es inútil que usted trate de desmentir avisos, inspiraciones que vienen de muy alto. ¿Cómo llegan a mí, cómo se me comunica este decreto misterioso de la voluntad divina? Eso yo lo sé. Yo me entiendo. Mi hermana se muere; no lo duden ustedes. ¡Si lo estoy viendo, si tenía que ser así! Lo que debe ser, es.

—No siempre, hijo mío.

—Ahora, sí.

Lograron calmarle, sacándole a pasear por el corralón. Don José le propuso llevarle al lado de la enferma; pero se resistió, encerrándose en una gravedad taciturna. Después de encargar a Bernardina y los Valientes que redoblaran su vigilancia y no perdieran de vista al desdichado joven, volvió Donoso con pies de Mercurio a la calle de Silva, para comunicar a Cruz lo que en Cuatro Caminos ocurría; y tanta era la bondad del excelente señor, que no se cansaba de andar como un azacán desde el centro hasta el extremo norte de Madrid, con tal de ser útil a los últimos descendientes de las respetabilísimas familias del Aguila y de la Torre-Auñón.

Habría querido Cruz duplicarse para atender juntamente a Fidela y al ciego, y si no quería abandonar a la una, anhelaba ardientemente ver al otro, y aplacar con razones y cariños su desvarío. Por fin, a eso de las diez de la noche, hallándose la señora de Torquemada casi sin fiebre, tranquila y descansada ya de su padecer, la hermana mayor se determinó a salir, llevando consigo al *paño de lágrimas de la familia,* y un simón de los mejores los transportó a Cuatro Caminos. Rafael dormía profundamente. Vióle su hermana en el lecho; enteróse por Bernardina de que ninguna novedad ocurría, y vuelta a Madrid y al caserón desordenado y caótico de la calle de Silva.

Al día siguiente, por la tarde, hallándose el ciego en el corralón, sentado en una piedra, a la sombra de un ingente montón de basura, sin más compañía que la del gallo, que frente a él altaneramente le miraba, y de varias gallinas, que, sin hacerle caso, escarbaban el suelo, recibió la visita del indispensable Donoso, el cual se acercó a saludarle, muy bien penetrado de las instrucciones que le diera la intrépida Cruz.

—¿Qué hay?—preguntó el ciego.

—Nada—dijo secamente don José, midiendo las palabras, pues la dama le había recomendado que éstas fueran pocas y precisas—. Que tu hermana Fidela quiere verte.

—Pero... ¿Cómo está?

Algo iba a decir *el paño de lágrimas,* en quien el hábito de la facundia podía más que las exigencias de la discreción. Pero se contuvo, y encomendándose a su noble amiga, tan sólo dijo:

—No me preguntes nada; no sé nada. Sólo sé que tu hermana quiere verte.

Después de una larga pausa, durante la cual permaneció con la cabeza a la menor distancia posible de las rodillas, se levantó Rafael y dijo resueltamente:

—Vamos allá.

Por más señas, hallábase aquel día don Francisco Torquemada en felicísima disposición de ánimo, despejada la cabeza, claros los sentidos y expeditas todas las facultades, pues al salir del tenebroso sopor en que le sumergió durante la tarde y noche la travesurilla alcohólica del almuerzo de boda, maldito si se acordó de lo que había dicho y hecho en aquellas horas de turbación insana, y así no tenía por qué avergonzarse de nada. No hizo Cruz la menor alusión a cosas tan desagradables, y él se desvivía por mostrarse galán y obsequioso con ella, accediendo a cuantas observaciones le hizo referentes al ré-

gimen y gobierno de la casa. La ilustre dama, con habilidad suma, no tocaba aún con su blanda mano reformadora más que la superficie, reservándose el fondo para más adelante. Naturalmente, coincidió con esta situación del ánimo torquemadesco un recrudecimiento de palabras finas, toda la adquisición de los últimos días empleada vertiginosamente, cual si temiera que los términos y frases que no tenían un uso inmediato se le habían de escapar de la memoria. Entre otras cosillas, dijo que sólo defendía a Romualda *bajo el aspecto de la fidelidad*; pero no *bajo ningún otro aspecto*. El *nuevo orden de cosas* merecía su *beneplácito*. Y no temiera su cuñada que él, fingiendo acceder, se opusiera luego con *maquiavelismos* impropios de su carácter. Eso sí: convenía que él se enterase de lo que ella dispusiera, para que no resultaran órdenes contradictorias, porque a él, ¡cuidado!, no le gustaba *barrenar las leyes*, ni barrenar nada, vamos... Cierto que la casa no tenía aspecto de casa de señores; faltaban en ella no pocos elementos; pero su hermana política, *dechado* de inteligencia y de buen gusto, etc., había venido a *llenar un vacío*... Todo *proyecto que ella abrigase* se lo debía manifestar a él, y se discutiría *ampliamente*, aunque él, *previamente*, lo aceptaba... *en principio*.

En esto llamaron. Era Donoso con Rafael. Cruz recibió a éste en sus brazos, haciéndole muchas caricias. El ciego no dijo nada, y se dejó llevar hacia adentro, de sala en sala. Al oír la voz de Fidela, que alegremente charlaba con Rufinita, el señorito del Aguila se estremeció.

—Ya está mejor... Va saliendo, hijo, va saliendo adelante—le dijo la primogénita—. ¡Qué susto nos ha dado!

Y Quevedito, con sinceridad y buena fe, se adelantó a dar su opinión en esta forma:

—Si no ha sido nada. Un enfriamiento... poca cosa. Está bien, perfectamente bien. Por pura precaución no la he mandado levantarse.

En la puerta de la alcoba matrimonial, Torquemada, frotándose las manos una contra otra con aire de satisfacción, calzado ya con elegantes zapatillas que acababan de traerle de la tienda, dió al ciego la bienvenida, para lo cual le vino de perilla la última frase bonita que había aprendido:

—¡Ah!—exclamó—, *el bello ideal*... ¡Al fin, Rafael!... Toda la familia reunida..., *¡el bello ideal!*...

La Magdalena (Santander), octubre de 1893.

FIN DE
"TORQUEMADA EN LA CRUZ"

TORQUEMADA EN EL PURGATORIO

(1894)

PRIMERA PARTE

I

CUENTA el licenciado Juan de Madrid, cronista tan diligente como malicioso de los *Dichos y hechos de don Francisco Torquemada,* que no menos de seis meses tardó Cruz del Aguila en restablecer en su casa el esplendor de otros días, y en rodearse de sociedad honesta y grata, demostrando en esto, como en todas las cosas, su consumada discreción, para que no se dijera, ¡cuidado!, que pasaba con famélica prontitud de la miseria lacerante al buen comer y al visiteo alegre. Disiente de esta opinión otro cronista no menos grave, el *Arcipreste Florián,* autor de la *Selva de comilonas y laberinto de tertulias,* que fija en el día de Reyes la primera comida de etiqueta que dieron las ilustres damas en su domicilio de la calle de Silva. Pero bien pudiera ser esto error de fecha, disculpable en quien a tan distintos comedores tenía que asistir por ley de su oficio, en el espacio de sol a sol. Y vemos corroborada la primera opinión en los eruditísimos *Avisos del arte culinario,* del Maestro López de Buenafuente, el cual, tratando de un novísimo estilo de poner las perdices, sostiene que por primera vez se sacó a manteles este guisado en una cena que dieron los nobles señores de Torquemada, a los diez días del mes de febrero del año tal de la reparación cristiana. No menos escrupuloso en las referencias históricas se muestra el *Cachidiablo* que firma las *Premáticas* del buen vestir, quien relatando unas suntuosas fiestas en la casa y jardines de los señores marqueses de Real Armada, el día de Nuestra Señora de las Candelas, afirma que Fidela Torquemada lucía elegante atavío de color de orejones a medio pasar, con encajes de Bruselas. Por esta y otras noticias, tomadas en las mejores fuentes de información, se puede asegurar que hasta los seis meses largos de la boda no empezaron las Aguilas a remontar su vuelo fuera del estrecho espacio a que su mísera suerte por tanto tiempo las había reducido.

Ni se necesita compulsar prolijamente los tratadistas más autorizados de cosas de salones para adquirir la certidumbre de que las señoras del Aguila permanecieron algún tiempo en la oscuridad, como avergonzadas, después de su cambio de fortuna. *Mieles* no las cita hasta muy entrado marzo, y el *Pajecillo* las nombra por primera vez enumerando las mesas de petitorio en Jueves Santo, en una de las más *aristocráticas iglesias* de esta corte. Para encontrar noticias claras de épocas más próximas al casamiento, hay que recurrir al ya citado Juan de Madrid, uno de los más activos y al propio tiempo más guasones historiógrafos de la vida elegante, hombre tan incansable en el comer como en el describir opulentas mesas y saraos espléndidos. Llevaba el tal un centón en que apuntando iba todas las frases y modos de hablar que oía a don Francisco Torquemada (con quien trabó amistad por Donoso y el marqués de Taramundi), y señalaba con gran escrúpulo de fechas los progresos del transformado usurero en el arte de la conversación. Por los papeles del licen-

ciado sabemos que desde noviembre decía don Francisco a cada momento: *Así se escribe la historia, Velis nolis, La ola revolucionaria* y *Seamos justos.* Estas formas retóricas, absolutamente corrientes, las afeaba un mes después con nuevas adquisiciones de frases y términos no depurados, como *reasumiendo, insulas, en el actual momento histórico* y el *maquiavelismo,* aplicado a cosas que nada tenían de maquiavélicas. Hacia fin de año se daba lustre el hombre corrigiendo con lima segura desatinos usados anteriormente, pues observaba y aprendía con pasmosa asimilación todo lo bueno que le entraba por los oídos, adquiriendo conceptos muy peregrinos, como: *No tengo inconveniente en declarar..., Me atengo a la lógica de los hechos.* Y si bien es cierto que la falta de principios, como observa juiciosamente el licenciado, le hacía meter la pata cuando mejor iba discurriendo, también lo es que su aplicación y el cuidado que ponía al apropiarse las formas locutorias le llevaron en poco tiempo a realizar verdaderas maravillas gramaticales, y a no hacer mal papel en tertulia de personas finas, algunas superiores a él por el conocimiento y la educación, pero que no le superaban en garbo para sostener cualquier manoseado tema de controversia, *al alcance,* como él decía, *de las inteligencias más vulgares.*

Es punto incontrovertible que dejó pasar Cruz todo septiembre y parte de octubre sin proponer a su hermano político reforma alguna en la disposición arquitectónica de la casa; pero llegó un día en que con toda la suavidad del mundo, sabiendo que ponía las primeras paralelas para un asedio formidable, lanzó la idea de derribar dos tabiques, con objeto de ampliar la sala, haciéndola salón, y el comedor, *comedorón...* Esta palabra empleó don Francisco, amenizándola con burlas y cuchufletas; mas no se acobardó la dama, que al punto, con chispeante ingenio, hubo de contestar a su cuñado en esta forma:

—No digo yo que seamos príncipes ni sostengo que nuestra casa sea el *regio alcázar,* como usted dice. Pero la modestia no quita a la comodidad, señor don Francisco. Paso porque el comedor sea hoy por hoy de capacidad suficiente. Pero ¿me garantiza usted que lo será mañana?

—Si la familia aumentara, como *tenemos derecho a esperar,* no digo que no. Venga más comedor, y yo seré el primero en agrandarlo cuando sea menester. Pero la sala...

—La sala es simplemente absurda. Anoche, cuando se juntaron los de Taramundi con los de Real Armada, y sus amigos de usted el bolsista y el cambiante de moneda, estábamos allí como sardinas en banasta. Inquieta y sofocadísima, yo aguardaba el momento en que alguno tuviera que sentarse sobre las rodillas de otro. A usted le parecerá que esta estrechez es decorosa para un hombre a cuya casa vienen personas de la mejor sociedad. Por mí, ¿qué me importa? No deseo más que vivir en un rincón, sin más trato que el de dos o tres amigas íntimas... Pero usted, un hombre como usted, llamado a...

II

—¿Llamado a qué?—preguntó Torquemada, manteniendo ante su boca, sin catarlo, el bizcocho mojado en chocolate, con lo cual dicho se está que en aquel momento se desayunaba—. ¿Llamado a qué?—volvió a decir, viendo que Cruz, sonriente, esquivaba la respuesta.

—No digo nada, ni perderé el tiempo en demostrar lo que está bien a la vista, la insuficiencia de esta habitación—manifestó la dama, que, al dar vueltas alrededor de la ovalada mesa, afectaba no hallar fácil paso entre el aparador y la silla ocupada por don Francisco—. Usted, como dueño de la casa, hará lo que guste. El día en que tengamos un convidado, que bien podríamos tenerlo para corresponder a las finezas que otros gastan con nosotros, quien dice un convidado, dice dos o cuatro..., pues ese día tendré yo que comer en la cocina... No, no reírse. Ya sale usted con su tema de siempre: que exagero, que yo...

—Es usted la *exageración personificada*—replicó el avaro, engulléndose otro bizcocho—. Y como yo *blasono* de ser el justo medio *personificado,* pongo todas las cosas en su lugar, y rebato sus argumentos por lo que toca al actual momento histórico. Mañana no digo...

—Lo que se ha de hacer mañana de

prisa y corriendo, debe hacerse hoy, despacio—dijo la dama, apoyando las manos en la mesa, a punto que el don Francisco acababa de desayunarse. Ya sabía ella por dónde iba a salir en la réplica, y le esperó tranquila, con semblante de risueña confianza.

—Mire usted, Crucita... Desde que me casé vengo *realizando...*, sí, ésa es la palabra, realizando *una serie de transacciones*. Usted me propuso reformas que se daban de cachetes con mis costumbres de toda la vida, por ejemplo... Pero ¿a qué poner ejemplos ni verbigracias? Ello es que mi cuñada proponía y yo trinaba. Al fin he transigido porque, como dice muy bien nuestro amigo Donoso, vivir es transigir. He aceptado un poquito de lo que se me proponía, y usted cedía un *ápice*, o dos *ápices*, de sus pretensiones... El justo medio, *vulgo* prudencia. No dirán las señoras del Aguila que no he procurado hacerles el gusto, desmintiéndome, como quien dice. Por tener contenta a mi querida esposa y a usted, me privo de venir a comer en mangas de camisa, lo que era muy de mi gusto en días de calor. Se empeñaron después en traerme una cocinera de doce duros. ¡Qué barbaridad! ¡Ni que fuéramos arzobispos! Pues transigí con admitir la que tenemos, ocho durazos, que si es verdad nos hace primores, bien pagada estaría con cien reales. Para que mi señora y la hermana de mi señora no me alboroten, he dejado de comer salpicón a última hora de la noche, antes de acostarme, porque, lo reconozco, no está bien que vaya delante de mí el olor de cebolla, abriéndome camino como un batidor. Y *reasumiendo:* he transigido también con el lacayito ese para recados y limpiarme la ropa, aunque, a decir verdad, días hay en que para evitarle reprimendas al pobre chico, no sólo me limpio yo mi ropa, sino también la suya. Pero, en fin, pase el chaval de los botones, que, si no me equivoco, no presta servicios en consonancia con lo que consume. Yo lo observo todo, señora mía; suelo darme una vuelta por la cocina cuando está comiendo la servidumbre, *vulgo* criados, y he visto que ese ángel de Dios se traga la ración de siete; amén del mal tercio que hace a la familia levantando de cascos a las criadas de casa y a las de toda la vecindad. En fin, ustedes lo quieren, sea. *Adopto esta actitud* para que no digan que soy la *intransigencia personificada*, y para cargarme de razón ahora, negándome, como me niego, al derribo de tabiques, *etcétera...*, que eso de estropear la finca va contra la lógica, contra el sentido común y contra la conveniencia de *propios y extraños*.

Contestóle Cruz con gracejo, afectando sumisión a la primera autoridad de la familia, y se dirigió a la alcoba de su hermana, que no dejaba el lecho hasta más tarde. Ambas charlaron alegremente de la misma materia, conviniendo en que aquello, y aún más, se conseguiría de don Francisco, esperando la ocasión favorable, como habían podido observar en el tiempo que llevaban de convivencia. Torquemada, después de darse un buen atracón de *La Correspondencia* de la mañana, se fué al lado de su esposa, periódico en mano, pisando con suavidad para evitar el ruido y ladeándose la gorra de seda negra para rascarse el cráneo. No tardó Cruz en acudir a despertar al ciego y llevarle el desayuno, y quedó el matrimonio solo, acostada ella, él paseándose en la alcoba.

—Y ¿qué tal?—le preguntó don Francisco con cariño no afectado—. ¿Te sientes hoy más fuerte?

—Me parece que sí.

—Probarás a dar un paseíto a pie... Yo, si te empeñas en darlo en coche, no me opongo, ¡cuidado! Pero más te conviene salir *de infantería*, con tu hermana.

—A patita saldremos...—replicó la esposa—. Iremos a casa de las de Taramundi, y para la vuelta, ellas nos traerán en su berlina. De este modo te ahorras tú ese gasto.

Torquemada no chistó. Siempre que se entablaban discusiones sobre reformas que desnivelaran el bien estudiado presupuesto de don Francisco, Fidela se ponía de parte de él, bien porque anhelara cumplir fielmente la ley de armonía matrimonial, bien porque con femenil instinto, y casi sin saber lo que hacía, cultivara la fuerza en el campo de su propia debilidad, cediendo para triunfar, y retirándose para vencer. Esto es lo más probable, y casi por seguro lo da el historiador, añadiendo que no había sombra de malicia premeditada en aquella estrategia, obra pura de la naturaleza femenina y de la situación en que la joven del Aguila se encontraba. A los tres me-

ses de matrimonio no se había disipado en ella la impresión de los primeros días, esto es, que su nuevo estado era una liberación, un feliz término de la opresora miseria y humillante oscuridad de aquellos años maldecidos. Casada, podía vestirse con decencia y asearse conforme a su educación, comer cuantas golosinas se le antojaran, salir de paseo, ver alguna función de teatro, tener amigas y disfrutar aquellos bienes de la vida que menos afectan al orden espiritual. Porque lo primero, después de tan larga pobreza y ahogos, era respirar, nutrirse, restablecer las funciones animales y vegetativas. El contento del cambio de medio, favorable para la vida orgánica y un poco para la social, no le permitía ver los vacíos que aquel matrimonio pudiera determinar en su alma, vacíos que incipientes existían ya, como las cavernas pulmonares del tuberculoso, que apenas hacen padecer cuando empiezan a formarse. Debe añadirse que Fidela, con el largo padecer en los mejores años de su vida, todo lo que había ganado en sutilezas de imaginación habíalo perdido en delicadeza y sensibilidad, y no se hallaba en disposición de apreciar exactamente la barbarie y prosaísmo de su cónyuge. Su linfatismo le permitía soportar lo que para otro temperamento habría sido insoportable, y su epidermis, en apariencia finísima, no era *por dentro* completamente sensible a la ruda costra del que, por compañero de vida, casa y lecho, le había dado la sociedad de acuerdo con la Santa Iglesia. Cierto que a ratos creía enterarse vagamente de aquellos vacíos o cavernas que dentro se le criaban; pero no hacía caso, o movida de un instinto reparador (y va de instintos) defendíase de aquella molestia premonitoria, ¿con qué creeréis?, con el mimo. Haciéndose más mimosa de lo que realmente era, fomentando en sí hábitos y remilgos infantiles, en lo cual no hacía más que aceptar los procedimientos de su hermana y de su marido, se curaba en salud de todo aquel mal probable y posible de los vacíos. Era, pues, de casada, más golosa y caprichuda que de soltera; hacía muecas de niño llorón; enredaba, variando de sitio las cosas fáciles de transportar; entretenía las horas con afectaciones de pereza que agrandaban su ingénita debilidad; afectaba también un cierto desdén de todo lo práctico y horror a los trajines duros de la casa; extremaba el aseo hasta lo increíble, eternizándose en su tocador; ansiaba los perfumes, que eran una nueva golosina, no menos apetecida que los bombones con agridulce; gustaba de que su marido la tratase con extremados cariños, y ella le llamaba a él *su borriquito*, pasándole la mano por el lomo como a un perrazo doméstico, y diciéndole:

—*Tor, Tor*..., aquí..., fuera..., ven..., la pata..., ¡dame la pata!

Y don Francisco, por llevarle el genio, le daba la mano, que para aquellos casos (y para otros muchos) era pata, recibiendo el hombre muchísimo gusto de tan caprichoso estilo de afecto matrimonial. Aquella mañana no ocurrió nada de esto; charlaron un rato, encareciendo ambos las delicias del pasear a pie, y por fin Fidela le dijo:

—Por mí no necesitas poner coche. No faltaba más. ¡Ese gasto por evitarme un poquito de cansancio!... No, no, no lo pienses. Ahora, por ti, ya es otra cosa. No está bien que vayas a la Bolsa en clase de peatón. Desmereces, cree que desmereces entre los hombres de negocios. Y no lo digo yo, lo dice mi hermana, que sabe más que tú...; lo dice también Donoso. No me gusta que piensen de ti cosas malas, ni que te llamen cominero. Yo me paso muy bien sin ese lujo; tú no puedes pasarte, porque, en realidad, no es lujo, sino necesidad. Hay cosas que son como el pan...

Don Francisco no pudo contestarle porque le avisaron que le esperaba en su despacho el agente de Bolsa, y allá se fué presuroso, revolviendo en su caletre estas o parecidas ideas: "¡El condenado cochecito! Al fin habrá que *echarlo... velis nolis*. No es idea, no, de esa pastaflora de mi mujer, que jamás discurre nada tocante al aumento de gastos. La otra, la *dominanta*, es la que quiere andar sobre ruedas. Ni qué falta me hace a mí ese armatoste, que..., ahora que me acuerdo..., se llama también *vehículo*. ¡Ah, si yo pudiera gastarlo sin que esa despótica de Cruz lo catara!... Pero no, ¡ñales!, tiene que ser para todos, y mi mujer la primera, sobre cojines muy blandos para que no se me estropee, *máxime* si hay sucesión... Porque, aunque nada han dicho, yo, *atento a la lógica del fenómeno*, me digo: sucesión tenemos."

III

¡Qué cosas hace Dios! En todo tenía una suerte loca aquel indino de Torquemada, y no ponía mano en ningún negocio que no le saliese como una seda, con limpias y seguras ganancias, como si se hubiese pasado la vida sembrando beneficios y quisiera la divina Providencia recompensarle con largueza. ¿Por qué le favorecía la fortuna, habiendo sido tan viles sus medios de enriquecerse? ¿Y qué Providencia es ésta que así entiende *la lógica del fenómeno,* como por cosa muy distinta decía el avaro? Cualquiera desentraña la relación misteriosa de la vida moral con la financiera o de los negocios, y esto de que las corrientes vayan a fecundar los suelos áridos en que no crece ni puede crecer la flor del bien. De aquí que la muchedumbre honrada y pobre crea que el dinero es loco; de aquí que la santa religión, confundida ante la monstruosa iniquidad con que se distribuye y encasilla el metal acuñado, y no sabiendo cómo consolarnos, nos consuela con el desprecio de las riquezas, que es para muchos consuelo de tontos. En fin, sépase que la previsora amistad del buen Donoso había rodeado a don Francisco de personas honradísimas que le ayudaran en el aumento de sus caudales. El agente de Bolsa, de quien era comitente para la compra y venta de títulos, reunía a su pasmosa diligencia la probidad más acrisolada. Otros correveidiles que le proporcionaban descuentos de pagarés, pignoraciones de valores y negocios mil, sobre cuya limpieza nadie se habría atrevido a poner la mano en el fuego, eran de lo mejorcito de la clase. Verdad que ellos, con su buen olfato mercantil, comprendieron desde el primer día que a Torquemada no se le engañaba fácilmente, y en esto tal vez se afirmaba el cimiento de su moralidad; al paso que don Francisco, hombre de grandísima perspicacia para aquellos tratos, les calaba los pensamientos antes que los revelara la palabra. De este conocimiento recíproco, de esta compenetración de las voluntades, resultaba el acuerdo perfecto entre compinches y el pingüe fruto de las operaciones. Y aquí nos encontramos con un hecho que viene a dar explicación a las monstruosas dádivas de la suerte loca, y al contrasentido de que se enriquezcan los pillos. No hay que hablar tanto de la ciega fortuna ni creer la pamplina de que ésta va y viene con los ojos vendados... ¡Invención del simbolismo cursi! No es eso, no. Ni se debe admitir que la Providencia protegiera a Torquemada para hacer rabiar a tanto honrado sentimental y pobretón. Era..., las cosas claras; era que don Francisco poseía un talento de primer orden para los negocios, aptitud incubada en treinta años de aprendizaje usurario a la menuda, y desarrollada después en más amplio terreno y en esfera vastísima. La educación de aquel talento había sido dura, en medio de privaciones y luchas horrendas con la Humanidad precaria, de donde sacó el conocimiento profundísimo de las personas bajo el aspecto exclusivo de tener o no tener la paciencia, la apreciación clara del tanto por ciento, la limadura tenaz y el cálculo exquisito de la oportunidad. Estas cualidades, aplicadas luego a operaciones de mucha cuenta, se sutilizaron y adquirieron desarrollo formidable, como observaron Donoso y los demás amigos pudientes que se fueron agregando a la tertulia.

Reconocíanle todos por un hombre sin cultura, ordinario y a veces brutalmente egoísta; pero al propio tiempo veían en él un magistral golpe de vista para los negocios, un tino segurísimo que le daba incontestable autoridad, de suerte que teniéndose todos por gente de más valía en la vida general, en aquella rama especialísima del *toma* y *daca* bajaban la cabeza ante el bárbaro, y le oían como a un padre de la iglesia... crematística. Ruiz Ochoa, los sobrinos de Arnaiz y otros que por Donoso se fueron introduciendo en la casa de la calle de Silva, platicaban con el prestamista aparentando superioridad, pero realmente espiaban sus pensamientos para apropiárselos. Eran ellos los pastores y Torquemada el cerdo que, olfateando la tierra, descubría las escondidas trufas, y allí donde le veían hocicar, negocio seguro.

Pues, como digo, fué don Francisco a su despacho, donde estuvo como un cuarto de hora dando instrucciones al agente de Bolsa, y volvió luego a engolfarse en los periódicos de la mañana, lectura que le interesaba en aquella época, ofreciéndole verdaderas revelaciones en el orden intelectual y abriendo horizontes inmensos ante su vista, hasta entonces fija en

objetos situados no más allá de sus narices. Leía con mediano interés todo lo de política, viendo en ella, como es común en hombres aferrados a los negocios, no más que una comedia inútil, sin más objeto que proporcionar medro y satisfacciones de vanidad a unos cuantos centenares de personas; leía con profunda atención los telegramas porque todas aquellas cosas que en el extranjero pasaban parecíanle de más fuste que las de por acá, y porque los nombres de Gladstone, Goschen, Salisbury, Crispi, Caprivi, Bismarck, le sonaban a grande, revelando una raza de personajes de más circunstancias que los nuestros; se detenía con delectación en el relato de sucesos del día, crímenes, palos, escenas de amor y venganza, fugas de presos, escalos, entierros y funerales de personas de viso, estafas, descarrilamientos, inundaciones, etc. Así se enteraba de todo, y de paso aprendía *cláusulas* nuevas y elegantes para irlas soltando en la conversación.

Por lo que pasaba como gato sobre ascuas era por los artículos pertinentes a cosa de literatura y arte, porque allí sí que le estorbaba lo negro; es decir, que no entendía palotada ni le entraba en la cabeza la razón de que tales monsergas se escribieran. Pero como veía que todo el mundo, en la conversación corriente, daba efectiva importancia a tales asuntos, él no decía jamás cosa alguna en descrédito de tales artes liberales. Eso sí, a discreto no le ganaba nadie en *el nuevo orden de cosas*, y tenía el don inapreciable del silencio siempre que se tratara de algún asunto en que se sentía lego. Tan sólo daba su asentimiento con monosílabos, dejando adivinar una inteligencia reconcentrada, que no quiere prodigarse. Para él, hasta entonces, *artistas* eran los barberos, albañiles, cajistas de imprenta y maestros de obra prima; y cuando vió que entre gente culta sólo eran verdaderos artistas los músicos y danzantes, y algo también los que hacen versos y pintan monigotes, hizo mental propósito de enterarse detenidamente de todo aquel *fregado*, para poder decir algo que le permitiera pasar por hombre de luces. Porque su amor propio se fortalecía de hora en hora, y le sublevaba la idea de que le tuvieran por un ganso; de donde resultó que últimamente dió en aplicarse a la lectura de los artículos de crítica que traían los periódicos, procurando sacar jugo de ellos, y sin duda habría pescado algo si no tropezara a cada instante con multitud de términos cuyo sentido se le indigestaba.

—¡Ñales!—decía en cierta ocasión—, ¿qué querrá decir esto de *clásico?* ¡Vaya unos términos que se traen estos señores! Porque yo he oído decir el *clásico* puchero, la *clásica* mantilla; pero no se me alcanza que lo clásico, hablando de versos o de comedias, tenga nada que ver con los garbanzos ni con los encajes de Almagro. Es que estos tíos que nos sueltan aquí tales *infundios* sobre el más o el menos de las cosas de literatura, hablan siempre en figurado, y el demonio que los entienda... Pues y esto del *romanticismo*, ¿qué será? ¿Con qué se come esto? También quisiera yo que me explicaran la *emoción estética*, aunque me figuro que es como darle a uno un soponcio. ¿Y qué significa *realismo*, que aquí no es cosa del rey, ni Cristo que lo fundó?

Por nada de este mundo se aventuraba a exponer sus dudas ante la autoridad de su esposa o cuñada, pues temía que se le rieran en sus barbas, como una vez que le tentó el demonio, hallándose en una gran confusión, y fué y les dijo:

—¿Qué significa *secreciones?*

¡Dios, qué risas, qué chacota y qué sofoco le hicieron pasar con sus *insulas* de personas ilustradas!

Interrumpió la lectura para ir al cuarto de su mujer, resuelto a ponerla en planta, pues Quevedito recomendaba que se combatiese en ella la pereza, favorecedora de su linfatismo; y cuando iba por el pasillo oyó voces un poco alteradas que de la estancia próxima al salón venían. Era aquélla la habitación que ocupaba el ciego; y como a éste, comúnmente, no se le oía en la casa una palabra más alta que otra, siendo tal su laconismo que parecía haber perdido, con el de la vista, el uso de la palabra, alarmóse un tanto don Francisco y aplicó su oído a la puerta. Mayor que su alarma fué su asombro al sentir al ciego riendo con gran efusión, y ello debía de ser por motivo impertinente, pues su hermana le reprendía con severidad, elevando el tono de su indignación tanto como él el de sus risotadas. No pudo el tacaño comprender de qué demonios provenía júbi-

lo tan estrepitoso, porque el tal Rafaelito, desde la boda, no se reía ni por muestra, y su cara era un puro responso, siempre mirando para su interior y oyéndose de orejas adentro. Torquemada se retiró de la puerta, diciendo para sí: "Con buen humor amanece hoy el caballero de la Chancla y gran duque de la Birria... Más vale así. Téngale Dios contento y habrá paz."

IV

Es el caso que aquella mañana, al entrar Cruz en el cuarto de su hermano con el desayuno, no sólo le encontró despierto, sino sentado en el lecho, pronto a vestirse solo, como hombre a quien llaman fuera de casa negocios urgentes.

—Dame, dame pronto mi ropa—dijo a su hermana—. ¿Te parece que es hora ésta de empezar el día cuando lo menos hace seis horas que ha salido el sol?

—¿Tú qué sabes cuándo sale y cuándo entra el sol?

—¿Pues no he de saberlo? Oigo cantar los gallos... Y que no faltan gallos en esta vecindad. Yo mido el tiempo por esos relojes de la Naturaleza, más seguros que los que hacen los hombres, y que siempre van atrasados. Y para asegurarme más, pongo atención a los carros de la mañana, a los pregones de verduleras y ropavejeros, al afilador, al alcarreño de la miel, y, por oírlo todo, oigo cuando echan el periódico por debajo de la puerta.

—¿De modo que no has dormido la mañana?—preguntóle su hermana con tierna solicitud, acariciándole—. Eso no me gusta, Rafael. Ya van muchos días así... ¿Para qué espoleas tu imaginación en las horas que debes dedicar al descanso? Tiempo tienes, de día, de hacer tus cálculos y entretenerte con los acertijos que a ti mismo te propones.

—Cada uno vive a la hora que puede —replicó el ciego, volviendo a echarse en la cama, pero sin intenciones de recobrar el sueño perdido—. Yo vivo conmigo a solas, en el silencio de la mañana oscura, mejor que con vosotras en el ruido de la tarde, entre visitas que me aburren y algún relincho del búfalo salvaje que anda por ahí.

—Ea, ya empiezas—indicó la dama, amostazándose—. A desayunarse pronto. La debilidad te desvanece un poquito la cabeza y te la desmoraliza, insubordinando los malos pensamientos y reprimiendo los buenos. ¿Qué tal la figura? Tómate tu chocolatito y verás cómo te vuelves humano, indulgente y razonable..., y desaparece de tu cabeza la cólera vil, la injusticia y el odio a personas que no te han hecho ningún daño.

—Bueno, hija, bueno—dijo el ciego, incorporándose de nuevo y empezando a reír—. Venga ese chocolate que, según tú, restablecerá en mi cabeza la disciplina militar, digo, intelectual. Es gracioso.

—¿Por qué te ríes?

—Toma, porque estoy contento.

—¿Contento tú?

—¿Ahora salimos con eso? ¡Pues, hija!... Cuatro meses hace que me estáis sermoneando por mi tristeza, porque no hablo, porque no me entran ganas de reír, porque no me divierto con las mil farsas que inventáis para distraerme. Vamos, que me tenéis loco... "Rafael, ríete; Rafael, ponte de buen humor." Y ahora que la alegría me retoza en el alma y me sale por ojos y boca, me riñes. ¿En qué quedamos?

—Yo no te riño. Me sorprendo de esa alegría desenfrenada, que no es natural, Rafael; vamos, que no es verdadera alegría.

—Yo te juro que sí; que en este momento me siento feliz, que me gustaría verte reír conmigo.

—Pues dime la causa de esa alegría. ¿Es alguna idea original, algo que has pensado?... ¿O te ríes mecánicamente nada más?

—¡Mecánicamente! No, hija de mi alma. La alegría no es una cosa a la cual se da cuerda, como a los relojes. La alegría nace en el alma y se nos manifiesta por esta vibración de los músculos del rostro, por esta..., no sé cómo decirlo... Vaya, me tomaré el chocolate para que no te enfades...

—Pero contén la risa un momentito y no me tengas aquí con la bandeja en una mano y la rebanada de pan en otra...

—Sí; reconozco que es conveniente alimentarse; más que conveniente, necesario. ¿Ves? Ya no me río... ¿Ves? Ya como. De veras que tengo apetito... Pues..., querida hermana, la alegría es una bendición de Dios. Cuando nace de nosotros mismos, es que algún ángel se

aposenta en nuestro interior. Generalmente, después de una noche de insomnio, nos levantamos con un humor del diablo. ¿Por qué me pasa a mí lo contrario no habiendo pegado los ojos?... Tú no entiendes esto ni lo entenderás si yo no te lo explico. Estoy alegre porque... Antes debo decirte que paso mis madrugadas calculando las probabilidades del porvenir, entretenimiento muy divertido... ¿Ves? Ya he concluído el chocolate. Ahora venga el vaso de leche... Riquísima... Bueno, pues para calcular el porvenir, cojo yo las figuras humanas, cojo los hechos pasados, los coloco en el tablero, los hago avanzar conforme a las leyes de la lógica...

—Hijo mío, ¿quieres hacerme el favor de no marearte con esas simplezas?—dijo la dama, asustada de aquel desbarajuste cerebral—. Veo que no se te debe dejar solo ni aun de noche. Es preciso que te acompañe siempre una persona, que en las horas de insomnio te hable, te entretenga, te cuente cuentos...

—Tonta, más que tonta. Si nadie me entretiene como yo mismo, y no hay, no puede haber cuentos más salados que los que yo me cuento a mí propio. ¿Quieres oír uno? Verás. En un reino muy distante, éranse dos pobres hormigas, hermanas... Vivían en un agujerito...

—Cállate; me incomodan tus cuentos... Será preciso que yo te acompañe de noche, aunque no duerma.

—Me ayudarías a calcular el porvenir, y cuando llegáramos al descubrimiento de verdades tan graciosas como las que yo he descubierto esta noche, nos reiríamos juntos. No, no te enfades porque me ría. Me sale de muy adentro este gozo para que pueda contenerlo. Cuando uno ríe fuerte, se saltan las lágrimas, y como yo nunca lloro, tengo en mí una cantidad de llanto que ya lo quisieran más de cuatro para un día de duelo... Deja, deja que me ría mucho, porque si no reviento.

—Basta, Rafael—dijo la dama, creyendo que debía mostrar severidad—. Pareces un niño. ¿Acaso te burlas de mí?

—Debiera burlarme, pero no me burlo. Te quiero, te respeto, porque eres mi hermana y te interesas por mí; y aunque has hecho cosas que no son de mi agrado, reconozco que no eres mala, y te compadezco...; sí, no te rías tú ahora...; te compadezco porque sé que Dios te ha de castigar, que has de padecer horriblemente.

—¿Yo? ¡Dios mío!—exclamó la noble dama con súbito espanto.

—Porque la lógica es lógica, y lo que tú has hecho tendrá su merecido, no en la otra vida, sino en ésta, pues no siendo bastante mala para irte al infierno, aquí, aquí has de purgar tus culpas.

—¡Ay! Tú no estás bueno. ¡Pobrecito mío!... ¡Yo culpas, yo castigada por Dios!... Ya vuelves a tu tema. La mártir, la esclava del deber, la que ha luchado como leona para defenderos de la miseria, castigada..., ¿por qué?, por una buena obra. ¿Ha dicho Dios que es malo hacer el bien y librar de la muerte a las criaturas?... ¡Bah!... Ya no te ríes... ¡Qué serio te has puesto!... Es que una razón mía basta para hacerte recobrar la tuya.

—Me he puesto serio porque pienso ahora una cosa muy triste. Pero dejémosla... Volviendo a lo que hablábamos antes y al motivo de mi risa, tengo que advertirte que ya no me oirás vituperar a tu ilustre cuñado, no digo mío, porque mío no lo es. No pronunciaré contra él palabra ninguna ofensiva, porque como su pan, comemos su pan, y sería indigno que le insultáramos después que nos mantiene el pico. Los infames somos nosotros, yo más que tú, porque me las echaba de inflexible y de mantenedor caballeresco de la dignidad; pero, al fin, ¡qué oprobio!, disculpándome con mi ceguera, he concluído por aceptar del marido de mi hermana la hospitalidad y esta bazofia que me dais, y la llamo bazofia con perdón de la cocinera, porque sólo moralmente, ¿entiendes?, moralmente, es la comida de esta casa como la sopa boba que en un caldero, del tamaño de hoy y mañana, se da a los pobres mendigos a la puerta de los conventos... Conque ya ves... No le vitupero, y cuando me reía, no me reía de él ni de sus gansadas, que tú vas corrigiendo para que no te ponga en ridículo..., porque ese hombre acabará por hablar como las personas; de tal modo se aplica y atiende a tus enseñanzas; digo que no me río de él, ni tampoco de ti, sino de mí, de mí mismo... Y ahora me entra la risa otra vez: sujétame... Bueno, pues me río a mis anchas, y riéndome te aseguro que he calado el porvenir..., y veo claro como la luz del alma, única que a

mí me alumbra; veo que transigiendo, transigiendo y abandonándome a los hechos, sacerdote de la santa inercia, acabaré por conformarme con la opulencia infamante de esta vida, por hacer mangas y capirotes de la dignidad... Si esto no es cómico, altamente cómico, es que la gracia ha huído de nuestro planeta. ¡Yo conforme con esta deshonra, yo viéndoos en tanta vileza y creyéndola no sólo irremediable, sino hasta natural y necesaria! ¡Yo vencido al fin de la costumbre y hecho a la envenenada atmósfera que respiráis vosotras! Confiésame, querida hermana, que esto es para morirse de risa, y si conmigo no te alegras ahora, será porque tu alma es insensible al humorismo, entendido en su verdadera acepción, no en la que le dió tu cuñadito el otro día, cuando se quejaba del mucho *humorismo de la chimenea*.

Llegaron a su punto culminante las risotadas en esta parte de la escena, y en tal momento fué cuando Torquemada oyó desde fuera el alboroto.

V

—No se te puede tolerar que hables de esa manera—dijo la hermana mayor, disimulando la zozobra que aquel descompuesto reír iba levantando en su alma—. Nunca he visto en ti ese humor de chacota, ni esas payasadas de mal gusto, Rafael. No te conozco.

—De algún modo se había de revelar en mí la metamorfosis de toda la familia. Tú te has transformado por lo serio, yo por lo festivo. Al fin seremos todos grotescos, más grotescos que él, pues tu conseguirás retocarle y darle barniz... Pues sí, me levantaré; dame mi ropa... Digo que la sociedad concluirá por ver en él un hombre de cierto mérito, un tipo de esos que llaman *serios*, y en nosotros, unos pobres cursis, que por hambre hacen el mamarracho.

—No sé cómo te oigo... Debiera darte azotes como a un niño mañoso... Toma, vístete; lávate con agua fría para que se te despeje la cabeza.

—A eso voy—replicó el ciego, ya en pie y disponiéndose a refrescar su cráneo en la jofaina—. Y puesto que no tiene ya remedio, hay que aceptar los hechos consumados, y meternos hasta el cuello en la inmundicia que tú..., vamos, que la fatalidad nos ha traído a casa. Ya ves que no me río, aunque ganas no me faltan... Te hablaré seriamente, contra lo que pide lo jocoso del asunto... Y de esto dan fe las inflexiones de sátira que se notan...; ¿no las has notado?...; que se notan, digo, en el acento de todas las personas que han vuelto a entablar amistad con nosotros, después del paréntesis de desgracia.

—Yo no he notado eso—afirmó Cruz resueltamente—; y no hay tal sátira más que en tu descarriada imaginación.

—Es que a ti te deslumbran los destellos de esta opulencia de similor, y no ves la verdad de la opinión social. Yo, ciego, la veo mejor que tú. En fin, déjame que me fregotee un poco la cara y la cabeza, y te diré una cosa que ha de pasmarte.

—Lo mejor sería que te callaras, Rafael, y no me enloquecieras juzgando de un modo tan absurdo los hechos más naturales de la vida... Toma la toalla. Sécate bien... Ahora te sientas, y te peinaré.

—Pues quería decirte... Se me ha despejado la cabeza; pero es el caso que ahora me retoza otra vez la risa, y necesito contenerme para no estallar... Quería decirte que cuando se pierde la vergüenza, como la hemos perdido nosotros...

—¡Rafael, por amor de Dios!...

—Digo que lo mejor es perderla toda de una vez, arrancarse del alma ese estorbo y afrontar a cara descubierta el hecho infamante... Cuando más, debe usarse en la cara el colorete de las buenas formas, una vez perdido el santo rubor que distingue las personas dignas de las que no lo son...—conteniendo la risa—. Tú, autora de todo esto, debes ir ya hasta el fin. No te detengas a medio éxito. Fuera escrúpulos, fuera delicadezas que ya resultarían afectadas. ¿No has conseguido aún que el amo os dé coche para salir publicando por calles y paseos la venta que habéis hecho de...? ¡Oh! No me tires del pelo. Me haces daño.

—Es que me pones nerviosa. ¡Pobre ser delicado y enfermo, a quien no se puede aplicar el correctivo de una azotaina!

—Decía que la venta... Bueno: retiro la palabra. ¡Ay!... Ello es que ha-

rás muy bien en sonsacarle el gasto del coche. El otro, mascando las palabras finas con las ordinarias, tascará el freno que tú le pones con tu talento y tu autoridad. A cambio de la representación social con que alimentas su orgullo de pavo...; no digo de pavo real, sino de pavo común, de ese que por Navidad se engorda con nueces enteras..., a cambio de la representación social, él te dará cuanto le pidas, renegando, eso sí, porque tiene la avaricia metida en los huesos y en el alma; pero cederá como tú sepas trastearlo, y ¡vaya si sabes! Y conseguirás el abono en el Real y en la Comedia, y las reuniones y comidas en determinados días de la semana. Hartaos de riqueza, de lujo, de vanidad, de toda esa bazofia que ha venido a sustituir el regalo fino de los sentimientos puros y nobles. ¡Que os pague en lo que valéis, que no descanse en sus arcas una sola peseta de las que continuamente trae a ellas el negocio, sucio como alma de condenado! Apenas entre la santa peseta, escamoteadla vosotras para gastarla en trapos, comistrajos, diversiones públicas y privadas, objetos artísticos, muebles de lujo. Duro con él, a ver si revienta y os quedáis dueñas de todo, que ésa sería vuestra jugada.

—Rafael, ya no más—dijo la dama, vibrando de cólera—. He oído tus disparates con mi santa paciencia; pero ésta se agota ya. Tú la crees inagotable; por eso abusas... Pero no lo es, no lo es. Ya no puedo acompañarte más. Pinto acabará de vestirte...—llamando—. Pinto..., chiquillo... ¿Qué haces?

Acudió al instante el lacayito, cargado de ropa, que el sastre acababa de traer.

—Estaba recogiendo el traje nuevo del señorito Rafael. El sastre dice que quiere vérselo puesto.

—Pues que pase—a Rafael—. Ya tienes entretenimiento para un rato. Volveré a verte vestido, y como alguna prenda no te esté bien, se le devuelve para que la reforme—al sastre—. Pase usted, Balboa... Hay que probar todo. Ya sabe usted que este caballero es muy escrupuloso y exigente para la ropa. Conserva el sentido del buen corte y del ajuste, como si pudiera apreciarlos por la vista—a Pinto—. Anda, ¿qué haces? Quítale el pantalón.

—Sí, señor Vasco Núñez de Balboa —dijo Rafael, tocado otra vez de su jocosidad nerviosa—. Ma basta ponerme una prenda para conocer por el tacto, por el roce de la tela, hasta las menores imperfecciones de la hechura. Conque... a mí no me traiga usted chapucerías fiándose de mi ceguera. Venga el pantalón... Y, a propósito, amigo Balboa: mi hermana y yo hablábamos ahora... ¿Se ha ido mi hermana?

—Aquí estoy, hombre... Ese pantalón me parece que va muy bien.

—No está mal. Pues decía que necesito más trapo, señor Balboa. Otro terno de entretiempo, un gabán como el que lleva Morentín, ¿sabe usted?, y tres o cuatro pantalones de verano, ligeros. ¿Qué dice mi señora hermana?

—¿Yo? Nada.

—Me pareció que protestabas de esta pasión mía de la ropa buena y abundante... Pues te digo que algo me ha de tocar a mí del cambio de fortuna... Y te digo más: quiero un frac... ¿Que para qué lo necesito? Yo me entiendo. Necesito un frac.

—¡Jesús!

—Ya lo sabe usted, Vasco Núñez... ¿Se ha ido mi hermana?

—Aquí estoy..., y está conmigo toda mi paciencia.

—Me alegro mucho. La mía se ha evaporado, llevándose otra cosa que no quiero nombrar. Y en el hueco que dejó se ha metido un ardiente apetito de los bienes materiales... No tengo la culpa de ello ni soy yo quien ha traído a casa esta desmoralización mansa. Maestro, el frac prontito... Y tú, hermana querida... Pero ¿se ha ido...?

—Ahora, sí... Se fué la señora—indicó tímidamente el sastre—, y me parece que un poquitín incomodada con usted.

Y era verdad que salió del cuarto la dama, no sólo por librarse de aquel suplicio, sino porque suponía con algún fundamento que su presencia era lo que excitaba más al desdichado joven. Allá le dejó con Pinto y el sastre todo el tiempo que duraron las probaturas y el quita y pon de ropa. A la hora de almorzar, volvió don Francisco de la calle y sorprendió a su cuñada con los ojos encendidos, suspirona y triste.

—¿Qué hay, qué ocurre?—le preguntó, alarmadísimo.

—Esto nos faltaba... Le aseguro a usted, amigo mío, que Dios quiere some-

terme a pruebas demasiado duras... Rafael está enfermo, muy enfermo.

—Pues si esta mañana se reía como un descosido.

—Precisamente..., ése es el síntoma.

—¡Reírse..., síntoma de enfermedad! Vaya, que cada día descubre uno cosas raras en este *nuevo régimen* a que ustedes me han traído. Siempre he visto que el enfermo lloraba, bien porque le dolía algo, bien por falta de respiración, o por no poder romper por alguna parte... Pero que los enfermos se desternillen de risa es lo único que me quedaba que ver.

—Lo mejor—indicó Fidela, ocupando su asiento en la mesa y mirando con sereno y apacible rostro a su marido—será llamar a un médico especialista en enfermedades nerviosas... Y cuanto más pronto, mejor...

—¡Especialista! —exclamó Torquemada, perdiendo repentinamente el apetito—. Es decir, un medicazo de mucha fanfarria, que después de dejar a tu hermano peor que estaba, ponga unos *emolumentos* que nos partan por el eje.

—No podemos consentir que tome cuerpo esa neurosis—dijo Cruz, ocupando su sitio.

—¿Esa qué...? ¡Ah! Ya, neurosis *paparruchosis*... Mire usted, Cruz, lo que no haga mi yerno, no lo hará ningún facultativo de esos que se dan importancia desvalijando al género humano, después de llenar de cadáveres nuestros *clásicos* cementerios.

—No te pongas cargante, querido Tor —arguyó Fidela con dulzura—. Hay que llamar a un especialista, dos especialistas aunque sean tres.

—Con uno basta—manifestó Cruz.

—No, mejor será traer acá un rebaño de doctores—agregó don Francisco, recobrando el apetito—. Y luego que acaben de recetar, nos iremos todos a los asilos de El Pardo.

—Es usted la misma exageración, señor mío—díjole Cruz festivamente.

—Y usted el maquiavelismo en persona, o personificado... Y, entre paréntesis, señoras mías, esa cocinera de ocho duros será la octava maravilla; pero a mí no me la da. Estos riñones me saben a quemado.

—Si están riquísimos.

—Mejor los ponía Romualda, a quien despidieron ustedes porque se peinaba en la cocina... En fin, me resigno a este orden de cosas, y transigiremos...

—Transacción—dijo Fidela, pasando la mano por el hombro de su marido—. En vez de llamar los tres especialistas...

—¿Tres nada menos? Di más bien las tres plagas de Faraón, y la langosta médico-farmacéutica.

—Pues en vez de llamar al especialista, llevamos a Rafael a París para que le vea Charcot.

VI

—¿Y quién es ese peine?—preguntó Torquemada cuando hubo tragado el pedazo de carne que, al oír *Charcot,* se le atravesó sin querer pasar ni para arriba ni para abajo.

—No es peine. Es el primer sabio de Europa en enfermedades cerebrales.

—Pues yo—afirmó el tacaño, dando un golpe en la mesa con el mango del tenedor—, yo, yo le digo al primer sabio de Europa que se vaya a freír espárragos..., y que si quiere enfermos ricos, que vaya a recetarle a la gran puerquísima de su madre.

—¡Hombre, qué cosas dices...!—manifestó Fidela con dulce severidad y blando mimo—. Francisco, por Dios... Mira, tontín, con el viaje a París matamos dos pájaros de un tiro.

—No, si yo no quiero matar pájaros de un tiro, ni de dos.

—Llevamos a Rafael a que le vea Charcot.

—Si no hiciera más que verle... Pues con mandarle el retrato...

—Digo que curaremos a Rafael, y de paso verás tú a París, que no lo has visto.

—Ni falta que me hace.

—¿Que no? Te parece que no es desairado tener que decir, cuando se habla de grandes poblaciones: "Pues, señores, yo no he visto más que Madrid... y Villafranca del Bierzo"?... No te hagas el zafio, que no lo eres. ¡París! Si tú lo vieras se ensancharía el círculo de tus ideas.

—*El círculo de mis ideas*—dijo Torquemada, recogiendo con avidez la frase, que le pareció bonita y quedó encasillada en su archivo de locuciones—no es ninguna manga estrecha para que nadie me la ensanche. Cada uno en su círculo, y Dios en el de todos.

—Y una vez en París—añadió la esposa, con ganas de trastear dulcemente a su marido—, no nos volveríamos sin dar una vueltecita por Bélgica, o por el Rin.

—Sí, para vueltecitas estamos...

—Si es baratísimo... Y también nos llegaríamos a Suiza.

—Sí, y a las Ventas de Alcorcón.

—O haríamos la excursión del Palatinado bávaro, de Baden y la Selva Negra.

—Sí, y la de la selva blanca; y luego nos llegaremos al Polo Norte y a la Patagonia, y volveríamos a casa por la Osa Mayor. Y al llegar aquí yo tendría que pedir un jornal en las obras del Ayuntamiento para mantener a la familia, o una plaza de Orden Público...

Las dos damas celebraron con francas risas esta ocurrencia, y Cruz puso fin a la contienda del modo más razonable:

—Esto del viaje es una broma de Fidela, para asustarle a usted, don Francisco. No necesitamos acudir a Charcot. ¡Buenos están los tiempos para gastos de viaje y consultas con eminencias europeas! Lo que Rafael necesita principalmente es distracción, tomar mucho el aire, pasear lejos del infernal bullicio de estas calles...

—Vamos, hablando en plata, señora mía, eso es otro memorial para el coche. Al fin, tendré que apencar con el *vehículo.*

—Pero si no hemos dicho nada de vehículo—observó Fidela entre veras y bromas.

—¡Pasear lejos!... Sí, se va a curar Rafael con el zarandeo de la berlina... Bueno..., a correrla, y no paréis hasta Móstoles.

—El coche—dijo Cruz con el tono de autoridad que no admitía réplica las pocas veces que lo empleaba, mayormente si iba acompañado de la vibración del labio—debe ponerle usted, y lo pondrá, yo se lo aseguro, no por nosotras ni por nuestro hermano, que bien enseñados estamos a andar a pie, sino por usted, señor don Francisco Torquemada. Es indecoroso que ande hecho un azacán por esas calles un hombre de su crédito y de su respetabilidad.

—¡Ah!... ¡Ah!... Amiga mía—exclamó don Francisco en voz muy alta y en tono que tanto tenía de festivo como de airado—. No me engatusa usted a mí con ese jabón que quiere darme. *Seamos justos:* yo soy un hombre humilde, no una *entidad,* como usted dice. Fuera *entidades* y biblias... Con esa mónita, lo que hace usted es *dar pábulo* a los gastos. Yo no *doy pábulo* más que a la economía, y por eso tengo un pedazo de pan. Pero con la actitud que ustedes toman, pronto tendremos que pedirlo prestado, y no te quiero decir... ¡Deudas en mi casa!... ¡Oh! Nunca... Si viene la bancarrota, *vulgo* miseria, usted, Crucita de mi alma, tiene la culpa... ¡Conque coche! Pues habrá coche, no para mí, que sé ganar la santísima rosca andando en el de San Francisco, mi patrono, sino para ustedes, a fin de que se den todo el pisto compatible con su nueva *entidad*...

—Pero yo no he pedido...

—¿Cómo no? ¡Si parece que le hizo la boca un fraile! ¡Si no hay día que no me traiga una socaliña! Tirar tabiques, derribarme media finca para hacer salones... Que si la modista, que si el sastre, que si el tapicero, que si el almacenista, que si la Biblia en pasta... Pues ahora, con eso de que el hermanito tiene ganas de reír, voy yo a tener que llorar, y lloraremos todos. Ya estoy viendo una *serie no interrumpida* de antojos, y *por ende* de nuevos gastos. Que es preciso distraerle; y como le gusta tanto la música, tendremos que traer aquí la orquesta del teatro Real, y al zángano aquel que con una varita les señala el golpe de lo que han de tocar —risas—. Que hay que traer un facultativo. Pues venga todo San Carlos, y lluevan honorarios... Que hay que convidar a Juan, Pedro y Diego, los amigotes que vienen a darle tertulia, poetas los unos, danzantes los otros. Pues allá te van doce o catorce cubiertos, y la mar de platos extraordinarios para que saquen el vientre de mal año esos... *pará*...

Se le atravesó la palabra, que, como de adquisición reciente, no podía ser pronunciada sin cierta precaución y estudio.

—*Parásitos*—le dijo Fidela—. Sí que lo son algunos. Pero no hay más remedio que convidarlos alguna vez, para que no vayan por ahí hablando de si en esta casa hay o no hay tacañería.

—Nuestras relaciones—afirmó Cruz—no dicen eso. Son personas distinguidísimas.

—No pongo en duda su *distinguiduría*—asentó Torquemada—; pero *profeso el principio* de que cada *quisque* debe

comer en su casa. ¿Voy yo a comer a casa de nadie?

—Hay que confesar, señor maridito —le dijo Fidela, pasándole la mano por el lomo—, que hoy estás graciosísimo. Si yo no quiero que gastes; si no nos hace falta coche, ni lujo, ni bambolla... Guarda, guarda tus ahorritos, bribón... ¿Sabes lo que dijo anoche Ruiz Ochoa? Que en un mes habías ganado treinta y tres mil duros.

—¡Qué barbaridad!—exclamó el usurero, levantándose impaciente después de probar el café—. Lo diría en broma. Y con esas cuchufletas *da pábulo*..., sí, *pábulo,* a vuestras ideas exageradas sobre lo que yo tengo. En fin, me voy por no incomodarme. *Reasumiendo:* es preciso economizar. La economía es la religión del pobre. Guardaremos *el óbolo*; que nadie sabe lo que vendrá el día de mañana, y cosas podrán venir que exijan este y el otro y todos los óbolos del mundo.

Metióse gruñendo en su despacho, cogió sombrero y bastón, que era, por más señas, con puño de asta de ciervo bruñida por el uso, y se marchó a la calle, a *evacuar* sus negocios. Hasta más allá de la Puerta del Sol le fueron burbujeando en el magín las ideas de la viva disputa con su esposa y cuñada, y seguía disparando contra ellas una dialéctica irresistible:

—Porque no me sacarán ustedes, con todo su *maquiavelismo,* del sistema de gastar sólo una parte mínima, *considerablemente mínima,* de lo que se gana. ¡Ya!... Como ustedes no tienen que discurrir para traerlo a casa, no saben lo que cuesta... Sólo me correría más de lo acordado en caso de sucesión... Eso sí, la sucesión merece cualquier dispendio *considerable.* Por eso me decía Valentinico anoche, cuando me quedé dormido en mi cuarto, caldeada la cabeza de tanto afilar el reverendo guarismo... Me decía, dice: "Papá, no sueltes un cuarto hasta que no sepas si nazco o no nazco... Esas bribonas de Aguilas me están engañando..., que hoy, que mañana, y así no puedo estar... Un pie en la eternidad y otro pie en la vida esa..., vamos, que esto cansa..., duele todo el cuerpo, o toda el alma; que si el alma no tiene huesos, tiene coyunturas..., y sin tener carne ni tendones, tiene cosquillas, y sin tener sangre, tiene fiebre, y sin tener piel, tiene gana de rascarse."

VII

Casi todo el día lo pasaron las dos hermanas procurando normalizar el destemplado meollo de Rafael, para lo cual corregían la palabra descompuesta con la palabra juiciosa, y la incongruente risa con la seriedad razonable y amena. Fidela pudo más que Cruz, por disponer de más paciencia y dulzura, y tener sobre su hermano cierto poder sugestivo, cuyo origen ignoraba, conociendo muy bien sus efectos. A la caída de la tarde, hallándose las dos cansadas de la lucha, aunque satisfechas del buen resultado, pues Rafael hablaba ya con más sentido, les llegó un refuerzo que ambas agradecieron mucho, y gozosas salieron a saludarle:

—Hola, Morentín, gracias a Dios...

—Pero ¡qué caro se vende usted!

—Adelante. No sé las veces que éste ha preguntado hoy por usted.

Erase un galancete como de treinta y tres años, guapo, de hermosura un tanto empalagosa, barba rubia, ojos rasgados, cabellera espesa anunciando ya precoz calvicie, regular estatura, y vestir atildado y correctísimo. Después de saludar a las dos damas con el desembarazo de un trato frecuente, fué a sentarse junto al ciego, y dándole un palmetazo en la rodilla, le dijo:

—Hola, perdido, ¿qué tal?

—Hoy comerá usted con nosotros... No, si no se admiten excusas. No venga usted ya con sus trapacerías de siempre.

—Me esperan en casa de la tía Clarita.

—Pues la tía Clarita que se fastidie. ¡Qué egoísmo el suyo! No, no le soltamos a usted. Proteste todo lo que quiera, y vaya haciendo acopio de resignación.

—Mandaremos un recado a Clarita —indicó Fidela, conciliando las opiniones—; se le dirá que le hemos secuestrado.

—Bueno. Y añadan en el recadito que ustedes toman sobre sí la responsabilidad de mi falta. Y si hay chillería...

—Nosotras contestaremos con otra chillería mayor.

—Convenido.

Pepe Serrano Morentín había sido, en otros tiempos, el inseparable amigo de Rafael y su compañero de estudios desde la Universidad; y si en la época terrible, aquella amistad pareció extinguida, y apenas, de higos a brevas, se veían los dos muchachos y refrescaban con cariñosa efusión los recuerdos estudiantiles, fué porque las Aguilas esquivaban toda visita, ocultándose en su triste y solitario albergue, como si creyeran rendir tributo, con la ausencia de todo testigo, a la dignidad de su miseria. El cambio material de existencia abrió las puertas del escondrijo; y de cuantas amistades lentamente se restablecieran entonces por mediación de Donoso, de Ruiz Ochoa o de Taramundi, ninguna era tan grata al pobre ciego como la de su caro Morentín, que sabía llevarle el genio mejor que nadie, y despertar en él simpatía muy honda en medio de la indiferencia o desdén que hacia todo el género humano sentía.

Conocedoras Fidela y Cruz de esta preferencia, o más bien absoluto imperio de Morentín en la voluntad del pobre ciego, vieron aquel día en su visita una providencial aparición. Y como sabían que Rafael gustaba de platicar holgadamente con su amigo, referirle sus tristezas, provocarle a discusiones en que el humorismo se enredaba con la psicología más sutil, corriéndose a veces a terreno un tanto escabroso, determinaron, después de los cumplidos de rúbrica, dejarlos solos, que así descansaban ellas de la guardia, y el ciego estaría más a gusto

—Querido Pepe—le dijo Rafael, haciéndole sentar a su lado—, no sabes con cuánta oportunidad vienes. Deseo consultarte una cosa..., una idea, que ayer apuntó en mí, y hoy, en el momento que entraste, cuando oí tu voz, ¡ay!, me hirió la mente, así como si entrara de golpe, dándose de cabezadas con todas las demás ideas que hay en el cerebro, y espantándolas y dispersándolas..., no te lo puedo explicar.

—Comprendido.

—¿A ti te acomete alguna idea en esta forma y con esta insolencia?...

—Ya lo creo.

—No: en ti entran con el capuchón de la hipocresía. No sabes que están dentro hasta que se descubren la cara y alzan la voz. Morentín, hoy voy a hablarte de un asunto muy delicado.

—¿Muy delicado?

Al decir esto, el amigo de la casa sintió un súbito golpetazo hacia la región cardíaca, como de aviso, como de alarma, como de lo que en lenguaje truhanesco se designa con el feo vocablo de *escama*. Conviene ahora más que nunca dar alguna noticia de este Morentín y registrarle y filiarle con la mayor exactitud posible.

Era el tal soltero, plebeyo por parte de padre, aristócrata por la materna, socialmente mestizo, como casi toda la generación que corre; bien educado, bien avenido con el estado presente de la sociedad, que su proporcionada riqueza le hacía ver como el mejor de los mundos posibles; satisfecho de haber nacido guapo y de poseer algunas cualidades de las que generalmente no excitan envidia; sin bastante inteligencia para sentir las atracciones dolorosas de un ideal, sin bastante rudeza de espíritu para desconocer los placeres intelectuales; privado de las grandes satisfacciones del orgullo triunfante, pero también de las tristezas del ambicioso que no llega nunca; hombre que no poseía en alto grado ni virtudes ni vicios, pues no era un santo, ni tampoco un perdido, y se conceptuaba dichoso viviendo cómodamente de sus rentas, representando un distrito rural de los más dóciles, disfrutando de preciosa libertad y de un buen caballo inglés para pasearse. Bienquisto de todo el mundo, pero sin despertar en nadie un cariño muy vivo, veíase libre de toda pasión ardiente, pues ni siquiera la pasión política sintió nunca, y aunque afiliado al partido canovista, reconocía que lo mismo lo estaría en el sagastino, si a él le hubiera llevado el acaso; ni conocía tampoco la pasión viva por ningún arte, ni por el *sport*, pues aunque cabalgaba dos o tres horas cada días, jamás le inflamó el entusiasmo hípico, ni el delirio del juego, ni el de las mujeres, fuera de un cierto grado que no llega al drama ni traspasa los límites de un discreto desvarío, elegante y urbano. Era hombre, en fin, muy de su época, o de sus días, informado espiritualmente de una vulgaridad sobredorada, con docena y media de ideas corrientes, de esas que parecen venir de la fá-

brica, en paquetitos clasificados, sujetos con un elástico.

Fama de juicioso gozaba Morentín, como que no desentonó jamás en lo que podríamos llamar la social orquesta, ni contrajo deudas, ni dió escándalos, salvo algún duelo de los de ritual, con arañazo, acta y almuerzo; ni sintió nunca alegrías hondas, ni decaimientos aplanantes, tomando de todas las cosas lo que fácilmente podía extraer de ellas para su particular provecho, sin arriesgar la tranquilidad de su existencia. Respetaba la fe religiosa sin tenerla, y no poseyendo a fondo ninguna rama del saber, sobre todas sabía dar una opinión aceptable, siempre dentro del criterio circunstancial o de moda. Y en cuanto a moral, si Morentín defendía en público y en privado las buenas costumbres, no por eso se hallaba libre de la relajación mansa que apenas sienten los mismos que en ella viven.

Era uno de esos casos, no muy raros por cierto, del contento del vivir, pues poseía moderada riqueza, pasaba justamente por ilustrado, y su trato era muy agradable a todo el mundo, particularmente a las señoras. Colmaba su ambición el ser diputado, simplemente por lucir la investidura, sin pretensiones de carrera política ni de fama oratoria. Si se ofrecía hablar como individuo de cualquier Comisión, hablaba, y bien, sin arrebatar, pero cumpliendo discretamente. Bastábanle a su orgullo los oropeles del cargo. Por último, su ambición en el terreno afectivo se cifraba en que le quisiera una mujer casada; si esta mujer era dama, miel sobre hojuelas. Pero sus aspiraciones se detenían en la línea del escándalo, pues esto sí que no le hacía maldita gracia, y todo iba bien, y él muy a gusto en el machito, hasta que apuntaba el drama. Dramas, ni por pienso; los aborrecía en la vida real lo mismo que en el teatro, y cuando desde su butaca veía que lloraban, o que blandían puñales, ya estaba el hombre nervioso, con ganas de salir y pedirle al revendedor que le devolviera el dinero. Pues para que nada le faltase, hasta aquella vanidad de adúltero templado y sin catástrofe se le había satisfecho al pícaro, y nada tenía que ambicionar ya ni que pedir a Dios... o a quien se pidan estas cosas.

VIII

—Sí, de un asunto delicadísimo... y muy grave—repitió el ciego—. Ante todo, ¿mis hermanas no andan por aquí?

—No, hombre; estamos solos.

—Asómate a la puerta, a ver si en el pasillo...

—No hay nadie. Puedes hablar todo lo que quieras.

—Desde anoche pienso en ello... ¡Cuánto deseaba que vinieras!... Y esta mañana, la rabia que sentía, el miedo y la tristeza, se me manifestaron en una risa estúpida, que alarmó a mi hermana. No estaba loco, no, ni lo estaré nunca. Es que me reía, como deben de reírse los condenados por burlones de mala ley. Su suplicio ha de consistir en que los diablos les hagan cosquillas con cepillos de alambres al rojo.

—¡Eh..., qué tontería! ¿Ya empiezas?

—Bueno, bueno; no te enfades... Quiero preguntarte una cosa. Pero mira, Pepe: has de prometerme ser conmigo de una sinceridad y una lealtad a prueba de vergüenzas. Me has de prometer contestarme a lo que te pregunte, como contestarías a tu confesor, si es que lo tienes, o a Dios mismo, si Dios quisiera explorar tu conciencia, fingiendo que la desconoce.

—Patético estás. Habla de una vez, que en verdad me pones el alma en un hilo. ¿Qué es ello?

—Apuesto a que te lo figuras.

—¿Yo? Ni remotamente.

—¿Y me prometes también no enfadarte, aunque te diga... cosas demasiado fuertes, de esas que si espantan oídas por ti, más deben espantar pronunciadas por esta boca mía?

—Vamos..., que hoy estás de buen temple—replicó Morentín, disimulando su desasosiego—. Porque al fin, ya lo estoy viendo, vas a salir con alguna humorada...

—Ya lo verás. La cuestión es tan grave, que no me lanzo a formularla sin una miajita de preámbulo. Allá va: José Serrano Morentín, representante del país, propietario, paseante en corte y *sportman*, dime: en el momento presente, ¿cómo está la sociedad en punto a moralidad y buenas costumbres?

Rompió a reír el buen amigo, seguro ya de que Rafael, como otras veces, después de anunciar aparatosamente una

cuestión peliaguda, salía con cualquier cuchufleta.

—No te rías, no. Ya te irás convenciendo de que esto no es broma. Te pregunto si en el tiempo en que yo he vivido apartado del mundo, dentro de este calabozo de mi ceguera, adonde apenas llegan destellos de la vida social, han variado las costumbres privadas y las ideas de hombres y mujeres sobre el honor, la fidelidad conyugal, etcétera. Me figuro que no hay variación. ¿Acierto? Sí. Porque en mi tiempo, que también es el tuyo, allá cuando tú y yo andábamos por el mundo, divirtiéndonos todo lo que podíamos, las ideas sobre puntos graves de moral eran bastante anárquicas. Ya recordarás que tú y yo, y todos nuestros amigos, no pecábamos de escrupulosos, ni de rigoristas, y que el matrimonio no nos imponía ningún respeto. Es esto verdad, ¿sí o no?

—Es verdad—replicó Morentín, que había vuelto a escamarse—. Pero ¿a qué viene eso? El mundo siempre es el mismo. Antes que nosotros hubo jóvenes de dudosa virtud, y en nuestro tiempo no nos cuidamos de mejorar las costumbres. La juventud es juventud, y la moral sigue siendo la moral, a pesar de las transgresiones que se cometen con la intención o con el hecho.

—A eso voy. Pero nuestros tiempos creo que excedían en depravaciones a los anteriores y a los que vinieron después. Yo recuerdo que creíamos como artículo de fe, pues el pecado tiene también dogmas impuestos por la frivolidad y el vicio..., creíamos que era nuestra obligación hacer el amor a toda mujer casada que por delante nos caía...; creíamos usar de un derecho inherente a nuestra juventud rozagante, y que el matrimonio que perturbábamos..., casi casi debía agradecérnoslo... No te rías, Pepe; mira que esto es muy serio, pero muy serio.

—Como que va parando en sermón. Querido Rafael, yo te aseguro que si estuviéramos en aquel momento histórico, como diría quien yo me sé, tu santa palabra obraría prodigios sobre las conciencias de tanto perdulario. Pero, chico, el mundo ha variado mucho, y ahora tenemos tanta moralidad, que las picardías conyugales han venido a ser un mito.

—No es verdad eso. Ahora, como antes, los hombres, sobre todo si están entre la juventud y la madurez, profesan los principios más contrarios a la buena organización de la familia. Hoy, por ejemplo, ha de correr muy válido entre los perdidos como tú el principio..., lo llamo principio para expresar mejor la fuerza que tiene..., el principio de que la mujer unida por vínculo indisoluble a un hombre viejo, feo, antipático, grosero, avaro y brutal, está autorizada para consolarse de su desgracia... con un amante.

—Hombre, ni antes ni ahora se ha creído eso.

—Autorizada, sí, por esa moral de circunstancias que profesáis los hombres de mundo, ley que os permite dar bulas para deshonrar, para robar y cometer mil infamias. No me lo niegues. Hay indulgencias, revestidas de lástima piadosa, para la mujer que se halla en la situación que he dicho, quizá sacrificada a intereses de familia...

—Pero ¿a qué viene todo eso, Rafael? —dijo Morentín, ya receloso y sobresaltado, deseando cortar a todo trance una cuestión que le iba resultando muy desagradable—. Hablemos de cosas más amenas, más oportunas, no traídas por los cabellos, ni...

—¡Oh! Ninguna más oportuna que ésta—gritó Rafael, que si hasta entonces había hablado con serenidad, ya comenzaba a encalabrinarse, inquieto de manos y pies, balbuciente de palabra, como que iba llegando al punto que quemaba—. No necesito buscar ejemplos, ni teorizar tontamente, porque la triste realidad me da la razón. Voy a tratar de un hecho, Pepe, y ahora necesito de toda tu sinceridad y de todo tu valor.

—Hombre, ¿quieres irte a donde fué el padre Padilla?—dijo Morentín sulfurado, como queriendo ahogar la cuestión—. He venido aquí a pasar un rato agradable contigo, no a discurrir sobre abstracciones quiméricas.

—Qué..., ¿te vas?—levantándose.

—No, estoy aquí—deteniéndole.

—Un momento más, un momento, y luego te dejo en paz. Me sentaré otra vez. Hazme el favor de ver si andan por ahí mis hermanas.

—Que no... Pero podrían venir...

—Pues antes que vengan, te digo que una lógica inflexible, la lógica de la vida real, que hace derivar un hecho de otro hecho, como el hijo se deriva de la

madre, y el fruto de la flor, y ésta del árbol, y el árbol de la simiente...; esa lógica, digo, contra la cual nada puede nuestra imaginación, me ha revelado que mi infeliz hermana... ¡Triste cosa es descubrir estas realidades vergonzosas dentro de nuestra propia familia; pero es más triste desconocerlas estúpidamente!... Soy ciego de vista, pero no de entendimiento. Con los ojos de la lógica veo más que nadie, y les añado el lente de la experiencia para ver más... Pues he visto, ¿cómo lo diré?, he visto que a mi pobre hermana la coge de medio a medio aquel principio, llamémoslo así, y que alentada por la indulgencia social, se permite...

—¡Calla! ¡Esto no se puede tolerar! —exclamó Morentín furioso, o hablando como si lo estuviera—. ¡Injurias infamemente a tu hermana!... Pero ¿has perdido el juicio?

—No lo he perdido. Aquí lo tengo, y bien seguro... Dime la verdad..., confiésalo... Ten grandeza de alma.

—¿Qué he de confesarte yo, desdichado, ni qué sé yo de tus locuras?... Déjame, déjame. No puedo estar contigo, ni acompañarte, ni oírte.

—Ven acá, ven acá...—dijo el ciego, asiéndole el brazo, y apretando con tan nerviosa fuerza, que sus dedos parecían tenazas.

—Basta de tonterías, Rafael... ¿Qué delirio es éste?—forcejeando—. Te digo que me sueltes.

—No te suelto, no—apretando más—. Ven acá... Pues me levanto yo también, y me llevarás pegado a ti como tu remordimiento... ¡Farsante, libertino, oye, quiero decírtelo en tu cara, pues no tienes tú valor para confesarlo!...

—¡Majadero, lunático!... ¿Yo...? ¿Qué dices?

—Que mi hermana... No lo repito; no...

—Un amante..., ¡qué sandez!

—Sí, sí, y ese amante eres tú. No me lo niegues. Si te conozco. Si sé tus mañas, tu relajación, tu hipocresía. Amores ilícitos, siempre que no se llegue al escándalo...

—Rafael, no me irrites... No quiero ser severo contigo. Merecías...

—Confiésalo, ten grandeza de alma.

—No puedo confesarte lo que es invención de tu mente enferma... Vamos, Rafael, suéltame...

—Pues confiésamelo.

Enlazados brazo con brazo, jadeantes y enardecidos los dos, Rafael queriendo atenazar a su amigo con nerviosa fuerza, el otro defendiéndose sin gran vigor por no provocar una escena ruidosa, por fin pudo más Morentín, obligando al ciego a caer rendido en el sillón, y sujetándole para que no braceara.

—Eres un malvado... y no tienes el valor de tu crimen—dijo Rafael con voz ahogada, sin poder respirar—. Confiesa, por Dios...

—Yo te juro, te juro, Rafael—replicó el otro, suavizando la voz cuanto podía—, que has pensado y dicho una tremenda impostura...

—Es verdad, por lo menos en la intención...

—Ni en la intención ni en nada... Cálmate. Me parece que vienen tus hermanas.

—¡Dios mío! ¡Lo veo tan claro, tan claro...!

Por grande que fué la cautela de Morentín, no pudo impedir que algún eco de la reyerta llegase al oído vigilante de Cruz, la cual acudió presurosa, y al entrar hubo de comprender, por la palidez de los rostros y el habla balbuciente que entre los dos cariñosos amigos había surgido alguna desavenencia, y el motivo era sin duda de verdadera gravedad, pues uno y otro, cuando disputaban de filosofía, o de música, o de cría caballar, no perdían su serenidad ni el acento de broma mesurada y de buen tono.

—Nada, no es nada — dijo Morentín, respondiendo al asombro y a las preguntas de la dama—. Es que éste tiene unas cosas...

—¡Es más terco este Pepito!...—murmuró Rafael en tono de niño mimoso—. ¡No querer confesarme...!

—¿Qué?

—Por Dios, Cruz, no haga usted caso —replicó el amigo, recobrándose en un momento, y componiendo voz, modales y rostro—. Si es una tontería... Pero ¿usted creyó que nos habíamos incomodado?

Miraba Cruz a uno y otro, sin poder adivinar con todo su talento el carácter de la disputa.

—Como si lo viera. Tanto furor por la música de Wagner, o por las novelas de Zola.

—No era eso.

—¿Pues qué? Necesito saberlo—a Ra-

fael, pasándole la mano por la cabeza y sentándole el pelo—. Si tú no me lo dices, me lo dirá Pepe.

—No, lo que es éste no ha de decírtelo...

—Figúrese usted, Cruz, que me ha llamado hipócrita, libertino, y qué sé yo qué. Pero no le guardo rencor. Me enfadé un poquito por..., vamos, por nada. No se hable más del asunto.

—Yo sostengo todo lo que dije—afirmó Rafael.

—Y yo te juro, y vuelvo a jurarte una y cien veces, que no soy culpable.

—¿De qué?

—Del delito de lesa nación—repuso desahogadamente Morentín, armando la mentira con gentil travesura—. Se empeña éste en que yo soy cómplice..., fíjese usted, Cruz, cómplice nada menos de los que han dado la razón al Quirinal contra el Vaticano en la cuestión de competencia entre las dos Embajadas. Que traigan el *Diario de las Sesiones*... ¡Ah! Que vaya Pinto a buscarlo a casa. Allí se verá que he suscrito el voto particular. El jefe dejó libre la cuestión, y yo, naturalmente...

—Podías haber empezado por ahí—contestó el ciego, aceptando la fórmula de engaño.

—Siempre he pensado lo mismo. *Vaticano for ever.*

No muy satisfecha de la explicación, y el ánimo agobiado de recelos y aprensiones, retiróse la dama, y fué tras ella Morentín, confirmando lo dicho. Pero ni aun con esto se tranquilizó, y no cesaba de presagiar nuevas complicaciones y desastres.

IX

Al anochecer, encendidas las luces, Serrano Morentín buscaba junto a Fidela, en el gabinete de ésta, la compensación de la horrorosa tarde que su amigo le había dado. Bien se merecía, después de aquel martirio, el goce de un ratito de conversación con la señora de Torquemada, afable con él como con todo el mundo, mujer que poseía, entre otros encantos, el de un cierto mimo infantil o candoroso abandono de la voluntad, que armonizaba muy bien con su delicada figura, con su rostro de porcelana descolorida y transparente.

—¿Qué me ha mandado usted aquí? —dijo, desenvolviendo un paquete de libros que había recibido por la mañana.

—Pues véalo usted. Es lo único que hay por ahora. Novelas francesas y españolas. Lee usted muy aprisa, y para tenerla bien surtida será preciso triplicar la producción del género en España y en Francia.

En efecto, su ingénita afición a las golosinas tomaba en el orden espiritual la forma de gusto de las novelas. Después de casada, sin tener ninguna ocupación en el hogar doméstico, pues su hermana y esposo la querían absolutamente holgazana, se redobló su antigua querencia de la lectura narrativa. Leía todo, lo bueno y lo malo, sin hacer distinciones muy radicales, devorando lo mismo las obras de enredo que las analíticas, pasionales o de caracteres. Leía velozmente, a veces interpretando con fugaz mirada páginas y más páginas, sin que dejara de recoger toda la sustancia de lo que contenían. Comúnmente se enteraba del desenlace antes de llegar al fin, y si éste no le ofrecía en su tramitación alguna novedad, no terminaba el libro. Lo más extraño de su ardiente afición era que dividía en dos campos absolutamente distintos la vida real y la novela; es decir, que las novelas, aun las de estructura naturalista, constituían un mundo figurado, convencional, obra de los forjadores de cosas supuestas, mentirosas y fantásticas, sin que por eso dejaran de ser bonitas alguna vez, y de parecerse remotamente a la verdad. Entre las novelas que más tiraban a lo verdadero y la verdad de la vida, veía siempre Fidela un abismo. Hablando de esto un día con Morentín, el cual, por su cultura, en cierto modo profesional, oficiaba de oráculo allí donde no había quien le superase, sostuvo la dama una tesis que el oráculo celebró como idea crítica de primer orden.

—Así como en pintura—había dicho ella—no debe haber más que retratos, y todo lo que no sea retratos es pintura secundaria, en literatura no debe haber más que memorias, es decir, relaciones de lo que le ha pasado al que escribe. De mí sé decir que cuando veo un buen retrato de mano de maestro me quedo extática, y cuando leo memorias, aunque sean tan pesadas y tan llenas de fatuidad como las *de ultratumba,* no sé dejar el libro de las manos.

—Muy bien. Pero dígame usted, Fidela. En música, ¿qué encuentra usted que pueda ser equivalente a los retratos y a las memorias?

—En música..., ¿qué sé yo? No haga usted caso de mí, que soy una ignorante... Pues, en música..., la de los pájaros.

Aquella tarde, mejor será decir aquella noche, después que se enteró de los títulos de las novelas, y cuando Morentín le encarecía, siguiendo la moda a la sazón dominante, la obra última de un autor ruso, Fidela cortó bruscamente la perorata del joven ilustrado, interrogándole de este modo:

—Dígame, Morentín..., ¿qué le parece a usted de nuestro pobre Rafael?

—Pienso, amiga mía, que sus nervios no son un modelo de subordinación, que mientras viva en esta casa, viendo, digo mal, sintiendo junto a sí personas que...

—Basta... Es mucha manía la de mi hermano. Mi marido le trata con las mayores deferencias. No merece, no, esa antipatía, que ya toca en aborrecimiento.

—No toca, excede al mayor aborrecimiento: digamos las cosas claras.

—Pero usted, hombre de Dios, usted, que es su amigo y tiene sobre él un cierto ascendiente, debe inculcarle...

—Si le inculco todo lo inculcable, y le sermoneo, y le regaño..., y como si nada... Su marido de usted es un hombre bueno... en el fondo. ¿No es eso? Pues yo se lo digo en todos los tonos. ¡Vamos, que si don Francisco oyera los panegíricos que yo le hago, y tuviera que pagármelos en alguna forma...! No, lo que es en moneda no pretendería yo que me los pagase...

—Ni usted lo necesita. Es usted más rico que nosotros.

—¿Más rico yo?... Aunque usted me lo jure, yo no he de creerlo... Mi riqueza consiste en la conformidad con lo que tengo, en la falta de ambición, en las poquitas ideas que he podido juntar, leyendo algo y viviendo algo...; en fin, que, espiritualmente, mis capitales no son de despreciar, amiga mía.

—¿Acaso los he despreciado yo?

—Usted, sí. ¿No me decía el sábado que vivo apegado a las cosas materiales...?

—No dije eso. Tiene usted mala memoria.

—Pero lo que usted dice, aunque lo diga en broma, ¿se puede olvidar?

—No tergiversemos las cuestiones, ¡ea! Dije que usted desconoce la escuela del sufrimiento, y que cuando no se ha seguido esa carrera, amigo mío, que es dura, penosísima, y en ella se ganan los grados con sangre y lágrimas, no se adquiere la ciencia del espíritu.

—Justo; y añadió usted que yo, mimado de la fortuna, y sin conocer el dolor más que de oídas, soy un magnífico animal...

—¡Jesús!

—No, no se vuelva usted atrás...

—Sí, dije animal; pero en el sentido de...

—No hay sentido que valga. Usted dijo que soy un animal...

—Quise decir...—riendo—. Pero ¡qué hombre este! Animal es lo que no tiene alma.

—Precisamente es lo contrario... *A...*, *ni...mal*, con ánima, con alma.

—¿Eso quiere decir? Pues, ¡ay!, me vuelvo atrás, me retracto, retiro la palabra. Pero ¡qué desatinos digo, Morentín! Usted no me hace caso, ¿verdad?

—Si no me pico; si, por el contrario, me agrada que usted me llene de injurias... Y volviendo a la orden del día, ¿de dónde saca usted que yo no conozco el dolor?

—No me he referido al de muelas.

—El dolor moral, del alma...

—¿Usted?... ¡Infeliz, y cómo desvanece la ignorancia! ¿Qué sabe usted lo que es eso? ¿Qué calamidades ha sufrido usted, qué pérdida de seres queridos, qué humillaciones, qué vergüenzas? ¿Qué sacrificios ha hecho, ni qué cálices amargos ha tenido que echarse al coleto?

—Todo es relativo, amiga mía. Cierto que si me comparo con usted, no hay caso. Por eso es usted una criatura excelsa, superior, y yo un triste principiante. Bien sé que todavía, por lo poquito que voy aprendiendo en esa escuela, no soy, como la persona que me escucha, digno de admiración, de veneración...

—Sí, sí, écheme usted bastante incienso, que bien me lo merezco.

—Quien ha pasado por pruebas tan horrorosas, quien ha sabido acrisolar su voluntad en el martirio primero, en el sacrificio después, bien merece reinar en el corazón de todos los que aman lo bueno.

—Más, más humo. Me gusta la lisonja,

mejor dicho, el homenaje razonado y justo.

—Y tan justo como es en el caso presente.

—Y otra cosa le voy a decir a usted, porque yo soy muy clara y digo todo lo que pienso. ¿No le parece a usted que la modestia es una grandísima tontería?

—¡La modestia!... —desconcertado—. ¿Por qué lo dice usted?

—Porque yo arrojo esa careta estúpida de la modestia para poder decir...; vamos, ¿lo digo?..., para poder afirmar que soy una mujer de muchísimo mérito... ¡Ay, cómo se reirá usted de mí, Morentín!... No me haga usted caso.

—¡Reírme!... Usted, como ser superior, está, en efecto, relevada de tener modestia, esa gala de las medianías, que viene a ser como un uniforme de colegio... Sí, sea usted inmodesta y proclame su extraordinario mérito, que aquí estamos los fieles para decir a todo *amén*, como lo digo yo, y para salir por esos mundos declarando a voz en grito que debemos adorarla a usted por su perfección espiritual, por su maestría en el sufrimiento y por su belleza incomparable.

—Mire usted—dijo Fidela, echándose a reír con gracejo—, no me ofendo porque me llamen hermosa. Más claro, ninguna se ofende, pero otras disimulan su gozo con dengues y monerías, que impone esa pícara modestia. Yo, no; sé que soy bonita... ¡Ah!..., no me haga usted caso. Bien dice mi hermana que soy una chicuela... Pues sí, soy bonita, no un prodigio de hermosura, eso no...

—Eso sí. Hermosa sobre todo encarecimiento, de un tipo tan distinguido, y tan aristocrático...

—¿Verdad que sí?

—Como que no lo hay semejante ni aun parecido en Madrid.

—¿Verdad que no?... Pero ¡qué cosas digo! No me haga usted caso.

—Por todas esas prendas del alma y del cuerpo, y por otras muchas que usted no manifiesta, con exquisito pudor de la voluntad, merece usted, Fidela, ser la persona más feliz del mundo. ¿Para quién es la felicidad, si no es para usted?

—¿Y quién le dice al señor Morentín que no ha de ser para mí? ¿Cree que no me la he ganado bien?

—La tiene usted merecida, y ganada... en principio; pero aún no la posee.

—¿Y quién se lo ha dicho a usted?

—Me lo digo yo, que lo sé.

—Usted no sabe nada... ¡Bah! Perdida va la vergüenza, le voy a decir otra cosa, Morentín.

—¿Qué?

—Que yo tengo mucho talento.

—Noticia fresca.

—Más talento que usted, pero mucho más.

—Infinitamente más. ¡Vaya por Dios!... Como que es usted capaz, con tantas perfecciones, de volver loco a todo el género humano, y a mí para entrenarse.

—Pues siguiendo usted cuerdo un poco tiempo más, podrá reconocer que no sabe en qué consiste la felicidad.

—Enséñemelo usted, pues por maestra la proclamo. Bien sé yo en qué puede consistir la felicidad para mí. ¿Se lo digo?

—No, porque podría usted decir algo contrario a lo que constituye la felicidad para mí.

—¿Usted qué sabe, si no lo he dicho todavía? Y, sobre todo, ¿a usted qué le importa que mis ideas sobre la felicidad sean un disparate? Figúrese usted que...

Cortó bruscamente la cláusula el ruido de un pisar lento y pesadote, de calzado chillón sobre las alfombras. Y he aquí que entra Torquemada en el gabinete, diciendo:

—Hola, Morentinito... Bien, ¿y en casa?... Me alegro de verle.

X

—No tanto como yo de verle a usted. Ya le echábamos de menos, y yo le decía a su esposa que los negocios le han entretenido a usted hoy fuera de casa más que de costumbre.

—En seguida comemos... Y tú, ¿qué tal? Has hecho bien en no salir a paseo. Un día infernal. Me he constipado. Antes, andaba todo el día de ceca en meca aguantando fríos y calores *considerables*, y no me acatarraba nunca. Ahora, en esta vida de estufas y gabanes, con el chanclo y el paraguas, siempre está uno con el moco colgando... Pues estuve en casa de usted, Morentín. Tenía que ver a don Juan.

—Creo que papá vendrá esta noche.

—Me alegro. Tenemos que *evacuar* un asuntillo... No hay más remedio que buscar con candil los buenos negocios porque las necesidades crecen como la espuma, y en esta vida... *¡de marqueses!* cada satisfacción cuesta un ojo de la cara...

—Pues a ganar mucho dinero, Tor, pero mucho—dijo Fidela con alegre semblante—. Me declaro apasionada del vil metal, y lo defiendo contra los sentimentales, como este Morentín, que está por lo espiritual y etéreo... ¡Los intereses materiales..., qué asco!... Pues yo me paso al campo del sórdido positivismo, sí, señor, y me vuelvo muy judía, muy tacaña, muy apegada al ochavo y más al centén, y sobre todo al billete de mil pesetas, que es mi delicia.

—¡Graciosísima! — decía Morentín, contemplando la cara extática de don Francisco.

—Conque ya lo sabes, Tor—prosiguió la dama—. Tráeme a casa mucha platita, orito en abundancia y resmas de billetes, no para gastarlos en vanidades, sino para guardar... ¡Qué gusto! Morentín, no se ría usted; digo lo que siento. Anoche soñé que jugaba con mis muñecas, y que les ponía una casa de cambio .. Entraban las muñecas a cambiar billetes, y la muñeca que dice *papá* y *mamá* cambiaba, descontando el veintisiete por ciento en la plata y el ochenta y dos en el oro.

—Así, así — exclamó Torquemada, partiéndose de risa—. Eso es limar para adentro, a lo platero, *considerablemente*, y barrer para casa.

Durante la comida, a la que concurrió también Donoso, estuvo don Francisco de buen temple, decidor y festivo.

—Como Donoso y Morentín son de confianza—dijo al segundo o tercer plato—, puedo *manifestar* que este principio, o lo que sea..., Cruz, ¿cómo se llama esto?

—*Relevé* de cordero a la... romana.

—Pues por ser a la romana, yo se lo mandaría al nuncio, y a esa cocinera de mil demonios la pondría yo en la calle. Si esto no es más que huesos.

—Tonto, se chupan—dijo Fidela—, y están riquísimos.

—El chupar digo yo que no es *meramente* para principio, ¡ea!... En fin, tengamos paciencia... Pues, señor, como iba diciendo...

—A ver, a ver: cuéntanos el sablazo que te han dado hoy.

—¿Hoy también sablazo?—dijo Donoso—. Ya se sabe: es el mal de la época. Vivimos en plena mendicidad.

—El sablazo es la forma incipiente del colectivismo—opinó Morentín—. Estamos ahora en la época del martirio, de las catacumbas. Vendrá luego el reconocimiento del derecho a pedir, de la obligación de dar; la ley protegerá el pordioseo, y triunfará el principio del *todo para todos*.

—Ese principio ya está *sobre el tapete*—dijo Torquemada—, y a este paso pronto no habrá otra manera de vivir que el sablazo bendito. Yo me pinto solo para pararlos; como que casi nunca me cogen; pero el de hoy, por tratarse de un chico huérfano, hijo de una señora muy respetable, que pagaba sus deudas con una puntualidad..., vamos, que era la puntualidad personificada..., pues por ser el chico muy modosito y muy aplicadito, me dejé caer, y le di tres duros. Me había pedido, ¿para qué creerán ustedes? Para publicar un tomo de poesías.

—¡Poeta!

—De estos que hacen versos.

—Pero ¡hombre!—observó Fidela—, ¡tres duros para imprimir un libro!... La verdad, no te has corrido mucho.

—Pues muy agradecido debió de quedar ese ángel de Dios, porque me ha escrito una carta dándome las gracias, y en ella, después de echarme mucho incienso, me llama..., vamos, usa un término que no entiendo.

—A ver, ¿qué es?

—Perdonen ustedes mi ignorancia. Ya saben que no he tenido principios, y aquí, para *inter nos*, confieso mi desconocimiento de muchos vocablos, que jamás se usaron en los barrios y entre las gentes que yo trataba antes. Díganme ustedes qué significa lo que me ha llamado el boquirrubio ese, queriendo, sin duda, echarme una flor... Pues me ha dicho que soy su... Mecenas—risas—. Sáquenme, pues, de esta duda que ha venido atormentándome toda la tarde. ¿Qué demonios quiere decir eso, y por qué soy yo Mecenas de nadie?...

—Hijo de mi alma—dijo Fidela, gozosa, poniéndole la mano en el hombro—. Mecenas quiere decir protector de las letras.

—¡Atiza! ¡Y yo, sin saberlo, he protegido las letras! Como no sean las de cambio. Bien decía yo, debe de ser cosa de soltar cuartos... Jamás oí tal término, ni Cristo que lo fundó. Me...cenas. Es decir, convidarlos a cenar a esos badulaques de poetas... Pues, señor, bien... ¿Y qué va uno ganando con ser Mecenas?

—La gloria.

—Como quien dice, el beneplácito...

—¿Qué beneplácito ni qué niño muerto? La gloria, hombre.

—Pues el beneplácito, el qué dirán, si lo que se dice es en alabanza mía... *Cúmpleme* declarar con toda sinceridad, *a fuer* de hombre verídico, que no quiero la gloria de ensalzar poetas. No es que yo los desprecie, ¡cuidado! Pero hay aquí dentro de mí más compatibilidad con la prosa que con el verso... Los hombres que a mí me gustan, mejorando lo presente, son los hombres científicos, como nuestro amigo Zárate.

Y al nombrarle, levantóse en la mesa un tumulto de alabanzas. "¡Zárate, oh, sí!...; ¡qué chico de tanto mérito!" "¡Qué saber para tan corta edad!"

—No tan corta, amiga mía. Es de nuestro tiempo. Rafael y yo le tuvimos de compañero en el Noviciado. Después él entró en la Facultad de Ciencias, y nosotros en la de Derecho.

—¡Sabe, vaya si sabe! ¡Oh!—exclamó Torquemada, demostrando una admiración que no solía conceder sino a muy contadas personas.

Cruz, que se había levantado de la mesa poco antes, *para dar una vuelta a su hermano*, volvió diciendo:

—Pues ahí tienen ustedes al prodigio de Zárate... Ha entrado ahora, y está conversando con Rafael.

Celebraron todos la aparición del sabio, particularmente don Francisco, que le mandó recado con Pinto para que fuese a tomar una taza de café o una copita; pero Cruz dispuso que el café se le mandase al cuarto del ciego, a fin de no privar a éste de aquel ratito de distracción. Ofrecióse Morentín a *relevar la guardia*, para que Zárate pudiera pasar al comedor, y allá se fué. En un momento que juntos estuvieron los tres amigos, Morentín dijo al sabio:

—Chico, que vayas, que vayas a tomar café. Tu amigo te llama.

—¿Quién?

—Torquemada, hombre. Quiere que le expliques lo que significa *Mecenas*. Yo creí morirme de risa.

—Pues acaba de contarme Zárate—dijo Rafael, ya completamente repuesto del arrechucho de la tarde—que ayer se le encontró en la calle y... Que te lo cuente él.

—Pues me paró, nos saludamos y después de preguntarme no sé qué de la atmósfera y de responderle yo lo que me pareció, se descuelga con esta consulta: "Dígame, Zárate, usted, que todo lo sabe: ¿Cuando nacen los hijos, mejor dicho, cuando los hijos están para nacer, o verbigracia, cuando...?"

Pinto abrió la puerta, diciendo con mucha prisa:

—Que vaya usted, señor de Zárate.

—Voy.

—Anda, anda; luego lo contarás.

Y cuando se quedó solo con Morentín, prosiguió Rafael el cuento:

—Ello es la extravagancia más donosa de nuestro jabalí, que, cegado por la vanidad y desvanecido por su barbarie, que se desarrolla en la opulencia como un cardo borriquero en terreno cargado de basura, pretende que la Naturaleza sea tan imbécil como él. Escucha y asegúrate primero de que nadie nos oye. El divide a los seres humanos en dos grandes castas o familias: poetas y científicos—estrepitosa risa de Morentín—. Y quería que Zárate le diese su opinión sobre una idea que él tiene. Verás qué idea, y cáete de espaldas, hombre.

—Cállate, cállate: de tanto reírme, me va a dar la gastralgia. He comido muy bien... A ver, sigue: esto es divino...

—Verás qué idea. Pretende que puede y debe haber ciertas..., no recuerdo el término que usó..., reglas, procedimientos, algo así..., para que los hijos que tenga un hombre *salgan* científicos y en ningún caso poetas.

—Cállate...—gritaba Morentín en las convulsiones de una risa desenfrenada—. Que me da, que me da la gastralgia.

—Pero ¿están locos aquí?—dijo Cruz, asomando a la puerta del cuarto su rostro, en que se pintaba un vivo sobresalto.

Desde que la insana hilaridad del ciego, a primera hora de aquel día, llenó su alma de recelo y turbación, no podía oír risas sin estremecerse. ¡Cosa más rara! Y por la noche, el que reía era

Morentín, contagiado, sin duda, del pobre amigo enfermo, que entonces, al parecer, disfrutaba de una alegría dulce y sedante.

XI

Zárate... Pero ¿quién es este Zárate? Reconozcamos que en nuestra época de uniformidades y de nivelación física y moral se han desgastado los tipos genéricos y que van desapareciendo, en el lento ocaso del mundo antiguo, aquellos caracteres que representaban porciones grandísimas de la familia humana, clases, grupos, categorías morales. Los que han nacido antes de los últimos veinte años recuerdan perfectamente que antes existían, por ejemplo, el genuino tipo militar, y todo campeón curtido en las guerras civiles se acusaba por su marcial facha, aunque de paisano se vistiese. Otros muchos tipos había, *clavados*, como vulgarmente se dice, consagrados por especialísimas conformaciones del rostro humano y de los modales y del vestir. El avaro, pongo por caso, ofrecía rasgos y fisonomía como de casta, y no se le confundía con ninguna otra especie de hombres, y lo mismo puede decirse del *Don Juan*, ya fuese de los que pican alto, ya de los que se dedican a doncellas de servir y amas de cría. Y el beato tenía su cara y andares y ropa a las de ningún otro parecidas, y caracterización igual se observaba en los encargados de chupar sangre humana, prestamistas, vampiros, etcétera. Todo eso pasó, y apenas quedan ya tipos de clase, como no sean los toreros. En el escenario del mundo se va acabando el amaneramiento, lo que no deja de ser un bien para el arte, y ahora nadie sabe quién es nadie, como no lo estudie bien, familia por familia y persona por persona.

Esta tendencia a la uniformidad, que se relaciona en cierto modo con lo mucho que la Humanidad se va despabilando, con los progresos de la industria y hasta con la baja de los aranceles, que ha generalizado y abaratado la buena ropa, nos ha traído una gran confusión en materia de tipos. Vemos diariamente personalidades que por el aire arrogantísimo y la cara bigotuda pertenecen al género militar, ¿y qué son? Pues jueces de primera instancia, o maestros de piano u oficiales de Hacienda. Hombres hallamos bien vestidos, y hasta elegantes, de trato amenísimo y un cierto ángel, que dan un chasco al lucero del alba, porque uno los cree paseantes en corte, y son usureros empedernidos. Es frecuente ver un mocetón como un castillo, con aire de domador de potros, y resulta farmacéutico o catedrático de Derecho canónico. Uno que tiene todas las trazas de andar comiéndose los santos y llevando cirios en las procesiones, es pintor de marinas o concejal del Ayuntamiento.

Pero en nada se nota la transformación como en el tipo del pedante, antaño de los más característicos, aun después de que Moratín pintara toda la clase en su don Hermógenes. Así como el poeta ha perdido su tradicional estampa, pues ya no hay melenas, ni pálidos rostros, ni actitudes lánguidas, y poetas se dan con todo el empaque de un apreciable almacenista al por mayor, el pedante se ha perdido en las mudanzas de trastos desde la casa vieja de las Musas a este nuevo domicilio en que estamos y que aún no sabemos si es Olimpo o qué demonios es. ¿Dónde está, a estas fechas, el graciosísimo jorobado de la *Derrota de los pedantes*? En el limbo de la historia estética. Lo que más desorienta hoy es que los pedantes de hogaño no son graciosos como aquéllos, y faltando el signo de la gracia no hay manera de conocerlos a primera vista. Ni existe ya el puro pedante literario, con su hojarasca de griego y latín y su viciosa garrulería. El moderno pedante es seco, difuso, desabrido, tormentoso, incapaz de divertir a nadie. Suele abarcar lo literario y lo político, la fisiología y la química, lo musical y lo sociológico, por esta hermandad que ahora priva entre todas las artes y ciencias y por la novísima compenetración y enlace de los conocimientos humanos. Dicho se está que el moderno pedante afecta en su exterioridad o catadura formas muy variadas, y los hay que parecen revendedores de billetes, o *sportmen*, o personas graves de la clase de patronos de cofradía.

Pues bien: sépase quién es Zárate. Un hombre de la edad que suelen tener muchos, treinta y dos años, bien parecido, bien vestido, servicial como nadie, entremetido como pocos, de rostro ale-

gre y mirada insinuante, con recursos de sigisbeo para las damas y de consultor fácil para los caballeros de pocas luces; periodista por temporadas, opositor a diferentes cátedras, esperando pasar del Cuerpo de Archiveros a la Facultad de Letras; con toda la facha de un hijo de familia distinguida, a quien sus padres dan veinte duros al mes para el bolsillo, pagándole la ropa; concurrente en clase de *tifus* a los teatros; sabedor a medias de dos o tres lenguas, fácil de palabra, flexible de pensamiento y, en suma, el pedante más aflictivo, tarabillesco y ciclónico que Dios ha echado al mundo.

De cuantas personas iban a la casa, la más grata a don Francisco era Zárate, porque éste había sabido captarse la benevolencia del tacaño, adulándole a incensario suelto las más de las veces, oyéndole pacientemente en todo caso y prestándose a satisfacer cuantas dudas se le ofrecían al buen señor, de cualquier orden que fuesen. Para un hombre en estado de metamorfosis, que, encontrándose a los cincuenta años largos en un mundo desconocido, se veía obligado a instruirse de prisa y corriendo, a fin de poder encajar en su nueva esfera, el tal Zárate no tenía precio, por ser una enciclopedia viva, que ilustraba con prontitud por cualquier página que se le abriese. Lo de menos era el vocabulario que a fuerza de atención y estudio iba adquiriendo el hombre; ya poseía un capital de locuciones muy saneadito. Pero le faltaba esa multitud de conocimientos elementales que posee toda persona que anda por el mundo con levita y sombrero, algo de historia, una idea no más para no confundir a Ataúlfo con Fernando VII; algo de física, por lo menos lo bastante para poder decir *la gravedad de los cuerpos* cuando se cae una silla, o *la evaporación de los líquidos* cuando se seca el suelo.

Era, pues, Zárate, para el bueno de don Francisco, una mina de conocimientos fáciles, circunstanciales y baratos, porque así no tenía que comprar ni siquiera un manual de conocimientos útiles ni tomarse el trabajo de leerlo. Pero no se entregaba fácilmente en manos del sabio, que por tal le tenía; siempre que consultaba sus dudas sobre puntos oscuros de historia o de meteorología, se guardaba muy bien de dejar en descubierto su crasa ignorancia, y ¿qué hacía el pícaro? Pues pincharle discretamente para que el otro hablase, sacando de su magín enciclopédico a sus labios locuaces la miel de la ciencia, y entonces el ávido ignorante se la comían, sin dar su brazo a torcer.

Correspondiente a este juego astuto de su amigo, el pillo de Zárate, que en medio de la hojarasca de su gárrulo saber tenía algunos granos de agudeza, le trataba con extremada consideración, asintiendo a cuantas gansadas decía, afectando tenerle por un portento en el discurrir, aunque limpio de ciertas eruditiones, que adquiriría cuando se le antojase. Quedáronse aquella noche solos de sobremesa, porque Donoso se fué al gabinete de Fidela, donde ya estaban la mamá de Morentín y el marqués de Taramundi, y Zárate no tardó en echarle al bruto de Torquemada todo el humo de su adulación, con lo cual previamente le adormecía para ganarle luego la voluntad.

—Ya se habrá enterado usted de eso del *home rule*—le dijo.

Soltó don Francisco dos o tres gruñidos para salir del paso, pues no caía en lo que aquello era, y fué preciso que Zárate se despotricara después y nombrase a Irlanda y los irlandeses para que el otro se encontrara en terreno firme.

—¿Cree usted—prosiguió el pedante—que Gladstone se saldrá al fin con la suya? La cuestión es grave, gravísima, como que en aquel país la tradición tiene una fuerza increíble.

—Inmensísima.

—¿Y usted cree posible...? Usted, permítame que se lo diga..., yo digo todo lo que siento..., posee el juicio más claro que conozco y un golpe de vista certero en todo asunto en que se ponen en juego grandes intereses... Ya sabe usted que Gladstone...

Teniendo aquel clavo ardiente a que agarrarse, pues por la mañana había aprendido en *El Imparcial* cosas muy chuscas, don Francisco le quitó la palabra de la boca a su consultor, y relumbrando de erudición, la cabeza echada atrás, el tono enfático y presumido, se dejó decir:

—Ese Gladstone..., ¡qué hombre! Todas las mañanas, después del chocolate, coge un hacha, corta un arbolito de su

jardín y lo parte para leña. Verdaderamente, un hombre que hace leña es *una entidad* de mucho empuje.

—¿Y no cree usted que hallará grandes dificultades en la Cámara de los Lores?

—¡Oh! Sí, señor. ¿Qué duda tiene? *Los lores, vulgo los doce pares,* entiendo yo que son allá lo que aquí es el Senado, y el Senado, *velis nolis,* siempre tira para atrás... Y a propósito: he leído que Irlanda es país de excelentes patatas, que constituyen, *por decirlo así,* la principal alimentación de las clases irlandesas, *vulgo* populares. Y esa bebida que llaman *whisky* tengo entendido que la sacan del maíz, del cual grano hacen gran consumo para la crianza de los de la vista baja, y también para la alimentación de criaturas y personas mayores.

XII

De aquí tomó pie la viviente enciclopedia para lanzarse a una disertación fastidiosísima sobre la introducción en Europa del cultivo de la patata, lo que Torquemada oyó con verdadero embeleso; y como el sabio, en su divagar sin freno, saltara a Luis XVI, se encontraron ambos de patitas en la Revolución francesa, cosa muy del gusto de don Francisco, que deseaba dominar materia tan traída y llevada en toda conversación fina. Hablaron largo y tendido, y aún hubo un poquito de controversia, pues Torquemada, sin *querer entrar en el fondo de la cuestión* (frase adquirida en aquellos días), abominó de los revolucionarios y de la guillotina. Algo hubo de transigir el otro, movido de la adulación, diciendo con criterio *modernista*:

—Por cierto que, como usted sabe muy bien, se va marchitando la leyenda de la Revolución francesa, y al desvanecerse el idealismo que rodeaba a muchos personajes de aquel tiempo, vemos descarnada la ruindad de los caracteres.

—Pues claro, hombre, claro. Lo que yo digo...

—Los estudios de Tocqueville...

—Pues ¿qué duda tiene?... Y bien se ve ahora que muchos de aquellos hombres, adorados después por las multitudes inconscientes, eran unos pillos de marca mayor.

—Don Francisco, yo le recomiendo a usted que lea la obra de Taine...

—Si la he leído... No, miento; ésa, no; ha sido otra. Tengo muy mala memoria para *el materialismo* de cosas de lectura... Y mi cabeza, *velis nolis,* se ha de aplicar a estudios de otra sustancia, ¿eh?

—Naturalmente.

—Pero yo digo siempre que tras de la acción viene necesariamente la reacción... Si no, ahí tiene usted a Bonaparte, *vulgo* Napoleón, el que nos trajo a Pepe Botellas..., el vencedor de Europa como quien dice, hombre que empezó su carrera de simple artillerito y después...

Cosas de gran novedad para don Francisco dijo Zárate a propósito de Napoleón, y el bárbaro las oía como la palabra divina, aventurando al fin una idea, que expuso a la consideración de su oyente con toda solemnidad, poniéndole ante los ojos una perfecta rosquilla, formada con los dedos índice y pulgar de la mano derecha.

—Creo y sostengo..., es una *tesis* mía, señor de Zárate; creo y sostengo que esos hombres extraordinarios, grandes, *considerablemente* grandes en la fuerza y en el crimen, son locos...

Quedóse tan satisfecho, y el otro, que estaba al corriente de lo moderno, espigando todo el saber en periódicos y revistas, sin profundizar nada, desembuchó las opiniones de Lombroso, Garáfolo, etcétera, que Torquemada aprobó plenamente, haciéndolas suyas. Zárate fué a parar después al contrasentido que suele existir entre la moral y el genio, y citó el caso del canciller Bacon (*Béicon*), a quien puso en las nubes como inteligencia y arrastró por el suelo como conciencia.

—Y yo supongo—añadió—que usted habrá leído el *Novum organum.*

—Me parece que sí... Allá en mis tiempos de muchacho—replicó Torquemada, pensando que aquellos *órganos* debían de ser por el estilo de los de Móstoles.

—Dígolo porque usted, en lo intelectual, ¡cuidado!, es un discípulo aventajadísimo del canciller...; en lo moral, no, ¡cuidado!...

—¡Ah! Le diré a usted... Mi maestro fué un tío cura, que metía las ideas en la mollera a caponazo limpio, y yo tengo para mí que mi tío había leído a ese otro sujeto y se lo sabía de memoria.

El tiempo transcurría dulcemente en esta sabrosa charla, sin que ni uno ni otro hablador se cansase; y sabe Dios hasta qué hora hubiera durado la conferencia si no distrajesen a don Francisco asuntos más graves que debía tratar sin pérdida de tiempo con otras personas al efecto citadas en su casa. Eran éstas don Juan Gualberto Serrano, padre de Morentín, y el marqués de Taramundi, que, con Donoso y Torquemada, formaron conclave en el despacho.

Al quedarse solo, Zárate cayó como la langosta sobre otros grupos que en la casa había, siendo de notar que si algunas personas, teniéndole por oráculo, le soportaban y hasta con gusto le oían, otras huían de él como de la peste. Cruz no le tragaba, procurando siempre poner entre su persona y la sabiduría torrencial de aquel bendito la mayor distancia posible. Fidela y la mamá de Morentín tuvieron que aguantar el chubasco, que empezó con la música vagneriana y acabó con el fonógrafo de Edison, pasando por las afinidades electivas de Goethe, la teoría de los colores del mismo, las óperas de Bizet, los cuadros de Velázquez y Goya, el decadentismo, la sismometría, la psiquiatría y la encíclica del Papa. Fidela hablaba de todo con donosura, haciendo gracioso alarde de su ignorancia, así como de sus atrevidísimas opiniones personales. En cambio, la señora de Serrano (de la familia de los Pipaones, injerta con la rama segunda de los Trujillos) andaba tan corta de vocabulario, que no sabía decir más que *enteramente*. Era en ella una muletilla para expresar la admiración, la aquiescencia, el hastío y hasta el deseo de tomar una taza de té.

A Rafael consiguió su hermana Cruz traerle al gabinete, y allí el ánimo del pobre ciego pareció que entraba en caja después de los desórdenes neuróticos de aquel día. Entretenido y hasta gozoso pasó la velada, sin que asomara en él síntoma alguno de sus raras manías, lo que tranquilizó grandemente al amigo Morentín, pues la matraca de aquella tarde habíale llenado de zozobra.

Cerca ya de las once, Fidela, fatigada, mostró deseos de retirarse. Como eran todos de confianza, con perfecta unanimidad, según frase de Zárate, declararon abolida toda etiqueta que ocasionase molestias a los dueños de la casa.

—Enteramente—dijo con profunda convicción la mamá de Morentín.

Y éste, dadas las buenas noches a Fidela, que se fué a su alcoba cayéndose de sueño, propuso una partida de *bezique* a la marquesa de Taramundi. Eran las doce y media y no había terminado la conferencia que los padres graves sostenían en el despacho. ¿Qué tratarían? Nada supieron los tertulios, ni en verdad les importaba averiguarlo, aunque sospechaban fuese cosa de negocios en grande escala. Al salir del despacho, los conferenciantes hablaron de volver a reunirse en casa de Taramundi al siguiente día, y tocaron todos a retirada. Morentín y Zárate se marcharon, como de costumbre, al Suizo, y por el camino dijéronse algo que no debe quedar en secreto.

—Ya te he visto, ya te he visto—indicó Zárate—haciendo el Lovelace. Lo que es ésta, no se te escapa, Pepito.

—Quítate... ¡Me ha dado Rafael un sofoco!... Figúrate...—refiérele la escena en breves palabras—. Yo había tenido, en casos como éste, algún vigilante de mucho ojo; pero un Argos ciego no me había salido nunca. ¡Y que ve largo el muy tuno!... Pero con Argos y sin él, yo seguiré en mis trece, mientras no me vea en peligro de escándalo... No por nada..., por mamá, que es tan amiga...

—Enteramente—replicó Zárate, en cuyo cerebro había quedado el sonsonete de aquel socorrido adverbio.

—Dime: ¿qué piensas tú de los caracteres complejos?

—¿Lo dices por Fidela? No la tengo yo por más compleja que otras. Todos los caracteres son complejos o *polimorfos*. Sólo en los idiotas se ve el *monomorfismo*, o sea *caracteres de una pieza*, como suelen usarse en el arte dramático, casi siempre convencional. Te recomiendo que leas los artículos que he dado a la *Revista Enciclopédica*.

—¿Cómo se titulan?

—*De la dinamometría de las pasiones*.

—Te doy mi palabra de no leerlos. Lecturas tan sabias no son para mí.

—Abordo el problema electrobiológico.

—¡Y pensar que vivimos, y vivimos perfectamente, ignorando todas esas papas!

—Por ignorante, andas tan a ciegas en el asunto que podríamos llamar *psicocofidelesco*.

—¿Qué quieres decir?

—Ven acá, ganso—parándose ambos en mitad de la acera, con los cuellos de los gabanes levantados y las manos en los bolsillos—. ¿Has leído a Braid?

—¿Y quién es Braid?

—El autor de la *Neurypnología*. Si no te enteras de nada. Pues te aseguro que veo en Fidela un caso de *autosugestionismo*. ¿Te ríes? Vamos, apuesto a que tampoco has leído a Liebault.

—Tampoco, hombre, tampoco.

—De modo que no tienes idea de los *fenómenos de inhibición*, ni de lo que llamamos *dinamogenia*.

—¿Y qué tiene que ver esa monserga con...?

—Tiene que ver que Fidela... ¿No advertiste cómo se dormía esta noche? Pues se hallaba en *estado de hipotaxia*, que algunos llaman *encanto* y otros *éxtasis*.

—Sólo he visto que tenía sueño la pobre...

—¿Y no se te ocurre, pedazo de bruto, que tú, sin saberlo, ejerces sobre ella la influencia *psíquico-mesmérica*?

—Mira, Zárate—quemado—, vete al cuerno con tus terminachos, que tú mismo no entiendes. Ojalá reventaras de un atracón de ciencia mal digerida.

—¡Acéfalo!

—¡Pedantón!

—¡Romancista!

La última nota de la disputa la dió la puerta vidriera del café, cerrándose tras ellos con rechinante estrépito...

XIII

La única persona que en la casa tenía noticia de lo que trataban aquellos días con gravedad y misterio los Torquemada, Serrano y Taramundi, era Cruz, porque su amigo Donoso, que con ella no tenía secretos, la puso al tanto de los planes que debían aumentar fabulosamente, en tiempo breve, los ya crecidos capitales del hombre cuyos destinos se habían enlazado con el destino de las señoras del Aguila. Y estas noticias, tan oportunamente adquiridas por la dama, diéronle extraordinaria fortaleza de ánimo para seguir abriendo brecha en la tacañería de don Francisco y recabar de él la realización de sus proyectos de reforma, atenta siempre al engrandecimiento de toda la familia, y en particular del jefe de ella.

Robustecida su natural bravura con aquellas ideas, y con otra, no sugerida, ciertamente, por Donoso, embistió a Torquemada, cogiéndole una mañana en su despacho, cuando más metido estaba en el laberinto de guarismos que en diferentes papelotes ante sí tenía.

—¿Qué bueno por aquí, Crucita?—dijo el tacaño en tono de alarma.

—Pues vengo a decir a usted que ya no podemos seguir viviendo en esta estrechez—replicó ella, derecha al bulto, queriendo amedrentarle por la rapidez y energía del ataque—. Necesito esta habitación, que es una de las mejores de la casa.

—¡El despacho!... Pero, señor... ¡Cristo! ¿Me voy a trabajar a la cocina?

—No, señor. No se irá usted a la cocina. En el segundo piso tiene usted desalquilado el cuarto de la derecha.

—Que renta dieciséis mil reales.

—Pero en lo sucesivo no le rentará a usted nada, porque lo va usted a destinar a las oficinas...

Ante embestida tan arrogante, don Francisco se quedó aturdido, balbuciente, como torero que sufre un revolcón y no acierta a levantarse del suelo.

—Pero, hija mía..., ¿y qué oficinas son ésas?... ¿Esto es acaso el Ministerio de Estado o, como dicen en Francia, de los Negocios Extranjeros?

—Pero es el de los grandes negocios de usted, señor mío. ¡Ah! Estoy bien enterada, y me alegro, me alegro mucho de verle por ese camino. Ganará usted dinerales. Yo me comprometo a empleárselos bien, y a presentarle a usted ante el mundo con la dignidad que le corresponde... No, no hay que poner esa cara de paleto candoroso, que le sirve para fingirse ignorante de lo que sabe muy bien...—sentándose familiarmente—. Si no hay misterios conmigo. Sé que se quedan ustedes con la contrata de tabaco Virginia y Kentucky, y también con la de Boliche. Me parece muy bien... Es usted un hombre, un gran hombre, y no se lo digo por adularle, ni porque me agradezca el interés que me he tomado por usted, sacándole de la vida mezquina y cominera, para traerle a esta vida grande, apropiada a su inmenso talento mercantil—Torquemada la oye estupefacto—. En fin, que usted

necesita una oficina de mucha capacidad. Vamos a ver: ¿dónde colocará los dos escribientes y el tenedor de libros que piensa traer? ¿En mi cuarto?... ¿En el que tenemos para la ropa?

—Pero...

—No hay pero ni manzanas. Empiece por instalar en el segundo su oficina, con su despacho particular, pues no tiene gracia que reciba usted delante de los dependientes a las personas que vienen a hablarle de algún asunto reservado. El tenedor de libros estará solo. ¿Y la caja, señor mío? La caja, ¿no necesita otra habitación? ¿Y el teléfono, y el archivo, y los copiadores, y el cuarto del ordenanza?... ¿Ve usted cómo necesita espacio? Operar en grande y vivir en chico no puede ser. ¿Es decoroso que tenga usted sus dependientes en los pasillos, muertos de frío, como ese banquero de cuyo nombre no me acuerdo ahora?... ¡Ah! Si yo no existiera, a cada momento se pondría el señor de Torquemada en ridículo. Pero no lo consiento, no, señor. Usted es mi hechura—con gracejo—, mi obra maestra, y a veces tengo que tratarle como a un chiquillo, y darle azotes, y enseñarle los buenos modos, y no permitirle mañas...

Volado estaba don Francisco; pero Cruz se le imponía por su arrogancia, por su brutal lógica, y el tacaño no acertaba a defenderse de su autoridad, que tantas veces había reconocido.

—Pero... *admitiendo la tesis* de que nos quedemos con los tabacos... No hay más sino que yo *acaricio esa idea* hace tiempo, y bien podría ser que cuajara. Bueno; pues *partiendo del principio* de que convenga ensanchar el despacho, ¿no sería mejor agregarme la habitación próxima?

—No, señor. Usted se va arriba con sus trastos de fabricar millones—dijo la dama en tono autoritario, que casi casi rayaba en insolencia—, porque esta pieza y la próxima las pienso yo unir, derribando el tabique.

—¿Para qué, re-Cristo?

—Para hacer un billar.

Tan tremenda impresión hizo en el bárbaro el osado y dispendioso proyecto de su hermana política, que en un tris estuvo que el hombre no pudiera contenerse y le diese una bofetada. Breve rato le tuvo congestionado y mudo la indignación. Buscó un término que fuese duro y al mismo tiempo cortés, y no encontrándolo, se rascaba la cabeza y se daba palmetazos en la rodilla.

—Vamos—gruñó al fin, levantándose—, no me queda duda de que usted se ha vuelto loca..., loca de remate, *por decirlo así*. ¡Un billar, para que cuatro zánganos me conviertan la casa en café! Bien conoce usted que no sé ningún juego...; no sé *meramente* más que trabajar.

—Pero sus amigos de usted, que también trabajan, juegan al billar, pasatiempo grato, honestísimo y muy higiénico.

Don Francisco, que en aquellos días, espigando en todas las esferas de ilustración, se encariñaba con la higiene y hablaba de ella sin ton ni son, soltó la risa.

—¡Higiénico el billar! ¡Vaya una tontería!... ¿Y qué tiene que ver el billar con los miasmas?

—Tenga o no que ver, el billar se pondrá; porque es indispensable en la casa de un hombre como usted, llamado a ser *potencia financiera* de primer orden, de un hombre que ha de ver su casa invadida por banqueros, senadores, ministros...

—Cállese usted, cállese usted... Ni qué falta me hacen a mí esas *potencias*... Si soy un pobre buscavidas... Ea, *seamos justos*, Crucita, y no perdamos de vista el verdadero *objetivo*. Cierto que debo ponerme en buen pie, y ya lo he hecho; pero nada de lujo, nada de ostentación, nada de bambolla. Mire usted que nos vamos a quedar por puertas. Pues digo, ¿y también quiere ensancharme la sala y el comedor?

—También.

—Pues negado, re-Cristo, negado, y *aquí termina la presente historia*. No quito un ladrillo, aunque usted se me ponga en jarras. Ea, me atufé. Soy el amo de mi casa, y aquí no manda nadie más que... un servidor de usted... No hay derribo, *vulgo* ensanche. Recojamos velas y habrá paz. Yo reconozco en usted un talento *sui generis*; pero no me doy a partido..., y mantengo *enhiesta* la bandera de la economía. Punto final.

—Si creerá que me convence con ese desplante de autoridad—dijo la dama, imperturbable, envalentonándose gradualmente—. Si lo que ahora niega lo ha

de conceder; es más, lo está deseando.

—¿Yo? Apañada está usted.

—¿No me ha dicho que transige según las circunstancias?

—Sí; pero no transigiré con quedarme sin camisa. Lo más, lo más... Vamos, yo digo que cuando tengamos aumento de familia consentiré en modificar el domicilio, no *al tenor* que usted pide, sino a otro *tenor* más conforme con mis cortos posibles. Y hemos acabado.

—Si ahora empezamos, mi señor don Francisco—replicó Cruz, riendo—, porque si para que yo pueda coger *la piqueta demoledora* es preciso que haya esperanzas de sucesión, hoy mismo mando venir los albañiles.

—¡Conque ya...!—exclamó Torquemada, abriendo mucho los ojos.

—Ya.

—¿Me lo dice oficialmente?

Oficialmente.

—Bueno. Pues la realización de ese *desiderátum*, que yo veía segura, porque la lógica es lógica, y un hecho trae otro hecho, no es bastante motivo para que yo autorice a nadie a coger la piqueta

—Pero yo no olvido que tengo la responsabilidad del decoro de usted—manifestó la dama resueltamente—, y he de ser más papista que el Papa, y miraré por la dignidad de la casa, señor mío. Suceda lo que quiera, yo he de conseguir que don Francisco Torquemada tenga ante la sociedad la representación que le corresponde. Y para decirlo de una vez, por indicación mía le ha metido a usted Donoso en la contrata de tabacos; y por mí, sépalo, sépalo usted, exclusivamente por mí, por esta genialidad mía de estar en todo, será senador el señor de Torquemada, ¡senador!, y figurará en la esfera propia de su gran talento y de su saneado capital.

Ni aun con esta rociada se ablandó el hombre, que continuó protestando y gruñendo. Pero su hermana política tenía sobre él, sin duda por la fineza del ingenio o la costumbre de gobernar, un poder sugestivo que al bárbaro tacaño le domaba la voluntad, sin someter su inteligencia. No se daba él por vencido; pero al querer rechazar de hecho las determinaciones de su cuñada sentíase interiormente ligado por una coacción inexplicable. Aquella mujer de mirada penetrante, labio temblón y palabra elegantísima, ante la cual no había réplica posible, se había constituído con singular audacia en dictador de toda la familia; era el genio del mando, la autoridad *per se*, y frente a ella sucumbía la superioridad de la fuerza bruta contra los fueros augustos del entendimiento.

Cruz mandaba, y mandaría siempre, cualquiera que fuese el rebaño que le tocase apacentar; mandaba porque desde el nacer le dió el Cielo energías poderosas, y porque luchando con el destino en largos años de miseria, aquellas energías se habían templado y vigorizado hasta ser colosales, irresistibles. Era el gobierno, la diplomacia, la administración, el dogma, la fuerza armada y la fuerza moral, y contra esta suma de autoridades o principios nada podían los infelices que caían bajo su férula.

Retiróse, al cabo, la señora, del despacho de don Francisco con aire dictatorial, y el otro se quedó allí ejerciendo, con grave detrimento de las alfombras, el derecho del pataleo, y desahogando su coraje con erupción de terminachos.

—¡Maldita por jamás amén sea tu alma de ñales!... Re-Cristo, a este paso, pronto me dejarán en cueros vivos. ¡Biblia, para qué me habré yo dejado traer a este *elemento*, y por qué no rompería yo el ronzal cuando vi que tiraban para traerme!... Y no dirán, ¡cuidado!, que yo me porto mal, ni que las dejo pasar hambres... Eso no, ¡cuidado!... Hambres, nunca. Economías, siempre... Pero esta señora, más soberbia que Napoleón, ¿por qué no me dejará que yo gobierne mi casa como me dé la gana y según mi lógica pastelera? ¡Maldita, y cómo impera, y cómo me mete en un puño, y me deja sin voluntad, *meramente* embrujado!... Yo no sé qué tiene esa figurona, que me corta el resuello; deseo respirar por la defensa de mi interés, y no puedo, y hace de mí un chiquillo... ¡Y ahora quiere engatusarme con la peripecia de que habrá sucesión! ¡Qué gracia! ¡Pues si eso lo contaba yo como seguro, con cien mil pares de ñales! ¡Si es el hijo mío que vuelve, por voluntad mía, y decreto del santo Altísimo, del *Bautísimo* o de quien sea!... Despótica, mandona, *gran visira* y capitana generala de toda la gobernación del mundo, el mejor día recobro yo el sentido, me desembrujo, y cojo una estaca...—tirándose de los pelos—. Pero ¡qué estaca he de coger yo, triste

de mí, si le tengo miedo, y cuando veo que le tiembla el labio ya estoy metiéndome debajo de la mesa! La estaca que yo coja será la vara de San José, porque soy un bendito y no sirvo más que para combinar el guarismo y sacar dinero de debajo de las piedras... Ese talento no me lo quita nadie... Pero ella me gana en el mando, y en inventar razones que le dejan a uno sin sentido... Como despejo de hembra, yo no he visto otro caso, ni creo que lo haya bajo el sol... Pero ¿con quién me he casado yo, con Fidela o con Cruz, o con las dos a un tiempo?... Porque si la una es propiamente mi mujer..., con respeto..., la otra es mi tirana..., y de la tiranía y del mujerío, todo junto, se compone esta endiablada máquina del matrimonio... En fin, adelante con la procesión, y vivamos para ganar el santísimo ochavo, que yo lo guardaré donde no puedan olerlo mis ilustres, mis respetables, mis aristocráticas... consortes.

SEGUNDA PARTE

I

Cumplióse estrictamente lo ideado y dispuesto por la que era inteligencia y voluntad incontrastables en el gobierno interior de la casa de Torquemada, sin que estorbarlo pudieran ni los refunfuños del tacaño, impotente para luchar contra la fiera resolución de su cuñada, ni los alardes de resistencia pasiva con que quiso detener, ya que no impedir, la instalación del escritorio y oficinas en el piso segundo, privándose de una bonita renta de inquilinato. Pero Cruz todo lo arrollaba cuando decía "allá voy", y en cuatro días, haciendo de sobrestante, y de aparejadora, y de arquitecto, quedó terminada la reforma, que el mismo don Francisco, gruñendo y protestando en la intimidad de la familia, diputaba por buena delante de personas extrañas.

—Es idea mía—solía decir, enseñando a los amigos el amplio escritorio—. Siempre me ha gustado trabajar con despejo y que mis dependientes estén cómodos. La higiene ha sido siempre uno de mis *objetivos*. Vean ustedes qué hermoso despacho el mío... Esta otra habitación, para recibir a los que quieran hablarme reservadamente. A la otra parte..., vengan por aquí..., el cuarto del tenedor de libros y del copiador... Los dos escribientes, más allá. Luego, el teléfono...; yo siempre he sido partidario de los adelantos, y antes que nos trajeran esta invención tan chusca, ya pensaba yo que debía de haber algo para dar y recibir recados a grandes distancias... Vean ahora el departamento de la caja. ¡Qué independencia..., qué desahogo para las operaciones!... Yo *profeso la teoría* de que, por lo mismo que está todo tan malo, y los negocios no son ya lo que eran, hay que trabajar de firme, y abrir nuevas fuentes, y abarcar mucho..., lo que no puede hacerse sino estableciéndose conforme a las exigencias modernas. A eso *tiendo* yo siempre; y como sé lo que reclaman las tales exigencias, determino ensancharme por arriba y por abajo, porque la sociedad nos pide comodidades para nosotros y para ella. Debemos sacrificarnos por nuestros amigos, y aunque yo no he cogido en mi vida un taco, he resuelto poner en mi casa una mesa de billar..., cosa bonita. La mesa es elegantísima, y me ha costado un ojo de la cara. Como yo soy quien todo lo dispone en casa, desde lo más *considerable* hasta lo más mínimo, llevo unos días de trajín que ya ya...

La entrada de Crucita le cortó la palabra, quitándole aquel desparpajo con que se expresaba lejos de su autoritaria y despótica persona. Pero la dama, que con exquisito tacto sabía ocultar en público su prepotencia, al quitarle la palabra de la boca al dueño de la casa, la tomó en esta discreta forma:

—Conque ya ven ustedes la contradanza en que nos ha metido nuestro don Francisco. Billar y salones abajo, las oficinas aquí. ¡Qué trastorno, qué laberinto! Pero al fin, ya está hecho, y tan brevemente como es posible. No crean; ha sido idea suya, y él ha dirigido las obras. Bien ven ustedes que es hombre de ini-

ciativa, y que gusta de sobresalir y distinguirse noblemente. Lo que él dice: "No se puede operar en grande y vivir en chico." Es mucho don Francisco este. Dios le dé salud para que sus proyectos sean realidades... Nosotras le ayudamos, queremos ayudarle... Pero, ¡ay!, valemos tan poco... Acostumbradas a la estrechez, quisiéramos vivir y morirnos en un rincón. A la fuerza nos lleva él a la esfera altísima de sus vastas ideas... No, no diga usted que no, amigo mío. Bien saben todos que es usted la *modestia personificada*... Se hace el chiquito... Pero no le valen, no, sus trapacerías de hombre extraordinario, cuyo orgullo se cifra en que le tomen por un cualquiera... ¿Es verdad o no lo que digo? Los entendimientos superiores tienen por gala la suma humildad.

Dicho se está que estas palabras fueron acogidas por un coro de asentimiento, al que siguió otro coro de alabanzas del grande hombre y de sus múltiples aptitudes. Pero él, riendo de dientes afuera, y poniendo la cara de paleto asombrado que para tales casos tenía, en su interior colmaba de maldiciones a su tirana, echándole encima, con el peso de su cólera, el de las cuentas que tenía que pagar a carpinteros, albañiles, mueblistas y demás *sanguijuelas del rico*, con más la pérdida de la renta del segundo. Y cuando los amigos hubieron visto toda la reforma, repitiendo abajo, ante Fidela y Cruz, los encarecimientos que habían hecho arriba, el usurero se desahogó a solas en su cuarto, con cuatro patadas y otros tantos ternos a media voz:

—¡Cómo me domina la muy fantasmona!... Y ello es que tiene una labia que enamora y le vuelve a uno loco... Pues con ese jarabe de pico me está sacando los tuétanos, y no me deja hacer mi santísimo gusto, que es economizar... ¡Qué desgracia me ha caído encima! ¡Ganar tanto *guano* y no poder emplearlo todito en nuevos negocios, hasta ver un montón tan grande, tan grande de...! Pero con esta casa, y estas señoras mías, mis arcas son un cesto. Por un lado entra, por mil partes sale... Todo por la suposición, por este hipo de que soy *potencia*... ¡Dale con la manía de la *potencia!* Pues ¿y la tabarra que me dieron anoche ella y el amigo Donoso con que, *velis nolis*, me han de sacar senador? ¡Senador yo, yo, Francisco Torquemada, y por contera, Gran Cruz de la reverendísima no sé qué...! Vamos, vale más que me ría, y que, defendiendo la bolsa, les deje hacer todo lo que quieran, *inclusive* encumbrarme como a un monigote para pregonar ante el mundo su vanidad...

Llamado por Fidela, tuvo que arrancarse a sus meditaciones. Enseñáronle muestras de telas para *portieres*, de hules y alfombras. Pero él no quiso escoger nada, delegando en las dos señoras su criterio suntuario, y no diciendo más sino que se prefiriese lo más arregladito. Salió al fin de estampía con don Juan Gualberto Serrano para ir al Ministerio. ¡El Ministerio! ¡Qué bien recibido era allí y con cuánto gusto iba! Y no porque le halagara el servilismo de los porteros, que al verle entrar con Donoso se tiraban a las mamparas, como si quisieran abrirlas con la cabeza; ni la afabilidad lisonjera de los empleados subalternos, que ansiaban ocasión de servirle, atraídos por el olor de hombre adinerado que echaba de su persona. No era él vanidoso, ni se pagaba de fútiles exterioridades. En aquella colmena administrativa le encantaba principalmente la reina de las abejas, *vulgo* ministro, hombre que por ser muy a la pata la llana, practicón, mediano retórico, y muy seguro en el manejo del guarismo, concordaba en ideas y carácter con nuestro tacaño, pues también era él tacaño de la Hacienda pública, recaudador a raja tabla y verdugo del contribuyente, en quien veía siempre al enemigo que hay que perseguir y reventar a todo trance. No había hecho el tal su carrera política exclusivamente con la palabra; era más bien hombre de acción, en el bien entendido de que sean acción las formalidades burocráticas. Donoso y él se trataban con familiaridad como antiguos colegas, y don Juan Gualberto Serrano le tuteaba, señal de viejo compañerismo, que databa de los primeros estudios. Supo Torquemada vencer, a la tercera o cuarta encerrona con sus compinches y el ministro, la cortedad que sintió los primeros días, y bien pronto se encontraba en el despacho de su excelencia como en su propia casa. Ponía singular cuidado en todo lo que decía, por no soltar algún barbarismo gramatical, y no tardó en observar que, gracias a su tino y discreción, ninguno de los allí presentes, incluso el

ministro, hablaba mejor que él. Esto en la conversación general, que cuando de negocios se trataba, a todos se los llevaba de calle, presentando las cuestiones con claridad y precisión, a guarismo seco, con una lógica que no tenía escape, ni podía ser por nadie controvertida. Para conseguir esto, el tacaño hablaba lo menos posible, esquivando dar su parecer en todo asunto que no fuese de *su cometido*; pero si la conversación entraba en el terreno de la tacañería, ya fuese del orden menudo, ya del grande o financiero, se explayaba el hombre, y allí era el oírle todos con la boca abierta.

De todo lo cual resultaba que el ministro veía en él singulares condiciones para el manejo de intereses, y siendo hombre poco dado a la adulación, le colmaba de cumplidos y lisonjas, con la particularidad de que solía emplear los mismos términos que usaba Cruz cuando hacer quería mangas y capirotes del presupuesto de la casa. Creyérase que la dama y el ministro se habían puesto de acuerdo para bailarle el agua, con la diferencia de que ella lo hacía con el avieso fin de gastar sus *rendimientos* en vanidades y perendengues, mientras que el otro le proporcionaría todo el aumento de ganancias compatible con los intereses del Estado.

Para decirlo pronto y claro, sépase que el ministro, cuyo nombre no hace al caso, era honradísimo, y que sus defectos (que como hombre alguna tacha había de tener) no eran la codicia ni el afán de medro personal. Nadie pudo acusarle nunca de explotar su posición para enriquecerse. A su lado no se hicieron chanchullos con su consentimiento: los que medraban más de lo justo, allá se las arreglaban como podían en esfera inferior a la del despacho y tertulia del consejero de su majestad. Y en cuanto a Donoso, bien sabemos que era de intachable integridad, formulista, eso sí, y sectario rabioso de la ortodoxia administrativa, hasta el punto de que su honradez y escrupulosidad habían hecho no pocas víctimas. El no se lucraba; pero por salvar los dineros del Fisco habría pegado fuego a media España. No podía decirse lo mismo de don Juan Gualberto, varón de conciencia tan elástica que de él se contaban cosas muy chuscas, algunas de las cuales hay que poner en cuarentena, porque su propia enormidad las hace inverosímiles. Jamás miró por el Estado, a quien tenía por un grandísimo *hijo de tal*; miraba siempre por el particular, bien fuese en el concepto esencial del yo, bien bajo la forma altruísta y humanitaria, como amparar a un amigo, defender a una sociedad, empresa o entidad cualquiera. Ello es que en los cinco años famosos de la Unión Liberal se enriqueció bastante, y luego, la pícara revolución y la guerra carlista acabaron de cubrirle el riñón por completo. A creer lo que la maledicencia decía verbalmente y en letras de molde, Serrano se había tragado pinares enteros, muchísimas leguas de pinos, todo de una sentada, con fabuloso estómago. Y para quitar el empacho se había entretenido (por aquello de "cuando el diablo no tiene que hacer...") en calzar a los soldados con zapatos de suela de cartón, o en darles de comer alubias picadas y bacalao podrido; travesuras que lo más, lo más, motivaban un poco de ruido en algunos periódicos; y como daba la pícara casualidad de que éstos no gozaban del mejor crédito, por haber dicho infinidad de mentiras a propósito de aquella campaña, nadie pensó en llevar el asunto a formal información de la Justicia, ni ésta le imponía ningún miedo a don Juan Gualberto, que era primo hermano de directores generales, cuñado de jueces, sobrino de magistrados, pariente más o menos próximo de infinidad de generales, senadores, consejeros y archimpámpanos.

Pues bien: en las reuniones de que se viene tratando, el único que hablaba de moralidad era Serrano. Mientras los otros no se acordaban para nada de tal palabreja, don Juan Gualberto no la soltaba de sus labios, y solía decir:

—Porque nosotros, entiéndase bien, representamos y queremos representar un gran principio, un principio nuevo. Venimos a cumplir una misión, y a llenar un vacío, la misión y el vacío de *introducir* la moralidad en las contratas de tabacos. *Tirios y troyanos* saben que hasta hoy... (aquí una pintura terrorífica de las tales contratas *en el pasado momento histórico*). Pues bien, desde ahora, si nuestros planes merecen la aprobación del Gobierno de su majestad, teniendo en cuenta la seriedad y la respetabilidad de las personas que ponen su inteligencia y su capital al servicio de

la patria, ese servicio, esa renta, se afirmará sobre bases..., sobre bases...

Aquí se embarulló el orador, y tuvo don Francisco que acabarle la frase en esta forma:

—*Bajo* la base del negocio limpio y a cara descubierta, como quien dice, pues nosotros *tendemos* a beneficiarnos todo lo que podamos, dentro de la ley, ¡cuidado!, beneficiando al Gobierno más que lo han hecho *tirios* y *troyanos*, llámense Juan, Pedro y Diego; *sin maquiavelismos* por nuestra parte, sin consentir tampoco *maquiavelismos* del Gobierno, tirando de aquí, aflojando de allá, con el *objetivo* de ir *orillando* las dificultades y *evacuando* nuestro negocio, dentro del más estricto interés, y de la más estricta moralidad..., todo muy *estricto*, por decirlo así..., porque yo sostengo la tesis de que el *punto de vista* de la moralidad no es incompatible con el *punto de vista del negocio*.

II

Por haberse metido en aquel amplio terreno del negocio grande, *coram populo*, de manos a boca con el mismísimo Estado, no abandonó don Francisco los negocios oscuros, más bien subterráneos, que traía el hombre desde los tiempos de aprendizaje, cuando, confabulado con doña Lupe, se dedicaba al préstamo personal con réditos que hubieran llevado a sus gavetas todo el numerario del mundo si alguien con estricta puntualidad se los pagara. En su nueva vida dió de mano a varios chanchullos del género sucio y chalanesco, porque no era cosa de andar en tales tratos cuando se veía caballero y persona de circunstancias; pero otros los mantuvo religiosamente, porque no había de tirar por la ventana el hermoso *líquido* que arrojaban. Sólo que hacía reserva de ellos, ocultándolos como se oculta un defecto vergonzoso, o una deformidad repugnante, y ni con el mismo Donoso se clareaba en este particular, seguro de que su buen amigo había de ponerle mala cara cuando supiese... lo que va a saber el lector en este momento: don Francisco Torquemada era dueño de seis casas de préstamos, las más céntricas y acreditadas de Madrid; dícese *acreditadas*, porque servían con prontitud y cierta largueza, bajo el canon de real por duro mensual, o sea, el sesenta por ciento al año. En cuatro de ellas era dueño absoluto, corriendo la gerencia a cargo de un dependiente con participación en las ganancias; y en dos, socio capitalista, cobrando el cincuenta por ciento. Una con otra, se embolsaba el hombre sin más trabajo que examinar un sobado y mal escrito libro de cuentas por cada casa la bicoca de mil duros mensuales.

Para examinar estos puercos apuntes y enterarse de la marcha del *empeño*, encerrábase en su despacho un par de mañanas cada mes con los sujetos que regentaban los *establecimientos*; y para disimular el misterio inventaba mil historias, que por algún tiempo mantuvieron el engaño en todas las personas de la familia, hasta que al fin Cruz, con su agudeza y finísimo olfato, estudiando el cariz de aquellos *puntos*, atando cabos, sorprendiendo alguno que otro concepto, y adivinando lo demás, descubrió todo el intríngulis. El tacaño, que también era listo para ciertas cosas, y olfateaba como un sabueso, comprendió al instante que su cuñadita le había desbaratado el tapujo, y se puso en guardia muerto de miedo, esperando la embestida que había de venir, en nombre de la moral, del decoro y de otras zarandajas por el estilo.

En efecto, escogida la ocasión favorable, le acometió una mañana, en su despacho del segundo, sin testigo. Siempre que la veía entrar, don Francisco temblaba, porque en todas sus visitas traía Cruz alguna historia para mortificarle y sacarle las entrañas. Y la pícara era como un fantasma que se le aparecía cuando más descuidado y contento estaba; surgía como por escotillón para ponérsele delante, trastornándole con su grave sonrisa, dejándole sin ideas, sin criterio, sin habla: tal era la fuerza subyugadora de su semblante y de sus ideas.

Aquella mañana entró con pie de gato; no la vió hasta que la tuvo delante de la mesa. Segura de la fascinación que ejercía, la tirana no usaba preámbulos; íbase derecha al asunto, siempre con corteses y relamidas expresiones, afectando familiaridad y cariño unas veces, otras quitándose resueltamente la máscara y enseñando la faz despótica, cuya trágica belleza poníale a don Francisco los pelos de punta.

—Ya sabe a qué vengo... No, no se haga el paleto... Usted es muy listo, muy perspicaz, y no puede ignorar que sé... lo que sé. Si se lo conozco en la cara. La conciencia se le sale por todos los poros.

—Maldito si sé qué quiere usted decirme, Crucita.

—Sí lo sabe... ¡Bah, a mí con ésas! Si conmigo no valen tapujos. No asustarse. ¿Cree que voy a reñirle? No, señor; yo me hago cargo de las cosas, comprendo que no se puede romper de golpe con las rutinas, ni cambiar de hábitos en poco tiempo... En fin, hablemos claro: esa clase de negocios no corresponde a la posición que ahora ocupa usted. No discuto si en otros tiempos fueron o no de ley... Respeto la historia, señor mío, y los procederes viles para ganar dinero cuando de otra manera no era fácil ganarlo. Admito que lo que fué debió ser como era; pero hoy, señor don Francisco, hoy, que no necesita usted descender, fíjese bien, *descender*, a tan vil terreno, ¿por qué no traspasa esos... establecimientos, dejándolos en las manos puercas que para andar en ellas han nacido?... Las de usted son bien limpias hoy, y usted mismo lo comprende así. La prueba de que se cree degradado con esa industria es el tapadillo en que quiere envolverla. Desde que usted se casó viene haciendo esta comedia para que no nos enteremos. Pues de nada le han valido sus disimulos y aquí me tiene usted enteradita de todo, sin que nadie me haya dicho una palabra.

No se atrevió el bárbaro a defenderse con la negativa rotunda, y dando un puñetazo sobre la mesa, confesó de plano.

—Y ¿qué?... ¿Tiene algo de particular este *arbitrio*? ¿Voy a tirar mis intereses por la ventana? ¡Dice usted que traspase! Pero ¿cómo?... ¿A desprecio? Eso nunca. Cuando se ha ganado lo que se ha ganado con el sudor del rostro no se traspasa con pérdida... Eso que lo hagan los tontos... Ea, señora, bastante hemos hablado.

—No se sulfure, pues no hay para qué. Esto no lo sabe nadie. Fidela no lo sospecha, y puede usted estar tranquilo, que yo no he de decírselo. Si se enterara, la pobrecita tendría un gran disgusto. Tampoco lo sabe Donoso.

—Pues que lo sepa, ¡ñales!, que lo sepa.

—Puede que algún malicioso le haya llevado el cuento; pero él no lo habrá creído. Tiene de su amigo concepto tan alto, que no da oídos a ninguna especie denigrante de las que corren acerca de usted, puestas en circulación por los envidiosos de su prosperidad. Nadie más que yo tiene noticia de esas miserias de su pasado, y si usted insiste en sostenerlas, yo le guardaré el secreto, hasta le ayudaré a guardarlo, para evitarme y evitar a la familia la vergüenza que a todos nos toca...

—Bueno, bueno—dijo Torquemada impaciente, febril, con ganas de coger el pesado tintero y estampárselo en la cabeza a su tirana—. Ya estamos enterados. Soy dueño de mis arbitrios y hago con ellos lo que me da la gana.

—Me parece justo, y no seré yo quien a ello se oponga. ¿Cómo he de oponerme, si yo miro por sus intereses más que usted mismo? Bueno..., pues aunque no haga usted caso de mí cuando le propongo limpiarse de esa lepra del préstamo usurario y vil, continuaré proporcionándole, con ayuda del amigo Donoso, los negocios limpios como el sol, los que dan tanta honra como provecho. Yo pago mal por bien. No me importa que usted relinche cuando le quiero llevar por el camino bueno: que quieras que no, por el camino derecho ha de ir usted. ¡Si al fin ha de convencerse de que soy su oráculo! Y no tendrá más remedio que seguir mis inspiraciones..., y concluirá por no respirar sin permiso mío...

Dijo esto último con tan buena sombra, que el bárbaro no pudo menos de echarse a reír, aunque la ira le relampagueaba todavía en los ojos. La dama dió bruscamente otro sesgo a la conversación, saliendo por donde menos pensaba el tacaño.

—Y a propósito—le dijo—: aunque estoy muy incomodada con usted, porque estima sus antiguos manejos de prestamista en más que el decoro de su posición actual, voy a darle una buena noticia. No se la merece usted; pero yo soy tan buena, tan compasiva, que me vengaré de sus mordiscos con un abrazo, un abrazo moral, y si se quiere, con un beso, un beso moral, ¡cuidado!

—¿A ver, a ver?...

—Pues sepa el señor don Francisco que he encontrado un comprador para los terrenos que posee allá por las Ventas del Espíritu Santo.

—¡Pero si ya tenía comprador, criatura! Vaya unas novedades que me trae doña Crucita.

—¡Simple, si sabré yo lo que digo! El comprador a que usted se refiere es Cristóbal Medina, que ofrece real y cuartillo por pie.

—Cierto; y yo me resisto a dárselo, reservándome hasta encontrar quien me ofrezca dos reales.

—Bonito negocio. Usted compró ese terreno, es decir, se lo adjudicó por una deuda, a razón de doscientas y tantas pesetas la fanega.

—Justo.

—Y la semana pasada, Cristóbal Medina le ofreció a real y medio el pie, y yo..., yo, en el *presente momento histórico*, le ofrezco a usted dos reales...

—¡Usted!

—No, hombre, no sea usted *materialista*. Yo ¿qué he de ofrecer...? ¿Voy yo a levantar barrios?

—¡Ah! ¿Su amigo de usted, ese Torres...? Ya, emprendedor, hormiguilla como él solo... Me gusta, me gusta ese sujeto.

—Pues anoche le vi en casa de Taramundi. Hablamos; díjome que no tiene inconveniente en tomar todo el terreno a dos reales pie, pagando ahora la tercera parte al contado, asegurando por medio de escritura el pago de los otros dos tercios en las fechas que se acuerden, a medida que edifique, y... En fin, me ha escrito esta carta, en la cual consigna su proposición, y añade que si uste accede, por su parte queda cerrado el trato.

—Venga, venga la carta—dijo Torquemada, inquieto y ansioso, cogiendo de manos de Cruz el papel que ésta, con coquetería de mujer negociante, le mostraba.

Y rápidamente pasó la vista por las cuatro carillas del pliego, enterándose *en un breve momento histórico* de los puntos principales que contenía. "Pago al contado de la tercera parte... Construcción de un palacio entre jardines que se llamaría *Villa Torquemada*, el cual, a tasación de arquitecto, se adjudicaría en pago del otro tercio... Hipoteca del mismo terreno para responder del tercer plazo, etcétera..."

—Y por el corretaje de ese negocio, ¿no merezco nada?—dijo Cruz con gracejo.

—El negocio, sin ser considerable, no es malo, no, *en tesis general*... Lo examinaré despacio, haré mis cuentas...

—¿No merezco siquiera que el nombre de Torquemada, unido hoy al nombre y casa del Aguila, sea borrado del infame cartel que dice: *Casa de préstamos?*

—Pero ¿qué tiene que ver...? ¡Bah! Usted ve mosquitos en el horizonte... Tan honrado es ese negocio como otro cualquiera, como el que hace el reverendísimo Banco de España. La diferencia consiste en que en los ventanales magníficos del Banco no se ven capas colgadas. ¡Vaya una importancia que da usted a las apariencias! Son su *bello ideal*. Yo no miro a las apariencias, sino a la sustancia...

—Pues le diré a Torres que renuncie al negocio de los terrenos, porque es usted un judío y le hará cualquier enjuague. Si yo, cuando me pongo a ser mala, lo soy de veras. Usted no sabe la que le ha caído encima conmigo. O marchamos por la *senda constitucional*, esto es, del decoro, o tendremos siete disgustos cada día.

—¡Crucita de todos los demonios, y de la Biblia en pasta, y de la Biblia en verso, y de los santísimos ñales del archipiélago..., digo del archipámpano de Sevilla! No le diga usted a Torres sino que se vea conmigo esta misma tarde, porque su proposición me ha entrado por el ojo derecho y quiero que tratemos y nos entendamos...

—Bueno, señor..., cálmese..., siéntese. No rompa la mesa a puñetazos, que tendrá que comprar otra, y le sale peor cuenta.

—Es que usted no me deja vivir... a mi modo... *Reasumiendo*: a eso de las casas de préstamos yo le echaré tierra...

—Por mucha tierra que usted le eche, siempre olerá mal el negocio. A traspasar se ha dicho.

—Calma..., *seamos justos*. Hay que esperar una buena ocasión... Transigiremos. Vaya; déjeme seguir algún tiempo más con esa..., con esa *viña*, y accedo a que tomen ustedes el abono que, por mor..., quiero decir, por razón de su luto, dejan los Medinas en la ópera del Príncipe Alfonso.

—Pero si el abono lo hemos tomado ya.

—¿Sin mi permiso?

—Sin su permiso... No se tire usted

de los pelos, que se va a quedar calvo. Pues no faltaba más sino que usted negara tal cosa siendo del gusto de Fidela. La pobre necesita expansión, oír buena música, ver a sus amigas.

—Maldita sea la ópera y el perro que la inventó... Crucita, no me sofoque más... Mire que me voy del seguro, y... Ya no puedo más... Me llevan ustedes a la bancarrota. De nada me vale trabajar como un negro, porque cuarto ganado, cuarto que ustedes me gastan en pitos y en flautas. Para meter en cintura a mis señoras del Aguila, debiera yo hacerles una trastada del *tenor* siguiente: darles el abono, sí, pero quitándoselo del plato y de la vestimenta.

—Eso no puede ser, pues no vamos a ir al teatro con los estómagos vacíos, ni vestidas de mamarrachos...

—Nada, nada, que me arruinan. Porque el abono a la ópera trae mil y mil goteras..., *vulgo* arrumacos, guantes, qué sé yo. Bueno, hijas, bueno; empeñaré mi gabán el mejor día. A eso vamos.

—El día que sea preciso—dijo Cruz festivamente—, coseré para afuera.

—No, no lo diga en broma. A este paso la vida es un soplo... Y lo que es yo, no me comprometo a la manutención de la familia.

—Yo la mantendré. Sé cómo se vive sin tener de qué vivir.

—Pues podía vivir ahora como entonces.

—Las circunstancias han variado, y ahora somos ricos.

—Tenemos un mediano pasar; *seamos justos*; un buen pasar.

—Pues a eso me atengo, y procuro que lo pasemos bien.

—Déjeme, por Dios. Sus... manifestaciones me vuelven loco.

—Lo dicho, lo dicho... Prepárese para otra...—dijo la primogénita del Aguila, risueña y altiva, levantándose para retirarse.

—¡Para otra!... ¡Por San Caralampio bendito, abogado contra las suegras! Porque usted es una suegra, *por decirlo así*, la peor y más insufrible que hay en familia humana.

—Y la que le tengo preparada es la más gorda, señor yerno.

—La Virgen Santísima me acompañe... ¿Qué es?

—Todavía no es tiempo. Está la víctima muy quebrantada del arrechucho de hoy. Y eso que le traje el magnífico negocio de los terrenos. ¡Y no me lo agradece el pícaro!

—Sí lo agradezco... Pero, a ver, dígame qué nueva dentellada me prepara.

—No, porque se asustará... Otro día. Hoy me doy por satisfecha con lo del abono y con la esperanza de quitar esa ignominia de las casas de empeño. En su día continuaremos, señor don Francisco Torquemada, presunto senador del Reino y Gran Cruz de Carlos Tercero.

Y cuando la vió salir, el tacaño la maldijo entre dientes, al propio tiempo que reconocía con brutal sinceridad su absoluto dominio.

III

No por móviles de vanidad insustancial apetecía Cruz del Aguila las grandezas de la vida aristocrática, sino por estímulos de ambición noble, pues quería rodear de prestigio y honor al hombre oscuro que sacado había de la miseria a las ilustres damas. Para sí misma, en realidad nada ambicionaba; pero la familia debía recobrar su rango, y si era posible, aspirar a posición más alta que la de otros tiempos, a fin de confundir a los envidiosos que comentaban con groseras burlas aquella resurrección social. Procedía Cruz en esto con orgullo de raza, como quien mira por la dignidad de los suyos y también con un sentimiento de alta venganza contra parientes aborrecidos, que después de haberles negado auxilio en la época de penuria, trataban de arrojar sobre ella y su hermana todo el ridículo del mundo por la boda con el prestamista. Enalteciendo a éste y haciéndole de hombre persona, y de persona personaje, y de personaje eminencia, iban ganando la partida, y los dardos de maledicencia se volvían contra los mismos que los lanzaban.

Cuando se hizo público el casorio, naturalmente, hubo los comentarios de rigor entre los que habían sido amigos de las Aguilas y entre su parentela, residente en Madrid y provincias. No faltó quien, pasada la primera impresión, comentara el caso con benevolencia; no faltó quien lo tomara en cómico, buscándole el lado sainetesco, y los más implacables fueron la dichosa prima, Pilar de la Torre Auñón, y su marido, Pepe Romero, con quienes de muy antiguo venían en

relaciones agrias Fidela y Cruz, por piques de familia, que tomaron carácter de odio legendario cuando el tal Romero se encargó de la administración judicial de las dos fincas cordobesas, El Salto y La Alberquilla. Pues digo, al saber que Torquemada rescataba las fincas, poniéndolas en las condiciones más favorables para el caso probable de que el Tribunal Contencioso las devolviese a sus dueños, los Romeros cogían el cielo con las manos, y allí fué el vomitar cuchufletas de mal gusto sobre las desgraciadas señoras. Debe añadirse que el marido de Pilar de la Torre Auñón tenía dos hermanos, casado el uno con la sobrina del marqués de Cicero y el otro con una hermana de la marquesa de San Salomó. Eran parientes, además, del conde de Monte Cármenes, de Severiano Rodríguez y de don Carlos de Cisneros, Pepe Romero y Pilar de la Torre vivían en Córdoba, pero pasaban en Madrid, en compañía de los otros Romeros, los meses de otoño y a veces parte del invierno. Ya se comprende que de la casa en que toda esta casta de Romeros se juntaba salían los dardos envenenados contra las pobres Aguilas y contra el ganso que las había librado de la miseria.

Como Madrid, aunque medianamente populoso, es pequeño para la circulación de las especies infamantes, todo se sabía; y no faltaban amigas oficiosas que le llevasen a Cruz, una por una, cuantas maledicencias se forjaban en las tertulias romeriles. Y en éstas no faltó quien conociese de vista o de oídas a Torquemada el *Peor,* célebre en ciertas zonas malsanas y sombrías de la sociedad. Villalonga y Severiano Rodríguez, que tenían de él noticias por su desgraciado amigo Federico Viera, pintáronle como un usurero de sainete, como un ser grotesco y lúgubre, que bebía sangre y olía mal. Quién decía que la altanera y egoísta Cruz había sacrificado a su pobre hermana, vendiéndola por un plato de sopas de ajo; quién que las dos señoras, asociadas con aquel siniestro tipo, pensaban establecer una casa de préstamos en la calle de la Montera. Lo más singular fué que cuando Torquemada, ya en los meses de febrero y marzo, pisó las tablas del *mundo grande,* y le vieron y le trataron muchos que le habían despellejado de lo lindo, no le encontraban ni tan grotesco ni tan horrible como la leyenda le pintó, y esta opinión daba lugar a grandes polémicas sobre la autenticidad del tipo. "No, no puede ser aquel Torquemada de los barrios del Sur —decían algunos—. Es otro, o hay que creer en las reencarnaciones."

A medida que don Francisco se iba haciendo hueco en la sociedad, las murmuraciones perdían su acritud o se acallaban mansamente, porque el tacaño ganaba poco a poco partidarios y aun admiradores. Pero siempre subsistía un foco de chismes de mala ley: el círculo íntimo de los Romeros, que no perdonaban ni perdonarían jamás, toda vez que la orgullosa Cruz los tiraba al degüello siempre que los cogía en buena disposición.

Véase por qué la altiva señora trataba por todos los medios de ennoblecer al que era su hechura y su obra maestra, al rústico urbanizado, al salvaje convertido en persona, al vampiro de los pobres hecho financiero de tomo y lomo, tan decentón y aparatoso como otro cualquiera de los que chupan la sangre incolora del Estado y la azul de los ricos.

¡Y qué cosas decían de él y de ellas los Romeros, aun después que don Francisco se hubo conquistado el aprecio superficial de mucha gente, que no ve más que lo externo! Que todo el dinero que tenía era producto de la rapiña más infame y de la usura cruel... Que había llenado de suicidas los cementerios de Madrid... Que cuantos se tiraban por el Viaducto pronunciaban su execrable nombre en el momento de dar la voltereta... Que Cruz del Aguila se dedicaba también al préstamo sobre ropas en buen uso, y que tenía toda la casa llena de capas... Que el hombre no había renunciado a sus hábitos de miseria, y que a las dos pobres Aguilas las mantenía con lentejas y sangre frita... Que todas las alhajas que Fidela lucía eran empeñadas... Que Cruz le hacía las levitas a don Francisco aprovechando ropas de muertos, que volvía del revés... Que en casi todos los puestos del Rastro tenía Cruz participación y comerciaba en calzado viejo y muebles desvencijados... Que Fidela, cuya inocencia rayaba en la imbecilidad, desconocía los antecedentes de aquel gaznápiro que por marido le habían dado... Que simple y todo como era, se permitía el lujo de tres o cuatro amantes, a ciencia y paciencia de

su hermana, los cuales eran Morentín, Donoso (con sus sesenta años), Manolo Infante y un tal Argüelles Mora, grotesco tipo de caballero de Felipe IV y tenedor de libros en el escritorio de Torquemada. Zárate y el lacayito Pinto se entendían con la hermana mayor... Que ésta le cortaba las uñas a don Francisco, le lavaba la cara, le arreglaba el cuello de la camisa antes de echarle a la calle, para que sacase un buen ver, y le enseñaba la manera de saludar, instruyéndole en todo lo que había de decir, según los casos... Que a la chita callando, entre Cruz y el usurero habían desvalijado a varias familias nobles un poco apuradas, prestándoles dinero a doscientos cuarenta por ciento... Que Cruz recogía las colillas de los que fumaban en su casa para mandarlas al Rastro en un costal muy grande, así como juntaba también los mendrugos de pan para venderlos a unos que hacían chocolate de dos reales y medio... Que Fidela vestía muñecas por encargo de las tiendas de juguetes, y que al pobre Rafael no le daban de alimento más que puches, y un plato de menestra por las noches... Que el ciego había puesto debajo de la cama del matrimonio un cartucho de dinamita o de pólvora, el cual fué descubierto con la mecha ya encendida... Que la primogénita del Aguila, entre otros negocios sucios, tenía parte en un corral de basuras de Cuatro Caminos y *llevaba* la mitad en los cerdos y gallinas... Que Torquemada compraba abonarés de Cuba a tres y medio por ciento de su valor, y que era el socio capitalista de una compañía de estafadores, disfrazada con la razón social de Redención de Quintos y Sustitutos para Ultramar.

Todo esto iba llegando a los oídos de Cruz, que si se indignaba al principio, pasando malísimos ratos y derramando algunas lágrimas, por fin llegó a tomarlo con calma filosófica; y cuando don Francisco salió a la esfera del mundo con su levita inglesa, sus modales algo sueltos, su habla corriente y su personalidad rodeada de ciertos respetos, codeándose al fin con ministros y señorones, concluyó la dama por tomar a risa los desahogos de sus parientes. Pero mientras mayor desprecio le inspiraba maldad tan estúpida, más gana sentía de hacerlos polvo y de pasearles por los hocicos la opulencia verídica de las resucitadas Aguilas y el prestigio claro del *opulento capitalista,* que así le nombraba ya la lisonja. Ellos a morder y ella siempre a levantarse, mejor dicho, a levantar el figurón que les daba sombra, hasta erigir con él inmensa torre, desde la cual pudieran las Aguilas mirar a los Romeros como miserables gusanillos arrastrando sus babas por el suelo.

IV

Aproximábase el verano, y no hubo más remedio que pensar en trasladarse a algún sitio fresco, por lo menos durante la canícula. Nueva batalla dada por Cruz, en la cual halló al enemigo más resistente y envalentonado que de costumbre.

—El verano—decía don Francisco—es la estación *por excelencia* en Madrid. Yo lo he pasado aquí toda mi vida, y me ha *pintado* perfectamente. Nunca se encuentra uno más a gusto que en julio y agosto, libre de catarros, comiendo bien, durmiendo mejor...

—De usted nada digo—objetó la dama—, porque entre los muchos dones con que le agració la divina Providencia tiene también el de una salud a prueba de temperaturas extremadas. Tampoco lo digo por mí, que a todo me avengo. Pero Fidela no puede pasar aquí los meses de verano, y es usted un bárbaro si lo consiente.

—También a mi pobre Silvia, que de Dios goce, la molestaba el *calórico*, sobre todo cuando se hallaba en meses mayores, y aquí nos aguantábamos. Con el botijo siempre fresco, los balcones cerrados durante el día y un corto paseíto a las diez de la noche, lo pasábamos tan ricamente... No hay que pensar en veraneo, señora. Con todo transijo menos con esa *inveterada* pamplina de los baños de mar o de río, que son el *gravamen* de tantas familias. En Madrid todo el mundo, que en Madrid tengo yo que estarme hecho un caballero, para organizar esta tracamundana del tabaco, que, entre paréntesis, me parece no es negocio tan claro como al principio me lo pintaron sus amigos de usted. Y no se hable más del asunto. Ahora sí que no cedo. Conque..., tilín..., se levanta la sesión.

Resuelta a que el viaje se realizara, Cruz no insistió aquel día; pero al si-

guiente, bien aleccionada Fidela, el baluarte de la avaricia de don Francisco fué atacado con fuerzas tan descomunales, que al fin no tuvo más remedio que rendirse.

—Muy a disgusto—dijo el tacaño, mordiéndose los pelos del bigote, y echándoselas de víctima—cedo, porque Fidela esté contenta. Pero tengamos juicio. No saldremos más que veinte o treinta días, ¡cuidado! Y todo ello, señora mía, ha de hacerse con el menor dispendio posible. No estamos para echarlas de príncipes. Viajaremos en segunda...

—Pero ¡don Francisco!...

—En segunda, con billete de ida y vuelta.

—Eso no puede ser. Vaya, tendré que coger el bastón de mando... ¡En segunda! No se puede tolerar que así olvide usted el decoro de su nombre. Déjeme a mí todo lo concerniente al viaje. No iremos a San Sebastián, ni a Biarritz, lugares de ostentación y farsa; nos instalaremos modestamente en una casita de Hernani... Ya la tengo apalabrada.

—¡Ah! ¿Usted, por sí y ante sí, había dispuesto...?

—Por mí y ante mí. Y todo eso, y aún mucho más que callo ahora, tiene usted que agradecerme. Conque chitón...

—Es que...

—Digo que no se hable más del asunto, y que yo me encargo de todo... Ya... Por usted iríamos en la perrera. Bonita manera de corresponder a la opinión, que ve en usted...

—¿Qué ve, qué puede ver en mí, ¡ñales en polvo!, más que un desgraciado, un mártir de las ideas altanerísimas de usted, un hombre que está aquí prisionero, con grillos y esposas, y que no puede vivir en su elemento, o sea el ahorro..., la *mera* economía del ochavo, que se gana con el santo sudor?...

—¡Hipócrita..., comediante! Si no gasta ni el décimo de lo que gana—contestó la autócrata con brío—. Si ha de gastar más, muchísimo más. Váyase preparando, pues he de ser implacable.

—Máteme usted de una vez..., pues soy tan bobo que no sé resistirla, y me dejo desnudar y dar azotes y desollar vivo.

—Si ahora empezamos. Y le participo que sus hijos saldrán a mí, quiero decir, que saldrán a su madre. Serán Aguilas, y tendrán todo mi ser, y mis pensamientos...

—¡Mi hijo ser Aguila!...—exclamó Torquemada, fuera de sí—. ¡Mi hijo pensar como usted..., mi hijo desvalijándome!... ¡Oh! Señora, déjeme en paz, y no pronuncie tales herejías, porque no sé..., soy capaz de... Que me deje le digo... Esto es demasiado... Me ciego, se me sube la sangre a la cabeza.

—¡Qué tonto!... Pues ¿qué más puede desear?—dijo la dama, mirándole risueña y maleante desde la puerta—. Aguila será... Aguila neto. Lo hemos de ver..., lo hemos de ver.

Por todo pasaba don Francisco menos porque se creyera que su hijo presunto había de ser otro que el mismo Valentín, reencarnado y vuelto al mundo en su prístina forma y carácter, tan juicioso, tan modosito, con todo el talento del mundo para las matemáticas. Y tan a pechos lo tomaba el muy simple, que si Cruz hubiera insistido en aquella broma, de fijo se habría desvanecido el sortilegio que subordinaba una voluntad a otra, y recobrada la libertad, el tacaño habría puesto su mano vengativa en la tirana que le atormentaba. Volvíase tarumba con semejante idea. ¡Su hijo, su Valentín, ser Aguila en vez de Torquemadita fino que andaba por los ámbitos de la Gloria esperando su nueva salida al mundo de los vivos! No, hasta ahí podían llegar las bromas. Pasóse toda aquella tarde sumergido en tristes meditaciones sobre aquel caso, y por la noche, después de trabajar a solas en su despacho del segundo, se metió en el gabinete reservado del mismo piso, donde conservaba el bargueño de marras y sobre él la imagen fotográfica del chico, aunque ya despojado totalmente de las apariencias de altarucho. Paseándose de un ángulo a otro de la estancia, dió el usurero todas las vueltas y contorsiones imaginables a la idea en mal hora expresada por su hermana política.

—¡Vaya, que decir que tú serás Aguila! ¿Has visto qué insolencia?

Miró al retrato fijamente, y el retrato callaba, es decir, su carita compungida no expresaba más que una preocupación muda y discreta. Desde que se acentuó el engrandecimiento social y financiero de su papá, Valentinico hablaba poco, y, por lo común, no respondía más que sí y no a las preguntas de don Francisco. Verdad que éste no pasaba las noches en aquella estancia luchando con

el insomnio rebelde o con la fiebre numérica.

—¿No oyes lo que te digo? Que serás Aguila. ¿Verdad que no?—creyendo ver en el retrato una ligera indicación negativa—. Claro; lo que yo decía. Es un desatino lo que piensa esa buena señora.

Volvió a su despacho y estuvo haciendo cuentas más de media hora, recalentándose el cerebro. De pronto, los números que ante sí tenía empezaron a voltear con espantoso vórtice que los hacía ilegibles, y de en medio de aquel polvo que giraba como a impulso de un huracán saltó Valentinico dando zapatetas, y encarándose con el autor de sus días (todo esto en el centro del papel), le dijo: "Papá, yo quiero *dir* en ferrocarril..."

Luchó el buen señor un instante con aquella juguetona imagen, y la desvaneció al fin pasándose la mano por los ojos y echando hacia atrás su pesada cabeza. El ordenanza se le acercó para decirle que las señoras, sentadas ya a la mesa, le aguardaban para comer. Gruñó Torquemada al oír afirmar al sirviente que ya le había llamado tres veces, y al fin desperezóse, y con paso y actitudes de embriaguez bajó al principal por la escalera de servicio que al objeto se había construído. Por el camino iba diciendo: "Que quiere correrla en ferrocarril... ¡Bah! Gaterías de su madre... Todavía no ha nacido y ya me le están echando a perder."

V

Todo mayo y parte de junio dedicólos don Francisco con alma y vida a la Sociedad formada para la explotación del negocio de la contrata, y con ayuda de Donoso, emulando los dos en actividad e inteligencia, armaron toda la maquinaria administrativa, la cual, si respondía en los hechos a su perfecto organismo, había de marchar como una seda. A Torquemada correspondía la alta gerencia del negocio, como principal capitalista. Donoso se encargaba de las relaciones de la Sociedad con el Estado y de toda la gestión oficinesca. Taramundi corría con las compras del artículo en Puerto Rico, y Serrano en los Estados Unidos, donde tenía un primo establecido, con casa de comisión, en Brooklyn.

Convinieron en que todo funcionaría ordenadamente antes de partir para el veraneo, pues en diciembre debía hacerse la primera entrega de Boliche y en febrero la de Virginia. El suministro de ambas *hojas* les fué adjudicado, por formal contrata, en mayo, no sin protesta de otros tales que hicieron o creían haber hecho a la Hacienda proposición más ventajosa; pero como eran gentes desacreditadas y de antecedentes deplorables en aquel *fregado*, a nadie sorprendió que el ministro los postergara, agarrándose a no sé qué triquiñuelas de la ley. Puestas de acuerdo en todo las cuatro principales fichas de aquel juego, pues aunque había otros partícipes no tocaban pito en la gestión, por ser de poca monta el capital impuesto, ya no había más que trabajar como fieras a fin de que el negocio saliese redondo y limpio. En los días que precedieron a la expedición veraniega, Torquemada y don Juan Gualberto Serrano se entendieron a solas en algunos puntos referentes a las compras de rama en los Estados Unidos, y ello quedó entre los dos, sin dar conocimiento a Donoso ni a Taramundi. Era que don Francisco, con su instintivo conocimiento de la Humanidad, *bajo el aspecto del toma y daca*, vió desde el primer instante en qué consistía el resorte maestro de aquel arbitrio, comprendiendo que de proceder de esta o de la otra manera dependía que el *líquido* fuese simplemente bueno o que resultase tal que podrían meter el brazo hasta más arriba del codo. Apenas hubo el tacaño propulsado la voluntad de don Juan Gualberto, éste respondió con cuatro palabras, que querían decir: "Aquí está el hombre que se necesita." Y con estas impresiones, Serrano se fué a Londres, donde debía avistarse con su primo, y Torquemada partió para Hermani con la familia. La de Taramundi se instaló en San Sebastián. Donoso no salía de Madrid, porque su señora, en quien se había complicado enormemente la caterva de males, no podía moverse, ni había para qué, pues en ninguna parte había de encontrar alivio.

¡Ay Dios mío, qué aburrimiento el de Torquemada en las Provincias, y qué destemplado humor gastaba, siempre disputando con *ellas* por quítame allá esas pajas, renegando de todo, encontrando malas las aguas, desabridos los alimentos, cargantes las personas, horri-

ble el cielo, dañino el aire! Su centro era Madrid: fuera de aquel Madrid en que había vivido los mejores años de su vida y ganado tanto dinero, no se encontraba el hombre. Echaba de menos su Puerta del Sol, sus calles del Carmen, de Tudescos y callejón del Perro; su agua de Lozoya, su clima variable, días de fuego y noches de hielo. La nostalgia le consumía, y el verse imposibilitado de correr tras el fugaz ochavo, de dar órdenes a este y al otro agente. Aborrecía el descanso; su naturaleza exigía la preocupación continua del negocio y los infinitos trajines que trae consigo la misma ansiedad azarosa, la rabia de perder, la tristeza de ganar poco, el delirio de la ganancia pingüe. Contaba los días que iban pasando de aquel suplicio que le habían traído sus malditas consortes; abominaba de la sociedad ociosa que le rodeaba, tanto vago insustancial, tanta gente que no piensa más que en arruinarse. Para él, el colmo del despilfarro era dar dinero a fondistas y posaderos o a los gandules que agarran en el baño a las señoras para que no se ahoguen. San Sebastián le causaba horror: todo era un saqueo continuo y mil tramoyas para desvalijar a los madrileños que iban a gastar en dos meses las rentas de un año. Tres días le tuvieron allí Fidela y Cruz, y poco le faltó para caer enfermo de tristeza y repugnancia.

En Hernani se paseaba solo, armando en su magín todo el tinglado de números que constituía el negocio tabaquil y otros en embrión, como el del arreglo de la arruinada casa de Gravelinas con sus acreedores. Fidela, que conocía lo mal que pintaba a su esposo la *villeggiatura*, quiso abreviar ésta; pero se opuso Cruz, porque a Rafael le probaba muy bien el clima del Norte, y desde que vivía en Hernani no se habían repetido los trastornos cerebrales de marras. Dividíase la familia en dos parejas: Cruz paseaba con el ciego, Fidela con su esposo, y procuraba distraerle haciéndole fijar la atención en las bellezas del campo y del paisaje. No era insensible el bárbaro a la bondad ni a los mimos de su esposa, y algunos ratos pasaba placenteros charlando con ella a lo largo de praderas y bosques. Pero en aquel divagar indolente, Torquemada, como el desterrado que sólo piensa en la patria, no hablaba de cosa alguna sin que saliera a relucir Madrid y los malditos negocios. Alegrábase Fidela de verle en tal terreno, y con infantil travesura repetía:

—Sí, Tor, tienes que ganar muchísimo dinero, pero muchísimo, y yo te lo guardaré.

Tanto machacó en esta idea, que don Francisco hubo de espontanearse con su mujer cual nunca lo había hecho, declarándole cuanto sentía y pensaba y las causas de sus goces como de sus pesadumbres. Empezó por manifestarse satisfecho del trato de la Suerte, porque sus ganancias crecían como la espuma. Pero ¿de qué le valía esto, si la familia se había puesto en un pie de boato que imposibilitaba el ahorro? Cada lunes y cada martes se traía Cruz alguna nueva tarantaina para derrochar el dinero. ¿A qué detallar *aquella serie no interrumpida* de locuras, si ya Fidela las conocía? El no servía para vivir entre magnificencias, aunque al fin a ellas por la fuerza de las circunstancias se amoldaba. Su *bello ideal* era emplear de nuevo sus considerables ganancias, reservando sólo una parte mínima para el gasto diario. Ver entrar el dinero a carretadas y verle salir a espuertas le taladraba el corazón y le llenaba la cabeza de pensamientos sombríos y pesimistas. Entre él y Cruz se había entablado una lucha a muerte; reconocíase muy inferior a ella por los recursos de la inteligencia y por la palabra; pero se creía, en aquel caso, cargado de razón. Lo peor de todo era que Crucita le dominaba y sabía imponerle su criterio económico, metiéndole en un puño cadá vez que *ponía sobre el tapete* la cuestión de un nuevo dispendio. El se retorcía de rabia, como el demonio que pintan a los pies de San Miguel, y la muy indina le aplastaba la cabeza y hacía su santísima voluntad con el dinero de él.

En suma, que se tenía por muy desgraciado, y con aquella amargura hasta para alegrarse de ser padre *en su día* le faltaban ánimos. Mostróse Fidela reservada en la contestación, asegurando que por su parte no le importaba vivir en la mayor modestia y oscuridad; pero puesto que Cruz disponía las cosas de otro modo, sus razones tendría para ello.

—Sabe más que nosotros, querido Tor, y lo mejor es dejarla hacer lo que quiera. Para tus mismos negocios te convie-

ne respirar una atmósfera de esplendidez. Con franqueza, Tor: ¿habrías ganado lo que has ganado viviendo como un miserable en la calle de San Blas? ¡Si cada duro que te gasta mi hermana es para traerte luego veinte! Y, sobre todo, esa que llamas tirana sabe más que Merlín, y a su despotismo debemos, primero, haber salido con vida de aquella pobreza ignominiosa; después, el hallarnos en plena abundancia y tú hecho un hombre de peso. No seas tontín, cierra los ojos y sométete a cuanto te diga y proponga mi hermana.

En todo esto y en algo más que dijo se revelaba el respeto casi supersticioso a la autoridad de Cruz y la imposibilidad de rebelarse contra cualquiera cosa grande o pequeña que dispusiera el autócrata de la familia. Suspiró Torquemada oyéndola, y pensaba con hondo desaliento que su mujer no le ayudaría en ningún caso a sacudir el yugo. Una ligera indicación de esto bastó para que Fidela expresara la negativa con infantil temor. ¡Oponerse ella a los juicios y a las determinaciones de su hermana! Antes saldría el sol por Occidente.

—No, no, Tor; quien manda, manda. Vuelvo a decirte que todo eso que te contraría es lo que te conviene y nos conviene a todos.

De queja en queja, el usurero fué a parar a otra idea que también le atormentaba. Antes de expresarla vaciló un rato, temeroso de que su mujer la acogiera con risas. Pero al fin se lanzó a la espontaneidad más delicada:

—Mira, Fidela, cada uno tiene su aquel y su *ideasingracia*, como dice el amigo Zárate, y yo te aseguro que no quiero que mi hijo salga Aguila. Bien sé que Cruz beberá los vientos porque el niño sea como vosotras, como ella, gastadorcillo, pinturero y con muchos humos de aristócrata pródigo. Pero más quiero que no nazca si ha de nacer así. Por supuesto, yo tengo para mí que os engañáis las dos si esperáis que el nuevo Valentín saque uñas y pico de vuestra raza, pues me da el corazón que será Torquemada de lo fino, es decir, el auténtico Valentín de antes en cuerpo y alma, con el propio despejo y la pinta mismísima de la otra vez.

VI

Quedóse Fidela estupefacta, sin poder apoyar ni combatir semejante idea, y tan sólo dijo:

—Será lo que Dios disponga. ¿Qué sabemos nosotros de los designios de Dios?

—Sí que lo sabemos—replicó Torquemada, sulfurándose—. Tiene que haber justicia, tiene que haber lógica, porque si no, no habría Ser Supremo, ni Cristo que lo fundó. El hijo mío vuelve. ¡Ah! No conociste tú aquel prodigio; que si lo hubieras conocido, desearías lo mismo que deseo yo, y lo tendrías por cierto, dado que deben pasar las cosas conforme a una ley de equidad. Verás, verás qué disposición para las matemáticas. Como que él es las puras matemáticas, y todos los problemas los sabe mejor que el maestro. Si he de hablarte con franqueza, sin ocultarte nada de lo que pienso, te diré que no puedo menos de compaginar ciertos fenómenos de tu estado con la ciencia de mi hijo Valentín. ¿No nos contaste que hace dos noches tuviste unos sueños muy raros, viendo que se te ponían delante cifras de ocho y diez guarismos, y que luego ibas por un bosque y te encontraste catorce *nueves*, que te salieron al encuentro y te acorralaron sin dejarte pasar adelante?

—Sí, sí, es verdad que soñé eso.

—Pues ahí lo tienes—dijo Torquemada, con los ojos fulgurando de alegría—. Es él, es él, que te tiene el alma y las venas todas llenas de los santísimos números. Y dime: ¿no sientes tú ahora algo como si te subieran de la caja del cuerpo a la cabeza, *vulgo* región cerebral, unas enormísimas cantidades, cuatrillones o cosa así? ¿No sientes un endiablado pataleo de multiplicaciones y divisiones, y aquello de la raíz cuadrada y la raíz cúbica?

—Algo de eso siento, sí, de una manera vaga—replicó Fidela, dejándose sugestionar—. Pero de eso de las raíces no siento nada. Números, sí, que se me suben a la cabeza.

—¿Ves, ves? ¿No te lo decía yo? Si no me podía equivocar. ¿Y no te pasa también que todo lo que calculas te sale exacto? Como que tienes dentro de ti el espíritu puro de las matemáticas y la ciencia de las ciencias.

—¡Tanto como eso...!—repuso Fidela, dudando—. Yo no calculo nada, porque no sirvo para el cálculo.

—Pues ponte ahora a combinar cantidades; ponte y verás.

Don Francisco se frotaba las manos, añadiendo por vía de síntesis:

—Quedamos en que no es Aguila, en que será quien es, y no puede ser otro.

Algo más pensaban decir marido y mujer sobre el extraño caso; pero los distrajo de su coloquio un coche cargado de gente que por la carretera de San Sebastián venía, en dirección al pueblo, y oyeron alegres voces que con estruendo los saludaron. Hallábanse sentados en una pradera junto al camino, al pie de un corpulento castaño, y cuando el charabán pasó delante de ellos reconocieron entre la turbamulta que venía en la delantera y en los asientos laterales algunas caras amigas.

—¡Oh! Morentín—dijo don Francisco.

Y Fidela:

—¡Ah! Infante, Malibrán.

Y se encaminaron al pueblo, del cual distaba medio kilómetro, tardando bastante en llegar porque la señora, en aquellos meses, no se distinguía por la rapidez de sus movimientos.

En la casa encontraron a los amigos que de San Sebastián habían ido de asalto: Morentín con su mamá, Manolo Infante, Jacinto Villalonga, Cornelio Malibrán, dos chicos y una chica de Pez, Manuel Peña y su mujer, Irene, y alguno más que no consta en autos.

—¿Y a toda esta caterva tenemos que darle de comer?—preguntó, angustiado, don Francisco.

—Hijo, sí; no hay más remedio. Pero se reparten. Verás cómo algunos se van a casa de Severiano Rodríguez o del general Morla.

—Siempre nos tocarán los más alborotadores en el hablar y los menos moderados en el comer. Y no viene Zárate, que es, de toda esta taifa, el único que me gusta, por ser muchacho tan científico.

Con las visitas, pasaron las señoras muy entretenidas la tarde, y don Francisco pudo hablar de negocios con Morentín, que le dió noticias de su diligente papá, ya dispuesto a salir de Londres en dirección a España. Animóse Rafael con la charla de sus amigos, oyendo con especial gusto a Infante y a Villalonga, que contaban mil divertidas historias de la sociedad de Biarritz y San Sebastián. Hablóse también de política, y al anochecer se fueron con la misma algazara que habían traído para acá.

Si la tarde fué placentera para el pobre ciego, por la noche notóle su hermana muy inquieto, con cierta reversión a las antiguas manías que ya parecían olvidadas. Hablaba de carretilla, reía desaforadamente, y a cada momento nombraba a Morentín para ridiculizarle y poner en solfa sus palabras.

—Pero ¿no es el amigo que más quieres?... ¿Por qué te ha entrado ahora esa absurda antipatía?—le dijo su hermana Cruz, a solas, dándole de cenar.

—Fué mi amigo. Ya no lo es, ni puede serlo. Y no creas; me temía yo que recalase por aquí. Era de absoluta lógica que viniese, traído por sus malos pensamientos.

Y en lo que siguió diciendo demostraba, más que antipatía, un odio insano tan violento en la forma, que Cruz sintió renovados sus temores de otros días, y se dispuso a pasar una mala noche, en compañía del infeliz joven. En efecto, no bien se retiraron su hermana y don Francisco, fuése al cuarto de Rafael, que era un gabinete bajo con ventana al jardín, rodeada de madreselvas; y hallándole muy despabilado, sin ganas de dormir, le propuso quedarse ambos de tertulia hasta que los rindiese el sueño. La noche, como de agosto, era calurosa. Mejor que dando vueltas en la cama, la pasarían tomando el fresco, respirando el aire embalsamado del jardín, y oyendo cantar las ranas, que en una charca próxima entonaban su gárrulo himno a la tibia noche.

Aceptó gozoso Rafael lo propuesto por su hermana. Sentada ésta junto al alféizar, procediendo con rapidez y autoridad, para no darle tiempo a pensar sus respuestas, le acometió con bravura desde el primer momento:

—Vamos a ver, Rafael: vas a decirme ahora mismo, clarito, pero muy clarito, y sin rodeos ni atenuaciones, por qué se ha trocado en aborrecimiento el cariño que tenías a tu amigo Morentín. ¿Qué te ha hecho?

—A mí, nada.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada.

—No admito subterfugios. Has de ha-

blarme claro y pronto. Hace tiempo, desde mucho antes de salir de Madrid, empecé a notar que te ponías muy nervioso siempre que hablabas de él... Vamos a ver, dímelo todo, Rafael. Por Dios te lo pido.

—Morentín es un egoísta.

—¿Y nada más que por eso le odias?

—Y un miserable.

—¿Qué te ha dicho?... Algo habéis hablado. No me lo niegues.

—No necesito que Pepe me muestre la fealdad de su alma, porque se la veo con los ojos de la mía... y con la luz de mis pensamientos..., ¡pero tan claro...!

—Ea, ya empiezas a desvariar. Vamos, alguno de los amigos que te han visitado hoy, Manolito Infante, Peñita, quizá Malibrán, que es muy malo y tiene la peor lengua del mundo, te ha dicho alguna brutalidad del pobre Morentín.

—No; nadie me ha dicho nada.

—Haz memoria, Rafael. Malibrán, Malibrán ha sido. Pero, hijo, ¿para qué haces caso de ese fatuo, complexión de víbora, lengua venenosa?

—Te juro por la memoria de nuestra madre—dijo Rafael con solemne acento—que Malibrán no me ha dicho absolutamente nada de..., vamos, del asunto penoso que es la causa de mi aborrecimiento a Morentín... Pero ahora comprendo... Hermana querida, tú has venido a interrogarme a mí esta noche, y ahora soy yo quien interroga... Respóndeme pronto, clarito: Malibrán, en alguna parte, ¿ha dicho algo... de eso?

—¿De qué?

—De eso. No te hagas de nuevas. La idea que a mí me atormenta te atormenta también a ti... Ya lo veo todo muy claro con la luz de mi razón. Lo que yo adiviné sólo con los recursos de mi lógica, el mundo lo dice ya, quizá lo pregona con escándalo, y ese escándalo ha llegado a tus oídos. Dímelo, dímelo. Malibrán, o algún otro deslenguado, ha dicho algo en casa de los Romeros, en casa de San Salomó, de Orozco tal vez...

—Pero ¿qué?—preguntó Cruz acongojada, queriendo ocultar sus ideas a la perspicacia del ciego.

Este no veía su palidez mortal; pero notaba en su voz un timbre opaco, que para él era dato tan preciso como la blancura del semblante, y la voz de Cruz delataba sobresalto, ira, vergüenza.

—Pues bien—añadió Rafael tras breve pausa—, lo diré yo sin rodeos. A tus oídos llegan voces de escándalo. Quienquiera que sea lo propala en las casas de los enemigos, también quizá en las de los amigos. Yo, sin oírlo, lo sé, como sin verlo lo he visto. ¿A qué hacer misterio de ello? Lo que dicen es que mi hermana Fidela tiene un amante, y que éste es Morentín.

—Cállate—gritó Cruz con arranque de ira, poniéndole la mano en la boca con tanta fuerza, que parecía que le abofeteaba.

—Digo la verdad... El escándalo ha llegado a tus oídos. No me lo niegues.

—Pues bien, no lo niego. Malibrán es quien se ha permitido afrentarnos con esta calumnia infame. ¡Y hoy le hemos tenido aquí! Gracias que se fué a comer a casa de Cicero, que si le veo en mi mesa, no sé..., creo que yo misma... En Biarritz lo dijo, y en Cambo y en Fuenterrabía. Lo sé por persona que no puede engañarme y que me ha puesto sobre aviso. Triste cosa es la deshonra motivada; pero deshonra que surge por generación espontánea y corre y se propaga sin que exista ni el más insignificante hecho que la justifique, es cosa que subleva.

—Es que..., te lo diré si no te enfadas..., yo no creo que esa deshonra sea tan inmotivada como tú la presentas...

—¡Pero tú...!—indignada—. ¡Crees... también tú!

Furiosa le cogió del brazo, sacudiéndole con brío, única manera de contestar a la infame reticencia.

VII

—Ten calma, y déjame expresar todo lo que discurro—agregó Rafael, tomando resuello, pues le faltaba el aliento, tanto como a su hermana—. En conciencia te digo que el caso es perfectamente lógico. Déjame hablar. El caso es un producto de la vida social, de la corrupción de las costumbres, del trastorno de la idea moral. Cuando nuestra hermana se casó, dije yo: "Esto tiene que ser...", y ha sido tal como lo pensé. Desde este antro oscuro de mi ceguera lo veo todo, porque pensar es ver, y nada se escapa a mi segura lógica, nada, nada. Esa deshonra era un hecho forzoso. En casa te-

níamos todos los elementos para que surgiera. Naturalmente..., ha surgido, sin que nadie pueda evitarlo... Ya, ya sé lo que vas a decirme.

—No lo sabes, no lo sabes—replicó la dama con acento firme y altanero—. Lo que tengo que decirte es que nuestra hermana es más pura que el sol. En ningún caso dudaría de su perfecta, de su absoluta honradez; menos puedo dudar de ella, viviendo, como vivo, siempre al lado suyo. Ninguno de sus actos, ni aun sus pensamientos más recónditos, me son desconocidos. Sé lo que piensa y siente, como sé lo que siento y pienso yo misma. Y nada, absolutamente nada, existe que pueda servir de fundamento a tan vil especie.

—Te concedo que en el terreno de los hechos no hay motivo para...

—Ni en ningún otro terreno.

—En el de la intención, en el de la voluntad...

—Ni en ése ni en ningún otro existe la menor sombra de mancha. Fidela es la pureza misma; quiere y estima a su marido, que en su tosquedad es muy bueno para ella y para toda la familia. Que no vuelva yo a oírte semejante disparate, Rafael, o no respondo de tratarte con la blandura que acostumbro usar contigo.

—Bueno, bueno: no te incomodes. Admito que tengas razón en lo que a mi hermana se refiere. Y ¿me respondes tú de las intenciones de Morentín?

—De eso, ¿cómo he de responder yo? Siempre me ha parecido decente y delicado.

—Pues yo que le conozco, porque ambos hemos sido compañeros de aventuras en tiempos que no han de volver, y que ahora, en el archivo de mis recuerdos, son una gran enseñanza; yo te aseguro que la corrupción mansa, la que no se siente, la que devora sin ruido y a veces sin el escándalo más ligero, anida en su alma. Sin que Morentín me haya dicho nada, sé que pretende deshonrarnos, que cree segura la victoria más temprano o más tarde. Si no se jacta de haber triunfado ya, tampoco negará honradamente, cuando le feliciten por una conquista que algunos darán por hecha, todos, todos, por probable. ¡Ay! Horroriza el considerar que aunque mi hermana fuese una santa y Morentín un modelo de virtudes, el mundo, atento a la composición de este matrimonio y a la vida ostentosa que lleváis, tendrá siempre por hecho inconcuso lo que Malibrán ha dicho. Y no puedes ya evitar que corra y se propague el rumor infamante. Ni conseguirás rectificar lo que tú crees error..., y lo será por el momento.

—Por el momento, no; por siempre. ¡También tú...! No parece sino que tomas partido por los difamadores. Esto es intolerable, Rafael. Se trata de una calumnia, ¿sí o no? Pues si es calumnia, si la inocencia de nuestra hermana resplandece como el sol, y antes que dudar de ella dudaría yo de que existe un Dios justiciero y misericordioso; si ella es honrada, digo, y los que la calumnian dignos de las penas del infierno, la verdad ha de brillar tarde o temprano, y el mundo ha de reconocerla y acatarla.

—No la reconocerá. El mundo procede con una lógica que él mismo se ha creado para juzgar cosas y personas. Te concedo que es una lógica construída con artificios; pero es..., y quítale de la cabeza a la opinión su infame idea. No puedes, no puedes. Para evitar esto habría convenido seguir viviendo en la oscuridad modesta, después de esa malhadada boda. Pero en el torbellino de la sociedad, en medio de este boato, cultivando las relaciones antiguas y buscando otras nuevas, no hay medio de sustraerse a la atmósfera total, querida hermana. La atmósfera total nos envuelve: en ella flotan los placeres, las satisfacciones de la vanidad; flota también el veneno, el microscópico *bacillus* que nos mata, en medio de tantas alegrías. Mujer joven y guapa, sensible, rodeada de lisonjas, sin ocupaciones domésticas; marido viejo y ridículo, brutalmente egoísta y en absoluto desprovisto de todo atractivo personal..., ya se sabe..., saca la consecuencia. Si no es, tiene que ser. El mundo lo sanciona antes que suceda, y lo autoriza, y hasta parece que lo decreta, como si hubiera, en esa constitución oculta de las conciencias del día, un artículo que expresamente lo mandara. Esto lo he visto yo hace tiempo; éste fué uno de los inconvenientes más graves que vi en la boda de mi hermana. Ahora, sufrir y callar.

—No, yo no sufro ni callo—replicó Cruz, sobreponiéndose a la turbación que aquel asunto le causaba—. Yo des-

precio la calumnia. Dios quiera que a los oídos de Fidela no llegue jamás; pero si llegara, la despreciará como yo, y como tú... Te prohibo hablar de esto; es más, te prohibo pensar...

—¡Pensar! ¡Prohibirme pensar! Eso sí que no puede ser. No pienso en otra cosa. Es lo único en que puedo ocuparme, y si no fuera por el trabajar de la mente, ¿con qué mataría yo, pobre ciego, el fastidio de la oscuridad? Te prometo revelarte todo lo que vaya descubriendo.

—No, no descubrirás, no podrás descubrir nada—dijo la dama, nerviosa y con ganas de reñir—. Y cuanto discurras será obra exclusivamente tuya, de tu pobrecita mente aburrida, holgazana, traviesa. Te lo prohibo, Rafael; sí, te prohibo pensar en eso.

Sonreía el ciego sin articular sílaba, y su hermana suspiraba, masticando las frases dichas anteriormente, y otras que intentó decir, quedándose con la primera palabra en la boca. Así transcurrió un mediano rato, y ya iban a romper los dos con nuevos argumentos, cuando oyeron ruido en las habitaciones altas, donde el matrimonio dormía, y a poco sintieron el paso grave de don Francisco bajando la escalera. Salió Cruz a su encuentro, temerosa de que ocurriese alguna novedad, pero él la tranquilizó diciéndole:

—No es nada. Fidela duerme como una bendita; pero yo, con *la calor* y un infame mosquito que me ha estado dando murga toda la noche, no he podido pegar los ojos, hasta que al fin, cansado del ardor de las sábanas, me bajo a tomar el fresco en el jardín.

—La noche está pesada y bochornosa, cosa muy rara en este país—observó Cruz—. Mañana habrá tormenta y refrescará el tiempo.

—¡Vaya una noche!—murmuró el tacaño—. ¡Y para esto abandona uno aquel Madrid tan cómodo...!

Salió al jardín en mangas de camisa, con un chaquetón sobre los hombros, la gorra de seda en la coronilla. Desde la ventana en que los dos hermanos se hallaban silenciosos respirando el aire tibio, aromatizado por las madreselvas, veían pasar el sombrajo negro de don Francisco, que se paseaba lentamente, y oían su tosecilla y el rechinar del menudo guijo bajo su planta procerosa.

La noche era toda calma, tibieza y solemne poesía. El aire, inmóvil y como embriagado con la fragancia campesina, dormitaba entre las hojas de los árboles, moviéndolas apenas con su tenue respiración. El cielo profundo, sin luna y sin nubes, se alumbraba con el fulgor plateado de las estrellas. En la oscura frondosidad de la tierra, arboledas, prados, huertas y jardines, los grillos rasgaban el apacible silencio con el chirrido metálico de sus alas, y el sapo dejaba oír, con ritmo melancólico, el son aflautado que parece marcar la cadencia grave del péndulo de la eternidad. Ninguna otra voz, fuera de éstas, sonaba en cielo y tierra.

Largo tiempo estuvieron Cruz y Rafael contemplando las sombras del jardín, y la figura de don Francisco, que iba y venía, también con mesurado ritmo, de un extremo a otro, pasando y repasando como ánima de pecador insepulto que viene a pedir que le entierren. Movida de un estado particularísimo de su ánimo, y por efecto también quizá de la serenidad poética de la noche, Cruz sintió pena intensísima ante aquel hombre, abrumado por la nostalgia. Consideró que si por él había salido de espantosa miseria la noble familia del Aguila, ésta debía corresponderle dándole la felicidad que merecía. Y en vez de procurarlo así, la directora del cotarro le contrariaba llevándole a grandezas sociales que repugnaban a sus hábitos y a su carácter. ¿No era más humano y generoso dejarle cultivar su tacañería y que en ella se gozara, como el reptil en la humedad fangosa? Porque, a mayor abundamiento, el pobre hombre, sacado de su natural esfera, sufría los mordiscos de la calumnia, y si dejaba de ser ridículo en una forma, lo era en otra. ¿No tenía ella la culpa de todo, por meterse a encumbradora de gente baja, y por querer hacer de un zafio un caballero y un prohombre? Ese remusguillo de su conciencia y la compasión vivísima que hacia su hermano político sintió en aquella hora solemne de la noche de verano, moviéronla a dirigirle palabras afectuosas. Echando su cuerpo fuera de la ventana, le dijo:

—¿No teme usted, don Francisco, que el sereno le haga daño? No hay que fiarse mucho de los calores de esta tierra.

—Estoy bien—replicó el tacaño, aproximándose a la ventana.

—Me parece que ha salido usted con poco abrigo. Por Dios, no nos coja usted un reuma o un catarro fuerte.

—Pierda cuidado. Tendría que ver que por huir de aquel calorcito de Madrid, tan agradable, y, por más que digan, higiénico, viniese uno a enfermar en los calores húmedos de esta tierra, tan sumamente acuática.

—Vale más que entre usted aquí, y nos acompañaremos los tres hasta que tengamos sueño.

Rafael se aproximó también a la ventana. En aquel instante, como si los sentimientos de Cruz se le comunicaran por misterio magnético, sintió asimismo lástima del hombre que odiaba.

—Entre, don Francisco—le dijo, pensando que la ilustre familia hambrienta había engañado a su favorecedor, utilizándole para redimirse, y que después de sacarle de su elemento para hacerle infeliz le cubría de una ridiculez más grave que la que él había echado sobre ella. Entráronle deseos de reconciliarse con el bárbaro, guardando siempre la distancia y de devolverle en forma de amistad compasiva la protección material que de él recibía.

Como ambos hermanos insistieron en llevarle a su lado, no pudo ser insensible el tacaño a estas demostraciones de afecto, y entró, echando pestes contra el clima del país vasco, contra los alimentos y, sobre todo, contra las pícaras aguas, que eran, sin género de duda, las peores del mundo.

—Usted está aquí fuera de su centro —díjole Rafael, que por primera vez en su vida le hablaba con afabilidad—. No puede usted vivir alejado de sus queridos negocios.

Oyendo esto, Cruz tuvo una inspiración, y al instante saltó de la voluntad a la palabra.

—Don Francisco, ¿quiere que nos vayamos mañana?

Tanta sorpresa causó al aburrido negociante la proposición, que no creyó que su cuñada le hablaba formalmente.

—Usted me busca el genio, Crucita.

—Y, la verdad—indicó Rafael—, para lo que hacemos aquí... Fresco no hay; en cambio, abundan los mosquitos, y otra casta de alimañas peores, los amigos importunos y mortificantes.

—Eso es hablar como la Biblia.

—Propongo que salgamos mañana—dijo la hermana mayor con resolución—. Ea, si don Francisco quiere...

—¡Que si quiero!... Re-Cristo, ¿pues acaso estoy por mi gusto en esta tierra maldecida..., o por contentamiento de ustedes y obediencia al fuero de la puerquísima moda?

—Mañana, sí—replicó el ciego, batiendo palmas.

—Pero ¿lo dicen de verdad, o es ganas de marear más?

—De verdad, de verdad,

Y convencido de que no era broma, púsose el tacaño tan gozoso, que sus ojos relumbraban como las estrellas del cielo.

—¡Conque mañana! No podía usted determinar, Crucita de mi alma, cosa más de mi agrado. Ya estaba yo aquí como *el alma de Garibaldi*, suspenso y aburrido, mirando al cielo y a la tierra, y acordándome de mis cosas de Madrid, como se acordaría de la gloria divina el que, después de gozarla, se ve enchiquerado en los profundos abismos del infierno... ¿Conque mañana, Rafaelito? ¡Qué gusto! Dispénsenme: soy como un chiquillo a quien dan punto para las vacaciones. Mis vacaciones son el santo trabajo. No me divierte esta vida boba del campo, ni le encuentro chiste a la mar salada de San Sebastián, ni estas pamemas del baño y el paseíto se han hecho para mí. El verde para quien lo coma; y el campo *natural* es meramente una tontería. Yo digo que no debe haber campiñas, sino todo ciudades, todo calles y gente... El mar sea para las ballenas. ¡Mi Madrid de mi alma!... ¿Conque es de veras que mañana? Para otro año viene la familia sola, si quiere fresco caro. Yo a mi calor barato me atengo. Digan lo que quieran, pasado el quince de agosto se templa Madrid, *máxime* de noche, y da gusto salir a tomar la fresca por aquellos altos de Chamberí. Pues digo, ahora que empiezan los melones y el riquísimo albillo... ¡Cristo!, por no hacer ruido y dejar a Fidela que duerma, no me pongo a hacer el equipaje ahora mismo. ¿A qué hora pasa el tren de San Sebastián? A las diez. Pues en cuanto amanezca pedimos el coche y salimos pitando... No hay que volverse atrás, Crucita. Usted es la que manda; pero no nos engañe con dedadas de miel, *vulgo* promesas, que bien me merezco la

realidad de esta vuelta a Madrid, por la paciencia con que he venido a estas tierras chirles, sin más *objetivo* que zarandear a la familia, y darnos tono, ¡con cien mil Biblias!, tono... Siempre el dichoso *buen tono*, que a mí me parece un tono muy mal entonado.

VIII

Partieron, pues, aquella mañana, con asombro y extrañeza de toda la colonia, en la cual no faltó algún desocupado caviloso que se diese a buscar la razón de aquel súbito regreso, que más bien parecía fuga, y *descubriera* nada menos que una grave discordia matrimonial. Ello es que iban todos contentos a Madrid, y Torquemada como unas pascuas. ¡Con qué alegría vió el semblante risueño de su cara villa, sus calles asoleadas, y sus paseos polvorosos, pues aún no había llovido gota! Y ¡qué hermosura de calor picante! Que no le dijeran a él que había lugares en el mundo más higiénicos. Para miasmas, Hernani, que, por ser cargante en todo, hasta tenía nombre de música. ¡Cuándo se ha visto, Señor, que los pueblos se llamen como las óperas!

Entró de lleno en la onda de sus negocios, como pato sediento que vuelve a la charca; pero hallándose aún ausentes muchas personas del elemento oficial y del *elemento particular*, no encontró la ocupación plena que hubiera deseado. Con todo, su contento era grande; y para completarlo, Cruz no le mortificaba con nuevos planes de engrandecimiento. Otra novedad dichosa era que Rafael se había suavizado en su trato con el tacaño, y hasta parecía desear tenerle por amigo. Antes del viaje, apenas cambiaban más palabras que las generales de la ley, el saludo por las mañanas, y por la noche cuatro frases insustanciales acerca del tiempo. Al regreso de Hernani solían acompañarse algunos ratos, y el ciego le mostraba consideración, algo parecida al afecto; le oía con calma, y hasta le pedía su parecer sobre asuntos corrientes de política, o sobre cualquier suceso del día. Pero lo más particular de todo esto era que la buena de Cruz, que había bebido los vientos por las paces de los dos cuñados, y de continuo los incitaba a la concordia, en cuanto los oía charlando sosegadamente parecía sobresaltada y no se apartaba de ellos, cual si temiera que alguno de los dos se fuese del seguro. Debe advertirse que por aquellos días (septiembre y octubre) la opinión de Cruz sobre el estado cerebral de su desdichado hermano era más pesimista que nunca, a pesar de que el pobrecito no desentonaba ya, ni reía sin motivo, ni se irritaba.

—Si ahora le tenemos tranquilo y no nos da ninguna guerra—le decía Fidela—, ¿por qué temes...?

—La calma bochornosa suele anunciar grandes tempestades. Prefiero verle nerviosillo y un poco charlatán a que se nos encierre en ese *spleen* sombrío, con apariencias sospechosas de buen juicio en lo poco que habla. En fin, Dios dirá.

En todo septiembre tuvo don Francisco el gusto de no ver a muchas personas de las que ordinariamente iban a la casa, y que rodaban todavía por playas y balnearios, algunas en París; y aumentó su gusto la única excepción de aquella desbandada, Zárate, que por la escasez que suele acompañar a la sabiduría no veraneaba más que quince o veinte días en El Escorial o Colmenar Viejo. Buenos ratos pasó el tacaño con su amigo y consultor *científico*, casi solos todas las noches, platicando sobre temas sabrosísimos, como la cuestión de Oriente, los abonos químicos, la redondez de la tierra, el papado en sus relaciones con el reino de Italia, las pesquerías del banco de Terranova... En aquella temporada de fecundos progresos aprendió don Francisco dicciones muy chuscas, como la *tela de Penélope*, enterándose del porqué tal cosa se decía; *la espada de Damocles* y *las kalendas griegas*. Además, leyó por entero el *Quijote*, que a trozos conocía desde su mocedad, y se apropió infinidad de ejemplos y dichos, como *las monteras de Sancho, peor es meneallo, la razón de la sinrazón* y otros que el indino aplicaba muy bien, con castellana socarronería, en la conversación.

Charla que te charla, hablaron de Rafael, haciendo notar Zárate que sus apariencias de sosiego mental no inspiraban confianza a la hermana mayor, a lo que contestó don Francisco que su cuñado no regía bien del cerebro, y que más tarde o más temprano había de salir con alguna gran *peripecia*.

—Pues yo tengo sobre esto una opinión—dijo Zárate—, que me aventuro a consultar con usted a condición de absoluta reserva. Es una opinión mía; quizá me equivoque; pero no renuncio a ella mientras los hechos no me demuestren lo contrario. Yo creo... que *nuestro joven* no está loco, sino que lo finge, como lo fingía Hamlet, para despacharse a su gusto en el proceso de un drama de familia.

—¡Drama de familia! Aquí no hay drama ni comedia de familia, amigo Zárate—replicó don Francisco—. No hay más sino que el caballero aristócrata y un servidor de usted hemos estado de puntas. Pero ya parece que se da a partido, y yo me dejo querer... Naturalmente, más vale que haya paz en casa. Esta es la razón de la sinrazón, y no digo nada de las inconveniencias y tonterías de mi hermano político. *Peor es meneallo*... Por lo demás, creo también que en algunos períodos su locura ha sido figurada, como la de ese señor que usted cita tan oportunamente.

Y se quedó con la duda de quién sería aquel *Jamle*; pero no quiso preguntarlo, prefiriendo dar a entender que lo sabía. Por el nombre y lo de fingirse loco, se le antojaba que el tal debía de ser poeta.

—Celebro que estemos conformes en este punto, señor don Francisco—dijo Zárate—. Hallo entre nuestro Rafael y el infortunado príncipe de Dinamarca muchos puntos de contacto. Ayer, sin ir más lejos, hablaba solo el pobre ciego, y dijo cosas que me recordaron el célebre monólogo *to be or not to be*.

—Efectivamente, algo dijo de aquello. Yo lo noté, y no se me escaparon los *puntos de contacto*. Porque yo observo y callo.

—Eso, eso justamente es lo que procede, observarle.

—El pobrecillo tira mucho a poeta, ¿verdad?

—Verdad.

—Y diciendo poesía, se dice poco juicio, el meollo revuelto.

—Exactamente.

—Y a propósito, amigo Zárate: me sorprende que a los poetas se les den tantas denominaciones. Les dicen *vates*, les dicen también *bardos*. Crea usted que me he desternillado de risa leyendo un artículo que le *dedican* a ese chiquillo a quien yo protejo, y el condenado crítico le llama *bardo* acá, *bardo* allá, y le echa unos inciensos que apestan. A los versos que ese chico compone los llamaría yo *bardales*, porque aquello no hay cristiano que lo entienda, y se pierde uno entre tanta hojarasca. Todo se lo dice al revés. En fin, *peor es peneallo*.

Mucho celebró el pedante la ocurrencia, y pasaron a otro asunto, que debía de ser algo de socialismo y colectivismo, porque al día siguiente salió Torquemada por esas calles hecho un erudito en aquellas materias. Hallaba *puntos de contacto* entre ciertas doctrinas y el principio evangélico, y envolvía sus disparates en frases cogidas al vuelo y empleadas con dudosa oportunidad.

Don Juan Gualberto Serrano, que regresó a fines de septiembre, trájole muy buenas noticias de Londres. Las compras de *rama* se harían por personas idóneas para el caso, muy prácticas en aquel comercio, y que sabrían ajustarse a los precios indicados, aunque tuvieran que apencar con las barreduras de los almacenes. Por este lado no había que pensar más que en atracarse de dinero. Propúsole además otro negocio, basado en operaciones de banqueros ingleses sobre fondos de nuestro país, y lo mismo fué anunciarlo, que Torquemada lo calificó de grandísimo disparate. En principio, la combinación era buena, y pensando en ella el tacaño por espacio de dos o tres días, encontró un nuevo desarrollo práctico del pensamiento, que propuso a su amigo, y éste lo tuvo por tan excelente, que le abrazó entusiasmado.

—Es usted un genio, amigo mío. Ha visto el negocio bajo su único aspecto positivo. El plan que yo traía era un caos, y de aquel caos ha sacado usted un mundo, un verdadero mundo. Hoy mismo escribo a los inventores de esta combinación, Proctor y Ruffer, y les diré *cómo ve usted* la cosa. De seguro les parecerá de perlas, y al instante nos pondremos a trabajar. Es cosa de liquidar medio millón de reales cada año.

—No digo que no. Escriba usted a esos señores. Ya sabe usted *mi línea de conducta*. En las condiciones que propongo, entro, vaya si entro.

Largo rato hablaron de este embrollado asunto, quedando de acuerdo en todo y por todo, y cuando ya se despedía, Serrano, pues almorzaba aquel día con el presidente del Consejo (como casi todos los

de la semana), le dijo con semblante gozoso:

—Aquello me parece que es cosa hecha.

—Y ¿qué es *aquello*?

—Pero ¿no sabe usted...? ¿No le ha dicho Cruz...?

—Nada me ha dicho—replicó don Francisco, receloso, sospechando que *aquello* era un nuevo tiento que la gobernadora pensaba dar a su bolsillo.

—¡Ah! Pues téngalo por hecho.

—Pero ¿qué...? ¡Biblias coronadas!

—¿Es de veras que no tiene noticia?

—Lo que tengo es el alma en un hilo, ¡ñales! ¿Apostamos a que ahora viene la bomba que me tiene anunciada?... Vamos, que ya estoy echando setenta llaves a la caja.

—No, no tendrá usted que gastar sino muy poco dinero... Un almuercito a los compromisarios..., una docena de telegramas...

—Pero qué, ¿con cien mil pares de copones?

—Que le sacamos a usted senador.

—¡A mí! Pero cómo, ¿vitalicio o...?

—Electivo. Lo otro vendrá después. Primero se pensó en Teruel, donde hay dos vacantes; luego en León. Vamos, representará usted a su tierra, el Bierzo...

—Menuda plaga va a caer sobre mí. Dios me guarezca de pretendientes berzanos, y de pedigüeños de toda la tierra leonesa.

—Pero ¿no le agrada...?

—No... ¿Para qué quiero yo la senaduría? Nada me da.

—Hombre..., sí... Esos cargos siempre dan. Por lo menos, nada se pierde, y se puede ganar algo...

—*¿Y aun algos?*

—Sí, señor, y aún *muchísimos algos.*

—Pues acepto la ínsula. Iremos al Senado, *vulgo Cámara Alta*, y si me pinchan, diré cuatro verdades al país. Mi *desiderátum* es la reducción considerable de gastos. Economías arriba y abajo; economías en todas las esferas sociales. Que se acabe esa *tela de Penélope* de nuestra administración, y que se nivele ese presupuesto, sobre el cual está suspendida, como *una espada de Damocles*, la bancarrota. Yo me comprometía a arreglar la Hacienda en dos semanas; pero para ello exigiría un plan radicalísimo de economías. Esta será la *condición sine qua non*, la única, la principal de todas las *condiciones sine qua nones.*

IX

No se le cocía el pan a don Francisco hasta no explicarse con su cuñada sobre aquel asunto, y a la mañana siguiente, mientras se desayunaba, la interrogó con timidez.

—Nada quería decir a usted hasta no tener el pastel cocido—contestóle Cruz sonriendo—. Por cierto que no estoy contenta ni mucho menos de nuestra gestión, y pienso que no servimos para el caso. Monte Cármenes y Severiano Rodríguez nos habían prometido que sería para usted una de las vacantes de senador vitalicio, y a vueltas de muchos cabildeos y conferencias salen con que el presidente tiene compromisos y qué sé yo qué. A un hombre como usted no se le puede regatear la senaduría vitalicia, ni se le contenta poniéndole en la mano la porquería de un acta, ¡un acta!, que está hoy al alcance de cualquier catedratiquillo o del primer intrigante que salte por ahí. Y el ministro de Hacienda no está menos indignado que yo. Tuvo una trapatiesta con el presidente... ¡Pues no se habla poco...!

—No lo sabía—dijo Torquemada estupefacto—. Han rifado por mi senaduría vitalicia. ¡Vaya una simpleza! Ni qué falta me hace a mí ser senador, y sentarme en aquellos bancos. Unicamente por tener el gusto de decir cuatro verdades, pero verdades, ¿eh? *Por lo demás*, yo no lo ambiciono, *ni de cerca ni de lejos. Mi línea de conducta* es trabajar en mi negocio, sin echar facha... Y si quieren darle ese turrón a otro, que se lo den, y buen provecho le haga.

—Yo pensé no aceptarla; pero lo tomarían a desaire, y no conviene... Seremos, digo, será usted senador electivo, y representará a su país natal.

—Villafranca del Bierzo.

—La provincia de León.

—Ya estoy viendo la nube de parientes con hambre atrasada que van a caer sobre mí como la langosta... Usted se encargará de recibirlos, y de irlos despachando con un buen jabón; que para estos casos viene muy bien su pico de oro.

—Pues sí, yo me encargo de *ese ramo.* ¿Qué no haré yo para tenerle a usted contento y rodeado de satisfacciones?

—¡Ay, Crucita de mi alma!—dijo Tor-

quemada, palideciendo—. Ya estoy viendo venir la puñalada.

—¿Por qué lo dice?

—Porque cuando usted me halaga y me sonríe, es que viene contra mí navaja en mano, pidiendo la bolsa o la vida.

—¡Ay, no lo crea usted! Estoy muy benigna de algún tiempo acá. No me conozco. Ya ve que le dejo acumular tranquilamente sus fabulosas ganancias.

—Cierto es que desde que volvimos de aquel condenado Hernani no ha salido usted con ninguna tecla de nuevos encumbramientos, y *por ende,* de nuevos gastos. Pero yo tiemblo, porque tras de la calma vienen truenos y rayos, y como usted me amenazó hace tiempo con una muy gorda...

—¡Ah! Es que ésa, el trueno gordo, está pendiente de discusión aquí—apuntándose a la frente con su dedo índice—. Es cosa muy grave y no acabo de decidirme.

—Dios nos asista, y la Virgen nos acompañe, con todas las biblias pasteleras en pasta y por empastar. Y ¿qué idea del demonio es esa que usted *acaricia*?

—A su tiempo lo sabrá—replicó la señora, retirándose por el foro del comedor, y sonriendo graciosamente desde la puerta.

Y era verdad que la gobernadora, si no había renunciado a su magno proyecto, teníalo en la cartera de lo dudoso y circunstancial. Para decirlo todo claro, desde el viaje a Hernani se habían quebrantado sus firmes propósitos de engrandecimiento. La atroz calumnia de que se tiene noticia, y que, lejos de desvanecerse en Madrid, corría y se hinchaba, ganando pérfidamente la opinión, fué lo que determinó en su espíritu un salto atrás y algo como remordimiento de haber sacado a la familia de la oscuridad después del matrimonio con el tacaño. ¿No habrían sido más felices ellas, más feliz él, sin género de duda, en una medianía sosegada, con el pan de cada día bien seguro, entre cuatro paredes? Esta idea la atormentó algunos días, y aun semanas y meses, y casi estuvo a punto de deshacer todo lo hecho. Y proponer a su esclavo que se fueran todos a vivir a un pueblo, donde no se viera más frac que el del alcalde el día de la Santa Patrona, donde no hubiera jóvenes elegantes y depravados, viejas envidiosas y parlanchinas, políticos en quienes la vida parlamentaria corrompe todas las formas de la vida, damas que gustan de que se hable de faltas ajenas para cohonestar mejor las propias ni tantas formas y estilos, en fin, de relajación moral.

Vaciló algún tiempo, pasándose las noches en cavilaciones penosas; y al fin su espíritu hubo de decidirse por seguir adelante en el camino trazado. La violencia del impulso adquirido imposibilitaba la detención súbita, equivalente a un choque de graves consecuencias. Lo menos malo era ya continuar hacia arriba, siempre en busca de las mayores alturas, con majestuoso vuelo de águilas, despreciando las miserias de abajo, y esperando perderlas de vista por causa de la distancia. Su mente se excitaba con estas ideas, y le hervían en ella ambiciones desmedidas, cuya realización, además de engrandecer a los suyos, serviale para hacer polvo a los indignos Romeros y a toda la ruin caterva de envidiosos.

Fidela, en tanto, desconocía en absoluto estas internas luchas de su hermana y el hecho desagradable que las motivó. Había llegado a ser, por su interesante situación física, un objeto precioso, de extraordinaria delicadeza y fragilidad, que todos resguardaban hasta del aire. Faltaba poco para que la pusieran bajo un fanal. Su apetito de las golosinas llegó a tomar las formas de capricho más extravagantes. Se le antojaban guisantes en confitura para postre; a veces apetecía las cosas más ordinarias, como castañas pilongas y aceitunas de zapatero; cenaba comúnmente pájaros fritos, que le habían de servir con gorros colorados hechos de rabanitos; se hartaba de berros aliñados con manteca de vaca. Pedía barquillos a todas horas del día, piñones tostados para después del chocolate, y a las once, gelatinas y algún bartolillo de añadidura.

Transcurrían los meses sin que se enterara de los rumores infames que algunos amigos, o enemigos, habían hecho correr acerca de ella, suponiéndola infiel; y tan ignorante se hallaba de las calumnias, como inocente del feo pecado que le imputaron, atenuándolo con disculpas no menos odiosas que el pecado mismo. Su pureza y la limpidez de su alma eran verdaderamente angelicales, pues ni se le ocurría que tales absurdos

pudieran decirse, ni soñó jamás con el peligro de opinión que tan de cerca la rondaba. Creyérase que no había en ella más prurito que vivir bien en el orden vegetativo, a cien mil leguas de todos los problemas psicológicos. Juzgándola con la ligereza propia de un sabio superficial, de estos que engullen revistas y periódicos, pero que no observan la vida ni ven la medula de las cosas, el tonto de Zárate decía:

—Es una estúpida, un ser enteramente atrofiado en todo lo que no sea la vida orgánica. Desconoce el *elemento* afectivo. Las pasiones son letra muerta para esta hermosa pava real o gatita de Angora.

Y Morentín desmentía tan cerrada opinión prometiéndoselas muy felices para después que *aquello* pasase. Pero Zárate, que era de los pocos que desmentían las voces calumniosas, quitábale al otro las esperanzas, asegurando que la maternidad despertaría en ella instintos contrarios a toda distracción, haciéndola estúpidamente honrada e incapaz de ningún sentimiento extraño al cuidado de la cría. Disputaban sin tregua los dos amigos sobre aquel tema, y acababan por reñir, echándose en cara recíprocamente, el uno, su fatuidad; el otro, su pedantería.

Cuidaba don Francisco a su mujer como a las niñas de sus ojos, viendo en ella un vaso de materia fragilísima, dentro del cual se elaboraban todas las combinaciones matemáticas que habían de transformar el mundo. Era la encarnación de un Dios, de un Altísimo nuevo, el Mesías de la ciencia de los números, que había de traernos el dogma cerrado de la cantidad, para renovar con él estas sociedades medio podridas ya con la hojarasca que de tantos siglos de poesía se ha ido desprendiendo. No lo expresaba él así; pero tales eran, *mutatis mutandis*, sus pensamientos. Y a los cuidados dengosos del tacaño correspondía Fidela con un cariño frío, dulzón y desleído, sin intensidad, única forma de afecto que en ella cabía, y a la cual daba estilos muy singulares, a veces como el que se usa para querer a los animales domésticos, a veces semejantes al afecto filial.

Sus amores de familia se condensaron siempre en Rafael. Pues en aquellos días no hacía gran caso de su hermano, ni se afanaba por si comía bien o mal, o si estaba de buen humor. Verdad que los cuidados de su hermana la relevaban de toda preocupación respecto al ciego, y éste, después de la boda, no pasaba tantas horas en dulce intimidad con la señora de Torquemada. Habíase iniciado entre uno y otro cierto despego, que sólo se manifestaba en imperceptibles accidentes de la acción y la palabra, tan sólo notados por la agudísima, por la adivinadora Cruz.

Una tarde, al volver Torquemada de sus correrías de negociante, encontró a Fidela sola en el gabinete, llorando. Cruz había salido a compras, y Rufinita, que pasaba allí algunas tardes acompañando a su madrastra (compañía que, dicho sea de paso, era muy del agrado de ésta), no había ido aquel día, lo que contrarió mucho al tacaño.

—¿Qué tienes, qué te pasa? ¿Por qué estás sola? Y esa Rufina de mis pecados, ¿en qué piensa que no viene a darte palique? ¡Para lo que ella tiene que hacer en su casa!... A ver, ¿por qué lloras? ¿Es porque no han querido darme la vitalicia? *(Denegación de Fidela.)* Bien decía yo que por eso no era. Al fin y a la postre, lo mismo da por lo efectivo, aunque, la verdad, esto de la senaduría no *viene a llenarme ningún vacío*... Fidela, dime por qué lloras, o me enfado de veras, y te digo cosas malas, *biblias* y *Cristos*, y todo el palabreo que uso cuando me da la corajina.

—Pues lloro... porque me da la gana —replicó Fidela, echándose a reír.

—¡Bah! Ya te ríes, *de lo cual se desprende* que no es nada.

—Algo hay; cosas de familia...

—Pero ¿qué, por vida de la...?

—Rafael...—murmuró Fidela, volviendo a llorar.

—Rafaelito, ¿qué?

—Que mi hermano no me quiere ya.

—Acabáramos. Y ¿qué te importa? Digo, ¿en qué lo has conocido? ¿Ya vuelve el *punto* ese con sus necedades?

—Esta tarde me ha dicho unas cosas que..., que me ofenden, que no están bien en su boca.

—¿Qué te ha dicho?

—Cosas... Nos pusimos a hablar de la función de anoche... Dijo cosas muy chuscas; reía y declamaba. Luego me habló de ti... No, no creas que habló mal. Al contrario; te elogiaba... Que eres

un gran carácter, y que yo no te merezco.

—¿Eso dijo?... Pues sí que me mereces.

—Que eres digno de lástima.

—¡Hola, hola! Lo dirá por los saqueos de tu hermana y por lo esquilmado que me tiene.

—No es por eso.

—Pues ¿por qué, ñales?

—Si dices indecencias, me callo.

—No, no las digo, ¡ñales, re-ñales! Tu hermanito me está cargando otra vez; repito que me está cargando, y al fin será preciso que evitemos *todo punto de contacto* entre él y yo.

X

—Pues de repente se puso a decirme cosas—añadió Fidela—con entonación trágica, frases muy parecidas a las que le decía Hamlet a su madre cuando descubre...

—¿Qué?... ¿Y quién es ese *Jamle?* ¡Cristo! ¿Quién es ese *punto* que ya me va cargando a mí también, pues Zárate me lo saca también a relucir a cada triquitraque? *¡Jamle*; dale con *Jamle!*

—Era un príncipe de Dinamarca.

—Sí; que andaba averiguando aquello de *ser o no ser.* ¡Valiente bobería! Ya lo sé... ¿Y qué tiene que ver ese mequetrefe con nosotros?

—Nada. Pero mi hermano no está bien de la cabeza y me ha dicho lo que Hamlet a su madre...

—Que también debía de ser una buena ficha.

—No era de lo mejor... Verás: esto pasa en una de las más hermosas tragedias de Shakespeare.

—¿De quién?... ¡Ah! El que escribió *El sí de las niñas.*

—No, hombre... ¡Qué bruto eres!

—Ya; el autor de..., de la... En fin, sea quien fuere, poco me importa, y en sabiendo que ese *Jamle* es todo invención de poetas, no me interesa nada. Que lo parta un rayo. Pasemos a otra cosa, niña. No hagas caso de tu hermano, y lo que él te diga óyelo como si oyeras llover... ¿Y tu hermana?

—Ha ido a compras.

—¡Ay Dios mío, qué dolor siento aquí!

—¿Dónde?

—En el santo bolsillo. ¡A compras! Adiós mi *líquido.* Tú hermana y yo vamos a acabar mal. ¿Qué proyectos *abrigará*; qué nuevos *gravámenes* me esperan?... Estoy temblando, porque hace tiempo, desde antes del verano, me tiene anunciado el trueno gordo, y yo me devano los sesos pensando qué será, qué no será.

Fidela se sonreía picarescamente.

—Tú lo sabes, bribona, tú lo sabes y no quieres decírmelo, por miedo a tu hermana, que te tiene metida en un puño, como me tiene metido a mí y a todo el globo terráqueo.

—Puede que lo sepa... Pero es un secreto, y no me corresponde decírtelo. Ella te lo dirá.

—Pero ¿cuándo?... Esperando ese cataclismo de mis intereses, no hay para mí *momento histórico* que no sea de angustia. Yo no vivo, yo no respiro. Pero ¿qué? ¿Es cosa de dejarme en cueros vivos?

—Hombre, no tanto.

—¿Se trata de *gravamen* y de que yo no pueda economizar?... ¡Demonio, así no se puede vivir! Esta vida es un purgatorio para mí, y aquí estoy penando por todos los pecados de mi vida..., que no son muchos. ¡Biblia!, no son más que los pecados naturales y consanguíneos de un hombre que ha barrido para su casa todo lo que ha podido. Y ahora mi cuñadita barre para afuera.

—No exageres, Tor...

—¿Me cuentas o no me cuentas lo que es?

—No puedo. Cruz se enfadaría conmigo si le quitase el gusto de la sorpresa que quiere darte.

—Déjame a mí de sorpresas... Las cosas que vengan por su paso natural.

—Además, si te lo digo, invado un terreno que no es el mío, y atribuciones que...

—Música, música... Te mando que me lo digas, o habrá un *jollín* en casa.

—No seas bárbaro... Ven acá: siéntate a mi lado. No manotees, ni te pongas ordinario, Tor. Mira que así no te quiero. Ven acá..., dame la pata—tomándole una mano—. Aquí quietecito y hablando a lo caballero, sin decir gansadas ni porquerías. Así, así.

—Pues sácame de dudas.

—¿Me prometes guardar el secreto y hacerte el sorprendido cuando mi hermana te...?

—Prometido.

—Pues verás. Una tía nuestra, que ya murió la pobrecita...

—Dios la tenga en su santa gloria. Adelante.

—Mi tía, doña Loreto de la Torre Auñón...

—Muy señora mía.

—Marquesa de San Eloy...; digo que marquesa de San Eloy.

—Ya me entero, sí.

—Falleció de repente la pobre señora, dejando escasa fortuna. A mamá le correspondía el título; pero sobrevino en aquel tiempo nuestra desgracia, y de lo menos que nos ocupamos fué del marquesado de San Eloy, pues lo primero que había que hacer era pagar los derechos que por transmisión de títulos del Reino...

—Demonio, ¡ñales!, ya, ya sé... ¡Cristo! Y lo que quiere ahora tu hermana...

—Es sacar ese título, para lo cual hay que instruir un expediente y pagar lo que se llama medias anatas...

—¡Medias verdes, y medias coloradas, y el pindongo calcetín de la Biblia en verso!... ¡Y que yo pague!... No, mil y mil veces y pico digo que no. Esta no la paso. Me rebelo, me insurrecciono.

—Calma, Tor... Pero, hijo mío, si no hay más remedio que sacar el título, antes que lo saquen los Romeros, que también lo pretenden. ¡Marqueses de San Eloy esos tunantes! Antes la muerte, Tor de mi vida. Haz de tripas corazón y apechuga con ese gasto...

—A ver..., pronto...; sepamos—dijo Torquemada sin aliento, limpiándose el sudor del rostro—. ¿Cuánto puede costar eso?

—¡Ah! No lo sé. Depende del tiempo transcurrido, de la importancia del título, que es antiquísimo, pues data de mil quinientos veintidós, del reinado del emperador Carlos Quinto.

—¡Valiente peine! El tiene la culpa de que yo pase estos tragos... Costará... ¿quinientos reales?

—Hombre, no; ¡un título de marqués por quinientos reales!

—¿Costará dos mil?

—Más, muchísimo más. Al marqués de Fonfría le cobró el Estado por su título, según nos dijo anoche Ramoncita..., me parece que dieciocho mil duros.

—¡Brrr...!—vociferó Torquemada, lanzándose a un frenético paseo de fiera por la habitación—. Pues desde ahora te digo que allá se podrá estar el título hasta las *calendas griegas* por la tarde si esperan que yo lo saque... El hígado me van a sacar ustedes a mí. ¡Dieciocho mil duros! ¡Y por un rótulo, por una vanidad, por un engañabobos! Mira lo que le valió a tu tía, la vieja esa doña Loreto, el ser marquesa. Se murió sin un real... No, no. Francisco Torquemada ha llegado ya al límite, al pastelero límite de la paciencia, y de la condescendencia, y de la prudencia. No más Purgatorio, no más penar por faltas que no he cometido; no más tirar por la ventana el santísimo rendimiento de mi trabajo. Dile a tu hermana que se limpie, que si quiere ser marquesa, que le encargue la ejecutoria a un memorialista de portal, que todo viene a ser lo mismo, pues ¿qué es el Estado más que un gran memorialista con casa abierta?

—Pero si mi hermana no es la que ha de ser marquesa. La marquesa seré yo, y, por consiguiente, tú marqués.

—¡Yo, yo marqués!—exclamó el tacaño con explosión de risa—. ¡Mira tú que yo marqués!

—¿Y por qué no? ¿No lo son otros?...

—¿Otros? ¿Y esos otros tuvieron por abuelo a uno que vivía de la noble industria de hacer a los señores cerdos una operación que les ponía la voz atiplada? ¡Ja, ja, me muero de risa!

—Eso no importa. En seguidita, cualquiera de esos que manejan el *Becerro* te hace un árbol genealógico por el cual desciendes en línea recta del rey don Mauregato.

—O del rey don Maureperro. ¡Ja, ja!... Pero dime con franqueza..., fuera bromas—parándose ante ella, en jarras—. ¿Tienes tú el capricho de ser marquesa? ¿Te gustaría la coronita? *En una palabra*: ¿es para ti cuestión de *ser o no ser*, como dijo el otro?

—No lo creas; no tengo esa vanidad.

—¿De modo que te da lo mismo ser marquesa o *Juana Particular?*

—Lo mismo.

—Pues si tú no *acaricias esa idea* de ponerte corona, ni yo tampoco, ¿a qué ese gasto estúpido de...? ¿Cómo se llama eso?

—*Lanzas y medias anatas.*

—Jamás oí tal terminacho.

—Y que te ha de subir un pico, porque ahora resulta, según le dijo a Cruz

la persona encargada de gestionar el asunto en el Ministerio de Estado, el marqués de Saldeoro, ¿sabes?, que la tía Loreto usó el título sin pagar los derechos, y éstos se hallan pendientes desde el tiempo de Carlos Cuarto.

—¡Atiza! Vamos, yo me vuelvo loco...—exclamó don Francisco, dándose palmetazos en el cráneo—. ¡Y quieren que yo... saque...! Como no saque yo las uñas... *En una palabra,* ¡no, no y mil veces no! Me rebelo... Lanzas y medias anatas...—con desvarío—. Digo que no... Lanzas... San Eloy... Carlos Cuarto. No y no... Estoy bufando, ¿no lo ves?... Medias anatas..., digo que no... Medias coloradas...—alzando la voz—. Fidela, yo no puedo vivir así. Cuando tu hermana me ataque con esta socaliña, voy y... *en una* palabra, me suicido.

—Tor, no lo tomes así. Si eso es para ti una bicoca.

—¡Bicoca!... ¡Oh! ¡Qué mujeres éstas! ¡Cómo me atormentan, cómo me fríen la sangre!... Medias anatas..., lanzas...—repitiéndolo como para fijarlo en la memoria—. San Eloy... Carlos Cuarto... Oye, Fidela, si quieres que yo te quiera, tenemos que rebelarnos contra ese basilisco de tu hermana. Si tú te pones a mi lado, me planto...; pero es preciso que estés a mi lado, en mi partido. Yo solo no puedo; sé que ha de faltarme valor... Lo tengo cuando estoy solo; pero en cuanto ella se me pone delante con el labio temblón, me descompongo todo...: Lanzas..., medias... Carlos Cuarto..., las anatas de la Biblia en verso... Fidela, nos rebelamos, ¿sí o no?

Algo alarmada de la excitación que notaba en su esposo, Fidela acudió a él, y acariciándole le trajo al sofá.

—Pero, Tor, ¿por qué te da tan fuerte?

—Digo que nos rebelamos, porque ya ves, ni a ti ni a mí nos hace maldita falta el marquesado ese de las medias de San Eloy..., anatas...; digo que pues a nosotros nos importa un rábano todo eso, que compre ella el marquesado y puede empingorotarse con él todo lo que quiera.

—Tontín, el marquesado es para que tú lo luzcas. Eres riquísimo; lo serás más aún. Rico, senador, persona de alto concepto en la sociedad, te vendrá el título como anillo al dedo...

—Si no costara dinero, no te digo que no.

—Hijo, las cosas cuestan según valen. Ponte en lo justo... Y hay otra razón que mi hermana ha tenido en cuenta. Si a ti no te deslumbra el brillo de una corona, ¿no te gustaría verla en la cabecita de tu hijo?

De tal modo se desconcertó al oír esto el fiero prestamista, que por un buen rato estuvo sin poder articular palabra. Y viendo la esposa el buen efecto que causaba su razonamiento, lo reforzó todo lo que pudo, dentro de la escasez de sus medios retóricos.

—Bueno; concedo que no le caerá mal a mi hijo la corona de marqués. ¡Un chico de tanto mérito! Pero, la verdad, yo nunca he visto que sean marqueses los matemáticos, y si lo son, deben inventarse para ellos títulos que tengan algún *punto de contacto* con la ciencia; verbigracia: no estaría mal que nuestro Valentín se titulara marqués de *la Cuadratura del Círculo,* o cosa así. Pero esto no suena, ¿verdad? Tienes razón. No te rías... Estoy como trastornado con la idea de ese gasto tan bestial que se llevará de calle los líquidos de medio año... Anatas, medias... Carlos..., lanzas..., lanceros... La cabeza me da vueltas... Nada; sublevación... Si no fuera por ti, me escaparía de la casa, antes que Crucita se me pusiera delante con esa matraca... Cierto que por la gloria de mi hijo haré yo cualquier cosa... Pues oye lo que se me ocurre... Transacción. Convence a tu hermana de que aplace el asunto del marquesado hasta que el hijo nazca; no, no, hasta que le tengamos crecidito.

—No puede ser, Tor de mi vida—replicó Fidela con dulzura—, porque los Romeros gestionan también la concesión del título, y sería una vergüenza para nosotros que nos lo birlaran. Debemos anticiparnos a sus intrigas.

—Pues que me anticipen a mí la muerto, ¡Cristo!, que con tanto jicarazo me parece que no está lejos. Fidela, tu hermana me abrirá la sepultura en el *momento histórico* menos pensado. Todo se remediaría poniéndote tú de mi parte y ayudándome en la defensa de mi *interés*; porque al paso que vamos, créeme a mí, seremos muy pronto los marqueses de la *Perra Chica*...

No pudo decir más, porque entró su hija Rufina, y lo mismo fué verla que descargar sobre ella su cólera, reprendiéndola por su tardanza. Aquí que no

peco. La pobre muchacha pagaba los vidrios rotos, y el que todo era cobardía y turbación ante la formidable autoridad de Cruz, ante un ser débil y ligado a él por ley de obediencia se desfogaba en groseros furores. Por suerte de la señora de Quevedo, entró de la calle la tirana, y bastó el rumor de sus pasos en la antesala para que se produjese un silencio absoluto en el gabinete. Retiróse al despacho alto don Francisco, rezongando en voz muy queda, y hasta la hora de comer no cesó de barajar su cerebro las ideas que le atormentaban. Medias lanzas..., anatas..., San Carlos..., San Eloy, Valentín..., marqueses científicos..., ruina..., muerte..., rebelión..., medias anatas.

XI

Ni la Paz y Caridad le salvaba ya, porque la gobernadora, en sus altos designios, había resuelto añadir al escudo de los Torquemadas los sapos y culebras del marquesado de San Eloy, y antes cayeran las estrellas del cielo que dejar de cumplirse aquella resolución. Precisamente, en el *momento histórico* de la referida conversación entre don Francisco y Fidela se hallaban ya el dibujante heráldico y el investigador de genealogías con las manos en la masa, esto es, fabricándole un escudo al tacaño, lo que en verdad no era para ellos difícil, por ser el apellido Torquemada de noble sonsonete, de composición castiza y muy propio para buscarle orígenes tan antiguos como los de Jerusalén. Cruz no se paraba en barras, y antes de hablar con su cuñado lo dispuso todo para la pronta ejecución de la arrogante idea, apretándole a ello el ansia de cogerles la delantera a los indecentes Romeros. Encargó en Gracia y Justicia que se activase el expediente, dispuso que con la mayor brevedad posible se compusiesen todos los árboles genealógicos y todas las ejecutorias que fueran menester, y no faltaba más que imponer al bárbaro el *gravamen* con firme voluntad, como la cosa más conveniente para la familia y para él mismo.

Más reacio que nunca le encontró Cruz aquella vez, porque la cuantía del expolio le requemaba la sangre, dándole ánimos para la defensa. Tuvo que llevar la dama el refuerzo de Donoso, que le encareció las ventajas de hacerse marqués y lo reproductivo de aquel gasto, pues su representación social se acrecía con la corona, *traduciéndose* tarde o temprano en beneficios *contantes*. No le convenció más que a medias, y el hombre gemía, como si le estuvieran sacando todas las muelas a la vez con los aparatos más primitivos. De resultas del sofoco estuvo enfermo cinco días, cosa rara en su vigorosa naturaleza; se desmejoró de carnes y le salieron muchas canas. Cruz se desvivía por agradarle y devolver a su alterado espíritu la serenidad; disimulaba su tiranía, figuraba atender a sus menores deseos para satisfacerlos y lo hacía, efectivamente, en cosas menudas de la vida. Pero ni por ésas: entregóse el hombre pataleando, apencó con las medias anatas, rendido de luchar y sin aliento para oponer al despotismo una insurrección en toda regla.

Distrajéronle un poco de sus murrias la presentación en el Senado y los conocimientos que allí hizo. El presidente del Consejo, a quien hubo de dar las gracias antes de la aprobación del acta, le dijo con muy buena sombra que ya deseaba verle por allí; y que las personas como él (como el señor de Torquemada) eran las que representaban dignamente al país, lo que el tacaño creyó muy puesto en razón. Veíase tratado con miramientos y cortesanías, que le halagaban, ¿para qué negarlo?, y lo mismo el presidente que todos los señores *de la mesa* le traían en palmitas. Al volver a casa, después de su primer vuelo en espacios nuevos para él, Cruz le observaba el rostro, queriendo descubrir los efectos de aquel ambiente de vanidades, y notaba ciertos efluvios de satisfacción que eran de muy buen augurio. Interrogábale acerca de sus impresiones; se hacía narrar la sesión y sus incidentes, y veía con gusto que el hombre en todo se fijaba y no perdía ripio. Que de esto se congratuló la dama, no hay para qué decirlo. Brillaba en sus ojos la alegría materna, o más bien el orgullo de un tenaz maestro que reconoce adelantos en el más rebelde de sus discípulos.

Para que se vea la suerte loca de Torquemada y la razón que tenía Cruz para empujarle, *velis nolis*, por aquella senda, bastará decir que a poco de tomar asiento en el Senado, aprobada sin dificultad su acta, limpia como el oro, votóse el

proyecto de ferrocarril secundario de *Villafranca del Bierzo a las minas de Berrocal,* empantanado desde la anterior legislatura, proyecto por cuya realización bebían los vientos los berzanos, creyéndolo fuente de riqueza inagotable. ¿Y qué sucedió? Que los de allá atribuyeron el rápido triunfo a influencias del nuevo senador (a quien se suponía gran poder), y no fué alboroto el que armaron aclamando al *preclaro hijo del Bierzo.* Algo había hecho don Francisco en pro del proyecto: acercarse a la Comisión, hablar al ministro en unión de otro leonés ilustre; pero no se creía por esto autor del milagro ni mucho menos, ni ocultaba su asombro de verse objeto de tales ovaciones. Porque no hay idea de los telegramas rimbombantes que le pusieron de allá ni de los panegíricos que en su honor entonaron el alcalde en el Ayuntamiento, el boticario en su tertulia, el cacique en mitad de la calle y hasta el cura en el púlpito sagrado. Y trajo una carta *El Imparcial* en que narraba el efecto causado por la noticia en aquella sensata población, describiendo cómo había perdido el sentido todo el sensatísimo vecindario; cómo habían sacado en procesión por las calles, entre ramas de laurel, un mal retrato de don Francisco que se proporcionaron no se sabe dónde; cómo dispararon cohetes, que atronaban los aires, expresando la gratitud con sus restallidos, y cómo, en fin, le aclamaron con roncas voces, llamándole *padre de los pobres, la primera gloria del Bierzo* y *el salvador de la patria leonesa.*

Enterarse Cruz de estas cosas y volverse loca de alegría fué todo uno.

—¿Lo ve usted, señor mío? Si no fuera por mí, ¿tendría usted esas satisfacciones? ¡Qué hombre! Apenas da los primeros pasos, ya le salen los éxitos de debajo de las piedras.

Oyendo estas lisonjas y todo el coro de plácemes que entonaron sus tertulios, don Francisco con media boca se reía y con otra media lloraba, fluctuando entre el remusguillo del amor propio satisfecho y el temor de que todas aquellas misas vendrían a parar en nuevos *gravámenes.*

Aunque en pequeña escala todavía, no tardaron en cumplirse los vaticinios del suspicaz tacaño, porque al siguiente día se descolgaron cuatro murgas atronando la escalera, y tuvo que echarlas el portero a escobazos, repartiéndoles propina a razón de un duro por orquesta, según acuerdo de Cruz, y a los pocos días, ¡ay!, apareció la nube... Como empezara por poco, al principio parecía cosa de juego; pero iba engrosando, engrosando, y pronto causaba terror verla. Llegaron primero dos matrimonios, de paño pardo y refajos verdes, pidiendo el uno que le libraran de quintas al hijo, el otro que le devolvieran la cartería que por intrigas del Gobierno le habían quitado. Llovieron también gentes de Astorga con gregüescos, trayendo mantecadas y pidiendo *la Biblia en pasta,* un destinito, condonación de las contribuciones, permiso para carbonear, despacho de un expediente, algunos limosna en crudo, otros aderezada con mil graciosos artificios. Siguieron otros que, aunque aldeanos en esencia, traían presencia de señores, pretendiendo mil chinchorrerías: éste, que se destituyera al Ayuntamiento de tal parte; aquél, una plaza en las oficinas de Hacienda de la provincia; el de más allá, que se variara el trazado de la carretera.

Tras una sección de pedigüeños venía otra y otra, con encomiendas muy extrañas. Cayó asimismo sobre la casa un buen golpe de leoneses residentes en Madrid, maragatos y paveros y demonios coronados, que pedían protección contra la justicia o gollerías atroces, dando a sus postulados los giros más originales. Baste el ejemplo de un individuo que mandó a don Francisco un proyectillo, muy bien dibujado por cierto, del *monumento que se elevaría en Villafranca del Bierzo para perpetuar la gloria del hijo preclaro,* etc. Y otros enviaban versos, odas de sablazo y pentacrósticos mendicantes, o le proponían comprar un viejo cuadro de Animas que parecía una pepitoria. Torquemada se los sacudía con cierto desgarro, echando el muerto a su cuñada, quien con cristiana mansedumbre aguantaba el chaparrón y los obsequiaba y los sonreía, dándoles una dedada de miel para que se fueran pronto. Los del pueblo traían de don Francisco idea tan alta, que palidecían al verle, y se quedaban lelos, como en presencia de un emperador o del Papa. Todos se las prometían muy felices de la visita y venían como a tiro hecho, porque allá se dijo que cosa por don Francisco solicitada era cosa hecha en todas las esferas de la gobernación del reino. Como que

la misma reina no tomaba determinación alguna sin consultarle, y cada lunes y cada martes le sentaba a comer en su mesa. Pues de la riqueza de Torquemada traían una idea tan hiperbólica, que algunos se maravillaron de no ver las carretadas de dinero entrar por el portalón de la casa. Entre los de paño pardo y refajo verde vinieron dos o tres que habían conocido a don Francisco cuando era un chaval que andaba descalzo por los lodazales de Paradaseca; y no faltó una tarasca que echándole los brazos al pescuezo le saludara con expresiones semejantes a las de la paleta del sainete *La presumida burlada*: "¡So burro, hijo mío!"

XII

Ya se iba cargando el hombre de aquel aluvión, y cuando se encaraba con algún paisano se le atiesaban los pelos del bigote, tomando su cara un aspecto de ferocidad que suspendía el ánimo de los visitantes. Por fin, le dijo a Cruz que cerrara la puerta a semejantes posmas o que tan sólo diese entrada, después de un detenido reconocimiento, a los que traían algo, ya fuese chorizos o chocolate..., o aunque fueran castañas y bellotas, que a él le gustaban mucho.

En tanto, iba acomodándose a la vida parlamentaria, y elegido para esta y la otra Comisión, se aventuraba a *ilustrar a sus compañeros* con alguna idea muy del caso, siempre que se tratara, ¡cuidado!, de cuestiones de Hacienda. La verdad, estaría muy contento si desde que se sentó en los rojos escaños no hubieran llovido sobre él los sablazos en una u otra forma. Esto le sacaba de quicio. Es mucho cuento. ¡Señor!, que no se pueda figurar conforme al propio mérito sin dar sangrías a cada rato al flaco bolsillo. Ya era la suscripcioncita para imprimir el discurso de cualquiera de aquellos *puntos*, ya otra colecta para erigir un monumento a Juan, Pedro y Diego de la antigüedad, cuando no lo hacían por un personaje moderno, de estos que se hacen célebres charlando por los codos o revolviendo a Roma con Santiago. ¡Y a cada instante, *víctimas* por acá y por allá; socorros para inundados, náufragos y viudas y huérfanas del sursuncorda. Era un gotear frecuente, que al cabo del mes representaba un terrible pasivo. Vaya, que a tal precio no quería las satisfacciones de padre o abuelo de la patria. ¡Cómo se cobraba la muy bribona de los honores que a sus hijos ilustres confería! Tan cargado estaba ya de ser *hijo ilustre*, que una noche, al regresar a su casa de malísimo humor, porque el marqués de Cicero le había afanado cuarenta duros para la restauración de una catedral de ñales, díjole a Cruz que ya no aguantaba más y que el mejor día tiraba el acta en medio del redondel, *vulgo hemiciclo*, y otro que tallara. Para colmar su desesperación, aquella misma noche hubo de participarle la tirana su propósito de dar una comida de dieciocho cubiertos, a la que seguirían otras semanalmente, con objeto de convidar a diferentes personas de alta categoría. Inútiles fueron todas las protestas del empedernido tacaño. No había más remedio que banquetear, y se banquetearía. El decoro del nuevo prócer así lo reclamaba, y en vez de ponerse como un león, debía agradecerlo y alegrarse de tener a su lado personas que tan religiosamente cuidaban de su dignidad.

Pues, Señor, por aquel camino pronto llegaría *la de vámonos*. ¡Comidas de catorce cubiertos y de dieciocho y veinte! Ya desde octubre venía en aumento la cifra del presupuesto de bucólica. Era un diario abrumador, que causaba espanto a don Francisco, acostumbrado a la sordidez de los doce o trece reales de gasto en tiempo de doña Silvia. Pues con el *nuevo régimen* de convites crecería la suma hasta llegar a una cifra capaz de quitar el sueño a los siete durmientes y aun a los siete sabios de Grecia, que dormían el sueño eterno. El mejor día le daba al hombre un ataque cerebral del berrinche que cogía; las murrias le iban devorando y las satisfacciones de hombre público y de gran financiero se le amargaban con aquel desagüe sin término de sus líquidos. ¡Cuánto mejor reunirlo todo para emplearlo en nuevos arbitrios, viviendo con un modestísimo pasar, sin comilonas, que siempre perjudicaban a la salud, y vestido con sencilla decencia por un sastre habilidoso, de esos que vuelven la ropa del revés! Esto era lo lógico y lo procedente y lo que *se caía de su peso*. ¿A qué tanto lujo? ¿De dónde sacaba Cruz que para negociar en grande era preciso convidar a comer a tanto gandul? ¿Y a qué iban allí los diplomáticos

chapurreando el español y hablando sin cesar de carreras de caballos, de la ópera y otras majaderías? ¿Qué beneficio líquido le aportaba aquella gente, y los hermanos del ministro, y el general Morla, y otros tantos que no hacían más que murmurar del Gobierno y encontrarlo todo muy malo? Verdad que él también lo encontraba todo pésimo, pues política que no fuese de economías a raja tabla, *caiga el que caiga,* era una política de muñecas, y así lo manifestaba delante de catorce o veinte comensales, que concluían por darle la razón.

Hacia fin del año el negocio de la hoja iba como una seda, pues el pariente de Serrano que hacía las compras en los Estados Unidos era hombre que lo entendía, ciñéndose a las instrucciones dadas por el gerente. Total, que las primeras remesas fueron admitidas sin dificultad en los depósitos, y cuando alguna promovía dudas o resistencias, por aquello de que el tabaco parecía propiamente basura barrida de las calles de Madrid, daban orden de que se admitiese, gracias a las gestiones de don Juan Gualberto, que para estas cosas era un águila. Donoso no intervenía en nada referente a las entregas. La ganancia, según los cálculos de Torquemada, sería fenomenal en el primer año. No tardó Serrano en proponerle otro negocio: tomar en firme todas las acciones del ferrocarril de Villafranca a Minas de Berrocal, con lo cual se mataban de un tiro muchos pájaros, pues los berzanos verían en ello un nuevo triunfo de su ídolo, y éste y sus compinches harían una buena jugada *largando* las acciones después de hacerlas subir, por las artes que a tales combinaciones se aplican, hasta las nubes. Con esto y el arreglo con la casa de Gravelinas, a la cual se asignó una pensión por la vida del duque actual y diez años más, quedándose Torquemada y compañeros negociantes con todos los bienes raíces (que se venderían poco a poco, recibiendo en pago las obligaciones emitidas por la casa ducal), la fortuna del tacaño iba creciendo como la espuma, en progresión descomunal, amén de sus innumerables negocios de otra índole, compra y venta de títulos con tal tino realizadas, que jamás se equivocó en los cálculos de alza y baja, y sus órdenes en Bolsa eran la clave de casi todas las jugadas de importancia que allí se hacían.

Y entre tantas dichas se aproximaba el gran acontecimiento, que esperaba el tacaño con ansia, creyendo ver en él la compensación de sus martirios por los despilfarros ociosos con que Cruz quería dorarle las rejas de su jaula. Muy pronto ya las alegrías de padre endulzarían las amarguras del usurero, burlado constantemente en sus tentativas de acumular riquezas. Deseaba el hombre, además, salir de aquella cruel duda: ¿Su hijo sería Torquemada, *como tenía derecho a esperar,* si el Supremo Hacedor se portaba como un caballero? "*Me inclino a creer* que sí—decía para su capote, con verdadero derroche de lenguaje fino—. Aunque bien pudiera ser que la entremetida Naturaleza *tergiversase la cuestión* y la criatura me saliese con instintos de Aguila, en cuyo caso yo le diría al señor Dios que me devolviese el dinero..., quiero decir, el dinero no..., el, la... No hay expresión para esta idea. Pronto hemos de salir del *dilema.* Y bien podría resultar hembra, y ser como yo, arrimada a la economía. Allá lo veremos. *Me inclino a creer* que será varón, *y por ende,* otro Valentín, *en una palabra,* el mismo Valentín *bajo su propio aspecto.* Pero ellas no lo creen así, sin duda, y de aquí la expectación que *reina en todos,* como cuando se aguarda la extracción de la Lotería."

Ya Fidela no salía de casa ni podía moverse. Se contaban los días, anhelando y temiendo el que había de traer el gran suceso. Hubo equivocaciones en el cálculo. Se esperaba para la primera quincena de diciembre, y nada. Pasó el 20: confusión y temores. Por fin, el 24 se anunció, desde el amanecer, la solución del tremendo enigma con horribles molestias e inquietudes de la señora. No conceptuándose Quevedito bastante autorizado para traer al mundo al heredero de Torquemada, se había llamado con tiempo a una de las eminencias de la obstetricia; pero debió de presentarse el caso un poco difícil, porque la eminencia propuso el auxilio de otra eminencia. Reunidos ambos doctores, declararon que el parto era de mucho compromiso, y pidieron la colaboración de una tercera eminencia.

Mordíase el bigote y refregábase las manos una con otra el amo de la casa,

ya poseído de pánico, ya de risueñas esperanzas, y no hacía más que ir y venir de un lado para otro, y subir y bajar del escritorio al gabinete, sin acertar a disponer, en tan crítico día, cosa alguna referente a sus vastos negocios. Los amigos más íntimos fueron a enterarse y hacerle compañía, y para todos tuvo palabras ásperas. No le había hecho maldita gracia la irrupción de médicos, y cogiendo a solas a Quevedito, que oficiaba como ayudante, le dijo:

—Esto de traerme acá tantos doctores no es más que una oficiosidad de Cruz, que siempre *tiende* a hacerlo todo en grande, aunque no sea menester. Si la gravedad del caso lo exigiese, yo no repararía en gastos. Pero verás cómo no necesitamos de tanta gente... Tú te bastarías y te sobrarías para sacarla de su cuidado... Pero, hijo, quien manda, manda. *Es refractaria* a la modestia y a la moderación, y con ella no valen las buenas teorías..., lanzas y medias anatas... No sé lo que digo... Concluirá por arruinarme con tanta bambolla... San Eloy... ¿Y tú qué crees? ¿Saldremos en bien de este mal paso?... San Eloy... Yo confío que esta noche tendremos a Valentín en casa... Y si me salgo con la mía, se dará la coincidencia de que sea en la misma noche..., medias anatas..., en que vino al mundo nuestro Redentor, *vulgo* Jesucristo, o en otros términos el Mesías prometido... Vete, vete a la alcoba, no te separes de su lado... Yo estoy como loco... ¡Vaya, que traer acá esos tres *puntos* de médicos, que pondrán cada cuenta...! En fin, sea lo que Dios quiera. No vivo hasta no ver...

XIII

Al anochecer se presentó el caso como de los más apurados y difíciles. Celebraron las tres eminencias solemne consulta, y en un tris estuvo que fuese avisada una cuarta celebridad. Por fin, se acordó esperar, y Torquemada, que no cabía ya en su pellejo de puro afanado, rindióse al temor del peligro y se manifestó conforme con que se trajera más *personal facultativo*, si era menester. Calmóse la parturienta a prima noche, sin que desapareciese la gravedad; presentáronse síntomas favorables, y aún se aventuraron los comadrones a reanimar con risueñas esperanzas a la atribulada familia. La cara de don Francisco era de color de cera; creeríase que el bigote no estaba en su sitio, o que se le había torcido la boca. A ratos le sudaba la frente gotas gordísimas, y a cada instante se echaba mano a la cintura para levantar el pantalón, que se le caía. Entraron algunas personas, en expectativa del suceso, y se metieron en la sala, dispuestas a dar rienda suelta a las demostraciones de júbilo o de duelo, según el giro que tomase la función. Huía de la sala el tacaño, horrorizado de tener que hacer cumplidos, y en una de las vueltas que daba por la casa, fué a parar al cuarto de Rafael, a quien halló tranquilamente sentado en su sillón, hablando con Morentín de cosas literarias.

—¡Ah Morentín!—dijo don Francisco, saludándole fríamente—. No sabía que estaba usted aquí.

—Decíamos que no hay motivo de alarma. Pronto se le podrá dar a usted la enhorabuena. Y yo se la daré dos veces: primero, por lo que usted espera...

—¿Y segundo?

—Por el marquesado de San Eloy... Yo quería reservarme, para dar juntas las dos enhorabuenas.

—Ni falta que me hace—replicó don Francisco con aspereza—. San Eloy..., medias anatas... Cosas de la hermana de éste, que siempre está inventando pamplinas para sacarnos del *statu quo*, y meterme a mí, tan humilde, en las altas esferas... ¡Mire usted que yo marqués! ¿Y a santo de qué viene ese título?

—Ninguno más ilustre que el de San Eloy—dijo Rafael, algo picado—. Data del tiempo del emperador Carlos Quinto, y han llevado esa corona personas de gran valía, como don Beltrán de la Torre Auñón, gran maestre de Santiago y capitán general de las galeras de su majestad.

—¡Y ahora me quieren meter a mí en las galeras! San Eloy..., ¡oh, qué marqueses somos!... De mucho nos valdría si no tuviéramos con qué poner un puchero, como *ciertos y determinados* títulos que viven de trampas... Mi *bello ideal* no es la nobleza; tengo yo una manera *sui generis* de ver las cosas. Ra-

fael, no te enfades si me despotrico contra la aristocracia tronada y contra la que no tiene más *desideratum* que humillar a los infelices plebeyos. Yo soy un pobre que ha logrado asegurarse la *clásica* rosca, y nada más. Es cosa triste que lo ganado tan a pulso se emplee en marquesados. Ni qué tengo yo que ver con ese hijo de tal que mandó en las galeras del rey... No lo tomes a mal, Rafaelito. Ya sabes que no es por ofender a tus antepasados..., muy señores míos... Sin duda fueron unos *puntos* muy decentes. Pero es que yo doy ahora mismo el marquesado por lo que me cuesta y un diez por ciento de prima, si hay quien lo quiera... Ea, Morentín, vendo la corona. ¿La quiere usted?

Reíanse los dos amigos: Rafael, de dientes afuera; el otro, con toda su alma, porque cuantas muestras de su barbarie daba don Francisco le colmaban de júbilo.

—Pero todo ello—dijo después Torquemada—no tiene importancia *en parangón* del grave conflicto en que estamos... Salga en bien Fidela, y apechugo con todo, incluso con las medias anatas.

—Yo preveo los acontecimientos—afirmó Rafael con serena convicción—y le profetizo a usted que Fidela saldrá perfectamente de su cuidado.

—Dios te oiga... Yo creo lo mismo.

—No le vendrá a usted la desgracia por este lado ni el día de hoy, sino por otro lado y en días que aún están lejanos.

—¡Bah!... Ya estás oficiando de profeta—dijo Morentín, queriendo desvirtuar con sus risas la seriedad que el ciego daba a sus palabras.

—Por de pronto—añadió Torquemada—, cúmplase la profecía de hoy; yo me congratulo de que Rafael acierte. ¡Pero cuánto tarda, Virgen de la Santísima Paloma! ¡Y para esto traiga usted tres facultativos de cartel!... ¿Qué hacen esos caballeros que no...? Porque yo soy el primero en *rendir parias* a la ciencia... Pero que veamos sus resultados prácticos... ¿Pues qué, todo ha de ser teoría, señor de Morentín?

—Lo mismo digo yo.

—Mucha teoría, mucho término griego, y éste manda una cosa, el otro lo contrario; y los tratamientos son como *el tejido de Penélope,* que hoy te hago y mañana te deshago. Si el enfermo se muere, no por eso se dejan de pagar las cuentas de los *señores galenos*..., ¡quia!... Y *yo profeso la teoría* de que esas cuentas debieran pagarlas los gusanos. ¿No es usted de mi opinión? Justo; los gusanos, que son los que van ganando... Aquí estamos *en actitud expectante,* diciendo "qué será, qué no será", y esos señores médicos tan tranquilos... Y *les soy a ustedes franco*: me pongo tan nervioso, que... vean..., me tiemblan las manos y hasta se me traba la lengua... Mi yerno Quevedo se bastaba y se sobraba; tal es mi humilde *punto de vista.*

Salió del cuarto sin oír lo que Rafael y Morentín expresaron sobre sus respectivos puntos de vista, y en el pasillo se encontró con Pinto, a quien atizó varios pescozones, sin que el agresor ni la víctima se hicieran cargo claramente del motivo de ellos. Siempre que don Francisco se ponía muy destemplado y nervioso desfogaba los efluvios de su insensata cólera sobre los cachetes y el cráneo inocente del lacayo, que era un bendito, y llevaba con paciencia los duelos con pan. El buen trato de las señoras, y el comer todo lo que le pedía el cuerpo, le indemnizaban de las brutalidades del amo, el cual, cuando estaba de buenas, solía entenderse con él para ciertas funciones de espionaje; verbigracia:

—Pinto, ven acá. ¿Está la señorita Cruz en el gabinete? ¿Quién ha entrado, el señor Donoso o el señor marqués de Taramundi?... Chiquillo, avísame arriba cuando salga Donoso sin que se entere nadie, ¿sabes?... Oye, Pinto: la señorita Cruz te preguntará si estoy arriba, y tú le dices que tengo gente.

Aquel día fué tal la dureza de sus nudillos, que el muchacho se echó a llorar.

—No llores, hijo—díjole el tacaño ablandándose súbitamente—. Ha sido sin querer, por la pícara costumbre. Estoy de mal temple... ¿Qué hay? ¿Ha salido de la alcoba alguno de esos tres doctores de pateta?... No llores te digo. Si la señora sale en bien, cuenta con una muda de ropa... Vete a ver quién está en la sala. Paréceme que ha entrado la mamá de Morentín, *enteramente*... Y el señor de Zárate, ¿ha venido?... ¿No? Pues lo siento... Entérate con cuidado.

con discreción, de dónde está la señorita Cruz, si en la alcoba, o en la sala, o en su cuarto, y corre a decírmelo. Te espero aquí... Entras haciéndote el tonto, creyendo que te han llamado... Esto no es vivir. Tú también deseas que salgamos bien, y que sea varón, ¿verdad?

Limpiándose las lágrimas, respondió que sí el bueno de Pinto, y se fué a desempeñar las comisiones que le encargó su amo. El cual continuó vagando por los pasillos, a ratos despacio, fija la vista en el suelo, como si buscase una moneda que se le había perdido; a ratos de prisa, vuelta la cara hacia el techo, cual si esperara ver caer de él lluvia de oro. Cuando llamaban a la puerta se escondía en el aposento que le cogía más a mano, recatándose de las visitas, que le azoraban o le ponían furioso.

Pero una persona entró que le fué muy grata, y a ella se abalanzó con júbilo, dejándose abrazar y recibiendo varios estrujones.

—Tenía ganas de verte, amigo Zárate. Estoy, estamos angustiadísimos.

—Pero qué—dijo el sabio, fingiendo consternación—, ¿todavía no se le puede dar a usted la enhorabuena?

—Todavía no. Y he mandado venir tres facultativos de punta, eminencias los tres, y alguno de ellos lo primero del globo terráqueo en clase de comadrones.

—¡Oh! Pues no habrá nada que temer. Esperemos tranquilos el resultado de la ciencia.

—¿Lo cree usted?—dijo Torquemada, ya exánime, apoyándose, como un borracho a quien falta el suelo, en las paredes del pasillo.

—Confío en la ciencia. Pero ¿acaso el lance se presenta dificultoso? Será que la familia se asusta sin motivo. ¿Está la paciente en el primer período? Y el vástago, ¿se presenta por el vértice o por la pelvis?

—¿Qué dice usted?

—¿Y no han pensado en traer un aparato muy usado en Alemania, la *sella obstetricalis*?

—Cállese usted, hombre... *¿A qué obedecen* esos aparatos? Dios quiera que todo sea por lo natural, como en las mujeres pobres, que se despachan sin ayuda de facultativos.

—Pero rara vez, señor don Francisco, se verifica una buena parturición sin auxilio de mujeres prácticas, vulgo comadronas, que en Grecia se llamaban *omfalotomis,* fíjese usted, y en Roma, *obstetrices.*

No había concluído de soltar estos terminachos, cuando sintieron tumulto en el interior de la casa, pasos precipitados, voces. Algo estupendo sucedía; mas no era fácil colegir de pronto si era bueno o malo. Don Francisco se quedó como un difunto, sin atreverse a indagar por sí mismo. Zárate dió algunos pasos hacia la sala; pero aún no había llegado a ella, cuando oyeron claramente decir:

—Ya, ya...

XIV

—¿Qué es? Por las barbas del Santísimo Cristo—gritó Torquemada, escupiendo las palabras.

—Ya, ya—repetían los criados corriendo; sus alegres semblantes divulgaban la buena noticia.

Y en la puerta del gabinete, adonde corrió como exhalación, encontróse don Francisco oprimido entre unos brazos de hierro. Eran los de Cruz, que en su alegría loca le besó en ambos carrillos, diciendo:

—Varón, varón.

—¡Si no podía equivocarme!—exclamó el tacaño, sintiendo más apretado el nudo que en su garganta tenía—. Varón... Quiero verle... Medias anatas... ¡Oh! La ciencia... Biblias... Valentín, Fidela... Bien por las tres eminencias.

Cruz no le dejó penetrar en la alcoba. Había que aguardar un momentito.

—Y ¿qué tal?... Robusto como un toro...—añadió el venturoso padre, que sin saber cómo fué arrastrado a la sala, y allí le abrazaron multitud de personas, soltándole y recibiéndole como una pelota, y llenándole la cara de babas—. Gracias, señores..., agradezco sus *manifestaciones*... San Eloy..., la ciencia..., tres primeras espadas de la Medicina. Gracias mil..., estimando... No me ha cogido de nuevas... Ya sabía yo que había de ser... del sexo masculino, *vulgo* macho... Dispensadme, no sé lo que digo... Ea, Pinto, quiero convidar a todo el mundo. Vete a la taberna, y que traigan unas copas de cariñena... ¡Qué disparate!... No sé lo que digo... La sacra Biblia empastada y champán... Señores, mil y mil gracias por su *actitud* de sim-

patía y... beneplácito. Estoy muy contento... Seré *mecenas* de todo el mundo... Que traigan peleón, digo jerez... Bien sabía yo el resultado de la *peripecia*... Lo calculé. Yo todo lo calculo... Querido Zárate, venga otro abrazo. ¡La ciencia!... *Lo...or* a la ciencia. Pero lo dicho: no se necesitaban tantos doctores. Ha sido un parto *meramente* natural y espontáneo, *por decirlo así*. Somos felices... Sí, señores, felices... *enteramente*; tiene usted razón, *enteramente*...

Entró a felicitar a su esposa. Después de hacerle muchos cariños y de echar un vistazo al crío cuando le estaban lavando, volvió a salir, radiante.

—Es el mismo, el propio Valentín—dijo a Rufinita, volviendo a abrazarla—. ¡Cuánto me quiere Dios! ¡El me lo quitó; El me lo vuelve a dar! Designios que no saben más de cuatro; pero yo sí... Ahora, lo que nos vendría muy bien es que se largara toda esta gente.

—Pero si vienen más. Se llenará toda la casa.

Y otra vez en la sala, oyó, entre el coro de felicitaciones, comentarios de la extraordinaria coincidencia de que el hijo de Torquemada naciese en la fecha del Nacimiento del Hijo de Dios.

—Ahí verán ustedes... Los designios, los altos designios...

—Feliz Nochebuena, señor don Francisco, el hombre grande, el hombre de la suerte, el niño mimado del Altísimo...

No se olvidó, con tanto incienso, de ir a recibir la felicitación de Rafael, el cual hubo de recibirle con fría cordialidad, congratulándose de que su hermana hubiera dado a luz felizmente; mas no hizo mención del nuevo ser, que había venido a perpetuar la dinastía. Esto le supo muy mal a don Francisco, que con altanero ademán y sonora voz le dijo:

—Varón, Rafael, varón, para que tu casa y todita tu nobleza de antaño, más vieja que las barbas del Padre Eterno, tenga representación en los siglos venideros y futuros. Supongo que te alegrarás.

El ciego afirmó con la cabeza, sin pronunciar una palabra. Morentín había pasado a la sala, confundiéndose con los del coro de alabanzas y felicitaciones. Creyó muy del caso la gobernadora improvisar una cena para todos los presentes, con el doble motivo de celebrar el Nacimiento del Hijo de Dios y el del sucesor de la casa y estados del Aguila-Torquemada. Como la turbación y trajín de aquel día no habían permitido pensar en comidas extraordinarias, a las diez andaba de coronilla toda la servidumbre, aprestando la cena, que por la ocasión, la fecha y el lugar en que se celebraba debía ser opípara.

No le pareció bien a Torquemada *llenar el buche* a toda la turbamulta, y en su pobre opinión se cumplía invitando a los más íntimos, como Donoso, Morentín (padre e hijo) y Zárate. Pero Cruz, a quien dió conocimiento con cierta timidez de su criterio restrictivo en materia de invitaciones, le contestó secamente que ya sabía ella lo que reclamaban las circunstancias. *Reasumiendo:* que celebraron allí la Nochebuena, en improvisado banquete, comiendo y bebiendo *como fieras,* según dicho de Torquemada, unas cuarenta y cinco personas *largas,* es decir, unas cincuenta personas, en *cifra redonda.* Tuvo el buen acuerdo el amo de la casa de no beber champaña sino en dosis homeopáticas, y gracias a esta precaución se portó como un caballero, no dejando salir de sus autorizados labios ninguna inconveniencia y hablando con todos el lenguaje fino y grave que a su carácter y posición social correspondía. Menudearon los brindis en prosa y verso, de madrugada ya, y Zárate concluyó por tratar de *tú* a Don Francisco, profetizándole que sería el dueño de toda la tierra, y que bajo su imperio se resolvería el problema de la aerostación, y se cortarían todos los istmos *para mayor fraternidad entre los mares,* y se unirían todos los continentes por medio de puentes giratorios... Brindaron otros por el marquesado de San Eloy, que muy pronto adquiriría mayor lustre con la grandeza de España de primera clase, y no faltó quien pidiese a los señores de Torquemada, con el debido respeto, que diesen un *gran* baile el día de Reyes, para celebrar el fausto suceso.

Cuando se fueron los comensales, don Francisco no se podía tener de cansancio, la cabeza como un farol y los espíritus algo caídos. El sol de su alegría se nublaba con la consideración del enorme gasto de aquella cena, y de los que vendrían a *renglón seguido,* pues la tirana había invitado, para toda la sema-

na siguiente hasta Año Nuevo, a los allí presentes aquella noche, distribuyéndolos en tandas de a doce cada día. "A este paso—pensó Torquemada—, esto será un Lhardy, y yo el calzonazos *por excelencia.*" Acostóse ya cerca del día con la mitad del alma gozosa, la otra mitad agitada por zozobras terribles. ¿Sería broma aquello del *gran baile*, o lo dirían en serio? Cruz, al oírlo, se había reído; pero sin protestar, como habría protestado él, si se atreviera. Esto y los doce invitados diarios le quitaron el sueño, porque la otra mitad del alma, la risueña y retozona, también se mostraba rebelde al descanso. Levantóse sin haber dormido, y lo primero que se echó a la cara fué un par de tarascas, en quienes al punto reconoció los caracteres zoológicos del ama de cría.

—¡Hola!—dijo, dirigiéndose a ellas—, ¿qué tal estamos de leche?

Cruz las había hecho venir previamente de la Montaña, dando el encargo a un médico amigo suyo. Eran dos soberbios animales de lactancia, escogidos entre lo mejor, morenas, de pelo negro y abundante, los ubres muy pronunciados, y los andares resueltos. Mientras el tacaño visitaba a su esposa y al crío, Cruz estuvo tratando con aquel par de reses y con los montaraces aldeanos que las acompañaban.

—¿Cuál ha escogido usted?—preguntóle después don Francisco, que de todo quería enterarse.

—¿Cómo cuál? Usted está en Babia, señor mío. Las dos. Una *fija*, y otra de suplente por si la primera se indispone.

—¡Dos amas, dos!—exclamó el bárbaro con los pelos todos de su cabeza y bigotes erizados como los de un cepillo—. Si un ama, una sola, es el azote de Dios sobre una casa, dos..., ayúdeme usted a sentir, dos... son lo mismo que si se abriera la tierra y nos tragara.

—De poco se asusta usted... Y ¿así mira por la crianza de ese bendito pimpollo que Dios le ha dado?

—Pero ¿para qué necesita mi pimpollo dos amas, Cristo, re-Cristo? ¡Cuatro pechos, Señor de mi vida, cuatro pechos...! ¡Y yo que no tuve ninguno de madre, pues me criaron con una cabra!

—Por eso siempre tira usted al monte.

—Pero vamos a ver, Crucita. *Seamos justos*... ¿Quién ha visto usted que tenga dos amas?

—¿Que quién he visto...? Los reyes, el rey...

—Y ¿acaso somos nosotros *testas coronadas, por decirlo así?* ¿Soy yo *por casualidad* rey, emperador, ni aun de comedia, con corona de cartón?

—No es usted rey; pero su representación, su nombre, exigen propósitos y actos de realeza... No, no me río. Sé lo que digo. Entramos en un período nuevo. Ya tiene usted sucesión, ya tiene usted heredero, príncipe de Asturias...

—Dale con que soy...

Y no pudo decir más, porque la ira le encendía la sangre, congestionándole. Sentado en el comedor, se entretuvo en morderse las uñas, mientras le traían el chocolate. Viéndole de tan mal temple, Cruz se compadeció de él, y quiso explicarle la razón de aquel nuevo período de grandezas en que entraba la familia. Pero don Francisco no escuchaba más razones que las de su avaricia. Nunca sintió en su alma tan fuerte prurito de rebeldía, ni tanta cortedad para llevarla del pensamiento a la práctica. Porque la fascinación que Cruz ejercía sobre él era mayor y más irresistible después del nacimiento de Valentín. Ya se comprende que éste le servía a la tirana de la casa para solidificar su imperio y hacerlo invulnerable contra toda clase de insurrecciones. El pobre tacaño gemía, paseando de la taza al estómago su chocolate, y como Cruz le incitara a manifestar su pensamiento, quiso el hombre hablar, y las palabras se negaban a salir de sus labios. Intentó traer a ellos los términos groseramente expresivos que usar solía en su vida libre; tan sólo acudían a su boca conceptos y vocablos finos, el lenguaje de aquella esclavitud opulenta en que se consumía, constreñido por un carácter que encadenaba todas las fierezas del suyo.

—No digo nada, señora—murmuró—. Pero así no podemos seguir... Usted verá... Yo soy la *economía por excelencia*, y usted el *despilfarro personificado*... Tres médicos, dos amas..., gran baile..., convites diarios..., medias anatas... Total, que *pululan* los gastos.

—Los que *pululan* son los mezquinos pensamientos de usted. ¿Qué supone todo eso para sus enormes ingresos? ¿Cree que yo aumentaría el gasto si viera que

sus ganancias mermaban lo más mínimo?... ¿Tan mal le ha ido bajo mi dirección y gobierno? Pues aún han de venir días más gloriosos, amigo mío... Pero ¿qué tiene usted?... ¿Qué le pasa?

El tacaño lloraba, sin duda porque se le atragantó la última sopa de chocolate.

TERCERA PARTE

I

Entró el año nuevo con buena sombra. Diríase que los Santos Reyes le habían traído al tacaño cuantos bienes del orden material puede imaginar la fantasía del más ambicioso. Llovía el dinero sobre su cabeza; apenas tenía manos para cogerlo; por añadidura, hasta se sacó, a medias con Taramundi, el premio gordo de la Lotería de fin de diciembre, y ningún negocio de los emprendidos por él solo o en comandita dejaba de fructificar con lozanos rendimientos. Nunca fué la suerte más loca, ni reparó menos en el desorden con que reparte sus dádivas. Atribuíanlo algunos a diabólicas artes, y otros a designios de Dios, precursores de alguna catástrofe; y si eran muchos los que le envidiaban, no faltaba quien le mirase con supersticioso temor, como un ser en cuya naturaleza alentaba infernal espíritu. Infinidad de personas quisieron confiarle sus intereses con la esperanza de verlos aumentados en corto tiempo; pero él no consentía en manejar fondos de nadie, con excepción de tres o cuatro familias de mucha intimidad.

Pero si en la esfera de los negocios motivos tenía para reventar de satisfacción, en la propiamente doméstica no pasaba lo mismo, y el hombre, desde la entrada de año, se veía devorado por intensas melancolías. Los gastos de la casa eran ya como de príncipes: aumento de servidumbre de ambos sexos; libreas; otro coche, uno exclusivamente destinado a la señora y al ama con el niño; comidas de doce y catorce cubiertos; reforma de moblaje; plantas vivas de gran coste para decorado de las habitaciones; abono en la Comedia, además del del Real; enormísimo lujo de trajes para el ama, que salía hecha una emperatriz a estilo pasiego, con más corales sobre el corpacho que pelos tenía en la cabeza. De Valentinico no se diga: a los pocos días de nacido ya tenía en su *debe* más gasto de ropa que su papá en los cincuenta y pico años que contaba. Encajes riquísimos, sedas, holandas y franelas de lo más fino componían su ajuar, no menos lujoso que el de un rey. Y a estas superfluidades, el usurero no podía oponerse, porque sus últimas energías estaban agotadas, y delante de Cruz no se atrevía ni a respirar: a tal grado llegaba, en el *nuevo orden de cosas,* el predominio de la tirana.

El día de la Epifanía hubo gran comida, y por la noche recepción solemne, a que asistieron por centenares las personas de viso. Ya no se cabía en la casa, y fué preciso convertir el billar en salón, decorándolo con tapices, cuyo valor habría bastado para mantener a dos docenas de familias por algunos años. Verdad que tuvo don Francisco la satisfacción de ver en su casa ministros de la Corona, senadores y diputados, mucha gente titulada, generales y hasta hombres científicos, sin que faltaran *bardos* y algún chico de la Prensa, por lo cual decía para su sayo el marqués de San Eloy: "Si buena ínsula me dais, buenos azotes me cuesta." El licenciado Juan de Madrid describía con pluma de ave del paraíso el espléndido sarao, concluyendo por pedir con relamidas expresiones que se repitiera. A propósito de él, hicieron los Romeros un chiste, que corrió por toda la sociedad, haciendo reír a cuantos le oían. Dijeron que el amo de la casa no pudo asistir porque... *había ido a esperar a los reyes.*

Transcurrieron los meses de invierno sin más novedad que algunas indisposiciones de Valentinico, propias de la edad. Verdaderamente la criaturita no parecía de cepa saludable, y algunos íntimos no ocultaban su opinión poco favorable a la robustez del heredero de la corona. Pero se guardaban muy bien de mani-

festarla desde que ocurrió un desagradable incidente entre don Francisco y su yerno Quevedito. Hallábase éste una mañana hablando con Cruz de si la leche del ama era o no superior, de la complexión raquítica del niño, y desembuchando con sinceridad médica todo lo que pensaba, se dejó decir:

—El chico es un fenómeno. ¿Ha reparado usted el tamaño de la cabeza, y aquellas orejas que le cuelgan como las de una liebre? Pues no han adquirido las piernas su conformación natural, y si vive, que yo lo dudo, será patizambo. Me equivocaré mucho, si no tenemos un marquesito de San Eloy perfectamente idiota.

—¿De modo que usted cree...?

—Creo y afirmo que el fenómeno...

Don Francisco, que en aquellos tiempos había adquirido la costumbre de escuchar tras de las puertas y cortinas, espiando las ideas de su cuñada para prevenirse contra ellas, sorprendió aquel breve diálogo al amparo de un *portier*, y al oír repetida la palabra *fenómeno*, no tuvo calma para contenerse; entró, de un salto, abalanzóse al pescuezo del joven facultativo, y apretándoselo con la sana intención de estrangularle, gritaba:

—¿Conque mi hijo es fenómeno?... ¡Ladrón, matasanos! El fenómeno eres tú, que tienes el alma patizamba y comida de envidia... ¡Idiota mi hijo!... Te ahogo para que no vuelvas a decirlo.

Con gran trabajo pudo Cruz quitársele de entre las manos y calmar su furia.

—No digo más que la verdad—murmuró Quevedito, rojo como un pimiento, arreglándose el cuello de la camisa, que destrozaron las uñas de su suegro—. La verdad científica por encima de todo. Por respeto a esta señora no le trato a usted como merece. Adiós.

—Vete de mi casa, y no vuelvas más a ella. ¡Decir que es fenómeno!... La cabeza grande, sí..., toda llena de talento macho... El idiota y el orejudo eres tú, y tu mujer otra idiota. ¿Apostamos a que la desheredo?

—Cálmese, amigo don Francisco—le dijo Cruz, colgándose del brazo, porque quería correr tras de su yerno y echarle otra vez la zarpa.

—¡Oh! Sí, señora..., tiene usted razón...—replicó, dejándose caer sin aliento en una silla—. Le he tratado muy a lo bruto. Pero ¡mire usted que decir...!

—No decía más sino que el niño está encanijadito... Lo de fenómeno es una broma...

—¿Broma?... Pues que vuelva y me diga que es broma, y le perdonaré.

—Ya se ha ido.

—Fíjese usted en que Rufina no ve con buenos ojos al hijo varón. Naturalmente, antes de casarme yo, pensaba la niña que todo iba a ser para ella cuando yo cerrase la pestaña, y no crea usted, se puso de uñas conmigo *a raíz* de mi casamiento. ¡Ah, es de lo más egoísta esa mocosa! Yo no sé a quién sale. ¿Le parece a usted que le prohiba el venir acá?

—¡Oh, no! ¡Pobrecilla!

No le costó poco trabajo a la tirana quitarle de la cabeza estas ideas. Al principio, por no contrariarle abiertamente en todas las cosas, no insistió mucho; pero pasados unos días no dejó de la mano el asunto hasta conseguir que a los expulsados, hija y yerno, se les abriesen de nuevo las puertas de la casa. Volvió, en efecto, Rufina; mas Quevedito cortó relaciones con su suegro, y por no dar su brazo a torcer en la cuestión facultativa, seguía sosteniendo que el chico era un caso teratológico.

Los negocios, que en aquellos meses consumían a Torquemada lo mejor de su tiempo, no le impidieron dedicar algunos ratos, por la noche, a la obra magna de su progresiva ilustración. En su despacho solía leer alguna obra buena, la *Historia de España*, por ejemplo, que a su juicio era el indispensable cimiento del saber, y consagraba algunos ratos a la compulsión de diccionarios y enciclopedias, en las cuales veía satisfechas sus dudas sin tener que recurrir a Zárate, que le mareaba con su vertiginosa ciencia. Con esto, y con redoblar su atención cuando oía hablar a personas eruditas, se fué afinando con estilo y lenguaje hasta el punto de que, en aquella tercera fase de su evolución social, no era fácil reconocer en él al hombre de la fase primera o embrionaria. Hablaba con mediana corrección, huyendo de los conceptos afectados o que trascendiesen a sabiduría pegadiza, y de fijo que si su enseñanza no hubiera empezado tan tarde, habría llegado a ser un rival de Donoso en la expresión fina y adecuada. ¡Lástima que la evolución no le hubie-

se cogido a los treinta años! Aun así, no había perdido el tiempo. Haciendo su propia crítica, y dejando a un lado la modestia, que en los monólogos no viene al caso, se decía: "Hablo muchísimo mejor que el marqués de Taramundi, que a cada momento suelta una simpleza."

Al propio tiempo, su facha parecía otra. Personas había, de las que le conocieron en la calle de San Blas y en casa de doña Lupe, que no le creían el mismo. La costumbre de la buena ropa, el trato constante con gente de buena educación, habíanle dado un barniz, con el cual las apariencias desvirtuaban la realidad. Sólo en los arrebatos de ira asomaba la oreja, y entonces, eso sí, era el *tío* de marras, tan villanesco en las palabras como en las acciones. Pero con exquisito esmero evitaba toda ocasión de encolerizarse, para no perder el coranvobis ante personas a quienes, por propia conveniencia, quería considerar. Sus éxitos en el mundo eran extraordinarios, casi casi milagrosos. Muchos que en la primera fase de la evolución se burlaban de él, respetábanle ya, teniéndole por hombre de excepcional cacumen para los negocios, en lo cual no iban descaminados, y de tal modo fascinaba a ciertas personas el brillo del oro, que casi por hombre extraordinario le tenían, y conceptos que en otra boca habrían sido gansadas, en la suya eran lindezas y donaires.

El marquesado, si al principio se le despegaba un poco, como al Santo Cristo un par de pistolas, luego se le iba incrustando, por decirlo así, en la persona, en los modales, hasta en la ropa, y la costumbre hizo lo demás. Lo que aún faltaba para la completa adaptación del título a su catadura plebeya hízolo el criterio comparativo del público, pues éste fácilmente se explicaba que tal cabeza ciñese corona, toda vez que otras, tan villanas por dentro y por fuera, se la encasquetaban, por herencia o real merced, no más airosamente que el antiguo prestamista.

II

Sin necesidad de que nos lo cuente el licenciado Juan de Madrid, ni otro ningún cronista de salones, sabemos que a los tres o cuatro meses de su alumbramiento estaba la señora de Torquemada hermosísima, como si una rápida crisis fisiológica hubiera dado a su marchita belleza nueva y pujante savia, haciéndola florecer con todo el esplendor y la frescura de mayo. Mejoró de color, cambiando la transparencia opalina en tono caliente de fruta velluda que empieza a madurar; sus ojos adquirieron brillo, viveza su mirada, prontitud sus movimientos, y en el orden moral, si menos visible, no era menos afectiva la transmutación, trocándose lentamente en gravedad el mimo, y en juicio sereno la imaginatividad traviesa. Vivía consagrada al heredero de San Eloy, que si en los primeros días no era para su madre más que una viva muñeca, a quien había que lavar, vestir y zarandear, andando los meses vino a ser lo que ordena la Naturaleza, el dueño de todos sus afectos y el objeto sagrado en que se emplean las funciones más serias y hermosas de la mujer. De cómo desempeñaba Fidela su misión de madre, no se puede tener idea sin haberlo visto. Ninguna existió jamás que la superase en cuidado y solicitud, ni que con mayor sentido se penetrara de su responsabilidad. De los cariños extremados, que al principio producían en ella tensión convulsa, pasó por gradación suave al cariño verdaderamente protector, garantía de vida para los seres débiles que amenazados de mil peligros entran en ella. De su afición a las golosinas le curó el miedo de enfermar y morirse antes de ver crecido a su hijo, y se fué acostumbrando a los alimentos sanos y a poner método en las comidas. Novelas, no volvió a leerlas, ni tiempo tenía para ello, pues no había hora del día en que no encadenase su atención alguna faena importante, ya el aseo del chico y del ama, ya la ropa de ambos; y luego venía el dormirle, y el vigilar el sueño, y ver si mamaba o no, y si todas sus funcioncitas se hacían con regularidad.

A ninguna parte iba, y rarísima vez se la vió en el palco de la Comedia durante una hora o poco más, pues no tenía calma para estarse allí tontamente oyendo lo que nada le interesaba, y asaltada de mil ideas terroríficas, por ejemplo: que el ama, al acostarle, no le había puesto bien tapadito, o que se pasaba la hora de la teta, porque la muy gansa se había quedado dormida. Esta-

ba en ascuas, impaciente porque llegase Tor para llevarla a casa. De nadie se fiaba, ni de las criadas más adictas y cuidadosas, ni de su hermana misma. Su tertulia servíale tan sólo para hacer mil consultas sobre temas de maternidad con esta y la otra señora; todo lo demás érale indiferente. Y no se crea que la monotonía de su conversación resultaba antipática, pues sabía poner en cuanto hablaba su originalidad ingénita y su gracejo. Era, en suma, encanto y admiración de cuantos íntimamente trataban a la familia. Sobre este particular, dijo un día Donoso a su amigo Torquemada:

—En todo, absolutamente en todo, es usted el hombre de la suerte. ¿Qué virtudes extraordinarias son la causa de que así le proteja y le mime Dios Omnipotente? Tiene usted una mujer que si se buscara con candil otra igual por toda la tierra, no se la había de encontrar. ¡Vaya una mujer! Todo el dinero que usted posee no vale lo que el último cabello de su cabeza...

—Buena es, sí, buenísima—replicó el tacaño—, y por ese lado no hay queja.

—Ni por otro alguno. Pues estaría bueno que usted se quejara, cuando parece que el dinero no sabe ir a ninguna parte más que a su bolsillo... Y a propósito, amigo mío: dícese que toman ustedes en firme todas las acciones del ferrocarril leonés.

—Así lo hemos acordado.

—Por eso he visto locos de entusiasmo a dos o tres individuos de la colonia leonesa; y hablan de darle a usted un banquete y qué sé yo qué.

—¿Banquetearme porque voy a mi negocio?... En fin, si ellos lo pagan...

—Naturalmente.

Morentín continuaba siendo el visitante pegajoso en la casa de San Eloy, y, con el pretexto de acompañar a su amigo Rafael, se pasaba allí las horas muertas tarde y noche. Pero es el caso que el ciego abominaba de él secretamente, y se ponía nerviosísimo cuando le sentía la voz. Cruz, por su parte, no gustaba de tal asiduidad. Mas ninguno de los dos encontró manera de echarle ni aun de conseguir, por cualquier discreto artificio, que redujera sus visitas a lo estrictamente indicado por las prácticas sociales. Entró una tarde, por familiar costumbre, en el gabinete de Fidela y en el cuarto de Valentinico, próximo a la alcoba matrimonial, y allá se estuvo embelesado, viendo a la marquesa de San Eloy en todo el lleno de sus funciones maternales, abrumándola de adulaciones hiperbólicas con las formas más extravagantes de la galantería, después de haber ensayado con deplorable éxito las más comunes.

—Porque usted, Fidela, es uno de esos ejemplos raros en la Historia, en la Historia sagrada y profana; no hay que reírse..., sé lo que digo. El hombre que a usted la posee debe de tener las mejores aldabas en el tribunal divino, porque si no, ¿cómo le han dado el número uno, la criatura selecta, el *non plus ultra?*

—Vamos, que no pico tan alto como usted cree. En cierta ocasión me dejé decir que yo valía mucho. ¡Cuánto me he reído de aquella jactancia! Pues ahora me parece que no valgo nada y que no tengo ningún talento. No crea usted que lo digo por modestia. La modestia sigue pareciéndome una tontería. Ahora que tengo delante de mí algo muy grato, de muchísima responsabilidad, entiendo que no puedo llegar a lo que deseo.

—No me diga usted que no es modesta. Harto conoce cada cual lo que vale... Pero hay una cosa de que, sin duda por la abstracción en que la tienen los trabajos maternales, no se ha enterado usted todavía.

—¿Qué?

—Que ahora está usted hermosísima. Vamos, en un grado de hermosura desesperante. Créame usted: cuando se la contempla, se padece vértigo..., y estoy por decir que oftalmía. Es como mirar al sol.

—Pues póngase usted vidrios ahumados—dijo Fidela, echándose a reír y mostrando las dos carreras de perlas de su incomparable dentadura—. Pero para qué, ¿si tiene usted ahumado el entendimiento?

—Gracias.

—No..., ahora me da por la sinceridad. Y haciendo gala de inmodestia, diré a usted que si nada valgo en..., ¿cómo se dice?..., en el concepto general, lo que es como belleza... ¿Verdad que estoy guapísima? No crea usted que me voy a ruborizar por oírlo decir. Si estoy cansada de saberlo.

—Su sinceridad es un nuevo atractivo

en que no había reparado hasta ahora.

—Es que usted en nada repara. No se fija más que en sí mismo, y como se mira tan de cerca no puede verse.

—Tan no me he mirado nunca, que no sé cómo soy.

—Eso lo creo, porque si usted lo supiera no sería como es. Le hago ese favor.

—Pues bien: ¿cómo soy?

—¡Ah! Yo no he de decirlo.

—Ya que usted tan sincera es en la crítica de sí propia, séalo juzgando a los demás.

—No me gusta echar incienso, y como usted es de los que todavía cultivan la modestia, si yo le colmo de elogios podría creer que le adulo.

—No creeré tal cosa, sino que me hace justicia.

—No, no, de fijo que si yo le digo lo que pienso, se ruborizará usted como los jóvenes tímidos y no volverá más a mi casa, por temor a que mis alabanzas le sonrojen.

—Yo le juro a usted que no dejaré de volver, aunque usted me compare con los ángeles del cielo.

—Pues con ellos pensaba compararle... Mire usted cómo va acertando.

—¿Por la pureza?

—Y por la inocencia. Desde el tiempo en que era usted estudiante y galanteaba a las patronas de las casas de huéspedes donde vivían los compañeros con quienes repasaba la lección no ha adelantado usted un solo paso en el arte del mundo ni en el conocimiento de las personas con quienes trata. Ya ve usted si se halla en estado de inocencia y si merece elogios. Ha conseguido aprender muchas cosas, no todas de gran provecho, la verdad; pero el tacto fino para conocer el grado y la clase de afecto a que debe aspirar en sus relaciones de amistad no lo tiene todavía Pepito Morentín. Es usted muy niño, y si no se da prisa a aprender esto creo que mi Valentín le va a tomar a usted la delantera.

Desconcertado, el Tenorio sin drama afectaba no comprender y se defendía con exclamaciones festivas; pero por dentro le atormentaban las retorceduras de su amor propio vapuleado por la altiva dama. Hablaba ésta en pie, con su chiquillo en brazos, marcando el paso de niñera y dándole golpecitos en la espalda.

—Gasta usted unas ironías que me anonadan—dijo al fin Morentín, que ya no podía contraer su rostro para fingir la hilaridad, y bruscamente se puso serio.

—¿Ironía yo...? ¡Bah! No me haga usted caso. No hay más sino que le miro a usted como a un chiquillo, y no ciertamente de los mejor educados. La juventud del día, y llamo juventud a los hombres de treinta a cuarenta años, necesita una disciplina de colegio muy dura para poder andar suelta en sociedad. No conoce la verdadera finura ni la delicadeza, y es.... ¿lo digo?, una generación de majaderos muy bien vestidos y que saben algo de francés. No recuerdo quién decía la otra noche aquí que ya no hay señoras.

—La marquesa de San Salomó.

—Justo. Puede que tenga razón. Es dudoso, por lo menos. Lo indudable es que ya no hay caballeros, como no sea algún viejo de la generación pasada.

—¿Lo cree usted así? ¡Oh, qué daría yo por pertenecer a la generación pasada, aunque tuviera mi cabeza llena de canas y viviera plagado de reuma! Si así fuera, ¿sería usted más benévola conmigo?

—¿Soy yo acaso malévola? Esto no es malevolencia, Morentín, es vejez. No se ría. Yo soy muy vieja, más vieja de lo que se cree usted, si no por los años, por lo que me ha enseñado el sufrimiento.

De improviso cambió de tono Fidela, dejando al otro cortado y con la palabra en la boca. Besuqueando locamente al nene, rompió en estos chillidos:

—Pero ¿ha visto usted, Morentín, una cara más repreciosa que la de este mico de Dios, rey de los pillos y alguacil de los ángeles? ¿Conoce usted belleza igual, ni monada igual, ni desvergüenza como la suya? Esto vale más que el mundo entero. ¿Ve usted ese pelito que se me ha quedado entre las labios, besándole? Pues vale este pelito más que usted en cuerpo y alma, vale más, como unos diez mil millones de veces..., elevadas a la raíz cúbica... Yo también soy matemática... Y vale más que toda la Humanidad pasada, presente y futura... Conque..., abur. Dile adiós, hombre—cogiéndole la manecita y haciéndole saludar—. Dile: adiós, adiós, tonto...

Se fué al otro cuarto, y Morentín a la calle, amargado y aburrido. Su amor

propio era en aquel momento como un vistoso y florido arbusto que un pie salvaje hubiera pisoteado bárbaramente.

III

Ya venía de atrás aquel desaliento del gallardo joven, que, mal acostumbrado a fáciles triunfos, se figuraba que Dios había hecho el mundo para recreo de los donjuanes de cartulina Bristol, y que las pasiones humanas eran un juego o *sport* destinado al solaz de los jóvenes que, además del título de doctores en Derecho, poseían un acta de representante del país, renta para bien vivir, caballo, buena ropa, etc. Sus esperanzas, que al principio estuvieron muy verdes, nutridas tan sólo de la vanidad de él, y sin que ella en ninguna forma las alentara, habíanse marchitado antes del coloquio que acaba de referirse. Siempre que tenía ocasión de hablar a solas con su amiga, se arrancaba el hombre, no sin cautela; mas ella le paraba al instante, refregándole el rostro con irónicas e intencionadas réplicas, no más suaves que ortigas. Lo que más desconcertaba al buen Morentín era *el compromiso* en que, ante la opinión pública, le ponía la resistencia de la señora de Torquemada, pues siendo como un artículo de fe que ella le había elegido para desquitarse de las tristezas de su matrimonio con un *hombre imposible*, ¿con qué cara le decía él ahora a la pública opinión: "Señores, ni conmigo ni con nadie se desquita, porque no hay tal adulterio ni cosa que lo valga, ni en el hecho ni en la intención. Desistan ustedes de esa idea calumniosa, si no quieren que se les tenga por imbéciles como malvados"...?

Y seguramente añadiría: "Yo hago cuanto puedo. Pero no hay caso. Por mí, bien saben cuantos me conocen que no quedaría. Pero, una de dos: o no le gusto, lo cual extraordinariamente me mortifica, o se encastilla en la virtud. Me inclino a creer esto último, como menos vejatorio para mí, y no tendría inconveniente en afirmar que, no gustándole yo, es cosa probada que otro ninguno le gustará, aunque se lo traigan del cielo. Nada, señores, que por esta vez me ha fallado la puntería. Creo, como Zárate, que tiene atrofiado el lóbulo cerebral de las pasiones. ¡Ah, las pasiones! Lo que pierde a las criaturas; pero también lo que las ennoblece y ensalza. Mujer sin pasiones puede ser una hermosa muñeca, o una gallina utilísima, si es madre... Confieso que ninguna batalla me pareció más fácil ganar hace un año, cuando Fidela reapareció ante el mundo casada con ese pavo de corral. Esta es la primera vez que, creyendo abrazar una mujer, me estrello contra una estatua... Paciencia, y a otra. ¡Cuando uno piensa que ha despreciado proporciones bonitísimas por seguir este rastro engañoso! Renuncio, pues, y me consuelo con que si el dios de las batallas... amorosas no me ha dado esta vez la victoria, será por apartarme de un gran peligro. En la casa de San Eloy siento la incubación del drama, y del drama huye el hijo de mi madre como del cólera. Esto declara y mantiene Serrano Morentín, *adúltero profesional*."

Debe añadirse que si el unigénito de don Juan Gualberto era incapaz de virtud en grado superior, era también inepto para el mal, realizado categóricamente. Por tener algo de todo, también tenía su poquito de conciencia, y después de poner a las heridas de su amor propio la venda de aquel optimismo reparador, dió en pensar cuán inicuos eran los errores de la opinión acerca de Fidela. Pero cualquiera destruía la dura concreción formada con los malos pensamientos y la falsa lógica del público. Como ciertas conglomeraciones calcáreas, la calumniosa especie endurecía con el tiempo, y al fin no había cristiano que la rompiera con todos los martillos de la verdad. Hallábase él dispuesto a salir por ahí diciendo a todo el que quisiera oírle: "Señores, que no es cierto..., que hay virtud, virtud verdadera, no de farsa." ¡Pero nadie lo había de creer! Bueno está el tiempo para dar crédito a voces que tratan de reivindicar las reputaciones, no de destruirlas. Aquel poquito de conciencia de que el gallardo caballero disponía para los casos muy apurados de moral le argüía su culpabilidad, porque cuando las voces empezaron, la seguridad del triunfo fué parte a que no las desmintiera con la energía y la indignación que la justicia demandaba. Dejó correr la especie, siendo falsa, porque creía como en el Evangelio que los hechos la harían verdadera. Equivocáronse los he-

chos; luego éstos eran los que tenían la culpa, él no. Comoquiera que fuese, Morentín, saliendo aquel día de la casa de San Eloy con los espíritus enormemente abatidos, pensó que, *en conciencia,* y procediendo con hidalga caballerosidad (de la cual tenía también su poquitín), debía hacer un supremo esfuerzo para ahogar aquella opinión y arrancarla de cuajo.

No hacía diez minutos que Morentín había salido del gabinete de Fidela, cuando entró Rafael, conducido por Pinto.

—Ya sé que se ha ido ese danzante. Esperaba que saliera para entrar yo—dijo a su hermana, que volvió al gabinete con el chico en brazos.

—Sí, ya partió para la Palestina el bravo Malek-Adel. Siéntate. Es lástima que no puedas ver esta preciosidad. Hoy está tan contento, que no hace más que reír y tirarme de las orejas. ¿Por qué está hoy tan guasoncito el trasto de Dios?

—Déjame que le coja la cara. Acércate.

Fidela acercó el nene a su hermano, que le besó y acarició en las mejillas. Valentinico hizo pucheros.

—¿Qué es eso, ángel? No se llora.

—Se asusta de verme.

—¡Quia! De nada se asusta este sinvergüenza. Ahora te está mirando fijo, fijo, con los ojos muy espantados, como diciendo: "¡Qué serio está hoy mi tío!..." ¿Verdad que tú quieres mucho al tiito, rey, sumo pontífice, gatito de la Virgen? Dice que sí, que te quiere muchísimo, y te estima y es tu *seguro servidor, que besa tu mano,* Valentín Torquemada y del Aguila.

Viendo que Rafael callaba melancólico, creyó que refiriéndole las gracias que con inaudita precocidad hacía ya el pequeñuelo se animaría un poco.

—No sabes lo tunante que es. Desde que ve una mujer se le tira a los brazos. Este va a ser aficionadillo al bello sexo, sí, señor, y muy enamorado. Mujer que vea, la querrá para sí. Y desde ahora...—dándole suaves golpes en semejante parte—le iré yo enseñando a que no se entusiasme tanto con las señoras. ¿Verdad, rico mío, que a ti te gustan mucho las niñas guapas?... A los hombres no los puede ver. El único con quien hace buenas migas es su padre. Cuando le sienta sobre sus rodillas para hacerle el caballito, suelta unas risas... Y ¿sabes lo que hace el muy tuno? Le quita el reloj. Es una afición loca a robar relojes... También ha sacado la maña de meterle mano al bolsillo de su padre, y... No creas, empieza a sacar duros y pesetas y a tirarlos al suelo, riéndose de verlos rodar...

—Simbolismo—dijo Rafael, saliendo de su taciturnidad—. ¡Angel de Dios! Si persiste en esa maña, dentro de veinte años, ayúdame a sentir.

Siempre que acompañaba a su hermana, en el gabinete o en el cuarto del chiquitín, las sensaciones y aun los sentimientos del pobre ciego sufrían alteraciones bruscas, pasando del contento expansivo al desmayo hondísimo y aplanante. Era un variar continuo, como los movimientos de la veleta un día de turbión. Horas tenía Rafael en las cuales gozaba extraordinariamente oyendo a su hermana en los trajines de la maternidad, horas en que aquel mismo cuadro de doméstica dicha (para él, más bien sonata) le llenaba el corazón de serpientes. Razones de esto: que antes del nacimiento de Valentinico era Rafael el niño de la familia, y en la época de miseria, un niño mimado hasta la exageración. Claro que sus hermanas le querían siempre; pero la nueva vida les distraía en mil cosas y en los afanes que ocasiona una casa grande. Le atendían, le cuidaban; pero sin que fuera él, como en otros tiempos, la persona principal, el centro, el eje de toda la vida. Vino al mundo con repique gordo de campanas el heredero de San Eloy, y aunque las dos hermanas tenían siempre para Rafael cariño y atenciones, nunca eran éstas como las que al chiquitín consagraban; cosa muy natural, pues si débiles los dos, Rafael estaba formado y no había que pensar ni en librarle de su incurable mal ni en darle mayor robustez, mientras que Valentino era un principio de hombre, una esperanza, que había que proteger contra los mil peligros que a la infancia rodean. ¡Eterna subordinación de los amores del pasado ante los amores y los intereses del presente y el porvenir!

Así lo pensaba Rafael en sus murrias, llenas de amargura negra: "Soy el pasado, un pasado que gravita sobre ellas, que nada les da, que nada les ofrece; y el niño es el presente, risueño, y un por-

venir... que interesa como incógnita."

Su imaginación siempre en ejercicio le representaba los hechos usuales informados por su idea. Creía notar que su hermana Cruz, al ocuparse de él, lo hacía más por obligación que por cariño; que algunos días le servían la comida de prisa y corriendo, mientras que se entretenían horas y más horas dándole papillas al mocoso. Figurábasele también que su ropa no se cuidaba con tanto esmero. A lo mejor, le faltaban botones o aparecían descosidos que le molestaban. Y en cambio, las dos señoras y el ama consagraban días enteros a los trapitos del crío. Sobre esto, claro está, guardaba un silencio absoluto, y antes muriera que proferir una queja. Su hermana Cruz había notado en él una tristeza fúnebre, un laconismo sombrío y un suspirar de ese que saca la mitad del alma en un aliento. Pero no le interrogaba, por temor a que saliese con alguna tecla de las de marras. "Peor es meneallo", se decía hablando como Cervantes y como don Francisco.

IV

Sobre el asunto de Morentín sí hablaron con amplitud, y discutiendo el artificio más propio para evitar la constancia de sus visitas, convinieron en valerse de Zárate. Rafael habría deseado que se le echara sin miramiento alguno; pero a esto no se avino Cruz, por no disgustar a la señora de Serrano Morentín, una de las amigas más adictas y leales. Lo mejor era que Zárate le soltase esta *indirecta*: "Mira, Pepe, sea por lo que fuese, Rafael te ha tomado antipatía, y se excita siempre que te siente a su lado. Conviene que dejes de ir una temporadita por allá. Las señoras no quieren decírtelo, porque no lo tomes a mal. Pero yo, amigo tuyo, amigo de ellas, te aconsejo..., etc." Acordado este plan, a Cruz le faltó tiempo para pedir al pedante su amistosa mediación, y el pedante despachó tan bien su cometido, que el otro no parecía por la casa sino contadas veces, y siempre de noche, a la tertulia grande. Los comentarios que hicieron el sabio y el galán cuando aquél le transmitió los deseos de las señoras no constan en autos; pero es fácil colegir que uno y otro daban versión muy distinta de la oficial a los móviles de aquella cortés despedida.

Y a Rafael se le quitó un peso de encima con la seguridad de que su antiguo amigo no le visitaría con tanta frecuencia. Mas no disminuyeron por ello sus tristezas, que Cruz, a fuerza de cavilar, se explicaba porque el convencimiento de su error, en lo que de Fidela tan malignamente supuso, le inquietaba la conciencia. En efecto, Rafael parecía disuadido de los pensamientos maliciosos que le sugirió su insana lógica de ciego pesimista y reconcentrado. Una noche se lo confesó a Cruz, añadiendo que si rectificaba su infame juicio por lo tocante a Fidela, lo mantenía por Morentín, pecador de intención; como que cifraba su orgullo en ser adúltero sin drama, y corruptor de las familias con discreto escándalo.

—Y para que veas cómo mi lógica no me engaña siempre—añadió—, te diré que, lejos de cesar ahora la difamación de mi hermana, aumenta y toma cuerpo, porque el mundo no recoge, no puede recoger, la piedra que tira.

—Bueno—replicó la primogénita, queriendo cortar—. No te ocupes de eso y desprecia la maledicencia.

—Ya la desprecio; pero siempre existe.

—Basta ya.

—Basta, sí.

Al quedarse solo, inclinando la cabeza sobre el pecho, se sumergió en cavilaciones oscuras, cavernosas: "¿Soy yo el equivocado? No, porque pensé este desate de la opinión contra la honra de mi casa, y acerté. Si mi hermana se ha mantenido en sus deberes, realizando el mayor prodigio de los tiempos, esto sólo quiere decir que la raza es de elección..., sí, señor..., savia superior, incorrupta en medio de esta sentina..."

Levantóse bruscamente, y como si aún creyera que allí permanecía su hermana Cruz, dijo con mucho énfasis:

—Pero vi yo el peligro, ¿sí o no?

No tardó en caer en la silla. Su tristeza se resolvía en un vivo desprecio de sí mismo; su amor propio, mucho más potente que el de Morentín, y de mejor fuste, no se curaba con tanta facilidad de las caídas, y él se sentía caído de lo más alto de su orgullo a lo más profundo de su conciencia.

"Sí, sí—pensaba, los codos en las rodillas, las manos agarrando la cabeza

como si se la quisiera arrancar—, quiero engañarme con lisonjas, con elogios de mí mismo; mas por encima de este humo sale mi razón diciéndome que soy el más redomado tonto que ha echado Dios al mundo. ¡Equivocado en todo! Creí firmemente que mi hermana sería infeliz, y es dichosa. Su alegría echa por tierra todas estas lógicas, que como quincalla mohosa almaceno en mi pobre cerebro desvencijado. Creí firmemente que el matrimonio absurdo, antinatural, del ángel y la bestia no tendría sucesión, y ha salido este muñeco híbrido, este monstruo..., porque lo es, tiene que serlo, como dice Quevedito... ¡Vaya una representación de la estirpe del Aguila! ¡Vaya un marqués de San Eloy! Esto da asco. Si no viene pronto el cataclismo social, será porque Dios quiere que la sociedad se pudra lentamente y se pulverice toda en basura para mayor fertilidad de la flora que vendrá después —dando un gran suspiro—. La verdad es que no sé qué sentir. Estoy obligado a querer al pobre niño, y a ratos me parece que le quiero, sí. ¿Qué culpa tiene él de haber venido a destruir todas mis lógicas? Y si es híbrido y monstruoso y crecerá marcado de cretinismo y de caquexia, al menos ha servido para encender en su madre el fuego del cariño maternal, que la purificará... Esto es un consuelo... El colmo de mis equivocaciones sería que el chico creciera listo y fuerte... No me faltaba más que eso para creer que el deforme y cacoquimio soy yo; y en este caso..."

Un golpecito en la puerta cortó su divagación. Era Fidela con el nene en brazos.

—Aquí hay una visita—dijo—, un caballero que pregunta si está visible el señor don Rafaelillo... ¿Se puede pasar? Adelante, hijo. Dile que vienes muy enfadado, pero muy enfadado, porque no ha ido a verte hoy.

—Ahora mismo pensaba ir—replicó el ciego, animándose—. Vamos. Dame la mano.

Condújole Fidela a su cuarto, donde entablaron una larga conversación, que acaloraba ella con su vivaz ingenio y él enfriaba con su tristeza mortecina. Contendían en el terreno de la palabra, él arrojando plomo; su hermana, azogue. El diálogo tan pronto se arrastraba lánguido como corría presuroso, informando ideas diferentes. Más de una vez quiso Fidela poner el chiquillo en brazos de su hermano; pero Rafael se opuso, temeroso, según dijo, de que se le cayera. Cuando Valentinico apenas contaba un mes, gustaba su tío de hacer el niñero: le cogía en brazos, le zarandeaba, decíale mil extravagancias, y no le soltaba hasta que el nene, frotándose los ojos con sus puños cerrados, o rompiendo en chillidos, pedía pasar a otras manos. Mas transcurrido algún tiempo, Rafael empezó a sentir hacia su sobrinito una brutal aversión, que con ningún razonamiento podía dominar. El sentimiento de su impotencia para vencer aquel insano impulso era tan afectivo y claro en su alma como el del espanto que le causaba. Por suerte, duraba poco; pero en su brevedad inapreciable era lo bastante intenso para ocasionarle un padecer horrible, agravado por la lucha que había de sostener contra sí mismo. Fué tan vivo una tarde el instintivo aborrecimiento a la criatura, que por apartarla de sí con prontitud para evitar un acto de barbarie, a punto estuvo de dejarla caer al suelo.

—Maximina, por Dios, venga usted... —gritó, levantándose—. Coja usted el niño. Pronto; me voy... Pesa mucho.... me cansa..., me ahogo...

Y soltando la cría en manos del ama, salió trémulo y jadeante, palpando las paredes y tropezando en los muebles. Imposible apreciar la duración de aquel salvaje arrechucho; pero no hay duda de que era brevísima, y en cuanto pasaba sentía ganas ardientes de llorar, se metía en su cuarto y se arrojaba en el sillón, buscando la soledad. En ella no podía hacer otra cosa que analizar minuciosamente aquel fenómeno extraño, indagar su origen y determinar las formas en que se manifestaba. Y mejor lo conocía por la observación retrospectiva de su alma, que en el momento de sufrir el ataque, relámpago de confusión y azoramiento, en que el tremendo impulso destructor se confundía con el pánico de la conciencia, aterrada del crimen.

"La causa de esto—se decía con sinceridad de filósofo solitario—no puede ser otra que un terrible acceso de envidia... Sí, esto es; me ha nacido en el alma como un tumor. ¡Envidia del pequeñuelo, porque mis hermanas le quieren más que a mí! Puedo decirlo claro, en las

soledades íntimas de la conciencia. Naturalmente, el niño es la esperanza de la casa, las grandezas posibles del mañana, y yo soy un pasado caduco, inútil, muerto... Pero ¿cómo ha nacido en mi alma sentimiento tan vil... y tan nuevo en mí, Señor, porque jamás sentí envidia de nadie? Y ¿en qué consiste que la envidia *se me quita* de repente y vuelvo a querer al chiquillo?... No, no, no se me quita, no. Cuando me pasa el arrechucho siempre me queda una cierta hostilidad contra el muñeco ese, y si es verdad que me inspira lástima, también lo es que deseo que se muera. Analicemos bien. ¿Alguna vez he deseado que viva? —pausa—. Qué sé yo. Pocas habrán sido, y mis recuerdos de este y el otro momento me dicen que por lo común pienso que ese desdichado engendro estaría mejor en la gloria, o en el Limbo..., sí, señor, en el Limbo. Y otro síntoma que veo en mí es el absoluto convencimiento de que Dios ha hecho muy mal en mandarle acá, como no haya venido para castigo del bárbaro y para amargar los últimos años de su vida. Sea lo que quiera, el tal Valentinico..., me lo diré claro, como debo decirme las cosas a mí mismo, en el confesonario de la conciencia, que es como ponerse de rodillas ante Dios y descubrirle toda nuestra alma..., el tal Valentinico me carga... Reconozco que allá nos vamos él y yo en candor infantil. Yo discurro, él no; pero ambos somos igualmente niños. Si yo, siendo como soy, estuviese ahora mamando y tuviera mi nodriza correspondiente, no sería más hombre que él, aunque pegado a la teta resolviera en mi cabeza todas las filosofías del mundo—pausa—. ¿Por qué me causa profunda irritación el ver que mis hermanas no viven más que para él, y se preocupan de la ropita, de la teta, de si duerme o no, como si de ello dependiera la suerte de toda la Humanidad? ¿Por qué, cuando oigo que le miman, y le cantan, y le saltan en brazos, rabio interiormente porque no me hagan a mí lo mismo? Esto es infantil, Señor; pero es como me lo digo, y no puedo remediarlo. Me confieso toda la verdad, sin omitir nada, y al hacerlo así siento alivio, el único alivio posible...—pausa larguísima, abstracción—. Porque yo no sé lo que me pasa ni cómo empieza el endiablado ataque. Estalla de súbito como un explosivo. Me invade todo el sistema nervioso en menos tiempo del que empleo en decirlo. Si el ataque me coge con mi sobrinito en brazos, necesito echarme con la voluntad cinturones de bronce para no dejarme caer sobre el pobre niño y ahogarle bajo mi cuerpo. O bien me da la idea de lanzarle contra la pared con la fuerza terrible que en mí se desarrolla. Una tarde llegué a ponerle mi mano en el cuello; lo abarqué fácilmente, porque no está gordo que digamos el príncipe de Asturias; apreté un poquitín, nada más que un poquitín. Le salvaron los gemidos que dió y aquella ilusión que tuve..., alucinación de oírle decir: "Tío, no me..." Fué un segundo espantoso. Mi conciencia venció... por nada, por la milésima parte del grueso de un pelo, que era la distancia que me separaba del crimen. Me temo que otra vez mi voluntad no llegue al punto crítico, y venza el impulso y resulte que, cuando me entero del acto de barbarie, ya está consumado y no lo puedo remediar. Yo lo siento, lo sentiré mucho; me moriré de vergüenza, de terror... Y cuando nos encontremos él y yo en el Limbo, víctima y verdugo, nos reiremos de nuestras discordias de por acá... ¡Cuánta miseria, cuánta pequeñez, qué estúpido combatir por quién es más! "Valentín—le diré—, ¿te acuerdas de cuando te maté porque no me hacía gracia que fueras más que yo? ¿Verdad que tú, allá en los albores de tu voluntad, querías anonadarme a mí y me tirabas de los pelos con intención de hacerme daño? No me lo niegues. Tú eras muy malo; la sangre villana de tu padre no podía desmentirse. Si hubieras vivido, habrías sido el vengador de los Aguilas deshonrados y habrías dado tortura a tu madre, que hizo mal, muy mal, en ser madre tuya. Reconócelo: mi hermana no debió casarse con el bruto de tu papá, ni yo debí ser tu tío. Y admitido que el casamiento tenía que efectuarse, no debiste nacer tú, no, señor. Fuiste un absurdo, un error de la Naturaleza...—pausa—. Y también te digo que la noche que naciste tuve yo unos celos terribles, y cuando tu padre se acercó a mí para decirme que te había dado la gana de nacer, poco me faltó para llenarle de injurias... Conque ya ves... Y ahora estamos iguales tú y yo. Ninguno de los dos es más que el otro, y ambos nos pasamos la eternidad

en esta forma impalpable, divagando por espacios grises sin término, sin más distracción que describir curvas ni más juguete que nosotros mismos, rasgando en medio del caos las masas de luz espesa..."

V

Su hermana Cruz solía sacarle de estos éxtasis dolorosos con el golpe seco de su razonamiento positivo. Poniendo en su lenguaje una de cariño y otra de severidad, le calmaba. Una tarde, hallándose Rafael con Zárate en el gabinete, fué bruscamente atacado de su arrechucho. Había puesto el ama en sus brazos a Valentín dormido, para ir en busca de unas piezas de ropa al aposento contiguo, y lo mismo fué sentir el peso del tierno infante, que se le descompuso la fisonomía, temblaron sus labios como atacado de mortal frío, encendióse su rostro, se le contrajeron los brazos...

—Zárate, demonio de Zárate, ¿dónde estás?... Por amor de Dios...—clamaba con voz ronca—. Toma el niño, cógele, hombre, cógele pronto..., que si no le estrello contra el suelo... ¿Qué haces? No puedo más... Zárate, cógele... ¡Dios mío!

Acudió al instante el sabio, cogió casi en el aire al niño; despertóse éste dando berridos, y cuando apareció la madre presurosa vió a su hermano que caía en el sofá con epilépticas convulsiones. Pero rápidamente se rehizo, y con nerviosa hilaridad, procurando estirar los músculos y serenar su alterado rostro, decía:

—No es nada..., nada... Esto que me da..., una tontería... Parece que me crecen las fuerzas..., que soy un Hércules, o que me vuelvo de trapo y no sé tenerme..., no sé... ¡Cosa más rara! Ya pasó, ya estoy bien... Quiero estar solo... Que me lleven, que me saquen de aquí... Y el niño..., ¿le ha pasado algo? ¡Pobrecito..., estas criaturas son tan débiles! De ciento, los noventa y ocho perecen...

Acudió también la hermana mayor, que con ayuda del pedante le llevó a su cuarto, donde un rato después hablaba tranquilamente con su amigo, recordando episodios de la época estudiantil. Ya cerca de la noche pidió que se le llevara otra vez al gabinete de Fidela, y allí se entabló conversación amena, porque entró Cruz diciendo:

—Parece cosa acordada que a tu marido le obsequiarán con un banquete monumental los leoneses, por su iniciativa en lo del ferrocarril.

Y Zárate, que era de los que mangoneaban en aquel asunto, confirmó la noticia, agregando que ya se habían inscrito unos ochenta, y que la Junta organizadora había tomado el acuerdo de no limitar la fiesta al *elemento leonés*, sino que podía inscribirse y asistir todo el que quisiera, pues así se daba a la manifestación carácter nacional, público y solemne homenaje al hombre extraordinario que ponía sus capitales y su inteligencia al servicio de los intereses públicos.

Cuando esto decía, y antes que Fidela y Cruz añadieran ningún comentario, entraron Torquemada y Donoso.

—Conque, Tor, ¿te van a dar un *comebú* muy grande?—le dijo su esposa—. Me alegro; que estas solemnidades no han de ser sólo para los literatos y poetas.

—No sé a qué vienen esas comilonas... Pero se empeñan en ello, y ¿qué he de hacer yo? *Mi línea de conducta* será comer y callar.

—Eso no—dijo Cruz—. Pues flojito discurso tendrá usted que pronunciar.

—¡Yo...!

—Tú, sí. Querido Tor, la salsa de esos banquetes está en los brindis.

—Brindarán ellos. Pero yo..., ¡hablar yo ante tanta gente ilustrada!

—No lo es usted menos—observó Cruz—. Y bien podrá decirles cosas muy saladas, si quiere; cosas de sentido práctico y de verdadera elocuencia, a estilo inglés.

—En ningún estilo abro yo la boca delante de tanto prohombre y de tanta eminencia.

—No habrá más remedio, querido don Francisco—indicó Donoso—, que decir cuatro palabras. Por más que se acuerde *que no haya brindis*, alguien ha de hablar, al menos para exponer el objeto de la solemnidad; y, naturalmente, usted tiene que dar las gracias..., una manifestación sencilla, sin pretensiones de elocuencia, frases salidas del corazón...

El chiquillo soltó la risa, y todos, Torquemada el primero, considerando que se

reía del discurso de su papá, corearon su infantil alegría.

—Mico de Dios, ríete, sí, del discursito que va a pronunciar Tor. ¿Verdad que tú sabes hablar mejor que él?... Déjate, que ya iremos los dos a silbarle.

—No tiene usted más remedio—dijo Zárate, dejándose ir a la adulación—que decirnos su pensamiento sobre ciertas y determinadas materias *que agitan la opinión*. Es más, lo esperamos ansiosos, y privarnos de oír su palabra sería defraudar las esperanzas de todos los que allí hemos de reunirnos.

—Pues *yo parto del principio* de que al buen callar llaman Sancho. Despotriquen ellos todo lo que quieran, y si veo que viene mucho incienso, les diré lacónicamente que yo no me pago de lisonjas, que soy muy práctico y que me dejen en paz, ea.

—Usted prepárese—le dijo Cruz, que en aquella ocasión, como en todas, era maestra, sin alardear de ello—. Penétrese bien del motivo por que le dan el banquete. Fíjese en este punto y en el otro; haga su composición de lugar; escoja las frases que le parezcan más oportunas, elija las palabras, y pongo mi cabeza a que hace usted un discurso que llame la atención y deje tamañitos a los demás oradores que salgan por allí.

—Dudo mucho, Crucita—afirmó Torquemada, sentándose en el sofá junto al ciego—, que de esta boca, que es muy torpe *de suyo*, salgan buenas oratorias, como las que oímos en las *Cámaras*. Pero, en caso de que no tenga más remedio que romper, yo haré por dejar bien puesto el pabellón de la familia.

—También a mí—dijo el ciego, que hasta entonces había permanecido silencioso—me da el corazón, como a mi hermana Cruz, que va usted a revelársenos orador de primer orden. Ya puesto a crecer, señor mío, crecerá usted en todas las esferas. Y si habla esa noche medianamente, el vulgo que le oiga saldrá diciendo que allá se va usted con Demóstenes, y así lo creerá, y así se forma la opinión. Cuanto haga y diga el señor marqués de San Eloy será hoy tomado por lindezas, porque está en la atmósfera del éxito. ¡Ah! Si usted siguiera mis indicaciones, yo me levantaría, después que hubieran hablado todos, y les diría: "Señores..."

Quiso interrumpirle Cruz, temiendo alguna salida impertinente; pero él no hizo caso, y alentado por el propio don Francisco, que le incitaba a exponer con entera ingenuidad su pensamiento, prosiguió así:

—"Señores, valgo más, infinitamente más que vosotros, aunque muchos de los que me escuchan se decoren con títulos académicos y con etiquetas oficiales que a mí me faltan. Puesto que vosotros arrojáis a un lado la dignidad, yo arrojo la modestia, y os digo que me tengo bien merecido el culto de adulación que me tributáis a mí, reluciente becerro de oro. Vuestra idolatría me revolvería el estómago si no lo tuviera bien fortalecido contra todos los ascos posibles. ¿Qué celebráis en mí? ¿Las virtudes, el talento? No; las riquezas, que son, en esta edad triste, la suprema virtud y la sabiduría por excelencia. Celebráis mi dinero, porque yo he sabido ganarlo y vosotros no. Vivís llenos de trampas, unos en la mendicidad de la vida política y burocrática, otros en la religión del sablazo. Me envidiáis, veis en mí un ser superior. Pues bien: lo soy, y vosotros unos peleles que no servís para nada, muñecos de barro cincelado con cierta gracia; yo soy de estilo de Alcorcón; pero no de barro, sino de oro puro. Peso más que todos vosotros juntos, y si queréis probarlo, tomadme el tiento, arrimad el hombro a mi peana y llevadme en procesión, que no está de más que paseéis por las calles a vuestro ídolo. Y mientras vosotros me aclamáis con delirio, yo mugiré, repito que soy becerro, y después de felicitarme de vuestro servilismo, viéndoos agrupados debajo de mí, me abriré de las cuatro patas y os agraciaré con una evacuación copiosa, en el bien entendido de que mi estiércol es efectivo metálico. Yo *depongo* monedas de cinco duros y aun billetes de Banco, cuando con esfuerzos de mi vientre quiero obsequiar a mis admiradores. Y vosotros os atropelláis para cogerlo; vosotros recogéis este maná precioso; vosotros..."

Tan excitado se puso, gesticulando y alzando la voz, que Cruz hubo de cortarle el discurso, suplicándole que callara Los que le oían, tan pronto lo tomaban a broma, tan pronto se ponían serios, como queriendo apuntar la censura, y Donoso, principalmente, todo corrección y formulismo, se alegró mucho

de que la primogénita tapase la boca a su hermano. En cambio, Torquemada celebró la perorata, y dando al orador palmetazos en la rodilla, le decía:

—Bien, muy bien, Rafaelillo. *La síntesis* del discurso me parece excelentísima, y por mi gusto yo *pronunciaría* eso, si encontrara un vocabulario de mucha trastienda para poder soltar tales perrerías con lenguaje de doble fondo, de ese que dice lo que no dice. Pero verás como el pobre becerro no pronuncia más que un *mu* como una casa.

La aprobación de su cuñado le excitó más, y hubiera seguido en aquella locuacidad delirante si Cruz no llevara con gran esfuerzo la conversación a otro asunto. Zárate hizo el gasto, charlando de mil cosas que trajo por los cabellos, y Rafael metía baza en todas, expresando opiniones graciosísimas, ya sobre las nuevas teorías de la degeneración, ya sobre la quiebra del Panamá, los anarquistas o los diamantes del *sha* de Persia. A la hora de comer, trataron Rafael y Cruz del deseo que éste había manifestado diferentes veces de trasladarse al piso segundo, porque su habitación del principal era muy calurosa y estrecha, y en el segundo había dos hermosas piezas interiores, que no se utilizaban, y en las cuales el ciego podía vivir con más independencia. No había querido la hermana mayor consentir la traslación, porque abajo le tenía más cerca para vigilarle y cuidar de su persona; pero tanto insistió Rafael, que al fin, previa consulta con don Francisco, fué autorizada la mudanza, disponiéndose que Pinto durmiese en la habitación próxima para estar al cuidado del señorito. Contentísimo parecía éste de su cambio de aposento, porque arriba disponía de dos piezas muy capaces, en las cuales podía pasearse con holgura; no le molestaría el ruido de la calle y estaba más lejos del bullicio de la casa, que en noches de recepción o de gran comida era insoportable. Bromeando con Torquemada, le dijo:

—Me voy con usted. ¡Qué apostasía! ¡Instalarme tan cerquita del becerro de oro!... Vueltas del mundo. Yo, que fuí el mayor enemigo del becerro, ahora le pido hospitalidad en su sacristía...

VI

A principios de mayo celebróse el banquete en honor del grande hombre, y por Dios que no hay necesidad de investigar los pormenores de la fiesta, porque la Prensa de Madrid contiene en los números de aquellos días descripciones minuciosas de cuanto allí pasó. El local era de los más desahogados de Madrid, capaz para que comieran, en tres o cuatro mesas larguísimas, doscientas personas; pero como los inscritos pasaban de trescientos, por bien que quiso el fondista colocarlos, ello es que estaban como sardinas en banasta; y si funcionaban medianamente con un brazo, el otro tenían que metérselo en el bolsillo. A las siete ya hervía el salón, y los de la Junta organizadora, entre los cuales dicho se está que Zárate era uno de los más diligentes, se multiplicaban para colocar a todos y procurar que en la designación de puestos *presidiese* un criterio jerárquico. Sentáronse acá y allá personajes de nombradía política, militares de alta graduación, ingenieros, algún catedrático, banqueros y hombres adinerados, periodistas pobres de bolsillo, si ricos de ingenio; algún que otro poeta, y entre col y col, personas varias no mentadas aún por la fama, propietarios y rentistas de cuenta, y, en fin, gente distinguidísima, títulos del reino, etc... Predominaba, como observó muy bien Donoso, el *elemento serio* de la sociedad.

Mientras se iban acomodando los comensales, picante confusión y bullicio reinaban en el local. Estos, sentados ya y con la servilleta prendida, charlaban y reían; aquéllos dejaban un sitio para ponerse en otro, cerca del grupo de amigos más de su gusto. El adorno del salón era el que para estas solemnidades se usa comúnmente: cenefas de hojarasca verde, tarjetones con escudos de las provincias, deteriorados del uso que tienen en las verbenas; banderas nacionales tendidas en forma de ropa de baño puesta a secar. Todo ello es de la guardarropía patriótica del Ayuntamiento, que galantemente lo facilita, contribuyendo así al esplendor de la fiesta. Algunos tarjetones se añadieron, por iniciativa de Zárate, con los nombres de las cabezas de partido en la provincia de León, y en el centro de la anchurosa cuadra, hacia la cabecera de las mesas,

veíase una laminota de la hermosa catedral con el lema, en cintas pintarrajeadas, de *pulchra leonina*.

Concuerdan los diferentes cronistas de aquel estupendo festín en la afirmación de que pasaban cinco minutos de las siete y media cuando entró don Francisco acompañado de su corte: Donoso, Morentín, Taramundi y algún otro que no se menciona. En lo que no hay conformidad es en las indicaciones de la cara que llevaba el tacaño, pues mientras un periódico habla de su palidez y emoción, otro sostiene que entró risueño y con los colores algo subidos. Aunque no conste en las relaciones del acto, bien puede afirmarse que al tomar asiento don Francisco en la cabecera sentáronse todos y empezó el servicio de la sopa. Daba gusto ver aquellas mesas y aquellas filas de señores de frac, calvos unos, peludos los otros, casi todos de una gravedad chinesca. Escaseaba el *elemento joven*; mas no el bullicio y alegría, pues entre trescientas personas, aunque éstas sean, por su edad y circunstancias, del género serio, nunca faltan graciosos que saben dar amenidad a los actos más fastidiosos de la vida.

Achantaditos en un extremo de la mesa lateral, a la mayor distancia posible de la cabecera, hallábase Serrano Morentín, Zárate y el licenciado Juan de Madrid, éste con la intención más mala del mundo, pues preparábase a tomar nota de todas las gansadas y solecismos que forzosamente había de decir, en su discurso de gracias, el grotesco tacaño, objeto de tan disparatado homenaje. Morentín anticipaba, con profético don, algunas ideas que don Francisco había de emitir, y hasta las palabras que emplear debía; Zárate aseguró conocer lo principal del discurso, induciéndolo de las preguntas que su amigo le hiciera en los días anteriores, y los tres, y otros que al grupo se agregaron, se relamían de gusto, esperando el divertidísimo sainete que a la hora de los brindis se les preparaba. Por supuesto, mientras más desatinos dijese el bárbaro, con más fuerza le aplaudirían ellos, para empujarle por el camino de la necedad, y reírse más, y pasar un rato tan delicioso como en función de teatro por horas.

Pero no en todos los grupos predominaba este sentimiento de burlona hostilidad. Hacia el centro de una de las mesas, Cristóbal Medina, Sánchez Botín y compinches expresaban su curiosidad por lo que diría o dejaría de decir San Eloy en su contestación a los brindis.

—Es hombre tosco—afirmaba uno—, hombre de trabajo, y como tal, de palabra difícil. ¡Pero qué inteligencia, señores! ¡Qué sentido práctico, qué serenidad de juicio, qué puntería para dar en el blanco de todos los asuntos!

Y en otra parte:

—Veremos por dónde sale este don Francisco. Hablará poco. Es *un tío muy largo*, que esconde su pensamiento, como todas las inteligencias superiores.

En tanto, el marqués tacaño experimentaba emociones diversas, conforme se iba cumpliendo aquel programa de viandas que iban y viandas que venían. Comía poco, y no elogió ningún plato. Todos le sabían igual; eran, ante su burdo criterio de gastrónomo de patatas y salpicón, las porquerías de siempre, lo mismo de su casa, guisado con menos arte, todo como de batallón. Al principio no se preocupó poco ni mucho de la soflama que tenía que pronunciar. Su vecino, un señor viejo, leonés, propietario rico, senador y algo beato, le entretuvo charlando de cosas y personas del Bierzo, y apartó su pensamiento del empeño literario en que le pondrían los brillantes oradores allí reunidos. Pero al tercer plato empezó el hombre a pensar en ello y a refrescar las ideas que para el caso había traído de su casa, y que no estaban ya menos marchitas que los ramilletes de la mesa. Tan pronto se le escapaban como le volvían al pensamiento, trayendo otras ideas nuevecitas que parecían nacer en el caldeado ambiente del inmenso comedor: "¡Re-Cristo!—pensó, dándose ánimos—; que no me falten las palabritas que tengo bien estudiadas; que no me equivoque en el término, diciendo peras por manzanas, y saldremos bien. De las ideas responde Francisco Torquemada, y lo que debo pedir a Dios es que no se me atraviese el vocablo."

Aunque su propósito era no beber gota, para conservar su cabeza en absoluto despejo, alguna vez hubo de quebrantar su propósito, y cuando le sirvieron el asado, gallina o pavipollo, más duro que la pata de un santo, con ensalada sin cebolla, desabrida y lacia, sintió que le subían vapores a la cabeza y que la

vista se le turbaba. ¡Cosa más rara! Vió a doña Lupe, sentada hacia el promedio de una de las mesas centrales, y vestida de hombre propiamente, con la pechera de la camisa como un pliego de papel satinado, corbata blanca, frac, florecilla en el ojal... Apartó de la extraña figura sus ojos, y al poco rato volvió a mirar. Doña Lupe se había ido; buscóla, examinando una por una todas las caras, y al fin la encontró de nuevo en uno de los mozos que iban pasando las fuentes de comida, el cual, con servil amabilidad, sonreía exactamente lo mismo que ella. No había duda de que era la propia señora *de los Pavos,* con su boquita plegada y sus ojos vivarachos. Sin duda, al llamamiento patriótico de los leoneses había salido del sepulcro, dejándose en él, por causa de la precipitación, algunas partes de su persona; verbigracia: el moño, la teta de algodón y todo el cuerpo de la cintura abajo. Visto de cerca el camarero, resultaba tan exacto el parecido, que Torquemada sintió algo de miedo. "¡Ay de mí!—pensó—. Con estas cosas se me trastorna la cabeza, y no es mal lío el que armaré. Anda, anda: ya se me ha olvidado todito lo que escribí anoche. ¡Y cuidado si estaba bien!... Me he lucido: ni una jota recuerdo."

Afanado buscó a Donoso entre los que a una banda y otra tenía en fila de honor, como los apóstoles en el cuadro de la *Cena,* y notó vacío el puesto de su amigo, que en aquel momento hubiérale sido de gran ayuda, pues sólo con que él le alentara recobraría la serenidad, y con la serenidad la memoria.

—¿Qué ha sido de don José?—preguntó con viva inquietud.

Pronto fué informado de que había tenido que abandonar la mesa, porque le avisaron que su esposa se hallaba en peligro de muerte. Contrariedad no floja era ésta para el tacaño, pues sólo con mirar a Donoso las ideas se le refrescaban, y acudían a su mente las palabras finas y el habla elegante, acompasada y ceremoniosa.

Pues, señor, no había más remedio que salir del paso como se pudiera. Procuraría reconcentrar todas las energías del caletre, sin dejar de atender a la charla de los dos *apóstoles* que a su lado tenía. No tardaron en apuntar en su mente algunos conceptos de lo que había escrito la noche anterior; pero las ideas aparecieron en dos o tres formas, porque escribió primero algo que no hubo de parecerle bien, y lo rompió, y vuelta a escribir, y a romper... Vamos, que aquello era un ciempiés. Por suerte suya, recordaba perfectamente diversas formulillas retóricas oídas en el Senado, y que se pegaban a su magín como líquenes a la roca... Luego, algo había que dejar a la inspiración del momento, sí, señor...

Sirvieron una como torta que don Francisco no supo si era cosa de hielo o de fuego, porque por un lado quemaba y por otro ponía los dientes como si mascaran nieve... No se dió cuenta del curso del tiempo, y de pronto vió que entre él y el comensal de la derecha se introducía el brazo del mozo con una botella, y que le echaba champaña en la copa chata. En el mismo instante sintió tiroteo de taponazos y una algazara, un murmullo sordo y penetrante... Levantóse uno de aquellos *puntos,* y por espacio de medio minuto no se oyó más que el chicheo de los que mandan callar. Produjose al fin un silencio relativo, y... ahí va el discursito en nombre de la Junta organizadora, explicando el objeto de aquel homenaje.

VII

En rigor de verdad, el primer orador (un señor director, cuyo nombre no hace al caso), retinto, de libras, habló malditamente, aunque otra cosa dijeran, rindiendo culto a la cortesía, los periódicos de la mañana. ¡Cuánta vulgaridad! Que le dispensaran si *hacía uso* de la palabra, *asumiendo la representación* de la Junta organizadora, él, tan humilde; él, tan poca cosa; él, sin duda, el último...; pero por lo mismo que era el último, hablaba el primero, para dar las gracias al ilustre hombre que se había dignado aceptar, etc. Enumeró las batallas que hubieron de librarse contra la modestia del grande hombre, lucha horrible, en la cual la modestia se defendió bravamente, y hubo que traer casi a rastras al señor marqués de San Eloy, hombre de trabajo, hombre de aislamiento y soledad, hombre de silencio fecundo, hombre que huía del brillo social y de los trompetazos de la fama. Pero no le valía. Forzoso era, para bien

de la misma sociedad, sacarle a tirones de su retiro, traerle a donde pudiera recibir los plácemes que merecía..., "rodearle de nuestros cariños, de nuestros homenajes, de nuestros..., de nuestros *loores, señores,* para que sepa lo que vale, para que la sociedad pueda expresarle su inmensa gratitud por los beneficios que de su inteligencia poderosa ha recibido... He dicho". *(Grandes aplausos; el orador se sienta muy sofocado, limpiándose el sudor del rostro. Don Francisco le abraza con el brazo izquierdo nada más.)*

No se había calmado el barullo producido por el primer discurso, cuando allá, en el opuesto extremo del salón, surgió un señor alto y seco, que debía de tener fama de orador brillante, porque le precedió un murmullo de expectación, y todo el grave concurso se relamía de satisfacción por las sublimes cosas que pronto se oirían. En efecto, el demonio del hombre era una máquina eléctrica. Hablaba con la boca, con los brazos, que parecían aspas de molino; con las trémulas manos, que casi tocaban el techo; con los crispados dedos, con todo el semblante congestionado, echando fuego; con los ojos, que se le salían del casco; con los lentes, tan pronto caídos, tan pronto puestos sobre el caballete de la nariz por la misma mano que quería horadar el techo. Tal era el desbordamiento de su oratoria enfática y calidoscópica, que si aquello dura más de quince minutos, todos salen de allí con el mal de San Vito. ¡Qué acumular idea sobre idea, qué vértigo de figuras, corriendo como vagonetas descarriladas, que al chocar montan unas sobre otras; qué tono furiosamente altísono, desde el primer momento, tanto, que no había gradación posible, y su oratoria era una sucesión delirante de finales de efecto! Como el tal era ingeniero (no sé si por Madrid o por Lieja), iniciador de obras públicas tan grandiosas como impracticables, se despotricaba con un lío espantoso de retóricas del orden industrial y constructivo, y todo era carbón para allí, calderas al rojo cereza por allá, las espirales de humo *que escribían sobre el azul del cielo el poema* de la fabricación, el zumbido de los volantes, el chasquido de las manivelas; y tras esto, las dínamos, las calorías, la fuerza de cohesión, el principio vital, las afinidades químicas, para venir a parar al arco iris, a las gotas de rocío que descomponen el rayo solar, y qué sé yo, Dios de mi vida, todo lo que salió de aquella boca. Y a todas éstas, nada había dicho aún de don Francisco, ni se veía la relación que el festejado pudiera tener con toda aquella monserga de gotas de rocío, dínamos y manivelas.

Sin abandonar el estilo vertiginoso y las gesticulaciones epilépticas, hizo la gradación gallardamente. Presentó a la Humanidad dándose de cachetes con la ciencia, como quien dice. La ciencia bebía los vientos por redimir a la Humanidad, y ésta emperrada en no dejarse redimir. Naturalmente, nada se conseguiría hasta que aparecieran los *hombres de acción.* Sin ellos, era impotente la señora ciencia. Por fin, ¡hosanna!, aparecido había el hombre de acción. ¿Y quién dirán ustedes que era el hombre de acción? Pues don Francisco Torquemada. *(Grandes aplausos como salutación al nombre.)* Después de un breve panegírico del ilustre leonés, el orador se sentó, entre un diluvio de aclamaciones de entusiasmo. Desplomóse sin aliento en la silla, como un obrero que se cae del andamio, con todos los huesos rotos, y hay que llevarle al hospital.

Siguió un paréntesis de bulla, risas y tiroteo ingenioso.

—Que hable don Fulano, que hable el señor Tal.

La concurrencia se hallaba en ese placentero estado psicológico del cual se deriva toda la amenidad y gracia de esta clase de festines. A cada quisque tocaba un poquitín de la vis cómica que se derramaba por todo el ámbito del grandísimo comedor. Después de pinchar a éste y al otro, levantóse, no sin hacerse mucho de rogar, un señor pequeño y calvo. Había llegado el momento de la aparición del gracioso, pues en la solemnidad banquetil, para que el conjunto resulte completo, ha de haber una sección recreativa, un orador que trate por lo festivo las mismas cuestiones que los demás han tratado por lo grave. El indicado para *llenar este vacío* era un antiguo periodista, magistrado por poco tiempo, después diputado cunero, y en algunas épocas de su vida contratista de tablazón para envase de tabacos. Tal fama de gracioso tenía, que antes que

hablara, ya se desternillaban de risa los oyentes.

—Señores—empezó—, nosotros hemos venido aquí con fines muy malos, con intenciones aviesas, y yo, porque así me lo dicta mi conciencia, pido al señor gobernador, aquí presente, que nos lleve a todos a la cárcel. *(Risas.)* Hemos traído engañado al excelentísimo señor marqués de San Eloy. El vino a honrarnos con su compañía en esta mesa pobre..., y ahora resulta que le damos un *menú* (que algunos llaman *minuta*) de discursos, un verdadero *indigestivo* para que le haga daño la comida.

El preámbulo fué muy divertido, y luego entró en materia, diciendo:

—Ninguno de los aquí presentes sabe quién es el marqués de San Eloy, y yo, que lo sé, os lo voy a decir. El marqués de San Eloy es un pobrecito, y los ricos, los poderosos, somos los que le festejamos. *(Risas.)* Es un pobrecito que pasaba por la calle, y le hemos invitado a que entrara aquí, y entra y participa de nuestro festín..., No, no reírse; pobrecito dije, y os lo voy a demostrar. No es rico el que, poseyendo riquezas, las consagra a labrar el bien de la Humanidad. Es tan sólo un depositario, un administrador, no de lo suyo, sino de lo nuestro, porque lo destina a mejorar nuestra condición moral y material. *(Aplausos, aunque el argumento a nadie convencía.)*

Prosiguió ensartando disparates y jugando con la paradoja, hasta que terminó ofreciendo cómicamente su protección al *administrador de la Humanidad*, don Francisco Torquemada. Imposible mencionar todo lo que después se dijo en varios tonos; hubo discursos buenos y breves, otros largos, difusos y sin ninguna sustancia. Un señor habló en nombre de la provincia de Palencia, limítrofe de la de León, asegurando que no hacían falta tantos ferrocarriles, aunque él no los combatía, ¡cuidado!, y que los capitales deben emplearse en canales de riego. Otro habló en nombre del Ejército, al que pertenecía, y el de más allá, en nombre de la Marina mercante. Alguien dijo también cosas muy entonadas en nombre de la clase aristocrática y en nombre del Colegio de Notarios, y el gobernador expresó su sentimiento porque el señor de Torquemada no fuese hijo de Madrid, idea contra la cual protestaron airados los leoneses; pero el gobernador remachó la idea, asegurando que León y Madrid vivían en perfecta fraternidad. Saltó uno de Astorga, llamando a Madrid su segunda patria, patria primera de sus hijos, y al fin concluyó por echarse a llorar; y otro, que había venido de Villafranca del Bierzo, aseguró ser sobrino del cura que bautizó a don Francisco, lo cual fué el detalle tierno de la solemnidad. Gracias a un oportunísimo *quite* se pudo evitar que unos ñales de poetas leyeran los versos que ya tenían medio desenvainados con la intención más alevosa del mundo. Por la calidad de las personas allí reunidas, y el objeto *serio* de la solemnidad, no *estaba en carácter* la lectura de composiciones poéticas. Y al fin, se aproximaba el momento culminante. El héroe de la fiesta, mudo y pálido, revolvía ya en su mente las primeras frases del discurso. En los breves instantes que le faltaban hizo acopio de su valor y fijó bien en su mente ciertas reglas que se había propuesto seguir; a saber: no citar autores en concreto sin absoluta seguridad en la cita, expresar vagamente y con frases equívocas todo aquello de que no tuviese un gran dominio, quedarse siempre entre dos aguas sin decir blanco ni negro, como hombre que más peca de reservado que de comunicativo, y pasar, como sobre ascuas, sobre todo punto delicado de los que no pueden tomarse en boca profana sin peligro de soltar una barbaridad. Hecha esta preparación mental, y encomendándose a su ausente ídolo literario, el señor de Donoso, a quien creía llevar en esencia dentro de sí mismo, como una segunda alma, levantóse y aguardó tranquilo a que se produjese el silencio augusto que necesitaba para empezar. Gracias a los diligentes taquígrafos que el narrador de esta historia llevó al banquete, por su cuenta y riesgo, han salido en letras de molde los más brillantes párrafos de aquella notable oración, como verá el que siga leyendo.

VIII

—Señores: No voy a pronunciar un discurso. Aunque quisiera, y vosotros..., digo que aunque vosotros gustarais de oírmelo, y no podría, por causa de mi

pobreza... *(Murmullos.)*, de mi pobreza de medios oratorios. Soy un individuo rudo, *eminentemente* trabajador, y de la clase de pueblo, artesano *por excelencia* del negocio honrado... *(Bien, bien.)* No esperéis en mí discursos más o menos floreados, porque no he tenido tiempo de aprender la ciencia oratoria. Pero, señores y amigos, no puedo faltar a lo que exigen de mí vuestra cortesía y mi gratitud (1), y he de manifestar cuatro mal pergeñadas... manifestaciones, que si pobres de estilo y toscas de literatura, serán la expresión *sincera* de un corazón agradecido, de un corazón noble, de un corazón que late... (2), ahora y siempre, al compás de todo sentimiento hidalgo y generoso. *(Muy bien.)*

"Repito que no esperéis de mí bonitos discursos ni elocuentísimos períodos. Mis flores son los números; mis retóricas, el cálculo; mi elocuencia..., la acción. *(Aplausos.)* La acción, señores. ¿Y qué es la acción? Todos lo sabéis, y no necesito decíroslo. La acción es la vida, la acción es... lo que se hace, señores, y lo que se hace... dice más que lo que se dice. *Hase dicho... (Pausa.)*, hase dicho que la palabra es plata y el silencio es oro. Pues yo añado que la acción es toda perlas orientales y brillantes magníficos. *(Aprobación calurosa.)*

"*Cábeme la satisfacción* de contestar a los señores que me han precedido en el uso de la palabra, y al hacerlo... *(Pausa.)*, *cúmpleme declarar* que en manera alguna hubiera aceptado este inmerecido homenaje que me tributáis, absolutamente, si no me obligaran a ello consideraciones de este y el otro linaje, sin que *de cerca ni de lejos* me hayan traído aquí móviles de vanidad... (3), hasta el punto de que... mi ánimo..., vamos, que mi absoluto fin era prevalecer en la *línea de conducta* que he observado siempre, y afirmarme en la tesis de que debemos rehuir cuanto *tienda* al enaltecimiento personal..., que ¡harta representación tienen *en el actual momento histórico* las personalidades, ¡señores!... (1), y es tiempo ya de que se glorifiquen los hechos, no las personas; los principios, no las entidades..., que yo reconozco su mérito, señores, yo lo reconozco; pero ya es tiempo de que por encima del individuo personal estén los hechos, la acción, el gran principio de obrar *(Alzando la voz.)* cada cual en su propio elemento, y en *el círculo* de sus propias operaciones. *(Muy bien, bravo.)*

"¿Quién es el que tiene el honor de dirigiros su modesta palabra en este momento? Pues no es más que un pobre obrero, un hombre que todo se lo debe a su misma iniciativa, a su laboriosidad, a su honradez, a su constancia. Nací, como quien dice, en la mayor indigencia, y con el sudor de mi rostro he amasado mi pan, y he vivido, *orillando* un día y otro las dificultades, cumpliendo siempre mis obligaciones y *evacuando* mis negocios con la más estrictísima moralidad. Yo no he hecho ningún arco de iglesia; yo no he tenido arte ni parte con el demonio, como *errada y torpemente* (2) creen algunos *(Risas.)*; yo no tengo el don del milagro. Si he llegado a donde estoy, lo debo a que he tenido dos virtudes, y de ello me alabo con vuestro beneplácito; dos virtudes. ¿Cuáles son? *Helas aquí*: el trabajo, la conciencia. He trabajado en una *serie no interrumpida* de, de..., de tareas *económico-financieras*, y he practicado el bien, haciendo todos los favores posibles a mis semejantes, y *labrando* la felicidad de cuantas personas me encontraba al alcance de mi acción. *(Bien, muy bien.)* Ese ha sido mi *desideratum*, y la idea que *he abrigado* siempre: hacer todo el bien que podía a mis semejantes. Porque el negocio, *vulgo* actividad, fijaos bien, señores, no está reñido con la caridad ni con la Humanidad más o menos doliente. Son dos elementos que se completan, dos *objetivos* que vienen a concurrir en un solo *objetivo*; *objetivo*, señores, del cual tenemos una imagen en nuestras conciencias, pero que reside en el Altísimo (3). *(Grandes, ruidosos y entusiásticos aplausos.)*

---

(1) Frase aprendida de Donoso dos días antes.

(2) Procura recordar un final de párrafo que oyó en el Senado, y al fin lo enjareta como Dios le da a entender.

(3) El orador, que se animaba ya, creyéndose en terreno firme y dominando toda la fraseología del Senado se embarulla y no acierta a terminar la oración.

(1) Encontrando al fin la salida de aquel laberinto.

(2) Adverbios que pescó en el Senado el día anterior.

(3) Frase tergiversada de otra que leyó el día anterior en un periódico.

"Pero si declaro que siempre fué mi *línea de conducta* hacer el bien a todos, sin distinción de clases, a todos, *tirios y troyanos,* también os digo que, como trabajador, *por excelencia,* nunca, nunca he *dado pábulo* a la ociosidad ni he protegido a gente viciosa, porque eso, ¡cuidado!, ya no sería caridad ni humanidad, sino falta de sentido práctico; eso sería *dar el mayor de los pábulos* a la vagancia. De mí se podrá decir todo lo que se quiera; pero no se dirá nunca que he sido el Mecenas de la holgazanería. *(Delirantes aplausos.)*

"*He partido siempre del principio* de que cada cual es dueño de su propio destino; y será feliz el que sepa labrarse su felicidad y desgraciado el que no sepa labrársela (1). No hay que quejarse de la suerte... ¡Oh la suerte: pamplinas, tontería, *dilemas, antinomias, maquiavelismos*! No hay más desgracias que las que uno se *acarrea* con sus yerros. Todo el que quiere poseer los *intereses* materiales no tiene más que buscarlos. Busca y encontrarás, que dijo el otro. Sólo que hay que sudar, moverse, aguzar la entendedera, *en una palabra,* trabajar, *ora* sea en este, *ora* en el otro oficio. Pero lo que es dándose la gran vida en paseos y jaranas, charlando en los casinos o enredando con las buenas mozas *(Risas.),* no se gana el pan de cada día..., y el pan está allí, allí, vedlo, allí (2). Pero es menester que vayáis a cogerlo; porque él, el pan, no puede venir a buscarnos a nosotros. No tiene pies, se está muy quietecito esperando que vaya a cogerlo el hombre, a quien el Altísimo ha dado pies para correr tras el pan, inteligencia para saber dónde está, ojos para verlo y manos para agarrarlo... *(Bravos y palmadas frenéticas.)*

"De suerte, que si os pasáis el tiempo en diversiones, no tendréis pan, y cuando el hambre os haga salir de coronilla en busca de él, ya otros más listos lo habrán cogido..., los que supieron madrugar, los que supieron emplear todas las horas del día en el *clásico* trabajo, los que supieron *evacuar* todas sus diligencias en tiempo oportuno, no dejando nada para mañana; los que se plantearon la cuestión *de comer o no comer,* como el otro, que vosotros conocéis mejor que yo, y no necesito nombrarle; como el otro, digo, planteó la cuestión de *ser o no ser. (Admiración, estrepitosos aplausos.)* (1).

"Seamos prácticos, señores. Yo lo soy, y me alabo de ello, dejando a un lado la careta de la modestia, que ya con tanto quita y pon se va cayendo a pedazos de nuestros rostros. *(Ruidosos aplausos y voces de "Sí, sí".)* Seamos prácticos, digo; *serlo* vosotros, y yo, que soy perro viejo, os recomiendo que lo seáis. *Ser* prácticos si no queréis que vuestra vida *revista los caracteres* de una *tela de Penélope.* Si hoy tejéis el bienestar con *elementos* superiores a vuestros medios, o *séase* posibles, mañana el *déficit* os obligará a destejerlo..., y siempre tendréis suspendida sobre vuestras cabezas *la espada de Aristóteles... (Rumores.)* Quiero decir... (2). He dicho Aristóteles, porque... *(Se ríe, y ríen todos esperando un chiste.)* tengo verdadera manía por este filósofo, que es el más práctico de todos. *(Sí, sí.)* Es mi hombre; le llevo en el pensamiento a todas horas del día. Y como *tengo para mí* que el tal Damocles, el de la espada, era un hijo de tal... o nadie sabe quién es... ¿Alguno de los que me escuchan sabe quién era ese Damocles? *(Risas. Voces de "No, no..., no lo sabemos".)* Pues yo estoy a matar con esas maneras de hablar, y he decidido que la famosa espada sea de Aristóteles..., vamos, que le armo caballero, porque es el hombre de mi devoción, es mi ídolo, señores, el hombre más grandísimo de la antigua Grecia y del siglo de oro de todos los tiempos. *(Bravo, muy bien.)* (3).

"Perdonadme la digresión, y volvamos a la tesis. Atendamos más a la acción que a la palabra; obremos, obremos mucho y hablemos poco. Trabajar siempre,

(1) El orador, animado por los aplausos, habla con una serenidad y un desparpajo que ya quisieran muchos.

(2) Sintiéndose inspirado y lanzándose sin miedo a la improvisación.

(1) En todos los grupos se comenta favorablemente el discurso, en algunos con calor y entusiasmo. Oyense aquí y allí alabanzas ardientes: «¡Qué tío más largo! El será rudo, pero ¡qué juicio tan sagaz, qué sentido práctico!»

(2) El orador conoce al instante su error, pero lo enmienda en seguida, muy terne.

(3) Comentarios de entusiasmo en la concurrencia. «Pero ¡qué tuno es! Sabe más que Lepe... ¡Qué gramática parda!»

de *consuno* con nuestras necesidades y con el *valioso concurso* de todos los elementos que *concurran* a nuestro lado. Y hechas estas manifestaciones, que creo me imponía mi presencia en este augusto recinto... *(Enmendándose.)* y lo llamo augusto porque en él se reúnen tantas eminencias científicas, políticas y particulares... *(Bien, bravo.)*; hechas estas declaraciones, paso a concretar la cuestión. *¿A qué obedece* esta comida? ¿Qué peculiar objetivo lleváis al festejarme a mí, tan humilde? Pues habéis visto en mí un hombre activo de *suyo*, dispuesto a patrocinar los grandes adelantos del siglo, a llevarlos al *estadio* de la práctica. Yo pongo mi corta inteligencia y mis ahorros al servicio de la patria; yo no miro a mi interés, sino al interés general, al interés público de la Humanidad, que bien necesitada está la pobrecita de que se interesen por ella. *Heme* lanzado a emprender obras muy importantísimas, sin ambición alguna de lucro privado, podéis creérmelo, y a favorecer a mi patria natal llevando la locomotora *con su penacho de humo* a través de los campos. Si yo no idolatrara la ciencia y la industria como las idolatro, si no fuera mi *bello ideal* el progreso, yo no patrocinaría la locomotora; patrocinaría el carromato y no vería más *lazo de unión* entre los pueblos que el *ordinario de Astorga* o *el ordinario de Ponferrada*. Pero no, señores; yo soy hijo de mi siglo, del siglo eminentemente práctico, y patrocino el ordinario, mejor dicho, la ordinaria del mundo entero: la locomotora. *(Frenéticos aplausos.)*

"Adelante con la ciencia, adelante con la industria (1). El mundo se transforma con los adelantos, y hoy nos maravillamos de ver la claridad preciosísima de la luz eléctrica donde antes lucían velones de aceite, velas de sebo, bujías esteáricas y el petróleo refinado (2). De donde saco la consecuencia de que lo moderno acaba con las antiguallas. ¡Cuán gran verdad es, señores, que *esto matará aquello...*, como dijo, y dijo muy bien..., quien todos sabéis! *(Aplausos prolongados.)*

"Yo, señores, no me canso de repetíroslo, soy un hombre muy humildísimo, muy llano, de cortas facultades *(Voces de "No, no".)*, de pocas luces *(No, no.)*, de escasa instrucción; pero a formalidad no me gana nadie. ¿Queréis que *os defina mi actitud* moral y religiosa? Pues sabed que mis dogmas son el trabajo, la honradez *(Murmullos de aprobación.)*, el amor al prójimo y las buenas costumbres. De estos principios parto yo siempre, y por eso he podido llegar a labrarme una posición independiente. Y no creáis que doy de lado, *por decirlo así*, al dogma sagrado de nuestros mayores. No; yo sé dar *al César lo que es del César* y al Altísimo... también lo suyo. Porque a buen católico no me gana nadie, bien lo sabe Dios, ni en lo de defender las *veneradas creencias*. Adoro a mi familia, en cuyo... *foco*, en cuyo seno encuentro la felicidad, y os aseguro que de mi casa al cielo no hay más que un paso... *(Con ternura.)* Yo no debía hablar de estas cosas, que son del *elemento privado... (Voces: "Sí, sí, que siga".)* Pero mi familia, o *séase* el *círculo* del hogar doméstico, es lo primero en mi corazón, y pienso en ella siempre, y no puedo apartar del pensamiento aquellos pedazos de... No, no sigo; permitidme que no siga... *(Gran emoción en el auditorio.)*

"De política nada os digo. *(Voces: "Sí, sí".)* No, no, señores. No he llegado a saber todavía qué partidos tenemos, ni para qué nos sirven. *(Risas.)* Yo no he de *ser Poder*, ni he de repartir credenciales..., no, no... Veo que *pululan* los empleados, y que no hay nadie que se decida a *castigar* el presupuesto. Claro, no *castigan* porque a los mismos castigadores les duele. *(Risas.)* Yo me lavo las manos: *blasono* de obedecer al que manda y de no *barrenar las leyes*. Respeto a *tirios y troyanos*, y no regateo *el óbolo* de la contribución (1). *A fuer* de hom-

(1) En el grupo de los críticos, a veces se ríen con descaro, a veces disimulan su hilaridad, aplaudiendo estrepitosamente, en sofa. *Morentín*: «Pues tiene un no sé qué de elocuente este animal. Rebuzna oratoriamente.»

(2) El orador, sin dejar de hablar, dice para sí: «Voy muy bien. Paréceme que me estoy luciendo. ¡Qué siento que no me oiga Donoso!»

(1) En el grupo de los críticos. *Morentín*: «Pero ¿han visto ustedes un ganso más delicioso?» *Juan de Madrid*: «Lo que veo es que es un guasón de primera.» *Zárate*: «Como que nos está tomando el pelo a todos los que estamos aquí.»

bre práctico, no hago la oposición sistemática, ni me meto en *maquiavelismos* de ningún género. Soy *refractario* a la intriga, y no acaricio más idea que el bien de mi patria, tráigalo Juan, Pedro o Diego. *(Muy bien.)*

"Concluyo, señores..., porque ya estaréis fatigados de oírme. *(No, no.)*, y yo también fatigado de hablar, pues no tengo costumbre, ni sé expresarme con todo el brillo peculiar..., ni..., ni con la prosa correcta... que... En fin, señores, concluyo con las manifestaciones de mi gratitud por vuestras manifestaciones..., por este *holocausto* (1), por este homenaje magnánimo y verídico. Lo digo y lo repito: yo no merezco esto; yo soy indigno de obsequios tan... sublimes, y que no tienen *punto de contacto* con mis cortos merecimientos. No me atribuyáis a mí *rasgos* que no me pertenecen. La verdad ante todo. En la cuestión del ferrocarril no he hecho más que obedecer al impulso de un ilustre y particular amigo mío, aquí presente, y a quien no nombro por no ofender su *considerable* modestia. *(Todos miran al señor marqués de Taramundi, que baja los ojos y se sonroja ligeramente.)* Este amigo es el que ha movido toda la tramoya de la vía férrea, y a él se debe (2) *la coronación* del éxito, porque aunque no ha figurado para nada, *detrás de la cortina* ha manejado todo muy lindamente, de modo que bien puedo deciros que ha sido... (3), pasmaos, señores, el *Deus ex machina* del ferrocarril de Villafranca al Berrocal. *(Ruidosísimos aplausos. Los leoneses se rompen las manos.)*

"Pues... (4) ya no me resta que deciros sino que mi gratitud será eterna, y en ningún modo efímera, no, y que todos los presentes, sin distinción de *tirios* ni de *troyanos (Risas.)*, me tienen incondicionalmente a su disposición. No es por alabarme; pero sé distinguir, y nadie me gana en servir a mis amigos y ayudarlos en... lo que necesiten, quiero decir, que en *cualesquiera* cosa en que necesiten de mi modesto concurso, pueden mandarme, en la seguridad de que tendrán en mí un seguro servidor, un amigo del alma y... un compañero, dispuesto a prestarles... todo el concurso *desinteresado*, todo el favor, todo el apoyo moral y material, toda la confianza del mundo..., siempre con el alma, siempre con el corazón... Les ofrezco, pues, con fina voluntad, mi hacienda, mi persona y todo cuanto soy y cuanto valgo. He dicho. *(Aplausos frenéticos, delirantes aclamaciones, gritos, tumulto. Todo el mundo, en pie, palmoteando sin cesar, con estrépito formidable. La ovación no tiene término.)*

(1) Sofocadas risas en el grupo de los críticos.

(2) Prepárase el orador a soltar la frase bonita aprendida días antes, y en cuyo efecto confía, si acierta a decirla sin error de pronunciación.

(3) Parándose para recordar bien la frase antes de soltarla.

(4) La cara del orador irradia júbilo, por lo correcta que le salió la frase.

IX

Los más próximos se precipitaron a abrazar al orador triunfante, y aquello fué el delirio. ¡Qué estrujones, qué vaivenes, qué sofocación! Por poco hacen pedazos al pobre señor, que con cara reluciente, como si se la hubieran untado de grasa, los ojos chispos, la sonrisa convulsiva, no sabía ya qué contestar a tan estrepitosas demostraciones. Y luego fueron llegando en confuso tropel los comensales, disputándose el paso, y todos le achuchaban, algunos con fraternal efusión y cierta ternura, efecto del ruido, de los aplausos, de esa sugestión emocional que se produce en las muchedumbres. Don Juan Gualberto Serrano, entrecortada la voz, rojo como un pavo, y sudando la gota gorda, no le dijo más que:

—Colosal, amigo mío, colosal.

Y otro le aseguró no haber oído nunca discurso que más le gustase.

—Y ¡cómo se ve al hombre práctico, al hombre de acción!—dijo un tercero.

—Tenemos aquí al apóstol del Sentido común. Así, así se piensa y se habla. Mi enhorabuena más entusiástica, señor don Francisco.

—Sublime... Venga un abrazo. ¡Qué cosas tan buenas, ¡oh!, nos ha dicho usted!...

—Y también ha sabido hablar al corazón. ¡Qué hombre!... Vaya, que de ésta le hacemos a usted ministro...

—¿Yo? Quítese allá—replicó el tacaño, que ya se iba cargando de tanto estruión—. He dicho cuatro frases de cortesía, y nada más.

—Cuatro frases, ¿eh? Diga usted cuatro mil ideas magníficas, estupendas... Venga otro abrazo. Francamente, ha sido un asombro.

De los últimos llegó Morentín, y le abrazó con fingido cariño y sonrisa de hombre de mundo, diciéndole:

—Pero ¡muy bien! ¡Qué orador nos ha salido esta noche! No lo tome usted a broma; orador y de los grandes...

—Quite usted..., por Dios.

—Orador, sí, señor—añadió Villalonga, con la seriedad que sabía poner en su rostro en tales casos—. Ha dicho usted cosas muy buenas y muy bien parladas. Mi enhorabuena.

Y luego fué Zárate, que le abrazó llorando, pero llorando de verdad, porque además de pedante, era un consumado histrión, y le dijo:

—¡Ay, qué noche, qué emociones!... Mi enhorabuena en nombre de la ciencia..., sí..., de la ciencia, que usted ha sabido enaltecer como nadie... ¡Qué síntesis tan ingeniosa! ¡*La ordinaria* del mundo entero! Bien, amigo mío. No lo puedo remediar: se me saltan las lágrimas.

Y al despedirse de todos, más abrazos, más apretones de manos y nuevos golpes de incensario. Asombrado de aquel bárbaro éxito, don Francisco llegó a dudar de que fuese verdad. ¡Si se burlarían de él! Pero no, no se burlaban, porque, en efecto, había hablado *con sentido*; él lo conocía y se lo declaraba a sí mismo, *eliminando* la modestia. No se consolaría nunca de que no le hubiera oído el gran Donoso.

Acompañáronle hasta su casa los más íntimos, y allá otra ovación. Noticias exactas habían llegado del exitazo, y lo mismo fué entrar en la sala que todas aquellas señoras se tiraron a abrazarle. Cruz y Fidela, que antes de la llegada de don Francisco, al enterarse de la gravedad de su amiga la señora de Donoso, habían pasado malísimo rato, desde que vieron entrar al héroe de la noche saltaron bruscamente de la pena al júbilo, y no pensaron más que en añadir sus voces al coro de plácemes.

—A mí no me sorprende tu triunfo, querido Tor—le dijo su esposa—. Bien sabía yo que hablarías muy bien. Tú mismo no has caído aún en la cuenta de que tienes mucho talento.

—Yo, la verdad, esperaba un éxito—dijo Cruz—, pero no creí que fuera tanto. No sé a qué más puede usted aspirar ya. Todo lo tiene: el mundo entero parece que se postra a sus pies... Vamos, ¿qué pide usted ahora?

—¿Yo? Nada. Que a usted no se le ocurra ensanchar más el círculo..., señora mía. Bastante círculo tenemos ya. Ya no más.

—¿Que no?—dijo la gobernadora, riendo—. Ya verá usted. Si ahora empezamos... Prepárate.

—Pero todavía...—murmuró Torquemada, temblando como la hoja en el árbol.

—Mañana hablaremos.

Estas fatídicas palabras amargaron la satisfacción del flamante orador, que pasó mala noche, no sólo por la excitación nerviosa en que le pusiera su *apoteosis*, sino por las reticencias amenazadoras de su implacable tirana.

Al día siguiente trató en vano de recibir los plácemes de Rafael. Una ligera indisposición le retenía en su aposento del segundo piso, y no se dejaba ver más que de su hermana Cruz. Los periódicos de la mañana colmaron la vanidad oratoria del grande hombre, poniéndole en las nubes, y enalteciendo, conforme a la opinión del momento, su sentido práctico y su energía de carácter. Todo el día menudearon las visitas de personajes *propios y extraños*, algún diplomático, directores de Hacienda y Gobernación, generales, diputados y senadores, y dos ministros, todos con la misma cantilena: que el orador había dicho cosas *de mucha miga* y que había logrado *poner los puntos sobre las ies*. No faltaba ya sino que fuesen también el rey, y el Papa, y hasta el propio emperador de Alemania. La Iglesia no careció de representación en aquel jubileo, pues llegaron también, para incensar al tacaño, el reverendísimo provincial de los Dominicos, padre Respaldiza, y el señor obispo de Antioquía, los cuales agotaron el vocabulario de la lisonja.

—Bienaventurados—dijo con unción evangélica su ilustrísima—los ricos que saben emplear cristianamente sus caudales en provecho de las clases menesterosas.

Cuando se fué la última visita respiró el grande hombre, gozándose en la soledad de su casa y familia. Pero muy poco le duró el contento, porque le abor-

daron Fidela y Cruz en actitud hostil. Fidela callaba, asintiendo con la expresión a cuanto su hermana con fácil y altanera voz decía. Desde las primeras palabras, don Francisco se puso lívido, se mordía el bigote, comiéndose más de la mitad de las cerdas entrecanas que lo componían, y se clavaba los dedos en los brazos o en las rodillas, presa de terrible inquietud nerviosa. ¿Qué nueva dentellada daba la gobernadora a sus considerables *líquidos,* que más bien eran sólidos? Pues era de lo más atroz que imaginarse puede, y el tacaño se quedó como si sintiera que la casa se venía abajo y le sepultaba entre sus ruinas.

En el arreglo de la deuda de Gravelinas, el palacio ducal, tasado en diez millones de reales, era una de las primeras fincas que saldrían a subasta. Decíase que con dificultad se hallaría comprador, como no le metiese el diente Montpensier o algún otro individuo de la familia real, y se gestionaba para que lo adquiriese el Gobierno con destino a las oficinas de la Presidencia. Finca tan hermosa y señoril no podía ser más que del Estado o de algún príncipe. ¡Vaya con las ideas de aquel demonio en forma femenina, la primogénita del Aguila, y oráculo del hombre práctico y sesudo por excelencia! Júzguese de sus audaces proyectos por la respuesta que le dió don Francisco, casi sin aliento, tragando una saliva más amarga que la hiel.

—Pero ¿ustedes se han vuelto locas, o se han propuesto mandarme a mí a un manicomio? ¡Que me adjudique el palacio de Gravelinas, esa mansión de príncipes coronados..., vamos, que lo compre...! Como no lo compre el nuncio...

Rompió en una carcajada insolente, que hizo creer a la dama gobernadora que por aquella vez encontraría en su súbdito resistencias difíciles de vencer. Sintióse fuerte el tacaño en los primeros momentos, al desgarrar el hierro sus carnes, y sus resoplidos y puñetazos sobre la mesa habrían infundido pavor en ánimo menos esforzado que el de Cruz.

—Y tú, ¿qué dices?—preguntó don Francisco a su esposa.

—¿Yo?... Pues nada. Pero ¡si en el negocio con la casa del duque, comprendido el palacio y las fincas rústicas, has ganado el oro y el moro! Adjudícate el palacio, Tor, y no te hagas el pobrecito. Vamos, ¿a que te ajusto la cuenta y te pruebo que comprándolo tú viene a salirte por unos seis millones nada más?

—Quita, quita. ¿Qué sabes tú?

—Y en último caso, ¿qué son para ti seis ni diez millones?

Miróla don Francisco con indignación, balbuciendo expresiones que más bien parecían ladridos; pero pasado aquel desahogo brutal de su avaricia, el hombre se desplomó, sintiendo, ante las dos damas, una cobardía de alimaña indefensa, cogida en trampa imposible de romper. Cruz vió ganada la batalla, y por consideración al vencido, le argumentó cariñosamente, ponderándole las ventajas materiales que de aquella compra reportaría.

—Nada, nada; concluiremos en la miseria...—dijo el avaro con amargo humorismo—. Desde el campanario de San Bernardino, cuarenta siglos nos contemplan. Bien, bien; palacitos a mí. ¡Ay, mi casuca de la calle de San Blas, quién te volviera a ver! Que avisen a la funeraria; que me traigan el féretro; yo me muero hoy. Este golpe no lo resisto; ¡que me muero...! Ya lo dije yo en mi discurso: *esto matará a aquello...* Y yo pregunto a ustedes, señoras de palacio y corona, ¿con qué vamos a llenar aquellos inmensos salones, que parecen el hipódromo, y aquellas galerías más largas que la Cuaresma?... Porque todo ha de corresponder...

—Pues... muy sencillo—respondió Cruz tranquilamente—. Ya sabe usted que ha muerto don Carlos de Cisneros la semana pasada.

—Sí, señora..., ¿y qué?

—Que sale a subasta su galería.

—Una galería, ¿y para qué quiero yo galerías?

—Los cuadros, hombre. Los tiene de primer orden, dignos de figurar en reales museos.

—¡Y los he de comprar yo!... ¡Yo! —murmuró don Francisco, que de tanto golpe tenía el cerebro acorchado y estaba enteramente lelo.

—Usted.

—¡Ay, sí, Tor!—dijo Fidela—, me gustan mucho los cuadros buenos. Y que Cisneros los tenía magníficos, de los maestros italianos, flamencos y españoles. Pero ¡qué tonto, si eso siempre es dinero!

—Siempre dinero—repitió el tacaño, que se había quedado como idiota.

—Claro: el día en que a usted no le acomoden los cuadros, los vende al Louvre, o a la National Gallery, que pagarán a peso de oro los de Andrés del Sarto, Giorgione, Guirlandajo y los de Rembrandt, Durero y Van Dyck...

—¿Y qué más?

—Para que todo sea completo, adjudíquese usted también la armería del duque, de un valor histórico inapreciable; y, según he oído, la tasación es bajísima.

—El *Bajísimo* ha entrado en mi casa, y ustedes son sus ayudantes. ¡Conque también armaduras! Y ¿qué voy yo a pintar con tanto hierro viejo?

—Tor, no te burles—dijo Fidela, acariciándole—. Es un gusto poseer esas preseas históricas y exponerlas en nuestra casa a la admiración de las personas de gusto. Tendremos un soberbio museo y tu gozarás de fama de hombre ilustrado, de verdadero príncipe de las artes y de las letras; serás una especie de Médicis...

—¿Un qué...? Lo que yo compraría de buen grado ahora mismo es una cuerda para ahorcarme. Me lo puedes creer: no me mato por mi hijo. Necesito vivir para librarle de la miseria a que le lleváis vosotras y de la desgracia que le *acarréais*.

—Tonto, cállate. Pues mira: yo que tú, me quedaría también con el archivo de Gravelinas; se lo disputaría al Gobierno, que quiere comprarlo. ¡Vaya un archivo!

—Como que estará lleno de ratas.

—Manuscritos preciosísimos, comedias inéditas de Lope, cartas autógrafas de Antonio Pérez, de Santa Teresa, del duque de Alba y del Gran Capitán. ¡Oh, qué hermosura! Y luego, códices árabes y hebreos, libros rarísimos...

—¿Y también eso lo compro?... ¡Ay, qué delicia! ¿Qué más? ¿Compro también el puente de Segovia, y los toros de Guisando? ¿Conque manuscritos, quiere decirse, muchas Biblias? Y todo para que vengan a casa cuatro zánganos de poetas a tomar apuntes y a decirme que soy muy ilustrado. ¡Ay Dios mío, cómo me duele el corazón! Ustedes no quieren creerlo, y yo estoy muy malo. El mejor día reviento en una de éstas y se quedan ustedes viudas de mí, viudas del hombre que ha sacrificado su natural ahorrativo por tenerlas contentas. Pero ya no puedo más, ya no más. Lloraría como un chiquillo si con estos resquemores no se me hubiera secado el *foco* de las lágrimas.

Levantóse al decir esto, y estirándose como si quisiera desperezarse, lanzó un gran bramido, al cual siguió una interjección fea, y tan pesadamente cayeron después sus brazos sobre las caderas, que de la levita le salió polvo. Todavía hubo de rebelarse en los últimos pataleos de su voluntad vencida y moribunda, y encarándose con Cruz, le dijo:

—Esto ya es una picardía... ¡Saquearme así, *dilapidar* mi dinero estúpidamente! Quiero consultar esta socaliña con Rafael, sí, con ése, que parecía el más loco de la familia y ahora es el más cuerdo. Se ha pasado a mi partido, y ahora me defiende. Que venga Rafaelito...; quiero que se entere de esta horrible cogida... El cuerno, ¡ay de mí!, me ha penetrado hasta el corazón... ¿Dónde está Rafaelito?... El dirá...

—No quiere salir de su cuarto—dijo Cruz, serena, victoriosa ya—. Vámonos a comer.

—A comer, Tor—repitió Fidela, colgándosele del brazo—. Tontín, no te pongas feróstico. Si eres un bendito y nos quieres mucho, como nosotras a ti...

—¡Brrr...!

X

Grave, gravísima la señora de Donoso. Las noticias que aquella mañana (la del *tantos* de abril, que había de ser día memorable) llegaron a la casa de los marqueses de San Eloy daban por perdida toda esperanza. Por la tarde se le llevó el Viático y los médicos aseguraban que no pasaría la noche sin que tuvieran término los inveterados martirios de la buena señora. La ciencia perdía en ella un documento clínico de indudable importancia, por cuya razón habría deseado la Facultad que no se extinguiera su vida, tan dolorosa para ella, para la ciencia, tan fecunda en experimentales enseñanzas.

De prisa y sin gana comieron Fidela y Cruz para ir a casa de Donoso. Se convino en que don Francisco se quedaría custodiando al pequeñuelo. La madre no iba tranquila si el papá no le prometía montar la guardia con exquisita vigilancia. También le encargó Cruz que cuidase de Rafael, que aquellos días parecía indispuesto, si bien sus desórde-

nes mentales ofrecían más bien franca sedación y mejoría efectiva. Mucho agradeció el tacaño que se le ordenara quedarse, porque se hallaba muy abatido y melancólico, sin ganas de salir y menos de ver morir a nadie. Anhelaba estar solo, meditar en su desgraciada suerte y revolver bien su propio espíritu en busca de algún consuelo para la tribulación amarguísima de la compra del palacio y de tanto lienzo viejo y armadura roñosa.

Fuéronse las dos damas, después de recomendarle que avisara al momento si alguna novedad ocurría, y haciendo bajar algunos papelotes, se puso a trabajar en el gabinete. El chiquitín dormía, custodiado de cerca por el ama. Todo era silencio y dulce quietud en la casa. En la cocina charlaban los criados. En el segundo, Argüelles Mora, el tenedor de libros, a quien Torquemada había encargado un trabajo urgente, escribía solo. El ordenanza dormitaba en el banco del recibimiento, y de vez en vez oíase el traqueteo de los pasos de Pinto, que bajaba o subía por la escalera de servicio.

Al cuarto de hora de estar don Francisco haciendo garrapatos en la mesilla del gabinete vió entrar a Rafael, conducido por Pinto.

—Pues usted no sube a verme—díjole el ciego—, bajo yo.

—No subí porque tu hermana me indicó que estabas malito y no querías ver a nadie. *Por lo demás,* yo tenía ganas de verte y de echar un párrafo contigo.

—Yo también. Ya sé que tuvo usted anteanoche el gran éxito. Me lo han contado muy detalladamente.

—Bien estuvo. Como todos eran amigos, me aplaudieron a rabiar. Pero no me atontece el sahumerio, y sé que soy un pobre *artista* de la *cuenta* y *razón,* que no ha tenido tiempo de ilustrarse. ¡Quién me había de decir a mí, dos años ha, que yo iba a largar discursos delante de tanta gente culta y *facultativa!* Créelo; mientras hablaba, *para entre mí,* me reía del atrevimiento mío y de la tontería de ellos.

—Estará usted satisfecho—dijo Rafael serenamente, acariciándose la barba—. Ha llegado usted en poco tiempo a la cumbre. No hay muchos que puedan decir otro tanto.

—Es verdad. ¡Dichosa cumbre!—murmuró don Francisco en un suspiro, rumiando los sufrimientos que acompañaban a su ascensión a las alturas.

—Es usted el hombre feliz.

—Eso no. Di que soy el más desgraciado de los individuos y acertarás. No es feliz quien está privado de hacer su gusto y de vivir conforme a su natural. La *opinión pública* me cree dichoso, me envidia y no sabe que soy un mártir, sí, Rafaelito, un verdadero mártir *del Gólgota,* quiero decir, de la *cruz* de mi casa, o, en otros términos, un atormentado, como los que pintan en las láminas de la Inquisición o del infierno. *Heme aquí* atado de pies y manos, obligado a dar cumplimiento a cuantas ideas *acaricia* tu hermana, que se ha propuesto hacer de mí un duque de Osuna, un Salamanca o el emperador de la China. Yo rabio, pataleo y no sé resistirme, porque o tu hermana sabe más que todos los padres y que todos los abuelos de la Iglesia, o es la *papisa Juana* en figura de señora.

—Mi hermana ha sacado de usted un partido inmenso—replicó el ciego—. Es artista de veras, maestro incomparable, y aún ha de hacer con usted maravillas. Alfarero como ella no hay en el mundo: coge un pedazo de barro, lo amasa...

—Y saca... Vamos, que aunque ella quiera sacarme jarrón de la China, siempre saldré puchero de Alcorcón.

—¡Oh, no..., ya no es usted puchero, señor mío!

—Se me figura que sí. Porque verás...

Estimulado por la paz silenciosa de su albergue, y más aún por algo que bullía en su alma, sintió el tacaño, en aquel *momento histórico,* un grande anhelo de espontanearse, de revelar todo su interior. Lo raro del caso fué que Rafael sentía lo mismo, y bajó decidido a desembuchar ante el que fué enemigo irreconciliable los secretos más íntimos de su conciencia. De suerte que la implacable rivalidad había venido a parar a un ardiente prurito de confesión y a comunicarse el uno al otro sus respectivos agravios. Contóle, pues, Torquemada el conflicto en que se veía de tener que *hacerse* con un palacio y *la mar* de pinturas antiguas, *diseminando* el dinero y privándose del gusto inefable de amontonar sus ganancias para poder reunir un capital fabuloso, que era su *desideratum,* su *bello ideal* y su *dogma,* etc. Se condolió de su situación, pintó sus martirios

y el desconsuelo que se le ponía en la caja del pecho cada vez que aprobaba un gasto considerable, y el otro trató de consolarle con la idea de que el tal gasto sería fabulosamente reproductivo. Pero Torquemada no se convenció y seguía echando suspiros tempestuosos.

—Pues yo—dijo Rafael, muellemente reclinado en el sillón, la cara vuelta hacia el techo y los brazos extendidos—, yo le aseguro a usted que soy más desgraciado, mucho más, sin otro consuelo que ver muy próxima la terminación de mis martirios.

Observábale don Francisco atentamente, maravillándose de su perfecta semejanza con un Santo Cristo, y aguardó tranquilo la explicación de aquellos sufrimientos, que superaban a los suyos.

—Usted padece, señor mío—prosiguió el ciego—, porque no puede hacer lo que le gusta, lo que le inspira su natural, reunir y guardar dinero; como que es usted avaro...

—Sí lo soy...—afirmó Torquemada con verdadero delirio de sinceridad—. Ea, lo soy, ¿y qué? Me da la gana de serlo.

—Muy bien. Es un gusto como otro cualquiera y que debe ser respetado.

—Y usted, ¿por qué padece, vamos a ver? Como no sea por la imposibilidad de recobrar la vista, no entiendo...

—Ya estoy hecho a la oscuridad... No va por ahí. Mi padecer es puramente moral, como el de usted, pero mucho más intenso y grave. Padezco porque me siento de más en el mundo y en mi familia, porque me he equivocado en todo...

—Pues si el equivocarse es motivo de padecer—replicó vivamente el tacaño—, nadie más infeliz que un servidor, porque *este cura*, cuando se casó, creía que tus hermanas eran unas hormiguitas capaces de guardar la Biblia, y ahora resulta...

—Mis equivocaciones, señor marqués de San Eloy—afirmó el ciego sin abandonar su actitud, emitiendo las palabras con tétrica solemnidad—, son mucho más graves, porque afectan a lo más delicado de la conciencia. Fíjese bien en lo que voy a decirle, y comprenderá la magnitud de mis errores. Me opuse al matrimonio de mi hermana con usted por razones diversas...

—Sí, porque ella es de sangre azul y yo de sangre... verde cardenillo.

—Por razones diversas, digo. Llevé muy a mal la boda; creí a mi familia deshonrada, a mis hermanas envilecidas.

—Sí, porque yo daba un poquito de cara con el olor de cebolla y porque prestaba dinero a interés.

—Y creí firmemente que mis hermanas rodaban hacia un abismo donde hallarían la vergüenza, el fastidio, la desesperación.

—Pues no parece que les ha pintado mal... el abismo de ñales.

—Creí que mi hermana Fidela, casándose por sugestiones de mi hermana Cruz, renegaría de usted desde la primera semana de matrimonio, que usted le inspiraría asco, aversión...

—Pues me parece que..., ¡digo!

—Creí que una y otra serían desdichadas y que abominarían del monstruo que intentaban amansar.

—¡Hombre, tanto como monstruo!...

—Creí que usted, a pesar de los talentos educativos de la *papisa Juana*, no encajaría nunca en la sociedad a que ella quería llevarle, y que cada paso que el advenedizo diera en dicha sociedad sería para ponerle más en ridículo y avergonzar a mis hermanas.

—Me parece que no desafino...

—Creí que mi hermana Fidela no podría sustraerse a ciertos estímulos de su imaginación, ni condenarse a la insensibilidad en los mejores años de la vida, y aplicándole yo la lógica vigente en el mundo para los casos de matrimonio entre mujer joven y bonita y viejo antipático, creí, como se cree en Dios, que mi hermana incurriría en un delito muy común en nuestra sociedad.

—Hombre, hombre...

—Lo creí, sí, señor; me confieso de mi ruin pensamiento, que no era más que la proyección en mi espíritu del pensamiento social.

—Ya, se le metió a usted en la cabeza que mi mujer me la pegaría... Pues mire usted, jamás pensé yo tal cosa, porque mi mujer me dijo una noche..., en confianza *de ella para mí*: "Tor, el día que te aborrezca, me tiraré del balcón a la calle; pero faltarte, nunca. En mi familia es desconocido el adulterio y lo será siempre."

—Cierto que ella pensaría eso; mas no se debe a tal idea su salvación. Sigo: yo creí que usted no tendría hijos, porque me pareció que la Naturaleza no

querría sancionar una unión absurda ni dar vida a un ser híbrido...

—Eh, hazme el favor de no poner motes a Valentín.

—Pues bien, señor mío, ninguna de estas creencias ha dejado de ser en mí un tremendo error. Empiezo por usted, que me ha dado el gran petardo, porque no sólo le admite la sociedad, sino que se adapta usted admirablemente a ella. Crecen como la espuma sus riquezas, y la sociedad, que nada agradece tanto como el que le lleven dinero, no ve en usted el hombre ordinario que asalta las alturas, sino un ser superior, dotado de gran inteligencia. Y le hacen senador, y le admiten en todas partes, y se disputan su amistad, y le aplauden y glorifican, sin distinguir si lo que dice es tonto o discreto, y le mima la aristocracia, y le aclama la clase media, y le sostiene el Estado, y le bendice la Iglesia, y cada paso que usted da en el mundo es un éxito, y usted mismo llega a creer que es finura su rudeza y su ignorancia ilustración...

—Eso no, no, Rafaelito.

—Pues si usted no lo cree, lo creen los demás, y váyase lo uno por lo otro. Se le tiene a usted por un hombre extraordinario... Déjeme seguir; yo bien sé que...

—No, Rafaelito; ténganme por lo que me tuvieren, yo digo y declaro que soy un bruto..., claro un bruto *sui generis*. A ganar dinero, eso sí, ¡cuidado!, nadie me echa el pie adelante.

—Pues ya tiene usted una gran cualidad, si es cualidad el ganar dinero a montones.

—*Seamos justos:* en negocios..., no es por alabarme..., doy yo quince y raya a todos los que andan por ahí. Son unos papanatas, y yo me los paso por... Pero fuera de los negocios, Rafaelito, *convengamos* en que soy un animal.

—¡Oh! No tanto: usted sabe asimilarse las formas sociales; se va identificando con la nueva posición. Sea como quiera, a usted le tienen por un prodigio y le adulan desatinadamente. Lo prueba su discurso de la otra noche y el exitazo... Háblame usted con entera ingenuidad, con la mano en el corazón, como se hablaría con un confesor literario: ¿qué opinión tiene usted de su discurso y de todas aquellas ovaciones del banquete?

XI

Levantóse Torquemada, y llegándose pausadamente al ciego, le puso la mano en el hombro, y con voz grave, como quien revela un delicadísimo secreto, le dijo:

—Rafaelito de mi alma, vas a oír la verdad, lo mismísimo que siento y pienso. Mi discurso no fué más que una *serie no interrumpida* de vaciedades, cuatro frases que recogí de los periódicos, alguna que otra expresioncilla que se me pegó en el Senado y otras tantas migajas del buen decir de nuestro amigo Donoso. Con todo ello hice una ensalada... Vamos, si aquello no tenía pies ni cabeza..., y lo fuí soltando conforme se me iba ocurriendo. ¡Vaya con el efecto que causaba! Yo tengo para mí que aplaudían al hombre de dinero, no al *hablista*.

—Crea usted, don Francisco, que el entusiasmo de toda aquella gente era un entusiasmo verdad. La razón es bien clara: crea usted que...

—Déjamelo decir a mí. Creo que todos los que me oían, salvo *un núcleo* de dos o tres, eran más tontos que yo.

—Justo; más tontos, sin exceptuar ningún núcleo. Y añadiré: la mayor parte de los discursos que oye usted en el Senado son tan vacíos y tan mal hilvanados como el de usted; de todo lo cual se deduce que la sociedad procede lógicamente ensalzándole, pues por una cosa o por otra, quizá por esa maravillosa aptitud para traer a su casa el dinero de las ajenas, tiene usted un valor propio muy grande. No hay que darle vueltas, señor mío; y vengo a parar a lo mismo: que yo he padecido una crasa equivocación, que el tonto de remate soy yo.

Al llegar a este punto empezó a perder aquella serenidad triste con que hablaba, y ponía en su voz más vehemencia, mayor viveza en sus ademanes.

—Desde el día de la boda—prosiguió—, desde muchos días antes, se trabó entre mi hermana Cruz y yo una batalla formidable; yo defendía la dignidad de la familia, el lustre de nuestro nombre, la tradición, el ideal; ella defendía la existencia positiva, el comer después de tantas hambres, lo tangible, lo material, lo transitorio. Hemos venido luchando como leones, cada cual en su terreno, yo siempre contra usted y su villanía grotesca; ella siempre a favor de usted, elevándo-

le, depurándole, haciéndole hombre y personaje y restaurando nuestra casa; yo, siempre pesimista; ella, optimista furibunda. Al fin, he sido derrotado en toda la línea, porque cuanto ella pensó se ha realizado con creces, y de cuanto yo pensé y sostuve no queda más que polvo. Me declaro vencido, me entrego, y como la derrota me duele, yo me voy, señor don Francisco, yo no puedo estar aquí

Hizo ademán de levantarse, pero Torquemada volvió hacia él, sujetándole en el asiento.

—¿Adónde tiene usted que ir? Quieto ahí.

—Decía que me iba a mi cuarto... Me quedaré otro ratito, pues no he concluído de expresarle mi pensamiento. Mi hermana Cruz ha ganado. Era usted... quien era, y gracias a ella es usted... quien es. ¡Y se queja de mi hermana, y la moteja y ridiculiza! Si debiera usted ponerla en un altar y adorarla.

—Te diré: yo reconozco... Pondríala yo en el sagrario bendito si me dejara capitalizar mis ganancias.

—¡Oh! Para que sea más asombrosa la obra de mi hermana, hasta le corrige a usted su avaricia, que es su defecto capital. No tiene Cruz más *objetivo*, como usted dice, que rodearle de prestigio y autoridad. Y ¡cómo se ha salido con la suya! ¡Ese sí que es talento práctico y genio gobernante! Por supuesto, hay algo en mis ideas que queda fuera de la equivocación, y es la idea fundamental: sostengo que en usted no puede haber nunca nobleza, y que sus éxitos y su valía ante el mundo son efectos de pura visualidad, como las decoraciones de teatro. Sólo es efectivo el dinero que usted sabe ganar. Pero siendo su encumbramiento de pura farsa, es un hecho que me confunde, porque lo tuve por imposible; reconozco la victoria de mi hermana, y me declaro el mayor de los mentecatos...—levantándose bruscamente—. Debo retirarme..., abur.

Otra vez le detuvo don Francisco, obligándole a sentarse.

—Tiene usted razón—añadió Rafael con desaliento, cruzando las manos—; aún me falta la más gorda, la confesión de mi error capital... Sí, porque mi hermana Fidela, de quien pensé que le aborrecería a usted, sale ahora por lo sublime y es un modelo de esposas y de madres, de lo que yo me felicito... Diré, poniendo toda la conciencia en mis labios, que no lo esperaba; tenía yo mi lógica, que ahora me resulta un verdadero organillo al cual se le rompe el fuelle. Quiero tocar, y en vez de música salen resoplidos... Sí, señor, y puesto a confesar, confieso también que el chiquitín, que ha venido al mundo contraviniendo mis ideas y burlándose de mí, me es odioso..., sí, señor. Desde que esa criatura híbrida nació, mis hermanas no hacen caso de mí. Antes era yo el chiquitín; ahora soy un triste objeto que estorba en todas partes. Conociéndolo, he querido trasladarme al segundo, donde estorbo menos. Iré ascendiendo hasta llegar a la buhardilla, residencia natural de los trastos viejos... Pero esto no sucederá, porque antes he de morirme. Esta lógica sí que no me la quita nadie. Y a propósito, señor don Francisco Torquemada, ¿me hará usted un favor, el primero que le he pedido en mi vida, y el último también?

—¿Qué?—preguntó el marqués de San Eloy, alarmado del tono patético que iba tomando su hermano político.

—Que trasladen mi cuerpo al panteón de los Torre-Auñón, en Córdoba. Es un gasto que para usted significa poco. ¡Ah! Otra cosa: ya me olvidaba de que es indispensable restaurar el panteón. Se ha caído la pared del Oeste.

—¿Costará mucho la restauración? —preguntó don Francisco con toda la seriedad del mundo, disimulando mal su desagrado por aquel imprevisto dispendio.

—Para dejarlo bien—respondió el ciego en la forma glacial propia de un sobrestante—, calculo que unos dos mil duros.

—Mucho es—afirmó el tacaño marqués, dando un suspiro—. Rebaja un poquito; no, rebaja un cuarenta por ciento lo menos. Ya ves: el *llevarte* a Córdoba ya es un pico... Y como somos marqueses, y tú de la *clásica* nobleza, el funeral de primera no hay quien te lo quite.

—No es usted generoso, no es usted noble ni caballero, regateándome los honores póstumos que creo merecer. Esta petición que acabo de hacerle hícela por vía de prueba. Ahora sí que no me equivoco: jamás será usted lo que pretende mi hermana. El prestamista de la calle de San Blas sacará la oreja por encima del manto de armiño. Aún no se ha per-

dido toda la lógica, señor marqués consorte de San Eloy. Lo del panteón y lo de llevarme a Córdoba es broma. Echeme usted a un muladar: lo mismo me da.

—Ea, poco a poco. Yo no he dicho que... Pero, hijo, ¿tú estás en Babia, o te has propuesto tomarme el pelo, *por decirlo así*? Si no has de morirte ni ése es el camino... En el caso de una peripecia, ¡cuidado!, yo no habría de reparar...

—A un muladar, digo.

—Hombre, no. ¡Qué pensarían de mí! Esta noche, tan pronto te da por lo *poético* como por lo gracioso... Pero qué, ¿te vas al fin?

—Ahora sí que es de veras—dijo el ciego, levantándose—. Me vuelvo a mi cuarto, donde tengo que hacer. ¡Ah! Se me olvidaba. Rectifico lo del odio al chiquitín. No es sino en momentos breves como el rayo. Después me quedo tan tranquilo, y le quiero, crea usted que le quiero. ¡Pobre niño!

—Durmiendo está como un ángel.

—Crecerá en el palacio de Gravelinas, y cuando vea en aquellos salones las armaduras del Gran Capitán, de don Luis de Requeséns, Pedro de Navarro y Hugo de Moncada, creerá que tales santos están en su iglesia propia. Ignorará que la casa de Gravelinas ha venido a ser un Rastro decente, donde se amontonan, hacinados por la usura, los despojos de la nobleza hereditaria. ¡Triste fin de una raza! Crea usted—añadió con tétrica amargura—que es preferible la muerte al desconsuelo de ver lo más bello que en el mundo existe en manos de los Torquemadas.

A responderle iba don Francisco; pero él no quiso oírle, y salió tentando las paredes.

XII

Llevóle Pinto pausadamente a su cuarto del segundo, y en el principal quedó el tacaño lleno de confusión por los extravagantes conceptos que a su dichoso cuñadito acababa de oír; de la confusión hubo de pasar a la inquietud, y recelando que estuviese enfermo, subió, y con discreto golpe de nudillos llamó a la cerrada puerta.

—Rafaelito—le dijo—, ¿piensas acostarte? *Me inclino a creer* que no estás muy en caja esta noche. ¿Quieres que avise a tus hermanas?

—No, no hay para qué. Me siento muy bien. Mil gracias por su solicitud. Pase usted. Me acostaré, sí, señor; pero esta noche no me desnudo. Me da por dormir vestido.

—Hace calor.

—Frío tengo yo.

—Y Pinto, ¿dónde está?

—Le he mandado que me traiga un poco de agua con azúcar.

Hallábase ya el ciego en mangas de camisa y se sentó cruzando una pierna sobre otra.

—¿Necesitas algo más? ¿A qué esperas para acostarte?

—A que venga Pinto a quitarme las botas.

—Te las quitaré yo, si quieres.

—*Nunca juera caballero... de reyes tan bien servido*—dijo Rafael, alargando un pie.

—No es así—observó don Francisco con alarde de erudición, sacando la primera bota—. *De damas* se dice, no de reyes.

—Pero como el que ahora me sirve no es dama, sino rey, he dicho *de reyes... Velay*, como dicen ustedes, los próceres de nuevo cuño.

—¿Rey? ¡Ja, ja!... También me da tu hermana este tratamiento tan augusto... Guasón está el tiempo.

—Y tiene razón. La monarquía es una fórmula vana; la aristocracia, una sombra. En su lugar reina y gobierna la dinastía de los Torquemadas, *vulgo* prestamistas enriquecidos. Es el imperio de los capitalistas, el patriciado de estos Médicis de papel mascado... No sé quién dijo que la nobleza esquilmada busca el estiércol plebeyo para fecundarse y poder vivir un poquito más. ¿Quién lo dijo?... A ver..., usted, que es tan erudito...

—No sé... Lo que sé es que *esto matará aquello*.

—Como dice Séneca, ¿verdad?

—Hombre, Séneca, no... No *tergiverses*...—observó el marqués, sacando la segunda bota.

—Pues yo añado que la ola de estiércol ha subido tanto, que ya la Humanidad huele mal. Sí, señor, y es un gusto huir de ella... Sí, señor, estos reyes modernísimos me cargan, sí, señor, sí. Cuando veo que ellos son los dueños de todo, que el Estado se arroja en sus bra-

zos, que el pueblo los adula, que la aristocracia les pide dinero y que hasta la Iglesia se postra ante su insolente barbarie, me dan ganas de echar a correr y no parar hasta el planeta Júpiter.

—Y uno de estos reyes de pateta soy yo..., ¡ja, ja!...—dijo don Francisco festivamente—. Pues bueno, como soberano, aunque de sangre y cepa de plebe arrastrada, ordeno y mando que no digas más tonterías y que te acuestes y a dormir como un bendito.

—Obedezco—replicó Rafael, echándose vestido sobre la cama—. Participo a usted, después de darle las gracias por haberse prestado, ¡todo un señor marqués!, a ser esta noche mi ayuda de cámara, que de hoy en adelante seré la misma sumisión y *la obediencia personificada*, y no daré el menor disgusto ni a usted, mi cuñado ilustre, ni a mis buenas hermanas.

Dijo esto sonriendo, los brazos rodeando la cabeza, en actitud semejante a la de la maja yacente de Goya.

—Me parece bien. Y ahora... a dormir.

—Sí, señor: el sueño me rinde, un sueño reparador, que me parece no ha de ser corto. Crea usted, señor marqués amigo, que mi cansancio pide un largo sueño.

—Pues te dejo. Ea, buenas noches.

—Adiós—dijo el ciego con entonación tan extraña, que don Francisco, ya junto a la puerta, hubo de detenerse y mirar hacia la cama, en la cual el descendiente de los Aguilas era, salva la ropa, una perfecta imagen de Cristo en el sepulcro, como lo sacan en la procesión del Viernes Santo.

—¿Se te ofrece algo, Rafaelito?

—No..., digo sí..., ahora que me acuerdo...—incorporándose—. Se me olvidó darle un besito a Valentín.

—¡Qué tontería! ¿Y por eso te levantas? Yo se lo daré por ti. Adiós. Duérmete.

Salió el tacaño, y en vez de bajar metióse en la oficina donde trabajaba el tenedor de libros. Como sintiera al poco rato los pasos de Pinto, le llamó. Díjole el criadito que don Rafael se hallaba aún en vela, y que después de tomar parte del agua con azúcar le había mandado por una taza de té.

—Pues tráesela pronto—le ordenó el amo—y no te muevas del cuarto hasta que veas que está bien dormido.

Transcurrió un lapso de tiempo que el tacaño no pudo apreciar. Hallábanse él y Argüelles Mora revisando una larga cuenta, cuando sintieron un ruido seco y grave, que lo mismo podía ser lejano que próximo. Segundos después, alaridos de la portera en el patio, gritos y carreras de los criados en toda la casa... Medio minuto más y ven entrar a Pinto desencajado, sin aliento.

—Señor, señor...

—¿Qué, con mil Biblias?

—¡Por la ventana..., patio..., señorito..., pum!

Bajaron todos... Estrellado, muerto.

Santander, La Magdalena,
junio de 1894.

FIN DE
"TORQUEMADA EN EL PURGATORIO"

TORQUEMADA Y SAN PEDRO

(1895)

PRIMERA PARTE

I

Las primeras claridades de un amanecer lento y pitañoso, como de enero, colándose por claraboyas y tragaluces en el interior del que fué palacio de Gravelinas, iba despertando todas las cosas del sueño de la oscuridad, sacándolas, como quien dice, de la nada negra a la vida pictórica... En la armería, la luz matinal puso el primer toque de color en el plumaje de yelmos y morriones; modeló después con trazo firme los petos y espaldares, los brazales y coseletes, hasta encajar por entero las gallardísimas figuras, en quien no es difícil ver catadura de seres vivos, porque la costra de bruñido hierro cuerpo es de persona monstruosa y terrorífica, y dentro de aquel vacío, ¡quién sabe si se esconde un alma!... Todo podría ser. Los de a caballo, embrazando la adarga, en actitud de torneo más que de guerra, tomaríanse por inmensos juguetes, que fueron solaz de la Historia cuando era niña... En alguno de los guerreros de a pie, cuando ya la luz del día determinaba por entero sus formas, podía observarse que los maniquíes vestidos del pesado traje de acero se aburrían soberanamente, hartos ya de la inmovilidad que desencajaba sus músculos de cartón, y del plumero que les limpiaba la cara un sábado y otro, en miles de semanas. Las manos podridas, con algún dedo de menos, y los demás tiesos, no habrían podido sostener la lanza o el mandoble si no se los ataran con un tosco bramante. En lo alto de aquel lindo museo, las banderas blancas con la cruz de San Andrés colgaban mustias, polvorosas, deshilachadas, recordando los tiempos felices en que ondeaban al aire en las bizarras galeras del Tirreno y del Adriático.

Del riquísimo archivo se posesionó la claridad matutina en un abrir de ojos o de ventanas. En la cavidad espaciosa, de elevado techo, fría como un panteón y solitaria como templo de la sabiduría, rara vez entraba persona viviente, fuera del criado encargado de la limpieza y de algún erudito escudriñador de rarezas bibliográficas. La estantería, de alambradas puertas, cubría toda la pared hasta la escocia, y por los huequecillos de la red metálica confusamente se distinguían lomos de pergamino, cantos de ceñidos legajos amarillentos y formas diversas de papelería. Al entrar la vigilante luz retirábase cauteloso a su domicilio el ratón más trasnochador de aquellas soledades: contento y ahito iba el muy tuno, seguido de toda la familia, pues entre padres, hijos, sobrinos y nietos, se habían cenado en amor y compaña una de las más interesantes cartas del Gran Capitán al Rey Católico y parte de un curiosísimo *Inventario de alhajas y cuadros*, pertenecientes al virrey de Nápoles, don Pedro Téllez Girón, *el Grande de Osuna*. Estos y otros escandalosos festines ocurrían por haberse muerto de cólico miserere el gato que allí campaba y no haberse cuidado los señores de proveer la plaza, nombrando nuevo gato o gobernador de aquellos oscuros reinos.

Los rasgados ventanales del archivo y armería daban a un patio, medianero entre aquéllos y el cuerpo principal del palacio, el cual, por dormir en él mucha y diversa gente, tardó algo más en ser invadido por los resplandores del día. Pe-

ro al fin, la grande y suntuosa mansión revivió toda entera, y la quietud se trocó casi de súbito en movimiento, el silencio nocturno en mil rebullicios que de una y otra parte salían. El patio aquel comunicaba por un luengo pasadizo, que más bien parecía túnel, con el departamento de las cocheras y cuadras, que el último duque de Gravelinas, concienzudo *sportman*, había construído de nueva planta, con todos los refinamientos y perfiles del gusto inglés en estas graves materias. Por allí se iniciaron los primeros ruidos y desperezos del diario trajín, patadas de hombres y animales, el golpe de la pezuña suave y el chapoteo duro de los zuecos sobre los adoquines encharcados, voces, ternos y cantorios.

En el primer patio aparecieron multitud de criados por diferentes puertas; mujeres que encendían braseros, chicos mocosos con bufanda al cuello y mendrugo en boca, que salían a dar el primer brinco del día sobre el empedrado o sobre la hierba. Un hombre con cara episcopal, gorra de seda, pantuflas de orillo, chaleco de Bayona y un gabán viejo sobre los hombros, llamaba a los rezagados, daba prisa a los perezosos, achuchones a los pequeñuelos y a todos el ejemplo de su actividad y diligencia. Minutos después de su aparición se le veía en una ventana baja afeitándose con tanta presteza como esmero. Su rozagante cara resplandecía como un sol cuando volvió a salir, después de bien lavado, para seguir dando órdenes con voz autoritaria y acento francés. Una mujer de lengua muy suelta y puro sonsonete andaluz disputaba con él, ridiculizándo sus prisas; pero al fin no tuvo más remedio de apencar, y allí sacó a tirones de las sábanas a un chicarrón muy guapo, y, llevándole de una oreja, le hizo zambullir la jeta en agua fría, le lavó y enjugó muy bien. Después de peinarle con maternal esmero, le puso el plastrón lustroso y duro y un corbatín blanco que le mantenía rígida la cabeza como el puño de un bastón.

Otro asomó con pipa en la boca, la mano izquierda metida en una bota de lacayo, cual si fuera un guante, y en la diestra un cepillo. Sin respeto al franchute, ni a la andaluza, ni a los demás, empezó a vociferar colérico, gritando en medio del pasillo:

—¡Cuajo..., por vida del cuajo y del recuajo, esto es una ladronera!... ¡Quisiera ver al cochino que me ha birlado mi betún!... ¡Le quitan a uno su betún, y la sangre, y el cuajo de las ternillas!

Nadie le hacía caso. Y en medio del patio, otro, con zuecos y mandil, chillaba furioso:

—¿Quién ha cogido una de las esponjas de la cuadra? ¡Dios, que ésta es la de todos los días, y aquí no hay gobierno, ni *ministración*, ni orden público!

—Toma tu esponja, mala sangre—gritó una voz mujeril desde una de las ventanas altas—, para que puedas lavarte la tiña.

Se la tiró desde arriba, y le dió en mitad de la cara con tanta fuerza que si fuera piedra le habría deshecho las narices. Risas y chacota; y el maldito francés dando prisa con paternales insinuaciones. Ya se había endilgado, sobre la gruesa elástica, la camisola de pechera almidonada y brillante, disponiéndose a completar su atavío, no sin dirigir a pinches y marmitones advertencias muy del caso para desayunarse todos pronto y bien.

Los pasillos de aquel departamento convergían, por la parte opuesta al patio, en una gran cuadra o sala de tránsito, que de un lado daba paso a las cocinas, de otro ■ la estancia del planchado y arreglo de ropa. En el fondo, una ancha puerta, cubierta de pesado cortinón de fieltro, comunicaba con las extensas logias y cámaras de la morada ducal. En aquel espacioso recinto, que la servidumbre solía llamar *el cuartón*, una mujer encendía hornillas y anafes, otra braseros, y un criado, con mandil hasta los pies, ponía en ordenada línea varios pares de botas, que luego iba limpiando por riguroso turno.

—Pronto, pronto, las del señor—díjole otro que presuroso entraba por la puerta del fondo—. Estas, tontín, las gruesas... Ya se ha levantado, y allá le tienes dando zancajos por el cuarto, y rezándole al demonio Padrenuestros y Biblias.

—¡Anda! Que espere—replicó el que limpiaba—. Se las pondré como el oro. No podrá él hacer lo mismo con la sarna que tiene en su alma.

—A callar—díjole un tercero, añadiendo a la palabra un amistoso puntapié.

—¿Qué comes?—preguntó el embetunador, viendo que mascullaba.

—Pan y unas *miserias* de lengua trufada.

De la próxima cocina venía fuerte aroma de café. Allá acudieron uno tras otro, y el de las botas, con la mano izquierda metida en una, alargó la derecha para coger, del plato que presentaba un marmitón, tajadas de fiambres exquisitos. El francés se apipaba de lo lindo, y todos le imitaron, mascullando a dos carrillos, a medio vestir unos, otros en mangas de camisa y con las greñas sin peinar.

—Prisa, prisita, *amigos míos,* que a las nueve hemos de ir todos a la misa. Ya oísteis anoche. Vestida toda la servidumbre.

El portero se había enfundado ya en su librea, que hasta los pies le cubría, y se refregaba las manos pidiendo café bien caliente. El ayuda de cámara recomendaba que no se dejase para lo último el chocolate del señor marqués.

—Al *tío Tor*—dijo una voz bronca, que debía de ser de alguno de la cuadra—no le gusta más que el de a tres reales, hecho con polvo de ladrillo y bellotas...

—¡Silencio!

—Es hombre, como quien dice, de principios bastos, y por él comería como un pobre. Come a lo rico porque no digan.

—¡A callar! ¿Quién quiere café?

—Yo y nosotros... Oye, tú, *Bizconde,* saca la botella de aguardiente.

—La señora ha dicho que no *haiga mañanas.*

—Sácala te digo.

Un marmitón de blanco gorrete, bizco por más señas, repartió copitas de aguardiente, dándose prisa en el escanciar, como los otros en el beber, para que no los sorprendiera el *jefe,* que a tal hora solía presentarse en la cocina, y era hombre de mal genio, enemigo declarado, como la señora, de las *mañanas.* El francés recomendaba la sobriedad, "para no echar vaho"; pero él se empinó hasta tres copas, diciendo al concluir:

—Yo no doy olor: me lo quito con una pastilla de menta.

En esto, el estridor repentino y vibrante de un timbre les hizo saltar a todos como poseídos de pánico.

—¡La señora!... ¡La señora!

Corrieron, unos a concluir de vestirse, otros a proseguir en los menesteres que entre manos traían. Una, que debía de ser doncella principal, se puso de un brinco en la puerta que al interior del palacio conducía, y desde allí gritó con voz de alarma:

—¡Despachaos, gandules, y a vestirse pronto!... El que falte ya se las verá con la señora.

Un segundo repique del sonoro timbre la llevó como el viento por galerías, salas y corredores sin fin.

II

—Es la misa que se celebra el once de cada mes, porque en día once parece que se tiró por el balcón un hermano de las señoras, que *sufría* de la vista—dijo el francés a su compañero y conciudadano el *jefe,* que acababa de entrar, y con él dos ayudantes, portadores de varios canastos bien repletos, con la compra del día.

Indiferente a todo lo que no fuera su cometido en la casa, sacudió la ceniza de su pipa y la guardó, disponiéndose a cambiar las ropas de caballero por el blanco uniforme de capitán general de las cocinas. Se vestía en el cuarto del otro francés, y allí tenía sus pipas, las raciones de tabaco de hebra y un buen repuesto de fiambres y licores para su uso particular.

Mientras el jefe de comedor cepillaba su frac, el de cocina revisaba en su *carnet,* retocando cifras, la cuenta de plaza.

—Ya, ya—murmuró—. Día once. Por eso tenemos diez cubiertos al almuerzo... ¿Conque misa? Eso no va conmigo. Soy hugonote... Ahora recuerdo: delante de mí venía ese clérigo... Yo andaba de prisa, y le pasé en la esquina. Debe de haber entrado por la puerta grande.

—¡Eh, Ruperto!...—gritó el otro, saliendo al pasillo—. Ya tienes ahí al padre Gamborena, que viene a echar la misa, y tú no has encendido la estufa de la sacristía.

—Sí, señor, ya está. San Pedro, como le dice el señor marqués por chunga, no ha llegado todavía.

—Corre..., entérate... A ver si está corriente todo el servicio del altar..., paños..., vino.

—Eso es cosa de Joselito... Yo ¿qué tengo que ver con la ropa de cura ni con las vinajeras?

—Hay que multiplicarse—dijo el francés oficiosamente, poniéndose el frac y

estirándose los cuellos—. ¡Si uno no mete su nariz en todo sale cada ciempiés!...

Tiró hacia las estancias palatinas, que por aquella parte empiezan en una extensa galería en escuadra, con luces a un patio. En las paredes, estampas antiguas de talla dulce, con marcos de caoba, y mapas de batallas en perspectiva caballera: el suelo, de pita roja y amarilla, como un resabio de las barras de Aragón; los cristales velados por elegantísimos transparentes con escudos de Gravelinas, Trastamara y Grimaldi de Sicilia. Al término de esta galería una gallardísima escalera conduce a las habitaciones propiamente vivideras de la suntuosa morada. En la planta baja todo es salones, la rotonda, el gran comedor, el invernadero y la capilla, restaurada por las señoras del Aguila con exquisito gusto. Hacia ella iba el bueno del francés cuando vió que por la gran crujía que arranca del vestíbulo y entrada principad del palacio venía despacito, sombrero en mano, un clérigo de mediana estatura, calvo y de color sanguíneo. Hízole gran reverencia el fámulo; contestóle el sacerdote con un movimiento de cabeza, y se metió en la sacristía, en cuya puerta le esperaba un lacayo de librea galoneada. Con éste cambió breves palabras el francés, intranquilo hasta no cerciorarse de que nada faltaba en la capilla; disparó después algunas chirigotas a la doncella, que subía cargada de ropa; fué luego a echar un vistazo al comedor chico y desde él sintió que un coche entraba en el portal. Oyóse el pataleo de los caballos sobre el entarugado, después el golpe de la portezuela.

—Es la de Orozco—dijo el francés a su segundo, que ya tenía lista la mesa para los invitados que quisieran desayunarse después de la misa—. Dama de historia, ¿eh? Ella y la señora marquesa son uña y carne.

En efecto, desde la puerta del comedor chico vió entrar a una esbelta dama, vestida de riguroso luto, que con la franqueza de una amistad íntima se dirigió, sin ser anunciada, a las habitaciones altas. Otras dos y un caballero entraron luego, pasando a un salón de la planta baja. De minuto en minuto aumentaba el rebullicio de la numerosa servidumbre, y daba gusto ver las pintorescas casacas, los blancos plastrones, los fraques elegantes de toda aquella chusma. A las nueve bajó Cruz del Aguila, dando el brazo a su amiga Augusta, y por la escalera se lamentaban de que Fidela, retenida en cama por un pertinaz ataque de influenza, no pudiera asistir a la misa. Pasaron al salón, y del salón, juntas con las otras damas, a la capilla, ocupando sitios de preferencia en el presbiterio. Lo demás lo llenó la servidumbre, hombres, mujeres y niños. Pasó revista la señora con su impertinente a ver si faltaba alguno. No faltaban más que el jefe de la cocina y el de la familia, excelentísimo señor marqués de San Eloy.

El cual, en el momento de empezar la misa, salió de su habitación tan destemplado y con los humores tan revueltos, que daba miedo verle. Calzado con gruesas botas relucientes, la gorra de seda negra encasquetada hasta las orejas, bata oscura de mucho abrigo, echóse al pasillo dando tumbos y patadas, tosiendo ruidosamente y masticando entre salivazos palabras de ira. Por una escalera interior bajó al patio de las cuadras, y no encontrando allí a ninguno de los *funcionarios de aquella sección*, descargó toda la rociada sobre un pobre anciano que disfrutaba un mezquino jornal temporero, y que a la sazón barría las basuras y cargaba de ellas una carretilla.

—Pero ¿qué es esto, fiales? ¡El mejor día les pongo a todos en la calle, como me llamo Francisco! ¡Gandules, arrapiezos, dilapidadores de lo ajeno, canallas, sanguijuelas del Estado!... ¡Y ni tan siquiera avisasteis al veterinario para que vea la pata hinchada del *Bobo—Boby*, alazán de silla—y el muermo de *Marly*!—bayo, normando, de tiro—. Que se me mueran, ¡cuerno!, y el coste de ellos os lo sacaré de las costillas. ¿Conque misa? Vaya con las cosas que inventa ésa para distraerme a toda la dependencia y apartar al personal de sus obligaciones. ¡Ñales, reñales!...

Metióse luego por el cuartón, que era como el punto de cita de toda la servidumbre, y no viendo a nadie, siguió hacia el interior de la ducal morada, renegando y tosiendo y carraspeando; dió dos o tres vueltas por la galería de las estampas y de los mapas de guerras y combates; por último, en la mi-

tad de un terno que se le quedó atravesado entre los dientes, con parte de la grosería fuera, parte de ella dentro, pegada a la lengua espumarajosa, hallóse junto a la capilla, y oyó un sonoro tilín dos veces, tres.

—Ea, ya están alzando—dijo en un gruñido—. Yo no entro. ¿Ni a santo de qué había de entrar, malditas Biblias?

Volvióse a su cuarto, donde acabó de vestirse, poniéndose levita, gabán y sombrero de copa, y, empuñando en una mano los gruesos guantes de lana, en otra el bastón de puño de asta, que conservaba de sus tiempos de guerra, bajó de nuevo, a punto que terminaba el oficio divino y los criados desfilaban presurosos, cada cual a su departamento. Las damas, dos caballeros graves, Taramundi, Donoso y el señorito de San Salomó, que había ya ayudado la misa, subieron a ver a Fidela. Escabullóse don Francisco para evitar saludos, pues aquella mañana no le daba el naipe por las finuras. Cuando vió despejado el terreno metióse de rondón en la sacristía, donde se hallaba solo el oficiante, ya despojado de la casulla y alba y atento a un tazón de café riquísimo con escolta de tostaditas de pan y manteca, que encima de la cajonera le había puesto, en bandeja de plata, un lacayín muy mono.

—Pues llegué tarde a la misa—díjole don Francisco bruscamente, sin más saludo ni preliminar de cortesía—porque no me avisaron a tiempo. ¡Ya ve usted qué casa esta! Total, que no quise entrar por no interrumpir... Y, créame usted..., yo no estoy bueno, no, señor; no estoy bueno... Debiera quedarme en la cama.

—Y ¿quién le obliga a levantarse tan temprano?—dijo el clérigo, sin mirarle, tomando el primer sorbo de café—. ¡Pobrecito, se levanta para ir en busca de un triste jornal y traer un par de panecillos y media libra de carne al palacio de Gravelinas!

—No es eso, ña..., no es eso... Me levanto porque no duermo. Me lo puede creer, no he pegado los ojos en toda la noche, señor San Pedro.

—¿De veras? ¿Por qué?—preguntóle el clérigo, con media rebanada entre los dientes y la otra en la mano—. Y, entre paréntesis: ¿por qué me llama usted a mí San Pedro?

—¿No se lo dije?... Ya, ya le contaré Es una historia de mis buenos tiempos. Llamo buenos tiempos aquellos en que tenía menos conquibus que ahora, en que sudaba hiel y vinagre para ganarlo; los tiempos en que perdí a mi único hijo, único no; quiero decir..., pues..., en que no conocía estas grandezas fantasiosas de ahora ni había tenido que lamentar tanta y tanta vicisitud... Terrible fué la vicisitud de morírseme el chico; pero con ella y todo vivía más tranquilo, más en mi elemento. Allí penaba también; pero tenía ratos de estar conmigo en mí, vamos, que descansaba en un oasis..., un oasis..., oasis.

Encantado de la palabra, la repitió tres veces.

—Y dígame ahora, ¿por qué no durmió anoche? ¿Acaso...?

—Sí, sí; no pude dormir por lo que me dijo usted al retirarme a mi cuarto, como cifra y recopilación de aquel gran palique que echamos a solas. ¡Velay!

III

—¡Bueno, bueno, bonísimo!—exclamó el sacerdote echándose a reír y mojando, mojando, para comer después y beber con buen apetito.

¡Qué hombre aquél! Cuerpo más bien pequeño que grande, duro y fuerte, vestido de sotana muy limpia; cara curtida, toda cruzada de finísimas y paralelas arrugas, en series que arrancaban de los ojos hacia la frente y de la boca hacia la barba y carrillos; la tez tostada y sanguínea, como de hombre de mar, de esos que amamantó la tempestad, y que han llegado a la vejez en medio de las inclemencias del cielo y del agua, compartiendo su existencia entre la fe, emanada de lo alto, y la pesca, extraída de lo profundo. Lo característico de tal figura era la calva lustrosa, que empezaba al distenderse las arrugas de la frente y terminaba cerca de la nuca, convexidad espaciosa y reluciente, como calabaza de peregrino, bruñida por el tiempo y el roce. Un cerquillo de cabellos grises muy rizaditos la limitaba en herradura, rematando encima de las orejas.

Y ahora que me acuerdo: otra cosa era en él tan característica como la

calva. ¿Qué? Los ojos negros, de una dulzura angelical, ojos de doncella andaluza o de niño bonito, y un mirar que traía destellos de regiones celestiales, incomprendidas, antes adivinadas que vistas. Para completar tan simpática fisonomía hay que añadir algo. ¿Qué? Un ligero cariz de raza o parentesco mogólico en las facciones: los párpados inferiores abultados y muy a flor de cara, las cejas un poco desviadas, la boca, barba y carrillos como queriendo aparecer en un mismo plano, un no sé qué de malicia japonesa en la sonrisa o de socarronería de cara chinesca, sacada de las tazas de té. Y el buen Gamborena era de acá, alavés fronterizo de Navarra: pero había pasado gran parte de su vida en el Extremo Oriente, combatiendo por Cristo contra Buda, y enojado éste de la persecución religiosa, estuvo mirándole a la cara años y más años, hasta dejar proyectados en ella algunos rasgos típicos de la suya. ¿Será verdad que las personas se parecen a lo que están viendo siempre?... Era tan sólo un vago aire de familia, un nada, que tan pronto se acentuaba como se desvanecía, según la intención con que mirase o la mónita con que sonriese. Fuera de esto, toda la cabeza parecía de talla pintada, como imagen antiquísima que la devoción conserva limpia y reluciente.

—¡Ah!—exclamó el beato Gamborena, arqueando las cejas, con lo cual las dos series de arruguitas curvas se extendieron hasta la mitad del cráneo—. Alguna vez había de oír mi señor marqués de San Eloy la verdad esencial, la que no se tuerce ni se vicia con la cortesía mundana.

Don Francisco, elevando al techo sus miradas y dando un gran suspiro, exclamó a su vez:

—¡Ah!...

Miráronse los dos un rato, y el clérigo acabó su desayuno.

—Toda la noche—dijo al fin el tacaño—me la he pasado revolviéndome en la cama como si las sábanas fueran un zarzal, y pensando en ello, en lo mismo, en lo que usted me... manifestó. Y no veía la hora de que llegase el día para levantarme y correr en busca de usted y pedirle que me lo explique, que me lo explique mejor...

—Pues ahora mismo, señor don Francisco de mi alma.

—No, no; ahora, no—replicó el marqués con recelo, mirando a la puerta—. Es cosa de que nos lo parlemos usted y yo solitos, ¡cuidado!, y ahora...

—Sí, sí, nos interrumpirán quizá...

—Y además yo tengo que salir...

—A correr tras de los negocios. ¡Pobre jornalero del millón! Ande, ande usted, y déjese en esas calles la salud, que es lo que le faltaba.

—Puede usted creerme—dijo Torquemada con desaliento—que no la tengo buena ni medio buena. Yo era un roble, de veta maciza y dura. Siento que me vuelvo caña, que me zarandea el viento y que la humedad empieza a pudrirme de abajo arriba. ¿Qué es esto? ¿La edad? No es tanta que digamos. ¿Los disgustos, la pena que me da el no ser yo propiamente quien manda en mi casa y el verme en esta jaula de oro con una domadora que a cada triquitraque me enseña la varita de hierro candente? ¿Es el pesar de ver que mi hijo va para idiota? ¡Vaya usted a saber! No lo sé. No será una sola concausa, sino el resumen de toditas las concausas lo que me acarrea esta situación. Cúmpleme declarar que yo tengo la culpa, por mi debilidad; pero de nada me vale reconocerlo *a posteriori*, porque *tarde piache*, y de no haber sabido evitarlo *a priori*, no hay más que entregarse y sucumbir *velis nolis*, maldiciendo uno su destino y dándose a los demonios.

—Calma, calma, señor marqués—dijo el eclesiástico con severidad paternal, un tanto festiva—; que eso de darse a los demonios ni lo admito ni lo consiento. ¡Tal regalo a los demonios! ¿Y para qué estoy yo aquí, sino para arrancar su presa a esos caballeros infernales, si por acaso llegaran a cogerla entre sus uñas? ¡Cuidadito! Refrénese usted, y por ahora, puesto que tiene prisa, y a mí me llaman mis obligaciones, no digo más. Quédese para otra noche que estemos solitos.

Torquemada se restregó los ojos con ambos puños como para estimular la visión debilitada por el insomnio. Miró después como un cegato, viendo puntos y círculos de variados colores, y, al fin, recobrada la claridad de su vista, y despejado el cerebro, alargó la mano al sacerdote, diciéndole con tono y ademán campechanos:

—Ea, con Dios. Conservarse.

Salió, y pidiendo la berlina no tardó el hombre en echarse a la calle, huyendo de la esclavitud de su hogar dorado. Y que no era ilusión suya, no. Realmente, al trapasar la herrada puerta del palacio de Gravelinas y sentir en su rostro el ambiente libre de la vía pública, respiraba mejor, se le refrescaba la cabeza, sentía más agudo y claro el ingenio mercantil y menos penosa la opresión de la boca del estómago, síntoma tenaz de su mala salud. Por lo cual decía con toda su alma, empleando con impropiedad la palabreja recientemente adquirida: "La calle es mi oasis."

Acabadito de salir el tacaño de la sacristía entró Cruz. Creeríase que estaba acechando la salida del otro para colarse ella.

—Ya va, ya va; ya le tiene usted navegando por esas calles, ¡pobre pescador de ochavos!—dijo festivamente, como si continuara un diálogo del día anterior—. ¡Qué hombre!... ¡Qué ansiedad por aumentar sus riquezas!

—Hay que dejarle—replicó el sacerdote con tristeza—. Si le quita usted la caña de pescar dinero, se morirá rabiando, ¿y quién responde de su alma? Que pesque..., que pesque, hasta que Dios quiera ponerle en el anzuelo algo que le mueva al aborrecimiento del oficio.

—La verdad, como usted, tan ducho en catequizar salvajes, no eche el lazo a éste y nos le traiga bien sujeto, ¿quién podrá domarle?... Y ante todo, padrito, ¿estaba el café a su gusto?

—Delicioso, hija mía.

—Por de contado, almorzará usted con nosotros.

—Hija mía, no puedo. Dispénseme por hoy.

Y echó mano al sombrero, que no podía llamarse de teja por tener abiertas las alas.

—Pues si no almuerza, no le dejo marcharse tan pronto. ¡Estaría bueno! Ea, a sentarse otro ratito. Aquí mando yo.

—Obedezco. ¿Tienes algo que decirme?

—Sí, señor. Lo de siempre: que en usted confío para aplacar a esa fiera y hacer más tolerable esta vida de continuas desazones.

—¡Ay hija de mi alma!—exclamó Gamborena, anticipando al discurso, como argumento más persuasivo, la dulzura de su mirar incomparable—. He pasado la vida evangelizando salvajes, difundiendo el cristianismo entre gentes criadas en la idolatría y la barbarie. He vivido unas veces en medio de razas cuyo carácter dominante es la astucia, la mentira y la traición; otras, en medio de tribus sanguinarias y feroces. Pues bien: allá, con paciencia y valor que sólo da la fe, he sabido vencer. Aquí, en plena civilización, desconfío en mis facultades ¡mira tú si es raro! Y es que aquí encuentro algo que resulta peor, mucho peor que la barbarie y la idolatría, hija de la ignorancia: encuentro los corazones profundamente dañados, las inteligencias desviadas de la verdad por mil errores que tenéis metidos en lo profundo del alma y que no podéis echar fuera. Vuestros desvíos os dan, en cierto modo, carácter y aspecto de salvajes. Pero salvajismo por salvajismo, yo prefiero el del otro hemisferio. Encuentro más fácil crear hombres que corregir a los que, por demasiado hechos, ya no se sabe lo que son.

Dijo esto el buen curita, sentado junto a la cajonera, puesto el codo en el filo del mueble y la cabeza en el puño de la mano derecha, expresando con cierto aire de indolencia fina su escaso aliento para aquellas luchas con los cafres de la civilización. Embelesada le oía la dama, clavando sus ojos en los ojos del evangelista, y, si así puede decirse, bebiéndole las miradas o asimilándose por ellas el pensamiento antes que la boca lo formulara.

—Pues usted lo dice, así será—manifestó la señora, sintiendo oprimido el pecho—. Comprendo que la domesticación de este buen señor es obra difícil. Yo no puedo intentarla; mi hermana tampoco; ni piensa en ella, ni le importa nada que su marido sea un bárbaro que nos pone en ridículo a cada instante. Usted, que se nos ha venido acá tan oportunamente, como bajado del Cielo, es el único que podrá...

—¡Sí quiero hacerlo! Las empresas difíciles son las que a mí me tientan, y me seducen, y me arrastran. ¿Cosas fáciles? Quítate allá. ¡Tengo yo un temperamento militar y guerrero!... Sí, mujer; ¿qué te crees tú?... Oyeme.

Excitada su imaginación y enardeci-

do su amor propio, se levantó para expresar con más desahogo lo que tenía que decir.

—Mi carácter, mi temperamento, mi ser todo son como de encargo para la lucha, para el trabajo, para las dificultades que parecen insuperables. Mis compañeros de Congregación dicen..., vas a reírte..., que cuando Su Divina Majestad dispuso que yo viniese a este mundo, en el momento de lanzarme a la vida estuvo dudando si destinarme a la milicia o a la Iglesia..., porque desde el nacer traemos impresa en el alma nuestra aptitud culminante... Esta vacilación del Supremo Autor de todas las cosas dicen que quedó estampada en mi ser, bastando para ello el breve momento que estuve en los soberanos dedos. Pero al fin decidióse nuestro Padre por la Iglesia. En un divino tris estuvo que yo fuese un gran guerrero, debelador de ciudades, conquistador de pueblos y naciones. Salí para misionero, que en cierto modo es oficio semejante al de la guerra, y heme aquí que he ganado para mi Dios, con la bandera de la Fe, porciones de tierra y de humanidad tan grandes como España.

IV

—Aunque la dificultad de este empeño en que la buena de Croissette quiere meterme ahora, me arredra un poquitín —prosiguió, después de dejar, en una pausa, tiempo a la admiración efusiva de la dama—, yo no me acobardo, empuño mi gloriosa bandera y me voy derecho hacia tu salvaje.

—Y le vencerá..., segura estoy de ello.

—Le amansaré, por lo menos; de eso respondo. Anoche le tiré algunos flechazos y el hombre me ha demostrado hoy que le llegaron a lo vivo.

—¡Oh! Le tiene a usted en mucho; le mira como a un ser superior, un ángel o un apóstol, y todas las fierezas y arrogancias que gasta con nosotras, delante de usted se truecan en blanduras.

—Temor o respeto, ello es que se impresiona con las verdades que me oye. Y no le digo más que la verdad, la verdad monda y lironda, con toda la dureza intransigente que me impone mi misión evangélica. Yo no transijo; desprecio las componendas elásticas en cuanto se refiere a la moral católica. Ataco el mal con brío, desplegando contra él todos los rigores de la doctrina. El señor Torquemada me ha de oír muy buenas cosas, y temblará y mirará para dentro de sí, echando también alguna miradita hacia la zona de allá, para él toda misterios, hacia la eternidad, en donde chicos y grandes hemos de parar. Déjale, déjale de mi cuenta.

Dió varias vueltas por la estancia, y en una de ellas, sin hacer caso de las exclamaciones admirativas de su noble interlocutora, se paró ante ella, y le impuso silencio con un movimiento pausado de ambas manos extendidas, movimiento que lo mismo podría ser de predicador que de director de orquesta; todo ello para decirle:

—Pausa, pausa..., y no te entusiasmes tan pronto, hija mía, que a ti también, a ti también ha de tocarte alguna china, pues no es suya toda la culpa, no lo es, que también la tenéis vosotras, tú más que tu hermana...

—No me creo exenta de culpa—dijo Cruz con humildad—, ni en este ni en otros casos de la vida.

—Tu despotismo, que despotismo es, aunque de los más ilustrados; tu afán de gobernar autocráticamente, contrariándole en sus gustos, en sus hábitos y hasta en sus malas mañas, imponiéndole grandezas que repugna, y dispendios que le fríen la sangre, han puesto al salvaje en un grado tal de ferocidad que nos ha de costar trabajillo desbravarle.

—Cierto que soy un poquitín despótica. Pero bien sabe ese bruto que sin mi gobierno no habría llegado a las alturas en que ahora está, y en las cuales, créame usted, se encuentra muy a gusto cuando no le tocan a su avaricia. ¿Por quién es senador, por quién es marqués y hombre de pro, considerado de grandes y chicos? Pero quizá me diga usted que éstas son vanidades, y que yo las he fomentado sin provecho alguno para las almas. Si esto me dice, me callaré. Reconozco mi error, y abdico, sí, señor, abdico el gobierno de estos reinos, y me retiraré... a la vida privada.

—Calma, que para todo se necesita criterio y oportunidad, y principalmente para las abdicaciones. Sigue en tu gobierno hasta ver... Cualquier perturbación en el orden establecido sería muy nociva. Yo pondré mis paralelas, atento

sólo al problema moral. En lo demás no me meto, y cuanto de cerca o de lejos se relacione con los bienes de este mundo es para mí como si no existiera... Por de pronto, lo único que ordeno es que seas dulce y cariñosa con tu hermano, pues hermano tuyo lo ha hecho la Iglesia; que no seas...

No pudiendo reprimir Cruz su natural imperante y discutidor, interrumpió al clérigo en esta forma:

—Pero ¡si es él, él quien hace escarnio de la fraternidad! Ya van cuatro meses que no nos hablamos, y si algo le digo, suelta un mugido y me vuelve la espalda. Hoy por hoy es más grosero cuando habla que cuando calla. Y ha de saber usted que, fuera de casa, no me nombra nunca sin hablar horrores de mí.

—Horrores..., dicharachos—dijo Gamborena un tanto distraído ya del asunto y agarrando su sombrero con una decisión que indicaba propósito de salir—. Hay una clase de maledicencia que no es más que hábito de palabrería insustancial. Cosa mala, pero no pésima; efervescencia del conceptismo grosero, que a veces no lleva más intención que la de hacer gracia. En muchos casos, este vicio maldito no tiene su raíz en el corazón. Yo estudiaré a nuestro salvaje *bajo ese aspecto,* como él dice, y le enseñaré el uso del bozal, prenda utilísima, a la que no todos se acostumbran...; pero vencida su molestia..., ¡ah!, concluye por traer grandes beneficios, no sólo a la lengua, sino al alma... Adiós, hija mía... No, no me detengo más. Tengo que hacer... Que no, que no almuerzo, ea. Si puedo, vendré esta tarde a daros un poco de tertulia. Si no, hasta mañana. Adiós.

Inútiles fueron las carantoñas de la dama ilustre para retenerle. Quedóse ésta un instante en la sacristía, cual si los pensamientos que el venerable Gamborena expresara en la anterior conversación la tuvieran allí sujeta, gravitando sobre ella con melancólica pesadumbre. Desde la muerte lastimosa de Rafael, la tristeza era como huésped pegajoso en la familia del Aguila; la instalación de ésta en el palacio de Gravelinas, tan lleno de mundanas y artísticas bellezas, fué como una entrada en el reino sombrío del aburrimiento y la discordia. Felizmente, Dios misericordioso deparó a la gobernadora de aquel cotarro el consuelo de un amigo incomparable, que a la amenidad del trato reunía la maestría apostólica para todo lo concerniente a las cosas espirituales, un ángel, un alma pura, una conciencia inflexible y un entendimiento luminoso para el cual no tenían secretos la vida humana ni el organismo social. Como a enviado del Cielo le recibió la primogénita del Aguila cuando le vió entrar en su palacio, dos meses antes de lo descrito, procedente de no sé que islas de la Polinesia, de Fidji, o del quinto infierno..., léase del quinto cielo. Se agarró a él como a tabla de salvación, pretendiendo aposentarle en la casa, y no siendo esto posible, atrájole con mil reclamos delicadísimos para tenerle allí a horas de almuerzo y comida, para pedirle consejo en todo y recrearse en su hermosa doctrina y embelesarse, en fin, con el relato de sus maravillosas proezas evangélicas.

El primer dato que del padre Luis de Gamborena se encuentra al indagar su historia se remonta al año 53, época en la cual su edad no pasaba de los veinticinco y era familiar del obispo de Córdoba. De su juventud nada se sabe, y sólo consta que era alavés, de familia hidalga y pudiente. Tomáronle de capellán los señores del Aguila, que le trajeron a Madrid, donde vivió con ellos dos años. Pero Dios le llamaba a mayores empresas que la oscura capellanía de una casa aristocrática, y sintiendo en su alma la avidez de los trabajos heroicos, la santa ambición de propagar la fe cristiana, cambiando el regalo por las privaciones, la quietud por el peligro, la salud y la vida misma por la inmortalidad gloriosa, decidió, después de maduro examen, partir a París y afiliarse en cualquiera de las legiones de misioneros con que nuestra precavida civilización trata de amansar las bárbaras hordas africanas y asiáticas, antes de desenvainar la espada contra ellas.

No tardó el entusiasta joven en ver cumplidos sus deseos, y afiliado en una Congregación cuyo nombre no hace al caso, le mandaron para hacer boca a Zanzíbar, y de allí al vicariato de Tanganica, donde comenzó su campaña con una excursión al Alto Congo, distinguiéndose por su resistencia física y su infatigable ardor de soldado de Cristo. Quince años estuvo en el Africa tropical, trabajando con bravura mística, si así pue-

de decirse; hecho un león de Dios, tomando a juego las inclemencias del clima y las ferocidades humanas; intrépido, incansable, el primero en la batalla, gran catequista, gran geógrafo, explorador de tierras dilatadas, de selvas laberínticas, de lagos pestilentes, de abruptas soledades rocosas, desbravando todo lo que encontraba por delante para meter la cruz a empellones, a puñados, como pudiera, en la naturaleza y en las almas de aquellas bárbaras regiones.

V

Enviáronle después a Europa formando parte de una comisión, entre religiosa y mercantil, que vino a gestionar un importantísimo arreglo colonial con el rey de los belgas, y tan sabiamente desempeñó su cometido diplomático el buen padrito, que allá y acá se hacían lenguas de la generalidad de sus talentos. "El comercio—decían—le deberá tanto como la fe." La Congregación dispuso utilizar de nuevo aptitudes tan fuera de lo común, y le destinó a las misiones de la Polinesia. Nueva Zelanda, el país de los maorís, Nueva Guinea, las islas Fidji, el archipiélago del estrecho de Torres, teatro fueron de su labor heroica durante veinte años, que si parecen muchos para la vida de un trabajador, pocos son ciertamente para la fundación, que resulta casi milagrosa, de cientos de cristiandades, establecimientos de propaganda y de beneficencia en las innumerables islas, islotes y arrecifes espolvoreados por aquel inmenso mar, como si una mano infantil se complaciese en arrojar a diestro y siniestro los cascotes de un continente roto.

Cumplidos los sesenta años, Gamborena fué llamado a Europa. Querían que descansase; temían comprometer una vida tan útil, exponiéndola a los rigores de aquel bregar continuo con hombres, fieras y tempestades, y le enviaron a España con la misión sedentaria y pacífica de organizar aquí sobre bases prácticas la recaudación de la Propaganda. Instalóse en la casa hospedería de Irlandeses, de la cual es histórica hijuela la Congregación a que pertenecía, y a las pocas semanas de residir en la villa y corte topó con las señoras del Aguila, reanudando con la noble familia su antigua y afectuosa amistad. A Cruz habíala conocido chiquitina; tenía seis años cuando él era capellán de la casa. Fidela, mucho más joven que su hermana, no había nacido aún en aquellas décadas; pero a entrambas las reconoció por antiguas amigas y aun por hijas espirituales, permitiéndose tutearlas desde la primera entrevista. Pronto le pusieron ellas al tanto de las graves vicisitudes de la familia durante la ausencia de él en remotos países: la ruina, la muerte de los padres, los días de bochornosa miseria, el enlace con Torquemada, la vuelta a la prosperidad, la liberación de parte de los bienes del Aguila, la muerte de Rafaelito, la creciente riqueza, la adquisición del palacio de Gravelinas, etcétera, con lo cual quedó el hombre tan bien enterado como si no faltara de Madrid en todo aquel tiempo de increíbles desdichas y venturosas mudanzas.

Inútil sería decir que ambas hermanas le tenían por un oráculo, y que saboreaban con deleite la miel sustanciosa de sus consejos y doctrina. Principalmente Cruz, privada de todo afecto por la dirección especialísima que había tomado su destino en la carrera vital, sentía hacia el buen misionero una adoración entrañable, toda pureza, toda idealidad, como expansión de un alma prisionera y martirizada, que entrevé la dicha y la libertad en las cosas ultraterrenas. Por su gusto habríale tenido todo el día en casa, cuidándole como a un niño, prodigándole todos los afectos que vacantes había dejado el pobre Rafaelito. Cuando, a instancias de las dos señoras, Gamborena se lanzaba a referir los maravillosos episodios de las misiones en Africa y Oceanía, epopeya cristiana digna de un Ercilla, ya que no de un Homero que la cantase, quedábanse las dos embelesadas. Fidela, como los niños que oyen cuentos mágicos; Cruz, en éxtasis, anegada su alma en una beatitud mística y en la admiración de las grandezas del Cristianismo.

Y él ponía, de su copioso ingenio, los mejores recursos para fascinarlas y hacerles sentir hondamente todo el interés del relato, porque si sabía sintetizar con rasgos admirables, también puntualizaba los sucesos con detalles preciosos, que suspendían y cautivaban a los oyentes. A poco más, creerían ellas que estaban viendo lo que el misionero

les contaba; tal fuerza descriptiva ponía en su palabra. Sufrían con él en los pasajes patéticos, con él gozaban en sus triunfos de la Naturaleza y de la barbarie. Los naufragios, en que estuvo su vida en inminente riesgo, salvándose por milagro del furor de las aguas embravecidas; unas veces en las corrientes impetuosas de ríos como mares, otras en las hurañas costas, navegando en vapores viejos que se estrellaban contra los arrecifes o se incendiaban en medio de las soledades del océano; las caminatas por inexploradas tierras ecuatoriales, bajo la acción de un sol abrasador, por asperezas y trochas inaccesibles, temiendo el encuentro de fieras o reptiles ponzoñosos; la instalación en medio de la tribu, y la pintura de sus bárbaras costumbres, de sus espantables rostros, de sus primitivos ropajes; los trabajos de evangelización, en los cuales empleábanse la diplomacia, la dulzura, el tacto fino o el rigor defensivo, según los casos, ayudando al comercio incipiente o haciéndose ayudar de él; las dificultades para apropiarse los distintos dialectos de aquellas comarcas, algunos como aullidos de cuadrúpedos, otros como cháchara de cotorras; los peligros que a cada paso surgen, los horrores de las guerras entre distintas tribus y las matanzas y feroces represalias, con la secuela infame de la esclavitud; las peripecias mil de la lenta conquista, el júbilo de encontrar un alma bien dispuesta para el Cristianismo en medio de la rudeza de aquellas razas, la docilidad de algunos después de convertidos, las traiciones de otros y su falsa sumisión; todo, en fin, resultaba en tal boca y con tan pintoresca palabra la más deleitable historia que pudiera imaginarse.

¡Y qué bien sabía el narrador combinar lo patético con lo festivo para dar variedad al relato, que a veces duraba horas y horas! Mal podían las damas contener la risa oyéndole contar sus apuros al caer en una horda de caníbales, y las tretas ingeniosas de que él y otros padres se valieran para burlar la feroz gula de aquellos brutos, que nada menos querían que ensartarlos en un asador para servirles como rosbif humano en horribles festines.

Y como fin de fiesta, para que la ardiente curiosidad de las dos damas quedase en todos los órdenes satisfecha, el misionero cedía la palabra al geógrafo insigne, al eminente naturalista, que estudiaba y conocía sobre el terreno, en realidad palpable, las hermosuras del planeta y cuantas maravillas puso Dios en él. Nada más entretenido que oirle describir los caudalosos ríos, las selvas perfumadas, los árboles arrogantes no tocados del hacha del hombre, libres, sanos, extendiendo su follaje por lomas y llanadas más grandes que una nación de acá; y después la muchedumbre de pájaros que en aquella espesa inmensidad habitaban, avecillas de varios colores, de formas infinitas, parleras, vivarachas, vestidas con las más galanas plumas que la fantasía puede soñar; y explicar luego sus costumbres, las guerras entre las distintas familias ornitológicas, queriendo todas vivir y disputándose el esquilmo de las ingentes zonas arboladas. Pues ¿y los monos y sus aterradoras cuadrillas, sus gestos graciosos y su travesura casi humana para perseguir a las alimañas volátiles y rastreras? Esto era el cuento de nunca acabar. Nada tocante a la fauna érale desconocido; todo lo había visto y estudiado, lo mismo el voraz cocodrilo, habitante en las charcas verdosas o en pestilentes cañaverales, que la caterva indocumentable de insectos preciosísimos que agotan la paciencia del sabio y del coleccionista.

Para que nada quedase, la flora espléndida, explicada y descrita con más sentido religioso que científico, haciendo ver la infinita variedad de las hechuras de Dios, colmaba la admiración y el arrobamiento de las dos señoras, que a los pocos días de aquellas sabrosas conferencias creían haber visto las cinco partes del mundo y aun un poquito más Cruz, más que su hermana, se asimilaba todas las manifestaciones espirituales de aquel ser tan hermoso, las agasajaba en su alma para conservarlas bien y fundirlas al fin en sus propios sentimientos, creándose de este modo una vida nueva. Su adoración ardiente y pura del divino amigo, del consejero, del maestro, era la única flor de una existencia que había llegado a ser árida y triste; flor única, sí, pero de tanta hermosura, de fragancia tan fina como la de las más bellas que crecen en la zona tropical.

VI

En su opulencia, la familia de Torquemada, o de San Eloy, para hablar con propiedad de mundana etiqueta, vivía apartada del bullicio de fiestas y saraos, desmintiendo fuera de casa su alta posición, si bien dentro nada existía por donde se la pudiese acusar de mezquindad o sordidez. Desde la desastrada muerte de Rafaelito, no supieron las dos hermanas del Aguila lo que es un teatro, ni tuvieron relaciones muy ostensibles con lo que ordinariamente se llama gran mundo. Sus tertulias, de noche, concretábanse a media docena de personas de gran confianza. Sus comidas, que por la calidad debían clasificarse entre lo mejor, eran por el número de comensales modestísimas: rara vez se sentaban a la mesa, fuera de la familia, más de dos personas. Fiestas, bailes o reuniones con música, comistrajo o refresco, jamás se veían en aquellos lugares, tan espléndidos como solitarios, lo que servía de gran satisfacción al señor marqués, que con ello se consolaba de sus muchas desazones y berrinches.

Y pocas casas había o hay en Madrid mejor dispuestas para la ostentación de las superficialidades aristocráticas. El palacio de Gravelinas es el antiguo caserón de Trastamara, construído sólidamente y con dudoso gusto en el siglo XVII, restaurado a fines del XVIII (cuando la unión de las Casas de San Quintín y Ceriñola), con arreglo a planos traídos de Roma; vuelto a restaurar en los últimos años de Isabel II por el patrón parisiense y acrecentado con magníficos anexos para servidumbre, archivo, armería y todo lo demás que completa una gran residencia señoril. Claro es que la ampliación de la casa, después de decretado el acabamiento de los mayorazgos, fué una gran locura, y bien caro la pagó el último duque de Gravelinas, que era, por sus dispendios, un desamortizador práctico. Al fin y a la postre, hubo de sucumbir el buen caballero a la ley del siglo, por la cual la riqueza inmueble de las familias históricas va pasando a una segunda aristocracia, cuyos pergaminos se pierden en la oscuridad de una tienda o en los repliegues de la industria usuraria. Gravelinas acaba sus días en Biarritz, viviendo de una pensioncita que le pasa el sindicato de acreedores, con la cual puede permitirse algunos desahoguillos y aun calaveradas, que le recuerden su antiguo esplendor.

En la parroquia de San Marcos, y entre las calles de San Bernardo y San Bernardino, ocupa el palacio de Gravelinas, hoy de San Eloy, un área muy extensa. Alguien ha dicho que lo único malo de esta mansión de príncipes es la calle en que se eleva su severa fachada. Esta, por lo vulgar, viene a ser como un disimulo hipócrita de las extraordinarias bellezas y refinamientos del interior. Pásase para llegar al ancho portalón por feísimas prenderías, tabernas y bodegones indecentes y por talleres de machacar hierro, vestigios de la antigua industria chispera. En las calles lateral y trasera, las dependencias de Gravelinas, abarcando una extensísima manzana, quitan a la vía pública toda variedad y le dan carácter de triste poblachón. Lo único que allí falta son jardines, y muy de menos echaban este esparcimiento sus actuales poseedoras, no don Francisco, que detestaba con toda su alma todo lo perteneciente al reino vegetal, y en cualquier tiempo habría cambiado el mejor de los árboles por una cómoda o una mesa de noche.

La instalación de la galería de Cisneros en las salas del palacio dió a éste una importancia suntuaria y artística que antes no tenía, pues los Gravelinas sólo poseyeron retratos de época, ni muchos ni superiores, y en su tiempo el edificio sólo ostentaba algunos frescos de Bayéu, un buen techo, copia de Tiépolo, y varias pinturas decorativas de Maella. Lo de Cisneros entró allí como en su casa propia. Poblaronse las anchurosas estancias de pinturas de primer orden, de tablas y lienzos de gran mérito, algunos célebres en el mundo del mercantilismo artístico. Había puesto Cruz en la colocación de tales joyas todo el cuidado posible, asesorándose de personas peritas para dar a cada objeto la importancia debida y la luz conveniente, de lo que resultó un museo que bien podría rivalizar con las afamadas galerías romanas Doria Pamphili y Borghese. Por fin, después de ver todo aquello, y advirtiendo el jaleo de visitantes extranjeros y españoles que solicitaban permiso para admirar tantas maravillas, acabó el gran

tacaño de Torquemada por celebrar el *haberse quedado con el palacio,* pues si como arquitectura su valor no era grande, como terreno valía un Potosí, y valdría más el día de mañana. En cuanto a las colecciones de Cisneros y a la armería, no tardó en consolarse de su adquisición, porque, según el dictamen de los *inteligentes, críticos* o lo que fueran, todo aquel *género, lencería pintada, tablazón con colores,* era de un valor real y efectivo, y bien podría ser que en tiempo no lejano pudiera venderlo por el triple de su coste.

Tres o cuatro piezas había en la colección, ¡María Santísima!, ante las cuales se quedaban con la boca abierta los citados críticos, y aun vino de Londres un *punto,* comisionado por la National Gallery, para comprar una de ellas, ofreciendo la friolerita de quinientas libras. Esto parecía fábula. Tratábase del Masaccio, que en un tiempo se creyó dudoso, y al fin fué declarado auténtico por una junta de rabadanes, vulgo anticuarios, que vinieron de Francia e Italia. ¡El Masaccio! Y ¿qué era, ñales? Pues un cuadrito que a primera vista parecía representar el interior de una botella de tinta, todo negro, destacándose apenas sobre aquella oscuridad el torso de una figura y la pierna de otra. Era el *Bautismo de nuestro Redentor*; a éste, según frase del entonces legítimo dueño de tal preciosidad, no le conocería ni la madre que le parió. Pero esto le importaba poco y ya podían llover sobre su casa todos los Masaccios del mundo, que él los pondría sobre su cabeza, mirando el negocio, que no al arte. También se conceptuaban como de gran valor un París Bordone, un Sebastián del Piombo, un Memling, un beato Angélico y un Zurbarán, que con todo lo demás y los vasos, estatuas, relicarios, armaduras y tapices, formaban para don Francisco una especie de *Américas* de subido valor. Veía los cuadros como acciones u obligaciones de poderosas y bien administradas sociedades, de fácil y ventajosa cotización en todos los mercados del orbe. No se detuvo jamás a contemplar las obras de arte ni a escudriñar su hermosura, reconociendo con campechana modestia que no *entendía de monigotes*; tan sólo se extasiaba, con detenimiento que parecía de artista, delante del inventario que un hábil restaurador, o *rata de museos,* para su gobierno le formaba, agregando a la descripción y al examen crítico e histórico de cada lienzo o tabla su valor probable, previa consulta de los catálogos de extranjeros marchantes, que por millones traficaban en *monigotes* antiguos y modernos.

¡Casa inmensa, interesantísima, noble, sagrada por el arte, venerable por su abolengo! El narrador no puede describirla, porque es el primero que se pierde en el laberinto de sus estancias y galerías, enriquecidas con cuantos primores inventaron antaño y hogaño el arte, el lujo y la vanidad. Las cuatro quintas partes de ella no tenían más habitantes que los del reino de la fantasía, vestidos unos con ropajes de variada forma y color, desnudos los otros, mostrando su hermosa fábrica muscular, por la cual parecían hombres y mujeres de una raza que no es la nuestra. Hoy no tenemos más que cara, gracias a las horrorosas vestiduras con que ocultamos nuestras desmedradas anatomías. Conservábase todo aquel mundo ideal de un modo perfecto, poniendo en ello sus cinco sentidos la primogénita del Aguila, que dirigía personalmente los trabajos de limpieza, asistida de un ejército de servidores muy para el caso, como gente avezada a trajinar en pinacotecas, palacios y otras *Américas* europeas.

Dígase, para concluir, que la dama gobernadora, al reunir en apretado amasijo los estados de Gravelinas con los del Aguila y los de Torquemada, no habría creído realizar cumplidamente su plan de reivindicación si no le pusiera por remate la servidumbre que a tan grandiosa casa correspondía. Palacio como aquél, familia tan alcurniada por el lado de los pergaminos y por el del dinero, no podían existir sin la interminable caterva de servidores de ambos sexos. Organizó, pues, la señora el *personal* dejándose llevar de sus instintos de grandeza, dentro del orden más estricto. La sección de cuadras y cocheras, así como la de cocinas y comedor, fueron montadas sin omitir nada de lo que corresponde a una familia de príncipes. Y en diferentes servicios, la turbamulta de doncellas, lacayos y lacayitos, criados de escalera abajo y de escalera arriba, porteros, planchadoras, etc., componían, con las de las secciones antedichas, un ejér-

cito que habría bastado a defender una plaza fuerte en caso de apuro.

Tal superabundancia de criados era lo que principalmente le encendía la sangre al don Francisco, y si transigía con la compra de cuadros viejos y de armaduras roñosas, por el buen resultado que podrían traerle en día no lejano, no se avenía con la presencia de tanto gandul, polilla y destrucción de la casa, pues con lo que se comían diariamente había para mantener a medio mundo. Ved aquí la principal causa de lo torcido que andaba el hombre en aquellos días; pero se tragaba sus hieles, y si él sufría mucho, no había quien le sufriera. A solas, o con el bueno de Donoso, se desahogaba, protestando de la *pléto-ra de servicio* y de que su casa era un *fiel trasunto* de las oficinas del Estado, llenas de pasmarotes, que no van allí más que a holgazanear. Bien compren día él que no era cosa de vivir a lo po bre, como en casa de huéspedes de a tres pesetas, eso no. Pero nada de exa geraciones, porque *de lo sublime a lo ri dículo no hay más que un paso*. Y tam bién es evidente que los Estados en que crece viciosa la planta de la empleoma nía corren al abismo. Si él gobernara la casa, seguiría un sistema *diametralmen-te opuesto* al de Cruz. Pocos criados, pe-ro *idóneos*, y mucha vigilancia para que todo el mundo anduviera derecho y se gastara lo consignado y nada más. Lo que decía en la *Cámara* a cuantos qui sieran oírle lo decía también a su fami lia: "Quitemos *ruedas inútiles* a la má quina administrativa para que marche bien... Pero esta mi cuñada, a quien par ta un rayo, ¿qué hace?, convertir mi *domicilio* en un *centro ministerial* y vol verme la cabeza del revés, pues día hay en que creo que ellos son los amos y yo el *último paria* de toda esa patulea."

VII

Pocos amigos frecuentaban diariamente el palacio de Gravelinas. No hay para qué decir que Donoso era de los más fieles, y su amistad tan bien apreciada como antes, si bien, justo es declararlo, en el orden del cariño y admiración había sido desbancado por el insigne misionero de Indias. Damas, no consta que visitaran asiduamente a la familia más que la de Taramundi, la de Morentín, las de Gibraleón y la de Orozco, ésta con mayor intimidad que las anteriores. La antigua amistad de colegio entre Augusta y Fidela se había estrechado tanto en los últimos tiempos, que casi todo el día lo pasaban juntas, y cuando la marquesa de San Eloy se vió retenida en casa por distintos padecimientos y alifafes, su amiga no se separaba de ella, y la entretenía con sus graciosas pláticas.

Sin necesidad de refrescar ahora memorias viejas, sabrán cuantos esto lean que la hija de Cisneros y esposa de Tomás Orozco, después de cierta tragedia lamentable, permaneció algunos años en oscuridad y apartamiento. Cuando la vemos reaparecer en la casa de San Eloy, el desvío social de Augusta no era ya tan absoluto. Había envejecido, si cuadra este término a un adelanto demasiado visible en la madurez vital, sin detrimento de la gracia y belleza. Jaspeaban su negro cabello prematuras canas, que no se cuidaba de disimular por arte de pinturas y afeites. La gallardía de su cuerpo era la misma de los tiempos felices, conservándose en un medio encantador, ni delgada ni gruesa, y extraordinariamente ágil y flexible. Y en lo restante de la filiación únicamente puede apuntarse que sus hermosos ojos eran quizá más grandes o, al menos, lo parecían, y su boca... lo mismo. Fama tenía de tan grande como hechicera, con una dentadura de cuya perfección no podrán dar cabal idea los marfiles, nácares y perlas que la retórica, desde los albores de la poesía, viene gastando en el decorado interior de bocas bonitas. Con tener dos años menos que su amiga y poquísimas, casi invisibles, canas que peinar, Fidela representaba más edad que ella. Desmejorada y enflaquecida, su opalina tez era más transparente, y el caballete de la nariz se le había afilado tanto, que seguramente con él podría cortarse algo no muy duro. En sus mejillas veíanse granulaciones rosadas, y sus labios finísimos e incoloros dejaban ver al sonreírse parte demasiado extensa de las rojas encías. Era, por aquellos días, un tipo de distinción que podríamos llamar austríaca, porque recordaba a las hermanas de Carlos V y a otras princesas ilustres que viven en efigie por esos museos de Dios, aristocrá-

ticamente narigudas. Resabio elegantísimo de la pintura gótica, tenía cierto parentesco de familia con los tipos de mujer de una de las mejores tablas de su soberbia colección, un *Descendimiento*, de Quintín Massys.

Bueno. El día siguiente al de la misa, primer eslabón cronológico de la cadena de este relato, entró Augusta poco antes de la hora del almuerzo. En una de las salas bajas encontróse a Cruz haciendo los honores de la casa a un sujeto de campanillas, académico y gran inteligente, que examinaba las pinturas. En la rotonda había instalado su caballete un pintor de fama, a quien se permitió copiar el París Bordone, y más allá un tercer entusiasta del arte reproducía al blanco y negro un cartón de Tiépolo. Día de gran mareo fué aquél para la primogénita, porque su dignidad señoril le imponía la obligación de atender y agasajar a los admiradores de su museo, cuidando de que nada les faltase. En cuanto al académico, era hombre de un entusiasmo fácilmente inflamable, y cuando se extasiaba en la contemplación de los pormenores de una pintura había que soltarle una bomba para que volviese en sí. Ya llevaba Cruz dos horas de arrobamiento artístico, con paseos mentales por los museos de Italia y volteretas por el ciclo prerrafaelista y empezaba a cansarse. Aún le faltaban dos tercios de la colección por examinar. Para mayor desdicha, *tenía* otro sabio en el archivo, un bibliófilo de más paciencia que Job, que había ido a compulsar los *papeles de Sicilia* para poner en claro un grave punto histórico. No había más remedio que atenderle también, y ver si el archivo le facilitaba sin restricción alguna todo el material papiráceo que guardaban aquellos rancios depósitos.

Después de invitar al académico a almorzar, Cruz delegó un momento sus funciones en Augusta, y mientras ésta las desempeñaba interinamente con gran acierto, pues al dedillo conocía las colecciones que habían sido de su padre, don Carlos de Cisneros, fué la otra a *dar una vuelta* al sabio del archivo, a quien encontró buceando en un mar de papeles. Convidóle también a participar del almuerzo, y al volver a los salones donde había quedado su amiga pudo cuchichear un instante con ésta, mientras el académico y el pintor se agarraban en artística disputa sobre si era Mantegna o no era Mantegna una tablita en que ambos pusieron los ojos y el alma toda.

—Mira, tú, si Fidela almuerza en su cuarto, yo la acompañaré. La sociedad de tanto sabio no es de mi gusto.

—Yo pensaba que bajase hoy Fidela, pero si tú quieres, arriba se os servirá a las dos. Yo voy perdiendo. Estaré sola entre los convidados y mi salvaje don Francisco; necesitaré Dios y ayuda para atender las gansadas de mi cuñadito. Es atroz, y desde que estamos reñidos suele arrojar la máscara de la finura, y dejando al descubierto su grosería me pone a veces en gran compromiso.

—Arréglate como puedas, que yo me voy arriba. Adiós. Que te diviertas.

Subió tan campante, alegre y ágil como una chiquilla, y en la primera estancia del piso alto se encontró a Valentinico arrastrándose a cuatro patas sobre la alfombra. La niñera, que era una mocetona serrana, guapa y limpia, le sostenía con andadores de bridas, tirando de él cuando se esparrancaba demasiado, y guiándole si seguía una dirección inconveniente. Berreaba el chico, movía sus cuatro remos con animal deleite, echando babas de su boca y queriendo abrazarse al suelo y hocicar en él.

—Bruto—le dijo Augusta con desabrimiento—, ponte en dos pies.

—Si no quiere, señorita—indicó tímidamente la niñera—. Hoy está incapaz. En cuanto le *aúpo* se encalabrina y no hay quien lo aguante.

Valentín clavó en Augusta sus ojuelos, sin abandonar la posición de tortuga.

—¿No te da vergüenza de andar a cuatro patas como los animales?—le dijo la de Orozco, inclinándose para cogerle en brazos.

¡María Santísima! Al solo intento de levantarle del suelo en que se arrastraba púsose el nene fuera de sí, dando patadas con pies y manos, que por un instante las manos más bien patas parecían, y atronó con sus chillidos la estancia, echando hacia atrás la cabeza y apretando los dientes.

—¡Quédate, quédate ahí, en el santo suelo—le dijo Augusta—, hecho un sapo! ¡Vaya, que estás bonito! Sí, llo-

ra, llora, grandísimo mamarracho, para que te pongas más feo de lo que eres...

El demonio del chico la insultó con su lengua monosilábica, salvaje, primitiva, de una sencillez feroz, pues no se oía más que pa... ca... ta... pa...

—Eso es, dime cosas. El demonio que te entienda. Nunca hablarás como las personas. Parece mentira que seas hijo de tu padre, que es toda inteligencia y dulzura. ¡Ay, qué lástima!

Entre la dama y la niñera se cruzaron miradas de tristeza y compasión.

—Ayer—dijo la moza—estuvo el niño muy bueno. Se dejó besar de su mamá y de su tiita, y no tiró los platos de la comida. Pero hoy le tenemos de remate. Cuanto coge en la mano lo hace pedazos, y no quiere más que andar a lo animalito, imitando al perro y al gato.

—Me parece que éste no tendrá nunca otros maestros. ¡Qué dolor! ¡Pobre Fidela!... Sí, hijo, sí, haz el cerdito. Poco a poco te vas ilustrando. Gru, gru..., aprende, aprende ese lenguaje fino.

Tiró la niñera del ronzal, porque el indino iba ya en persecución de un vaso japonés, colocado en la tabla más baja de una rinconera, y seguramente lo habría hecho añicos. Su infantil barbarie hacía de continuo estragos terribles en la vajilla de la casa y en las preciosidades que por todas partes se veían allí. Mudábanle con frecuencia y siempre estaba sucio, de arrastrar su panza por el suelo; su cabezota era toda chichones, que la afeaban más que el grandor desmedido y las descomunales orejas; las babas le caían en hilo sobre el pecho, y sus manos, lo único que tenía bonito, estaban siempre negras, cual si no conociera más entretenimiento que jugar con carbón.

VIII

El heredero de los estados de San Eloy, del Aguila y Gravelinas reunidos, había sido, en el primer año de su existencia, engaño de los padres y falsa ilusión de toda la familia. Creyeron que iba a ser bonito, que lo era ya, y además salado, inteligente. Pero estas esperanzas empezaron a desvanecerse después de la primera grave enfermedad de la criatura, y los augurios de Quevedito, cumpliéndose con aterradora puntualidad, llenaron a todos de zozobra y desconsuelo. El crecimiento de la cabeza se inició antes de los dos años, y poco después la longitud de las orejas y la torcedura de las piernas con la repugnancia a mantenerse derecho sobre ellas. Los ojos quedáronsele diminutos en aquella crisis de la vida, y además fríos, parados, sin ninguna viveza ni donaire gracioso. El pelo era lacio y de color enfermizo, como barbas de maíz. Creyeron que rizándoselo con papillotes se disimularía tanta fealdad; pero el demonio del nene, en sus rabietas convulsivas, se arrancaba los papeles y con ellos mechones de cabello, por lo que se decidió pelarle al rape.

Sus costumbres eran de lo más raro que imaginarse puede. Si un instante le dejaban solo, se metía debajo de las camas y se agazapaba en un rincón con la cara pegada al suelo. No sentía entusiasmo por los juguetes, y cuando se los daban, los rompía a bocados. Difícilmente se dejaba acariciar de nadie, y sólo con su mamá era menos esquivo. Si alguien le cogía en brazos, echaba la cabeza para atrás, y con violentísimas manotadas y pataleos expresaba el afán de que le soltaran. Su última defensa era la mordida, y a la pobre niñera le tenía las manos acribilladas. Fácil había sido destetarle, y comía mucho, prefiriendo las sustancias caldosas, crasas, o las muy cargadas de dulce. Gustaba del vino. Ansiaba jugar con animales; pero hubo que privarle de este deleite porque los martirizaba horrorosamente, ya fuese conejito, paloma o perro. Punto menos que imposible era hacerle tomar medicinas en sus enfermedades, y nunca se dormía sino con la mano metida en el seno de la niñera. Por temporadas, lograba su mamá corregirle de la maldita maña de andar a cuatro pies. En dos andaba, tambaleándose, siempre que le permitieran el uso de un latiguito, bastón o vara, con que pegaba a dodo el mundo despiadadamente. Había que tener mucho cuidado y no perderle de vista, porque apaleaba los *bibelots* y figuritas de *biscuit* del tocador de su mamá. La casa estaba llena de cuerpos despedazados y de cascotes de porcelana preciosa.

Y no era éste el solo estrago de su andadura en dos pies, porque también

daba en la flor de robar cuantos objetos, fueran o no de valor, se hallaran al alcance de su mano, y los escondía en sitios oscuros, debajo de las camas, o en el seno de algún olvidado *tibor* de la antesala. Los criados que hacían la limpieza descubrían, cuando menos se pensaba, grandes depósitos de cosas heterogéneas: botones, pedazos de lacre, llaves de reloj, puntas de cigarro, tarjetas, sortijas de valor, corchetes, monedas, guantes, horquillas y pedazos de moldura arrancados a las doradas sillas. A cuatro pies, triscaba el pelo de las alfombras, como el corderillo que mordisca la hierba menuda, y hocicaba en todos los rincones. Estas eran sus alegrías. Cansadas las señoras de los accesos de furia que le acometían cuando se le contrariaba, dejábanle campar libremente en tan fiera condición. Ni aun pensar en ello querían. ¡Pobrecitas! ¡Qué razones habría tenido Dios para darles, como emblema del porvenir, aquella triste y desconsoladora alimaña!

—Hola, querida, ¿qué tal?—dijo Augusta entrando en el cuarto de Fidela y corriendo a besarla—. Allí me he encontrado a tu hijito hecho un puerco espín. ¡El pobre!... ¡Qué pena da verle tan bruto!

Y como notara en el rostro de su amiga que la nube de tristeza se condensaba, acudió prontamente a despejarle las ideas con palabras consoladoras:

—Pero, tonta, ¿quién te dice que tu hijo no pueda cambiar el mejor día? Es más: yo creo que luego se despertará en él la inteligencia, quizá una inteligencia superior... Hay casos, muchísimos casos.

Fidela expresaba con movimientos de cabeza su arraigado pesimismo en aquella materia.

—Pues haces mal, muy mal en desconfiar así. Créelo, porque yo te lo digo. La precocidad en las criaturas es un bien engañoso, una ilusión que el tiempo desvanece. Fíjate en la realidad. Esos chicos que al año y medio hablan y picotean, que a los dos años discurren y te dicen cosas muy sabias, luego dan el cambiazo y se vuelven tontos. De lo contrario he visto yo muchos ejemplos. Niños que parecían fenómenos resultaron después hombres de extraordinario talento. La Naturaleza tiene sus caprichos..., llamémoslos así por no saber qué nombres darles...; no gusta de que le descubran sus secretos, y da las grandes sorpresas... Espérate; ahora que recuerdo... Sí, yo he leído de un grande hombre que en los primeros años era como tu Valentín, una fierecilla. ¿Quién es? ¡Ah! Ya me acuerdo: Víctor Hugo nada menos.

—¡Víctor Hugo! Tú estás loca.

—Que lo he leído, vamos. Y tú lo habrás leído también, sólo que se te ha olvidado... Era como el tuyo, y los padres ponían el grito en el cielo... Luego vino el desarrollo, la crisis, el segundo nacimiento, como si dijéramos, y aquella cabezota resultó llena con todo el genio de la poesía.

Con razones tan expresivas e ingeniosas insistió en ello Augusta, que la otra acabó por creerlo y consolarse. Debe decirse que la de Orozco se hallaba dotada de un gran poder sugestivo sobre Fidela, el cual tenía su raíz en el intensísimo cariño que ésta le había tomado en los últimos tiempos; idolatría más bien, una espiritual sumisión, semejante en cierto modo a la que Cruz sentía por el santo Gamborena ¿Verdad que es cosa rara esta similitud de los efectos, siendo tan distintas las causas o las personas? Augusta, que no era una santa, ni mucho menos, ejercía sobre Fidela un absoluto dominio espiritual, la fascinaba, para decirlo en los términos más comprensibles, era su oráculo para todo lo relativo al pensar, su resorte maestro en lo referente al sentir, el consuelo de su soledad, el reparo de su tristeza.

Obligada a triste encierro por su endeble salud, Fidela habría retenido a su lado a la amiga del alma mañana, tarde y noche. Fiel y consecuente la otra, no dejaba de consagrarle todo su tiempo disponible. Si algún día tardaba, la marquesita se sentía peor de sus dolencias y en ninguna cosa hallaba consuelo ni distracción. Recados y cartitas eran el único alivio de la ausencia de la persona grata, y cuando Augusta entraba, después de haber *hecho novillos* una mañana o un día enteros, veíase resucitar a Fidela, como si en alma y cuerpo saltase de las tinieblas a la luz. Esto pasó aquella mañana, y el gusto de verla le centuplicó la credulidad, disponiéndola para admitir co-

mo voz del Cielo todo aquello de la monstruosa infancia de Víctor Hugo y otros peregrinos ejemplos que la compasiva embaucadora sacaba de su cabeza. Luego empezaron las preguntitas:

—¿Qué has hecho desde ayer tarde? ¿Por tu casa ocurre algo? ¿Qué se dice por el mundo? ¿Quién se ha muerto? ¿Hay algo más del escándalo de las Guzmanas? (Eloísa y María Juana).

Porque Augusta le daba cuenta de las ocurrencias sociales y de las hablillas y enredos que corrían por Madrid. Fidela no leía periódicos, su amiguita sí, y siempre iba pertrechada de acontecimientos. Su conversación era amenísima, graciosa, salpimentada de paradojas y originalidades. Y no faltaba en aquellos coloquios la murmuración sabrosa y cortante, para lo cual la de Orozco poseía más que medianas aptitudes, y las cultivaba en ocasiones con implacable saña, cual si tuviera que vindicar con la lengua ofensas de otras lenguas más dañinas que la suya. Falta saber, para el total estudio de la intensa amistad que a las dos damas unía, si Augusta había referido a su amiga la verdad de su tragedia, desconocida del público y tratada en las referencias mundanas con criterios tan diversos, por indicios vagos y según las intenciones de cada cual. Es casi seguro que la dama trágica y la dama cómica (de alta comedia) hablaron de aquel misterioso asunto, y que Augusta no ocultó a su amiga la verdad o la parte de verdad que ella sabía; mas no consta que así lo hiciera, porque cuando las hallamos juntas no hablaban de tal cosa, y sólo por algún concepto indeciso se podía colegir que la marquesa de San Eloy no ignoraba el punto negro, ¡y tan negro!, de la vida de su idolatrada compañera.

—Pues, mira tú—le dijo, volviendo al mismo tema después de una divagación breve—, me has convencido. Me conformo con que mi hijo sea tan cerril, y, como tú, tengo esperanzas de una transformación que me lo convierta en un genio...; no, tanto, no, en un ser inteligente y bueno.

—Yo no me conformaría con eso; mis esperanzas no se limitan a tan poco.

—Porque tú eres muy paradójica, muy extremada. Yo, no: me contento con un poquito, con lo razonable, ¿sabes? Me gusta la medianía en todo. Ya te lo he dicho: me carga que mi marido sea tan rico. No quiera Dios que seamos pobres, eso no; pero tanta riqueza me pone triste. La medianía es lo mejor, medianía hasta en el talento. Oye, tú, ¿no sería mejor que nosotras fuéramos un poquito más tontas?

—¡Ay, qué gracia!

—Quiero decir que nosotras, por tener demasiado talento, no hemos sido ni somos tan felices como debiéramos. Porque tú tienes mucho talento natural, Augusta; yo también lo tengo, y como esto no es bueno, no te rías, como el mucho talento no sirve más que para sufrir, procuramos contrapesarlo con nuestra ignorancia, evitando en lo posible el saber cosas... ¡Cuidado que es cargante la instrucción!... Y siempre que podamos ignorar cosas sabias, las ignoramos, para ser muy borriquitas, pero muy borriquitas.

—Por eso—dijo Augusta con mucho donaire—yo no he querido almorzar abajo. Hoy tenéis dos sabios a la mesa. Ya le dije a Cruz que no contara conmigo..., para que no pueda pegárseme nada.

—Muy bien pensado. Es un gusto el ser una un poco primitiva, y no saber nada de Historia, y figurarse que el sol anda alrededor de la tierra, y creer en brujas, y tener el espíritu lleno de supersticiones.

—Y haber nacido entre pastores, y pasar la vida cargando haces de leña.

—No, no tanto.

—Concibiendo y pariendo y criando hijos robustos.

—Eso sí.

—Para después verlos ir de soldados.

—Eso no.

—Y envejeciendo en los trabajos rudos, con un marido que más bien parece un animal doméstico...

—¡Bah!... ¿Y qué nos importaría? Yo tengo sobre eso una idea, que alguna vez te he dicho. Mira: anoche estuve toda la noche pensando en ello. Se me antojaba que era yo una gran filósofa, y que mi cabeza se llenaba de un sinfín de verdades como puños, verdades que si se escribieran habrían de ser aceptadas por la Humanidad.

—¿Qué es?

—Si te lo he dicho... Pero nunca he sentido en mí tanto convencimiento co-

mo ahora. Digo y sostengo que el amor es una tontería, la mayor necedad en que el ser humano puede incurrir, y que sólo merecen la inmortalidad los hombres y mujeres que a todo trance consigan evitarla. ¿Cómo se evita? Pues muy fácilmente. ¿Quieres que te lo explique, grandísima tonta?

Vacilante entre la risa y la compasión, oyó Augusta las razones de su amiga. Triunfó al cabo el buen humor; soltaron ambas la risa. Ya la marquesa ponía el paño al púlpito para explanar su tesis cuando entraron con el almuerzo, y la tesis se cayó debajo de la mesa, y nadie se acordó más de ella.

IX

Hasta otra. Las tesis de Fidela se sucedían con pasmosa fecundidad, y si extravagante era la una, la otra más. Su endeble memoria no le permitía retener hoy lo que había dicho ayer; pero las contradicciones daban mayor encanto al inocente juego de su espíritu. Después de almorzar con apetito menos que mediano hizo que le llevaran al chiquillo, el cual, por milagro de Dios, no estuvo en brazos de la mamá tan salvaje como Augusta temía. Se dejó acariciar por ésta y aun respondió con cierto sentido a lo que ambas le preguntaron. Verdad que el sentido dependía en gran parte de la interpretación que se diera a sus bárbaras modulaciones. Fidela, única persona que las entendía, y de ello se preciaba como de poseer un idioma del Congo, ponía toda su buena voluntad en la traducción, y casi siempre sacaba respuestas muy bonitas.

—Dice que si le dejo el látigo me querrá más que a Rita: ta, ta, ca... Mira tú si es pillo. Y que a mí no me pegará: ca, pa, ta... Mira tú si es tunante. Ya sabe favorecer a los que le ayudan, a los que le dan armas para sus picardías. Pues esto, digas tú lo que quieras, es un destello de inteligencia.

—Claro que lo es. ¡Si al fin—dijo Augusta, pellizcándole las piernas—este pedazo de alcornoque va a salir con un talentazo que dejará bizca a toda la Humanidad!

Excitado por las cosquillas, Valentín se reía, abriendo su bocaza hasta las orejas.

—¡Ay, hijo mío, no abras tanto la mampara, que nos da miedo!... ¿Será posible que no se te achique, en la primera crisis de la edad, ese buzón que tienes por boca? Di, diamante en bruto, ¿a quién sales tú con esa sopera?

—Sí que es raro—dijo Augusta—. La tuya es bien chiquita, y la de su papá no choca por grande. ¡Misterios de la Naturaleza! Pues mira, fíjate bien: todo esto, de nariz arriba, y el entrecejo, y la frente abombada, es de su padre, clavado... Pero ¿qué dice ahora?

Tomó parte el chico en la conversación, soltando una retahila de ásperas articulaciones, como las que pudieran oírse en una bandada de monos o de cotorras. Deslizóse al suelo, volvió al regazo de su madre, estirando las patas hasta el de Augusta, sin parar en su ininteligible cháchara.

—¡Ah!—exclamó la madre, al fin, venciendo con gran esfuerzo intelectual las dificultades de aquella interpretación—. Ya sé. Dice..., verás si es farsante..., dice que..., que me quiere mucho. ¿Ves, ves cómo sabe? Si mi brutito es muy pillín y muy saleroso. Que me quiere mucho. Más claro no puede ser.

—Pues, hija, yo nada saco en limpio de esa jerga.

—Porque tú no te has dedicado al estudio de las lenguas salvajes. El pobre se explica como puede...: ta..., ca, ja, pa..., ca..., ta. Que me quiere mucho. Y yo le voy a enseñar a mi salvajito a pronunciar claro, para que no tenga yo que devanarme los sesos con estas traducciones. Ea, a soltar bien esa lengüecita.

Cualquiera que fuese el sentido de lo que Valentinico expresar quería, ello es que mostraba en aquella ocasión una docilidad, un filial cariño que a entrambas las tenía maravilladas. Recostado en el seno de la madre, la acariciaba con sus manecitas sucias, y tenía su rostro una expresión de contento y placidez en él muy extraña. Fidela, que padecía de una pertinaz opresión y fatiga torácica, se cansó al fin de aquel peso descomunal; pero al querer traspasarlo al suelo o a los brazos de la niñera, se descompuso el crío, y adiós docilidad, adiós mansedumbre.

—No llores, rico, que te den tu látigo, dos látigos, y juega un poquitín por ahí. Pero no rompas nada.

Felizmente, el berrinche no fué de los más ruidosos; el heredero de San Eloy salió renqueando por aquellas salas y a poco se le oyó imitando el asmático aullar de un perro enfermo que en los bajos de la casa había. Cruz, que volvió con jaqueca de la segunda sesión con los señores sabios, dispuso que la niñera se llevara al bebé a un aposento lejano para que no molestase con sus desacordes chillidos, y entró a ver a su hermana.

—Regular—le dijo ésta—. La fatiga me molesta un poco. Y ¿qué tal tú?

—Loca, loca ya. Y aún tenemos arte y erudición para rato. ¡Qué mareo, Virgen Santísima!

—Porque no tienes tú—dijo Augusta con gracejo—aquella sandunga de mi padre para trastear a los *amateurs* y a todos los moscones del fanatismo artístico. A papá no le mareaba nadie, porque él poseía el don de marear a todo el mundo. Nadie le resistía, y cuando alguno de extraordinaria pesadez le caía por delante, empezaba a sacar y sacar objetos preciosos con tal prontitud y a enjaretar sobre cada uno de ellos observaciones tan rápidas, vertiginosas e incoherentes, que no había cabeza que le resistiera, y los más fastidiosos salían de estampía, sin ganas de volver a parecer por allí... Tú no puedes practicar este sistema, para el cual se necesita un carácter socarrón y maleante, y, además, has de reservar todo tu talento para otras cosas, quizá más difíciles... A ver..., cuéntanos lo que pasó en ese almuerzo, y qué prodigios de esgrima has tenido que hacer para parar algún golpe desmandado del eximio... ¿No le llama así el periódico siempre que le nombra? Pues juraría que el eximio ha hecho hoy alguna de las suyas.

—Pasmaos: ha estado correctísimo y discretísimo—replicó la primogénita, sentándose para descansar un ratito—. A mí no me dijo una palabra, de lo que me alegré mucho. Pero ¡ay!..., cuando yo vi que metía su cucharada en la conversación, me quedé muerta. "Adiós mi dinero—pensé—. Ahora es ella." Pero Dios le inspiró, sin duda. Todo lo que dijo fué tan oportuno...

—¡Ah, qué bien!—exclamó Fidela alborozada—. ¡Pobre eximio de mi alma! Si digo yo que tiene mucho talento cuando quiere...

—Dijo que en las artes y las ciencias reina hoy el más completo caos.

—¡El más completo caos! Bien, bravísimo.

—Que todo es un caos, un caos la literatura, un caos de padre y muy señor mío la crítica de artes y letras, y que nadie sabe por dónde anda.

—¿Has visto...?

—¡Vaya si sabe! Luego dicen...

—Quedáronse aquellos señores medio lelos de admiración y celebraron mucho la especie, conviniendo en que lo del caos es una verdad como un templo. Por fortuna, poco más dijo, y su laconismo fué interpretado como reconcentración de las ideas, como avaricia del pensamiento y sistema de no prodigar las grandes verdades... Conque..., no entretenerme más aquí. Me llaman mis deberes de *cicerone*.

Su hermana y la amiguita quisieron retenerla; pero no se dió a partido. Por desgracia de las tres, el día estaba malísimo, y no había esperanza de que los dos ilustres investigadores de arte e historia se fuesen a dar un paseíto para despejar la cabeza. Nevaba con furiosa ventisca; cielo y suelo rivalizaban en tristeza y suciedad. La nieve, que caía en rachas violentísimas de menudos copos, no blanqueaba los pisos y en el momento de caer se convertía en fango. El frío era intenso en la calle y aun dentro de las bien caldeadas habitaciones, porque se colaba con hocico agudísimo por cuantas rendijas hallaba en ventanas y chimeneas y balcones, burlando burletes y riéndose de estufas. Sorprendidas las tres damas del furioso viento que azotaba los cristales, aproximáronse a ellos y se entretuvieron en observar el apuro de los transeúntes, a quienes no valía embozarse hasta las orejas, porque el aire les arrebataba capas y tapabocas, a veces los sombreros. Esto y el cuidado de evitar resbalones hacía de ellos, hombres y mujeres, figuras extrañas de un fantástico baile en las estepas siberianas.

—Mira tú qué gracia de día—dijo Cruz con grandísimo desconsuelo—. Para que en todo resulte aciago, hoy no podrá venir el padrito.

—Claro, ¡vive tan lejos!

—¡Y si le coge un torbellino de nie-

ve! No, no, que no salga, ¡pobrecito!

—Mándale el coche.

—Sí; para que lo devuelva vacío, y se venga a pie, como el otro día, que diluviaba.

—Pero ¿tú crees—indicó Augusta—que a éste le arredran ventiscas ni temporales?

—Claro que no... Pero veréis cómo no viene hoy. Me lo da el corazón.

—Pues a mí me dice que viene—afirmó Fidela—. ¿Queréis apostarlo? Y mi corazón a mí no me engaña. Hace días que todo lo acierta este pícaro. Es probado; siempre que duele, dificultando la respiración, se vuelve adivino. No me dice nada que no salga verdad.

—Y ahora te dirá que te retires del balcón y procures no enfriarte. Eso es: enfríate, y después viene el quejidito, y las malas noches, el cansancio y el continuo toser.

—¡Que me enfríe, mejor! —replicó Fidela con voz y acento de niña mimosa, dejándose llevar al sofá—. Me dice el corazón que pronto me he de enfriar tanto, tanto, que no habrá rescoldo que pueda calentarme. Ea, ya estoy tiritando. Pero no es cosa, no. Ya me pasa. Ha sido una ráfaga, un besito que me ha mandado el aire de la calle al través de los cristales empañados. Anda, vete, que tus sabios están impacientes, y el de las pinturas echándote muy de menos.

—¿Cómo lo sabes?

—Toma: por mi doble vista. ¿Qué? ¿No creéis en mi doble vista? Pues os digo que el padre Gamborena viene para acá. Y si no está entrando ya por el portal le falta poco.

—¿A que no?

—¿A que sí?

Salió presurosa la primogénita, y a poco volvió riendo:

—¡Vaya con tu doble vista! No ha venido ni vendrá. Mira, mira cómo cae ahora la nieve.

Ello sería casualidad, ¡quién lo duda! Pero no habían pasado diez minutos, cuando oyeron la voz del gran misionero en la estancia próxima, y las tres acudieron a su encuentro con grandes risas y efusión de sus almas gozosas. Había dejado el bendito cura en el piso bajo su paraguas enorme y su sombrero, y la poca nieve que traía en el balandrán se le derritió en el tiempo que tardara en subir. Al entrar, quitábase los negros guantes y se sacudía un dedo de la mano derecha con muestras de dolor.

—Hija mía—dijo a Fidela—, me ha mordido tu hijo.

—¡Jesús!—exclamó Cruz—. ¿Habráse visto picaruelo mayor? Le voy a matar.

—Si no es nada, hija. Pero me hincó el diente. Quise acariciarle. Estaba dando latigazos a diestro y siniestro. La suerte es que sus dientecitos no traspasaron el guante. ¡Vaya un hijo que os tenéis!...

—Muerde por gracia — indicó Fidela con tristeza—. Pero hay que quitarle esa fea costumbre. No, si no lo hace con mala intención, puede usted creerlo.

X

—En efecto, la intención no debe de ser mala—dijo el misionero con donaire—, pero el instinto no es de los buenos. ¡Qué geniecillo!

—Pues para el día que tenemos y para lo perdidas que están las calles—observó Cruz, sin quitar la vista del padrito, que a la chimenea se arrimaba—, no trae usted el calzado muy húmedo.

—Es que yo poseo el arte de andar por entre lodos peores que los de Madrid. No en balde ha educado uno el paso de grulla en los arrecifes de la Polinesia. Sé sortear los baches, así como los escurrideros, y aun los abismos. ¿Qué creéis?

—Lo que es hoy—dijo Fidela—sí que no se va sin comer. Y comerá con nosotras, si nos prefiere a los sabios que están abajo.

—Hoy no se va, no se va. Es que no le dejamos—afirmó Cruz, mirándole con un cariño que parecía maternal.

—No se va—repitió Augusta—, aunque para ello tengamos que amarrarle por una patita.

—Bueno, señoras mías — replicó el sacerdote con expansivo acento—, hagan de mí lo que quieran. Me entrego a discreción. Denme de comer, si gustan, y amárrenme a la pata de una silla, si es su voluntad. La crudeza del día me releva de mis obligaciones callejeras.

—Y lo mejor que podría hacer es quedarse en casa esta noche—agregó Cruz—. ¿Qué? ¿Qué tiene que decir? Aquí no nos comemos la gente. Le arreglaríamos el cuarto de arriba, donde estaría como

un príncipe, mejor sería decir como un señor cardenal.

—Eso sí que no. Más hecho estoy a dormir en chozas de bambú que en casas ducales. Lo que no impide que me resigne a morar aquí, si para algo fuese necesaria mi presencia.

Cruz le incitó a quitarse el balandrán, que estaba muy húmedo, y ninguna falta le hacía en el bien templado gabinete, y él accedió, dejando que la ilustre señora le tirara de las mangas.

—Ahora, ¿quiere tomar alguna cosa?

—Pero, hija, ¿qué idea tienes de mí? ¿Crees que soy uno de estos tragaldabas que a cada instante necesitan poner reparos al estómago?

—Algún fiambre, una copita...

—Que no.

—Pues yo sí quiero—dijo Fidela con infantil volubilidad—. Que nos traigan algún vinito, por lo menos.

—¿Porto?

—Por mí, lo que quieras. Echaré un pequeño *trinquis* con estas buenas señoras.

Salió Cruz, y Gamborena habló otra vez de Valentinico, encareciendo la urgencia de poner en su educación alguna más severidad.

—Me da mucha pena castigarle—repuso Fidela—. El angelito no sabe lo que hace. Hay que esperar a que pueda tener del mal y del bien una idea más clara. Su entendimiento es algo obtuso.

—Y sus dientes muy afilados...

—Pues ése..., donde ustedes le ven..., ése va a ser listo—afirmó Augusta.

—¡Como que sabe más!... Padre Gamborena, haga el favor de no ponerme esa cara tétrica cuando se habla del niño. Me duele mucho que se tenga mal concepto de mi brutito de mi alma y me duele más que se crea imposible el hacer de él un hombre.

—Hija mía, si no he dicho nada. El tiempo te traerá una solución.

—El tiempo..., la muerte quizá... ¿Alude usted a la muerte?

—Hija de mi alma, no he hablado nada de la muerte, ni en ella pensé...

—Sí, sí. Esa solución de que usted habla—añadió Fidela con la voz velada y enternecida—es la muerte; no me lo niegue. Ha querido decir que mi hijo se morirá, y así nos veremos libres de la tristeza de tener por único heredero a un...

—No he pensado en tal cosa; te lo aseguro.

—No me lo niegue. Mire que hoy estoy de vena. Adivino los pensamientos.

—Los míos no.

—Los de usted y los de todo el mundo. Esa solución que dice usted traerá... el tiempo no la veré yo, porque antes he de tener la mía, mi solución; quiero decir que moriré antes.

—No diré que no. ¿Quién sabe lo que el Señor dispone? Pero yo jamás anuncié la muerte de nadie, y si alguna vez hablo de esa señora, hágolo sin dar a mis palabras un acento tremebundo. Lo que llamamos muerte es un hecho vulgar y naturalísimo, un trámite indispensable en la vida total, y considero que ni el hecho ni el nombre deban asustar a ninguna persona de conciencia recta.

—Vea usted por qué no me asusta a mí.

—Pues a mí, sí, lo confieso—declaró Augusta—, y que el padrito diga de mi conciencia lo que quiera; no me incomodo.

—Nada tengo yo que ver con su conciencia, señora mía—replicó el sacerdote—. Pero si algo tuviera que decir no habría de callarlo, aunque usted se incomodara...

—Y yo recibiría sus reprimendas con resignación y hasta con gratitud.

—Ríñanos usted todo lo que quiera—indicó Fidela mordiscando pastas y fiambres que acababan de traerle—. Ya se me ha pasado el mal humor. Y es más: si quiere hablarnos de la muerte y echarnos un buen sermón sobre ella, lo oiremos... hasta con alegría.

—Eso no—dijo Augusta, ofreciendo al misionero una copa de porto—. A mí no me hablen de muerte ni de nada tocante a ese misterio, que empieza en nuestros camposantos y acaba en el valle de Josafat. Yo encargo a los míos que cuando me muera me tapen bien los oídos para no oír las trompetas del Juicio final.

—¡Jesús, qué disparate!

—¿Teme usted la resurrección de la carne?

—No, señor. Temo el Juicio.

—Pues yo sí que quiero oírlas—afirmó Fidela—, y cuanto más prontito, mejor. Tan segura estoy de que he de irme al cielo como de que estoy bebiendo este vino delicioso.

—Yo también..., digo no..., tengo mis dudas—apuntó la de Orozco—. Pero confío en la misericordia divina.

—Muy bien. Confiar en la misericordia—manifestó el padrito—, siempre y cuando se hagan méritos para merecerla.

—Ya los hago.

—A todas podrá usted poner reparos, señor Gamborena—observó la de San Eloy con una gravedad ligeramente cómica y de buen gusto—; a todas menos a ésta, católica a machamartillo, que organiza solemnes cultos, preside Juntas benéficas y es colectora de dineritos para el Papa, para las misiones y otros fines... píos.

—Muy bien—dijo el padre, asimilándose la gravedad cómica de la marquesita—. No le falta a usted más que una cosa.

—¿Qué?

—Un poco de doctrina cristiana, de la elemental, de la que se enseña en las escuelas.

—¡Bah! La sé de corrido.

—Que no la sabe usted. Y si quiere, la examino ahora mismo.

—Hombre, no; tanto como examinar... A lo mejor se olvida una de cualquier cosilla.

—Nada importa olvidar la letra, si el principio, la esencia, permanecen estampados en el corazón.

—En el mío lo están.

—Me permito dudarlo.

—Y yo también—dijo Fidela, gozosa del giro que tomaba la conversación—. Esta, a la chita callando, es una gran hereje.

—¡Ay, qué gracia!

—Yo, no; yo creo todo lo que manda la Santa Madre Iglesia; pero creo además en otras muchas cosas.

—¿A ver?

—Creo que la máquina, mejor dicho, el gobierno del mundo, no marcha como debiera marchar... Vamos, que el presidente del Consejo de allá arriba tiene las cosas de este bajo planeta un tantico abandonadas.

—¿Bromitas impías? No sientes lo que dices, hija de mi alma; pero aun no sintiéndolo, cometes un pecado. No por ser chiste una frasecilla deja de ser blasfemia.

—Anda, vuelve por otra.

—Pues no me digan a mí—prosiguió la de San Eloy—que todo esto de la vida y la muerte está bien gobernado, sobre todo la muerte. Yo sostengo que las personas debieran morirse cuando quisiesen.

—¡Ja, ja!... ¡Qué bonito! Entonces, nadie querría morirse.

—¡Ah!... No estoy de acuerdo, y dispénseme—dijo Augusta con seriedad—. A todos, a todos absolutamente cuantos viven, aun viviendo miles de años, les llegaría la hora del cansancio. No habría un ser humano que no tuviera al fin un momento en que decir *ya no más, ya no más*. Hasta los egoístas empedernidos, los más apegados a los goces, concluirían por odiar su yo y mandarlo a paseo. Vendría la muerte voluntaria, evocada más que temida, sin vejez ni enfermedades. ¡Vaya, padrito, que si esto no es arreglar las cosas mejor de lo que están, que venga Dios y lo vea!

—Ya lo ha visto, y sabe que las dos tenéis la inteligencia tan dañada como el corazón. No quiero seguiros por ese camino de monstruoso filosofismo. Bromeáis impíamente.

—¡Impíamente! —exclamó Fidela—. No, padre. Bromeamos, y nada más. Cierto que cuando Dios lo ha hecho así, bien hecho está. Pero yo sigo en mis trece: no critico al Divino Poder; pero me gustaría que estableciera esto del morirse a voluntad.

—Es lo mismo que defender la mayor de las abominaciones: el suicidio.

—Yo no lo defiendo, yo no—declaró Augusta, poniéndose pálida.

—Pues yo...—indicó la otra, aguzando su mente—, si no lo defiendo, tampoco lo ataco..., quiero decir..., esperarse..., que si no fuera por lo antipáticos que son todos los medios de quitarse la vida, me parecería..., quiero decir..., no me resultaría tan malo.

—¡Jesús me valga!

—No, no se asuste el padrito—dijo la de Orozco, acudiendo en auxilio de su amiga—. Déjeme completar el pensamiento de ésta. Su idea no es un disparate. El suicidio se acepta en la forma siguiente: que una..., o uno, hablando también por cuenta de los hombres..., se duerma y conserve, en medio del sueño profundísimo, voluntad, poder o no sé qué, para permanecer dormido por los siglos de los siglos y no despertar nunca más, nunca más.

—Eso, eso mismo... ¡Qué bien lo has

dicho!—exclamó Fidela batiendo palmas y echando lumbre por los ojos—. Dormirse y hasta que suenen las trompetitas...

Pausadamente cogió Gamborena una silla y se colocó frente a las dos señoras, teniendo a cada una de ellas al alcance de sus manos, por una y otra banda, y con acento familiar y bondadoso, al cual la dulzura del mirar daba mayor encanto, les endilgó la siguiente filípica:

XI

—Hijas mías, aunque no me lo permitáis, yo, como sacerdote y amigo, quiero y debo reprenderos por esa costumbre de tratar en solfa y alardeando de humorismo elegante con visos de literario las cuestiones más graves de la moral y de la fe católica. Vicio es éste adquirido en la esfera altísima en que vivís, y que proviene de la costumbre de poner en vuestras conversaciones ideas chispeantes y deslumbradoras para entreteneros y divertiros como en los juegos honestos de sociedad..., suponiendo que sean honestos, y es mucho suponer. No necesito que me deis licencia para deciros que cuanto expresasteis acerca de la muerte y de nuestros fines aquí y allá es herético, y además tonto y extravagantísimo, y que sobre carecer de sentido cristiano, no tiene ninguna gracia. Podrán alabar ese alambicado conceptismo los majaderos sin número que acuden a vuestras tertulias y saraos, hombres corrompidos, mujeres sin pudor..., algunas, no digo todas. Si queréis decir gracias, decidlas en asuntos pertinentes al orden temporal. Juzgad con ligereza y originalidad de cosas de teatro, de baile o de carreras de caballos y velocípedos. Pero en nada pertinente a la conciencia, en nada que toque al régimen grandioso impuesto por el Criador a la criatura, digáis palabra disconforme con lo que sabe y dice la última niña de la escuela más humilde y pobre. Aquí resulta una cosa muy triste, y es que las clases altas son las que más olvidada tienen la doctrina pura y eterna. Y no me digan que protegéis la religión, ensalzando el culto con ceremonias espléndidas o bien organizando hermandades y juntas caritativas; en los más casos no hacéis más que rodear de pompa oficial y cortesana al Dios Omnipotente, negándole el homenaje de vuestros corazones. Queréis hacer de El uno de estos reyes constitucionales al uso, que reinan y no gobiernan. No, y esto no lo digo precisamente por vosotras, sino por otras de vuestra clase; no os vale tanta religiosidad de aparato: no se acepta el homenaje externo si no lo acompañáis del rendimiento de los corazones y de la sumisión de la inteligencia. Sed simples y candorosas en materia de fe; dad al ingenio lo que al ingenio pertenece, y a Dios lo que siempre ha sido y será de Dios.

Oían las dos damas absortas, bebiéndose con los ojos la dulzura de los ojos del misionero, al propio tiempo que absorbían por el oído, y las agasajaban en el pensamiento, las ideas que expresaba. Durante la breve pausa que hizo apenas respiraban ellas, y él siguió tranquilo, apretando un poquito en la severidad:

—Las clases altas, o, por mejor hablar, las clases ricas, estáis profundamente dañadas en el corazón y en la inteligencia, porque habéis perdido la fe, o, por lo menos, andáis en vías de perderla. ¿Cómo? Por el continuo roce que tenéis con el filosofismo. El filosofismo, en otros tiempos, no traspasaba el lindero que os separa de las clases inferiores; el filosofismo era entonces plebeyo, ordinario y solía estar personificado en seres y tipos que os eran profundamente antipáticos: sabios barbudos y malolientes, poetas despeinados y que no sabían comer con limpieza. Pero, ¡ah!, todo ello ha cambiado. El filosofismo se ha hecho fino, se ha hecho elegante, se ha colado por vuestras puertas, y vosotras le dais abrigo y le hacéis carantoñas. Antes le despreciabáis, ahora le agasajáis, y os parece que vuestras mesas no están bastante honradas si no sentáis a ellas diariamente a dos o tres alumnos de Satanás, y vuestros saraos no os parecen de tono si no traéis a ellos a toda la caterva de incrédulos, herejes y ateístas. Vosotras, clases altas y ricas, aburridas, fatigadas por no tener un papel glorioso que desempeñar en la sociedad presente, os habéis bajado a la política, como el noble enfermo y melancólico que no sabiendo qué hacer para distraerse desciende a bromear con la servidumbre. El filosofismo, harto de vivir en sótanos y entre telarañas, se ha subido a la política para buscar en ella su negocio, y en

ese terreno común os habéis encontrado todos, y os habéis hecho amigos. Después, incurriendo en familiaridades de mal gusto, lleváis al filosofismo arriba, a vuestras salas, y allí el infame os contagia de sus perversas ideas, amortiguando la fe en vuestros corazones. Cierto que conserváis la fe nominal, pero tan sólo como un emblema, como una ejecutoria de la clase para defenderos con ella en caso de que veáis atacados vuestros fueros y amenazadas vuestras posiciones... Y la prueba de esto la hallamos en las novísimas costumbres de la gente noble. Decidme: ¿no salta a la vista que vuestras devociones son superficiales y que debajo de ellas no hay más que indiferentismo, corruptela? Vosotras mismas os habéis reído esta Navidad de las que *dieron misa del gallo* con baile. Vosotras mismas habéis organizado conciertos caritativos, y con igual frescura tomáis el teatro y la lotería por instrumentos de caridad, que lleváis a la iglesia las formas teatrales. Todo está bien con tal de divertiros, que es la suprema, la única aspiración de vuestras almas.

Descansaron las dos damas de aquella tirante atención, sacando cada cual un suspiro de lo más hondo del pecho, y Gamborena, después de repartir por igual palmaditas en las manos de una y otra, prosiguió y terminó benévolamente en esta forma:

—Hay que volver a la sencillez religiosa, señoras mías, limpiar el corazón de toda impureza y no permitir que la frivolidad se meta donde no la llaman, y donde hace tanta falta como los perros en misa. ¿Queréis ser elegantes? Sedlo enhorabuena, sin mezclar el nombre de Dios ni la doctrina católica en vuestras chismografías epigramáticas. La caridad, el culto, la devoción, sean cosas serias, no uno de tantos temas para lucir la travesura del pensamiento. La que no tenga fe, que lo diga y se deje de comedias que a nadie engañan, y menos al que todo lo ve. La que la tenga, sepa tenerla con simplicidad; sea como los niños para aprender la doctrina y como los humildes y pobres de espíritu para practicarla, dejando los escarceos del ingenio para el diablo, que es el gran hablador y el maestro de la cháchara y el que a la postre sale ganando con todas esas vanidades de la conversación picaresca. La alcurnia y el dinero suelen ser carga pesada para las almas que quieren remontarse y estorbo grande para los que buscan la simplicidad; el toque está, señoras mías, en conseguir aquellos fines sin arrojar dinero y alcurnia, aunque hay casos, pero de esto no se hable por ser excepcional y extraordinario. Sabiendo uno con quién trata y en qué tiempos vive, no incurrirá en la tontería de decir: "Imitad a los que siendo nobles y ricos quisieron ser pobres y plebeyos." Esto no; vivimos en tiempos de muchísima prosa y de muchísima miseria y poquedad de ánimo. La voluntad humana degenera visiblemente, como árbol que se hace arbusto, y de arbusto planta de tiesto; no se le pueden pedir acciones grandes, como al pigmeo raquítico no se le puede mandar que se ponga la armadura de García de Paredes y ande con ella. No, hijas mías. No os diré nunca que seáis heroínas, porque os reiríais de mí y con razón. Sois muy enanas, y aunque os empinarais mucho, aunque os pusierais penachos de soberbia y tacones de vanidad, no podríais llegar a la talla. Por eso os digo: ya que sois tan poquita cosa, procurad ser buenas cristianas dentro de la cortedad de vuestros medios espirituales; seguid siendo aristócratas y ricas; compaginad la simplicidad religiosa con el boato que os impone vuestra posición social, y cuando os llegue el momento de pasar de esta vida, si habéis sabido limpiaros de la impureza que os invade el corazón, no encontraréis cerradas las puertas de la eterna dicha.

Oyeron las damas esta plática con emoción profunda, y poco faltó para que lloraran. Cuando el misionero terminó, repitiendo las afectuosas palmaditas en las manos de sus oyentes, Augusta no hacía más que suspirar. Fidela parecía un poquito asustada, y cuando se repuso, su genial travesura salió bruscamente con uno de aquellos rasgos que el sacerdote acababa de reprender:

—Pero si no puedo purificarme bien, lo que se llama bien, espero que habrá un poquito de manga ancha conmigo y que usted me abrirá la puerta celestial.

—¿Yo?

—Usted, sí, usted, que tiene las llaves.

—¿Yo?

—Lo dice mi marido, y lo cree, y por creerlo así le llama a usted *San Pedro.*

—Es una broma.

—¿Y no mereceré yo un poco de indulgencia?

—Indulgencia Dios la da.

—Pues mire usted, nadie me quita de la cabeza que la voy a necesitar pronto, muy pronto.

—¡Oh, no digas tal!

—Me lo pueden creer. Hace días vengo pensando en eso, en mi próxima muerte, y ahora, cuando usted hablaba, se me metió en la cabeza la idea de que ya estoy al caer; pero ya, ya...

—¡Qué tontería!

—Si no me asusto. Al contrario, lo miro con una tranquilidad... ¡Morir..., *dormir mucho tiempo*! ¿No es eso, padre? ¿No es eso, Augusta?

Entró en aquel momento Cruz, y habiendo entendido algo de lo que su hermana decía, la reprendió con dulzura, fijándose en la expresión de su rostro. Debió éste de parecerle hipocrático en grado sumo, aunque no lo bastante para sentir alarma.

—Claro, te estás toda la tarde de palique, y luego viene la fatiguita y la opresión. Tú no hagas más que oír y habla lo menos que puedas; sobre todo no te pongas a defender los mil disparates que se te ocurren, porque en las discusiones te quedas sin aliento, y ya ves...

—Si no estoy mal—dijo Fidela con dificultosa respiración.

—No, no estás mal. Pero yo que tú, me acostaría. Ya ves qué día tenemos. Con todas las precauciones del mundo y echando leña sin cesar en las chimeneas, no podemos evitar que te enfríes. ¿Verdad, padrito, que debe acostarse?

Las instancias de su hermana, reforzadas por Gamborena, lleváronla al lecho, donde se sintió mejor. Después de haber descabezado un sueñecillo, hallábase muy risueña y decidora. Augusta, que de su lado no se separaba, le mandó más de una vez que cerrase el pico.

Nada ocurrió en el resto del día digno de ser contado. Gamborena y Cruz charlaban en el gabinete de Fidela, y ésta, en su alcoba, se entretenía con Valentinito y con su fiel amiga. Ya entrada la noche, poco antes de la hora de comer, la marquesita de San Eloy despertó de un breve y tranquilo sueño, respirando desahogadamente. ¡Qué bien estaba! Así lo creyó Augusta al acercarse a ella, inclinándose sobre el lecho. Llevóse la niñera al chiquitín para darle de comer, y entonces Fidela, acariciando la mano de su amiga, le dijo en el tono más natural del mundo:

—Tengo que decirte una cosa.

—¿Qué?

—Que quiero confesarme.

—¡Confesarte!—exclamó Augusta, palideciendo y disimulando su turbación—. Pero ¿estás loca?

—No sé por qué ha de ser signo de locura el querer confesarse.

—Pero, hija, es que... crearán que estás mal.

—Yo no sé si estoy mal o bien. No hay más sino que quiero confesarme..., y cuanto más pronto, mejor.

—Mañana.

—Déjate de mañanas. Mejor será esta misma noche.

—Pero ¿qué idea te ha dado...?

—Pues una idea, tú lo has dicho, una idea. ¿Acaso es mala?

—No..., pero es una idea alarmante.

—Bueno, mejor. Me harás el favor de decírselo a mi hermana. O se lo dices a Tor... No, no, mejor a mi hermana.

XII

En el mismo instante que esto ocurría entraba del Senado don Francisco llevando consigo a su amigo, médico y senador, a quien había invitado a comer, más que por el gusto de obsequiarle, porque viera a su esposa, y proporcionarse de este modo una consulta gratuita sobre la dolencia fastidiosa y tenaz, ya que no grave, que aquélla sufría. Figuraba el senador entre las eminencias médicas, y quería serlo también política, para lo cual había tomado por su cuenta las reformas sociales, pronunciando discursos campanudos y pesadísimos, que a Torquemada le encantaban, por hallar en ellos perfecta concordancia con sus propias ideas sobre tales materias. Hicieron amistades en los pasillos, y en el salón se sentaban casi siempre juntos. Era el médico hombre amabilísimo, y don Francisco se encariñaba con los hombres finos, siempre que fueran desinteresados y no atacasen al bolsillo con las armas de la cortesía refinada, como ciertos *puntos* que a nuestro

tacaño se le sentaban en la boca del estómago.

Vió, pues, el senador médico a la señora marquesa, la interrogó con exquisita delicadeza y gracejo, y su dictamen fué tranquilizador para la familia. Todo ello no era más que anemia y un poco de histerismo. El tratamiento de Quevedito le pareció de perlas, y había que esperar de él la anhelada mejoría. No se permitió añadir más que la *rusticación* cuando llegase el verano, residiendo en país montañoso, lejos del mar. Después comieron todos muy campantes, y Cruz notó en Augusta una tristeza que en ella era cosa muy rara, pues por lo común alegraba la mesa y entretenía gallardamente a los comensales. Torquemada estuvo decidor, queriendo a toda costa lucirse delante de su amigo, el cual, *velis nolis*, metió entre dos platos los problemas sociales, y allí fué Troya, pues el médico resolvía la cuestión por lo político, el misionero por lo religioso, y el señor marqués deploraba las exageraciones de escuela. Tristes y aburridas, abstuviéronse las dos damas de dar su opinión en tan cargante materia.

Terminada la comida corrió Augusta a la alcoba y se secreteó con Fidela:

—Dice Cruz que mañana...

—Mi hermana no ha dicho eso.

—¿Cómo no?

—No, porque tú no le has dicho nada todavía. Si todo lo sé y lo veo desde aquí. Conmigo no valen mentirijillas. Y si no se lo dicen pronto, tendré que decírselo yo.

La inesperada presencia de Cruz en la alcoba, entrando como una aparición, cortó bruscamente el diálogo. Al pronto, notando algo extraño en la actitud de ambas, creyó que se trataba de una travesura. Interrogó, le replicaron, y al fin supo la verdad de aquel antojo de su hermana. ¡Confesarse! ¿Cuándo? ¡Pronto, pronto! ¿Qué prisa había? Su empeño, verdadero o fingido, de tomarlo a risa, no dió más resultado que confirmar a la otra en su tenaz deseo. Bien se comprende que aquel repentino afán de confesión, no hallándose la señora peor de su dolencia, al decir de los médicos, inquietó a la familia. Cruz fué con el cuento a Gamborena, y éste a don Francisco, que corrió alarmadísimo a la alcoba, y dijo a su cara mitad:

—Pero tú, ¿qué *fenómenos* tienes? Si dice el doctor que son *fenómenos reflejos, exclusivamente reflejos*... ¿A qué viene esa andrómina del confesarse? Tiempo tienes. Mi amigo se ha ido, pero si quieres le llamo... No, no será preciso. Mientras menos médicos parezcan por aquí, mejor. Quevedo no tardará en llegar, y entre todos te convenceremos de tu tontería.

Interrogada por todos de un modo apremiante, Fidela no podía declarar, sin mentir, ningún síntoma peligroso. De fiebre no tenía ni chispa, según una vez y otra hizo constar don Francisco, que se las echaba de buen entendedor de pulsos. Lo único que sentía era la opresión del pecho, la dificultad del respirar, cual si un corsé de hierro le oprimiera la caja torácica, y algo, además, que, a su parecer, como dogal interno, apretaba su garganta, a la cual se llevaba las manos sin sosiego, creyendo cerciorarse con ellas de una fuerte hinchazón.

—Pero ¿no tengo aquí un bulto muy grande?

—No, hija, no tienes nada. Todo es aprensión.

—*Fenómenos reflejos.*

—Duérmete, y verás.

—Eso es lo que quiero, dormirme, y ver lo que hay por allá. Pero me parece que no pegaré los ojos en toda la noche.

Quevedito, que a la sazón entrara, no encontró en ella novedad que debiera ser motivo de alarma; pero el estado moral de la enferma y las extrañas inquietudes de su espíritu pusiéronle al fin en cuidado, y propuso a su suegro que al día siguiente fuese llamado en consulta el doctor Miquis. En tanto, Cruz trataba de convencer a Gamborena de la inconveniencia de retirarse a su domicilio en noche tan cruda y desapacible, y él no insistió, como otras veces, en largarse, afrontando la ventisca y el frío. Más que las molestias y aun peligros de la caminata, le retenían en la mansión ducal presentimientos vagos de que no sería excusada en ella su presencia. Convino, al fin, en alojarse en la habitación *cardenalicia* que en el piso alto le tenían preparada, y Cruz le suplicó que, antes de recogerse, tratara de obtener de Fidela, con su omnímoda autoridad, el aplazamiento de la confesión hasta el siguiente día. Dicho y hecho.

Llegose a la puerta de la alcoba el buen sacerdote, y desde allí, con insinuante cariño, dijo a la enferma:

—¿Sabes que tu hermana no me deja marchar? Me resigno, porque las calles están heladas: caballos y personas tenemos miedo de un resbalón y de rompernos pata o pierna... Eso que has pensado, hija mía, me parece muy bien, muy bien. Por lo mismo que no estás peor, quieres hacerlo descansada y fácilmente, como obligación de todo tiempo y de circunstancias normales. Bien, muy bien. Pero yo estoy cansado, tú necesitas dormir, y como me tienes en casa, quédese para mañana. Duérmete, niña, duérmete tranquila. Buenas noches

Poco después de esto despidióse Augusta, besando una y otra vez a su amiga, y prometiéndole ir tempranito a la mañana siguiente. La paz y la quietud reinaron en la casa, mas no en el corazón de Cruz, que no tenía sosiego, y se acostó como el oficial de guardia cuando hay temores de trifulca. Toda la noche la pasó don Francisco vigilando a su esposa. Entraba de puntillas y aproximábase al lecho como un fantasma. La pobrecita dormía algunos ratos; pero eran sus sueños breves y nada tranquilos.

—Estoy despierta—decía alguna vez—. Aunque me veas con los ojos cerrados, no duermo, no. Y ¡qué ganas tengo de coger un buen sueño, largo, largo!...

—¿Hay algún nuevo fenómeno, hija mía?

—Nada, nada más que esta opresión maldita. Si no tuviera esto, me sentiría muy bien.

Y más tarde:

—*Eximio*, no te asustes, esto no es nada. Un momento que me ha faltado la respiración, y creí que me ahogaba.

—¿Quieres otra cucharadita?

—No, ahora no. Creo que me hace daño tanto brebaje. ¡Ay! ¡Qué horrores soñé en un momento que me quedé dormida! Que nuestro Valentín se había sacado los ojos y jugaba con ellos. Después me los daba a mí para que se los guardara... Ta..., ca..., pa..., ca... Y ¿qué haces que no te acuestas, pobrecito *eximio*?

—Mientras tú estés despierta, velaré yo—le dijo el esposo, sentándose a su lado—. *Blasono* de precavido y vigilante y soy la *previsión personificada*.

—Si no tengo nada, si estoy bien...

—Pero debemos *tender* a que estés mejor. A mí se me ha ocurrido un plan. A veces sabe uno más que toda la cáfila de médicos que *pululan* por ahí.

—¡Si yo durmiera!... Pero ya verás..., de mañana no pasa que coja yo un sueño largo, largo...

—Cuando yo estoy desvelado me pongo a sumar cifras, y a meter y sacar por todos los rincones del cerebro la aritmética que aprendí de muchacho.

—Pues yo también sumo, y no saco en limpio más que los mil y quinientos minutos que me faltan para dormirme. ¡Qué cabeza ésta! ¿Ves? Ahora parece que tengo sueño. Respiro bien, y el bulto de la garganta se me sube a los ojos. Los párpados me pesan. *Eximio* Tor, yo te aseguro que Valentín tendrá mucho talento, no talento para los negocios, como tú, sino para la poesía y para...

Se quedó dormida. A la madrugada, después de varios letargos breves, tuvo un ligero ataque de disnea. Torquemada se alarmó. Pero ella le tranquilizaba, diciéndole:

—Querido *ex...*, *ex... imio*, no te asustes. No es nada. Quiero respirar, y la nariz dice que... respire por la boca, y la boca... que por la nariz..., y en esta disputa... ¿Ves? Ya pasó..., ya.

Ya de día claro, durmió como unas dos horas, y se despertó alegre, charlatana, preguntando si había venido Augusta. Acudió su hermana a darle el desayuno, un té con leche, que tomó con gran apetito. Torquemada se había ido a descansar, y Gamborena se preparaba para decir la misa. Revuelto y glacial, como el anterior, ofrecióse el amanecer aquel día, lo que no impidió para que la de Orozco se personase en el palacio, diligente y recelosa, poco antes de la misa, que oyó con gran recogimiento y devoción. A las nueve, cuando Gamborena se desayunaba en la sacristía y se oían en los pasillos bajos el desapacible chillar del heredero y el ruido de los varetazos que daba en bancos y sillas, subió Augusta a la alcoba y charló con Fidela de cosas gratas, amenas y tentadoras de la risa. En lo mejor de este sabroso coloquio entró el eclesiástico diciendo con gracejo:

—Amiguita, ahora está usted de más

aquí. Fidela y yo tenemos que echar un párrafo.

Salió de la alcoba la dama y quedaron solos la marquesa y el misionero. La confesión fué larga, aunque no tanto como el sueño que aquélla deseaba.

XIII

—¿Y qué?—preguntaba Augusta al sacerdote en el gabinete de Cruz, mientras ésta pasaba un rato junto a su hermana—. Después de la confesión, ¿tendremos también Viático?

—*¡Tendremos!* Habla usted de ello, amiga mía, como si se tratase de una *garden party* o de un cotillón.

—No es eso... Quiero decir...

Torquemada entró súbitamente, haciendo la misma pregunta:

—¿Y qué? *¿Viático tenemos?*

—Esperaremos a que ella misma lo pida—indicó Augusta—, o a que los facultativos indiquen su oportunidad... Yo la encuentro bien, y no veo motivo de alarma. ¡Pobre ángel! ,

—Es una santa—dijo el tacaño con cierta solemnidad—, y no será justo ni equitativo que se nos muera tan pronto, habiendo por el mundo tantos y tantas que maldita la falta que hacen.

—Sólo Dios sabe quién debe morir —agregó el sacerdote—, y cuanto El dispone, bien dispuesto está.

—Sí; pero no es cosa de conformarse así, a lo *bóbilis bóbilis*—replicó Torquemada, amoscándose—. ¡Pues no faltaba más! Admito que todos somos mortales; pero yo le pediría al *señor de Altísimo* un poco más de lógica y de consecuencia política, quiero decir, de consecuencia mortífera... Esto es claro. No se mueren los que deben morirse, y tienen siete vidas, como los gatos, los que harían un *señalado servicio* a toda la Humanidad tomando soleta para el otro mundo.

Gamborena no contestó nada y se fué a rezar a la capilla.

Poco después de esto, Fidela, que, por consejo de toda la familia y disposición de Quevedito, se había quedado en el lecho, mandó que le llevaran al chiquillo, el cual, si al pronto se enfurruñó porque le privaban de hacer el burro en los pasillos bajos, no tardó en avenirse con la compañía de su madre, única persona a quien solía mostrar cariño. Cansado de dar vueltas por la alcoba pegando latigazos, se hizo subir a la cama, y por ella se paseó a cuatro patas, imitando el perro y el cochino; y ya se corría hacia la cabecera para dejarse besar de su mamá, ya bajaba hasta los pies, mordiscando la colcha, y haciendo *gru gru* para hacer creer a Augusta que era un terrible animalejo que le iba a comer una mano.

—Está monísimo—decía Fidela, encantada de aquel juego—. No me digan que este chico va a ser tonto. Lo que tiene es muchísima picardía, y en él la travesura del animalillo anuncia la inteligencia del hombre.

Agitaba ella los pies dentro de las sábanas para que él hocicara en el bulto con saltos y acometidas de bestia cazadora, y ya se esparrancaba, ya husmeaba el aire descansando sobre los cuartos traseros y erguido sobre los delanteros, ya, en fin, sentábase para frotarse el hocico con movimientos de oso cansado de divertir a la gente. Pero su principal diversión era asustar a las personas que rodeaban el lecho, y a su mamá misma, ladrándolas, embistiéndolas de mentirijillas, con la boca abierta en toda su pavorosa longitud. Verdad que nunca se las comía, pero les hacía creer que sí, a juzgar por las voces de espanto con que acogían sus furores. Por fin, tendióse a lo largo junto a su madre, y apoyando su rostro en el de ella, largo rato estuvo mirándola de hito en hito, sin articular gruñido ni voz alguna. Maravillábase Augusta de que la mirada de Valentinico tuviera aquel día expresión menos fosca y aviesa que de ordinario; pero no apuntó ninguna observación sobre este particular.

—¡Si es más bueno este hijo!—decía Fidela, gozosa—. ¡Ahora me está diciendo al oído unos secretitos tan salados! Ta, ta, pa, ca..., que me quiere mucho, y otras cosas muy bonitas, muy rebonitas.

Diferentes veces le puso Cruz en el suelo para que no molestase a su madre; pero él, con una querencia tenaz, que fué la mayor rareza de aquel memorable día, se las arreglaba para volver a la cama. Creyérase que comprendía la obligación de ser dócil y bueno para merecer aquellos honores. Nunca se le vió más sumiso ni se notó expre-

sión tan dulce en el ta, ca, ja, pa que a cada instante pronunciaba, ni tuvo tanto aguante para permanecer quieto, pegado su hocico al rostro de su mamá, dejándose acariciar de ésta y oyendo de su boca tiernas palabras que seguramente no había de entender. Quedóse dormido un rato, y Fidela no consintió que le quitasen de su lado. Durmió también ella con placidez que todos creyeron de feliz augurio, y de fijo le habría sido provechoso aquel sueñecico si hubiera durado más.

Con la tardanza del doctor Miquis, que no pudo ir hasta la tarde, estaban en ascuas Cruz y don Francisco, esperando uno y otro cobrar ánimos con la visita del famoso médico. Antes que éste llegara tuvo Fidela otro ataquillo de disnea, seguido de un colapso muy breve, del cual sólo Augusta, única persona que entonces se hallaba presente, pudo enterarse. Volvió Valentinico a subirse a la cama, y si poco antes pudieron observar todos en sus ojuelos cierta dulzura (como no fuera esto efecto de la buena voluntad de los que le miraban), luego notaron en ellos la singularísima expresión ofensiva que de ordinario tenían. Quizá dependía esto de su pequeñez, contrastando con la voluminosa cabeza, y de una irisación gatuna en las oscuras pupilas. No se sabe; pero todos decían, y Augusta la primera, que aquél no era el mirar inocente y seductor de un niño. ¡Demonio de engendro! Le dió por echarse como un perro a los pies de su madre, y de amenazar con gruñidos a cuantos al lecho se acercaban, enseñando los dientes, y preparándose para morder al que se dejara, ya fuese su mismo papá o su tía.

—¡Qué bravo!—decía Fidela—. ¡Cómo defiende a su madre! Esto se llama inteligencia, esto se llama cariño... Pero ¡si nadie me hace daño, hijo mío! Estate quietecito y no te muevas mucho, que me molestas.

Entró en esto Miquis, y se llevaron al salvaje bebé, que con berridos protestaba de no hallarse presente en tan importante visita. Larga fué ésta, y detenidísimo el examen que de la ilustre enferma hizo aquel espejo de los facultativos. La animó con su galana y piadosa palabra, mostróse después reservado con la familia, y al fin, solos él y Quevedito, hablaron *mutatis mutandis* lo que sigue:

—Pero tú, ¿qué estás pensando?... Tú, ¿qué haces? ¿Estás tonto?

—¡Yo!... ¿Qué?—replicó balbuciente y poniéndose pálido el yerno de Torquemada—. ¿Por qué me dice usted eso, don Augusto?

—Porque eres un ciego si no ves que esta pobre señora está muy mal. ¡A buena hora me avisas, cuando ya...! Puede que aún sea tiempo, pero lo dudo. La depresión cardíaca es tal, que temo el colapso, y si viene el colapso con la intensidad que presumo, ya no hay nada que recetar, como no sea el Viático.

Quevedito se limpió el sudor del rostro. Un color se le iba y otro se le venía, no sabiendo qué contestar a las aterradoras palabras de su amigo y maestro, el cual siguió:

—Pero ¿a qué tanta digitalina? Basta, basta, y dispón las inyecciones de cafeína y éter, y las inhalaciones de oxígeno..., para lo que ha de venir esta noche.

—¡Teme usted!

—Ojalá me equivoque. Pero... no te comprometas ante la familia con optimismos que, por desgracia, serían ilusorios..., no des esperanzas.

—¿Teme usted que el colapso...?

—Se ha iniciado ya. Lo he conocido en el pulso irregular, en el rostro, que se descompone o parece querer descomponerse...

—No había observado...

—Y ¿para qué sirve la adivinación médica, el arte de ver los fenómenos ya pasados en el rastro casi imperceptible que dejan en el organismo? Volveré esta noche. No te separes de la enferma y observa al minuto todo cuanto ocurra.

—¿Volverá usted?

—Sí. Creo que no adelantaremos nada y que la pobre señora no saldrá de la noche.

De tal modo desconcertaron estas lúgubres palabras al bueno de Quevedito, que cuando el otro se fué y Cruz, ansiosa, se llegó al médico de la casa, éste no pudo disimular su turbación. Faltábale poco para echarse a llorar. A las preguntas anhelantes de Cruz y a las de don Francisco contestó desordenadamente, luchando entre la veracidad profesional y el afecto de familia:

—Mal diagnóstico..., ¿para qué ocultarlo?... Malo, malo... Sería peor dar esperanzas, que... Pero aún no debemos perderlas, no, no, eso no... Basta de digitalina... Habrá que hacer inyecciones..., inhalaciones... Veremos esta noche... Creo que Miquis exagera el mal. Estos médicos de punta son así, dan grandes proporciones a la cosa más sencilla para luego salir diciendo... Pero la gravedad existe, una gravedad relativa..., y vale más estar prevenidos...

XIV

La primera idea de Cruz, rehaciéndose valerosa ante el peligro, fué llamar inmediatamente a las principales eminencias médicas de Madrid. Torquemada, que poco después de oír a su yerno tocaba el cielo con las manos, empezó por arrojar todas sus iras contra Miquis:

—Ese hombre está loco. Ese hombre es un bribón, que quiere explotarnos. Ve que en esta casa hay *trigo* y dice: "Aquí me dejo caer..." No, no, fuera médicos ilustres, que no saben una patata. ¡Decir que hay peligro grave! ¿Dónde y por qué? Si sólo con verla se comprende que todo ello es *unas miajas* de fenómeno reflejo, catarro descuidado, el dengue y los achaquillos que deja... Esto es una picardía, un complot, *por decirlo así.*

Pronto varió de opinión, *transigiendo* con que se llevaran cuantos doctores de campanillas fuesen menester, y después su excitado cerebro discurría los arbitrios más extravagantes, por ejemplo, llamar a un curandero famoso de la Cava de San Miguel... El le conocía, y testimonio podía dar de sus maravillosas curas: nada se perdía, pues, con llevarle, porque si no curaba, daño no hacía; toda su terapéutica era agua del pozo y dar friegas en el estómago y en *los vacíos* con un cepillo de hierbas. Tan deconcertado estaba el hombre, que no tardó en reírse de su propio consejo, y volvió a poner en duda la competencia de la facultad para curar a nadie.

Con rapidez pasmosa cundió entre los amigos de la casa la noticia de la gravedad de la señora marquesa de San Eloy, llegando también al Senado antes del término de la sesión, por lo cual vióse don Francisco asaltado, a primera hora de la noche, de multitud de *amigos políticos y particulares,* que con enfáticas demostraciones de sentimiento estuvieron dándole matraca más tiempo del que su tristeza y ganas de soledad consentían. No hizo caso de nadie, ni aun de los que, echándoselas de profetas optimistas, le anunciaban una solución feliz de la enfermedad. Renegaba el tacaño de todo, de los amigos y de la ciencia, de la fatalidad y de los *llamados... altos designios de... quienquiera que fuese.* Hasta la compañía y los consuelos de Donoso, su amigo y en cierto modo maestro en ilustración, le cargaban en aquella infausta noche. Resistióse a probar bocado, y cuando los importunos empezaron a desfilar, andaba de un lado para otro del palacio, como un demente paseándose entre fantasmas, que no otra cosa le parecían las figuras religiosas o paganas, desnudas unas, otras mal vestidas *con sábanas* o *colchas,* que poblaban salones y galerías.

Entre tanto, Fidela había pasado, en el tránsito melancólico del día a la noche, por diferentes alternativas, hallándose por momentos gravísima, por momentos tan aliviada, que la familia no sabía si temer o esperar. Augusta no se separaba de su lecho; las manos de una enlazadas con las de la otra confirmaban en aquellos críticos instantes el intenso cariño contra el cual la muerte misma no debía prevalecer.

—Ahora te sientes mejor, mucho mejor, ¿no es verdad? No creas que nos hemos alarmado mucho. Bien se ve que no es nada.

—Sí, no es nada—dijo Fidela recobrando la viveza de su acento—. ¡Si siguiera como estoy ahora!... Me siento bien; respiro sin dificultad y..., ¡qué cosa tan rara!, se me ha refrescado tanto la memoria, que todo lo veo clarito, y mil cosas que había olvidado, insignificantes, se me presentan ahora en la imaginación como si hubieran pasado ayer.

—¿Sí? ¡Qué gracia! Pues mira, no hables mucho. Ya sabes que los médicos quieren que cierres el pico... Fácil medicina es callar

—Déjame que hable un poquitín. ¡Si es lo que me gusta más en el mundo! La charla..., mi pasión.

—Bueno, te permito una pizca de

charla. Si se enteran Quevedo y tu hermana me reñirán.

—¡Ay, qué cosa tan rara! Alababa yo mi memoria, y ahora me encuentro sin ella... Pues nada... Había pensado preguntarte una cosa, y se me ha olvidado... Pero ¡si hace medio minuto que lo tenía aquí, en la punta de la lengua!

—Pues déjalo para después.

—¡Ah!... Ya, ya la tengo. Verás: cuatro palabras nada más... Dime una cosa. ¿Crees tú que los muertos vuelven?

—Mira, hija de mi alma—replicó Augusta, sintiendo frío en el corazón—, no hables de muertos. ¡Vaya, qué tonterías se te ocurren!

—¿Y por qué ha de ser tontería? Yo te pregunto si crees tú que los que se mueren... vuelven al mundo de los vivos. Pues mira, yo creo que sí, y que no hay que burlarse de la conseja de las ánimas en pena.

—Yo no sé nada de eso; cállate o llamo a Cruz.

—No, no... ¡Flojo réspice me echaría!... Yo creo que cuando una es espíritu libre puede ir y venir donde le plazca. Lo que no sé es si tú podrás verme como yo te veré a ti... Y cuidadito con hacer picardías... Mira que te estaré mirando...

Augusta temblaba. Se apoderó de ella un terror instintivo; y como en la estancia había poca luz, creyó ver surgir de aquellas penumbras espectros que se aproximaban lenta y terroríficamente.

—¿Tú qué piensas de esto?—insistió Fidela con ligera inquietud—. ¿Alguna vez en tu vida, en circunstancias gravísimas, ¿me entiendes?, has visto la imagen de alguna persona querida que se te hubiera muerto? Porque el ser la persona muy querida, muy querida, paréceme condición indispensable para que el hecho de verla, de verla como te estoy viendo a ti, se verifique.

—¡Bah, bah!... ¿Te callas si te contesto lo que más puede gustarte? Pues bien, si te callas, te diré que sí... Pero no me preguntes más. Queriendo mucho, pues... Ea, basta ya. Esto podría desvelarte, y es preciso que duermas, pobrecita.

—Si yo también quiero dormirme. De eso se trata, tonta. ¡Que me place tu respuesta! Los que duermen, sueñan, y el que sueña vive en sueños, y su ser soñante puede ser su imagen visible... ¡Vaya una filosofía! ¡Ah, que no nos oiga el padrito! ¡Menudo sermón nos echaría!... Pues sí, a dormir, a dormir.

Cerró los ojos, y Augusta, después de abrigarle el cuello con el embozo, la besó cariñosamente y la arrulló como a los niños. Cruz entró de puntillas, y enterada de su tranquilidad, volvió a salir. En consulta estaban a la sazón tres eminencias, a más de Miquis y Quevedito, y había gran ansiedad en la familia por conocer el resultado de la discusión científica. Por desgracia, el protomedicato confirmó plena y categóricamente la opinión de Miquis respecto a la gravedad y al inminente peligro. La temida catástrofe podía tardar un día, dos, o precipitarse en el instante menos pensado, aquella misma noche.

Quiso Cruz consultar con Torquemada si se traería el Viático sin pérdida de tiempo; pero don Francisco, por mediación de Donoso, que era el que andaba en aquellos tratos, negóse a dar su opinión sobre tan grave materia. Su abatimiento y pesimismo quitábanle la serenidad para resolver cosa alguna. Gamborena, en tanto, con pretexto de visitar a la enferma, entró en su alcoba. La vió dormida; esperó... Un ratito después, Fidela despertaba; alegróse mucho de ver al misionero, y le dijo que quería reconciliarse. Retiráronse todos, y Gamborena, como era natural, aprovechó tan buena coyuntura para proponerle la administración del Sacramento. Acerca de la hora no hubo perfecto acuerdo, porque la enferma dijo: "Mañana." Cruz no quería contrariarla manifestando prisa, y el padre transigió, dando al mañana una interpretación ingeniosa.

—Tempranito, tempranito... Es lo mejor. Son las diez de la noche.

Don Francisco, a eso de las once, se dirigió a la alcoba, cuando ya se había iniciado el temido colapso. El mismo terror que invadía su alma le sugirió ardiente anhelo de ver el tristísimo cuadro de aquella preciosa vida, próxima a extinguirse en lo mejor de la edad, burla horrorosa de la lógica, del sentido común y aun de las leyes de la Naturaleza, *sacrosantas*, sí, señor, *sacrosantas* cuando no se dejan influir, ¡cuidado!, de las arbitrariedades que vienen de arriba. Contempló a su querida esposa lívido, desconcertado, sin acertar

a proferir palabra ni queja, y allí se estuvo como estatua, sintiendo con más fuerza que había sentido el terror de la entrada en la alcoba el terror de la salida. No hallaba ni la palabra, ni el gesto, ni el movimiento para largarse. Por fin, Augusta, que lloraba a lágrima viva, le cogió por un brazo, diciéndole entre sollozos:

—Retírese, don Francisco, que esto le afectará demasiado.

El hombre encontróse fuera del cuarto cuando menos lo pensaba, y silenciosamente, las manos a la espalda, los labios fruncidos, bien apretados los dientes, como si nunca más en su vida hubiese de articular palabra, se fué a su despacho, en la planta baja, donde no había nadie, pues Donoso andaba también por las alturas, tratando de algo referente a la imponente ceremonia que se preparaba.

XV

Metióse en su cuarto el marqués de San Eloy, como alimaña huída que sólo se cree segura en la grieta que le sirve de albergue; pero como éste era, en aquel caso, bastante holgado, allí se entretuvo el hombre en espaciar su desventura, paseándola de un extremo a otro, como si de esta suerte, por estirarla y darle vueltas, pudiera llegar a ser menos honda. Verdaderamente era una cosa inicua, casi estaba por decir una mala partida..., vamos, una injusticia tremenda, que debiendo ser Cruz la condenada a fallecer, por razón de la edad y porque maldita la falta que hacía en el mundo, falleciese la otra, la bonísima y dulce Fidela. ¡Qué pifia, Dios! Y a él no le faltaban agallas para decírselo en su cara al Padre Eterno, como se lo diría al nuncio y al mismo Papa para que fueran a contárselo.

—¿A qué obedecía la muerte de Fidela? ¿A qué obedece?—repetía furioso, volviendo la cara hacia el techo, como si en él pintada estuviese la cara de su interlocutor—. ¿Es esto justo? ¿Es esto misericordioso y divino?... ¡Divino! Vaya unas divinidades que se gastan por arriba. Pues yo le digo a *Su Señoría* que no me ha convencido, y que todo eso de infinitamente sabio, infinitamente... qué sé yo, lo pongo en cuarentena. Ea, no me gusta adular a los poderosos, a los que están por encima de mí. La adulación no se compadece con mi carácter. Tengamos dignidad. ¿Y qué es el rezo más que una adulación; verbigracia, besar el palo que nos desloma? Yo..., al fin y al cabo..., rezaría si fuese preciso, si supiera que había de encontrar piedad; pero..., como si lo viera..., ¡piedad! ¡Ah, quien no te conozca que te compre! Esto es obvio. La piedad que haya, que me la claven en la frente. ¿Qué más? ¿Cómo olvidar el caso de mi primer Valentín, de aquel cacho de ángel que me quitaron de la manera más atroz y bárbara, barrenando las leyes de la Naturaleza, sin que me valieran rezos, ni limosnas, ni nada?... ¡Anda y que adulen otros! No es uno un pelagatos, no es uno un cualquiera, no es uno un mariquita...

Fatigado de dar tantas vueltas, se sentó en una silla, apoyándose en la mesa, y se tapó los ojos con ambas manos.

—¡Ñales!—decía—. Paréceme que estoy delirando. Lo que me pasa no es para menos... Aunque nos volviéramos locos de tanto rezar todos los que estamos en la casa, nada conseguiríamos, porque el mal, a estas alturas, es de los que no tienen remedio. La pobrecita Fidela se muere..., se muere sin remisión..., quizá se ha muerto ya... Sería preciso para salvarla que Aquél hiciera un milagrito, y lo que es eso... Favores ya los hace; pero milagros... Y falta que sea verdad que los hiciera... Favores, sí; pero estas gangas son para los beatos y ratones de iglesia... No está uno en el caso de rebajarse..., ¡cuidado!... Cierto que si me aseguraran que..., yo me rebajaría, vaya si me rebajaría... Pero, ¡con cien mil Biblias!, para que me dejen con un palmo de narices, como en el caso de Valentín...

Volvió a pasearse, transido de pena y terror, atormentado por la imagen de su esposa moribunda, fija en su mente con los rasgos y matices de la pura realidad. La veía, la estaba viendo cual si delante la tuviera. ¡Cuánto mejor para él no haber entrado en la alcoba, haberse quedado fuera..., evitando el mal rato de verla agonizante y el tormento de quedarse con aquella imagen, con aquella fotografía en el cerebro, la cual no se borraría en mil años que viviese!...

Perdido el conocimiento, sin ver a nadie ya, columbrando quizá las cosas del Cielo, la pobrecita Fidela se iba muriendo sin sentirlo, los ojos hundidos, las pupilas sin brillo ni viveza, vueltas hacia arriba, como si quisieran mirar al interior del cráneo; la boca anhelante, distendiendo y contrayendo los labios..., al modo de los pececillos de redoma...; en derredor de la boca, un cerco violado, que le desfiguraba horrorosamente el rostro...; la piel húmeda, del sudor frío que la cubría; el cabello pegado a las sienes, y también con aspecto de cosa muerta, postiza, como peluca desencajada y fuera de su lugar..., y, por fin, el cuerpo inmóvil, vencido ya por la inercia, sin contracciones. Sólo en los dedos la vida muscular se manifestaba expirante en ligeras crispaduras... Tal era la imagen lastimosa que había visto don Francisco y que en su mente quedó estampada con fuerza bastante para transportarse de la mente a la realidad.

Pasó algún tiempo, no podía decir cuánto, en aquella abstracción dolorosa, sintiendo hondo, viendo claro lo que no quería ver, luchando por borrar la imagen cuando se vivificaba demasiado, y por revelarla de nuevo cuando se desvanecía, pues si penoso era verla, desconsuelo le causaba no percibirla, y a tantos tormentos unióse pronto el de la duda. ¿Había muerto ya o vivía aún? Por nada del mundo habría vuelto a la alcoba. ¿Cómo no se le daba cuenta de la muerte, si ésta era un hecho? Lo probable era que aún viviese. ¿Le habrían traído el Viático? No, porque él hubiera sentido rumores de gente y el toque triste de la campanilla. Grande era el palacio, pero no tanto que un acto de tal naturaleza pudiese verificarse sin que él se enterara. Creyó sentir un bullicio extraño... ¡Gente de la parroquia! La Extremaunción sería, que el Viático no podía ser.

Puso después atento oído a los ruidos que sonaban en el inmenso caserón. A ratos reinaba silencio tan profundo, que todo parecía muerto, todo quieto y mudo, como las figuras de los lienzos que adornaban la ducal mansión; a ratos oía pasos precipitados de la gente de servicio, que bajaba o subía aprisa, como en busca de algo muy urgente. Tentado estuvo en más de una ocasión, al sentir próximo a su leonera el paso de algún criado, de salir a la puerta y preguntar... Pero no; si le anunciaban la muerte, ¿cómo soportar la noticia? Además, los criados todos se le habían hecho tan antipáticos, que no quería nada con ellos, y si por acaso le contestaban algo desagradable, trabajillo le había de costar no emprenderla con ellos a puntapiés. Tanta llegó a ser al fin su ansiedad, que entreabrió la puerta. Frente a ésta extendíase una ancha galería, bien iluminada. ¡En su dorada cavidad cuánta tristeza! Pasos se oían, sí, pero no muy lejanos, arriba, allá, donde estaba pasando... lo que pasaba. En el fondo de la galería vió una figura enorme, desnuda, con la cabeza próxima al techo y las piernazas encima de una puerta. Era un lienzo de Rubens, que a don Francisco le resultaba la cosa más cargante del mundo, un tío muy feo y muy bruto, amarrado a una peña. Decían que era Prometeo, un punto de la antigüedad mitológica; picardías muy malas debió de hacer el tal, porque un pajarraco le comía las asaduras, suplicio que, a juicio del marqués de San Eloy, estaba muy bien empleado. Más acá vió a una ninfa que también le cargaba casi en cueros la muy sinvergüenza, con los pechos al aire, y tan tiesa como si se hubiera tragado el palo del molinillo. No se acordaba Torquemada de su nombre; pero ello era también cosa de tirios y troyanos... Ganas le dieron súbitamente de salir con una estaca y emprenderla a palos con la estatua (copia de la *Dafne* de Nápoles) que decoraba el fondo de la galería y hacerla pedazos para que aquella pindongona no le señalara más con su dedo provocativo, ni se le riera en sus barbas... Pero habría sido disparate romperla valiendo lo que valía.

En esto sintió ruido de pasos en la escalera, y azorado cerró la puerta. "Ya vienen, ya vienen a decírmelo." Después se acordó de que había dado a su ayuda de cámara la rigurosa consigna de que no le llevasen recados, que no quería saber nada ni ver a nadie. "*Velay* por qué no se acerca a mi cuarto ni una mosca. Me tienen miedo."

Ya debían de ser las dos de la mañana. El ruido se acentuó en la parte superior de la casa. Sintió don Francisco un frío intenso, y sobre el gabán que puesto tenía se echó otro, y siguió paseándose. "Seguramente—se dijo—es un

hecho ya. Como si lo viera. Cruz estará haciendo aspavientos de dolor..., y lo siente, no dudo que lo siente. Pero no será ella quien venga a decírmelo. Donoso quizá. Tampoco; no se separará un momento de su adorada Cruz para consolarla y ponerse a pensar los dos..., ¡ah, los conozco!, en las disposiciones para el entierro. Donoso no vendrá. Augusta tampoco, porque ésa sí que estará afligidilla. ¡La quería tanto!... ¡Ah! Ya caigo: el llamado a comunicarme la triste noticia es el clérigo, mi señor Gamborena, que debe de estar también arriba, echando latines. ¡A buena hora! Véase para lo que vale la santa religión. Este San Pedro o San Perico, a quien tengo por portero del departamento celestial, no puede o no sabe evitar que se muera quien no debe morirse. Ya, lo que ellos quieren es llevar gente y más gente para arriba... No les importa quien sea. En el fondo de esa santidad hay un gran egoísmo, por decirlo así... Pues, sí, el beato Gamborena será el comisionado para traerme la noticia... Cuando no me la trae es que todavía..." Acercóse a la puerta, aplicó el oído... Nada sentía. "¡Si no vendrá tampoco el misionero a decirme nada!... Vamos, que reviento de ansiedad... ¡Si al fin tendré que subir y...! Pasemos otro poco."

Algunas docenas de vueltas había dado cuanto sintió pasos. El corazón quería saltársele del pecho... Sí, eran los pasos de Gamborena; los habría conocido entre mil y mil pisadas de una multitud en marcha. Hasta los andares del buen eclesiástico revelaban la grave noticia de que era mensajero, y antes de llegar venía diciéndola con los pies, con el compás seguro y rítmico, con el ruidillo que hacían las suelas sobre el entarimado... Detuviéronse al fin los pasos en la puerta; abrióse ésta con lentitud ceremoniosa, y en el rectángulo, como luminosa figura en marco negro, vió aparecer Torquemada la persona del misionero de Indias, su cara de talla antigua, de caliente y tostada pátina, la calva reluciente, el cuerpo todo negro, los ojos de angélica expresión. Don Francisco clavó en él los suyos, diciéndole con la mirada: "Ya sé..., ya." Y él, con voz patética, solemne, terrible, que sonó en los oídos del tacaño como el restallar de los orbes al desquiciarse, le dijo:

—¡Señor, Dios lo ha querido!

SEGUNDA PARTE

I

Es cosa averiguada que poco después de oír la noticia de la muerte, a la que añadió el reverendo Gamborena tristísimos pormenores, estiró los brazos don Francisco, y luego una de las patas, vulgo extremidades inferiores, cayendo redondo al suelo con un ataque espasmódico, semejante al que le dió al ver morir a su primer Valentinico. Acudieron al socorro del amo criados diferentes, y allí le sujetaron, y con mil trabajos pudieron llevarle a su alcoba, donde le fué administrada una mano de friegas como para un buey, hasta que pudo Quevedito tomarle por su cuenta. Pasó el arrechucho, y por la mañana, tras un corto descanso, pudo entrar a verle el señor de Donoso y a conferenciar con él sobre un asunto tan importante como era el sepelio y honras de la señora marquesa. Para plantear estas cuestiones se pintaba solo el buen amigo de la casa, y las explanaba y discutía con un aplomo y una dialéctica que ya quisieran otros para los más graves negocios de Estado. Don Francisco no estaba en verdad para discusiones, y procuró cortarle los vuelos oratorios.

—¿Que debe ser de primera? Ya lo comprendo. Pero no veo la necesidad de extremar tanto el boato. Bueno que esté en armonía con nuestra posición... desahogada; pero... ya sabe usted que no me gustan pompas ni lujos asiáticos... Porque lo que usted me propone viene a ser como una especie de... orgullo satánico... o algo así como apoteosis que...

—No es eso, mi querido don Francisco. Es un homenaje, el único homenaje que podemos tributar a los queridos restos de aquel ángel...

Indicó después que Cruz deseaba dar

al entierro y funerales toda la suntuosidad posible; pero nada resolvía sin conocer la opinión de quien debía disponerlo todo en la casa, oído lo cual por don Francisco se expresó con pasmosa ingenuidad, vaciando todo el contenido de su corazón y de su conciencia.

—Amigo mío, le soy a usted franco. Si tratáramos ahora de enterrarla a ella, a mi ilustre hermana política, debiéramos hacerlo a todo coste, por aquello de a enemigo que huye, puente de plata...

—¡Por Dios, amigo mío!

—¡Déjeme acabar. Biblia! Digo que cuando a uno le pasa una desgracia buena, es a saber, una desgracia de las que acarrean el descanso y la paz, no importa gastarse un capital en el sepelio. Pero cuando la desgracia es mala, de las que duelen, ¿eh?..., entonces el demasiado coste de honras fúnebres es acumular males sobre males y aunar penas con penas. Porque, reasumiendo: usted no dejará de reconocer, si piensa en ello, que en buena lógica, y sentando el principio de que tenía que morir una, ésta no debió ser Fidela, sino su hermana... Me parece que esto es claro como el agua.

—Ni claro ni turbio: es simplemente impío, pues sólo Dios sabe y dispone quién debe morir. Acatemos sus designios...

—Ataquemos..., digo, acatemos todo lo que usted quiera. Yo acato, ¡cuidado!, siempre y cuando me prueben que los tales designios no involucran una negación manifiesta de la...

—Basta, mi querido marqués; no puedo dejarle seguir por ese camino del absurdo. Con el disgusto tiene usted la cabeza un sí es no es trastornada.

—Bien podría ser; que tan terrible vicisitud a cualquiera le trastorna. No se hable más de ello, y usted queda autorizado para gastar lo que crea pertinente, y le autorizo para representarme en todo lo que al entierro se contrae. Admito las razones que usted aduce. ¿Procede que haya pompa? Pues pompa, muchísima pompa, y a otra..., quiero decir, a ninguna más.

Con autorización tan amplia y tanto barro a mano, despacháronse Cruz y Donoso muy a su gusto, y allí fué el discurrir a competencia qué se haría para que todo resultase grandioso y lucido, la más bella conjunción posible entre lo elegante y lo mortuorio. Con actividad febril empezaron aquella misma mañana los preparativos, y vierais invadida la casa por industriales de este y el otro ramo, de cuantos ramos con las cosas fúnebres se relacionan. La papeleta de invitación era tan sencilla como elegante: eligióse el coche estufa de mayor magnificencia que había en Madrid; encargáronse coronas de una riqueza fenomenal, y, por fin, se preparó la capilla ardiente con toda la suntuosidad de que tan soberbia morada era susceptible. El gran salón se pavimentó de negro. En las paredes fueron colocados los seis colosales lienzos del *Martirio de Santa Agueda*, por Tristán, y otros asuntos religiosos y místicos de gran apariencia; en el fondo, un altar riquísimo, con el tríptico de Van Eyck, y debajo un *Ecce homo*, del divino Morales. Murillos y Zurbaranes formaban la corte a un lado y otro. La parte inferior de los cuatro costeros fué tapizada de negro con galón fino de oro, y se colocaron otros dos altares con imágenes de superior talla: *Cristo en la columna*, de Juan de Juni; la *Dolorosa*, de Gregorio Hernández. Los bancos que alrededor de la estancia se pusieron, de nogal claveteado, eran también obra maestra de la carpintería antigua y procedían de las colecciones de Cisneros. En los tres altares lucían relicarios de fabulosa valía, relieves de marfil y bronces estupendos. Donoso, otros dos amigos de la casa, artistas o *amateurs* de refinado gusto, dirigían la faena, ayudados de un sinfín de criados, costureras, carpinteros, etc. Cruz y Augusta iban a ver y a dar una opinión, pero no podían estar constantemente allí. Toda la fuerza de voluntad de la primera no bastaba a distraerla de su inmenso dolor. Ordenaba que no se omitiese gasto ni detalle alguno que aumentar pudiera el esplendor de aquel homenaje, bien corto para lo que la pobrecita muerta merecía.

Con tanto ardor se trabajó aquella mañana, que antes de las dos ya quedó todo colocado con buen concierto y arte sumo, y en medio y en alto, bajo el dosel riquísimo de la cama imperial, Fidela dormía su sueño *largo, largo,* con ese abandono absoluto, tan solemne como triste de la cosa inerte, imagen marchita de lo que tuvo vida y movimiento. Vestida con un sencillo hábito de los

Dolores, toca blanca, túnica negra, el rostro apenas desfigurado, serena y casi, casi risueña, su aspecto llevaba al último límite la semejanza entre sueño y muerte. Centenares de luces difundían por la lujosa estancia claridad rojiza y ponían en el rostro de la difunta un tenue colorete, última ofrenda de la luz a la sombra.

Por la tarde llevaron sinfín de coronas, algunas de monstruoso tamaño, con variada abundancia de flores hermosísimas. Las de trapo eran gallarda emulación de las naturales, traídas de lejanos climas. Orgullosas de la fijeza de sus tintas y de su mentida frescura, envidiaban a las otras el rico aroma que ellas no tenían y como estuvieran próximas se lo robaban. Las vivas no podían disimular sus ganas de marchitarse, incitadas a la modorra en aquella tibia atmósfera de somnolencia. Violetas y rosas pálidas juntaban sus tristes colores con los matices afectadamente elegíacos de las contrahechas, y la fragancia descompuesta de las unas se confundía con el olorcillo de fábrica de las otras. Esta mezcolanza de olores se fundía luego con el de la cera ardiente, resultando lo indefinible, vaga sensación de las alquimias recónditas por donde la vida se descompone y la descomposición vuelve a ser vida.

Numeroso público (entendiendo por público la muchedumbre de amigos) acudió por la tarde a inscribirse en las listas. Algunos subían a admirar la capilla ardiente, en la cual hubo un verdadero jubileo toda la tarde. Para evitar la aglomeración, se dispuso, como en los reales palacios, que el público entrara por la galería grande y saliese por la rotonda, recorriendo así, en poco espacio, las partes más bellas del edificio. Lacayos con librea de luto velaban por el cumplimiento de las reglas de tránsito, que sólo los muy íntimos podían infringir. Como es fácil comprender, no faltaron diligentes periodistas, de los que se cuelan por el ojo de una aguja: iban a tomar nota de todas aquellas grandezas para sacarlas en el periódico. Nada se les escapaba a los muy pícaros, atentos a la prolijidad descriptiva y a recopilar nombres de personas y personajes. El *Licenciado Juan de Madrid*, que por allí se pareció, dábales noticias de la casa y de las maravillas en ella contenidas, sin olvidar ningún precioso dato biográfico de la familia Torquemada-San Eloy. En el portal, las firmas de visitantes llenaban ya un fabuloso número de pliegos, y el montón de tarjetas era tan grande, que más bien parecía cosa llovida, una granizada de papel o cosa tal.

II

La mañana del entierro, y media hora antes de la salida de éste, todos los balcones de la calle rebosaban de gente, y motivos había para tal curiosidad, pues rara vez era turbado el sosiego de aquellos barrios por tan grande rebullicio y movimiento. La aparición de la carroza fúnebre, tirada por ocho caballos negros empenachados, fué un verdadero alboroto. Aquel día hicieron novillos todos los muchachos de las escuelas adyacentes; sus chillidos y travesuras llenaban de alegría la calle, y en medio de tanta algazara, el ridículo armatoste negro y sus no bien alineados corceles resultaban con cierta inflexión cómica, por efecto, sin duda, del contagio. Corrían delante y detrás los chicos con agilidad suma, y cuando paró el carro los lacayos, de empolvada peluca, tuvieron que emprenderla con ellos a bofetada limpia para librarse de su molesta curiosidad. Esto, y el carnavalesco carruaje del Senado, la turbamulta de vehículos diferentes que por una y por otra parte de la calle venían, ocuparon a los guardias municipales, que ya no tenían cabeza ni manos para atender a tan complicado servicio.

En el interior de la casa, la invasión de personajes enlutados y con cara triste era mayor a cada minuto. Todos visitaban la capilla ardiente, en cuya atmósfera no era posible respirar mucho tiempo sin marearse. Hermanitas de diferentes congregaciones rezaban de rodillas; Gamborena y otros clérigos dijeron misa en el oratorio desde el alba hasta las nueve. La servidumbre no había tenido punto de reposo desde la noche anterior, y el cansancio, más que la pena, se pintaba en los bien afeitados rostros.

Senadores, negociantes de alto copete, próceres y amigos más o menos verdaderos, pasaron a visitar a don Fran-

cisco en su despacho, previo ensayo de los suspiros que habían de echarle y de las frasecillas lloriconas que demandaban las circunstancias. Halláronle vestido de riguroso luto, muy limpio, la cara flácida y con señales de insomnio, atusado el cabello, torpe de palabra y gestos.

—Gracias, gracias, señores...—les decía, expresándose con estribillo—. No hay consuelo ni puede haberlo...

Y al otro, y al siguiente, les decía lo mismo:

—Desgracia tremenda, inesperada... ¿Quién había de esperar, si lo natural era que...? Agradezco estas manifestaciones... Pero no hay consuelo, ni puede haberlo... *Ataquemos*, digo, acatemos los designios... Señores, agradezco estas manifestaciones... No hay consuelo, es verdad, no lo hay... El consuelo es *un mito*. Yo no creía que esta desgracia *tuviera lugar* ahora... Me ha sorprendido... ¿Qué remedio queda sino resignarse y aceptar *los hechos consumados?*

Entretanto, nuevo alboroto infantil en la calle con la aparición de toda la clerecía de San Marcos, la magna cruz y los ciriales, los tres curas revestidos, y luego, en dos alas como un par de docenas de ellos con sobrepelliz y bonete. El ir y venir de coches los obligó a dispersarse, tropezando aquí y allá con tanto chico y con un rebaño de cabras, que en aquel momento, por fatal coincidencia, acertó a pasar en dirección a la lechería del número 15. Y entre los cocheros y los municipales y el pastor de las cabras se armaron unas discusiones tan subidas de tono, que los señores sacerdotes hubieron de oír cosas bien distintas de la liturgia que iban a cantar. El del piporro no pudo librarse, en tal confusión, de ser arrastrado por la oleada a considerable distancia del clero, sufriendo en su persona algunos estrujones y no pocas magulladuras en su lúgubre instrumento. Al fin, restablecido el orden, entraron los de la parroquia en el palacio y subieron a la capilla ardiente. Parte de su vida futura habrían dado los muchachos por subir tras ellos y meter en todo sus narices, viendo el *túmulo*, que decían era como un monumento, y oyendo el cantorrio de los señores curas. Mientras éstos entonaban responsos frente a la cámara imperial, los industriales floristas ocupábanse a competencia (pues eran dos, y rivales encarnizados) en colocar sus coronas del modo que resultaran más visibles y con mayor lucimiento. Y los noticieros tomaban apuntes de cuanto veían, oyendo también las indicaciones de los fabricantes de flores para que *su casa* fuese citada en el periódico; y la servidumbre se puso en movimiento; y Donoso dictaba órdenes autocráticas para despejar el salón; y el clero tiró para abajo, los empleados fúnebres para arriba; y fué bajado el cadáver en hombros de cuatro lacayos con librea negra. Llenóse el palacio de un grave y seco murmullo, más de pisadas que de voces, y en la espaciosa escalera, en la galería baja y en el vestíbulo de tal modo se apretaba el gentío, que los conductores del féretro tuvieron que detenerse dos o tres veces antes de llegar a la calle.

Dios y ayuda costó poner en movimiento la triste procesión, porque más de un cuarto de hora emplearon los dichosos floristas en *exponer* sus coronas sobre el ataúd y en las cuatro columnas del carro. Resultaba un efecto hermosísimo, con tanta flor de variados tonos apacibles y las cintas lujosas con letreros de oro que por una y otra parte pendían. No cabiendo todas allí, pusiéronse las restantes en un landó abierto que inmediatamente después del coche estufa debía marchar. Los guardias habían regularizado el tránsito en la vía pública, despejándola en lo posible de moscones pegajosos y de desvergonzados chicuelos. Gracias a esto, pudieron colocarse en dos alas los pobres de San Bernardino, los niños de la Doctrina, las religiosas de la Esclavitud y otras hermandades que formaban parte del cortejo. Donoso se multiplicaba, y lo primero que hizo fué echar delante al clero. Luego se puso en movimiento el carro mortuorio, lo que produjo un ¡ah! de admiración o curiosidad satisfecha en toda la calle, porque realmente era cosa muy bonita ver el pausado andar de los ocho caballos y los saludos que hacían con los plumachos negros que llevaban en sus cabezas. Y el cochero de pelo blanco y tricornio con borlitas era la mayor admiración de los pilletes, que no entendían cómo se las arreglaba con tanta

rienda en aquel alto pescante donde sentado iba, como un rey en su trono.

El duelo, presidido por el señor obispo de Andrinópolis, y formado por personas de alta posición social, seguía al landó de las coronas; tras él mucha y diversa gente y luego sinfín de coches de lujo. El vecindario que llenaba balcones y ventanas no se cansaba de aquel desfile interminable, y habría deseado que durase toda la noche. A cada instante se detenía la comitiva por las obstrucciones que la delantera de ella encontraba en calle tan angosta. En la de San Bernardo ya marchó con más desahogo por entre la curiosidad de la multitud indiferente. Donoso no cesaba de mirar para atrás, viendo el sinnúmero de personas que seguían el duelo y la ondulante sierpe de carruajes.

—Es una manifestación—decía con semblante compungido al señor obispo—, una verdadera manifestación.

Mientras el entierro atravesaba todo Madrid, en dirección al cementerio de San Isidro, asombrando a los transeúntes por su desusada suntuosidad y lucidísimo acompañamiento, el palacio de Gravelinas caía en una especie de sedación taciturna, como cuerpo vencido del cansancio y la fiebre. El ruido que se produjo al retirar del salón los objetos de carácter fúnebre cesó unas horas después de la salida del entierro. La servidumbre se esmeraba en evitar todo rumor importuno y, aleccionada por el maestresala, lograba poner en sus rostros y ademanes la seriedad y el discreto dolor propios de las circunstancias. Acompañaban a Cruz, en su gabinete, Augusta y la señora de Morentín. Don Francisco, en su despacho, no quiso más compañía que la de su hija Rufina, que tenía los ojos encendidos de tanto llorar. Hija y padre apenas hablaban.

Hasta el tiempo diríase que pasaba por aquellos ámbitos de tristeza con cierta parsimonia, como pretendiendo que no fuesen muy notadas la cadencia de sus andares ni la fatalidad de sus divisiones inflexibles. Desde el día precursor al de la muerte, la imaginación de Cruz, exaltada por la ansiedad, apreciaba el tiempo con garrafales equivocaciones, y en la mañana del entierro el tiempo llegó a ser para ella absolutamente inapreciable. No hacía diez minutos que aquél había partido de la casa cuando la desconsolada señora, representándose el paso de la comitiva por las calles de Madrid, pensaba de este modo: "Ya llegan a la Cuesta de la Vega... Allí se despiden todos, casi todos..., sin contar los que se han ido escabullendo por las calles del tránsito... Ya bajan hacia el puente, acelerando un poco la marcha... No sé por qué han de ir tan aprisa..."

Hora y media dejó pasar, adormecida su mente en aquel éxtasis doloroso, y al cabo de este tiempo volvió a decir: "¡Qué aprisa, qué aprisa van! Pierde toda la solemnidad el acto con estas prisas... ¡Ya se ve! Los pobrecitos sacerdotes de la parroquia desean volver pronto, porque tienen costumbre de comer a las doce en punto... Ya llegan al cementerio... Van a la carrera... Y ¡qué malos deben de estar los pisos!... Con tanta humedad, ¡ay!, me temo que al padrecito se le agrave su resfriado. Bien le encargué que no fuera... ¡Señor, siempre hemos de tener un cuidado que nos atormente! Pero esa es la vida. Cúmplase tu santísima voluntad... Ya la bajan del carro: entran todos... Misa de *Requiem*... ¡Jesús, qué soplo de misa! Ya se acabó. Ni las de tropa. Vamos, que lo que quieren es acabar y volverse. ¡Qué tristeza! Ya la llevan por aquellos patios adelante. Ya la depositan junto a la sepultura: se agrupan todos..., no se ve nada... Ya la tierra la recibe en su seno. Parece que la acaricia, que la agasaja... Idos, marchaos todos y dejadla, que más cariñosa es la tierra que vosotros... Ya se ponen los sombreros y se van... Los pocos que allí quedan tapan el lecho de mi pobre hermana con una piedra enorme, pesada como la eternidad... En la puerta se reúnen los del duelo y los acompañantes y se hacen cortesías... Después se vuelven en los carruajes, hablando de negocios, del estreno de anoche o de la ronquera de Massini... ¡Cómo corren!... Es hora de almorzar... Allá, los pobres sepultureros, a corta distancia de la arcilla removida y de la piedra solitaria, se sientan en el suelo, sacan sus fiambreras, y almuerzan también... Hay que vivir..."

Regresaron los amigos íntimos. Donoso, que traía la elegante cajita de terciopelo con la llave, fué derecho al cuarto de don Francisco, a quien abrazó, y en tono encomiástico, que revelaba tanto cariño como orgullo, le dijo:

—Ha sido una manifestación, una verdadera manifestación.

III

Herido en lo profundo por aquel golpe, el marqués viudo de San Eloy pagó a la naturaleza física el tributo que su dolor le imponía, pues alguna vez había de desmentirse la robustez fisiológica, que con el desgaste de los años iba ya de capa caída. Un mes de enfermedad *le costó la broma,* según decía, viéndose obligado a dar de mano a los negocios y a cuidar tan sólo de echarse *tapas y medias suelas* para poder continuar en sus trajines de acuñador de caudales. Se le agravó aquel síntoma fastidioso que llamaba *abombamiento de la cabeza,* y que, unido a la pérdida casi absoluta de la memoria después de comer, le ponía en gran desesperación. Pero lo peor fueron los vértigos que inesperadamente le acometían, y que le privaron de ir al Senado, y aun de salir a la calle. Sin hacer caso de Quevedito, propinábase depurativos, que a poco le agravaron el mal. Más atención que al médico prestaba a los amigos que le recomendaban este y el otro específico. Probábalos todos, y como con alguno le resultase una mejoría engañosa y casual, lo tenía por excelente, infalible panacea. Pronto venía el desengaño, y a probar nuevas drogas, rechazando siempre el dictamen facultativo, pues no podía ver a los médicos ni en pintura. "Así como la desgracia le hace a uno *filósofo*—decía—, la enfermedad nos hace catedráticos de Medicina. Yo sé más que todos esos matasanos, porque me observo a mí mismo, y sé cuándo me conviene *abrir las válvulas* y cuándo no."

En lo moral, veíanse más claramente que en lo físico los estragos del mal desconocido que le minaba, porque si siempre fué hombre de malas pulgas, en aquella época gastaba un genio insufrible. Con todo el mundo reñía, grandes y chicos, parientes y servidores; su hija y yerno necesitaban la paciencia de Cristo para soportarle, y sus malas cualidades, la sordidez, la desconfianza, la crueldad con los inferiores se acentuaron de un modo que imponía miedo a cuantos le rodeaban. Su pesimismo no podía contenerse en la esfera doméstica, e invadía la pública, ya política, ya de negocios. Cuantos tenían que tratar algo con él eran unos ladrones; los ministros, bandidos a quienes había que ahorcar sin conmiseración; los senadores, charlatanes indecentes, y el mundo, un gran infierno..., es decir, el único infierno admisible, pues el otro infierno de que hablan las Biblias no existía; era una de tantas papas con que el misticismo y el oscurantismo pretenden embaucar a la Humanidad... para sacarle los cuartos.

A estos síntomas siguió lo que llamaba *debilidad de estómago,* que trató de corregirse con jugos de carne, gelatinas y caldos suculentos. Algo mejoró; pero luego vinieron horribles dispepsias, indigestiones y cólicos que le ponían a morir. Los buenos vinos, mezclados con extractos de carne, sentáronle bien, y tanto pensó en este remedio que por unos días se dió a inventar un licor específico, verdadero elixir vital, y se pasaba las horas muertas trasegando líquidos y colando mixturas diversas, hecho un boticario de sainete. También aquellas ilusiones se desvanecieron como el humo. En fin, que el buen señor no tuvo más remedio que entregarse a la Facultad, y ésta, ya que no pudo curarle, le enderezó un poco, permitiéndole volver, aunque con pies de plomo, a sus campañas mercantiles.

Y ¡qué desmejorado y carideslucido le encontraron los que en aquel mes de enfermedad no le habían echado la vista encima! Su cuerpo no tenía ya la rigidez aplomada de otros tiempos; las piernas tiraban a ser de algodón; y la cara, de color terroso y con pliegues profundos, tiraba más bien a careta de las que dan miedo a los chicos. Otra novedad le hacía más desemejante a sí propio, y era que como últimamente le molestaba el afeitarse, resolvió por fin *cortar por lo sano,* dejándose la barba y así no tenía que pensar más en aquel martirio del jabón y la navaja, raspándose la piel. Era la barba rala, desigual, fosca y entremezclada de revueltos matices de pelo de conejo, de crines de rocín, de cardas de lana sucia que con las pecas y máculas de sus mejillas pergaminosas hacían el más despreciable figurón que puede imaginarse.

Aunque pudo salir a sus negocios y dar alguna vuelta por el reino de la mercadería en gran escala, no tenía ya los borceguíes alados de Mercurio ni el ca-

duceo con que, tocando aquí y allá, hacía brotar dinero de las piedras. Esto le enfurecía; buscaba en causas externas o en el ciego destino la causa de su impotencia mercantil, y al volver a su casa iba echando rayos y centellas, o poco menos, por ojos y boca. ¡Si viviera su cara Fidela, otro gallo le cantara!... Pero ¡carástolis, con las gracias del de arriba!... Miren que habérsela llevado y dejar aquí a la otra, a la pécora insufrible de Cruz... Mientras más lo pensaba menos lo entendía. Por esto, su casa, en vez de ser un oasis, era una cosa *diametralmente opuesta,* y allí no encontraba jamás ni consuelo ni paz ni satisfacciones.

Si fijaba la atención en su hijo, se le caía el alma a los pies, viéndole cada día más bruto. Muerta Fidela, a quien el cariño materno daba un tacto exquisito para tratarle y despertar en él destellos de inteligencia, ya no había esperanzas de que la bestiecilla llegara a ser persona. Nadie sabía amansarle; nadie entendía aquel extraño y bárbaro idioma, más que de ángeles, de cachorros de fiera, o de las crías de hotentote. El demonio del chico, desde la primera hora de orfandad, pareció querer asentar sus derechos de salvaje independencia berreando ferozmente y arrastrándose por las alfombras. Parecía decir: "Ya no tengo interés ninguno en dejar de ser bestia, y ahora muerdo, y aúllo, y pataleo todo lo que me da la gana." Fidela, al menos, tenía fe en que el hijo despertase a la razón. Pero, ¡ay!, ya nadie creía en Valentinico; se le abandonaba a las contingencias de la vida animal, y se admitía con resignación aquel contraste irónico entre su monstruosidad y la opulencia de su cuna. Ni Cruz, ni Gamborena, ni Donoso, ni la servidumbre, ni él tampoco, el desconsolado padre, abrigaban esperanza alguna de que el pobrecito cafre variase en su naturaleza física y moral. No podía ser, no podía ser. Y penetrado de la imposibilidad de tener un heredero inteligente y amable, el tacaño amaba a su hijo, sentíale unido a sí por un afecto hondo, el cual no se quebrantaría aunque le viese revolcándose en un cubil y comiendo tronchos de berza. Le quería y se maravillaba de quererle, desconociendo u olvidando las leyes de eslabonamiento vital que establecen aquel amor.

Para mayor desgracia del buen don Francisco, ya no tenía el recurso de meterse en sí, caldear su encéfalo, como antaño lo hacía, y evocar, por un procedimiento semejante a los arrobos del misticismo, la imagen del primer Valentín, con objeto de recrearse en ella, de darle vida fantástica, y traerla a una comunión y consorcio muy íntimos con su propia personalidad. Estas *borracheras*, que así las llamaba, de su pensamiento sutilizado y *convertido en esencia de ángel*, no le producían los efectos consoladores que perseguía, porque, ¡ni que el demonio lo hiciera!, evocaba al primer Valentín y le salía el segundo, el pobrecito fenómeno de cabeza deforme, cara brutal, boca y dientes amenazadores, lenguaje áspero y primitivo. Y por más que el exaltado padre quería *ponerse peneque* y destilar en la alquitara de su pensamiento la idea del otro hijo, no podía, ¡ñales!, no podía. La imagen del precioso e inteligente niño se le había borrado. Lo más que pudo conseguir fué que el segundo Valentín, el feo, el que no parecía hijo de hombre, hablase con voz que a la del primero se parecía, y le dijese: "Pero, papá, no me atormentes más. ¡Si soy el mismo, si soy propiamente yo uno y doble! ¿Qué culpa tengo yo de que me hayan dado esta figura? Ni yo me conozco, ni nadie me conoce en este mundo ni en el otro. Estoy aquí y allá... Allá y aquí me toman por una bestia, y lo soy, lo soy... Ya no me acuerdo del talento que tuve. Ya no hay talento. Esto se acabó, y ahora, padrecito, ponme en una pesebrera de oro una buena ración de cebada y verás qué pronto me la como."

Salía don Francisco de estos chapuzones espirituales más muerto que vivo, con la inteligencia como envuelta en telarañas, que se quería quitar restregándose los ojos, y tardaba horas y horas en reponerse del arrechucho. Su salud se resquebrajaba de un modo notorio, y la confianza en su fibra, que le había sostenido en las crisis hondas de su existencia, perdíase también, dando lugar al recelo antiguo, a las aprensiones y manías patológicas, con algo de instintos de fuga y de delirio persecutorio. Pero su principal tormento, en aquellos aciagos días, era el odio, ya extremado y con vislumbres de trágico, que profesaba a su hermana política. Como la viudez

había quebrantado toda relación entre ellos, suspendiendo las fórmulas sociales, único lazo que antes los unía, Torquemada no hablaba jamás con Cruz, ni ella pretendía en ningún caso dirigirle la palabra, y si algo era forzoso tratar pertinente al régimen doméstico o a intereses, Donoso se prestaba con mil amores a ser intermediario y a traer y llevar recaditos. Bien quisiera él limar asperezas; su bello ideal era aunar voluntades; pero ¡a buena parte iba! Si en Cruz hallaba disposiciones a la concordia, el otro era como un puerco espín, que se convertía en una bola llena de pinchos en cuanto se le tocaba. En vida de su esposa, el cariño de ésta le hacía transigir, y el transigir no era más que someterse a la voluntad de la gobernadora; pero muerta Fidela, su carácter díscolo hallaba en la ruptura de relaciones un medio fácil de eludir la tiranía. Porque, bien lo sabía él, concediendo a su enemiga los honores de la palabra, que era como decir la beligerancia, estaba perdido, porque la muy picotera le fascinaba con sus retóricas, y después se lo comía como la serpiente se come al conejillo. Por eso valía más no exponerse al peligro de la fascinación: nada de trato, nada de familiaridades, ni siquiera el saludo, para no dejarla meter baza y hacer de las suyas.

A veces oficiaba de *legado pontificio* el padre Gamborena, y a éste le temía Torquemada más que a Donoso, porque siempre acababa echándole sermones que le ponían triste, y llenaban su espíritu de zozobra y recelo.

Una tarde, cuando ya se hallaba don Francisco muy mejorado de su dolencia, y había vuelto al tráfago de los negocios, entró en casa más temprano que de costumbre, huyendo del frío de la calle, que era seco y penetrante, y en la galería baja se encontró al misionero, que se paseaba leyendo en su breviario.

—¡Qué oportunidad y qué felicidad, mi señor marqués!—le dijo, dándole los brazos, con los cuales el otro cruzó fríamente los suyos.

IV

—¿Por qué?

—Porque yo me había propuesto no marcharme a casa sin ver a usted, y he aquí que mi señor marqués anticipa su vuelta, quizá por razón del frío..., aunque bien pudiéramos creer que le ha mandado Dios media horita antes de costumbre para que oiga lo que tengo que decirle.

—¿Tan urgente es?... Entremos.

—¿Que si es urgente? Ya lo verá. Urgentísimo. Pensaba yo que no se me escapara usted esta noche sin aguantar una nueva jaqueca de este pobre clérigo. ¡Qué quiere usted! Cada uno a su oficio. El de mi señor don Francisco es ganar dinero, el mío es decir verdades, aunque éstas sean, por su misma sencillez elemental, algo fastidiosas. Prepárese, y tenga paciencia, que esta tarde voy a ser un poquito duro.

Arrellanándose en la butaca, frente al sacerdote, Torquemada no contestó más que con un gruñido, significando así que se preparaba y se revestía de paciencia como de una coraza.

—Los que ejercemos este penoso ministerio—dijo Gamborena—estamos obligados a emplear las durezas cuando las blanduras no son muy eficaces que digamos. Ya usted me conoce. Sabe cuánto respeto y quiero a esta noble familia, a usted, a todos. Con el doble carácter de evangelizador y de amigo, me permitiré, pues, decir las cosas claritas. Yo soy así; o me toman o me dejan. Por la misma puerta por donde entro cuando me llaman salgo si me arrojan. Despídame usted y me iré tranquilo por haber cumplido con mi deber, triste por no haber logrado el fin moral que deseo. Y también le advierto que no sé gastar muchos cumplidos cuando se trata de faltas graves que corregir y noto rebeldía o testarudez en el sujeto. Más claro: que no hago caso de jerarquías, ni de respetabilidades, sean las que fueren, porque ante la verdad no hay cabeza que no deba humillarse. No extrañe, pues, mi señor don Francisco, que en el asunto que aquí nos reúne le trate como a un chiquillo de escuela... No, no hay que asustarse: he dicho "como a un chiquillo de escuela", y no me vuelvo atrás, porque yo, aunque nada soy en el mundo, ahora, por mi ministerio, maestro soy, y de los más impertinentes, y usted frente a mí, mediando el caso moral que media, no es el señor marqués, ni el millonario, ni el respetabilísimo senador, sino un cualquiera,

un pecadorcillo sin nombre ni categoría, que necesita de mi enseñanza. A ella voy, y si doy palmetazo que duele, aguantar y a corregirse.

"A ver por dónde sale este tío", dijo Torquemada para su sayo, tragando saliva y revolviéndose en el sillón.

Y luego, en alta voz, con cierta displicencia:

—Bueno, señor mío, diga pronto lo que...

—¡Si usted lo sabe! ¿Apostamos a que lo sabe?

—Alguna encomienda fastidiosa de mi señora hermana política. A ver: plantee usted la cuestión.

—La cuestión que planteo es que usted ofende a Dios gravemente, y ofende también a la sociedad alimentando en su corazón el odio y la soberbia...; el odio, sí, contra esa santa mujer, que ningún daño le ha hecho..., al contrario, ha sido para usted un ángel benéfico, y ese aborrecimiento infame con que paga las atenciones que de ella ha recibido y esa soberbia con que se aleja de su compañía y de su trato, son pecados horribles con que usted ennegrece su alma y la prepara para la condenación eterna.

Dijo esto el misionero con tan soberana convicción, con énfasis tan pujante en la palabra y el gesto, que no parecía sino que le acuchillaba, cosiéndole a cintarazos con una luenga y cortante espada. El otro se tambaleó, aturdido a los golpes, y de pronto no supo qué decir, ni hacer otra cosa que llevarse las manos a la cabeza. Pero no tardó en volver sobre sí, y la bilis y destemplanza de sus tiempos tristes se le recargaron prontamente. Hallábase, además, aquel día, de mal talante, por no ver claro en cierto negocio: esta y las otras causas despertaron en él, de súbito, al hombre grosero. Fué un espectáculo tristísimo verle resurgir, cuadrarse y contestar con flemática impertinencia:

—Pero usted, señor cura, ¿qué tiene que ver si hablo o no hablo con mi cuñada? ¿Quién le mete a usted en cosas que no tocan a la conciencia, sino a la libre voluntad del *derecho del individuo?* Esto es abusar, ¡ñales! Esto no lo aguanto yo, ni lo aguantaría ninguna personalidad de medianas circunstancias y luces.

—Pues lo dicho, dicho, señor marqués —replicó el otro con entereza—. Hablo como padre de almas. Usted rechaza la exhortación. Enhorabuena, y con su pan se lo coma. Repítalo usted, repita que no se digna oírme, y verá qué pronto le dejo en paz, quiero decir, en guerra con su conciencia, ¡con su conciencia!, una fantasma que de fijo no tiene la cara muy bonita.

—No, yo no he dicho que se vaya... —balbució Torquemada, serenándose—. Hable usted si quiere. Pero no me convencerá.

—¿Que no?

—Que no. Porque yo tengo mis razones para romper todo trato con esa señora—dijo el tacaño, volviendo a su ser normal y rebuscando en su mente la fraseología fina—. Yo no niego que la *distinguida* señora del Aguila haya *llevado a cabo* reformas *beneficiosas* en la casa; pero ella es causante de que las economías sean aquí la *tela de Penélope*. Lo que yo economizo en un año, ella lo espolvorea en cuatro días.

—¡Siempre la mezquindad, siempre los hábitos de miseria! Yo sostengo que sin la dirección de Cruz no habría llegado usted a poseer lo que posee. La razón de ese odio, señor mío, no es la distribución del miserable ochavo. Lo que pasa en el alma del señor marqués de San Eloy, ni él mismo lo sabe, porque, sabiendo tantas cosas, no acierta a leer en sí mismo. Pero yo lo sé, y voy a decírselo bien claro. Estos misterios del humano espíritu no suelen revelarse al conocimiento del que los lleva dentro, sino más bien a la penetración de los que atisban desde fuera. La causa de la aversión diabólica que usted profesa a su hermana es la superioridad de ella, la excelsitud de su inteligencia. En ella todo es grande, en usted todo es pequeño, y su habilidad para ganar dinero, arte secundario y de menudencias, se siente humillada ante la grandeza de los pensamientos de Cruz. Es usted (a ver si me explico) en esta industria de los negocios el simple obrero que ejecuta, ella la cabeza superior que concibe planes admirables. Sin Cruz no sería usted más que un desdichado prestamista, que se pasaría la vida amasando un menguado capital con la sangre del pobre. Con ella lo ha sido todo y se ha empingorotado a las alturas sociales.

Pero es cosa muy común en la vida que el ambicioso triunfante no reconozca la potencia que le alzó del polvo hasta las nubes, sobre todo si este ambicioso es simple brazo, y quien le levantó es inteligencia. El odio de los miembros inferiores a la cabeza es achaque muy viejo en el cuerpo social... Ejemplos hay en grande y en chico, en los organismos humanos y en las familias, y este ejemplo que tengo delante es de tal claridad que si usted mismo no lo ve será por que no quiere verlo.

—Pues yo—dijo don Francisco, abrumado por la elocuencia contundente del bendito clérigo—le aseguro a usted que no *abrigo*..., no, no puedo *abrigar* tal sentimiento. Ni veo yo tanta inteligencia en la señora doña Cruz. Para discurrir mi senaduría y el marquesado y para *inventar* la compra de estas *Américas de buen gusto* no se necesita ser hija de los siete sabios de Grecia, ni abuela de las nueve Musas, por decirlo así. Cierto que no es lerda. *Cúmpleme declarar* que posee cierto gancho para el discurso, y que cuando saca contra uno todo el intríngulis de su *facultad perorativa* vuelve loco al Verbo.

—No quiero entrar en una discusión sobre este punto, ni he de demostrarle que tiene usted conciencia de su inferioridad ante Cruz, porque esta conciencia bien a la vista está. ¿Admite usted que el odio existe?

—Ella será quien lo *abrigue*.

—No, ella no; usted...

—Pues bien—dijo Torquemada más sereno, dándose a partido—: yo confieso que no nos queremos bien, ni yo a ella, ni ella a mí. Pero la *concausa*, el argumento que usted *aduce*..., ¡oh!, eso sí que no lo admito. Yo tengo mis quejas, yo tengo razones que *abonan mi conducta* en esta materia. Hago caso *omiso* de sus *tendencias* a la ostentación, y me fijo tan sólo en su afán de contrariar mi *prerrogativa*, de no permitir que se haga en la casa nada de lo que yo mando, como si cuanto yo mandara fuera una *deficiencia*. Nada: es que me tiene tirria, una tirria *sui generis*, como si creyera que yo, disponiendo esto o lo otro, me había de lucir. Para ella no hay acierto ni sentido común más que en lo que ella *dictamina*.

—No es verdad, no es verdad. Ea, señor don Francisco, pasemos ya de las palabras a los hechos, y, reconocida la llaga, probemos a curarla radicalmente —dijo el eclesiástico con dulzura, posando sus manos en las rodillas del marqués—. Es preciso, sin pérdida de tiempo, matar ese odio, destruirlo, aplastarlo, como a un reptil venenoso, cuya picadura ocasiona la muerte.

—Pues por mí... La que odia es ella, no yo.

—El que odia es usted; y de usted debe partir la iniciativa de la reconciliación. Mas para facilitarla, yo propongo que cada cual sacrifique algo de su amor propio. No haya, pues, escenas enfadosas, ni explicaciones. Se reunirán en la mesa uno de estos días, y se hablarán, como si nada hubiera pasado.

—Corriente—dijo don Francisco—. Pero antes fíjese una *línea de conducta*...

—Eso allá ustedes. Como sacerdote, yo procuro las paces, las propongo, las solicito. Hablo a los corazones, no a los intereses. Que uno y otro piensen en Dios y se reconozcan hermanos y vivan en la concordia y el amor. Conseguido esto, traten ampliamente de las prerrogativas de cada uno, y de los presupuestos de la casa, las economías y toda esa música. Tenga usted presente que si la reconciliación es puramente externa y de fórmula, si celebrado un convenio, o *modus vivendi*, para figurar ante el mundo la cordialidad de relaciones, continúa el rencor escondido en el alma, nada se adelanta. Engañará usted a la sociedad, a Dios, no. Sin la pureza de la voluntad, mi señor don Francisco, no podrá aspirar, ya se lo dije en otra ocasión, a los bienes eternos.

—¡Dale, bola!...

—Sí, sí, y antes se cansará usted de ser malo que yo de reprenderle y exhortarle. En resumen, señor mío: no basta que usted haga paces de comedia con su hermana política, y le hable, y se concuerden para el gobierno. Es preciso que le perdone usted cuantas ofensas crea haber recibido de ella, y que el aborrecimiento se convierta en amor, en fraternal cariño.

—Y si no puedo conseguir eso—preguntó Torquemada con viva curiosidad—, ¿qué me pasará?

—Bien lo sabe usted, pues aunque ignora muchas cosas esenciales, no creo que se la haya olvidado el abecé de la doctrina cristiana.

—Ya, ya—indicó el tacaño con afectado humorismo de librepensador—. Para los que aman es el Cielo, y el Infierno para los que aborrecen. Por mucho que usted me predique, padrito, no me convencerá de que yo he de condenarme.

—Eso... usted verá.

—No, si ya lo tengo bien visto. ¡Pues no faltaba más! ¡Condenarme! En cierta ocasión me dijo usted que las puertas del Cielo no se abrirían para mí, y..., vamos, aquello me afectó. Algunas noches me pasé sin dormir, devanándome los sesos, y diciéndome: "Pero yo, ¡ñales!, ¿qué he hecho para no salvarme?..."

—Vale más que se pregunte usted: "¿Qué hago yo para merecer mi salvación?" Me veo obligado a repetírselo, señor marqués. Para ese fin sin fin no hace usted nada, o hace todo lo contrario de lo que debiera. ¿Tiene usted fe? *No, padre.* ¿Cree usted lo que todo buen cristiano está obligado a creer? *No, padre.* ¿Sofoca usted sus malas pasiones, destierra de su alma el rencor, ama usted a los que debe amar? *No, padre.* ¿Pone frenos al egoísmo, haciendo todo el bien posible a sus semejantes? *No, padre.* ¿Distribuye entre los menesterosos las enormes riquezas que le sobran? *No, padre.* Y el hombre que de tal modo se conduce, el hombre que, próximo ya al fin de la vida, no se cura de purificar su conciencia y de sanarla de tanta podredumbre, se atreve a decir: "Que me abran la puerta de la morada celestial, pues allá voy yo, dispuesto a empujarla con mis manos puercas o a sobornar al portero, que para eso me hizo Dios millonario, y marqués, y personaje eximio..."

V

Reíase don Francisco, afectando regocijarse con la broma; pero se reía de dientes afuera; que por dentro, sábelo Dios, le andaba como un diablillo vivaracho que se le paseaba por toda el alma, causándole susto y turbación.

—Ría, ría usted, y écheselas de filósofo y de espíritu fuerte—le dijo Gamborena—, que ya me lo dirá luego.

—Pero ¿de dónde saca usted, mi señor misionero, que yo no creo?

—¿Cumple usted con la Iglesia?

—Hombre, le diré a usted...

—¿A qué espera? A fe que es usted un jovenzuelo rebosando salud para que pueda decir como otros tales: "Tiempo hay, tiempo hay."

—No, ya sé que no hay tiempo—dijo el tacaño con súbita tristeza y sintiendo que la afectada risa se resolvía en contracciones dolorosas de los músculos de su cara—. Esta máquina se descompone, y aquí dentro hay algo que..., que...

—Dígalo claro, algo que le aterra... Naturalmente, ve usted la pérdida de los bienes materiales, el término de la vida. Los desdichados que no saben ver el más allá ven un vacío..., un vacío, ¡ay!, que seguramente no tiene nada de agradable... Ea, mi señor marqués, ¿quiere usted, sí o no, que los últimos días de su vida sean tranquilos; quiere usted, sí o no, prepararse para mirar con ánimo sereno el trance final, o el paso de lo finito a lo infinito? Respóndame pronto, y aquí me tiene a su disposición.

—Pues, hablando en plata—replicó el de San Eloy, con ganas de rendirse, pero buscando la manera de hacerlo sin sacrificio de su amor propio—, yo acepto cualquier solución que usted formule. Dificilillo le será convencerme de ciertas cosas. Por algo la desgracia le ha hecho a uno filósofo. Aquí donde usted me ve, yo soy muy científico, y aunque no tuve estudios, de viejo he mirado mucho las cosas y estudiado en los hombres y en los fenómenos naturales... Yo miro mucho al fenómeno práctico dondequiera que lo cojo por delante. Ahora bien: si ello consiste en ser uno bueno, téngame a mí por un pedazo de pan. ¿Hay que dar algo a los necesitados? Pues no hay inconveniente. Conque..., ya tiene usted a su salvaje convertido.

—Poquito a poco. No es cosa de coser y cantar. Pero no quiero atosigarle, y, hoy por hoy, me contento con la buena disposición. Seré su conquistador y le atacaré con cuantas armas hallo en mi arsenal evangélico.

—Corriente—dijo don Francisco, volviendo a tomar el airecillo de senador enfatuado que discute un punto de administración o de política menuda—. Conste que desde hoy mi objetivo es ganar el cielo, ¿eh? Ganarlo digo, y sé muy bien lo que significa la especie.

—Que no es lo mismo que ganar dos, tres, mil, cien mil duros en una opera-

ción. El dinero se gana con la inteligencia, con la travesura, a veces con perfidia y malas artes: el cielo se gana con las buenas acciones, con la pureza de la conciencia.

—Todo ello es facilísimo, en mi sentir. Y aquí me tiene dispuesto a obedecerlo en cuanto quiera mandarme, tocante al dogma y a la conciencia.

—Está bien.

—Pero siempre es uno filósofo y científico..., no se puede remediar. De poeta no tengo ni un ápice, gracias a Dios. Me da por pensar, y dilucido a mi manera el fenómeno de acá y de allá. La duda me pica y, francamente, duda uno sin sospecharlo, sin quererlo. ¿Por qué duda uno? Pues porque existe, ea. Seamos científicos, no poetas. El poeta es un gaznápiro, que tiene el aquel de las palabras bonitas, un alcornoque que echa flores, ¿me entiende usted? Pues sigo. Vamos a hacer un arreglo, señor Gamborena.

—¿Un arreglo? Aquí no hay más arreglo que poner usted su conciencia en mis manos y dejarse llevar.

—A eso voy—y diciendo esto acercó el marqués su sillón al del sacerdote para poder darle palmaditas en las rodillas—. Francisco Torquemada está dispuesto a dejarse gobernar por el padre Gamborena, como el último de los párvulos, siempre que el padre Gamborena le garantice...

—¿Qué es eso de garantizar?

—Calma. Soy muy claro cuando trato de negocios... Es en mí inveterada costumbre el ponerlo todo muy clarito y atar bien los cabos...

—Pero el negocio del alma...

—Negocio del alma, por decirlo así... Aludo a la entidad que llamamos ánima, que suponemos es un capital cuantioso y pingüe, el primero de los capitales.

—Bueno, bueno.

—Y, naturalmente, yo, tratando de la colocación de ese saneado capital y de asegurarlo bien, tengo que discutir con toda minuciosidad las condiciones. Por consiguiente, yo le entrego a usted lo que me exige la conciencia... Bueno... Pero usted me ha de garantizar que, una vez en su poder mi conciencia toda, se me han de abrir las puertas de la gloria eterna, que ha de franqueármelas usted mismo, puesto que llaves tiene para ello. Haya por ambas partes lealtad y buena fe, ¡cuidado!, porque, francamente, sería muy triste, señor misionero de mis entretelas, que yo diera mi capital y que luego resultara que no había tales puertas, ni tal gloria ni Cristo que los fundó...

—¿Conque nada menos que garantía?—dijo el clérigo, montando en cólera—. ¿Soy acaso algún corredor o agente de Bolsa? Yo no necesito garantizar las verdades eternas. Las predico. El pecador que no las crea carece de base para la enmienda. El negociante que dude de la seguridad de ese Banco en que deposite sus capitales, ya se las entenderá luego con el demonio... Hay que tener fe, y teniéndola hallará usted la garantía en su propia conciencia... Y, por último, no admito bromas en este terreno, y para que nos entendamos olvide usted las mañas, los hábitos y hasta el lenguaje de los negocios. Si no, creeré que es usted cosa perdida y le abandonaré a las tristezas de su vejez, a los temores de su mala salud y a los espantos de su conciencia llena de sombras.

Pausa. Don Francisco se echó para atrás en su sillón y se pasó las manos por los ojos.

—Penétrese usted en las grandes verdades de la doctrina, tan fáciles, tan sencillas, tan claras, que la inteligencia del niño las comprende—dijo el misionero con bondad—, y no necesitará que yo le garantice nada. Yo podría decir: "Respóndame usted de su enmienda y las puertas se abrirán." Lo primero es lo primero. Pero usted, como buen egoísta, quiere que vaya por delante la seguridad de ganancia. Le dejo a usted para que piense en ello.

Levantóse el padrito; pero Torquemada le agarró por un brazo, obligándole a sentarse.

—Un ratito más. Quedamos en que me reconciliaré con Cruz. La idea es plausible. Por algo se empieza.

—Sí, pero con efusión del alma, reconciliación verdad, no de dientes afuera.

—Pues, mire usted, trabajillo me ha de costar, si ha de ser en esos términos y con todo el rigor de las condiciones *sine qua nones*... En fin, se hará lo que se pueda, y por el pronto, hablemos reiteradamente de estas cosas, que me ensimisman más de lo que parece. Yo sostengo que debe uno pensar en ello y

prepararse por lo que pueda tronar. Al fin y a la postre, usted, reverendísimo señor *San Pedro,* me abrirá la puerta, pues por algo somos amigos y...

—Ni yo soy el portero celestial—dijo Gamborena cortándole la palabra—, ni aunque lo fuera abriría la puerta para quien no mereciese entrar. Tiene usted la cabeza llena de consejas ridículas, de cuentos irreverentes y absurdos.

—Pues ya que habla de cuentos, voy a referirle uno muy viejo, que puede interesarle. El porqué y el cómo y cuándo de esta costumbre que tengo de llamarle a usted *San Pedro.*

—Venga, venga.

—Se ha de reír. Es una tontería. Cosas de nuestra imaginación, que es la gran cómica. Parece mentira que siendo uno tan científico y no teniendo pizca de poeta, se deje embaucar por esa loquinaria. Pues ello pasó hace muchos años, cuando yo era un pobre o poco menos, y me cayó enfermo el niño de aquella perra enfermedad que se le llevó, un ataque a la cabeza, vulgo meningitis (1). No sabiendo qué hacer para conseguir que Dios me salvara al hijo y abrigando mis sospechas de que lo mismo el Señor que los santos me tenían entre ojos porque era un poquitín tirano para los pobres, se me ocurrió que variando de conducta y haciéndome compasivo, los señores de arriba se apiadarían de mi aflicción. Generoso y aun despilfarrado y manirroto fuí. ¿Cree usted que me hicieron caso? Como si fuera un perro... ¡Y luego dicen...! Más vale callar.

—La caridad debe practicarse siempre y por sistema—dijo el clérigo con severidad dulce—, no en determinados casos de apuro, como quien pone dinero a la lotería con avidez de sacar ganancia. Ni se debe hacer el bien por cálculo, ni el cielo es un Ministerio al cual se dirigen memoriales para alcanzar un destino. Pero dejemos esto y adelante.

—A lo que iba diciendo. Salía una noche, desesperado y hecho un demonio, quiero decir, afligidísimo, porque el niño estaba muy grave. Resuelto iba a dar limosna a todo pobre que cogiera por delante. Y así lo hice, me lo puede creer. Repartí porción de perras grandes y chicas, amén de los cuantiosos beneficios que había hecho aquella mañana en mi casa de la calle de San Blas, perdonando picos de alquileres y dando respiro a los inquilinos morosos..., gente mala, ¡ay!, gente muy mala, entre paréntesis... Pues, como digo, iba yo por la calle de Jacometrezo, y allá cerca del Postigo de San Martín me encontré a un vejete, que pedía limosna, tiritando de frío. Estaba el pobrecillo en mangas de camisa, viéndosele el pecho velludo, los pies descalzos, la poca ropa que llevaba toda hecha jirones. Me dió mucha lástima. Hablé con él y le miré bien a la cara. Y aquí entra la primera parte de la gracia del cuento, que si no fuera por el chiste, vulgo coincidencia, no merecería ser contado.

—¿Tiene dos partes la gracia?

—Dos. La primera coincidencia es que aquel hombre se me pareció a un *San Pedro,* imagen de mucha devoción que podrá usted ver en San Cayetano, en la primera capilla de la derecha, conforme se entra. La misma calva, los mismísimos ojos, el cerquillo rizado, las facciones todas, en fin, San Pedro vivo, y muy vivo. Y yo conocía y trataba a la imagen del apóstol como a mis mejores amigos, porque fuí mayordomo de la cofradía de que él era patrono, y en mis verdes tiempos le tuve cierta devoción. San Pedro es patrono de los pescadores: pero como en Madrid no hay hombres de mar, nos congregábamos para darle culto los prestamistas, que, en cierto modo, también somos gentes de pesca... Adelante. Ello es que el pobre haraposo era igual, exactamente igual, al santo de nuestra cofradía.

—Y ¿le dió usted limosna?

—¡Toma! Le di mi capa. Pues ¿qué se creía usted? Yo no las gasto menos.

—Está bien.

—Pero, seamos justos, no le di la capa que llevaba puesta, que era el número uno, sino otra vieja que tenía en casa. Para él buena estaba.

—Siempre es un acto muy meritorio, sí, señor..., ¡vaya!

—Pues se me quedó tan presente en la memoria la cara de aquel hombre, que pasaron años y años y no le podía olvidar; y cambié de fortuna y de posición, y siempre con aquel maldito santo fresco y vivo en mi magín. Pues, señor, pasa tiempo y un día, cuando menos en ella pensaba, se me presenta otra

(1) *Torquemada en la hoguera.*

vez en carne y hueso, con alma, con vida, con voz, la misma entidad, aunque con traje muy distinto. Aquí tiene usted la segunda parte de la gracia del cuento. Mi *San Pedro* era usted.

—Sí que es gracioso. ¿De modo que me parezco...?

—Al que me pidió limosna aquella noche, y por ende, al santo apóstol de marras.

—Y aquel San Pedro ¿tenía llaves?

—¡Vaya! Y de plata, como de una tercia.

—Pues en eso no nos parecemos.

—La cara es la misma, esa calva, esas arrugas, el cerquillo, los ojos como alumbrados y las facciones todas, boca y nariz y hasta el metal de voz. Sólo que aquél no se afeitaba, y usted sí... Pero ¡qué parecido tan atroz, Señor! El día que usted entró en casa yo me asusté, crea que me asusté, y se lo dije a Fidela, sí, le dije: "Este hombre es el demonio."

—¡Jesús!

—No, fué un dicho, nada más que un dicho. Pero me dió que pensar, y todo se me volvía discurrir si usted tenía o no tenía llaves.

—No las tengo—dijo Gamborena festivo, levantándose—. Pero para el caso de conciencia es lo mismo. No se apure. Las llaves las tiene la Iglesia, y quien puede abrir aquellas puertas me transmite a mí su poder y a todos los que ejercemos este ministerio divino. Conque disponerse para la entrada. ¿Quedamos en que se efectuará la reconciliación?

—Quedamos en ello. Pero ¿se va ya?

—Sí, que ustedes van a comer. Es muy tarde Reconciliación verdad. De lo demás hablaremos pronto, pues me parece que no estamos para dar largas al asunto.

—No. Desde hoy, la cuestión queda sobre el tapete. Y usted tratará de ello cuando guste.

—Bueno. Adiós. Me ha hecho gracia el cuento. Tenemos que repetir lo de la capa, quiero decir, que yo se la pido a usted otra vez, y tiene que dármela.

—Corriente.

—Si no, no hay llaves. Y crea usted, amigo mío, que lo que es aquella puerta no se abre con ganzúa.

VI

Obra de romanos era, en verdad, la tal reconciliación, y para poder llevarla a cabo, como decía don Francisco, hubo de intervenir nuevamente, con más diplomacia que religión, el buen Gamborena, asistido del excelente Donoso y de Rufinita. Por fin, Cruz y Torquemada se juntaron a comer un día, y las paces quedaron hechas, mostrándose ambos dispuestos a la concordia, aunque siempre reservados sobre los puntos graves del cisma que los separó. Por dicha de todos, aquel día tuvo el señor marqués buen apetito, y comió de cuanto llevaron a la mesa, sin que nada le hiciera daño, cosa rara, pues sus digestiones habían llegado a ser harto difíciles.

No las tenía todas consigo el misionero, y tanto él como Donoso sospechaban que la aproximación no era sustancial, sino más bien aparente, y que los corazones de ambos permanecían distante uno de otro, lo que se confirmó en la práctica a los pocos días de establecido el *modus vivendi*, pues tales cosas pidió y quiso ejecutar don Francisco, que los mismos negociadores se asustaron. Quería nada menos que licenciar los dos tercios de la servidumbre, dejando tan sólo lo indispensable para la asistencia de las dos personas mayores y del niño, y metiendo sin piedad la hoz de las economías en el personal necesario para la limpieza y custodia de las riquezas artísticas. Desmayada ya en sus ambiciones de autócrata. Cruz a todo se avenía. La soledad en que la dejó la muerte de sus queridos hermanos habíale aplacado el orgullo, inspirándole la indiferencia y aun el desprecio de las vanidades suntuarias. Le dolía, sí, que a las obras de arte no se rindiera el debido culto; llevaba muy a mal la sordidez de su ilustre cuñado, quien con un pie en el sepulcro desdoraba su nombre y casa por economizar sumas insignificantes en su colosal riqueza. En otras circunstancias, Cruz habría tratado la cuestión con brío, segura de salir victoriosa; en aquéllas no quiso dar batalla alguna, y con la gravedad melancólica de un emperador que se mete en Yuste, dijo a sus buenos amigos Gamborena y Donoso:

—Que campe ahora por sus respetos.

Justo es que ese bruto recobre en sus últimos años la posesión de su voluntad cicatera. ¿Qué se adelanta con mortificarle? Amargar sus últimos días y predisponerle mal para la muerte. No. Después de mí, él, y después de él, el diluvio. ¡Pobre casa de Gravelinas! Por mi gusto me metería en un convento, pues de nada sirvo ya, ni quiero intervenir en cosa alguna.

Realmente, Cruz, como heroína que en lucha formidable agotó sus energías poderosas, hallábase a la sazón extenuada de voluntad, enferma de desaliento. Había hecho tanto, había creado tantas maravillas, que justo era permitirle descansar al séptimo día. La ingratitud de aquel hombre, su discípulo, su hechura, no le amargaba la vida tanto como debiera, sin duda porque con ella contaba y porque su grande espíritu se sentía más alto, viendo la distancia que aquella ingratitud ponía entre el artista y su obra. Llegó, además, para la egregia dama el tiempo de mirar más a las cosas divinas que a las terrenas. Evolución natural de la vida en las circunstancias en que ella se encontraba, sola, sin más afecto que el de su sobrinita (a quien amaba con inefable lástima), con todas sus ambiciones cumplidas, la casa del Aguila restaurada, las venganzas de familia, que en su conciencia tomaban carácter de inflexible justicia, satisfechas. Todo lo temporal estaba, pues, realizado con creces: ocasión era de mirar a la otra parte de los linderos oscuros de nuestra vida. La soledad, la tristeza, la edad misma que ya rebasaba de los ocho lustros, la incitaban a ello, y si algo faltara para acelerar la evolución, diéraselo la compañía constante del gran misionero, el ejemplo de su virtud y el oírle preconizar la purificación del alma y los goces de la inmortalidad.

A poco de morir Fidela dióse Cruz a la lectura de escritores místicos, y tal afición tomó a este regalo, que ya no podía pasar sin él durante largas horas del día y de la noche. Le encantaban los místicos españoles del siglo de oro, no sólo por la senda luminosa que ante sus ojos abrían, sino porque en el estilo encontraba un cierto empaque aristocrático, embeleso de su espíritu, siempre tirando a lo noble. Aquella literatura, además de santa por las ideas, era por la forma digna, selecta, majestuosa.

No tardó en pasar de los pensamientos a los actos, dedicando las horas de la mañana y las primeras de la noche a prácticas religiosas en su capilla, engolfándose en meditaciones y ejercicios. De los actos de pura devoción pasó fácilmente a las obras evangélicas, y como el *modus vivendi* había separado su peculio del de Torquemada, pudo consagrar libremente sus rentas a la caridad. Y por cierto que la practicaba con una discreción y un tino que pudieran servir de modelo a toda la cristiandad aristocrática. Verdaderamente, ¿en qué cosa había de poner la mano aquella mujer tan intelectual y tan conocedora del mundo que no resultara la misma perfección? Aunque las colectividades benéficas no eran muy de su gusto, no eludía los frecuentes compromisos de pertenecer a ellas... pero reservaba sus energías y lo mejor de sus recursos para campañas que emprendía sola, sin aparato ni publicidad de ninguna clase. Vestía con sencillez, hacía pocas visitas de etiqueta, y su coche era muy conocido en los barrios pobres. No hay para qué decir que Gamborena, encantado de la aplicación de su discípula, traíale notas y noticias de miserias vergonzantes o de males desgarradores para que la dama se encontrase con la mitad del trabajo hecho y no tuviese que afanarse tanto.

Bien quisiera ella mostrar su espíritu evangélico en las proporciones de sublime virtud que las vidas de santos nos ofrecen. Mas no era culpa suya que la regularidad de la existencia en nuestro perfilado siglo imposibilite ciertos extremos. Con fuerzas se sentía la noble dama para imitar a la Santa Isabel de Murillo, lavando a los tiñosos, y tan cristiana y tan señora como ella se creía. Pero tales ambiciones no era fácil que se viesen satisfechas: el mismo Gamborena no se lo habría permitido, por temor a que padeciera su salud. Ello es que su imaginación se exaltaba más de día en día, y que su voluntad potente, no teniendo ya otras cosas en que emplearse, se manifestaba en aquélla para gloria suya y de la idea cristiana.

No descuidaba por esto Cruz ciertas obligaciones de la casa que, según el *modus vivendi,* corrían a su cargo. La

limpieza del heredero, sus comidas, sus ropas, sus juegos, todo era vigilado y dispuesto por la señora con maternal solicitud, y lo mismo habría hecho con su educación, si educación fuera posible con aquel desdichado engendro, que cada día era más indócil, más bruto y más desposeído de todo gracejo infantil. Pero si su tía Cruz le cuidaba con esmero en el orden material, sin que en ello se conociera la falta de la madre, no pasaba lo mismo en otros órdenes, porque Valentinico no tenía ya quien le comprendiese, ni quien tradujera su bárbaro lenguaje, ni quien creyera en su porvenir de persona humana. Privado de inteligencia y de sensibilidad, el pobre salvaje no apreciaba el vacío que en torno suyo dejó su buena mamá, que le hacía caricias con toda el alma, buscando siempre el ángel en los ojos del animalito. De don Francisco no hablemos. Aunque le amaba también como sangre de su sangre y hueso de sus huesos, veía en él una esperanza absolutamente fallida, y su cariño era como cosa oficial y de obligación.

En tanto, iba creciendo el heredero, y su cabeza parecía cada vez más grande, sus patas más torcidas, sus dientes más afilados, sus hábitos más groseros y su genio más áspero, avieso y cruel. Daba mucha guerra en la casa; su tía le consagraba tanta paciencia, que no quedaba en su alma sitio para el cariño. Si enfermaba, le asistía con afán, deseando salvarle, y el monstruoso niño sanaba rápidamente en todos sus arrechuchos, y de cada una de aquellas crisis salía más apegado a la tierra y a la animalidad. En lo único que adelantó algo fué en el lenguaje, pues al final la niñera le enseñó a articular muchas sílabas y a pronunciar toscamente las palabras más fáciles del idioma.

Al mes escaso de hallarse en vigor el *modus vivendi*, ya don Francisco, agriado por sus dolencias, que se le exacerbaron a la entrada de la primavera, empezó a barrenarlo, alterando alguna de las principales bases. Muy conforme, al principio, con que Cruz no se metiera en sus cosas, dió él en meterse en las que eran de absoluta incumbencia de la dama. En las economías de personal creyó ver intenciones de fastidiarle a él, quitándole servicio, mientras la otra lo aumentaba para sí. Además, le cargaba ver a todas horas la caterva de clérigos y beatas que tomaba por asalto el palacio y la capilla. Porque la capilla era suya, y, francamente, debían tenerle la consideración de no hacer uso de ella sino en los domingos y fiestas de guardar. Le molestaba el ruido de tantas devociones y el organito y los cánticos de las niñas que iban allí cada lunes y cada martes con pretexto de religión, y en realidad, para verse y codearse con sus novios. Vamos, no quería que su capilla sirviese para escandalizar.

Estas y otras barbaridades que soltó el marqués de San Eloy una mañana con boca grosera y modales descompuestos fueron reprendidas por el padre Gamborena, que al fin tuvo que incomodarse. Amoscóse el otro, que padecía horrorosamente del estómago, subieron ambos de tono, salió el misionero por la tremenda, replicó el tacaño con palabras amarguísimas, mezcladas con las quejas de su arraigada dolencia, y por fin el padrito le dijo:

—Está usted hoy imposible, señor marqués. Pero discúlpese con su malestar, y quizá no tenga yo nada que contestarle. Sí; le contestaré que urge llamar al médico, a los mejores, y ponerse en consulta. Su enfermedad le enturbia el ánimo y le oscurece la razón. Perdónanse al enfermo los disparates que le hace decir su mal. No es él quien habla, sino el hígado alterado, la bilis revuelta.

—Eso digo yo, señor Gamborena, la bilis, y siendo tan sencillo llevarla en su sitio, ¿por qué estoy malo? ¡Ah! Porque con esta vida no es posible la salud. No tengo nadie que me cuide, nadie que se interese por mí. Si viviera mi Fidela o mi Silvia, si me vivieran las dos, otro gallo me cantara. Pero aquí me tienen abandonado en mi propia casa, en medio de este palaciote que se me cae encima y me agobia el alma. Porque ya ve usted, me he sacrificado en aras de la paz doméstica, y nadie se sacrifica en aras de mi bienestar. ¿Cómo he de tener salud con los condumios de esta casa, que harían perder el apetito a una pareja de heliogábalos? Me están matando, me están asesinando poquito a poco, y cuando uno sufre y revienta de dolor, venga de organillo y de canticios de monjas, que me encienden la sangre y me rallan las tripas.

VII

Oyó Cruz en la puerta del cuarto el final de esta retahila, y entró presurosa, esforzándose por poner semblante conciliador y risueño para decirle:

—Pero si no hemos cambiado de cocinero, y las comidas son las mismas. Eche usted la culpa a su estómago, que ahora está de malas, y si quiere curarlo, clame contra sus berrinches antes que contra las comidas, que son excelentes. Pero se variarán todo lo que usted quiera. Dígame lo que apetece y su boca será servida.

—Déjeme, déjeme en paz, Crucita de mis pecados—replicó el marqués, echándose en un sofá—. ¡Si no apetezco nada, si todo me repugna, hasta el vino con jugos que inventé y que es el brebaje más indecente que ha entrado en boca de cristianos!

—Verá como Chatillón le da gusto al fin, aderezándole platillos gratos al paladar y de fácil digestión... Y en cuanto a los ruidos de la capilla, callará el órgano y nos iremos con la música a otra parte. Aquí estamos para contentarle y evitarle molestias. Usted manda, y a bajar todos la cabeza.

Aplacóse con estas palabras de humildad y afecto el fiero millonario, y retirada Cruz, otra vez se quedó solo con Gamborena, el cual le recomendó la paciencia como único alivio de sus males, mientras la Medicina determinaba si podía o no curarlos definitivamente. Bien podría suceder que la ciencia, por estar el mal muy hondo y la naturaleza del enfermo muy quebrantada, no lograra salir airosa. Lo más seguro era ponerse en lo peor, dar por inevitable en plazo próximo el acabamiento de tantos dolores y prepararse para mejor vida.

—¿De modo que tengo que morirme de ésta?—dijo Torquemada sulfurándose—. ¿Luego estoy en capilla, por decirlo así, y no tengo que pensar más que en mis funerales?

—De eso cuidarán otros. Usted piense en lo que más le importa. A un hombre de carácter entero, como usted, se le debe hablar el lenguaje de la verdad.

—Claro, y la misión del sacerdote es restregarle a uno la muerte en los hocicos... Pues mire usted, señor misionero, muy malo estoy, muy mal; pero no se entusiasmen tan pronto los que están deseando verme salir de aquí con los pies por delante, que como yo me plante en no morirme, no habrá tu tía; soy de mucho aguante y de una madera que no se tuerce ni se astilla. Ni todo el protomedicato ni todo el clerigüicio del mundo me han de precipitar a la defunción antes que la cosa venga por sus pasos contados. Y los que piensan heredarme, que esperen sentaditos. ¿No hay más sino hacer el caldo gordo a los que no nos quieren bien? Todavía he de dar mucha guerra. Claro que cuando llegue la sazón oportuna y la naturaleza diga de aquí no paso, yo no he de oponerme. Seamos justos: no me opongo, en principio, se entiende. Pero aún no, aún no, ¡ñales!, y guárdese usted sus responsos para cuando se los pidan, ¡ñales!, para cuando los pidan las circunstancias..., ¡reñales! ¿Qué es usted? Un funcionario de lo espiritual, que viene a prestar servicio cuando le llaman. Pero entre tanto no se le avise, usted no toca pito ni tiene vela en este entierro..., digo, no se trata de entierro, ¡cuidado!, sino una cosa diametralmente opuesta.

—¡Bueno, mi señor don Francisco, bueno!—dijo el clérigo con dulzura, comprendiendo que en aquella crisis de hipocondría no era prudente contrariarle—. Usted avisará. Siempre me tiene a sus órdenes. Espero verle a usted pronto aliviado de sus alifafes, y, por consiguiente, aplacadas esas cóleras que se le suben a la cabeza y le empañan el juicio. A descansar, y ya hablaremos otro día.

Hablaron otro día y otro, sin adelantar cosa mayor, porque, lejos de mejorar, agravóse el enfermo, haciéndose intratable. Ni Donoso ni Gamborena podían con él, y éste veía con desconsuelo el mal giro que iba tomando el negocio de aquella conciencia y cuán expuesto era perder la partida si la infinita misericordia no abría caminos nuevos por donde menos se pensara.

Tanto arreciaba el mal del marqués de San Eloy, que en todo abril no tuvo un día bueno, y hubo de apartarse absolutamente de los negocios, poniéndose más displicente a causa de la holganza y dándose a los demonios de sólo pensar que ya no ganaba dinero y que sus capitales se estancarían improductivos. Raro era el día que no devolvía los alimen-

tos. ¡Cosa más rara! Comía con regular apetito, procurando contenerse dentro de la más estricta sobriedad, y a la hora, ¡zas!, mareos, angustias, bascas y... Francamente, era una broma pesada de la naturaleza o de la economía...

—¡Ah!...—exclamaba palpándose el estómago y los costados—. No sé qué tiene esta condenada economía, que parece una casa de locos. No hay gobierno aquí dentro, y los órganos hacen lo que les da la real gana, sin respeto al orden establecido ni a los hechos consumados. ¿Qué Biblias tiene este cuerpo para no querer alimentarse y para rechazarme la buena comida que le propino? Sin duda hay levadura de revolución o de anarquismo en estas interioridades mías... Pero que se ande con cuidado el señor estómago, que estas demasías fenomenales se toleran una vez, dos veces: pero bien podría encontrarse un específico que le pusiera las peras a cuarto al órgano este, que me está dando la santísima y haciéndome..., ¡ay, ay!...

Su displicencia no era continua, pues a menudo la interrumpían enternecimientos que por su exageración eran verdaderos ataques. Algunos días mostrábase tan tierno, que no parecía el mismo hombre, y sus ternuras recaían casi siempre en Rufinita, que por aquel entonces no faltaba de su lado día y noche.

—Hija querida, tú eres la única persona que me quiere de veras. ¿Quién se interesa por mí más que tú?... Por eso, ¡malditas Biblias!, yo te quiero a ti más que a nadie. Tú no haces ni dices cosa alguna por aburrirme y fastidiarme, como otras personalidades que parece que están estudiando la manera de hacer cosquillas a mi genio para hacerle saltar. Tú eres el dechado de las buenas hijas y un ángel, como quien dice, si bien yo, seamos justos, no creo que haya ángeles ni serafines... Pero yo te quiero con toda mi alma y te lo digo con el corazón en la mano, si por algo siento mi defunción es por ti, pues aunque tienes a tu maridillo, te vas a quedar muy solita, muy solita. Ya ves.... se me llenan de agua los ojos, y se me cae la baba.

Rufina, que era buena como el pan, le consolaba y le hacía mil carantoñas, procurando arrancar de su mente toda idea pesimista, y de su corazón el odio inextinguible hacia otras personas de la familia.

—No, hija de mi vida—decía, mordiendo el pañuelo que tenía en la mano—, no me digas que Cruz es buena. Tú juzgas a todos por el prisma de ti misma, pedazo de ángel; pero tu corazón tierno te engaña. No es buena esa mujer. Yo me reconcilié con ella por complacer al amigo Donoso y a ese Gamborena bendito, y también por no ser un óbice al arreglo y separación de intereses... Ya ves: hemos vuelto a ser amigos, y nos tratamos, y yo la considero y me someto a sus caprichos de mujer arbitraria y a sus mangoneos. Días hace que no como más que lo que ella dice...

Volvía Rufinita a la carga, ensalzando los méritos de Cruz y su talento y su intachable rectitud, y el usurero parecía, al fin, si no convencido, en vías de convencerse. Extremaba sus cariños a la hija, hasta que, pasado aquel remolino misterioso de su hiponcondría, volvían las amargas ondas a invadir su alma.

—¡Qué empeño tenéis todos en que estoy muy enfermo!—decía, paseándose por el cuarto—. Y ese Quevedillo, tu marido, lo conseguirá al fin si hago caso de su ciencia de ñales. ¿Qué sabe él de estas cosas de la economía? Lo que yo entiendo de castrar mosquitos entiende él de Facultad. ¡Vaya con el plan que quiere ponerme ahora! Que no tome más que leche: leche por la mañana, leche por la noche, leche a la madrugada. ¡Leche! Ni que fuera yo un mamón... Porque, seamos imparciales, ¿qué interés tienen ustedes en que yo siga muy malo? No se hable de morirme, porque de eso no se trata, sino de estar malísimo... ¿Qué vais ganando vosotros con que yo viva preso en este cuarto del mismísimo cuerno y no pueda salir a evacuar mis asuntos?... ¡Ah! Ya veréis, ya veréis algún día, de aquí a muchísimos años, cuando yo cierre el párpado..., muchísimos años, ya veréis... ¡Qué chasco vais a llevaros cuando os encontréis con que no hay tales carneros, con que la riqueza que creíais pingüe no es más que un pedazo de pan, como quien dice, porque lo ganado ayer con el trabajo se ha perdido hoy en la holganza!... Claro, van otros y apandan los negocios, mientras yo

me estoy aquí, quitándome motas al santísimo aburrimiento y mirando a mi estómago y a mi economía y a mis Biblias de tripas para ver si pasa o no pasa por ellas el... qué sé yo qué... Es horrible vivir así, viendo que el montón amasado con mi sudor se desmorona, y que lo que yo pierdo otros lo ganan, se llevan la carne y no me dejan más que el hueso...

Porque otro síntoma de su mal, a más de aquellos enternecimientos que rompían la igualdad de su endiablado humor, era la tenaz idea de que no pudiendo trabajar, no sólo se estancaban sus capitales, sino que la inacción los destruía, hasta llevarlos a la nada, cual si fueran una masa líquida abandonada a la intemperie y a la evaporación. En vano sus amigos empleaban la lógica más elemental para arrancarle idea tan absurda, pero ésta se aferraba a su mente con tal fuerza, que ni lógica, ni ejemplos claros, ni el razonamiento, ni la burla le curaban de aquel extraño mal de la imaginación. Noche y día le atormentaba la pícara idea, y para sofocarla no hallaba más arbitrio que retardar considerablemente su muerte, suponerse curado y metido otra vez en el trajín ardiente de los negocios.

De mal en peor iba el hombre, y llegó día en que sólo el intento de ponerse a comer le producía indecibles molestias del estómago y riñones, opresión cardíaca y vértigos. Una noche, después de luchar con el insomnio, cayó en un sopor que más parecía borrachera que sueño, y allá de madrugada despertó de un salto, como si se hubiera desplomado sobre él la elegante cimera de la cama en que dormía. Una idea terrible le asaltó, como rayo que le atravesara el cráneo de parte a parte. Saltó del lecho a oscuras, encendió la luz... La idea no se desvaneció ante la claridad; al contrario, agarrábase con más fuerza a su ofuscado entendimiento. "Es cosa clara, es como esa luz, es la pura evidencia, y soy el mayor zoquete del mundo por no haberlo descubierto antes... ¡Me están envenenando!... ¿Quién es el criminal? No quiero pensarlo... Pero el cómplice es ese Chatillón indecente y cochino, ese cocinero de extranjis... Gracias a Dios que lo veo claro: todos los días me echan un poquito, unas gotas de... lo que sea. Y así me voy muriendo sin sentirlo. No cabe duda. Si no, que me hagan la autopsia ahora mismo, y verán cómo está mi economía... Pero ¡si siento en la boca el gustillo amargo de ese porquísimo veneno!... Lo repito, lo estoy repitiendo a todas horas... ¿Y serán capaces de negármelo esos bandidos?"

Las tristísimas horas de angustia, de espanto, de convulsiva congoja que pasó hasta que le visitaron las claridades del naciente día no son para descritas. Tan pronto se arropaba, transido de frío, tan pronto abrasado de calor retiraba el pesado edredón. Y la idea que le taladraba los sesos descendía por la corriente nerviosa hasta el gran simpático, y allí se cebaba la infame, produciéndole un afán inenarrable y un suplicio de Prometeo. "Estoy pensando con el estómago... Váyase lo uno por lo otro, pues ayer he estado dirigiendo con la cabeza."

La luz matinal le despejó un poco, llevando a su espíritu la duda, que en aquel caso era consoladora. Sería o no sería. El envenenamiento podía ser, podía no ser un hecho. Ya se afirmaba en su mortificante idea, ya la desechaba como la más absurda que en cerebro enfermo pudiera manifestarse. Al fin, ¡qué demonio!, la razón fué recobrando sus fueros e imponiéndose a los insubordinados pensamientos que en aquella infausta madrugada dieron el grito de rebelión... "¡Envenenarme!... ¡Qué desatino!... ¿Y a santo de qué?"

VIII

Levantóse, lleváronle el chocolate, y lo mismo fué verlo ante sí que le acometió una repugnancia intensísima, y la terrible idea asomó como un diablillo que juega al escondite. "Aquí estoy —le dijo—. No tomes esa pócima si quieres vivir..."

—Ramón—dijo Torquemada a su ayuda de cámara—. No quiero el chocolate. Dile al danzante de Chatillón que ese jarope se lo tome él para que reviente de una vez... Oye: desde mañana, que me traigan todos los trebejos y una lamparilla de espíritu; yo mismo haré aquí mi chocolate.

Su tenaz monomanía le sugirió un procedimiento lógico en esta forma: "Pero ¿a qué me apuro, si es tan fácil

probarlo? Un par de días me bastarán para llegar al convencimiento claro de si me envenenan o no me envenenan. La cosa es facilísima. No tengo tranquilidad hasta no asegurarme... palmariamente..."

Pidió su coche. Para evitar las preguntas y oficiosidades de Cruz, que de fijo, al verle salir tan de mañana, habría de sorprenderse y alarmarse, procurando por todos los medios impedir la salida, quiso aprovechar los momentos en que la señora oía su primera misa. ¡Buena se pondría cuando supiera que el enfermo se había echado a la calle en uso de su libérrima voluntad! ¡Y qué aspavientos haría la condenada! "¡Salir tan temprano y sin desayunarse... ¡Y estando tan delicadito!" "Tú sí que estás delicadita..., pero es de la conciencia... Ya te daré yo remilgos." Y antes que concluyera la misa escapó como un colegial, con no poca sorpresa de la servidumbre, que al ver salir al señor marqués tan a deshora después del largo encierro, creyó que su enfermedad le había trastornado la cabeza.

Ordenó al cochero que le llevase por las afueras, sin designar sitio; ansiaba respirar aire puro, ver caras nuevas, es decir, caras distintas de las que diariamente veía en su casa, y espaciar su espíritu y sus ojos. La mañana estaba hermosísima, risueño y claro el cielo, despejado el ambiente. No bien salió el carruaje a las rondas, sintió Torquemada que se le iba metiendo en el alma la placidez de aquel hermoso día de mayo; y al avanzar hacia los suburbios, cuanto veía, suelo y casas, árboles y personas, se presentaban a sus ojos cual si hubieran dado a la Naturaleza una mano de alegría o pintádola de nuevo. Así vió el tacaño lo que veía: los transeúntes, gente de pueblo que habitaba en aquellos arrabales, se le antojaron seres felices que iban por la calle o carretera pregonando, con la expresión del rostro más que con la palabra, la dicha de que se hallaban poseídos en aquel día supremo.

Desde los altos de Vallehermoso mandó al cochero que descendiera a las alamedas de la Virgen del Puerto, y allí se aventuró a dar un paseíto a pie. Apoyándose en el bastón de puño de asta recorrió distancias considerables, gozoso de notarse con fuerzas para ello; aunque claudicaba un poco, sus piernas no eran un modelo de seguridad y le dolían las plantas de los pies. Y para mayor dicha no sentía molestia alguna en el estómago, ni en el vientre, ni en parte alguna. ¡Si ni siquiera se enteraba de poseer tal estómago! En verdad, no hay cosa más higiénica que los paseos matinales ni nada que destruya la naturaleza como encamarse y llenarse el cuerpo de asquerosos medicamentos. Por supuesto, su familia tenía la culpa de que él hubiese llegado a tal extremo en su dolencia, la cual no habría pasado de una leve indisposición si no le rodearan de tan estúpidos cuidados y precauciones, si no le marearan con tanto mediquillo hablando del píloro y de la diátesis, y de tanto clérigo agorero hablando de la muerte.

—¡Biblias pasteleras!—exclamó cuando ya llevaba una hora de renquear por aquellas solitarias alamedas—. Pues ¿no tengo apetito?... Sí, no hay duda. O esto es apetito o yo no sé lo que me pesco. Apetito es, y de los finos. Las señas son mortales. ¡Me comería yo ahora...! Vamos, cosa de mucho peso no me comería; pero unas buenas sopas de ajo o un arroz con bacalao, sí que me lo zamparía... Véase por dónde hice bien en no tomar el chocolate en mi casa. En cuanto el estómago se ha echado a la calle ya es otro hombre, ya es otro estómago, por decirlo así, y recobra su autonomía. Bien, bien... ¡Cómo me río yo ahora de Cruz, y de Donoso, del propio *San Pedro*, con llaves y todo, y de este ladrón de cocinero, y de toda la taifa de mi casa palacio!... ¡Ah caserón de Gravelinas, déjate estar, que ya te arreglaré yo! Por lo que me has hecho sufrir en tu recinto yo te derribaré, después de enajenadas todas las *Américas*, y venderé el solar, que vale un pico. Y que se vayan Cruz y el de las llaves a decir sus misas y a rezar sus letanías a otra parte... ¡Cuerno, pues esto pasa de castaño oscuro! ¡Vaya un señor apetito que me está entrando! Es un apetito famélico, como el que uno tiene cuando es muchacho y vuelve de la escuela... ¡Si me comería medio carnero!... Pero, ¡ay!, de sólo recordar los bodrios a la francesa que hace Chatillón parece que el estómago quiere llamarse a engaño, y siento esas cosquillas que anteceden a las ganas de vomitar... No, no; abajo

la raza espuria de los Chatillones y compinches... Ya os arreglaré yo, grandísimos tunantes, si, como todo parece indicar, resulta demostrado... Pero a bien que quizá no seáis vosotros los culpables... ¿Qué interés podíais tener vosotros en que yo estirara la pata tan pronto? En otra parte habrá que buscar la iniciativa del crimen... Pero ¡qué apetito tan bárbaro! ¿Qué mejor síntoma de lo que sospeché y descubrí? El estómago echa las campanas a vuelo desde que se ha visto lejos de aquella infame facción..., y con su alegre repicar me dice que coma, que coma sin miedo, libre ya de clérigos y beatas, que lo mismo envenenan un alma que un cuerpo... Y si yo, Francisco Torquemada, marqués de San Eloy, me metiera en un ventorrillo de esos que hay hacia los lavaderos y pidiera un plato de callos o unas magras con tomate, ¿qué diría la voz pública?... ¡Ja, ja! ¿Qué diría el Senado si tal supiera? ¡Ja, ja!... Lo cierto es que me rejuvenezco... Bien lo dijo el que dijo que todo eso de religión es música, y que no hay más que Naturaleza... Naturaleza es la madre, la médica, la maestra y la novia del hombre...

De sus desordenados pensamientos no podía derivarse ninguna acción que no fuera un desatino, y en vez de volverse a casa se pasó un gran rato discurriendo dónde buscar la pitanza que su estómago con energías juveniles le reclamaba. De pronto, como caballería que olfatea el pesebre, pegó un respingo y enderezó las miradas del cuerpo y del alma hacia el caserío de Madrid, que desde aquella parte apiñado se ve, cien cúpulas y torres, Vistillas, Puerta de Toledo, San Francisco, San Cayetano, Escuela Pía de San Fernando, etcétera. Sintió la querencia de los sitios en que pasara los años mejores de su vida, trabajando como un negro, eso sí, pero en tranquila independencia, aquellos deliciosos barrios del Sur, tan prolíficos, tan honrados, tan rumbosos y con tanta alegría en las calles como gracejo en las personas. Desearlo y resolverlo fué todo uno, y el cochero arreó por la calle de Segovia arriba, con orden de pararse en Puerta Cerrada.

Desde que se apeó el señor marqués empezó a fijarse en él la gente, y cuando avanzaba despacito por la calle de Cuchilleros, cargando el cuerpo sobre el bastón, como si anduviese con tres pies, hombres y mujeres salían a las puertas de las angostas tiendas para mirarle. Los más no le conocían; si su rostro había cambiado mucho en los últimos tiempos, más había cambiado la fisonomía del pueblo. En los años transcurridos desde que el usurero Torquemada trasladó su vida y sus tráficos a otras esferas, casi teníamos una generación nueva. Pero alguien, entre los antiguos, debió de conocerle, sin duda; corrió la voz entre el vecindario, y a cada minuto salían a las puertas más y más personas. Recorrió toda la calle por la acera de los impares, reconociendo las principales tiendas, que poca o ninguna mudanza ofrecían. En la acera de enfrente vió la casa en que había morado la gran doña Lupe, y este recuerdo prodújole una fugaz emoción. ¡Si viviera *la de los Pavos*, cuánto se alegraría de verle!..., ¡y cómo le palpitaría el seno de algodón!

En una y otra acera reconoció, como se reconocen caras familiares y en mucho tiempo no vistas, las tiendas, que bien podrían llamarse históricas, madrileñas de pura raza: pollerías de aves vivas, la botería con sus hinchados pellejos de muestra, el tornero, el plomista, con los cristales relucientes, como piezas de artillería de un museo militar; la célebre casa de comidas de Sobrinos de Botín, las tiendas de navajas, el taller y telares de esteras de junco, y por fin la escalerilla, con su bodegón antiquísimo, como caverna tallada en los cimientos de la plaza Mayor. Ante él se detuvo un instante; pero la curiosidad pegajosa de unas mujeres que a la puerta de la tal caverna salieron le hizo volver grupas y tirar para abajo. Con el dueño de aquel figón tuvo buenas amistades don Francisco en otros tiempos; pero ya el establecimiento había pasado a nuevas manos. "La verdad—pensó el de San Eloy, remando otra vez hacia Puerta Cerrada por la acera de los pares—, la verdad es que se va muriendo la gente. Hoy uno, mañana dos; pero no se acaba el mundo, no, y vienen otros y otros, y los que ayer eran niños hoy andan por aquí gobernando los establecimientos." Del fondo oscuro de una pollería, con el suelo ensangrentado y lleno de plumas, desembocaron unas mujeres que

debieron de reconocerle; así al menos lo revelaba el pasmo que se pintó en sus semblantes y el asombro con que se santiguaban. Corrió la voz cual reguero de pólvora, y antes que llegara a la tienda de las jeringas, algunas voces pronunciaron el nombre de Torquemada. El no hizo caso y siguió acordándose de que era prócer, ricacho y que no estaban bien las familiaridades con aquella gente. Fijóse un instante en la vitrina donde se exponían, en reluciente variedad, todos los tipos de lavativas y clisteles, y un poco más allá hizo propósito de preguntar por el único amigo que en aquellos barrios conservaba y convidarse a tomar un bocado en su establecimiento, si tenía la suerte de encontrarle en él. ¡Tendría gracia que se hubiera muerto Matías Vallejo en el año transcurrido desde la última vez que se vieron! "Bien podría ser, porque... todos los días está pasando que antes de morirse uno se mueren los otros."

Detúvose a contemplar una sucia vidriera de taberna, en la cual vió el cazolón de judías con un moje colorado que tiraba para atrás, las doradas sardinas, las amarillas ruedas de merluza, las chuletas del de la vista baja, pringadas en tomate, las sartas de chorizos, con aquel moho ceniciento y aquel cárdeno viso que acusan su prosapia española; y estaba dilucidando el señor marqués si aquel bodegón sería o no sería el de Vallejo, cuando...

IX

He aquí que el propio Matías Vallejo se le puso delante, y quitándose la gorra con muestras de tanto respeto como alegría, le dijo:

—¡Señor don Francisco de mi alma, usted en estos barrios, usted mirando estas pobrezas!

—¡Ah! Matías; pensaba preguntar por ti. ¿Es ésta tu casa? Y la tienda, ¿dónde está?

—Venga, venga conmigo—dijo aquel pedazo de animal, llevándole de una mano, para lo cual fué preciso romper a codazo limpio el círculo de curiosos que al instante se formó.

Componían la persona de Matías Vallejo una panza frailuna, revestida del verde mandil con rayas negras; por abajo, unos pies que apenas cabían dentro de inconmensurables pantuflas de alfombra, y por arriba, una cabeza que era lo mismo que un gran tomate con ojos, boca y narices. Sobre todo esto una afabilidad campechana, una risa bramadora y un mirar acuoso y tierno, que indicaban la paz de la conciencia, el vinazo y la vida sedentaria. Con este hombre, que a la sazón contaba sesenta años, y contaría más si no reventaba pronto como un pellejo al que se le cascan las costuras y se le corre la pez, tuvo don Francisco amistad íntima en otros tiempos. En los de sus grandezas fué la única persona de aquellos barrios con quien se trató pasajeramente. Matías Vallejo, rompiendo por todas las etiquetas, se presentó dos o tres veces en la casa de la calle de Silva y en el palacio de Gravelinas a pedir un auxilio pecuniario al amigo de antaño, y éste se lo prestó gentilmente, sin interés, caso inaudito del cual no hay otro ejemplo en la historia del grande hombre. Verdad que Vallejo cumplió bien y los réditos se los pagó en gratitud; que era hombre de buena cepa y también de circunstancias, a su manera tosca.

Pues, como digo, lleváronle a la tienda, y de ésta a la trastienda, casi en triunfo, y le sentaron junto a una mesa de palo mal pintado, en la cual las culeras de los toscos vasos habían dejado círculos de moscatel pegajoso, que una mujer refregó, más que limpió, con un trapo. Vallejo, su hija y yerno y otras dos personas que en la trastienda había, estaban como atontados con tan extraordinario y excelso huésped, y no sabían qué decirle ni qué obsequios hacerle para cumplir y dejar bien puesto el pabellón de la casa. Iban de aquí para allá, azorados: la mujerona contenía la irrupción de los parroquianos entremetidos que quisieron colarse detrás de don Francisco; Vallejo se reía como un fuelle, y el yerno se rascaba la cabeza, quitándose la gorra y volviéndosela a poner.

—¡Vaya, vaya, don Francisco por aquí! ¡Qué sorpresa..., venir a honrar este pobre tenducho..., tú, un señor marqués!...

En otro tiempo se tuteaban Torquemada y Vallejo. Este cayó en la cuenta de que a tiempos nuevos, tratamientos

nuevos, y mordiéndose la lengua, como por vía de castigo, juró tener más cuidado en adelante.

—Pues venía paseando — dijo don Francisco, algo afectado por los agasajos de aquella buena gente—, y dije, digo: "Voy a ver si ese pobre Vallejo se ha muerto ya o si vive... Yo he estado muy malito."

—Lo oí decir..., y crea que lo sentí de veras.

—Pero ya estoy en la convalecencia, en plena convalecencia, gracias a mi determinación de tomar el aire, y de... zafarme de médicos y boticas.

—Ya... Si no hay nada como el santo aire y la vida de pueblo. Lo que digo: vosotros, los de sangre azul, que os cuidáis más de la cuenta, vivís poco.

—No, pues lo que es yo no la entrego a dos tirones. ¡Biblias pasteleras! Mira, Matías, sin ir más lejos, hoy mismo le he dado una patada a la muerte que..., vamos, que la he mandado a hacer puñales... ¡Ja, ja!... Y dime una cosa: ¿podría yo almorzar aquí?

—¡Ave María Purísima!... ¡Me caso con San Cristóbal!... ¡Qué cosas dice usted!... ¡Nicolasa, ¡jinojo, que quiere almorzar!... Colasa, y tú, Pepón, ¡que almuerza en casa! ¡Vaya una honra! Pronto, a ver..., ¿hay perdices?... Si no, que las traigan. Tenemos un cochinillo que es para chuparse los dedos.

—No, cochinillo no.

—¡Colasa!... Pero ¿qué haces? ¡Que su excelencia quiere almorzar! Más honor que si fuera el emperador de todas las Alemanias y de todas las Rusias.

Creyérase que se habían vuelto locos. Vallejo lloraba de risa y pateaba de contento. El mismo limpió nuevamente la mesa con su delantal verde mientras Nicolasa traía manteles y servilletas de gusanillo de lo que guardaba en las arcas, pues el servicio de la taberna no era para tan gran personaje. Debe advertirse que taberna y tienda componían el establecimiento de Vallejo, ambas industrias administradas en común y los dos locales comunicados por la trastienda.

—Hay de todo—dijo Vallejo a su amigo—: chuletas de cerdo y de ternera, lomo adobado, aves, besugo, jamón, cordero, calamares en su tinta, tostón, chicharrones, sobreasada, el rico chorizo de Candelario y cuanto se quiera, ea, ¡me caigo en el puente de Toledo!, cuanto se quiera.

—No has nombrado una cosa que he visto en tu vidriera, y que me entró por el ojo derecho cuando la vi. Es un antojo. Me lo pide el cuerpo, Matías, y pienso que ha de sentarme muy bien... ¿No caes? Pues judías, dame un platito de judías estofadas, ¡cuerno!, que ya es tiempo de ser uno pueblo, y de volver al pueblo, a la Naturaleza, por decirlo así.

—¡Colasa!... ¿Oyes?... ¡Quiere judías..., un excelentísimo senador..., judías! ¡Válgate Dios, qué llano y qué...! Pero también tomará usted una tortilla con jamón, y luego unas magras...

—Por de pronto las judiitas, y veremos lo que dice el estómago, que de seguro ha de agradecerme este alimento tan nutritivo y tan... francote. Porque yo tengo para mí, Matías, que todo el condimento español y madrileño neto cae mejor en los estómagos que las mil y mil porquerías que hace mi cocinero francés, capaces de quitarle la salud al caballo de bronce de la plaza Mayor.

—Diga usted que sí, ¡jinojo!, y a mí nadie me quita de la cabeza que todo el mal que el señor don Francisco tuvo no fué más que un empacho de tanta judía cataplasma y de tanta composición de salsas pasteleras, que más parecen de botica que de mesa. Para arreglar la caja, señor marqués, no hay más que las buenas magras y el vino de ley sin sacramento. No le diré a vuecencia que estando delicado tome carne del de la vista baja, con perdón; pero unas chuletas de ternera tengo aquí que, asadas en parrillas, resucitan a un muerto.

—Las cataremos—dijo el prócer, empezando a comer las judías, que le sabían a gloria—. Mentira me parece que coma yo esto con apetito y que me caiga tan bien. Nada, Matías, como si de ayer a hoy me hubieran sacado el estómago para ponerme otro nuevo... Riquísimas están tus judías. No sé los años que hace que no las probaba. Aquí traería yo a mi cocinero a que aprendiese a guisar. Pues no creas; me cuesta cuarenta duros al mes, sin contar lo que sisa, que debe de ser una millonada, créetelo, una millonada.

Matías hacía los honores a su huésped comiendo con él, para incitarle con

el ejemplo, que era de los más persuasivos. Trajeron, además, vinos diferentes para que escogiesen, prefiriendo los dos un valdepeñas añejo que llamaba a Dios de tú. Después de saborear las alubias notó el marqués con alegría que su estómago, lejos de sentir fatiga o desgana, pedíale más, como colegial sacado del encierro que se lanza a las más locas travesuras. Venga la tortilla con jamón o chorizo de lo bueno; vengan las chuletas como ruedas de carro, bien asaditas y con su albarda de tomate, y, sobre todo, tira de valdepeñas para macerar en el buche toda aquella sustancia y digerirla bien.

Cuantas personas entraban en la trastienda, ya fueran a ver al señor Matías, ya llegaran con intenciones de tomar algo en las otras mesas, quedábanse como quien ve visiones ante la presencia del señor de Torquemada, y unos por no conocerle, otros por haberle conocido demasiado, abrían un palmo de boca. Y el respeto que tan gran personaje a todos infundía los tuvo silenciosos, hasta que Vallejo, a mitad del almuerzo, animándose con el vinillo y con los vapores de su propia satisfacción, les dijo:

—Blas, y tú, Carando, y tú, Higinio, no seáis *pusilámines*, ni tengáis cortedad. Arrimaos aquí, que el señor marqués no se avergüenza de alternar, y es un señor muy democrático y muy disoluto.

Arrimáronse, y don Francisco les hizo una de aquellas graves reverencias que aprendido había en sus tiempos de aristocracia. Hizo Matías la presentación en estilo llano:

—Este Blas es el ordinario de Astorga, y aquí donde usted le ve, no se deja ahorcar por treinta mil duros. Higinio Portela es sobrino de aquel Deogracias Portela que tuvo la pollería de la Cava... ¿Se acuerda usted?

—¡Oh! Sí, me acuerdo..., ya..., Deogracias... Por muchos años.

—Y este Carando es un burro, con perdón, porque tenía el negocio de animales muertos, y por pleitear con los González, de Carabanchel Bajo, se quedó sin camisa. Total, que todos aquí, mil duros más o mil duros menos, semos unos pelagatos en comparanza con tu grandeza, con la opulencia opípara del hombre que si, a mano viene, tiene más millones en sus arcas que pelos en la cabeza.

—No exagerar, no exagerar—dijo don Francisco con afectación de modestia—. No creáis las aseveraciones del vulgo... He trabajado mucho, y pienso trabajar más todavía, para reparar los quebrantos que esta jeringada enfermedad me ha traído. Gracias que hoy me rejuvenezco, y, según la gana con que como y lo bien que me cae, paréceme que nunca estuve enfermo ni volveré a estarlo en los días que me quedan de vida, que serán muchos, pero muchos...

X

Alzaron los vasos y bebieron a la salud del más democrático de los próceres y del menos orgulloso de los plebeyos enriquecidos, aunque ni estas palabras ni otras semejantes emplearon los bebedores: la idea estuvo tan sólo en su ruda intención y en el mugido con que la expresaron. Inundado de un gozo juvenil se sentía Torquemada: muy satisfecho de lo bien que se portaba su estómago; no sabía qué alabar más, si el excelente sabor de lo que comía, o la gallarda franqueza de aquella gente sencilla y leal que tan de corazón le festejaba. Por cierto que al comprender la necesidad de pagar verbalmente sus agasajos, pensó también, con seguro juicio, que en tal lugar y ante tales personas debía sostener la dignidad de su posición y de su nombre, empleando el lenguaje fino que no sin trabajo aprendiera en la vida política y aristocrática.

—Señores—les dijo, rebuscando en su magín las ideas nobles y los conceptos escogidos—, yo agradezco mucho esas manifestaciones, y tengo una verdadera satisfacción en sentarme en medio de vosotros y en compartir estos manjares suculentos y gastronómicos... Yo no oculto mi origen. Pueblo fuí, y pueblo seré siempre... Ya sabrán que en la Cámara he defendido a las clases obreras y populares... Para que la nación prospere es menester que entre las clases no haya antagonismo y que fraternicen tirios y troyanos...

—Vean, vean—exclamó Matías, a quien el entusiasmo puso rojo, o más bien, de color de moras negras—. Lo mismo vus dice hoy este hombre que vus dije yo

ayer. Que se den la mano las clases, los de la grandeza y los artistas, para que haiga orden público y prosperidad nacional.

—Es que entre vuestras ideas y las mías—dijo Torquemada, emprendiéndola valiente con la carne—hay muchos puntos de contacto.

—¡Si todos los de arriba—indicó el llamado Carando—fueran como los de ciertas casas principales que yo conozco...! No lo digo porque esté delante el señor don Francisco; que ayer también lo dije. Pues el cuento es que hay ricos y todos no son como los de la familia del que me oye. No haiga miedo de que ningún pobre de estos barrios se muera de hambre mientras exista esa señora del Aguila, que anda de buhardilla en buhardilla averiguando dónde hay bocas abiertas para taparlas y carnes desnudas para vestirla. Yo la he visto, y en mi casa de la calle del Nuncio más de cuatro le deben la vida.

—Es verdad—afirmó el llamado Higinio—. Y a mí también me consta. A unos vecinos míos les libró al hijo de quintas, y a la chica le compró la máquina de coser.

—Ya, ya—dijo el de San Eloy sin mirarlos, comprendiendo que debía mantener allí, no sólo su dignidad, sino la de toda la familia—. Mi hermana política, Cruz del Aguila... Es una santa.

—Pues que viva mil años, y a su salud echemos la primera copa de moscatel.

—Gracias, señores, gracias. Yo también bebo a la salud de aquella *noble dama*...—dijo don Francisco, pensando que sus agravios particulares contra ella no debían manifestarse ante una sociedad extraña—. ¡Ah! Nos queremos tanto ella y yo...! Le dejo hacer su santa voluntad, porque tiene un talento y una... Cuantas reformas se *implantan* en mi casa-palacio ella las dispone. Y si alguna disidencia o *discrepancia* surge entre nosotros, yo transijo y sacrifico mi voluntad *en aras* de la familia. No hay otra mujer que *raye a mayor altura* para gobernar a una servidumbre numerosa. La mía es como los ejércitos de Jerges. ¿Sabéis vosotros quién era ese Jerges? Un rey de la Persia, país que está allá por Filipinas, el cual tenía tantas tropas de todas armas, que cuando las pasaba revista, lo menos tardaba siete meses en verlas venir o verlas pasar... En fin, señores míos, y tú, Matías, *mi particular amigo*, dejemos ahora a mi cuñadita allá en sus rezos, tratando a Dios de tú, y vengamos a la *realidad de las cosas*. Yo soy muy dado a lo real, a lo verdadero, soy el realismo por excelencia. ¡Qué rica ternera! ¡Bien haya la vaca que te parió y te dió de mamar y el pindongo matachín que te sacó la sangre para hacerte más tierna!... Yo *profeso el principio* de que la ternera es mejor que el buey y éste mejor que la vaca. En resumen, señores: yo me encuentro aquí muy bien. Como como un sabañón, sin que el estómago se me suba a las barbas, y estoy alegre, tan alegre, que de aquí no me movería, si no me llamaran a otra parte los mil asuntos que tengo que *ventilar*. Esto es un *oasis*... ¿Sabéis lo que es un *oasis?*

—¡Toma! El merendero fino que han puesto ahora en la Bombilla, y que tiene un rótulo que dice: "Al oasis del río."

—Eso no concuerda bien—dijo Torquemada, empezando a sospechar que había comido más de lo justo y excedídose un poco en el beber—. No concuerda absolutamente, porque *oasis* es cosa de tierra, y el río ya veis...

Ocurrió lo que es inevitable en comidas de gente llana, obsequiosa, de mucho corazón y escasa finura; y fué que, como don Francisco manifestara cierto recelo de cargar su estómago, cayéronle todos encima, gritando como energúmenos para incitarle a seguir atracándose de cuanto en el establecimiento había.

—¡Vaya, que hacer ascos al besugo! ¿Cree que no está tan bueno como los que le pone su cocinero franchute? ¡Ea, no consiento que haga desprecio de nuestra pobreza!... Tiene que probarlo, nada más que probarlo... Verá qué cosa rica... Pero ¡si hoy ha echado el día a perros!... Créame, don Francisco, su estómago lo quisiera yo para mí. Lo que tiene el muy ladrón es mugre de tanta judía botica como dentro le han metido, y la mugre se quita comiendo lo bueno y bebiendo lo fino... Fuera miedo, señor marqués, que tripas llevan pies, y no pies tripas... No, pues de mi casa no se va despreciándome el besugo, ¡jinojo!..., y para después tengo unos capones que

dan el quién vive a la Santísima Trinidad... ¡Arreando! A beber, a hacer un poco por la vida.

Mucho carácter y tesón muy fuerte se necesitaba para resistir a estas sugestiones de una hospitalidad tan cordial como impertinente, y de uno y otro carecía Torquemada en aquel instante, por abdicación de su voluntad ante los que eran sus iguales por el nacimiento y la educación. Y como la molestia que empezaba a sentir era leve aún y la contrarrestaban los instintos de gula que ante aquellos manjares tan de su gusto se le despertaron, a todo dijo amén, y adelante con el festín. La cháchara le distraía de la aprensión, no permitiéndole oír los avisos que de tiempo en tiempo le mandaba su estómago. Pero con todo, al llegar a los capones se cerró a la banda, porque verdaderamente sentía un peso en la barriga que le inquietaba. ¡Capones! *Vade retro.* De lo que sí comió fué de la jugosa y bien aliñada ensalada de lechuga, y *entre medias* copas y más copas de variados vinos, que maquinalmente se metía entre pecho y espalda sin reparar en ello.

—La verdad es—decía—que todo *me cae* bien. Un poquito de peso, pero nada más. Yo estoy muy alegre, rejuvenecido, *digámoslo así*, y dispuesto a repetir la francachela cada lunes y cada martes... Si me vieran los de casa se quedarían absortos y patitiesos... Y yo les contestaría: "Ya, ya tengo la prueba. Ved este señor estómago, que antes no podía *realizar* la digestión de un *mero* chocolate, y ahora... Me basta salir de vuestra órbita para encontrarme al pelo, y el estómago es lo primero que se felicita de hallarse en *otra esfera de acción* muy distinta de aquella en que... Porque salta a la vista que hay crimen y que..."

Por primera vez le faltó la palabra y se le oscureció el pensamiento. Un instante estuvo manoteando en el aire. Por fortuna, aquello pasó, y, al volver en sí, el señor marqués se quejaba de difícil respiración.

—Eso no es más que viento—le dijo Matías—. Una copita de anís del Mono, y verá como descarga. ¡Colasa!...

Mientras venía el anís, aplicó al enfermo la medicación elemental de golpearle la espalda con la palma de la mano. Pero lo hacía con tan buen voluntad y tal deseo de obtener un resultado eficaz y pronto, que Torquemada tuvo que decirle:

—Basta, basta, hombre, no seas bruto. ¿Me tomas a mí por un bombo?... ¡Ay, ay!... Ya parece que cede algo... Es flato, nada más que un flato que se atraviesa... ¡Brrr!...

Trató de echar fuera el temporal, provocando regurgitaciones, que se le frustraban a medio camino, dejándole peor que estaba. El condenado anís le produjo algún alivio a poco de beberlo, y vuelta a tomar la palabra, y a expresar su contento.

—*Abundo* en vuestras ideas; quiero decir, pienso lo mismo que pensáis vosotros sobre la... ¡Eh! Tú, ¿de qué estábamos hablando?... Vaya, que se me escapa toda la memoria... ¡Biblias, cómo se me olvidan las cosas!... ¡Eh! Tú, ¿cuál es tu gracia? ¡Mira que olvidárseme cómo te llamas tú!

—Matías Vallejo, para servirte—replicó el anfitrión, que con tanto comer y beber se sentía inclinado a la confianza—. ¿Qué? ¿Te da otra vez el soponcio?... Paquillo, ¿qué es eso?... ¡So bruto!... ¡Si no es más que jinojo del viento!... Echalo, échalo pronto, con cien mil pares de bolas... ¡Arreando!

Y vuelta a los palmetazos en la espalda. Mientras el otro le administraba la medicina inclinábase don Francisco hacia adelante, rígido, hinchado, como un costal repleto y puesto en pie que pierde el equilibrio.

—Basta; te digo que basta. Tienes una mano que parece un pisón para adoquinar las calles..., ¡recuerno!... Pues ya he recobrado la memoria; ya sé lo que iba a deciros, señores comensales... Pues alguno de vosotros manifestó que se debía dar algo a mi cochero, que está esperándome ahí fuera..., y yo..., cabal..., yo dije: "Señores, *abundo* en vuestras ideas, o, *en otros términos*, pienso también que se debe dar algo a ese borrachón de mi cochero.

—Pues es verdad—gruñó Matías—. No me acordaba. ¡Colasa!...

—Y *a este tenor*, sigo diciéndote—prosiguió don Francisco, con evidente dificultad para mantener derecho su cuerpo—que no me encuentro muy bien que digamos. Parece que me he tragado la cruz de Puerta Cerrada, que desde aquí veíamos por la ventanilla... ¡Toma, ya no la veo!... ¿Dónde se habrá ido esa

arrastrada... cruz..., Cruz?... He dicho Cruz, y no me vuelvo atrás...

—¡Pacorro de mi alma!—exclamó Matías, abrazando con violencia el cuerpo de don Francisco, que en uno de aquellos vaivenes fué a chocar contra el suyo—. Te quiero como a un hijo... Para que se nos despeje la cabeza, venga café... ¡Colasa!

—Café moka—dijo Torquemada con ansia, abriendo no sin esfuerzo sus párpados, que a todo trance se le querían cerrar—. Café...

—¿Con ron o caña?

—También hay *fin-champán.*

—Señores—murmuró el marqués de San Eloy con mugidos más que con palabras—, yo estoy mal, muy mal... El que diga que yo me encuentro bien, falta a la verdad..., a la verdad de los hechos... He comido como el más tragón de todos los heliogábalos... Pero yo juro por las santísimas Biblias en pasta que lo tengo de digerir, para que allá no digan..., para que no se ría de mí ésa, la otra, la... ¡Cuernos con la memoria! Di, tú, Matías, ¿cómo se llama ésa...?

—¿Quién?

—Ésa..., la hermana de mi difunta... Se me ha olvidado el nombre... Mira, tú, hace un rato la estaba viendo por el ventanillo..., por allí...

—Ya..., la cruz de Puerta Cerrada.

—¡Ah! Puerta Cerrada se llama..., la cruz es ésta, no..., la otra..., y la Puerta Cerrada es la Cruz que yo tengo dentro de mi cuerpo y que no puedo echar fuera..., cruz del diablo, y puerta del Cielo que no quiere abrirse, y puerta cerrada del infierno... Oye, ¿cómo se llama ese marrano de clérigo?... El de las municiones, measiones, misiones o como quiera que se diga. Dime cuál es su gracia, que quiero soltarle cuatro frescas... Entre él y la gata gazmoña de Gravelinas concibieron el plan de envenenarme... Y lo llevaron a cabo... Ya ves... cómo me han puesto... Me metieron en el cuerpo esta casa... ¿Cómo la echo yo ahora, cuerno, Biblias pasteleras..., ñales de San Francisco?

Cayó del lado contrario al sitio que ocupaba Matías, y fué a dar contra una silla que le impidió rodar al suelo. Acudieron todos a él. No sabían si enderezarle o tenderle, poniendo en fila dos o tres banquetas. Gruñendo como un cerdo, se retorcía con horrorosas convulsiones. Por fin, ¡brrr!... El suelo de la trastienda era poco para todo lo que salió de aquel cuerpo mísero...

—¡Colasa!

XI

—Este hombre está muy malo—dijo Matías a sus amigos—. ¿Y qué hacemos? ¿Qué jinojo le damos?...

—Déjalo que desembaúle.

—¡Ay Dios mío!... ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¡Vaya un contratiempo!... Yo que creí... ¡Lástima de comida! Matías, señores, yo estoy muy malo...

Esto fué lo primero que dijo Torquemada después del horrible soponcio, y si al desembaular sintió aliviada la opresión, luego le atormentaron agudísimos dolores en la región gástrica.

—Una taza de té... ¡Colasa!

—¡Yo que estaba tan terne!... ¡Y me había caído tan guapamente la comida! ¿Sabéis lo que me ha hecho daño? El calor. Hace aquí un bochorno horrible... Y como hablabais todos a un tiempo, y hacíais ruido golpeando en la mesa con los vasos... ¡Ay, qué dolor! Parece que me retuercen las tripas... Digan lo que quieran, esto no es natural. Porque, créanmelo: tiene uno adarmes de *científico* y sabe distinguir los males naturales de los artificiales... Hay *fenómenos patológicos* que son obra de la Naturaleza y otros que son *el resultado* de la malquerencia de nuestros enemigos. Juraría que tengo calentura. Tú, Matías, ¿entiendes de pulso?

Propusiéronle llevarle a su casa, y se resistió a ello. No podía tenerse derecho, y la cabeza le pesaba como plomo. Se la sostenía con ambas manos, apoyados los codos en la mesa.

—No voy a casa hasta que no me pase esta desazón. El dolor ya no es tan fuerte. Pero noto que se me escabulle otra vez la memoria. ¿Creeréis que no me acuerdo de cómo se llama mi casa? Es decir, se me ha trasconejado el nombre del muy gorrino del duque a quien se la compré, tramposo él, pinturero él... ¡Otra! También se me ha ido el nombre de mi cochero... En mi casa estarán con el alma en un hilo, y mi..., tampoco me acuerdo..., ésa, el cura y Donoso..., creerán que me he muerto... El caso es que tampoco me doy cuenta de por qué me en-

tró la ventolera de salir tan de mañana. Ello debió de ser una idea repentina, un negocio urgente... Vamos, que no encuentro la *concordancia*... Lo que sí tengo bien clavado en la memoria es que en mi casa hay muchos cuadros, y el Masaccio, el famoso Masaccio, por el cual me ofrecían los ingleses quinientas libras, y no lo quise dar... A ver si ustedes ayudan mi memoria. ¿Salí yo porque me llamasteis para comprarme la galería que fué de aquel *punto*..., tampoco me acuerdo..., del papá de doña Augusta? ¿O salí porque me dió una idea *sui generis*, y me eché a correr sin saber lo que hacía?

—Vete a tu casa... Váyase, señor don Francisco—le dijo Vallejo, que con el susto iba recobrando el uso corriente de sus facultades mentales—. Allá estarán con cuidado.

Los otros fueron de la misma opinión y apoyaron las razones de Vallejo, que ya quería ver su establecimiento libre de tal estorbo.

—Mi casa está muy lejos—dijo Torquemada con honda tristeza, atormentado nuevamente por agudos dolores—. No respondo yo de llegar hasta allá, ni de que no me muera por el camino. ¿Cómo me llevan? ¿En camilla? ¡Ah! Tenéis razón: en mi coche. Ya no me acordaba de que gasto coche... ¡Vaya una gracia! Ahora mismito creía yo que vivía en la calle de la Leche, que era pobre, vamos al decir, y que no me había casado todavía con las Aguilas pamplinosas. Pues ¿sabéis lo que os digo? Si me llevan, que sea a la casa de mi hija Rufina, que me quiere como a las niñas de sus ojos. Aunque si he de *seros franco*, empiezo a barruntar que también me quiere Cruz, y que el presbítero..., de ese nombre sí que no me acuerdo..., me asegura la salvación del alma, siempre y cuando yo le dé cuenta y razón bien clara de todos los pecados que figuran en el *Debe* de mi conciencia, los cuales yo aseguro a ustedes que no son muchos, y si quieren que me confiese ahora mismo, lo desembucho todo..., que hoy parece día de desembuchar... ¿Conque a mi casa? Mi casa es muy grande. La estoy viendo como si hubiera salido de ella hace un minuto. Aunque vosotros sostengáis *la tesis contraria*, yo digo y repito que tengo una calentura lo menos de ochenta grados, que también la calentura se cuenta por grados, como el *calórico* de los termómetros... Yo estoy muy agradecido a vuestra fina hospitalidad, y *deploro* con toda mi alma que me hubiera hecho daño el *menú*, *vulgo* comida, lo cual que ha sido una tracamundana de mi estómago, pues si éste se hubiera portado decentemente, a estas horas ya lo tenía ya más digerido que la primera papilla. Pero, en fin, otra vez será, pues para mí es un hecho incontrovertible que he de ponerme como un reloj. A este señor estómago lo meto yo en cintura pronto, y si no quiere por la buena, por la mala. El escandaloso *en grado sumo* que por los caprichitos de un hi de tal de estómago esté un individuo desatendiendo sus intereses, sin poder asistir a la *Cámara*, donde hay tanto, tanto que *ventilar*, y privándose de la comida..., aunque, si me permitís manifestaros todo lo que pienso, os diré que como este órgano mío *persevere en su campaña demoledora*, yo lo arreglaré por el procedimiento de gobierno más sencillo y eficaz... ¿Qué creen ustedes que haré? Pues no comer. Así como suena: *no comer*. ¿Qué quiere ese trasto? ¿Que yo le eche comida para devolvérmela? Pues le corto la ración, vamos, que le limpio el comedero. De una plumada echo abajo todo el presupuesto de almuerzos y comidas. Verán ustedes cómo entonces se rinde, y me pide perdón, y me pide sustancia. Pero no se la doy, no. No se rían. Cuando se quiere hacer una cosa, se hace. ¡Viva la sacratísima fuerza de voluntad! Cuando uno se propone no comer, no come, y yo juro y prometo que no vuelvo a comer en mi vida.

Celebraron todos la gracia, y, *puesta de nuevo sobre el tapete*, o sobre la sucia tabla de la tabernaria mesa, la cuestión de si debía marcharse y adónde, dijo el atribulado marqués que le llevaran a donde quisieran, añadiendo que no podía moverse, que sus piernas se habían vuelto de algodón, y que la caja del cuerpo le pesaba como un baúl mundo lleno de piedras. Por fin, Matías y Carando le condujeron casi en vilo al coche, que arrimó a la misma puerta, y con no poca dificultad le metieron dentro a puñados, despidiéndole todos muy corteses, y alegrándose mucho de que semejante calamidad se les hubiera quitado de encima.

Pues digo: ¡el escándalo que se armó

en el palacio de Gravelinas cuando llegó el coche y vieron el portero y otros criados al señor, tumbado como cuerpo muerto, cerrados los ojos y echando espumarajos y hondos bramidos de su contraída boca! Inquietud muy grande había en la casa, así por lo extraño de la salida, como por la tardanza del señor marqués. Cruz y los amigos que acudieron allí temían una desgracia. Confirmó sus temores la llegada del coche y el lastimoso estado en que el enfermo venía. Pero sólo se pensó en sacarle del vehículo y meterle en su cama. Cuatro fámulos de los más robustos se encargaron de tan difícil operación, transportándole por galerías, escaleras y antesalas hasta la alcoba. Había perdido el sentido y no movía ni un dedo el pobre señor. Cruz mandó al instante en busca de médicos, y se acudió sin tardanza a los remedios caseros y elementales para devolverle el conocimiento y despertar la vida, si es que alguna quedaba en aquel mísero cuerpo inerte. Cuando arrojaron el pesado fardo sobre la cama rebotó el colchón de muelles, como si quisiera lanzarlo fuera.

Entró jadeante Quevedo y le examinó al punto. Antes le había examinado Donoso, que por suerte se hallaba en la casa cuando llegó el coche; pero no pudo determinar el verdadero estado de su infeliz amigo.

—Paréceme que no está muerto—dijo Donoso al médico, temiendo una respuesta que quitara toda esperanza.

—Muerto, no..., pero de ésta no sale.

TERCERA PARTE

I

Con revulsivos enérgicos pudieron conseguir que de nuevo anduviera la desvencijada máquina fisiológica del gran tacaño de Madrid; pero aún pasó toda la noche y parte del otro día antes que recobrara la memoria y el conocimiento de su situación. Hallóse, pues, a la tarde siguiente en relativa mejoría, y así se consignó en las listas, que rápidamente se cubrieron de centenares de firmas ilustres en la política y en la Banca. No fué necesaria la indicación del médico de cabecera para traer al doctor Miquis, pues el mismo paciente pidió que viniera al recobrar el sentido y la palabra. Ordenó el célebre doctor un plan expectante y un régimen de exploración, por no tener aún seguridad del mal que había de combatir. La diátesis era oscura y los síntomas no acusaban con claridad el carácter morboso de la profunda alteración orgánica. En sus conversaciones reservadas con Quevedito, Miquis habló algo de enteroptose, algo de cáncer del píloro; pero nada podía afirmarse aún, como no fuera la gravedad y casi la inutilidad final de los esfuerzos de la ciencia.

En su resurrección, que así puede llamarse, salió el pobre don Francisco por el registro patético y de la ternura, que tan bien armonizaba con su debilidad física y con el desmayo de sus facultades. Dió en la flor de pedir perdón a todo quisque, de emocionarse por la menor cosa y de expresar vehementes afectos a cuantas personas se acercaban a su lecho para consolarle. Con Rufinita era un almíbar: le apretaba la mano, llamándola su *ángel,* su *esperanza,* su *gloria.* Con Cruz estaba a partir un piñón, y no cesaba de elogiar su talento y dotes de gobernar, y a Gamborena y Donoso los llamó *columnas de la casa,* amigos incomparables, de los que son *nones* en el mundo.

Al través de todas estas manifestaciones sentimentales advertíase en el ánimo del enfermo un miedo intensísimo. Su amor propio quería disimularlo, pero lo delataban el suspirar hondo y frecuente, la profunda atención a todo cuchicheo que en la alcoba sonase, la expresión de alarma en sus ojos al verse interrogado. Gustaba extraordinariamente de que le animasen con anuncios de mejoría, y a todos preguntaba la opinión propia y la ajena sobre su enfermedad. Una mañana, hallándose solo con el doctor Miquis, le tomó la mano y gravemente le dijo:

—Querido don Augusto, usted es hom-

bre de mucha ciencia y de respetabilidad, y no ha de engañarme. Yo soy algo *científico*, quiero decir que en mi natural lo científico domina a lo poético, ya usted me entiende..., y, por tanto, merezco que se me diga la verdad. ¿Es cierto que usted cree que me curaré?

—¿Pues no he de creerlo? Sí, señor, tenga confianza, sométase al régimen y...

—¿Será cosa de...? ¿Cómo cuánto, mi señor don Augusto? ¿Tardará un mes en darme de alta o tendré que esperar algo más?

—No es fácil precisarlo... Pero ello será pronto. Mucha tranquilidad y no se preocupe de volver a los negocios.

—¿No?...—dijo el tacaño con profundo desconsuelo—. Pues si la Facultad quiere que me anime, déjeme pensar en mis negocios y contar los días que me faltan para volver a meterme en ellos de hoz y de coz... ¡Ay amigo mío y sapientísimo médico, yo le suplico a usted por lo que más quiera en el mundo que haga un esfuerzo y afine bien su ciencia para curarme pronto, pronto! Lea cuanto hay que leer, estudie cuanto hay que estudiar, y no dude, el emolumento será tal que no tenga usted queja de mí. Ya sé lo que me responde: que ya lo sabe todo y no tiene nada que aprender. ¡Ah! La ciencia es infinita; nunca se la posee completa. Se me ocurre que en el archivo de esta su casa podrá haber algún papelote antiguo que traiga tales o cuales recetas para curar esta gaita que yo tengo, recetas que los médicos de ahora no conocen... ¡Por vida de...! ¿Quién me asegura que los antiguos no conocieron algún zumo de hierbas, unto o cosa tal, que los modernos ignoran? Piénselo, y ya sabe que tiene el archivo a su disposición. Me costó un ojo de la cara, y es lástima que no hallemos en él mi remedio.

—¡Quién sabe! —dijo benévolamente el médico por consolarle—. Puede que entre los papeles de Nápoles y Sicilia haya algún récipe de antiguo alquimista o curandero nigromante.

—No se ría usted de la magia ni de aquellos tipos que echaban la buenaventura mirando las estrellas. La ciencia es cosa que no tiene fin... ni principio... Y ya que hablamos de ciencia, dígame: ¿qué demonios es esto que tengo? Porque yo, pensando en ello estos días, creo..., se me ha metido en la cabeza que mi mal es filfa, una indisposición ligera, y que ustedes los señores médicos creen lo mismo; pero que por guardar la etiqueta... *científica* me tienen aquí, con todo este aparato escénico de cama y régimen y Biblias. Yo me siento ahora bien, muy bien. ¿Me confiesa usted, sí o no, que no tengo nada?

—Poco a poco. Su enfermedad no será muy grave; pero tampoco es una desazón leve. Cuidándola la venceremos.

—¿De modo que puedo confiar...? ¿Usted me asegura...?—interrogó el de San Eloy con viva ansiedad.

—Tranquilícese y tenga confianza en mí y en Dios, en Dios primero.

—Ya la tengo... Pues qué, ¿el Señor Dios me había de dejar en la estacada, sin dar yo motivo para ello? Como usted le ayude con los recursos de la Facultad, el Señor no tendrá inconveniente en que yo vuelva a mis ocupaciones habituales. Sí, mi querido don Augusto, hará usted un bien a la Humanidad dándome de alta. ¡Tengo un proyecto! ¡Ay, qué proyecto! Es una idea que a nadie se le ocurre más que a este cura. Usted no entiende de esto ni yo le fastidiaré explicándoselo. Cada uno tiene su ciencia, y en la mía doy yo quince y raya al lucero del alba. Póngame bueno y temblará el mundo de los negocios con esa combinación que traigo entre ceja y ceja... Tal importancia tiene la cosa, que me conformo con estar bueno el tiempo necesario para mover las fichas en el tablero y hacer la gran jugada... Y después, no me importaría caer malo otra vez... Un paréntesis, señor don Augusto, un paréntesis de salud... Pero no, sería lástima que después de realizada la operación reventase yo, sí, para que se quedaran riendo los que vienen detrás. Esto no es justo, confiéseme usted que esto no es justo.

Tan vivamente posesionado de su idea le vió Miquis y tanto le alarmó el brillo de sus ojos y la inquietud de sus manos, que creyó prudente cortar la conversación. Y como para calmarle no había mejor camino que halagar sus deseos, despidióse el doctor, dándole seguridades de restablecimiento. Claro, éste vendría más pronto o más tarde, según que el enfermo lo acelerase con su quietud del cuerpo y espíritu o lo retrasara con su impaciencia. Y mientras menos

pensase en combinaciones financieras, mejor. Tiempo había...

Ello es que el hombre quedó gozoso de la visita, y las esperanzas le daban ánimos para sobrellevar las tristezas del régimen dietético y de la encerrona entre sábanas. Hablando con Cruz, le dijo:

—Ese don Augusto es un gran hombre. Me asegura que es todo cuestión de unos días... Y bien pudieran darme ustedes algún más alimento, que yo respondo de digerirlo *velis nolis*. ¡No faltaba más sino que el señor estómago volviera a las andadas! Los dolores del vientre ya no son tan agudos, y lo que es calentura no la tengo... Lo único que recomiendo a usted es que vigile a los cocineros y marmitones, porque... podría írseles la mano en el condimento y resultar algo que me envenenara... *en principio, por decirlo así*. No, no digo yo que me envenenen de *motu proprio*, como aquel pillo de Matías Vallejo y los gansos de sus amigos, que a la fuerza me atracaron de mil porquerías... No, si ya sé que usted vigilará... Yo *abrigo la convicción* de que con usted no hay cuidado. . En fin, arreglárselas entre todos para que yo esté bueno dentro de unos días, porque, sépalo usted, importa mucho para la familia y casi casi estoy por decir para la nación y para toda la Humanidad, si me apuran. Que si este condenado *fenómeno patológico* se agarra más, no sé adónde irá a parar la fortunita reunida con tanto trabajo, y hasta podría suceder que mis hijos el día de mañana, si yo continúo enclenque, no tuvieran qué comer.

Echóse a reír Cruz, y olvidándose por un momento de que en aquel caso debía sobreponerse la piedad mentirosa a la verdad que, como inteligencia suprema de la familia, profesaba siempre, le amonestó en forma autoritaria:

—No piense tanto, no piense tanto en los intereses que han de quedarse por aquí, pues aunque no está en peligro de muerte, ni lo quiera Dios, su situación es de las que deben considerarse como avisos providenciales, y, por tanto, hay que volver los ojos a los intereses de allá, a los eternos, aunque no sea más que para irse acostumbrando. Vamos a ver: ¿todavía le parece a usted que tiene poco dinero, o es que piensa llevárselo al otro mundo para fundar un Banco o sociedad de crédito en las regiones de la bienaventuranza eterna?

—Si fundo o no fundo sociedades de crédito en la gloria divina, eso no es cuenta de usted. Haré lo que me dé la gana, señora mía—dijo, y con gesto de chiquillo castigado se zambulló en el lecho y se tapó el rostro con la sábana.

II

Por mañana o tarde, Gamborena no dejaba de visitarle un solo día, mostrándose cariñosísimo con el pobre enfermo, a quien hablaba en lenguaje de amigo más que de director espiritual. Lo que con este carácter le dijo alguna vez fué tan delicado y tan bien envuelto iba en conceptos generales o de salud, que el otro recibía la indicación sin alarmarse. Cuando don Francisco tuvo su cabeza firme, Gamborena le entretenía contándole casos y pasajes interesantísimos de las misiones, que el otro escuchaba con tanto deleite como si le leyeran libros de novela o de viajes. Tan de su gusto era, que más de una vez le mandó llamar antes de la hora en que acostumbraba visitarle, y le pedía *un cuento*, como los niños enfermitos al ama o niñera que los cuida. Y creyendo Gamborena que, aprisionada la imaginación del enfermo, fácil le sería cautivar su voluntad, referíale estupendos episodios de su poema evangélico: sus trabajos en el vicariato de Oubangui, Africa ecuatorial, y en pleno país de caníbales, cuando los sacerdotes, después de oficiar, se despojaban de sus vestiduras y trabajaban como albañiles o carpinteros en la construcción de la modesta catedral de Brazzaville; la peligrosísima misión en el país de los banziris, la tribu africana más feroz, donde algunos padres sufrieron martirio, y él pudo escapar por milagro de Dios, con ayuda de su sutil ingenio, y, por último, la conmovedora odisea de los trabajos en las islas remotas del Pacífico central, el archipiélago de Fidji, donde fueron en breve tiempo fundadas setenta iglesias y convertidos a la fe católica diez mil *canacas*.

Por supuesto, el que Torquemada oyera con viva atención y profundo interés tales narraciones no significaba que las creyese o que por hechos reales y positivos las estimase. Pensaba más bien

que todo aquello había ocurrido en otro planeta y que Gamborena era un ser excepcional, historiador, que no inventor, de tan sublimes patrañas. Teníalas por cuentos para niños grandes o para ancianos enfermos.

No se sabe cómo fué rodando la conversación al terreno en que el sacerdote deseaba encontrarse con su amigo, pero ello es que una tarde en que vió a Torquemada relativamente tranquilo, se insinuó en esta forma:

—Paréceme, señor mío, que ya no debemos aplazar por más tiempo nuestro asunto. Hace días me dijo usted que tenía la cabeza muy débil; hoy la tiene usted fuerte, por lo que veo, y en su interés está que hablemos.

—Como usted guste—replicó Torquemada, mascullando las palabras y tomando un ligero acento infantil—. Pero si he de serle franco, no veo tanta prisa. Para mí es indudable que escapo de ésta: me siento bien; espero ponerme bueno muy pronto...

—Tanto mejor. Y qué, ¿hemos de esperar a las últimas horas para prepararnos, cuando ya no haya tiempo y llegue tarde la medicina? Vamos, señor mío, ya no aguardo más. Yo cumplo mi deber.

—Pero ¡si yo no tengo pecados, diantre! —manifestó don Francisco entre bromas y veras—. El único que tenía se lo dije la otra tarde. Que me asaltó la idea de que Cruz quería envenenarme... De un mal pensamiento nadie está libre.

—Ya... Y ¿no hay más? Busque bien, busque.

—No, no hay más. Aunque usted se enoje, señor Gamborena de mis pecados..., de mis pecados no, porque no los tengo... Señor Gamborena de mis virtudes..., aunque usted se escandalice, tengo que decirle que soy un santo.

—¡Un santo!... Sea enhorabuena. A poco más me pide que sea yo su penitente y usted mi confesor.

—No, porque yo no soy cura. Ser santo es otra cosa...; dígome santo, porque yo no hago mal a nadie.

—¿Está seguro de ello? No dejaré yo de reconocer como verdad lo que acaba de decirme, si me lo demuestra. Ea, ya estoy esperando la demostración... ¿Quiere que le abra camino? Pues allá va. Usted no tiene más que un vicio, uno solo, que es la avaricia. Convénzame de que puede ser santo un hombre avariento y codicioso en grado máximo, un hombre que no conoce más amor que el dinero, ni más afán que traer a casa todo lo que encuentra por ahí; convénzame de esto, y yo seré el primero que pida su canonización, señor don Francisco.

—¡Bah, bah!... ¡Cuerno!... ¡Ya sale usted con la tecla de la avaricia... y del tanto más cuanto! Palabras, palabras, palabras. Ustedes los clérigos, *vulgo* ministros del altar, entenderán de teologías, pero de negocios no entienden una patata. Vamos a ver: ¿qué mal hay en que yo traiga dinero a casa, si el dinero se deja traer? Y esta gran operación que proyecto, ¿por qué ha de ser pecado? ¡Pecado que yo proponga al Gobierno la conversión de la *Deuda exterior* en *Deuda interior!* A ver, amiguito, ¿dicen algo de esto el Concilio de Trento, los Santos Padres o el que redactó la Biblia, que parece fué Moisés? ¡Demonio, si la conversión del *exterior* en *interior* es un gran bien para el país. Dígame usted, señor *San Pedro,* ¿qué va ganando Dios con que los cambios estén tan altos? Pues si yo consigo bajarlos y beneficio al país y a toda la Humanidad, ¿en qué peco, santísimas Biblias?... Pero ya, ya sé lo que va a decirme el señor ministro del altar. Que yo no verifico esta operación por beneficio de la Humanidad, sino por provecho mío, y que lo que busco es la comisión que apandamos yo y los demás banqueros que entran en el ajo... Pero a esa objeción le contesto con una pregunta: ¿en qué tablas de la ley, o en qué misal, o en qué doctrina cristiana o mahometana se dice que el obrero no debe cobrar nada por su trabajo? ¿Es justo que yo arriesgue mis *fondos* y ande por esas calles como un azacán, de Ministerio en Ministerio, sin *percibir* un tanto correspondiente a la cuantía de la operación? Y dígame: hacer un bien al Estado, ¿no es también caridad? ¿Qué es el Estado más que un prójimo grande? Y si se admite que a mí me gusta que hagan por mí lo que yo hago por el Estado, ¿no tenemos aquí claro y patente lo de *al prójimo como a ti mismo?*

—¡Santo, santo, santo..., hosanna!... —exclamó Gamborena riendo, pues ¿qué habría de hacer el padrito sino tomarlo a risa?—. Vamos, que la enfermedad le ha hecho a usted gracioso. Confieso que

me ha entretenido su explicación. Pero, mire usted, no he acabado de convencerme, y me temo mucho que con tales conversiones de deudas y tanto *sacrificio* por el Estado y los cambios y la Humanidad, vaya a parar mi don Francisco a los profundos infiernos, donde acabarán de ajustarle las cuentas de comisión los tenedores de libros de Satanás, que allí están encargados de esas y otras liquidaciones. ¡El infierno, sí! Hay que decirlo en seco, aunque usted se me asuste. Allí caen de cabeza los que en vida no supieron ni quisieron hacer otra cosa que acumular riquezas, los que no tuvieron compasión de la miseria, ni consolaron a ningún afligido. ¡El infierno, sí, señor! No espere usted de mí más que la verdad desnuda y con todo el rigor de la doctrina. Las ofensas hechas a Dios, que es el bien eterno, son las penas eternas que se han de pagar.

—¡Bah!... Ya viene usted de malas—dijo Torquemada con fingido humor de bromas y completamente acobardado—. ¿Y qué? ¿No tengo más remedio que creer en la existencia de ese *centro* todo lleno de lumbre y en los diablos y en que todo ello debe durar eternidades?

—Pues claro que tiene que creerlo.

—Corriente... Se creerá, si es obligación. ¿De modo que ni siquiera puedo *ponerlo en tela de juicio*..., sino creer a raja tabla, quiero decir..., creerlo con los ojos cerrados?—el misionero afirmaba con la cabeza—. Bueno; pues a creer tocan. Quedamos en que hay infierno; pero en que yo no voy a él.

—No irá siempre que lo procure por los medios que le propongo, y que son lo más elemental de la doctrina que profeso y quiero inculcarle.

—Pues inculque cuanto crea necesario, que aquí me tiene dispuesto a todo —dijo don Francisco con una conformidad que al misionero le pareció de bonísimo augurio—. ¿Qué tengo que hacer para salvarme? Explíquese pronto y con la claridad que debe emplearse en los negocios. Yo, como buen cristiano que soy, quiero y necesito la salvación. Hasta por mi decoro debo solicitarla. ¡No está bien que digan...! Pues a salvarnos, señor Gamborena; ahora dígame qué tengo que *hacer* o qué tengo que *dar* para *obtener ese resultado.*

III

—¡Qué tengo que *hacer*..., qué tengo que *dar*!—repitió Gamborena, frunciendo el ceño—. Siempre ha de tratar usted este asunto como si fuera una operación mercantil. ¡Cuánto más le valdría olvidar sus hábitos y hasta su lenguaje de negociante! Lo que tiene usted que hacer, señor mío, es purificar su alma de toda esa lepra de la codicia, ser bueno y humano, mirar más a las innumerables desdichas que le rodean para remediarlas, y persuadirse de que no es justo que uno solo posea lo que a tantos falta.

—Total, que hay muchos, muchísimos pobres. Yo también he sido pobre. Si ahora soy rico, a mí mismo me lo debo. Yo no he fracturado cajas de nadie, ni he salido a un camino con trabuco... Y otra cosa: todos esos pobres que *pululan* por ahí yo no los he hecho. Pero ¿no dicen ustedes que es muy bonito ser pobre? Dejadlos, dejadlos y no nos metamos a quitarles su divina miseria. La cual no es *óbice* para que yo, en mi testamento, mande repartir socorros, aunque, la verdad, nunca me ha gustado *dar pábulo* a la holgazanería. Pero algo dejaré para ayuda de un hospital o de lo que quieran, ¡ñales!... Dispénseme, se me escapó... Y al santo clero también le dejaré para misas por mí y por mis dos esposas queridas: que justo es que el cleriguicio coma... La verdad, hay mucha miseria en el *sacerdocio* parroquial.

—Bueno es eso—dijo Gamborena con dulzura—, pero no es todo lo que yo quiero... No veo que salgan del corazón esas ofrendas. Paréceme que usted las dispone como un acto de cumplido, como pagar una visita, como dejar una tarjeta en el momento de salir para un viaje. ¡Ay amigo mío! Cuando usted parta para el viaje supremo ha de llevar tanto peso en su alma, que le ha de costar trabajillo remontar el vuelo.

—¿Peso..., peso?—murmuró el tacaño con tristeza—. ¡Si nada de lo que tengo he de llevarme, y todito se ha de quedar por acá!

—Eso es lo que usted siente, que las riquezas aquí se quedan y no hay que pensar en su transporte a la eternidad, donde maldita la falta que hacen. Allí,

las riquezas que se cotizan tienen otro nombre: llámanse *buenas acciones*.

—¡Buenas acciones! Y ¿con buenas acciones tengo segura la...?—dijo Torquemada, dando de mano a su marrullería.

—Pero esas buenas acciones no las veo en usted, que es todo sequedad de corazón, egoísmo, codicia.

—¿Sequedad de corazón? Me parece que no está usted en lo cierto. Señor Gamborena, yo quiero a mis hijos, al primero, sobre todo, le adoraba; yo quise ■ mis dos señoras, a mi Silvia y a la que he perdido este año.

—¡Vaya un mérito! ¡Querer a los hijos!... ¡Si hasta los animales los quieren! Si de sentimiento tan primordial estuviese privado el señor marqués de San Eloy, sería un monstruo más o menos eximio... ¡Querer a su esposa, a la compañera de su vida, a la que le daba posición social, un nombre ilustre!... Pues ¿qué menos? Y cuando Dios se la llevó usted se afligía, es cierto; pero también rabiaba, protestando de que no se hubiera muerto Cruz en vez de morirse Fidela. Es decir, que se habría alegrado de ver morir a su hermana política.

—¡Hombre, tanto como alegrarme!... Pero planteado el *dilema* entre las dos, no podía dudar un momento.

—Déjese de dilemas. Usted me ha confesado que deseaba la muerte de Cruz.

—Bueno, pues sí, yo...

—La sequedad de corazón está bien demostrada. Y la sordidez, la codicia..., ciego será quien no las vea, y usted mismo debe reconocer esas horribles llagas de su ser y confesarlas.

—Confesado... Arreando. Uno es como es, y no puede ser de otra manera. Sólo cuando se acerca el fin ve uno más claro, y como ya no tiene intereses acá, naturalmente, llama por lo de allá. Y lo peor es que nos salen con esa matraca de las buenas acciones cuando ya no tenemos tiempo de... *verificarlas* ni malas ni buenas.

—Tiempo tiene usted todavía.

—Lo mismo pienso—dijo el marqués con cierto brillo en los ojos—, porque de ésta no caigo. Tengo tiempo, ¿verdad?

—Seguramente, y lo aprovecharemos en seguida.

—¿Cómo?

—Dándome usted su capa.

—¡Ah!... ¿Conque quiere usted la capita? ¡Ja, ja!...

—Sí, sí; pero entendámonos: quiero la nueva.

—Hola, hola... ¿La nueva?

—La nuevecita, la número uno. En aquella ocasión, pase que me diera usted un guiñapo que no le servía para nada. Hoy me tiene que dar la prenda que más estime...

—¡Caramba!...

—Y, además, quiero también su levita, su gabán, chaleco, en fin, la mejor ropa que el excelentísimo señor marqués posea.

—Ma va usted a dejar en cueros vivos.

—Así andará más ligero.

—¡Pues no estará poco majo el hombre con toda mi ropa..., ni poco abrigado en gracia de Dios!

—No, si no quiero esas prendas para mí. Ya ve: estoy bien vestido y no carezco de nada. Las pido para otros que están desnudos.

—Total, que tengo que vestir a mucha gente.

—Y abrigarles el estómago, darles lo que a usted ninguna falta le hace ya. Pero ello ha de ser con efusión del alma, como me dió la capa vieja el don Francisco de marras.

—Bueno, pues *formule, formule* usted su proposición.

—La formularé, descuide. Que si yo no le facilitara la solución, ya sé que el astuto negociante que me escucha *haría de su capa un sayo, y...*

—Venga esa fórmula.

—¡Ah! No es puñalada de pícaro. Déjeme pensarla bien. Pero luego no se me vuelva atrás. La capa que pretendo es de un paño tan superior, que con su importe en venta se han de remediar muchas miserias, muchas. Ya están de enhorabuena los pobres, un sinnúmero de pobres, media Humanidad.

—Eh..., poco a poco—dijo el de San Eloy, vivamente alarmado—. No hay que correrse tanto, señor misionero. Soy enemigo de las exageraciones *de escuela*, y si me *extralimito*, entonces no seré santo, sino loco, y los locos no van a la gloria, sino al limbo.

—Usted irá... a donde merezca ir. Delante verá todos los caminos. Escoja el

que le cuadre, pues para eso tiene su libre albedrío. Con la pureza del corazón, con el amor del prójimo, con la caridad, irá fácilmente para arriba... Con lo contrario, abajo sin remedio. Y no crea que por darme la capa está segura la salvación si con aquel pedazo de paño no me entrega el alma.

—¿Entonces...?

—Pero aunque la efusión debe preceder al acto, hay casos en que el acto produce la efusión o, por lo menos, la ayuda. De modo que siempre va usted ganando... Y no me detengo más, amigo mío.

—Pero no se vaya sin que nos pongamos de acuerdo siquiera en las *bases*...

—Déjeme a mí, que yo me encargo de las bases. Por ahora no le conviene más conversación. Bastante hemos hablado. A descansar y a tener calma y confianza en la voluntad de Dios. Esta noche, si usted se encuentra bien, entraré otro ratito. Adiós.

Quedóse don Francisco muy caviloso con aquello de *dar la capa,* y, en verdad, no llegaba a comprender qué demonios entendía por *capa* el beato Gamborena. Y bien pudiera ser que estimada la prenda en un valor fabuloso, no hubiese manera de arreglarse con él. Deseaba que llegara la noche para *conferenciar* nuevamente con el clérigo sobre aquel asunto y fijar por sí mismo las consabidas bases. Por su desgracia, al anochecer fué acometido de violentísimos dolores en el vientre, de arcadas y angustias tales, que el hombre llegó a creer que se moría, y el miedo le duplicaba el mal, y sus terrores y sus bascas, formando un conjunto imponente, hicieron creer a toda la familia que llegaba la última hora del señor marqués de San Eloy. Acudió Miquis presuroso, y ordenó inyecciones de morfina y atropina. A eso de las diez amainó la tormenta; pero el enfermo se hallaba destroncado, aturdido, tembloroso de pies y manos, y tan descompuesto de rostro como de espíritu, sin dar pie con bola en nada de lo que decía. Ansiaba tomar alimento, y le horrorizaba lo mismo que apetecía. En vista de la gravedad del mal, la familia obtuvo de Miquis que se quedase allí toda la noche; Rufinita y Cruz resolvieron velar, y Donoso, como el más abonado para ello, se encargó de preparar a su amigo para aquellos actos y disposiciones que, por lo apretado de la situación, no debían prorrogarse más. Antes de dar este paso, hubo de conferenciar con el buen doctor, que prometió abrirle camino en la primera ocasión que se le presentara.

En efecto, llamado a su cabecera por don Francisco, que animarse quería con la presencia del médico eminente, Augusto le dijo:

—Señor marqués, no hay que amilanarse. Hemos tenido un retroceso. Pero ya echaremos otra vez el carro para adelante.

—No aludirá usted al carro fúnebre...

—¡Oh! No.

—Porque yo, aunque me siento muy mal esta noche, no creo que... Usted, ¿qué opina? Con franqueza.

—Opino que, sin haber peligro por el momento, podría suceder que tardase usted algunos días en reponerse. El sábado convinimos en aguardar la mejoría para que usted pudiese satisfacer tranquilamente su..., su noble deseo de cumplir..., vamos, de cumplir con su conciencia, como buen cristiano. Ahora pienso que, en vez de esperar la mejoría..., mejoría segura, pero que tardará quizá dos, tres días..., *debemos* realizar ese acto, pues... ese acto, que, según dice la experiencia, es tan provechoso para el cuerpo como para el alma... Digo, si a usted le parece...

—Ya, ya...—murmuró don Francisco, que se había quedado sin aliento y sintió un frío mortal que hasta los huesos le penetraba. Por un instante creyó que el techo se le caía encima como una losa y que la estancia se quedaba en profunda oscuridad. Su inmenso pánico le dejó sin palabra y hasta sin ideas.

IV

—Eso quiere decir—balbució a los diez minutos de oír a su médico—que..., vamos, ya me lo barruntaba yo al verle a usted aquí tan tarde. ¿Qué hora es? No, no quiero saberlo. El quedarse aquí el médico toda la noche, señal es de que esto va medianillo. ¿No es eso? ¡Y ahora, con lo que me ha dicho...!

Donoso intervino con toda su diplomacia, corroborando las aseveraciones del doctor.

—Si se le propone a usted, mi querido amigo, que no retrase lo que hace días pensó..., un acto de piedad tan hermoso, tan dulce, tan consolador; si se le propone anticiparlo, digo, es porque *en la conciencia de todos está* que tantas ventajas proporciona al espíritu como a la materia. Los enfermos, después de cumplir con esos deberes elementales, se animan, se alegran, se entonan y cobran grandes ánimos, con lo cual, la dolencia, en la *casi totalidad de los casos,* se calma, cede, y en más de una ocasión desaparece por completo. *Yo profeso la teoría* de que debemos cumplir cuando estamos bien, o siquiera regular, para no tener que hacerlo atropelladamente y de mala manera.

—Corriente—dijo don Francisco, suspirando fuerte—, y yo también he oído que muchos enfermos graves hallaron mejoría sólo con cumplir el mandamiento, y hasta hubo alguno, desahuciado..., ahora lo recuerdo..., el tahonero de la Cava Baja, que ya estaba medio muerto, y el santo Viático fué para él la resurrección. Por ahí anda tan campante.

—Hay miles de casos, miles.

—Pues será casualidad—indicó el enfermo, sonriendo melancólico—; pero ello es que sólo de hablar de eso parece que estoy un poquitín mejor. Si tuviera sueño, dormiría un rato antes de... Pero no es fácil que yo pueda dormir. Quiero hablar con Cruz. Avisadla.

—Si estoy aquí—dijo la dama, adelantándose desde la penumbra en que se escondía—. Hablemos todo lo que usted quiera.

Retiráronse los demás, y Cruz, sentada junto al lecho, se dispuso a oír lo que su ilustre cuñado tenía que decirle. Mas como pasase un rato y otro sin formular concepto alguno, ni dar más señal de conocimiento que algún suspiro que a duras penas echaba de su angustiado pecho, levantóse la dama para mirarle de cerca el rostro, y poniendo su mano sobre la de él le dijo cariñosamente:

—Animo, don Francisco. No pensar más que en Dios, créame a mí. Cualquiera que sea el resultado de esta crisis, dé usted por concluído todo lo que pertenece a este mundo miserable. ¿Que mejora usted? Sea para bien de Dios y para rendirle homenaje en los últimos días.

—Ya pienso, ya pienso en El—replicó don Francisco, articulando las palabras con dificultad—. Y usted, Crucita, que tiene tanto talento, ¿cree que el Señor hará caso de mí?

—¡Dudar de la misericordia divina! ¡Qué aberración! Un arrepentimiento sincero borra todas las culpas. La humillación es el antídoto de la soberbia; la abnegación, la generosidad, lo son del egoísmo. Pensar en Dios, pedirle la gracia..., y la gracia vendrá. La conciencia se ilumina, el alma se transforma, se abrasa en un amor ardiente, y con el deseo ardiente de ser perdonado basta...

—Ha dicho usted abnegación, generosidad—murmuró Torquemada con voz que apenas se oía—. Sepa que el padre Gamborena me pedía la capa... ¿Sabe usted lo que es la capa? Pues se la he dado... Estoy aquí esperando a que formule las bases... Luego hablaré con Donoso sobre las disposiciones testamentarias, y dejaré... ¿Usted qué opina? ¿Debo dejar mucho para los pobres? ¿En qué forma, en qué condiciones? No olvide usted que a veces todo lo que se les da va a parar a las tabernas, y si se les da ropa, va a parar a las casas de empeño.

—No empequeñezca usted la cuestión. ¿Quiere saber lo que pienso?

—Sí, lo quiero, y pronto.

—Ya sabe usted que yo todo lo pienso en grande, muy en grande.

—En grande, sí.

—Ha reunido usted un capital enorme; con su ingenio ha sabido traer a su casa dinerales cuantiosos..., que en su mayoría debieron quedarse en otras partes; pero los ha traído no sé cómo, pero forzando un poco la máquina, sin duda. Caudal tan inmenso no debe ser de una sola persona, así lo pienso, así lo creo y así lo digo. Desde la muerte de mi hermana han variado mis ideas sobre este particular; he meditado mucho en las cosas de este mundo, en los caminos para encontrar la salud eterna en el otro, y he visto claramente lo que antes no veía...

—¿Qué...? Ya.

—Que la posesión de riquezas exorbitantes es contra la ley divina y contra la equidad humana, malísima carga para nuestro espíritu; pésima levadura para nuestro cuerpo.

—Entonces, ¿usted...?

—¿Yo? Hoy consagro a socorrer mise-

rias todo lo que me sobra después de atendidas mis necesidades. Pienso reducirlas a los límites de la mayor modestia en lo que me quede de vida, y cuando esto haga, destinaré mayor cantidad a fines piadosos. En mi testamento dejo todo a los pobres.

—¡Todo!

La estupefacción de don Francisco se manifestaba repitiendo la palabra *todo* con intervalos de una precisión lúgubre, como los que median entre los dobles de campanas tocando a funeral.

—¡Todo!

—Sí, señor. Ya sabe usted que en mis ideas, en mi manera personal de ver las cosas, no caben partijas, ni mezquindades, ni términos medios. He dado todo a la sociedad, cuando no tenía yo más mira que el decoro de la familia, de su nombre de usted y del mío. Ahora que las grandezas adquiridas se vuelven humo, lo doy todo a Dios.

—¡Todo!

—Lo devuelvo a su legítimo dueño.

—¡Todo!

—Ya hemos hablado de mí más de lo que yo merezco. Hablemos ahora de usted, que es lo más importante por ahora. Me pide mi opinión, y yo se la doy como se la he dado siempre, con absoluta franqueza, si me lo permite, con la autoridad un tanto arrogante que usted llamaba despotismo, y que era tan sólo el convencimiento de poseer la verdad en todo lo concerniente a los intereses de la familia. Antes miré por su dignidad, por su elevación, por ponerle en condiciones de acrecentar su fortuna. Ahora, en estos días de desengaño y tristeza, miro por la salvación de su alma. Antes me empeñé en guiarle a las alturas sociales, sirviéndole de lazarillo; ahora, todo mi afán es conducirle a la mansión de los justos...

—Diga pronto... ¿Qué debo yo hacer?... ¡Todo!

—Creo en conciencia—dijo Cruz con ceremoniosa voz, acercándose más, y recibiendo de lleno en sus ojos la mirada mortecina de los ojos del tacaño—, creo en conciencia que, después de reservar a sus hijos los dos tercios que marca el Código, dando partes iguales a cada uno, debe usted entregar el resto, o sea el tercio disponible..., íntegramente..., ¡a la Iglesia!...

—A la Iglesia—repitió don Francisco, sin hacer el menor movimiento—. Para que cuide de repartirlo... ¡Todo!... ¡A la Iglesia!...

Alzando los dos brazos con cierta solemnidad sacerdotal los dejó caer pesadamente sobre las sábanas.

—¡Todo!... A la Iglesia...: el tercio disponible... Y ¿de este modo me aseguran que...?

Sin parar mientes en lo que expresaba el último concepto, Cruz siguió desarrollando su idea en esta forma:

—Piénselo bien, y verá que, en cierto modo, es una restitución. Esos cuantiosísimos bienes de la Iglesia han sido, y usted no hace más que devolverlos a su dueño. ¿No entiende? Oiga una palabrita. La llamada desamortización, que debiera llamarse despojo, arrancó su propiedad a la Iglesia, para entregarla a los particulares, a la burguesía, por medio de ventas que no eran sino verdaderos regalos. De esa riqueza distribuida en el estado llano, ha nacido todo este mundo de los negocios, de las contratas, de las obras públicas, mundo en el cual ha traficado usted, absorbiendo dinerales que unas veces estaban en estas manos, otras en aquéllas, y que, al fin, han venido a parar, en gran parte, a las de usted. La corriente varía muy a menudo de dirección; pero la riqueza que lleva y trae siempre es la misma, ya que se quitó a la Iglesia. ¡Feliz aquel que, poseyéndola temporalmente por los caprichos de la fortuna, tiene virtud para devolverla a su legítimo dueño!... Conque ya sabe lo que opino. Sobre la forma de hacer la devolución. Donoso le informará mejor que yo. Hay mil maneras de ordenarlo y distribuirlo entre los distintos institutos religiosos... ¿Qué contesta?

Hizo Cruz esta pregunta, porque don Francisco había enmudecido. Pero el temor de que hubiera perdido el conocimiento era infundado; que bien claras oyó el enfermo las opiniones de su hermana política. Sólo que su espíritu se recogió de tal modo en sí, que no tenía fuerza para echar al exterior ninguna manifestación. Había cerrado los ojos; su semblante imitaba la muerte. Mirando para su interior, se decía: "Ya no hay duda; me muero. Cuando ésta sale por ese registro no hay esperanza. ¡Todo a la Iglesia!... Bueno, Señor, me contento con tal que me salve. Lo que es

ahora o me salvo o no hay justicia en el cielo, como no la hay en la tierra."

—¿Qué contesta?—repitió Cruz—. ¿Se ha dormido?

—No, hija, no duermo—dijo el pobre señor con voz tan desmayada que parecía salir de lo profundo, y sin abrir los ojos—. Es que medito, es que pido a Dios que me lleve a su seno y me perdone mis pecados. El Señor es muy bueno, ¿verdad?

—¡Tan bueno, que...!

La emoción que la noble dama sentía ahogó su voz. Abrió al fin Torquemada sus ojuelos y ella y él se contemplaron mudos un instante, confirmando en aquel cambio de miradas su respectivo convencimiento acerca de la bondad infinita.

V

Diéronle champán helado, *consommé* helado, único alimento posible, y pasó tranquilo como una hora, hablando a ratos con voz cavernosa y empañada. Llamando a su lado a Gamborena, le dijo en secreto:

—¡La capa!... Todo..., todo lo disponible..., para usted, señor *San Pedro* de mi alma. Ya Donoso tiene instrucciones...

—Para mí, no. No quiero dejar de hacer una aclaración. Cruz aconsejó a usted, por sí y ante sí, lo que acaba de decirme el señor Donoso. Yo nada tengo que ver en eso. Predico la moral salvadora, amonesto a las almas, les indico el camino de la salud; pero no intervengo en el reparto de los bienes materiales. Al pedir a usted la capa le signifiqué que no olvidara en sus disposiciones a los menesterosos, a los hambrientos, a los desnudos. Nunca pensé que mi petición se interpretara como un propósito, como un deseo de que la capa, o el valor de la capa, viniese a mis manos, para rasgarla y distribuir sus pedazos. Estas manos no tocaron jamás dinero de nadie, ni han recibido de ningún moribundo manda ni legado. Delo usted a quien quiera. Otra cosa diré, que ya he manifestado al señor Donoso. Mi congregación no admite donativos testamentarios, ni cosa alguna, en concepto de herencia; mi congregación vive de la limosna, y tiene fijadas para poder percibirla cifras mínimas que en ningún caso pueden alterarse.

—Según eso—dijo don Francisco, recobrando por un instante la viveza de su espíritu—, ¿usted no quiere?... Pues ya lo acordé... Todo a la Iglesia, y usted, mi señor *San Pedro*, será quien...

—Yo, no. Otros hay más abonados que yo para esa comisión. Ni yo ni mis hermanos podemos recibir encargos de esa especie. Alabo su resolución, la creo utilísima para su alma; pero allá otros recibirán la ofrenda, y sabrán aplicarla al bien de la cristiandad.

—¿De modo que... no quiere...? Pues yo accedí, pensando en usted, en su congregación, que es toda de santos... ¿Qué dice Donoso? ¿Qué dice Cruz?... Pero usted no me abandonará. Usted me dirá que me salvo.

—Se lo diré cuando sepa que puedo decírselo.

—Pues ¿a cuándo espera, santo varón?—replicó Torquemada con impaciencia, revolviéndose entre las sábanas—. Ahora, ahora, después del sacrificio que acabo de hacer..., ¡todo, Señor, todo!..., ahora ¿no merezco yo que se me diga, que se me asegure...?

—¿Ha tomado usted esa resolución con miras de caridad, con ardiente amor del prójimo y ansia verdadera de aliviar las miserias de sus semejantes?

—Sí, señor...

—¿Lo ha hecho con el alma puesta en Dios y creyéndose indigno de que se le perdonen sus culpas?

—Claro que sí.

—Mire, señor marqués, que a mí puede engañarme, a Dios no, porque todo lo ve. ¿Está usted bien seguro de lo que dice? ¿Habla con la conciencia?

—Soy muy verídico en mis tratos.

—Esto no es un trato.

—Bueno, pues lo que sea. Yo me he propuesto salvarme. Naturalmente, creo todo lo que manda Dios que se crea. ¡Pues estaría bueno que viéndome tan cerca del fin saliéramos ahora con que no creo tal o cual punto!... Fuera dudas, para que se vayan también fuera los temores. Yo tengo fe, yo deseo salvarme, y me parece que lo demuestro dando el tercio disponible a la santa Iglesia. Ella lo administrará bien; hay en las distintas religiones hombres muy celosos y muy buenos administradores... ¡Oh, mi dinero estará en muy buenas

manos! ¡Cuánto mejor que en las de un heredero pródigo y mala cabeza, que lo gaste en porquerías y estupideces! Ya veo que se harán capillas y catedrales, hospitales magníficos, y que la posteridad no dirá: "¡Ah, el tacaño!... ¡Ah, el avariento!... ¡Ah, el judío!...", sino que dirá: "¡Oh, el magnífico!... ¡Oh, el generoso prócer!... ¡Oh, el sostenedor del cristianismo!..." Mejor está el tercio disponible en manos eclesiásticas que en manos seglares, de gente rumbosa y desarreglada. No apurarse, señor *San Pedro;* nombraré una junta de personas *idóneas,* presidida por el señor obispo de Andrinópolis. Y en tanto, cuento con usted: no me abandone, ni me ponga peros para la entrada en el reino celestial.

—No hay tales peros—díjole Gamborena con exquisita bondad y dulzura—. Tenga usted juicio, y entréguese a mí con entera confianza. Lo que digo es que su resolución, mi señor don Francisco, con ser buena, bonísima..., no basta, no basta. Se necesita algo más.

—Pero... ¡Señor, más todavía!

—No vaya a creer que regateo la cantidad. Aunque ese tercio disponible fuera una cifra de millones tan alta como la que representan todas las arenas del mar, no bastaría si el acto no significara, al propio tiempo, un movimiento espontáneo del corazón, si no lo acompañase la ofrenda de la conciencia purificada. Esto es muy claro.

—Sí, muy claro... *Abundo* en esas ideas.

—Porque, amigo mío—añadió el sacerdote con mucha gracia, incorporándose para verle de cerca el rostro—, no me atrevo a sospechar que usted piense en conseguir su entrada en el cielo sobornándome a mí, al guardián de la puerta. Si tal creyese, mi señor marqués de San Eloy, no sería el primero. Muchos creen que dando una propinilla al Santo... Pero no, usted no es de ésos, usted ha vuelto ya los ojos a Dios, apartándolos para siempre de la vileza de los bienes temporales y caducos, usted tiene ya la divina luz en su conciencia; lo veo, lo conozco; esta noche, en un ratito de descanso, hemos de quedar muy amigos, muy conformes en todo, usted muy consolado, con el alma serena, libre, llena de confianza y amor; yo, satisfecho, y más contento que unas Pascuas.

Torquemada había cerrado los ojos, mirando para dentro de sí, y no contestaba más que con ligeros movimientos de cabeza a las sentidas amonestaciones de su amigo y padre espiritual. Aprovechó éste la buena ocasión que la relativa tranquilidad del enfermo le ofrecía y exhortándole con su palabra persuasiva y cariñosa, hecho a la domesticación de las fieras humanas más rebeldes que cabe imaginar, a la media hora le había puesto tan blando que nadie le conocía, ni él mismo se conociera, si pudiera verse desde su ser antiguo.

Descansó después algunas horas, y a la madrugada volvió el padrito a cogerle por su cuenta, temeroso de que se le fuera de entre las manos. Pero no; bien asegurado estaba, humilde y con timidez mimosa de niño enfermo, descompuesto el carácter, del cual sólo quedaban escorias, destruída su salvaje independencia. La certidumbre de su próximo fin le transformaba; sin duda, obraba en su espíritu como la enfermedad en su organismo, devorándolo, con efectos semejantes a los del fuego, y reduciéndolo a cenizas. Su voz quejumbrosa despertaba en cuantos le oían una emoción profunda. El genio quisquilloso y las expresiones groseras y disonantes ya no atormentaban a la familia y servidumbre. Todo era concordia, lástima, perdón, cariño. Tal beneficio había hecho la muerte con sólo llamar a la puerta del pecador. Agobiado éste por el mal que de hora en hora le iba consumiendo, apenas tenía fuerzas para articular palabras breves, de ternura para su hija y para Cruz, de bondad paternal para las demás personas que le rodeaban. No se movía; su cara terrosa hundíase en las almohadas, y en la cara los ojos, con los cuales hablaba más que con la lengua. Creyérase que con ellos imploraba el perdón de su egoísmo. Y con ellos parecía decir también: "Os lo entrego todo, mi alma y mis riquezas, mi conciencia y mi carácter, para que hagáis de ello lo que queráis. Ya no soy nada, ya no valgo nada. Heme vuelto polvo, y como polvo os pido que sopléis en mí para lanzarme al viento y difundirme por los espacios."

Lleváronle el Señor ya muy avanzada la mañana, sin pompa, con asistencia tan sólo de las personas de mayor intimidad. Más hermosa que nunca pareció

aquel día la mansión ducal, sirviendo de marco espléndido a la patética ceremonia, y al concurso grave que desfiló por el vestíbulo y galerías espaciosas, pobladas de representaciones de la humana belleza. La servidumbre, muy mermada desde el *modus vivendi*, asistió de rigurosa etiqueta. La capilla, que con tanta cera encendida era un ascua de oro, se llenó de monjitas blancas y azules, de señoras con mantilla negra. En la alcoba del enfermo púsose un altar, con el tríptico de Van Eyck que había presidido la capilla ardiente de Fidela. La entrada del Viático produjo en todo cuanto contenía la cavidad de aquella morada de príncipes, en todo absolutamente, lo vivo y lo figurado, personas y cosas, arte y humanidad, una emoción profunda. Al penetrar la Majestad Divina en la alcoba, la emoción total fué más intensa, realzada por el silencio que dentro y fuera envolvía el solemne acto. La voz del sacerdote sonó con placidez amorosa en medio de aquella paz. Las llamas movibles de los hachones teñían de un amarillo de oro viejo la escena y sus figuras. Al recibir a Dios, don Francisco Torquemada, marqués de San Eloy, parecía otro. No era el mismo de antes, ni tampoco el mismo de la noche anterior, con la cara terrosa y los ojos apagados. Fuese por el reflejo de las luces o por alguna causa interna, ello es que la piel de su rostro recobró los colores de la vida, y su mirada la viveza de sus mejores tiempos. Expresaba un respeto hondo, una cortedad de genio que rayaba en pueril timidez, una compunción indefinible, que lo mismo podía significar todas las ternezas del alma que todos los terrores del instinto.

Terminado el acto, produjose el ruido de la salida, las pisadas, los rezos, el *tilín* de la campana; la procesión descendió por la escalera, y, recorriendo de nuevo la gran galería, salió a la calle, volviendo todas las cosas del palacio a su ser natural.

En la capilla se aglomeró mucha gente: unos entraron ávidos de oración, otros de admirar las preciosidades artísticas que adornaban el altar. Y el enfermo, en tanto, después de hablar poco y bueno con Gamborena, Cruz y Donoso, en lenguaje afectuoso, cándido, sencillo, congratulándose de todo corazón de lo que había hecho, y recibiendo con alegría los parabienes, sintió viva necesidad de descanso, como si el acto religioso determinara en su fatigado organismo una sedación intensísima. Cerrando los párpados, durmió tan sosegada y profundamente, que al pronto le creyeron muerto. Pero no: dormía como un bendito.

VI

La familia y amigos vieron con regocijo aquel descanso del pobre enfermo, aunque tenían por inevitable el término funesto del mal. En la estancia próxima a la alcoba hallábanse todos, esperando a ver en qué pararía sueño tan largo, y si Donoso y Cruz manifestaron cierto recelo, no tardó en tranquilizarlos Augusto Miquis diciéndoles que aquel dormir era de los que traen el descanso y la reparación del organismo, fenómeno lisonjero en el proceso de la enfermedad, sin que por ello disminuyera el peligro inminente e irremediable. Convenía, pues, no turbar aquel sueño, precursor de un alivio seguro, aunque de corta duración. Esperaron, no sin cierta desconfianza de lo que el doctor les dijo, y, por fin, ya muy avanzada la tarde, oyendo que don Francisco daba una gran voz, acudieron presurosos allá, y le vieron desperezándose y bostezando. Estiró los brazos todo lo que pudo, y luego, con semblante risueño, les dijo:

—Estoy mejor... Pero muy mejor... Probad a darme algo de comer, que... maldita sea mi suerte si no tengo un poquitín de hambre.

Oyóse en torno del lecho un coro de plácemes y alabanzas, y pronto le trajeron algunas cucharadas, y encima un trago de jerez.

—Pues miren, mucho tiempo hace que no paso el alimento con tan buena disposición. Tengo lo que se llama apetito. Y me parece que esta sustancia me caerá bien...

—¿Qué tiene usted que decir ahora? —le preguntó Cruz, gozosa y triunfante—. ¿Es o no cosa probada que el cumplir nuestros deberes de cristianos católicos nos trae siempre bienes, sin contar los del alma?

—Sí, tiene usted razón—replicó don Francisco, sintiendo que se le comunica-

ba el júbilo de su familia y amigos—. Yo también lo creía..., y por eso me apresuré a recibir al Señor. ¡Bendito sea el *Ser Supremo,* que me ha dado esta mejoría, esta resurrección, *por decirlo así,* pues si esto no es resucitar, que venga Dios y lo vea! Y yo había oído contar casos verdaderamente milagrosos..., enfermos desahuciados que sólo con la visita de Su Divina Majestad volvieron a la vida y a la salud. Casos hay, y bien podría suceder que yo fuera uno de los más sonados.

—Pero por lo mismo que tenemos mejoría—díjole Donoso, que no quería verle tan parlanchín—, conviene guardar quietud y no hablar demasiado.

—¿Ya sale usted, amigo Donoso, con sus parsimonias y sus camandulerías? Pues si me apuran soy capaz de... ¿Qué apuestan a que me levanto y voy a mi despacho y...?

—Eso de ninguna manera.

—¡Jesús, qué desatino!

Y las manos de todos se extendieron sobre él como para sujetarle, por si realmente intentaba *llevar a cabo* su insana idea.

—No, no asustarse—dijo el enfermo, afectando docilidad—. Ya saben que no obro nunca con precipitación. En la camita estaré hasta que acabe de reponerme. Y crean, como yo creo en Dios y le reverencio, que me siento mejor, muy mejor, y que estoy en vías de curación.

—Opino, mi señor don Francisco—le dijo Gamborena muy cariñoso—, que la mejor manera de expresar su gratitud al Dios Omnipotente, que hoy se ha dignado visitarle y ser con usted en cuerpo y sangre, consiste en la conformidad con lo que El determine, cualquiera que su fallo sea.

—Tiene razón mi buen amigo y maestro—replicó Torquemada, llamándole a sus brazos—. A usted, a usted le debo la salud, digo, este alivio. Yo me avengo a todo lo que el Señor quiera disponer respecto a mí. Si quiere matarme, que me mate; no me opongo. Si quiere sanarme, mejor, mucho mejor. Tampoco debo hacer ascos a la vida, si el bendito Señor quiere dármela por muchos años más... ¡Oh padrito, qué bueno es estar bien con Dios, decirle todos los pecados, reconocer uno los puntos negros de su carácter, acordarse de que nunca ha sido uno blando de corazón, y, en fin, llenarse de buena voluntad y de amor divino. Porque, *sin ir más lejos,* Dios hizo el mundo, después padeció por nosotros..., esto es *obvio.* Luego debemos amarle, y hacer, y sentir, y pensar todo lo que nos diga el bueno del padrito. Conforme, conforme; deme usted otro abrazo, señor Gamborena, y tú, Rufinita, abrázame también, y abrácenme Cruz y Donoso. Bien, ya estoy contento, porque me reconozco muy cristiano, y juntos damos gracias al Todopoderoso por haberme curado, digo, aliviado... Sea lo que El quiera, y cúmplase su voluntad.

—Bien, bien.

—¡Qué bueno es el Señor! ¡Y yo qué malo hasta ahora por no haberlo declarado y reconocido *a priori*! Pero no viene tarde quien a casa llega, ¿verdad?

—Verdad.

—¡Que viva Cristo y su Santa Madre! ¡Y yo, miserable de mí, que desconfiaba de la infinita misericordia! Pero ahora no desconfío; que bien clara la veo. Y no me vuelvo atrás, ¡cuidado!, de nada de lo que concedí y determiné. El Señor me ha iluminado, y ahora he de seguir una *línea de conducta diametralmente opuesta...*

A ninguno de los presentes le pareció bien que hablase tanto: ni le gustaba verle tan avispado. Diéronle otro poco de caldo y de vino, que la cayó tan bien como la dosis que había tomado anteriormente, y, previo acuerdo de la familia, dejáronle solo con Donoso, que aprovechar quiso la mejoría para hablarle de las disposiciones testamentarias y acordar los *últimos detalles,* a fin de que todo quedase hecho aquel mismo día. Hablaron sosegadamente, y Torquemada confirmó sus resoluciones respecto a la manera de distribuir sus cuantiosas riquezas. El buen amigo le propuso algunos *extremos,* que el otro aceptó sin vacilar. Como era hombre que nunca dejaba de poner reparos a lo que no había discurrido él mismo, Donoso veía con recelo tanta mansedumbre.

—Todo, todo lo que usted quiera—le dijo Torquemada—. Hágase el testamento *concebido en los términos* que usted crea oportunos... En todo caso, las disposiciones testamentarias pueden modificarse el día de mañana, o cuando a uno le acomode.

Donoso se calló, y siguió tomando nota.

—No quiere decir que yo piense modificarla—añadió don Francisco, que por el desahogo con que hablaba parecía completamente restablecido—. Soy hombre de palabra: y cuando digo: "¡Hecho!", la operación queda cerrada. No, no quiero en manera alguna romper mis buenas relaciones con el señor Dios, que tan bien se ha portado conmigo... ¡No faltaba más! Soy quien soy, y Francisco Torquemada no se vuelve atrás de lo dicho. El tercero enterito para la santa Iglesia, repartido entre los distintos institutos religiosos que se dedican a la enseñanza y a la caridad... Se entiende que eso será después de mi fallecimiento... Claro.

Trataron de otros *extremos* que al nombramiento de albaceas *se contraía*, y Donoso, con todos los datos bien seguros, le incitó a la quietud, al silencio, y casi estuvo por decir a la oración mental; pero no lo dijo.

—Conforme, mi querido don José María—replicó el enfermo—; pero al sentirme bien, no puede desmentirse en mí el hombre de actividad. Confiéseme usted que yo tengo siete vidas, como los gatos. Vamos, que de ésta escapo. No, si estoy muy agradecido a Su Divina Majestad, pues la salud que recobraré, ¿a quién se la debo? Verdad que yo puse de mi parte cuanto se me exigió y estoy muy contento, pero muy contento de ser buen cristiano.

—Digo lo que Gamborena: que hay que conformarse con la voluntad de Dios y aceptar de El lo que quiera mandarnos, la vida o la muerte.

—Justamente, lo que yo digo y sostengo también de *motu proprio*; y la voluntad de Dios es ahora que yo viva. Lo siento en mi alma, en mi corazón, en toda mi *economía*, que me dice: "Vivirás para que puedas realizar tu magno proyecto."

—¿Qué proyecto?

—Pues, al abrir los ojos después de aquel sueño reparador, me sentí con las energías de siempre en el pensamiento y en la voluntad. Desde que volví a la vida, mi querido don José, se me llenó la cabeza de las ideas que hace tiempo vengo *acariciando*, y hace poco, mientras abrazaba a toda la familia, pensaba en las combinaciones que han de hacer factible el negocio.

—¿Qué negocio?

—¡Hágase usted el tonto! Pues ¿no lo sabe? El proyecto que presentaré al Gobierno para convertir el *Exterior* en *Interior*... Con ello se salda la deuda flotante del Tesoro, y se llegará a la unificación de la deuda del Estado, *bajo la base de Renta única perpetua interior, rebajando el interés a tres por ciento*. Ya sabe usted que en la conversión se incluyen los *billetes hipotecarios* de Cuba.

—¡Oh!... Sí, gran proyecto—dijo Donoso, alarmado de la excitación cerebral de su amigo—; pero tiempo hay de pensarlo. Para eso el Gobierno tiene que pedir autorización a las Cortes.

—Se pedirá, hombre, se pedirá, y las Cortes la concederán. No se apure usted.

—Yo no me apuro; digo que no debemos, por el momento, pensar en esas cosas.

—Pero venga usted acá. Al sentirme aliviado y en vías de curación, veo yo la voluntad de Dios tan clara que más no puede ser. Y el Señor, dígase lo que se quiera, me devuelve la vida a fin de que yo realice un proyecto tan beneficioso para la Humanidad, o, *sin ir tan lejos*, para nuestra querida España, nación a quien Dios tiene mucho cariño. Vamos a ver: ¿no es España *la nación católica por excelencia*?

—Sí, señor.

—¿No es justo y natural que Dios, o sea, la Divina Providencia, quiera hacerle un gran favor?

—Seguramente.

—Pues ahí lo tiene usted: ahí tiene por qué el *Sumo Hacedor* no quiere que yo me muera.

—Pero ¿usted cree que Dios se va a ocupar ahora de si se hace o no se hace la conversión del *Exterior* en *Interior*?

—Dios lo mueve todo, todo lo dirige, lo mismo lo pequeño que lo grande. Lo ha dicho Gamborena. Dios da el mal y el bien, según convenga, a los individuos y a las naciones. A los pájaros les da el granito o la pajita de que se alimentan, y a las *colectividades...*, o un palo cuando lo merecen, *verbigracia*, el Diluvio universal, las pestes y calamidades, o un beneficio, para que vivan y medren. ¿Le parece a usted que Dios puede ver con indiferencia los males de esta pobre nación y que tengamos los cambios a veintitrés? ¡Pobrecito comer-

cio, pobrecita industria y pobrecitas clases trabajadoras!

—Sí, muy bien. Me gusta esa lógica —díjole Donoso, creyendo que era peor contrariarle—. No hay duda de que el Autor de todas las cosas desea favorecer a la católica España, y para esto, ¿qué medio mejor que arreglarle su Hacienda?

—Justo...—agregó Torquemada con énfasis—. No sé por qué razón no ha de mirar Su Divina Majestad las cosas financieras como mira un buen padre los trabajos diferentes a que se dedican sus hijos. Es muy raro esto, señores beatos: que en cuanto se habla de dinero, del santo dinero, habéis de poner la cara muy compungida. ¡Biblias! O el Señor tira de la cuerda para todos o para ninguno. Ahí tiene usted a los militares, cuyo oficio es matar gente, y nos hablan del *Dios de la batallas*. Pues ¿por qué, ¡por vida de los ñales!, no hemos de tener también el *Dios de las haciendas*, el *Dios de los presupuestos, de los negocios* o *del tanto más cuanto*?

VII

—Por mí—replicó Donoso—, que haya ese Dios y cuantos a usted le acomoden. De la conversión hablaremos despacio, y ahora, calma, calma, hasta recobrar la salud por entero. Hablar poquito, y no discurrir más que lo absolutamente necesario... Y yo me voy a casa del notario a llevar estos apuntes. Todo podrá quedar concluído esta noche, y lo leeremos y firmaremos cuando usted disponga.

—Bien, mi querido amigo. Todo se hará según lo resolvimos ayer..., o anteayer; ya no me acuerdo. Ya se sabe: mi palabra es sagrada, sacratísima, como quien dice...

Fuése Donoso, no sin advertir a la familia la hiperemia cerebral que don Francisco revelaba, para que procurasen todos *no dar pábulo* a un síntoma tan peligroso. Así lo prometieron, más cuando pasaron a la cabecera del enfermo halláronle calmado. No les habló de negocios, sino de su conformidad con la voluntad del Señor. En verdad que el hombre estaba edificante. Sus ojuelos resplandecían febriles, y sus manos acompañaban con gesto expresivo la palabra. Habló le Cruz de cosas místicas, de la infinita misericordia de Dios, de lo preciosa que es la eternidad, y él contestaba con breves frases, mostrándose en todo conforme con su ilustre hermana, y añadiendo que Dios castiga o premia a los individuos y a las nacionalidades según los merecimientos de cada cual. "Naturalmente, a la nación que profesa la verdad y es buena católica la protege y hasta la mima. Esto es *obvio*."

Continuó toda la prima noche en relativa tranquilidad, y a eso de las nueve y media llegaron los testigos para el testamento, cuya lectura y firma no quiso diferir Donoso, pues si era muy probable que don Francisco continuase en buena disposición al siguiente día, también podría suceder lo contrario, y que su cabeza no rigiese. La misma opinión sostuvo Gamborena: cuanto más pronto se quitase de en medio aquel trámite del testamento, mejor. Reunidos en el salón los testigos, mientras aguardaban al notario, Donoso les dió una idea, *a grandes rasgos*, de la estructura y contenido de aquel documento. Empezaba el testador con la declaración solemne de sus creencias religiosas, y con su acatamiento a la santa Iglesia. Ordenaba que fuesen modestísimas sus honras fúnebres, y que se le diese sepultura junto a su segunda esposa, la excelentísima..., etc... Dejaba a sus hijos, Rufina y Valentín, los dos tercios de su fortuna, designando para cada uno partes iguales, o sea el tercio justo. Esta igualdad entre la legítima de los dos hijos, el de la primera y la segunda esposa, fué idea de Cruz, que todos alabaron, como una prueba más de la grandeza de alma de la ilustre señora. Si se hacía la liquidación de gananciales, la parte de Valentín habría de ser mayor que la de Rufinita. Más sencillo y más generoso era partir por igual, fijando bien los términos de la disposición, para evitar cuestiones ulteriores entre los herederos. En otra cláusula era nombrado el señor Donoso tutor de Valentín, y se tomaban las precauciones oportunas para que la voluntad del testador fuera puntualmente cumplida.

Y, por fin, el tercio del capital se destinaba íntegro a obras de piedad, nombrándose una Junta que con los señores testamentarios procediese a distribuirlo entre los institutos religiosos que el tes-

tador designaba. Enterados de las bases, disertaron luego los señores testigos sobre la cuantía del caudal que se dejaba por acá el señor don Francisco al partir para el otro mundo. Las opiniones eran diversas: quién se dejaba correr a cifras más que fabulosas; quién opinaba que más era el ruido que las nueces. El buen amigo de la casa, orgulloso de poder dar en aquel asunto los informes más cercanos a la verdad, afirmó que el capital del señor marqués viudo de San Eloy no bajaría de treinta millones de pesetas, oído lo cual por los otros abrieron un palmo de boca, y cuando el estupor les permitió hablar, ensalzaron la constancia, la astucia y la suerte, fundamento de aquel desmedido montón de oro.

Llegado el notario, procediose a la lectura, durante la cual mostró el testador serenidad, sin hacer observación alguna, como no fuera un par de frasecillas alusivas a la desmesurada longitud del documento. Pero todo tiene su término en este mundo: la última palabra del testamento fué leída, y firmaron todos, Torquemada con mano un tanto trémula. Donoso no ocultaba su satisfacción por ver felizmente realizado un acto de tantísima trascendencia. El enfermo fué congratulado por su mejoría, que él corroboró de palabra, atribuyéndola a la infinita misericordia de Dios, y a sus *inescrutables* designios, y le dejaron descansar, que bien se lo merecía después de tan larga y no muy amena lectura.

Tras el notario, el médico, que incitó a don Francisco al reposo, prohibiéndole toda cavilación, y asegurándole que cuanto menos pensara en negocios más pronto se curaría. Dispuso algunas cosillas para el caso, no improbable, de que se presentasen fenómenos de extremada gravedad, y se fué, indicando a la familia su propósito de volver a cualquier hora que se le llamase, y añadiendo su escasa confianza en aquel alivio engañoso y traicionero. Con tales augurios quedáronse a velar Rufinita, Cruz y el sacerdote. Muy sosegado en apariencia seguía Torquemada, pero sin sueño, y con ganas de que le acompañaran y le dieran conversación. Repetía las seguridades de su restablecimiento próximo, y satisfecho de haber hecho las paces *con Dios y con los hombres,* fundaba en aquella cordialidad de relaciones mil proyectos risueños.

—Ahora que marchamos de acuerdo, hemos de hacer algo que sea muy sonado.

Poco le duraron estas bonitas esperanzas, porque a la madrugada, después de un letargo brevísimo, se sintió mal. Viva inquietud, picazones en la epidermis, tuviéronle largo rato dando vueltas en la cama y tomando las más extrañas posturas. Maldecía y renegaba, olvidado de su flamante cristianismo, culpando a la familia, al ayuda de cámara, que le había echado *pica-pica* en las sábanas para impedirle dormir. De improviso, presentáronse vivos dolores en el vientre, que le hicieron prorrumpir en gritos descompasados, y encorvarse, y retorcerse, cerrando los puños y desgarrando las sábanas.

—Pues esto—decía, con espumarajos de ira—no es más que debilidad... El estómago que se subleva contra el no comer... ¡Maldito médico! Me está matando. ¡Y yo que ahora mismo me comería medio cabrito!...

Aplicóle Quevedo algunas inyecciones y diéronle caldo helado. Pero no había concluído de tragarlo cuando las horribles arcadas y mortales angustias demostraron la incapacidad de aquel infeliz estómago para recibir alimento.

—Pero ¿qué demonios me habéis dado aquí?—decía en medio de sus ansias—. Esto sabe a infierno... Se empeñan en matarme y han de salirse con ella, por no tener yo a nadie que mire por mí. ¡Señor, Señor, confúndelos, confunde a nuestros enemigos!

Desde aquel momento cesó en él toda tranquilidad de cuerpo y de espíritu; sus ojos se desencajaron, su boca no supo pronunciar una palabra cariñosa.

—¡Vaya, que este retroceso de ñales!... Aquí hay engaño... No, pues lo que es yo no me entrego... Que llamen a Miquis... ¡Menuda cuenta me va a poner ese danzante! Pero como no me cure, ya verá él... Ahí es nada lo del ojo... ¡Qué dirá la nación, qué la Humanidad, qué el mismísimo Ser supremo!... Vaya, que no le pago si no me cura... ¡Eh, Cruz! Ya lo sabe usted. Si *por casualidad* me muero, la cuenta del médico no hay que abonarla... Que coja un trabuco y se vaya a Sierra Morena... ¡Oh Dios mío, qué malo me he

puesto!... *Heme aquí* con ganas de comer, y sin poder meter en mi cuerpo ni un buche de agua, porque lo mismo es tragarlo que toda la *economía* se me subleva, y se arma dentro de mí la de Dios es Cristo.

Sentado en la cama, ya elevaba los brazos, echando la cabeza para atrás, ya se encorvaba, quedándose como un ovillo, la cara entre las manos, los codos tocando a las rodillas. Gamborena se acercó para recomendarle la paciencia y la conformidad. Encaróse con él don Francisco y le habló así:

—Y ¿qué me dice usted de esto, señor fraile, señor ministro del altar o de la *Biblia en pasta*?... ¿Qué me cuenta usted ahora? Pues nos hemos lucido usted y yo... ¡Tan bien como iba! Y de repente, ¡Cristo me valga!, de repente me da este achuchón, que... cualquiera diría que me ronda la muerte. Esto es un engaño, una verdadera estafa, sí, señor...; no me callo, no... Me da la gana de decirlo: yo soy muy claro... ¡Ay, ay! El alma se me quiere arrancar... ¡Bribona!... Ya sé lo que tú quieres: largarte volando y dejarme aquí hecho un montón de basura. Pues te fastidias, que no te suelto... ¡No faltaba más sino que usted, señora alma, voluntariosa, hi de tal, pendanga, se fuera de picos pardos por esos mundos!... No, no..., fastidiarse. Yo mando en mi santísimo yo, y todas esas arrogancias de usted me las paso yo por las narices, so tía... ¿Qué dice usted, señor Gamborena, mi *particular amigo*?... ¿Por qué me pone esa cara? ¿También usted es de los que creen que me muero? Pues el Señor, su amo de usted propiamente, me ha dicho a mí que no, y que se fastidie usted y todos los curánganos que ya se están relamiendo con la idea del sinfín de misas que van a decir por mí... Aliviarse, señores, y espérenme sentados.

En verdad que el buen misionero no sabía qué decirle, pues si al principio fué su intención reprenderle por aquel ridículo y bestial lenguaje, luego entendió que, estando su mente trastornada, no tenía conciencia ni responsabilidad de tan atroces conceptos.

—Hermano mío—le dijo, apretándole las manos—, piense en Dios, en su Santísima Madre; confórmese con la voluntad divina y se le disiparán esas tinieblas que quieren invadirle el entendimiento. La oración le devolverá la tranquilidad.

—Déjeme, déjeme, señor misionero —replicó el tacaño, airado, descompuesto, fuera de sí—, y váyase a donde fué el padre Padilla... Y mi capa, ¿dónde está? Bien puede devolvérmela... La necesito, tengo frío y no he trabajado yo toda la vida para el obispo ni para que cuatro holgazanes se abriguen con mi paño.

Consternados le oían todos, sin saber qué decirle ni por qué procedimientos traerle al reposo y a la conformidad. Como había rechazado a Gamborena, rechazó a Rufinita, diciéndole:

—Quita allá, *espíritu de la golosina*. ¿Crees que me engatusas con tus arrumacos de gata ladrona? ¡Te relames preparando las uñitas! Todo para cazar el *tercio*... Pues no hay *tercio*. Límpiate los hocicos, que los tienes de huevo. Lo mismo que esa otra, esa que antes se ponía moños conmigo, y ahora me quiere camelar la hipócrita, la excelentísima señora *cernícala*, más que *águila*, que desde que caí malo está tocando el cielo con las uñas. ¡Cazarme un *tercio* para *los de misa y olla*..., esa engarzarrosarios, ama de *San Pedro!*

VIII

En cuanto Miquis le vió túvole en su interior por hombre acabado. Un día, hora más, hora menos, le separaba de la insondable eternidad. Y como le ordenasen paliativos, sin más objeto que hacer menos dolorosos sus últimos instantes, díjole Torquemada con aspereza:

—Pero ¿en qué piensa usted, señor doctor, que no me quita esta birria de enfermedad? Veo que o no saben ustedes una patata o que no quieren curar de veras más que a los pobres de los hospitales, que maldita la falta que hacen a la Humanidad. ¿Les cae un rico por delante? Pues a partirlo por el eje... Eso, eso: a dividir la riqueza para que las naciones se debiliten y no haya jamás un presupuesto verdad. Yo digo: "Vivimos para nivelar", y ustedes, los de la Facultad, dicen: "Nivelemos matando." Ya se lo dirán a ustedes de misas... Y a otra cosa: si alguien quisiera salvarme de veras, procedería a po-

nerme reparos en la boca del estómago. Porque, lo que yo digo, ¿no hay más modo de alimentarse que comiendo? *En mi sentir,* bien se puede vivir sin comer. Y voy más allá: *¿a qué obedece* el comer? A fomentar un vicio, la gula. Apliquenme los reparos y verán cómo me alimento por el rezumo de los líquidos, *vulgo* absorción. Nada se les ocurre: yo tengo que pensarlo todo, y si no fuera por mi talento natural, era hombre perdido, y al menor descuidillo ya tenía usted a la loquinaria del alma echándose a volar y dejándome aquí con dos palmos de narices.

Pusiéronle los reparos, aunque sólo eran remedio sugestivo, y el hombre se calmó un poco, sin parar por eso en su desatinada palabrería.

—Oigame usted, padre—dijo a Gamborena, cogiéndole una mano—, aquí no hay más persona decente que mi hijo, el pobre Valentín, que por lo mismo que no discurre es incapaz de hacerme daño ni de desear mi fallecimiento. Para él ha de ser todo el día en que el Señor se sirva disponer que yo suba al cielo, día que está lejos aún, digan lo que quieran. Se hará la liquidación de gananciales para que esa sanguijuela de Rufina no se chupe lo que no le pertenece, y en cuanto a la capa, o sea el *tercio* libre, le digo a ustel que vuelve a mi poder, sin que esto quiera decir que no dé algo, una cosa prudencial, verbigracia, un chaleco en buen uso.

Y a Donoso, que también acudió a su llamamiento, le dijo:

—No hay nada de lo tratado, y tiempo de sobra tenemos para revocarlo. Todo lo que la ley permita, y algo más que yo agencie con mis combinaciones, para Valentín, ese pedazo de ángel bárbaro y en estado de salvajismo bruto, pero sin malicia. Y ¡que no quiere poco a su padre el borriquito de Dios! Ayer me decía: "Pa, pa, ca, ja, la, pa", que quiere decir: "Verás qué bien te lo guardo todo." Claro, con un buen consejo de familia, que cuide de alimentar al niño y tenerlo aseado, se pueden ir acumulando los intereses y aumentar el capital. Y luego, en la mayor edad, el hombrecito mío ha de ser todo lo que se quiera, menos pródigo, pues de eso sí que no tiene trazas. Será cazador y no comerá más que legumbres. Ni tendrá afición al teatro ni a la poesía, que es por donde se pierden los hombres, y esconderá el dinero en una olla para que no lo vea ni Dios... ¡Oh, qué hijo tengo y qué gusto trabajar todavía unos cuantos años, muchos años, para llenarle bien su hucha!

Ya de día se contuvo el desorden cerebral; pero los fenómenos gástricos y nerviosos tomaron ya un carácter de franca insurrección, que anunciaba el término de la vida. Pronunciada por el médico la fatal sentencia, la Facultad se declaraba vencida. Sólo Dios podía salvarle, si tal era su santa voluntad; mas para ello tenía que hacer un milagro en opinión de Miquis. Milagro o favor, la testaruda Cruz no desesperaba de obtenerlo, y allí fué el discurrir y poner en práctica cuantos medios inspiraba la fe para impetrar de la misericordia divina la salud del excelentísimo señor marqués viudo de San Eloy y demás hierbas. Se repartieron limosnas en cantidad considerable, misas sin número fueron dichas en diferentes iglesias y oratorios; pidióse por telégrafo a Roma la bendición papal, y, en fin, como suprema efusión de la piedad, se determinó, previa licencia del señor obispo, poner de Manifiesto al Santísimo en la capilla del palacio. Dicha la misa por Gamborena, quedó después expuesta Su Divina Majestad en magnífica custodia con viril de oro guarnecido de piedras preciosas que, con otras alhajas del culto, procedían, como el palacio, de la liquidación y saldo de Gravelinas. Sacerdotes y hermanitas en regular número velaban el Santísimo, turnando de dos en dos en la guardia. Adornóse la capilla con las mejores preseas, y fueron encendidas multitud de luces. Todo era recogimiento y devoción en la suntuosa morada; las visitas entraban en ella como en la iglesia, pues desde que ponían el pie en el vestíbulo notaban todos algo de patético y solemne, y les daba en la nariz el ambiente de catedral. Ocurría lo que se cuenta en la primera quincena de mayo, próxima ya la festividad de San Isidro, día grande de Madrid.

Gamborena, instalado provisionalmente en la casa, pasaba en la alcoba del paciente todo el tiempo que el servicio de la capilla le permitía. Sentado junto a la cama, leía su breviario, sin desatender al enfermo; y si éste rezongaba o pedía de beber, dejaba el libro en-

cima de la colcha para responderle o servirle. Por la mañana, el abatimiento y taciturnidad de don Francisco eran tan grandes como su excitación en la noche precedente. Sólo contestaba con monosílabos, que más bien parecían gruñidos, y cerraba los párpados, como vencido de un sopor o cansancio invencibles. Era el agotamiento de la energía muscular y nerviosa, el desgaste total de la máquina, cuyas piezas no engranaban ya y apenas se movían. En cambio, las facultades mentales aparecían más despejadas cuando por breve instante el sueño les permitía manifestarse.

—Amigo del alma, hermano mío—díjole Gamborena, acariciando sus manos—, ¿se siente usted mejor? ¿Tiene conciencia de sí?

Con la cabeza contestó Torquemada afirmativamente.

—¿Se ratifica en lo que me declaró ayer, se somete a la voluntad de Dios y cree en El y en su divina misericordia?

Nueva contestación afirmativa con el mismo lenguaje mímico.

—¿Renuncia a todas las vanidades, se despoja de su egoísmo como de una vestidura pestilente, y humilde, pobre, desnudo, pide el perdón de sus culpas y anhela ser admitido en la morada celestial?

No habiendo obtenido respuesta, repitió el misionero la pregunta, agregando conceptos muy del caso. De improviso abrió el infeliz Torquemada los ojos, y como si nada hubiera oído de lo que su confesor le decía, salió por otro registro, con voz cavernosa, tomando aliento cada cuatro palabras:

—Estoy muy débil..., pero con los reparos saldré adelante, y no me muero, no me muero. Ya tengo bien calculadas las combinaciones de la conversión...

—¡Por Dios, déjese de eso!... Piense en Jesús y en su Santísima Madre.

—Jesús y Santísima Madre... ¡Qué buenos son y con qué gusto les rezo yo para que me concedan la vida!

—Pídales que le concedan la inmortal, la verdadera salud, que jamás se pierde.

—Ya lo he pedido..., y mis oraciones y las de usted, padrito, y las de Cruz..., y las de todos han llegado al Cielo..., donde se tiene muy en cuenta lo que piden las personas formales... Yo rezo, pero me distraigo alguna vez..., porque me vienen al pensamiento cosas de mi juventud que ya tenía olvidadas... ¡Esto sí que es raro! Ahora me acordaba de un sucedido..., allá..., cuando yo era muchacho..., y lo veía tan claro como si me encontrase en aquel *momento histórico*.

Animándose poco a poco, prosiguió así:

—Ocurrió esto el día que llegué a Madrid. Tenía yo dieciséis años. Vinimos juntos yo y otro chico, que... le llamaban Perico Moratilla, y después fué militar y murió en la guerra de Africa... ¡Guapo chico! Pues como le digo, llegamos a la Cava Baja con lo puesto y sin una mota. ¿Qué comeríamos? ¿Dónde pasaríamos la noche? Allá conseguimos de una vieja pollera, viuda de un maragato, unos mendrugos de pan... Moratilla tenía en su morral un pedazo grande de jabón, que le dieron más acá de Galapagar; quisimos venderlo; no pudimos. Llegó la noche, y *velay* que hicimos nuestra alcoba arrimados a los cajones de la plazuela de San Miguel... Dormimos como unos canónigos hasta la madrugada, y al despertar, a entrambos se nos antojó tomar venganza de la porquísima Humanidad que en aquel desamparo nos tenía. Antes que Dios amaneciera nos fuimos a la escalerilla de la plaza Mayor y untamos de jabón todos los escalones de la mitad para arriba... Luegos nos pusimos abajo, a ver caer la gente. Tempranito empezaron a pasar hombres y mujeres y a resbalar, ¡zas! Era una diversión. Bajaban como balas, y algunos iban disparados hasta la calle de Cuchilleros... Este se rompía una pierna, aquél se descalabraba, y mujer hubo que rodó con las enaguas envueltas en la cabeza. En mi vida me he reído más. Ya que no comíamos, nos alimentábamos con la alegría. ¡Cosas de muchachos!... Fué una maldad. Pues tome nota, y ahí tiene un pecado que no le dije porque de él no me acordaba.

IX

Gamborena no le contestó. Le afligía la falta de unción religiosa que el enfermo mostraba y la rebeldía de su espíritu ante el inevitable tránsito. O no creía en él o creyéndolo se rebelaba

contra la divina sentencia poseído de furor diabólico. Testarudo era el misionero, y no se dejaría quitar tan fácilmente la presa. Observóle el rostro, queriendo penetrar con sagaz mirada en su pensamiento y ver qué ideas bullían bajo el amarillo cráneo, qué imágenes bajo los párpados abatidos. Hombre de mucha práctica en aquellos negocios y expertísimo en catequizar sanos y moribundos, recelaba que el espíritu maligno, burlando las precauciones tomadas contra él, hubiese ganado solapadamente la voluntad del desdichado marqués de San Eloy y le tuviese ya cogido para llevárselo. El buen sacerdote se preparó a luchar como un león; examinado el terreno y elegidas las armas, se trazó un plan, cuya estructura lógica se comprenderá por el siguiente razonamiento: "Este desdichado es todo egoísmo, con su poco de orgullo y desmedido amor a las riquezas. En el egoísmo, enorme peso, monstruoso bulto, hace presa el maldito Satán; la codicia le infunde su ardiente anhelo de vivir. Adora su yo, su personalidad viva, y mientras tenga esperanza de conservarse en sí, como es, no se conformará con la muerte, no dará entrada en su alma a la compunción ni a la gracia divina. Que pierda la esperanza, y el egoísmo se debilitará. Duro es, y a veces inhumano, quitar a los moribundos la última esperanza, cortar la hebra tenue con que el instinto se agarra a las materialidades de este mundo. Pero hay casos en que conviene cortarla, y yo la corto, sí, porque en ello veo, en conciencia, el único medio de arrancar al demonio maldito lo que no debe ser suyo, no y no mil veces..., no lo será."

Pensando esto, se dispuso a obrar con presteza.

—Señor don Francisco—le dijo, sacudiéndole por un brazo.

No respondió hasta la tercera vez.

—Señor don Francisco, óigame un instante.

—Déjeme ahora... Estaba pensando... Vamos, que me veía en aquellas fechas..., cuando entré en el Real Cuerpo de Alabarderos y me puse por primera vez el uniforme.

—¿Por ventura no tenemos ahora cosa de más provecho en que pensar?

—Sí..., me siento bien, y pienso en mis cosas.

—¿Y no teme que pronto puede sentirse mal?

—Usted me ha dicho que me restableceré.

—Eso se dice siempre para consolar a los pobres enfermos. Pero a un hombre de carácter entero y de inteligencia superior no se le debe ocultar la verdad.

—¿No me salvaré?—preguntó de súbito don Francisco, abriendo mucho los ojos.

—¿Qué entiende usted por salvarse?

—Vivir.

—No estamos de acuerdo: salvarse no es eso.

—¿Quiere usted decir que *debo* morirme?

—Yo no digo que usted *debe* morirse, sino que el término de la vida ha llegado y que es urgente prepararse.

La estupefacción paralizó la lengua de Torquemada, que por un mediano rato tuvo clavados sus ojos en el rostro del confesor.

—¿De modo que... no hay remedio?

—No.

Pronunció este *no* el sacerdote con la calculada energía que el caso, a su parecer, demandaba, creyendo cumplir con un deber de conciencia, dentro de las atribuciones de su alto ministerio. Fué como un hachazo. Creyó que debía darlo, y lo dió sin consideración alguna. Para Torquemada fué como si una mano de formidable fuerza le apretara el cuello. Puso los ojos en blanco, soltó de su boca un sordo mugido, y cuerpo y cabeza se hundieron más en las blanduras del lecho, o al menos pareció que se hundían.

—Hermano mío—le dijo Gamborena—, más propia de un buen cristiano es en estos instantes la alegría que la aflicción. Considere que abandona las miserias de este mundo execrable y entra a gozar de la presencia de Dios y de la bienaventuranza, premio glorioso de los que mueren en el aborrecimiento del pecado y en el amor de la virtud. Basta con que dirija todos sus pensamientos, todas sus facultades a Jesús divino y le ofrezca su alma. Animo, hijo mío, ánimo para renunciar a los bienes caducos y a toda esta putrefacción terrenal, y fervor, amor, fuego del alma para remontarse al seno de Nuestro Padre, que amoroso ha de recibirle en sus brazos.

Nada dijo don Francisco, y el confesor

temió que hubiera perdido el conocimiento. Abatidos los párpados, fruncido el entrecejo, la boca fuertemente cerrada, chafando un labio contra otro, el enfermo se desfiguró visiblemente en breve tiempo. Su piel era como papel de estraza y despedía un olor ratonil, síntoma comúnmente observado en la muerte por hambre. ¿Dormía o había caído en un colapso profundo, precursor del sueño eterno? Fuera lo que fuese, ello es que al meterse en sí como caracol asustado que se esconde dentro de su cáscara, percibió vagas imágenes, y sintió emociones que conturbaron su alma, casi desligada ya de la materia. Creyóse andando por un camino, a término del cual había una puerta no muy grande. Más bien era pequeña; pero ¡qué bonita!... El marco, de plata, y la hoja (porque no tenía más que una hoja), de oro con clavos de diamantes: diamantes también en las bisagras, en el llamador y en el escudillo de la cerradura. Y los constructores de la tal puerta habíanla hecho con monedas, no fundidas, sino claveteadas unas sobre otras o pegadas no se sabía cómo. Vió claramente el cuño de Carlos III en las pálidas peluconas, duros americanos y españoles, y entre ellos, preciosas monedítas de las de *veintiuno y cuartillo*. Miraba el tacaño la puerta sin atreverse a poner su trémula mano en el aldabón, cuando oyó rechinar la cerradura. La puerta se abría desde dentro por la mano del beatísimo Gamborena; pero no se abría lo suficiente para que pudiera entrar una persona, aunque sí lo bastante para ver que el buen misionero vestía como el *San Pedro* de la cofradía de prestamistas, en la cual él (don Francisco) había sido mayordomo. La calva reluciente, los ojuelos dulces no se le despintaron desde fuera. Observó que estaba descalzo y que llevaba sobre los hombros una capa con embozos colorados bastante vieja.

Miróle el portero sonriendo, y él se sonrió también, movido de temor y esperanza, diciendo:

—¿Puedo entrar, maestro?

X

Tantas veces le llamó Gamborena, hablándole con la boca casi pegada a la oreja, que al fin respondió como despertando:

—Sí, maestro, sí; me he quedado con las ganas de saber...

—¿Qué?

—Si me dejaba entrar o no. A ver... ¿Tiene ahí las llaves?

—No piense en las llaves y dígame con brevedad si son sinceros sus deseos de entrar, si ama a Jesucristo y anhela ser con El; si reconoce sus pecados, el vicio infame de la avaricia, la crueldad con los inferiores, la falta absoluta de piedad para con el prójimo, la tibieza de sus creencias.

—Reconozco—dijo Torquemada con sorda voz que apenas se oía—. Reconozco..., y confieso.

—Y ahora, todos sus pensamientos son para Jesús, y si alguna idea o algún afán de los que le extraviaron en vida viene a turbar esa paz, esa resignación dulce con que aguarda su fin, usted lo rechazará, usted rechazará ese sentimiento, esa idea...

—La rechazo..., sí... Jesús...—murmuró el enfermo—. Pero ¿usted abre?... Dígame si abre. Porque si no..., aquí me quedo, y... A bien que no es floja empresa... convertir el Exterior y las Cubas en Interior...

—Hijo mío, desprecie toda esa inmundicia.

—¡Inmundicia! ¿Lo llama inmundicia?

Siguió rezongando muy por lo bajo. No se le entendía. Su habla era como el gorgoteo profundo de un manantial en el fondo de una caverna.

Desconsolado y lleno de inquietud, Gamborena tuvo por cierto que la lucha seguía empeñada entre él y Satanás, disputándose la posesión de un alma próxima a lanzarse a lo infinito. ¿Quién vencería? Dotado de facultades poéticas, la mente del clérigo vió representada en imágenes la formidable batalla. Del otro lado del lecho, por la parte de la pared, estaba el demonio, tanto más traidor cuanto más invisible. El sacerdote cristiano sugería por la izquierda; el enemigo de todo bien, por la derecha. Gamborena tenía por su lado el corazón. Puso sobre él la mano y apenas le sentía latir. Probó llamar al entendimiento, con esperanza de que aún respondiera, pero el entendimiento no quiso darse por entendido o ya no ejercía autoridad sobre

la palabra. Los gemidos inarticulados, las rudas expresiones irónicas que moduló el frío labio del moribundo sonaron en el oído del sacerdote como inspiradas por el enemigo que de la otra parte luchaba encarnizadamente.

Anochecía, y el misionero hubo de abandonar por un lado su puesto de combate para acudir a la capilla a Reservar el Santísimo. En esta imponente ceremonia, a la que asistieron la familia, la servidumbre y muchos amigos de la casa, elevó el buen padrito su espíritu con ardiente fervor a la Majestad Omnipotente, implorando sostén y auxilio para salir victorioso en la tremenda lucha. Encomendó con plegaria dolorida el alma del triste pecador, y pidió para él la gracia por los maravillosos medios que sólo Dios sabe y emplea, supliendo la ineficacia de los medios humanos. La emoción del buen sacerdote se traslucía en su semblante grave y en la dulzura de sus ojos. Cuando terminó el acto, pudo observar que muchos de los presentes tenían el rostro encendido de llorar.

Y otra vez allí, al campo de batalla. En el breve tiempo que duró la Reserva habíase desfigurado tanto el rostro del pobre enfermo, que Gamborena le hubiera desconocido si no estuviese acostumbrado a tales mudanzas del humano semblante en trances como aquél. Si cada transformación de las facciones pudiera expresarse por espacios de tiempo y la descomposición fisonómica se representara por edades, don Francisco Torquemada tenía ya novecientos años, como Matusalén.

Por acuerdo entre la familia y el doctor, se suprimió la medicación de última hora, que no sirve más que para disputar algunos instantes a la muerte, atormentando inútilmente al enfermo. La ciencia nada tenía que hacer allí; bien lo demostró la salida de Miquis y su paso por la gran galería hacia afuera, paso en el cual pudiera verse cierta tristeza, pero también resolución, como de un hombre que siente no haber triunfado allí y que se dirige a otra parte donde triunfar espera. Despedida la Ciencia, a la Religión correspondía lo restante, que era mucho, a juicio de todos. Gamborena y una hermana de la Caridad ocuparon los dos costados del lecho que pronto sería mortuorio. La familia se retiró al próximo gabinete.

Don Francisco abría con ansia su boca, en demanda de agua, que le daba la monjita. Angustiosa era su respiración, con un pausado ritmo que desesperaba. Llegó un momento en que la suspensión casi instantánea del estertor les hizo creer que había muerto, y ya se disponían a la prueba del espejillo cuando Torquemada respiró de nuevo con relativa fuerza, y dijo algunas palabras:

—Exterior y Cubas..., mi alma...; la puerta.

Los miró. Pero sin duda no los conocía. Volviéndose hacia la monja, le dijo:

—¿Abre usted o no abre? Quiero entrar...

Gamborena suspiraba. Su intranquilidad subió de punto, observando en la mirada del moribundo la expresión irónica que en él era común cuando hablaba de cosas de ultratumba. Díjole el misionero palabras muy sentidas; pero él no pareció comprenderlas. Sus ojos, que allá en lo profundo de las cuencas amoratadas apenas brillaban ya, no se fijaban en objeto alguno, y se movían inciertos buscando... Dios sabe qué. Gamborena vió en ellos la desconfianza, que casi era la base de aquella personalidad próxima a extinguirse.

Por el otro lado, la monjita le decía con ferviente anhelo que invocase a Jesús, y mostrándole un crucifijo de bronce lo aplicó a sus labios para que lo besara. No se pudo asegurar que lo hiciera, porque el movimiento de los labios fué imperceptible. Cuando le administraron la Extremaunción no se dió cuenta de ello el enfermo. Poco después tuvo otro momento de relativa lucidez, y a las exhortaciones de la monjita respondió quizá de un modo inconsciente:

—Jesús, Jesús y yo..., buenos amigos... Quiero salvarme.

Cobró esperanzas Gamborena, y lo que lograr no podía dirigiéndose a un alma casi desligada ya del cuerpo, intentábalo invocando fervorosamente al Divino Juez, que pronto había de juzgarla. Estrechó la mano del moribundo: creyó sentir ligera presión de los dedos glaciales. A lo que el misionero le decía aproximando mucho su rostro, respondía Torquemada con estremecimientos de la mano, que bien podían ser un lenguaje. Algunas expresiones, mugidos o simples fenómenos acústicos del aliento resbalando entre los labios, o del aire

en la laringe, los tradujo Gamborena con vario criterio. Unas veces, confiado y optimista, traducía: "Jesús..., salvación..., perdón..." Otras, pesimista y desesperanzado, tradujo: "La llave..., venga la llave... Exterior..., mi capa..., tres por ciento."

Dos horas o poco más se prolongó esta situación tristísima. A la madrugada, seguros ya los dos religiosos de que se acercaba el fin, redoblaron su celo de agonizantes, y cuando la monjita le exhortaba con gran vehemencia a repetir los nombres de Jesús y María y a besar el santo crucifijo, el pobre tacaño se despidió de este mundo diciendo con voz muy perceptible:

—Conversión.

Algunos minutos después de decirlo volvió aquella alma su rostro hacia la eternidad.

—¡Ha dicho conversión!—observó la monjita con alegría, cruzando las manos—. Ha querido decir que se convierte, que...

Palpando la frente del muerto, Gamborena daba fríamente esta respuesta:

—¡Conversión! ¿Es la de su alma o la de la Deuda?

La monjita no comprendió bien el concepto, y ambos, de rodillas, se pusieron a rezar. Lo que pensaba el bravo misionero de Indias al propio tiempo que elevaba sus oraciones al Cielo, él no había de decirlo nunca, ni el profano puede penetrarlo.

Ante el arcano que cubre, como nube sombría, las fronteras entre lo finito y lo infinito, conténtese el profano con decir que en el momento aquel solemnísimo, el alma del señor marqués de San Eloy se aproximó a la puerta, cuyas llaves tiene... quien las tiene. Nada se veía; oyóse, sí, rechinar de metales en la cerradura. Después el golpe seco, el formidable portazo que hace estremecer los orbes. Pero aquí entra la inmensa duda. ¿Cerraron después que pasara el alma o cerraron dejándola fuera?

De esta duda, ni el mismo Gamborena, *San Pedro* de acá, con saber tanto, nos puede sacar. El profano, deteniéndose medroso ante el velo impenetrable que oculta el más temido y al propio tiempo el más hermoso misterio de la existencia humana, se abstiene de expresar un fallo que sería irrespetuoso, y se limita a decir:

—Bien pudo Torquemada salvarse.

—Bien pudo condenarse.

Pero no afirma ni una cosa ni otra..., ¡cuidado!

Madrid, enero-febrero de 1895.

FIN DE

"TORQUEMADA Y SAN PEDRO"

ANGEL GUERRA

(1890-1891)

NOTA PRELIMINAR

A cuantos no le conocen voy a presentarles a Angel Guerra, una de las criaturas más amadas por Galdós.

¿Su pergeño? Mírenle ustedes... Como de unos treinta años, que aparentan más, porque la existencia jérvida consume. Un poquito grueso. Estatura mediana. Color cetrino. Contextura recia. Nariz, ojos y boca sin nada de particular. Rostro ceñudo, áspero y de ángulos muy enérgicos... Lo que vulgarmente se llama cara de malas pulgas. Un hombre feo, de esos que revelan, por misteriosa negativa fotográfica, haber nacido de padres hermosos. Así, a primera vista, Angel Guerra no se gana las voluntades. Y hasta casi se hace antipático. Pero yo les juro a ustedes que esa primera impresión es absolutamente falsa. Su trato disipará la prevención. En cuanto le oigan hablar con su palabra calurosa en un acento casi musical y vean cómo se le encienden los ojos, empezarán ustedes a encontrarle un gran atractivo. Y ya les harán gracia su cabello y su barba ásperos y revueltos, sus manos fuertes y velludas, muy bien formadas; su plante varonil, su caminar resuelto, sus ademanes rítmicos y sus actitudes llenas de cierta majestad... ¿El espíritu de Angel Guerra? Desde bien pequeño le impresionaron el dolor y la injusticia, compañeros inseparables de la Humanidad. Hombre ya, él, se sintió quijote... Era necesario, con urgencia, reformar el mundo, revocar la sociedad, reformar, trastrocar, derribar... ¡Antes que nada, derribar!... para echar los cimientos de una sociedad y de un mundo mejores, sin injusticias y con el menor dolor posible. Sus simpatías iban, pues, hacia los menesterosos, hacia los dolientes, hacia los revolucionarios. Hombre es Angel Guerra de esos que son denominados de ideas avanzadas. ¿Su carácter? Muy desigual. Contento sin porqué. Descontento porque sí. Delicado en ocasiones. A veces brusco. Capaz del sacrificio más penoso. Inútil ante la contrariedad más pequeña. Muy inteligente. Muy sensible. De veras, de veras que, apenas se le trata un poco, se le aprecia, se le admira, se le compadece. ¡Y es que es tan inmensamente humano!

Angel Guerra es miembro de muy buena familia. Su madre, doña Sales, pertenece al renombrado árbol toledano de los Monegros, entre quienes abundaron los héroes y los santos, los eruditos y los melancólicos caballeros de la mano al pecho. La buena señora, ortodoxa a machamartillo, siempre le está recalcando al hijo los paradigmas de sus ascendientes, en los que debe mirarse y modelarse Angelito día tras día. El padre, don Pedro Guerra, ente débil y bondadoso, tampoco descendía de antepasados del montón. ¡Ah, si se rebuscara bien por entre el ramaje espeso del árbol heráldico de los Guerras!... Sólo que Angel, desdeñador de los pergaminos y burlón de las genealogías más respetables, hubiera—de hacer algo—talado, a golpes de hacha racionalista, los troncos más hermosos y centenarios de la tradición.

Les he presentado a ustedes, un poco atropelladamente, a Angel Guerra. Puedo añadir algunos detalles. Cuando se enamora lo hace profundamente. Que lo digan Dulcenombre, su querida mucho

tiempo, y Leré, su ser adorado de siempre, y Ción, su única hija, delirio de su paternidad. Es un fuguilla que se prende y flamea y estalla apenas la chispa de una ilusión se le aproxima. Que lo digan los indeseables Babeles que le empujaron a que, retaco en ristre, disparara contra Mirasol—el político—, causándole la muerte. Es un manirroto. Sus manos tienen agujereadas las palmas. De ellas se va el dinero hacia los menesterosos, hacia lo superfluo, hacia lo quimérico. Un ideal absurdo, una apetencia momentánea, un ser desharrapado, siempre contarán con el dinero de Angel Guerra sin necesidad de pedirlo con insistencia. Angel Guerra estuvo casado sin amor—¡cosas de familia!—con una hija del ínclito y camándulas don Manuel María Ramón del Pez. Se le murió la mujer de pulmonía... Y Angel Guerra no la lloró mucho. Angel Guerra se cisca en el orden, sea social, intelectual o religioso. Sin embargo, respeta al que le respeta y lo que es respetable humanamente, por fueros de educación, sensibilidad o creencias íntimas...

Que Angel Guerra es uno de los hijos predilectos de Galdós salta a la vista del más miope. Galdós, que tan objetivamente *deja a sus criaturas viviendo en el embate inexorable de la Vida, con este su Angel Guerra* enseña un poquito la oreja. *Y no es que con su poder omnipotente de creador le haga más singular—ya hemos visto que no—y le regale con mejor fortuna de destino..., ¡que ya leeremos cómo tampoco!..., entre los demás hermanos. ¡A Galdós no le rompe su objetividad maravillosa de creador ni el amor más delirante! Sino que hay detalles... Angel Guerra es un niño mimado, aun cuando su genitor lo disimule muy bien. Quiza el novelista no pretende negar que Angel Guerra sale a su padre en mil de esas pequeñas tonterías importantísimas en que los hijos delatan su ascendencia inmediata, cuando ésta ha vigilado mucho la filiación, la ha cuidado y se ha engreído, interiormente siquiera, de ella.*

De los miles de criaturas engendradas por el genio galdosiano, es Angel Guerra quien con más justicia podría ponerse en sus tarjetas: ANGEL GALDÓS, *quien podría ganar más fácilmente, ante los tribunales de la posteridad, el pleito de su legitimación. El credo político de Galdós es el de su hijo Angel. Sus temperamentos coinciden como dos plantillas de un mismo pie. Sus corazonadas podrían medirse con un metrónomo puesto a idéntico compás. Sus caracteres responden a iguales exigencias sociales. Pues... ¿y sus gustos? ¡Ese amor que Angel siente por Toledo!... ¡Ese regusto con que Angel se desliza por los días toledanos!... ¡Esa emoción que le destilan en el corazón, a Angel, las cosas toledanas, al parecer insignificantes!... Galdós los comparte sin excepción alguna. Hasta un mismo grado.*

Sí, Angel Guerra es un hijo mimado del novelista. Los padres amarán hasta el frenesí a los frutos de sus entrañas..., pero nada pueden hacer por atraerles un horóscopo favorable. Su paternidad ferviente—fervorosa—es impotente para alcanzarles un destino inmortal o una fortuna próspera. ¿Qué más podía darle Galdós a su Angel Guerra que su sensibilidad, su carácter, sus anhelos y la representación plenipotenciaria de sus ideas políticas y religiosas?... Y para confirmar mi teoría de que Angel Guerra sea el personaje más galdosiano *entre los miles de galdosianas criaturas, un gran crítico español del pasado siglo admite que para la psicología del ingenio y del carácter de Galdós, en los estudios que se llegarán a hacer de las ideas de este novelista,* Angel Guerra *será de los documentos más importantes.*

Conforme el lector vaya adentrándose en las páginas de esta hermosísima novela, yo le aseguro que irá aquilatando su simpatía por héroe que tanto lucha, que tanto sufre, que tanto sueña.

¿El asunto de Angel Guerra? *Se trata de un asunto espiritual... exteriorizado. Porque nadie dude que el protagonista es un espiritualista... que vive fuera de sí. El ideal de Angel Guerra está en la encantadora Leré. La psicología de Angel Guerra reside en el mundo que le rodea. De aquí la importancia que tienen en esta novela "las calles y las callejuelas de Toledo, los tabiques y ladrillos más o menos mudéjares, las capillas de las catedrales, las iglesias de monjas y las desgracias y lacerías de los miserables". El núcleo de la novela es el amor-pasión de Gue-*

rra por Leré y lo que Leré siente por Angel. Leré es otra espiritualista... fuera de sí. La psicología de Leré se la da hecha la Iglesia. Su santidad, que es oro de ley, se ajusta primorosamente a la que ejemplariza la ortodoxia. Sus sentimientos, sus gustos, sus palabras se resuelven con esa poesía recóndita que fluye de lo divinamente humano. Angel Guerra es un hombre de acción. *Leré es* una santa de acción. *Lucharán entre sí con fiereza enamorada, cada uno resuelto a que triunfen sus apetencias. Con tal que ella se deje* amar en Cristo, *Angel Guerra será capaz de abjurar de sus ideas, de arrepentirse de sus culpas, de estrangular su pasión material, de dedicarse a Dios por medio del sacerdocio. Con tal que él la quiera sin perturbarla con pretensiones materialistas, Leré será capaz de hablarle con cierta ternura, de oírle finezas humanas, de aconsejarle y de mirarle con gusto.*

Precisamente lo que más seduce de Leré y de Angel Guerra es el que jamás se apartan—ni aun en sus momentos de mayor afección y de mejor efusión ascéticas—de los módulos esencialmente humanos. Angel Guerra, el revolucionario idealista, cuando se revuelve y revuelca en su propia reforma moral, no busca la parte idealista de la religión, sino que busca en ésta lo práctico, las obras, los resultados, cuanto depende de la voluntad inmediata del actor. Si él envidia a ciertos santos, no son éstos los extáticos, los contemplativos, eremitas o monjes de Trapas, sino que son los intrépidos, los que realizaron proezas que se vieron *y se* jalearon, *los Francisco Javier, Iñigo de Loyola, Teresa de Jesús, Juan de Dios... Indudablemente, de hombre como él —piensa el propio Guerra—no quedará un recuerdo místico ni una estela de piedad lírica; quedará una obra pía. Por su parte, Leré tampoco añora los raptos, ni los arrobos, ni los éxtasis de las santas, puro ensueño y pura pasión ultraterrena. A Leré le encanta la santidad de las cosas insignificantes de cada día... que casi ni parece santidad. La suave emoción del rezo. La sumisa obediencia. La discreta obra de misericordia. El pequeño combate ganado a la carne joven y sana. ¡Son tan humanos Leré y Angel Guerra, aun cuando delaten orgullosamente la parte grandísima de* ángeles *que hay en sus* bestias!...

En la novela galdosiana, larga, y que, sin embargo, jamás pesa, *abundan, como en ninguna otra, quizá, del mismo autor, los personajes secundarios llenos de atractivos... "Esta misma observación profunda y exacta y rigurosa en la lógica que hay en el modo de presentar y conducir los principales personajes se advierte en la mayor parte de los secundarios. Don Pito es admirable en su alcoholismo simpático; los Babeles, representantes del hampa de levita, están hablando...* y robando. *Pero todavía merece mayor elogio el clero catedral y parroquial que anda por el Toledo de Pérez Galdós con la misma vida y fuerza de realidad que los curas y canónigos de Balzac andan por Tours, y los de Zola por Plassans. Fernando Fabre en Francia y Eça de Queiroz en Portugal nos han ofrecido abundante, pintoresca y bien estudiada colección de tipos clericales; pero cabe decir que Galdós, en* Angel Guerra, *los iguala en mucho y tal vez los aventaja en verdad, imparcialidad y en los matices del bien y del mal que se puede ver en la clase." Figura excepcional que casi compite con las de los protagonistas es la de Dulcenombre, la amante abnegada del Angel Guerra revolucionario, mujer bonita y llena de ternuras, cuya única obsesión era que él estuviese contento, que fueran de su gusto las comidas que le preparaba, que no se retirase tarde al hogar, que tuviera salud y que le guardase a ella los miramientos y la fidelidad que ella se merecía. Doña Sales, la madre de Angel, señora chapada a la antigua, de carácter inflexible y autoritario, orgullosa de su nombre y de la dignidad de éste, la principal enemiga de las ideas y del carácter de su hijo, asombra* por la verdad *de su tipo... Ción, la hijita idolatrada del protagonista, es uno de esos niños cuya emocionante psicología nadie como Galdós ha sabido reanimar. Teresa Pantoja—la pariente pobre—, don José Suárez de Monegro—el pariente rico, cuya obsesión era* embellecer *a Toledo derribando todos* los edificios viejos—, *don Isidro Palomeque —sexagenario canónigo muy francote y dado a las investigaciones arqueológicas—, don Tomé, capellán de las mon-*

jas de San Juan de la Penitencia—varón de una timidez inenarrable—, el beneficiado don Francisco Mancebo—tío de Leré y providencia de su parentela...

A los muchos aciertos de Galdós en esta obra se une otro de un valor excepcional y menos humano. Me refiero a la evocación toledana, que Galdós poetiza en prosa a lo largo de las páginas de su novela. Nunca se ha tratado a la imperial ciudad con tanta amorosa morosidad, con tanta sutileza justa, con tan exacta ponderación, con interpretación tan de portento. Angel Guerra — Galdós más que nunca — va penetrando en el misterio tradicional de Toledo como se llega a todo lo fatal y patético: poco a poco, insensiblemente, sin sorpresas grandes, con un íntimo regodeo. Toledo y Angel Guerra —es ésta su mayor verdad, y mejor— se penetran, se compenetran. Nadie como Angel Guerra sabe leer en una piedra insigne, pero ciega. Nadie como Angel Guerra sabe demostrar el encanto de la calle que serpea y se hace costanillera, el hechizo de la encrucijada que se hace biombo, la melancolía imponente que hay en ese mutuo desgarramiento del silencio sonoro y de la penumbra patinada, la sugestión que rezuman los estilos diversos armonizados. *Nadie como Angel Guerra habla por los casones decrépitos y por las basílicas escombradas, por los fantasmas perdurables y por las leyendas redivivas. Nadie como Angel Guerra sabe hacerse lírico para aludir al río Tajo, ceñidor y de temple de acero sonado con furia, al Alcázar espiritado y como de marfil de torres y de alfiles entre las lajas impresionantes, a la Catedral de suspiros ojivales—que se afila—y de ecos renacientes—que se alargan—, a las puertas amoriscadas con la fanfarria de un bautizo prematuro, a las posadas cervantinas, con la serena sazón de los soles manchegos; a los cigarrales, con esa pelusa de siena dorada de los albérchigos serondos...*

Después de leer en la novela de Galdós la evocación toledana..., ¡que Dios le libre al lector de leer esas otras evocaciones toledanas de los espíritus selectos — nacionales y extranjeros — que se consideran y son considerados como magníficos evocadores! Si, que Dios le libre al lector, leído Angel Guerra, *de leer a Waldo Frank, a Keyserling, a Mauclair, a Barrès, a tantos españoles como no cito por no herir susceptibilidades. Si la novela española pasa del Himalaya de Cervantes al Pirineo de Galdós, el* secreto de Toledo *nada más que a Galdós se lo secretea* el Greco.

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

DESENGAÑADO

I

Amanecía ya cuando la infeliz mujer, que había pasado en claro toda la noche *esperándole,* sintió en la puerta los porrazos con que el incorregible trasnochador acostumbraba llamar, por haberse roto, días antes, la cadena de la campanilla... ¡Ay, gracias a Dios! El momento aquel, los golpes en la puerta, a punto que la aurora se asomaba risueña por los vidrios del balcón, anularon súbitamente toda la tristeza de la angustiosa y larguísima noche. Menos tiempo del que empleo en decirlo tardó ella en correr desde la salita a la entrada de la casa, y antes que abriera ya empujaba él, ansioso de refugiarse en la estrecha y apartada vivienda.

Precipitemos la narración diciendo que la que abría se llamaba Dulcenombre, y el que entró, Angel Guerra, hombre más bien grueso que flaco, de regular estatura, color cetrino y recia complexión, cara de malas pulgas y... Pero ¿a qué tal prisa? Calma, y dígase ahora tan sólo que Dulcenombre, en cuanto le echó los ojos encima (para que la verdad resplandezca desde el principio bueno será indicar sin rebozo que era su amante), notó el demudado rostro que aquella mañana se traía, mohín de ra-

bia, mirar atravesado y tempestuoso. Juntos pasaron a la sala, y lo primero que hizo Guerra fué tirar al suelo el ajado sombrero y mostrar a la joven su mano izquierda mojada de sangre fresca, que por los dedos goteaba.

—Mira cómo vengo, Dulce... Cosa perdida... ¡Quién se vuelve a fiar de tantísimo cobarde, de tantísimo necio!

El espanto dejó sin habla por un momento a la pobre mujer. Creyó que no sólo la mano, sino el brazo entero del hombre amado se desprendía del cuerpo, cayendo en tierra como trozo de res desprendido de los garfios de una carnicería.

—¡Querido, ay—exclamó al fin—, bien te lo dije!... ¿Para qué te metes en esas danzas?

Dejóse caer el herido en el sillón más próximo, lanzando de su boca, como quien escupe fuerte, una blasfemia desvergonzada y sacrílega, y después revolvió sus ojos por todo el ámbito de la estancia, cual si escuchara su propia exclamación repercutiendo en las paredes y en el techo. Mas no era su apóstrofe lo que oía, sino el zumbido de uno de estos abejones que suelen meterse de noche en las casas, y buscando azorados la salida, tropiezan en las paredes, embisten a testarazos los cristales y nos atormentan con su murmullo grave y monótono, expresión musical del tedio infinito.

—¿Tienes árnica?—dijo Guerra, mirándose la ensangrentada mano.

—Sí; la que traje cuando la perrita se magulló la pata. Mira, hijo, lo mejor será llamar ahora mismo a un médico.

—No, médico, no—replicó él con viva inquietud. Temo la Policía, aunque no creo que nadie me haya visto entrar aquí... Si avisas a la Casa de Socorro me comprometerás... La herida no es grave. No creo me haya interesado el hueso. La bala entró por esta parte y salió por aquí, ¿ves?..., superficial..., mucha sangre..., alguna vena rota y nada más... Entre tú y yo nos curaremos, digo, me curaré. Soy algo médico: me luciré siendo mi propio enfermo y tú mi practicante.

Con exquisito cuidado procedió Dulcenombre a quitarle la cazadora, descubriendo la manga y puño de la camisa, tan anegados en sangre que se podían torcer. Temerosa de lastimarle, cortó con tijeras, por encima del codo, la tela de la camisa y elástica, y trayendo en seguida una jofaina con agua, en la cual vertió gran cantidad de árnica, empezó a lavar las heridas, que eran dos, la entrada y salida de la bala, distantes como seis pulgadas una de otra.

Guerra no se quejaba, y apretando los dientes repetía:

—No es nada, y si es, que sea, ¡caramba! No llamaría al médico sino en el caso extremo de tener que cortar el brazo.

—¿De veras no te duele?—preguntaba Dulce, poniendo en sus dedos toda la delicadeza posible.

—No..., ¡ay!, te digo que no... Y ¿qué te importa a ti que duela o no duela?... Ahora que sale menos sangre, ponme paños bien empapados en árnica, que renovarás cada poco tiempo. Luego me traes de la botica un emplasto cuyo nombre te escribiré en un papel..., ¡ay!, tengo una sed horrible. Dame agua. ¿Hay coñac en casa?

—No; te pondré vino.

—Lo mismo da. Venga pronto, que me abraso.

Mientras bebía, el abejorro volvió a entonar su insufrible canto de una sola nota, estirada y vibrante como el lenguaje de un hilo telegráfico que se pusiera a contar su historia. Echóle Guerra tremendas maldiciones, pero como sintiese ruido en la escalera, atendió a él sobresaltado y receloso.

—¿Qué tienes?—le dijo Dulce—. Esos pasos son de alguno que baja del tercero. Aquí no viene nadie. En la vecindad no nos conocen ni las moscas. Echate a descansar sin miedo.

—No sé... ¡Maldita suerte!—replicó Angel, gesticulando con el brazo hábil—. Si vienen a prenderme, que vengan. Todo perdido por falta de dirección y sobra de pusilanimidad... A la hora crítica, los leones del club se vuelven corderos y se meten debajo de la cama, y los traidores se disfrazan de prudentes. La mayor parte de las tropas comprometidas se asusta de la calle como las monjas, y no se atreven a salir del cuartel. ¡Qué noche! Tengo fiebre. ¿Sabes una cosa? La claridad del día me incomoda. Cierra las maderas y enciende luz, a ver si duermo. No, imposible que yo descanse... ¡Por vida de...! ¡Cuánto me molesta ese bicharraco estúpido!

—Déjalo—dijo Dulce, riendo de los insultos que Angel siguió dirigiendo al pobre insecto—; ya procuraré yo quitarle de en medio. Verás... Acuéstate ahora.

Cerró las maderas y encendió luz, figurando la noche en la reducida sala, y acto continuo pasó a la alcoba para arreglar la cama, que era grande, dorada, la mejor pieza de todo el moblaje. Después ayudó al herido a quitarse la ropa. Mejor será decir que le desnudó; condújole al lecho, le acostó, arreglando los almohadones de modo que pudieran sostener el busto en posición alta, y colocándole el brazo sobre un cojín de la manera menos incómoda.

—Antes que se me olvide—le decía Guerra al acostarse—: recoge toda la ropa ensangrentada y lávala de prisa y corriendo... Otra cosa. Cuando salgas a la compra, tráeme periódicos, aunque sean monárquicos. ¿Qué hora es? ¿Dices que la vecindad no nos conoce? Bien puede ser, porque sólo hace ocho días que habitamos en este escondrijo, y nadie lo sabe más que tu familia, de la cual, acá para entre los dos, no me fío ni me fiaré nunca.

—No pienses mal de mis pobrecitos hermanos ni del infelizote de papá.

—¡Pobrecitos, sí!—con cruel ironía—. Serían capaces de venderse a sí propios el día en que no pudieran vender a los demás. Más tranquilo estaría yo si supiera que ignoran dónde me encuentro... ¡Ay Dulce de mi vida, procura matar ese moscardón del infierno, o yo no sé lo que va a ser de mí! Mis nervios estallan, mi cabeza es un volcán; yo reviento, yo me vuelvo loco, si ese condenado no se va de aquí. Acéchale, ponte en guardia con una toalla o cualquier trapo... Aguantas el resuello, te vas aproximando poquito a poco, para que él no se entere, y cuando le tengas a tiro, ¡zas!, le sacudes de firme.

Procedió Dulcenombre, bien instruída de esta táctica, a la cacería del himenóptero; pero él le ganaba, sin duda, en habilidad estratégica, porque en cuanto la formidable toalla (graves autores sostienen que no era toalla, sino un delantal bien doblado y cogido por las cuatro puntas, formando uno de los más mortíferos ingenios militares que pueden imaginarse) se levantó amenazando estrellarse contra la pared, el abejón salió escapado hacia el techo, burlándose de su perseguidora.

La cual, desalentada por la ineficacia de su primer ataque, volvió al lado de su amigo, diciéndole:

—Pues no debes temer nada de los míos. A tu casa irá probablemente la Policía, y tu madre dirá que no sabe dónde estás..., como que, en efecto, no lo sabe ni lo puede saber.

Al oír nombrar a su madre oscurecióse el rostro de Guerra. De lo que murmuraron sus labios, hervor del despecho y la ira que rescoldaban en su alma, sólo pudo entender Dulce algunas frases sueltas.

—¡Pobre señora!... Disgusto horrible cuando sepa...

Y luego, queriendo descargar con un suspiro forzado, que parecía golpe de bomba, la pesadumbre y opresión que dentro tenía, añadió esto:

—Despedíme de ella hace cuatro días, diciéndole que iba de caza a Malagón... ¡No es mala cacería!... Cazado yo.

Tan abstraído estuvo, que el zángano pasó dos veces por encima de las almohadas, reforzando su infernal *trágala,* y Guerra no se dió cuenta de ello. Fué preciso que por tercera vez pasara el maldito, casi tocándole la punta de la nariz, con lo cual se evidenció que la burla rayaba en procaz insolencia, para que el otro lo notara y se revolviera airado contra la *fiera,* gritándole:

—Canalla, trasto, indecente, si yo no estuviera amarrado en esta cama, verías.

Poco faltaba para que en la excitada imaginación de Guerra se representase el zumbador insecto como animal monstruoso que llenaba todo el aposento con sus alas vibrantes. Emprendió Dulce de nuevo la persecución, y eran de ver su agilidad y tino, las cualidades estratégicas que en la desigual lucha iba desarrollando; cómo se aproximaba quedamente; cómo blandía el arma formidable; cómo seguía el vuelo curvo del enemigo en sus rápidos quiebros, adivinándole las retiradas y anticipándose a ellas; cómo, en fin, se prevenía contra su astucia, embistiéndole por el flanco menos peligroso, que era aquel en que no la delataba su propia sombra... Por último, uno de los muchos disparos con el lienzo insecticida fué tan certero, que el monstruo, sin exhalar un ¡ay!, cayó al

suelo con las patas dobladas, las alas rotas.

—Pereció—dijo Dulce con la emoción de la victoria, inclinándose para verlo hecho un ovillo negro y peludo.

En su agonía parecía comerse sus propias patas y hundir la cabeza en la panza turgente.

—¡Maldita sea tu alma!—exclamó Guerra con júbilo—. Así quisiera yo ver a otros que zumban lo mismo y merecen también un toallazo... Ahora paréceme que dormiré.

Vencido del cansancio, no tardó en caer en un sopor, que más bien parecía borrachera.

II

De la cual salió súbitamente, y como de un salto, media hora después, porque no vale que el cuerpo tome la horizontal cuando las ideas se obstinan en ponerse en pie; ni vale que los músculos fatigados se relajen y apetezcan la quietud, cuando la sangre se desboca y los nervios se encabritan. Lo primero de que el herido se hizo cargo fué de la soledad en que se encontraba, pues Dulcenombre había salido. Sintió en torno suyo la impresión triste de la ausencia del ser que a todas horas llenaba la casa con su tráfago diligente y amoroso.

—"¡Qué buena es esta Dulce—pensó—y qué vacías, qué solas, qué huérfanas quedan las cosas cuando ella se va!"

Al pensar esto, como volviera a sentir el zumbido del insecto, se inflamó de nuevo en ira y deseos de destrucción.

"O ha resucitado ese miserable—se dijo—, o ha venido otro a ocupar la plaza."

Mas era un ruido puramente subjetivo, efecto de la debilidad y de la excitación de los nervios acústicos. El reloj de San Antón dió las ocho, y Angel, después de contar cuidadosamente las campanadas, quedóse con la duda de haber acertado en la cuenta. Los rumores de la calle se desfiguraban y acrecían monstruosamente en su cerebro: el paso de un carro se le antojaba rodar de artillería, y los pregones, alaridos de combate; los pasos de los vecinos en la escalera, movimiento de tropas que subían a ocupar el edificio. Felizmente, el chirrido del llavín en la puerta anunció el regreso de Dulce. Alegróse Guerra al oírlo, como niño abandonado que se ve de nuevo en brazos de la madre.

—Hija mía—le dijo al verla entrar con su pañuelo por la cabeza y su mantón sobre los hombres—, si no vienes pronto, no sé qué es de mí. Me abrumaba la soledad.

—Te dejé dormido, monín—replicó ella, abalanzándose sobre la cama para acariciarle con ternura—. ¿Por qué has despertado? ¿Qué tal te encuentras? Y el bracito, ¿te duele?

—El brazo está como dormido, como muerto; no siento más que unas cosquillas... que suben hasta el hombro..., y la sensación de que la parte herida es grande, tan grande como todo mi cuerpo. Tengo fiebre, y bastante alta, si no me equivoco.

En el mismo instante, una galguita esbelta, cuyas patas parecían de alambre, saltó sobre el lecho y empezó a acariciar al herido. Dulce cuidó de que el inquieto animal no lastimara el brazo enfermo, para lo cual le dirigió una admonición muy expresiva y graciosa. Por segunda vez apuntó la idea de traer un médico; pero Guerra se opuso terminantemente, quitando importancia a su herida. En cambio, pudo convencerle de que aquella fingida noche en que estaba, con las maderas cerradas y la luz encendida, más propicia era a la tristeza lúgubre que al descanso reparador. Y se apagó la vela y se abrieron las maderas; pero con la claridad solar Guerra se excitó más, mostrando ganas de levantarse y apetito insaciable de charla. Mucho le contrariaba que Dulce no le hubiese traído periódicos, y ella prometió bajar más tarde, en cuanto los sintiera vocear. La pobrecilla se hubiera partido en dos de buena gana para poder atender a la cocina y a la alcoba, al puchero y al hombre. Iba y venía con celeridad no inferior a la de la galguita, y después de trastear allá dentro, volvía para enjolosinar a su amigo con una palabra cariñosa, para arroparle y acomodar el brazo sobre el cojín. Al pasar por la salita no dejaba de dar un empujón a las butacas y sillas, poniéndolas en su sitio; de arreglar lo que desde la noche anterior permanecía revuelto; de pasar rápidamente un paño por lo más cargado de polvo, y sintiendo mucho no poder hacer limpieza general, corría a la cocina, donde diversas faenas la reclama-

ban. Dígase de paso que la habitación era pequeñísima, que no tenía gabinete, sino tan sólo sala de un balcón, y alcoba separada de aquélla por puerta de cristales; que estas dos piezas uníanse por pasillo nada corto a la cocina y comedor, cuyas ventanas daban al corredor del patio. La casa era de estas que pueden llamarse mixtas, pues en la fachada había cuartos de mediana cabida, de ocho a diez duros de inquilinato; en el fondo, patio con corredores de viviendas numeradas, de cincuenta a ochenta reales. Una sola escalera servía al exterior como el interior de la finca, situada en la corta y solitaria calle de Santa Agueda, que comunica la de Santa Brígida con la de San Mateo.

Dulcenombre consiguió de Angel que consintiese en estar encerrado un rato para poder abrir el balcón de la sala, y barrer, limpiar y ventilar ésta. Concluída la operación en un periquete, la joven, escoba en mano, fué a dar un poco de palique a su amante:

—¡Ay hijo mío, qué cosas decían en la plazuela! Que habéis sido unos tontos y que no sabéis hacer revoluciones.

—Dicen la verdad; unos por inocentes, otros por traidores, todos merecemos el desprecio de las placeras.

—Pues anoche, a eso de las diez y media, toda la vecindad del patio salió de los cuartos, como las hormigas en tiempo de calor, porque se corrió la voz de que había gran trifulca. Yo me asomé a la escalera, y uno decía que verdes, otro que maduras. Contó no sé quién que la Caballería sublevada había pasado por la calle de la Puebla dando gritos con un oficial a la cabeza, que, revólver en mano, se desgañitaba diciendo que viviera la República. ¿Es verdad eso? Pues luego cada persona que llegaba a la casa traía una papa muy gorda. Uno, que Palacio estaba ardiendo por los cuatro costados; otro, que diecisiete generales se habían echado a la calle...

—¡Diecisiete rayos!—exclamó con furor el enfermo—. Algunos había comprometidos, es verdad; pero estos comodones se quedan detrás de la puerta viendo la función, y si sale bien se llaman a la parte; si sale mal, corren a presentarse al ministro de la Guerra.

—En medio de aquel barullo, yo me hacía la tonta, como si nada supiera, y me asombraba de cuanto me decían. Hoy, en la plazuela, he oído que fracasasteis antes de empezar, y que no habéis hecho más que chapucerías.

—¡Chapucerías! Voy creyendo que en la plazuela nos juzgan como merecemos. Mira, Dulce, si no nos hubieran faltado los de los Docks, qué sé yo...

—El tío Pintado, el escarolero..., tú no le conoces..., aquel vejete que tiene su cajón al lado de San Ildefonso... Pues me contó que él ha sido tremendo para estas cosas de revoluciones, y que el cincuenta y tantos y el no sé cuántos, él solo con cuatro amigos cortó la comunicación de la Cava Baja con la calle de Toledo, y que la tropa tuvo que romper por dentro de las casas. En fin, te mueres de risa si le oyes ponderar lo héroe que es. En su cajón había esta mañana un corro muy grande, y él, con ínfulas de maestro, os criticaba, porque en vez de encallejonaros en la estación de Atocha, debisteis iros a la Puerta del Sol y apoderaros del Principal.

—Tiene razón. ¡Si es de sentido común...!

—Dijeron allí también que habíais matado tontamente a dos generales o no sé qué, y que los patriotas de hoy no servís más que para ayudar a misa.

—También es verdad. Merecíamos ser apaleados por los del Orden Público, o que los barrenderos de la villa nos ametrallaran con las mangas de riego. ¡Desengaño como éste...! Paréceme que despierto de un sueño de presunción, credulidad y tontería, y que me reconozco haber sido en este sueño persona distinta de lo que soy ahora... En fin, el error duele, pero instruye. Treinta años tengo, querida mía. En la edad peligrosa cogióme un vértigo político, enfermedad de fanatismo, ansia instintiva de mejorar la suerte de los pueblos, de aminorar el mal humano..., resabio quijotesco que todos llevamos en la masa de la sangre. El fin es noble; los medios ahora veo que son menguadísimos, y en cuanto al instrumento, que es el pueblo mismo, se quiebra en nuestras manos, como una caña podrida. Total, que aquí me tienes estrellado, al fin de una carrera vertiginosa...; golpe tremendo contra la realidad... Abro los ojos y me encuentro hecho una tortilla; pero soy una tortilla que empieza a ver claro.

Al llegar a este punto sintió el herido gran debilidad, que reparó con un

poco de café. Como sintiese también alguna molestia en el brazo, no quiso diferir la aplicación del emplasto. Dulce salió en busca de la medicina, tardando como una media hora, y al volver se trajo un rimero de periódicos, que Angel desfloró, recorriéndolos con ansiosa y superficial lectura, para cazar la noticia verdadera en aquella selva de informaciones precipitadas. Como tenía más fiebre que apetito, y parecía natural que al enfermo le sentara mejor el buen caldo que los periódicos, Dulce cortó la ración de éstos y activó el puchero, que era sustancioso, riquísimo, con su poco de gallina, su jamón y vaca con hueso. Deslizóse toda la mañana sin que nada ocurriese de particular. Después de recorrer ligeramente parte de la Prensa, sintióse Angel fatigado; mas sus intentos de dormir fueron inútiles. Cerraba los ojos, y en vez de aletargarse, el cerebro reproducía fielmente las escenas de la tarde anterior, precursoras de la descabellada intentona de la noche. Veíase en el cafetín de Nápoles, concertando con el capitán Montero ciertos detalles del plan, fijando la hora exacta. El, Guerra, secreteaba a su amigo las órdenes del brigadier Campón, que había de ponerse al frente de los sublevados. Montero respondía de los sargentos; pero ponderaba la dificultad de sacar del cuartel las tropas burlando al coronel y a los oficiales. Todo dependía de la temeridad y arrojo del capitán, que era de la piel del diablo.

Abría Guerra los ojos, y de la representación del hecho pasaba su pensamiento bruscamente al desairado fin de su aventura.

—Todo es humillante—decía—en este fracaso, hasta la herida que he recibido. La muerte o una herida grave hubieran correspondido a la intención; pero esta puntada en el brazo no me permite considerarme víctima, ni héroe, ni nada. Para que todo resulte chabacano, hasta mi herida... apenas me duele... Y ahora se me ocurre: ¿qué habrá sido de aquel desdichado Campón? Los periódicos dicen que abandonó el tren, al saber que tampoco los de Alcalá respondían, y a estas horas andará fugitivo, dado a todos los demonios, hasta que le cacen los monárquicos. Le fusilarán, por no haber sabido escurrir el bulto cuando vió venir la mala. ¡Pobre Campón! No me atrevo ya a decir que es glorioso dar la vida por esta idea; no me atrevo a clamar venganza. La idea está tan derrengada como sus partidarios y no puede tenerse en pie.

III

La debilidad de su cuerpo y la ebullición mental se manifestaron de improviso en el terreno de la ternura. Llamaba a su compañera para decirle con pueril afán:

—Dulcísima, ¿me quieres? Pero ¿me quieres de verdad?

Ella respondía que sí con efusión del alma, añadiendo a la palabra demostraciones materiales que restallaban en la alcoba, porque entre otras particularidades fisiológicas, tenía la de besar de una manera ruidosa y descompasada. Queriendo arrancarle confesiones de más valía, Angel la interrogaba así:

—¿Me quieres por encima de todos y de todo? ¿Me perdonas que te arrancara de tu familia, juntándote con un hombre que está fuera de la ley y que puede dar con sus huesos en el destierro o en el patíbulo?

Dulcenombre se echó a reír, diciendo que para ella no había más familia que él, ni más leyes que la voluntad del hombre amado, y que le seguiría a cuantas aventuras se quisiera lanzar. Agregaba que el dejar a su familia no era un mérito, pues cualquier género de vida, aun el más deshonroso, valía más que vivir con sus padres y hermanos.

—En eso estamos conformes—dijo Guerra—, y al sacarte de tu casa te saqué de una leonera; pero si allí no eras más honrada, estabas más libre.

—No me gusta la libertad—se apresuró a decir Dulce—. Me siento mejor sometida, y con el cuello bien amarrado al yugo de un hombre que me gusta por el alma y por el cuerpo. Obedecer queriendo es mi delicia, y servir a mi dueño, siendo también por mi parte un poco dueña de él, quiero decir, esclava y señora... Pero déjame ir un momento a la cocina, que se nos quema el puchero.

Al quedarse solo, Angel reflexionaba diciéndose:

"En medio de tantas desgracias y caídas, tengo el consuelo de poseer esta leal amiga, dechado de fidelidad, paciencia y adhesión, que cogí como con lazo

en una selva oscura. Mi vida no es tan triste y desastrada como he podido creer, porque esta mujer me la ennoblece, y me colma de consuelos espirituales."

Acordábase al punto de su madre y de su hija, y si el recuerdo de la primera causábale cierto terror, al pensar en la segunda se desbordaba en su alma la ternura. Urge decir que Angel Guerra era viudo y tenía una niña de siete años llamada Encarnación, a quien amaba con delirio. Su mayor pena en la encerrona a que se veía condenado, y a la cual probablemente seguiría larga proscripción, era verse alejado por tiempo incalculable de su inocente hija; y también le inquietaba la idea de una definitiva ruptura con su madre, a quien respetaba y quería, no obstante la infranqueable diferencia de opiniones entre ambos. Almorzó aquel día sin gana, fumó más de lo conveniente, pidió sus libros, en los cuales leyó algunas páginas sin enterarse de nada, y hastiado del tabaco y de las letras, renegó de su suerte y de los motivos de tan fastidiosa esclavitud. Dulce le consolaba desde la sala con palabras festivas y amorosas, mientras se peinaba sentada frente al armario de luna. Conviene ahora decir que Dulcenombre era bonita, y que lo habría sido más si su natural belleza hubiera tenido el adorno de las carnes lozanas, que por sí solas decoran y visten una figura de mujer. ¡Lástima que fuese, más que delgada, flaca, y tan esbelta, que la comparación de su cuerpo con un junco no resultaba hipérbole! Era su rostro de una nobleza indiscutible, el perfil muy acentuado en el corte de la distinción y espiritualidad, cara y silueta dignas de lucir en un teatro con trajes históricos, dignas también de un bajorrelieve de alabastro ahumado por el tiempo. Por esto Angel Guerra bromeaba con su querida, diciéndole que parecía una princesa borgoñona o italiana, sacada de su sarcófago y rediviva por conjuros del diablo. Su mal color, como de leche y miel de caña mezcladas en buena proporción, abonaba aquel juicio. Tenía entonces veinticuatro años, y representaba treinta, señal de que su hermosura y su juventud tendían a consumirse pronto, como candelas con doble pabilo, y antes que se acabara en ella la mujer ya se estaba anunciando la momia.

Nadie pareció por la casa en todo el día. La soledad y abandono en que vivía la pareja fueron de grandísimo consuelo para el revolucionario, que empezó a tener confianza en la impunidad. Su mayor recelo era que Arístides y Fausto, hermanos de Dulcenombre, llamasen a la puerta.

—No vendrán—dijo ella—, ¿A qué cuento habrían de venir ahora, si no vienen casi nunca?

—No conoces a tus hermanos, hija mía. Vendrán sólo por el gusto de fisgonear, de molestarme y de venderme, si hubiera quien les diese algo por mí.

—Estate tranquilo. Sólo vendrán en el caso de que yo tardara muchos días en ir allá. Para evitar que nos visiten, pasaré esta noche o mañana, si te parece.

—Sí, sí. Y llévales algo para que el mal humor, hermano gemelo de la penuria, no les ponga en ese estado particular del espíritu que engendra el dolo y las traiciones.

Quedó convenido esto, y Guerra descansó largo rato hasta la tarde. Ya de noche, después de comer, cuando Dulce había encendido la lámpara, disponiéndose a emplear un par de horas en el arreglo de su ropa, el herido se animó considerablemente. No podía estarse quieto; sus ganas de hablar rayaban en frenesí, y como era aquella la hora de la cháchara y de las disputas con los amigos en el café o en algún círculo más o menos público, la costumbre imponía su fuero, y el hombre habría charlado consigo mismo si no tuviera a su querida para componerse un auditorio. Hízola pasar de la sala a la alcoba, llevando la luz, la silla baja, la cesta de ropa y una caja en que tenía los chismes de costura, la cual puso sobre la cama por no haber sitio más apropiado. A la cama saltó también la perra; la lámpara fué puesta sobre la mesa de noche, para que dominara con su claridad todo el grupo, que resultaba simpático. Angel sentía febril apetito de contar las ocurrencias de la noche anterior, en las cuales había sido actor o testigo, y añadir los comentarios propios de sucesos tan graves. Por momento se figuraba tener delante a su trinca del Círculo Propagandista Reivindicador, y que alguien le contradecía, excitándole más. Cuando un hombre ha presenciado sucesos que pasan a la His-

toria, aunque sea de contrabando, y que acaloran la opinión, natural es que sienta el prurito de contarlos, de rectificar errores y de poner cada cosa y cada persona en su lugar. En Guerra hablaban aquella noche el orgullo del testigo que sabe lo que los oyentes ignoran, el amor propio del narrador bien informado y el coraje del revolucionario sin éxito.

Atención.

—Mira, tú, querida, yo te aseguro que el general Araña estaba comprometido, aunque con reservas. Un amigo suyo, paisano, fué a nuestras reuniones de la calle de la Estrella y de la calle de la Fe, y nos dijo: "Señores, si el general Araña, al estallar el movimiento, se presentara, ¿qué harían ustedes?" A lo que respondió Campón: "Pues nos pondríamos todos a sus órdenes." A pesar de este ofrecimiento, no contábamos con el general Araña, ni con el general Socorro, a no ser que desde el primer momento tuviéramos asegurado un triunfo indiscutible. Pues verás otra cosa. Los periódicos censuran el movimiento por descabellado, fíjate bien, y dan por cierto que lo realizaron los ochenta hombres a caballo de Simancas y las dos compañías de infantería de Ceriñola. Lo que hay es que estos infelices fueron los únicos que tuvieron arranque para cumplir lo pactado. Yo te aseguro, como si lo hubiera visto, que en un patio del cuartel de la Montaña estuvo formado el batallón de Andújar. Los sargentos y los oficiales nuestros lo habían arreglado bien; pero..., lo que pasa en estos casos..., entra el coronel, y ya tienes perdida toda la fuerza moral de los sargentos. "¿Qué es esto, ¡voto al rayo!?" "Nada, mi coronel, que supimos que había jarana, y estábamos preparando a los chicos para salir a sostener el orden."—estupefacción de Dulce—. Pues verás otra mejor. En los Docks teníamos conquistada la artillería. ¿Recuerdas que cuando vivíamos en la calle de San Marcos fué un domingo por la tarde a casa un muchacho, militar, y al otro día otro? A ti te chocó que habláramos solos más de una hora, y te enojaste porque no te quise decir de qué habíamos hablado. Pues eran sargentos de artillería. Yo les trabajé lo mejor que pude. Otros había que de meses atrás venían catequizados por amigos nuestros. Me consta que desde las diez, los sargentos habían hecho vestir a los chicos, y los tenían acostados en sus camas, bien tapaditos con las mantas, esperando la hora. Pero... la de siempre, hija mía: resultó lo mismo que en la Montaña: los oficiales se impusieron, y allí no se movió nadie.

—Pero dime—le preguntó Dulce—, ¿estabas tú en todas partes para saber lo que en todas partes pasaba?

—Lo que yo cuento a ustedes, señores —dijo Guerra con solemnidad, desvariando—, es el Evangelio... Perdona, hija, creí que hablaba con... aquéllos. ¡Cómo me echarán de menos esta noche... y qué de mentiras se contarán en el corrillo!

Dió un gran suspiro, para volver de nuevo a su febril y desordenada relación del suceso.

IV

—¿Que dónde estaba yo? ¡Caramba! En donde estar debía... Por la tarde, en la redacción de *El Palenque;* al anochecer, conferenciando con Montero, el cual me dijo que necesitaba redoblar su audacia para sacar las tropas de San Gil, porque ayer mismo le dejó el Gobierno de reemplazo. La suerte suya..., ahora bien podré decir la desgracia..., pues la suerte suya fué que, no habiéndose corrido ayer las órdenes para quitarle el mando, podía entrar en el cuartel cuando quisiera. A las siete comimos en el café de Nápoles; Montero no tomó más que media chuleta de cerdo y una botella de vino, sin probar el pan. Yo, que no pierdo el apetito en ninguna ocasión, comí bien, y luego tomamos un coche de alquiler para ir a avistarnos con Campón, que vive en la calle de Silva. Le encontramos dispuesto a salir, risueño y con esperanzas. Vestía de paisano, llevando el fajín de brigadier tapado con el chaleco, y nos dijo que pensaba ir al café de Aragón, donde tenía la tertulia, para que su ausencia no despertara sospechas. En la reunión que tuvimos por la mañana se había determinado que las tropas de San Gil y las de la Montaña atravesarían por Madrid en dirección a los Docks. Allí se unirían los artilleros, y... ¿qué? ¿Te parece descabellado este plan?—Dulce no decía nada—. A mí también me lo pareció. Reunirse en Atocha, para subir luego a dar el ataque a las

tropas monárquicas, o esperarlas en aquella hondonada, parecíame a mí una gran pifia. Pero no me atreví a contradecir a los militares. Campón nos dijo: "En cuanto yo me entere de que los de San Gil *se han echado...*, y todo Madrid ha de saberlo al instante, porque la noticia correrá como un relámpago..., me despido de mis amigos del café, como que voy a curiosear, y me bajo tan tranquilo por mi calle de Atocha. En la estación tomaré el mando, si no se presenta el amigo Araña, como algunos creen, y yo también." Sobre esto bromeamos un instante. "Usted cuídese de que todo vaya bien, y entonces tendremos general Araña y cuantos generales queramos. Pero si se nos tuerce, créame usted, querido Campón, que nos harán *fu*, llamándonos *la hidra demagógica y la ola revolucionaria...*" Bajábamos los tres, y en la escalera encontramos a Díaz del Cerro. Hablamos brevemente los cuatro, y acordamos no salir juntos. Montero y yo salimos los primeros, y allá se quedaron los otros dos, que, según supe después, trataron de lo que debían hacer los paisanos armados..., ya puedes figurártelo..., pues situarse en las inmediaciones de los Docks para impedir a los jefes de artillería llegar al cuartel.

—Me parece—dijo Dulce—que hablas demasiado, y que te excitas, hijo mío; te encandilas más de lo conveniente. Lo que queda me lo contarás otra noche.

—Como quieras; pero cuando uno ha tomado parte en hechos tan graves, cuando tiene uno la verdad metida en la mollera, como algo que le congestiona, o revienta o ha de vaciarla. Esto no lo contaría yo a nadie más que a ti, porque sé que no has de venderme.

—Lo demás me lo figuro. Que fuisteis Montero y tú a sacar a los de San Gil...

—¿Ves, ves como adulteras los hechos? —exaltándose—. Eres como la Prensa, que toma las cosas a bulto..., ¡y así traen los periódicos cada buñuelo...! Yo no fuí a San Gil, porque no tenía para qué. No quiero atribuirme glorias que no me corresponden... ¿A qué sostienes que fuí a San Gil...?

—No, hombre—replicó Dulce, dando a entender en el tono y en la sonrisa que el hecho en cuestión carecía de importancia—; si yo no sostengo nada. Ten por cierto que cuando se escriba la historia de esta tracamundana..., pues yo creo que algún desocupado ha de escribirla..., no te han de nombrar para nada. Que fueras tú a San Gil o no fueras, lo mismo da.

—Convengo en que no han de nombrarme. Mejor. Pero conste que Montero se separó de mí en la plaza del Callao para ir a San Gil, a eso de las ocho y media. Fuí entonces en busca de Gallo, que ya estaba esperándome en la puerta de la Redacción, y...

—¿Quién es ése? ¿El rubito de anteojos, ese que habla tanto y todo lo encuentra fácil?

—Gran corazón, muchacho excelente. Si hubiera muchos Gallos como éste, otro gallo nos cantara... Pues nos fuimos hacia el Prado..., hacia el Prado, fíjate bien. Conste que no estuve en San Gil, y que si sé lo ocurrido allí fué porque me lo contó Montero en cuatro palabras, cuando le llevamos a la calle del Peñón para esconderle, porque se estropeó un pie y no pudo seguir a los compañeros... ¿Ves? Tampoco sabías este detalle. Si te digo que no se puede juzgar un caso como el de anoche sin estar en todos los pormenores...

Dulce sonreía, fijando más los ojos en su costura que en la expresiva cara del historiador, el cual daba lumbre y vida al relato con la animación fulgurante de su cara.

—Pues al Prado fuimos Gallo y yo, y allí nos encontramos a otros. Cuidando de no formar grupos numerosos, nos dividimos en parejas. Paseo arriba, paseo abajo, acechándonos a una y otra parte. Ojo a la Carrera de San Jerónimo y a la calle de Atocha, pues por una o por otra habían de aparecer los de San Gil. Ojo a los Docks, y más que ojo, oído, por si algún rebullicio sonaba allí. Pero no puedes figurarte qué silencio tan dormilón envolvía el condenado cuartel. Yo me desesperaba, y empecé a recelar que los artilleros se llamaban andana. También nos corrimos del lado de la ronda de Embajadores, para comunicarnos con otros paisanos que debían soliviantar los barrios del Sur en cuanto el movimiento estallase... Pues, señor, en una de aquellas vueltas, cuando Gallo y yo nos replegábamos hacia acá, sentimos un runrún hacia la Carrera de San Jerónimo. Era como el viento que precede a la lluvia, un no sé qué, chica, un hálito... "Ya están ahí." ¡Qué emoción! Pocas veces

he tenido una alegría semejante... ¡Ay de mí! En efecto, el tumulto bajaba hacia el Prado, y nosotros, con un instinto de organización adquirido por la fuerza de las circunstancias, corrimos a prevenir a los de los Docks. "Los artilleros no se mueven—me dijo Gallo—hasta que no vean llegar a la caballería y la infantería. No hay tal traición; es que esta primera piedra es muy pesada de tirar. Verás cómo ahora salen..." Pues, señor, llegamos... ¿No lo dije? La puerta del cuartel cerrada a piedra y barro. Gallo, con un coraje que le envidié y le envidio, aplicó la boca al agujero de la llave y gritó: "¡Gaspar, Gaspar!" Este Gaspar es un sargento machucho, a quien habíamos metido de hoz y de coz en la conspiración, muy amigote de Gallo, hombre bien dispuesto para todo; pero que...

—No sigas—dijo Dulce—. Me figuro el resto. Ni la puerta se abrió ni ese Gaspar respondió desde dentro.

—¿Qué había de responder?... Sordo como un cañón... Llegó Montero con los de San Gil, y como si nada... Yo fuí el primero que perdí las ilusiones de contar con la artillería. Campón, que ya se había presentado, llamó también a la puerta; pero los de dentro le hicieron el mismo caso que a Gallo y a mí. Empieza el desaliento..., el barullo..., el pánico... "A la estación, a la estación." El uno gruñe, el otro jura, éste bufa, trinan muchos... Aún esperaba alguien que los artilleros salieran a unirse con los caballos de Simancas y la infantería de Ceriñola. ¡Qué inocencia! La revolución era ya un verdadero adefesio. Tú dirás que a qué iban los sublevados a la estación. Te lo explicaré, te lo explicaré, para que concuerdes conmigo en que plan más disparatado no podía imaginarse. ¿Quién de los que me escuchan se atreverá a sostener que en el plan había siquiera asomos de sentido común?

Dulce le miró alarmada, porque en aquel punto el narrador llevaba trazas de trastornarse. Movía los pies entre las sábanas, como si quisiera pasearse por ellas. Se embriagaba con el vapor dramático que de los hechos referidos se desprendía, y como si alguien sostuviese delante de él que el plan era un modelo de habilidad estratégica, se enardeció más, sosteniendo y recalcando su acerbo juicio.

—Al que me defienda el plan—añadió—, le declaro caballería. Fíjate tú bien para que juzgues, porque, sin entender de estas cosas, tienes bastante buen sentido para apreciarlas. "Contamos, decían ellos, con tales y cuales regimientos de Madrid y tales y cuales de Alcalá. En Madrid damos la batalla al Gobierno, y si la perdemos, trincamos el tren en Atocha para trasladarnos a Alcalá, donde nos reuniremos con los sublevados de allí para volver juntos sobre Madrid." Esto es desconocer la influencia decisiva de la fuerza moral en los casos de sedición. Derrotados aquí, no había que contar con apoyo en ninguna parte. En estos casos, todo lo que no se haga en un momento y por sorpresa, con esa improvisación de la temeridad y del fanatismo, es trabajo perdido. La sublevación militar, o triunfa en media hora, apoderándose de los centros de autoridad, o en media hora se deshace. ¡Ay! Creíamos tener una bandera entre las manos, y nos encontramos con que sólo teníamos un estropajo.

Dulce convino en ello sin ningún esfuerzo, insistiendo en que, pues la intentona había fracasado, a nada conducía devanarse los sesos por si las cosas pasaron de este o del otro modo. ¡Ay! La pobre Dulce, mujer sencilla y casera, no comprendía el interés de la Historia, la filosofía de los hechos graves que afectan a la colectividad, interés a que no puede sustraerse el hombre de estudio, máxime si ha intervenido en tales hechos. Dulce creía que era más importante para la Humanidad repasar con esmero una pieza de ropa, o freír bien una tortilla, que averiguar las causas determinantes de los éxitos y fracasos en la labor instintiva y fatal de la colectividad por mejorar modificándose. Y, bien mirado el asunto, las ideas de Guerra sobre la supremacía de la Historia no excluían las de Dulce sobre la importancia de las menudencias domésticas, pues todo es necesario; de unas y otras cosas se forma la armonía total, y aún no sabemos si lo que parece pequeño tiene por finalidad lo que parece grande, o al revés. La Humanidad no sabe aún que es lo que precede ni qué es lo que sigue, cuáles fuerzas engendran y cuáles conciben. Rompecabezas inmenso: ¿el pan se amasa para las revoluciones o por ellas?

V

—Pues como te decía—continuó Guerra—, el pobre Campón, viendo que los de los Docks no daban lumbre, determinó marchar a Alcalá, *a por almendras*, como decía un soldado de Ceriñola que con instinto seguro veía claro el fracaso y la desbandada. Los paisanos, ¿qué hacíamos? ¿No te lo dije ya? Impedir que los oficiales de Artillería acudieran al cuartel. Temíamos que los cañones que no quisieron salir para ayudarnos salieran para ametrallar a los sublevados antes de coger el tren. Yo no bajé a la estación ¿A santo de qué? Gallo y Mediavilla llevároнme hacia donde estuvo la fuente de la Alcachofa, a punto que veíamos las tropas descender en tropel hacia el ferrocarril. Cuando llegamos, un grupo detenía a un jefe de alta graduación. Me parece que le estoy viendo: no muy alto, moreno, bigote negro, perilla entrecana, uniforme de Artillería. Paréceme que veo aún las granadas de oro bordadas en el cuello. Atrás..., ¡que sí, que no! Diga usted *Viva la República*..., que no... Canallas..., pim, pam..., fuera... Hombre al suelo..., boca abajo.

—¿Tú?—preguntó Dulce sin atreverse a formular redondamente la interrogación.

—¿Yo? No sé decir que sí ni que no. Admitamos que sí... Recuerdo haber hecho fuego con un revólver que pusieron en mi mano... El delirio en que estábamos no nos permitía ver la atrocidad del hecho. Eramos lo menos ocho contra aquel hombre que no llevaba más arma que su espada. Pero las luchas civiles, las guerras políticas ofrecen estos desastres, que no pueden apreciarse aisladamente. El pueblo se engrandece o se degrada a los ojos de la Historia según las circunstancias. Antes de empezar, nunca sabe si va a ser pueblo o populacho. De un solo material, la colectividad, movida de una pasión o de una idea, salen heroicidades cuando menos se piensa, o las más viles acciones. Las consecuencias y los tiempos bautizan los hechos haciéndolos infames o sublimes. Rara vez se invoca el cristianismo ni el sentimiento humano. Si los tiempos dicen *interés nacional*, la fecha es bendita y se llama *Dos de Mayo*. ¿Qué importa reventar a un francés en medio de la calle? ¿Qué importa que agonice pataleando, lejos de su patria y de los suyos?... Si los tiempos dicen *política, guerra civil*, la fecha será maldita y se llama *diecinueve de septiembre*. Considera que, en el fondo, todo es lo mismo. No quiero decir que yo disculpe... ¿Acaso puedo decir que fuera yo? Mi conciencia oscila... Realmente, no fuí yo solo, y aunque lo hubiera sido... Aun ahora no me doy cuenta de cómo fué. Yo estaba ciego de coraje... El toro huído, derrotado por su semejante, arremete con furia contra lo primero que encuentra... Un vértigo de sangre, de odio, de venganza, me sobrecogía... Lo peor fué que entre aquel chaparrón de disparos contra un solo hombre, una bala de revólver de Mediavilla me atravesó el antebrazo... Creo que ni siquiera entendí que estaba herido hasta mucho tiempo después, al sentir escozor y la humedad de la sangre que me corría por la muñeca. No me hacía cargo del tiempo que transcurría, ni de la hora... Noche oscura, cortísima... Recuerdo de una manera confusa que Mediavilla me dijo que debíamos huir y ocultarnos, que somos todos unos grandes majaderos, y que el mayor disparate que podía haber hecho Campón era empaquetarse en un tren... Hacia la ronda de Embajadores nos encontramos a Montero, que se había estropeado un pie y se retiraba con Zapatero y otros para esconderse en una casa de la calle del Peñón. Faltaba, pues, el hombre arrojado, el loco de la sublevación, y ya tú has reconocido que estos actos de temeridad no se realizan sino por la iniciativa de un demente. ¡Lo mismo que la broma de sacar las tropas de San Gil!... Te lo contaré tal como lo oí, de boca del mismo Montero, cuando le llevábamos cojeando..., cojeando él, digo... ¡Hombre de más temple!... Tan exaltado estaba, que no podíamos conseguir que hablase bajito. Pues fué un acto de esos que llaman insensatos cuando salen mal y heroicos cuando salen bien. Figúrate que, hallándose la tropa en las cuadras y no pudiendo salir por la puerta...

—Salió por la ventana.

—Por la ventana, no; por un boquete que abrieron precipitadamente, horadando el muro que da al patio. De este modo evitó Montero que el coronel y los oficiales contuviesen a los soldados. Figúrate: la oficialidad los encerraba..., el coronel, avisado del peligro, llegaría por

momentos. Ganando minutos, fué abierto el boquete y se precipitaron en el patio, y de aquí a la calle, antes que los jefes pudieran evitarlo. Esto se llama empuje. Con muchos como este Monterito pronto dábamos cuenta de toda la farsa legal. Pero no son todos así. ¿Ves al Mediavilla, que tanto charla y se quiere comer las instituciones crudas? Pues no vale para nada. Mucha fe, mucho optimismo, cándida confianza en los demás y la falsa idea de que todos van de buena fe, como él. Habla, proyecta, divaga, delira..., y después, nada. Cuando pierde las ilusiones, cae como en un pozo y echa la culpa a la casualidad. De éstos hay muchos, casi todos... ¡Ah, qué prueba ésta y cómo nos abre los ojos! ¡Cuánta ineptitud, cuánta miseria y qué desproporción entre las ideas y los hombres!

Creyendo que debía poner término a la charla febril de su hombre, levantóse Dulce, y entre abrazos y caricias le pidió por todos los santos del cielo que procurara tranquilizarse. Pero como no había llegado el agotamiento de la fuerza espasmódica, Angel se rebelaba contra su cariñosa amiga, y en vez de aquietarse la emprendía con los apocados y traidores que no habían querido pronunciarse, y los amenazó y vituperó tan a lo vivo cual si se hallaran presentes. Poco después, incorporándose, abiertos los ojos, hablaba y gesticulaba cual si estuviera soñando.

—Señor coronel—decía—, aquí no hay más honor que el de la República. Envaine usted esa espada o le levantamos la tapa de los sesos.

Y después:

—Mírale, mírale en el suelo, los ojos en blanco, la boca fruncida... Aprieta los dientes como si tuviera entre ellos a uno de nosotros. La maldición que echó al caer se le ha quedado entre los labios negros, media palabra dentro, media palabra fuera... ¡Llamarnos canallas! Servimos a la patria, y si matamos, también nos exponemos a que nos maten. Millares de hombres como nosotros han perecido por capricho de tu amo... Nosotros no reconocemos más amo que la idea... ¿Qué querías tú? ¿Sacar los cañoncitos del cuartel para ametrallarnos? Fastidiate, muérete..., no vayas diciendo a la muy púa de la Historia que te hemos asesinado. Grita lo que gritamos nosotros y te haremos ministro de la Guerra...

Sosegábase un poco, cerrando los ojos como si se aletargara, y de improviso despertaba inquieto, azoradísimo; se inclinaba sobre un costado, alargando el cuello como para buscar en el suelo algo que se le hubiera caído, y con voz descompuesta decía:

—Dulce, por Dios, hazme el favor de quitar de ahí ese cadáver.

—¿Qué cadáver? Pero tú estás soñando... Despierta.

—¿No lo ves tú...? El de las granadas en el cuello. La cabeza no la veo, porque cae debajo de la cama; veo el cuello con las granadas, el cuerpo de paño azul y luego las piernas, las piernas larguísimas con franjas rojas, y los pies con espuelas, que caen junto a la puerta de cristales. Arrástralo. Me incomoda, me pone triste. No es que yo le tenga miedo. Yo no le maté, ¡caramba! Fuimos varios, muchos; y no es justo que, siendo de todos la culpa, el cadáver se meta en mi casa. Yo, si pudiera, te lo digo con sinceridad, si pudiera devolverle la vida, se la devolvería. No gusto de matar a nadie, ni al abejón que tanto me mortificaba...—volviendo a mirar al suelo y asombrándose de no encontrar lo que creía—. Pero ya no está. Le has arrastrado fuera tirando de los pies... ¡Ay! Hija, no hemos adelantado nada con sacarle de aquí. Ya le siento en la sala; ha remontado el vuelo y zumba chocando en las paredes y dándose testarazos contra el techo. Mira, mira lo que tienes que hacer: coges una toalla o una chambra o un pañuelo grande, y lo agarras por un extremo... También puedes emplear una zapatilla. No hay arma más terrible. Con ella aplastaremos otro día a todos los coroneles monárquicos que se nos pongan por delante... Pues te preparas bien, el arma levantada, hasta que veas que el cadáver se posa; te vas acercando poquito a poco, sin respirar, y cuando estés a tiro, ¡fuego!, le descargas el golpe y verás cómo no le valen ni las granadas que lleva en el pescuezo ni las espuelas que lleva en los pies.

Por fin tuvo Dulce que hacer la comedia de perseguir al abejón, dando zapatazos en las paredes, hasta que en una de éstas figuró haber alcanzado la victoria y que el enemigo pataleaba en el

suelo, con espuelas y todo. No se dió por convencido Guerra, y poco después murmuraba:

—Verás, verás cómo resucita... Sus labios fruncidos, sus ojos echando chispas, la perilla negra con puntas blancas, la mano nerviosa empuñando la espada, andan por dentro de mis ojos, y cuanto más los cierro, más veo... Supongo que a estas horas Campón habrá pegado fuego a media España. ¿Qué piensas tú? Tonta, no te interesas por estas cosas tan graves. Ni siquiera se te ha ocurrido traerme los periódicos de la noche.

—Los periódicos de la noche dicen que no ha pasado nada.

—Nada, nada. Un poco de ese bálsamo consolador, la nada, me vendría bien ahora, el santo sueño que nos da los consuelos de una muerte temporal. ¿Crees tú que no descanso yo porque no quiero? Mientras las ideas están despiertas y sublevadas dentro del cerebro, no hay que pensar en dormir. Si ellas se durmieran o se echaran a la calle, descansaría yo. Pero verás tú cómo no se van las muy perras... Sería cosa de echarlas..., ¿sabes cómo? Metiendo en el cerebro un sinfín de números. Las ideas son enemigas de los números, y en cuanto los ven salen pitando...

—Eso es—dijo Dulce, con esperanza—. Ponte a contar hasta una cifra muy alta, y verás cómo te duermes. Yo lo he probado. También es bueno rezar.

—Yo no rezo. Se me han olvidado las oraciones todas. Mejor será meter guarismos... Vengan cantidades. Busquemos el número de reales que tienen once onzas y media... Andando. En cuanto empiece a multiplicar será como si me rociara los sesos con ácido fénico. Las cucarachas, o sean las ideas, saldrán de estampía y me dejarán en paz.

VI

Hasta hora muy avanzada de la noche duró esta fatigosa lucha; pero la fiebre remitió al fin, y Guerra pudo descansar. No así Dulce, a quien el trastorno moral, más que el estado físico de su amante, ponía en grandísima inquietud, robándole en absoluto el sueño. Ya le veía perseguido por la Policía y embarcado para Filipinas en rueda de presos; ya se imaginaba que era condenado a muerte y fusilado junto a las tapias del Retiro, como los sargentos del 66, hecatombe que había oído referir al propio Angel. Toda la mañana se la pasó en estas cavilaciones, junto al lecho del herido, observándole y poniendo especial atención en su manera de respirar; y no parecía sino que las ideas expulsadas del cerebro del revolucionario desengañado se habían pasado al de ella, porque despierta, y bien despierta, no veía más que fusilamientos, sangre y escenas de destrucción y venganza, el castigo y las represalias del pronunciamiento vencido. Tales imágenes, encendiendo en su mente recelos mil y desconfianza y temor, tuviéronla desvelada hasta el romper del día, hora en que silenciosamente, para no molestar a Guerra, que dormía, se recostó dormida en el lecho y se durmió también.

Avanzando el día, despertaron ambos y se saludaron con gozo y cariño, como si no se hubieran visto en mucho tiempo. En la voz, en la animación de su cara revelaba el enfermo que iba mejorando y que el sueño había reparado en gran parte su debilidad. Casi limpio de fiebre, quería levantarse; lo primero que hizo fué tomar un buen desayuno y curarse el brazo. Mandó a Dulce a la botica por una disolución fenicada, y lavando con ella la herida para evitar la supuración, se volvió a poner el aglutinante. Dulce le hizo cabestrillo con un pañuelo de seda; y después de mucho discutir, convinieron en que no debía levantarse, porque la enorme pérdida de sangre le tenía extenuadísimo, como lo demostraba la blancura mate de su rostro, haciendo resaltar la barba y cabello, que parecían más negros por el vivo contraste.

Era Guerra uno de esos tipos de hombre feo que revelan, por no sé qué misteriosa estampilla etnográfica, haber nacido de padres hermosos. Bien se veía en sus facciones la mezcla de dos hermosuras de distinto carácter. Nariz, ojos y boca carecían en conjunto de belleza, a causa, sin duda, de que la nariz pertenecía a una cara y los ojos a otra. La unión no resultaba, y algunas partes se habían quedado muy hundidas, otras demasiado salientes. A primera vista, no ganaba las voluntades, pues era el rostro ceñudo, áspero y de ángulos muy

enérgicos. Pero el trato disipaba la prevención, y mi hombre se hacía simpático en cuanto su palabra calurosa y su leal mirada encendían y espiritualizaban aquel tosco barro. El cabello no era menos áspero y rebelde que la barba, las manos fuertes, velludas y de admirable forma, la figura bien plantada y varonil, aunque algo rechoncha; el andar resuelto, la voz metálica y sonora, con toda la variedad de timbres para expresar desde la ira ronca a la más suave modulación de ternura.

Aquel día, la fuerte impresión de desengaño que había en su alma le llevó, por ley de compensación espiritual, a fomentar y estimular el sentimiento, método inconsciente de consolarse en los fracasos del amor propio. Como sucede siempre, el alma, combatiente rechazado en una empresa de la vida pública, buscaba el desquite de su derrota en la ternura y alegría de la privada, por lo cual Angel Guerra se recreó todo aquel día en Dulce, en ponderar su mérito y en congratularse de poseerla. No cesaba en echarle requiebros ni de manifestarle su amor de la manera más hiperbólica.

—Ya sé yo por qué te da tan fuerte —le dijo ella—. Me quieres tanto más cuanto más desgraciado eres en lo que emprendes lejos de mí. Debo alegrarme de que las revoluciones salgan mal y de que eso que llaman la cosa pública te ponga la cara fea, para que te guste más la mía. Yo, como no tengo nada que ver con la cosa pública, ni me importa, te quiero y te querré siempre lo mismo.

—Bendita sea tu boca—replicó Guerra con calor—. A veces pienso que debo tenerme por muy feliz con poseerte. El día que te pesqué fué, sin duda, el más afortunado de mi vida.

—No exageres, no exageres—decía ella, tomándolo a broma—. Tengo miedo a tu impresionabilidad.

—No hay exageración. Eres tan modesta, que aún no te has enterado de lo mucho que vales. ¿Quieres que te lo diga? A ti se te pueden echar flores sin tasa, porque no tienes vanidad... hasta eso. Crees que eres como todas, y no hay ninguna como tú; al menos, yo no he conocido a ninguna.

—No te fíes, no te fíes—tomándolo a broma

—Me fío y me fiaré. Quiero cegarme contigo. Si me salieras mala, creería que todo el orden del universo se había alterado.

—¡Ave María Purísima! No hay que correrse tanto en la confianza. No valgo yo lo que tú crees. Lo que hay es que me ha dado por quererte..., debilidad..., el sino con que nacemos. Y tan segura estoy de no poder querer a ningún otro hombre, que le pido a Dios que me muera yo primero que tú. Así estoy más descansada, porque si tú te murieras, quedándome yo viva..., me faltaría razón para vivir.

Guerra tuvo que callarse, conmovido y meditabundo. Un año hacía que vivía con aquella mujer, tiempo quizá bastante para apreciar la firmeza de su cariño y su adhesión incondicional, probada de mil modos decisivos, de esos que no dejan lugar a ninguna duda. En aquel año, los dos amantes habían sufrido adversidades, por motivos que más adelante se dirán, y en los días adversos Dulce fué siempre la misma que en los prósperos. Igualdad de ánimo más perfecta no se vió nunca, ni conformidad más santa con las cosas de la vida, vinieran como viniesen. Para ella no había más familia ni más mundo que él, fenómeno inaudito, no hallándose unida la pareja por el lazo matrimonial. Algún malicioso que observara la paz envidiable de aquella casa y la fidelidad sin par de Dulce podría creer que el comportamiento de ésta obedecía al cálculo más que al amor, como un plan habilidoso para conseguir que Guerra se decidiera a casarse. Pero quien tal creyese no acertaría, porque si bien es cierto que al principio de aquel vivir ilegal Dulce tuvo aspiraciones matrimoniescas, estas ideas se borraron pronto de su mente, y rarísima vez se acordaba de que hay bodas en el mundo. Las ideas revolucionarias de Guerra sobre este particular se habían ido infiltrando en ella, y el trajín de la vida, siempre llena de ocupaciones, no le dejaba tiempo para pensar en lo que aquella situación tenía de anómalo. Que Angel estuviese contento, que fueran de su gusto las comidas que ella le hacía, que no se recogiera tarde, que tuviese salud y guardase a su mujer postiza los miramientos y la fidelidad que ella se merecía, era lo que privaba en su mente. La verdad es que si Guerra

vivía contento de su compañera, ésta no se hallaba menos satisfecha de él.

Los días que siguieron al del fracaso de la revolución, hallándose Guerra imposibilitado de salir, a causa de su herida y del miedo a los polizontes, hubo instantes placenteros, horas de común alegría. Pasaba él algunos ratos leyendo, y la reclusión llegó a serle grata. El desengaño de las cosas políticas labraba surco profundo en su alma, que se sentía corregida de ilusiones falaces. Solía coger a Dulce por la cintura, sentarla a su lado, hacerle mil caricias, diciéndole:

—Mientras te tenga a ti, ¿qué me importa que al país se lo lleven los demonios? Bien mirado, es tontería apurarse por esa entidad oscura y vaga que llamamos el país, y que no se cuida de los que se sacrifican por él.

El temor a las indagaciones policíacas fué disipándose cuando pasaron algunos días, y Guerra hablaba con desprecio de la autoridad gubernativa, pero haciendo propósito de no mostrarse de día en la calle durante algún tiempo. Comunicación con sus amigos y compinches de jarana no la tuvo entonces, y su fanatismo se había enfriado tanto que apenas se inquietaba por la suerte de sus cómplices. A veces decía:

—¿Qué habrá sido de Mediavilla? ¿En dónde se habrá metido el bueno de Gallo? Sin duda, estarán ya en Portugal o en Francia.

Con mayor interés siguió las peripecias de la captura, encierro y procesamiento del desdichado Campón, y al pensar en el trágico fin que a tener iba su aventura, clamaba contra la ordenanza histórica, estableciendo amargas comparaciones entre el diverso término de las rebeldías militares, pues las hay en nuestra Historia para todos los gustos, algunas castigadas, premiadas las otras, y con el premio gordo, por añadidura. Pensamientos de un orden muy distinto le intranquilizaban a ratos, turbando la placidez soñolienta de su encierro. Siempre que nombraba a su madre, tanto él como Dulce sentían que su espíritu se nublaba, porque la tal señora era severísima con su hijo y muy contraria a la manera de proceder de éste, así en el terreno público como en el privado. Dulce, por su parte, no ignoraba la antipatía ardiente que inspiraba a su *suegra*, la cual, sin conocerla, hacíala responsable de todos los extravíos de Angel.

—Deseo ver a mi madre—dijo éste sombríamente—, y me aterra la idea de presentarme a ella. Tardaré todo lo que pueda en ir allá, para que el tiempo desgaste su enojo. Iré preparando lo que he de decirle y las razones con que debo disculparme.

—Tu mamá—indicó Dulce, que sabía por referencias el genio que gastaba la buena señora—, cuando te presentes a ella, te tirará a la cabeza lo primero que tenga a mano y te maldecirá, como acostumbra, desahogando su ira conmigo, a quien tiene por la más mala mujer del mundo, causa de tu perdición y de la perdición de todo el linaje humano... Pero comoquiera que sea, allá tienes que ir, y vete aprendiendo la lección.

VII

Al duodécimo día, Guerra, sin fuerzas aún para arrostrar la presencia de su terrible mamá, deseaba tener noticias de ella, porque la última vez que la vió padecía la buena señora un fuerte ataque de su asma crónica. Al propio tiempo anhelaba ver a su hija, que con la abuela vivía, o, al menos, ya que verla era difícil, saber de ella y hablar con alguien que la hubiese visto. Dulce se encargó una tarde de esta comisión, que no era la primera vez que desempeñaba, y se puso a rondar el caserón de los Guerras, en la calle de las Veneras. No estaba tranquila la joven, pues aunque no había tratado nunca a doña Sales, temía que ésta la conociese por adivinación y le soltara alguna inconveniencia. Pero no la vió entrar ni salir en toda la tarde. Aguardó un poquito, esperando ver a la niña, y en esto fué más afortunada, pues al anochecer pasó con su aya. A Dulce se le iban los ojos detrás de la chiquilla, y la hubiera detenido para comérsela a besos, porque era preciosísima y muy salada; pero no se atrevió. No queriendo volver al lado de Angel sin llevarle alguna noticia concreta de su madre, siguió rondando, con esperanza de ver entrar o salir a Lucas, criado de la señora de Guerra y la única persona de la casa a quien trataba, por haberle utilizado Angel secretamente en varias ocasiones para comunicarse

con su querida. Lucas recaló al fin, presuroso, llevando una botella que parecía ser de botica. Dulce le detuvo para preguntarle por la señora, añadiendo, por vía de precaución, que el señorito Angel *andaba por el extranjero* desde la tremolina del día 19: y de boca del criado supo que doña Sales estaba en cama, aunque no de gravedad. Volvió corriendo la joven a su casa y contó a Guerra el resultado de sus averiguaciones: la señora, enferma; la niña, buena y sana.

—¿Reparaste bien si tenía buen color?

—Como el de una manzana. Iba tan risueña y saltona, que bien a las claras se veía su perfecta salud. Se me pasaron unas ganas de detenerla y darle un par de besos... ¡Qué mona es!

—¡Ay, no lo sabes tú bien!—dijo Guerra con efusión, abrazando a su querida—. Dime: si alguna vez la traigo a vivir con nosotros, ¿la querrás como la quiero yo?

—Lo mismo que si fuera hija mía, puedes creerlo. La adoro sin haberla tenido nunca en mis brazos ni haber oído de cerca su vocecita, que parece el gorjeo de un ángel.

—¡Que me gusta oírte hablar así! Mi *Ción* te querrá seguramente como si fueras su madre. No puedes formar idea de lo encantadora que es esa chiquilla ni del talento que tiene. Dime: ¿iba con ella su maestra?

—Sí, y se reía de algo que la pequeña le contaba.

—¡Pobre *Leré*! Su verdadero nombre es Lorenza; pero como mi hija la llama *Leré*, así se ha quedado, y en la casa nadie la nombra de otro modo. Es una infeliz, y sabe muy bien su obligación. ¡Ay Dulce! Siento un afán loco por abrazar a la niña, por oír su charla deliciosa y verla enredar al lado mío. No tienes idea de su precocidad ni del donaire de sus travesuras. Mi vida está incompleta, y para redondearla necesito que mi *Ción* venga aquí, con nosotros. A entrambos nos hace falta, ¿verdad?

Dulce suspiraba y no decía nada. Guerra, por natural engranaje de las ideas, pensó luego en su madre, y sombríamente dijo:

—¡Ay! Mamá sí que no se reconciliará jamás contigo. No la conoces; no puedes comprender, sin haberla tratado, su intransigencia, su temple varonil y la rigidez con que se encastilla en sus ideas. Me quiere y la quiero. Pero no logramos ponernos de acuerdo en muchas cosas de la vida. Lo intenté mil veces... Imposible, imposible. Y ¿qué te dijo Lucas? ¿Que está en cama?

—Sí; pero sin gravedad.

—Eso sí que no puede ser. ¿Mi madre en cama y sin gravedad? ¡Qué absurdo! Eso lo creerá quien no conozca su tesón, su resistencia, su desprecio del mal físico. Mi madre se morirá en pie, mandando y haciéndose obedecer de cuantos viven a su lado. Si guarda cama, sin duda su enfermedad es gravísima...

Con las noticias que le trajo Dulce aquella tarde cesó la tranquilidad que Guerra disfrutaba en su forzada reclusión. El deseo de ir a su casa se confundía en angustioso enredijo con el temor de ir, no sólo por el peligro de abandonar la madriguera, sino porque la idea de presentarse ante su madre llenaba su espíritu de turbación. En los últimos años, su única defensa contra el despotismo materno había sido la fuga, la ausencia temporal del hogar; pero sus correrías de hijo pródigo tenían siempre un término preciso dentro de corto plazo, por ley de la necesidad, quiero decir, que en cuanto se le acababa el *cumquibus* no tenía el hombre más recurso que acudir a la casa materna y afrontar los rigores del tirano que en ella moraba. La penuria, como al lobo el hambre, le expulsaba de su cueva, lanzándole en busca de carne. En la ocasión que aquí se describe, en aquel caso grave de emancipación y de aventuras revolucionarias, cuando la penuria empezó a manifestarse, se defendió Guerra algunos días, ya con el admirable arreglo y la casi milagrosa economía de Dulce, ya empeñando lo menos indispensable. Pero al fin las energías se agotaban y pronto había de sonar la hora de la rendición. La lectura, que en otro tiempo era su encanto, ya le causaba hastío. Sus autores favoritos yacían olvidados ya sobre la cómoda. Leía tan sólo periódicos, para seguir en ellos todos los trámites del proceso de Campón, y si cuando le creyó condenado irremisiblemente a morir se encendió en iras y deseos de venganza, al saber lo del indulto su alegría fué grande, y su fanatismo, por la acción antipirética de la alegría en la física revolucionaria, se enfrió hasta llegar a cero.

Algunas noches iba Dulce a casa de sus padres, más que por gusto de verse entre su familia, por tomar el pulso a la opinión de aquella gente y ver de qué pie cojeaba, pues sólo por aquel lado había desconfianza y recelo de una delación. La familia de Dulce, padre, madre, hermanos, tío y primos, es digna de pasar a la Historia; pero el narrador necesita curarse en salud, diciendo que los *Babeles* (que así se llama aquella chusma) son de todo punto inverosímiles, lo cual no quita que sean verdaderos. Queda, pues, el lector en libertad de creer o no lo que se cuenta, y aunque esto se tache de imposturas, allá va el retrato con toda la mentira de su verdad, sin quitar ni poner nada a lo increíble ni a lo inconcuso.

CAPITULO II

LOS BABELES

I

Residencia: *Molino de Viento, 32, duplicado,* cuarto que llamaban segundo con efectividad de quinto, escalera sucia y menos oscura de noche que de día, casa nueva de estas que a los diez años de construídas parecen pedir que las derriben. El interior resultaba digno molde de la inverosímil familia, porque al entrar lo primero que daba el quién vive era la cocina. La sala hacía de comedor, y el comedor de alcoba, y una de las alcobas habría parecido despensa si tuviera víveres.

Jefe supremo de la casa de Babel: DON SIMÓN GARCÍA BABEL, nacido en Madrid del 20 al 30 y criado en humildes pañales, bien conservadito en su sesenta y pico de años, de rostro más simpático que venerable, bigote militar prolongado, como el del general León, de insinuante palabra y muy dispuesto a familiarizarse con toda persona con quien trabase conocimiento; tan expansivo y pegajoso en sociedad, que a veces había que huir de él como de la peste; ex comisionado de apremios, ex investigador del subsidio industrial y del timbre, ex delegado de Policía; hombre de ideas extremadas en todos sentidos, hacia atrás y hacia adelante según los casos, y el mayor fantasmón que han visto los siglos.

Esposa: DOÑA CATALINA DE ALENCASTRE, descendiente en línea recta, pero muy recta, de un hermano de la reina doña Catalina, mujer de don Enrique III de Castilla, *de dulce memoria...* Aquí surge el temor de que esto no ha de creerlo nadie; mas, presentando el caso de otra forma, se entenderá mejor. El verdadero apellido de doña Catalina era Alonso Castro, y había nacido la tal señora de padres hidalgos en Bargas, pueblo de la provincia de Toledo. En su casa hubo mucho trigo, pero mucho, y dieciséis pares de mulas empleadas en la labranza. Además poseía su padre dos molinos y una cantidad de cabezas de ganado que variaba según el estado psíquico de doña Catalina en el momento de contarlo. Cómo pasó de tantas grandezas a la mezquindad de su entroncamiento con García Babel, es cosa que se ignora. Lo cierto es que cuando pasó de los cuarenta y cinco, y sus hijos fueron hombres y sus hijas mujeres, doña Catalina mostró una lamentable propensión a chiflarse, lo que ocurría en ocasiones de disgusto grave o altercado, es decir, casi todos los días del año. Entrábale a la buena señora una vibración epiléptica, un impulso de risa con lágrimas y un braceo y un bailoteo tales que parecía la estampa del movimiento continuo. Siempre que don Simón le llevaba la contraria, estallaba el trueno gordo entre marido y mujer, y después de tirarse recíprocamente a la cabeza lo que más a mano había, fuese copa o tijeras, zapatilla o tubo de quinqué, Babel salía bufando por un lado, y doña Catalina saltaba con su manía nobiliaria, echando con gritos desaforados el siguiente pregón:

—Yo soy descendiente de reyes; yo me llamo doña Catalina de Alencastre, y mi tía está enterrada en la capilla de Reyes nuevos, al lado del tío Enrique y otros tales, coronados. ¡Qué mengua para mi linaje haberme casado contigo, que eres un pelele, un sopla-ollas, un *méndigo!...* ¡Zape de aquí, mequetrefe, que me apestas la casa!...

Dicho esto, doña Catalina solía ponerse una toquilla encarnada por la cabeza, del modo más carnavalesco, y salía de refilón por los pasillos, chillando y braceando, hasta que sus hijas la volvían a la razón haciéndole tomar tila y dándole friegas por el lomo.

Añádase que doña Catalina había sido una real moza, y conservaba en su edad madura rasgos de belleza y aun de cierta distinción nativa. En Toledo tenía parientes y desmantelados restos de hacienda, ruinas de castillos, alcázares o cosa por el estilo, y todo su afán era que destinaran a don Simón a la ciudad imperial para trasladarse a ella con toda la familia, y ver de reconstruir el patrimonio de los Alencastres. Acompañada de alguno de sus hijos, solía pasar allí breve temporada al amparo de parientes que no nadaban en la abundancia, pero que a los ojos exaltados de doña Catalina eran poco menos que príncipes y princesas de una dinastía cesante. Reíase don Simón de los disparates de su consorte sin caer en la cuenta de que los suyos no eran de inferior calibre, pues cuando estaba de vena solía decir:

—Si no es por mí, no llama la reina a O'Donnell el cincuenta y seis..., porque, verán ustedes... Estábamos Escosura y yo en Gobernación, cuando...

Y en seguida lo contaba, si había cristiano con bastante paciencia para oírlo.

Hijos: I. ARÍSTIDES, primogénito, de treinta y seis años en la época a que refiriéndome voy, bien parecido, de tipo noble, que era, aunque parezca mentira, el tipo de toda la familia. De muchacho, su perfil fué comparado por alguien al de un heraldo de los que se ven en los escudos de la casa de Austria, o en los monumentos de la época isabelina, entre yugos y flechas. Envejecido antes de tiempo, peinaba canas en la barba y pelo, y habría llevado el hábito de Calatrava o de Santiago mejor que muchos que lo ostentan como si se cubrieran con una sábana. Que la vida de este hombre fué siempre algo misteriosa, vida de aventurero y de frustradas ambiciones, revelábase en su rostro, marcado con un sello de melancolía y cansancio, como de quien ha consumido sus fuerzas en estériles batallas. Contrastes horribles dejaba ver a cada instante en su ser moral e intelectual, pues si a veces desplegaba en la conversación entendimiento soberano y un ingenio agudísimo, de repente caía en las mayores simplezas y estulticias que es dado imaginar. Su juventud sería, sin duda, materia curiosa para quien pudiera estudiarla con datos seguros, porque otra más accidentada, más movida y dramática, no creo que exista. Sin oficio, profesión ni carrera, obedeciendo en esto a la ley de todos los Babeles de tres generaciones, que siempre hicieron ascos al estudio, había huído muy joven de la casa paterna, afiliándose a una compañía de cómicos; volvió inopinadamente titulándose *Contratista de forrajes para la caballería portuguesa.* Obtuvo un empleo, fué a Cuba, se casó y enviudó a los cinco meses; huyó por causa de un desfalco, y a poco fundaba un periódico en Costa Rica. Sus alternativas de riqueza y miseria fueron extremadas: una vez se presentó en Madrid poseyendo valiosísimas alhajas; otra tuvo que salir perseguido por la Justicia, a causa de haber cedido en Bolsa una letra que resultó ser más falsa que Judas. Como detalle revelador de la vanidad heredada de su madre, conviene indicar que en Costa Rica usó tarjetas que decían textualmente:

ARÍSTIDES GARCÍA BABELLI
Barón de Lancaster

Existe la muestra, y al que no crea esto se le restregará en los hocicos la cartulina. Hay más, en el periódico que tuvo por allá solía firmar: *Don García de Lancaster.*

II. FAUSTO, de tipo un poco menos noble que su hermano mayor, pero más fino, es decir, más afilado, tirando algo al hocico del zorro; muy inteligente, aunque sin puntos de vista generales, como Arístides, sino concretando, ciñéndose a los hechos; observador sagaz, burlón en ocasiones, de mirada penetrante y oído muy sutil. Su juventud entrañaba también algún misterio. Había servido en Correos; pero le echaron por actos de infidencia. Los pormenores de esto eran muy conocidos; no así la causa de su cojera, semejante a la de lord Byron, pues ni su familia ni sus amigos supieron nunca de dónde le vino aquella deformación de pie ni él supo dar explicación razonable de ella cuando le preguntaban. Durante breves temporadas vivió en Toledo oscuramente, o en Madrid, separado de sus padres, metido en trabajos de caligrafía superior, que era su principal habilidad. Hacía ejecutorias de nobleza, diplomas y

Mesas revueltas, y remedaba con primor toda clase de caracteres, antiguos y modernos, de donde le vino su desgracia, porque un día le acusaron de haber desplegado sus talentos en la imitación de todos los perfiles y rúbricas de un billete de Banco, y el infeliz lo pasó muy mal, pues aunque nunca se le pudo probar el delito, ello es que, por sí o por no, estuvo a la sombra como unos tres años, y el sobreseimiento le dejó en situación harto dudosa. Desengañado de la industria caligráfica y con inclinaciones a otros ramos del saber, por ejemplo, la Química, empezó a estudiarla experimentalmente, pasando largas horas en descubrir reactivos que sirvieran para borrar lo escrito, dejando el papel como nuevo y virgen. De este modo daba realidad a su aborrecimiento de la escritura, causa de su deshonor y de los malos ratos que pasó en la cárcel. Ultimamente se daba también a lo que podríamos llamar la *cábala lotérica*, o sea, el cálculo de las probabilidades de premio, armando unos rompecabezas capaces de trastornar al Verbo.

Hijas: I. CESÁREA, muy guapa, inteligente, hacendosa. A los veinte años se cansó del desorden de su casa, de las estulticias hueras de su papá, de oír en boca de su madre la lista de los soberanos de que descendía, y obedeciendo, aunque parezca fábula, a un secreto estímulo de formalidad y honradez, se fugó con un cochero, digo, con un joven, cuyos padres tenían el servicio de coches de Buitrago, y se casó con él, constituyendo una familia decente. Esposa fiel y madre de no sé cuántos chiquillos, se trataba con sus padres lo menos posible. Figura poco en este relato.

II. DULCENOMBRE, más joven que Cesárea y menos que Fausto, la más morena y la más flaca de los cuatro, pero acentuando muy bien en sus facciones el tipo noble, que, por un sarcasmo etnográfico, era el cuño de aquella singularísima raza. Doña Catalina, que siempre fué opuesta a que en su familia hubiese nombres vulgares, y aborrecía los Pepes y Juanes por su tufillo plebeyo, estuvo muchos días vacilando acerca del nombre que pondrían a su hija. Ocurriósele Diana, Fedra, Berenice, Violante, sin decidirse por ninguno, hasta que, la noche anterior al día del bautismo, soñó que se le aparecía un ángel con borceguíes colorados, enaguas de encaje y dalmática con collarín, como los clérigos que cantan la epístola, y encarándose con ella de la manera más familiar, le recomendó que pusiera a la niña el *Dulce Nombre de María*. Doña Catalina no necesitó que se lo dijera dos veces, y con entusiasmo aceptó la idea, haciendo de las cuatro palabras una sola. En aquella época, la buena señora, tan inconstante como vehemente en sus aficiones, se había dado un poquitín a la religión, rezaba más de lo ordinario y leía vidas de santos. Muy satisfecha se quedó del nombre de su hija, el cual le parecía a un tiempo místico y romántico, nombre que por su sola virtud había de traer felicidades mil a la persona que lo llevaba.

II

Desde el día de su bautizo hasta que cumplió los veinte años, nada nos ofrece en su existencia Dulcenombre que digno sea de ser contado, salvo algunos accidentes de su educación. Tuvo la suerte de que la alcanzara, allá por los catorce o quince años, una de las etapas más florecientes de la carrera administrativa de don Simón, quien, investigando el timbre o el Subsidio industrial, traía bastante dinero a casa; y gracias a esto la muchacha concurrió algún tiempo a la escuela de institutrices, donde le enseñaron porción de cosas que no saben la generalidad de las niñas. Pero como las rachas favorables duraban poco, a lo mejor tenía que suspender sus estudios por no ser posible atender al gasto de libros y matrículas ni tener traje y calzado con que presentarse en la clase. Por esto su saber era incompleto y de retazos; lástima grande, porque disposiciones no le faltaban, ni ganas de instruirse, con la noble ilusión de obtener título y procurarse algún día posición independiente y honrada.

Pero su torvo destino se gozó en echar por tierra aquella ilusión y pisotearla cruelmente, porque tras las breves temporadas de prosperidad vinieron otras larguísimas de miseria y angustia. Hubo meses de espantosa escasez, días de hambre hugolina, horas terribles en que doña Catalina invocó, bramando y corriendo por los pasillos, a todos los reyes de su tronco dinástico. La familia navegaba por el mar de la vida en medio de un

deshecho huracán, y a cada instante tenía que arrojar al agua parte del contenido de la nave para que ésta no se hundiera. Tras de los muebles menos útiles, iban camas, colchones, sábanas, y tras la ropa de abrigo, la que sin serlo sirve para cubrirnos y diferenciarnos de los animales. Ofrecía la casa un cuadro de miseria y desastre, cuyas tintas siniestras y accidentes luctuosos traían a la memoria las ruinas de ciudades, las pestes y hambres épicas cantadas por la musa antigua, sin que faltaran, en medio de tan lúgubres episodios, rasgos cómicos de esos que hacen llorar. Llegaron días en los cuales, habiendo los Babeles vendido o empeñado hasta las camisas, ya no les restaba nada que empeñar o vender. En aquella progresión pavorosa, después de la última prenda de ropa, que por ser la última es la primera guardiana del pudor, ya no quedaba más que el pudor mismo. "Gran cosa es la honra", pensaban en silencio don Simón y doña Catalina, aunque no se comunicaban su atrevida idea. Pero ante la materialidad del vivir, ante el terrible clamor de la sangre, de los huesos, del tejido, pidiendo nutrición, ¿qué significaba la ley aquella indecisa y cuestionable de la honra, adorno, lujo más bien, de las personas cuyos estómagos no están nunca vacíos?

Sucedió, pues, lo que por un fenómeno de gravedad tenía que suceder. Lo moral hubo que sucumbir ante lo físico. La egregia doña Catalina lloró mucho, justo es declararlo, el día en que no tuvo más remedio que acceder a ciertas proposiciones que se le hacían referentes a Dulce, y doliéndose con medio corazón de lo que éste perdía, con el otro medio saboreaba el alivio de sus angustias, pagando al panadero, a toca teja, tres meses de suministro, al carnicero cuatro, y rescatando algunas ropas cautivas.

Etapa de relativo desahogo. Emperejiladita con ropas tomadas a plazo, que poco a poco iban siendo suyas, Dulce salía de casa algunas tardes y noches, como quien va a su negocio, a veces con cara sombría, a veces contenta. La familia vivía, y la nutrición dejó de ser un concepto teórico en aquel grupo de seres infelices. Días hubo en que hasta se notaban en la casa señales de abundancia, porque, eso sí, los Babeles (era en ellos vicio constitutivo, incapaz de reforma), en cuanto tenían un respiro, echaban la casa por la ventana.

Imposible fijar lo que duraron estos tratos y estos trotes. Lo que sí se sabe es que una noche entró don Simón en su casa con Angel Guerra, el cual iba a tratar con él (no conociéndole todavía como le conoció más tarde) de ciertos detalles de conspiración, pues García Babel y su hijo Arístides hallábanse entonces muy metidos en la política rabiosa y desesperada, por no serles posible arrimarse a ninguna otra. Vió Guerra a Dulcenombre, y recíprocamente se agradaron; volvieron a verse a la noche siguiente en otra parte, y la simpatía recíproca se avivó más. El amor, como rara vez sucede, nació de la simiente del vicio, y a los dos días de conocimiento, Angel propuso a Dulce irse con él, abandonando un modo de vivir que no cuadraba a su complexión moral. Propuesto y aceptado. La joven desapareció de la casa paterna con gran consternación de los Babeles, que la estuvieron buscando desatinados por todo Madrid durante una semana. Por fin, la fugitiva, que al lado de Guerra tenía lo que puede llamarse una posición, tendió la mano a su familia; restablecióse la cordialidad entre el raptor y los Babeles, gracias a lo cual éstos recibían los socorros indispensables para matar el gusanillo. Pasó un año en esta conformidad, y al cabo de él, a poco de mudarse los dos tórtolos de la calle de San Marcos a la de Santa Agueda, ocurrió la absurda intentona revolucionaria, la herida de Guerra, su reclusión, etc. Adelante con los Babeles.

III

Rama segunda.

Hermano del don Simón: DON PITO, hombre muy pasado por agua, más joven que su hermano, pero con apariencia de más viejo, por los grandes trabajos que sufrido había en empresas arriesgadas de mar y costa. Su nombre era Luis Agapito; pero nadie, ni aun su familia, le llamaba sino con la mitad del segundo nombre. A muy diferentes destinos parecían llamados Simón y Pito, porque ya desde el nacer se marcó en la vida de ambos dirección distinta. Simón vió la luz en Madrid. Pito, en Cádiz, en ocasión que fueron allí sus padres con

objeto de establecer una pastelería. El uno, nacido al amparo de Cibeles, debía ser memorable en las cosas terrestres; el otro, encomendado al movible Neptuno, en las marítimas. Recogióle de corta edad un tío suyo que hacía viajes a América, y marino fué de vocación decidida y de gran resistencia física y moral para las fatigas de oficio tan rudo. No se ha escrito ni se escribirá la historia de sus hazañas y sufrimientos como capitán de derrota en innumerables expediciones a las Américas, a las Africas y a las desparramadas islas de Oceanía, y tan hiperbólico era él como cronista de sí propio, que resultaba el mundo mayor de lo que es, y con un par de continentes más. Llena está, en efecto, su vida, de los veinte a los cincuenta, de hercúleos esfuerzos, de atrevimientos brutales, y también de inauditos contrastes pecuniarios. A poco de guardar las onzas en espuerta, don Pito daba sablazos de media onza en el muelle de la Habana, contraste en verdad muy lógico, pues el tráfico a que se dedicaba tuvo su época feliz, y una decadencia ocasionada a grandes desastres. Ello fué que le cogieron de medio a medio los últimos tiempos de la trata, y en uno de aquellos paseítos que dió por el golfo de Guinea, me le atraparon los ingleses, le soplaron en la isla de Santa Elena, y en un tris estuvo que tuviera el honor de entregar la piel allí mismo donde la entregó Napoleón el Grande. Ya viejo, enseñaba con orgullo y fanfarronería las huellas que habían dejado en sus muñecas las esposas y en sus pies los grillos. Puesto en libertad, intentó alijar otro cargamento; pero se le averió el negocio en la misma costa de Cuba, proporcionándole hospedaje por diez meses en la Cabaña. Después de esto, mandó vapores costeros y de altura durante quince años, al cabo de los cuales, por su mala cabeza, sus vicios y su informalidad, se encontró sin blanca; vino a España con su familia, y no pudiendo vivir en Cádiz, porque su reputación le perseguía con más crueldad que antes la justicia, se corrió a Madrid, donde le hallamos viejo, reumático, remolcando la pierna derecha, maldiciendo su suerte, consolándose de la nostalgia de la mar con el dejo amargo y embriagador de sus trágicas aventuras.

Consigo trajo acá dos alhajas de hijos; pero no se tienen noticias claras de su mujer, pues hay quien la supone confitera, hay quien sostiene que fué traficante en carne, como su marido, aunque no negra, sino blanca y muy blanca. El uno importaba ébano y la otra marfil. También hubo dudas sobre si aquella señora vivía, y sobre si fué legítima esposa del gran don Pito, cuyos hijos, nacido el uno en Matanzas y el otro en Cádiz, no la nombraban nunca. En su triste vejez, lejos de su elemento, y viviendo de limosna, el asendereado capitán no tenía más propiedad que sus glorias nefandas y sus años achacosos. Todo lo había perdido, hasta su doble reputación, pues en Madrid no le conocía nadie, y se dice doble porque en lo tocante a la marina fué muy celebrado por su pericia, valor y dotes de mando, mientras que en todo lo independiente de la mar y sus fatigas era el hombre más desconceptuado del mundo.

Hijos del precedente: I. MATÍAS, hombrachón que no cabía por la puerta, espeso, perezoso, tardo de lengua y más de pensamiento, de facciones correctas, pero inexpresivas y dormilonas; colores vivos en las mejillas, por lo cual, y por su falta de agudeza y prontitud, desmentía la complexión característica de la raza babélica. Sus primos le pusieron, en cuanto vino a Madrid, el mote de *Naturaleza*, y por *Naturaleza* se le conocía dentro y fuera de casa. De salud inalterable, como la de un sillar de berroqueña, se pasaba en vela un par de noches, si era menester, y después dormía cuarenta horas de un tirón. Comía por cuatro, si había de qué, y no se enteraba de las funciones digestivas. Era maestro confitero, y su objeto al venir a Madrid fué montar un establecimiento de dulces a estilo gaditano; pero ya por falta de capital o sobra de timidez, ya porque siempre llegaba tarde a todas partes, ni la confitería pasó de proyecto, ni logró que le dieran ocupación constante en parte alguna. Contados días trabajó en la especialidad de azucarillos o en la de merengues, ambas muy de su competencia; pero no sé qué maña se daba el maldito, que a poco de empezar le despedían a cajas destempladas. Todo lo hacía bien; pero se le paseaba el alma por el cuerpo, harto grande para tan pequeño inquilino, y a la hora señalada para concluir no se había decidido a comenzar. *Naturaleza* practicaba la filosofía de que lo

mismo es ahora que después, y de que no conviene acelerar nuestra corta existencia, acumulando sobre los afanes de la hora actual los de la hora subsiguiente. Creía que una de las invenciones más tontas del ingenio humano es la de los relojes, que nos han traído las estúpidas ideas de temprano y tarde, quitando al tiempo su dulce indeterminación, y la vaguedad soñolienta que tanto le asemeja a su hermano el caos.

II. POLICARPO. El reverso de su hermano, ágil, resbaladizo, soñador más que durmiente, flexible de espinazo y de espíritu, Babel de marca fina, en una palabra. Alguién sostenía que éste y Matías no nacieron de una misma madre, pues en nada se parecían, y otros aseguraban lo contrario; es a saber, que a entrambos los llevó en su seno la desconocida señora de don Pito, pero que éste no *tenía culpa* más que de Policarpo, y que *Naturaleza* fué sacado de la mente divina cuando el valeroso Argos andaba en tratos con los caciques de la costa de Africa. No son del caso estas averiguaciones, y adelante. Aunque sin oficio ni beneficio, tenía Poli habilidad y disposición para cualquier industria, especialmente para la cerrajería. Su primo le iniciaba en las artes de cábala y alquimia, y él, agradecido, enseñaba al otro los secretos de la mecánica recreativa. En la habitación, que bien podemos llamar laboratorio, atestada de frascos, piedras litográficas, buriles, prensas de mano y un pequeño torno para metales, se encerraban los dos largas horas. Poli fabricaba una llave con facilidad suma, y hacía difíciles composturas de armas de fuego. A pesar de su holganza e informalidad, solía llevar dinero a casa y dárselo a su padre, dinero ganado no se sabe cómo. Lo único cierto es que frecuentaba garitos de mala especie, entre los peores galopines de Madrid. Pero como la tolerancia reinaba en aquella casa, don Simón y doña Catalina, y el mismo don Pito, perdonaban al muchacho su mala conducta en gracia de su buena sombra, pues era bien parecido, servicial, dicharachero y dispuesto para todo.

Cuando doña Catalina se hallaba en el último paroxismo del ahogo pecuniario, lo que sucedía todas las semanas; cuando no sabía la señora infeliz a quién volver sus atribulados ojos, el único de la familia que la confortaba, discurriendo sutiles arbitrios para recaudar fondos, era Policarpo. Notábase por su habla andaluza con toda la afectación flamenca, propia de su vida callejera, tabernaria y disoluta, como hombre de *juergas*, de *bebía*, de los de mechón en oreja y faca en cinto.

Nota.—Cuando don Pito y sus hijos dejaron los muros gaditanos para establecerse en Madrid, los Babeles de acá recibiéronlos con los brazos abiertos, sencillamente porque pensaban que traían *monises*. Doña Catalina temblaba de emoción al ver entrar en la casa un baúl grandísimo con flejes de hierro y reluciente clavazón dorada, y creyó, juzgando por el peso, que venía lleno de onzas. Pronto hubo de ver que no había más peluconas que los clavos dorados que el cofre ostentaba por fuera; mas al perder la buena señora, lo mismo que su marido, aquella ilusión, no se les ocurrió echar de su casa a la rama segunda, cuya pobreza igualaba o quizá excedía a la de la rama primera. Porque ha de saberse que los Babeles, en medio de sus garrafales defectos, tenían la cualidad de avenirse a todo, de conformarse con la suerte y de prestarse mutuo auxilio en la adversidad, dispuestos a partir los bienes si algunos hubiera. Pronto reinó entre las dos ramas venturosa concordia y una comunidad de intereses positivos y negativos que era la bendición de Dios. Lo perteneciente a uno, a todos pertenecía, y aquello que a uno faltaba convertíase pronto en carencia total.

IV

Aquella noche, cuando Dulce entró en la guarida de los Babeles, la primera persona que vió fué a su madre, que salía de la cocina, encendido el rostro, desgreñada la blanquecina crencha y con todas las trazas de haber padecido recientemente uno de aquellos arrechuchos que perturbaban su claro juicio. Alegróse la pobre señora de ver a su hija, más que por verla, por recibir de ella el socorro que esperaba, y antes que la joven acabara de sacarlo de su portamonedas, ya doña Catalina estaba echándole las uñas.

—¡Ay hija de mi alma, qué a tiempo has venido! Estamos con el chocolatito de esta mañana... ¡Y ese farfantón,

ese hombre ordinario, que no fué persona hasta que le casaron conmigo, se atreve a ponerme unos morros así, porque no le mantengo el pico!... Pero ¿de dónde he de sacarlo yo, si él no lo trae, el muy gandul?... Te digo que así no se puede vivir. Me puse muy mala, y todavía me duran los temblores..., ¿ves? Lo que yo le digo: siendo él quien es, hijo de unos miserables pasteleros que tenían un tenducho ahí..., ¿sabes?, en la rinconada de la calle del Pez, gente tan desconceptuada que por allí no parecía un alma a comprar; siendo yo quien soy, y teniendo por parte de papá la parentela que todo el mundo conoce, tanto que me casaron por engaño, eso es sabido, aquellos infames tutores...; en fin, ¿a qué recordar?...; pues digo que siendo cada cual quien es, debiera ese puerco echarme memoriales para dirigirme la palabra. Pues no, señor. ¿Sabes lo que me ha llamado esta noche? Me ha llamado *doña Urraca*, la *reina de Bastos* y qué sé yo..., y ha dicho que ojalá me muera mañana... Allá están él y Pito arreglando el país con el vecino ese don José Bailón...

Desde el pasillo miró Dulce a la sala, que hacía de comedor, y oyó las voces de su padre y compañeros de tertulia, los tres gritando como demonios. Densa y pestífera humareda de tabaco llenaba la habitación.

—No entres ahí, que te asfixiarás—le dijo su madre, conduciéndola a un gabinete próximo.

—Y Arístides, ¿está?—preguntó Dulce.

—¡Esperándote como agua de mayo el pobrecillo! Le prometiste darle siquiera para cigarros... ¡Pobre hijo, con tanto talento, tantísima disposición para todo..., verle así imposibilitado de brillar!... Como que podría ser gobernador, y hasta mayordomo de Palacio, si no estuviéramos dejados de la mano de Dios... Anda tan mal de ropa, que ni se atreve a salir a la calle. Parte el corazón verle así... y considerar que hay tanto necio y tanto mamarracho con el dinero de sobra.

En el gabinete donde entró la joven, dos hombres yacían en sendos camastros. El uno, Arístides, se levantó súbitamente al verla. El otro continuó tendido, roncando panza arriba, la boca abierta, los mofletes encendidos y sudorosos: era el propio *Naturaleza*.

—Hola, Dulce—dijo Arístides, abrazando a su hermana—. ¡Qué cara te vendes!

Entre tanto, doña Catalina trataba de despertar al otro durmiente, empleando tirones de orejas, pellizcos, bofetadas y, por último, cosquillas. Se desperezó el coloso, bostezó abriendo un palmo de boca antes de abrir los ojos, estiró a un tiempo las cuatro patas, y por fin trató de ponerse vertical.

—Dromedario, levántate, que tienes que bajar a escape a la tienda. Mira, entérate bien, fíjate... Pagas estos dos duros a cuenta de lo que se debe, y te traes dos latas de sardinas, medio kilo de jamón, seis huevos, cuatro panecillos, y de la taberna una botella de valdepeñas, para que esos borrachones no tengan nada que decir... Anda, despabílate, que ya nos falta poco para dar las boqueadas.

ARÍSTIDES.—*(A su hermana, tomando lo que ésta le dió y mirándolo a la luz de la lámpara.)* ¡Cuánto te lo agradezco, chica! Me sacas de un gran conflicto. Dios te lo pague. No sé yo qué pasaría en esta casa si no hicieras tú en ella las veces de Providencia. Creo que nos devoraríamos los unos a los otros... Gracias, vuelvo a decirte. Pero espero de tu bondad que harás un esfuerzo para ponerme en situación de emprender algo... Ya ves..., mi ropa en *Peñíscola*... Así no se puede intentar nada, ni pretender un empleo, ni siquiera acercarse a los que los dan.

—Por ahora no puedo, hijo; ten paciencia, y veremos.

—Angel es rico—clavando en su hermana una mirada penetrante—. Si lo disimula contigo es por avaricia.

—No tenemos más que lo preciso para vivir.

—Porque él quiere... Su mamá es inmensamente rica... Pero ya sé que la madre y el hijo no se llevan bien. Como que la buena señora no le perdonará nunca su última barrabasada. Dile que toda precaución es poca, que le andan buscando, que han cogido a Mediavilla.

—Por falta de precauciones no será —replicó Dulce, cautelosa—. Hemos dejado la casa en que vivíamos y nos hemos ido a un tejar...

—¿Dónde?

—No digo las señas ni a Dios. Tengo miedo de todo el mundo, hasta de ti y de papá.

—¡De mí! ¿Crees que yo...?

Doña Catalina, después que logró despachar a *Naturaleza,* avivó la luz de la lámpara, que estaba muy mustia, y las caras de Dulce y Arístides se iluminaron. En pie junto a la cómoda, ambos revelaban cavilosa tristeza. La de Alencastre preguntó a su hija por Angel, y ella repitió el embuste.

—¡Por Dios, iros a un tejar...! Estaréis muy mal. ¿Por qué no os venís aquí? Nadie le descubriría.

—Toda precaución es poca, mamá... ¡Venirnos aquí!... ¿Para que Policarpo y el tío Pito salieran diciéndolo a todo el mundo? Pronto lo sabrían los periódicos, y me cogerían a mi pobre Angel como en una ratonera.

Arístides empezó a preparar la ropa que había de ponerse para salir, y su cara, durante la operación de sacudirla y cepillarla, era como espejo en que se reflejaba la mala disposición de aquellas gastadas prendas.

—Mira qué cuello el de este gabán —dijo a su hermana, mostrando uno de color claro y muy raído—. Pues no tengo más remedio que apencar con esta miseria mientras tú no me rescates el mío. Nada quiero decirte de este pantalón (también era claro, moldeado a las piernas y con flecos por abajo), que es todo rodillera, y en cuanto me siento se me sube a las canillas. Y gracias que me lo ha prestado Policarpo, que si no, tendría que salir como alma en pena.

Doña Catalina y su hija se miraban cambiando mudamente su amargura, y contestando con un suspiro a cada observación del desdichado *barón de Lancaster.* El cual se atusó barba y cabello, y al encajarse aquellas vestimentas que el mismo Rastro desdeñaría, se miraba en un roto y deslucido espejo pendiente de la pared, consultando con él por rutinas de hombre que había sido elegante y que aun con tales andrajos no renunciaba totalmente a serlo.

—¡Lástima de figura, hijo, lástima de cara!—dijo con lamento jeremíaco doña Catalina—. ¡Tenerte Dios así, en esa desnudez, cuando podrías..., qué sé yo...! Ministros hay que han llegado a serlo por lo bien apañaditos que van siempre, aunque rasos de talento. Verdad que tu padre y tú tenéis bien merecido lo que os pasa, por vuestra mala cabeza. Todo el pelo que se puede echar en España con las revoluciones lo ecnaron los del sesenta y ocho, y ya no hay más pelo que echar por ese lado. Los tiempos han cambiado, yo os lo digo. Emplead vuestro talento en hacer la felicidad del país, afianzando las instituciones, como dice don José Bailón, y abrid la boca a ver si cogéis el higuí...

Arístides contestó a su madre con una sonrisa desdeñosa, y mirando a su hermana, que no chistaba, dijo gravemente:

—No parece sino que podemos escoger el terreno en que nos toca luchar por la vida. No; cada uno pelea donde le ponen las circunstancias, y a mí me han puesto en el peor de todos los terrenos. ¿Es culpa mía? No. Tráiganme mi gabán, y seré otro. La ropa es el setenta y cinco por ciento del ser humano. Pero con esta facha, ¿creen ustedes posible que un español haga cosa de provecho? No está en mi carácter lanzarme a la calle, trabuco en mano, en día de asonada. No sirvo para eso. Los tiros me ponen nervioso. Mi papel revolucionario está reducido a formar en los corros de la hojalatería más imbécil, abrir la boca y exclamar: "¡Cuándo vendrá!", y a profetizar triunfos que nunca llegan, y calcular todas las maravillas que haremos cuando vengamos... Vístame yo, y hablaremos. Ya me buscaré un terreno mejor, que los hay, vaya si los hay... ¿Creen ustedes que si yo tuviera ropa, como Guerra, iría a sacar los sargentos del cuartel, ofreciéndoles hacerlos oficiales?... En fin, no hablemos más. Buenas noches.

Caló el sombrero hongo y se fué, sin hacer caso de las exhortaciones de su madre, que le instaba a quedarse para cenar de lo que *Naturaleza* traería pronto. No hacía medio minuto que hija y madre se habían quedado solas, cuando sonó un terrible estruendo en la sala próxima, y ambas corrieron asustadas a la puerta del gabinete para ver qué demonios ocurría. Don Simón, don Pito y don José Bailón, el cura renegado (1), vecino de la casa, y el más asiduo concurrente a la tertulia de los Babeles, habían armado tal gresca, que daba miedo oírlos. El jefe de la familia se había levantado de su asiento junto a la mesa, y cogiendo una silla, golpeaba con ella el suelo, vociferando como un demente, mientras Bailón, sentado, acariciaba la botella de

(1) Véase *Torquemada en la hoguera.*

cerveza medio vacía, bufando de ira, rojo como un pimiento. Y don Pito, repantigado en una silla, con las piernas estiradas sobre otra, y echando la cabeza atrás, increpaba al techo con expresiones burlescas y roncas, que en medio de la infernal bullanga de los otros dos apenas se entendían.

DON SIMÓN.—Eso es una imbecilidad, eso es desconocer la Historia; y los que tal sostengan están vendidos al oro borbónico.

DON JOSÉ.—Sópleme usted esa mosca, ¡pateta! Usted no sabe lo que dice, y se lo probaré..., y le enseñaré lo que es una Constitución, que no lo sabe.

DON SIMÓN.—Como no me enseñe usted las narices..., ¡qué cuerno! Le digo a usted que no sabe dónde tiene la mano derecha.

DON PITO.—¡Carando!... Por vida del tío Carando y de la tía Yemas, yo sostengo que ninguno de los dos sabe una patata del asunto.

Dulce y doña Catalina, que entraron a poner paz, no pudieron enterarse de la causa del alboroto, la cual fué que el cura renegado sostuvo que, al triunfar la revolución, debían reunirse Cortes Constituyentes, y Babel se pronunció rabioso contra esta idea, afirmando que la Constituyente no era práctica, y que la transformación de la sociedad debía hacerse en la *Gaceta*, por simples decretos dictatoriales. Y la disputa se agrió, arrojándose uno a otro dardos envenenados, hasta llegar a un punto en que parecía inminente la colisión, y poco faltó para que la botella de cerveza saliera volando por los aires al encuentro de una silla de Vitoria.

V

Dos cosas calmaron el coraje homérico de don Simón García Babel: la presencia de su hija, que solía ser nuncio de una era de provisiones, y estas palabras de doña Catalina, que cayeron en medio del campo de Agramante como una bomba de paz:

—Ea, Simón y Pito, estúpidos, no os sofoquéis, que vamos a cenar.

Esta frase sublime determinó en la cara del inválido marino una iluminación singular. El resplandor indeciso de sus ojos azules parecía llamarada de alcohol flotando sobre la aspereza del corcho insensible. Cara más áspera, más amojamada, no se podía ver, comparable, quizá, más que al alcornoque, a una esponja vieja y reseca, surcada de cortes y desgarraduras profundísimas. Era su frente cuarteada, como un manojo de raíces de droguería; sus manos, forzudas aún, revelaban parentesco con el cabo de filamento de coco; sus barbas, blancas a trechos, a trechos verdosas, crecían entre las grietas de la piel, como el escaramujo en un casco que ha navegado largo tiempo sin entrar en dique.

Don Simón, acariciando a su hija y desenojándose súbitamente, le dijo:

—¿Has visto ese majadero de Bailón? ¡Proponer que haya Cortes Constituyentes! Eso no se le ocurre ni al que asó la manteca.

Y el cura renegado saludaba familiarmente a doña Catalina, diciéndole:

—A su marido de usted, a ese chiflado, hidrófobo, hay que ponerle un bozal. ¡Defender la dictadura! Yo quiero que la ley vaya siempre delante, y que todo se haga conforme a derecho.

—Dulce, hija de mi alma—dijo don Pito a su sobrina, sin abandonar su posición indolente—. Ven acá, da un abrazo a tu pobre tío, que está con el cigüeñal roto, los fuegos apagados... ¡Ay, no me puedo mover! La pierna de estribor no gobierna, chica, y el mamparo este (la boca del estómago) parece que se me quiere subir a la escotilla. Tú siempre tan simpática. ¿Nos traes auxilio? Si no fuera por ti, ¡qué sería de estos pobres cascos!... ¡Carando!... Cuéntame, ¿qué es de tu vida? ¿Y ese pobre Guerra...?

La entrada de *Naturaleza* aplacó los ánimos irritados, y hasta don Simón parecía transigir con que hubiera Cortes Constituyentes. Llegóse a su amigo, y mediaron nobles explicaciones sobre los *voquibles* pronunciados en el hervor de la patriótica contienda. La de Alencastre fué a la cocina, mientras su hija ponía la mesa, entendiéndose por esto el tender un mantel de tres semanas y colocar sobre él unos cuantos platos y cubiertos, salero y un perrito de porcelana, sin cabeza, en cuyo lomo se clavaban los palillos. Dulce era condescendiente y amable con todos, y el único a quien no tragaba era a Bailón, porque, en verdad, no parecía bien que aquel gorronazo, que

pasaba por rico en la vecindad, y prestaba dinero con usura, se convidase a cenar, consumiendo parte no floja de la exigua pitanza. La conversación se reanudó en tonos templadísimos, y las ideas de tolerancia y mutua consideración flotaban sobre la mesa, como las nubecillas de un cielo sereno sobre campo en que se ven señales de buena cosecha.

Don Simón tiene la palabra:

—Venga la revolución de cualquier manera, que es lo que importa. Tabla rasa, y después veremos. Yo le escribí a don Manuel el mes pasado, a raíz del fracaso, y le decía: "No hay que desanimarse... Eso se derrumbará por sí solo, y se deshará como un azucarillo rociado con agua. Después, los que nos sabemos al dedillo las necesidades del país, por habernos quemado las cejas estudiándolas, le daremos a usted los materiales para que los vaya mandando a la *Gaceta*. Nada de Parlamentos, ni discursos, ni vocinglería. *Gaceta, Gaceta* y *Gaceta*. En ocho días, España del revés, como se vuelve un calcetín." Y a vuelta de correo me contestó...

Aquí estuvo a punto de reproducirse la anterior tempestad, porque Bailón, soltando la carcajada, dejó al otro con la palabra entre los dientes. En un tris estuvo que el clerizonte le dijera:

—No sea usted mamarracho. Ni usted ha escrito a don Manuel, ni el don Manuel ese le hace a usted maldito caso.

Pero no quiso exacerbar a su amigo, y todo quedó en un tiroteo de frasecillas irónicas.

—Comoquiera que sea, Simón—apuntó don Pito—, arréglalo pronto, que más perdidos de lo que estamos no podemos estar. Soy modesto en mis aspiraciones. Me contento con una ayudantía de Marina en cualquier puerto de tercera clase.

—¡Pero qué simple es usted!—le dijo Bailón—. ¿Cree que entonces habrá ayudantías, ni marina, ni siquiera puertos?

—Señor de Bailón—saltó Babel entre despreciativo y amenazador—, ¿usted qué sabe lo que habrá ni lo que no habrá? En otras manos está el pandero. Descuide usted, que hablará la *Gaceta*, y entonces sabrán todos cómo se corta el queso. Lo que puedo anticiparle, y usted me cree o no me cree, según le convenga, es que las Clases Pasivas se liquidarán con un papel que crearemos al efecto; que el ejército nuevo costará la décima parte del antiguo; que las misas páguelas quien las oiga, y que no se permitirá retener los sueldos de los empleados civiles ni militares... Por ahí le duele a usted. ¡Ah! Por eso quiere Cortes Constituyentes, y discurseo, dictámenes y líos, y patetas, con el fin de empapelar la revolución, para que todo siga como ahora está.

—No, si yo no quiero nada, mi amigo señor don Simón—dijo el cura renegado echándose a reír—. Que haya orden y moralidad es mi único deseo.

—Moralidad, eso...—exclamó don Pito, dando puñetazos sobre la mesa.

—¡Moralidad, moralidad!—repitió Babel, atusándose los bigotazos—. De eso se trata. Pues vea usted: yo sostengo que la revolución no hará la moralidad de golpe y como por ensalmo, pues en país tan corrupto como el nuestro, donde la máquina está oxidada, no es fácil limpiarlo todo en un día, ni en dos..., pero ni en tres... Se hará lo que se pueda. ¿Cómo? ¡Ah! No lo debo decir.

—Lo primero que tenéis que hacer —repuso don Pito—es colgar de una verga a tantísimo tunante y tantísimo ladrón. Que la paguen, que la paguen, y así los que vengan detrás aprenderán a andar derechos. Y yo pondría en cada oficina un contramaestre armado de un buen bejuco, y a rebencazo limpio les haría trabajar a esos gandules de empleados... Al que faltara o hiciera algún chanchullo..., a ver, trincarme a ése..., un *boca-abajo*..., doscientos palos, sal y vinagre en las heridas, y a otro... ¡Ah, qué administración tendría yo si me dejaran! Daría gusto verla, y el país, agradecido, me llamaría su padre, padre de la patria. Sí, no hay que reírse, ¡yema! Y a los diputados les haría andar más derechos que un palo macho. Al que dijera algo contra la libertad, o al que me armara intrigas y enredos, ¡listo!, codo con codo a las islas Marianas. Desengañaos, es el gran sistema. A la pillería de este país no hay quien la baraje sino con la ley del *componente*. ¡Eh! Señor Cánovas, o señor Castelar, o señor Sagasta: ¿qué me dice usted ahí? ¿Que los derechos y que la prerrogativa, y que sí y que no, y que pateta? Póngase usted boca abajo, que le voy a explicar mis doctrinas constituyentes y el alma pastelera del tío Ca-

rando... Veríais cómo andaban todos derechos. Si no hay otra manera, desengáñense, no la hay... ¡Conozco la Humanidad, porque he bregado mucho con ella, y sé que es un animal feroz si no se la sabe domesticar!...

La conversación siguió en estos tonos, de grotesco humorismo. Servida la cena, toda la familia cayó sobre ella con alegre voracidad, no siendo el intruso Bailón el menos aplicado a despacharla. Dulce fué a llamar a su hermano Fausto y a su primo Policarpo, que, abstraídos en misteriosa faena dentro de la estancia llamada laboratorio, no hacían caso de los repetidos llamamientos de doña Catalina para que fueran a cenar. Se habían encerrado por dentro, y Dulce tocó una y otra vez en la puerta, hasta que al fin abrieron; pero no pudo la joven satisfacer su curiosidad, pues antes de abrir ocultaron todo, cubriendo con periódicos los objetos diversos que sobre la mesa tenían. El aposento era pequeño, con ventanas a un fétido patio, y de la pared pendían formas extrañas, figuras de guiñol, de estúpida cara, una cabeza de toro disecada, un estantillo con varios frascos de reactivos y barnices; libros viejos y sucios; en el suelo, piedras litográficas, montones de periódicos, herramientas diversas, todo en el mayor desorden, maloliente, pringoso, polvoriento.

—Pero ¿qué demonios hacéis?—les dijo Dulce, tapándose la nariz—. ¡Qué asco! No sé cómo respiráis en esta sentina.

El uno se restregaba los ojos, encendidos por la fatiga de un largo trabajo con luz artificial, y el otro limpiaba unas plumas, guardándolas cuidadosamente.

—Primita—dijo Policarpo, con insinuante voz—, ¿por qué no te corres con un par de pesetillas? Ten compasión de estos *esgalichaos*.

—Pero ¿qué hacéis? ¿En qué os ocupáis? Decídmelo—replicó Dulce, sacando su portamonedas.

—Se lo diremos, para que no crea que es cosa mala—indicó Fausto, limpiándose las manos con un trapo más sucio que ellas—. Hemos hecho unas aleluyas políticas..., cosa de gracia, y ahora estamos con *el lapicero mágico*, porque el juguetillo del gato y el ratón ya no hay quien lo compre. Fabricamos chucherías que se venden en la Puerta del Sol a perro chico. Miseria, hija, miseria. Pero, verás, con el *Cálculo infalible de las jugadas a la lotería* que estoy inventando ahora hemos de ganar muchísimo dinero.

Dulce les dió la limosna, que ellos agradecieron mucho. Por cierto que si se descuidan en ir a cenar no encuentran más que los platos vacíos, porque los manjares, a saber, tortilla, salchichas, jamón, arenques, etc..., volaban que era un gusto de los platos a las bocas, y los comensales semejaban maestros de prestidigitación, por la rapidez con que hacían desaparecer la comida. El general apetito mataba la plática, y sólo se oía ruido de masticaciones diferentes, y el picoteo de los diestros tenedores cogiendo la ración. Por derecho consuetudinario, la botella estaba bajo la jurisdicción y custodia de don Pito, quien no escanciaba en los vasos sino raciones muy medidas, teniendo algo que rezongar cuando se le pedía parte de lo que él estimaba de su exclusiva pertenencia. *Naturaleza*, siempre humilde, tomaba lo que le daban, sin permitirse reclamar. Los desperdicios eran siempre para él, y es fama que en cierta ocasión se contentaba con los huesos de las aceitunas, aunque el caso no está comprobado. Fausto y Policarpo devoraban, el jefe de la familia cumplía como bueno, y doña Catalina no comía más que pan pringado, entreverando las degluciones con suspiros, que sacaban pedazos del alma, a medida que iban entrando pedazos de alimento.

Terminada la cena, despedíase Dulce de su madre en la puerta de la cocina, cuando vió venir por el pasillo adelante, arrastrando la pata derecha, al gran don Pito, auxiliado de un bastón, eructando y echando maldiciones contra el reuma. Al verla, se regocijó, como siempre, y la invitó a pasar a su cuarto, donde la obsequiaría con una copa de *lo que resucitaba a los muertos*.

—Ya, ya van al aguardientazo—dijo doña Catalina, furiosa—. No hay mayor perjuicio que dar de comer a estos borrachones, que no pueden digerir si no se llenan el cuerpo de esa ponzoña.

Don Simón apareció en seguimiento de su hermano, tarareando aquello de *cuatro boqueroncitos*, y al oír las expresiones de su cara mitad, tomó el tonillo zumbón para decirle:

—Prenda mía, ya sabes que yo no empino. Mi hermano es el que se encandila. Yo no lo cato, por no ofenderte, y aquí me tienes rendido y dispuesto a besar tu real pata.

—Anda, gandul, mejor emplearas en trabajar ese talento, ese pesquis que maldito para qué te sirve.

—Camarera—gritó don Pito, entrando en su cuarto, próximo a la cocina—, no se incomode usted. Yo sólo bebo, pero es para abrigarme por dentro, tapándole las rendijas al frío. Entra tú, Dulcenombre, y lo probarás.

—¿Yo? ¡Qué asco!

El cuarto del capitán de barco no tenía más que el tamaño suficiente para una angosta cama, una percha, rinconera que hacía de mesa de noche, y lavabo de trípode de hierro, en cuya jofaina difícilmente cabía un azumbre de agua. Más que cuarto parecía camarote. Sobre un estantillo de mala muerte veíanse los planos arrollados y sucios, el sextante cubierto de cardenillo, y la caja vacía de los cronómetros; de un clavo pendía el capote de agua; el baúl claveteado, que hacía las veces de silla y de sofá, guardaba un aneroide roto, algunos libros de derrota y otros restos del ajuar del marino. Sentóse éste en la cama, después de haber sacado de los bolsillos del capote de agua, que de alacena le servían, una botella y una copa, y allí, ante su sobrina y cuñada, se sirvió ración bastante para tumbar a cualquier cristiano. Pero el maldito tenía la cabeza hecha a las fuertes presiones, y sólo se ponía un poquitín alegre, y le entraba una especie de ternura humanitaria, perdonando a los que antes quería matar a latigazos. Su hermano se obsequió con media copa, y tanto instaron ambos a la noble doña Catalina, que probó la ginebra, haciendo mil visajes, y carraspeando. Hasta el comedor donde Bailón preparaba el tablero de damas llegó el olorcillo, y el clérigo acudió a las voces que le daba don Pito:

—Capellán, capellán, que estamos pasando la línea, y hay que remojarla.

Y acudía el capellán para alumbrarse un poco, y como quisieran hacer lo mismo Policarpo y Fausto, su madre les despachaba con un bufido:

—¿También vosotros? A la calle, bigardones. Harto hacemos con llenaros el buche.

Salían ellos refunfuñando, y los demás se convocaban en la sala, con júbilo febril, dispuestos a charlar y disputar, riendo como locos hasta más de medianoche. Doña Catalina se dormía como un cesto.

Salió Dulce de la leonera con el corazón oprimido, llorando mentalmente y presagiando desdichas, calamidades y tragedias.

CAPITULO III

LA VUELTA DEL HIJO PRÓDIGO

I

Sin quitar ni poner nada, contó a Guerra su amante lo que había visto y oído aquella noche en la cueva de los Babeles, y si algunas cosas, de puro carácter sainetesco, los movieron a risa, en general la situación de la familia sin ventura despertaba en ambos compasión muy viva. Dulce se angustió considerando que el problema vital se presentaba en aquella casa con peor cariz cada día, y Guerra habló de los peligros que podía correr su seguridad personal si alguno de los Babeles daba en la tecla de denunciarle; y aunque Dulce porfiaba que su padre y hermanos no le venderían nunca, él no las tenía todas consigo.

—De don Pito no temo nada. De tu padre estoy menos seguro, y en tu hermano Arístides no tengo maldita confianza. Esa miseria desesperada y rabiosa, esa limpieza de bolsillo, esa falta de ropa en persona acostumbrada a vestir bien y a darse buena vida, son muy de temer. En tales condiciones, un hombre de su temperamento y de sus hábitos me asusta como un animal venenoso. Luego, no puedes figurarte entre qué clase de gentes anda, lo más perdido y desastrado del mundo. ¿Crees tú que se pasa las noches conspirando y que le desvela la política? ¡Quia! Nosotros, los que anduvimos en las correrías del mes pasado, no le hemos visto por parte alguna, ni sabemos que se haya comprometido en nada. ¿Sabes dónde está en este momento? En un garito que hay en la escalerilla de la plaza Mayor, junto al café de Gallo. Allí le tienes de punto fijo, viéndolas venir. En cuanto a tu ilustre papá, ya sabes que con todo ese republicanismo de cháchara y la farsa de car-

tearse con don Manuel, se pasaba las mañanas adulando a don Basilio Andrés de la Caña, ese que está en Hacienda, para que le vuelvan a nombrar inspector del Timbre... Y por si cuaja, marea también a Juan Pablo Rubín, el de Gobernación, para sacarle una placita de la ronda secreta.

En los días que siguieron a la mencionada visita a los Babeles, los recursos pecuniarios de la pareja ilegal fueron mermando hasta ponerla en situación dificilísima. Dulce, como antes se ha dicho, hacía milagros de administración, y nadie sabe el partido que sacaba de una peseta. Si Guerra hubiera tenido fe y hábitos religiosos, habría dado gracias a Dios por el hallazgo de aquella mujer incomparable, tan bien cortada para la adversidad, que no sólo parecía resignada, sino satisfecha con la pobreza, y daba siempre una acentuación humorística a sus cálculos para estirar el dinero o para aprovechar los víveres, como los aprovecharían los náufragos refugiados en una balsa en medio de las olas, esperando ver pasar un buque. Su temple era siempre el mismo, y su natural bondad y dulzura mayores quizá en aquella vida de prueba.

Pero llegó un día, ya muy entrado octubre, en que vió Angel la necesidad imperiosa de salir de su guarida en busca de recursos. Ya no podía dilatar más tiempo el trámite imprescindible de acudir a su madre. Temblaba de pensarlo. ¿Cómo le recibiría? De fijo muy mal. El carácter inflexible y los modos autoritarios de la buena señora presentábanse en su viva imaginación con caracteres aterradores. Una noche decidióse a salir, no con ánimo de entrar en su casa, sino de rondarla, imaginándose que de este modo se familiarizaría con la idea terrible de hacer frente al tirano que la habitaba. Disfrazóse lo mejor que pudo, y como las noches empezaban a refrescar, pudo echarse la capa para ocultar el brazo que llevaba en cabestrillo; encasquetóse una gorra de pelo y a la calle. Era la primera vez que salía después de la famosa noche del 19 de septiembre, y todo le parecía extraño, los escaparates, los tranvías, las personas, hasta los perros.

No tardó en llegar a su barrio natal, que es aquel olvidado rincón de Madrid comprendido entre la plaza de las Descalzas, la Costanilla de los Angeles, las calles de la Flora y de Preciados. Pasó por su casa, situada más arriba de la plazuela de Trujillos, con vuelta a una de las estrechas y solitarias calles que parecen prestadas por la parroquia de San Pedro a la de San Ginés. La urbanización novísima las envuelve sin penetrar en ellas, y la soledad y paz de aquella isla apenas son turbadas por el rumor de las corrientes que pasan lamiéndola por un lado y otro. La casa de Guerra es de fines del siglo XVII, restaurada de un carácter arquitectónico muy madrileño, toda de ladrillo, menos la holgada puerta rectangular, de jambas, almohadillas y dovelas enormes; los balcones, de hierro, sostenidos por palomillas del propio metal, retorcido y moldeado La restauración moderna de este edificio concuerda en carácter pintoresco con su severa fábrica antigua. Los paramentos altos hállanse pintados de rojo, imitando ladrillo descubierto, y en las ventanas y machones se ha simulado también con pintura bastante hábil un almohadillado de piedra semejante al de la puerta. El piso bajo imita sillares berroqueños, y sus huecos hállanse defendidos por colosales rejas. Este tipo de fachada, tan común en el Madrid antiguo, no carece de elegancia y grandeza y aun con su deleznable pintura decora y urbaniza mejor que esas antipáticas fachadas modernas de labrada escayola, todas afectación, petulancia y fragilidad.

Después de pasar varias veces por delante del portal sin ver a nadie, observó Guerra atentamente los balcones de las dos fachadas, por si algo se descubría en alguno de donde pudiera colegirse lo que dentro pasaba. Ni en el cuarto de la señora ni en el de *Leré* se veía luz. Todo cerrado a piedra y barro. Ningún indicio, ningún dato, ninguna claridad. Sólo en uno de los balcones vió colgada ropa blanca, que debía de ser de la niña. Verificada esta inspección, empleó largo tiempo en recorrer las inmediatas calles de la Sartén, las Conchas, las Veneras, la Ternera. Erale tan familiar aquel trozo de Madrid como el interior de su propia casa, y conocía de vista y de trato a casi todos los vecinos de las tiendas y prenderías. En la puerta de la taberna de las Conchas estaba el tabernero hablando con la dueña de la pollería, y ninguno de los dos le co-

noció; tan bien disimulaba su persona con la peluda gorra hasta las orejas y el embozo de la capa hasta los ojos. Iba y venía, y a nadie llamaba la atención aquel rondador nocturno, pues es cosa corriente encontrar en cada esquina de Madrid algún entapujado de tal catadura, el cual suele ser Tenorio de menor cuantía que ojea doncellas de servir o maritornes inservibles.

No decidiéndose a entrar, Angel acechaba al criado aquel que dió noticias a Dulce pocos días antes, y se admiraba de que habiendo vigilado tan cuidadosamente las calles que a su casa conducían, no hubiera tropezado ya con aquel demonio de Lucas. Imposible que en tanto tiempo dejase de salir con alguna comisión o recado. Era además hombre muy callejero *per se*, y en cuanto concluía los quehaceres más perentorios bajaba a tomar el fresco y a charlar con las lecheras de la esquina de enfrente. ¿Qué diantres le pasaba aquella noche para contravenir los hábitos de toda la vida? Esto pensó Guerra, metiéndose y sacándose por las calles y fatigado ya de tantas vueltas y remolinos. Por fin, cuando no se acordaba ya del criado, al desembocar de la calle de la Sartén..., ¡paf!, ¡Luquitas! Este no le conoció. Fuése tras él su amo y le agarró por el pescuezo.

—¡Ay Dios mío, el señorito aquí!... Le creíamos en Francia o qué sé yo dónde... ¡Ni siquiera escribir para dar noticia de si vivía o moría!... ¿Qué hace que no entra corriendo a ver a la señora, que está...?

—¿Cómo está mi madre?

—Muy mala; pero muy mala. Mañana, junta de médicos. Vengo de llevarles los avisos de parte del señor don Alejandro Miquis.

—No me engañes, Lucas. Me cuentas eso para que entre... Mira que te pego si no me dices la verdad. Mi madre no está tan mala como dices.

Con estas palabras artificiosas quería Guerra envalentonarse y pasar hacia abajo el nudo que se le había puesto en la garganta y que no le dejaba respirar.

—Entre y véala... Pero qué, ¿será capaz de no entrar? ¡Valiente disgusto le ha dado a la señora! ¡Qué días y qué noches está pasando la pobrecita!... Con aquel ahogo que le corta la respiración y aquellos letargos que le dan... Lo que hay es que como tiene tanto coraje y tanto tesón doña Sales, si no fuera por lo que se desmejora, no se le conocería la procesión que le anda por dentro.

A Guerra sí que le andaba por dentro procesión de las más lúgubres al oír tales cosas.

—¿Dices que... junta de médicos?

—Sí, señor; y ha venido de Toledo el señor canónigo Pintado, a *administrarla*.

—Y ¿qué más, hombre? ¿Qué más noticias malas tienes que darme? Te estrangulo si me engañas... Di otra cosa. ¿Y mi hija?

—La niña tuvo un resfriado; pero ya está bien, gracias a Dios. Pregunta cuándo viene de Francia su papá, y a todos nos vuelve locos con sus monerías y con lo mucho que sabe.

—Otra cosa. ¿Quién está ahora en casa?

—Cuando yo salí no había nadie más que don Braulio, que desde que la señora se agravó duerme aquí todas las noches. Estuvieron las señoras de Santa Cruz, de Medina y la marquesa de Taramundi. El canónigo don Luis vive también en casa; pero por las noches, después de comer, suele ir a la tertulia de los señores de Bringas. No vuelve hasta las once dadas. Pero, en fin, ¿entra el señorito o no entra?

Guerra dió algunos pasos hacia el portal con resolución firme; después otros tantos en dirección contraria; se detuvo, volvió a ponerse en movimiento. Su mismo propósito de entrar impulsábale a ponerse lejos, como si la puerta de su vivienda fuese un trampolín y necesitara tomar carrera para saltarlo.

II

—Ya ves, Lucas, mi situación es muy desagradable. Ausente tanto tiempo..., mamá enferma... Entraré, ¿pues no he de entrar? Pero necesito preparar el ánimo..., pensar las disculpas que debo darle... En fin, déjame aquí, vuelve tú a casa, y si está allí Braulio dile... No, no le digas nada. Entraré solo... Y mamá, ¿duerme ahora? Descansará tal vez y no conviene que me vea hasta mañana. Pero si se despierta, bueno sería que Braulio la preparase, diciéndole que ando por Francia, que he escrito, que me he puesto en camino al saber la enfer-

medad, que deseo me perdone..., que llegaré por momentos...

Comprendiendo Lucas la penosa incertidumbre del hijo de su ama, discurrió que para capturarle convenía la intervención de persona más autorizada, y obrando con la presteza que el caso exigía se internó en la casa. No habían transcurrido diez minutos, cuando apareció de nuevo, acompañado de un señor obeso, el cual, precipitadamente, se abalanzó hacia Guerra, y, abrazándole, le dijo:

—¡Angel, gracias a Dios!... ¡Qué alegría tan grande!

Y sin darle tiempo a responder ni a decir nada le empujó hacia la puerta. Como Guerra se desembozase en aquel momento, el gordo notó que tenía un brazo en cabestrillo.

—¿Qué es eso, hijo? Poca cosa, sin duda. ¡Ay, qué alegrón, pero qué alegrón!... ¡Y doña Sales que había perdido la esperanza de volverte a ver!...

Cogiéndole de la mano sana y estrechándosela con cariño, le llevó por el portal adentro, sin que el otro hiciera resistencia. Los porteros, viejo y vieja, que desde el año 53 vivían dentro del garitón situado a la derecha, conforme entramos, salieron presurosos a ver la captura del señorito de la casa, pero sin atreverse a expresar con un solo gesto su satisfacción. El portal es bastante ancho, con suelo de empedrado fino: en el fondo, dos arcos de fábrica revocada dan ingreso a la escalera, de peldaños de pino reforzados en la huella con flejes de hierro. De abigarrados azulejos es el zócalo y el barandal de hierro pintado de verde oscuro. Cuelga del alto techo un inmenso farol prismático y sin ningún adorno, especie de cajón de cristales, dentro del cual colea en forma de media luna la llama del gas. Más arriba, en el rellano del principal, hay otra luz, próxima a la puerta de cuarterones, por donde se entra en la habitación de los Guerras. Al penetrar en el portal y subir la escalera, la opresión que Angel en su pecho sentía se disipó de súbito, dejando espacio a una impresión de descanso y alivio. La casa en que había nacido, aquellas nobles paredes, con las cuales su niñez y su juventud parecían formar un todo indivisible, le habló ese ternísimo lenguaje con que lo inanimado nos dice todo lo que sabe y puede decirnos. Una sirvienta anciana, que aguardaba en la puerta, echó sobre el hijo pródigo una mirada de tierna reconvención que le hizo bajar los ojos. Como Braulio entraba de puntillas, Guerra procuró no hacer ruido. Ambos se metieron en un despachillo próximo al recibimiento.

—La señora no duerme—dijo Braulio—; pero está descansando ahora de su ahogo, y una fuerte impresión le haría muchísimo daño. Verás a la niña, si no se ha dormido aún. Pero quítate esa gorra, por Dios, que el pobre ángel se asustará de verte en semejante facha. Hace mucho calor aquí, ¿verdad?

Aquel Braulio, administrador de los cuantiosos bienes de doña Sales, representaba cuarenta y cinco años; era grueso y rubicundo, usaba gafas de oro y sus mejillas parecían dos rosas frescas, bañadas de rocío, porque en toda ocasión le veríais sudando y sofocadísimo, cual si volviese de una larga carrera; hombre, en fin, que siempre tenía calor de sobra, como estufa encendida al rojo, y que en invierno vestía de riguroso verano. Y no obstante la riqueza de su sangre, que parecía rezumársele por la piel y encendérsele en llamaradas en los mofletes, su temperamento era frigidísimo y su carácter enteramente contrario a la prontitud y a la irascibilidad. Todo aquel lujo sanguíneo y aquella opulencia muscular servían de continente a la calma, a la paciencia, a la minuciosidad laboriosa y al método rutinario. Abanicándose con su hongo, dijo al recién venido estas cariñosas palabras:

—Doña Sales te perdonará; ten por seguro que te perdonará.

Como Angel se levantara para salir del despacho, Braulio le detuvo, diciéndole:

—No te muevas, no hagas el más ligero ruido, que la enferma es capaz de oír el vuelo de una mosca. Conviene no turbar su descanso.

Llegóse a Guerra en aquel instante la criada anciana que le había recibido en la puerta, y oprimiéndole la cabeza le besó en la frente, diciendo en voz muy queda:

—Al fin, el Señor nos ha tenido lástima y te ha echado para acá.

La buena sirvienta tuteaba al señorito, a quien había visto nacer. El no le

contestó nada. Su emoción no se lo permitía.

Secreteando, la vieja habló de este modo:

—Ahora parece que está como transpuesta. Ha cerrado los ojos; pero no me fío, no, y sospecho que se hace la dormida para escuchar mejor. Hasta mañana no conviene que la veas, Angelín de mi alma, y antes habrá que prepararla.

A esto asintió Guerra, y luego manifestó deseos de ver a su hija; pero la niña dormía en la alcoba inmediata a la de la señora y no era prudente penetrar en ella.

En esto apareció la que llamaban *Leré*, quien ya sabía la vuelta del hijo pródigo, y le saludó desde el pasillo, sonriendo y llevándose el dedo a la boca, con lo cual, al mismo tiempo que expresaba la felicitación por la llegada, ordenaba silencio absoluto. Por indicaciones de la misma *Leré*, hechas también a usanza de sordomudos, Braulio y Angel pasaron al comedor andando de puntillas, y allí pudieron expresarse con más libertad, pero siempre moderando la voz.

Ibase Guerra adaptando a su nueva situación; disipábanse su temor y vergüenza, y la casa natal le sonreía con amoroso agasajo. En el comedor no se habían alzado aún los manteles, y por la disposición de los cubiertos, así como por los esparcidos residuos de postres, se echaba de ver que habían comido allí cuatro personas. Intacto permanecía el puesto de doña Sales. El que ocupó su hijo durante tantos años revelaba haber pertenecido aquella noche a la considerable personalidad del canónigo de Toledo. Guerra lo conocía y se hubiera atrevido a jurarlo.

Entró *Leré* en el comedor, y después de reñir suavemente a Lucas y a una de las criadas por no haber levantado los manteles, se llegó al señorito para preguntarle por aquel desperfecto del brazo. Contestóle Angel que no era nada, y con la mano sana dió un puñetazo en la mesa, diciendo:

—¡Vaya, que estar en mi casa y no poder ver a mi hija!...

—Quien se ha pasado un mes sin verla—dijo *Leré*, entre severa y bromista—, bien podrá esperar una noche. La señora no puede conciliar el sueño, y al menor rebullicio se altera y le entra la congoja Tenemos a *Ción* en el cuarto próximo. La puerta abierta. Sólo con que yo la cerrara ya tendría la señora para calentarse la cabeza toda la noche. Pues digo, si llega a sospechar que usted ha venido... Dios mío, impresión tan fuerte, en su estado delicadísimo, podría perjudicarla... No, no; vayamos con tiento... Ahora, cuando yo entre, si está despabilada, como es de creer, le diré: "Señora, noticias del perdido... A don Braulio le han dicho que le vieron en París la semana pasada." Y mañana se le dirá que hay telegrama... En fin, yo me entiendo.

Con estas cosas se arreciaba el tumulto que Guerra sentía en su conciencia. Al propio tiempo, le mareaban los ojos de *Leré*, acerca de los cuales conviene dar una explicación.

III

Ante todo, la joven aquella, cuya edad no pasaría de veinte años, soltera y natural de Toledo, había entrado en la casa con el carácter de institutriz o aya de la niña de Angel, y tales aptitudes y cualidades reveló al poco tiempo de estar allí, que sus funciones se fueron multiplicando, y doña Sales le tomó vivísimo afecto, concediéndole su confianza en unión de Basilisa, la criada veterana; pero como más inteligente que ésta, tenía *Leré* atribuciones de mayor importancia en el gobierno doméstico. En aquellos días oficiaba también de enfermera, sin olvidar sus demás quehaceres ni el cuidado engorroso de la chiquilla. En la casa la querían todos, altos y bajos, y su autoridad no fué nunca molesta, por el tacto singularísimo que siempre tuvo para imponerla dulcemente y sin humillación de nadie. Su actividad era tal, que no se concebía hiciese tantas cosas y desempeñara funciones tan distintas con un solo cuerpo. Iba y venía de estancia en estancia, ligera, sin que se le sintieran los pasos, y la servidumbre inferior se acostumbró pronto a no verse nunca libre de su incansable vigilancia.

Comprometido se vería el definidor de bellezas a quien mandaran poner a *Leré* en el grupo de las feas o en el de las bonitas, porque era su cara de las más enigmáticas que pueden verse, ininteligi-

ble o expresiva por todo extremo, según por donde se empezara a deletrearla. El blanco marmóreo de su tez contrastaba con lo negro de su pelo y de sus cejas, las cuales parecían dos tiritas de terciopelo pegadas en la piel. Mal figurada la nariz y no muy correcta la boca, blancos y desiguales los dientes, resultaba un conjunto dudoso, de esos que deben entregarse al personalismo estético y al capricho de los hombres. Además, sus ojos verdosos, con radiaciones doradas, hallábanse afectados de una movilidad constitutiva, de una oscilación en sentido horizontal que la semejaba a esos muñecos de reloj que al compás del escape mueven las pupilas de derecha a izquierda. Cuentan que la causa de tal afección nerviosa fué que, hallándose su madre embarazada, tuvo un gran susto, y la criatura salió con aquella vibración de los nervios ópticos, que científicamente se denomina *nistagmus rotatorio*. Como si esto no fuera bastante, contrajo, ya grandecita, el tic o maña de pestañear incesantemente, más aprisa cuando redoblaba su actividad en cualquier asunto o cuando por diferentes motivos se excitaba; y de la oscilación horizontal de sus pupilas, junto con aquel abre y cierra de las pestañas largas y negras, resultaba un cruzamiento y enredijo tal de destellos y sombras, que, al hablar con ella, no se la podía mirar atentamente sin marearse. A veces ocurría el fenómeno extrañísimo de que, por efecto de un contagio nervioso, el interlocutor de la muchacha, si era la conversación algo viva, a poco que se fijase en los ojos de ella empezaba a tartamudear. Hasta que no se iban acostumbrando al cabrilleo de los ojos de *Leré*, las personas que con ella vivían pasaban muy malos ratos. De cuerpo era bastante esbelta, de mediana talla, el seno más abultado de lo que a su edad correspondía, la cintura delgada y flexible, el andar más que ligero volador, las manos listas y duras de tanto trabajar.

—Sí, prepárala gradualmente—le dijo Guerra—. Hazlo tú como te parezca mejor, y Braulio ayudará. ¿Está muy incomodada conmigo? Yo reconozco que no le faltan motivos; pero también habrá algo que me disculpe... Mira, *Leré*, hazme el favor de no pestañear tan vivo, que me mareas. Había ya perdido la costumbre de ver tus ojos, y créeme que es como si estuviese viendo el reflejo del sol en el agua movible.

Leré se echó a reír, y mirándole sin pestañear, abría mucho los ojos, cuyo movimiento oscilatorio no cesaba, porque era superior a su voluntad.

—Y ¿no podrías—añadió Angel—corregirte ese bailoteo de los ojos? Francamente, temo mucho que se le pegue a mi *Ción*...

—No se le pegará... Esto lo tengo porque mi madre...

—Sí, sí, ya sé la historia... Hablemos de otra cosa. ¿Y dices que mamá no duerme esta noche?

—Si acaso, algunos ratos, muy breves. No puede acostarse, y la tenemos en el sillón, derecho el cuerpo entre almohadas. Ayer estuvo tan bien que nos dió esperanzas; pero esta tarde, ¡ay, qué tarde! Creíamos que se ahogaba.

—El médico—apuntó Braulio, considerando que debía decir a Guerra toda la verdad—se muestra muy reservado, y teme mucho que las impresiones morales influyan de un modo funesto...

—Me oprimís el corazón con vuestro pesimismo—dijo Angel, dominando su inquietud—. Mamá tuvo siempre una salud vigorosa. Si me dais a entender que los disgustos que yo le doy han podido para destruirla más que su naturaleza para defenderla, no tendré consuelo, y si ocurre una desgracia... No, no me digáis que mamá se muere. No, no me digáis eso: sed indulgentes. Mi maldad no es maldad, es fanatismo, enfermedad del espíritu que ciega el entendimiento y dispara la voluntad. Mi madre y yo pensamos y hemos pensado siempre de distinta manera. No es culpa mía... Cierto, ya sé lo que me vais a decir, cierto que yo debí, ya que no subordinar mi pensamiento al suyo, por lo menos contemporizar, disimulando... Pero no supe, no pude hacerlo, no puedo. Mi fanatismo ha sido más fuerte que yo, y dado el primer paso, los acontecimientos me han llevado más lejos de lo que creí... Nada, nada, confiésame tú, Braulio, y tú también, *Leré*, que mis faltas no son de las que deshonran. Llamadlas, si os parece bien, imprudencia temeraria, desvanecimiento, exaltación política, tontería, si queréis; pero no me digáis que soy un hombre de quien se debe huir como de un apestado. Eso no, eso no.

Leré contestaba suspirando, y en cuan-

to oyó la exculpación del hijo pródigo se fué al comedor, llamada por sus quehaceres. Braulio, al quedarse solo con Angel, le dijo en voz confidencial:

—Mira, hijo, lo que más disgustó a tu mamá fué... Quizá sea mentira; pero me consta que se lo dijeron. Aquí no lo hemos inventado... Pues alguien le dijo que fuiste tú de los que mataron a ese pobre coronel conde de...

—¡Yo!... ¿Quién ha dicho eso? ¡Bah, bah! —turbándose visiblemente—. Pues aunque lo fuera; quiero decir, aunque por una fatalidad de pura táctica, de pura posición polémica, ¿me entiendes?; quiero decir, suponiendo que el deber, un punto de honor... relativo, me hubieran llevado a tomar parte en aquella escaramuza..., ¿qué responsabilidad moral tendría yo? Porque hay que considerar estas desgracias como accidentes de una acción militar... Concedo que tratándose de guerra civil, de lucha política, el caso no es glorioso que digamos..., pero es guerra, ¿sí o no? Pues en toda guerra ocurren desastres y matanzas. No se pueden evitar..., cae a veces lo mejorcito..., no se repara..., hay que matar para que no le maten a uno; hay que cerrar el paso a todo el que intente auxiliar al enemigo... Porque, fíjate bien, si dejamos que el enemigo se rehaga, estamos perdidos. Admitida la necesidad de la lucha, o partiendo del hecho fatal de la lucha..., como tú quieras..., tienes que concederme que las desgracias parciales son inevitables. De modo que..., yo..., ni sé quién cayó, ni quién quedó en pie... Y, francamente, Braulio...

No se mostraba éste muy atento a las excusas que con desordenado juicio daba el hijo de doña Sales, y con más gana de dormir que de charlar, buscaba postura cómoda en dos sillas, abanicándose con *La Correspondencia*. Había pasado varias noches en claro y su resistencia comenzaba a flaquear. Como el otro continuara defendiéndose, Braulio quiso llevar la cuestión a un terreno donde le fuera más fácil entrar en polémica.

—Has de saber que otro de los motivos del enojo de tu mamá es tu obstinación en vivir con esa chica de Babel, que es... lo que todos sabemos, y su familia un hatajo de ladrones y tramposos. Y ¿esto no es deshonra, querido? Y ¿este escándalo tiene alguna disculpa? ¿Te parece propio de una persona de tu posición y de tu nombre vivir de esa manera? Y ¡con qué apunte! Porque si al menos te hubieras echado una mujer de antecedentes regulares, nada más que regulares... Angel, Angel, lo primero que tienes que hacer cuando veas a tu mamá, y quiera Dios que puedas verla y hablarle, es manifestarte decidido a romper esas relaciones indignas... Mejor aún, anúnciale que ya las has roto, y esto será la mejor medicina para la pobre señora.

Tan agitado se puso Guerra, que no supo por dónde romper, y la ira y la compasión de sí mismo se disputaban su alma.

—Esa pobre Dulce...—dijo al fin—. Nadie la comprende más que yo. Y ¿cómo convencer a los demás de que esto que parece error no lo es? ¡Fuerte cosa que no pueda uno vivir con sus propios sentimientos, sino con los prestados, con los que quiere imponernos esta imbécil burguesía, entremetida y expedientera, que todo lo quiere gobernar: el Estado y la familia, la colectividad y las personas, y con su tutela insoportable no nos deja ni respirar!... No culpo a mi madre, ¡pobrecita!, por su intransigencia en este asunto, como en el otro; culpo al antipático medio social en que ha vivido y a la tiranía de la clase a la cual no ha podido ella sustraerse.

Braulio, a quien hacía falta un tema de conversación que le sirviera de excitante contra el sueño, apoderóse gustoso de aquél, haciendo con los tópicos del sentido burgués, que fácilmente manejaba, un sinfín de juegos dialécticos, a los que contraponía Guerra el aparato deslumbrador de sus ideas extremosas, cismáticas y anarquistas. Ambos contendieron, sin que ninguno de los dos descubriese la falsedad de las ideas del contrario, por lo que la disputa fué un continuo saltar de lo mismo a lo mismo, o una oscilación mareante de derecha a izquierda, como el espasmo de los ojos de *Leré*.

IV

A eso de las once corrieron voces por la casa de que la señora descansaba, con letargo que parecía más seguro que los de las noches anteriores, y todos se dispusieron a descansar también. Quiso Guerra ocupar su cuarto; pero *Leré* se

lo quitó de la cabeza con esta observación:

—El cuarto de usted está cerrado de orden de la señora. Yo tengo la llave y puedo abrirlo; pero estoy segura de que haremos un ruido infernal. La cerradura aquella suena como un tiro, y la señora se enterará y la tendremos toda la noche cavilando y haciéndome preguntas.

Convencido Angel por esta explicación, no quiso admitir de Braulio la cama que éste ocupaba en una pieza próxima al comedor, ni consintió tampoco que le pusieran un catre de tijera en el cuarto de la plancha. Prefirió dormir en un sofá de los varios que en la casa había, mejor dicho, acostarse, pues dormir le sería difícil, por la fuerte excitación de su cerebro. Braulio metióse en su alcoba, que había escogido como lo más fresco de la casa; *Leré* y Basilisa se deslizaron como sombras hacia las habitaciones de doña Sales. En aquel momento entró don León Pintado, que después de cuchichear en el pasillo preguntando por la señora se coló en su abrigado gabinete, sin enterarse de la vuelta del pródigo. Cerróse la puerta principal; retiráronse los criados, y Angel se quedó solo, errante y sin lecho en su propia casa. Había dejado encendida la luz del comedor, y desde allí, para distraer el insomnio, hizo varias excursiones por todos los aposentos que estaban abiertos. Calzado con zapatillas que no chillaban, sus pasos eran como los de un ladrón. Conocía tan bien todas las vueltas de su casa y la posición de los muebles, que andaba de aquí para allí en la penumbra sin tropezar en nada, y lo que sus ojos no podían ver veíalo y apreciábalo con los del espíritu. Paseaba sus pensamientos de rebeldía y su alborotada conciencia por los mismos sitios en que había correteado de niño cabalgando en un bastón; reconocía los lugares donde consumó alguna travesura veinticinco años antes; el rincón donde su mamá le tomaba las lecciones o le daba la azotaina; la estancia donde había pasado la convalecencia del sarampión; y con estas memorias acudían a su mente otras más próximas, dulces y amargas, referentes a la época de sus bodas, del nacimiento de *Ción*, de la muerte de su esposa. La imagen de su madre se le había clavado en el cerebro como una idea fija, foco y raíz de innumerables ideas radiales, y la llevaba consigo en su ambulación nocturna, tan pronto atormentado como consolado por ella.

En una de aquellas excursiones fué a dar al salón de la casa, en el cual apenas veía por dónde andaba, a la escasísima claridad que del mechero del recibimiento venía por un montante; pero su memoria y su imaginación daban luz y cuerpo a todos los objetos. En aquella pared, el retrato de su madre, del tiempo en que se usaba el peinado de cocas; a esta otra parte, el de su difunto papá, don Pedro José Guerra, con una levita de esas que no se ven ya más que en los sainetes, prenda, además, que el respetable sujeto se puso muy pocas veces en su vida. Todo lo demás que en el salón había íbalo viendo y reconociendo en la oscuridad: los floreros dentro de fanales, el reloj quieto y mudo, guardado también dentro de una redoma de vidrio; la sillería de damasco color de canario, los dos *confidentes* de caoba y rejilla, las cortinas y varios adornos de consola, Juana de Arco por un lado, las Parcas por otro. Pasó de allí, casi a tientas, al próximo gabinete, y reconoció con la memoria su propio retrato, pintado quince años antes, cuando sus compañeros de Instituto le llamaban Guerrita. "Estoy cargantísimo—decía—con mi aire de niño aplicado, mis cuellos hasta las orejas y un librito en la mano." Con grandísima cautela anduvo por allí, porque sólo un delgado tabique separaba aquel gabinete de la alcoba de doña Sales; se sentía el penetrante olor del éter, y a ratos las voces de *Leré* y Basilisa, que alentaban y consolaban a la enferma. La voz de ésta también llegó a los oídos de Angel, débil, oprimida, despedazada, como si en jirones la sacara del pecho. Tan viva pena le produjo aquella voz, que se retiró de allí por no oírla, y vagando otra vez fué a dar con su cuerpo en el cuarto de costura de doña Sales, donde la señora solía estar todo el día, aposento que más que ningún otro conservaba la impresión del alma de la casa y como su molde personal. Aquélla era la sede de su autoridad doméstica, pues allí cosía, hacía media, repasaba la ropa, asistida de sus criadas; allí daba las órdenes a la cocinera, recibía a los chicos del tendero, pagaba las cuentas y recibía en audiencia a su administrador.

No era allí completa la oscuridad, pues por la ventana del corredor de cristales entraba la claridad de la luna llena. Angel reconoció el sillón de su madre, las enormes cestas de la ropa lavada, el pupitre en que la señora hacía sus apuntes, y en el cual tenía dos o tres cestillos con plata menuda y cuartos, para el gasto ordinario. De aquellos cestucos sacaba las pesetas y medias pesetas que daba a su hijo los domingos por la tarde. Angel tenía la seguridad de que, buscando bien en los roperos de aquella habitación, se encontrarían restos de su juguetería de antaño, algún caballo sin patas, sus huchas rotas, el cinturón de hacer gimnasia o vestigios de la imprentilla de mano en que él y sus amigotes habían tirado los números de *La Antorcha Escolar*, periódico del tamaño de un pliego de papel de cartas, en verso libre y prosa más libre todavía.

Echóse en el sillón, que era blando, de gastados muelles, pues la señora, hallándose muy cómoda en él, no quiso componerlo nunca, y allí la idea fija tomó tal fuerza en su espíritu y con tal vigor reprodujo su imaginación la persona de la madre ausente, que poco faltó para que sus ojos creyeran verla. Cabalmente, en tal sitio le había echado doña Sales grandes pelucas, de niño y de hombre. Tan bien conocía el genio de la buena señora, su manera de argumentar y los registros que usaba, que su fantasía se lanzó locamente a construir el tremendísimo responso que habría de echarle en cuanto tuviera salud y aliento, y aun antes, pues harto sabía él que la enérgica doña Sales, con sólo un hilo de voz moribunda, era capaz de abroncarle sin miramiento alguno. Como si la estuviera oyendo, sabía Guerra que su madre le hablaría de este modo:

"Yo creí que esta vez tendrías siquiera vergüenza. ¿Cómo te atreves a presentarte delante de mí? Yo no te he llamado; yo me había hecho a la idea de no verte más. ¿Qué buscas, qué esperas? Si sabes cómo piensa tu madre y cuánto abomina de ti, ¿qué quieres de ella? ¡Que te perdone! Perdonado otras veces, has vuelto a tus locuras con más ardor; has obrado villanamente conmigo, haciendo lo que sabes que me desagrada, dejando de hacer lo que sabes es de mi gusto. Yo te he criado con esmero y he consagrado mi vida a tu felicidad; tú parece que vives para mortificarme y escarnecerme, porque tu conducta es mi sonrojo, y ni una sola vez me hablan de ti que no sea para avergonzarme. ¿Para qué he de hablarte del nombre de tu padre, si ni su nombre ni el mío significan nada para ti? Cuando tus locuras no consistían más que en hacer el tonto, barbarizando entre otros tan majaderos como tú, podría tu madre ser indulgente contigo. Pero ahora, que has pasado de las palabras a los hechos criminales, perdonarte sería ponerme yo a tu nivel. No; no te arrimes a mí; acepta la responsabilidad de tus actos, y si la Policía te coge y te llevan atado codo con codo a cualquier presidio, no seré yo quien te compadezca. Olvidaré que eres mi hijo; no te reconozco como tal; los sentimientos de madre me los trago, los devoro, y nadie verá en mi rostro señales de condescendencia ni debilidad. ¿Has oído? ¿Te has enterado bien?"

Esto lo diría doña Sales con su amenazador empaque, tiesa de cuerpo dentro de la férrea máquina del corsé, que daba a su busto la rigidez estatuaria, seca y altanera de lenguaje, inflexible en su orgullo y en la dignidad de su nombre. Pertenecía la tal señora a la renombrada familia de los Monegros de Toledo, en quien se cifraba, según ella, toda la honradez y respetabilidad del género humano. Sin pretensiones aristocráticas, doña Sales creía representar en su persona esa nobleza secundaria y modesta que ha sido el nervio de la sociedad desde la desamortización y la desvinculación. "Mis abuelos fueron humildes—decía—, mis padres se enriquecieron con el trabajo y los negocios lícitos. Somos personas bien nacidas, cristianas, decentes, y tenemos para vivir sin haber quitado nada a nadie, sin trampas ni enredos, sin que la maledicencia pueda poner tacha al buen nombre mío ni al de mi marido. No queremos suponer, ni echarnos facha; no usamos escudos ni garabatos en nuestras tarjetas; somos pueblo hidalgo y acomodado; pagamos religiosamente las contribuciones y obedecemos a quien manda; nos preciamos de católicos apostólicos y romanos, y vivimos en paz con Dios y con el César."

Esta profesión de fe salía de la autorizada boca de doña Sales siempre que se le presentaba ocasión de ello, recalcando en la hidalguía sin boato de los

Monegros y los Guerras en que jamás debieron un cuarto a nadie ni tomaron nada que no fuera suyo, protestando de que en política permanecían siempre en los términos medios y en los matices más incoloros de la gama. A su marido, el señor don Pedro José Guerra, le dominó siempre, amoldándose a su propia hechura, y gracias a esto aquel buen señor fué toda su vida liberal tibio y pálido, persuadido de que lo decoroso para un hombre de bien es *no meterse en politiquerías*; sujeto tan medido en todo, que nunca prestó dinero sino a réditos módicos y racionales y con sólida garantía; que jamás hizo cosa alguna que disonara en medio de la afinación social; tan enemigo de la tiranía como de las revoluciones; religioso sin inquisición, liberal sin bullangas; amante del progreso material, pero sin entender ni jota de estas novedades ampulosas y enrevesadas, traídas acá por los estudiantes, los ateneístas y los que viven con ideas y gustos de extranjis.

V

Al exordio de su madre, Angel no contestaría nada. Sabía por larga experiencia que la contradicción la sacaba de sus casillas. Mejor era dejarla que se desfogase, guardando las réplicas para cuando la elocuencia de ella principase a desmayar. Después del estilo severo, la dama había de usar el sarcástico en esta forma:

"Pero tú, ¿qué caso has de hacer de esta pobre mujer ignorante, que no ha ido a la Universidad ni sabe leer esos libracos franceses? Claro; tú, destinado a reformar la sociedad y a volverlo todo del revés, levantando lo que está caído y echando a rodar lo que está en pie, eres un gran hombre, un pozo de ciencia. No estoy a la altura de tu sabiduría. Verdad que hasta ahora no has hecho más que borricadas, vomitar mil blasfemias delante de otros tan tontos como tú, juntarte con lo más perdido de cada casa y embaucar a los cabos y sargentos para que salgan por ahí como unos cafres y asesinen a sus jefes. ¡Vaya, que te estás cubriendo de gloria! Tenemos que ponernos vidrios ahumados para mirarte, porque el resplandor de tu aureola de gloria nos ciega, y de tu cerebro salen las llamaradas del genio como de una fragua magnífica, en que se está forjando el porvenir de la Humanidad. ¡Vaya, que me ha dado Dios un hijo que no me lo merezco! Lo malo es que mientras la Humanidad no se resuelva a dejarse arreglar por estos profetas de papel mascado, a mi hijo y a otros como él hay que mandarlos a Leganés, ya que no hay encierro para los memos. ¡Lástima grande que esta sociedad tan tonta no os comprenda y siga despreciándoos y teniéndoos por unos grandísimos imbéciles. ¡Ay, qué equivocación haberte dado crianza de caballero y haber puesto sobre tu cuerpo una levita! A estos grandes hombres hay que dejarlos con su trajecillo corto y su baberito, para que estén más en carácter cuando nos hablen de todas esas bienandanzas que nos van a traer... Lo que es en ésta os habéis lucido, y agradece a Dios que aquí no hay gobiernos que sepan castigar. Si los hubiera, ya os arreglarían bien, y tendríais que guardar eso que llamáis dogmas y eso que llamáis *credo*..., ¡valiente credo!, para predicárselo a los salvajes del Africa. Otra cosa tengo que decirte. Por lo visto, te has decidido a ser revolucionario práctico y a predicar con el ejemplo, porque todos esos ¡dogmas! que quieres meternos en la cabeza con ayuda de los militronches, no tienen maldito chiste ni la salsa del amor libre, y he aquí por qué el muy salado de mi niño vive amancebado con una princesa de la ilustre dinastía de los Babeles, cuya filiación puede verse en el Almanaque Gotha... o *de la Gota*. Lo que nosotros llamamos escándalo, inmoralidad, pecado, estos redactores lo llaman *ley de humanidad*, ¿no es eso?, *anterior y superior a la ley escrita*; y aunque para los que vivimos en el mundo civilizado, de esto a volver a la edad salvaje no hay más que un paso, el sabihondo de mi hijo no lo ve así, y hace vida matrimonial con su tarasca, cuyos hermanos, cuando no están presos, los andan buscando. Claro, para regenerar la sociedad hay que empezar por lo de abajo, y buscar nuestra compañía en las barreduras sociales. Hay que enseñar el dogma, ¡vaya con el dogma!, a la prostituta, al ladrón y al falsificador, y sacar de los presidios la sociedad que ha de ocupar los sitios donde hoy estamos las personas honradas. Eso, eso; suprime las leyes, así religiosas co-

mo sociales; destituye a Cristo crucificado, y al Papa, y al rey, al Gobierno y a la sociedad. No seas tonto; puesto a ello, suprime también la vergüenza, que es otra de las antiguallas que estorban; y como vas a destronar las clases y los nombres y todo, empieza por abolir la ropa, introduciendo tú y tu querida la moda de salir a la calle con taparrabo."

Al llegar a esta parte del discurso ya Guerra no podría contenerse más tiempo en el silencio respetuoso, y diría:

"Mamá, si tratas la cuestión de esa manera, y con tanta pasión y mala fe, no puedo contestarte. Me callo y te dejo con tus exageraciones, quedándome con las mías, si lo son, y con mis errores, pues reconozco que algunos hay en mí."

Entonces doña Sales pasaría súbitamente al tercer período de su sermón, que era el de la cólera ciega y estrepitosa, sin admitir réplica; cólera acentuada con imponente mímica:

"Cállate, mal hombre; ya que no me consideres como madre, tenme el respeto que se debe a una señora. Estás envileciendo el nombre honrado de tu padre y el mío, y si aún tus actos no son mirados como vergonzosos, es porque las ridiculeces que hay en ellos dejan poco espacio a la vergüenza. No hables delante de mí; aquí vienes a oír y callar, y a someterte. Ya que no por mí, que soy vieja y me moriré pronto de los disgustos que me das, podrías enmendarte por tu hija, a quien transmitirás el nombre de un loco aventurero, de un estrafalario sin ley, sin honor y sin formalidad. No consiento tus explicaciones, que son siempre las mismas, ni tus arrepentimientos, que son el principio de la reincidencia. No te nombran una sola vez nuestros amigos, los amigos de tu padre y de toda la familia, que no sea para sonrojarme. Me vas a matar... Pronto te quedarás solo y podrás campar por tus respetos, y harás cuanta tontería y cuanta barbaridad se te antoje. ¡Pobre *Ción*, pobre angelito, en tus manos...! Dime: ¿qué vas a hacer de esa pobre niña? ¿La vas a educar en las estupideces de tu escuela, sin Dios, sin ley, sin honor? Esto me vuelve loca... Te pegaría, estaría pegándote hasta que el palo se rompiera en mi mano; te pondría una mordaza; te encerraría en una prisión, hasta que te quedaras en los huesos y abjuraras de tus disparates ridículos... No me quemes la sangre, no contradigas a tu madre, que se ha desvivido por educarte, por hacer de ti un hombre recto y juicioso como tu padre, y como todos los Guerras y Monegros del mundo... Si no te escucho; si no quiero saber tus razones estúpidas; si no cedo un ápice de mis convicciones; si eres un simple, y un loco, y un disoluto, y ante mí tu papel es callar y bajar la cabeza, y no hacer ni pensar sino lo que yo te mande que pienses y hagas... ¡Silencio!"

Con todo este poder imaginativo iba Guerra componiendo previamente la terrible filípica de su madre, calcada de las que infinitas veces había oído de sus labios. Tan seguro estaba de que doña Sales le hablaría conforme al patrón o modelo de rúbrica, que lo hubiera escrito de antemano, por vía de prueba, seguro de que la realidad no habría de diferir de la ficción sino en palabra de más o menos. Pero al fin le venció el cansancio, y se quedó dormido con ese letargo tenebroso, abrumador y calenturiento, que parece el último período de una fuerte borrachera. Primeramente soñó que andaba por los últimos pisos de una casa en construcción, saltando de viga en viga, por entre las cuales se veían los pisos inferiores. Todo ello, a izquierda y derecha, era como inmensa jaula de maderos, algunos rodeados de sogas. Angel corría y saltaba, movido de un hondo afán inexplicable. De pronto le faltaba el piso, sus pies quedábanse en el aire, y caía, sin que la velocidad le impidiera razonar aque viaje aéreo, contando los pisos que recorría, tercero, segundo, principal, bajo, y calculando rápidamente la manera de caer para no estrellarse. Pero esto no le salvaba, y con la violencia del choque las piernas se le embutían dentro del cuerpo, sentía los fémures penetrando al través del estómago y pulmones, y saliendo por los hombros como charreteras...

Este sueño, sin relación alguna con la vida real, solía tenerlo Guerra cuando su cerebro se excitaba por vivas impresiones deprimentes, caso muy común, pues cada persona tiene su manera especial de soñar y su pesadilla, que podríamos llamar constitutiva. Hay quien sueña que va por galería interminable buscando una puerta que no encuentra nunca; hay quien se cae en un pozo, y quien corre desalado tras su propia som-

bra, llevando los pies metidos en los bolsillos. Pero además de aquel sueño de la caída, Guerra solía tener otro, relacionado con una impresión real de su niñez, de la cual quedara profunda huella en su mente, como esas cicatrices que por toda la vida conservan en la piel la desgarradura del tejido.

Un día de julio del 66, teniendo Angel doce o trece años, se fué de paseo con otros chiquillos de su edad, compañeros de Instituto. Concluídos los exámenes, entretenían sus ocios en largas correrías por el Retiro y Castellana, hablando pestes de los profesores o discurriendo alguna desabrida y fútil travesura, propia de la edad del pavo. ¿Adónde irían aquella mañana? ¿Qué había que ver aquella mañana? Pues nada menos que un espectáculo muy nuevo para ellos: el fusilamiento de los sargentos del 22 de junio. Algunos sentían inexplicable terror; otros, entre ellos el intrépido Guerrita, votaron por la asistencia. Sí, era preciso ver aquello, que sabe Dios cuándo se volvería a ver. La ardiente curiosidad pueril pudo más que el instintivo recelo de las emociones demasiado fuertes. No había que vacilar, y allá fué la banda saltando de gozo. Averiguado que el acto se verificaría hacia la Plaza de Toros, pusiéronse en camino, y antes de llegar a la Cibeles supieron por el rumor público que los reos venían ya por la calle de Alcalá de dos en dos, en coches de alquiler, escoltados por parejas de la Guardia Civil a caballo. Corriendo como exhalaciones, anticipáronse a la fúnebre procesión a fin de tomar sitio en el lugar del suplicio. La muchedumbre, no muy grande, que a la husma del siniestro espectáculo acudía, fué detenida en la Cibeles por la Veterana; pero los chicuelos, burlando la orden de "¡Atrás, atrás!", se escabulleron hacia arriba. Cerca del Retiro vieron pasar los coches... Guerra observó las caras de los sargentos... ¡Pobrecillos! Algunos llevaban ya la lividez de la muerte impresa en sus rostros atezados; los menos querían aparentar una serenidad que se les caía del semblante, como máscara mal sujeta.

Al parar los coches para que bajaran de ellos los reos, que eran veinte, atados codo con codo, la confusión era grandísima. Arremolinóse el gentío; la tropa no pudo aislar a los reos sin repartir algunos culatazos; pero las mujeres, más intrépidas que los hombres, y los chiquillos, que se filtran por todas partes, pudieron acercarse por un momento a las víctimas. Guerrita vió a una mujer que, abriéndose paso a fuerza de empujones, ofrecía cigarros a los sargentos. Uno de éstos, que en el espantoso trance alardeaba de estoicismo, echóse a reír y despreció el ofrecimiento con palabras groseras: "¿Para qué... quiero yo cigarros ahora?" Colóse también una aguadora, que intentaba vender vasos de agua fresca a las víctimas; pero hubo de salir a espetaperros. Angelito no se acobardó cuando la tropa empezó a despejar para formar el cuadro, y eso que su miedo era grande; le amargaba horrorosamente la boca; sentía dolorosa opresión en el pecho; pero la curiosidad pudo más que el instintivo terror, y se hubiera dejado pisotear por los caballos antes que renunciar a meter su hocico en la hecatombe.

Formóse el cuadro, y fuera de él, la tropa seguía conteniendo a los curiosos; pero el gran Guerrita se coló, sin darse cuenta del procedimiento, por entre los caballos, por entre las piernas, por entre los fusiles. Sentíase más delgado que un papel, y tan difuso como el aire. Sin saber cómo, hallóse junto a un seco arbolillo, en el cual pudo encaramarse, próximo a un montón de escombros, en el extremo superior del cuadro, junto a la tapia de la Plaza. Un hombre que parecía loco logró escabullirse también en aquel sitio. Guerra le vió aparecer en el montón de escombros como si de entre las piedras y el cascote saliera. Ninguno de los dos se asombró de ver al otro. Imposible apreciar ni sentir cosa alguna fuera del espectáculo terrible que se ofreció a los ojos de entrambos. El pavor mismo encendía la curiosidad del buen Guerrita, que, olvidado del mundo entero ante semejante tragedia, miró el espacio aquel rectangular, miró a los sargentos, que eran colocados en fila por los ayudantes, como a un metro de la tapia... Unos de rodillas, otros en pie... El que quería mirar para adelante, miraba, y el que tenía miedo, volvía la cara hacia la pared... Un cura les dijo algo y se retiró... Inmediatamente, las dos filas de tropa que habían de matar avanzaron... La primera fila se puso de rodillas, la segunda continuaba en pie. No se oía nada... Silencio de agonía. Nadie respi-

raba... ¡Fuego!, y sentir el horroroso estrépito, y ver caer los cuerpos entre el humo y el polvo, fué todo uno. Caían, bien lo recordaba Guerra, en extrañas posturas y con un golpe sordo, como de fardos repletos arrojados desde una gran altura. Todo fué obra de segundos: piernas por el aire, pantalones azules, cuerpos tendidos de largo a largo, otros en doblez, caras boca abajo, otras con la última vidriosa mirada fija en el alto cielo. Algún alarido estridente rasgó el silencio lúgubre, posterior a la descarga, y el humo se deshizo en jirones pálidos... Olor a pólvora.

El desconocido que parecía demente salió otra vez de entre los escombros, los ojos desencajados, los cabellos literalmente derechos sobre el cráneo. Por primera y última vez en su vida observó Guerra que la frase del cabello erizado no es vana figura retórica. La cabeza de aquel hombre era como un escobillón; su rostro, una máscara griega contraída por la mueca del espanto... De su cuadrada boca salió, más que humana voz, un fiero rugido que decía: "¡Esto es una infamia, esto es una infamia...!" Angel se quedó sin movimiento; quiso huir del espectáculo terrible y del hombre aquel, y no pudo; se había quedado inerte, paralizado, frío. Aún vió algo más; algunos soldados se acercaron a rematar a los que aún vivían, disparándoles a quema ropa. Concluído el acto, avanzaron algunos señores, hermanos de la Paz y Caridad, y echaron sobre los cuerpos de las víctimas sábanas blancas. Más miedo le daba a Guerra verlos así que descubiertos. Echóse a llorar, quiso rugir también como el desconocido energúmeno, a quien no volvió a ver, por más que lo buscaba en el rimero de cascote con espantados ojos. Podría creerse que se había escurrido entre las piedras.

No supo tampoco Guerra cómo se bajó del árbol ni cómo se escabulló entre la tropa. En pocos segundos encontróse lejos del sitio en que vió lo que ya le pesaba haber visto... Recibiendo empujones fortísimos por una parte y otra, avanzó buscando a sus camaradas; pero no los halló ni cerca ni lejos. Anduvo largo trecho sin dirección fija, arrastrando sus pies por el polvo, pues era tiempo de fuerte sequía... La impresión recibida era tan honda, que no se dió cuenta de los lugares por donde iba ni de la gente que encontraba al paso. Dábase cuenta sólo de los toques de corneta que le rasgaban los oídos. A lo mejor era empujado por una racha de gente que retrocedía ante los jinetes de la Guardia Civil; poco después hallábase solo, frente a los yermos y solitarios campos del este de Madrid. De repente empezó a sentir un gran malestar físico, debilidad, opresión, náuseas, y fué acometido de vómitos violentísimos. Se sentía tan mal, que rompió a llorar y pidió socorro... Por fin, andando a tropezones, y teniendo que sentarse de trecho en trecho para tomar aliento, pudo llegar al Prado, y de allí tardó lo menos una hora en ir a su casa, donde le recibió su madre con amor, no sin echarle una fuerte reprimenda, en cuanto se enteró de la función a que el diabólico muchacho asistido había.

Tres días estuvo en cama, y por las noches le atormentaba la opresora pesadilla, reproduciendo en toda su horrible verdad la trágica escena. Uno de los pormenores que con mayor viveza persistían en su mente era el del hombre aquel desconocido, con cara de mascarón griego y cabellos como púas. En ninguna ocasión de su vida volvió a ver a semejante sujeto, por lo cual llegó a sospechar que carecía de existencia real, que era ficción de su mente y forma objetiva que tomó su terror en aquel momento que jamás olvidaría aunque mil años viviera.

VI

Como subsiste indeleble hasta la vejez la señal de la viruela en los que han padecido esta cruel enfermedad, así subsistió en la complexión psicológica de Angel Guerra la huella de aquel inmenso trastorno. Siempre que se destemplaba moralmente, confundiéndose en su naturaleza el acíbar de una pesadumbre con el amargor de la bilis, y se acostaba caviloso y algo febril, despuntaba en su cerebro la terrible página histórica, alterada quizá conforme a la ley del tiempo, pero sin que faltaran en ella ni el hombre del cabello erizado ni los infelices sargentos pataleando entre charcos de sangre. Y aquella noche, después de caído desde el piso más alto de la casa en construcción, y cuando otra vez lentamente subía, ¡cosa extraña!, con las piernas embutidas en el cuerpo, tuvo la

siniestra visión... Su angustia y pavor eran los mismos que en los días de su niñez, cuando, sobrecogido y temblando entre sábanas, le atormentaba la reproducción de lo que había visto. El grado último, irresistible, de la opresión cardíaca determinaba el despertar. Lanzó un ¡ay! lastimero y abrió los ojos, revolviéndose en el sillón. Al propio tiempo, alguien le tocaba el hombro. En aquella transición nebulosa de la falsa a la verdadera vida, vió, al abrir los ojos, algo que le obligó a cerrarlos inmediatamente, un brillo tembloroso como de lentejuelas que se mueven al sol... Volvió a mirar, dudando si era ficticia o real la impresión recibida, y...

—¡Ah! *Leré*... No creas, estaba despierto; sólo que...

—¿Quiere usted que le traiga chocolate?

—Ante todo, ¿cómo está mamá?—preguntó Angel, restregándose los ojos.

—No ha pasado mala noche. Algunos ratitos de molestia. Ya sabe que anda usted por París, y que ha telegrafiado, y que va a venir a escape. Más tarde se le dirá que está en camino.

—Eso es, y que vengo por los aires..., montado en una escoba.

—Lo que importa es evitarle un golpe, una sorpresa peligrosa. De aquí al mediodía puede usted hacer el viaje de París a Madrid.

—Bueno, bueno; me someto a lo que queráis... Pero con la niña no necesitamos de esos estudios. Tráemela al momento.

—¡Ah! ¿Qué es eso? ¿Ya empieza el despotismo?—con gracejo y bondad—. Dentro de un ratito la levantaré. Es muy temprano.

—Me la traes en seguida.

—Poco a poco. ¡Qué genio tan vivo! La niña es impresionable, como su papá, y además, muy charlatana. Por mucho que se la predique será difícil evitar que lleve a la abuelita el cuento de que su papá está aquí.

—Pero ¿qué farsa es ésta?—sulfurándose—. ¿También quieres impedirme que vea a mi hija? *Leré*, no me saques la cólera. Aquí mando yo, quiero decir, en lo que concierne a la niña, manda su padre. Obedéceme, o te armo un escándalo.

—¡Ay, qué genio de hombre! Tenga usted calma. Yo lo arreglaré. Ante todo, ¿quiere café o chocolate?

—¡Veneno... es lo que me das tú con tus prohibiciones estúpidas!—paseándose por la habitación—. Soy un extraño en mi propia casa, y me tratan como a un huésped importuno. Te digo que me traigas a *Ción*, o voy por ella.

En esto entró Braulio, recién salido de las ociosas plumas, y quiso buscar una componenda.

—Vamos, Angel, hazte cargo de las circunstancias. Verás a la niña en cuanto haya estado un ratito con su abuela. Procuraremos entretenerla por acá, para que no nos estropee la comedia que hemos de representar. Ven al comedor, donde ya tenemos a nuestro don León Pintado tomando su chocolate.

De muy mala gana pasó Angel al comedor, protestando de tanta disposición restrictiva y de tanta traba y expedienteo, y allí tuvo el disgusto de ser abrazado por el canónigo toledano, quien, servilleta en pescuezo, se levantó para salir a su encuentro, diciéndole:

—Angelito de mis entretelas, ven acá. ¡Qué grata sorpresa y qué medicina para tu madre! Eso del brazo no es nada, ¿verdad? Siéntate, y... pecho al soconusco. ¿Conque otra vez por aquí?... *Alleluia*. Has hecho bien, hombre, bien, bien, en venir a consolar a tu pobre madre y a reconciliarte con ella. *Alleluia*. Habrá indulgencia plenaria y olvido de lo pasado.

Aunque Pintado no le era simpático, agradeció Angel sus frases cariñosas y de concordia. Tenía el canónigo gran predicamento en la casa, y su actitud tolerante era señal de que las cosas irían por buen camino. Jamás, la verdad sea dicha, hicieron buenas migas el hijo y el confesor de doña Sales, pues aquél tenía de éste mediano concepto, juzgándole un vividor, amigo de arreglos y de no llevar nunca las cosas por la tremenda, más atento a su propio interés que al rigor de las ideas, y por esto le toleraba como un mal atenuado, que preservaba del mal mayor. Natural de Illescas, deudo y protegido de los Guerras y los Monegros, había sido capellán de las Micaelas en Madrid, y de esta posición oscura lleváronle las influencias de doña Sales y de sus amigos y parientes a la silla del coro metropolitano, en la cual vivía bien a sus anchas, pronto a plan-

tarse en Madrid si su protectora manifestaba deseos de consultarle algo, o en cuanto se empeoraba de sus males crónicos.

Era (como recordará quien conozca la historia de Fortunata) corpulento y gallardo, de buena edad, afable y conciliador, presumidillo en el vestir, de absoluta insignificancia intelectual y moral, buen templador de gaitas, amigo de estar bien con todo el mundo, mayormente con las personas de posición. Mejor tresillista que teólogo, sus admirables disposiciones para aquel juego, así como para el ajedrez, se habían desarrollado en la vida soñolienta y desocupada de la ciudad imperial. Por doña Sales tenía veneración, y habría dado cualquier cosa de precio; verbigracia, su mejor roquete, por reconciliarla definitivamente con el hijo, apretando en la cabeza de éste los tornillos que, según decía, se le habían aflojado. Pero es el caso que las exhortaciones del capellán de la familia oíalas Angel como quien oye llover, y cuando se liaban en alguna controversia de política o de moral, Pintado salía con las manos en la cabeza, aun cuando en muchas ocasiones la razón estaba de su parte. Pero lo que pasa: así como a un combatiente no le vale de nada el arrojo si carece de brazos, a Pintado maldito de lo que le servía la razón, no teniendo razones.

Contestó Guerra con frases de pura fórmula a las afectuosas de don León, y ambos esquivaron entrar en *el fondo del asunto,* como dicen los discutidores, pues los momentos no eran propicios para disputas graves. La llegada del médico concentró la atención de todos en la enfermedad de la señora. Augusto Miquis consideró que la vuelta del hijo pródigo podría influir lisonjeramente en el estado de doña Sales, siempre que se evitaran las emociones hondas y repentinas; y después de ver a la enferma, volvió al comedor, recomendando cariñosamente a Guerra que se presentase a su madre como dispuesto a variar de conducta, haciéndole en aquel trance delicado el sacrificio de todas las ideas que contrariaban a la pobre señora y afligían su espíritu.

—Bueno, bueno, bueno—decía Guerra media hora después, paseándose en el comedor, con las manos en los bolsillos—. Por sacrificios míos no quedará.

Y acordándose en aquel instante de la infeliz Dulce, lanzó al espacio un suspiro como un templo, en el cual envueltas iban estas ideas:

—¡Pobrecilla!... Borrada de mi mente desde que estoy aquí. No, no es justo que yo la olvide... ¡Qué iniquidad! ¡Maldita suerte mía. ¡Que me vea yo en este conflicto diabólico. ¡Que no pueda yo entrar en mi casa sin dejarme a la puerta ideas, sentimientos que no es fácil arrancar de mí! ¡Maldita suerte mía!

Dijo esta última frase en alta voz, y Braulio, que presente estaba, se alarmó.

—Angel, ¿qué estás mascullando ahí? —le dijo—. ¿No hemos convenido en que se acabó todo eso..., todo eso que...?

El buen administrador no pudo concluir la frase. Guerra, que fácilmente se enardecía, paróse ante él, diciéndole con desabrido tono:

—Braulio, la vida no es fácil más que para los tontos. Bienaventurados los que tienen la cabeza vacía, porque de ellos es la felicidad. Si yo fuera una máquina, no me vería delante de estos problemas.

—¡Problemas!—exclamó Braulio con desdén, pues no conocía más que los de la aritmética—. Pero ¿quién te mete a ti en... eso? Lo que dice don León: hay que apretarte los tornillos de la cabeza... ¡Problemas! ¿De qué?

—De sentimiento, hijo; de razón y de... Cuanto más discurro, más se me salen de su tuerca los tornillos estos. El que me los apretara me haría un grandísimo favor, aunque me dejase más tonto que Pintado, que es cuanto hay que decir.

Disponíase Braulio a contestar, atacándole con las armas del sentido común, no tan al alcance de su mano como él creía, cuando oyeron ambos en el pasillo unas pataditas rápidas y sonoras. Guerra se lanzó a la puerta, y antes que *Ción* entrara, la cogió en brazos, dándole mil besos y estrechándola contra su corazón. Detrás venía *Leré,* el dedo en la boca, sonriendo y recomendando silencio y formalidad.

—Cuidadito, *Ción,* con lo que te he dicho. No chilles ni alborotes. Tu papá te comprará el ajuarito de cocina si eres buena.

En la exaltación de su cariño, Guerra tan pronto besaba a la chiquilla como a la muñeca que traía en sus brazos.

VII

Ción callaba, un tanto cohibida por las extremosas caricias de su padre, a quien no había visto en algún tiempo. Desproporcionada en su desarrollo intelectual, que aventajaba al del cuerpo, sus seis años, si parecían diez por la inteligencia, representaban cuatro por la estatura. Su precocidad manifestábase en la inquietud ratonil, en el afán de apreciar por sí misma todas las cosas, tocándolas, revolviéndolas, examinándolas por dentro y por fuera, en el flujo de hacer preguntas por todo y para todo, ansia de saber, prurito de observación, reconocimiento del mundo en que se han abierto los ojos y tanteo del terreno vital en sus diversas zonas morales y físicas. Era delgaducha, ojinegra, más graciosa que bonita: su cara diminuta, toda expresión, viveza, prontitud; su agilidad pasmosa, acortando lo más posible la distancia entre el deseo y el acto. Llenas de cardenales y arañazos estaban sus rodillas, las manos magulladas, resultado de aquel incesante rodar por el suelo, de aquel encaramarse en sillas y mesas, como si el instinto la impulsara ciegamente a baquetear su naturaleza, desgastando la sobrante energía vital.

Los niños olvidan pronto a los ausentes; pero también con prontitud reanudan sus familiaridades interrumpidas. Al cuarto de hora de hallarse sobre las rodillas de su papá, *Ción* le trataba como si no hubiera dejado de verla, y restablecía la antigua confianza y las libertades que con él solía tomarse. Ni un segundo se estaba quieta; si su padre no la sujetara, veinte veces se habría desprendido de su brazo para volver a trepar sobre él otras tantas, y no pudiendo moverse, se desahogaba con una granizada de preguntas y observaciones.

—Papaíto, ¿por qué tienes el brazo colgando de ese pañuelo?... Papaíto, ¿por qué no has entrado a ver a la abuelita?... ¿Vas a comer hoy en casa? Come, sí, que *Leré* ha mandado traer pescadilla, que a ti te gusta tanto... Te enseñaré la sillería que me compró el marqués, verás...; pero los cajones de la cómoda no se abren, y las sillas están todas paticojas... Después voy a lavar este pañuelo. ¿No es verdad que tú quieres que lo lave? Dice *Leré* que me mojo, y qué sé yo qué... ¡Qué mentira tan grande! Yo no me mojo... Déjame, déjame, que voy a decirle a la abuelita que estás aquí. No lo sabe... Verás qué alegre se va a poner.

No había medio de sujetarla, y para entretenerla allí, *Leré* le trajo las muñecas, los mueblecitos y vajillas, ocupando casi toda la mesa del comedor. Su padre, que en todas ocasiones era complaciente con la niña, en aquélla no ponía ninguna tasa a sus peticiones ni a sus caprichos. *Leré* trinaba contra Guerra al ver en manos de la chiquilla cuanto ésta deseaba. ¿Quería lavar? Pues le ponía delante una jofaina con agua. ¿Quería fregotear las sillitas hasta desteñirlas y echarlas a perder? Pues el padre se prestaba a la operación, ofreciendo también su ayuda para abrir en canal a una muñeca y sacarle la estopa que formaba sus carnes. ¿A la niña se le antojaba armar un castillejo con las tazas y copas, no de juguete, que sobre la mesa estaban? Bien. ¿Que se rompían? Mejor. Y si *Ción* quería subirse sobre la mesa, él la ayudaba; y si quería arrastrarse por debajo de ella, también.

—Usted la pierde consintiéndole todo —dijo *Leré*, reconviniendo con igual severidad al padre y a la hija—. Así, en cuanto usted llega, ya está otra vez la niña ingobernable.

Protestó Angel contra esto, y dejándose llevar de su carácter iracundo, la emprendió con *Leré*, diciéndole que no entendía palotada de educar niños; que éstos necesitan moverse y ejercitar sus nacientes facultades; que el sistema de prohibiciones viene a ser como ligaduras que oprimen los músculos y detienen la circulación, y que el efecto de dichas ligaduras se ve en las anquilosis que se forman luego, así en lo físico como en lo moral.

—Y en resumidas cuentas—añadía—, aquí mando yo, y quiero que *Ción* celebre mi vuelta recobrando su preciosa libertad, según los dictados de la Naturaleza. Yo pregunto: ¿qué importa que *Ción* rompa ese plato? Nada. ¿Qué importa que se haya mojado el delantal? Con ponerle otro, hemos concluído.

—Sí, y aquí estoy yo para pasarme todo el día quitándole y poniéndole delantales—dijo la maestra, riendo—. Como si hubiera poco que hacer en casa.

—Nada, nada—dijo Guerra, sin hacer caso de la exhortación muda que con su

mirar severo le dirigía Braulio, suspendiendo la lectura de *El Imparcial*—. Hoy, *Ción*, eres libre. ¿Qué quieres tú? ¿Degollar la muñeca? Pues perezca esa bribona en castigo de sus culpas. ¿Qué más quieres? ¿Echarla de remojo para que se destiña toda, y luego secarla con la falda del trajecito? Muy bien, bien. Esa vajilla está muy usada. ¿Quieres majarla en el morterito hasta que sea polvo, y después echar agua y hacer un pisto y dárselo a comer al buey de cartón para que engorde? Muy bien pensado me parece. *Marchemos, y yo el primero, por la senda constitucional.*

Incomodábase *Leré*, y para no ver el escandaloso espectáculo de la anarquía triunfante, emigraba del comedor. Braulio refunfuñó tímidamente una opinión contraria a tal sistema educativo, lo que enardeció más a Guerra, llevándole a extremar y generalizar sus argumentos.

—Desengáñate, tonto—decía, mientras la niña, debajo de la mesa, arrancaba las patas de las sillitas para metérselas por los ojos al buey de cartón—; las prohibiciones, impidiendo el desarrollo, encanijan física y moralmente a los niños. Lo mismo pasa con las sociedades. Con tanta tutela y el *mírame y no me toques* del poder central, ¿qué resulta? Que los pueblos no se ejercitan, que no se educan, que se vuelven idiotas y lisiados y desconocen sus propias energías.

Algo pasó aquella tarde que pudo extrañar a los que no estaban habituados a los rasgos de penetración de doña Sales, pero que a Pintado, al administrador y a *Leré* no los cogieron de nuevas. Sorprendida la señora de que *Ción* no pareciese por su cuarto, preguntó la causa de esta inexplicable ausencia. Diéronle varias versiones, que la astuta señora aparentaba creer. Al fin, para que no se calentara la cabeza, lleváronle a la niña, encargándole que no nombrase a su papá delante de la abuela, y empleando, para ganar su ánimo, promesas y caricias antes que amenazas. La chiquilla, que era más lista que la pimienta, hízose cargo de la situación, y al presentarse a doña Sales cumplió fielmente la consigna. Pero al poco tiempo, como se dedicara con insano ardor a los mismos juegos inconvenientes de por la mañana, y doña Sales, antes de reprenderla, la llamase a sí, con la intención de amansarla con su cariño, la chiquilla se negó a obedecer, diciendo con muy mal modo:

—No quiero.

Entonces la señora, como quien recibe una luz del Cielo, se llevó las manos a la cabeza, y dijo con acento de profunda convicción:

—¿La niña se insubordina? Mi hijo está en casa.

El primer impulso de los allí presentes fué negarlo; pero sus contradictorias y vagas expresiones no convencían a doña Sales, quien repitió la frase, añadiendo:

—A mí no me engañan. Anoche tuve como un presentimiento de que mi hijo estaba cerca. Le sentía sin oírle y le adivinaba... no sé por qué. Luego, lo que me dijisteis de si había telegrafiado, si venía pronto y qué sé yo..., parecióme una farsa para prepararme. ¿Acierto?

—Pues bien, señora mía—dijo don León Pintado con solemnidad, poniendo cara dulzona—, *Alleluia*... Anoche llegó, por cierto, arrepentidísimo de sus errores y dispuesto a corregirse.

—Pero tú, *Leré*, y tú, Braulio, os habéis pasado de precavidos. Bueno, os perdono esa diplomacia tan lenta y con tantos trámites, y me declaro en estado de perfecta preparación. Que entre ese loco, que ya me muero por verle y abrazarle.

VIII

Abrióse la puerta; pero quien entró por ella no fué *ese loco*, sino Basilisa, susurrando:

—El señor de Miquis.

Este apareció en seguida, y doña Sales le dijo riendo:

—Estoy de enhorabuena, doctor. Ha parecido el prófugo. Esto me ha sentado mejor que los brebajes de usted, que saben a demonios, sobre todo ese extracto de... no sé qué. Dígame, ¿vienen esos señores a la consulta? ¿No sería mejor que antes viera yo a mi hijo?

Miquis opinó que ante todo la consulta.

—Los compañeros ya están ahí. Aguardan en la sala. No quiero que me la vean a usted bajo la influencia de una emoción fuerte.

—Si estoy serena, doctor; si me encuentro ahora muy bien.

—El estado general no es malo, mi querida doña Sales; pero se me ha pues-

to usted nerviosilla, y no será extraño que el corazón nos juegue una mala pasada. ¿A ver ese pulso?—tomándolo con profunda atención—. Calma, calma, señora mía. Procure usted tranquilizar su ánimo. Al *kronprinz,* que aguarde en la puerta. Si quiere usted hacer extremos de sensibilidad con alguien, si siente usted arrebatos de amor, abráceme a mí, que estoy decidido a curarla para casarme luego con usted.

Doña Sales y todos los presentes se echaron a reír. Otro médico de mejor sombra que aquel Miquis no lo había en Madrid. Consolaba a los enfermos con su carácter festivo y sus humoradas familiares; inspirábales confianza en el tratamiento, robusteciendo la moral y encubriendo la aridez adusta de la ciencia con las flores más agradables del trato urbano. Por eso y por su saber y experiencia clínica tenía tanto partido. Doña Sales le apreciaba mucho, y cuando murió el señor Martínez de Castro fué su heredero en la dirección médica de la casa el buen Miquis, discípulo y ayudante predilecto de aquel sabio eminente.

Era doña Sales señora muy mirada, muy atenta a las conveniencias sociales, cuidadosísima de su persona, obedeciendo a cierta presunción decorosa, que más valiera llamar decencia. Aunque se estuviera muriendo, no se presentaba nunca al médico desgreñada y a medio arreglar. Según ella, si se viste a los cadáveres, también deben vestirse los enfermos. En esto era la señora la misma pulcritud, el decoro personificado, y aquella tarde de la consulta, considerando ésta como un acto de etiqueta en las relaciones del enfermo con la sociedad, se hizo peinar con exquisito esmero sus cabellos blancos en bandós; se puso el corsé, prenda que no abandonaba sino cuando le era imposible soportarlo, y la bata de las solemnidades, de raso, negra con listas blancas. Antes aguantaría sin chistar los mayores dolores y molestias que presentarse en facha innoble delante de personas extrañas. El día que le dieron el Viático se peinó y vistió de la misma manera, porque si rendía tributo a la idea religiosa, también acataba la sociedad y la ciencia, dando al César lo que del César es. Hallábase, pues, como he dicho, sentada en su sillón, muy tiesa, muy aseñorada, muy convencida de que lo enfermo no quita lo decoroso y de que debemos padecer y morirnos con las formalidades correspondientes a la clase a que pertenecemos.

Había sido mujer de figura arrogante, que conservaba en sus años maduros, y de la cual hacía gala siempre, imponiéndose la disciplina del corsé, coquetería decente que merece respeto. Su cuerpo derecho y gallardo, su busto de formas abultadas por delante, su espalda sin curva, sus bien aplomados hombros y su carnoso cuello ofrecían, a los sesenta años largos, un buen ver, que la señora cuidaba sin afeites, como se cuida una buena casa de sillería, a la cual no hay que sostener con apeos ni revocos, y basta con que se vigile la trabazón arquitectónica. Mas si perfecta era la conservación de su cuerpo estatuario, no podía decirse lo mismo del rostro, en el cual el tiempo se había vengado de su impotencia para estragar el talle, pues de las facciones hermosas, aunque duras, de doña Sales, apenas quedaban vestigios. Cara de pocos amigos, ningunos tuviera si con la afabilidad de la palabra no conquistara en segunda instancia todos los que en la primera perdía. El pelo, con sus añadidos correspondientes, era todo blanco, y las cejas, enteramente negras; la nariz, de caballete; la piel, pergaminosa, toda pautada de finísimas arrugas que modelaban las facciones; la boca, armada de una magnífica dentadura postiza.

Nacida en Toledo, como su esposo, genuino *cigarralero,* en aquella provincia y su capital tenía fincas urbanas y rústicas y parentela variada, quiero decir, rica y pobre. Rarísimas veces iba la señora a su pueblo, porque le desagradaba el moverse y tenía aversión invencible al tren; pero conservaba relaciones constantes con personas de allá, principalmente con un señor de muchas campanillas, don José Suárez de Monegro, primo suyo, a quien Angel solía llamar *don Suero.* De él, así como de los parientes pobres, se hablará después.

Momentos antes de empezar la consulta, Miquis fué a la sala, donde Angel estaba, y llevándole a un rincón, le dijo:

—Mala cabeza, fíjate bien en esto. Tu mamá está grave, no debo ocultártelo, y la gravedad de esta clase de lesiones no es independiente, en buena doctrina fisiológica, del estado moral; de

modo que éste puede influir en aquélla, determinando cierto alivio o dándonos un disgusto cuando menos se piense. Mucho cuidado, Angelito. Si con tantas lecciones y fracasos no estás decidido a corregirte para siempre de tus locuras, hazle entender a tu madre que lo estás. Dale este consuelo, bruto; ayúdame a combatir el mal.

—¿Puedes dudar que lo haré? ¡Mala idea tienes de mí, Augusto!

—Y otra cosa. La primera entrevista que sea natural, sin aquello de: ¡Madre mía, hijo mío! Nada de escenas de teatro. Yo me encargo de prepararos la anagnórisis, de modo que entres y la saludes como si la hubieras visto ayer. Siempre será difícil evitarle una emoción intensa; pero con tal que sea expansiva y no nos vengan después fenómenos deprimentes, no importa. Cuidado, Angel; domina tu carácter; ponte un freno, y si es preciso, un bozal; conviértete en el hombre más comedido, más burgués, más neutro y más anodino del mundo.

Guerra le contestó con un fuerte apretón de manos, y cuando Miquis y los dos médicos pasaron a ver a la enferma, quedóse en la sala, aguantando la visita de dos amigos íntimos de la casa, el marqués de Taramundi, inquilino del cuarto segundo, y don Cristóbal Medina. Uno y otro son conocidos nuestros, el primero como hermano del amigo Manso; el segundo, como esposo de María Juana, una de las tres casadas que dieron tanta guerra a nuestro amigo Bueno de Guzmán, y ambos eran tipos acabados de la ciudadanía correcta y sensata, del estado llano con pretensiones directivas, hombres de menguada inteligencia y de instintos acomodaticios y vividores. Si Guerra les profesaba cordial antipatía, ellos miraban con el mayor desprecio al desgraciado hijo de doña Sales. En las conversaciones que solían entablar, Angel les tomaba el pelo, como vulgarmente se dice, ridiculizando las expresiones enfáticas de Taramundi y los pedestres alardes de sentido común del bueno de Medina, con lo cual doña Sales se volaba, llevando muy a mal que su hijo bromease con personas para ella tan respetables y tan bien ajustadas al canon social. Taramundi, que andaba por aquellos años de puntas con el Gobierno, porque éste no había querido *traerle* diputado, no hacía más que lamentarse de lo mal que iban las cosas públicas, presagiando desdichas y viendo en cualquier suceso una catástrofe nacional. Fáciles de contar eran sus pensamientos por lo escasos, su lenguaje pobrísimo y reducido a una escasa baraja de palabras, su tono hueco y retumbante como el de una zambomba. Usaba con abrumadora frecuencia de ciertas expresiones y figuras, y rara vez dejaba de decir: "¿Cuál es la meta a que todos nos proponemos llegar? Pues la meta no es otra que la nivelación de los presupuestos." O bien: "Yo entiendo que hay una meta en la cual el carro del progreso debe detenerse." Y con esto de la meta tenía tan mareados a todos los de la tertulia, que Angel no hablaba nunca con él sin sacar a relucir también, por chanza, su poquito de meta.

Medina hablaba un lenguaje ramplón, alardeando de campechana claridad y de sentido proverbial y refranesco. Creía que con dos palabras resolvía todas las cuestiones y cortaba las más empeñadas disputas. Se jactaba de expresar la opinión neutra, y, malquisto con todos los políticos, no argumentaba más que con los apuros del contribuyente. Limitadísimo en su dialéctica, no había quien le sacara de aquel terreno, y hasta para la cuestión más sencilla y más apartada de las cargas públicas había de sacar mi hombre el espantajo del afligido contribuyente. Una noche, en trinca de hombres solos, se enfureció tanto Angel por la terquedad marrullera con que Medina defendía una tesis absurda, que no se pudo contener y le soltó esta barbaridad:

—Sepa usted que me revientan las economías y que me chiflo en el contribuyente.

IX

Ambos le saludaron y celebraron su vuelta, sin aludir explícitamente a los tristes sucesos del 19 de septiembre, y, cada cual en su tonadilla, endilgaron una exhortación al revolucionario. No sé cómo se las compusieron, que en la de Taramundi salió la infalible meta y en la de Medina el nefando peso de las contribuciones. Angel no quería chocar y se resignó a oírlos en calma.

Los dos doctores que con Miquis constituían la facultad consultiva pasaron a

ver a la enferma. Gran contrariedad para ésta tener que despojarse de su corsé y someterse a las auscultaciones, palpaciones y al examen impertinente de la ciencia, amén de las enfadosas preguntas, algunas de tal calidad, que doña Sales tenía que afinar la delicadeza y discreción para contestarlas. Durante mediano rato fué su busto guitarra o pandereta de aquellos señores, que la tocaban por aquí y por allí, aplicando el oído, y observando cómo entraba y salía del corazón la sangre, y los ruidos que hacía por aquellos caños y tubos internos. Satisfecha la curiosidad científica, los sabios pasaron a deliberar al gabinete próximo, y Miquis reclamó la presencia de Angel, pues la consulta, en buena ley, debía verificarse delante de una persona de la familia. La discusión no fué, en verdad, muy larga. El más viejo de los tres, el señor Carnicero, glorioso veterano de San Carlos, sostenía que la insuficiencia aórtica, perfectamente apreciable a la auscultación y al tacto, era esencial, mientras que el otro, Moreno Rubio, teníala por fenómeno sintomático, y calificó el mal esencial de endocarditis, originada por accesos reumáticos sucesivos, que habían ido lesionando paulatinamente el tejido del corazón y disminuyendo su energía. Señal de la endocarditis era la palidez del rostro de la enferma, sin perjuicio de su robustez, la hinchazón de las piernas y los dolores pungitivos en la región precordial. Por virtud de la misma insuficiencia aórtica dilatábanse los ventrículos, produciendo la compensación. Pero había el gravísimo peligro de que se rompieran las sinergias. Moreno Rubio, algo aficionado a emplear figuras en sus deliberaciones, completó su pensamiento en esta forma:

—Si nos faltan las sinergias, mi querido señor Carnicero; si esas activas mediadoras entre el sistema nervioso y la función cardíaca nos presentan la dimisión, un breve síncope puede traernos un desenlace muy funesto.

Oyó el anciano con expresión de incredulidad benévola el dictamen de su compañero, que había sido discípulo, y le faltó tiempo para calificar la enfermedad de asma esencial, explicando, en apoyo de su opinión, el proceso de la esencialidad, que Moreno Rubio y Miquis habían oído mil veces de boca del maestro, así en la cátedra como en las consultas, y casi casi lo podían repetir de memoria sin equivocarse ni en una sílaba. Firme en su doctrina, propuso el galeno del antiguo régimen las emisiones sanguíneas y los derivativos. Moreno Rubio se manifestó contrario en absoluto a las sangrías, ventosas y sanguijuelas, y recomendó la *convallaria,* los tónicos, la digitalina y el uso constante de los bromuros, indicando para los accesos de disnea inhalaciones de oxígeno.

En cuanto a Miquis, más avanzado aún que su compañero, si aceptaba el diagnóstico de éste, no estaba de acuerdo con él en el tratamiento, y era partidario de la menor cantidad posible de medicación farmacéutica. De Carnicero aceptó los purgantes; de Moreno, la cafeína; pero rechazó la digitalina, prefiriendo la preparación de la digital a estilo casero, cociéndola y administrándola en infusión. En cuanto a las sangrías, no había que pensar en semejante cosa.

Luminoso fué el debate y muy bonito para cualquier Academia, aunque para la salud de doña Sales resultaba de una esterilidad manifiesta, pues ya fuese el mal como lo describía el uno, ya como el otro lo pintaba, el peligro era indudable, y así lo reconocían ambos desde sus respectivas posiciones científicas, acordes también en el desastroso efecto que había de producir en la enferma toda impresión moral demasiado fuerte. La paz del ánimo era el auxiliar más positivo de la acción terapéutica, mucho reposo y ninguna contrariedad. Hermanando con arte supremo la psicología y la medicina, Miquis les explicó el carácter entero y tozudo de doña Sales, su propensión a la inflexibilidad y a las resoluciones inquebrantables. No había más remedio que evitarle la contradicción y procurar en todo caso que su rígida voluntad no tuviera que romperse ni doblarse. Esto se lo dijo a sus compañeros para que lo entendiera Angel, que escuchaba todo con atención profunda.

Terminada la consulta, volvieron los tres al lado de doña Sales (ya nuevamente aprisionada dentro de su corsé y en postura de besamanos) para despedirse de ella y darle consuelos y esperanzas, asegurándole con la hipocresía más caritativa que se hallaba muy bien. Contestóles la paciente con gratitud, y también les endilgó su poquito de farsa

hipócrita, diciéndoles que se notaba mejoradísima, y que la consulta le infundía una confianza y una seguridad a prueba de disnea y síncopes. Siguieron unos toquecitos de broma por parte de Miquis, y se disolvió la junta, siendo Carnicero el primero en desfilar. Partió después Moreno Rubio, a quien el marqués de Taramundi ofreció su coche, y en la sala quedaron Augusto, Angel y don Cristóbal Medina, que pretendía pasar a saludar a la enferma. Hízolo con permiso del médico, y en tanto Miquis y Angel hablaron brevemente.

—Ya lo has oído, querido Angel. Tu madre puede vivir, ¿quién lo duda?, si conseguimos restablecer la regularidad circulatoria, ayudados del reposo moral. ¡Lo moral, el espíritu!... Maldita llave. Como se destemple, cuenta que se te desafinarán todas las notas de la gaita. No sería yo médico si no fuera un poquito psicólogo, y no veo salvación para tu madre si no conseguimos equilibrar su temperamento. Considera que tus lamentables desacuerdos con ella, de diez años acá, han contribuído no poco a las averías de su trastornada mecánica vascular. No echo sobre ti toda la culpa; la reparto por igual entre los dos. Si tú eres terco y absoluto, absoluta es ella y de una pieza. Pero tú no estás enfermo y ella sí. A ti te corresponde ceder, transigir, quitar de en medio todas esas diferencias de apreciación y de conducta, aparecer...; digo *aparecer* porque no me atrevo a mayores pretensiones, aparecer en completa concordancia con ella, dispuesto a someterte a su voluntad y a vaciarte en el molde de sus opiniones.

Impresionado por la consulta y por la situación de su madre, cuya gravedad entendió tan bien como los médicos, Guerra no decía nada, mostrando su conformidad con enérgicos movimientos afirmativos de cabeza, resuelto a poner en ejecución lo que su amigo le recomendaba, por creerlo no sólo conveniente, sino justo y profundamente humanitario.

Pasó después Augusto al cuarto de doña Sales, a quien halló en gran parla con Medina, muy animada y risueña. *Leré* le preparaba la mesita para comer, ayudada por *Ción*, la cual mostraba en este trajín doméstico una oficiosidad graciosa y una diligencia que solía concluir con romper algún plato. Lo primero que hizo Miquis fué alejar a Medina, diciendo que la conversación, aun con persona tan juiciosa, perjudicaba a la enferma; despidióse el otro; sirvió *Leré* la comida, y mientras doña Sales despachaba con mediano apetito una sopa de tapioca y un alón de pollo, con medio vaso de vino en agua de seltz, el médico psicólogo la preparó para el paso crítico de la entrevista, empezando por asegurar que Angel no parecía el mismo: tal mudanza habían hecho en él los desengaños. Convenía, pues, en provecho de todos, que el delincuente arrepentido fuese tratado con consideración, no abroncándole con el recuerdo de sus botaratadas. Si se comprometía doña Sales a pasar una esponja sobre todo lo pasado, Augusto salía garante de la sumisión incondicional del hijo.

La enferma creyó, o afectaba creer, lo que su médico le decía, y a todo se avino, luciendo aquel formulismo social que tan magistralmente manejaba. Miquis empleó su viva imaginación y su fácil palabra en un ingenioso trabajo sugestivo para incrustar, digámoslo así, en la mente de doña Sales, la idea de que no debía permitirse la emoción más leve ante su hijo, recibiéndole como si le hubiera visto aquella misma mañana y todos los días. En suma, pretendía crear en la enferma un estado psíquico normal, y con tal arte presentó la cuestión, que la señora, echándose a reír, se dió por bien sugestionada y le dijo:

—Sí, si estoy convencida de que Angel no ha faltado de casa un solo día... Basta de brujerías, doctorcito. No necesito que me manipule usted más. Quedamos en que no ha pasado nada extraordinario, en que le recibiré como si le hubiera visto hace una hora y viniese de una corta diligencia en la calle; por ejemplo, de preguntarle a usted si tomo la digital dos veces o cuatro durante la noche. Y para concluir, si ese tonto está oyéndonos detrás de la puerta, que entre de una vez. No, si no me altero, si estoy tranquila... Entra, bobo, y basta ya de comedia.

X

Entró, y a pesar de todas las preparaciones, tanto él como doña Sales experimentaron, al verse frente a frente, una emoción que no por bien reprimida de-

jaba de traslucirse. Angel, sombrío y balbuciente, dijo a su madre:

—Mamá, estoy aquí..., deseando agradarte.... y si eres indulgente..., como creo...

—¿Qué es eso de indulgencias?—rectificó Miquis prontamente—. Tú entras diciendo que yo ordeno y mando que tome la digital cuatro veces por la noche.

En el rostro de doña Sales fluctuaba una sonrisa, tan pronto iniciada como desvanecida, y vuelta a iniciar sobre sus labios incoloros. Hizo sentar al reo en la butaca próxima, y con aparente tranquilidad le dijo:

—He estado bastante malita...; es decir, muy mal, lo que se llama muy mal, no. Ya me siento bien.

Acerca del brazo enfermo de Angel, no pronunció una palabra. Observaba callando. El hijo, en tanto, no sabía qué decir, y su situación era la de un menor de edad que vuelve a cumplir condena en el colegio por desaplicación o travesura grave. Habló del tiempo y de las enfermedades que asolaban a la familia de su amigo don Cristóbal Medina.

—María Juana—dijo—no levanta cabeza hace tres meses, y su tío don Serafín tiene paralizado todo el lado izquierdo.

Después expresó risueñas esperanzas respecto a su propia curación, alentada por Miquis, que le aseguraba podría andar por toda la casa la semana próxima, metiendo en cintura a todos sus sirvientes. El médico se retiró intranquilo, con el recelo de que, cuando él no estuviera delante, no irían las cosas tan a la buena de Dios. Confiaba en la prudencia de Guerra, quien, como culpable, carecería de vigor ofensivo y defensivo; pero temía que la iracunda doña Sales no pudiera contenerse y se disparara. Al despedirse de Angel en la puerta le recomendó que en caso de altercado evitara toda réplica descompuesta, y añadió que si algo ocurría se le avisase sin pérdida de tiempo. Vivía muy cerca de allí.

Mandó a *Leré* su ama que abriese el cuarto de Angel. Ya la muchacha se había anticipado a esta orden, y el señorito tenía su habitación dispuesta para dormir. Pero él declaró que se quedaría en vela, acompañando y cuidando a su madre, pues *Leré* y Basilisa debían de estar rendidas.

—Más lo estarás tú, hijo—le dijo la enferma—, que acabas de llegar y anoche no dormiste en cama.

Como él insistiera, doña Sales no quiso llevarle la contraria. Después de acostar a la chiquilla, *Leré* preparó a la señora para el descanso nocturno, quitándole el corsé, colocando las almohadillas bien mullidas en la *silla larga* donde dormía, pues no se acostaba en cama desde que se le agravó la enfermedad, liando en su cabeza un pañuelo de seda, envolviéndole los pies en bayeta. Explicó al señorito los medicamentos que se habían de administrar, añadiendo que a la menor duda la llamase, pues ella tenía el sueño muy ligero y acudiría con prontitud. Puesta en el lavabo la lamparilla enfermera, con pantalla, retiróse *Leré*, y se acostó vestida en su cama por orden de la señora. El sosiego y la calma reinaban en la alcoba, y todo hacía creer que la enferma pasaría bien la noche.

Al quedarse solos, la madre y el hijo se contemplaron sin hablarse. "Si me dice algo fuerte—pensaba Angel—, o me callaré como un muerto o le diré a todo que sí." Doña Sales no tenía sueño, pero respiraba con facilidad, síntoma favorable. El sueño vendría. Lo malo era que habiéndose acostumbrado a no ver al hijo durante su enfermedad, el tenerle allí le impresionaba, motivando una fuerte congestión de pensamientos en el cerebro. Del mismo modo, para Guerra era una gran novedad hallarse frente a su madre, después de ausencia tan larga, y de tantas aventuras y lances peligrosos. Tampoco él tenía ni pizca de sueño, a pesar de la mala noche anterior. Miraba a su madre y le parecía mentira que estuviese callada, que no soltase contra él todo el fuego de su carácter despótico. Pasó algún tiempo en semejante situación, ella mirándole, él viéndose mirado y sintiéndose como delante de un juez. Llegó a pensar que más valía un corto y vivo diálogo de explicaciones que aquel silencio sordo, precursor de tempestades. Doña Sales lo rompió al fin, diciendo a su hijo en tono muy pacífico:

—Mañana es menester que visites de mi parte a la familia de Medina, y te enteres de cómo están en aquella casa. Es una gente a la cual debemos mil atenciones.

Angel replicó que lo haría con mucho

gusto, y a sus palabras siguió otra pausa larguísima. Pero si doña Sales no hablaba a su hijo más que con los ojos, el volcán le hervía por dentro. Con la voz interior, doña Sales echaba de este modo los tiempos a su hijo:

"¡Y quieres hacerme creer en tu arrepentimiento, grandísimo farsante, hipócrita, insensato! Tu sumisión es una comedia inventada por el bueno de Miquis, deseoso de evitarme disgustos, y con los disgustos la agravación de mi enfermedad, comedia a que te prestas tú, porque en medio de tus extravíos quieres algo a tu madre y no deseas su muerte... Pero ¿cómo he de creer en tu arrepentimiento, si tus ideas están remachadas, si tu carácter es puro bronce? Finges someterte para que yo no empeore. ¡Ay! ¡Si este corazón mío no estuviera descompuesto, cómo te arrancaría yo esa máscara infame! Pero más vale que me contenga. No quiero morirme, no quiero, pues la idea de que esta casa, de que esta pobre niña van a quedar en tus manos, sin traba alguna, me horripila, me quita la conformidad con la voluntad del Señor, y me hace morir sin paz, tal vez en pecado mortal... Me contendré y fingiré creer en tu arrepentimiento."

Al llegar a esto, doña Sales se agitó un poco, manifestando alguna ansiedad en la respiración. Acercóse alarmado Guerra; pero la señora le dijo:

—No es nada... Eter, un poco de éter...

La enferma pareció tranquilizarse, y firme en su papel, volvió a decir que se sentía mejor.

—No es preciso que veles. Estarás rendidísimo. Echate en el sofá, y descabeza un sueño.

Angel no quiso obedecerla en esto, y se sentó frente a ella, vigilándola con profundo interés. Sin mirarle, doña Sales continuó con la voz interior su catilinaria en esta forma:

"Cuando un hombre olvida su posición social, el respeto que debe al nombre honrado de sus padres, como lo has olvidado tú, no tiene derecho a ser admitido en la compañía de las personas regulares. Yo me avergüenzo de ti y de tu conducta, y cuando me cuentan tus hazañas se me oprime el corazón y se me paraliza la sangre. Aquí tienes la causa de mi enfermedad. Nos esforzamos en no dar a conocer nuestra pena, y por dentro se desarregla toda la máquina... Yo le doy esto al más pintado, a ver si lo resiste. Una persona como yo, que en su familia no ha visto nunca más que ejemplos de honradez, de cristiandad y de moderación, ¿ha de sufrir con calma que su hijo, su unigénito, se pase la vida entre la gente más desalmada, tramando conspiraciones soldadescas, pretendiendo invertir la sociedad para traernos aquí la anarquía, y eso que Taramundi llama el *cuarto estado,* que yo entiendo es el populacho ignorante, vengativo y puerco? ¿Hase visto delirio semejante?... Pero ¡ay, hijo mío, que si todo esto es mucho, tu hazaña última da a todas quince y raya! Todo lo sé, todo lo sé, que aquí tengo a mis amigos, que me informan punto por punto... Y por fin no han fusilado a ese Campón, lo que prueba, como dice Taramundi, que aquí no hay Gobierno, y estamos a merced de los pillos... Pues no contento con mangonear en todo ese infernal desbordamiento revolucionario, se sospecha que anduviste con los que asesinaron vilmente a los dignísimos oficiales que iban a cumplir con su deber... Esto, esto me ha llegado al alma... Esto, esto me abrió en el corazón la brecha por donde se sale toda la sangre a borbotones para correr y agolparse donde no debe... Esto, esto me ha formado aquí, en medio del pecho, el nudo horrible que ataja la sangre y me corta la respiración. Podría yo haberme resignado a la vergüenza de tu radicalismo bárbaro, de tus conjuraciones dementes, y a que te divorciaras de tu familia y de mis amigos de toda la vida; pero esto de unirte a los asesinos, eso de matar a hombres de honor, esto, Angel, es tan grave que..., que... ¡Ay Dios mío, paréceme que me entra la disnea!... No, me contendré... Alejaré del pensamiento las ideas tristes y procuraré ahogar la cólera... Dios mío, ¿cómo quieres que viva así? No es posible. Rezaré un poco a ver si pasa. ¡Virgen Santísima, que no me ahogue tan pronto!... Ya, ya pasa. No ha sido más que un amago... Respiro bien."

XI

En tanto, Guerra, sin sueño alguno, inquieto al ver que su madre no dormía, y no atreviéndose a entablar con ella un diálogo festivo para entretenerla, pues

temía que a lo mejor las expresiones cariñosas se agriasen en los labios del uno o del otro, dejaba correr sus miradas por el techo de la habitación, y sus pensamientos por toda aquella última etapa de su vida, tan llena de extraños accidentes. La imagen y el recuerdo de Dulce le perseguían. Consideraba lo que padecería la infeliz, sola y sin recursos, ignorando las causas de la ausencia de él.

"Anoche salí con propósito de volver pronto—pensaba—, y ésta es la hora. ¡Pobre Dulce! No dormirá en toda la noche... Se le ocurrirán mil desatinos..., que me ha cogido la Policía..., qué sé yo... ¡Cuanto más considera uno la farsa de este convencionalismo en que vivimos, más ridícula nos parece! Yo pregunto: ¿qué razón humana ni divina, bien entendido lo divino y lo humano, se opone a que yo traiga conmigo a Dulce cuando vengo a esta casa, a que nos quedemos aquí los dos, viviendo con mi hija y mi madre...? Pero ya oigo la respuesta. Ninguna razón divina ni humana se opone: lo que se opone es el comedión social y el carácter y las ideas de mi madre... ¡Dulce en esta casa! Parece que sólo de pensarlo revienta un volcán o se abren las cataratas del cielo y se nos viene encima otro Diluvio universal. Nada, nada, para que yo sea persona decente, digna de alternar con los Medinas, Bringas y Taramundis, es preciso que abomine de aquella infeliz mujer que no sabe vivir ni respirar sino por mí y para mí. ¡Pretensión ridícula que yo la abandone! Mi mayor gozo sería traerla aquí, y decirle: "De todo esto que ves, de toda la comodidad y amplitud de esta casa, participas tú, y del cariño de mi hija, y del afecto de mi madre. Viviremos los cuatro tan contentos." ¡Qué sueño, qué delirio!... No puede ser. Hay que romper con esto o con aquello... Tengo por seguro que si Dulce viviera aquí, sería para mi hija una verdadera madre, y si mi madre se amansara y fuera otra, Dulce sería para ella una hija cariñosa. La pobrecilla está formada de esa sustancia moral, blanda y fina, que se amolda a todo lo que la rodea, y se adapta mejor cuando lo que la rodea es bueno. Pues si mi madre estuviera bien de salud y me hablara de esto... ¡Oh, qué cosas le diría yo! ¡Cómo razonaría mi conducta, cómo le explicaría por qué quiero a esa mujer, y por qué olvido sus culpas y su pasado negro, obra de su propia mansedumbre y de la miseria! Yo me río a carcajadas de los escrúpulos sociales y del fariseísmo de todo ese vulgo tiránico y egoísta que quiere gobernarnos..."

Doña Sales había cerrado los ojos. Por efecto de la prolongada quietud física. Angel sintió también algo de pesadez en sus párpados. Pero repentinamente se despabiló, cual si hubiera oído la voz de la enferma que le increpaba. La miró, cerciorándose, por su aspecto, de que reposaba tranquila, al menos en apariencia. Volvió a cerrar los ojos, y entonces la voz interna vibró dentro de él, hilando conceptos iracundos, que no eran divagaciones, como los de antes, sino más bien réplicas a algo que doña Sales no le había dicho, pero que muy bien le habría podido decir. Oíase la réplica:

"Parece mentira, mamá, que sostengas cosa tan contraria a la verdad de los hechos. ¡Que yo me debo a mí propio mis desgracias!... ¡Que todo el mal que sufro es obra mía!... ¡Que tú te has desvivido por rodearme de bienes, y yo he tirado esos bienes por la ventana! Pero, mamá, vamos a cuentas y examinemos un poco lo pasado. ¿Quién es responsable del mayor mal de mi vida, de mi matrimonio, sino tú? En aquel tiempo, yo sentía en mí los instintos cismáticos; pero aún conservaba la forma ortodoxa, la obediencia. Yo te quería y te respetaba sobre todas las cosas, y tu voluntad era sagrada para mí. Influída por esos amigos de la familia, que tú admiras y veneras tanto como yo les detesto, te empeñaste en que me había de casar con Pepita Pez. "Pero, mamá, si Pepita Pez no me gusta, si no congeniamos... Es más, me figuro que yo no le gusto a ella. Soy muy rudo, ella muy fina, superficial, educada en el formalismo madrileño, en el culto de las apariencias, trasunto fiel de la tontería remilgada de su papá y de todos los Peces..." Recuerda cómo te volabas cuando yo te decía esto; recuerda también los elogios que hacías de la chica. Entre ella y su padre, con adulaciones y marrullerías, te habían trastornado la cabeza... "Nada, nada, tonto. Que te has de casar, y que te has de casar, y que te has de casar... ¿Qué entiendes tú de mujeres? Pepa es un ángel, y en la intimidad te prendarás de ella." Yo tenía ya ideas propias,

pero conservaba el hábito de sacrificarlas a las tuyas. Me sentía niño ante ti, como cuando me sentabas sobre tus rodillas. Nada me afligía tanto como disgustarte... "¿Conque te empeñas en que me case, mamá querida? Pues allá voy, te obedezco, soy tu esclavo... ¡Prueba terrible y cara! Pago con mi felicidad mi patente de hijo sumiso!... En efecto, aquello salió como debía salir: no necesito recordártelo. Mi mujer y yo fuimos, desde los primeros días, de una incompatibilidad desesperante. Todo lo que a mí me desagradaba, gustábale a ella. Su presunción, su frivolidad, me atormentaban más que la sequedad de su alma. Me ofendía con sus trajes, con su incesante callejeo, con sus artificios, con su desamor y con sus mimos y patatuses cuando no la complacíamos en cualquier estúpido capricho. Lo que pasé, mamá, lo que sufrimos, ¿cómo ha podido olvidársete? Escapamos de aquel suplicio gracias a la pulmonía que se la llevó. ¡Y todavía el mamarracho de don Manuel Pez aseguraba que yo maté a disgustos a su pobre niña! ¿Te acuerdas del día en que nos liamos de palabras en el comedor de esta casa, y arremetí a él y por poco le ahogo? Ese Pez y otros como él, nulidades huecas, fariseos y escribas de este dogmatismo imbécil de las conveniencias sociales, han sido los determinantes de mi conducta rebelde y de mis aficiones anárquicas. Cuando me quedé viudo, consideréme indultado de una terrible condena, y dije: "Ya no obedezco más..." Pues te diré, ya que la lección no te curó de tus mañas autoritarias, que Dulce es la antítesis de mi mujer. Esta, y no aquélla, merecería ser la madre de tu nieta. Esta, y no aquélla, endulza y alegra mi vida. Esta, y no aquélla, debiera reinar en nuestra casa, al lado tuyo. Pero no cederás en esto, lo sé. Primero correrán las montañas, y los bueyes pastarán en las nubes, y las aves darán de mamar a sus polluelos... No, no me eches la culpa de que se te haya trastornado el corazón. Culpa más bien a tu carácter absorbente y despótico, que no admite ni la desobediencia más leve, ni la réplica, ni siquiera la opinión de los demás. Encontréme atado con mil lazos, algunos legítimos, otros no; quise romper los que más me oprimían, y tirando, tirando, se rompieron todos. Soy revolucionario por el odio que tomé al medio en que me criaste y a las infinitas trabas que poner querías a mi pensamiento. Te lo expliqué mil veces, y nunca lo quisiste entender. Volveré a explicártelo cuando estés mejor y puedas oírme sin peligro."

Doña Sales no dormía. Deseando conciliar el sueño y librarse de aquel suplicio de la voz interna, apretaba los párpados, evocaba el descanso y el olvido, poniendo en práctica para ella ciertas recetas de higiene cerebral, como rezar tantos y cuantos padrenuestros y avemarías, hacer sumas y restas, o contar cifras altas. Pero ni por ésas. El verbo interior saltaba por encima de todo aquel fárrago aritmético y piadoso con que ahogarlo se pretendía, y clamaba de esta suerte:

"¡Cualquier día me engañas tú a mí con esa humildad de farsa! ¡Quién sabe si, aparentando quererme y respetarme, habrás traído a casa contigo a esa mujerzuela!... Puede que en estos momentos la tengas escondida en tu cuarto o en otra habitación de la casa... No, no, esto sería el colmo. A profanación tan grande no te atreverás; y si te atrevieras, Braulio y *Leré* no lo consentirían... Pero, ¡ah!, como yo me muera, seguro es que te faltará tiempo para meterla aquí, y ponerla al frente de la casa, gobernándolo todo, personas y cosas... Dios mío, ¿esto cabría en lo humano? ¡Mi *Ción* en poder de ésa...! ¡Mi casa...! No, no, no quiero pensar tal disparate. Toda la sangre se me lanza al pecho en terrible catarata, y me ahogo, se me paralizan los miembros, se me acaba la vida. ¡Dios mío, Virgen Santísima, libradme del infierno de esta idea. Si me muero, que muera en paz. Alejad de mí la cólera; que no expire, no, rabiando."

XII

Bastante después de medianoche Guerra se adormeció, apoyando el codo en el brazo de la butaca y la cabeza en el puño cerrado. Fué tan sólo un bosquejo de sueño, sin perder totalmente la apreciación de lo real; pero entre brumas y contornos indefinibles se le presentó la visión de la máscara griega con el cabello erizado, la contracción de espanto en su boca cuadrangular. Al volver en sí, vió que a su madre se acercaba una per-

sona, de leve andar y forma escurridiza. Era *Leré,* envuelta en su mantón, y descalza, con medias. Había venido a echar un vistazo a la señora, y hallándola despierta, habló con ella. Acercóse también Angel, y doña Sales los riñó a entrambos por empeñarse en velar cuando menos necesidad había de que se molestasen.

—Idos a acostar—les dijo—. Y tú, Angel, no seas terco, ni me enfades. Vete a tu cuarto y descansa, que quizá lo necesites más que yo. *Leré,* que tiene el sueño ligero, me dará la digital. Además, yo me voy a quedar dormida ahora mismo, pues ya me está entrando un sueño que no me lo merezco.

Guerra no se dió por convencido; pero salió un rato a fumar un cigarro, y al volver, media hora después, a la alcoba de su madre, encontró a ésta sola y tan despierta como antes. A las interrogaciones cariñosas del hijo contestó que, a pesar del insomnio, se sentía muy bien. La buena señora no tenía ya fuerzas en su espíritu para guardar ante el delincuente aquella reserva y compostura que se había impuesto. Su pasión autoritaria podía más que su prudencia, y rompiendo los frenos, se lanzaba al exterior sin que nada pudiera contenerla. No obstante, aún desplegó las últimas energías de resistencia, no ya para contener la expresión, cosa imposible, sino para encerrarla en una fórmula irónica, como la que emplean los oradores de peor intención.

—Hijo de mi alma—le dijo, haciéndole sentar a su lado—, tu arrepentimiento ha de influir mucho en mi salud. Créeme, siento una gran mejoría desde que has vuelto. Ahora, no hay que decir que tus acciones buenas serán tan extremadas como antes lo fué tu mala conducta... No, no es preciso que hagas promesas. Si no desconfío de ti, vaya... Basta que tú lo hayas dicho para que yo lo crea. Ahora, moralidad, juicio, respeto a todo el mundo, y olvido de tantos errores. ¿No es eso lo que piensas?

—Sí, mamá—afirmó Guerra, creyendo que no debía decir más, y para sí hizo el siguiente comentario: "Me hablas irónicamente. No crees que yo esté arrepentido, ni mucho menos. Te conozco bien y adivino tus pensamientos."

—Bueno—añadió doña Sales—. Y al entrar aquí, has abominado de las malas compañías... de ambos sexos; has dado al diablo ciertas relaciones, que a mí me parecieron siempre vergonzosas, y a ti te lo parecen ahora también.

—Sí, mamá; todo, todo concluído —afirmó Angel besándole una mano.

Doña Sales miraba al techo, y agitando ligeramente los labios como si rezara, decía para sí:

"¡Cómo me engaña este pillo! Y se figurará que creo sus farsas."

Guerra comprendió que su madre se excitaba con aquel diálogo, en el cual ninguno de los dos se expresaba con sinceridad, y rogándole que dejase para mejor ocasión el tratar de asunto tan resbaladizo, reiteró su propósito de no darle más disgustos.

—Todo se te puede perdonar—dijo doña Sales *ex abundantia cordis*—si rompes con esta mujer de mala vida.

—Pero, mamá, si ya te he dicho que... Vamos, no te inquietes... Eso concluyó... Te juro que...

—Eso, eso me gusta... Me agrada que jures, porque no has de jurar en falso. Una idea me causa terror: la idea de que después de muerta yo entre en casa esa mujer y...

—Pero, mamá, ¡qué cosas se te ocurren! En primer lugar, no te has de morir. En segundo lugar, no existe tal mujer.

"¡Cómo me trastea, cómo me engaña!", para sí, moviendo la cabeza con la mímica de la incredulidad.

Y en alta voz, tomando un tono solemne:

—Te aseguro una cosa. Si supiera que tu hija había de quedar en poder de los Babeles y Babelas, preferiría que se muriese conmigo, y pediría a Dios que conmigo se la llevara.

—Mamá, por Dios, ¿de dónde sacas estas ideas?—trémulo y displicente—. Te trastorna el insomnio. Yo también, cuando paso toda una noche sin dormir, digo mil disparates... Ya sabes que los descalabros me han... hecho reflexionar... Ya notarás que soy otro... No pienses ahora más que en ponerte buena. Viviremos en perfecta concordia... Pero qué, ¿no lo crees?

—Sí, lo creo—afinando el tono de su ironía—. Pues ¿no lo he de creer? ¿Cuándo he dudado yo de una declaración tuya?

"Se burla de mí—aparte, frunciendo

los labios—. La culpa es mía, porque no sé fingir, y la sinceridad que ahuyento de la boca se me sale por los ojos."

En alta voz:

—¿Cómo quieres que te lo pruebe?

—No, si no necesito más pruebas... Estoy convencidísima. Me basta con lo dicho. Tienes razón: en perfecta concordia, eso es. No hemos de cuestionar por un más o un menos. ¡Qué dicha! Eres todo mío, pensarás con mis pensamientos y obrarás con mis acciones.

—No lo digas en broma, pues es verdad. Ponte buena pronto, y verás cómo no tienes por qué quejarte de mí.

Doña Sales calló durante largo rato. Angel fué quien primero rompió el silencio:

—Todavía no has oído mis explicaciones, y tus palabras más bien parecen irónicas y mortificantes que consoladoras y sinceras como yo las necesito.

—Mis palabras serían de otra manera—dijo doña Sales, sacando de improviso su austeridad, como un gato saca las uñas—si las de mi hijo no fueran mentirosas y...

Se le cortó el aliento y no pudo concluir. Angel sintió en su interior el brinco enorme de su genio impetuoso, incapaz por más tiempo de permanecer achicado y escondiéndose de sí mismo. Por uno de estos impulsos instantáneos, que en los temperamentos vivos son como vibraciones eléctricas, y que apenas dejan tras sí responsabilidad, rechazó sin violencia la mano de su madre, que tenía entre las suyas, empezando una frase que al instante truncó:

—Pero ¿cómo quieres que te hable si...?

Rehaciéndose, balbució esta enmienda cariñosa:

—Mamá, por Dios, no me quieras mal.

E intentó volver a tomarle la mano. Pero doña Sales se la había llevado al pecho, y estirando el cuello y abriendo espantados los ojos, exhaló un angustioso gemido, presa de violentísimo acceso de disnea. Comprendiendo en seguida la gravedad de la situación, Angel llamó a gritos a *Leré*, quien no tardó en acudir presurosa.

La cabeza caída hacia atrás, la boca abierta y trémula, la madre de Guerra parecía querer tragarse todo el aire de la habitación, cogiéndolo a bocados. Pero el aire no entraba, porque el movimiento de inspiración resultaba imposible. Consternado ante aquel espectáculo, Angel no sabía qué hacer, y salió corriendo para mandar venir a Miquis. *Leré*, más serena, aunque también alarmadísima, empleó el éter sin ningún resultado. La señora se calmaba un momento, y luego volvía el pérfido ataque con más violencia. Viendo que con el éter no conseguían nada, rompieron un tubito de tila en un pañuelo, para que la sorbiera por la nariz. Ni por ésas. En tanto, todos los de casa se levantaron; entró Basilisa en refajo, llegó también Braulio a medio vestir, poniéndose las gafas. *Leré* propuso los maniluvios, recordando que el médico los había prescrito para un caso como aquél. Todos corrían de aquí para allá. Mientras se calentaba el agua pasó algún tiempo en cruel incertidumbre. La señora no se ahogaba ya; pero había caído en profundo sopor y no contestaba a las expresiones cariñosas de su hijo ni de los demás que la rodeaban. Cuando le metieron las manos en el agua caliente, lo más caliente que se podía resistir, abrió los ojos.

—Mamá, mamá—le dijo Guerra, queriendo animarla con caricias—, serénate. Eso no es nada. Miedo, aprensión. Si estás bien... Míranos, contéstanos. Aquí estamos dispuestos a curarte contra tu propia voluntad.

La enferma sonrió vagamente, arqueando las arrugas que contorneaban su boca. No era fácil apreciar si aquella expresión de sus labios secos y de su faz rígida y amarilla eran un sentimiento de placidez por verse entre los suyos, o de desconfianza, o de profunda ironía. Poco duraron las esperanzas de Angel, *Leré* y los demás, ante tan leves apariencias de mejoría, porque de súbito fué acometida del ahogo en un grado tal, que todo su cuerpo se estremecía, contrayendo enérgicamente los brazos. Abatióse después toda aquella energía como enorme castillo que se derrumba; cesó el esfuerzo por respirar, y del fondo del pecho salió un hervor sin cadencia ni ritmo, como de olla puesta a la lumbre. En aquel instante entró presuroso el canónigo Pintado, abrochándose la sotana, y en cuanto vió el rostro de su amiga dijo lúgubremente:

—La Extremaunción..., pronto... Que Lucas avise corriendo a la parroquia.

Se puso a mascullar entre dientes rezos y más rezos. Aplicaron además a la

enferma sinapismos en el pecho, en las extremidades. Cuando Miquis llegó, el rostro de doña Sales se descomponía intensamente, hundíansele los ojos, y de su boca salía una cadencia estertorosa, que disminuyendo, disminuyendo como el ruido de algo que con enormísima rapidez se aleja, llegó a ser imperceptible. Todos aguzaron el oído tratando de atrapar los últimos golpes de aquel péndulo que se paraba en la lejana inmensidad, y luego se miraban unos a otros preguntándose con los ojos si habían oído algo. Miquis, tétrico, no decía nada, pues nada tenía que decir. Despuntaba la aurora cuando hasta los más reacios en admitir la tremenda evidencia de la muerte se convencieron de que la pobrecita doña Sales no vivía ya.

CAPITULO IV

LERÉ

I

La situación de espíritu en que Guerra quedó al perder a su madre no puede ser comparada sino al aturdimiento o conmoción cerebral del que sufre una violenta caída y se rompe la cabeza. El estupor, la pena, el cansancio, le embarullaban las ideas, y no podía darse cuenta clara de lo que ocurría. El instante aquel breve y terrible del tránsito de doña Sales subsistió estampado en su mente con relieve hondísimo. El sueño no le ayudaba a despejarse, y las treinta horas que transcurrieron desde la muerte hasta que *la llevaron* las pasó en una especie de trastorno febril, incapaz de disponer nada. Por lo demás, su iniciativa no hacía ninguna falta, porque allí estaban *Leré* y Braulio para atender a todo. El bueno del administrador no cesaba de llorar a moco y baba, mientras iba y venía, organizando el entierro. La muchacha de los ojos bailones, traspasada de pena, la disimulaba con su entereza de ánimo, y amortajó a su ama ayudada de Basilisa. Las demás criadas alborotaban la casa con sus lloriqueos. *Leré* pasó todo el día y la noche, salvo los ratos en que tenía que atender a *Ción*, junto al cadáver de la señora, rezando, y lo mismo hizo, aunque con menos constancia, don León Pintado.

Encerróse Angel con su hija, negándose a recibir visitas, y sólo Braulio entraba a darle cuenta de lo que disponía con plenos poderes del que ya era su amo. Después del entierro, lucidísimo, negóse también a recibir a los amigos, atendiendo a su delicada situación jurídica, pues no podía figurar como presente en Madrid sin riesgo de ser detenido. A obviar este inconveniente acudió con su influencia el oficioso marqués de Taramundi, quien, después de hablar con el gobernador y aun se cree que con el ministro, pasó a tranquilizar a Guerra, diciéndole que la autoridad le consideraba como ausente, siempre que no se presentase en público, lo cual no significaba que estuviera libre de responsabilidad por su participación en los sucesos de septiembre, sino que, en atención a las circunstancias, se le exigiría *pasado el novenario*. En vista de esta lenidad gubernativa, que era el colmo de la contemporización, Angel recibió a los más íntimos de la casa, que iban a darle el pésame. Fatigosas eran las visitas, y atrozmente antipáticos para Guerra muchos de los que se presentaban con dolorido rostro, enmascarando la curiosidad y el fisgoneo. Pasó, entre otros malos ratos, el de la visita de su suegro, don Manuel María del Pez, con quien cambió las frases reglamentarias, frías e hipócritas, apropiadas a la situación. Aborrecíanse cordialmente, y uno a otro se deseaban todo el mal posible. Pez hubiera llevado al patíbulo a su yerno, si pudiera, y lo menos que Angel pedía a Dios para su suegro era una pulmonía fulminante o un mal de miserere. Mientras le tuvo allí, echaba frenos y más frenos a su palabra escurridiza para no decirle cuatro insolencias, porque, según contó a Guerra su amiga la señora de Medina, el tío aquel se había permitido comentar la muerte de doña Sales del modo más inconveniente.

—No me queda duda—había dicho en casa de la San Salomó—de que la ha matado el botarate de su hijo... Crean ustedes que éste es un caso de estrangulación moral... Conozco al asesino y sus mañas infames, porque de ellas fué víctima mi pobre Pepita. Ese mata sin comprometerse, y en el caso de la pobre doña Sales no me atrevo yo a jurar que la estrangulación haya sido puramente moral.

No se satisfacía Angel con despreciar estas malicias, y si no se hallara tan abatido al recibir a Pez, le habría puesto la cara verde o roja.

Lo más singular del caso era que la brutal especie lanzada por don Manuel Pez para molestar a su enemigo tenía un eco siniestro en la conciencia de Guerra. A los pocos días de fallecer doña Sales se inició en él un aplanamiento tristísimo y una depresión de amor propio, que se le representaban por medio de vagas imágenes del orden material. Su alma era como un vaso lleno de líquido, el cual, por la depresión aquella del amor propio, descendía hasta desaparecer casi completamente, permitiendo ver el fondo del vaso. En dicho fondo aparecía la responsabilidad por la muerte de su madre. Ni con los afectos ni con los afanes de la vida material podía Guerra llenar el vaso, cuya vacuidad creciente le aterraba. Y lo peor era que su conciencia no se detenía en la responsabilidad moral, sino que iba más allá, con audacia increíble, buscando el goce supremo de la justicia (que en aquel caso era un placer insano, como el del llagado que por nervioso impulso toca sus propias úlceras), y examinaba, cual instructor receloso, los hechos de la última noche para deducir su culpabilidad material en la muerte de la infeliz señora.

"Cierto que ella no me había perdonado—decía—más que en forma irónica, y que yo lo comprendí así; pero cierto es también que yo no me había arrepentido de mi conducta ni abjurado mis ideas. Yo fingía y ella también. Asimismo, es verdad que yo sentía en mi alma deseos de complacerla, de encontrar una fórmula, un *modus vivendi* para evitar discordias en lo sucesivo. Pero ni ella ni yo podíamos llegar a un arreglo sin mentir, y en esto consistía la gravedad de mi situación frente a ella... Mentir... o sacrificar a la pobre Dulce... ¿Cuál de estos dos partidos era preferible? Los dos me parecían peores. Pero puesto a fingir, debí hacerlo con más arte. Ahora veo claro que mi madre se violentaba horriblemente para no romper en denuestos contra mí. Si me hubiera reñido con la violencia que solía desplegar, quizá viviría todavía. Recuedo que todo mi afán, la noche de la muerte, era sostener aquella angustiosa situación, semejante a la de dos combatientes que mirándose se apuntan con armas de fuemo montadas a pelo, sin atreverse a disparar... Bien lo decía Miquis. Si se rompen las sinergias estamos perdidos. Y las sinergias se rompieron, causando la muerte; las rompí yo. Porque, sí, tengo que acusarme, y me acusaré mientras viva, de un acto brutal, movimiento instintivo que fué como el levísimo impulso que descarga un arma de fuego. Yo tenía una mano de mi madre entre las mías. Algo me dijo que me hirió en lo más vivo de mi amor propio. Rechacé la mano casi sin darme cuenta de ello. Fué una de esas vibraciones del temperamento que no se pueden refrenar. La mano que yo rechacé se la llevó mi madre al pecho. En aquel instante... no sé qué pasó en mi interior..., se desquició todo dentro de ella. Hubiera yo dado mis dos manos por no haber rechazado la suya como la rechacé. Mientras viva me acordaré de mi ademán, que en cualquier otra ocasión habría sido insignificante, pero que entonces, ¡ay!, se pareció tanto a un tiro... que más no pudo ser."

Esta idea le atormentaba día y noche, y al avanzar del tiempo más tenazmente a su magín se adhería, y su espíritu se iba encapotando más, llenándose de sombras. Era la pasión de ánimo, quizá monomanía, y esperaba verse libre de ella cuando pudiera salir, esparcirse y perder de vista los objetos y personas que rodearon a la difunta. Entre tanto se distraía con *Cián*, que ni un momento se separaba de él. El cariño que siempre tuvo a su hija tomó, en aquel singular estado de su ánimo, proporciones de un amor insensato, absorbente, quisquilloso, que ni un punto podía dejar de manifestarse, ya complaciendo a la chiquilla en cuanto se le antojaba, ya prodigándole ternezas y caricias a toda hora, vinieran o no a cuento. A *Leré* le disgustaban estos extremos, y Guerra, que en sus arrebatos pasionales solía perder toda idea de equidad, achacaba la actitud de *Leré* a celos.

—Porque tú—le decía—pretendes ser única en querer a la niña, y no toleras que yo la quiera más que a nadie.

Sobre esto disputaban, y *Leré* le argüía de un modo tan razonable y discreto, que el otro no sabía qué responder. Tratábala con más intimidad cada

día, y a pesar de la ceguera intelectual en que le puso su conciencia turbada, reconoció en la maestra de *Ción* un espíritu recto y prodigiosamente equilibrado, en quien el sentimiento y el juicio obraban con la ponderación más perfecta.

¿Y Dulcenombre?

II

No olvidó Guerra en aquellos días luctuosos a su compañera de ilegalidad, a la que con él había compartido las dificultades de la existencia, fortificándole y sosteniéndole con su adhesión sin límites y su buena mano para el gobierno doméstico. Como la había dejado sin blanca, en cuanto pudo envió a Lucas con una carta que contenía el dinero necesario para no perecer; y a los tres días de muerta doña Sales quiso repetir el envío por cantidad mayor, la cual pidió a Braulio. Al dársela, el buenazo del administrador le dijo:

—Lleva cuenta de lo que entregas a esa familia, y no te corras mucho. Los mil reales de hoy, con los que me pediste dos días antes de tu llegada a esta casa, hacen dos mil...

Sorprendido y alarmado, replicó Guerra que no recordaba semejante petición; a lo que añadió Braulio algunas palabras acusándole de falta de memoria.

—Trastornado estás, querido—le dijo—, y no te acuerdas hoy de lo que hiciste ayer. Como es natural, conservo la cartita en que me pedías te enviase mil reales con toda urgencia, pues te hallabas en la mayor penuria.

—El trastornado eres tú—insistió Guerra—, y conservo perfectamente la conciencia de mis actos para saber que no escribí semejante cartita en la fecha que dices.

La confusión pasó entonces del rostro del amo al del servidor, que, sofocado, limpiándose el copioso dudor de la frente, corrió en busca de la esquela, y la trajo y la puso ante los atónitos ojos del hijo de doña Sales.

Sorpresa y turbación de ambos. Guerra leyó los caracteres aquellos, y los tuvo por suyos; pero segurísimo de no haberlo escrito, descifró el enigma en en esta forma:

—Querido Braulio, no te asombres de haber caído en el lazo, porque mi letra está falsificada de un modo perfecto. ¿Quién te trajo esta carta? Si no fué ese pillo de Fausto Babel, pongo mi cabeza a que fué el mequetrefe de Policarpo.

—Si he de decirte la verdad, no distingo bien las fisonomías de los Babeles—dijo Braulio, abanicándose con el hongo, porque sentía un calor excesivo—. Yo no vi más fisonomía que la tuya, es decir, tu letra, y di los cuartos. Claro es que no dije nada a tu pobre mamá. Como en la carta se decía..., míralo, lee..., que si te enviaba el dinero saldrías de tu escondite secreto y volverías a casa, no quise preguntarle al emisario por tu residencia. Entregué los cincuenta duros y te escribí, informándote del grave estado de tu mamá y diciéndote que vinieras, que serías bien recibido. Como a los dos días pareciste, atribuí tu vuelta a las razones que te daba en mi carta. Veo que me estafaron indignamente tus amigos, y pues me dejé sorprender por las apariencias de tu escritura, esa cantidad la perderé yo.

—No, no faltaba más. La pierde quien la debe perder, yo. No se hable más de eso, Braulio, y para otra vez desconfía de mis cartas.

Tanto le dolía el fraude, que le faltaba poco para echarse a llorar, mientras que Guerra, afectado por el descubrimiento, no pudo olvidar en todo el día la imagen fatídica de los Babeles de una y otra rama. Con vigoroso esfuerzo mental quería extraer del seno de familia tan execrable la persona de Dulce, como quien, escarbando, saca una joya de entre la basura del muladar. Diríase que intentaba cogerla con un palito por no mancharse los dedos; pero cuando ya la tenía casi salvada, volvía a caer y a perderse entre la inmundicia. Al escribir a la joya anunciole que iría pronto a verla, le encargaba que por ningún motivo ni pretexto fuese en busca de él. Aunque se tenía ya por amo de su casa, y lo era realmente, no gustaba de ver en ella a la persona que doña Sales aborrecía con toda su alma. Recibirla entre aquellas paredes habría sido una grave injuria a la memoria de la finada, una especie de provocación póstuma, y aquel hombre de ideas positivas se encontraba a la sazón en un principio de desquiciamiento moral, y le pasaban por la mente

ráfagas de supersticioso y pueril miedo.

Otro fenómeno digno de observarse era que se sentía retenido en su casa por misterioso imán. Antes de la muerte de su madre encontrábase mejor fuera que dentro; y ahora, si alguna vez hacía propósito de salir de noche con las precauciones que exigía su situación jurídica, pronto buscaba y encontraba pretextos para quedarse. Engañándose a sí propio, atribuía su pereza al temor de ser aprehendido; mas no era temor de lo de fuera, sino un inexplicable apego a lo interior de aquella morada lo que le retenía. ¿Era quizá la satisfacción del novel propietario? Quién sabe si algo habría de esto; pero más bien convendría señalar otras causas, el amor de *Ción*, por ejemplo, que llegó a ser en él una pasión absorbente.

La chiquilla le pagaba en la misma moneda: siempre quiso a su papá más que a su abuela, sin duda porque él la mimaba, y la abuelita no. Jugando con la niña o departiendo con ella o iniciándola en la lectura, sentía Guerra inefable dicha. Traviesa y alborotada, *Ción* era un prodigio de inteligencia, y a veces hacía preguntas que paraban a cualquiera, y daba respuestas maravillosas, en las cuales, al través del candor infantil, se vislumbraban destellos de la ciencia divina.

—Papá, ¿por qué reza tanto *Leré*? Si Dios le concede a *Leré* todo lo que le pide, ¿por qué no conseguimos que no se muriera la abuelita?... Papá, te diré una cosa: cuando la abuelita decía que tú eras malo, *Leré* te defendía..., para que lo sepas... Papá, ¿el morirse qué es? Y los niños que se mueren, ¿crecen luego en la vida de allá, o se quedan siempre chiquitines?... ¿Quieres saber cuánto te quiero..., como cuánto? Pues te lo diré. Como de aquí al cielo... No, eso es poco, porque el cielo está cerca. Como de aquí al cielo tantas veces como pelos tenemos tú y yo en la cabeza, contando también los pelos del gato... mil veces. Papaíto, ¿te estarás ahora siempre en mi casa, o vas a marcharte a la otra casa que tienes?...

Ción pronunciaba correctamente y construía las frases como una persona mayor, lo que hacía más encantadora su charla. Sólo eran infantiles el tono y las ideas; pero en la dicción poco o nada tenía que aprender. Otra particularidad suya era que tramaba mentiras e inventaba historias con mil detalles de realidad que las hacía verosímiles. Esta mala costumbre se la combatía *Leré*; pero a Guerra le caian tan en gracia los donosos embustes de su niña, que se los alababa, aparentando creerlos y a veces creyéndolos a pie juntillas. A lo mejor iba contando que había llegado a la puerta de la casa un hombre con barbas preguntando por don León Pintado, y que éste salía a recibirle, y el desconocido le entregaba una caja, de la cual sacaba después el canónigo chorizos, morcillas y una máquina de hacer pitillos. Indagado el caso, ¿qué resultaba? Pues todo mentira. Otra vez llevaba el cuento de que Faustina, la cocinera, recibía cartas de su novio, que era barbero, y le había dado palabra de casarse... Y una tarde el barbero se había metido en la casa, y llegó Braulio y tuvieron unas palabras... El barbero le dijo a Braulio que él era pobre, pero honrado..., y Braulio le contestó al barbero que muy bien, muy bien, sí, pero que se pusiera en la calle. Estos cuentos con trazas de verdad no lo eran, y *Ción* los tramaba a cada momento, imitando la realidad con ingenio pasmoso. No condenaba Guerra en absoluto estas facultades imaginativas, que, según él, eran el tanteo instintivo de la propia fuerza pensante; sostenía que el pensar se inicia en la infancia bajo la forma imaginativa, y que las mentiras desarrolladas con perfecta lógica eran, más que un vicio infantil, una gimnasia. A tales sofismas contestaba *Leré* prohibiendo terminantemente a su discípula el referir nada que no hubiese visto.

Cuando *Ción* dormía y *Leré* rezaba, Angel, no pudiendo separar en su ánimo la atracción de la maestra y la de la discípula, se entremetía también en las prácticas religiosas de la pobre muchacha, haciéndole mil preguntas acerca de sus creencias, rebatiéndoselas suavemente, indagando a qué santo se encomendaba y por qué prefería unas devociones a otras. La bondadosa *Leré* no se ofendía por aquella intervención impertinente y replicaba con bastante soltura y donaire. Como sus creencias eran firmes, y ninguna sugestión podía quebrantarlas en su espíritu, no le afectaba la argumentación del papá de su discípula. Oía en perfecta calma, y si acertaba con la

respuesta, dábala sin orgullo; si no sabía qué contestar, se callaba, renunciando a ganar laureles en el campo de la controversia; mejor dicho, dejaba a su amo los laureles, quedándose ella con la fe, que era, a su juicio, lo importante.

—No creas—le dijo Angel en una de aquellas polémicas por él provocadas—que me disgusta notar en ti esa firmeza de convicciones, esa fe ardiente, ciega, como debe ser la fe, y capaz de llevarse tras sí las montañas. Yo no creo lo que tú crees; pero me da por admirar a los que creen así, con toda su alma, sin hacer de la fe una máscara para engañar al mundo y explotar las debilidades ajenas. Las personas que hacen gala de proscribir todo lo espiritual me son odiosas. Los que no ven en las luchas de la vida más que el triste pedazo de pan y los modos de conseguirlo, me parecen muertos que comen. Lo mejor sería que hubiera en cada persona una medida o dosificación perfecta de lo material y lo espiritual; pero como esa ponderación no existe ni puede existir, prefiero los desequilibrados como tú, que son la idea neta, el sentimiento puro. Porque una idea, la idea tiene más poder que todo el pan que puede fabricarse con todo el trigo que hay en el mundo.

Leré convino en esto, y como Guerra le preguntara si las causas de su vocación religiosa eran todas puramente subjetivas (*le salían de dentro* fué la frase que empleó) o si, por el contrario, eran de carácter externo o social, contestó la joven de los ojos temblones que había de todo, aunque más parte tenía lo de dentro que lo de fuera en su manera de ser. A la tarde siguiente, hallándose los dos en el cuarto de *Ción,* mientras ésta preparaba un convite en su cocina y en su comedor muñequil, *Leré* contó al amo ciertos sucesos de su vida que aquél ignoraba y que cautivaron grandemente su atención.

III

Historia de *Leré.*

—Desde muy chiquita—dijo la maestra—gustaba yo de pensar en Dios y en las cosas del Cielo, poniéndome a discurrir cómo sería la Gloria eterna, cómo el Infierno y el Purgatorio, y cómo sería la cara de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen, cuando estaban en el mundo. Oía leer a mi tía Justina las vidas de santos, y deseaba yo ser también santa y tener ocasión de que me martirizaran. Doce años escasos tendría yo cuando comprendí que no es preciso que vengan moros, judíos ni romanos a abrirnos en canal o rebanarnos la cabeza para que haya mártires en estos tiempos, pues los suplicios sin fin hallamos en dondequiera, y verdugos muy malos entre nuestros semejantes, y aun en nuestra propia familia. Mi madre fué mártir y yo también lo he sido, aunque no todo lo que me conviene. Ya sabe usted que mi padre tenía el vicio de la bebida. Era cantor de la catedral de Toledo, y el señor deán tuvo que echarle, porque un día de la octava del Corpus hizo la barbaridad, usted calcule..., de soltar en medio de la misa unas coplas de zarzuela. ¡Lástima de hombre!, porque, según dicen, mejor músico que mi padre no lo hubo en la catedral, y para enseñar a los chicos el solfeo se pintaba solo. Pero aquella desgracia de la bebida le perdió, y echado del coro, tuvo que dedicarse a marchante de antiguallas para mantener a la familia. Andaba siempre a caza de azulejos, pedazos de trapo, aleros de casas viejas, clavos de puertas y otros mil desperdicios de loza y hierro, que vendía a los pintores y a los ingleses. Puso tienda de cachivaches en la calle de la Obra Prima, y crea usted que sin el maldito vicio hubiera salido adelante; pero el pobre, en cuanto cogía dinero, a la taberna derechito; volvía furioso a casa y pegaba a mi madre. Un día tuvo una cuestión con otro marchante sobre media docena de clavos que habían arrancado a una puerta de la calle de las Tendillas, y por si los clavos son tuyos o son míos, el otro le dió a mi padre un fuerte golpe en la nuca con un candelero de bronce, y mi padre cayó sin sentido. Dos semanas estuvo si vive, si muere, y yo nací en aquellos días. Dicen que el grandísimo susto que pasó mi madre fué causa de que me salieran los ojos así. No lo sé.

"Para que usted comprenda lo desgraciada que fué mi madre, le contaré otra cosa: los primeros hijos que tuvo se volvían monstruos a poco de nacer. Mi hermano Juan, el único que vive de los cuatro primeros, es monstruo... Usted no le ha visto, y si le viera se horrorizaría. De

la cintura abajo, todo su ser es momio y blando como si no tuviera huesos; la cabeza de hombre, el cuerpo de niño, los brazos y piernas como fundas vacías. Ha cumplido veinticinco años, no puede andar ni a gatas, y si le ve usted en la mesa donde le tienen, con los brazos y piernas formando como un lío y en el centro la cabeza, no comprenderá que aquello es persona humana. Come por tres y no habla; sólo sabe gruñir como un animal y repetir con perfecta afinación los trozos de música que oye. Rarísima vez despide algún destello de inteligencia; pero tan poca cosa, que no llega ni a lo que vemos en algunos perros y gatos. De sentimiento no está mal; es cariñoso con los que le cuidan, y manifiesta su alegría y su amor con los ojos, mirando fijo, fijo, y así con cierto ángel. Hoy le tienen y le cuidan mis tíos, que viven junto al Pozo Amargo, y no hay obra de caridad que a ésta se compare, porque otros le habrían tirado a un muladar o en mitad de un camino. Pero aquel par de santos, mi tía Justina y mi tío Roque, no faltan a la ley de Dios..., y para que vea usted si son buenos..., hasta le quieren, sí señor, y dicen que si se les muriera llorarían.

"Pues verá usted. Después de haber tenido cuatro monstruos, no todos iguales, pues hubo otro totalmente sin piernas y otro con la cabeza deforme, mayor que todo el cuerpo, me tuvo a mí. Antes de tenerme no cesaba de pedirle a Dios que no saliera yo monstruo, y el Señor la escuchó, porque, a pesar del gran susto que había pasado la pobrecilla cuando descalabraron a mi padre, no saqué más monstruosidad que esta cosa que tengo en los ojos, que no puedo remediar el bailarlos ni me doy cuenta de ello. Mi madre, loca de contenta porque yo no era monstruo, me crió con todo el regalo que podía, en su pobreza. A los dos años, otro hijo...; otra vez el temor de que saliera fenómeno. Pero no fué así. Mi hermano Sabas, el más pequeño de todos, nació sin defecto, y se crió encanijadito; pero vive, y bueno y sano está. Siempre ha sido un ángel de bondad, y su vocación por la música se manifestó desde que no levantaba del suelo más que tanto así. Era un milagro de Dios aquel chico. Todo cuanto cantar oía repetíalo con una voz y unos gorjeos que parecían ecos de la Gloria. A los seis años le llevaron a la catedral, y el maestro de los niños de coro se hacía cruces, porque en poniéndose a enseñarle algo, resultaba que ya el chico lo sabía. En fin, que todo cuanto hay que aprender en música se lo sabía él por inspiración de Dios. Bien enterado está usted de que unos señores de allá, por iniciativa de don José Suárez de Monegro, consiguieron que la Diputación le pensionara para estudiar aquí, en el Conservatorio. Qué prodigio! A los diez años, primer premio de piano: para él no hay dificultades. Echele usted piezas y piezas de compromiso: se las bebe como agua; sus dedos son los dedos de los serafines que tocan delante de Nuestra Señora. Por fin, bien sabe usted que doña Sales y otras señoras le pensionaron para que fuera a París y Bruselas a perfeccionarse, y allá está. Diecisiete años tiene ahora mi Sabas, y vea usted, vea usted lo que dicen estos papeles que mandaron de allá. (*Mostrando un periódico extranjero.*) Que es el asombro de sus maestros, y que será el primer pianista de Europa, *el nuevo Mozart*..., porque también compone, y maravillosamente. Lo que me entristeció, cuando doña Sales recibió estos papeles y los leímos, fué que le llaman monstruo, y yo digo: que le llamen lo que quieran, pero monstruo no.

"Dispense que haya trabucado el orden de lo que le refiero. Pierdo la chaveta siempre que hablo de mi hermano Sabas. Vuelvo atrás para seguir contando al hilo. Pues, señor, yo tenía ocho años y mi hermanito cinco cuando murió mi padre, ¡de qué manera! Primero se quedó ciego y baldado, y le daban unos arrechuchos terribles de la rabia de no poder ir a la taberna. No había más remedio que darle aguardiente, porque si no rompía la cama y las sillas y se arrancaba al pelo, echando por aquella boca unas blasfemias que daban horror. Se murió un Jueves Santo, cantando los salmos del día—¡qué preciosos!—, con aquella voz de bajo que era un asombro, y que con el aguardiente, créalo usted, se le había hecho más baja todavía... Dejónos bastante mal, porque en los últimos tiempos el infeliz había malbaratado todos los trastos viejos de su comercio. No quedaba más que una chinela o zapatilla bordada de oro, que decían fué de una reina

mora y valía un dineral; pero como mi madre era bastante descuidada, se la robó una vecina, no sé si para venderla o para usarla. Gracias al tío de mi madre, el beneficiado don Francisco de Mancebo, que fué siempre protector y amparo de toda la familia, no nos moríamos de hambre. Nos fuimos a vivir a la parroquia de San Lucas, a una casa muy pobre, que tenía un cuartucho alto, donde mi hermano el monstruo estaba constantemente dentro de un cajón. No quería mi madre que nadie le viera; pero los chicos de la calle se subían por las rejas de la casa de enfrente para mirarle; mi madre salía furiosa y les cascaba, y con este motivo había en la vecindad pendencias y zaragatas. Yo cuidaba de mi hermano, que a veces se ponía como rabioso, dando mugidos y echando espumarajos por la boca: si nos acercábamos a él, nos mordía. El único remedio para esto era tocarle música o cantarle alguna cosa, y mi hermano Sabas, que sabía todos los cantos de iglesia y todas las coplas de los ciegos, se ponía en la puerta del cuarto y cantaba, imitando también el órgano... No, no se ría usted: le cuento la verdad. Metiéndose los dedos en la boca y poniendo los labios no sé cómo, imitaba el registro flauteado, los bajoncillos, dulzainas y qué sé yo, con tanta perfección que parecía que estaba usted oyendo el órgano de la catedral. Mi hermano Juan, dentro de su cajón, hecho un ovillo, llevaba el compás con la cabeza, y así se amansaba hasta dormirse.

"Si no se cansa usted, sigo contando, que ahora entra lo más gordo. A los seis meses no cumplidos de morirse mi padre, mi madre hizo la tontería de volverse a casar. ¡Disparate mayor!... ¡Y qué marido fué a escoger! Mi padrastro era un trajinante que vivía en las Carreras, llamado Escolástico, holgazán, feo, pobre, tonto y enfermo. No se podían atar dos cuartos de cominos con semejante hombre, y mi madre, que lavaba entonces la ropa de algunos señores canónigos y beneficiados, le tenía que mantener. Al mes de casados ya nuestra casa era un infierno, y mi madre y yo teníamos en el cuerpo más cardenales que los que hay pintados en la Sala Capitular. A mi hermano Juan le tomó aquel bárbaro grande ojeriza, y un día, hallándose mi madre en el río, cogió el cajón del pobre monstruo y lo puso en mitad de la calle. Toda la vecindad se arremolinó para verle, y los chiquillos le cogieron por su cuenta, tirándole chinas y metiéndole pajitas por las orejas. Yo no podía impedirlo, y no hacía más que llorar. Mi hermano bramaba, y en una de aquellas arremetidas de los granujas logró pillar entre los dientes el dedo de uno de ellos, y por poco se lo arranca. ¡Qué alboroto, Dios mío! Había usted de ver a mi padrastro riendo como un salvaje. En esto llega mi madre, y lo mismo es ver el cajón en medio del arroyo, ¡pim!, cae con una pataleta. Las vecinas la auxiliaron, y el bruto aquel seguía riéndose. No tiene usted idea de la tremolina que se armó, pues los chicos, insolentándose más, arrastraron el cajón por la calle abajo. Me parece que estoy viendo los ojos del pobre monstruo, que centelleaban; el rechinar de sus dientes se oía desde lejos. Total, que no sé en lo que habría parado tanta barbaridad si no llega a aparecerse por allí mi tío el beneficiado Mancebo, que ha sido siempre nuestro paño de lágrimas. Pues se puso muy incomodado, y terciándose el manteo, la emprendió a pescozones con los chicos, le dijo a mi padrastro que era un pedazo de acémila y le hizo traer el cajón a casa... Al mes de esto, mi madre, que lavaba la ropa a los familiares y tenía mucho metimiento en Palacio, fué a ver al señor arzobispo para que la descasara, y, como es natural, el señor arzobispo la mandó a paseo. Mi padrastro era un haragán, y se pasaba el día tumbado o de parola con los amigos. Gracias que la subiera a mi madre del río los sacos de ropa. No ganaba algún dinero más que en Semana Santa, poniéndose la armadura para salir de guerrero en la procesión o cargando las andas del Cristo de las Aguas. A mí me aborrecía, no sé por qué, y un día me colgó del techo por los pies y sacó un gran cuchillo con el cual decía que me iba a abrir en canal. Mis alaridos atrajeros a la vecindad, y una vecina, llamada como yo, Lorenza, le dió cuatro pescozones a mi padrastro, que se quedó con ellos. En fin, por no cansar a usted, aquellas buenas señoras de Rojas, tías de don Braulio y hermanas del señor magistral, me sacaron del infierno en que yo vivía para ponerme en las monjas de San Clemente,

donde me enseñaron lo poquito que sé, y viví tranquila y fuí instruída en todo lo que toca a nuestros deberes para con Dios.

"Diré a usted que mi mayor gusto en el convento era trabajar y rezar. La holganza y la cháchara y el juego no me satisfacían, y esto no lo digo por alabarme, sino porque es verdad. Mucho gozaba yo pensando en los misterios, figurándome la Pasión y discurriendo sobre todo lo que abraza nuestra fe. En las horas de trabajo meditaba, y meditando sentía en mi alma consuelos y alegrías que de ningún otro modo entiendo que se pueden tener. Una noche se me apareció la Virgen y me habló... Ya sé que se reirá usted con lo que voy a contarle; pero no me importa. Lo que digo, digo, y tómelo usted como quiera.

IV

"Pues, sí, señor, se me apareció la Virgen, y me dijo: "Pobrecita, tú has nacido para padecer y ser esclava. Alégrate, que la mejor de las voluntades es obedecer siempre, y la mejor libertad no tener ninguna, y esperar sólo trabajos, obligaciones, molestias y, en una palabra, esclavitud. De niña fuiste sometida a mil pruebas difíciles. Mujer, sometida serás a mayores pruebas. No pienses en nada agradable para los sentidos; no te recrees más que en sufrir y acude siempre adondequiera que veas dolores, miserias y penalidades. Desprecia la felicidad y humíllate siempre, pues siempre has de ser sierva..." Así me habló, palabra por palabra, y por esto, aunque la vida del convento me gustaba, como las señoras de Rojas no querían que me quedase allí, dispúseme a obedecerlas y a ir a donde me llevasen... Pues verá usted: otra noche se me apareció mi madre y me dijo: "Hija de mi corazón, no he muerto. Reza por mí, y no te cases nunca." Al día siguiente supe la muerte de mi madre, ocurrida repentinamente. Fué una angina de pecho, según me contaron. Sintióse malita al volver del río, y se echó sobre la cama; a medianoche era cadáver. Mi padrastro no vivía ya con ella, y, según me dijeron, andaba con los Juanillones... A mi hermano el músico le habían pensionado ya, y estaba en Madrid. ¿Y el pobrecito monstruo? ¡Ay! Esto era lo que a mí me ponía en grandísima inquietud. Por dicha de él y mía, le recogieron mis tíos, y con ellos vive.

"A poco de quedarme huérfana, las señoras de Rojas me llevaron consigo; ¡qué pena dejar el convento! Pero como la Santísima Virgen me había dicho: "Ríete de la felicidad..., obedece siempre..., abomina de todo lo que te gusta", no hice la menor resistencia. Y ¡cuánto me querían aquellas señoras! Enseñáronme mil cosas útiles, y cuando murió la mayor, doña Cayetana, doña Pía me recomendó a su madre de usted para niñera o institutriz de *Ción*. Una tarde me trajo el señor Pintado a Madrid, en el tren, y en la estación estaba don Braulio esperándome. Dos años hace que entré en esta casa. Lo demás lo sabe usted, y aquí se acabó mi cuento. He procurado cumplir con mi deber y ser esclava de la señora, la que me tomó cariño y me trataba como una madre. Ella mandando y yo obedeciendo sin tener más voluntad que la suya, hemos vivido en perfecta armonía, como alma y cuerpo, que siendo dos, parecen uno. Llevóse Dios a la señora; he cambiado de amo. Me consagro a cuidar la niña, siempre que usted no lo disponga de otra manera y me plante en la calle.

—¡Plantarte en la calle! Tonta, ¡qué cosas se te ocurren!—le dijo Guerra con calor—. *Ción* y tú formáis ya una especie de unidad indivisible. Ni la niña puede vivir sin ti, ni tú sin ella, ni yo sin las dos..., porque mi madre te enseñó a gobernar tan bien esta casa, que eres en ella insustituíble... Acepto tu esclavitud como un beneficio del Cielo, y yo cuidaré de que las cadenas no te pesen mucho... Pero se me ocurre una duda, y has de satisfacerla al momento. Vamos a ver: si yo me casara..., comprenderás que no tendría nada de particular..., pues si yo me casara y diera a mi *Ción* una madrastra, ¿te conformarías...?

—¿Yo?... ¡Otra! ¿Tengo algo que ver con que usted se case o se deje de casar?

—Te pregunto si, casándome yo, seguirías al lado mío.

—Obedezco siempre, lo mismo si me mandan irme que si me mandan quedarme.

—¿Y obedecerías a mi mujer?

—Claro que sí..., siempre que no me

mandara cosas contrarias a la ley de Dios.

—Qué ley ni qué... Supongamos que te tiranizara, que fuera exigente, antipática, regañona; que te obligara a trabajar con exceso, sin darte descanso, y que te regateara y te usurpara al fin el cariño de *Ción*. ¿La obedecerías?

—He dicho que sí.

—¿Fuera quien fuese?

Ante esta condicional, *Leré* vaciló un instante; pero pronto imperó en sí misma, diciendo:

—Fuera quien fuese, porque yo nací para la servidumbre, para el cansancio, para oscurecerme y no ser nunca nadie, y cuando las cosas se me arreglan de otro modo, paréceme que es ilusión o que Dios me pone delante una felicidad de pacotilla, a ver si me dejo engolosinar por ella y caigo en la tentación de preferir los bienes de esta vida a los de la otra.

Estas afirmaciones, que revelaban el temple de alma de la moza aquella, pareciéronle a Guerra inspiradas en un sentido falso de las cosas divinas y humanas; pero aun así, la desmedida grandeza de tal idea le subyugaba, y enmudeció ante ella, tributándole el respeto debido a los errores que implican abnegación. Aquella noche no hablaron más que de cosas pertinentes al gobierno de la casa, en la cual, gracias a *Leré*, no se echaban de menos la autoridad y pericia doméstica de doña Sales. En esto la satisfacción de Angel era completa, pues en lo tocante a su servicio personal, al orden de todas las cosas que directamente le atañían, nunca se vió en su propia casa tan bien atendido. *Leré* le cuidaba, no mejor que Dulce, porque esto era imposible, pero sí lo mismo, estudiando sus gustos, sus deseos y hasta sus manías, para que nada le faltase.

Pero fuera de lo perteneciente a su servicio directo y personal, a cada instante encontraba motivos para dar a conocer su carácter brusco y autoritario. Si con *Leré* no reñía nunca ni podía reñir, con Braulio andaba siempre de puntas por cualquier insignificancia. Bien conocía la honradez intachable del administrador, y sobre esto no había cuestión; pero le acusaba de torpeza, de olvidos, de entenderlo todo al revés. Gracias que aquel bendito era hombre de paciencia sin igual, y bien lo había probado en tiempo de doña Sales. Con Pintado también tenía Angel agrias cuestiones por el reparto de la considerable suma que su madre había dejado para misas. Trataba el nuevo amo al capellán y amigo de la casa sin ningún respeto, y tanto miedo llegó a cogerle don León, que una tarde, despidiéndose a la francesa, no paró hasta Toledo. Con los testamentarios Medina, Taramundi, don Francisco Bringas y el marqués de Casa Muñoz, los rozamientos eran continuos y de mucha aspereza. Cuando alguna duda surgía, Angel opinaba siempre en contra, y en aquellos asuntos de indudable claridad, en que no había más remedio que someterse, lo hacía gruñendo, lastimándolos con palabras desabridas.

Bueno será advertir que en su testamento disponía doña Sales del quinto, destinándolo a obras piadosas y a sufragios por su alma. El resto de la fortuna constituía la legítima de su hijo, y ningún entorpecimiento hubo ni haber podía en la transmisión. A Guerra no le contrarió que su madre hubiese dispuesto del quinto de los bienes, pues era hombre muy desinteresado; pero le molestaba la injerencia de aquellos señores, para él atrozmente antipáticos, y habría preferido que su madre le hubiera encomendado a él solo la distribución de mandas y limosnas. Una tarde le cogió de mal talante el pobrecito don Francisco Bringas; palabra tras palabra, Guerra se cegó, y por poco hay la de Dios es Cristo. Poco después la emprendió con Braulio, a quien dijo que no sabía dónde tenía la mano derecha. El altercado amenazaba tomar proporciones, porque el pobrecito del administrador, harto de sufrir, crecióse al castigo, y sabe Dios lo que habría pasado si *Leré*, cogiendo solo a su amo, no se hubiera permitido amonestarle con aquella severidad dulce que era su secreto. ¡Cosa extraña! La humilde jovenzuela, que alardeaba de no tener voluntad, aventurábase a reprender al que con su mal genio hacía temblar a todos los de casa. La que practicaba la religión de la obediencia ejercía de autoridad con el déspota, obediente sólo a sus caprichos.

—¡Qué mal hace usted—le decía—en no comprender que la cólera es un tormento que las personas se dan a sí mismas! Quiere amargarse la vida, como si la vida no tuviese por sí mil amargu-

ras. Y es además pequeñez de alma enfadarse sin motivo con ese bendito de Dios. Pero ¿no ve usted que con esos regaños sin ton ni son se aturrulla más y el infeliz se equivoca y suda el quilo sólo por el miedo que le tiene a usted? Lo mismo que acoquinar al pobrecito don Francisco Bringas, que es un palomo sin hiel. Pero el pobre señor, ¿qué ha de hacer más que cumplir la ley? Y no salga usted por el registro de que la ley es estúpida. Pero qué, ¿se va a poner el pobre don Francisco a reformarla? Estúpida o no estúpida, él la tiene que cumplir, pues para eso lo designó doña Sales. Es preciso que usted se amanse. ¿De dónde ha sacado que todos los que le rodean y le sirven están obligados a sufrirle? Así no se puede vivir en el mundo. Mándeme usted a mí despóticamente, desahogue en mí esa fiereza, y trate a los demás con agrado y como se debe tratar a los semejantes.

De primera intención, Guerra le contestaba mandándola a paseo; pero la amonestación caía en su alma como un bálsamo y le aplacaba. A poco de esto volvió a entrar Braulio en el despacho de su amo trayendo unos apuntes que aquél le había pedido, y se pasmó de encontrarle bastante menos áspero que antes y con cierta inclinación a la indulgencia. Al siguiente día, quizá por haber mediado una nueva fraterna de *Leré*, notaron todos en el señor suavidades inusitadas, que los llenaron de asombro. Por la noche, hallándose la fiera en su despacho, entró la toledana y le dijo:

—Ahí está el bienaventurado don Francisco Bringas. Trae una cara de terror que da lástima, y viene con el refuerzo del marqués de Taramundi, el cual me parece que no las tiene todas consigo. No sea usted soberbio y recíbalos como le recibirían ellos a usted.

No dijo más. Bringas y Taramundi se pasmaron de lo tranquilo y humanizado que estaba el hijo de doña Sales, y aquella feliz noche vieron expedito el camino para resolver algunas cuestiones pendientes en la testamentaría. El mismo Guerra se hizo cargo—¿cómo no?—de la misteriosa autoridad de *Leré* sobre sus nervios insubordinados y sobre su genio díscolo y batallador. ¿Qué artes celestiales o demoníacas tenía aquella pobre mujer de los ojos temblones para aplacar su cólera con cuatro palabras? ¿De dónde, de qué orden de sentimientos emanaba tal poder? Si era tan débil que se declaraba obediente hasta el servilismo y humilde hasta la anulación de su personalidad, ¿cómo gobernaba lo más difícil de gobernar, las pasiones y la soberbia del nuevo amo? Guerra no entendía bien esto, ni se devanaba los sesos por penetrar en las causas de tal fenómeno; pero ello es que sentía una inclinación efusiva hacia los temperamentos de paz y concordia siempre que se encontraba en compañía de *Ción* y *Leré*, recreándose en la travesura hechicera de la niña y departiendo con la maestra, que moralmente le cautivaba, no sin que descubriera cada día en ella encantos físicos hasta entonces mal observados. Sus ojos bailadores le hacían muchísima gracia, y el cuerpecillo esbelto y ágil, las formas redondeadas y el abultado seno de la sierva no le parecían ciertamente de paja.

V

Hasta los seis días de la muerte de doña Sales no pudo Guerra visitar a su querida; es decir, sí pudo; pero no se determinó a ello, por ser el deseo de ver a Dulce menos fuerte que la inercia que en su propia casa le retenía. Fué, pues, allá una noche, la primera que salió a la calle, ya con el brazo completamente curado, y sin olvidar las consabidas precauciones. ¡Qué mal efecto le hizo el portal mezquino y la escalera angosta y sucia de la casa de la calle de Santa Agueda! Cuando su amante le abrió la puerta y se echó en sus brazos, Guerra, dicho sea con verdad, experimentaba la misma emoción y la misma extrañeza que si hubiera estado ausente un par de años. Sintió en su alma las ligaduras que a su esposa fraudulenta le unían, y creyó ver en ella un cambio, un decaimiento, que estaba, sin duda, más en su imaginación que en la realidad. A poco de entrar allí se le escapó esta frase:

—Pero, hija mía, ¡qué flaca estás!

De pocas carnes era la moza; pero a Guerra se le antojó que no tenía más que los huesos y la piel y que su seno no abultaba más que el de un hombre.

—¿Te parece—replicó ella con ternura—que no tengo motivos para enflaquecer? ¡Qué siete días éstos!... Llegué a creer que me habías olvidado, que no

volverías... Hace tres noches que no duermo ni pizca, pensando disparates... Claro, ahora que eres independiente y rico no me vas a querer.

—No pienses tal. Ya ves que te mande dinero y te escribí una carta—dijo él meditabundo.

—Sí; pero en tu carta me decías: "Mañana iré", y ese maldito mañana era lo que no venía nunca.

Quiso Guerra enterarse minuciosamente de cuanto su compañera de ilegalidad había hecho en aquellos nueve días, y la simpática y flaca joven le informó de todo con efusión y gracia, dándole cuenta hasta de sus comidas y almuerzos, y añadiendo que la única persona que le había hecho llevadera tan triste soledad era su tío don Pito. El recuerdo de los Babeles acibaró el gozo de Angel, que empezaba a sentir hacia ellos repugnancia indecible, la cual, como sombra creciente, cogía también en parte a la pobre Dulce. Esta creyó firmemente que Guerra se quedaría en aquella casa toda la noche, y cuando le oyó decir que pensaba retirarse entre doce y una, hizo lo que es de reglamento en toda mujer enamorada: protestó con lenguaje y mohines en que las quejas se mezclaban con el enojo y el cariño con la exigencia. Grande era su estupor ante los escrúpulos de un hombre a quien siempre tuvo por el más despreocupado e independiente del mundo. La razón dada por Angel: "Pero, hija, ¡qué dirían en casa, figúrate qué pensarán de mí en casa!", le hacía el mismo efecto que si oyera al diablo cantando misa.

—No te conozco—le dijo—, y la muerte de tu mamá ha hecho de ti otro hombre.

Felizmente, sabía ella conformarse a la voluntad imperiosa de su amigo, tragándose las hieles y llenándose de resignación. Gracias a esto no estalló el altercado que en circunstancias tales suele producirse entre varón y hembra. Por fin, Dulce misma aprobó aquel afán de guardar las formas, que era cosa tan nueva en el revolucionario incorregible; pero no pudo disimular la tristeza, compañera de los presagios que asaltaban su mente. Tanta formalidad parecíale de malísimo agüero: tras las apariencias de virtud vendría la virtud misma, la virtud tardía, la del diablo harto de carne, que es la más desastrosa de las virtudes, y el lazo aquel tan débil, a poco que su diablo se metiese a fraile, se rompería en nombre de la sociedad.

Las horas que allí estuvo no habló Guerra más que de *Ción*, ponderando su belleza, refiriendo sus gracias, sus dichos y diabluras, con tal prolijidad y calor, que Dulce no pudo menos de ver en ello algo de manía. También ella amaba mucho a *Ción*, aunque no había tenido ocasión de mostrarle su cariño; y cuando pidió a su amante el favor de verla y abrazarla, Guerra se lo negó con rebuscados pretextos. En un instante de espontaneidad por poco se le salen del pensamiento a los labios estas palabras: "No sabes tú bien cuánto te aborrecía mi pobre madre; si te traigo a la chiquilla, me parecerá que ultrajo la memoria de su abuela." Pero comprendió a tiempo cuán poco delicado era el argumento, y se calló.

—Yo quiero verla—insistió Dulce—. De seguro la querré tanto como tú, quizá más que tú. Me parecerá que es hija mía, y me consagraré a ella como si la hubiera llevado en mis entrañas.

Esquivó el muy pícaro la cuestión, prometiéndole, en términos vagos, que algún día podría satisfacer aquel anhelo, y poco después pensaba que su primera observación, al entrar, acerca de la flaqueza de su esposa de contrabando no era caprichosa. Las carnes de ésta, que nunca pecaron de lozanas, iban a menos con rapidez aterradora. En lo más recóndito de la mente de Angel despuntaban ciertas comparaciones, en las cuales salía Dulce muy desfavorecida. Por fin, no olvidó contarle la estafa que los Babeles fraguaron contra él, falsificándole la letra, lo que Dulce oyó con terror, cruzadas las manos y exhalando suspiros. Y él, que rara vez había usado con su querida los temperamentos autoritarios, le ordenó que tuviese el menor trato posible con la familia, que se apartase de ella poco a poco hasta llegar a un alejamiento absoluto, como el de su hermana Cesárea.

—Pero, hijo mío—replicó ella con verdadera consternación—, si voy allá alguna vez es para impedir que se mueran de hambre.

Guerra se calló, viendo ante sí un problema difícil de resolver. Subvencionar a los Babeles le parecía indigno y desmoralizador; sitiarlos por hambre, cruel-

dad inhumana, y encaminarlos a su natural destino, que era la cárcel, el presidio o el manicomio, resolución incompatible con la amistad de Dulce.

Camino de su casa, entre doce y una, pensaba que la variación notada en su consorte ilegal era un fenómeno puramente subjetivo. "Yo soy el que ha variado—se decía, haciendo en sí mismo sondaje sincero y profundo—; yo no soy el que era. La muerte de mi madre, la posesión de mi fortuna y de mi casa, han hecho de mí otro hombre. Surgen a mi lado de improviso cosas y personas nuevas, y me siento amoldado a ellas aun antes de pensarlo. Cierto es que no somos dueños de nosotros mismos sino en esfera muy limitada; somos la resultante de fuerzas que arrancan de aquí y de allá. El carácter, el temperamento, existen por sí; pero la voluntad es la proyección de lo de fuera en lo de dentro, y la conducta, un orden sistemático, una marcha, una dirección que nos dan trazada las órbitas exteriores. Para probarme a mí mismo que he variado, me pondré un ejemplo, que encuentro en mi realidad interior. Antes de la muerte de mi madre, cuando andaba yo por ahí en salteaduras políticas, mi sueño dorado, mi ilusión, eran tener riqueza bastante para fundar un periódico en que defender mis ideas. Deliraba yo por el tal periódico, pensando que fácilmente produciría con él una gran excitación en todas las clases sociales. Pues bien, ya tengo la fortuna, soy dueño de crear mi órgano; y lo mismo ha sido poseer los medios que sentir repugnancia del fin. No, nada de papeles. ¿Para qué? ¿Para calentarme la cabeza y tener mil disgustos, y luego no sacar nada en limpio, porque el país no ha de agradecerme que yo quisiera ilustrarle, y los revolucionarios tampoco me han de agradecer que me queme las cejas por ellos?... En resumidas cuentas, que mi fortuna y mi posición me infunden cierto escepticismo político y mayor apego a la vida del que antes tenía, como si pasara de niño a hombre. No quiere esto decir que mis ideas respecto a la cosa pública no sean las mismas, ni que se amortigüe mi deseo de verlas triunfantes...; pero habrá otros que trabajen por ellas..., habrá tantos..., tantos..., que..."

VI

Pasaban días sin que nada indicara que corría peligro la libertad de Guerra. Ni polizontes ni alguaciles parecieron por la casa, y el delincuente juzgábase olvidado o quizá protegido por amigos influyentes. Algo de esto pasaba, porque el buen marqués de Taramundi le vendía protección, trayéndole algunas noches recados misteriosos, que con la debida cautela le decía al oído, y que poco más o menos eran del tenor siguiente:

—Hablé con el ministro, y puedes estar sin cuidado. No resultará nada contra ti. Fácil es que te citen..., y en este caso vas, declaras... y punto concluído. ¿Quién te va a probar que anduviste por los Docks aquella noche? Y aunque te lo probaran. No habiéndote cogido *in fraganti*, nada puede resultar contra ti... Que te estabas paseando... Conviene, por prudencia, que no salgas de día, que no te dejes ver en ningún sitio público..., porque... ¿qué necesidad hay de que la gente arme catálogos? Dirían tal vez que mientras se persigue a otros infelices que no tienen sobre qué caerse muertos, a ti, por ser pudiente, te dejan libre y encima te dan confites. Esto no conviene que se diga, por el decoro del Gobierno.

Guerra, la verdad, no se preocupaba ya poco ni mucho de su situación jurídica. Entre las escasas relaciones que tuvo aquellos días con sus compañeros de motín, la única digna de mencionarse es que escribió al capitán Montero, refugiado en París, y le mandó un socorro. De día se estaba quietecito en casa, sin recibir más que a ciertas personas, muy bien avenido con la clausura, pues lentamente iba tomando gusto a los quehaceres de propietario, y las nociones que poco a poco adquiría de todas las particularidades referentes a su saneada fortuna le causaban cierta placidez melancólica. Hasta aquellos días no se enteró bien de lo que rentaban sus cuatro casas de Madrid y sus valiosas fincas urbanas y rústicas de Toledo, ni de lo que importaba el cupón de los títulos del 4 por 100 que poseía. Fué para él novedad grande el discutir con Braulio en qué colocarían las considerables sumas que aparecieron en metálico, ahorradas por la difunta, y que aún estaban sin empleo.

Porque conviene advertir, para que se comprenda bien el asombro que a Guerra causaba su heredada riqueza, que doña Sales, parte por su condición despótica, parte por avaricia, le había tenido siempre en un puño, como suele decirse, sin permitirle intervenir en los asuntos de la casa ni enterarle de nada. Y él, por abandono, por rutina, tal vez por evitar disgustos o cuestiones, resignábase a situación tan desairada y a la escasez consiguiente, y ni siquiera pensó nunca en reclamar su legítima. Gobernaba, pues, la señora autocráticamente, como si no tuviera tal hijo o lo creyera incapaz de administrar lo suyo.

Doña Sales, además, guardaba gran parte de sus rentas en diferentes sitios recónditos, mejor será decir que lo escondía, obedeciendo a un instinto de urraca que en personas como ella debe clasificarse como una forma de neurosis. En el cajón bajo de su armario de luna, en las gavetillas de su neceser de costura, en el lavabo, entre objetos de perfumería, en un baúl que guardaba ropas de su marido, y hasta en ciertos escondrijos de la despensa, se encontraron cartuchos de monedas de oro y plata, billetes dentro de sobres cerrados. ¿A qué fenómenos de la voluntad obedecía esta ocultación esporádica de caudales y su singularísima mezcolanza, pues en algunos cartuchos se veían entre el oro piezas de cobre? Imposible desentrañar la idea generadora de semejante extravagancia, sobre todo en persona tan ordenada y razonable. Cavilando en ello, pensaba Guerra que su madre guardaba en tal forma el dinero para que él no pudiese encontrarlo. También pensó que en aquel caso no debía verse más que un instinto de los más primordiales dentro de la sociabilidad, instinto no modificado por la educación, y que se conserva como las más arraigadas mañas orgánicas: el goce secreto de la riqueza. La única persona enterada de aquellas mañas de la señora era Braulio, y sabía también que doña Sales apuntaba en un librito todas las sumas escondidas. La señora debía de gozar secretamente en dar a su picardía el carácter de colocación metódica de capitales, llevando cuenta y detalle de aquel escamoteo pueril, que era, sin duda, uno de esos recreos cerebrales que la psicología no ha puesto ni quizá pondrá nunca en claro. ¿Y con qué objeto metía perros chicos entre las monedas de oro, o cuentas de la lavandera entre los billetes? Quizá gozaba considerando la estupefacción del descubridor del hallazgo.

A poco de expirar la señora, Braulio dijo a Guerra que buscara el librito en la mesa de noche de la alcoba. Como no lo encontraran allí, sospechó que estaría entre los colchones de la cama, y, en efecto, allí estaba. Pues con aquel guión fueron revolviendo por toda la casa y descubrieron los esparcidos retazos del tesoro.

En esto se entretenía el nuevo propietario, tomando más gusto cada día a la posesión de su caudal y a la independencia que le proporcionaba. A medida que se iba afianzando en aquel sólido terreno de la propiedad sentía más inclinación a concentrar sus caudales que a diseminarlos, como si sus antiguos hábitos de pródigo se trocaran en instintos de allegador o coleccionista de capitales. En suma, la antigua generosidad, representada en su mente por una idea de mecanismo centrífugo, se iba modificando y tomando la expresión de una idea centrípeta. Trayendo a la memoria lo desprendido que era en sus épocas de penuria, achacaba el defecto del despilfarro precisamente a la carencia de materia despilfarrable.

Dicho se está que uno de sus primeros cuidados fué pagar antiguas deudas, recogiendo todo el papel suyo que tenían usureros de los más feroces, uno de los cuales, el más feroz sin duda, no era otro que aquel don José Bailón, a quien vimos de punto fuerte en el comedor de los Babeles. Con estas ocupaciones de utilidad innegable, y el hábito naciente de administrar, se iba serenando su ánimo, cada día menos accesible a la cólera, aunque no libre de tristezas, porque su conciencia no se quería limpiar de aquel tremendo escrúpulo de haber contribuído a la enfermedad y muerte de doña Sales. Se consolaba pensando que si su mamá le hubiese tratado de otra manera, dándole parte de las rentas de su legítima y permitiéndole colaborar en los asuntos de la casa, no habrían quizá surgido entre los dos tantos motivos de discordia.

Todo el tiempo que tenía libre consagrábalo a *Ción*, haciéndose tan niño como ella y extremando su cariño hasta

la idolatría. La chicuela comprendía la inmensidad del afecto de su padre y lo explotaba para sus caprichos infantiles con arte instintivo, que anunciaba en ella las artes supremas de la mujer de mundo. Poseía ya los rudimentos de la estrategia femenina, aparentando ceder para triunfar y manejando la lisonja con exquisita destreza. A su lado siempre estaba Guerra de buen humor, permitiéndose bromear con *Leré* en términos de familiar malicia.

—Pero ven acá, *Leré*, y dime con toda confianza, pues sabes que te estimo y deseo tu bien: ¿tú no tienes novio? Eres muy modesta y crees que careces de mérito personal. Pues estás muy equivocada. Ten franqueza con tu amo. ¿No hay por ahí ningún joven honesto que te haya declarado su atrevida pasión?

Pensaba Guerra que la mística joven se turbaría al oír estas chirigotas; pero a buena parte iba. *Leré* se reía, diciendo con tanta naturalidad como firmeza:

—Déjeme usted a mi de novios y de jóvenes honestos. Yo no he pensado nunca ni pensaré jamás en tal cosa.

—Pues mira tú, yo he de poder poco o he de casarte con un caballerito de mérito. Mucho ha de valer para igualarte; pero verás cómo le encontramos, siempre que tú ayudes.

—¡Que me deje usted en paz..., vamos..., don Angel! ¡Qué ganas de broma tiene usted!

—Que te casamos, mujer, que te casamos. No seas tonta y no trines anticipadamente contra el matrimonio. Por supuesto, es preciso que acortes un poco los rezos. Eso espanta a los novios, y yo sé de algunos que prefieren una mujer algo pizpireta a una engarzarrosarios. La religión es cosa muy buena; pero en la vida doméstica, hija, el cuidado del marido y de los *churumbeles*, que los tendrás, vaya si los tendrás..., te absorberá mucho tiempo, obligándote a dar de mano a las devociones. También es menester que te compongas algo, con permiso de la Virgen, que no se enfadará por eso. Tanta, tanta modestia es por demás. Convéncete de que eres bonita y de que lo serás más si te perfilas y acicalas un poco. ¿Para qué hizo Dios la belleza de las mujeres sino para que la luzcan? Te aseguro que con mi autoridad de amo voy a declarar la guerra al vestidito de hábito de la Soledad y a la mantillita negra, que parece una caperuza. ¿Obediencia has dicho? Pues ponte el sombrero que te compraré y vístete como yo te mande.

Leré no se mordía la lengua ni se achicaba, llegando a decir con gracejo que si su amo se lo mandaba, saldría a la calle *hecha un mamarracho*.

—¿Qué me importa?—añadió—. El vestido no hace la persona, y la *misma librea del diablo* puesta sobre mi cuerpo no dañaría mi alma.

Después habló con repugnancia del matrimonio, con desdén y lástima de los muchachos pertenecientes a la clase de novios y de todo lo que no fuera la comunicación continua con el Eterno Amante, terminando con esta afirmación categórica en tono firme y sincero:

—Créame usted: yo no sirvo para eso. Mi corazón me llama a otra clase de vida. Ahora Dios quiere que me consagre al cuidado de esta niña... Yo sé que Dios lo quiere... y también la Santísima Virgen. El día en que *Ción* no necesite de mí, seguiré mi vocación, entrando en una orden religiosa, en la más estrecha, don Angel; en la más rigurosa, en la que exija más trabajo y más sacrificio y ordene más humildad y más penalidades; en la que más nos aproxime al dolor y a la muerte.

"¡Qué convicción!—decía el otro para sí, entre confuso y asombrado—. Hasta elocuente es esta condenada chica."

VII

—Pero, hija—le dijo Guerra otro día—, no engordes tanto, que gordura y penitencia rabian de verse juntas. Cada día parece que te redondeas más. Verdad que las carnes que echas ahora son como un acopio de fuerza y salud para los días en que toquen a mortificación y abstinencias.

Sépase, entre paréntesis, que la santita de los ojos temblones usaba siempre corsé, por recomendación expresa de doña Sales, muy partidaria de una prenda que imprimía decencia y respetabilidad. "El corsé—decía—es útil para el cuerpo y para el alma." Así debió de comprenderlo *Leré*, y en el hábito de comprimir y ajustar convenientemente su talle no hubo nunca asomo de coquetería. Al contrario, le enfadaba que su seno abultase

tanto, y que cada día, a pesar de su sobriedad en el comer, tomase aquella parte del cuerpo desarrollo más insolente.

Por unas y otras cosas, por lo moral y por lo que no es moral, la maestra interesaba al papá de la discípula, despertando en él sensaciones y anhelos diversos, que en breve tiempo pasaban de lo más a lo menos espiritual, y viceversa. Hay que decir en honor de Guerra que siendo comúnmente hombre antojadizo y poco escrupuloso de los medios, tratándose de fines que le solicitaran con ardor, en aquel caso no pensó ni por un momento abusar de su posición de jefe de la casa. Un respeto indefinible y que hasta entonces jamás estuvo escrito en sus papeles, le detenía ante la pobre toledana, defendida tan sólo por su tesón admirable y por su recta conciencia. No podía, sin embargo, resistir cierta comezón de vigilarla de cerca, de sorprenderla en su vida íntima; y movido de ardiente curiosidad, puso en práctica un procedimiento poco delicado para satisfacerla. Una tarde obligó a *Leré* y a la niña a salir de paseo; hizo salir también a Braulio, y en el tiempo que los tres faltaron de casa practicó un agujero en la puerta que comunicaba la alcoba de doña Sales con el cuarto en que *Ción* y su aya dormían. Bien preparado todo para un seguro acecho, al llegar la noche pudo trasladarse sin hacer el menor ruido desde su aposento al que fué de su madre. Lo que atisbó en el de *Ción*, donde ardía toda la noche una lamparilla, no hizo más que afirmar su creencia respecto a la ingenuidad del misticismo de *Leré*. La niña dormía. De rodillas en medio del cuarto, frente a una pintura del Redentor crucificado, la maestra tan pronto rezaba con las manos juntas sobre el seno, tan pronto leía en su libro de oraciones. Pasado un larguísimo rato, la exaltada joven se tendió boca abajo en el suelo, sosteniendo la frente en las manos cruzadas. Debía de ser aquello una actitud de meditación, no de sueño y descanso, porque a los oídos del acechador impertinente llegaba un rumorcillo de sollozos o suspiros de monja y algún silabeo como de conversación íntima con persona invisible.

Aunque aburrido de su inútil y poco digno espionaje, Guerra no quiso retirarse hasta no ver si *Leré* se acostaba o permanecía toda la noche en aquella fatigosa postura. Por fin, cerca ya del día la vió levantarse del suelo. La cama estaba frente al punto de mira. Pero ¡ay, qué chasco para el centinela!: la joven no se acostó en ella. Aflojándose el traje y quitándose el corsé, sin que se pudiera ver nada más que el corsé mismo al ser despegado del cuerpo, se cubrió con una manta ligera, y echóse en el suelo contra la pared, apoyando la cabeza en una caja que contenía los chismes de cocina de *Ción*. Angel se retiró descontento de sí mismo por lo innoble de su conducta aquella noche, descontento también de Leré, porque tanta, tanta virtud, pareciale ya excesiva y antipática.

—Sobre todo—murmuraba, restregándose los cansados ojos—, mi casa no es convento del Cister...; estas escenas de devoción y estos desplantes de santidad son una antigualla... ¡Bonitas cosas le va a enseñar a la niña, si la dejo!... No, no, hay que prevenirse con tiempo contra esta influencia mística, que puede ser terrible para la pobre criatura. *Ción* es inteligente, de imaginación viva, campo bien preparado para recibir impresiones e ideas que luego no habrá medio de arrancarle... ¡Ah!, *Leré, Leré,* es preciso determinar pronto si soy yo aquí el amo o lo eres tú.

Esta última apreciación respondía tal vez a que empezaba a observar que, de un modo indirecto y no apreciable para la servidumbre, la voluntad de *Leré* prevalecía en todo lo pertinente al gobierno de la casa; pues aunque el amo era quien visiblemente mandaba, rara vez dejaba de consultar con ella o de amoldarse tácitamente a su deseo. Su autoridad resentíase de cierta subordinación a otro poder no definido, velado, el cual se iba imponiendo en virtud de una atracción ligeramente supersticiosa o de un fenómeno sugestivo. Y debe notarse también que aquella primera idea, expresada al retirarse del acecho, acerca de los inconvenientes del misticismo de *Leré* para la educación de *Ción*, era una idea sofística con que Guerra quería engañarse a sí propio o poner una venda o su orgullo herido, porque..., sinceridad ante todo..., el misticismo aquel le sabía mal porque, habiendo sido espuela, convertíase en freno de sus deseos.

Otra plática.

Hablaban una noche de si Guerra saldría o no saldría a la calle. Bien sabía *Leré* adónde iba; y como su amo la autorizaba expresamente a tratarle con toda confianza, le dijo:

—Vaya usted, hombre, que ésa también es de Dios. Está usted en pecado mortal; pero si no va a verla, será pecado sobre pecado.

Angel se turbó, manifestando disgusto, y la toledanilla, animándose con la idea del éxito que alcanzar creía, se lanzo a decir:

—Está usted en el caso de casarse o de romper con ella, si no quiere faltar descaradamente a la ley de Dios.

—Ambas cosas—replicó Guerra—, el casorio y la separación parécenme a mí imposibles de realizar. Muy pronto arreglan los beatos estas cosas tan graves. Yo tengo mi ley, que no entiendes ni entenderás nunca.

—Buena será ella... No, maldita falta me hace entender su ley. Gobernándose con ella, no ha hecho usted en su vida más que desatinos, malquistándose con su madre, con sus amigos, metiéndose en enredos de política, para no conseguir nada, como no sea que la Justicia le confunda con los criminales.

—De lo que yo he pensado y hecho desde que me lancé a esos delirios, porque delirios son, lo reconozco, no puedes tú juzgar. Eres demasiado buena y pacífica para poder entender de estas cosas, *Lereíta*. ¿Quieres que te las explique? Hace tiempo que siento vivos deseos, ¿qué digo deseos?, necesidad de comunicarme con alguien, de aligerar y refrescar mi conciencia dando cuenta clara de los móviles de mis acciones, refiriendo lo que puede disculparme, lo que no tiene disculpa, y, en fin, todo lo que he sentido, porque de lo que se siente, *Leré*, nacen las acciones, y aquellas que parecen más disparatadas, resultan no serlo tanto cuando se examina el corazón, que es la fuente, hija, la fuente de donde nace la voluntad. Desde que murió mi madre vengo notando que se resquebraja dentro de mí todo el ser antiguo de mi vida, y aquello que me parecía la misma consistencia amenaza desplomarse... ¿Entiendes lo que digo?

—Vamos, eso se llama arrepentirse —observó la maestra prontamente—. Diga usted las cosas claras.

—Algo hay de eso. Llámalo transformación, crisis de la vida..., pero arrepentimiento a secas, tal como lo entendéis los beatos, no me lo llames. Yo te contaré todo lo que me pasa. Esta noche tengo que salir. Tú misma me has dicho que salga, y que es pecado no ir a donde me espera quien me espera. Mañana hablaremos.

VIII

Pero al día siguiente no hablaron nada de esto, porque *Ción* pasó la noche intranquila y con fiebre, lo que a todos los de casa disgustó mucho, y singularmente a Guerra, que con su disparatada fantasía agrandaba lo pequeño y hacía montes y montones de cualquier contrariedad. Aunque Miquis le tranquilizó, estuvo todo el día muy malhumorado, sin sosiego, perseguido por cavilaciones y pensamientos tristes. Por fortuna, al otro día la chiquilla amaneció mejor; pero no le permitieron salir del cuarto, ni entretenerse con juegos en que pudiera mojarse. Mientras *Leré* daba vueltas por la casa, disponiendo diversas cosas, Angel cuidaba de que *Ción* no se agitara demasiado, y de que no metiese las manos en la jofaina, pues el fregotear y lavarse era en ella verdadera manía. Para entretenerla y alegrar su ánimo no hubo cosa que Angel no inventara. Por la tarde, después de enredar mucho, se durmió; acostáronla vestida y bien arropada en su cama. La maestra se puso a coser, y el amo, tendido en un sillón, los pies sobre la banqueta y en la mano un periódico, por el cual pasaba los ojos sin enterarse de nada, le habló de este modo:

—Voy a contarte por qué hice tantas locuras y por qué me metí con los revolucionarios. Desde niño, es decir, desde la segunda enseñanza, sentía yo en mí la exaltación humanitaria. Estudiaba la Historia, oía contar sucesos antiguos y modernos, y en lo leído y en lo contado, así como en lo visto directamente por mí, me impresionaban el dolor y la injusticia, compañía inseparable de la Humanidad, y se me antojaba que el mal debía y podía remediarse. ¡Ensueños de chiquillo despierto y algo pedante! Ya hombre, persistió en mí la idea de que la sociedad no está bien como está, y de que debemos reformar-

la. En un tiempo parecióme esto coser y cantar; después comprendí que la obra no era fácil; pero que debíamos arrimar el hombro a ella, acometiendo la parte de reforma que se pudiera, fiando al tiempo y al esfuerzo de las generaciones lo demás. Horas de soledad y tristeza he pasado yo cavilando en esto, y cuando tanteaba el terreno, y cuando veía a tanto pillo y a tanto majadero cultivar la revolución como una de tantas granjerías, me desalentaba. Pero también he visto hombres de fe, sinceros y desinteresados, que...

Interrumpióse, creyendo que *Leré* no prestaba atención a lo que decía.

—¿Te aburro, hija?

—No, siga usted... Aunque parece que no oigo, oigo. Decía usted que hay personas que..., vamos...

—En una palabra, que mi simpatía hacia los transformadores data de larga fecha, y no porque creyera yo que iban a realizar inmediatamente el bien y la justicia, sino porque volcando la sociedad, poniendo patas arriba todos los organismos antiguos, dañados y caducos, preparaban el advenimiento de una sociedad nueva. La suprema destrucción trae indefectiblemente la renovación mejorando, porque la sociedad no muere. La anarquía produce en estos casos el bien inmenso de plantear el problema humano en el terreno primitivo, y de resucitar las energías iniciales de la civilización, la energía del derecho, del bien y de la justicia... Porque mira tú, y fíjate bien en esto: hoy nuestro organismo social y político es una farsa, un verdadero Carnaval sin disfraces, porque todos los poderes viven engañándose unos a otros y dándose cada broma... El poder legislativo no es más que instrumento del poder ejecutivo, pues no existiendo cuerpo electoral, la comedia esa de los votos no expresa nunca la voluntad del país. El poder judicial, que debiera ser salvaguardia de las leyes, es otra maquinilla en manos del poder ejecutivo, y...

Nuevas manifestaciones de aburrimiento en *Leré*.

—Veo que no me entiendes y que estoy hecho un pedante insufrible.

—Sí que entiendo. Pero dígame usted, el poder ejecutivo, ¿quién es?

—El Gobierno, hija mía.

—¡Ah..., qué pícaro! Por eso todos hablan mal de él.

—Pues, abreviando, mi inclinación a las ideas más avanzadas exasperaba a mi madre, y la resistencia de ésta y su tenaz empeño de que pensase como ella me sulfuraba a mí, empujándome hacia adelante, porque mi carácter, no sé si lo habrás conocido, me lleva a la contradicción y a la independencia. Aun después de casado, mamá me trataba como a un chiquillo, y una de las cosas más intolerables para mí era que apoyara las sandeces del señor de Pez y otros majaderos que frecuentaban su tertulia. Delante de aquellos señores, yo, según el criterio de mi madre, no tenía nunca razón; yo no decía más que disparates; y ellos, singularmente el asno de don Manuel Pez, eran la cifra de la sabiduría. Fui, como sabes, muy desgraciado en mi matrimonio, y por mil causas que ahora no vienen a cuento, ¡le cobré a mi suegro un odio...!, vamos, el mayor odio de mi vida. ¡Qué gusto, pensaba yo, poder intervenir en una trifulca muy gorda, muy gorda, con el solo objeto de colgar de un farol a ese tipo!... En fin, poco a poco me fuí emparejando con los que quieren volverlo todo del revés. Frecuenté sus reuniones, híceme amigo de éste y del otro, y bien pronto la influencia del conjunto me convirtió en un sectario como otro cualquiera, participando, como soldado de fila, de los odios y de los compromisos de los demás, y sintiendo mi voluntad engranada en la voluntad colectiva. ¿Entiendes esto, *Leré?* Oyendo un día y otro las mismas cosas, y juntándonos con este y aquel amigo, el vértigo nos desvanece y nos arrastra. Es como la mecánica de los ejércitos. Va el soldado a la lucha y a la muerte por la sola razón de que siente ir a su compañero, y recíprocamente se sugestiona sin saberlo. De este modo, avanza toda la fila; pero si consultas aisladamente y en secreto a hombre por hombre, no hallarás quizá ninguno que quiera marchar—pausa; *Leré* continúa mirando su costura.

"Después, mi vida entra gradualmente en un período de exaltación; mi madre se declara mi enemigo; erígese en personificación del orden social y considera todos mis actos políticos y no políticos como ataques a su dignidad y a su existencia misma. La vida común se hace imposible, y tengo que buscar fuera de casa la atmósfera de afectos que ne-

cesito para no asfixiarme. Mi madre pretende rendirme por falta de recursos, y apenas me da lo preciso para la vida material. Yo me resigno, y aguanto la escasez sin hacer de esto un nuevo motivo de discordia. Reñíamos por cualquier simpleza; verbigracia, por el desacato de no reírme yo cuando soltaba un chiste de los suyos el marqués de Taramundi, o por burlarme de él cuando nos hablaba de la meta. Por cuestiones de dinero jamás tuvimos una palabra más alta que otra. Pero la escasez, encendiendo en mí la ira, el despecho y el furor de independencia, me impulsó a trabar amistades con gente de la peor condición posible. Aquí tienes cómo llegué a ligarme con los desesperados, entre los cuales hay gente buena y honradísima, ¿a qué dudarlo? Pero yo, por las irregularidades y el vaivén de mi vida, he conocido de todo, mediano y detestable, hombres sin seso, familias abyectas...

El recuerdo y la imagen de Dulcenombre le cortaron la palabra. Mentalmente hizo una excepción de su querida en el desdoro de aquella irregular existencia, y continuó sus tardíos descargos:

—¿Comprendes ahora por qué anduve entre los desdichados aventureros de la noche del diecinueve y de la madrugada del veinte de septiembre? Esto, que te habrá parecido tan horrible, vino a ser en mí uno de esos estados de fiebre a los cuales llegamos por etapas, por una gradación de circunstancias propicias al desorden nervioso y a los espasmos de la voluntad. ¡Qué horrores habrás oído contar de mí en este mismo sitio en que estamos ahora! Oirías llamarme desalmado, asesino, qué sé yo, y no podía faltar aquello del *feroz sectario* y de la *cobarde canalla*.

—La señora—replicó *Leré*—no hablaba conmigo ni con nadie de estas cosas. Rezábamos para que Dios le tocase a usted en el corazón; pero nunca dijo que fuese usted asesino. Si lo pensó, por algo que le contaron, se guardaba muy bien sus ideas y sus amarguras. Sabía tragarse toda la hiel, disimulando, siempre muy señora, siempre muy digna y sin dar su brazo a torcer.

—Pues yo no disimularé nada contigo..., y no habrá repliegue en mi conciencia que no te descubra, porque me inspiras confianza y este irresistible deseo de confesar que es el instinto de reparación en nuestra alma. A nadie confesaría esto; pero a ti, sí, para que me juzgues como quieras. No diré que fuí asesino, pero sí que maté un poco. Aquel digno militar cayó delante de mí. No fuí yo solo, fuimos... no sé cuántos... Un accidente de guerra; pero no de esos que quitan responsabilidad a los matadores..., sino de los que caen bajo la jurisdicción de la conciencia, porque también las carnicerías de la guerra tienen su moral.

Levantóse agitadísimo y dió dos o tres vueltas por la estancia, parándose al fin ante *Leré*, que le miraba entre curiosa y asustada.

—Y aquel caso terrible y vergonzoso —volviéndose a sentar y pasándose la mano por la frente—abruma mi conciencia... No quiero engañarme haciéndome el valiente, el descreído y escudándome con mi fanatismo. Repito que pesa sobre mi conciencia, y que no puedo echar este peso de mí.

—No hay delito—le dijo la toledana con firmeza—que sea bastante grande para medirse con la misericordia de Dios.

—¿Me lo perdonas tú?

—¿Yo?—riendo—. ¿Acaso soy sacerdote?

—Pero eres sacerdotisa—abandonando el tono serio—y vas en camino de la santidad. Si yo tuviera fe en ciertas cosas, primero me pondría de rodillas delante de ti para que me echaras la absolución que ante el Papa.

—No diga usted herejías, por Dios... Bromear con la religión es feísimo pecado.

—Para mí—dijo Guerra con irreverencia—, que tengo tantos y tan gordos sobre mi alma, uno más no significa nada. Y cometeré más, más; no lo dudes. Si yo creyera en el infierno, no me horrorizaría la idea de ir a él...

—¡Jesús! ¡Qué disparate!—tapándose los oídos.

—Iría, sí, iríamos, porque o yo había de poder poco, bendita *Leré*, o habríamos de ir juntos..., tú por delante.

CAPITULO V

"CIÓN"

I

Por la noche recayó *Ción*. Era una fiebre de crecimiento, según dijo Augusto, intensísima, con aceleración extraordinaria de los movimientos cardíacos. Alarma en la casa, aflicción de *Leré*, inmensa inquietud de Guerra, que estuvo toda la noche fuera de sí, como demente, y en su trastorno llegó a decir a Miquis:

—Si no me curas a la niña, te mato.

El simpático doctor no las tenía todas consigo, y vigilaba el corazón de la enfermita, entendiendo que de allí provenía todo el mal. En medio de la alta calentura, que llegó a pasar de los cuarenta, conservaba la chicuela sus facultades intelectuales, hablaba como una tarabilla, pedía sin cesar agua para lavarse las manos y lloraba cuando su papá y *Leré* se separaban de ella. El día siguiente fué angustioso, con ligeros descansos. Guerra no comprendía qué enfermedad era aquélla, sintomatizada sólo por la altísima fiebre, que si cedía al baño o a la antipirina, a poco se presentaba de nuevo con aterradora intensidad. Todo provenía, al parecer, de un desorden de la circulación, de un desequilibrio repentino. En los ratos de mejoría mostrábase en *Ción* otra fiebre no menos alarmante: la calentura de inteligencia, cuyo síntoma era la avidez por oír contar a su padre cosas estupendas y fabulosas, y contarlas ella también con una galanura de imaginación que a todos asombraba. Su mente ardía, lo mismo que su sangre, y de aquel rescoldo brotaban como chispas conceptos y retahilas anecdóticas de peregrina originalidad.

—Papaíto, mira lo que está pasando: Basilisa me dijo ayer que le prestara mi cocina de muñecas para armar una ratonera. ¿Qué crees tú? ¿Que los ratones cayeron? ¡Quia!: se pasaron de la despensa al cuarto de Braulio y se comieron el libro de las cuentas. No dejaron más que los números tirados por el suelo... Dice Braulio que tú te vas a casar con *Leré* y que me vas a comprar un coche con caballitos de verdad, de carne, del tamaño del mínimo... ¿No sabes la que hizo *Leré* esta mañana? Pues se puso una toquilla azul para ir a misa, y cuando volvió traía el pelo suelto y un traje como el que sacan los *clones* en el circo.

—¡Qué bien, qué bien!—dijo Angel, besándole las manos—. Sí, salada de mis ojos, cuéntanos todas esas cosas bonitas que han pasado, y que son verdad... ¡Vaya que *Leré* vestida como los *clowns...!*

—Papaíto, no te lo quería decir para darte la gran sorpresa; pero sabrás que te estoy bordando unas zapatillas, más bonitas que las de Braulio, con un dibujo así: un gato en el pie derecho y una baraja francesa en el izquierdo. ¿Crees que compré las lanas? Tonto, me las encontré un día dentro del cajón de costura de mamá Sales. Yo lo abrí para buscar mi aguja, y vi muchos ovillitos, muchos ovillitos..., pero muchos ovillitos. Yo iba sacando, y mientras más ovillitos sacaba, unos verdes, otros encarnados, otros de todos colores, más quedaban dentro, hasta que me cansé de sacar, y llené con ellos la cesta grande de la ropa... Después fuí al comedor y me encontré a don León Pintado comiéndose una chuleta, y decía que estaba más dura que la pata de un santo... ¡Ah! En tu cuarto vi al señor de Medina tomándose las medidas del cuerpo delante del espejo, como si fuera un sastre, y me dijo que si le quería hacer una levita. Le respondí que sí, y después nos fuimos todos al comedor, donde vimos al minino haciendo visajes y poniendo los ojos en blanco porque le dolían las muelas... ¡Pobre minino! Don Cristóbal riñó con *Leré* porque *Leré*, en vez de decirle *excelentísimo señor*, no le dijo más que *muy señor mío*, y yo salí corriendo al balcón, porque sentí una campanilla, y les grité: "Cállense, que pasa el Señor." ¿Tú crees que se callaron? ¡Ay, si supieras tú las peloteras que arman cuando no estás en casa! Yo les digo: "*Callaros, callaros*, que mi papá tiene muy mal genio y os va a mandar a la cárcel."

—Bendito sea tu pico, bendita sea tu imaginación—decíale Guerra—. Ahora estate quietecita. ¿Sientes mucho calor? Te daremos agua con azúcar. ¡Qué gloria de hija! Si quieres tener contento a tu papá, hazle el favor de tomar esta medicina. Ya ves: son anises, nada más que anises. Con esto te pones buena, y te llevaré a ver a los *clones*, y te compraré la carretela con caballitos vivos. Uno

de estos días llegarán de París, y los escogerás del tamaño que quieras, porque los hay chicos y grandes.

—Los escojo grandes y los escojo chicos. ¿Cuándo será?—con vivísimo interés—. Los escojo de todos tamaños... ¡Ah! Te contaré: el otro día me asomé yo a la ventana del comedor, que da al patio, y vi salir por la puerta del sótano un ratón casi tan grande como un burro. No te rías, que es verdad... Bueno, pues sería como una cabra. Llevaba un collar de cascabeles, y parándose en medio del patio, me miraba como diciendo: "¿A que no bajas?" ¡Yo qué había de bajar, si tenía un miedo...! ¿No sabes? Me contó Lucas que en Madrid va a salir una procesión con tantos estandartes como personas hay; quiere decirse que cada persona lleva su estandarte, menos los soldados, que van con las escopetas al hombro... Oye un secreto: Braulio y Basilisa hicieron el domingo en la cocina un pastel muy grande, muy grande. De todo le echaron: cascos de naranja, pasas, nueces, anises, dátiles y mucha azúcar, un saco grande de azúcar, y dijeron que lo iban a poner en la mesa. ¿Tú lo viste? Pues yo tampoco... Papaíto, ¿a que no sabes lo que soñé anoche? Pues que tú me llevabas en brazos por un camino, y me decías que aquel camino era el del cielo...; claro, por eso era todo azul, y había estrellas, unas con rabo y otras con barbas. Yo te pregunté si iríamos hasta el sol, y tú me dijiste que hasta el sol no, porque hacía *muchismo* calor y nos tostaríamos...

No desmayaba el loco imaginar de la pobre niña sino cuando el ardor de la fiebre la postraba, dándole modorra, pero sin llegar a perder el conocimiento. Bastante inquieto al ver que no cedía la calentura, Miquis ordenó los paños de agua fría, aplicados al cráneo sin cesar, y de este tratamiento se encargó Angel. Al anochecer pidió la niña de comer, anhelando cosas dulces, y le dieron huevos hilados y pavo en gelatina. Comía con regular apetito, sin dar paz a la lengua ni a la inventiva. Su pulso era vivísimo, indicando una actividad desenfrenada del corazón, rebelde a la digitalina, que se administraba en gránulos como anises. Desesperado ante la ineficacia del tratamiento, Angel la emprendió con Miquis, llamándole inepto, y acusándole de no haber entendido la dolencia. El pobre Augusto, herido en su dignidad, y no queriendo devolver al atribulado padre las injurias que éste le dirigía, propuso consulta de médicos, a lo que Guerra contestó en tono despreciativo:

—Todos sois unos ignorantes, llenos de pedantería y de fórmulas hueras. Asesinos del género humano, no sabéis más que revestir de cháchara científica las sentencias de la muerte y adornar con terminachos griegos vuestra estulticia.

Dicho esto, le volvió la espalda, ordenando a Braulio que citara a los médicos designados por Miquis.

Llegada la noche, determinó instalarse en la alcoba que había sido de su madre, con objeto de estar más próximo a su hija, y vigilar durante la noche el proceso de la enfermedad. *Leré* y él acordaron quedarse en vela, a menos que la niña no tuviese una remisión patente y descansase tranquila. Pero no había, por desgracia, síntomas de tal remisión feliz, y se preparaba una noche de prueba. Más que nada les inquietó la recrudescencia del prurito locuaz e imaginativo de la pobre enfermita, y en calmarla y hacerla callar emplearon mucho tiempo y todos los recursos del ingenio de ambos: Que el Niño Jesús había venido a preguntar por ella, dejando su tarjeta en el portal, y diciendo que se enfadaría si la niña no se callaba y se dormía. Que por cada minuto que la niña estuviera callada, su papá le compraría una muñeca negra y otra blanca. *Ción* se plantó en no callar si no le enseñaban la tarjeta del Niño Jesús, y tuvo Guerra que hacerla, escribiendo en una cartulina un nombre, *Manuel*, con lo cual no se dió por vencida, diciendo que faltaba el apellido... "Pero ¿dónde estaba el apellido?" Angel tuvo que añadir: *de Nazareth*. Fijándose luego en la promesa de juguetes por cada minuto de silencio y quietud, obligó a su padre a que le dijera los minutos que van de un domingo a otro domingo, y de hoy al año que viene.

Cuando se tranquilizó, más que por verdadero alivio, por el entorpecimiento de la modorra, Guerra se fué a la alcoba materna, donde acababa de instalarse, y solo allí, entregóse a cavilaciones dolorosas. Hasta entonces no había creído que *Ción* pudiera morirse; pero ya la

idea de la muerte se presentaba a su espíritu con fijeza aterradora, como un temor, como una sospecha, más horrible que el recelo da la propia muerte. El amor de la chiquilla ocupaba por entero su alma; no comprendía la vida sin ella, y la idea de perderla llevaba consigo una soledad irremediable dentro de lo humano. Figurábasele que, muerta *Ción*, el mundo se quedaba instantáneamente vacío, y que ningún encanto, ningún consuelo, ninguna amenidad podía ofrecerle la vida. Todos los demás afectos se oscurecían ante aquel afecto, que siempre fué grande, y que últimamente había tomado el carácter de preferencia absoluta y monomaníaca.

En la habitación que fué de doña Sales prevalecían los tonos oscuros. A la escasa claridad de una luz con pantalla verde resaltaban del fondo de las paredes varias imágenes religiosas, cuadros de escaso mérito y algunos cromos de chillón colorido, pero que satisfacían el menguado gusto artístico de la señora, sirviéndole además para exaltar su mente y encadenar su atención durante los rezos nocturnos. Eran los Sagrados Corazones de Jesús y de María, San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca Fremiot, y dos copias al óleo, en gran tamaño, de anacoretas, de Ribera, pinturas de un tremendo realismo, en las cuales la afectación del claroscuro acentuaba la escualidez de los desnudos cuerpos. Siempre había mirado Angel aquellas obras de arte con el mayor desdén; pero aquella noche su angustia y su temor se las hicieron respetables, y el desdichado llegó a creer que las figuras tenían ojos vivos para verle y oídos para escucharle, y un alma henchida de compasión por los infortunios humanos. Eran como amigos de la casa que acudían a consolarle y a ofrecerse para lo que pudiera ocurrir.

Mirándolas, Guerra les mostraba su alma, todo lo que pensaba y sentía, y a poco de entablar semejante comunicación, entrábale un ansia vivísima de prosternarse ante voluntades superiores y de pedirles que le ampararan en su tribulación. Exaltándose más a cada instante, lo que empezó por ser íntima súplica espiritual llegó a traducirse en las formas externas de la oración, como el cruzar las manos, el gesto postulante y, por fin, hasta el ponerse de rodillas. Pero no se valía de las oraciones de la Iglesia, sino que imploraba con ideas y dicción propias, muy desordenadas y vehementes.

—Porque bien entiendo—decía—que no estoy en disposición de pedir, por no tener fe... Pues a eso replico que tendré toda la fe que sea necesaria... Sálvese mi hija, y no habrá inconveniente en creer. Me rindo, me entrego y reniego de todo lo que pensé. ¿No es un dolor que se me prive de esta hija, mi pasión, mi encanto, mi esperanza? Por malo que un hombre sea, ¿acaso merece castigo tan grande, soledad tan espantosa? No, y aunque la merezca, yo ruego, yo imploro que se me conceda la vida de *Ción*, porque..., lo que yo digo: ¿en qué se ha de conocer nuestra miseria y la grandeza del Ser Supremo sino en esto de pedir nosotros y darnos El lo que no merecemos?

II

Después le daba por comentarse a sí mismo, diciéndose:

—¡Cuidado! No se pide así, sino con humildad. Te pareces a esos pordioseros que acosan al transeúnte, hasta que éste les da algo, por quitárselos de encima. Pero con Dios no vale ser porfiado y fastidioso. Solicita con humildad, conformándote con tu desgracia si no te dan lo que pides... Y conviene además *hacer* fe... Esto sí que es difícil; pero no hay más remedio. La fe siempre por delante.

Y encarándose de nuevo con las pinturas, les dirigía su ruego, tratando de poner en él toda la humildad y contrición posibles, pues lo que importaba, según iba pensando, era sacar adelante a la niña, ablandar la divina voluntad y hacerse merecedor del bien que impetraba. En una de éstas su mano tropezó, dentro del bolsillo, con un arrugado papel. Era una carta de Dulce, recibida aquella tarde, en la cual se le quejaba de que no hubiera ido a verla en dos días, notificándole además que se encontraba enferma, con anginas y dolores agudísimos en todo el cuerpo. La olvidada carta y el recuerdo de aquella mujer, borrado hasta entonces de su memoria, le sugirieron un nuevo método de argumentación para apoyar su demanda.

—¡Pobre Dulce!—decía, sin apartar

su mente de las imágenes—. También ella pediría por la salvación de mi hija si tuviera noticia de lo malita que está. Ahora caigo que mi gran falta, además del escándalo revolucionario, es este concubinato indecoroso. Pues yo lo sacrifico. Abajo la inmoralidad. Me enmendaré, romperé con esa mujer. Y si es preciso, para que Dios tenga lástima de mí, que yo le haga una ofrenda de mis afectos; si es preciso el holocausto de una persona querida, ofrezco a Dulce, sí, señor..., por ofrecida. Yo la quiero mucho, y sentiría su muerte; pero entre ella y mi hija, lo menos doloroso es que Dulce muera y que mi hija se salve. *Ción* empieza a vivir. Dulce ha vivido ya bastante, y cuando yo me separe de ella, ¿qué la espera más que un porvenir de penas y deshonra? ¡Pues digo, con esa familia de bandidos!... ¡Desdichada mujer!... Hasta le convendría morirse y ser acogida por Dios en el cielo. Ella iba ganando, y yo... A mí, la verdad, me dolería mucho verla morir... Pero hay que reconocer que ha sido pecadora, y entre una pecadora y un ángel, la elección no es difícil.

Con tales ideas y la lucha de sus sentimientos y el esfuerzo mental de la oración, se le armó tal barullo en la cabeza, que el infeliz no sabía por fin qué lenguaje emplear, y tan pronto escondía algunas de sus ideas, temeroso de que la omnisciencia divina se las viera; tan pronto las sacaba todas con arranque de sinceridad, diciendo:

—Mi alma entera está aquí desnuda ante vosotros. Ved cuanto hay en ella, y escoged lo que os agrade y me valga, devolviéndome lo que me perjudique. Sálvese mi hija, y haced de mí lo que gustéis. ¿Es bueno que os sacrifique a Dulce? Pues lleváosla. ¿No es bueno? Pues quédese Dulce, pero de ninguna manera vendiéndomela por la vida de mi ángel adorado. Eso, nunca. En todo caso, compro a *Ción* con Dulce, a quien también quiero mucho...; pero, atendiendo a su propio interés, la cedo, quiero decir, la sacrifico... Al fin y al cabo, yo he de dejarla, porque he prometido vivir con moralidad. Casarme con ella es ofender a la memoria de mi madre... Y ahora se me ocurre: ¿acaso mi madre solicita desde la otra vida la traslación de mi hija al cielo?—con inquietud—. Esto sería una crueldad, una venganza, una atroz maquinación contra mí. Yo me opongo, protesto. Lo justo, lo cristiano sería perdonar a Dulce desde allá, amar a la que fué tan aborrecida, pedir a Dios que *la lleve*, para sellar allí ese pacto de concordia, esa reconciliación suprema y trascendente, y al propio tiempo conseguir de Dios que me deje aquí a mi niña, porque la necesito para regenerarme. Sólo este ángel podrá dar paz a mi conciencia y hacerme esclavo del bien y la justicia. Si me la quitan, seré muy malo, y de todas las violencias de mi carácter echaré la culpa a Dulce, pues ella es causante de mi desesperación. Ella misma debería pedir a Dios, a la Virgen y a estos o los otros santos que se la llevaran a cambio de la vida de *Ción*, y le harían caso, porque a los que ofrecen su propia vida se les atiende... —irritándose—. Sentiría mucho que mi madre, *desde allá*, reclamase a la niña. No, esto no lo consentiría Dios, que es justo y ve las cosas claras..., más claras que nosotros. Verá que la pretensión de mi madre esconde miras egoístas y de venganza... Y ahora pienso que esa enfermedad de Dulce puede ser grave y ocasionarle la muerte. Lo mejor que debes hacer, mujer querida, es morirte; yo te siento mucho; pero se necesita una ofrenda, una víctima expiatoria, y ¿qué papel más bonito para ti? Te regeneras, te santificas, y mi hija cumplirá su destino terrestre al lado de su padre, que la adora. Todo el bien que ha de resultar de esto te lo deberemos a ti y te bendeciremos... Esto no quiere decir que yo desee tu muerte, no. Pero ¿con qué cara he de pedir también que te salves tú? Solicitar dos favores es la manera de no recibir ninguno. Hazte cargo... Señor, Señor, sálvese mi hija, sálvese a costa de Dulce y de toda la familia y de todo el género humano.

Al llegar a esto, el infeliz hombre, que, cansado de rondar por la estancia y de importunar a las imágenes, se había dejado caer en un sofá, boca abajo, apoyando contra sus manos la frente ardorosa, no acertaba a reconocerse dormido ni despierto, no sabía si aquel tumulto de su mente era un estado normal o un motín de las ideas.

Por la mañana, despejada la cabeza, apreciaba con claridad las cosas. *Ción* no estaba peor, y esto sólo bastó a dar

a su padre esperanzas. Del desaliento pesimista y lúgubre pasaba rápidamente a un risueño optimismo.

—*Leré*—decía, palmeteando a la joven en el hombro—, el corazón me anuncia que la niña mejorará en todo el día de hoy. En confianza te contaré que anoche he rezado... ¿Fué debilidad o fortaleza? Me dió por ahí. Caprichos del espíritu... Cuando la tribulación le cierra a uno todas las puertas de la tierra, no hay más remedio que abrir algún ventanillo que mire hacia arriba. ¿Qué opinas tú?

—Pienso que si usted pide a Dios con fervor, ofreciéndole la enmienda de su vida y diciéndole que quiere entrar en la Iglesia, la niña se salvará.

—*Leré...*, no me tientes..., no trastornes mi cerebro, que flaquea desde anoche... Yo estoy dispuesto a todo, con tal que me dejen a *Ción*. ¿Has rezado tú? ¿Has tenido acaso alguna visión?... Quiero decir, ¿sabes por algún medio, por algún conducto de los que son familiares a las personas devotas, si puedo contar con la salvación de la niña?

—¿Yo cómo he de saber?...—replicó *Leré,* mirándole con asombro—. Saber, no... ¿Cree usted que Dios me va a decir a mí lo que piensa disponer? Hará lo que nos convenga a todos, a usted, a la niña y a mí.

Angel dejó de mirar a la maestra, cuyos ojos, más bailones aquel día que nunca, le mareaban, y como no quería entretenerla la dejó en sus quehaceres, algo pesaroso de que las esperanzas de la joven aya no fueran tan concretas y terminantes como las suyas. Volvió al lado de *Ción,* que estaba menos habladora y un poco abatida, con escasa fiebre y el pulso más tranquilo. Luego tuvo noticias de que Dulce seguía peor, viéndose obligada a llamar al médico, y apresuradamente escribió a su querida, diciéndole que tuviese paciencia y se resignara con su destino, palabras que la pobre mujer leyó con la mayor extrañeza, pues las esperaba sin duda más tiernas y consoladoras.

La tarde fué mala, y repentinamente las esperanzas de Guerra y de todos los de casa se trocaron en desaliento, porque la niña se agravó como si le hubieran dado un veneno activo. La fiebre subió a cerca de los 41, y el corazón funcionaba con celeridad aterradora, resistiéndose ambos estados morbosos a las medicaciones más enérgicas. La desesperación del padre y su falta de conformidad con la suerte se manifestaron de una manera brutal, como si quisiera echar la culpa de su inmensa desdicha a cuantas personas le rodeaban, pues para todas tuvo palabras duras y mortificantes, a todas las acusaba de precipitación o negligencia. Miquis oía con estoica entereza las recriminaciones de su cliente, y, sin acobardarse por ellas, anunció la proximidad del peligro. Rebelábase Guerra contra la verdad científica, invocaba al cielo y a la tierra con clamores y reticencias airadas y groseras, como esos criminales empedernidos que blasfeman, escupen al cielo y forcejean en los peldaños del patíbulo.

Acertó en esto a presentarse allí, por su desgracia, el señor de Pez, y después de expresar con voz compungida su dolor, permitióse reprender al yerno por su falta de conformidad cristiana. Replicó el otro con acritud, montó en cólera el apreciable sujeto, y de palabra en palabra llegó a decir a Guerra éstas, que fueron como chispa caída en un montón de pólvora:

—Pues qué, ¿crees tú que Dios omnipotente, que castiga y premia, iba a dejar en tus manos a este ángel, como recompensa de tus actos contra la moral, contra el orden social y la religión?

Guerra no contestó nada de palabra; de obra, sí; echóle ambas manos al pescuezo y le derribó sobre un sofá próximo. Antes que don Manuel patalease, le aplicó la rodilla al vientre, oprimiéndole con fuerza, y mientras le agarrotaba sin compasión le echaba en la cara, como un vaho mortífero, estas terribles expresiones:

—Ahora te daré yo moral, grandísimo canalla; orden social, religión y todas las...

Esto ocurría en el antiguo cuarto de Angel. A los gemidos de la víctima acudió Braulio, y poco después *Leré.* El primero pugnó por sacar a don Manuel de entre las garras de su yerno; pero no pudo conseguirlo hasta que *Leré,* con grito enérgico, le dijo:

—¿Está loco ese hombre? No sea usted bárbaro y respete a las personas.

Estas voces amansaron a la fiera más pronto que la fuerza muscular del administrador, y Pez respiró, maravillado

de encontrarse con vida, pues había llegado al punto de no dar dos cuartos por ella. *Leré* trajo un vaso de agua al infeliz agredido, mientras Braulio se llevaba de allí a su amo, el cual seguía rezongando con acentos y ademanes amenazadores, como un hombre que por embriaguez o por demencia no es responsable de sus actos.

III

La pobrecita *Ción* se abrasaba sin que nadie lo pudiese remediar. Se descubría, suspiraba hondamente, pedía agua, revolviéndose en el lecho; ponía los ojos en blanco con expresión impropia de la infancia, mirada singular que técnicamente se llama *cínica* y que, acompañada de una burlesca sonrisa de mujer, puso espanto en el corazón de los que la asistían. Avanzada la noche, repetíase este síntoma fisiognómico sin que el calor cediera, y el pulso se deprimía súbitamente a intervalos para volver a agitarse con mayor furia. No cesaban de refrescarle el cuerpo y la cabeza con paños de agua fría, animándola al propio tiempo con palabras cariñosas, con ofrecimientos y mimos, de que la pobre niña no hacía ningún caso ya. De repente gritaba pidiendo de comer; se le antojaba jamón en dulce, pasteles o arroz con leche. Pero no le dieron más que agua azucarada, ofreciendo traerle lo demás. Su cara sufrió esa deformación extraña que resulta de la falta de simetría en las facciones por la tirantez de ciertos músculos y la distensión de otros; las dos cejas se arqueaban, cada cual con curva diferente; las pupilas resplandecían a veces como lumbre, a veces se ocultaban bajo el párpado superior, produciendo el efecto plástico de un espasmo hondísimo de dolor o placer. Poco antes de las doce fué atacada de una convulsión tremenda; su padre y *Leré* la sujetaron; ni uno ni otro decían una palabra. Los bracitos de *Ción* forcejeaban entre los dos de sus enfermeros, de un lado para otro; sus manos asían lo que encontraban, y toda ella se hizo un ovillo. Siguió a esto un estado letárgico, la respiración dejó de percibirse, y a los pocos minutos Guerra buscaba ansioso el aliento de la niña sin poderlo encontrar. *Leré* había perdido toda esperanza; Angel aún las tenía, y le daba friegas a lo largo del cuerpo con verdadera furia.

Ción se les había quedado entre las manos, y el atribulado padre no se daba cuenta de su desgracia, no la admitía, dentro del orden natural de las cosas, y esperaba, esperaba, aun después de ver y oír a Miquis, que entró casi al ocurrir la muerte y quiso apartar al padre de aquel tristísimo espectáculo. *Leré* lloraba sin consuelo, a lágrima viva, besando a la niña y mojándola con sus lágrimas. Guerra continuó por algún tiempo rebelándose contra la evidencia, y su cara, más que dolor, revelaba idiotismo. Resistióse a salir, mudo y sombrío, y su mano no se apartaba de la cabeza de la niña difunta. Por fin, la certidumbre de su desgracia, adquirida en fuerza de considerar la realidad, se manifestó en una calma estoica, dolor cavernoso y sin extremo aparato. Parecía dolor de abuelo, mientras el de *Leré*, desbordándose en ternezas y ayes desgarradores, era como el de las madres.

Negóse Guerra a las instancias que se le hicieron para que tomase alimento, pues en todo el día no había entrado en su cuerpo más que un poco de café. Sorprendióle la primera luz de la mañana en su alcoba, poblada de impasibles imágenes, a las que dirigía de cuando en cuando miradas desdeñosas. A ratos pasaba al cuarto próximo, besaba el cadáver de su hija, decía a *Leré* algo referente al vestido que se le había de poner, o a las flores con que se la debía adornar. Su aspecto era el de resignación más bien filosófica que religiosa, sostenida por una fuerte trincadura de los resortes de la voluntad, resignación en que entraban por algo el amor propio y la dignidad de varón fuerte. A ejemplo de su madre, de cuyo carácter firme y tenaz se acordó mucho en aquel trance, se tragaba en silencio toda la cicuta, manteniendo las apariencias de una impavidez decorosa ante la adversidad. Ni rastros de cólera había en su semblante ni en sus palabras; daba sus órdenes con lúgubre laconismo, sin replicar a las observaciones ni protestar airadamente contra cualquier simpleza. Y cuando *Leré*, los ojos llenos de lágrimas, se presentaba a él en son de consulta o de consejo, oíala sumiso y de-

ferente, y todo cuanto ella proponía dábalo por bueno, llegando a decirle:

—Dispón tú como gustes, pues lo que tú ordenes será lo mejor.

A insinuaciones de la toledana, en el día aquel que la niña estuvo de cuerpo presente, se debió que Guerra diese al doctor Miquis satisfacción cumplida por los arrebatos inconvenientes de los días anteriores; gracias a ella también Braulio oyó de su amo frases cariñosas y de gratitud, y los demás servidores de la casa notaron en la fiera señales evidentes de domesticación. No se pudo probar si aquellas disposiciones pacíficas habrían alcanzado también al aborrecido suegro, porque éste no aportó por allí; pero sí consta que el marqués de Taramundi, don Francisco Bringas, don Cristóbal Medina y otros que acudieron a ofrecerse se congratularon de la mansedumbre del hijo de doña Sales, atribuyéndola a la natural doma ejercida sin palo ni piedra por la desgracia y al influjo del sentimiento religioso, amigo y familiar de la muerte, el cual nunca se queda en la puerta cuando ésta entra en palacios o cabañas.

Vistieron a *Ción* con riquísimo traje de encajes y pusiéronle corona de flores vivas, las mejores y más costosas que en aquella estación se podían encontrar. Creeríase que había crecido después de muerta y a todos sorprendió el tamaño de la caja, a cuyas dimensiones el rígido cuerpo se ajustaba exactamente, sin que sobrase ni faltase nada. Sus heladas facciones no conservaban rasgo ninguno de aquella expresión descompuesta y de aquel sonreír sardónico con que se despidió de la vida. Su rostro era todo serenidad y, si se quiere, formalidad, sin mezcla alguna de malicia o travesura: el rostro mismo de las horas de sueño, sin los aires de la respiración que pintan la vida, sin más color que la uniforme pátina cerosa, cosmético de la muerte.

Su padre la contemplaba, acordándose de las saladas mentiras de la niña viva, y no podía menos de invertir radicalmente su apreciación de lo que recordaba y de lo que veía, juzgando que eran verdad aquellos embustes, incluso lo del ratón como un burro, los retozos de *Leré*, etc., y que, en cambio, la muerte que ante los ojos tenía era una fábula de las más absurdas. Al día siguiente, cuando se la llevaron, sintió una punzada en el corazón y un dolor tan vivo, que a punto estuvo de perder el conocimiento. Había pensado ir al cementerio; pero le fué imposible vestirse. A *Leré* le dió un ataque epiléptico, y estuvo bastante tiempo sin habla, con la cara torcida, las pupilas fijas, los brazos agarrotados. Tremenda fué la mañana en la casa de Guerra, de donde había desaparecido para siempre la graciosa criatura que la llenaba con su alegría y su charla parlera. Los criados quedáronse tan solos y tan tristes como el amo, y en la enorme vivienda sonaban los pasos con eco lúgubre.

Despidió, por fin, Angel a los amigos con urbanidad que podríamos llamar relativa y se confinó en su antiguo cuarto, negándose a recibir visitas y no interesándose ni aun por la misma *Leré*, quien, después de la pataleta, se había quedado como convaleciente de grave enfermedad. El infortunado hijo de doña Sales se zambullía en la soledad, hallando cierto consuelo en medir y sondar su profundísimo dolor. Su cerebro, rendido de tan vivas impresiones, tenía letargos breves, en los cuales salía de la oscuridad de los recuerdos el rostro de máscara griega con la espantosa mueca trágica y el pelo erizado.

CAPITULO VI

METAMORFOSIS

I

Con el tiempo la soledad aumentaba, pues cada día hállabase Guerra más agobiado y triste, y con la soledad iba tomando cuerpo la idea de que su vida no tenía ya ningún objeto. Otra particularidad de aquel estado de ánimo era que se olvidó casi absolutamente de Dulcenombre. Una mañana sorprendióle Braulio con el anuncio de una visita, que fué como si le dieran un aldabonazo en el cerebro.

—Esa mujer—le dijo el administrador, balbuciendo, pues cada día era más tímido ante su amo—está ahí. Yo no quería que pasara, pero ha sido tal su obstinación que... Francamente, me ha dado lástima... Le he dicho que aguarde en mi cuarto hasta ver si querías recibirla.

Guerra sintió algo de turbación de conciencia, y mandó que pasara Dulce, quien no se hizo esperar, y venía tan alterada por la emoción y tan desmejoradilla por su última enfermedad, que, al pronto, Guerra no supo disimular su sorpresa desagradable, y en su deplorable tendencia a exagerar las cosas, vió en la pobre muchacha un esqueleto vestido. Traía su trajecito de merino, mantón oscuro y velo, bien apañadita, modesta y con el aire inequívoco de una esposa de capitán de la reserva o de empleado de corto sueldo. Al entrar echó los brazos a su amigo, y la emoción no le dejó expresarse con palabras: sus lágrimas lo decían todo.

Angel la estrechó en sus brazos, advirtiendo nuevamente, con implacable espíritu de crítica, la extremada flaqueza de su esposa ilegal.

—¡Qué ingrato!—en tono de reconvención cariñosa, llevándose el pañuelo a la boca—. Tenerme tantos días sin noticias suyas!... ¡Ausente de ti cuando pasabas lo que pasabas! Pues qué, hijo mío, ¿no habíamos convenido en que partidas las amarguras tocan a menos? ¿Quién te consuela a ti más que yo, quién sino yo entiende los registros de tu alma?... Verdad que estuve mala; pero enferma y todo habría venido, si me hubieras llamado, para cuidar a la niña, para consolarte y hacerte compañía... Pero, dime: ¿te incomodas porque entro en tu casa?—Guerra hace signos negativos—. Imposible estar más tiempo sin verte; me consumía la incertidumbre y la pena de no saber de ti. ¿Cómo no se te ocurrió llamarme?... En un caso como éste, hijo de mi vida, ¿te atreverás a decirme que no te hacía falta? Yo dije: Rompo por todo, y allá me planto. Si se enfada, que se enfade; y si por meterme donde no me llaman me quiere pegar, que me pegue. ¿Qué tienes que decir a esto?... ¡Lo que he llorado por el pobre ángel, ya puedes figurártelo! La miraba yo como mi hija, como esas hijas a quienes tienen separadas de sus madres porque éstas han sido malas. ¡Cuánto he rabiado por verla y cuidarla, por tenerla siempre conmigo! ¿De qué crees que estuve enferma? De pena, hijo de mi alma, de pena de ver que la niña se moría sin que yo la pudiera apretar contra mí y darle mil besos... Se la llevó Dios sin dejarme gozar de ella, lo que me prueba que soy mala y que Dios no quiere darme ningún consuelo. ¡Sí, para mí estaban las alegrías de madre y la satisfacción de sacrificarse por las criaturas!... No, no puede ser. Esa niña nos habría hecho felices a los dos. Dios nos la ha quitado.

Así habló Dulcenombre, soltando de un chorro las ideas que colmaban su mente, vaciándolas todas sin esperar a que Angel la contradijese o hiciera alguna observación. Este agradecía los sentimientos de su querida y le mostraba su gratitud estrechando la mano de ella, que tenía entre las suyas; pero no se le ocurrió palabra alguna con que confirmar ni negar lo que la Babel expresaba. Entre aquellos sentimientos y los de él se había interpuesto algo, o, mejor dicho, se había determinado una distancia, un vacío cuyo grandor medía Guerra fácilmente, sin más que echar una mirada dentro de sí. Dulce le interesaba, excitando su compasión y aun su cariño; pero aquella última cuerda tocada por ella, al establecer la comunidad del amor a la niña difunta, no vibraba ya en el corazón del revolucionario convertido. Para éste, nada tenía que ver Dulce con *Ción*. Una y otra eran mundos aparte, entre cuyas órbitas ni hubo ni haber podía ninguna tangencia.

Dulce le miraba como a un jeroglífico que se quiere descifrar, desmenuzándolo con los ojos. El mutismo de él, aunque justificado por la pesadumbre, principió a ser un poco molesto para ella. La mujer se rebeló pronto, con su tímida exigencia de que le prestase más atención.

—Pero ¿no me dices nada? Ni siquiera me preguntas por mi enfermedad, ni si me encuentro o no me encuentro mejor.

—Me basta con verte—dijo Angel con cierta solicitud—para saber que ya estás bien.

—Pues te equivocas, ¡ay!, te equivocas—exagerando un poco su malestar físico—. Ando sabe Dios cómo. Hoy no podía tenerme en pie, y me ha sido preciso tomar un coche para poder venir acá. He tenido vómitos de sangre. ¿Qué te figuras tú, que mi enfermedad era cosa de juego? El médico me ha dicho

que si no me cuido mucho, pero mucho, corro peligro.

—Hija, por Dios, cuídate—con prontitud y ardor—, no vayas tú también a... Ya tiemblo en cuanto cualquier persona que me interesa me dice que se siente mal. Chiquilla, ¡qué temporada! La muerte me ronda, me acecha, me tiene entre ojos... Temo que no haya concluído su labor al lado mío...

Con estas insinuaciones creía corresponder gallardamente a los vivos afectos de su querida, y como ésta esperaba más calor, más ternura, más solicitud, desalentóse oyéndole. Se le había metido entre ceja y ceja que de aquella visita saldría la propuesta de vivir juntos en la casa patrimonial. Consideraba esto lo más lógico del mundo, fundándose en la despreocupación de Guerra, en la holgura de sus ideas sociales y en las promesas que le hizo cuando juntos vivían en la calle de Santa Agueda. La frialdad de aquel día atribuyóla a que con la nueva posición se habían entibiado en él los furores igualitarios y democráticos de otros tiempos. La pobre Babel empezó a vislumbrar su próxima desgracia; pero como también, aunque humilde y desconsiderada en sociedad, tenía su poco de orgullo, como cualquier hijo de vecino, no quiso hacer en ocasión semejante la víctima quejumbrosa. Unicamente se permitió interpelarle de esta forma:

—Pero dime algo, dime siquiera cuándo irás a verme. ¿Es que para verte y hablar un rato conmigo ha de ser preciso que yo pase por la vergüenza de venir a esta casa, donde no puedo menos de recordar lo mucho que me han aborrecido en ella? Me lo puedes creer. Ha sido para mí un verdadero suplicio entrar aquí. La cara que me puso el portero y después las medias palabras de don Braulio no se me olvidarán nunca. Francamente, hijo mío—con cierta acritud—, aunque una no valga nada y sea de humilde posición, no gusta de que se la reciba con ese despego, con esa desconfianza, con esa..., como si una fuera un apestado, un criminal... Dímelo con claridad... Si para verte es forzoso que yo pase tan malos ratos, vale más que...

Guerra se apresuró a contestarle:

—Querida mía, no saques las cosas de quicio. ¿A qué hablas de venir aquí, si sabes que yo he de ir a verte, como siempre?

—Es que no me lo habías dicho.

—Debías suponerlo. Ya sabes mi opinión sobre lo inconveniente, por ahora, de tu entrada en esta casa... Tú, que eres razonable, lo comprendías así, y seguirás comprendiéndolo... No, si no te echo en cara que hayas venido hoy; lo de hoy es una excepción. Has hecho bien en venir y me has dado un rato de consuelo. Después..., ¡quién sabe!

—Sí, quedamos en que yo no vendría —disimulando su dolor—. Y tienes razón, tienes razón. Por eso no pienso volver más. Pero..., dímelo con franqueza: ¿estarás muchos días sin ir a verme?

—¿Muchos días dices? ¡Qué disparates se te ocurren! No me atormentes. Bien sabes que no... A ver, ¿tienes alguna queja de mí?

—¿Alguna dices? ¿Alguna?

—¿Qué? ¿Pretendes que sean muchas?

—No pretendo nada—con efusión y acento de pueril abandono—. Si hay motivos de queja, todos te los perdono, todos los olvido con tal que me quieras... Pero no basta decírmelo: es preciso que yo lo vea. Quiéreme como yo me merezco, y lo mismo me da tu casa con honores de palacio que la más fea choza de un tejar. Lo que yo quiero es tenerte a ti; las paredes no me importan...

Angel contestó a estas enamoradas razones con otras que, si no tan por lo fino, eran cariñosas y sinceras. Deseaba que Dulcenombre se marchase, y para empujarla un poquito le prometió verla pronto en su casa, trazó algunos proyectillos de vida común, como almuerzos *allá*, veladas, y se despidieron, él más tranquilo, ella recelosa y con el espíritu lleno de sombras. Su instinto amoroso olfateaba el abismo cercano.

II

Estaba de Dios que aquel día fuese memorable para Guerra, porque en él ocurrieron cosas que parecían dispuestas con cierto orden escénico o teatral para afectarle profundamente. Por la mañana, a la hora en que Dulce le visitó, hallábase *Leré* fuera de casa. Había ido al cementerio, como todos los días, a poner flores en el sepulcrito de la niña, y apenas se despidió la esposa

ilegal sintiéronse los pasos de *Leré*, que en aquel momento entraba. Salió Angel a su encuentro, y la vió quitándose el manto por el pasillo, antes de llegar a su cuarto: tal era su anhelo de franquearse para las faenas que había dejado pendientes. Traía la cara encendida, por la prisa del regreso y quizá por haber llorado en el campo santo. Basilisa, que la acompañó, también traía la cara como un pavo.

—¿Ya estás de vuelta?—le dijo Angel, complacidísimo de verla.

—Hemos tardado un poco. ¿Va usted a salir? ¿Almorzará en casa?

—No pienso salir. ¿Por qué lo dices?

—Porque tenemos que hablar.

—Pues ahora mismo—indicándole que entrara en su cuarto.

—¿Ahora?... ¿Con lo que hay que hacer? Después de almorzar será mejor.

Guerra deseaba que volase el tiempo, y el tiempo pasó, despacito, rebelde al aguijón de la impaciencia, hasta que llegó el instante designado por la santita de los ojos saltones. Guerra fué a su cuarto, ella detrás, y en pie delante de su amo no se anduvo con rodeos ni preparados exordios para explicarse.

—Pues, señor, ya debe usted suponer lo que tengo que decirle. ¿No lo adivina? Pues tengo que decirle que me marcho.

Angel se sintió profundamente herido con tal declaración, no teniendo poca parte en su penosa sorpresa la serenidad con que *Leré* hablaba de abandonar aquella casa.

—Pero ven acá..., siéntate. ¿Tan mal te trato que no ves la hora de salir de aquí?

—No me trata usted mal—sentándose—, sino muy bien, y estoy sumamente agradecida a la señora, que de Dios goce y a usted, pues si buena fué ella para mí, no lo ha sido menos su hijo. Pero yo vine a esta casa para un fin, para un objeto que ya no existe; vine para cuidar a la niña y enseñarla, y la niña... Dios la quiso para sí.

Al decir esto, la tranquilidad de *Leré* flaqueó súbitamente, y sus ojos temblones se llenaron de lágrimas. A Guerra se le anudó la garganta.

—No llores..., bastante hemos llorado y sufrido—le dijo su amo—. *Leré*, tú quieres aumentar mi desdicha, abandonando esta casa cuando más necesaria eres en ella. Yo no me opondré nunca a tu voluntad; pero exijo que me des alguna razón de esa fuga.

—No es fuga, señor... Lo diré pronto y claro: es que ha llegado el momento de que yo siga mi vocación religiosa. Mientras la niña vivió, antes que mi vocación estaba mi deber, y a él me consagraba en cuerpo y alma. Pero muerta la niña, el Señor me dice que siga mi camino, y pronto, pronto...

—¿Estás tú segura de que el Señor se entretiene en decirte a ti esas cosas?

—Pues si no me las dijera—con la mayor ingenuidad de su fe—, ¿cree usted que tendría yo tanta prisa? Me habla en mi corazón, que desea la vida religiosa como el único bien posible para mí; me habla en mi conciencia, que me pide cuentas por cada día que pasa fuera de la vida que el Señor me tiene destinada.

—Bien, bien—murmuró Angel, confuso, no hallando argumentos bastante fuertes para combatir obstinación de tal calidad—. No fuera malo que le preguntaras al Señor qué voy a hacer yo ahora sin ti, cómo se va a gobernar esta casa, cuyas necesidades y cuyas mecánicas conoces al dedillo. El Señor, soliviantándote en tan mala ocasión, pone a tu amo en un conflicto tremendo, y ya podía el Señor ese dejar en el siglo a las chicas trabajadoras y útiles como tú, llevándose a las holgazanas y que no sirven más que para rezar.

—Mi vocación—con modestia—me llama a las Ordenes donde se trabaja sin descanso, a las que se consagran al cuidado de los enfermos y al alivio de las miserias sin fin que hay en este mundo.

—Muy bonito, sí, muy bonito. Y entre tanto, a mi casa que la parta un rayo.

—Para dirigir esta casa encontrará usted muchas que lo hagan mejor que yo, o, por lo menos, lo mismo.

—¡Ay hija! Yo dudo que ese prodigio se encuentre. Y no lo digo por adularte. No, no hay otra como tú: aguanta los elogios y sonrójate hasta que ardas. Si no te gusta que te echen incienso, ¿para qué eres tú buena? ¿Por qué no te haces un poquitito peor?... Pero vamos al asunto principal: yo no quiero que te marches. ¿Qué echas de menos aquí? ¿La soledad de un convento? ¿Ho-

ras para rezar? Pues enciérrate en tu cuarto todo el tiempo que te acomode. y reza y reza hasta que se te caiga la campanilla o hasta que se te seque el cerebro.

—¡Qué cosas tiene usted! Demasiado comprende lo que le digo.

—No, no lo comprendo... Tú no tienes la cabeza buena. Si me dijeras: "Don Angel, me voy de su casa porque me ha salido un hombre decente que se quiere casar conmigo, y yo también soy de Dios, quiero tener una familia mía, a la cual consagrarme...", muy santo y muy bueno. Esto me parecería humano, natural; pero...

—Pero ¿qué? Ya empieza usted a decir disparates. La suerte que yo no me incomodo. Estoy bien preparada para oír condenar mi inclinación y aun hacer burla de ella. Eso que ha dicho de casarme yo..., yo, me hace reír... En mi vida se me ha ocurrido semejante cosa. Qué, ¿no lo cree? ¿Por qué menea la cabeza? Pues si no quiere creerlo, con su pan se lo coma. Digo lo que siento y me quedo tan tranquila. Ya le dije otra vez que nunca he sabido lo que es amor de hombres ni me hace falta saberlo. Usted lo dudará y me llamará hipócrita. Bueno; aguanto el mote sin quejarme. ¿Cree usted que todas las criaturas han de ser iguales? ¿Dice que sí? Pues yo digo que no, ea. ¿Piensa usted que todas, todas las mujeres quieren casarse?

—Toditas.

—Pues yo no. Soy una excepción, un fenómeno. Vea usted por dónde he salido también monstruo como mis hermanos. El casorio no sólo no me hace maldita gracia, sino que la idea me repugna, para que lo sepa de una vez.

—Eso es porque no has encontrado aún el sujeto... El día en que el sujeto se te aparezca, descubrirás tu propia alma, que ahora está velada por esa devoción infantil.

—¿Qué sujeto ni qué carneros? Para mí no hay ni habrá nunca más sujeto que el que está clavado en la Cruz. ¿Le parece poco?

—Ni poco ni mucho. Yo respeto tu... horror al género humano... Gracias por la parte que me toca.

—No las merece. Quedamos en que me dejará usted marchar.

—Pero ¿me pides permiso? Eso no. Yo podré resignarme; pero darte licencia, jamás.

—¿A que sí me la da? Es usted más bondadoso de lo que parece.

—Sí; pero por bueno que sea, no me determino a tener mi casa como una leonera.

—¡Virgen Santísima! ¡Como si faltaran amas de gobierno mejores que yo! Y en último caso...

—¿Qué?

La toledana pensó indicar algo, que en el momento de soltar la expresión hubo de parecerle atrevido, y puso punto en boca.

—Tú ibas a decirme algo... ¿Por qué callas? O hay franqueza o no hay franqueza. Ya sabes que te autorizo a que me trates como a un chiquillo.

—Pues bien, allá va... ¿Por qué no se casa usted? Casándose, sobre cumplir con Dios y con la ley, resuelve el problema de la dirección de la casa.

—Otra vez me sacas a relucir el maldito casorio—excesivamente contrariado—. ¡Mira que si mamá resucitara y te oyera...!

—¡Ay! Si la señora me oyera, se pondría furiosa...; pero la señora no me oirá, y ante la realidad de las cosas, deben desaparecer las prevenciones. No se puede volver el tiempo atrás, ni lo pasado puede ser presente, ni lo que es ser de otro modo que como es. Si usted no se decide a dejar a esa señora, cásese con ella, porque están los dos en pecado mortal.

—¿Quién te mete a ti a Concilio de Trento? ¿Cómo sabes tú en qué pecado estamos?

—Me basta saber los diez mandamientos—aproximando su silla al asiento de Guerra—. Vamos a ver... Hablando ahora con toda formalidad, ¿por qué no se casa usted... si la quiere y no puede vivir sin ella? ¿Le parece a usted que es decoroso, que es cristiano...? Si le enfada el sermón, me callo.

—No, no me enfado. Me encanta oírte.

—Pues...—aproximándose más—voy a decirle una cosa que quizá le sorprenda. Hoy, cuando volvíamos Basilisa y yo del campo santo, vimos a cierta persona. Nosotras poníamos el pie en el portal cuando ella bajaba el primer tramo de la escalera. Yo no la había visto nunca. Basilisa me tocó el codo, diciéndome muy bajito: "Mírala..., la del amo."

—En efecto, ella era. Es la primera vez que ha entrado en esta casa.

—Hablando con toda verdad, le diré a usted que la encontré simpática y que le tuve lástima... no sé por qué. Ella nos miró con muchísima atención, y Basilisa le hizo un saludo de cabeza muy reverente. Después, cuando subíamos, me dijo: "¿Quién te asegura a ti que ésta no será nuestra ama dentro de un par de meses? Pues, hija, hay que ponernos bien con ella." Basilisa me dijo también..., no sé por dónde lo sabe..., que es buena mujer, modesta y trabajadora, pero que su familia es una calamidad.

—¡Y tanto!

—Pero, en fin, usted no se ha de casar con la familia, sino con su novia... Conque matrimonio, matrimonio, y ya tiene usted todo lo que le conviene, la conciencia como un oro y la casa como una plata. ¿Qué más quiere, hombre de Dios?

Decía esto la muchacha con tanta naturalidad y efusión, que Guerra sentía ganas vivísimas de darle un fuerte abrazo y comérsela a besos. Pero un respeto inexplicable, dada la situación social de ambos, le impedía aproximarse a ella.

—Dejemos lo del casorio, que yo no rechazo... en principio—le dijo—, y en cuanto a la licencia absoluta, te pido un plazo para concedértela o negártela...: ocho días. ¿Te parece mucho?

III

Leré convino en aguardar una semana, y se retiró, dejando a su amo indeciso entre echar todo el peso y volumen de su ser del lado de la voluntad a cargarlo del lado de la razón. Debe advertirse que, desde la muerte de la niña, había vuelto a su antiguo dormitorio, pues como la maestra continuaba ocupando la misma estancia de *Ción*, no le pareció al amo propio ni decente pernoctar tan cerca de la joven mística. Además, evitaba el permanecer largo tiempo a solas con *Leré*, por no dar pretexto a malas interpretaciones de criados, los cuales son, por lo común, gente muy suspicaz y mal pensada. Ya había llegado a los oídos de Guerra cierto malicioso runrún, del cual no quiso hacer misterio con el aya, y una noche, después de comer, hallándose los dos de sobremesa, solos, le dijo:

—Bien comprendo, hija mía, tu prisa por huir de aquí. En esta sociedad, que algunos creen tan perfectamente organizada, tú, joven, soltera, y yo, caballero viudo sin hijos, no podemos vivir juntos sin que al instante se nos cuelgue algún milagro... Esto prueba la opinión que la sociedad tiene de sí misma.

Leré se echó a reír, mostrándose conocedora de los milagros que le colgaban; y la serenidad de su acento al hablar de ello indicó también que ni poco ni mucho le inquietaban las habilillas contra su buena fama.

—Ya sé—dijo a su amo—de dónde viene el aire. El señor de Pez lo dijo en su casa, delante de mucha gente, y apuntó mil mentiras: que él había visto no sé qué, y que usted y yo éramos unos..., lo diré claro, unos sinvergüenzas. Lo sé por los criados. Pascual, el hermano de Vicenta, se lo dijo a su novia, Candelaria, y ésta se lo contó a Basilisa, la cual me trajo el cuento a mí.

—Pues si yo cojo a Pascual y a Vicenta y a Basilisa trayendo y llevando las opiniones indignas de ese trasto de mi suegro, te juro que no les queda gana de hacerlo segunda vez.

—Conviene no incomodarse por estas cosas—dijo *Leré* con perfecto reposo—, y oírlas como se oye el ruido de una carreta que pasa por la calle o el golpe de la lluvia en los cristales. Ya se sabe que la gente maliciosa no necesita más que una apariencia para deshonrar. Debemos estar siempre preparados para que nos ultrajen, pues si fuéramos a evitar todos los hechos que pueden ser motivo de falsa opinión, no se podría vivir. Por consiguiente, que digan lo que quieran, que a mí me basta con que mi conciencia no me diga nada.

—¿De modo que tú tienes fortaleza bastante para oír esas infamias y quedarte tan fresca?

—Ya lo creo. ¡Pues no faltaba más sino que yo fuese a responder al pecado de la calumnia con el pecado de la ira! En mi vida he sabido lo que es encolerizarme, y pienso no saberlo jamás. Me propongo recibir sin queja todo el mal que quieran hacerme de palabra o de obra, y en cuanto a las mentiras y ultrajes, hacer tanto caso de ellos como de lo que ahora está pasando en la Chi-

na. No, no se crea usted que el querer marcharme es porque digan o no digan de mí cuatro simplezas. Me marcho porque mi vocación me llama a otra parte.

—Cierto es—dijo Guerra, sintiéndose inferior a su criada—que debemos despreciar la calumnia, pero también conviene atender a la opinión y someternos a ella en algunos casos, guardando las formas, pues no sólo debe uno ser bueno, sino parecerlo.

—Todo el que lo es lo parece—replicó prontamente *Leré*—, y si no lo ven así los que tienen la vista corta, peor para ellos. ¿Qué opinión ni qué músicas? La conciencia es la única opinión que vale. No hay que temer al fisgoneo de la gente, sino a la mira de Dios dentro de nuestra alma.

Guerra no acertó a responderle. Subyugado por *Leré,* ni aun se atrevió a detenerla cuando quiso retirarse dejándole solo. Esperaba él que se alargara la tertulia, porque algunas noches pudo prorrogarla valiéndose de su autoridad. Pero ya ni autoridad sentía sobre ella, y la vió salir sin atreverse a suplicarle una hora más de compañía. En tanto, la toledanilla consagraba todo su tiempo libre a las prácticas religiosas: rezos o meditaciones místicas ocupaban sus noches hasta hora muy avanzada, y por la mañana tempranito se iba a la iglesia más próxima, que era San Ginés, y no volvía hasta las nueve. Todos los días comulgaba.

Angel se pasaba en su casa las horas en soledad tristísima, empapando el pensamiento en memorias de la niña difunta, haciéndola revivir con la imaginación, o figurándosela en otro mundo desconocido, indeterminado, en el cual, según la idea del afligido padre, habían de ser apreciadas como en éste sus gracias, su belleza y el donaire de sus mentiras. Siempre que *Leré* le concedía un rato de tertulia hablaban de esto, y suspiro va, suspiro viene, de recuerdo en recuerdo, comentando a la pobre niña como si fuera un texto oscuro, concluían por ponerse tan atribulados como el día de la desgracia. El consuelo era difícil, sobre todo para Guerra, privado de aquel recurso de la religión, bálsamo por la virtud esencial de las creencias, bálsamo también por el entretenimiento y ejercicio que proporcionan los actos del culto. No dejó de hacer esta observación en uno de sus paliques con la beata, y ella le dijo:

—Pues el remedio de su amargura bien en la mano lo tiene. ¿Qué se diría de un sediento a quien le pusieran en la mano el vaso de agua, y en vez de beberla la tirara? Se diría que estaba loco. Pues lo mismo digo yo de usted.

—Pero ¿qué me recetas?—dijo Angel, echándose a reír—. ¿Que me meta yo en las iglesias, o que me pase las horas de la noche como tú, de rodillas, importunando a la Divinidad y dándole jaqueca a los santos? Ya me estoy viendo en esa facha de beato, y no tienes idea de lo ridículo que me encuentro. Pero tú me vas dominando de tal modo, que harás de mí lo que quieras y sufriré las modificaciones más absurdas.

—No tengo la pretensión de que un señor tan corrido y tan baqueteado se modifique por lo que yo le diga; pero sin esperanzas de traerle por ahora al buen camino, no me iré de aquí sin echarle unos cuantos sermones. Usted se ríe o no se ríe, usted lo toma como quiera; pero los sermones allá van. El primerito de todos es...

—Ya, ya te veo venir; que oiga misa.

—No, no... ¿Ve usted cómo no me entiende?—dijo *Leré* sin ninguna afectación de piedad, más bien tomando el tonillo del discreteo mundano—. Es usted un niño, y ha de ser muy difícil enseñarle el verdadero principio de las cosas. No se trata, por ahora, de misas, ni del rosario, ni de golpes de pecho. La gente se reiría, y la risa del mundo espantaría las buenas intenciones del... neófito. No; mi primer sermón..., fíjese bien—acentuando sus palabras con el dedo índice de la mano derecha—, no va a lo externo, sino al alma. Lo primero que le recomiendo a usted es que no se enfade nunca.

—Si yo no me enfado... Estoy hecho un cordero.

—Que no se incomode absolutamente por nada.

—¡Por nada!... Según lo que sea. Ya no me encolerizo, como antes, por cualquier contrariedad.

—Eso es poco... Hay que sofocar la ira en absoluto y por todos los motivos.

—De modo que si voy por la calle y me largan una bofetada, me quedaré muy complacido.

—Por ahora sería mucho pretender;

pero allá se ha de ir. Pase que todavía no se resigne usted a que le den una guantada en la calle; pero mientras llega eso, hay que irse educando y limpiar el alma de esa suciedad de la cólera. Trabajillo ha de costar; pero empiece usted, hombre, por echarse en su interior cuantos frenos pueda. ¿Cuáles son las personas que más le enfadan? ¿Don Fulano y don Zutano? Pues propóngase ser con esas personas lo más amable que pueda y complacerlas y servirlas.

—Bien—dijo Guerra con chacota—; y cuando me tropiece con mi suegro, le convidaré a comer y le haré mil cucamonas.

—La idea es ésa, descontando las cucamonas. Usted me ha comprendido. Fuera el rencor, fuera la venganza. Al peor enemigo tratarle como al amigo mejor. Y no digo más sobre esto. Segundo sermón.

—Oigamos la segunda homilía. Será para que me case...

—No...; esa otra matraca la dejo para después. Ahora lo que recomiendo es... que no sea usted avaro.

—¡Avaro yo! ¿Cuándo has visto en mí señales de sordidez?

—Es avaricia guardar lo que nos sobra después de haber satisfecho nuestras necesidades más apremiantes. Hay muchos que carecen de pan, de hogar y de vestidos, y todo aquel que, poseyendo bienes de fortuna, retiene una gran parte de ellos, viendo morir de hambre y de frío a tantos infelices, peca.

—Ya, ya... Esto se complica. ¿De modo que yo peco por no dedicarme a sostener vagos? Bien sabes tú que en mi casa no se regatean las limosnas.

—No da usted más que migajas, como todos los ricos. Hay que dar más, mucho más, repartir entre los necesitados todo lo que no nos es absolutamente preciso.

—Joven incauta, yo he sido un poco socialista; pero, francamente, eso me pasaba cuando no tenía dinero. El reparto de la riqueza me parecía muy bien cuando a mí nada podía sobrarme. Después he comprendido que una cosa es predicar y otra dar trigo; ya ves si te hablo con franqueza, no ocultándote nada de lo que siento y pienso. ¡Y ahora vienes tú predicándome el socialismo! ¿De manera que entonces, cuando yo era anarquista y revolucionario, tenía razón, y ahora no la tengo? Perdona, hija, pero tu socialismo evangélico es un disparate.

—Yo no sé si esto se llama socialismo. De esas palabrotas que ahora se usan no sé ni lo que significan... Lo que yo sé, y bien sabido lo tengo, es que después de consumir lo que necesitamos estrictamente para nuestra vida material, todo lo demás debemos darlo a los que nada poseen.

—¿Y quién me da a mí la medida de lo que necesito para mi vida material?

—Usted bien me entiende. No nos hagamos los tontos. Yo digo y repito que después de practicar lo de no enfadarse nunca por nada ni por nadie, lo primero a que debe usted atender es a disminuir el número de necesitados.

—¿Y qué necesitados son ésos? ¿Con qué criterio debo buscarlos y elegirlos?

—¡Qué pillín! A fe que es difícil encontrar quien no tenga ropa.

—Sí; ahí está el amigo Arístides Babel, que ayer, en casa de su hermana, pretendía que yo le regalase una capa... De modo que, según tú, a todos los perdis que me pidan dinero, o que intenten estafarme, les debo abrir cuenta corriente.

—Yo no me fijo en este ni en aquel caso—con resolución y convencimiento—. Digo y repito que hay que socorrer a los menesterosos.

—¿También a los pillos y estafadores?

—Disminuya usted la necesidad y disminuirá los delitos.

—¡Ay, qué filósofa y qué socióloga tan salada tenemos aquí!

—Yo no entiendo nada de esos terminachos. Lo que he dicho se llama caridad. No ponga usted motes a la ley divina... Y ahora vamos al tercer sermón.

IV

El tercer sermón fué breve. En pocas y resueltas palabras, *Leré* recomendaba a su amo que no se metiera en política, que dejase a los demás la misión de arreglar las cosas del gobierno como quisiesen; que no llamase nunca enemigo al que pensara de otra manera que él, y afirmaba que en ningún caso se debe herir ni matar al prójimo por la sola razón de llamarse blanco o llamarse azul. Llevado del íntimo placer que tales escarceos le producían, Angel la estrechaba con dialéctica ingeniosa; pero

la toledana se encastillaba con terquedad en sus afirmaciones, y no había medio de sacarla de ellas. No admitía el uso de las armas ni para el ataque ni para la defensa.

—De modo—observó Guerra—que, según tú, no debe haber Guardia Civil.

—Yo no sé más sino que no se debe matar.

—Y la justicia humana tampoco, según tú, debe aplicar la pena de muerte.

—"No matar", digo.

—Entonces también suprimirás los ejércitos, que son la salvaguardia de las naciones.

—¿Y qué es eso de naciones? Si para que haya naciones es preciso matar, fuera naciones.

—Eso, y que no haya más que curas... Bonita situación. Y cuando nos invada el francés, o el inglés nos quite una colonia, saldrán los clérigos con el hisopo...

—¿Qué habla usted ahí del inglés y del francés?—dijo *Leré,* moviendo vertiginosamente los ojos—. Yo digo que se deben suprimir las armas, y que pecaron grandemente los que inventaron los cañones, fusiles y demás herramientas de matar.

—Eso es, sí; fuera navajas, pistolas, y, por fin, suprimamos los cuchillos y tenedores con que comemos, y en último caso, hasta los bastones, que también son armas.

—¡Bah!... Quite usted. Yo digo—con inspirado semblante—que la guerra es pecado, y el ponerse dos hombres uno frente a otro, con armas, pecado, y el salir todos en fila, pegando tiros, pecado.

—Y la política, también pecado.

—También... Si no quiere usted entenderlo, ¿qué culpa tengo yo?—mirándole con lástima—. Es que somos demasiado sabios, y lo primero que tendría usted que hacer es olvidar toda esa faramalla y quedarse ignorante mondo y lirondo... En fin, ya no predico más. Basta de sermones perdidos.

Chocó una contra otra las palmas de las manos, no como quien aplaude, sino como si se diera a sí misma un familiar apretón, y se levantó para retirarse. Por su gusto, Guerra la tendría a su lado constantemente, porque su compañía le era muy grata, y aquel humanitarismo exaltado y etéreo le fascinaba, expuesto con tan candorosa sencillez y convicción. De tal modo había llegado a serle necesaria la presencia de *Leré,* que veía con grandísima pena aproximarse la conclusión del plazo concedido para decidir la manumisión de la esclava. Como ésta le concedía contados ratos de compañía, el hombre se hastiaba de su soledad, y al fin huía de ella y de su casa, buscando un refugio en la de Dulce. Esta, viendo cesar las prolongadas ausencias de su hombre, creyó que de nuevo se aproximaba, y pudo forjarse la ilusión de reconquistarle. Pero no permaneció mucho tiempo en su engaño, pues a los pocos días de tener allí con alguna fijeza a su hombre, entendió que éste se apartaba de ella con irresistible derivación. Conocíalo en el lenguaje de él, en sus maneras, en mil pequeñeces. En la vida íntima, el disimulo es imposible, y además, Guerra no era gran disimulador; procuraba tener con su manceba ciertas delicadezas y miramientos; pero por mucho cuidado que en ello ponía, se clareaba demasiado la sequedad interior. Observó además la esposa ilegítima un fenómeno que aumentaba sus confusiones. En todos tiempos, a Guerra le sabía muy mal encontrarse con alguno de los Babeles en la casa de la calle de Santa Agueda. Pues en aquellos días, a los quince o veinte de muerta la niña, no sólo no se incomodaba de sorprender allí a *Naturaleza,* a Fausto o a don Pito, sino que los trataba con cierto afecto y los socorría de una manera delicada. Maravillábase de esto Dulce, y con la suspicacia de su amor siempre en guardia se decía: "¿Qué habrá aquí? ¿Qué significará esto?" No podía, no, por grande que fuera su penetración, identificarse con el espíritu de Guerra, hasta el punto de sentir con él las causas de aquella súbita benevolencia hacia semejantes perdidos, bohemios o tramposos.

Era que, fascinado por *Leré* y sometido a una especie de obediencia sugestiva, ponía en práctica casi maquinalmente alguna de las máximas contenidas en los estrafalarios sermones de la iluminada. Esta le había dicho: "Socorra los necesitados, sean los que fueren", y él sentía inclinación instintiva hacia ellos, principiando por la caridad elemental de oírlos y considerarlos, concluyendo por socorrerlos en cierta medida discreta.

Los Babeles sabían de antiguo que no serían bien recibidos en el hogar de su hermana, y evitaban el aportar por allí. Los días de la enfermedad de *Ción* y siguientes, cuando Guerra llegó casi a olvidar que Dulce existía, ésta abrió la puerta a su familia por no consumirse en la soledad y tener a quién comunicar su pena y sobresalto; pero se apresuró a cerrarla al ver que Angel se aproximaba de nuevo. Su sorpresa fué grande al notar que el antes inflexible transigía, y que lejos de mostrarse molesto ante *Naturaleza* o don Pito, casi casi los agasajaba.

—¡Pobrecillos!—decía—. Hay que cuidar de ellos para apartarlos del mal.

Así, en cuanto a doña Catalina de Alencastre le dió en la nariz tufillo de benevolencia, empezó a frecuentar la casa, y lo mismo hizo don Simón. Arístides, que alcanzó de Angel el beneficio de un traje nuevo, no quería importunar; pero Fausto, *Naturaleza,* Policarpo y don Pito cayeron allí como la langosta. Dulce cuidaba de que la invasión no fuera sofocante, y les mandaba ir por turno o en secciones; pero respecto a su tío el inválido de mar, hubo de admitirle a libre plática, porque Angel dió en entretenerse con su compañía, oyéndole referir sus temerarias proezas. Y el narrador, excitado por el alcohol, extremaba la nota valiente, sin quitar a lo heroico lo bárbaro, y en sus labios resecos la epopeya negrera ponía los pelos de punta. A Guerra le agradaban el amargor salado y el vaho corrupto de estas lúgubres historias, por lo cual al pobre capitán nunca le faltaba para tabaco, ni para el otro vicio más feo.

No fué menuda jaqueca la que dió una mañana a su yerno don Simón, el cual, juzgándole con criterio positivista, consideraba que la riqueza le había curado de sus aficiones a la jarana política, y por adularle se las echó de hombre de orden, diciendo con la mayor formalidad:

—Convengamos, amigo mío, en que el país no quiere trifulcas, sino paz. Todos los esfuerzos por armarla resultan estériles. ¿Por qué? Porque no hay atmósfera. Esto es bueno, y ya ves cómo nos admiran las naciones extranjeras. El sesenta y ocho, hasta las clases pudientes nos alegrábamos de que hubiese jaleo; pero los tiempos han cambiado, y ya miramos mal al elemento levantisco. Lo que me decía don Juan Prim cuando la Constituyente: "Desengáñese usted, amigo Babel: el país lo que quiere es trabajar." Vengan tratados de comercio, vengan ferrocarriles y venga moralidad administrativa. Cierto que no faltará el día menos pensado una revolucioncita, porque la sociedad no anda bien; pero vendrá en tiempo maduro, y cuando las clases conservadoras la pidamos... A propósito, querido Angel, hoy estuvo a verme aquel buen Argüelles que se interesa por mí en el Ministerio, y me dijo que el ministro desea mis servicios en la Inspección del Timbre. Por otro lado, el amigo Torres se empeña en meterme en las oficinas de esa sociedad nueva, ¿sabes?, los Seguros sobre las Cosechas. Allí quieren hombres de trabajo, hombres entendidos, y el director, que fué jefe mío en Propiedades, ha dicho: "Daría la mano derecha por traerme a Simón Babel." Aquí me tiene usted vacilando, sin saber si entrar en Hacienda o en la sociedad de seguros.

—Opte usted por la sociedad particular—le dijo Guerra por decir algo, pues harto sabía que todo era farsa.

—¿Y mis derechos pasivos?

—¡Ah!... Pues opte usted por Hacienda.

—¿Y las molestias, las chinchorrerías de la Inspección?

—Pues optar por las dos cosas o por ninguna.

—Compadre, la cosa no parece tan fácil de resolver. Es para volverse loco.

Todo esto concluía por pedir un anticipo, ofreciendo próximo reintegro. Doña Catalina entraba luego en funciones, adulando a Guerra sin pedirle nada, con finos alardes de delicadeza.

—Bastante ha hecho usted por nosotros, y con cien vidas que tuviéramos no le pagaríamos. Parece que al fin colocan a Simón. Yo he dicho que de ser en provincias, nos manden a mi Toledo de mi alma, y así matamos dos pájaros de un tiro, porque allí tengo mis cosillas que arreglar. Mi primo don Pedro, el cura de Bargas, está acabando, y pasan a ser mi propiedad los castillos, ¡si viera usted!, con unos torreones que llegan al cielo, y además las mejores fincas de la Sagra. Eso, sin perjuicio de las diferentes reclamaciones que tengo que hacer allí. ¡Ay! Pues si yo tuviera

otro marido, ¡Santa Virgen del Sagrario!, ya habría recuperado lo que me corresponde por mi nacimiento. No, no tomarlo a broma. ¿Recuerda usted aquella casa grandona que está a la entrada de la calle de la Plata, en Toledo, por la parte de San Vicente, edificio magnífico con una puerta plateresca, y sobre ella leones, águilas y un escudo como una montaña? Pues es mía.

—¿De usted?

—Mía, mía, mía. No hay que reírse, ni abrir esa bocaza. Papelito canta. Verá usted las escrituras cuando quiera. Y para que se vaya enterando la gente, diré también en confianza..., esto en confianza..., que todas las casas del corral de don Diego, donde estuvo el palacio de Trastamara, me pertenecen..., lo mismo que aquel cigarral..., ¿sabe usted dónde está la Venta del Alma?, pues detrás, más allá... Todo lo he perdido por las bribonadas de mi tutor. ¡Cosas de esta vida humana, ¡ay!, que es una comedia que debiera silbarse! Claro, a mí me habría bastado echarme a los pies del rey Alfonso y decirle quién soy, para que me devolvieran a toca teja todita mi fortuna; pero nunca me he decidido a ir a Palacio. ¿Sabe usted por qué? Por tener este marido revolucionario y conspirador, pues el rey me lo habría echado en cara, y con muchísima razón; hay que ponerse en lo justo. Yo no me canso de decirle a Simón: "Pero Simón, hijo, reconoce pronto la legalidad; acepta los hechos consumidos o consumados, como dice Bailón, y déjate de repúblicas y *Marsellesa* y tonterías." Pero él es de los que dicen: "Sálvense los principios y perezcan los postres", digo, las colonias, y así estamos..., ¡ay dolor!... ¿Con qué cara me presento yo a su majestad católica? Y conste, señor don Angel, que el día que me atufe saco tres títulos como tres soles que hemos dejado perder por el odio estúpido que Simón tiene a la aristocracia; tres títulos que son..., ya ni me acuerdo, porque con los disgustos mi cabeza no es cabeza. Trátase de unos mayorazgos fundados por el tío Enrique, el de Trastamara...; no, miento...—cavilando, el dedo en la frente—. ¡Ah! Ya..., la fundación la hizo un *don Duarte* o *don Aduarte*, a quien también tenemos enterrado en Reyes Nuevos, príncipe inglés..., porque nosotros, ya sabe usted que descendemos de aquella casa...; vamos, tampoco me acuerdo del dichoso nombre... Ello fué una casa celebérrima, que con otra, también de mucho fuste, sostuvo la guerra llamada de las *Dos Rosas*. Pues bien, ese *don Duarte* fundó..., ya, ya me acuerdo..., tres mayorazgos para las hembras primogénitas de la familia, y los tres me corresponden a mí, por ser yo tres veces primogénita. Una duda tenemos ahora, y es si el enterramiento de las primogénitas de Alencastre corresponde en Reyes Nuevos o en Santa Isabel, donde está una de las hijas de los Reyes Católicos, que también son de la familia... Luego lo explicaré... Mi tía doña Leonor de Guzmán, y otra que se llamaba..., ¿a ver?, ¡ah!, doña Inés de Aragón y Meneses..., andan desperdigadas por aquellas iglesias de Dios, una en San Clemente, otra en San Juan de la Penitencia, y yo no sé a qué carta quedarme por lo que toca al sitio en que han de reposar mis pobres huesos... Pero, en fin, esto no hace al caso. Ese bruto de Simón, porque la tortilla que le puse hoy estaba un poquitín quemada, no quedó iniquidad y desvergüenza que no echó por aquella boca, y entre otras inconveniencias díjome que le haría un favor si me muriera. Ahí tienes por qué me he acordado de mi sepulcro, el cual ha de tener un leopardo, indicando nobleza, y un llorón que pregone a la posteridad mis penas y el padecer continuo de mi vida. En cambio, a él, a ese fantasmón, le echarán a un muladar, sin ponerle letrero ni nada. ¿Que es un visitador del Timbre? ¡Pues como no le pongan en el sepulcro un sello de correo...! ¡Ay, cuánto me alegraría de que le dieran esa plaza, no por el vil sueldo que ha de traer a casa, sino por ver si de una vez dobla la rodilla ante las instituciones! Estoy decidida, y creo que aplaudirá usted mi propósito: en cuanto ese badulaque coja la credencial me planto en Palacio, que me planto, digo, y la reina se quedará atónita cuando yo le cuente quién soy, y a renglón seguido tiraré de la campanilla para llamar a Sagasta y mandarle que me entreguen lo mío.

Guerra miraba a la pobre señora con profunda lástima, y Dulcenombre, viendo a su madre con el rostro arrebatado y tan ligera de lengua, pensó que debía ponerle, si se dejaba, paños de agua fría en la cabeza.

V

Otra mañana, Fausto le entretenía mostrándole el último juguete de su invención, ingenioso mecanismo con un pedazo de alambre en espiral y un elástico, que servían para imprimir movimiento de traslación a un muñeco velocipedista. Pensaba el fabricante venderlo bien, por los marchantes pregoneros de la Puerta del Sol, como había vendido antes la *Cuestión de los cinco y medio* y el *Lapicero mágico*. Pero estas niñerías eran impropias de su gran cacumen, y el proyecto a la sazón en estudio debía darle fama imperecedera y colosales ganancias. Tratábase del *Cálculo de combinaciones infalibles para sacarse la lotería*, y consistía en un juego de cartones numerados que se manejaban con arreglo al método indicado en un libro que parecía las tablas de logaritmos. Para las tiradas de todo esto, naturalmente, era menester capital, pues los cartones, semejantes a una baraja, en que los números alternaban con caprichosas figuras, debían ser bonitos y *entrar por los ojos;* bien comprendía el tunante que más que a la razón era conveniente hablar a la fantasía del público. Mostró a Guerra los modelos, tan hábilmente trazados a mano que parecían litografía, y encareció el derroche de dinero que exige toda industria incipiente, materias primeras, ensayos frustrados, reclamos en la prensa, etc. Pensaba asociarse con un primo suyo, que tenía en Toledo una excelente litografía con algo de imprenta.

Pero Guerra no se mostraba propicio a ser socio capitalista del eximio inventor. Le soportaba porque se servía de él para engañar las horas y sortear su aburrimiento, aunque a veces su hastío de los Babeles era tal, que la benevolencia cesaba de golpe, y le despedía con aspereza. Pero Fausto se había propuesto no dejarle a sol ni sombra, y le aguardaba en la calle, en el trayecto de la de Veneras a la de Santa Agueda, para acometerle con implacable porfía. En uno de aquellos molestísimos encuentros, Angel le recordó la estafa de que había sido víctima antes de la muerte de su madre; el otro no negó la falsificación, pero echaba la culpa a Arístides, excusándose con la terrible miseria que los devoraba en aquellos días.

—Mamá, del no comer, se puso perdida de la cabeza, y papá salió de casa con el firme propósito de tirarse al estanque del Retiro. A mí me querían llevar a la cárcel por haber tomado de la tienda unos librillos de panes para dorar, diciendo que volvería... Hay que mirar mucho las circunstancias, pues, según ellas, el que parece más criminal es quizá más honrado. Aquí donde me ves, a mí no me gusta deber un céntimo, ni que en las tiendas nos tengan por tramposos; quiero salir a la calle con la frente muy alta. Entre dejar de pagar al pobre y darle una broma al rico, no puede uno dudar..., porque aquello fué una broma, Angel, y contábamos con que tú no te enfadarías. Las riquezas están mal repartidas, tú lo has dicho mil veces. Por ley de equidad, algo de lo que a ti te sobraba debía venir a nosotros, que no habíamos encedido lumbre en dos días, y yo llegué a sustentarme de una triste patata, que asamos quemando papeles en la hornilla. ¡Ay chico! Mientras no sepas lo que es el hambre, no hables una palabra de moral. ¿Qué tiene de extraño que quisiéramos vivir y apeláramos a un recurso de ingenio, a un arte, a una industria? ¿Para qué ha dado Dios al hombre las habilidades? ¿Eres tú acaso más pobre que antes por aquella bicoca que te sacamos, y con la cual salimos de penas? ¿Qué razón hay para que nosotros nos muramos y vivas tu y otros que no trabajan ni tienen ninguna habilidad? Fíjate bien, piensa un poco.

Por fin, para sacudirse aquella mosca, Guerra no tenía más remedio que darle algo. Defendíase argumentándole con sequedad, y entre otras cosas le dijo una noche:

—Si eres tan hábil, ¿por qué no pides trabajo en cualquier taller para ganar un jornal honrado?

—Porque yo quiero independencia, libertad, iniciativa—repuso Babel, después de vacilar un rato en la respuesta—; yo tengo mi taller; yo trabajo, hago lo que puedo. Pero no basta para tantas bocas de familia. Llega un día en que hay eclipse total de pan. ¿Qué hacer? ¿Pedir para ayuda de una rosca? No; yo, cuando estoy hambriento, y salgo a la calle, y veo pasar a tanto rico que despilfarra su dinero, no siento ganas de pedir; el pedir aplana la inteligencia y nos vuelve imbéciles. Lo que me pasa

es que se me redoblan todas las habilidades para hacer que venga a mí la migaja que a ellos les sobre, y a cada minuto se me ocurre una traza, un ardid, un invento. Si no fuera por el temor a la justicia, que protege a los ricos a costa del pobre, yo haría cosas de las que resultara que todos los pobres comeríamos, sin perder los ricos más que una parte mínima de lo que tienen. Pero no me lanzo porque la justicia se opone a que uno tenga pesquis, y cuando inventa algo bueno, en vez de llevarle a la Universidad para que dé lecciones a los tontos, le meten en el *Abanico* para que las tome de otros más listos. ¿Qué resulta? Que cada vez hay más pobres, y que los ricos son cada día más ricos. Consecuencias de esto: que el mundo va de peor en repeor, y que las revoluciones amenazan, la nube negra está encima, y, por fin, por fin, tanto apuran, tanto apuran con la desigualdad y el no comer unos mientras los otros revientan de hartos, que al fin estallará el trueno gordo, vaya si estallará.

En medio de la repugnancia que le inspiraba aquel redomado bribón, Angel se distraía con su cháchara picaresca, y le escuchaba con el interés que despierta un buen sainete. Una noche, no sabiendo qué hacer para quitársele de encima, le dijo:

—¿Por qué no tienes franqueza conmigo y me cuentas el origen de tu cojera, de esa imperfección que en ti resulta elegante, por el estilo de la de lord Byron? ¿Por qué haces misterio de ese accidente, que nunca has querido referir a nadie?

Replicaba el perdis con cuatro reticencias coléricas, y dando un bufido se largaba con viento fresco, marcando más la cojera, cuya elegancia no había podido comprender nunca.

Vuelta a la carga a la siguiente noche. Por fin, no pudiendo Fausto convencerle de las ventajas de ser su socio capitalista para la gran empresa lotérica, le pidió para marcharse a Toledo, y Guerra, por ver huir al enemigo, no tuvo inconveniente en ponerle puente de plata.

El que menos molestaba y también el menos divertido era *Naturaleza*, inofensivo poltrón, que se le ofrecía para recados, y que no hallaba mejor manera de mostrar su gratitud que brindándose a hacer un plato de repostería para que Guerra *se chupase los dedos*. *Naturaleza* y su prima se encerraban en la cocina, él de maestro, ella de alumna, y el plato salía, aunque jamás a gusto del artífice, exclusivamente concienzudo y descontento de sus obras. Pero como Angel no tenía ganas de comer, ni su querida tampoco, resultaba que *Naturaleza* se regalaba a sí mismo. El que rarísimas veces aportaba por allí era Policarpo, que a Guerra le parecía el más avieso de los Babeles, aparte de que sus maneras chulescas y su lenguaje de germanía le desagradaban. En cuanto a Dulce, cada día era menor su esperanza de ver en Angel el mismo hombre de los tiempos de pobreza y fiebre revolucionaria. Manteníase delicado y respetuoso; pero de su antigua ternura apenas quedaban resabios; no hacía más que cumplir, cubrir el expediente, como decía ella para sí, conociendo que si conservaba la fidelidad que puede llamarse oficial, el corazón no le pertenecía ya. Sus temores de perderlo todo crecían diariamente, y su vida era una pura zozobra. Algunas noches, pretextando la necesidad de ejercicio, salía con él para acompañarle hasta su casa; el verdadero objeto de ella era prolongar lo más posible el estar a su lado, ansiosa de sorprender algo que la sacara de tal incertidumbre. Para Dulce, la causa del desvío de Guerra hallábase en la propia casa de éste, y si al principio se resistió su mente a sospechar de *Leré*, ya la temeraria idea principiaba a abrirse camino, como esos absurdos que lentamente se descomponen en realidad, al modo que, en los cuadros vivos, de las sombras monstruosas e indeterminadas van saliendo las figuras. Dejábale en la calle de las Veneras y se volvía a la de Santa Agueda con el corazón oprimido y la mente relampagueando. Alguna vez forjóse la ilusión de que Angel le permitiría entrar en su casa. ¡Qué simpleza! Lo que hacía el pícaro era decirle que no se detuviese en la calle, porque helaba, y encargarle que se retirase pronto, envolviéndose bien en la toquilla. Con esto, y unas "Buenas noches" como las que se darían al sereno, él entraba, y ella se iba, sintiendo en el pecho una nidada de serpientes.

Una de estas noches, Angel encontró a *Leré* levantada, lo que le causó sor-

presa. La santita entró en el cuarto a encenderle la luz, y mientras él dejaba sobre el sofá capa y sombrero, le dijo:

—Señor, han pasado los ocho días, y si usted me da licencia, como espero, me marcharé mañana temprano.

VI

Al oír esto, lo primero que hizo el amo fué contravenir abiertamente una de las principales reglas de vida que la toledana le había dado en sus célebres sermones. "No hay que enfadarse nunca", había dicho ella, y Guerra se disparó súbitamente en ira. No era fácil remediarlo, y las diversas impresiones hondísimas que iba recibiendo su alma no podían denegar su carácter.

—¿Ya vuelves con esa historia?... Pues márchate cuando quieras... Abusas del cariño que te tengo, y te has propuesto atormentarme... Nada, nada, que te vayas cuando gustes. Es que te crees necesaria, única, y esto no es verdad. Por mucho mérito que tenga una persona, nunca, nunca es insustituíble. ¡Pues no faltaba más! O es que quieres que yo te suplique y te diga: "Por Dios, *Lereíta*, hazme el favor de no dejarme." No, no, eso no lo digo yo... Te ha entrado ahora esa chifladura por la religión. ¡Religión! En el fondo de eso no hay más que orgullo, sequedad del alma, egoísmo, un egoísmo brutal... ¡Religión, puerilidad! ¿Adónde vas tú que más valgas? ¿Quién ha de considerarte más que yo? Pero, ¡ay!, no conocerás la tontería que haces sino después que la hayas hecho. Conviene, pues, que te largues..., y cuanto más pronto mejor. Tienes mi licencia.

Esperó Angel un rato la contestación a estos desahogos; pero *Leré* no quiso darla, y tan sólo dijo que se marcharía en el primer tren de la mañana siguiente.

—Pues ¿adónde vas?—saltó Angel como si le dieran un pinchazo.

—A Toledo.

—Pueblo de mucho clerigüicio. Bien, bien: ve a donde quieras. ¿Ya tienes hecho tu equipaje? Bajaré contigo a la estación.

—Bueno; pues me retiro a descansar un poco.

—Abur.

Al verla salir del cuarto sin añadir una palabra consoladora, fué Guerra acometido de un acceso de ira que le agitó sobremanera. Daba puñetazos en los muebles y en su propia frente, y con descompuestas y roncas voces protestaba de lo desgraciado que era y de la crueldad con que el Destino le perseguía. Aunque la cólera se fué resolviendo en desconsuelo y amargura, y los resoplidos se trocaron en un suspirar hondo, toda la noche la pasó en vela, dando a su pena proporciones de irremediable tribulación, y al romper el día arrojóse de la cama en que medio vestido estaba, y arreglándose en un dos por tres, fué al cuarto de doña Sales y dió golpecitos en la puerta que lo separaba del de *Leré*. "A estas horas debe de estar levantada, disponiéndose para bajar a la estación", se decía. En efecto, abrió ella la puerta, y en cuanto su amo la vió, cogióle ambas manos, y con viva efusión le dijo:

—No te enfades si vengo tan temprano a decirte que he pasado una noche infernal pensando en tu viaje. No puedo resignarme a que me abandones. Considera la soledad en que me quedo, piensa en que me ha de ser imposible vivir sin ti...

La santita no sabía qué contestar ni aun qué cara poner ante tales demostraciones.

—Me quito un gran peso de encima, *Leré*, al retractarme de lo que dije anoche. ¡No, yo no quiero que te vayas! No me es posible darte esa licencia... Verás: se me han ocurrido esta noche algunas soluciones al conflicto en que me veo. Ove..., ¿tú quieres religión, mucha religión?—en el mismo tono que empleaba con la niña cuando le ofrecía juguetes para aquietarla—. Pues mira, no seas tonta, yo te haré una capilla en mi casa, y puedes estarte en ella todo el tiempo que gustes... ¿Quieres que convierta una parte de la casa en convento? Pues escoge las habitaciones que más te agraden. Se incomunicarán absolutamente, y te estarás allí encerradita, rezando a tus anchas; y si quieres ponerte hábito blanco o negro, te lo pones; si no, no. Nadie te molestará, nadie pasará a verte, más que yo, se entiende... Y en último caso, si no te acomoda, tampoco entraré yo: me quedaré de la parte afuera. Mi deseo, mi aspiración es que estés contenta y no te sepa-

res de mí. ¿Te conviene lo que te propongo? ¡Ay, qué cara pones! ¿Te parece un disparate? Dímelo con franqueza, y propón tú lo que se te ocurra.

Leré se reía con bondadoso humorismo, tirando a lástima, de esa lástima cariñosa que inspiran las criaturas cuando piden un imposible. Retiraba sus manos de las de Angel; pero éste se las volvía a coger, primero suavemente, después reteniéndolas con energía; y ella, que no era gazmoña, dejábase acariciar las manos por no irritarle.

—Si no puede ser...—decía con benevolencia y ternura, en el fondo de las cuales se vislumbraba la energía—. Si no puede ser... Vaya por dónde le ha dado ahora: siempre es usted lo mismo..., tomando las cosas así, tan por lo fuerte. ¿Qué puede importarle a usted que yo me vaya o que me quede? Pero ¡qué manía, qué terquedad! Ni qué va usted ganando con que yo sacrifique mi vocación. Don Angel, no puede ser, no puede ser. Dios me dice que me vaya, y allá me voy. Para mí no hay más voluntad que obedecer lo que Dios me manda. Aquí, el egoísta, un egoistón tremendo, es usted.

—Pero dime ahora..., háblame como si estuvieras ante la reja del confesonario: ¿la vocación tuya es verdad o una de esas ilusiones con que nos engañamos a nosotros mismos? Investiga bien, escarba dentro de ti, y responde.

Ante semejante pregunta, *Leré* tenía forzosamente que enojarse o reírse, y como lo primero no era posible en ella, contestó con una sonrisa más compasiva que desdeñosa. Angel se exasperaba.

—Yo quiero ver—repetía—, yo quiero ver eso. Si tu vocación no es tontería de muchacha que desconoce el mundo, yo la respetaré. Otras jóvenes han creído que Dios las llamaba y que iban para santas, y de repente se han encontrado con que su propio espíritu, su propia sangre y sus nervios hacían burla de toda aquella *mentirología* metafísica. No te fíes, no te fíes de ti misma, y espera. El noviciado, la verdadera prueba, debe hacerse en el mundo. Déjate de votos irreflexivos: no sueltes prenda, que podrás arrepentirte cuando no tenga remedio.

El rostro de *Leré*, su actitud y su sonrisa grave revelaban absoluta confianza en sí misma. No sabiendo Guerra por dónde atacarla, pretendió un nuevo aplazamiento.

—Bueno, bueno, convengamos en que eso va de veras. Monja tenemos. Pero me has de hacer un favor: estarte un día más en casa, un día tan sólo. No te niego yo la licencia. ¿Qué poder tengo sobre ti? Eres libre. Un día más conmigo... Mañana te vas caminito de Toledo.

Convino *Leré* en esperar un día, sin mostrar disgusto ni impaciencia. Por lo mismo que su resolución de partida era irrevocable, no temía comprometerse con aplazamiento tan breve. Aquel día no salió Guerra de casa, y su actitud era por demás inquieta: tan pronto ponía sus cinco sentidos con febril ardor en un asunto como se abandonaba a extáticas distracciones, sin reparar que Braulio entraba para tratar con él de cosas más relacionadas con la aritmética que con la psicología. Después de almorzar, habló tranquilamente con *Leré* sin temor de abordar el asunto del viaje, y permitióse algunas burlas de la vida claustral, las cuales no ofendieron a la neófita: tomábalo más bien a broma, y como él le pidiera explicaciones acerca de sus planes, contestó:

—Pienso entrar, porque así me lo manda el Señor, en una Congregación de las más trabajosas, de estas que se dedican a recoger y cuidar ancianos, o a la asistencia de enfermos. Preferiré lo más rudo, lo más difícil, lo que exija más caridad, más abnegación y estómago más fuerte. Usted se ríe... No comprende esto. ¡Qué desgracia no comprenderlo!

Angel, después de reír con cierta afectación, quedóse muy serio, traspasado por agudísima pena.

—Sí, lo comprendo—dijo sombríamente—. No me supongas tan bruto.

Y después de una pausa en que ambos callaron, él contemplando las patas de una silla, ella esparciendo sus pupilas saltonas por una estantería de libros que ocupaba el testero de la habitación, Guerra le dijo:

—Quisiera ser viejo y enfermo para que me cuidaras tú.

—Algún día..., ¡quién sabe!—replicó *Leré* más bien con alegría que con tristeza—. Para entonces seré yo también vieja... saludable.

Por la noche, comprendiendo Guerra que era impropio de su formalidad y de su fortaleza de varón mostrar tan pue-

ril disgusto por la separación de una criada, se confortó con sanos argumentos y apretó los resortes de su voluntad. Resultado de esto fué que pudo hablar tranquilamente con la que de tal modo le había trastornado.

—Ya comprendo, hija mía, que soy un impertinente, y no te hablaré más de tu vocación, ni menos de tu viaje. Esta noche nos despedimos; mañana temprano, antes que yo me levante, te vas *pian pianito*, y aquí no ha pasado nada. Dime las señas de tu casa en Toledo, para escribirte, si algo ocurriere.

Contestó *Leré* que iba a casa del tío de su madre, don Francisco Mancebo, con quien estaría hasta que arreglara su entrada en la Congregación. De otra cosa muy al caso hablaron también: la cantidad que *Leré* había devengado por sus honorarios mientras estuvo al cuidado de *Ción* se conservaba, salvo alguna pequeña suma gastada en vestirse, en las cajas de la administración de la casa. Guerra había querido entregársela el día antes, preguntándole si la quería en oro o en billetes; pero *Leré* dispuso que aquella cantidad, que conservaba para su dote, quedara en la casa hasta el momento oportuno de enviarla a Toledo a la orden del padre Mancebo. Convenido así, le dijo Guerra con tristeza:

—El mejor día me tienes en Toledo. No podré resistir las ganas de verte.

—Pues creo que podrá verme, porque en esas Ordenes no hay clausura. Antes del día feliz en que me ponga el hábito me encontrará en casa de mi tía Justina.

—Pues ¿no has dicho que en casa del padre Mancebo?

—Es que todos habitan juntos. Desde que mi tía Justina se casó con mi tío Roque, vive con ellos el beneficiado Mancebo, que protege a toda la familia y es el amparo de mis siete primitos.

—¿Y con ellos vive también tu hermano el monstruo?

—Justamente.

—Pues mira, me han entrado a mí ganas de ver al monstruo y de hacerme su amigo.

—¡Qué cosas tiene usted! El pobrecito causa horror a todos los que le ven.

—Déjate de horrores. Yo no tengo horror a nada... Y si llego cuando tengas puesta la toca—añadió Guerra con cierto alborozo infantil—, también podré visitarte. ¿Qué inconveniente hay? Entonces seguirás con tus sermones, y como he de tenerte más respeto, los oiré de rodillas y haré lo que en ellos me mandes... Y quién sabe, quién sabe si a los *bóbilis bóbilis* se me pegará tu fiebre y concluiré yo también por ponerme algún caperuzo por la cabeza y rosario al cinto, y...

Tan conmovido estaba el hombre, que tuvo que callarse para que no se le saltaran las lágrimas.

VII

—¡Ay Dios mío!—decía *Leré*, exhalando suspiros muy de dentro, después de los cuales se quedaba muda, fija la vista en sus propias manos sobre la falda.

Guerra tendía también al mutismo. Por fin, comprendiendo que tal situación no podía prolongarse, pues ambos en ella padecían de igual suerte, enderezó interiormente sus energías, y se fué derecho al asunto.

—*Leré*—le dijo, sin atreverse a tomarle la mano—, a ti, como persona de gran entendimiento, de gran corazón, se te debe hablar con franqueza. Yo te quiero... No hagas aspavientos; yo te quiero; las cosas, claras. Lo que no sé es definir de qué modo te quiero yo. ¿Te quiero como a una mujer de tantas? Me parece que no: hay algo más, hay otra cosa, *Leré*. Tu santidad es un estorbo para quererte y aun para decírtelo. Y, sin embargo, tu santidad me cautiva, y si tú no fueras como eres, si no tuvieras esa fe a toda prueba y esa vocación irresistible, se me figura que me gustarías menos. He pensado mucho en esto, pero mucho. "Si me quisiera ella a mí como yo a ella—me he dicho mil veces—, se vulgarizaría, y entonces, perdido el encanto y deshecha la ilusión, no valdría para mí lo que vale y no me cautivaría tanto." Aquí tienes un círculo doloroso del cual no puedo salir. La solución sería que yo también me volviera místico, como tú, y que a lo místico nos quisiéramos; pero esto no satisface al alma. No, no, todo esto es una farsa, una comedia que hace el entendimiento para engañar al corazón. El querer de hombre a mujer

y de mujer a hombre no cabe dentro de esas excitaciones artificiales de la ideología piadosa. Aquí hay un nudo que no se puede deshacer, y lo mejor es cortarlo poniendo tierra por medio. Vete, y yo me quedo aquí.

Leré, conmovidísima, vaciló un instante entre levantarse o esperar. Guerra daba vueltas por la habitación, haciendo esfuerzos por aparecer tranquilo.

—Debes marcharte—añadió—, y mañana procura no hacer ruido, para que yo no me entere..., no sea que me dé la tentación de detenerte.

—¡Dios mío, qué locura de hombre! —levantándose vacilante—. Pues sí..., lo mejor es, como usted dice..., aire por medio.

—Cabal. Vete a tu cuarto... y démonos por despedidos para siempre, sin más demostraciones... ¿Sabes lo que se me ocurre en este momento? ¡Ah! Una idea magnífica para evitar..., para evitarme una escena desagradable. Ahora mismo me marcho a la calle y me refugio en casa de ésa..., de mi amiga. No quiero estar aquí mañana temprano, cuando tú salgas.

—¿Se va usted?—dijo *Leré,* ya en la puerta, alegrándose de un acto que simplificaba la enojosa situación—. Me parece bien. Entonces..., hasta que vaya usted por allá..., convertido, bien convertido, para que yo no necesite echar sermones. Conque..., fuera malas ideas..., y adiós.

Fijo en medio del cuarto, Guerra la miraba atento, mientras ella se despedía, y cuando se alejó no podía desclavar de la puerta sus ojos. Al sentir, poco después, que la joven echaba la llave a la puerta de su cuarto, determinó llevar adelante su resolución, y poniéndose capa y sombrero, y cogiendo la llave de la puerta de la calle, salió más que de prisa, como si huyera.

Encerrada en su alcoba, *Leré* no sabía qué pensar de las extrañas revelaciones de su amo. Más de media hora estuvo como atontada, sin poder formar juicio, como aquel que de súbito se encuentra ante un mundo nuevo y desconocido. Pero al fin se recobraron en ella la conciencia y la razón, permitiéndole juzgar las cosas con su habitual criterio.

"¡Bah, bah!—decía—. Todo se reduce a que es un hombre lleno de imperfecciones, como los demás, y ha caído en la vulgaridad de prendarse de mí. ¡Vaya una gracia..., prendarse de esta infeliz que nada vale, que jamás hizo caso de ningún hombre bonito ni feo! Pero algo tiene el agua cuando la bendicen: algo habrá en mi persona que le ha gustado... ¡Quién lo había de pensar! Por fortuna para mí, no necesito prepararme contra las tentaciones, porque bien preparada estoy. Dios, que mira dentro de mí, sabe que ni con un descuido del pensamiento me dejo coger en esa trampa. ¡Qué tontería! Si yo fuera tan simple que cayera, la gente se reiría de él y todo el mundo se preguntaría con asombro qué mérito había encontrado en mí. ¡Pobre don Angel, cómo tiene la cabeza!—mirándose al espejo—. ¡Pero si en esta cara no hay nada que valga dos cominos...! Claro, si se me compara con otras, algo tendré... que sirva, porque otras hay que además de feas son sucias y llevan pintada en la cara su vergüenza y qué sé yo... Y ahora recuerdo que se dice prendado de mí por la religión, o que me quiere por santa... ¡Santa yo! No fuera malo... A bien que cuando me ponga la estameña negra plegada, que tan poco favorece a las mujeres, y la toca, y aquellos zapatones grandes y feos, huirá de mí y me hará *fu* como los gatos. Por de pronto pediré a Dios que le cure de esa manía tonta y ridícula. No, no creo que vaya a Toledo; no le veré más. Probablemente se olvidará de mí en cuanto deje de verme. ¡Pobrecillo!, no puedo negar que le estimo y que le deseo todo el bien posible, porque él y su madre han sido muy buenos para mí. ¡Qué dicha tan grande sentirse fuerte contra Satanás! Nunca he sentido lo que es atracción de ningún hombre, y no me alabo de ello, porque no hay mérito en ser como soy. Yo no he luchado, yo no he vencido, porque no siento dentro de mí enemigo que derrotar, favor grande que me ha hecho Dios, pues bien puedo decir que vine al mundo destinada a no ser de nadie más que de El, y cuando El me hizo así, ya sabría por qué me hizo... La idea de casarme con un hombre y de que se ponga muy cerca, muy cerca de mí, me repugna. Puedo pensar en esto sin pecado, porque estoy bien segura de que me repugna, de que me subleva y me hiere y me..., ¡vaya si lo

estoy!...—quitándose el corsé para acostarse—. ¡Ah! Una cosa que no he comprendido nunca es para qué tengo este pecho tan desaforado, si no he de necesitarlo para nada... Yo no he de casarme, eso bien lo sabe Dios... ¿A qué viene, pues, esto?...—rezando mentalmente—. Pero no nos metamos a criticar la obra de Dios: cuando El lo hace, ya se sabrá por qué lo hace. Dicen que nada falta ni nada sobra en este mundo... Trabajillo me cuesta creer que esto no sobra...—se acuesta y apaga la luz—. Tengo que madrugar, y es tarde... Lo que digo..., esta parte debe de ser lo único que en mí existe favorable a esos impuros pensamientos de los hombres —con inquietud—. Dios mío, ¿de qué me sirve esto?... Me lo cortaría, si cortarse pudiera, como se cortan las uñas. Tú sabes que en nada lo estimo, que procuro disimularlo como un defecto más bien que ostentarlo, como hacen otras... Cuando me vista el hábito, ¡qué compromiso!, pues aunque una no se ponga justillo, siempre abulta y escandaliza... —pausa; se adormece, rezando, y se despabila súbitamente—. El pobrecillo don Angel se queda muy solo..., porque, no hay que darle vueltas, ni se casará con esa mujer ni la quiere. El me lo ha dicho, y, además, bien a la vista está: no la visita sino cuando no tiene distracción en casa. Sobre mi conciencia no va nada de este desvío hacia la otra, porque muchísimas veces le he dicho: "Don Angel, vaya usted, vaya usted allá", y siempre le estoy predicando para que se case. Algunas noches no he querido darle palique, para que se fuera con ella; esto bien lo sabe Dios. Si yo hubiera sido mala, habría jugado con él como con un gatito chico; pero tengo ya marcado mi carril, y por él voy aunque se hunda el mundo... Esa desgraciada mujer, esa Dulcenombre, tiene mucho que agradecerme, y ella ni siquiera lo sospecha: puede que crea lo contrario...—desvelándose más—. ¡Vaya con los cuentos que trae Basilisa! Estas mujeres todo lo observan y son muy criticonas. Dice que Dulce es guapa de cara, pero que está en los huesos. Me hizo reír la otra tarde cuando decía: "¡No se cómo el amo se acuesta con ese esqueleto!..." ¡Qué tontería ponerse a discutir sobre si es gordo o es flaco! Estoy segura de no haberme envanecido cuando Basilisa se puso a hacer comparaciones entre delanteras rasas y... otras que no son rasas. Yo, bien lo sabe Dios, que lee dentro de mí, que ahora mismo está leyendo, bien sabe Dios que yo, si pudiese, iría a esa mujer para decirle: "Cambiemos, amiga: toma lo que te falta y a mí me sobra. Tú serás feliz y yo también..." Se duerme.

Levantóse tempranito, y como la tarde anterior había dispuesto su equipaje, no tenía nada que hacer más que despedirse de todos los de casa, que se apenaron de verla partir. Basilisa, particularmente, lloraba como una Magdalena. No sabía la joven si el amo estaba o no en casa, y andaba de puntillas, temiendo que el ruido le despertase; pero Braulio, cuando juntos tomaron chocolate, la informó en breves palabras y sin ningún comentario de la ausencia de Angel.

"Más vale así", dijo *Leré* para su sayo; y recelosa de que se apareciese de improviso, anticipó la salida, hizo traer un simón y se puso en salvo, acompañada de Braulio y Basilisa, que no quisieron separarse de ella hasta dejarla en el tren.

VIII

Dulce, al ver entrar a Guerra tan a deshora y oír de sus labios que se estaría allí toda la noche, no volvía de su asombro, mayormente por no advertir en el rostro de él expresión de contento, sino más bien de contrariedad y disgusto. Pocas palabras pudo sacarle del cuerpo en el transcurso de la noche a pesar de los hábiles esfuerzos empleados para romper su reserva y taciturnidad. Por la mañana, la displicencia de Angel tuvo tonos insufribles. Dulcenombre vió venir la tempestad, y para que ésta no estallase por culpa suya, se fortaleció interiormente con todo el caudal de su prudencia, haciendo el firme voto de no despegar los labios para contestarle, dijera lo que dijese. Pero en semejantes casos no hay prudencia que valga; un accidente cualquiera inesperado, cualquier causa exterior, sirve de chispa al incendio, y éste se produce instantáneamente. La chispa fué el importuno arribo de don Pito, el cual, desde la puerta se anunció con un "¡Ah de a bordo!", y avanzó por el pasillo ren-

queando y tosiendo. Al avistar a Guerra, con quien no esperaba cruzarse tan temprano, el marino se desconcertó un poco, no tardando en advertir que el otro no estaba de buenas. Ensayó algunas bromas, que le dieron deplorable resultado, porque nadie se las reía, y en vez de darse por vencido y callar, virando en redondo, insistió con pesadez y familiaridades de mal gusto. Guerra estalló, echándole esta rociada:

—Dígame, ¿en qué bodegón hemos comido juntos? ¿No conoce usted que si se le tolera alguna vez es con la condición de que comprenda las circunstancias en que no se le puede tolerar?

Plegando los músculos de su cara de corcho y entornando los ojos como si le hiciera daño la luz, don Pito mirábale con impertinencia, y al propio tiempo le apuntaba con el índice de su mano derecha, alargando ésta lentamente. De su boca salía un mugido burlón, como el que se emplea con los niños para anunciar el coco. Guerra, volado, levantóse con ánimo de darle un empujón. Pero el demonio del capitán, aunque no convencido aún de que la cosa iba de veras, se retiró de un salto y desde lejos repitió sus burlas, añadiendo movimientos más provocativos, como el de hacer con ambas manos el ademán de citar a la fiera para ponerle banderillas.

—¡Perdido, tonto, borracho!—gritó Guerra, cogiendo una silla.

Si Dulce no le ataja, tragedia segura. La cara de don Pito sufrió una transformación súbita de las bromas a las veras que suele observarse en las disputas humanas.

—¡Eh! Poco a poco, poquito a poco —dijo, y las arrugas de su rostro se distendieron como serpientes que se desenroscan; no palideció, porque semejante careta no podía palidecer.

—Pronto, largo de aquí—dejando la silla—. Usted, con sus impertinencias, tiene la culpa de que yo me ciegue y olvide que me provoca un carcamal incapaz de tenerse en pie.

—Digo que poquito a poco..., y explíquese quién ha faltado, pues, y quién no ha faltado.

A cada instante hacía el pobre capitán un movimiento de barriga, auxiliado por un gesto de la mano derecha, como si quisiera mantener en la cintura los pantalones, que propendían siempre a escurrirse para abajo. Este movimiento habitual se repetía en él cada pocos segundos cuando se alteraba.

—No quiero explicaciones—dijo Guerra—. Despéjeme usted la casa.

Dulce, con gestos más que con palabras, rogaba a su tío que zarpara pronto de allí.

—Vamos por partes—insistía el viejo, en pie junto a la puerta, pero sin intención de hacer rumbo a la calle—. Yo no he faltado, ¡Carando!, y mi dignidad no permite que se me trate sin el respeto debido. ¿Es que soy un negro?—alzando mucho la voz.

—Si fuera usted un negro, se vendería—le dijo Angel con desprecio—. Andando, andando de aquí.

—Yo no vendo a nadie, ¡yema! ¡Eh! ¿Qué es eso?... ¿Es que yo no tengo dignidad? Se me trata de ese modo porque...—buscando el tono patético—, porque soy un pobre mareante que ha llegado a la vejez sin víveres. Pues sepa el muy... párvulo que a mí nadie me embiste, y que pobre y desarbolado, doy *avante toda,* y al que se me atraviesa delante lo parto—amenazando con el bastón—. ¡Eh!... Viejo y escorado, sé lo que es dignidad, caballerito Guerra. ¿Cree usted que le voy a pedir algo? ¡Inglés! Yo no me rebajo, yo no me humillo; tomaré de mi sobrina las sobras de su rancho; pero de usted, ¡inglés!... Quite allá... ¡Pues estamos lucidos!... Párvulo, quédate con Dios; estás perdonado.

Orzó gobernando en demanda de la puerta; pero su carácter impetuoso le trajo de nuevo a la disputa.

—Conste que no he faltado—dijo desde la puerta—, y que no arrío mi bandera. ¡Me caso con el arpa de David! Yo no pido nada. Tengo amigos pobres que me dan de comer; no quiero nada de los ricos, ¡Carando! ¿De qué sirve el dinero, pateta? De motivos para condenarse, y yo no me condeno, yo me voy al cielo derecho, ¡ojalá fuera mañana!... Y no me cambio por usted, no, no me cambio, no le tengo envidia, porque lo que yo quiero es una conciencia..., ¡yema!, como la mía, y si ahora me pusieran delante un cargamento de dinero, le daría un escobazo... ¿Qué? ¿No lo cree?—avanzando algunos pasos, deseoso de discutir.

—No, si yo ni creo ni dejo de creer

—dijo Guerra, sentándose con desdeñosa calma—. Déjeme usted en paz.

—¡El dinero! ¡Me caso...!—con pesadez—. ¡Qué cosa más inútil, y más..., más... asquerosa! Bendito sea el pobre, el pobre honrado como yo, que no tiene sobre qué caerse muerto, ni vivo... ¿Ve usted mis bodegas?—mostrando los bolsillos—. Están lo que se llama plan barrido. Así, así es como es uno feliz, y no contando fajos de billetes, de esos billetes infames, cochinos..., que... ¡Eh, párvulo! Lo repito, yo no pido nada, yo no quiero nada. ¡Viva el hambre, viva el frío, vivan... las yemas del tío Carando! Adiós: *avante toda.*

Salió por el pasillo adelante, marcando el paso con el pie muerto, del cual tiraba la pierna reumática ayudada por la sana, dejándolo caer como una maza sobre el suelo. Oyóse el portazo, cuya violencia acusaba una dignidad profundamente herida.

Dulce lloraba en silencio, sentada en una butaca frente a Guerra, el cual, sin mirar a su querida, sintió por primera vez que la infeliz mujer no era ya totalmente una excepción de la repugnancia que todos los Babeles le inspiraban. Poco antes, al apuntarse este sentimiento hostil, túvole miedo y procuró sofocarlo; pero ya iba siendo demasiado vivo y apenas cabían componendas con él. El estado de espíritu y de conciencia de Angel impedíale todo disimulo, y lo único posible era poner bastante delicadeza y consideración en el rompimiento, que ya resultaba inexcusable.

—Dulce—le dijo—. Ya no es fácil entendernos. Tu familia y yo somos incompatibles.

—¡Qué tontería!—murmuró ella, secándose las lágrimas—. Si te has cansado de mí, ¿para qué tomas el pretexto de mi familia? Bien sabes que, si quieres, no te molestarán, y que sus impertinencias las aguanto yo sola. ¿A qué viene todo esto? Mi familia no te estorba para venir aquí; es que ya no te gusta venir; es que te canso, te molesto. Desde que eres rico has cambiado completamente para mí. Claridad, franqueza; si no me quieres ya, dímelo; si piensas dejarme, antes hoy que mañana.

—Ten calma—dijo Guerra, con más piedad que ira—. Podría suceder que las circunstancias me obligaran a alejarme de ti. Si esto ocurriere, yo no te abandonaré. No creas que voy a dejarte en la miseria.

IX

Esta protección sin cariño hirió con tal dureza el corazón de Dulce, que no pudo expresar su pena sino con un gemido. Perdida la última esperanza, vió lejos de sí al hombre en quien concentraba todos sus afectos.

—Eso quiere decir—dijo, sollozando—que me jubilas y me pasas la pensión.

Volviendo hacia él sus ojos llenos de lágrimas, le dirigió estas amargas quejas:

—Ya me lo esperaba yo; no soy tonta. Ya sabía que de este modo habías de pagarme a mí, que te quise cuando todo el mundo te despreciaba... Porque yo he sido mala; pero he sabido quererte y ser esclava tuya... Hace algún tiempo que te veo venir. Y ya sé, ya sé el porqué de este cambio, de esta ingratitud...

Su pena se desbordó de golpe, prorrumpiendo en sollozos, que pronto fueron llantos y gritos de angustia, el chillar descompuesto y ensordecedor, que es la última defensa de la pasión femenina.

—Sé quién tiene la culpa de esta infamia... Todo lo que pasa en tu casa lo sé yo sin moverme de aquí. Estás loco, loco, y te has portado conmigo como un cualquiera... Hazte el tonto, hazte el sorprendido... Debiste separarte de mí antes de *tomar* la santurrona esa, más sosa que el mundo entero, la engarzarosarios. ¡Ay, hijo! No has caído en la cuenta de que es cosa muy ridícula pasar de lo revolucionario a lo eclesiástico. ¡Vaya, que dejarme por este tapón! Me reiría, me reiría si no estuviera tan lastimada... Ya, ya andan diciendo que te casas con ella, y que vais a hacer un convento para encerraros los dos: ¡qué risa!—llorando amargamente—. Por vengarme, ojalá te saliera grilla, pero muy grilla, para que aprendieras lo que es meterse con monjas. Yo te tenía por menos simple. ¡Tú, el enemigo de la hipocresía, caes ahora en esa trampa que te arma la mojigata ladina con sus arrumacos y sus brujerías católicas!... Estoy volada, estoy ardiendo, no por mí, no porque me dejes, sino por verte tan

tonto... Pero me alegro..., sí, me alegro; ya ves cómo me echo a reír. Es que se me ha quitado todo el amor que te tenía; es que no cuesta nada aborrecer a las personas cuando se ve que no tienen pizca de talento... Y cuidado que la chica es fea y antipática... Sus ojos marean..., y ¡qué cuerpo tan rechoncho..., con aquella pechera, que debe de ser postiza!—con saña burlona—. ¡Pobre Angel! Si no la has tocado todavía y tienes ilusiones sobre el particular, piérdelas, necio, y convéncete de que aquello es lana. Una nueva trampa que te pone, a más de las de santidad; una hipocresía de la carne... Porque no le des vueltas, no, no es carne aquello; ni aquellos ojos son ojos de persona..., con su meneo insoportable, que da ganas de vomitar...—oprimiéndose el pecho—. Ya no me queda duda de que todos los hombres sois unos grandes mamarrachos.

Comprendiendo Angel que en cuestiones de tal naturaleza las respuestas envalentonan al enemigo, callaba, aguardando coyuntura propicia para terminar de un modo amigable. Pero la Babel, echando lumbre por los ojos, la emprendió con él de nuevo, usando armas que debían de herirle gravemente en su amor propio.

—Te has lucido, hijo..., te has pasado toda la vida trabajando contra los curas y el fanatismo, y mira por dónde has ido a caer en manos de tus enemigos. Porque esa chiquilla, no lo dudes, es un anzuelo que te han echado los del bonete para pescarte. Luego que te tengan cogido, te obligarán a ir en las procesiones con tu velita en la mano. Atrévete a sostener ahora, como sostenías antes, que eso de la religión es farsa y chanchullo de unos cuantos y que cuando nos morimos se acaba todo. Si lo dices, tu beata te sacará los ojos y te dará celos con el Santísimo Sacramento. No hay más sino que los de sotana te han echado ese gancho para sacarte el dinero. ¡Ay, cuando andabas por ahí hecho un pelele, no se acordaban de ti para nada! Como que ellos no hacen caso del pobre; van a su negocio, y han inventado mil fábulas para explotar a los ricos, pamplinas en que yo no creo porque tú me has enseñado a no creerlas. Y ahora la pobre discípula ignorante se aguanta en la verdad, mientras que el sabio maestro, tú, se traga todos esos disparates..., ¡ja, ja!... Iré a verte cuando estés en la iglesia hocicando frente a las imágenes y dándote golpes de pecho..., y creerás todas las paparruchas que antes negabas y de que tanto te has reído.

—Yo no me he reído de nada—observó Guerra, que ya se cansaba de oír a su querida despreciar la idea religiosa.

—Sí, te has reído, has hecho burla de eso de la Trinidad, que son tres y uno, y qué sé yo, y de la Encarnación del Señor y de todas las cosas... Te has mofado de que Dios fabricara el mundo en siete días, y al Papa y a los obispos les has puesto que no había por dónde cogerlos... Pero ahora, esa mona eclesiástica te ha vuelto del revés. Y ¿quién viene a pagar los vidrios rotos? Yo, pobre de mí, que nunca quise renegar de Dios. Cuando tú te empeñabas en hacerme atea, yo me resistía, y ahora, la que defendía al Señor cuando tú le tratabas como a un cualquiera, se queda en medio de la calle. ¡Bonito pago me da el Señor! A esto llamarán justicia. Pues ¿sabes lo que digo ahora?—con exaltación—. Que ya no me da la gana de creer nada, ni tanto así, de lo que reza el catecismo. Todo es mentira, comedia, engañabobos. Ya, ya veo que acierta don José Bailón, que el otro día me dijo que todas las cosas esas son mitos..., eso es, mitos. Me lo aprenderé bien para soltárselo al primer beato que encuentre. Y por estas cruces te juro que no vuelvo a rezar en mi vida, y cuando vea pasar el Viático me echaré a correr, como hay Dios, diciéndole: "Abur, que eres mito..." ¡Vamos, cuando pienso que se ha vuelto beato el hombre que hace meses andaba buscando sargentos que quisieran derribar todas estas antiguallas... Esto parece un sueño... Bien, bien; déjame en paz y vete con tu monjita... No necesito de ti para nada: sé trabajar... Si crees que voy a echarte de menos, te equivocas. Yo, cuando me pongo a olvidar, soy lo mismo que cuando me pongo a querer...

Las frases que siguieron a esto fueron ya deshilvanadas, sin sentido, interpoladas de sollozos y expresiones de dolor. Guerra deseaba concluir, y si Dulce hubiera facilitado con su lenguaje una suspensión temporal de relaciones, aceptaríala con muchísimo gusto: pero aquellos torpes ataques al principio es-

piritual que gobierna las sociedades hicieron pésimo efecto en un hombre que se hallaba en plena crisis de pensamiento y de conciencia. Debe advertirse que, a pesar de los pesares, no había pensado en la ruptura definitiva, pues aún le sujetaban lazos de afecto a la que por tanto tiempo compartió sus penas y sus dichas. No era su intención marcharse de allí diciendo: "Ahí queda eso", pues Dulce no podía ser para él, ni en mucho tiempo lo sería, una persona extraña. Su intento era no perderla de vista, protegerla y velar por ella como un amigo, como un tutor, como un pariente obligado a cuidarse de su honor y su bienestar. Con estas ideas, acercóse a la cómoda, sobre la cual estaba la cajita en que solía poner el dinero que a Dulce asignaba para sus gastos, y sacó del bolsillo y de la cartera plata y billetes para dejarlos allí.

—Yo no te abandonaré ni ahora ni después—le decía en el tono más conciliador que le era posible; pero ella, lejos de calmarse con tales ofertas, se voló más, prorrumpiendo en lastimeros gritos—. Hazme el favor de tener juicio —le dijo Guerra, pronto a salir, y alargando hacia ella una mano, que Dulce rechazó con toda la fuerza de las dos suyas—. Ya volveré a verte, aunque no sea muy pronto. Seamos siempre amigos. A ti te conviene, y a mí quizá también.

—¡Amigos...! ¡Yo tu amiga! ¡Tu amiga yo, yo...! Quita allá..., no me volverás a ver... Viviré como pueda... Vete pronto con esa muñeca de altar... Esto es una infamia..., esto es peor que si me asesinaras... ¡No hay Dios, ni mito que castigue crímenes tan... espantosos!

Esto último lo dijo sola, porque Guerra no quiso esperar más, y salió afectando calma, pero en realidad profundamente apenado y caviloso. Dulcenombre, en un rapto de demencia, corrió hacia la escalera gritando:

—Es una infamia... abusar así..., porque me ve sin familia, abandonada de todo el mundo. Dios mío... Virgen... No, no, que sois mitos.

Algunos vecinos salieron a sus respectivas puertas. La galguita ladraba furiosa en el pasillo. Hubo un ligero remolino de curiosidad y chacota en la escalera, pero nada más. Luego, cuentan que salió la moza al balcón, enteramente trastornada, y desde allí, con descompuestas voces y ademanes más descompuestos aún, llamó al amigo perdido, que ya doblaba la esquina de la calle de Santa Brígida, sin mirar para arriba ni hacer caso de nada.

"Chillará y trinará, ¡pobrecita!—se decía—. Pero estos espasmos pasan pronto, y dentro de unos días no se acuerda de mí. No, no la abandonaré nunca, ni ella merece ser abandonada. ¡Es tan buena!... Pero esa familia, francamente... Esto tenía que ser. Cambios fatales, imprescindibles, que nos ofrece la vida y que debemos aceptar con ánimo sereno... Mal rato he pasado; el choque ha sido rudo. Serenidad, Angel, serenidad... ¡Adiós, Dulcísima!... La pobrecilla chillará; pero de seguro no se arroja por el balcón."

CAPITULO VII

HERIDA.—BÁLSAMO

I

Don Pito, que voltijeaba en la calle esperando a que el enemigo pasara de largo para volver a entrar, vió a su sobrina haciendo figuras en el balcón y tuvo miedo de que se le fuera la cabeza y diese la gran voltereta.

—Chica—le gritó desde abajo, extendiendo los brazos para recogerla en ellos, por si acaso se tiraba—, no seas loca..., aguántate..., despréciale..., tendrás otros que valen más... Juicio, niña, juicio, y adentro.

Al ver que la joven se retiraba del balcón, subió con toda la rapidez que sus desiguales piernas le permitían. Llegó arriba jadeante, y encontrando franca la puerta se coló hasta la sala, en la cual estaba Dulce, llorando a lágrima viva, echada sobre el sofá. Abrazándola con paternal cariño, don Pito la consoló en esta forma:

—Hija de mi alma, no te aflijas. Cuenta con mi protección. Tu tío no te abandona, no; te dará remolque hasta el fin del mundo.

Como la dolorida no hiciera demostración alguna de gratitud, el viejo reforzó sus aspavientos consoladores:

—Pero, chica, ese pirata, ¿habrá sido

capaz de dejarte sin carbón en medio de la mar?

Dulce no contestó; pero el capitán, que ya conocía el famoso cofrecillo, por haber metido más de una vez en él sus dedos, fué a mirar lo que había, y cuando vió cantidad crecida de billetes y monedas de plata, el asombro le tuvo abierta de par en par la boca un buen espacio de tiempo.

—Pues mira, chacha, no debes apurarte—dijo, sentándose y poniendo el cofre sobre sus rodillas—. Tenemos carbón y víveres a bordo... *Avante toda.* Proa a la mar. Dios no abandona a los buenos... Pero ten cuidado no te roben, ¿eh?, que estás muy trastornada y no sabes quién entra ni quién sale... Mira, yo te guardaré esto—cogiendo algunos duros y metiéndoselos con rapidez en los bolsillos—. Tengo las carboneras vacías, ¡Carando!, y hace días que estoy quemando mis propios huesos para hacer un poco de presión... Fíjate, fíjate bien en lo que tienes y ocúpate de tus intereses. Toma, ve contando, hija de mis entrañas, pues aunque yo creo que el dinero es una cosa muy mala, ¡yema!, causa de todas las trapisondas de este mundo, siempre vale más tenerlo que no tenerlo. Digo..., del dinero salen los vicios, el lujo, la soberbia y otras mil perrerías. Pero cuando uno lo tiene no debe dejárselo quitar, y aunque el hambre es una cosa magnífica para irse a fondear en el cielo, no es malo tener algo que meter por esta pindonguera escotilla que el Señor nos ha puesto debajo de la nariz. Conque vete serenando, joven inocente, que eso del llorar es cosa de bobos. Cierra esos imbornales y créeme a mí. ¿Qué te pasa? ¿Que quieres a ese párvulo? Pues no te apures, que como ése encontrarás mil, y mejores. Venga de almorzar. ¿Qué? ¿No estás para nada? ¿No quieres ir a la cocina? ¡Yema! ¿Qué me apuestas a que te hago un arroz que te chupas los dedos? Yo también soy cocinero: los marinos tenemos que saber un poquito de todo... ¿Hago el arroz, sí o no? Considera, párvula mía, que si tú estás enamorada, yo no lo estoy, y es preciso comer para beber, quiero decir, para vivir... Estamos solos, chica, y ahora no hay quien nos fume. Oye: pon el dinero en lugar seguro, ¡me caso...!, mientras yo salgo a traer una cosa que nos hace mucha falta. Dime: ¿te gusta a ti el *fin champán*? No hay remedio mejor para la debilidad del estómago, y para las averías del alma. Un dedito, y se tapan todos los huequecillos donde anidan las penas. Claro, ellas quieren salir; pero no pueden. Espera, échame acá otra vez el cofre... Vengan otros dos pesos..., mejor será que tome cuatro, porque más seguros los tienes en mi poder. ¡yema!, que en el Banco de España... Conque espérame un ratito; en un par de guiñadas voy y vuelvo... ¡Ay, qué bien vas a estar con tu tío! Ni disgustos, ni quebraderos de cabeza, ni aquello de si viene o no viene. Ya no viene más, ¡Carando!, y mejor es así. Por la tarde, a paseo los dos, en coche, ¿qué te parece?, a ver los bigardones y bigardonas que borlean en el Retiro, y por la noche, a casita. Cada uno en su litera, y vengan temporales. Conque espérame un rato.

Salió tan ágil que no parecía sino que la pierna inválida había recobrado el vigor de los años juveniles. A la media hora volvió cargado de provisiones, cucuruchos de papel y botellas con etiquetas de relumbrón.

—No navegues nunca con la gambuza vacía...—dijo, poniendo su cargamento sobre la mesilla de mármol.

Dulce, que no tenía humor para bromas ni aun sentidos para enterarse de lo que a su lado pasaba, no hizo caso de don Pito, el cual, poseído de frenesí culinario, fué a la cocina, sin lograr que su sobrina le ayudase. Esta, secas ya las lágrimas, había caído en un estupor doloroso; sus miradas no se apartaban del suelo; su tez se había vuelto verdosa; entre su nariz y su boca, una contracción singular hacíala parecer a ratos persona distinta de sí misma. Pasaba el tiempo sin que la dolorida mujer se moviera de su sitio, y a ratos, como el durmiente que percibiese en sueños los ruidos de la realidad, sentía la presencia del capitán en la cocina, moviendo cacharros, hablando consigo propio y echando pestes y yemas a cada contrariedad que le ofrecía la faena que se había impuesto. Por fin, tuvo Dulce que ir allá, y regañaron un poco, y don Pito se quemó un dedo, y el condenado arroz salió más malo que todos los demonios. Dulce no tenía ganas de probar bocado, sino de lloriquear en la alcoba, reclinán-

dose boca abajo en su lecho. Allí la encontró el tío, que se había servido solo su almuerzo en la cocina, sin manteles, y bien harto de arroz, con media botella de valdepeñas entre pecho y espalda, se fué a consolarla, obsequiándola con todas las frases tiernas que en el acto de la digestión, más que en otro alguno, se le venían al pensamiento.

—Por lo que no paso, joven, es porque estés sin lastre. Hay que estibar algo de peso. Si no, los balances no te dejarán vivir. Mala cosa es la debilidad: yo la detesto tanto, que prefiero llevar arena en la bodega a no llevar nada..., ¡ah!... Se me ocurre una gran idea. ¿No puedes tú pasar ningún abarrote? Pues yo sé hacer una bebida que te fortalecerá y te pondrá como un reloj. ¿Sabes lo que es un *chincotel*? Es el consuelo del navegante, transido de frío sobre el puente, derrengado de fatiga, aguantando chubascos y con la humedad metida en los huesos, luchando con furiosa mar de proa, sin poder quitar el ojo del compás ni del cariz del cielo. Es la *mañana* que conforta y da valor para resistir un mal día después de una noche de perros. Aguárdate y verás qué pronto despacho.

Fué a la cocina, rompió un huevo en una taza y lo batió bien, pero bien; echólo en una vasija grande con la dosis de medio vaso de agua, añadiendo una copa chica de ginebra, un poco de canela y azúcar, en proporción. Para el perfecto *gin cock-tail* (literalmente, *rabo de gallo con ginebra*) no faltaban más que las gotas amargas, que le dan aroma y tonicidad; pero como don Pito no las tenía, prescindió de aquel sibaritismo, y concluyó la confección del ponche, batiéndolo de nuevo con el molinillo del chocolate hasta levantar espuma, que se desbordaba del cacharro. Sirviólo luego en un vaso ordinario de los grandes, en el cual resultaban como tres dedos de dorado líquido y un dedo de espuma, que mermaba lentamente. Con aire triunfal lo llevó a su sobrina.

—Vaya, endereza ese casco... Tómate este bálsamo de Dios y verás cómo se te aclara el celaje.

Dulce lo probó, y como no le supiera mal, apurólo hasta que no quedó en el vaso más que un poco de espuma, y en su labio superior un bigotillo blanco.

—¿Qué tal? ¿Cosa rica? Con esto se me han pasado a mí todos los berrinches que he cogido a bordo. Día hubo en que no pudiendo bajar del puente, me sostuve con catorce *chincoteles* a diferentes horas. Ello fué en el *María Josefa*, cuando el huracán que me cogió en Maternillos.

La ingestión de aquel brebaje fué para Dulce confortante y placentera: en los primeros momentos se sintió traspasada por extrañas ráfagas de alegría, de esa alegría que suele producirse entre las vibraciones del extremo dolor, como la chispa que brota de la percusión de cuerpos duros. Al pasar a la sala, toda la habitación giraba en derredor suyo, y don Pito con ella, lo que produjo en la joven una risa nerviosa, viéndose obligada a sentarse, la mano delante de los ojos. Luego, sin cesar el mareo, produjole el bálsamo otros efectos, una especie de erección del ánimo flojo, volviendo sobre sí, y reivindicando su dominio, un despertar de todas las facultades, un afinarse de todos los sentidos, y con esto, ganas de hablar y de contar su cuita, en términos que las palabras se le salían de la boca antes que el pensamiento las ordenara. Pero aún hubo otro efecto más particular: al ir de la sala a la cocina, se olvidó de cuanto le había pasado aquel día; es decir, notó un descanso inefable y la conciencia de una situación negativa en su alma. Vagamente consideró que algún fenómeno extraño se verificaba en ella, y sin poder determinar que fuera olvido en lo moral, sedación en lo físico, decía para sí: "No sé qué tengo... Yo estoy alegre..., pero se me figura que hoy me ha pasado algo... No sé lo que es, no sé lo que es, ni quiero saberlo tampoco..." A semejante estado sucedió pronto una melancolía dulce, en la cual iba apareciendo poco a poco la noción del estado primero, como una sustancia diluida y agitada que decanta en el fondo del vaso. La espuma disminuía con el estallido de las burbujas, el líquido aumentaba, y un sedimento de hiel oscura amargaba y ennegrecía ese fondo en que se cuaja la conciencia de nuestros dolores.

En tanto, el célebre capitán jubilado había encendido un cigarrote, de la docena selecta que trajo en uno de aquellos cucuruchos, y tiraba de él, atizándose copas y más copas de coñac. La galguita, que le había tomado cariño de

tanto verle allí, jugaba con él, o se le ponía delante, grave y atenta, mirando cómo subían al techo las azuladas espirales del humo del cigarro. Y a Dulce y a la perra juntamente dirigía don Pito sus filosóficos comentarios del mundo y la vida humana:

—Mira, hija de mi alma, no hay que apurarse; tomemos los contratiempos al son que ellos traen. ¿Que sopla Noroeste duro? Pues *avante,* y capéalo como puedas. Hagámonos cuenta de que la vida es toda ella muy mala, y que lo bueno viene por casualidad, cuando el mal descansa o se duerme. Pongámonos siempre en lo peor; creamos que todo lo que no sea temporales, mar de fondo y neblina, es un golpe de suerte, un chiripón, casi un milagro. Desconfiemos de las claras, porque no hay clara que no sea una tal, y tras ella viene siempre un chubasco mayor que el pasado... La mar es *de por sí* voluntariosa y muy gitana. Vayamos por ella con la mecha bien atizada—un dedo en el ojo derecho—, y a cada minuto que pase, hágamonos cuenta de que la muy carantoñera nos ha perdonado la vida... Ea, basta ya de lloricio. Pecho al huracán; venga bálsamo, y *avante toda,* que mientras no se rompa el molinillo, andando vamos... Aprende de este prójimo, que echó los dientes mirando cosas inhumanas, ¡ay!, oyendo rugidos de fieras y viendo cómo se hincha la mar, cómo se desgaja el cielo. Porque a mí me destetaron los ciclones, y en mi biberón no había leche, ¡yema!, sino agua salada, con gotas... de sangre humana. Con aquel ten con ten me hice de bronce, y ya me podían echar desgracias, contratiempos y calamidades... ¡Que salta fuego en las carboneras! Serenidad, serenidad; no atropellarse: ya se apagará... Vísteme despacio, que estoy de prisa. Poco a pocoooo... ¡Que se cierra de niebla y se nos viene encima un barco que no quiere o no puede gobernar!... Pues cierra la caña a estribor..., toda la pala a babor... Que no podemos evitar la embestida y el otro nos raja por la mitad, ¡pruuum!, y nos mete la roda hasta la misma máquina... Me has partido, inglés... Me caso con tu alma pastelera. Pues a pique... Orden, sangre fría, serenidad.. No correr; esos botes... ¡Que revienta la cafetera y el vapor nos despide!... Abur, mundo bonito... Me caso con la mar... Calma, calma... Que cada cual se ahogue como pueda.

II

No era feliz don Pito en aquella vida de inválido, amenizada con turcas: vida holgazana, humillante y aburrida lejos de su elemento propio, el mar. Madrid no le gustaba ni le gustaría aunque en él tuviese asegurada la olla cotidiana, aunque en la casa de su hermano Simón se ataran los perros con longanizas, y aunque doña Catalina de Alencastre ocupara el trono de sus mayores. Fácilmente prescindía de todo regalo corporal, como hombre avezado a las privaciones; fácilmente soportaba los largos ayunos, que en la morada babélica equivalían a un Ramadán continuo; pasaba por las incomodidades de la vivienda, poblada a veces de parásitos voraces, que de los cuatro cuadrantes salían para embestirle; toleraba otras mil molestias, ya por exceso, ya por escasez. Todo ello significaba poco, mientras hubiese tabaco y bebida, y esto, gracias a Dios, nunca le faltó. Lo que a don Pito le amargaba la existencia era vivir en un pueblo donde no había manera de ver, ni de oír, ni de oler la mar por ninguna parte. Durante días y días olvidaba el objeto de sus ansias amorosas; pero de repente un día cualquiera, antes o después de *embalsamarse,* sentía tan angustiosa nostalgia, tal desgana de la vida, tal deseo de correr a otras regiones, que se le metía en la cabeza la idea de matarse... Luego no se mataba, es cierto; porque no cuajan todas las ideas.

Gran parte del tiempo se lo pasaba calle arriba, calle abajo, mirando el mujerío (otra mar también muy de su agrado), sentadito en un banco de Recoletos, si hacía buen tiempo, viendo pasar coches, o dejándose ir al garete por las alamedas del Retiro. A veces, cuando la presión alcohólica era excesiva, se lanzaba más allá de las rondas exteriores, donde el caserío se enrarece, dejando ver el casco pelado, la desnudez esteparia de un campo sin accidentes. Allí, respirando el aire puro, mirando el cielo y la tierra que en el horizonte se juntaban en faja corrida de azul intensísimo, sentía algo semejante a la impresión del

sublime océano. "Ahí está—decía entre crédulo y escéptico—, ahí está el muy judío... No será, pero lo parece..." *Avante toda,* y se lanzaba por las llanuras mal aradas, en cuyos surcos crece la cebada raquítica de que se alimentan las burras de leche, hasta que, rendido de fatiga, se sentaba en cualquier mojón, cruzaba las piernas, poniendo el palo entre ellas y quitándose el sombrero, limpiábase la frente con el pañuelo de hierbas que dentro de aquél llevaba, y se embebecía en la contemplación de la raya azul del horizonte, sobre la cual pasaban esas nubes turgentes y gallardas que parecen inmenso escuadrón de caballos al trote. Murmuraba entonces sílabas oscuras, cláusulas descosidas que debían de referirse al cariz del tiempo y a las probabilidades de chubasco. Alguna vez pronunciaba frases completas, extendiendo la mano como para darle una palmadita a la atmósfera. "Va rolando al Sudoeste, y antes de diez minutos, agua."

Días hubo en que el inválido de los mares salía de su casa en un estado cerebral lastimoso. Al pisar la calle y verse libre de la real presencia de doña Catalina, le entraba pueril alegría, gana de charlar con cualquiera, y pasaba de una acera a otra pronunciando entre dientes el *avante toda* con acentuación de risa. Su resistencia al alcohol era tal, que no se caía nunca ni daba fuertes bandazos, aunque llevara dentro el máximum de estiba. Lo que hacía era disparar chicoleos a cuantas mujeres encontraba, poniéndoles ojos tiernos y diciéndoles si querían enrolarse con él. En los sitios más públicos armaba camorra con cualquier chico que le saliera al paso, y todo su afán era vencer estorbos, empujar a cuantas personas se oponían a su marcha recta y segura. A lo mejor se encaraba con cualquier transeúnte desconocido, y le decía en tono de confianza marinera:

—No descuidarse. ¿No es usted el pasajerito de Glasgow? Salimos a la pleamar de las once y quince. Yo me voy para bordo antes que repunte el Nordeste.

Y a otro le paraba, endilgándole un saludo muy familiar:

—¿Cómo ha quedado aquella gente de Nuevitas? ¿Y la esclavitud? Tan famosa, ¿eh? Si quiere algo para allá, sepa que salgo mañana, digo, ahora.

Un empujón del transeúnte ponía fin a la escena, y don Pito salía gruñendo como perro pisado.

—No sé qué demonios pasa en el mundo—decía—, que todo está contrapuesto. ¿Cómo es que en esta bahía de la Habana, donde ya conocí mareas, y ahora un coeficiente de once pies lo menos? ¡Me caso con la Biblia! ¿Cómo es que ahora tenemos el Havre aquí, en mitad del Canal Viejo?... Lo que digo: o mienten las cartas, o miente la realidad...

En Recoletos se encontraba un camión parado, y mi hombre se iba derecho al conductor y le echaba esta rociada:

—Oye, Matapúas, si no me llevas las pipas antes de las nueve, te quedas con ellas. ¡Me caso con tu sangre! Eso de que yo me jorobe cargando a última hora, no lo verás... ¡Yema!, ¿no ves cómo la marea tira para arriba?

El conductor, como quien ve visiones, le amenazaba con un trallazo si no se iba. Alejándose, don Pito le gritaba:

—¡Carando, vaya una pachorra que gastas! Eso es, estate ahí esperando el ramalazo de Noroeste que se te viene encima. ¿No ves la nube? Un par de guiñadas, animal, y záfate de la corriente... Ponte al socaire de la escollera... ¡Ah! Ya, es que ahora se estilan mulas para remolcar las gabarras. ¡Qué cosas ve uno, pateta! El mundo trastornado, los mapas al revés y el agua volviéndose tierra...

Muchas tardes solía dar con su cuerpo en el Retiro, y allí se le despejaba un poco el caletre. Por lo común, después de la excitación del júbilo insano, caía en tristeza tan deprimente que la vida se le representaba como la más insoportable de las cargas. El mundo, tierra y cielo, no le daba más impresión que la de una soledad abrumadora, de un cautiverio tristísimo y sin esperanza. Ver árboles y nada más que árboles, tanta rama seca, el suelo cubierto de hojas; no encontrar en las alamedas solitarias más que un guardia ceñudo, o paseante melancólico, le acongojaba. En aquellos lugares apacibles le acometía más que en parte alguna la demencia de echar a pique el viejo casco de su vida. Cuando los guardas no le veían, columpiábase en un álamo, o se tumbaba junto a

los estanques chicos, para meter las manos en el agua, y a veces la cabeza. En ocasiones, el frío del agua le aclaraba las ideas; a veces, el sentirse mojado le excitaba más, dándole ganas de sumergir todo el cuerpo, y una tarde le sorprendió el guarda desnudándose para echar un cole en el estanque de las Campanillas. Trabajo costó convencerle de que allí no se permitía tomar baños.

—Bueno, compadre, bueno—dijo don Pito sin incomodarse, poniéndose el gabán—, guárdese usted su agüita, hombre, guárdese su mar..., no se la beba un perro que pase.

Aquel mismo día chocó en nefanda hora, junto al estanque grande, con un bajo muy peligroso, quiero decir que encontró una cantina, y al poco rato de este desgraciado tropiezo hallábase mi hombre en disposición de creer que el paseo que conduce a la Casa de Fieras era el canal de Panamá, ya concluído y en explotación. En mitad de la calzada, algunos obreros abrían una zanja para poner tubería de aguas, y no lejos de allí otros cavaban hoyos para plantar arbustos. Entre los montones de tierra y la zanja veíase un trozo de tubo de plomo, vertical, que del suelo salía como una vara, y lo mismo fué verlo don Pito que tomarlo por bocina fija, de esas que en el puente de un vapor sirven para transmitir la voz de mando al maquinista de guardia. El trastornado capitán aplicó sus labios a la boca del tubo y dijo en voz clara:

—Poco a poco..., dos paletadas atrás..., dos avante..., moderando...

Los trabajadores le miraban asombrados, y comprendiendo que el tipo aquel no tenía la cabeza buena, en vez de compadecerle, empezaron a torearle con groserías y chirigotas. Don Pito les puso la cara fiera, la cara *de mando en la mar*, y subiéndose a un montón de tierra, les dijo:

—A ver, ¿quién es el hijo de tal que ha mandado plantar estos árboles en el mismo puente?... Al agua, ¡listo!, al agua con los arbolitos... Arría toldo. Me acaban ustés la paciencia, y al que me chiste le arrimo una piña, me caso con su madre! ¡Yema!... ¡Callarse la boca!

Salía por fin corriendo de allí, hostigado por un perrillo, despedido por certeras pedradas, y de pronto se detenía, miraba hacia la montaña rusa, se restregaba los ojos, volvía a mirar, murmurando:

—Tate, tate... Por dónde me sale ahora la torre de Holy Head... ¡Bueno están poniendo el mundo este con tanto trastrocar las cosas! Va uno por el canal de Panamá, y demorando, demorando, se encuentra en el canal de San Jorge, frente a la Skerries... ¿Niebla tenemos? Ea, sirenita, sirenita. *Avante toda,* y al inglés que coja por delante, lo rajo.

Diciendo esto, bramaba como un toro.

III

El primer día de la desgracia de Dulcenombre, tío y sobrina no se separaron. Nadie recaló por la casa, ni a ellos les hacía falta compañía, y tan grata era para don Pito la de las botellas de coñac, que por la noche apenas podía guardar el equilibrio en pie, y andaba a gatas por la sala, si no runflaba como un cerdo debajo de la mesita de mármol. Dábale Dulce con el pie para apartarle cuando estorbaba el paso, sin decirle cosa alguna, pues seguramente el pobre viejo no había de entenderla. En el suelo pasó la noche, lo que no era causa de molimiento de huesos para quien tenía costumbre de dormir en camas duras. No pudiendo conciliar el sueño, y sintiendo una gran debilidad de estómago, la Babel acudió a repararse con una copita del precioso licor, y tan bien le sentó, y tal descanso dió a sus nervios, que después de dormir un poco en la butaca repitió la dosis por la mañana al romper el día. Realmente, la bebida tenía la inapreciable virtud de producir olvido, único calmante eficaz de los males del alma, y con tal medicina la buena mujer perdía por más o menos tiempo la noción de su inmensa pesadumbre.

Don Pito despertó muy tarde, y en sus desperezos se envolvió sin querer en la alfombra delantera del sofá, quedándose con ella enroscada en el pescuezo a manera de bufanda, y puso patas arriba una butaca y una silla. Su sobrina no hizo alto en este desorden. Insensible a todo, ningún suceso podía sacarla de la estúpida inercia en que se hallaba, incapaz de ordenar las ideas. Se desayunaron malamente, y el capitán, cuya

cabeza adquiría despejo y lucidez después de las tormentas cerebrales, le habló muy serio de la conformidad cristiana, poniéndose como ejemplo de esta hermosa virtud, pues pocos había tan bien templados como él para resistir los chicotazos de la suerte. Verdad que el bálsamo (y esto lo dijo con gran aplomo) le había servido de gran consuelo, como excelente específico contra los quebraderos de cabeza, contra las opresiones y melancolías. La sobrina no le prestaba en verdad gran atención; arregló la casa obedeciendo a un hábito de rutina más que a un propósito, y como el tío pidiera de almorzar, le autorizó para que se tomara la cocina por suya y guisara lo que quisiera, pues ella no probaría más que pan y un poco de lengua fiambre; apetecía los manjares salados. Arregléselas don Pito lo mejor que pudo, y en cuanto llenó el buche, salió a avisar al café para que le trajeran dos. Este era un regalo de que no podía prescindir, según él, en día de aflicción, mayormente cuando había con qué pagarlo.

—Joven simpática—le decía, mientras tomaba el brebaje, negro—, imítame. Ponte siempre en lo peor; calcula que los hombres son de su natural malos, y las mujeres peores, digo, peores no, iguales; que eso que llaman el prójimo es un bicho venenoso. ¿Que te pica? Te rascas; y procura tú picar también, pues el *contraprójimo,* esto que llamamos *yo mismo,* tiene también su venenillo... Para no afligirte nunca, hazte cuenta de que no hay ni puede haber nada bueno en sí. Si algo figura como bueno, es por la virtud del olvido. Y ¿qué hemos de hacer para olvidar? Pues poner el pensamiento a mil millas mar afuera de donde está la penita, y si avistas una embarcación con bandera inglesa, corres, corres a un largo hasta perderla de vista. ¿Que viene un ciclón? Pues en cuanto te lo anuncie el celaje, te pones a tangentearlo, para que no te coja en el vórtice, porque si te coge, haz cuenta, ¡Carando!, de que vas a almorzar con Jesucristo.

Por la tarde salió Dulce, y volvió al anochecer tan desconcertada, que parecía demente. Su tío la reprendió por no querer seguir sus consejos.

—Pero ¿no sabe usted—dijo ella, respirando con dificultad—, no sabe usted lo que... ha hecho...?

—Alguna maniobra falsa. ¿Y a nosotros qué nos importa? Chica, vámonos mar afuera, porque en puerto no se ven más que gaterías.

—Oiga usted, tío: salí esta tarde..., y sin proponerme ir a su casa, fuí no sé cómo ni por dónde. Se me figuraba que le había de encontrar en la calle, que hablaríamos, y que hablando hablando se arrepentiría de su mal comportamiento conmigo... Se me metió en la cabeza que si había de pasar, y...

—Y, claro, no pasó... Pero ¡qué boba eres! ¿Piensas tú que el *Abuelo* baja del puente para echarse a dormir, y nos entrega el mando de las cosas que han de pasar en cielo y tierra?... No, las cosas pasan como pasan, y no hay más remedio que jorobarnos y tomarlas como quieren venir.

—Pues en vez de encontrarme con él, me encontré con don Braulio, que es buen hombre y tiene compasión de mí.

—Y don Braulio te propone que le quieras a él para consolarte de la perrada que te ha hecho el amo...

—No, no es eso. Bien sabe don Braulio que yo soy decente y no hago esas cosas...

—¿Virtudes tenemos? ¡Ay Dios mío! Deja tú que se te vacíe la carbonera..., verás—dijo, señalando el cofrecillo—. Hija mía, un casco como el tuyo no puede andar a la vela...

—Lo que me hijo don Braulio fué que Angel se ha ido a Toledo, adonde marchó también hace dos días la señorita *Leré,* para no volver más.

—Y eso, ¿qué?

—Que Angel se ha prendado de la capellana, y que no puede vivir sin ella... Me lo dijo también Paula, la pincha de la cocina, a quien yo doy un duro siempre que me la encuentro, para que me cuente lo que ocurre en casa de su amo.

—Y te habrá contado mil mentiras. No hagas caso de marmitonas, que son muy malas.

—Mentira, no. Me dijo que el amo estuvo anoche como loco; que daba berridos dentro del cuarto, y que al pobre don Braulio le dijo que si no se le quitaba de delante le mataría, así... Que la santurrona esa le tiene sorbidos los sesos con la religión, y que por las noches se ponían los dos de rodillas hasta que se quedaban en éxtasis y veían a la Vir-

gen, al Niño Jesús y a toda la corte celestial.

—Mira, eso se lo cuentas a otro, que yo no me trago esas bolas...

—¡Ay Dios mío!—exclamó Dulce, suspirando recio—. Que no reventara en Toledo un grandísimo volcán, y los hiciera polvo a todos. ¡Valiente religión! Farsa, hipocresía, todo mitos. La tal *Leré* es loca, o una solemnísima tunanta. Y él..., no sé qué pensar de él.. Dígase lo que se quiera, ésta es una intriga de clérigos y jesuítas para sacarle los cuartos.

—¡Lástima de dinero!—dijo don Pito, suspirando también—. Pero, en fin, tú no te aflijas, y déjale que gaste su carbón en misas, si quiere. Busca tú flete por otro lado... Aprende a vivir. En todos los puertos se encuentran cargadores.

Ni una palabra más dijo Dulce. Sombría y ceñuda, sus ojos revelaban con su fijeza la persistencia de la idea clavada en su cerebro. Su mal color se acentuaba, degenerando en tono mate de tierra húmeda. Sus bellas facciones notábanse más enérgicamente apuntadas, más picantes, con esa tendencia a la caricatura, que, contenida dentro de ciertos límites, no resulta mal en el arte. Parecía modelada en barro, mejor dicho, que la estaban modelando, y que poco antes habían andado por su bonita nariz y sus cachetes los dedos del artista. Despeinada y a medio vestir, no hacía mal empaque en su desaliño; antes bien, pelo y ropa completaban con artístico desorden la expresión de duelo siniestro y sin esperanza.

Invitada por su tío a dar un paseo, no quiso ir. Al anochecer, sintiendo muy fuerte la debilidad de estómago y un irresistible apetito de excitantes, confeccionó el ponche que don Pito le había enseñado, y se lo tomó, cayendo al instante en sopor dulcísimo. Su mente se mecía en un espacio luminoso, acariciada por ideas risueñas, que revoloteaban cual mariposas, tocándola apenas con sus alas irisadas. Esto le producía descanso cerebral y momentáneos eclipses de la idea fija, que se escondía y se amodorraba como un dolor combatido por fuerte anestésico. A la hora de comer entró el pobre navegante más trastornado que nunca y le dijo con misterio:

—He visto la mar.

—¿Qué?... ¿Qué?—murmuró Dulce, cuyo estado mental era poco propicio al conocimiento.

—Que he visto la mar..., la grande..., la salada, la que tiene toda la gracia del mundo. Ha venido esta tarde. ¿No lo crees? Ven y la verás. Hoy es la más alta pleamar del año, marea equinoccial..., coeficiente de veinticuatro pies... Pues hallábame yo en el salón del Prado, cuando sentí un ruido de oleaje..., bum, bum... La gente huía, ¡Carando!, los coches izaban bandera y apretaban a correr. Miro para abajo, ¡yema!, y ¿qué creerás que vi? Dos vapores, ¡me caso con Holofernes!; dos vapores que subían a toda máquina por delante de los *Almacenes de Pinturas*, digo, del Museo, el uno inglés con matrícula de Cardiff, el otro español, alto de guinda, chimenea roja, la numeral en el mesana y contraseña en el trinquete.

Dulce le miraba con asombro lelo... Ni le daba crédito ni se lo negaba. Sentía en su cerebro cierta obstrucción como la que produciría la injerencia de un cuerpo extraño.

—Vamos a ver la mar bonita.

—Sí—dijo Dulce, levantándose y dejándose caer otra vez en el sillón—. Iremos a verla. Pero necesitamos comer antes.

—¿Comer, comer?... Pero si ya comí. En una taberna me sirvieron un bacalao muy rico que me dió mucha sed, y después..., ¡pateta! Puedes comer tú sola.

—No tengo ganas. Debilidad, sí.

—Pues mira, rompe un huevo en una copa de coñac..., lo revuelves bien. No hay mejor alimento.

—¡Ay, sí!

Hízolo, y lo bebió con delicia.

—Pues la mar vino...—repitió el desdichado capitán dándose sin cesar golpecitos en la barriga para suspenderse los pantalones—. Si tenía que venir, ¡yema bonita! En el Prado quedaban los prácticos esperando que la Comandancia de Marina les mandara salir.

Apremiada por su tío, Dulce se puso una toquilla por la cabeza, y salió sin darse cuenta de nada. Cogióla don Pito del brazo, bajaron, y por San Mateo dirigiéronse a Santa Bárbara. Noche oscura, fresquita, poca gente en la calle, los pisos húmedos, tiempo de calma, el gas encendido. A lo lejos, los faroles formaban constelaciones de figuras extrañas. En el alto de Santa Bárbara, don

Pito, olfateando la atmósfera, dijo con desconsuelo:

—De aquí no se la ve. Tenemos que ir más afuera.

En Recoletos, Dulce apenas podía andar. Arboles y edificios subían y bajaban con acompasado movimiento de pesas, como los objetos que se ven desde a bordo en día de marejada. Sentóse en un banco, y don Pito, en pie junto a ella, con el hongo encasquetado, el gabán muy ceñido y su cuello postizo de pieles, habría despertado la curiosidad de los transeúntes si por allí los hubiera. Gesticulando desaforadamente, husmeaba el aire y decía:

—Va rolando al Oeste, y luego rolará al Sur, recorriendo todo el cuadrante. Pues siento ruido de resaca. Mira, mira los botes que vienen con el pasaje...

Quiso detener un coche simón que iba alquilado.

—Atraca, hombre, atraca.

Pero el cochero no le hizo caso.

—¡Qué pillería de boteros!... Ven, hija de mi corazón; vamos un poquito más abajo. Nos embarcaremos en la machina de Cibeles.

Siguieron andando con la mayor irregularidad.

—Nos embarcaremos—dijo Dulce con voz argentina—, y nos iremos a Toledo.

—Toledo, Tole...—meditando—. ¡Ah! Sí, ya sé. A veinte millas al Oeste. Farola de luz verde con destellos blancos cada medio minuto. Entrada mala..., mar en cuenta.

—Pero, tío..., tengo miedo a marearme. Las casas bailan.

—No temas. Es la marejadilla que las sacude un poco. Pero no hay cuidado. Yo te cuidaré el mareo con vasitos de bálsamo. Rumbo a Tole. Pero ¿no sería mejor que fuéramos a Nueva York, que está una miajita más allá? Verás qué buen país.

—¿Para qué? A Toledo, y le pegaremos fuego a la Catedral cuando estén dentro todos los mitos y los curas predicando.

—Pero, chica—riendo desaforadamente—, ¿qué te han hecho a ti los curas?

—No hay religión. Todo es farsa, chanchullo.

—Poco a poco..., ¡me caso con Santa Bárbara! Yo creo en Dios Omnipotente, en la Virgen del Carmen y en su santísima sobrina la mar.

—Yo no creo...—dijo Dulce—. ¿A qué es creer? Si hubiese Dios, por chico que fuera, no pasarían estas cosas.

—Lo que hay es que con la cháchara nos estamos entreteniendo, y la mar se nos va.

—¿Cómo que se va?

—¿No ves que empieza a bajar la marea? Mira, allí hay un barco que se ha quedado en seco.

—Usted se chifla, tío... ¡Qué cosas se le ocurren! ¿Vamos a Toledo, sí o no?

—Pero ¿qué se te ha perdido a ti en ese Tole?

—Quiero ir allá, y ver lo que hacen. Tío, yo le aseguro a usted que aquel pecho es de algodón.

—¿De algodón? No te entiendo. Pecho de algodón..., balas de algodón.

—Eso es, balas, balas.

—¡Ah! Explícate bien: lo que quieres decir es que vamos a Nueva Orleáns.

—No, a Toledo.

—Entonces quisiste decir balas de mazapán.

—No, culebras, culebras de algodón.

—¡Culebras!—meditando—. Menos *díquelo* ahora. Te has vuelto muy sabia. Yo lo que te digo es que se nos escapa la mar. No me eches a mí la culpa después si varamos.

—¿Qué es varar? ¿Pegarle a uno con una vara? ¡Ay, qué dolor siento ahora... aquí!

—¿En dónde?

—En el alma.

—Y ¿dónde está eso? A ver si hay por aquí un poco de alma—mirando a todos lados.

—¿Qué busca, tío?

—Una cantina. Aquí hay una; pero está cerrada. ¡Me caso con la cantinera!—golpeando en un puesto de agua—. ¡Eh! ¿No hay quien despache? *Miss, misss*... La llamo así, porque ésta debe de ser inglesa. Nada, chica, no responden. Vámonos, que en esta tieerra no se guardan consideraciones al público. Y a todas éstas, ¡Carandito!, ya no tenemos mar.

Dulce no le oía, y, fatigada, se había sentado otra vez en un banquillo de madera.

—Mañana, mañana—prosiguió don Pito, mirando por entre los árboles—volverá. Pero ¿qué tienes? ¿Es que te entra sueño? ¿Llanticos otra vez? Niña graciosa, no pienses en ese párvulo, in-

glés, y dale por ahogado. ¿Sabes lo que debes hacer ahora? Pues enrolarte con uno que traiga las bodegas muy bien estibadas de dinero.

Dulce movió la cabeza, como quien se esfuerza en ahuyentar una pesadilla, y su tío, tirándole del brazo, la hizo andar algo más hasta que vieron la Cibeles, blanca, fantástica, en medio de los árboles secos, destacándose vagamente del gris esmerilado de la atmósfera. Parecía que los leones de mármol trotaban en veloz carrera y que las ruedas del faetón de la diosa levantaban densa nube de agua pulverizada.

—Vámonos hacia el golfo, que es lo único decente de todo lo que ha inventado Dios; vámonos mar afuera hasta que no veamos puerto ni costa ni nada más que cielo y agua.

Pero Dulce no podía seguirle y cayó en tierra con modorra de plomo. Visiones extrañas en que atropelladamente sucedía lo placentero a lo espeluznante embargaron su espíritu.

En tanto don Pinto empezó a ver claro y a tener conciencia de la realidad. Quitóse el sombrero para desahogar la cabeza, extendió la mano para ver de dónde venía el viento, inspeccionó con experta mirada todo el espacio que en torno se veía, y al convencerse de que no había mar ni cosa que lo valiera, le acometió una tristeza negra, hondísima, de esas que no consienten ni aun la esperanza de consuelo. Arrancó de su seno un suspiro, que era, sin duda, de familia de huracanes por la fuerza del resoplido, y se oprimió con ambas manos el cráneo para hacer abortar una idea..., la idea de arrojarse de cabeza en el pilón de la Cibeles.

Madrid, abril 1890.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

PARENTELA.—VAGANCIA

I

En efecto, Angel Guerra tomó el tren de Toledo el 2 de diciembre por la mañana. Sus primeros pasos en la histórica ciudad fueron vacilantes, sus horas aburridísimas, conforme al estado de indecisión de su voluntad y al cansancio del viaje. Dió con su cuerpo en una de las detestables fondas toledanas, y por la tarde, después de vagar a la ventura de calle en calle, sentándose a ratos en solitaria plazoleta, o persiguiendo el misterio que precedía sus pasos a la vuelta de cada esquina y en las curvas de las retorcidas calles, pensó en la obligación de visitar a sus parientes. Sentía el desasosiego, la inapetencia moral que inspira la proximidad de personas con quienes se tiene más parentesco que relaciones amistosas, y de buena gana habría prescindido de la visita.

Conviene repetir que esta parentela se dividía en dos ramas: rica y pobre. La pobre hallábase reducida últimamente a una prima hermana del padre de Guerra, llamada Teresa Pantoja, viuda de un cerero de la calle Ancha. Angel la había visto algunas veces en Madrid y en su casa, por San Isidro, y conservaba de ella buen recuerdo. Apreciábala mucho doña Sales, que puntualmente recibía de ella, por Navidad, una caja de mazapán y otra de los celebrados bizcochos de Labrador para chocolate; y le correspondía con un mantón de ocho puntas o un corte de vestido. Al enviudar, la doña Teresa suspendió sus excursiones a Madrid; pero seguía en amistoso carteo con doña Sales.

Personificaba la parentela rica don José Suárez de Monegro, a quien Angel solía llamar por chanza *don Suero,* persona de buena posición en la ciudad. No pocas veces le había visto también en Madrid en la temporada *isidril,* aunque nunca le tuvo de huésped en su casa, pues *don Suero* paraba siempre en el Hotel de Embajadores o en Las Cuatro Naciones. Era primo carnal de doña Sales, cuyas fincas rústicas y urbanas de Toledo administraba con escrupulosa honradez, y también tenía parentesco con Braulio, hermano de su esposa, doña

María de Rojas. Así como del Suárez hizo Guerra el *don Suero*, de la doña María hizo *doña Mayor*, mote que le cuadraba admirablemente por rivalizar la buena señora en estatura con los granaderos de Federico el Grande.

De este matrimonio habían nacido tres hijos: Pelayo, que el 85 era oficial de Artillería, y dos hembras, la mayor de las cuales se casó a disgusto de los padres con un joven que fué secretario del Gobierno Civil de la provincia; la menor permanecía en estado de merecer. A su primo el artillero le conocía Guerra: pero a las dos primas no las había visto desde muy niñas, y por ciertas referencias se las figuraba, ya mujeres, bastante antipáticas. Que don José Suárez pertenecía al *elemento más ilustrado* de la ciudad era cosa vulgar de puro sabida, y también era público y notorio que dió la última mano de barniz a su ilustración con la visita que hizo a la Exposición de París del 79. Por dicha de la localidad, casi siempre figuraba en la Diputación Provincial o en el Ayuntamiento, entre aquellos *nobles discretos varones* a quienes amonesta el autor de la espinela estampada en la escalera de la Casa Consistorial, y en ambas corporaciones dejaba sentir un año y otro el empuje formidable de su ilustrada iniciativa.

Fatigado de dar vueltas al acaso por el dédalo de calles, sentóse Guerra en el escalón de una puerta, en solitaria encrucijada, para meditar en el grave problema de la visita a sus parientes. ¿Por qué rama empezaría? Decidióse al fin por la parentela humilde, y buscó el itinerario de la morada de Teresa Pantoja, preguntando a los pocos transeúntes que encontraba.

Había visitado a Toledo bastantes veces, pero por poco tiempo, y siempre con escolta de habitantes de la ciudad, que le ahorraban el trabajo de estudiar la inextricable topografía de ésta. Fuera de las vías que conducen de Zocodover a la Catedral, y de la calle Ancha a la de la Plata, no sabía dar un paso sin perderse. Pero preguntando se llega a todas partes, a Roma inclusive, y a la calle del Locum, donde la viuda del cerero vivía.

El mendigo y el cicerone suelen ser allí una sola persona. Los chiquillos pobres, y aun los que no lo parecen, dedícanse también, si al salir de la escuela tropiezan con algún forastero, al oficio de guías por el rompecabezas toledano. Guerra utilizó los servicios de uno de éstos, y pudo llegar a donde quería, rodeando la Catedral, y acometiendo después el empinado y tortuoso callejón que sube desde las inmediaciones de la Posada de la Hermandad hacia San Miguel el Alto, y enlaza también, por otra calleja inverosímil, con San Justo y San Juan de la Penitencia. El madrileño se vió en una plazoleta de tres dobleces, de esas en que los muros de las casas parecen jugar al escondite; pasó a la calle del Cristo de la Calavera, que culebrea y se enrosca hasta volver a liarse con la del Locum; vió puertas que no se han abierto en siglo y medio lo menos; balcones o miradores nuevecitos con floridos tiestos; rejas mohosas, cuyo metal se pulveriza en laminillas rojizas; huecos de blanqueado marco, abiertos en el ladrillo oscuro de antiquísima fábrica; vió gatos que se asomaban con timidez a ventanucos increíbles; labrados aleros, cuya roña ostenta los tonos más calientes de la gama sienosa; de trecho en trecho, azulejos con la figura de la Virgen poniendo la casulla a San Ildefonso, y, por fin, llegó a una puerta modernizada, que fué el límite de su viaje.

La entrada y patio de la casa de Teresa Pantoja eran de puro tipo toledano, mitad de empedradillo, mitad de baldosín rojo, muy limpio, recién fregoteado; las paredes, como acabadas de enlucir; el patio, ajardinado con matas de evónimos en arriates o en barriles pintados de verde; y a lo largo del zócalo, azulejos descabalados de mil trazas y dibujos distintos, como procedentes de demoliciones de palacios o monasterios, los unos con grotescas figuras, los otros con retazos de cenefa, muchos dejando ver trozos de un paramento decorativo, el cuartel de un escudo, o sílabas de un letrero. Los postes que daban forma claustral a dos lados del patio eran de pino antiquísimo sin pintar, de un caliente tono de yesca, secos y un poco desplomados, sosteniendo con la carcomida zapata las apandadas vigas. Las ventanas altas lucían pintura de un verde agrio; las paredes, el blanco cegador del yeso. Concluía la decoración en un ángulo del patio, brocal de berroqueña,

musgoso en la base, reforzado por zunchos de hierro, con su polea pendiente de la horca y un historiado cacharro para extraer el agua.

No tuvo tiempo Guerra de observar bien todas estas cosas porque salió su tía dando voces y le abrazó en medio del patio, invitándole a entrar en una salita baja, que por lo fría debía de ser la sucursal del Polo Norte. Representaba Teresa cincuenta y cinco años, mujercita de tipo muy de Toledo, ojinegra, corta de estatura, suelta de miembros y de lengua, graciosa y ágil, cara de estas que a cierta edad se curten, y en una vida reposada, metódicamente vulgar y sin afanes, se conservan con cierta dureza reluciente y picoteada como la cáscara de la almendra. Ostentaba completa y sana su dentadura, y tenía el pelo casi enteramente blanco. Los agasajos que hizo a su pariente no acababan nunca, ni las memorias tristes y cariñosas que consagró a doña Sales y a la pobrecita *Ción*. Díjole después que si se proponía pasar una temporada en Toledo, huyendo de los trajines de Madrid, debía hospedarse en aquella casa, pues las fondas eran rematadamente malas y bulliciosas, como Angel había podido observar.

—Aquí estarás como en la Gloria. No hallarás en todo el mundo lugar más sosegado, más silencioso. Hay aquí dos huéspedes... Vamos, aunque esto no es casa de huéspedes, tengo dos señores para ayudarme, sacerdotes, personas tan tranquilas, que no se las siente, cada uno en su cuarto, calladitos como en misa. No gasto criadas: yo lo hago todo. Sólo viene aquí una mujer que me lava los suelos y me ayuda durante el día. Te daré mi habitación, que es... un verdadero nido de canónigo. Sube y la verás, y yo me pasaré a otra.

A Guerra, en efecto, parecióle aquello el Paraíso. ¡Qué silencio, qué apartamiento, qué paz! Podría creer que un fabuloso hipogrifo le había transportado, en un decir Jesús, a cien mil leguas de Madrid. Aceptó sin vacilar; aquella misma noche trajo de la fonda su equipaje y se instaló. Su cuarto era un verdadero rincón arqueológico, cuya limpieza y chabacanería ingenua le encantaron; las paredes, blanqueadas; en la cómoda panzuda, un Niño Jesús de talla, monísimo, con témporas de metal y zapatos de tisú, trajecito muy hueco de raso con lentejuelas; las maderas de la ventana, pesadísimas, de cuarterones pintados al temple; la vidriera, verdosa, con más plomo que vidrio; en la pared, un cuadro torcido con estampa manchada de humedad, representando al cardenal Lorenzana, y otro con el célebre Transparente en el momento de ser visitado por los reyes Carlos IV y María Luisa; el piso, de baldosín bruñido, cubierto en parte por valenciana estera de las más sencillas; tocados de espejo sobre pivotes, y otras varias rarezas que él no había visto nunca más que en las prenderías. Púsole además su patrona, por si quería escribir, un tintero de Talavera, que debió de prestar servicio a los que redactaron el Fuero Juzgo, con otros objetos cuya aplicación no entendió Guerra, como dos o tres acericos muy lindos colocados allí con un fin puramente ornamental, porque no tenían alfileres.

La cena fué tan clásica como familiar, compuesta de las inmemoriales sopas de ajo, acartonaditas; el huevo, el guisado de carnero y la ensalada, minuta o documento gastronómico que ya no debía de ser nuevo en tiempo del arrianismo. Sirvióla Teresa con diligencia y aseo. Los cubiertos traían a la memoria industrias que fenecieron, y las servilletas raspaban poco menos que papel de lija. Pero todo era limpio, inocente, patriarcal, y constituía para el advenedizo un mundo enteramente nuevo. Cenando, conoció a sus dos compañeros de hospedaje, el uno canónigo de la catedral, don Isidro Palomeque, sexagenario muy corriente y francote, dado a las investigaciones arqueológicas; el otro, capellán de las monjas de San Juan de la Penitencia, varón de una timidez inenarrable. Llamábanle don Tomé; se ruborizaba siempre que tenía que decir algo, por insignificante que fuera, y apenas alzaba del plato sus ojos lánguidos, exentos de toda malicia. A entrambos los observó Angel, empezando por Palomeque, rostro muy de paleto, con cejas de guardapolvo, piel curtida, bien cortada nariz, que empezaba en nuez y acababa en tomate, orejas como aventadores, fisonomía vivísima, y modales corteses con gravedad, de ese tipo de hidalguía que se va perdiendo como otras muchas cosas. Picando en varios asuntos, dió a conocer el canónigo su temple

conciliador y propicio a la amistad, exento de pasión hasta en materias religiosas, carácter que intelectual y moralmente se gozaba de su propia inercia, en las delicias intermedias y opacas de un presente sin brillantez, pero también sin afanes. Asimismo reveló el buen prebendado, en las breves pláticas de la primera noche, su caudalosa erudición de menudencias y chismes históricos. En cambio, el capellán de monjas parecía mudo. Su cortedad causaba pena. Angel observó de soslayo aquella cara, al propio tiempo aniñada y decrépita, tan desprovista de expresión varonil, que bien podría pasar, si le pusieran tocas, por cara de mujer.

No durmió Guerra muy bien, porque la paz desvela como el bullicio, y la primera noche de silencio excita a los que vienen del tumulto. Extrañaba la cama, harto menos blanda que las suyas de Madrid; extrañaba el calzado elegante del Niño Jesús, la imagen borrosa de Lorenzana y la inmaculada blancura de las paredes. Durante largo rato atormentó su cerebro caldeado por el insomnio una enfadosa cavilación sobre el uso que tendrían los acericos que en número tan desproporcionado veía en su alcoba. Su imaginación se los reprodujo, y ya no eran tres, sino treinta o más, los adminículos de aquella clase que por todas partes le cercaban, no ya sin alfileres, sino tan guarnecidos de ellos que parecían puercoespines acechando su sueño. No apagó la luz hasta muy tarde, y allá de madrugada, durmiendo a pedacitos, oía campanadas de diferente timbre, que tocaban a misa. Unas sonaban chillonas, otras graves, con distintas intensidades y tonos, música ondulada según los caprichos del aire, y que a veces se venía encima hasta herir de cerca los oídos del durmiente, a veces se alejaba, dejando sus ecos en las cavidades del sentido. Era como los términos de un lenguaje que se comprende a medias, palabra sí, palabra no, y que por su propia ininteligencia embelesa más el alma, meciéndola entre dos dudas, la duda del que vela y la del que reposa.

II

Al siguiente día costóle trabajo a Guerra decidirse a visitar a *don Suero*. Pero la razón fría venció su desgana, y después de comer se encaminó perezosamente a la calle de la Plata, la calle de alcurnia, toda flanqueada por una y otra banda de soberbias puertas que son otros tantos muestrarios de clavos hermosísimos. Lo primero que en el patio se veía era una colección de columnas de mármol, árabes, con bellísimos capiteles, los fustes rotos, sujetos por zunchos de hierro. Estaban arrimados a la pared en buen orden, a estilo de museo, y tal carácter en efecto tenían, pues Suárez, como todo toledano rico, era algo arqueólogo, y habiendo encontrado aquellos magníficos restos al hacer excavaciones en su finca de Azuqueica, los puso ordenadamente en el patio para que *pudieran apreciarlos las personas de gusto*. Por lo demás, el patio no desdecía del tipo común, sólo que los pilares estaban pintados, el pozo era magnífico, el baldosín y empedrado de lo más fino y extraordinariamente lujoso el caldero de bronce para sacar agua del aljibe. Los evónimos no faltaban, ni canarios en bonitas jaulas. Pero lo más notable era la caterva de cuadros viejos que en todas las paredes se veían, algunos sin marco, y por lo general malísimos; asuntos de frailes encanijados. Animas del Purgatorio imitando el bacalao a la vizcaína, y vírgenes con basquiña, despojos sin duda de santuarios rurales que *don Suero* había ido recogiendo aquí y allá para almacenarlos, en la creencia de que eran *cosa de mérito*. En todas las ciudades donde ha florecido la pintura, como Sevilla, Valencia y Toledo, aparece, tras el expurgo de los siglos y la selección que nutre los museos, esa barredura artística que invade las casas burguesas y se perpetúa en las prenderías.

La casa ofrecía diversos planos y perfiles en su desigual arquitectura. Al llamar a la puerta del zaguán, una criada daba el quién vive desde altísima ventana del patio, y tiraba de una cuerda, franqueando la entrada. El visitante subía por la escalera de peldaños de madera guarnecidos de azulejos, atravesaba pasillos derrengados por los asientos de la antigua fábrica, y para llegar a la sala tenía que volver a bajar y subir luego dos o tres escalones. La sala, ¡ay!, ostentaba sillería de seda color de corinto, la cual se daba de bofetadas con pe-

dazos de tapiz y con mueblecitos antiguos de taracea. Las arañas de vidrio, de lo más común, insultaban con su modernismo insolente la figura severa de un San Pedro Mártir, que si no era del padre Maino, lo parecía. Pero lo más discordante y chillón era una media docena de cromos, con moldurita dorada de a peseta la vara, representando escenas del *Derby* y todo el matalotaje insípido de las carreras de caballos, traídos de París por *don Suero,* como la más fina muestra de sus ilustradas aficiones, y que lucían en la sala junto a las cornucopias procedentes del destruído monasterio de San Miguel de los Angeles. Pero en estas disonancias no reparaba don José, ansioso de poner su casa a estilo de Madrid; y en sus viajes a la corte siempre se traía alguna cosa elegante, bien las cortinas de linón rameado, bien la parejita de figuras de bronce alemán, de lo barato; el marquillo de felpa para las fotografías, o algún muñeco de *biscuit* o *terracotta,* de estos que hacen gracia por lo picantes, sin que faltara el chisme de latón galvanizado con emblemas de caza o pesca rodeando un termómetro, que ni a palos marcaba la temperatura.

Recibió Suárez a su pariente con demostraciones de afecto, en las que pusieron su parte doña Mayor y María Fernanda, la hija soltera. Era el jefe de la familia un señorete de estos que, aun dentro de casa, ostentando el gorro de terciopelo engrasado y la americana de desecho, revelan el uso público de las prendas nobles de sociedad. En efecto, no se concebía a *don Suero* sin su levita cerrada y su sombrero de copa, partes tan esenciales como el bigote corto de tres colores, la nariz cotorrona y algo torcida, el bastón con puño de plata, todo realzado por una gran pulcritud de la persona, de pies a cabeza. Era una figura que daba respetabilidad al pueblo y al vecindario. Veíasele mucho en la calle; no así a su señora, de tal modo petrificada en las formas y costumbres antiguas, que nunca traspasaba los umbrales, salvo la salidita a misa muy de mañana en San Nicolás, la única iglesia de Toledo, tal vez, absolutamente rasa de interés artístico y de poesía religiosa o legendaria.

Los tres hablaron largamente con Guerra; pero no le ofrecieron la casa para vivir, ni dijeron nada al saber que vivía con Teresa Pantoja. Ni una palabra de los últimos acontecimientos de la vida de Angel en Madrid, lo que éste agradeció mucho, pues esperaba reticencias y alusiones impertinentes. En resumen: la acogida parecióle de agasajo cortés y un tanto receloso. Doña Mayor era un eco servil de las observaciones *ilustradas* que a cada instante hacía su esposo, y en cuanto a María Fernanda, Guerra la calificó, al primer envite, de enteramente vulgar. Preocupábase mucho de las modas, para ponerse cuanto ringorrango traían los figurines del periódico a que estaba suscrita; al dedillo se sabía las óperas que iban echando en el Real, de Madrid, y lamentaba que Toledo no tuviera la animación correspondiente a capital de tanto señorío. De físico no andaba mal la niña, sin ofrecer nada extraordinario: finita, mal color, ojos bellos, mixtura de damisela de *cortijo* que se hace su propia ropa y tiene las manos bastas, y de costurerita de *corte* que sabe mil suertes y toques de agradar. Viéndola y escuchándola, Guerra se convenció de que nunca sería la tal prima santo de su devoción.

Don Suero se condolía de lo triste que ha de ser para un madrileño la vida toledana.

—Y eso que Toledo, con la Academia, no es conocido. La plaza está muy bien surtida. Casi todos los días vienen ostras.

—Y los pescados finos nunca faltan —apuntó doña Mayor.

—Este invierno—dijo la niña, que siempre cuidaba, con noble patriotismo, de ensalzar la población—vamos a tener compañía *seria* de zarzuela. La que tuvimos este verano no daba más que mamarrachos; pero ahora nos anuncian *Las campanas de Carrión* y *El reloj de Lucerna.*

—Nuestro vecindario—observó *don Suero*—no ayuda a los artistas, y si no fuera por los chicos de la Academia, esto sería un cementerio. Hay muy poca sociedad, y son contadísimas las casas donde se reúnen tres personas por la noche a jugar al tresillo... A los hombres los tienes todo el día en el Casino, hechos unos vagos, y las señoras siempre en casa. Por no salir, no van ni a las funciones de la Catedral.

Aseguró que una de las causas de la

tradicional desanimación era la estructura laberíntica y huraña de la ciudad, compuesta exclusivamente de cuestas, callejones y pasadizos, sin salida fácil a la Vega. El había trabajado lo indecible en el Ayuntamiento por decidir a éste a una reforma radical, derribando media ciudad y reconstruyéndola con arreglo a las modernas pautas de la urbanización.

—Yo he viajado, hijo; yo he estado en París y sé lo que son poblaciones. Vivimos en un *nido de águilas*, y la vida moderna no cabe aquí. Dicen que no hay medio de regularizar este ciempiés, y yo respondo que una voluntad de hierro todo lo facilita. Respetando los grandes monumentos: Catedral, Alcázar, San Juan y poco más, debemos meter la piqueta por todas partes, y luego alinear, alinear bien. Vengan bonitas fachadas, vías amplias, con árboles; quioscos y candelabros de gas. Pero me canso de predicar en desierto, y cada día está la población más horrible. ¡Figúrate tú qué hermoso sería aislar completamente la Catedral, ensanchar la calle del Comercio y poner un tranvía de punta a punta! Lo que falta es dinero, dinero, dinero. Con él se podrían restaurar los buenos edificios, con arreglo a lo que dictaminaran las academias y cuerpos facultativos; declarar la guerra al gusto barroco, demoler murallas y puertas, pues con el producto de la piedra sillería que en ellas hay levantaríamos de nueva planta un palacio de hierro para exposiciones de *caldos* y otros productos agrícolas. Di tú que aquí no hay iniciativa para nada, que éste es un pueblo apático, y lo mismo le da pitos que flautas. No sabes lo que he trabajado porque se establezca aquí un buen Ateneo, donde se den veladas y conferencias, y se lean bonitos versos, para que los jóvenes se vayan ilustrando. Pues, no, señor; háblales de levantar una nueva plaza de toros, pero de Ateneo no les hables, porque se quedarán en ayunas.

A Guerra se le sentaba en la boca del estómago la ilustración de su tío, el cual, metiendo también baza en política, dijo que si hubiera en España patriotismo, todos los hombres notables debían unirse para formar un solo partido, que gobernaría sin mirar más que al interés de la nación, subiendo los aranceles y bajando las contribuciones.

—Pero no tengas cuidado, que no lo harán. Mientras riñen por el turrón, el extranjero se apodera de nuestra riqueza y nos explota. Y no prosperaremos, créelo, hasta que no hagan lo que digo: unirse todos, todos, desde el carlista al republicano.

Todo el tiempo que pudo aguantó Angel la matraca que sus tres parientes le dieron, hasta que, apurada su paciencia, se despidió, prometiendo ir a comer el día que le designaran. Acompañóle el propio *don Suero*, que quiso prolongar la jaqueca al través de las calles, y lo primero que hizo el buen señor fué mostrarle las reparaciones últimamente hechas en la casa bajo su dirección. La fachada plateresca era de las más típicas de Toledo; mas para evitar el descascarado de la piedra, habían dado una mano de pintura color perla a toda la fábrica y otra de blanco a los escudos, imitando mármol. Sobre la magnífica puerta armaron un cierre mirador de pino, imitando nogal, que parecía obra del mismo demonio por lo fea y profana; las rejas quedaron de negro, mostrando las persianas verdes tras su labor airosa, y los clavos de la puerta, estupenda obra de herrería, que figuraban cuatro conchas unidas en cruz, desaparecían bajo una capa de pintura, imitando bronce. Satisfecho estaba *don Suero* de su restauración, y Guerra, disimulando la antipatía que el buen señor le inspiraba, no tuvo más remedio que elogiar aquellos horrores. Brindóse después el eximio toledano a enseñarle lo más notable de la ciudad, acompañado de un entendido arqueólogo; pero Guerra esquivó el ofrecimiento con toda la cortesía posible. Le enfadaban los admiradores furibundos, los sabios prolijos que quieren hacer notar mil insignificantes pormenores, los que se embelesan delante de una piedra o ladrillo roñoso, que maldita la gracia que tiene.

—Bueno, pues vete por ahí, y registra bien la Catedral y demás cosas de mérito. Después que te hayas hartado de antigüedad, te llevaré a ver la Diputación, donde hemos hecho obras de suma importancia. Verás también los dos casinos, que son notables, pero muy notables, bien decorados, con espejos, cortinas de terciopelo, unas arañas para petróleo que se han traído de Bayona directamente, y dos o tres soberbias alfombras de fieltro. En fin, que está muy

bien, y verás que, aunque pasito a paso, algo se va adelantando.

Despidiéronse, al fin, junto a la Catedral, y, al verse libre de su ilustrado pariente, Angel, ¡ay!, respiró como si despertara de una pesadilla.

III

Faltábale la visita a *Leré*, objeto principal de su viaje; mas un sentimiento de delicadeza dictábale la idea de aplazarla, porque, habiéndole precedido la joven toledana tan sólo dos días, parecería que la acosaba. Determinó, pues, esperar, saboreando, en tanto, el gustillo de considerarse próximo a ella, de suponerla tras este o el otro muro, o de creer que, momentos antes, había pasado por las calles que él recorría. Porque su ocupación única, en los días primeros, fué vagar y dar vueltas, recreándose en el olor de santidad artística, religiosa y nobiliaria que de aquellos vetustos ladrillos se desprende; su placer mayor, perderse sin guía ni plano, jugando con el ovillo revuelto de las calles. De noche, el misterio y la poesía resaltaban más que a la luz del sol. Las puertas erizadas de clavos, la desigualdad infinita de planos, rasantes y huecos: las fachadas, con innumerables dobleces, las rejas, las imágenes dentro de alambrera y con lamparilla, los desfiladeros angostos, entre muros que se quieren juntar; los cobertizos y travesías empinadas, la soledad, la sombra distribuída en masas caprichosas, avivaban más en el espíritu del vagabundo la impresión de leyenda dramática o de histórico lirismo. En sus primeras caminatas, la planimetría de la ciudad érale desconocida; pero pasando y revolviéndose de Norte a Sur y de Levante a Poniente, empezó a orientarse, fijó los grupos de edificios más visibles, las torres y cúpulas, y de este modo pudo dominar el sentido de las calles y entenderlas como signos de endiablada escritura, que se va comprendiendo después de pasar por ella los ojos una y otra vez. Sale ahora este vocablo; después, aquél; se despeja parte de una cláusula; luego se trasluce una frase íntegra, hasta que, interpretados con cálculo y paciencia los espacios intermedios, llégase a leer de corrido todo el conjunto de garabatos.

Las excursiones nocturnas dejábanle con ganas de ver a la luz del día lo traslúcido entre las sombras de la noche. "¿Qué serán estos muros altísimos? —se preguntaba—. Esta vertiente espantosa, ¿a qué abismos conduce?" Y levantándose muy temprano, se lanzaba de nuevo a su exploración vagabunda. Las campanas de los conventos y parroquias llamando a misas tempranas producíanle una emoción suave que no lograba definir. No era que a él le entrasen ganas de oír misa; pero le encantaba la impresión fresca y estimulante del madrugar, y miraba con simpatía a las pobres mujeres que, arrebujadas y carraspeando, se metían en las iglesias. Allá se colaba también él, movido del *dilettantismo* artístico y de cierta curiosidad religiosa, ligeramente estimulada por pruritos de vida espiritual. Las iglesias de los conventos de monjas le ofrecían singular encanto, y siempre que abiertas las hallaba, a primera hora, se metía dentro. De este modo, multitud de misas pasaban por delante de sus ojos todas las mañanas. Comúnmente, una sola persona, o dos cuando más, fuera del cura y monaguillo, se veían en el templo, alguna vieja que entraba rezando entre dientes, algún anciano catarroso con trazas de mendigo. Lo que más le enamoraba era el sentimiento de reposo, de convalecencia, de tranquilidad interior que aquellos recintos monjiles tenían en sí. El fresco matinal resultaba placentero en aquella cavidad hospitalaria, en la dureza del banco lustrado por el tiempo o de rodillas sobre el ruedo de esparto. Y de tal modo le iban gustando las iglesias de monjas, que, vista una, quiso verlas todas, y poco a poco, ésta quiero, ésta no quiero, visitó Santo Domingo el Antiguo, las Capuchinas, Santo Domingo el Real, las Claras, San Clemente, San Pablo, etc., y allí permanecía hasta que le echaba el sacristán, entre siete y ocho. Si el cura no estaba en el altar, recorría la iglesia con estudiada compostura, buscando *Grecos*, que eran su delicia, examinando altares barrocos, Cristos con melena y Vírgenes de cerquillo, investigando siempre lo raro, lo artístico, lo sentido, que, en medio de mil vulgaridades, suele encontrarse allí donde un poderoso sentimiento ha engendrado tantas y tan diversas formas. Durante la misa se sen-

taba o se arrodillaba con fingida devoción, echando miradas furtivas a la verja del coro, por la cual se traslucían, bañadas en luz azulada y misteriosa, las siluetas blanquinegras de las esposas del Señor.

Allí dejaba correr el pensamiento por el campo sin fin de la Historia, de la Filosofía, y aun por el secano de la Economía política, encontrándose en su propia mente con mil ideas contradictorias. Mirando las cosas desde cierta altura, envidiaba la existencia apacible, sublimemente egoísta, de aquellas buenas señoras desligadas del mundo, sin familia, pensando sólo en su salvación y cultivándola con una vida de sobriedad, abstinencias y privaciones, en cuyo fondo, al liquidar la cuenta de afanes y goces, resulta quizá un regalo y bienestar profundísimo. Cuando la misa concluía, acercábase a la verja, y de cerca las contemplaba, admirándose de que ellas no se asustaran ni parecieran hacerle caso. "Esta monja que aquí cerca veo—decía—, ¿quién será? ¿Cómo se llamaría en el mundo? ¿Por qué entró aquí?" Oíalas rezar, y aquel murmurio dulce que, en el conjunto de veinte o más voces, sonaba con ondulaciones perezosas, como si el aire a desgana lo transmitiera, le penetraba hasta el alma, dándole cierto escalofrío placentero.

Al fin de la visita se entretenía viendo al sacristán apagar las luces, recoger las velas, los vasos sagrados, las ropas del cura, y pasarlo todo al coro por medio de un cajón como los de las cómodas, que una monja recibía por la parte interior de la verja. Veía cómo las señoras se retiraban hacia dentro, dejando vacío el coro, lo mismo que la iglesia, pues el único individuo que había oído misa se marchaba, persignándose, envuelto en su capa. Guerra salía también, no sin dar propina al sacristán, el cual le tomaba por extranjero que iba a la husma de algún brocado antiguo para el comercio de *bric-à-brac*.

Pero nunca le había dado por coleccionar trapos ni cachivaches. Lo que hacía era recrearse en la inmensa riqueza artística que oscuramente, y sin que nadie lo eche a ver, atesoran aquellas casas de recogimiento. En unas observaba la fábrica hermosa del severo estilo del *Greco*; en otras, las enmiendas y superfetaciones de los siglos, empeñados en desmentirse unos a otros; aquí, la insulsez de la piel académica, dejando ver por intersticios la oreja mudéjar, el plateresco que lleno de savia se abre paso entre restos góticos.

Un día de fiesta encontróse en San Clemente con misa cantada y solemne función. Mayor encanto que los demás monasterios de señoras tenía para él el de monjas Bernardas de San Clemente, porque allí se había educado *Leré*, allí le inspiró el Cielo la divina ciencia con que había trastornado el seso de su amo. La aristocrática iglesia resplandecía con enorme profusión de cera encendida, colgadas las paredes de soberbios damascos, los altares vestidos de gala. La concurrencia, escasísima, pues apenas constaba de tres o cuatro mujeres y un viejo, hacía más interesante el acto. Oficiaba un solo cura, y las monjas respondían a su canto, acompañadas del órgano, con plañidero sonsonete, que a Guerra le hacía muchísima gracia. En la iglesia y en lo que del coro se veía, notábase lo que en el mundo se llama *distinción*, un no sé qué de nobleza no afectada y de esplendor mate, como el de los metales de ley cuando el tiempo les hace perder el antipático brillo de fábrica. Angel se acercó a la reja del coro y vió en la sillería lateral de la izquierda una figura gallardísima, descollando entre el grupo de monjas. Era la abadesa, que empuñaba báculo como el de un obispo, adornado, para que resultase femenino, con magnífico lazo de ancha cinta de seda blanca como la nieve. Imposible pintar lo guapa que estaba aquella señora con su hábito blanco y negro, de pliegues amplísimos, y lo bien que le caía la toca con el pico en la frente. Era dama hermosa, ya algo madura, de airoso continente, sin que su hermosura y gracia quitaran nada al tono episcopal que le daban su colocación en la silla mayor, el báculo y el aspecto de subordinación de sus compañeras.

Embebecido Guerra ante semejante espectáculo, consideraba cuánto más bonito era aquello que una función de gala en el Real o que una recepción palatina. No quitaba los ojos de la abadesa, y ésta no parecía enojada de su mirar impertinente. Por el contrario, notó Angel que, al levantarse después de humillar su frente sobre el libro de rezos, se arreglaba el borde de la toca con mano

de mujer, mano delicada y flexible que parece que tiene ojos. La señora aquella parecióle a Guerra tan digna como elegante, toda majestad, y no se cansaba de contemplarla, atisbando también a las otras monjas, entre las cuales las había de variados tipos, viejas y jóvenes, pálidas todas, de mirar indiferente. La idea de que todas ellas debían de conocer a *Leré* se las hacía más interesantes. Cuando por guardar las conveniencias miraba al altar, sus ojos se deslumbraban con la custodia, que parecía un sol, oro puro, brillo de piedras preciosas, destellos vívidos, en los cuales algo había de lenguaje misterioso, como el de las estrellas que chispean en el fondo del cielo oscuro. Prefería mirar hacia el interior del coro, porque la custodia le encandilaba, imponiéndole cierto respeto, que él creía supersticioso, y el cura oficiante le resultaba bastante antipático, con su rostro de salvaje y su vozarrón destemplado y becerril.

Al introducir de nuevo su investigadora mirada en el coro, vió una cosa que antes, fijándose sólo en la elegante abadesa, no había visto. Era una Virgen de tamaño casi natural, con estupenda corona de las llamadas imperiales, pectoral y broches guarnecidos de pedrería, vestido riquísimo de tisú de oro y seda carmesí, recamado de aljófar. Alzábase la hermosa imagen en un trono portátil frontero a la silla de la abadesa, con andas de chapa de plata y flores magníficas de plata y tul rosa. Cirios de transparente cera labrada, con picos mil, la alumbraban, reflejándose en la pintura del rostro, el cual era de lo más agraciado, de lo más simpático (si tal calificativo cabe) que es posible imaginar. ¡Aquella Virgen hermosisima era, sin duda, la que hablaba con *Leré* en éxtasis, diciéndole las cosas que ésta refería con tanta ingenuidad! Los ojos de la efigie, brillantes como luceros, miraban a la abadesa, y la abadesa, atenta a su libro, leía y releía murmurando las cláusulas con ritmo de canto llano. Después cantaron, alternando las voces: la abadesa decía un versículo y respondían las otras. Terminada la misa, los cantos y rezos siguieron largo espacio dentro del coro, hasta que vió Guerra que unas monjas que parecían acólitas incensaban a la Virgen... Entonces reparó que ésta tenía Niño, y que el Niño ostentaba escarpines de oro acabados en punta. Por fin, las monjas cargaron la imagen, arrimando el hombro a los plateados palos de las andas, y se la llevaron en lenta procesión, en dos filas, la abadesa detrás, marcando el paso con su báculo, asistida de media docena de ellas, que debían de ser las más ancianas, y la comunidad se filtró cantando por una puerta que al claustro, sin duda, conducía.

Sacó a Guerra de su abstracción una desentonada voz, que le dijo casi al oído estas palabras:

—Caballero, ¿quiere usted ver dos bandejitas de plata repujada y un portapaz cincelado, del siglo diecisiete, legítimo, obra preciosa?... Se dan baratos.

Quien le hablaba era un hombre no muy viejo, pero sin dientes, mal vestido, con andrajosa capa, el cual poco antes se había sentado en el banco junto a él.

—Gracias—replicó Angel—. No soy anticuario.

Y se marchó, porque el sacristán repicaba con el manojo de llaves. Todo el resto del día estuvo saboreando la impresión de lo que había visto y oído, la elegante abadesa, la custodia como un sol, la Virgen bonita, amiga de *Leré*, los artísticos ornatos de la iglesia, tapices y cornucopias, el misterioso ámbito del coro, el canto desmayado y nasal de las monjas, y por la tarde no pudo resistir a la tentación de volver allá. Pero la iglesia estaba cerrada, y su puerta vieja, roñosa y musgosa, era como la de un panteón donde hace mucho tiempo que no se entierra a nadie. Recorrió la calle mirando la tapia inmensa, llana, desesperante, en la cual se pierde el gracioso pórtico de Berruguete como joya engarzada en infinita capa de paño pardo. Ni un alma pasaba por allí, ni gato ni perro, ni mosca, ni ser viviente alguno. Embebecido en aquella soledad, miraba la tapia y se decía: "¿Qué estará haciendo ahora la abadesa guapa? Y las demás monjas, ¿qué harán? Estarán comiendo. Y ¿qué comen..., qué dicen, qué piensan?... Cuando duermen, ¿qué soñarán?"

IV

Leré vivía con sus tíos y con el padre Mancebo en un barrio laberíntico, entre el Pozo Amargo y la parroquia de

San Andrés. Dos o tres veces pasó Guerra por allí sin atreverse a entrar: rondaba su ilusión, temiendo ahuyentarla si se lanzaba derechamente hacia ella. Decidido al fin una mañana a preguntar por su antigua criada, hizo tiempo hasta que llegase la hora oportuna, y después de examinar por dentro y por fuera la interesante iglesia de San Andrés, se sentó en el altozano que frente a la parroquia domina todo el sur y parte del oriente de la ciudad, y contempló la perspectiva de techumbres, de tan variados planos y con tal diversidad de ángulos y cortes, que parece que todo ello se mueve como un oleaje, flotando arriba la mole del Alcázar y no lejos de ella la torre mudéjar de San Miguel el Alto. El cielo azul da más vigor al tono de los tejados, que parecen esteras viejas o superficies duras y arrugadas, como las cáscaras de nuez. Sin saber por qué, a Guerra se le figuraba que el mismo aspecto debía de tener Samarcanda, la corte de Tamerlán. No le resultaba aquello ciudad del occidente europeo, sino más bien de regiones y edades remotísimas, costra calcárea de una sociedad totalmente apartada de la nuestra por sus extrañas nociones de la propiedad y de la geometría. Llegada la hora que estimó conveniente, se precipitó por el callejón de los Muertos, agarrándose al muro. ¡Qué confusión de lo noble y lo villano! En las gruesas estribaciones de la parroquia vió los escudos de los Rojas, morrión por arriba, losanges y cascabeles por abajo, y entre los miembros rotos de fábricas que fueron magníficas, casuchas miserables, puertas increíbles, rejas gastadas que semejaban palos de canela, paredes hendidas y tabiques de ladrillo que se sostenían de milagro. Atravesó una plazoleta de la cual se salía por angosta hendidura que apenas daba paso a un hombre, y en la cual se veían oquedades siniestras, inhabitadas, donde las telarañas, sobre la madera color de yesca y matizadas por el sol, remedaban la lividez mate del veludillo que ha perdido el pelo. Encontróse en un crucero donde jugaban chiquillos, y les preguntó por la vivienda que buscaba.

—Por aquí se entra—le dijo uno, señalando una puerta grande, como de mesón o taller de carretería. Sobre su clave dislocada veíase un precioso azulejo con el letrero: *Capilla de cantores*, indicando la pertenencia de la finca antes de la desamortización.

La puerta aquella daba a un patio plantado de raquíticos árboles. A la derecha vió Angel una construcción con aspecto de taller, y examinando su interior desde la puerta, vió una cavidad negra, con suelo como de herrería, las vigas del techo ahumadas, y en el fondo algo como restos de fraguas, hornos o cosa tal. Pero el destino presente debía de ser el de almacén o depósito de Estancadas, porque Guerra vió multitud de cajas en montones a un lado y otro. Una mujer andrajosa, encinta y con un chico en brazos, le salió al encuentro, tomándole por extranjero rebuscón o arqueólogo, y le dijo con satisfacción toledana:

—Sí, *señó*; aquí, aquí *jué* donde se coció el metal de la campanona grande. Pase si quiere.

—Gracias. ¿Me podría usted decir dónde vive el padre Mancebo?

—¿Don Paco? ¡Ah! Sí que tal. Por aquí pasa Roque y la Justina cuando *vien* de arriba. Pero la puerta grande la *tien* por el *Plegaero*.

—Volveré por la calle.

—No que tal. Pase, ya que está aquí, y *vederá* esto. Muchos extranjeros que lo *veden* se quedan *asmados*.

Franqueada una puerta, que más bien parecía gatera, y salvados dos o tres escalones, encontróse Guerra en un aposento cuadrado. Como pasase por él sin fijarse, deseando salir pronto de tal laberinto, la mujer le llamó la atención, señalando al techo:

—Pero qué, ¿no mira esto, que dicen es de lo *güeno* que *hijieron* los moros?

En efecto, Angel vió un techo magnífico, de ensamblaje, sostenido por arábigo friso, cuya graciosa alharaca se apreciaba muy bien bajo la mano de cal que la cubría.

—Muy bonito. ¡Lástima de arquitectura! Y ¿qué es esto?

—Mi casa que tal.

Dos camastros, una cuna, cómoda y cuatro banquetas derrengadas eran el ajuar de la extraña pieza.

—Pues por esto, y aquel otro camarín donde está la cocina, y que también *tie* techo moro, pago veintiséis *riales* al mes, que es un *irror* de carestía.

—Y ¿de qué vive usted?

—El mi *marío* es ciego y vende *to* el papelorio de *Madril*. ¿No le ha *uyido busté* vocear por las calles? Yo, si a mano viene, hago buñuelos. Pero ¡con tanta familia!... Ya *vede busté*; *ca* año, por *Navidá*, criatura.

—¿Siempre por Pascuas? ¡Qué puntualidades se usan en esta tierra!—dándole limosna—. A ver, lléveme pronto a la casa del señor Mancebo.

Tres escaloncitos más, un corralón triangular donde hormigueaban chiquillos y mujeres pobres, que se peinaban al sol; un pasadizo, otra puerta árabe apuntalada, y, por último, un patio más decente, con pozo, tiestos de matas sin hoja, empedrado musgoso y lleno de verdín, y una artesa de lavar. Aquel espacio, al cual se entraba desde la calle del Plegadero por un derrengado portalón, servía de atrio común a dos o tres viviendas de aspecto relativamente decoroso. Por la puerta de una de ellas salió una mujer cuarentona y obesa, morena, desbaratada de cuerpo, vestida de trapillo, con las mangas arremangadas. Era Justina. Después de saludarla, preguntóle Guerra por *Leré*, dando a ésta su verdadero nombre, y ella, con cierta indecisión y desconfianza, como temerosa de decir la verdad, le respondió que su sobrina estaba haciendo ejercicios en la casa provisional de las Hermanitas del Socorro, junto al Tránsito, y que no vendría, tal vez, en dos o tres semanas.

Cuatro chiquillos babosos y llorones se colgaron a las faldas de Justina, que tuvo que sacudírselos para poder andar.

—¿Y el beneficiado Mancebo?

—¿Mi tío? En las Claverías le tiene usted, lo mismo que mi marido. Hoy volverán tarde, porque hay obra en el claustro alto y en la capilla de San Nicolás, y el señor cardenal les ha dicho que tienen que acabarle todo antes de las funciones de Pascua.

—Usted no me conoce—le dijo Guerra, añadiendo su nombre.

Al oírlo se disipó la desconfianza de la buena mujer, y deshaciéndose en cumplidos y finuras, hizo pasar al visitante a una salita baja, en la cual vió éste un espectáculo singularísimo, quedándose indeciso un buen rato entre el horror y la sorpresa. Sobre mesilla no muy alta veíanse unas piernas arrolladas, formando ruedo, y más parecidas a tentáculos de pulpo que a extremidades de persona, y, en el centro de aquello, una humana cabeza del tamaño común en el adulto, con las facciones perfectamente conformadas. El mirar, aunque de idiota, no carecía de expresión dulce, fijándose con persistencia en el desconocido que le contemplaba. Cabellos lacios cubrían algunas partes de su cráneo, y en su cara crecían pelos ásperos y largüiruchos, que por lo escasos se podían contar. Después de mirar mucho a Guerra, la cabeza se irguió, dejando ver un cuello raquítico y un busto enteco, del cual pendían brazos fláccidos y como sin hueso, al modo de las piernas. Colgábale del cuello una especie de blusa o más bien funda verde, de tartán, único vestido que cubría el cuerpo de tan desgraciado y monstruoso ser.

—Es el hermano de Lorenza—indicó Justina—. No le tema usted. Es que se altera un poco cuando ve personas desconocidas.

El fenómeno le enseñó los dientes, produciendo con la lengua un castañeteo semejante al canto de la perdiz. Después gruñó un poco, recobrando su primitiva postura, la cabeza en el centro de aquel informe revoltijo de carne, sin apartar de Guerra la mirada, con expresión de perro que vigila.

Angel sintió escalofríos, un instintivo miedo o repugnancia que no sabía dominar, y salió otra vez al patio, donde se encontraba mejor que en la sala. Justina le sacó una silla para que se sentara, repitiendo la cantilena de antes.

—Muchos días ha de tardar la niña en volver acá. Pero no es seguro: puede venir cuando menos se piense, porque no ha tomado el hábito, ni lo tomará hasta que acabe los ejercicios.

Los chiquillos, pegados a las faldas de su madre, que apenas moverse podía con tal impedimenta, miraban con asombrados ojos al forastero. A las preguntas de éste sobre la extensión de su prole, contestó Justina entre risueña y quejumbrosa que *le vivían* siete, y que por estar su marido medio imposibilitado a causa de una caída, se veía y se deseaba para mantenerlos. Gracias a la protección del tío iba defendiendo el rebaño. Su marido era carpintero, un hombre como pocos, muy sentado y sin vicio ninguno;

pero inútil o poco menos para el trabajo, y sus ganancias se reducían al corto estipendio que el beneficiado le agenciaba en la Obra y Fábrica.

Llegaron en esto de la escuela los dos hijos mayores, pobremente trajeados, pero bien apañaditos, cargados de libros sucios y de cartera y pizarra. Besaron la mano a su madre, que les presentó a' visitante, encareciéndole lo malos que eran, sobre todo el mayorcillo, de ojos ratoniles, vivo como la pimienta y muy salado de facciones. Mientras la madre y el más pequeño se internaban en la casa, el chicuelo mayor se familiarizó con Angel, quien le hizo mil preguntas, sacando en sustancia que era monaguillo de la Catedral, pero que *estaba de baja* por algún tiempo para ir a la escuela. Llamábase Ildefonso; su precocidad y agudeza encantaban a Guerra, que le tuvo por amigo desde el primer cuarto de hora de trato. Bastó que le alentara un poco para verle hacer mil monerías; verbigracia, imitar el paso claudicante y la voz insegura del señor cardenal, y otras chuscadas. Justina salió con una gran cesta: era la comida del marido, que trabajaba en las Claverías, y se la dió al muchacho para que pronto la llevase.

—Y cuidado como te entretienes a jugar por el camino.

Guerra creyó que era importunidad permanecer allí, y se despidió, saliendo tras el chico, con quien fué de parla por toda la calle del Pozo Amargo. Por él supo que *Leré* y sus tíos estaban de puntas, porque éstos no querían que fuese monja, ni que hiciera el ejercicio con las señoras aquellas del Socorro, que eran, al decir del rapaz, unas grandes *correntonas*. Ildefonso hacía lo posible por llegar tarde a la Catedral, pues le era muy grata la compañía de aquel caballero; a lo mejor ponía en el suelo la cesta y sobre ella se sentaba, aceptando y encendiendo un pitillo ofrecido por Angel. Mas éste le daba prisa, y, por fin, llegó al término de su corto viaje, desapareciendo por la puerta del claustro, donde el amigo le despidió con una pesetica, prometiendo ambos volverse a ver, y estimarse, y prestarse auxilio en cuanto se les ofreciera.

V

Su primera excursión después de esta visita frustrada fué hacia la Judería, con objeto de estudiar el camino que *Leré* debía recorrer para ir desde el Tránsito a su casa, el cual no podía ser otro que la escalerilla de San Cristóbal, la plazuela del Juego de Pelota y Santa Isabel. En la Judería melancólica, toda ruinas, miseria y soledad, paseó mañana y tarde, esperando ver salir a la mística joven de alguna de aquellas casas por cuyos rincones parece que anda rondando aún, entre murciélagos, el ánima empecatada del marqués de Villena. De día, cansado de contemplar los caserones inmediatos al Tránsito (y ya sabía por su amigo Ildefonso el que ocupaban las señoras del Socorro), asomábase al pretil que por aquella parte sirve de mirador sobre el río, y se olvidaba del tiempo, del mundo y de sí mismo, contemplando, como en las nieblas de un ensueño, las riberas pedregosas, los formidables cantiles que sirven de caja a la tumultuosa y turbia corriente. Por su cauce de piedra, el Tajo se escurre furioso, enrojecido por las arcillas que arrastra, con murmullo que impone pavura, y haciéndose todo espuma con los encontronazos que da en los ángulos de su camino, en los derruídos machones de puentes que fueron, en los mogotes de las aceñas que él mismo destruyó mordiéndolas siglo tras siglo, y en las chinitas de mil quintales que le ha tirado el monte para hacerle rabiar. Enfrente, los Cigarrales.

"¡Ah!—pensaba Guerra, mirando en la orilla frontera las fincas de un verde tétrico, con el suelo salteado de azuladas peñas y de almendros y olivos que a lo lejos parecen matas—. Yo también tengo mi cigarral, y debe de estar por ahí. No he puesto los pies en él más que una vez, de niño. Y cuánto me gusta ese paisaje severo, que expresa la idea de meditación, de quietud, propicia a las fluorescencias del espíritu. Allí, ¡maldita sea mi suerte!, me pasaría yo una temporadita con *Leré*..., si ella quisiera."

A lo mejor se le aparecía el amigo Ildefonso, unas veces solo, otras acompañado de alguno de sus hermanillos. No ignoraba el muy tuno dónde había de encontrarle ni lo bien que se le recibiría, pues Angel sentía hacia él viva

inclinación y ganas de protegerle, cultivando su precoz inteligencia. Además, el primillo de *Leré* le encantaba porque creía ver en él un misterioso parecido con *Ción*. No consistía, seguramente, en semejanza de facciones, sino en cierta fraternidad o parentesco espiritual, como aire de raza que, según Angel, se revelaba en el mirar, en la inquietud graciosa y en el lenguaje desenvuelto. A veces se le figuraba que el alma de *Ción* se asomaba a los ojos del monaguillo, y al observarlo o creerlo así, creíase también capaz de llegar a sentir por él un cariño inmenso.

—Señor, ¿no sabe?—le decía Ildefonso—. Tío Paco pregunta todos los días a mi madre si no ha vuelto usted, y esta mañana dijo que si supiera dónde vive le visitaría.

—Y tu prima Lorenza, sin parecer, ¿verdad?

—A casa no va. Está ahí—señalando a las casas próximas al Tránsito—. Oiga, señor. ¿No sabe lo que dijo mi padre anoche? Que usted es muy rico, y que su casa de Madrid la tiene toda llena de dinero.

—Hombre, no. No creas tales patrañas.

—Y dijo que usted quiso casarse con Lorenza, y ella se negó, porque la llama la religión, y qué sé yo qué. Vaya que es boba de veras... ¿No sabe? Pues a mi prima no le gusta el dinero, y cree que el ser rico es una cosa muy mala. ¡Si será simple!...

—Y a ti, ¿te gusta el dinero?

—¡A mí, sí..., caray!—con mirada ansiosa, lengüeteándose los labios—. ¿El dinero? Cosa rica. ¡Quién tuviera mucho!

—Y ¿qué quieres tú ser? ¿A qué te aplicas? ¿Qué oficio o qué carrera te agrada más?

—Yo quiero ser cadete—echando lumbre por los ojos.

—¿Cadete?

—Sí, señor. Cadete toda la vida, hasta que me muera.

—Bien, hombre, bien. Y ¿no sientes inclinación a ningún oficio?

—¿Oficios?...—con mirada despreciativa—. Déjeme usted de oficios. ¡Buenos están! Dice mi padre que en estos tiempos de ahora hay que ser o señorito o nada, quiere decirse, pobre de los que piden limosna. Los oficios, ¿qué dan? Miseria. ¡Antes sí, cuando la Catedral era rica!... El padre de mi padre fué también carpintero, y sólo por armar el Monumento le daban no sé cuántos miles de *riales*.

—Bueno, hombre, bueno. Y de vivir tanto tiempo entre canónigos, cantando con ellos y ayudándoles al culto, ¿no te han entrado aficiones eclesiásticas? ¿No querrías ser cura?

—¿Clérigo yo?... ¡Vamos, hombre, déjeme a mí de clérigos..., caray!—excitándose—. Lo que le he dicho: o cadete o nada.

—Y ¿no se te ha ocurrido, teniendo siempre delante de los ojos estos grandes monumentos, aprender el arte de construirlos?

Llevándole un poco hacia Occidente, después de darle un pitillo, le mostró los muros ennegrecidos de San Juan de los Reyes, custodiados por heraldos con las mazas al hombro, y la imponente fábrica del puente de San Martín.

—Mira eso, Ildefonso, y reflexiona. Desde que abriste los ojos estás viendo la Catedral, el Alcázar y tantísima maravilla. ¿No se te ha ocurrido igualar a los autores de ellas, haciendo tú otras semejantes? ¿No se te ha ocurrido ser arquitecto?...

—¿Hacer casas, iglesias y torres?—fumando gallardamente—. ¡Que las hagan los albañiles, que para eso están, caray! Déjeme usted a mí de torres y de esas bromas. Yo, cadete, y nada más que cadete.

—Bueno, hombre, serás militar si te portas bien y estudias.

Con estos y otros coloquios engañaba Angel su fastidio. Comúnmente tenía que despedir a Ildefonso y mandarle a su casa para que los padres no le riñeran. Por lo demás, la misteriosa y jamás abierta casa de las Hermanitas del Socorro, situada en la subida de los Alamillos, detrás de las ruinas del palacio de Villena, no le daba ninguna luz ni le sacaba de tan enfadosa situación expectante. Lo único que pudo ver fué algunas parejas de beatas callejeras, como las que por todas partes se encuentran en Madrid, las cuales entraban o salían por una puerta mezquina. Nunca vió Guerra fachada más estúpidamente muda, sorda y ciega. Pero a pesar de la inutilidad de sus acechos, no se determinaba a matar su tristeza en lugares más populosos y alegres que la Judería, porque de tanto andar por barrios soli-

tarios su alma se había hecho a la contemplación de la vida pasada, al amor de las ruinas y al punzante interés de lo misterioso y desconocido. De tal modo le apasionaban las edades muertas, que se determinó en él una atroz aversión del gárrulo bullicio de la vida contemporánea, y cuando en sus paseos se aproximaba a la calle del Comercio, huía de ella con verdadero sobresalto, metiéndose por los callejones transversales, que en cuatro zancadas nuevamente a la soledad le conducían. Los carteles del teatro en las esquinas causábanle disgusto, y el oír vocear periódicos en las callejuelas le atacaba los nervios. Llegaba a creer que el eco repetía con sarcástico acento, en las revueltas sepulcrales de algunos barrios, los títulos exóticos de la Prensa moderna, y que la ola de la vida no podía reventar allí sin producir profanación y escándalo.

No encontrando a *Leré* donde creía deber encontrarla, la buscó por otras partes, junto a San Clemente, por el toque instintivo de asociar lo presente con lo pasado. En esto de los encuentros perseguidos o casuales, el acaso descompone con muchísima gracia los cálculos todos de la previsión humana, pues siempre resultan los tales encuentros en lugar y coyuntura que nunca el rondador imaginaba. Y así sucedió en aquel caso, pues una tarde que Guerra iba por las Cuatro Calles, hallándose su mente distraída casualmente de *Leré* y de cuanto con ella se relacionara..., ¡pataplum!, *¡Leré!* Esto pasa, esto le ha pasado a todo el mundo. ¡Y es el hombre tan tonto que no sabe fiar a la caprichosa lotería del acaso los encuentros, y se empeña en buscarlos con vana y pueril lógica!

Pues, señor, cruzaba Guerra, y vió que salían de una tienda de ropas dos hermanas del Socorro acompañadas de *Leré*, que llevaba un lío de compras. Ambos se sorprendieron, y en el primer momento no supieron qué decir. Angel la detuvo sin hacer caso de las dos hermanas, y ella le saludó sin turbarse con aquella bendita serenidad a prueba de sorpresas y emociones.

—Ya sé que estuvo usted en casa. ¿Seguirá muchos días aquí? Supongo que lo verá todo. Mire, en la Catedral mi tío puede servirle de guía y enseñarle cosas que no se pueden ver sino por recomendación: el tesoro, el relicario, las ropas, los subterráneos, las alhajas y el manto de la Virgen.

Contestó Guerra con cuatro frases de ordenanza, y le pidió una entrevista. Dijo *Leré* que por el momento no podía ser, pues estaba sirviendo en el Socorro; pero que pensaba volver otra temporada al lado de su tía, y entonces podría verla y hablarle todo lo que quisiera.

No pasó nada más, ni podía prolongarse la conversación delante de las religiosas, que ya parecían un poquito escandalizadas. Separáronse, y él se fué tan alegre, porque sólo el verla y las cuatro palabras cambiadas de prisa y corriendo pareciéronle un triunfo. Y, ¡cosa extraña!, aquel encuentro sin consecuencias ni explicaciones le impulsó a sumergirse más en la soledad. Al día siguiente, huroneando en las iglesias, maravillóse de sorprender en sí tentaciones vagas de poner alguna mayor atención en el culto, casi casi de practicarlo, y de cavilar en ello, buscando como una comunicación honda y clandestina con el mundo ultrasensible. Admitía ya cierta fe provisional, una especie de *veremos*, un *por si acaso*, que ya era suficiente estímulo para que viese con respeto cosas que antes le hacían reír. Por de pronto, reconocía que en el mundo de nuestras ideas hay zonas desconocidas, no exploradas, que a lo mejor se abren, convidando a lanzarse por ellas; caminos oscuros que se aclaran de improviso; atlántidas que, cuando menos se piensa, conducen a continentes nunca vistos antes ni siquiera soñados.

El medio ambiente se proyectaba con irresistible energía dentro de él por la diafanidad de su complexión mental. E mundo antiguo, embellecido por el arte, le conquistaba y le absorbía hasta el punto de infundirle amor hacia cosas que antes le parecían falsas, y, lo que es más raro, falsas le parecían aún. Ignoraba si aquel prurito suyo de probar las dulzuras de la piedad obedecía a un fenómeno de emoción estética o de emoción religiosa, y sin meterse en análisis, aceptábalo como un bien. En esto ocurrió la entrevista con el padre Mancebo, tío de *Leré*, que fué a visitarle y no le encontró en casa. La misma tarde quiso Angel pagar la visita, teniendo el

gusto de conocer a un sujeto que había de sorprenderle como las mayores rarezas toledanas.

CAPITULO II

TÍO PROVIDENCIA

I

Contaba don Francisco Mancebo sus años por los del siglo, quitando una decena, y se conservaba muy terne y espigado para su edad, hecho un puro cartón, los ojos vivaces y algo picarescos, la piel dura y a trechos enrojecida por sarpullos crónicos; bastante aguzado de morros y con buena dentadura, que solía mostrar como indicio cierto de su excelente salud; pobre de pelo, si rico en lunares y verrugas de diferentes tamaños, que salpicadas con cierta gracia decoraban su nariz, frente y barbilla. Había conocido cinco cardenales: don Luis de Borbón, Inguanzo, Bonell y Orbe, el padre Cirilo, y Moreno, y desde muy niño estuvo al servicio de la Iglesia Primada. Era bien criado y atento con todo el mundo; algo cascarrabias en la Catedral cuando sus inferiores le apuraban la paciencia; fumador de cigarros apestosos que hacía él mismo picando colillas; narrador entretenido de historias capitulares y cronista de todas las fundaciones que afectaban al personal de la Santa Iglesia Primada; infatigable y celoso en sus obligaciones; descuidado en el vestir, pues su sotana con visos de ala de mosca, algo babeada por la parte del pecho y engrasada en el cuello, revelaba una economía próxima a la sordidez.

Sus historiales podrían trazarse en cuatro líneas. Niño de coro en 1822, cuando aún vivía el cardenal Borbón; sacristán sirviente y salmista hasta la edad de treinta años; en 1840, órdenes, y al poco tiempo capellanía de coro, que en 1851 fué suprimida por el Concordato; sacristán mayor de la capilla general o de Santiago en 1843, y luego beneficiado, por propuesta del señor Bonell y Orbe; en 1860, auxiliar contador en la oficina de Obra y Fábrica, donde continuaba y continuaría hasta su muerte. En todo este larguísimo espacio de vida no dejó de ir un solo día a la Catedral, ni jamás guardó cama por enfermo, ni supo nunca lo que son médicos y botica. El único achaque que le mortificaba era la gradual pérdida de la vista. A veces, ya por excesos en el trabajo, ya por efecto de algún berrinche que cogía, se le inflamaban los ojos, y le escocían y le lloraban, viéndose obligado a usar unas gafas de antiguo estilo, con montura de plata y cuatro cristales azules, dos ante los ojos y los otros en las sienes, adefesio que ya no se ve más que en los escribanos y memorialistas de sainete. Otro rasgo: nunca había salido de Toledo, pues por no viajar, ni en los Madriles puso nunca su planta, calzada con zapato de paño sin hebillas ni ningún otro toque de elegancia clerical.

Cuando llegó Angel a la calle del Plegadero, estaba don Francisco en la puerta del patio, hablando con unas vecinas, y no necesitó el madrileño decir su nombre, pues lo mismo fué verle el clérigo que irse derecho a él risueño y afectuoso.

—¡Ave María Purísima! Es usted el retrato vivo de su abuelo Gumersindo Guerra. Los dos hijos de éste fueron compañeros míos en el coro de la Catedral, y muy amigos, pero muy amigos, sobre todo Perico José. Vaya, vaya, pues no habrá llovido nada desde entonces... Me parece que estoy viendo a Gumersindo, cuando venía con las mulas a la Posada de la Sangre... Porteaba los diezmos de toda la parte de Illescas y Torrijos... Pero... ¿le molesta a usted oírme recordar que su abuelo trabajaba en la arriería?

—No, señor... A buena parte viene usted.

—Cabal... En estos tiempos tan democráticos, ¿quién se fija en...? Ya no hay orígenes ni más ejecutorias que el *por cuanto vos contribuisteis*... También conocí mucho al padre de doña Sales, don Bruno Zacarías de Monegro, que compró el solar de San Miguel de los Angeles, cuando lo vendieron como bienes nacionales, y el cigarral de Guadalupe, una de las donaciones de los Téllez de Meneses para dotar las misas que los racioneros debíamos decir en la capilla del Sepulcro... Bueno, señor. Su abuelo materno de usted me quería, vaya si me quería; pero cuando casó con la niña mayor de don José Rojas se atiesó un poco... No es decir que no fuéramos amigos; pero si nos encontrábamos, "Adiós,

Paco: adiós Bruno", y nada más. Conque, si usted quiere, amigo don Angel, subiremos a mi madriguera, y hablaremos allí todo lo que nos dé la real gana...

Aunque don Francisco no acabase los párrafos con un chiste, les ponía siempre por contera una risilla más o menos larga y picada, según los casos. Dirigiéndose, pues, a una habitación del piso alto, la mejor de la casa, con ventana al patio, amueblada con ascética modestia y sin cosa alguna que visos tuviese de antigüedad artística. Un duro sofá de paja con dos cojines, en el cual don Francisco echaba la siesta; mesa camilla sin faldones ni brasero; armario que más bien parecía mueble de oficina, la cartilla de la diócesis colgada de un clavo, dos o tres perchas, cómoda de taracea estropeadísima, sobre la cual se veía una caja de cartón que guardaba la teja número uno; pelados ruedos y felpudos calvos tapando el baldosín, y, en el fondo, puerta de cristales verdosos y mal emplomados, por la cual se veía la cama de Mancebo cubierta con colcha de pedacitos de percal, eran lo más notable en aquel aposento desnudo, frío y triste.

—Bueno, señor... Y qué, ¿ha ido usted ya por la Catedral? ¡Ah! Ya no es esto ni sombra de lo que fué.

—Así es el mundo—le dijo Guerra, por decir algo—. Mudanzas y transformaciones, que no hay más remedio que aceptar. Tras de unos tiempos vienen otros.

—Cabal, y tras de otros, otros, siempre a peor, a peor. Dígamelo usted a mí, que conocí la Obra y Fábrica con cuarenta y pico mil ducados de renta, y ahoda... nos vemos y nos deseamos para atender al culto con los cien mil y pico de reales indecentes que dedica el Gobierno a la Catedral Primada.. Yo me acuerdo de aquella contaduría en que se guardaba el dinero en espuertas, y había temporadas en que el receptor tenía que tomar tres o cuatro ayudantes sólo para contar. La Mitra cobraba entonces de sus bienes cinco millonceios, que se gastaban en obras, en fundaciones, en fomentar las artes y los oficios Con esto y con las rentas de la Obra y Fábrica, que del pueblo salían y al pueblo tornaban, Toledo era el comedero universal. Comían el pintor y el estofador, comían albañiles y arquitectos, el tallista y el cerrajero; comíamos, en fin, todos los que llevamos sotana, pues en la Catedral había dotación para treinta y seis mil misas de año a año, y siguiendo la escala de alto abajo; comía toda la grey de Dios. Pero nos desamortizaron..., y ¡zapa! Ahora no come nadie, porque dígame usted a mí si con veintiún reales diarios que nos dan a los que fuimos capellanes de coro y ahora somos beneficiados se puede vivir decentemente: y ya no hay ni ayudas de costa ni gratificaciones, como antes. En cambio, vengan descuentos, cédula de vecindad, comisión del habilitado, y el dichoso sellito para el recibo, que es lo más salado del mundo. Créame usted: quien vió en esta Catedral aquellas funciones de seis capas, cuando teníamos catorce dignidades, y éramos entre todos en el coro unos ciento sesenta; quien alcanzó aquellas magnificencias, digo, no puede menos de echarse a llorar al ver el corto personal del culto de hoy, y la miseria con que se le retribuye.

—Sí, sí... ¡Es triste, muy triste...!—dijo Guerra, queriendo recortar aquel tema, que ya empezaba a ser fastidioso.

—¡Y tan triste!... Pues a lo que iba: dije que con veintiún reales y unos cuartos no se pueden hacer maravillas. Pague usted casa, coma, vístase con decencia, y mantenga a este familión, que si no fuera por uno... Porque el pobre Roque no trabaja sino por temporadas; en la Catedral cuando hay alguna compostura, en la cajería del mazapán en su tiempo... y rara vez en ataúdes, pues éste es pueblo de corta mortandad. En fin, que hay meses, señor don Angel, que llega el veinte o veinticinco, y ya me tiene usted más limpio que una patena... Pero contento siempre, eso sí. Gracias a este pobre clérigo no falta en casa el puchero con todos sus requilorios, ni el cabrito asado en ciertos días, ni el bacalao de rúbrica en tiempo de vigilia, ni el bollo de a cuarto para los niños, *et reliqua*... Que se ofrece algo de ropa de nueva..., al tío... Que hay que echar medias suelas al Ildefonso..., al tío. Que la escuela, que el quintalito de carbón, que el garbanzo al por mayor, que la caja de cerillas, que el paquete de picado para Roque..., al tío. Que un poquito de estera para tiempo de heladas..., al tío. Y en cuanto al fenómeno, no vaya usted a creer que no consume, pues su cazuela de patatas y su pan de pueblo de a dos

libras no hay quien se lo quite. Pero contentos, eso sí, y pidiéndole a Dios que no vengan peores. Gracias que Roque es un pedazo de pan. El, ni taberna; él, ni juego; él, ni comilonas con los amigos, ni trasnochadas; él, ni presunciones para vestirse, pues con la misma capita que llevaba hace quince años cuando se casó le tiene usted ahora... Pero es hombre muy para poco, y ¿quién, si yo no existiera, se cuidaría del porvenir de los chicos? Ildefonso, que es muy agudo, se trae el sábado a casa, cuando tiene semana en la Catedral, sus diez o doce reales. Mas yo no quiero que vaya sino en las festividades y vacaciones para que adelante en la escuela. Me ha dicho el maestro que tiene meollo ese niño, y pienso meterle en el Instituto para que se nos haga sabio, como esos a la violeta que salen ahora de debajo de las piedras. El segundo, como más tímido, es que ni pintado para la carrera eclesiástica; pero va tan de capa caída el oficio este, amigo don Angel, que vale más ser picapedrero que sacerdote, porque majando piedras veo que llegan muchos a contratistas y se hartan de dinero, mientras que el clérigo, aunque llegue a conónigo, lo comido por servido, y todavía les parece mucho lo que nos dan, y nos llaman sanguijuelas de la nación... Pues, a lo que iba: fíjese usted en que son siete los sobrinos que habrá que colocar, todos varones; en eso hay que alabar a Justina, porque si se nos descuelga con siete hembras, ¡Dios nos asista! No hay más remedio que aplicarlos a distintos oficios, según vayan creciendo, ¿porque quién piensa en carreras? Siete carreras, ¡zapa!, imposible. Pues espérese usted un poco: hay otra boquita más que también chupa. Me refiero a Sabas, el hermanito de Lorenza, que estudia para pianista y compositor allá en Bruselas, estupendo muchacho, sí, señor. La pensión que le dan es tan corta, que el pobre tío no tiene más remedio que mandarle en ciertas épocas del año, ya los diez duritos para que se compre un abrigo, ya la media onza para papeles de música... Pero no me importa. Yo contento, con tal que todos vivan y se vayan criando.

Angel alababa la bondad del buen clérigo, providencia de la familia; pero deseando abreviar, abordó el asunto que principalmente le interesaba. Como don Francisco rabiara también por hablar de Lorenza, aprovechó la primera coyuntura presentada por el otro, y salió con gran calor y verbosidad por este registro:

—No me hable usted de esa chica..., que me está dando unos disgustos... ¡Cuidado que ella es buena, y si hay mujeres de pasta de ángeles en el mundo, Lorenza es una! La hemos querido y la queremos con idolatría, porque se lo merece; la verdad es que se lo merece. Ya desde que era tamaña así, mostróse inclinada a lo de arriba; pero yo pensé, cuando por mediación de Braulio y de las señoras de Talanque la mandamos a Madrid, que allá se le abatirían esos humos. Figúrese usted mi sorpresa cuando leo la última carta de Braulio y ¡zapa!... Que Lorenza viene para acá con ánimo de entrar en esas Ordenes modernísimas de hermanas correntonas, que andan de calle en plaza, pidiendo y refistoleando, metiéndose y sacándose por todas partes... Le diré a usted en confianza que estas Ordenes que nos han mandado de extranjis me cargan. Yo soy clérigo de cuño antiguo; me ha criado a sus pechos la *alma ecclesia toletana*, toda severidad y grandeza, y no estoy por esta novedad de las monjas públicas. ¿Que se quiere vida religiosa? Pues ahí están nuestras Ordenes y venerandas, ahí las Bernardas del Real San Clemente, ahí las Dominicas del Real y del Antiguo, las Franciscanas de Santa Isabel, también Reales; las de San Juan de la Penitencia; ahí las Benitas y Jerónimas, monjas de fuste, reclusas y bien trincadas dentro de los hierros, observando bien su regla y rezando noche y día por tantísimo pecador como hay. Allí todo es nobleza, recogimiento y verdadera devoción. Luego, da gusto, créalo usted, cuando se ofrece tratar con alguna señora de éstas en el locutorio, ver la compostura y la decencia de ellas, y el habla acompasada, y el mirar caído al suelo...; en fin, que no me hablen a mí de religiosas que no sean las de mi lugar... Pero estas que yo llamo del zancajo, esas que nos ha traído el ferrocarril, y que hablan francés o un castellano gangoso, echando las sílabas por la nariz y arrastrando las erres, quítemelas usted de delante, que no las puedo ver. Siempre que vienen a pedirme dinero, ¡zapa!, les digo que no estoy en

casa, y no me sacan un maravedí así se vuelvan locas. ¿Para qué quieren los cuartos? Dicen que para recoger ancianos y asistir a enfermos. Ello será: no digo que no, ni quiero hacer juicios temerarios. Admito que recojan viejos babosos y los cuiden, que asistan a los enfermos y les aguanten sus porquerías. Bueno: pues con todo eso, a mí no me gustan, qué quiere usted que le diga; que no me gustan, vamos... Pues sí, señor, me da la gana de que no me gusten, y me salgo con la mía... Total, que siguen no gustándome... ¡Ji, ji, ji!... —larga y picadilla risilla.

II

—...Pues, a lo que iba—prosiguió el gracioso clérigo cuando acabó de reír—: Tales son las Ordenes de que la niña se ha ido a enamorar. Ya que hablo con usted en toda confianza—arrimando más su silla al sofá en que Angel se sentaba—, le diré todo mi pensamiento: no quiero que Lorenza sea monja, ni de éstas ni de aquéllas, ni de las entremetidas, ni de las históricas; no quiero verla ni entre las del zancajo al aire ni entre las del tocinito del cielo y los huevos hilados. Por la situación en que va a quedar esta familia cuando yo me muera, quisiera yo que mi sobrina se casara... Pero ¡es tan terca...! Háblele usted de hombres, y como si le hablara del diablo. Nada, que no se parece nada a las demás muchachas. Se empeña en que este siglo ha de tener santos y santas, y yo le digo que no hay más que *ferrocarriles,* telégrafos, sellos móviles y demonios coronados. Pues, sí, crea usted que no le faltarían buenos partidos, ¡zapa! Es chica muy bien educada, sabedora, fina, despabilada para el trabajo, y si me apuran, hasta bonita, porque aquel defectillo de los ojos temblones, más que defecto viene a ser una gracia. Tal creo yo.

—Sí, gracia es—dijo Guerra entusiasmándose—. Tengo a Lorenza por una muchacha de extraordinario mérito en todo y por todo.

—¡Pero más terca! ¡María Santísima, qué tesón de niña! Antes que fuera allá, quise meterla en las Doncellas Nobles. Pues ¿creerá usted que salió con la tecla de que ella no quería nobleza, sino villanía; de que no quería bienestar, sino pobreza? "Pero, hija—le digo yo—, los tiempos han cambiado. Los malditos pronunciamientos primero y el Concordato, que acabó de partirnos, han trastornado el mundo. Ahora hay que aplicarse a defender el materialismo de la existencia, porque los demás a eso van, y no es cosa de quedarse uno en medio del arroyo mirando a las estrellas. Pobres somos todos, sí, pero tenemos que vivir y cuidar de que los demás vivan. El Concordato le ha hecho a uno práctico, como dicen que son los ingleses, y nos ha enseñado a mirar por el triste maravedí. Antes, cuando había aquellas pingües rentas eclesiásticas, daba gusto morirse de hambre dentro de un claustro, y disciplinarse y quedarse en los huesos, porque se lo agradecían a uno, y le canonizaban, y le encendían velas, y le adoraban. Pero ahora..., te mueres en olor de santidad, y nadie te dice nada, y a nadie se le ocurrirá poner canilla tuya o muela en un relicario para que la besen las devotas."

Angel se reía, encantado de oír al buen Mancebo.

—...Pero, a lo que iba, señor don Angel; óigame usted lo principal: he dicho que no faltarían buenos partidos a la niña. Pues tengo lo menos tres para que ella escoja. Pero simplifiquemos: me fijo sólo en uno, en el mejor, en el de mis preferencias, señor don Angel. Verá usted: hay un chico, hijo de Gaspar Illán, el de la tienda de comestibles de la calle de la Obra Prima, esquina a las Tornerías, ahí junto a la plaza de las Verduras, el cual es de lo más excelente que usted puede figurarse, bien plantado, sin ningún vicio, ni más defecto que ser un poco bizco; pero esto no importa. Pues el ángel de Dios, en cuanto vió a Lorenza, recién venida de Madrid, se prendó de ella como un galán de comedia. En fin, que al día siguiente me dijo: "Don Francisco, si ella quiere, me ahorco." El padre consiente; y no vaya usted a creer que es un pelagatos, pues se le calcula un capital sano de más de cuarenta mil duros. La lonja esa tiene un despacho tremendo, y por la mañana, a la hora en que empieza el mercado, el copeo deja un dineral. Conque áteme usted cabos: Gaspar Illán es viudo, achacoso, y no tiene más hijo que Pepito; de modo que Lorenza sería dueña de todo aquel

trajín... ¡Qué gloria, y qué...!—frotándose las manos—. Vamos, le pegaría, porque sepa usted que, cuando se lo dije, me hizo *fu*. ¡Si estará trastornada...! ¡Cómo ha de ser!—suspiro y pausa—. Si yo lograra casarla con Pepe, ya podría morirme tranquilo; la familia quedaría amparada, Justina descansando, y los chicos podrían seguir carrera. El uno militar, el otro ingeniero, y los demás según la inclinación que sacaran. Me vuelvo loco pensando en el desvarío de mi sobrina, a quien le ponen en la mano la fortuna y la tira por la ventana. Por eso me alegré al saber que estaba usted en Toledo, y cuando me dijeron que había estado en esta su casa y deseaba verme, me alegré más, y me dije: "A ver si entre ese buen señor, que tanto se interesa por ella, y yo, discurrimos algo para quitarle a esa niña de la cabeza sus chiquilladas monjiles", porque son chiquilladas nada más.

—Pues me tiene usted a su disposición. Yo también deseo que Lorenza, a quien en casa llamamos *Leré*, porque así la nombraba mi niña, varíe de inclinación. Discurra, pues, invente cualquier ardid, si ardid fuere preciso, y téngame por su colaborador resuelto.

—Veremos..., lo pensaré—dijo Mancebo con toda la picardía del mundo y toda la trastienda de sacristía, haciendo con el dedo índice un gancho, dentro del cual metió la nariz—, pero antes...

Detúvose meditando, como si buscara la fórmula precisa para poder decir algo muy delicado.

—Antes... ¡Zapa!, no sé cómo expresarme. Dispénseme: tengo que hablarle de un asunto que... Prométame no enfadarse, si me expreso mal, porque no tengo, ni a cien leguas, intención de ofenderle...

"¿Qué será esto?", dijo Guerra para sí, comprendiendo que se las había con un viejo muy zorro y muy ladino.

—...Pues verá usted. Aquí hablamos como hombres que conocemos este mundo amargo y lleno de oscuridades, como hombres que no se asustan ya de nada.

—Explíquese usted pronto.

—Mis proyectos de colocar a la niña..., ¿cómo lo diré?..., pues mis proyectos tropiezan con una dificultad que proviene del señor de Guerra.

—¡De mí!

—Repito que esto es delicadillo. Pero allá va. Pues..., pues..., cuando la niña vino de Madrid, se corrieron voces..., ¿cómo lo diré?

—¡Ah, ya!... Que no la perdonó la calumnia. Naturalmente, si ella no tuviera mérito, no la mordería la envidia.

—Yo no sé si será envidia o qué sera, y apelo a su caballerosidad para que me saque de esta duda. Porque es el caso que aquí llegaron, no sé cómo, sin duda por chismorreos de la servidumbre baja de usted, ciertos cuentos..., disparates, ¿eh?... Que si usted tenía que ver o no tenía que ver con Lorenza, y hasta se dijo, miren que es gana de enredar, hasta se dijo que... su amo quiso casarse con ella. Lo peor fué que estas fábulas llegaron a donde no debían llegar nunca, a las orejas castas de aquel bendito muchacho, el cual se me presentó, dos días hace, todo asustadico, y... verá usted: "Don Francisco, me han dicho esto, esto y esto, y la verdad, ya varía la cosa y hay que mirar, porque, francamente..." Yo me enfadé, o hice que me enfadaba. Pero acá para entre los dos, amigo don Angel..., como he visto tanto mundo, tanto engaño, tanto que parecía blanco y luego resultaba negro.... vamos, que no puedo echar de mí este gusanillo, y este gusanillo, usted mismo, como persona verídica, es quien me lo va a quitar, hablándome de hombre a hombre, con toda franqueza, como se podría hablar entre amigos de una misma edad que la han corrido juntos.

Guerra le salió al encuentro, indignado, y trabajo le costó reprimir su enojo. Sentía la mengua arrojada sobre el limpio nombre de su amiga más que si a él mismo se le arrojara, y de buena gana le habría calentado las orejas al presbítero por haberlas abierto a tales malicias; pero se contuvo, y no hizo más que negar en la forma más rotunda y clara de la dignidad, cuidándose poco de que Mancebo creyera o no sus declaraciones. Mas en cuanto éste las oyó, levantóse entusiasmado y se puso a dar voces:

—¿No lo decía yo? El corazón me lo daba. Si no podía ser, no podía ser. Y aquel mequetrefe empeñado en que la chica no es de recibo... ¿Lo ves, tonto, lo ves? Los muchachos del día juzgáis a los demás por vosotros mismos, que vivís llenos de malas ideas—volviéndose a Guerra—. Gracias, señor don Angel,

gracias. Ahora ese pisaverde mal pensado no tendrá que poner tachas a la misma pureza. No veo la hora de cogerle por mi cuenta para ponerle la cara como un pavo, y decirle: "Pillo, ¿lo ves, lo ves? ¿Te convences? ¡Si no te la mereces! Pobre como es ella, vale más que tu con todo el dinero que tu padre ha ganado en la tienda, aguando el vino, dándonos tocino americano por extremeño, pesando mal y midiendo peor." Bien, muy bien, estoy contento.

Se paró ante Guerra, recapacitando, con el dedo índice en la punta de la nariz.

—...Pues esta certidumbre es una gran conquista, una buena parte de terreno ganado y que nos pertenece. Ahora...

—Ahora—observó Guerra, que no participaba de los optimismos del beneficiado—, falta lo principal: que *Leré* quiera... secularizarse, y en este punto me ha de permitir usted un poquillo de vanidad, a saber, que lo que yo no pude conseguir, no es fácil que lo logre el chico de la tienda.

—También es verdad; pero quién sabe si...—dijo Mancebo, sobándose la barba y examinando el suelo—. Porque también se ha de observar que la diferencia de clases era, en el caso de usted, un impedimento para que mujer tan juiciosa y honesta resbalara. Considere que aquí se trata de matrimonio con un igual suyo, lo que varía de especie, señor don Angel.

—Puede ser que acierte usted—descorazonado—; pero yo lo dudo mucho.

—¡Virgen del Sagrario, si lo consiguiéramos...! —cruzando las manos—. Esta familia amparada para siempre..., los chicos en disposición de seguir una carrera..., y yo..., porque también hay que mirar por uno mismo..., yo, disfrutando de una tranquila senectud.

—Todos esos bienes me parecen a mí algo ilusorios, al menos por el camino ese de casar a *Leré*. Crea usted que morder un bronce y masticarlo es más fácil que ablandar o torcer su carácter. Es de la cantera de las grandes figuras históricas, que han dejado algo tras sí, los fundadores, los conquistadores...

—Veremos, veremos... ¡Ay! Yo he visto tantas torres caer, tantos muros seculares romperse en mil pedazos, que siempre que miro algo fuerte y sólido, espero, espero, y digo: "Ya caerás." Los que hemos conocido esta Iglesia Primada en todo su esplendor, que parecía eterno e indestructible, y la vemos hoy reducida a la pobreza humillante de un noble lleno de pergaminos y sin una peseta, creemos poco en esos caracteres de peña dura. Antes sí los había, ya lo creo..., pero la Desamortización y el Concordato acabaron con ellos. Los tiempos estos son de medianía, de transición y de acomodarse a lo que viene. Cada tiempo hace sus personas, señor mío, y sus personajes, y pensar que ahora ha de haber fundadores y conquistadores es como si quisiéramos hacer pasar el Tajo por encima de la torre de la Catedral... En fin, Dios dirá.

Mientras esto decía, oyeron la voz de *Leré* en el patio, hablando con Justina y los chicos. Guerra llamó sobre esto la atención de don Francisco, el cual, abriendo la ventana, gritó:

—Buena pieza, sube, que tienes aquí una visita.

III

Subió *Leré* con un racimo de chiquillos pegado a las faldas, ávidos de catar lo que en un envoltorio traía. Al entrar en la pobre estancia del clérigo, saludó a Guerra con la mayor naturalidad, como si fuera cosa corriente verle allí todos los días.

—Siéntate, mujer—le dijo su tío—, y descansa esos huesos que destinas a ser guardados en urna de cristal, con lacitos y flores de trapo, para que los besuqueen las beatas y te los llenen de babas. ¿Qué tal de santidad? ¿Te tratan bien las señoras esas de extranjis?

—Pero si no son extranjeras, tío—dijo *Leré* con bondad regañona—. Si son tan españolas como usted y como yo.

—Tú dirás lo que quieras; pero las dos con quienes ibas el otro día me olieron a gabachas, descendientes de aquellos pícaros intrusos que nos quemaron el claustro de San Juan de los Reyes. Y una te decía: "*Loguenza*, vamos a *guezar* el *gosario*."

¡Con cuánta fruición celebró, riendo, el buen Mancebo su propio chiste!

—¡Bah, qué cosas tiene usted!

—Y ¿qué tal te tratan?—le dijo Guerra.

—Bien—indicó el clérigo—. A ésta la encanta todo ese ajetreo espiritual; fre-

gar suelos, barrer, guisar y lavar, y perseguir las telarañas y demás porquerías como si fueran los enemigos del alma.

La lucha entablada entre *Leré* y los sobrinillos, porque éstos querían entrar a saco el pañuelo que cogido por las cuatro puntas traía, terminó al fin con la embestida y toma de la tal plaza, y la distribución atropellada de las nueces en él contenidas. Pero *Leré* defendió con tesón unos bollos o mantecadas, ofreciendo repartirlos con equidad.

—Aquí estábamos hablando—dijo el cura—, de esas Ordenes públicas. ¿A qué os dedicáis vosotras las del Socorro? ¿A cuidar ancianos o criaturas? Dígolo porque en tu propia casa tendrías materia larga en que emplear tu caridad. Para viejos chochos, aquí está este ciudadano con un pie en la sepultura, y para niños, me parece a mí que nuestra niñada no es de despreciar.

—Sí, pero éstos no son huérfanos, ni usted es pobre de solemnidad.

—¡De solemnidad! Dime: ¿en qué consiste que un pobre sea o no sea solemne? ¿Qué solemnidades has visto en esta casa?

—Tío, bien sabe usted lo que quiero decir... Lo que resultará siempre es que yo no perjudico a nadie con mi inclinación, pues a nadie hago falta.

—Pues este señor me ha dicho que desde que viniste de Madrid anda su casa desgobernada.

Guerra no había dicho tal cosa: pero apoyó la mentira, que encerraba una gran verdad.

—Y dice también que por su gusto habríaste quedado para siempre allí, dueña de todo, vamos, como directora o superintendenta de todo, y, que, al fin, quizá...

Comprendiendo que se resbalaba, Mancebo echó un pie atrás.

—...Porque este señor te aprecia, conoce tu mérito, y opina, como yo, que bien podrías hacer la felicidad de un hombre honrado.

—Déjeme usted a mí de felicidades de hombres honrados—replicó *Leré*, echándose a reír.

Y creyendo, sin duda, que no tenía nada más que decir, se levantó para retirarse, tranquila y risueña.

—Yo me atreveré a proponer una cosa—dijo Guerra, deteniéndola con ligero ademán.

Expectación de Mancebo.

—...Propongo, como componenda entre tus deseos y los de tu familia y los míos, pues yo soy también de la familia...

—¡De la familia! Bueno, señor, bueno—dijo don Francisco palmeteando en el hombro de Angel—. ¿Lo oyes, mostrenca? ¡De la familia!

—Pues propongo lo siguiente: aceptamos en principio tu vocación religiosa. Todos nos comprometemos a respetarla y a no decirte una palabra en contra —don Francisco frunce el ceño—. En cambio, tú te comprometes a vivir en esta casa, durante un año, en situación expectante, sin trato con hermanas ni hermanitas, ni más prácticas religiosas que las ordinarias que manda la Iglesia.

—Aceptado, aceptado—dijo el clérigo, frotándose las manos con tanta fuerza, que parecía que iba a sacar lumbre de ellas.

—Rechazado, rechazado—afirmó *Leré*, velando con una sonrisa su inquebrantable firmeza.

—Reduciremos el plazo a seis meses.

—Rechazado también.

—Anda, anda, hija, y échanos de una vez—dijo Mancebo, atacándola hábilmente en el terreno de la ternura—. Sabes que te queremos con delirio, que te adoramos, y tú nos rechazas, como si el quererte fuera una ofensa.

—No es eso tío, no es eso.

—El día en que nos dejes definitivamente, ¡ay de mí!, será un día de luto, y nos moriremos todos de pena... Y este señor también se ha de poner enfermo del berrinche, ¿verdad?

—¡Qué exagerado es usted, tío, y qué cosas se le ocurren!—replicó la joven, dispuesta otra vez a retirarse.

—Eso es: ahora nos dejas con la palabra en la boca, y te marchas. ¡Vaya una finura!

—Pero ¿a qué quiere que esté aquí, si todo lo que tenía que decir ya lo he dicho? Tengo que ayudar a la tía Justina, que hoy está más atareada que nunca.

Al partir, acosada por los chicos, no tuvo más remedio que repartirles dos de los bollos, reservando el mayor para su hermano; y bajó seguida de la tropa menuda, y fué a la sala donde estaba de continuo el monstruo, la cual era como su cuadra o jaulón. Desde que la

sintió entrar en la casa no había cesado de mugir, derramando lágrimas como puños. Con tal lenguaje la llamaba. "Pobrecito, aquí estoy—decía *Leré*, rascándole la cabeza—. ¿Qué tiene el niño? ¡Pobrecito!" Le mostró el bollo, y al verlo, el monstruo puso la cara ansiosa, alargando el hocico y gruñendo como perro impaciente y glotón. Su hermana le limpiaba las lágrimas y le acariciaba, dejándose morder suavemente por él. Dióle por fin la golosina en pedazos, y él se los engullía, relamiéndose con voracidad de animal famélico. Por fin, cuando se comió los últimos pedacitos, adheridos a los dedos de *Leré*, ponía la cabeza para que ésta le acariciara, y entornaba los ojos con la placidez perezosa del instinto satisfecho.

En esto bajó Guerra, que ya consideraba larga la visita, y oyendo la voz de *Leré* en el cuarto del fenómeno, entró a despedirse de ella, mientras don Francisco hablaba con Justina en el patio.

—Adiós, *Leré*. Me dice tu tío que estarás aquí algún tiempo antes de volver a los ejercicios. Si me lo permites, vendré a verte y a charlar contigo.

—Venga usted cuando guste. A ver, con franqueza, ¿qué le ha parecido mi tío?

—Buena persona, buena. Y ¡cuánto te quiere el pobrecillo! Me ha sorprendido mucho la conformidad de nuestras opiniones en lo que a ti se refiere. Yo creí encontrar en él un instigador de tus chiquilladas religiosas.

—¡Ay!—dijo *Leré* en un tono algo enigmático—. Mi tío es muy listo, más listo de lo que usted se figura.

—Algo de eso había pensado yo. El hombre afina, afina la puntería... ¿Conque quedamos en que vendré a verte?

—Sí, sí. ¿Qué inconveniente puede haber?

Fuerte en su conciencia, *Leré* no temía nada, ni veía más que la derechura luminosa de su camino, sin reparar en los bultos que a un lado u otro pudieran aparecerse en él.

Al ver a Guerra platicando con su hermana, el monstruo volvió a gruñir, rechinando los dientes a estilo de mastín que olfatea la presencia de un forastero. *Leré* le calmaba, dándole palmaditas en la cabeza, componiéndole el cabello y pasándole los dedos por el hocico, como se acaricia a un perro para que no ladre a los que no conoce como de casa. "Cállate, tonto, y estate tranquilo, que el señor es amigo."

Pero el fenómeno seguía gruñendo, y uno de los muchachos le tiraba de las orejas para que callase.

En el momento de despedirse, Guerra sentía que a lo largo de su alma se le proyectaba un resplandor misterioso, emanado de la persona de su amiga.

Esta se le representó adornada de sobrenatural hermosura. Diéronle impulsos de robarla y echar a correr con ella, poseyéndola, aun a costa de profanarla, impulsos que provenían quizá del ambiente romántico y artístico que respiraba. Salió de aquella casa turbadísimo, apeteciendo vagamente hechos extraordinarios, cosas grandes, sentidas, hondas, en las cuales su mente no podía separar del drama humano el religioso lirismo.

IV

Toda la tarde se la llevó Mancebo elogiando a Guerra delante de su sobrina, con afectado entusiasmo. "¡Qué persona tan fina, qué instruído, qué bondadoso, qué caballero! Vamos, chica, que en su casa estarías como en la gloria. ¡Qué maña se dan algunas criaturas para escurrir el bulto cuando la suerte, jugando a la gallina ciega, las quiere coger!" Con estas y otras habladurías perturbaba a las dos mujeres en su trabajo, y a fe que no estaban ellas para perder el tiempo, pues Justina tenía que entregar al día siguiente cantidad de ropa planchada de cadetes y alumnos de colegios preparatorios, que eran después de dos o tres prebendados, su principal y más lucida parroquia.

Pues don Francisco, pegado a las mesas de plancha, no las dejaba trabajar con desahogo, por lo que su sobrina mayor tuvo que echarle un sofión y rogarle que se fuera a dar un paseíto. Al anochecer, a la hora del rosario, cuando las dos mujeres tomaban alientos después de su penosa brega, don Francisco, en vez de ponerse a rezar, se dedicó a tomar a Justina la cuenta del día, infalible ocupación del ingenioso presbítero en los ratos que precedían a la cena.

—Vamos a ver. ¿A cómo te han puesto hoy el cuarto de cabrito?

—A tres reales y medio.

—¡Dios iluminado, qué carestía! En mis tiempos tenías el cabrito que quisieras a veinte, veintidós cuartos.

—Pero como no estamos en los tiempos de usted, sino en los míos... Pues las patatas van hoy a tres perras y media la cuarta arroba.

—¡Tres perras y media, Virgen! O séanse, cuartos once y medio. Con estas perras y gatas no sabe uno nunca el dinero que tiene. ¿Trajiste el bacalao? Bueno. Si Garpar no te pesa bien, te vas a la tienda del Vizcaíno. Aquí no nos casamos con nadie. Otra: ya te he dicho que no me traigas chorizos que no sean de los de tres por un real. ¡Buenos están los tiempos para echar esos lujos de choricito de a real vellón!

—¿Cómo a real? A treinta céntimos he traído dos, para esa boca salada. Para nosotras, de los baratos.

—¡Zapa! Pero ¿te has figurado tú que yo soy el señor cardenal? Mira, Justina, que con estos trotes vamos todos zumbando a la Beneficencia... o al asilito que van a fundar las amigas de ésta, y allí la propia Lorenza nos dará la bazofia con un cucharón muy grande... ¡Ji, ji, ji!... Sigamos. Por lo que toca a huevos, puedes traer desde mañana seis, pues con Lorenza tenemos una boca más.

—Ocho, tío. No apriete usted tanto.

—¿A cómo está la media docena?

—A tres reales.

—Serán de dos yemas. ¡A tres reales! Hijo, ni en Madrid. ¡Quien conoció la docena a peseta, y aun a menos! Este Toledo, con los dichosos adelantos, se está poniendo que no pueden vivir en él más que los millonarios. Oye: paréceme que ya no hay chocolate.

—No, señor. Es decir, en la chocolatería sí lo hay; aquí, no.

—Pues venga una libra; pero no te pases de tres reales.

—Para nosotras, sí; pero para el señor beneficiado lo traeré de a cinco.

—Que no, ¡zapa! Yo soy como los demás. No quiero regalos ni melindres. Igualdad, Justina, y déjate del bizcochito y la friolerita para el viejo. Ahí tienes cómo se pierden las casas. Yo estoy hecho a todo, como sabes, y cuando me llevo a la boca una golosina, me acuerdo de que estos pobres niños podrán carecer de pan el día de mañana, y, créelo, con tal idea lo más dulce me amarga, y lo más rico me sabe a demonios escabechados. Conque... vamos a cuentas.

Hizo su cálculo de memoria, y entregó a su sobrina una corta cantidad, casi toda en cobre, sacándola pausadamente de un bolsillo de seda roja con anillas, que envolvió y sumergió después por aquellas cavidades que tenía dentro de la sotana verdosa.

—¡Ah! Se me olvidaba. ¿Y jabón?

—Es verdad. Venga para jabón, que se está concluyendo.

—Traerás del amarillo.

—Para los cadetes; pero para los señores canónigos, no. Luego dicen que huele mal la ropa y que no está bien blanca.

—Menos blancas están sus conciencias.

—El que se queja más es don León Pintado, a quien le cae bien el apellido, por lo que presume.

—Como que apesta de tan elegante como se pone. ¡Ea, zapa! Echales a todos jabón amarillo, y que salgan por donde quieran. No veo por qué hemos de guardar menos consideración a los pobres cadetes, que son los que dan de comer a esta ciudad empobrecida... En fin, para que no se queje nadie, te traes un poco del pinto de Mora, para dar una jabonadita antes de aclarar, ¿entiendes? Y a todos los tratas igual, canónigos y cadetes, que tan hijos de Dios son los unos como los otros. ¡Reina de los cielos, lo que se gasta!—volviendo a sacar la culebrina, y mirando a *Leré*, que, callada y sonriente, humedece la ropa—. Sólo para patatas no bastará la mitad de las rentas de la Mitra, pues tu hermanito el monstruo, y los que no son monstruos, se comen una calderada cada día.

—Vamos, no rezongue usted tanto, tío, que hasta ahora, gracias a Dios...

—No, si yo no me quejo. Coman todos, y vivan, y engorden, y gracias sean dadas al Señor. Pero nos convendría mejorar de fortuna, créelo, y eso depende de quien yo me sé. El mayor de los errores en estos tiempos de decadencia es empeñarnos en dejar lo fácil por antojo y querencia de lo difícil; hay personas tan obcecadas que desprecian lo bueno por correr tras de lo sublime, y lo sublime, hija de mi alma, lo sublime —con cierta inspiración—hace tiempo

que esta borrado, no sé si provisional o definitivamente, de los papeles de esta pobrecita Humanidad.

Leré no dijo esta boca es mía.

Entró Roque, el marido de Justina, hombre humilde y no mal parecido, con una pierna de palo, vestido de pardo chaquetón, afeitada la cara, que así podía parecer de cura como de paleto. Era un bendito, y donde le ponían, allí se estaba, pues nunca tuvo más voluntad que la de su mujer, combinada con la de Mancebo. Carpintero de banco, trabajaba en la Catedral, y el Lunes Santo del 83, en el acto de armar el Monumento, hallándose mi hombre en el andamio que hasta la bóveda se eleva, para colocar los listones de que pende la soberbia colgadura de sarga carmesí, tuvo la desgracia de marearse y se cayó. Milagro fué que de semejante salto quedara con vida; pero tuvo la suerte... relativa de ir a parar sobre un montón de telas enrolladas, y allí le recogieron con una pierna rota y una mano estropeadísima. Largo tiempo duró la cura, y desde entonces no pudo trabajar con provecho; sus ganancias habrían sido nulas si don Francisco no cuidase de proporcionárselas en la Obra y Fábrica, con limosna disfrazada de jornal, porque el infeliz había perdido los dos tercios de su habilidad y destreza, que nunca fueron muchas.

Charlaron un poco de la obra comenzada en la capilla alta de San Nicolás para dar desahogo a las oficinas, hasta que los olores culinarios y la impaciencia de los chicos anunciaron la grata ocasión de la cena. Suspendido el trabajo de ropa, *Leré* trajo un quinqué moderno, petrolero, sucesor del pesado velón de aceite que se vendió meses antes a unos mercachifles de antigüedades. La estancia, que era sala, comedor o cuarto de plancha, según las horas, y a la cual, por un arco de herradura, siempre ahumado, llegaba el vaho de la próxima cocina, se llenó de claridad y de esa alegría nocturna, doméstica, salpicada de notas infantiles, que suele ser la única gala de las casas pobres. Salieron a relucir los frágiles platos modernos, sucesores de los de Talavera, vendidos también porque los pagaban aquellos tontos de anticuarios cual si fueran de la más rica mayólica, y Justina apareció, al fin, con la humeante y olorosa cazuela de sopas de ajo.

—Bueno, señor; bueno—decía don Francisco, y entre reñir a este chico y acariciar al otro, y echar una indirecta a *Leré* sobre *lo mismo*, y poner en solfa al Cabildo porque disponía el ensanche de oficinas precisamente cuando no había qué administrar, se pasó la cena, sobria y placentera, sustanciosa en su frugalidad.

Leré llevó al monstruo la ración correspondiente, metiéndosela en la boca a cucharetazos, y de sobremesa encendieron Mancebo y Roque sus voluminosos y pestíferos pitillos, hechos con picaduras de las tagarninas que en su mesa de despacho solía dejar el canónigo Obrero, y que don Francisco recogía con avara puntualidad. Un chico se duerme; otro alborota. Ildefonso, que es gran jugador de brisca, echa una partida con *Leré*; sigue a esto la orden de retreta, solfa en nalgas por aquí, besuqueo por allá, transporte del monstruo dormido a un cuarto interior, hasta que todos, chicos y grandes, van entrando en su nidal, y el silencio reina en la modesta casa. Sólo don Francisco y Roque charlan un rato más en el comedor, apurando las colillas antes de atrancar la puerta; pero, al fin, el reloj de la Catedral, con nueve sonoras campanadas, y el toque de ánimas en esta y la otra torre, les dicen que se acuesten, y ambos mochuelos, con maquinal obediencia, se van derechos a sus correspondientes olivos.

V

Tan caviloso dejó al buen presbítero su conversación con el madrileño, que se sentía tocado de insomnio, y antes de acostarse se paseó largo rato por su leonera, rezando o intentando rezar las oraciones de costumbre. Pero si las palabras religiosas retozaban en sus labios, los pensamientos no eran de los que saben el camino del Cielo, sino antes bien de los que rastrean acá, entre los rincones y callejuelas del egoísmo.

"¡Vaya con la muñeca mística..., qué ventolera le ha dado! Olvidarse así del interés de la familia ...¡Y que no es floja carga para el pobre tío de tanta gente! Yo pensé que Roque, después de la caída en que se rompió la pata, no

traería más chiquillos a casa; pero nada..., como si tal cosa, y si el hombre no sirve para ganarlo, en cambio, para padre no tiene precio. Justina me regala un sobrinito nuevo cada año, y vamos viviendo, criándolos a todos, hasta que yo no pueda más, como no venga el milagro de los panes y los peces..., que no ha de venir. Bueno, señor... A lo que iba: como soy perro viejo y penetro en el magín de las personas más disimuladas, he comprendido bien que a ese caballero le peta mi sobrinilla, vamos, que está prendado de ella... ¡Si será simple la mocosa esta de los ojos danzantes!... Yo no he visto otro caso, ni creo que lo haya. Un hombre riquísimo, ¡zapa!, que a todos nos haría felices... Mientras más viejo es uno, mayores rarezas ve en este mundo, y lo que a mí me confunde más es que esta chiquilla no haya comprendido que su amo la quiere o, comprendiéndolo, se quede tan fresca, sin pizca de ambición..., noble ambición, sin duda, no confundamos, sagrado amor de la familia."

Decidió, al fin, don Francisco despojar su cuerpo de las negras vestiduras, y poco a poco se fué quedando en reducidos paños, hasta que se zambulló en la cama. Mascullando una oración, pensaba de esta suerte:

"¡Dios sacramentado, cuantísimo dinero! Me dijo el hermano de Braulio que este señor cuenta su caudal por millones... ¿Cómo será un millón? Quisiera yo verlo. Dehesa, casas, renta del Estado. Ya lo creo...; no apandó poco su padre, y también su abuelo, comprando todito lo que era de la Santa Iglesia. Y dicen que es más hereje que Calvino, de estos que quieren traernos más libertad, más pueblo soberano y más *Marsellesa*. ¡Patrañas!—con agudeza—. Así pensaría don Angel cuando su mamá no le daba un sacre; pero ahora que es rico y dueño de todo... El hombre de capital mira mucho por el orden, hasta por la Iglesia, y no quiere que la nación se ponga a dar zapatetas en el aire. ¡Virgen pura, cuantísimos dinerales! Se me figura que no voy a dormir esta noche, porque, ya se sabe, si me da por ver cosa de moneda, me despabilo y...—inquieto, dando vueltas—. Ahora que me acuerdo..., no sé si eché la llave del armario. ¡Qué cabeza! Pues lo que es yo no me duermo sin la seguridad de que todo está bien cerrado —raspa un fósforo y enciende—. No, no podré pegar los ojos con esta duda —échase de la cama, envuélvese en una colcha, y con los pies desnudos, las canillas al aire, más parecido a pavoroso fantasma que a hombre, va al cuarto próximo e inspecciona la puerta del armario—. ¡Ah! Echada la llave... Pero se me olvidó quitarla. Ven acá, llavecita. Ahora caigo...; pero ¿cómo tengo hoy esta cabeza?..., es que se me pasó del pensamiento poner en el cofre los dos duros que tengo en el bolsillo de los calzones. En fin, guardemos esto en el sitio donde pongo lo de las misas, y después me dormiré como un santo."

En aquel extraño pergenio, tiritando de frío, púsose a gatas y tiró de un pesado cofre forrado de pelo de cabra que bajo la cama había; abrióIo, sacó de él libros viejos, zapatillas y paquetes de clavos, revolvió hasta encontrar algunos cartuchos de monedas, los cuales examinó minuciosamente, procurando que no sonaran; introdujo en uno de ellos las dos piezas de plata, y colocando después encima con estudiado desorden lo que había sacado, cerró con llave, y de un salto, a la cama otra vez.

"Si yo no hiciera esto, si no guardara lo que guardo, ¿qué sería de este familiaje el día de mi muerte? Bien sabe Dios que no ahorro por mí, sino por ellos; bien sabe Dios que yo sin ellos viviría como un patriarca, pues mis necesidades son muy cortas; bien sabe Dios también que esto no es avaricia, sino arreglo, y que no junto por vicio de juntar, sino por previsión; bien sabe Dios que nunca he querido prestar dinero a interés, aunque me lo han propuesto mil veces, y que todo mi afán es llegar a reunir para un titulito de cuatro por ciento, y sacarle rédito al Gobierno, que es quien debe pagarlo. Pero... ¡ni que anduviese el demonio en ello! Cuando parece que me voy acercando a la cantidad precisa, cuando casi la toco con la punta de los dedos, ¡zapa!, vienen las necesidades...: que las botas, que la escuela, que la esterita, que el médico, y adiós mi montoncito. Vuelta a empezar, grano a grano, y arriba con él... Cuando yo cierre el ojo, aquí lo encontrarán todo, junto con las disposiciones que tengo escritas en aquel papel. ¡Vaya, que el día en que Justina

empiece a sacar plata y más plata...! Quisiera ver la cara que pone al ir descubriendo cartuchos. ¡Ah picaronaza, qué gran vida os vais a dar tú y tus hijos—como hablando con Justina—. Pero vamos a ver: ¿a que no me encuentras el orito, la única pella de doblones y centenes que he podido amasar en tantísimos años? ¿A que no se te ocurre a ti ni al ganso de Roque levantar aquel baldosín, radicante en el ángulo del cuarto, debajo de la percha mayor? Bobos, ¿creíais que yo lo iba a poner donde todo el mundo pudiera verlo? Pero no tengáis cuidado, que en sus disposiciones añadirá el tío un rengloncito que lo rece. El oro no se deja en cualquier parte. Es menester que cueste algún trabajo llegar hasta él —adormeciéndose un poco, se despabila repentinamente, con vivo sobresalto—. ¡Zapa! Satanás maldito..., ¿pues no se me ocurre ahora que el baldosín está levantado? ¡Zapa, contrazapa! Pues lo que es mi Francisco no se duerme sin cerciorarse por sus propios ojos—rechaza las sábanas, vuelve a raspar el fósforo y se arroja del camastro, dirigiéndose al ángulo del otro aposento, donde levanta la estera y examina el piso—. Si estaré yo trastornado... El baldosín no tiene novedad. Sólo Dios y yo sabemos lo que hay aquí. ¡Ea! Acuéstate, hijo, y duerme sin miedo—recorre la estancia como alma en pena, y se hunde de nuevo en el colchón, después de apagar la luz—. Pues a lo que iba: esa bendita de Dios, esa Lorenza, podría hacernos a todos felices. No hay mujer que no tenga su poquitín de habilidad, su poquitín de gancho para pesca del marido; pero sus anzuelos no pinchan, ¡oh sobrina mía, tocada de la vanidad de la perfección! ¡Cuántas hay por esos mundos que, con arte y sandunga, ya haciéndose las recatadas, ya resbalándose una miaja, han conquistado a sus amos, y de criadas cátalas señoras! Considera lo que resultaría de que fueras como otras, que son muy buenas y hasta muy santas: por de pronto, la pobre Justina descansando de su ajetreo de perros. Roque, sin necesidad de ir a pedir un mal salario, que más bien es limosna..., y la chiquillería esta, que yo he criado con tantos afanes, en camino de ser algo: Ildefonso, ingeniero; Paco, abogado; luego vendrían el militarcito, el arquitecto, el médico, según la disposición que fueran sacando, y en cuanto a mí, pues algo me había de tocar...; en cuanto a mí, ¡zapa!, mi canonjía no había quien me la quitara... Porque este señor ha de tener influencia en Madrid, y siendo yo el tío de su costilla, de su peso se cae que... Mucho poder tienen allá los Guerras. Pues ¿quién sino doña Sales hizo canónigo a ese farol de León Pintado, que era un mísero capellán de monjas en Madrid?... Pero, en fin, me descartaré, si es preciso, y para mí no quiero nada, nada más que irme al cielo a descansar de las fatigas que me causa el problema colosal de la manutención sobrinesca—pausa—. Debe de ser muy tarde. ¿Te duermes, hijo, sí o no? Mira que mañana vas a tener la cabeza pesada, y no podrás decir tu misita. Deja a tu sobrina que haga lo que quiera, y duérmete... Imposible tener sosiego pensando en estas cosas... Porque, Señor, si sucediera lo que está en el orden natural, el matrimonio se vendría a vivir a Toledo...; como que ella debe imponer esto por condición, y así se lo aconsejaré yo, y todos viviríamos juntos, y yo no tendría que pagar casa, y me ahorraría mi paga toda entera, mi paga de canónigo... ¡Madre y Señora sacratísima! Me da el corazón que, al fin, las cosas irán al derecho, y que, además, como los bienes nunca vienen solos, lo mismo que los males, me caerá la lotería, y..."

Durmióse, al fin, profundamente, después de rezar un rato, y soñó que le había caído el premio gordo. Porque conviene advertir ahora, para redondear la figura de don Francisco Mancebo, que éste no tenía ni tuvo jamás ningún vicio, pues no podía tenerse por tal el aprovechamiento de las colillas que dejaba sobre su mesa el canónigo Obrero. Bebida, mujeres, naipes, fueron siempre para él letra muerta. Por donde únicamente podía prepararle la zancadilla el tuno de Luzbel era por su desmedida afición al sórdido ahorro, y por la antigua maña de tantear la suerte en la lotería, con la codiciosa ilusión de sacarse una buena porrada de dinero. Todos los meses compraba, en compañía de un amigo, el indispensable decimito de la extracción más barata, y su constancia tuvo alguna vez corta recompen-

sa. Pero le alentaba la risueña esperanza de dar un toque maestro el mejor día, y siempre que se metía en la cama con algo de excitación cerebral, daba vuelta en su cabeza el número adquirido, como si fuera el propio bombo lotérico, haciendo veinte mil cálculos, que paraban siempre en que salía el ansiado premio gordo. Aquella noche, su sueño fué más que nunca tormentoso y preñado de confusos líos aritméticos. Despertó de madrugada con la certidumbre de haber dado el golpe.

"Claro, alguna vez tenía que venir. Eso de estar treinta años haciéndole cucamonas a la suerte sin alcanzar de ella más que algún triste reintegro, no puede ser. El número de ahora es de los que no podían fallar: tres doses, seguidos de un siete. Infalible, Señor, infalible. Bien se lo dije a Fabián cuando lo tomamos: "Fabián, éste nos arma"—excitadísimo—. Gracias a Dios, hijo mío, que sales de pobre, tú y todo el familiaje. Hoy, cuando entres en la sacristía, te dirá Fabián: "Don Francisco, al fin esa perra se ha portado." Porque Fabián debe de tener ya en su poder la lista grande, venida por el tren de ayer tarde, y habrá visto el número nuestro en el primer renglón... Ahora sí que voy yo a Madrid a cobrar el premio gordo, o lo que sea, pues si en vez de ser el mayor, fuese el tercero, también me alegraría...—dudando—. Pero ¿en qué me fundo para afirmar que ahora va de veras? ¿Esto ha sido sueño, revelación, o qué ha sido? ¿De dónde viene esta certidumbre, que es como si tuviera la lista delante de los ojos?—con perplejidad e impaciencia—. ¡Ven pronto, diita, para salir de dudas! ¡Madre amorosa del Sagrario, que me la saque, que no me muera sin sacármela alguna vez!"

VI

Levantóse al toque del alba, cuando ya las primeras luces de la encapotada y turbia aurora penetraban por indiscretas rendijas en la habitación, y recitó entre dientes sus oraciones. Abriendo las maderas de las ventanas, notó que los ojos le escocían al recibir la impresión lumínica, achaque fastidioso que rara vez faltaba después de una mala noche.

—Vaya, hoy tengo función con los malditos ojos—dijo, recatándose de la claridad—, y tendré que ponerme las gafas.

Sacó, pues, de la cómoda la máquina aquella de cuatro cristales, y después de aviarse de prisa y corriendo, se la puso, enganchando en las orejas las gruesas varillas de plata.

Ya era día claro cuando iba don Francisco por la pendiente arriba de la calle del Pozo Amargo, bien embozado en su manteo, la teja encasquetada, no dejando ver entre sombrero y embozo más que los cuatro vidrios. Su salida todas las mañanas, a las siete y media en invierno y a las cinco en verano, era como un reloj que utilizaban los madrugadores de la vecindad, gente obrera que a la misma hora se echaba a la calle. Aquel día, en la travesía desde su casa hasta la Puerta Llana, Mancebo iba diciendo para su manteo:

"¡Qué cosas tiene la Providencia y qué bien se encarga esa señora de ajustar las cuentas a los que andamos por aquí! A lo que iba: la Desamortización vendió las fincas de la Iglesia, y entre ellas, el cigarral de Guadalupe, cuya renta fué instituída por los Téllez de Meneses para la dotación de las misas que los capellanes de coro habíamos de decir en la capilla del Sepulcro. La pícara Libertad nos quitó aquella finca, que fué comprada por Bruno Zacarías, padre de la doña Sales, madre de este caballero, el cual la hereda; de modo que si se casa con mi sobrina, mi sobrina será dueña de ella, y por carambola yo, yo, que como capellán que fuí y beneficiado que soy, tengo cierto derecho a disfrutarla. ¡Miren las vueltas que la Providencia da a las cosas para que la justicia y el derecho se cumplan! Porque, claro, si hay boda, yo tendré vara alta en la casa, y al cigarral me iré cuando me dé la gana, sí, señor, a comerme los primeros albaricoques, y a pasarme muy buenos ratos... Parece un buen hombre este don Angel; pero se me figura que no sabe manejar sus intereses. Nada tendría de particular que me encargase a mí de la administración de lo mucho que en Toledo posee, rústico y urbano, pues de fijo lo haría mejor que ese hormiguilla de don José Suárez, que ha de mirar por lo suyo más que por lo ajeno. Yo lo administra-

ría con escrupulosa honradez y puntualidad, bien lo sabe Dios; yo sería una fiera para los malos pagadores, y las rentas habían de estar muy al corriente, sí, señor, todo al céntimo... ¡Ya lo creo que podría yo encargarme!... No soy tan viejo como parece, y fuera de este achaquillo de los ojos, tengo buena salud, y me parece que puedo tirar quince años más..."

Al penetrar en la Catedral por la Puerta Llana, fué otra vez atacado su pensamiento del vértigo de la lotería, en virtud de una concatenación misteriosa, inexplicable, pues nadie, por mucho que discurra, podrá encontrar afinidad entre el recinto hermosísimo de la Iglesia Primada y el bombo de que se extraen las numeradas bolas. Pero ello fué que al poner don Francisco su planta en las baldosas del templo, salió a recibirle y a darle agua bendita el cautivador número, los tres doses volviendo la espalda a un gallardo siete. "Algo quiere decir—discurría, persignándose—que se me haya metido en la cabeza la idea de que hemos dado el golpe. Tiene que ser...—dudando—. ¡Bah! Otra ilusión por los suelos. ¿Quién hace caso de estas corazonadas o cabezadas mías?... —reflexionando—. Aunque bien podría ocurrir que acertara... Alguna vez ha de ser, Madre dulcísima del Sagrario..., y si me saliera la millonada, podría yo decirle a esa ingrata de Lorenza: "Haz tu gusto, muñeca de los ángeles, que ya no necesito de ti para asegurar el porvenir de tus pobres sobrinos, pues ya ves cómo el Señor mira por ellos."

Poquísimas personas encontró en el trayecto de la Puerta Llana a la sacristía. Frente al enrejado altar del *Cristo Tendido* rezaba una mujer; un pordiosero con capa de paño pardo de remiendos mil se arrodillaba a la entrada de la capilla del Sagrario. Los acólitos, sacristanes y toda la gente seglar al servicio de la iglesia iban llegando por esta y por la otra puerta, tomando cada cual la dirección del sitio en que debía cambiar de traje. En algunas capillas, los mozos barrían el suelo. Los sacerdotes que celebraban las primeras misas iban llegando presurosos, y los pocos feligreses madrugadores que oírlas solían anunciaban su presencia con carraspeos y toses. La débil luz matutina, filtrándose por los pintados vidrios, derramaba en aquel recinto de incomparable belleza una melancolía dulce y ensoñadora. Cerrada estaba aún la verja de la Capilla Mayor, semejante a diforme joya de oro y esmaltes, y la del coro también. Pero alguien andaba por dentro trasteando, y don Francisco, después de hacer la genuflexión ante el presbiterio, se fué allá, y, al través de la verja, preguntó:

—¿Ha venido Fabián?

Respondiéronle que no dos mozos que se ocupaban en arreglar las alfombras, en poner un brasero y preparar los libros para el canto de Prima, y cuando le vieron alejarse hacia la sacristía, permitiéronse alguna inocente broma respecto a él.

—¿Has reparado que don Francisco viene hoy con *vidrieras?*—dijo el uno—. Mala señal. Siempre que se pone los anteojos de cuatro fachadas trae un genio de cuarenta Barrabases.

—¿A qué no sabes para qué quiere a Fabián?

—Toma: para ver si les ha caído la lotería. Juegan apareados; pero don Francisco antes se deja abrir en canal que gastar una perra en el periódico que trae la lista grande.

—¿Sabes que me parece que les ha caído? Anoche estaba Fabián más contento que las puras Pascuas.

Entró Mancebo en la antesacristía, saludando familiarmente a los que al paso encontraba. En la cajonería próxima a la puerta del gran salón vestíanse los monaguillos con infantil algazara, y más allá, los sirvientes del coro y Capilla Mayor.

—¿Habéis visto a Fabián?... ¿No? ¡Qué horas de venir tiene ese gandul! Por una de las tres puertas de la derecha pasó el beneficiado a la escalerilla que conduce al sitio en que están los braseros para dar lumbre a los incensarios, y allí calentó sus manos ateridas, echando un parrafito con el pertiguero, que hacía lo propio. Movimiento excepcional el de aquella hora en las dependencias de la basílica. Este saca las velas de un inmenso arcón; aquél se encaja presuroso las vestimentas; otro viene por el pasillo que da a la cuadra de las ropas cargado con el servicio del día. Algunos canónigos empezaban a llegar, y se metían en el suntuoso vestuario, donde tienen también su brasero

para calentarse. Volvió Mancebo a presentarse en la antesacristía, acompañado del pertiguero, que ya se había puesto la peluca y ropón de púrpura. Los sacristanes, los lectores y los que hacen el servicio de ciriales se despojaban de sus capas para ponerse sotanas y roquetes, y entre ellos, al fin, encontró don Francisco al sujeto que buscaba, embozado aún en su raída capa seglar.

—Fabián, ¡cómo se te pegan las sábanas!—le dijo, llevándosele aparte—. A ver, ¿tienes algo que decirme?

En ascuas estaba el buen clérigo, porque había notado en la cara judaica y grosera del salmista expresión vaga de mal contenido gozo. Sin esperar la respuesta a su pregunta, la completó con esta otra:

—Dime, hombre: ¿hemos sacado algo?

—Nada—replicó Fabián, persignándose en la boca—. Nos quedamos *asperges*.

—Pero, hombre—dijo Mancebo, con un nudo en la garganta—. ¿Has mirado bien esa condenada lista? Imposible que un número tan bonito...

—¡Para que nos fiemos de números bonitos! En otra cosa está el toque—indicó Fabián, que, a pesar de comunicar a su amigo una mala noticia, tenía la cara radiante.

—¿Cómo el toque? Explícate; no bromees—refunfuñó Mancebo, para quien continuaba siendo un enigma el rostro animado del cantor.

—Le diré a usted: ya no nos dejará colgados otra vez esta perra. Bien decía yo que tenía que haber reglas para calcular de antemano el número favorecido.

—¡Reglas! Tú estás soñando, Fabián. Todo depende del azar caprichoso, de la suerte, de la necia casualidad.

—¡A mí con casualidades! Eso es para bobos. Hay un modo de calcular el número exacto. Para eso está la Matemática.

—¿Pero tú...?

—No tengo el secreto todavía—con misterio—; pero lo tendré. ¡Calmaaa...!

—Hombre, dime, explícate...; a ver —ardiendo en impaciencia.

No pudo Fabián satisfacer la curiosidad de su amigo el beneficiado *Vidrieras* porque se acercaron otros. Además, no pudiendo don Francisco retardar más tiempo su salida al altar, dijo a Fabián que le aguardase allí y se fué hacia la capilla de San Ildefonso, en donde celebrar debía. Ya le aguardaban las tres o cuatro mujeres abonadas a su misa, y no tardó en prepararse para decirla, revistiéndose a escape. Es de creer que durante la representación simbólica del Santo Sacrificio, Mancebo apartaría de su pensamiento toda idea profana. La misa fué breve, más breve quizá que de costumbre. Díjola en el magnífico altar de la Descensión de Nuestra Señora, delante del cual yace la estatua durmiente del cardenal Albornoz. Oró luego un ratito, según costumbre, y sabe Dios lo que el afanado clérigo pediría, pero de fijo no pudo ser cosa mala ni en perjuicio de nadie, y acto continuo se volvió a donde Fabián le aguardaba, ya vestido de sotana y roquete. Había empezado la Prima, y en el grandioso templo se veía más gente seglar. Salían misas y más misas en la capilla de Santiago, en Reyes Nuevos y en el *Cristo Tendido*. En la antesacristía notábanse los preparativos de la misa conventual.

—A ver, Fabián. Me dejaste a media miel—dijo el beneficiado, llegándose a su amigo, que no entraba en funciones hasta el canto de Tercia—. Cuéntame, ¿qué secreto es ése?

—Pues todo el busilis—le contestó el salmista—está en saber hacer la combinación.

—¿Y cómo se hace la combinación?

—¡Ah! No es cosa fácil, pero tampoco imposible—dijo el músico, llevándosele al pasillo que conduce al patio del Tesorero, para poder secretear a su antojo—. Pues verá usted: un amigo mío, litógrafo, que tiene su taller en la calle de Belén, se puso en compañía, no hace mucho, con un chico de Madrid, mecánico y dibujante, gran matemático, el cual, devanándose el caletre y *ajondando* por aquí y por allá con las álgebras del contrapunto del guarismo, ha encontrado la manera de calcular las probabilidades que nosotros, los legos en esa solfa, llamamos suerte, azar. ¿Se va usted enterando? Este madrileño sabe más que Lepe, y ha inventado unos cartones con los cuales se hace la combinación, y *¡arza*, morena!..., el cartón le dice a usted, ¡clavado!, el número que ha de salir.

—Pero, Fabián—dijo don Francisco, echándose a reír—, tú estás loco o eres archimemo. ¿No comprendes que si eso fuera verdad y sacara premio todo el

que hiciera la combinación no habría lotería?

—Pero como el secreto no se hace público, y el que lo tiene no se lo va a revelar al primer quídam...

—Pero ven acá, pedazo de alcornoque. Si ese matemático posee el secreto, cátale poderoso en cuatro días, ¿y qué necesidad tiene de vender su secreto a nadie?

—Vende por poco dinero los cartones, y enseña el modo de manejarlos, sin perjuicio de ir a la parte con los que ganan. No es decir que salga siempre, siempre, clavado. Hombre, no sea usted material. Pero este clálculo asegura, de cinco probabilidades, tres por lo menos. En fin, morena de mi vida, hemos de verlo en la primera extracción, y lo que es ésta no se nos escapa.

—Hijo, me llenas de confusión—dijo don Francisco, tan aturdido y mareado, que tuvo que levantarse las *vidrieras* para que entraran la luz y el aire a reanimar sus congestionados ojos—. Eso es la mayor maravilla del mundo, o una necedad solemne de seis capas. Vea yo esos cartones, sepa cómo se fragua la combinación, y hablaremos. Voy a tener hoy mareo para todo el día... ¡Qué diantres de invención! No, si la cosa es posible y cae dentro del fuero de la Aritmética. Yo lo he dicho siempre: tiene que haber una manera de averiguar la probabilidad mayor entre todas las probabilidades. El caso es... En fin, anda, que van a empezar la Tercia. ¡Abur! A la tarde hablaremos. Se comprará el número que debe salir, aunque tengamos que encargarlo a Madrid, y...—suspenso—. ¡Zapa! No puede ser. ¿Cómo es posible que...?—esperanzado—. Pero sí, puede ser; es de esas cosas que se dan por imposibles antes que se le ocurran al primero, y después que sale uno y dice: "Pues esto hay", a todos nos parece lo más natural del mundo... Como lo del huevo de Colón.

Dando la vuelta por el ábside, se fué hacia la oficina de la Obra y Fábrica, que está debajo de la Sala Capitular, y allí tomo el chocolate que, en las mañanas de invierno, le hacía el mozo de aquella dependencia. Las revelaciones de Fabián trastornáronle la cabeza en términos que no daba pie con bola; su mente fluctuaba entre el escepticismo y la credulidad, y tan pronto veía en el cálculo lotérico uno de los mayores disparates que en cerebro humano pueden caber, como la más grandiosa y práctica invención, émula de los ferrocarriles, que se comen las leguas en un santiamén, y del telégrafo, que nos permite dar las buenas tardes a los antípodas.

"Y cuando estos inventos apuntaban —decía, procurando sojuzgar sus amotinados pensamientos—, la envidiosa incredulidad y la ruin desconfianza decían: "No puede ser, no puede ser." Y, sin embargo, pudo ser, vaya si pudo ser."

Durante toda la mañana, sin dejar de atender a su obligación con rutinaria y maquinal asiduidad, se caldeaba los sesos imaginando cómo sería la prodigiosa cábala del matemático de Madrid, y entreteniendo con variadas hipótesis su afán de conocerla. *Corriendo parejas con el viento*, aquella imaginación que en la edad senil se desbocaba, renovando los brincos y retozos de la juventud, lanzábase por otros espacios. Ya se figuraba el buen viejo que los planes de casar a Lorenza tenían realización cumplida, y que su sobrina era dueña de medio Toledo, ya que le encargaban a él la administración de las fincas rústicas y urbanas, y que se estaba comiendo, en el cigarral de Guadalupe, los primeros albaricoques de la cosecha del año. Y ¡qué bien le sabían, ¡zapa!, y qué ricos estaban!

CAPITULO III

DÍAS TOLEDANOS

I

Ya no empleaba Guerra las frescas mañanas de diciembre en vagar con soñadora inquietud por las partes más solitarias y poéticas del histórico pueblo. Como reacción de aquella actividad, entróle una pereza también soñadora, y se pasaba las horas muertas en su cuarto, sin más compañía que la del Niño Jesús y los acericos, leyendo o meditando, hasta que llegaba el ansiado momento de visitar a los Mancebos. El sabio Palomeque prestábale libros, entre los cuales Guerra prefería los de Historia, y de éstos los de Mariana, porque aquel estilo ingenuo y viril le cautivaba, así como la espontaneidad y frescura con que el mundo antiguo salía de sus páginas. Los

reyes y príncipes que la lectura, cual arte mágico, ante sus ojos, resucitaba, parecían encajar dentro de los muros y entre las callejuelas de aquella ciudad, como si no debieran ni pudieran existir allí otra clase de habitantes. ¡Qué disonancia entre Toledo y don José Suárez, verbigracia, o don León Pintado y el mismo Palomeque! Echándose a divagar mentalmente, comparaba lo que leía con la realidad coetánea, y en verdad no llegaba a convencerse de que lo presente fuera mejor que lo pasado. Acordándose de Madrid, y de la política y la sociedad, todo informado de un modernismo que lustrea como el charol reciente, llegaba a creer que vivimos en el más tonto de los engaños, sugestionados por mil supercherías, y siendo los prestidigitadores de nosotros mismos. Reíase también del afán que en tiempos no lejanos había sentido él por trastornar la sociedad. En aquel rincón de paz y silencio, ¿qué le importaba que el Estado se llamara República o Monarquía, ni que el Gobierno fuese de esta o de la otra manera? Tales problemas no eran ya para él más importantes que el trajín y las idas y venidas de las hormigas arrastrando hacia su agujero la pata de un escarabajo.

Meditaba en estas cosas tendido en la cama, desde la cual, por la ventana frontera, disfrutaba de una grandiosa y extensa vista: el ábside de la Catedral descollando con gentil bizarría sobre el montón de tejados, los pináculos de la capilla de San Ildefonso, los almenados torreones de la de Santiago, detrás de la torre grande, majestuosa y esbelta en su robustez, con el capacete de las tres coronas y la cimbreante aguja, en la cual parece que se engancha, al pasar, el vellón de las nubes. En término más lejano, la mole de San Marcos, los techos del Ayuntamiento, la presumida cúpula de San Juan Bautista, y aquí y allí, las espirituales torres de estilo mudéjar, cuanto más viejas, más airosas y elegantes.

Estas dulces mañanas solía estropeárselas, de cuando en cuando, el buen Palomeque con alguna jaqueca arqueológica. Era el canónigo correspondiente de las Academias de San Fernando y de la Historia, hombre muy erudito, punto fuerte en todo lo referente a fundaciones pías e impías, en letreros romanos, y descifrador de los secreticos de una piedra rota o de un gastado losetón. Ultimamente había dado en la tecla de demostrar que todo aquel cerro en cuya cima descuella San Miguel el Alto, fué ocupado en la Edad Media por el convento-palacio de los caballeros del Temple, el cual edificio, con sus jardines y dependencias, se extendía por el Sur hasta San Lucas, y por el Oeste hasta la Tripería.

—Es error crasísimo—decía, sulfurándose—creer que las casas de aquellos señores se circunscribían a las que hoy conocemos como de los Templarios, junto a San Miguel. Además de estos vestigios, hay otros muchos que corroboran mi tesis, pues en el barrio que habitamos, y en nuestro propio domicilio, voy descubriendo las esparcidas piezas del esqueleto de aquellos suntuosos alcázares. ¿Qué fué de tanta magnificencia? Pues allí sucedió lo mismo que en lo que es hoy Colegio de Santa Catalina, y en el palacio de Trastamara, hogaño corral de don Diego: que el antiguo monumento fué dividido en viviendas alquiladizas, y sucesivamente se ha ido transformando hasta perderse en un maremágnum de reparaciones, revocos y apartadijos.

En efecto, Guerra, a poco de vivir allí, echó de ver junto al techo de su aposento una zapata de mampostería, desfigurada por sucesivas capas de cal, pero que en su deformidad revelaba el morisco abolengo. Un día la limpió don Isidro, encaramándose en una escalera de mano, y al descubrir su gracioso ornamento, dijo con gozo triunfal:

—¿Ve usted? Es gemela de la que está en mi cuarto. Sobre las dos zapatas se alzaba un arco de herradura que ha desaparecido; pero puedo reconstruirlo teóricamente por la inducción del radio. Y si me apuran, aún puede verse un trozo del intradós, con su dentelladura perfectamente conservada y un pedacito de *almarbate*, en el desván medianero por la parte del Cristo de la Calavera. En distintos puntos de nuestra casa puede usted ver *alfardas* pertenecientes a la despedazada fábrica medieval, y no dude usted que parte de los azulejos del patio corresponden a los *aliceres* de la misma. ¿Se ha fijado en el viguetón grande que hay a la entrada de la cocina? Pues me he tomado el trabajo de limpiarlo, y

ahí tiene usted clarita la inscripción: *Ei imperio es de Dios.*

Un día entró Teresa en el cuarto de Angel, con las manos en la cabeza, gritando:

—¡Este maldito canónigo me está echando abajo la cocina!

Oíanse los golpazos que daba Palomeque, como si quisiera derribar la casa. Buscaba la continuación de la *aljarda* o viga, y la encontró, descubriendo, además, una magnífica *alharaca* que le hizo saltar de júbilo.

—¿Lo ve usted? ¿Lo ve usted?—dijo a Guerra, que salió presuroso tras su tía y patrona—. De aquí arranca un magnífico arco, que se apoya por esta parte en una columna con capitel de *ataurique*, la cual, de seguro, la tenemos empotrada en la mampostería de la casa próxima. Aquí tengo el capitel: véalo. —Guerra no veía nada—. Y para buscar el fuste será preciso, ¡ay dolor!, descender a las letrinas de la casa. Pero no importa. *Ubicunque labor*... ¡Cuánta barbarie! ¡Desmenuzar y triturar así una construcción grandiosa! Para descubrir todo el arco tendré que hacer un reconocimiento en la finca inmediata, y crea usted que pediré licencia al propietario. ¡Como que podría suceder que descubriésemos una gran galería, sabe Dios!... Y fíjese usted—saliendo otra vez al patio, armado del demoledor pico—, aquí, detrás de esta pared mal forrada de azulejos y que se desmorona por la humedad de la bajada de aguas, tenemos un trozo de columna, de mármol de Garciotum, que, sin duda, pertenece a la época goda.

En efecto, asomaba el fuste, y Angel no dudó de la aseveración de su amigo.

—De todo esto infiero, señor Guerrita —prosiguió don Isidro, después de destruir otro poco de pared—, que estos alcázares, en cuyos destrozados fragmentos vivimos por la codicia y la barbarie de las últimas generaciones, fueron construídos en tiempos de la dominación sarracena sobre la osamenta de otra suntuosa morada, goda, que debió de ser la que hizo labrar Suintila, según dice San Julián Segundo en el libro de la *Sexta Edad*, dedicado al amigo Ervigio. "¿Y a quién se debe la superfetación?", dirá usted—Angel no decía nada—. Pues, o yo veo visiones, o estamos en el palacio que levantó, rodeándolo de pensiles y amenidades sin fin, un morazo llamado Almanum Ebn Dziunum, el cual no es otro que el padre de Santa Casilda. ¿Nos vamos enterando? Aquí vivió, pues, aquel bárbaro con toda su gente, y no le quiero decir a usted lo deleitoso que esto sería con tantísima gala de arte y naturaleza que los tales solían gastar. Viene la Reconquista, y entra aquí el amigo don Alonso, que se incauta de la finca y se queda tan fresco; andando los años, nuestro don Alonso Octavo se la da a los Templarios para su convento y casa-hospedería; los Templarios, en mil trescientos doce, se van a donde fué el padre Padilla; vienen tiempos de desbarajuste, y los restos del palacio, menos aquella parte que se conserva junto a la plazuela del Seco, van a parar a manos mercenarias, que los descuartizan, los dividen, convirtiéndolos en miseros albergues de vecindad, en uno de los cuales usted y yo, corriendo el pícaro siglo decimonono, tenemos el honor de vivir.

—Muy bien, señor Palomeque; muy bien.

Una de las habitaciones del piso alto, próxima a la estancia que Angel ocupaba, habíala convertido Palomeque en depósito o almacén de los innúmeros fragmentos que iba descubriendo en la casa, o que recogía de aquí y allá, y era como naciente museo atestado de aleros medio podridos, pedazos de losetones con vislumbres de letra, azulejos, tinajas rotas, herrajes comidos de orín y trozos de *alharaca* o *almocárabe* en deslucido y frágil yeso. Allí se pasaba las horas muertas el canónigo, juntando astillas y cascotes para reconstruir piezas magníficas de decoración arabesca, y hemos de reconocer que su trabajo resultaba a las veces de alguna utilidad para descubrir los agujeritos ratoniles de la Historia, empresa no despreciable, pues suele acontecer que por tales resquicios penetra la luz en las grandes cavidades oscuras.

El otro huésped de la casa, el angélico don Tomé, sí que no se metía en tales averiguaciones. Hombre de modestia suma, ocultaba cuidadosamente lo poco que sabía, como si fuese delito. Con él platicaba Guerra más a gusto que con el sabio Palomeque, siendo preciso para ello violar el secreto de su estancia, pues don Tomé jamás iba a los

cuartos de sus compañeros de hospedaje como no le apremiaran con súplicas que casi equivalían a mandatos. Tratábale Teresa como a un niño y le cuidaba con solicitud, adivinándole los deseos, pues el pobrecito no era capaz de pedir ni un vaso de agua. Si alguna vez tenía que salir de noche, la bondadosa patrona, conociendo el miedo de su huésped a verse solo en las calles oscuras, mandaba con él a la criada o asistenta vieja, para que le acompañase a ia ida y a la vuelta. Gracias debía dar a Dios don Tomé de haber caído en tales manos, pues con otra pupilera no le habrían faltado ocasiones de morirse de hambre, por aquella costumbre evangélica de no pedir nunca. Era, en fin, alma sencillísima, toda pureza y humildad; un ser en quien Dios moraba, por lo cual decía su patrona que no creyó que existiesen serafines en la tierra hasta que hubo conocido a don Tomé.

El cual tenía su familia en Cebolla, de donde era natural. En Toledo le protegía el deán, que le *sacó* la capellanía de las monjas de San Juan de la Penitencia, dotada con el estipendio de dos mil reales anuales y obligación de decir en el convento setenta misas. Pero como esto no bastaba para vivir, don Tomé, con el favor del jefe del Cabildo, se agenció una lección de Historia en un colegio particular, que le producía otros dos mil reales. Cuatro años llevaba ya en su oscuro magisterio, habiéndose lanzado también a empresas literarias, pues era autor de un *Epítome* para uso de los alumnos de Historia, en el cual embutió toda la de España, ochenta páginas escasas, en preguntas y respuestas. Un ejemplar de este manualito regaló a Guerra, que lo agradeció mucho. Con cuatro mil reales que, en junto, daban la capellanía y la cátedra, y, además, los ochavos del *Epítome* (que iba acompañado de un mapa sinóptico de todos los reyes de España), no sólo reunía lo bastante para vivir, sino que aún le sobraba algo que mandar a la familia, la cual vivía miserablemente en Cebolla labrando el ingrato terruño. Las monjas querían a su capellán como a las niñas de sus ojos, y solían regalarle en las festividades platos de arroz con leche, sobre los cuales dibujaban con el polvillo de canela el letrero *¡Viva Jesús!*, y de cuando en cuando le mandaban acericos muy primorosos. He aquí la explicación de que hubiera tantos en la casa.

No podía Guerra explicarse que siendo don Tomé tan para poco, hombre de cuya conversación se podía sacar difícilmente una idea propia, le agradase tanto su trato, hasta el punto de que se pasaba con él largas horas oyéndole decir las cosas más sabias del mundo, las más elementales, pero que en sus labios tenían una seducción misteriosa. Observaba en él más fe que opiniones, fe de calidad exquisita, de esa que ni se discute ni piensa en discutir o examinar la incredulidad ajena. Don Tomé creía, sin cuidarse de que los demás negaran o dejaran de negar. No se le ocurría ser corifeo ni apóstol de sus creencias. Angel le envidiaba su espíritu sereno, teniéndole por un ser absolutamente conforme consigo mismo, conformidad que es tal vez el supremo ideal del hombre. Hablando con él y acompañándole en su cuarto, mientras preparaba las lecciones, Guerra se echaba a discurrir o imaginar cómo sería el estado interior de don Tomé, qué pensaría, qué sentiría. ¿Acaso juzgaría del mundo por los pecadillos que le confesaban las monjas? ¿Por ventura carecía en absoluto de imaginación, y era un ser incompleto, a quien la magnitud de su imperfección hacía parecer perfecto? ¿A qué sonarían en los huecos de aquella mansa naturaleza las pasiones humanas? Estos misterios y enigmas atraían más a Guerra hacia el capellán angélico, y el afecto que le inspiraba era quizá una exaltación de la curiosidad científica. Queríale, sin duda, y le mimaba con cariño semejante al que un sabio entomólogo siente hacia el insecto raro y desconocido que le cae en las manos.

II

Las más de las tardes iba Guerra a ver a *Leré*, quien le recibía en el patio, delante de la puerta que daba al otro patio que fué morisca *alfajía*, y era ya corral de vecindad, donde hormigueaba un pueblo indigente y pintoresco, entre destrozados arcos de herradura y podridas vigas con restos de *alharaca*. Justina se hallaba casi siempre presen-

te, y si el tiempo se ponía malo, o lloviznaba, se metían todos en el cuarto bajo, donde estaba el monstruo, a veces encima de la mesa, a veces en el suelo, acurrucado en una estera. En dicha sala había un piano decrépito, horizontal, de teclas amarillas y cansadas, tan opaco de sonidos que éstos parecían fantasmas de notas. En aquel veterano instrumento se educó el colosal ingenio músico de Sabas, el hermanito de *Leré*. Los chiquillos de Justina enredaban sin sosiego; el monstruo mugía de cuando en cuando. La sociedad que amenizaba la visita no podía ser más candorosa, y para colmo de inocencia, Angel solía llevar alguna tarde a don Tomé, el cual se sentaba en un banco de madera, o en la silleta del piano, y de allí no se movía, entretenido en jugar con los dos pequeñuelos, en hacerle preguntas a Ildefonso, examinándole de Historia, en la cual, dígase de paso, estaba el chico bastante flojo.

Lo que más agradaba a Guerra en los paliques con la que fué su criada era no encontrar en ella el mohín antipático ni el tonillo insufrible que suelen adoptar las personas que hoy se dan a la vida piadosa. *Leré* no hablaba de cosas de fe si de ello no se le hablaba; no hacía pinitos de perfección; no se quejaba de su marcada discrepancia con el mundo presente, y hablaba y discurría como si todo cuanto la rodeaba estuviese en completa conformidad con ella. Guerra la veía como a persona de pasados tiempos, y a veces hasta encontraba cierto parentesco entre la niña de los ojos temblones y el niño-hombre don Tomé.

La dulzura y armonía de aquellas pláticas solía turbarlas el padre Mancebo las tardes que aportaba por allí, pues quería meter baza en todo, ridiculizando el misticismo de su sobrina. Gastaba el buen señor por aquellos días un geniecillo de mil demonios, y su cara habría revelado toda la acidez y amargura que le andaba por dentro si no la tapara casi totalmente con los enormes espejuelos montados en plata. Guerra quería quitárselo de encima, echándoselo a don Tomé; don Francisco mordía un momento el cebo, daba dos hocicadas al bueno del capellán, y volvía después contra la pareja.

Una tarde, antes que llegara el beneficiado, rieron de lo lindo, comentando *Leré* con buena sombra el empeño de su tío de casarla con Pepito Illán. Pintó el carácter de don Francisco, encareciendo sus buenas cualidades y atenuando sus defectos, y afirmó, por último, que su familia no necesitaba de ella para nada. Sólo estaba presente aquella tarde el monstruo, que no hacía más que mirarlos atento y cariñoso, como perro manso. Con la mayor naturalidad del mundo, dijo *Leré* que Dios había vuelto a hablarle de su porvenir religioso, incitándola a entrar en la Orden de más trabajo y de mayor humildad, y advirtiéndole que no tenía por qué cuidarse de su familia, pues la familia corría de cuenta de El.

—Por más que digas—observó Angel, a quien se comunicaba el entusiasmo de su amiga—, no hay Orden bastante digna de que tú entres en ella. Estas noches, pensando en ti, se me ha ocurrido que debíamos formar una Orden nueva, para ti exclusivamente.

Reíase *Leré* de estos despropósitos, a los cuales contestó:

—Eso es orgullo. ¡Una Orden para mí sola! Hasta imaginarlo es pecado.

—Quiero decir que la fundes tú, y luego entrarán otras a ponerse bajo tu autoridad.

—¡Autoridad yo! ¡Qué locura! ¡Autoridad quien ha nacido para la esclavitud!

—Déjate de esclavitudes, hija mía. De Dios, puedes ser todo lo esclava que quieras; pero en tu comunidad mandarás como superiora, y harás reglas o constituciones para que las cumplan las demás hermanas. Vamos, piénsalo. Pondremos a tu tío de capellán, a Ildefonso de acólito; yo me cuidaré de todo lo externo de la dotación, y construiremos una iglesia magnífica, en la cual pondré mi sepulcro...

Los ojos de *Leré* relampagueaban. Nunca los vió Guerra más bailones.

—...Y traeré el cuerpo de *Ción* para sepultarlo allí con nosotros. Tendrás en vida toda la clausura que quieras, y rejas dobles, triples o cuádruples. Pero haremos un hermoso locutorio donde poder hablar, tú de la reja para adentro, yo de la reja para fuera. Y... ya digo, labraré mi sepulcro en la iglesia...

—No diga usted más disparates, y

guarde el dinero para otras cosas. ¿A qué fundar lo que existe?

—Pero ven acá: lo que han hecho otros señores, cuya memoria se perpetua en las iglesias toledanas, el conde de Orgaz, por ejemplo, don Gonzalo Ruiz de Toledo, ¿por qué no he de hacerlo yo? Yo te fundaré una casa de oración y recogimiento. Presidirás tu comunidad, usando báculo en los actos de coro.

Leré soltó la carcajada.

—¡Miren que yo con báculo! Don Angel, no me haga usted reír con sus locuras.

Con estas y otras cosas se iba exaltando el hombre, hasta llegar a un punto tal que no sabía lo que se pescaba. Una tarde, Mancebo se presentó de muy mal talante. Después de saludar tibiamente a Guerra, encaróse con su sobrina, y levantándose las *vidrieras,* le mostró sus ojos.

—¿Ves—le dijo—, ves cómo me estoy poniendo? La luz me daña de tal modo, que no puedo resistir el escozor y la pena que me causa. Me parece, señor don Angel; me parece, Lorenza, que de ésta se me apagan los candiles. Antes de un año estaré completamente ciego, y entonces..., no quiero pensarlo: ¿quién cuidará de esta pobre familia? ¿Quién mirará por ti, desgraciado—al monstruo, tirándole de una oreja—, quién?

La afectación de estas palabras, aunque bien disimuladas, no escapó a la perspicacia de las dos personas que le oían. *Leré* sabía calarle bien, y entendió la intención de aquel argumento de la ceguera.

—Si ese caso llegara—le dijo—, y ojalá no llegue, significaría que Dios quiere probarle a usted ver si tiene paciencia, conformidad con la desgracia. Acostúmbrese, como yo, a la idea de que cuantos infortunios vengan sobre nosotros los merecemos; considere que cada día que pasa sin enfermar, sin rompernos la crisma o quedarnos a pedir limosna, es un favor muy señalado. Cuando viene el mal, no hay que pensar que se nos castiga, sino que dejan de protegernos. Lo mismo digo del morir: cada día que vivimos es un perdón o benignidad de la muerte, la cual nos afloja un poquito la cuerda con que nos tiene amarrados.

—Bueno. ¿Y todo eso—dijo Mancebo con amarga burla—es para recomendarme que me ponga a tocar las castañuelas en celebración de que pierdo la vista? Bonito consuelo, ¡bonito modo de ver las cosas, y bonita santidad la tuya!

—Tío—replicó *Leré* gravemente—, lo que yo he dicho lo comprende usted mejor que nadie, porque es buen cristiano; pero ahora se hace el tonto porque le conviene.

—Cabal, quieres probarnos que es un gusto ser ciego, como hace días te empeñabas en convencerme de que no hay mayor delicia que morirse de hambre... Justo, y que la mayor de las satisfacciones es pedir limosna de puerta en puerta, ¡zapa! Y al paso que vamos —incomodándose—, con tu manía de abandonarnos y de despreciar las buenas proporciones, pronto se realizarán tus deseos y viviremos todos en esos espacios celestiales de la mendicidad que tanto te entusiasman... Pero usted, señor don Angel, ¿qué hace que no me apoya? ¡Ay! Porque a usted también le tiene medio embaucado, ya lo voy viendo, porque usted le hace caso y la toma por lo serio. El mejor día regala este señor todo su caudal a la Beneficencia, y se sale por ahí soga al cuello y un bordón de peregrino, pidiendo para las ánimas. No se ría, que a eso vamos todos. Saldremos por los caminos a pordiosear; mi señor don Angel se echará a cuestas al fenómeno este; el beneficiado ciego llevará de la mano a los chicos menores, y así, entre todos haremos un bonito cuadro para hacer llorar a los que pasen.

Angel se reía de la profunda seriedad con que soltaba Mancebo estos disparates, y el buen presbítero, que aquella tarde traía un humor de perros, se paseaba por la estancia dando pisotones para entrar en calor, subiéndose y bajándose las galerías de cristales a cada momento. *Leré* no se inmutaba; su temple era siempre el mismo: ni las bromas displicentes, ni las veras amargas de su tío, hacían mella en su voluntad diamantina. Angel quiso echar a broma el asunto, y contestó a Mancebo en esta forma:

—Pero ¿no sabe usted, señor don Francisco de mi alma, que *Leré* y yo hemos hecho un convenio? Justamente estábamos esperándole a usted para que nos diera su opinión.

—¡Un convenio! Y ¿qué es ello?

—Pues hemos resuelto dedicarnos, ca-

da uno en su esfera, a la abstinencia y a mirar por los desgraciados.

—Pues miren por mí, ¡zapa!, miren por mí, que soy el número uno.

—Espérese usted. Hemos convenido en establecer una Orden semejante a la que fundó aquí hace trescientos años una princesa de Portugal, con el nombre de *La Vida Pobre*.

—¡Más pobreza, hombre, más pobreza!—pateando—. ¿Les parece que no hay todavía bastante pobretería en este mundo? ¡Vaya, que los dos están tontos de remate!

—Calma, amigo, paciencia. Hemos convenido en que yo dedicaré todo lo que tengo a realizar esta idea. Y contábamos con usted, como cofundador, a fin de...

—¡Yo cofundador! —echando chispas—. ¿De qué, hombre? ¿Qué demonios voy yo a co...fundar?

—Pues será usted apóstol de la nueva Orden: mas para ello es preciso que se arranque a dar a los pobres todo lo que posee.

—¿Yo? Si yo no tengo ni tampoco un... ¿Quién ha dicho que yo tengo algo?—trinando—. ¿Ha sido esta embustera?

—Lo dice la luz pública. Usted pasa por hombre que guarda mucho dinero.

—Don Angel, no me queme la sangre... No se burle de un desgraciado clérigo, que...

Leré intervino para apaciguarle y cortar la broma que tanto le exaltaba.

—Dígale usted, tío, que no necesitamos fundaciones, porque la pobreza fundada la tenemos en casa, y muy a gusto en ella. El Señor le hizo a usted pobre, y pobre le conservará mientras viva, rodeado de trabajos y contrariedades. ¿No es verdad que eso le gusta, y adelante con la cruz?

—¡Adelante, sí!—con sarcasmo—. Vengan hambres, fríos y, por añadidura, enfermedades, ceguera y cuanto Dios quiera mandarme. Claro que aguantaré. ¡Qué remedio!... Pero de eso a que me ponga a bailar de gusto porque me estoy quedando ciego... Don Angel, hágame usted el favor...

—Cada cual—dijo *Leré*—ve estas cosas a su manera. Yo acepto con alegría todas las cruces que el Señor quiera echar sobre mí, y si mañana tuviera que pedir una limosna por las calles, y me encontrara toda baldada, llena de úlceras o de lepra asquerosa, no estaría menos tranquila que ahora con salud y el pan asegurado, gracias a mi tío, que se desvive por nosotros. Y si me quedara ciega, andaría palpando las paredes; y si perdiese las piernas, me estaría sentada, ¿y qué?, sentadita en el santo suelo, pensando que Dios me querría tanto más cuanto más baja me pusiera. ¿Qué me importan las enfermedades, la esclavitud, los trabajos y el desprecio del género humano, si lo que tengo dentro de mí persiste libre y sano y alegre? ¿Qué me importa causar repugnancia a todo el mundo, si Dios me da a entender que me quiere? Tío, convénzase usted de que el desamparo es un bien positivo, y el no tener nada, tenerlo todo, y el ser rechazado en todas partes, la mejor compañía, y el estar enfermo, prepararse para la verdadera salud, y el cegar, ver, y el hundirse, subir, subir y llegar hasta arriba. Todo se reduce a esperar en calma, esperar siempre, pensando en la verdadera vida. Tío, espere usted; y si viene la ceguera, que venga; y si viene la mendicidad, que venga; y si viene todo el mal en la forma más horrible, y las plagas de Egipto y el Diluvio universal, que vengan.

Don Francisco empezó a balbucir. Algo, sin duda, quería responder; pero no encontraba palabras apropiadas al caso. Retiróse huído, refunfuñando. Después de aquellas solemnes declaraciones de *Leré*, Guerra la tuvo por completamente perdida, en el concepto de que era locura pretender desviarla del inalterable rumbo que llevaba, como un planeta. A quien de tal modo pensaba, a quien tan tranquilamente y tan sin afectación decía su pensamiento, no se le podía conquistar con intereses circunstanciales. Echarse a cuestas una montaña habría sido empresa más fácil que domar aquel carácter duro y de un peso ingente, de una homogeneidad abrumadora.

"Es figura de otros tiempos—decía Angel para sí—, y asisto a una milagrosa resurrección de lo pasado."

Y a medida que la última esperanza de humanizarla extinguiéndose iba, más honda era la atracción que su divinidad ejercía sobre él. Llegó la última de las tardes que permitían aquel visiteo, y la idea de que pronto dejaría de verla le sacaba de quicio. Al despedirse indicó-

le sus deseos de visitarla alguna vez en casa de las Hermanas, si éstas lo consentían, y ella le contestó que, pasado algún tiempo, no habría para ello dificultad, pues la congregación no tenía clausura, y las profesas y novicias podían recibir en ciertos días a sus parientes y amigos. Al decirlo, daba a entender también que recibiría gusto de verle, y lo expresaba con la mayor pureza y sin gazmoñería. Guerra vió en esto como un sentimiento de amistad angélica, a la manera de la que ha existido entre santos, o entre los que estaban en camino de serlo.

—¿De modo que podré verte, y echar un parrafito contigo? ¿No temes que alguien interprete mal...?

—¿Yo?...—encogiéndose de hombros—. No temo nada.

Nada, en efecto, temía. El mal, en cualquier forma que tomase dentro de lo humano, no tenía significación alguna para un alma tan fuerte, tan aplomada y segura de sí misma. El miedo es la forma de nuestra subordinación a las leyes físicas, y *Leré* se había emancipado en absoluto de las leyes físicas, no pensando nunca en ellas, o mirándolas como accidentes pasajeros y sin importancia.

III

Volvió *Leré* a las Hermanitas del Socorro un día de la segunda quincena de diciembre, próximas ya las fiestas de Navidad. Guerra paseó aquella tarde con don Tomé, que parecía más comunicativo que de ordinario, y hablaron de cosas de ultratumba, maravillándose Angel de la sencillez de catecismo con que el autor del *Epítome* refería los trámites de la muerte, y de nuestro traspaso de una vida a otra. Después de dar varias vueltas por el Miradero y los altos del Alcázar, fueron a cenar, y Guerra volvió a salir para engañar el tiempo en la tertulia de su tío *don Suero*, donde vió al canónigo Pintado jugando al tresillo con el alcalde de la ciudad. Aburrido, se fué de allí, y divagó larguísimo rato de calle en calle, yendo a parar, por instintiva querencia, a la solitaria Judería. La noche no estaba para rondas de enamorado, ni aun tratándose de pasiones, como aquélla, tan espirituales y seráficas, porque el frío era glacial, y venía del Norte un vientecillo barbero que descañonaba. Retiróse con el embozo hasta las orejas, por las sombrías calles, sin encontrar alma viviente, y andando, andando por aquel pueblo de pesadilla, echábase la sonda para reconocer la extensión del contagio místico que invadía su alma. Semejante contagio podía atribuirse al medio ambiente, al roce del arte religioso, a las lecturas, a la soledad y, principalmente, a la influencia de *Leré*. Y el misticismo determinaba en él fenómenos muy singulares; verbigracia: la memoria de su hija *Ción* había tomado forma bien distinta de las memorias que los muertos queridos suelen dejarnos. En sus horas de soledad, creía sentirla en torno suyo, revoloteando, y siempre que su pensamiento se enardecía, hasta levantar llama vagarosa y crujiente como de zarzales inflamados, la imagen risueña y juguetona de la chiquilla giraba en torno queriendo quemarse en él. También le perseguía el recuerdo de doña Sales, a quien no veía tan ceñuda y altanera como en vida, y para colmo de extrañeza, empezaba a creer que su madre había tenido razón contra él en la mayor parte de las cuestiones que los dividieron. De Dulce se acordaba ya pocas veces; y no le era el recuerdo desagradable. Pero el fenómeno más extraño que encontraba al calor de la sonda era que, a excepción de los pocos muertos y vivos que interesaban de alguna manera a su corazón, toda la Humanidad le iba siendo cada día más antipática. En Toledo mismo, lo personal no participaba de los encantos de lo material e insensible. Las piedras, la sustancia artística, en que se encarnaba el ánima penitente de los tiempos pasados, tenía todo el atractivo que faltaba a las personas, expresión de la vulgaridad presente, y que parecían no alentar más vida que la puramente mecánica. *Don Suero* le resultaba tan antipático como los Medinas y Taramundis de Madrid; antipático el canónigo Palomeque, con su sabiduría indigesta; antipático el padre Mancebo, por su utilitarismo; don León Pintado, por su fatuidad. Los seres humildes y cuitados, como don Tomé; los que llevaban el fardo de la vida sin quejarse, como Justina y su marido; los de ánimo tranquilo y alegre, como Teresa Pantoja; los chiquillos traviesos y de buena in-

dole, como Ildefonso, merecían su afecto, y entre ellos gustaba de buscar fraternidad y compañía. Con esta manera nueva de pensar y sentir iba arraigándose en su espíritu la idea de aislarse, de apartarse sistemáticamente de una sociedad que se le indigestaba, viviendo por sí y para sí, solo o con las amistades que más le agradasen.

Retirábase por Santo Tomé y el Salvador, cuando al atravesar la cuesta de la Portería oyó una voz que clamaba como quien pide socorro. El sitio era solitario, fosco, siniestro, apropiado a los tapadijos galantes y a los acechos de la traición; la calleja se replegaba en la más intensa oscuridad, y sólo al medio de ella, traspasado el segundo recodo, distinguíase a lo lejos la lucecilla de un farol colgado como a cinco varas del suelo, delante de un Cristo que llaman de la *Buena Muerte*, con melena y enagüillas, en mohoso nicho cubierto de alambrera. Avanzó en seguimiento de la triste voz, hasta llegar a un espacio irregular formado por las tapias de Santa Ursula y los paredones de la casa de los Toledos, plazoleta que merece el nombre de ratonera, porque la salida de ella es difícil para quien no sepa encontrar los pasadizos y callejones, que más bien son grietas, por los cuales tiene que escurrirse el transúnte. El lugar no podía ser más propicio a la exaltación romántica. ¡Cuántas veces, al pasar de noche por recodos como aquél, veía Guerra desprenderse de las tenebrosas tapias toda la leyenda zorrillesca! Tenía que encadenar su imaginación para ponerse en la realidad del tiempo, pues hasta el eco de los pasos parece sonar allí con la cadencia del romance. Aquella noche la ilusión era completa, y la desconocida voz gemebunda debía de pertenecer a un tipo con gregüescos y jubón de vellorí, que acababa de ser ensartado por otro del mismo empaque, y éste andaría por allí también, debajo del farolillo, dispuesto a despanzurrar al primer cristiano que pasase.

Cuando estuvo más cerca del que daba las voces, oyó que éstas eran blasfemias y porquerías desvergonzadas, no ciertamente en el estilo del siglo XVI, pues no decía *voto a sanes*, ni *pardiez*, sino otros términos feos y chabacanos. Guerra no le veía. Llamó y dijo:

—¿Quién es, qué ocurre?

Y vió que del ángulo oscuro de la plazuela salía un bulto, derecho hacia él, y oyó claramente estas palabras:

—Demonio de pueblo... Maldito sea quien me trajo acá... ¡Me caso con la Catedral, tío ¡Carando pastelero!... Pero ¿dónde demonios me he metido yo?... ¡Eh! Buen hombre... Ayúdeme a salir de este hoyo maldito.

Queriendo reconocerle más por la voz que por la figura, que distinguir no podía, le echó mano al pescuezo, y llevándole bajo la mortecina luz del lamparín de la imagen, vió que era don Pito en persona.

El cual, conociéndole, al punto también, exclamó con alegría:

—Don Angel... ¡Qué encuentro, yemas!... ¡Me caso...!

—Pero ¿qué le pasa a usted?

—No me hable, hombre, que estoy mareado, que estoy loco. ¡Me caso con Toledo y con quien inventó este pueblo de pateta! Así le dieran fuego por los cuatro costados. Nada, que me he perdido, y vuelta de afuera, vuelta de adentro, demorando aquí, demorando allá, vine a dar a este saco, y adondequiera que me vuelvo, ¡yemas!, doy con el tajamar en una pared. Nunca he visto otra. Dos horas hace que salí de la posada, y no puedo volver. ¡Carando con el pueblecito este! Si éstas no son calles, sino agujeros de ratas... Y ¡qué tinieblas, qué soledad!... Ni en medio de la mar. Dos horas, dos horas dando repiquetes sin poder encontrar la ruta. Quería balizarme por la torre de la Catedral, y cuando la dejaba demorando por estribor, se me aparecía por babor... Si no sale usted, compadre, creo que aquí me encuentran heladito por la mañana, porque ya no puedo con mi alma.

—Vamos, ya está usted en salvo. Yo le llevaré a su casa. ¿Dónde es?

—¿Mi casa?... ¿Mi casa?...—dijo don Pito, mirándole con estupidez y echando sobre la cara de su interlocutor un vaho de aguardiente que tumbaba.

—¿Es la fonda del *Lino*, la *Imperial*?

—No, fonda no es. Verá usted. Déjeme fiar esta condenada cabeza, que con las vueltas de las calles se me ha puesto perdida.

—¿Ha venido solo a Toledo?

—No, hombre. ¿Cree usted que vengo yo a esta madriguera si no me traen a rastras? ¡Ay Dios mío, cómo me han

puesto esta cabeza las calles!... ¡Qué lío! Con un temporal duro me entiendo mejor que con estas correntadas y este ciclón de casas, que no hay cristiano que sepa tangentearlo. Pues verá usted..., el demonio me trajo aquí, un demonio con faldas, que diciendo faldas se dice cosa mala. Figúrese usted que esta noche, después de la cena, me sentí con ganas de taparle las grietas al frío, ¡pateta!, porque mire usted que hace frío en este lugarón, y salí diciendo: "Vuelvo", y la vuelta ha sido que me perdí en estas calles traicioneras, y mientras más daba para avante, más perdido; y doy para atrás, moderando, y más perdido, hasta que no sabiendo por dónde tirar caigo de rodillas, medio yerto de frío, y llamo a Dios, ¡carando!, y como no me hace caso, llamo a todos los demonios, ¡yemas!, y si no es por usted que sale, doy fondo en la eternidad.

—Pero sepamos dónde vive—dijo Guerra, llevándole por la calle de la Ciudad—. Me figuro con quién vino. ¿En qué fonda están?

—No es fonda; la llaman posada, y es punto de mucha arribada de mulas y arrieros. ¿Se llama?... ¿A ver? Pues se me ha olvidado la numeral. Lo que recuerdo bien es que está cerca de la plaza del Zoco... no sé qué.

—¿La Posada de la Sangre, la de Santa Clara?

—No, hijo; no es cosa de sangre clara ni espesa. Suena más bien a cosa de muebles.

—Ya, la Posada de la Sillería—dijo Guerra, recordando que aquel establecimiento y el llamado de Remenditos pertenecían a unos parientes de doña Catalina de Alencastre.

—Justo, de la Sillería, ¡yema!, eso es. Lléveme allí, que el frío es de patente.

—Estamos bastante lejos. En marcha.

Guiando hacia la plaza del Ayuntamiento, fué asaltado Guerra de una idea que le contrariaba. Temía el encuentro con Dulce.

—Pero es inútil ir allá—dijo—. Son más de las doce, y la posada estará cerrada.

—Entonces, ¡yemas!, ¡carando!..., me quedaré en la santísima calle. ¡Me caso con el arzobispo y con el hijo de tal que inventó este lugar de mil demonios!

—¡Ea! No chillar. Yo le alojaré a usted hasta mañana. Véngase conmigo.

—Hombre, muchísimas gracias. Veo que el párvulo se ha humanizado, pues la última vez que nos vimos me trató como a un negro.

—Cierto—dijo Guerra, recordando con disgusto y vergüenza la brutal escena en casa de Dulce—. Pero aquello debe olvidarse. Estaba yo de mal talante aquel día.

—Y tan malo. Pero, en fin, no soy rencoroso, y si tocan a perdonar, por mi parte... perdonado todo, amén, y amigos otra vez... Y dígame: ¿en este pueblo cierran muy tarde las..., los... establecimientos?

—No encontrará usted abierta ninguna taberna. Al vicio, que espere hasta mañana. De veras que hace frío.

—Si parece esto el banco de Terranova. No me siento la nariz ni las manos. Nunca en otra me vi. Dígame, compañero: aquello que allí se ve, ¿no será un establecimiento?

—Si es la Catedral, hombre. Y este otro edificio, la Casa Consistorial.

—La Catedral, sí, muy señora mía. Entre Dulce y Catalina me han mareado hoy de firme, enseñándomela. Que mire usted esto, que mire aquello. ¡Ay, qué jaqueca! Yo no lo entiendo, y sólo me ha parecido de mucha largura. Compadre, cuidado que es eslora ésta..., ¡y qué puntal!

—Sí, gran edificio. ¿Conque tenemos aquí a la rica hembra de Alencastre?

—Sí, señor, y el rico macho también. ¿No sabe usted? Han heredado un castillo con cuatro torres, que dicen perteneció a esos reyes de pateta, tatarabuelos de Catalina. En fin, que embarcamos en el tren, y dimos fondo en el mesón, cuyos dueños son parientes de mi cuñada; buena gente, pero que tienen de príncipes tanto como usted y como yo. ¡Menudo pisto se da mi hermano Simón con los primos de su mujer! Sabrá usted que le colocaron, sí, señor, en eso del Timbre, y ha venido aquí hecho un bajá de tres colas. Ello fué por mediación de un amigo que tiene en el Ministerio. Bailón les prestó los cuartos para pagar el pasaje en el tren. ¡Catalina trae unos humos!... Como que hoy se empeñaba en que habíamos de entrar a visitar al cardenal, y yo le dije: "Sí, mujer, no es flojo cardenal el que sacare-

mos tú y yo, en salva la parte, del estacazo que nos van a dar cuando nos colemos en Palacio."

Siguieron por la calle de la Puerta Llana, y allí observaron que en la fría atmósfera flotaban puntos blancos y tenues, los cuales, al darles contra el rostro, les herían con punzante frialdad. Principiaba a nevar; el cielo parecía un pesado toldo que se desplomaba; neblina espesa envolvía los edificios, dando a la mole de la Catedral un aspecto desvanecido y fantástico.

—Compadre—dijo don Pito, hocicando el ambiente turbio y glacial—, esto se pone feo. Mire qué cariz. Nievecita tenemos, y cerrazón. A mí denme malos tiempos de viento y mar; pero no me den horizontes cerrados. Dígame: este paredón de la santísima Catedral, ¿hasta dónde llega? Hasta las islas Terceras cuando menos. Y aquel faro que allá arriba demora por la amura de babor, ¿qué puerto nos marca?

—Es la Virgen del *Tiro*, alumbrada con un farolillo. No nos detengamos, que el temporal arrecia.

—Avante toda... ¡A la vía!

De repente, el temporal descargó con furia, cual si se hubiera abierto un boquete en el cielo por donde se precipitaran en formidable chorro los corpúsculos de nieve, que volaban trazando rayas oblicuas del cielo a la tierra, y al poco tiempo ya blanqueaban los picos. De la boca del capitán llovían furiosas maldiciones con granizo de blasfemias. La pendiente de la calle del Locum era un peligro en aquella difícil recalada: su estrechez tortuosa hacía más densa la oscuridad que en ella reinaba. Don Pito resbaló, cayendo al suelo dos o tres veces. "Agárrese usted a mi capa y sígame despacito", le dijo el otro, palpando las paredes para poder avanzar paso a paso. La menuda nieve los envolvía y los cegaba; pero al fin, gracias a que el trayecto era corto, pudieron llegar sin ningún contratiempo. Guerra tenía llave, y entraron sin llamar. Todos los habitantes de la casa dormían el sueño de los justos.

IV

Angel recomendó a don Pito que no chistase, y subieron y encendieron luz. Ocurriósele entonces a Guerra albergar a su huésped en el cuarto donde Palomeque guardaba el carcomido fruto de sus investigaciones arqueológicas, al extremo del pasillo alto, en sitio fácilmente abordable. Andando de puntillas, condújole al *museo*, después de darle una buena manta para que se abrigase. Al marino le pareció de perlas el camarote, y se acomodó en una especie de tablado o rimero de maderas viejas que, según él, debían de ser del desguace del arca de Noé. En peores camas había dormido el hijo de su madre, paseando sus huesos de mundo en mundo y de mar a mar. Envolvióse en la manta, y a roncar como un caballero. Buenas noches.

Al acostarse, Angel se reía pensando en el bromazo que iba a dar a don Isidro, y en la sorpresa de éste, por la mañana, cuando fuese a echar el primer vistazo, como de costumbre, a su histórico Rastro; pero otros pensamientos mas graves le inquietaron antes de dormirse. Al día siguiente, don Pito habría de volverse a la posada, y daría cuenta de su extravío, del encuentro con él en la calle, y de cómo recibió albergue en aquella casa. Inevitable acometida de Dulce, que sin duda había ido a Toledo con intentos de amorosa persecución; inevitable encontronazo de los Babeles. Esto le quitaba el sueño, pues el sentirse acosado por Dulce le mortificaba cruelmente, y el rechazar a su perseguidora repugnaba a su conciencia. No quería nada con ella, ni nada contra ella.

Por la mañana, antes de la hora a que acostumbraba levantarse, sintió desusado estruendo en la casa. Vistióse más que de prisa figurándose lo que sería, y al salir, tiritando, se ofreció a sus ojos el más desatinado rebullicio que en aquella casa se había visto desde que moraron en ella los Templarios. Palomeque con una espada mohosa de tazón, Teresa con una escoba, la criada con una badila y don Tomé con nada, pues era hombre incapaz de esgrimir el arma más inocente, formaban como un cerco de sitiadores frente a la puerta del cuarto de los trastos góticos y sarracenos, y los tres, porque don Tomé no hacía más que temblar, se animaban recíprocamente con bélicas expresiones: "¡Que salga ese tunante..., salteador..., que dé la cara, y verá...!"

Don Pito apareció en la puerta voci-

ferando, y sin hacer ademanes de resistencia contra tan terrible aparato de batalla, les dijo:

—¡Ea! Señores, que yo no soy ladrón, ¡yemas!, y cuidado con faltarme. Yo he venido aquí porque me trajo mi amigo don Angel.

Viendo reír a éste, desbaratóse la equivocación, y la cólera de todos se trocó en bromas y cuchufletas.

—Es el amigo Suintila—dijo Guerra—, que ha venido a pasar la noche en los restos de su palacio.

Teresa preguntó a don Pito qué quería para desayunarse, a lo que respondió el marino:

—¿Yo?... ¡Qué pregunta! Tráigame ginebra de la Llave o de la Campana.

—¿Qué dice? Aquí no tenemos esos brebajes de llaves ni campanillas. Si quiere chocolate...

Renegó don Pito de todo desayuno que no fuese de base alcohólica, y Angel condescendió con un vicio que en mañana tan cruda tenía justificación, dadas las costumbres del inválido marino.

—¿El señor es nauta?—dijo el canónigo, frotándose las manos desesperadamente—. Vaya: por muchos años.

—Soy mareante, sí, señor; por mis pecados navego ahora por tierra firme, y he venido a embarrancar en este pueblo de pateta.

—¡Ea!—le dijo su protector—. Si no habla usted con decencia, no le traigo la bebida. Aquí mucha formalidad.

Don Tomé se alejó soplándose los dedos. Metiéronse los demás en el cuarto de Guerra, y allí sirvieron el chocolate a don Isidro, el cual, mirando la nevada al través de los cristales, decía:

—*Toda blancura es hoy la gran Toledo.* Buenas estarán esas calles de Dios. No verás hoy mi estampa, corito metropolitano.

Traída la ginebra, don Pito empezó a alumbrarse, y en su alegría voluble y decidora llegó a tomarse confianzas con el canónigo. Guerra le miraba con lástima benévola, viendo en él, más que perversidad, abandono y miseria. Palomeque dijo que la mejor manera de calentarse era coger el picachón y emprenderla con la pared del patio, hasta derribarla y destruir todos los fustes de la época goda. Don Tomé, sin hacer caso del mal tiempo, salió embozadito en su manteo para ir a decir su misa, y Teresa y la criada se ocupaban en palear la nieve del patio. Desde abajo invitaron al arqueólogo a tomar parte en la faena, y él no se hizo de rogar, bajando con su picachón, que al punto tuvo que cambiar por humilde escoba. Ofrecía el patio un aspecto lindísimo, con los evónimos cargados de albos vellones, como clara de huevo bien batida, el aro del pozo revestido también de aquella nitidez inmaculada, y los canalones, aleros y postes con informes colgajos de lo msimo, que se desprendían y rebotaban, encharcando el suelo recién barrido por la diligente escoba de Palomeque. El cabello enteramente cano de Teresa amarilleaba junto a la excelsa blancura de la nieve.

A Guerra le habían servido café, del cual tomó también don Pito porción de tazas, y con esto y la ginebra se dispuso el hombre a resistir las más bajas temperaturas. Encendieron sendos tabacos, y abriendo la ventana, pusiéronse a contemplar el panorama estupendo de la ciudad con sus techumbres cubiertas de nieve, sus torres perfiladas de blanco luminoso como estrías de luciente cristal. En sus viajes no había visto don Pito nada semejante, porque si las nevadas de Nueva York eran más densas, en ellas todo resultaba plano y sepulcral, mientras que Toledo parecía un oleaje gracioso, en el cual la espuma se hubiera endurecido con la rapidez de las mutaciones de teatro. La Catedral, con sus cresterías ribeteadas por finísimos junquillos de nieve, y su diversidad de proyecciones y angulosos contornos, presentaba a la vista un cariz de fantasmagoría chinesca. La torre se destacaba sobre el cielo vaporoso casi limpia, morena y pecosa entre tanta blancura, con sólo algunos toques de cascarilla en el capacete y en los picos de las tres coronas; más grande, más esbelta, más soñadora en medio de la desolación inherente al paisaje boreal. Creeríase que se estiraba y subía más. El sol luchaba por romper la neblina, y en ciertas partes del cielo esparcía destellos de oro. Pero la palidez diáfana y melancólica de la plata vencía, y lo más que lograba el sol era poner algunas hebras de su lumbre en la veleta de la torre, o perfilar con ráfagas amarillentas las siluetas lejanas de la ciudad hacia el Nun-

cio, San José y Santo Domingo el Antiguo.

Don Pito se encontraba tan a gusto, que, presumiendo le despedirían, se anticipó a la insinuación en esta forma:

—Estoy aquí como en el Paraíso, ciudadano Guerrita. No puede usted figurarse qué frío es aquel condenado posadón, y qué cargante la compañía de Catalina, que anoche se nos atufó, y salió con la gaita de siempre, diciéndonos que su familia venía del emperador de Constantinopla, un tal *palogordo* o no sé qué.

—Paleólogo, diría.

—Eso. Y ¡mi sobrina siempre suspirando, diciendo cosas que le hacen a uno llorar...! Esto no es para un viejo aburrido como yo, que a poco que le apuren se muere de tristeza—súbitamente acometido de nostalgia—. ¡Ay Dios mío! Quisiera que me tragara de una vez la tierra. ¡Carando! Me cansa la vida, y si no fuera por el bálsamo ya me habría ido al fondo cien veces. Crea usted que esto de no ver nunca la mar es horrible. No lo comprenderá quien no haya vivido cincuenta años viéndola, oliéndola y pasándole la mano por el lomo desde el puente. Lo que yo quiero es que me recojan en un asilo naval o terrestre, donde me den de comer lo poquito que como, y de beber lo que me dé la gana; porque sepa usted que en casa de mi hermano un día se ayuna y otro también... Ahora que tiene empleo, creo yo que lo pasaremos lo mismo, porque los hijos son unos trápalas, menos Dulce, que es buena, eso sí, buena como una uva, y con mucho talento, cabeza firme, razón clara. Pero desde que cierto párvulo la deja, no se harta de llorar..., y a mí las goteras me cargan. No estoy yo para consolar a nadie, sino para que me consuelen a mí.

—Si no fuera usted un borrachín, de fijo encontraría quien le amparase... Trabajar tanto, y no tener a la vejez ni casa ni hogar es triste cosa.

—¡Así paga el comercio a quien bien le ha servido! Los armadores se han hecho poderosos con mi trabajo, y aquí me tiene usted a mí sin una hebra. ¿Por qué? ¿Acaso por maldad? Yo probaré que no he sido malo. ¿Quiere usted, señor don Angel, que con sinceridad le confiese mis debilidades?—excitándose y sosteniéndose los pantalones—. Pues se las confesaré. Mi flaco ha sido el *jembrerío*. La faldamenta me perdió. Cuanto gané me lo comieron ellas con sus boquitas monas. No podía yo remediar esta debilidad que siempre tuve, y ésta por rubia, la otra por trigueña, hacían de mí lo que les daba la gana. Pero yo pregunto: ¿pecados de faldas son para tanto castigo? ¡Ah! No, señor. Yo conozco otros que fueron más mujeriegos que yo, y ahí los tiene usted en Nuevitas, en Cienfuegos, en Jamaica y en Veracruz, abarrotados de dinero. Es el sino, el sino de la criatura. A ratos de noche, cuando no he bebido y siento la penita en el estómago, me ocurre que si esto de mi mala suerte me vendrá de que anduve en aquel fregado de traer la esclavitud a Cuba. Pero, ¡me caso con San Francisco!, si otros que cargaron más que yo y los compraban y vendían como talegos de carbón, están ahí riquísimos, con familia y mucha descendencia, llenos de felicidad! ¿Qué quiere decir esto, compadre? Que esta máquina del mundo anda muy mal gobernada, que el primer maquinista no hace caso, y se duerme, y la palanqueta del vapor está en manos del tercero y el cuarto, o de algún fogonero que no sabe lo que se pesca... Vamos a ver. ¿Acaso se me puede culpar a mí de haber inventado la trata? Yo no la inventé, ¡yemas! Esclavos había cuando yo empecé, y del Africa iban para allá los barcos llenos. El tío que me crió metióme en aquellos trajines, y si buenas onzas me ganaba hoy, buenos sustos me hacían pasar mañana los malditos ingleses, pues llevava uno la vida vendida... Conque ya ve que no he sido malo, y que si lo fuí, bien purgados tengo aquellos crímenes de pateta. Tenga usted compasión de mí, y vea de asegurarme los víveres. Yo me conformo y me avengo a todo, menos a beber agua, porque... peceras en el estómago crea usted que no convienen.

Profunda lástima de aquel hombre infeliz sentía Guerra, que oyó sus sinceridades con benévola atención, y no contestó a ellas hasta pasado un buen rato. Perdida la mirada en el espacio incoloro y triste que ante ella se extendía, Angel meditaba, y de su meditación salió esta frase consoladora para el triste mareante:

—¡Quién sabe!... Puede ser que yo, algún día, le recoja a usted.

Al decir esto cerró la ventana.

V

—Buena caridad sería ésa—dijo don Pito, arrimándose más al ascua que calentaba su aterido espíritu—. Y dígame, señor: ¿no me dejará estar aquí, donde me encuentro tan a gusto?

—Esta casa no es mía. Creo que debe usted marcharse..., y luego podrá venirse por aquí cuando le parezca.

—Bien: con esa condición, apechugo con la posada. Mi sobrinita me estará echando muy de menos, porque soy el único que la consuela. Bien haría usted en correrse un poco por allá, pues de veras le quiere...

Las insinuaciones de aquel desdichado hallaban un eco piadoso en el corazón de Guerra, cuya sensibilidad, fácilmente excitable, respondía prontamente a cualquier demanda hecha por voz humilde. Compadecía sinceramente a la que fué su ilegal esposa, y casi casi sentía deseos de verla y abrazarla. La idea de que pudiera sufrir escaseces y miseria le mortificaba.

—Y crea usted—añadió don Pito, acomodándose junto al brasero que la criada introdujo—, crea usted que está muy mal la pobre. La madre y la hija siempre de puntas, porque ahora Catalina se empeña en casarla con un conde, digo, conde no es, sino un paleto rico, primo de ella; sólo que mi cuñada dice que el tal desciende del conde don Duarte o don Carando. También Dulce y su padre andan a la greña, porque Simón pretende que ella le transborde el poquito dinero que le queda de lo que usted le dió al despedirse, y la noche que salimos de Madrid, el bruto de mi hermano la amenazó con sacudirle si no le largaba el portamonedas. Yo me cuadré, y como tengo ese carácter hecho al mando, Simón se tuvo que callar. ¡Pobrecilla Dulce: es tan buena; pero tan buena...!

Angel repetía el *es tan buena*; sus dudas y escrúpulos iban disipándose, y ganaba terreno en su espíritu la idea de consolar a la infeliz mujer y servirle de escudo contra aquellos demonios de Babeles.

Toda la mañana se pasó en estas cosas, y hasta el mediodía no se decidió Guerra a dar el paso que don Pito le indicaba; pero estando próxima la hora de comer, acordaron despachar primero aquella importante función de la vida. Satisfecho y regocijado estaba el capitán de que su protector le convidara, y no poco se alegró también de ello Palomeque, que, como hombre ilustrado, gustaba de oír narrar proezas y trabajos de navegantes. El buen canónigo se asustó cuando Angel dijo que saldría después de comer.

—Hombre de Dios, ¿sabe usted cómo están esos pisos? En la nevada de hace tres años, había que bajar a gatas la cuesta del Locum, y aun así me resbalé, y por poco me rompo el espinazo. No, lo que es a mí no me coge la calle hasta que no haya blandura. No soy tampoco de esos que en día de nieve salen a ver ¡el panorama!..., que suele ser un magnífico reuma, o pulmonía doble. Créanme, no hay en estos días panorama tan bonito como el de una buena cama, a las nueve de la noche. ¡Qué belleza, qué poesía la de las sábanas a poco de meterse usted en ellas! ¡Ea! Señores, a yantar se ha dicho.

Sentáronse a la mesa, y desde la sopa, lo mismo Guerra que Palomeque pinchaban a don Pito para que se arrancase a contar las traídas de negros, cómo los sacaba del Africa ardiente, cómo los alijaba en Cuba; pero el marino se resistía, con cierto pudor de humanidad, pareciendo más aficionado al buen cabrito que a la Historia. Por fin, con la persuasión de un soberbio jerez que don Isidro tenía en su armario y que reservaba para las grandes solemnidades, se desató la lengua del inválido, y a brochazo limpio refirió sus hazañas, dándoles, aunque parezca mentira, una significación humanitaria.

—Mire usted—decía, dirigiéndose a Palomeque—, la cosa era sencilla. Arranchaba usted su goletica en la Madera o en Canarias, embarcando bastante agua y víveres, y ¡listo!, al Sur. Se proveía usted de pintura para desfigurarse..., un día el casco negro con troneras, otro día todo blanco, y con esto y cambiar algo de aparejo, se les daba la castaña a los cruceros. ¡Hala, hala!, para el Sur, cortando los alisios, con el viento siempre en la aleta de babor; pasaba usted rascando a San Vicente; quince grados más allá, la línea, y luego, mete para el golfo gobernando al Sudeste, demorando afuera si ventaba Levante duro, siempre con mucho quinqué en los

cruceros ingleses, hasta que al fin reconocía usted la costa y el sitio que se le designaba, donde ya estaban los factores con el *género* tratado y dispuesto para embarcar. Le avisaban a usted desde tierra por medio de fogatas y otras señales convenidas. De noche se aproximaba usted, barajando la costa, y de día mar afuera. Venía la noche, y usted para dentro a meter otra partida, que se recogía en lanchas, veinte o treinta de cada barcada, bien amarraditos para que no se les escapasen. Digan lo que quieran, se les hacía un favor en sacarlos de allí, porque los reyes aquellos, más brutos que todas las cosas, les tenían ya por esclavos netos, y les hacían mil herejías, sacándoles los ojos y arrancándoles a latigazos las tiras de pellejo. ¡Pobrecicos! De aquel martirio los salvábamos nosotros, llevándolos a país civilizado. Y que los tratábamos bien a bordo, sí, señor... Pues se echaba usted a la mar con su cargamento bien estibado en la bodega, ciento cincuenta, doscientas cabezas, unos chicarrones como castillos, bien trincados, se entiende, y si alguno enseñaba los colmillos, le daba usted un poquito de *jabón*... a contrapelo, y con este ten con ten, tan ricamente. Es raza humilde... ¡Animalitos de Dios! Yo los quería mucho, y les daba de comer hasta que se hartaban. Cuando el tufo de sus cuerpos en la bodega era demasiado pestífero, los subía usted de dos en dos sobre cubierta y los baldeaba... Y ellos tan agradecidos... Y larga para la costa del Brasil en busca de los Sures, ¡hala, hala!, ciñendo el viento, siempre con el ojo en el horizonte por si asomaba algún inglés. Podía suceder que con todas las precauciones no pudiera usted zafarse y el crucero se le venía a usted encima. Cañonazo, pare usted y adiós mi dinero. El oficial entraba a bordo, y en cuanto ponía el pie sobre cubierta, ¡puf!, se tapaba la nariz. No necesitaba mirar por las escotillas: el olfato denunciaba la estiba. Y ya tenemos trocados los papeles: le ponían a usted grillos y esposas, y me le soplaban allá donde Napoleón dió las tres voces... y no le oyeron; y lo más probable era que le ahorcaran a usted.

—¿Y los pobrecitos negros?

—A los pobres morenitos les había caído la lotería, pues en vez de ir a Cuba, donde estarían tan contentos, los llevaban a las posesiones inglesas, y allí... los vendían... Pues ¿qué creía usted, que les daban la libertad y un huevecito pasado encima?

Don Tomé estaba horrorizado. De sobremesa obsequiaron al capitán con aguardiente, del cual cató también don Isidro en discreta cantidad, para templar el estómago. Mas no fué posible conseguir del autor del *Epitome* que otro tanto hiciera, pues antes se dejara cortar el pescuezo que llevar a sus labios aquel infernal líquido.

Dejaron a Palomeque instalado en su cuarto, junto a un buen brasero, la lámpara encendida, y en la mesa los libros, dibujos y papeles, y salieron cerca ya del anochecer, tardando más de una hora en llegar a la plaza. Las calles ofrecían a cada instante tropiezos, estorbos y peligros: en algunos sitios, el suelo cristalizado obligábales a realizar actos de arriesgada gimnasia; en otros tenían que ir de la mano haciendo figuras como parejas de bailarines. Hallábase Guerra bien preparado para el frío, con mucha lana de pies a cabeza, calzado recio; no así don Pito, que llevaba botas veraniegas, muy usadas y con mil averías; menguado gabán que al mísero cuerpo se ceñía, rasgando ojales y violentando botones, y el inseparable collarín de piel, de los de quita y pon, en medio de cuyos erizados pelos amarillos su cara de corcho ofrecía un aspecto de ferocidad felina que causaba miedo a los transeúntes. Por fin llegaron, y don Pito se adelantó para subir presuroso y dar a Dulce la buena noticia.

Por el ancho portalón pasó Guerra a la extensa crujía, que más bien parecía patio cubierto, en el cual eran descargados los caballos y mulas antes de pasar a las cuadras por un hueco que a mano derecha se abría. Una de las puertas del fondo debía de ser de la cocina, pues allí brillaba lumbre, y de ella salían humo y vapor de condimentos castellanos: la nacional olla, compañera de la raza en todo el curso de la Historia; el patriótico aceite frito, que rechaza las invasiones extranjeras. A la izquierda, una desvencijada escalera, entre tabiques deslucidos, conducía a las habitaciones de dormir. En el suelo, paja y restos de granos, mezclados con la tierra, en el cual escarbaban las galli-

nas; el techo festoneado de telarañas; aquí y allí carros inclinados sobre las lanzas, y serones repletos unos sobre otros, ristras de ajos y cebollas, aperos, cabezales y arneses.

Lo primero que se echó Angel a la cara al entrar en aquel recinto fué la respetable persona de don Simón Babel, que salía de la cocina, acompañado de un sujeto de zamarra y gorra de pelo de conejo, con zapatones y faja negra, el cual no era otro que el dueño del establecimiento, vástago ilustre de la rama primera de los Alencastres.

—Te repito, querido Blas—le decía don Simón, atusándose los bigotes—, que no admito tu hospedaje si no me pones la cuenta. No hay parentesco que valga. No están los tiempos para estas generosidades. Cada uno mire por sí, a la inglesa, pues de otro modo no hay libertad para...

VI

La presencia de Angel le cortó la palabra, y dejando al otro con la suya en la boca, se fué derecho hacia el que había sido su yerno por detrás de la iglesia, y con benevolencia y tiesura le dijo:

—¡Querido Angel, cuánto bueno por aquí!... Me alegro de verle. ¿Y qué me dice usted de mi destino? Yo no lo pretendí; pero tanto se empeñó el ministro, que no tuve más remedio que aceptarlo, sacrificando mis ideas. Pero ¡qué demonio!, todos nos debemos al país, y si los que conocemos bien el tinglado abandonáramos la Administración, ¿qué sería de ella? El director me mandó venir sin pérdida de tiempo, porque está la provincia muy descuidada. Me he traído un auxiliar, que es de oro, y conoce perfectamente la localidad por haber sido aquí delegado de Policía. Ya estamos con las manos en la masa. Amigo mío, no hay más remedio que ser inflexible, y reventar al que no tenga los libros corrientes, porque si no, ¿adónde iríamos a parar? Yo le dije a don Juan Francisco Camacho cuando se hizo cargo del Ministerio por tercera vez: "Don Juan Francisco, a recaudar, a recaudar a todo trance, y triplicaremos las rentas..."

El posadero, oyendo estas fanfarronadas, parecía orgulloso de su pariente, el cual comprendió al fin que ni la ocasión ni el sitio eran apropiados a una conferencia rentística, y dijo:

—Pero le estoy entreteniendo, y usted querrá subir a ver a las... señoras.

A cada instante entraban arrieros con caballerías, en cuyas cargas blanqueaban los toques de nieve, así como en los sombreros redondos de los hombres, vestidos de paño de color de oveja negra, algunos con capa burda, que sacudían al entrar. Descargaban las caballerías y las llevaban a darles pienso, y pateando fuerte, para entrar en calor, se iban a la cocina a calentarse. Tufo espeso de fritangas, humazo de leña verde y de paja llenaban el edificio, y por todo él oíanse las entonadas voces de los huéspedes, que a gritos, como es costumbre en la gente aldeana, daban cuenta del mal estado de los caminos. Subió Angel, y en el pasillo de puertas verdes numeradas encontró a Dulce, que al encuentro le salía, y se abrazaron con muestras de mutuo cariño, como si nada hubiera pasado.

—Hijo mío, te esperaba, cree que te esperaba. No podías tú dejar de venir ni yo acostumbrarme a la idea de que no vinieras.

A Guerra le sorprendió la flaqueza cimbreante de su antiguo amor, a quien veía como si hubiera mediado una ausencia de dos o tres años. Llevóle Dulce a un aposento cuyo techo se cogía con las manos, y cuyo piso de baldosín más bien parecía tejado, por la inclinación. En el mezquino rectángulo de la tal pieza había dos camas jorobadas, con mantas sucias y sin colcha, como las de los hospitales; un espejo guasón, que ponía en solfa las caras, torciéndoles los ojos y llenándolas de flemones; una percha manca, un barreño con lañaduras y dos o tres baúles en representación de las sillas y sofás ausentes.

—¡Ay hijo!—prosiguió Dulce—, no puedes figurarte lo mal que estoy. Yo me habría ido a otra casa mejor; pero mamá se empeñó en venir aquí por estar al lado de la familia. No puedo acostumbrarme a estos cuartos horribles, a estos pisos que parecen la montaña rusa, a este desamparo, a este frío. Luego, el ruido, pero ¡qué ruido, qué barullo toda la noche y todo el santo día! No cesan de entrar y salir paletos con mulas y caballos, dando unas patadas... A medianoche salen el coche de Illescas,

el de Orgaz, y qué sé yo qué... Todo se vuelve gritos, relinchos, coces... ¿Has visto alguna vez cuartos más indecentes? No soy yo para esto, acostumbrada a mi casita, modesta, pero cómoda y limpia.

Compadecido y lleno de piedad, Guerra le prometió mejorarla de alojamiento y cuidar de ella y de su salud.

—Yo me avengo a todo—añadió Dulce con ternura—con tal que me quieras. Contigo viviría... aquí, que es cuanto hay que decir.

En esto entró doña Catalina, con el mantón por la cabeza, diciendo:

—¿En dónde está ese pícaro? ¡Ay Angel, qué gusto verle! ¿Y qué tal? Pero ¿ha visto usted qué frío? Anoche creí que nos helábamos, porque como aquí no se estilan alfombras, ni chimeneas, ni portieres... Conque cuénteme... Pero nosotras somos las que tenemos que contar, porque al fin, gracias a Dios, hemos mejorado de fortuna, y además me ha caído una herencia. Ahora vamos bien; pondremos casa en Toledo; allá la quitamos; don José Bailón se encargó de mandarnos los muebles en pequeña velocidad, y para entonces vendrá también Arístides. Tomaremos una casa baratita, porque aún estamos algo atrasados, y aunque Simón gana, conviene economizar y prepararse para otra tormenta que pueda venir. Mala cabeza es Simón; pero, descuide usted, que yo le meteré en cintura. Trabajando se enderezan los caracteres torcidos, y no hay cosa más mala que la holganza, porque vicia al sano, embrutece al agudo y, como la polilla, va minando y destruyendo las casas.

Admirábase Guerra de ver a doña Catalina tan razonable, y bendijo el cambio de fortuna, que parecía haber echado tapas y medias suelas a los cerebros de toda la familia. En esto apareció de nuevo don Simón dando resoplidos y estirándose los bigotes en toda su imponente largura.

—Angel se quedará a cenar con nosotros—dijo. Esto no es un Lhardy ni mucho menos; pero hay voluntad. En nombre de los dueños de la casa, que son gentes muy guapas, está usted convidado.

—Este no cena aquí, papá. Cenad vosotros—dijo Dulce, que deseaba quedarse sola con su antiguo y para ella reconquistado amor.

Dando una prueba más de discreción, doña Catalina se fué, llevándose al investigador del Timbre, a quien su hermano llamaba desde abajo para cenar.

—Conque cuéntame—abrazándole otra vez—. ¿Te has cansado ya de las tonterías esas de la santidad? No creas que he perdido el tiempo. En dos días que llevo aquí he brujuleado, y por unas conocidas mías que son vecinas del padre Mancebo, sé que ese caprichito tuyo persiste en ser beata y no te hace maldito caso. Más vale así.

Muy mal supieron a Guerra estas palabras, y reprimiendo su enojo, contestó:

—Si quieres que seamos amigos, no nombres a esa persona delante de mí, ni te ocupes de ella.

—Bueno; eso quiere decir, o que el chasco ha sido tremendo, o que...

—Significa que esa persona es sagrada para mí, y debe serlo para todos los que me aprecian. No tengo que decirte más.

Dulce sofocaba su pena, haciendo presión fuerte sobre sí misma para no reñir. Largo rato charlaron; Guerra, con propósito de no herirla; ella, hiriéndose tontamente en los avances que daba para descubrir lo que su amante no quería revelarle. Otra vez los llamó a cenar doña Catalina, dando golpecitos en la puerta, y para que no se interpretara mal encierro tan a deshora, bajaron ambos y se sentaron a la mesa, en un aposento próximo a la cocina y que más bien parecía prolongación de ella. La mesa en que cenaban los Alencastres tenía privilegio de manteles, loza menos tosca que los servicios ordinarios de la casa, y en vez de jarros de vino, botellas y copas. En la cocina comían los arrieros con villanesca algazara, atizándose tragos como puños, consumiendo en un decir Jesús las calderadas de patatas, las sartenadas de migas y los cabritos asados con cabeza, que parecían gatos. A Guerra le hacía muchísima gracia aquella sociedad rancia y castiza, y veía cierta dignidad quijotil en los enjutos tipos vestidos de paño pardo, pantalón corto de trampa, sombrero de veludillo y medias azules, otros de capote y gorra de piel. Las mujeres, con sus abigarrados refajos, la saya de estameña negra y los moños de picaporte, no

le resultaban tan airosas como los hombres; pero el habla de todos ellos era gallarda, noble en su elemental rudeza, bien matizada de acentos e inflexiones robustas, y, si no enteramente limpia de algún feo barbarismo, de los que suenan en las ciudades y repercuten en las aldeas, retumbaba como párrafos de Mariana o metros de Jorge Manrique. Los manjares también eran de lo español neto, el vino raspante y de sabor a pez; los asados con ricos pebres olorosos y un picor que levantaba en vilo; las fritangas sabrosísimas, de esas cuyo dejo se agarra por tres o cuatro días al paladar. De la manera más ceremoniosa fueron presentados a Guerra por la ricahembra de Alencastre los dueños de la posada, aquel Blas panzudo, y Vicenta, su mujer, ambos cincuentones, personas sencillas y corteses, de esa hidalguía de barro tosco que ya no se encuentra más que en las zonas exclusivamente populares de campo y ciudad, tipos emparentados con los villanos de Lope y Tirso, y que Angel creía perdidos en el oleaje turbio de las generaciones. Lo mismo Vicenta que Blas se desvivían por obsequiar al caballero amigo de sus parientes, y creyendo que echaría de menos viandas exquisitas, mandaron abrir una lata de pimientos morrones y otra de sardinas en aceite, sacaron un vinillo blanco manchego muy parecido al jerez, y, por fin, hicieron traer de la pastelería más próxima una empanada de pescado. La confianza y la alegría reinaron en la mesa hasta más de las diez, hora de descanso en la posada. Algunos arrieros roncaban ya como cerdos, tumbados sobre mantas, entre vacíos serones o sacos llenos de trigo; las mujeres subían a los aposentos altos con las sayas por la cabeza, comiéndose un chorizo y un pedazo de pan. Retiráronse Babeles y Alencastres a sus cámaras respectivas, y don Pito no se atrevió a salir a la calle por miedo a perderse.

Guerra y Dulce metiéronse en el cuarto de ésta. Sentimientos diversos, tales como la compasión, el cariño refrescado por la memoria, la curiosidad, eslabonándose y confundiéndose con accidentes circunstanciales, como el efecto de una cena suculenta; el intensísimo frío, que quitaba las ganas de salir a la calle, motivaron que Angel pasase toda la noche en compañía de su jubilada esposa ilegal.

VII

No fué perezoso para retirarse a la mañana siguiente, dejando a Dulce triste y meditabunda, pues la intimidad de aquella noche puso de manifiesto que si el hombre llevaba consigo toda su galantería obsequiosa, el corazón se lo había dejado en otra parte. Comprendió muy bien que los sentimientos de Angel tomaban una dirección desconocida, y las cosas de un orden místico y espiritual que en correr de la conversación dijera, marcaban diferencia enorme entre el hombre actual y el de antaño. Para colmar el buen humor de Dulce, descolgóse doña Catalina con una lección-cita de moral, que desentonaba horrorosamente en los labios de la buena señora.

—Vamos a ver: ¿te parece a ti decoroso ese amartelamiento con Angel? ¿Qué me dices de tu poca aprensión para retenerle aquí toda la noche? ¡Qué dirán los primos, ¡ay!, qué los honrados huéspedes de esta casa, que le vieron salir no hace mucho rato! No te haces cargo de nuestra posición, que ya va siendo un poquitín elevada, ni de las conveniencias sociales. Figúrate qué cara pondré yo cuando me digan... No lo quiero pensar. Y otra: ya sabes que el primo Casiano, que te vió el día de nuestra llegada, le dijo a tu papá que le gustabas mucho. Me huele a matrimonio. ¡Y qué chico tan guapo! Da gusto verle. Volverá dentro de dos días, y sería de muy mal efecto que a sus oídos llegara un runrún de que si eras o no eras... El corazón me dice que Casiano va a salir con el hipo de quererme por suegra. ¿Te parece que, en vísperas de que te pique un pez tan gordo, es decente andar en tratos con ese loquinario de Angel, el cual es ya para ti agua pasada, que no mueve molino? Cierto que si él me pidiera tu blanca mano, no había que dudar; pero como no ha de pedirla, fíjate en el otro, hija mía, piensa en él, echa tus redes por ese lado, y considera que es dueño de media provincia.

—¡Media provincia! Mamá, no empiece usted ya con sus exageraciones.

—Ya iremos, ya iremos a Bargas, y lo verás. Por supuesto, que si tu primo nada en dinero, tú llevarás en dote mi castillo.

—Mamá, no desbarre usted. ¡Qué cas-

tillo ni qué niño muerto! Hoy está usted tocada. ¡Llamar castillo a unos pedruscos que se están cayendo, y que fueron paredes de un caseretón para encerrar ganado!—entra don Simón poniéndose el gabán, con guantes de lana, soplado, insolente, rivalizando en altanería con el sha de Persia.

—Mujer, déjate de castillos y de mamarrachadas. ¡Pégame este botón, rayo de Dios! ¡Mi ropa sin cepillar! Luego se presenta uno hecho un tipo, y no le guardan el debido respeto.

—¡Eh!... Poco a poco. ¿Qué lenguaje es ése? ¡Vaya!..., no puedo hacer de ti un caballero, y el tufo democrático sale por entre tus maneras como en este patio la peste de las cuadras. Dulce te pegará el botón, si tiene con qué.

—Sois unas desastradas, ¡venablo!, y con vosotras no hay manera de ser decente—dando resoplidos—. Me voy sin botón, y que se rían de mí... A bien que como somos señores de castillo y pateta, no importa que uno salga a la calle hecho un pelagatos.

—Pues te digo que es castillo—remontándose y poniéndose como un pimiento—, castillo y muy castillo, mal que te pese a ti y a toda tu casta plebeya. Pregúntaselo a Blas.

—Quita allá, tarasca. Se van a reir de nosotros hasta las mulas.

—¿Es que no queréis que yo recobre mi posición ni reclame mis derechos? —compungida—. ¡Todos conjurados contra mí!

—Mamá, mamá, por Dios—dijo Dulce, queriendo llevársela para adentro, pues la escena ocurría en el pasillo alto de numeradas puertas—. Déjate ahora de contarnos lo que es tuyo y lo que no es tuyo. Tiempo habrá.

—¡Todos contra mí!... Lo de siempre. Todos tirándome al degüello, hasta mis hijos, hasta mi esposo, a quien hice persona dándole mi mano. Que venga Blas y diga si no es cierto que con hacer una solicitud en papel de tres reales tendrán que darme toda una acera de la calle de la Plata—con desaforados gritos—. ¡Dios mío, Dios mío, qué familia ésta! ¡Favor, socorro, que quieren deshonrarme y hacerme pasar por una persona cualquiera, como si no estuviera ahí la capilla de Reyes Nuevos, que con los letreros de sus sepulcros dice quién soy; como si no estuvieran ahí las tumbas de Santa Isabel; como si no estuvieran los archivos de la Catedral llenos de papelorios que lo cantan bien clarito, bien clarito!

Acudió el posadero, a quien don Simón explicó mímicamente el caso con un ademán expresivo, llevándose el dedo índice a la sien, como si quisiera taladrársela. Acercóse también Vicenta, afligidísima y llena de compasión, y procuró calmarla, asintiendo con la cabeza a los disparates que decía.

—Vengan acá todos—chillaba la noble dama, descompuesta, frenética—, y háganme justicia. Bien sabes tú, Vicenta, y Blas también lo sabe, que si no hubiera sido por aquel peine de don Duarte, sobrino del rey de Inglaterra, otro gallo nos cantara a los Alencastres. Pero se han propuesto hundirnos, y ¿qué ha de hacer una más que clamar al cielo?—a don Simón, que forcejeaba por meterla en el cuarto—. Quítate allá, ralea baja, que me envenenas con el vaho infecto de tu democratismo. Pues qué, ¿te habrían dado ese destinazo si el ministro no tuviera interés en complacerme a mí? ¡No aprecias mi fidelidad, mi lealtad a un nadie como tú! Pues sábete que he despreciado partidos magníficos para faltarte, y que los montones de oro que me han puesto delante para que consintiera en un desliz no se pueden contar. Ingrato, ¿te mereces tú mi virtud? ¡Ah! Pero yo he mirado siempre que soy dama, y no puedo olvidar el honor de una familia en que jamás hubo mácula, de una familia que por parte de mamá es de la propia Constantinopla, y de aquellos emperadores que para todos los usos domésticos, para todos absolutamente, tenían vasos de oro macizo.

Asustados y perplejos, los posaderos no sabían qué hacer. Por fin, uno, tirando de este brazo, otro de aquél, los demás echando mano a las caderas o al cogote, consiguieron llevársela, sin que dejara de chillar, y, tendida en la cama, Dulce y Vicenta la despojaron de su real túnica para darle friegas capaces de desollar un buey. Don Simón, haciéndose el afectado, decía:

—¡Ea! Ya le va pasando. Fuerte, raspadle fuerte..., así. Vamos, ya se calman esos demonios de nervios... Y yo me voy a mis obligaciones, que es muy tarde. Ya puedes comprender, Blas, lo que he sufrido... Y ahí donde la ves, es

un ángel, un ser purísimo, todo bondad, paciencia y dulzura. Vaya, cuidádmela bien. Ahora, Vicenta, tráele una tacita de caldo. ¡Abur, abur!

El espasmo fué de los más fuertes, y para gozar de la escena tragicómica subieron varios huéspedes de la posada, formando un corrillo de paño pardo y refajos verdes, en el cual se oían apreciaciones médicas de las más originales. Hasta dos horas después del arrechucho no estuvo doña Catalina enteramente sosegada y en situación normal. No recordando nada de lo que había dicho y hecho, reanudó con su hija, en la forma natural, la conversación del primo Casiano y de las esperanzas de una buena boda. Pero como huye del agua fría el escaldado gato, se abstuvo, con instintiva discreción, de mentar herencias y castillos, que fueron cabalmente los puntos en que su juicio empezó a resbalar.

Dulcenombre había hecho prometer a Guerra la repetición de la visita, amenazándole con salir ella en su busca si no cumplía. Esperó la vuelta un día, dos, y viendo que era la del humo, se dispuso a echarse a la calle. El tiempo mejoró, lucía un sol placentero, y las calles empezaron a secarse. Había traído la Babel en su equipaje un buen vestido de merino oscuro, su mantón fino de ocho puntas, buenas botas ajustadas de caña alta, manguito, guantes, velo. Se emperejiló bien, y en verdad que estaba bastante mona, luciendo su figura delgada y esbelta, porque el defecto del seno escaso se disimulaba con el mantón y lo bien encorsetada y tiesa que iba. No vaciló en poner en práctica sus planes de persecución. Ignórase cómo demonios averiguó las señas; pero ello es que las sabía, y de mayores dificultades triunfa una mujer celosa. Llegó a la casa de Teresa, y ésta le dijo que don Angel había salido; volvió, y lo mismo.

"Por aquí tiene que pasar—pensó, apostándose en la calle de la Puerta Llana—. Haré centinela hasta medianoche. Yo no me canso."

En una de aquellas vueltas le vió atravesar por la plaza del Ayuntamiento hacia la calle de San Marcos. Encaminábase a la Judería por el Juego de Pelota y el callejón y escalerilla de San Cristóbal, y por cierto que su sorpresa no fué muy agradable al sentirse detenido por un fuerte tirón en el embozo de la capa. ¡Dulce! Iba pensando en cosas tan lejanas y tan distintas de ella...!

—¿Adónde vas?

—Tengo que hacer. ¿Qué buscas por aquí a estas horas? ¿No temes el frío?

—Déjame a mí de frío. Si estoy abrasada. Iremos juntos.

—No puede ser—con cariño, que disimulaba sus temores—. Iré a verte. Espérame en tu casa.

—¿Esta noche?

—No. ¡Qué dirán! Mañana.

—¡Mañana! Esos *mañanas* tuyos, ¿en qué calendario están? Por de pronto, te acompaño ahora.

—Voy lejos.

—No importa. De más lejos vengo yo, que vengo del tiempo en que me quisiste.

—No puedo entretenerme ahora a disputar contigo. Déjame; yo te ruego que me dejes—muy serio—. No es ocasión de... Adiós.

—No te escaparás—siguiéndole y agarrándose al embozo.

—Eres pesada.

—Más tú.

—Pues no te escucho—incomodándose—. No te tolero que me detengas en la calle.

—Porque me da la gana, porque tengo derecho.

—Vaya, déjame en paz. Adiós—alejándose rápidamente por un callejón.

Pero no valía, porque Dulce, intrépida y escurridiza, le cogía la delantera por el enredijo de callejones, y a la vuelta de una esquina se le presentaba otra vez, diciéndole:

—Que no te escapas, que no.

—No te hago caso. Voy donde voy. Ve tú a donde quieras—apretando el paso, sin cuidarse de que le siguiera o no.

Por fin, Dulce, fatigada y sin aliento, más que por el ajetreo físico por la pena que la ahogaba, se detuvo en mitad de las escaleras de San Cristóbal, y, mirándole bajar, se cuadró y le dijo con voz fuerte:

—¡Permita Dios que la encuentres muerta! No; es poco. ¡Permita Dios que te la pegue con un sotana!

VIII

Retiróse con el corazón oprimido, necesitando preguntar a los transeúntes para desenredar la madeja de calles hasta Zocodover. Su carácter sufrido y dulce, aun en las mayores adversidades, impedíale alborotar en medio de la calle, y, tragándose su amargura y bebiéndose las lágrimas, llegó a la posada, y no quiso tomar alimento.

Por la noche, otro rebumbio, porque se apareció por allí Fausto, que en compañía de su amigo el litógrafo vivía, y pidió dinero a su padre, y como éste no se mostrara propicio a dárselo, embistió a su hermana, sabedor de la visita nocturna de Angel, y presumiendo que éste habría provisto el portamonedas de su amiga, en lo cual no se equivocaba. Pero aconteció que Dulce tampoco quiso atender a las necesidades del calculista lotérico, y de estas negativas resultó un ruidoso tumulto. Doña Catalina, amagada de un nuevo ataque, echó la culpa de todo al tuno de don Duarte, y los primos Blas y Vicenta tuvieron que intervenir, cogiendo al matemático por un brazo y plantándole en la puerta. Dulce no cesaba de llorar, y su tristeza y desesperación no habrían tenido fin si don Pito no hubiera tomado la feliz idea de ahogar las penas de entrambos en la sabrosa onda de un *gil-cock-tail*. A las altas horas de la noche hicieron el ponche, sin que nadie se enterase, y Dulce se administró con fe aquel bálsamo de consuelo y olvido.

Al siguiente día repitióse la persecución, pero sin resultado, pues en casa de Angel dijéronle que éste se había ido al Cigarral, lo que Dulce interpretó como una fuga. Volvió a la posada con un peso sobre su corazón que no la dejaba respirar, y de manos a boca se encontró con el primo Casiano, que en aquel momento llegaba en el coche de Bargas. Saludóla con respeto, encantado de la finura, donaire y buen ver de la madrileña, y doña Catalina no cabía en su pellejo de puro satisfecha, ilusionada por el espejismo de un buen arreglo de familia. Era Casiano un hombrachón apuesto, de treinta y cinco años, viudo, sin hijos, propietario de tierras, traficante en ganado y semillas, y empresario de transportes, pues suyos eran los coches de Bargas y Cabañas; rico, para lo que son las riquezas de pueblo; sencillote y de un carácter rústicamente hidalgo, con más vehemencia que malicia; agudo en las artes del comercio, romo en las del amor; la cara, torera, toda afeitada y muy española en sus líneas y en el resplandor de los ojos; afable, sin floreos de lenguaje; tosco y de ley, respirando salud, hombría de bien y limpieza de corazón. Vestía elegantísimo traje de pana rayada negra, pantalón corto, polainas de cuero, sombrero de velludo, o livianillo de castor, según los casos, y para el viaje, gorra de piel; de plata los botones del chaleco, y del propio metal la leontina del reloj, con cadenillas y gruesos pasadores; nada de cuellos engomados; el pescuezo al aire, robusto, musculoso y tostado del sol; capa ordinaria de paño de Béjar, bien ribeteada y con embozos de felpa oscura.

Minutos después de la llegada de Casiano bajó del coche de Cabañas un clérigo, que debía de ser popular en el mesón, pues lo mismo fué verle que acudir todos a rodearle y hacerle mil agasajos con discorde vocerío:

—¡Don Juan, viva...! Ya le tenemos aquí otra vez. ¿Qué tal?

—¡Don Juan, vivaa...! Ya le tenemos tía balandrán de aguadera, tornasolado por el constante servicio a la intemperie, y llevaba la teja sujeta con una cinta debajo de la barba. Su paraguas habría cobijado con holgura una familia numerosa. Era hombre que llamaba la atención por su fealdad, y su cara parecía obra de cincel, verdadera figura de aldabón tallada inhábilmente en hierro por el modelo de sátiro gentil o de diablillo de capitel plateresco. Pero aquel horror de naturaleza se compensaba con un genio alegre y un carácter bondadoso. Pasaba por hombre de no común inteligencia, conocedor de la ciencia del mundo, sin faltarle la de los libros. Había desempeñado la coadjutoría de una o dos parroquias de la ciudad; pero últimamente, heredero de magníficas tierras en la Sagra, dedicaba parte de su tiempo a la agricultura, y era clérigo mitad urbano, mitad campestre, siempre con un pie en el altar y otro en el estribo. Con frecuencia iba y venía en los coches de Casiano, de quien era muy amigo y también algo pariente.

Contestaba a las bromas y cuchufletas con gran desenvoltura, echando pestes

contra la nieve y el mal tiempo, y Blas le ofreció confortarle con unas magras y un buen jarro de vino, lo que hubo de aceptar de bonísima gana. Mientras el y Casiano almorzaban como lobos, trabóse conversación entre el clérigo y los Babeles, y de aquel pasajero contacto nacieron otros, dando lugar, por fin, como se verá después, a una cordial amistad.

Casiano era el encanto de doña Catalina, que comprendió muy bien con materno instinto que su niña le había caído en gracia a aquel espejo de los bargueños, y empleaba mil artimañas para que de la simpatía saltara el amor. Poníalos frente a frente, los enzarzaba en conversaciones fútiles, dejábalos solos algunos ratitos para volver presurosa, afectando la cautela de una madre prudente que no quiere exponer a su hija a largas pláticas con hombre guapo. A Casiano le encarecía con grandes aspavientos la bondad de Dulce, con su aptitud para el gobierno de la casa, su talento, su honestidad, su repugnancia a los noviazgos, y a ella le ponderaba lo majo que era el primo, lo cumplido, generoso y decente, y por cierto que no decía nada de más.

—Y a propósito, Casiano. Ahora vas a sacarnos de una duda. ¿Verdad que es castillo lo que heredé del cura de Olías, mi tío segundo don Nicomedes de Castro?

—Vaya..., castillo es, ¡potra! Perteneció, según dicen historias añejas, a los caballeros de Calatrava, y vendido después como bienes nacionales, lo compró el tío para encerrar ganado, y de allí sacaron muchos carros de piedra los contratistas del ferrocarril de Malpartida. Tiene cuatro torres, de las cuales hay dos con almenas, y las otras se han ido cayendo. Se conserva el muro de Poniente con aspilleras y unas ventanejas como las de la Puerta del Sol, cosa polida, que dicen es obra de los mismos mozárabes.

—¿Lo ves, lo ves, tonta, incrédula? —gritó doña Catalina, saltando de gozo—. ¿Ves cómo es castillo por los cuatro costados? Veremos lo que dice ahora Simón. Oye, Casiano: ¿y no podría restaurarse ese magnífico monumento?

—Como *resucitarse*..., sí. Ahí está el de Guadamur, sacado de la *sepoltura*. Pero habrá que tirar millones.

—Quita, hombre; no se necesita tanto. Con ahorrar un poco... Iremos a verlo cuando nos establezcamos. Nos llevarás en el coche de Cabañas hasta Olías; luego iremos a Bargas en tus mulas, y nos darás alojamiento en tu casa, que fué la mía, ¡ay!, la casa en que nací y me crie, donde todo era abundancia. ¡Qué tiempos! Cada vez que me acuerdo del sinfín de gallinas que allí había, de las echaduras de pollos, de los dos cerdos que criábamos, tan gordos, tan lucidos, que no podían con las carnes; de los corderitos, del horno de pan, de las eras y de aquellas viñas, que daban un vino como el néctar de los ángeles, se me parte el corazón. Y todo eso es tuyo, Casiano, y, además, tienes lo de tu difunta mujer, que es lo de los Tristanes, y la huerta de junto a la Rectoral, y el molino de abajo, y qué sé yo... Me alegro mucho de que todo te pertenezca, porque te lo mereces, y ya que yo, por las vueltas del mundo, me quedo *in albis*, al menos tengo el consuelo de verlo en esas manos, donde mil años dure.

Poco o ningún caso hacía Dulcenombre de esta conversación. El instinto de hacerse agradable, obrando en ella como en toda mujer, mantúvola frente a Casiano en actitud cortés, afectuosa, como de pariente a pariente. Comprendía que el guapo bargueño era un alma de Dios, y le tenía cierta lástima por el error en que estaba con respecto a ella; pero sus sentimientos no pasaban de aquí, y si el primo no le repugnaba, tampoco había despertado el menor interés en su corazón. Verdad que era aún muy pronto, como decía la de Alencastre, y debía esperarse a que las ricas uvas maduraran.

A Casiano no le faltaban ocupaciones, porque tenía que entregar una remesa de trigo, hacer varias compras, tomarle las cuentas a dos o tres carromateros, dependientes suyos; pero todo lo apresuraba o lo difería por subir a platicar con Dulce y su empingorotada mamá, que parecía otra por lo cuerda y sesuda. Durante las comidas y cenas, don Simón se daba con el primo un lustre fenomenal, refiriéndole mil secretos pormenores de su amistad con ministros y personajes, brindando protección a toda la provincia, y preguntando por el estado de las cosechas y de la recaudación, como si tuviera la Hacienda española metida en los bolsillos. En cambio, don Pito

estaba más aburrido y descorazonado que nunca, presa de una nostalgia negra, que le envolvía el alma como niebla espesísima, cerrándole los horizontes. Contrariábale no encontrar a Guerra en su casa, pues éste le fomentaba el vicio, convidándole a todas las copas que quisiera; y, enojado de aquella ausencia, se *casaba* con los cigarrales y con el perro judío que los inventó.

Una noche, cuando se retiraron los Babeles y Casiano a descansar, don Pito subió con Dulce al cuarto de ésta, y como la notara triste y suspirona, hízole el dúo, lamentándose de su suerte, renegando de la vida y llegando hasta la hipérbole pesimista de querer tirarse al Tajo, idea que la joven oyó expresar sin alarma, pues también en su cabeza chispeaban ideas semejantes. Sin saber lo que hacía, don Pito le habló de Angel con calurosos encarecimientos, ponderando su compasiva bondad y su tolerancia sin límites. Después habló pestes del primo bargueño, diciendo que era un salvaje que olía a cuadra, y que parecía figurón de comedia. Las murrias de Dulce se acrecieron con estas cosas, y toda la nostalgia y cerrazón de su tío se le comunicaron. El no podía vivir sin ver la mar salada; la otra, sin ver el cielo del amor. Ambos gemían bajo el peso de una gran aflicción, y no se sabe a qué extremos habría llegado si a don Pito no se le ocurriera prescribir nuevamente la eficaz panacea del olvido. Felizmente, Dulce tenía dinero: las proposiciones del viejo pareciéronle aceptables, y se encariñó grandemente con la idea de olvidar. Diez minutos tardó el capitán en traer de la tienda el específico, que no era otro que coñac *fine champagne* de las tres estrellas, y aunque a Dulce le parecía demasiado picón, ayudó a su tío a consumirlo, enfilándose algunos tragos, mientras él se atizaba copas enteras.

A eso de las diez, la pobre Babel rompió a reír a carcajadas, y doña Catalina, que tabique por medio dormía, se alarmó y fué corriendo en su auxilio, temiendo que se hubiese vuelto loca. No acertó a comprender lo que aquello significaba; pero los restos del brebaje y el ver a don Pito hecho un talego a los pies del camastro, fueron luz de su ignorancia. Nada respondió Dulce a las exhortaciones de la ilustre señora, porque después de las carcajadas cayó en un sopor profundísimo, del cual no salía ni aunque le aplicaran carbones encendidos. Mala noche pasó la de Alencastre, y su gran apuro fué por la mañana, pues continuando la niña en el mismo estado de trastorno, había peligro de que el primo se enterase... ¡Ay Dios mío, sólo de pensarlo era para volverse loca! Por fin, allá pudo tapar el fregado aquél con cuatro mentiras muy bien hilvanadas. Su hijita se había atufado, porque el demonio del marino metió en el cuarto un brasero sin pasar..., y, naturalmente... ¡No era mal brasero!... A don Simón dió cuenta la noble dama de lo que había visto y olido, conviniendo ambos en que el causante de aquellos horrores era don Pito, y haciendo propósito de despedirle de su compañía para que no volviese a *magnetizar* a la pobre muchacha inocente.

Los primos Blas y Vicenta, aunque no decían nada, íbanse cansando de la pesada carga babélica que se habían echado encima, y, aunque vagamente, daban a entender que les sería grato soltarla.

—Estamos abusando de la bondad de esta pobre gente—decía Simón a su esposa—, y es preciso que nos larguemos pronto de aquí. Si no quieren cobrarnos, habrá que hacerles un regalito; por ejemplo, un corte de pantalón a Blas, y a Vicenta, un pañuelo, peineta o cualquier chuchería.

—¡Quita, hombre! Cuando nos retratemos se les darán nuestras fotografías con dedicatoria. No estamos ahora para obsequiar con nada que cueste dinero. Y, en último caso, espera a que te regalen a ti, pues los tenderos algo te han de dar porque no los marees. Milagro es que no haya empezado ya el jubileo de la caja de pasas, el barrilito de aceitunas o la media docena de botellas de jerez. Y los de telas tampoco han de ser tan puercos que dejen de mandarme algún trapillo de moda, pues tú no has de echarles multas, ni apurarlos, ni...

Por fin, con ayuda de don Juan Casado, que gallardamente se puso a sus órdenes, encontraron los Babeles casa de su gusto y por poco precio, allá en la subida del Alcázar, y llegados de Madrid los muebles juntamente con Arístides, se instalaron, dejando el bullicio y estrechez de la posada de la Sillería.

con no poco gusto de los dueños de ella y de sus habituales parroquianos. Doña Catalina y su marido, recelosos de la influencia de don Pito sobre Dulce, y temiendo que ésta incurriera en nuevas fragilidades si el incorregible borrachín no se marchaba con sus botellas a otra parte, acordaron no admitirle en la nueva casa; mas no era cosa de dejarle en medio del arroyo. El desvanecido inspector propuso expedirle para Madrid en gran velocidad y con billete de tercera (por no haberlo de cuarta).

—Lo hacemos por tu bien, querido Pito—díjole su cuñada—. Aquí estás aburrido. Toledo no te peta. En Madrid tienes más distracción, más campo donde pasearte, y, además, tienes a tu hijo *Naturaleza,* que se ha colocado a la parte en la confitería de Andana, y, según me ha dicho Arístides, está ganando montones de dinero.

—Sí, mejor estás allí—agregó su hermano—, porque Madrid parece puerto de mar por su animación y aquel ir y venir de carros, y las mangas de riego... Luego los establecimientos de bebidas son magníficos...; no como aquí, que parecen mazmorras... Conque márchate y dale memorias a *Naturaleza* y al amigo Bailón, y siempre que quieras, ya sabes dónde estamos.

Cogió el dinero don Pito, sin comentar con frase, ni palabra, ni monosílabo, aquella cruel despedida, y salió con toda la arrogancia que su cojera le permitía, encaminándose a Zocodover para tomar allí el coche que baja a la estación. Mas no queriendo emprender viaje tan fastidioso en tiempo frío y con cariz de nieve, buscó en el dédalo de las calles toledanas algún rinconcito donde proveerse de combustible para las tres horas mortales desde Toledo a Madrid.

CAPITULO IV

PLUS ULTRA

I

En efecto, Guerra quiso aislarse, y nada mejor que el cigarral de Guadalupe, de su propiedad. *Don Suero* y su señora se quedaron viendo visiones cuando el madrileño, comiendo con ellos una tarde, les dijo que se iba de campo, y que las fiestas de Navidad las pasaría de la otra parte del puente de San Martín. ¡Qué extravagante misantropía! ¡Meterse en un cigarral por Nochebuena, en tiempo tan crudo, y cuando la cristiandad toda tiende a reconcentrarse en las poblaciones y en la vida de familia!

—Pero, Angel, tú no tienes la cabeza buena—observó doña Mayor—. Bien dice Pintado que los tornillos que él te apretó se te han vuelto a aflojar. Déjalo para después de Pascuas, y comerás el pavo con nosotros.

No lograron convencerle con estas ni con otras razones. Conviene advertir que a poco de residir Angel en Toledo dieron sus tíos en pensar cuán conveniente sería para la casa de Suárez que el madrileñito aquel, viudo, sin hijos, rico y en buena edad, picase en el anzuelo de María Fernanda. Forjáronse marido y mujer la ilusión de que así sería; pero la realidad no tardó en desvanecerla. El primo no picaba, ni siquiera como suelen hacerlo los peces listos, es decir, mordiendo el cebo y largándose sin enganchar. Para mayor contrariedad, picaba ferozmente un cadete, con gusto de la niña, y Angel dió en auxiliarle, estableciéndose entre los tres una confabulación que acabó de dar al traste con el plan de *don Suero,* tan ajustado a las conveniencias de la familia y a la armonía universal. Era el cadete de buena casta, simpático chico, y en otras circunstancias no le habrían visto los señores de Suárez con malos ojos; pero en aquel caso les desagradó sobremanera la protección que la niña dispensaba al militarismo. ¡Cuánto mejor que se aplicase a pescar aquel gordo peje, de saneada fortuna, buen hombre, a pesar de sus antecedentes revolucionarios y masónicos, que los Suárez de Monegro, gente ilustrada, perdonaban de todo corazón, mayormente al notar en el individuo marcadas inclinaciones en sentido contrario!

Pero Dios no quería que las cosas se arreglaran a gusto de *don Suero* y de su esposa. La vida es así: contradicción, y todo del revés. ¿Quiere usted higos? Pues le salen brevas. En tanto, Angel protegía descaradamente al aspirante a general, y, de acuerdo con María Fernanda, echó memoriales a doña Mayor para que le permitiese entrar en la casa. ¡Que si quieres! La señora dijo pes-

tes del Ejército, y aseguró que más valiera quitar de Toledo la dichosa Academia, que no traía más que disgustos a todas las familias. No había casa en que las señoritas no anduvieran medio trastornadas; y por lo que hace a los alumnos, ni ellos estudiaban ni ése era el camino. Todo el santo día en aquel Miradero y en aquel Zocodover, alborotando e inventando diabluras.

Don Suero no tronaba contra la Academia; pero en su interno sayo se condolía de la perniciosa injerencia del militarismo en la historia patria. Y cada vez que Angel dejaba traslucir en la conversación el cambio iniciado en sus ideas, ya ponderando la belleza del simbolismo católico, ya poniendo en las nubes las Ordenes religiosas, el buen *don Suero*, a quien se suponía instrumento de los jesuítas, lamentaba de boca para adentro que tal yerno se le escapase. ¡Qué lástima! ¡Un convertido, un hombre que decía lindezas elocuentes de San Francisco y de San Ignacio con la misma boca con que había predicado la libertad de cultos y otras herejías! Por supuesto, de todo tenía la culpa la tontuela de María Fernanda, que en más de una ocasión, cuando Guerra expresaba con sincero entusiasmo sus recientes aficiones, *le tomaba* el pelo por cursi y anticuado, echándoselas de librepensadora, como si ello fuera también cosa prescrita en los figurines y perteneciese al variable reino de las modas.

Por todo esto veía *don Suero* con desagrado la creciente misantropía de su pariente, su prurito de aislarse, y, como buen sabueso de la vida, olfateaba que aquello terminaría quizá en trastornarse rematadamente con la religión, y meterse en cualquier Orden monástica, la cual tendría buen cuidado de que, al entrar el individuo, fueran los santos cuartos por delante. En fin, que ni *don Suero* hablándole de los deberes sociales, ni doña Mayor describiéndole los horrores del frío en el campo, pudieron disuadirle de su tema, y al cigarral se fué por el 22 ó 23 de diciembre, avisando antes al guarda de la finca para que preparase alojamiento.

¡Qué hermosura, qué paz, qué sosiego en el campo aquel, pedregoso y lleno de aromas mil! Después de la nevada vinieron días espléndidos, con aire leve del Nordeste; helaba de noche, pero por el día un sol bienhechor calentaba la tierra y todo lo que cogía por delante. Los árboles, fuera de los olivos y cipreses, no tenían hoja; pero crecían allí mil matas de un verde oscuro y ceniciento, y entre ellas las rocas graníticas brillaban con los cristalillos de la helada, cual si hubieran recibido una mano de sal o de azúcar. El olivo sombrío alterna en aquellas modestas heredades con el albaricoquero, que en marzo se cubre de flores y en mayo o junio se carga de dulce fruta como la miel. La vegetación es melancólica y sin frondosidad; el terruño, apretado y seco; entre las rocas nacen manantiales de cristalinas aguas.

El cigarral de Monegro o de Guadalupe no era de los más próximos al puente de San Martín, ni de los más lejanos. Llegábase a él en veinte o treinta minutos, desde el puente, por el camino viejo de Polán, dejándolo después a la derecha, para seguir la vereda del arroyo de la Cabeza. Sus dimensiones no llegarían a siete fanegadas, con buena cerca de piedra y tapiales de tierra en algunos trechos, casi todo el terreno dedicado a la granjería propiamente cigarralesca; olivos, pocos; albaricoqueros y almendros, en gran número. Pero al sur de Guadalupe extendíase otra propiedad de los Guerras, adquirida por el padre de Angel, la cual era un trozo de monte que en un tiempo perteneció, con otras fincas, al monasterio de la Sisla. Su cabida era como de seis veces la del cigarral, y no lindaba inmediatamente con éste, extendiéndose entre ambos predios una faja de terreno del procomún. Llamábase La Degollada, y sus productos habían sido escasos o nulos hasta entonces. El terreno era de los más ásperos, salpicado de ingentes y peladas rocas; sin árboles, pero con espesísimo matorral de cantueso, tomillo y cornicabra; sin ninguna habitación humana, como no fuera algún improvisado albergue de pastores entre los escuetos mogotes de ruinas que en algunos sitios se alzaban carcomidos, restos quizá de cabañas del tiempo de los Jerónimos, o tal vez (Palomeque lo podría decir) del tiempo del amigo Túbal. La impresión de soledad o desierto eremitano habría sido completa en La Degollada si no se divisaran por una parte y otra caseríos más o menos remotos, las dispersas viviendas

de los cigarrales, los santuarios de la Guía y la Virgen del Valle, los restos de la Sisla, y desde algunos puntos altos, las torres y cúpulas toledanas. Entre los límites de La Degollada y Guadalupe no había por la parte más próxima cinco minutos de camino.

La casa de Guadalupe era como de labor, con pretensiones sumamente modestas de quinta de recreo, destartalada, por fuera pintada de almazarrón imitando ladrillo, por dentro con desiguales crujías y no muy nivelados pisos de tierra y empedradillo en la planta inferior; su correspondiente almazar; un cocinón disforme con chimenea de campana. Sólo había dos habitaciones vivideras en el piso superior, con rodapié y zócalo de azulejos de diferentes colorines y dibujos, como traídos en montón de cualquier derribo, y de azulejos estaban guarnecidas también las impostas de las ventanas. En dichos aposentos instalóse el amo, para quien se preparó un camastrón de madera con columnas, en el cual debió de echar la siesta Mauregato, cuando menos. Los colchones y servicio de cama y mesa llevároнse de Toledo. Como a treinta pasos de la casa veíanse restos de una capilla, en cuyas derruídas paredes se apoyaban los cubiles de dos cerdos, que por el día se paseaban de monte en monte, y la choza de las cabras, y el tenderete de las gallinas, quedando lo demás para depósito de estiércol. Más allá de la capilla extendíase un plantío de albaricoqueros, limitado al Sur por torcida pared que terminaba en un castillete de muy extraña forma. En la parte inferior de éste había un horno de cocer pan, que desde tiempo inmemorial no se usaba, y en su boca negra y telarañosa se veía siempre un gato blanco acurrucado. La parte superior de aquel armatoste era palomar, donde más de doscientos pares tenían su vivienda y sus nidos. Arrimados a la pared crecían tres cipreses magníficos, patriarcales, de sombrío ramaje y afilada cima.

¡Cuán grato pareció a Guerra el sitio, y qué dulzura sabrosa en la vida campestre! No había más sociedad que la del cigarralero anciano y su nuera, con la añadidura del pastor que llevaba las cabras al monte y recogía los de la vista baja. Hasta las comidas encantaban a Angel, pues la cigarralera le hacía unas migas de sartén con las cuales no había ascetismo posible. Las tales migas, y el lomo adobado, y la olla castellana, y algún salmorejo, hacían del cigarral la más deliciosa de las Tebaidas. De bebida no había más que agua clara y fresca. La cocina era también comedor, y Angel veía guisar lo que le ponían en el plato; pero este rudimentario servicio no le repugnaba; antes bien, despertábale más las ganas de comer. ¡Cosa rara! Fué a Guadalupe sin ningún apetito, y allí devoraba, por lo que dió gracias a Dios y a Jusepa, que había sido ama de dos canónigos (es decir, primero de un canónigo y después de otro) y guisaba muy bien.

A semejante vida del yermo ya nos podríamos abonar todos, y si se dieran facilidades para emprender tales penitencias, el mundo estaría lleno de anacoretas tan convencidos como lo era Guerra por aquellos días. La mayor delicia de Guadalupe era que por allí no parecía nadie ni había peligro de tropezarse con *don Suero,* ni con Pintado, ni con ningún Babel masculino ni femenino. No llevó allí Angel papeles ni libros, ni había notado la falta de las letras de molde. Pasaba la mayor parte del día paseándose, garrote en mano, del albaricoquero al olivo y del olivo al ciprés, y de esta peña a la otra peña, y de Guadalupe a La Degollada, contemplando el movido paisaje que por todas partes le circuía, y la silueta dentellada de la ciudad: un sinfín de torres presididas por la incomparable de la Catedral.

La imagen de *Leré* no le abandonó un instante, y con ella eslabonaba la idea y el ansia del *más allá,* huyendo, para poder orientarse en tal dirección, de la garrulería y tráfago del mundo. Vivir para la verdad y sólo para la verdad, imitar a *Leré* y seguirla, aunque de lejos, eran su deseo y su ilusión. Mas para que la semejanza con su modelo resultara perfecta, la vida nueva no debía concretarse sólo a la contemplación, sino propender también a fines positivos, socorriendo la miseria humana y practicando las obras de misericordia. Ved aquí la dificultad y lo que ponía en gran confusión a Guerra; compaginar el aislamiento con la beneficencia y ser al propio tiempo amparador de la Humanidad y solitario huésped de aquellos pe-

ñascales. Mientras la mente de Angel no diese de sí la clave de tal problema, la idea de fundar algo era una nebulosa, imagen incierta que se borraba cuando el solitario quería precisar sus vagos contornos.

Y con la imagen de *Leré* juntábase casi siempre la de la angelical *Ción*. No será exacto decir que Guerra tenía visiones, ni que se le aparecían almas del otro mundo y de éste a engañar sus sentidos; era que por las noches, a veces al caer de la tarde, cuando la sombra fría empezaba a tenderse sobre el cigarral, se figuraba ver a la chiquilla y su maestra, destacándose del verde fúnebre de los cipreses, cogidas las manos, andando hacia él con vestiduras flotantes, las cabezas rodeadas del círculo de oro, distintivo de los bienaventurados. Medio dormido, o quizá dormido de veras, creía tener a su lado a la niña contándole alguno de los graciosos embustes que tan bien hilaba. Pero no podía recordar luego qué mentira era, y sólo quedaba en su cerebro la vaga sospecha de que la mentira podía muy bien ser verdad de las más elementales.

Ratos entretenidos pasaba Angel conversando con el cigarralero, hombre tan sencillo como bruto. Fué soldado en su mocedad y asistió a multitud de acciones de la primera guerra civil. Conocía personalmente a Espartero, a Serrano y a los Conchas; pero hacía lo menos cuarenta años que los había perdido de vista. Nunca debió de poseer aquel bendito el don de apreciar con exactitud el paso del tiempo, porque hablaba de las cosas del año 38 como si hubieran sucedido la semana pasada, y apenas tenía vagas nociones del reinado de Isabel II y del de don Alfonso. Mejor sabía el paso de Luchana y la acción de Guardamino que la revolución de 68 y otros acontecimientos que ningún eco tuvieron en su espíritu. Llamábanle Cornejo, y era hombre guapo, de lozana vejez, tipo militar y granadero de antiguo cuño. Tenía un hijo en presidio por cuchilladas allá en el paso de Yébenes, y la mujer aquella que guisaba era su nuera y al mismo tiempo su sobrina, criada en la domesticidad de canónigos, más fea que el hambre, de pocas palabras y buenas manos para adobar lechones y hacer morcillas. También era de la familia Cornejil, aunque por vínculo lejano, el rústico pastor, con quien Guerra no trabó relaciones sino bastantes días después de hallarse en Guadalupe.

Nadie le visitaba allí, pues si bien Palomeque le había prometido hacerlo, no se atrevía a tan larga caminata en tiempo frío. Una tarde de Navidad le mandó a Ildefonso con un regalito de mazapanes de San Clemente y una carta que, entre otras cosas, con castiza y limpia letra de Torío, decía: "Me resolveré a pasar la puente cuando el tiempo abonance, pues aspiro a que el nicho de Santa Leocadia espere vacío mis honrados huesos por unos cuantos añitos más. No están mis doce lustros para hacer piruetas sobre los *alíquidos cristales*, que dijo el amigo Rabadán... ¡Vive Dios, qué gusto me daría de acompañarle! Por ello, si no es en Piscis, será en Géminis, mi gallardo amigo, y para entonces, si usted me permite esgrimir el picachón en su *anacea* o quinta de Guadalupe, espero aclarar un punto oscuro en la historia patria. Porque tengo para mí que los restos de capilla que en ese ameno cigarral existen son la propia y auténtica fundación del canónigo don Jerónimo de Miranda, el cual la inauguró y bendijo el 11 de junio de 1612, dedicándola a San Julián, y creo que nuestro doctor Pisa, peritísimo historiador de Toledo y diligente anticuario, claudicó al asentar que la tal fundación es el santuario de Nuestra Señora de la Bastida." Y por aquí seguía.

A Guerra no le interesaba gran cosa que el grave punto se dilucidara, ni tenía malditas ganas de ver por allí al erudito prebendado con su picachón y su arqueología; pero agradeció el obsequio y recibió mucho gusto de la visita de Ildefonso, a quien retuvo allí todo el día, después de preguntarle con grandísimo interés por la familia y de oírle sus prolijas referencias. De la alegría del travieso chico al verse en pleno y libre campo participaba el dueño del cigarral, que era feliz viéndole saltar y correr, tirando piedras a los lagartos, discurriendo mil ingenios mortíferos para apoderarse de los gorriones, a los cuales igualaba en ligereza y prontitud. No le consentía Guerra que mortificase a los animales; procuraba imbuirle el culto de la Naturaleza, enseñándole a gozarla sin destruir nada de lo que en ella

existe. Cada vez que Ildefonso veía saltar un conejo entre las matas del monte, brincaba como un saltimbanqui, y si hubiera tenido allí cien ametralladoras, habríalas disparado a un tiempo contra el pobre animal. Corría tras de las cabras, queriendo trepar como ellas; a los cerdos les hizo andar a un paso más vivo del que acostumbran, y las gallinas no tuvieron paz mientras el inquieto monago estuvo allí. Hizo provisión de varas para apalear troncos, piedras, y en último caso a sí propio, y la burra en que Cornejo iba a la ciudad pasó la pena negra aquella tarde, porque el chiquillo se montó en ella y la hizo dar tantas vueltas, que al pobre animal le faltó poco para pedir la palabra, como la de Balaán. Por fin, después de darle merienda, Guerra le despidió, invitándole a volver otro día.

Fué acompañándole hasta más allá de la finca, y largo rato siguió con la vista sus cabriolas y brincos por la cuesta abajo. En esto observó que por la misma empinada pendiente subía un hombre cansado y viejo, el cual cojeaba y a cada instante se detenía para tomar aliento. Aguardó a que subiera más para reconocerle, y... ¡oh sorpresa!, era don Pito en persona.

II

Lo mismo fué verle el capitán que reanimarse, y de su alegría sacó fuerzas para vencer lo que le restaba de la cuesta. Al llegar junto a su amigo dejóse caer en un peñón, y poco menos que llorando, dijo:

—Don Angel, yo creí que no llegaba. Vengo a que usted me recoja. ¿No me dijo que me recogería? Aquí me tiene medio muerto de cansancio, de hambre, de frío, de sed. Ya estaba decidido, decididísimo, señor don Angel, a echarme de remojo en el Tajo..., cuando me acordé de usted y dije: "Me recogerá, tendrá lástima de este veterano de la mar." Porque ha de saber usted que me echaron, me despidieron, me despacharon para Madrid, consignado a *Naturaleza*, y yo me fuí, digo, no me fuí, me quedé. ¡Qué nochecita! Un viento entablado del Norte que le helaba a usted las intenciones... Total, que en preparar el estómago para el viaje se me pasó el tiempo; el tren dió *avante toda*, y yo me quedé, y en arrancharme se me han pasado tres días, vira para aquí, vira para allá, barajando las calles y tomando nota de los establecimientos. ¿Qué había de hacer? No puede uno remediarlo. Cátalo aquí, cátalo allá, se me acabó el dinero que me dieron para el viaje; pero como mi dignidad de capitán en derrota me prohibía humillarme, no quise volver de arribada a casa de Simón, y..., lo que digo, tres días y tres noches sin ver catre ni comida caliente, es a saber, de la que se hace con fuego natural. Descabezaba un sueñecico por la mañana en los conventos de monjas; por la noche, otro sueñecito en los bancos de cualquier plazuela. Hasta que dije: "Ya no más. Que me tiro al agua, que me tiro... A la una, a las dos..." Pero ¿qué resulta, carando? Que cuando uno se quiere tirar se queda quieto, porque no sabe lo que hay a sotavento. Total, que preguntando me he venido a este *tabacal*, donde usted hará conmigo lo que guste. ¿Me recoge? Pues aquí me quedo. ¿No me recoge? Pues me tiro, y ahí te quedas, mundo amargo.

—Ya lo creo; sí, le recojo a usted—dijo Angel, llevándole hacia la casa—. Lo malo, amigo don Pito, es que aquí no tenemos bebidas alcohólicas... ¡Ah! Sí, puede que Cornejo tenga anís... Veremos.

Y como le pidiera más explicaciones de su disgusto con los Babeles, añadió el capitán:

—Desde que Simón está colocado no se le puede aguantar. Tomaron casa, allá junto al palacio grande, y Arístides llegó de Madrid para vivir con ellos. Ya me calo yo por qué no me quieren a su lado. Soy perro viejo, y a mí no me la dan. Es el caso que...—parándose—ahora están con el toque de casar a Dulce con el primo ese, un tal Casiano, que se viste como en las comedias, y es un pedazo de bárbaro...; pero, en fin, parece que tiene trigo y el hombre quiere embarbetarse con la chica. Simón y Catalina, entusiasmados; como que no miran más que al vil curángano, amigo y pariente del primo, que le llaman Juanito Casado, del cual dicen que es gran *tiólogo* y arreglador de vidas ajenas. Yo no sé sino que apostó a feo con Satanás y le ganó. Pues entre todos están preparando el pastel. Pero como yo me caso con el vil metal y con todos los

curas feos o bonitos, y como veo y toco que a mi sobrina no le peta ese avestruz, no quiero hacerles la jugada, y Simón y Catalina, para que yo no les estorbe, me han ajustado la cuenta y me han desenrolado.

No sólo no le parecía mal a Guerra que los padres de Dulce quisieran casarla con el primo Casiano, sino que aplaudía el proyecto, teniéndolo por la más juiciosa idea que en cerebros babélicos había nacido desde la creación del mundo. Así se lo dijo a don Pito, el cual, sin cuidarse para nada ya de su sobrina, no pensaba más que en disfrutar del hermoso ambiente campesino y en contemplar el grandioso paisaje que desde los altos adonde habían llegado se dominaba.

—Vea usted, esto me gusta; esto sí que es hermoso, ¡carando!, porque, si bien es cierto que no se ve nada de la charca salobre..., no sé..., qué sé yo..., el fresco este parece que le dice a uno: "Vengo empapado en la mar, y ahí te la meto por las narices"—extendiendo la mano—. Nordeste, un poquito tirado al Este. ¿Ve aquel paredón de neblina que se ve por allí, detrás de la ciudad? Pues ahí viene más viento, y mañana, o fallan mis papeles, o Sudoeste que te quiero ver.

Anochecía cuando llegaron a la casa, y Guerra dió órdenes para aprontar la cena, porque los bostezos del pobre navegante, en los cuales parecía dar dentelladas a la piel amarilla que cercaba su rostro, revelaban que su apetito debía de ser ya hambre de naufragio. Cenaron, y, afortunadamente, Cornejo tenía un poco de anís, que sirvió de grandísimo consuelo al huésped.

—Vamos a ver—díjole Guerra—, ya que aquí no puede usted ver la mar, ¿le serviría de distracción la pesca de río?

—Al pasar he visto que hay pescadores, sí, señor, con más paciencia que los que esperan a que San Juan baje el dedo. ¡Y qué turbio viene el río y qué ruido mete! Pescaremos, si me traen aparejos. También he visto que hay una barca que parece una caja de pastillas para la tos y trae pasaje para esta parte de acá... Diga usted, ¿no podríamos coger la barca y dejarnos ir al garete hasta llegar a Lisboa? Y de allí..., una vueltecita por la mar, y luego, orza para adentro y a dormir al cigarral.

El desgraciado marino parecía feliz, y al beber el último trago, después de la cena, se acostó en la cama que le improvisó *Jusepa* con un jergón de paja y dos mantas. No necesitaba más, y aquel primitivo acomodo cuadraba mejor a sus gustos y a sus hábitos que el avío de un lecho de lujo con finas holandas y colchones de muelles. Se quitaba tres prendas nada más: el sombrero, el collarín de piel y las botas, y, liándose en una manta, como si con su persona quisiera hacer un cigarro, ya estaba arreglado el hombre, pues de un tirón la dormía, arrullándose con la serenata de sus propios ronquidos.

Unicamente para visitar a su amiga abandonaba Guerra las soledades de Guadalupe, lo que ocurría tan sólo dos veces por semana, por no permitirlo con más frecuencia las reglas de la Congregación. Del cigarral al puente tardaba cuarenta minutos, y mucho menos del puente a la Judería y casa provisional del Socorro, la cual era de vecindad, vulgarísima, colindante con las ruinas del que fué palacio del marqués de Villena y después de Benavente, a dos pasos de la Sinagoga del Tránsito y del Asilo de pobres de San Juan de Dios. Ni dentro ni fuera ofrecía cosa alguna que hablase a la imaginación del artista como es corriente en todo edificio toledano. En la improvisada capilla, así como en el locutorio o sala de recibir, únicas piezas que Angel conocía, todo era vulgar, pobrísimo y sin ninguna especie de arte. Los muebles, casi todos adquiridos de limosna, distinguíanse por su chabacana variedad. Cuadra blanqueada parecía la capilla, con su altar de gusto francés de cargazón, y un confesonario vetusto, procedente quizá de alguna iglesia en ruinas. En el moblaje del locutorio había banquetas altas que debieron de pertenecer a un escritorio de casa de comercio, y otras enanas que, sin duda, fueron de una escuela de niños; un sofá de Vitoria, y por decoración, tres estampas: San José, Pío IX y León XIII; el suelo, de baldosín, sin más reparo del frío que una angosta estera delante del sofá. La famosa y popular Congregación, fundada en Madrid treinta años ha para asistir enfermos a domicilio, instalóse en Toledo poco an-

tes de los sucesos que aquí se refieren; pero aún no tenía casa propia. Establecidas provisionalmente en una de alquiler, esperaban las hermanas tener pronto edificio suyo y nuevo, contando con la generosidad de personas ricas del vecindario. Hallábanse ya organizadas conforme a las reglas de su instituto, con los tres grados de religión, a saber: profesas, de novicias y postulantas. En la categoría de novicias estaba *Leré*.

La primera vez que Guerra visitó a su amiga en aquella temporada causóle extrañeza verla de hábito, y no ciertamente porque el vestido religioso la desfigurase, robando encantos a su persona, sino quizá por todo lo contrario. Pronto se acostumbraron sus ojos a tal transformación, y llegó a creer que nunca había visto a *Leré* de otro modo; tan bien encajaban en su figura la falda de estameña negra con muchos pliegues, la manga perdida y el estrecho manguito cubriendo el brazo hasta la muñeca; la cerrada toca, que se prolongaba hasta mitad del pecho, formando como una muceta, sobre la cual no llevaba aún rosario, por no ser profesa; la negra esclavina sobre los hombros, y en la cabeza el velo blanco; los dos rosarios pendientes de la cintura, el uno llamado la *Corona*, con catorce dieces divididos por medallas; el otro, como insignia o distintivo de la Congregación, terminado en crucifijo de bronce.

El bailoteo de los ojos se destacaba y lucía más, sin duda por no verse de la cara más que el palmito puro, recortado por la holanda, sin nada de pelo y muy poco de la frente. Acompañábala en las visitas una hermana profesa llamada sor Expectación, cuarentona, de rostro blanquísimo y facciones bozales, resultando un contraste muy extraño entre la fealdad etiópica y la blancura alabastrina. Sus ojos parecían cuentas de bruñida pizarra. Mostrábase la hermana muy afable con Guerra, que era ya, dicho sea de paso, uno de los protectores más generosos del naciente instituto. La conversación solía versar sobre las dificultades con que tropezaba el Socorro para establecerse en Toledo, y entre col y col se deslizaban apreciaciones morales y místicas. Sor Expectación, a pesar de su mayor categoría ante la novicia, dejábala hablar sin meter baza, y la oía con atención cariñosa, cual si viera en ella uno de esos discípulos precoces que hacen callar a los maestros. El tono empleado por los tres era familiar, a veces mundano, y Angel se maravillaba de que el hábito no hubiese alterado la naturalidad graciosa del habla de *Leré*, la cual no creía, sin duda, que la santidad excluye el mirar cara a cara y el reírse con decencia, siempre que haya motivo para ello. La única restricción era que no se le podía dar la mano.

La primera o la segunda tarde de visita (no hay seguridad en la fecha) se sintió el madrileño ante su amiga invadido de una tristeza que le abrumaba. Veíala dotada de hermosura celestial y vaporosa, que, a poco que sobre ella actuara la imaginación, se condensaría en belleza tangible y humana, y como al propio tiempo la veía del lado allá del abismo cavado por los votos y la observancia reglar, tuvo el pícaro antojo de echarle un lazo para atraparla y traérsela a la orilla en que él estaba. Empleó los argumentos del padre Mancebo, que eran los más fáciles de manejar, y *Leré* se defendió primero con tibieza y en tono festivo; mas poco a poco fué entrando en calor, hasta concluir con una parábola tan ingeniosa como persuasiva y elocuente.

—Mientras usted y mi tío no vean la vida como la veo yo, no comprenderán el ningún efecto que me hacen esas razones. Los trabajos, las penas y enfermedades mírolas yo como pruebas de las cuales no debemos huir, porque ellas nos son enviadas para templar nuestra alma y hacerla resistente. Los que no son probados en esa tienta, no sirven para la vida alta. Los que aceptan las pruebas y se mantienen firmes y derechos, ésos sirven. ¿Ha visto usted la fábrica de espadas? Yo la vi siendo muy niña, y observé una cosa que no se me ha olvidado nunca. Un obrero de mucha práctica coge las varas de acero, las mete en el fuego, y cuando están al rojo, las va examinando. Algunas, sin que se sepa la causa, presentan unas grietecillas o no sé qué... El obrero no hace más que mirarlas, y dice: "Esta no sirve", y la arroja en un montón. Aquellos pedazos de hierro no sirven para espadas, y se aprovechan para hacer asadores. Pues eso digo de las personas que no saben templarse: no valen

para espadas; asadores serán toda su vida. Los que cuando ven el mal encima claman atribulados al Cielo, como si Dios tuviera la obligación de conservarles la dicha y la salud, no tienen temple, no valen. Serán acero fino los que resisten, los que alaban la mano que les baquetea sobre el yunque, los que, cuando se ven pobres, perseguidos, enfermos, calumniados, dicen: "Venga más."

Sor Expectación asentía risueña, con un poquitín de orgullo, y Guerra no encontraba fácilmente en su magín la contestación adecuada a tal manera de discurrir.

—Por consiguiente, no se asuste usted de que yo me quede triste, pero tranquila, cuando alguien viene y me dice: "El tío Paco sigue mal de la vista y se quedará ciego .. La tía Justina no puede con tanto trabajo... ¿Qué va a ser de esos pobres niños?" Y ya le estoy oyendo decir a usted: "Pero ¡qué cruel y qué mala es esta mujer, que ve impasible tantas desdichas!" Es que para mí la mayor de las desgracias consiste en no recibir esos regalitos del Cielo que llamamos adversidad, miseria, muerte; es que para mí los que revientan de salud y de bienestar son los más dignos de lástima; es que para mí las calamidades representan una forma de bendición o gracia, y cuando la calamidad es sufrida con paciencia y humildad, viene a ser la ejecutoria de que servimos, sí, de que servimos para algo más que para comer y cargarnos de ropa. Y no me saquen la consecuencia de que si mi tío pierde la vista yo me alegraré. No es eso; yo no me alegro; lo siento, porque el mal ajeno me afecta y me duele más que el propio. Si el mal fuera mío, me agradaría sufrirlo; pero, siendo ajeno, no tengo derecho más que a mirarlo con piedad, deseando que el prójimo lo acepte como lo aceptaría yo... Ya, ya le veo a usted venir... Aguarde un poco. Va usted a preguntarme si no debo hacer algo para evitarlo. Si remediarlo pudiera, tomándolo para mí, lo haría; pero el remedio que me proponen es sumamente chistoso. ¿Qué se le ocurre a mi tío como infalible talismán para conservar la vista? Pues nada, friolera: que yo me case. En renunciando yo a la vida religiosa y en metiéndome a casada, ¡pin!, se acabó la ceguera, y *tutti contenti*. ¿Cómo quiere usted que no me eche a reír, don Angel?—anticipándose a las razones de Guerra—. Ya, ya sé lo que me va usted a decir: que la ceguera no es un argumento directo contra mi vocación; que se teme perder la vista, porque la familia quedaría desamparada, y que para evitar este desamparo de la familia urge que yo dé el *sí* a Pepito Illán o a otro que tenga cuartos. Pero, don Angel, ¿es posible que de cabezas bien organizadas salgan razones tan sin sustancia? Lo que pretenden es que yo abandone el camino por que me llama Dios, y tome otro que me repugna. ¿Para qué? Para evitar la pobreza de mis sobrinos. ¡La pobreza, el signo visible de pertenecer a Cristo! ¡El *eres mío* con que nos marca en la frente! Aquí sí que me explayo a mis anchas, y aunque usted me llame lo que quiera, digo y repito que no me importa nada que mis sobrinitos sean pobres. Si Dios los destina a mejorar de suerte en el mundo, porque así les convenga, El les abrirá camino. Pero ¡buscar el remedio de su pobreza en el arreglito de una tía casada y un tío rico, que no se sabe aún si querían protegerlos!... Vamos, ríase usted, hombre, ríase de esta manera de discurrir. El mal, el verdadero mal es el pecado. Cualquier sacrificio es poco para apartar a un alma de la condenación eterna. Pero ¡la pobreza! ¡Mirar como mal la carencia de medios de fortuna! Fíjese usted un poco, remonte la vista, considere la vida desde un poquito alto, y verá que el accidente del tener o el no tener, colocado entre el nacer y el morir, significa bien poco. ¡Si no muriera el rico, si su riqueza le asegurara un puesto preferente en la otra vida!... Pero ¡si muere como el mendigo, y tan polvo es el uno como el otro! Y fíjese usted en la brevedad de la vida, en esta jornada que hacemos acompañados por la muerte, que nos lleva de la mano, pronta a darnos la zancadilla. ¿Qué diferencia esencial hay entre recibir de un administrador o del habilitado el pedazo de pan y tener que pedírselo al primero que pasa? Cuestión de formalidades, que en el fondo no son más que soberbia... ¡Que Justina tenga que mendigar! ¿Y qué? Es lo único que le falta para ser santa. De limosna vivimos nosotras. ¡Que los chicos no podrán seguir una carrera! Y ¿qué significa esto de las carreras? ¿Ser abogado

para enredar a media Humanidad, ser médico o militar para matar gente con píldoras o con balas? Ni las carreras, ni los oficios representan nada... ¿Me quiere usted decir si cuando un hombre se presenta delante del que juzga a los vivos y a los muertos, le van a pedir algún título académico o la papeleta de exámenes? Ya, ya sé lo que va usted a contestarme. Que con mis ideas, bonita estaría la civilización. Pero si yo no tengo nada que ver con la civilización, ni me importa, ni hablo contra ella. Ya sé que siempre ha de haber ricos, y convendrá, quizá, que los haya; pero cada cual tiene su gusto, y a mí, si me dan a escoger, me quedo con la pobreza. No poseo nada ni quiero nada poseer. La propiedad me quema las manos, y la idea de *mío* me la borro, me la suprimo de la mente, porque esa idea, créame usted, suele ocupar mucho espacio y no dejar lugar a otras, que nos convienen más. Yo digo: habrá algo que sea de alguien; pero mío, perteneciente a mí, bien segura estoy de que nada existe. Sólo Dios es dueño de todas las cosas. A El pertenezco, y nada me pertenece.

III

Salía Guerra de allí con la cabeza medio trastornada, porque las ideas expuestas con tanto donaire y sencillez por su amiga le seducían y cautivaban sin meterse a examinarlas con auxilio de la razón. Había llegado *Leré* a ejercer sobre él un dominio tan avasallador, se revestía de tal prestigio y autoridad, que llegó a representársele como la primer persona de la Humanidad, como un ser superior, excepcional, investido de cualidades y atributos negados al común de los mortales; y cediendo a una ley de gravitación moral, sentíase atraído a la órbita de ella, llamado a seguirla y a imitarla.

Recordando en la soledad campestre las expresiones de su amiga las comentaba, las desentrañaba, y de ellas partía buscando hacia arriba alguna síntesis suprema, o hacia abajo aplicaciones a la vida general. La semana entera se la llevó tratando de digerir aquel refinado misticismo, que un año antes le habría parecido absolutamente indigesto. Lo que más sentía era que todas las visitas semanales no fueran igualmente afortunadas, porque en algunas creeríase que el demonio lo enredaba, llevando a otras personas que hacían difícil la comunicación inmediata con *Leré*. Como para las visitas se designaban días de la semana, no pocas veces reuníase tal caterva de señoras y caballeros, que era cosa de salir renegando. Una de las tardes más desgraciadas fué aquella en que, a poco de entrar Guerra, vió penetrar en la sala la respetable trinidad de *don Suero*, doña Mayor y Mariquita Fernanda, no tardando en agravarse la situación con la llegada de la superiora, madre Victoria de la Cruz, y de otras dos monjas más. Generalizada la conversación, *don Suero* se puso insoportable ponderando los beneficios que iba a reportar Toledo de personas tan ilustradas como las hermanitas del Socorro. Burla burlando, echó unas puntaditas a las órdenes de clausura, que no responden a los fines de la vida moderna y de la ilustración, porque aun en el ramo de almíbares y huevos hilados, ahí están las confiterías, que son una industria y ayudan al sostenimiento de las cargas del Estado. Doña Mayor y la superiora picotearon bastante, y María Fernanda pidió explicaciones a la novicia de ciertas laborcillas de gancho que hacía con gran primor, y después hablaron de las señoras de Rojas, sintiendo mucho que se hubieran muerto, ¡pobrecitas!, y la tarde fué para Angel desabrida, larga y tediosa.

A veces solía llevar a don Tomé, con intención de echárselo a las demás visitas al modo de quite, para que le dejaran libre a *Leré*; pero las escasas facultades sociales y de palabra del autor del *Epítome* inutilizaban casi siempre su plan.

En cambio, las tardes felices, aquellas en que se encontraba solo con la novicia y la hermana blanca, que parecía la estatua de una negra bozal esculpida en alabastro, con las pestañas blancas y los ojos de pizarra, Angel se consideraba dichoso; y si la conversación no recaía desde el primer instante en cosas supremas, él la llevaba por las vías y zonas más altas. Fácilmente seguía la imaginación alada de *Leré* los vuelos de su amigo, y apreciaba con brío mental y convicción fortísima la humana existencia, dejando muy malparado el mundo,

por el suelo sus afanes y vanidades, y resueltamente establecido el principio de que fuera del fin de salvarse no hay ningún fin humano que no sea una gran necedad.

Hay que advertir que un entusiasmo semejante, aunque no tan vivo, al que había sabido inspirar a su antiguo señor, despertaba *Leré* en la comunidad, pues todas las hermanas veían en ella una mujer excepcional. Las cautivaba precisamente con su modestia y su deseo de anularse; con querer ser siempre la primera en la faena, la última en el descanso; con no aventurar jamás un deseo dentro de las prácticas de la Congregación, como no fuera el de la absoluta obediencia: con ser la enfermera más valerosa, la más diligente ama de gobierno, la más callada, la más sufrida, la más serena de espíritu; y, en fin, concluía de ganar los corazones con su entendimiento soberano, pues si rompía el silencio, porque se solicitaba su opinión sobre algún punto espiritual o de la vida ordinaria, siempre salían de sus labios palabras de deslumbrador sentido, conceptos sobre cuya exactitud y verdad no podía caber ninguna duda.

Algunas tardes volvía Guerra a Guadalupe en ese estado que los místicos llaman de edificación; bullían en su mente planes y proyectos que no eran más que las ideas de una mujer queriendo tomar en la mente del varón forma activa y plasmante. Lo que *Leré* pensaba, debía llevarlo él al terreno de la acción. La iniciativa o el germen de esta acción partía de su amiga, encarnándose luego en la mente de él y revistiéndose de la sustancia de cosa práctica y real. Trocados los organismos, a *Leré* correspondía la obra paterna, y a Guerra la gestación pasiva y laboriosa. El proyecto de fundación sería *Leré*, reproducida en la realidad, idea de la cual apenas se daba cuenta Angel, mientras fué nebulosa, pero que a medida que se condensaba, íbale absorbiendo y ocupándole todo. Fundar, sí, fundar, pero ¿qué, cómo, en qué forma? Sólo sabía que era forzosa la fundación; mas no acertaba con los términos precisos del ser que se estaba formando en su caletre.

¡Qué noches aquellas del cigarral, dignas de que las pintase quien supiese hacerlo! Cornejo encendía con el ramaje de la poda una gran lumbre, junto a la cual se congregaban el amo, el guarda, *Jusepa*, don Pito y el pastor, de quien no se ha dicho nada todavía. Llamábase Tirso, y era un hombre enteramente primitivo, de una tosquedad casi salvaje, hirsuto y mal barbado, vestido con calzón de correal, abarcas de cuero, un chaquetón de raja parda sin forma ni color y que parecía compuesto de pedazos de yesca; montera de pellejo rapada ya por el uso. Su cara era un revoltijo de arrugas y polvo, en medio del cual lucían los ojos sagaces, despiertos, como dos ascuas chiquitinas que habían caído por casualidad en aquella masa reseca, y la iban a incendiar cuando menos se pensase.

Tirso no tenía edad; es decir, no era fácil echarle la filiación. No sabía cómo se llamaba. "¿Tirso qué?", le preguntaba su amo, y él se encogía de hombros. Pasaba por tonto en aquellas tierras, y también por gracioso; excelente guardador de cabras, pues res que se le confiaba no era fácil que se perdiese. No había estado en Toledo más que dos o tres veces en su vida, ni conocía más mundo que el que se extiende desde el puente de San Martín hasta la sierra de Nambroca, entre los ríos Guadajaroz y Algodor. Hablaba un lenguaje corto y de escasísimo vocabulario, lleno de desusados idiotismos, que sonaban a lengua fenecida. No se había lavado nunca ni siquiera la cara. No entendía la hora en la muestra de un reloj; pero, en cambio, la leía con exactitud en el curso del sol, y por la noche la deletreaba en el libro de las estrellas. No sabía lo que es café, y el chocolate lo había probado una sola vez en su vida. Llamaba de tú o de vos a todo el mundo, menos al amo, a quien se dirigía siempre en tercera persona, pues el usted no acababa de articularse en sus torpes labios. Desde las alturas donde pastoreaba había visto pasar el tren; pero nunca se dió cuenta clara de lo que aquello era. El sentido moral parecía muy embrionario en él; en cambio, no le faltaba el sentido jurídico, y las ideas de tuyo y mío brillaban claras en su mente. Tan pronto se hacía notar por su barbarie como por su agudeza, y era algo médico, algo astrónomo, y también algo poeta.

A don Pito le cayó muy en gracia, y se partía de risa oyéndole hablar, enten-

diérale o no, pues comúnmente el marino se quedaba en ayunas de las expresiones de aquel solitario de tierra adentro, y tenía que recurrir a Cornejo para que le tradujera frases como ésta: *Si fuedes al monte, topardes lliebres, magüer que en cría*, que sonaban a castellano *en cría*. Poco a poco se fué haciendo el oído del navegante a la fabla del rústico, y no tardaron en amigarse. Por las noches, al amor de los tizones, se enredaban en graciosas parlamentas, no teniendo poca parte en la intimidad el uso del alcohol, pues don Pito, que por la generosidad del amo disfrutaba ración bastante de sus brebajes favoritos, convidaba al pastor a catarlos, y el bruto aquel se relamía de gusto cada vez que empinaba el codo. Esto y salir a tirar algunos tiros era su mayor delicia, en lo cual se confirmaba la observación de que lo primero que el salvaje acepta de las razas civilizadas es la pólvora y el aguardiente.

Acompañábale don Pito en sus excursiones pastoriles, y no le llamaba por su nombre, sino que desde el primer día le aplicó otro muy enrevesado, que los demás rara vez acertaban a pronunciar al derecho.

—Este demonio de zagal—decía el marino a Guerra—es el vivo retrato, fuera del color, de un cacique de negros que conocí en la costa de Africa, el cual nos traía la esclavitud en cuerdas de veinte, veinticinco hombres. A pesar de la diferencia de razas, aquel bárbaro y éste se parecen como dos gotas de agua en la manera de mirar y en el aire del cuerpo, y siempre que hablo con Tirso me parece que tengo delante al amigo *Tatabuquenque*.

A poco de tratarse y de vagar juntos por sendas y barrancas, seguidos de *Cachopo*, el perro del cigarral, Tirso respondía al endiablado nombre de *Tatabuquenque*. Por cierto que cuando don Pito aparecía entre las rocas, o por entre las ramas de un matorral, con el collarín de pelo amarillo, el hongo aplastado, la cara de corcho, debía de parecer fiera que en la aspereza de aquellos montes tenía su caverna, y que salía en busca de alguna res para echarde la zarpa y comérsela, y lo mismo pensarían de él, sin duda, los conejos y las aves, que desde lejos le miraban, poniéndose en salvo con más miedo del hombre que de la escopeta. Porque se ha de decir que era tan mal tirador don Pito, que de cada cinco disparos no acertaba ninguno, y como no saliera Cornejo en su ayuda, la caza concluiría por perderle todo respeto.

A Guerra le entretenía oírles charlar por las noches, junto a los tizones encendidos. Contaba don Pito sus aventuras de mar, que escuchaban con la boca abierta *Tatabuquenque*, Cornejo, *Jusepa* y el mismo Angel. Oiríais allí cómo afronta un vapor las mares hinchadas, poniéndoles la proa y cortándolas sin miedo; cómo barren las furiosas olas la cubierta, entrando por la amura y llevándose botes, jaulas de ganado, hombres si puede, y reventando algún manparo, o la lucerna de la cámara; cómo en noches de espesa niebla se arruga el corazón de todo mareante, que ignorando dónde se halla teme por momentos estrellarse contra invisibles rocas, o darse de trompadas con otro buque; cómo se avisan con el triste sonido de silbatos y sirenas, que llenan el aire denso de tristeza y pavor; cómo impensadamente sobreviene el temido choque, y en un punto las dos naves dan el topetazo una contra otra, rompiéndose cual si fueran de vidrios; cómo, en fin, el agua se precipita en las cámaras y bodegas en catarata hirviente, y salen todos despavoridos, buscando la salvación sin encontrarla, hasta que se hunden por aquellas aguas abajo, y perecen comidos de peces voraces que se los meriendan en un decir Jesús. Oiríais también relatos asombrosos de países lejanos y ardientes, donde todas las personas son negras y andan en cueros vivos, buscando algún cristiano que aparezca por allí para asarlo y comérselo; o de pueblos de refinada civilización, donde andan los trenes por las calles como aquí los perros, y hay los más soberbios establecimientos de bebida que se puede imaginar; escucharíais, en fin, ¡me caso con San Bolondrón!, la nunca oída fábula de un túnel por debajo de ríos mayores que el Tajo; de un canal por donde saltan los barcos de una mar a otra; de vapores tan grandes como la Catedral que van llenos de gente, de ganados, de azúcar, de arroz o de aguardiente, por aquellas aguas adelante, ¡pim, pam!, dale que le das a la hélice, la cual viene a ser lo mismo que el molinillo de la chocola-

tera; y todo se mueve con una máquina grandona, donde está el vapor dando resoplidos, metiéndose y sacándose por unos tubos que...—no sabiendo cómo explicarlo—. Vamos, que se calienta el agua, y se forma el vapor, que viene a ser... ¿Veis las nubes? Pues como las nubes, un humito blanco, blanco, que tiene más fuerza que miles de caballerías, y se mete por el tubo y va al cilindro, y, pues... empuja, vamos..., sale, se condensa, vuelve a entrar... y...

TIRSO.—*(Comprendiendo.)* Jo, como el muérgano de la Egreja Mayor de Toleo, que va al viento y ansopla por los caños, y ansina como sale el son en el muérgano, en aquesas mánicas descampa un golpe de adre que arrempuja...

JUSEPA.—¡Válgamos Dios, qué trenes los de la mar! Uyí que en no sé qué mar se fué al jondo un barco cargao de dinero, y bajaron a sacarlo unos aqueles de hombres con la cabeza metía en un botellón de vridio.

TIRSO.—Jo, abajaradéis vos a buscallo con san fin de dimoños; que yo ni por to el sagrario bendito me abajaba.

CORNEJO. — *(Dándose importancia.)* Animales, esos que bajan son los buzos, que tién vestimenta de fierro, como la que sacan los guerreros en la procesión del Viernes Santo, y un dispejo por delante de la cara, pa ver mismamente dentro de la mósfera del agua.

DON PITO.—Exactamente, así es.

TIRSO.—¿Y no uyisteis lo que mos contó el estordiente don Pelayo, fijo de nuestramo de antes, don Juárez? Pos contó que hubían unos barcos grandes, grandes, con jierro por alante, y dencima cañones del gordo como de cuatro güeyes, y en ca tiro, jo que te estriego, medio mundo patas arriba.

DON PITO.—Esos son los acorazados, sí; tremenda artillería. *(Enfática descripción de la Marina militar.)*

JUSEPA.—Anda, ¿y busté hay estado con su barca en tantísimas ciudades y puebros?

DON PITO.—No acerté a contarlos. Liverpool, Hamburgo y Amberes, en el Norte; Nápoles, Trieste y Marsella, en el Mediterráneo; Singapore, Macao y Manila, en Oriente; toda América, desde Montreal a Buenos Aires, por Occidente; la mar Caribe, de punta a punta muchas veces, y en Africa hasta cerca del Cabo.

TIRSO.—¡Jo, qué correríos tie el hi de pucha!

JUSEPA.—Diga: ¿y no allegó a Roma?

CORNEJO.—*(Ganoso de contar sus empresas militares.)* No seas bestia. Si Roma no es puerto de mar. Allí estuvimos con el general Córdoba, cuando Pío Nono nos echó la bendición.

TIRSO.—Roma es onde mora el crergo mayor de tos los crergos, que le llaman Su Santísimo Papa.

La conversación se animaba hasta el entusiasmo cuando recaía en asunto de toros. Cornejo, que había vivido algún tiempo en las dehesas del duque, se las echaba de inteligente, narrando mil peripecias dramáticas y lances tremebundos. A *Jusepa* se le encandilaban los ojos, y aunque sólo había visto dos medias corridas en la plaza de Toledo, su imaginación se inflamaba con el relato de las lides taurómacas, cual montón de hojarasca reseca en la cual arrojan una tea encendida. El montaraz Tirso, que jamás presenció corrida en forma, y apenas conocía los toros más que de verlos sueltos y libres en la ganadería, contó que una vez, hallándose en medio de las fieras, vió dos que reñían, y el vaquero les tiraba piedras, y él tuvo tal miedo que le entró una *correncia*, única enfermedad que tuvo en su vida. El capitán refirió las diversas funciones que en Cádiz, en la Habana y en Madrid había visto, y entre las verdades colaba de matute mentiras muy gordas; verbigracia, que en cierta corrida a que asistió en Jerez, viendo que nadie se atrevía con un miura muy voluntarioso y de mucho sentido, bajó al redondel y lo remató con un mete y saca que fué la admiración de los maestros. En volandas le llevaron a su casa. No hay que decir que los tertuliantes se lo creían, pues cuando aquel tema de los toros, legendario y castizo, tan grato a españoles de raza, se introducía en la conversación, todos perdían la chaveta, lo mismo el bárbaro Tirso que la zafia *Jusepa* y el veterano Cornejo.

IV

No lejos del grupo que rodeaba el fuego, Guerra oía y callaba, y los vivos coloquios en que alternaba la marrullería de don Pito con la rusticidad de los cigarraleros, lejos de molestarle en su meditación sobre cosas tan distintas de lo que allí se hablaba, servíanle como de arrullo, le llevaban el compás, si puede decirse, marcándole el ritmo para que sus ideas se coordinaran más fácilmente. Así, cuando había una pausa en la conversación de aquellos bárbaros, la mente de Guerra se paraba, como una máquina que se entorpece, y en cuanto volvían a sonar los disparates, la mente funcionaba de nuevo. ¿Qué relación podía existir entre el pensar del amo abstraído y los conceptos de aquella infeliz gente? Ninguna en usual lógica.

Poco a poco íbale saliendo a Guerra su plan, no completo ni sistemático, sino en miembros o partes sueltas, las cuales eran como sillares de magnífica veta, con los cortes y el despiezo convenientes para emprender luego la composición arquitectónica.

Primera idea.—Ni sombra de duda tenía ya de la excelencia y superioridad del ser de su amiga. Las doctrinas vertidas por ella revelaban inspiración del Cielo, y quizá una misión providencial confiada a tan excelsa persona. Gracias a *Leré*, Angel había recobrado las ideas de la infancia, la creencia en lo divino, la seguridad de que la suprema dirección del Universo reside en la voluntad misteriosa de un Ser creador y paternal, quien elige a ciertas criaturas y les imprime la divinidad en grado máximo para que descuellen entre las demás y les marquen el camino del bien. De estas almas delegadas era *Leré*, con quien él había tenido la dicha de encontrarse en días de crisis moral, debiéndole su regeneración, indudable victoria sobre el mal, pues sólo con mirarle y argüirle suavemente, la de los ojos bailantes había hecho de él otro hombre.

Para corresponder a tan gran beneficio, él ayudaría a *Leré* a derramar por el mundo la onda divina que afluía de su alma pura. Poseyendo él suficientes medios materiales para materializar los hermosos pensamientos de la inspirada joven, los emplearía sin vacilar en empresa tan meritoria y grande. Fundaría, pues, con toda su fortuna, una Orden, Congregación o Hermandad destinada a realizar los fines cristianos que a *Leré* más le agradasen. El se encargaría de todo lo adjetivo; ella, de lo sustancial. La institución podía ser puramente contemplativa, si ella lo destaba, o filantrópica y humanitaria, con todo el carácter católico que ella quisiese darle. Si disponía que se consagrase al amparo de pobres y desvalidos, él tomaría sobre sí la obligación de buscarlos, recogerlos y conducirlos a donde recibieran el remedio de sus males. Si era cosa de cuidar enfermos, él rebuscaría en zahurdas insanas y estrechas las manifestaciones más horripilantes del mal físico. Si la santa se decidía por perseguir el mal moral, estableciendo la corrección del vicio, la enmienda de la prostitución y de la perversidad, él emprendería una leva de criminales, y los llevaría, con sugestiones inspiradas por su fe, a donde hallaran de buen grado los medios de regenerarse.

Parte esencial de este plan era que él, estimándose el primero entre los desgraciados, entre los enfermos y entre los criminales, se consideraba ya número uno de los asilados, cofrades, hermanos o lo que fuesen, sin que esto le quitase su carácter de fundador ni le eximiese de la obligación de disponer todo lo material y externo.

Segunda idea.—Al consagrarse con alma y vida a la realización de las doctrinas *Lereanas*, se desligaría en absoluto del mundo y de toda relación que no fuera las que entablaba con su celestial amiga y maestra.

Ruptura completa con todo el organismo social y con la huera y presuntuosa burguesía que lo dirige. Equivalía semejante determinación a quitarse un duro grillete, y al propio tiempo, reconociendo los garrafales defectos del organismo social, se inhibía en absoluto de toda competencia para reformarlo. Proscripción completa de la política. Que la sociedad se arreglase como quisiera y como pudiera. Ya no tendría con ella más conexiones que las indispensables para recoger en su seno corrompido las miserias que reclaman socorro. Ninguna idea política ni social tenía ya valor para él; ni pensaba, como antes, en mudanzas o refundiciones de los poderes públicos y de la propiedad. Cualquiera concreción

que trajese el porvenir, ya fuese la democracia rabiosa o el absolutismo de látigo, le tenían sin cuidado, con tal que el legislador futuro no metiese la hoz en las nuevas florescencias del espíritu religioso. Y si las segaba, *Leré* disputaría. Era, pues, como esposa mística, que en el orden supremo de un matrimonio ideal llevaba el gobierno moral de la familia. Su saber omnímodo daría solución a todos los problemas que se presentasen.

Tercera idea.—En cuanto a prácticas religiosas, aunque por la influencia de *Leré* había recobrado los sentimientos de la infancia, las ideas primordiales del Dios único y misericordioso, y de la inmortalidad del alma; aunque la estética del catolicismo le cautivaba cada día más, y tenía la moral cristiana por irreemplazable, encontraba en el organismo de la Iglesia formalidades que, a su parecer, exigían modificación. Sin embargo, de estos escrúpulos, lo aceptaba todo tal como lo hemos heredado de las anteriores generaciones católicas, por ser *Leré* católica ferviente. Amortiguaba el madrileño sus dudas pensando que, al recibir la excelsa joven la misión de desbrozar nuevamente los caminos del bien y la verdad, se creyó *arriba* que esta misión se cumpliría mejor dentro del catolicismo que dentro de otra creencia, y por esto había venido *Leré* al mundo con su ortodoxia exaltada y a macha martillo. En cuanto al clero, el cofundador lo creía necesitado de un buen recorrido, cual maquinaria excelente y de larguísimo uso, que conviene desmontar y limpiar de tiempo en tiempo; pero sometía su opinión al supremo dictamen de *Leré*, y si ella pensaba que el personal eclesiástico debía continuar como existe, por él, que quedase. En puridad, nada de lo establecido estorbaba para el grandioso plan.

Idea total o envolvente.—Desechada la creencia, en él antigua, de que sólo el mal es positivo y de que el bien no es más que una pausa o descanso del mal, estableció y dogmatizó la doctrina *Lereana* de que el mal y el bien son igualmente positivos, con la diferencia de que el mal se determina en uno mismo, y el bien en los demás, es decir, que la concreción del mal es sufrirlo, y la del bien hacerlo.

Terminado el laborioso parto, levantóse y salió para refrescar su alborotada mente, desafiando el frío de la noche. Los demás seguían charlando junto al fuego, y acostumbrados a ver las bruscas salidas y movimientos del amo, no hicieron caso de él. Miró Angel las estrellas que resplandecían con vívido temblor en la concavidad sublime del cielo, y se sintió satisfecho de sí mismo como no lo había estado en todos los días de su vida. Vió en su existencia un destino grande, aunque subordinado a otro destino mayor, y comparándose con el hombre de antes no pudo menos de despreciar todo lo que fué, y de enorgullecerse por lo que era, vanagloria legítima sin duda, no incompatible con el propósito de anularse socialmente y de llegar a ser, dentro de las categorías humanas, tan humilde y poca cosa como don Pito y *Tababuquenque*.

Volviendo a entrar en la cocina, vió a *Jusepa*, que se caía de sueño, abriendo la bocaza como una espuerta, y a Tirso que abandonaba la tertulia, y salía tardo y claudicante, con movimientos y desperezos que más parecían de cuadrúpedo que de hombre. Mientras el pastor se iba al pajar, don Pito cogía la manta para meterse en la almazara, sitio que le habían designado para camarote.

Guerra notó en él los síntomas del tedio abrumador que le acometía de cuando en cuando.

—Animarse, don Pito, que aquí estamos muy bien, y fuera de aquí no hay más que vulgaridad llena de sinsabores, y una vida de estúpidas apariencias. ¿Echa usted de menos la mar? ¡Dichosa mar! Descuide usted, que ya tendremos mar. Por de pronto, yo me encargaré de que nada le falte—mirándole los pies—. A propósito, esas botas no son propias ya de un caballero cristiano. Mañana irá Cornejo a Toledo a comprarle a usted otras, de lo mejor que haya.

—Don Angel de mis entretelas—abrazándole—, muchas gracias. Ya pensaba yo que necesitaba echar palas nuevas a la hélice; pero, amigo, como no hay..., me caso con San...

—¡Ea! No se case usted con nadie, y menos con un santo. Quedan terminantemente prohibidos los casamientos. También le traerá Cornejo un capote de monte para que se abrigue mejor, y suelte ese gabán, que parece la funda de un violín...

—Venga, venga el capote, y alégrate, casco viejo, que ahora tienes quien te arranche.

Como por ensalmo se le disipó el tedio, y cogiendo de las manos de *Jusepa* el candil de garabato, se fué a su dormitorio y a su rústico lecho, donde tan ricamente se tumbaba. Quedóse Angel en la cocina, pues no tenía sueño ni ganas de acostarse, y sin más luz que la de los tizones, contempló embebecido las singulares figuras y contornos del fuego en el ancho hogar, que lentamente se enfriaba. Los leños, hechos ceniza y conservando en ella su forma, se desmoronaban por su peso y se rompían en mil fragmentos de lumbre, con rumor como de sílabas que expiran antes de ser pronunciadas. Las figurillas variaban a cada instante, al apagarse, ahora como rostros de personas y animales, ya como ramificaciones arbóreas, y todo se iba desmenuzando en puntos luminosos que la ceniza se trababa y el frío se bebía.

"Aún falta mucho, mucho—se dijo el solitario, dando un gran suspiro, sin quitar los ojos del hogar—, para que la idea se complete y llegue a ser practicable."

Retiróse de su aposento alto, a oscuras, palpando los paramentos de la escalera, y cuando se acostó, conservaba en su retina la impresión de las ascuas moribundas. No pudo dormir ni le molestaba el insomnio. Mejor, mejor; con eso podría cavilar a sus anchas, y sacar chispas de ciertos puntos opacos, golpeándolos con el eslabón del pensamiento. Aletargado al fin, trataba de convencerse con laborioso razonar de que las imágenes de *Leré* y *Ción*, que delante tenía, dándose la mano, vestidas de blanco y con los nimbos de oro en la cabeza, no eran proyección espectral de su idea, sino realidad, realidad... Allí estaban las dos; pero hacían la gracia de desvanecerse en cuanto él abría los ojos. "Es particular—se decía—; hace mucho tiempo que no se me aparece el hombre aquel del cabello erizado y de la mueca de máscara griega."

V

Contento estaba el marino con sus palas nuevas en la hélice y el capote del monte, el cual le parecía casulla, porque se lo encapillaba metiendo la cabeza por la abertura del centro de la tela. Prenda era de mucho abrigo y comodidad para correrías invernales. Con ella y la gorra de nutria que le regaló Cornejo, y en la mano, bien un garrote, bien vara larga y a veces una tralla, ¡listo!, *avante toda* por altozanos y barranqueras, navegando en conserva con *Tatabuquenque* y sus cabras... Al rayar el día, dejaba las ociosas pajas el bueno del capitán, y al instante iba en reconocimiento de la cocina, hasta avistar a *Jusepa*, con la cual se abarloaba sin pérdida de tiempo, obteniendo de ella un pedazo de bacalao, que chamuscaba en el primer fuego que en el hogar se encendía. Golpeando la tira de pescado seco contra una piedra para ablandarla, le metía el diente. Después, tira de ginebra o ron, y en franquía, mar afuera hasta la hora en que pasaban los garbanzos por el Meridiano: la una de la tarde.

Guerra paseaba también por la mañana, solo y sin alejarse mucho de Guadalupe, rondando por la Virgen del Valle o aproximándose a la peña del Moro, de donde se divisa el panorama de Toledo y del río en toda su imponente majestad. Tres días después de la para él memorable noche en que determinó la fundación, hubo visita, por cierto de las más venturosas, porque nadie pareció por allí; y para colmo de felicidad, sor Expectación, la negra de alabastro, después de presentarse en el locutorio con *Leré*, se largó con viento fresco diciendo que volvería. Solos la hermana y Guerra, éste no le mentó el rebullicio que en su cabeza traía, prefiriendo confiarle el plan ya maduro y completo, sin que faltara ningún detalle. Unicamente indicó que pronto hablarían de un asunto, religioso por más señas, que a entrambos igualmente había de interesar. Absorta y con cara de júbilo le miraba la novicia, y sus ojos inquietos despedían chispas de diferentes luces y colores, como astros de primera magnitud, o al menos, tales le parecieron a Guerra. Embelesado ante ella, ya no se contentaba con verla bonita, sino sobrehumanamente hermosa, con hermosura que amor y respeto en igual grado le infundía, la exaltación cordial sin mezcla alguna de apetito bajo, todo puro, todo místico y de la más fina idealidad.

"Ahora comprendo—pensaba Angel,

contemplándola con adoración muda—; ahora comprendo ese bailar de los ojos. Es el aleteo del Espíritu Santo, que ha hecho dentro de ellos su palomar."

La conversación versó, durante un mediano rato, sobre diversos particulares pertinentes a la Hermandad del Socorro, hasta que *Leré* se decidió a abordar un asunto que tratar quería con su místico amigo, asunto bastante mundano y espinoso, por cierto.

—Don Angel, me va usted a dispensar que le hable de una cosa... Como es usted tan bueno y ha vuelto los ojos a Dios, ninguna verdad que se le diga le ha de disgustar. Y pues me autoriza para ser su lazarillo, ahora que empieza a ver y a curarse de la ceguera me permitiré guiarle un poco, de lo que no me alabo, porque el dar la mano y señalar dónde hay piedra o bache no es ningún mérito, que digamos.

—Ya lo sabes: tú mandas y yo obedezco.

—No tanto..., bájese usted un poquito. Yo no mando. No faltaba más. No hago más que proponer. Vamos al caso, que es tarde. Pues, señor...—sentándose y cruzando las manos—, aquí lo sabemos todo. Sin que nosotras nos ocupemos de averiguar lo que pasa de esas puertas afuera, nunca faltan bocas habladoras que vengan a traernos la cháchara del pueblo. En fin, enterada estoy de que a Toledo llegó esa señora, con toda la caterva de sus hermanos y demás familia. Además, me contó un pajarito que esa infeliz le ha cogido a usted las vueltas, en lo cual hace perfectamente, porque yo me pongo en su caso, y..., vamos, que no puede desprenderse del afecto que guarda al que la quiso y vivió con ella, aunque fuera contra lo que mandan la religión y la decencia. Supe también que mi amigo, por huir de tal persecución, se plantó en el cigarral, diciendo "Ahí queda eso." Los Babeles tienen ya casa propia, creo que allá por el Alcázar, y los padres de esa señora beben los vientos de endosársela a un primo de Bargas o no sé de dónde, viudo y rico. Pero ella no está por casorios, aferrada a la malicia de su amor antiguo.

—Algo de eso supe yo también—dijo Angel—. La misma Dulce me lo contó, y le aconsejé que no fuera tonta y se casara

—Vamos a ver. ¿No piensa usted casarse con ella?

—¡Yo!

—¿A qué ese asombro? ¡Yo! No parece sino que usted, al pronunciar ese ¡yo! tan hueco, se considera desligado de las obligaciones que imponen la ley de Dios y la ley humana. Usted mismo me ha dicho que la tal es buena, cariñosa y fiel a toda prueba. ¿Es que usted no la quiere ya? Pues decírselo claro, aunque el golpe le resulte duro, para que dirija sus pensamientos a otros fines. O herrar o quitar el banco. O casarse o desahuciar.

—Pues desahucio, hija, desahucio. Si yo me considero ya sin compromiso alguno. Pero ¿qué culpa tengo de que ella se obstine?...

—Cuando ella se obstina—con malicia—, es porque se le han dado más motivos para apretar las ligaduras que para aflojarlas.

—¿Yo?

—¿Otro *yo* tenemos?—con penetración—. A ver; júreme que desde que está en Toledo no ha tenido con ella ningún trato inmoral.

—No puedo jurar tal cosa respecto al trato que dices...—sin vacilación en su sinceridad—porque lo he tenido, sí.

—¿Lo ve usted?

—¿Y cómo lo sabes?

—No lo sabía; lo sospechaba. El demonio no pierde ripio; y estando esa mujer aquí, no había de descuidarse el muy tuno. ¿Los dos en Toledo? Pecado al canto. Tratándose de vicios antiguos, suponiendo lo peor se acierta siempre... No, no se disculpe usted..., no se necesitan explicaciones. Lo que hay que hacer es lo siguiente—levantándose, y acentuando sus palabras con gesto de convicción y autoridad—: Va usted en busca de esa señora, hoy mismo, mañana mismo lo más tarde, y le dice una de estas dos cosas..., piénselo con tiempo y elija..., una de estas dos cosas: "Dulce, vengo a decirte que me caso contigo...", o "Dulce, vengo a decirte que no existo ya para ti". Nada, nada, o atar o desatar para siempre—no dejándole meter baza—. Semejante situación de balancín entre el pecado y la honestidad es insostenible. ¿No quiere usted regenerarse, no quiere ser ferviente amigo de Cristo, y realizar obras grandes, caridades aparatosas, y defender la Fe

y meter mucho ruido con su cristianismo? Pues nada de esto vale de nada sin purificarse interiormente. Porque se presentará mi don Angel ante Dios con mucha bambolla de palabras, y mucho entusiasmo, y mucho ruido, y Dios le dirá: "Límpiate primero, y cuando estés limpio, hablaremos." Fuera, pues, esa lacra, fuera. Si usted no se la quita, verá qué peso tan grande, qué estorbo para entrar en la vida espiritual. No podrá usted moverse, no podrá dar un paso...—con viveza impaciente—. Pero qué, ¿será capaz de no hacer lo que le aconsejo?

—Basta, *Leré*, basta; no me riñas más...—con efusión—. ¿Tú lo quieres, tú lo mandas? Pues se hará. No necesitas argumentarme, pues comprendo la razón y la verdad con que hablas, la profundísima sabiduría con que sentencias en este pleito. Mañana mismo me planto allá, descuida, y... lo que tú dices, una de las dos cosas. No hay que añadir que opto por la segunda. Sobre eso no puede haber duda. Rompimiento absoluto. Si pudiera ir un poquito más lejos y lograra convencerla de que debe apechugar con el primo... Pero verás tú cómo se resiste. Las mujeres son el demonio...

—Gracias.

—Algunas, quiero decir.

—Pues yo creo que si usted corta las comunicaciones bien, pero bien cortadas, ¿eh?..., qué sé yo, lo pensará, y andando el tiempo puede que haya boda con el de Bargas. Eso de desesperarse y tirarse por el balcón es música. Las mujeres son más reflexivas que los hombres, aprecian más su conveniencia, y se curan más pronto y mejor de esos arrechuchos.

—Pero tú—con admiración—, ¿cómo sabes eso? Tú lo sabes todo.

—No es que yo lo sepa. Me lo figuro... En fin, listo, a pagar esa cuenta del alma. Todavía le anda rondando a usted el demonio, y hay que darle a ese perro en los hocicos, darle tan fuerte que no se atreva más con usted. ¡Triste cosa que para limpiar un hombre su conciencia tenga que dar a una pobre mujer tal trago de amargura! El mundo es así: la tristeza en el reverso de la alegría. Lo que es bonito por una cara, por otra es más feo que Judas. ¡Pobre mujer! Pero el golpe le será provechoso, como una operación de cirugía, que salva de la muerte. También ella, cuando vuelva en sí del topetazo, se purificará. Si fuera fácil casarla con ese otro, ¡qué triunfo!... ¡Ah! ¿No sabe usted lo que se me ocurre en este momento?—riéndose—. ¡Qué cosas! Pues pienso que si lo toma por su cuenta mi tío, les casa.... porque hombre más casamentero no existe en el mundo, ni otro que con más ardor tome las empresas que él llama de utilidad. ¡Vaya, que cuando quiso nada menos que casarme a mí...! El pobrecito delira por la familia, y ve los bienes que están a corta distancia de la nariz, no los que están un poquito más lejos. Le parece que si falta el puchero se acaba el mundo, y no se acuerda del pan celestial, de tanto como piensa en el de la tahona. Debe de estar incomodado conmigo, porque no viene a verme. Si va usted por allá, dígale cuánto le quiero, y que pido a Dios por todos... Estoy tranquila, porque sé que nada ha de faltarles. Me lo ha dicho..., quien lo sabe. ¿Qué..., se ríe usted de mi seguridad?

—¡Yo..., reírme yo! Ni por pienso. Cuando tú lo dices, bien sabido te lo tendrás.

—Conque..., volvamos al punto principal. Soy muy machacona, y vuelvo a decirle que no deje transcurrir el día de mañana sin dar ese paso. Cuidado. La primera vez que venga por aquí, ha de traerme la noticia de que ha ido al vado de la ruptura definitiva, o a la puente del matrimonio. Yo no mando; no hago más que proponer.

—Llámalo como quieras. No habrá para mí mayor gusto que llevar a la realidad tus ideas. Trázame una línea recta, pero bien recta, y verás cuán decidido la sigo sin desviarme.

—Pues, amiguito, ánimo y adelante. Ya que me autoriza para señalarle el camino, sepa que aún estamos muy a los comienzos, en lo llano y fácil. Le prevengo que habrá cuestas, sí, que para un novato como usted han de ser algo penosas. Pero hay que evitar el cansancio del caminante en las primeras jornadas. Prepararse, tomar aliento. Recto, sí, muy recto y seguro es el camino; pero verá usted qué asperezas hay más adelante, qué guijarros erizados de picos, qué senderos, qué zarzales, y, sobre todo, qué pendientes... Por hoy no quie-

ro asustar al pobrecito viajero, no sea que se nos vuelva atrás.

—Pero ¿qué es ello? ¿Me impondrás sacrificios, trabajos, humillaciones del amor propio? A todo estoy dispuesto.

—Calma, calma. Ya llegaremos a las cuestas en que el más pintado se rinde. No conviene tampoco sofocarse y echar los bofes en la primera jornada. A su tiempo maduran las uvas. No se nos malogre la cosecha por querer vendimiar temprano. Y por hoy se acabó. Retírese, que es tarde.

Despidiéronse sin más ceremonia, y Angel salió ya casi de noche, lleno su magín de determinaciones categóricas y su voluntad del propósito de obedecer ciegamente. Esta capacidad afirmativa era un gran consuelo para su conciencia, que se recreaba en la diafanidad de sus propósitos, y en la derechura del camino que por delante tenía. Por no ser tan recto el de Guadalupe, la noche oscura y lluviosa, tardó bastante en llegar allá.

VI

Y a la siguiente tarde, pues la mañana la perdió en recibir y despachar a un emisario de *don Suero,* que le llevaba unas cuentas, fué en busca de la nueva casa de los Babeles; y después de preguntar en todos los zaguanes de la Cuesta del Alcázar, dió con la caverna allá por la plazuela de Capuchinos, esquina al callejón de Esquivias, lugar de los más tristes de la ciudad. En todo el camino y brujuleo de calles, no dejó de pensar en el extraño paso que daba, y si no le vino al pensamiento ni por un instante la idea de desobedecer a *Leré,* tampoco tuvo dudas acerca de la proposición que debía escoger entre las dos designadas por la santa. Desçartado resueltamente lo del casorio, optaba por la despedida y separación absolutas, imposibilitando hasta la probabilidad de deslices ulteriores, y además determinó que, si las circunstancias se presentaban favorables a una intervención discreta para impulsar a Dulce a un buen arreglo matrimonial con otra persona, las aprovecharía con alma y vida. Todo lo llevaba muy bien estudiado y previsto, sin que faltara un poco de plan económico para asegurar a su ex amante los derechos pasivos, y salvarla de la prostitución en caso de que así fuera menester.

Apenas hubo empujado la roñosa puerta del zaguán para entrar en el patio, de desigual y mal barrido suelo, sin arbustos ni adorno alguno, con pilastrones de piedra, las paredes con la mitad del yeso caído, todo de lo más desamparado, pobre y sucio que en Toledo se podía ver; apenas al primer vistazo se hizo cargo de la triste localidad, le salió al encuentro la persona que buscando iba, la propia Dulce; ¡pero en qué facha, Dios poderoso, en qué actitudes! El tristísimo espectáculo que a sus ojos se ofrecía, dejó a Guerra suspenso y sin habla. Desmelenada, arrastrando una falda hecha jirones, los pies en chancletas, hecha un asqueroso pingo, descompuesto y arrebatado el rostro, la mirada echando lumbre, Dulce salió por una puerta que parecía de cuadra o cocina, y corrió hacia a él echando por aquella boca los denuestos más atroces y las expresiones más groseras. Angel dudó un momento si era ella la figura lastimosa que ante sí tenía, y algún esfuerzo hubo de hacer su mente para dar crédito a los sentidos. La que fué siempre la misma delicadeza en el hablar, la que nunca profirió vocablo indecente, habíase trocado en soez arpía o en furia insolente de las calles. La risilla de imbecilidad desvergonzada que soltó al ver a su amante, puso a éste los pelos de punta.

—¡Hola, canallita!... Qué..., ¿crees que te quiero?—gritó Dulce, agitando las manos a la altura de los ojos de él—. Ya no, ya no... Me caso con tu madre, y maldita sea tu alma..., ¡yema! ¡Qué feo eres, qué horroroso te has puesto, ¡je, je, con la beati..., con la beatitud...! ¡Carando!, lárgate de aquí. No sé a quién buscas..., no sé. Yo también me he santifiqui..., fiquido, ficado, ¡je, je!, y me caso con...

Horrorizado Guerra, buscó con los ojos a cualquiera de la familia para que le explicase cómo había descendido la infeliz mujer a tal degradación. En la misma puerta por donde había salido Dulce, vió Angel a doña Catalina y a un hombre, cuyas facciones no pudo distinguir porque estaba muy adentro y la tarde era de las más oscuras. La de Alencastre salió al patio llevándose un pa-

ñuelo a los ojos en actitud de estatua de sepulcro, y acercándose a Guerra le dijo con desmayado acento:

—La culpa es de ese infame Pito, que le enseñó el vicio feo... ¡Qué horror, qué ignominia! Creíamos que ya le había pasado este ciclón, y hoy se nos escapó, y ¡cataplum!, a la taberna. Estoy avergonzada y le pido al Señor que me lleve de una vez. Yo no puedo ver tales afrentas en mi casa...—volviéndose a su hija, que corría por el patio—. Dulce, hija mía, cordera, princesa, sosiégate, mira, mira qué visita tienes aquí... Nada, como si no... Pues cuando se le pasa, cae en un estado de idiotismo que no parece sino que se le seca el entendimiento. ¡Qué angustias pasamos para que los amigos no la vean así, para que su primo no sospeche...! Pero imposible disimular más tiempo. La encerramos, y nos atruena la casa, la soltamos y nos abochorna, la privamos de toda bebida y dice que se muere... Pues que se muera. Piérdase todo menos el honor, como dijo el otro.

Dos o tres chicos habían empujado la puerta del zaguán, ávidos de contemplar el para ellos gracioso espectáculo, y doña Catalina se puso a dar gritos: "Cerrad, cerrad, que se nos escapa."

En efecto, la pobre Dulce iba disparada hacia la puerta, cuando salió el hombre aquel, en quien Angel reconoció al mayor de los Babeles, Arístides, y echó la zarpa a su hermana, quien, revolviéndose contra él, le puso todas las uñas en la cara, acompañándolas de terribles insolencias: "¡Maldita sea tu sangre, vil, canalla, santurrón, chupacirios!... ¡Me caso con tu alma, y con la ladrona de tu madre...!"

Arístides forcejeó para llevarla adentro; ella se defendía con nerviosa fuerza; empleaba él los achuchones, echábale mano a los brazos, al pelo, cuidando de defender el suyo, y por fin la dominó y se la llevó, como a res brava, al cavernoso aposento de donde habían salido. Doña Catalina, en tanto, invocaba con patéticos chillidos a todas las potencias celestiales, y se metió también en la lóbrega cueva, diciendo: "No la maltrates, hijo, por Dios; ten paciencia... ¡Ay Dios de mi vida, qué desgracia!"

Guerra sintió desde el patio algo como encontronazos, traqueteo de lucha, sofocadas exclamaciones, y por fin el resoplido del domador victorioso confundiéndose con el resuello intercadente de la fiera. Nunca había sentido horror semejante ni presenciado espectáculo tan lastimoso. Huyó despavorido de toda aquella vileza, de todo aquel oprobio, y se puso en la calle.

Pero no había dado veinte pasos, cuando sintió irresistibles ganas de volver. ¿A qué? No lo sabía. Detúvose perplejo un instante, y antes que se resolviera, pasos presurosos sonaron tras él. Un hombre se le acercó, Arístides, que no tardó en abordarle con tono y modales impertinentes, diciéndole:

—Tú eres responsable, tú, de la situación vergonzosa de esa desgraciada.

—¡Yo!—replicó Guerra, rechazándole con desprecio—. Y aunque lo fuera, ¿quién eres tú para exigirme esa responsabilidad?

—Soy su hermano, y basta.

—¿Y a mí, qué?

—Tenemos que hablar.

—Yo nada tengo que hablar contigo.

—Pues yo contigo, sí.

Y como hiciera ademán de detenerle, Angel le empujó con fuerza, lanzándole hasta la pared de enfrente, en el angosto callejón de Capuchinos. Siguió adelante, creyendo que el importuno no le perseguiría más; pero al llegar al Corralillo de San Miguel, otra vez le sintió detrás, y oyó una voz trémula que decía: "No te escapas, no; tenemos que hablar."

Terminaba el día, y el cielo brumoso anticipaba la oscuridad nocturna. El frío era intenso, pavorosa la soledad en aquellos términos altos y excéntricos del desmantelado pueblo. No se veía un alma, ni ser viviente, como no fuera algún murciélago de los que anidan en la torre de San Miguel el Alto. ¡Triste y huraño lugar! Por arriba casuchas informes que habitadas se desmoronan, desoladas ruinas, vestigios de nobles monumentos cuyos olvidados nombres tartamudea la Historia por no saber pronunciarlos claramente. Luego, la explanada polvorienta que concluye donde principia el cantil del Tajo, y al extremo inferior el pedregoso abismo, en cuyo fondo brama el río.

—Pues habla y revienta si quieres—dijo Guerra parándose, decidido a concluir pronto.

—Repito que eres responsable del es-

tado de ignominia a que ha venido a parar mi pobre hermana, y no tienes más remedio que aprontar una indemnización.

El carácter autoritario, despótico y algo insolente de Angel estalló al fin, manifestándose primero en una carcajada, después con estas expresiones zumbonas y provocativas:

—¿Conque indemnización y todo...? ¡Bravo! En eso mismo había pensado yo.

—No lo eches a broma. Por culpa tuya ha perdido proporciones muy ventajosas... Piénsalo bien, Angel, y decídelo pronto, pues no me voy de Toledo sin arreglar este asunto, sin dejarte convencido de que no se juega impunemente con el honor de una familia.

—Tu dichosa hermana, ¡pobrecita!, ha caído muy abajo, muy en lo hondo...—con amargura—. La compadezco, bien lo sabe Dios. Pero por mucho que caiga no llegará a la profundidad en que estáis vosotros, tú y toda tu casta infame.

—Si me injurias, no te espantes luego de que te obligue a tragarte tus palabras—en actitud de ataque.

—Como no me trague yo tu alma indecente—ciego de ira—. Hace un momento, cuando salía de tu casa después de presenciar una escena repugnante, la conciencia me remordió, acusándome de cobardía. Al retirar de mi vista a tu desgraciada hermana, la trataste sin ninguna consideración. Desde el patio pude hacerme cargo de tu brutalidad. No me decidí a intervenir; pero al encontrarme fuera, parecióme que era yo tan miserable como tú por no haberte enseñado la delicadeza y humanidad que debías a tu hermana. Aún es tiempo, y tú mismo, conociendo que eres merecedor de una paliza, vienes a que yo te la dé. Si te contentas con que te diga que eres un miserable y un bandido, ahórrate los palos y lárgate.

—¡Ah trasto, me injurias porque traes armas, y sabes que yo no las llevo nunca!—con aturdimiento—. Citémonos cuando y donde quieras.

—¿Armas yo? No traigo ninguna; pero sin armas, verás cómo te mato ahora mismo—abalanzándose a él

—Alto allá, bruto—retirándose de un salto atrás—. No arreglan así sus querellas las personas decentes.

—Pues ¿cómo, cómo?—corriendo hacia él—. ¡Decente tú!

Arístides, que se había lanzado a tan temeraria resolución engañado por la fama del cambio en el carácter de Guerra, comprendió tarde su error. Quiso huir, pero no pudo, porque el otro le echó la garra al pescuezo, le derribó, y poniéndole una rodilla sobre el vientre, le estrujó con insana violencia, arrojándole cara a cara las expresiones más horribles y desvergonzadas de la ferocidad humana. Ebrio de furor, Angel obedecía a un ciego instinto de destrucción vengativa que anidaba en su alma, y que en mucho tiempo no había salido al exterior, por lo cual rechinaba más como espadón enmohecido al despegarse de la vaina roñosa. El temperamento bravo y altanero resurgía en él, llevándose por delante, como huracán impetuoso, las ideas nuevas, desbaratando y haciendo polvo la obra del sentimiento y de la razón en los últimos meses.

De la boca de Arístides salía un ronco aullido. Pero tan violentamente le sacudió su contrario, golpeándole la cabeza contra el suelo, que al fin no mugía, ni siquiera respiraba. Cuando Guerra le soltó, el *barón de Láncaster* parecía muerto.

Lo primero que se le ocurrió al agresor, después de contemplar un rato a su víctima, fué escapar de allí. Dudaba... Apartóse, volvió, se alejó de nuevo, y, por fin, impulsado de un egoísmo tan ciego y tan fuerte como antes lo fué su encono, se escabulló por la tortuosa pendiente que conduce a San Lucas. Pasó el barrio de Andaque, siguiendo por las Carreras hasta los Gilitos, y de allí al puente de San Martín. El largo y accidentado viaje desde el Corralillo hasta el cigarral devolvió lentamente a su espíritu la serenidad para juzgarse, y pudo apreciar el lastimoso caso.

"Le he matado..., he matado a un hombre—se decía, oyendo el tumulto de su conciencia sublevada—. No hay duda de que le maté..., le estrangulé... Sí.... paréceme que siento aún entre mis dedos el cuello estrujado, y que oigo los golpetazos del cráneo contra el suelo. Imposible que haya quedado vivo... ¡Qué bruto soy! Cegarme así... ¡Qué dirá ella cuando lo sepa!... Acción impropia de un creyente, de un cristiano... ¡Vaya un amor al prójimo, vaya una caridad!"

Al llegar a Guadalupe no penetró en la cocina, donde ya estaban reunidos, esperándole, sus deudos y sirvientes. No quiso cenar: metióse en su cuarto, y allí se dió a discurrir sobre la nefanda acción que había lanzado de nuevo su alma a los abismos del error. Pero si con saña se acusó, como fiscal concienzudo, también pasaba revista a los hechos que atenuaban su delito. "¡Vaya que salir a pedirme indemnización de daños y perjuicios! ¡Que una familia de estafadores y perdidos se permita tal insolencia! Si le doy o no para que viva decentemente, eso es cuenta mía; pero salir con aquel aire de matón a exigirme... Y, en fin, todo esto, con ser de lo más indigno, no habría justificado mi proceder. Pero la brutalidad de ese cobarde con su hermana... No, esto no podía yo tolerarlo. El santo más pacífico del cielo se hubiera puesto como un león ante escena semejante. Aún me acuso de que salí del patio sin poner un correctivo a tanta vileza... Recuerdo que me detuve con ánimo de meterme de nuevo en la casa y enseñar al miserable la manera de tratar a una pobre mujer trastornada y enferma. Pero él se anticipó a mi furor, poniéndoseme delante en tan mala coyuntura, que... le deshice; no me queda duda de que es cadáver. Mañana se le encontrarán allí... Nadie nos vió; pero yo no he de permitir que acusen a un inocente, y me declararé autor del delito...—con desaliento—. ¡Vaya que inauguro bien mi nueva existencia! ¡Un homicidio, nada menos que un homicidio es mi primer paso en ese camino que me ha trazado la bendita *Leré!* ¡Ay, cuando ella lo sepa! ¿Qué pensará de mí? Me creerá incapaz de corrección, perdido para siempre. Tiemblo de que lo sepa, y si pudiera decírselo en este momento, se lo diría, contándole el espantoso caso con absoluta veracidad. ¿Y qué me dirá, qué me aconsejará, cuál será su idea para limpiarme de esta mancha horrible que ha caído en mi alma? Discurre, *Leré,* discurre la salvación de tu amigo, que al dar un paso ordenado por ti se ha caído en esta sima de infamia. Ya que le mandaste ir allá, sácale ahora, y enséñale a no volver a caer."

VII

Sin poder conciliar el sueño, pasó toda la noche oyendo cantos de gallo, rumores quejumbrosos del viento en las tejas y en las ateridas ramas secas de las higueras del corral, sones con los cuales se confundía el clamor austero de su conciencia comentando el terrible homicidio y sus resultas. La máscara griega con los pelos erizados le volvió a visitar, poniéndosele junto a las almohadas, y para que la noche fuera más lúgubre, *Jusepa* había dejado abierta una ventanilla del desván, y con el viento se abría y se cerraba, produciendo al roce de los mohosos goznes un lastimero quejido, semejante al lloro de una criatura, y después un portazo seco, como si alguien llamara con aldaba por el techo descolgándose de las nubes.

Por la mañana, su intranquilidad aumentó. Cada vez que sonaban pasos, creía ver entrar a alguno con la noticia del hallazgo del cadáver. Imposible que Arístides estuviese vivo, pues aun suponiendo que no muriera de los golpes, como quedó exánime en aquel páramo, perecería helado seguramente, pues la temperatura había descendido hasta dos o tres grados bajo cero. Para salir de tal incertidumbre, ocurriósele enviar a don Pito a enterarse de lo que ocurría; pero surgió una dificultad grave, que puso la contera a la desesperación y aburrimiento del dueño del cigarral. Estaba de Dios que el día fuera trágico. Nunca viene sola una desgracia, y parece que el hado las envía en cuadrilla para que no se pierdan por el camino. Fácilmente se comprenderá el asombro y consternación de Guerra cuando al salir en busca de su protegido para encomendarle el mensaje, se le encontró descalabrado, con un pañuelo por la cara, hecho un energúmeno, casándose con todo lo divino y lo humano.

Lo ocurrido fué como sigue: Grandes confianzas se tomaba don Pito con el rústico *Tatabuquenque,* y de las confianzas por una parte y otra nacía el continuo porfiar sobre cualquier cuestión. A poco de correr juntos por el monte en bucólica libertad, el marino empezó a ver en su compañero un ser de raza inferior, y como a tal le trataba, induciéndole a ello las ignorancias y candideces bertoldinas del guardador de ca-

bras. A su vez, Tirso veía en su compañero un orate, un estrafalario que no decía cosa alguna al derecho; y el respeto que al principio le tuvo íbase trocando en socarronas burlas. Era gracioso oírles disputar sobre astronomía. Don Pito, que se sabía de memoria la bóveda celeste y la llamaba *su misal*, se mofaba de las estúpidas supersticiones del pastor, entre las cuales las había muy donosas, como, por ejemplo, que las gallinas ponen o dejan de poner según esté más o menos levantado sobre la raya (el horizonte) el rabo de la Osa Mayor; que cuando vienen siete noches seguidas sin que se vea claro el Can Grande, todos los recentales nacen con una oreja negra.

Escuchando estas ingenuas teorías, el capitán solía pegar a Tirso con la tralla suavemente azotitos de amistad sin más consecuencias que el reírse los dos y el rascarse el bárbaro con un poco más de fuerza de uñas. Pero un día, charlando en buena conformidad, se dejó decir don Pito un desatino geórgico de los más garrafales; a saber: que las abejas tienen parentesco con el gusano de seda; que éstos ponen huevos, de que salen las fabricantas de miel, y qué sé yo. Naturalmente, él sabía mucho de cosas de mar y cielo; pero en las de tierra adentro no daba pie con bola. Lo mismo fué oír el otro tal barbaridad, que soltar una carcajada burlona y rebuznante, que exasperó al viejo marino y le sacó de quicio. En aquel momento vió una distancia casi infinita entre su personalidad como raza y la de *Tatabuquenque*, y éste se le representó como el infeliz etíope cazado y vendido en los arenales africanos. Los instintos de inhumano esclavista renacieron en él con insano coraje, y empezó a ceñir con la tralla el cuerpo del rudo pastor, dándole con toda su fuerza, sin piedad, frenético, rechinando los dientes. Tratábale como a un animal bravío que se quiere domar. Pero *Tatabuquenque*, aunque salvaje, tenía, sin duda, su dignidad celtibérica bajo aquella corteza tosca, y no pareció dispuesto a dejarse tratar tan a lo africano. Aguantó los primeros golpes con humildad de siervo; pero al quinto ya no pudo más, ¡joo!, y convertido de manso en fiero, y de inferior en igual, saltó furioso, y agarrando la primera piedra que encontró a mano, se la disparó al esclavista con toda su fuerza y certera puntería, dándole en la cabeza, que gracias a la gorra de piel no quedó partida en dos. Y ya se disponía a tirar la segunda, que de fijo habría dado al lance una terminación funesta, cuando don Pito, vencido y maltrecho, se retiró del campo bramando: "¡Cuadrúpedo, me has roto la cabeza! ¡Me caso con tu madre! ¡Lástima de agua del bautismo que te echaron! ¡Me caso...! Si estoy soltando un río de sangre... La culpa tiene quien se pone a jugar con jumentos. Vaya una coz..., ¡yemas!"

Y no se cuidó de perseguir a su agresor, porque tuvo que acudir a la casa para restañarse la herida, y aplicarse a ella un poco de bálsamo, vulgo caña, pues con esto, como buen lobo de mar, se curaba todo, lo de dentro y lo de fuera. Lavada la contusión y visto que no era grave, se la tapó con un pañuelo para evitar el frío, y no hacía más que rezongar jurando y perjurando que cuando cogiese a tiro al cafre de *Tatabuquenque* le había de convertir todo el cuerpo en un puro cardenal. "¡Ah! —se decía—. Si don Angel lo permitiera, ¡qué magnífica bestia, domándola bien, para dar vueltas a una noria!... Lo que yo digo: el mundo está perdido con esta libertad que hay ahora y esta igualdad de pateta. ¿Por qué hemos de ser todos iguales, todos amos, todos señores? ¿Por qué no se ha de establecer que los brutos y zopencos, como este pedazo de hotentote, sean declarados inferiores y se les pueda vender y comprar para que trabajen a las órdenes de un buen vejuco? Pero no hay caso, y los prohombres suspiran y lloriquean cuando se habla del latiguito y del grillete. Pues así va el mundo, y así anda la riqueza pública, y así está el trabajo de las haciendas. Todo perdido, y día llegará, ¡carando!, en que nadie vea ni el vislumbre de una peseta."

Metido en estas murrias tétricas, vendada la cara y dándose a los demonios, le encontró Angel, que, sorprendido del accidente, se lamentó de que su destino le perseguía con espectáculos de sangre. Su mente, excitada y propendiendo al simbolismo, vió en la colisión de don Pito con el salvaje un ejemplo de las embestidas de la civilización a los pueblos vírgenes, para ilustrarlos haciéndolos desgraciados; vió el descubrimiento

de América, el empuje de la civilización hacia Occidente y otras muchas cosas que se le fueron del magín ante la idea concreta que tenía que expresar. Su deseo era que don Pito, sobreponiéndose al dolor de la descalabradura, fuese a Toledo a enterarse de si Arístides era o no cadáver, de si la Policía andaba en averiguaciones, etc.

No se mostraba pesaroso el capitán de que su sobrino hubiese pasado la línea. "Nada se pierde—dijo—con que ese párvulo rinda viaje, porque ha sido el azote de toda la familia, hombre capaz de vender a su madre por un café con tostada. Es mi tema, don Angel, y no hay quien me saque de él. La sociedad debía tomar una determinación con tantísimo tunante y tantísimo holgazán. Debiera hacerse una leva de ellos cada poco tiempo, y colocarlos a trabajar, mediante un tanto por cabeza. Llámelo usted esclavitud... ¿Y qué? Yo no me asusto de ninguna palabra, aunque suene a demonios. Pues sea esclavitud, ¡carando!, o llámelo usted el trabajo obligado de los que no quieren trabajar. Crea usted que con este ten con ten habría más dinero, y nadie dejaría de tener su tanto más cuanto."

Pero, en fin, estas disquisiciones no eran del momento. Avínose a desempeñar la comisión, como hombre de buena pasta, y después de arreglarse el cariz con parches de papel engomado de sellos por no haber a mano tafetán inglés, partió con instrucciones precisas de su amigo, y orden de volver lo más pronto posible.

Pero estaba de Dios que a Guerra le saliese todo mal en aquel tantas veces aciago día, porque llegó la noche, y don Pito sin parecer; dieron las nueve, las diez, y nada. Angel se abrasaba en impaciencia, maldiciendo a los Babeles de una y otra rama. La noche fué también de prueba, como la anterior, de cavilaciones y pesadillas trágicas. Por fin, a la mañana siguiente, sobre las nueve, vió recalar al mensajero por la cuesta arriba con una calma chicha capaz de desesperar a la misma paciencia. Bajó a su encuentro, y la cara de consternación que el viejo traía le dió muy mala espina.

"Vamos—se dijo—, le maté... ¡Y qué remedio! ¿Para qué me insultó él?"

—Pero ¿no sabe usted lo que pasa? —dijo el capitán, poniendo en su rostro toda la aflicción humana, la cual contrastaba con lo grotesco de los parches.

—¿Qué ocurre, hombre? ¿Qué nueva desgracia me anuncia?

—Pues pasa que ese mequetrefe... está tan vivo como usted y como yo.

—Vamos, me alegro.

—Pues yo, no. Ayer bajé con la esperanza de encontrarle difunto. ¡Qué carando! Ese no muere a dos tirones. Hay que darle muchos batacazos, y luego ponerle encima a *Tatabuquenque* para que le patee de firme y haga salir el alma..., porque si no, no sale la muy tal... Pues verá usted. Me le encontré en su casa, acostado, la cabeza vendada por aquí y por allá, con parchecicos de papel de sellos, como estos míos. Nuestras dos caras parecían cartas que se iban a echar al correo.

—¿Y qué dice, qué cuenta?

—Veinte mil papas. Armó la historia de que, yendo de paseo por detrás de San Miguel, con el oscuro se le fué una pata, y resbaló por aquel cantil y por poco no lo cuenta. Ni más ni menos. A mi sobrina no la vi. Estaba mala, y no permitía que nadie entrase en su camarín. Por cierto que mi cuñada me echó un chorretazo de injurias, y tuve que cuadrarme para conseguir que me dejaran pasar allí la noche, sobre una alfombrita en mitad del pasillo, después de dar una vuelta por la ciudad. Mi hermano, inflado de orgullo, parece el globo cautivo, porque la inspección esa le rinde, sí que le rinde un buen sobordo. Por cierto que estando yo allí, arribó el cura ése, Casado, ¡me caso!..., que parece lleva careta de chimpancé para que no le conozcan, y estuvieron picoteando sobre la manera de curar a Dulce de esa locurilla que tiene. Despotriques y más despotriques echaba el clérigo por aquel púlpito de su boca, y eran como sermón o letanía. Catalina lloraba, y Simón se persignaba, y entre todos parecían llamar a la Virgen del Carmen para que acudiese en socorro de la familia. Me dormí, y no me enteré de nada más. Por la mañana, con la fresca, cuando ninguno daba acuerdo de sí, solté las amarras callandito, y me zafé de la casa condenada, di *avante toda*, y ¡pim, pam!, demorando para el cigarral. ¡Ay, cuánto mejor se está aquí que en ese pueblo, que parece el país de los azaca-

nes, con aquellas cuestas que desloman, las calles oliendo a incienso, y luego tanta iglesia, tantísima iglesia...

Que a Guerra se le quitó un gran peso de encima con estas informaciones no hay para qué decirlo; y ya no se cuidó más que de poner el suceso de autos en conocimiento de su excelsa amiga. Su impaciencia le hizo anticipar la visita, y llegó al Socorro antes de la hora de costumbre, viéndose obligado a esperar un buen rato. Aparecieron en el locutorio *Leré* y sor Expectación, y Angel abordó desde luego el asunto, refiriéndolo con escruplosa sinceridad. Grande fué su sorpresa cuando la novicia, a la mitad del relato, le dijo sonriendo que no siguiera, porque estaba al tanto de todo.

—Pero, hija, ¿tú tienes el don de adivinar, o qué es eso? Nada te cuento que tú ignores. Tu ciencia me parecería magia, si no fuera santidad o luz del cielo.

—Déjese usted de magias, de santidades y de luces—replicó la maestra riendo—. ¿A qué buscar explicaciones caprichosas a lo que es tan natural y sencillo? Vivimos en un pueblo pequeño, donde no hay secretos, y en esta casa, aunque parezca mentira, retumban todas las murmuraciones del vecindario. No queremos averiguar nada, y nos lo traen calentito. La madre de una de nuestras compañeras es vecina de esa doña Catalina, y por ella supimos los escándalos de aquella casa, y que al hijo mayor le habían traído entre cuatro, todo lleno de contusiones. Oír yo esto y sospechar lo que usted ha venido a contarme fué todo uno. ¿Es esto don de adivinar? No lo sé. Ello fué que, como si me susurraran al oído, entendí que había ocurrido algún choque entre usted y ese sujeto, cuyo nombre no sé. "Nada—pensaba yo—, *él* fué allá con las disposiciones más pacíficas, conforme a lo que hablamos; pero el diablo lo enredó. Puede que saliera el hermano ese con alguna quijotada, y, lo que sucede entre hombres de carácter fuerte, dejaron correr con demasiada libertad las palabras, y cuando quisieron recordar, ya la cólera había tomado vuelo, y las manos se dispararon solas."

—Así, en efecto, fué, así...

—¡Qué le hemos de hacer!—dijo *Leré*, suspirando con tristeza—. De todo esto resulta una verdad consoladora, y es que el carácter, el temperamento, no se pueden reformar. La razón manda mucha fuerza, la piedad y la fe más todavía; pero las tres juntas no pueden variar la naturaleza de las cosas. Con todo, si el carácter no se modifica, puede domarse con esfuerzos de la voluntad sobre sí misma, repitiéndolos sin descanso un día y otro. El que consiga este trunfo sobre su propia ferocidad, el que sepa acorralar y tener encadenada su cólera, sintiéndose consecuente consigo mismo en su interior, y al propio tiempo dueño y carcelero de sus instintos malos, ése estará preparado para la vida eterna y gloriosa. Y como hemos convenido—con gracejo—en que es preciso salvarle a usted a todo trance, tiene usted que prestarnos ayuda, empezando por nombrarle cabo de vara de sí mismo.

—Acepto el empleo, y dime cómo se empieza, para entrar pronto en funciones.

—Amigo don Angel, hay que usar con usted un poco de tiranía y de crueldad. Si no metemos en cintura ese carácter, nos hará una jugarreta el mejor día. Y para la doma, ya lo sabe usted, no hay mejor maestro que el látigo. Prepárese usted a descargar sobre su carácter una mano de zurriagazos de los que levantan tiras de pellejo y duelen horriblemente. Si lo trata usted con blandura, no adelantaremos nada con ese pícaro. Conque prepararse...

—En ello estoy. Venga ese látigo, y yo te juro que me pondré como un *Ecce-homo*—replicó Angel, tan fascinado por la bendita hermana del Socorro, que ante ella rendía la voluntad y el alma toda, como el caballero andante ante la señora ideal de sus pensamientos.

VIII

—Pues manos a la obra—dijo la maestra—. Me veo precisada a recetar, como primer disciplinazo, uno que ha de ser muy fuerte, muy doloroso. Pero usted se empeña en que sea yo su domadora, y yo lo acepto. Y hay más: quiero lucirme; se me figura que me voy a lucir. ¿Me dejará usted mal? Dios me ha dicho a mí: "Tráele, tráele", y yo he respondido: "Señor, no tengo fuerzas, no valgo para fiera de tanta bravura", y El me vuelve a decir: "Tráele; le has de

traer." De usted depende que yo me luzca o me desacredite. Vamos al caso. Péguele, péguele a su carácter un golpe tremendo, pero tan tremendo, que de ese primer trastazo se quede entontecido. En estas batallas no se debe empezar por poco, sino por mucho, imponiéndose por el terror desde el primer momento.

—Pues ordena. Mándame lo que gustes—inquieto—. ¿Es terrible el sacrificio que me vas a imponer?

—Muy terrible.

—No importa. Mejor.

—Sacrificio del amor propio, que es el mequetrefe que todo lo echa a perder y el verdadero jaleador del temperamento. Hay que empezar por darle al amor propio una tunda que le deje rendido, muerto y sin ganas de volver a meterse en camisa de once varas. El primer paso es tan sencillo como doloroso: tiene usted que ir a ese hombre y pedirle perdón de los ultrajes de palabra y de obra que le infirió.

Guerra se quedó un rato sin habla. Toda la sangre se le subió a la cabeza.

—Sí, sí—dijo al fin, torpemente—. Pero advierte que Arístides es un mal hombre.

—Eso no nos importa—con calor y autoridad—. Pues no faltaba más sino que el perdón de las injurias estuviera subordinado a condicionales que le quitaran todo su valor. ¡Que es un pillo! Pues si no lo fuera, ¿qué mérito tendría usted en pedirle perdón? Si el pillo fuera usted y él la persona decente, ¿qué menos podía hacer que ir y decirle: "Te ofendí; perdóname"? Siendo él quien es, resulta la humillación, sin la cual no hay caso, amigo don Angel. Se trata de que el soberbio se humille, se desdore, mundanalmente hablando, y aprenda a despreciar las categorías humanas, la falsa dignidad del mundo. Se trata de imitar a Jesucristo, y no necesito decir más. O le imitamos, o no le podemos adorar como es debido. ¿Está usted dispuesto a imitarle? Pues empiece por amar a los que le aborrecen; empiece por pisotear su orgullo; empiece por no hacer distinciones en el prójimo. No hay más que un prójimo, el hombre, sea quien sea; si es samaritano, mejor —otra vez en tono festivo—. ¿Conque le parece demasiado fuerte el primer zurriagazo? Pues hay que estrenarse dando de firme. Si no, la fiera creerá que es cosa de juego. ¿Qué quería usted? ¿Decir, como Sancho, que se conformaba con los azotes, y luego apartarse a un ladito y sacudir contra el tronco de un árbol, mientras el pobrecillo don Quijote, rosario en mano, contaba los falsos azotes como buenos? No, eso no vale conmigo, señor don Angel. Usted ha querido ponerse en estas manos, y estas manos han de poder poco o han de llevarle a usted, aunque sea a rastras, a una patria más bonita, donde todo es gozo, paz, divinidad. ¿Vamos juntos o se queda usted? Sentiría dejarle atrás. Pero si ha de seguir, tenga valor; acepte la disciplina que se le impone, porque, créame, no hay otra. La ley es clara, sencillísima, y un niño la entiende—Angel, mirando al suelo, no decía nada—. ¿Le parece fuerte? Piénselo, y si lo que le aconsejo, porque no es mando, sino consejo; si lo que le aconsejo le parece un disparate, y se propone tomarlo a broma, despídase de la consejera porque no volverá a verla más.

—No, eso no, no—dijo el penitente, saliendo de su estupor como si le dieran una cuchillada—. No he dicho que me parecía un disparate. Al contrario, es hermosa idea; más que hermosa, sublime, y lo sublime..., no digo yo que se haga; pero se intenta, sí, lo intentaré. El intentarlo sólo... No me digas que no me verás más, porque me vuelvo loco, y entonces, ya tienes a la fiera en campaña otra vez... Convenido, convenido en que pediré perdón a ese..., a ese.... sea lo que quiera... Tienes razón.

—Y no sólo pedirle perdón—insistió la maestra con implacable rigor disciplinario—, sino favorecerle en cuanto haya menester, auxiliarle si se ve en necesidad, tratarle, en fin, como a la persona a quien usted más quiera.

—Convenido, convenido—repitió el discípulo, y no dijo más porque era todo pasión, y no hacía más que sentir hondo, incapaz de razonar.

—Bueno, estamos conformes.

Una campana que tocaba desesperadamente llamando no sabemos a qué, puso fin a la conferencia, de la cual salió Guerra en un estado de aturdimiento imposible de describir.

"¡Pedir perdón a Arístides!—murmuraba camino del cigarral, y cada vez que esta expresión salía de sus labios, iba seguida de un suspiro capaz de mo-

ver la veleta de la torre de la Catedral—. Y convengamos en que tiene razón: ésa es la doctrina, ésa, y no hay otra."

En tanto, *Leré*, recogida en la celda que con otras dos novicias habitaba, pensó aquella noche que quizá había extremado un poco las primeras medidas disciplinarias, y temía que la dureza del tratamiento impuesto hiciese flaquear el ánimo del neófito. Cavilando en esto parte de la noche, vino al fin a sacar en limpio, quizá por inspiración de lo Alto, que lo dicho bien dicho estaba, y que al principio era cuando más falta hacía el rigor, porque si se andaba con paños calientes en cosa tan grave y males tan antiguos y rebeldes, todo se echaría a perder. Sostúvose, pues, en la firmeza y rigor de su método correccional, y dió por bien dispuesto lo del perdón de las injurias. Pero ya que no podía quitar ni un ápice del peso arrojado sobre la voluntad de su protegido espiritual, quiso allanarle el camino y facilitarle la manera de recorrerlo cuesta arriba con carga tan abrumadora. Para esto discurrió escribirle, dándole reglas de procedimiento espiritual que convirtieran en fácil y hacedero lo que le parecía tan difícil, y dos horas de la mañana empleó en redactar la epístola, muy pensada, muy clara y persuasiva. Dicho se está que todo esto era con la venia de la superiora, a quien dió a leer la carta antes de enviarla; y a nadie sorprenda que tal carteo se permitiera alguna vez a la novicia, pues con su carácter y su talento llegó a cautivar de tal modo a las hermanas, que, siendo de las últimas en la casa, parecía de las primeras, y no teniendo autoridad canónica, parecía tenerla por el acatamiento tácito que allí se le prestaba. Otra razón menos espiritual habría que añadir a las anteriores para que se comprendiera lo bien recibido que era en la Congregación cuanto a don Angel se refería, y es que éste atendía, generoso, a las necesidades presentes de la casa, y se esperaba de él que acudiese a mayores necesidades del porvenir.

Ildefonso, que casi todos los días iba por allá, fué portador de la carta, con gran contento suyo, y en cuatro brincos se puso en el cigarral, donde encontró al amo arrimado al añoso tronco de un olivo, ojeroso, pálido y meditabundo. Mientras el monaguillo, apoderándose de la burra, cabalgaba por aquellos campos con más orgullo que si montara el *Babieca* del Cid, Guerra leyó la carta, y la lectura hizo en su alma el efecto de una inundación de luz; tales cosas sabias, profundas y que llegaban al alma escribió en ella la bienaventurada de los ojos saltarines, con aquel estilo sencillo y categórico, claro como la luz y contundente como la maza de Fraga.

Entre otros conceptos que, por demasiado extensos, o por ser ampliación de lo que de palabra expuso *Leré*, no se consignan aquí, la carta contenía lo siguiente: "Decir a usted que la disciplina que se ha impuesto no es penosa, sería engañarle. Penosísima es, intolerable, y tan superior a lo que ordinariamente llamamos sacrificios, que pocos habrá quizá entre los nacidos que la puedan resistir. De seguro, muchos que intentaran lo que usted, se volverían atrás en cuanto se vieran cerca del objeto, porque no hay cara más fea que la del amor propio descalabrado, ni nada que chille y vocifere tan escandalosamente como esa conciencia postiza que llaman ustedes honor, vergüenza o dignidad. Duro trabajo es el de usted, y yo no he de hacerle el disfavor de achicárselo con frases atenuantes, que serían el estímulo de la cobardía.

"Lo que sí haré es recomendarle medios para robustecer su alma y prepararla al gran combate, medios confortativos, sin los cuales es difícil que salga victorioso. Amigo don Angel, hay que pedir a Dios gracia, sin lo cual no adelantaremos nada; hay que vigorizarse con la oración, con la asistencia a los actos del culto, con el cumplimiento de las prácticas sacramentales que mande nuestra madre la Iglesia. Reconozca usted que en esto hemos andado muy descuidados; pero ya no se puede dilatar más cosa tan esencial. Parecióme que la disposición interior debía preceder a todo lo pertinente a la forma. Pero ya la forma se nos impone; la forma reclama su fuero, y hemos llegado a un punto en que sin forma no podemos seguir adelante. Ya no puede haber el peligro de que el neófito se asuste de ser visto en público en actitudes que la necedad frívola estima desairadas. Quien se atreve con lo difícil, con lo que hiere profundamente, no puede retroceder con

miedo pueril ante el juicio vano del vulgo.

"¿No está decidido a ser caballero de Jesucristo? ¿Pues qué cosa más natural que acatar al Señor allí donde tiene su residencia, y efectuar actos de servidumbre y vasallaje? Usted me entiende, y no necesito insistir. Me basta con apuntar la idea. Don Angel, frecuente la casa de Dios con devoción y recogimiento; asista al sacrificio de la misa, penetrándose bien de su sentido, y, por último, váyase disponiendo a la confesión y a la comunión. No necesito encarecerle los inmensos beneficios que de esto ha de recibir, y me basta con decirle que lo pruebe una vez, dos veces.

"¿Conque quedamos en eso, señor catecúmeno? ¿Cuento con que el primer día que acá venga ha de traerme alguna buena noticia sobre el particular? Sólo el pensar que me contará usted sus triunfos, me pone muy alegre y me anima a pedir a Dios con más fervoroso empeño por su salvación. Si usted no me trae esa buena nueva; si no me dice pronto que ha empezado, aunque sólo sea por un poquito, me enfadaré. Considere lo que se va a alegrar *nuestra Ción* cuando sepa, ¿qué digo cuando sepa?, cuando vea a su amante padre tan próximo a donde ella está, porque, créalo, hacer lo que le aconsejo es ponerse cerca, muy cerca, de la niña, hasta tocar sus alitas..."

Esto era lo más sustancial de la carta. Leyóla Angel tres o cuatro veces, y después se metió en su cuarto, de donde no salió hasta la mañana siguiente muy temprano para irse a Toledo. Desde aquella ocasión, sus costumbres variaron por completo, sus comidas fueron de una sobriedad cuaresmal, y muchas noches se quedaba a dormir en la casa de la ciudad. Ni Teresa Pantoja, ni los habitantes del cigarral, entendían qué ocupaciones alejaban al amo fuera de la casa tanto tiempo, pues a veces no parecía más que a las horas precisas de comer y dormir, unas veces en la calle del Locum, otras en Guadalupe, y, por añadidura, apenas hablaba, se iba extenuando visiblemente. Bastaba mirarle para comprender que ya vivía muy poco hacia fuera, y que tejía para sí, como el gusano de seda, labrándose con un sólo hilo su impenetrable túnica.

CAPITULO V

MÁS DÍAS TOLEDANOS

I

Era cosa infalible que don Francisco Mancebo, terminado el coro de la tarde, o despachados los no muy grandes quehaceres de la Obra y Fábrica, diese un corto paseo por la ciudad en compañía de otro beneficiado, a la vuelta del cual paseo solía detenerse en casa de su amigo Gaspar Illán, el tendero de la esquina de la Obra Prima, y allí echaba grandes parolas con varios tertulios que asiduamente concurrían, gente por lo común más campesina que ciudadana.

Tiempo hacía que don Francisco estaba de pésimo talante, como si todas las malas pulgas del orbe se dedicaran a picarle, aunque apenas le molestaba ya el alifafe aquel de la fluxión a los ojos que le obligó al uso constante de los desaforados vidrios. Y tal genio gastaba el bendito señor, que no se podía hablar con él, porque todo lo contradecía, y las cuestiones más inocentes se agriaban en su boca. Illán, que de muchos años le conocía y siempre vió en él benignidad y dulzura, se maravillaba del singular cambiazo. Por cualquier cosilla armaba camorra; por ejemplo: "¿A cómo ponéis ahora el bacalao?" "A tanto." No se necesitaba más: "¡Ya no se puede vivir con este latrocinio! Toda la población civil, eclesiástica y militar se va a quedar en cueros vivos por enriqueceros a vosotros... Todos esos dinerales que ganáis chupando la sangre del pobre os los echarán en la balanza cuando toquen la trompeta gorda, y veremos quién os saca del infierno." Y si no era por el bacalao, era por cualquier noticia inocente que traían los periódicos, o por lo primero que saltaba; verbigracia, por si había mala o mediana cosecha de aceituna:

—¿Qué cosechas ha de haber, ¡zapa!, si están esos cigarrales perdidos, si no los cuidan, si no se cultiva ni se abona; si no se administra?... Váyase viendo en qué manos han caído las mejores fincas: en manos que no lo entienden. Después se quejan de que las tierras se destruyen y no dan ni para los gastos. Que las pongan bajo la dirección de persona entendida, que sepa administrar, y

allá te quiero ver. Yo sé de un cigarral, de los mejores de Toledo, que hogaño no produce ni para que vivan los lagartos, y podría ser un platal. ¿No quieren remediarlo?... Pues allá ellos. Con su pan se lo coman. Y cuenta que se están perdiendo los mejores albaricoques, los más dulces, los más tiernos que hay en toda la provincia. ¿Es culpa mía? No; yo me lavo las manos... Abur, señores.

Se iba, dejando a sus amigos en la mayor confusión, porque nadie sacaba en limpio cosa alguna de aquella monserga del cigarral y los albaricoques. Algo de idea fija o maniática chochez veían en don Francisco los tertuliantes, y malicioso hubo allí que le pinchaba para oírle desbocarse con aquel tema inteligible. Pero una tarde, al recalar el clérigo en su círculo, halló la tienda revuelta, a Gaspar Illán y a su hijo sofocados, coléricos, aturdidos, sin saber qué partido tomar ante un contratiempo grave que se les había venido encima. ¿Qué era ello? Pues que aquel día se personó en la casa un inspector del Timbre, con objeto de examinar los libros y ver si en ellos se cumplía la ley, y como resultase que ni siquiera había libros en que la muy arrastrada ley cumplirse pudiera, anunció a los Illanes una multa como para ellos solos. Los pareceres eran varios. Este opinaba que cuando volviese el inspector con su auxiliar se le saludara con un buen pie de paliza; aquél, que se le arrojara al pozo; otro más cauto, propuso acudir al delegado de Hacienda, que era amigo, y, por fin, don Francisco, oído el caso, tomó sesudamente la palabra y dijo:

—Ya sé quién es el pájaro ese. Le llaman Babel, y tiene aterrorizado a todo el comercio menudo de la ciudad; reverendísimo farolón, que tiene por hijo a un pillete llamado Fausto, el cual no está en presidio porque aquí no hay justicia, y Ceuta se ha hecho para los tontos. Mi opinión es que no arméis un rebumbio de palos, porque va a resultar que os meten en la cárcel, pagáis la multa y esos sinvergüenzas se quedan riendo de vosotros. ¡Vaya con el dichoso Timbre! Milagro será que no vayan a la Catedral a ver si pegamos sellos de correo en todas las hojas de los libros de coro... Pues a lo que iba: no te apures, Gaspar; eso se puede zanjar diplomáticamente. Lo sé por Saturio, el sastre de la calle de Belén, y por las niñas de Rebolledo, esas que han puesto en Zocodover tienda de sombreros para señoras. Ninguno de ellos tenía libros, ni los habían visto en su vida. Les arreó el bribón ese una multa feroz. ¿Tú la pagaste? Pues ellos tampoco. ¿Cómo se compuso? Como se componen todas las cosas de estos tiempos de tanta libertad, de tanta democracia, de tanto sello móvil e inmóvil, y de tantísimo enjuague administrativo.

—A mí me han dicho—observó uno de los presentes, aldeano vestido de paño negro—que esas goteras se cogen con cincuenta duros.

—¡Cincuenta duros!—exclamó Mancebo, furioso—. Ni que tratáramos de tentarle la codicia a los *Róchiles*... ¡Me gusta! Cincuenta rabonazos de Satanás les daría yo. No, Gaspar, no te ahogues, no se necesita tanto; respira, hombre, respira, ensancha ese noble pecho, que yo te arreglaré el asunto esta misma tarde si haces lo que te digo.

El tendero esperaba suspenso y como embobado.

—A ver, Gaspar—prosiguió el clérigo—, abre ese cajón... Ya está abierto. Pues saca de él veinte duros. Eso es: mitad billete, mitad plata. Bien: venga acá. Ahora por mi corretaje, pues estas cosas son delicadas, ¿eh?, por mi corretaje, mándame a casa un barrilito de aceitunas gordales. Vamos, hombre, ¿a qué pones esa cara de papamoscas? Asunto concluído. No pienses más en la multa, ni en ese espantapájaros de Babel, que parece un general de mar y tierra, y es el bandido mayor que ha pasado el puente de Alcántara desde que lo fabricaron los moros. Señores, con Dios.

Fuése derecho a la posada de la Sillería, donde apenas estuvo tres minutos; dirigióse de allí, como un cohete, a la calle del Refugio, y entrando en una casa, salió poco después, acompañado de un clérigo tan conocido por su fealdad grotesca como por su agradable trato, y juntos fueron, bastante aprisa, hacia la cuesta del Alcázar; metiéronse por un zaguán muy sucio, y al cuarto de hora salió don Francisco sin compañía y con cara de Pascua, riéndose solo, como hombre satisfecho de sí mismo por haber dado con toda felicidad un

arriesgado paso de importancia suma. En Zocodover vió a Pepito Illán, paseando con dos cadetes, y le llamó aparte para decirle:

—A tu padre, que aquello se hizo, que esté descuidado. Y que no le perdono el barrilito.

Y bien embozado en el manteo, porque anochecía y picaba el frío, tiró de nuevo hacia San Nicolás, penetrando en el callejón de los Dos Codos hasta una casa de malísimo aspecto, en cuya puerta llamó para dejar un recado que debía de ser cosa de interés:

—A Fabián, que se vaya por casa esta misma noche, pues tengo que hablarle.

Y de allí hizo rumbo al Pozo Amargo, llegando un poco tarde a su domicilio, donde Justina, Roque y hasta los chicos no tardaron en advertir el júbilo que pintado traía en su enjuto semblante, de lo que se alegraron todos, porque hacía ya más de una semana que no podían soportar al buen tío Providencia, de malhumorado y regañón.

Quedóse en la salita baja, después de dar a Ildefonso el manteo y la teja para que los subiera y bajara el gorro. Allí se paseó de largo a largo, sin más compañía que la del monstruo, que dormitaba en el suelo, sobre una estera, enroscado como un perro. Sobre el piano había un quinqué, y el cajoncillo de costura de Justina, que, antes de ir a disponer la cena, estuvo allí cosiendo. Rascándose la barba y riéndose solo, Mancebo murmuraba de este modo:

—El que te la dé a ti, Francisco, muy listo tiene que ser... ¡Qué bien, qué bien se la has jugado a esos pillastres!

Sépase que el buen beneficiado había sido víctima de una pequeña estafa, días antes, pues Fausto Babel consiguió hacerle tomar un juego de cartones del *cálculo lotérico*. Cómo cayó en tan burdo lazo aquel hombre perspicaz y ladino, es cosa que no se entiende. El mismo, al despertar de la increíble alucinación, no comprendía cómo pudo incurrir en ella, siendo tan desconfiado y al mismo tiempo tan práctico, y se tiraba de los escasos pelos de su cabeza, teniéndose por el mayor zoquete del mundo. Pero la Humanidad ofrece estos tropiezos inverosímiles, estas degeneraciones o inconsecuencias de los caracteres más enteros, y no hay hombre, por hombre que sea, que no tenga algo de niño en alguna crítica ocasión de su vida. A los sinsabores que ya tenía sobre su alma, unióse éste para ponerle en el grado máximo de displicencia y de amargor bilioso. Ni los demás le podían aguantar, ni él se aguantaba a sí propio, pues continuamente se reñía y se despreciaba, tratándose sin la consideración que a su respetable personalidad y a sus setenta y tantos años se debía.

Llamáronle a cenar, y él mismo llevó la lámpara del comedor. A media cena llegó Fabián, que también se asombro de ver a su amigo tan contento; pero éste no quería explicarle delante de la familia el motivo de su gozo, y el salmista esperaba, entreteniendo el tiempo con una conversación frívola sobre diversos asuntos. Era un hombre doblado y rechoncho, de complexión serrana, nariz trompuda y corva, rostro judaico, velludo y sanguíneo a estilo de sayón de los pasos del Viernes Santo; buen hombre por lo demás, esposo y padre seglar, aunque no lo parecía por obligarle su oficio a raparse las barbas. ¡Qué variedades de orgullo ofrece la fecunda Humanidad! El orgullo de aquel toledano consistía en ser bajo, no de cuerpo, sino de voz, y se moría de pena si llegaba a entender que podía existir alguien mas bajo que él. Su voz, en efecto, tenía cierto aire de familia con la campana gorda, y cuando soltaba los registros graves, parecía que temblaba la tierra, o que del seno de ella salían conquidos de la sustancia cósmica durmiente.

Pues, señor, concluída la cena, llevóse don Francisco a la sala del fenómeno, y, encerrándose con él, le dijo:

—Fabián, te vas a reír y a caerte de espalda cuando sepas que he logrado arrancar a esos pillos los cuatro duros que nos estafaron —asombro del salmista—. Si ya sé que no lo vas a creer. Pues es verdad. Di ahora si hay bajo el sol quien se me iguale en artimañas para recabar lo mío. ¿Verdad que parece cuento? El que me quite a mí un real, ¡zapa!, ya puede llamarse emperador de los tramposos. Cree que no me dejaba vivir la idea de haber sido engañados tan estúpidamente. Porque, hay que confesarlo, tanto tú como yo fuimos los mayores zopencos y los más cándidos chiquillos del mundo. ¡Vaya, que tragarnos bola semejante!

—Don Francisco, yo dudaba; pero a usted se le alegraron al instante las pajarillas, y yo...

—No, hijo; tú fuiste quien me trastornó a mí el seso. Pero no disputemos sobre quién fué el más mentecato, pues allá se iba Pedro con Juan. Total, que nos cegó la ambición, que se nos pusieron delante del sentido unas nieblas, unas cataratas que no nos dejaban ver la realidad. Como está uno siempre pensando en el recondenado problema de la manutención, araña de aquí, rasguña de allá, ¡zapita!, a veces se trastorna uno... Once bocas de familia no se tapan con obleas. Pero, en fin, vas a saber cómo eché un garabato para sacar del bolsillo de los ladrones lo que nos habían robado, y te asombrarás...

—Y declararé que es usted el primer punto del siglo para estas cosas.

—No, no me alabes tanto—cayéndosele la baba—. Hay que dar la parte principal a la Providencia, y a nuestra Santísima Virgen del Sagrario, a quien con el alma pedí que me diera ocasión de recobrar lo mío.

Contó en seguida prolijamente el caso de la inspección del Timbre, de la multa impuesta a Illán por don Simón Babel, del arbitrio empleado para aplacar las iras del farolón. Fabián, al comprender el juego de su amigo, lanzó un *re* soto-grave que hizo retemblar la habitación. Al profundo ruido despertóse el monstruo; los dos amigos miraron al suelo, y vieron brillar dos ojos como ascuas en medio del envoltorio de fláccidos miembros y de pedazos de estera.

—Pues oír contar el caso a Illán—prosiguió el beneficiado—y entrarme en el cerebro un rayo de luz divina, fué todo uno. Yo había oído en casa de Saturio el sastre y en casa de las Rebolledas que estas pejigueras de la inspección se liquidan con una corta cantidad. ¡Valientes peines! Yo no conocía a ese Babel más que de vista; pero conozco a Casiano, que es pariente de su mujer, y trato mucho a Casado, amigo de todos ellos. Fuíme en busca del primero; no le encontré; vi a Casado; me acompañó, y, abreviando, lo arreglamos como yo quería, atizándole una onza al bribón ese. Padres e hijos, todos son unos, y el que nos estafó con la camama del *cálculo lotérico,* ese Fausto a quien no he visto nunca, ni ganas, probablemente irá a la parte con su papá, y éste le dará al hijo un tanto de lo que saca con los timos a los pobres tenderos. En fin, que aquí están los cuatro duros. No se los he quitado a Illán, sino a los Babeles. Mi conciencia está tranquila, ¿qué digo tranquila?, satisfecha, porque ello me resulta obra de caridad, restituyendo al pobre lo que esos bandoleros le robaron, y realizando un triple beneficio; fíjate bien: contento yo, porque he recuperado lo mío; contento Babel, porque ha sacado la rajita, y contentísimo Illán, por quitarse de encima la multa...

—Y contentísimo yo, porque me llamo a la parte—dijo Fabián.

—Justo—replicó Mancebo, sacando del bolsillo dos duros—. Toma la mitad que te corresponde, puesto que en compañía hicimos aquella estupidez, y en compañía, por mediación tuya, nos dió ese tuno el gran sablazo. ¿Estás conforme? Pues ahora, con estos dos duros y los tres que me corresponden de la aproximación del otro día, reúno cinco, que me vienen como pedrada en ojo de boticario para echar medias suelas a toda la tropa menuda, que está con los dedos al aire. ¡Zapa! Pero hay tanta cosa a que atender y tanto agujero que tapar, que yo no sé cómo vamos tirando. La vida en estos tiempos es carga tremenda, y cuando uno se encuentra *tío de familia,* no le quedan más recursos que gastarse los dedos de la mano contando el santísimo maravedí. Y tú, ¿qué tal andas? ¿Cómo te las compones con tanto hijo? ¿Cuántos tienes?

—¡Siete!—dijo Fabián, echando un suspiro que valía por tres.

—¡Siete también! Entonces nada tengo que envidiarte, porque de siete consta también mi sobrinada, y además, el padre, la madre y ese fenómeno de Dios. Pero voy contento con tantas cruces a cuestas, con tal que no me falte para mantenerlos y sacarlos a todos adelante.

—Pues yo—indicó el salmista—, si no fuera por las lecciones de música, y el discípulo de piporro, ya estaría en el asilo con toda mi traílla.

—¿Para qué te casaste?... Bien te lo dije.

—¿Y qué remedio ya? Con paciencia y patatas se va para adelante. Este maldito oficio eclesiástico da poco aceite...

Porque, créame usted, don Francisco, si yo sigo el consejo que me dió Selva, el bajo del teatro Real, de Madrid, que me oyó y dijo que voz como la mía no la hay en toda Europa; si yo ahorco el maldito roquete, y me planto en Milán, y tomo lecciones de braceo, y me estreno en las tablas, y me contrato, a estas horas estaría ganando más que el arzobispo. Pero ya es tarde, ¡me caso con la Dominica!, con cuarenta años, costilla y siete de reata, no hay que pensar más que en morirse, echando los bofes en ese infierno de coro, con perdón.

—Hombre, todavía..., ¡quién sabe! Procura ahorrar.

—¡Ahorrar yo! ¡Como no ahorre música!

—Igual me pasa a mí. Por más que me devano los sesos, no puedo juntar arriba de ocho o nueve duretes, que en seguida se me escurren por entre los dedos... ¡Qué vida esta! ¡Y qué poder el de los números, contra los cuales no prevalece nadie, ni la Virgen del Sagrario! Si fuéramos unos granujas, como ese don Simón. ¡Ay! Todavía me parece que le tengo delante, con aquella cara de embajador o ministro..., y aquella tiesura inflada como la de los gigantones... Tomó la onza como tomarías tú un pitillo. Y ni aun me dió las gracias el tunante. Al pobre Juanito Casado, la verdad, un color se le iba y otro se le venía, y yo, de buena gana, le habría dado un tirón de los bigotes al tío aquel, hasta arrancárselos de raíz. Otra: la señora salió también a saludarme, y me echó mil finuras. Pues mira tú, la señora me agradó. Dióme en la nariz que allí hay razón, buen juicio, formalidad. No deben de gustarle los líos que el mamarracho de su marido y el pillete del hijo traen entre manos. Y tienen también una hija guapa, esbelta, con aspecto de tísica pasada y un no sé qué en la manera de mirar. Según me indicó Juanito, a Casiano le hace tilín la moza esa, la cual me parece a mí que está tocada. ¡Qué familia! Yo, que he visto tanto mundo y en seguida calo a las personas, te aseguro que allí no discurre al derecho más que la mamá.

II

Esto no lo oyó Fabián, que, sentándose al piano, había empezado a masculiar aires de zarzuela y ópera. Justina entró a la sazón, y tras ella, los chicos, que se enracimaron junto al cantor. En cuanto oyó el monstruo la música, se animó extraordinariamente; sus ojos echaban chispas, y, llevando el compás con la cabeza, trataba de repetir lo que oía.

—¡Cómo te gusta, pobrecito! —dijo Mancebo, cariñoso, tirándole de una oreja—. Toca, Fabián, toca, para que esta alma bestial sea por un instante alma de ser cristiano.

Pero el músico, desesperado de la rebeldía del instrumento, que sonaba como una pandereta, lo abandonó, y en medio del cuarto se puso a entonar cánticos corales, apianando la voz para no atronar la casa. Ildefonso le acompañaba, y a ratos podía creerse que el coro de la Santa Iglesia se había trasladado a la casa de Mancebo, el cual metía también su gorigori, siguiendo al unísono alguna frase de salmo o antífona. El fenómeno lanzó varias notas en perfecta armonía con las demás, y cuando Fabián, atento al efecto que su voz causaba en aquel ser rudimentario, rompió con el *Dies irae* litúrgico, en voz entera y con el aire vivo que usualmente se le da y lo hace tan patético, aconteció lo que nadie había visto nunca. El antropoide empezó a mover sus extremidades, que parecían las de un pulpo; las desarrollaba, las extendía, reptando con ellas, y lentamente se iba trasladando a lo largo del suelo, erguida la cabeza y en su boca una sonrisa tan de persona que más no podía ser. Todos, chicos y grandes, se maravillaron de aquel ensayo de movimiento que era una novedad en la infeliz criatura. Justina llamó a su marido para que viese lo que casi por milagro podía pasar. Don Francisco le seguía, inclinándose para verle mejor, y Fabián, ante el éxito de la salmodia, se iba inspirando más y dándole más hermosa expresión: *Qui Mariam absolvisti... et latronen exaudisti... mihi quoque spem dedisti.*

Más de una vara recorrió el hermano de *Leré* a impulso del poderoso ritmo musical, al andamento vivo del *Dies irae*, que parece una marcha bailable.

Tan bailable era, que los chicos se pusieron a dar brincos en parejas, marcando los tiempos de cada compás, y el monago seise danzaba frenético, cantando con argentina y dulce voz: *Tuba mira spargens sonum,* etc...

Aquella noche, al recogerse don Francisco a su madriguera, observó que hacía mucho tiempo que no se retiraba a dormir con el espíritu tan sosegado. El caso Illán-Babel podía mirarse como verdadero triunfo y ejemplo visible de la protección del Cielo. Cuando subió Justina a arreglarle la cama, preguntóle su tío si se tenían noticias de *Leré,* a lo que contestó ella que por la mañana había estado en el Socorro. Como el beneficiado no gustaba de hablar de Lorenza ni de la toma de hábito, la benignidad con que hizo la pregunta parecióle a Justina de feliz augurio.

—La pobrecilla—se aventuró a decir—está muy quejosa de usted, porque no ha ido a verla; y verdaderamente, tío, que nos guste más o menos su determinación, no es motivo para que dejemos de quererla. Las hermanitas la adoran, tío, y están con ella a santo dónde te pondré.

—Iré a verla—dijo Mancebo, que aquella noche era todo alegría—. Cuando la santidad llega a tal extremo, no hay más remedio que... perdonarla, digo, acatarla.

Enlazando las ideas y las personas con viveza mujeril, Justina habló repentinamente a don Paco de otro asunto:

—¿No sabe usted, tío, lo que me han dicho hoy? Me he quedado pasmada, y usted se pasmará también. Pues..., no crea que es fábula; es el Evangelio: quien me lo ha dicho no miente... Pues el señor aquel, don Angel, el amo de Lorenza, se ha vuelto beato..., como usted lo oye. Se pasó ayer toda la mañana en San Lucas, oyendo misas pagadas por él.

—¡En San Lucas! ¡Sopla! Pues mira: algo de eso me habían dicho a mí; pero no lo quería creer. Dale que es tarde; tanto me lo repiten, que lo iré tragando. ¿Y dices que en San Lucas? Si allí no hay misas ni quien las diga. Oí que le habían visto en Santiago del Arrabal. Es que se va lejos para ocultarse... Pero, en fin, si Dios le llama por ese camino, vaya bendito de... Era masón, y ahora se da golpes de pecho. ¡Bien, magnífico, gran conquista! En cuanto le vea le daré mi enhorabuena.

—Pero ¿no sabe lo más gordo, tío? Hoy le dijeron a Roque... Mire usted que no me acuerdo quien se lo dijo. Paréceme que fué Teresa Pantoja... Pues ello es que don Angel va a cantar misa.

—¡Sopla!...—estupefacto.

—No..., precisamente cantar misa no dijeron... Más bien que piensa hacerse religioso cartujo, y dar todito su caudal a los pobres.

—¡Justina..., no bromees..., Justina! —con vivísima inquietud—. ¡A los pobres! Pero ¿qué pobres son ésos? ¡Zapa! No serán los que pordiosean por la calle..., no serán los que ejercen la mendicidad como un oficio, ¡zapa, contrazapa!—furioso—, y entre ellos conozco algunos que son unos solemnísimos bribones.

—No dijeron qué casta de pobres serían las que van a heredarle. ¿Y usted cree eso?

—Pues... ¿qué quieres que te diga? —calmándose—. Ejemplos hay de ese desprendimiento sublime. En estos tiempos de materialismo, he visto yo aquí dos o tres casos: sin ir más lejos, don Evaristo Valcárcel, que dejó a la Beneficencia más de tres millones. En edades antiguas sí hubo ejemplos mil de ese desprecio de las riquezas, y ahí tienes las fundaciones que lo acreditan. De forma y manera que a mí me parece que eso que se cuenta de don Angel es verdad. Qué sé yo..., siempre me pareció que ese señor no regía bien de la jícara—desdiciéndose—. No, no es que yo critique... No quiero decir que esta caridad al por mayor sea locura: lo que sostengo es que siempre me pareció hombre de ideas exaltadas. ¡Ah, gran cosa, hermosísimo acto! ¡Dar toda su riqueza a los pobres! Hija mía, hay que quitarse el sombrero, hay que... Pero mira, más vale que esperemos a verlo para celebrarlo, porque en estas cosas de dar, qué sé yo..., siempre he visto que la realidad no correspondía al bombo. Veremos y creeremos. Y hay que mirar también cómo reparte esos ríos de dinero, porque de repartirlos bien a repartirlos mal, va mucha diferencia para su alma y para el objeto que se propone. Figúrate tú que empieza a soltar, a soltar a chorro libre y sin ningún cri-

terio. Pues no hará más que fomentar la vagancia y los vicios.

—Ahora me acuerdo, tío. Dijéronle a Roque que don Angel piensa fabricar un convento..., no, convento no dijeron..., un gran edificio, vamos, para corregir a la gente mala, amparar a los menesterosos, poner en cura a los enfermos y tal y qué sé yo.

—¡Ah! Bien, bien—expansivamente—. Esa sí que es brava idea. Pero, como toda idea grande, puede malograrse si al llevarla a la práctica no se mira bien a la organización, y sobre todo, a qué clase de manos se encomienda el negocio. Porque imagínate tú que no se les ocurre poner al frente de ese instituto de caridad a un hombre entendido, del estado eclesiástico, de años y experiencia, y que sepa administrar bien, bien, pero bien... Pues todo lo tienes perdido, y lo que había de ser para Dios, cátate que es para el diablo.

Al llegar a esto, don Francisco, que ya había empezado a despojarse de las ropas interiores para meterse en la cama, se las puso otra vez, nervioso y excitado.

—Pero, tío—le dijo su sobrina, queriendo retirarse—. ¿Qué hace usted? ¿Va a salir a la calle?

—Yo, no... ¿Por qué?

—Como se está usted vistiendo...

—¡Ah! No... Es que estaba distraído... No sé lo que me pasa.

Y empezó a desnudarse con tanta prisa, que Justina se tuvo que largar para no verle en paños menores. El buen don Francisco, que había subido a su alcoba con el espíritu regocijado y sereno, vióse acometido de pensamientos alborotadores, de esos que son para el sueño lo que sería para el órgano de la vista un puñado de arenillas arrojado en los ojos. El buen clérigo durmió mal, queriendo expulsar del caletre las ideas que lo tomaron por asalto, y a la mañana siguiente, tempranito, levantóse derrengado y con el cuerpo lleno de dolores, cual si se hubiera caído por un precipicio, rodando entre piedras y zarzas. En la Catedral, sus ideas se embarullaron considerablemente, porque la flaca y voluble memoria no le ayudaba para ponerlas en orden. "Yo quiero recordar —se decía—quién diantres me contó que había visto aquí al madrileño oyendo misa con muchísima devoción, y no caigo, no caigo... ¿Fué don León Pintado? ¿Palomeque? Ni quién me lo dijo ni la capilla donde le vieron puedo recordar... Pero ¡quia!, aquí no viene él. Le daría vergüenza, tendría miedo a su propia piedad, porque el mundo es muy malo y ridiculiza a los que se vuelven a Dios, dando esquinazo a la masonería. Y hace mal en no venir aquí, porque le instruiríamos en mil cosas en que debe de estar poco fuerte; le pondríamos en guardia para que no mande decir misas a la buena de Dios..., y mire mucho a quién se las encarga... En fin, él se lo pierde. A lo que iba: ni aun para convertirse y hacerse buenos tienen criterio estos señores masones. Hasta para salvarse han de hacer tonterías."

Nada ocurrió aquel día digno de perpetuarse en la Historia; pero al siguiente, ¡María Sacratísima del Sagrario!, celebraba don Francisco Mancebo su misa en el altar de San Ildefonso, revestido de casulla verde, por ser el cuarto domingo después de la Epifanía, cuando, al volverse para el pueblo con el *Dominus vobiscum* en los labios, vió al madrileño de rodillas, pegadito al sepulcro del cardenal de Albornoz. "Ya pareció aquello", dijo para sí en fugaz soliloquio el oficiante, procurando al punto volver sobre sí y no distraerse. Poco trabajo le costó concentrar toda su atención en la misa; pero a ratos sentíase cosquilleado de alguna idea intrusa y profana que quería colarse por los intersticios más angostos de la sesera. El la expulsaba, como si dijéramos, a zapatazos, y terminó la conmemoración del santo misterio sin dejar de ser dueño de sí ni un solo instante. Pudo observar que el neófito no mostraba afectación en su piedad: antes bien, ponía sus ojos en el preste con naturalidad y como la mayoría de los que cumplen el precepto, sin libro, sin demostraciones exageradas, como lo habría cumplido don José Suárez, verbigracia, o cualquier otro ilustrado del tipo y cuño corriente. Podría creerse que aquel día despabiló Mancebo la misa más pronto que de costumbre, y eso que comúnmente la decía como para tropa, y se quitó las sacras vestiduras con mayor presteza todavía, ávido de salir para darle a su amigo un apretón de manos y mil parabienes. Pero ni visto ni oído. Por más que le buscó en la capilla y fuera de ella, no le pudo en-

contrar. Preguntó a varias personas de su conocimiento, despachó a Ildefonso para que registrara todos los rincones de la iglesia, y nada, *velut umbra*. La Catedral es tan grande, que buscar en ella un convertido es como buscar una aguja en un pajar.

III

Angel, en cuanto don Francisco dijo el *ite misa est*, salió de la capilla y de la Catedral, y tomó la dirección del Locum, como si fuera a su casa; pero luego hubo de variar de propósito, y por la calle de la Tripería subió hasta San Juan de la Penitencia, para entrar por la parte del Sur, atravesando el patio, que es de los más característicos de Toledo, y metiéndose en la sacristía, cuya puerta le abrió con muestras de respeto la mujer del sacristán. Allí estaba ya don Tomé, dispuesto para decir su misa. Todavía no había empezado a vestirse, y se paseaba, en sotana, a lo largo de la pieza, aguardando a que las señoras dieran la orden. No faltaban en la típica sacristía la cajonería de cuarterones, las cornucopias, el aguamanil, las puertas pintadas de azul con vivos dorados, los sillones de vaqueta, el pedazo de alfombra antigua, ni los cuadros empolvados y ennegrecidos. El sacristán atizaba el brasero lleno de ascuas para cebar el incensario, y ya tenía el celebrante sus vestiduras y el cáliz sobre la cajonería. No hay que decir cuánto agradaban a Guerra la paz soñolienta y la tímida claridad de aquel recinto. Salió, al fin, el capellán al altar. La misa era cantada, de un solo cura, y a la voz virginal y opaca del autor del *Epítome*, en quien Dios moraba, respondían las monjitas desde el coro con su salmodia compungida y catarrosa. ¡Qué diferencia entre la pobreza del culto en las olvidadas Franciscas y el esplendor aristocrático de las Bernardas de San Clemente! Pero aquel convento de San Juan había llegado a ser interesantísimo para Guerra, y más simpático y consolador que ninguno, porque el peregrino maridaje que ofrece de lo mudéjar y lo gótico, parecíale fiel espejo de la transición que en tales momentos era un hecho en su alma. En ésta, la severidad y unción religiosas se combinaban también con las alharacas del mundano estilo. Durante la misa, a la que sólo asistían tres o cuatro personas, meditó mucho en su evolución o metamorfosis, la cual, después de iniciada, le resultaba menos difícil. Los primeros pasos le habían producido bienestar, cierta alegría pueril y novelera, de esa que el mundo compara a la del chiquillo con zapatos nuevos. Reconoció que en los comienzos del culto sólo hablaba a sus ojos y oídos; pero también hubo de notar que no tardaba en herir las fibras del sentimiento, tendiendo a invadir poco a poco los espacios de la razón. Para esto era preciso un método especial que instintivamente puso en práctica desde los primeros días. Del examen de sí propio había sacado en limpio que la oración no afluía a su mente con facilidad y desahogo cuando la practicaba de un modo abstracto, porque mil ideas profanas, confundiéndose con la idea regida por la voluntad, la distraían y embarazaban. Vióse, pues, obligado a sujetar el pensamiento por medio de la contemplación sensorial de la imagen o símbolo, de donde vino a deducir la importancia y utilidad del arte en la vida religiosa. Así, cuando oraba, encadenándose fuertemente con el símbolo por medio de los ojos, se defendía bien de las abstracciones; pero no quedaba satisfecho de sí mismo, y aspiraba a educarse en el rezo metafísico y en las meditaciones abstractas y puras.

Otro fenómeno que en sí notaba era que la adoración a la Virgen érale más grata que otra cualquiera adoración, y que los rezos dirigidos a la Madre de Dios le salían más fáciles y espontáneos. En cambio, la plegaria expedida directamente y sin intervención alguna hacia el centro de toda divinidad, no le resultaba, y cuando más pinitos hacía, sutilizando el pensamiento para que subiera, encontrábase abajo, sin haber podido remontarse ni el espacio de un dedo. Por lo común, las devociones practicadas con los ojos puestos en alguna efigie del sexo masculino, no le salían bien, y si el santo era barbudo, de esos que leen o escriben en descomunal libro, como si estuvieran tomando apuntes, perdía completamente la ilusión. El Crucificado mismo, tan real y divino al propio tiempo, tan hombre y tan Dios, le sugería pensamientos más enlazados con

los dolores efectivos de la Tierra que con las beatitudes incorpóreas del Cielo; le despertaba el humanitarismo igualitario con fines de reforma social, y si le infundía vigor y alientos para la lucha en pro de la perfección humana, no le transportaba a la región etérea y luminosa, como la Virgen, toda belleza ideal y lírica, toda piedad, indulgencia y dulzura. Con Esta sí que se entendía bien, con Esta sí que se desprendía fácilmente de lo terrestre. ¡Y qué pronto hallaba en su meollo palabras escogidas para celebrarla o para pedirle apoyo y consuelo! Los términos de ternura, de congoja y esperanza no se le acababan nunca, ni tenía que discurrir para llevar a su corazón la confianza de ser escuchado y atendido.

Al concluir la misa, pasaron al locutorio y hablaron con las Franciscas, para quienes no había nada más sabroso que echar un parrafito con don Tomé. ¡Qué olor a incienso, a ropa limpia, a canela y a humedad! ¡Qué conversación más inocente y qué ideas más apartadas de todo comercio mundano! Era en verdad aquél un mundo aparte, supralunar, sin más ideas que las elementales y primitivas, con no sé qué quieto ambiente de puerilidad fúnebre. Las buenas señoras dieron las gracias a don Angel por su donativo para coger las goteras que el crudo invierno les abrió en los tejados de la santa casa.

—¡Ay, si el señor Cisneros levantara la cabeza y viera cómo está su fundación!—dijo la priora, y siguió un coro de excitaciones a la paciencia, y luego, al despedirse tan amigos, la promesa de rezar mucho, mucho, por el señor de Guerra para que Dios le favoreciese.

Aquel día, Teresa Pantoja vió entrar, conducidas de la procerosa sacristana de San Juan, dos desaforados platos de natillas que hicieron las delicias de Palomeque. Guerra y don Tomé, después de comer, se fueron a pasear solos por la Vega, platicando sobre religión. El seráfico autor del *Epítome* le contaba al otro las entradas y salidas de la Bienaventuranza Eterna, como si acabara de venir de allá, y Angel, sin dar entero crédito al capellán, le oía con delectación.

Transcurrieron días (no se puede precisar cuántos), y el converso notaba que de uno en otro se le hacían más fáciles las prácticas de devoción. Pero apuntaba ya febrerillo loco y no había pasado aún de los actos puramente contemplativos, faltándole aún que apechugar con lo más áspero del camino, que era la confesión. Mejor que contar lo que pasó será reproducir los términos en que él hubo de referírselo a su divina consejera. Fué, sin duda, un caso interesante, con su granito de sal cómica, y la verdad impone la obligación de decir que *Leré* no pudo tener la risa al oír el relato.

—Pues hallábame—le dijo—, a mi parecer, perfectamente dispuesto para acto tan grave... Examinada la conciencia desde la época de la niñez. Ya ves que había tela larga. No me faltaba más que vencer la inercia moral, ahogar el falso pundonor que nos prohibe humillarnos. Creyendo haberlo conseguido, ayer tarde me fuí a la Catedral con propósito firme de confesarme... Hasta entonces todo iba bien; pero..., aguárdate un poco. Animoso, aunque algo conmovido, me meto en la capilla de San Ildefonso, y desde la verja distingo el bulto del sacerdote dentro del confesonario, esperando penitente. "Allí está mi hombre", digo, y sin pensarlo más, me voy derecho a él, me acerco, doblo la rodilla, y... No la había puesto en tierra cuando reconocí a don León Pintado, y me desconcerté, sintiendo un espantoso tumulto de protesta dentro de mí, el cual me obligó a dar media vuelta y huir como alma que lleva el diablo. Fué un verdadero pánico. La cobardía pudo más que todas mis resoluciones. Pasó lo que te cuento en pocos segundos, y no me di cuenta de la rapidez con que salí de la capilla. Recuerdo que en aquel breve instante de mi aparición ante el confesonario, Pintado me miró como si me reconociera. El pobre señor se quedó con el *alleluia* en la boca.

En el primer momento se rió sor Lorenza, rindiendo tributo a la nota festiva del caso; pero luego se puso seria. Angel le desarrugó el ceño con esta importante declaración:

—No me riñas, que hoy por la mañana realicé con facilidad suma lo que anteayer me fué tan difícil, o imposible.

—¡Con don León Pintado!

—No, hija; eso no puede ser por ahora. No se me pidan de una vez esfuer-

zos tan extremados. Confesé con un desconocido, aquí, en Santo Tomé. Creo que el estar tan cerca de ti me daba una fuerza mental y un vigor de conciencia extraordinarios.

El gozo con que *Leré* recibió esta feliz noticia se revelaba en su rostro y en su empañada voz.

—El primer paso está dado, amigo don Angel—le dijo—. Verá usted qué fáciles son ahora los que siguen. Dios le tiene ya por suyo. Satanás rechina los dientes. Déjele usted que rabie y eche veneno. Mucho cuidado con las trampas que ha de armar ahora, las cuales serán tan sutiles que es menester andar con cien ojos para no caer en ellas. De fijo le arma a usted una tan sumamente hábil, tan sumamente ingeniosa, que por bien que se prepare contra ella, no podrá evitar que le coja un poquito. Mire que es muy pillo ése, muy mañero, y sabe mucho.

—No, ya no me coge; no temas. Si él sabe, yo también sé, como pecador que he sido, y discípulo suyo de los más aplicados. No se atreverá conmigo.

—Invocar, invocar sin descanso a la Santísima Virgen, porque ésa es la que le mete en cintura, y no le deja resollar, aplastándole la cabezota con aquel pie divino que sujeta la luna. Invocar, invocar a nuestra Madre, para que si el bribón ese arma trampas, ella se las desbarate con sólo mirarle; porque le mira, sí, y el infame, ante la mirada de la Reina, se queda tamañito, ruge, patea, se hace un ovillo y no se atreve ni a morder la orla del manto de la Señora, de aquel manto con que barre las estrellas.

—Invocaré, invocaré—contestó Angel embelesado—. Ahí tienes una devoción que nunca me fué difícil, devoción dulcísima y consoladora sobre todo encarecimiento. Los gérmenes de ella existen en el alma humana, y a poco que escarbes los encuentras donde mismo están las raíces del dolor.

—Bien, bien—dijo *Leré*, reflejando aquel entusiasmo que de ella partió y a ella tornaba, y multiplicado lo devolvía—. Si nuestra Madre nos da la mano, adelante; un paso más, y triunfo seguro. ¡Gracias, salvación, eternidad!

El mismo ardor del entusiasmo produjo una pausa en que uno y otro meditaron. Por fin, la novicia le dijo que debía marcharse, y antes le dirigió una exhortación o consejo, que por el tono más bien mandato parecía. Fué lo siguiente: "No me gusta que ande usted escondiendo del mundo su religiosidad, como si fuera una falta. ¡Horrible contrasentido que el hombre se avergüence de ser bueno! Pase que la iniciación imponga cierta reserva; pero dados los primeros pasos, hay que levantar la frente delante del mundo, señor mío, y humillarla públicamente delante de Dios. Se acabaron los tapujitos, don Angel. Si quiere tenerme contenta, sálgase del círculo apartado de las iglesias de escaso concurso, y... ¡cara al enemigo! ¡A la Catedral en las grandes solemnidades! ¿Cuáles son las parroquias más concurridas? La Magdalena, San Nicolás. Pues a ellas, a ellas mañana y tarde, para que el mundo se vaya enterando, y si crítica, mejor, ¡mejor mil veces!

IV

Salió de la conferencia muy resuelto y animado, porque la fascinación de la divina hermana del Socorro ganaba cada día mayores espacios en su alma, y sobre los atributos propios de su ser iba claveteando como una lámina de oro que los ahogaba y envolvía. Era como esas imágenes bizantinas forradas de chapa de metal precioso, que no permite ver la escultura interior.

En los días subsiguientes, pasó largas horas en la Catedral, donde Mancebo le pudo echar el lazo y cogerle prisionero, dedicándose a mostrarle con prolijidad de cicerone fastidioso las mil cosas reservadas que aquel soberbio museo atesora en la Sacristía y Vestuario, en la casa del Tesorero, en el Ochavo y capilla de Canónigos, maravillas del arte suntuario que son otros tantos homenajes del humano ingenio a la idea religiosa. Guerra lo veía todo con grandísimo contento, pasmado de tanta riqueza, de tanta hermosura, y alabando la unidad y la fuerza de las sociedades que juntaban todas sus energías en un solo haz. La poesía y las riquezas, la industria y las artes liberales, la ciencia y la fuerza bruta, todo concurría con armónica conjunción a un solo fin. ¡Renovar aquella unidad dentro de las condiciones de la edad presente, qué triunfo, qué idea tan grande! Pero ¿quién

era el guapo capaz de atreverse con ella?

Por la mañana no perdía nunca la misa conventual, tan hermosa, tan solemne, en aquel presbiterio que parece la expresión más poéticamente sensible de todo el dogmatismo cristiano. Y mañana y tarde, las horas de Prima, Tercia y Nona en el coro le producían arrobamiento y emociones deliciosas, siguiendo en su libro la letra de las antífonas y salmos, impregnados de oriental melancolía. Mancebo no le dejaba a sol ni a sombra, y después de ofrecer a su admiración las preseas de la Virgen del Sagrario, que anonadan por su riqueza indostánica, hacen verosímiles los cuentos de hadas y emulan con su verdad la mentira de los paraísos budistas, le espetaba lecciones de liturgia, explicándole el sentido simbólico de esta y la otra ceremonia, de tal o cual vestidura o accesorio. Por no dejar nada sin registrar, hasta le encaramó a la torre, para visitar las campanas, refiriendo los nombres de cada una, su significación, su historia, los toques que daba; y por fin y remate de la visita artística, cuando ya no quedaron alhajas, ni telas, ni códices, ni cuadros, ni escondrijos que ver, concluyó presentándole los Gigantones y la Tarasca, que se apolillan en las Claverías.

En cuanto el convertido traspasaba la puerta Llana, Mancebo, que le acechaba las vueltas, le cogía en su zarpa poderosa, y ya no le soltaba a dos tirones. Su principal anhelo como hombre práctico que tenía que atender a tan graves problemas vitales, era estrechar relaciones con Angel hasta la intimidad. "Veremos —se decía—si me elige por su confesor de oficio, con cargo permanente. Bien podría hacerlo, porque nadie le aconsejaría mejor, así en lo espiritual como en lo temporal, pues en todo soy fuerte, gracias a Dios. Sé confesar y sé administrar. Gobierno un alma como el más pintado, y manejo los intereses que se me confíen con una honradez y una puntualidad que ya quisieran más de cuatro. Si entiendo de pecados, también de números entiendo, pues para eso puso el Señor en mí el don de arreglo económico. ¿Habrá otro que en aptitudes tan distintas se me iguale? No, no le hay. Por eso mi amigo no sabe la que se pierde con no ponerse en estas manos para todo, para lo del alma y para esa otra teología del vivir material, que también es de Dios."

Pero nada le habló Guerra de donde el otro pudiese colegir que se pensaba en él para director espiritual ni para intendente. En cambio, don Francisco oyó de sus labios cosas que a gloria le sonaron; verbigracia: que corría de su cuenta la educación de Ildefonso, y que por de pronto le pondría interno en un buen colegio para que entrase después, si persistía en su vocación, en la Academia de Infantería. Del segundo y de los demás se hablaría conforme fueran creciendo. Otrosí: el tío Providencia no tenía que afanarse por los piquillos supletorios que era costumbre mandar al pianista en ciertas épocas del año, pues Braulio, desde Madrid, acudía puntual a esta necesidad. Finalmente: la suma que Mancebo tenía en depósito para el dote de Lorenza, y que debía entregar a las hermanitas cuando la joven profesara, se destinaba a las necesidades de la familia, pues Angel se cuidaba de la dote y de otras formas de protección a la Hermandad del Socorro.

"Del mal el menos —decía el clérigo—, y véase por dónde, al fin, me ha caído la lotería. Nuestra Señora Amantísima del Sagrario ha tenido compasión de este agobiado jefe de familia, y le permite comprar el titulito del cuatro por ciento, gracias a la esplendidez de ese bendito señor, que mil años viva. Bien venida sea la santidad si viene por estos caminos, y lo que yo me temo es que la cristianísima fundación esa de que se habla no obedezca a un criterio acertado y lógico... ¿Por qué no consultará conmigo, que podría ser su asesor más desinteresado? Es mucho hombre éste con su magisterio y sus secreticos. No me conoce; no sabe que si águila soy en lo moral, no lo soy menos en lo aritmético, y que sé administrar, cosa que ignoran muchos que viven y mueren en olor de santos. El se lo pierde, y por no escuchar mi dictamen, puede que se salga con alguna pata de banco, con una fundación *sin base económica*, que luego resulte el mayor adefesio del mundo."

Una mañana, después de misa mayor, hallábase Angel en la antesacristía con don Francisco, cuando vieron pasar a Arístides y Fausto, acompañando a una

familia forastera. Fabián, que por allí andaba también, se acercó al beneficiado y le dijo, apuntando con disimulo a Fausto:

—¡Ese es...!

—¡Ese!—exclamó Mancebo mirandole, el terror pintado en su cara.

—Ahí tiene usted al sabio inventor del *cálculo lotérico*—dijo Guerra—, un desgraciado, más digno de lástima que de odio, víctima de la miseria y de las malas compañías.

Al decir esto, y cuando los Babeles y sus acompañantes pasaron a admirar el techo del salón de la sacristía y el cuadro del *Expolio*, Guerra clavaba sus ojos en Arístides, que pasó junto a él sin decirle nada, aunque bien reparó Angel que su enemigo le había visto.

Creyeron todos que a Mancebo le daoa un síncope al ver a Fausto.

—Pero ¿de veras es ése—decía—, ese que cojea? ¿Ese es el de los cartones? Si yo le conozco, no se me despinta su cara; pero no sabía que era ésa la cara del maldito algebrista, ¡zapa! Como yo no le vi, y fuiste tú quien con él se entendió cuando quiso darnos el sablazo..., cuando nos lo dió, mejor dicho..., pues como yo no le vi, no pude decirte: "Cuidado, Fabián, que ése es ladrón de los finos." ¡Bendito y alabado sea...!—persignándose—. Pero ¿es ése de veras el hijo de aquel señor de los bigotes, que anda viendo si ponen sellos a los libros? ¡La Dulcísima Señora del Sagrario sea siempre conmigo, ahora y en la hora de mi muerte! ¡Si no vuelvo de mi asombro...!

Los que no volvían de su asombro eran Guerra y Fabián, viendo al beneficiado hacer tales aspavientos.

—¡Buen par!—dijo Guerra, observándolos desde la antesacristía, mientras ellos admiraban el *Expolio*—. Aquel otro espigado y de buen parecer, es su hermano Arístides.

—¡Sopla! Pues veo que también viene Casiano. Miradle: aquel vestido de paño negro. ¡Pobre Casiano! Un hombre de bien entre tanto pillo. Y esa familia, ¿la conoces tú?

—Son sagreños—dijo Fabián—, y una de las señoras es tía de don Juan Casado.

—¡Dios mío!—exclamó Mancebo, volviendo a trazar anchas cruces sobre su persona—. ¡Las cosas que en este mundo se ven! Pues van a saber ustedes de qué conozco la cara de ese tunante. Tengo que referir un grave suceso ocurrido en esta santa iglesia hace tres años, cuando...

Hizo un paréntesis para acudir a expresar una idea que saltó en su magín.

—José—dijo a un sacristán que salía por la puerta que da al patio del Tesorero—: mira, di que no enseñen nada a esta tropa que está en el salón, que guarden todo bajo siete llaves, y vigilen mucho las manos de algunos de ésos. Hay uno en la partida que, si nos descuidamos, se lleva bajo la capa lo primero que encuentre. No abráis la verja del Ochavo, ni el vestuario, ni nada.

El pobre señor revelaba en su voz y tono un miedo cerval. Llevó a los dos amigos al cuartito del agua, y allí, con grandísimo secreto, les dijo:

—¿Te acuerdas tú, Fabián, de aquel sucedido, cuando vinieron dos tipos de Madrid a comprar una porción de material viejo de cobre, clavos, chapas de puertas, bisagras, candeleros inservibles, braseros y no sé qué más? ¿Recuerdas que todo ello estuvo en la cuadra baja del patio, y que se remató por disposición del Cabildo, siendo canónigo Obrero el señor Díaz? Pues a mí me comisionaron para la entrega, y los dos rematantes, el cojitranco ese y otro que no está ahí, me suplicaron que les enseñara el vestuario. Mil veces me oirías contar lo que pasó. Pues ése, tu amigo, el inventor, el cabalista, ése fué el que escamoteó la palmatoria de plata de las misas de pontifical, y se la llevaba debajo de la capa. Yo, que algo me maliciaba, sorprendí el bulto cuando los dos pájaros salían por la puerta esa del patio, que siempre está cerrada, y aquel día se abrió para que sacaran el cobre viejo y lo cargaran en un carro en la calle de la Tripería. Mire usted, don Angel, si mil años viviera, no olvidaría el momento aquel. Vi yo que el hombre ocultaba la palmatoria, y sin decirle nada, me abalancé a él como un tigre, y grité: "So pillo, so..." El, viéndose cogido, me dió un empujón, y yo a él otro, y en aquel zarandeo cayo al suelo la palmatoria, y uno de los mozos que estaba transportando el cobre arremetió al ladrón con un palo. El compañero huyó como una exhala-

ción, y no le volvimos a ver, pero éste cayó al suelo en medio de la puerta, medio abierta, con todo el cuerpo fuera, menos los pies, que quedaron dentro. ¿Qué hice yo? Cerrar y apretar, dejándole las patas cogidas como en un cepo, y tratando de sujetarle allí hasta que viniese la Justicia. En efecto, apretábamos firme, y el bribón en el suelo chillando como un zorro cogido en el garlito. Por fin, pudo zafar un pie, y tiraba del otro echando unas maldiciones que daban horror. Bernardo Fraile, que era el mozo que me ayudaba en esta faena, dijo: "Voy corriendo por un hacha, y le cortamos la pata..." "Hombre, no—le dije—, eso me parece demasiado." Y en esta disputa sobre si usaríamos o no usaríamos el hacha, aflojamos un poco en el empuje de la puerta, y se nos escapó. Salimos tras él; pero, ¡zapa!, iba como el mismísimo viento. El cobre allí se lo dejaron, sin pagarlo, se entiende, y el Cabildo me dió las gracias de oficio por haber rescatado la palmatoria. Dióse parte al juez; pero éste no encontró el rastro de aquel par de zorros, que debieron de tomar el tren cuando salieron de aquí. Conque ahí tenéis la historia, que a entrambos os maravillará: a ti, Fabián, que ya la sabías, por conocer ahora al personaje de ella; y a usted, don Angel, porque conociendo el santo, ahora se entera del milagro.

Asombráronse uno y otro de la interesante historia, y al salir de la antesacristía vieron que los forasteros, con Casiano y los dos Babeles, andaban entre el Coro y la Capilla mayor, siguiendo los pasos y aguantando las eruditas jaquecas de uno de los cicerones más pegajosos que por entonces se ganaban la vida en la Catedral.

—Allí está el hombre—dijo don Francisco—. aproximémonos poquito a poco. Yo saludaré al Bargueño. Fijarse en la cara que ha de poner el cojo cuando me vea, y en ella, como en un libro, leerán la confirmación de lo que acabo de contarles.

Así lo hizo. Cuando Casiano le estrechaba las manos, preguntándole a gritos por su salud, Fausto vió al anciano clérigo, y se volvió bruscamente, fingiendo poner toda su atención en la verja del Coro. Pero Mancebo, deseando examinarle bien para quitarse hasta el último escrúpulo de una equivocación, se dejó ir de aquel lado, y con mordaz acento le dijo:

—Bonita verja, ¿eh?

El cojo le volvió la espalda, encaminándose a contemplar los púlpitos.

—El señor es artista..., y de los finos—dijo Mancebo con sarcasmo, mirándole bien—. ¡Cómo le entusiasman las obras de valor que aquí tenemos!

En tanto, Guerra esperaba que Arístides le hablase. Proponíase callar como un muerto si le soltaba recriminación o injuriosa reticencia. Grande fué su sorpresa al ver que el *barón* se le acercaba en actitud que no parecía hostil... Momento de vacilación de ambos. Saludo recíproco con una inclinación de cabeza. Por fin, Babel, ¡asombro de los asombros!, le dirigió estas palabras, de cuyo sentido afectuoso no podía dudarse, aunque sí de su sinceridad.

—Angel, ¿hay paces o no?

—Paces habrá—replicó Guerra, aprovechando las disposiciones conciliadoras de su enemigo.

—Yo reconozco—añadió Babel—que en cierto modo provoqué el lance. Estuve impertinente. Lo que empezó mi ligereza lo remató tu brutalidad, de modo que la culpa se reparte casi por igual entre los dos. Pero yo, que no soy soberbio, podría descargar mi conciencia de la parte de responsabilidad que me toca. No lo hago porque fuí agredido. No es Angel Guerra capaz de reconocer su falta como reconozco yo la mía.

Preparado como estaba el otro, no necesitó más para recibir tales palabras con verdadera efusión de concordia. Cierto que el avieso mirar de Arístides no correspondía, no, a la suavidad de las expresiones; pero esto, ¿qué le importaba? Estrechando la mano que Babel le tendía, no vaciló en decirle:

—El culpable fuí yo solo, y te ruego que me perdones.

Creyó por un instante que las últimas palabras se le atascaban, rebeldes a salir de los labios; pero con un ligero empuje salieron. Pausa. Perplejidad Uno frente a otro, no sabían qué decirse. El grupo estaba disuelto, y mientras hacían dúos aparte, Casiano con don Francisco y Arístides con Guerra, los forasteros, que eran un matrimonio de la Sagra y una señora madrileña de medio pelo, contemplaban, a instigación del

erudito guía, el pendón de las Navas colgado en el *triforium*. Fausto no se hartaba de admirar los púlpitos, deplorando tal vez que por su magnitud no pudieran aquellas hermosas piezas meterse en un bolsillo.

—Perdonados recíprocamente—dijo, al fin, el *barón*, mascullando las palabras como quien recita una lección mal aprendida—. Y es muy grato para mí decirlo ahora que han variado las terribles circunstancias que a los dos nos impulsaron a reñir y a sacudirnos el polvo en el Corralillo. ¡Vaya, que fuimos ambos impertinentes, tontos y brutales! Pero dejémoslo: pelillos a la mar y amigos otra vez. Lo que importa es que mi pobre hermana se ha curado de aquel horrible espasmo.

—¿Es de verdad? ¡Cuánto me alegro!—dijo Guerra con tanto asombro como júbilo, aunque, en rigor, Arístides no le merecía crédito, y sus palabras le sonaban a sarcasmo de lo más fino.

—Vete por allá y lo verás. ¡La pobrecilla, menudo temporal ha corrido! Dos días, chicos, dos días entre la vida y la muerte. Pero salió, y al hacerle crisis la espantosa fiebre, hízola también aquella otra enfermedad diabólica que le pegó el tío Pito. Ya tenemos mujer. No la conocerás cuando la veas. Entre mamá y yo, y el buen médico que la asiste y un amigo sacerdote, hombre que hace primores en la medicina del espíritu, hemos realizado este milagro. No creí que nos saliera la campaña como nos ha salido. ¿No lo crees? Pues date una vuelta por allá. Te digo que es otra mujer. Figúrate que ha tomado afición a la iglesia, y confiesa y comulga, y reza rosarios y letanías. No se puede dudar que la religión es un bálsamo, pero un señor bálsamo. La desgracia nos enseña lo que la felicidad y el ruido del mundo nos hacen olvidar.

No volvía Guerra de su asombro. ¡Dulce curada, Dulce religiosa, Dulce convertida! Necesitaba verlo para creerlo.

El enfadoso cicerone promovió la reconstitución del grupo, disponiendo la subida a la torre, y los forasteros se llevaron tras sí a Casiano y Arístides, pues el cojo, impulsado siempre de la fuerza centrífuga, se había ido a contemplar la colosal pintura del San Cristóbal, y desde allí, cautelosamente, se unió a la partida por el trascoro.

Don Francisco, Guerra y Fabián volvieron a la antesacristía, y antes de llegar a la puerta, el beneficiado se persignó de hombro a hombro y de la frente a la cintura, diciendo al madrileño con escandalizada admiración:

—Pero ¿usted, señor don Angel, da la mano a ese hombre?

—¿Por qué no?

—Vamos, vamos; ya no me queda nada por ver en este gracioso mundo. ¡A ese pillastre le da usted su mano!

—Y no sólo le doy la mano, sino que le he pedido perdón por una ofensa grave que le inferí.

—¡Perdón a ese tunante, zapa! Si es tan malo como su hermano, como no sea peor. Perdón, sí..., con una vara de fresno.

—Cada cual mira estas cosas a su modo y según su conciencia.

Don Francisco volvió a persignarse y a invocar a la Virgen del Sagrario, mirando con profunda lástima a su amigo, el cual se despidió fríamente, saliendo por la puerta de los Leones, después de hacer genuflexión ante la capilla mayor. El clérigo y el salmista le miraban desde la puerta de la antesacristía, y antes que saliera le pusieron su comentario.

—¡Cuando yo te digo, Fabián, que este don Angel o don Diablo no rige no rige bien!

—¡Anda, morena! Pues ¿y lo que dicen de que va a fundar una Orden para hombres y mujeres, de ambos sexos?

—Así saldrá ella. ¡Buena estará la Orden, sí, buena, buena! Apuesto que será para proteger a toda esta pillería, so pretexto de enmendarla y corregirla, o para poner a mesa y mantel a tantísimo holgazán. En cambio, los verdaderos necesitados, los que llevan a cuestas una familia numerosa, como tú y yo..., no tocamos pito en estas magnas funciones de la caridad del teatro. Pero déjate estar, que allá nos lo dará Dios con creces, y cuando cerremos el ojo, nuestro rinconcito en la bienaventuranza eterna no hay quien nos lo quite. *Anima super astra quiescit.* Conque... consolarse. La una. Adiós, hijo mío; vámonos en demanda del sacrosanto puchero.

CAPITULO VI

BÁLSAMO CONTRA BÁLSAMO

I

Consistió la enfermedad de Dulcenombre en una fiebre altísima, que sólo duró dos días, como racha ciclónica que con la violencia de su propio girar se aleja más pronto, y la remisión brusca la dejó en pocas horas en despejada convalecencia, aturdida y sin fuerzas, con el vago conocimiento de haber escapado a un grave peligro. En su interior reinaba la grata impresión de una crisis o prueba decisiva pasada felizmente, durante la cual estuvo la naturaleza titubeando entre decretar la muerte o la vida. Alegrábase la infeliz joven de vivir, pues hasta entonces ni en sus mayores angustias había sufrido nunca las nostalgias del otro barrio ni jamás pensó en ser Parca de sí misma. Al despertar de aquella lúgubre somnolencia, vió y sintió que la vida es buena, mejor dicho, la bondad de la vida se estampaba en su alma con la categórica lucidez de los conocimientos primordiales. Al propio tiempo, su memoria no le daba noticia clara de todo lo que había hecho y sentido en aquel turbulento período de vida toledana, cuya duración no le era fácil apreciar. De algunas cosas conservaba la impresión inmutable, como si aún las estuviese viendo; pero otras se le borraban y oscurecían, rebeldes a su propia investigación. Figurábase a veces que aquella crisis había sido como una infancia, y las reminiscencias de lo acontecido resultábanle como las memorias de la edad primera, que unas se conservan clarísimas y otras se desvanecen, quedando sólo de ellas sombra, mancha o perfil indefinibles.

La tarde aquella de la visita de Guerra y de la colisión entre éste y Arístides, Dulcenombre se hallaba en el período culminante de su desatino, del cual pasó a una especie de estado tetánico, y se llevó dos días en una pura convulsión, con tan horrible traqueteo que toda la familia junta no la podía sujetar. Al ver a su hija en tal situación y a su primogénito descalabrado (porque resbaló en el borde del Corralillo y fué rodando por el cerro abajo, etcétera...); al ver tanto desastre y desdichas tantas, doña Catalina se llenó de consternación, y no sabiendo a quién volverse, pues su marido no era hombre para las grandes adversidades (ni para las pequeñas), elevó sus ojos al Cielo, y con grandísima aflicción pidió a la Virgen bendita que la amparase.

Porque conviene notar que la buena señora, tan propensa a chiflarse por cualquier tontería, en las ocasiones graves conservaba el juicio claro, como si su entendimiento, que se destemplaba con las contrariedades chicas, se templara y robusteciera con las gordas. De estas compensaciones ofrece mil ejemplos la mamá Naturaleza. Así, en aquellos días de amargura en que parecía que el Cielo irritado se desplomaba sobre la familia de Babel, doña Catalina no tomó ni una vez siquiera en boca los reyes de la casa de Trastamara, ni mentó ningún castillo, ni reclamó para sí y sus sucesores los caserones de la calle de la Plata. Razonable y diligente, a todo atendía, de todo cuidaba, proponía los remedios más acertados, y si hubiera tenido otro rey consorte, las dificultades no habrían sido tantas. Pero Simón no puso nunca en los asuntos de familia más que una atención distraída, como hombre de Estado, cuya inteligencia reclaman mil negocios extradomésticos de importancia nacional y europea.

Una de las ideas más sustanciosas que surgieron en la mente de doña Catalina fué que toda aquella cáfila de desventuras era consecuencia de lo mucho que ofendían a Dios su marido y sus hijos, el uno dando el timo a los contribuyentes, los otros inventando mil diabluras para desvalijar al que cogían por delante. Como en aquella temporada, por fortuna (que tantos males alguna compensación habían de tener), Simón barría para dentro, llevando bastante dinerito a casa, la de Alencastre discurrió que parte de los fondos malamente adquiridos debía ella emplearla en aplacar la cólera celeste. Pero no le satisfizo la idea pagana de desarrugar con ofrendas el ceño de los dioses; no se contentó con mandar aceite y velas al Cristo de las Aguas y encargar misas a don Juan Casado, sino que solicitó la intercesión de éste para que le trajese a su casa los consuelos del Cristianismo. No se hizo de rogar el cura feo, hombre muy

aficionado a componer desarreglos y enderezar torceduras. Desde que doña Catalina le mandó aquel recadito que decía: "Por Dios, don Juan, venga usted a casa, que parece que se nos cae el cielo encima", fué el clérigo allá y entró, diciendo:

—Aquí estoy, señora mía, y aquí estaré al pie de sus desgracias; pero con la condición de que no ha de sacar a relucir su regia parentela, porque en cuanto la saque me marcho.

—Déjese usted de reyes, don Juan de mis pecados. Ni qué me importan a mí las injusticias cometidas en mi persona, pues habiéndome quitado...

—Alto, alto ahí, señora, que se resbala.

—Pues alto, y vamos a lo que importa. Mi hija se muere.

—Verá usted cómo no. Animo, valor y miedo. Nadie se muere aquí sin permiso. ¿Han llamado al médico que les recomendé?

—Sí; ha venido esta mañana. Aquí está la receta que dejó. Volverá esta tarde... Y mi príncipe de Asturias hecho un *Eccehomo*. ¿Se ha enterado usted? Cayóse por el cerro abajo, y si no es porque se engancha la ropa...

—Tampoco se morirá. No apurarse.

—¡Ay, usted me vuelve el alma al cuerpo! No es como Simón, que me aflige con sus augurios.

Era el tal presbítero (vulgarmente llamado Juanito Casado) joven y dispuesto, natural de Cabañas de la Sagra, donde había heredado recientemente haciendas, molinos y rebaños. Pasábase la vida entre campo y ciudad, atento a sus intereses y cuidándose de lo temporal como un buen burgués cargado de familia. La de Juanito se componía de una hermana viuda sin hijos, de varias primas monjas, de dos o tres sobrinas (las de Rebolledo) modistas de sombreros, un sobrino cadete y otros parientes lejanos. Todos recibían de él algún auxilio. La riqueza le había matado la ambición eclesiástica, y al poco tiempo de heredar, su fama de buen teólogo y los laureles ganados en el púlpito le importaban tanto como las coplas de Calaínos. Llegó a comprender que valen más algunas fanegas de buena tierra labrantía que una prebenda de oficio en el coro toledano, y que es más bonito y hasta más cómodo sentarse en la cocina de una casa de labor, entre los trabajadores, hablando de las faenas del día, que repantigarse en las sillas de Berruguete, asombro de las artes. Con tales ideas, renunció al ideal de su juventud, que era oponerse a la Lectoral o Doctoral cuando vacasen, y aunque el arzobispo, conocedor de sus singulares dotes, le quiso atraer ofreciéndole montes y morenas, Casado no cayó en la trampa y prefirió la libertad y alegría de *su castañar*. En su desviación de los antiguos gustos, llegó a encontrar más hermoso un buen corral de gallinas que una función solemne de seis capas, y el canto de los pajarillos le embelesaba más que el órgano, y la capilla mayor con todas sus magnificencias y la *Summa* de Santo Tomás con toda su miga teológica le parecían menos interesantes que un campo de trigo bien espigado.

Había sido coadjutor en la Magdalena y en San Nicolás, distinguiéndose como confesor de moda en aquellas parroquias de tanta y tan buena feligresía. Pero a semejantes glorias renunció también, trocándolas por el positivismo bucólico, pues tiene mucho más chiste, dígase lo que se quiera, contemplar en el campo de la sabiduría infinita que estarse todo el santo día dentro de una caja, oyendo pecados y secretos vergonzosos. Tantas y tan variadas eran sus relaciones en Toledo, que por mucho que el campo le llamase no podía desprenderse completamente de la ciudad, y repartía su existencia dando a ésta los días y meses de mal tiempo, y los buenos, a Cabañas de la Sagra. En una de sus cortas invernadas cogiéronle los Babeles por su cuenta para que los ayudase en la grande empresa de la corrección de su hija.

Antes de la tremenda crisis, don Juan había tratado de reducir a Dulce con persuasivas amonestaciones y chuscas parábolas; pero el resultado no correspondió a sus buenos deseos. Hubo escenas lastimosas y hasta repugnantes, pues Arístides intentaba someter a su hermana por la violencia, a lo que se opuso el cura. La trastornada joven cayó después en abatimiento profundísimo, y su quebranto era tal que Casado, de acuerdo con el médico, permitió que doña Catalina levantara la prohibición absoluta de bebidas espirituosas.

La enferma tomó con gusto porciones muy tasadas, hasta que, al iniciarse el período de nervioso desquiciamiento con altísima fiebre, le entró tal repugnancia de la bebida, que, habiendo recetado la facultad medicamentos con preparación alcohólica, costó mucho trabajo hacérselos tomar. En su delirio, la infeliz profería blasfemias horribles y expresiones soeces, que oyó con paciencia el presbítero, murmurando: "Ya te lo diré yo luego", y doña Catalina, consternada, se llevaba las manos a la cabeza y decía mirando al techo:

—Pero ¡cómo ha de tener Dios lástima de nosotros oyendo estas atrocidades!

—No afligirse, madama—replicaba don Juan—, que arriba ya están hechos a oírlo, y a las cabezas trastornadas no se les hace caso.

Pasó la fiebre. El médico continuaba prescribiendo los estimulantes, y la paciente entró en un período de franca sedación, el ánimo abatido, la memoria deslavada, pero con destellos de inteligencia, que cada día iban siendo más vivos. Doña Catalina respiraba llena de esperanzas; pero temía que a lo mejor saltase la enferma con nuevas querencias del maldito *trinquis* a que debía su mal. Don Juan no era de esta opinión, y alegaba algún ejemplo, por él visto, de persona radicalmente curada del vicio después de una crisis semejante. Hicieron la prueba ofreciendo a Dulce una copita de licor fuerte; pero ni a tiros la quiso tomar. Sólo de olerlo se le revolvía el estómago, y de probarlo sólo vomitaba.

—Pero ¿será verdad—dijo al cura feo, recogiendo en su memoria retazos y jirones de los acontecimientos pasados—, será verdad que yo...? Me parece que lo recuerdo, o que lo he soñado, o que alguien me lo ha dicho... ¿Será verdad que he perdido el juicio por...? Tengo una idea de haberme quedado dormida después de... y de haber bajado a la calle desmelenada y en chancletas, diciendo palabras inmundas. No me queda duda de que en Madrid salí de mi casa con el tío, y él empeñado en que habíamos de ir a ver la mar. Después, en Toledo..., creo que..., no sé..., paréceme que algunas tardes...

Revolviendo sus ojos atontados de una parte a otra, interrogaba con ellos a su madre y a don Juan. Doña Catalina, limpiándose las lágrimas con la punta del pañuelo, acudió a quitarle de la cabeza aquellas ideas.

—No, hija mía; es figuración tuya; restos del delirio febril que te quedan entre ceja y ceja.

—No, no, voy recordando, y... me gustaba, me gustaba lo que ahora me repugna—dijo Dulce, reclinando su cabeza en la almohada y mirando fijamente a don Juan.

—Lo pasado, pasado, niña. No pienses en eso—replicó el clérigo, que tutear solía a las personas con quienes hablaba tres veces—. Todo fué que te pusiste un poquitín alegre. Esto no tiene nada de particular, y proponiéndote no repetir, estamos de la otra parte. Lo mismo que el decir porquerías, y ofender de palabra al Santísimo Sacramento. Claro, lo has hecho con el juicio trastornado, pues no siendo así, ¿cómo habías tú de decir que la Virgen es una acá y una allá, y que los santos son unos tales y unos cuales?

—¡Yo..., yo he dicho eso!—exclamó la joven espantada.

—Sí, lo dijiste. ¿Y qué? No te aflijas —indicó el clérigo—. Cuando yo tuve las viruelas, me puse tan malo de la cabeza, que delirando dije que me casaba con el señor cardenal. Los enfermos tienen bula de disparates. Lo que has de hacer ahora es ir a pedirle perdón a la Virgen Santísima de las perrerías que has hablado de ella.

Dulce calló, mirando al techo. Doña Catalina metió en seguida la cucharada:

—Sí, hija, ahora que el Señor te ha hecho el beneficio de ponerte buena, tienes que reconciliarte con El, y dejarte de esos piques con Su Divina Majestad. ¿Qué culpa tiene Dios de lo que a ti te ha pasado? Porque hayas sufrido algún contratiempo, ¿vas a dejar de creer lo que el dogma nos enseña? Porque sí, sepa usted, don Juan, que hace muchísimo tiempo que no pone los pies en la iglesia, y que se las echa de descreída, y de librecultista, y qué sé yo qué...

—¿De veras?—dijo Casado, haciendo ademán de pegar a la enferma, que mirándole se sonreía—. Ya verás cómo te pongo yo las peras a cuarto. Déjate estar. Conmigo no hay descreimiento que valga. El diablo me conoce, perro

maldito, y cuando me ve entrar en una vivienda, ya está él cogiendo sus bártulos para largarse. A más de la tirria que me tiene porque soy yo más feo que él, no me puede ver ni escrito, porque le sacudo de firme siempre que puedo. Y el muy sinvergüenza no queda cosa que no inventa para fastidiarme: que el reuma, que los callos, que las muelas. Pero yo, impávido, dándole cada piña que el crujido se oye en el último infierno... Sí, sí, esta crisis va a ser saludable para tu cuerpo y para tu alma, porque ahora que se va el médico entro yo...; te advierto que soy pesadito de veras, que al que cojo, le mareo, le vuelvo loco, y que quiera que no quiera le hago vomitar todo el ateísmo y toda la librepensaduría...

Ya desde aquella noche empezó don Juan a catequizarla, conociendo que su alma necesitaba de enérgica medicina. Y, la verdad, no encontró grandes resistencias, porque la infeliz joven padecía entonces principalmente de un desmayo de la voluntad, como quien habiendo agotado su fuerza en descomunal lucha cae postrado y sin aliento; todas las iniciativas y erguimientos de su carácter habían cedido, y se entregaba exánime y desangrada, para que hicieran de ella lo que quisiesen.

Con gran contento de doña Catalina, y aun de don Simón, que en su lucrativo puesto oficial abogaba por que se rindiese culto a *las venerandas creencias de nuestros padres,* Juanito se pasaba dos o tres horas del día al lado de Dulcenombre, departiendo con ella, y no siempre de religión, pues entre los temas serios metía mil hojarascas graciosas, cuentos y hasta chascarrillos, descripciones amenísimas de la vida del campo y de las costumbres sagreñas.

—No crea usted—le dijo Dulce—que yo he sido jamás atea. Lo decía, y hasta llegaba a creérmelo yo misma a fuerza de decirlo. Es que del despecho y de la rabia que me entraron cuando ése me dejó, yo no sabía por qué registro salir, y salí por ése. Luego, al saber que él se convertía, me entraron a mí ganas de irme con Satanás; pero no me iba, no, a pesar de que me salían de la boca aquellas estupideces. Era el reconcomio, el torcedor que tenía dentro. Pero yo creo en Dios y en la Virgen, y me pesa haberlos ultrajado.

—Basta, no es necesario más. Si ahora te propones perdonar de todo corazón a los que te han ofendido, y lo consigues, pero de todo corazón, sin farsa, ¿entiendes?, habremos puesto una piquita en Flandes. Perdona o, en otros términos, arroja de ti todo ese asiento corrupto que llevas en el espíritu, y pronto te daré de alta...

Dulce masculló la respuesta. Decía que no y que sí, y el tal perdón se le atravesaba en la garganta como una píldora gruesa y pestífera difícil de pasar.

II

"Bajo el punto de vista de la representación social", como hinchadamente decía el inspector del Timbre, los Babeles habían ganado mucho en Toledo, pues alternaban con familias decentes de empleados de la Delegación de Hacienda, y con otras toledanas, ya del comercio, ya del señorío mediocre. Como no los conocían, y el don Simón era hombre que con su coranvobis daba un chasco al lucero del alba, fácilmente hicieron amigos, y doña Catalina recibió y pagó visitas de esposas de capitanes, de hermanas de canónigos, de tenderas de la calle del Comercio, de patronas de huéspedes y de otras señoras honestísimas, cuyos maridos se ocupaban en tráficos menudos o tenían labranza en la provincia.

Para darse más lustre y apersonarse más, don Simón iba con su cara mitad, *oficialmente,* a la misa de doce de la Magdalena, muy favorecida del señorío civil y militar. Allí se codeaban con el brigadier y su señora, con todo el profesorado de la Academia, con la oficialidad de la Comandancia general y con multitud de señoras y señoritas elegantes. A la salida, daban unas vueltas en Zocodover, con ese pasear reposado y solemne de las personas distinguidas, y veían pasar el batallón de cadetes con su música, de vuelta de la misa de tropa en San Juan Bautista... Animado y alegre está Zocodover a semejante hora, pues al gentío que sale de la Magdalena, en el cual se destaca mucho sombrero de señorita, muchos ros y teresiana de militares, únese pronto el aluvión de alumnos que al volver de San Juan *rompen filas* en la Academia, y

se lanzan hacia la plaza en bulliciosos grupos. Poco antes han llegado los coches de la estación soltando los viajeros del tren de las once, y el famélico cicerone acosa y embiste a los forasteros. La gorra inglesa de viaje, con orejeras, sobre cabeza masculina o femenina, vese muy a menudo entre la multitud, en la cual no faltan moños de picaporte, sombreros de veludillo y refajos verdes y rojos, para hacerla más abigarrada y pintoresca.

Don Simón, de gabán un poco raído y muy estrecho, por datar de una fecha en que su dueño era de menos carnes, guantes nuevecitos y chistera atrasada en dos modas y pico, solía irse con su compañero de Inspección o con el comisario de Policía a tomar un tentempié en casa de Granullaque, establecimiento que a tal hora rebosaba de consumidores, cadetes, forasteros de los que van aprisa, con billete de ida y vuelta, y alguna pareja de curas de pueblo, de balandrán con esclavina, paraguas y teja corta, los cuales han ido a las Sinodales. En tanto que don Simón se arreglaba el estómago con un bartolillo y una copa, quitándose sólo un guante, doña Catalina daba vueltas en la plaza con sus amigas, y los ojos se le iban tras los cadetes, admirando su desenvuelto y gentil porte. "¡Es un dolor —pensaba la buena señora—que mis hijos no sean así! ¡Ay, si hubieran tenido otro padre, que desde chiquitos los hubiera encarrilado por la senda del estudio y la formalidad, hoy serían generales lo menos! Da gozo ver estos chiquillos tan salados, tan caballeretes, con su espada al cinto, lo que prueba que tienen que mirar por el honor."

Dulcenombre no acompañaba jamás a sus padres en esta exhibición dominguera y fantasiosa, primero, porque su delirio y enfermedad se lo impidieron; después de curada, porque sentía indecible vergüenza de presentarse en paraje tan público. El primo Casiano continuaba fiel al cariño con que la distinguía; pero sus viajes a Toledo eran menos frecuentes a causa de las ocupaciones de labranza que le retenían en el pueblo, lo que doña Catalina y Babel vieron con satisfacción, porque los aterraba que se enterase de las evaporaciones de la niña. Alguna vez que fué allá el bargueño en ocasión que Dulce estaba muy tocada, pasaron marido y mujer las de Caín por ocultarle la triste realidad, inventando mil fábulas, que el confiado optimismo del hidalgo labriego tomaba por artículo de fe. Pero no les llegaba la camisa al cuerpo, porque, naturalmente, temían que don Juan, aunque por el pronto se prestase a favorecer a los padres en su campaña de corregir a Dulce, abriera después los ojos de su amigo y le quitara de la cabeza la idea que tanto a los Babeles agradaba. Pocas esperanzas tenían, pues, de cazar pájaro tan gordo; pero mientras Casado no les derribase de golpe el bien armado artificio, en él persistían hasta que saliese lo que Dios quisiera. Por fin, gracias a Dios, en su convalecencia y mejoría no presentaba la joven ningún síntoma sospechoso, y los padres, gozosos de no tener que representar las comedias de antes, recibían con palio al buen bargueño. El cual no iba nunca con las manos vacías, y se descolgaba por allí cada lunes y cada martes, llevando a su pretendida regalitos de caza o pesca, bien la media docena de perdices, bien anguilas que parecían boas por lo grandes y gruesas; ya la pareja de palomas pechugonas, de irisado cuello y patas rojas; ya una caterva de pollos bien gordos, que doña Catalina soltaba en el patio para hacerse la ilusión de que tenía granja y oírlos cacarear antes de retorcerles el pescuezo.

Lo que a don Simón disgustaba en el asunto de Casiano, hombre para él, como para todo el mundo, estimabilísimo, era el traje.

—La única tacha—dijo a su mujer—que ponerse puede a este hombre de pasta de ángeles y de hojaldre de caballeros, es que se vista como se viste. Porque mira tú que ese pantalón a la rodilla, y esas polainas, y todo ese pergenio parecen cosa de comedia. Francamente, cuando sale conmigo paso un mal rato... Me da vergüenza de que la gente me vea con él.

Doña Catalina, la chiflada, sin duda por serlo en grado sumo, saltó con una furiosa crítica del traje moderno, diciendo que los hombres del día son, *bajo el punto de vista* de la ropa, unos horribles monigotes.

—Mira tú que esos pantalones hasta abajo, que no te dejan lucir tu buena pierna, y ese tubo de chimenea que lle-

váis en la cabeza, y el suplicio de esos cuellos almidonados, y el gabán, que parece prenda inventada para que parezcáis osos en dos pies, sin cintura, sin talle ni aire de caderas, son de lo más ridículo y prosaico que se puede inventar. Y no puede tener más defensa que la igualdad; quiero decir, impedir que los hombres de buenas formas como tú las luzcan, para no dar dentera a los mal formados. El traje de Casiano favorece la belleza corporal, y hace bien en preferirlo a vuestros vestidos de mamarracho. Debéis adoptarlo, para lo cual sería conveniente que la nueva moda viniese de arriba, principiando los ministros y los diputados y senadores por vestirse a la bargueña, y luego la chusma iría entrando por el aro.

Don Simón se reía y don Juan Casado, que estaba presente, apoyó, quizá por seguir la broma, las opiniones indumentarias de la ricahembra, diciendo que también los clérigos debían aspirar a ser menos feos que actualmente lo son, presumiendo un poquitín y dejándose bigote y perilla como Lope y Solís, y melenas a lo Calderón.

En cuanto Dulce pudo valerse, su madre y Casado la llevaron a la Magdalena, la hicieron asistir al rosario por las tardes, por las mañanas a misa, y a los pocos días confesó y comulgó, hallándose después de esto con una tranquilidad de espíritu que no había conocido en mucho tiempo. Su característica en aquella temporada era el decaimiento de la voluntad, y si conforme la condujeron a la iglesia la hubieran metido en un sitio de escándalo y corrupción, su pasividad habría sido quizá la misma. Pero a los pocos días de religioso ejercicio ya ponía algo más de energía propia en él, y por este camino, pasito a paso, llegó a tomar gusto a lo que al principio fué desabrido manjar, concluyendo por encontrarlo sustancioso y dulce.

Largas horas pasaba en la hermosa capilla de Nuestra Señora de la Consolación, la cual, por el nombre, empezó a cautivarla, y con sincero fervor pedía consuelos a la Virgen. Pero la imagen que más hondamente hablaba a su espíritu era la del Cristo de las Aguas, que frente al de la Virgen tiene su altar, efigie de mucha devoción en Toledo por la interesante leyenda de su aparición en las ondas del Tajo y por ser abogado predilecto de la ciudad en tiempo de sequía y calamidades públicas. Dulcenombre *simpatizó* (no hay más remedio que decirlo así) con aquel Cristo desde la primera vez que le vió, y al poco tiempo de rezarle ya le tuvo por su protector y le revistió en su mente de todos los atributos de la divinidad tutelar y misericordiosa.

—Porque yo, Señor—le decía la Babel—, no aspiro a la perfección, ni mucho menos: sé que he de ser siempre pecadora, y lo que te pido es que me pongas en condiciones de vivir sin ofenderte en cosa mayor, para lo cual lo primero es que me arranques la ley que todavía le tengo a ese pillo, pues mientras tenga dentro de mí esa ley, dispuesta estoy a dispararme y hacer cualquier desatino. Pues ¿no soñé la otra noche..., y no sé si lo soñé o lo pensaba en vela..., que me agradaría que mis hermanos le matasen? No, Señor, esto no ha sido más que una idea que pasó, como pájaro que vuela, como sombra de una nube que corre por allá arriba. Yo no quiero nada de muerte; pero si no serenas mi corazón, el mejor día salgo con una pitada muy gorda... Yo me conozco, sé que soy atroz en mis quereres, y reconozco que la sangre de familia que llevo en mis venas no es de lo mejorcito.

En el altar del Cristo ardía siempre una vela suya, y Dulce cuidaba de que nunca dejase de lucir, pues su preocupación supersticiosa llegaba al extremo de barruntar desdichas si se apagaba. Con ella y otras que distintos fieles ponían allí, el dorado altar y sus exvotos de cera, entre lazos y cintas, se rodeaban de esplendor fúnebre. El amarillo cuerpo de la santa imagen reproducía con su patinoso barniz antiguo las llamas rojizas, y el cárdeno rostro, el perfil hebreo, la expresión cadavérica, adquirían un terrible acento de verdad. La cabellera de mujer que le cuelga en mechones por entre las espinas, velando en parte el rostro, en parte cayendo hasta el costado, le hacía más lúgubre, más muerto, más lastimoso. Ante él sentía Dulce inefables esperanzas en la misericordia celeste, y de todo corazón le encomendaba su cuita. Representando la imagen al divino Jesús después de muerto, no dejaba

de tener para la penitente misterioso lenguaje, reflexión de las propias ideas de ella y de las irradiaciones de su alma. Algunas tardes creía verle más adusto que de ordinario; otras, benigno y hasta risueño. Figurábase, a veces, que los agarrotados dedos no permanecían en mortuoria quietud, y no siempre veía en la hermosa cabeza el mismo grado de inclinación sobre el pecho. Rara vez estaba sola la capilla; siempre había en ella algún afligido suspirón, madre atribulada o incurable enfermo. No sonaba allí un aliento humano que no expresara algún dolor terrible.

Una tarde tuvo que entrar Dulce en la sacristía, no en la de la capilla, sino en la general de la parroquia, y al volver, atravesando la nave lateral de la epístola, vió en un confesonario a un hombre de rodillas, medio cuerpo metido dentro de la caja, como penitente que con gana lo toma. Aunque no le vió el rostro, creía reconocer a una persona muy de su intimidad en otros tiempos. "No hay duda—se dijo supensa—, son sus pies... Reconozco también la ropa. Lo que no reconozco y me parece inverosímil es su postura, esa actitud de penitente compungido que parece que se quiere comer al confesor. Ya sabía yo que andaba hecho un beato; pero no creí que a tanto llegase." Volvióse a la capilla, y desde allí, por entre los hierros de la verja, miraba trémula y sin sosiego. Sensaciones extrañas, tras de las cuales vinieron sentimientos más extraños todavía, la distrajeron de su devoción al Cristo, que en aquel rato desapareció a sus ojos, como si le hubieran sacado en procesión por las calles.

Deseando cerciorarse, detuvo al sacristán de la capilla, que por allí pasaba, y pidióle informes:

—Dime: ¿conoces tú a ese caballero que está confesando?

—Ya lo creo: es don Angel..., buena persona.

El que de este modo hablaba era un ser de voz atiplada y modales femeninos, de rostro simioso, viejo adolescente o joven caduco, según se le mirase. Llamábanle *Entre todas las mujeres*, sin duda por su oficiosidad relamida con el bello sexo en el servicio de la capilla de la Consolación, tan frecuentada de hembras de todas las clases sociales. Fuera de la iglesia solía servir de diversión a los chicos por su braceo afeminado y sus andares poco varoniles. Dentro, desempeñaba sus funcionse con increíble actividad, acomodando en buenos asientos a las señoras de viso, y desplegando una especial destreza escurridiza y reptante al pasar entre tantísima falda, en días de gran lleno, para encender velas o acudir con el cepillo de la colecta. Era o había sido también un poco sastre; se cosía primorosamente su ropa, y en su calidad de *mariquita negra* salía en la procesión del Viernes Santo con el grupo que representa a los escribas y fariseos. Dulce le conocía y le trataba con cierta intimidad porque eran vecinos, pues *Entre todas* moraba con su madre, sastra de curas, en un desván de la casa habitada por los Babeles.

—¿Conque don Angel? ¿Y hace mucho que viene por aquí?

—Todas las mañanas le tiene usted a la primera misa; ¡ay Jesús!, pues no es poco puntual; y paga tres si no me engaño.

—Dime: ¿confiesa con don Juan Casado?

—No, señora; con don Atanagildo.

—¿Qué disparates dices?

—Pero ¿no sabe la señorita que llamamos don Atanagildo a don Atanasio Gil? Es broma, y él no se enfada. Pues ese caballero dicen que era de la piel de Barrabás, ¡ay Dios mío!, masón, *repoblicano* y de *la común*, disoluto y de malas pulgas, y ahora le tiene usted convertido y como una malva, con una devoción que da gusto. Es muy corriente, y el sábado me dió una moneda de cinco duros. ¡Ay hija, es la única que he visto en mi vida!

—¡Qué gracioso!—dijo Dulce, riendo de un modo poco adecuado a la santidad del lugar—. Pues estás en grande, *Entre todas*, con semejantes parroquianos.

No pasó de aquí el diálogo. La Babel se fué a su casa, y aquella noche observáronla sus padres más contenta, más decidora que de costumbre. Al otro día fué a misa con su madre, y vió a Guerra oyendo devotamente la de don Juan Casado, de rodillas, libro en mano, con un recogimiento y una atención que rara vez en hombres de su

clase se ve. Doña Catalina no reparó en el antiguo amante de su hija. Esta no le quitaba los ojos; al salir le perdió de vista; pero a la tarde, en el momento de pasar a la sacristía parroquial, se le encontró de manos a boca. Aunque la iglesia no estaba muy clara, ambos se vieron, y Angel fué quien primero le dirigió la palabra, con familiar modo, como si el encuentro no le afectara poco ni mucho.

—Dulce, ¿tú por aquí? Sabrás que me alegro de verte. Por tu hermano supe que has estado mala. ¡Cuánto lo sentí! Tenía pensamiento de ir a visitarte un día de éstos.

—Sí—dijo ella con naturalidad—. He tenido un mal de nervios, cosa tremenda; pero ya estoy bien, gracias a Dios.

—¿Sabes que me complace mucho verte aquí? Hija, ¡qué transformaciones, qué mudanzas en tan corto tiempo!

—Ya lo veo... ¡Quién lo hubiera dicho! Mira cómo al fin, arrieritos los dos, nos hemos encontrado en este caminito. Tenemos que hablar. ¿Irás por casa? Puedes ir, que allí no nos comemos la gente.

—Ya lo creo que iré. Hablaremos, sí. Y tus hermanos, ¿buenos?

—Buenísimos..., queriéndote mucho, como todos en casa. ¿Irás, irás por allí?

—Mañana sin falta, a la hora que tú me indiques, me tienes allá.

Díjole Dulce la hora y se separaron. El salió a la calle, algo soliviantado por la irónica amargura que notar creía en el tono de su antigua esposa ilegal, y ella se fué a contar el caso a su amigo el Cristo de las Aguas.

III

Puntual a la cita, Angel penetró en el antro babélico a las tres de la tarde. Recibiéronle Dulce y doña Catalina, que se creyó en el deber de poner unos morros de a cuarta, temerosa de nuevas complicaciones. Pero la buena señora, que ya había observado en su hija cierta tranquilidad al dar cuenta del encuentro en la parroquia y de la anunciada visita, notó con asombro que la recibía sin visible alteración. A poco de cambiarse las fórmulas de urbanidad y las primeras manifestaciones referentes a la salud, Dulcenombre, con perfecto aplomo y semblante risueño, se dejó decir esto:

—Ya estoy curada, curada de todo, de todo: fíjate bien. El Santísimo Cristo de las Aguas se ha portado conmigo como un caballero, concediéndome lo que con tanta devoción le pedí.

—Me alegro mucho—dijo Guerra—. Dios no abandona a quien con fe y amor se pone en sus manos.

—Justo; y buen ejemplo soy yo, que no hace mucho sentía una pena, un ahogo, que no me dejaban respirar, y ya... como con la mano. Conviene decir las cosas claras, para no dar lugar a malas interpretaciones. Yo padecía, yo llevaba un puñal clavado en el pecho; pero desde que te vi convertido en beato baboso, con medio cuerpo dentro del confesonario; desde que te vi de rodillas, hocicando en el libro, como se ponen los hipócritas, me desilusioné, hijo; ¡pero de qué modo!, y el cuchillo se me desclavó, creo que para siempre. Ha sido como un milagro. Verte yo en tales posturas y quitárseme la ley que te tenía, como si me limpiaran el alma de toda aquella broza, fué todo uno. Lo estaba yo sintiendo y me parecía mentira. Pero ¡si no puede ser de otro modo! ¿El querer es pecado? A saber... ¡Puede que lo sea, porque yo no concibo enamorarse de un hombre que hace en las iglesias los desplantes que tú. El Señor me perdone, pero no es culpa mía si el amor humano y la devoción de veras no hacen buenas migas. En una mujer todo eso es natural y hasta bonito; ¡pero en un hombre!..., quita allá...

No supo Guerra qué contestar por el momento, pues las ideas se le oscurecieron con aquella salida brusca de la que fué su amante; mas no tardó en rehacerse, repeliendo el amor propio, que sin duda quería salir con alguna botaratada, y acudiendo a sus recientes convicciones en busca de una respuesta airosa.

—Yo me alegro mucho—dijo al fin—, y nada tengo que oponer a eso de que la piedad ardiente desilusiona del amor mundano. Bien podrá ser. Hay casos..., me parece a mí..., en que tal vez suceda lo contrario. Cada cual ve estas cosas a su manera. Lo que yo deduzco claramente de lo que acabas de decirme es que hay cierta incompatibilidad entre el cumplimiento exacto, a la letra,

de nuestras obligaciones religiosas y el actual convencionalismo de las opiniones humanas. Y siendo obra imposible el poner de acuerdo una cosa con otra, lo mejor es decidirse por la verdad, desdeñando esa falsa ley de estética social que ha establecido la ridiculez del seglar piadoso; lo mejor, digo, es seguir el camino de Dios, sin mirar atrás para ver quién se ríe y quién no se ríe, ni hacer caso del vano juicio de mujeres.

A pesar de la entereza que revelaban estas palabras, el converso no las tenía todas consigo, y tocaba a somatén dentro de sí para convocar fuerzas esparcidas, reunirlas y poder triunfar de los sofismas de Dulce, la cual, sintiéndose fuerte, se echó a reír, trasteando a su amigo con cierta saña, como si después de tener al vencido a sus pies quisiera patearle.

—¿Y todo eso parará en meterte a cura o fraile? Tal piensa tu amigo *Entre todas;* pero yo no lo creeré hasta que tú no me lo confirmes.

—Resoluciones de esa naturaleza—dijo Guerra, mordiendo el látigo—no son para confiadas a quien no podría juzgarlas sin frivolidad.

—No, si yo no lo censuro—agregó ella, dueña del campo—. Pues no faltaba más. Al contrario, puesto a ello, debes ir hasta el fin. O santidad a punta de lanza, o nada. Si Dios te llama por ese camino, afeítate, ponte la falda negra y, ¡hala!, al altar. Más vale eso que no hacer el beato con pantalones, que no pegan, no pegan, no, a tal género de vida. Por supuesto, si te ordenas, no seré yo quien te oiga la misa. ¡Dios mío, qué horror!—tapándose la cara—. Hay cosas que parecen delirios de la fiebre..., y, sin embargo, son verdad.

Doña Catalina, que había escuchado el anterior diálogo con atento mutismo, se escandalizó como Dulce, y haciendo también de su mano máscara para cubrir el rostro, dijo así:

—¡Jesús, oírle misa a este hombre! Hay cosas que no están en el orden natural, y que si suceden han de traer un cataclismo.

—Pues si es así—afirmó Dulce, muy seria, apoderándose de un elevado pensamiento—, sea en buen hora. Véase por dónde han tenido conclusión feliz cosas, ¡ay!, que parecían no poder tenerla nunca. ¡Sacerdote! El decirlo me causa asombro, y al mismo tiempo me da una gran tranquilidad. Háceme el efecto de que te moriste diez años ha. Tú clérigo no eres la persona que yo conocí. Resultas otro, y como es para mí de absoluta imposibilidad querer a un cura, como eso no cabe en mi natural, como lo rechazo y lo repugno lo mismo que repugnaría y rechazaría el tener por marido a un toro o un caballo, me encuentro regenerada, libre de grandísimo peso. ¡Ay! Yo también soy religiosa a mi modo, a lo chiquito, a lo pecador; aspiro a portarme bien y a ser perdonada, y a ganarme cuando me muera un huequecillo del Cielo, de los menos visibles, allá por donde están los que fueron más imperfectos y se salvaron por la muchísima misericordia de Dios. Sí, yo soy también algo piadosa, y desde que pasé aquella crisis he rezado mucho al Cristo de las Aguas, no ofreciéndole lo que me sería difícil cumplir, no metiéndome en muchas honduras, sino contentándome con el triste papel de persona afligida que quiere ver calmados sus dolores. Y el Señor me consolaba y me decía: "No seas tonta: no te apures; ten paciencia, que ya se te quitará eso." Yo, sin ser santa ni mucho menos, tuve paciencia y esperé: y mira por qué camino tan imprevisto me trajo el divino Jesús el remedio que yo le pedía. Estoy curada, y bien curada. El Señor me ha dicho: "Levántate y échate a correr."

No se puede garantizar que fuera cierto en todas sus partes lo que Dulce afirmó; pero de algo que efectivamente existía en su alma y de otro poco añadido por ella con vigorosa voluntad, resultaba una situación moral bastante aproximada a lo expuesto. El tiempo completaría la desilusión, y bastante triunfo era ya sentirla clara y terminante, como la sedación de un dolor antiguo. Angel beato era un ser bien distinto del Angel demagogo, cismático y en pugna con todo el orden social. Aquél fué su encanto; éste se le indigestaba. El primero, con sus propias imperfecciones, la cautivó; el segundo, con su perfección, no le servía ya. ¡Contrasentido de la naturaleza humana, que prueba quizá cuán extensa es por estos barrios la jurisdicción de Luzbel!

Arístides, que, arrimado a la puerta, había oído parte del diálogo anterior,

entró a saludar a Guerra en el momento de salir doña Catalina a echar de comer a sus pollos. Ocupó el hijo la silla de la madre, y con seriedad campanuda endilgó a su enemigo esta felicitación:

—Mi enhorabuena, querido Angel, por esa determinación. Si ya se sabe, si es de dominio público que te retiras al yermo. ¡Quién pudiera hacer otro tanto!...

"Este danzante quiere tomarme el pelo—dijo el converso para sí, tragando quina—. Paciencia: le dejaremos que diga lo que quiera. Vengo preparado a todas las humillaciones posibles."

—... ¡Dichoso tú, que eres dueño de tu conducta, y puedes dar el gran esquinazo a esta farsa en que vivimos. ¿Es cierto que fundas una gran casa para asilo de menesterosos y corrección de criminales? Si es verdad, ¡oh varón santo!, acuérdate de mí, que por los dos conceptos puedo pedirte plaza. Soy pobre y no soy bueno. ¿Qué más quieres? Seré uno de los mejores casos que se te presenten, y te aseguro que entraré en tu iglesia con el corazón bien dispuesto. Quizá, quizá obre tu amparo en mí tan eficazmente, que a poco tiempo de estar allí te sirva para discípulo.

—No siendo yo maestro, mal puedo tener discípulos—replicó el otro.

—O de criado.

—Yo estoy para servir a los demás, no para que me sirvan a mí.

Angel sintió sobre sí la ironía maleante del primogénito de Babel; pero se había propuesto humillarse, y se humillaba.

—Lo que funde o lo que deje de fundar—dijo Dulce, al quite de su amigo—es cosa reservada, y ni a ti ni a mí nos lo ha de contar. No te metas en lo que no te importa. Cuando sea, lo veremos, y ello ha de resultar cosa seria y de importancia.

Arístides calló, poniéndose a contemplar la estera; y por un ratito no se oyó más que la voz de doña Catalina, que en la ventana de la galería llamaba a sus gallinas y polluelos, cacareando tan bien y con tanto furor, que parecía que iba a poner huevo.

—¿No sabes—dijo bruscamente el *barón*, mirando a Guerra de hito en hito—que me he quedado con el circo de verano para la temporada próxima? El local es malísimo, allá en los Agustinos recoletos; pero les voy a traer a estos brutos una compañía acrobática como no la han visto en toda su vida.

—Me alegro mucho—replicó Angel, gozoso de que se variara la conversación—; te deseo buenas entradas.

—Te mandaré billetes... Pero, ¡ay!, no, ¡qué disparate he dicho! ¡Tú en un circo de caballos, viendo *clowns* y amazonas!... Perdóname...; es que no me acordaba.

—No hay por qué perdonar. No me escandalizo de nada.

—A éstos—indicó Dulce con desdén—les ha entrado ahora la manía de las empresas de espectáculos. Mi primo Poli parece que se queda con la plaza de toros.

—Sí—agregó Arístides—, pero perderá la camisa. No tiene quien le fíe dos pesetas; sin dinero no podrá traer más que cuadrillas de invierno, y la grita se oirá en Jerusalén. Mi circo es otra cosa. Mañana me voy a Madrid a ultimar los contratos con el representante de una compañía que está en Lisboa. ¿No se te ofrece nada para la villa y corte?

—Nada.

—¿No quieres que te traiga algún breviario, algún...?

—Lo tengo. Gracias.

—¿Algún cilicio, disciplinas?...

—Los tengo también.

—Pero de seguro que no tienes correa.

—También la tengo—dijo el convertido, enfrenándose; y para sí añadió: "Me escarnece porque me ve moralmente desarmado. Paciencia, y aguantar."

—Veo que nada te falta. ¡Ah! La chapita de Carlos Siete.

—Esa, para ti; yo no gasto chapas de nadie.

—Sí, hombre. Aquella que dice *Libertad, Igualdad, Fraternidad,* grabándole encima un bonete.

Guerra ya no podía más; pero su propósito de no alterarse, de sufrir, era tan fuerte y poderoso, que abrazándose a él como a un lábaro santo, se salvó del peligro de la ira. No obstante, temiendo que si allí continuaba llegaría su paciencia a la máxima tensión, no contestó al último escarnio de Babel más que con una sonrisa, y se levantó para retirarse, dando la mano a Dulce y diciéndole sencillamente:

—Adiós, hija.

Dulce le contestó: "Hijo, adiós", con un suspiro que era el último aleteo de su ilusión expirante. Dió Guerra también la mano al primogénito, que se la estrechó con afectación, diciéndole en un rapto de brutal sarcasmo:

—Abur, maestro. Acuérdate de mí cuando estés en el Paraíso.

Angel tuvo en la punta de la lengua la respuesta: "Ni yo soy maestro, ni tú buen ladrón"; pero se la tragó con muchísima saliva, más amarga que la hiel.

En esto apareció Fausto con risa convulsiva, y cuando el visitante llegaba al ángulo del corredor donde arranca la escalera, le acometió por la espalda con estas injuriosas palabras:

—¡Hipócrita, chupacirios, catamonjas! ¿A quién quieres engañar con tales arrumacos?

Al instante se echó Arístides sobre su hermano, poniéndole la mano en la boca: pero aún pudieron salir de ella, a pedazos, algunas expresiones que declaraban su iracundia frenética: "¡Puño, si debiéramos cobrarle las perradas que nos ha hecho!..."

Volóse Dulce con la salvajada de su hermano, y le dijo:

—So bruto, ¿no ves que no quiere reñir con vosotros, que no reñirá aunque le llaméis *perro judío?* Dejadle... Es hombre muerto.

El hombre muerto salió atravesando tranquilo el patio, sin honrar con una mirada a los Babeles, que desde la ventana de la galería alta le vieron salir y disputaban sobre si se le debía insultar o no. Iba decidido hasta a dejarse pegar, o, por lo menos, hasta sostenerse frente a tal canalla en la actitud más pasiva que posible fuera dentro de lo humano. Parecióle que los pollos de doña Catalina le miraban con desprecio, y salió a la calle contento de sí mismo, orgulloso de aquella grande y decisiva victoria sobre su enemigo mayor: su carácter.

CAPITULO VII

LA TRAMPA

I

De allí se fué por San Miguel a su casa de la calle del Locum, y hasta muy avanzada la noche estuvo escribiendo en pliegos de marquilla; y no debía de serle fácil la tarea, pues a cada instante tachaba, y vuelta a escribir entre renglones. Por fin, después de romper muchas hojas y emborronarlas de nuevo, pareció satisfecho de su obra, y se levantó tronzado de tan larga inmovilidad del cuerpo; estiró los brazos, y se puso a dar paseos por la habitación, aprisita, frotándose las manos, que se le habían quedado yertas. Cualquiera que le viese habría comprendido que aquel correcorre por el cuarto, aquel brillar de los ojos, y el murmurar de los labios, señales eran de que el hombre había dado resolución a un problema trascendente, o encontrado el quid de gravísima dificultad. En vela estuvo hasta muy cerca del día, y cuando se fué a la cama cayó como en un pozo. Las ocho serían cuando entró Teresa a despertarle, cosa desusada, y hubo de darle dos o tres empujones para hacerle abrir los ojos.

—¿Qué hay, qué ocurre?—murmuró el madrileño, alarmadísimo—. ¿Que hora es?

—Las ocho. Te despierto porque ahí tienes visita: don Francisco Mancebo, que quiere hablarte con muchísima urgencia. ¡Vaya unas horas de traer recados! Pero dice que es cosa grave, y que no hay más remedio sino que te tiene que hablar. En la sala baja está esperándote.

—Voy al momento—dijo Guerra, echándose de la cama, pues aquella visita de Mancebo tan a deshora le daba mala espina. ¿Qué sería? Vistióse a escape, y bajó.

El clérigo no se entretuvo en saludos, y desde que le vió entrar le embocó sin preparativo alguno las siguientes palabras:

—Grandes novedades, señor don Angel; novedades estupendas. Sepa usted que no la admiten.

—¡Que no la admiten!

—Lo que usted oye. Yo no he vuelto

aún de mi asombro. Ayer acordó la Congregación no dar el hábito a Lorenza, porque hay ciertas dudas acerca de... En resumen, que la echan, que no la quieren...

—¡Qué me dice, hombre! Si no puede ser...

—¿Va usted a salir? Yo tengo que volverme a la Catedral. Véngase y parlaremos por el camino. Tengo que decirle cosas graves, y me temo que las paredes oigan...

Angel subió por su capa, y al punto salieron los dos.

—Pues por las trazas, amigo mío—díjole Mancebo en cuanto llegaron a la calle—, en ello anda el dientecillo venenoso de la calumnia. Figúrese usted qué cuentos les habrán llevado a las hermanas para inducirlas a resolución tan triste y ruidosa. Yo me lo temía, crea usted que me lo temía, porque, francamente...

—Explíquese usted.

—A lo que iba, señor don Angel. Alguno o algunos han armado sinfín de catálogos: que la niña no es trigo limpio; que en Madrid tuvo amores con su amo, y tal y qué sé yo... Que en Toledo, mientras vivió en mi casa, usted y ella no hacían vida de santos; que durante el noviciado las visitas menudeaban de un modo sospechoso, y que han mediado cartas como de novios, y telégrafos y garatusas; y, por fin, que cuando la niña salía para acompañar a las que van a casa de los enfermos, se veía con usted en la calle, y... ¡zapa!, qué sé yo.

—¡Qué infamia!—exclamó Angel, echando lumbre por los ojos—. Pero ¿usted no se indigna? Le veo a usted tan tranquilo, que no sé qué pensar.

—Hombre, francamente...—con perfecta calma—, yo me indigno. ¿No ve usted lo indignado que estoy? Pero soy viejo y ya tengo la sangre muy fría. La quiero recalentar, y ella, la muy condenada, siempre como hielo.

—¿Y qué sucederá ahora?—con la mayor confusión.

—Pues ahora—no pudiendo enfrenar la risilla que en sus labios retozaba—me parece que quedará curada para siempre de sus aspiraciones a la sublimidad. Si en el Socorro no la admiten, ¿adónde va con su santo cuerpo? No tiene más remedio que volver a casa de su tío, el cual la recibirá con repique de campanas, como a una hija pródiga..., al revés, y..., y..., y...

Tres veces intentó completar la idea, y no se atrevió, dejándola para mejor ocasión.

—No, no; esto no puede quedar así. Hay que deshacer esa torpe trama, confundir a los calumniadores, probar a esas hermanitas que son unas tontas y que no merecen el sagrado hábito que visten.

—¿Y quién es el guapo, quién es el quijote que se mete a deshacer un entuerto como éste?

—Yo, yo, yo lo deshago, ¡vive Dios! —con arranque generoso—, aunque tenga que habérmelas con todo Toledo. ¡Pues no faltaba más! ¿Hemos de permitir que triunfe la mentira, que la inocencia sucumba sin defensa, que cuatro necios o cuatro tunantes pongan tacha a la reputación de una persona que vale más que todas las hermanitas de todos los Socorros del mundo, y que todas las monjas y frailes de todas las religiones?

—Pues yo, qué quiere usted que le diga... —encogiendo los hombros hasta aproximarlos a las orejas—. Yo no me metería en libros de caballería... Claro, desmentirlo, sí; decir que la chica y el sol allá se van en brillo y pureza, eso sí...; pero llevar las cosas por la tremenda y empeñarnos en que todo el mundo confiese, las hermanas inclusive, que no hay hermosura como la de doña *Leré* del Toboso... Por cierto que toda la noche me la he pasado cavilando en quién podrá ser, o quiénes, mejor dicho, los que han armado este tremendísimo catafalco de embustes. Y no desconocerá usted que lo combinaron con cierto arte, sacando partido de los hechos más inocentes. ¡Ah! Se me olvidaba lo más salado... No hay tragedia sin su motita de sainete. Dijeron también que en la época última, usted y mi sobrina se comunicaban por medio de un tercero. Y ¿quién creerá usted que es ese tercero, ese correveidile que porteaba los recadillos, los avisos de citas, *et reliqua*?... Pues no era otro que el angélico don Tomé.

—¡Estupidez! Algunas veces fuí al Socorro con el capellán de San Juan de la Penitencia: pero jamás me llevó recados, ni yo necesitaba de tal mensajero —indignándose—. Y no comprendo, en

verdad, señor Mancebo, cómo se ríe usted de tales infamias.

—Es que me hacen gracia... por la monstruosidad de la calumnia.

—Pues a mí no me hacen ninguna gracia, ni veo fundamento para que usted tome estas cosas a broma.

—¡Pobrecito don Tomé, paloma torcaz, qué lejos está del papel que le cuelgan!...

—Le juro a usted — con exaltación, apretando los puños—que si cojo al inventor de esta grosera y villana burla, no le quedarán ganas de repetirla.

—Yo me doy a pensar; voy pasando revista a los sospechosos y... Dígame usted—parándose—: ¿habrá salido esta culebra de la tertulia de don José Suárez?

—Qué sé yo...—cabizbajo—. Podrán mi tío y su mujer hablar con ligereza, bromear con la reputación de una persona; pero se me hace muy cuesta arriba creer que sean capaces de una calumnia calculada como ésta, y de llevar chismes de tal naturaleza a la superiora.

—Ta..., ta...—haciendo un rápido movimiento, como si atrapara moscas en el aire—. Le cogí; creo que cogí al criminal... ¡Qué idea! A ver qué le parece —acorralándole en el hueco de la puerta del Locum—. ¿Habrá sido Juanito Casado, el clérigo de Cabañas? No sabrá usted que es primo hermano de la madre del Socorro.

—No lo sabía, ni conozco a ese curita más que de vista. Yo le juro que si adquiero el convencimiento de que es él, no le valdrá su cara fea, y yo se la volveré bonita.

—Esto ha sido una suposición—dijo Mancebo, llevándose a su amigo por la puerta del Locum que conduce a las cámaras bajas de la Catedral, donde está la oficina de Obra y Fábrica—. Ni yo quiero tampoco echarle ese borrón a Juanito, a quien tengo por persona formal y decente. Es que se pone uno a buscar y revolver por todos lados, y la maldita suspicacia humana que llevamos en el magín va marcando como la manecilla de un reloj. ¡Ah! Otra idea. ¿Vendría el aire de esa familia endemoniada?... ¿Cómo se llaman, Señor? El inspector del Timbre, padre de una tanda de ladrones.

—No sé, no sé—con gran confusión—. Yo he de poder poco, o he de saberlo, y el calumniador, quienquiera que sea, me la pagará. ¡Vaya si me la pagará!

Llegaron a la oficina de Obra y Fábrica, donde no había nadie, ni nada que hacer, y Mancebo, después de hojear varios papelotes que tenía sobre su pupitre, se puso a picar una colilla. Angel se paseaba desde la mesa del canónigo obrero a la de don Francisco. De repente saltó con la determinación de ir al Socorro a hablar con la superiora.

—No le recibirán a usted. Tienen sus horas, y...

—Pediré una entrevista con Lorenza.

—No se la concederán.

Guerra había cogido de la mesa del canónigo obrero una regla de rayar papel, y la esgrimía como batuta. De repente dió con ella tan fuerte golpe sobre la mesa, que la partió en dos pedazos, y uno de ellos fué a dar a la pared de enfrente.

—Calma, amigo don Angel, y no nos destroce el material, que no está la Fábrica tan sobrada de fondos.

Sin contestarle nada, Guerra se embozó en su capa, y se fué, subiendo por la escalera que sale al atrio de la Sala Capitular. Tan preocupado estaba, que atravesó el templo como si pasara por un almacén. Ni las campanillas de las misas le sacaron de su abstracción, ni las caras conocidas que vió, ni el recogimiento y santidad del sitio. Como un rehilete salió por el claustro, tomando luego la dirección de la Trinidad y Santo Tomé para ir al Socorro, adonde llegó en un cuarto de hora. Díjole la portera que no se podía ver a la superiora hasta la tarde, ni a ninguna de las hermanas.

Aburrido, tornó hacia la Catedral, renegando de la Congregación que cerraba sus puertas a protectores de tal calidad, y cerca ya del Salvador se encontró a una pareja de hermanas, sor Natividad y sor Expectación, la negra de alabastro. Ambas eran conocidas suyas. Alegróse mucho del encuentro, y las acometió con una granizada de preguntas, a las que hubieron de contestar con todo el comedimiento propio del hábito que vestían. No estaban enteradas de nada. Sólo sabían que sor Lorenza había estado asistiendo en la misma casa a una novicia, enferma de cáncer, y que desde el día siguiente la sustituiría otra hermana, porque a sor Lorenza la tras-

ladaban a una casa de Gerona, para donde saldría "mañana o pasado".

Oír esto Guerra y volarse fué todo uno. Despidióse como hombre que ha perdido el seso, y echó a correr hacia la Catedral. "Cualquier día consiento yo que la manden a Gerona... Esto es un destierro, una proscripción infame. ¡Si creerán esas beatonas que voy a tolerar yo tal procedimiento de inquisición veneciana! *Leré* es inocente, y al que me diga lo contrario, aunque sea el mismo cardenal, le enseñaré yo el respeto que se debe a la verdad, a la virtud. ¡Trasladada nada menos que a Gerona! ¿Por qué? Porque una infame lengua..., porque un alma venenosa..., vamos, que no puede ser. ¡Ah! Señoras del Socorro, no se puede permitir que la asquerosa envidia triunfe de la verdad. ¿Qué inquisición es ésta? ¡Castigar al inocente, dar la razón al vil delator! Repito que esto no puede ser, señoras del Socorro. Hay que oír a *Leré,* y oírla delante de mí: mejor, oírnos a los dos delante de toda la Congregación. No basta con decir: Dios sabe la verdad, Dios ve nuestra inocencia. No basta, no. ¿Cómo ha de bastar?"

Hablando de este modo, excitado, furioso, llegó otra vez a la Catedral, donde faltó poco para que entrara con el sombrero puesto. Ni por un momento se le ocurrió entregarse a sus ordinarias devociones. Misas había en diversos altares, y no se le ocurrió acercarse a oírlas. Bajó nuevamente a la Obra y Fábrica, donde aún estaba don Francisco picando tabaco. Al oírle repetir la referencia de las hermanitas, el anciano clérigo soltó los chismes de la industria tabaquera, diciendo:

—¡Zapa, conque a Gerona! ¡Qué atrocidad! Eso es más serio de lo que yo creía. Luego permanece en la Congregación. Pues yo pensé que la echaban, que nos la devolvían...

—Esta tarde—dijo Guerra, sentándose en la silla del canónigo obrero y dando un puñetazo sobre el pupitre—voy allá, y le juro a usted que, o la veo, o pasa algo muy gordo, pero muy gordo.

—Calma, calma, amigo mío. Quien va esta tarde allá soy yo. ¡Vaya con las correntonas, gabachas!... Poco a poco, señoras mías, que hasta ahí podían llegar las bromas. Serénese usted; advierta que con esa hormiguilla y ese furor súpito está dando la razón, o apariencias de razón, a los calumniadores. Ponga usted el pleito en mis manos, y espere la sentencia, que ella será lo que más convenga a todos. Ahora mismo me voy, ¿adónde creerá usted?, a casa de Laureano Porras, el capellán y director de esas señoras, el cual ha de decirme qué hay de ese destierrito a Gerona. Mientras no conozcamos los hechos, nada podemos hacer. Después determinaremos.

Sosegáronse con esto los nervios y el espíritu de Angel, el cual convino en aguardar a su amigo allí.

—Mejor es que me espere usted arriba, en la Catedral, porque subirá luego a la oficina el señor Obrero, y no hay necesidad de que se entere. Fijemos un sitio para poder encontrarnos fácilmente: aquí, en esta nave, junto al San Cristóbal, o, si le parece mejor, en la capilla mozárabe.

—En la mozárabe.

Cogió Mancebo su teja, y salió despacio, muy despacio, mirando el suelo y los ennegrecidos escalones, como si algo tuviera que deletrear en ellos.

II

Angel subió también a la Catedral. Estaban en la misa mayor, y la magnificencia del culto, el canto del coro, las voces orquestales del órgano, le impresionaron hondamente, determinando una remisión brusca de aquel estado de fiebre mental. El canto, particularmente, le transformó por completo, realizándose lo que indica la inscripción del órgano: *Psalant corda, voces et opera.* Canten los corazones; el de Guerra cantó también al unísono de la grave salmodia, diciendo: "Dios grande, he olvidado invocarte en esta tribulación. No permitas que triunfe la mentira. No permitas que sea condenado el inocente."

La grandiosa nave pareciale entonces de una severidad sombría, y el Cristo colosal suspendido sobre la verja de la Capilla Mayor se le antojó ceñudo y austero, respondiendo más a la idea de justicia que a la de misericordia. No se resignaba el hombre a la idea de que el conflicto se resolviese con el destierro de *Leré,* y el corazón le anunciaba desdichas mayores. Creyó que le sometía la Divinidad a pruebas terribles, y dudaba

si tendría valor para soportarlas, o si tales pruebas le arrollarían como impetuosas olas, contra las cuales nada puede la menguada fuerza del hombre. Inquietándose de nuevo, trató de calmar con la oración el tumulto de su alma, y compelió su voluntad a la obediencia, poniéndole grillos y esposas; pero, ¡ay!, los hierros resultaban blandos como cera ante la distensión convulsiva, epiléptica, de su carácter.

Arrimóse a la verja del Coro, apoyándose en uno de los machones, cuyo metal, por lo bien labrado, debió de ser blando cedro entre las manos del artista. Tan pronto miraba de frente al altar de la Capilla Mayor como al interior del Coro, volviendo la cabeza. Todo aquel espacio, entre las cinco bóvedas de la nave central, le había parecido hasta entonces la expresión más gallarda que del arte cristiano existe en el mundo. El retablo, que es toda una doctrina dogmática traducida, mediante el buril, el oro y la pintura, del lenguaje de las ideas al de la forma, le produjo siempre un vértigo de admiración. Pero aquel día el retablo se alzaba hasta el techo, como sublime alarde de la humana soberbia. Las verjas peregrinas le daban comúnmente idea de puertas celestiales, que, cerradas para los pecadores, se abren para los escogidos. Aquel día se le antojaron frontispicios de jaulas magníficas para dementes atacados del delirio de arte y religión. La Virgen del altar de Prima en el Coro le recordaba, salvo el color negro, a su parienta doña Mayor, y en las sillerías bajas, las grotescas figuras del tallado nogal remedaron el gesto y el cariz de Arístides y Fausto Babel. La figura de don Diego López de Haro se había convertido en don José Suárez, y uno de los mascarones del órgano con turbante turquesco era el propio don Simón Babel, inspector del Timbre.

De pronto, un clamor argentino, celestial, puro, que del Coro salía, hirió sus oídos. Era la vocecita de Ildefonso, que cantaba con los otros seises: *tu autem, domine, miserere nobis.*

"¡Ah pillo!—se dijo, sintiendo en su alma un gran consuelo—. ¿Estabas ahí? No te había visto."

Allí estaba, sí, arrastrando la cola de la sotana roja, goteada de cera. Angel contempló por los huecos de la verja al sobrinito de *Leré,* que le miraba con picarescos ojos, y se reía el muy tuno, afectando formalidad en la postura. Sin forzar su imaginación, el atribulado creyente oyó aquella graciosa y bien timbrada vocecilla como si fuera la de *Ción,* que venía del Cielo, rasgando las nubes y horadando las bóvedas de la iglesia, para decirle: "Papaíto, no te sometas. *Leré* es tuya, tan tuya en la religión como fuera de ella, y Dios hará lo que a ti te dé la gana."

Concluída la misa, se fué a la antecapilla del Sagrario, que dentro de la inmensa basílica era el hueco en que con más gusto se acomodaba y se embutía. Sin sentir, se le pasaba el tiempo, contemplando, al través de la verja grandiosa, la efigie vestida con asiática magnificencia, cargada de joyas, cuyo peso rendiría la fuerza de veinte Sansones. La capilla, toda mármoles y bronces, es digno estuche de la imagen, que mide por celemines las piedras preciosas de sus arreos suntuarios. Como la devoción de la Virgen era la que más fácilmente prendía en el corazón de Guerra, allí se encontraba muy bien, en excelente disposición para sensibilizar la tutela que desde su trono celestial dispensa a los humanos la Reina de los Cielos.

Las ideas del devoto novel sobre las imágenes y sobre las vestiduras de éstas habían cambiado en aquella crisis tan en absoluto, que lo que antes le había parecido mal, ahora le parecía de perlas, sin duda, por ver tantas y tan hermosas en el manto de la Virgen. El lujo material que envuelve los símbolos de la Divinidad era ya, a sus ojos, de una lógica perfecta, pues nada más propio que aplicar al enaltecimiento y esplendor de tales símbolos todo lo bueno, fino y selecto que existe en la Naturaleza. No menos bellos que las flores son los rubíes y topacios; no menos hermoso que el fuego es el oro. Procedemos, pues, racionalmente, adornando los objetos representativos de la Divinidad con luces, joyas y metales riquísimos, como signos que materializan y declaran el humano respeto.

En tal concepto, la pomposa imagen de Nuestra Señora del Sagrario le representaba o sensibilizaba mejor que ninguna otra, de la parte de acá, la sumisión de la Naturaleza a las potencias celestiales; de la parte de allá, el poder

soberano de la divina intercesora, pues aquel trono de plata dábale idea, aunque vaga, de la inenarrable excelsitud del Cielo; los soles y lunas, el manto de perlas, las ajorcas, el pectoral, el cíngulo y la corona le permitían entrever y vislumbrar algo de las incomprensibles bellezas de arriba, y, en suma, la materia selecta, combinada por el arte creyente, le servía como de punto de apoyo para saltar hacia lo espiritual y lo intangible.

Dirigió mental plegaria a la Virgen, pidiéndole que no permitiese el triunfo de la calumnia contra *Leré*, inocente. Y no es fácil determinar qué imagen embargaba más el ánimo del neófito, si la del Sagrario, que ante sus ojos tenía o la de la ausente amiga y consejera porque las dos se confundían en su corazón y hasta en las percepciones de sus alborotados sentidos. La humilde novicia del Socorro era ya, transcrita y estampada en su imaginación, el estímulo de todos sus actos, desde los más insignificantes a los más trascendentes. Jamás caballero de los que iban por el mundo castigando la injusticia y amparando el derecho, soñó en su dama ideal atributos de belleza y virtud tan peregrinos como los que Angel en su monja soñaba. Porque aquellos andantes aventureros veían a sus damas simplemente hermosas, y cuando más, castas como los serafines; pero Angel veía a la suya hermosa sobre toda ponderación, de una honestidad y pureza absolutas, y, además, con una ciencia que dejaba tamañitos a todos los padres de la Iglesia. Esta pureza y este saber divinizaban a sus ojos el rostro de *Leré*, si no vulgar, tampoco dechado de belleza; y se le antojaba de tan soberano hechizo que no podrían imitarle buriles ni pinceles de los más inspirados artistas. Y para llegar a la última embriaguez de idealización, representábase el traje de la novicia del Socorro, en la realidad bastante prosaico, como el más elegante que imaginarse podría no con esta gentileza sensual de la mujer del siglo, sino con otras muy distinta, cuyo secreto hay que buscar en la iconografía cristiana, y en sus mejores intérpretes los pintores religiosos. La falda negra de estameña hacía unos pliegues propiamente escultóricos; el cuerpo, la toca cubriendo el busto, el velo corto, la manga ancha, todo era de una composición perfecta y de contornos exquisitos. Echándose a volar por los espacios del ensueño, concluía por imaginarse el velo de su novicia recamado de perlas, el busto cruzado por un pectoral que deslumbraba, y la toca guarnecida de esmeraldas y perlas, formando como un rostrillo u ovalado marco que en su magnificencia no era todavía digno de encerrar el inspirado semblante y los ojos sibilinos de la hermanita del Socorro.

Tales delirios no estorbaban la oración que a la Virgen dirigía con toda su alma: "Señora y Madre mía, Tú me infundes valor, sólo con dejarme llegar hasta Ti; hácesme comprender que la injusticia no triunfará, y me alientas a defender la inocencia, aplastando las cabezas de los discípulos de Satanás que andan por el mundo. *Leré* no saldrá de aquí, porque el dejarla salir viene a ser como declararla culpable. No, no puede ser. Los que la condenan a este estúpido destierro tendrán que humillarse ante ella, y confesar y declarar en alta voz su pureza intachable. ¿No es verdad, Señora y Madre, que Tú quieres esto y me ordenas que así lo disponga? Y para llegar a este fin de justicia, ¿qué debemos hacer? Lo que los sucesos indiquen. Defenderemos a *Leré* por los medios materiales que correspondan a la violencia que con ella se quiere ejercer. En esto no puede haber ofensa de Dios ni de Ti. Dios permite que en la Humanidad se consumen actos de fuerza y que se derrame sangre para impedir el mal. La fuerza es tan de Dios como el espíritu, y la violencia en pro del bien y contra el mal, ley santa es. Pues las guerras contra infieles, díganme, ¿qué fueron? ¿Qué significan los trofeos que adornan esta venerada iglesia cristiana? *Leré* no puede servir de juguete a la caprichosa disciplina de tres o cuatro monjas ignorantes e histéricas. *Leré* está llamada a muy altos destinos. Por ella y para ella fundaré yo la Orden más grande, más bella, mejor armonizada con los tiempos que corren. No será mía la gloria, sino suya, pues no soy más que un tosco intérprete de su hermoso espíritu. Pero tal mujer no puede ni debe prestar obediencia a las que han nacido para ser sus inferiores; y yo, con tu divino auxilio, la redimiré de esa oprobiosa tu-

tela monjil, y la pondré en el eminente lugar que le corresponde."

Su mente caldeada llegó a imaginar que asaltaba el convento, que imponía su voluntad a las hermanas, que éstas se le rendían sin condiciones y que la calumniada novicia saltaba gallardamente a la jerarquía de superiora o madre de la comunidad.

III

Y a todas éstas, ¿qué hacía el ingenioso Mancebo? Al salir a la Catedral desde la oficina de la Obra y Fábrica, recorrió despacio la nave lateral de la Epístola hasta la capilla mozárabe. Allí torció sobre su derecha, siguiendo por delante de la puerta del Perdón, siempre con el mismo paso lento, la mirada recogida, cual si llevara el Santísimo en una procesión solemne. Meditando en el delicado paso que a dar iba, se dijo: "Si ahora voy yo a Laureano Porras, y Laureano Porras se descuelga, como es probable, con alguna cosa que a este bruto de don Angel no le agrade, este bruto de don Angel me va a comer."

Detúvose un instante en la puerta de la Presentación; salió al Claustro, volvió a entrar, indeciso, y por fin se metió en la capillita del Cristo de las Cucharas. "Si en realidad—pensaba—no necesito ver a Laureano Porras para saber lo que me ha de decir. Pero, en fin, demos de barato que me persono allá. Ya me figuro que voy por el Nuncio Viejo... ¡Ea! Ya estoy en las Tendillas..., un pasito más, y entro en la calle de los Aljibes. Tun, tun... ¿Está don Laureano?... Sí..., pues adentro. Hola, Laureano, buenos días. ¿Qué tal?... No tan bien como tú. ¿Te maravillas de verme aquí? Pues ya debes suponer: vengo a que me enteres de eso de mi sobrina..." Me parece que estoy oyendo la contestación del amigo Porras: "Pues muy sencillo, don Francisco: que nadie está libre de un arañazo, y como en estas órdenes hay que mirar mucho por la reputación, las hermanas han dispuesto que su sobrinita se vuelva al siglo, donde hace más falta que en el Socorro."

Así pensaba, tomando asiento plácidamente en un banco, a la izquierda de la verja.

"Esto que pienso—decía, cruzando las piernas, apoyando el codo en el brazo del banco y la mejilla en el puño—es la pura realidad. Sucederá exactamente como lo he discurrido; me dirá Porras lo único que en rigor puede decirme: de modo que ¿para qué molestarme? Pues ¿qué necesidad tengo yo ahora de echarme a rodar por esas calles, y todo para que me digan lo que sé? Estate quietecito, hijo mío, y descansa, y si puedes, descabeza un sueñecito en este cómodo banco, que anoche no dormiste nada, pensando en esa muñeca... Porque lo que yo digo: la santidad que gasta la niña es pueril y de juguete. Esta mañana, cuando aletargado me quedé después del largo insomnio, lo pensaba yo, y de este modo razonaba... mi tesis. Ella se irá al Cielo, si muere, porque es buena; pero ¿entrará como santa canonizable? ¡Quia! Buenos están los tiempos para andar en esos dibujos. Irá y la pondrán en un sitio muy alto de la bienaventuranza eterna, más alto que el sitio en que me pongan a mí. Pero ¿en qué concepto la llevarán a ese empíreo luminoso?... Es un suponer, Señor. Como entre los ángeles hay tantísimo niño, desean tener una muñeca con que jugar..., y en tal concepto irá mi sobrina a las regiones etéreas, luminosas..., que yo no puedo figurarme cómo serán...: irá, eso es, como la más preciosa de las muñecas para los angelitos... ¡Ji, ji, ji! —riéndose solo—. ¡Ay Dios mío, qué cosas se me ocurren!... Pues a lo que iba: ahora estoy en realidad delante de Laureano Porras, a quien pregunto por su madre... ¡Y qué malita debe de estar la pobre señora! ¡Quién la conoció cincuenta años ha, cuando era la moza más guapa de Toledo! ¡Pobre doña Cristeta! Y ahora se empeña este maldito Laureano en que yo tome las once. Déjame a mí de onces y de bizcochitos... Quedamos en que allí no quieren a mi sobrina, en que mi sobrina volverá a la casa paterna de su tío... Ya la tenemos, y a poco que el madrileño ese nos ayude, fuera tonterías místicas. No es que sea tonta la niña, pues talento le sobra para comprender lo que nos conviene a todos. Y no sé yo cómo no entiende que el que fué su señor está enamorado de ella como un bruto, y que todo ese furor católico que le ha entrado no es más que los movimientos desordenados y el pataleo de la amorosa bestia que lleva en

el cuerpo... ¡Dios mío, qué cosas vemos los que recibimos de Ti el beneficio de una larga vida! Lo que yo no acabo de comprender, Señor, es por qué anda todo tan torcido en tu mundo, cada persona donde no debe estar, y nadie contento, y todos queriendo ir por donde ir no pueden; cerrado el camino para los pies ligeros, y abierto para los cojos; unos con más de lo que necesitan, otros reventando de ganas de poseer lo que aquéllos desprecian. Francamente, vive uno y vive año tras año sin ver las cosas arregladas, y los que ahora son chiquitines verán, cuando se caigan de viejos, lo mismo que yo estoy viendo en mis días... Bueno, Señor. Quedamos en que estoy hablando con Laureano Porras, el cual me dice lo que en buena lógica debe decirme. Yo no lo invento, yo no invento nada. No hago más que seguir los sucesos al son y paso que llevan. Porque yo he observado en mi larga vida que el desear vivamente una cosa y persistir en tal deseo, es la mejor manera de encauzar los acontecimientos para que al fin venga a realizarse y a cumplirse lo que anhelamos. Porras piensa, como yo, que la chiquilla debe volver al siglo y dejarse de hacer pinitos religiosos superiores a sus fuerzas muñequiles. Las cosas llevarán el aire que deben llevar; adelante, y marquemos el compás a los acontecimientos, ¡tan; tan! que ellos, al fin y a la postre, bailarán como queremos que bailen — adormeciéndose—. No quisiera dormirme, porque se me haría tarde... A bien que Laureano me entretiene demasiado con su cháchara. Es hombre que, cuando pega la hebra, no hay medio de ponerle punto final. Y su madre, hidrópica y todo, también es de las que despotrican por siete, y le envuelven a uno en la conversación, sin dejarle un resquicio por donde salir. Convenido, convenido que la niña se vuelva a casa; y luego, ¡dulcísima Señora del Sagrario, protectora de toda mi familia, madre de los desconsolados, ayúdame! Con poco que me ayudes, los caso. ¡Vaya si los caso! Y entonces, ¡qué felices todos! Don Angel el primero, porque sus intereses deben de estar muy abandonados y necesita quien se los cuide. Bien puede decir que le ha venido Dios a ver, porque yo soy un lince para administrar. Alabándome de ello, alabo al Señor, que me dió estas grandes cualidades para todo lo económico. Y digan lo que quieran los tontos, también lo económico es de Dios, porque sin lo económico, ¿cómo vivirían las sociedades? No, Dios no quiere que el salvajismo prevalezca, y sin lo económico, ya se sabe... Lo que a mí me entristece es que, teniendo este don de administrar, no pueda emplearlo y lucirlo por falta de materia administrable. ¡Qué desordenado anda el mundo! Si a mí me pusieran de ministro de Hacienda..., no aquí, no en España, donde todo se vuelve caciquismo, filtraciones, chanchullos, y qué sé yo qué, sino en..."—se duerme profundamente.

Breve fué su sueño; pero en los minutos que duró tuvo tiempo de soñar las cosas más estupendas: que era inglés, y ¡¡ministro de Hacienda de Inglaterra!!, sin dejar de ser Mancebo, y presbítero y beneficiado de la Catedral de Toledo; que la Virgen del Sagrario tenía el manto recamado de libras esterlinas, y otros mil disparates. Despertó con sobresalto, creyendo que su sueño había sido larguísimo, y como no tenía reloj para consultar la hora, entráronle sospechas de que había transcurido gran parte del día. Por dicha, acertó a entrar en la capilla el sacristán de ella; don Francisco le llamó, y apoyándose en él para tomar la vertical, le dijo:

—¿Te parece, Sandalio amigo, que tengo tiempo de haber vuelto de casa de Laureano Porras? Digo, de haber ido... No, no es eso... Es que me dormí, y tengo un poco ofuscadas las entendederas... Pero las doce no serán.

Adquirido el convencimiento de que ni las once habían dado aún, Mancebo se entonó, puso orden en su meollo, hízose dueño de todas las ideas que en su cerebro bullían antes de dormirse, disciplinó las rebeldes, acarició las sumisas y se fué de la capilla de las Cucharas, tomando el camino de la mozárabe. Como no encontrase a Guerra en el punto de cita, le buscó por diferentes sitios de la iglesia, y ya desesperaba de encontrarle, cuando Ildefonso, que ya había dejado en la sacristía su hopalanda roja, le dijo que el madrileño estaba en la antecapilla del Sagrario.

Allá fué Mancebo, y antes de decir palabra a su amigo, arrodillóse delante de la imagen de su particular devoción, para orar breve rato. Después, no que-

riendo tratar de cosas tan profanas delante de la augusta Señora, cogió al otro del brazo y se lo llevó al vestíbulo del Ochavo a trascapilla de la Virgen, y allí, sentaditos codo con codo, platicaron de esta manera:

—Gracias a Dios que le encuentro a usted... Hombre, ¿no quedamos en que nos veríamos en la mozárabe?

—Yo entendí que en la del Sagrario.

—¡Ay, estoy rendido! He venido a escape, porque allí me entretuve. Laureano, cuando rompe a charlar, no acaba. Luego, mis piernas no están ya para estas prisas, y la calle de los Aljibes no es aquí me llego.

—¿Qué hay?—impaciente—. ¿Qué dice ese buen señor?

—Pues excusábamos la consulta, porque lo que dijo ya lo sabía yo, y piensa lo que yo pensaba. En resumen: el runrún ha sido tan fuerte, que las hermanas no han tenido más remedio que dar esa satisfacción a la opinión pública..., por más que están convencidas de la inocencia de la niña.

—Pues si es inocente, ¿a qué el castigo?—sulfurándose—. ¿Qué opinión pública ni qué niño muerto? Esto es un complot indecente, envidia de las otras hermanas, que quieren alejar a la que les hace sombra con su talento y su virtud.

—Pero si no hay destierro, ni la mandan a Gerona, ni ése es camino... Calma, hombre, calma.

—¡Ah! Pero ¿dijo el capellán que no se ha pensado en el destierro?... Explíquese usted.

—No..., pero..., sí, me lo dijo, me lo dijo—para sí—. ¡Demonio de hombre! Si no le contesto lo que él quiere, me pega.

—Me alegro—respirando como quien se libra de un gran peso—. Crea usted que estaba yo decidido a emplear la violencia, a impedir por cualquier medio semejante iniquidad, saltando por encima de todo. No crea usted: aún insisto en algunos de los propósitos que había formado. *Leré*, que tanto vale, no puede seguir subordinada a las que debían besar la tierra que ella pisa. Yo quiero que sea madre.

—¡Que sea madre!—con júbilo—. Pues eso mismo quiero yo, ¡zapa! Si acabaremos de entendernos... Bueno..., verá usted lo que pasa. La niña, aburrida y mortificada de que se cuenten de ella esas barbaridades, ha dicho que no quiere más Socorro, ni más velo, ni más hábito de estameña, y que se vuelve a su casa con su familia de su alma, con sus sobrinos queridísimos y con su tío, que la adora.

—¿Ha dicho eso?

—Como usted lo oye. Y el contratiempo este considéralo como un aviso del Cielo, como una indicación de que debe variar de camino, dedicándose a otros deberes más difíciles de llenar que los del monjío, a la mundana lucha, a trabajar por el bien y la salud espiritual en compañía de sus iguales, y a darnos a todos la felicidad que tan bien nos hemos ganado.

—Don Francisco, usted sueña—estupefacto.

—El que sueña es usted. Por mi boca está hablando la lógica humana..., y diría la divina si no temiera ser irrespetuoso con la Divinidad.

—¿Es cierto lo que usted me dice? —inquietísimo—. Don Francisco, que me vuelve usted loco.

—Lo que hago, Dios lo sabe y la Virgen también, es tornarle a usted a la razón.

—Pero ¿el capellán ha dicho eso? Júremelo.

—Hombre, yo no acostumbro jurar.

Tan aturdido estaba Guerra, que no sabía qué pensar, ni qué hacer, ni qué decir. Se levantaba y a sentarse volvía, comunicando al clérigo su turbación y desasosiego.

—Yo necesito comprobar ahora mismo esas noticias, señor don Francisco —dijo al fin—. Iré al Socorro, y hablaré con ella, valiéndome de los medios necesarios para facilitar la entrevista, cualesquiera que sean.

—¡Ea! No empecemos a hacer tonterías. ¿Sabe usted lo que saca de tomar las cosas con esa comezón y esa fiebre? Que resulte un argumento más en contra de mi sobrina, y una confirmación de la maledicencia.

—Pues si no ahora, esta tarde misma he de salir de dudas.

—¡Dale bola! No sea usted tan fulminante. Calma, sangre fría; váyase al cigarral, y espere tranquilo los acontecimientos. Podrá suceder que, si se presenta usted en el Socorro con la cara fosca y echando lumbre por los ojos, la

niña se asuste de su determinación, y dude, y tengamos nuevos líos, nuevas dilaciones, y qué sé yo. De fijo que Lorenza estará pensando ahora en volver con nosotros; pero titubeará, tendrá sus vacilaciones, sus escrúpulos; y si va usted allá con historias, ¡zapa!, puede que se nos tuerza otra vez, y nos quedemos sin ella—echando el resto—. Conténtese con saber que la madre y las hermanas y el capellán Porras le aconsejan que abandone la vida religiosa... Vaya, ¿aún quiere mejores noticias? Pues estaría bueno que ahora lo echáramos a perder todo por la fogosidad y las impaciencias de este buen señor Estése tranquilo en su casa, que Lorenza vendrá, lo tengo por tan cierto como éste es día, y todo se reduce a no espantar al pececillo que tiene ya la boca abierta para tragarse el anzuelo. Para mí es cosa hecha: la hija pródiga vuelve a su casa, y con ayuda de nuestra Protectora Sacratísima, la casaré con... Pepito Illán.

Angel había caído en una especie de letargo mental, y Mancebo le observaba la fisonomía con atención aguda, con socarrona perspicacia. En la mente del madrileño había aparecido una nebulosa, masa grande y difusa de ideas que aún no tenían forma pensable. Insistió de nuevo el clérigo en que no hiciera nada, en que dejara correr los acontecimientos y aguardase, porque si al Socorro iba con alguna tracamundana impropia del recogimiento monjil, podía escandalizar a la Congregación, y a la niña, y al pueblo entero, de lo que resultaría lo más contrario al deseo de todos. Como el puchero le llamaba, se despidió, diciendo para sí al abandonar la santa iglesia: "¡Demonio de hombre, qué perdido está! Si él y ella y todos hicieran lo que yo discurro, ¡qué bien estaríamos, y qué al derecho irían las cosas que ahora van torcidas!... A casa, hijo: a la casa de las once bocas, que el bendito garbanzo te espera. ¡Ay, qué vida esta! Siempre soñando con que mañana será mejor que hoy, y luego salimos con que todos los días son iguales, y no mejoramos, ni ése es el camino... Pero ahora no me queda duda de que va de veras, y Lorenza hará lo que yo pienso, y lo que aconsejan Laureano y las hermanas..., porque no hay duda de que se lo aconsejaron..., o se lo aconsejarán, que es lo mismo."

IV

Guerra se fué a su casa, llevándose a Ildefonso, a quien convidó a comer. Apenas concluyeron, mandóle al Socorro con dos cartas: una para la superiora y otra para *Leré*, abierta. Ordenó al chiquillo que le llevase la respuesta a la Catedral, adonde se fué sin pérdida de tiempo, y entraba en ella cuando el *cimbanillo* llamaba a coro, diciendo en lo alto de la gran torre, con su agudo y sonoro acento: *Vox mea clamat; ergo canonici venite*. Y los canónigos le obedecían, entrando por esta y la otra puerta y tomando el camino del Vestuario.

Poco después empezaba la *Nona*, que oyó el neófito con delectación, y las Completas. Nunca le pareció la Catedral tan risueña, ni el canto tan hermoso y sentido, ni el Presbiterio tan rematadamente suntuoso y bello. Todas las figuras que decoran el muro externo de la Capilla mayor, ángeles músicos en diversas actitudes, unos con trompeta en la mano, otros con cítara o violín, unían sus voces y la de sus delicados instrumentos a la patética salmodia, alabanza triunfal del Señor y confianza en sus misericordias. La soberana iglesia se le representaba en un grado superior de artística hermosura, como inmenso relicario de marfil esculpido por manos de ángeles, adornado de metales tan ricos por la materia como por la labra, y de piedras preciosas que en las contrapuestas oquedades transparentaban la luz del cielo, el cual, por aquellos anteojos de esmeraldas y rubíes, contemplaba el ámbito peregrino donde la vida mortal sueña con la eterna.

Ildefonso no tardó en volver con la respuesta, una carta de *Leré*, en la que le decía que fuese allá a las cuatro en punto, carta en cuyo laconismo el exaltado caballero, sin saber por qué, vió algo de cariño profano, o cierta inclinación a lo temporal. Sus corazonadas llegaron hasta ver en la letra un poco rápida de la epístola la mano nerviosa de una persona que interrumpe la operación de hacer su equipaje para trazar una carta urgente.

¡A las cuatro en punto! Y era forzoso aguardar, pues las dichosas *cuatro en punto* dormían aún en los senos futuros del tiempo perezoso. ¡Pues apenas faltaban siglos para la hora de la cita!...

¡Como que eran las tres! Angel ardía. La muestra interior del reloj de la Catedral era una de las caras más antipáticas que había visto en su vida. La impaciencia no le impidió volver su pensamiento hacia la Divinidad que en aquel recinto moraba, y se humilló para decirle con la más viva efusión del alma piadosa: "Señor, si has dispuesto que yo cumpla mi destino en la vida de acá por medio del matrimonio con la que destinabas para Ti, en buen hora sea, y no cesaré en mis alabanzas de tu bondad hasta que se me seque la lengua. El disponerlo Tú así significa que así debió ser desde el principio, y que tanto ella como yo habíamos tomado senderos torcidos. Tú los enderezas. ¡Cuán equivocados son nuestros juicios, Señor! Yo creí que la reservabas para Ti, como si los humanos fuéramos indignos de poseerla. Pero ahora resulta que los caminos de la Tierra también llevan a la perfección y a la vida perdurable. Por ello iremos *Leré* y yo, la mirada siempre fija en Ti, adorándote y ofreciéndote nuestros corazones con la esperanza de que nos admitas en la morada celestial."

El reloj tuvo la condescendencia de dar las tres y media. Guerra oyó la voz de Fabián, que parecía la del propio Isaías clamando entre ruinas y sombras, y maldiciendo a los impíos. La campana grande daba de tiempo en tiempo los toques canónicos, y a su profundo son creeríase que toda la iglesia trepidaba, cual si de los subterráneos viniese un estremecimiento convulsivo de fiebre telúrica. Angel no pudo contenerse más tiempo, y salió escapado camino del Socorro, adonde llegó tan pronto, tan pronto, que pensó no haber invertido ningún tiempo en recorrer la distancia. Dió vueltas por la Judería, aguardando la hora exacta, y, por fin, como todo llega en este mundo, entró, y ved aquí a mi hombre en la sala locutorio, esperando a la novicia y a la hermana que solía acompañarla. Su sorpresa fué grande al ver que *Leré* se presentaba sola en la visita, lo que le trascendió a ruptura con las hermanas y a preliminares de abandono de la Congregación.

Pero a la primera sorpresa siguieron otras; verbigracia: él se figuraba que *Leré* estaría preocupada y triste, y la vió alegre, risueña, en todo el esplendor de su serena ecuanimidad. Añádase a esto un accidente puramente local. La única ventana de la sala que daba al patio hallábase cubierta de percal rojo, y las caras de ambos interlocutores se teñían del reflejo de la tela transparente. El rostro de *Leré*, extremadamente arrebolado, parecía recién salido de una fragua.

—Ya sé lo que ha ocurrido—dijo Angel, ávido de entrar en materia.

—¿Por quién lo supo usted?

—Por Mancebo.

—¡Ay, ay! No conviene fiarse de mi tío, que es muy buena persona, pero suele ver las cosas arregladitas a su deseo.

—Me lo dijo esta mañana, y he pasado un día cruel. ¡Verte calumniada, sin poder salir a tu defensa...!

—¡Defensa! ¿A qué defenderme? Ante Dios no lo necesito, pues sabe mi inocencia. Que los de acá me crean culpable, ¿qué me importa?

—Pero la opinión..., las hermanas—un poco desconcertado—. Importa, sí, que tus compañeras tengan de ti la opinión que mereces.

—¡La opinión que merezco! Palabras de puro artificio que nada significan en mi conciencia.

—Ya ves. Hasta pensaron facturarte en gran velocidad para Gerona.

—Sí; eso se pensó en el primer momento.

—Pero, ante todo, ¿de dónde o de quién partió la calumnia?

—No lo sé, ni tengo interés ninguno en averiguarlo. A los que la fraguaron los perdono de todo corazón, y casi, casi les agradecí la injuria, porque me proporcionaban lo que tanto deseo: ocasión de martirio, que rara vez se presenta en estos tiempos de vida tonta, dentro de la cual no hay drama humano ni divino, ni proporción alguna de hacer grandes méritos. Recibí el agravio con gusto, con placer íntimo que me adulaba el corazón, porque el dolor es mi querencia; yo lo busco, ando tras él desalada, como si fuera parte esencial de mí misma que me han quitado y que necesito reintegrar en mí. Es, hablando el lenguaje del mundo, mi media naranja. Pues digo que recibí el ultraje con gozo, porque me favorecía en mi deseada imitación de Nuestro Señor Jesucristo, que, siendo divino, soportó y perdonó ultrajes mayores. Me alegré, sí, porque yo no había

sufrido ningún insulto de este calibre, ni desgracia alguna, ni aun contratiempo de estos que irritan a las personas. Me hacía falta una prueba, un cáliz amarguísimo, y como éste lo era, me lo bebí con delicia, pidiendo a Dios que lo hiciera más amargo, y más repugnante de tomar... Fué un día de prueba para mí el día de ayer. Hallábame yo asistiendo a una infeliz novicia que tenemos aquí enferma de cáncer. ¡Si viera usted...! Está muy mal; su cara es una pura llaga con un agujero, la boca, por donde le introduzco los alimentos y las medicinas. La noche anterior fué terrible. La pobrecita, en el delirio de la fiebre y de la consunción, me insultaba con los denuestos más atroces. Parecía que me profetizaba lo que me iba a pasar. Por la mañana, la madre me llamó, y con rostro sereno contóme lo que decían de mí... Parecíame algo inclinada a creerlo, o, por lo menos, dudosa y llena de sospechas. Al decirme que me disculpara y que probase mi inocencia, tuve un momento de angustia y de cobardía, del cual pronto me rehice. Respondí tranquilamente que lo que me imputaban era contrario a la verdad en absoluto; pero que yo no podía probar nada. Que presentaran pruebas los calumniadores. Yo no podía hacer otra cosa que negar redondamente.

—¿Y no te indignaste?

—¿Yo? No conozco la indignación. Dije a la madre: "No puedo hacer más que negarlo, consolada por la voz del Señor, que habla en mi conciencia. Y después de negar, me cumple obedecer. Si la Congregación me destina a otra casa, allá me voy. Si la Congregación no me estima digna de vestir su hábito, me lo quitaré. Si me arrojan de aquí, saldré, y dispuesta estoy a hacer lo que me manden, y a no tener voluntad." Así se lo dije a la madre.

—¿Y la madre...?

—La madre se echó a llorar, y como si recibiera una inspiración del Cielo, me abrazó y me dijo: "Eres inocente."

—Ya, ya; muy bien—clavándose las uñas de una mano en los músculos de la otra—. Pero aquí no puedes seguir.

—Después de lo que pasó entre la madre y yo, nadie me ha dicho que me marche. El capellán, don Laureano Porras, había opinado, antes que la madre hablara conmigo, que me debían poner en una casa de Arrepentidas.

—¡Qué infamia!—indignado—. ¡A ti, a ti en una casa de corrección! ¿Dónde está ese pillo, que le quiero enseñar...?

—Cálmese usted, por Dios. El pobre don Laureano aconsejaba cuerdamente. Me creía culpable.

—¿Y hubieras tú consentido...? No me lo digas, porque...

—Si la Congregación hubiera dispuesto que yo entrase en las Arrepentidas, yo habría ido allá sin chistar. Obedezco siempre; no tengo voluntad.

—*¡Leré!*—absorto y casi sin habla—. Pero ¿no ves que eso habría sido declararte... corregible..., declararte culpable...?

—¿Y qué? La vana apreciación del mundo no significa nada para mí.

—Pero el hecho solo de entrar en las Arrepentidas te ponía el sello de mujer mala.

—¿Y qué? Si Dios me ponía el sello contrario en mi conciencia, ¿qué podía importarme que me tuvieran por lo que no soy?

Atontado, como si fuera por el aire cayéndose de la torre de la Catedral, Angel no tenía en su cerebro ideas para contestar a su divina consejera. Caía, caía, sin llegar nunca al suelo.

—Tu tío—balbució al fin—me dijo que, acobardada ante la calumnia, volvías a tu casa y renunciabas a la vida religiosa.

—Eso debió decírselo don Laureano, porque el pobrecito no lo había de inventar. Tal fué la idea de nuestro capellán ayer tarde, cuando la madre le dijo que creía en mi inocencia como en el Evangelio. Pero ya varió de parecer. Esta mañana confesé con él, y hace un rato me ha dicho que tome el hábito, y que no hagamos caso de esas hablillas de gente desocupada. Pero, créalo usted, si don Laureano me manda a las Arrepentidas, allá me voy, y el pasar por mala sin serlo me proporcionaría una humillación que me vendría como anillo al dedo para pulir y acrisolar mi alma.

Tanta sublimidad sacó de quicio al novel creyente, que, en un arranque de entusiasmo fervoroso, casi llorando, casi arrodillándose ante la novicia, le dijo:

—Hija mía, perdona mis malos pensamientos, que no son dignos de llegar hasta ti. Pero necesito confesarte una flaqueza mía muy grande. Con lo que me

dijo tu tío, me aluciné, me trastorné, llegando a pensar que salías del Socorro y que te casabas conmigo.

—¡Jesús mío, qué disparate!—riendo con toda su alma. Risa franca y graciosa—. Pero ¡qué cosas se le ocurren! No quiero más esposo que el que se digna tenerme por suya. Ni sirvo yo para estos matrimonios de acá; no sirvo, crea usted que no sirvo. Mi tío debe de estar un poquitín trastornado. ¡Pobrecito!

Echando lumbre por los ojos, que con el reflejo de la cortina parecían bañados en sangre, Guerra dijo:

—Eres sublime, *Leré*. Ya que no puedes igualarme a ti, acércame siquiera... Insisto en que no debes continuar en una Congregación donde se ha dudado de tu mérito inmenso. Estás llamada a muy altas empresas, y yo, en mi esfera humilde, oigo el llamamiento de Dios para que te ayude. Fundaré la Orden de que debes ser directora, Hermandad, o como quieras llamarla, que te permitirá derramar por el mundo los tesoros de tu corazón divino. Todo cuanto tengo es tuyo; tuyo cuanto puedo, y cuanto valgo.

—Eso no puede ser... ni viene al caso. ¡Fundar lo que ya existe! Esta institución religiosa es excelente para dar algún alivio a la pobrecita Humanidad, que es pura miseria.

—Pero yo deseo que tú mandes, que no seas mandada... Yo quiero que tu espíritu sublime se traduzca en hechos... Te daré a conocer mi plan...

Leré meditó. Parecía vacilante. Era humana, y la oferta de presidir y gobernar una gran fundación hirió su mente soñadora, haciendo flaquear sus propósitos de perpetua servidumbre.

—Veremos—murmuró, y sus pupilas bailaron frenéticas, como no habían bailado nunca.

Guerra pudo observar en ella fenómeno semejante a la oscilación de un gran monumento, esto es, la torre de la Catedral, que se tambaleara, no para caerse, sino para calzar mejor sus cimientos poderosos en las profundidades del suelo. Pasado un ratito de abstracción profunda, la novicia miró fijamente a su amigo, y le dijo:

—Pues bien: acepto...; pero con una condición.

—La que tú quieras.

—Mire que es algo dura la condición esta, amigo don Angel. No hay que comprometerse antes de conocerla.

—No importa... Fundemos la institución que llevará tu nombre, y haz de mí lo que quieras.

—Pues... fúndese... eso, tal como usted lo ha concebido; pero antes que el caso llegue, si ha de contar conmigo, es preciso que usted se haga sacerdote.

Angel recibió el tiro a pie firme, a cara descubierta y con ánimo resuelto. El fogonazo, el estruendo y el boquete enorme que hizo al penetrar en su cerebro la proposición de *Leré*, le exaltaron más, y, delirante, fascinado por su ídolo, se arrancó a decir:

—Seré sacerdote.

—¿De veras?

—Tan de veras como estamos aquí tú y yo.

El júbilo hizo perder a sor Lorenza por un instante breve la serenidad augusta de su carácter.

—Bien, bien—dijo con voz opaca—. El Señor está con nosotros. Le pertenecemos ya. El buen camino se nos abre, y ¡qué camino! Detrás se quedan el mundo tonto, la ridícula sociedad, y los intereses temporales, no más importantes que juguetes de chiquillos. ¡Qué contenta estoy! Este minuto en que el papá de mi *Ción* me ha dicho lo que acabo de oír, vale por años enteros de esas dichas ilusorias del mundo. ¿No lo cree usted así? Concluyamos por hoy... Es hora de que nos separemos.

Angel la veía como digna de figurar en los altares, y si no estaba ya en ellos, era, a su modo de ver, por injusticia y yerro de los hombres, que los hombres mismos pronto, muy pronto, rectificarían. Salió de allí inflamado en adoración de *Leré*, ya sin voluntad, disparado satélite de aquel rutilante planeta. El fresco de la calle, despejándole la cabeza, no modificó en manera alguna sus graves resoluciones. Reconoció el poder inmenso de su inspirada maestra y doctora, y pensó que así como a él le transformaba, podía transformar el mundo entero, si se le daban medios de traducir en realidades su grande espíritu. "Es criatura sobrenatural, mensajera de Dios —se decía—, y ante ella abdico mi razón, me aniquilo, me borro de mis propios papeles, y soy y seré lo que ella quiere que sea."

Santander, diciembre 1890.

TERCERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

EL HOMBRE NUEVO

I

Del Socorro no fué Angel directamente a su casa, sino que se estuvo paseando por San Cristóbal hasta la hora de la cena, y no hallándose su mente en la mejor disposición para apreciar el tiempo, llegó a la calle del Lucum un poco tarde, cuando ya Palomeque y el capellán de monjas habían trabado relaciones con las sopas de ajo. Poco expansivo estuvo en la mesa, y al levantarse de ella, como si sintiese una fuerte atracción hacia el inocente y sencillísimo don Tomé, se metió en su cuarto, robándole el tiempo y la soledad que para sus estudios y rezos necesitaba. Creía que la persona a quien primero debía comunicar sus graves resoluciones era el santito aquel, capaz mejor que nadie de comprenderlas y apreciarlas. Pero no se determinó a romper el sello que tales determinaciones suelen poner en los labios, y ambos, frente a frente, permanecieron taciturnos. Retiróse Angel a dormir, difiriendo para otra noche la confidencia, y se acostó tan tranquilo, notando en su espíritu una placidez y serenidad bienhechora que le calmaban los nervios, soliviantados aún por las agitaciones insanas y el desvarío pasional de aquel crítico día. Durmió poco tiempo, pero profundamente, sin soñar con la máscara griega, ni con *Ción*, ni con nada, ni caerse desde un quinto piso, y madrugó para ir con Teresa a la misa del Santo en la Catedral. De allí fué a San Juan de la Penitencia, donde oyó la de don Tomé, y vuelta a la Catedral y a embutirse en la antecapilla del Sagrario. Más no podía encadenar por entero su pensamiento al rezo ni a la sostenida atención que la misa exige. El pensamiento, insubordinado y antojadizo, se le escapaba de su propia cabeza, como de mal guardada cárcel, para ir hacia cosas y asuntos que con invencible fuerza le requerían.

La gravedad del compromiso contraído con *Leré* disculpaba la insubordinación de la mente del neófito, quien no hacía más que pensar en cómo y de qué manera sería su propia personalidad después de la transformación externa que estaba próximo a sufrir. El hombre presente, o viejo, veía con poder plástico de la imaginación al hombre nuevo o futuro. Eran, si así puede decirse, dos *yos*, el uno frente al otro; el uno espectador, el otro espectáculo. "Fácilmente—se dijo Guerra—puedo figurarme cómo seré, y casi, casi me estoy viendo entrar aquí a decir misa en uno de estos altares. Con toda claridad se me representa mi cuerpo vestido de sotana y manteo, la cara rapada... Esto sí que no me lo figuro bien... ¡Yo sin barba!... Pero ello ha de ser, y luego veremos la cara que resulta... Pues me parece que estoy entrando por la Puerta Llana, que tomo agua bendita, que me dirijo a la sacristía y me revisto y salgo a este altar; digo mi misa, consagro y realizo la oblación sublime." Un gozo íntimo del espíritu le sobrecogía pensando en esto, gozo que en su exaltación tenía algo de temor, como la cortedad o recelo del que de improviso fuera admitido a la presencia de un soberano poderoso a quien nunca había visto más que de lejos.

De pronto, entráronle vivos deseos de ir a pasar el resto del día al cigarral, y después de orar un rato ante la Virgen, salió de la santa iglesia. En la calle de la Puerta Llana fué sorprendido por espectáculos desagradables. Vió venir dos figuras grotescas, mamarrachos envueltos en colchas, el uno con careta de negro bozal, el otro representando la faz de un horroroso mico, y ambos se le pusieron delante en actitud desenfadada y un poco insolente, hablándole con voz de tiple: "Ya no me acordaba de que hoy es domingo de Carnaval", pensó Angel, apartando con un empujón a las dos máscaras, empeñadas en que les dijese si las conocía

o no. Un poco más allá, a la entrada de la calle de San Marcos, vió a un tío muy sucio cubierto con una estera vieja, la cara y las manos pintadas de hollín, el cual llevaba una especie de caña de pescar, con cuerda, de la cual pendía un higo. En derredor suyo, un apretado cerco de chicuelos, cuya algazara se oía en toda la plaza y calles adyacentes. Empujándose unos a otros para acercarse, y con la boca abierta, daban brincos pretendiendo coger el deseado *higuí*, que saltaba en el aire con las sacudidas de la cuerda a los golpes dados en la caña por el horrible esperpento que tan estrafalariamente se divertía. La bulliciosa inquietud de los muchachos contrastaba con la estúpida seriedad del tiznado personaje. Uno de los chicos que más brincaba y con más anhelo abría la boca para pillar el cebo era Ildefonso. Guerra le vió, sin que el chico le viera a él, y no pudo menos que reírse de los apuros que estaba pasando el futuro cadete. Llegóse a él, y tirándole de una oreja, le sacó del grupo, mandándole ir a su obligación, y al rapaz le faltó tiempo para salir escapado con otros monaguillos hacia la Catedral.

Media hora después, Angel había pasado el puente y marchaba con lento paso por la polvorosa carretera de Polán. Al pasar más allá de la Venta del Alma, paróse a contemplar su querido caserón de Guadalupe, emplazado en una de las crestas del montuoso terreno, en situación eminente y dominadora, y se dió a imaginar la gallarda vista de la soberbia construcción que dentro de algún tiempo allí se alzaría. Por el camino bajaban carretas de bueyes cargadas de carbón, conducidas de paletos montunos con angorras de correal, chaquetón de raja, sombrero de velludo deslucido por la edad y el polvo, y abarca de cuero; tipos enjutos, todos sequedad y delgadez avellanada, sin barba, y el polvo sentado en las cejas y en los labios. Algunos conocían a Guerra de verle en la Venta Nueva, cuando se paraban a descansar, recibiendo de él la fineza de un vaso de vino, y le saludaron con urbanidad campechana, tan seca como sus huesos, pero cordial y bien entonada.

Al llegar al cigarral, salió *don Pito* a recibirle gozoso, pues ya no se hallaba sin él. Además, el pobre marino no era tratado en Guadalupe con toda consideración cuando el amo no estaba presente, y días hubo en que le fue preciso empalmar el bacalao asado del desayuno con las sopas de la cena, pues la Jusepa se iba a lavar al río, Cornejo a trabajar en el monte, y ninguno se cuidaba de él. Con Tirso no hacía buenas migas después de los rebencazos y la pelladilla de marras; pero alguna vez, acosado por el hambre, no tuvo más remedio que acudir a él para que le diera queso y mendrugos de lo que en un zurrón llevaba.

—Gracias a Dios, hombre, que viene usted por aquí. Ya pensaba yo ir a buscarle. ¡Carando! ¡Cinco días seguidos en Toledo! Yo, la verdad, aunque no me va mal aquí, me aburro cuando pasan días sin hablar con gente. Siempre, siempre entre animales, no es para mí. Acostumbrado estoy a las soledades del mar..., cosa magnífica, que ensancha el alma; pero estas soledades de tierra y firmamento, viendo lagartos en vez de peces y piedras donde debieran estar las olas, y cruzándose con *Tatabuquenque*, que ladra, y con Cornejo, que relincha, no me petan, no. Con usted, sí, con usted me voy yo a donde quiera, y me establezco en la última grieta del mundo.

—Bien, hombre, bien. No hay que buscar grieta mejor—le dijo Guerra—. Nos agazaparemos en ella, y aquí acabará usted su miserable vida. Yo cuidaré de que nada le falte.

—¿Nada, nada? ¡Ah!, don Angel, usted piensa jugármela; pero no, no me dejo coger. A mí me han dicho que..., vamos, no sé si será discreto repetirlo.

—Sí, hombre, desembuche todo lo que piense.

—Pues allá va. Me han dicho que usted es un santo o que lo quiere ser..., o..., vamos... No, no se asombre. Me lo han dicho. Y no hay inconveniente en explicarle cómo y cuándo. Porque verá usted: tan aburrido anduve estos días, solo y olvidado, como pobre en puerta ajena, que me entró la comezón de bajarme a Toledo, y fuí, y medio medio nos hemos reconciliado mi hermano y yo... ¡Si viera usted qué tiberio el de ayer en aquella casa y cómo se puso la Catalina!... Compañero, nunca la he visto más perdida. Dijo que

ella no reclama la corona de España porque no quiere chocar, pero que su dinastía es la legítima, así, así, y que Don Carlos y Alfonso son unos usurpadores... Pero vamos al caso—desmemoriado—. ¿Qué estaba yo diciendo?

—Que le habían dicho que yo soy santo, y si fué doña Catalina quien le dió la noticia—echándose a reír—, poco hemos adelantado.

—No fué Catalina; fué Casiano...; digo..., no sé si fué el bargueño, porque la memoria hace algún tiempo que se me ha dormido, como los compases en día de niebla. Siempre que tenemos calma no sé qué me pasa, la memoria se me va, y no me acuerdo de maldita cosa, ¡me caso con mi abuelo! Pero, en fin, dígamelo quien me lo dijere, yo sé que usted va a fundar una cosa, una casa, un convento o no sé qué demonios para recoger menesterosos, amparar huérfanos, vestir desnudos, curar enfermos, enderezar tullidos y todo lo demás que es pertinente a la caridad en grande. Buena idea, buena, y el mejor trampolín para dar el gran brinco hasta el Cielo, y salvarse bien salvado. ¡Qué envidia le tengo, don Angel! Pues no crea usted, he pensado en esto toda la noche, y me he dicho para mi capote: "Pues si este bendito de Dios piensa recoger desgraciados, aquí me tiene a mí para desgraciado fundador..."

—¿Eso qué duda tiene? *Don Pito* el primero.

—Pero espere usted un poco, compadre. Al pensar en esto, al pronto me alegré, y después me entristecí. Primero dije: "Ya hice mi suerte; ya tengo aseguradito el combustible para las singladuras que me quedan." Pero luego me ocurrió que..., y me volví a poner triste, y así estuve, entristeciéndome y alegrándome por turno, hasta que me dormí.

—Ya—dijo Guerra, penetrando el pensamiento de su amigo—. Es que no se puede entrar en el seno de una congregación religiosa sin dejar los vicios a la puerta.

—Justo y cabal. Yo calculo así: "Pues, como quiera que sea, *Pito* querido, en ese establecimiento de religión, llámese como se llame, ¡carando!, ha de haber mucho catolicismo, ¡me caso con Judas!, y mucho melindre de confesonario, y le sacarán a uno el mandamiento y la tabla de Moisés, haciéndonos creer que en el infierno se trinca y en la gloria no. Pues yo digo, con perdón, que si me quitan el consuelo, no hay quien me embarque, porque el beber, más que vicio, es en mí naturaleza, y dejarme en agua pura es lo mismo que condenarme a muerte. Y si no, dígame, ¿qué va ganando mi alma con que yo beba agua, convirtiendo mi estómago en una casa de baños? No, señor; en mí no quita lo bebedor a lo cristiano, y si Dios me ampara y la Virgen del Carmen no me vuelve el rostro, al cielo me pienso ir, sin avergonzarme de empinar, pues con ello no hago yo mal a nadie, y aunque me trastorne, ¿qué? Nada importa el trastorno de la cabeza, si aquí está la conciencia más limpia y más pura que la coronilla de los ángeles.

—Descuide usted—replicó Angel riendo—, que todo se arreglará. ¡Lucida estaría una religión en que se permitiera la embriaguez! Pero para todo hay bula, compañero, y no estoy porque se condenen en absoluto los hábitos arraigados en una larga vida, y que al fin de ella vienen a ser la única alegría del anciano.

—Eso se llama cristiandad, amigo don Angel—abrazándole con entusiasmo—. Vivan los hombres de sal... y de... gramática.

—Cuando estés conmigo—le dijo Guerra tuteándole por primera vez—no te faltará nada de lo que necesites para vivir. Cada edad, cada estado, cada naturaleza tiene su sed. Unos la aplacan en este vaso, otros en aquél. El tuyo no es bueno; pero no seré yo quien te lo quite.

Comprendiendo la piedad suprema y un tanto sutil que encerraban estas palabras, *don Pito* se conmovió. El oírse tutear parecióle natural, como signo de su inferioridad evidente, mientras que Angel le aplicaba el tú casi sin darse cuenta de ello.

—Maestro—suplicó *don Pito*, a quien se le vino a la boca este tratamiento para suavizar el tú, que también empezó a usar—, si te parece, como a mí, que no es muy católico que estemos en ayunas a las doce del día, manda a esos fámulos tuyos que nos hagan un almuercito.

—También yo tengo ganas, ¡vaya! —dijo el solitario, entrando en la casa y dando sus órdenes a *Jusepa.*

II

El marino se fué a dar un paseíto y a tomar el sol, que aquel día, después de una mañana calinosa, picaba bien. Se sentía ágil, vigoroso, con ánimos para tirar mucho tiempo y gozar de la vida, espíritu y cuerpo dispuesto a nuevas empresas. Conviene añadir, para completar la historia del buen navegante, ciertas explicaciones de cosas que le habían pasado aquellos días; a saber: que con la rusticación, la vida al aire libre en país tan sano, las comidas metódicas, la paz del ánimo, se le recalentó la fría sangre, despertando en él dormidos instintos y retrayéndole a la mocedad. La afición al mujerío, que fué la debilidad capital de su vida y ocasión de sus quebrantos, se le reverdeció en términos que se pasaba las horas de otero en otero, soñando con poéticas aventuras y con deleitables encuentros en medio de la soledad nemorosa del monte. Pero la realidad no correspondía a sus delirios, porque si alguna hembra se parecía por allí, era comúnmente más fea que el demonio. Con su imaginación remediaba el capitán estas jugarretas de la caprichosa realidad, y no necesitaba forzarla mucho para figurarse que a la vuelta de un matorral o en el hueco de una peña se iba a tropezar con alguna zagala preciosa, ataviada de verdes lampazos.

La zagala, ¡ay!, en paños menores no salía por parte alguna; pero como a falta de pan buenas son tortas, empezó *don Pito* a mirar con ojos poéticos a las zafias labradoras de refajo y moño que pasaban hacia el puente. A todas les echaba piropos alambicados, llegando a proponer a más de cuatro que le quisieran, y como las tales mozas, antes que enamoradas de él, parecieran temerosas y sorprendidas de su facha, el marino dedicaba un ratito de la mañana a componerse y acicalarse, peinándose con agua las greñas, ladeándose el gorro de piel y atusándose con saliva los cerdosos bigotes. Viendo, en fin, que ni por éstas daba golpe, concentró todos sus afectos y esperanzas en *Jusepa,* determinándose a borrar mentalmente la fealdad de la moza, transformándola en hermosura cabal y sin tacha. La Naturaleza había compuesto en ella uno de sus más esmerados ejemplares de *antídotos contra el amor,* dándole una patata por nariz, ojos de pulga, boca de serón, color de barro crudo, cabellos ralos, desiguales y no muy blancos dientes. Tenía, en cambio, cierta tiesura gallarda, pues la Naturaleza rara vez extrema sus agravios; ciertos andares que podrían pasar por airosos, el seno de no escaso bulto y los brazos bien torneados. Pues estas cualidades bastáronle a *don Pito* para construir en su mente una diosa. Rechazado con brío a las primeras insinuaciones, se creció al castigo, y la acosaba y la perseguía, sin dejarla vivir. Con los descalabros, fácilmente pasó del capricho a la pasión, y se sintió invadido de idílicas ternuras, de melancolías románticas. Hasta se le ocurrió escribirle cartas apasionadas, y momentos hubo en que se creyó el hombre más infeliz del mundo porque su ingrata no sabía corresponderle más que con un par de coces o tal o cual relincho.

"No soy tan feo yo—pensaba, componiendo la cara lo mejor que podía—, ni mi vejez es tanta que inspire repugnancia a una buena moza. Bastantes, y bien guapas, se han vuelto locas por mí. Y aunque no soy bonito, tengo muchísima sal para mujeres."

Representábase a *Jusepa* como una virtud arisca y a prueba de tentaciones, y esta idea le espoleaba más para vencerla y rendirla. No poseyendo más caudal que su ternura, la derrochaba a manos llenas, y el hombre, en su crisis senil, hasta poeta se volvía. Aquel domingo, mientras disponían el almuerzo, fuése un rato al monte a contarle sus cuidados a los romeros y tomillos, echando del pecho suspiros como puños, y pidiendo a las ninfas o genios silvestres algún talismán con que ablandar aquel pedazo de divinidad en bruto llamado *Jusepa.* La misma dama de sus pensamientos fué quien le llamó a comer, desde el camino, con voces que en orejas menos dispuestas a lo ideal que las de *don Pito* hubieran sonado como el dulce rebuznar de una pollina:

—¡Eh, so Mojiganga! Venga..., ya tienes el pienso en el pesebre.

Fué corriendo a toda máquina; pero

alcanzarla no pudo, antes de entrar en casa con el delicado objeto de darle un pellizco en el brazo o donde pudiera. Angel le esperaba sentado ya en la mesa, y los dos almorzaron con buen apetito. De sobremesa, el marino dió rienda suelta a su locuacidad, atizándose copas, y tanto se arreó, que hubo de desbocarse por los siguientes despeñaderos:

—Mira, maestro; yo he pensado que, pues vamos a reunirnos al modo de frailes, no debemos meternos en grandes penitencias. Lo que salva no es privarse del consuelo inocente; lo que salva es hacer bien al prójimo, dar a cada uno lo suyo y respetar la vida, la honra y hacienda de Juan y Pedro; lo que salva es ser humilde y no injuriar. Pero porque comas pescado, porque bebas vino o aguardiente, no te han de quitar la salvación, si te la ganas con buenas obras. Y hay otro punto que debemos tratar antes de meternos mucho en honduras frailescas. ¿Vamos a ser todos hombres, o habrá *jembrerío*? Vamos a estar separados varones a una parte, las niñas a otra?

Angel le respondió que no se ocupase de lo que no le importaba, que ya le dirían dónde le pondrían y cómo había de vivir, sometiéndose o retirándose, según le conviniera.

—Porque yo—prosiguió el capitán inspirado—tengo mis ideas, y las voy a decir para que no se me pudran dentro. ¿Que son disparates? Bueno. ¿Que son acertadas? Mejor. Pues yo sostengo que eso de prohibir el amor de hombre a mujer y de mujer a hombre me parece que va contra la opinión del Ser Supremo. El querer no es pecado, siempre que no haya perjuicio de tercero, y si pusieron en la tabla aquel articulito fué por razones que tendría el señor de Moisés allá, en aquellos tiempos atrasados. Pero no me digan a mí que por querer se condena nadie.

—Presentada la cuestión así—dijo Guerra—, yo también sostengo lo mismo. Por amor nadie se condena; al contrario...

—Ni se peca, hombre, ni se peca en nada de lo que al amor toca... ¿Que tienes un retozo con mujer libre? Pues no faltas, no faltas, y asunto concluído. Vamos al caso. A mí no me entra religión con esas abstinencias, aunque lo digan siete mil concilios. ¡Carando! Francamente, pues cuanto existe en la Naturaleza es de Dios, y no hay quien me quite esto de la cabeza. Yo, ¿por qué lo he de negar? En cuanto veo un buen palmito, ya se me está cayendo la baba. No lo puedo remediar; no paso por que me obliguen a hacer fu al *elemento* femenino. ¡Yo con cogulla, yo bajando los ojos al pasar junto a una dama, o, pongo por caso, de una labradora! No, maestro; eso no va conmigo. Si me ponen hábito y me llevan en procesión, a la primerita mujer que vea le largo un par de besos volados y cuatro retóricas dulces de las que yo sé.

—No se te privará de echar requiebros a las labradoras; pero bien comprendes tú, amigo *Pito*, que una reunión de personas con fines religiosos no puede ser como tú la imaginas en este punto grave del querer. Proscribir en absoluto el amor, nunca... Pero la licencia, el escándalo, ¿cómo se han de permitir?

—Pues si no proscribes el amor, dime cómo me lo vas a establecer.

—Si yo no lo establezco, *Pito* querido.

—Ta, ta, ta... Es que no tienes plan acerca de tan grave particular. Pues mira, ese plan te lo voy a dar yo. Escucha y no te rías, porque yo soy muy serio. Cierto es que no tengo estudios; pero he viajado, he visto muchísimo mundo; la mejor lectura es el viaje, y no hay libro como el globo terráqueo. Si tratas de reunirte con otros buenos, y con otras buenas, ¿por qué no rompes con estas rutinas de Europa, con estas antiguallas de las religiones de acá? Si nos vas a dar una secta nueva, ¿por qué no adoptas una que sirva para aumentar la especie humana y perfeccionarla; una que, en vez de privarnos de las gracias del bello sexo, que son la mejor hechura del divino Señor, nos las multiplique? Eso de la castidad, ¿a qué conduce? A que se acabe el mundo. ¿Pues no es mejor repoblarlo? ¿No son los niños tan bonitos y tan queridos de Dios? Pues en vez de secarnos y consumirnos en esa castidad que daría fin a las criaturas, ¿por qué no aumentamos el número de nenes?

Angel le miraba sin saber adónde iría a parar, y la risa retozaba en sus labios.

—Las cosas claras, maestro. La mejor de las sectas es la de los mormones. ¿A qué esas risas? ¿A qué ese asombro? Escúchame. No lo tomes a broma. ¡Ah!

Es que estáis aquí muy atrasados. Vete al Occidente de la gran República, y verás—exaltándose—; yo puedo hablar porque lo he visto, sí, señor, lo he visto, ¡carando!, y nadie me lo cuenta. ¡Me caso con mi abuela! Oyeme; no te rías: atiende a lo que te digo. Un viaje que tuve que hacer de Nueva York a San Francisco por el ferrocarril, de mar a mar, me puse malo y tuve que quedarme en una estación, de cuyo nombre no me acuerdo, en el estado de Utah. Yo dije: "Pues no me voy sin ver a esos polígamos de que tanto se habla", y me planté en el lago Salado, y visité la ciudad mormónica. ¿Qué te crees tú? ¿Que allí no hay religión? ¡Pues si oyeras aquellos cantos por las calles y vieras la devoción con que están en el templo, oyendo al mormonazo que les predica!... Cada varón tiene en su casa diez o doce chicas... Y que las hay de patente...—besándose las puntas de los dedos—. Pero ¿de qué te ríes?... ¡Si creerás que allí no hay moralidad! Más que aquí, pero más. Allí ni robos, allí ni asesinatos, allí ni riñas, allí ni cuestiones. Y tan civilizados como en Chicago o en Boston, ¡carando!, y activos y trabajadores como ellos solos. Otra cosa que te maravillará: las mujeres no arman peloteras, aunque a veces se juntan veinticinco en la casa de un mismo señor sacerdote, pues allí todos los hombres dicen misa, quiero decir que hacen culto y ceremonias de pateta que el demonio que las entienda—sulfurándose—. Pero si estoy hablando en serio. Te diré más: el famoso Brigham Young me convidó a comer. Es un hombre sumamente echado p'alante, simpático, buena persona, buena: ¡y allí le quieren!..., vamos, que se dejarían matar por él. No bajan de doscientas cuarenta y siete las prójimas que ha tenido desde que es jefe o papa de la secta. Cuando yo le vi, sus esposas me parece que eran veintitrés. Y ¡qué bien le guisaban, qué bien le cosían, qué bien le planchaban las camisas! Figúrate tú si será padre el hombre, que en una semana sola le nacieron nueve chiquitines. Con los que ha tenido desde que empezó se podría formar un pueblo... Te digo que da gusto aquel país. ¡Y qué ciudad tan bonita, tan limpia y tan floreciente! El amigo Brigham me enseñó todo, y por las noches me llevaba a su casa, donde teníamos concierto, y allí oirías a las niñas cantando salmos, con un sonsonete gangosito como las monjas de acá. Y que me quería el hombre, puedes creerlo, y hubiera dado cualquier cosa por convertirme a su religión condenada. Allí bautizan dándole a uno un remojón de cuerpo entero en el lago. Pero yo no quise tomar baño, y me largué viento en popa. Brigham me dió unos librotes que dijo son la Biblia de ellos y el libro santo y la santísima qué sé yo. Nunca pensé leerlos y se me perdieron en el naufragio del *Colorado*. ¡No puedes figurarte cuánto envidiaba yo al sujeto aquel, tan listo y tan...! Vamos, maestro, no te rías, que lo que te cuento es la verdad pura. Para concluir: haz caso de mí, y si fundas algo, arréglanos una sectita como la del lago Salado. No creas que te van a hacer la oposición, no: tendrás prosélitos a miles. Un poquillo de alboroto habrá, pero tú no haces caso y avante. Para evitar que digan o no digan, ¿sabes lo que haces? Pues reducir la cosa a términos discretos. No consentir que cada varón, monje, sacerdote o lo que sea, se descuelgue con un serrallito de muchas plazas, sino establecer que el género se reparta a tanto por barba, de modo que cada hermano tenga su par de hermanitas..., y basta —con entusiasmo—. Sí, hombre, decídete, y déjate de simplezas. Pero si lo enamorado no quita lo religioso. Saldremos en procesión, cantando novenas y maitines y el rosario de la aurora; educaremos muy bien a las criaturas que vayan saliendo; y todos, hombres y mujeres, quedan obligados a trabajar de sol a sol; viviremos en paz, sin envidias, ni celos, ni trapisondas, y practicaremos las obras de misericordia, curando tiñosos, refrescando sedientos y albergando a todos los peregrinos que caigan por aquí. Pocos sitios habrá en el mundo más al caso que este cigarral, y se le pondrá un nombre bonito, que disimule bien, como, por ejemplo, la Ciudad Salada o San Bolondrón Bendito... Eso tú.

Oyó Guerra estos despropósitos, primero con tentaciones de risa, después con enojo, por fin con lástima, sentimiento más adecuado que ningún otro al lamentable desorden cerebral del pobre marino. Intención tuvo de echarle

un buen sermón contra el mormonismo; pero luego cayó en la cuenta de que sería pedantería inútil disparar razones contra el entendimiento completamente embotado por la chochez y el vicio. Vió a *don Pito* como un caso admirable para ejercer las obras de misericordia, un enfermo que necesitaba asistencia, y nada más.

III

La primera persona a quien Guerra confió el secreto de su resolución fué don Tomé, en la estrecha sacristía de San Juan de la Penitencia, después de misa; y tan de sorpresa cogió al capellán la revelación, que su linfático temperamento no pudo recibirla con el asombro y júbilo que parecían del caso. Un rato estuvo el hombre suspenso y como entontecido, soltando monosílabos que más bien expresaban susto que otra cosa, y, por fin, dió rienda suelta a su alegría, poniéndose a punto de llorar de gozo.

—Supongo—dijo a su amigo—que entrará usted en el Seminario.

Guerra no supo qué contestar. No había pensado entrar en Seminario ni creyó que tal entrada fuese menester. Asustóle la idea de someterse a disciplina escolástica y convertirse en motilón, aunque por poco tiempo, y su mal domado carácter dió un brinco, haciéndole decir:

—¿Al Seminario? No será preciso. Veremos.

Encargó después al capellán que no divulgase la noticia hasta que llegara la ocasión, y se fueron a su casa. Aquel día, o quizá el siguiente, pues sobre esto no hay seguridad, recibió Angel una carta de *Leré*, bastante extensa, llena de exhortaciones y consejos emanados de la sabiduría divina, trazándole un plan de conducta para la preparación. Sin mentar para nada el Seminario, le recomendaba que se viera con don Laureano Porras, hombre muy al caso para llevarle derechito a donde se proponía ir. Al propio tiempo le indicaba que las visitas al Socorro debían ser ya menos frecuentes, quedando reducidas a una por semana, los lunes, a las cuatro de la tarde. Que esto le supo mal al aspirante a clérigo, por sabido se calla; pero como procedía de su doctora infalible, concluyó por creerlo bueno y razonable. Dos días después de la carta fué, según en la misma le indicó a su amiga, a la calle de los Aljibes, a presentarse al señor de Porras. Pero Dios lo dispuso de otra manera (sus razones para ello tendría), y cuando Guerra entró en la casa, creyendo habérselas con el capellán del Socorro, encontróse delante de una señora gruesa, o más bien hinchada, que por las trazas parecía hidrópica, la cara de color de cera tirando a verde terroso, mal vestida y peor tocada, con una especie de turbante por la cabeza, en la mano un palo, la cual, entre lágrimas y suspiros, le notificó que su hijo Laureano había caído con pulmonía doble, y que mientras el Señor decidía si se lo llevaba o no, quedaba encargado interinamente de la dirección espiritual del Socorro don Juan Casado. Acompañó Angel en su tribulación a la excelente y por tantos motivos compasible doña Cristeta, y se volvió a su casa, donde seguramente recibiría nuevas órdenes de *Leré*. En efecto, las órdenes llegaron, no en esquela ni recadito, sino que fué portador de ellas el propio Casado, con toda su fea personalidad.

Al cuarto de hora de palique en la salita baja de Teresa Pantoja, mirábale Angel como un buen amigo: de tal modo le cautivaron su gracejo, su naturalidad, el tono sencillo y sin afectación con que hablaba de asuntos religiosos. No mentó el capellán interino a la novicia del Socorro, y díjose enviado por su prima sor María de la Victoria, superiora de la Congregación.

—Me ha dicho que tiene usted que consultar conmigo importantes resoluciones, y los caminitos que hay que seguir para pasar de la vida seglar a la vida eclesiástica. Bien, me parece bien. Hablaremos cuando usted quiera y todo el tiempo que usted quiera, porque mientras no venga la época de sembrar el garbanzo de Toledo no pienso moverme... Ya sabe usted que soy labrador..., tengo ese vicio, esa chifladura. No sé si en mi estado, y vistiendo estas faldas negras, resulto un poquitín extraviado de los fines canónicos. Yo creo que no; pero bien podría ser que mi pasión del campo menoscabara un poco la santidad de la orden que profeso. No me atrevo a rascar mucho, no sea que debajo del destripaterrones aparezca el pecador. Lo

único que digo en descargo mío es que hago todo el bien que puedo, que no debo nada a nadie, que mi vida es sencilla, casi, casi inocente como la de un niño; que si ahorqué los libros no ahorco los hábitos, y siempre que se me ofrece ocasión de ejercer la cura de almas allí estoy yo; que no me pesa ser sacerdote, pero que si me pusieran en el dilema de optar entre la libertad de mi castañar y la sujeción canónica, tendría que pensarlo, sí, pensarlo mucho antes de decidirme. Por esto verá usted que no me las doy de perfecto, ni siquiera de modelo de curas... ¡Bueno está el tiempo para modelos! Ni hallará en mí un hombre de ideas alambicadas y rigoristas, de esos que todo lo ajustan a principios inflexibles; no, señor... Ya sé yo lo que quiere el señor de Guerra: en mí tendrá un consejo leal, un buen amigo, un compañero, que desea serlo más y con lazos de estado común y de amistad más firme. Ya nos conocíamos, señor don Angel; ya bregué yo en otra parte con personas muy ligadas a usted..., cuando el diablo quería. En fin, que me tiene muy a sus órdenes en mi casa, que es suya, todas las mañanas y tardes y noches..., hasta la siembra del garbanzo—echándose a reír—. Después, ni un galgo me coge. Tendría usted que ir a buscarme allá, y me encontraría a la sombra de un olivo, o con la escopeta, dándoles un mal rato a los conejos. Ya he dicho a esas buenas señoras y a mi prima Victoria que cuenten conmigo mientras esté enfermo el pobrecito Porras. Conque, ya sabe, calle del Refugio, vulgarmente llamada de los Alfileritos. Con Dios, y hasta cuando guste.

No tardó Angel en plantarse allá: tal prisa tenía de entrar en consorcio espiritual con un sujeto que le era simpático, que le parecía instruído, fuerte en toda la ciencia humana, así la que se aprende en los libros salidos de la imprenta como la que anda y habla y come en los textos vivos que llamamos personas, escritos a veces en lenguas muy difíciles de entender. Guerra, no obstante, se ponía en sus manos por vía de ensayo leal, esperando a conocerle de cerca para decidir si debía entregarse definitivamente a él en cuerpo y alma. Más que por su inteligencia tolerante y por su afabilidad seductora, Casado le atraía por una cualidad resultante de la combinación feliz del carácter con circunstancias y accidentes externos. El hombre era absolutamente desinteresado, quizá por la independencia dichosa que gozaba. Sin la seguridad de esta independencia en el que había de ser su iniciador, Guerra no se habría entendido con él, pues quería que su padrino tuviese no sólo el desinterés personal, sino el colectivo, es decir, que no apostolizase por delegación de una de esas órdenes poderosas y de organismo unitario, que aspiran a absorber o desleir al individuo, haciéndole desaparecer en la masa común. Así, aunque Angel había llegado a admirar a los jesuítas y a comprender su irresistible fuerza de catequización, no quería meterse con ellos, porque... lo que él decía: "Me quitarán mi individualidad; perderé en el seno de la orden toda iniciativa, y la iniciativa es parte integrante de la resolución que he tomado. Porque yo me consagro a Dios en cuerpo y alma; le entrego mi vida y mi fortuna; pero quiero entenderme directamente con El, salvo la subordinación canónica y mi incondicional obediencia a la Iglesia; quiero conservar dentro de las filas más libertad de acción de la que tiene el soldado raso, lo cual no impedirá que yo someta mis planes al dictamen augusto del que en lo espiritual a todos nos gobierna. Huiré, sí, cuidadosamente de englobar mi persona y mis bienes en un organismo que admiro y respeto, pero que va a los grandes fines por camino distinto del que yo quiero tomar. Y que hay diferentes caminos, lo dice la variedad de familias eclesiásticas existentes dentro del catolicismo, institutos nacidos de las diferentes fases que en el transcurso del tiempo va presentando la sociedad. Yo no entro en la Iglesia docente como átomo que a la masa se agrega; creo que mi misión es otra, y que no soy soberbio al expresarlo así."

Con tales ideas no es extraño que viera en don Juan el hombre como de encargo para apadrinarle y dirigirle en aquella empresa. El único pero que, alambicando mucho las cosas, podía ponerle era el profundo egoísmo que revelaba su exclusivo amor a las delicias del campo y de la agricultura, relegando a segundo término sus obligaciones sacramentales. Pero este egoísmo, como

elemental y si se quiere constitutivo en la Naturaleza humana, no resultaba odioso, máxime cuando Casado no era tirano con sus deudos y arrendatarios y hacía mucho bien a la gente menesterosa de la región agrícola en que tenía sus propiedades. No quedaba, pues, como argumento de algún valor en contra suya, más que la afición loca del campo, por el regalo, la libertad y los mil gustos y satisfacciones que le producía, sin los apuros del labrador pobre. Vivía en medio de todos los bienes, paladeando la vida, no dando más que lo sobrante y muy sobrante, viendo trabajar a sus sirvientes, recreándose con los frutos de la Naturaleza, sin ninguna clase de angustias ni afanes para obtenerlos. Pero esta clase de egoísmo, tan refinado y sutil que apenas se distingue entre otros egoísmos groseros y de bulto que hay en la sociedad, no le quitaba la estimación de su apadrinado, el cual era bastante listo para comprender que no se puede pedir a la Humanidad, fuera de ciertos casos, más de lo que naturalmente puede dar. Los santos son rarísimos; las criaturas excepcionales, como *Leré*, nacen de siglo en siglo. Si don Juan Casado no hubiera sido, de oficio, vendimiador de almas, no habría que ponerle tacha por mirar más a las viñas del hombre que a la del Señor. Seglar, sería un modelo de ciudadanos, perfecta partícula del Estado, piedra robusta y bien cortada de la arquitectura social. Su pasión era la más noble que existir puede, la más útil, y a boca llena lo repetía, apropiándose un texto del amigo Cicerón: *Nihil est agricultura melius, nihil uberius, nihil dulcios, nihil homine libero dignius.* ¡Ah! Pues si él fuera libre... Pero no lo era: en su coronilla llevaba un disco sin pelo, bien rapado, marca de pertenencia a un amo que cultiva y pastorea tierras y ganados mejores que los de Cabañas de la Sagra.

IV

En casa propia vivía Casado, la cual era de las mejores de la calle de los Alfileritos, antigua, con el escudo de cinco estrellas, emblema del cardenal Fonseca, a cuya familia perteneció, habiendo pasado después a ser propiedad de la hermandad del Refugio, que no era otra que la *Ronda de pan y huevo*.

Nada de particular tenía el patio, de columnas de granito en los cuatro lados. Los evónimos, plantados en enormes macetas rojas como tinajas, habían adquirido extraordinario desarrollo: eran verdaderos árboles que elevaban hasta el piso alto sus copas de perenne verdor.

Al entrar de visita, Angel se pasmó de la longitud de la sala en que le recibieron, pieza que podía competir en dimensiones, si no en ornato, con la Sala Capitular de la Catedral. Las puertas vidrieras, que en las cabeceras comunicaban por un lado con el gabinete y alcoba de Casado, por otro con el comedor, eran monumentales, de arco ondulado, a estilo de cornucopia, y pintadas de azul. Sus vidrios cortos y el plomo inseguro de las uniones hacían al abrir y cerrar, o cuando pasaba alguien, una especie de musiquilla semejante a la de un piano antiguo, de esos que llevan ya cincuenta o sesenta años sin que hieran sus cansadas teclas más que los chiquillos de tres generaciones. Las paredes de esta disforme cuadra se veían apenas: tan bien cubiertas estaban de objetos mil, por los cuales atónita se esparcía la vista, solicitada de tanto colorín y de tanto mamarracho heteróclito. No era nuevo para Guerra aquel ordenado desorden de cosas diversas, y vió en él la mano de una de esas mujeres hábiles y apañadoras que de todo sacan partido para engalanar su vivienda. Porque no existe cosa alguna de trabajillos manuales ni de habilidades monjiles o de colegio de señoritas que allí careciese de representación. No faltaba ninguna casta de perritos bordados, ni modelo alguno de marcos para estampas y fotografías, pues los había de paja, de papel cañamazo, de flores de cuero, de talco, de conchitas, de hilillos de vidrio, de cañas, de ramitas de ciprés, de obleas, de peluche y de cuentas ensartadas en alambre. La cantidad de retratos era tal que con ellos se podía formar un pueblo. Angel se entretuvo un rato mirando las cartulinas descoloridas o flamantes, grupos de familia, señoras gordas, señoritas flacas, cadetes novios, grupos de niños, criaturas muertas, curas, militares, toda una sociedad, toda una generación, en esas posturas que jamás toman las personas en la reali-

dad. La visita se extraviaba entre tanta baratija, pues todos los espacios, encima y debajo de los muebles, hallábanse ocupados por muñecos mil, frágiles y grotescos, figurillas de nacimiento, y entre ellos, arrimados con cierto arte a los objetos de bulto, cromos pegadizos de los que dan de premio en los colegios, o de los que visten las pastillas de chocolate. Por aprovechar todo, la mano allegadora de la diosa que en aquel recinto imperaba había colocado también allí, adhiriéndolos a la parte inferior de los fanales que tapaban floreros, envolturas de cajetillas habanas, de esas que ostentan la fábrica de cigarros o un vapor pasando por delante del Morro. Hasta las cubiertas de los librillos de papel de fumar tenían allí su puesto.

Pues digo: si se fueran a examinar una por una las cajitas de cartón, no se acabaría en media semana, pues las había de cuantas clases ha imaginado la industria tenderil: de dulces, de pastillas para la tos, de jabones finos, de paquetes de polvos; todas colocadas buscando la simetría en tamaños y colores. Los caracolitos de diversa forma, los tarros de pomada con el retrato de la emperatriz Eugenia, las tazas sueltas de juegos de té, los palilleros sin palillos, las vajillas de muñecas, los pitos de feria, no se podían contar. De lo que Guerra se admiraba más era de que todo aquel sinfín de cachivaches estuviese limpio de polvo, todo perfectamente ordenado y dispuesto, señal de que existía una persona exclusivamente consagrada a cuidarlos. Sobre las láminas que eran la historia de Moisés, de lo más malo que en el género de estampas se conoce, con marcos de caoba, lucían algunos penachos blancos, de esa espiga que llaman *cinerea*, y por aquí y allí colgaban cintajos y lazos que fueron moños de guitarras o panderetas. El sofá y los sillones no podían, en rigor, carecer de los *antimacasares* de rosetas de *crochet*, blancos con motita roja en el centro, y había un almohadón que semejaba un puerco espín con picos de lanilla de todos colores. Ni faltaba tampoco la alfombra casera, de pedacitos, ni el gorrete tapando el tubo de la lámpara de petróleo jamás encendida, ni la canastilla de flores de trapo colgada del techo y con funda de tul verde. De antigüedades sólo había un fragmento de bajorrelieve en madera estofada, que debía de ser de algún retablo, con una cabeza como de sayón, con turbante, cara grotesca enseñando la lengua, y la mitad de otra cara. Cubría el pavimento de la vasta pieza alfombra de fieltro, flamante, bien cuidada. Cuando no había visita, las pesadas maderas de las dos ventanas se entornaban para que no entrase la luz solar a comerse los colorines de la estampada alfombra; y en el centro, frente al sofá, campeaba un brasero de copa, que por lo limpio brillaba como el oro, y nunca tuvo lumbre. Pero se quería obtener con él, sin duda, un efecto de calefacción moral, porque las visitas sólo con mirarlo se iban consolando del frío de la sala, aun en la estación más rigurosa.

Más interesante que aquel templo de las baratijas era la divinidad, llamémosla así, que en él moraba. Felisita Casado, viuda de Fraile, hermana del cura, la cual apareció en la sala antes que Angel tuviese tiempo de examinarla toda Era de bastante más edad que su hermano, y habría pasado por su madre si en la fealdad se le pareciese. Pero no: tenía Felisita mucho mejor lámina que el clérigo, y en su rostro, más bien envejecido que viejo, algo había que daba fe y testimonio de no haber espantado a la gente. Ni asomos de presunción quedaban en ella, y se presentó con el busto cruzado por una toquilla oscura, falda de hábito del Carmen con cordón, zapatos de orillo y mitones color de tabaco. Su cuerpo se encorvaba ligeramente, como si padeciese un dolor de cintura, y su cabeza no se mantenía bien derecha. Recibió a Guerra con agrado, diciéndole que su hermano no podía tardar, que le esperase. Mirábale con cierto recelo, como si temiera que al sentarse le chafara el cojín de picos, o le ensuciara la alfombrita con el fango pegado a las botas. Quizá por no ver profanado su santuario, en el cual, abierto el balcón para la visita, entraba un sol descarado, que se iba a comer los colores de la alfombra, invitó a Guerra a pasar al comedor.

—Usted es de confianza—le dijo—, y estará mejor y más a gusto aquí.

Antes que Angel pasara al comedor, Felisita entornó las maderas, expulsando al sol con un gesto tiránico y de pocos amigos. ¡Bonita se pondría la alfombra, y todo, Señor, todo, con aque-

lla luz que entraba tan atrevidamente a curiosear en la sala! En el comedor ya podía colarse de rondón, porque el piso estaba cubierto de estera de empleita ordinaria, amarilla y roja, formando algo como las barras de Aragón, y aunque las paredes y el aparador igualaban a la sala en lujo de chucherías, éstas no eran tan selectas como las otras. Dos señoras bastante entradas en años, amigas de la viuda, se congregaban junto a un brasero, no simbólico como el de la sala, sino lleno de cisco bien pasado. El comedor tenía cierro de cristales a la calle, con dos jaulas de codornices y una de jilguero o verderón. El gato, hermosísimo, gordo, manso, perezoso, de color cenizo y ojos de topacio, se amodorraba sobre el sofá de Vitoria con cojinetas de percalina encarnada.

Atendía Felisita al visitante, sin olvidar a sus dos amigas, y mientras le hablaba para entretenerle, no podía dejar de pensar que los paños de *crochet* de los sillones de la sala se habían torcido con la visita; que uno de ellos, pegándose a la espalda del señor de Guerra, al levantarse éste, se había caído al suelo, y que la alfombrita de pedazos quedó con la punta doblada y con algunas impresiones de barro sobre sus inmaculados colorines. ¡Vaya, que tener las cosas tan bien arregladitas y pasarse la vida cuidándolo todo, para que lo desarregle y lo ensucie el primero que viene de la calle! ¡Qué vida esta, Señor, tan miserable y angustiosa!

Pero nada de estas quemazones internas dejaba traslucir Felisita conversando con Angel, y en tono gangoso y con los más comunes y manoseados conceptos hablábale del frío extremado de aquel año, de las funciones de la Catedral y de la subida del pan. La buena señora compartía su vida entre dos afanes: consistía el primero en madrugar y ser de las primeras que aguardaban, en la Puerta Llana, a que Mariano el campanero abriese la Catedral, y de allí no salía hasta después de misa mayor, para volver por la tarde a vísperas. El resto del tiempo consumíalo el afán de arreglar su casa y tener bien limpio todo aquel matalotaje, cada cosa en su sitio. Y tan a pechos tomaba estos dos órdenes de ocupaciones, que por cualquier falta o contratiempo que en una u otra ocurriera se ponía mala. Lo mismo le daba el mal de corazón o la dispepsia flatulenta cuando alguien le ensuciaba la sala o le descomponía sus altaritos que cuando al señor deán le dolían las muelas y no podía asistir al coro, o cuando Palomeque, por ser un tumbón muy amigo de su comodidad, dejaba de decir la primera misa del Sagrario. La vida de Felisita era un continuo sufrir. Tres días horribles de flato y acideces y rescoldera de estómago pasó una vez porque al pertiguero don Lucio de la Rosa se le cayó la peluca en una festividad solemne. La distribución de su tiempo y de su atención entre estas dos esferas de actividad variaba según las ausencias y presencias de su hermano. Hallándose Juan en Toledo acortaba la señora por el lado eclesiástico, aumentando por el doméstico, y al revés cuando el clérigo se iba a Cabañas. Eran en sus gustos y aficiones tan contrarios, que Felisita detestaba el campo, y por nada de este mundo habría acompañado al clérigo en sus excursiones fuera de la ciudad natal. Las hermosuras de la Naturaleza eran para ella como caracteres de un idioma desconocido. Su verdadero campo era la Catedral, y el ambiente más regalado el que a incienso y cera trascendía. ¿Qué árboles más bonitos que los haces de columnas que sostienen las bóvedas, ni qué cielo más hermoso que éstas? ¿Qué pajarillos más canoros que el flauteado del órgano? ¿Qué mugido de buey igualaba a la voz de Fabián? Ni ¿cómo habían de compararse las faenas de la recolección con una fiesta doble de primera? ¡Cuánto más simpáticos los canónigos, salmista, pertigueros y monagos que toda la caterva de mozos de labranza, peones, gañanes y pastores, gente ruda, malhablada, con aquellas manazas que parecen pezuñas y aquellas greñas sin peinar; puf...!

Su continua presencia en la Catedral durante luengos años habíale dado un saber litúrgico que ya quisieran para sí muchos clérigos. Sin haber hojeado nunca la cartilla de la diócesis, se sabía el color de las vestiduras para todos los días del año, y en cuanto al completo ceremonial de las domínicas de Adviento y desde Septuagésima a Resurrección, podría dar quince y raya al propio maestro de ceremonias. Co-

nocía la serie de arzobispos desde don Gil de Albornoz para acá, sin que se le perdiera uno en la cuenta, llamándolos el *señor Tal,* el *señor Cual,* y su hermano le consultaba más de una vez, por no tener tan bien ordenados los catálogos de su memoria.

Cuando Juanito estaba en el campo, la viuda de Fraile y su criada, una chiquilla sagreña, vestida de estameña de Madridejos y pañuelo de talle de los llamados *del zurriago,* figurilla parecida a las de *nacimiento,* se mantenían con muy poco. Un diario de cinco o seis reales les bastaba. Hallábase entonces Felisita en sus glorias, porque en la cocina no había nada que hacer, no venían visitas a revolver la sala, y todo estaba limpio, ordenado, cerradito. Podía eternizarse en la Catedral sin limitación de tiempo, hasta que bajaba el campanero con las llaves y el perro para cerrar la Puerta Llana.

Menos tiempo del empleado en dar a conocer a Felisita tardó en llegar don Juan, quiero decir que se apareció en ocasión que corresponde a la mitad de las referencias que acaban de leerse: al concluir éstas, ya el catecúmeno y el sacerdote se habían ido al cuarto de éste, pasando por la sala, y allá estaban, metidos en sustanciosa conversación, de la cual algo, desde fuera, al través de los frágiles vidrios, se traslucía.

V

Entre otras prendas eminentes, dió el Cielo a Felisita una curiosidad a prueba de secretos, pues mientras más enigmáticas eran las cosas, más empeño ponía ella en descifrarlas. No habría tenido precio para egiptóloga, y si la emprende con los jeroglíficos de Menfis o con cualquier clase de garabatos en piedra o papiro, de seguro que les saca toda la enjundia que tuvieran, y aun un poco más. Su vista era de lince; su oído cazaba al vuelo toda sílaba perdida y las inflexiones lejanas de la voz. Desde que su hermano y Guerra se encerraron en el despacho o gabinete del primero, no tuvo sosiego, y para poder arrimar el hocico a la vidriera despidió a sus amigas a fin de quedarse sola. Deslizóse a lo largo de la sala, cuyas maderas cerró completamente para rodearse de oscuridad; sus zapatillas de fieltro eran el silencio mismo; pasó, cual si fuera a caza de un ratón, agachándose junto a los vidrios y aplicando la oreja derecha, que era la más lista de las dos y la que principalmente funcionaba en casos de espionaje mayor.

"¿Qué tratarán? ¿Será cosa de compras de tierras? No sé para qué quiere este hombre más fincas, cuando tiene ya media Sagra. ¡Ay, las tierras! No las puedo ver. Siempre pensando en el nublado, en el pedrisco. Y por causa de las condenadas tierras tiene una que alegrarse cuando llueve; yo, que detesto la lluvia."

A la primera sílaba pescada entendió que no se trataba de tierras, sino de cielos, es decir, de cultivos espirituales. "Es cosa de conciencia—se dijo, relamiéndose de gusto—. Ya; este señor será algún pecador muy malo, que quiere enmendarse, o algún marido burlado que pide el divorcio, y quizá están de por medio hijos naturales o esposas artificiales... Anda, anda, parece que hablan de una monja, de una hermanita del Socorro..."

Aguzó de tal modo el oído, que era como una lezna. ¡Y qué conceptos tan raros ensartó en el aire la sutil punta! Juanito preguntaba al señor aquel si su vocación era sincera, si no habría en ello alguna jugarreta de la imaginación de esas que, por lo bien tramadas, engañan a la misma sabiduría. Luego contestaba el otro en voz baja y apenas perceptible, con gran impaciencia y enojo de la viuda de Fraile, que habría querido que gritara como un energúmeno. En cambio, don Juan todo lo decía tan clarito, que un aspirante a sordo lo podría entender desde la sala:

—Porque hay casos, se han dado y se dan casos de pasiones que a sí propias se creían espirituales y místicas, y luego ha resultado que por dentro de ellas corría el aliento de Satanás. Hay que estar muy en guardia y escarbar mucho hasta descubrir el tuétano.

Felisita sonreía admirando el talento de su hermano. ¡Pasión mística, resabios de amor mundano, vocación de sacerdote, monja de por medio! ¡Qué comidilla más sabrosa! La espía se chupaba los labios como si tuviera en-

tre ellos una pastilla dulcísima o un licor delicioso. Pero aquel condenado de hombre no se explicaba claro. Su voz era un mugemuge, del cual apenas se destacaba tal cual sílaba o alguna frase, más bien adivinada que oída. Supliendo el conocimiento auditivo con la interpretación libre, entendió Felisita que la cosa había empezado por noviazgo u otra forma cualquiera de amoroso enredo. Pero al fin todo era puramente espiritual, y en cuanto a su vocación... Aquí la voz de Juanito arrojó nuevamente claridades deslumbradoras sobre el oscuro diálogo, y la escuchante pudo comprender que el sujeto aquel deseaba cantar misa. Realizada cumplidamente en él la más radical metamorfosis, el hombre viejo había perecido cual organismo que muere y se descompone, saliendo de sus restos putrefactos un hombre nuevo, un ser puro... Luego siguieron palabras en tropel, que apenas se entendían, porque don Juan se puso de espaldas a la vidriera y echaba la voz para el otro lado.

Felisita no volvía de su asombro. ¡Aquel señor quería ser presbítero! ¡Cosa más rara! ¡Y ella creía que el presbítero nace y no se hace; es a saber: que la carrera eclesiástica se empieza siempre en la juventud, mejor dicho, en la niñez, y que sólo la siguen muchachos pobres y campesinos, rarísima vez los señoritos de familias urbanas y acomodadas! Entre las frases sueltas que pudo pescar había oído "mi hija". ¡Luego era viudo o tenía familia a espaldas de la Iglesia! Y sin duda era rico, porque algo dijeron también de cuantiosos intereses y de fundar un asilo para pobres... ¡Vaya, vaya, que un caso como aquél no lo había visto la viuda de Fraile en todos los días de su vida! ¡Un caballero de buen porte, viudo, rico, meterse cura, consagrarse a cuidar enfermos y recoger mendigos callejeros! ¿En qué tiempos vivimos? ¿Podrá tal cosa suceder? El sueño, la historia, que viene a ser como un sueño retrospectivo, ¿pueden acaso revestirse de realidad y hacerse sensibles a la vista y al tacto del hombre despierto? La dama curiosa pensaba que es muy divertido vivir cuando viviendo se ven cosas tan raras y se puede llegar a la consoladora tesis de que nada es mentira.

Gran confianza tenía Casado en su hermana, y de todo le daba noticia, exceptuando, claro está, los asuntos de conciencia. Así, pues, en cuanto se retiró el otro, no fué preciso que Felisita le instara para saber de su boca lo que en buena ley podía ser contado. Escuchólo con avidez la viuda, coordinándolo con los retazos tomados al oído por ella, y de todo formó su composición. Dígase en honor suyo que la curiosidad y manía de enterarse no iban acompañadas del furor chismoso, máxime en asuntos que pudieran relacionarse con su hermano. Era incapaz de profanar las confidencias delicadas que éste le hiciese llevándolas a las tertulias de beatas que suelen improvisarse en algún rincón de Reyes Nuevos o de San Ildefonso antes y después de las misas tempranas, o al círculo de cotorronas que en el comedor de su propia casa y al amor del brasero algunas tardes se formaba.

Pero de nada valía la discreción, pues a los dos días de la visita de Angel a don Juan observó Felisita que era público y notorio parte de lo que ella escuchó pegada a la vidriera. En la casa de Mariano el campanero, allá en las alturas de la torre, donde tiene su vivienda el que modula todo aquel vocerío misterioso de los sonoros bronces, oyó hablar del caso como noticia corriente en Toledo. A Guerra le conocían de vista dos señoras que hablaron de su próxima investidura eclesiástica; pero entre las verdades metieron mil exageraciones y patrañas: que el tal don Angel había sido masón de los peores; que en una de las trifulcas de Madrid mató él solo más de doscientos militares, y que su fortuna era tan grande, pero tan grande, que gozaba una renta de tantísimos miles de duros diarios. A cada paparrucha seguía otra mayor, desafiándose las bocas a cuál disparataba más. Salió a relucir allí la rutinaria conseja, ordinariamente atribuída a un inglés, de que el señor de Guerra quería comprar al cabildo el cuadro del *Expolio*, dando por él la cantidad de onzas que cupieran, bien colocadas, sobre la tela, hasta cubrirla, y la otra fábula, también antiquísima y popular, de que el edificio proyectado por don Angel había de tener un número de puertas y ventanas igual al de los días del año. Todo esto se picoteaba en la galería de piedra del frontis-

picio de la Catedral, sobre la puerta llamada de los Escribanos o del *Infierno*, tomando el sol de la tarde. La tal galería, que corresponde a la morada del campanero, y es como balcón o solana a más de veinte metros de la calle, no tiene precio para sitio de tertulia. Los únicos ruidos que allí pueden turbar la placidez de la charla son el mugido del viento forcejando con la torre y el clamor vibrante de las campanas próximas. Entre las columnas de granito hay algunos tiestos, que alteran, desde fuera, la severidad arquitectónica. Las palomas, avecindadas en desconocidos agujeros de aquellas alturas, cruzan sin cesar por delante de la galería, desde la cual se ven también, considerablemente agrandados, los profetas y obispos que decoran el frontis, disformes, cabezudos, unos con mitra colosal, otros con emblemas de bronce o hierro en sus manos ingentes. El gato del campanero suele familiarizarse con toda aquella vecindad escultórica, y no tiene que brincar mucho para echar una siesta sobre el libro de San Fulgencio, que parece un diccionario, o sobre el arpa de David.

Pues, como se iba diciendo, Felisita, en la tertulia campaneril, a la cual no pocas tardes concurría, sin temor de los ciento diez escalones, se dió bastante tono, manifestándose mejor informada que las preopinantes, poniendo las cosas en su verdadero lugar y atribuyendo a su hermano el mérito de la preciosa conversión del madrileño. Se habían hecho tan amigos, que don Angel no daba paso alguno sin previa consulta con su director, y no pasaba día sin que a la puerta llamara dos o tres veces.

—Ya no tengo manos para tirar del cordón, y el tal entra ya en casa como si fuera la suya propia. Eso sí, es hombre fino, que cuando le estropea a usted un cojín o le deja barro en las alfombras, pide mil perdones, y a la chica me la tiene trastornada de tantas propinas como le da. Enjambres de pobres le esperan a la puerta cuando sale, por lo cual tengo el zaguán perdido de pulgas... y de otra cosa peor. Mi hermano le da libros y papelorios para que lea y se vaya enterando.

Alguien dijo después haber oído que en cuanto Guerra se ordenase le harían arzobispo, pues era hombre muy bienquisto en la Corte, y se tuteaba con ministros y personajes que fueran compinches suyos en la masonería.

VI

Era la viuda de Fraile gran madrugadora. Al toque de alba (doce solemnes campanadas que da Mariano poco antes de romper el día, y que se oyen en toda la ciudad) saltaba de su lecho y presurosa se vestía. En ayunas salía de casa, y arrebujada en su mantón color de papel de estraza, con zapatos de paño grueso y mitones oscuros, emprendía la marcha hacia la Catedral por el jardinillo de los Postes y el Nuncio Viejo, comúnmente sin encontrar un alma. Ya los pájaros piaban saltando de rama en rama en las acacias de la plazuela de San Nicolás. La luz de la aurora, tímida y soñolienta, principiaba a dar vida y color a las partes altas de la ciudad; las sombras de las calles se atenuaban; oíanse cantos de codornices y algún esquilón de convento lejano, cuyo sonido parecía temblar de frío, como la mano de la monja que desde el coro tiraba de la cuerda. En las bocacalles refilaban corrientes de aire glacial, cortantes como espadas de la tierra. Aún no se oían los pregones del lechero y carbonero, ni el trote vivo de los caballos en que se reparte el pan a domicilio.

Llegaba Felisita a la Puerta Llana antes que las otras abonadas, a excepción de una de ellas, ciega, que debía de ir a medianoche, pues la más madrugadora siempre la encontraba allí, hecha un ovillo, junto a la verja. No tardaba en comparecer doña Mauricia, la tía de los dos capellancitos muzárabes; Ursula Morote y otras beatas más o menos viudas, con quienes la de Fraile conversaba un ratito, echando pestes contra Mariano por su tardanza en abrir. Llegaba también un viejo con trazas de obrero inválido, capa raída de raja, parda, color de regaliz; calzón azul manchado de yeso y montera o boina de lo más traído. Este y otro de igual empaque eran candidatos a apóstoles, es decir, que habían puesto en juego sus influencias para figurar en el lavatorio del próximo Jueves Santo. Felisita los apoyaba con toda su privanza sacristanesca y capitular; pero se temía que vencieran otros pretendien-

tes con mejores aldabas. Luego aparecía el monaguillo que ayudaba la misa del Santo, y al poco rato otros, que para entrar en calor se ponían a jugar a la pelota contra el muro de la Catedral. Abríase la confitería de enfrente, y un señor arreglaba en el escaparate las bandejas de yemas y bizcochos.

La conversación de los fieles cristianos versaba sobre cosas pertinentes al objeto que allí los llevaba:

—Hoy no nos dice la misa don Julián, porque está de semana...

—Pues la del Cristo Tendido la dice hoy el señor Luque, porque el señor Cascajares sigue fastidiado con sus dolores de estómago, y el médico le ha prohibido coger los fríos de la mañana...

—Don Francisco la dice hoy, pero no en San Ildefonso, sino en el altar de la Señora...

—Pero ¡cómo se le pegan las sábanas a este Mariano! No tardarán las seis.

El reloj confirmó esta opinión cantando por todo lo alto las seis, a punto que asomaba por el extremo occidental de la calle, viniendo de San Justo, el canónigo señor Luque, tapándose boca y nariz con el manteo, y antes de llegarse a la Catedral, se metió un momento en la confitería. No tardó en recalar por el Pozo Amargo don Francisco Mancebo, también embozado hasta los ojos, mejor dicho, hasta las vidrieras, que aquel día estaban de servicio. Oyóse por fin el áspero chirrido de la llave con que Mariano abría, y fué saludado con un murmullo de satisfacción, como el que suena en los teatros cuando dan gas. La pesada puerta se abrió despacio, y apareció el campanero, de capa, con un gorro negro calado hasta el pescuezo, y el manojo de llaves en la mano. Mientras abría la verja, las personas que esperaban le reprocriminaron por su tardanza, y él les gruñía menos amable que su perro *Leal*, negro y de hermosa estampa, el cual salió brincando, dejándose acariciar de las beatas y olfateando a todos, dueñas y monaguillos. Precipitóse dentro el grupo impaciente, y Mariano, seguido del perro, corrió hacia el otro lado de la iglesia para abrir las puertas de la Feria y las dos del Claustro.

Los feligreses madrugadores se esparcieron por las naves solitarias, frías, oscuras aún, anegadas en una penumbra suave que atenuaba los ángulos, profundizaba las concavidades y estiraba los haces de columnas. La luz matutina se introducía por lo más alto, y las ventanas orientales del crucero eran las primeras que se teñían de vivos colores, proyectando tonos naranjados sobre los segmentos de las bóvedas. La sombra se iba contrayendo hacia abajo, cortada duramente por las claridades azules que penetraban al abrir y cerrar las hojas de los canceles. Las lamparitas de la Capilla Mayor y el Sagrario lucían como lejanísimas estrellas, moteadas sobre las masas confusas de arquitectura, que a cada instante se iban desnudando más de la sombra que las envolvía. Pocos minutos después de abierta la iglesia, salía la primera misa, que en tiempo frío se celebra en Reyes Nuevos, como el lugar más abrigado de la Catedral. Felisita y sus protegidos los presuntos apóstoles, algunas veces Teresa Pantoja, la oían, y ésta y la viuda de Fraile solían comulgar después de ella.

No pocas veces fué también don Angel, y una de las mañanas más frías de marzo, cuando Felisita embocó a la Puerta Llana media hora antes de abrir, le encontró allí hablando con la ciega, que era la primera que llegaba. Saludáronse y charlaron de cosas pertinentes al ramo de misas matutinas. Al entrar, propúsose ella no perderle de vista; pero por más que ojeó, no le fué fácil seguirle dentro de la vastísima cavidad del templo. En Reyes Nuevos no estaba, y mientras oía su misa, la Casado se devanaba los sesos calculando si don Angel oiría la del padre Mancebo, en la capilla de San Ildefonso, o la de don Julián, en el Sagrario. Esto la desazonaba, porque ¿no era más natural que oyese las misas que a ella se le antojara designarle? "Nada, Señor, que estos hombres convertidos no saben lo que se pescan." Grandes zozobras turbaban su espíritu, produciéndole, como fenómeno reflejo, dispepsia flatulenta y una molestísima opresión del epigastrio. Las causas de su mal eran muy complejas: que don Angel no hacía las cosas a gusto de ella; que a la sobrina del canónigo tesorero se le habían enconado los sabañones, y que se susurraba que aquel año no daría el Gobierno los ocho mil reales para el monumento. Así se lo dijo un *vara de plata*, añadiendo otras

noticias lastimosas; a saber: que las monjas de San Juan de la Penitencia, al arreglar las planetas moradas que debían usarse el Domingo de Ramos, las habían dejado cortas, y los señores canónigos y beneficiados no querían ponérselas ni a tiros.

¡Cuánto chismorreó la viuda de Fraile aquellos días, los de la primera y segunda semanas de Cuaresma, ya en la tertulia de Mariano el campanero, ya en los corrillos que se formaban a la salida de la santa iglesia, en los cuales solía meter baza Teresa Pantoja, y algunas veces también don Francisco Mancebo! Baste decir que allí se comentaron sucesos diferentes relacionados con lo que aquí se va contando; algo se dijo de la profesión de *Leré*, verificada sin ningún aparato en el Socorro, con asistencia tan sólo de Guerra, los de Mancebo y los de Suárez, comenzando la nueva hermanita, desde el siguiente día, a prestar el servicio de enfermera en las casas que lo solicitaban. Algo se habló también de la prosperidad del Socorro con el dinero de tantísima limosna, mientras perecían las pobres monjas de los monasterios de clausura—grandísima pena de Felisita, con bolo histérico, pirosis y titilación del párpado derecho—, y de paso, se dijo que el señor de Guerra tenía encantados a sus maestros por la inteligencia y aplicación que desplegaba. Mas era un hombre que no se sometía enteramente, y algo traía entre ceja y ceja. Mancebo no supo disimular bien la dentera que le causaba el verle en manos de don Juan Casado.

A los graves motivos de pena que hacían infeliz a la viuda debía unirse pronto otro de los más terribles. Fué a su casa, y, ¡oh sorpresa dolorosa!, su hermano y don Angel habían tomado la sala por suya, y se paseaban en ella de largo a largo, como si fuera el Miradero o la alameda de Merchán. Pero ¡qué insolencia y qué desparpajo y qué falta de respeto al sagrado de una sala tan bien puesta! Acechando desde la puerta vidriera del comedor, vió que no sólo había osado el intruso abrir de par en par las maderas, sino que con los pisotones que daba había convertido la alfombrita en un guiñapo; los paños de *crochet* yacían arrugados en el suelo, revueltos con papeles rotos. Felisita, ¡ay!, observó aquellos estragos con amargura hondísima, considerando las pruebas horribles a que somete nuestro Padre Omnipotente a las criaturas. ¡Que vivamos para ver tales cosas! ¡Que de ningún modo que miremos el mundo deja de presentársenos como un valle de amargura, duelo y tristeza!

¿Y qué demonios trataban? ¿No podían platicar en el cuarto de Juan? ¿Acaso el asunto exigía las amplitudes de la sala para manotear como molinos de viento? ¿No se podía discutir todo lo divino y lo humano sin arrojar colillas sobre una alfombra riquísima, de a veintidós reales la vara, y que se conservaba como el día que salió de la tienda, con sus flores tan preciosas y frescas como las flores de verdad? Vaya, vaya, todo aquel exterminio, y las voces que uno y otro daban a manera de estudiantones en casa de huéspedes de a seis reales, eran porque don Angel sostenía... que... Pero la cólera no permitió a la viuda enterarse. Hubiera entrado con un zorro y los habría echado de allí a zurriagazos para que se fueran con sus teologías a otra parte y despotricaran todo lo que quisieran en mitad de un corral.

VII

La amistad de Casado y Guerra crecía y se afianzaba con el trato. La copiosa biblioteca del cura feo iba pasando, volumen a volumen, por las manos de su discípulo, el cual se permitía comentar sus lecturas con una libertad que otro menos despierto y tolerante que don Juan no hubiera consentido. Charlaban más que discutían, aunque a veces Angel hizo gala de opiniones extrañas y un tanto sediciosas, que el otro celebraba por su originalidad y rebatía con la argumentación de carretilla usada por los escolares en las academias de gimnasia dialéctica. En cuanto a los estudios, no toda la ciencia eclesiástica era igualmente atractiva para Guerra, pues si los *lugares teológicos* le causaban tedio, la liturgia le enamoraba, como arte de los ritos que tiende a sensibilizar todas las ideas cristianas. Estudiábalo con deleite, admirando el poder imaginativo de los creadores, del maravilloso simbolismo inspirador del arte religioso,

sistema que entraña una peregrina adaptación de las ideas a la forma, y que ha tenido la mayor parte en la universalidad y permanencia de la fe católica. No hay que decir que le bastó ejercitar un poco el latín eclesiástico para dominarlo.

Lectorem delectando, pariterque monendo, logró Casado arrancar a su discípulo multitud de preocupaciones y quitarle repugnancias de antiguo existentes en su alma, entre las cuales la más difícil de extirpar fué la que el Seminario le inspiraba. Era como un miedo pueril que se cura mirando de cerca el objeto de que proviene. Trabajillo le costó a don Juan llevarle al Seminario como de visita: pero una vez allí, la aprensión se disipó como por encanto. Casi todos los profesores eran amigos y compinches del cura sagreño, personas simpáticas y agradables, que recibieron bien y agasajaron a don Angel, poniéndose a sus órdenes, franqueándole la biblioteca y mirándole, en suma, como una adquisición preciosa, que debía ser tratada con todo miramiento. Al salir le decía Casado:

—¿Lo ve usted? Estos infelices no se comen los niños crudos. Pertenecen a lo que, no sé si con bastante razón, se llama el *elemento ilustrado.* Hay de todo, naturalmente, pero uno con otro resulta un conjunto muy bonito. Lo que a usted le ha puesto carne de gallina es la idea o el temor de que la enseñanza estuviera en manos de la célebre Compañía. Tranquilícese, amigo. En Toledo no tienen casa los jesuítas, ni se les ha ocurrido restablecer la que tuvieron en San Juan de la Leche. ¿Para qué la quieren, si Toledo es pueblo pobre?

Resultado de esta visita y de las buenas amistades que en el Seminario hizo, fué su asistencia a la cátedra de canto. Casado no le podía enseñar esta parte importante de la Liturgia, no sólo porque su oído era detestable, sino porque desconocía la técnica musical. Con el profesor de solfeo y canto litúrgico hizo el aspirante a clérigo buenas migas desde el primer día, y ambos pasaban ratos muy agradables examinando teórica y prácticamente la inagotable riqueza coral de la Iglesia. Como Angel tenía buen oído y excelente gusto, aquellas conferencias, que a veces se prolongaban dos horas después de clase, eran fuente de purísimos deleites, no sabiendo en rigor si era el sentimiento religioso o el artístico lo que despertaba en su alma tan grande y puro entusiasmo.

El cura sagreño llegó a sentir por su educando simpatía profunda, y si al principio el carácter del maestro al del discípulo se impuso, apareciendo éste en una especie de subordinación filial, lentamente se iban cambiando los términos de aquel parentesco del espíritu, pues con movimiento de balanza, pausado y casi inapreciable, el subordinado se iba poniendo por encima del director, y el carácter firme de don Juan parecía plegarse ante las durezas mayores del de Angel. Verificábase este fenómeno en la esfera de las opiniones más que en la del sentimiento, y lo más raro era que igual supremacía iba adquiriendo el neófito sobre otros clérigos que con curiosidad mezclada de respeto le trataban. Todos creían ver en él una adquisición inapreciable. No había otro ejemplo de persona de viso y de gran fortuna que abrazase el estado eclesiástico en tiempos tan de capa caída para la religión.

Si las tardes venían buenas, ahijado y padrino se iban al cigarral. Allí, el cura campestre no se podía contener, y dando de mano a las teologías y rúbricas, dejaba correr la vena de su saber agronómico. Tiraba chinas a Cornejo por la detestable poda de los árboles, daba su opinión sobre la manera de cavar, uniendo la acción a la palabra si a mano venía. *Jusepa* les hacía chocolate, y se lo tomaban plácidamente sentados a la sombra de los cipreses, contemplando el cielo purísimo y embebeciéndose en la dulce melancolía del paisaje rocoso salpicado de olivos. Los almendros y albaricoqueros hallábanse ya cuajados de flores, blancas en unos, rosadas en otros, y los efluvios de la vegetación naciente inundaban el aire de aromas, llevando al sentido la idea de renovación de la existencia, del vivir otra vez y tornar a la juventud.

Algunas tardes, cuando Guerra estaba solo, íbase paso a paso hacia la Virgen del Valle, por la vereda polvorosa y solitaria, entre cercas de tapial de tierra, de un color de ocre tan vivo, que parecen amasijos de rapé. La tosquedad primitiva de las construcciones agrarias le encantaba, el desorden de los plan-

tíos, lo accidentado del terreno, el árbol que se sale por medio del tapial ostentando sobre el camino sus ramilletes de flores, el derrengado puentecillo, el arroyo que se desliza entre peñascos con tan poca agua que apenas se le siente; las casitas humildes, blanqueadas; las pitas de un verde cerúleo, con sus pinchos como navajas y que parecen defender la heredad como la defendería un perro de presa. Excitada su mente en aquellos días por la estética musical, aplicaba con avidez el oído a cuantos rumores venían de las fragosidades que por todas partes le rodeaban. No tardó en afirmar que ninguna música escrita por los hombres igualaba a la sonatilla de los cencerros de las cabras que se precipitan por aquellas barranqueras, de regreso del monte. El encanto de la tal musiquilla, ¿consistía, más que en los sonidos, en la serenidad inefable de la hora crepuscular, reflejando las vibraciones recónditas del alma del oyente? Ello es que le sumía en dulce éxtasis, y la estaba oyendo hasta que se perdía por el alejamiento del rebaño y después de perdida llamábala a su cerebro, y en él la voluntad la repetía.

En la Virgen del Valle solía detenerse hasta muy entrada la noche. Bajaba después por la rápida pendiente, para pasar el Tajo en la barca, y en verdad sentía que el viaje fuese tan corto, pues gozaba lo indecible con el espectáculo de las márgenes de áspero cantil, que a la luz de la luna ofrecen un claroscuro pavoroso y sublime, paisaje dantesco, en el cual las calvas peñas, la corriente cenagosa y arremolinada, la barca misma, hermana de la de Aqueronte, sobrecogen el ánimo y encariñan la voluntad con las arideces de la vida ascética. Si no le daba por quedarse un rato platicando con los barqueros en el más próximo ventorrillo, subía hacia San Pablo, en cuya vecindad solía hacer una visita antes de dirigirse a su casa.

Don Tomé, desde principios de Cuaresma, no era ya huésped de Teresa Pantoja, pues habiéndose establecido en Toledo unos tíos suyos, se fué a vivir con ellos. Eran marido y mujer, él de extraordinaria flaqueza, por lo cual irónicamente le llamaban *Anchuras*; ella no menos seca y amarilla, sin más apodo que la supresión de la primera sílaba de su nombre. Trabajaba él en curtidos, y había venido de Cebolla para ponerse al frente de un taller de pellejos y botas en las Tenerías. Con lo que allí ganaba y la ayuda del capellancito, se mantenían todos con relativa holgura. Para don Tomé, el tío *Anchuras* era como un segundo padre, pues le había costeado la carrera y auxiliado siempre en sus necesidades. En cuanto a la tía *Gencia*, mujer de pocas palabras y de sórdidos instintos, nacida y criada en Erustes, bien puede decirse que era la persona más inteligente y dispuesta de la familia. La casa en que vivían, en la calle de los Doctrinos, era un tabuco arqueológico de los más peregrinos de Toledo, y *Anchuras* se maravilló de que una madriguera que le costaba seis duros al mes fuese tan a menudo visitada de extranjeros y de pintores que llegaban a la puerta pidiendo permiso cortésmente para examinar el patio. En su espacio breve ofrecía a la admiración de los artistas dos puertas platerescas, un par de arquitos árabes, zapatas y canecillos tallados con gracioso arte y una ventana gótica cubierta de cal. Don Tomé llevó a su amigo Palomeque, el cual, absorto ante aquella olvidada joya, aseguró de buenas a primeras que allí había vivido el *Greco*. Mentira: el *Greco* vivió hacia San Bartolomé. A los pocos días sostuvo que el morador de la casa fué Diego Copín. En las paredes de una habitación alta se encontraron, rascando cuidadosamente el revoco, algunos dibujos platerescos que concordaban con los de la cajonería de la antesala capitular.

La tal casucha era un encanto. Para hacerla más bonita, *Anchuras* embadurnó de color sangre de toro los pilastrones de maderas, las puertas bajas y las tinajas que hacían de tiestos con plantas diversas; blanqueó las paredes, remendó con yeso el brocal del pozo, y tendió de una parte a otra cuerdas para colgar la ropa lavada. Los domingos trabajaba de carpintero, y de albañil o de adornista, pues con unos cuantos colores de temple pintó en la galería alta unas cenefas que parecían chorizos colgados al humo, y unas flores que semejaban huevos fritos.

—Ya que vienen tantos señores a verlo—decía el buen hombre—, que lo vean bien pulido.

Pues en aquel nido se pasaba Angel

algunos ratos, mayormente si volvía del cigarral por la barca. Ocupaba don Tomé la mejor pieza de la casa, y allí tenía su inocente biblioteca de manuales y libros de rezo, la mesa con los apuntes de Historia, las varias colecciones de acericos y una detestable reproducción del Cristo de la Cruz *al revés*. Después de charlar un poco con su amigo, Guerra se iba a su casa, que por San Juan de la Penitencia, San Justo y el callejón del Toro no distaba más de diez minutos de la calle de los Doctrinos.

Y conviene advertir que en aquella temporada había momentos en que la soledad nocturna de las calles toledanas llegó a imponer cierto temor a la misma persona que otras veces tanto había gustado de ella. Durante toda la Cuaresma, parte por desgana, parte por imposición propia, Angel comía muy poco, a veces tan sólo lo preciso para tenerse en pie; no reparaba con el sueño la falta de nutrición, porque apenas dormía, y se pasaba las horas meditando o leyendo, sin sentir la necesidad del descanso. De aquí provino tal vez que algunas noches le turbaran alucinaciones que, si al principio le hacían cierta gracia, concluyeron por producirle indecible inquietud. Ya no era nuevo en él contemplar mentalmente su propia persona ya transformada; pero de esto a verla con los ojos de la cara había gran diferencia. Dentro de la Catedral, a la hora postrera de la tarde, poco antes de cerrar, cuando todo es allí silencio y sombras que convidan a místicos ensueños, Angel veía que un clérigo de buena estatura atravesaba por el crucero de Sur a Norte. Desde la oscura capillita del Cristo de la Columna le miraba pasar, reconociéndose en él. "Soy yo mismo—se decía—, sólo que sin barba y con traje clerical. Bastante más delgado, eso sí; pero el mismo: no tengo la menor duda." El misterioso sacerdote se perdía de vista, y con la mayor ingenuidad del mundo murmuraba Guerra: "Vaya, me he metido en la antecapilla del Sagrario. Tengo costumbre de orar allí todas las tardes." Una fuerza psíquica bastante poderosa le impulsaba a seguir al que creía su propio ser; pero otra fuerza más grande, como instintivo miedo, le paralizaba. A los pocos minutos, el clérigo salía del Sagrario, atravesaba el crucero, y haciendo genuflexión ante la Capilla Mayor, iba derecho a la Puerta de los Leones, y en ella se desvanecía. "Esto sí que es gracioso—dijo Guerra, que habiendo seguido de lejos a su *alter ego*, se detuvo al verle desaparecer—. ¿Cómo es que he salido por la Puerta de los Leones estando cerrada?" La confusión y el mareo que sintió no pueden definirse. Las naves se agrandaban desaforadamente, hasta el punto de que, viendo venir a Mariano y al perro *Leal*, que hacían la ronda por las capillas antes de cerrar, tardó, a su parecer, más de media hora en llegar hasta ellos.

—Mariano—preguntó a gritos al campanero—, ¿está abierta la Puerta de los Leones?

—El señor Palomeque no ha venido esta tarde.

—¿Cómo se explica usted que, estando cerrada esa puerta, he salido yo por ella?—dijo, aplicando la boca al oído del campanero, que era sordo como una empanada.

—Mañana es doble de segunda, con cuatro capas—replicó Mariano con afabilidad.

Salió Angel murmurando:

"Pues yo tengo que poner esto en claro. ¿Y adónde habré ido ahora con mi cuerpo, y mi sotana y manteo, que bien se ve que son nuevecitos? Vaya usted a saber adónde he ido yo ahora..."

VIII

Por la noche, equilibrado su espíritu, consideró el caso como un fenómeno mental muy en consonancia con la vida que hacía. Pero no dejaba de pensar en él. Después de las nueve, volviendo de la casa de don Tomé, en medio de una gran oscuridad, vió delante de sí al clérigo andando a distancia como de veinte pasos. Al principio dudó si era la imagen que en la Catedral había visto; pero pronto la tuvo por la misma que calzaba y vestía, el propio hijo de doña Sales con teja y manteo. "Me reconozco—pensó—; soy yo mismo; es mi aire, mi andar." Si aceleraba el paso, el clérigo también iba más de prisa; a veces se le perdía en las oscuridades proyectadas por las paredes de San Juan de la Penitencia; a veces, pasando bajo un

farol del alumbrado público, veíale tan claro, tan claro, que todas las dudas se disipaban. Dió el fantasma la vuelta de la Cuesta de San Justo, y al ir hacia la devota imagen del Cristo que en el ángulo de la parroquia se venera, cantaba en voz clara el gradual *Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem.* "Es mi propia voz—decía Angel casi sin aliento—. Y ¡qué casualidad! Ese mismo gradual lo canté yo esta tarde en la lección del Seminario; luego lo he repetido durante todo el paseo y paréceme que ahora mismo, sin darme cuenta de ello, repitiéndolo estoy."

Al llegar junto al Cristo, ya no vió más al clérigo, y tan sobrecogido estaba, que se arrodilló un ratito con intención de rezar. Otra noche, entrando por el callejón del Toro, que es el paso más breve para la calle del Locum, sintió pisadas que venían hacia él. Arrimóse todo lo que pudo a la pared, pues resulta bastante difícil el cruce de dos personas en aquel estrechísimo conducto, más bien camino de topos que de cristianos. Aunque la oscuridad era densa, como de viaje subterráneo, Guerra vió claramente su propia personalidad vestida de sacerdote, y cuando se encontraron, detuviéronse ambos, por la imposibilidad de salir de allí sin que uno de los dos retrocediera. Vió su cara como si se hallara delante de un espejo que tuviese la virtud de limpiar de barbas el rostro. Los ojos, la mirada, la expresión, el aliento, eran los mismos. El fantástico presbítero le puso ambas manos en los hombros, y él puso las suyas con confianza enteramente autopersonal en los del otro. A un tiempo y con una sola voz, dijo el clérigo al seglar, y el seglar al clérigo: "*Domine, quo vadis?*"

Y en el mismo instante, Angel sintió un golpe en el cráneo y despertó en el sofá de su cuarto de la calle del Locum. Apoyada la cabeza en la palma de la mano, ésta hubo de deslizarse y la cabeza rebotó contra el duro brazo del mueble.

"Ha sido sueño—se dijo—. Pues otras veces no lo fué porque despierto y bien despierto estaba."

Tres días después, la misma historia. A eso de las ocho de la mañana vióle pasar por la calle de San Marcos en dirección como de San Cristóbal... Pronto se le desapareció, dejándole confuso. "Sin duda—se dijo—voy a celebrar en el Socorro." Y aquel mismo día, cansado de dar vueltas, se metió en Santa Isabel, y sentándose en el banco próximo a una de las rejas del coro, se quedó como en éxtasis, es decir, que perdió la noción del tiempo, y aun la del lugar en que se encontraba. En medio de aquella vaguedad soñolienta se le presentó su misteriosa imagen, saliendo de la sacristía y avanzando hacia él con decidido paso. Sentóse a su lado, y en tono de reprensión amistosa le dijo: "¡Tú aquí, tan tranquilo, rondando monjas, mientras nuestro buen amigo don Tomé se muere! ¿No sabes que cayó gravemente enfermo hace dos días y que los médicos dicen que no la cuenta?" Restregóse Angel los ojos y salió de la iglesia como alma que lleva el diablo, pensando así: "Pues sueño no es, que bien despabilado estuve... Como que vi a la monja sacristana recogiendo las ropas por el cajón del coro. Bien claro lo vi..., no tengo duda."

Fué corriendo a casa del capellán, y, en efecto, el pobrecito había caído con una gástrica que pronto degeneró en tifoidea de las más malignas. A *Gencia* y *Anchuras* se los podía ahogar con un cabello: tan afligidos estaban con el triste pronóstico que hizo el médico aquella misma mañana. "Luego no fué sueño—pensaba Angel, razonando la última aparición de su yo clerical—. Y lo demuestra el haber resultado cierta la enfermedad de este bendito... Luego yo existo en otra forma, soy un ser doble, soy una proyección de mí mismo en el tiempo futuro..." No tardaron en apuntar en su mente algunas dudas, que se diseñaron mejor al poco rato, porque dió en sospechar que Teresa Pantoja le había dado cuenta la noche antes del grave mal de don Tomé. "Hay en mí como un eco apagadísimo de la voz de Teresa contándomelo... No lo puedo asegurar; pero tampoco puedo negarlo. Es fácil que Teresa me lo dijera, y que yo lo oyese con poca o ninguna atención. No me enteré; pero en mi cerebro quedó como un dato suelto, caído, que después, al revolverse las ideas, asoma por donde menos se piensa, y lo ve uno, y... De alguna manera tuve noticia del hecho, y me lo recordé mediante el fenómeno ese del dualismo... Y, en último

caso, ¿a qué devanarse los sesos indagando lo que hoy no es accesible a mi razón, mientras tengo delante un hecho real que reclama toda mi energía?"

Pronto echó de ver que su amigo estaba mal cuidado, pues los tíos, principalmente la señora *Gencia*, tenían más fe en supersticiones y artes charlatánicas que en la ciencia médica. Guerra fué a ver al deán, protector decidido de don Tomé; el buen señor se trasladó lo más pronto que pudo a la calle de los Doctrinos, y enterado de las condiciones deplorables en que el enfermo se hallaba, propuso que se llamase a una hermanita del Socorro.

Las aficiones de *Anchuras* al arte pictórico tomaron un vuelo colosal, y sus ratos de ocio, que eran muchos, por estar en reparación aquellos días la fábrica de curtidos, dedicábalos al manejo constante de brochas y pinceles. Sintiéndose agitado del numen divino, quiso que su vivienda fuese digna de las visitas de los rebuscadores de rarezas, y no se le ocurrió nada mejor que pintar de amarillo y rojo todo el gracioso ornamento de las dos ventanas del patio, esmerándose en las bichas y en los flameros para que destacaran bien. En las habitaciones altas cubrió con lechada de cal hasta las vigas añosas, de un precioso tono de melaza con vetas de carey, y no pareciéndole bien el azul pálido, al temple, de puertas y ventanas, les arreó dos manos de verde de persiana, al óleo, sin reparar que en la estancia donde así desplegaba su genio artístico dormía el pobrecito don Tomé. Entre humedades de cal y colores frescos de aceite pasó el bendito capellán noches y días sin chistar, insensible a los accidentes de la naturaleza física e incapaz de protestar contra las molestias aunque las notara.

A mayor abundamiento, *Gencia* tenía instintos prenderiles y una predisposición genial al acopio de restos, desperdicios y menudencias. Aprovechar quiso su estancia en Toledo para reunir cuanto trasto viejo cayera en sus manos, con objeto de escoger lo utilizable y llevárselo a su residencia de Erustes. Lo mismo se traía a casa la mitad de un anafe que una silla con sólo dos patas, un paraguas sin tela que una muñeca descabezada. Todo lo recogía y apilándolo iba en la sala baja y en el patio, sin perjuicio de clasificar y apartar el género con criterio genuinamente mercantil. De semejante morralla pensaba sacar partido en Erustes, en Cebolla o en el mismo Talavera, vendiéndola a buen precio. Con el trabajo crecía y afinaba la afición, tentándole la codicia y acariciando la idea de traficar más en grande, por lo cual, a los pocos días, empezó a traer trapos de diferentes telas, cascos de vidrio, fragmentos de hierro de todas clases, huesos no enteramente mondados de carne.

—Yo creo—dijo a Guerra el señor deán, al salir, echando una ojeada de repugnancia sobre aquellas improvisadas Américas—que esto es muy malsano, y que hay aquí, con los pinceles del uno y los trebejos de la otra, bastante veneno para inficionar a media Humanidad.

Tan trastornado estaba el enfermo por la fuerza de la calentura, que a nadie conocía. Su boca habíase vuelto negra; sus dedos no cesaban de pellizcar las sábanas, y a ratos deliraba espantosamente, queriendo echarse del lecho. Frecuentes hemorragias agotaban sus fuerzas, y el delirio versaba entonces sobre historia de España para niños. Su amigo Angel era don Fernando el de Antequera, el conde don Julián o Recesvinto en persona, y su tía *Gencia* doña María de Molina, o la propia mamá de San Fernando. Preguntábales su significación histórica con las mismas fórmulas de catecismo del *Epítome* que había compuesto. *Anchuras*, al darle friegas en el espinazo, oyóse interpelar de este modo:

—¿Y qué hizo usted, señor don Alonso, después de lo del Salado?

Angel tuvo con los dueños de la casa más de una reyerta, porque *Gencia* porfiaba que el más eficaz remedio de la calentura era un escapulario dentro del cual se introdujera bien dobladita la oración de San Casiano, y que al exterior tuviera el aditamento de la muela de un difunto. Igual fe tenía en los exorcismos y proyecciones de vaho sobre la boca, el pecho y estómago del enfermo, marcando al propio tiempo cruces con la punta del dedo mojado en aceite de una lamparita que hubiera estado encendida tres viernes delante de cualquier estampa de la Virgen.

Felizmente, llegó por la tarde la hermanita del Socorro, una tal sor Facun-

da, madrileña, y desde entonces tuvo don Tomé la esmerada asistencia que su acerbo mal exigía. El buen amigo se pasaba allí largas horas del día y de la noche observando el proceso terrible de la enfermedad, que a los siete días de iniciada llegó a tomar un carácter aterrador, excluyendo toda esperanza. Un lunes por la mañana salió para ir a su casa, llevando la seguridad de que a la vuelta encontraría difunto al capellancito. Al regreso encontróse con una novedad que le causó gratísima sorpresa; mejor dicho, con dos novedades: la primera fué que en vez de sor Facunda estaba allí *Leré*. La superiora las había cambiado de casa. La segunda era que don Tomé vivía.

—Milagro, milagro—dijo Guerra sin poder contener el júbilo que se desbordaba en su alma—. Contigo ha venido Dios a esta casa, y por entrar tú ya el enfermo parece otro. Satanás te tiene miedo, y en cuanto te ve recoge sus bártulos, enfermedades y pestilencias y sale como un cohete.

IX

—Tiempo hacía—replicó *Leré* riendo—que no oíamos al amigo don Angel desatinar de esa manera. ¿Es que se le ha concluído la formalidad que adquirió no hace mucho? ¡Quia! No, no. Ahí donde le ven, es menos niño de lo que parece. Si don Tomé está mejor, hombre de Dios, es porque el Señor lo había dispuesto así. ¿Qué tiene que ver eso con que yo venga o deje de venir?

—Piensa tú lo que gustes conforme a tu santa modestia, y déjame. Lo único bueno que hay en mí es esta idea que tengo de tu poder espiritual, y si la perdiera quedaría reducido a un hombre insignificante y vulgar. ¿Por qué es disparate creer que Dios obra maravillas por intercesión tuya? Bendito error el mío, si lo es, pues equivocándome me salvé.

A todas éstas, don Tomé se había despejado y hablaba como el que despierta de un largo sueño o vuelve de un remoto viaje. La remisión demasiado brusca anunciaba una crisis favorable. *Leré* le observó cuidadosamente, enterándose del plan prescrito, y examinó las medicinas, haciendo observaciones de enfermera experimentada.

—Tanta, tanta quinina, ¿será conveniente? Esperemos a ver lo que dice el médico. Dígame, don Tomé: ¿no le duele el oído derecho? Puede que tenga algo de supuración. ¿Comería usted un alón de pollo? ¿Tiene repugnancia al caldo? ¿Le gustaría que se le añadiera un poquitín de jerez?

La alcoba era irregular, lóbrega y mal ventilada, sin ventana a la calle. Seguía una sala grandona, por el estilo de la de Casado, desmantelada, sin estera, fría como un panteón. Allí, sobre la propia mesa en que el capellán tenía sus libros y papeles, veríais el arsenal farmacéutico, recetas y frascos de diferentes drogas, cucharillas, mostaza, la candileja de las veladas, el termómetro clínico y todo lo que tratamiento tan complejo exigía. Guerra explicó a sor Lorenza el plan del facultativo, quien no tardaría en llegar, y como expresara ideas optimistas acerca de aquella favorable crisis, la enfermera movió la cabeza y dió un suspiro, indicando que no participaba de tal confianza.

—En poco tiempo he visto algunas caras de enfermos, y la de este pobrecito capellán me parece que no es cara de vivir mucho. Desconfiemos de las remisiones bruscas. La tifoidea se retira, sí, pero endosando el caso a una enfermedad peor. Dios resolverá.

El médico, que entró poco después, hombrecito microscópico y nada joven, bastante práctico en el oficio, pareció contento de la vuelta que había dado el mal, aunque algo dijo de los peligros de la convalecencia y de si los pulmones estaban así o asá. Transcurrió el día con esperanza: don Tomé molestado a ratos por una tos ronca y dolores vivísimos en el pecho; *Leré* asistiéndole y consolándole con palabras cariñosas, a veces humorísticas, atendiendo a todo con ligereza y prontitud increíbles: Angel ayudando en lo que podía y se le mandaba, gozoso de que su maestra compartiera con él obra tan meritoria y santa.

Por la tarde se dejó ver Palomeque, y no pudo resistir la tentación de rascar las paredes de la sala buscando trazos de Diego Copín, y aunque es cierto que no encontró ni rastro de ellos, no había quien le apeara de sus temerarias opiniones. También fué Casado, que se llevó a Guerra a dar un paseo, y al volver

éste, ya de noche, encontró a *Leré* comiendo con *Gencia* en un cuartito próximo a la sala, lleno de trastos viejos. Hacía las veces de mesa una voluminosa caja de cartón colocada encima de dos sillas, y las comensales se sentaban, la una en una cesta boca abajo, la otra en un rollo de persianas liadas con bramante. Aparecieron los postres dentro de un morrión de miliciano y la botella de vino, de la cual sólo *Gencia* bebía, asomaba por la boca de un saquito de viaje. Otra botella desempeñaba muy bien el papel de candelero. Guardaba la tía del capellán algunas cosas dentro de la caja de un violín, igual a un ataúd de niño. Semejante instalación hubo de provocar algunas risas y comentarios graciosos. *Leré*, concluída la comida, se puso a rezar el oficio de la Virgen, junto a la mesa de la sala, y Angel daba conversación a don Tomé, que parecía muy animado. Desde su lecho, por la vidriera entreabierta, contemplaba a la hermanita del Socorro, cual si con los ojos se la quisiera tragar.

—Creo, como usted—dijo con recatada voz a su amigo—, que mi enfermera tiene algo de sobrenatural. Lo mismo es verla que sentir en mí un alivio, un descanso... Hasta en el aire que hace al entrar consuela. ¿Qué tiene esa mujer en los ojos, que al mirarle a uno parece que le mira la propia esperanza?

Guerra oyó estas palabras con asombro, no porque su sentido le extrañara, sino porque era la primera vez que hablar le oía con tanta animación. Nunca había sido el capellán muy amañado para expresar su pensamiento; siempre fueron sus conceptos descoloridos y vulgares. Pero acaso deliraba otra vez, y la fiebre le concedía facultades imaginativas y retóricas que jamás tuvo. Mirándole de cerca, observó Angel que los ojos del enfermo brillaban: luego siguió éste hablando de un modo tan reposado y discreto, que no cabía suponer que delirase.

—Sí—le dijo Guerra—, esta mujer es excepcional. El Espíritu Santo mora en ella. Posee un saber inspirado, revelado más bien, que excede a cuanto pudiéramos imaginar. Es la pureza misma, el compendio de todas las virtudes, persona escogida por Dios y destinada a grandes fines...; lo ha de ver usted...

—Vaya si lo es—dijo don Tomé, mirando al techo—. Así lo he pensado hoy, viéndola al lado mío. Santa entre las más santas... Hoy me dormí dos veces, y las dos veces soñé que me llevaba en sus brazos hacia el Cielo... No, no crea usted que es cosa muy disparatada. ¡Peso tan poco! Soy como una pluma, y un niño me llevaría en volandas.

Guerra se asombró más, y no supo qué contestar a su amigo, el cual volvió a extasiarse contemplando a *Leré*, que en la sala próxima, junto a la luz, continuaba absorta en su lectura, sin sospechar que se hablaba de ella.

—De veras le aseguro, amigo don Angel—prosiguió el autor del *Epítome* dando un suspiro—, que desde que nací hasta hoy, vamos, en todo el tiempo de mi vida, no he visto una persona que me haya impresionado como esta benditísima hermana.

—Y la impresión ha sido honda—dijo el otro, algo picado—, porque se le desata a usted la lengua; piensa con más libertad y más brío, y encuentra las palabras más fieles al pensamiento. Parece usted otro hombre, amiguito don Tomé. La crisis de anoche le ha transformado.

—Puede... La crisis fué como nube tempestuosa, de la cual salió esta hermana, esta virgen mandada por el Cielo, al modo de centella, para prender en mí y no dejarme apagar. ¡Qué mudanza de ayer a hoy! Ayer muriéndome, hoy vivo. Sin duda, esta señora benditísima trae a Dios en sí. Y su entrada en esta casa fué señal de salir yo de aquella caverna dolorosa en que me consumía.

—Don Tomé—en el colmo del estupor—, algo pasa en ese cerebro. Ahora, por primera vez desde que le conozco, le oigo a usted emplear figuras en la conversación.

—Es que parece que siento en mí una transfusión de talento. La ideal enfermera ha penetrado en mi cerebro con una luz, y adiós tinieblas, adiós telarañas que en él entretejían mil oscuridades polvorientas.

—Vaya, vaya, que estamos inspirados. Ea, no conviene excitarse, amiguito. Me temo que no va a dormir esta noche si sigue tan dado a la retórica. Déjese de hacer figuras y consuélese con la idea de su rápida mejoría, y de que ha escapado milagrosamente.

—¡Ay, no!—dando un gran suspiro—.

Alguien me secretea en el fondo del alma que esta mejoría es para cambiar de género de muerte.

—Pues ¿no dice que la hermanita es la esperanza y que cuando la mira...? Descuide usted, que ella pedirá a Dios por su salud, y Dios no le niega nada.

—Creo, como ésa es luz, que estoy sentenciado a morir pronto, y que la hermanita no podrá salvarme. Bien lo sabe ella. ¿Cree usted que no lo sabe? ¡Ay si tuviera crueldad bastante para decir ciertas verdades, vería usted qué pronto nos desengañaba! Adviértole, amigo don Angel, que no temo la muerte, que casi la deseo; pero me moriría más gozoso, me moriría en la plenitud de la dicha, si la hermana Lorenza y yo expiráramos juntos, juntos.

—¡Caramba!

—Porque juntos nos iríamos a la morada celestial y eternamente juntos viviríamos, gozando de Dios.

X

"¡Pobre niño!", se decía Angel, que sólo le contestaba con monosílabos, incitándole de continuo al descanso. *Anchuras*, que acababa de cenar en la cocina, entró en la sala de puntillas, mientras la señora *Gencia*, desbaratándose de sueño, bajaba casi a gatas para acostarse. La primera mitad de la noche fué mala para el pobre enfermo, que parecía deshacerse con la tos y extinguirse en cada acceso de disnea. Sobre las once, se tranquilizó. *Anchuras*, que ya había descabezado más de un sueñecito, enroscándose en una silla, cogió la puerta y descendió a los aposentos del patio. Quiso *Leré* que Angel se marchara; pero éste no la obedeció, temiendo que el capellán se agravase. A las doce, don Tomé dormía, y ambos enfermeros platicaban en la mesilla de la sala, separados por una luz y varias medicinas.

Hablaron reposadamente, sin recelo alguno, con infantil abandono. Angel dándole cuenta de su preparación para la nueva vida, *Leré* animándole a seguir sin vacilaciones ni desmayos. Luego se trató del Socorro, y sostuvo la hermana que la Congregación, tal como estaba constituída, apenas podía remediar parte mínima de los males que afligen a la Humanidad.

—La mía, la nuestra—dijo Guerra con ardor—, tendrá una esfera mucho más amplia. Ya el arquitecto me está trazando los planos del santo retiro que levantaré en Guadalupe. Aguarda..., ya sé lo que vas a decirme. El edificio no puede existir sin cimentación, y por ésta entiendes no sólo el fundamento y afirmado de piedra, sino las bases morales del instituto. A eso vamos.

—Créame, don Angel, el cuaderno que me llevó hace tres días no contiene más que generalidades; muy bonitas, sí, pero que no me dan luz sobre cosas tan importantes como la regla o canon que debemos seguir. Ha escrito usted cosas muy buenas acerca de nuestras relaciones con los enfermos y menesterosos; pero lo de nuestras relaciones con Dios se le quedó en el tintero. Ya sé que ello saldrá, y lo estoy esperando.

—Esa parte tan principal es de tu incumbencia.

—¡Ay, no!... Sería soberbia en mí ponerme a dictar reglas... No faltaba más... Conste que yo no soy quien funda, sino usted. La gloria, si gloria resulta, mía no será. Yo no tengo que hacer más que aceptar el puesto que me señalen y desempeñar en él las funciones que en él me correspondan. ¿Que me echan al último lugar? Pues en él me estoy. ¿Que me ponen, como usted desea, al frente de la sección de mujeres? Pues allá me voy, y veremos si sé gobernar, pues ésta es la hora en que ignoramos si saldré enteramente inepta para todo lo que no es obediencia.

—¡Inepta tú! No te achiques. Sirves para meterte en el bolsillo, no digo ya la sección de mujeres, sino la de hombres, y para regir la cristiandad entera. La persona que ha tenido poder bastante para hacerme a mí clérigo será capaz de mover de un soplo las montañas.

—No soy yo quien ha obrado ese prodigio, don Angel—gozosa, con gracejo, doblando y desdoblando un papelito—. No me cuelgue usted milagros. El Señor es quien lo ha hecho, tocándole a usted en el corazón.

—El Señor lo confirmó; tú lo hiciste. Sobre cosa tan grave no se puede llegar a una afirmación categórica sin ahondar mucho en la conciencia. Lo que hemos escarbado y revuelto en ella no te lo quiero decir. Por fin, con ayuda de Casado, hombre muy práctico y muy buen

minero de estas capas profundas del alma, he logrado encontrar la verdad, y vas a saberla, aunque te escandalice un poco. Pues...

—Pero ¿qué? ¿Se va a confesar conmigo?—sonriendo, sin quitar los ojos del papelito que doblaba.

—Y ¿por qué no? ¿Por qué no repetirte lo que hemos hablado don Juan y yo, en secreto íntimo, tratándonos de sacerdote a sacerdote, o como amigos del alma que nada deben ocultarse? Cuanto pasa en mí debes saberlo tú, que eres mi maestra, mi doctora...

—No... —asustadilla, sin mirarle—. Guarde sus confesiones para don Juan, y déjeme a mí.

—Don Juan es hombre observador, muy sagaz, muy zahorí, y a poco de empezar nuestras conferencias..., no hará de ello mas de quince días..., me dice: "Amigo don Angel, la vocación de usted es una vocación contrahecha. La loca de la casa le engaña. Su inclinación a la vida mística no tiene más fundamento que el hallarse revestida de misticismo la persona de quien anda enamorado...", y lo soltó así, en crudo. "Trátase de una pasioncilla mundada como otra cualquiera, de las que para bien o para mal perturban a los hijitos de Adán." Yo le contesté que mi pasión mística había tenido quizá el origen que él decía; pero que ya, transvasada enteramente, era puro amor de las cosas divinas, y, por lo que a ti respecta, adoración santa de un ser superior, digno de estar en los altares.

—Y don Juan, ¿no se reía de tantísimo disparate?—mirándole con ligera expresión burlona.

—Pues se mofaba de mí, llamándome niño inocente. Instábame a examinar bien mi conciencia, y así lo hice. En ella permanecía estampada la locura que me inspiraste, *Leré* de mis pecados, locura que aún miro dentro de mí como cosa relegada a segundo término. De ti dependió que aquella fiebre se convirtiese en esta obra, ya limpia de toda liviandad; en esta ansia de nueva y mejor vida. Hay que decirlo todo muy claro para que se entienda bien. Tú, quitándome toda esperanza por el lado humano; tú, obstinada en no quererme más que en Dios, cambiaste la dirección y el carácter de mis afectos. Siempre te quiero; me dejaría matar por ti; pero el cariño que ahora te tengo es fraternal, al modo angélico. ¡Si vieras qué trabajo me costó hacerle comprender esto a Casado! Se obstinaba en que eso del amor angélico no es más que fantasmagoría... Pero tanto le argüí y de tal modo afiné la dialéctica, que al fin no tuvo más remedio que admitir como buena nuestra mística unión.

—Eso de mística unión—dijo *Leré* mordiendo el papelito tantas veces doblado—no me hace ninguna gracia, amigo don Angel. Déjese usted de uniones.

—Llámala amistad.

—No prodigar vocablos que den a entender algo parecido a esos delirios tontos que dice usted fueron origen de... —inquieta—. A mí no me hable usted de esas cosas. Cierto que el mal pasó, pero una vez curada la llaga, no conviene manosearla, no sea que reverdezca. Todo eso que usted me cuenta de enamorarse, de querer con fuego distinto del que Dios pone en nuestro corazón para adorarle, todo eso, señor don Angel, es para mí..., como si me hablara usted en chino. Ya se lo dije otra vez, si no recuerdo mal. Y lo que de ello resulta es que no reconozco ningún mérito en mí por ser como soy. No hay lucha, porque no hay estímulos de pecar. He venido al mundo con esa bendición, y Satanás maldito, que lo sabe, ni siquiera se me acerca. De modo que no me vuelva a contar si tuvo o no tuvo locura por mí, pues soy yo muy cuerda, don Angel, y aunque no estuviera imposibilitada de corresponderle por la religión que profeso y los votos que hice, jamás me encontrará en ese terreno, del cual no digo nada, ni sé si es bueno o malo. Póngase siempre en el terreno de la religión y nos entenderemos.

—En él estoy. No hago más que referir historia y mostrarte la evolución de mi espíritu. Me has acrisolado, hija mía, y la prueba de ello es que puedo hablar contigo de esas cosas tan delicadas sin peligro ninguno, sin recelo de que vuelva yo a los diabólicos orígenes de esta veneración que siento por ti. No creas que esto es nuevo. Si se hubiera escrito todo lo que han sentido muchos que fueron santos, leeríamos páginas semejantes a esta que hoy saco a relucir ante ti. Que te quise con amor distinto del que ahora siento. Que me hubiera casado contigo. ¿Pues qué duda tiene? ¿Por qué

no he de decirlo si es verdad? No, no puedo abominar de haberte querido de otra forma. Ya, ya sé que no me habrías correspondido nunca. No hay que repetirlo tanto. No podemos variar la naturaleza de las cosas, y el ser tú como eres es la causa verdadera de que yo haya venido a ser como soy. Y si ahora...

A esto llegaba, cuando don Tomé, despertando, dijo en alta voz y tono de canto llano:

—*Salvum me fac Deus: quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam Infixus sum in limo profundi: et non est substantia.*

XI

Nunca le había oído Guerra cantar en voz alta, como no fuera en los oficios. Sano y en la iglesia nunca entonó tan bien ni con tanto brío como postrado en el lecho, medio cuerpo ya dentro de la sepultura. Fué verdadero canto de cisne. Pasó el resto de la noche inquietísimo, entre toses horribles y disneas que le ahogaban. No quería que la hermana se separase de él ni un minuto, y para suplicarle que estuviese presente, su voz tomaba tonos infantiles, quejumbrosos. Semejante transformación del carácter anunciaba una crisis nerviosa de las más profundas, y el médico lo declaró así por la mañana, con pronóstico muy poco lisonjero. Si Dios no hacía un milagro, don Tomé sucumbiría de una tisis pulmonar galopante, y a la ciencia no le quedaba nada que prescribir, como no fueran paliativos. La exaltación afectiva marcábase más a cada instante, determinando un desusado brillar de la inteligencia. Bien pudiera decirse que le *había salido* imaginación, como pudiera salir un tumor. En las cavidades cerebrales debió de verificarse fenómeno parecido a la erupción volcánica, al modo que en un olvidado y frío monte se abren cráteres que vomitan fuego. Fuera de los accesos que avisaban la muerte, como delanteros o heraldos, don Tomé no padecía físicamente, y en lo moral, el delirio de amor sobrehumano produciale delicias inefables que arrebolaban su rostro y encendían su mirar. Al contrario de lo que en las postrimerías de los tísicos suele acontecer, el capellancito no hacía proyectos de vida, sino de muerte, ni perseguía la quimera de ponerse bien. La ilusión que teñía de áureos matices sus últimos instantes era morir santamente. ¿De dónde provenían las palabras tiernas que brotaban de sus labios, de dónde las ideas luminosas que relampagueaban en su cerebro? No es fácil decirlo. Pero aquel arrebato de amor espiritual no habría sido tan vivo y ardiente sin la presencia de la hermanita del Socorro. Mirándola se quedaba como en éxtasis, y pronunciaba frases y expresiones que podrían conceptuarse dichas por un ser intruso, escondido en la caduca armazón corporal del pobre don Tomé.

—Bien veo ahora—le decía—que somos hermanos, que nuestras almas suenan acordes. ¿Por qué no nos conocimos antes? Dios dispuso que viviéramos ignorados el uno del otro, hermanos místicos que vagan errantes por diferentes regiones, y que se juntan en el abrazo de la muerte, en ese abrazo que nos da la impresión de calor del seno de Dios nuestro Padre... Hermana Lorenza, ¡qué dicha tan grande morir en vuestros brazos! Vos deseáis morir también. ¿Cómo no, si apenas sois humana? Dios dispone que a mí se me acabe el destierro antes que a vos, porque no tengo aquí ninguna misión grande que cumplir. Mi insignificancia me redime antes que a vos vuestra grandeza, pero se os guarda en la mansión etérea un trono de los más altos, y cuando vayáis me encontraréis prosternado en el más bajo escalón de él.

Leré no sabía qué responderle. Semejante lenguaje no concordaba con su manera llana y natural de producirse. Sus palabras piadosas eran glosadas al instante por don Tomé con el énfasis sermonario de que atacado estaba, como de intensa fiebre.

—Mirándoos parece que me encandilan los resplandores de la celestial Sión, esa cumbre excelsa cuya luminosa gala no es apreciable a nuestros flacos sentidos. Oyéndoos paréceme que oigo las armonías angélicas. Miradme, sostenedme con vuestra voz mientras yo tuviere algo de vida, pues cuando os alejáis de mí véome rodeado de tinieblas y de un silencio triste.

Gencia se apartaba llorando, y decía:

—Pero ¡qué malito está! No habla cosa alguna al derecho.

Por la tarde, la inquietud insana se había calmado, y la beatífica adoración de su enfermera presentó carácter más

humano y razonable. Ya no usaba el enfático tratamiento de *vos*.

—Hermana Lorenza—le dijo—, dichosos los enfermos que usted asiste, porque se ven tocados por esas manos divinas y alentados por ese corazón que a Dios pertenece. No sé en qué consiste que ahora, próximo a entregar mi alma a Dios, todo lo veo claro, y a usted la veo como una santa. Déjeme besar la orla de su vestido.

—Don Tomé, por Dios—con afabilidad graciosa—, no me confunda con alabanzas tan estrepitosas. ¡Santa yo! ¿En qué lo ha conocido?

—¡Ay, no me equivoco..., hermana! Sin acabar de salir de este mundo, principio a llegar al otro. Tengo la mitad de mi ser aquí; la otra mitad, allá. La mitad de allá me da la penetración de las cosas humanas. No me parezco a mí mismo. Mi entendimiento sienta ya las ramificaciones con la ciencia eterna. ¿Cuándo me veré enteramente libre? ¿Cuándo podré exclamar con toda mi alma: *exultet jam angelica turba cœlorum?*

En esto entró Guerra de la calle, y el capellán le dijo:

—Don Angel, habría sentido irme sin darle un abrazo. Es usted de los buenos. Pero aún le falta andar parte del caminito para desprenderse de algo malo que se adhiere a su costra mortal. Viva como yo, en la oscuridad, en la pobreza, humilde, sano de cuerpo y espíritu, sin pretender nada, en absoluta castidad, sin las sacudidas de la pasión mundana, amando sólo a Dios y la mirada siempre fija en la muerte. Así, cuando le llegue la hora, estará tan tranquilo como ahora yo lo estoy:

Guerra le abrazó conmovido, y no supo qué decirle. El consuelo vulgar de ilusionarle con la vida le pareció improcedente.

—La hermana seráfica—prosiguió don Tomé—queda encargada del amigo querido para encaminarle allá, y así nos juntaremos los tres en la eternidad dichosa.

Leré se apartaba para que no la vieran llorar, y volvía con semblante risueño a satisfacer el ansia de oírla y verla que aquel bendito sentía, satisfacción que era como anticipado goce de la dicha celestial. Luego rezaron los tres, y por iniciativa de don Tomé leyeron el oficio de difuntos. Alternativamente leían *Leré* y Angel, y el enfermo, que se sabía de memoria casi todo el texto, cantaba de cuando en cuando con entonación fervorosa algún versículo:

—*Audivi vocem de cœlo dicentem mihi: Beati mortui qui in Domino moriuntur... Requiem æternam dona eis, Domine. Et lux perpetua luceat eis.*

Temiendo fatigarle, suspendieron la lectura; pero él los incitaba a seguir, y no quería más conversación que aquélla, ni otras suertes de distracción. La hermanita rezó un rato en voz baja el rosario entre los dedos; don Tomé le respondía sin quitar de ella los ojos. Por último, rompió a cantar con exaltado acento la antífona:

—*Vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat, ex omnibus gentibus, stantes ante thronum.*

Y después:

—*O quam gloriosum est regnum in quo cum Christo gaudent omnes Sancti! Amicti stolis albis sequuntur Agnum quocumque ierit.*

Vinieron luego los comentarios del texto, en los cuales desplegó todo su entusiasmo y exaltada facundia. *Leré* no le quitaba los ojos cuando el pobrecito capellán describía la turbamulta de santos en las regiones de bienaventuranza, vestidos de blanquísimos cendales, siguiendo al *Cordero*, al Cristo, por dondequiera que iba.

Aunque el médico auguró aquella tarde que don Tomé no llegaría al dia siguiente, ello fué que pasó la noche con relativo bienestar, y la aurora le encontró como dispuesto a seguir tirando. Su propio fervor de muerte prolongaba las palpitaciones de la vida y reanimaba el cuerpo miserable. Fué el deán a verle y también Casado, y hallándole con bastante despejo, ordenaron que se le diera el Señor, lo que se cumplió con humilde majestad, si así puede decirse, en la tarde de aquel día. Don Tomé parecía iluminado por resplandores sobrenaturales. Su rostro no era el mismo. Su demacración le embellecía, y el gozo vivificaba sus muertas facciones. Sin haberle visto no se podría formar idea de la unción ferviente con que dijo las palabras: *Domine, nom sum dignus...*, etcétera.

A la conclusión cantaba a media voz el salmo: *Celestis urbs, Jerusalem—Beata pacis visio—Quoe celsa de viventibus*

Saxis ad astra tolleris, etc., llegando hasta el final sin olvidar un solo verso. *Leré* y Guerra no podían contener sus lágrimas. Y él les dijo:

—¿A qué ese llanto, si debéis festejar mi partida y despedirme con canciones de triunfo?

Cayó después en un colapso, del cual no creyeron que saldría; pero la vida se agarraba al cuerpo por vicio de costumbre. Lo más particular fué que hasta tuvo apetito aquella noche, y tomó algún alimento, quedándose dormido después con tranquilo sueño. *Leré,* rendida, se fué a descansar un rato en un cuarto próximo al de los trebejos, en el cual *Gencia* le había puesto un colchón sobre el duro suelo y una manta. Angel, en tanto, hizo la guardia en la sala, primero leyendo o meditando, y atormentado al fin por pensamientos que le hicieron pasar horas amarguísimas, las cuales habían de ser, por razones que él mismo dirá, memorables.

A la madrugada sintió rezongar a don Tomé, y acudió junto al lecho. Reclamó el capellán su enfermera, sin cuya vista no podía pasarse, y Guerra le dijo que convenía no interrumpir el sueño de la pobrecita hermana, pues no podía tenerse ya de puro fatigada. Convino el enfermo en dejarla descansar, y entabló con Angel uno de aquellos diálogos espirituales que eran como el numen sibilítico de su vida expirante.

—¡Qué feliz soy, amigo mío! ¡Ay, quién tuviera autoridad para dar a usted un consejo en mi despedida de la existencia, al estrechar por última vez la mano de un amigo que ha sido conmigo tan bueno!

—No es preciso que usted se muera —le dijo Guerra—para tener autoridad ante mí.

—Pues si mi palabra tiene algún valor para usted, las últimas que le digo son que persista en su idea de hacerse sacerdote, sobreponiéndose a los desfallecimientos y flaquezas que pudieran asaltarle. ¿Verdad que hay flaquezas, dudas y desmayos?

—Ya lo creo... ¡Cómo adivina usted, y qué claro lo ve todo!—dijo Guerra afligidísimo, pues aquella noche su alma se había llenado de sombras—. No merezco la benevolencia de un ser tan puro y santo. Amigo mío, soy un miserable: lo digo sin atenuación ninguna, sin falsa modestia. Nada más tonto que la ilusión de querer regenerarme. Mis caídas son tremendas. La indignidad de mi ser al propio Satanás espantaría.

—¿Qué es ello? ¿Ha tenido algún mal pensamiento?

—¿Uno solo?—golpeándose la cabeza—. Diga usted que no hay en mí pensamiento que no sea malo.

—Cuando salen víboras, se lucha con ellas y se las estrangula.

—Eso intento, eso quiero; pero... ellas son las que me estrangulan a mí.

—Encomiéndese a Dios y a la Virgen.

—Ya lo hago, hombre, ya lo hago, y... Gracias a mis esfuerzos no me he perdido aún; pero me perderé, crea usted que me perderé. Hay dentro de mí una raíz mala, que a veces parece muerta; pero está tan viva como yo, y cuando menos lo pienso, echa unos brotes que me cogen toda el alma y me la ahogan, me la envenenan.

—Animo, don Angel. No se conquista en una hora la fortaleza tremenda de uno mismo, defendida por nuestros hábitos, por nuestros apetitos, que, como familiares, conocen muy bien todas las entradas y salidas.

—Pero usted, ¿cómo sabe esas cosas?

—Por experiencia propia nada sé. He sido desde chiquito un caso de hombre teórico. Mis ideas vienen de fuera, no de dentro.

—Bienaventurados los que no conocen el mal sino por lo que oyen o por lo que les cuenta un libro.

—Al contrario, bienaventurados los que lo ven vivo, dentro o alrededor de sí, porque éstos tendrán el gusto y la gloria de patearlo.

—Cuando no son pateados por él—con amargura—. No, amigo don Tomé, vale más ser así, como usted; nacer inmune, nacer tibio y refractario a las pasiones.

—No, no, vale más luchar... Amigo don Angel, sea usted animoso; hágase fuerte. Meta en un puño a esa maldita concupiscencia, que es la que surte de condenados el infierno.

—Lo sé, ¡ay!, lo sé.

—Paréceme que ya es de día—dijo al enfermo, variando bruscamente de ideas—. Entra la claridad del sol, de ese sol que yo no veré más, porque hoy me muero, hoy sin falta. ¿Qué quiere usted apostar? Pero valiente cuidado me da a mí ver esa candileja, cuando veré otras,

y miles de millones mucho más resplandecientes.

—Y ¡que serán bonitas! Pero a mí me da el corazón que no las verá en algún tiempo. Hoy está usted mejor.

—¿Mejor? Por dentro empezó ya la desbandada. La vida se va retirando. Ya no la siento sino en algunas partes de mi naturaleza... Y cuanto más pronto, mejor. Dios, que me ha hecho tantos favores, dándome unas cosas y privándome de otras, me concederá una agonía fácil...—con volubilidad—. Dígame..., en confianza. Estos días pasados, cuando deliraba, ¿he dicho muchos disparates?

Guerra le tranquilizó, asegurándole no haberle oído nada que no fuera la misma discreción.

—Hablaba usted de Historia.

—¡Ah!—dándose una palmada en la frente—. Ya no me acordaba de que he sido profesor de Historia. Veo mi ser antiguo como si fuera una vida lejanísima, una vida mil años ha, con largo espacio de muerte entre ella y la actual, si es que la actual merece nombre de vida. ¿Conque hablé de Historia? Ahora recuerdo que me atormentaba la idea de numerar a los reyes de Castilla con la cifra que les correspondiera como de León... Y dígame: en otro orden de cosas, ¿no disparaté? Porque la hermana Lorenza, por su bondad y su cara risueña y tranquila, me impresionó de tal modo, que creo haberle echado flores como si en mí resurgiera un ser nuevo.

—Nada le dijo usted que no pudiera decirle yo u otro cualquiera de los que tanto la admiramos.

—Bien; me tranquilizo. Criatura sin igual es la hermana Lorenza. Yo, si pudiera, la cogería entre mis brazos, la apretaría fuerte, muy fuerte, y me la llevaría conmigo. Hágase usted cargo de la absoluta pureza de este amor, remedo del de Cristo a su esposa mística la Iglesia. Me creerá usted cuando le diga que en mí no existe ni ha existido jamás nada que ni remotamente trascienda a sensaciones de amor físico o sensual. El señor me hizo este beneficio desde que me puso en el mundo.

—Lo creo, lo creo.

—Y soy tan puro hoy como el día que nací. Por eso no vacilo en abrazarme con la hermana Lorenza y en regalar su oído con palabras cariñosas. El lenguaje místico se parece al que no es místico. La diferencia está en la limpieza de los labios que lo pronuncian. Los míos no articulan palabra que no se pudiera decir a la hostia consagrada. Y lo mismo que beso el ara donde consagramos el pan y el vino, besaría el rostro de la hermana Lorenza. ¿No haría usted lo mismo?

—¿Yo?... Creo que no.

—¿No lo intentará siquiera? ¿No se educará para llegar a eso?

—¡Educarme! ¿Cómo?

—Azotando la propia naturaleza con disciplina de pensamientos castos y, si es preciso, punzantes. Así lo recomiendan las obras piadosas escritas por santos y sabios que fueron pecadores. Yo, como no lo he sido, repito la receta, sin añadir nada por cuenta mía. Sólo digo a usted que nunca tuve de hombre más que la apariencia, y ésa no muy clara, porque un amigo mío, que conmigo tenía gran confianza, me dijo un día: "Tomé, ¿sabes lo que cuentan de ti los compañeros? Pues dicen que tú no eres hombre, sino una mujer disfrazada." Al oír esto, amigo don Angel, sentí cólera, la única vez que en mi vida la he sentido, y cierto rubor, cierta vergüenza... Me eché a llorar... Después, en distintas ocasiones de mi vida, me atormentaba la idea de que la gente creyese, como dijo aquel pícaro, que yo era mujer disfrazada de cura. Disparate, señor don Angel; pero disparate a medias, porque yo no soy mujer, pero tampoco hombre: soy un serafín... ¿Qué..., no lo cree?

—¿Pues no he de creerlo?

—Quiero decir que en la tierra he sido todo lo serafín que se puede ser, o de pasta y pura calidad serafinesca.

XII

Apareció *Leré*, la cara risueña, fresca, recién lavada con agua fría, y sus primeras palabras fueron para informarse de cómo estaba el niño. Empleaba un tono semejante al que se emplea con las criaturas.

—Bendita sea usted y benditísima la hora en que vino al mundo—le dijo don Tomé, cruzando las manos.

Púsose a rezar mientras *Leré* cogía la escoba para barrer la sala. No tardaron en sentir a la señora *Gencia* revolviendo en el patio, y ella y *Anchuras*, sal-

tando sobre montones de trapos, huesos y herrajes, subieron a ver cómo había pasado la noche el sobrinico. Quiso *Gencia* quitarle la escoba a la hermana; pero ésta no lo consintió. Al fin tuvo que soltarla, porque al capellán le dió una congoja tan fuerte, que creyeron se quedaba en ella. La tía, que fácilmente se acobardaba, empezó a llorar como un ternero. El médico, que vino cuando don Tomé no había salido aún de su paroxismo, mandó que trajeran la Extremaunción, y Angel fué a avisar a San Justo. Al llegar con el cura, que traía los santos óleos, don Tomé se había repuesto, y recibió el Sacramento en estado de completo despejo mental. Conmovedora fué la ceremonia, y admirables la serenidad y alegría con que el moribundo se dejó imponer la cristiana unción, señal de ser despachado irrevocablemente para el otro barrio.

Concluído el acto y retirado el coadjutor de San Justo, don Tomé se despidió de todos, haciendo a *Gencia* y *Anchuras* mil prolijas recomendaciones para que las transmitieran a la familia, y distribuyendo su peculio, consistente en setenta y dos reales y algunos céntimos, entre los parientes más pobres. Los efectos que poseía los repartió también, dando a Guerra casi todos los libros, a Teresa Pantoja, que se apareció por allí, los acericos y un San Antonio, y a Palomeque dos mapas y el Cristo de la *cruz al revés*. Mandó que su ropa se repartiera entre los pobres que la quisieran, y tuvo un recuerdo de piadosa amistad para el rector del colegio en que daba lecciones, para los alumnos, para las monjitas de San Juan de la Penitencia, que seis veces al día mandaban a la portera con afectuosos recados. Quitóse luego dos escapularios que tenía, y los destinó a su madre, entregándoselos a *Gencia*. El breviario fué para Guerra, y un librito de rezos en castellano, muy mono y con viñetas, para *Leré*, acompañado de dos o tres medallas y una cruz con el corazón de Jesús en medio y un pelícano en la cabeza.

—Sería gracioso—dijo, recostándose fatigado del esfuerzo de la distribución—que, listo ya para marchar, y bien despedido y encomendado, resultara que la muerte me desprecia. No, Señor mío amantísimo, no; Virgen Santa, no me digáis que tengo que vivir más. ¡Viva la muerte y muera la vida! Pronto, pronto. Quítenme, quítenme esta putrefacta envoltura, que me pesa y me incomoda. Pase a ser propiedad de los señores gusanos, y que les aproveche. Ya no respiro más que con la cuarta parte de un pulmón; ya no sé lo que es paladar; ya no puedo mover las piernas. El oído me falta y la vista se me enturbia. Hermana Lorenza, aunque me quede ciego y vivo, os veré, porque estampada estáis en mi alma. Muerto y renacido, allá os veré mejor, y vos me veréis a mí, porque entre uno y otro no mediarán las tinieblas de la muerte. Vos viva, morís conmigo, y yo muerto, vivo en vos, porque nuestros espíritus no reconocen distancias de tiempo ni oscuridades de espacio... Señor y Padre mío, acogedme; no me dejéis aquí... ¡Ah! Por fin me lleváis, ¡oh dicha! Ya subo. ¡Qué tristes estarán allá abajo los que siguen en aquel horrible destierro, cargando un cuerpo todo miseria y necesidades asquerosas! Y ¡cómo les deben de pesar aquellas carnazas, todo aquel matalotaje de piernas, brazos y estómago! Yo sí que soy feliz ahora: ya no tengo huesos, ni pulmones, ni corazón, ni nervios, ni nada de aquella piltrafería inmunda. Apenas me queda un poquillo de sesos, que se van escurriendo y dejándome limpio... Ya se acabaron los sentidos; ya no tengo tacto, ni vista, ni memoria..., no me acuerdo de nada..., ya no sé lo que es hambre y sed. Las últimas gotas de sangre se desprenden y caen. Las siento escaparse de mí y dejarme puro. Dentro de un momento veré a Dios con otros ojos, con otra suerte de mirar y de ver, y por más que discurro no acierto a figurarme cómo será. Es que aún no me he desprendido de toda aquella costra grosera... Ya, ya..., ya no padezco, no siento nada; ya no...

Las diez serían cuando el pobre don Tomé, inerte en el lecho, balbucía con incierta voz aquellas descosidas expresiones. Lo que dijo después no se entendió. Eran sonidos inarticulados, que se confundían con la cadencia lenta de la ya difícil respiración. La agonía fué larga, pero serena, sin sufrimiento, y expiró cuando el reloj de la Catedral cantaba con pausada retumbancia las doce.

Anchuras y *Gencia* hicieron duelo estrepitoso, en una tesitura que no podía durar. En la primera media hora creyé-

rase que perdían un hijo, en la segunda que era sobrino el muerto, en la tercera primo en tercer grado, y en la cuarta ya era don Tomé pariente lejano. Retiróse *Leré* después de orar un buen rato de rodillas junto al cadáver, que amortajaron Angel y *Anchuras,* poniéndole un hábito de San Francisco mandado por las monjas de San Juan y encima el traje de cura. Como no tenía carnes que perder, no se desfiguró, ni parecía menos vivo en el féretro que cuando yacía durmiendo en su angosta cama. Angel no se separó de él sino el tiempo preciso para ir a cenar a su casa.

Día fué aquél para Guerra de los más críticos de su vida, lleno de crudelísimas dudas, de abatimientos que le desplomaban el alma a los profundos abismos de negra tristeza y de presagios horribles. Caldeada la cabeza por un continuo batallar con dos o tres ideas, salió después de anochecido, y no había llegado a San Justo, cuando apareció delante de él la visión del clérigo, su propia persona con sotana, manteo y teja. En vez de temor, como otras veces, sintió enojo de aquel encuentro, y acelerando el paso se aproximó al fantasma y le puso la mano en el hombro. Volvióse la sombra, y al mirarle de cerca la faz, Angel dió un grito de sorpresa, pues el tal no era una imagen de simple apariencia espectral, sino el propio don Eleuterio García Virones, muy conocido en Toledo, de complexión fuerte, clerizonte llorón, estrafalario y mísero, que pasaba por buen ladino, y solía predicar sermones gerundianos en los pueblos de la provincia.

—Dispénseme—le dijo Guerra—. Yo creí que era...

—¿Quién?

—Un amigo mío..., pero muy amigo. El andar, la estatura..., vamos; que se confunde usted con...

—Celebro confundirme con sus amigos para tener el gusto, el honor...—dijo don Eleuterio con refinada amabilidad—de que usted me hable. ¡Ay, señor don Angel!, este encuentro casual me parece a mí que es cosa de la divina Providencia. Si yo le asegurara que en el momento de sentir su mano en mi hombro venía pensando en usted..., ¿qué diría?

—Pues diría que..., no diría nada.

—Pensaba en usted ahora, sí, señor; recordaba que sólo una vez tuve el gusto de verle, en el cuartito bajo de Granullaque, y me condolía de no tratarle más para atreverme a pedirle un favor...

—¿Un favor... a mí?

—A usted, que tan grandes los hace a cuantos tienen la suerte de... Dispénseme; este encuentro providencial me produce tal trastorno...

—Explíquese mejor y dígame en qué puedo servirle.

—Pues, como los tiempos están tan malos, señor don Angel—dándole la derecha y caracoleando a su lado con oficiosa cortesía—, he pensado que esa capellanía de monjas que ha dejado vacante el pobrecito Tomé le vendría muy bien a un servidor. En ello venía pensando ahora, y decía: "Si ese don Angel Guerra me quisiese apoyar, estábamos de la otra parte. Porque él tiene gran metimiento con las monjitas de San Juan, y metimiento con el cabildo catedral, y metimiento en Palacio..."

—Calle usted, hombre, y ponga punto a esos metimientos, que sólo están en su imaginación.

—Yo sé lo que me digo, y dispense. Me llamo Eleuterio Virones, muy servidor de usted. Si se digna echar un memorial por mí, y lo toma con empeño, mía es la plaza; dos mil cochinos reales al año; ya ve usted qué turrón. Pero con eso y algo que saque por otro lado, nos iremos arreglando. Creen algunos que no hay más pobres que los que piden a las puertas de las iglesias, y otros andan por ahí, vestidos de paño negro, que merecen más el óbolo de las personas caritativas.

—Pues que Dios los ampare—dijo Guerra, que aquella noche no estaba en disposición de soportar tales acometidas en medio de la calle—. ¿De dónde saca usted...? Yo no puedo, no puedo...

Y se alejó rápidamente hacia la Tripería para poner punto final. Quedóse el otro en medio de la plazuela de San Justo, sorprendido de las despachaderas poco urbanas del señor de Guerra. El cual no se había alejado cien pasos cuando sintió resquemor de conciencia por su desconsideración con aquel infelizote, y como hombre de impresiones repentinas y de cambiazos bruscos en el temperamento, volvió a la plazuela, y viendo al clérigo retirarse cabizbajo ha-

cia la Cuesta de San Justo, le llamó con grandes voces.

—¡Eh, don Eleuterio..., venga acá!... Dispénseme..., iba distraído. Yo tendré mucho gusto en servirle, sí, hombre, mucho gusto, y haré los imposibles. Si de mí dependiera, mañana mismo.

Poco faltó para que el otro le besara la mano. Fué dándole matraca hasta la calle del Locum. Cenó Angel de prisa y corriendo, y se volvió a la guardia y vela del cadáver de su amigo, no separándose ya de allí hasta la hora del entierro, las diez de la mañana, el cual fué modestísimo, acompañado de unas veinte personas, entre las cuales descollaban el deán, Palomeque y don Juan Casado. Los anónimos eran dos o tres caballeros de paño pardo, naturales de Cebolla y Erustes, otros tantos compañeros de *Anchuras*, algún profesor del colegio en el que el difunto enseñaba Historia, el sacristán y acólitos de San Juan. Pocos llegaron hasta el cementerio, entre ellos Guerra, con quien volvió su inseparable amigo Casado, platicando de cosas tan interesantes, tan íntimas, tan graves, que bien merecen ser puntualmente referidas.

CAPITULO II

CASADO, CONFESOR Y CONSEJERO

I

Dieron tierra al inocente don Tomé poco antes de las doce de un día espléndido, sin una nube en el cielo, día primaveral, risueño y consolador, que se metía por los poros y por los sentidos, alegrando sangre y alma, y fortificando las fuentes de la vida. Aun dentro del cementerio no resultaba triste la mañana. Cantaban los pajarillos sobre las sepulturas, y en las abiertas y vacías se colaba el sol vivificador como si de broma quisiera enterrarse. La caja que guardaba el cuerpo seco y frío de don Tomé cayó en lo profundo silenciosa, y se agazapó allí dentro como en un nido, que había de ser eterno. Los que conocían bien al muerto se figuraban a éste gozoso en el acto de recibir encima la sábana de tierra y abrigarse con ella. No se oyeron lástimas tiernas ni suspiros hondos. El sacristán de las monjas echó de menos un ramo de azucenas en las manos yertas del difunto.

Guerra y Casado salieron. El segundo no podía estar triste, aunque las conveniencias se lo ordenaran, y la mascarilla fúnebre, de rúbrica en todo entierro, se le iba cayendo a cada paso que daba hacia la ciudad. A los doscientos pasos, ya la mascarilla se había desprendido enteramente del rostro feo, que por compensación era simpático y fiel espejo reproductor de las alegrías de la Naturaleza. Atravesando el campo de tiro, en dirección a Merchán, entablaron un diálogo memorable, del cual no conviene perder punto ni coma.

CASADO.—¡Pobre don Tomé, alma de Dios! Dentro de un mes, dentro de pocos días, mañana quizá, ya nadie en el mundo se acordará de él, como no sean su madre y hermanos.

GUERRA.—Vea usted... Un ser puro, que llega a la edad viril conservándose niño, conservándose ángel, desaparece sin dejar rastro de sí, sin que la Humanidad experimente la menor emoción. No hizo mal alguno, representó en la tierra la doctrina pura de Cristo, y la fama no se ha enterado de su existencia. Cae con menos ruido que la hoja del árbol.

CASADO.—¿Y qué? ¿De cuándo acá los escogidos de Dios necesitan bombo de gacetilla como el que se administra a los autores de comedias o a las señoras que dan un baile?

GUERRA.—Se ha dicho: "Bienaventurados los pobres de espíritu..." Y yo pregunto: "¿Hay alguien, entre los que hoy se conceptúan personas superiores dentro del catolicismo, que envidie al pobre don Tomé y que desee vivir y morir como él?" Más claro: ¿Hay alguien que se proponga tomarle por modelo?

CASADO.—En vez de hacer preguntas, amigo mío, afirme usted, propóngase tomar por modelo al susodicho don Tomé, que de Dios goza. Por mi parte, creo que cada cual debe cultivar el bien en sí, según las condiciones de su propia naturaleza. La condición angélica no es concedida a todos, mejor dicho, hay distintos modos de ser angélico, sin fijarnos en este o el otro caso. Variadísimo es el reino de la naturaleza espiritual. Hay mamíferos, aves y moluscos. Qué, ¿se ríe usted? Pues yo sostengo que nunca el caballo debe echarse a volar, y

que el pájaro no debe hacer vida de ostra. Conque a otro tema... Pero ¿ha visto qué día tan hermoso? ¡Qué bien viene la hierba, qué florido está el campo! La nostalgia de mi querida Sagra me consume ya, y, Dios me lo perdone, mal año para las señoras esas del Socorro, que me tienen preso, ausente de mi afición. Si Laureno Porras sigue mejorando, con la ayuda del Señor, no es mal esquinazo el que les voy a dar el mejor día a mis ovejas provisionales.

GUERRA.—Egoísta. ¡Y que están poco contentas las hermanas con su pastor interino!

CASADO.—Yo también lo estoy con ellas; pero ovejas por ovejas, me divierten más las merinas. Llámeme usted egoísta; sé que lo soy. Llámeme enamorado: tengo mis amores allá, y estoy como los novios ausentes que miran a la luna. Dentro de algunos días no habrá quien me vea el pelo en esta ciudad, que dicen es un tesoro de arqueología cristiana. Yo se lo regalo a los anticuarios, a los artistas españoles y extranjeros que vienen en bandadas por ahí, y me voy a mis geórgicas prácticas y reales, harto más bonitas que las que compuso el Mantuano. No quiero nada con Toledo. Harto estoy de ver curas feos y cadetes bonitos, paredones mudéjares y cresterías góticas. Conque si quiere venirse conmigo, verá qué buenos días pasamos.

GUERRA.—No puedo. Y siento mucho que usted se me vaya, porque ahora quizá le necesite más que nunca.

CASADO.—*(Con extrañeza.)* ¿Para qué me necesita, voto a tal, si ya puede soltar los andadores? Ahora vamos como por carriles... *(Observándole preocupado.)* Pero ¿qué? ¿Se tuerce la vocación? ¿Ocurren dudas, vacilaciones?... Dios nos tenga de su mano.

GUERRA.—Ocurre algo de lo que usted dice, y algo más. Ocurre que me tengo por hombre indigno de abrazar el estado eclesiástico.

CASADO.—¡Ay de mí! ¿Tropezoncitos tenemos? Pues al caballo de buena sangre se le tira del freno y arriba con él... Pronto, dígame qué le pasa. ¿Es cosa de conciencia?

GUERRA.—De conciencia.

CASADO.—¿Actos o simplemente pensamientos?

GUERRA.—Pensamientos que no son menos graves que los actos, amigo don Juan.

CASADO.—Pues a desembuchar... Pero aguárdese un poco. Somos naturaleza flaca, y los grandes problemas morales no deben impedir que nos alimentemos. Al contrario, en cuerpos desmayados no anidarán jamás grandes resoluciones. Por consiguiente, almorzaremos, si usted no se opone a que rindamos este tributo a la vil materia. ¿Quiere hacer una cosa?

GUERRA.—Lo que usted disponga.

CASADO.—Pues vámonos a casa del amigo Granullaque; nos meteremos en el cuartito bajo, y charlaremos allí todo cuanto nos dé la gana. ¿Conformes? Pues ahora vaya desembuchando por el camino... ¡Ah! No olvidar que hoy es vigilia; supongo que la vil materia no se opondrá a que cumplamos con la Iglesia. Bueno: conformes también. Adelante... ¿No se atreve con el grave caso de conciencia? ¿Quiere que le haga preguntas como a los niños y a los soldados?

GUERRA.—No, no necesito anzuelo. Pues verá usted. Estos días últimos... y noches, debo añadir..., pasados junto al pobre don Tomé con la hermana Lorenza...

CASADO.—¡Ay, ay! Don Angel de mi vida.

GUERRA.—No..., no crea...

CASADO.—Me asustó usted. Vamos, siga.

GUERRA.—Pues anteanoche, sí, la noche antes de morir el capellancito, me quedé allá. Por el día vi a la hermana Lorenza y hablé con ella, sintiendo en mí la adoración respetuosa que tanto ha influido en la mudanza de mi carácter y de mis inclinaciones. Nunca me pareció tan divina, nunca tan ideal, nunca tan adornada de esa belleza mística y...

CASADO.—Malo, malo... Esas místicas hermosuras me escaman a mí mucho, porque fácilmente se come el diablo lo místico, dejando sólo lo plástico. Siempre quiebra la soga por lo más delgado.

GUERRA.—Cuanto ella dijo parecióme lo más hermoso, lo más sabio, lo más tierno...

CASADO.—Tampoco lo tierno me gusta. Ojo con esas blanduras, que...

GUERRA.—En resumen, que en toda aquella parte del día no sentía ninguna turbación malsana, como no fuera un

sentimiento de celos o envidia de don Tomé, por figurarme que Lorenza le creería más cristiano a él que a mí, y le amaría más... Pasó aquel desvarío, dejándome una exaltación de piedad, un ansia vivísima de ser puro y santo como ella, una impaciencia abrasadora de entrar en la vida eclesiástica. Pero a la noche...

CASADO.—Ya, ya lo veo. Que no todas las horas son iguales. El sol las trae buenas y la luna las trae detestables. No bastan a veces los mejores propósitos. Se necesita cálculo para evitar las ocasiones, y huir de las horas malignas como de trampas dispuestas por ese peine de Satanás, que es más listo, pero más listo...

GUERRA.—Cuando volví de cenar en mi casa, ya un poco tarde, *Gencia,* que estaba de guardia junto al enfermo, me alumbró al sentir mis pasos en la escalera, y después se marchó. Don Tomé descansaba. La hermana Lorenza, después de cuarenta y tantas horas de trabajo sin probar el sueño, se había echado sobre un colchón en el cuartito próximo al que llamaremos comedor, y dormía como una criatura.

CASADO.—También me cargan esos cuartitos próximos. Mucho ojo con ellos. Yo suprimiría en toda casa los cuartitos mediatos e inmediatos... Y, en conclusión, todo se redujo a un mal pensamiento.

GUERRA.—Pero tan malo, que tardaré en arrojar de mí el rastro de vergüenza que me dejó. A un hombre como usted no debo ocultarle ni el más ligero detalle de lo que en mi interior ocurría. Hablemos como penitente y confesor, y también como amigos.

CASADO.—*(Al pasar por la puerta del Cristo de la Luz.)* Sí, amigo mío. Hablando con franqueza y con toda la libertad que la decencia permita, nos entenderemos mejor y podremos analizar más claramente el caso. El lenguaje encogido y de circunloquios oscurece los asuntos. La amistad y el campechanismo saben presentarlos en su realidad sinuosa, alumbrándolos por delante y por detrás.

GUERRA.—Corriente. Pues resultó, amigo mío, que al encontrarme allí, solo, viendo por una parte al enfermo profundamente dormido, y a la enfermera por otra, mi ser sufrió uno de esos vuelcos súbitos que a veces deciden el destino de un hombre. Todo el espiritualismo, toda la piedad, toda la ciencia religiosa de que me envanecía salieron de mí de golpe. ¿Ve usted cómo se vacia un cántaro de agua que ponen boca abajo? Pues así me vacié yo. No quedó nada. Era ya otro hombre, el viejo, el de marras, con mis instintos brutales, animal más o menos inteligente, ciego para todo lo divino. De puntillas me acerqué al cuarto en que reposaba la hermana Lorenza, y a la escasa claridad que allí entraba de la sala la vi..., medio la veía y medio la sentía. Ya sabe usted que duermen vestidas, tan sólo aflojándose el justillo y quitándose la toca. La manta la cubría de las rodillas abajo. No me pregunte usted si había suficiente claridad en el cuarto para verla bien; yo sólo sé que la vi, y que consideré la mayor felicidad posible en este mundo y en el otro, felicidad superior a la bienaventuranza eterna, la de... *(Expresábase en voz tan baja que apenas se oía.)*

CASADO. — Vaya, vaya. *(Serio.)* Una pérfida emboscada de ese tunante... Pero acabe usted. ¿No fué más que tentación?

GUERRA.—Tentación horrible. Mi sangre era fuego, y al propio tiempo un frío mortal me corría por el espinazo. Mis ideas... Pero no había ideas en mí, sino un apetito primordial, paradisíaco...; lo llamo así porque relaciono mi estado con el de los primeros pobladores del mundo, en la fecha remota del pecado original. ¿Qué dice usted? ¿Que si me parecía hermosa? No puedo responder categóricamente. ¡Hay tantas clases de hermosuras! La que yo apreciaba entonces era algo que de mi propia imaginación emanaba y a ella volvía entre llamaradas. Si en aquel momento me ofrecen lo que yo deseaba, a cambio de la bienaventuranza eterna, lo acepto sin vacilar. No me importaba una eternidad de tormentos a cambio de...

CASADO.—¡Pues no estaba usted poco tremendo! Don Angel, hay que domarse. De lo referido hasta ahora deduzco que usted no podía satisfacer sus deseos sino empleando la violencia. ¿Llegó ese caso?

GUERRA.—No...; por Dios, no me suponga usted tan perverso. Hubo un instante en que medí mentalmente mi fuerza muscular. Pero aquello pasó, por for-

tuna mía. Lo repugnante, lo odioso y villano de tal intención se presentó a mi espíritu con tal claridad, que en este sentimiento de mi infamia me apoyé para luchar con la tentación y vencerla, como la vencí.

CASADO.—Bien, hombre, bien. Quedando circunscrito a la esfera de las intenciones, el caso, aunque grave, no es desesperado. Tiene cura, sí, señor, tiene cura... Y ahora voy a hacerle a usted una observación, no de sacerdote a penitente, sino de hombre profano a hombre corrido en estas arduas materias; y conste que aquí hablamos como amigos, en la intimidad más llana y familiar. *(Parándose por centésima vez en medio de la solitaria cuesta del Cristo de la Luz.)* Pues no comprendo que provoque esas insurrecciones terribles de la carne ninguna mujer del ramo de monjas, sobre todo de estas callejeras. Son, por lo común, tan sin gracia, cuidan tan poco de su persona, usan unos trajes tan esmeradamente apartados de todo artificio satánico, y unos zapatones tan feos, que..., vamos, que no lo entiendo. Me parece que tentar en el terreno ese es ya el colmo de la travesura infernal... Claro que hay desvaríos muy extraños; pero no creí... que..., vamos, hablo por apreciaciones puramente teóricas... No sé... Eso allá ustedes los que han cursado la mundología hasta el grado de doctor.

GUERRA.—Amigo don Juan, imposible que un hombre aprecie con exactitud las vibraciones cerebrales y nerviosas de otro. Cada hombre es un mundo. La impulsología humana (valga la palabra) está por descubrir. Yo le concedo a usted que en la mayoría de los casos son poco o nada tentadoras las santas mujeres que se consagran en público a la caridad, y esto, naturalmente, contribuye al prestigio de tales órdenes. Pero hay casos excepcionales, circunstancias y antecedentes personalísimos. ¿Cómo se explica usted que quien es el mismo recato, la personificación de la honestidad y de la virtud, haya provocado sin conocerlo un conflicto de conciencia como aquel en que yo me vi? Quizá por lo mismo, quizá por esa ley de maldición que me ordena pisotear lo más puro y cubrirlo de lodo. Quiso valerse de mí el espíritu malo para satisfacer su eterna envidia, para escalar las regiones celestiales y profanarlas, convirtiendo los ángeles en bestias. De veras digo que si yo no creyera en el diablo, en aquella noche tremenda le habría tenido por la cosa más real del mundo. Yo le sentía, le tenía metido dentro, y su boca era mi boca, sus nervios mis nervios, su sangre mi sangre... Por fin, lo que me salvó fué la repugnancia de apelar a la violencia y a la traición. El sentimiento del honor hizo más fuerza en mí que la moral pura. El desprecio de mí mismo me contuvo más que el temor de Dios.

II

CASADO.—*(Acelerando el paso para ir decididamente a donde guisaban.)* Pero ¿no le pasó por las mientes pedir auxilio al único que lo da eficaz contra el demonio? Volver la voluntad a Dios, invocar a la Virgen, son remedios infalibles cuando el alma no está dañada.

GUERRA.—Nada de eso se me ocurrió, ni me acordaba yo en aquellos instantes de que tal Dios ni tal Virgen existen en el Universo. Cuando pensé en la divinidad, ya había conseguido amarrar la bestia con la cadena del honor y de la dignidad, los primeros instrumentos de defensa que encontré a mano. Un accidente externo vino en mi ayuda. Don Tomé llamó. Acudí a su lado, y la presencia de aquel bendito moribundo puso fin a mis angustias. Vi salir a Satanás, rechinando los dientes. Digo que le vi porque aquella idea de mi salvación, como las anteriores ideas de mi peligro y lucha, tomaba tal fuerza en mi mente, que casi casi le daban forma sensible mis sentidos. Le prevengo a usted que tengo una increíble facultad de materializar las ideas, y cuando la mente se me caldea con un pensar fijo y tenaz, suelo ver lo que pienso. En esta temporada, cuando la idea de hacerme cura ha secuestrado mi pensamiento con exclusión de toda otra idea, ¿sabe usted lo que me ha ocurrido? Pues que he visto en la Catedral y en las calles, de noche, un clérigo que al encuentro me salía o iba delante de mí, un ser corpóreo y tangible, mi misma persona, mi propia cara, y con él, o sea conmigo mismo, he hablado como hablo ahora con usted.

CASADO.—Eso sí que es raro. Apresurémonos, amigo, que es poco higiénico platicar de esas cosas con el estómago vacío.

GUERRA.—¿Quiere usted otro ejemplo? Pues al amanecer de aquel día, cuando la hermana Lorenza se apareció ante mí por primera vez después de la tentación que he referido, venía rodeada de pies a cabeza de una luz cegadora, y sus ojos me miraron con una severidad que me hizo estremecer, y echándose mano al seno, se arrancó un pedazo de carne...; me parece que lo estoy viendo...; de carne, sí, grande y blanquísimo, chorreando sangre, y me lo arrojó a la cara, diciéndome con más compasión que ira estas palabras, que nunca olvidaré: "Toma... para la pobre bestia."

CASADO.—Pero ¿es eso verdad?...

GUERRA.—Las dudas acerca de la realidad del caso me atormentan desde aquel momento. A veces creo que fué tal como acabo de referirlo, y juraría que oí las palabras y que vi los ojos acusadores; a veces dudo y niego. Lo que sí aseguro a usted es que me alegraría de que hubiera sido verdad. Una de las ansias que más me atormentan es la de lo sobrenatural, la de que mis sentidos perciban sensaciones contrarias a la ley física que todos conocemos. La monotonía de los fenómenos corrientes de la Naturaleza es desesperante. Lo sobrenatural, lo maravilloso, el milagro, me hacen falta a mí, y por encontrarlos diera todo lo que poseo.

CASADO.—Me temo, señor don Angel —suspirando—que no encuentre usted esa joya, aunque a peso de oro la pague. Pero examinemos ahora el estado de la víctima después de esa semicatástrofe o caída moral, que caída es, y en un muladar. De que está el hombre manchado hasta el cogote no cabe duda. Falta saber si podrá limpiarse; porque si no...

GUERRA.—¡Ah! Yo le juro a usted que el desprecio de mí mismo por aquella acción pensada no puede ser mayor. Mi abatimiento es tal que creo que Dios no ha de querer perdonarme.

CASADO.—Eso no. No achiquemos la misericordia divina. Proponiéndose no reincidir...

GUERRA.—Por proponérmelo no quedará. Pero...

CASADO.—Aprisita, que ya estamos cerca. *(Atravesando Zocodover.)* Allí le diré a usted más de cuatro cosas.

Llegan a la hostería de Granullaque. Casado empuja la vidriera y penetran ambos, encontrándose frente a la boca del horno, guarnecida de azulejos. En el reducido espacio que media entre la vidriera y el horno hay un mostradorcillo, y tras éste un hombre de gorra y blusa, fumando en pipa corta, en la mano la pala con que mete y saca los bartolillos o las cazuelas de cabrito y besugo...

CASADO.—Buenos días. Que nos den prontito de almorzar.

GRANULLAQUE.—¿De vigilia, don Juan?

CASADO.—Pues claro. No faltaba otra cosa.

GRANULLAQUE.—Mire que la vigilia se está acabando. Muy poco quedará.

CASADO.—Magnífico. Eso prueba que hay cristiandad en la feligresía. Vamos allá.

Pasan al patio, donde hay no pocos parroquianos almorzando de tenedor o pasteleando con copas, y se meten en una salita baja, donde no penetra el público. Es lugar reservado a los amigos de la familia. Don Juan toma posesión de una mesa, saludando desde lejos a dos personas que divisa en la habitación próxima, un clérigo y una señora mayor. Palmotea. Preséntase el mozo, la servilleta al hombro.

CASADO.—Pronto; encarga una tortilla con jamón. ¡Ah, qué disparate!... Quiero decir con espárragos...; tampoco, que no es el tiempo. Pues tráenos una tortillita con nada, con huevos. Pero listo, que estamos pereciendo. Venimos nada menos que del cementerio, y con la pena y el aire de la mañana nuestros cuerpos no son cuerpos, sino más bien ánimas del purgatorio... Oye: tráete en seguida una botella de valdepeñas. Del bueno, ya sabes. Y que nos preparen un plato de pescado, sea lo que fuere.

Hasta después de la tortilla y de los primeros tragos, no estuvo don Juan en disposición de ocupar su mente en cosas tan sutiles como los problemas de conciencia. Hallábanse enteramente solos, y del cuarto próximo, separado de aquél por grueso cortinón de fieltro, sólo llegaba el sordo runrún de una cháchara familiar. El diálogo se reanudó en esta forma:

CASADO.—Pues ahora, señor don Angel, acabe de ilustrarme, y sepamos si el caso de autos le ha producido, como parece natural, aversión o desgana de la carrera religiosa.

GUERRA.—No, señor. Del suelo hondísimo y asqueroso en que caí me he levantado con mayor anhelo de la vida contemplativa. Creo que, una vez en ella, no he de tener esos arrechuchos infames.

CASADO.—¿Está seguro de ello?

GUERRA.—Seguro, seguro, no; lo presumo, lo espero.

CASADO.—Pues opino, salvo mejor parecer, que el sacramento del Orden debe aplazarse hasta que haya seguridad completa de que esos arrechuchos, como usted dice, no han de reproducirse. Amigo mío, esto no es cosa de juego. Otros, tal vez, indulgentes con esa fragilidad, no le pedirían más que un simple propósito de enmienda; y con tal que quedara a salvo el dogma, la pureza del principio, le darían a usted el pase. Para mí, tan importante como el dogma es la disciplina moral, y no le dejo pasar, no, mientras no le vea bien curado y limpio. Todo se reduce a sofocar los malos pensamientos por medio de la oración, la compunción, el trabajo, las buenas obras y una continua vigilancia de la bestia.

GUERRA.—He comenzado a emplear parte de ese tratamiento.

CASADO.—¿Sin resultado?

GUERRA.—Así, así. Llevo desde ayer un trabajo mental de los más rudos. No puede usted figurarse cuánto me impresionó la muerte del pobrecito capellán. Creí que presenciaba mi propia muerte. Velando su cadáver, solos él y yo, he tratado de purificar mi espíritu. No estoy descontento. Pero veo a Dios ceñudo, a la Virgen ocultándome su rostro divino, y desconfío del perdón.

CASADO.—No, ¡vive Dios!, no haya desconfianza. *(Partiendo un besugo asado y emprendiéndola con su ración.)* Varones eminentes de la cristiandad, patriarcas y santos han pasado por ese crisol terrible de las tentaciones. Pues qué, ¿creía usted que la *turbamulta cœlorum* se compone toda de seres como el virginal don Tomé? No; de todo hay; hombres fueron los más, sujetos a las flaquezas de nuestro infelicísimo linaje. Las vencieron, las lloraron como David, con acentos sublimes, y allá están en el quinto cielo. *(Bebiendo.)* No hay que acobardarse, amigo mío. ¿Quién no ha sido tentado alguna vez? Sólo nuestro Señor Jesucristo pudo decirle al pillo ese: "*Vadre retro*. No tentarás al Señor tu Dios." Pero ¿los demás, nosotros, el mísero gusano terrestre...? Caemos siete veces al día, y otras tantas, si se puede, volvemos a levantarnos... Pero ¿qué es eso, usted no come?

GUERRA.—Ya como.

CASADO.—¡Hijo, ni que fuéramos anacoretas! ¿Y no bebe?

GUERRA.—También, pero no mucho.

CASADO.—No condeno la sobriedad. Pero créame, conviene alimentarse, sobre todo cuando es rudo y continuo el trabajo cerebral. Si tuviera usted que meterse en uno de esos confesonarios de monjas que parecen cisternas, y estarse allí toda la tarde oyendo pecaditos o más bien escrúpulos que se quiebran de sutiles, ya me diría si se puede trabajar sin comer... Conque decíamos que habrá perdón siempre que tengamos arrepentimiento de verdad.

GUERRA.—Y en cuanto a si debo persistir o no en mi propósito, observaré que se ha hecho de tal modo mi espíritu a la idea de pertenecer al estado eclesiástico, que me será difícil renunciar a él. ¿Adónde voy yo ahora con mi persona, solo, sin familia, sin afecciones, con los gustos enteramente cambiados? He tomado gran afición al ritual católico; me enamoran, me seducen los actos religiosos, particularmente el ceremonial de la misa, todo amor, piedad y poesía. ¿Será esto, me pregunto a veces, *diletantismo*, delirio estético y amor de la forma? No lo sé. Pero sea lo que quiera, adoro el simbolismo del culto, y quiero ser artista de él. Es una clase de vocación que usted no puede rechazar, porque la rúbrica me hace amar el dogma.

CASADO.—Eso es empezar por el fin; pero no importa. Adelante... ¡Ah! *(Después de beber un buen trago.)* Se me ocurre una gran idea. Establezcamos una distancia prudencial entre usted y esa hermana del Socorro, que es quien nos perturba, y habremos ganado el pleito. Yo haré que la manden a otra provincia.

GUERRA.—*(Excitado.)* Eso no. De ella

han partido las inspiraciones de esta mudanza mía. Si es cierto que en momentos breves, peligrosos, fué causa inocente del trastorno que he contado, en todo tiempo su presencia, su mirar, su voz, acortan la distancia entre mi pensamiento y la divinidad. Cualquier exhortación suya me hace amar el bien y la virtud con pasión verdadera. Dejadla, dejadla, si no se quiere que yo me convierta en el más vulgar de los hombres.

CASADO.—Bueno..., transigiremos. Amigo don Angel *(Con alegría decidora.)*, todo se arregla, habiendo buenos deseos y espíritu de verdad... *(Al mozo.)* Oye, tú, ¿no nos traes algún postre?... Pues decía que vamos bien, bien. Yo, sin embargo, me permito proponer que no nos precipitemos en el cambio de estado. No quiero sobre mí la responsabilidad de un siniestro grave. Porque el otro, el malo, el sinvergüenza ese que por buen nombre llaman *ángel de las tinieblas*, podría armar un lío muy gordo con todo eso de la estética del culto, y la musiquita, y la hermana inspiradilla, los ojos que miran, el espíritu que hace de las suyas, y la materia que se dispara... y tal y qué se yo. A Segura le llevan preso. Sigamos instruyéndonos, sigamos preparándonos. Buenas son las lecciones de canto; pero no hay que olvidar la teología dogmática y moral. La historia eclesiástica, el derecho canónico, son magníficos sedantes para los nervios excitados. Y por encima de todo eso recomiendo el reposo, que nos trae la claridad de entendimiento; la vida metódica sin abstinencias ni paseos solitarios, que suelen dar de sí desvaríos y alucinaciones. Conviene además no arrojar del pecho la alegría, no zambullirnos en metafísicas agotantes, ni empeñarnos en buscar lo sobrenatural, pues las leyes físicas no son cosa de juego, y no las ha hecho el Caballero ese de arriba para que cualquier barbilindo de por acá las altere a su antojo... Si le parece, tomaremos café... Y, volviendo al caso grave, perdonado queda; pero se me ha de dar cuenta diaria de las disposiciones en que cada día se encuentra el sujeto, para ver si asoma algún síntoma sospechoso... Medianillo está el brebaje que llamaremos *seudo café*. Vea usted, no puedo meterle a esta gente en la cabeza la rúbrica de hacer el café como Dios manda... Fumaremos un cigarrito... Conque ¿se ha enterado? Un parte diario de la situación moral, y si hay pailiques con la hermanita, quiero saber qué efectos...

GUERRA.—Créame, don Juan: de mis conversaciones con ella salgo siempre dispuesto a dejar tamañitos a los santos del cielo.

CASADO.—Eso no está mal... El cigarro es infame. Este debe de ser de las tabaquerías del infierno, y de los que se fuma el perro cabrón ese, más feo que yo, y más malo que su madre, la serpiente del Paraíso... Y, para concluir, sepamos también de una vez cuándo se pone mano en esa fundación, que Toledo aguarda como la novena maravilla. ¿Es una secuela del Socorro, con más amplitud, con más elementos? ¿Es algo nuevo que exige autorización pontificia? ¿Será simplemente toledana, o tendrá ramificaciones en toda la Península, radicando aquí la casa matriz? ¿Abraza la beneficencia domiciliaria y la hospitalaria? ¿Qué nombre, qué advocación llevará?

GUERRA.—Ahora mismo le sacaré a usted de dudas.

III

No contaban con las interrupciones impertinentes. Apenas había empezado Angel a explicarse cuando entre su palabra y la curiosidad de su amigo se interpuso un cuerpo extraño, que hizo suspender la relación. No era otro que don Eleuterio García Virones, pretendiente fastidioso de la capellanía de la Penitencia, el cual, al proyectar su estampa sobre la mesa, llenó de consternación a los dos que en ella charlaban.

VIRONES.—Ya sabía que estaban ustedes aquí..., muy señores míos... Me lo dijo el mozo, y no he querido pasar sin saludarlos. ¡Carambo!, parece que lo ha hecho la Divina Providencia. Pasar yo..., decirme el otro..., ¡qué casualidad!, las dos personas que podrían, si quisieran, conseguirme la plaza...

Dijo esto apoyadas las manos en la mesa, inclinándose hasta tocar con su desteñida teja las cabezas de ambos comensales.

CASADO.—Mire, don Eleuterio, aquí hace usted tanta falta como los perros en

misa. Hablábamos de cosas reservadas...

VIRONES.—De cosas reservadas. Pues entonces... *(Sentándose.)* me voy al momento. Pero antes prométanme...

CASADO.—Le prometemos nuestra gratitud si se larga.

VIRONES.—No dé tan fuerte, hermano. Tenga piedad de un clérigo pobre. *(Cogiendo un terrón de azúcar.)*

GUERRA.—Lo que el señor quiere es que le convidemos a café.

VIRONES.—Si usted se empeña...

CASADO.—¡Dale! Si se le convida, ya tenemos Virones para todo el día. ¡Café! Mejor querría él una copa de aguardiente.

VIRONES.—Bien sabe usted que no lo cato.

CASADO.—Vaya, tome un cigarro, y retírese por el foro.

A la luz del día vió Guerra la persona del clérigo en muy distinto aspecto y forma que cuando se le apareció, de noche, en la plazuela de San Justo. Don Eleuterio revelaba en el descuido de su traje y en el poco aseo de su cara y manos cierta conformidad o naturalización con la miseria. Su cara redonda, cetrina, untuosa cual si le hubieran dado aceite; su barba de seis días; sus lagrimales como acabados de salir de un largo sueño; sus labios carunculosos, teñidos de zumo de tabaco; su collarín grasiento; la sotana manchada de babas, de caspa y de ceniza; las manos pringosas y el manteo con tornasoles, declaraban el santo horror al agua, la abstinencia del jabón y absoluto desprecio del bien parecer.

CASADO.—Haga el favor, amigo Virones, de no acercarse tanto a mí cuando habla, que trae aliento de vinazo.

VIRONES.—No es verdad. ¿Vino yo? No lo pruebo más que cuando consagro. Esas bromas, Juanito, son de mal género. Podría creer el señor de Guerra que yo tengo el vicio.

CASADO.—Creería la verdad. En fin, ahí tiene el café con su ron correspondiente.

VIRONES.—Lo tomo por ser obsequio del señor de Guerra. ¡Ay Dios mío, qué mal año para los curas pobres! Mire usted, don Angel, si pide para mí la placita esa y no se la conceden, le harán un desprecio..., vamos, que será una cochinada.

CASADO.—¡Qué le han de dar! A usted, para que coma, hay que mandarle a una parroquia de las más montunas de la diócesis, allá, entre cerdos, que es donde encaja bien. Don Angel lo pedirá y yo lo apoyaré, para que se nos vaya usted lejos y no nos tumbe con ese tufo que echa de sí.

VIRONES.—No me gustan a mí las aldeas, donde todo es miseria y basura. Aquí me bandeo mejor, y si me dan la capellanía, con eso y algún sermón de los de mocosuena, mocosuena, defiendo las arrastradas sopas de ajo... Pues ¿no me ha dicho Mancebo esta mañana que pretende la plaza el chico de doña Pepa la *Manchada*, ese mariquita que se ordenó hace dos meses y que no sabe ni ponerse el manípulo? Estamos ya de injusticias hasta la corona. Don Angel, ¿echará usted un empeñito por mí? Mire que andamos mal, pero mal.

GUERRA.—Pero, hijo mío, ¿de dónde saca usted que yo puedo sacarle la plaza? Yo no soy nadie...

VIRONES.—Que no es nadie, ¡caramba! Y no saben dónde ponerle. Y cuando va por la calle, la gente se le queda mirando, y dice: "Ese es ese tan rico que va a cantar misa." Cualquier día cantaba yo misa si tuviera la décima parte de lo que tiene usted. ¡Vaya un oficio y vayan unos tiempos! Por un sermón del Patrocinio de San José, que tiene miga, vaya si tiene miga, ¿sabe lo que dieron? Seis duros, dos en calderilla. Vale más procurarse una borrica y ponerse a llevar agua o carbón a las casas. ¡Cuando me acuerdo de que hice ascos a la carrera de albeitar! El maldito latín me perdió. Le tomé afición como se podría uno enviciar con el aguardiente o el tabaco. Me gustaba Cicerón. ¡Maldito sea y toda su casta! Alguien me susurró al oído que me darían una prebenda. Tragué el anzuelo con voracidad de tiburón, y aquí lo siento clavado todavía en el mismo buche. Me pescaron, y aquí me tiene usted fuera de mi elemento...

CASADO.—No nos venga usted con la historia de que su elemento es el agua...

VIRONES.—Mi elemento es el trabajo, *quærens panem.*

GUERRA.—*(Con prontitud.)* Señor Virones, si no lo lleva a mal, yo me permito aconsejarle que no piense más en la capellanía. Otra cosa mejor y más propia para usted he de conseguirle yo.

VIRONES.—No me lo diga, don Angel, que del gusto paréceme que me desmayo. ¿Qué va a ser ello?

GUERRA.—Un curato de pueblo.

CASADO.—¡Hombre, sí! Se ha muerto el ecónomo de Pelahustán, partido de Escalona.

VIRONES.—Pues a Pelahustán me voy, si me nombran. Vegetaremos. Pero ¿de veras?...

GUERRA.—Hoy mismo veré al secretario del cardenal.

CASADO.—Se hará, don Eleuterio; pero a condición de que usted nos deje en paz, y se vaya a tomar el aire.

VIRONES.—*(Suplicante.)* Don Angel, por la preciosa sangre de Cristo, no deje pasar el día de hoy sin dar el golpe. Yo le acompañaré. Ahora está el secretario en la oficina.

GUERRA.—Pues ahora. *(Levantándose.)*

CASADO.—¿No lo dije? Ya le cayó quehacer.

VIRONES.—El llanto sobre el difunto.

CASADO.—Buena breva le ha caído a usted, compadre Guerra.

VIRONES.—Cállese, sagreño maldito, y déjele entender la caridad como entenderse debe. Jesucristo dijo: "Lo que has de hacer mañana, hazlo hoy."

CASADO.—Jesucristo no dijo tal cosa.

VIRONES.—Lo dijo Franklin; lo mismo da.

CASADO.—Lo mismo no da, hereje.

VIRONES.—Pues lo digo yo: "Si me has de dar el pan, dámelo pronto." La diligencia es prima hermana de la caridad. *Pax multa diligentibus.*

CASADO.—¡Pobre don Angel! Día de prueba. A la noche me lo contará.

GUERRA.—¿No hemos de hacer algo por el prójimo?

VIRONES.—¡A Palacio! ¡Vivan los hombres de resolución! Casadillo, fastidiarse.

CASADO.—Divertirse. *(Salen Guerra y Virones.)*

Retiróse don Juan después de charlar un ratito con el hombre situado en la boca del horno, y al atravesar el callejón que conduce a Zocodover, encontróse de manos a boca con su amigo Casiano, el cual le dijo:

CASIANO.—A buscarte iba. Ya supe que almorzabas en el comedor bajo de Granullaque. Me lo dijo Bartolo. Entré y te vi desde la puerta; pero como estaban contigo el padre Virones y don Angel, el masón ese que ahora estudia para cura, no quise pasar.

CASADO.—¿Has venido hoy?

CASIANO.—Esta mañana, y no quiero volverme sin parlamentar contigo.

CASADO.—¿Cómo anda aquello? *(Con vivo interés.)* ¿Está bien nacido lo mío? ¿Sabes si compró Palomo las dos mulas que le encargué? ¿Qué tal pinta tiene el sembrado de la suerte de abajo? Supongo que no habrá humedades por allá. ¿Será tarde ya para sembrar el garbanzo? Y ¿qué tal estamos de gallinas? ¿Viste mis tres cerdos? ¿Te parece que podremos trasquilar dentro de un mes?

A este aluvión de preguntas contestó el bargueño con brevedad, ansioso de abordar otro tema; pero cuando iniciarlo quería, el amigo le tapaba la boca con sus nostalgias campesinas.

CASADO.—¡Ay Casiano de mi alma!, ya no puedo más. Estoy de monjas hasta aquí. En mal hora me comprometí a sustituir al amigo Porras, que ya va bien; Dios le conserve. Pues digo, esta tarde tengo que ir allá a sepultarme en un lóbrego confesonario, donde debo llamarme Jonás, porque me parece que estoy en el vientre de la ballena. Y oiga usted allí, hora tras hora, los pecados tremendos de esas benditas. Ya me los sé de memoria. Y mañana, función y misa cantada, comunión general, manifiesto. Por la tarde, reserva. No va a ser mala carrera la que eche yo el día que me suelten. No me vuelven a ver aquí hasta el Corpus lo más pronto. Conque dime: ¿qué tal trabaja la *Capitana* que me compraste en Villaluenga? ¿Empareja bien con *Repulida*?

CASIANO.—Parecen mellizas la una de la otra, y hermanas de ellas mismas enteramente. *(Replicó el de Bargas, y sin más se fué al bulto.)* ¿Vas a tu casa? Pues iré contigo; tengo que hablarte sobre lo que me urge.

CASADO.—Pues habla pronto, aunque sea *debajo* de tus urgencias.

CASIANO.—Nada; que yo ando irresoluto, Juan, y el cuento es que no tengo sosiego, y quisiera decidirme por el sí o el no. Necesito un consejo de amigo, y tú vas a dármelo. Es caso de conciencia.

CASADO.—Por lo visto, hoy se saca ánima. Estoy de suerte y hasta las piedras de la calle se me vuelven casos de conciencia. Casiano, por ser tú quien eres,

no te pego un empujón. Vámonos a casa.

Diez minutos después hallábanse ambos en el gabinete de don Juan, la puerta vidriera cerrada y a oscuras la sala próxima.

CASIANO.—Pues llegó el momento, Juan amigo, de decirte con todas mis potencias naturales que esa mujer me tiene trastornado.

CASADO.—Lo sabía, Casiano, lo he visto, y he pedido a Dios por ti. Dulce es guapa, graciosa, sentimental, requetefina y elegante. Tiene, pues, todas las hierbas maléficas para trastornar a un bárbaro como tú, que en tu vida las has visto más gordas, digo, más flacas, pues en el ramo de carnes hay que confesar que tu prima no está de buen año... Pero entendámonos, y fuera caretas. ¿Has pensado en casarte?

CASIANO.—¡Ay hijo de mi vida, ahí está el *basilio*! La muchacha me peta. ¿A qué andar con rodeos? Yo soy más claro que el sol. Me gusta como el agua en tiempo de sequía, como el sol en humedades. Vamos, que me gusta como el santísimo pan que uno come cuando tiene hambre. Pero...

CASADO.—Pero... Por ahí. La chica de por sí te llena; pero tiene más peros que un peral.

CASIANO.—Así es, y no se atreve uno con tanto pero.

CASADO.—Algunos de ellos gordos, de tres libras.

CASIANO.—¡Que no fuera ella sola, caída de las estrellas, sin padre ni madre!

CASADO.—Ni hermanos.

CASIANO.—Dígote que el padre es un punto como pocos. Su madre, mi tía Catalina, no es mala en el fondo.

CASADO.—¡Qué ha de ser mala en el fondo!... Pero ¡cuidado con la superficie!...

CASIANO.—No hay más sino que está más loca que todos los que moran en el nuncio.

CASADO.—Pero en su locura es un ángel... de cornisa. No hace mal a nadie, como no sea a los republicanos, por aquello de mentar tanto a los reyes, que fueron sus abuelitos.

CASIANO.—Pues dígote de los hermanos... ¡Potra, qué par de pillos! Para un rato, pasen; pero si los dejas tomar confianza, te sacan los ojos.

CASADO.—Lo que es a mí...

CASIANO.—Cada sablazo que me dan crujen los andamios del firmamento.

CASADO.—Y tú tan tonto que te los dejas dar.

CASIANO.—¡Potra, ya no! Hoy les metí a entrambos el resuello en el cuerpo.

CASADO.—Así, así. Y que te traigan ratas o cuñados con sable. Si Dulce ha de ser tu mujer, ponle por condición que se declare huérfana de padre y madre y de hermanos. Tú haces una raya, y de allí no te pasa ningún Babel.

CASIANO.—Pero ¿qué has dicho? ¡Casarme! ¿Me lo aconsejas tú?

CASADO.—Yo no te aconsejo nada. Dígolo porque si no hay más peros que ésos...

CASIANO.—Hay más peros, Juan; quedan por relatar los peros peores.

CASADO.—Dios nos asista. Querido Casiano, se me ponen los pelos de punta oyéndote. Si has de contarme alguna cosa muy tremenda, prepárame en forma gradual, porque me dañan las emociones fuertes.

CASIANO.—Juan, no necesito prepararte *paliativamente* ni aun decirte nada, porque tú todo lo sabes.

IV

El grandísimo socarrón de Casado se hacía de nuevas, viendo venir a su amigo y conociendo el intríngulis de su grave consulta.

CASIANO.—¿A qué es engañarnos? *(Dijo al guapo sagreño.)* Lo que yo sé sábeslo tú, lo supiste antes que nadie, porque contigo tuvo Dulce confianzas cuando se desbarató de los nervios irracionales y estuvo si casca o no casca.

CASADO.—Pero ¿qué pretendes tú? ¿Que yo te revele secretos de confesión?

CASIANO.—No es eso, ¡potra! Sin confesarla, sabías tú que Dulce ha tenido sus más y sus menos. Aquel Madrid es de muy malas circunstancias, y las muchachas más honestas se pierden en un tris, aunque no quieran. El cuento es que desde que se empezó a correr que la susodicha me gustaba, no han faltado acusaciones y chismosos que vengan a traerme mil catálogos de ella. Que si fué, que si hizo, y dale que es tarde. Yo aparto las mentiras inventadas por la envidia; pero por más que quito *jierro*, siempre queda algo. Lo que no tiene

duda es que Dulce estuvo casada, vamos al decir, por la iglesia civil, con ese amigo tuyo que dicen fué masón, y republicano federal de los del petróleo, y que hogaño se ha convertido y quiere entrar de fraile descalzo. ¿Es verdad, sí o no, que estuvo casada con él?

CASADO.—Hombre, casada precisamente, no.

CASIANO.—No seas materialista, hombre. Es un decir, vamos. El cuento es que a mí me lo dijeron, y, pásmate, lo creí. Me dió el corazón que era verdad, porque estas cosas parece que se adivinan punitivamente. Hace días que la propia Dulce, portándose como una señora, me dijo al verme sumamente adelantado en mi querer: "Casiano, tú no mereces que se te engañe, ni es leal en mí presuponerme lo que no soy." La pobrecita quería hablarme claro y contarme sus contras; pero la vergüenza no la dejaba. Yo digo que donde hay vergüenza natural no ahonda la maldad... Pues verás: esta mañana cogí por mi cuenta a la tía Catalina, y solos ella y yo, le dije: "¿Qué hay de esto, tía Catalina?"

CASADO.—Y la pobre señora se echó a llorar, y cantó de plano. Como si lo viera.

CASIANO.—Lo adivinas. Se arrodilló delante de mí, y al modo que parlan en el teatro, me dijo: "Noble Casiano, perdóname. Ya no puedo más y rompo el silencio. Mi conciencia se oprime ocultándote la verdad. Cierto es que a la niña no se la podría enterrar con palma como no fuera la del martirio, porque ese pillo la defraudó, dióle palabra de consiguiente matrimonio, la perdió, como quien dice, valiéndose de nuestras circunstancias miserables. Pero yo te aseguro que, aparte lo material, la niña es un ángel, y te quiere de veras. Tú dispones de su suerte." Esto dijo, y siguió llorando y echando babas más de media hora. Luego entró Dulce, que venía de la Magdalena, y adivinando con su buen entender lo que habíamos hablado, se echó a llorar también, y a mí, la verdad, se me puso un nudo en la garganta.

CASADO.—No está mal la escenita. Vamos, las dos te han conquistado con sus babas.

CASIANO.—No, ¡potra! Yo no me determino hasta que tú me des un buen consejo con toda ilustración. Dime con franqueza: ¿crees que ya no hay nada entre mi prima y el que va a ser clérigo?

CASADO.—¡Oh! Nada, absolutamente nada. Te lo garantizo. Cosa concluída desde hace tiempo, y, según creo, sin soldadura posible.

CASIANO.—¡Ay, potra, qué peso me quitas de encima!

CASADO.—Pero ¿te basta eso? ¿Te satisfaces con el presente y echas un velo sobre...?

CASIANO.—Déjame a mí de velos. Lo que hay es que siempre es un consuelo saber que hogaño no hay mácula. Lo pasado, siempre es pasado, y nadie lo puede resucitar más que con el pincha y raja de las habladurías. Yo te digo con verdad una cosa: si tu amigo se hace cura, es lo mismo que si se muriera para la efectividad del querer. De modo que bien puedo hacerme la cuenta de que Dulce es viuda.

CASADO.—Chico, ¿sabes que manejas bien el sofisma?

CASIANO.—¡Potra, no!... Pero no seamos materiales. *(Impaciente.)* Todo se reduce a que no hubo bendiciones. Suponte ahora tú que yo no hubiera estado casado con mi difunta, y que mi difunta, en vez de fallecer de calenturas, se hubiera metido monja. ¿Pues dejaría yo de ser en tal caso tan viudo como ahora lo soy?

CASADO.—Casiano *(Dándole un abrazo.)*, eres un escolástico de primera y un ergotista como hay pocos. Casi casi me has convencido. Y todo eso es para pedirme un consejo. Pues voy a dártelo. No te cases.

CASIANO.—Pero ven acá. *(Con abatimiento.)* ¿Crees tú, por ventura, que Dulce no es de franca ley, y que volverá a las andadas?

CASADO.—No. Te digo en conciencia que la tengo por corregida radicalmente y que me parece mujer de buen natural, capaz de ser honradísima si la ponen en camino de serlo.

CASIANO.—Entonces... Ven acá; hay virtud o no hay virtud. Si la hay, ¿crees tú que la virtud se debe castigar? ¿No lo crees? Pues si cuando Dulce se decide a ser inocente se la desprecia, ¿te parece a ti que eso es justicia?

CASADO.—Casiano, dame otro abrazo. Eres un abogado de tomo y lomo y para picapleitos no tendrías precio. ¡Qué bien

trabajas la sentencia! Voy a dártela. Cásate, hombre, cásate.

CASIANO.—No; es un supongamos. Yo no digo que me case, ni eso se puede resolver así, del tirón.

CASADO.—Hablemos claro, Casiano: en esto el primer consejero es tu corazón. Oigalo tu conciencia y obre según lo que él te diga.

CASIANO.—Pues mi corazón y los sentidos racionales me dicen una cosa, y el miramiento, la idea de si hablarán o no hablarán en el pueblo, me dice otra.

CASADO.—Bueno; figúrate tú que en el pueblo no dicen nada, porque no se enteran. Supón que ocurre ese milagro, pues milagro sería. No queda más juicio que el tuyo propio, el de tu conciencia.

CASIANO.—Con la conciencia me entiendo yo: le echo cuatro satisfacciones, y en paz.

CASADO.—Tu conciencia y tu corazón lo han de resolver. En cosas tan delicadas no se pide consejo a nadie, porque figúrate que yo te quito de la cabeza ese cariño y tú caes en profunda melancolía, te desmedras, te pones a mirar a las estrellitas y, al fin, te mueres de amor, como dicen que se han muerto otros, que yo no lo he visto; figúrate esto, y ya comprenderás que no quisiera yo cargar con tal responsabilidad. ¿A ti te gusta Dulce?

CASIANO.—Como gustarme, ¡potra! *(Turbado.)*, creo que no cabe más gusto ni más ilusión...

CASADO.—Como bonita, lo es. *(Con acento de conocedor.)* Y después que volvió sus ojos a Dios, se hizo mucho más simpática, pero mucho más. En las mujeres cae muy bien la devoción y el creer de firme. Con eso tienen la mitad del camino andado para ser honestas. Pero... todo se ha de decir, Casiano; todo se ha de pensar, y ya que tú no ves más que perfecciones en tu novia, yo voy a señalarte los defectos. ¿No te parece a ti que es algo flaca?

CASIANO.—¡Flaca!

CASADO.—De carnes, quiero decir; no interpretes mal...

CASIANO.—Chico, sobre este particular, te diré una cosa que no quiero se me pudra en el cuerpo. A ti no te oculto nada de lo que me anda por los interiores. Pues sabrás que una de las cosas que más me enamoran en ella es su delgadez.

CASADO.—¡Ah! Lo flaco, hay que reconocerlo, no perjudica a lo elegante, al contrario. Talle más esbelto no lo encontrarás. Como que puedes decir que te casas con un junco. Pero sepamos qué demonio de chiste le encuentras a flaqueza tan extremada.

CASIANO.—Juan, tú te acordarás de mi difunta Librada. *(Rascándose la cabeza.)* La pobrecita, parte por su figuración de naturaleza, parte por aquella enfermedad que no sé cómo se llama, se puso tan gorda, pero tan gorda, que era como una pipa. Cada pierna era así, y ya no tenía en ellas movimiento. La delantera había que llevarla por delante en un carro cuando salía de casa. Y ¡qué tripona más desaforada, y qué...! En fin, que cuando me quedé viudo, gracias a Dios, digo, gracias no, que lo sentí; pues cuando Dios se la llevó, dije: "Ya no quiero más mujeres gordas, aunque por cada libra de sebo me traiga un millón."

Casado rompió a reír con tal estrépito, que atronaba la casa.

CASIANO.—Pues sí, chico, déjame a mí de mujeres de libras y de esas carnazas, que le ahogan a uno. La mujer, que sea esbeltita y de buena estatura. Pues digo, cuando en Cabañas vean aquel tallecito tan elegante, aquel aire de señorío, aquella manera de vestir y llevar la ropa...

CASADO.—Basta, hombre; límpiate esa baba que se te está cayendo. No seas tan meloso, ni quieras ahora darnos dentera a todos con las gracias enjutas de tu mujer.

CASIANO.—¡Mi mujer! *(Con inquieta duda.)* Muy pronto lo has dicho. No, todavía no han madurado las uvas.

CASADO.—Anda, que bien maduro estás.

CASIANO.—No, ¡potra!, hay que mascarlo mucho. ¿Sabes cómo me decidiría de un golpe? *(Con arranque.)* Pues si tú me lo mandas...

CASADO.—¿Yo? Quita, hombre, no seas bruto.

CASIANO.—Tú, que sabes tanto del mundo y de lo que no es mundo; tú, que entiendes de circunstancias de mujeres...

CASADO.—¿Yo?

CASIANO.—Por las rejas santificadas del confesonario, hombre. No creas que digo otra cosa.

CASADO.—Sí; pero eso no vale, eso no instruye. Yo no la he corrido nunca, ni cuando era estudiante. Como tengo la

dicha de ser feo adrede, todas me hacían fu, y quedéme a oscuras. Pero aún quién sabe... Puede que salte alguna que... Ya no me asombro de nada, y pues hay quien se prenda de la flaqueza *(Con gracejo zumbón.)*, podría haber quien de la fealdad se enamorase. Pero mientras me cae esa breva, yo no soy ducho en mujerío, como no sea en algo que se relaciona con las tretas que suelen gastar...

CASIANO.—¿Te parece poco?

CASADO.—Pero es un saber que no basta para que yo te ilustre, ni menos para que te mande casarte, como pretendes. No te precipites. Piénsalo algún tiempo más; procura serenar tu espíritu antes de tomar una resolución. Nos vamos a Cabañas dentro de unos días, y allí estaremos un mes reflexionando...

CASIANO.—¡Un mes sin verla! Eso sí que no lo conseguirás de mí.

CASADO.—Pues, ¡hala! *(Levantándose.)* Ahórcate mañana mismo.

CASIANO.—¿De veras?

CASADO.—Haz tu santo gusto, y no pidas consejo. Basta, basta ya de consulta. Déjame en paz, Casiano; tengo que hacer.

Despidióle con cierta sequedad, y solito en su gabinete, midiéndolo con las piernas de largo a largo, se dejó caer en meditaciones profundas: "Todos vienen a pedirme consejo; el uno me trae gravísimos conflictos de la conciencia; el otro, casos delicados de convencionalismo social. Y a mí, ¿qué? Nada, nada, Juanito mío, vete pronto a tu castañar y vive para ti, dejando a los demás que se arreglen como quieran. El amigo Angel quiere entrar en la vida eclesiástica sin desprenderse de ciertas efervescencias imaginativas muy peligrosas... A mí, que entre. Vaya bendito de Dios y cante misa. El otro, este pedazo de alcornoque bargueño, ahogando escrúpulos, apechuga con la prójima de Babel, que es simpática, sí, señor, por su propia historia lamentable y su cara expresiva. Enhorabuena vayas, hombre; cásate. Estas resoluciones heroicas que desafinan con tanta gracia el llamado concierto social, tienen cierto mérito, sí, señor. En fin, que todos me piden el consejo que desean, y yo, que los veo venir, a todos digo: "Adelante con vuestros faroles." No, no me meteré yo a torcer el destino de nadie. Que cada cual siga su inclinación, pues las inclinaciones suelen ser rayas o vías trazadas por un dedo muy alto, y nadie, por mucho que sepa, sabe más que el Destino... Conque, a vivir se ha dicho. Corra la fuente abundantísima de los hechos humanos y oigamos el ruidillo gracioso sin meternos en variar el curso que las aguas llevan. Apárteme yo a un lado, yo, perteneciente al reino vegetal...: yo, que por mi estado y por otras causas tengo que mirar las pasiones humanas como se miran los retozos de los animalitos de Dios en medio del campo. Guerra y Casiano, brincad todo lo que gustéis. Y yo pregunto ahora *(Dando un gran suspiro.)*: ¿Llegará a ser Angel una gran figura de la Iglesia católica? Puede que sí. ¿Será feliz Casiano con su belleza flaca, toda sentimiento, fragilidad interesante y modosa? Puede que sí lo sea. Vivamos y veremos. Y tú, pobre cura malcarado y silvestre, nada tienes que hacer en medio de estas alegrías triunfales. ¿Cuál es tu amor, tú único consuelo? La tierra. Pues a la dulce tierra, que espera con los brazos abiertos. Ya no puedo más. Me ahoga esta vida. Un poco de paciencia, hijo. Esta tarde, al vientre de la ballena. Mañana, al campo libre. *(Pónese la teja y sale.)*

V

Virgen Sacratísima del Sagrario, santos gloriosos Ildefonso y Eugenio, Leocadia y Casilda, mártires benditas; *Cristo Tendido*, Santiago caballero y Pedro guardián de las puertas celestiales, todas cuantas imágenes pobláis la sacra Iglesia toledana, sin excluirte a ti, San Cristóbal granadero, que tocas el techo con las manos: acudid en auxilio de vuestra fiel parroquiana Felisita, que no sabe a cuál de vosotros encomendarse: tan trastornada entra en vuestra casa a la hora de vísperas, aún no repuesta de la impresión que le causara lo que oyó aquel día pegándose a la vidriera. Y tan nerviosa salió de su casa, que sus pies no acertaban a fijarse en el suelo, y al pasar bajo el arco de Palacio, en el momento de sonar la campana gorda, se llevó ambas manos a la cabeza, pensando que la torre se le iba encima poniéndosele por montera. Atormentada por la dispepsia, sentía sus ardores como si se

hubiera tragado el anafe de la plancha, con fuego y todo.

Pues ahí era nada, en gracia de Dios, lo que escuchado había. Casiano, aquel bruto bargueño de lucida estampa y entendimiento caballar, quería casarse con una que fué de cáscara amarga. ¡En el nombre del Padre, del Hijo...! Mas no era esto lo peor entre los horribles descubrimientos de aquel día, sino que... la ninfa de Casiano había sido antes ninfa de don Angel, el que estudiaba para cura. Una de dos: o se hundía el mundo o amenazaba caer sobre Toledo otro cólera como el del 84. Intentó rezar. Pero ¿quién rezaba con aquel barullo dentro del cerebro? Se volvió medio loca recordando uno de los más inverosímiles detalles de la confidencia pescada. El animal de Casiano amaba a su novia, ¿por qué creerán ustedes? ¿Por bonita? No. ¿Por honesta? Menos. Pues ¿por qué? Por flaca. Se había prendado de los huesos. ¿Cuándo se vió capricho más extravagante? Los esqueletos o las *esqueletas* estaban de enhorabuena.

A la mañana siguiente, la viuda no pudo oír con devoción la misa de Reyes Nuevos. La distraían dos señoras que entraron poco después de ella y se pusieron a examinar los sepulcros antes que saliera el sacerdote. Mal rato pasó discurriendo quiénes podrían ser aquellas dos mujeres, y la pena de su curiosidad no satisfecha produjole un intolerable amargor de boca. Rara vez veía en Reyes Nuevos, a tal hora, personas desconocidas, como no fueran ingleses irreverentes, que todo lo quieren fisgonear.

De las dos señoras, la mayor enseñaba las regias sepulturas a la más joven, alta y de agraciado rostro. ¿Serían protestantes, Dios Sacramentado? ¡Ah! No, porque al salir el sacerdote se hincaron ambas y oyeron su misa devotamente. De Madrid debían de ser. Concluída la misa, la señora mayor volvió a extasiarse en la contemplación de las estatuas yacentes de los Enriques II y III y sus respectivas consortes. Acercóse la de Fraile con disimulo, y oyó estas palabras:

—Mira, mira qué guapetona está la reina doña Catalina. Según dicen, el retrato vivo de mamá. Este don Enrique era la persona más corriente que puedes figurarte. Como que empeñó el gabán para salir de un apuro. Aquel otro de barba cerrada y que parece hombre de malas pulgas es el de Trastamara. Le quiero y le respeto como de la familia; pero no me gusta que matara a su hermano Pedro, aunque, en rigor, de aquella trapatiesta tuvo la culpa un francés, un lipendi que llamaban *don Claquín*...

No necesitó Felisita oír más. "Ellas son, la madre y la hija; la madre, loca, que se cree emparentada con estos reyes... nuevos, y la hija, flaca, la reina vieja de don Angel, y ahora reina nueva de Casiano. ¡Tanto como me habló de ellas Juan, y yo rabiando por conocerlas! ¡Qué casualidad conocerlas ahora! Virgen Santísima, ten compasión de mí. Que no me dé ahora el arrechucho gordo. Me sentaré hasta que pase este sudor frío, y este bulto que me sube de la boca del estámago, como si me inflaran un globo aquí dentro. ¡Conque las Babelas! Y verdaderamente es guapa la chica—mirándolas desde un banco de enfrente—. Esta es la que, según me contó Juan, se curó del amor con unas terribles borracheras, y luego le mataron el vicio con la religión bendita... Pues lo que es yo no me voy sin echar un parrafito con ellas. ¿Qué haré para trabar conversación? No se me ocurre nada. Me consta que aprecian mucho a Juan, y en cuanto me conozcan... A ver si me atrevo... Ahora quieren ver de cerca el enterramiento de Don Juan I, que tiene corrida la cortina. Si viniera Pepe, él la descorrería. ¿Dónde demonios se habrá metido ahora este pelmazo de sacristán? Vamos, la descorreré yo misma y así trabaremos conversación." Dirígese a la cabecera de la capilla y, tirando de la cuerda, descubre la estatua orante de Don Juan I.

—Gracias, señora—dijo doña Catalina con muchísimo remilgo.

—Ya, ya sé que son ustedes de sangre real—afirmó Felisita echando por la calle de en medio.

—¡Ay señora! Me alegro de que usted lo sepa y lo declare para que no me digan que lo invento yo.

—Mamá, mamá—murmuró Dulce a su lado, tirándole de la manga del abrigo.

—Porque nadie quiere creerme, ¡ay de mí!, y mis propios hijos se burlan cuando les digo y les demuestro que la sangre que llevamos... Estate quieta, hija...

—Todo sea por Dios—murmuró Felisita, que no hallaba medio de presentarse mientras doña Catalina no abandonase su real manía.

Dulce contemplaba la estatua, y doña Catalina seguía desbarrando, hasta que la de Fraile metió baza, diciendo:

—Usted no me conoce. Yo soy la hermana de Juanito Casado.

La de Alencastre prorrumpió en chillidos:

—Dulce, hija mía, mira, ven. La hermana de don Juan. ¡Qué felicidad conocerla! Pues no se parece.... digo, sí. En los ojos tiene un no sé qué... Señora mía, ¡cuánto gusto...!

Hiciéronse las tres los cumplidos de ordenanza, y Dulce preguntó a Felisita con grandísimo interés por su hermano.

—¡Qué caro se vende el pícaro! Tantísimos días sin dejarse ver. Yo creí que había marchado a la Sagra.

—Ocupadísimo, hija. Las hermanitas no me le dejan vivir. Gracias que el amigo Porras va mejor... Pero díganme: ¿piensan ustedes oír otra misa? En esta capilla ya no hay más. Pero podremos alcanzar la de don Mateo, en el Sagrario.

—Vamos allá, vamos—dijo la de Alencastre—. Si usted la oye, nosotras también, que harto necesitamos pedir a Dios que nos saque del berenjenal en que nos vemos metidas.

Oyeron la misa de don Mateo, y durante ella ardía en febril curiosidad la viuda por saber en qué berenjenal habían caído las Babeles. No fué preciso pinchar a doña Catalina para que hablase, porque la buena señora sentía verdadero furor de comunicación y familiaridad, y en cuanto salieron al claustro por la Puerta de la Feria, se franqueó con su flamante amiga cual si tuviese con ella conocimiento de muchos años.

—¡Ay señora mía! Tengo unos hijos que son las plagas de Faraón. Así como de ésa no hay quejas, porque es, ahí donde usted la ve, más buena que el pan, virtuosísima y trabajadora como ella sola, los varones, ¡ay!, los varones me consumen la figura, y acabarán por llevarme al panteón antes de tiempo. Por el lado de ésta todo es felicidad, y ahora vamos a casarla con un conde...

—Mamá, por Dios..., mamá.

—Quiero decir.... con... No seamos materiales.

—Con Casiano... Sí, le conozco. Es amigo nuestro.

—Y algo pariente, según creo. De modo que vamos a emparentarnos todos. ¡Qué dicha!... Pues decía que mis hijos... El mayor, hombre de gran talento, de presencia tan elegante y fina, que cuando estrena ropa me le tomarían por duque o vizconde, tiene la desgracia de que todo lo que emprende le sale al revés, y el pobretín, ¡se ve metido en unos enjuagues...! El cuento es que no trabaja, y quiere hacerse capitalista en un abrir y cerrar de ojos. Hay tan malos ejemplos, señora, que no es de extrañar que los jóvenes pierdan el sentido y salgan con la antigua martingala de *lo que es de España es de los españoles*. En fin, que mi Arístides ha tenido que esconderse porque un juececillo de Madrid dictó auto de prisión contra él... Verá usted..., el desventurado se metió a empresario de circo, contrató la compañía y los caballos, tomó dinero, y ahora dicen los saltimbanquis que no les ha pagado, y que si vendió o no vendió las caballerías.

—¡Cosas de chicos!—indicó Felisita, con cierto flujo de adulación.

—Justo y cabal. Pero váyale usted al juez con esas chiquilladas. El otro hijo mío, no menos despejado que su hermano, sólo que le da por las matemáticas, también ha tenido que escurrir el bulto, porque un señor de aquí, que le llaman don José Suárez, fué al juez con la cantinela de que le habían estafado con una letra falsa. Los criminales debieron de ser unos tipos venidos de Madrid; pero como tuvo mi hijo la mala suerte de pasear con ellos, vea por dónde el pobre Fausto es quien paga los vidrios rotos. Y el juez quiere trincarle. Hemos pasado ayer un día infernal. ¡Qué de menos echamos al buen don Juan para que nos consolara y nos diera un consejo de los que él reserva para los amigos, con aquel talentazo de Dios!... Mi marido no sirve para estas cosas, y en cuanto oye hablar de justicia, no le llega la camisa al cuerpo. Hombre de bien a carta cabal, podría ocupar las más altas posiciones sólo con echarse a la espalda sus ideas de toda la vida. Pero es tan delicado, que

no ha querido nunca destinos pingües, sino alguna placita modesta y oscura, porque, lo que él dice: "No se debe vivir para comer, sino comer para vivir, y estoy más tranquilo en un rincón que no quemándome las cejas en una Dirección general o desempeñando una cartera." Lo mismo pienso yo, y aunque por mi parentela pico muy alto, también me inclino a la oscuridad sin afanes, y más me gustaría que mis hijos fuesen carpinteros o albañiles y me trajeran un jornal, que verlos, como he visto a mi Arístides: hoy tirando millones y mañana buscando una triste peseta.

Aunque gozosa de conocer personalmente a la original familia, Felisita principiaba a cansarse de las jeremíadas de la ricahembra, y procuró llevar la conversación a otro terreno. Dieron varias vueltas en el ala del claustro, y en una de ellas las invitó a volver a entrar para oír otra misa. Vacilación de Dulce; desgana de doña Catalina, que ya creía haber cumplido con Dios. Decidieron, por fin, separarse, y la viuda de Fraile, que de buena gana habría seguido con ellas hasta introducirse en su casa, y registrarla toda, y ver cómo vivían, se asustó de las trapisondas que la Babel contó de sus hijos, y con exquisita prudencia se abstuvo de intimar con semejante gente. Despidiéronse con mucho melindre, mucho dengue y mucho ofrecimiento de visitas, y la Casado se metió otra vez en la Catedral, diciendo: "¡Ay! Me han dejado la cabeza como un bombo."

Sus nervios, no obstante, se tranquilizaron, y la mañana habría sido de las más apacibles, si uno de los *apóstoles* no le hubiera llevado el cuento de que ya estaban elegidos los trece pobres del Lavatorio, y que él y su amigo (el otro protegido) no iban incluídos en la lista. (Berrinche, acideces, timpanitis y regurgitaciones intolerables.) Marchóse a su casa de muy mal talante, y lo primero que hizo al ver a su hermano fué contarle el encuentro de aquella mañana, y repetirle con fiel memoria todos los disparates dichos por doña Catalina, con lo que se divirtió mucho el buen clérigo.

CAPITULO III

CABALLERÍA CRISTIANA

I

Antes de marchar a la Sagra, quiso don Juan despedirse de su amigo, que se había encerrado en Guadalupe, y una mañanita, con la fresca, vestido de balandrán y empuñando el bastón nudoso, tomó el camino de los cigarrales y se plantó allá, tan terne. Antes de llegar a la casa vió entrar albañiles y un carro de ladrillo.

—Pero ¿qué? ¿Ya empiezan las obras? No puede ser... Pues sí, parece que...

Don Pito, que le salió al encuentro, comiendo su ración de bacalao chamuscado, le sacó de dudas.

—Hola, señor navegante, ¿cómo va por aquí? ¿Qué es esto? ¿Obras tenemos?

—Bien venido sea, compadre Casado. ¿Obras dice? No son más que chapuzas..., cosa provisional para atender a necesidades del momento. Ya sabrá que hemos comprado el cigarral de Turleque, ese que linda con Guadalupe.

—No lo sabía. Y ese perdido, ¿todavía en la cama?

—¡Quia! Ya hemos dado un paseo, y ahora trabaja en su cuarto. Yo voy a coger grillos... Me divertiré mucho. Hasta luego.

Entró don Juan en la casa, y su primera sorpresa fué la transformación del piso alto, en que el dueño moraba. En pocos días se habían arreglado allí dos aposentos cómodos, uno de los cuales era gabinete de trabajo, con muebles de pino, ancha mesa, estantes, tablero de dibujo. Tomaríase por oficina de ingeniero.

—Hola, hola, compañero Guerra; parece que hay preparativos. Me huele a construcción. ¿Y qué es esto? Planos. Bien, magnífico. Hermosa planta. Y la alzada me gusta también. A ver, a ver, explíqueme esto.

Sentóse el cura, y Angel le fué mostrando las trazas que allí tenía, obra de un hábil arquitecto de la localidad.

—Hombre, déjeme que le felicite—dijo el sagreño, con calor—, porque veo que adopta usted el estilo toledano. ¡Gracias a Dios que me echo a la cara un arquitecto con sentido común! Porque en esta histórica ciudad, que

es por sí un sistema completo de arte constructivo, siempre que emprendemos alguna obra nos salen con esos adefesios a la francesa o a la madrileña, edificios que en otra parte serán muy bonitos, pero que aquí parecen obra del demonio. Bien; mampostería concertada, con verduguillos y machones de ladrillo, y éste dispuesto con toda la gracia mudéjar... Bien..., las puertas principales, de piedra, y de esa elegantísima y robusta composición que constituye un tipo de arquitectura esencialmente toledano. Soberbio..., sí, señor.

—Fué lo primero que le encargué al arquitecto. "Tome usted de los monumentos de esta ciudad los elementos artísticos de la obra."

—Todo ello, amigo don Angel, por la sola razón de la forma, ya resulta simpático. Veo dos grandes cuerpos de edificio, independientes, unidos por arcadas a un cuerpo central... Aquí está la iglesia.

—Y los locutorios, y las dependencias administrativas, todo lo que es común...

—Ya, ya comprendo. Los cuerpos laterales son, como si dijéramos, ellas y nosotros. Aquí los religiosos; aquí las religiosas.

—Exactamente.

—Y ¿qué advocación, señor mío?

—Cualquiera. Lo determinará otra persona.

—Ya... Aquí leo: *Puerta de la Caridad.*

—Sobre esa puerta habrá una campana que se toque desde fuera. Toda persona que necesite nuestros auxilios, ya por enfermedad, ya por miseria, ya por otra causa, llamará en esta puerta y se le abrirá. Nadie será rechazado, a nadie se le preguntará quién es, ni de dónde viene. El anciano inválido, el enfermo, el hambriento, el desnudo, el criminal mismo, serán acogidos con amor.

—Muy bonito, pero muy bonito. Váyame explicando. ¿Habrá en uno y otro sexo vida regular, con profesión, votos...?

—Sí, señor.

—Y para la turbamulta de asilados, refugiados, penitentes o como se los quiera llamar, ¿habrá número limitado de plazas?

—Para el auxilio inmediato y de momento no pondremos limitación. Todo el que necesite socorro, por una noche, por un día, cama, abrigo, alimentos, lo tendrá. Luego, el que quiera quedarse se queda si hay sitio. Las puertas se abren en toda ocasión para los que quieran salir. Libertad completa. No hay rejas ni aun para las personas profesas. El pueblo, la humanidad que padece física o moralmente, entra y sale a gusto de cada individuo.

—Muy bonito, pero muy bonito. Otra cosa: ¿y el sostenimiento?

—Por de pronto, yo atiendo a todos los gastos de creación. He calculado bien, y me queda renta bastante para sostenernos durante algunos años sin ningún ingreso. Para proveer a las necesidades del porvenir, suponiendo que vengan ampliaciones, que establezcamos casas en otras partes o ensanchemos la de Toledo, admitimos limosnas y donaciones entre vivos. No se admiten legados, ni ninguna donación en forma testamentaria.

—Bonito de veras. Se necesitará licencia pontificia, porque ofrece ciertas novedades de importancia la constitución de estas casas.

—Ya está pedida.

—Y los hermanos y hermanas congregantes, ¿a qué regla monástica se ajustan?

—A la suya propia. Vida común; cada sexo en su casa, en contacto y familiaridad con los acogidos. No se excluye la vida puramente contemplativa en los que de ella gusten. Pero la misión principal de todos es el consuelo y alivio de la humanidad desvalida, según la aptitud y gustos de cada cual. Habrá hermanos enfermeros, hermanos penitenciarios...

—Y penitenciarias y enfermeras a la otra banda... Bonitísimo, sí; pero me parece, con perdón de usted, que se abarca demasiado. Los enfermos requieren salas aisladas.

—En nuestras casas se proscribe el aislamiento riguroso, y se prescinde de esas reglas anticristianas de la higiene moderna que ordenan mil precauciones ridículas contra el contagio. Se prohibe temer la muerte, y huir de las enfermedades pegadizas. El que se contagia, contagiado se queda, y si se muere, se le encomienda a Dios. No habrá más higiene que un aseo exquisito y las precauciones de sentido común.

—Y las dolencias morales veo que también tendrán aquí su medicina, o, por lo menos, su higiene.

—El tratamiento del cariño, de la confraternidad, de la exhortación cristiana, sin hierros, sin violencia de ninguna clase. El pecador que aquí venga no podrá menos de sentirse afectado por el ambiente de paz que ha de respirar. Si los medios que se empleen para corregirle no hallan eco en su corazón, si se rebela y quiere marcharse, no le faltará puerta por donde salir, con la ventaja de que pudo entrar desnudo y sale harto. Descuide usted, que ya volverá.

—¿Y si el pecador es criminal, de los que caen bajo el fuero de la Justicia humana?

—Si lo reclama la Justicia, esto no es burladero de las leyes. Así como entran y salen los pecadores y los necesitados y los enfermos, la Justicia tiene también la puerta franca. No se le disputa al César lo que le pertenece. Aquí ni negamos consuelo a quien lo ha menester ni ocultamos al que no lo merece, ni vendemos a la Justicia secretos de nadie. Nos entendemos con Cristo, y creemos trabajar por El organizando nuestros auxilios en la forma que va usted viendo. Viene a ser esto la casa temporal de Dios, donde se entra por amor, se reside por fe, y se sale franqueando una puerta en cuyo frontón está la Esperanza, porque el que sale, fácil es que vuelva, y los que permanecen dentro ruegan por su vuelta y le esperan.

—Bonito, bonito a no poder más—meditabundo—. Sí, aquí veo una puerta que se llama de la *Esperanza*.

—Abierta está al costado del ocaso, y por ella salen los que se cansan de estar aquí y son llamados de la liviandad ruidosa del mundo. La otra puerta, la de la *Caridad* o del *Amor*, ábrese al Oriente.

—¿También simbolismo?

—El Oriente es la vida nueva. El ocaso es una muerte transitoria, de la cual nos consuela la seguridad de la resurrección del día.

—Muy bien. Fáltame saber una cosa importante. Y aquí los votos, ¿serán perpetuos o temporales?

—Al entrar haránse por cinco años, siendo revocables al expirar este plazo. Pero en el grado segundo, o sea al renovar los votos, hácense perpetuos.

—¿Habrá absoluta incomunicación entre los hermanos y hermanas?

—Absoluta en lo que se refiere a la vida interior. Pero asistirán juntos al culto, y podrán reunirse a ciertas horas en una sala o locutorio donde conversen libremente. ¿A qué ese miedo ridículo a la comunicación?

—No, si yo no he dicho nada.

—Hay, además, el capítulo, o junta general de la comunidad, que se reunirá cuando ocurra alguna duda sobre la aplicación de las reglas, y en dicho capítulo tendrán voz y voto las mujeres lo mismo que los hombres.

—¿Y la indumentaria?

—Los hermanos vestirán el traje común eclesiástico fuera y dentro de la casa; las hermanas, un hábito semejante al del Socorro. Quisiera que fuese enteramente blanco. Pero eso no es de mi incumbencia decidirlo.

—Pues, compadre Guerra, le diré con franqueza que lo que conozco de su fundación me gusta. No habrá nada, dicho se está, que indique desconocimiento de la jurisdicción ordinaria, nada que disuene dentro de las armonías del catolicismo.

—Cierto; así será. Si diferencias nota usted entre esta y otras congregaciones poco menos modernas que la mía, son puramente de forma. En lo esencial quiero parecerme a los primitivos fundadores y seguir fielmente la doctrina pura de Cristo. Amparar al desvalido, sea quien fuere; hacer bien a nuestros enemigos; emplear siempre el cariño y la persuasión, nunca la violencia; practicar las obras de misericordia en espíritu y en letra, sin distingos ni atenuaciones, y, por fin, reducir el culto a las formas más sencillas dentro de la rúbrica; tal es mi idea. Soy un pecador indigno: espero redimirme con la oración, con este trabajo en pro de la Humanidad y en nombre de Cristo Nuestro Señor. Mi alma llenóse de lepra: de ella me limpiará el amor en su acepción más alta y comprensiva, el amor que, como Dios, es trino y uno, quiero decir, múltiple y uno, porque en diversas formas se enciende en el corazón de los humanos, pero es uno en esencia. Fuera distingos: el amor único y soberano vive y alienta en mí. En él hallarán calor

todos los desgraciados que me busquen, vengan de donde vinieren.

—Don Angel, toque usted esos cinco —dijo Casado, estrechándole con efusión la mano—. Todo ello es muy bonito; pero... yo conozco el mundo y le advierto que ha de tener contrariedades, que no ha de faltarle oposición.

—Se vencerá—con extraordinaria confianza—. Lucharemos.

—Luchar, ¡ay! Buena falta hace. ¡Estamos tan muertos, espiritual y religiosamente hablando...! Convengamos en que los españoles, los primeros cristianos del mundo, nos hemos descuidado un poco desde el siglo XVII, y toda la caterva extranjera y galicana nos ha echado el pie adelante en la creación de esas congregaciones útiles, adaptadas al vivir moderno. Pero España debe recobrar sus grandes iniciativas.

—Cabal; ésa es mi idea—con entusiasmo—. Inteligencia soberana la de usted, don Juan.

—Sí, amigo mío—acorde con el entusiasmo del otro—. Esa invasión de hermandades de extranjis es una humillación para nuestro país. Ya me va cargando a mí tanto Sagrado Corazón, tanta María Alacoque, Bernardette, y qué sé yo qué. Sí, señor; seamos claros, ¿no es una vergüenza que se haya despertado esa devoción de la Virgen de Lourdes, con romerías estrepitosas, que son un río de ofrendas, mientras que nadie les dice nada a nuestras gloriosas advocaciones del Pilar de Zaragoza y del Sagrario de Toledo? Y ¿dónde me deja usted la venerable Guadalupe? Ya que España, en todos los órdenes, parece moribunda, renazca siquiera en lo religioso, en que ha picado tan alto.

—Sí, sí—con exaltación—. Parece que soy yo quien habla por esa boca. Concordancia mayor de pensamientos no puede darse. Don Juan, abráceme. Aún no le he mostrado más que una parte de mis ideas. Saldrán a su tiempo las otras, que todavía están fermentando aquí, y espero que las aprobará y hará suyas. Y ahora, compañero, salgamos, que quiero esparcirme un poco y tomar el aire.

II

Salieron a recrear la vista en la hermosura del campo florido, ya con toda la lozanía y frescura de abril, y Angel dió explicaciones a su amigo sobre las novedades que allí encontraba. Habiéndole propuesto en buenas condiciones la compra del cigarral colindante, no vaciló en adquirirlo para ensanchar sus dominios. Más que por su extensión, superior a la de Guadalupe, gustóle Turleque por su espaciosa casa, la cual, modificada en su distribución interior, podría servir de albergue cómodo para quince o veinte personas. En ella pensaba el fundador instalar, por vía de ensayo, a unos cuantos infelices que, arrimados ya al calorcillo de su caridad, formaban parte de su familia doméstica, y en cierto modo religiosa. Los albañiles que Casado vió al entrar trabajaban en la reparación del edificio de Turleque, recorriendo el tejado, armando tabiques y abriendo puertas y ventanas. En otra casa de la misma finca vivían los cigarraleros de ella, marido y mujer, ambos de ancianidad bíblica, que Angel no quiso despedir, aunque no los necesitaba.

Y que no faltarían habitantes para el retiro provisional de Turleque y Guadalupe lo probaba la prisa que algunos desheredados de la fortuna se daban para pedir albergue en él. Allí vió don Juan a la ciega madrugadora, primera ocupante de la Puerta Llana, una hora antes que se abriera la Catedral. Vió también a dos de los llamados *apóstoles*, uno de ellos cegato, cascarrabias y paticojo; el otro bastante tieso todavía; como que estaba ayudando a los peones que destruían la tapia divisoria de las dos fincas y cargaba espuertas de tierra, despacito, eso sí, para no sofocarse. Hablaron con la ciega, que se dijo contenta en aquella vida; sólo echaba de menos la misita de alba, que era su espiritual desayuno.

—No apurarse, hermana—le dijo el amo—, que ya tendremos catedral.

La ciega dió las gracias sin poner ninguna expresión en su cara inmóvil, muerta, privada de todo signo de lenguaje fisonómico. Era joven y había perdido la vista, a los doce años, de viruelas, que le dejaron el rostro como un rallo.

—Dios se lo pagará a usted, amigo don Angel—le dijo el clérigo cuando a la casa volvían—, y le dará prosperidad en su empresa, y quizá victoria completa contra los enemigos que han de salirle.

—Allá veremos. Yo voy a mi fin, sin acordarme de que puede haber obstáculos... Pero todo esto, amigo don Juan, honra y prez de la Sagra, no impide que almorcemos, porque usted tendrá apetito; téngolo yo también, y no faltará en la despensa algún forraje que echar a la bestia.

—Hombre, me parece muy bien. El espíritu es un caballero que merece toda mi estimación; pero el cuerpo no es ningún hijo de tal, y debemos tratarle como de casa por los servicios que nos presta con sus piernas, llevándonos de aquí para allá; con sus brazos, alcanzándonos las cosas que están lejos; con su estómago, que es el laboratorio y almacén de fuerzas vitales, y, por fin, con esta olla, donde el pensamiento tiene su oficina. Démosle lo que pide... y pronto, señor castellano de Guadalupe y Turleque, pues he de volverme pronto a Toledo para tomar el coche de Cabañas, que sale a la una.

Almorzaron solos, porque *don Pito*, no contando en que se anticipara la hora, se entretuvo toda la mañana en su cacería grillesca. No eran las doce cuando el cura feo salió de Guadalupe, y es fama que iba diciendo para su balandrán: "Muy bonito, Juan, muy bonito. Pero no te metas en esto. Allá él."

Antes de llegar al puente, vió una figura negra y deslucida que hacia arriba presurosa caminaba, y cuando la tuvo cerca reconoció a don Eleuterio García Virones con toda su humanidad descuidada y pringosa; sus hábitos, en que la mugre de rúbrica se amasaba con el polvo del camino; su desteñida teja echada hacia atrás.

—¿Viene de allá, Casado?—le dijo en cuanto estuvieron a distancia de poder hablarse—. Pues allá me voy yo, ¡carambo!, harto ya de la vida. No puedo más, no resisto más. Usted, el hombre de las chiripas, que ha nacido de pie, no comprenderá mi desesperación.

—Pero ¿qué le pasa, pedazo de...?

—Pues nada. Si le parece poco... Que nos prometieron, como usted sabe, el curato de Pelahustán, y acabo de saber que se lo han dado a otro. Así, como usted lo oye. ¡Valiente feo le han hecho a don Angel! Había usted de oír las razones que da el secretario, grandísimo mamalón... Ahora sale con que me darán el de Arisgotas cuando vaque, pues parece que anda mal de la vejiga el titular. De modo que tengo que estar pendiente de si al párroco de Arisgotas le cuesta trabajo o no le cuesta trabajo hacer aguas menores. Estoy que bramo.

—Tenga paciencia, don Eleuterio, y deje el bramar para los toros. Un sacerdote debe conformarse con la adversidad.

—La injusticia, la indecencia de no darme la plaza, habiéndosela prometido a don Angel, me sacan de quicio. Voy corriendo allá, porque ya no puedo más con la adversidad, que a usted le parece tan bonita... ¡Carambo, carambómini!, como no le ha visto la cara de cerca ...Pues don Angel me dijo: "Carísimo don Eleuterio, si le birlan el curato y se ve en gran necesidad, váyase a Guadalupe, donde tendrá hospedaje y manutención todo el tiempo que quiera."

—Pues ande ligero, que está la mesa puesta.

—Voy, sí que voy. No más pobreza vergonzante, no más humillaciones en silencio. Vale más vestir el chaquetón de un hospicio. Que me quiten los hábitos. Para lo que me han servido, ¡carambo! Que me pongan un camisón y una soga a la cintura. Mejor, más comodidad. Que me suelten en el monte. Me basta con un pedazo de pan y cualquier bazofia caliente. ¡Qué delicia, qué descanso, Dios de Israel! ¡No pensar en que hay que mandar a la compra todos los días; no ocuparse de si salen sermones o entran funerales, ni de si sube la carne o bajan las misas, y olvidarse de que una peseta, por mucho que usted la sobe, no da de sí más que veinte perras chicas!

—Pues don Angel le recibiría con repique de campanas, si las tuviera. ¿No sabe? Quiere poner capilla en Guadalupe. Me figuro que caerá usted allí como agua de mayo.

—¡Ay, Juan, qué consuelo! A este hombre le debían hacer arzobispo. Si me acoge, crea usted que no vuelvo a pasar el puente de San Martín. ¿Sabe lo que hice esta mañana, cuando determiné venirme aquí? Pues le dije al ama que me sirve: "Señá Rosa, coja toda su ropa y

la mía; métala en un saco y sígame." Ahí detrás viene. Ya la encontrará usted con todos nuestros ajuares a la cabeza. *Omnia mea mecum porto.* Pues qué, ¿iba a dejar a la pobre señora en medio de la calle, una mujer apreciabilísima, viuda de un peón caminero? Creo que don Angel me la admitirá, si me admite a mí. También me traigo..., con ella viene detrás..., el sobrinito que tengo conmigo huérfano de padre y madre... ¿Le parecerá a don Angel mucha familia?

—Hombre, no sé.

—¡Ay, el Señor sea conmigo! Siento no haberme anticipado para cogerle a usted allí y tener un apoyo en el caso de ser mal acogido.

—No lo necesita usted. Vaya, corra y expóngale su situación con sencillez ingenua y sin aspavientos... Y no le detengo más, que es tarde. Temo perder el coche...

Siguió camino abajo don Juan, y camino arriba el angustiado Virones, que llegó a Guadalupe como un pavo, no tanto por el calor del viaje como por la ansiedad que le cortaba el resuello. Recibióle Guerra sin alardes de protección, y cuando balbuciente y cortado le manifestó el clérigo la impedimenta que traía, se echó a reír y le dijo con buena sombra:

—Y el gato, ¿no viene también? Tranquilícese, don Eleuterio, que para todos habrá un rincón. Me alegro de poder darle hospitalidad con toda su gente. Luego veremos de colocarle, si no es que prefiere seguir aquí. Por de pronto, instálese con su ama y su niño en esta casa del cigarralero de Turleque, en compañía de la señora ciega que usted ve sentaba en aquella piedra, junto a las pitas.

Encantado de tan gallardo recibimiento, no sabía el mísero Virones cómo expresar su gratitud, y casi soltaba la moquita para echarse a llorar.

—Dígame, señor y dueño mío, qué tengo que hacer aquí, pues en algo he de ocuparme, y los beneficios que recibo en alguna forma he de pagarlos. En mi niñez, como hijo de canteros, supe hacer pared. ¿Quiere que ayude a los que trabajan en la cerca?

—Si le gusta y le conviene el ejercicio corporal, puede ayudar a los canteros, o bien traer tierra de aquel desmonte. Si prefiere la ocupación contemplativa, emplee mañana y tarde en esparcirse por estas fincas y La Degollada, que no está lejos. Si se cansa de leer en el entretenido libro de la Naturaleza, y prefiere los de letra impresa, ahí tengo algunos que le franquearé cuando los necesite.

—No, libros, no, ¡carambóbilis! Les tengo odio y mala voluntad. Ellos son los que me han perdido. ¡Cicerón infame, Séneca maldito!...

—Pues paséese o trabaje de peón o albañil. Aquí disfruta de completa libertad, y cuando se aburra y quiera marcharse, solo o con su séquito, se va usted tan fresco, sin más obligación que la de advertírmelo con dos palabritas: "Me voy."

—Paréceme sueño—dijo el cuitado sacerdote—. ¿Es esto la edad de oro, la *felice* Arcadia, o qué carambólibus es? Don Angel, bendiga el Señor sus santas intenciones. Dígame una cosa: ¿qué vestido usaré? ¿Me van a poner algún hábito?

—Vístase como quiera. Le prevengo que tendremos capilla y que podrá celebrar...

—¡Celebrar! —con desabrimiento—. También había tomado odio al oficio... Pero, en fin, lo que usted disponga. Don Angel, yo le seré muy poco gravoso. Tanto yo como la señora Rosa, que es persona muy cabal y circunspecta, estamos hechos a la sobriedad sin melindres. Por mi estampa y este color sanguíneo créenme algunos glotón. Pues nada de eso. Apenas como lo necesario para sustentarme, y resisto hambres calagurritanas, si es menester. ¡Lo mismo que la fama de borracho que me han dado mis enemigos! Yo le juro a usted que es calumnia, y que no bebo más que agua.

—Mejor.

—El único vicio que tenía en mis tiempos juveniles era jugar a la barra.

—Aquí puede tirar todo lo que quiera.

—Y entiendo un poco de animales, pues estudié un año de albéitar, y el tío que me crió era el mejor veterinario del partido de Orgaz.

—Me alegro. Eso me conviene. Va a resultar que el amigo Virones es un estuche. ¿Le gustaría ponerse al frente de una escuela de párvulos?

—No me pregunte cuál es mi gusto, sino dígame el suyo para mirarlo como mandato. Albañil o cantero, cura de al-

mas o albéitar, jugador de barra o maestro de escuela, soy un criado humilde.

En esto llegaron el ama, desgarbada, escueta, tímida y sin ninguna gracia, y el sobrino, la más gallarda, la más interesante estampa de chiquillo que se pudiera imaginar, lindo como un ángel, con cierta gravedad melancólica en su rostro murillesco. Fueron bien recibidos, y el propio Virones les notificó la vida libre, cómoda y placentera que todos se iban a dar en aquel campo hermosísimo. Creyeron, como lo había creído el clerizonte, que soñaban. Parecióles aquello el final obligado de todo cuento infantil: "Después de tantos trabajos y fatigas, recibiólos el rey en su corte, los colmó de favores y obsequios, y todos fueron tan felices."

III

A los pocos días de aquella campestre actividad y de casi continuo vivir al aire libre, mejoró notablemente el estado nervioso del neófito, que dormía bien, y ni de día ni de noche volvió a tener alucinaciones, como el encuentro con su propia imagen vestida de cura. Adquirió su alma una serenidad apacible, en la cual veía claramente los nuevos horizontes de su vida. Sentíase fuerte contra las tentaciones y aun robustecido por la lucha para combatirlas y vencerlas. El estado eclesiástico que pronto abrazaría, representábasele como el más hermoso, el más perfecto, el más adecuado a las ansias de su espíritu, y cuando atrás volvía los ojos para echar un vistazo a su vida pretoledana, sentía tal repugnancia, que antes quisiera mil veces la muerte que volver a ser lo que fué y a pensar lo que entonces pensaba.

El constante trato con sus huéspedes, amigos o hermanos, servíale de distracción y enseñanza, pues observaba sus caracteres, sus buenos o malos hábitos, y de ello inducía reglas prácticas para el porvenir. A los dos días de residir en Turleque, don Eleuterio Virones se había convertido en el más desaforado ganapán que jamás se vió en aquellos campos. No pudiendo resistir a la instintiva comezón de ejercitar su titánica fuerza, cargaba piedras enormes, poniéndolas al pie de obra; hacía pared, ayudaba a Cornejo en algún trabajo agrícola, se encaramaba en las techumbres para colocar tejas, y era, en fin, de suma utilidad. Y no le hablaran a él de libros, ni de latines, ni de cosas espirituales o sabihondas. No le hablaran tampoco de embobarse delante de una puesta de sol ni de poner los ojos en blanco porque olían los tomillos o cantaban los pájaros. No era poeta ni entendía de tales cosas. Así, pues, aunque se llevaba muy bien con *don Pito*, no concordaban en sus gustos y aficiones, pues si al capitán no le daba el naipe por el trabajo físico ni por la constructividad, Virones no se divertía cogiendo grillos ni saltando de peña en peña, ni hocicando en los espesos matorrales por ver si había nereidas de refajo escondidas en ellos.

En buena armonía con la cigarralera de Turleque, doña Rosa preparaba la comida para los acogidos y arreglaba la casa y las camas. Con *Jusepa* no se llevaban bien ni el ama de Virones ni ninguna otra hembra del lado de Turleque, porque *Jusepa* era geniuda, envidiosa, con más púas que una zarza, y, como animal doméstico acostumbrado a campar solo en la finca, gruñía y mordiscaba a los intrusos. Igual inquina sentía Cornejo hacia toda aquella tropa advenediza, que no iba allí más que a estorbar; pero no dejaba traslucir sus rencores delante del amo.

De los dos *apóstoles*, el paticojo gruñía sin cesar, por si doña Rosa y señá Liboria, que tal era el nombre de la cigarralera de Turleque, no le daban ración tan grande como él creía merecer. Cuando no devoraba el tío aquel, echaba sapos y culebras por su boca desdentada. Había sido carretero, llamado por mal nombre *Maldiciones*. El otro, todo humildad y compostura, tenía cara de santo, pareciendose mucho, pero mucho, al retrato del *Maestro Juan de Avila*, obra del *Greco*, que es una de las mejoras galas del Museo Provincial; la misma expresión de simplicidad piadosa, de modestia, de ternura inefable. Llamábanle Mateo a secas. Si este infeliz no daba nada que hacer, su compañero traía revuelto todo el cotarro. Una mañana, la ciega fué a don Angel con la requisitoria de que la noche anterior el *apóstol* le había hecho proposiciones amorosas de lo más indecente, amenazándola con una mano de palos si no se dejaba seducir. El amo llamó aparte al

pérfido, y le echó una peluca como para él solo. Pero en vez de humillarse, *Maldiciones* se plantó, diciéndole con la mayor insolencia:

—Para lo que usted me da, ¡cójilis!... Mátanle a uno de hambre y luego le piden virtud..., ¡recójolis!

Recogió sus alforjas vacías y se fué. No podía vivir sino en la mendicidad vagabunda, y sentía la nostalgia de las puertas de las iglesias, en las cuales llevaba veinte años de honrada profesión de cojo. Por una irónica fatalidad, la pobre ciega llamábase Lucía. Su única exigencia era que la dejaran ir a oír misa, y tomando por lazarillo al sobrinuco de Virones, íbase a Toledo los domingos y algunos días de precepto. No tenía más familia que una hermana, mujer de un trabajador de la fábrica de espadas, hombre de poca cristiandad, según decía, que la consideraba como carga difícil de llevar, por lo que era feliz *en su nueva posición,* sin más familia ni más amos que Dios y el señor de Turleque y Guadalupe.

El chiquillo de Virones (sobrino se quiere decir, y lo era realmente), la más preciosa adquisición de la flamante hermandad, tenía todo el desarrollo propio de sus seis años, cosa rara en estos tiempos de raquitismo; su perfecta hechura de cuerpo, su rostro de peregrina belleza, recordaban los inspirados retratos que hizo Murillo del Niño Dios, de ese Niño tan hechicero como grave, en cuyos ojos brilla la suprema inteligencia, sin menoscabo de la gracia infantil. Para mayor encanto, llamábase Jesús, y no era ésta la última coincidencia: había nacido en un pesebre, yendo su madre de Cuerva a Mazarambroz, en una fría noche de febrero. Don Eleuterio contaba el caso con prolijidad; como que acompañaba a su hermana María (ya viuda del secretario del Ayuntamiento de Ajofrín) en aquel trance mal previsto, pues la señora se equivocó en la cuenta, y no creía librar hasta marzo. Unos pastores les prestaron auxilio, llevándoles alimento. A no ser por la fecha y porque no vinieron reyes de Oriente ni tampoco de Occidente, el caso habría ofrecido, según Virones, una perfecta semejanza, en lo accidental, con el nacimiento del Redentor del mundo.

Encantaban a Guerra la dulce seriedad de aquel niño, su quietud, su docilidad, sus travesurillas, de lo más cándido que puede imaginarse; su lenguaje claro y con acentos de misteriosa ternura. Manso como un cordero, se habría dejado castigar sin protesta, si hubiera sido alguna vez merecedor de castigo. El amo le llevaba de la mano, pareciéndose al *San José,* del *Greco,* que decora la capilla de Guendulain; sólo que le faltaba la capa amarilla con que la iconografía cristiana viste al carpintero de Nazaret. Se entretenía conversando con él, y a veces, quizá por espejismos de su propio pensamiento, encontraba cierto sentido profundo y simbólico con lo que el chiquitín decía. Un buen rato consagraba diariamente a darle lección de lectura y escritura, en su despacho, tarea sumamente grata, porque Jesús era la misma obediencia, se aplicaba un poquitín, y al trazar con sus dedos rígidos el palote, ponía unos hocicos muy monos. Expresaba su cansancio suspirando, por no atreverse a manifestarlo de otro modo, y entonces el maestro le mandaba a jugar.

El resto del tiempo consagrábalo a madurar su proyecto y a discurrir sobre los inconvenientes que cada día iba descubriendo en él. La última visita de don Juan habíale dejado la impresión de que alguna particularidad importante no gustaba al sagreño, a pesar de los elogios que al conjunto y a la idea tributó, con más cortesía que sinceridad. Esto le traía intranquilo, y no cesaba de pensar en ello, ya manteniéndose firme contra la rutina, ya inclinándose a la transacción. "No sé qué razones de peso pueden oponer a mi plan de instalar cada sexo en sendas alas de un edificio, unidas por la fraternidad, separadas por la decencia. Esta prevención contra la proximidad de hombres y mujeres es quizá la causa de la mayoría de los escándalos que ocurren en el mundo. ¿A qué ese temor? ¿A qué ese alejamiento absurdo con tantísima reja y con el valladar de la distancia? El trato honesto, la decente aproximación, son mejor defensa de la virtud que los desvíos huraños. Contra tales rutinas tengo yo que sostener una lucha, en la cual no pienso ceder ni un ápice de terreno. La verdadera santidad no se asusta de la vista y trato entre personas de distinto sexo; al contrario, más expuesta es la soledad soñadora. Hizo Dios al hombre para la sociedad, y

en ella es mayor mérito la pureza... Por consiguiente, diga lo que quiera Casado, no habrá quien me apee de esto... Es fácil que clamen: "Escándalo, escándalo", y que alguien intrigue para que no me concedan la autorización indispensable. Pero no me importa. Lucharemos. Ya sabré dar mis razones. ¡Pues no faltaba más!...—exaltándose—. La mujer es la gala de la Naturaleza, el encanto del hombre, así en la vida casta como en la que no lo es. La razón, que es el hombre, no daría de sí jamás ningún fruto sin que el sentimiento, o sea la mujer, no la alentara y encendiera. Sin mujer, somos como lámpara vacía y sin mecha. La castidad, el más perfecto y sublime estado, no es tal castidad, no es virtud, no es nada, sino en la comunicación decente de los dos sexos. Para luchar con el mal social se necesita del conjunto de todos los elementos sociales. Aislándonos no valemos nada. La noción primera del amor no surge sino en medio de la vida, en el inmenso escenario poblado de seres distintos, y en el tumulto de las varias pasiones que los unen y los separan. Tanta reja, tanta precaución y tanto encierro entre paredes extinguen la fuente del amor. En cambio, el trato social y la castidad misma, aunque extraño parezca, la enriquecen de aguas purísimas. Esto diré yo ■ los rutinarios y cortos de entendimiento que escrupulicen sobre el particular. Defenderéme con brío, y mis ideas prevalecerán, pese a quien pese."

IV

Llegada Semana Santa, se suspendieron los trabajos, con gran disgusto de Virones, que, según decía, *estaba en su elemento* cargando peñascos y abriendo cajas de cimientos. No quiso ir a Toledo ni a tiros, y se pasaba el tiempo trayendo leña de La Degollada. En cambio, el *apóstol* Mateo decidió echarse a pecho todas las funciones de la Semana Mayor en la Catedral, y aunque se sentía lastimado en su amor propio por el desprecio que el cabildo hizo de su persona en la elección de los trece pobres para el Lavatorio, no le fué difícil perdonar tamaña injusticia.

La ciega también quiso ir a la Catedral, y Jesús servíale de lazarillo, no muy a gusto, la verdad sea dicha, porque el señor le había dado para que jugase un cabritillo precioso, blanco y saltón, y todo el santo día se lo pasaba el chico con su animal atado de una cuerda, paseo arriba, paseo abajo, estimándole más que a las niñas de sus ojos. El niño y la bestezuela graciosa hacían un grupo encantador.

Guerra fué el domingo a la función de las palmas, cuya solemnidad melancólica le embelesó. Don Francisco Mancebo llevólo a un buen sitio del presbiterio, desde donde pudo ver y oír cómodamente la lectura de la *Pasión*, verdadero paso escénico, lleno de austeridad majestuosa. En él, la liturgia no se contenta con el simbolismo del ritual ordinario, y aspira a producir las desgarradoras emociones del drama. Angel no quitaba los ojos de los tres sacerdotes, que en diferentes púlpitos, y revestidos de alba y estola atravesada, dialogan el texto evangélico, haciendo el uno de Cristo, el otro de evangelista y el tercero de turba. No necesitaba seguir las palabras de San Mateo en el breviario de Semana Santa que Palomeque puso en sus manos, porque había leído el Evangelio detenidamente la noche antes, y la voz clara y bien modulada de los tres cantores permitía la fácil inteligencia del texto. Durante todo el tiempo que duraron las recitaciones, su emoción fué tan honda, que apenas respiraba, y cuando oyó cantar el *emisit spiritum*, se le puso un nudo en la garganta y sintió un dolor agudísimo en el corazón. En todo aquel día, repitiendo con fácil retentiva la salmodia, no pudo desechar su oído la vibración de la robusta voz del capellán salmista que cantaba por Cristo.

A la conclusión, tuvo la mala suerte de tropezarse con don León Pintado, con Felisita, con doña Mayor y María Fernanda, que le entretuvieron, le marearon y no le dejaron paladear libremente toda aquella miel mística que había libado en la patética ceremonia. Obsequióle el deán con un palmito, que fué cedido a Teresa Pantoja, y a Guadalupe se llevó el que le regaló Mancebo. Por éste supo que *Leré* prestaba servicio en una casa pobre del cerro de las Melojas, asistiendo a una mujer a quien habían cortado los pechos, esposa de un obrero de la fábrica de espadas, llamado Zacarías Navarro, hombre hábil, pero

muy pendenciero, trapajón y algo sacerdote de Baco.

Al retirarse al cigarral don Jesús y la ciega, ésta le refirió mil particularidades de su familia, por las cuales vino a comprender que el domicilio pobre donde actuaba de enfermera la divina *Leré* no era otro que el de la hermana de Lucía. Para cerciorarse, dióle las señas, y ella confesó:

—Sí, señor, me dijeron que la hermanita es una a quien se le zarandean los ojos, y cuentan que es santa.

—Según mis noticias, el cuñadito de usted debe de ser hombre muy dado a camorras.

—Pues ¿por qué me salí yo de allí, señor de mi vida, sino porque no le podía aguantar? Y el caso es que María Antonia, ¡la mi pobre!, para la operación que le han hecho, está mejor allí que en el hospital. La hermanita tiene mismamente los serafines dentro del cuerpo. ¿Sabe, señor? El cura de San Andrés fué quien la llevó. Pero Zacarías es muy cabezudo, y aunque habla poco, da más guerra... ¡Qué cáscara de hombre! Lo sabe ganar cuando quiere, porque es muy mecánico de suyo; pero ahora está, como quien dice, más allá de la cuarta pregunta. Ni viendo a su mujer como la ve, y la casa tan revuelta, y los niños sin más madre por hoy que la hermanita, no se cura de sus mañas, y siempre anda entre mala gente.

En estas y otras informaciones menos interesantes pasaron el camino, y en Turleque encontraron a Virones jugando a la barra y ganando a cuantos con él, en tan vigoroso ejercicio, se atrevían a contender. *Don Pito* era el menos afortunado de la partida, lo que le tenía furioso. Todo lo soportaba menos ser vencido por un clérigo en empuje de brazo, y se amoscaba cuando los espectadores se reían de su flojedad. *Tatabuquenque* era el único capaz de medir sus fuerzas con don Eleuterio; pero no le llegaba, ni con mucho. Viéndose el último, *don Pito* no hacía más que despreciar los ejercicios corporales, ensalzando los del entendimiento, y sosteniendo que la idea más trivial de un tonto vale más que todas las proezas gimnásticas de atletas de circo y curas gigantones.

El lunes volvió Guerra a Toledo con Mateo, llevándose por delante a Jesusito y a la ciega. A ésta le encargó fuese a visitar a su hermana, por enterarse de cuanto allí ocurría y de si trataban bien a la enfermera.

—La función de hoy en la Catedral no tiene nada que ver ni menos que oír. Váyase al cerro de las Melojas y llévese al chiquillo. Pero no tarden mucho, que luego estaré con cuidado. Al mediodía los esperamos en el puente de San Martín para volvernos juntos a casa.

Fueron allá Lucía y el *Niño Dios*, después de oír misa en San Juan de los Reyes, y los recibió *Leré*, a quien contaron que vivían en el cigarral, con don Angel, lo que interesó mucho a la hermanita. Mil preguntas les hizo de la vida guadalupense y turlequina, de la gente que allí moraba, de los edificios que iban a construir, a lo que respondía Jesús con grandísimo tino y discreción:

—Ahora no estamos haciendo más que paredes para que no salte nadie o robarnos la fruta, y dimpués vamos a hacer unas casonas mu grandes, donde habrá curas, monjas y sacristanes... Yo tengo un cabrito que entiende todo lo que le digo... Por la mañana tomamos chocolate, al mediodía nos ponen tajadas y sopa, higos pasados y nueces; por la noche, tajadas otra vez y ensalada de escarola, que a mi tío le gusta mucho... Mi ama Rosa, que sabe de sastra, le está haciendo una chaqueta nueva al señor Mateo. Don Angel llevó de Toledo la tela... Don Angel me da lección, y dice que yo sé mucho, y que voy a ser un sabio, y qué sé yo qué... Hay uno allí que le llaman el señor *de Pito*, que era el que pasaba la barca en unos ríos grandes de agua que llaman la mar, y tiene mal genio... Anda dando trallazos a los árboles y a las piedras, y dice que se... casa con los Reyes Magos.

Leré no podía tener la risa oyendo estas inocencias, y le dió mil besos, admirada de su hermosura y gentileza. Dejóle jugando con los niños de María Antonia, y se fué a sus quehaceres. Lucía encontró a su hermana muy abatida, prisionera en el lecho, llena de vendajes que no la dejaban moverse, circundada de horror y pestilencia. Gracias a la prodigiosa enfermera y a su omnímoda disposición, apenas se conocía en la casa la terrible situación de su dueña. Tempranito barría sor Lorenza toda la casa, preparaba el desayuno para Zacarías y el almuerzo que había de llevar a

la fábrica. Después levantaba a los niños, hembra de seis años y varoncillo de dos, los lavaba, los vestía, les daba de comer, y sin descansar de esta faena, a la alcoba de la enferma, a curarle las terribles heridas, a darle los medicamentos, a oír las órdenes del médico para ejecutarlas puntualmente. "Si estas mujeres no se van derechas a gozar de Dios —opinaba María Antonia—, no sé yo quien ha de ir. Como si no le bastara con asistirme, me acompaña, procura distraerme, reza conmigo, me cuenta cuentos, me anima, me alienta..."

Extrañó Lucía el sentir pasos como de hombre en la habitación alta o desván de la casa, y María Antonia, después de vacilar y desmentirse varias veces, le dijo en voz baja:

—Pues sabrás... Pero esto es un secreto, y no lo has de contar ni a tu sombra. Me temo que Zacarías, mala y todo como estoy, me arme un zipizape. Allí arriba tenemos a un amigote suyo, que está escondido porque anda buscándole la justicia. Le llaman Fausto, y sabe de hierros y máquinas tanto como mi marido. No sé qué diabluras ha hecho que le quieren meter en chirona... La verdad, molesta poco; pero... siempre estoy en ascuas, no sea que...—alzando la voz—. Hermana Lorenza, ¿le ha dado de almorzar al bergante de arriba?

—¿Qué años hace?—dijo *Leré*, risueña, entrando en la habitación próxima—. Ya se ha puesto entre pecho y espalda una chuleta como la rueda de un carro, y todo el vino que había. ¡Qué risa con el hombre! No hace más que dar patadas y echar mil herejías indecentes por aquella boca..., y que el juez es un pedazo de tal. ¡Pobrecillo! Yo le digo que sea bueno y no haga picardías. Pone la cara muy afligida y me contesta: "¿Por qué cree usted que me persiguen? Pues porque quiero hacer un gran bien a la Humanidad y sacarla de la esclavitud. Aquí donde usted me ve, soy un *petit* Mesías. Pero los hombres..., ¡qué hatajo de animales! Se los come la envidia y no me dejan funcionar."

—Buenas funciones serán las suyas —dijo la enferma con desfallecimiento—. Pero este marido, ¡qué incumbencias me trae!... Y que estoy yo para bromas, hecha una carnicería...

—Pues oiga—añadió *Leré*, riendo—. Esta mañana va y me dice: "Compañera, si usted quiere, le puedo dar la clave para averiguar los números que han de salir premiados en la Lotería. De modo que si no se saca el premio gordo es porque no le da la gana." Me eché a reír. "Si a mí ya me cayó—le respondí—. Buen tonto es usted si sabiendo el intríngulis no tiene ya en el bolsillo todo el dinero del Gobierno." Pues ¡si le vieran cuando le da por tirarse de los pelos y echar maldiciones...! Yo le riño, le digo mil barbaridades, y concluye por echárseme a reír. Me pide papel y tinta, se lo llevo, y se pone a hacer garabatos, rúbricas, firmas y unas escrituras tan monas que parecen de letra antigua. A lo mejor se vuelve tierno. Me dice que yo soy santa, y que él también lo sería... si tuviera dinero.

—¡Valiente trápala!—murmuró la ciega, y ya no hablaron más del huésped.

Lleváronle a María Antonia los niños para que los acariciara sin aproximarlos a su cuerpo herido, escena por demás triste y conmovedora. Por fin, retiráronse Lucía y su lazarillo, tomando el camino del puente de San Martín, donde el señor de Guadalupe los esperaba. Todo el resto del día estuvo *Leré* trajinando en la casa, sin un momento de descanso. Los ratos que no pasaba junto a la enferma, asistiéndola con manos blandas y espíritu de excelsa caridad, empleábalos en sus rezos y meditaciones, o en entretener a la paciente con charla de cosas santas, dulcemente festivas y consoladoras.

Al anochecer llegó Zacarías, hombre de buen ver, recio, delgado y flexible como el puro acero, la faz morena, algo impregnada de ese tizne lustroso que no pueden desechar los que trabajan en hierro; los ojos como ascuas, reflejando siempre las chispas de la forja sobre el negro profundo del carbón; más vivo de genio que de lengua. Acarició a los chiquillos, sentado junto al lecho de su mujer, haciéndose el cariñoso, en realidad más compasivo que amante, y mostró esperanzas (que no tenía) de verla pronto curada. Fué después cautelosamente al desván del recluso, con quien estuvo charlando más de media hora, en tanto que *Leré* le arreglaba la comida, y bajó con cara fosca y mirar atravesado. Mientras comía no desarrugó el ceño. Chupando un cigarro salió a la puerta, y examinó cuidadosamente la calle, co-

mo receloso de que alguien vigilaba su morada.

María Antonia dormía. *Leré* rezaba, de guardia junto al lecho. Zacarías la llamó con un *ps, ps,* y llevándola a un rincón de la salita, le habló en esta forma :

—Hermana Lorenza, me parece que fisgonea la calle uno de la Policía. Si alguien ha llevado el soplo, y ese alguien es usted...

—¡Yo! Déjeme usted en paz. Yo no llevo soplos, bien lo sabe Dios.

—Ya, ya sabemos que va para santa. Por tal la tengo. Pero podría creer que la santidad..., pues... obligaba a denunciar... Este amigo mío es un chico honrado.

—Mejor. ¿Y a qué me viene usted a mí con esa historia? Yo estoy aquí para cuidar a su pobre mujer. Si mi asistencia no le conviene, me retiro.

—No, no es eso: de la asistencia no hay queja...—agarrándole un brazo y apretándoselo como con tenazas—. Pero así y todo, ¡Dios!, si usted lleva el cuento de mi amigo, ¡Dios!, yo no reparo, y sin dejar de mirarla como santa, como ángel y como todo lo que se quiera, ¡Dios!, le corto a usted el pescuezo.

—Ea, suélteme el brazo, que me duele, pedazo de bruto—respondió *Leré,* animosa—. Yo estoy aquí cumpliendo con mi deber y sirviendo a Dios, y no temo nada, pero nada, ¿lo entiende usted? Porque Dios vela por mí; y ni usted me ha de cortar la cabeza ni se ha de atrever tan siquiera a rasguñarme con la punta de un alfiler. ¿Qué modos son ésos, Zacarías? ¿Qué es eso de cortar pescuezos? ¡Ah, pensaba el muy tonto que yo me iba a poner a temblar y a dar chillidos! Más miedo le tengo a una pulga que a usted.

—Si no hay soplo, nada digo...—desconcertado—. Era un supongamos. No hay ofensa, ¡Dios! Portándose bien...

—No es usted, bobo de Coria, quien ha de juzgar mi comportamiento. Ea, bastante hemos hablado. Es tarde; acuéstese, que aquí no hace ninguna falta.

—Pero ¿también vela usted esta noche?

—Pues ¿para qué estoy aquí? He dormido la siesta. Más cansado está usted que yo, con la cabeza más caliente. Váyase a la cama, y déjenos en paz.

—No tengo sueño.

—Pues entreténgase en afilar el cuchillo con que me quiere descabezar.

—Bien afilado está—gruñó Zacarías, sacando de debajo de la blusa una faca tremenda, que abrió, mostrando la brillante hoja, cuya sola vista causaba estremecimiento de las carnes, cual si éstas presintieran la fría desgarradura del corte. Los ojos de *Leré* pestañearon ante el espantoso acero, como aves que aletean asustadas, y su rostro palideció un poquitín, pero nada más que un poquitín.

—No crea que tengo miedo—le dijo dominándose—. Pero guarde el chisme ése, que María Antonia me parece que ha despertado. Buena se va a poner si oye las gracias de su querido esposo. Váyase a dormir la mona, y mañana tempranito, con la fresca, entra y... aquí me encontrará, ya con la cabeza preparada para que me la corte. Ea, buenas noches.

El bárbaro aquel se introdujo rezongando en el lóbrego mechinal donde dormía, y *Leré* contó todas las horas de la noche junto a su enferma, que tuvo ratos larguísimos de insomnio y crueles sufrimientos.

V

No esperó Angel a llegar al cigarral para hacer a Lucía y su acompañante preguntas mil. Como se le había encargado el secreto, la ciega no mentó al pajarraco que en la vivienda de su hermana se escondía. Jesús fué sometido a un prolijo interrogatorio.

—¿Qué has visto? A ver, cuéntame.

—Una monja.

—¿Y cómo era?

—Bonita.

Guerra se detuvo en el camino más de una vez para mirarle atentamente, escrutando sus pupilas de Niño Dios. Creía distinguir en el fondo, muy en el fondo de ellas, la imagen de *Leré,* del tamaño de un cañamoncito.

—¿Y no te dijo nada?

—Me preguntó que si era amigo tuyo.

—Tú le responderías que sí. ¿Y no te dió nada?

—Pan y cinco pasas... Adentro había una mujer mala.

—¡Una mujer mala!

—Sí, acostada y llorando, porque le han cortado el cuerpo... No, el cuerpo no..., esto.

—Ya.

Jesús se cansaba de la caminata, y Mateo se lo echó a cuestas. Resultaba un auténtico San Cristóbal *Christo ferens*.

El miércoles volvió Guerra a la Catedral para oír la Pasión según San Lucas, y aquel día el hermoso canto impresionóle aún más que el domingo. Al oír la robusta voz de Cristo diciendo: *Filiœ Jerusalem, nolite flere super me, sed super vos ipsas flete, et super filios vestros...*, no pudo reprimir las lágrimas; y cuando el pueblo, por boca de los seises, acompañados de fagot, clamaba: *Tolle hunc et dimitte nobis Barabbam... Crucifixe eum...*, le faltó poco para perder el conocimiento. Al concluir, sudor frío mojaba su frente. Cerrando los ojos, y concentrando el pensamiento, veía la escena del Calvario clara y viva y la majestad inenarrable del Dios sacrificado, los ladrones retorciéndose en sus cruces, tumulto y confusión en la tierra circundante, el cielo lleno de congoja y tinieblas.

El jueves madrugaron para no perder nada de la imponente festividad *In cœna domini*. A las ocho empezaba con el Lavatorio; seguían la misa y comunión general; luego el acto de bendecir los óleos y la procesión con *Pange lingua* para encerrar el Sacramento. Como era día de tanto barullo, y el regreso había de ser muy tarde, porque la ciega no quería perder el sermón del Mandato, Angel determinó que no fuera Jesús, y que antes de anochecer saliera con su cabritillo a encontrarlos. Pusiéronse, pues, en marcha tempranito. Mateo iba delante con la cigarralera de Turleque, ávida de contemplar el Monumento y de visitar diez o doce sagrarios; detrás, Guerra con la ciega, a quien servía de lazarillo, practicando así la humildad sin ninguna afectación. La gente que encontraban por el camino se reía del grupo, y algunos no pudieron menos de considerar que el señor de Guadalupe había perdido el seso. Mateo y Liboria andaban tan aprisa, que al llegar los otros al puente se habían perdido de vista. Entraron Lucía y su conductor en la Catedral poco antes de las ocho, y ya campeaban los trece pobres en el tablado del crucero, vestidos de blanco, con una especie de toalla por la cabeza. Parecían realmente hebreos de los tiempos bíblicos. Colocada la ciega en sitio donde pudiera enterarse bien, Guerra se subió al presbiterio, no sin que le atisbara don Francisco, que oficiosamente acudió a saludarle y a ofrecerle breviario. Por él supo que la familia no tenía novedad, y que el monstruo le había pegado tal mordisco a su tía que por poco le arranca el dedo. Ello fué un movimiento instintivo, como los de los perros cuando alguien les quita la comida. También se tropezó con Ildefonso, ya tan disgustado de la sotana roja, que no veía las santas horas de ahorcarla para entrar en el colegio.

Durante la misa y comunión general, el presbiterio era un ascua de oro. La riqueza y arte supremo de los accesorios del culto concordaban con la hermosura del ritual. El prefacio de la Santa Cruz que en tal día se canta elevó el alma del neófito a las más altas esferas de la poesía religiosa, y prosternado repitió el *Sanctus*. Antes de empezar la bendición de los óleos, en una tregua o descanso de las complejas ceremonias de aquel día, fué visitado otra vez por Mancebo, el cual le dijo:

—Ya, ya sé que tiene usted allá al bueno de Virones. Es una obra de caridad que el Señor ha de premiarle. Y que le será útil el tío, porque para tirar de un carro no hay otro.

En la cara y en el acento se le traslucía el desconsuelo por no ser partícipe de los beneficios que el fundador de Guadalupe entre los necesitados tan generosamente repartía. No supo disimular la tristeza que el favor de Virones le causaba, y cuando Guerra encareció la pobreza de éste, se aventuró a decir:

—Desgraciado es, sin duda alguna. Pero otros le dan quince y raya, no sólo porque miran más al decoro y se avergüenzan de la miseria zarrapastrosa, sino porque llevan sobre sí mayor carga de familia y se ven rodeados de increíble número de bocas.

Angel sintió que ante el anciano clérigo, sustentador de tanta familia, se le redoblaba el anhelo humanitario de que se hallaba poseído. Por aquellas fechas, la exaltación mística encendía en su corazón un desatinado amor a la Humanidad, inspirándole deseos ardientes de remediar toda desventura, de perseguir el mal y derramar tesoros de bienestar y alegría entre toda clase de gentes. Que-

ría que nadie padeciese de necesidad o de escasez, que todos viviesen gozosos, con la corta medida de bienes que a cada humano corresponde. Habiendo calado con perspicacia de hombre de mundo las aspiraciones de Mancebo, ¿cómo no satisfacerlas, cuando tan fácilmente le conmovían necesidades menos abrumadoras y postulantes de menor mérito? El fervor humanitario se desbordó en su corazón, y no pudo menos de decir:

—Amigo don Francisco, perdóneme si antes no le he dicho que necesito de su cooperación. Usted vale mucho; yo necesito que me ayude.

—Señor don Angel—replicó Mancebo balbuciente, viendo abrirse ante sí las puertas del cielo—, ya sabe que puede disponer de mi inutilidad.

—Fuera modestia. Usted es hombre de grandísimas disposiciones para administrar, y además un santo varón...

—Don Angel, no me avergüence con tantos elogios—casi llorando—. Ordéneme lo que guste... Precisamente me he puesto ahora tan bien de la vista, que podré desempeñar... Y aunque viejo, conservo el caletre como un reloj para todo lo que es traqueteo de números.

—Cuento con usted. Cuando le sobre un rato váyase por Guadalupe.

—Con alma y vida... Dispénseme ahora... Tengo que ir al coro... Hablaremos...

Salió del presbiterio tan ágil como si le hubieran quitado treinta años de encima. El crucero ofrecía un aspecto de magnificencia oriental. Los curas de todas las parroquias, vestidos de casullas o dalmáticas blancas, desfilaban ante las ánforas entonando tres veces el *Ave sanctum oleum*. El acto resultaba lento, teatral, deslumbrador. Pero como grandiosidad patética nada podía compararse a la procesión, con el incomparable himno *Pange lingua*. Allí se sintió Angel en la plenitud de su vocación eclesiástica, se reconoció definitivamente admitido en el apostolado de Cristo y digno de que a sus manos descendiera el cuerpo vivo del Redentor. Desprendido ya de las últimas costras de la materialidad terrestre, era todo espíritu, todo amor a Dios omnipotente y a su hechura la mísera Humanidad redimida. Al concluir la ceremonia, delante del Monumento alumbrado con millares de luces y que fulguraba en el fondo de la nave oscura, entre terciopelos de color de sangre cuajada, hallábase como suspenso, respirando en esferas y regiones muy distantes de las humanas.

Lucía y Mateo se fueron a recorrer las estaciones, y él los siguió de lejos. En poco tiempo visitó bastantes iglesias de conventos, con toda la cera de sus sagrarios encendida, las ventanas tapadas para rodear de dulce oscuridad la urna resplandeciente. Algunas ostentaban paños estupendos, tiestos de flores y objetos de peregrino valor artístico. En todas reinaban un silencio y reposo dulcísimos, que infundían la idea de profunda veneración al misterio. "Misterio", decía el centelleo de las luces, formando como una constelación ininteligible; "Misterio", la oscuridad muda y las telas moradas que cubrían las imágenes; "Misterio", los grupos que entraban y salían, rezando entre dientes. En algunas iglesias vió pelotones de tropa, que penetraban marcando el paso militar. El ruidillo de sables y espuelas decía también "Misterio", y "Misterio", el áspero sonido de las carracas en las torres, como patadas de caballerías que trotaran por un cielo de madera.

Volvió a la Catedral para oír el sermón del Mandato, y quiso Dios que no lo oyese con el recogimiento debido, porque al acercarse al púlpito topó de manos a boca con Justina, que, alegrándose mucho de verle, le dijo cosas que profundamente le perturbaron.

—¿No sabe, don Angel, lo que ha pasado? Pues que la niña, ¡pobrecilla!, ha tenido que salir a escape esta mañana de la casa en que asistía, ahí en el cerro de las Melojas, porque el bruto ése, el marido de María Antonia, la quiso matar.

—¿Qué me cuenta usted?—absorto, suspenso—. ¡Matarla!

—Lo que oye.

—¡Si don Francisco, a quien he visto hace un momento, no me ha dicho nada!

—Como que no lo sabe. No hemos querido decírselo, porque es capaz de revolver a Roma con Santiago. La niña salió esta mañana y se fué al Socorro. Dice que Zacarías sacó un cuchillote muy grande y la amenazó con segarle el pescuezo. ¡Figúrese qué susto!... La causa no la sé; pero no hay que discurrir causas, sabiendo que ese Zaca-

rías empina el codo un día sí y otro también.

La irritación de Guerra, oídas estas cosas era tal, que si en aquel momento le dan un arma y le ponen delante al bárbaro agraviador de su ídolo, allí mismo, sin acordarse de la santidad del templo, lo pasa de parte a parte.

—¿Y *Leré*?

—Pues buena, sin un rasguño. No fué más que amenaza. Pero qué amenaza sería, que la niña, tan templadita como es, no tuvo más remedio que tomar la puerta.

Angel apretaba los puños y mascaba con nerviosa fuerza, comiéndose los pelos del bigote. Dejóle solo Justina y se fué a oír el sermón. "¡También mártir, Dios mío, o a punto de ser mártir! Es lo único que le faltaba." Poco a poco se fué serenando. El predicador se desenvolvía muy bien. "Amaos los unos a los otros. Perdonad a vuestros enemigos. Haced bien a los que os aborrecen." Si Cristo avanzó su mejilla para que el traidor Judas se la besara, si reprendió a los apóstoles cuando sacaron las espadas en el huerto, si tantos ejemplos nos dió del perdón de las injurias, y hasta intercedió por sus asesinos, ¿qué remedio quedaba más que perdonar al cafre de Zacarías, fuera quien fuese? ¡Vaya, que si llega a matarla...! Pero ¿por qué sería?... ¿Qué móviles, qué impulsos...? Forzoso era saberlo.

VI

Salió de la Catedral medio trastornado. Las carracas anunciaban la procesión, y un gran gentío se agolpaba en la calle de la Trinidad esperándola. Fué por allí en busca de Mateo y Lucía para recogerlos, y alcanzó a ver sobre la movible muchedumbre las figuras de los pasos, que avanzaban con ese balanceo peculiar de las imágenes llevadas al hombro, sacudiéndose a derecha e izquierda en su rigidez estatuaria. Parecióle todo irrisorio y populachero, triste desilusión del ritual de por la mañana, tan hermosamente ideológico. Alejóse buscando su camino, y allá por la Judería encontró a la ciega y al *apóstol*, que le habían tomado la delantera. Siguiólos a cierta distancia; a ratos se les unía y les hablaba; luego quedábase atrás, ansioso de soledad y meditación. Tal era el cansancio de todos, que echaban una sentadita siempre que encontraban dónde. Por fin, con estas paradas, se les vino la noche encima, y más allá del puente observó Angel el cielo cargadísimo y ceñudo por la parte de Occidente, con cariz de chubasco. La atmósfera, pesada y bochornosa, amenazaba con algún trastorno meteorológico, que a Guerra le pareció de rúbrica en tal fecha, y que concordaba muy bien, además, con la tempestuosa opresión que él en su espíritu sentía.

Más arriba de la venta del Alma vieron venir a Jesús con el cervatillo.

—Pero, hijo mío—le dijo Guerra adelantándose a encontrarle—, ¿para qué has venido con este tiempo? Nos vamos a mojar. Démonos prisa.

Cuando esto decía levantóse un viento que los rodeó de sofocante nube de polvo. No se veían. La racha vino con tal ímpetu, que por poco los tira al suelo. La ciega empezó a dar gritos, desenvolviéndose de sus sayas, que silbando se le subieron a la cabeza. Guerra cogió de la mano a Jesús. El ventarrón trajo más nubes de polvo, que recogía del camino seco y esparcía con furia y bramidos horripilantes. El cabritillo brincaba como atacado de locura, y, rompiendo la cuerda, apretó a correr fuera del camino, hacia el fondo del barranco pedregoso. Jesusito chillaba. Angel le dijo:

—Espérate aquí.

Y bajó en seguimiento del azorado animal, que más bien parecía que volaba, y a cada instante torcía su rumbo, describiendo ángulos y curvas mareantes. Túvolo a ratos casi al alcance de sus manos; pero de repente se despeñaba desde lo alto de una roca y a increíble distancia se ponía.

Llegó por fin Guerra a encontrarse en una profundidad cavernosa; miró para arriba y no vió a Jesús ni a los otros dos. El choto se perdía de vista para asomar después donde menos se pensaba. En esto comenzó a caer una lluvia torrencial, goterones como nueces que hacían al caer ruido semejante al de las carracas de los campanarios. Angel trató de subir, y no acertaba con el sendero. Un relámpago iluminó con violada claridad aquella hondura, y no

tardó en sonar el trueno, tan violento que parecía que la bóveda del cielo se cascaba en dos. Al retumbar en las concavidades peñascosas redobló la lluvia, azotando la tierra cual si quisiera desmenuzarla. Angel corrió por un sendero que delante tenía, buscando una oquedad en que guarecerse: el cabritillo vino a metérsele entre las piernas, rindiéndose al peligro, y ambos se escabulleron por el desigual piso, resbalando aquí, saltando allá.

De repente cesó de llover; pero aún sonaban truenos, y la repentina iluminación eléctrica pintaba en aquellas profundidades antros terroríficos, abismos que causaban vértigo y contornos recortados, como fantásticos bocetos de animales monstruosos. En los intervalos, la oscuridad lo borraba todo, y no se veía más que la quebrada línea de los bordes superiores, dibujándose sobre un cielo pardo. Angel notó entonces en sí prurito de movilidad y extraordinario vigor físico: su sangre circulaba ardorosa, y un calor de estufa le sofocaba. Veía el bulto blanco del cabritillo que andaba delante de él, meneando el rabo, y le siguió sin ver dónde ponía los pies. Pero el terreno iba siendo cada vez más seguro, así como el barranco más estrecho. Llegaron hasta penetrar en una angostura tortuosa, formada por paredes altísimas y verticales; arriba, el cielo como una faja ondulada. Llegaron, por fin, a terreno más espacioso; la barranquera se abría formando como un tazón o cráter de conglomeraciones caprichosas, alumbrado por claridad semejante a la de las lámparas de alcohol, azulada, incierta, volátil. No sonaban truenos ni fulguraban relámpagos. El aire quieto y mudo parecía muerto. Angel echó la vista para arriba, y vió a *Régulo*, el corazón del *León* sobre un cielo limpio, profundo y sereno.

El paso irregular del chotillo pronto le llevó a la boca de una gruta en cuyo interior se veía luz. Penetraron en ella el animal y el hombre, hallándose éste en tal manera poseído de la situación, que nada de lo que veía le causaba sorpresa; antes bien, todo lo hallaba natural y conforme consigo mismo. Franqueada la cueva, encontráronse en otro cráter mayor que el primero, y de cantiles más altos y escabrosos, en los cuales había pasos o grietas accesibles, con peldaños tallados en la roca. Por una de estas escaleras vió descender a *Leré*, vestida de hermana del Socorro, pero toda de blanco, alzando un poco la falda por delante para no tropezar con ella. En la derecha mano traía una luz que le teñía el rostro de resplandor rojizo. Tan natural consideró Guerra aquel encuentro, que se adelantó hacia la mística joven como si la esperase.

Leré soltó la falda y se llevó un dedo a la boca, imponiéndole silencio. Metióse por una cavidad, que a su paso se iba iluminando del mismo resplandor sanguinolento que su lámpara despedía, y tras ella siguieron el cabritillo y Guerra. Pero éste no pudo contenerse, y abalanzándose hacia la doctora, le echó ambas manos al cuello. La doctora se deslizó suavemente de aquel abrazo y siguió. Angel, furioso, dió un salto para cogerla de nuevo; pero lo mismo era tocarla que la gallarda imagen se deshacía entre sus brazos como si fuera humo. El infeliz, exhalando un mugido sordo, cayó en tierra, y en el mismo instante se le echó encima el cabritillo, poniéndole las dos patas delanteras sobre el pecho... ¡Horrible transformación del animal, que de inocente y gracioso chivato, convirtióse en el más feo y sañudo cabrón que es dado imaginar, con cuernos disformes y retorcidos y unas barbas asquerosas! Angel no podía respirar. El feroz macho le oprimía el tórax y le echaba su resuello inmundo y pestilente. Invocando todas las fuerzas de su espíritu, pudo al fin el hombre sacar su voz del pecho aplastado y clamó con angustia:

—Huye, perro infame. No tentarás al hijo de tu Dios.

El esfuerzo de esta exclamación hízole perder por un instante el conocimiento. Al recobrarlo, vió a *Leré* ante sí, con el pecho descubierto, y éste era como manantial del cual fluía un arroyo de sangre. Sin mirar a su amigo, arrancóse un pedazo de carne blanca y gruesa y lo arrojó al animal, que hocicaba junto al desdichado Guerra. Este pudo advertir que el cabrón devoraba lo que le arrojó la santa. La cual había vuelto a cubrirse el seno, y fijaba en el amigo sin ventura sus ojos de enfermera piadosa, como si contemplara un cruel padecimiento imposible de reme-

diar. Los resoplidos de la fiera infundían al pobre pecador un terror angustioso. Quiso levantarse; con ojos suplicantes pidió auxilio a su maestra, que no hacía más que suspirar, sentada, apoyando el codo en su rodilla y la cabeza en la palma de la mano. Angel se puso a rezar. El cabrón le hocicaba, le mordía, gruñendo desaforadamente. Suplicio mayor ni en los mismos infiernos lo habría, de seguro.

—¿Qué haces, *Leré* de mi vida, que no me socorres?—logró al fin exclamar el cuitado—. Si te ofendí, ¿no eres tú la misma piedad? ¿No eres mensajera del que perdona? ¿No eres tú el ángel de la compasión y el consuelo de los que sufren? Ampárame. Ten lástima de mí y no me dejes devorar. ¿Tan cruel castigo merecen un mal pensamiento y una acción instintiva?

Leré miraba al suelo, del cual cogía chinitas para arrojarlas lejos de sí. Después levantóse y lentamente se alejaba sin hacer caso de los tormentos ni de las desesperadas voces de su amigo. El cual se vió entonces acometido de animales repugnantes y tremebundos, culebras con cabezas de cerdos voraces, dragones con alas polvorientas y ojos de esmeralda, perros con barbas y escamas de cocodrilo, lo más inmundo, lo más hórrido que caber puede en la delirante fantasía de un condenado. Todos aquellos bichos increíbles le mordían, le desgarraban las carnes, llenándole de babas pestíferas, y uno le sacaba los ojos para ponérselos en el estómago; otro le extraía los intestinos y se los embutía en el cerebro, o de una dentellada le dejaba sin corazón. Aún conservaba el martirizado bastante conciencia de sí para exclamar con el pensamiento: "*Crux fidelis, dulce lignum,* ven en mi ayuda. ¡Dios mío, Virgen santa, *Leré* bienaventurada, socorredme!"

Creyó, al fin, que volvía de un fuerte paroxismo y se encontró tendido, imposibilitado de moverse, ciego, con agudísimos dolores en todo el cuerpo. Las infernales alimañas habían desaparecido, ¡gracias a Dios! Soledad y silencio profundísimo le rodeaban... Creyó sentir a lo lejos el balar del choto. Levantóse con gran trabajo, y poniendo atención a otro rumor más intenso, pudo discernir que era un cántico de mujeres. Más bien arrastrándose que andando, acercóse al sitio de donde a su parecer tales rumores venían, y el órgano de la vista volvió a funcionar. En un alto, varias mujeres de blanco vestidas parecían tomar agua de una fuente: unas con el cántaro al hombro, otras sentadas, esperando que el cántaro se llenase. Entonaban con clara voz un himno, que primero le sonó a profana música; pero pronto hubo de advertir que era el himno de la Iglesia *Vexilla regis.* Lo sabía de memoria, y unió su voz a la de las mujeres. "*Leré, Leré*—gritó después—, ¿por qué no me miras? ¿Qué fuente es ésa de que cogéis agua? Si no es la del perdón, que eternamente mana y jamás se agota, ¿qué fuente puede ser?

Trató de ir hacia ella, mas las piernas no le obedecieron. En esto observó que el cabritillo reaparecía, como antes, travieso y saltón, meneando la cola. Al volver a mirar para la fuente, ya las blancas mujeres desfilaban una tras otra, y desaparecieron en pocos minutos. Tratando de avanzar, metió los pies en un charco, y el frío le refrescó la memoria de los sucesos precursores de las singulares escenas terroríficas que se han descrito. Entonces empezó a gritar:

—Jesús, Jesús, ¿dónde estás?

Nadie le respondió de lo alto de la tenebrosa y áspera sima en cuyo fondo se encontraba. Trató de subir, mas no halló la vereda. "¿Qué hora será?", pensaba, y mirando al cielo, vió a *Régulo* donde el mismo le había visto antes.

VII

Noche de zozobra y susto fué aquélla para los habitantes de Guadalupe y Turleque, viendo que transcurrían las horas y el amo no parecía. Por fin, salieron a buscarle, siguiendo las indicaciones de Mateo y Jesús, y exploraron con hachas de viento toda la barranquera, sin hallar ni rastros del descarriado don Angel. Divididos luego los buscadores, *don Pito* y Cornejo, que habían tomado la vuelta del arroyo de la Cabeza, encontráronle al romper el día, como a una legua del sitio en que, según Mateo, se había perdido.

—Ay maestro de mi alma—le dijo *don Pito,* abrazándole—, yo creí que te

habías largado al otro mundo! Tremendo fué el ciclón de anoche. ¿En dónde te cogió?

Observaron las ropas de don Angel desgarradas y su cara llena de cardenales. No contestó a las preguntas que le hicieron, y fué con ellos a Guadalupe, donde lo primero que hizo fué tomar alimento, pues no se podía tener. El cabritillo no pareció hasta el viernes por la tarde, hallado por un pastor.

Repuesto un poco de su quebranto, y ya cambiado de ropa, Angel salió de su habitación sobre las ocho, y llamando a Mateo y a la ciega, les dijo:

—Id a la adoración de la Cruz en la Catedral. Yo también iré. Despues de la unción, llegaos a esa casa del cerro de las Melojas, y enteraos de lo que allí ocurre para que puntualmente me lo contéis a la tarde.

Y salieron el *apóstol* y la ciega. Y *don Pito*, llegándose al amo con cariñosa solicitud, le dijo:

—Querido maestro, échate a dormir, y déjate de más viajatas a Toledo para ver funciones de iglesia, que te trastornan el sentido. ¿Qué necesidad tienes hoy de adorar cruces ni calvarios? Que los adoren ellos, y tú te estás aquí quietecito viéndonos jugar a la barra.

—No sabes lo que te dices, querido *Pito*. Haz lo que te cuadre, y déjame a mí. ¿Me aconsejas que duerma? No puedo: oigo la voz que me dice: *Surgite et orate, ne intretis in tentationem.*

—¡Ay Dios mío, tú deliras con las tentaciones! Sin cuidado me tienen a mí... ¿Que vienen los demonios a hacerme cosquillas?... Pues dejarlos. Esta vieja carne ya ni el demonio la quiere. El muy perro cabrón sabe que ya no tiene uno con quién ni con qué pecar. ¡Triste cosa es la vejez y considerarse uno despreciado, y ver que le falta la única alegría humana, que es el querer y el ser querido! ¿De qué le sirve encontrarse con una hembra más hermosa que el sol? Yo pregunto: ¿dónde están aquellas tretas satánicas de que hablan fábulas antiguas, y que consistían en volverle a uno la juventud a cambio de una firmita en pergamino donde constaba la venta del alma? ¿Ha pasado eso alguna vez? ¿Puede acaso volver a pasar? Pues que venga el escribano de rabillo y cuernos, y yo le prometo mi firma en documento azufrado, y cátame aquí hecho un mozalbete y con la cara frescachona. Pero ya verás tú cómo no vienen diablos con rabo ni sin él a proponerme tal cosa; que todo eso es música celestial y sueños de poetas.

—¿Para qué quieres volver a la juventud?—le dijo Guerra seriamente—. ¿Para volver a sufrir y encenagarte de nuevo en el pecado? Piensa en la muerte, *Pito*, piensa en tu salvación.

—La salvación la tengo segura, ¡me caso con San Pedro!, que así me lo ha prometido la Virgen del Carmen, a quien rezo alguna vez. Siempre me protegió la Señora, salvándome de ciclones, abordajes y temporales duros del Sudoeste. Ella es la estrella de la mar que luce después de las tempestades, consolando al marino y diciéndole que volverá a ver a la familia... Pero esto no quita que yo haga mis gustos, si puedo. Pues bastantes amargores tiene la vida para que uno se prive de un retozo inocente. Ya se sabe que al llegar la hora de rendir viaje, se acuerda uno de toditos los pecados, y los echa fuera de un limpión, y mirando para las cruces dice: "Tan amigos como antes." Yo creo en la Cruz, y si el demonio me trae el papelito para que le venda el alma a cambio de la juventud, al echar la firma hago con mucho disimulo una crucecita en medio de garabatos. Claro: luego resulta que no vale la firma, y deshacemos el contrato, y el otro tiene que devolverme el dinero..., digo, me devuelve mi vejez, y yo me quedo tan fresco, después de haberle dado el gran timo.

Esforzándose en contener la risa, Angel habló a su amigo con severidad, recomendándole que pensara más en Dios y en la muerte que en las chicas guapas y en la juventud. Pronunciada la exhortación, que fué larga y oída con respeto por el estrafalario capitán, se fué a Toledo con Jesús.

Inquieto como nunca estuvo aquel día *don Pito*, corriendo de mata en mata y de peña en peña, oscilando entre la cólera insana y el aplanamiento sentimental, y tan pronto le entraban ganas de armar una tragedia, como de echarse a llorar con ternezas indignas de un varón. Los desvíos de la para él oronda *Jusepa* le trajeron a tan lastimoso estado, y el caso era que mientras más coces le atizaba la ninfa guadalupense, más sublimemente guapa y

apetitosa le parecía. Ya ni a seguir se determinaba sus gallardos zancajos y trotes desde La Degollada a Turleque o viceversa, porque la moza tenía la mano como un martillo, y en una revirada que dió con el brazo derecho, por poco le manda a paseo las pocas muelas subsistentes. Veíala pasar desconsoladísimo, tiernos los ojos, plegada la boca, suspirante el pecho, llamando en su auxilio tan pronto a los ángeles como a los demonios.

Allá se queda *don Pito*, y sigamos a *Jusepa*, que también a ella le pasan cosas dignas de ser referidas. El Sábado Santo, día en que empezaron de nuevo los trabajos, fué la moza a La Degollada a llevar la comida a Cornejo, que estaba sacando piedra con otros canteros en lo más lejano de la finca. Al filo de las doce volvía por aquellos andurriales, y al atravesar un trozo de monte espesísimo, en el cual los tomillos, cornicabras y enebros, entrelazando sus ramas, apenas dejan paso, sintió ruido entre el follaje. Al pronto creyó que era algún animal, cabra perdida o perro vagabundo; detúvose a mirar, y vió salir de entre la espesura, ¡ánimas benditas!, la cabeza, los brazos, el cuerpo de un hombre. Su primer impulso fué de espanto. Pero ni de atemorizarse tuvo tiempo, porque el aparecido, agachándose entre las hierbas, le habló en términos tan insinuantes y lastimosos, que antes de verle bien, ya la mujer le compadecía. Lo que principalmente le sorprendió fué la hermosura del hombre, que era mozo, afeitadito como los toreros, esbelto y flexible, de hablar dulce y amoroso, cual *Jusepa* no lo había oído nunca.

En resumidas cuentas, el tal, en pocas y apremiantes palabras, le pidió socorro. Andaba fugitivo, huyendo de la Justicia por causas no vergonzosas, y no había comido en dos días. Sintióse *Jusepa* traspasaba de pena, y con ganas vivísimas de ampararle, no contribuyendo poco a esta efusión de piedad las gracias del rostro del sujeto, las cuales pareciéronle a ella el acabóse de la gentileza varonil. El duro corazón de la sobrina de Cornejo se reblandeció de súbito, como pedazo de resina arrojado en una hoguera, y aunque al principio se mostró arisca, fué por el rigor de la costumbre. Sentía que algo se desquiciaba en su interior, que todas las rigideces de su alma se trocaban en blanduras; en suma, quedóse la pobre aldeana como si un poder milagroso le infundiera nuevo espíritu. No fué preciso que el otro insistiera en su demanda para que ella le diera unos pedazos de pan que en su cesta llevaba. Devorólos con ansia el desconocido, y mientras comía le echó a su favorecedora un sinfín de requiebros amorosos, llamándola *ángel...*, como quien dice .

—Aquí pueden verle—indicóle *Jusepa* temblorosa—. Escóndase allá—señalándole una casucha destechada que había sido cabaña en tiempo de los Jerónimos—. Anochecido volveré, y le traeré algo de *mantención*.

El otro le dió las gracias, y vuelta a echarle flores a granel con su lengua de inflexiones blandas, a la andaluza. *Jusepa* siguió su camino, no es hiperbólico decir que iba absolutamente trastornada. En su vida había visto ella un corte de cara más bonito y saleroso. Era como un sueño, como la ilusión de toda la vida realizada de repente por milagro de Dios y de las ánimas benditas. Pues ¿y aquel mover de brazos tan gracioso? Pues ¿y el habla, que era como una música que acariciaba el sentido? Ráfagas de poesía atravesaron el alma de *Jusepa*, y hasta aquel día nunca sintió rebullir y patalear dentro de sí un ser divino, rasgando las fibras endurecidas de su tosca naturaleza.

Toda la tarde estuvo pensando en el hombre, creyéndole a veces apariencia fingida o hechura de su pensamiento supersticioso. ¡Y qué cosas tan bonitas le había dicho! ¡Vaya que llamarla *ángel!* Nunca oyó *Jusepa* dulzuras semejantes, como no fuera en la boca horrible de *don Pito*. Pero el desconocido las decía con toda su alma. ¿Cómo no, si parecía el perfecto tipo de conquistador de mozas? Y que debía ser tan valiente como cariñoso, torero quizá, hombre que sabía ponerse delante de una fiera, y que arrodillado a la verita de una buena hembra sería las puras mieles.

Al anochecer volvió allá, so pretexto de haber olvidado algo, y no llevó cesto para no infundir sospechas, sino un pañuelo bien limpio con algunas cosas de comer, pan, jamón y dulces. En la casa sin techo halló al hombre majo, el cual, presentándosele en pie, acabó de enlo-

quecerla con su apostura gallarda. ¡Qué talle, qué piernas, qué bien sacado cuello! ¡Y con qué gracia, sombrero en mano, la saludó, arrojando a borbotones de su boca lisonjas y finezas que emborrachaban!

Entraron en conversación, y pronto supo la villana que el doncel, aunque de apariencias andaluzas, era madrileño neto, y que pertenecía a la carrera tauromáquica. Sólo esto faltaba para que *Jusepa* se despatarrara de admiración. Pues sí; el tal mataba en la plaza de Madrid, y ganaba muchísimo dinero. Por salir a la defensa de una mujer, armó bronca con un señor cortesano, conde nada menos, y del coraje con que le atizó, cátale muerto. Claro, no tuvo más remedio que salir pitando para que no le prendieran. Oíale *Jusepa* embobada, pendiente de aquella palabras ceceosas, que debían de ser el lenguaje que hablan los serafines cuando se ponen peneques. Para mayor efecto, era soltero, y tenía en Madrid más de cuatro novias que se despepitaban por él. ¡Eterna gratitud a su favorecedora debía! Como que estaba muerto de hambre cuando ella se apareció por allí. ¡Qué encuentro, qué felicidad! Y allá te va otra vez el *ángel de mi salvación*. Cuando se oía llamar así, creía *Jusepa* que el sol, la luna y las estrellas se le paseaban por el cuerpo. Para completar sus explicaciones, el guapo desconocido le dijo que había venido en el tren, pero que en la estación de Algodor entendió, por soplo que tuvo, que al llegar a la de Toledo le prenderían, y andando el tren saltó a la vía, con riesgo de su preciosa existencia; se subió por los vericuetos que dominan el ferrocarril, y estuvo vagando dos días, sin tener qué llevar a la boca. En Toledo no le faltaban amigos y parientes, personas de mucha suposición, con los cuales quería comunicarse para ver si podían esconderle convenientemente o facilitarle el paso a la frontera de Portugal.

Grande interés despertó en la montaraz *Jusepa* todo este relato, que creyó como el santo Evangelio. Decidida a prestar al prófugo todo el auxilio posible, díjole que, por de pronto, lo mejor era quedarse en aquella guarida, hasta ver. Ella procuraría traerle una manta, bien escondidita para que nadie la viera. Y *mantención* no había de faltarle. En lo que hizo el hombre más hincapié fué en la necesidad de que le avisara tan pronto como viese en cualquiera de las fincas próximas asomos de Guardia Civil, a pie o a caballo. Sí, porque la justicia y los parientes del conde muerto habían de despachar en persecución de él lo menos un tercio de la Benemérita. Convino en ello la *angelical* tarasca, y le dió un pañuelo de seda para que se lo atase en el brazo derecho, que le dolía por haber hecho gran violencia con él al arrojarse del tren. Vestía pantalón ceñido, chaqueta y faja, con sombrero blanco de castor, bastante destrozado, y lo mismo que las botas de caña clara y de intachable forma. ¡Y qué anillos tan lindos en sus dedos lucía! Por cierto que en cuanto *Jusepa* se fijó en ellos para alabar su hermosura, él se quitó con gentil desenfado el mejor de los tres, y se lo dió. No quería ella tomarlo; pero hubo de ceder a instancias ardorosas, sumamente sandungueras.

A la tercera entrevista, que fué tempranito, casi al rayar el día, le llevó tabaco, porque el pobre rabiaba por fumar, dos pañuelos de la mano, finos, con faja de color, lo mejorcito del arca, una empanada y una botella de vino del superior que había en Guadalupe. No cesaba de recomendarle la permanencia en aquel escondrijo hasta que ella proporcionarle pudiese otro mejor, o llevarle a Toledo. El madrileño se encontraba bien allí, y le hizo mil preguntas acerca de la finca donde servía, de sus parientes, de sus amos, etcétera, y oyendo nombrar a don Angel, dijo que le conocía y que era una buena persona; pero que una monja endiablada le tenia sorbido el seso, y pensaba gastarse toda su fortuna en conventos, misas y procesiones. A *Jusepa* se le iba el tiempo insensiblemente escuchando a su ídolo, pues ídolo llegó a ser para ella, en tal manera sagrado y querido, que habría dado su sangre toda y su vida por salvar la de él. Su loca pasión no reconocía freno alguno. Con semejante hombre habría ido a donde él quisiera llevarla, a la santidad o al crimen. La confianza se estableció pronto, porque la sobrina de Cornejo, que nunca había querido a nadie, echó de sí en un punto y de un vuelco todos los tesoros de su alma. Fué como incendio repentino en almacén cerrado y

olvidado, lleno hasta el techo de materias inflamables.

VIII

No era fácil que estos encuentros de la loba y el zorro en medio del monte se sucedieran sin el obstáculo de algún indiscreto testigo. Si no hay pared que no tenga oídos, tampoco hay soledad, por silvestre que sea, en la cual no se abran algunos ojos, y éstos fueron en aquel caso los del salvaje Tirso, que con sagacidad cinegética siguió el rastro de la moza bravía y descubrió el enredo que entre las ortigas y malezas de la casucha se ocultaba. Pero *Jusepa,* a quien la pasión había dado agudezas y previsiones a prueba de cazadores, entendió al momento que la malicia del pastor había tirado de la manta, y avistándose con él en un recodo solitario, cuando volvía con las cabras, le habló resueltamente, haciendo como que le confiaba el secreto:

—Es un señorón de Madrid, que se oculta porque le andan persiguiendo por esto de la libertad, de los milicianos y por el sufragio de las ánimas universales. Cuidado como le vendas, Tirso, y si dices algo lo has de pasar mal, pero mal. Porque es gentilhombre de la boca del rey, tiene muchísimo poderío, y no la contamos, Tirso, no la contamos si se mus va la lengua. Viceversa, si te callas, tendrás todo lo que quieras. Te daré jamón.

El jamón le gustaba tanto al salvaje, que por tan exquisito manjar firmara él un pacto con el demonio, como el que por jamones de otra clase estaba dispuesto a firmar *don Pito.*

—¿Me darás de anquel que ties en la ispensa y trasciende a las puras glorias, to guarnío de unos pelos de mieles rubias como el oro?

—Sí, jamón en dulce con huevo hilado. Todo aquel piazo grande que viste allá será para tu boca si haces lo que te digo y callas.

Conformóse el bruto, que además recibió de la moza unas perras grandes que ésta llevaba en el bolsillo, y se fué decidido a tapiar con piedra y barro la puerta cochera de su boca, no menos embelesado en su mente con la idea de mascar *mieles de oro,* que pudiera estarlo su señor con una visión angélica. *Jusepa,* en tanto, no era la misma mujer, y si alguien se hubiera cuidado de observarla, habría notado en ella radical mudanza, cierta irregularidad en su trabajo, a veces despachando las obligaciones con desusada prontitud, a veces desentendiéndose de las cosas más importantes. Pero como Cornejo apenas paraba en casa por el día, y el amo no se fijaba en tales menudencias, sólo Dios se iba enterando. Los cigarraleros de Turleque, Mateo, y aun el mismo Virones, notaron, sí, que la fiera se componía y acicalaba más que antes; sus polvorosas greñas lucían peinadas y engrasadas, con alguna ondita sobre la frente, que era gran novedad. Bien ceñido el cuerpo, su mejor pedazo, parecía otro; bien lavadas cara y manos, si otras no parecían, porque la fealdad y aspereza ni Dios se las había de quitar, resultaban menos desagradables a la vista. Esto sin contar con fregoteos menos al alcance del público fisgón. Algo había de hacer para justificar exteriormente aquello de ser *arcángela.*

Pero aún hubo en *Jusepa* transformación de calidad más noble, afectando a la esfera del sentimiento y del carácter. Hízose menos áspera, más complaciente. La que jamás acarició a un niño, y por lo común los despedía de su lado con soplamocos y refunfuños, se recreaba ya con Jesusito, besándole y estrechándole contra sí, y lo propio hacía con las demás criaturas que andaban por Guadalupe o Turleque. Iguales efusiones de cariño sentía por los viejos, asombrados de que tan pronto hubiera perdido el puerco espín todas sus púas. A *don Pito,* sin dejarle tomar las confianzas que él tomarse quería, tratábale con más miramiento, con cierta consideración filial, que el maldito viejo aprovechaba como huésped, pero no agradecía como pretendiente.

Cada día empleaba más precauciones para acercarse con cautelosa pata al refugio del zorro, impaciente ya por salir de allí y abrirse paso entre el sinnúmero de guardias civiles que en aquellos caminos prestaban servicio. Una noche, disfrazado con gorra de pellejo que *Jusepa* le dió, y una manta parda, se aventuró a ir a Toledo, escurriéndose por el barranco hasta el puente, y tornando a su escondite antes que rompiera el día. Según dijo a la tarasca, en Toledo

estaba la persona que *le tenía el dinero,* pero no había podido encontrarla. Con esto, la moza le ofreció todo cuanto ella poseía, que no era mucho, y él hubo de aceptarlo después de mil melindres, porque no lo tomara a desprecio. Charla que te charla, la loba llegó a insinuar al zorro ideas muy donosas, verbigracia: Su amo, el señor de Guerra, tenía la hormiguilla de socorrer a todos los desgraciados que quisiesen acogerse a él. El mayor gusto que se le podía dar era pedirle hospedaje, contándole alguna desgracia gorda o miseria irremediable. ¿Por qué el madrileño no se presentaba pidiéndole asilo y amparo? Entonces viviría tan ricamente en Turleque, quizá en Guadalupe por ser persona fina, y podrían verse a todas horas. Un rato estuvo él pensando la contestación, y al fin salió con la música de que no era inválido ni pordiosero. Claro que podría pedir hospitalidad; pero al instante le conocería todo el mundo por ser persona célebre, cuyo retrato andaba en los papeles y hasta en las cajas de cerillas. Y lo que él principalmente quería evitar era que su popular rostro le denunciara. Como en aquellas fechas ya la Justicia le supondría internado en las Alemanias o en las Rusias, mejor era esperar, guardando el incógnito, hasta que tuviera medios de irse a Portugal. La idea de partir para tan lejos ponía fuera de sí a la inflamada *Jusepa,* que con suplicantes ojos y voces de flauta ronca le rogaba que no se fuese, y él fingía acceder a las ansias de su ángel salvador, diciéndole que si no podían largarse juntos (y a esto no se determinaba la villana), se quedaría en aquellos contornos todo el tiempo que pudiese.

También del nombre y apellido trataron; y antes de declararlos a su adorada, hízose muy de rogar, aparentando recelos y vacilaciones, como si se tratara del más grave secreto. Por fin dijo llamarse don Alvaro y ser de una de las primeras familias de España, de los Fernández de Córdoba y Téllez Girón. Sus padres le habían hecho aprender francés y le dedicaban a la carrera diplomática (*Jusepa* no sabía lo que esto era); pero él desde chiquitito mostró tal afición al toreo, que no le podían sujetar, y contra la voluntad de sus papás y hermanos, y de toda la grandeza, tomó la alternativa en Madrid, siendo ya un espada de los más famosos, y habiendo matado más toros que pelos tenía en la cabeza, arrancando siempre, sin haberle visto las orejas al miedo. Todas estas cosas tragábaselas ella y a gloria le sabían. Las creía como artículo de fe: tales eran su ceguedad y trastorno, amén de que siempre fué persona de escasísimo despejo.

IX

No muchos días después de Pascua de Resurrección, dispuso Angel explanar el terreno en que había de asentarse la proyectada casa religiosa, y no bajaban de cuarenta los trabajadores que en esto se emplearon. Virones hacía de listero, y Mateo, de capataz. El *apóstol* llamado *Maldiciones* volvió el Domingo de Pascua muerto de hambre, y pidió perdón al amo, rogándole que le admitiese, juntamente con un compañero que traía, *apóstol* auténtico, pues fué de los agraciados aquel año con la limosna del Lavatorio. Uno y otro fueron bien recibidos, y por cubrir el expediente hicieron como que trabajaban; pero no hacían más que charlar y fumar cigarrillos, esperando las horas de comida y cena.

Confirmó Lucía la noticia de que la hermana del Socorro no prestaba ya servicio de enfermera en casa de Zacarías. La razón de su ausencia o la ignoraba o no quería decirla. Lo que sí aseguró fué que su hermana, desde la partida de sor Lorenza, carecía de asistencia formal, que allí escaseaba todo, los medicamentos y hasta la comida, porque Zacarías miraba más a sus amigotes que a su mujer. Oír esto y decir Guerra: "Vamos allá", fué todo uno, y la ciega con gratísima efusión de fe y cariño le contestó:

—Si el señor va, la paz será con mi pobre hermana. El señor lleva consigo los consuelos de Dios, y allí donde él entra no puede durar la tristeza.

Pusiéronse en camino sin pérdida de tiempo en la mañanita de un día despejado y fresco, él actuando de lazarillo, ella más contenta que unas pascuas, porque en las tinieblas de sus ojos había empezado a ver en el amo un ser extraordinario, encarnación de todas las virtudes, y no ciertamente parecido a los demás hombres. Lo que a todas horas oía contar de su bondad, de su ca-

ridad, de sus colosales proyectos filantrópicos y cristianos, llegaba a su mente agrandado en las bóvedas negras y cavernosas de la ceguera, en las cuales la imaginación trabajaba libremente, sin que la perturbaran las realidades de la luz. Por el camino no cesaba de decir:

—Si el señor se digna visitar aquella pobre casa, mi hermana mejorará. Hace días que vengo pensando en esto; pero no me atreví a decirle al señor que fuera. Anoche soñé que el señor iba..., me lo daba el corazón. Pues soñé que lo mismo era llegar el señor que animarse verídicamente mi hermana y volverse otra. ¡Cosas del sueño son éstas que a veces salen verdad! Y yo acá me sé que todo lo que veo durmiendo se cumple de una manera o de otra... Pero tenga el señor cuidado cuando entremos, no sea que esté Zacarías y al pronto nos reciba como acostumbra con gruñido de perro guardián. Y no será malo que el señor eche unas cuantas bendiciones y rece lo que se acostumbra para espantar al demonio, porque me temo que algún diablillo se esconda en los agujeros altos de la casa.

—Veras tú—le dijo Guerra—cómo no aparece por allí ningún diablo, y aún confío en que se ablande Zacarías. Todos estos que se comen a los niños crudos son los más tiernos cuando alguien les habla al corazón.

Al subir desde el puente a la puerta del Cambrón encontraron a Mancebo, que bajaba.

—¡Zapa! Esta sí que es buena. Allá iba yo.

—Me alegro de encontrarle, don Francisco. Nos viene usted como anillo al dedo. Véngase con nosotros.

—Pero ¿adónde demonios vamos, señor don Angel? ¿Es lejos?

—El que se decide a trabajar conmigo y a seguir mi camino, no pregunta nunca si es lejos o cerca.

—Pues vamos, hombre, vamos—murmuró don Francisco, un sí es no es contrariado, pero decidido a obedecer con tal de entrar en la *Compañía* y encargarse de algún grave negocio de ella.

Atravesaron la Judería, encaminándose hacia los Gilitos y a las tortuosas callejuelas que rodean la parroquia de San Cipriano. Un poco fatigado de la caminata, harto presurosa para sus flacas piernas, Mancebo refunfuñaba para su sayo: "Pero este don Angel me toma a mí por un azacán. Harto sabe que yo soy un águila para las funciones administrativas, y no para corredurías sofocantes, echando un palmo de lengua. Pero aguardemos a ver en qué paran estos trotes."

—Pues, señor don Francisco, nos viene usted de perillas—le dijo Guerra abrazándole familiarmente poco antes de llegar a las Melojas—. Hoy mismo queda encargado de ...

—¿De qué, hombre, de qué...? Satisfaga mi curiosidad.

Tanteando las paredes, Lucía indicó que habían llegado. El clérigo palideció, y echándose atrás dijo:

—Por las trazas del edificio y por el barro que pisamos, ésta es la casa donde quisieron matar a mi sobrina... Don Angel de mis pecados, ¿adónde, con cien mil gruesas de demonios, me trae usted?

—¡Ay, que tiene miedo, que tiene miedo!—exclamó Guerra con hilaridad zumzona—. Pues, amigo, el cobarde no sirve para andar conmigo. ¿Qué teme usted? ¿Que nos asesinen a los tres? Pues por su parte, después de una larga vida honrosa y santa, ¿qué más puede desear que el martirio? ¡Morir en el ejercicio de la caridad! O somos cristianos o no lo somos.

Haciendo de tripas corazón, don Francisco entró, receloso y precavido, a bastante distancia de Angel, que daba su mano a la ciega.

Los dos hijos de María Antonia jugaban en la sala, tirando de un carretoncillo con una sola rueda, cargado de pedazos de baldosín. Dos vecinas acompañaban a la enferma, bastante agravada, tan abatida que apenas podía hablar. Angel sintió mucho que no estuviese Zacarías por ver si era el león tan fiero como le pintaban. Lo primero que hablaron las vecinas presentes fué para expresar la absoluta precisión de llevar a María Antonia al hospital, si había de tener mediana asistencia.

—Nosotros—díjoles Guerra—traemos el hospital aquí. ¿Qué hace falta? ¿Tres o cuatro visitas diarias de médico? Las tendrá. ¿Medicinas? Todas las que sean necesarias, sin tasa alguna. ¿Qué más se pide? ¿Una persona que cuide a la enferma y de ella no se aparte? Bien; pero como por el genio que gasta el señor de la casa no puede encargarse de

la asistencia una mujer sola, pondremos una mujer y un hombre. La mujer será cualquiera de las que me oyen, si tiene algún tiempo que perder; el hombre será mi amigo Mancebo.

—Querido don Angel..., yo...—dijo el beneficiado balbuciente—. Verá usted..., yo...

—Ya sé lo que me va a decir. Sus ocupaciones... Corriente. Yo le ayudaré; turnaremos en la guardia. Usted por las mañanas, después del coro, una horita; dos horitas por la tarde. El resto del día y toda la noche, yo. Me parece que no se quejará de exceso de trabajo.

Don Francisco sintió un nudo en su garganta. Eran las objeciones que querían salir, y que se tropezaban con la saliva entrante. No se atrevió a indicar que a él no le daba el naipe sino por la contabilidad monda y lironda. Adelantándose a su pensamiento, Guerra le dijo:

—En cambio de la brevedad de la guardia, amigo Mancebo, queda encargado usted de la administración de este hospital domiciliario; usted toma nota de todos los gastos y los abona con los fondos que recogerá del señor don José Suárez, mi pariente. Cómprese un libro, en cuya primera hoja abrirá la cuenta de esta asistencia inaugural, y continúe la serie hasta que podamos llevarnos a Turleque a nuestros pobres enfermos desvalidos.

Mancebo, algo consolado con aquello de tomar dinero, distribuir fondos y anotar números en un libro, expresaba su aquiescencia con expresivas cabezadas.

—Y ya deseo empezar mi guardia —añadió Guerra mirando a las dos vecinas—, porque tengo ganas de que salga el Zacarías ese tan fiero, que tuvo el increíble valor de amenazar de muerte a una hermanita del Socorro. Veremos si se atreve conmigo.

—Señor—dijo Mancebo receloso—, permítame... Ese Zacarías será todo lo bruto que se quiera, pero es dueño de su casa y jefe de su familia, y nosotros, con fines muy santos y muy buenos, eso sí, nos hemos colado en su domicilio, somos unos intrusos, y nada tendría de particular que el hombre se amoscara y nos pusiera en la calle. De modo que, a mi juicio, lo primero es traernos un permiso de la autoridad para allanar moradas caritativamente, y lo segundo, que dicha autoridad nos dé una parejita de la Guardia Civil, por lo que pudiera tronar.

—Déjese usted de autoridades, y de permisos, y de guardias civiles—replicó Angel, nervioso—. Los que se presentan desinteresadamente en la casa del dolor con el doble carácter de médicos del cuerpo y del espíritu, no necesitan la papeleta de un alcalde. Nuestros poderes vienen de más arriba. Si no quieren recibirnos, si nos ultrajan, si nos arrojan, salimos tan frescos y nos vamos a otra parte. Verá el descreído y expedientero don Francisco cómo al fin somos admitidos y agasajados. Cierto que al principio hemos de tropezar con la ingratitud y la barbarie; pero ya verá, ya verá cómo luego se allanan nuestros caminos. Por eso quiero yo hacer esta prueba; quiero asaltar con mi ejército de caridad la casa de un enemigo. ¿Que nos rechaza? Nos vamos, ¿Que nos injuria? Oímos y callamos. ¿Que nos da golpes? Los sufrimos con paciencia. A otra parte con nuestra música, y el que no tenga fe, don Paco, que vuelva atrás y se vaya bendito de Dios.

X

A moco y baba lloraba la ciega oyendo estas fervientes razones, y las otras dos mujeres no volvían de su estupefacción. Nada quiso objetar Mancebo, no porque le faltaran argumentos, sacados de su acendrado positivismo, sino porque se encontraba en minoría, y temió deslucirse.

—Bueno; todo eso está muy bien—dijo al fin—. No seré yo quien descomponga el altarito. Acepto mi papel, y creo que para que esto marche, señor don Angel, para que esto vaya como por carriles, lo primero es ir en busca de los fondos. Conviene, pues, que me dé usted un vale o...

Parecióle bien al otro esta previsión, y pidiendo pluma y tinta escribió en un librito talonario que siempre llevaba consigo, y arrancada la hoja, se la dió a Mancebo, que presuroso salió a tomar el aire con ella. ¡Cuánto mejor se estaba en la calle que en aquel antro ahogado y maloliente, oyendo gemidos de dolor y mirando tanta miseria y desorden! Una de las dos vecinas llevóse el niño peque-

ño a su casa, y la otra se prestó a cuidar de la enferma sin ningún estipendio, por puro espíritu de compañerismo y caridad. Ambas recelaban que Zacarías armase al venir una grandísima tracamundana; mas, contra la general creencia, ninguna tragedia ocurrió al presentarse el forjador de aceros, quien si al pronto oyó displicente y ceñudo las explicaciones de Angel, al poco rato de oírlas mostraba indiferencia de cuanto allí pasaba. Parecía hombre en quien se habían secado las fuentes del sentimiento y de la piedad. Por de pronto, la idea de que todos los gastos corrían de cuenta de aquel señor desconocido, que por las trazas debía de ser o pastor protestante o jefe de alguna congregación filantrópica de las muchas que salen ahora, fué mano de santo para domarle, pues estaba comido de trampas y acosado de usureros voraces. No mostró gran interés por su esposa ni por los niños.

Sobre el paso de haber amenazado de muerte a la hermanita dijo que sí y que no; que nunca fué su intención matarla; que por aquellos días se ocultaba en la casa un amigo muy querido, guapo chico, acosado por la infame justicia. Hubo temor de una delación. Sospecharon de la monja... El no quería faltar a las leyes de la hospitalidad, decidido a defender a su amigo de todos los guindillas y soplones del mundo. *Vele ahí* por qué levantó el gallo a la *socorrista*, creyendo que... Después se convenció de que no... Quiso pedirle perdón; pero la hermanita se fué el sábado por la tarde al Socorro y no volvió más. Y el amigo también tomó el portante, buscando lugar más seguro. Refirió estas cosas el armero con indiferencia y sin ningún calor, como quien narra hechos vulgares y corrientes.

—Si la sor quiere volver—dijo al fin—, por mí que vuelva. Seremos amigos.

—Gracias—le contestó Guerra—, no es la mejor garantía la amistad de usted.

Transcurridas unas horas, Zacarías parecía menos hosco, y hasta se podían notar en él síntomas de gratitud. No se opuso a nada de lo que las vecinas iban acordando al tomar la dirección de la casa; facilitaba lo que de él dependiese y por fin, después de comer con escaso apetito lo que le dieron, salió sin decir oxte ni moxte, y no se le volvió a ver el pelo en todo el santo día.

Cuando llegó Mancebo con el dinero, ya el forjador de espadas no estaba allí.

—Señor don Angel—dijo el clérigo—, ya tenemos fondos. De paso he avisado al médico que usted me indicó. Llevaré nota clara de todos los gastos que vayan ocurriendo, y empiezo por disponer la compra de mañana: media libra de carne y un cuarto de gallina. Con la farmacia me entenderé directamente. Esto va bien. Pero dígame: ¿en esta campaña ha de ser todo gastos? Y los santísimos ingresos, ¿dónde están?

—¿Los ingresos? Vendrán de arriba.

—¿Cómo de arriba?

—Del celaje. Veo que es usted hombre de poca fe, amigo don Francisco. Los ingresos caerán de las alturas como el maná—incredulidad de Mancebo—. ¿Qué es eso?... ¿Lo duda?

—No...; así será. Es que como nunca he visto llover maná... Puede ser. Digo que a mí no me cayó nunca. Por lo demás, me gustaría verlo caer.

—Sembrar y esperar. Sólo que estas cosechas no las da la tierra.

—Conforme—sonriendo—. Dios dirá.

Como hombre muy aficionado a enterarse del medio en que funcionaba, Mancebo revolvió toda la casa; subió al desván, salió a un patinillo trasero, fué de una parte a otra registrando, y el resultado de sus olfateos no debió de ser muy tranquilizador, porque llamando aparte a Guerra, le secreteó en la forma siguiente:

—Amigo don Angel, me parece que estamos en un sitio sumamente peligroso. Mi opinión es que nos larguemos de aquí, mandando a esa señora al hospital. Examinada la localidad, hame dado en la nariz un tufillo de...

—¿De qué, hombre de Dios? Aquí tenemos al padre del miedo.

—Diga de la prudencia. Pues sospecho y casi, casi afirmo que—bajando más la voz—estamos en una guarida de monederos falsos. ¿Qué, se ríe? Usted todo lo toma a risa. He visto por ahí instrumentos sospechosos, y arriba unas escrituras, o más bien papeles estampados, con rasgueos y garambainas como los de los billetes de Banco. Don Angel de mis entretelas, gran cosa es la caridad, pero hay que ver dónde y cómo se ejerce. Claro que no debe haber distinciones, y así lo mandó nuestro Señor Jesucristo, que al mismo Judas infame dió su parte

en la cena. Pero una cosa es la conciencia y otra la sociedad. Porque figúrese, don Angel, que estamos aquí tan descuidaditos hechos unos santos, y viene la Policía y muy santamente nos coge a todos y, ¡zapa!, nos llevan a la cárcel..., con muchísima santidad. ¡Qué susto, qué vergüenza!

—Querido Mancebo: ¿qué nos importa que aquí fabriquen o hayan fabricado moneda falsa? La nuestra, la que nosotros acuñamos, es de toda ley. Si usted tiene miedo a la Policía y a la cárcel, váyase. Yo me quedo.

—¡Ah! Pues yo también—tragando saliva—. Indico un peligro..., pero a pie firme siempre, señor don Angel.

Y para sí decía: "Menudo susto nos van a dar. Yo me lavo las manos. No estoy aquí más que para la contabilidad. Véanse mis papeles. Digo lo que decía don José Suárez al darme el dinero: "Veo los gastos; pero los ingresos, ¿dónde demonios están?" Mucha plata tiene este don Angel; pero la moneda suelta corre que es un primor. Cierto que tarde o temprano empezará el goteo de las limosnas. Entonces, ¡qué gusto ser cajero de esta institución! Mi humilde opinión es que deberíamos echar una derrama y llamar a las puertas de toda persona caritativa, diciendo: "Contribuid al socorro de la Humanidad." Pero quien manda manda... Veo el óbolo que sale y no veo el óbolo que entra. Y la caridad en grande escala necesita, como el comercio, su Debe y su Haber."

En estas reflexiones estuvo hasta la hora en que Guerra le dijo que podía retirarse, lo que hizo de bonísima gana. Llegada la noche, las vecinas prepararon una frugal cena para don Angel y Zacarías; pero éste no se dejó ver por allí, y la ciega y el señor de Turleque cenaron en buen amor y compaña. Quedó abierta la puerta por si el armero a deshora entraba, y se dispusieron a pasar la noche. La vecina enfermera montó la guardia en la alcoba. Lucía se acomodó en un rincón de la sala, apoyando la cabeza en una silla baja; y en un sillón de hule, derrengado y con todo el pelote a la vista, descabezó Angel su primer sueño. Desvelado estuvo más de tres horas, contándolas por el reloj de la cárcel vecina, y ya principiaba a aletargarse cuando la ciega, tocándole las rodillas, le dijo con apremiante voz:

—Señor, señor, despierte... ¿No sabe lo que pasa? Que he recobrado la vista... Digo, como recobrarla solutamente no; pero el Señor me concedió la facultad un rato para que viera el mayor de los prodigios.

—¿Qué cuentas, pobre mujer?... ¿Estás segura de hallarte despierta?—poniéndole la mano en la frente.

—Señor, señor—abrazándole las rodillas—, lo que le cuento es tan verdad como que Dios es nuestro Padre. Desperté y veía. ¡Ay, yo sé lo que es ver, porque cuando niña vi, y me acuerdo de cómo son las cosas! Desperté con vista, señor, y vi la habitación con todos sus trastos, y ese sillón con la lana de fuera, y usted dormido en él o velando con los ojos cerrados. Vi ahí enfrente el armario de la loza, y la cómoda con aquellas láminas rotas y el perrito de yeso, vi la estera con tantísimos desgarrones, y la puerta de la alcoba abierta. Y la luz que alumbraba la sala ardía en un vaso, como una estrella que está muy lejos, chiquita, nadando sobre un dedo de aceite encima de tres dedos de agua. Le juro, señor, que lo vi y que le cuento la verídica realidad. ¿Verdad que lo cree? Pues aún me falta decirle lo mejor. Vi a mi hermana salir de la alcoba, con un niñín en los brazos, dándole de mamar.

—Eso sí que no puede ser, Lucía, ten juicio.

—Señor, que la Santísima Virgen me deje también muda si no es verdad que lo vi. María Antonia tenía sus pechos sanos y bonitos... Oigo todavía los chupetazos que daba el chiquillo.

—Lucía, si duermes aún, despierta, vuelve en ti.

—¡Ay, que no lo quiere creer! ¡Dios mío! ¿Cómo se lo diré para que me crea?—retorciéndose los brazos—. Y mi hermana se llegó a mí, y yo hablarle no podía, de tan trastornada como estaba. Por fin rompí y le dije... ¿qué sé yo lo que le dije? Pero aquí me suenan todavía las palabras que me respondió: "Si tuvieras fe, no te asombrarías de lo que estás mirando. Sana estoy, y he recobrado lo que perdí. Mírame bien: no creas que son prestados, que míos son, y muy míos. La sor me los dió esta noche, arrancándoselos de su pecho y poniéndolos acá." Y mi hermana volvió a la alcoba arrullando a la

criatura, y diciendo: *Milagro fuí, milagro soy.*

—¡Qué inocente eres, Lucía! Para que te convenzas de que soñaste, acércate al lecho de tu hermana, y pregúntale si es cierto que...

—Será que han desbaratado el milagro después de hacerlo. Yo juro que vi y oí lo que le cuento, señor. Cuando mi hermana se metió en la alcoba, ¿sabe?, vi salir de ella a la monjita del Socorro y entrar en el cuarto donde duermen los niños. Viendo esto, quedéme otra vez sin la facultad, y me volvieron las tinieblas en que vivo siempre.

—La hermana Lorenza no está aquí, ni en el cuarto de los pequeñuelos. Además, ni el chiquitín de tu hermana es de pecho ni duerme aquí esta noche.

—Señor, no me contradiga, no me lo niegue... Si lo que he visto no es verdad en este momento, lo será. Si el señor no lo ve así es porque no tiene fe.

—Fe tengo; pero no creo que tu hermana recobre lo que perdió, ni menos que se pueda verificar ese traspaso de... No delires, hija.

—Lo he visto, lo he visto—acentuando enérgicamente con las manos—. ¡Tuve la facultad! El que viva sin fe que me lo niegue.

—Entra en el cuarto de los niños, palpa bien por todos lados, y si encuentras allí a la hermana Lorenza, creeré tu historia, y seré el primero en proclamar el milagro.

De puntillas entró la ciega en el cuarto, y Guerra, movido de una curiosidad que no acertaba a explicarse, entró también. La una con el tacto y el otro con sus claros ojos, cerciorároнse de que allí no había nadie más que la niña mayor, dormida.

—¿Lo ves? ¿Te convences?—le dijo el amo, con pena, conduciéndola de la mano a la salita.

—No me convenzo, señor. Afirmo lo que afirmé, y creo lo que vi.

XI

Volvió Guerra a ocupar su sillón, y la candorosa ciega el lugar donde pasado había la primera parte de la noche. Rezaba a media voz. Poco después del diálogo referido, Angel sintió a María Antonia hablando quedamente con su enfermera. Acercóse a la puerta de la alcoba, y oír pudo estas desvariadas expresiones:

—Hermana Lorenza, ángel de Dios, ¿y qué debo daros en cambio de lo que me dais? Me curáis con vuestra propia carne y me dais vuestra sangre y vuestra vida.

Contestóle la vecina en términos cariñosos, llevándole el genio, y la incitó al descanso y a tomar la pócima que le ofrecía. Pero María Antonia no se mostraba sensible a tan razonables exhortaciones; negábase a tomar el brebaje, y con descompasado mover de brazos y febril brillo de los ojos decía:

—Pero si estoy curada, Gumersinda. ¿No lo ves? Pero ¿no lo ves? Haz el favor de apartarte a un lado, que no me dejas mirar a la otra, a la bonita, a la que trae recados del Padre Eterno y al oído me los dice. No sé a cuento de qué os oponéis todas a que me cure la hermanita. Ella quiere, y vosotras, entremetidas, puercas, sinvergonzonas, no la dejáis..., es lo que veo..., no la dejáis. Os habéis propuesto que yo me pudra en este puño de cama; pero no lo conseguiréis, no, no lo conseguiréis. Tengo mi ángel, que ahora está detrás de ti..., le veo la toca blanca..., y los ojos le bailan detrás de los tuyos, que están fijos en mí. No, no me abandona la sor salada, y en cuanto la dejéis acercarse a mí, me curará. Me lo prometió de parte del señor de Dios, el cirujano presupotente, y lo ha de cumplir...—inquieta—. Pero hazte a un lado, mujer... ¡Que siempre has de plantarte entre la señorita y yo, para no dejarla que me cure! Gumersinda, tú antes no eras así. ¿Por qué te has vuelto tan mala? ¡Envidiosa! Como no has podido criar a tu hijo, porque se te secó la leche, ¡ja, ja!, no quieres que yo... Pues mira, yo pensaba criarte el tuyo..., límpiate ese moco..., criártelo junto con el mío, que para todos hay, y aún me sobra..., mira... Si te da dentera de vérmelas, rabia y rabia y rabia.

Tenaz en la persuasión y en el cariño, ya asintiendo a los disparates que decía, ya refutándolos con gracejo, Gumersinda logró hacerle tomar el potingue, y la infeliz mujer se fué calmando poco a poco. Las expresiones de su

delirio dejaron de ser inteligibles, cual si se alejara la voz que las pronunciaba sumergiéndose en lo profundo.

Volviendo al deshecho sillón que de cama le servía, inútilmente trató Guerra de conciliar el sueño. Sintió roncar a la ciega, retorcida en mala postura, y algo habría dado por imitarla y descansar. "Esta bienaventurada—pensó—estará regocijándose ahora con otro delirio milagrero, y despierta sostendrá que ha visto lo que sueña. ¡Dichosos los que no llevan aquí el terrible espejo de la razón, desvanecedor de los engaños de la fantasía, porque ellos están mejor preparados para la fe! Yo, con mi razón firme y bien educada, siéntome sujeto cuando quiero lanzarme a creer, y mi propio sentido desvanece a la dorada ilusión del milagro."

Tanto le inquietaron estos pensamientos, que no pudo permanecer en el sillón, y se puso en pie. Dió algunos paseos por la casa; pero el temor de hacer ruido y turbar a la enfermera le sugirió la idea de echarse a la calle. Como la puerta no estaba cerrada, fácilmente y sin el menor bullicio salió. Amanecía ya, y una claridad pura y rosada despuntaba en el cielo. Oíase el gorgoteo del Tajo, que muy cerca de allí corre impetuoso entre aceñas rotas. Cantaban gallos. Enfrente, el muro rocoso que al río sirve de caja comenzaba a teñirse de variados tonos, y por encima de la cresta del monte en que está la Virgen del Valle apareció la estrella de la mañana con fulgor hermosísimo y virginal. Espectáculo tan bello le sumió en éxtasis, y no tenía alma más que para dirigir una ferviente invocación a las alturas sin fin, entonando a media voz el himno *Ave maris stella, Dei Mater alma*. Y después dijo la antífona *Salve Regina..., vita, dulcedo et spes nostra*. No la había concluído cuando el astro comenzaba a palidecer, diluyendo su luz en la purísima diafanidad del cielo azul, limpio, inmaculado.

No tardó en sentir el caballero cristiano profunda fatiga, y se volvió a la casa. Al entrar, todos dormían, incluso Gumersinda, que, rendida del sueño, apoyaba su frente en el lecho de María Antonia. Trató de imitar a los demás, y al recostarse y cerrar los párpados sintió un deseo vivísimo de ir al Socorro. Pero ¿cómo, a tal hora? No se daba cuenta de la verdadera razón de aquel insensato estímulo, en puridad un ansia loca de ver a *Leré*, de platicar con ella, de hacerle mil preguntas, de consultarle sobre dudas y cuestiones importantes, y más claro aún: ansia de contemplarla y extasiarse ante ella. Tan vivo era su anhelo, que se conceptuaba infeliz si al momento no lo realizaba. "Pero la hora es impropia", le dijo su razón. Y el deseo: "Yo cambiaré la hora y haré que en vez de ser ahora las cinco sean las tres de la tarde. Para todo hay remedio."

"No seas loco—se dijo, volviendo sobre sí y apreciando claramente su situación—. Vale más que descanses. Anoche no has dormido ni media hora. Y ten presente, además, que lo que comiste ayer no bastaría para alimentar a un pájaro. No, de aquí no te muevas hasta que venga Mancebo a relevarte, y Mancebo no vendrá hasta después de Tercia."

Este razonable temperamento duró poco. "Ahora mismo—pensaba—, ahora mismo voy. Me muero si no voy, si no la veo al instante." Pero intentaba moverse y no podía. Su cabeza era de plomo, sus piernas, de palo insensible. "Este sueño, este maldito sueño me mata, porque esto no es dormir, sino morirse, y morir sin verla es tristísima cosa..."

Y he aquí que a las once de la mañana, aproximadamente, despertaba en su casa de Guadalupe..., y al despertar encontróse tendido en su lecho. La turbación y el desasosiego que se apoderaron de su alma no pueden ser descritos. Llamó..., vino *Jusepa*.

—*Jusepa*, por tu vida, sácame de una horrible duda. ¿Cómo y cuándo he venido yo aquí? ¿Trajéronme en volandas los ángeles, las brujas, o quién?... ¿Qué hora es?

—Son las once, señor... Pero ¿el señor no se alcuerda que vino esta mañana? Yo no sé cuándo allegó a casa, porque no estaba aquí. Pero ¿no se alcuerda que mus encontramos por el camino? Yo bajaba, el señor subía.

—¡Ah! Sí, sí...—exprimiento su memoria como un limón que ha dado ya todo el zumo—. Yo venía, y más acá del puente te encontré y te dije: "*Jusepa*, ¿adónde vas?" Y tú me contestaste: "Señor, a Toledo a un recado..." Sí, llegué aquí, y me eché vestido en esta cama y caí como en un pozo. Pe-

ro ¿cómo vine yo acá, cuando mi propósito y mi deseo eran ir al Socorro?

Jusepa alzó los hombros y contrajo los labios en señal de su absoluta incapacidad para resolver las dudas del amo.

—Porque...—en la mayor confusión—, aguárdate. Yo estaba..., eso lo recuerdo bien..., allá... ¡Ah! Voy viendo más claro. Entran las imágenes de lo pasado en mi memoria poquito a poco, a retazos, que luego tengo que juntar para que resulte el sentido... Sí, Mancebo llegó y me dijo: "Ya estoy aquí, don Angel. Puede marcharse cuando guste. Usted necesita descanso." Y entonces, sin duda, salí y me vine acá... Pero... esta maldita memoria no acaba de aclararse. Conservo la idea de haber querido venir con la ciega, de haberle dicho: "Lucía, vámonos." Dime: ¿ha venido Lucía?

—Yo no la he visto, señor.

—Y cuando nos encontramos, ¿qué te dije yo?

—El señor, cuando yo le contesté: "Voy a un recado", me dijo: "Anda, y no te pierdas." Y yo le dije, digo: "Señor, sé muy bien el camino."

—¡Ah! Ya, ya voy recordando. Díjete aquello porque me pareció que ibas con un hombre, y que el hombre, al verme, se escondió detrás de las paredes en ruinas que hay más allá de la Venta del Alma.

—Señor—dominando su turbación—, yo le juro que no iba con ningún hombre.

—¿Y qué? ¿No eres tú mujer? ¿Estás condenada a ser insensible? No es crimen amar, ni mucho menos. No tienes necesidad de decirle a tus novios que se escondan de mí, pues yo no me como los novios de nadie.

—¿Novios yo? El señor olvida que soy casada.

—¡Ah! Sí; tu esposo, hijo de Cornejo, está en presidio. Casi, casi eres viuda. En cualquier estado que se viva nadie se exime del achaque de amar..., y para todo hay bula... Bien, *Jusepilla,* bien; tus referencias ayudan mi memoria, y gracias a ellas voy recordando mi caminata desde el cerro de las Melojas hasta aquí. ¿No es cierto que en el puente había unos hombres a caballo disputando con los de Consumos? Pues lo mismo que doy ese detalle de lo que encontré en el camino podría dar otros. Sí, sí, y cuando entré en el cigarral salía Cornejo con dos trabajadores, que me dijeron... No importa lo que me dijeron... Y allá, cuando pasaba por delante de Santa María la Blanca, vi a unos ingleses que salían de ver la sinagoga, y poco antes me había encontrado al chico segundo de Justina Mancebo, y hablé con él y le dije... Bueno, *Jusepa,* bueno: ahora lo que más importa es que yo almuerce. Mi debilidad es tal, que las palabras para ponderarla se niegan a salir de la boca, y el pulmón no quiere darme aire para poderlas articular; tan incomodadas están conmigo todas las partes del cuerpo por el mal trato que les doy... Espera: al paso que me haces el almuerzo, mandas un recado a *don Pito,* si está, o a Virones o a la ciega, si ha vuelto, para que alguno de ellos me acompañe a la mesa. Tengo miedo de comer solo, porque me distraigo, se me enfría la comida, y hasta se da el caso de que me entre un bárbaro deseo de arrojarla por la ventana sin probar de ella, por puro flujo de abstinencia, por la tecla de mortificación... Oye, *Jusepa,* vuelve acá: que llamen al niño Jesús al momento y me lo traigan, que quiero charlar con él—sale *Jusepa*—. Sí; deseo saber lo que piensa de esto Jesusito. No dice nada que no sea una verdad profunda. Su inocencia no es otra cosa que la Teología disfrazada. Este niño no ha venido aquí por casualidad, ni debe de tener parentesco con Virones. Este niño es algo que no cae dentro del fuero de lo natural. En sus ojos, que parecen ver lo que nadie ve, se transparentan regiones luminosas, donde nada se ignora, donde no existen la duda ni la ignorancia terrestres. Son ventanas por donde lo infinito se entretiene en contemplar lo finito... para reírse de él. Mi cerebro parece que se vacía de toda idea—con extremo desfallecimiento—. No obstante, ahora recuerdo con perfecta claridad cuanto hice y vi y pensé en las primeras horas de la mañana. ¡Vaya, que olvidar cosa tan clara y hechos tan bien determinados! Poco después de Mancebo, que me despertó, fué el médico, el cual examinó a María Antonia, y puso muy buena cara cuando la vendaron... Me dijo: "Cicatriza, sí, señor, cicatriza. No lo creí; parece milagro." Nos alegramos mucho de oírselo decir, y yo le pre-

gunté: "¿Curará, señor don Acisclo?" Contestóme con un gesto de optimismo y un *veremos* que me llenó de esperanza. Pues ¿no ha de curar, si puso sus manos divinas en ella la...? Tente, cabeza, que te disparas... Pues sí, aquel ángel de Dios se arrancó su propia carne para... ¡*Jusepa, Jusepa,* que me muero de hambre!

XII

Señalan las crónicas al llegar a este punto dos hechos de suma importancia. Primero: que comió el señor de Guadalupe y Turleque con buen apetito. Segundo: que *Jusepa* le dió bastante mal de almorzar, guardando los bocados mejores para quien ella sabría. Iba llenando con ellos un cesto, en el rincón de su alacena, hasta que llegaba la hora de tomar soleta hacia La Degollada. La circunstancia de andar por allí bastantes jornaleros sacando piedra, amén de los que trabajaban en la explanación, favorecía de una parte las escapatorias de la villana, y de otra ponía en grandísimo peligro al majo madrileño, pues no era fácil que con el continuo pasar de gente pudiese *guardar el acónito,* como decía *Jusepa.* Pero de tal modo se habían despertado las facultades de ésta, juntamente con su energía afectiva, que discurrió los arbitrios más ingeniosos para rodear al don Alvaro de las mayores seguridades posibles. Consiguió disfrazarle hábilmente con algunas prendas de su marido y otras que trajo de Toledo, y el galán pudo espaciarse un poco de noche, y aun de mañana, evitando el pasar por Guadalupe. En una de éstas, el perseguido caballero se fué a la ciudad, y contra lo que *Jusepa* esperaba, no volvió ni aquel día, ni al siguiente, ni al otro. Desesperación y amargura de la loba, que a todas las ánimas habidas y por haber invocaba, y creyó firmemente que debía ir a hacerles compañía en el Purgatorio.

Por fin, en la noche del quinto día, volvió a presentarse el majo en su escondite, y cuando ella le vió a punto estuvo de perder el sentido. Allá se traía el tal mil historias que atropelladamente cantó a su amante para justificar tan larga ausencia: Que en Toledo se había encontrado a unos parientes que le brindaron protección; pero no fiándose de ellos, pues deseaban su muerte para heredarle, renunció al albergue que le ofrecían. Que el amigo que debió venir de Madrid con el dinero no había parecido aún, por lo cual era forzoso esperarle unos días más. Su plan era, en cuanto llegase el amigo con los santos cuartos, salir pitando para Portugal a uña de caballo. Y juraba por sus ilustres antepasados que no daría un solo paso en el camino de su salvación si ella, su angelote redentor, mil veces bendito, no le seguía. Hecha un puro arrope manchego y babeándose toda de satisfacción, *Jusepa* contestaba, como persona de conciencia, que de buen grado le seguiría si no fuera por el aquel de ser mujer casada. ¡Qué diría su familia; qué la comarca cigarralesca; qué Toledo, donde tanta gente la conocía; qué, en suma, todito el orbe católico!

Acalló tales escrúpulos el galán con fingidos arrebatos amorosos y con razones que acabaron de hacer perder el juicio a la ya dislocada *Jusepa.* En cuantito que él se pusiera a salvo, estableciéndose en las Alemanias, en los Estados Unidos de Nápoles, o quizá a la parte norte de las islas del continente de los Países Bajos, recobraría la recopilación de su personalidad, sin miedo ninguno a la Justicia, ¿y a que no saben ustedes lo primero que haría? Pues escribir una carta al reverendo Papa para que, a vuelta de correo, le despachase el divorcio de su adorada. Eso es, y hágote soltera. En seguida le daría su mano, y si la familia de él no lo miraba con buenos ojos por ser su ángel un poco a la pata la llana, él se pasaría la familia por las narices. Además, al tiempo de casarse reclamaría el título de barón que un tío suyo le usurpaba contra todo fuero, y hágote baronesa. Parece que estas bolas de tan grosera calidad no habían de ser creídas por ninguna persona de mediano entendimiento, ni aun en las zonas más apartadas de la realidad social. Pues el tragadero de la loba hallábase dispuesto a pasar ruedas de molino aún mucho mayores si el peine aquel hubiera querido administrárselas. Más atrevida en cada etapa de su aventura, llegó a concebir la temeraria idea de albergar al zorro majo en la propia casa de Guadalupe. Para esto era menester aguardar circunstancias favorables: que su tío Cor-

nejo se quedase algunas noches en la choza de las canteras, y que el amo se fuera por algunos días a dormir a su casa de la calle del Locum, aunque en rigor la presencia del amo no estorbaba absolutamente, pues el buen hombre hallábase tan ido de la cabeza con aquellas gaitas de la religión, que era facilísimo burlarle y hacerle ver lo blanco negro.

Jusepa se equivocaba, pues si el señor de Guadalupe se corría un poco más allá de la realidad en la percepción de ciertos fenómenos relacionados con la vida espiritual, en todo lo referente al orden de su casa y a los trabajos constructivos, solía mostrar un tino y penetración admirables. La prueba de esto la tuvo la propia *Jusepa* una tarde en que su amo, viendo lo mal que le servía, díjole con bondad:

—*Jusepa*, a ti te pasa algo. Tú no eres la mujer de antes. Haces mal en tener secretos conmigo. Tú no riges bien de la cabeza, señal de que andas mal del corazón. Tú te compones, te acicalas, te distraes y zancajeas por ahí más de lo que acostumbrabas.

Púsose todo lo encarnada que podía, pues su piel de vejiga mantecosa era más sensible al lustre del sudor que a los arreboles de la vergüenza, y balbució algunas excusas y explicaciones. Tentada estuvo después de arrancarse a una confesión total con don Angel; pero no se determinó a ello por temor de disgustar al otro. ¡Lástima no contar con el amo, que era tan bueno, tan generoso, y seguramente estimaría en mucho las buenas partes del don Alvaro, y le ampararía como caballero cristiano, poniéndole a salvo de los del tricornio!

Por sabido se calla que Guerra volvió puntualmente a la guardia en casa de Zacarías. Una mañana le sorprendió Mancebo corriendo a encontrarle con expresiones y gestos de alegría.

—Señor, señor, milagro tenemos.

—¿Qué..., qué ocurre?—con viveza.

—Milagro precisamente no; pero... He querido decir *maná*... Vamos, que ha empezado a caernos hoy por la mañana, y como siga, pronto será benéfica lluvia.

—¿No lo decía yo, don Francisco? Para que aprenda a tener fe.

—Pues hoy me fuí a la botica de Zapatero con ánimo de pagarle todas las medicinas que se han traído desde que empezamos a trabajar aquí, y..., ¿que creerá usted? Sale el propio don Pedro Zapatero y me dice que no es nada. Pues, señor, bueno... A este paso... Dice que siendo para obras de caridad y para cosa dispuesta por usted, no cobra; que él también tiene su aquel de hombre pío, y que patatín y que patatán.

—A ese Zapatero le hice yo un favor en Madrid años ha. Tenía un hijo enfermo, que estudiaba Farmacia, y yo... Pero me callo, que las buenas obras piden olvido.

—Pues hay más, mi querido patrón, señor don Angel. Hoy está de Dios que sea día de *maná*. Me paso por casa de los Illanes, y... oiga usted este golpe. Después de hablarme con entusiasmo de usted, Gaspar me dice que pone a nuestra disposición unos sacos de judías... Yo me figuro que estarán algo picadas..., pero de todos modos se agradece, ¿no es verdad que se agradece?

—Ya lo creo. Picadas o no, dígale que se estima muchísimo su donativo. Reciba usted todo lo que le ofrezcan, aunque sea un trapo viejo, un alfiler o un grano de arroz.

—Bien, bien, superlativo. Y ahora, para saber si están picadas o no están picadas las tales judías—con oficiosidad, haciendo gancho con el dedo índice en torno de la nariz—, se me ha ocurrido una idea sumamente ingeniosa. Que me mande uno de los sacos a casa, y allí probaremos el género, y, según como resulte, así se destinará a estas bocas o a aquellas bocas.

—Perfectamente. Pruébelas usted, y si le convienen, puede continuar la cata hasta que se acaben.

—No tanto, si bien tenemos un monstruo en casa que daría cuenta de ellas, aunque estuvieran más picadas que el alma de Judas... Magnífico. Ya lo creo, salvo el parecer de usted, que no sería malo que hablaran de esto los papeles públicos, pues así correría la voz del bien que estamos haciendo, y se animarían muchos a darnos *maná*. Pepito Illán, que plumea bien, pondría la noticia.

—No, no, no... Déjese de papeles y de bombos ridículos. Lo repruebo rotundamente. Esto no es una empresa. La miseria y el dolor no necesitan avisos para cundir hasta nosotros. La piedad

tampoco necesita las alas del reclamo para venir volando en nuestra ayuda.

Dióse por convencido Mancebo, y en aquel punto entró el médico, que cada día se maravillaba más de lo bien que iban cicatrizando las terribles heridas de la enferma. Atribuíalo a su buena encarnadura y a la eficacia y puntualidad con que se la cuidaba. Aseguró que en los hospitales rara vez se obtienen tan excelentes y prontos resultados, y que en toda su carrera clínica no había visto un caso semejante.

—Empezamos con pie derecho—dijo Guerra, meditabundo—. Dios bendice nuestros primeros pasos. Adelante, pues.

La vecina que se prestó a cuidar a María Antonia sin retribución alguna era una mujer dispuesta y agradable como pocas, alma expansiva, corazón puro, joya oscurecida y olvidada, como otras mil, en medio de la tosquedad de las muchedumbres populares. Sentíase Guerra humillado por aquella mujer, que practicaba la caridad sin ninguna petulancia, que se sacrificaba por sus semejantes sin dar importancia al sacrificio, que era buena sin decirlo y hasta sin saberlo, y como el botánico que encuentra una bonita y rara flor entre las breñas, y la corta para clasificarla, sometióla al siguiente interrogatorio:

—Usted, ¿quién es? ¿Cuál es su gracia?

—Soy, señor, sin gracia ninguna, Gumersinda Díaz, natural de Tembleque, y mi marido es albañil.

—¿Cuánto gana?

—Ahora nada, señor, porque hay *paralisis* de obras. Pero cuando trabaja, trae nueve reales.

—Que vaya a Guadalupe, si se contenta con un jornal de peón; y cuando empiecen las obras, su medio duro no hay quien se lo quite. ¿Y cuántos hijos tienen?

—Seis..., con perdón...—cortada—. Pero... tengo que decirle una cosa..., con desengaño, señor..., porque no cuaja en mi natural la mentira. Monifacio y yo no somos mismamente casados. Vivimos así..., pues.

—Amancebados es el nombre.

—Queremos casarnos por la Iglesia; pero el sacar los papeles y el tanto más cuanto de la Vicaría nos imposibilita, porque viceversa no tenemos dinero. Unas señoras que hablan para casar a los que viven con familia le dijeron a una servidora que nos traerían los papeles y toda la incumbencia para las bendiciones; pero no han vuelto a parecer.

—Pues yo pago papeles, incumbencias y bendiciones. ¡Hala! A casarse tocan. Claro está que lo mismo los protejo casados que solteros. Es igual... Pero no está mal ponerse en regla. Don Francisco, ocúpese de arreglar esto. Tome nota... Calle y número de la casa. Pronto..., y cuidado con los olvidos.

No se hizo rogar Mancebo para salir en seguimiento de aquella nueva necesidad, porque más le gustaba esparcirse de calle en calle que estar allí oliendo a ungüentos y escuchando quejidos.

—A mí—decía—que no me saquen de mi administración y del negocio callejero, olfateando dónde hay necesidades y procurando que todo se haga con buena economía. Trabajo por caridad, pues a todas éstas, ¿qué voy yo ganando? Un triste saco de judías picadas. Y contento, eso sí. Por Dios y por el prójimo se despierta uno y se rompe la cintura..., máxime cuando, a la postre, algo me ha de tocar... que también en mi casa hay apuros y escaseces, ¡zapa!; también tengo allá cuadros bien lastimosos. Pues qué, ¿mis once bocas son bocas de ángeles? Y mi monstruo, ¿es por ventura el vellocino de oro? Yo, bien lo sabe Dios, que ve mi conciencia y mis manos, no he de tomar ni un real de todo este numerario que manejo. Nada se me ha de pegar..., pero tenga presente el don Angel este, tan levantisco de mollera, que también nosotros somos de Dios, que Roque no lo gana, que los chicos parece que tienen dientes en los pies, según se comen el calzado, y, en fin..., ya que no cobro sueldo ni tanto por ciento, no estaría de más que se pusiera en la lista mi propia casa. Ya sabemos lo que dijo el Apóstol: *El que bien administra adquiere el premio de la gloria.* Bien ganado me lo tengo ya. Pero no olvidemos que también dicen las Escrituras: *Repártase conforme a lo que cada uno necesite...* Justicia, señor don Angel, equidad..., y cuerda para todos.

XIII

Conviene indicar que Zacarías se humanizó. Después de tres días de ausencia de la casa conyugal, apareció una mañana con semblante sombrío, extenuado y soñoliento, cual si hubiera sufrido largas vigilias o si acabara de realizar enormes esfuerzos corporales. No se hallaba Guerra en la casa cuando entró, y sí Mancebo, que tuvo más miedo que vergüenza y no sabía qué decirle. El desdichado armero pareció interesarse por su mujer, mostrándose solícito con ella, ¡a buena hora!, y pesaroso del abandono en que la había tenido. Con Angel estuvo receloso y como avergonzado, balbuciendo excusas, alabando fríamente lo que en su ausencia se hizo y prometiendo enmendarse y cuidar de su familia como era su obligación. Bien se le conocía que le encantaba no tener que recurrir a su flaco bolsillo para las distintas necesidades que surgían. Creyérase que brujas y duendes trasteaban en la casa. Llegar y encontrarse la comida pronta, y ver que nada faltaba, nada, y que los suministros de plaza y botica entraban como por mano de los ángeles..., vamos, parecía cosa de milagro. ¡Lástima que tal estudio de bienandanza no fuese definitivo! Porque despedido de la fábrica por faltón y pendenciero, ¿cómo resolvería el problema vital cuando su mujer se pusiera buena o se muriese, que una u otra solución habían de ser el desdichado término de aquella Jauja?

Siempre metido en sí, glacial y adusto, echaba largos párrafos con Angel, en que éste se lo decía todo, y el otro apoyaba o contradecía ligeramente con frases cortas. Pero una noche, hallándose los dos en la sala, después de cenar juntos, mostróse el forjador de aceros más comunicativo, y puso en sus palabras un interés y calor enteramente nuevos en él para los que de poco tiempo le trataban.

—Señor, puesto que usted, por el flujo de la santidad, no quiere que nadie ande desconsolado, ni perseguido, ni hambriento, ni desnudo, ¿por qué no socorre a un hombre que es sin duda el más desgraciado de todo Toledo, con tantísima calamidad encima que no puede valerse? Amigo de usted fué, y aunque tenga sobre su conciencia dos o tres... o veinte casos gordos, no es malo de su natural de por sí, y si le amparan, haga cuenta de que hace una buena obra, porque ya ni el diablo quiere cuentas con él.

Con prontitud y alegría se declaró Angel dispuesto a socorrerle, aunque fuera el más empedernido de los pecadores y el más avieso de los criminales. Bastaba con que Zacarías le dijese el nombre del tal, desechado por el demonio mismo, y su residencia. Pero no quiso el otro soltar la prenda del nombre hasta que el favorecedor no diese garantía de la formalidad de su propósito, dirigiéndose en persona a la morada de aquel sujeto, sin dar conocimiento a nadie de semejante paso y dejándose guiar de Zacarías.

—Si es verdad que el señor quiere saber el nombre para favorecerle y no para delatarle, véngase conmigo, y cuando le vea sabrá quién es. Pero hemos de ir solos usted y un servidor... ¿Qué? ¿Tiene miedo?

—No conozco el miedo, y menos ahora que antes. El paso es arriesgado. No sería gran disparate sospechar que me llevan a un sitio solitario o a una guarida de ladrones y asesinos para robarme.

—No hay forma de que yo le pruebe que se equivoca. No puedo darle más fianza que mi palabra, y ésta no corre en la plaza como buena moneda, lo sé... Pero usted me cree o no me cree, y si no quiere que vayamos, ¡Dios!, no iremos.

—Pues sí que voy—replicó Angel con gallarda resolución—. No llevo armas. Voy con la idea de hacer el bien y de socorrer a un desgraciado. Quizá en otro tiempo no habría llegado mi temeridad hasta tal extremo. Hoy sí, porque soy todo voluntad, heme impuesto una regla muy rigurosa, y a ella no faltaré ni delante de cien muertes. El miedo, ¿qué digo miedo?, la prudencia no fué nunca santo de mi devoción. Riesgos terribles he corrido; he jugado mi vida más de una vez. Hoy que la vida no significa nada para mí y sólo miro al alma, que ningún ladrón me puede robar, en la cual ningún asesino, por armado que venga, me puede hacer ni un ligero rasguño; pues hoy, digo, en un paso como éste dado con Dios y por Dios, figúrese el buen Zacarías qué miedo tendré. Nin-

guno, hombre, ninguno. Esa cara fosca y esos pelos tiesos me dan tanto cuidado como si al encuentro me saliera una gallina. Conque vamos ahora mismo.

Echóse el armero un chaquetón sobre las espaldas, y sin pronunciar palabra salió, seguido de Guerra. Oscurísima era la noche, y no había por allí ni asomos de alumbrado público. Anduvieron un buen trecho por las carreras de San Sebastián en dirección contraria a la abandonada parroquia de este nombre, y al entrar en una de las veredas trazadas en los taludes o vertederos, y que más parecen para cabras que para cristianos, Zacarías tuvo que dar la mano a su compañero, pues todo el valor temerario de éste no le libraría de pisar en falso y rodar por aquellas movedizas pendientes hasta el río, cuyo clamor pavoroso en tan endiablado lugar hubiera llenado de pavura al más intrépido corazón.

—Vaya, señor don Angel—dijo el huraño Zacarías, parándose después que anduvieron un buen trecho—, sea usted franco y confiéseme que tiene miedo. Porque ¿cómo no, si aquí, aunque el señor dé voces, no habrá quien le favorezca, como no baje del cielo algún angelote de esos que pintan..., y crea usted que no había de bajar?... *¡Pa chasco!*

—Cierto que la ocasión y el sitio para atacarme—dijo Guerra con aparente serenidad—son que ni encargados al mismo infierno; pero usted no me atacará. Créalo o no lo crea, yo le aseguro que voy firmemente persuadido de que no me trae aquí para ninguna cosa mala. Así me lo hace ver mi fe.

—Pero ¿de veras que no me tiene miedo?—sorprendido y como contrariado—. Si parece mentira, ¡Dios!

—Vamos, que no temo, que estoy tan tranquilo como en mi casa.

—Y ya que no teme que yo le espanzurre aquí, ¿no se le pasa por el pensamiento la idea de que le puedo robar? Porque si yo saliera ahora diciendo: "Ea, don Angel, entrégueme todo lo que lleva, reloj inclusive", ¿qué remedio tenía más que aflojar?

—¡Dale! Tampoco eso se me ocurre. ¡Empeñado el hombre en que he de tomarle por un pillo! Pues no me da la gana.

—¡Ah don Angel! A mí no me convence usted de que está tranquilo, ni de que me cree persona formal. Mi fama no me abona; pero yo le juro que... Como si lo viera, sé lo que ahora está pensando usted; sí; va pensando que si le ataco, se defenderá con su fuerza muscular, que es grande, superior a la mía.

—En efecto, tengo buenos puños y no es tan fácil derribarme. El que me atacara sin armas ya tendría que divertirse un rato, si yo me proponía defenderme. Pero es el caso que como cristiano profeso el principio de que no debemos herir al prójimo ni aun en defensa propia. Así lo ordenó Jesucristo, y así lo hizo más patente con su conducta. Y si no, fíjese usted, ¿no le habría sido fácil, con sólo quererlo, poner patas arriba a Judas y a toda la canalla que fué con él a prenderle? Pues no lo hizo. De este modo nos enseñó a no defendernos del enemigo, a sucumbir, única manera de consagrar el derecho y la justicia. Corra la sangre del cordero y caiga sobre su matador. Así se destruye el mal: no hay otro modo.

Siguieron hacia abajo, silenciosos. El río se oía cada vez más cercano, como si estuviera a dos o tres varas del suelo que pisaban. Zacarías se detuvo y señaló una cruz que alzaba muy poco del suelo:

—Aquí mataron hace dos años a un primo mío, mozo de estas Tenerías. Le cosieron a puñaladas, y después le tiraron al río. No crea; que es lo más fácil del mundo. El Tajo está aquí; se le puede pasar la mano por el lomo. ¿No le siente el resuello?

—Ya lo siento. Parece que nos quiere tragar. ¡Y qué ruido mete! Por lo que veo, amigo Zacarías, vamos a esos talleres de curtidos que se cerraron cuando el cólera.

—Sí, porque se murió aquí hasta el gato. ¿Qué tal, le gusta el paseo? Vamos, ya poco nos falta. ¿Ya se le va pasando el canguelo? No, don Angel, no le hago daño; pero confiéseme que me ha tenido miedo.

—Que no lo confieso, aunque usted se arrepienta de sus buenas intenciones.

—¡Ajo! ¡Dios! Que sí, que me temió —con acento de ira—. Pues qué, ¿soy yo algún mariquita? Yo quiero que, después de tenerme miedo, me agradezca el no haberle hecho nada. ¿Todo ha de ser agradecer yo?

—Hombre, pues si usted se empeña,

agradeceremos. Vamos, no se apure por eso. Estoy agradecidísimo...

—Y reconozca que si él es caballero, yo también lo soy.

—Se reconoce.

—Y que cuando tocan a ser cristiano, cada uno es cada uno.

—Lo declaro también.

—Pues conste que somos iguales.

Diciendo esto dió un aldabonazo en una puerta que Angel no veía, y en el mismo instante oyeron ladrar un perro. Alguien, con exquisita precaución, inquirió desde dentro quién llamaba, y Zacarías contestó secamente:

—Abrid.

Al franquear la puerta dejóse ver, a la escasa claridad que del interior venía, un hombre macilento a quien Guerra, de pronto, no conoció. Más que por la fisonomía, por el metal de voz al dar las buenas noches supo quién era...: el mismísimo primogénito de Babel, desfigurado por la inanición, el cansancio y la longitud de su barba, no tocada de la tijera en mucho tiempo. Parecía figura gótica de las más expresivas y espirituales, que acababa de descender del tímpano de una puerta del siglo XIII.

XIV

—Arístides—le dijo Guerra, alargandole la mano—. No te había conocido, aunque venía pensando en ti. Cuando este buen amigo me habló de un desechado del infierno, sospeché que eras tú.

Nada contestó a este saludo el *barón de Lancaster*, cuyo abatimiento y postración superaban a cuanto pudiera decirse. Guerra observó el local: una crujía abierta a la intemperie por el lado del Tajo, y que más parecía depósito de inmundicias que habitación de seres humanos, llena de objetos cuya forma no podía determinarse bien a la mortecina luz que la alumbraba, un farolillo semejante a los que arden colgados ante las imágenes en las calles toledanas. Mirando bien, se podían distinguir pilas de diversas formas, pellejos inflados, sacos de greda y broza de tenerías, más perceptible al olfato que a la vista.

—Sí—dijo Arístides con voz cavernosa, sentándose sobre una caja en la cual había restos de comida entre papeles grasientos—, aquí me tienes. Pues yo, cuando entendí que Zacarías no venía solo, me figuré quién era. Sólo tú eres capaz de sobreponerte a toda consideración y olvidar rencores antiguos para venir a consolar a estos desgraciados.

Al oír el plural, Guerra ahondó más con sus ojos en aquellas cavidades tenebrosas, y vió que allá, en el fondo, sobre un montón de tablas, se alzaba una cabeza. Era la de Fausto, tendido boca abajo, estirados los cuatro remos. Despertó en el momento aquél, y alzándose sobre las patas delanteras (su aspecto era enteramente el de un animal), bostezó y volvió a echarse, recogiendo las manos y apoyando en ellas la cabeza ladeada.

Zacarías, sentado en un rincón, no desplegaba sus labios.

—Pues ya ves cómo vivimos, si esto es vivir—prosiguió Arístides con dolorido acento—. Tú dirás: "Muy gorda tiene que ser la que éstos han hecho para verse reducidos a tal miseria y a escurrir el bulto de este modo." Pues te diré con el alma en los labios, sin atenuar nuestras culpas, que la penitencia no corresponde al pecado. A ti se te debe decir la verdad, la verdad descarnada y seca, que duele al salir de la boca. Yo siento un consuelo en confesarme contigo, sin quitarme ni un ápice de responsabilidad. Pues fué que alquilé los caballos para el circo, y hallándome muy raso de dinero, carcomido de acreedores y con mil necesidades angustiosas por satisfacer, los vendí, entiéndase los caballos, y... Después no pude pagar a la compañía, y ya ves..., me armaron este lío... Sé que merezco la cárcel..., pero mientras pueda defenderme de ella, me defenderé. Mi padre no ha querido ampararme, y con esos pujos de honradez que le han entrado ahora, nos echó de casa a Fausto y a mí. Hemos peregrinado, como perros vagabundos, por diferentes corrales. Pase la falta de libertad; pase el vivir entre tanta porquería; pero el no comer, el aniquilarse por falta de alimento, no se puede sufrir. Yo le dije a Zacarías ayer: "Si no salgo pronto de esta situación tan... espiritualista, me tiro al Tajo."

—Pues aunque no es un consejo lo que te hace más falta—le dijo Guerra—,

principiaré por dártelo. Resígnate, Arístides. Has faltado: es forzoso que padezcas. Preséntate a la Justicia, ingresa en la cárcel. Yo te pasaré un diario mientras estés allí para que tú y tu hermano no tengáis que comer el rancho de los presos. ¿Qué? ¿Haces ascos a mi proposición? Careces de espíritu cristiano y de todo sentido de justicia. Estás dañado hasta la medula.

—No, entendámonos—acariciándose la barba—. Lo que me dices, querido Angel, no puede ser más justo. Debo expiar mi culpa. Pero... ¿Y lo que he sufrido ya, no vale nada?... ¿Los sonrojos, el hambre, la desnudez, el frío y la pérdida de la libertad?

—Yo te daré alimentos y ropa. Todo lo tendrás, menos la libertad que no mereces, como reconocerás tú mismo si no te ciega el orgullo.

—No la merezco, es verdad; pero no puedo renunciar a ella, no puedo. La muerte me espanta menos que la cárcel con la lentitud del procedimiento criminal y las trapacerías de la curia. Mi desgracia consiste en un desequilibrio monstruoso. Mejor soporto la deshonra que el dolor físico. Tengo la epidermis mucho más fina que la conciencia: no lo puedo remediar. Si quieres tú que me corrija, no me mandes a la cárcel, porque de ella saldría convertido en el más avieso de los criminales: lo adivino, lo siento en mí. ¡Ay! Si yo me viera algún día sin trampas y pudiendo vivir con cierta holgura, cree que sería un buen hombre, incapaz de causar a nadie ningún perjuicio... Si quieres favorecerme, proporcióname recursos para llegar con mis pobres huesos a la frontera de Portugal o de Francia.

—No me pidas que favorezca la impunidad—con energía—. Yo no te delataré; yo te ocultaría si pudiera. Pero hemos de reconocer y confesar que también es cristiano el dueño de los caballos. Te daré de comer; te vestiré si estás desnudo; te visitaré en la cárcel si vas a ella. ¿No es esto bastante?

—¡Ay, es más de lo que yo merezco! —rebañando en su mente exhausta para buscar una idea—. Pero... ¿qué te importa a ti ni qué le importa a la cristiandad que yo me ponga en franquía? Si por pudrirme yo en la cárcel cobrara el de los caballos... Pero si no ha de cobrar... ¿Qué van ganando la justicia teórica ni la justicia práctica con que yo esté encerrado tres, seis o más años?

—No me importa a mí la justicia oficial. Sí me importa la moral, o sea la que el cristianismo llama penitencia. Has faltado; tienes necesariamente que padecer.

—¿Te parece—con desaliento—que mi existencia ha sido un puro goce? ¿Qué sabes tú, hombre rico, dueño de tus actos, qué sabes tú lo que es padecer? Llamas padecer a imponerse una privación, ayunos y quisicosas místicas, que se practican con gusto por el recreo que dan a la imaginación. Yo te traería conmigo a mi escuela de sufrimientos: a esta escuela de las necesidades reales, hondas, que llegan a lo vivo; a la clínica de la mortificación impuesta por la fatalidad, no por caprichos de nuestra propia mente, y aprenderías lo que es padecer... Y en último caso, Angel—levantándose con gallardía—, yo me pongo en tus manos. La desesperación no me permite escoger entre estos o los otros remedios. O me mato o te obedezco en todo y por todo. ¿Dices que a la cárcel? Pues a la cárcel.

—No, yo no te mando a la cárcel. Te propuse que te impusieras tú mismo esa pena infamante, como expiación de tus delitos. No quiero yo echarte la cruz encima, sino que tú la tomes y andes con ella. Haz lo que gustes. Sin cruz no hay redención, Arístides.

—De modo que, en suma, ¿qué me das? ¿Comida y vestidos dentro de la cárcel?

—O fuera de ella si burlas a la Justicia.

—Pues opto por lo segundo. De todas maneras, reconozco que eres un hombre excepcional, y que debiéramos besar la tierra que pisas... Seguiré defendiendo mi libertad como pueda. Algo es algo—animándose—, y con lo que me das para comer y vestir quizá pueda ponerme en lugar seguro, aunque sea ayunando y en cueros vivos. Suceda lo que quiera, conste que te reverencio, que me pesa haberte ofendido y que te adoraría si no conociera tu modestia —con emoción—. Sólo el hecho de haber venido a esta pocilga merece gratitud eterna. Discurre en qué forma puedo pagarte tantos beneficios.

—No necesito recompensa, pues nada vale lo que hago por ti. Es lo corriente, lo vulgar, lo que haría cualquiera.

—No, no te achiques. Favorecer al que ha sido nuestro enemigo, al que quizá lo fué hasta el día de ayer..., eso, Angel, no es corriente ni vulgar. Y la prueba es que me parece que yo no lo haría—vibrando como si le aplicaran una corriente eléctrica—. Ya ves si soy sincero. Desde mi imperfección admiro tu virtud sublime..., y por lo mismo que estoy... tan bajo y tengo que alzar mucho la cabeza para verte, es mayor mi... admiración.

Poco más hablaron. Zacarías y Fausto no pusieron de su parte una sola palabra en este sombrío diálogo, perfectamente adecuado a la inmunda lobreguez del sitio y a la candileja angustiosa que lo alumbraba. Convinieron en que Angel enviaría sus socorros por mediación del amigo que allí le condujo, y con una despedida cordial terminó la visita. El caballero cristiano y su guía se retiraron de aquel antro de tristeza miserable. Menos locuaz a la vuelta que a la ida, y sin cuidarse tanto de inspirar miedo a su acompañante, Zacarías le llevó hasta su casa.

Dos días después de esto, hallándose Angel en su gabinete del cigarral de Guadalupe, recibió una extemporánea visita. Era el *barón de Lancaster*, de pies a cabeza transformado, sin barba ni bigote, con grosero traje de paño de Sonseca, faja negra, zapatones blancos y sombrero de los más comunes. Pues el pícaro, en aquella traza tan disconforme con su figura y sus hábitos, había encontrado modos de resultar airoso, y hasta un poquitín elegante. Pero nada le desfiguraba como su buen humor, contraste rudo con las murrias tétricas de las Tenerías. Anticipóse a la curiosidad de Angel, explicándose en estos términos:

—No contabas conmigo en estos barrios. Pues, hijo mío, tú tienes la culpa de mi frescura. ¿Para qué eres tan bueno? Gracias a tu divina generosidad vivo y... he podido tomar esta facha. Francamente, me cuesta trabajo creer que no estamos en Carnaval... Pues bien, aquí me tienes..., a tu disposición. ¿Me denunciarás?

—¿Estás loco? ¡Denunciarte! Mi opinión, ya te lo dije, es que debes imponerte tú mismo el sacrificio de entregarte a la Justicia; pero si te falta valor para sacrificar tu libertad y vienes a que yo te dé asilo, cuenta con él. Para eso y para otras cosas de más empeño estoy aquí.

—Me has devuelto la vida—replicó Arístides tomando asiento con muestras de cansancio—, y si algún sacrificio grande pudiera yo hacer, haríalo por ti, amparándote como me has amparado. Pero no necesitarás nunca de mi inutilidad. Soy tan desgraciado, que ni siquiera puedo demostrar mi gratitud más que con palabras que se lleva el viento. No me creerás lo que voy a decirte, pues tengo la desdicha de que hasta mis intenciones han de ser tenidas por moneda falsa. Pero créaslo o no, yo te digo que siento que no vivamos en tiempos de esclavitud para venderme a ti y ser tu esclavo.

—Vamos, amigo Babel—con gracejo—, tú, con tal de tomar cuartos...

—No me vendería por dinero. Tus beneficios no se pueden tasar, ni mi libertad tampoco—con humildad un poco teatral—. Juro que sería tu esclavo incondicionalmente.

—Yo no compro esclavos. Prefiero tenerte por amigo, que es lo que me manda Jesucristo, verdadero y único Señor de nuestros cuerpos y de nuestras almas.

—Pues si no me quieres como esclavo, acógeme como peregrino. Me basta con que me des un rincón en cualquier desván de tu casa. Quien hace cerca de un mes que no ha dormido en cama no extrañará...

—¿Cama? En esa alcoba tienes la mía; acuéstate cuando quieras. En ella descansarás esta tarde y dormirás esta noche.

—¡Y que me digan a mí que no eres un ángel! No, no; descansaré muy bien en este sofá.

—Que no. Has de dormir en mi cama; es el mayor gusto que me puedes dar. Si te descuidas, te trato como a esclavo y te mando acostarte bajo pena de azotes.

—Pues obedezco... ¡Hermosa servidumbre! —insinuándose con exquisita flexibilidad—. Si das las sobras de tu mesa a este infeliz, que hace tanto tiempo no prueba comida caliente, completarás tu caridad...

—¿Sobras dices? Cenarás conmigo, y te obsequiaré como a huésped extraordinario.

—¡Ah! No creía yo en lo sublime; pero ya lo veo y lo toco. No, querido Angel, no merezco sentarme a tu mesa. Cumple con este pobre prójimo dándole una ración de la sopa boba que repartes a los acogidos de Turleque. Además, no quisiera que mi tío *Pito* me viese...

—No temas al pobre capitán, que no hará sino lo que yo le mande.

—Bendito tú mil veces... Pero a todas éstas no he podido explicarte por qué estoy aquí. Zacarías nos entregó puntualmente lo que le diste el primer día para comprarnos ropa. Pero lo que le diste ayer... No te enfades... El pobrecillo tuvo una mala tentación, se fué maquinalmente al garito, y cátate que una malintencionada sota le escamoteó lo que el filántropo de Guadalupe destinaba al socorro de nuestras miserias. Perdónale, que no sabe lo que se hace. El desdichado nos confesó casi llorando su culpa. Y lo que más le quemaba el alma era que tú llegaras a enterarte... Pues esta mañana, viéndonos sin auxilio mi hermano y yo, socorridos a medias, pues él había comido más que yo, y yo, en cambio, le ganaba en ropa, deliberamos. Con este arranque y esta espontaneidad que me ha dado Dios, opiné que debíamos acudir a ti y contarte la verdad. Fausto que no y que no. Suele pecar de altanería quijotesca. Recuerda que cierto día te ofendió gravemente de palabra, y no quiere humillarse a pedirte una limosna. En vista de que no podíamos ponernos de acuerdo, yo he venido y él ha quedado allá.

—¿En aquel inmundo albañal? Que venga, que venga también.

—Esperaba tu arranque generoso... Por más que se te pinche por ver si surge de ti un movimiento de cólera o de inhumanidad, nada, nada. Te petrificaste en la perfección; eres otro hombre, fundido en crisol nuevo—con énfasis—. Delante de ti se avergüenza uno de respirar y hasta de vivir.

Con esto terminó el coloquio, y los antes fieros enemigos, reconciliados ya, ¡singular caso de caballería cristiana!, salieron juntos y se encaminaron a Toledo, separándose en San Juan de los Reyes. Ya entrada la noche, apareció de nuevo Arístides en Guadalupe, en compañía de un cojito con blusa enyesada como la de los albañiles. Los que alcanzaron a verlos comentaron su llegada, expresando cada cual una opinión distinta.

—No vos calentéis la cabeza—dijo el *apóstol* Mateo, rascándose la suya—en pensar si serán o no serán éstos o los tales y cuales, aparentes o viceversa, efectivos caballeros en traza de pobretes o al revés. Yo vos aseguro que el primero que vino es *artista*, verbigracia, barbero, y que debe de venir para afeitar al amo y quitarle toda la barba y raparle la corona, porque se me antoja que es llegado el caso, mismamente lo veréis pronto, de ponerse don Angel en la propia fisonomía y figuración de señor eclesiástico.

CAPITULO IV

ENSUEÑO DOMINISTA

I

En los días de estas vulgares ocurrencias, poco dignas de ser contadas, volvió de la Sagra el clérigo don Juan, lo que tampoco merece, bien mirado el caso, figurar en las páginas de la Historia. Diversos móviles le trajeron a Toledo al mes escaso de haberse ido, y entre ellos fué de más peso la necesidad de hacer algunas compras que el recrudecimiento de los achaques de Felisita, con vahídos frecuentes y dilatación lacerante del diafragma (por haber sabido que el penitenciario y otro canónigo se habían puesto como ropa de pascuas en la última reunión capitular). Estas y otras razones precipitaron su vuelta, y al siguiente día de su llegada, que era domingo, se encaminó al Socorro, obedeciendo a un recadito que desde allí le enviaron.

Como día festivo, casi todas las hermanitas estaban en casa, pues, según las reglas de su instituto, las que asistían enfermos que no se hallaran en situación de suma gravedad, retirábanse el sábado por la tarde, consagrando veinticuatro horas a la oración, al descanso y a recrear sus ánimos con distracciones inocentes. Cuando Casado entró, a eso de las cuatro, algunas

rezaban en la capilla, y las más rebullían como colegialas en el patio de la casa, el cual, aunque con honores de jardín o huerta, no podía negar que había sido corral de gallinas. La primera que salió a recibir a don Juan fué la madre sor Victoria, que le dejó al poco rato en poder de sor Lorenza, y sor Expectación, la negra de alabastro, ambas con el rostro muy encendido por haberse sofocado en el bullicioso juego de las cuatro esquinas.

—Don Juan—dijo *Leré* al sagreño—, dispénseme que le haya molestado. Quería hablar con usted, y como me dijeron que se marchaba pronto, no quise que se me escapara. Ya sé que lo de su señora hermana no es cosa de cuidado...

—Y aún sería menos si Felisa no tuviera la maldita costumbre de hacer propias todas las desgracias ajenas; pero es una mujer que llora cuando le duelen las muelas a sus amigas, y que se suena cuando estornuda el señor deán. Y usted, ¿qué tal? Vaya, que se nos está poniendo muy guapa...

—Es favor.

—¡Qué colores, qué tez saludable y qué alegría de ojos! Se conoce que la mejor higiene es vivir revolviendo enfermos asquerosos y oyendo lástimas y bramidos de dolor. ¡Estupendo trabajo! Nada existe en nuestros tiempos más digno de admiración y respeto. El Señor, que todo lo mira, reparte entre sus ministras los bienes de la salud perfecta y de la alegría del corazón, irradiaciones de una conciencia limpia como el sol... Y ahora que recuerdo: me dijo Porras que en una casa donde usted asistía la quisieron matar.

—Fué más el ruido que las nueces. Cierto que aquel pedazo de bárbaro me amenazó dos o tres veces. ¿Cree usted que tuve miedo? Ni pizca. Pero puse el caso en conocimiento de la madre, como era mi deber, y la madre me mandó retirar... Conque vamos al grano, don Juan, que no quiero entretenerle mucho. Yo desearía..., pues..., como usted tiene tanta influencia con don Angel..., que le hiciera comprender las dificultades de picar muy alto en eso de la Congregación que quiere fundar.

—Conozco a medias su proyecto, hija mía.

—Pues conózcalo a enteras, y verá que allí hay cosas muy bonitas, sí, muy bonitas; pero...

—Pero que en la práctica, de puro bonitas se caen..., y no hay medio de ponerlas en pie.

—Exactamente. De la forma, del modo con que don Angel desarrolle su pensamiento depende que nosotras lo aceptemos o no.

—Le prevengo a usted que él cuenta con que una gran parte de las *socorristas* se vayan con él.

—Iremos, ¿quién lo duda?, tal vez en ramillete, con nuestra madre en el centro, si la Congregación es autorizada en toda regla; pero me temo que con los planes demasiado... grandones de nuestro buen amigo...

—Poco a poco; no decirle a nuestro buen amigo que puede faltarle la autorización, porque fácil es que se lo lleve todo pateta, y que el fundador caiga con un golpe de ictericia. Lo que ha de hacer usted es ir recortándole poquito a poco los vuelos. La influencia de usted sobre él, en el orden espiritual y en las más puras formas que cabe imaginar, es decisiva, legítima influencia de lo divino sobre lo humano. No tiene más que extender su dedo sobre las constituciones escritas por él y decirle: "Borro esto, y esto, y esto." Puede que rezongue; puede que su voluntad, hecha a las iniciativas, cerdee un poco, pareciendo que se rebela y no transige; pero al fin transigirá. Créame a mí: coja las tijeritas, y con mucho mimo y mucha suavidad, hoy le corta usted una pluma, mañana otra, hasta dejarle las alas en disposición de no poder volar más arriba de cierta altura razonable. Yo no le he visto desde que he vuelto; pero mañana mismo...

Sor Expectación, que se alejó un instante, picada su curiosidad por el ruido de pasos y voces que en la próxima capilla se oía, volvió diciendo:

—Si está ahí don Angel..., en la capilla. La madre le enseña el San José que nos ha venido de Madrid... ¡Qué cosas tiene don Angel! Dice que es un horrible adefesio de gusto francés, y que si le pegamos fuego, él le arrojará la primera cerilla.

—En nombrando al ruin de Roma... Yo me voy, sor, y le encomiendo a su habilidad.

—No; quédese, por Dios. A usted le hace más caso que a mí.

—¡Ay hija mía! Nos estimamos mucho; pero en el fondo no nos hacemos recíprocamente gran caso.

Entró Angel echando pestes contra la iconografía moderna, y al ver al sagreño, su sorpresa y alegría hiciéronle olvidar los horrores artísticos de que abominaba. Abrazáronse fraternalmente. La superiora, que en pos de él entró, parecía un tanto amoscada de la irreverencia con que el caballero de Turleque, discurriendo como artista, se burlaba de la escultura que ella creía exactísimo retrato del Santo Patriarca. Reanudada la disputa, don Juan, tomando el partido de Guerra, dijo más de cuatro cuchufletas a la superiora, con quien, por ser primos, gran confianza tenía. Rebatiólas la madre Victoria con más fe que sentido estético, y un cuarto de hora se llevaron los cinco enzarzados en una polémica que hubo de terminar quedándose cada cual con su opinión, y el San José tan espigado, tan fresco de mejillas y tan estiradito de cuello como le dejaran el carpintero y el pintamonas que de la nada de un pedazo de peral le habían sacado. Fuéronse la madre y sor Expectación, y no bien se quedaron solos los dos amigos y la hermanita, rompió don Juan de esta manera:

—Hablábamos de usted, don Angel, y yo decía que no he acabado de entender la nueva Congregación Guadalupense y Turlequina.

—Amigo Casado—nervioso—, no sea usted marrullero, y si tiene reparos que hacerme, hágalos de frente.

—¿Reparos? Al conjunto, a la idea total, hay que quitarles el sombrero. Pero ciertos detalles de organización no me entran... Mejor que las descripciones detalladas, valdrán los ejemplos prácticos para darme luz sobre ciertas particularidades. Vamos a ver: siéntese usted, y escuche y responda. Supongamos que yo no soy quien soy, sino un pobrecito de las calles y que me caigo de hambre y tengo las carnes al fresco. He oído decir que de la parte allá del puente de San Martín hay una casa de Dios, donde apañan a todo el que llega, y arrastrándome como puedo me voy hacia ella...

—Llama usted a la *Puerta de la Caridad,* se le abre al momento...

—Y me encuentro delante de un conserje de sotana o de una portera con tocas, que me toman el nombre...

—No le toman nada. Le conducen sin pérdida de tiempo al departamento de hombres, donde le visten si es que llega mal de ropa, y pasa usted al gran refectorio, donde habrá próximamente cincuenta o sesenta plazas...

—¿De asilados o de hermanos?

—No hay diferencia para el caso. En la misma mesa comen unos y otros. Supongamos que llega mi hombre a la hora de comer y que todos los sitios están ocupados; hay treinta y cinco acogidos y quince hermanos profesos. Pues uno de éstos se levanta, le deja a usted su puesto y se va a comer a la cocina.

—¡Ah!... Ya...—con asombro—. Pues mire, eso es nuevo, novísimo de puro viejo. Volveremos a los primitivos tiempos de la Iglesia y de la fraternidad pura...

Leré oía y callaba con suprema modestia.

—Bueno, bueno. Pues tocan a recogerse. Supongo que me llevarán a un dormitorio...

—No, señor. Qué, ¿creía usted que los hermanos duermen cada uno en su celda y que almacenamos a los asilados en dormitorios de cuartel o de colegio?—con acento machacón—. No hay más que celdas: en ellas duermen los profesos, siempre que no haya un acogido que las ocupe. De modo que llega don Juan, y si tenemos todos los departamentos ocupados, un hermano le deja su celda y su lecho, y se va a dormir a un banquito del claustro.

—Ya... ¿Y si me da un tifus, viruela o el trancazo?

—Pues en la propia celda donde ha dormido, se le cuida y se le cura, o se le amortaja. No hay salas de hospital donde los enfermos son colocados como casos clínicos, donde el dolor y la muerte se multiplican por el número de camas puestas en fila.

—Muy bien, muy bien, si la práctica responde a la hermosura de la idea... ¡Vamos a otra cosa! Figurémonos que en vez de ser yo el tipo ese que he dicho, soy un perdis, un criminal, un bandolero, que, arrepentido de veras o de mentirijillas, me planto allá, tiro de mi campana...

—Se le recibe lo mismo. Nadie le pre-

gunta si es bandido o qué demonio es. A usted le tocará decirlo, si ha ido con la intención de descargar su conciencia y buscar consuelo en la paz de aquella familia religiosa. Y no crea que la casa le servirá de escondite contra la Justicia, porque ésta tiene la puerta abierta de día y de noche para entrar y registrarlo todo. Vamos, que si el hombre se ha colado allí por librarse de la Guardia Civil, se lleva el chasco.

—No; debo suponer que si voy allá es porque temo a mi propia conciencia más que a la Policía. Enterado. Los hermanos me consuelan, me reconcilian con Dios, me quitan de la cabeza mis malos pensamientos... Bueno. Pero supongamos que en vez de darme por seguir las vías pacíficas y espirituales, me da por lo contrario, y me rebelo y armo camorra, y la emprendo a bofetada limpia con el *primer* turlequino que me echo a la cara...

—En ese caso, el profeso que reciba un porrazo, con él se queda. Está prohibida la defensa. Para casos muy extraordinarios, que espero sucedan rarísima vez, tendremos dos o tres hermanos del orden seglar que cojan al rebelde agresor, y sin causarle daño alguno le acompañen a la *Puerta de la Esperanza*, y le hagan salir por ella... Confío mucho en la oxigenación moral, en los efectos saludables y rápidos de la mansedumbre y de la persuasión evangélica.

—Hermosísimo como idea; pero en la práctica...—observó Casado, mirando a la hermanita, que ni con palabra ni con la expresión del rostro dejaba entender su pensamiento.

—¡La práctica!—exclamó Guerra, excitándose—. Ya veía yo venir la muletilla. Es el comodín que sirve para amparar las rutinas más estúpidas. La práctica, amigo mío, no puede menos de responder a toda buena teoría. No seamos timoratos; no pensemos mal de la realidad, juzgándola como la infalible desilusión de nuestras ideas, como el hálito vicioso y malsano que ha de convertirlas en humo. Cultivemos la idea sin desconfiar de la realidad, que vendrá, ¿pues no ha de venir?, a dar forma y vida al pensamiento, pues para eso existe. El mundo físico, ¿qué es más que un esclavo del mundo ideal y el ejecutor ciego de sus planes? Basta, don Juan, basta. No nos asustemos con el coco de la práctica, con ese fantasmón traído a nuestros tiempos por un positivismo huero y sin sustancia. No; la realidad es mejor de lo que usted cree. Cabalmente desea ella, en los desmayados tiempos que alcanzamos, que le echen ideas grandes, ideas sublimes para materializarlas y darles cuerpo y vida, en bien de los humanos y para gloria de quien hizo los astros y el polvo de la tierra. Y si me apuran, diré que la realidad hállase hoy como hastiada de su pedestre y vil trabajo, con tanta vulgaridad económica y mecánica, y anhela, ¡vive Dios!, remontarse a más altas esferas.

Don Juan, aturdido, no supo qué contestar. *Leré*, con toda su modestia y compostura grave, no pudo disimular la absoluta concordancia de su pensamiento con el de su espiritual amigo.

II

Dejó pasar Casado el buen efecto que en los dos escuchantes produjeron las exaltadas razones de Guerra, y prosiguió luego su analítica información.

—Pues ahora mudémonos al sexo. Ya no soy quien soy: ni pordiosero de las calles, ni perdulario, ni asesino, y me convierto en señora. Supongo que en lo fundamental regirá del lado de las mujeres la misma ley que del lado masculino. Vamos, que las hermanas viven en celdas, y abandonan su cuartito y su cama a la primera mujer que llega de la calle; que comen en un gran refectorio, cuyos puestos ocupan hasta que...

—Exactamente.

—Y del lado femenino habrá niños de pecho, otros ya crecidillos, y no faltarán biberones para los primeros y escuela para los segundos. Todo ello se cae de su peso. Pero vamos allá: figurémonos que yo soy una mujerona de rompe y rasga, que creyéndome arrepentida, o estándolo de veras, o fingiéndolo, me meto en la santa compañía de estas señoras; y una vez que me albergan y me llenan el buche, me sublevo, y empiezo a echar veneno de mi boca inmunda, y la emprendo a trastazos con las santísimas hermanas...

—Don Juan—interrumpiéndole—, ¡si hoy tiene usted congregaciones destinadas a domar mujeres de mala vida, y

las monjas se desenvuelven muy bien de todos esos peligros! Empiece por tener en cuenta el efecto moral de la simple convivencia con personas que son la pureza misma. Claro que a lo mejor salta un disgusto... Hay hijas de muchas madres... Pero verá usted cómo no ocurren tragedias ni en el lado de los hombres ni en el de las mujeres, y que por un caso de ineficacia de los medios evangélicos, habrá mil de reconocido triunfo contra el mal. Lo único que debo añadir es que en esta Casa de Dios se prohibe castigar al prójimo aun en defensa propia. El o la que recibe algún ultraje de palabra o de obra se aguanta y espera más. Se ha dicho "no matarás", y hay que cumplirlo a la letra.

—No es que me parezca mal. Yo voy poniendo objeciones, para que usted, al contestármelas, presente rodeadas de claridad las ideas que constituyen su fundación. Soy aquí lo que se llama el *abogado del diablo* en las controversias o juicios contradictorios de canonización. Ya comprendo mejor el sentido genuinamente cristiano que ha de tener eso que yo llamaría *Domus Domini,* si no se ha pensado en otro nombre mejor. ¿Qué tal? ¿Acepta el título? Me alegro. Alguna parte he de tener yo en obra tan grande. Y ya veo que por ley de retórica popular van ustedes a llamarse *dominístas*... En fin, bastante hemos hablado ya los del lado masculino. ¡Qué bien nos vendría que sor Lorenza nos dijera su opinión! Porque ella, ahí donde usted la ve, con su boquita cerrada y su aire de angelical ignorancia, tiene mucho talento, y de fijo se calla muy buenas cosas. Pero no vale; las tiene que decir.

—¿Yo? Don Juan—con timidez graciosa—, pero ¿cómo quiere que yo hable delante de dos personas de tantísimo talento? Déjenme oír y callar y aprender, que mucho aprende quien poco sabe.

—Vamos, que no se atreve. Pero yo le adivino el pensamiento y voy a expresarlo por ella. La hermana Lorenza piensa que si la *Domus Domini* se establece con la aprobación pontificia, y a falta de ella con la del superior inmediato, a las *socorristas* les faltará tiempo para convertirse en *dominístas,* y ella será la primera que vaya. ¿Cierto?

—Sí, señor.

—Pero sor Lorenza cree que el proyecto es demasiado vasto, que abarca mucho...

—Un poquito grande me parece—dijo *Leré,* soltándose como con andadores—, pero eso no me quita las ganas de entrar. Ni el exceso de trabajo ni el peligro me acobardan... A mí no me asusta la grandeza más que por una cosa: porque sea un inconveniente para la aprobación; vamos, que a los superiores les parezca el *dominismo* demasiado largo de talle y digan: "A recortar, a simplificar", y en esto de si se recorta o no se recorta, se pase el tiempo y no se haga nada.

—No—dijo Guerra con gran vehemencia—, el miserable expedienteo no entorpecerá esta obra.

—Apláquese—indicó Casado, poniéndole la mano en el hombro—; la hermanita se ha expresado con grandísimo sentido; y ahora voy a permitirme declarar una cosa que la sor tiene entre ceja y ceja, y que no se atreve a decir.

—Don Juan—manifestó *Leré,* soltando briosamente los andadores y lanzándose a la expresión animosa de sus ideas—, no se tome ese trabajo. Yo lo diré, pues nada importa que resulte un disparate.

—¡Ay, cómo se suelta la muy charlatana! Pues no quiero cederle la palabra, y yo seré quien lo diga, que derecho tengo a ello por el trabajo que me ha costado adivinarlo. Me llamo Juan Claridades. A la sor le parece mal que los dos sexos vivan en un mismo edificio..., y no venga usted con eso de que son alas..., ¡qué alas ni qué música! ¿Dejarán de estar próximos y de verse continuamente? Esas arcadas que, según el arquitecto, separan a las *sores* de los *frates,* me parecen a mí..., vamos, no me atrevo a decirlo... Arcaditas, ¿eh? ¿Usted no ha oído que *entre santa y santo pared de cal y canto?*

—Don Juan—dijo Guerra, nervioso, mascándose el bigote—, si cree que debemos ser esclavos de la vulgaridad y de las rutinas...

—Pero, hijo mío, si la vulgaridad y las rutinas son una segunda atmósfera dentro de la cual respiramos, fuera de la cual es casi segura la asfixia. Ya sé yo que en principio es hermosa la aproximación, la fraternidad entre caballeros cristianos y señoras cristianísimas. Pero usted no cuenta con la vocinglería del mundo, con eso que... Vamos, aquí sale

también la realidad, que a usted le parece tan complaciente, y que yo tengo por persona de muchas esquinas, a quien hay que mirar mucho antes de meterse con ella.

—Mire, don Angel, venga acá, oiga —dijo *Leré* con las formas de persuasión más encantadoras—. A mí no me asusta que los hermanos estén tan cerca de nosotras, ni hago maldito caso de las arcadas. Ponga usted una muralla de la China o un hilo de seda; lo mismo me da. Pero el mundo es muy malicioso... Ya, ya le veo venir. Usted, con el *no importa* lo resuelve todo. Tratándose de la conciencia, está bien el *no importa*. Yo digo: "Que hablen de mí lo que quieran; no miro más que a Dios." Pero aquí se trata de dar forma a un edificio que al público pertenece, y que de él y de la confianza de todos ha de vivir después, y no podemos estrenarnos escandalizando a ese mismo público. ¿Qué necesidad tiene usted de que la gente desconfíe y se ría de los *doministas* y haga mil catálogos? ¿No será lástima que por ese detalle le nieguen la aprobación, y se quede con sus proyectos muertos de risa, sin poder realizar todo el bien que traen consigo?

—Declaro—afirmó don Juan con entusiasmo, batiendo palmas—que esta sor tiene más caletre que un concilio. ¡Qué bien dicho y con qué poquitas palabras!

Guerra, un tanto desconcertado, no sabía qué razones oponer a las de su amiga, la cual, impávida, prosiguió de esta suerte:

—Don Angel, créame a mí. Modifique esa parte importante. No se alucine con la idea de la unidad: deje la unidad para lo esencial, y en la forma transija. Fuera esas alas y esas arquerías. En el edificio de Turleque y Guadalupe pónganos a nosotras solas. Encárguenos los ancianos y los niños, y los enfermos incurables; échenos todo el trabajo que quiera. Pero a los hermanos se los lleva usted lejos, cuanto más distantes mejor. ¿No tiene usted otra finca que llaman La Degollada, en el monte que fué de la Sisla? Pues allá planta usted su casa de varones, y establece en ella la regla *dominista* en la forma proyectada. Ellos en su casa, nosotras en la nuestra, y Dios en todas partes. De este modo el proyecto nace vivo. De la otra manera me temo que nazca muerto..., o moribundo.

Conticuere omnes. El primero que rompió el largo silencio fué Casado, diciendo a su amigo con un poquito de sorna:

—¿Lo ve usted?... ¿Se convence ahora?

Angel no se convencía; pero no hallaba en su mente ideas ni palabras para contradecir a la doctora. Porque ante los juicios de ella sus juicios enmudecían avergonzados, como el rústico que es llevado ante la majestad de un rey. Polemista valiente y flexible, habría destruído con facilidad tales objeciones si don Juan o el propio Concilio de Trento se las hicieran. Pero hechas por *Leré,* venían armadas de punta en blanco, revestidas de invulnerable coraza y con el estoque ondulado del arcángel. ¿Qué cristiano se les atrevería? Estaba de Dios que la opinión de quien decía no tener ninguna imperase siempre, y que la voluntad rectilínea del hombre cediese a la oblicua y soslayada de la mujer. No era nuevo el caso, pues se viene repitiendo en la Humanidad *de poco tiempo a esta parte,* desde Adán y Eva nada menos; como que nuestra protoabuela fué la primera que se puso los pantalones.

A las excitaciones de Casado, contestó al fin:

—¿Qué tengo que decir sino que se hará cuanto ella disponga? Construiremos la casa de varones al extremo oriental de la Sisla.

—Así, así—dijo *Leré,* radiante de júbilo—es como llegan a ser verdad las grandes ideas. Yo creo, como usted, que la realidad se presta a todo lo que quieran hacer de ella; creo también que es llegado el momento de encargarle a la realidad obras más grandes que estas menudencias que se estilan ahora. Pero hay que dárselas poquito a poco, para que no se asuste. Antes que transformar lo que ya existe, conviene hacerle creer que se le dejará como está, para que lo existente no chille y nos ahogue. Si quiere usted ir lejos, empiece por andar despacito, y siéntese de cuando en cuando. El que a mucho aspira debe ser parsimonioso y cauto. Que la gente no se entere de que es cosa muy grande lo que se va a establecer, porque resultará que, no comprendiéndolo, lo creerá malo. Va-

le más que se diga: "Esto no es nada, es lo mismo que ya conocemos", y así entrará la idea en los moldes de la realidad. Una vez dentro, lo que entró encogido va creciendo, creciendo, y los moldes se ensanchan por sí o se rompen, y la realidad pone otros, sin asustarse de nada... Qué, ¿se ríen ustedes de los disparates que digo?

—¡Disparates, hija mía! — exclamó don Juan gozoso—. Si habla usted con toda la sabiduría del amigo Salomón.

—Irán los varones a La Degollada —repitió Angel meditabundo, pues aquella idea se le metió en el magín, atormentándole ya como idea fija—. ¿Qué más tienes que decir?

—Nada más. Yo no dispongo nada. Digo lo que se me ocurre, y usted hace después lo que cree más conveniente. Todo su plan me parece oro molido. Por lo que a nosotras toca, algunas de mis compañeras y yo nos prestamos gustosas a ayudarle, siempre que vaya por delante la conformidad de nuestros superiores. Iremos con el mismo hábito, con la misma regla. El exceso de trabajo no nos importa. Echenos usted viejos imposibilitados, enfermos corruptos, niños, mujeres de mala vida. Nos repartiremos los servicios, según los gustos y aptitudes de cada cual para atender a todo. Que los asilados tengan libertad de salir cuando les plazca, a mí no me asusta. Que se prohiba el defenderse de los ultrajes, no es nuevo para mí. Que sea ley no temer el contagio de las enfermedades pegadizas, paréceme muy bien. Que nos hallemos a todas horas dispuestas a morir, es cosa de clavo pasado. Que estemos obligadas a dejar nuestra celda y nuestra cama a la menesterosa que llega, encaja perfectamente con la idea que tengo de la caridad. Que no tengamos puesto en la mesa sino cuando no haya ninguna mujer hambrienta que lo ocupe, también me agrada. ¿Qué más quiere que le diga? No se me ocurre más. Mis ideas son pocas y de escasa sustancia. Estos señores, que tanto saben, perfilarán bien la labor, y nos darán una cosa que sea el asombro del mundo.

—Si algo resulta que sea admiración del mundo—afirmó Guerra fervoroso—, no será obra mía, sino de quien me abrió estos horizontes. Yo no soy nadie.

—¡Ay Dios mío!—dijo Casado—. Pero ¿es esto un certamen de modestia?... Por de pronto, las *socorristas,* piedra angular del gran edificio, han de influir poderosamente en los destinos y en el desarrollo de la *Domus Domini*; y como ahora resultan dos casas, busquemos un plural más determinado que el *Domus,* y digamos *Civitates Domini.* ¿Qué tal? ¿Me luzco para encontrar títulos? *Las Ciudades de Dios* es lindo rótulo, don Angel. Ya me están entrando ganas a mí de hacerme ciudadano de esas místicas poblaciones. Sí, señor, pediría plaza, si no me lo vedara el convencimiento de mi inutilidad.

—Don Juan, véngase—propuso *Leré* con entusiasmo—. Sea usted allí, como en el siglo, el amigo y el consejero del fundador, que pronto, prontito, ha de vestir también el traje de sacerdote. ¿Cuándo será ello, don Angel? No olvide, con tanto pensar en la jaula, que es usted el primer pájaro que la tiene que habitar.

—Será...—manifestó Guerra, algo confuso—cuando este don Juan me dé por bien preparado.

—Será...—indicó el sagreño—. No hay prisa. Digo, como prisa, alguna hay, y en todo el curso del presente año tendremos el gusto de oírle al caballero de Turleque y Guadalupe la primera misa.

—Me dice el corazón—agregó la de los ojos temblones—que el Señor ha de ponernos por delante un caminito de prosperidades.

—*Amén*—murmuró Casado entornando los ojos y pensando en el caminito de la Sagra.

—Y ahora, mis respetables señores don Juan y don Angel—dijo sor Lorenza poniéndose en pie—, me van ustedes a hacer un favorcito, que es tomar la puerta, porque tengo que ir a la capilla a rezar el rosario. Esto no quiere decir que yo los despida...

—Sino que nos manda a paseo...—dijo Casado, riendo—. Es que al lado de sor Salomona se nos pasan las horas insensiblemente. Adiós, hermana.

—Señores *dominístas*, adiós.

Angel salió sin chistar, dejándose el alma entre las tocas de la inspirada *socorrista.*

III

Don Juan, absorto, y Guerra, fascinado, paráronse en la puerta de la calle, y se miraron.

—Pero diga usted, don Angel, esta monjita ¿tiene en el cuerpo algún serafín con borla de doctor?

—¡Dios mío!... Tiene el Espíritu Santo, el Verbo, la Santísima Trinidad, o qué sé yo.

—Comprendo la atracción espiritual, la influencia... Mucho cuidado, amigo. ¿No teme usted el vértigo?

—Si no fuera, como es, la santidad misma, temería... Pero... Concluirá por hacer de mí un pedazo de santo. Ya no tengo ideas, ya no tengo planes. Ella se encarga de pensar por mí. En la esfera del pensamiento, yo no soy yo, soy ella. Ya lo ve usted: me da forma, como si yo fuera un líquido y ella el vaso que me contiene.

—¡Qué cosas!—suspirando—. Y no es el primer caso. ¡Qué agudeza de mujer, qué suavidad para insinuarse! Parece que funda el amigo, y quien funda es ella. ¡Canario con el sentido práctico de la niña! Yo me felicito de que por sugestión de esa hermana salomónica haya usted salvado el mayor de los inconvenientes para la fundación. Ahora encontrará facilidades para todo, y las *Civitates Domini* podrán ser un hecho dentro de corto plazo—andando despacio hacia Santo Tomé—. Y en cuanto a ordenarse usted, insisto en que no nos precipitemos. Aguarde a que el expediente de la Congregación se resuelva en Palacio...

—Ahora mismo voy a ver al arquitecto—con resolución—. Hay que variar radicalmente...

—Sí, sí, los varones a La Degollada. Estarán allí muy bien. ¡Lástima que el proyecto no abrace también el fomento de la Agricultura, porque en este caso no les faltaría un hermano arador!

—También, también. Les pondré un gran trozo de huerta para trabajar en el culto sagrado de la madre tierra.

—Calma, calma. Enfrene, por Dios, esa imaginación, que ya se dispara otra vez. Usted, cuando le recortan por un lado, se ensancha por otro. ¡Pícara iniciativa! Créame, sin el tío Paco de la hermanita, que es la que trae las mermas de la realidad, los proyectos de quien yo me sé no llegarían nunca a la prosa y vulgaridad del hecho.

—Bien implantadas mis ideas—dijo Guerra con profética seguridad—, aunque la implantación sea gradual, como quiere *Leré*, llegará día en que esta congregación ejerza una poderosa influencia en el mundo.

—No picar tan alto. Conténtese con favorecer a los desgraciados y con practicar sin ruido las obras de misericordia.

—Pero practicadas las obras de misericordia estrictamente y a la letra, puede venir una grande y verdadera revolución social.

Detuviéronse. Anochecía ya. Don Juan le miró a la cara, y observó que los ojos del neófito despedían centellas.

—Déjese de revoluciones—le dijo con bondad—, y sea humilde en sus propósitos. Achíquese si quiere ser grande.

—Don Juan, no sé cómo usted no lo comprende. La aplicación rigurosa de las leyes de caridad, que Cristo Nuestro Señor nos dió, aplicación que hasta el presente está a la mitad del camino entre las palabras y los hechos, traerá de fijo la reforma completa de la sociedad, esa renovación benéfica que en vano buscan la política y la filosofía... Pues qué, ¿hay quien se atreva a declarar perfecto el estado social, ni aun en las naciones cristianas, ni siquiera en las que obedecen al sucesor de San Pedro? ¿No estamos viendo que todo ello es un edificio caduco y vacilante que amenaza caer y cubrir de ruinas la tierra? La propiedad y la familia, los poderes públicos, la administración, la Iglesia, la fuerza pública, todo, todo necesita ser deshecho y construído de nuevo.

—¡Don Angel!...—asustado.

—Pues ¿qué creía usted? ¿Que los que tenemos algo en la cabeza podemos dejar de pensar en esto? Yo jamás pondré mano en la política. Dadas mis ideas y mis sentimientos de ahora, miro todo eso como un mundo microscópico; no me ocupo de él. Pero si no soy político, soy misionero, y arrojo una simiente... menudita, menudita, de la cual saldrá una planta cuyas raíces minarán toda la tierra.

—¡Don Angel, don Angel!...

—Yo no pronunciaré discurso, yo no echaré mi voto en una urna, yo no emplearé un arma, ni aun la más inofensiva. Mi misión es practicar las obras de

misericordia estrictamente, a la letra. Dentro de algunos años verán si hay muchedumbres o no hay muchedumbres al lado mío. Y no me diga usted que la Iglesia..., ya le veo venir. No, la Iglesia no practica la caridad más que en la parte que le conviene, para sostener su organización temporal. Yo me río de la organización temporal de la Iglesia, y mis *ciudades* son de una consistencia indestructible. Deje usted que pase tiempo, y verá. Tal vitalidad tiene esta idea, que si los que la establecemos morimos a manos de la envidia o de la estúpida intervención del Estado, los que la recojan después serán más fuertes. Yo no lo veré, quizá. Pero otras generaciones de *dominístas* se encontrarán dueñas de una inmensa fuerza espiritual, y, sin quererlo, se les formará entre las manos, por pura ley física, la sociedad nueva.

—Don Angel de mis pecados, si la hermana salomónica le oye a usted, le va a calentar las orejas.

—Pero sin aguardar a las generaciones futuras—con exaltación—, se verán en nuestro propio tiempo fenómenos que han de causar maravilla. Yo no pienso hacer propaganda directa de mi congregación. Ella sola cundirá rápidamente por su natural propiedad difusiva. Verá usted cómo el estado eclesiástico se transforma. El clero catedral está llamado a morir y renacer en nosotros.

—¡Eh!... Poco a poco...

—No se asombre, don Juan. La influencia social del ascetismo positivo y altruísta será tan grande que no pueda sostenerse aquel organismo caduco. El Estado no podrá sustraerse a esta lógica inflexible, y dejará que las catedrales pasen a nuestras manos por endósmosis, amigo mío, por equilibrio. No desmerecerá por eso el culto, ni serán menores su magnificencia y poesía. Verá usted entonces..., y no creo que esto tarde mucho..., verá usted, digo, ocupados todos los asientos del soberbio coro; la capilla de música será lo que antes fué; las ropas y alhajas lucirán como en los tiempos más gloriosos de las artes, y el claustro no será un accesorio baldío, sino que contendrá escuelas, hospitales, talleres de industrias artístico-religiosas, y todo lo concerniente al grandioso instituto *dominista*.

—¡Don Angel, por María Santísima! —tentándole la cabeza—. ¡Que se le afloja, que se le cae el tornillo!

—Delirio y sueño fueron los acontecimientos decisivos del mundo antes de convertirse en hechos naturales y corrientes. Pues qué, don Juan amigo, ¿hemos de ser meros plagiarios de las congregaciones extranjeras? ¿No tronamos juntos contra esa caterva de instituciones que sólo responden a fines de utilidad inmediata, y no entrañan este principio mío de entereza cristiana y de interpretación literal del Evangelio? Pues yo quiero renovar el carácter profundamente evangélico de las órdenes antiguas y vaciarlo en los moldes de la vida contemporánea. Mi obra es genuinamente española. ¿No decía usted que estamos muertos, espiritualmente hablando, y que se nos concluyen las iniciativas religiosas? ¿No echaba de menos el nervio y la acción de nuestros ascetas y fundadores?

—Es cierto, sí, ¡qué diantre!... Pero...

—Pues aquello no puede resucitar sino en la forma que propongo: el espiritualismo encarnado en las materialidades de la existencia, pues si Dios se hizo Hombre, su doctrina tiene que hacerse Sociedad. Verá usted, al poco tiempo de establecernos, qué energías formidables se concentran en nuestras manos. Ningún poder, de estos artificiosos y convencionales que ahora se estilan, tendrá consistencia para resistirnos. La atracción será de tal calidad que todo cuerpo chico se unirá forzosamente al cuerpo grande.

—Como idea pura, señor de Guerra, no me parece mal; pero yo dudo que los hechos sean tales como usted con tanto salero los pinta. Lo veremos, lo veremos; digo, lo verá el que viva, pues ello será cosa de siglos...

—No tanto quizá—disparado—. No tardará mucho en verificarse la absorción del clero catedral por el *dominismo* avasallador, y los provinciales de nuestro instituto serán jefes de cada diócesis, y el general vendrá a ser cabeza de toda la Iglesia española. Se reirá usted de mí, don Juan, si le digo que, andando el tiempo, el Estado mismo se ha de subordinar a nosotros. ¿Cómo no, si el Estado quedará reducido para entonces a funciones de escasa importancia? Los pueblos se administrarán solos y repartirán libremente sus ingresos y gastos.

La beneficencia, la enseñanza, le penitenciaría, las bellas artes, la agricultura, serán *dominístas*. ¿Qué será el Estado? Nada más que un ligador, un compulsador de energías y funciones extrañas. Fuera ejército. La constante práctica del *dominismo* ha demostrado su inutilidad. Fuera diplomacia, pues siendo universal el *dominismo*, él se basta y se sobra para mantener la concordia entre las grandes familias del Universo.

—Si yo creyera—dijo don Juan gravemente, poniéndose guapo de puro feo—que habla usted sin saber lo que dice, amigo don Angel, pensaría que con toda su vocación religiosa y su misticismo no ha dejado de ser tan revolucionario como cuando se desvivía por alterar el orden público, antes de venir a Toledo. Por mucho que se modifique externamente, entusiasmándose con el simbolismo católico y volviéndose tarumba con la poesía cristiana, detrás de todos estos fililíes está el temperamento de siempre, el hombre único, siempre igual a sí mismo. Pero como todo eso que ha de traernos el *dominismo* será para dentro de una docena de siglos, o, como si dijéramos, el día del Juicio por la tarde, no le hago caso, y si tan largo me lo fías, ya puede usted delirar todo lo que quiera.

—Yo no mido el tiempo futuro, no sostengo que sea tarde ni temprano. Señalo la idea y sus probables desarrollos. Ella misma se encargará de la cronología, imposible de apreciar por mí ni por nadie.

—Dígame: ¿y todas esas cosas se las va a decir a la hermana Lorenza?

—No..., sí, se las diré...; no—confuso y sin saber por dónde salir—, no es esto de su incumbencia. En nada se opone el vuelo del *dominismo* a la modestia y a la sencillez de los planes de *Leré*. Ella ve lo inmediato con claridad admirable: verá lo remoto cuando se encuentre en un punto de mira más elevado. ¿Qué hago yo más que sacar consecuencias de sus ideas acerca de la práctica absoluta de las obras de misericordia? *Leré* es la inspiración inicial, y si no se da cuenta hoy de los alcances de sus ideas, ¿qué importa? Dentro de su cerebro y en su corazón puro, todo amor a Dios y a la Humanidad, existe la totalidad del *dominismo*, como existe el pájaro dentro del huevo. Allí está todo en sustancia: no falta más que el aire exterior que amplificará las formas embrionarias... Observaría usted esta tarde que todo lo esencial le pareció muy bien. ¿Qué más sanción se quiere? Y, créalo usted, el superior eclesiástico no puede menos de aprobar mi plan, que es la interpretación más ceñida y leal del dogma. La autoridad no se fijará en el probable desarrollo histórico de la institución, el cual yo sólo veo claramente, de tanto meditar en él. Pero los demás no lo ven, no...; la rutina les cría cataratas.

—Amigo don Angel—tratando de aplacarle—, no se remonte; no desprecie la autoridad, a la cual tiene que someterse, si persiste en ser eclesiástico.

—Ya lo creo que persisto, y eclesiástico seré, y usted lo ha de ver. Me someto; pero tengo inteligencia, que debo a Dios, no al que me imponga la tonsura; pienso y siento con estímulos de mi alma, que de muy alto reciben su impulso inicial. No pienso ser nunca un organillo que se toca desde fuera con manubrio. No; mi música dentro de mí está—deteniéndose, obligados por el interés vivo del diálogo, y mirándose frente a frente—. Pues bien: le hablaré a usted con toda franqueza. Yo no entraré en la familia eclesiástica con miras cismáticas ni de rebeldía; yo seré uno de tantos en el orden canónico. Pero el *dominismo* está conmigo, planta magnífica que echará hojas y ramas, y pronto será un árbol corpulento. Yo no haré más que regarlo, y el *dominismo* crecerá y dará fruto. Vendrán las consecuencias naturales de toda idea: la lógica hará lo que ella tan bien sabe hacer. ¿Cree usted, hablando en confianza, que la actual unidad de la Iglesia podrá subsistir desde el momento en que el suelo de nuestra nación eche de sí un árbol tan hermoso como este cuya semilla va a caer en tierra? No, diga usted que no. Veo para dentro de un plazo no muy largo...—con inspiración—, veo, sí, como le estoy viendo a usted, la emancipación de la Iglesia española, la ruptura con esa Roma caduca y el establecimiento del papado español.

Don Juan, como si le apuntaran con un revólver, dió un brinco hacia atrás, y se puso a cuatro varas de distancia.

—Don Angel de todos los demonios... ¿Qué es eso? ¡Hasta ahí podían llegar

las bromas! No puede desprenderse de su levadura turbulenta y sediciosa... *Vade retro.* Si lo que ha dicho no es chanza, olvídese del santo de mi nombre. Allá se entienda con su *dominismo* y sus locuras. Yo no puedo, no puedo seguirle por esos caminos vitandos, y recojo velas, y me desligo de todo compromiso de padrinazgo... Entiéndase solo, y llévele esas monsergas cismáticas al señor carlenal; verá qué órdenes le da, ¡canario!

—Amigo don Juan, no hay que tomarlo por la tremenda—atrayéndole, tomándole el brazo para andar juntos otra vez—. Yo creí que usted no se asustaba de una apreciación histórica, de una profecía, pues todos somos algo profetas. Mi cisma es puramente especulativo. Sosiéguese y apadríneme sin ningún recelo, que no le daré ningún disgusto, ni antes ni después de las órdenes. Aprecie con un criterio elevado lo que de he dicho y...

—Hombre, cada uno tiene su alma en su almario... No es que le falten a uno ideas sobre las cosas pretéritas y futuras. Yo no me asusto de nada que sea especulativo, y tengo manga ancha para las profecías. Pero quiero vivir en paz con la Iglesia, de la que soy hijo sumiso; vivo feliz con mi subordinación, y no gusto de buscarle tres pies al gato.

—Lo que dije fué apreciación pura de historiador o de filósofo, olvidándome del clérigo que apunta en mí. No, no renuncie a ser mi padrino ni a instruirme en lo que aún ignoro. Pues qué, ¿nos hemos de arrancar la inteligencia?

—Hombre, no..., pero...—contemporizando—. Esas cosas son muy graves..., y cuando se piensan no se deben decir.

—En público, no; pero entre amigos, entre hombres estudiosos...

—En ningún caso—parándose—. Déjese de profetizar nada contrario a la jerarquía inmutable y universal de la cabeza de la Iglesia. El tiempo traerá lo que quiera. ¿A qué nos metemos nosotros en esto? Si la historia pasada nos marea, la historia futura, ¿qué hará sino volvernos locos? Dejemos al tiempo su oficio; vivamos en paz con lo vigente, que es nuestra segunda atmósfera, y no pretendamos quitarle a Dios su función sublime, que es alterar las cosas y ponerlas patas arriba cuando le da la santa gana de hacerlo. El es el gran reformador, el gran revolucionario; nosotros, pobres bichos imperceptibles, no debemos hacer más que vivir en la gota de agua donde nos pone, y ver y callar, alabándole siempre, y mirando con cuánta gracia y soltura lleva los siglos por delante hasta su consumación.

Nada contestó Guerra a estas sesudas palabras. Detuviéronse a la puerta de la casa del arquitecto, y se despidieron apretándose cariñosamente las manos y deseándose una buena noche, pues ya se había puesto el sol, y las calles se anegaban en sombra, y transpuntaba en el cielo la luna nueva como una hoz de plata.

—Eso; vea pronto al arquitecto—le dijo Casado—, y que le modifiquen las trazas. Los hombres, lejos, lejos... No la encharquemos... Y váyase luego a Guadalupe, y descanse y procure dormir, que bien lo necesita.

CAPITULO V

A BARGAS

I

De la calle de la Misericordia poco tardó Casado en llegar a la suya, y por el camino iba pensando acerca de su amigo cosas que no es bien se queden inéditas. "¡Qué barullo en aquella cabeza, Santa Bárbara bendita! Las intenciones buenas, el corazón generoso; pero no puede contener el temperamento, que se le dispara... Quiere ser asceta, y sin pensarlo, cátate, revolucionario. ¡Pobre don Angel, en qué parará!... Por un lado creo salvadora la influencia de la hermanita, y por otro le tengo más miedo que a un arma cargada a pelo. No sé que pensar de este caso extrañísimo; no sé si alegrarme de que el hombre se ordene o echarme a temblar. Mi razón y mi experiencia no me dan la clave de esta naturaleza en que facultades y sentimientos tan diversos se confunden y entrelazan, y por más vueltas que le doy al acertijo no lo puedo descifrar."

Con estas cavilaciones entró en su casa, y habría continuado revolviéndolas en su caletre, si no diera de narices un encontronazo tremendo con doña Catalina de Alencastre, que esperándole es-

taba, y ya tenía medio trastornada a Felisita.

—Pero ¡don Juan—exclamó la noble señora corriendo a él con los brazos abiertos—, que ha estado en un tris que nos vayamos a la Sagra sin verle! Hoy, cuando me dijeron: "Está en Toledo", cogí la mantilla y me vine como un cohete por esas calles.

—Yo también... no quepo en mi pellejo de puro gozoso viendo a mi señora doña Catalina tan campante y con cara de pascuas.

—¡Ay, no, don Juan! Por un lado, contenta estoy, pues lo de Dulce parece cosa hecha. Pero por otro, ¡ay, mis hijos, mis pobres hijos! Nadie sabe adónde han ido a parar. Paréceme que se han muerto los pobrecitos, y no puedo arrancar de mí la pena que me causa el no saber en qué rincón del mundo se han metido. Ellos se merecen lo que les pasa, porque otros más destornillados no creo que existan; pero soy madre, y no puedo menos de...—lloriqueando—. En fin, sea lo que Dios quiera... Por el lado de mi hija—echándose a reír—todas son bienandanzas... Ya Casiano se arrancó, y me alegro, porque estaba la niña como San Alejo al pie de la escalera, sin saber si bajaba al cielo o subía al infierno, digo..., lo contrario... ¡Cómo tengo la cabeza! Pues sí, Casiano es nuestro, amigo don Juan. La Virgen del Sagrario se ha portado como quien es, y yo le estoy muy agradecida.

Al oír esto, la viuda por poco pierde el conocimiento; pero se dominó. La pirosis le abrasaba las entrañas. No tuvo más remedio que hacer el dúo a su hermano, expresando las mismas congratulaciones, con menos sinceridad.

—Felicito a la familia y felicito a Casiano—dijo el clérigo—, y me felicito yo, porque así no habrá más consultas.

—Gracias, gracias, don Juan santísimo y reverendísimo—chilló doña Catalina soltando una risa epiléptica, que alborotó más los nervios de la viuda, poniéndolos vibrantes como cuerdas de violín heridas por el arco.

—Pero no ha llegado todavía el momento de dejar libre y horro a nuestro grande amigo y consejero—agregó la rica hembra—, y he venido a suplicarle que se pase por allá y eche unos exorcismos a la niña, porque desde anoche se me ha puesto muy triste..., ya ve usted, cuando debía bailar de gusto..., sí, señor; y habiéndola reprendido por su tristeza, díjome que, sin despreciar a Casiano, más que dar el sí a un hombre, le gustaría dárselo al Ser Supremo metiéndose a monja. ¿Ha visto usted qué patochada? De algunos días a esta parte, la niña se me ha vuelto tan babosa con la religión, que toda la mañana se la lleva en las iglesias, besuqueando reliquias y diciéndoles secreticos a las imágenes. Francamente, esto me da mala espina.

Felisita sentía que se le atravesaban en el esófago lo menos diez o doce cuchillos muy afilados, y que la saliva que tragaba se le volvía pintura verde de persianas.

—Pues eso no está mal—dijo el socarrón de Casado—. Buena preparación para el matrimonio es la vida mística. En suma, ¿qué quiere usted de mí? ¿Qué vaya y la.. ?

—Eso es: que vaya usted y la coja por su cuenta, y le eche un par de párrafos de esos que usted sabe. Yo creo que no cerdea; pero, vamos.... podría... La imaginación es una gran lunática, y a lo mejor sale por los registros más absurdos. Yo, que para agarrar la ocasión por los cabellos me pinto sola, he resuelto que nos vayamos mañana a Bargas, donde se celebrará la boda lo más aprisa posible. ¿No le parece bien esta determinación?—con nerviosa risotada—. El llanto sobre el difunto, y quitamos a la niña de esta atmósfera de santurronería, y de otras atmósferas que aquí hay, no sea que sus nervios nos hagan alguna trastada.

—Admirable partido. A Bargas con el negocio—dijo Casado—, y que el cura de allá les eche las bendiciones en cuanto lleguen. Estas cosas, doña Catalina, cuanto más a paso de carga, mejor.

—Bendita sea su boca, don Juan. Pues nos vamos mi hija y yo solas, con el novio... Ya sabrá que a Simón le trasladaron a Albacete.

—No lo sabía... Por muchos años.

—Yo me alegro, porque la sombra de mi marido no me gusta para estas cosas. El es bueno, sí, y más honrado que los ángeles. Pero como no viene de cepa ilustre, a lo mejor le mete a usted la pata, y... No, no; que se vaya a la

Mancha y redondee su capitalito. Lo que siento, ¡ay!, es marcharme sin saber qué es de mis hijos, en dónde, benditos de Dios, se han metido—moqueando—. Todo no puede ser felicidad, y por buenos y nobles que seamos, no merecemos que Dios nos haga nuestro santísimo gusto en todo, ¿Adónde iríamos a parar?...

—Claro, ¡adónde iríamos a parar si nuestros deseos se cumplieran sin tasa! La felicidad se nos indigestaría y reventaríamos de dichosos. Más vale así. Doña Catalina, bienandanzas por un lado, sufrimientos por otro, hoy se llora y mañana se ríe, y así se va uno defendiendo en esta vida mortal, que no es más que un engaño, una ilusión, un sueño, comúnmente de los más tontos. Conque...

—Nada, don Juan—levantándose—, que le estamos muy agradecidas, y espero que no me faltará mañana. Salimos a la una.

Felisita, al despedirla, de buena gana le habría clavado las uñas en el rostro; pero la cortesía pudo más que su saña nerviosa, y recíprocamente se rociaron la cara con mil lisonjas y floreos de urbanidad.

II

Puntual y atento, don Juan se personó al siguiente día en la casa babélica a punto que las dos señoras ponían su ropa en los baúles. Don Simón le secuestró el primero, acorralándole detrás de una mesa para decirle que se alegraba de cambiar de provincia, por el oprobio que sus hijos le habían arrojado a la cara en Toledo y Madrid. Felizmente, ninguna de las indecentadas de Arístides y Fausto le alcanzaban a él. El ministro, satisfechísimo de su gestión, quería llevarle a la Secretaría.

A Dulce la encontró don Juan melancólica, pero firme en las líneas que su destino le marcaba. No vacilaría, no, pues la generosidad de Casiano era como uno de esos tablones flotantes a los cuales hay que asirse irremisiblemente en caso de naufragio. Cierto que su espíritu, en los últimos días, había sentido querencias hondas hacia lo espiritual y religioso, pero el sentimiento de la realidad a todo se impuso. A pesar de haber rezado tanto y pedido infinitas veces perdón a Dios y a la Virgen por la mala conducta de antaño, aún no las tenía todas consigo, y su conciencia no acababa de serenarse, por aquello de encajar al bargueño moneda falsa en vez de la de ley que él se merecía.

Sobre esto la tranquilizó don Juan en el ratito que hablaron a solas, diciéndole que nada de lo concerniente al pasado borrascoso ignoraba Casiano, y que pues él así la quería, no resultase ella más papista que el Papa. Grandes elogios hizo Dulce de su futuro, poniéndole en los cuernos de la luna, asegurando que, sin sentir por él ese entusiasmo que es la flor fina del querer, le estimaba y le respetaba, y..., vamos, le quería honradamente, como a su amparo y sostén en esta vida mortal. ¡Y qué noblote, qué sencillo, qué buenazo! Todo cuanto ella le decía era para él como los Santos Evangelios. Su generosidad no tenía límites: después de llenarles la casa de pollos y gallinas, de quesitos y chorizos, de jamones y conejos, últimamente le llevó un regalo tan magnífico como delicado, que estuvo anunciando algunos días, sin precisar lo que era, manteniendo así en gran tensión la curiosidad de las Babeles. Era un soberbio vestido de bargueña, de lo más fino, con todos sus arrequives y faralaes, el cual agradó mucho a Dulce, que lo halló pintiparado para su cuerpo y talle, como si le hubiera tomado medidas la más hábil modista, y doña Catalina, del entusiasmo que le entró, estuvo si se dispara o no se dispara con aquello de los Reyes.

En resumen, Dulce esperaba felicidades en su matrimonio. Luego preguntó a don Juan si no iría alguna vez a Bargas, porque era muy sensible que no se volviesen a ver. Replicó el clérigo que, aunque las más de sus propiedades radicaban en país sagreño, algo tenía también en la patria de su amigo, así como éste poseía intereses en tierra de Cabañas. De modo que se comunicarían frecuentemente.

—Don Juan—dijo doña Catalina, metiendo su cucharada—, allá nos veremos, y hemos de brincar juntos por aquellos campos de Dios. Paréceme mentira que pronto sentaremos nuestros reales en mi bendita patria. Yo le juro a usted que de esta hecha me vuelvo pastora, cojo

un cayado y me lanzo en trenza y en cabello por aquellas dehesas, llevando por delante mis ganados.

—Todos seremos pastores—agregó Casado con cierta emoción—. ¡Viva el campo, viva la paz de la aldea, viva la agricultura! Nos haremos todos rústicos, y rústicamente viviremos en la mejor de las Arcadias, con bienes comunes, y comunes goces y penas. No, penas, no, porque en aquella región de sosiego no las habrá.

—Don Juan—indicó Dulce, algo conmovida—, que todo eso que ha dicho no se quede en jarabe de pico. Seremos todos rústicos, todos pastorcitos, y formaremos una sola familia...

—Eso es, y ¡viva la tierra generosa, madre de todo bien!

—¡Vivaa!

—Don Juan—chilló doña Catalina llevándose a los ojos la punta del pañuelo—, no me podré acostumbrar a dejar de ver su cara preciosa.

—Señora—replicó el clérigo—, no me adule usted tanto, que me voy a trastornar.

—No, no me vuelvo atrás; "su cara preciosa", he dicho y lo sostengo. Esa fama de hombre feo que le han dado a usted es una injusticia, y yo me pronuncio contra ella.

—Eso mismo digo yo cuando me miro al espejo. Injusticia. No lo entienden.

—Bueno, convengamos en que es feo; pero con una fealdad bonita.

—O bonitura fea; lo mismo da. Bien dicen que el que no se consuela... Yo, sin embargo, no necesito consolarme, porque voy muy a gusto por el mundo con mi mascaroncito de picaporte.

—Pero es usted muy salado, don Juan —dijo Dulce con toda su alma—, pero muy salado.

Llegó el momento de partir, y Casado las acompañó hasta la posada de donde salía el coche, llevándoles el cesto de la merienda, porque ellas y don Simón no tenían ya manos para más líos, paquetes y sacos. Casiano las esperaba; subieron al estrecho vehículo, y éste no tardó en partir por el Miradero abajo. Dulce por una portezuela y doña Catalina por otra saludaban con sus pañuelos al presbítero, el cual sentía y disimulaba una pena inexplicable, y al propio tiempo un contento... inexplicable también.

CAPITULO VI

FINAL

I

Confuso y trastornado salió *don Pito* de Guadalupe una mañanita, trazando eses con su planta insegura, y encaminóse al monte como alma que llevan los demonios. Y no era la desgracia de sus amores el único motivo de aquel singularísimo estado cerebral, sino otras cosas inauditas que le pasaban, fenómenos subjetivos, desórdenes del sistema nervioso y del órgano de la vista. "Razón tienen—pensaba—los que dicen que el abuso de empinar ataca las potencias intelectuales y hace un lío de toda esta mecánica que tenemos en la sesera. ¿Qué es lo que me pasa, Señor de los ejércitos de mar y tierra, Virgen del Carmen saladísima, que desde anoche acá no hago más que ver visiones? ¿Será que me voy a morir? En mis mayores borrascas de ginebra o ron, siempre conservé claro el sentido; jamás vi lo blanco negro, ni me salieron fantasmas."

El caso fué que la noche antes, habiendo entrado en la cocina con una regular estiba de alcohol en su estómago, vió a dos hombres que le parecieron sus sobrinos Arístides y Fausto. El primero no era exactamente el mismo, sino una falsificación imperfecta, pues no tenía barba y vestía de un modo muy estrambótico; el segundo sí que era pintiparado, con su patita coja y su cara de granuja. Quedóse atónito al verlos, y se echó en un banco donde solía descabezar las monas antes de acostarse a dormirlas. Entreabriendo los ojos, atisbaba a los dos sujetos, que tuvo por almas del otro mundo, evocadas al calor de su propia sustancia alcohólica. ¡Cosa más rara! Ellos le miraban también, tumbados sobre esteras en el rincón de enfrente, y se reían los muy... *Don Pito* sentía comezón de hablarles para desvanecer su engaño, pero se le había puesto la lengua como un corcho, y no podía moverla. Dormido, decía: "No son, no son, y todo es obra de ese infernal Patillucas, que me tiene tirria..., no sé por qué."

A la mañana siguiente vió a Fausto dormido, junto a su camastro pajero...

Tenía la cabeza más despejada, y pudo apreciar mejor los objetos reales. Era él, Fausto... ¿Cómo dudarlo, si viéndole estaba? Para cerciorarse, le tocó, y era materia, cuerpo, ropa, no espectro ni vana ilusión de la retina. ¡Yemas! ¡Cuernos sacros del tío Carando pastelero! No podía ser, no podía ser. ¡Fausto allí! Y Arístides, ¿dónde estaba? ¿Serían ellos realmente? ¡Los Babeles en Guadalupe y con trazas de fugitivos cimarrones!

Salió, pues, de estampía, tirando de las hebras chamuscadas del bacalao que le dió *Jusepa* (con quien no cambiaba ya ni el saludo para demostrarle toda la dignidad de su enojo), y refrescada su cabeza por el aire matutino, decía: "No puede ser... Desde anoche me atormentan estas visualidades. Yo tengo algo en los ojos y en el caletre. Esta mecánica no va bien. ¿Cómo es posible que el amo admita...? No, no; todo ello es flaqueza de mi cerebro. Beberemos agua fresca, y metiéndome en el aljibe las cataratas del Niágara quizá vea las cosas al derecho." Después, pensándolo mejor, se acogió al principio de *similia similibus*; se fué a Turleque, donde tenía en reserva una botella de coñac, y no paró de hacerle carantoñas hasta el mediodía. Por la tarde hallábase tumbado debajo de una encina en La Degollada, viendo en el calidoscopio de su mente el Banco de Terranova, con los flotantes témpanos de hielo; después la majestad espaciosa del Golfo en calma chicha, y por fin el Canal de la Mancha, con cielo calinoso y marejada, el faro de Wulf Rock demorando por la amura de estribor.

Próxima ya la noche, se levantó con el cuello tan dolorido que no podía moverlo, y anduvo un trecho a gatas. Buscando la vertical estuvo largo rato, hasta que pudo tenerse en pie y medio, y tomó el camino de Guadalupe cantando entre dientes una canción gaditana, de la cual una sílaba se tragaba y otra escupía. Sentado después en una piedra, junto a espeso zarzal, se pasó más de media hora meditando en su suerte mísera. La cabeza se le despejó. Ya cogía el garrote para levantarse y partir, cuando oyó la voz de *Jusepa* por el lado de La Degollada. Instintivamente se deslizó de la peña, escabulléndose al amparo de un matojo que le cubría el cuerpo. La voz sonaba más cerca, alternando con otra voz de hombre. Deslizóse *don Pito* suavemente a cuatro patas, aproximándose a la vereda por donde la moza y su acompañante habían de pasar. Apenas respiraba, y su cuerpo y su alma no eran más que curiosidad... Pasaron charlando. Claramente los vió a la luz crepuscular, y el zorro, que por la parte del acechante caminaba, fué mejor visto que la loba.

El viento esparció las cláusulas de aquella conversación idílica. Algunas sílabas sueltas quedaron vibrando en las orejas del capitán. No había oído más que: *No... Si tú... Tal vez...*, pronunciado por la voz masculina, y unos como gruñidos de *Jusepa*. Largo rato estuvo el acechante sin poderse mover..., lelo, idiota, incapaz de pensar, como si se le remontara a la cabeza todo el aguardiente que había bebido en su vida. Incorporado y con las manos libres, se persignó dos o tres veces, diciendo: "O yo me he muerto y estoy penando en el séptimo purgatorio, o todo es figuración y linterna mágica de mis propias facultades de ver. O el diablo se divierte conmigo, zarandeándome como una pelota, o el chaval ese que va con *Jusepa* es mi hijo Policarpo. Vi sus andares, que no fallan; vi su cara, oí su metal de voz... Pero ¿cómo demonios...? ¿De dónde...? No puede ser. Visiones tenemos, y sigue en mi jícara este turbión de fantasmas que me trastorna. *Pito*, serénate, no hagas caso de quimeras. Tan Policarpo es ése como yo el Papa... Pero esa yegua montuna, tarascona, ¿qué líos trae por aquí? ¡Tanto despreciar mi simpática personalidad para embarbetarse luego con el primer mequetrefe que asoma!" Al llegar aquí sus pensamientos, entróle tal furor, que se puso en pie de un salto, y blandiendo el garrote echó a correr... "¡Ah! Ya caigo, ya entiendo, ¡Carando!, lo que esto significa—parándose meditabundo—. El diablo..., sí, no puede ser otra cosa... Ese grandísimo perro, cabrón, sucio, indecente, me ha jugado la gran partida serrana. Aceptó lo que le dije de volverme joven, y ¿qué ha hecho el muy puerco? Pues rejuvenecerme no en mi propio ser y sustancia, sino inventando un ser que es mi hijo, o, como si dijéramos, yo mismo en edad tierna. Eso no vale, eso no es lo tratado, ¡canalla! ¡Me caso con tus cuernos

infernales!—pateando, dando puñetazos en el aire y retorciéndose como un condenado—. Pillo, gitano, tramposo, maldita sea tu madre y la leche que mamaste! Suelta mi alma, suéltala o te arranco los ojos, ¡yemas furibundas del tío Carando y de la geodesia de las mismísimas bolas del zancarrón de Mahoma!" Vomitando estos y otros disparates siguió con desordenada marcha, retrocediendo a lo mejor, haciendo molinete con el garrote y apaleando las encinas. De pronto se paraba, y en tono zumbón seguía sus retahilas: "Pero si a la vista está que el Lucifer ese es bobo y no sabe lo que se pesca. ¡Buen pastel ha hecho! Yo le podría refregar los hocicos diciéndole una cosa que no sabemos más que Dios y yo. Poli no es mi hijo, me lo pasó de contrabando la bribona aquella, y yo hice lo que los de la Aduana cuando les untan. ¡Triste de mí!... Véase lo que trae la debilidad de carácter, y el ser uno bueno y no gustar de camorras en la familia. Dejé pasar al chico... por aquello de que el pobrete no tenía culpa, y ahora...—pateando otra vez..., ¡vaya un pago que me dan por culpa de los celestiales infiernos y por la pastelera vejiga del barbudo Satanás marrano, mil veces hijo de todas las serpientes y escorpiones del paraíso acuático y terrestre...!"

Dirigióse a Turleque, diciendo: "Mi hijo es *Naturaleza,* y nadie más que *Naturaleza,* aquel cacho de ángel, bueno y leal..." Ya Virones y los demás huéspedes habían cenado, y aunque la cigarralera, más benigna que *Jusepa* con los rezagados, le ofreció potaje caliente, él no quiso tomarlo ni tampoco irse a Guadalupe en busca de mejor cena, pues había cogido aborrecimiento a su primitiva morada desde que en ella se le aparecieron los fantasmas babélicos. Quedóse allí, entre *apóstoles,* y Virones, tirando de un pitillo, le dió conversación sin sacar de él sustancia alguna. A las insinuaciones de don Eleuterio contestaba el pobre mareante:

—No le dé usted vueltas, padre, no tengo más hijo de verdad que *Naturaleza,* ese borrego de Dios... Yo le engendré..., yo... ¿No lo cree? Pues no lo crea. No es *Naturaleza* hijo del pecado, sino de la virtud. El Señor le bendiga y le aumente sus días...

II

Al siguiente extrañó a Guerra no ver a *don Pito* por ninguna parte. Dijéronle que había dormido en Turleque, y recelando que engolfado en su feo vicio se hallaba corriendo un temporal duro, fué allá con ánimo de exhortarle, no a la templanza, cosa imposible, sino a emborracharse decorosamente, pues eran ejemplo muy feo en Turleque aquellas turcas hondas, monumentales, empalmando el día con la noche. Don Eleuterio le dió noticias del infeliz capitán, que vagaba por las espesuras hecho una lástima, a ratos como lelo, a ratos dando brincos, y sin acertar a decir más que una sola frase, esto es, que él era el *padre de la Naturaleza.*

Por la tarde se fué el señor a Toledo, y al volver, ya de noche, vió a Fausto paseándose por los alrededores de Guadalupe. No se hablaron. En el aposento de arriba, despacho o saleta de estudio comunicada con la alcoba, hallábase Arístides, que no salía, temeroso de que le viesen, y al entrar Guerra, le dijo:

—Me avergüenza el estar inactivo entre tanta actividad, querido Angel, y no poder serte útil en algo. ¿No podrías encargarme algún trabajo de gabinete?... Pues ya sabes que yo no sirvo para cargar piedras.

—Ya veremos—le contestó Angel—. Aún no has descansado. Tienes mala cara. Tú no estás bien.

—¡Qué he de estar bien! He pasado el día dormitando en este sofá, a veces tiritando de frío, a veces ardiendo en calor y sudando copiosamente. Creo que me he traído de aquel húmedo muladar de las Tenerías un germen de calentura maligna.

—¿Quieres que llamemos un médico?

—No... Quizá no sea nada. Más bien moral que física es tal vez mi enfermedad, y efecto de la tristeza que me agobia. Tanta humillación, y el no ver delante de mí más que miseria, deshonra y artes diabólicas para poder vivir, me abaten el ánimo y me hacen aborrecer la vida. Porque, fíjate bien: ¿para qué estoy yo en el mundo? ¿Para qué vivo? ¿No valdría más para mí y para los demás que me llevara Dios?

—Fuera pensamientos tristes. *Jusepa,* luz.

Entró la moza con un quinqué de pe-

tróleo, y entonces pudo Angel observar las mustias facciones de su enemigo amigo, que postrado en el sofá clavaba en la verde pantalla los ojos soñolientos y enrojecidos.

—Veamos ese pulso—díjole Guerra, sentándose a su lado—. Pues mira, me parece que tienes fiebre, y un poquito alta.

—No diré que no. Siento ahora mucho calor. Los párpados se me cierran como compuertas de plomo, y no respiro con facilidad.

—Duerme bien esta noche, y mañana..., si no estás bien, haré venir a don Acisclo. No temas, es de toda mi confianza.

—Bien; pero esta noche no consiento en ocupar tu cama. Tamaña generosidad me abruma. No me avergüences más de lo que ya lo estoy. No me pongas ante los ojos de una manera tan patente lo pequeño y miserable que soy junto a ti.

—Esta noche dormirás también en mi cama—replicó el señor de Guadalupe en tono imperioso, que no permitía réplica—. Lo mando yo. Si me respetas, como dices, principia por no disgustarme.

—Pero si duermo perfectamente aquí. Con que me des una manta...

—Que no. Basta. Ahora cenaremos. Que *Jusepa* nos traiga la cena aquí—despejando la mesa de planos, libros y papeles—y que suba Fausto a cenar con nosotros.

Hízose todo como él mandaba, y puso la villana los manteles; mas el segundo Babel se resistió a subir, porque le daba vergüenza, según *Jusepa* dijo. Fué preciso que el mismo caballero cristiano bajara y lo trajera casi por una oreja para vencer su cortedad auténtica o fingida. Menos flexible que su hermano, Fausto no encontraba en su menguado repertorio ninguna fórmula de gratitud. La blusa de albañil le caía muy bien, y no se clareaba en él el disfraz como en el refinado *barón de Lancaster,* que mientras más se empeñaba en no ser caballero, más lo parecía. Cohibido y balbuciente, el cojo no acertó a decir a su favorecedor las frases de ordenanza. Pero su turbación no le quitaba el apetito, y devoraba como si aquella fuese la primera vez que comía después de tres meses. Angel, que cenaba muy poco, les sirvió a los dos sopa, un riquísimo cabrito en cazuela y vino en abundancia. Arístides, desganado, no hacía más que picar, bebiendo medianamente.

—Anda, anda—dijo a su hermano—, que ahora no puedes quejarte. Bien te llenan el buche. Ya ves qué bueno es este hombre y qué lección nos da de olvidar los agravios.

—Verdad que sí—replicó el cojo—. ¡Dichosos los ricos, que pueden ser buenos y hasta santos siempre que les dé la gana! El pobre es esclavo de la maldad, y cuando quiere sacudirse la cadena, no puede.

—¿Qué barbaridades estás rezongando ahí?—le dijo Guerra—. Quisiera yo cogerte por mi cuenta para enseñarte a no mirar la pobreza como una maldición de Dios.

—Pues cógeme, ¡caracoles! ¿Qué más quiero yo? Pues si yo tuviera un protector, ¡puñales!, sería como los querubines... Pero a mí, ¿quién me protege? Un rayo. Cuando uno se pone de uñas con la ley, ya es cosa perdida, y hasta las buenas intenciones se le vuelven crímenes, sin pensarlo tan siquiera.

—¡Bonita teoría! —observó Guerra, bromeando—. Ahora, más que exponer tu sistema moral, te hace falta descanso. Vete abajo, y que *Jusepa* te acomode donde solía dormir *don Pito,* que, según creo, se ha instalado en Turleque. Duerme todo lo que puedas y no temas nada.

Pareció Fausto muy agradecido de que se le despidiera, porque se hallaba violentísimo en presencia de su favorecedor, y no fué menester que se lo mandaran dos veces para tomar el portante, dando secamente las buenas noches. Cogió su grasienta gorra de albañil, que había dejado sobre una silla, y se fué. No bien se quedaron solos Arístides y Guerra, éste ordenó al otro que se acostara. Nuevos escrúpulos y resistencias delicadas del *barón,* que al fin, por no marear con etiquetas y cumplimientos, obedeció, echándose vestido y arropándose con una manta. Al acostarse tiritaba, dando diente con diente; al poco rato, la reacción febril le hacía sudar; su frente y manos eran de fuego.

—Tengo calentura—dijo a Guerra, que le tomaba el pulso—; pero de ésta no caigo. Mañana estaré bien. El caso es que no siento necesidad de reposo, sino de lo contrario, de actividad, de movimiento. Me levantaría sin cuidado nin-

guno, y me iría de paseo por esos campos.

—No, no, quietud es lo que te conviene.

—¿Crees tú que esto que me pasa no es para impresionar al más indiferente? ¡Verme acogido por ti con tanta generosidad! ¡Presenciar este prodigio de misericordia humana, que es como si la divina se trasplantara a la tierra! Bienaventurado Angel, ¡ojalá pueda yo darte pronto alguna prueba evidente de gratitud!

—No la necesito. Pero si me la das, mejor para ti.

—No ceso de pensar en tu conducta —arropándose y volviendo a tiritar—. Estas casas que has fundado, las que fundarás de nueva planta, según dicen, tengo para mí que han de influir grandemente en la sociedad futura. Yo veo aquí algo que se sale de la pauta normal. El cristianismo tuyo paréceme a mí como un restablecimiento de la pura doctrina evangélica.

—Así es—afirmó Guerra, pasmado de aquella interpretación, que no esperaba de semejante boca.

—Favorecer al enemigo, perdonar todas las ofensas, tratar al criminal como a un hermano, son lecciones que la pobre Humanidad iba olvidando y que tú refrescas en su memoria, y ¡de qué modo!, con el más elocuente de los ejemplos.

—Yo cumplo el principio. Lo demás vendrá por sus pasos contados—manifestó fríamente el hidalgo de Guadalupe, queriendo ser modesto sin dejar de enaltecer su idea.

—Dime una cosa—hecho un lío en la manta, fijando en su favorecedor una mirada profunda—. ¿Es cierto que perdonas todas las ofensas?

—Cierto es.

—¿Todas, todas absolutamente? Dime otra cosa: ¿quién te inspiró esa idea de enderezar el cristianismo, que anda, bien lo sabe Dios, un poco torcido? ¿La aprendiste tú solo?

—Estás hecho un p a d r e Ripalda. ¿Quieres examinarme?—sentándose junto al lecho—. ¿A qué ese flujo de preguntas?

—Es que despiertas mi curiosidad en grado sumo, y creo que acabarás por trastornarme. Tus ideas son seductoras y hacen prosélitos sin intentarlo.

—Mis ideas no son nuevas; interpreto y aplico la doctrina de Cristo, que hasta ahora es letra muerta en multitud de casos. Todo se reduce a muy poco, y mi explicación cabría, como vulgarmente se dice, en un librillo de papel de fumar. Anular la propia personalidad y no ver más que la del prójimo; no matar, no castigar, no defenderse; no alegar ningún derecho; hacer el bien a los demás y guardar el mal para sí; sucumbir siempre ante la ingratitud y la violencia. ¡Ya ves cuán sencillo! Tal sistema de conducta ha de producir, implantado bruscamente, algunas víctimas; pero la idea irá fructificando, y tras las víctimas vendrán los triunfadores. La perversidad concluirá por rendirse.

—¡Ay, da vértigo escucharte! Le llevas a uno con tu pensamiento a una altura desvanecedora, desde la cual todo se ve chico... ¿Crees tú que la perversidad se rendirá al fin? A fuerza de inmolar víctimas, tal vez. Ya, ya voy comprendiendo. La humildad suprema concluirá por traer el supremo poder.

—Vaya, basta. Temo excitarte. No te calientes la cabeza. A dormir se ha dicho.

—No tengo sueño—acalorado, saliendo de entre la manta como una momia desvendada—. Dime otra cosa. He oído, y lo repito ante ti con todo miramiento, que esas ideas te las sugirió la hermanita del Socorro..., esa a quien le tiemblan las pupilas. Me lo dijo no recuerdo quién. A mi hermana no hay quien le quite de la cabeza que entre ella y tú no ha sido todo misticismo... Habladurías de mujeres.

—No digas disparates—excitado—. Me estás ofendiendo, Arístides, ofendiéndome gravemente.

—Y tú me estás perdonando antes de recibir la ofensa. Yo te digo lo que oí: pero no pienso de ti nada malo—liándose otra vez en la manta—. Entiendo que esa transformación que ha de venir empezará por lo eclesiástico, y que la estupidez del celibato ha de pasar pronto a la Historia. ¿Por qué no afrontas la reforma, rompiendo con la Iglesia y casándote públicamente, según tu propio rito, con tu inspiradora, con la que es ya tu mística dama?

—Cállate la boca—dijo el fundador separándose de él y volviendo al instante—. No blasfemes, no me injuries...

—¡Bah! No me haces tú creer que te parece injuria lo que acabo de decirte. ¿Es que no me crees digno de confiarme tus pensamientos? Mira—incorporándose en el lecho, con temblor de manos y castañeteo de dientes—, no disimules conmigo; yo también sé adivinar; yo sé que te tendrías por dichoso si pudieras anticiparte a la supresión del celibato, celebrando un lindo matrimonio con tu monja tierna. Basta de comedias conmigo. Lo que te detiene es la dificultad material para hacer efectivo tu deseo. ¡Inocente, pusilánime! ¿De qué te sirve tanta divina ciencia? No tienes más que disponer que vuelva la hermana a casa de Zacarías Navarro, y allí celebras tus bodas...

Angel dió una vuelta sobre sí, cual si recibiera un golpe en la región encefálica, y fué a dar sobre la cama de Arístides. Rebotó de ella como una pelota, diciendo:

—No seas animal, no pagues mis beneficios con ideas infames.

—Pero ¿qué?—echándose otra vez—. ¿Crees tú que ella no lo desea más que tú? Con tanta luz en la cabeza, desconoces la eterna condición femenina. Te adora como a su amigo espiritual, sueña contigo noche y día; pero todas esas efervescencias de la imaginación se traducen en el amor humano, en alianza dulcísima de vidas y sensaciones, por ley ineludible de la Naturaleza. Bien lo sabes tú; pero te lo disimulas a ti mismo, te engañas con artificios de inteligencia... Humanízate... En casa de Zacarías... podrás...

Guerra salió disparado hacia la otra habitación y apoyó sus manos en la mesa, como si le abrumara un dolor muy vivo. Hallábase en situación moral semejante a la de aquella noche en que sintió sobre su pecho las patas del infernal macho. Terror de muerte llenaba su alma, y de la boca se le salían las mismas expresiones angustiosas de la noche de marras: "Huye, maldito, y no tientes al hijo de tu Dios." Arístides completó su pensamiento con expresiones groseras. Angel, incapaz de reprimirse, corrió a él, le puso las manos en el pecho, le apretó contra el colchón, y rechinando los dientes le dijo:

—Cállate, o te...

Arístides exhaló un mugido.

—Déjame, bruto—pudo clamar al fin—. ¿No conoces que es broma?

III

Profundo silencio reinó después de esto en las dos habitaciones. Sin hacer caso del otro, que aletargado parecía, Angel se paseaba en el gabinete, meditabundo, con mucha idea que revolver y ponderar en su magín; mas no tan recogido en sí que dejara de poner atención en los ruidos extraños que en la parte baja de la casa sentía. Al principio no se fijó; pero, vencida su abstracción del cuidado que aquellos rumores le dieron, salió a la puerta del cuarto y, asomándose a la escalera, oscura como boca de lobo, llamó a su criada.

—¿Quién habla ahí, *Jusepa?* Oigo una voz desconocida.

—Es este hombre, el don Fausto—dijo la moza, subiendo la mitad de los peldaños, hasta una altura en que no había suficiente claridad para que su amo pudiera verla.

—Es que yo siento otra voz de hombre que no es la del don Fausto.

La villana, antes de contestar, bajó dos o tres escalones, buscando mayor oscuridad en que envolver su rostro.

—Señor, era un mozo de los de Turleque, que vino con Tirso, y porfiaban que les había de dar de cenar. Ya se fueron.

El amo se retiró de la escalera. No se sentía ruido alguno en la cocina, como no fuese la cháchara sorda de *Jusepa*, imponiendo silencio a uno, que era, sin duda, Fausto, pero cuya voz no se oía. Media hora después, Angel se sentaba un instante a la mesa, y abría y cerraba el cajón de la derecha. Hojeó despacio un legajo de papeles que sobre el pupitre tenía, y se distrajo de su lectura, sintiendo o creyendo sentir cuchicheos en la escalera. Levantóse con rapidez, impulsado de un presentimiento, y no había llegado a la puerta, cuando ésta se abrió sin violencia, suavemente, y apareció Fausto...; detrás de él, otro hombre.

Con la viveza de juicio que le era propia, y con más serenidad de la que al caso correspondía, Guerra les dijo:

—Vamos, era de esperar. Pagáis mis beneficios robándome.

Fausto dió algunos pasos dentro de la

habitación, mudo y tétrico. Su acompañante se había quedado en la puerta, en la cual encajaba como en un marco y sobre fondo negro, figura chulesca llenando la página de un periódico taurino. Angel se acercó a él para ver quién era, pues la pantalla del quinqué arrojaba sobre la mesa casi toda la claridad, y lo demás de la habitación quedaba en penumbra verdosa.

—¿Y quién es este tipo que viene contigo? ¡Ah! Es Policarpo. ¡Qué caro se vende! Adelante.

—¡Pamplinero!—exclamó Fausto sacudiéndose el temor que le embargaba, y buscando con los ojos a su hermano Arístides, que en aquel momento salía de la alcoba, sin manta, tembloroso de brazos y piernas, más parecido a espectro que a persona viva.

—¿Eh?..., ¿ya estáis aquí?...—turbado y dominándose al instante—. El primero que le toque a un pelo de la ropa se verá conmigo... Angel no necesita que se le pidan los favores de esa manera para concederlos.

—¡Pamplinero tú también!—dijo Fausto, sacando las uñas de su insolencia habitual.

Angel se retiró hacia la mesa, y de espaldas a ella se encaró con los tres, ya puestos en línea, y les dijo sin inmutarse:

—Bueno: sepamos pronto lo que queréis de mí.

—Queremos—contestó Poli, adelantándose en actitud friamente atrevida y desvergonzada—que nos entregues pronto todo el *parné* que tengas, porque...

—Porque a ti no te hace falta, que bien rico eres—declaró el cojo, queriendo dar a la intimación un carácter pacífico y casi amistoso—, y nosotros lo necesitamos para escaparnos a Portugal.

—¡Bárbaros! No se piden las cosas con tan malos modos—repitió Arístides adelantándose hasta el amo de la casa, como si quisiera protegerle—. Dejadme a mí, bestias, y Angel nos atenderá.

Hubo un momento brevísimo, casi inapreciable, en que Angel quiso imponerse con una mirada paternal, de conmiseración y reproche juntamente. Pero aquel fugaz propósito pasó como chispa, sin dejar rastro. Con desprecio y amargura les dijo, señalando al cajón derecho de la mesa:

—Podéis llevaros lo poco que hay.

Movimiento de Fausto y Poli hacia el mueble. Rápida interposición de Arístides, que con manotadas y voces teatrales quiso detenerlos.

—Atrás, atrás... No se procede así con este hombre... Es un santo, es nuestro bienhechor. Pedidle perdón del agravio que os impone la necesidad...

Alargó los brazos hacia Angel como si abrazarle quisiera. La actitud del caballero cristiano había sido hasta entonces severamente despreciativa, como la resignación del ser superior insultado por sabandijas. Hizo un esfuerzo de presión terrible sobre sí para sostenerse en el temperamento seráfico del *dominismo*. ¡Qué hermosura, qué majestad ofrecerse indefenso a las injurias y al saqueo de semejante canalla! ¡Qué mérito tan extraordinario dejarse pisotear; no proferir contra ellos ninguna expresión de protesta; no pedir auxilio ni hacer uso de su vigor muscular; proceder, en fin, ante los ultrajes, en perfecta imitación de la conducta del Divino Jesús! Pensándolo estaba Guerra, cuando vió a poca distancia de sí la cara de Arístides, fiáccida, compungida, macilenta, con expresión de traidora amistad en los ojos febriles, y lo mismo fué ver aquella máscara que sacudírsele interiormente todo el mecanismo nervioso y explotar la ira con crujido formidable. La manotada fué terrible. Restalló la cara de Arístides como la pelota disparada por la palma ardiente del pelotari, y el hombre, dando un brinco, fué a caer de cabeza contra el sofá, los pies por el aire. En el mismo instante Fausto y Poli se echaron sobre Guerra, que se preparó a parar la embestida. Su coraje le dió tiempo para pensar que si no traían armas, fácilmente daría cuenta de los tres. Fausto intentó echarle mano al pescuezo, y el otro se había quitado la faja con intención sin duda de atarle. La lucha fué breve, y las dos manos fortísimas del señor de Turleque se defendían con bravura de las cuatro zarpas babélicas. El cojo cayó patas arriba.

—¡Infames, ladrones, rateros viles! —vociferó la boca de Angel entre espumarajos de rabia—. Me como a los tres..., y aunque fuerais veinte.

Oyéronse los gemidos roncos de Arístides, que, arrastrándose hacia la mesa, decía:

—No matar..., cuidado con matar...

Si Fausto no valía para nada, Poli era vigoroso. La desgracia de Angel fué que en las convulsiones de la lucha a brazo, cayó en tierra, y el majo echóle encima todo el peso de su cuerpo. Aún esto no fué bastante, y Guerra se le sacudió. Ya le tenía dominado, cuando Fausto le abrazó por el cuello, tirándole hacia atrás, mientras el otro, irguiéndose lívido y jadeante, sacó de su cintura una navaja. Con el chasquido del resorte al abrirse la hoja se confundió la voz del zorro, diciendo:

—Te voy a matar; te mato.

—Poli..., que no... Poli, sangre, no. No seas bestia—gruñó con clueca voz Arístides, revolviendo ya el cajón de la mesa.

Angel no se aterró ante el acero que el majo le mostraba. Por dicha suya, enredóse Fausto los pies en la faja con que había intentado amarrar al señor de Guadalupe, y cayó al suelo. Mientras se recobraba, Guerra se abalanzó al zorro, sujetándole la mano con que empuñaba el arma. En un tris estuvo que se la quitara, porque sus dedos eran como alicates. La intervención, aunque tardía, segura, de Fausto, dió la ventaja al asesino, y Angel fué herido en el costado derecho. Al sentir la hoja fría atravesándole las carnes, sus manos destruyeron lo primero que encontraron por delante... Apenas se dió cuenta de que sus dedos estrujaban una cosa blanda. ¿Era, un ojo, un labio o una oreja de Fausto? En tal tumulto no era fácil saberlo. Vencido por el arma traicionera, el héroe de Guadalupe cayó, bramando como fiera cazada.

—Estúpidos—gritó Arístides, con un acento que no se puede expresar sino diciendo que gritaba en voz baja—; sangre, no...; os he dicho que sangre, no.

Poli, dejando en el suelo a la víctima, que no se defendía ya, se miró las manos. Ni gota de sangre en ellas. Angel, más aturdido del golpe que en la cabeza recibió al caer que agobiado por la herida, aunque grave, no mortal, inmediatamente volvió pronto sobre sí. Su tremenda voluntad podía más que el desfallecimiento físico, y se incorporó en actitud rabiosa, clamando contra sus infames verdugos:

—Os voy a matar...; no valéis nada para mí.

—Atadle, atadle—dijo Arístides, que ya se había llenado los bolsillos con todo el numerario en billetes y plata que en el cajón halló—. ¡Pobre Angel! Esto le pasa por terco... No matarle, digo, que es un buen hombre. Aseguradle... con muchísimo respeto.

¿Intentaría el león defenderse aún? Imposible. El hierro en cobarde mano le rindió, y su grande espíritu hubo de ceder a las fuerzas miserables, que, combinadas, habían llegado a resultar superiores. Incapaz de desarrollar energía muscular, pasó por la prueba horrible de verse a los pies de aquella vil gentuza, conservando sus facultades. Le sujetaron los brazos a la espalda con la faja de Poli, le condujeron a la alcoba, y con una cuerda que Fausto había traído liada a la cintura, le amarraron a las patas de hierro de la cama. Con venenoso sarcasmo le dijo Arístides, inclinándose para verle de cerca el rostro:

—Si eres santo, ¿por qué no accediste sin insultos ni provocaciones a lo que estos infelices te pedían? Lo que te pasa por tu culpa es. Yo he querido evitarte un disgusto. Si eres santo, perdónanos, y muérete pidiendo a Dios que nos lleve sanos y salvos a la frontera.

Algo quiso contestarle Guerra, que, al ver ante sí los encandilados ojos del *barón* y su cara mística con destellos infernales, sintió inundada su alma de un furor leonino, como si todo el coraje humano se condensara en ella. No pudo articular palabra; pero revolvió en su boca toda la saliva amarguísima que pudo, y..., ¡chas!, se la escupió con puntería certera. El salivazo se chafó en mitad de la cara de Arístides.

Tal ultraje habría tenido contestación, dada la impotencia de la víctima para defenderse, si no hubiera ocurrido algo que desconcertó a los tunantes. En la puerta del cuarto apareció *Jusepa* con cara de terror, la boca como de máscara trágica, erizadas las greñas, los ojos saliéndosele del casco, los dedos tiesos; y en cortadas frases, que más bien eran ladridos roncos, decía:

—Al amo..., daño no..., al amo no...

—Esta mujer nos pierde—observó Arístides con la rápida inspiración de un general en jefe.

Al instante comprendieron los otros dos el peligro que corrían, pues *Jusepa* se lanzó otra vez a la escalera. Faltábale aliento para chillar; pero bien se veía

que su intención era salir alborotando. Poli corrió tras ella y en el tercer peldaño le echó ambas manos al pescuezo.

—Si chillas, te matamos—le dijo Fausto sujetándola por los hombros.

Hechos un revoltijo bajaron los tres a la cocina, tristemente alumbrada por el candil que pendía de la campana. La pobre *Jusepa,* clavando sus aterrados ojuelos perrunos en el guapo madrileño, pudo repetir con un resoplido su angustiada frase:

—Al amo, daño no.

—A callar—dijo Poli con mugido fiero, atenazando el cuello de la pobre mujer entre sus manos.

Jusepa cayó contra la mesa..., y sus dedos rígidos se engarfiaron inútilmente en la pechera y solapas del que para ella era don Alvaro. La mirada de interrogación suplicante que le echó no pudo ser atendida por aquel bárbaro ciego. A las manos de Poli uniéronse pronto las de Fausto en la garganta y cogote de la loba infeliz, que, agarrotada, vomitó su propia lengua, y sus ojos se salieron del casco, fijos en su principal verdugo, quien no acertó a ver en aquella mirada última la estupefacción del amor al sentirse inmolado y vendido. No era bastante, y Fausto le echó al cuello una delgada y fuerte cuerda del repuesto que en la cintura traía. Tiraron, y arrastrando el cuerpo de la villana hasta un ángulo de la cocina, dejáronlo allí, seguros de que ya no cantaría.

Arístides, cuyo afeminado temperamento no se avenía con las emociones de escena tan brutal y repugnante, abrió cauteloso la puerta de la cocina, reconociendo el campo para la retirada... Serena era la noche y oscura, pues la luna no había salido aún, y las estrellas apenas brillaban sobre el cielo brumoso. La Naturaleza los favorecía para la fuga, y sin necesidad de concertarse, deslizáronse fuera los malhechores, después de matar la agonizante luz del candil. El instinto los guiaba. La excitación de la pasada tragedia y el sentimiento del peligro que corrían dieron a los tres ojos de lince y flexibilidades felinas. Junto a los cipreses, y dirigidos por Poli, que ya había estudiado el terreno adyacente, saltaron la tapia que los separaba del campo propiamente cigarralesco, y por entre las sombras de los olivos y albaricoqueros fueron en demanda de la cerca exterior de la finca. Al saltarla, sintieron ladrar un perro del lado de Turleque, opuesto a la dirección que llevaban. Apresuráronse por lo que pudiera tronar, y a los pocos minutos sólo Dios sabía por dónde andaban los audaces asaltadores de Guadalupe.

IV

Aquel perro que ladraba en Turleque tuvo en gran inquietud durante más de una hora al anciano cigarralero de la finca, el cual, sin moverse de su cama, no hizo más que manifestar a la cigarralera sus temores de merodeo de legumbres. Librada expresó su asentimiento con atronadores ronquidos. Los *apóstoles,* Virones, *don Pito* y demás huéspedes no interrumpieron en toda la noche su plácido reposo. El primero que descubrió la tragedia de Guadalupe fué un mozo de Turleque llamado Evaristo, que, a. levantarse a la alborada, echó de menos la petaca que le había dado el amo. Recordó que la tarde anterior, hallándose en el corral de Guadalupe después de sacar agua del pozo, había obsequiado con un pitillo a Virones, dejando la petaca sobre la piedra del lavadero, con intención de recogerla luego. Fué allá, y al pasar por frente a la puerta de la cocina, notó que no estaba cerrada. Un impulso inexplicable determinó en él la acción de empujarla y mirar para adentro. ¡Santo Cristo de las Aguas! Lo primero que vió, a la incierta claridad del día, que apuntaba, fué la cara de *Jusepa* estampada en la pared, los ojos como huevos, fijos en la puerta; la cabeza dislocada, formando ángulo recto con el tronco yacente. El terror le hizo ver la cara a dos varas del cuerpo.

Pasado el primer espasmo de miedo, el pobre chico apretó a correr hacia Turleque dando voces. Virones salió a su encuentro. Confusión, gritos, tumulto. En cuatro zancajos, don Eleuterio llegó a Guadalupe; tras él fueron Mateo, el cigarralero y otros, y la espantosa vista de *Jusepa* los dejó perplejos y aterrados.

—¡El amo!—gritó Virones corriendo hacia arriba.

Viéronle en el suelo, atado a la cama, pero ya con los brazos libres, pues forcejeando toda la noche había conseguí-

do desligarlos de la faja que por la espalda se los sujetaba.

—Estoy vivo—murmuró Guerra al ver entrar el tropel de sus amigos; y ya no dijo más, desvaneciéndose en los brazos amantes que le desligaron y le tendieron en el lecho, casi caliente aún del infame cuerpo de Arístides.

La consternación no permitió a los de Turleque determinar nada en los primeros momentos. Unos opinaban que el amo estaba muerto; otros que vivía. Le desnudaron, vieron la terrible herida del costado y los coágulos de sangre en la ropa. Recobrándose de nuevo, Angel repitió con voz apenas perceptible:

—Estoy vivo.

—¡Vivo!—clamaron a una las voces conmovidas de aquellos fieles.

Mateo, por sí y ante sí, salió a escape para Toledo en busca de un médico. El cigarralero juzgó más práctico mandar a Evaristo, que corría como el viento. Que Mateo avisara a don Juan Casado, a don José Suárez... *Don Pito* fué el último que llegó, y al ver a *Jusepa* como acabada de expirar en garrote vil, le temblaron las piernas y se le paralizó la voz... No acertaba a subir la escalera. Por ella bajó alguien, que le dijo: "Está vivo", y se animó a subir. Al ver a su amigo y protector, rompió a llorar como un chiquillo, y le abrazó la cabeza.

—Ya..., esos pillos... Me lo temía... Que sepan que no es mi hijo... ese... ¡Virgen del Carmen, Señor, que no se muera el maestro!... Mátame a mí, que no sirvo para nada.

Reunióse mucha gente, y al fin se tomaron las determinaciones más elementales...: lavar la herida, vendarla, dar alimento al señor. El cadáver de la loba dejáronle como estaba hasta que viniese el juez. En un coche, desempedrando caminos, llegó el médico; poco después, en otro, echando chispas, Casado. La curia no fué hasta las doce. Angel declaró que desconocía en absoluto a los criminales... Tres hombres con máscara... En cuanto a cómo y por qué mataron a *Jusepa*, nada sabía. *Don Pito* aseguró conocer a los autores del robo y doble homicidio; pero tan disparatada y contradictoria resultó su deposición, que se lo llevaron a la cárcel. Arrastrando la pata inválida y dándose golpes en la cintura para sujetarse los pantalones, partió para Toledo el buen capitán, y decía: "Ya lo descubriré todo..., ¡me caso con el arco iris!... ¡Mentecato de mí, que pensé que eran fantasmas! ¡Tómate fantasmas!... Yo cantaré claro... No me importa ir a la cárcel, ni al patíbulo, con tal que la paguen los que la hicieron."

Después de prestar declaración, Angel no se dió cuenta de nada, ni siquiera de que le conducían a Toledo en una camilla, y le instalaban en su cama y alcoba de la calle del Locum. Al recobrar sus facultades, la primera persona que vió fué Teresa Pantoja, que lloraba sentada en una silla próxima a la cómoda. Causaron al herido gran extrañeza el Niño Jesús con zapatos de raso, el retrato de Lorenzana y los acericos, cual si no hubiera visto en un siglo aquellos objetos. Inconmensurable distancia ponía su mente entre el pasado y aquel presente triste, desilusión de la vida ante las evidencias de la muerte. Luego vió entrar a don Acisclo, con Casado y Palomeque, los tres desconcertados, haciendo de tripas corazón y procurando aparentar que se las prometían muy felices. Hiciéronle mil preguntas: si le dolía por aquí, si le dolía por allá; inspeccionóle el médico, y no faltaron las expresiones de consuelo propias del caso. Pero el paciente les dijo con serenidad estoica:

—Basta de pamemas, señores míos. Ya sé que me muero; me lo dice mi propia máquina, desgobernada ya y rota. El morir no me asusta. Al contrario, entendiendo voy que es mi única solución posible. La muerte resuelve el problema de sí mismo, embrollado por la vida. Me resigno, y bendigo a Dios, que me ha traído a este fin, porque así conviene a la Justicia, a la lógica y al descanso de mi alma. Lo que deseo es que no se aparten de mí las personas que me son caras, las predilectas de mi corazón. Es lo único que se va ganando en este juego de la vida: el gusto y la alegría de amar.

Protestó don Isidro contra la tarea de morir, sosteniendo que él había visto casos de heridas más graves terminados con felicísima cura. Explanó teorías muy audaces sobre el diafragma, el peritoneo y el hígado, colocando estas partes donde mejor se le antojaba, y el médico tuvo la caridad de asentir a tantísimo despropósito. Casado no se metió en tales

dibujos, y acercándose al herido le dijo en voz queda:

—Como esto va largo, aunque no hay peligro de muerte, y necesitamos una asistencia delicada, he dispuesto que venga esta misma tarde la maravilla del Socorro, sor Lorenza.

Harto sabía el sagreño que ésta era la mejor medicina.

—Bien, bien, don Juan—díjole su amigo—; sabe Dios que se lo agradezco con toda el alma. Esperaba de usted ese consuelo, porque usted me entiende.

Mal rato pasó aquella tarde, por la imposibilidad de tomar y retener el alimento, que al instante devolvía, y por los agudos dolores, que difícilmente cedieron a las inyecciones de morfina. En uno de los descansos que le dió su mal tuvo que prestar nueva declaración ante el Juzgado, y sencilla y noblemente se ratificó en lo depuesto por la mañana. No conocía a los agresores, ni podía sospechar quiénes eran. Entraron quizá sobornando a la criada, y le hirieron mortalmente por apoderarse de la suma, no superior a tres o cuatro centenares de pesetas, que destinaba al pago de jornales. Dicho esto, intercedió con el juez para que soltase al pobre *don Pito*, absolutamente inculpable en la tragedia de Guadalupe. Su inocencia era palmaria, como se desprendía de las declaraciones de los huéspedes de Turleque, que a su lado le tuvieron toda la noche. El Juzgado no debía dar ningún valor probatorio a las manifestaciones del navegante, verdaderos delirios engendrados por la embriaguez y por la monomanía persecutoria que le afectaba, a consecuencia de antiguos disentimientos con sus sobrinos y su hijo.

No se había marchado la curia cuando recaló don José Suárez, afectadísimo. Su alma, burguesa y chapeada de sensatez, fluctuaba inconsolable entre dos sentimientos de muy distinta calidad: la pena que el martirio de su pariente le causaba y la rabia de considerar que toda aquella trapisonda era de la propia hechura del interfecto, pues ¿qué otra cosa podía resultar de tanto disparate, y de aquellas levas de *apóstoles* y perdidos? ¡Al demonio se le ocurría encerrarse en Guadalupe entre gentuza incógnita, y gastar totalmente el dinero en mantener vagos y en construir ratoneras para frailes y monjas! Con tales ideas, *don Suero* tuvo para su sobrino cariños y reprimendas suaves, con aquello de "Ahí tienes los resultados...", etcétera. En la sala baja charló con los amigos y conocidos, tratando de inquirir si Angel había hecho testamento antes de la tragedia. Pero ni Teresa Pantoja ni Casado le sacaron de sus dudas, y se fué caviloso, recelando que su pariente repartiese el caudal de los Guerras y Monegros entre toda la caterva eclesiástica, monjil y *apostólica* que le había sorbido el seso.

En el tren de la noche llegó Braulio Rojas, a quien llamaron por telégrafo. Tan afligido estaba el buen administrador de Madrid, que no quiso entrar en el cuarto de su señor y amigo, difiriendo para el siguiente día la penosa entrevista, y se fué a dormir a casa de *don Suero*.

Mancebo, que pasó casi toda la tarde en la salita baja, sin subir a la alcoba por no molestar al enfermo, no podía con su alma, de inquieto y descorazonado. Del disgusto se le había recrudecido el mal de los ojos, obligándole a ponerse las vidrieras, que a cada instante levantaba con el pañuelo para secar sus lágrimas. Pensaba que un hombre tan pío, tan benéfico, padre de los pobres y providencia de los necesitados, no se debía morir en tan lozana edad. Murieran antes los estafermos como él, ya inútiles y cansados de vivir. Pero Dios así lo disponía, y qué remedio había más que acatar los inescrutables designios. En esto llegó *Leré*, con el envoltorio en que traía su ajuar casero de ministra de los enfermos. El tío salió de la salita para hablar con ella en el patio; mas con la opacidad verde de sus empañados anteojos, no pudo observar la consternación que en el rostro de la hermanita se pintaba.

—¡Dios mío, qué pena!—exclamó ahogándose—. Me ha dicho don Acisclo que no hay esperanzas, que la muerte es segura.

—¡Ay Jesús mío! Nada de esto habría pasado—dijo el clérigo, poniendo toda su alma en un suspiro—, si hubieran hecho caso de mí.... si tú... Vamos, que tú tienes la culpa de toda esta tragedia, porque si cuando don Angel te quiso tomar... Vamos, no hay consuelo..., ni sé lo que me digo. Señor, Señor, ¿verdad que yo acerté? ¿Verdad que yo dispuse

con arte los caminos de la felicidad, y ellos con su clerigüicio los torcieron?

—No desbarre, tío—dijo *Leré* desentendiéndose de aquella idea—. Pero ¿será cierto que no hay esperanza? Sí, sí, esperanza siempre hay. ¿Qué saben los médicos? Confiemos en Dios, pidámosle...

—Verás tú el caso que te hace. Fíate tú del petitorio. Cuando El permite que las cosas vengan a esta extremidad dolorosa es porque quiere meternos en la cabeza la idea de que no se juega impunemente con la lógica humana... ¡Ah! Sabe mucho el de arriba. Humillémonos y reconozcamos que somos un polvillo miserable que va y viene con el viento... Ahora, hija mía, consuélale en sus últimos instantes; sé condescendiente y piadosa con él, entendiendo la piedad por todo lo alto; y si, como creo, se muestra sensible y amoroso contigo, que al fin el hombre nunca es más hombre que cuando se ve a dos dedos de la sepultura, no respondas a su cariño con los rigores de la *mistiquería*, ni te conviertas en el puerco espín de los escrupulillos religiosos. Llévale el genio que saque; baila al son que te toque; asiente a cuanto te diga, que ello ha de ser noble y honrado, aunque tierno; endúlzale las últimas horas, pues nuestro don Angel, bien lo he comprendido, te quiere siempre por lo humano, pese a todos los transportes y deliquios etéreos. Si así lo hicieres, practicarás la verdadera caridad con el moribundo.

Contestóle la sor que haría lo que su conciencia le dictara y lo que le inspirase Dios, pues harto conocía sus deberes de ministra de los enfermos, y la inmensa gratitud y consideración que a don Angel por tan diferentes motivos debía.

En el patio y en la escalera oíanse susurros y cuchicheos. Los amigos entraban por turno en la alcoba del enfermo, y bajaban luego a la sala a comunicarse sus impresiones, ora tristes, ora risueñas. Este ir y venir de gente llevó a los oídos del enfermo la especie de que había llegado la inspirada *socorrista*, y tiempo le faltó para pedir que comenzara sin dilación su preciosa, irreemplazable asistencia.

V

—¿Sabes una cosa?—dijo Guerra a su amiga, después de mirarla extasiado, mientras ella se enteraba del plan curativo y ordenaba las medicinas sobre la cómoda—. Paréceme que despierto ahora: que toda esta vida mía toledana es sueño: que apenas ha transcurrido el espacio de una noche entre aquel tiempo de Madrid y la hora presente. Mi herida, tus tocas, destruyen esta ilusión. Ya no somos lo que éramos entonces, *Leré*. Han pasado muchas cosas que, contra mi gusto, reconozco por verdaderas. El tiempo ha dado mil vueltas; tú también cambiaste. Yo soy el que me encuentro ahora semejante al yo de entonces... ¿Te acuerdas de mi hija *Ción*, y de lo mona que era? ¿Te acuerdas de la pena que nos causó su muerte? ¡Pobre niña!

—¡Vaya si me acuerdo!—replicó *Leré* suspirando—. ¡Cuánto la queríamos!

—Me parece que te estoy viendo enojada porque yo le permitía hacer su gusto en todo. Entonces, *Lereilla*, empezaba yo a quererte; después te quise más y soñé con la dicha de casarme contigo... Luego...

—Don Angel—en pie junto a la cama—, mire que no le conviene mucha conversación.

—Déjame acabar. Después nos volvimos místicos los dos, digo, me volví yo, por la atracción de ti, porque una ley fatal me deformaba, haciéndome a tu imagen y semejanza. ¿Te molestan estas cosas?

—No me molestan..., pero... no se intranquilice, don Angel. Procure dormir.

—Si estoy muy tranquilo. Mi conciencia es ahora como un espejo. Veo con absoluta claridad todo lo que hay en el fondo de ella. No me avergüenzo de nada de lo que siento, y cuanto siento paréceme digno de ser dicho, para que lo sepan mis amigos de acá; que Dios ya lo sabe.

—Todavía se ha de poner bueno y me ha de contar esas cosas bonitas, y yo he de oírlas con muchísimo gusto.

—¿Bueno yo? En eso no pienses. Tan seguro es que me muero como que tú eres una santa. ¡Y cuán a tiempo me voy de este mundo! El golpe que he recibido de la realidad, al paso que me ha hecho ver las estrellas, me aclara el juicio y me lo pone como un sol. ¡Ben-

dito sea quien lo ha dispuesto así! Me voy del mundo sin ningún rencor, ni aun contra los que me maltrataron; me voy queriendo a todos los que aquí fueron mis amigos, y a ti sobre todos; pidiéndote que me quieras mucho y no me olvides nunca.

—Don Angel, por Dios—echándose a llorar—, ¿cómo es posible que yo le olvide?...

—Es la primera vez que te veo llorar por mí. Si tus lágrimas estuvieran corriendo hasta la consumación de los siglos, no expresarían toda la deuda de cariño que conmigo tienes... Y basta; no quiero cansarte. Dame agua, que tengo sed...—un momento después, tomando el vaso de manos de la monja—. ¿Sabes? Siento una alegría retozona esta noche. Es por el gusto de verte y de que me cuides tú... Toda la noche conmigo..., y viéndote siempre que despierte, si es que duermo. Bien, bien. Que no entre nadie más aquí, con una sola excepción: don Juan Casado. Si él desea verme, que pase.

—¿Quiere que le llame? En la galería está.

Pasó don Juan, y Guerra le hizo sentar en la silla más próxima al lecho.

—Amigo mío, estoy muy charlatán, señal de alivio pasajero. Es una tregua que ha de durar poco, y la aprovecho para hacer una declaración delante de la hermana *¡alma soror!*, y de mi mejor amigo. Declaro alegrarme de que la muerte venga a destruir mi quimera del *dominismo*, y a convertir en humo mis ensueños de vida eclesiástica, pues todo ha sido una manera de adaptación o flexibilidad de mi espíritu, ávido de aproximarse a la persona que lo cautivaba y lo cautiva ahora y siempre. Declaro que la única forma de aproximación que en realidad de mi ser me satisface plenamente, no es la mística, sino la humana, santificada por el sacramento, y que no siendo esto posible, desbarato el espejismo de mi vocación religiosa, y acepto la muerte como solución única, pues no hay ni puede haber otra.

Leré, sofocada, ahogándose en la confusión del llanto y las palabras, se puso de rodillas y cruzó las manos para decir:

—¡Don Angel, perdóneme si le he causado algún mal..., perdóneme! No ha sido culpa mía..., bien lo sabe Dios. El lo ha dispuesto así: conformémonos todos con su santa voluntad.

Algo quiso poner de su cosecha el sagreño, y no pudo. Hizo levantar a la hermanita, y procuró sosegar al uno y a la otra.

—Vaya, vaya... Claro que nadie tiene la culpa. Estas cosas, estas desviaciones de la existencia, estas... no sé qué, vienen así: las dispone Dios.

La hermanita se levantó y seguía llorando. Angel, con notable tesón, agregó lo muy importante que aún restaba por decir:

—¡Que tú me has causado mal!... ¡Tonta, si te debo inmensos bienes! Gracias a ti, el que vivió en la ceguedad muere creyente. De mi *dominismo*, quimérico como las ilusiones y los entusiasmos de una criatura, queda una cosa que vale más que la vida misma: el amor..., el amor, si iniciado como sentimiento exclusivo y personal, extendido luego a toda la Humanidad, a todo ser menesteroso y sin amparo. Me basta con esto. No he perdido el tiempo. No voy como un hijo pródigo que ha disipado su patrimonio, pues si tesoros derroché, tesoros no menos grandes he sabido ganar.

Dicho esto, cayó en gran postración, sin dolores ni sufrimientos agudos, pero con la inteligencia un tanto turbada, sin llegar al delirio. Era más bien como una opacidad o depresión de las facultades de pensar y sentir. Durante toda la noche le asistieron *Leré* y Teresa, que no quiso acostarse. Bregaron ambas con él para hacerle tomar las medicinas, que rechazaba con repugnancia, convencido de su inutilidad. A la madrugada descansó algunos ratos. El desfallecimiento y la fiebre le adormecían, y la sed le despertaba; en esta lucha se iban gastando las pocas fuerzas subsistentes en tan vigorosa naturaleza. En los breves letargos, su cerebro reproducía con fugaz espejismo escenas y pasos de su vida, como la ejecución de los sargentos, la algarada de septiembre y la muerte de doña Sales. Por la mañana, la presencia de Braulio, que le abrazó conmovido, trajo a su mente reminiscencias tristes de la época en que fué más insoportable y enfadoso el despotismo materno. Recordó los disentimientos de doña Sales, su matrimonio, su viudez y otros mil sucesos y lances,

casi desvanecidos ya en su memoria. Y para cada una de estas reversiones del pasado tuvo una palabra en su coloquio con el administrador fidelísimo, no olvidando preguntarle por todos los conocimientos de Madrid, sin omitir a ninguna persona de la clase de antipáticos. Pidióle noticias del señor de Pez, de Bringas, de don Cristóbal Medina y del marqués de Taramundi, inquiriendo con gracejo si había llegado al fin *a la meta* de sus aspiraciones políticas.

No queriendo abandonar a su amigo durante la noche, Casado se quedó allí ocupando el cuarto en que había vivido el seráfico don Tomé. Por la mañana, tomando chocolate, Palomeque y el sagreño sostenían en presencia de don Acisclo una viva discusión médica, pues el anticuario se preciaba de no ser menos fuerte en inscripciones lapidarias que en la ciencia de Hipócrates, y sustentando la tesis optimista en el caso de Angel, desembuchó mil desatinos con la mayor frescura. Allí barajó el páncreas con el píloro, y el endocardio con el canal raquídeo; pero don Acisclo, que con Casado sostenía la tesis pesimista, echó el peso de su autoridad en la contienda, manifestando que el caballero cristiano no podía vivir. Tenía el hígado partido por la profunda cuchillada, gravemente afectado el peritoneo, y la hemorragia interna era un hecho patentizado por los vómitos de sangre digerida (posos de café). Sólo Dios evitaría la muerte, y para esto necesitaba permitirse un milagro, mandando las leyes fisiológicas a paseo. No se daba por convencido don Isidro, que, gozando de perfecta salud, despreciaba a los médicos y hacía chacota de sus doctrinas.

Por sabido se calla que todos los parroquianos de Turleque acudieron a informarse del estado de su favorecedor y amigo. Lucía se presentó la primera, con las sayas por la cabeza, cogida del brazo de Mateo, y Cornejo, don Eleuterio y *Maldiciones* no faltaron tampoco, atribulados y entontecidos. Salieron de allí con pocas esperanzas, viendo desvanecida en el humo de una vulgarísima realidad aquella ilusión de un vivir continuamente placentero. Razón tenía Virones, que por el camino había venido echando latines y filosofando con amargo pesimismo. Todo lo bueno es humo, nube, sombra. El padecer y las necesidades que agobian son lo único real y tangible. ¡Pobre don Angel! ¡Cuántos con menos motivo se habían colado en las páginas del Año Cristiano! La ciega no quiso abandonar a su señor, y con fidelidad perruna quedóse acurrucada a la parte afuera de la puerta, inmóvil y rezando entre dientes interminables letanías y misereres.

Don Juan se maravilló, al entrar a ver a su amigo, de verle bastante despejado; pero no cobró por esto esperanzas, porque bien veía la muerte pintada en el moreno rostro, cuya amarillez lívida hacía más intensa la negrura de la barba y cabello. Sereno y melancólico, Angel sostenía una inocente broma, que *Leré* conllevaba con gracejo, movida de una flexibilidad profundamente caritativa. Sus maneras, su tono, su franca risa, eran lo más gracioso que se puede imaginar. Casado intervino para decir a su amigo una cosa importante. Aunque no existiera peligro de muerte, el buen cristiano debía estar siempre preparado para un cristiano morir..., porque...

—Don Juan, dígalo claro y al derecho. Conmigo no se necesitan esos circunloquios... Pero ¿tanta prisa corre, que...?

Parecía vacilante. El sagreño fijó en él una mirada profunda, y no advirtió disposiciones muy claras a la piedad.

—Como usted quiera... Yo, si usted me lo permite, propongo...

—No se apure—dijo Guerra—. En esto, como en todo, yo no haré nunca más que lo que disponga mi mujer.

Y como don Juan se riera y la sor también, esforzándose por poner en su rostro la máscara de una infantil alegría, Angel añadió:

—No hay que reírse... Sepa usted que nos hemos casado anoche... *in articulo mortis*. Fué testigo el cardenal Lorenzana, que ve usted ahí, y nos echó las bendiciones el Niño Jesús... En fin, ¿qué opina mi mujer de lo que dice el amigo de la casa?

—Yo, ¿qué he de opinar—replicó la *socorrista* apoyando las manos en el lecho y contemplando muy de cerca la cara sellada por la muerte—. Ya sabe cómo pienso. Si quiere que yo esté contenta y que le quiera mucho, póngase a las órdenes de don Juan. ¡Si usted lo está deseando!... Como que a todos pue-

de darnos lecciones de cristiandad y amor de Dios.

—Bendita sea tu boca—le contestó Angel con ligero movimiento de su rostro hacia el de ella—. Don Juan salado, usted manda y yo obedezco. Reconozco que mi mujer es la que lleva aquí los pantalones, así en lo doméstico como en lo religioso. Ella es el alma, yo el cuerpo miserable. Santa mujer, ¡qué dicha ser su esclavo y salvarse con ella!

—Bueno—murmuró el sagreño, acariciándose una mano con la otra—. Pues esta tarde...

Leré, deseando salir para romper a llorar, se aproximó a la puerta.

—No te vayas, sora—le dijo Guerra—. ¿Crees que necesito quedarme solo para confesar? Confesado estoy. Todo lo que yo pudiera decirle a este clérigo campestre, arador de mi alma, ya lo sabe él. Me ratifico, y nada tengo que añadir.

VI

Fué puesto en libertad *don Pito* en la mañana de aquel día, y con toda la presteza que le consentía su pata momia, corrió a la calle del Locum, ávido de ver a su maestro y protector. Temblaba el pobre viejo, y por más esfuerzos que hizo para no llorar, no pudo lograrlo, y lágrimas ardientes corrían por las rugosidades de su cara de corcho. Para envalentonarse y disimular su emoción, empezó a echar de la boca, al ver a Guerra, todas las especies picantes de su repertorio; y le besó repetidas veces la mano, diciendo que se casaba con los once mil millones de vírgenes, con el caballo blanco de Santiago y con todo lo casable.

—No te tienes que morir, nostramo —añadió, sorbiéndose el moco—, porque aquí estamos los fieles amigos para impedirlo por el santísimo escapulario de la Virgen del Carmen, y por los reverendísimos clavos de todita la recopilación geodésica y mareante del Calvario.

—Bien, *Pitillo,* eres un valiente y bravo amigo—le dijo Guerra—. Anda y dile a Teresa que te dé una botella de anisete o ron. Te convido. Pobrecito, ¡qué sed habrás pasado en esa infame cárcel!

—No importa. No quiero beber hoy. Que no lo cato, ¡yemas!, lo juro por todas las potencias celestiales, y por el purísimo arco iris peneque de la inmaculada gloria que he de gozar cuando me muera.

A renglón seguido quiso repetir lo que había dicho al juez; pero le llevaron fuera para que no mareara al enfermo con tales retahilas. A Palomeque y a Casado les contó que el juez no había hecho caso de sus declaraciones, creyéndole borracho y demente. La Justicia se lo perdía, y por no escucharle no se descubriría jamás a los malhechores, pues como don Angel, con increíble generosidad, manifestaba no conocerlos, la causa era un montón de tinieblas. Insistió el capitán en que el peor de los criminales, Poli, no era hijo suyo, aunque por tal pasaba, y sin ningún rebozo refería toda la historia del contrabando y por qué vino a ser putativo autor de semejante pillo. Virones, que llegó después, habló del caso de autos, dando las señas del cojo, a quien vió perfectamente en Guadalupe. Al otro nunca le echó la vista encima; pero por Mateo supo que vestía traje campesino y que no llevaba barba.

—Y el terreno, ¿quién es?—agregó don Eleuterio—. Sorprendidos de que la noche del crimen no durmiese Tirso en la casa, como de costumbre, le cogimos esta mañana por nuestra cuenta Cornelio y yo, y después de arrearle un buen pie de paliza, cantó. Nos ha dicho que hace lo menos quince días la desgraciada *Jusepa* andaba en tratos, al parecer no muy honestos, con un mozo bien plantado que se escondía en la casilla destechada del monte, y se titulaba *gentilhombre primero del toreo,* de Madrid, huído por piques de lidiadores de la grandeza. Tirso descubrió el enredo; pero *Jusepa* le tapó la boca con golosinas. La noche anterior a la del crimen, el desconocido caballero, que debía de ser un buen peine, anduvo rondando por Guadalupe, y se avistó con otros, probablemente con los huéspedes de don Angel. La noche del suceso, cuando Tirso iba de La Degollada a Guadalupe, encontróse al sujeto cortejante de *Jusepa,* el cual trabó conversación con él, y dándole un puñado de duros le pidió, casi con lágrimas en los ojos, un señalado favor. Era que fuese con una carta al caserío de Cañete, próximo a Algodor, y allí la persona a quien el papel iba dirigido le en-

tregaría un caballo, el cual traería pronto a La Degollada y al sitio mismo donde el tipo aquel le hablaba. Prometióle mayor recompensa si cumplía fielmente el encargo. Cayó Tirso en la trampa, o más bien ardid para tenerle alejado de Guadalupe hasta después de medianoche. La carta era un papel en blanco, y ni en Cañete ni en parte alguna existía la persona a quien rotulada iba. Volvióse, pues, el pastor para acá, sin respuesta, sin caballo y sin ganas de volver a ver al *gentilhombre,* contentándose con la propina recibida, y en el camino le entró sueño y echóse a dormir.

De todo esto se deducía la inocencia de Tirso, sin más delito en aquel caso que el de su barbarie y cerrazón de mollera. Virones iba más allá, sosteniendo la inculpabilidad de *Jusepa,* pues su muerte desastrosa parecía declarar su desconocimiento de las malas intenciones de los bandidos. Cuando más, cuando más, fué culpable la moza de haber franqueado la puerta al peor de los tres criminales o de haberle puesto en connivencia con los dos que ya estaban dentro.

Abandonó Casado el grupo en que esta interesante conversación se sostenía, para acudir al lado de Guerra, que le llamó. No quería el enfermo retrasar sus últimas disposiciones, y ya Braulio había ido por el notario. Sobrevino *don Suero* sin necesidad de que le llamaran, y en el patio platicaba con Palomeque de diferentes asuntos, pues todo no había de ser hablar de tragedias y de si se puede vivir o no con el hígado traspasado. Entre otras cosas, díjole que no volvería al Ayuntamiento sino con vara alta para su proyectado embellecimiento de la ciudad, contando con los mayores contribuyentes, los representantes en Cortes, el cabildo y el cardenal. Derribado San Servando, por tierra todas las murallas viejas y el recinto interior de la Puerta de Visagra, con el valor de la piedra se abriría una *arteria* entre Zocodover y la Catedral, la cual sería rodeada de jardines a la inglesa... No siguió el buen señor, porque Teresa le llamó desde una de las ventanas de la galería alta.

—Don José, que haga el favor de subir.

—Dispénseme, don Isidro. Me llama mi pariente.

Y subió ligero. Aún no había llegado el notario; pero no tardó ni dos minutos, encontrándose en la puerta con Mancebo, a quien también mandaron un recadito. Evocando su poderosa voluntad, Guerra dictó sus disposiciones con ánimo entero, sin vacilar un momento, sin olvidar a nadie. El notario tomaba notas para redactar el documento, que sería leído y firmado después ante testigos. Las disposiciones eran un prodigio de memoria y de piedad cristiana. Incorporaron al herido en el lecho con un rimero de almohadas, y presentes el notario, Suárez, Casado, Braulio, Mancebo y Palomeque, dispuso la distribución de su hacienda en forma que había de ser memorable.

Las fincas de Guadalupe y Turleque y el monte de La Degollada eran para la Congregación del Socorro, que levantaría allí su casa, utilizando en parte o en total los planos del proyecto *dominista.* Cien mil duros en títulos del cuatro por ciento heredarían además las hermanas, destinando la mitad al edificio y el resto para renta.

"¡Atiza!—decía para sí don Francisco al oír estas cláusulas—. No se quejarán las buenas señoras. A poco más se lo maman todo."

Y don José Suárez, también para su sayo: "Ya empieza el derroche por el lado de la religión. Me lo temía. Entre monjas y frailes nos dejan en cueros vivos."

El testador recomendaba a las hermanas del Socorro que tomaran por su capellán a don Eleuterio Virones, y si por alguna causa no quisieran hacerlo, rogábales que le empleasen por todo el tiempo de su vida en la finca, como sobrestante, conserje, guarda, hortelano, aparejador, mozo de mulas o en cualquier oficio semejante.

MANCEBO.—*(Para sí.)* ¡Anda, anda, no te quejarás, gandul! ¡Qué más quieres! Hecho un patriarcón toda tu vida y pudiendo decir con el latino: *Deus nobis hoec otia fecit.* ¡Ay de mí! Y al fin y a la postre, ¡zapa!, para los verdaderos necesitados no habrá más que unas cuantas misas... Si este mundo está perdido.

Item.—Igualmente tendrían amparo en la nueva casa del Socorro, por todo el tiempo de sus días, Lucía, Mateo, *Maldiciones,* Cornejo, Tirso y los cigarraleros

de Turleque; y las hermanas se comprometerían a mantenerlos y vestirlos, sin perjuicio de lo que el testador dispusiera en favor de ellos.

Llegó el caso de distribuir las cuatro casas que el testador poseía en Madrid —expectación bien disimulada. Suárez hacía figuras con sus dedos en el puño del paraguas, y Mancebo subía y bajaba las vidrieras a cada instante, limpiándose los ojos—. La casa de la calle de las Veneras, tasada en cuarenta mil duros, era para—la pausita que hizo aquí puso al borde del abismo de la consternación a algunos de los oyentes—, era para el *monstruo*... Mancebo no entendió bien, y contrayendo todas sus arrugas puso una cara de indefinible estupidez.

—Para un monstruo—le dijo al oído con displicencia don José Suárez, que a su lado estaba—. ¿Y qué monstruo es ése? ¿Es algún dragón del Apocalipsis?

—El monstruo es mi sobrino, hermano de Lorenza—dijo Mancebo quitándose de un tirón las gafas monumentales y cayendo en la cuenta, algo tarde, de que había cometido la enormísima desconsideración de echarse a reír. Después hizo trompeta con su mano temblorosa para oír lo que faltaba. Don Angel nombraba curador ejemplar del monstruo y administrador de la finca a don Francisco Mancebo, beneficiado de la Catedral; le relevaba de fianza y para gastos de administración daba al don Francisco diez mil duritos en...

La trompeta de Mancebo no pudo recoger el final del concepto, y mi hombre se volvió, diciendo:

—¿En qué...?

—En acciones del Banco de España —le dijo Suárez, afectando gravedad.

La segunda casa, sita en la calle de Tudescos, dispuso el testador que fuese para Jesusito Virones.

DON SUERO.—*(Para sí, mordiendo los pelos tricolores del bigotillo recortado.)* Ya tenemos otro monstruo en campaña... Pero aquí todo se vuelve fenómenos y niños zangolotinos.

La casa de la calle de la Magdalena fué para Braulio, y la de la plazuela de Santa Cruz, que era la mejor, por lo mucho que rentaba, para Teresa Pantoja.

Don Suero, limpiándose el sudor de la calva, pensó que aún quedaban las fincas de Toledo administradas por él y sumas de cuantía en Amortizable, según las noticias que Braulio le había dado. Guerra hizo otra pausa para cobrar aliento, y salió después por donde menos pensaban los que maravillados y suspensos le oían. Dejaba una gruesa cantidad de valores públicos para socorro de impedidos, enfermos y menesterosos. Una Junta patronal, formada por don Juan Casado, don Isidro Palomeque y don José Suárez (y para saber su conformidad los había convocado), se encargaría de administrar aquella suma y de distribuirla conforme a las minuciosas disposiciones que apuntó el testador. Los patronos podían designar sus sucesores en caso de fallecimiento, y si alguno moría sin testar, los dos supervivientes cubrirían de común acuerdo la vacante. Entre las obligaciones ineludibles que a dicha Junta señalaba, merecen citarse las siguientes: a *don Pito* se le daría cada dos días una botella de licor que él mismo designara, y todos los sábados cinco duros en metálico para que se los gastara libre y alegremente como mejor le conviniese, sin que nadie pudiera coartarle en la caprichosa satisfacción de sus deseos. Esto sin perjuicio de atender a su subsistencia en el caso (muy probable, ciertamente) de que las hermanitas no quisieran tenerle consigo.

Item.—La Junta pasaría una pensión de tres pesetas diarias a la hermana de la ciega, operada de ambos pechos, entregándosela en propia mano mensualmente; y si moría, pasaba la pensión a sus hijos. En cuanto a Zacarías Navarro, la Junta le pagaría todas las deudas contraídas hasta la fecha del testamento.

Item.—Pensión anual a Gumersinda Díaz, habitante en una casa cuyas señas daría Mancebo. Pensión a Cornejo y a los cigarraleros de Turleque. Recomendación expresa de atender con iguales socorros vitalicios a Lucía y a los *apóstoles*, siempre que las *socorristas*, por cualquier motivo justificado, no pudieran acogerlos. Y por fin, pensiones a la asistencia de Teresa, a Basilisa, a Lucas y a toda la servidumbre de la casa de Madrid. Al fallecimiento de estas personas, la Junta aplicaría los auxilios a otras, quedando la elección al arbitrio de los patronos. Al despedir a los traba-

jadores de Turleque y Guadalupe se entregaría a cada uno el jornal de un mes.

Don Suero tragaba quina y solimán viendo este desfile de pordioseros y gente ordinaria, llevándose cada cual entre las uñas un pedazo del pingüe caudal de los Guerras y Monegros. ¡Ay, si doña Sales levantara la cabeza! Angel miró a su pariente, y con la penetración que da la no esperanza de vivir, le adivinó los pensamientos. Ya quedaba poco y no había más remedio que concluir. Las dehesas de Mazarambroz eran para María Fernanda, hija de don José Suárez, y las casas de la calle de las Tornerías y de la plazuela de Valdecaleros para... (aquí una gran pausa, que tuvo en gran ansiedad a *don Suero*), para los padres de don Tomé, residentes en Erustes.

—Pero ¡qué memoria, qué memoria de hombre!—decía Mancebo—. No ha olvidado ni al gato.

Concluyó el generoso reparto con recuerdos para Palomeque, don León Pintado, otros amigos del Seminario y clero catedral; recuerdo también a don Acisclo y una bonita suma por sus honorarios. A Casado le dejó las alhajas que habían sido de doña Sales, designando algunas para que a Dulce le entregara. Ordenó que se quemaran todos los retratos de familia que en su casa de Madrid había; que enterrasen a *Jusepa* en sepultura decorosa, pagada a perpetuidad, pues habiendo sido móvil de su pecado el amor, merecía respeto y lástima piadosa su trágico fin; que no se hiciera gestión alguna para perseguir a sus matadores, a quienes perdonaba, deseándoles paz y arrepentimiento. A misas por su alma destinó por fin un buen pico, designando a Mancebo y a don Laureano Porras para que distribuyeran la limosna entre sacerdotes necesitados.

Concluída la emisión de su última voluntad, tuvo el enfermo un rato de malestar hondísimo, con angustias, vómitos y rápido agotamiento de fuerzas. Los amigos, a excepción de Casado, retiráronse con dolorido semblante, pero alabando mentalmente la cristiandad del testador... y la misericordia divina.

VII

Dos horas después volvió el notario con el documento en forma legal, y leído que fué, firmaron el testador y los tres testigos.

—¡Qué tranquilo me he quedado—dijo Angel a la sor—al desprenderme de los bienes terrestres! A cada buen amigo entrego un poquitín de lo que fué mi patrimonio. Sólo a ti no te dejo nada material, porque te quedas con una cosa que vale más que todos los tesoros del mundo.

La hermana salomónica, agobiada por la tribulación, había perdido aquel superior ingenio para expresar las ideas y concretarlas con frases sencillas y elocuentes. Con tal furor le temblaban los ojos, que no parecía sino que el Espíritu Santo revoloteaba dentro de su palomar como en estrecha cárcel, rompiéndose las plumas y lastimándose las alas. Y como el caballero cristiano hablara con grave acento de su tránsito inevitable, rompió en llanto la mística doctora, y exclamó bebiéndose las lágrimas:

—Don Angel, Dios, que mira mi interior, sabe que mi mayor gloria, mi más vivo deseo no son ni pueden ser otros que morirme con usted, y subirnos juntos a gozar de la vida que merecen los buenos.

—¿Juntos?... Hoy no...—murmuró Guerra con el conocimiento un tanto turbado—. Otro día... Quien dice hoy dice mañana.

Sentía ganas de adormirse y una calma profunda en todo su ser, como suave onda que le envolvía. Mientras *Leré* le arropaba, Angel le cogió las puntas de los dedos y se las besó.

—Quiero descansar—dijo el caballero de Turleque ladeándose sobre el costado izquierdo, del lado de la pared.

—Me parece bien: a dormir un ratito —indicó Casado, mirando su reloj—. A las tres...

—Ya, ya sé—murmuró el enfermo con voz que alejarse parecía—. A las tres viene el Señor. *Leré, alma soror,* cuando venga me llamas.

Transcurrió media hora de triste sosiego y quietud expectante. *Leré* y don Juan, sentados uno frente a otro, rezaban, mirándose silenciosos... Por fin, Te-

resa entreabrió la puerta, dejando ver su rostro compungido... Aproximábase el Señor; la campanilla sonó en el portal. Llamaron al dormido caballero; pero no contestó, porque nadie contesta desde la eternidad.

—¡Oh, qué lástima!—exclamó pasmado el sagreño, llevándose las manos a la cabeza.

Leré, consternada, no acertó a expresar verbalmente dolor ni lástima. Su pena y su estoicismo eran mudos. Retiróse el Señor, lloraron todos los presentes, y la hermana del Socorro, pasada la impresión hondísima de la muerte de su amigo, recobró por merced divina la serenidad augusta sin la cual no fuera posible su trabajosa misión entre las miserias y dolores de este mundo. Conforme a la regla de la Congregación, recogió su ropa, salió con maravillosa entereza y, pasito a paso, se fué al Socorro, mirando tristemente las baldosas y piedras de la calle. Al llegar allá diéronle orden de acudir sin pérdida de tiempo a la casa de un tifoideo.

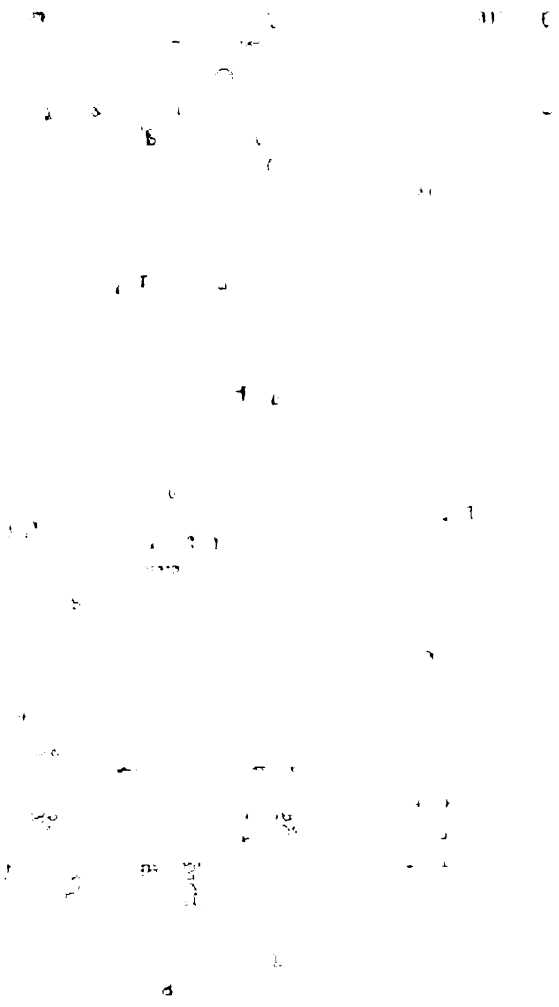
Los fieles de Turleque, que acompañaban al Viático, prorrumpieron en llanto al saber que habían llegado tarde. Mancebo apenas podía tenerse en pie. *Don Pito* no se casaba con nadie. El atlético Virones, que era de los más desconcertados, salió a la calle, donde continuaba la ciega, en invariable actitud desde el día antes, las sayas por la cabeza, formando capuchón.

—Lucía—le dijo—, ya se acabó todo. Hemos perdido a nuestro divino señor.

—Lo sabía—replicó la ciega volviendo hacia él las dos esferas vidriosas, cuajadas, inexpresivas, de sus ojos muertos—. Poco antes de llegar el Señor *vi* que el amo se transportaba... Se encontraron un poquito más allá de la puerta, y juntos se subieron... Recemos..., por él no, por nosotros.

Santander, mayo de 1891.

FIN DE
"ÁNGEL GUERRA"



TRISTANA

(1892)

NOTA PRELIMINAR

Es Tristana *una de las novelas de Galdós menos conocida del gran público. No me explico el porqué. Es fuerte. Es amena. Es humana. Sus criaturas son la naturalidad misma, y sus pasiones llegan sin fintas, rectas, a nuestra emoción, con golpe seco de estocada a fondo. Tal vez lo que alejó a* Tristana *del interés del público sea su misma aspereza, su brava—¿bravía, mejor?—espontaneidad. Galdós debió de escribirla en muy pocos días, casi de un tirón, de un aliento incontenido—¿incontenible, quizá?—. Y al público le asustan un poco estas obras que atacan, que oprimen, que revuelven. Se precisa estar en posesión de una sensibilidad muy templada para dejarse abordar, sin miedos ni pudibundeces, por obras como* Tristana.

Contribuyó, acaso, a este desconocimiento de Tristana *la crítica cominera de la época. Por entonces no se enjuiciaba cada libro, se enjuiciaba al autor en cada libro. Antes de escribir con* objetividad *de* Fortunata y Jacinta, *de* Tormento, *de* Miau, *de* Tristana, *era imprescindible tratar de su autor, de Galdós, subjetivamente, a través de las afinidades o antipatías personales de quien enjuiciaba. Al crítico le importaba más machacar acerca del alma, de la política, de las preferencias sociales galdosianas, que el comento de las obras literarias del enjuiciado. Según los principios del crítico para vilipendiar o para enaltecer, se comprende. La crítica, por entonces, no era una pura labor* de ingeniería del gusto, de arquitectura de la apetencia espiritual. *Era una trinchera para el solapado cazador a la espera. Era un reducto de la currincheria. Era una segregación oficial y correcta del cólico hepático. Al publicarse* Tristana, *los críticos severos andaban muy afanosos en sublevarse* contra el autor *que acababa de estrenar nada menos que* Realidad *(15 de marzo). Sí, afanosos de hablar de todo menos del drama. De las ideas políticas de Galdós. De las ideas religiosas de Galdós. De las amistades de Galdós. De la* tendencia *social de Galdós. Indudablemente, se hablaba muchísimo, en todas partes, de Galdós dramaturgo; los críticos creyeron que era* ser pesados *hablar al mismo tiempo de Galdós novelista..., y ninguno, o casi ninguno, dijo esta boca es mía.*

¿Es Tristana *lo que pensó persona tan inteligente como doña Emilia Pardo Bazán? Esta gran escritora aseguraba que veía en* Tristana *no sabía qué esbozos de gran novela, que no llegó a escribirse, y cuyo asunto sería la esclavitud moral de la mujer; creía que Galdós abandonó el asunto principal* por *andar de prisa; que buscó el final* à la diable *y como quiera. No coincidió* Clarín *con este severo juicio. El gran crítico asturiano—gran vigía de proa, vislumbrador de cuantas islas paradisíacas emergían de la monótona marina literaria española de fines del pasado siglo—no creía que representase tal cosa. Veía él allí la pura representación de un* destino gris *atormentan-*

do un alma noble, bella, pero débil, de verdadera fuerza sólo para imaginar, para soñar, de muchas actitudes embrionarias; un alma como hay muchas en nuestro tiempo de medianías *llenas de ideal y sin energía ni vocación seria, constante, definida.*

Creo que Clarín *vió más claro en la interpretación de* Tristana *que doña Emilia Pardo Bazán. ¿Para qué hace falta que haya más que eso en la novela?*

Pero hay algo más en esta novela galdosiana. Hay en ella dos criaturas, tan humanas, tan humanas..., que por ellas, si no hubiera nada más en la novela, merecería ésta las mejores consideraciones. Nos referimos a la protagonista, Tristana, y a don Juan López Garrido—que sólo respondía por don Lope Garrido—, quien también es protagonista. *Porque cuando las criaturas le salen tan completas al creador, resulta muy difícil a cuantos las conocemos declarar cuál de ellas puede hacer girar a las demás alrededor de sí.*

Don Lope Garrido, hidalgo de cincuenta y tantos años, enjuto de rostro, de espigada tiesura corporal, de líneas firmes, ojos vivaces, mostacho entrecano y perilla tiesa, corta y provocativa..., es el vivo trasunto de uno de esos caballeros que, acorazados, presencian en el cuadro de Las lanzas *cómo recibe el debelador marqués de Spínola las llaves de la rendida ciudad de Breda, o de esos otros que, engolados y con ropilla luctuosa de terciopelo, asisten al entierro del conde de Orgaz, en el lienzo famoso del* Greco. *A don Lope Garrido aún le amarran a la realidad pasmosa más características. Vive de un menguado usufructo—cobrado con mermas lastimosas y a tirones—en la noble ciudad de Toledo. Presume de practicar, en toda su pureza dogmática, el tono y el tino de la caballerosidad rancia, a la española, y en cuestiones de intereses lleva su delicadeza a extremos quijotescos. En cuanto afecta a su decoro personal, es de tan quebradiza susceptibilidad, que no tolera el más insignificante agravio ni ambigüedades de palabra que puedan llevar en sí la sombra de una posible denigrante interpretación. En su vida tuvo mil lances de honor. Llegó a ser un código viviente de las leyes de la hidalguía. Pero..., para no dejar de ser hidalgo en todo—según un concepto muy de la época—, era miope en cuanto se refiriese a faltas o responsabilidades por cuestiones de faldas. Su donjuanismo exaltado le llevó al asalto de las más altas torres de la honestidad femenina. Nada perdonó su rijosidad: ni la amistad, ni la piedad, ni la inocencia. Frente a una mujer, a él le envolvía una atmósfera embriagadora de licitud y de irresponsabilidad. Ante este admirable hombre—¡hombre!—, en quien los vicios rezuman tanta o más humanidad que las virtudes, ¿qué es, qué puede ser Tristana?*

Tristana es huérfana; su padre, muerto de mala manera, fué un gran amigo de don Lope Garrido. Tristana es una chiquilla. De graciosos ademanes. De seductora charla. De gran belleza física. Un poco atrasada en su desarrollo moral, toda irreflexión y toda pasividad. Sin ideas propias. De sentimientos dóciles, Tristana, indefensa, queda al amparo de don Lope Garrido. ¿Qué es, qué puede ser Tristana, sino un guarismo más que añadir a la lista interminable de las batallas que don Lope ganó a la inocencia? Un hombre de cincuenta y tantos años y una niña que aún no cumplió los veinte. ¿Cabe más emocionante y humano disparate? Porque este disparate llega seguido de sus consecuencias inevitables: los celos del anciano, sus exigencias absurdas, sus sueños descompuestos, su naturaleza quebrantada, sus reconcomios espirituales, sus puntillos de honor vidrioso... Y, en Tristana, la aparición del auténtico amor, los deseos de hembra que despierta, las alegrías juveniles irreprimibles, un secreto desprecio hacia quien la deshonró, aunado con cierto morboso deseo de chasquearle...

El nombre de Tristana..., ¡qué bien le cuadra a la desventurada protagonista! Adolescencia llena de tribulaciones. Mocedad desequilibrada por una deshonra estúpida. Juventud ardida en una pasión súbita en aparecer y rápida en el desenlace. Un otoño revulsivo de conmociones religiosas y de comezones inconcretas. ¡Tristana! Mujer de tristezas. Las excita. Las consume. ¡Tristana! Como una fabulosa reina de leyenda se acerca a nuestras almas y se adentra en nuestra efusión. La preceden—como heraldos—los síntomas de la tragedia. La siguen—como pajes—todos los ensueños malogrados.

TRISTANA

I

En el populoso barrio de Chamberí, más cerca del Depósito de aguas que de Cuatro Caminos, vivía no ha muchos años un hidalgo de buena estampa y nombre peregrino, no aposentado en casa solariega, pues por allí no las hubo nunca, sino en plebeyo cuarto de alquiler de los baratitos, con ruidoso vecindario de taberna, merendero, cabrería y estrecho patio interior de habitaciones numeradas. La primera vez que tuve conocimiento de tal personaje y pude observar su catadura militar de antiguo cuño, algo así como una reminiscencia pictórica de los tercios viejos de Flandes, dijéronme que se llamaba *don Lope de Sosa*, nombre que trasciende al polvo de los teatros o a romance de los que traen los librillos de retórica; y, en efecto, nombrábanle así algunos amigos maleantes; pero él respondía por don Lope Garrido. Andando el tiempo, supe que la partida de bautismo rezaba *don Juan López Garrido*, resultando que aquel sonoro *don Lope* era composición del caballero, como un precioso afeite aplicado a embellecer la personalidad; y tan bien caía en su cara enjuta, de líneas firmes y nobles, tan buen acomodo hacía el nombre con la espigada tiesura del cuerpo, con la nariz de caballete, con su despejada frente y sus ojos vivísimos, con el mostacho entrecano y la perilla corta, tiesa y provocativa, que el sujeto no se podía llamar de otra manera. O había que matarle o decirle don Lope.

La edad del buen hidalgo, según la cuenta que hacía cuando de esto se trataba, era una cifra tan imposible de averiguar como la hora de un reloj descompuesto, cuyas manecillas se obstinaran en no moverse. Se había plantado en los cuarenta y nueve, como si el terror instintivo de los cincuenta le detuviese en aquel temido lindero del medio siglo; pero ni Dios mismo, con todo su poder; le podía quitar los cincuenta y siete, que no por bien conservados eran menos efectivos. Vestía con toda la pulcritud y esmero que su corta hacienda le permitía, siempre de chistera bien planchada, buena capa en invierno, en todo tiempo guantes oscuros, elegante bastón en verano y trajes más propios de la edad verde que de la madura. Fué don Lope Garido, dicho sea para hacer boca, gran estratégico en lides de amor, y se preciaba de haber asaltado más torres de virtud y rendido más plazas de honestidad que pelos tenía en la cabeza. Ya gastado y para poco, no podía desmentir la pícara afición, y siempre que tropezaba con mujeres bonitas, o aunque no fueran bonitas, se ponía en facha, y sin mala intención les dirigía miradas expresivas, que más tenían en verdad de paternales que de maliciosas, como si con ellas dijera: "¡De buena habéis escapado, pobrecitas! Agradeced a Dios el no haber nacido veinte años antes. Precaveos contra los que hoy sean lo que yo fuí, aunque, si me apuran, me atreveré a decir que no hay en estos tiempos quien me iguale. Ya no salen jóvenes, ni menos galanes, ni hombres que sepan su obligación al lado de una buena moza."

Sin ninguna ocupación profesional, el buen don Lope, que había gozado en mejores tiempos de una regular fortuna, y no poseía ya más que un usufructo en la provincia de Toledo, cobrado a tirones y con mermas lastimosas, se pasaba la vida en ociosas y placenteras tertulias de casino, consagrando también metódicamente algunos ratos a visitas de amigos, a trincas de café y a otros centros, o más bien rincones, de esparcimiento, que no hay para qué nombrar ahora. Vivía en lugar tan excéntrico por la sola razón de la baratura de las casas, que aun con la gabela del tranvía, salen por muy poco en aquella zona, amén del despejo, de la ventilación y de los horizontes risueños que allí se disfrutan. No era ya Garrido trasnochador; se ponía en planta a punto de las ocho, y en afeitarse y acicalarse, pues cuidaba de su persona con esmero y lentitudes de hombre de mundo, se pasaban dos horitas. A la calle hasta la una, hora infalible del almuerzo frugal. Después de éste, calle

otra vez, hasta la comida, entre siete y ocho, no menos sobria que el almuerzo, algunos días con escaseces no bien disimuladas por las artes de cocina más elementales. Lo que principalmente debe hacerse constar es que si don Lope era todo afabilidad y cortesanía fuera de casa y en las tertulias cafeteriles o casinescas a que concurría, en su domicilio sabía hermanar las palabras atentas y familiares con la autoridad de amo indiscutible.

Con él vivían dos mujeres, criada la una, señorita en el nombre la otra, confundiéndose ambas en la cocina y en los rudos menesteres de la casa, sin distinción de jerarquías, con perfecto y fraternal compañerismo, determinado más bien por la humillación de la señora que por ínfulas de la criada. Llamábase ésta Saturna, alta y seca, de ojos negros, un poco hombruna, y por su viudez reciente vestía de luto riguroso. Habiendo perdido a su marido, albañil que se cayó del andamio en las obras del Banco, pudo colocar a su hijo en el Hospicio, y se puso a servir, tocándole para estreno la casa de don Lope, que no era ciertamente una provincia de los reinos de Jauja. La otra, que a ciertas horas tomaríais por sirvienta y a otras no, pues se sentaba a la mesa del señor y le tuteaba con familiar llaneza, era joven, bonitilla, esbelta, de una blancura casi inverosímil de puro alabastrina; las mejillas sin color, los negros ojos más notables por lo vivarachos y luminosos que por lo grandes, las cejas increíbles, como indicadas en arco con la punta de finísimo pincel; pequeñuela y roja la boquirrita, de labios un tanto gruesos, orondos, reventando de sangre, cual si contuvieran toda la que en el rostro faltaba; los dientes menudos, pedacitos de cuajado cristal; castaño el cabello y no muy copioso, brillante como torzales de seda y recogido con gracioso revoltijo en la coronilla. Pero lo más característico en tan singular criatura era que parecía toda ella un puro armiño y el espíritu de la pulcritud, pues ni aun rebajándose a las más groseras faenas domésticas se manchaba. Sus manos, de una forma perfecta—¡qué manos!—, tenían misteriosa virtud, como su cuerpo y ropa, para poder decir a las capas inferiores del mundo físico: *la vostra miseria non mi tange*. Llevaba en toda su persona la impresión de un aseo intrínseco, elemental, superior y anterior a cualquier contacto de cosa desaseada o impura. De trapillo, zorro en mano, el polvo y la basura la respetaban; y cuando se acicalaba y se ponía su bata morada con rosetones blancos, el moño arribita, traspasado con horquillas de dorada cabeza, resultaba una fiel imagen de dama japonesa de alto copete. Pero ¿qué más, si toda ella parecía de papel, de ese papel plástico, caliente y vivo en que aquellos inspirados orientales representan lo divino y lo humano, lo cómico tirando a grave, y lo grave que hace reír? De papel nítido era su rostro blanco mate, de papel su vestido, de papel sus finísimas, torneadas, incomparables manos.

Falta explicar el parentesco de Tristana, que por este nombre respondía la mozuela bonita, con el gran don Lope, jefe y señor de aquel cotarro, al cual no será justo dar el nombre de familia. En el vecindario, y entre las contadas personas que allí recalaban de visita, o por fisgonear, versiones había para todos los gustos. Por temporadas dominaban estas o las otras opiniones sobre punto tan importante; en un lapso de dos o tres meses se creyó como el Evangelio que la señorita era sobrina del señorón. Apuntó pronto, generalizándose con rapidez, la tendencia de conceptuarla hija, y orejas hubo en la vecindad que le oyeron decir *papá*, como las muñecas que hablan. Sopló un nuevo vientecillo de opinión, y ya la tenéis legítima y auténtica señora de Garrido. Pasado algún tiempo, ni rastros quedaban de estas vanas conjeturas, y Tristana, en opinión del vulgo circunvecino, no era hija, ni sobrina, ni esposa, ni nada del gran don Lope; no era nada y lo era todo, pues le pertenecía como una petaca, un mueble o una prenda de ropa, sin que nadie se la pudiera disputar; ¡y ella parecía tan resignada a ser petaca, y siempre petaca...!

II

Resignada en absoluto no, porque más de una vez, en aquel año que precedió a lo que se va a referir, la linda figurilla de papel sacaba los pies del plato, queriendo mostrar carácter y conciencia de persona libre. Ejercía sobre ella su

dueño un despotismo que podremos llamar seductor, imponiéndole su voluntad con firmeza endulzada, a veces con mimos o carantoñas, y destruyendo en ella toda iniciativa que no fuera de cosas accesorias y sin importancia. Veintiún años contaba la joven cuando los anhelos de independencia despertaron en ella con las reflexiones que embargaban su mente acerca de la extrañísima situación social en que vivía. Aún conservaba procederes y hábitos de chiquilla cuando tal situación comenzó; sus ojos no sabían mirar al porvenir, y si lo miraban, no veían nada. Pero un día se fijó en la sombra que el presente proyectaba hacia los espacios futuros, y aquella imagen suya estirada por la distancia, con tan disforme y quebrada silueta, entretuvo largo tiempo su atención, sugiriéndole pensamientos mil que la mortificaban y confundían.

Para la fácil inteligencia de estas inquietudes de Tristana, conviene hacer toda la luz posible en torno del don Lope, para que no se le tenga por mejor ni por más malo de lo que era realmente. Presumía este sujeto de practicar en toda su pureza dogmática la caballerosidad, o caballería, que bien podemos llamar sedentaria en contraposición a la idea de andante o correntona; mas interpretaba las leyes de aquella religión con criterio excesivamente libre, y de todo ello resultaba una moral compleja, que no por ser suya dejaba de ser común, fruto abundante del tiempo en que vivimos; moral que, aunque parecía de su cosecha, era en rigor concreción en su mente de las ideas flotantes en la atmósfera metafísica de su época, cual las invisibles bacterias en la atmósfera física. La caballerosidad de don Lope, como fenómeno externo, bien a la vista estaba de todo el mundo: jamás tomó nada que no fuera suyo, y en cuestiones de intereses llevaba su delicadeza a extremos quijotescos. Sorteaba su penuria con gallardía, y la cubría con dignidad, dando pruebas frecuentes de abnegación, y condenando el apetito de cosas materiales con acentos de entereza estoica. Para él, en ningún caso dejaba de ser vil el metal acuñado, ni la alegría que el cobrarlo produce le redime del desprecio de toda persona bien nacida. La facilidad con que de sus manos salía, indicaba el tal desprecio mejor que las retóricas con que vituperaba lo que a su juicio era motivo de corrupción, y causa de que en la sociedad presente fueran cada día más escasas las cosechas de caballeros. Respecto a decoro personal, era tan nimio y de tan quebradiza susceptibilidad, que no toleraba el agravio más insignificante ni ambigüedades de palabra que pudieran llevar en sí sombra de desconsideración. Lances mil tuvo en su vida, y de tal modo mantenía los fueros de la dignidad, que llegó a ser código viviente para querellas de honor, y, ya se sabía, en todos los casos dudosos del intrincado fuero duelístico era consultado el gran don Lope, que opinaba y sentenciaba con énfasis sacerdotal, como si se tratara de un punto teológico o filosófico de la mayor trascendencia.

El punto de honor era, pues, para Garrido, la cifra y compendio de toda la ciencia del vivir, y ésta se completaba con diferentes negaciones. Si su desinterés podía considerarse como virtud, no lo era ciertamente su desprecio del Estado y de la Justicia, como organismos humanos. La curia le repugnaba; los ínfimos empleados del Fisco, interpuestos entre las instituciones y el contribuyente con la mano extendida, teníalos por chusma digna de remar en galeras. Deploraba que en nuestra edad, de más papel que hierro y de tantas fórmulas hueras, no llevasen los caballeros espada para dar cuenta de tanto gandul impertinente. La sociedad, a su parecer, había creado diversos mecanismos con el solo objeto de mantener holgazanes y de perseguir y desvalijar a la gente hidalga y bien nacida.

Con tales ideas, a don Lope le resultaban muy simpáticos los contrabandistas y matuteros, y si hubiera podido habría salido a su defensa en un aprieto grave. Detestaba la Policía encubierta o uniformada, y cubría de baldón a los carabineros y vigilantes de Consumos, así como a los pasmarotes que llaman de Orden Público, y que, a su parecer, jamás protegen al débil contra el fuerte. Transigía con la Guardia Civil, aunque él, ¡qué demonio!, la hubiera organizado de otra manera, con facultades procesales y ejecutivas, como verdadera religión de caballería justiciera en caminos y despoblados. Sobre el Ejército, las ideas de don Lope picaban en ex-

travagancia. Tal como lo conocía, no era más que un instrumento político, costoso y tonto por añadidura, y él opinaba que se le diera una organización religiosa y militar, como las antiguas órdenes de caballería, con base popular, servicio obligatorio, jefes hereditarios, vinculación del generalato, y, en fin, un sistema tan complejo y enrevesado que ni él mismo lo entendía. Respecto a la Iglesia, teníala por una broma pesada, que los pasados siglos vienen dando a los presentes, y que éstos aguantan por timidez y cortedad de genio. Y no se crea que era irreligioso: al contrario, su fe superaba a la de muchos que hocican ante los altares y andan siempre entre curas. A éstos no los podía ver ni escritos el ingenioso don Lope, porque no encontraba sitio para ellos en el sistema seudo-caballeresco que su desocupado magín se había forjado, y solía decir: "Los verdaderos sacerdotes somos nosotros, los que regulamos el honor y la moral, los que combatimos en pro del inocente, los enemigos de la maldad, de la hipocresía, de la injusticia... y del vil metal."

Casos había en la vida de este sujeto que le enaltecían en sumo grado, y si algún ocioso escribiera su historia, aquellos resplandores de generosidad y abnegación harían olvidar, hasta cierto punto, las oscuridades de su carácter y su conducta. De ellos debe hablarse, como antecedentes o causas que son de lo que luego se referirá. Siempre fué don Lope muy amigo de sus amigos, y hombre que se despepitaba por auxiliar a las personas queridas que se veían en algún compromiso grave. Servicial hasta el heroísmo, no ponía límites a sus generosos arranques. Su caballería llegaba en esto hasta la vanidad; y como toda vanidad se paga, como el lujo de los buenos sentimientos es el más dispendioso que se conoce, Garrido sufrió considerables quebrantos en su fortuna. Su muletilla familiar de *dar la camisa por un amigo* no era una simple afectación retórica. Si no la camisa, varias veces dió la mitad de la capa como San Martín; y últimamente, la prenda de ropa más útil, como más próxima a la carne, había llegado a correr peligro.

Un amigo de la infancia, a quien amaba entrañablemente, de nombre don Antonio Reluz, compinche de caballerías más o menos correctas, puso a prueba el furor altruísta, que no otra cosa era, del buen don Lope. Reluz, al casarse por amor con una joven distinguidísima, apartóse de las ideas y prácticas caballerescas de su amigo, calculando que no constituían oficio ni daban de comer, y se dedicó a manejar en buenos negocios el capitalito de su esposa. No le fué mal en los primeros años. Metióse en la compra y venta de cebada, en contratas de abastecimientos militares, y otros honrados tráficos, que Garrido miraba con altivo desprecio. Hacia 1880, cuando ambos habían pasado la línea de los cincuenta, la estrella de Reluz se eclipsó de súbito, y no puso la mano en negocio que no resultara de perros. Un socio de mala fe, un amigo pérfido, acabaron de perderle, y el batacazo fué de los más gordos, hallándose de la noche a la mañana sin blanca, deshonrado y por añadidura preso...

—¿Lo ves?—le decía su amigote—. ¿Te convences ahora de que ni tú ni yo servimos para mercachifles? Te lo advertí cuando empezaste, y no quisiste hacerme caso. No pertenecemos a nuestra época, querido Antonio; somos demasiado decentes para andar en estos enjuagues, que allá se quedan para la patulea del siglo.

Como consuelo, no era de los más eficaces. Reluz le oía sin pestañear ni responderle nada, discurriendo cómo y cuándo se pegaría el tirito con que pensaba poner fin a su horrible sufrimiento.

Pero Garrido no se hizo esperar, y al punto salió con el supremo recurso de la camisa.

—Por salvar tu honra soy yo capaz de dar la... En fin, ya sabes que es obligación, no favor, pues somos amigos de veras, y lo que yo hago por ti lo harías tú por mí.

Aunque los descubiertos que ponían por los suelos el nombre comercial de Reluz no era el oro y el moro, pesaban lo bastante para resquebrajar el edificio no muy seguro de la fortunilla de don Lope, el cual, encastillado en su dogma altruísta, hizo la hombrada gorda, y después de liquidar una casita que conservaba en Toledo, se desprendió de su colección de cuadros antiguos, si no de primera, bastante apreciable por los afanes y placeres sin cuento que representaba.

—No te apures—decía a su triste amigo—. Pecho a la desgracia, y no des a esto el valor de un acto extraordinariamente meritorio. En estos tiempos putrefactos se estima como virtud lo que es deber de los más elementales. Lo que se tiene, se tiene, fíjate bien, en tanto que otro no lo necesita. Esta es la ley de las relaciones entre los humanos, y lo demás es fruto del egoísmo y de la metalización de las costumbres. El dinero no deja de ser vil sino cuando se ofrece a quien tiene la desgracia de necesitarlo. Yo no tengo hijos. Toma lo que poseo; que un pedazo de pan no ha de faltarnos.

Que Reluz oía estas cosas con emoción profunda, no hay para qué decirlo. Cierto que no se pegó el tiro ni había para qué; mas lo mismo fué salir de la cárcel y meterse en su casa, que pillar una calentura maligna que lo despachó en siete días. Debió de ser de la fuerza del agradecimiento y de las emociones terribles de aquella temporada. Dejó una viudita inconsolable, que por más que se empeñó en seguirle a la tumba *por muerte natural,* no pudo lograrlo, y una hija de diecinueve abriles, llamada Tristana.

III

La viuda de Reluz había sido linda antes de los disgustos y trapisondas de los últimos tiempos. Pero su envejecer no fué tan rápido y patente que le quitara a don Lope las ganas de cortejarla, pues si el código caballeresco de éste le prohibía galantear a la mujer de un amigo vivo, la muerte del amigo le dejaba en franquía para cumplir a su antojo la ley de amar. Estaba de Dios, no obstante, que por aquella vez no le saliera bien la cuenta, pues a las primeras chinitas que a la inconsolable tiró, hubo de observar que no contestaba con buen acuerdo a nada de lo que se le decía, que aquel cerebro no funcionaba como Dios manda, y, en suma, que a la pobre Josefina Solís le faltaban casi todas las clavijas que regulan el pensar discreto y el obrar acertado. Dos manías, entre otras mil, principalmente la trastornaban: la manía de mudarse de casa y la del aseo. Cada semana, o cada mes por lo menos, avisaba los carros de mudanzas, que aquel año hicieron buen agosto paseándole los trastos por cuantas calles y rondas hay en Madrid. Todas las casas eran magníficas el día de la mudanza y detestables, inhospitalarias, horribles, ocho días después. En ésta se helaba de frío, en aquélla se achicharraba; en una había vecinas escandalosas, en otra ratones desvergonzados, en todas nostalgia de otra vivienda, del carro de mudanza, ansia infinita de lo desconocido.

Quiso don Lope poner mano en este costoso delirio; pero pronto se convenció de que era imposible. El tiempo corto que mediaba entre mudanza y mudanza empleábalo Josefina en lavar y fregotear cuanto cogía por delante, movida de escrúpulos nerviosos y de ascos hondísimos, más potentes que una fuerte impulsión instintiva. No daba la mano a nadie, temerosa de que le pegasen herpetismo o pústulas repugnantes. No comía más que huevos, después de lavarles el cascarón, y recelosa siempre de que la gallina que los puso hubiera picoteado en cosas impuras. Una mosca la ponía fuera de sí. Despedía las criadas cada lunes y cada martes por cualquier inocente contravención de sus extravagantes métodos de limpieza. No le bastaba con deslucir los muebles a fuerza de agua y estropajo; lavaba también las alfombras, los colchones de muelles y hasta el piano, por dentro y por fuera. Rodeábase de desinfectantes y antisépticos, y hasta en la comida se advertían tufos de alcanfor. Con decir que lavaba los relojes está dicho todo. A su hija la zambullía en el baño tres veces al día, y el gato huyó bufando de la casa, por no hallarse con fuerzas para soportar los chapuzones que su ama le imponía.

Con toda el alma lamentaba don Lope la liquidación cerebral de su amiga, y echaba de menos a la simpática Josefina de otros tiempos, dama de trato muy agradable, bastante instruída y hasta con ciertas puntas y ribetes de literata de buena ley. A cencerros tapados compuso algunos versitos, que sólo mostraba a los amigos de confianza, y juzgaba con buen criterio de toda la literatura y literatos contemporáneos. Por temperamento, por educación y por atavismo, pues tuvo dos tíos académicos, y otro que fué emigrado en Londres con el duque de Rivas y Alcalá Galiano, detestaba las modernas tendencias realistas;

adoraba el ideal y la frase noble y decorosa. Creía firmemente que en el gusto hay aristocracia y pueblo, y no vacilaba en asignarse un lugar de los más oscuros entre los próceres de las letras. Adoraba el teatro antiguo, y se sabía de memoria largos parlamentos de *Don Gil de las calzas verdes*, de *La verdad sospechosa* y de *El mágico prodigioso*. Tuvo un hijo, muerto a los doce años, a quien puso el nombre de Lisardo, como si fuera de la casta de Tirso o Moreto. Su niña debía el nombre de Tristana a la pasión por aquel arte caballeresco y noble, que creó una sociedad ideal para servir constantemente de norma y ejemplo a nuestras realidades groseras y vulgares.

Pues todos aquellos refinados gustos que la embellecían, añadiendo encantos mil a sus gracias naturales, desaparecieron sin dejar rastro en ella. Con la insana manía de las mudanzas y del aseo, Josefina olvidó toda su edad pasada. Su memoria, como espejo que ha perdido el azogue, no conservaba ni una idea, ni un nombre, ni una frase de todo aquel mundo ficticio que tanto amó. Un día quiso don Lope despertar los recuerdos de la infeliz señora, y vió la estupidez pintada en su rostro, como si le hablaran de una existencia anterior a la presente. No comprendía nada, no se acordaba de cosa alguna, ignoraba quién podría ser don Pedro Calderón, y al pronto creyó que era algún casero o el dueño de los carros de mudanzas. Otro día la sorprendió lavando las zapatillas, y a su lado tenía, puestos a secar, los álbumes de retratos. Tristana contemplaba, conteniendo sus lágrimas, aquel cuadro de desolación, y con expresivos ojos suplicaba al amigo de la casa que no contrariase a la pobre enferma. Lo peor era que el buen caballero soportaba con resignación los gastos de aquella familia sin ventura, los cuales, con el sinfín de mudanzas, el frecuente romper de loza y deterioro de muebles, iban subiendo hasta las nubes. Aquel diluvio con jabón los ahogaba a todos. Por fortuna, en uno de los cambios de domicilio, ya fuese por haber caído en casa nueva, cuyas paredes chorreaban de humedad, ya porque Josefina usó zapatos recién sometidos a su sistema de saneamiento, llegó la hora de rendir a Dios el alma. Una fiebre reumática que la entró a saco, espada en mano, acabó sus tristes días. Pero la más negra fué que, para pagar médico, botica y entierro, amén de las cuentas de perfumería y comestibles, tuvo don Lope que dar otro tiento a su esquilmado caudal, sacrificando aquella parte de sus bienes que más amaba, su colección de armas antiguas y modernas, reunida con tantísimo afán y con íntimos goces de rebuscador inteligente. Mosquetes raros y arcabuces roñosos, pistolas, alabardas, espingardas de moros y rifles de cristianos, espadas de cazoleta y también petos y espaldares que adornaban la sala del caballero entre mil vistosos arreos de guerra y caza, formando el conjunto más noble y austero que imaginarse puede, pasaron a precio vil a manos de mercachifles. Cuando don Lope vió salir su precioso arsenal, quedóse atribulado y suspenso, aunque su grande ánimo supo aherrojar la congoja que del fondo del pecho le brotaba, y poner en su rostro la máscara de una estoica y digna serenidad. Ya no le quedaba más que su colección de retratos de hembras hermosas, en los cuales había desde la miniatura delicada hasta la fotografía moderna en que la verdad suple al arte, museo que era para su historia de amorosas lides como los de cañones y banderas que en otro orden pregonan las grandezas de un reinado glorioso. Ya no le restaba más que esto, algunas imágenes elocuentes, aunque mudas, que significaban mucho como trofeo, bien poco, ¡ay!, como especie representativa de vil metal.

En la hora de morir, Josefina recobró, como suele suceder, parte del seso que había perdido, y con el seso le revivió momentáneamente su ser pasado, reconociendo, cual Don Quijote moribundo, los disparates de la época de su viudez y abominando de ellos. Volvió sus ojos a Dios, y aún tuvo tiempo de volverlos también a don Lope, que presente estaba, y le encomendó a su hija huérfana, poniéndola bajo su amparo, y el noble caballero aceptó el encargo con efusión, prometiendo lo que en tan solemnes casos es de rúbrica. Total: que la viuda de Reluz cerró la pestaña, mejorando con su pase a mejor vida la de las personas que acá gemían bajo el despotismo de sus mudanzas y lavatorios; que Tristana se fué a vivir con don Lope, y que éste... (hay que decirlo, por

duro y lastimoso que sea), a los dos meses de llevársela aumentó con ella la lista ya larguísima de sus batallas ganadas a la inocencia.

IV

La conciencia del guerrero de amor arrojaba de sí, como se ha visto, esplendores de astro incandescente; pero también dejaba ver en ocasiones arideces horribles de astro apagado y muerto. Era que al sentido moral del buen caballero le faltaba una pieza importante, cual órgano que ha sufrido una mutilación y sólo funciona con limitaciones o paradas deplorables. Era que don Lope, por añejo dogma de su caballería sedentaria, no admitía crimen ni falta ni responsabilidad en cuestiones de faldas. Fuera del caso de cortejar a la dama, esposa o manceba de un amigo íntimo, en amor todo lo tenía por lícito. Los hombres como él, hijitos mimados de Adán, habían recibido del Cielo una tácita bula que los dispensaba de toda moral, antes policía del vulgo que ley de caballeros. Su conciencia, tan sensible en otros puntos, en aquél era más dura y más muerta que un guijarro, con la diferencia de que éste, herido por la llanta de una carreta, suele despedir alguna chispa, y la conciencia de don Lope, en casos de amor, aunque la machacaran las herraduras del caballo de Santiago, no echaba lumbres.

Profesaba los principios más erróneos y disolventes, y los reforzaba con apreciaciones históricas, en las cuales lo ingenioso no quitaba lo sacrílego. Sostenía que en las relaciones de hombre y mujer no hay más ley que la anarquía, si la anarquía es ley; que el soberano amor no debe sujetarse más que a su propio canon intrínseco, y que las limitaciones externas de su soberanía no sirven más que para desmedrar la raza, para empobrecer el caudal sanguíneo de la Humanidad. Decía, no sin gracia, que los artículos del Decálogo que tratan de toda la *peccata minuta* fueron un pegote añadido por Moisés a la obra de Dios, obedeciendo a razones puramente políticas; que estas razones de Estado continuaron influyendo en las Edades sucesivas, haciendo necesaria la policía de las pasiones; pero que con el curso de la civilización perdieron su fuerza lógica, y sólo a la rutina y a la pereza humanas se debe que aún subsistan los efectos después de haber desaparecido las causas. La derogación de aquellos trasnochados artículos se impone, y los legisladores deben poner la mano en ella sin andarse en chiquitas. Bien demuestra esta necesidad la sociedad misma, derogando de hecho lo que sus directores se empeñan en conservar contra el empuje de las costumbres y las realidades del vivir. ¡Ah! Si el buenazo de Moisés levantara la cabeza, él y no otro corregiría su obra, reconociendo que hay tiempos de tiempos.

Inútil parece advertir que cuantos conocían a Garrido, incluso el que esto escribe, abominaban y abominan de tales ideas, deplorando con toda el alma que la conducta del insensato caballero fuese una fiel aplicación de sus perversas doctrinas. Debe añadirse que a cuantos estimamos en lo que valen los grandes principios sobre que se asienta, etcétera, etcétera..., se nos ponen los pelos de punta sólo de pensar cómo andaría la máquina social si a sus esclarecidas manipulantes les diese la ventolera de apadrinar los disparates de don Lope, y derogaran los articulitos o mandamientos cuya inutilidad éste de palabra y obra proclamaba. Si no hubiera infierno, sólo para don Lope habría que crear uno, a fin de que en él eternamente purgase sus burlas de la moral, y sirviese de perenne escarmiento a los muchos que, sin declararse sectarios suyos, vienen a serlo de hecho en toda la redondez de esta tierra pecadora.

Contento estaba el caballero de su adquisición, porque la chica era linda, despabiladilla, de graciosos ademanes, fresca tez y seductora charla. "Dígase lo que se quiera—argüía para su capote, recordando sus sacrificios por sostener a la madre y salvar de la deshonra al papá—, bien me la he ganado. ¿No me pidió Josefina que la amparase? Pues más amparo no cabe. Bien defendida la tengo de todo peligro; que ahora nadie se atreverá a tocarle el pelo de la ropa." En los primeros tiempos, guardaba el galán su tesoro con precauciones exquisitas y sagaces; temía rebeldías de la niña, sobresaltado por la diferencia de edad, mayor, sin duda, de lo que el interno canon de amor dispone. Temores y

desconfianzas le asaltaban; casi casi sentía en la conciencia algo como un cosquilleo tímido, precursor de remordimiento. Pero esto duraba poco, y el caballero recobraba su bravía entereza. Por fin, la acción devastadora del tiempo amortiguó su entusiasmo hasta suavizar los rigores de su inquieta vigilancia y llegar a una situación semejante a la de los matrimonios que han agotado el capitalazo de las ternezas y empiezan a gastar con prudente economía la rentita del afecto reposado y un tanto desabrido. Conviene advertir que ni por un momento se le ocurrió al caballero desposarse con su víctima, pues aborrecía el matrimonio; teníalo por la más espantosa fórmula de esclavitud que idearon los poderes de la tierra para meter en un puño a la pobrecita Humanidad.

Tristana aceptó aquella manera de vivir casi sin darse cuenta de su gravedad. Su propia inocencia, al paso que le sugería tímidamente medios defensivos que emplear no supo, le vendaba los ojos, y sólo el tiempo y la continuidad metódica de su deshonra le dieron luz para medir y apreciar su situación triste. La perjudicó grandemente su descuidada educación, y acabaron de perderla las hechicerías y artimañas que sabía emplear el tuno de don Lope, quien compensaba lo que los años le iban quitando con un arte sutilísimo de la palabra y finezas galantes de superior temple, de esas que apenas se usan ya, porque se van muriendo los que usarlas supieron. Ya que no cautivar el corazón de la joven, supo el maduro galán mover con hábil pulso resortes de su fantasía, y producir con ellos un estado de pasión falsificada, que para él, ocasionalmente, a la verdadera se parecía.

Pasó la señorita de Reluz por aquella prueba tempestuosa como quien recorre los períodos de aguda dolencia febril, y en ella tuvo momentos de corta y pálida felicidad, como sospechas de lo que las venturas de amor pueden ser. Don Lope le cautivaba con esmero la imaginación, sembrando en ella ideas que fomentaran la conformidad con semejante vida; estimulaba la fácil disposición de la joven para idealizar las cosas, para verlo todo como no es, o como nos conviene o nos gusta que sea. Lo más particular fué que Tristana, en los primeros tiempos, no dió importancia al hecho monstruoso de que la edad de su tirano casi triplicaba la suya. Para expresarlo con la mayor claridad posible, hay que decir que no vió la desproporción, a causa, sin duda, de las consumadas artes del seductor y de la complicidad pérfida con que la Naturaleza le ayudaba en sus traidoras empresas, concediéndole una conservación casi milagrosa. Eran sus atractivos personales de tan superior calidad, que al tiempo le costaba mucho trabajo destruirlos. A pesar de todo, el artificio, la contrahecha ilusión de amor no podían durar: un día advirtió don Lope que había terminado la fascinación ejercida por él sobre la muchacha infeliz, y en ésta, al volver en sí, produjo una terrible impresión, de la que había de tardar mucho en recobrarse. Bruscamente vió en don Lope al viejo, y agrandaba con su fantasía la ridícula presunción del anciano que, contraviniendo la ley de Naturaleza, hace papeles de galán. Y no era don Lope aún tan viejo como Tristana lo sentía, ni había desmerecido hasta el punto de que se le mandara recoger como un trasto inútil. Pero como en la convivencia íntima los fueros de la edad se imponen, y no es tan fácil el disimulo como cuando se gallea fuera de casa, en lugares elegidos y a horas cómodas, surgían a cada instante mil motivos de desilusión, sin que el degenerado galanteador, con todo su arte y todo su talento, pudiera evitarlo.

Este despertar de Tristana no era más que una fase de la crisis profunda que hubo de sufrir a los ocho meses, aproximadamente, de su deshonra, y cuando cumplía los veintidós años. Hasta entonces, la hija de Reluz, atrasadilla en su desarrollo moral, había sido toda irreflexión y pasividad muñequil, sin ideas propias, viviendo de las proyecciones del pensar ajeno, y con una docilidad tal en sus sentimientos, que era muy fácil evocarlos en la forma y con la intención que se quisiera. Pero vinieron días en que su mente floreció de improviso, como planta vivaz a la que le llega un buen día de primavera, y se llenó de ideas, en apretados capullos primero, en espléndidos ramilletes después. Anhelos indescifrables apuntaron en su alma. Se sentía inquieta, ambiciosa, sin saber de qué, de algo muy distante, muy alto, que no

veían sus ojos por parte alguna; ansiosos temores la turbaban a veces, a veces risueñas confianzas; veía con lucidez su situación, y la parte de humanidad que ella representaba con sus desdichas; noto en sí algo que se le había colado de rondón por las puertas del alma, orgullo, conciencia de no ser una persona vulgar; sorprendióse de los rebullicios, cada día más fuertes, de su inteligencia, que le decía: "Aquí estoy. ¿No ves cómo pienso cosas grandes?" Y a medida que se cambiaba en sangre y medula de mujer la estopa de la muñeca, iba cobrando aborrecimiento y repugnancia a la miserable vida que llevaba bajo el poder de don Lope Garrido.

V

Y entre las mil cosas que aprendió Tristana en aquellos días, sin que nadie se las enseñara, aprendió también a disimular, a valerse de las ductilidades de la palabra, a poner en el mecanismo de la vida esos muelles que la hacen flexible, esos apagadores que ensordecen el ruido, esas desviaciones hábiles del movimiento rectilíneo, casi siempre peligroso. Era que don Lope, sin que ninguno de los dos se diese cuenta de ello, habíala hecho su discípula, y algunas ideas de las que con toda lozanía florecieron en la mente de la joven procedían del semillero de su amante y por fatalidad maestro. Hallábase Tristana en esa edad y sazón en que las ideas se pegan, en que ocurren los más graves contagios del vocabulario personal, de las maneras y hasta del carácter.

La señorita y la criada hacían muy buenas migas. Sin la compañía y los agasajos de Saturna, la vida de Tristana habría sido intolerable. Charlaban trabajando, y en los descansos charlaban más todavía. Refería la criada sucesos de su vida, pintándole el mundo y los hombres con sincero realismo, sin ennegrecer ni poetizar los cuadros; y la señorita, que apenas tenía pasado que contar, lanzábase a los espacios del suponer y del presumir, armando castillettes de la vida futura, como los juegos constructivos de la infancia con cuatro tejuelos y algunos montoncitos de tierra. Era la historia y la poesía asociadas en feliz maridaje. Saturna enseñaba, la niña de don Lope creaba, fundando sus atrevidos ideales en los hechos de la otra.

—Mira, tú—decía Tristana a la que, más que sirvienta, era para ella una fiel amiga—, no todo lo que este hombre perverso nos enseña es disparatado, y algo de lo que habla tiene mucho intríngulis... Porque lo que es talento, no se puede negar que le sobra. ¿No te parece a ti que lo que dice del matrimonio es la pura razón? Yo..., te lo confieso, aunque me riñas, creo como él que eso de encadenarse a otra persona por toda la vida es invención del diablo... ¿No lo crees tú? Te reirás cuando te diga que no quisiera casarme nunca, que me gustaría vivir siempre libre. Ya, ya sé lo que estás pensando: que me curo en salud, porque después de lo que me ha pasado con este hombre, y siendo pobre como soy, nadie querrá cargar conmigo. ¿No es eso, mujer, no es eso?

—¡Ay, no, señorita, no pensaba tal cosa!—replicó la doméstica prontamente—. Siempre se encuentran unos pantalones para todo, inclusive para casarse. Yo me casé una vez, y no me pesó; pero no volveré por agua a la fuente de la Vicaría. Libertad, tiene razón la señorita; libertad, aunque esta palabra no suena bien en boca de mujeres. ¿Sabe la señorita cómo llaman a las que sacan los pies del plato? Pues las llaman, por buen nombre, *libres*. De consiguiente, si ha de haber un poco de reputación, es preciso que haya dos pocos de esclavitud. Si tuviéramos oficios y carreras las mujeres, como los tienen esos bergantes de hombres, anda con Dios. Pero, fíjese, sólo tres carreras pueden seguir las que visten faldas: o casarse, que carrera es, o el teatro..., vamos, ser cómica, que es buen modo de vivir, o... no quiero nombrar lo otro. Figúreselo.

—Pues mira tú, de esas tres carreras, únicas de la mujer, la primera me agrada poco; la tercera, menos; la de en medio la seguiría yo si tuviera facultades; pero me parece que no las tengo... Ya sé, ya sé que es difícil eso de ser libre... y honrada. ¿Y de qué vive una mujer no poseyendo rentas? Si nos hicieran médicas, abogadas, siquiera boticarias o escribanas, ya que no ministras y senadoras, vamos, podríamos... Pero cosiendo, cosiendo... Calcula las puntadas que hay que dar para mantener una casa... Cuan-

do pienso lo que será de mí, me dan ganas de llorar. ¡Ay, pues si yo sirviera para monja, ya estaba pidiendo plaza en cualquier convento! Pero no valgo, no, para encerronas de toda la vida. Yo quiero vivir, ver mundo y enterarme de por qué y para qué nos han traído a esta tierra en que estamos. Yo quiero vivir y ser libre... Di otra cosa: ¿y no puede una ser pintora y ganarse el pan pintando cuadros bonitos? Los cuadros valen muy caros. Por uno que sólo tenía unas montañas allá lejos, con cuatro árboles secos más acá, y en primer término un charco y dos patitos, dió mi papá mil pesetas. Conque ya ves. ¿Y no podría una mujer meterse a escritora y hacer comedias..., libros de rezo o siquiera fábulas, Señor? Pues a mí me parece que esto es fácil. Puedes creerme que estas noches últimas, desvelada y no sabiendo cómo entretener el tiempo, he inventado no sé cuántos dramas de los que hacen llorar y piezas de las que hacen reír, y novelas de muchísimo enredo y pasiones tremendas y qué sé yo. Lo malo es que no sé escribir..., quiero decir, con buena letra; cometo la mar de faltas de gramática y hasta de ortografía. Pero ideas, lo que llamamos ideas, cree que no me faltan.

—¡Ay señorita—dijo Saturna sonriendo y alzando sus admirables ojos negros de la media que repasaba—, qué engañada vive si piensa que todo eso puede dar de comer a una señora honesta en libertad! Eso es para hombres, y aun ellos..., ¡vaya, lucido pelo echan los que viven de cosas de la leyenda! Echarán plumas, pero lo que es pelo... Pepe Ruiz, el hermano de leche de mi difunto, que es un hombre muy sabido en la materia, como que trabaja en la fundición donde hacen las letras de plomo para imprimir, nos decía que entre los de pluma todo es hambre y necesidad, y que aquí no se gana el pan con el sudor de la frente, sino con el de la lengua; más claro: que sólo sacan tajada los políticos, que se pasan la vida echando discursos. ¿Trabajitos de cabeza?... ¡Quítese usted de ahí! ¿Dramas, cuentos y libros para reírse o llorar? Conversación. Los que los inventaron no sacarían ni para un cocido si no intrigaran con el Gobierno para afanar los destinos. Así anda la Ministración.

—Pues yo te digo—con viveza—que hasta para eso del Gobierno y la política me parece a mí que había de servir yo. No te rías. Sé pronunciar discursos. Es cosa muy fácil. Con leer un poquitín de las sesiones de Cortes, en seguida te enjareto lo bastante para llenar medio periódico.

—¡Vaya por Dios! Para eso hay que ser hombre, señorita. La maldita enagua estorba para eso, como para montar a caballo. Decía mi difunto que si él no hubiera sido tan corto de genio, habría llegado a donde llegan pocos, porque se le ocurrían cosas tan gitanas como las que le echan a usted Castelar y Cánovas en las Cortes, cosas de salvar al país verdaderamente; pero el hijo de Dios, siempre que quería desbocarse en el Círculo de Artesanos, o en los *metingues* de los *compañeros*, se sentía un tenazón en el gaznate y no acertaba con la palabra primera, que es la más difícil..., vamos, que no rompía. Claro, no rompiendo, no podía ser orador ni político.

—¡Ay, qué tonto!, pues yo rompería, vaya si rompería—con desaliento—. Es que vivimos sin movimiento, atadas con mil ligaduras... También se me ocurre que yo podría estudiar lenguas. No sé más que las raspaduras de francés que me enseñaron en el colegio, y ya las voy olvidando. ¡Qué gusto hablar inglés, alemán, italiano! Me parece a mí que si me pusiera, lo aprendería pronto. Me noto..., no sé cómo decírtelo...; me noto como si supiera ya un poquitín antes de saberlo, como si en otra vida hubiera sido yo inglesa o alemana y me quedara un dejo...

—Pues eso de las lenguas—afirmó Saturna mirando a la señorita con maternal solicitud—sí que le convenía aprenderlo, porque la que da lecciones lo gana, y además es un gusto poder entender todo lo que parlan los extranjeros. Bien podría el amo ponerle un buen profesor.

—No me nombres a tu amo. No espero nada de él—meditabunda, mirando la luz—. No sé, no sé cuándo ni cómo concluirá esto; pero de alguna manera ha de concluir.

La señorita calló, sumergiéndose en una cavilación sombría. Acosada por la idea de abandonar la morada de don Lope, oyó en su mente el hondo tumulto de Madrid, vió la polvareda de luces

que a lo lejos resplandecía y se sintió embelesada por el sentimiento de su independencia. Volviendo de aquella meditación como de un letargo, suspiró fuerte. ¡Cuán sola estaría en el mundo fuera de la casa de su pobre y caduco galán! No tenía parientes, y las dos únicas personas a quienes tal nombre pudiera dar hallábanse muy lejos: su tío materno don Fernando, en Filipinas; el primo Cuesta, en Mallorca, y ninguno de los dos había mostrado nunca malditas ganas de ampararla. Recordó también (y a todas éstas Saturna la observaba con ojos compasivos) que las familias que tuvieron visiteo y amistad con su madre la miraban ya con prevención y despego, efecto de la endiablada sombra de don Lope. Contra esto, no obstante, hallaba Tristana en su orgullo defensa eficaz, y despreciando a quien la ofendía, se daba una de esas satisfacciones ardientes que fortifican por el momento como el alcohol, aunque a la larga destruyan.

—¡Dale! No piense cosas tristes—le dijo Saturna, pasándose la mano por delante de los ojos, como si ahuyentara una mosca.

VI

—Pues ¿en qué quieres que piense? ¿En cosas alegres? Dime dónde están, dímelo pronto.

Para amenizar la conversación, Saturna echaba mano prontamente de cualquier asunto jovial, sacando a relucir anécdotas y chismes de la gárrula sociedad que las rodeaba. Algunas noches se entretenían en poner en solfa a don Lope, el cual, al verse en tan gran decadencia, desmintió los hábitos espléndidos de toda su vida, volviéndose algo roñoso. Apremiado por la creciente penuria, regateaba los míseros gastos de la casa, educándose, ¡a buenas horas!, en la administración doméstica, tan disconforme con su caballería. Minucioso y cominero, intervenía en cosas que antes estimaba impropias de su decoro señoril, y gastaba un genio y unos refunfuños que le desfiguraban más que los hondos surcos de la cara y el blanquear del cabello. Pues de estas miserias, de estas prosas trasnochadas de la vida del Don Juan caído sacaban las dos hembras materia para reírse y pasar el rato. Lo gracioso del caso era que, como don Lope ignoraba en absoluto la economía doméstica, mientras más se las echaba de financiero y de buen mayordomo, más fácilmente le engañaba Saturna, consumada maestra en sisas y otras artimañas de cocinera y compradora.

Con Tristana fué siempre el caballero todo lo generoso que su pobreza cada vez mayor le permitía. Iniciada con tristísimos caracteres la escasez, en el costoso renglón de ropa fué donde primero se sintió el doloroso recorte de las economías; pero don Lope sacrificó su presunción a la de su esclava, sacrificio no flojo en hombre tan devoto admirador de sí mismo. Llegó día en que la escasez mostró toda la fealdad seca de su cara de muerte, y ambos quedaron iguales en lo anticuado y traído de la ropa. La pobre niña se quemaba las cejas, haciendo con sus trapitos, ayudada de Saturna, mil refundiciones que eran un primor de habilidad y paciencia. En los fugaces tiempos que bien podríamos llamar felices o dorados, Garrido la llevaba al teatro alguna vez; mas la necesidad, con su cara de hereje, decretó al fin la absoluta supresión de todo espectáculo público. Los horizontes de la vida se cerraban y ennegrecían cada día más delante de la señorita de Reluz, y aquel hogar desapacible, frío de afectos, pobre, vacío en absoluto de ocupaciones gratas, le abrumaba el espíritu. Porque la casa, en la cual lucían restos de instalaciones que fueron lujosas, se iba poniendo de lo más feo y triste que es posible imaginar; todo anunciaba penuria y decaimiento; nada de lo roto o deteriorado se componía ni se reparaba. En la salita desconcertada y glacial sólo quedaba, entre trastos feísimos, un bargueño estropeado por las mudanzas, en el cual tenía don Lope su archivo galante. En las paredes veíanse los clavos de donde pendieron las panoplias. En el gabinete observábase hacinamiento de cosas que debieron de tener hueco en local más grande, y en el comedor no había más mueble que la mesa y unas sillas cojas con el cuero desgarrado y sucio. La cama de don Lope, de madera con columnas y pabellón airoso, imponía por su corpulencia monumental; pero las cortinas de damasco azul no podían ya con más desgarro-

nes. El cuarto de Tristana, inmediato al de su dueño, era lo menos marcado por el sello del desastre, gracias al exquisito esmero con que ella defendía su ajuar de la descomposición y de la miseria.

Y si la casa declaraba, con el expresivo lenguaje de las cosas, la irremediable decadencia de la caballería sedentaria, la persona del galán iba siendo rápidamente imagen lastimosa de lo fugaz y vano de las glorias humanas. El desaliento, la tristeza de su ruina, debían de influir no poco en el *bajón* del menesteroso caballero, ahondando las arrugas de sus sienes más que los años y más que el ajetreo que desde los veinte se traía. Su cabello, que a los cuarenta empezó a blanquear, se había conservado espeso y fuerte; pero ya se le caían mechones, que él habría repuesto en su sitio si hubiera alguna alquimia que lo consintiese. La dentadura se le conservaba bien en la parte más visible; pero sus hasta entonces admirables muelas empezaban a insubordinarse, negándose a masticar bien, o rompiéndosele en pedazos, cual si unas a otras se mordieran. El rostro de soldado de Flandes iba perdiendo sus líneas severas y el cuerpo no podía conservar su esbeltez de antaño sin el auxilio de una férrea voluntad. Dentro de casa la voluntad se rendía, reservando sus esfuerzos para la calle, paseos y casino.

Comúnmente, si al entrar de noche encontraba despiertas a las dos mujeres, echaba un parrafito con ellas, corto con Saturna, a quien mandaba que se acostara; largo con Tristana. Pero llegó un tiempo en que casi siempre entraba silencioso y de mal talante, y se metía en su cuarto, donde la cautiva infeliz tenía que oír y soportar sus clamores por la tos persistente, por el dolor reumático o la sofocación del pecho. Renegaba don Lope y ponía el grito en el cielo, cual si creyese que Naturaleza no tenía ningún derecho a hacerle padecer, o si se considerara mortal predilecto, relevado de las miserias que afligen a la Humanidad. Y para colmo de desdichas, veíase precisado a dormir con la cabeza envuelta en un feo pañuelo, y su alcoba apestaba de los mejunjes que usar solía para el reuma o el romadizo.

Pero estas menudencias, que herían a don Lope en lo más vivo de su presunción, no afectaban a Tristana tanto como las fastidiosas mañas que iba sacando el pobre señor, pues al derrumbarse tan lastimosamente en lo físico y en lo moral, dió en la flor de tener celos. El que jamás concedió a ningún nacido los honores de la rivalidad, al sentir en sí la vejez del león se llenaba de inquietudes y veía salteadores y enemigos en su propia sombra. Reconociéndose caduco, el egoísmo le devoraba, como una lepra senil, y la idea de que la pobre joven le comparase, aunque sólo mentalmente, con soñados ejemplares de belleza y juventud, le acibaraba la vida. Su buen juicio, la verdad sea dicha, no le abandonaba enteramente, y en sus ratos lúcidos, que por lo común eran por la mañana, reconocía toda la importunidad y sinrazón de su proceder y procuraba adormecer a la cautiva con palabras de cariño y confianza.

Poco duraban estas paces, porque al llegar la noche, cuando el viejo y la niña se quedaban solos, recobraba el primero su egoísmo semítico, sometiéndola a interrogatorios humillantes, y una vez exaltado por aquel suplicio en que le ponía la desproporción alarmante entre su flaccidez enfermiza y la lozanía de Tristana, llegó a decirle:

—Si te sorprendo en algún mal paso, te mato, cree que te mato. Prefiero terminar trágicamente a ser ridículo en mi decadencia. Encomiéndate a Dios antes de faltarme. Porque yo lo sé, lo sé; para mí no hay secretos; poseo un saber infinito de estas cosas y una experiencia y un olfato..., que no es posible pegármela, no, no es posible.

VII

Algo se asustaba Tristana, sin llegar a sentir terror ni a creer al pie de la letra en las fieras amenazas de su dueño, cuyos alardes de olfato y adivinación estimaba como ardid para dominarla. La tranquilidad de su conciencia dábale valor contra el tirano, y ni aun se cuidaba de obedecerle en sus infinitas prohibiciones. Aunque le había ordenado no salir de paseo con Saturna, se escabullía casi todas las tardes; pero no iban a Madrid, sino hacia Cuatro Caminos, al Partidor, al Canalillo o hacia las alturas que dominan el Hipódro-

mo; paseo de campo, con meriendas las más veces y esparcimiento saludable. Eran los únicos ratos de su vida en que la pobre esclava podía dar de lado a su tristeza, y gozaba de ellos con abandono pueril, permitiéndose correr y saltar y jugar a las cuatro esquinas con la chica del tabernero, que solía acompañarla, o alguna otra amiguita del vecindario. Los domingos, el paseo era de muy distinto carácter. Saturna tenía a su hijo en el Hospicio, y, según costumbre de todas las madres que se hallan en igual caso, salía a encontrarle en el paseo.

Comúnmente, al llegar la caterva de chiquillos a un lugar convenido en las calles nuevas de Chamberí, les dan el rompan filas y se ponen a jugar. Allí los aguardan ya las madres, abuelas o tías (del que las tiene), con el pañolito de naranjas, cacahuetes, avellanas, bollos o mendrugos de pan. Algunos corretean y brincan jugando a la toña; otros se pegan a los grupos de mujeres. Los hay que piden cuartos al transeúnte, y casi todos rodean a las vendedoras de caramelos largos, avellanas y piñones. Mucho gustaban a Tristana tales escenas, y ningún domingo, como hiciera buen tiempo, dejaba de compartir con su sirvienta la grata ocupación de obsequiar al hospicianillo, el cual se llamaba Saturno, como su madre, y era rechoncho, patizambo, con unos mofletes encendidos y carnosos que venían a ser como certificación viva del buen régimen del establecimiento provincial. La ropa de paño burdo no le consentía ser muy elegante en sus movimientos, y la gorra con galón no ajustaba bien a su cabezota, de cabello duro y cerdoso como los pelos de un cepillo. Su madre y Tristana le encontraban muy salado; pero hay que confesar que de salado no tenía ni pizca; era, sí, dócil, noblote y aplicadillo, con aficiones a la tauromaquia callejera. La señorita le obsequiaba siempre con alguna naranja, y le llevaba además una perra chica para que comprase cualquier chuchería de su agrado; y por más que su madre le incitaba al ahorro, sugiriéndole la idea de ir guardando todo el numerario que obtuviera, jamás pudo conseguir poner diques a su despilfarro, y cuarto adquirido era cuarto lanzado a la circulación. Así prosperaba el comercio de molinitos de papel, de banderillas para torear y de torrados y bellotas.

Tras importunas lluvias trajo el año aquel una apacible quincena de octubre, con sol picón, cielo despejado, aire quieto; y aunque por las mañanas amanecía Madrid enfundado de nieblas y por las noches la radiación enfriaba considerablemente el suelo, las tardes, de dos a cinco, eran deliciosas. Los domingos no quedaba bicho viviente en casa, y todas las vías de Chamberí, los altos de Maudes, las avenidas del Hipódromo y los cerros de Amaniel hormigueaban de gente. Por la carretera no cesaba el presuroso desfile hacia los merenderos de Tetuán. Un domingo de aquel hermoso octubre, Saturna y Tristana fueron a esperar a los hospicianos en la calle de Ríos Rosas, que enlaza los altos de Santa Engracia con la Castellana, y en aquella hermosa vía, bien soleada, ancha y recta, que domina un alegre y extenso campo, fué soltada la doble cuerda de presos. Unos se pegaron a las madres, que los habían venido siguiendo desde lejos; otros armaron al instante la indispensable corrida de novillos de puntas, con presidencia, chiqueros, apartado, callejones, barrera, música del Hospicio y demás perfiles. A la sazón pasaron por allí, viniendo de la Castellana, los sordomudos, en grupos de mudo y ciego, con sus gabanes azules y galonada gorra. En cada pareja, los ojos del mudo valían al ciego para poder andar sin tropezones; se entendían por el tacto con tan endiabladas garatusas, que causaba maravilla verlos hablar. Gracias a la precisión de aquel lenguaje enteráronse pronto los ciegos de que allí estaban los hospicianos, mientras los muditos, todo ojos, se deshacían por echar un par de *verónicas*. ¡Como que para eso maldita falta les hacía el don de la palabra! En alguna pareja de sordos, las garatusas eran un movimiento o vibración rapidísima, tan ágil y flexible como la humana voz. Contrastaban las caras picarescas de los mudos, en cuyos ojos resplandecía todo el verbo humano, con las caras aburridas, muertas, de los ciegos, picoteadas atrozmente de viruelas, vacíos los ojos y cerrados entre cerdosas pestañas, o abiertos, aunque insensibles a la luz, con pupila de cuajado vidrio.

Detuviéronse allí, y por un momento

reinó la fraternidad entre unos y otros. Gestos, muecas, cucamonas mil. Los ciegos, no pudiendo tomar parte en ningún juego, se apartaban desconsolados. Algunos se permitían sonreír como si vieran, llegando al conocimiento de las cosas por el velocísimo teclear de los dedos. Tal compasión inspiraban a Tristana aquellos infelices, que casi casi le hacía daño mirarlos. ¡Cuidado que no ver! No acababan de ser personas: faltábales la facultad de enterarse, y ¡qué trabajo tener que enterarse de todo pensándolo!

Apartóse Saturno de su mamá para unirse a una partida que, apostada en sitio conveniente, desvalijaba a los transeúntes, no de dinero, sino de cerillas. "El fósforo o la vida", era la consigna, y con tal saqueo reunían los muchachos materia bastante para sus ejercicios pirotécnicos o para encender las hogueras de la Inquisición. Fué Tristana en su busca; antes de aproximarse a los incendiarios vió a un hombre que hablaba con el profesor de los sordomudos, y al cruzarse su mirada con la de aquel sujeto, pues en ambos el verse y el mirarse fueron una acción sola, sintió una sacudida interna, como suspensión instantánea del correr de la sangre.

¿Qué hombre era aquél? Habíale visto antes, sin duda; no recordaba cuándo ni dónde, allí o en otra parte; pero aquélla fué la primera vez que al verle sintió sorpresa hondísima, mezclada de turbación, alegría y miedo. Volviéndole la espalda, habló con Saturno para convencerle del peligro de jugar con fuego, y oía la voz del desconocido hablando con picante viveza de cosas que ella no pudo entender. Al mirarle de nuevo, encontró los ojos de él que la buscaban. Sintió vergüenza y se apartó de allí, no sin determinarse a lanzar desde lejos otra miradita, deseando examinar con ojos de mujer al hombre que tan sin motivo absorbía su atención, ver si era rubio o moreno, si vestía con gracia, si tenía aires de persona principal, pues de nada de esto se había enterado aún. El tal se alejaba: era joven, de buena estatura; vestía como persona elegante que no está de humor de vestirse, en la cabeza un livianillo, chafado sin afectación, arrastrando, mal cogido con la mano derecha, un gabán de verano de mucho uso. Lo llevaba como quien no estima en nada las prendas de vestir. El traje era gris, la corbata de lazada hecha a mano con descuido. Todo esto lo observó en un decir Jesús, y la verdad, el caballero aquel, o lo que fuese, *le resultaba* simpático..., muy moreno, con barba corta... Creyó al pronto que llevaba quevedos; pero, no; nada de ojos sobrepuestos; sólo los naturales, que... Tristana no pudo, por la mucha distancia, apreciar cómo eran.

Desapareció el individuo, persistiendo su imagen en el pensamiento de la esclava de don Lope, y al día siguiente, ésta, de paseo con Saturna, le volvió a ver. Iba con el mismo traje; pero llevaba puesto el gabán, y al cuello un pañuelo blanco, porque soplaba un fresco picante. Miróle con descaro inocente, regocijada de verle y él la miraba también, parándose a discreta distancia. "Parece que quiere hablarme—pensaba la joven—. Y, verdaderamente, no sé por qué no me dice lo que tiene que decirme." Reíase Saturna de aquel flecheo insípido, y la señorita, poniéndose colorada, hacía como que se burlaba también. Por la noche no tuvo sosiego, y sin atreverse a comunicar a Saturna lo que sentía, se declaraba a sí propia las cosas más graves. "¡Cómo me gusta ese hombre! No sé qué daría por que se atreviera... No sé quién es, y pienso en él noche y día. ¿Qué es esto? ¿Estoy yo loca? ¿Significa esto la desesperación de la prisionera que descubre un agujerito por donde escaparse? Yo no sé lo que es esto; sólo sé que necesito que me hable, aunque sea por telégrafos, como los sordomudos, o que me escriba. No me espanta la idea de escribirle yo, o de decirle que sí antes que él me pregunte... ¡Qué desvarío! Pero ¿quién será? Podría ser un pillo, un... No, bien se ve que es una persona que no se parece a las demás personas. Es solo, único..., bien claro está. No hay otro. ¡Y encontrar yo el único, y ver que este único tiene más miedo que yo y no se atreve a decirme que soy su única! No, no, yo le hablo, le hablo..., me acerco, le pregunto qué hora es, cualquier cosa..., o le digo, como los hospicianos, que me haga el favor de una cerillita... ¡Vaya un disparate! ¡Qué pensaría de mí! Tendríame por una mujer casquivana. No, no, él es el que debe romper..."

A la tarde siguiente, ya casi de noche, viniendo señorita y criada en el tranvía descubierto, ¡él también! Le

vieron subir en la glorieta de Quevedo; pero como había bastante gente, tuvo que quedarse en pie en la plataforma delantera. Tristana sentía tal sofocación en su pecho, que a ratos érale forzoso ponerse en pie para respirar. Un peso enorme gravitaba sobre sus pulmones, y la idea de que, al bajar del coche, el desconocido se decidiría a romper el silencio la llenaba de turbación y ansiedad. ¿Y qué le iba a contestar ella? Pues, señor, no tenía más remedio que manifestarse muy sorprendida, rechazar, alarmarse, ofenderse y decir que no y qué sé yo... Esto era lo bonito y decente. Bajaron, y el caballero incógnito las siguió a honestísima distancia. No se atrevía la esclava de don Lope a volver la cabeza, pero Saturna se encargaba de mirar por las dos. Deteníase con pretextos rebuscados; retrocedían como para ver el escaparate de una tienda..., y nada. El galán..., mudo como un cartujo. Las dos mujeres, en su desordenado andar, tropezaron con unos chicos que jugaban en la acera, y uno de ellos cayó al suelo chillando, mientras los otros corrían hacia las puertas de las casas alborotando como demonios. Confusión, tumulto infantil, madres que acuden airadas... Tantas manos quisieron levantar al muchacho caído, que se cayó otro, y el barullo aumentó.

Como en esto observara Saturna que su señorita y el galán desconocido no distaban un palmo el uno del otro, se apartó solapadamente. "Gracias a Dios—pensó, atisbándolos de lejos—; ya pica: hablando están." ¿Qué dijo a Tristana el sujeto aquel? No se sabe. Sólo consta que Tristana le contestó a todo que sí, ¡sí, sí!, cada vez más alto, como persona que, avasallada por un sentimiento más fuerte que su voluntad, pierde en absoluto el sentido de las conveniencias. Fué su situación semejante a la del que se está ahogando y ve un madero y a él se agarra, creyendo encontrar en él su salvación. Es absurdo pedir al náufrago que adopte posturas decorosas al asirse a la tabla. Voces hondas del instinto de salvación eran las breves y categóricas respuestas de la niña de don Lope, aquel *sí* pronunciado tres veces con creciente intensidad de tono, grito de socorro de un alma desesperada... Corta y de provecho fué la escenita. Cuando Tristana volvió al lado de Saturna, se llevó una mano a la sien, y temblando le dijo:

—Pero ¡si estoy loca!... Ahora comprendo mi desvarío. No he tenido tacto, ni malicia, ni dignidad. Me he vendido, Saturna... ¡Qué pensará de mí! Sin saber lo que hacía..., arrastrada por un vértigo..., a todo cuanto me dijo le contesté que sí..., pero cómo..., ¡ay!, no sabes..., vaciando mi alma por los ojos. Los suyos me quemaban. ¡Y yo que creía saber algo de estas hipocresías que tanto convienen a una mujer! Si me creerá tonta..., si pensará que no tengo vergüenza... Es que yo no podía disimular ni hacer papeles de señorita tímida. La verdad se me sale a los labios y el sentimiento se me desborda..., quiero ahogarlo y me ahoga. ¿Es esto estar enamorada? Sólo sé que le quiero con toda mi alma, y así se lo he dado a entender; ¡qué afrenta!, le quiero sin conocerle, sin saber ni quién es ni cómo se llama. Yo entiendo que los amores no deben empezar así..., al menos no es eso lo corriente, sino que vayan por grados, entre *sies* y *noes* muy habilidosos, con cuquería... Pero yo no puedo ser así, y entrego el alma cuando ella me dice que quiere entregarse... Saturna, ¿qué crees? ¿Me tendrá por mujer mala? Aconséjame, dirígeme. Yo no sé de estas cosas.. Espera, escucha: mañana, cuando vuelvas de la compra, le encontrarás en esa esquina donde nos hablamos, y te dará una cartita para mí. Por lo que más quieras, por la salud de tu hijo querido, Saturna, no te niegues a hacerme este favor, que te agradeceré toda mi vida. Tráeme, por Dios, el papelito, tráemelo, si no quieres que me muera mañana.

VIII

"Te quise desde que nací..." Esto decía la primera carta..., no, no, la segunda, que fué precedida de una breve entrevista en la calle, debajito de un farol, entrevista intervenida con hipócrita severidad por Saturna, y en la cual los amantes se tutearon sin acuerdo previo, como si no existiesen, ni existir pudieran, otras formas de tratamiento. Asombrábase ella del engaño de sus ojos en las primeras apreciaciones de la persona del desconocido. Cuando se fijó en él, la tarde aquella de los sordomudos, tú-

vole por un señor, sí, como de treinta o más años. ¡¡Qué tonta!! ¡Si era un muchacho!... Y su edad no pasaría seguramente de los veinticinco, sólo que tenía un cierto aire reflexivo y melancólico, más propio de la edad madura que de la juventud. Ya no dudaba que sus ojos eran como centellas, su color moreno caldeado de sol, su voz como blanda música que Tristana no había oído hasta entonces y que más le halagaba los senos del cerebro después de escuchada. "Te estoy queriendo, te estoy buscando desde antes de nacer—decía la tercera carta de ella, empapada de un espiritualismo delirante—. No formes mala idea de mí si me presento a ti sin ningún velo, pues el del falso decoro con que el mundo ordena que se encapuchen nuestros sentimientos se me deshizo entre las manos cuando quise ponérmelo. Quiéreme como soy; y si llegara a entender que mi sinceridad te parecía desenfado o falta de vergüenza, no vacilaría en quitarme la vida."

Y él a ella: "El día en que te descubrí fué el último de un largo destierro."

Ella: "Si algún día encuentras en mí algo que te desagrade, hazme la caridad de ocultarme tu hallazgo. Eres bueno, y si por cualquier motivo dejas de quererme o de estimarme, me engañarás, ¿verdad?, haciéndome creer que soy la misma para ti. Antes de dejar de amarme, dame la muerte mil veces."

Y después de escribir estas cosas, no se venía el mundo abajo. Al contrario, todo seguía lo mismo en la tierra y en el cielo. ¿Pero quién era él, quién? Horacio Díaz, hijo de español y de austríaca, del país que llaman *Italia irredenta*; nacido en el mar, navegando los padres desde Fiume a la Argelia; criado en Orán hasta los cinco años, en Savannah (Estados Unidos) hasta los nueve, en Shanghai (China) hasta los doce; cuneado por las olas del mar, transportado de un mundo a otro, víctima inocente de la errante y siempre expatriada existencia de un padre cónsul. Con tantas idas y venidas y el fatigoso pasear por el globo y la influencia de aquellos endiablados climas, perdió a su madre a los doce años, y a su padre a los trece, yendo a parar después a poder de su abuelo paterno, con quien vivió quince años en Alicante, padeciendo bajo su férreo despotismo más que los infelices galeotes que movían a fuerza de remos las pesadas naves antiguas.

Para más noticias, óiganse las que atropelladamente vomitó la boca de Saturna, más bien secreteadas que dichas:

—Señorita..., ¡qué cosas! Voy a buscarle, pues quedamos en ello, al número cinco de la calle esa de más abajo... y apechugo tan terne con la dichosa escalerita. Me había dicho que a lo último, a lo último, y yo, mientras veía escalones por delante, para arriba siempre. ¡Qué risa! Casa nueva; dentro, un patio de cuartos domingueros, pisos y más pisos, y al fin... Es aquello como un palomar, vecinito de los pararrayos y con vistas a las mismas nubes. Yo creí que no llegaba. Por fin, echando los pulmones, allí me tiene usted. Figúrese un cuarto muy grande, con un ventanón por donde se cuela toda la luz del cielo, las paredes de colorado, y en ellas cuadros, bastidores de lienzo, cabezas sin cuerpo, cuerpos descabezados, talles de mujer con pechos inclusive, hombres peludos, brazos sin personas y fisonomías sin orejas, todo con el mismísimo color de nuestra carne. Créame, tanta cosa desnuda le da a una vergüenza... Divanes, sillas que parecen antiguas, figuras de yeso con los ojos sin niña, manos y pies descalzos..., de yeso también... Un caballete grande, otro más chico, y sobre las sillas o clavadas en la pared, pinturas cortas, enteras o partidas, vamos al decir, sin acabar, algunas con su cielito azul, tan al vivo como el cielo de verdad, y después un pedazo de árbol, un pretil..., tiestos; en otra, naranjas y unos melocotones..., pero muy ricos... En fin, para no cansar, telas preciosas y una vestidura de ferretería, de las que se ponían los guerreros de antes. ¡Qué risa! Y él allí, con la carta ya escrita. Como soy tan curiosona, quise saber si vivía en aquel aposento tan ventilado, y me dijo que no y que sí, pues... Duerme en casa de una tía suya, allá por Monteleón; pero todo el día se lo pasa acá, y come en uno de los merenderos de junto al Depósito.

—Es pintor; ya lo sé—dijo Tristana, sofocada de puro dichosa—. Eso que has visto es su estudio, boba. ¡Ay, qué rebonito será!

Además de cartearse a diario con verdadero ensañamiento, se veían todas las tardes. Tristana salía con Saturna, y él

las aguardaba un poco más acá de Cuatro Caminos. La criada los dejaba partir solos, con bastante pachorra y discreción bastante para esperarlos todo el tiempo que emplearan ellos en divagar por las verdes márgenes de la acequia del Oeste o por los cerros áridos de Amaniel, costeando el canal del Lozoya. El iba de capa, ella de velito y abrigo corto, de bracete, olvidados del mundo y de sus fatigas y vanidades, viviendo el uno para el otro y ambos para un yo doble, soñando paso a paso o sentaditos en extático grupo. De lo presente hablaban mucho; pero la autobiografía se infiltraba sin saber cómo en sus charlas dulces y confiadas, todas amor, idealismo y arrullo, con alguna queja mimosa o petición formulada de pico a pico por el egoísmo insaciable, que exige promesas de querer más, más, y a su vez ofrece increíbles aumentos de amor, sin ver el límite de las cosas humanas.

En las referencias biográficas era más hablador Horacio que la niña de don Lope. Esta, con muchísimas ganas de lucir su sinceridad, sentíase amordazada por el temor a ciertos puntos negros. El, en cambio, ardía en deseos de contar su vida, la más desgraciada y penosa juventud que cabe imaginar, y por lo mismo que ya era feliz gozaba en revolver aquel fondo de tristeza y martirio. Al perder a sus padres fué recogido por su abuelo paterno, bajo cuyo poder tiránico padeció y gimió los años que median entre la adolescencia y la edad viril. ¡Juventud! Casi casi no sabía él lo que esto significaba. Goces inocentes, travesuras, la frívola inquietud con que el niño ensaya los actos del hombre, todo esto era letra muerta para él. No ha existido fiera que a su abuelo pudiese compararse, ni cárcel más horrenda que aquella pestífera y sucia droguería en que encerrado le tuvo como unos quince años, contrariando con terquedad indocta su innata afición a la pintura, poniéndole los grillos odiosos del cálculo aritmético y metiéndole en el magín, a guisa de tapones para contener las ideas, mil trabajos antipáticos de cuentas, facturas y demonios coronados. Hombre de temple semejante al de los más crueles tiranos de la antigüedad o del moderno Imperio turco, su abuelo había sido y era el terror de toda la familia. A disgustos mató a su mujer, y los hijos varones se expatriaron por no sufrirle. Dos de las hijas se dejaron robar, y las otras se casaron de mala manera por perder de vista la casa paterna.

Pues, señor, aquel tigre cogió al pobre Horacito a los trece años, y como medida preventiva le ataba las piernas a las patas de la mesa-escritorio, para que no saliese a la tienda ni se apartara del trabajo fastidioso que le imponía. Y como le sorprendiera dibujando monigotes con la pluma, los coscorrones no tenían fin. A todo trance anhelaba despertar en su nietecillo la afición al comercio, pues todo aquello de la pintura y el arte y los pinceles no era más, a su juicio, que una manera muy tonta de morirse de hambre. Compañero de Horacio en estos trabajos y martirios era un dependiente de la casa, viejo, más calvo que una vejiga de manteca, flaco y de color de ocre, el cual, a la calladita, por no atreverse a contrariar al amo, de quien era como un perro fiel, dispensaba cariñosa protección al pequeñuelo, tapándole las faltas y buscando pretextos para llevarle consigo a recados y comisiones, a fin de que estirase las piernas y esparciese el ánimo. El chico era dócil y de muy endebles recursos contra el despotismo. Resignábase a sufrir hasta lo indecible antes que poner a su tirano en el disparadero, y el demonio del hombre se disparaba por la cosa más insignificante. Sometióse la víctima, y ya no le amarraron los pies a la mesa y pudo moverse con cierta libertad en aquel tugurio antipático, pestilente y oscuro, donde había que encender el mechero de gas a las cuatro de la tarde. Adaptábase poco a poco a tan horrible molde, renunciando a ser niño, envejeciéndose a los quince años, remedando involuntariamente la actitud sufrida y los gestos mecánicos de Hermógenes, el amarillo y calvo dependiente, que, por carecer de personalidad, hasta de edad carecía. No era joven ni tampoco viejo.

En aquella espantosa vida, *pasándose* de cuerpo y alma, como las uvas puestas al sol, conservaba Horacio el fuego interior, la pasión artística, y cuando su abuelo le permitió algunas horas de libertad los domingos y le concedió el fuero de persona humana, dándole un real para sus esparcimientos, ¿qué hacía el chico? Procurarse papel y lápices y dibujar cuanto veía. Suplicio grande fué

para él que habiendo en la tienda tanta pintura en tubos, pinceles, paletas y todo el material de aquel arte que adoraba, no le fuera permitido utilizarlo. Esperaba y esperaba siempre mejores tiempos, viendo rodar los monótonos días, iguales siempre a sí mismos, como iguales son los granos de arena de una clepsidra. Sostúvole la fe en su destino, y gracias a ella soportaba tan miserable y ruin existencia.

El feroz abuelo era también avaro, de la escuela del licenciado Cabra, y daba de comer a su nieto y a Hermógenes lo preciso absolutamente para vivir, sin refinamientos de cocina, que, a su parecer, sólo servían para ensuciar el estómago. No le permitía juntarse con otros chicos, pues las compañías, aunque no sean enteramente malas, sólo sirven hoy para perderse: están los muchachos tan comidos de vicios como los hombres. ¡Mujeres!... Este ramo del vivir era el que en mayores cuidados al tirano ponía, y de seguro, si llega a sorprender a su nieto en alguna debilidad de amor, aunque de las más inocentes, le rompe el espinazo. No consentía, en suma, que el chico tuviese voluntad, pues la voluntad de los demás le estorbaba a él como sus propios achaques físicos, y al sorprender en alguien síntomas de carácter, padecía como si le doliesen las muelas. Quería que Horacio fuera droguista, que cobrase afición al *género*, a la contabilidad escrupulosa, a la rectitud comercial, al manejo de la tienda; deseaba hacer de él un hombre y enriquecerle; se encargaría de casarle oportunamente, esto es, de proporcionarle una madre para los hijos que debía tener; de labrarle un hogar modesto y ordenado, de reglamentar su existencia hasta la vejez, y la existencia de sus sucesores. Para llegar a este fin, que don Felipe Díaz conceptuaba tan noble como el fin sin fin de salvar el alma, lo primerito era que Horacio se curase de aquella estúpida chiquillada de querer representar los objetos por medio de una pasta que se aplica sobre tabla o tela. ¡Vaya una tontería! Querer reproducir la Naturaleza cuando tenemos ahí la Naturaleza misma delante de los ojos! ¿A quién se le ocurre tal disparate? ¿Qué es un cuadro? Una mentira, como las comedias, una función muda, y por muy bien pintado que un cielo esté, nunca se puede comparar con el cielo mismo. Los artistas eran, según él, unos majaderos, locos y falsificadores de las cosas, y su única utilidad consistía en el gasto que hacían en las tiendas comprando los enseres del oficio. Eran, además, viles usurpadores de la facultad divina, e insultaban a Dios queriendo remedarle, creando fantasmas o figuraciones de cosas, que sólo la acción divina puede y sabe crear, y por tal crimen, el lugar más calentito de los infiernos debía ser para ellos. Igualmente despreciaba don Felipe a los cómicos y a los poetas; como que se preciaba de no haber leído jamás un verso, ni visto una función de teatro; y hacía gala también de no haber viajado nunca, ni en ferrocarril, ni en diligencia, ni en carromato; de no haberse ausentado de su tienda más que para ir a misa o para evacuar algún asunto urgente.

Pues bien: todo su empeño era reacuñar a su nieto con este durísimo troquel, y cuando el chico creció y fué hombre, crecieron en el viejo las ganas de estampar en él sus hábitos y sus rancias manías. Porque debe decirse que le amaba, sí, ¿a qué negarlo?; le había tomado cariño, un cariño extravagante, como todos sus afectos y su manera de ser. La voluntad de Horacio, en tanto, fuera de la siempre viva vocación de la pintura, había llegado a ponerse lacia por la falta de uso. Ultimamente, a escondidas del abuelo, en un cuartucho alto de la casa, que éste le permitió disfrutar, pintaba, y hay algún indicio de que lo sospechaba el feroz viejo y hacía la vista gorda. Fué la primera debilidad de su vida, precursora quizá de acontecimientos graves. Algún cataclismo tenía que sobrevenir, y así fué, en efecto; una mañana, hallándose don Felipe en su escritorio revisando unas facturas inglesas de clorato de potasa y de sulfato de cinc, inclinó la cabeza sobre el papel y quedó muerto sin exhalar un ¡ay! El día antes había cumplido noventa años.

IX

Todo esto, y otras cosas que irán saliendo, se lo contaba Horacio a su damita, y ésta lo escuchaba con deleite, confirmándose en la creencia de que el hombre que le había deparado el Cielo

era una excepción entre todos los mortales, y su vida lo más peregrino y anómalo que en clase de vidas de jóvenes se pudiera encontrar; como que casi parecía vida de un santo, digna de un huequecito en el martirologio.

—Cogióme aquel suceso—prosiguió Díaz—a los veintiocho años, con hábitos de viejo y de niño, pues por un lado la terrible disciplina de mi abuelo había conservado en mí una inocencia y desconocimiento del mundo impropios de mi edad, y por otro poseía virtudes propiamente seniles, inapetencias de lo que apenas conocía, un cansancio, un tedio que me hicieron tener por hombre entumecido y anquilosado para siempre... Pues, señor, debo decirte que mi abuelo dejó un bonito caudal, amasado cuarto a cuarto en aquella tienda asquerosa y maloliente. A mí me tocaba una quinta parte; diéronme una casa muy linda en Villajoyosa, dos finquitas rústicas y la participación correspondiente en la droguería, que continúa con la razón social de Sobrinos de Felipe Díaz. Al verme libre, tardé en reponerme del estupor que mi independencia me produjo; me sentía tan tímido, que al querer dar algunos pasos por el mundo, me caía, hija de mi alma, me caía, como el que no sabe andar por no haber ejercitado en mucho tiempo las piernas.

Mi vocación artística, ya desatada de aquel freno maldito, me salvó, hízome hombre. Sin cuidarme de intervenir en los asuntos de la testamentaría, levanté el vuelo, y del primer tirón me planté en Italia, mi ilusión, mi sueño. Yo había llegado a pensar que Italia no existía, que tanta belleza era mentira, engaño de la mente. Corrí allá, y... ¡qué había de suceder! Era yo como un seminarista sin vocación a quien sueltan por esos mundos después de quince años de forzosa virtud. Ya comprenderás..., el contacto de la vida despertó en mí deseos locos de cobrar todo lo atrasado, de vivir en meses los años que el tiempo me debía, estafándomelos de una manera indigna, con la complicidad de aquel viejo maniático. ¿No me entiendes?... Pues en Venecia me entregué a la disipación, superando con mi conducta a mis propios instintos, pues no era el niño-viejo tan vicioso como aparentaba serlo por desquite, por venganza de su sosería y ridiculez pasadas. Llegué a creer que si no extremaba el libertinaje no era bastante hombre, y me recreaba mirándome en aquel espejo, inmundo si se quiere, pero en el cual me veía mucho más airoso de lo que fuí en la trastienda de mi abuelo... Naturalmente, me cansé; claro. En Florencia y Roma el arte me curó de aquel afán diabólico, y como mis pruebas estaban hechas, y ya no me atormentaba la idea de *doctorarme de hombre*, dediquéme al estudio; copiaba, atacando con brío el natural; pero mientras más aprendía, mayor suplicio me causaba la deficiencia de mi educación artística. En el color íbamos bien: lo manejaba fácilmente; pero en el dibujo, cada día más torpe. ¡Cuánto he padecido, y qué vigilias, qué afanes día y noche, buscando la línea, luchando con ella y concluyendo por declararme vencido, para volver en seguida a la espantosa batalla, con brío, con furor...!

¡Qué rabia!... Pero no podía ser de otra manera. Como de niño no cultivé el dibujo, costábame Dios y ayuda encajar un contorno... Te diré que en mis tiempos de esclavitud, al trazar números sin fin en el escritorio de don Felipe, me entretenía en darles la intención de formas humanas. A los sietes les imprimía cierto aire jaquetón, como si rasguease un escorzo de hombre; con los ochos apuntaba un contorno de seno de mujer, y qué sé yo...; los treses me servían para indicar el perfil de mi abuelo, semejante al pico de una tortuga... Pero este ejercicio pueril no bastaba. Faltábame el hábito de ver seriamente la línea y de reproducirla. Trabajé, sudé, renegué..., y por fin, algo aprendí. Un año pasé en Roma entregado en cuerpo y alma al estudio formal, y aunque tuve también allí mis borracheritas del género de las de Venecia, fueron más reposadas, y ya no era yo el zangolotino que llega tarde al festín de la vida, y se come precipitadamente con atrasado apetito los platos servidos ya, para ponerse al nivel de los que a su debido tiempo empezaron.

De Roma me volví a Alicante, donde mis tíos arreglaron la herencia, asignándome la parte que quisieron, sin ninguna desavenencia ni regateo por mi parte, y di mi último adiós a la droguería, transformada y modernizada, para venirme acá, donde tengo una tía que no me la merezco, más buena que los

ángeles, viuda sin hijos, y que me quiere como a tal y me cuida y me agasaja. También ella fué víctima del que tiranizó a toda la familia. Como que sólo le pasaba una peseta diaria, y en todas sus cartas le decía que ahorrase... Apenas llegué a Madrid tomé el estudio y me consagré con alma y vida al trabajo. Tengo ambición, deseo el aplauso, la gloria, un nombre. Ser cero, no valer más que el grano que, con otros iguales, forma la multitud, me entristece. Mientras no me convenzan de lo contrario, creeré que me ha caído dentro una parte, quizá no grande, pero parte al fin, de la esencia divina que Dios ha esparcido sobre el montón, caiga donde cayere.

Te diré algo más. Meses antes de descubrirte padecí en este Madrid unas melancolías... Encontrábame otra vez con mis treinta años echados a perros, pues aunque conocía un poco la vida y los placeres de la mocedad, y saboreaba también el goce estético, faltábame el amor, el sentimiento de nuestra fusión en otro ser. Entreguéme a filosofías abstrusas, y en la soledad de mi estudio, bregando con la forma humana, pensaba que el amor no existe más que en la aspiración de obtenerlo. Volví a mis tristezas amargas de adolescente; en sueños veía siluetas, vaguedades tentadoras que me hacían señas, labios que me siseaban. Comprendía entonces las cosas más sutiles; las psicologías más enrevesadas parecíanme tan claras como las cuatro reglas de la Aritmética... Te vi al fin; me saliste al encuentro. Te pregunté si eras tú...; no sé qué te dije. Estaba tan turbado, que debiste de encontrarme ridículo. Pero Dios quiso que supieras ver lo grave y serio al través de lo tonto. Nuestro romanticismo, nuestra exaltación, no nos parecieron absurdos. Nos sorprendimos con hambre atrasada, el hambre espiritual, noble y pura que mueve el mundo, y por la cual existimos, y existirán miles de generaciones después de nosotros. Te reconocí mía y me declaraste tuyo. Esto es vivir; lo demás, ¿qué es?

Dijo, y Tristana, atontada por aquel espiritualismo, que era como bocanadas de incienso que su amante arrojaba sobre ella con un descomunal *botafumeiro*, no supo responderle. Sentía que dentro del pecho le pataleaba la emoción, como un ser vivo más grande que el seno que lo contiene, y se desahogaba con risas frenéticas, o con repentinos y ardientes chorretazos de lágrimas. Ni era posible decir si aquello era en ambos felicidad o una pena lacerante, porque uno y otro se sentían como heridos por un aguijón que les llegaba al alma, y atormentados por el deseo de un más allá. Tristana, particularmente, era insaciable en el continuo exigir de su pasión. Salía de repente por el registro de una queja amarguísima, lamentándose de que Horacio no la quería bastante, que debía quererla más, mucho más; y él concedía sin esfuerzo el más, siempre más, exigiendo a su vez lo mismo.

Contemplaban al caer de la tarde el grandioso horizonte de la Sierra, de un vivo tono de turquesa, con desiguales toques y transparencias, como si el azul purísimo se derramase sobre cristales de hielo. Las curvas del suelo desnudo, perdiéndose y arrastrándose como líneas que quieren remedar un manso oleaje, les repetían aquel *más, siempre más*, ansia inextinguible de sus corazones sedientos. Algunas tardes, paseando junto al canalillo del Oeste, ondulada tira de oasis que ciñe los áridos contornos del terruño madrileño, se recreaban en la placidez bucólica de aquel vallecito en miniatura. Cantos de gallo, ladridos de perro, casitas de labor; el remolino de las hojas caídas, que el manso viento barría suavemente, amontonándolas junto a los troncos; el asno, que pacía con grave mesura; el ligero temblor de las más altas ramas de los árboles, que se iban quedando desnudos; todo les causaba embeleso y maravilla, y se comunicaban las impresiones, dándoselas y quitándoselas como si fuera una sola impresión que corría de labio a labio y saltaba de ojos a ojos.

Regresaban siempre a hora fija, para que ella no tuviese bronca en su casa, y sin cuidarse de Saturna, que los esperaba, iban del brazo por el camino de Aceiteros, al anochecer más silencioso y solitario que la Mala de Francia. Al lado de Occidente veían el cielo inflamado, rastro espléndido de la puesta del sol. Sobre aquella faja se destacaban, como crestería negra de afiladas puntas, los cipreses del cementerio de San Ildefonso, cortados por tristes pórticos a la grie-

ga, que a media luz parecen más elegantes de lo que son. Pocas habitaciones hay por allí, y poca o ninguna gente encontraban a tal hora. Casi siempre veían uno o dos bueyes desuncidos, echados, de esos que por el tamaño parecen elefantes, hermosos animales de raza de Avila, comúnmente negros, con una cornamenta que pone miedo en el ánimo más valeroso; bestias inofensivas a fuerza de cansancio, y que, cuando las sueltan del yugo, no se cuidan más que de reposar, mirando con menosprecio al transeúnte. Tristana se acercaba a ellos hasta poner sus manos en las astas retorcidas, y se hubiera alegrado de tener algo que echarles de comer.

—Desde que te quiero—a su amigo decía—, no tengo miedo a nada, ni a los toros ni a los ladrones. Me siento valiente hasta el heroísmo, y ni la serpiente boa ni el león de la selva me harían pestañear.

Cerca ya del antiguo Depósito de aguas veían los armatostes del tiovivo, rodeados de tenebrosa soledad. Los caballitos de madera, con las patas estiradas en actitud de correr, parecían encantados. Los balancines, la montaña rusa, destacaban en medio de la noche sus formas extravagantes. Como no había nadie por allí, Tristana y Horacio solían apoderarse durante breves momentos de todos los juguetes grandes con que se divierte el niño-pueblo... Ellos también eran niños. No lejos de aquel lugar veían la sombra del Depósito viejo, rodeado de espesas masas de árboles, y hacia la carretera brillaban luces, las del tranvía o coches que pasaban, las de algún merendero en que todavía sonaba rumor pendencioso de parroquianos retrasados. Entre aquellos edificios de humilde arquitectura, rodeados de banquillos paticojos y de rústicas mesas, esperábalos Saturna, y allí era la separación, algunas noches tan dolorosa y patética como si Horacio se marchara para el fin del mundo o Tristana se despidiera para meterse monja. Al fin, al fin, después de mucho tira y afloja, conseguían despegarse, y cada mitad se iba por su lado. Aún se miraban de lejos, adivinándose, más que viéndose, entre las sombras de la noche.

X

Tristana, según su expresión, no temía, después de enamorada, ni al toro corpulento, ni a la serpiente boa, ni al fiero león del Atlas; pero tenía miedo de don Lope, viéndole ya cual monstruo que se dejaba tamañitas a cuantas fieras y animales daniños existen en la creación. Analizando su miedo, la señorita de Reluz creía encontrarlo de tal calidad, que podía, en un momento dado, convertirse en valor temerario y ciego. La desavenencia entre cautiva y tirano se acentuaba de día en día. Don Lope llegó al colmo de la impertinencia, y aunque ella le ocultaba, de acuerdo con Saturna, las saliditas vespertinas, cuando el anciano galán le decía con semblante fosco: "Tú sales, Tristana, sé que sales; te lo conozco en la cara", si al principio lo negaba la niña, luego asentía con su desdeñoso silencio. Un día se atrevió a responderle:

—Bueno, pues salgo, ¿y qué? ¿He de estar encerrada toda mi vida?

Don Lope desahogaba su enojo con amenazas y juramentos, y luego, entre airado y burlón, le decía:

—Porque nada tendrá de particular que, si sales, te acose algún mequetrefe, de estos *bacillus virgula* del amor que andan por ahí, único fruto de esta generación raquítica, y que tú, a fuerza de oír sandeces, te marees y le hagas caso. Mira, niñita, mira que no te lo perdono. Si me faltas, que sea con un hombre digno de mí. ¿Y dónde está ese hombre, digno rival de lo presente? En ninguna parte, ¡vive Dios! Cree que no ha nacido... ni nacerá. Así y todo, tú misma reconocerás que no se me desbanca a mí tan fácilmente... Ven acá: basta de moñitos. ¡Si creerás que no te quiero ya! ¡Cómo me echarías de menos si te fueras de mí! No encontrarías más que tipos de una insipidez abrumadora... Vaya, hagamos las paces. Perdóname si dudé de ti. No, no, tú no me engañas. Eres una mujer superior, que conoce el mérito y...

Con estas cosas, no menos que con sus arranques de mal genio, don Lope llegó a inspirar a su cautiva un aborrecimiento sordo y profundo, que a veces se disfrazaba de menosprecio, a veces de repugnancia. Horriblemente hastiada de

su compañía, contaba los minutos esperando el momento en que solía echarse a la calle. Causábale espanto la idea de que cayese enfermo, porque entonces no saldría, ¡Dios bendito!, ¿y qué sería de ella presa, sin poder...? No, no, esto era imposible. Habría paseíto, aunque don Lope enfermase o se muriera. Por las noches, casi siempre fingía Tristana dolor de cabeza para retirarse pronto de la vista y de las odiosas caricias del Don Juan caduco.

—Y lo raro es—decía la niña, a solas con su pasión y su conciencia—que si este hombre comprendiera que no puedo quererle, si borrase la palabra amor de nuestras relaciones, y estableciera entre los dos... otro parentesco, yo le querría, sí, señor, le querría, no sé cómo, como se quiere a un buen amigo, porque él no es malo, fuera de la perversidad monomaníaca de la persecución de mujeres. Hasta le perdonaría yo el mal que me ha hecho, mi deshonra, se lo perdonaría de todo corazón, sí, sí, con tal que me dejase en paz... Dios mío, inspírale que me deje en paz, y yo le perdonaré, y hasta le tendré cariño, y seré como las hijas demasiado humildes que parecen criadas, o como las sirvientas leales, que ven un padre en el amo que las da de comer.

Felizmente para Tristana, no sólo mejoró la salud de Garrido, desvaneciéndose con esto los temores de que se quedara en casa por las tardes, sino que debió de tener algún alivio en sus ahogos pecuniarios, porque cesaron sus murrias impertinentes, y se le vió en el temple sosegado en que vivir solía. Saturna, perro viejo y machucho, comunicó a la señorita sus observaciones sobre este particular.

—Bien se ve que el amo está en fondos, porque ya no se le ocurre que yo pueda ensuciarme por un cuarto de escarola, ni se olvida del respeto que, como caballero, debe a las que llevamos una falda, aunque sea remendadita. Lo malo es que cuando cobra los atrasos se los gasta en una semana, y luego..., adiós caballería, y otra vez ordinario, cominero y métomentodo.

Al propio tiempo volvió don Lope a poner en el cuidado de su persona un prolijo esmero señoril, acicalándose como en sus mejores tiempos. Ambas mujeres dieron gracias a Dios por esta feliz restauración de costumbres, y aprovechando las ausencias metódicas del tirano, entregóse la niña con toda libertad al inefable goce de sus paseítos con el hombre que amaba.

El cual, por variar el escenario y la decoración, llevaba un coche las más de las tardes, y metiéndose los dos en él, se daban el gustazo de alejarse de Madrid casi hasta perderlo de vista. Testigos de su dicha fueron el cerro de Chamartín, las dos torres, que parecen pagodas, del colegio de los jesuítas, y el pinar misterioso; hoy el camino de Fuencarral, mañana las sombrías espesuras de El Pardo, con su suelo de hojas metálicas erizadas de picos, las fresnedas que bordean el Manzanares, las desnudas eminencias de Amaniel y las hondas cañadas del Abroñigal. Dejando el coche, paseaban a pie largo trecho por los linderos de las tierras labradas, y aspiraban con el aire las delicias de la soledad y plácida quietud, recreándose en cuanto veían, pues todo les resultaba bonito, fresco y nuevo, sin reparar que el encanto de las cosas era una proyección de sí mismos. Retrayendo los ojos hacia la causa de tanta hermosura, que en ellos residía, entregábanse al inocente juego de su discretismo, que a los no enamorados habría parecido empalagoso. Sutilizaban los porqués de su cariño, querían explicar lo inexplicable, descifrar el profundo misterio, y al fin paraban en lo de siempre: en exigirse y prometerse más amor, en desafiar la eternidad, dándose garantías de fe inalterable en vidas sucesivas, en los cercos nebulosos de la inmortalidad, allá donde habita la perfección y se sacuden las almas el polvo de los mundos en que penaron.

Mirando a lo inmediato y positivo, Horacio la incitaba a subir con él al estudio, demostrándole la comodidad y reserva que aquel local les ofrecía para pasar juntos la tarde. ¡Flojitas ganas tenía ella de ver el estudio! Pero tan grande como su deseo era su temor de encariñarse demasiado con el nido, y sentirse en él tan bien, que no pudiera abandonarlo. Barruntaba lo que en la vivienda de su ídolo, vecina de los pararrayos, según Saturna, podría pasarle; es decir, no lo barruntaba, lo veía tan claro que más no podía ser. Y le asalta-

ba el recelo amarguísimo de ser menos amada después de lo que allí sucediera, como se pierde el interés del jeroglífico después de descifrado; recelaba también que el caudal de su propio cariño disminuyera prodigándose en el grado supremo.

Como el amor había encendido nuevos focos de luz en su inteligencia, llenándole de ideas el cerebro, dándole asimismo una gran sutileza de expresión para traducir al lenguaje los más hondos misterios del alma, pudo exponer a su amante aquellos recelos con frase tan delicada y tropos tan exquisitos, que decía cuanto en lo humano cabe, sin decir nada que al pudor pudiera ofender. El la comprendía, y como en todo iban acordes, devolvíale con espiritual ternura los propios sentimientos. Con todo, no cejaba en su afán de llevarla al estudio.

—¿Y si nos pesa después?—decía ella—. Temo la felicidad, pues cuando me siento dichosa, paréceme que el mal me acecha. Créete que en vez de apurar la felicidad, nos vendría bien ahora algún contratiempo, una miajita de desgracia. El amor es sacrificio, y para la abnegación y el dolor debemos estar preparados siempre. Imponme un sacrificio grande, una obligación penosa, y verás con qué gusto me lanzo a cumplirla. Suframos un poquitín, seamos buenos...

—No, lo que es a buenos no hay quien nos gane—decía Horacio con gracejo—. Nos pasamos ya de angelicales, alma mía. Y eso de imponernos sufrimientos es música, porque bastantes trae la vida sin que nadie los busque. Yo también soy pesimista; por eso, cuando veo el bien en puerta, lo llamo y no lo dejo marcharse, no sea que después, cuando lo necesite, se empeñe en no venir el muy pícaro...

Surgía en ambos, con estas y otras cosas, un entusiasmo ardiente; a las palabras sucedían las ternezas, hasta que un arranque de dignidad y cordura los ponía de perfecto acuerdo para enfrenar su inquietud y revestirse de formalidad, engañosa si se quiere, pero que por el momento los salvaba. Decían cosas graves, pertinentes a la moral; encomiaban las ventajas de la virtud y lo hermoso que es quererse con exquisita y celestial pureza. Como que así es más fino y sutil el amor, y se graba más en el alma. Con estas dulces imposturas iban ganando tiempo, y alimentaban su pasión, hoy con anhelos, mañana con suplicios de Tántalo, exaltándola con lo mismo que parecía destinado a contenerla, humanizándola con lo que divinizarla debiera, ensanchando por la margen del espíritu, así como por la de la materia, el cauce por donde aquel raudal de vida corría.

XI

Por sus pasos contados vinieron las confidencias difíciles, abriéronse las páginas biográficas que más se resisten a la revelación, porque afectan a la conciencia y al amor propio. Es ley de amor el inquirir, y lo es también el revelar La confesión procede del amor, y por él son más dolorosas las apreturas de la conciencia. Tristana deseaba confiar a Horacio los hechos tristes de su vida, y no se conceptuaba dichosa hasta no efectuarlo. Entreveía o más bien adivinaba el artista un misterio grave en la existencia de su amada, y si al principio, por refinada delicadeza, no quiso echar la sonda, llegó día en que los recelos del hombre y la curiosidad del enamorado pudieron más que sus finos miramientos. Al conocer a Tristana, creyóla Horacio, como algunas gentes de Chamberí, hija de don Lope. Pero Saturna, al llevarle la segunda carta, le dijo:

—La señorita es casada, y ese don Lope, que usted cree papá, es su propio marido inclusive.

Estupefacción del joven artista; pero el asombro no impidió la credulidad... Así quedaron las cosas, y por bastantes días persistió en Horacio la costumbre de ver en su conquista la legítima esposa del respetable y gallardo caballero, que parecía figura escapada del *Cuadro de las Lanzas*. Siempre que ante ella le nombraba, decía: "Tu marido acá, tu marido allá...", y ella no se daba maldita prisa en destruir el error. Pero un día, al fin, palabra tras palabra, pregunta sobre pregunta, sintiendo invencible repugnancia de la mentira, y hallándose con fuerzas para cerrar contra ella. Tristana, ahogada de vergüenza y dolor, se determinó a poner las cosas en su lugar.

—Te estoy engañando, y no debo ni

quiero engañarte. La verdad se me sale. No estoy casada con mi marido..., digo, con mi papá..., digo con ese hombre... Un día y otro pensaba decírtelo; pero no me salía, hijo, no me salía... Ignoraba, ignoro aún, si lo sientes o te alegras, si valgo más o valgo menos a tus ojos... Soy una mujer deshonrada, pero soy libre. ¿Qué prefieres?... ¿Que sea una casada infiel o una soltera que ha perdido su honor? De todas maneras creo que, al decírtelo, me lleno de oprobio..., y no sé..., no sé...

No pudo concluir, y rompiendo en lágrimas amargas, ocultó el rostro en el pecho de su amigo. Largo rato duró aquel espasmo de sensibilidad. Ninguno de los dos decía nada. Por fin, saltó ella con la preguntita de cajón:

—¿Me quieres más o me quieres menos?

—Te quiero lo mismo...; no, más, más, siempre más.

No se hizo de rogar la niña para referir *a grandes rasgos* el cómo y cuándo de su deshonra. Lágrimas sin fin derramó aquella tarde; pero nada omitió su sinceridad, su noble afán de confesión, como medio seguro de purificarse.

—Recogióme cuando me quedé huérfana. El fué, justo es decirlo, muy generoso con mis padres. Yo le respetaba y le quería; no sospechaba lo que me iba a pasar. La sorpresa no me permitió resistir. Era yo entonces un poco más tonta que ahora, y ese hombre maldito me dominaba, haciendo de mí lo que quería. Antes, mucho antes de conocerte, abominaba yo de mi flaqueza de ánimo; cuanto más ahora que te conozco. ¡Lo que he llorado, Dios mío!... ¡Las lágrimas que me ha costado el verme como me veo...! Y cuando te quise, dábanme ganas de matarme, porque no podía ofrecerte lo que tú te mereces... ¿Qué piensas? ¿Me quieres menos o me quieres más? Dime que más, siempre más. En rigor de verdad, debo parecerte ya menos culpable, porque no soy adúltera; no engaño sino a quien no tiene derecho a tiranizarme. Mi infidelidad no es tal infidelidad, ¿qué te parece?, sino castigo de su infamia; y este agravio que de mí recibe se lo tiene merecido.

No pudo menos Horacio de manifestarse más celoso al saber la ilegitimidad de los lazos que unían a Tristana con don Lope.

—No, si no le quiero—dijo ella con énfasis—, ni le he querido nunca. Para expresarlo todo de una vez, añadiré que desde que te conocí empecé a sentir hacia él un terrible desvío... Después... ¡Ay Jesús, me pasan cosas tan raras...! A veces paréceme que le aborrezco, que siento hacia él un odio tan grande como el mal que me hizo; a veces..., todo te lo confieso, todo..., siento hacia él cierto cariño, como de hija, y me parece que si él me tratara como debe, como un padre, yo le querría... Porque no es malo, no vayas a creer que es muy malo, muy malo... No; allí hay de todo: es una combinación monstruosa de cualidades buenas y de defectos horribles; tiene dos conciencias: una muy pura y noble para ciertas cosas, otra que es como un lodazal, y las usa según los casos; se las pone como si fueran camisas. La conciencia negra y sucia la emplea para todo cuanto al amor se refiere. ¡Ah, no creas! Ha sido muy afortunado en amores. Sus conquistas son tantas que no se pueden contar. ¡Si tú supieras...! Aristocracia, clase media, pueblo..., en todas partes dejó memoria triste, como Don Juan Tenorio. En palacios y cabañas se coló, y no respetó nada el muy trasto, ni la virtud, ni la paz doméstica, ni la santísima religión. Hasta con monjas y beatas ha tenido amores el maldito, y sus éxitos parecen obra del demonio. Sus víctimas no tienen número: maridos y padres burlados; esposas que se han ido al infierno, o se irán cuando mueran; hijos... que no se sabe de quién son hijos. En fin, es hombre muy dañino, porque además tira las armas con gran arte, y a más de cuatro les ha mandado al otro mundo. En su juventud tuvo arrogante figura, y hasta hace poco tiempo todavía daba un chasco. Ya comprenderás que sus conquistas han ido desmereciendo en importancia según le iban pesando los añitos. A mí me ha tocado ser la última. Pertenezco a su decadencia...

Oyó Díaz estas cosas con indignación primero, con asombro después, y lo único que se le ocurrió decir a su amada fué que debía romper cuanto antes aquellas nefandas relaciones, a lo que contestó la niña muy acongojada que era esto más fácil de decir que de practicar, pues el muy ladino, cuando advertía

en ella síntomas de hastío y pruritos de separación, se las echaba de padre, mostrándose tiránicamente cariñoso. Con todo, fuerza es dar un gran tirón para arrancarse de tan ignominiosa y antipática vida. Horacio la incitó a proceder con firmeza, y a medida que se agigantaba en su mente la figura del don Lope, más viva era su resolución de burlar al burlador y de arrancarle su víctima, la postrera quizá, y sin duda la más preciosa.

Volvió Tristana a su casa en un estado moral y mental lastimoso, disparada de los nervios, febril, y dispuesta a consumar cualquier desatino. Tocábale aquella noche aborrecer a su tirano, y cuando le vió llegar, risueño y con humor de bromas, entróle tal rabia, que de buena gana le habría tirado a la cabeza el plato de la sopa. Durante la comida, don Lope estuvo decidor, y echaba chafalditas a Saturna, diciéndole, entre otras cosas:

—Ya, ya sé que tienes un novio ahí en Tetuán, ese que llaman *Juan y Medio* por lo largo que es, el herrador..., ya sabes. Me lo ha dicho Pepe, el del tranvía. Por eso, a la caída de la tarde, andas desatinada por esos caminos, buscando los rincones oscuros, y no falta una sombra larga y escueta que se confunda con la tuya.

—Yo no tengo nada con *Juan y Medio,* señor... Que me pretenda él..., no sé; podrá ser. Me hacen la rueda otros que valen más..., hasta señoritos. Pues qué, ¿se cree que sólo él tiene quien le quiera?

Seguía Saturna la broma, mientras Tristana se requemaba interiormente, y lo poco que comió se le volvía veneno. A don Lope no le faltaba apetito aquella noche, y daba cuenta pausadamente de los garbanzos del cocido, como el más pánfilo burgués; del modesto principio, más de carnero que de vaca, y de las uvas de postre, todo acompañado con tragos del vino de la taberna próxima, malísimo, que el buen señor bebía con verdadera resignación, haciendo muecas cada vez que a la boca se lo llevaba. Terminada la comida, retiróse a su cuarto y encendió un puro, llamando a Tristana para que le hiciese compañía; y estirándose en la butaca, le dijo estas palabras, que hicieron temblar a la joven:

—No es sólo Saturna la que tiene un idilio nocturno por ahí. Tú también lo tienes. No, si nadie me ha dicho nada... Pero te lo conozco; hace días que te lo leo... en la cara, en la voz.

Tristana palideció. Su blancura de nácar tomó azuladas tintas a la luz del velón con pantalla que alumbraba el gabinete. Parecía una muerta hermosísima, y se destacaba sobre el sofá con el violento escorzo de una figura japonesa, de esas cuya estabilidad no se comprende, y que parecen cadáveres risueños pegados a un árbol, a una nube, a incomprensibles fajas decorativas. Puso fin en su cara exangüe una sonrisilla forzada, y sobrecogida contestó:

—Te equivocas..., yo no tengo...

Don Lope se le imponía de tal modo, y la fascinaba con tan misteriosa autoridad, que ante él, aun con tantas razones para rebelarse, no sabía tener ni un respiro de voluntad.

XII

—Lo sé—añadió el Don Juan en decadencia, quitándose las botas y poniéndose las zapatillas que Tristana, para disimular la estupefacción en que había quedado, le trajo de la alcoba cercana—. Yo soy muy lince en estas cosas, y no ha nacido todavía la persona que me engañe y se burle de mí. Tristana, tú has encontrado por ahí un idilio; te lo conozco en tus inquietudes de estos días, en tu manera de mirar, en el cerco de tus ojos, en mil detalles que a mí no se me escapan. Soy perro viejo, y sé que toda joven de tu edad, si se echa diariamente a la calle, tropieza con su idilio. Ello será de una manera o de otra. A veces se encuentra lo bueno, a veces lo detestable. Ignoro cómo es tu hallazgo; pero no me lo niegues, por tu vida.

Tristana volvió a negar con ademanes y con palabras; pero tan mal, tan mal, que más le valiera callarse. Los penetrantes ojos de don Lope, clavados en ella, la sobrecogían, la dominaban, causándole terror y una dificultad extraordinaria para mentir. Con gran esfuerzo quiso vencer la fascinación de aquella mirada, y repitió sus denegaciones.

—Bueno, defiéndete como puedas—prosiguió el caballero—, pero yo sigo en mis trece. Soy viejo sastre y conozco el paño. Te aviso con tiempo, Tristana, para

que adviertas tu error y retrocedas, porque a mí no me gustan idilios callejeros, que pienso serán hasta ahora chiquilladas y juegos inocentes. Porque si fueran otra cosa...

Echó al decir esto una mirada tan viva y amenazante sobre la pobre joven, que Tristana se retiró un poco, como si en vez de ser una mirada fuera una mano la que sobre su rostro venía.

—Mucho cuidado, niña—dijo el caballero, dando una feroz mordida al cigarro de estanco (por no poder gastar otros) que fumaba—. Y si tú, por ligereza o aturdimiento, me pones en berlina y das alas a cualquier mequetrefe para que me tome a mí por un... No, no dudo que entrarás en razón. A mí, óyelo bien, nadie en el mundo hasta la hora presente me ha puesto en ridículo. Todavía no soy tan viejo para soportar ciertos oprobios, muchacha... Conque no te digo más. En último caso, yo me revisto de autoridad para apartarte de un extravío, y si otra cosa no te gusta, me declaro padre, porque como padre tendré que tratarte si es preciso. Tu mamá te confió a mí para que te amparase, y te amparé, y decidido estoy a protegerte contra toda clase de asechanzas y a defender tu honor...

Al oír esto, la señorita de Reluz no pudo contenerse, y sintiendo que le azotaba el alma una racha de ira, venida quién sabe de dónde, como soplo de huracán, se irguió y le dijo:

—¿Qué hablas ahí de honor? Yo no lo tengo: me lo has quitado tú, me has perdido.

Rompió a llorar tan sin consuelo, que don Lope varió bruscamente de tono y de expresión. Llegóse a ella, soltando el cigarro sobre un velador, y estrechándole las manos se las besó y en la cabeza la besó, también con no afectada ternura.

—Hija mía, me anonadas juzgándome de una manera tan ejecutiva. Verdad que... Sí, tienes razón... Pero bien sabes que no puedo mirarte como a una de tantas, a quienes... No, no es eso. Tristana, sé indulgente conmigo; tú no eres una víctima; yo no puedo abandonarte, no te abandonaré nunca, y mientras este triste viejo tenga un pedazo de pan, será para ti.

—¡Hipócrita, falso, embustero!—exclamó la esclava, sintiéndose fuerte.

—Bueno, hija, desahógate, dime cuantas picardías quieras—volviendo a tomar su cigarro—; pero déjame hacer contigo lo que no he hecho con mujer alguna, mirarte como un ser querido..., esto es bastante nuevo en mí..., como un ser de mi propia sangre... ¿Que no lo crees?

—No, no lo creo.

—Pues ya te irás enterando. Por de pronto, he descubierto que andas en malos pasos. No me lo niegues, por Dios. Dime que es tontería, frivolidad, cosa sin importancia; pero no me lo niegues. Pues ¡si yo quisiera vigilarte!... Pero no, no; el espionaje me parece indigno de ti y de mí. No hago más que darte un toquecito de atención, decirte que te veo, que te adivino, que al fin y a la postre nada podrás ocultarme, porque si me pongo a ello, hasta los pensamientos extraeré de tu magín para verlos y examinarlos; hasta tus impresiones más escondidas te sacaré cuando menos lo pienses. Chiquilla, cuidado, vuelve en ti. No se hablará más de ello si me prometes ser buena y fiel; pero si me engañas, si vendes mi dignidad por un puñado de ternuras que te ofrezca cualquier mocoso insípido..., no te asombres de que yo me defienda. Nadie me ha puesto la ceniza en la frente todavía.

—Todo es infundado, todo cavilación tuya—dijo Tristana por decir algo—; yo no he pensado en...

—Allá veremos—replicó el tirano volviendo a flecharla con su mirada escrutadora—. Con lo hablado basta. Eres libre para salir y entrar cuando gustes; pero te advierto que a mí no se me puede engañar... Te miro como esposa y como hija, según me convenga. Invoco la memoria de tus padres...

—¡Mis padres!—exclamó la niña, reanimándose—. ¡Si resucitaran y vieran lo que has hecho con su hija!...

—Sabe Dios si sola en el mundo o en otras manos que las mías tu suerte habría sido peor—replicó don Lope, defendiéndose como pudo—. Lo bueno, lo perfecto, ¿dónde está? Gracias que Dios nos concede lo menos malo y el bien relativo. Yo no pretendo que me veneres como a un santo; te digo que veas en mí al hombre que te quiere con cuantas clases de cariño pueden existir, al hombre que a todo trance te apartará del mal, y...

—Lo que veo—interrumpió Tristana—

es un egoísmo brutal, monstruoso, un egoísmo que...

—El tonillo que tomas—dijo Garrido con acritud—y la energía con que me contestas me confirman en lo mismo, chicuela sin seso. Idilio tenemos, sí. Hay algo fuera de casa que te inspira aborrecimiento de lo de dentro, y al propio tiempo te sugiere ideas de libertad, de emancipación. Abajo la caretita. Pues no te suelto, no. Te estimo demasiado para entregarte a los azares de lo desconocido y a las aventuras peligrosas. Eres una inocentona sin juicio. Yo puedo haber sido para ti un mal padre. Pues mira, ahora se me antoja ser padre bueno.

Y adoptando la actitud de nobleza y dignidad que tan bien cuadraba a su figura, y que con tanto arte usaba cuando le convenía, poniéndosela y haciéndola crujir cual armadura de templado acero, le dijo estas graves palabras:

—Hija mía, yo no te prohibiré que salgas de casa, porque esa prohibición es indigna de mí y contraria a mis hábitos. No quiero hacer el celoso de comedia, ni el tirano doméstico, cuya ridiculez conozco mejor que nadie. Pero si no te prohibo que salgas, te digo con toda formalidad que no me agrada verte salir. Eres materialmente libre, y las limitaciones que deba tener tu libertad tú misma eres quien debe señalarlas, mirando a mi decoro y al cariño que te tengo.

¡Lástima que no hablara en verso para ser perfecta imagen del *padre noble* de antigua comedia! Pero la prosa y las zapatillas, que por la decadencia en que vivían no eran de lo más elegante, destruían en parte aquel efecto. Causaron impresión a la joven las palabras del estropeado galán, y se retiró para llorar a solas, allá en la cocina, sobre el pecho amigo y leal de Saturna; pero no había transcurrido media hora cuando don Lope tiró de la campanilla para llamarla. En la manera de tocar conocía la señorita que la llamaba a ella y no a la criada, y acudió cediendo a una costumbre puramente mecánica. No, no pedía ni la flor de malva, ni las bayetas calientes: lo que pedía era la compañía dulce de la esclava, para entretener su insomnio de libertino averiado, a quien los años atormentan como espectros acusadores.

Encontróle paseándose por el cuarto, con un gabán viejo sobre los hombros, porque su pobreza no le permitía ya el uso de un batín nuevo y elegante; la cabeza descubierta, pues antes que ella entrara se quitó el gorro con que solía cubrirla por las noches. Estaba guapo, sin duda, con varonil y avellanada hermosura de cuadro de *Las Lanzas*.

—Te he llamado, hija mía—le dijo, echándose en una butaca y sentando a la esclava sobre sus rodillas—, porque no quería acostarme sin charlar algo más Sé que no he de dormir si me acuesto dejándote disgustada... Conque vamos a ver..., cuéntame tu idilio...

—No tengo ninguna historia que contar—replicó Tristana, rechazando sus caricias con buen modo, como haciéndose la distraída.

—Bueno, pues yo lo descubriré. No, no te riño. ¡Si aun portándote mal conmigo tengo mucho que agradecerte! Me has querido en mi vejez, me has dado tu juventud, tu candor; cogí flores en la edad en que no me correspondía tocar más que abrojos. Reconozco que he sido malo para ti y que no debí arrancarte del tallo. Pero no lo puedo remediar; no me puedo convencer de que soy viejo, porque Dios parece que me pone en el alma un sentimiento de eterna juventud... ¿Qué dices a esto? ¿Qué piensas? ¿Te burlas?... Ríete todo lo que quieras; pero no te alejes de mí. Yo sé que no puedo dorar tu cárcel—con amargura vivísima—, porque soy pobre. Es la pobreza también una forma de vejez; pero a ésta me resigno menos que a la otra. El ser pobre me anonada, no por mí, sino por ti, porque me gustaría rodearte de las comodidades, de las galas que te corresponden. Mereces vivir como una princesa, y te tengo aquí como una pobrecita hospiciana... No puedo vestirte como quisiera. Gracias que tú estás bien de cualquier modo, y en esta estrechez, en nuestra miseria mal disimulada, siempre, siempre eres y serás perla.

Con gestos más que con palabras dió a entender Tristana que le importaba un bledo la pobreza.

—¡Ah!... No; estas cosas se dicen, pero rara vez se sienten. Nos resignamos porque no hay más remedio; pero la pobreza es cosa muy mala, hija, y todos, más o menos sinceramente, renegamos de ella. Cree que mi mayor suplicio es

no poder dorarte la jaulita. ¡Y qué bien te la doraría yo! Porque lo entiendo, cree que lo entiendo. Fuí rico; al menos tenía para vivir solo holgadamente, y hasta con lujo. Tú no te acordarás, porque eras entonces muy niña, de mi cuarto de soltero en la calle de Luzón. Josefina te llevó alguna vez, y tú tenías miedo a las armaduras que adornaban mi sala. ¡Cuántas veces te cogí en brazos y te paseé por toda la casa, mostrándote mis pinturas, mis pieles de león y de tigre, mis panoplias, los retratos de damas hermosas..., y tú sin acabar de perder el miedo! Era un presentimiento, ¿verdad? ¡Quién nos había de decir entonces que andando los años...! Yo, que todo lo preveo, tratándose de amores posibles, no previ esto, no se me ocurría. ¡Ay, cuánto he decaído desde entonces! De escalón en escalón he ido bajando, hasta llegar a esta miseria vergonzosa. Primero tuve que privarme de mis caballos, de mi coche... Dejé el cuarto de la calle de Luzón cuando resultaba demasiado costoso para mí. Tomé otro, y luego, cada pocos años, he ido buscándolos más baratos, hasta tener que refugiarme en este arrabal excéntrico y vulgarote. A cada etapa, a cada escalón, iba perdiendo algo de las cosas buenas y cómodas que me rodeaban. Ya me privaba de mi bodega, bien repuesta de exquisitos vinos; ya de mis tapices flamencos y españoles; después, de mis cuadros; luego, de mis armas preciosísimas, y, por fin, ya no me quedan más que cuatro trastos indecentes... Pero no debo quejarme del rigor de Dios, porque me quedas tú, que vales más que cuantas joyas he perdido.

Afectada por las nobles expresiones del caballero en decadencia, Tristana no supo cómo contestarlas, pues no quería ser esquiva con él, por no parecer ingrata, ni tampoco amable, temerosa de las consecuencias. No se determinó a pronunciar una sola palabra tierna que indicase flaqueza de ánimo, porque no ignoraba el partido que el muy taimado sacaría al instante de tal situación. Por el pensamiento de Garrido cruzó una idea que no quiso expresar. Le amordazaba la delicadeza, en la cual era tan extremado, que ni una sola vez, cuando hablaba de su penuria, sacó a relucir sus sacrificios en pro de la familia de Tristana. Aquella noche sintió cierta comezón de ajustar cuentas de gratitud; pero la frase expiró en sus labios, y sólo con el pensamiento le dijo: "No olvides que casi toda mi fortuna la devoraron tus padres. ¿Y esto no se pesa y se mide también? ¿Ha de ser todo culpa en mí? ¿No se te ocurre que algo hay que echar en el otro platillo? ¿Es esa manera justa de pesar, niña, y de juzgar?"

—Por fin—dijo en alta voz, después de una pausa, en la cual juzgó y pesó la frialdad de su cautiva—, quedamos en que no tienes maldita gana de contarme tu idilio. Eres tonta. Sin hablar, me lo estás contando con la repugnancia que tienes de mí y que no puedes disimular. Entendido, hija, entendido—poniéndola en pie y levantándose él también—. No estoy acostumbrado a inspirar asco, francamente, ni soy hombre que gusta de echar tantos memoriales para obtener lo que le corresponde. No me estimo en tan poco. ¿Qué pensabas? ¿Que te iba a pedir de rodillas?... Guarda tus encantos juveniles para algún monigote de estos de ahora, sí, de estos que no podemos llamar hombres sin acortar la palabra o estirar la persona. Vete a tu cuartito y medita sobre lo que hemos hablado. Bien podría suceder que tu idilio me resultara indiferente... mirándolo yo como un medio fácil de que aprendieras, por demostración experimental, lo que va de hombre a hombre... Pero bien podría suceder también que se me indigestara, y que sin atufarme mucho, porque el caso no lo merece, como quien aplasta hormigas, te enseñara yo...

Indignóse tanto la niña de aquella amenaza, y hubo de encontrarla tan insolente, que sintió resurgir de su pecho el odio que en ocasiones su tirano le inspiraba. Y como las tumultuosas apariciones de aquel sentimiento le quitaban por ensalmo la cobardía, se sintió fuerte ante él, y le soltó redonda una valiente respuesta:

—Pues mejor: no temo nada. Mátame cuando quieras.

Y don Lope, al verla salir en tan decidida y arrogante actitud, se llevó las manos a la cabeza y se dijo: "No me teme ya. Ciertos son los toros."

En tanto, Tristana corrió a la cocina en busca de Saturna, y entre cuchicheos y lágrimas dió sus órdenes, que, palabra más o menos, eran así:

—Mañana, cuando vayas por la car-

tita, le dices que no traiga coche, que no salga, que me espere en el estudio, pues allá voy aunque me muera.. Oye, adviértele que despida el modelo, si lo tiene mañana, y que no reciba a nadie..., que esté solo, vamos... Si este hombre me mata, máteme con razón.

XIII

Y desde aquel día ya no pasearon más.

Pasearon, sí, en el breve campo del estudio, desde el polo de lo ideal al de las realidades; recorrieron toda la esfera, desde lo humano a lo divino, sin poder determinar fácilmente la divisoria entre uno y otro, pues lo humano les parecía del cielo y lo divino revestíase a sus ojos de carne mortal. Cuando su alegre embriaguez permitió a Tristana enterarse del medio en que pasaba tan dulces horas, una nueva aspiración se reveló a su espíritu, el arte, hasta entonces simplemente soñado por ella, ahora visto de cerca y comprendido. Encendieron su fantasía y embelesaron sus ojos las formas humanas o inanimadas que, traducidas de la Naturaleza, llenaban el estudio de su amante; y aunque antes de aquella ocasión había visto cuadros, nunca vió a tan corta distancia el natural del procedimiento. Y tocaba con su dedito la fresca pasta, creyendo apreciar mejor así los secretos de la obra pintada y sorprenderla en su misteriosa gestación. Después de ver trabajar a Díaz, se prendó más de aquel arte delicioso, que le parecía fácil en su procedimiento, y entráronle ganas de probar también su aptitud. Púsole él en la izquierda mano la paleta, el pincel en la derecha, y la incitó a copiar un trozo. Al principio, ¡ay!, entre risotadas y contorsiones, sólo pudo cubrir la tela de informes manchas; pero al segundo día, ¡caramba!, ya consiguió mezclar hábilmente dos o tres colores y ponerlos en su sitio y aun fundirlos con cierta destreza. ¡Qué risa! ¡Si resultaría que también ella era pintora! No le faltaban, no, disposiciones, porque la mano perdía de hora en hora su torpeza, y si la mano no la ayudaba, la mente iba muy altanera por delante, sabiendo *cómo se hacía*, aunque hacerlo no pudiera. Desalentada ante las dificultades del procedimiento, se impacientaba, y Horacio reía, diciéndole:

—Pues ¿qué crees tú? ¿Que esto es cosa de juego?

Quejábase amargamente de no haber tenido a su lado, en tanto tiempo, personas que supieran ver en ella una aptitud para algo, aplicándola al estudio de un arte cualquiera.

—Ahora me parece a mí que si de niña me hubiesen enseñado el dibujo, hoy sabría yo pintar y podría ganarme la vida y ser independiente con mi honrado trabajo. Pero mi pobre mamá no pensó más que en darme la educación insustancial de las niñas que aprenden para llevar un buen yerno a casa, a saber: un poco de piano, el indispensable barniz de francés y qué sé yo..., tonterías. ¡Si aun me hubiesen enseñado idiomas, para que, al quedarme sola y pobre, pudiera ser profesora de lenguas...! Luego, este hombre maldito me ha educado para la ociosidad y para su propio recreo, a la turca verdaderamente, hijo... Así es que me encuentro inútil de toda inutilidad. Ya ves, la pintura me encanta: siento vocación, facilidad. ¿Será inmodestia? No, dime que no; dame bombo, anímame... Pues si con voluntad, paciencia y una aplicación continua se vencieran las dificultades, yo las vencería, y sería pintora, y estudiaríamos juntos, y mis cuadros..., ¡muérete de envidia!, dejarían tamañitos a los tuyos... ¡Ah, no, eso no; tú eres el rey de los pintores! No, no te enfades; lo eres, porque yo te lo digo. ¡Tengo un instinto!... Yo no sabré hacer las cosas, pero las sé juzgar.

Estos alientos de artista, estos arranques de mujer superior, encantaban al buen Díaz, el cual, a poco de aquellos íntimos tratos, empezó a notar que la enamorada joven se iba creciendo a los ojos de él y le empequeñecía. En verdad que esto le causaba sorpresa, y casi casi empezaba a contrariarle, porque había soñado en Tristana la mujer subordinada al hombre en inteligencia y en voluntad, la esposa que vive de la savia moral e intelectual del esposo y que con los ojos y con el corazón de él ve y siente. Pero resultaba que la niña discurría por cuenta propia, lanzándose a los espacios libres del pensamiento, y demostraba las aspiraciones más audaces.

—Mira, hijo de mi alma—le decía en aquellas divagaciones deliciosas que los columpiaban desde los transportes del amor a los problemas más graves de la vida—, yo te quiero con toda mi alma; segura estoy de no poder vivir sin ti. Toda mujer aspira a casarse con el hombre que ama; yo, no. Según las reglas de la sociedad, estoy ya imposibilitada de casarme. No podría hacerlo, ni aun contigo, con la frente bien alzada, pues por muy bueno que conmigo fueras, siempre tendría ante ti cierto resquemor de haberte dado menos de lo que mereces, y temería que tarde o temprano, en un momento de mal humor o de cansancio, me dijeras que habías tenido que cerrar los ojos para ser mi marido... No, no. ¿Será esto orgullo, o qué será? Yo te quiero y te querré siempre; pero deseo ser libre. Por eso ambiciono un medio de vivir; cosa difícil, ¿verdad? Saturna me pone en solfa, y dice que no hay más que tres carreras para las mujeres: el matrimonio, el teatro y... Ninguna de las tres me hace gracia. Buscaremos otra. Pero yo pregunto: ¿es locura poseer un arte, cultivarlo y vivir de él? ¿Tan poco entiendo del mundo que tengo por posible lo imposible? Explícamelo tú, que sabes más que yo.

Y Horacio, apuradísimo, después de muchos rodeos, concluía por hacer suya la afirmación de Saturna.

—Pero tú—agregaba—eres una mujer excepcional, y esa regla no va contigo. Tú encontrarás la fórmula, tú resolverás quizá el problema endiablado de la mujer libre...

—Y honrada, se entiende, porque también te digo que no creo faltar a la honradez queriéndote, ya vivamos o no juntos... Vas a decirme que he perdido toda idea de moralidad.

—No, por Dios. Yo creo...

—Soy muy mala yo. ¿No lo habías conocido? Confiésame que te has asustado un poquitín al oírme lo último que te he dicho. Hace tiempo, mucho tiempo, que sueño con esa libertad honrada; y desde que te quiero, como se me ha despertado la inteligencia y me veo sorprendida por rachas de saber que me entran en el magín lo mismo que el viento por una puerta mal cerrada, veo muy claro eso de la honradez libre. Pienso en esto a todas horas, pensando en ti, y no ceso de echar pestes contra los que no supieron enseñarme un arte, siquiera un oficio, porque si me hubieran puesto a ribetear zapatos, a estas horas sería yo una buena oficiala, y quizá maestra. Pero aún soy joven. ¿No te parece a ti que soy joven? Veo que pones carita burlona. Eso quiere decir que soy joven para el amor, pero que tengo los huesos duros para aprender un arte. Pues mira, me rejuveneceré, me quitaré años, volveré a la infancia, y mi aplicación suplirá el tiempo perdido. Una voluntad firme lo vence todo, ¿no lo crees tú así?

Subyugado por tanta firmeza, Horacio se mostraba más amante cada día, reforzando el amor con la admiración. Al contacto de la fantasía exuberante de ella, despertáronse en él poderosas energías de la mente; el ciclo de sus ideas se agrandó, y comunicándose de uno a otro el poderoso estímulo de sentir fuerte y pensar hondo, llegaron a un altísimo grado de tempestuosa embriaguez de los sentidos, con relámpagos de atrevidas utopías eróticas y sociales. Filosofaban con peregrino desenfado entre delirantes ternuras, y, vencidos del cansancio, divagaban lánguidamente hasta perder el aliento. Callaban las bocas y los espíritus seguían aleteando por el espacio.

En tanto, nada digno de referirse ocurría en las relaciones de Tristana con su señor, el cual había tomado una actitud observadora y expectante, mostrándose con ella muy atento, mas no cariñoso. Veíala entrar tarde algunas noches, y atentamente la observaba; mas no la reprendía, adivinando que, al menor choque, la esclava sabría mostrar intenciones de no serlo. Algunas noches charlaron de diversos asuntos, esquivando don Lope, con fría táctica, el tratar del idilio; y tal viveza de espíritu mostraba la niña, de tal modo se transfiguraba su nacarado rostro de dama japonesa al reflejar en sus negros ojos la inteligencia soberana, que don Lope, refrenando sus ganas de comérsela a besos, se llenaba de melancolía, diciendo para su sayo: "*Le ha salido* talento... Sin duda, ama."

No pocas veces la sorprendió en el comedor, a horas desusadas, bajo el foco luminoso de la lámpara colgante, dibujando el contorno de alguna figura en

grabado o copiando cualquier objeto de los que en la estancia había.

—Bien, bien—le dijo a la tercera o cuarta vez que la encontró en semejante afán—. Adelantas, hija, adelantas. De anteanoche acá noto una gran diferencia.

Y encerrándose en su alcoba con sus melancolías, el pobre galán decadente exclamaba, dando un puñetazo sobre la mesa:

—Otro dato. El tal es pintor.

Pero no quería meterse en averiguaciones directas, por creerlas ofensivas a su decoro e impropias de su nunca profanada caballerosidad. Una tarde, no obstante, en la plataforma del tranvía, charlando con uno de los cobradores, que era su amigo, le preguntó:

—Pepe, ¿hay por aquí algún estudio de pintor?

Precisamente en aquel instante pasaban frente a la calle transversal, formada por edificios nuevos de pobretería, destacándose entre ellos una casona de ladrillo al descubierto, grande y de provecho, rematada en una especie de estufa, como taller de fotógrafo o de artista.

—Allí—dijo el cobrador—tenemos al señor de Díaz, retratista al óleo...

—¡Ah! Sí, le conozco—replicó don Lope—. Ese que...

—Ese que va y viene por la mañana y tarde. No duerme aquí. ¡Guapo chico!

—Sí, ya sé... Moreno, chiquitín.

—No, es alto.

—Alto, sí; pero un poco cargado de espaldas.

—No, garboso.

—Justo, con melenas...

—Si lleva el pelo al rape.

—Se lo habrá cortado ahora. Parece de estos italianos que tocan el arpa.

—No sé si toca el arpa. Pero es muy aplicado a los pinceles. A un compañero nuestro le llevó de modelo para apóstol... Crea usted que le sacó hablando.

—Pues yo pensé que pintaba paisajes.

—También..., y caballerías... Flores retrata que parecen vivas; frutas bien maduras, y codornices muertas. De todo propiamente. Y las mujeres en cueros que tiene en el estudio le ponen a uno encandilado.

—¿También niñas desnudas?

—O a medio vestir, con una tela que tapa y no tapa. Suba y véalo todo, don Lope. Es buen chico ese don Horacio y le recibirá bien.

—Yo estoy curado de espanto, Pepe. No sé admirar esas hembras pintadas. Me han gustado siempre más las vivas. Vaya..., con Dios.

XIV

Justo es decir que la serie borrascosa de turcas de amor cogidas por el espiritual artista en aquella temporada le desviaron de su noble profesión. Pintaba poco, y siempre sin modelo: empezó a sentir los remordimientos del trabajador, esa pena que causan los trozos sin concluir pidiendo hechura y encaje; mas entre el arte y el amor prefería éste, por ser cosa nueva en él, que despertaba las emociones más dulces de su alma: un mundo recién descubierto, florido, exuberante, riquísimo, del cual había que tomar posesión, afianzando sólidamente en él la planta de geógrafo y de conquistador. El arte ya podía esperar; ya volvería cuando las locas ansias se calmasen; y se calmarían, tomando el amor un carácter pacífico, más de colonización reposada que de furibunda conquista. Creía sinceramente el bueno de Horacio que aquél era el amor de toda su vida, que ninguna otra mujer podría agradarle ya, ni sustituir en su corazón a la exaltada y donosa Tristana; y se complacía en suponer que el tiempo iría templando en ella la fiebre de ideación, pues para esposa o querida perpetua tal flujo de pensar temerario le parecía excesivo. Esperaba que su constante cariño y la acción del tiempo rebajarían un poco la talla imaginativa y razonante de su ídolo, haciéndola más mujer, más doméstica, más corriente y útil.

Esto pensaba, mas no lo decía. Una noche que juntos charlaban, mirando la puesta del sol y saboreando la dulcísima melancolía de una tarde brumosa, se asustó Díaz de oírla expresarse en estos términos:

—Es muy particular lo que me pasa: aprendo fácilmente las cosas difíciles: me apropio las ideas y las reglas de un arte..., hasta de una ciencia, si me apuras; pero no puedo enterarme de las menudencias prácticas de la vida. Siempre que compro algo, me engañan; no

sé apreciar el valor de las cosas; no tengo ninguna idea de gobierno ni de orden, y si Saturna no se entendiera con todo en mi casa, aquello sería una leonera. Es indudable que cada cual sirve para una cosa; yo podré servir para muchas, pero para ésa está visto que no valgo. Me parezco a los hombres en que ignoro lo que cuesta una arroba de patatas y un quintal de carbón. Me lo ha dicho Saturna mil veces, y por un oído me entra y por otro me sale. ¿Habré nacido para gran señora? Puede que sí. Como quiera que sea, me conviene aplicarme, aprender todo eso, y, sin perjuicio de poseer un arte, he de saber criar gallinas y remendar la ropa. En casa trabajo mucho, pero sin iniciativa. Soy pincha de Saturna, la ayudo, barro, limpio y fregoteo, eso sí; pero ¡desdichada casa si yo mandara en ella! Necesito aprenderlo, ¿verdad? El maldito don Lope ni aun eso se ha cuidado de enseñarme. Nunca he sido para él más que una circasiana comprada para su recreo, y se ha contentado con verme bonita, limpia y amable.

Respondióle el pintor que no se apurara por adquirir el saber doméstico, pues fácilmente se lo enseñaría la práctica.

—Eres una niña—agregó—con muchísimo talento y grandes disposiciones. Te falta sólo el pormenor, el conocimiento menudo que dan la independencia y la necesidad.

—Un recelo tengo—dijo Tristana, echándole al cuello los brazos—: que dejes de quererme por no saber yo lo que se puede comprar con un duro..., porque temas que te convierta la casa en una escuela de danzantes. La verdad es que si pinto como tú o descubro otra profesión en que pueda lucir y trabajar con fe, ¿cómo nos vamos a arreglar, hijo de mi vida? Es cosa que espanta.

Expresó su confusión de una manera tan graciosa, que Horacio no pudo menos de soltar la risa.

—No te apures, hija. Ya veremos. Me pondré yo las faldas. ¡Qué remedio hay!

—No, no—dijo Tristana, alzando un dedito y marcando con él las expresiones de un modo muy salado—. Si encuentro mi manera de vivir, viviré sola. ¡Viva la independencia!, sin perjuicio de amarte y de ser siempre tuya. Yo me entiendo: tengo acá mis ideítas. Nada de matrimonio, para no andar a la greña por aquello de quién tiene las faldas y quién no. Creo que has de quererme menos si me haces tu esclava; creo que te querré poco si te meto en un puño. Libertad honrada es mi tema..., o si quieres, mi dogma. Ya sé que es difícil, muy difícil, porque la *sociedad*, como dice Saturna... No acabo de entenderlo... Pero yo me lanzo al ensayo... ¿Que fracaso? Bueno. Y si no fracaso, hijito, si me salgo con la mía, ¿qué dirás tú? ¡Ay! Has de verme en mi casita, sola, queriéndote mucho, eso sí, y trabajando, trabajando en mi arte para ganarme el pan; tú en la tuya, juntos a ratos, separados muchas horas, porque..., ya ves, eso de estar siempre juntos, siempre juntos, noche y día, es así, un poco...

—¡Qué graciosa eres y recuantísimo te quiero! No paso por estar separado de ti parte del día. Seremos dos en uno, los hermanos siameses; y si quieres ponerte pantalones, pónte los; si quieres hacer el marimacho, anda con Dios... Pero ahora se me ocurre una grave dificultad. ¿Te la digo?

—Sí, hombre, dila.

—No, no quiero. Es pronto.

—¿Cómo pronto? Dímela, o te arranco una oreja.

—Pues yo... ¿Te acuerdas de lo que hablábamos anoche?

—Chi.

—Que no te acuerdas.

—Que sí, bobillo. ¡Tengo yo una memoria...! Me dijiste que para completar la ilusión de tu vida deseabas...

—Dilo.

—No, dilo tú.

—Deseaba tener un chiquillín.

—¡Ay! No, no; le querría yo tanto, que me moriría de pena si me le quitaba Dios. Porque se mueren todos—con exaltación—. ¿No ves pasar continuamente los carros fúnebres con las cajitas blancas? ¡Me da una tristeza!... Ni sé para qué permite Dios que vengan al mundo, si tan pronto se los ha de llevar... No, no; niño nacido es niño muerto..., y el nuestro se moriría también. Más vale que no lo tengamos. Di que no.

—Digo que sí. Déjalo, tonta. ¿Y por qué se ha de morir? Supón que vive..., y aquí entra el problema. Puesto que hemos de vivir separados, cada uno en su casa, independiente yo, libre y hon-

rada tú, cada cual en su hogar honradísimo y *librísimo*..., digo, libérrimo, ¿en cuál de los hogares vivirá el angelito?

Tristana se quedó absorta, mirando las rayas del entarimado. No se esperaba la temida proposición, y al pronto no encontró manera de resolverla. De súbito, congestionado su pensamiento con un mundo de ideas que en tropel lo asaltaron, echóse a reír, bien segura de poseer la verdad, y la expresó en esta forma:

—Toma, pues conmigo, conmigo... ¿Qué duda puede haber? Si es mío, mío, ¿con quién ha de estar?

—Pero como será mío también, como será de los dos...

—Sí... pero..., te diré..., tuyo, porque..., vamos, no lo quiero decir... Tuyo, sí; pero es más mío que tuyo. Nadie puede dudar que es mío, porque la Naturaleza de mí propia lo arranca. Lo de tuyo es indudable; pero... no consta tanto, para el mundo, se entiende... ¡Ay, no me hagas hablar así ni dar estas explicaciones!

—Al contrario, mejor es explicarlo todo. Nos encontraremos en tal situación, que yo pueda decir: mío, mío.

—Más fuerte lo podré decir yo: mío, mío y eternamente mío.

—Y mío también.

—Convengo; pero...

—No hay pero que valga.

—No me entiendes. Claro que es tuyo... Pero me pertenece más a mí.

—No, por igual.

—Calla, hombre; por igual, nunca. Bien lo comprendes: podría haber otros casos en que... Hablo en general.

—No hablamos sino en particular.

—Pues en particular te digo que es mío y que no lo suelto, ¡ea!

—Es que... veríamos...

—No hay veríamos que valga.

—Mío, mío.

—Tuyo, sí; pero... fíjate bien..., quiero decir que eso de tuyo no es tan claro, en la generalidad de los casos. Luego, la Naturaleza me da más derechos que a ti... Y se llamará como yo, con mi apellido nada más. ¿Para qué tanto ringorrango?

—Tristana, ¿qué dices?—incomodándose.

—Pero qué, ¿te enojas? Hijo, si tú tienes la culpa. ¿Para qué me...? No, por Dios, no te enfades. Me vuelvo atrás me desdigo...

La nubecilla pasó, y pronto fué todo claridad y luz en el cielo de aquellas dichas, ligeramente empañado. Pero Díaz quedó un poco triste. Con sus dulces carantoñas quiso Tristana disipar aquella fugaz aprensión, y más mona y hechicera que nunca, le dijo:

—¡Vaya, que reñir por una cosa tan remota, por lo que quizá no suceda! Perdóname. No puedo remediarlo. Me salen ideas como me podrían salir granos en la cara. Yo, ¿qué culpa tengo? Cuando menos se piensa, pienso cosas que no debe una pensar... Pero no hagas caso. Otra vez, coges un palito y me pegas. Considera esto como una enfermedad nerviosa o cerebral que se corrige con unturas de vara de fresno. ¡Qué tontería, afanarnos por lo que no existe, por lo que no sabemos si existirá, teniendo un presente tan fácil, tan bonito, para gozar de él!

XV

Bonito, realmente bonito a no poder más era el presente, y Horacio se extasiaba en él, como si transportado se viera a un rincón de la eterna gloria. Mas era hombre de carácter grave, educado en la soledad meditabunda, y por costumbre media y pesaba todas las cosas previendo el desarrollo posible de los sucesos. No era de estos que fácilmente se embriagan con las alegrías sin ver el reverso de ellas. Su claro entendimiento le permitía analizarse con observación segura, examinando bien su ser inmutable al través de los delirios o tempestades que en él se iban sucediendo. Lo primero que encontró en aquel análisis fué la seducción irresistible que la damita japonesa sobre él ejercía, fenómeno que en él era como una dulce enfermedad, de que no quería en ningún modo curarse. Consideraba imposible vivir sin sus gracias, sin sus monerías inenarrables, sin las mil formas fascinadoras que la divinidad tomaba en ella al humanizarse. Encantábale su modestia cuando humilde se mostraba, y su orgullo cuando se embravecía. Sus entusiasmos locos y sus desalientos o tristezas le enamoraban del mismo modo. Jovial, era deliciosa la niña; enojada,

también. Reunía un sinfín de dotes y cualidades, graves las unas, frívolas y mundanas las otras; a veces su inteligencia juzgaba de todo con claro sentido, a veces con desvarío seductor. Sabía ser dulce y amarga, blanda y fresca como el agua, ardiente como el fuego, vaga y rumorosa como el aire. Inventaba travesuras donosas, vistiéndose con los trajes de los modelos e improvisando monólogos o comedias en que ella sola hacía dos o tres personajes; pronunciaba discursos saladísimos; remedaba a su viejo don Lope, y, en suma, tales talentos y donaires iba sacando, que el buen Díaz, enamorado como un salvaje, pensaba que su amiguita compendiaba y resumía todos los dones concedidos a la naturaleza mortal.

Pues en el ramo, si así puede llamarse, de la ternura, era la señorita de Reluz igualmente prodigiosa. Sabía expresar su cariño en términos siempre nuevos; ser dulce sin empalagar, candorosa sin insulsez, atrevidilla sin asomos de corrupción, con la sinceridad siempre por delante, como la primera y más visible de sus infinitas gracias. Y Horacio, viendo además en ella algo que sintomatizaba el precioso mérito de la constancia, creía que la pasión duraría en ambos tanto como la vida, y aún más; porque, como creyente sincero, no daba por extinguidos sus ideales en la oscuridad del morir.

El arte era el que salía perdiendo con estas pasiones eternas y estos crecientes ardores. Por la mañana se entretenía pintando flores o animales muertos. Llevábanle el almuerzo del merendero del Riojano, y comía con voracidad, abandonando los restos en cualquier mesilla del estudio. Este ofrecía un desorden encantador, y la portera, que intentaba arreglarlo todas las mañanas, aumentaba la confusión y el desarreglo. Sobre el ancho diván veíanse libros revueltos, una manta morellana; en el suelo, las cajas de color, tiestos, perdices muertas; sobre las corvas sillas, tablas a medio pintar, más libros, carpetas de estampas; en el cuartito anexo destinado a lavatorio y a guardar trastos, más tablitas, el jarro del agua con ramas de arbustos puestas a refrescar, una bata de Tristana colgaba de la percha, y lindos trajes esparcidos por doquiera; un alquicel árabe, un ropón japonés, antifaces, quirotecas, chupas y casacas bordadas, pelucas, babuchas de odalisca y delantales de campesina romana. Máscaras griegas de cartón, y telas de casullas decoraban las paredes, entre retratos y fotografías mil de caballos, barcos, perros y toros.

Después de almorzar esperó Díaz una media hora, y como su amada no pareciera, se impacientó, y para entretenerse se puso a leer a Leopardi. Sabía con perfección castiza el italiano, que le enseñó su madre, y aunque en el largo espacio de la tiranía del abuelo se le olvidaron algunos giros, la raíz de aquel conocimiento vivió siempre en él, y en Venecia, Roma y Nápoles se adiestró de tal modo, que fácilmente pasaba por italiano en cualquier parte, aun en la misma Italia. Dante era su única pasión literaria. Repetía, sin olvidar un solo verso, cantos enteros del *Infierno* y *Purgatorio*. Dicho se está que, casi sin proponérselo, dió a su amiguita lecciones del *bel parlare*. Con su asimilación prodigiosa, Tristana dominó en breves días la pronunciación, y leyendo a ratos como por juego, y oyéndole leer a él, a las dos semanas recitaba con admirable entonación de actriz consumada el pasaje de Francesca, el de Ugolino y otros.

Pues a lo que iba: engañaba Horacio el tiempo leyendo al melancólico poeta de Recanati, y se detenía meditabundo ante aquel profundo pensamiento: *E discoprendo, solo il nulla s'acresse* cuando sintió los pasitos que anhelaba oír; y ya no se acordó de Leopardi ni se cuidó de que *il nulla* creciera o menguara *discoprendo*.

¡Gracias a Dios! Tristana entró con aquella agilidad infantil que no cedía ni al cansancio de la interminable escalera, y se fué derecha a él para abrazarle, cual si hubiera pasado un año sin verle.

—¡Rico, facha, cielo, pintamonas, qué largo el tiempo de ayer a hoy! Me moría de ganas de verte... ¿Te has acordado de mí? ¿A que no has soñado conmigo como yo contigo? Soñé que..., no te lo cuento. Quiero hacerte rabiar.

—Eres más mala que un tabardillo. Dame esos morros, dámelos o te estrangulo ahora mismo.

—¡Sátrapa, corso, gitano!—cayendo fatigada en el diván—. No me engatusas con tu *parlare onesto*... ¡Eh! *Sella el labio... Denantes que del sol la crencha*

rubia... ¡Jesús mío, cuantísimo disparate! No hagas caso; estoy loca; tú tienes la culpa. ¡Ay, tengo que contarte muchas cosas, *carino*! ¡Qué hermoso es el italiano y qué dulce, qué grato al alma es decir *mio diletto*! Quiero que me lo enseñes bien y seré profesora. Pero vamos a nuestro asunto. Ante todo, respóndeme: *¿la jazemos?*

Bien demostrada esta mezcla de lenguaje chocarrero y de palabras italianas, con otras rarezas de estilo que irán saliendo, que se hallaban en posesión de ese vocabulario de los amantes, compuesto de mil formas de lenguaje sugeridas por cualquier anécdota picaresca, por este o el otro chascarrillo, por la lectura de un pasaje grave o de algún verso célebre. Con tales accidentes se enriquece el diccionario familiar de los que viven en comunidad absoluta de ideas y sentimientos. De un cuento que ella oyó a Saturna salió aquello de *¿la jazemos?*, manera festiva de expresar sus proyectos de fuga; y de otro cuentecillo chusco que Horacio sabía, salió el que Tristana no le llamase nunca por su nombre, sino con el de *señó Juan*, que era un gitano muy bruto y de muy malas pulgas. Sacando la voz más bronca que podía, cogíale Tristana de una oreja, diciéndole:

—*Señó Juan*, ¿me quieres?

Rara vez la llamaba él por su nombre. Ya era *Beatrice*, ya *Francesca*, o más bien *la Paca de Rimini*; a veces *Crispa* o *señá Restituta*. Estos motes y los terminachos grotescos o expresiones líricas que eran el saborete de su apasionada conversación, variaban cada pocos días, según las anécdotas que iban saliendo.

—*La jaremos* cuando tú dispongas, querida Restituta—replicó Díaz—. ¡Si no deseo otra cosa!... ¿Crees tú que puede un hombre estar *de amor extático* tanto tiempo?... Vámonos: *para ti la jaca torda, la que, cual dices tú, los campos borda*...

—Al extranjero, al extranjero—palmoteando—. Yo quiero que tú y yo seamos extranjeros en alguna parte, y que salgamos del bracete sin que nadie nos conozca.

—Sí, mi vida. *¡Quién te verá a ti...!*

—Entre los *franceses* — cantando — y entre los *ingleses*... Pues te diré. Ya no puedo resistir más a mi *tirano de Siracusa*. ¿Sabes? Saturna no le llama sino *don Lepe*, y así le llamaré yo también. Ha tomado una actitud patética. Apenas me habla, de lo que me alegro mucho. Se hace el interesante, esperando que yo me enternezca. Anoche, verás, estuvo muy amable conmigo, y me contó algunas de sus aventuras. Piensa sin duda el muy pillo que con tales ejemplos se engrandece a mis ojos; pero se equivoca. No puedo verle. Hay días en que me toca mirarle con lástima; días en que me toca aborrecerle, y anoche le aborrecí, porque en la narración de sus trapisondas, que son tremendas, tremendísimas, veía yo un plan depravado para encenderme la imaginación. Es lo más zorro que hay en el mundo. A mí me dieron ganitas de decirle que no me interesa más aventura que la de mi *señó Juan* de mi alma, a quien adoro con todas mis *potencias irracionales*, como decía el otro.

—Pues te digo la verdad: me gustaría oírle contar a don Lope sus historias galantes.

—Como bonitas, cree que lo son. ¡Lo de la marquesa del Cabañal es de lo más chusco!... El marido mismo, más celoso que Otelo, le llevaba. Pero si me parece que te lo he contado. Pues ¿y cuando robó del convento de San Pablo, en Toledo, a la monjita?... El mismo año mató en duelo al general que se decía esposo de la mujer más virtuosa de España, y la tal se escapó con don Lope a Barcelona. Allí tuvo éste siete aventuras en un mes, todas muy novelescas. Debía de ser atrevido el hombre, muy bien plantado, y muy bravo para todo.

—Restituta, no te entusiasmes con tu Tenorio arrumbado.

—Yo no me entusiasmo más que con este pintamonas. ¡Qué mal gusto tengo! Miren esos ojos..., ¡ay, qué feos y qué sin gracia! Pues ¿y esa boca? Da asco mirarla; y ese aire tan desgarbado... ¡Uf, no sé cómo te miro! No; si ya me repugnas, quítate de ahí.

—Y tú, ¡qué horrible!... Con esos dientazos de jabalí y esa nariz de remolacha, y ese cuerpo de botijo. ¡Ay, tus dedos son tenazas!

—Tenazas, sí, tenazas de *jierro*, para arrancarte tira a tira toda tu piel de burro. ¿Por qué eres así? *Gran Dio, morir si giovine!*

—Mona, más mona que los Santos Padres, y más hechicera que el Concilio de Trento y que don Alfonso el Sabio..., oye una cosa que se me ocurre. ¿Si ahora se abriera esa puerta y apareciera tu don Lope...?

—¡Ay! Tú no conoces a *don Lepe*. *Don Lepe* no viene aquí, ni por nada del mundo hace él el celoso de comedia. Creería que su caballerosidad se llenaba de oprobio. Fuera de la seducción de mujeres más o menos virtuosas, es todo dignidad.

—¿Y si entrara yo una noche en tu casa y él me sorprendiera allí?

—Entonces, puede que, como medida preventiva, te partiera en dos pedazos, o convirtiera tu cráneo en hucha para guardar todas las balitas de su revólver. Con tanta caballerosidad, sabe ser muy bruto cuando le tocan al punto delicado. Por eso más vale que no vayas. Yo no sé cómo ha sabido esto; pero ello es que lo sabe. De todo se entera el maldito, con su sagacidad de perro viejo y su experiencia de maestro en picardías. Ayer me dijo con retintín: "¿Conque pintorcitos tenemos?" Yo no le contesté. Ya no le hago caso. El mejor día entra en casa, y el pájaro voló... *Ahi Pisa, vituperio delle genti.* ¿Adónde nos vamos, hijo de mi alma? ¿A *dó* me conducirás? —cantando—. *La ci darem la mano*... Sé que no hay congruencia en nada de lo que digo. Las ideas se me atropellan aquí, disputándose cuál sale primero, como cuando se agolpa el gentío a la puerta de una iglesia y se estrujan y se... Quiéreme, quiéreme mucho, que todo lo demás es música. A veces se me ocurren ideas tristes; por ejemplo, que seré muy desgraciada, que todos mis sueños de felicidad se convertirán en humo. Por eso me aferro más a la idea de conquistar mi independencia y de arreglármelas con mi ingenio como pueda. Si es verdad que tengo algún pesquis, ¿por qué no he de utilizarlo dignamente, como otras explotan la belleza o la gracia?

—Tu deseo no puede ser más noble —díjole Horacio, meditabundo—. Pero no te afanes, no te aferres tanto a esa aspiración, que podría resultar impracticable. Entrégate a mí sin reserva. ¡Ser mi compañera de toda la vida; ayudarme y sostenerme con tu cariño!... ¿Te parece que hay un oficio mejor ni arte más hermoso? Hacer feliz a un hombre que te hará feliz, ¿qué más?

—¡Qué más!—mirando al suelo—. *Diverse lingue, orribile favelle... parole di dolore, accenti d'ira*... Ya, ya; la congruencia es la que no parece... *Señó Juan,* ¿me quieres mucho? Bueno; has dicho: "¿Qué más?" Nada, nada. Me conformo con que no haya más. Te advierto que soy una calamidad como mujer casera. No doy pie con bola, y te ocasionaré mil desazones. Y fuera de casa, en todo menester de compras o negocios menudos de mujer, también soy de oro. ¡Con decirte que no conozco ninguna calle ni sé andar sola sin perderme! El otro día no supe ir de la Puerta del Sol a la calle de Peligros, y recalé allá por la plaza de la Cebada. No tengo el menor sentido topográfico. El mismo día, al comprar unas horquillas en el bazar, di un duro y no me cuidé de recoger la vuelta. Cuando me acordé, ya estaba en el tranvía...; por cierto que me equivoqué y me metí en el del barrio. De todo esto y de algo más que observo en mí, deduzco... ¿En qué piensas? ¿Verdad que nunca querrás a nadie más que a tu *Paquita de Rímini*?... Pues sigo diciéndote... No, no te lo digo.

—Dime lo que pensabas—incomodándose—. He de quitarte esa pícara costumbre de decir las cosas a medias.

—Pégame, hombre, pega...; rómpeme una costilla. ¡Tienes un geniazo!... *Ni del dorado techo... se admira fabricado..., del sabio moro, en jaspes sustentado.* Tampoco esto tiene congruencia.

—Maldita. ¿Qué ha de tener?

—Pues *diréte, Inés, la cosa*... Oye —abrazándole—. Lo que he pensado de mí, estudiándome mucho, porque yo me estudio, ¿sabes?, es que sirvo, que podré servir para las cosas grandes; pero que decididamente no sirvo para las pequeñas.

Lo que Horacio le contestó perdióse en la oleada de ternezas que vino después, llenando de vagos rumores la plácida soledad del estudio.

XVI

Como contrapeso moral y físico de la enormísima exaltación de las tardes, Horacio, al retirarse de noche a su casa, se derrumbaba en el seno tenebroso

de una melancolía sin ideas, o con ideas vagas, toda languidez y zozobra indefinibles. ¿Qué tenía? No le era fácil contestarse. Desde los tiempos de su lento martirio en poder del abuelo, solía padecer fuertes ataques periódicos de *spleen* que se le renovaban en todas las circunstancias anormales de su vida. Y no era que en aquellas horas de recogimiento se hastiara de Tristana, o tuviese dejos amargos de las dulzuras del día, no; la visión de ella le acosaba; el recuerdo fresquísimo de sus donaires ponía en continuo estremecimiento su naturaleza, y antes que buscar un término a tan abrasadoras emociones, deseaba repetirlas, temeroso de que algún día pudieran faltarle. Al propio tiempo que consideraba su destino inseparable del de aquella singular mujer, un terror sordo le rebullía en el fondo del alma, y por más que procuraba, haciendo trabajar furiosamente a la imaginación, figurarse el porvenir al lado de Tristana, no podía conseguirlo. Las aspiraciones de su ídolo a cosas grandes causábanle asombro; pero al querer seguirla por los caminos que ella con tenacidad graciosa señalaba, la hechicera figura se le perdía en un término nebuloso.

No causaron inquietud a doña Trinidad (que así se llamaba la señora con quien Horacio vivía) las murrias de su sobrino, hasta que pasado algún tiempo advirtió en él un aplanamiento sospechoso. Entrábale como un sopor, conservando los ojos abiertos, y no había medio de sacarle del cuerpo una palabra. Veíasele inmóvil en un sillón del comedor, sin prestar la menor atención a la tertulia de dos o tres personas que amenizaban las tristes noches de doña Trini. Era ésta de dulcísimo carácter, achacosa, aunque no muy vieja, y derrumbada por los pesares que habían gravitado sobre ella, pues no tuvo tranquilidad hasta que se quedó sin padre y sin marido. Bendecía la soledad, y debía mucha gratitud a la muerte.

De su vida de afanes quedóle una debilidad nerviosa, relajación de los músculos de los párpados. No abría los ojos sino a medias, y esto con dificultad en ciertos días o cuando reinaban determinados aires, llegando a veces al sensible extremo de tener que levantarse el párpado con los dedos si quería ver bien a una persona. Por añadidura, estaba muy delicadita del pecho, y en cuanto entraba el invierno se ponía fatal, ahogada de tos, con horribles frialdades en pies y manos, y todo se le volvía imaginar defensas contra el frío, en la casa como en su persona. Adoraba a su sobrino, y por nada del mundo se separaría de él. Una noche, después de comer, y antes que llegaran los tertulios, doña Trini se sentó, hecha un ovillo, frente a la butaca en que Horacio fumaba, y le dijo:

—Si no fuera por ti, yo no aguantaría las crudezas de este frío maldito que me está matando. ¡Y pensar que con irme a tu casa de Villajoyosa resucitaría! Pero ¿cómo me voy y te dejo aquí solo? Imposible, imposible.

Replicóle el sobrino que bien podía irse y dejarle, pues nadie se lo comería.

—¡Quién sabe, quién sabe si te comerán...! Tú andas también delicadillo. No me voy, no me separo de ti por nada de este mundo.

Desde aquella noche empezó una lucha tenaz entre los deseos de emigración de la señora y la pasividad sedentaria del señorito. Anhelaba doña Trini largarse; él también quería que se fuera, porque el clima de Madrid la minaba rápidamente. Habría tenido gusto en acompañarla; pero ¿cómo, ¡santo Dios!, si no veía forma humana de romper su amorosa cadena, ni siquiera de aflojarla?

—Iré a llevarla a usted—dijo a su tía, buscando una transacción—y me volveré en seguida.

—No, no.

—Iré después a buscarla a usted a la entrada de primavera.

—Tampoco.

La tenacidad de doña Trini no se fundaba sólo en su horror al invierno, que aquel año vino con espada en mano. Nada sabía concretamente de los devaneos de Horacio; pero sospechaba que algo anormal y peligroso ocurría en la vida del joven, y con feliz instinto estimó conveniente llevárselo de Madrid. Alzando la cabeza para mirarle bien, pues aquella noche funcionaban muy mal los párpados, y abrir no podía más que un tercio de ojos, le dijo:

—Pues me parece que en Villajoyosa pintarías como aquí, y aun mejor. En todas partes hay Naturaleza y natural... Y, sobre todo, tontín, allí te librarás de

tanto quebradero de cabeza y de las angustias que estás pasando. Te lo dice quien bien te quiere, quien sabe algo de este mundo traicionero. No hay cosa peor que apegarse a un vicio de querer... Despréndete de un tirón. Pon tierra por medio.

Dicho esto, doña Trini dejó caer el párpado, como tronera que se cierra después de salir el tiro. Horacio nada contestó; pero las ideas de su tía quedaron en su mente como semillas dispuestas a germinar. Repitió sus sabias exhortaciones a la siguiente noche la simpática viuda, y a los dos días ya no le pareció al pintor muy disparatada la idea de partir, ni vió, como antes, en la separación de su amada, un suceso tan grave como la rotura del planeta en pedazos mil. De improviso sintió que del fondo de su naturaleza salía un prurito, una reclamación de descanso. Su existencia toda pedía tregua, uno de esos paréntesis que la guerra y el amor suelen solicitar con necesidad imprescindible para poder seguir peleando y viviendo.

La primera vez que comunicó a Tristana los deseos de doña Trini, aquélla puso el grito en el cielo. El también se indignó; protestaron ambos contra el importuno viaje, y... *antes morir que consentir tiranos*. Mas otro día, tratando de lo mismo, Tristana pareció conformarse. Sentía lástima de la pobre viuda. ¡Era tan natural que no quisiera ir sola...! Horacio afirmó que doña Trini no resistiría en Madrid los rigores del invierno, ni se determinaba a separarse de su sobrino. Mostróse la de Reluz más compasiva, y por fin... ¿Sería que también a ella le pedían el cuerpo y el alma tregua, paréntesis, solución de continuidad? Ni uno ni otro cedían en su amoroso anhelo; pero la separación no los asustaba; al contrario, querían probar el desconocido encanto de alejarse, sabiendo que era por tiempo breve; probar el sabor de la ausencia, con sus inquietudes, el esperar y recibir cartas, el desearse recíprocamente, y el contar lo que faltaba para tenerse de nuevo.

En resumidas cuentas, que Horacio tomó las de Villadiego. Tierna fué la despedida: se equivocaron, creyéndose con serenidad bastante para soportarla, y al fin se hallaban como condenados al patíbulo. Horacio, la verdad, no se sintió muy pesaroso por el camino; respiraba con desahogo, como jornalero en sábado por la tarde, después de una semana de destajo; saboreaba el descanso moral, el placer pálido de no sentir emociones fuertes. El primer día de Villajoyosa, ninguna novedad ocurrió. Tan conforme el hombre y muy bien hallado con su destierro. Pero al segundo día, aquel mar tranquilo de su espíritu empezó a moverse y picarse con leve ondulación, y luego fué el crecer, el encresparse. A los cuatro días el hombre no podía vivir de soledad, de tristeza, de privación. Todo le aburría: la casa, doña Trini, la parentela. Pidió auxilio al arte, y el arte no le proporcionó más que desaliento y rabia. El paisaje hermosísimo, el mar azul, las pintorescas rocas, los silvestres pinos, todo le ponía cara fosca. La primera carta le consoló en su soledad; no podían faltar en ella ausencias dulcísimas ni aquello tan sobado de *nessun maggior dolore...*, ni los términos del vocabulario formado en las continuas charlas de amor. Habían convenido en escribirse dos cartitas por semana, y resultaba carta *todos los días diariamente*, según decía Tristana. Si las de él ardían, las de ella quemaban. Véase la clase:

"He pasado un día cruel y una noche de todos los perros de la jauría de Satanás. ¿Por qué te fuiste?... Hoy estoy más tranquila: oí misa, recé mucho. He comprendido que no debo quejarme, que hay que poner frenos al egoísmo. Demasiado bien me ha dado Dios, y no debo ser exigente. Merezco que me riñas y me pegues, y aun que me quieras un poco menos (¡no, por Dios!), cuando me aflijo por una ausencia breve y necesaria... Me mandas que esté tranquila, y lo estoy. *Tu duca, tu maestro, tu signore*. Sé que mi *señó Juan* volverá pronto, que ha de quererme siempre, y *Paquita de Rimini* espera confiada y se resigna con su *soleá*."

De él a ella:

"Hijita, ¡qué días paso! Hoy quise pintar un burro, y me salió... algo así como un pellejo de vino con orejas. Estoy de remate; no veo el color, no veo la línea, no veo más que a mi *Restituta*, que me encandila los ojos con sus monerías. Día y noche me persigue la imagen de mi *monstrua* serrana, con

todo el pesquis del Espíritu Santo y toda la sal del *botiquín*."

(*Nota del colector*: Llamaban *botiquín* al mar, por aquel cuento andaluz del médico de a bordo, que todo lo curaba con agua salada.)

"...Mi tía no está bien. No puedo abandonarla. Si tal barbaridad hiciera, tú misma no me la perdonarías. Mi aburrimiento es una horrible tortura que se le quedó en el tintero a nuestro amigo Alighieri...

"He vuelto a leer tu carta del jueves, la de las pajaritas, la de los éxtasis..., *inteligenti pauca*. Cuando Dios te echó al mundo, llevóse las manos a la cabeza augusta, arrepentido y pesaroso de haber gastado en ti todo el ingenio que tenía dispuesto para fabricar cien generaciones. Haz el favor de no decirme que tú no vales, que eres un cero. ¡Ceritos a mí! Pues yo te digo, aunque la modestia te salga a la cara como una aurora boreal, yo te digo, ¡oh *Restituta*!, que todos los bienes del mundo son una *perra chica* comparados con lo que tú vales; y que todas las glorias humanas, soñadas por la ambición y perseguidas por la fortuna, son un *zapato viejo* comparadas con la gloria de ser tu dueño... No me cambio por nadie... No, no, digo mal: quisiera ser Bismarck para crear un imperio, y hacerte a ti emperatriz. Chiquilla, yo seré tu vasallo humilde; pisotéame, escúpeme, y manda que me azoten."

De ella a él:

"...Ni en broma me digas que puede mi *señó Juan* dejar de quererme. No conoces tú bien a tu *Panchita de Rimini*, que no se asusta de la muerte, y se siente con valor para *suicidarse a sí misma* con la mayor sal del mundo. Yo me mato como quien se bebe un vaso de agua. ¡Qué gusto, qué dulcísimo estímulo de curiosidad! ¡Enterarse de todo lo que hay por allá, y verle la cara al *pusuntra*!... ¡Curarse radicalmente de aquella dudita fastidiosa de *ser o no ser*, como dijo *Chispeerís*...! En fin, que no me vuelvas a decir eso de quererme un poquito menos, porque mira tú..., ¡si vieras qué bonita colección de revólveres tiene mi *don Lepe*! Y te advierto que los sé manejar, y que si me atufo, ¡pim!, me voy a dormir la siesta con el Espíritu Santo..."

¡Y cuando el tren traía y llevaba todo este cargamento de sentimentalismo, no se inflamaban los ejes del coche-correo ni se disparaba la locomotora, como corcel en cuyos ijares aplicaran espuelas calentadas al rojo! Tantos ardores permanecían latentes en el papelito en que estaban escritos.

XVII

Tan voluble y extremosa era en sus impresiones la señorita de Reluz, que fácilmente pasaba del júbilo desenfrenado y epiléptico a una desesperación lúgubre. He aquí la muestra:

"*Caro bene, mio diletto*, ¿es verdad que me quieres tanto y que en tanto me estimas? Pues a mí me da por dudar que sea verdad tanta belleza. Dime: ¿existes tú, o no eres más que un fantasma vano, obra de la fiebre, de esta ilusión de lo hermoso y de lo grande que me trastorna? Hazme el favor de echar para acá una carta *fuera de abono*, o un telegrama que diga: *Existo. Firmado, señó Juan*... Soy tan feliz, que a veces paréceme que vivo suspendida en el aire, que mis pies no tocan la tierra, que huelo la eternidad y respiro el airecillo que sopla más allá del sol. No duermo. ¡Ni qué falta me hace dormir!... Más quiero pasarme toda la noche pensando que te gusto, y contando los minutos que faltan para ver tu jeta preciosa. No son tan felices como yo los justos que están en éxtasis a la *verita* de la Santísima Trinidad: no lo son, no pueden serlo... Sólo un recelo chiquito y fastidioso, como el grano de tierra que en un ojo se nos mete y nos hace sufrir tanto, me estorba para la felicidad absoluta. Y es la sospecha de que todavía no me quieres bastante, que no has llegado al supremo límite del querer, ¿qué digo límite, si no lo hay?, al principio del último cielo, pues yo no puedo hartarme de pedir más, más, siempre más; y no quiero, no quiero sino cosas infinitas, entérate..., todo infinito, infinitísimo, o nada... ¿Cuántos abrazos crees que te voy a dar cuando llegues? Ve contando. Pues tantos como segundos tarde una hormiga en dar la vuelta

al globo terráqueo. No; más, muchos más. Tantos como segundos tarde la hormiga en partir en dos, con sus patas, la esferita terrestre, dándole vueltas siempre por una misma línea... Conque saca esa cuenta, tonto."

Y otro día:

"No sé lo que me pasa, no vivo en mí, no puedo vivir de ansiedad, de temor. Desde ayer no hago más que imaginar desgracias, suponer cosas tristes: o que tú te mueres, y viene a contármelo don Lope con cara de regocijo, o que me muero yo y me meten en aquella caja horrible y me echan tierra encima. No, no, no quiero morirme, no me da la gana. No deseo saber lo de allá, no me interesa. Que me resuciten, que me vuelvan mi vidita querida. Me espanta mi propia calavera. Que me devuelvan mi carne fresca y bonita, con todos los besos que tú me has dado en ella. No quiero ser sólo huesos fríos y después polvo. No, esto es un engaño. Ni me gusta que mi espíritu ande pidiendo hospitalidad de estrella en estrella ni que San Pedro, calvo y con cara de malas pulgas, me dé con la puerta en los hocicos... Pues aunque supiera que había de entrar allí, no me hablen de muerte; venga mi vidita mortal, y la tierra en que padecí y gocé, en que está mi pícaro *señó Juan*. No quiero yo alas ni alones, ni andar entre ángeles sosos que tocan el arpa. Déjenme a mí de arpas y acordeones y de fulgores celestes. Venga vida mortal, y salud y amor, y todo lo que deseo.

"El problema de mi vida me anonada más cuanto más pienso en él. Quiero ser algo en el mundo, cultivar un arte, vivir de mí misma. El desaliento me abruma. ¿Será verdad, Dios mío, que pretendo un imposible? Quiero tener una profesión, y no sirvo para nada, ni sé nada de cosa alguna. Esto es horrendo.

"Aspiro a no depender de nadie, ni del hombre que adoro. No quiero ser su manceba, tipo innoble, la hembra que mantienen algunos individuos para que les divierta, como un perro de caza; ni tampoco que el hombre de mis ilusiones se me convierta en marido. No veo la felicidad en el matrimonio. Quiero, para expresarlo a mi manera, estar casada conmigo misma, y ser mi propia cabeza de familia. No sabré amar por obligación; sólo en la libertad comprendo mi fe constante y mi adhesión sin límites. Protesto, me da la gana de protestar contra los hombres, que se han cogido todo el mundo por suyo, y no nos han dejado a nosotras más que las veredas estrechitas por donde ellos no saben andar...

"Estoy cargante, ¿verdad? No hagas caso de mí. ¡Qué locuras! No sé lo que pienso ni lo que escribo; mi cabeza es un nidal de disparates. ¡Pobre de mí! Compadéceme; hazme burla... Manda que me pongan la camisa de fuerza y que me encierren en una jaula. Hoy no puedo escribirte ninguna broma, no está la masa para rosquillas. No sé más que llorar, y este papel te lleva un *botiquín* de lágrimas. Dime tú: ¿por qué he nacido? ¿Por qué no me quedé allá, en el regazo de la señora nada, tan hermosa, tan tranquila, tan dormilona, tan...? No sé acabar."

En tanto que estas ráfagas tempestuosas cruzaban el largo espacio entre la villa mediterránea y Madrid, en el espíritu de Horacio se iniciaba una crisis, obra de la inexorable ley de adaptación, que hubo de encontrar adecuadas condiciones locales para cumplirse. La suavidad del clima le embelesaba, y los encantos del paisaje se abrieron paso al fin, si así puede decirse, por entre las brumas que envolvían su alma. El Arte se confabuló con la Naturaleza para conquistarle, y habiendo pintado un día, después de mil tentativas infructuosas, una marina soberbia, quedó para siempre prendado del mar azul, de las playas luminosas y del risueño contorno de tierra. Los términos próximos y lejanos, el pintoresco anfiteatro de la villa, los almendros, los tipos de labradores y mareantes le inspiraban deseos vivísimos de transportarlo todo al lienzo; entróle la fiebre del trabajo, y por fin, el tiempo, antes tan estirado y enojoso, hízosele breve y fugaz; de tal modo que, al mes de residir en Villajoyosa, las tardes se comían las mañanas y las noches se merendaban las tardes, sin que el artista se acordara de merendar ni de comer.

Fuera de esto, empezó a sentir las querencias del propietario, esas atracciones vagas que sujetan al suelo la planta, y el espíritu a las pequeñeces domésticas. Suya era la hermosa casa en

que vivía con doña Trini: un mes tardó en hacerse cargo de su comodidad y de su encantadora situación. La huerta, poblada de añosos frutales, algunos de especies rarísimas, todos en buena conservación, suya era también, y el fresal espeso, la esparraguera y los plantíos de lozanas hortalizas; suya la acequia que atravesaba caudalosa la huerta y terrenos colindantes. No lejos de la casa podía mirar asimismo con ojos de propietario un grupo de palmeras gallardas, de bíblica hermosura, y un olivar de austero color, con ejemplares viejos, retorcidos y verrugosos como los de Getsemaní. Cuando no pintaba, echábase a pasear de largo, en compañía de gentes sencillas del pueblo, y sus ojos no se cansaban de contemplar la extensión cerúlea, el siempre admirable *botiquín,* que a cada instante cambiaba de tono, como inmenso ser vivo, dotado de infinita impresionabilidad. Las velas latinas que lo moteaban, blancas a veces, a veces resplandecientes como tejuelos de oro bruñido, añadían toques picantes a la majestad del grandioso elemento, que algunas tardes parecía lechoso y dormilón, otras rizado y transparente, dejando ver, en sus márgenes quietas, cristalinos bancos de esmeraldas.

Lo que observaba Horacio dicho se está que al punto era comunicado a Tristana.

Del mismo a la misma:

"¡Ay niña mía, no sabes cuán hermoso es esto. Pero ¿cómo has de comprenderlo tú, si yo mismo he vivido hasta hace poco ciego a tanta belleza y poesía? Admiro y amo este rincón del planeta, pensando que algún día hemos de amarlo y admirarlo juntos. Pero ¡si estás conmigo aquí, si en mí te llevo, y no dudo que tus ojos ven dentro de los míos lo que los míos ven!... ¡Ay *Restitutilla,* cuánto te gustaría mi casa, *nuestra* casa, si en ella te vieras! No me satisface, no, tenerte aquí en espíritu. ¡En espíritu! Retóricas, hija, que llenan los labios y dejan vacío el corazón. Ven, y verás. Resuélvete a dejar a ese viejo absurdo, y casémonos ante este altar incomparable, o ante cualquier otro altarito que el mundo nos designe, y que aceptaremos para estar bien con él... ¿No sabes? Me he franqueado con mi ilustre tía. Imposible guardar más tiempo el secreto. Pásmate, chiquilla; no puso mala cara. Pero aunque la pusiera.... ¿y qué? Le he dicho que te tengo ley, que no puedo vivir sin ti, y ha soltado la risa. ¡Vaya que tomar a broma una cosa tan seria! Pero más vale así... Dime que te alegra lo que te cuento hoy, y que al leerme te entran ganas de echar a correr para acá. Dime que has hecho el hatillo y me lanzo a buscarte. No sé lo que pensará mi tía de una resolución tan *súpita.* Que piense lo que quiera. Dime que te gustará esta vida oscura y deliciosa; que amarás esta paz campestre; que aquí te curarás de las locas efervescencias que turban tu espíritu, y que anhelas ser una feliz y robusta villana, ricachona en medio de la sencillez y la abundancia, teniendo por maridillo al más chiflado de los artistas, al más espiritual habitante de esta tierra de luz, fecundidad y poesía.

"*Nota bene.*—Tengo un palomar que da la hora, con treinta o más pares. Me levanto al alba, y mi primera ocupación es abrirles la puerta. Salen mis amiguitas adoradas, y para saludar al nuevo día, dan unas cuantas vueltas por el aire, trazando espirales graciosas; después vienen a comer a mi mano, o en derredor de mí, hablándome con sus arrullos un lenguaje que siento no poder transmitirte. Convendría que tú lo oyeras y te enteraras por ti misma."

XVIII

De Tristana a Horacio:

"¡Qué entusiasmadito y qué tonto está el *señó Juan!* ¡Y cómo con las glorias de ese terruño se le van las memorias de este páramo en que yo vivo! Hasta te olvidas de nuestro vocabulario, y ya no soy la *Frasquita de Rímini.* Bueno, bueno. Bien quisiera entusiasmarme con tu *rustiquidad* (ya sabes que yo invento palabras), *que del oro y del cetro pone olvido.* Hago lo que me mandas, y te obedezco... hasta donde pueda. *Bello país debe ser...* ¡Yo de villana, criando gallinitas, poniéndome cada día más gorda, hecha un animal, y con un dije que llaman *maridillo* colgado de la punta de la nariz! ¡Qué guapota estaré, y tu qué salado, con tus tomates tempranos y tus naranjas tardías, saliendo a

coger langostinos, y pintando burros con zaragüelles, o personas racionales con albarda..., digo, al revés. Oigo desde aquí las palomitas, y entiendo sus arrullos. Pregúntales por qué tengo yo esta ambición loca que no me deja vivir; por qué aspiro a lo imposible, y aspiraré siempre, hasta que el imposible mismo se me plante enfrente y me diga: "Pero ¿no me ve usted, so...?" Pregúntales por qué sueño despierta con mi propio ser transportado a otro mundo, en el cual me veo libre y honrada, queriéndote más que a las señoritas de mis ojos, y... Basta, basta, *per pietà*. Estoy borracha hoy. Me he bebido tus cartas de los días anteriores, y las encuentro horriblemente cargadas de *amílico*. ¡Mixtificador!

"Noticia fresca. Don Lope, el gran don Lope, *ante quien muda se postró la tierra,* anda malucho. El reuma se está encargando de vengar el sinnúmero de maridillos que burló, y a las vírgenes honestas o esposas frágiles que inmoló en el ara nefanda de su liviandad. ¡Vaya una figurilla!... Pues esto no quita que yo le tenga lástima al pobre Don Juan caído, porque fuera de su poquísima vergüenza en el ramo de mujeres, es bueno y caballeroso. Ahora que renquea y no sirve para nada, ha dado en la flor de entenderme, de estimar en algo este afán mío de aprender una profesión. ¡Pobre *don Lepe!* Antes se reía de mí; ahora me aplaude, y se arranca los pelos que le quedan, rabioso por no haber comprendido antes lo razonable de mi anhelo.

"Pues verás: haciendo un gran sacrificio, me ha puesto profesor de inglés, digo, profesora, aunque más bien la creerías del género masculino o del neutro; una señora alta, huesuda, andariega, con feísima cara de rosas y leche, y un sombrero que parece una jaula de pájaros. Llámase doña Malvina, y estuvo en la capilla evangélica, ejerciendo de *sacerdota protestanta*, hasta que le cortaron los víveres, y se dedicó a dar lecciones... Pues espérate ahora y sabrás lo más gordo: dice mi maestra que tengo unas disposiciones terribles, y se pasma de ver que apenas me ha enseñado las cosas, ya yo me las sé. Asegura que en seis meses sabré tanto inglés como *Chaskaperas* o el propio *Lord Mascaole*. Y al paso que me enseña inglés, me hace recordar el franchute, y luego le meteremos el diente al alemán. *Give me a kiss,* pedazo de bruto. Parece mentira que seas tan *iznorante,* que no entiendas esto.

"Bonito es el inglés, casi tan bonito como tú, que eres una fresca rosa de mayo..., si las rosas de mayo fueran negras como mis zapatos. Pues digo que estoy metida en unos afanes espantosos. Estudio a todas horas y devoro los temas. Perdona mi inmodestia; pero no puedo contenerme: soy un prodigio. Me admiro de encontrarme que sé las cosas cuando intento saberlas. Y a propósito, *señó Juan* naranjero y con zaragüelles, sácame de esta duda: "*¿Has comprado la pluma de acero del hijo de la jardinera de tu vecino?*" Tonto, no; lo que has comprado es *la palmatoria de marfil de la suegra del...* sultán de Marruecos.

"Te muerdo una oreja. Expresiones a las palomitas. *Te be or not to be... All the world a stage.*"

De *señó Juan a señá Restituta:*

"Cielín mío, miquina, no te hagas tan sabia. Me asustas. De mí sé decirte que en esta *rustiquidad* (admitida la nueva palabra) casi me dan ganas de olvidar lo poquito que sé. ¡Viva la Naturaleza! ¡Abajo la ciencia! Quisiera acompañarte en tu aborrecimiento de la vida oscura: *ma non posso.* Mis naranjos están cargados de azahares, para que lo sepas, ¡rabia, rabiña!, y de frutas de oro. Da gozo verlos. Tengo unas gallinas que cada vez que ponen huevo, preguntan al cielo, cacareando, qué razón hay para que no vengas tú a comértelos. Son tan grandes que parecen tener dentro un elefantito. Las palomas dicen que no quieren nada con ingleses, ni aun con los que son émulos del gran *Sáspirr*. Por lo demás, comprenden y practican la libertad honrada o la honradez libre. Se me olvidó decirte que tengo tres cabras con cada ubre como el bombo grande de la lotería. No me compares esta leche con la que venden en la cabrería de tu casa, con aquellos *lácteos virgíneos candores* que tanto asco nos daban. Las cabritas te esperan, inglesilla de tres al cuarto, para ofrecerte sus *senos turgentes*. Dime otra cosa... ¿Has comido turrón estas Navidades? Yo tengo aquí almendra y avellana bastantes para empacharte a ti y a toda tu casta. Ven

y te enseñaré cómo se hace lo de Jijona, lo de Alicante y el sabrosísimo de yema, menos dulce que tu alma gitana. ¿Te gusta a ti el cabrito asado? Digolo porque si probaras lo de mi tierra te chuparías el dedo: no, el *deito* ese de San Juan te lo chuparía yo. Ya ves que me acuerdo del vocabulario. Hoy está revuelto el *botiquín*, porque el Poniente le hace muchas cosquillas, poniéndole nervioso...

"Si no te enfadas ni me llamas prosaico, te diré que como por siete. Me gustan extraordinariamente las sopas de ajo tostaditas, el bacalao y el arroz *en sus múltiples aspectos*, los pavipollos y los salmonetes con piñones. Bebo sin tasa del riquísimo *licor de Engadi*, digo, de Aspe, y me estoy poniendo gordo y guapo inclusive, para que te enamores de mí cuando me veas y te *extasies* delante de mis encantos o *appas*, como dicen los franceses y nosotros. ¡Ay, qué *appases* los míos! Pues ¿y tú? Haz el favor de no encanijarte con tanto estudio. Temo que la *señá* Malvina te contagie de su fealdad seca y hombruna. No te me vuelvas muy filósofa, no te encarames a las estrellas, porque a mí me están pesando mucho las carnazas y no puedo subir a cogerte, como cogería un limón de mis limoneros... Pero ¿no te da envidia de mi manera de vivir? ¿A qué esperas? Si no *la jazemos* ahora, ¿cuándo, *per Baco?* Vente, vente. Ya estoy arreglando tu habitación, que será *manífica*, digno estuche de tal joya. Dime que sí, y parto, parto... (no el de los montes), quiero decir que corro a traerte. *Oh donna di virtù!* Aunque te vuelvas más marisabidilla que Minerva, y me hables en griego para mayor claridad; aunque te sepas de memoria las Falsas Decretales y la Tabla de logaritmos, te adoraré con toda la fuerza de mi supina barbarie."

De la señorita de Reluz:

"¡Qué pena, qué ansiedad, qué miedo! No pienso más que cosas malas. No hago más que bendecir este fuerte constipado que me sirve de pretexto para poder limpiarme los ojos a cada instante. El llanto me consuela. Si me preguntas por qué lloro, no sabré responderte. ¡Ah! Sí, sí, ya sé: lloro porque no te veo, porque no sé cuándo te veré. Esta ausencia me mata. Tengo celos del mar azul, los barquitos, las naranjas, las palomas, y pienso que todas esas cosas tan bonitas serán Galeotos de la infidelidad de mi *señó Juan*... Donde hay tanto bueno, ¿no ha de haber también buenas mozas? Porque con todo mi *marisabidillismo* (ve apuntando las palabras que invento), yo me mato si tú me abandonas. Eres responsable de la tragedia que puede ocurrir, y...

"Acabo de recibir tu carta. ¡Cuánto me consuela! Me he reído de veras. Ya se me pasaron los *esplines*; ya no lloro; ya soy feliz, tan feliz que no *sabo* expresarlo. Pero no me engatusas, no, con tus limoneros y tus acequias de *undosa corriente*. Yo libre y honrada, te acepto así, aldeanote y criador de pollos. Tú como eres, yo como *ero*. Eso de que dos que se aman han de volverse iguales y han de pensar lo mismo, no me cabe a mí en la cabeza. ¡El uno para el otro! ¡Dos en uno! ¡Qué bobadas inventa el egoismo! ¿A qué esa confusión de los caracteres? Sea cada cual como Dios le ha hecho, y siendo distintos, se amarán más. Déjame suelta, no me amarres, no borres mi..., ¿lo digo? Estas palabras tan sabias se me atragantan; pero, en fin, la soltaré..., mi *doisingracia*.

"A propósito. Mi maestra dice que pronto sabré más que ella. La pronunciación es el caballo de batalla; pero ya me soltaré, no te apures, que esta lengüecita mía hace todo lo que quiero. Y ahora, allá van los golpes de incensario que me echo a mí misma. ¡Qué modesta es la nena! Pues, señor, sabrás que domino la gramática, que me bebo el diccionario, que mi memoria es prodigiosa, lo mismo que mi entendimiento (no, si no lo digo yo; lo dice la *señá* Malvina). Esta no se anda en bromas, y sostiene que conmigo hay que empezar por el fin. De manos a boca nos hemos *ponido* a leer a *Don Guillermo*, al inmenso poeta, *el que más ha creado después de Dios*, como dijo Séneca..., no, no, Alejandro Dumas. Doña Malvina se sabe de memoria el Glosario, y conoce al dedillo el texto de todos los dramas y comedias. Me dió a escoger, y elegí el *Macbeth*, porque aquella señora de Macbeth me ha sido siempre muy simpática. Es mi amiga... En fin, que le metimos el diente a la tragedia. Las brujitas me han *dicido* que seré reina..., y yo me lo creo.

Pero, en fin, ello es que estamos traduciendo. ¡Ay hijo, aquella exclamación de la *señá* Macbeth, cuando grita al cielo con toda su alma: *Unsex me here,* me hace estremecer y despierta no sé qué terribles emociones en lo más profundo de mi naturaleza! Como no perteneces a las *clases ilustradas,* no entenderás lo que aquello quiere decir, ni yo te lo explico, porque sería como echar margaritas a... No, eres mi cielo, mi infierno, mi polo *maznético,* y hacia ti marca siempre tu brújula, tu chacha querida, tu... *Lady Restitute.*"

Jueves 14.

"¡Ay! No te había dicho nada. El gran don Lope, *terror de las familias,* está conmigo como un merengue. El reuma sigue mortificándole, pero siempre tiene para mí palabras de cariño y dulzura. Ahora le da por llamarme su hija, por recrear su espíritu (así lo dice) llamándose mi papá, y por figurarse que lo es. *E se non piangi, de che panger suoli?* Se arrepiente de no haberme comprendido, de no haber cultivado mi inteligencia. Maldice su abandono... Pero aún es tiempo; aún podremos ganar el terreno perdido. Porque yo tenga una profesión que me permita ser honradamente libre, venderá él la camisa, si necesario fuese. He empezado por traerme un carro de libros, pues en casa jamás los hubo. Son de la biblioteca de su amigo el marqués de Cicero. Excuso decirte que he caído sobre ellos como loco hambriento, y a éste quiero, a éste no quiero, heme dado unos atracones que ya, ya... ¡Dios mío, cuánto *sabo*! En ocho días he tragado más páginas que lentejas dan por mil duros. Si vieras mi cerebrito por dentro, te asustarías. Allí andan las ideas a bofetada limpia unas con otras... Me sobran muchas, y no sé con *cuálas* quedarme... Y lo mismo le hinco el diente a un tomo de Historia que a un tratado de Filosofía. ¿A que no sabes tú lo que son las mónadas del señor de Leibniz? Tonto, ¿crees que digo *monadas*? Para monadas, las tuyas, dirás, y con razón. Pues si tropiezo con un libro de Medicina, no creas que le hago *fu.* Yo con todo apenco. Quiero saber, saber, saber. Por cierto que... No, no te lo digo. Otro día será. Es muy tarde: he velado por escribirte; la *pálida antorcha* se extingue, bien mío. Oigo el canto del gallo, *nuncio* del nuevo día, y ya el plácido beleño por mis venas se derrama... Vamos, palurdo, confiesa que te ha hecho gracia lo del beleño... En fin, que estoy rendida y me voy al almo lecho..., sí, señor, no me vuelvo atrás: almo, almo."

XIX

De la misma al mismo:

"Monigote, ¿en qué consiste que cuanto más sé, y ya sé mucho, más te idolatro?... Ahora que estoy malita y triste, pienso más en ti... Curiosón, todo lo quieres saber. Lo que tengo no es nada, nada; pero me molesta. No hablemos de eso... Hay en mi cabeza un barullo tal, que no sé si esto es cabeza o el manicomio donde están encerrados los grillos que han perdido la razón grillesca... ¡Un aturdimiento, un pensar y pensar siempre cosas mil, millones más bien de cosas bonitas y feas, grandes y chicas! Lo más raro de cuanto me pasa es que se me ha borrado tu imagen: no veo claro tu lindo rostro; lo veo así como envuelto en una niebla, y no puedo precisar las facciones, ni hacerme cargo de la expresión, de la mirada. ¡Qué rabia!... A veces me parece que la neblina se despeja..., abro mucho los ojitos de la imaginación, y me digo: "Ahora, ahora le voy a ver." Pero resulta que veo menos, que te oscureces más, que te borras completamente, y abur mi *señó Juan.* Te me vuelves espíritu puro, un ser intangible, un... no sé cómo decirlo. Cuando considero la pobreza de palabras, me dan ganas de inventar muchas, a fin de que todo pueda decirse. ¿Serás tú *mimito*?

"Pienso que todo eso que me dices de que estás hecho un ganso es por burlarte de mí. No, niño, eres un gran artista, y tienes en la mollera la divina luz; tú darás que hacer a la fama y asombrarás al mundo con tu genio maravilloso. Quiero que se diga que Velázquez y Rafael eran unos pintapuertas comparados contigo. Lo tienen que decir. Tú me engañas: echándotelas de patán y de huevero y de *naranjista,* trabajas en silencio y me preparas la gran sorpresa. ¡No son malos huevos los que tú

empollas! Estás preparando con estudios parciales el gran cuadro que era tu ilusión y la mía, el *Embarque de los moriscos expulsados,* para el cual apuntaste ya algunas figuras. Hazlo, por Dios, trabaja en eso. ¡Asunto histórico, profundamente humano y patético! No vaciles y déjate de gallinas y vulgaridades estúpidas. ¡El arte! ¡La gloria, *señó Juanico*! Es la única rival de quien no tengo celos. Súbete a los cuernos de la luna, pues bien puedes hacerlo. Si hay otros que regarán las hortalizas mejor que tú, ¿por qué no intentas lo que nadie como tú hará? ¿No debe cada cual estar en lo suyo? Pues lo tuyo es eso: el divino arte, en que tan poco te falta para ser maestro. He dicho."

Lunes.

"¿Te lo digo? No, no te lo digo. Te vas a asustar, creyendo que es más de lo que es. No, permíteme que no te diga nada. Ya estoy viendo los morros que me pones por este sistema mío de apuntar y no hacer fuego, diciendo las cosas con misterio y callándolas sin dejar de decirlas. Pues entérate, aguza el oído y escucha. ¡Ay, ay, ay! ¿No oyes cómo se queja tu *Beatricita*? ¿Crees que se queja de amor, que se arrulla como tus palomas? No; quéjase de dolor físico. ¿Pensarás que estoy tísica pasada, como la *Dama de las camelias*? No, hijo mío. Es que don Lope me ha pegado su reuma. Hombre, no te asustes; don Lope no puede pegarme nada, porque..., ya sabes... No hay caso. Pero se dan contagios intencionales. Quiero decir que mi tirano se ha vengado de mis desdenes comunicándome por arte gitanesco o de mal de ojos la endiablada enfermedad que padece. Hace dos días, al levantarme de la cama, sentí un dolor tan agudo, pero tan agudo, hijo... No quiero decirte dónde: ya sabes que una señorita, inglesa por añadidura, *miss Restitute,* no puede nombrar decorosamente, delante de un hombre, otras partes del cuerpo que la cara y las manos. Pero, en fin, grandísimo poca vergüenza, yo tengo confianza contigo y quiero decírtelo claro: me duele una pierna. ¡Ay, ay, ay! ¿Sabes dónde? Junto a la rodilla, *do* existe aquel lunar... ¡Vamos, que si esto no es confianza!... ¿No te parece cruel lo que hace Dios conmigo? ¡Que a ese perdulario le cargue de achaques en su vejez, como castigo de una juventud de crímenes contra la moral, muy santo y muy bueno; pero que a mí, jovenzuela que empiezo a pecar, que apenas..., y esto con circunstancias atenuantes; que a mí me aflija, a las primeras de cambio, con tan fiero castigo...! Ello será todo lo justo que se quiera, pero no lo entiendo. Verdad que somos unos papanatas. ¡No faltaba más sino que entendiéramos los designios, etcétera...! En fin, que los decretos del Altísimo me traen muy apenada. ¿Qué será esto? ¿No se me quitará pronto? Me desespero a ratos, y creo que no es Dios, que no es el Altísimo, sino el *Bajísimo,* quien me ha traído este alifafe. El demonio es mala persona, y quiere vengarse de mí por lo que le hice rabiar. Poco antes de conocerte, mi desesperación anduvo en tratos con él; pero te conocí y le mandé a freír espárragos. Me salvaste de caer en sus uñas. El maldito juró vengarse, y ya lo ves. ¡Ay, ay, ay! Tu *Restituta,* tu *Curra de Rímini* está cojita. No creas que es broma: no puedo andar... Me causa terror la idea de que, si estuvieras aquí, no podría yo ir a tu estudio. Aunque sí, iría, vaya si iría, arrastrándome. ¿Y tú me querrás cojitranca? ¿No te burlarás de mí? ¿No perderás la ilusión? Dime que no; dime que esta cojerilla es cosa pasajera. Vente para acá; quiero verte; me mortifica horriblemente esto de haber perdido la memoria de tu carátula. Me paso largos ratos de la noche figurándome cómo eres, sin poder conseguirlo. ¿Y qué hace la niña? Reconstruirte a su manera, crearte, con violencias de la imaginación. Ven pronto, y por el camino pídele a Dios, como yo se lo pido, que cuando llegues no cojee ya tu *fenómena.*"

Martes.

"¡Albricias, *señó Juan,* hombre rústico y pedestre, destripaterrones, moro de los dátiles, albricias! Ya no me duele. Hoy no cojeo. ¡Qué alivio, que alegrón! Don Lope celebra mi mejoría; pero se me figura a mí que en su fuero interno (un fuero de muchas esquinas) siente que la esclava no claudique, porque la cojera es como un grillete que la sujeta más a su malditísima persona... Tu carta me ha hecho reír mucho. Eso de no ver en

mi enfermedad más que una luxación, por los brincos que doy para escalar *de la inmortalidad el alto asiento,* tiene mucha sal. Lo que me aflige es que persistas en ser tan rebrutísimo y en apegarte a esas cominerías ramplonas. ¡Que la vida es corta y hay que gozar de ella! ¡Que el arte y la gloria no valen dos ochavos! No decías eso cuando nos conocimos, grandísimo tuno. ¡Que en vez de brincar debo sentarme con muchísima pachorra en las losas calentitas de la vida doméstica! Hijo, si no puedo; si cada vez soy menos doméstica! Mientras más lecciones le da Saturna, más torpe es la niña. Si esto es una falta grave, ten lástima de mí.

"¡Qué feliz soy! Primero: me dices tú que vendrás pronto. Segundo: ya no cojeo. Tercero..., no, lo tercero no te lo digo. Vamos, para que no te devanes los sesos, allá va. Anoche estuve muy desvelada, y una idea mariposeaba en torno de mí, hasta que se me metió en la mollera y allí se quedó; y hecho su nido, ya me tienes con mi plaga de ideítas que me están atormentando y que te comunicaré incontinenti. Sabrás que ya he resuelto el temido problema. La esfinge de mi destino desplegó los marmóreos labios y me dijo que para ser libre y honrada, para gozar de independencia y vivir de mí misma, debo ser actriz. Y yo he dicho que sí; lo apruebo, me siento actriz. Hasta ahora dudé de poseer las facultades del arte escénico; pero ya estoy segura de poseerlas. Me lo dicen ellas mismas gritando dentro de mí. ¡Representar los afectos, las pasiones, fingir la vida! ¡Jesús, qué cosa más fácil! ¡Si yo sé sentir no sólo lo que siento, sino lo que sentiría en los varios casos de la vida que puedan ocurrir! Con esto, y buena voz, y una figura que..., vamos, no es maleja, tengo todo lo que me basta.

"Ya, ya veo lo que me dices: que me faltará presencia de ánimo para soportar la mirada de un público, que me cortaré... Quítate, hombre, ¡qué he de turbarme yo! No tengo vergüenza, dicho sea en el mejor sentido. Te juro que en este instante me encuentro con alientos para representar los más difíciles dramas de pasión, las más delicadas comedias de gracia y coquetería. ¿Qué? ¿Te burlas? ¿No me crees? Pues a probarlo. Que me saquen a la escena y verás quién es tu *Restituta.* Nada, hombre, que ya te convencerás, ya te irás convenciendo. A ti, ¿qué te parece? Ya me figuro que no te gustará, que tendrás celos del teatro. Eso de que un galán me abrace, eso de que a un actorcillo cualquiera tenga yo que hacerle mimos y decirle mil ternezas, te desagrada, ¿verdad? Ni tiene maldita gracia que veinte mil majaderos se prenden de mí, y me lleven ramos, y se crean autorizados para declararme la mar de pasiones volcánicas. No, no seas tonto. Yo te quiero más que a mi vida. Pero hazme el favor de concederme que el arte escénico es un arte noble, de los pocos que puede cultivar honradamente una mujer. Concédemelo, bruto, y también que esa profesión me dará independencia y que en ella sabré y podré quererte más, siempre más, sobre todo si te decides a ser grande hombre. Hazme el favor de serlo, niño, y no te vea yo convertido en un terrateniente vulgar y oscuro. No me hables a mí de dulces tinieblas. Quiero luz, más luz, siempre más luz."

Sábado.

"¡Ay, ay, ay! Mi gozo en un pozo. Estarás en ascuas, sin carta mía desde el martes. Pero ¿no sabes lo que me pasa? Me muero de pena... ¡Coja otra vez, con dolores horribles! He pasado tres días crueles. La mejoría traidora del martes me engañó. El miércoles, después de una noche infernal, amanecí en un grito. Don Lope trajo al médico, un tal Miquis, joven y agradable. ¡Qué vergüenza! No tuve más remedio que enseñarle mi pierna. Vió el lunarcito, ¡ay, ay, ay!, y me dijo no sé qué bromas para hacerme reír. Creo que su pronóstico no es muy tranquilizador, aunque *don Lepe* asegura lo contrario, sin duda para animarme. Dios mío, ¿cómo voy a ser actriz con esta cojera maldita? No puede ser, no puede ser. Estoy loca; no pienso más que horrores. Y todo ello, ¿qué es? Nada; alrededor del lunarcito, una dureza..., y si me toco, veo las estrellas, lo mismo que si ando. Ese Miquis, que parta un rayo, me ha mandado no sé qué ungüentos, y una venda sin fin, que Saturna me arrolla con muchísimo cuidado... ¡Estoy bien, vive Dios! Tienes a tu

Beatrice hecha una cataplasma. Debo de estar feísima, ¡y qué facha!... Te escribo en el sillón, del cual no puedo moverme. Saturna mantiene el tintero... ¿Y cómo te veo ahora, si vienes? No, no vengas hasta que esto se me quite. Yo les pido a Dios y a la Virgen que me curen pronto. No he sido tan mala que este castigo merezca. ¿Qué crimen he cometido? ¿Quererte? ¡Vaya un crimen! Como tengo esta maldita costumbre de buscar siempre el *perché delle cose*, cavilo que Dios se ha equivocado con respecto a mí. ¡Jesús, qué blasfemia! ¡No, cuando El lo hace...! Sufriremos; venga paciencia, aunque, francamente, esto de no poder ser actriz me vuelve loca y me hace tirar a un lado toda la paciencia que había podido reunir... Pero ¿y si me curo?... Porque esto se curará, y no cojearé, o cojearé tan poquito que lo pueda disimular.

"Vamos, que si ahora no tienes lástima de mí, no sé para cuándo la guardas. Y si ahora no me quieres más, más, más, mereces que el *Bajísimo* te coja por su cuenta y te saque los ojos. ¡Soy tan desgraciada!... No sé si por la congoja que siento, o efecto de la enfermedad, ello es que todas las ideas se me han escapado, como si se echaran a volar. Volverán, ¿no crees tú que volverán? Y me pongo a pensar y digo: Pero, Señor, todo lo que leí, todo lo que aprendí en tantos librotes, ¿dónde está? Debe de andar revoloteando en torno de mi cabeza, como revolotean los pajaritos alrededor del árbol antes de acostarse, y ya entrarán, ya entrará todo otra vez. Es que estoy muy triste, muy desalentada, y la idea de andar con muletas me abruma. No, yo no quiero ser coja. Antes...

"Malvina, por distraerme, me propone que la emprendamos con el alemán. La he mandado a paseo. No quiero alemán, no quiero lenguas, no quiero más que salud, aunque sea más tonta que un cerrojo. ¿Me querrás tú cojita? No, si me curaré... ¡Pues no faltaba más! Si no, sería una injusticia muy grande, una barbaridad de la Providencia, del Altísimo, del... no sé qué decir. Me vuelvo loca. Necesito llorar, pasarme todo el día llorando...; pero estoy rabiosa, y con rabia no puedo llorar. Tengo odio a todo el género humano, menos a ti. Quisiera que ahorcaran a doña Malvina, que fusilaran a Saturna, que a don Lope le azotaran públicamente, paseándole en un burro, y después le quemaran vivo. Estoy atroz, no sé lo que pienso, no sé lo que digo..."

XX

Al caer de la tarde, en uno de los últimos días de enero, entró en su casa don Lope Garrido melancólico y taciturno, como hombre sobre cuyo ánimo pesan gravísimas tristezas y cuidados. En pocos meses la vejez había ganado a su persona el terreno que supieron defender la presunción y el animoso espíritu de sus años maduros; inclinábase hacia la tierra; su noble semblante tomaba un color terroso y sombrío; las canas iban prosperando en su cabeza, y para completar la estampa del decaimiento, hasta en el vestir se marcaba cierta negligencia, más lastimosa que el *bajón* de la persona. Y las costumbres no se quedaban atrás en este cambiazo, porque don Lope apenas salía de noche, y el día se lo pasaba casi enteramente en casa. Bien se comprendía el motivo de tanto estrago, porque habrá que repetirlo, fuera de su absoluta ceguera moral en cosas de amor, el libertino inservible era hombre de buenos sentimientos y no podía ver padecer a las personas de su intimidad. Cierto que él había deshonrado a Tristana, matándola para la sociedad y el matrimonio, hollando su fresca juventud; pero lo cortés no quitaba lo valiente; la quería con entrañable afecto y se acongojaba de verla enferma y con pocas esperanzas de pronto remedio. Era cosa larga, ¡ay!, según dijo Miquis en la primera visita, sin asegurar que quedase bien, es decir, libre de cojera.

Entró, pues, don Lope, y soltando la capa en el recibimiento, se fué derechito al cuarto de su esclava. ¡Cuán desmejorada la pobrecita con la inacción, con la pena moral y física de su dolorosa enfermedad! Encajada y quieta en un sillón de resortes que su viejo le compró, y que se extendía para dormir cuando la necesidad de sueño la agobiaba; envuelta en un mantón de cuadros, las manos en cruz y la cabeza al aire, Tristana no era ya ni sombra de sí misma. Su palidez a nada puede comparar-

se; la pasta de papel de que su lindo rostro parecía formado era ya de una diafanidad y de una blancura increíbles; sus labios se habían vuelto morados; la tristeza y el continuo llorar rodeaban sus ojos de un cerco de transparencias opalinas.

—¿Qué tal, mona?—le dijo don Lope, acariciándole la barbilla y sentándose a su lado—. Mejor, ¿verdad? Me ha dicho Miquis que ahora vas bien, y que el mucho dolor es señal de mejoría. Claro, ya no tienes aquel dolor sordo, profundo, ¿verdad? Ahora te duele, te duele de firme; pero como una desolladura..., eso es. Precisamente es lo que se quiere: que te duela. La hinchazón va cediendo. Ahora..., niña—sacando una cajita de farmacia—, vas a tomar esto. No sabe mal: dos pildoritas cada tres horas. En cuanto al medicamento externo, dice don Augusto que sigamos con lo mismo. Conque anímate, que dentro de un mes ya podrás brincar y hasta bailar unas malagueñas.

—¡Dentro de un mes! ¡Ay! Yo apuesto a que no. Dices eso por consolarme. Lo agradezco; pero, ¡ay!... Ya no brincaré más.

El tono de hondísima tristeza con que lo dijo enterneció a don Lope, hombre valiente y de mucho corazón para otras cosas, pero que no servía para nada delante de un enfermo. El dolor físico en persona de su intimidad le ponía corazón de niño.

—Ea, no hay que acobardarse. Yo tengo confianza; tenla tú también. ¿Quieres más libros para distraerte? ¿Quieres dibujar? Pide por esa boca. ¿Tráigote comedias para que vayas estudiando tus papeles?—Tristana hacía signos negativos de cabeza—. Bueno, pues te traere novelas bonitas o libros de Historia. Ya que has empezado a llenar tu cabeza de sabiduría, no te quedes a la mitad. A mí me da el corazón que has de ser una mujer extraordinaria. ¡Y yo tan bruto, que no comprendí desde el principio tus grandes facultades! No me lo perdonaré nunca.

—Todo perdonado—murmuró Tristana, con señales de profundo aburrimiento.

—Y ahora, ¿comemos? ¿Tienes ganita? ¿Que no? Pues, hija, hay que hacer un esfuerzo. Ya que no otra cosa, el caldo y la copita de jerez. ¿Te chuparías una patita de gallina? ¿Que no? Pues no insisto... Ahora, si la egregia Saturna quiere darme algún alimento, se lo agradeceré. No tengo muchas ganas; pero me siento desfallecido, y algo hay que echar al cuerpo miserable.

Fuése al comedor, y sin enterarse del contenido de los platos, pues sus pensamientos le abstraían completamente de todo lo externo, despachó sopa, un poco de carne y algo más. Con el último bocado entre los dientes volvió al lado de Tristana.

—¿Qué tal?... ¿Has tomado el caldito? Bien; me gusta que no hagas ascos a la comida. Ahora te daré tertulia hasta que te entre sueño. No salgo, por acompañarte... No, no te lo digo para que me lo agradezcas. Ya sé que en otros tiempos debí hacerlo y no lo hice. Es tarde, es tarde ya, y estos mimos resultan algo trasnochados. Pero no hablemos de eso; no me abochornes... Si te incomodo, me lo dices; si gustas de estar sola, me voy a mi cuarto.

—No, no. Estate aquí. Cuando me quedo sola pienso cosas malas.

—¿Cosas malas, vida mía? No desbarres. Tú no te has hecho cargo de lo mucho bueno y grande que te reserva tu destino. Un poquillo tarde he comprendido tu mérito; pero lo comprendo al fin. Reconozco que no soy digno ni del honor de darte mis consejos; pero te los doy, y tú los tomas o los dejas, según te acomode.

No era la primera vez que don Lope le hablaba en este tono; y la señorita de Reluz, dicha sea la verdad, le oía gozosa, porque el marrullero galán sabía herirla en lo más sensible de su ser, adulando sus gustos y estimulando su soñadora fantasía. Hay que advertir, además, que algunos días antes de la escena que se refiere, el tirano dió a su víctima pruebas de increíble tolerancia. Escribía ella su carta sin moverse del sillón, sobre una tabla que para el caso le había preparado convenientemente Saturna. Una mañana, hallándose la joven en lo más recio de su ocupación epistolar, entró inesperadamente don Lope, y como la viese esconder con precipitación papel y tintero, díjole con bondad risueña:

—No, no, mocosa, no te prives de escribir tus cartitas. Me voy para no estorbarte.

Pasmada oyó Tristana las gallardas expresiones que desmentían en un punto el carácter receloso y egoísta del viejo galán, y continuó escribiendo tan tranquila. En tanto, *don Lepe*, metido en su cuarto y a solas con su conciencia, se despachó a su gusto consigo mismo en esta forma: "No, no puedo hacerla más desgraciada de lo que es... ¡Me da mucha pena, pero mucha pena..., pobrecilla! Que en esta última temporada, hallándose sola, aburrida, encontrara por ahí a un mequetrefe y que éste me la trastornara con cuatro palabras amorosas... Vamos..., pase... No quiero hacer a ese danzante el honor de preocuparme de él... Bueno, bueno; que se aman, que se han hecho mil promesas estúpidas... Los jóvenes de hoy no saben enamorar; pero fácilmente le llenan la cabeza de viento a muchacha tan soñadora y exaltada como ésta. De fijo que se le ha ofrecido casarse, y ella se lo cree... Bien claro está que van y vienen cartitas... ¡Dios mío, las tonterías que se dirán!... Como si las leyera. Y matrimonio por arriba, matrimonio por abajo, el estribillo de siempre. Tanta imbecilidad me movería a risa si no se tratara de esta niña hechicera, mi último trofeo, y como el último, el más caro a mi corazón. ¡Vive Dios que si estúpidamente me la dejé quitar, ha de volver a mí; no para nada malo, bien lo sabe Dios, pues ya estoy mandado recoger, sino para tener el gusto de arrancársela al chisgarabís, quienquiera que sea, que me la birló, y probar que cuando el gran don Lope se atufa, nadie puede con él! La querré como hija, la defenderé contra todos, contra las formas y especies varias de amor, ya sea con matrimonio, ya sin él... Y ahora, ¡por vida de...!, ahora me da la gana de ser su padre, y de guardarla para mí solo, para mí solo, pues aún pienso vivir muchos años, y si no me cuadra retenerla como mujer, la retendré como hija querida; pero que nadie la toque, ¡vive Dios!, nadie la mire siquiera."

El profundo egoísmo que estas ideas entrañaban fué expresado por el viejo galán con un resoplido de león, accidente muy suyo en los casos críticos de su vida. Fuése luego junto a Tristana, y con mansedumbre que parecía surgir de su ánimo sin ningún esfuerzo, le acarició las mejillas, diciéndole:

—Pobre alma mía, cálmate. Ha llegado la hora de la suprema indulgencia. Necesitas un padre amoroso, y lo tendrás en mí... Sé que has claudicado moralmente, antes de cojear con tu piernecita... No, no te apures, no te riño... Mía es la culpa; sí, a mí, sólo a mí, debo echarme los tiempos por ese devaneo tuyo, resultado de mi abandono, del olvido... Eres joven, bonita. ¿Qué extraño es que cuantos monigotes te ven en la calle te galanteen? ¿Qué extraño que entre tantos haya saltado uno, menos malo que los demás, y que te haya caído en gracia... y que creas en sus promesas tontas y te lances con él a proyectillos de felicidad que pronto se te vuelven humo?... Ea, no hablemos más de eso. Te lo perdono... Absolución total. Ya ves..., quiero ser tu padre, y empiezo por...

Trémula, recelosa de que tales declaraciones fueran astuto ardid para reducirla a confesar su secreto, y sintiendo más que nunca el misterioso despotismo que don Lope ejercía sobre ella, la cautiva negó, balbuciendo excusas; pero el tirano, con increíble condescendencia, redobló sus ternuras y mimos paternales en estos términos:

—Es inútil que niegues lo que declara tu turbación. No sé nada y lo sé todo. Ignoro y adivino. El corazón de la mujer no tiene secretos para mí. He visto mucho mundo. Ni te pregunto quién es el caballerito, ni me importa saberlo. Conozco la historia, que es de las más viejas, de las más adocenadas y vulgares del humano repertorio. El tal te habrá vuelto tarumba con esa ilusión cursi del matrimonio, buena para horteras y gente menuda. Te habrá hablado del altarito, de las bendiciones y de la vida chabacana y oscura, con sopa boba, criaturitas, ovillito de algodón, brasero, camilla y demás imbecilidades. Y si tú te tragas semejante anzuelo, haz cuenta que te pierdes, que echas a rodar tu porvenir y le das una bofetada a tu destino...

—¡Mi destino!—exclamó Tristana, reanimándose, y sus ojos se llenaron de luz.

—Tu destino, sí. Has nacido para algo muy grande, que no podemos precisar aún. El matrimonio te zambulliría en la vulgaridad. Tú no puedes ni debes ser de nadie, sino de ti misma. Esa idea

tuya de la honradez libre, consagrada a una profesión noble; esa idea que yo no supe apreciar antes y que al fin me ha conquistado, demuestra la profunda lógica de tu vocación, de tu ambición diré, si quieres. Ambicionas porque vales. Si tu voluntad se dilata, es porque tu entendimiento no cabe en ti... ¡Si esto no tiene vuelta de hoja, niña querida!—adoptando el tonillo zumbón—. ¡Vaya, que a una mujer de tu temple salirle con las monsergas de las tijeras y el dedalito, de la echadura de huevos, del amor de la lumbre y del contigo pan y cebolla! Mucho cuidado, hija mía, mucho cuidado con esas seducciones para costureras y señoritas de medio pelo... Porque te pondrás buena de la pierna y serás una actriz tan extraordinaria, que no haya otra en el mundo. Y si no te cuadra ser comedianta, serás otra cosa, lo que quieras, lo que se te antoje... Yo no lo sé..., tú misma lo ignoras aún; no sabemos más sino que tienes alas. ¿Hacia dónde volarás? ¡Ah!... Si lo supiéramos, penetraríamos los misterios del destino, y eso no puede ser.

XXI

"¡Ay Dios mío—decía Tristana para sí, cruzando las manos y mirando fijamente a su viejo—, cuánto sabe este maldito! El es un pillastre redomado, sin conciencia; pero como saber..., ¡vaya si sabe!..."

—¡Estás conforme con lo que te digo, pichona?—le preguntó *don Lepe,* besando sus manos, sin disimular la alegría que le causaba el sentimiento íntimo de su victoria.

—Te diré..., sí... Yo creo que no sirvo para lo doméstico; vamos, que no puedo entender... Pero no sé, no sé si las cosas que sueño se realizarán...

—¡Ay, yo lo veo tan claro como ésta es luz!—replicó Garrido con el acento de honrada convicción que sabía tomar en sus fórmulas de perjurio—. Créeme a mí... Un padre no engaña, y yo, arrepentido del daño que te hice, quiero ser padre para ti y nada más que padre.

Siguieron hablando de lo mismo, y don Lope, con suma habilidad estratégica, evolucionó para ganarle al enemigo sus posiciones, y allí fué el ridiculizar la vida boba, la unión eterna con un ser vulgar y las prosas de la intimidad matrimoñesca.

Al propio tiempo que estas ideas lisonjeaban a la señorita, servíanle de lenitivo en su grave dolencia. Se sintió mejor aquella tarde, y al quedarse sola con Saturna, antes que ésta la acostara, tuvo momentos de ideal alborozo, con las ambiciones más despiertas que nunca y gozándose en la idea de verlas realizadas.

—Sí, sí, ¿por qué no he de ser actriz? Si no, seré lo que quiera... Viviré con holgura decorosa, sin ligarme eternamente a nadie, ni al hombre que amo y amaré siempre. Le querré más cuanto más libre sea.

Ayudada de Saturna, se acostó, después que ésta le hubo curado con esmero exquisito la rodilla enferma, renovándole los vendajes. Intranquila pasó la noche; pero se consolaba con los efluvios de su imaginación ardorosa y con la idea de pronto restablecimiento. Aguardaba con ansia el día para escribir a Horacio, y al amanecer, antes que se levantara don Lope, enjaretó una larga y nerviosa epístola.

"Amor mío, paletito mío, *mio diletto,* sigo mal; pero estoy contenta. Mira tú qué cosa tan rara... ¡Ay, quién me entendiera a mí, si yo misma no me entiendo! Estoy alegre, sí, y llena de esperanzas, que se me cuelan en el alma cuando menos las llamo. Dios es bueno y me manda estas alegrías, sin duda porque me las merezco. Se me antoja que me curaré, aunque no mejore; pero se me antoja, y basta. Me da por pensar que se cumplirán mis deseos, que seré actriz del género trágico, que podré adorarte desde el castillo de mi independencia comiquil. Nos querremos de castillo a castillo, dueños absolutos de nuestras respectivas voluntades, tú libre, libre yo, y tan señora como la que más, con dominios propios y sin vida común ni sagrado vínculo ni sopas de ajo ni nada de eso.

"No me hables a mí del altarito, porque te me empequeñeces tanto que no te veo de tan chiquitín como te vuelves. Esto será un delirio; pero nací para delirante crónica, y soy... como la carne de oveja: se me toma o se me deja. No, dejarme, no; te retengo, te amarro, pues mis locuras necesitan de tu

amor para convertirse en razón. Sin ti me volvería tonta, que es lo peor que podría pasar.

"Y yo no quiero ser tonta, ni que lo seas tú. Yo te engrandezco con mi imaginación cuanto quieres achicarte, y te vuelvo bonito cuando te empeñas en ponerte feo, abandonando tu arte sublime para cultivar rábanos y calabazas. No te opongas a mi deseo, no desvanezcas mi ilusión; te quiero grande hombre y me saldré con la mía. Lo siento, lo veo..., no puede ser de otra manera. Mi voz interior se entretiene describiéndome las perfecciones de tu ser... No me niegues que eres como te sueño. Déjame a mí que te fabrique...: no, no es ésa la palabra: que te componga...; tampoco...: que te reconstruya...; tampoco... Déjame que te piense conforme a mi real gana. Soy feliz así; déjame, déjame."

Siguieron a esta carta otras, en que la imaginación de la pobre enferma se lanzaba sin freno a los espacios de lo ideal, recorriéndolos como corcel desbocado, buscando el imposible fin de lo infinito sin sentir fatiga en su loca y gallarda carrera.

Véase el género:

"Mi señor, ¿cómo eres? Mientras más te adoro, más olvido tu fisonomía; pero te invento otra a mi gusto, según mis ideas, según las perfecciones de que quiero ver adornada tu sublime persona. ¿Quieres que te hable un poquito de mí? ¡Ay, padezco mucho! Creí que mejoraba; pero no, no quiere Dios. El sabrá por qué. Tu bello ideal, tu Tristanita, podrá ser, andando el tiempo, una celebridad; pero yo te aseguro que no será bailarina... ¡Lo que es eso...! Mi piernecita se opondría. Y también voy creyendo que no será actriz, por la misma razón. Estoy furiosa..., cada día peor, con sufrimientos horribles. ¡Qué médicos estos! No entienden una palabra del arte de curar... Nunca creí que en el destino de las personas influyera tanto cosa tan insignificante como es una pierna, una triste pierna, que sólo sirve para andar. El cerebro, el corazón, creí yo que mandarían siempre; pero ahora una estúpida rodilla se ha erigido en tirana, y aquellos nobles órganos la obedecen... Quiero decir, no la obedecen ni le hacen maldito caso; pero sufren un absurdo despotismo, que confío será pasajero. Es como si se sublevara la soldadesca... Al fin, al fin, la canalla tendrá que someterse.

"Y tú, mi rey querido, ¿qué dices? Si no fuera porque tu amor me sostiene, ya habría yo sucumbido ante la sedición de esta pata que se me quiere subir a la cabeza. Pero no, no me acobardo, y pienso las cosas atrevidas que he pensado siempre...; no, que pienso más y mucho más, y subo, subo siempre. Mis aspiraciones son ahora más acentuadas que nunca; mi ambición, si así quieres llamarla, se desata y brinca como una loca. Créelo: tú y yo hemos de hacer algo grande en el mundo. ¿No aciertas cómo? Pues yo no puedo explicártelo; pero lo sé. Me lo dice mi corazón, que todo lo sabe, que no me ha engañado nunca ni puede engañarme. Tú mismo no te formas una idea clara de lo que eres y de lo que vales. ¿Será preciso que yo te descubra a ti mismo? Mírate en mí, que soy tu espejo, y te verás en el supremo Tabor de la glorificación artística. Estoy segura de que no te ríes de lo que digo, como segura estoy de que eres tal y como te pienso: la suma perfección moral y física. En ti no hay defectos, ni puede haberlos, aunque los ojos del vulgo los vean. Conócete; haz caso de mí; entrégate sin recelo a quien te conoce mejor que tú mismo... No puedo seguir... Me duele horriblemente... ¡Que un hueso, un miserable hueso, nos...!"

Jueves.

"¡Qué día ayer, y qué noche! Pero no me acobardo. El espíritu se me crece con los sufrimientos. ¿Creerás una cosa? Anoche, cuando el pícaro dolor me daba algunos ratitos de descanso, me volvía todo el saber que leyendo adquirí, y que se me había como desvanecido y evaporado. Entraban las ideas unas tras otras, atropellándose, y la memoria, una vez que las cogía dentro, ¡zas!, cerraba la puerta para no dejarlas salir. No te asombres; no sólo sé todo lo que sabía, sino que sé más, muchísimo más. Con las ideas de casa han entrado otras nuevas, desconocidas. Debo yo de tener un *ideón*, palomo ladrón, que al salir por esos aires seduce cuantas ideítas encuentra y me las trae. Sé más,

mucho más que antes. Lo sé todo...; no; esto es mucho decir... Hoy me he sentido muy aliviada, y me dedico a pensar en ti. ¡Qué bueno eres! Tu inteligencia no conoce igual; para tu genio artístico no hay dificultades. Te quiero con más alma que nunca, porque respetas mi libertad, porque no me amarras a la pata de una silla ni a la pata de una mesa con el cordel del matrimonio. Mi pasión reclama libertad. Sin ese campo no podría vivir. Necesito comerme libremente la hierba, que crecerá más arrancada del suelo por mis dientes. No se hizo para mí el establo. Necesito la pradera sin término."

En sus últimas cartas, ya Tristana olvidaba el vocabulario de que solían ambos hacer alarde ingenioso en sus íntimas expansiones hablando o escritas. Ya no volvió a usar el *señó Juan* ni la *Paca de Rímini,* ni los terminachos y licencias gramaticales que eran la sal de su picante estilo. Todo ello se borró de su memoria, como se fué desvaneciendo la persona misma de Horacio, sustituída por un ser ideal, obra temeraria de su pensamiento, ser en quienes se cifraban todas las bellezas visibles e invisibles. Su corazón se inflamó en un cariñazo que bien podría llamarse místico, por lo incorpóreo y puramente soñado del ser que tales afectos movía. El Horacio nuevo e intangible parecíase un poco al verdadero, pero nada más que un poco. De aquel bonito fantasma iba haciendo Tristana la verdad elemental de su existencia, pues sólo vivía para él, sin caer en la cuenta de que tributaba culto a un Dios de su propia cosecha. Y este culto se expresaba en cartas centelleantes, trazadas con trémula mano, entre las alteradas excitaciones del insomnio y la fiebre, y que sólo por mecánica costumbre eran dirigidas a Villajoyosa, pues en realidad debían expedirse por la estafeta del ensueño hacía la estación de los espacios imaginarios.

Miércoles.

"Maestro y señor, mis dolores me llevan a ti, como me llevarían mis alegrías si alguna tuviera. Dolor y gozo son un mismo impulso para volar... cuando se tienen alas. En medio de las desgracias con que me aflige, Dios me hace el inmenso bien de concederme tu amor. ¿Qué importa el dolor físico? Nada. Lo soportaré con resignación, siempre que tú... no me duelas. ¡Y no me digan que estás lejos! Yo te traigo a mi lado, te siento junto a mí, y te veo y te toco; tengo bastante poder de imaginación para suprimir la distancia y contraer el tiempo conforme se me antoja."

Jueves.

"Aunque no me lo digas, sé que eres como debes ser. Lo siento en mí. Tu inteligencia sin par, tu genio artístico, lanzan sus chispazos dentro de mi propio cerebro. Tu sentimiento elevadísimo del bien, en mi propio corazón parece que ha hecho su nido... ¡Ay, para que veas la virtud del espíritu! Cuando pienso mucho en ti, se me quita el dolor. Eres mi medicina, o al menos un anestésico que mi doctor no entiende. ¡Si vieras...! Miquis se pasma de mi serenidad. Sabe que te adoro: pero no conoce lo que vales, ni que eres el pedacito más selecto de la divinidad. Si lo supiera, sería parco en recetar calmantes, menos activos que la idea de ti... He metido en un puño el dolor, porque necesitaba reposo para escribirte. Con mi fuerza de voluntad, que es enorme, y con el poder del pensamiento, consigo algunas treguas. Llévese el demonio la pierna. Que me la corten. Para nada la necesito. Tan espiritualmente amaré con una pierna, como con dos..., como sin ninguna."

Viernes.

"No me hace falta ver los primores de tu arte maravilloso. Me los figuro como si delante de mis ojos los tuviera. La Naturaleza no tiene secretos para ti. Más que tu maestra es tu amiga. De sopetón se introduce en tus obras, sin que tú lo solicites, y tus miradas la clavan en el lienzo antes que los pinceles. Cuando yo me ponga buena, haré lo mismo. Me rebulle aquí dentro la seguridad de que lo he de hacer. Trabajaremos juntos, porque ya no podré ser actriz; voy viendo que es imposible...; ¡pero lo que es pintora...! No hay quien me lo quite de la cabeza. Tres o cuatro lecciones tuyas me bastarán para seguir tus huellas, siempre a distancia, se entiende... ¿Me enseñarás? Sí, porque tu grandeza de

alma corre parejas con tu entendimiento, y eres el sumo bien, la absoluta bondad, como eres..., aunque no quieras confesarlo, la suprema belleza."

XXII

El efecto que estas deshilvanadas y sutiles razones hacían en Horacio, fácilmente se comprenderá. Vióse convertido en ser ideal, y a cada carta que recibía entrábanle dudas acerca de su propia personalidad, llegando al extremo increíble de preguntarse si era él como era, o como le pintaba con su indómita pluma la visionaria niña de *don Lepe*. Pero su inquietud y confusión no le impidieron ver el peligro tras ellas oculto, y empezó a creer que *Paquita de Rimini* más padecía de la cabeza que de las extremidades. Asaltado de ideas pesimistas y lleno de zozobra y cavilaciones, resolvió marchar a Madrid, y ya tenía dispuesto todo para el viaje, a últimos de febrero, cuando un repentino ataque de hemoptisis de doña Trinidad le encadenó a Villajoyosa en tan mala ocasión.

En los mismos días de esta ocurrencia pasaban en Madrid y en la casa de don Lope cosas de extraordinaria gravedad, que deben ser puntualmente referidas. Tristana empeoró tanto, que nada pudo su fuerza de voluntad contra el dolor intensísimo, acompañado de fiebre, vómitos y malestar general. Desesperado y aturdido, sin la presencia de ánimo que requería el caso, don Lope creía conjurar el peligro clamando al Cielo, ya con acento de piedad, ya con amenazas y blasfemias. Su irreflexivo temor le hacía ver la salvación de la enferma en los cambios de tratamiento: despedido Miquis, hubo que llamarle otra vez, porque su sucesor era de los que todo lo curan con sanguijuelas, y esta medicación, si al principio determinó algún alivio, luego aniquiló las cortas fuerzas de la paciente.

Alegróse Tristana de la vuelta de Miquis, porque le inspiraba simpatía y confianza, levantándole el espíritu con el poder terapéutico de su afabilidad. Los calmantes enérgicos le devolvieron por algunas horas cada día la virtud preciosa de consolarse con su propia imaginación, de olvidar el peligro, pensando en bienes imaginarios y en glorias remotísimas. Aprovechó los momentos de sedación para escribir algunas cartas breves, compendiosas, que el mismo don Lope, sin hacer ya misterio de su indulgencia, se encargaba de echar al correo.

—Basta de tapujos, niña mía—le dijo con alardes de confianza paterna—. Para mí no hay secretos. Y si tus cartitas te consuelan, yo no te riño ni me opongo a que las escribas. Nadie te comprende como yo, y el mismo que tiene la dicha de leer tus garabatos no está a la altura de ellos, ni merece tanto honor. En fin, ya te irás convenciendo... Entre tanto, muñeca de mi vida, escribe todo lo que quieras, y si algún día no tuvieras ganas de manejar la pluma, dícta-me, y seré tu secretario. Ya ves la importancia que doy a ese juego infantil... ¡Cosas de chiquillos, que comprendo perfectamente, porque yo también he tenido veinte años, yo también he sido tonto, y a cuanta niña me caía por delante la llamaba *mi bello ideal* y le ofrecía mi blanquísima mano!...

Terminaba estas bromas con una risita no muy sincera, que inútilmente quería comunicar a Tristana, y al fin él solo reía sus propios chistes, disimulando la terrible procesión que por dentro le andaba.

Augusto Miquis iba tres veces al día, y aún no estaba contento don Lope, decidido a emplear todos los recursos de la ciencia médica para sanar a su muñeca infeliz. En aquel caso no se contentaba con dar la camisa, pues la piel misma le hubiera parecido corto sacrificio para objeto tan grande.

—Si mis recursos se acaban por completo—decía—, lo que no es imposible al paso que vamos, haré lo que siempre me repugnó y me repugna: daré sablazos, me rebajaré a pedir auxilio a mis parientes de Jaén, que es para mí el colmo de la humillación y de la vergüenza. Mi dignidad no vale un pito ante la tremenda desgracia que me desgarra el corazón, este corazón que era de bronce y ahora es pura manteca. Quién me lo había de decir. Nada me afectaba y los sentimientos de toda la Humanidad me importaban un ardite... Pues ahora, la piernecita de esta pobre mujer me parece a mí que nos va a traer el desequilibrio del Universo. Creo que hasta el momento presente no he conocido cuánto la quiero, ¡pobrecilla! Es el amor de

mi vida, y no consiento perderla por nada de este mundo. A Dios mismo, a la muerte se la disputaré. Reconozco en mí un egoísmo capaz de mover las montañas, un egoísmo que no vacilo en llamar santo, porque me lleva a la reforma de mi carácter y de todo mi ser. Por él abomino de mis aventuras, de mis escándalos; por él me consagraré, si Dios me concede lo que le pido, al bien y a la dicha de esta sin par mujer, que no es mujer, sino un ángel de sabiduría y de gracia. ¡Y yo la tuve en mis manos y no supe entenderla! Confiesa y declara, Lope amigo, que eres un zote, que sólo la vida instruye, y que la ciencia verdadera no crece sino en los eriales de la vejez..."

En su trastorno insano, tan pronto volvía los ojos a la Medicina como al charlatanismo. Una mañana le llevó Saturna el cuento de que cierta curandera, establecida en Tetuán, y cuya fama y prestigio llegaban por acá hasta Cuatro Caminos, y por allá hasta los mismos muros de Fuencarral, curaba los tumores blancos con la aplicación de las llamadas *hierbas calleras*. Oírlo don Lope y mandar que viniera la que tales prodigios hacía, fué todo uno, y poco le importaba que don Augusto pusiese mala cara. Descolgóse la comadre con un pronóstico muy risueño, y aseguró que aquello era cosa de días. Revivió en *don Lepe* la esperanza; hízose cuanto la vieja dispuso; enteróse Miquis aquella misma tarde y no se enojó, dando a entender que el emplasto de la profesora libre de Tetuán no produciría daño ni provecho a la enferma. Maldijo don Lope a todas las charlatanas habidas y por haber, mandándolas que se fueran con cien mil pares de demonios, y se restablecieron los planes y estilos de la ciencia.

Pasó Tristana una noche infernal, con violentos accesos de fiebre, entrecortados de intensísimo frío en la espalda. Garrido, a quien se podía ahorcar con un cabello, no tuvo más que ver la cara del doctor, en su visita matutina, para comprender que el mal entraba en un período de gravedad crítica, pues aunque el bueno de Augusto sabía disfrazar ante los enfermos su impresión diagnóstica, aquel día pudo más la pena que el disimulo. La misma Tristana se le adelantó, diciendo con aparente serenidad:

—Comprendido, doctor... Esta... no la cuento. No me importa. La muerte me gusta; se me está haciendo simpática. Tanto padecer va consumiendo las ganas de vivir... Hasta anoche, figurábaseme que el vivir es algo bonito..., a veces... Pero ya me encariño con la idea de que lo más gracioso es morirse..., no sentir dolor..., ¡qué delicia, qué gusto!...

Echóse a llorar, y el bravo *don Lepe* necesitó evocar todo su coraje para no hacer pucheros.

Después de consolar a la enferma con cuatro mentiras muy bien tramadas, encerróse Miquis con don Lope en el cuarto de éste, dejándose en la puerta sus bromas y la máscara de amabilidad caritativa, y le habló con la solemnidad propia del caso.

—Amigo don Lope—dijo, poniendo sus dos manos sobre los hombros del caballero, que parecía más muerto que vivo—, hemos llegado a lo que yo me temía. Tristanita está muy grave. A un hombre como usted, valiente y de espíritu sereno, capaz de atemperarse a las circunstancias más angustiosas de la vida, se le debe hablar con claridad.

—Sí—murmuró el caballero, haciéndose el valiente, y creyendo que el cielo se le venía encima, por lo cual, con movimiento instintivo, alzó las manos como para sostenerlo.

—Pues sí... La fiebre altísima, el frío en la medula, ¿sabe usted lo que es? Pues el síntoma infalible de la reabsorción...

—Ya, ya comprendo...

—La reabsorción..., el envenenamiento de la sangre..., la...

—Sí..., y...

—Nada, amigo mío. Animo. No hay más remedio que operar...

—¡Operar!—exclamó Garrido en el colmo del aturdimiento—. Cortar..., ¿no es eso? ¿Y usted cree...?

—Puede salvarse, aunque no lo aseguro.

—¿Y cuándo...?

—Hoy mismo. No hay que perder tiempo... Una hora que perdamos nos haría llegar tarde.

Don Lope fué asaltado de una especie de demencia al oír esto, y dando saltos como fiera herida, tropezando con los muebles, y golpeándose el cráneo,

pronunció estas incongruentes y desatentadas expresiones:

—¡Pobre niña!... Cortarle la... ¡Oh! Mutilarla horriblemente... ¡Y qué pierna, doctor!... Una obra maestra de la Naturaleza... Fidias mismo la querría para modelar sus estatuas inmortales... Pero ¿qué ciencia es esa que no sabe curar sino cortando? ¡Ah! No saben ustedes de la misa la media... Don Augusto, por la salvación de su alma, invente usted algún otro recurso. ¡Quitarle una pierna! Si eso se arreglara cortándome a mí las dos..., ahora mismo, aquí están... Ea, empiece usted..., y sin cloroformo.

Los gritos del buen caballero debieron de oírse en el cuarto de Tristana, porque entró Saturna, asustadísima, a ver qué demonches le pasaba a su amo.

—Vete de aquí, bribona... Tú tienes la culpa. Digo, no... ¡Cómo está mi cabeza!... Vete, Saturna, y dile a la niña que no consentiré se le corte ni tanto así de la pierna ni de nada. Primero me corto yo la cabeza... No, no se lo digas... Cállate... Que no se entere... Pero habrá que decírselo. Yo me encargo... Saturna, mucho cuidado con lo que hablas... Lárgate, déjanos.

Y volviéndose al médico, le dijo:

—Dispénseme, querido Augusto; no sé lo que pienso. Estoy loco... Se hará todo, todo lo que la facultad disponga... ¿Qué dice usted? ¿Que hoy mismo...?

—Sí, cuanto más pronto, mejor. Vendrá mi amigo el doctor Ruiz Alonso, cirujano de punta, y... Veremos. Creo que practicada con felicidad la amputación, la señorita podrá salvarse.

—¡Podrá salvarse! De modo que ni aun así es seguro... ¡Ay doctor, no me vitupere usted por mi cobardía! No sirvo para estas cosas... Me vuelvo un chiquillo de diez años. ¡Quién lo había de decir! ¡Yo, que he sabido afrontar sin un fruncimiento de cejas los mayores peligros!...

—Señor don Lope—dijo Miquis con triste acento—, en estas ocasiones de prueba se ven los puntos que calza nuestra capacidad para el infortunio. Muchos que se tienen por cobardes resultan animosos, y otros que se creen gallos sales gallinitas. Usted sabrá ponerse a la altura de la situación.

—Y será forzoso prepararla... ¡Dios mío, qué trance! Yo me muero..., yo no sirvo, don Augusto...

—¡Pobrecilla! No se lo diremos claramente. La engañaremos.

—¡Engañarla! No se ha enterado usted todavía de su penetración.

—En fin, vamos allá, que en estas cosas, señor mío, hay que contar siempre con alguna circunstancia inesperada y favorable. Es fácil que ella, si tanta agudeza tiene, lo haya comprendido, y no necesitemos... El enfermo suele ver muy claro.

XXIII

No se equivocaba el sagaz alumno de Hipócrates. Cuando entraron a ver a Tristana, ésta los recibió con semblante entre risueño y lloroso. Se reía, y dos gruesos lagrimones corrían por sus mejillas de papel.

—Ya, ya sé lo que tiene que decirme... No hay que apurarse. Soy valiente... Si casi me alegro... Y sin casi..., porque vale más que me la corten... Así no sufriré... ¿Qué importa tener una sola pierna? Digo, como importar... Pero si ya en realidad no la tengo, ¡si no me sirve para nada!... Fuera con ella, y me pondré buena, y andaré... con muletas, o como Dios me dé a entender...

—Hija mía, te quedarás buenísima—dijo don Lope, envalentonándose al verla tan animosa—. Pues si yo supiera que cortándome las dos me quedaba sin reuma, hoy mismo... Después de todo, las piernas se sustituyen por aparatos mecánicos que fabrican los ingleses y alemanes, y con ellos se anda mejor que con estos maldecidos remos que nos ha encajado la Naturaleza.

—En fin—agregó Miquis—, no se asuste la muñeca, que no la haremos sufrir nada..., pero nada... Ni se enterará usted. Y luego se sentirá muy bien, y dentro de unos cuantos días ya podrá entretenerse en pintar...

—Hoy mismo—dijo el viejo, haciendo de tripas corazón, y procurando tragarse el nudo que en la garganta sentía—te traigo el caballete, la caja de colores... Verás, verás qué cuadros tan bonitos nos vas a pintar.

Con un cordial apretón de manos se despidió Augusto, aunciándole su pronta vuelta, sin precisar la hora, y solos

Tristana y don Lope, estuvieron un ratito sin hablarse.

—¡Ah! Tengo que escribir—dijo la enferma.

—¿Podrás, vida mía? Mira que estás muy débil. Dictame, y yo escribiré.

Al decir esto, llevaba junto a la cama la tabla que servía de mesa y la resmilla de papel y el tintero.

—No... Puedo escribir... Es particular lo que ahora me pasa. Ya no me duele. Casi no siento nada. ¡Vaya si puedo escribir! Venga... Un poquito me tiembla el pulso, pero no importa.

Delante del tirano escribió estas líneas:

"Allá va una noticia que no sé si es buena o mala. Me la cortan. ¡Pobrecita pierna! Pero ella tiene la culpa... ¿Para qué es mala? No sé si me alegro, porque, en verdad, la tal patita no me sirve para nada. No sé si lo siento, porque me quitan lo que fué parte de mi persona... y voy a tener sin ella cuerpo distinto del que tuve... ¿Qué piensas tú? Verdaderamente, no es cosa de apurarse por una pierna. Tú, que eres todo estíritu, lo creerás así. Yo también lo creo. Y lo mismo has de quererme con un remo que con dos. Ahora pienso que habría hecho mal en dedicarme a la escena. ¡Uf! Arte poco noble, que fatiga el cuerpo y empalaga el alma. ¡La pintura!... Eso ya es otra cosa... Me dicen que no sufriré nada en la..., ¿lo digo?, en la operación... ¡Ay! Hablando en plata, esto es muy triste, y yo no lo soportaré sino sabiendo que seré la misma para ti después de la carnicería... ¿Te acuerdas de aquel grillo que tuvimos, y que cantaba más y mejor después de arrancarle una de las patitas? Te conozco bien, y sé que no desmereceré nada para ti... No necesitas asegurármelo para que yo lo crea y lo afirme... Vamos, ¿a que al fin resulta que estoy alegre?... Sí, porque ya no padeceré más. Dios me alienta, me dice que saldré bien del lance, y que después tendré salud y felicidad, y podré quererte todo lo que se me antoje, y ser pintora, o mujer sabia, y filósofa por todo lo alto... No, no puedo estar contenta. Quiero encandilarme, y... no me resulta... Basta por hoy. Aunque se que me querrás siempre, dímelo para que conste. Como no puedes engañarme, ni cabe la mentira en un ser que reúne todas las formas del bien, lo que me digas será mi Evangelio... Si tú no tuvieras brazos ni piernas, yo te querría lo mismo. Conque..."

Las últimas líneas apenas se entendían, por el temblor de la escritura. Al soltar la pluma, cayó la muñeca infeliz en grande abatimiento. Quiso romper la carta, arrepintióse de ella, y por fin la entregó a don Lope, abierta, para que le pusiese el sobre y la enviase a su destino. Era la primera vez que no se cuidaba de defender ni poco ni mucho el secreto epistolar. Llevóse Garrido a su cuarto el papel, y lo leyó despacio, sorprendido de la serenidad con que la niña trataba de tan grave asunto.

—Lo que es ahora—dijo al escribir el sobre y como si hablara con la persona cuyo nombre trazaba la pluma—ya no te temo. La perdiste, la perdiste para siempre, pues esas bobadas del amor eterno, del amor ideal, sin piernas ni brazos, no son más que un hervor insano de la imaginación. Te he vencido. Triste es mi victoria, pero cierta. Dios sabe que no me alegro de ella sino descartando el motivo, que es la mayor pena de mi vida... Ya me pertenece en absoluto hasta que mis días acaben. ¡Pobre muñeca con alas! Quiso alejarse de mí, quiso volar; pero no contaba con su destino, que no le permite revoloteos ni correrías; no contaba con Dios, que me tiene ley..., no sé por qué..., pues siempre se pone de mi parte en estas contiendas... El sabrá la razón..., y cuando se me escapa lo que quiero..., me lo trae atadito de pies y manos. ¡Pobre alma mía, adorable chicuela, la quiero, la querré siempre como un padre! Ya nadie me la quita, ya no...

En el fondo de estos sentimientos tristísimos que don Lope no sacó del corazón a los labios, palpitaba una satisfacción de amor propio, un egoísmo elemental y humano de que él mismo no se daba cuenta. "¡Sujeta para siempre! ¡Ya no más desviaciones de mí!" Repitiendo esta idea, parecía querer aplazar el contento que de ella se derivaba, pues no era la ocasión muy propicia para alegrarse de cosa alguna.

Halló después a la joven bastante alicaída, y empleó para reanimarla, ya los razonamientos piadosos, ya consideraciones ingeniosísimas acerca de la inutili-

dad de nuestras extremidades inferiores. A duras penas tomó Tristana algún alimento: el buen Garrido no pudo pasar nada.

A las dos entraron Miquis, Ruiz Alonso y un alumno de Medicina, que hacía de ayudante, pasando a la sala silenciosos y graves. Uno de los tres llevaba, cuidadosamente envuelto en un paño, el estuche que contenía las herramientas del oficio. Poco después entró un mozo que llevaba los frascos llenos de líquidos antisépticos. Recibiólos don Lope como si recibiera al verdugo cuando va a pedir perdón al condenado a muerte y a prepararle para el suplicio.

—Señores—dijo—, esto es muy triste, muy triste...

Y no pudo pronunciar una palabra más. Miquis fué al cuarto de la enferma, y se anunció con donaire:

—Guapa moza, todavía no hemos venido..., quiero decir, he venido yo solo. A ver, ¿qué tal?, ese pulso...

Tristana se puso lívida, clavando en el médico una mirada medrosa, infantil, suplicante. Para tranquilizarla, aseguróle Miquis que confiaba en curarla completa y radicalmente, que su excitación era precursora de la mejoría franca y segura, y que para calmarla le iba a dar un poquitín de éter...

—Nada, hija, basta echar unas gotitas de líquido en un pañuelo, y olerlo, para conseguir que los pícaros nervios entren en caja.

Mas no era fácil engañarla. La pobre señorita comprendió las intenciones de Augusto y le dijo, esforzándose en sonreír:

—Es que quiere usted dormirme... Bueno. Me alegro de conocer ese sueño profundo, con el cual no puede ningún dolor, por muy perro que sea. ¡Qué gusto! ¿Y si no despierto, si me quedo allá...?

—¡Qué ha de quedarse!... Buenos tontos seríamos...—dijo Augusto, a punto que entraba don Lope consternado, medio muerto.

Y resueltamente se puso a preparar la droga, volviendo la espalda a la enferma, dejando sobre una cómoda el frasquito del precioso anestésico. Hizo con su pañuelo una especie de nido chiquitín, en el cual puso los algodones impregnados de cloroformo, y entre tanto se difundió por la habitación un fuerte olor de manzanas.

—¡Qué bien huele!—dijo la señorita, cerrando los ojos, como si rezara mentalmente.

Y al instante le aplicó Augusto a la nariz el hueco del pañuelo. Al primer efecto de somnolencia siguió sobresalto, inquietud epiléptica, convulsiones y una verbosidad desordenada, como de embriaguez alcohólica.

—No quiero, no quiero... Ya no me duele... ¿Para qué cortar?... ¡Está una tocando todas las sonatas de Beethoven, tocándolas tan bien ... al piano, cuando vienen estos tíos indecentes a pellizcarle a una las piernas!... Pues que sajen, que corten... y yo sigo tocando. El piano no tiene secretos para mí... Soy el mismo Beethoven, su corazón, su cuerpo, aunque las manos sean otras... Que no me quiten también las manos, porque entonces... Nada, que no me dejo quitar esta mano; la agarro con la otra para que no me la lleven..., y la otra la agarro con ésta, y así no me llevan ninguna. Miquis, usted no es caballero, ni lo ha sido nunca, ni sabe tratar con señoras, ni menos con artistas eminentes... No quiero que venga Horacio y me vea así. Se figurará cualquier cosa mala... Si estuviera aquí *señó Juan*, no permitiría esta infamia... Atar a una pobre mujer, ponerle sobre el pecho una piedra tan grande, tan grande..., y luego llenarle la paleta de ceniza para que no pueda pintar... ¡Cosa tan extraordinaria! ¡Cómo huelen las flores que he pintado! Pero si las pinté creyendo pintarlas, ¿cómo es que ahora me resultan vivas..., vivas? ¡Poder del genio artístico! He de retocar otra vez el cuadro de *Las Hilanderas* para ver si me sale un poquito mejor. La perfección, esa perfección endiablada, ¿dónde está?... Saturna, Saturna..., ven, me ahogo... Este olor de las flores... No, no, es la pintura, que cuanto más bonita, más venenosa...

Quedó al fin inmóvil, la boca entreabierta, quieta la pupila... De vez en vez lanzaba un quejido como de mimo infantil, tímido esfuerzo del ser aplastado bajo la losa de aquel sueño brutal. Antes que la cloroformación fuera completa, entraron los otros dos sicarios, que así en su pensamiento los llamaba don Lope, y en cuanto creyeron bien preparada a la paciente, colocáronla en

un catre con colchoneta, dispuesta para el caso, y ganando no ya minutos, sino segundos, pusieron manos en la triste obra. Don Lope trincaba los dientes, y a ratos, no pudiendo presenciar cuadro tan lastimoso, se marchaba a la habitación para volver en seguida avergonzándose de su pusilanimidad. Vió poner la venda de Esmarch, tira de goma que parece una serpiente. Empezó luego el corte por el sitio llamado de elección; y cuando tallaban el colgajo, la piel que ha de servir para formar después el muñón; cuando a los primeros tajos del diligente bisturí vió don Lope la primera sangre, su cobardía trocóse en valor estoico, altaneró, incapaz de flaquear: su corazón se volvió de bronce, de pergamino su cara, y presenció hasta el fin con ánimo entero la cruel operación, realizada con suma habilidad y presteza por los tres médicos. A la hora y cuarto de haber empezado a cloroformizar a la paciente, Saturnina salía presurosa de la habitación con un objeto largo y estrecho envuelto en una sábana. Poco después, bien ligadas las arterias, cosida la piel del muñón y hecha la cura antiséptica con esmero prolijo, empezó el despertar lento y triste de la señorita de Reluz, su nueva vida, después de aquel simulacro de muerte, su resurrección, dejándose un pie y dos tercios de pierna en el seno de aquel sepulcro que a manzanas olía.

XXIV

—¡Ay, todavía me duele!—fueron las primeras palabras que pronunció al volver del tenebroso abismo. Y después, su fisonomía pálida y descompuesta revelaba como un profundo análisis autopersonal, algo semejante a la intensísima fuerza de observación que los aprensivos dirigen sobre sus propios órganos, auscultando su respiración y el correr de la sangre, palpando mentalmente sus músculos y acechando el vibrar de sus nervios. Sin duda la pobre niña concentraba todas sus fuerzas de su mente en aquel vacío de su extremidad inferior, para reponer el miembro perdido, y conseguía restaurarlo tal como fué antes de la enfermedad, sano, vigoroso y ágil. Sin gran esfuerzo imaginaba que tenía sus dos piernas, y que andaba con ellas garbosamente, con aquel pasito ligero que la llevaba en un periquete al estudio de Horacio.

—¿Qué tal mi niña?—le preguntó don Lope haciéndole caricias.

Y ella, tocando suavemente los blancos cabellos del galán caduco, le contestó con gracia:

—Muy bien... Me siento muy descansadita. Si me dejaran, ahora mismo me echaría a correr...; digo, a correr, no... No estamos para esas bromas.

Augusto y don Lope, cuando los otros dos médicos se habían marchado, dieronle seguridades de completa curación, y se felicitaron del éxito quirúrgico con un entusiasmo que no podían comunicarle. Pusiéronla cuidadosamente en su lecho en las mejores condiciones de higiene y comodidad, y ya no había mas que hacer sino esperar los diez o quince días críticos subsiguientes a la operación.

Durante este período no tuvo sosiego el bueno de Garrido, porque si bien el traumatismo se presentaba en las mejores condiciones, el abatimiento y postración de la niña eran para causar alarma. No parecía la misma, y denegaba su propio ser; ni una vez siquiera pensó en escribir cartas, ni salieron a relucir aquellas aspiraciones o antojos sublimes de su espíritu, siempre inquieto y ambicioso; ni se le ocurrieron los donaires y travesuras que gastar solía hasta en las horas más crueles de su enfermedad. Entontecida y aplanada, su ingenio superior sufría un eclipse total. Tanta pasividad y mansedumbre, al principio agradaron a don Lope; mas no tardó el buen señor en condolerse de aquella mudanza de carácter. Ni un momento se separaba de ella, dando ejemplo de paternal solicitud, con extremos cariñosos que rayaban en mimo. Por fin, al décimo día, Miquis declaró muy satisfecho que la cicatrización iba perfectamente, y que pronto la cojita sería dada de alta. Coincidió con esto una resurrección súbita del espiritualismo de la inválida, que una mañana, como descontenta de sí misma, dijo a don Lope:

—¡Vaya, que tantos días sin escribir! ¡Qué mal me estoy portando!

—No te apures, hija mía—replicó con donaire el viejo galán—. Los seres ideales y perfectos no se enfadan por dejar de recibir una carta y se consuelan

del olvido paseándose impávidos por las regiones etéreas donde habitan... Pero si quieres escribir, aquí tienes los trebejos. Dictame: soy tu secretario.

—No; escribiré yo misma... O si gustas..., escribe tú. Cuatro palabras.

—A ver; ya estoy pronto—dijo Garrido, pluma en mano y el papel delante.

—"Pues, como te decía—dictó Tristana—, ya no tengo más que una piernecita. Estoy mejor. Ya no me duele...; padezco muy poco..., ya..."

—Qué..., ¿no sigues?

—Mejor será que lo escriba yo. No me salen, no me salen las ideas dictando.

—Pues toma... Escribe tú y despáchate a tu gusto—dándole la pluma y poniéndole delante la tabla con la carpeta y papel—. Qué..., ¿tan premiosa estás? ¿Y esa inspiración y esos arranques? ¿Adónde diablos se han ido?

—¡Qué torpe estoy! No se me ocurre nada.

—¿Quieres que te dicte yo? Pues oye: "¡Qué bonito eres, qué pillín te ha hecho Dios y qué, qué desabridas son tantas perfecciones!... No, no me caso contigo ni con ningún serafín terrestre ni celeste. ." Pero qué, ¿te ríes? Adelante. "Pues no me caso... Que esté coja o no lo esté, eso no te importa a ti. Tengo quien me quiera tal como soy ahora, y con una sola patita valgo más que antes con las dos. Para que te vayas enterando, ángel mío..." No, esto de ángel es un poquito cursi... "... pues para que te vayas enterando, te diré que tengo alas..., me han salido alas. Mi papá piensa traerme todos los trebejos de pintura, y *ainda mais*, me comprará un organito, y me pondrá profesor para que aprenda a tocar música buena... Ya verás... Comparados conmigo, los ángeles del cielo serán unos murguistas..."

Soltaron ambos la risa, y animado don Lope con su éxito, siguió hiriendo aquella cuerda, hasta que Tristana hubo de cortar bruscamente la conversación, diciendo con toda seriedad:

—No, no; yo escribiré..., yo sola.

Dejóla don Lope un momento, y escribió la cojita su carta, breve y sentida:

"Señor de mi alma: Ya Tristana no es lo que fué. ¿Me querrás lo mismo? El corazón me dice que sí. Yo te veo más lejos aún que antes te veía, más hermoso, más inspirado, más generoso y bueno. ¿Podré llegar hasta ti con la patita de palo, que creo me pondrán? ¡Qué mona estaré! Adiós. No vengas. Te adoro lejos, te ensalzo ausente. Eres mi Dios, y como Dios, invisible. Tu propia grandeza te aparta de mis ojos...; hablo de los de la cara..., porque con los del espíritu bien claro te veo. Hasta otro día."

Cerró ella misma la carta y le puso el sello, dándola a Saturna, que, al tomarla, hizo un mohín de burla. Por la tarde, hallándose solas un momento, la criada se franqueó en esta forma:

—Mire, esta mañana no quise decir nada a la señorita por hallarse presente *don Lepe*. La carta... aquí la tengo. ¿Para qué echarla al correo, si el don Horacio está en Madrid? Se la daré en propia mano esta noche.

Palideció la inválida al oír esto, y después se le encendió el rostro. No supo qué decir ni se le ocurría nada.

—Te equivocas—dijo al fin—. Habrás visto a alguno que se le parezca.

—¡Señorita, cómo había de confundir...! ¡Qué cosas tiene! El mismo. Hablamos más de media hora. Empeñado el hombre en que le contara todo, punto por punto. ¡Ay, si le viera la señorita! Está más negro que un zapato. Dice que se ha pasado la vida corriendo por montes y mares, y que aquello es muy precioso..., pero muy precioso... Pues nada; le conté todo, y el pobrecito..., como la quiere a usted tanto, me comía con los ojos cuando yo le hablaba... Dice que se avistará con don Lope para cantarle clarito.

—¡Cantarle clarito!... ¿Qué?

—El lo sabrá. Y está rabiando por ver a la señorita. Es preciso que lo arreglemos, aprovechando una salida del señor...

Tristana no dijo nada. Un momento después pidió a Saturna que le llevase un espejo, y mirándose en él se afligió extremadamente.

—Pues no está usted tan desfigurada.... vamos.

—No digas. Parezco la muerte... Estoy horrorosa...—echándose a llorar—. No me va a conocer. Pero ¿ves? ¿Qué color es este que tengo? Parece de papel de estraza. Los ojos son horribles, de tan grandes como se me han puesto... Y

¡qué boca, santo Dios! Saturna, llévate el espejo y no vuelvas a traérmelo aunque te lo pida.

Contra su deseo, que a la casa le amarraba, don Lope salía muy a menudo, movido de la necesidad, que en aquellas tristes circunstancias llenaba de amargura y afanes su existencia. Los gastos enormes de la enfermedad de la niña consumieron los míseros restos de su esquilmada fortuna, y llegaron días, ¡ay!, en que el noble caballero tuvo que violentar su delicadeza y desmentir su carácter, llamando a la puerta de un amigo con pretensiones que le parecían ignominiosas. Lo que padeció el infeliz señor no es para referido. En pocos días quedóse como si le echaran cinco años más encima. "¡Quién me lo había de decir..., Dios mío..., yo..., Lope Garrido, descender a...! ¡Yo, con mi orgullo, con mi idea puntillosa de la dignidad, rebajarme a pedir ciertos favores...! Y llegará día en que la insolvencia me ponga en el trance de solicitar lo que no he de poder restituir... Bien sabe Dios que sólo por sostener a esta pobre niña y alegrar su existencia soporto tanta vergüenza y degradación. Me pegaría un tiro y en paz. ¡Al otro mundo con mi alma, al hoyo con mis cansados huesos! Muerte y no vergüenza... Mas las circunstancias disponen lo contrario: vida sin dignidad... No lo hubiera creído nunca. Y luego dicen que el carácter... No, no creo en los caracteres. No hay más que hechos, accidentes. La vida de los demás es molde de nuestra propia vida y troquel de nuestras acciones."

En presencia de la señorita disimulaba el pobre *don Lepe* las horribles amarguras que pasando estaba, y aun se permitía fingir que su situación era de las más florecientes. No sólo le llevó los avíos de pintar, dos cajas de colores para óleo y acuarela, pinceles, caballetes y demás, sino también el organito o armonio que le había prometido, para que se distrajese con la música los ratos que la pintura le dejaba libres. En el piano poseía Tristana la instrucción elemental del colegio, suficiente para farfullar polcas y valses o alguna pieza fácil. Algo tarde era ya para adquirir la destreza, que sólo da un precoz y duro trabajo; pero con un buen maestro podría vencer las dificultades, y además el órgano no le exigía digitación muy rápida. Se ilusionó con la música más que con la pintura, y anhelaba levantarse de la cama para probar su aptitud. Ya se arreglaría con un solo pie para mover los pedales. Aguardando con febril impaciencia al profesor anunciado por don Lope, oía en su mente las dulces armonías del instrumento, menos sentidas y hermosas que las que sonaban en lo íntimo de su alma. Creyóse llamada a ser muy pronto una notabilidad, una concertista de primer orden, y con tal idea se animó y tuvo algunas horitas de felicidad. Cuidaba Garrido de estimular su ambiciosa ilusión, y en tanto le hacía recordar sus ensayos de dibujo, incitándola a bosquejar en lienzo o en tabla algún bonito asunto, copiado del natural.

—Vamos, ¿por qué no te atreves con mi retrato... o con el de Saturna?

Respondía la inválida que le convendría más adiestrar la mano en alguna copia, y don Lope prometió traerle buenos estudios de cabeza o paisaje para que escogiese.

El pobre señor no escatimaba sacrificio por ser grato a su pobre cojita, y..., al fin, ¡oh caprichos de la mudable suerte!, hallándose perplejo por no saber cómo procurarse los estudios pictóricos, la casualidad, el demonio, Saturna, resolvieron de común acuerdo la dificultad.

—¡Pero, señor—dijo Saturna—, si tenemos ahí!... No sea bobo, déjeme y le traigo...

Y con sus expresivos ojos y su mímica admirable completó el atrevido pensamiento.

—Haz lo que quieras, mujer—indicó don Lope, alzando los hombros—. Por mí...

Media hora después entró Saturna de la calle con un rimero de tablas y bastidores pintados, cabezas, torsos desnudos, apuntes de paisaje, bodegones, frutas y flores, todo de mano de maestro.

XXV

Impresión honda hizo en la señorita de Reluz la vista de aquellas pinturas, semblantes amigos que veía después de larga ausencia, y que le recordaban horas felices. Fueron para ella, en ocasión

semejante, como personas vivas, y no necesitaba forzar su imaginación para verlas animadas, moviendo los labios y fijando en ella miradas cariñosas. Mandó a Saturna que colgase los lienzos en la habitación para recrearse contemplándolos, y se transportaba a los tiempos del estudio y de las tardes deliciosas en compañía de Horacio. Púsose muy triste, comparando su presente con el pasado, y al fin rogó a la criada que guardase aquellos objetos hasta que pudiese acostumbrarse a mirarlos sin tanta emoción; mas no manifestó sorpresa por la facilidad con que las pinturas habían pasado del estudio a la casa, ni curiosidad de saber qué pensaba de ello el suspicaz don Lope. No quiso la sirviente meterse en explicaciones, que no se le pedían, y poco después, sobre las doce, mientras daba de almorzar al amo una mísera tortilla de patatas y un trozo de carne con representación y honores de chuleta, se aventuró a decirle cuatro verdades, valida de la confianza que le diera su largo servicio en la casa.

—Señor, sepa que el amigo quiere ver a la señorita, y es natural... Ea, no sea malo y hágase cargo de las circunstancias. Son jóvenes, y usted está ya más para padre o para abuelo que para otra cosa. ¿No dice que tiene el corazón grande?

—Saturna—replicó don Lope, golpeando en la mesa con el mango del cuchillo—. Lo tengo más grande que la copa de un pino, más grande que esta casa y más grande que el Depósito de Aguas, que ahí enfrente está.

—Pues entonces..., pelillos a la mar. Ya no es usted joven, gracias a Dios; digo..., por desgracia. No sea el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Si quiere que Dios le perdone todas sus barrabasadas y picardías, tanto engaño de mujeres y burla de maridos, hágase cargo de que los jóvenes son jóvenes, y de que el mundo y la vida y las cositas buenas son para los que empiezan a vivir, no para los que acaban... Conque tenga un..., ¿cómo se dice?, un rasgo, *don Lepe,* digo, don Lope..., y...

En vez de incomodarse, al infeliz caballero le dió por tomarlo a buenas.

—¿Conque un rasgo...? Vamos a ver: ¿y de dónde sacas tú que soy yo tan viejo? ¿Crees que no sirvo ya para nada? Ya quisieran muchas, tú misma, con tus cincuenta...

—¡Cincuenta! Quite usted *jierro,* señor.

—Pongamos treinta... y cinco.

—Y dos. Ni uno más. ¡Vaya!

—Pues quédese en lo que quieras. Pues digo que tú misma, si yo estuviese de humor y te... No, no te ruborices... ¡Si pensarás que eres un esperpento!... No; arreglándote un poquito, resultarías muy aceptable. Tienes unos ojos que ya los quisieran más de cuatro.

—Señor..., vamos... Pero qué..., ¿también a mí me quiere camelar?—dijo la doméstica, familiarizándose tanto, que no vaciló en dejar a un lado de la mesa la fuente vacía de la carne y sentarse frente a su amo, los brazos en jarras.

—No..., no estoy ya para diabluras. No temas nada de mí. Me he cortado la coleta y ya se acabaron las bromas y las cositas malas. Quiero tanto a la niña, que desde luego convierto en amor de padre el otro amor, ya sabes..., y soy capaz, por hacerla dichosa, de todos los rasgos, como tú dices, que... En fin, ¿qué hay?... ¿Ese mequetrefe...?

—Por Dios, no le llame así. No sea soberbio. Es muy guapo.

—¿Qué sabes tú lo que son hombres guapos?

—Quítese allá. Toda mujer sabe de eso. ¡Vaya! Y sin comparar, que es cosa fea, digo que don Horacio es un buen mozo..., mejorando lo presente. Que usted fué el acabóse, por sabido se calla; pero eso pasó. Mírese al espejo y verá que ya se le fué la hermosura. No tiene más remedio que reconocer que el pintorcito...

—No le he visto nunca... Pero no necesito verle para sostener, como sostengo, que ya no hay hombres guapos, airosos, atrevidos, que sepan enamorar. Esa raza se extinguió. Pero, en fin, demos de barato que el pintamonas sea un guapo... relativo.

—La niña le quiere... No se enfade..., la verdad por delante... La juventud es juventud.

—Bueno..., pues le quiere... Lo que yo te aseguro es que ese muchacho no hará su felicidad...

—Dice que no le importa la pata coja.

—Saturna, ¡qué mal conoces la naturaleza humana! Ese hombre no hará feliz a la niña, repito. ¡Si sabré yo de

estas cosas! Y añado más: la niña no espera su felicidad de semejante tipo...

—¡Señor!...

—Para entender estas cosas, Saturna, es menester... entenderlas. Eres muy dura de mollera y no ves sino lo que tienes delante de tus narices. Tristana es mujer de mucho entendimiento, ahí donde la ves, de una imaginación ardiente... Está enamorada...

—Eso ya lo sé.

—No lo sabes. Enamorada de un hombre que no existe, porque no puede existir, porque si existiera, Saturna, sería Dios, y Dios no se entretiene en venir al mundo para diversión de las muchachas. Ea, basta de palique; tráeme el café.

Corrió Saturna a la cocina, y al volver con el café permitióse comentar las últimas ideas expresadas por don Lope.

—Señor, lo que yo digo es que se quieren, sea por lo fino, sea por lo basto, y que el don Horacio desea verse con la señorita... Viene con buen fin.

—Pues que venga. Se irá con mal principio.

—¡Ay, qué tirano!

—No es eso... Si no me opongo a que se vean—dijo el caballero, encendiendo un cigarro—. Pero antes conviene que yo mismo hable con ese sujeto. Ya ves si soy bueno. ¿Y este rasgo?... Hablar con él, sí, y decirle...; ya, ya sabré yo...

—¿Apostamos a que le espanta?

—No; le traeré, traeréle yo mismo. Saturna, esto se llama un rasgo. Encárgate de avisarle que me espere en su estudio una de estas tardes..., mañana. Estoy decidido—paseándose inquieto por el comedor—. Si Tristana quiere verle, no la privaré de ese gusto. Cuanto antojo tenga la niña se lo satisfará su amante padre. Le traje los pinceles, le traje el armonio, y no basta. Hacen falta más juguetes. Pues venga el hombre, la ilusión..., la... Saturna, di ahora que no soy un héroe, un santo. Con este solo arranque lavo todas mis culpas y merezco que Dios me tenga por suyo. Conque...

—Le avisaré... Pero no salga con alguna patochada. ¡Vaya, que si le da por asustar a ese pobre chico...!

—Se asustará sólo de verme. Saturna, soy quien soy... Otra cosa: con maña vas preparando a la niña. Le dices que yo haré la vista gorda, que saldré ex profeso una tarde para que él entre y puedan hablarse como una media hora nada más... No conviene más tiempo. Mi dignidad no lo permite. Pero yo estaré en casa, y... Mira, se abrirá una rendijita en la puerta para que tú y yo podamos ver cómo se reciben el uno al otro y oír lo que charlen.

—¡Señor!...

—¿Tú qué sabes? Haz lo que te mando.

—Pues haga usted lo que le aconsejo. No hay tiempo que perder. Don Horacio tiene mucha prisa...

—¿Prisa?... Esa palabra quiere decir juventud. Bueno, pues esta misma tarde subiré al estudio... Avísale..., anda..., y después, cuando acompañes a la señorita, te dejas caer..., ¿entiendes? Le dices que yo ni consiento ni me opongo..., o más bien, que tolero y me hago el desentendido. Ni le dejes comprender que voy al estudio, pues este acto de inconsecuencia, que desmiente mi carácter, quizá me rebajaría a sus propios ojos..., aunque no..., tal vez no... En fin, prepárala para que no se afecte cuando vea en su presencia al... bello ideal.

—No se burle.

—Si no me burlo.

—Bello ideal quiere decir...

—Su tipo..., el tipo de una, supongamos...

—Tú sí que eres tipo—soltando la risa—. En fin, no se hable más. La preparas, y yo voy a encararme con el galán joven.

A la hora convenida, previo el aviso dado por Saturna, dirigióse don Lope al estudio, y al subir, no sin cansancio, la interminable escalera, se decía entre toses broncas y ahogados suspiros: "Pero, ¡Dios mío, qué cosas tan raras estoy haciendo de algún tiempo a esta parte! A veces me dan ganas de preguntarme: ¿Y es usted aquel don Lope...? Nunca creía que llegara el caso de no parecerse uno a sí mismo... En fin, procuraré no infundir mucho miedo a ese inocente."

La primera impresión de ambos fué algo penosa, no sabiendo qué actitud tomar, vacilando entre la benevolencia y una dignidad que bien podría llamarse decorativa. Hallábase dispuesto el pintor a tratar a don Lope según los aires que éste llevase. Después de los saludos

y cumplidos de ordenanza, mostró el anciano galán una cortesía desdeñosa, mirando al joven como a ser inferior, al cual se dispensa la honra de un trato pasajero, impuesto por la casualidad.

—Pues sí, caballero..., ya sabe usted la desgracia de la niña. ¡Qué lástima, ¿verdad?, con aquel talento, con aquella gracia...! Es ya mujer inútil para siempre. Ya comprenderá usted mi pena. La miro como hija, la amo entrañablemente con cariño puro y desinteresado, y ya que no he podido conservarle la salud ni librarla de esa tristísima amputación, quiero alegrar sus días, hacerle placentera la vida, en lo posible, y dar a su alma todo el recreo que... En fin, su voluble espíritu necesita juguetes. La pintura no acaba de distraerla...; la música, tal vez... Su insaciable afán pide más, siempre más. Yo sabía que usted...

—De modo, señor don Lope—dijo Horacio con gracejo cortés—, que a mí me considera usted juguete.

—No, juguete precisamente, no... Pero... Yo soy viejo, como usted ve, muy práctico en cosas de la vida, en pasiones y afectos, y sé que las inclinaciones juveniles tienen siempre un cierto airecillo de juego de muñecas... No hay que tomarlo a mal. Cada cual ve estas cosas según su edad. El prisma de los veinticinco o de los treinta años descompone los objetos de un modo gracioso y les da matices frescos y brillantes. El cristal mío me presenta las cosas de otro modo. En una palabra: que yo veo la inclinación de la niña con indulgencia paternal; sí, con esa indulgencia que siempre nos merece la criatura enfermita, a quien es forzoso dispensar los antojos y mimos, por extravagantes que sean.

—Dispénseme, señor mío—dijo Horacio con gravedad, sobreponiéndose a la fascinación que el mirar penetrante del caballero ejercía sobre él, encogiéndole el ánimo—, dispénseme. Yo no puedo apreciar con ese criterio de abuelo chocho la inclinación que Tristana me tiene, y menos la que por ella siento.

—Pues por eso no hemos de reñir—replicó Garrido, acentuando más la urbanidad y el desdén con que le hablaba—. Yo pienso lo que he tenido el honor de manifestarle; piense usted lo que guste. No sé si usted rectificará su manera de apreciar estas cosas. Yo soy muy viejo, muy curtido, y no sé rectificarme a mí propio. Lo que hay es que, dejándole a usted pensar lo que guste, yo vengo a decirle que, pues desea usted ver a Tristanita, y Tristanita se alegrará de verle, no me opongo a que usted honre mi casa; al contrario, tendré una satisfacción en ello. ¿Creía tal vez que yo iba a salir por el registro del padre celoso o del tirano doméstico? No, señor. No me gustan a mí los tapujos, y menos en cosa tan inocente como esta visita. No, no es decoroso que ande el novio buscándome las vueltas para entrar en casa. Usted y yo no ganamos nada, el uno colándose sin mi permiso, el otro atrancando las puertas como si hubiera en ello alguna malicia. Sí, señor don Horacio, usted puede ir, a la hora que yo le designe, se entiende. Y si resultase que habría que repetir las visitas, porque así conviniera a la paz de mi enferma, ha de prometerme usted no entrar nunca sin conocimiento mío.

—Me parece muy bien—afirmó Díaz, que poco a poco se iba dejando conquistar por la agudeza y pericia mundana del atildado viejo—. Estoy a sus órdenes.

Sentía Horacio la superioridad de su interlocutor, y casi..., y sin casi, se alegraba de tratarle, admirando de cerca, por primera vez, un ejemplar curiosísimo de la fauna social más desarrollada, un carácter que resultaba legendario y revestido de cierto matiz poético. La atracción se fué acentuando con las cosas donosísimas que después le dijo don Lope pertinentes a la vida galante, a las mujeres y al matrimonio. En resumidas cuentas, que le fué muy simpático, y se despidieron, prometiéndole Horacio obedecer sus indicaciones y fijando para la tarde siguiente las *vistas* con la pobre inválida.

XXVI

"¡Qué pedazo de ángel—decía don Lope, dejando atrás, con menos calma que a la subida, el sinfín de peldaños de la escalera del estudio—. Y parece honrado y decente. No le veo muy aferrado a la infantil manía del matrimonio, ni me ha dicho nada de bello ideal, ni aquello de *amarla hasta la muerte*, con patita o sin patita... Nada, que esto es cosa concluida... Creí encontrar un romántico, con cara de haber bebi-

do el vinagre de las pasiones contrariadas, y me encuentro un mocetón de color sano y espíritu sereno, un hombre sesudo, que al fin y a la postre verá las cosas como las veo yo. Ni se le conoce que esté enamoradísimo, como debió de estarlo antes, allá qué sé yo cuándo. Más bien parece confuso, sin saber qué actitud tomar cuando la vea ni cómo presentársele... En fin, ¿qué saldrá de esto?... Para mí, es cosa terminada..., terminada...; sí, señor..., cosa muerta, caída, enterrada... como la pierna."

El estupendo noticion de la próxima visita de Horacio inquietó a Tristana, que aparentando creer cuanto se le decía, abrigaba en su interior cierta desconfianza de la realidad de aquel suceso, pues su labor mental de los días que precedieron a la operación habíala familiarizado con la idea de suponer ausente al bello ideal; y la hermosura misma de éste y sus raras perfecciones se representaban en la mente de la niña como ajadas y desvanecidas por obra y gracia de la aproximación. Al propio tiempo, el deseo puramente humano y egoísta de ver al ser querido, de oírle, luchaba en su alma con aquel desenfrenado idealismo, en virtud del cual, más bien que a buscar la aproximación, tendía, sin darse cuenta de ello, a evitarla. La distancia venía a ser como una voluptuosidad de aquel armor sutil, que pugnaba por desprenderse de toda influencia de los sentidos.

En tal estado de ánimo, llegó el momento de la entrevista. Fingió don Lope que se ausentaba, sin hacer la menor alusión al caso; pero se quedó en su cuarto, dispuesto a salir si algún accidente hacía necesaria su presencia. Arreglóse Tristana la cabeza, recordando sus mejores tiempos, y como se había repuesto algo en los últimos días, resultaba muy bien. No obstante, descontenta y afligida, apartó de sí el espejo, pues el idealismo no excluía la presunción. Cuando sintió que entraba Horacio, que Saturna le introducía en la sala, palideció, y a punto estuvo de perder el conocimiento. La poca sangre de sus venas afluyó al corazón; apenas podía respirar, y una curiosidad más poderosa que todo sentimiento la embargaba.

"Ahora—se decía—veré cómo es, me enteraré de su rostro, que se me ha perdido desde hace tiempo, que se me ha borrado, obligándome a inventar otro para mi uso particular."

Por fin, Horacio entró... Sorpresa de Tristana, que en el primer momento casi le vió como a un extraño. Fuése derecho a ella con los brazos abiertos y la acarició tiernamente. Ni uno ni otro pudieron hablar hasta pasado un breve rato... Y a Tristana le sorprendió el metal de voz de su antiguo amante, cual si nunca le hubiera oído. Y después..., ¡qué cara, qué tez, qué color como de bronce bruñido por el sol!

—¡Cuánto has padecido, pobrecita! —dijo Horacio, cuando la emoción le permitió expresarse con claridad—. ¡Y yo sin poder estar al lado tuyo! Habría sido un gran consuelo para mí acompañar a mi *Paquilla de Rimini* en aquel trance, sostener su espíritu...; pero ya sabes, ¡mi tía tan malita...! Por poco no lo cuenta la pobre.

—Sí..., hiciste bien en no venir... ¿Para qué?—repuso Tristana, recobrando al instante su serenidad—. Cuadro tan lastimoso te habría desgarrado el corazón. En fin, ya pasó; estoy mejor, y me voy acostumbrando a la idea de no tener más que una patita.

—¿Qué importa, vida mía?—dijo el pintor, por decir algo.

—Allá veremos. Aún no he probado a andar con muletas. El primer día he de pasar mal rato; pero al fin me acostumbraré. ¿Qué remedio tengo?...

—Todo es cuestión de costumbre. Claro que al principio estarás menos airosa...; es decir, tú siempre serás airosa...

—No..., cállate. Ese grado de adulación no debe consentirse entre nosotros. Un poco de galantería, de caridad más bien, pase...

—Lo que más vale en ti, la gracia, el espíritu, la inteligencia, no ha sufrido ni puede sufrir menoscabo. Ni el encanto de tu rostro, ni las proporciones admirables de tu busto..., tampoco.

—Cállate—dijo Tristana con gravedad—. Soy una belleza sentada..., ya para siempre sentada, una mujer de medio cuerpo, un busto y nada más.

—¿Y te parece poco? Un busto, pero ¡qué hermoso! Luego, tu inteligencia sin par, que hará siempre de ti una mujer encantadora...

Horacio rebuscaba en su mente todas las flores que pueden echarse a una mujer que no tiene más que una pierna.

No le fué difícil encontrarlas, y una vez arrojadas sobre la infeliz inválida, ya no tenía más que añadir. Con un poquito de violencia, que casi casi no pudo apreciar, añadió lo siguiente:

—Y yo te quiero y te querré siempre lo mismo.

—Eso ya lo sé—replicó ella, afirmándolo por lo mismo que empezaba a dudarlo.

Continuó la conversación en los términos más afectuosos, sin llegar al tono y actitudes de la verdadera confianza. En los primeros momentos sintió Tristana una desilusión brusca. Aquel hombre no era el mismo que, borrado de su memoria por la distancia, había ella reconstruído laboriosamente con su facultad creadora y plasmante. Parecíale tosca y ordinaria la figura, la cara sin expresión inteligente, y en cuanto a las ideas... ¡Ah, las ideas le resultaban de lo más vulgar...! De los labios del *señó Juan* no salieron más que las conmiseraciones que se dan a todo enfermo, revestidas de una forma de tierna amistad. Y en todo lo que dijo referente a la constancia de su amor veíase el artificio trabajosamente edificado por la compasión.

Entre tanto, don Lope iba y venía sin sosiego por el interior de su casa, calzado de silenciosas zapatillas, para que no se le sintieran los pasos, y se aproximaba a la puerta por si ocurría algo que reclamase su intervención. Como su dignidad repugnaba el espionaje, no aplicó el oído a la puerta. Más que por encargo del amo, por inspiración propia y ganas de fisgoneo, Saturna puso su oreja en el resquicio que abierto dejó para el caso, y algo pudo pescar de lo que los amantes decían. Llamándola al pasillo, don Lope la interrogó con vivo interés:

—Dime: ¿han hablado algo de matrimonio?

—Nada he oído que signifique cosa de casarse—dijo Saturna—. Amor, sí, quererse siempre, y qué sé yo..., pero...

—De sagrado vínculo, ni una palabra. Lo que digo, cosa concluída. Y no podía suceder de otro modo. ¿Cómo sostener su promesa ante una mujer que ha de andar con muletas?... La Naturaleza se impone. Es lo que yo digo... Mucho palique, mucha frase de relumbrón y ninguna sustancia. Al llegar al terreno de los hechos, desaparece toda la hojarasca y nada queda... En fin, Saturna, esto va bien y como yo deseo. Veremos por dónde sale ahora la niña. Sigue, sigue escuchando, a ver si salta alguna frase de compromiso formal para el porvenir.

Volvió la diligente criada a su punto de acecho; pero nada sacó en limpio, porque hablaban muy bajo. Por fin, Horacio propuso a su amada terminar la visita.

—Por mi gusto—le dijo—, no me separaría de ti hasta mañana..., ni mañana tampoco... Pero debo considerar que don Lope, concediéndome verte, procede con una generosidad y una alteza de miras que le honran mucho y que me obligan a no incurrir en abuso. ¿Te parece que me retire ya? Como tú quieras. Y confío que no siendo muy largas las visitas, tu viejo me permitirá repetirlas todos los días.

Opinó la inválida en conformidad con su amigo, y éste se retiró, después de besarla cariñosamente y de reiterarle aquellos afectos que, aunque no fríos, iban tomando un carácter fraternal. Tristana le vió partir muy tranquila, y al despedirse fijó para la siguiente tarde la primera lección de pintura, lo que fué muy del agrado del artista, quien, al salir de la estancia, sorprendió a don Lope en el pasillo y se fué derecho a él, saludándole con profundo respeto. Metiéronse en el cuarto del galán caduco, y allí charlaron de cosas que a éste le parecieron de singular alcance.

Por de pronto, ni una palabra soltó el pintor que a proyectos de matrimonio trascendiera. Manifestó un interés vivísimo por Tristana, lástima profunda de su estado y amor por ella en un grado discreto, discreción interpretada por don Lope como delicadeza o más bien repugnancia de un rompimiento brusco, que habría sido inhumano en la triste situación de la señorita de Reluz. Por fin, Horacio no tuvo inconveniente en dar al interés que su amiga le inspiraba un carácter señaladamente positivista. Como sabía por Saturna las dificultades de cierto género que agobiaban a don Lope, se arrancó a proponer a éste lo que en su altanera dignidad no podía el caballero admitir.

—Porque, mire usted, amigo—le dijo en tono campechano—, yo..., y no se ofenda de mi oficiosidad..., tengo para con Tristana ciertos deberes que cumplir. Es huérfana. Cuantos la quieren y la estiman en lo que vale, obligados es-

tán a mirar por ella. No me parece bien que usted monopolice la excelsa virtud de amparar al desvalido... Si quiere usted concederme un favor, que le agradeceré toda mi vida, permítame...

—¿Qué?... Por Dios, caballero Díaz, no me sonroje usted. ¿Cómo consentir...?

—Tómelo usted por donde quiera... ¿Qué quiere decirme?... ¿Que es una indelicadeza proponer que sean de mi cuenta los gastos de la enfermedad de Tristana? Pues hace usted mal, muy mal, en pensarlo así. Acéptelo, y después seremos más amigos.

—¿Más amigos, caballero Díaz? ¡Más amigos después de probar que yo no tengo vergüenza!

—¡Don Lope, por amor de Dios!

—Don Horacio..., basta.

—Y en último caso, ¿por qué no se me ha de permitir que regale a mi amiguita un órgano expresivo de superior calidad, de lo mejor en su género; que le añada una completa biblioteca musical para órgano, comprendiendo estudios, piezas fáciles y de concierto, y que por fin, corra de mi cuenta el profesor?...

—Eso... ya... Vea usted cómo transijo. Se admite el regalo del instrumento y de los papeles. Lo del profesor no puede ser, caballero Díaz.

—¿Por qué?

—Porque se regala un objeto como testimonio de afectos presentes o pasados; pero no sé yo de nadie que obsequie con lecciones de música.

—Don Lope..., déjese de distingos.

—A ese paso, llegaría usted a proponerme costearle la ropa y a señalarle alimentos..., y esto, con franqueza, paréceme denigrante para mí..., a menos que usted viniera con propósitos y fines de cierto género.

Viéndole venir, Horacio quiso dar una vuelta a la conversación.

—Mis propósitos son que se instruya en un arte en que pueda lucir y gastar ese caudal inmenso de flúido acumulado en su sistema nervioso, los tesoros de pasión artística, de noble ambición, que llenan su alma.

—Si no es más que eso, yo me basto y me sobro. No soy rico; pero poseo lo bastante para abrir a Tristana los caminos por donde pueda correr hacia la gloria una pobre cojita. Yo..., francamente, creí que usted...

Queriendo obtener una declaración categórica, y viendo que no la lograba por ataques oblicuos, embistióle de frente:

—Pues yo creí que usted, al venir aquí, traía el propósito de casarse con ella.

—¡Casarme!... ¡Oh!... No—dijo Horacio, desconcertado por el repentino golpe, pero rehaciéndose al momento—. Tristana es enemiga irreconciliable del matrimonio. ¿No lo sabía usted?

—¿Yo?... No.

—Pues sí; lo detesta. Quizá ve más que todos nosotros; quizá su mirada perspicua, o cierto instinto de adivinación concedido a las mujeres superiores, ve la sociedad futura que nosotros no vemos.

—Quizá... Estas niñas mimosas y antojadizas suelen tener vista muy larga. En fin, caballero Díaz, quedamos en que se acepta el obsequio del organito, pero no lo demás; se agradece, eso sí; pero no se puede aceptar, porque lo veda el decoro.

—Y quedamos—dijo Horacio despidiéndose—que vendré a pintar un ratito con ella.

—Un ratito..., cuando la levantemos, porque no ha de pintar en la cama.

—Justo... Pero, en tanto, ¿podré venir...?

—¡Oh! Sí, a charlar, a distraerla. Cuéntele usted cosas de aquel hermoso país.

—¡Ah! No, no—dijo Horacio frunciendo el ceño—. No le gusta el campo, ni la jardinería, ni la Naturaleza, ni las aves domésticas, ni la vida regalada y oscura, que a mí me encantan y me enamoran. Soy yo muy terrestre, muy práctico, y ella muy soñadora, con unas alas de extraordinaria fuerza para subirse a los espacios sin fin.

—Ya, ya... —estrechándole las manos—. Pues venga usted cuando bien le cuadre, caballero Díaz. Y sabe que...

Despidióle en la puerta; se metió después en su cuarto, muy gozoso, y restregándose las manos, decía para su sayo: "Incompatibilidad de caracteres..., incompatibilidad absoluta, diferencias irreducibles."

XXVII

Notó el buen Garrido en su inválida cierta estupefacción después de la entrevista. Interrogada paternalmente por

el astuto viejo, Tristana le dijo sin rebozo:

—¡Cuánto ha cambiado ese hombre, pero cuánto! Paréceme que no es el mismo, y no ceso de representármelo como antes era.

—Y qué, ¿gana o pierde en la transformación?

—Pierde..., al menos hasta ahora.

—Parece buen sujeto, sí. Y te estima. Me propuso abonar los gastos de tu enfermedad. Yo lo rechacé... Figúrate...

A Tristana se le encendió el rostro.

—No es de estos—añadió don Lope—que al dejar de amar a una mujer se despiden a la francesa. No, no; paréceme atento y delicado. Te regala un órgano expresivo de lo mejor, y toda la música que puedas necesitar. Esto lo acepté; no creí prudente rechazarlo. En fin, el hombre es bueno y te tiene lástima; comprende que tu situación social, después de esa pérdida de la patita, exige que se te mime y se te rodee de distracciones y cuidados; y él empieza por prestarse, como amigo sincero y bondadoso, a darte leccioncitas de pintura.

Tristana no dijo nada, y todo el día estuvo muy triste. Al siguiente, la entrevista con Horacio fué bastante fría. El pintor se mostró muy amable; pero sin decir ni una palabra de amor. Introdújose don Lope en la habitación cuando menos se pensaba, metiendo su cucharada en el coloquio, que versó exclusivamente sobre cosas de arte. Como pinchara después a Horacio para que hablase de los encantos de la vida en Villajoyosa, el pintor se explayó en aquel tema, que, contra la creencia de don Lope, parecía del agrado de Tristana. Con vivo interés oía ésta las descripciones de aquella vida placentera y de los puros goces de la domesticidad en pleno campo. Sin duda, por efecto de una metamorfosis verificada en su alma después de la mutilación de su cuerpo, lo que antes desdeñó era ya para ella como risueña perspectiva de un mundo nuevo.

En las visitas que se sucedieron, Horacio rehuía con suma habilidad toda referencia a la deliciosa vida que era ya su pasión más ardiente. Mostró también indiferencia del arte, asegurando que la gloria y los laureles no despertaban entusiasmo en su alma. Y al decir esto, fiel reproducción de las ideas expresadas en sus cartas de Villajoyosa, observó que a Tristana no le causaba disgusto. Al contrario, en ocasiones parecía ser de la misma opinión y mirar con desdén las empresas y victorias artísticas, con gran estupor de Horacio, en cuya memoria subsistían indelebles los exaltados conceptos de la correspondencia de su amante.

Por fin, la levantaron, y el estrecho gabinete en que la pobre inválida pasaba las horas embutida en un sillón fué convertido en taller de pintura. La paciencia y la solicitud con que Horacio hacía de maestro no son para dichas. Mas sucedió una cosa muy rara, y fué que no sólo mostraba la señorita poca afición al arte de Apeles, sino que sus aptitudes, claramente manifestadas meses antes, se oscurecían y eclipsaban, sin duda por falta de fe. No volvía el pintor de su asombro, recordando la facilidad con que su discípula entendía y manejaba el color, y asombrados los dos de semejante cambio, concluían por desmayar y aburrirse, difiriendo las lecciones o haciéndolas muy cortas. A los tres o cuatro días de estas tentativas, apenas pintaban ya; pasaban las horas charlando, y solía suceder que también la conversación languidecía, como entre personas que ya se han dicho todo lo que tienen que decirse y sólo tratan de las cosas corrientes y regulares de la vida.

El primer día que probó Tristana las muletas fueron ocasión de risa y chacota sus primeros ensayos en tan extraño sistema de locomoción.

—No hay manera—decía con buena sombra—de imprimir al paso de muletas un aire elegante. No, por mucho que yo discurra, no inventaré un bonito andar con estos palitroques. Siempre seré como las mujeres lisiadas que piden limosna a la puerta de las iglesias. No me importa. ¡Qué remedio tengo más que conformarme!

Propúsole Horacio enviarle un carrito de mano para que paseara, y no acogió mal la niña este ofrecimiento, que se hizo efectivo dos días después, aunque no se utilizó sino a los tres o cuatro meses de regalado el vehículo. Lo más triste de todo cuanto allí ocurría era que Horacio dejó de ser asiduo en sus visitas. La retirada fué tan lenta y gradual que apenas se notaba. Empezó por

faltar un día, excusándose con ocupaciones imprescindibles; a la siguiente semana hizo novillos dos veces; luego, tres, cinco..., y por fin ya no se contaron los días que faltaba, sino los que iba. No parecía Tristana muy contrariada de estas faltillas; recibíale siempre afectuosa, y le veía partir sin aparente disgusto. Jamás le preguntaba el motivo de sus ausencias, ni menos le reñía por ellas. Otra circunstancia digna de notarse era que jamás hablaban de lo pasado: uno y otro parecían acordes en dar por fenecida y rematada definitivamente aquella novela, que, sin duda, les resultaba inverosímil y falsa, produciendo efecto semejante al que nos causan en la edad madura los libros de entretenimiento que nos han entusiasmado y enloquecido en la juventud.

Del marasmo espiritual en que se encontraba salió Tristana casi bruscamente, como por arte mágico, con las primeras lecciones de música y de órgano. Fué como una resurrección súbita, con alientos de vida, de entusiasmo y pasión que confirmaban en su verdadero carácter a la señorita de Reluz, y que despertaron en ella, con el ardor de aquel nuevo estudio, maravillosas aptitudes. Era el profesor un hombre chiquitín, afable, de una paciencia fenomenal, tan práctico en la enseñanza y tan hábil en la transmisión de su método, que habría convertido en organista a un sordomudo. Bajo su inteligente dirección venció Tristana las primeras dificultades en brevísimo tiempo, con gran sorpresa y alborozo de cuantos aquel milagro veían. Don Lope estaba verdaderamente lelo de admiración, y cuando Tristana pulsaba las teclas, sacando de ellas acordes dulcísimos, el pobre señor se ponía chocho, como un abuelo que ya no vive más que para mimar a su descendencia menuda y volverse todo babas ante ella. A las lecciones de mecanismo, digitación y lectura añadió pronto el profesor algunas nociones de armonía, y fué una maravilla ver a la joven asimilarse estos arduos conocimientos. Diríase que le eran familiares las reglas antes que se las revelaran; adelantábase a la propia enseñanza, y lo que aprendía quedaba profundamente grabado en su espíritu. El minúsculo profesor, hombre muy cristiano, que se pasaba la vida de coro en coro y de capilla en capilla, tocando en misas solemnes, funerales y novenas, veía en su discípula un ejemplo del favor de Dios, una predestinación artística y religiosa.

—Es un genio esta niña—afirmaba, admirándola con efusión contemplativa—, y a ratos paréceme una santa.

—¡Santa Cecilia!—exclamaba don Lope con entusiasmo, que le ponía ronco—. ¡Qué hija, qué mujer, qué divinidad!

No le era fácil a Horacio disimular su emoción oyendo a Tristana modular en el órgano acordes de carácter litúrgico, en estilo fugado, escalonando los miembros melódicos con pasmosa habilidad; y trabajillo le costaba al artista ocultar sus lágrimas, avergonzándose de verterlas. Cuando la señorita, inflamada por religiosa inspiración, se engolfaba en su música, convirtiendo el grave instrumento en lenguaje de su alma, a nadie veía ni se cuidaba de su reducido y fervoroso público. El sentimiento, así como el estilo para expresarlo, absorbíanla por entero; su rostro se transfiguraba, adquiriendo celestial belleza; su alma se desprendía de todo lo terreno para mecerse en el seno pavoroso de una idealidad dulcísima. Un día, el bueno del organista llegó al colmo de la admiración oyéndola improvisar con gallardo atrevimiento, y se pasmó de la soltura con que modulaba, enlazando los tonos y añadiendo a sus conocimientos de armonía otros que nadie supo de dónde los había sacado, obra de un misterioso poder de adivinación, sólo concedido a las almas privilegiadas, para quienes el arte no tiene ningún secreto. Desde aquel día el maestro asistió a las lecciones con interés superior al que la pura enseñanza puede infundir, y puso sus cinco sentidos en la discípula, educándola como a un hijo único y adorado. El anciano músico y el anciano galán se extasiaban junto a la inválida, y mientras el uno le mostraba con paternal amor los arcanos del arte, el otro dejaba traslucir su acendrada ternura con suspiros y alguna expresión fervorosa. Concluída la lección, Tristana daba un paseíto por la estancia con muletas, y a don Lope y al otro viejo se les figuraba, contemplándola, que la propia Santa Cecilia no podía moverse ni andar de otra manera.

Por este tiempo, es decir, cuando los

adelantos de la joven se marcaron de un modo tan notable, Horacio volvió a menudear sus visitas, y de pronto éstas escasearon notoriamente. Al llegar el verano, transcurrían hasta dos semanas sin que el pintor aportara por allí, y cuando iba, Tristana, por agradarle y entretenerle, le obsequiaba con una sesión de música; sentábase el artista en lo más oscuro de la estancia para seguir con abstracción profunda la hermosa salmodia, como en éxtasis, mirando vagamente a un punto indeterminado del espacio, mientras su alma divagaba suelta por las regiones en que el ensueño y la realidad se confunden. Y de tal modo absorbió a Tristana el arte con tanto anhelo cultivado, que no pensaba ni podía pensar en otra cosa. Cada día ansiaba más y mejor música. La perfección embargaba su espíritu, teniéndolo como fascinado. Ignorante de cuanto en el mundo ocurría, su aislamiento era completo, absoluto. Día hubo en que fué Horacio y se retiró sin que ella se enterara de que había estado allí.

Una tarde, sin que nadie lo hubiese previsto, despidióse el pintor para Villajoyosa, pues, según dijo, su tía, que allá continuaba residiendo, se hallaba en peligro de muerte. Así era la verdad, y a los tres días de llegar el sobrino doña Trini cerró las pesadas compuertas de sus ojos para no volverlas a abrir más. Poco después, a la entrada del otoño, cayó Díaz enfermo, aunque no de gravedad. Cruzáronse cartas amistosas entre él y Tristana y el mismo don Lope, las cuales en todo el año siguiente continuaron yendo y viniendo cada dos, cada tres semanas, por el mismo camino por donde antes corrían las incendiarias cartas de *señó Juan* y de *Paquita de Rimini*. Tristana escribía las suyas de prisa y corriendo, sin poner en ellas más que frases de cortés amistad. Por una de esas inspiraciones que llevan al ánimo su conocimiento profundo y certero de las cosas, la inválida creía firmemente, como se cree en la luz del sol, que no vería más a Horacio. Y así era, así fué... Una mañana de noviembre entró don Lope con cara grave en el cuarto de la joven, y sin expresar alegría ni pena, como quien dice la cosa más natural del mundo, le soltó la noticia con este frío laconismo:

—¿No sabes?... Nuestro don Horacio se casa.

XXVIII

Creyó notar el viejo galán que Tristana se desconcertaba al recibir el jicarazo; pero tan rápidamente y con tanto tesón volvió sobre sí misma, que no le era fácil a *don Lepe* conocer a ciencia cierta el estado de ánimo de su cautiva, después del acabamiento definitivo de sus locos amores. Como quien se arroja a un piélago tranquilo, zambullóse la señorita en el *mare magnum* musical, y allí se pasaba las horas, ya sumergiéndose en lo profundo, ya saliendo graciosamente a la superficie, incomunicada realmente con todo lo humano y procurando estarlo con algunas ideas propias que aún la atormentaban. A Horacio no le volvió a mentar, y aunque el pintor no cortó relaciones con ella, y alguna que otra vez escribía cartas amistosas, Garrido era el encargado de leerlas y contestarlas. Guardábase bien el viejo de hablar a la niña del que fué su adorador, y con toda su sagacidad y experiencia nunca supo fijamente si la actitud triste y serena de Tristana ocultaba una desilusión o el sentimiento de haberse equivocado profundamente al creerse desilusionada en los días de la vuelta de Horacio. Pero ¿cómo había de saber esto don Lope, si ella misma no lo sabía?

En las buenas tardes de invierno salía a la calle en el carrito, que empujaba Saturna. La ausencia de toda presunción fué uno de los accidentes más característicos de aquella nueva metamorfosis de la señorita de Reluz: cuidaba poco de embellecer su persona; ataviábase sencillamente con mantón y pañuelo de seda a la cabeza; pero no perdió la costumbre de calzarse bien, y de continuo bregaba con el zapatero por si ajustaba con más o menos perfección la bota... única. ¡Qué raro le parecía siempre el no calzarse más que un pie! Transcurrirían los años sin que acostumbrarse pudiera a no ver en parte alguna la bota y el zapato del pie derecho.

Al año de la operación, su rostro había adelgazado tanto, que muchos que en sus buenos tiempos la trataron apenas la conocían ya, al verla pasar en el

cochecillo. Representaba cuarenta años cuando apenas tenía veinticinco. La pierna de palo que le pusieron a los dos meses de arrancada la de carne y hueso era de lo más perfecto en su clase; mas no podía la inválida acostumbrarse a andar con ella, ayudada sólo de un bastón. Prefería las muletas, aunque éstas le alzaran los hombros, destruyendo la gallardía de su cuello y de su busto. Aficionóse a pasar las horas de la tarde en la iglesia, y para facilitar esta inocente inclinación mudóse don Lope desde lo alto del paseo de Santa Engracia al del Obelisco, donde tenían muy a mano cuatro o cinco templos, modernos y bonitos, y además la parroquia de Chamberí. Y el cambio de domicilio le vino bien a don Lope por el lado económico, pues en el alquiler de la nueva casa ahorraba una corta cantidad, que no venía mal para otros gastos en tiempos tan calamitosos. Pero lo más particular fué que la afición de Tristana a la iglesia se comunicó a su viejo tirano, y sin que éste notara la gradación, llegó a pasar ratos placenteros en las Siervas, en las Reparatrices y en San Fermín, asistiendo a novenas y manifiestos. Cuando don Lope notó esta nueva fase de sus costumbres seniles, ya no se hallaba en condiciones para poder apreciar lo extraño de tal cambio. Anublóse su entendimiento; su cuerpo envejeció con terrible presteza; arrastraba los pies como un octogenario, y la cabeza y manos le temblaban. Al fin, el entusiasmo de Tristana por la paz de la iglesia, por la placidez de las ceremonias del culto y la comidilla de las beatas llegó a ser tal, que acortaba las horas dedicadas al arte músico para aumentar las consagradas a la contemplación religiosa. Tampoco se dió cuenta de esta nueva metamorfosis, a la que llegó por gradaciones lentas; y si al principio no había en ella más que pura afición, sin verdadero celo, si sus visitas a la iglesia eran al principio actos de lo que podría llamarse *dilettantismo* piadoso, no tardaron en ser actos de piedad verdadera, y por etapas insensibles vinieron las prácticas católicas, el oír misa, la penitencia y comunión.

Y como el buen *don Lepe*, no viviendo ya más que para ella y por ella, reflejaba sus sentimientos, y había llegado a ser plagiario de sus ideas, resultó que también él se fué metiendo poco a poco en aquella vida, en la cual su triste vejez hallaba infantiles consuelos. Alguna vez, volviendo sobre sí en momentos lúcidos, que parecían las breves interrupciones de un inseguro sueño, se echaba una mirada interrogativa, diciéndose:

"Pero ¿soy yo de verdad, Lope Garrido, el que hace estas cosas? Es que estoy lelo..., sí, lelo... Murió en mí el hombre..., ha ido muriendo en mí todo el ser, empezando por lo presente, avanzando en el morir hacia lo pasado; y por fin, ya no queda más que el niño... Sí, soy un niño, y como tal pienso y vivo. Bien lo veo con el cariño de esa mujer. Yo la he mimado a ella. Ahora ella me mima..."

En cuanto a Tristana, ¿sería, por ventura, aquélla su última metamorfosis? ¿O quizá tal mudanza era sólo exterior, y por dentro subsistía la unidad pasmosa de su pasión por lo ideal? El ser hermoso y perfecto que amó, construyéndolo ella misma con materiales tomados de la realidad, se había desvanecido, es cierto, con la reaparición de la persona que fué como génesis de aquella creación de la mente; pero el tipo, en su esencial e intachable belleza, subsistía vivo en el pensamiento de la joven inválida. Si algo pudo variar ésta en la manera de amarle, no menos varió en su cerebro aquella cifra de todas las perfecciones. Si antes era un hombre, luego fué Dios, el principio y fin de cuanto existe. Sentía la joven cierto descanso, consuelo inefable, pues la contemplación mental del ídolo érale más fácil en la iglesia que fuera de ella, las formas plásticas del culto la ayudaban a sentirlo. Fué la mudanza del hombre en Dios tan completa al cabo de algún tiempo, que Tristana llegó a olvidarse del primer aspecto de su ideal, y no vió al fin más que el segundo, que era seguramente el definitivo.

Tres años habían pasado desde la operación realizada con tanto acierto por Miquis y su amigo, cuando la señorita de Reluz, sin olvidar completamente el arte musical, mirábalo ya con desdén, como cosa inferior y de escasa valía. Las horas de la tarde pasábalas en la iglesia de las Siervas, en un banco, que por la fijeza y constancia con que lo ocupaba, parecía pertenecerle. Las muletas, arrimadas a un lado, le hacían lúgubre

compañía. Las hermanitas, al fin, entablaron amistad con ella, resultando de aquí ciertas familiaridades eclesiásticas; en algunas funciones solemnes, tocaba Tristanita el órgano, con gran regocijo de las religiosas y de todos los concurrentes. La *señora* coja hízose popular entre los que asiduamente asistían a los oficios mañana y tarde, y los acólitos la consideraban ya como parte integrante del edificio y aun de la institución.

XXIX

No tuvo la vejez de don Lope toda la tristeza y soledad que él se merecía, como término de una vida disipada y viciosa, porque sus parientes le salvaron de la espantosa miseria que le amenazaba. Sin el auxilio de sus primas, las señoras de Garrido Godoy, que en Jaén residían, y sin el generoso desprendimiento de su sobrino carnal, el arcediano de Baeza don Primitivo de Acuña, el galán en decadencia hubiera tenido que pedir limosna o entregar sus nobles huesos a San Bernardino. Pero aunque las tales señoras, solteronas, histéricas y anticuadas, muy metidas en la iglesia y de timoratas costumbres, veían en su egregio pariente un monstruo, más bien un diablo que andaba suelto por el mundo, la fuerza de la sangre pudo más que la mala opinión que de él tenían, y de un modo discreto le ampararon en su pobreza. En cuanto al buen arcediano, en un viaje que hizo a Madrid trató de obtener de su tío ciertas concesiones del orden moral: conferenciaron; oyóle don Lope con indignación, partió el clérigo muy descorazonado, y no se habló más del asunto. Pasado algún tiempo, cuando se cumplieron cinco años de la enfermedad de Tristana, el clérigo volvió a la carga en esta forma, ayudado de argumentos en cuya fuerza persuasiva confiaba:

—Tío, se ha pasado usted la vida ofendiendo a Dios, y lo más infame, lo más ignominioso es ese amancebamiento criminal...

—Pero, hijo, si ya... no...

—No importa; se irán ella y usted al infierno, y de nada les valdrán sus buenas intenciones de hoy.

Total, que el buen arcediano quería casarlos. ¡Inverosimilitud, sarcasmo horrible de la vida tratándose de un hombre de ideas radicales y disolventes, como don Lope!

—Aunque estoy lelo—dijo éste empinándose con trabajo sobre las puntas de los pies—, aunque estoy hecho un mocoso y un bebé..., no tanto, Primitivo, no me hagas tan imbécil.

Expuso el buen sacerdote sus planes sencillamente. No pedía, sino que secuestraba. Véase cómo.

—Las tías—dijo—, que son muy cristianas y temerosas de Dios, le ofrecen a usted, si entra por el aro y acata los mandamientos de la ley divina..., ofrecen, repito, cederle en escritura pública las dos dehesas de Arjonilla, con lo cual no sólo podrá vivir holgadamente los días que el Señor le conceda, sino también dejar a su viuda...

—¡A mi viuda!

—Sí; porque las tías, con mucha razón, exigen que usted se case.

Don Lope soltó la risa. Pero no se reía de la extravagante proposición, ¡ay!, sino de sí mismo... Trato hecho. ¿Cómo rechazar la propuesta, si aceptándola aseguraba la existencia de Tristana cuando él faltase?

Trato hecho... ¡Quién lo diría! Don Lope, que en aquellos tiempos había aprendido a hacer la señal de la cruz sobre su frente y boca, no cesaba de persignarse. En suma: que se casaron..., y cuando salieron de la iglesia, todavía no estaba don Lope seguro de haber abjurado y maldecido su queridísima doctrina del celibato. Contra lo que él creía, la señorita no tuvo nada que oponer al absurdo proyecto. Lo aceptó con indiferencia; había llegado a mirar todo lo terrestre con sumo desdén... Casi no se dió cuenta de que la casaron, de que unas breves fórmulas hiciéronla legítima esposa de Garrido, encasillándola en un hueco honroso de la sociedad. No sentía el acto, lo aceptaba como un hecho impuesto por el mundo exterior, como el empadronamiento, como la contribución, como las reglas de policía.

Y el señor de Garrido, al mejorar de fortuna, tomó una casa mayor en el mismo paseo del Obelisco, la cual tenía un patio con honores de huerta. Revivió el anciano galán con el nuevo estado; parecía menos chocho, menos lelo, y sin saber cómo ni cuándo, próximo al aca-

bamiento de su vida, sintió que le nacían inclinaciones que nunca tuvo, manías y querencias de pacífico burgués. Desconocía completamente aquel ardiente afán que le entró de plantar un arbolito, no parando hasta lograr su deseo, hasta ver que el plantón arraigaba y se cubría de frescas hojas. Y el tiempo que la señora pasaba en la iglesia rezando, él, un tanto desilusionado ya de su afición religiosa, empleábalo en cuidar las seis gallinas y el arrogante gallo que en el patinillo tenía. ¡Qué deliciosos instantes! ¡Qué grata emoción... ver si ponían huevo, si éste era grande, y, por fin, preparar la echadura para sacar pollitos, que al fin salieron, ¡ay!, graciosos, atrevidos y con ánimos para vivir mucho! Don Lope no cabía en sí de contento, y Tristana participaba de su alborozo. Por aquellos días entróle a la cojita una nueva afición: el arte culinario en su rama importante de repostería. Una maestra muy hábil enseñóle dos o tres tipos de pasteles, y los hacía tan bien, tan bien, que don Lope, después de catarlos, se chupaba los dedos, y no cesaba de alabar a Dios. ¿Eran felices uno y otro?... Tal vez.

Madrid, enero de 1892.

FIN DE "TRISTANA"

LA LOCA DE LA CASA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

(1892)

NOTA PRELIMINAR

DON *Juan de Moncada, comerciante e industrial de Barcelona, patriarca y hombre de bien, tiene una gran semejanza con el Santo Job. Su cuantiosa fortuna se ha perdido. Negocios que salieron a nones. Inundaciones e incendios que se dieron a pares. La muerte de su esposa y de su hijo primogénito. Sucesos adversos que minaron su moral y que mellaron su serenidad. A don Juan de Moncada le falta la voz del ángel que le conmine. Pero la sustituye—estoy por decir que con ventaja estentórea—la de su hermana Eulalia, vieja y muy devota, cuya misión única en la vida parece ser la de dar las malas noticias, la de predecirlas, la de predicar conformidad ante las desventuras que acaezcan. Según doña Eulalia, se merece don Juan—¡hombre había de ser!—todos sus infortunios. Porque siempre se ocupó con dilección y ahinco de los bienes materiales. Porque miró poco al cielo. Porque no ajustó sus acciones a las máximas eternas de justicia, caridad y altruismo. Porque gozó sin mermas. Porque padeció consolándose Pero es el caso que la casa de este Job moderno amenaza derrumbarse. ¿Quién la apuntalará? Don Juan de Moncada tiene bajo su protección a su hija Gabriela—soltera—y a seis nietecillos—huérfanos de padre y madre—. Otra hija, Victoria, le salió soñadora, devanadora de caprichos celestiales, y está a punto de profesar en un convento, después de haberse negado a ser la esposa de Daniel Malavella, abogado experto.*

¿Quién apuntalará la casa cuarteada de don Juan de Moncada? ¿Quién llevará a puerto a esta nave que hace agua a proa?

José María Cruz es hijo de un carretero que tuvo en su finca de Santa Madrona don Juan Cruz. Pepet—de chico—servía de demandadero al señor y jugaba con las señoritas. Gabriela y Victoria le hacían objeto de sus burlas, le transformaban en caballo de sus cochecillos, le tiraban de los cabellos ralos y de las orejas enormes. Un buen día, José María Cruz se largó a América. Y allí..., lo de siempre. El esfuerzo titánico y la fortuna.

Cuando Cruz, de nuevo en España, se presenta a sus antiguos señores, no ha variado gran cosa, ni física ni temperamentalmente. Es feo y es tosco. Su voz es bronca. Sus ademanes son bruscos. Sus actitudes, violentas. Ama el dinero y no se dejará quitar una pizca de cuanto supo reunir a costa de terribles trabajos. ¿La caridad? El que no pueda o sepa ganar dinero para vivir, debe morirse. Secretamente..., ¡cómo desea Pepet ser señor entre sus señores, mandar a los que le mandaron, devolver las humillaciones de las que él comió como del pan de cada día! Pepet, secretamente, ama a Gabriela de Moncada. Si ella le correspondiese..., la nave quedaría a flote, la casa aparecería remozada. Pero ella le rechaza. Con la misma sinceridad brava con que él la pretende. ¿Ama realmente Pepet a Gabriela, o le empuja a ella únicamente el

afán de elevarse hasta los Moncadas, de ser uno de ellos, el más poderoso, Júpiter, porque de sus manos salen los rayos de oro y de su boca las frases indiscutibles?

Es presumible este último anhelo. Porque cuando Victoria—que llega a pasar unos días entre los suyos antes de profesar—, para salvar de la ruina a su padre, y previo el consejo de su director espiritual, se ofrece al bruto como esposa en sustitución de su hermana, Pepet acepta. Y acepta sometiéndose a duras condiciones. Llevará la nave a puerto o se hundirá con ella. Cumplirá, a lo menos en lo externo, los preceptos elementales de la religión católica. No opondrá resistencia a que la esposa se retire a casa de su padre si surgiese alguna desavenencia grave. Transige con todas las condiciones. La ambición de Pepet no se colma sino enlazándose con la familia noble que le vió tan mísero, siendo ella tan grande.

Ya casados Victoria y Pepet, en carne viva sus respectivas sensibilidades, la gran lucha se inicia. ¿Quién vencerá a quién? Victoria es suave y dulce; no tiene otras armas que la paciencia y los encantos espiritual y corporal. Pepet es duro y fuerte; sus armas son la palabra ofensiva, la voluntad férrea, el alma erizada de suspicacias y de rencores. ¿Quién vencerá a quién?

Nada tiene de nuevo el mito de la fuerza bruta, del instinto fiero, del ímpetu feroz, presos en las sutiles mallas de seda del Amor, y por el Amor—y por amor—domeñados y domados. El tema es tan viejo como la especie humana. El egoista y edénico—¿adánico?—primer macho de la especie humana se jugaba el Paraíso a cada melindre de la carne suave de su carne áspera. Mil son las añagazas de Venus—según frase de Ovidio, doctor máximo en amores—para vencer y triunfar en esas pugnas incruentas. La literatura universal tiene mil obras con el tema de La loca de la casa. Y sin que necesitemos remontarnos muchos siglos, ni traspasar demasiadas fronteras, Francia nos presentará el melodrama de Emilio Augier Les Fourchambault, y el novelón de Georges Ohnet Felipe Derblay ou Le maître des forges, ambos tan del gusto, aún hoy, de todos los públicos, y cien veces traducidos. Seguramente Galdós no pretendió sacar patente de invención. Pero en estos temas, que pudiéramos llamar eternos, lo interesante es el enfoque y las derivaciones a que puede llegarse con la originalidad de aquél. Puede haber centenares de fotografías malas de un paisaje bello. Y una sola magnífica. Algo de esto cabe aplicar a Galdós. Su enfoque es perfecto. Las derivaciones a que él llega desde el tema bien enfocado son de una humanidad insobornable, por igual alejadas de la novelería y del melodramatismo, y en cuya equidistancia radica la verdad que puede existir en lo conocido.

El tipo de Pepet Cruz guarda grandes semejanzas con el de Torquemada. Aparte la edad y las formas externas de la reacción temperamental. Torquemada es cobarde y solapado. Pepet se clarea y ruge. Los dos aman con delirio lo que tanto les ha costado conseguir. Los dos sienten el mismo impulso de elevarse dentro de la sociedad, de hacerse personas de consideración, de alcanzar esa respetabilidad—hecha de tantos factores aleatorios—que transforma al prestamista en banquero y al desfalcador en hacendista. Victoria Moncada—la loca de la casa—, la muchacha que va para monja y que se vió náufraga de ensueños místicos, recuerda no poco a Leré, la amada de Angel Guerra. Ambas son delicadas y dulces. Ambas están siempre prontas a sacrificarse por los demás. Ambas tienen que luchar con hombres de pasiones violentas, que acaban adorándolas. Ninguna de las dos cede hasta que consigue el fin que sus conciencias les dicta. Daniel Malavella, el abogado, que desde muy joven adoró en Victoria, tiene bastantes puntos de contacto con Angel Guerra. Como a éste, al verse desdeñado, le sobrecoge la afición por las cosas de la Iglesia. Y como a éste, ante una brusca llamada de la realidad, se desprende con decisión de esas ansias místicas.

Otra criatura de felicísima estirpe galdosiana, destacable en La loca de la casa, es Eulalia Moncada, hermana de don Juan. Vieja beata, nuncio de desgracias, en cuya evocación se solaza y para cuyo remedio o mitigación jamás ofrece su bolsa, y sí, con generosidad, los consejos y admoniciones.

La loca de la casa, novela dialoga-

da, delata más intención dramática que Realidad. *El autor* confía a los hechos *la pintura de los caracteres de cuantos personajes toman parte en la ficción, y no recurre a los monólogos largos ni a los apartes extensos para que revelen al lector lo que no haya podido deducir de la acción.*

LA LOCA DE LA CASA

PERSONAJES

VICTORIA } Hijas de Moncada.
GABRIELA }
DOÑA EULALIA, hermana del mismo.
MARQUESA DE MALAVELLA.
SOR MARÍA DEL SAGRARIO.
CARMETA, criada de Moncada.
JOSÉ MARÍA CRUZ.
DON JUAN DE MONCADA.
DANIEL, Marqués de Malavella.
JAIME.
HUGUET, amigo y agente de Moncada.
JORDANA, alcalde de Santa Madrona.
LLUCH, portero de la fábrica.
Hermanas de la Caridad, Señoras y Caballeros del vecindario de Santa Madrona, etc.

La acción es contemporánea y se supone en un pueblo de los alrededores de Barcelona, designado con el nombre convencional de Santa Madrona.

ACTO PRIMERO

Salón de planta baja en la torre o casa de campo de Moncada, en Santa Madrona. Al fondo, galería de cristales que comunica con una terraza, en la cual hay magníficos arbustos y plantas de estufa, en cajones. En el foro, paisaje de parque, frondosísimo, destacándose a lo lejos las chimeneas de una fábrica. A la derecha, puertas que conducen al gabinete y despacho del señor de Moncada. A la izquierda, la puerta del comedor, el cual se supone comunica también con la terraza. A la derecha de ésta se ve el arranque de la escalera, que conduce a las habitaciones superiores de la casa y al oratorio. A la derecha, mesa grande, con libros, planos y recado de escribir. A la izquierda, otra más pequeña, con una cestita de labores de señora. Muebles elegantes. Piso entarimado. Es de día.

ESCENA PRIMERA

La MARQUESA DE MALAVELLA, con sus dos hijos, DANIEL y JAIME, que entran por el parque; después, GABRIELA.

MARQUESA.—Ya estamos... ¡Ay hijos, me habéis traído a la carrera! *(Volviéndose para contemplar el paisaje.)* Pero ¡qué jardín, qué vegetación! Santa Madrona es un paraíso, y el amigo Moncada vive aquí como un príncipe.

JAIME.—No verás posesión como ésta en todo el término de Barcelona. ¡Y qué torre, qué residencia señoril! Cuando entro en ella, eso que llamamos espíritu parece que se me dilata, como un globo henchido de gas.

DANIEL.—*(Meditabundo.)* Cuando entro en ella, la hipocondría no se contenta con roerme; me devora, me consume. *(Apártase de su madre y de Jaime, y cuando éstos avanzan al proscenio vuelve hacia el fondo, contemplando la vegetación.)*

MARQUESA.—¿Y Gabriela?

JAIME.—*(Mirando hacia el comedor.)* Ahora saldrá. Está dando la merienda a los niños.

MARQUESA.—¿Chiquillos aquí?

JAIME.—Sí, mamá; los seis hijos de Rafael Moncada, que han sido recogidos por su abuelo.

MARQUESA.—Es verdad... ¡Pobres huerfanitos! *(Entra Gabriela en traje de casa, muy modesto, con delantal.)* Gabriela, hija mía, ángel de esta casa. *(La besa cariñosamente.)* Pero ¿cómo te las gobiernas para atender a tantas cosas?

GABRIELA.—¡Qué remedio tengo! Ya ve usted... Estoy hecha una facha. *(Quitándose el delantal.)* Les he dado la merienda, y ahora van de paseo con el ama y la institutriz. *(Saludando a Daniel.)* Dichosos los ojos...

DANIEL.—Tanto gusto... *(Le estrecha la mano.)*

GABRIELA.—*(A la Marquesa.)* Pero ¿no se sienta usted?

MARQUESA.—No; dispongo de poco tiempo. Con dos objetos he venido. Primero, visitar a tu papá y a tu tía Eulalia; segundo, ver y alquilar, si me gusta, una de las casitas que han construído... ahí, en el camino de Paulet.

JAIME.—¿Sabes? Junto al convento de franciscanos.

GABRIELA.—¡Ah, sí! Son preciosas.

MARQUESA.—Y baratas, según dice éste. Hija mía, los tiempos están malos, y lo primero que hay que buscar es la economía.

GABRIELA.—¿De modo que seremos vecinas esta primavera?

MARQUESA.—Sí. *(Bajando la voz.)* Tenemos a Daniel bastante delicado...: inapetencia, melancolías...

JAIME.—Y la facultad *(Por sí mismo.)* ordena campo, aires puros, sosiego, trato continuo y familiar con la Naturaleza.

GABRIELA.—¡Pobrecito Daniel. *(Los tres observan a Daniel, que ha vuelto al fondo y está embebecido contemplando el paisaje.)* ¿Trabaja demasiado?

MARQUESA.—Ya no... *(Suspirando.)* ¡Lástima de bufete, llamado a ser uno de los primeros de Barcelona! *(Cariñosamente, a Daniel.)* Hijo mío, ¿qué haces?

DANIEL.—Nada, miraba... Mucho ha cambiado Santa Madrona de seis meses acá... Dígame usted, Gabriela: allí veo una torre gótica esbeltísima. *(Señala al fondo, por la izquierda, hacia un punto que no se ve desde el teatro.)*

GABRIELA.—La de los franciscanos. La concluyó papá hace un mes.

DANIEL.—*(Señalando hacia la derecha.)* ¿Y aquel gran edificio?

JAIME.—El hospital, asilo de huérfanos y casa de expósitos, que debemos a Jordana.

DANIEL.—¡Soberbia construcción!

GABRIELA.—Hecha toda con limosnas, suscripciones y petitorios.

JAIME.—Y con funciones de teatro, bailes, tómbolas, rifas y "kermesses"... ¡Es mucho hombre ese Jordana!

MARQUESA.—*(Queriendo recordar.)* Jordana, Jordana...

DANIEL.—El alcalde perpetuo.

JAIME.—Sí, mamá; aquel que llamábamos el patriarca bíblico, porque tiene veinticinco hijos.

GABRIELA.—No tanto... Son quince.

MARQUESA.—¡Jesús!... *(Con prisa de marcharse.)* ¿Puedo ver a tu papá y a Eulalia?

GABRIELA.—*(Acercándose de puntillas a una de las puertas de la derecha.)* Papá..., escribiendo en el despacho. Mi tía no tardará en volver de la iglesia. *(Daniel se aleja de nuevo hacia la terraza.)*

MARQUESA.—Esperaremos un ratito. *(A Gabriela, con extremos de cariño.)* ¡Ah, dame otro beso! No me canso de mirarte, ni de admirarte, ni de alabar a Dios por la dicha que me concede haciéndote mi hija.

JAIME.—*(Con entusiasmo.)* Madre, ¿no es verdad que no la merezco? Dígame usted que no la merezco.

MARQUESA.—Sí, hijo, la mereces; ¿por qué no? Tú también eres bueno...

JAIME.—¡Que no la merezco! Pero, en fin, la tengo; lo mismo da. ¡Qué feliz soy! Y usted, mamá, también lo es. Diga que lo es...; dígalo pronto, si no quiere que me incomode.

GABRIELA.—*(A la Marquesa, que hace signos negativos.)* Dígalo para que nos deje en paz.

MARQUESA.—Lo digo y no lo digo... Escuchadme. *(Cogiendo a Gabriela y Jaime por una mano y situándose entre los dos.)* Soñé que cogía en mis manos la felicidad..., enterita, completa, redonda, toda para mí... Era como una hostia. Al

despertar de aquel sueño encontréme que sólo poseía la mitad... La otra mitad, rota, caída, deshecha a mis pies... Tu padre, el buen Moncada, el consecuente amigo de mi esposo, tenía dos hijas casaderas, ángeles si los hay..., pues yo creo en los ángeles terrestres.

JAIME.—Yo, no..., pero, en fin, pase.

MARQUESA.—Dos ángeles digo: tú y tu hermana Victoria. Yo tenía y tengo dos hijos. No por ser míos, ni por hallarse presentes, dejaré de afirmar que algo valen. Este te quiso a ti. Daniel a tu hermana. Dieron las niñas el sí con aquiescencia y regocijo de los padres. Doble matrimonio, dicha completa... Pero, ¡ay!, de la noche a la mañana, Victoria se siente arrebatada de un misticismo ardiente, le nacen alas, levanta el vuelo y no para hasta ingresar en la Congregación religiosa del Socorro, y mi pobre Daniel... *(Mirándole desde lejos.)* Ahí le tienes... Sin haberse casado, parece un viudo inconsolable. Esa es la mitad de mi dicha perdida. La mitad alcanzada eres tú, que serás esposa de este indigno médico. *(Oyese sonido de campana. lejano.)*

DANIEL.—Mamá, que es tarde...

MARQUESA.—Sí, vamos.

DANIEL.—Si te parece, después de ver la casa entraremos un rato en los franciscanos. *(A Gabriela.)* Ese esquilón... *(Deteniéndose a oirlo.)* Qué extraño timbre, a la vez dulce y desgarrador... No puedo oírlo sin estremecerme.

MARQUESA.—¿Ya empiezas? *(A Gabriela, en secreto.)* ¡Pobre muchacho! Le tenemos tocado... de monomanía religiosa. *(Alto.)* En fin, me voy... Puesto que Eulalia no viene, la veré a la vuelta.

GABRIELA.—Tomarán ustedes chocolate con nosotros.

MARQUESA.—Si no se empeñan los franciscanos en que probemos el suyo, aquí nos tendrás. Vaya, adiós. *(A Jaime.)* ¿Tú te quedas?

JAIME.—Naturalmente.

MARQUESA.—Hasta luego... *(Tomando el brazo a Daniel, vanse por el fondo.)*

ESCENA II

GABRIELA y JAIME.

JAIME.—Ya rabiaba por verte.

GABRIELA.—¡Ocho días sin venir!

JAIME.—Que me han parecido ocho siglos. Habrás recibido mis ocho cartas, a carta por siglo.

GABRIELA.—Sí, y sólo te he contestado cuatro letras...; ya ves: no tengo tiempo para nada. Con la anexión de los sobrinitos, necesito Dios y ayuda para atender a todo...

JAIME.—*(Con entusiasmo.)* ¡Mujer extraordinaria, sublime, excelsa!

GABRELA.—Tonto, no adules.

JAIME.—Déjame, déjame que te eche muchísimo incienso...

GABRIELA.—¡Fastidioso!

JAIME.—Dime: cuando nos casemos, ¿seguirás de reina gobernadora en la casa de tu papá?

GABRIELA.—Es natural que sí. ¿Cómo quieres que le deje solo?

JAIME.—¡Ah! No..., de ninguna manera... ¡Don Juan de mi alma! Pero es mucho trabajo para ti. ¿Por qué no había de ayudarte tu tía doña Eulalia?

GABRIELA.—¡Mi tía! *(Riendo.)* No la saques de sus rezos, de su labor de gancho, de sus visitas a todas las monjas y frailes que hay en tres leguas a la redonda; no la saques de dar buenos consejos y traer malas noticias y de opinar siempre en contra de los demás. Es bonísima; pero al nivel de su virtud, y un poquito más arriba, pongamos su inutilidad.

JAIME—Bueno... Pues no nos acobardemos por el exceso de trabajo... ¡Ah! ¿Sabes que voy teniendo clientela? Decididamente, me dedico a la especialidad de enfermedades nerviosas.

GABRIELA.—Pues empieza por tu hermano... ¿Sabes que no me gusta nada su aspecto?

JAIME.—Pasión de ánimo. Lo que dijo mamá: soltero y viudo inconsolable. Créelo, tu hermanita le desquició con el dichoso monjío. Lo más raro es que a Daniel le ataca también ese terrible asolador del humano derecho: el "bacillus mistica".

GABRIELA.—¿De veras?

JAIME.—Los franciscanos de Barcelona cuidan de inoculárselo.

GABRIELA.—¿Qué me cuentas?

JAIME.—Sí; mañana y tarde le tienes entre frailes más o menos descalzos, platicando de cosas abstrusas y enrevesadas, cháchara espiritualista, que yo, disector de cadáveres, no he podido entender nunca.

GABRIELA.—No desatines.

JAIME.—Y a propósito de enfermos. ¿Qué tiene tu papá?

GABRIELA.—*(Con asombro.)* ¿Papá? Nada... ¡Ah, sí!; algo tiene... Padece insomnios, tristezas... Apenas habla... Se me figura que ha sufrido estos días algún contratiempo gravísimo.

JAIME.—El incendio de los almacenes de Barceloneta.

GABRIELA.—No... algo más será... Presumo que pérdidas considerables en Bolsa. Huguet, su agente y amigo, viene casi todas las tardes.

JAIME.—Hoy también.

GABRIELA.—¿Con vosotros?

JAIME.—No.

GABRIELA.—*(Con interés.)* ¿En qué coche venía Huguet?

JAIME.—En el de ese bárbaro... ¿Cómo se llama?... ¡Ah! Cruz, José María Cruz, que vive ahí, en casa de Jordana.

GABRIELA.—*(Recelosa.)* ¿Venía también Cruz?

JAIME.—Sí... Sabrás que mis amigos le llaman "el gorila", porque moral y físicamente nos ha parecido una transición entre el bruto y el "homo sapiens".

GABRIELA.—Hombre de baja extracción, alma sórdida y cruel, facha innoble, la riqueza no le ha enseñado, como a otros, a sobredorar la grosería de sus modales, la vulgaridad zafia de sus pensamientos.

JAIME.—Mala persona, según dicen. ¿Y es cierto que se crió aquí, en tu torre?

GABRIELA.—Sí, hombre. Es hijo de un carretero que tuvimos en casa. Yo era muy niña entonces. Apenas me acuerdo.

JAIME.—¡Qué cosas se ven!

GABRIELA.—Es de esos que van cerriles a América y luego vuelven cargados de dinero. La Providencia nos ofrece a cada instante estas ironías horribles.

JAIME.—La riqueza en perfecto consorcio con la barbarie.

GABRIELA.—*(Con vehemencia.)* En fin, es hombre el tal Cruz cuya presencia y cuya voz me atacan los nervios... Apenas cambio el saludo con él... Y el muy bruto no conoce la antipatía, la repugnancia que me inspira..., y..., vamos, ¿te lo cuento?

JAIME.—*(Receloso.)* ¿Qué? Me asustas.

GABRIELA.—Anteayer iba yo por el jardín... ¡Pasé un susto!... Estaba sola. Presentóseme saliendo de unas matas, como res brava perseguida de cazadores; y al verle delante de mí quedéme fascinada, sin poder hablar. Quise dar un grito; pero no lo di, hijo, no lo di.

JAIME.—Eso es lo que no sabe ninguna mujer: gritar a tiempo.

GABRIELA.—Pues con una inclinación muy torpe de cabeza y cuerpo me saludó, y al querer ser fino y galán, parecía que se iba a poner a cuatro patas.

JAIME.—*(Con repentina cólera.)* Gabriela..., ¿ese animal tiene el atrevimiento increíble de prendarse de ti?

GABRIELA.—Algo de eso me dió a entender con sus gruñidos...

JAIME.—No me digas...

GABRIELA.—Pero yo, ¿qué culpa tengo...?

JAIME.—*(Muy inquieto.)* ¡Enamorado de ti! ¡Ay, qué idea me asalta, qué recelo, qué presentimiento horrible! Gabriela, ese hombre te quiere comprar. Dime, por tu vida, dímelo; dime que no te vendes..., que no cambiarás mi honrada personalidad por la de ese alcornoque cargado de bellotas de oro...

GABRIELA.—Pero ¿estás loco? *(Viendo salir a Moncada.)* Cállate... Mi padre...

ESCENA III

DICHOS y MONCADA, que sale por la derecha, muy caviloso y triste; después, HUGUET.

MONCADA.—*(Aparte.)* ¡Qué ansiedad! ¡Lo que tarda Huguet!...

JAIME.—Señor don Juan...

MONCADA.—¡Ah Jaime! *(Con indiferencia.)* ¿Qué tal? ¿Y tu mamá?

JAIME.—Ha venido conmigo y con Daniel.

GABRIELA.—¿Sabes, papá?... La marquesa alquila una de las casitas de abajo...

MONCADA.—*(Que no se ha fijado en lo que Jaime y Gabriela le han dicho.)* Dime: ¿me traes alguna mala noticia?

JAIME.—*(Sorprendido.)* ¿Mala noticia?

MONCADA.—¿No?... Es que... Hace días que no entra aquí una persona sin anunciarme algún desastre.

JAIME.—¡Don Juan!

MONCADA.—Cuantas desdichas pienso suceden. Toda la mañana me la llevo... pensando que ha caído un rayo en mi casa de Barcelona.

JAIME.—¡Qué disparate!

MONCADA.—*(Viendo salir a Huguet por el fondo.)* ¡Ah! Gracias a Dios.

GABRIELA.—*(Aparte, a Jaime.)* Huguet... Estamos de más aquí. *(Retírase por la izquierda. Jaime la sigue.)*

JAIME.—*(Reparando en la expresión sombría del rostro de Huguet. Aparte.)* Mal cariz tiene el agente.

GABRIELA.—*(Ordenando a Jaime que salga por el parque.)* Tú por allí... *(Vanse.)*

ESCENA IV

MONCADA y HUGUET.

MONCADA.—*(Impaciente.)* ¿A ver...? ¿Qué hay? ¿Qué nueva desgracia me traes hoy?

HUGUET.—*(Cohibido.)* Hombre, aguarda...

MONCADA.—Tu cara no puede engañarme De tanto leer en ella me la sé de memoria...

HUGUET.—Te diré... La cosa es grave; pero aún...

MONCADA.—*(Con firmeza.)* Déjate de atenuaciones, Facundo. No las necesito.

HUGUET.—Bueno. Pues... lo que temíamos, Juan; un pánico hororoso, que no hemos podido contener comprando hasta comprometernos con ciega temeridad. Artús y yo hemos hecho verdaderas locuras. ¡Esfuerzo inútil! Las acciones del Banco Mercantil y Naval ofrecidas a veinticinco.

MONCADA.—*(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡A veinticinco!

HUGUET.—Ya me lo temía...

MONCADA.—*(Con ansiedad.)* Di: ¿podré esperar que la Compañía Insular y Continental me apoye para evitar el último desastre?

HUGUET.—¡Ay querido Juan! Pues tienes un alma bien templada para el infortunio, te diré que...

MONCADA.—*(Vivamente.)* No sigas. Mi pesimismo me da un gran poder de adivinación. Hace un rato pensaba en la espantosa baja... ¡La veía! Y he visto que la Compañía Insular es también cosa muerta... ¿Acerté?

HUGUET.—*(Con honda tristeza.)* Sí. *(Pausa.)* Han venido para ti tiempos malos, compensación de los buenos que gozaste. Así es el mundo.

MONCADA.—¡Ay, sí! La fortuna me halagó con increíble perseverancia durante treinta años. Tú, todos, yo mismo, nos asombrábamos de mi loca fortuna.

HUGUET.—Sí... Tanta ventura no podía seguir. Decíamos que el Destino... ¿Te acuerdas de la broma?...

MONCADA.—Que el Destino me cebaba para comerme después. Acertasteis. Llegó un día en que eso que llamamos suerte, ese misterio eterno, por todos temido, por nadie descifrado, se volvió contra su favorito. Empezaron mis desdichas con la muerte de mi esposa, mi idolatrada Luisa. ¡Ay! La prosperidad entró con ella en mi casa, y con ella se fué... Cuatro meses después de aquel golpe recibí otro que también me hirió en lo más vivo del alma. Mi hija Victoria, la más parecida a su madre, la que me reproducía su bondad, su inteligencia, su viveza y gracia seductoras, es bruscamente asaltada de un religioso entusiasmo, que más bien parece exaltación insana. Su jovial carácter sufre una crisis profunda, que termina con la resolución de tomar el hábito en el Socorro. Mi cariño y el de su hermana y su tía no pueden nada contra su piedad despiadada. Comprometida a casarse con Daniel de Aransis, a quien amaba desde que ambos eran jovenzuelos, lo abandona todo: padre, hermanos, novio, casa, familia y amigos...

HUGUET.—Su apasionada vocación es digna de respeto.

MONCADA.—Si no digo nada contra su vocación... Allá la tienes a punto ya de cumplir el plazo de noviciado y profesar. ¡Hija de mi alma!... ¡Perderte viva!... *(Desechando una idea triste.)* Pues sigo: al mes de ver partir a mi Victoria para el convento (...¡cómo se eslabonan en esta cadena infame de la suerte las cosas divinas con las profanas!...) ocurre la espantosa baja de los algodones, que me hace perder en

un día..., ya lo sabes. Al mes siguiente, una inundación hace estragos en la fábrica de Igualada. Pasan veinte días, y el fuego me destruye parte de los almacenes de Barceloneta. Y así continúan estos que bien puedo llamar arañazos del monstruo, comparados con la inmensa desventura del mes anterior. Mi hijo, mi único varón, el "hereu", la esperanza y el orgullo de mi casa, inteligencia poderosa, corazón grande, el que puso la fábrica de cerámica *(Señalando el paisaje del fondo.)* en el pie de prosperidad en que la ves... *(La aflicción no le permite concluir la frase.)*

HUGUET.—¡Tristísimo recuerdo!

MONCADA.—Sucumbió, víctima de una rápida enfermedad infecciosa... Ahí tienes a sus seis niños, también huérfanos de madre, sin más amparo ya que su abuelo...

HUGUET.—*(Animándole.)* Y les basta y les sobra... Vamos, Juan, ánimo.

MONCADA.—¡Ay Facundo! ¿No te parece a ti que Dios debe darme algún descanso?

HUGUET.—Y te lo dará.

MONCADA.—*(Con desaliento.)* No; ya no espero nada. Me arrojo en brazos de la ciega fatalidad. Me siento incapaz de prevenir nuevos males, y de poner remedio a los que ya me agobian... Aquel tino mío para los negocios, aquel golpe de vista, Facundo, ya no existen. Soy todo indecisión, torpeza. Ya no tengo ideas. Sólo queda en mí una especie de estupefacción terrorífica, el continuo, el angustioso esperar de nuevos golpes. No me atrevo a dar un paso: creo que la casa se me cae encima. Cuantas personas veo paréceme que expresan el duelo de una desdicha que por compasión no quieren revelarme. Siento caer un plato, y me suena como si se hundiera un tabique. Temo al aire que respiro y a la luz que me alumbra. Tiembio por mi hija, por Gabriela, mi solo consuelo ya. Tiemblo también por esos pobres niños. Pienso que jugando en el jardín se caen al estanque, o que les muerde un perro rabioso...

HUGUET.—*(Cortándole la palabra.)* No más, no más ideas lúgubres. Lucharemos contra la adversidad... Más sereno que tú, yo veo caminos de salvación.

MONCADA.—*(Desconfiado.)* ¿Cuáles? ¿La venta de inmuebles de que hablamos el otro día? ¿El préstamo hipotecario!

HUGUET.—Sí.

MONCADA.—Ya es tarde. Tendría que ser en condiciones ruinosas.

HUGUET.—¡Quién sabe!... Te diré. He hablado con Cruz.

MONCADA.—*(Vivamente.)* ¿Y tiene noticia del horrible "crack" de hoy?

HUGUET.—Sí, todo lo sabe. No creas que se presenta mal. Insiste en comprarte la fábrica y los terrenos de la Gran Vía.

MONCADA.—Pero ¿en qué condiciones? Es usurero. Se enroscará en mí, como la boa, y me ahogará.

HUGUET.—Y también parece dispuesto, si no quieres vender tus inmuebles, a hacerte el empréstito con garantía...

MONCADA.—Facundo, por Dios, no me des esperanzas que luego resultan fallidas... ¿Y crees tú que podrá...?

HUGUET.—*(Asombrado.)* ¡Que si puede! Es hombre de inmenso capital...

MONCADA.—*(Ensimismado.)* Inmenso, sí... ¿Habéis venido juntos de Barcelona?

HUGUET.—Y juntos entramos en tu parque. Ahí le dejé paseándose con Jordana, que no le suelta.

MONCADA.—¿A ver? *(Aproximándose al foro para mirar hacia el parque.)*

HUGUET.—*(Solo, en el proscenio. Aparte.)* ¿Cuajará mi proyecto? Atrevidillo es. Pero Eulalia conspira conmigo, y es mujer que lo entiende.

MONCADA.—No veo a nadie... Mi hermana es la que viene ahí. *(Volviendo al proscenio, desalentado.)* Ya estoy temblando. ¡Si me traerá malas noticias!...

HUGUET.—¡Oh, no!

ESCENA V

DICHOS y DOÑA EULALIA, vestida de negro, con sombrilla y un libro de rezos. Es señora de cabellos blancos, de rostro pálido y sin movilidad.

EULALIA.—Pero qué, ¿no ha vuelto Florentina?

MONCADA.—No; yo creí que estaba contigo.

EULALIA.—*(Secamente.)* No; sólo he visto a Jaime. Buenas tardes, Facundo. *(A Moncada.)* Y tú, ¿qué tal te encuentras? Fuertecito..., animado. ¡Ay, cómo te admiro!

MONCADA.—*(Alarmado.)* A mí, ¿por qué?

EULALIA.—Por tu tesón, por tu estoicismo, por esa firmeza heroica con que recibes los tajos y mandobles de la adversidad.

MONCADA.—*(Impaciente y malhumorado.)* Pero qué, ¿me preparas para alguna mala noticia?

EULALIA.—No se trata de eso. A no ser que tengas por mala noticia la de que tu hija Victoria profesará dentro de quince días. *(Gesto de indiferencia en Moncada.)* ¿Y tampoco te importa saber que la superiora le permite pasar tres días en tu compañía?

MONCADA.—¿A Victoria?

EULALIA.—Sí... La tendrás aquí esta tarde con sor María del Sagrario, la hermanita del Socorro que ha pedido Ríus para asistir a su suegra.

MONCADA.—Bien venida sea mi adorada hija...; pero de veras, ¿no tienes alguna nueva desastrosa que comunicarme?

EULALIA.—¿Y qué?... ¿No hemos nacido para padecer? Tus penas son mis penas. ¿No estoy aquí para compartirlas, para consolarte?

HUGUET.—¡Oh! Sí... El consuelito espiritual.

EULALIA.—¿Qué tiene que decir el bueno del agente? *(Amoscada.)* Estos hombres descreídos, metalizados, idólatras del becerro de oro...

HUGUET.—Pero ¿dónde está ese becerro, señora? Dígame usted dónde está el becerro.

EULALIA.—A usted, Facundo, que es ya cosa perdida, nada tengo que decirle... Tú, querido hermano mío, te salvarás porque has padecido y padeces... El Señor te ha probado.

MONCADA.—Bien lo veo... Pero dime: ¿ha concluído ya? Tú, que conoces lo de arriba, ¿puedes asegurarme que terminaron las pruebas?

EULALIA.—*(Con severa convicción.)* Quizá no... Mejor para tu alma. Alégrate.

MONCADA.—Alegrémonos, pues.

EULALIA.—Y bendice la mano que te hiere.

MONCADA.—Pues la bendigo... Ahora... pega.

HUGUET.—*(Con intención.)* No: si hoy no trae el rayo de las malas noticias.

EULALIA.—¿Y si trajera el iris de las esperanzas risueñas?

MONCADA.—*(Incrédulo.)* ¿Iris, tú...?

EULALIA.—Yo, sí.

MONCADA.—*(Esperanzado.)* ¿De veras?

EULALIA.—*(Con sequedad.)* No, no es nada. *(Aparte.)* No debe saberlo todavía.

MONCADA.—*(Resignado.)* Adelante la adversidad.

EULALIA.—Adelante. *(Con afectada emoción.)* Querido hermano mío, cuando Dios te pone en el yunque, y bate y machaca, por algo será.

MONCADA.—*(Meditabundo.)* Por mis pecados..., sí.

EULALIA.—Tú lo has dicho... ¿Quieres oír un juicio sano y leal?... Pues llueven sobre ti tantas desdichas por el olvido en que tienes las prácticas religiosas. *(Movimiento de disgusto en Moncada y de sorpresa en Huguet.)* No, si ya sé que eres dadivoso... Pero no basta dar dinero a los franciscanos para que acaben el campanario... No se llega al cielo elevando torres para encaramarse por ellas.

MONCADA.—Déjame, te digo.

EULALIA.—Diré la verdad, aunque te duela; la verdad, medicina que entra por los oídos y anida en el cerebro, como la paciencia anida en el corazón... El Señor te aflige y te afligirá más todavía porque has olvidado sus leyes sacrosantas, devorado por la fiebre mercantil y por el afán de acumular riquezas. *(Con acrimonia.)* Y no estás ya en edad de atender más a los negocios que a la suprema especulación de salvar tu alma, porque el mejor día viene la cobradora fea con la libranza del vivir vencida, y tienes que pagar a toca teja, dando tu cuerpo a los gusanos y tu alma a la eternidad. Y te llaman a juicio: y allá, el ángel que pesa y apunta, te preguntará por tus buenas acciones, no por las del Banco, ni por el mayor o menor capital que tengas en cuenta corriente o en caja... Y entonces será el rechinar de dientes y el decir...: "¡Maldita riqueza, malditos negocios y maldito tanto por ciento!..." *(Moncada se ha sentado con muestras de fatiga, y aguanta el sermón sin decir nada.)*

HUGUET.—¡Basta, por Dios!...

ESCENA VI

DICHOS, la MARQUESA, DANIEL y JAIME, por el fondo; después, GABRIELA.

MARQUESA. — Aquí están... ¡Querido Juan!

MONCADA.—*(Estrechándole la mano.)* ¡Florentina!...

EULALIA.—¡Qué gozo verte aquí!... *(Se abrazan.)* ¿Qué tal la casita?

MARQUESA.—Positivamente la tomo.

DANIEL.—*(A Moncada.)* Desde mañana, mi querido don Juan, seremos vecinos. Usted, según parece, no goza de buena salud; yo tampoco. Nos acompañaremos, nos consolaremos mutuamente, reanudando la serie de largos paseos que eran nuestra delicia seis meses ha.

MONCADA.—*(Abrazándole.)* Tu amistad es un gran consuelo para mí. Te quiero como a un hijo.

MARQUESA.—¿Y Gabriela?

JAIME.—*(Atisbando por la puerta de la izquierda.)* Aquí está.

GABRIELA.—*(Vestida con traje más elegante que al principio del acto.)* ¿Toman chocolate?

MARQUESA.—Sin duda.

EULALIA.—A mí me lo haces con agua. Ya sabes que ayuno.

MARQUESA.—¡Ah! *(Recordando.)* Mañana, Domingo de Ramos. *(Forman todos un grupo, del cual se separa doña Eulalia para reunirse con Huguet al otro lado del proscenio.)*

HUGUET.—*(Aparte, a doña Eulalia.)* ¿De veras conspira usted conmigo?

EULALIA.—Yo no conspiro; influyo con mi autoridad en la suerte de la familia... Pero ¿ese bendito salvaje no viene?

HUGUET.—No tardará... Dígame usted, ¿no le parece que esta familia nos estorba un poco?

EULALIA.—Sí; ¡visita más inoportuna!...

HUGUET.—¿Qué hacemos?

EULALIA.—Yo los espantaré, como a las moscas.

ESCENA VII

DICHOS, JOSÉ MARÍA CRUZ y JORDANA, que entran por el foro. El primero es hombre rudo y de ademanes torpes, rostro ceñudo. Viste con decencia y sencillez, sin pretensiones de elegacia.

MONCADA. — *(Adelantándose.)* Amigo Cruz...

CRUZ.—*(Saludando con embarazo.)* Señor don Juan... Don Facundo...

JORDANA.—Por tercera vez he enseñado al señor de Cruz esta hermosa finca, y la fábrica.

MONCADA.—*(Con tristeza.)* ¡Ah! ¡La fábrica! Desde la muerte de mi hijo está un poco descuidada.

CRUZ.—*(Con sequedad.)* Y un mucho. Falta dirección, sobra gente. El trabajo no marcha con regularidad.

MONCADA. — Cierto. *(Continúan hablando.)*

MARQUESA.—*(A doña Eulalia.)* ¿Quién es este gaznápiro?

JAIME.—*(A la Marquesa.)* Es ese Cruz, de quien te hablé.

MARQUESA. — *(Mirándole con impertinente.)* Ya...

EULALIA.—Mala traza, ¿verdad?

JAIME.—Y peores obras.

MONCADA.—*(A Cruz, presentándole a la Marquesa.)* Nuestra amiga la señora marquesa de Malavella. *(Presentando a Daniel.)* Su hijo, el señor marqués de Malavella. *(Saludan inclinándose.)*

CRUZ.—Por muchos años...

MONCADA.—*(Presentando a Jaime.)* El otro hijo...

CRUZ.—A éste ya le conocía..., el médico. Ese otro caballerito es abogado.

DANIEL.—Servidor de usted.

GABRIELA.—*(Aparte, a Jaime.)* ¿Has visto qué tío más grosero?

JAIME.—Nunca vi mostrenco igual. *(Moncada invita a Cruz a sentarse. Obsérvese en la situación de los nueve personajes la disposición siguiente: a la izquierda forman un grupo la Marquesa, Gabriela y doña Eulalia, sentadas, teniendo a un lado y otro a Huguet y Jaime, en pie; en el centro, Cruz y Jordana, sentados; a la derecha, Moncada, sentado; Daniel, en pie.)*

JORDANA.—Lo que tiene encantado al amigo Cruz es el parque.

MONCADA.—No es malo.

CRUZ.—Lo miro como cosa mía.

TODOS LOS DEL GRUPO DE LA IZQUIERDA.—¡Como cosa suya!

CRUZ.—Cierto..., porque en él me crié.

TODOS.—Ya.

JORDANA.—El señor no reniega de su origen humilde.

CRUZ.—Nunca. Nací en la indigencia. Todo lo que tengo se lo debo... a éste. *(Señalándose.)*

DANIEL.—No es flojo mérito.

CRUZ.—Los señoritos de carrera *(Mirando a Daniel y Jaime.)* ven en mí un hombre sin principios, un hombre tosco y vulgar...

DANIEL.—*(Por cortesía.)* ¡Oh! No...

MARQUESA.—*(A los de su grupo.)* ¿Y decís que este cafre es riquísimo?

JAIME.—El asno cargado de reliquias.

EULALIA.—¡Envidioso! *(A la Marquesa.)* Tú, ¿qué opinas?

MARQUESA.—¿Yo? Que se puede perdonar al animalito por las alforjas.

EULALIA.—*(Alto.)* El amigo Cruz no se avergüenza de haber desempeñado en esta casa los oficios más bajos.

CRUZ.—¡Qué he de avergonzarme! Mi padre, Magín Cruz, era el carretero de esta posesión. Viviamos allá, junto a las tapias de Paulet, cerca del ferrocarril.

MONCADA.—Cierto.

CRUZ.—Mi padre sacaba los escombros y las basuras; traía estiércol y mantillo para las plantaciones, y el guijo para los paseos del jardín. Entonces, señor don Juan, usted me tuteaba..., naturalmente, y me llamaba Pepet. ¿Por qué ahora no me dice también Pepet?

MONCADA.—Si lo desea usted..., si lo deseas, Pepet te llamaré.

CRUZ.—Han pasado muchos años. Yo tenía en aquel tiempo diecisiete o dieciocho, y fama de muy díscolo y rebelde.

MONCADA.—Hablando con franqueza, Pepet: eras un bruto.

CRUZ.—Y lo soy todavía.

MARQUESA.—Me gusta la sinceridad.

MONCADA.—Cansado de luchar con tu fiereza indómita, tu padre tuvo que embarcarte.

CRUZ.—Atado codo con codo..., me metieron en un buque de vela que salió para Mazatlán por el estrecho de Magallanes.

MARQUESA.—Viaje divertido.

CRUZ.—Sí, señora; muy divertido: un viajecito que convendría a sus hijos de usted para que aprendieran a vivir.

GABRIELA.—*(A Jaime.)* Pero ¡qué animal!

CRUZ.—Volviendo a lo de mi infancia, diré que más de una vez entré en esta casa con un respeto supersticioso. Pensaba yo que entrar descalzo en la sala donde ahora estamos era una profanación, un sacrilegio. Me parece que estoy viendo a la señora, madre de esa señorita y de su hermana. ¡Oh, la señora no era orgullosa ni finchada..., tan guapa, tan benévola!... Algunas tardes metíame yo en la cocina. *(Señalando al foro por la izquierda.)* Blasa, la cocinera, me ponía delante un plato de cocido... así. *(Indicando lo abultado de la ración.)*

JAIME.—Y que no tendría usted entonces mal apetito.

CRUZ.—Como ahora. Mi salud es de bronce. No sé lo que es estar enfermo. Nací para vivir mucho, y viviré.

MONCADA.—Así has podido resistir tan grandes trabajos y fatigas. Pasaste después...

MARQUESA.—¿En Méjico?

CRUZ.—Y en California; beneficiando primero la plata, después el oro...

MARQUESA.—*(Con admiración.)* ¡Plata!

EULALIA.—¡Oro!

MARQUESA.—¿Y usted sacaba esos lindísimos metales de las entrañas de la tierra?

CRUZ.—Sí, señora.

JAIME.—¡Bonita industria!

CRUZ.—Como bonita, no.

EULALIA.—Horrible, vamos. Señor Cruz, no crea usted que aquí nos trastornamos oyendo hablar de metales más o menos viles...

HUGUET.—Eso se deja para nosotros, los adoradores del becerrito. Estas señoras, cristianas bien curtidas, conservan sus almas en vinagre, o sea en el desprecio de las riquezas.

MARQUESA.—¡Oh! No..., un desprecio prudente nada más, porque hay necesidades...

DANIEL.—La eterna cuestión. No es el dinero bueno ni malo, sino quien lo posee.

CRUZ.—Y quien no lo posee, ¿qué es?

JORDANA.—Nadie lo sabe...

MARQUESA.—Porque falta el toque.

EULALIA.—Resultará siempre que el dinero es abominable.

JAIME.—No: hay que distinguir.

CRUZ.—Yo no distingo nada, y aseguro que el dinero es bueno. Tengo bastante sinceridad para declarar que me gusta..., que deseo poseerlo, y que no me dejo quitar a dos tirones el que he sabido hacer mío con mis brazos forzudos, con mi voluntad poderosa, con mi corta inteligencia.

HUGUET.—*(Aparte.)* ¡Cáspita, el hombre se explica!

JAIME.—*(A Gabriela.)* Pero ¡qué bruto!... ¿Ves?

GABRIELA.—Me repugna oírle.

DANIEL.—*(Aparte.)* Naturaleza bravía, estilo crudo.

JORDANA.—*(Idem.)* ¡Vaya un mozo!

CRUZ.—Hay que dispensarme. Soy muy tosco, no entiendo de floreos; no sé adornar la palabra ni ponerle flecos y borlitas.

EULALIA.—Es usted un diamante en bruto. Le faltan las facetas.

MARQUESA.—*(En el grupo.)* No le faltan, hija, no; las tiene en el bolsillo.

EULALIA.—Es preciso que vaya desmintiendo la mala opinión que se ha formado de él.

MARQUESA.—¿Mala opinión? *(Cruz alza los hombros.)*

MONCADA.—Digámoslo claro. De ti, Pepet, se cuenta que eres avaro, que amas el dinero con pasión desordenada...

EULALIA.—Y que en su vida ha dado usted una limosna.

MARQUESA.—Toma, las dará en secreto, como Dios manda.

CRUZ.—No, señora; no las doy en secreto ni en público. No quiero proteger la mendicidad, que es lo mismo que fomentar la vagancia y los vicios.

JAIME.—*(A Gabriela.)* Pero ¿has visto?

GABRIELA.—*(Con repugnancia.)* ¡Y lo dice tan fresco!

EULALIA.—Vamos, que no suelta usted un cuarto así le fusilen.

HUGUET.—Es que le ha costado mucho ganarlo.

JORDANA.—*(Con adulación.)* ¡Oh, mucho, mucho!

EULALIA.—¿Y es cierto que tiene usted una fuerza hercúlea?

CRUZ.—Así, así...

JORDANA.—Se cuenta que de un machetazo le cortó la cabeza a un indio bravo.

GABRIELA.—¡Qué horror!

JORDANA.—¡Y qué puntería, señores! Parte un cabello a cincuenta pasos.

CRUZ.—No es extraño... El continuo manejo del rifle en un país donde hay que estar siempre a la defensiva...

MONCADA.—No sé quién dijo que una vez te acometieron dos tigres...

CRUZ.—Aquí tengo la señal del zarpazo. *(Mostrando una mano, y retirando el puño de la camisa para que se vea parte del antebrazo.)*

HUGUET.—¡Ah! Sí... ¡Valiente caricia!...

EULALIA.—*(Acercándose para examinar el antebrazo.)* Pero, diga usted, ¿qué garabatos son esos que tiene usted ahí?

DANIEL.—*(Que se ha acercado también.)* Es lo que llaman tatuaje.

CRUZ.—Justo.

EULALIA.—¡Jesús! ¡Qué horror de pintura en la misma piel! Miren, miren. *(Acercándose Huguet, Moncada y Jordana. La Marquesa, Jaime y Gabriela permanecen alejados, expresando más bien repugnancia.)* Dos calaveras, cruces, anclas...

CRUZ.—Esto se hace con pólvora y aguardiente. Costumbres de marinería.

JAIME.—*(En su grupo.)* Y de tribus salvajes.

EULALIA.—Por Dios, señor Cruz, afínese usted un poco. Lo conseguirá si sigue mis consejos... Lo que a usted le falta para ganarse mis simpatías es consagrar una parte, siquiera mínima, al socorro de los necesitados.

JORDANA.—*(Aparte.)* ¡A buena parte vas!

CRUZ.—Cada uno sabe lo que tiene que hacer en este punto. Reconozco y declaro que no soy pródigo, ni siquiera generoso, y si me apuran, diré también que no soy compasivo.

GABRIELA.—¡Y lo dice!

JAIME.—Pero ¿has oído?

EULALIA.—¿A ver? *(Curiosidad en todos.)* Explíquenos eso.

CRUZ.—Pero no se asusten. El primer artículo de mi ley es cumplir estrictamente lo pactado...

MARQUESA.—*(Interrumpiéndole.)* ¿Y el segundo?

CRUZ.—El segundo..., no dar nada a nadie graciosamente. El que no puede o no sabe ganarlo, que se muera y deje el puesto a quien sepa trabajar. No

debe evitarse la muerte del que no puede vivir.

MONCADA.—*(A Daniel.)* Lo dirá en broma.

DANIEL.—*(Alto.)* Desconoce la compasión.

CRUZ.—¡La compasión!... Lo sé por larga experiencia...; es una flaqueza del ánimo que siempre nos trae algún perjuicio. ¡La compasión! Dondequiera que arrojen ustedes esa semilla verán nacer la ingratitud.

MONCADA.—Hombre, ¡por Dios! *(Asombro en todos.)*

CRUZ.—Como me he formado en la soledad, sin que nadie me compadeciera, adquiriendo todas las cosas por ruda conquista, brazo a brazo, a estilo de los primeros pueblos del mundo, hállome amasado con la sangre del egoísmo, de aquel egoísmo que echó los cimientos de la riqueza y de la civilización.

JORDANA.—¡Eh! ¿Qué tal?

CRUZ.—Digo que la compasión, según yo lo he visto, aquí principalmente, desmoraliza a la Humanidad, y le quita el vigor para las grandes luchas con la Naturaleza. De ahí viene, no lo duden, este sentimentalismo, que todo lo agosta: el incumplimiento de las leyes, el perdón de los criminales, la elevación de los tontos, el poder inmenso de la influencia personal, la vagancia, el esperarlo todo de la amistad y las recomendaciones, la falta de puntualidad en el comercio, la insolvencia... Por eso no hay ley ni crédito; por eso no hay trabajo, ni vida, ni nada... Claro, ustedes, habituados ya a esta relajación, hechos a lloriquear por el prójimo, no ven las verdaderas causas del acabamiento de la raza, y todo lo resuelven con limosnas, aumentando cada día el número de mendigos, de vagos y de trapisondistas.

JAIME.—Pero ¡qué bárbaro!

GABRIELA.—Lo que tú dices: el gorila.

EULALIA.—Si bromea...; ¿no lo veis?

MARQUESA.—Da miedo este hombre.

MONCADA.—Tus ideas, Pepet, son un poco extrañas.

DANIEL.—¡Y tan extrañas!

EULALIA.—Falta que nos diga los demás artículos de su ley moral.

GABRIELA. *(Levantándose.)* Dejen para otra ocasión los artículos, si han de tomar chocolate.

MARQUESA.—¡Ah! Sí; son las tantas, y yo quisiera volver de día a Barcelona. *(Dirígese al comedor.)*

GABRIELA.—*(A Cruz.)* Y usted, ¿no toma chocolate?

CRUZ.—Gracias, no lo gasto.

GABRIELA.—*(A Huguet.)* ¿Y usted?

HUGUET.—Luego, luego...

MONCADA.—*(A Gabriela, que le coge de la mano.)* ¿También yo? Déjome llevar. *(Mientras se dirigen al comedor los que se indican, Huguet y Cruz hablan aparte, en el centro del proscenio, y Daniel y Jordana, a la derecha.)*

DANIEL.—¿Qué casta de hombre es éste?

JORDANA.—¿Usted lo entiende? Yo tampoco. Le alojo en mi casa, le colmo de atenciones, hasta le adulo..., con la esperanza de que costee la terminación de mi grandioso hospital..., y nada, no entiende mis indirectas.

DANIEL.—Pero, al menos, prometerá.

JORDANA.—Pues si prometiera... Nada. *(Apretando el puño.)* Es así; pero no desmayo y sigo en mi campaña. Yo soy terrible. Pordioseando con los poderosos he levantado aquel gran monumento... En fin, ¿tomamos chocolate?

DANIEL.—Sí, señor, sí... *(Pasan al comedor.)*

ESCENA VIII

CRUZ y HUGUET; después, DOÑA EULALIA.

HUGUET.—Pero, amigo Cruz, en esta ocasión crítica, en plena conspiración, no se pinte usted con tan feos colores.

CRUZ.—Me presento como soy... Hablaré con ella, y si no acierta a ver en mí lo que ver no pueden estos raquíticos jóvenes de carrera, no hemos adelantado nada.

EULALIA.—*(Que viene del comedor aprisa, oficiosamente.)* Ea, ya estoy aquí. Facundo, la marquesa se va pronto con sus hijos. Ya he dicho a Gabriela que en cuanto los despida se venga acá. Usted coge a mi hermano, me le da un paseo, como que va al encuentro de los niños, y le prepara bien. *(A Cruz.)* Pero usted, bárbaro inocente, ¿por qué se complace en ennegrecer y afear su carácter?

HUGUET.—Eso le estaba diciendo. Como no nos ayude...

CRUZ.—¿Qué quiere usted? ¿Que me

eche polvos en la cara del alma? Si soy negro, ¿a qué he de blanquearme con harina de arroz, que, apenas puesta, se me caería, dejándome, además de negro, sucio?

EULALIA.—En fin, adelante, y no perdamos tiempo. Facundo, fíjese usted en la consigna.

HUGUET.—Allá voy... Por mí no quedará. *(Vase por el comedor.)*

ESCENA IX

CRUZ y DOÑA EULALIA.

EULALIA.—¿A qué vienen esos alardes de fiereza, señor gigante Goliat?... También me ha disgustado, en las manifestaciones de usted, que no mostrara más cariño a esta casa, donde corrió inocente y plácida su infancia...

CRUZ.—¡Mi infancia! Señora mía, ¿cree usted que es muy grata esa memoria?... ¡Si yo era en esta casa poco menos que un animal doméstico!... Tratábame mi padre con rigor excesivo. Recuerdo que teníamos un burro, al cual yo quería como si fuera mi hermano. Mi padre le trataba con más cariño que a mí; desigualdad que no me lastimaba. Los palos que al animal correspondían hubiéralos yo recibido en mi cuerpo por aliviarlo a él.

EULALIA.—¡Gracias a Dios que veo en usted un rasgo de amor al prójimo..., digo..., de...!

CRUZ.—Cosas de la niñez... Acuérdome de las dos niñas, y aún me parece que las estoy viendo, tan monas, tan lindas..., frescas, tiernecitas, como los tallos nuevos de las plantas cuando retoñan en primavera. Las miraba yo como a seres de raza superior, a los cuales no podía tocar, y me creía indigno hasta de fijar en ellas mis ojos. Bien grabadas conservo en mi memoria algunas impresiones de aquel tiempo. Verá usted: una tarde hallábanse las dos en la alcoba de su papá. *(Señalando a la derecha hacia lo alto.)* Yo pasaba por el jardín, llevando la carretilla... Me decían mil cosas. "Pepet, bestia, zángano, borrico", qué sé yo... Mandóme el jardinero que abriera un hoyo junto a la pared, a plomo de la ventana, y mientras cavaba, las dos niñas se entretenían en echarme salivitas... Aún me parece que siento el golpe del salivazo tibio... aquí, sobre mi cogote.

EULALIA.—Una broma inocente.

CRUZ.—No; si me agradaba..., ya lo creo que me sabía muy bien. Algunas tardes tiraba yo de un carrito en que ellas se paseaban, y yo relinchaba... y...

EULALIA.—Que llegaba usted a creerse caballo.

CRUZ.—Que lo era realmente...; yo estoy en que lo era. Paréceme aún que veo a Gabriela y a Victora dándome trallazos y tirándome de las riendas... Eran monísimas entonces.

EULALIA.—Y hoy lo son más. La monjita es un encanto.

CRUZ.—No he vuelto a verla desde entonces, ni verla deseo. Ya sabe usted que detesto a toda la caterva de frailes, clérigos y beatas, cualquiera que sea su marca, etiqueta o vitola...

EULALIA.—¡Cruz, por Dios, y me lo dice usted a mí, sabiendo que...!

CRUZ.—Que es usted mojigata..., quiero decir, religiosa. Pues no haremos buenas migas... Pero dejemos esto. Sigo contando: hace cuatro meses, cuando llegué aquí, vi un día a Gabriela en la huerta de Jordana, y... lo diré seco. Pues me prendé, me enamoré de ella como un salvaje. *(Con alarde de ingenuidad.)* Diré a usted todo lo que siento. En mis sueños de hombre rico, que si el pobre sueña, el rico más, he vislumbrado siempre una como rehabilitación gloriosa y triunfante de aquellas tristezas de mi niñez. Mi ilusión constante, mientras viví en América, fué poseer Santa Madrona, ser señor donde fuí criado, casi igual a las bestias. Trasplantada a Europa, parece que la ilusión revive y florece, fertilizada por el caudal que traigo... No sé si me explico.

EULALIA.—Sí, sí... Pero ¿acaso usted guarda rencor a mi hermano?

CRUZ.—Ninguno. Miro con respeto la casa, el jardín. Respeto también a la familia... Deseo asimilarme todo esto sin ofender a las personas; al contrario, haciéndolas mías o que ellas me hagan a mí... suyo... ¿Es esto claro?

EULALIA.—Sí, sí...

CRUZ.—En fin, que cuando vi a Gabriela pensé que la única mujer del mundo con quien yo me casaría es ella... Porque yo quiero casarme, fundar una familia...

EULALIA.—Es muy natural.

CRUZ.—Tener muchos hijos...

EULALIA. —*(Riendo.)* Vamos, competencia con Jordana.

CRUZ.—Hijos, sí..., y criarlos robustos, sanotes, para que aventajen a estas generaciones tísicas...

EULALIA. — ¡Qué idea, qué orgullo! ¿Cree usted que por tener tanto barro a mano podrá fabricar una Humanidad nueva?... Por mi parte, no me entusiasma ver aumentado bárbaramente el número de pecadores. Por eso no he querido casarme.

ESCENA X

DICHOS Y HUGUET.

HUGUET.—*(En la puerta del comedor.)* Ya se van.

EULALIA.—Voy un momento. Dispénseme. Vuelvo. *(Vase por el comedor.)*

HUGUET.—*(Avanzando.)* ¿Han hablado ustedes?... *(Mirando por el fondo, donde aparecen la Marquesa y sus hijos, acompañados de Gabriela, Moncada y doña Eulalia, que salen a despedirlos.)*

CRUZ.—Dígame usted: esa vieja aristócrata *(Por la Marquesa.)*, ¿tiene dinero?

HUGUET.—¡Oh! No...; ¡pobrecilla! Su esposo no dejó más que trampas. ¡Excelente señora! Ha pasado mil amarguras y privaciones para educar a sus hijos...

CRUZ. —*(Con desprecio.)* ¡Valiente educación!

HUGUET.—Buenos chicos..., aplicados.

CRUZ.—De estos que todo lo esperan de los libros, de los discursos... Se morirán de hambre si no pescan una dote.

HUGUET.—*(Observando los movimientos de los personajes que se ven en el fondo.)* Ya se fueron... Juan los acompaña hasta la verja, donde espera el coche. Voy... *(Vase por el fondo, a punto que entran doña Eulalia y Gabriela.)*

ESCENA XI

CRUZ, DOÑA EULALIA Y GABRIELA.

GABRIELA.—*(Confusa.)* Pero ¿a qué me trae usted...? *(Sorprendida y aterrada al ver a Cruz.)* ¡Ah, ese hombre aquí!

EULALIA.—No, no te retires. El amigo Cruz me decía hace un momento que... Vale más que él lo repita delante de ti. *(A Cruz, que está cohibido.)* Vamos, la cortedad, la timidez se despegan de un carácter tan fiero.

GABRIELA.—¿Qué significa esto?

CRUZ.—Gabriela..., señorita..., yo...

GABRIELA. —*(Con entereza.)* Usted..., ¿qué?...

CRUZ.—*(Notando el ceño de Gabriela.)* Hace un momento contaba yo a su señora tía impresiones de mi niñez humilde.

EULALIA.—Sí, cuando tú y tu hermana le echabais salivitas... y él tiraba del coche y vosotras le decíais: "¡Arre!"

GABRIELA. —*(Con desabrimiento.)* No me acuerdo de nada de eso.

CRUZ.—Ha pasado el tiempo. Su oficio es pasar, correr, mudando y revolviendo todas las cosas, en la corteza, se entiende, que en lo de dentro no hay poder que las cambie. Siempre somos lo mismo. Cosas que nos parecen extraordinarias, inauditas, han pasado millones de veces... Por ejemplo, esto.

GABRIELA.—¿Qué?

CRUZ.—Pues... esto. En fin, Gabriela, hablaré como acostumbro, en plata de ley. ¿Tendría usted inconveniente en casarse conmigo?

GABRIELA. —*(Espantada.)* ¡Oh..., por Dios..., basta!

EULALIA.—Pero, hija, no es para ofenderse.

GABRIELA.—No puedo oír lo que usted dice, ni aun oyéndolo como broma..., que me parece de muy mal gusto.

CRUZ. —*(Contrariado, sofocando su ira.)* Bueno... Agradezco la claridad con que se expresa.

GABRIELA.—Y no teniendo más que decir, me retiro.

EULALIA. —*(Cogiéndola de la mano.)* No, no te vayas. ¿Y si yo te dijera que a tu padre, por circunstancias que no son del caso, le sería muy grato...?

CRUZ.—Tampoco me importa la opinión del papá. Ya conozco la suya, y me basta.

EULALIA.—Ella lo pensará... Estas proposiciones no se contestan sin un poquito de melindre, y de *sí, no* y *veremos*...

GABRIELA.—*(Con austera dignidad.)* Ya he respondido, y nada tengo que añadir. ¡Que a mi padre pueda ser grato!... No, no le conoce quien le supone capaz

de sacrificarme. *(Angustiada.)* No, imposible... Y por fin *(Con gran energía.)*, si mi padre me mandase querer a ese hombre, no le obedecería, no podría obedecerle... Dueño es de mis actos; pero en mis afectos sólo puede mandar Dios; Dios, que los ha creado en mí...

CRUZ.—*(Con sarcasmo.)* Sí... ¡Y Dios es quien ha plantado en el alma de usted esa flor raquítica, esa hierba sin fruto..., el amor a uno de los hijos de la marquesa...! ¡Ay, dispénseme usted, señora! *(Por doña Eulalia.)* No puedo contenerme... Entrame la calentura...

EULALIA.—*(Asustada.)* ¡Eh..., por Dios, ya se descompone!...

CRUZ.—Duéleme haber dado este paso, haber manifestado un sentimiento que no resulta correspondido, ni comprendido siquiera... *(Accionando con rudeza y alzando la voz.)* Mi orgullo cruje al sentir el tremendo rechazo... Me ciego, me trastorno, no sé lo que digo. No se espanten de que las manotadas de la bestia herida alcancen a alguien... *(Paseándose furioso.)*

GABRIELA. — *(Espantada.)* Pero ¿está loco?

EULALIA.—*(Queriendo amansarle.)* Señor Cruz...

CRUZ.—*(Gesticulando y entregado sin freno alguno de conveniencias a su cólera brutal.)* No se resigna al agravio quien ha vencido peligros de la tierra y del agua; quien no ha temido a las fieras ni a los hombres, peores que animales; quien ha triunfado de la Naturaleza... *(Apretando los puños.)* No, no se resigna el hombre para quien no han sido bastante duras las entrañas de las rocas, ni bastante intrincadas las selvas, llenas de reptiles venenosos... No, mil veces; no soporto que me humille, que me pisotee... una muñeca sin reflexión, que resulta más dura que las peñas, más impenetrable que los bosques, más árida que los desiertos pedregosos, más brava que los abismos de la mar.

GABRIELA. — *(Aterrada.)* Será preciso llamar...

EULALIA.—*(Llevándose las manos a la cabeza.)* Pero, Cruz..., ¡por la del Redentor!...

CRUZ.—No oigo nada, no quiero saber más. Me voy de esta casa. ¡Que lo pierdan todo, que se arruinen, que se mueran, que se deshonren!... Vengan los señoritos de carrera *(Con ira y mofa.)*, enclenques, escrofulosos, ineptos, parlanchines...; vengan a poner puntales a la casa de Moncada... Abur.

EULALIA.—*(Queriendo detenerle.)* Pero ¿se va?... Escuche...

ESCENA XII

GABRIELA, DOÑA EULALIA y JORDANA.

GABRIELA. — *(Sentándose desvanecida, como amenazada de un síncope.)* Dios mío..., ¿qué hombre es éste?

EULALIA.—¡Jesús me valga!... Hija, cálmate... Perdona..., yo creí... En rigor de verdad, yo no me he metido en nada... Cosas de Huguet...

JORDANA.—*(Entrando por el foro.)* ¿Se fué mi huésped?

EULALIA.—Sí, ¡y Dios quiera que no vuelva más! ¡Qué genio de hombre!

JORDANA.—*(Advirtiendo la emoción de Gabriela.)* Pero ¿qué ha ocurrido?

EULALIA.—Nada, nada...

JORDANA.—¡Ah! ¿No saben?... Ha llegado Victoria... Ahora mismo atravesó el parque con otra monja, y creyendo que aquí había visita entró en la casa por la puerta de allá. *(Señalando a la derecha.)*

EULALIA.—Bueno; luego la veremos. *(Como deseando que se marche.)* Su amigo y huésped salió de aquí furioso... Corra usted tras él; procure calmarle... ¡Ay Dios mío!

JORDANA.—*(Aparte.)* ¿Qué será esto? *(Vase por el fondo.)*

ESCENA XIII

GABRIELA, DOÑA EULALIA, MONCADA y HUGUET, por la derecha.

MONCADA.—Ya, ya me ha enterado éste... Francamente, Eulalia, siento que hayáis...

EULALIA.—¡Oh! No hables en plural... Yo me lavo las manos.

HUGUET.—*(Contrariado. Aparte.)* Pues yo no me lavo más que las puntas de los dedos...

EULALIA.—Tu hija ha soltado una negativa rotunda... No podía ser de otra manera. Y el hombre salió como alma que lleva el diablo.

GABRIELA.—*(Abrazando a su padre.)* ¿Verdad, papá querido, que no podía

serte agradable el sacrificio de tu hija? ¡Y qué sacrificio! Las pobres mártires arrojadas a las fieras merecían menos lástima que yo, si con tal monstruo me casase.

MONCADA.—No, no temas... Jamás tu padre forzará tu voluntad.

HUGUET.—*(Aparte.)* Nos hemos lucido.

EULALIA.—*(A Huguet.)* ¿Lo ve usted?

HUGUET.—*(Disculpándose.)* No, si yo no...

EULALIA.—Pues yo bien dije que no podía ser.

GABRIELA.—Creyeron sin duda que me deslumbrarían las riquezas. ¡Ay, no me conocen! Aunque las de ese hombre fueran tan imposibles de contar como las estrellas del cielo, no me deslumbrarían, no. *(A Moncada.)* ¡Qué!... ¿Que nos arruinamos, que dejaremos de ser ricos? No me importa. Sabré aceptar con espíritu sereno cuantas calamidades quiera Dios enviarme.

MONCADA.—Muy bien.

EULALIA.—*(Acariciándole.)* ¡Pobre cordera! Así, así me gustas. El Señor mora en ti.

HUGUET.—*(Con ironía. Aparte.)* ¡Bendita sea la pobreza, que nos hace a todos tan angelicales!

GABRIELA.—¿Verdad, papá, verdad que no me mandas casarme con ese hombre?

MONCADA.—*(Hastiado, como deseando concluir.)* No, no, ya te he dicho...

GABRIELA.—Porque si me lo mandaras, yo..., te lo juro..., puesta en el dilema de desobedecerte o quitarme la vida, optaría por lo último.

EULALIA.—*(Queriendo llevársela.)* Basta: ha sido una broma... de Huguet. Yo me alegro de ver tu firmeza de carácter, tu profunda convicción moral y religiosa... Vamos, ven...

MONCADA.—*(Aburrido, como despidiéndolas.)* Sí, sí...

EULALIA.—Iremos al encuentro de tu hermana. *(Vanse por el fondo.)*

ESCENA XIV

MONCADA y HUGUET.

MONCADA.—Mal os ha salido la intriguilla.

HUGUET.—*(Desalentado.)* Sí, ya comprendes que mi objeto fué abrirte un camino, el único posible...

MONCADA.—Buena fué la intención. *(Se sienta, abatidísimo.)*

HUGUET.—*(Recogiendo su abrigo y hongo, que ha dejado en una silla.)* Pues, señor... *(Al despedirse.)* Dime..., con franqueza: si la conspiración hubiera salido bien, ¿te habrías alegrado?

MONCADA.—*(Vacilando.)* Siendo a gusto de ella..., sí.

HUGUET.—*(Con ira.)* ¡Lástima de...! En fin..., paciencia, Juan.

MONCADA.—Hasta mañana.

HUGUET.—Mañana..., Dios dirá. *(Vase por el fondo.)*

ESCENA XV

MONCADA, VICTORIA y SOR MARÍA DEL SAGRARIO.

MONCADA.—*(Que continúa sentado.)* Me parece que Dios no dirá nada... *(Queda profundamente abstraído. Aparecen por una de las puertas de la derecha Victoria y sor María del Sagrario. Esta viste el hábito del Socorro, blanco, con manto negro; Victoria, el de novicia, enteramente blanco, y trae en la mano un palmito de Domingo de Ramos, labrado y adornado con flores. Moncada no nota la entrada de las dos mujeres, ni ellas reparan en él hasta después de un breve rato.)*

SOR MARÍA.—No están aquí.

VICTORIA.—Pero ¿dónde se han metido? *(Viendo a Moncada, creyéndole dormido.)* ¡Ah! Mi padre... Chis. *(Imponiendo silencio a la otra, acércase de puntillas.)* Se ha quedado dormido.

MONCADA.—*(Viéndola a su lado, con viva sorpresa.)* ¡Ah!... Victoria...

VICTORIA.—¿No me esperabas?... *(Con orgullo.)* Mira, mira lo que te traigo... Para mañana, Domingo de Ramos...

MONCADA.—*(Muy afectado.)* ¡Ah!... Sí, el palmito. *(Vencido por la emoción, no puede contener el llanto, y cogiendo las manos de su hija, se las besa.)*

VICTORIA.—*(Confusa.)* Pero qué..., ¿lloras?

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

MONCADA, junto a la mesa de la derecha, revisa cartas y papeles, demostrando inquietud y tristeza. Junto a la mesilla de la izquierda, DOÑA EULALIA, entretenida en una labor de gancho; a su lado, la MARQUESA, como de visita; después, VICTORIA, que entra y sale varias veces durante la escena.

MARQUESA.—Pues sí, muy contenta en mi casita.

EULALIA.—Daniel se entonará con la vida de campo.

MARQUESA.—Falta le hace. *(Bajando la voz.)* No creas..., algo me inquieta esta aparición de Victoria.

EULALIA.—¿Temes que tu hijo, al verla...? ¡Oh, no!... Con el nuevo giro que la idea religiosa ha dado a sus sentimientos no es fácil que ninguna pasioncilla mundana asome la cabeza... Pero di, ¿tú crees sinceramente en el misticismo de ese pobre muchacho?

MARQUESA.—*(Suspirando.)* ¡Oh! Sí.

EULALIA.—¿Y lo celebras?

MARQUESA.—¡Qué sé yo!... No puedo negar que, atendiendo a los intereses, me contraría el cambio de vocación..., digámoslo más claro, de oficio. Pero...

EULALIA.—Pero como lo espiritual es ante todo, te conformas, quiero decir, te alegras de que tu hijo cambie la toga por la cogulla o la sobrepelliz...

MARQUESA.—Claro que debo alegrarme... ¡Y cuidado que el bufete de Daniel prometía!... *(Suspirando.)* ¡Vaya si prometía!...

EULALIA. — *(Bromeando.)* Positivismo, ¿eh?

MARQUESA. — Llámalo vida, necesidades... ¡Ay! Yo también miro al cielo; pero como ya no veo caer el maná, tengo que revolver la tierra, buscando su equivalente.

MONCADA. — *(Con sobresalto, mirando su reloj. Aparte.)* ¡Este maldito Huguet, cuándo vendrá!

MARQUESA.—*(Aparte.)* Inquieto está el pobre Juan... ¡Si será oportuno hablarle ahora!... Vamos, me alzo. *(Alto.)* Juan...

MONCADA.—¿Qué?

MARQUESA.—Tengo que hablar a usted de un asunto.

MONCADA.—Usted dirá.

MARQUESA.—Me parece que el otro dia le indiqué... Soy muy prevenida, y antes que venza el plazo del préstamo que hizo usted a mi marido...

MONCADA.—Ya; la hipoteca del Clot. ¿Cuándo vence?

MARQUESA.—Dentro de cinco meses.

MONCADA.—Pues no corre prisa.

MARQUESA.—Es que quiero anunciarle con tiempo que necesito una prórroga..., dos años, en los cuales pagaré intereses, pues no acepto el favor sino con esta precisa condición... *(Advirtiendo que Moncada, profundamente abstraído, no se entera.)* Pero ¿no me oye?

MONCADA.—¡Ah! Perdone usted... Me distraje... Sí, sí, cuente usted con...

MARQUESA.—*(Marcando bien la frase.)* Prórroga con intereses.

MONCADA.—¡Quite usted de ahí!... No faltaba más sino que yo cobrase réditos a la viuda de mi mejor amigo, a la mujer heroica que ha sabido defenderse, y aun vencer, en la horrorosa lucha con la adversidad y con...

MARQUESA.—Con la miseria, dígalo... *(Conmovida.)*

EULALIA.—¡Ay Florentina, tu pobre Silverio..., qué excelente hombre!... ¡Cariñoso padre, esposo amante y fiel! Pero, vamos, hija, que te dejó una herencia!...

MARQUESA.—Sí, deudas enormes, que he ido cancelando a fuerza de sonrojos y privaciones horribles. *(Queriendo alejar un triste recuerdo.)*

MONCADA.—Silverio no se perdió por vicioso; no fué lo que vulgarmente llamamos una mala cabeza.

EULALIA.—Al contrario, pasaba por una de las primeras de Cataluña.

MARQUESA.—Y eso fué lo que le perdió: su gran entendimiento, la extraordinaria alteza de sus ideas. Vivió po-

seído de la fiebre de las mejoras y de la pasión de los adelantos. Se embriagaba, sí, ésa es la palabra, se emborrachaba con el maldito progreso, y no vivía más que para visitar exposiciones extranjeras...

MONCADA.—Y traerse acá las máquinas más perfectas de agricultura y de industrias agrícolas.

MARQUESA.—Por esto, bien puedo decir del pobre Silverio que fué una víctima de la civilización. *(Sigue hablando con doña Eulalia.)*

VICTORIA.—*(Entrando por la izquierda con una taza de caldo.)* Vamos, papá, tómate este caldito. Hoy apenas almorzaste.

MONCADA.—Pues sí que lo tomo. *(Coge la taza.)* ¿Gusta usted, Florentina?

MARQUESA.—Gracias.

MONCADA.—¡Hay hija mía, cuán breve el consuelo que me das! ¡Tres días tan sólo!...

VICTORIA.—Pidamos seis a la madre superiora.

MONCADA.—Sí, sí.

VICTORIA.—Daremos el encargo a sor Sagrario, que hoy se vuelve allá. ¿Qué quieres ahora? *(Recogiendo la taza de caldo.)*

MONCADA.—Que me traigas aquel libro de cuentas que quedó en la mesa de mi despacho.

VICTORIA.—Voy. *(Vase por la derecha, dejando la taza sobre la mesa.)*

MARQUESA.—*(Con desconsuelo, mirando a Victoria. Aparte.)* ¡Lástima de muchacha! *(Alto.)* Pues como te decía, sólo Dios conoce mi angustioso batallar con las dificultades y apreturas que me legó el pobre Silverio. Durante algunos años, cuando no velaba yo para coser la ropita de mis niños, me quemaba las cejas haciendo cálculos... para defender y estirar el miserable céntimo. Yo misma he vendido al menudeo la lana de mis ovejitas de Castellar de Nuch, y he almacenado en mi alcoba, esperando mejores precios, las patatas de Clot. Se me han estropeado las manos lavando mi ropa, y mi rostro aprendió a no ruborizarse pidiendo a este y al otro amigo los libros en que mis hijos habían de estudiar.

VICTORIA.—*(Entrando con el libro, que da a su padre.)* Aquí está.

MARQUESA.—En este atroz combate, cayéndome hoy, levantándome mañana, sin hacer caso de las magulladuras del amor propio, perdí mis tierras del Panadés. Hoy, en la situación modestísima que he podido conservar, libre ya, o casi libre de acreedores, me conformaré con salvar mi finca del Clot, la casa patrimonial donde nací, aquel terruño queridísimo que guarda la memoria de mis padres. Si lo perdiera, me moriría de pena.

MONCADA.—*(Recordando con pena.)* ¡Ay! Espere usted, Florentina.

MARQUESA.—¿Qué?

MONCADA.—Que no sé si ese crédito va comprendido entre los que se llevó Huguet para intentar una negociación...

MARQUESA.—Por Dios, no me asuste usted...

MONCADA.—No apurarse. En todo caso, lo retiraremos antes de hacer la negociación. Como es cosa de poca cantidad...

MARQUESA.—Relativamente. Para mí es mucho; para usted, una bicoca.

MONCADA.—¡Ah! Ya no hay bicocas para mí. Estoy arruinado.

MARQUESA.—*(Asustadísima.)* ¡Juan!

MONCADA.—Como usted lo oye. *(A Victoria.)* Hija de mi alma, mira por dónde has resultado previsora dedicándote a ese santo oficio de asistir a los pobres y consolar a los desvalidos. Te estrenarás con tu propia familia.

EULALIA.—*(A la Marquesa, que está consternada.)* ¿No ves que bromea? Y, en último caso, Juan, a mí no me asusta la pobreza. Creo que a Florentina tampoco.

MARQUESA.—¡Ay la pobreza! Esa señora y yo hemos luchado a brazo partido, nos hemos peleado bien, bien, bien. Y como he recibido de ella tantos arañazos y mordiscos, francamente, no le tengo mucha ley que digamos.

MONCADA.—En fin, Eulalia, tú a un convento, yo al asilo de ancianos en que esté mi hija. *(Rompiendo papeles y arrojándolos al suelo.)*

EULALIA.—Pues yo, tan contenta. *(A Victoria.)* ¿Qué dices tú?

VICTORIA.—¿Yo? Que el alma siempre es rica. Su capital crece y se multiplica cuanto más se derrocha.

EULALIA.—*(Alabando la frase.)* ¿Eh? ¿Qué tal?

MARQUESA.—Victoria, cuéntanos tu vida. ¿Estás contenta en el Socorro?

VICTORIA.—*(Siéntase en una silla ba-*

ja, entre la Marquesa y doña Eulalia.) ¡Oh, sí! ¡Qué paz, qué encanto, qué dulzura en aquella vida! Pero también paso mis penitas.

EULALIA.—¿Penitas? Vamos. *(Fatigada, interrumpe su labor, sin soltarla de la mano.)*

MARQUESA.—Sí, por las tareas arduas, abrumadoras y a veces repugnantes que imponen a las novicias.

VICTORIA.—Por eso no, más bien por lo contrario. *(Quitándole a su tía de las manos la labor de gancho y continuándola con gran ligereza.)* Perdone usted, tía; no puedo estar sin hacer algo... Las faenas arduas, las cosas difíciles, muy difíciles, son las que me gustan a mí. Cuando me señalan trabajos fáciles y corrientes de los que puede desempeñar cualquiera, me aburro, me impaciento, me pongo triste.

MONCADA.—*(Que a ratos atiende a la conversación sin dejar de romper papeles.)* Eso es orgullo.

EULALIA.—Y ofender a Dios. Hay que someterse.

VICTORIA.—Si yo me someto. Me resigno a las cosas fáciles, no sin un poquito o un muchito de violencia sobre mí. El mayor gusto mío es que me manden algo en que tenga que vencer dificultades grandes o afrontar algún peligro que me imponga miedo, más bien terror, o ahogar con esfuerzo del alma mis gustos de siempre, mis aficiones más arraigadas. Quiero padecer y humillarme.

MARQUESA.—¡Qué viva imaginación la de esta chica!

MONCADA.—Desde muy niña se distinguió por el entusiasmo repentino y ardiente.

EULALIA.—Y por sus vehemencias, que a veces nos parecían raptos de locura.

MONCADA.—Lo contrario de su hermana Gabriela: toda reflexión y calma. En aquélla el instinto del método, las acciones lentas, las ideas prácticas; en ésta, el arranque súbito, ideas brillantes, actos atrevidos, que parecían obra de la inspiración o del capricho.

EULALIA.—¡Dichosa tú, hija mía, que allá te perfeccionas a tu gusto, y te mortificas tan ricamente, sin que te moleste nadie!

MARQUESA.—¿Ricamente? Fama tiene de muy estrecha la disciplina del Socorro.

VICTORIA.—Pues a mí me parece ancha y cómoda. Yo quisiera más...

MONCADA.—¿Más qué?

VICTORIA.—Más trabajo, más dificultades, mayor violencia de la voluntad, para que el padecer fuera extremado y el sacrificio llegara al límite de las fuerzas humanas.

MONCADA.—¡Ambiciosilla!

VICTORIA.—Sí que lo soy.

EULALIA.—*(Levantándose.)* Ea; basta de charla ociosa. Hoy, Lunes Santo. Es hora de ir a la iglesia, que no faltan, ¡ay!, cositas que pedir al Señor. Victoria, ¿vienes?

VICTORIA.—Después. No quiero dejar solo a papá.

MARQUESA.—Yo te acompañaré. Rezaremos, sí. Hay que pedir, pedir... *(Aparte.)* ¡Dios mío, que suban los fondos, que suban, sí, para que se arreglen los negocios de este buen hombre, providencia de tantos desdichados! *(Alto.)* Juan, adiós, y no sea usted pesimista.

MONCADA.—Adiós, amiga mía.

EULALIA.—*(A Moncada.)* No trabajes ahora. No olvides que Daniel vendrá hoy a buscarte para dar un paseo.

MARQUESA.—¡Ah! Sí..., y que vendrá pronto, cuando salga de los franciscanos.

MONCADA.—Aquí le espero.

EULALIA.—*(A Victoria, rechazando la labor de gancho que ésta le entrega.)* Acábame esas vueltas, holgazana. *(Vanse las dos señoras por el fondo.)*

ESCENA II

MONCADA y VICTORIA.

VICTORIA.—*(En pie, sin mirarle, continuando su labor.)* Y qué, ¿te escribo más cartas?

MONCADA.—*(Sentándose junto a la mesa.)* Sí; dos o tres urgentísimas.

VICTORIA.—Pues dictame. *(Deja la labor y se sienta por el otro lado de la mesa, tomando la pluma y preparándose para escribir.)*

MONCADA.—No sé por dónde empezar... *(Dictando.)* "Señores Miró y Compañía..."

VICTORIA.—*(Escribiendo.)* "Y Compañía... Muy señores míos..."

MONCADA.—"Tengo el sentimiento de participar a ustedes... que..., por efecto

de la liquidación del sábado..." *(Da un puñetazo en el brazo del sillón y se levanta airado.)* No puedo anunciar yo mismo mi descrédito, la deshonra comercial, la insolvencia.

VICTORIA.—Papá, ¿qué hablas ahí de deshonra?

MONCADA.—Sí, hija de mi vida. Estoy arruinado..., perdido...

VICTORIA.—Pero ¿es cierto que...?

MONCADA.—Lo de menos es la riqueza. El caudal perdido puede ganarse otra vez. Pero la estimación, la pureza de un hombre intachable, no se recobran una vez perdidas.

VICTORIA.—*(Con extrañeza.)* ¡La estimación! Si Dios te estima, ¿qué te importa que no te estimen los hombres?

MONCADA.—*(Muy excitado.)* ¡Dios has dicho!... La religión me consolará de la pobreza; no puede consolarme del descredito vergonzoso.

VICTORIA.—No te aflijas.

MONCADA.—Y esos pobres niños, los hijos de tu hermano Rafael, tendrán que ser recogidos por los amigos de casa, ¡o llevados a un hospicio!

VICTORIA.—No me lo digas...

MONCADA.—¡Y tu pobre hermana...!

VICTORIA.—Se casará con Jaime, que no ha de rechazarla por pobre.

MONCADA.—Y Jaime tendrá que recogerme a mí... No; imposible que yo sobreviva a este inmenso desastre.

VICTORIA.—*(Cogiéndole las manos.)* ¡Papá, por Dios crucificado!...

MONCADA.—Déjame... No me prediques... No entiendo tu lenguaje... Ni tú entiendes el mío... Hiciste bien en ponerte en salvo, abandonando tu casa y tu familia antes de la catástrofe, que ya no te afecta, no puede afectarte.

VICTORIA.—*(Con efusión.)* Papá, padre querido... No me hables así, que me destrozas el alma. Te dejé cuando vivías en la opulencia. Pobre, no te hubiera dejado nunca. Te quiero tanto, tanto, que daría mi vida mil veces por evitar tus penas, por aliviarlas tanto así... Y ahora que vas a ser un pobrecito, ahora..., no sé cómo expresártelo... *(Con calor y entusiasmo)*, no sé..., porque el amor que te tengo no cabe en mí, ni en el mundo entero.

MONCADA.—*(Abrazándola tiernamente.)* ¡Hija de mi vida!

VICTORIA.—Ten fe, ten fe..., y verás.

MONCADA.—Bueno; por fe no ha de quedar.

VICTORIA.—Pues nada temas; yo te salvaré.

MONCADA.—¿Tú?

VICTORIA.—*(Con resolución.)* Yo, sí... ¿Te burlas? Yo, yo... Aquí tienes a la que llamabais la loca de la casa, a tu hijita caprichuda y soñadora; aquí la tienes, amenazándote con nuevos delirios de su imaginación arrebatada. *(Con orgullo.)* Yo, sí, yo te sacaré de penas.

MONCADA.—*(Con mucho interés.)* ¿Cómo?

VICTORIA.—Pidiéndoselo a Dios.

MONCADA.—*(Desalentado.)* ¡Inocente, alma pura y sencilla! ¡Y crees tú que Dios...!

VICTORIA.—Concede, sí, todo lo que se le pide.

MONCADA.—¿Todo, todo?

VICTORIA.—Sí, sí. Pero hemos de pedirle con vivísima, con ardiente fe. Verás cómo imprime a nuestra voluntad una fuerza increíble, colosal, una fuerza que removerá todos los obstáculos...

MONCADA.—¡Una fuerza! *(Confuso.)* ¡La voluntad! ¡Ah, si en la voluntad consistiera!...

VICTORIA.—*(Con resolución graciosa.)* Tú déjame a mí, y verás...

MONCADA.—*(Viendo entrar a Huguet.)* ¡Ah! Gracias a Dios. *(A Huguet.)* ¿Qué hay?

ESCENA III

DICHOS Y HUGUET.

HUGUET.—Nada, que Lloréns Hermanos se declaran también en quiebra. No hay que pensar en salvación por ese lado.

MONCADA.—Ni por otro alguno.

HUGUET.—*(Como recobrando la esperanza.)* Y, al fin, ¿habló Cruz contigo?

MONCADA.—*(Sorprendido.)* ¿Cruz?... No.

HUGUET.—Accediendo a mis instancias, no desiste de comprar la fábrica, ni de hacerte el empréstito...

MONCADA.—¡Ah! Pero ¿en qué condiciones...?

HUGUET.—Querido Juan, en las únicas posibles. Pues ¿qué creías tú? Otra cosa hubiera sido si... *(Recelando hablar delante de Victoria, que, sin moverse del asiento, continúa su labor de gancho.)*

MONCADA.—No temas hablar delante de ésta. Ya la enteré de todo.

VICTORIA.—Sí, sí, ya sé que querían sacrificar a mi hermana, casándola con un bruto muy rico, con ese Cruz... No le conozco..., ni quiero...

MONCADA.—*(A Huguet.)* Bueno, pues oiremos sus proposiciones. Si he de ser franco, no creo en la leyenda de su perversidad.

HUGUET.—Ni yo. Pero creo en la tenacidad de sus resoluciones, en la dureza marmórea de su corazón. Trata los negocios con una rectitud huraña, rígida, inflexible como un lingote de hierro... Pues ese mismo hombre, tan fiero y de tan ruda forma, parecía un niño contándome su ilusión de entroncar con los Moncadas, de juntar las dos razas, las dos firmas... Y cree que su plan era cosa grande... *(Expresando con un gesto de superioridad.)* Cuando Eulalia y yo empezamos a conspirar, dirigióme el hombre esta carta. *(La saca del bolsillo.)*, en la cual sintetiza su pensamiento... *(Mostrándola a Moncada, que la rechaza con tristeza.)* Proponía, como verás, la creación de una Sociedad comanditaria, a la cual aportaba un capital de quince millones...; tú aportarías la fábrica, cuya gerencia desempeñaría él...

MONCADA.—Calla, déjame. *(Con profundo disgusto.)* ¿A qué me pones delante de los ojos esa tabla a la cual no podemos agarrarnos?

HUGUET.—Admitiría las acciones de nuestro Banco al precio de emisión... Se pagarían todos los créditos pendientes...

MONCADA.—Basta, te digo. Si no ha de ser...

HUGUET. — *(Guardándose la carta, amoscado.)* Bueno: déjame, al menos, el derecho de maldecir nuestro destino.

MONCADA.—Maldice, maldigamos todo lo maldecible.

HUGUET.—Y no extrañes que el hombre, irritado por la sequedad humillante de la repulsa, te trate ahora como enemigo...

MONCADA.—Sí; ya sé que tendré que sucumbir a las circunstancias. Me estrujará para sacar el último zumo del limón, y hará un estropajo de mis entrañas.

HUGUET.—Y no podrás quejarte.

MONCADA.—Si no me quejo. Renuncio a todo, hasta al derecho al quejido.

VICTORIA.—Si me dejan decir mi opinión...

MONCADA.—Dila.

VICTORIA.—Pues... no entren en tratos con el malo; que al malo, Dios le confundirá.

MONCADA.—En eso estamos... Pero por de pronto, a quien confunde es al bueno.

HUGUET.—¡Ea, que no es tan malo Cruz! Y en todo caso, hay que reconocerle una cualidad excelsa.

MONCADA.—¿Cuál?

HUGUET.—Que si no hay otro más duro para hacer cumplir, tampoco lo hay más exacto en el cumplimiento de sus obligaciones. Mi hermano Roberto, que le ha tratado en América, me ha dicho que sus compromisos tiénense por cosa sagrada, y que su palabra vale tanto como escritura pública.

VICTORIA.—Algo es algo.

ESCENA IV

DICHOS y GABRIELA, que sale precipitadamente por la izquierda, con delantal.

GABRIELA.—*(A Victoria.)* Tú aquí, de parola, y yo allá, consumiéndome la figura, sofocada, sin poder hacer carrera de esos chiquillos.

MONCADA.—Pero, hija, ¿qué es eso?

GABRIELA.—Nada, papá; han perdido el respeto a la institutriz, y a mí me lo perderían también sin las solfas que les doy. *(A Victoria.)* Pero tú, aprendiz de maestra angélica, ¿por qué no vas allá? A ver, domestícame a esos serafines diabólicos.

HUGUET.—Pues no vienes poco fuerte.

GABRIELA.—Mira, mira *(Mostrándole su delantal, desgarrado de arriba abajo.)* lo que acaba de hacerme Aurorita.

MONCADA.—¡Qué gracioso!

VICTORIA.—Por poco te afanas.

GABRIELA.—Pues anda tú.

VICTORIA.—Ya lo creo que iré. ¡Valiente cuidado me dan a mí travesuras de chiquillos!

GABRIELA.—Ya no puedo, no puedo atender a tantas cosas. *(Revolviendo precipitadamente la cesta de costura, saca hilo y aguja y se cose el delantal.)* ¿Sabes, papá, lo que hizo Pepito? Pues meter las dos manos en un plato de

natillas, y después ir marcando uno a uno todos los muebles del comedor.

MONCADA.—¡Ja, ja!...

HUGUET.—¡Qué mono!

GABRIELA.—Merceditas, a quien no puedo quitar la costumbre de hablar como un carretero, me ha llamado... No lo puedo decir. *(Todos sueltan la risa.)* Y Pepito, cuando le pongo de rodillas por no saber la lección, se entretiene en arrancar las hojas de la Gramática... para poner rabos a las moscas.

HUGUET.—Lo mismo hacía yo.

MONCADA.—Y yo.

GABRIELA.—Y a todas estas, la institutriz pone morros, y Celedonia riñe con el ama, y ésta se atufa y me amenaza con irse; y se presenta el marido perdonándonos la vida... En fin, que tengo ya la cabeza como un bombo.

VICTORIA. — *(Bromeando.)* ¿Quieres apostar a que voy yo y todo lo arreglo?

GABRIELA.—Pues anda, anda... Te cedo la plaza. A ti todo te parece facilísimo.

VICTORIA.—Todo, no; eso sí, porque lo es.

GABRIELA.—Quisiera yo verte aquí... *(Acabando la costura y cortando el hilo con los dientes.)* Para estos trajines tienes tú demasiado... espíritu. ¡Ay, es un gran comodín eso del espíritu y hacer todas las cosas con el pensamiento, en vez de hacerlas con las manos, con éstas!

VICTORIA.—Yo también tengo manos. *(Con viveza las dos.)*

GABRIELA.—No es censura..., pero hay que probarse.

VICTORIA.—Probarse, sí.

GABRIELA.—En la vida práctica.

VICTORIA.—En ella estoy.

HUGUET. — *(Interponiéndose.)* Vamos, no riñan por cuál de las dos vale más. Ambas son excelentes, inapreciables, cada cual en su hechura y estilo.

GABRIELA.—*(Riendo.)* Si no reñimos... ¡Pero qué tonto!

MONCADA.—¿Reñir mis hijas? Nunca.

HUGUET.—*(Aparte.)* Aquí están las dos, la divina y la humana, ninguna de las dos le sirve para nada. ¡Pobre Juan!

MONCADA.—*(A Huguet.)* No nos descuidemos, Facundo, por si viene...

HUGUET.—¿Tienes ahí la titulación de los terrenos de la fábrica?

MONCADA.—Creo que sí.

HUGUET.—Pues examinémosla.

MONCADA.—Vamos... *(Dirigiéndose al despacho.)* Preparémonos para la decapitación.

ESCENA V

VICTORIA, GABRIELA y CARMETA, que entra y sale por la izquierda.

GABRIELA.—*(Mirando al suelo, a trechos cubierto de papeles rotos.)* Bonito han puesto esto. No puedo ver tanta suciedad. *(Llamando.)* Carmeta.

CARMETA.—*(Por la izquierda.)* ¿Señorita...?

GABRIELA.—Barre aquí. *(Vase la criada.)*

VICTORIA.—El pobre papá, ¡qué malos ratos pasa!

GABRIELA.—*(Suspirando.)* Ya... ¡Y que nosotras, infelices mujeres, no podamos evitarlo!

VICTORIA.—Sí, triste cosa es nuestra insignificancia, nuestra incapacidad para todo lo que no sea las menudencias del trabajo doméstico. *(Entra Carmeta con una escoba. Victoria se la quita y se pone a barrer.)*

GABRIELA.—*(A Carmeta.)* A Celedonia, que planche primero la ropa de los niños. Las enaguas no corren prisa. *(Vase Carmeta.)* ¡Pero tú...! *(Viendo barrer a Victoria.)* Vamos, eso es jugar a los trabajitos.

VICTORIA.—*(Con gracejo.)* Hija, no hay más remedio que rebajarse, ahora que vamos a ser pobres..., digo, tú, que yo... ya lo soy.

GABRIELA.—¡Ay, la desgracia me coge bien prevenida! No me asusta la pobreza. Vaya, tengo qué hacer. *(Dirígese a la puerta, y, como atormentada de una idea, vuelve.)* Dime, Victoria: ¿papá está quejoso de mí? ¿Te ha dicho algo?

VICTORIA.—*(Dejando de barrer, pero sin soltar la escoba.)* No, no... ¡Pobrecito!

GABRIELA.—Porque ya ves... Tú estás enterada. ¿No crees que hice bien...?

VICTORIA.—Yo... ¿Que si creo...? Te diré. No se debe exigir a la criatura humana ningún acto superior a su propia resistencia. Si yo te dijese: "Gabriela, échate al hombro esta casa y anda con ella", te reirías de mí.

GABRIELA.—Como te reirías tú si yo te lo dijera.

VICTORIA.—Quizá no, porque si yo me encontrara en tu situación y me hubieran dicho: "Levanta en vilo esta casa...", la habría levantado.

GABRIELA. — ¿Qué quieres decirme? *(Amoscada.)* ¡Que siempre has de hablar con figuras! Luego tú..., ¿también tú crees...?

VICTORIA.—No te inculpo. Cada cual levanta los pesos que puede. El sacrificio, la querencia de las dificultades, el desprecio de nuestra felicidad para buscar en la desdicha una dicha mayor, ese homenaje del alma a Dios, que gusta de verla llegar hasta El por los caminos más estrechos, no es, no, para todos los caracteres.

GABRIELA.—Sutil estás... y orgullosa... ¿De modo que tú...? Vamos, crees, sin duda, que debí sacrificarme.

VICTORIA.—Yo no digo que tú lo hicieras... Claro, no podías... Te faltaba valor, desprecio de ti misma, poder de anulación.

GABRIELA. — ¡Valor, desprecio, anulación! Eso entraría en la esfera de lo sublime, querida hermana, y lo sublime no se ha hecho para esta pobre criatura casera y vulgar. Soy muy prosaica, ya lo ves. No ambiciono pasar a la Historia ni que me dediquen tres o cuatro renglones en el "año Cristiano". *(Victoria sigue barriendo, sin decir nada.)* ¿Quiere decir esto que me falta valor? Bueno. Quizá me sobraría para soportar las mayores desgracias, la miseria, la muerte. Para ser esposa de una bestia reconozco que no lo tengo.

VICTORIA.—Sí, sí... Líbrete Dios de semejante prueba... No se hable más del asunto.

CARMETA.—*(Entrando por la izquierda.)* Señorita, el pescadero. ¿Qué se toma?

GABRIELA. *(Enjugándose una lágrima.)* Voy, voy al momento... ¡Cómo me entretengo charlando! *(Vanse presurosas Gabriela y la criada.)*

ESCENA VI

VICTORIA; después, CRUZ; al fin de la escena, HUGUET.

VICTORIA.—*(Barriendo con decisión.)* No cede, no. ¡Razón tenía la pobre! El sacrificio sería horrible, tremendo..., superior a las fuerzas humanas. *(Parándose meditabunda.)* No, no, no; nada es superior a este soberano impulso del alma, nacido de la fe, y que frente a las dificultades se encrespa, se agiganta, y las arrolla al fin, las pulveriza. *(Entra Cruz.)* ¡Ah! Este es, sin duda..., sí..., ese Cruz..., la bestia...

CRUZ.—*(Aparte.)* ¡La monja! *(Deteniéndose cohibido.)*

VICTORIA.—Pase usted. *(Sigue barriendo.)* Papá saldrá pronto. *(Después de observarle rápidamente.)* En efecto, amarguillo debe de ser este cáliz... Tome usted asiento, señor Cruz.

CRUZ.—¡Ah, me conoce usted!

VICTORIA.—De fama.

CRUZ.—Aquí la tengo muy mala, según parece.

VICTORIA.—Regular.

CRUZ.—Pues yo... No es ésta la primera vez que veo a usted.

VICTORIA.—*(Parándose, apoyada en el palo de la escoba.)* ¿A mí? ¡Ah, en mi infancia!

CRUZ.—No; ahora.

VICTORIA.—¿En dónde?

CRUZ.—*(Siempre con sequedad.)* Acostumbro madrugar. Esta mañana salí tempranito a dar mi paseo; entré en el parque por la hondonada del Paulet, y allá, en el lavadero que hay entre los tilos, estaba usted con otras mujeres.

VICTORIA.—¡Ah, sí, lavando!...

CRUZ.—Díjome Rufina que por las mañanitas suele usted ir allá, y que ayuda a lavar la ropa de los criados.

VICTORIA.—Alguna vez.

CRUZ.—Pues sí; usted no me vió a mí Pasé de largo... Hablando de otra cosa: seguramente usted no se acordará de aquellos tiempos... Era muy niña.

VICTORIA.—Sí que me acuerdo... *(Con asombro infantil.)* ¿Y es cierto lo que dicen?

CRUZ.—¿Qué?

VICTORIA.—Que es usted Pepet, aquel muchachote tan...

CRUZ.—Acabe: tan diabólico, tan cerril y de mala sangre, según decían.

VICTORIA.—Pero ¿de veras?... ¿Es usted el mismísimo Pepet?

CRUZ.—El legítimo, el auténtico, el que tiraba del carrito en que se paseaban las dos niñas...

VICTORIA.—¡Vamos, y que hacía us-

ted de caballito con una propiedad...!

CRUZ.—Con tanta propiedad, que usted, una tarde, se empeñó en que había de comer cebada.

VICTORIA.—¿De veras? ¡Ja, ja!...

CRUZ.—Y la comí.

VICTORIA.—¡Qué cosas!

CRUZ.—No sé si se acordará de cuando usted y su hermanita, asomadas a la ventana de arriba, mientras yo abría los hoyos...

VICTORIA.—¿Le echábamos salivitas y salivitas...? ¡Vaya si me acuerdo!

CRUZ.—Que me caían aquí. *(En el pescuezo.)*

VICTORIA.—Después se fué usted a las Américas, y ha vuelto cargado de riquezas, que no le sirven más que para ofender a Dios. Porque el dinero, entiéndalo usted *(En tono infantil y gracioso.)*, es cosa muy mala, pero muy mala.

CRUZ.—Tan malo, que todos lo persiguen... para cogerlo.

VICTORIA.—Hay gustos muy raros.

CRUZ.—Como el de usted, por ejemplo.

VICTORIA.—¿Cuál?

CRUZ.—Si no se enoja, se lo diré.

VICTORIA.—Diga.

CRUZ.—Eso del monjío, envolver su rostro en la desairada toca, vestirse con tan feo traje, adoptar una vida estúpida de ñoñerías, entre beatas asquerosas y frailes imbéciles.

VICTORIA.—*(Aparte.)* ¡Cuánta grosería! *(Alto.)* Si ése es mi gusto..., ¿qué quiere usted?... Dígame: esa manera de hablar y de calificar a las personas religiosas, ¿es constante en usted?

CRUZ.—Cuando me piden mi opinión, la doy sin flores. Soy muy burdo, muy mazacote.

VICTORIA.—Ya, ya se ve. *(Volviendo a barrer. Aparte.)* Verdaderamente, el sacrificio sería espantoso... ¡Qué facha, qué innoble lenguaje, qué bajeza de pensamientos!

HUGUET.—*(Que no pasa de la puerta de la derecha.)* Pero ¿estaba usted aquí? Juan y yo le esperábamos...

CRUZ.—Me entretuvo la barrendera...

HUGUET.—Pase, pase... *(Salen Cruz y Huguet por la derecha.)*

ESCENA VII

VICTORIA, sola, meditabunda.

VICTORIA.—¡Qué hombre, qué trazas de inferioridad! Y en eso, ¿hay un alma? *(Pausa.)* Sí que la habrá, ¡y quién sabe si Dios prepara en ella algún maravilloso ejemplo de su poder infinito! *(Asaltada súbitamente de una inquietud nerviosa.)* Dios mío, ¿qué es esto?... Pasó la ráfaga por mi mente... He sentido el chispazo que precede a las resoluciones formidables... No, no puede ser... Soy víctima de una alucinación, sugerida por el orgullo... No, no. *(Riendo.)* ¿Cómo puede ser que yo...? ¡Demencia, ilusión loca de mover las montañas, de ablandar entre los dedos el bronce, de convertir los males en bienes! Ya, ya cesó. *(Serenándose, se pasa la mano por la frente.)* No siento ya la llamarada... ¡Vaya, qué cosas se me ocurren! ¿Y por qué había de consumar yo sacrificio tan espantoso? ¿Por devolver a mi padre la tranquilidad, la estimación, el crédito?... Pero ¿yo qué tengo que ver con el crédito ni qué significa eso para mí, para quien lleva estas tocas, este rosario, esta cruz? *(Reflexionando.)* En ningún catecismo se habla del crédito..., en ningún libro místico he tropezado jamás con esa palabreja. Por amor se apuran los cálices más amargos; por amor se acometen difíciles empresas, desafiando con semblante risueño la vergüenza, el dolor, la muerte misma; por amor se truecan las espinas en rosas, el miedo en confianza, las tribulaciones en alegrías inefables... Pero por el crédito... *(Rehaciéndose.)* Jesús mío, no permitas que mi razón se turbe.

ESCENA VIII

VICTORIA y MONCADA, que entra por la derecha muy agitado.

MONCADA.—¡No puedo presenciar cómo hacen leña de mí, pobre árbol caído! Aquí, en mi corazón, retumban los hachazos... Allá lo arreglen solos. Huguet y Cruz, el leñador impío... ¡Horrible situación, que mi flaca voluntad no soportará! Sí, sí, me falta el valor de vivir. *(Dirígese al foro con muestras de desesperación.)*

VICTORIA. — *(Alarmada, deteniéndole por un brazo.)* Papá.

MONCADA.—¿Qué?

VICTORIA.—¿Adónde vas?

MONCADA.—No sé... Hija de mi alma, inocente paloma, déjame...; tú no puedes comprender...

VICTORIA.—Papá querido. *(Abrazándole.)* Aguarda... Ven... ¿No te he dicho que yo...?

MONCADA. — Ya, ya recuerdo... *(Con amargura.)* ¡Pidiéndoselo a Dios! ¿Has empezado?

VICTORIA.—Sí.

MONCADA.—¿Y qué dice?

VICTORIA.—Pues dice *(Reflexionando.)* que aguardes..., que aguardes tranquilo.

MONCADA.—¡Tranquilidad, sí..., la del sepulcro! Verás qué soberana paz...

VICTORIA.—¡Papaíto, por Dios! *(Aparece Daniel por el fondo.)*

ESCENA IX

DICHOS y DANIEL.

VICTORIA.—¡Ah Daniel!

DANIEL.—*(Tratando de disimular una viva emoción. Aparte.)* Creí que su presencia no me afectaría... Animo y apretar bien la herida para que no se abra.

MONCADA. — Daniel, ¿qué bueno por aquí?

DANIEL.—¿No se acuerda? Me dijo usted que viniese a buscarle para dar un paseo.

MONCADA.—¡Ah! Sí... ¡Qué cabeza!

VICTORIA.—A paseo... Me parece bien. Distracción, ejercicio. *(Aparte, a Daniel.)* No te separes de él ni un momento.

DANIEL.—*(Ofreciendo el brazo a Moncada.)* Vamos, don Juan. ¿Hacia dónde?

MONCADA.—*(Con indiferencia, dejándose llevar.)* Hacia donde quieras.

ESCENA X

VICTORIA; después, SOR MARÍA DEL SAGRARIO.

VICTORIA.—Su inmenso dolor me traspasa el alma. Temo que en un rapto de desesperación... ¡Dios mío, aparta de su espíritu toda idea que no sea la de confiar ciegamente en tu infinita misericordia!... *(Sintiendo nuevamente la vibración interior.)* Otra vez... Otra vez la ráfaga... *(Se aprieta la frente.)* Esto no puede ser... ¡Oh! Sí... ¿Por qué no? Lo difícil no existe...; es una ilusión, un fantasma creado por nuestra flaqueza... Nada hay imposible... Pero ¿tendré valor para...? *(Con mucho brío.)* Sí, sí...; por ver sonreír a mi padre sería yo capaz de arrojarme ahora mismo en una sima tenebrosa llena de culebras y de inmundos reptiles... Sería yo capaz de arrojarme... *(Meditabunda y vacilante.)* ¡Ah! ¿Quién puede responder de su propio valor antes de probarlo? No sé, no sé... Mi mente se enturbia, mi voluntad desfallece... Dios, Redentor mío, dame luz. Que vea yo si esta temeraria idea viene de Ti... Sí, de Ti viene. Pues ¿de quién si no?

SOR MARÍA.—*(Que entra por el foro.)* Niña, adiós.

VICTORIA.—Pero ¿ya...?

SOR MARÍA.—Sí, mi enferma murió anoche. Me voy con las dos hermanas del hospitalito de San Lázaro, que hoy regresan a Barcelona. Me ha dicho tu papá..., ahora salía de aquí con ese joven..., que te quedas unos días más. No habrá inconveniente, creo yo. Se lo diré a la superiora. Podrás irte con las dos hermanas que saldrán de servicio el sábado próximo.

VICTORIA.—*(Abstraída, siéntase fatigada.)* ¿Sabe usted que...? *(Apoyando la frente en la palma de la mano, con muestras de desfallecimiento.)*

SOR MARÍA.—¿Qué tienes? Ya..., desconsuelo por verme partir. De buena gana te irías conmigo.

VICTORIA.—¡Oh, no!... Ahora, no.

SOR MARÍA.—¿Estás enferma?

VICTORIA.—No sé... Siento una inquietud, un sobresalto... Dios quiere someterme a una prueba tremenda, la más grande que es posible imaginar.

SOR MARÍA. — ¡Pobrecita! ¿Y qué prueba es ésa? Ya me la contarás cuando vuelvas allá.

VICTORIA.—Dígame usted, hermana Sagrario, ¿y si no volviera?

SOR MARÍA.—¿Qué dices?

VICTORIA.—Háblame con franqueza. Si yo abandonara el Socorro..., y como novicia bien puedo retirarme...; si yo no profesara, digo, y volviera al siglo, ¿qué pensaría usted, qué las hermanas y la madre?

SOR MARÍA.—¡Qué disparates se te ocurren! *(Aparte.)* ¡Virgen Santísima!

Ya entiendo...; ese caballerito que salía de aquí con don Juan...; sin duda, retoña la malicia de aquel noviazgo. *(Alto.)* Pero dime, ¿de veras piensas...?

VICTORIA.—No, no haga usted caso. Es una idea, una pícara idea que me acosa. Se parece a la ambición en grado sublime; aseméjase también a la caridad. Trato de arrojarla de mí, y vuelve; se pone en acecho delante de mi alma, fascinándola con un mirar hermoso y terrible. El alma, al verse acometida de tal idea, tiembla, y al propio tiempo se llena de una luz... *(Con arrobamiento.)* No sé cómo expresarlo...; de una luz que no es esta lucecilla que en el mundo visible nos rodea.

SOR MARÍA.—¿No estás contenta en el Socorro.

VICTORIA.—Sí.

SOR MARÍA.—¿Te parece demasiado estrecha y trabajosa nuestra vida?

VICTORIA.—No lo bastante. Aún puede haber otra más trabajosa, más ruda, más difícil, aunque exteriormente no lo parezca.

SOR MARÍA.—*(Confusa.)* No sé..., no te entiendo.

VICTORIA.—Quizá no suceda lo que he dicho; pero si sucediese, dirán de mí las hermanas: "¡Ah! La extravagante, la soñadora, la de ambicioso espíritu, la que nunca se sacia de lo espinoso y difícil..., nos abandona hostigada de su ambición inquieta y voluble." Paréceme que las oigo... Pero no me importa. El Señor, que ve mis resoluciones, conoce la intención de ellas.

SOR MARÍA.—Pero ¿qué resoluciones? Hace poco, hablando un día las dos ante aquella pobre hermana que murió de cáncer, me decías: "Yo quiero ser mártir, pero mártir de verdad."

VICTORIA.—Pues ahora se me presenta la ocasión.

SOR MARÍA.—¿Ocasión de martirio?

VICTORIA.—Sí.

SOR MARÍA.—¿Te crucifican?

VICTORIA.—Materialmente, no. Pero un suplicio lento es más atroz, y, por tanto, más meritorio que el de clavarnos manos y pies en un madero.

SOR MARÍA.—*(Asustada.)* Victoria, hija mía, tu ánimo está perturbado... No resuelvas nada sin consultar... Mira, ahí tienes al padre Serra, tu confesor antes de entrar en el Socorro.

VICTORIA.—*(Levantándose, presurosa.)* ¿Dónde? ¿Le ha visto usted?

SOR MARÍA.—Sí; por ahí. *(Señalando al parque.)* Hablamos un rato. Contemplaba las flores, y se sentaba en todos los bancos que encontraba. El pobrecito es tan viejo, que apenas puede andar.

VICTORIA.—¿Y entró en casa?

SOR MARÍA.—Sí, por la puerta que conduce al oratorio de tu mamá; arriba. Consúltale.

VICTORIA.—Ahora mismo. ¿A quién mejor que al grande amigo de mi familia, al que mi madre veneraba como a un santo?

SOR MARÍA.—Ea, yo me voy. No quiero hacer esperar a las hermanas. Reflexiona, Victoria; no te arrebates. Ya sabes lo que dice nuestra madre. El entusiasmo es siempre un estado sospechoso, y hay que precaverse contra él. Vale más tomarlo todo con calma, hasta la salvación. Así es más segura. Porque en los raptos de la mente hay casos de equivocaciones, ¿sabes?... En fin, consulta, consulta con ese santo varón.

VICTORIA.—Consultaré... Adiós. *(Le besa la mano, llorando.)*

SOR MARÍA.—*(Aparte.)* ¡Pobre criatura! Es toda bondad, pureza y amor... Pero su cabeza, digan lo que quieran, no rige bien. *(Alto.)* Vamos, ¿por qué lloras? ¡Hermana mía, si nos hemos de ver allá..., si has de volver! *(Victoria continúa llorando, sin poder hablar.)* Pues acabarás por afligirme también a mí.

VICTORIA.—Adiós, adiós. *(Haciendo un esfuerzo se separan. Vase Sor María del Sagrario por el foro.)*

ESCENA XI

VICTORIA; después, HUGUET y CRUZ.

VICTORIA.—Aquella paz, la soledad dulcísima del Socorro, la comunicación continua del alma descansada y amante con su Dios, siempre presente, ¿se acabaron ya para mí? ¿Será posible que tenga yo valor para renunciar tanta dicha, para trocarla por una lucha horrible en terreno desconocido, por un martirio lento..., que martirio ha de ser, y de los más crueles?... No, no, no. Imposible. Esto es un desvarío... Mi razón se aclara otra vez. Debo, sí, intentar de-

volver a mi padre querido la tranquilidad; pero por otros caminos... ¿Cuáles, Dios poderoso? *(Meditabunda, hasta que aparecen Huguet y Cruz por la derecha.)*

CRUZ.—Nada podemos hacer sin reconocer la fábrica y todo su material.

HUGUET.—Pues vámonos allá.

CRUZ.—Tampoco me ha enseñado usted el plano de los terrenos adyacentes.

HUGUET.—*(Revolviendo en la mesa.)* Si ayer los teníamos aquí...

VICTORIA.—¿Un plano?... Sí, lo he visto. *(Lo busca y lo encuentra.)* Aquí está.

HUGUET.—*(A Cruz, desdoblando el plano.)* Vea usted cómo por el Sur linda con los terrenos del ferrocarril.

CRUZ.—*(Examinando atentamente el plano.)* Ya, ya veo.

VICTORIA.—*(Llevando aparte a Huguet.)* ¿Qué tal, Facundo? ¿Es durillo el hombre?

HUGUET.—¡Tremendo!

VICTORIA.—Dios nos favorezca y nos inspire a todos. ¿Y si yo le dijera a usted, Facundo, que esto... quizá... podría arreglarse todavía?...

HUGUET.—*(Vivamente.)* ¿Acaso tu hermana...? ¿Has intentado convencerla?

VICTORIA.—No..., digo, sí; pero... Hágame usted un favor. He hablado con Gabriela, y ahora necesito decir dos palabras a este hombre... Déjeme usted sola con la fiera un ratito nada más.

HUGUET.—Sí, sí, muy bien. *(Muy contento.)* Quédate aquí con él...

VICTORIA.—¡Ah! Otra cosa... Deme usted ese papel.

HUGUET.—¿Qué papel?

VICTORIA.—Ese que el monstruo escribió diciendo lo que haría en caso de...

HUGUET.—¡Ah! Sí..., toma.

VICTORIA.—Y ahora... *(Indicándole que se vaya.)*

HUGUET.—Amigo Cruz, vuelvo en seguida. Ahora recuerdo que en casa de Jordana me dejé la titulación de los terrenos adquiridos últimamente. No sería malo cotejar los límites... Aguárdeme usted aquí.

CRUZ.—*(Sin levantar la vista del plano.)* Bueno.

ESCENA XII

VICTORIA y CRUZ.

CRUZ.—*(Sentado junto a la mesa, examinando el plano, sin reparar en la presencia de Victoria, que atentamente le observa desde el otro lado del proscenio. Aparte.)* ¡Qué terreno tan irregular! No veo manera de emplazar por el Sur la barriada.

VICTORIA.—*(Aparte.)* Por más que miro y rebusco en ese tosco semblante, no encuentro más que la expresión del egoísmo, de la insaciable codicia... *(Con desaliento.)* ¡Ni siquiera un rasgo de alegría, de ese humor fácil y ameno, tras el cual suele esconderse la bondad!

CRUZ.—*(Aparte.)* No me ablandarán, no... No tengo yo mi dinero para dedicarlo a la beneficencia. La ley de renovación debe cumplirse. El náufrago, que se ahogue; el enfermo, que se muera, y el árbol perdido sea para los que necesitan leña. Mereceré mi propio desprecio si dejo nacer en mí esa polilla de la voluntad que llamamos lástima.

VICTORIA.—*(Avanzando hacia la mesa.)* Dispénseme usted, señor Cruz, si le interrumpo en sus cálculos para rematar a mi pobre padre.

CRUZ.—*(Con sorpresa y frialdad.)* ¡Ah! La beatita.

VICTORIA.—Es usted un tirano, y Dios le castigará.

CRUZ.—¡Castigarme... a mí! ¿Tengo yo la culpa del hundimiento del señor de Moncada?

VICTORIA.—Pero usted debe ayudarle, recordando que en su niñez comió el pan de esta casa. ¿No le sobra a usted el dinero? ¿Pues de qué le sirve si no le proporciona el placer, el lujo de ser generoso?

CRUZ.—Soy humilde. No gasto esos lujos... tan caros... En fin, señorita, o sor Victoria, si usted me lo permite, seguiré... *(Volviendo a mirar el plano, y tomando la pluma para hacer una cuenta.)*

VICTORIA.—Ya que no pueda usted ser generoso, sea siquiera fino, y óigame...

CRUZ.—Ya escucho.

VICTORIA.—Traficante de la peor especie, si hoy quiere usted devorar los restos de la fortuna de mi padre, anteayer se dispuso a salvarle. Pero pedía por su servicio una cosa que no se le puede dar; pedía a mi hermana, y no

se cotizan aquí como si fueran pacas de algodón las criaturas humanas.

CRUZ.—Yo no propuse tal compra; fué que...

VICTORIA.—Sé bien lo que pasó... Pero hay algo aquí que no entiendo; y usted me lo va a explicar, señor Pepet... *(Corrigiéndose.)* ¡Ah! Dispénseme; sin querer le he dado aquel nombre familiar.

CRUZ.—Llámeme usted Pepet. Soy muy llanote. Me gusta verme tratado aquí con la mayor confianza.

VICTORIA.—Pues, Pepet, dígame: ¿por qué siendo usted tan rico y habiendo en el mundo tantas mujeres guapas y de mérito se le ha metido en la cabeza que ha de ser mi hermana y nadie más que mi hermana la que...? ¡Como si Gabriela valiera más que otras! ¿Qué significa esa elección exclusiva? Tijeretas han de ser. 'O no me caso, o me caso con una Moncada."

CRUZ.—¿De veras no lo entiende? Usted parece lista, y a poco que se fije, comprenderá que los que nos elevamos rápidamente por nuestro propio esfuerzo, o ayudados de una loca fortuna, gustamos de enlazar el pasado con el presente y de emparejarnos con los que ya eran poderosos cuando nosotros éramos humildes. Poseer aquello mismo que antes estuvo tan por encima de mí, ¡qué mayor gloria! Teníame yo por polvo miserable cuando las niñas de Moncada me parecían estrellas, no menos bonitas que las que alumbran el cielo. Pues bien: de aquella miseria ha salido un hombre que cree ya poder alargar su mano y coger lo que antes le parecía... algo así como las muñecas de los ángeles... Porque eso son ustedes: muñecas.

VICTORIA.—Gracias.

CRUZ.—Y yo, hombre rudo, endurecido en las luchas con la Naturaleza; yo, que fuí y quiero seguir siendo pueblo, deseo que el pueblo se confunda con el señorío, porque así se hacen las revoluciones... sin revolución...; quiero decir...

VICTORIA.—Ya, ya voy entendiendo.

CRUZ.—Mi ambición no se colma, no se siente satisfecha y redondeada, sino...

VICTORIA.—Ya, ya..., sino enlazándose con la familia misma que...

CRUZ.—Que me vió tan chiquitito, siendo ella tan grande.

VICTORIA.—Y ahora el grande es usted, y nosotros..., como despreciables gusanitos de la tierra... Bueno. *(Con viveza.)* Pues ahora, Pepet..., dígame usted *(Con misterio.)*: ¿y si yo pudiera conseguir...

CRUZ.—*(Con vivísimo interés.)* ¿Qué?

VICTORIA.—... eso que usted tanto desea?

CRUZ. — *(Levantándose lentamente.)* ¡Cómo!... ¿Qué dice?

VICTORIA.—Si yo lograra vencer...

CRUZ.—¿La terquedad de su hermana? *(Acercándose a Victoria, que se sienta en la silla baja.)*

VICTORIA—Sí; ¿qué haría usted?

CRUZ.—En ese caso, todo cambiaría... Don Juan y yo seríamos una misma persona, comercialmente hablando.

VICTORIA.—Mi padre recobraría su crédito.

CRUZ.—Sin duda.

VICTORIA.—Y todo sería bienandanza... aquí, donde todo es tristeza y desolación.

CRUZ.—*(Agitado.)* ¿Qué duda tiene?... Pero ¿de veras podrá usted?...

VICTORIA.—No se entusiasme tan pronto. Considere que la víctima, esto es, mi hermana, se casaría con usted sin quererle... ¡Sacrificio inmenso!

CRUZ.—El verdadero amor, el sólido y durable, nace del trato. Lo demás es invención de los poetas, de los músicos y demás gente holgazana.

VICTORIA.—Un matrimonio de pura conveniencia, como un contrato de arrendamiento, debe de ser cosa muy triste... *(Levantándose agitada.)* El sacrificio sería colosal, desproporcionado. *(Aparte.)* ¡Jesús mío, ilumíname! ¿Voy contigo o contra Ti?

CRUZ.—¡Sacrificio! Eso no puede decirse sin probarlo.

VICTORIA.—Pero ¡qué prueba más espantosa!... En todo caso, si mi hermana cede, se le exigirán a usted garantías.

CRUZ.—Las daré.

VICTORIA.—Ya sé que no tiene usted más que una cualidad buena: el fiel cumplimiento de sus promesas, de sus obligaciones.

CRUZ.—¿Esa sola? Ahondando, alguna más se encontrará.

VICTORIA.—*(Inquieta. Aparte.)* Mi espíritu flaquea...; siento alternativas de valor heroico y de horrible desfallecimiento.

CRUZ.—En fin, despachemos, y sepa yo a qué atenerme. ¿Qué debo hacer?

VICTORIA.—Nada; callar y esperar.

CRUZ.—Pues callo y espero. ¿Aquí?

VICTORIA.—Sí. *(Mirando con inquietud hacia la izquierda. Aparte.)* Temo que venga Gabriela. *(Alto.)* No; dese usted una vuelta por el parque, y vuelva dentro de un rato.

CRUZ.—¿Como media hora?

VICTORIA.—Menos.

CRUZ.—*(Despidiéndose.)* Pues...

VICTORIA.—Pronto, pronto.

CRUZ.—Ya, ya me voy. *(Vase por el fondo.)*

VICTORIA.—*(Acechando por la izquierda.)* No, Gabriela no anda por aquí... Yo, al oratorio... *(Dirígese al fondo, y sube aprisa por la escalera que conduce al piso alto.)*

ESCENA XIII

HUGUET, que entra cuando VICTORIA sale; después, DOÑA EULALIA y la MARQUESA.

HUGUET. — Victoria... *(Llamándola.)* Eh... Que estoy aquí. Va como una flecha. Es el demonio esta santita. *(Buscando a Cruz.)* Pues ¿y Cruz? ¿Dónde está? Habrá pasado al despacho. *(Mira por la puerta del despacho.)* Tampoco aquí... Bueno; ya parecerán las personas... y los acontecimientos.

EULALIA.—*(Entrando con la Marquesa, el libro de oraciones en la mano.)* Huguet, ¿qué hay? ¿Dónde está Juan?

HUGUET.—De paseo con Daniel.

EULALIA.—¿Ocurre algo?

HUGUET. — *(Con alegría espontánea.)* Ocurre... que ha retoñado la conspiración. *(Reparando en la Marquesa. Aparte.)* ¡Ah..., qué indiscreto!

MARQUESA. — *(Alarmada.)* ¿Conspiración otra vez?

EULALIA. — *(Contrariada vivamente.)* ¿De veras?... Pero ¿cómo se atreven? Sin contar conmigo... Apuesto a que esa loquilla de Victoria... *(Huguet hace signos afirmativos, que no ve la Marquesa.)* ¡Digo...! Y que no hará pocos desatinos... Si estas teclas sólo yo sé pulsarlas.

MARQUESA.—*(Aparte.)* Ya estoy en ascuas... ¡Pobre hijo mío!

EULALIA.—*(A la Marquesa, con aflicción.)* ¿Esperas a Jaime?

MARQUESA.—Sí, no puede tardar. En cuanto acaba la consulta le falta tiempo para correr al lado de su madre.

EULALIA.—*(Con afectada lástima.)* ¡Pobrecito!... ¡Infeliz muchacho!...

MARQUESA.—*(Alarmada.)* Pero ¡tú...!

EULALIA.—¡Oh, no, yo no! Ni quiero intervenir en estas combinaciones de familia, impuestas, ¡ay!, por las aflictivas circunstancias que atravesamos.

MARQUESA.—*(Confusa, a Huguet.)* Pero ¿es cierto que...?

ESCENA XIV

DICHOS y JAIME.

JAIME.—Ya estoy aquí. He venido en media hora. Mamá. *(Besándole las manos.)* Doña Eulalia...

EULALIA.—Repito que no intervengo... No hay que culparme...

JAIME.—*(A su madre.)* ¿Qué es esto?

HUGUET.—*(Llevando aparte a doña Eulalia.)* Eulalia, por Dios, chitón. Podría frustrarse...

EULALIA.—Mejor. Como cosa tramada a escondidas de mí, bonito ciempiés saldrá.

MARQUESA.—*(A Jaime, llevándole aparte.)* ¡Hijo!...

JAIME.—¿Qué, mamá?

MARQUESA.—Aquella conspiración, ¿sabes?

JAIME.—*(Muy inquieto.)* Sí... ¿Qué? ¿Revive? Doña Eulalia quizá...

MARQUESA.—Eulalia, no.

JAIME.—¡Ah! Victoria. *(Durante el resto del diálogo, Huguet y doña Eulalia hablan retirados hacia el fondo.)*

MARQUESA.—Que te quemas.

JAIME.—*(Con súbita exaltación.)* Mamá, no puedo contenerme.

MARQUESA.—Hijo mío, no te exaltes... Considera...

JAIME.—No considero nada. Yo me vuelvo loco, mamá; yo haré cualquier barbaridad... Yo mato a alguien, a Cruz, a Huguet, a doña Eulalia.

MARQUESA.—¡Por los clavos de Cristo!

JAIME.—Pero no. La que mueve los hilos de esta intriga es la otra, la beata, esa romántica de la fe, esa histérica, visionaria, alumna de Lucifer, disfrazada con el nimbo de los ángeles.

MARQUESA.—Por Dios, no desvaríes... Juan viene.

ESCENA XV

DICHOS; MONCADA y DANIEL, dándole el brazo.

MONCADA.—Gracias, Daniel, por la grata compañía y este ratito de esparcimiento.

EULALIA.—Tenemos que hablarte.

MONCADA.—¿Tú?... Ya tiemblo.

HUGUET.—*(Aparte, a Eulalia.)* Es prematuro...

MONCADA.—*(Aburrido.)* Ea, no quiero saber nada, ni lo malo ni lo bueno. Me declaro incapaz de toda emoción. *(Con desaliento.)* Deseo estar solo..., solo... *(Dirígese a su despacho, como queriendo huir de todos.)*

HUGUET.—No, pues yo no le dejo. *(Vase tras Moncada.)*

EULALIA.—Ni yo... ¡Pobre hombre! Sin mi compañía, sin mis consuelos, sin este bálsamo que mi piedad derrama en las heridas de su alma, ¡qué sería de él! *(Vase por la derecha.)*

ESCENA XVI

La MARQUESA, JAIME y DANIEL.

MARQUESA.—*(Afligida.)* ¡Ya ves el caso que nos hacen!

JAIME.—*(En voz alta, airado.)* ¡Ya veo, sí...! ¡Esto no puede ser!

DANIEL.—*(Amonestándole.)* Cuidado..., silencio... ¿Qué desentono es ése?

JAIME.—Cállate..., déjanos. Tu flamante misticismo no te permite entender de estos conflictos del corazón, de estas borrascas del amor propio, de nada en que palpite un sentimiento vivo y humano.

DANIEL.—Simple, no sabes lo que dices.

MARQUESA.—*(Muy apurada.)* Hijo, no alborotes.

JAIME.—Quiero alborotar, quiero que me oigan; y si veo a esa monja sin seso, entremetida y revoltosa...

DANIEL.—*(Con ligera irritación.)* Calla, te digo... No ultrajes a esa criatura sublime.

JAIME.—*(Burlándose.)* ¡Sublime!

DANIEL.—*(Con desdén.)* No quiero, ni debo hacer caso de ti.

MARQUESA.—Calma, calma. Quizá nos engañemos... ¡Ah! ¿No sería lo mejor hablar con Gabriela?...

JAIME.—Pues es claro... Que nos saque de esta horrible incertidumbre...

MARQUESA.—Justo. Sepamos...

JAIME.—Pronto, sí. *(Impaciente.)* Debe de estar en el cuarto de la chiquillería.

MARQUESA.—No, no; está en el de la plancha.

JAIME.—Pues allá.

MARQUESA.—Vamos. *(Vanse por la izquierda.)*

ESCENA XVII

DANIEL; poco después, VICTORIA.

DANIEL.—Loco está ese infeliz... ¡Y mi madre se deja contagiar de su demencia! Si algo anómalo pasa aquí, procuraré apartarme de toda intervención activa. ¡Cuánto desdén me inspiran estos afanes pueriles, este bullir y pelearse... por nada, por el reparto de la miseria humana!... ¡Cuán rico es el que dice: "No quiero nada, no poseo nada, no sé lo que es tener"! *(Dirígese al foro en el momento en que baja Victoria; la ve y se detiene apartándose.)*

VICTORIA.—*(Que avanza en actitud de arrebato o transporte místico, cruzadas las manos, mirando al cielo.)* Firme ya en mi resolución... Segura ya de que de Dios me ha venido esta idea... *(Con ardiente entusiasmo.)* Siento en mí un valor heroico, y nada temo, ni a Satanás con sus malicias traidoras, ni al mundo con sus sátiras acerbas.

DANIEL.—*(Aparte.)* Ninguna emoción me causa ya su presencia. Curado estoy a fe. *(Da un paso hacia ella.)*

VICTORIA.—Daniel. *(Asustada. Aparte.)* ¡En qué momento! *(Se aleja.)*

DANIEL.—¿Por qué huyes de mí? Ya no puede haber peligro en que nos veamos, en que hablemos. Del afecto humano que un día nos unió sólo cenizas quedan ya. La parte tuya supiste sofocarla con una santa resolución; la mía..., más rebelde, sin duda, ha sido ahogada por mí a fuerza de tiempo y de violentísima presión sobre mi propia alma... Te abominé cuando me abandonaste... Ahora te bendigo, porque me has enseñado la verdad, la única verdad accesible a nuestra miseria.

VICTORIA.—¿De modo que...? ¿Luego es cierto que también tú...? De todo co-

razón te felicito, Daniel, por tus nuevas ideas.

DANIEL.—*(Con frase reposada y dulce en toda la escena.)* Y yo te doy gracias por tu ejemplo. Por ti he adquirido la difícil ciencia de transformar los sufrimientos en goces, la muerte en vida, la desesperación en esperanza, la soledad en compañía dulcísima.

VICTORIA.—Daniel, ¡qué hermosa idea!

DANIEL.—Aunque mi exterior es el mismo todavía, he cambiado radicalmente Pronto mis apariencias variarán también. Conviene que parezcamos lo que somos. Sé que el mundo me encuentra ridículo, y que mi familia me censura. Nuevos motivos de mortificación, que acepto con placer.

VICTORIA.—Todo eso lo he pasado yo. Lo conozco bien.

DANIEL.—Tu ejemplo me guía. En mi camino veo una luz, que eres tú.

VICTORIA.—¿Yo?

DANIEL.—Tú, sí, que vas delante.

VICTORIA.—Tal vez no.

DANIEL.—¿Por qué?

VICTORIA.—Porque yo quizá tome por una senda más áspera, mucho más angosta... y erizada de horrorosos peligros.

DANIEL.—No te entiendo.

VICTORIA.—Ni es fácil por ahora. Muy pronto, Daniel, has de juzgarme con severidad.

DANIEL.—¿Yo? Imposible.

VICTORIA.—Porque no me comprenderás. En fin, no hablemos de eso; déjame. Tú entras en una vida serena, y has pasado lo peor. Yo empiezo ahora, y mis luchas serán horribles, mis padecimientos extremados, mi martirio tan grande, que ni tú, con toda tu piedad, puedes sentirlo y comprenderlo.

DANIEL.—¿Martirio has dicho...?

VICTORIA.—Sí, y pruebas extraordinarias, de las que no sé si saldré victoriosa.

DANIEL.—¿No te cegará el entusiasmo, el ardor mismo de tu fe?

VICTORIA.—Debo decirte que mi fe es un tanto ambiciosa, que aspiro a mucho; que pretendo llegar a los linderos de lo imposible, y aun traspasarlos. No sé si te reirás de mí.

DANIEL.—¡Reírme..., nunca!

VICTORIA.—Aspiro a que Dios, por mi mediación, realice algún estupendo prodigio..., convirtiendo las bestias en seres humanos, los corazones de piedra en... *(Turbada.)* Pero no sé explicarme..., y por mucho que te dijera no me entenderías.

DANIEL.—*(Con entusiasmo.)* Cuanto tú hagas y pienses, divino tiene que ser.

VICTORIA.—No te pareceré muy divina cuando...

DANIEL.—¿Cuando qué?

VICTORIA.—Cuando sepas... Pero tú, que tantas cosas has de aprender en tu comunicación diaria y ferviente con Dios, aprenderás quizá a entenderme, y si al principio quizá digas, como otros: "Esa mujer está loca", luego dirás..., qué sé yo..., dirás... algo que me sea más favorable.

DANIEL.—Yo diré siempre... *(Con ardiente curiosidad.)* Pero explícame...

VICTORIA.—Es muy difícil de explicar. Vete y no vuelvas hoy a esta casa... Y para concluir: puesto que tu determinación de ser religioso es sincera y firme, ocasión tendrás de pedir a Dios que me dé fuerzas para... *(Conmovida.)*

DANIEL.—*(Perplejo, sin entender nada.)* ¿Para qué?

VICTORIA.—Oye..., mira... *(Se quita el rosario que lleva al cinto.)*

DANIEL.—La insignia de tu congregación.

VICTORIA.—Sí. *(Después de una pausa.)* Tómalo..., quiero que sea para ti.

DANIEL.—*(Sin decidirse a tomarlo.)* ¡Para mí!

VICTORIA.—De cuantas personas conozco, tú eres la única que debe llevarlo después de haberlo llevado yo. Con él rezarás por mí.

DANIEL.—*(Besando la cruz.)* Por esta cruz te juro...

VICTORIA.—*(Vivamente.)* No jures nada y vete.

DANIEL.—¡Que esta imagen de Jesús crucificado *(Mostrando el crucifijo.)* me transmita tu espíritu sublime y el fuego de tu fe! *(Lo besa otra vez.)*

VICTORIA.—Adiós..., adiós. *(Vase Daniel por el fondo; se encuentra con Cruz, que entra. Se miran los dos un instante, sorprendidos, sin decir nada.)*

ESCENA XVIII

VICTORIA y CRUZ.

CRUZ.—*(Aparte.)* Hola... Uno de los señoritos de carrera. Este es el beato, el

que no encuentra en el cielo una estrella bastante alta para ahorcarse de ella. ¡Peste de misticismo! De buena gana le cogía y, ¡zas!, al tejado, como una pelota. *(Alto.)* Aquí estoy. ¿He tardado?

VICTORIA.—*(Aparte.)* ¡Ay Dios mío! Parécome que al verle se me disipa el valor, dejándome el corazón vacío y helado... ¡Qué hombre, qué fiera, qué fealdad en el alma y qué antipatía en la persona!

CRUZ.—¿Tiene usted algo que decirme?

VICTORIA.—Que el sacrificio de la señorita de Moncada es horrible porque abandona el amor de toda su vida por unirse a un hombre extravagante, brutal y repulsivo. Por esto la esclava, antes de venderse, debe regatear su precio. Necesitamos fijar ciertas estipulaciones.

CRUZ.—Muy bien. Estipulemos. *(Siéntase Victoria en la silla baja, en el centro de la escena. Cruz, en pie.)*

VICTORIA.—Vamos por partes. ¿Se compromete el señor Pepet a restaurar la casa y crédito de Moncada en las condiciones propuestas de su puño y letra en este papelito? *(Le da la carta que recibió de Huguet.)*

CRUZ.—¿A ver? Eso y mucho más haré. *(Devolviendo la carta.)* Mi palabra vale tanto como el Evangelio.

VICTORIA.—No profane usted el Evangelio comparándolo con su palabra.

CRUZ.—Si mi palabra es sagrada, y por tal la tienen cuantos me conocen, ¿qué mal hay en que yo lo diga?

VICTORIA.—Adelante. Usted no tiene religión, ¿verdad?

CRUZ.—Como no soy hipócrita, ni sé mentir, declaro que, en efecto, lo que ustedes llaman fe no existe en mí.

VICTORIA.—Ya me lo dirá usted luego... Pues bien: la que va a ser su esclava le pone por condición imprescindible que ha de cumplir los preceptos elementales de la única religión verdadera. Ya ve usted; sólo se le pide por ahora lo externo, lo que, más que tributo a Dios, es exigencia del decoro social.

CRUZ.—*(Alzando los hombros.)* Bueno..., concedido... Me comprometo a eso de las prácticas.

VICTORIA.—A su tiempo vendrá lo demás. Ha de prometer también acoger y criar y educar decorosamente a mis seis sobrinitos.

CRUZ.—¿Los huérfanos de Rafael? Concedido.

VICTORIA.—Bien... Y, por último, señor Pepet..., se estipula formal y solemnemente que si surgiere entre su mujer y usted, por cualquier motivo, una desavenencia grave, la esposa se retirará de la casa matrimonial y volverá al lado de su padre, sin que usted oponga resistencia.

CRUZ.—Eso ya es más delicado..., pero no hay inconveniente en fijar esa condición... ¿Qué me importa, si tengo la seguridad de que, suceda lo que quiera, mi mujer no ha de separarse de mí?...

VICTORIA.—¿Por qué?

CRUZ.—Porque mi mujer no se hallara sin mí.

VICTORIA.—¿Usted qué sabe?

CRUZ.—Lo sé.

VICTORIA.—*(Aparte.)* ¡Cuán necio orgullo en su barbarie! *(A media voz, con acento de plegaria.)* Dios de mi vida, tú que conoces la nobleza de mi intención, aleja de mí hasta la menor sombra de egoísmo; consérvame animosa, temeraria, insensible al dolor y al peligro; aviva en mi corazón el fuego de la caridad, en mi mente las ideas elevadas y generosas. Sean para los demás los bienes que de esto pueden resultar, para mí sola todas las amarguras. *(Alto.)* Bueno, Pepet, pues fijadas las estipulaciones... *(Temerosa de explicarse. Aparte.)* ¡Ay de mí, ahora falta lo peor! ¿Cómo le digo...? Es tan torpe que no lo ha comprendido.

CRUZ.—¿Qué?

VICTORIA.—Pues ahora... falta... *(Turbada.)*, falta...

CRUZ.—Falta que la misma Gabriela me diga...

VICTORIA.—¡Ah! Sí, lo dirá. *(Con una idea feliz.)* ¡Ah!... Pues yo..., al arreglar esto, he tenido en cuenta muchas cosas. Dando a usted la señorita de Moncada, satisfago y colmo su ambición. Por un lado llevo la felicidad, por otro la desgracia... Al pobre Jaime le quito su novia... Ya ve usted..., ¡tan buen chico!...

CRUZ.—Que busque otra... Para lo que él vale...

VICTORIA.—No diga usted desatinos. Pues he pensado, a cambio de la esposa que le quito, ofrecerle otra.

CRUZ.—¡Otra!

VICTORIA.—Sí... ¿No lo entiende? Pienso proponerle... *(Con dificultad de expresión, como no encontrando la frase apropiada.)* Proponerle..., ¿lo digo?, va-

mos..., que abandonaré la vida religiosa, volveré al siglo...

CRUZ.—¿Para casarse con él?...

VICTORIA.—Justo.

CRUZ.—¡Qué lástima! *(Con viveza.)* ¡Usted volver al mundo, quitarse esa librea... y casarse con ese...!

VICTORIA.—Lo haré, sí, por amor de mi padre.

CRUZ.—*(Confuso. Aparte.)* ¿Qué mujer es ésta? ¿Se burla de mí?

VICTORIA.—*(Con secreto terror. Aparte.)* ¡Qué angustia siento! No me entiende... Tendré que decírselo claro... Y si... *(Atormentada por una sospecha.)* No quiero pensarlo. La vergüenza abrasa mi rostro... Si se lo digo, y después de este horrible ofrecimiento me rechaza... ¡Si no le gusto!... ¡Virgen Santa, Madre amantísima, dame valor..., y en este trance decisivo de mi sacrificio, no permitas que la fiera me desprecie.

CRUZ.—*(Aparte.)* ¿Qué misterio encubren las palabras, la actitud de esta mujer?

VICTORIA.—*(Con gran esfuerzo interior y ahogando la vergüenza y el miedo. Aparte.)* Hay que llegar al fin... ¡Jesús mío, por amor de Ti y de mi padre! *(Quítase la toca, y aparece la cabeza desnuda. El cabello desceñido le cae hasta los hombros.)*

CRUZ.—Se quita la toca... *(Deslumbrado.)* ¡Ah!

VICTORIA.—*(Violentándose para aparecer en completa calma.)* Dígame, Pepet: ¿cree usted que si propongo a Jaime que me tome a mí por mi hermana..., aceptará?

CRUZ.—*(Turbado.)* ¡Oh! Yo creo... *(Con viveza.)* Sí, sí. En su lugar, yo no vacilaría... Pero lo más derecho, y así no habrá ningún agravio, es que si usted vuelve al mundo, se case conmigo.

VICTORIA.—Sí, bárbaro. La que se te ofrece en esclavitud para aplacarte no es mi pobre hermana: soy yo. *(El llanto la ahoga, y sin moverse de la silla baja, oculta el rostro entre las manos, sollozando.)*

CRUZ.—*(Fascinado.)* ¡Victoria! Y ¿es verdad? ¿Es cierto que...? Repítalo. Me parece mentira.

ESCENA XIX

DICHOS, MONCADA, EULALIA, HUGUET, por la derecha; GABRIELA, la MARQUESA, JAIME, por la izquierda.

CRUZ.—Repítalo usted para que se enteren. No lo creerán si lo digo yo.

MONCADA.—¿Qué?

CRUZ.—Que la loca de la casa vuelve a la razón, y se casa con Pepet. *(Estupefacción en todos.)*

ACTO TERCERO

Sala en la fábrica de Santa Madrona. En el fondo, un hueco, de donde parte un pasadizo largo y estrecho que conduce a los talleres. A la izquierda, dos puertas por donde se pasa a las habitaciones particulares del director del establecimiento. A la derecha, paramento o mirador de cristales, en cuyo último tramo (hacia el ángulo del fondo), desemboca la escalera de madera por donde se sube desde el campo. Por dicha escalera entran todos los que no habitan en la casa. En las paredes del fondo, muestras de cerámica ordinaria en estantes, y un armario con cuerdas y herramientas. Mesa y sillas ordinarias. Es de día.

ESCENA PRIMERA

HUGUET y JORDANA, que entran por la escalera; LLUCH, portero anciano.

LLUCH.—¿El amo?... En la fábrica, reconociendo los hornos apagados.

HUGUET.—¿Quién estaba aquí con él hace un momento?

LLUCH.—El prior de los franciscanos.

JORDANA.—*(Vivamente.)* ¿No lo dije?... Me figuro la escena, que debió de ser breve, terminada con la salida del fraile poco menos que de cabeza.

LLUCH.—Sí, señor; el amo le echó a cajas destempladas.

HUGUET.—Pero ¿qué?... ¡Ah! La cuestion de los terrenos...

JORDANA.—Justo. Esos benditos creen tener derecho, y lo tienen, me consta, a las doce hectáreas que separan la fábrica de la huerta del convento.

HUGUET.—Moncada pensaba darles posesión de ellas.

JORDANA.—¡Y esperan que éste!... ¡Pobres cogullas! *(Soltando la risa.)*

LLUCH.—¿Quieren que le avise?

HUGUET.—No; esperaremos a que salga. *(Se sienta. Vase Lluch.)* Pues aquí me he refugiado, amigo Jordana, huyendo de la pobrecita marquesa, que no me deja ni a sol ni a sombra.

JORDANA.—Ya... Pretende que este caribe le prorrogue el préstamo hipotecario... ¡A buena parte viene!

HUGUET.—*(Intranquilo.)* Pues no crea usted... Temo que me siga hasta aquí.

JORDANA.—*(Acercándose al mirador.)* No; va en retirada. A quien veo es a Daniel, el aburrido y solitario paseante.

HUGUET.—Sí, aguardando a los niños para acompañarlos a paseo. Jamás entra aquí.

JORDANA.—*(Volviendo al proscenio.)* Y ¿es cierto que profesa en la Orden Tercera?

HUGUET.—Eso dicen. Lo sentiré por la marquesa, que bien necesita hoy del trabajo de sus hijos... ¡Infeliz señora! Bebe los vientos por salvar su finquita del Clot, y a todos nos trae locos... "Háblele usted..., interceda, por Dios, con el tirano..."

JORDANA.—Más fácil es convertir en almohada de plumas una rueda de molino que ablandar el corazón de este hombre. Dígamelo usted a mí, que me he pasado seis meses colmándole de finezas, tocando todos los registros de persuasión, hasta el de la baja lisonja, con la esperanza de que nos concluya nuestro santo hospital..., y nada, querido Facundo, no ha sido hombre para decir: "Jordana, ahí tiene usted diez mil duros, quince mil duros, para que el pueblo se acuerde de mí."

HUGUET.—Vamos, que ni con las alegrías del matrimonio se humaniza la fiera.

JORDANA.—Pero si Victoria no parece tener influjo sobre él...

HUGUET.—Lo dicho, amigo Jordana, que a éste no le entran ángeles.

JORDANA.—Yo espero que la Providencia tomará cartas en el asunto, y hará con este pecador un grande escarmiento, ya enviándole una buena carga de enfermedades, ya esparciendo y aventando el vano polvo de sus riquezas...

HUGUET.—Patético estáis. ¿Apostamos a que la Providencia no se mete con él?... Y si usted no se enfada, le diré que hará bien en no meterse, y en dejar que sigan prosperando, bajo la magistral dirección de Cruz, los negocios de la casa de Moncada. Seamos justos, y reconozcamos en este hombre una capacidad administrativa de primer orden.

JORDANA.—Lo reconozco. El infierno está empedrado de capacidades administrativas.

HUGUET.—Desde que este californiano de mil demonios se hizo cargo de la fábrica, arrostrando la incomodidad de vivir en ella, parece que el ángel del negocio ha penetrado aquí.

JORDANA.—*(Riendo.)* Pero, hijo de mi alma, si el negocio no tiene ángel...

HUGUET.—¿Y qué diremos de la resurrección gloriosa del Banco Industrial y Naval, casi muerto en manos de Moncada y en las mias?

JORDANA.—Ya, ya sé. Las acciones por las nubes. Sin duda, Cruz ha sobornado al ángel del crédito..., dando una participación en los beneficios a las potencias celestiales... ¡Ja, ja!... Dígame, Facundo, ¿no le parece a usted que la pobre Victoria parece ahora un ángel un poco desplumado e inservible? ¡Cuidado que no conseguirme el auxilio que pretendo para terminar esa obra magna!...

HUGUET.—Pero ¿es de veras que... nada...?

JORDANA.—En metálico, ni una mota. La pobrecilla, a fuerza de diplomacia y de paciencia, ha conseguido del ogro algunos millares de ladrillos de desecho.

HUGUET.—¡Ah tunante! Así, arañando de aquí y de allá, se amontonan recursos. Sí, hay que reconocer que es usted un grande hombre, el apóstol de la caridad, tal como ahora se estila. Al insigne Jordana deberemos el mejor establecimiento benéfico de la provincia.

JORDANA.—Antes hacia estas maravillas la fe; hácelas ahora el amor propio, ayudado de la vanidad... Pero este

arrastrado Cruz no tiene vanidad, no le importa nada que yo ponga su nombre en letras de oro en las lápidas del frontis.

HUGUET.—Es que hay vanidades de vanidades, y la de éste consiste en que se le alabe por sus extraordinarias condiciones para negar dinero... En fin, a mí me da el corazón que de esta hecha saca usted alguna tajadita.

JORDANA.—¡Ah! ¡Pues si me resultara la que tengo armada!

HUGUET.—¿Qué?

JORDANA.—Pasado mañana celebro en mi hospital una gran fiesta entre religiosa y mundana, con su poquito de gorigori, su poquito de recepción...

HUGUET.—¿Y baile?

JORDANA.—Hombre, no; baile, no; pero habrá "lunch". En fin, conviene combinar lo espiritual con lo profano. Agua bendita por un lado; por otro lado, champán. Ya sabe usted que bautizamos a mi último hijo.

HUGUET.—¿Qué número alcanza?

JORDANA.—Es el décimosexto en la serie de los nacidos.

HUGUET.—Hombre, es usted único para poblar el mundo. De usted se dirá, como de don Juan de Robles: "Fundó hospitales, erigió suntuosos asilos..., y primero hizo la Humanidad."

JORDANA.—Eso es... Pues bien: gran fiesta. El prior de los franciscanos administrará el Sacramento. Victoria será la madrina. Naturalmente, Cruz irá. He invitado a todo el señorío de Santa Madrona: enseñaré las dependencias del edificio, las grandes mejoras que allí se han ido realizando...

HUGUET.—*(Con sorna.)* ¿Y espera usted que Cruz se enternezca?

JORDANA.—Como que pronunciaré un discurso, en el cual pienso llamarle la primera figura histórico-social de Santa Madrona, el hombre designado por la Providencia para...

HUGUET.—Pero ¡qué inocente es usted!

JORDANA.—Y una Comisión de señoras le pedirá que continúe las obras. Y las niñas entonarán un himno en que digan...

HUGUET.—*(Riendo.)* Calle usted. ¡Valiente caso hace ése de coros infantiles y de damas pedigüeñas! Nada, Jordana, lo mejor es...

JORDANA.—Aquí viene.

ESCENA II

DICHOS y CRUZ, que viene de los talleres por el pasadizo del fondo.

CRUZ.—Señores...

JORDANA.—*(Saludando con servilismo.)* Amigo Cruz, celebro que no haya novedad en esa preciosa salud.

CRUZ.—Igualmente.

JORDANA.—No olvide usted que pasado mañana le secuestro.

CRUZ.—Iré un rato, si puedo. En todo caso, Victoria me representará.

JORDANA.—No, no. Usted tiene que ir... ¡Pues no faltaba más! Allí reuniré la flor y nata de Santa Madrona. No olvide usted que el pueblo que represento tiene los ojos fijos en su ilustre hijo, la más grande capacidad industrial y administrativa que nos ha dado Cataluña en lo que va de siglo.

CRUZ.—Quieto el incensario. Pero si la primera capacidad industrial es usted...

HUGUET.—Como padre...

CRUZ.—¡Un hombre que da un producto bruto de dieciséis hijos en catorce años!

JORDANA.—Y muy guapos. Gracias a Dios, me viven doce. Vamos, señor de Cruz, confiese usted que me tiene envidia.

CRUZ.—Sí que la tengo... Quisiera yo...

JORDANA.—No se apure..., que ya vendrán...

CRUZ. — Dispénseme un momento. *(Queriendo hablar a solas con Huguet.)*

JORDANA.—*(Apartándose.)* Sí, sí, traten ustedes de negocios. A ganar dinero... Por ahí, por ahí se empieza..., y luego a acuñar la generación que ha de gastarlo...

HUGUET.—*(Aparte, a Cruz.)* Dos telegramas para usted, y una carta. *(Entrégale estos objetos, y aguarda un instante a que los examine rápidamente.)* Hoy he comprado, como usted me dijo, a ochenta y siete y cincuenta.

CRUZ.—*(Guardando los telegramas y cartas.)* Bien, mañana siga usted comprando. Puede llegar hasta setenta y cinco.

HUGUET.—Corriente... ¿Qué más? *(Saca un libro de apuntes.)* ¡Ah! Pons Hermanos quieren que les descuente usted pagarés a noventa días, por pesetas cien mil y pico.

CRUZ.—Con la garantía de Foxá, no hay inconveniente.

HUGUET.—*(Disponiéndose a apuntar con su lápiz.)* ¿Qué descuento?

CRUZ.—A razón de veinte por ciento al año... Pues tres meses... *(Calculando.)*

HUGUET.—Les parecerá mucho.

CRUZ.—Pues que lo dejen.

HUGUET.—*(Volviendo a consultar el librito.)* Bueno; y, por último..., ¿por cuánto se suscribe usted para las víctimas...?

CRUZ.—*(Con gran extrañeza.)* ¡Víctimas!... ¡Suscripción!... ¡Yo!...

HUGUET.—Ya sabe usted... El horroroso incendio que ha dejado en la miseria a tantas familias... Todo el comercio y la banca de Barcelona contribuyen...

CRUZ.—¡Tonterías! Aquí no hay más víctima que yo. Soy mi propia víctima..., y ya me he socorrido.

HUGUET.—*(Guardando el libro.)* Pues nada más... ¿No me manda usted otra cosa?

CRUZ.—Nada más. *(Recordando.)* ¡Ah! ¿Quiere usted llevarse ese pico?

HUGUET.—¿Lo del carbón? Es mejor que se lo dé usted a mi primo Silvestre Ríus. Es cosa de él.

CRUZ.—Pues dígale que venga a cobrar esta tarde. Dejaré puesto el talón.

HUGUET.—Bien.

CRUZ.—*(A Jordana.)* Perdóneme. Tengo mucho que hacer hoy.

JORDANA.—No me iré sin hablar con Victoria, para ponernos de acuerdo en ciertos detalles.

CRUZ.—Mal día es hoy.

JORDANA.—¿Por qué?

CRUZ.—Hoy vuelven Gabriela y Jaime de su viaje de novios... No sé si vendrán aquí o a la torre... En fin, señores, tengo mucha prisa. *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA III

HUGUET, JORDANA y la MARQUESA, medrosa, que entra por la escalera.

MARQUESA.—*(Aparte.)* Salió de la fábrica... Aquí no está... *(Alto.)* ¡Ah! Huguet...

HUGUET.—¡Ay Dios mío! Ya me cogió otra vez.

MARQUESA.—*(Con afán.)* ¿Le ha visto usted?... ¿Le ha dicho algo?

HUGUET.—¡Ay, no, señora! ¿Para qué?

MARQUESA.—¿De modo que ni esperanzas me da usted?

JORDANA.—Señora marquesa, ¿no hay un cartel a la entrada de esa escalera?

MARQUESA.—Sí..., que dice: "Paso a los talleres."

JORDANA.—¡Quia! No dice eso.

MARQUESA.—¿Pues qué?

JORDANA.—Dice: "Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate".

HUGUET.—Pues cuando Moncada y yo disponíamos de todo, ya sabe usted que nunca la apurábamos. Ahora, la dirección de los negocios de la casa está a cargo de Cruz, al cual se entregaron, como parte del activo de Juan, algunos créditos...

MARQUESA.—Pero...

HUGUET.—Convenido, sí. Debimos retener la hipoteca; mas en la confusión y azaramiento de aquellos días, la olvidamos; allá se fué en el montón; y ahora...

MARQUESA.—Hoy es el vencimiento, y me es absolutamente imposible pagar. Que ese vándalo me conceda la prórroga, y pagaré.

HUGUET.—Mal negocio, señora.

MARQUESA.—¿De modo que me quedaré sin el Clot, sin aquel venerado terruño donde nací?... *(Afligidísima.)* Díganme que no, díganme que esto no puede ser...

JORDANA.—Lo diremos, señora, pero sin creer en nuestras propias palabras.

MARQUESA.—¡Infeliz de mí! *(A Huguet.)* Pero ¿Juan no podría...?

HUGUET.—Juan ha delegado en el otro sus facultades, y en nada interviene ya. Como no consiga usted algo por Victoria...

MARQUESA.—¡Ah!... ¡Buen chasco nos ha dado! Cuando salió de improviso, hace cinco meses, con la ventolera de casarse con el dragón, todos creímos... Vamos, no es el primer caso de un monstruo vencido y domado por artes femeninas.

JORDANA.—En el paganismo, en la leyenda, se dan estos casos; pero ya los dragones han aprendido mucho.

HUGUET.—En fin, señora mía, no pierda usted tiempo, y piense en la manera de salir del compromiso.

MARQUESA.—¿Cómo?

HUGUET.—Buscando el dinero hoy mismo, y pagando.

MARQUESA.—¡Buscar el dinero! ¡Con qué sencillez pastoril lo dice!... ¿Cree usted que no he arañado la tierra estos días por encontrar quien me prestara esa suma? A duras penas puedo reunir la mitad, unas cincuenta mil pesetas.

HUGUET.—¿Y sus hijos de usted?

MARQUESA.—¡Ah, no cuento para nada con Daniel, que desde las alturas de la perfección a que se ha subido me dice que no me defienda de la maldad, que mire con desprecio los bienes temporales, que sucumba, que pierda el Clot y me alegre de perderlo!

JORDANA.—¡Oh, sí, bonita idea!

MARQUESA.—Pero yo, ¡ay!, me siento tan terrestre, tan positiva... *(Respirando fuerte.)* Cuando intento llenar mi cabeza de ideas de abnegación sublime, acuérdome del Clot, y el temor de verlo en otras manos me trastorna, me enloquece... Algo más confío en Jaime, que, al volver de su viaje, se detiene en Barcelona dos días para buscarme fondos. Dudo que pueda conseguirlos en condiciones aceptables... Hoy llega y pronto saldré de esta horrible incertidumbre.

ESCENA IV

DICHOS y MONCADA, visiblemente envejecido, apoyándose en un bastón. Entra por la escalera.

HUGUET.—Aquí está Juan.

MONCADA.—Florentina... Alcalde... *(Saludando a todos.)* Facundo... Yo bien, muy bien.

MARQUESA.—Sí; ya le veo a usted tan contento.

MONCADA.—¿Por qué no? *(Se sienta fatigado.)* Tiempo era ya de que mi ánimo gozara de esta placidez. No me ocupo de nada, como y duermo bien..., los negocios de la casa marchan admirablemente; mis hijos y mis nietos tienen salud. Me paso el día en tranquila holganza, dando de comer a los faisanes, inspeccionando las hortalizas y viendo correr el agua por las acequias. Vida nueva para mí, descanso de mi vejez, en la cual siento retoñar una segunda infancia.

MARQUESA.—¡Cuánto le envidio! ¿Y ahora viene usted de los franciscanos?

MONCADA.—Como que me paso allí horas muy gratas, sobre todo cuando llueve y no puedo pasear. Daniel me acompaña, y créanlo, me ha contagiado.

JORDANA. — ¿También místico, don Juan?... ¡Usted!

MONCADA.—También. Nada más delicioso que soltar el espíritu dentro de la iglesia sombría y apacible, y dejarlo volar allí libremente, subir, remontarse... No hay idea de lo consoladora que es la religión cuando uno no tiene dinero, es decir, cuando no lo maneja, cuando no se siente esclavizado por el metal infame... El rezar me entretiene; las prácticas del culto me deleitan, y allí me estoy... Charlo con los padres, hablamos de lo de allá..., yo me enternezco..., a veces murmuramos un poco de los que viven apegados a las riquezas..., celebramos las virtudes, la humildad, la pobreza de este y del otro santo, y, en fin, salgo siempre de allí con ganas de volver.

HUGUET.—Buena vida.

MONCADA.—Dulcísima, sí.

MARQUESA.—Pues yo, querido Juan, siento mucho turbar su serenidad angélica con mis lamentaciones. Estoy desolada.

MONCADA.—¡Ah! Sí, ya sé por Facundo... No puedo nada, nada... Soy en mi casa un asilado a quien tratan a cuerpo de rey...

HUGUET.—*(A la Marquesa.)* No tiene usted más solución que la que le he dicho: reunir el dinero...

MARQUESA.—Pero ¿cómo..., dónde?

MONCADA.—¡Ah! Se me ocurre una idea. Creo que está usted salvada.

MARQUESA.—¡Ay, qué alegría!

MONCADA.—Mi hermana tiene dinero.

MARQUESA.—*(Desalentada.)* Eulalia...

MONCADA.—Sí; yo le hablaré... Aquí está.

ESCENA V

DICHOS y DOÑA EULALIA.

EULALIA.—*(A la Marquesa.)* Ya los tienes ahí.

MARQUESA.—¡Jaime, Gabriela!...

EULALIA.—*(Mirando por los cristales de la derecha.)* Ya se ve el coche en la curva de Prats.

MARQUESA.—Voy a encontrarlos. Señor

de Jordana, ¿quiere usted darme el brazo?

JORDANA.—*(Ofreciéndole el brazo.)* Ahí va, señora. Y lo que siento es que no sea de oro macizo.

MARQUESA.—¡Ay! Si fuera de oro macizo... no me lo daría usted. *(Vanse por la escalera.)*

HUGUET.—Saludaré a tu hija... y me marcho. Hoy me ha mandado que siga comprando.

MONCADA.—*(Desechando una idea.)* ¿Y a mí qué? Allá él. ¡Qué dicha no tener que decir compro ni vendo! Facundo, ya no compro más que la salvación eterna; y vender..., no vendo nada. Adiós.

HUGUET.—Adiós.

ESCENA VI

MONCADA y DOÑA EULALIA.

MONCADA.—Hermana, hay que sacar de su compromiso a la pobre marquesa...

EULALIA.—¿Qué?

MONCADA.—Que tú tienes ahorros.

EULALIA.—Pero ¿qué dices?

MONCADA.—*(Alzando la voz.)* Que puesto que tienes numerario disponible...

EULALIA.—No oigo una palabra. Me he quedado enteramente sorda con los aires colados de esta maldita casa.

MONCADA.—Tú recibes puntualmente tus rentas y no gastas un céntimo.

EULALIA.—Te repito que no oigo nada... ¿Dinero yo? ¡Qué cosas tienes! Si quieres auxiliar a Florentina, háblale a tu yerno, a ese don *Judas de California*, que ha sabido apoderarse de la casa de Moncada.

MONCADA.—¡Qué tontería!

EULALIA.—Sí, y concluirá por echarnos de Santa Madrona... Vamos, tu actitud de sumisión y pasividad paréceme a mí un síntoma de chochez... *(Contrariada de que Moncada no dé importancia a sus expresiones.)* No tenemos vergüenza si toleramos tanta humillación. ¡Un hombre que no nos consulta nada, que apenas me saluda, que nos tiene ahí como figuras decorativas, como adornos de su grosería sobredorada! Somos tú y yo al modo de un par de jarrones que pone... así..., a los lados de su grotesca personalidad para hacerla lucir... Por mí no me importa. Sé padecer, sé anularme... La humanidad es mi orgullo, y mi incienso los ultrajes... Pero tú... No, no, Juan; tú no debes tolerarlo.

MONCADA.—Pero, mujer...

EULALIA.—*(Sin dejarle meter baza.)* Tu poquedad de ánimo..., para que lo sepas..., es un grandísimo pecado... Y ofendes a Dios entregando tus negocios en las manos puercas de ese Holofernes. Sin ir más lejos, considera las limosnas que se repartían en tu tiempo y las que se reparten ahora.

MONCADA.—*(Suspirando.)* ¡Y qué le hemos de hacer!

EULALIA.—Pues ¿y la indecencia de negar a la Orden Tercera un terreno que le pertenece?

MONCADA.—Bueno... ¿Y qué?

EULALIA.—¡Me gusta tu calma! ¡Los pobres! ¡Los ministros del Señor!... Por ti, claro, que los parta un rayo. ¡Bonita manera de ser religioso! ¿Y crees que te vale andar todo el día de hocicos en los franciscanos y llevar velita en las procesiones y quitarle motas al padre Cleto? No, hijo, esas exterioridades no te valen para el fin sin fin, que dijo el otro.

MONCADA.—*(Interrumpiéndole.)* ¡Eulalia!... ¡Basta!

EULALIA.—No, no me callo.. Tú con tal que te echen puntualmente la sopa boba transiges con ese hereje...

MONCADA.—¿Hereje? Pero ¡si tú fuiste quien armó la conspiración para hacerle mi yerno!

EULALIA.—*(Con viveza.)* Porque creí que casándole le amarraríamos al lábaro de la fe. Pero luego ha resultado que Victoria carece de poder evangélico... ¡Vaya un fiasco! Bien merecido le está por meterse a redentora..., y sin pedir consejo a nadie..., por sí y ante sí, la muy estrafalaria.

MONCADA.—*(Alzando más la voz.)* Respóndeme a lo que te pregunto.

EULALIA.—Respondo que Victoria no sabe amansar al feroz vestiglo... ¡Y para esto abandonó la pureza y santidad del Socorro!... Que oiga, sí, que oiga lo que dicen de ella las hermanas y sacerdotes respetabilísimos... Que procedió muy de ligero, que no consultó el caso con la superiora, ni con el director de la Congregación...

MONCADA. — *(Incomodado.)* Basta... ¿Oyes o no lo que te digo?

EULALIA.—Pero ¿qué?

MONCADA.—¿Quieres o no auxiliar a Florentina?

EULALIA.—*(Como haciendo un esfuerzo para oír.)* ¡Ah! Ya... Florentina... ¡También ésa!... No es que yo la critique. Pero bien se ve que la levantan de cascos las vanidades de este mundo, todo lo temporal y transitorio...

MONCADA.—No pretende más que salvar el Clot.

EULALIA.—¿Y para qué quiere ella fincas..., con un pie en la sepultura, sin necesidades ya? Mejor pensara en arrepararse para una buena muerte.

MONCADA.—*(Nervioso, fuera de sí.)* No se te puede sufrir, hermana. Estás hoy de remate.

EULALIA.—Lo que te digo es que no pienso volver a poner los pies en este caserón, donde no se oye hablar más que de la porquería de los negocios...

MONCADA.—¡Bah!... Déjame...

EULALIA.—Y decididamente me voy de aquí, me retiro a mi casita del Ampurdán, donde haré vida recogida y de estrechísima penitencia... Imítame, hombre; vente conmigo. Viviremos como ermitaños, sin pensar más que en Dios y en la muerte.

MONCADA.—Gracias..., vete tú.

EULALIA.—Y tú conmigo. Hermano querido, no adores más al infame becerro.

MONCADA.—*(Desesperado.)* Que te calles, por Dios. No te puedo aguantar.

EULALIA.—Piensa que no somos sólo materia; que tenemos un espíritu...

ESCENA VII

DICHOS; GABRIELA, JAIME y la MARQUESA, que entra por el ángulo del foro; poco después, VICTORIA, por la izquierda.

MONCADA.—*(Al encuentro de los recién llegados.)* ¡Hija mía, Jaime!

GABRIELA.—*(Abrazándole.)* Ya estamos aquí.

EULALIA.—¿Y para mí no hay un abrazo? *(La abrazan los dos.)*

GABRIELA.—¿Y mi hermana?

MONCADA.—*(Mirando por la izquierda.)* No sabrá quizá... Ahí la tienes. *(Entra Victoria, y las dos hermanas se abrazan y besan con ternura.)*

MARQUESA.—*(Llevando aparte a Moncada.)* Malas noticias me ha traído Jaime.

MONCADA.—¡Paciencia, amiga mía!

MARQUESA.—¿Y Eulalia?

MONCADA.—Está muy sorda, no me entiende.

MARQUESA.—Yo se lo diré.

MONCADA.—*(Deteniéndola.)* No, no le diga usted nada. Su sordera es tan atroz, que aunque le pidiera usted el favor a cañonazos, no se enteraría.

MARQUESA.—¡Dios tenga piedad de mí! *(En el fondo forman un grupo Victoria, Gabriela y Eulalia. Jaime se acerca a su madre y a Moncada, que están en el proscenio.)*

JAIME.—*(Aparte, a la Marquesa.)* ¿Será posible, mamá, que ese perverso no te conceda siquiera un par de semanas?...

MARQUESA.—*(Aparte, a Jaime.)* Aún me resta una esperanza. Gabriela hablará con Victoria...

VICTORIA.—Hoy comerán todos aquí.

EULALIA.—*(Con repugnancia.)* ¡Yo..., comer yo en la cueva del lobo!...

GABRIELA.—Yo, sí, por acompañarte y charlar un rato. Pero Jaime no se sienta a la mesa de tu marido así le ahorquen.

JAIME.—*(Nervioso.)* Creo que debo marcharme, mamá. *(Mirando con recelo a la izquierda.)* Si ese hombre sale, no respondo de mi discreción.

MONCADA.—Prudencia, Jaime.

JAIME.—Pues me voy.

MONCADA.—*(Cogiendo del brazo a Jaime.)* Nos repartiremos. *(A Victoria.)* Gabriela come contigo, y nosotros nos llevaremos a Jaime y a su mamá.

MARQUESA.—*(Aparte, a Gabriela.)* Si consigues algo...

GABRIELA.—*(Vivamente.)* Le mandaré a usted un recadito.

MARQUESA.—Bien... Pero yo volveré por aquí antes de comer. No tengo sosiego. *(Salen doña Eulalia, la Marquesa, Moncada y Jaime.)*

ESCENA VIII

VICTORIA y GABRIELA.

GABRIELA.—¿Y los nenes?

VICTORIA.—No tardarán en venir por acá. *(Asomándose por la derecha.)*

GABRIELA.—¿Siguen en casa?

VICTORIA.—Sí; me los traen acá dos veces al día.

GABRIELA.—¡Qué ganas tengo de comérmelos a besos!... Conque cuéntame... *(Sentándose las dos en el proscenio.)* Tus cartas son tan discretas, que por ellas no sé nada de lo que te pasa. ¿Sigue tan pesadita la cruz de tu Cruz? ¿No me das noticias de algún alivio en la carga que llevas?

VICTORIA.—¡Ay, no! Cuando me casé..., cuando me crucifiqué, como tú dices, acepté esta vida de lucha, y en justicia no debo quejarme de ella.

GABRIELA.—Ya... Te gusta el dolor, como si fuera un dulce. ¡Qué alma tienes!

VICTORIA.—Aún no puedo decir qué me fascinó más, si la idea del mal que a mí propia me causaba o la del bien que quería ofrecer a la persona que más quiero en el mundo.

GABRIELA.—La verdad..., todos esperaban de ti mayor influencia sobre tu tirano..., que le modificaras poquito a poco.

VICTORIA.—¡Modificar! *(Con tristeza.)* ¡Ah, lo intento! ¡Empresa magna! Figúrate que te propones abrir un túnel de ferrocarril con la punta de una aguja... Cierto que cumple con la Iglesia, por compromiso que contrajo conmigo..., por fórmula, sin fe..., como se cumplen las reglas de policía urbana; es decir, que Dios viene a tener para él una significación semejante a la del Ayuntamiento.

GABRIELA.—¡Qué hombre!... ¿Acaso te trata mal?

VICTORIA.—Eso no...; conmigo es afectuoso..., a su manera... No deja de serlo sino cuando se interpone el maldito interés.

GABRIELA.—¿Y tú...?

VICTORIA.—¿Yo..., qué?

GABRIELA.—¿Le quieres?...

VICTORIA.—Te diré... ¡Sobre eso hay tanto que hablar! No me sería fácil explicártelo. Mi conciencia ha pasado por tremendas luchas y desfallecimientos horribles. Al principio, asustóme la aversión terrible que me inspiraba. Mi alma perdió toda serenidad; creí que el demonio me había cogido en sus garras feroces, y que lo que yo miraba como acto heroico era una tremenda caída... Después mis sentimientos han ido variando poquito a poco.

GABRIELA.—¿Y ya no te inspira aversión?

VICTORIA.—Ninguna... Algo así como lástima piadosa... Le miro casi como a un niño.

GABRIELA.—¡Vaya un bebé!

VICTORIA.—Y, la verdad, no me gusta que le pase nada malo.

GABRIELA.—Vamos, que le vas queriendo... Pues, hija, ahí tienes el milagro: sólo que en vez de realizarse en él, se va realizando en ti. ¿Y puedes mirarle cara a cara?

VICTORIA.—Me voy acostumbrando.

GABRIELA.—¿Y soportas su tosquedad, su falta de delicadeza?

VICTORIA.—Por grados, a todo se llega..., figúrate... Procediendo gradualmente, puede una usar como borla de polvos para la cara... la pata de un elefante.

GABRIELA.—*(Riendo.)* ¡Qué cosas tienes!

ESCENA IX

DICHOS y CRUZ, que entra por la izquierda, en mangas de camisa, con una blusa azul en la mano, mostrando un rasgón en la manga.

CRUZ.—Mira, mira cómo está mi blusa... Hola, Gabrielita... ¿Ya de vuelta?

GABRIELA.—*(Con desabrimiento, que no puede vencer.)* Sí... ¿Y qué tal?

CRUZ.—*(A Victoria.)* Dame la otra.

VICTORIA.—Si no se ha lavado.

CRUZ.—No importa.

VICTORIA.—Espera un poquito. *(Sale por la izquierda.)*

CRUZ.—¿Y Jaime?... ¿Qué tal? ¿Gana dinero?

GABRIELA.—No tanto como usted..., pero viviremos... *(Aparte.)* ¡Qué vil! No piensa más que en los miserables cuartos.

CRUZ.—*(Abriendo el armario de las herramientas y cogiendo de él algunas.)* Sí, hay que ganarlo, perseguirlo, ahondar en las entrañas de la tierra o en las de la sociedad... Y una vez encontrado el rico metal, es preciso cogerlo antes que lo descubran otros..., y después guardarlo con prontitud, rodeándolo de hábiles defensas para que no se escape. *(Saca un hacha, y al volver al proscenio con ella Gabriela lanza un chillido.)* Qué, ¿se asusta usted?

GABRIELA.—Sí... No sé lo que me parece... con el hacha.

CRUZ.—Tengo que reconocer el tejado de la fábrica, y de nadie me fío.

VICTORIA.—Aquí está. *(Dándole la blusa.)*

CRUZ.—Venga. *(Se la pone.)* Sospecho que hay comunicación entre las vigas del faldón del tejado y la chimenea de las muflas... *(Por Gabriela.)* Esta se asusta... No sabe que soy el primero de mis obreros... ¡La costumbre de no tratar más que señoritos... ilustrados!

GABRIELA.—*(Aparte.)* ¡Qué horror de hombre!

CRUZ.—*(Recordando.)* ¡Ah!... Antes tengo que hacer otra cosa. *(Deja el hacha arrimada a una silla y se va por la izquierda.)*

ESCENA X

VICTORIA y GABRIELA.

GABRIELA.—*(Cruzando las manos.)* ¡Hermana querida, no puedo expresar cuánto te compadezco!... ¡Vivir con un marido así! ¡Qué mérito tan grande! ¡Gracias que los sobrinillos alegran un poco tu tristísima vida!

VICTORIA.—Sí, son mi consuelo.

GABRIELA.—Te distraen.

VICTORIA.—Me distraigo con ellos, y además con otra cosa.

GABRIELA.—¿Con qué?

VICTORIA.—Te vas a reír...

GABRIELA.—*(Con mucha curiosidad.)* Dímelo.

VICTORIA.—Pues me distraigo... con la administración. Cosa rara, ¿verdad?

GABRIELA.—*(Comprendiendo.)* Ya.

VICTORIA.—Llevo toda la contabilidad menuda de los talleres y de la casa. Me ha impuesto esta obligación, y la cumplo sin gran esfuerzo.

GABRIELA.—¿Y llevas los libros?...

VICTORIA.—Ya lo creo... Todo muy ordenadito. Y cuidado con que se me escape alguna cantidad. No creas, el cargo no es cosa de juego. Me ha hecho también su cajera particular.

GABRIELA.—Hermana querida, déjame, déjame que te compadezca más y que te admire. Tu vida es más árida y penosa que la de los anacoretas y padres del yermo.

VICTORIA.—No tanto... ¡Si vieras...! La pícara administración tiene sus encantos. Mi rosario y los números son mi entetenimiento. Pasando cuentas se me van las horas, y a la imaginación, la gran vagabunda, sólo le queda libre un caminito, el del espacio donde se ven flotar las cosas divinas.

GABRIELA.—¡Ay Dios mío! Tú no tienes la cabeza buena. O eres una santa o no sé qué eres. Con tal vida y al lado de ese adefesio de hombre, yo no duraba dos semanas... ¡Ah, se me olvidaba lo principal! La pobre marquesa...

VICTORIA.—¡Ah!... No me digas ¡Qué... pena!

GABRIELA.—Pero ¿es posible que tú...?

VICTORIA.—Le he dicho cuanto hay que decir... Todo inútil. ¡Hombre extraño! Su exactitud a toda prueba tiene ese horrible contrapeso, la inflexibilidad con el infeliz que no puede cumplir. Ni a su padre perdonaría, ni a mí misma, que soy la persona que más quiere en el mundo; cuanto más a tu suegra.

GABRIELA.—Ya sé que nos aborrece, como aborrece a todo el género humano. Es muy triste que tú, su mujer, no puedas... *(Recriminándola.)* No, no eres su esposa, eres su esclava. Acabará por echarte una cuerda al cuello y amarrarte al pupitre de esa administración inicua y embrutecedora; acabará por cruzarte la cara. *(Levantándose.)* No puedo, no puedo presenciar tu desdicha.

VICTORIA.—*(Sintiéndole venir.)* Calla.

ESCENA XI

DICHOS y CRUZ, que entra vestido de blusa y con botas de agua.

CRUZ.—*(A Victoria.)* Mira, este talón se lo das a Silvestre Ríus, el primo de Huguet, que vendrá por él esta tarde.

VICTORIA.—*(Toma el talón y lo mira. Aparte.)* Cincuenta y nueve mil... *(Lo guarda en el bolsillo de su delantal.)*

CRUZ.—Es lo del carbón. Anótalo en el Debe de la fábrica...

VICTORIA.—Bien. ¿Vienes pronto a comer?

CRUZ.—No sé el tiempo que me entretendré por ahí arriba. Si tardo, me mandas la comida en la fiambrera.

VICTORIA.—Pero hombre...

CRUZ.—Lo primero es lo primero. *(Coge el hacha y un lío de cuerdas, y vase por el fondo.)*

ESCENA XII

VICTORIA y GABRIELA.

VICTORIA.—*(Después de una pausa en que está profundamente abstraida.)* ¡Ah..., lo siento..., sí!

GABRIELA.—*(Asustada.)* ¿Qué?

VICTORIA.—*(Con cierto desvarío.)* ¡La ráfaga..., eso que me da..., lo que llamo la inspiración, el impulso misterioso, no: divino, de mis resoluciones... Como siempre me salen bien, creo y afirmo que vienen de Dios.

GABRIELA.—No te entiendo.

VICTORIA.—Hablaré en lenguaje claro, tan claro que... *(Saca el talón y se lo da.)* Toma.

GABRIELA.—*(Sin resolverse a tomarlo.)* ¡Victoria!...

VICTORIA.—*(Rápidamente.)* Sí, la loca, la visionaria, como dice tu marido, siente otra vez el chispazo que la despierta, la sacude, la ilumina, lanzando su voluntad a los actos audaces y decisivos. Dale esto a Florentina. Añadiéndolo a lo que ha reunido tiene lo bastante para evitar la dentellada del tigre.

GABRIELA.—*(Asustada.)* Pero...

VICTORIA.—No me des razones... La lógica y el sentido común desaparecen en mí. No queda más que esta vibración honda del alma...

GABRIELA.—¿Y no temes...?

VICTORIA.—No temo nada. Por grande que sea su barbarie, más grande es mi valor. No vaciles en tomarlo... Llévaselo corriendo a Florentina.

GABRIELA.—¡Ay, no sé qué temor me sobrecoge... *(Decidiéndose al fin a tomarlo.)* En fin... Pues tú lo quieres... Mamá quedó en venir. *(Se asoma a los cristales de la derecha.)* ¡Ah! Los chiquillos. *(Con alegría.)* ¿Es Daniel quien viene con ellos?

VICTORIA.—*(Asomándose también.)* Sí; suele acompañarlos al campo. Verás como se despide en la puerta. Jamás entra aquí.

GABRIELA.—¡Pero qué mona está Mercedes. *(Mirando y saludando con el pañuelo.)* ¡Y Aurorilla, qué espigada! Ya me han visto. Mira cómo corren.

VICTORIA.—Ahora les doy de merendar y se vuelven allá.

GABRIELA.—¿Suben por aquí?

VICTORIA.—No, entran en el comedor por la galería baja.

GABRIELA.—*(Impaciente.)* Pues vamos allá.

VICTORIA.—Sí; pero no olvides eso.

GABRIELA.—¡Ah! Sí..., el talón... Voy.

VICTORIA.—*(Mirando otra vez.)* Ahí tienes a Daniel... Pero ya se va... Mira.

GABRIELA.—Daniel, sí. ¿Qué mejor mensajero?...

VICTORIA.—Llámalo.

GABRIELA.—Daniel, Daniel... *(Señalándo afuera.)* Ya vuelve la cara... Ya me ha visto... *(Llamándole.)* Ven; sube.

VICTORIA.—Allá te espero. *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA XIII

GABRIELA y DANIEL.

DANIEL.—*(Desde la escalera, como sin atreverse a entrar.)* ¿Qué me quieres?

GABRIELA.—Corre, dale, dale a tu mamá esto. *(Pone el talón en un tarjetero o carterita, sujeta con un elástico, y se lo entrega.)*

DANIEL.—Y ¿qué es esto?

GABRIELA.—No preguntes, y ya estás andando... Verás qué contenta se pone la pobre.

DANIEL.—*(Receloso.)* ¿Victoria..., Victoria te lo ha dado?

GABRIELA.—Sí.

DANIEL.—Quizá sin consentimiento de su marido...

GABRIELA.—Eso no es cuenta tuya... Anda.

DANIEL.—Está bien.

GABRIELA.—No te entretengas... Me voy a ver a mis sobrinillos. *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA XIV

DANIEL, solo.

DANIEL.—¡Y mi madre acepta esto! ¡Qué locura! Buscando ciegamente su salvación, llama a la puerta misma del enemigo, de ese monstruo, encarnación de Satanás maldito. *(Con desaliento.)* ¡Ah! Mi pobre madre no tiene fe, no sabe abrazarse a la desgracia; no sabe encariñarse con la pobreza, despreciar los bienes transitorios; no comprende el inmenso triunfo moral de ser pisoteada por la bestia...; ignora que morir en la humillación es resucitar en la

verdad... *(Pausa. Recorre la habitación inquietísimo.)* No sé qué tufo del infierno se respira en este caserón, guarida de la fiera rapaz y sanguinaria... No sé cómo Victoria... *(Asaltado de una idea penosa.)* ¡Ah! Mujer enigmática, esfinge en cuyos ojos no puedo leer, porque ni miras siquiera... Tu incomprensible matrimonio perturbó mi alma... Quiero entenderlo, y... ¡más fácil es desentrañar los misterios del dogma! Cambiaste la humilde vestidura del Socorro por las galas de boda... ¡Dicen que padeces horriblemente, que eres mártir... *(Con sarcasmo.)* ¡Mártir! Las santas gloriosas que en otro tiempo regaron con su sangre el árbol de la fe, cuando anhelaban el martirio pedían a Dios que les deparase un verdugo; jamás le pideron un marido... *(Confuso.)* No sé, no sé qué mujer es ésta; y cuando quiero tenerla por sublime se ofrece a mis ojos como la más vulgar de las criaturas. *(Meditando.)* ¡Quién sabe!... Sí..., sí...; lo que digo, se dejó contaminar del mal de la época, del infame positivismo... ¡Oh! Esta idea remueve en mí sedimentos que creí estancados, inertes en el fondo de mi ser... *(Pausa.)* Dinero del rico avariento, del que no ama, del que no compadece, del que impasible ve rodar ante sí la miseria y el dolor; materia vil, instrumento de iniquidades, no me quemarás mucho tiempo las manos... Se lo devuelvo para que vea que si ella vende su conciencia, nosotros no... No podemos... *(Mirando por la izquierda.)* Quisiera verla para darle esta tremenda lección... No me atrevo a penetrar allá...

ESCENA XV

DANIEL y la MARQUESA, que entra afanadísima por la escalera; después, LLUCH.

MARQUESA.—Hijo, ¿has visto a Gabriela?... ¿Te ha dicho algo?

DANIEL.—Mamá, es preciso que comprendas... No sé cómo decírtelo.

MARQUESA.—Ya, ya sé... Que debemos ser pobres... ¡Ay, bastante lo somos ya!

DANIEL.—Resígnate, por Dios..., ten grandeza de alma.

MARQUESA.—*(Con inflexión patética.)* No puedo resignarme a perder la ilusión, el amor de mi vida, aquel suelo sagrado, la humilde casita vieja que tantas cosas dulces me dice cuando en ella entro... ¿Qué perfección es esa que me propones? ¡Ay hijo mío! Ya no ajusto, no encajo en ese arco de sublimidad que quieres ponerme! Pertenezco a la raza humana, y no levanto ni tanto así del nivel del vulgo. Tengo pasiones, anhelos, antipatías..., aborrezco y amo. Si esto es pecar, sea. Quiero el Clot para morirme en él, porque en él nací, naciste tú...

DANIEL.—Pues no lo tendrás. Déjame, déjame a mí.

MARQUESA.—*(Espantada.)* La ferocidad de tu ascetismo me hiela la sangre.

DANIEL.—Renuncia a lo que más deseas; y si el rico avariento quiere quitarte tu propiedad, déjasela. No aceptes de él favor alguno.

MARQUESA.—De él, no; de Victoria.

DANIEL.—Tampoco de su mujer.

MARQUESA.—*(Con viva ansiedad.)* Pero qué..., ¿sabes algo? Sácame de dudas. ¿Gabriela le habló?...

LLUCH.—*(Entrando presuroso por el fondo.)* ¡El amo!...

MARQUESA.—*(Azarada.)* ¡Jesús me salve! Huyamos de aquí.

DANIEL.—¡Que no me vea el maldito!... Salgamos. *(Vanse apresuradamente. Antes que desaparezcan, entra Cruz por el fondo y los ve, bajando la escalera.)*

ESCENA XVI

CRUZ, con el hacha en la mano, el rostro tiznado y encendido. LLUCH, que se va por la escalera y vuelve poco después.

CRUZ.—La madre y el hijo salían..., como huyendo de mí... *(Deja el hacha sobre la mesa.)* Ella es una intrigante, y él un redomado hipócrita. *(Comprendiendo.)* Sin duda, aprovechando mi ausencia, quieren explotar la fácil compasión de mi mujer. *(Vivamente.)* Sí, ya lo veo claro... Vividores, trápalas, generación mendicante y petardista... Pero ¿mi mujer estaba aquí con ellos? No la vi... *(Entra Lluch.)* Lluch, la señora, ¿dónde está?

LLUCH.—En el comedor, con la señorita Gabriela y los niños.

CRUZ.—Dile que venga. *(Vase Lluch por la izquierda.)* Endiablada sospecha me muerde el corazón... ¿Sería capaz

Victoria de...? ¡Espantosa idea! Nada; quiero confirmarla o desecharla al instante. *(Aparece Lluch por la izquierda y se dirige a la escalera.)* Oye, tú... *(Acércase Lluch.)*, ¿viste salir a esos...?

LLUCH.—Sí, señor. La madre iba llorando..., disputaban. Luego se separaron... Siguió la señora en dirección a la torre, y el hijo se ha quedado ahí, y se pasea por la alameda, detrás de las cajas vacías de silicato, como aguardando una ocasión de volver.

CRUZ.—Estate por ahí, fingiendo ocuparte en cualquier cosa; y vigílale con disimulo. No te alejes, por si te llamo.

LLUCH.—Bien, señor. *(Vase Lluch.)*

ESCENA XVII

CRUZ y VICTORIA.

CRUZ.—La traidora sospecha se agarra a mí, me pica, me taladra, como un insecto que quiere labrar su casa dentro de mí..., y me va comiendo y horadando..., y horadándome y comiendo... *(Inquieto y con fiereza.)* Siento en mí la crueldad de mis tiempos de lucha... Bien venida sea. Así me gusto más, porque me reconozco en mi ser efectivo. Me pesa, sí, me pesa haberme dejado inclinar a ciertas blanduras de carácter... ¡Si es lo que digo! Dondequiera que entra una hembra, sobre todo si es mestiza de ángel y mujer, se trastorna la armonía humana, desaparece la estricta rectitud, y los malos pagadores sacan los pies del plato.

VICTORIA.—*(Entrando presurosa.)* Pero ¿ya concluiste?

CRUZ.—*(Disimulando.)* Si no he podido empezar... Traté de meterme en uno de los hornos; pero están aún muy calientes. Por poco me abraso. *(Mostrando sus manos y cara.)*

VICTORIA.—¿Quieres lavarte?

CRUZ.—Ahora no. Estoy echando fuego.

VICTORIA.—Bien se ve. Tu cara despide lumbre.

CRUZ.—Estoy horrible, ¿verdad?

VICTORIA.—Horroroso.

CRUZ.—Mejor. *(Aparte.)* ¡Si me vieras por dentro!...

VICTORIA.—¿Quieres tomar algo?

CRUZ.—Dame vino. Necesito refrescar mi sangre.

VICTORIA.—Echándole más fuego... Voy.

CRUZ.—*(Deteniéndola.)* Dime: ¿quién ha estado aquí mientras yo...?

VICTORIA.—¿Aquí? No sé; no he visto a nadie.

CRUZ.—Tráeme el vino. *(Sale Victoria por la izquierda.)* Me engaña. Ya me iba yo acostumbrando a no temer su santidad, a mirarla como un juego infantil, una monada, vamos... Pero si me vende con sus arrumacos de criatura celestial... No sé lo que haría... Creo que se me quitará el amor que le tengo..., sí..., se me quitará. Y si no se me quita, me lo quitaré yo, me lo arrancaré...

VICTORIA.—Aquí tienes. *(Deja sobre la mesa botella y vaso.)* No bebas mucho.

CRUZ.—*(Llenando el vaso.)* No te vayas... Tengo que hablarte.

VICTORIA.—¿Qué quieres?

CRUZ.—El talón que te di... *(Bebe tranquilamente.)*

VICTORIA.—*(Aparte.)* ¡Jesús sea conmigo!

CRUZ.—¿Ha venido Rius por él?

VICTORIA.—No.

CRUZ.—Pues devuélvemelo.

VICTORIA.—*(Después de una pausa, en la cual recobra su serenidad.)* No lo tengo.

CRUZ.—¡Que no lo tienes!

VICTORIA.—No. Bien claro te lo digo.

CRUZ.—¿Con toda esa frescura? ¡Ah, me lo temí! Has dado el talón a esa familia de intrigantes y santurrones para que puedan seguir burlándose de las leyes, poseyendo lo que por sus desórdenes deben perder.

VICTORIA.—*(Con resolución.)* Se lo he dado a esa valerosa mujer, a esa heroína, para que se defienda de tu codicia infame.

CRUZ.—*(Con violencia, que quiere dominar.)* ¿Cómo se llama lo que has hecho?

VICTORIA.—*(Con firmeza.)* ¡Justicia!

CRUZ.—*(Con sarcasmo.)* ¡Justicia! Y esa manera de entenderla, ¿es lo que, según tus ideas, debemos llamar santidad?...

VICTORIA.—Dale el nombre que quieras. *(Con perfecta entereza.)* Lo que hice... bien hecho está. Somos ricos, y todo nos sobra. Florentina es pobre, y todo le falta. Dios me ha inspirado este acto, y he querido, por mediación de

la loca de la casa, confundir tu soberbia y castigar tu brutalidad.

CRUZ.—*(Levantándose airado.)* ¿Y me lo dices así? ¿No tiemblas?

VICTORIA.—¡Temblar yo! No me conoces. ¿Qué puedes hacerme? Quitarme la vida, esta vida que..., con decir que te la he dado, se dice lo poco que vale... Mátame. Preparada estoy. Bien cerca tienes el arma.

CRUZ.—¡Victoria! *(Vacilando entre la fiereza y la confusión o desconcierto de la voluntad.)* ¿Crees que me conmueves con esas trapacerías de santita remilgada? Bien sabes tú que no he de matarte. ¿A qué te haces la víctima heroica? *(En tono severo.)* En fin, cabeza destornillada, imaginación enferma, reconoce que has cometido una grave falta, y dispónte a restituirme lo que me has quitado.

VICTORIA.—¿Restituir? No; está en buenas manos.

CRUZ.—*(Descomponiéndose.)* No sé cómo tengo calma. Yo te mando que vayas en busca de esa vieja embaucadora, y le digas que te equivocaste... Aún será tiempo. *(Victoria hace signos negativos con la cabeza.)* ¿No?... ¿No me obedeces?

VICTORIA.—En esto no puedo.

CRUZ.—*(Amenazador.)* Pues yo te juro que así no quedará... No mereces mi cariño; no lo mereces; debiera aborrecerte..., como tú a mí.

VICTORIA.—Yo no te aborrezco. Mi Dios me prohibe el odio. Tú no comprendes esto, alma petrificada en el egoísmo. Tú no quieres a nadie; te adoras a ti propio, contemplándote en el espejo de tu riqueza.

CRUZ.—*(Después de dar vueltas por la escena, como aturdido.)* No es eso, no. Oyeme... Ya sabes..., te lo he dicho mil veces en nuestros coloquios íntimos: la riqueza es en mí la pasión dominante, el ser de mi ser. Nada puedo contra esa pasión. ¿Será por ley de mi naturaleza? ¿Será por vicio adquirido con la virtud del trabajo? No sé más sino que soy como soy. Y si alguien me quita lo mío, paréceme que el cielo se desploma, y la idea de perdonar se me representa como una negación de mí mismo... Fuera de esto, yo te quiero; bien lo sabes. Eres la única persona que ha despertado en mí un sentimiento...; ¿cómo llamarlo? No sé. Soy muy torpe para encontrar términos de galantería. Pero el cariño que te tengo no disminuye la otra pasión, la principal, la madre, sino que más bien la fortifica. Amo mi dinero por mí, por ti y por los hijos que has de darme.

VICTORIA.—No te los daré... ¡Perpetuar tu raza! Dios no lo consentirá.

CRUZ.—*(Airado y receloso.)* No me lo digas, que me vuelves loco. Todo menos eso, Victoria. *(Cogiéndole la mano y sacudiéndola con fuerza.)*

VICTORIA.—Suéltame.

CRUZ.—Pues no me quites la ilusión que me alienta...

VICTORIA.—¡Imposible cegar el abismo que se abre entre nosotros! *(Llorando.)* Si tú aprendieras a ser compasivo, si tu corazón perdiera esa insensibilidad marmórea, y llegaras a curarte del estúpido orgullo de poseer, y poseer, y poseer...

CRUZ.—*(Interrumpiéndola.)* Imposible, imposible. Porque si desaparecieran del mundo el oro y la plata y volviéramos al estado salvaje, yo, José María Cruz, sería siempre el mismo: con cuatro piedras y un par de troncos construiría nueva propiedad al instante, y con rugidos, dentelladas y zarpazos de fiera, andando a cuatro patas, la defendería de quien intentara quitármela. No te empeñes en que yo sea de otro modo que como soy... Sométete y no me prediques más, ni trates de corregirme... *(Bruscamente.)* Ea, dices que te devuelvan el talón... Ve..., pronto..., antes que vayan a cobrarlo...

VICTORIA.—No puede ser.

CRUZ.—*(Con fiereza.)* ¡Te lo mando!

VICTORIA.—Si sabes que no te temo, ¿a qué esos rugidos?

CRUZ.—¡Ah! Te casaste conmigo sin amor, por el vil interés, como decís los beatos...

VICTORIA.—¡Y me lo echas en cara! Pues bien: reconozco que es cierto. Me casé contigo... porque eras millonario..., nada más que por eso. Ya ves si soy franca. Fué una locura, una genialidad. Llevóme hacia ti..., ¿te lo digo? ¿Quieres conocer hasta los últimos repliegues de mi pensamiento?... Arrastróme hacia ti una vaga aspiración religiosa, y además de religiosa... *(Buscando la palabra.)*

CRUZ.—¿Qué?

VICTORIA.—*(Encontrando la palabra.)* Socialista...; así se dice...; la idea de

apoderarme de ti, invadiendo cautelosamente tu confianza, para repartir tus riquezas, dando lo que te sobra a los que nada tienen..., para ordenar las cosas mejor de lo que están, nivelando, ¿sabes?, nivelando...

CRUZ.—*(Con violencia.)* Cállate, no me provoques... Si eso fuera verdad, tendría que exterminarte...

VICTORIA.—Pues empieza ya tu obra de exterminio... Dime: fuera de mi locura de hoy, ¿tienes alguna queja de mí?

CRUZ.—Ninguna. Pero ésta es atroz, horrorosa...

VICTORIA.—Déjame seguir. ¿Te he dado motivo de celos?

CRUZ.—*(Receloso.)* ¿Por qué me lo preguntas?

VICTORIA.—Por preguntarlo.

CRUZ.—Pues hasta hoy no... Hoy sí... Te miraba como una mujer exceptuada de las flaquezas humanas. *(Después de mirarla atentamente a los ojos es asaltado de violenta zozobra.)* Dime, dímelo pronto. Mientras yo estaba en la fábrica, ¿hablaste con la marquesa y con su hijo? Ellos de aquí salían.

VICTORIA.—Te he dicho que no los vi.

CRUZ.—Antes creía en tu palabra. Ya no. La verdad, quiero la verdad. Ese beato, ¿ha estado aquí alguna vez?

VICTORIA.—No recuerdo...

CRUZ.—¡También desmemoriada! Me hieres en lo más vivo... Yo te quiero, yo te quise...

VICTORIA.—¡Celos tú!... Si en tu corazón no hay más que una fibra sensible: la que te duele cuando no cobras...

CRUZ.—No, no, que hay más...; hay otras que también me duelen... Y en tu conducta se juntan dos agravios y los dos van derechos al corazón... Me sustraes mi propiedad para dársela..., ¡a quién! ¿Qué es esto? Explícamelo... Te creía pura, ya no... Dudo... ¿Cómo no dudar? ¡Desdichada, arrodíllate delante de mí y pídeme perdón! Devuélveme lo que me quitaste. *(Con desvarío brutal.)* Pruébame que desprecias a ese hombre... Discúlpate... ¡Mi dinero, mi honor!... Lo mío, lo mío, lo que me pertenece, lo que nadie me puede quitar, lo que es... yo mismo... *(Cogiéndola por los hombros, la sacude violentamente.)* Victoria, que me trague ahora mismo la tierra si no hago un escarmiento horrible, una justicia de estas que satisfacen por entero..., hartarme de castigo, de venganza, de legalidad, porque esto es ley, justicia... Debo defenderme, debo castigarte, debo corregirte, debo...

VICTORIA.—*(Sofocada, logrando desasirse.)* ¡Ay!... Espera, oye.

CRUZ.—Qué..., ¿te disculpas...? ¿Confiesas tu delito?

VICTORIA.—¡Delito..., disculparme! ¿De qué, si soy inocente? Sólo te digo que he mandado el talón a la marquesa, y que nada me importa su hijo.

CRUZ.—¡Me engañas!

VICTORIA.—Puedes creerlo o no, según te acomode.

CRUZ.—Buscaré la verdad... *(Llamando.)* A ver, ¡Lluch!

ESCENA XVIII

DICHOS; LLUCH, en la escalera; después, DANIEL.

CRUZ.—¿Está ahí todavía?

LLUCH.—Sí, señor; rondando por la alameda, como si esperara...

CRUZ.—Dile que la señora le suplica que suba... Pronto... *(Vase Lluch.)*

VICTORIA.—*(Asustada.)* ¿Qué haces?

CRUZ.—Una idea, una idea feliz... Soy yo muy ingenioso... ¿Qué es eso? ¿Te turbas?

VICTORIA.—¿Turbarme?... No.

CRUZ.—*(Repitiendo con sarcasmo las anteriores palabras.)* "La señora le suplica que suba." ¿Qué tiene eso de particular? Así sabremos lo que quiere ese bendito.

DANIEL.—*(Por la escalera, deteniéndose sorprendido.)* ¡El aquí! ¡Una emboscada!

VICTORIA.—*(Aparte.)* Que hablen... Mejor...

CRUZ.—Mi mujer y yo le hemos llamado...

VICTORIA.—Yo no..., tú.

CRUZ.—Pues yo... Parecióme que acechaba usted mi salida para entrar...

DANIEL.—Así era, en efecto.

CRUZ.—¡Lo confiesa! Yo no me como a la gente.

DANIEL.—Algunos creen que sí.

CRUZ.—¿Qué?

DANIEL.—Eso..., que se la come usted.

CRUZ.—Voces que hacen correr los tramposos insolventes. En fin, yo quiero saber qué viene usted a buscar a mi casa.

DANIEL.—Deseaba hablar con su señora.

CRUZ.—¿Y por qué no entraba usted estando yo, y delante de mí le decía...?

DANIEL.—Porque no era a usted a quien tenía que hablar, sino a ella.

CRUZ.—¿Tan reservado era el asunto?

DANIEL.—Quizá.

CRUZ.—¿O era de esas cosas que nadie debe oír?

DANIEL.—No tanto.

VICTORIA.—*(Aparte.)* Concluyamos esto. *(Alto.)* Daniel quería darme las gracias por el favor que hice a su mamá.

DANIEL.—Era eso... y algo más.

CRUZ.—¿A ver?

DANIEL.—Después de dar las gracias, pensaba decir a Victoria que no consiento que mi madre acepte semejantes auxilios.

CRUZ.—*(Burlándose.)* ¡Oh, cuánta dignidad! Teatral está el tiempo. Y con toda esa gazmoñería se guardan el dinero.

DANIEL.—No, señor; aquí está el talón...; lo devuelvo. *(Victoria se abalanza para estorbar el movimiento de Cruz, que toma la cartera.)*

VICTORIA.—¡Ah, no consiento...!

CRUZ.—Pues lo tomo. *(Examinándolo con febril presteza.)* Esto me gusta, joven... Bien, bien... Usted me prueba que...

VICTORIA.—*(Con mucha energía.)* José María, respeta lo que hice... No aceptes la devolución... ¡Yo lo quiero, yo lo mando!

CRUZ.—Pero si él...

VICTORIA.—No importa... Dáselo..., insiste.

CRUZ.—*(Con humorismo villano.)* Hija, yo se lo daría de buena gana..., pero ya ves..., un joven tan digno, y tan... religioso..., y tan... escrupuloso..., de fijo no querrá.

DANIEL.—En efecto, no lo tomaré.

VICTORIA.—*(Airada.)* Haz lo que te mando. Ofréceselo al menos.

CRUZ.—*(Vacilando. Aparte.)* Si no fuera más que ofrecerlo... Pero ¿y si lo toma?... Por si acaso... *(Guarda la cartera.)*

VICTORIA.—¿No?

CRUZ.—No.

VICTORIA.—Pues ha llegado el momento de poner en práctica una de las condiciones estipuladas.

CRUZ.—¿Cuál?

VICTORIA.—Ha surgido entre nosotros una desavenencia grave: me has ofendido groseramente no aprobando una resolución mía, y como la vida me es imposible a tu lado, me marcho de tu casa, me separo de ti...

CRUZ.—¿Te vas?... Bien... Ya entiendo...

VICTORIA.—Así se convino. No hay más que hablar. No hablemos más. Me retiro al lado de mi padre.

CRUZ.—*(Estallando de cólera.)* Esto es una intriga, fraguada entre mi mujer y estos aristócratas arruinados. *(Por Daniel, con desprecio.)* ¡Complot infame contra mi propiedad y contra mi honor!... Ya lo veo. *(A Victoria.)* No te defiendas... Y usted, hipócrita; usted, que, con la máscara de religión, se acerca traidoramente a mi hogar para meter en él la discordia y el escándalo...

VICTORIA.—*(Cortándole la palabra.)* ¡Calla, no ofendas a quien no puede responderte con el mismo lenguaje!

DANIEL.—Que diga lo que quiera.

CRUZ.—Digo que usted y su madre se han propuesto deshonrarme, ya que arruinarme no pueden. Fácilmente engañan con su mojigatería a estos desdichados, pero a mí no. ¡Raza famélica, carcoma de la sociedad!...

DANIEL.—*(Conteniéndose con gran esfuerzo.)* Me insulta usted porque sabe que mi religión, aunque todavía no me liga con votos solemnes, me prohibe contestar a sus injurias con otras.

CRUZ.—*(En el colmo del furor.)* Pues pídele a tu religión permiso para que yo pueda arrojarte por esa ventana. *(Da un paso hacia él. Victoria le detiene.)*

DANIEL.—Su villanía, por grande que sea, no me hará olvidar...

CRUZ.—*(Con escarnio despreciativo.)* ¡Clérigo..., vete de mi casa!

DANIEL.—*(Sin poderse contener, estallando en ira rabiosa.)* Clérigo, no... ¡Tan hombre como tú!... Y ahora mismo... *(Coge el hacha que está sobre la mesa.)* ¡Infernal monstruo, entrega tu vida miserable!... Quiero beber tu sangre, y con ella no aplacarás el odio que te tengo. *(Abalánzase hacia Cruz, blandiendo el hacha. Victoria le detiene, sujetándole con sus brazos.)*

VICTORIA.—¡Daniel, por Jesús vivo!...

CRUZ.—*(Esperando a pie firme.)* Ven; te espero. *(Daniel deja caer el brazo. Victoria forcejea con él y consigue quitarle el hacha.)*

VICTORIA.—Márchate..., pronto...

DANIEL.—*(Trastornado, vuelve a enfurecerse y trata de avanzar nuevamente hacia Cruz sin arma.)* Quiero matarle, pisotearle el alma..., o que me mate a mí.

VICTORIA.—Vuelve en ti.

DANIEL.—*(Pasándose la mano por los ojos, como despertando de una pesadilla.)* ¡Ah! ¿Qué es esto?

CRUZ.—Déjamele... *(Avanzando hacia Daniel. Victoria se interpone para evitar el choque, y empuja a Daniel hacia la escalera.)*

VICTORIA.—Vete... *(A Cruz.)* Atrás... *(Le domina con la mirada. Daniel vacila, quiere retroceder. Al fin, se va, tras breve y sorda lucha.)*

CRUZ.—*(Con violencia.)* ¡Tú tienes la culpa..., tú!

VICTORIA.—*(Con dignidad.)* Basta... Estoy de más aquí. *(Huye hacia la escalera. Cruz va tras ella; detiénese perplejo al ver entrar a Moncada.)*

ESCENA XIX

VICTORIA, CRUZ y GABRIELA, que entra por la izquierda, alarmada; por la derecha, DOÑA EULALIA y MONCADA.

GABRIELA.—¿Qué ocurre?... ¡Victoria!...

MONCADA.—¡José María!

VICTORIA.—No ha pasado nada, nada... *(Mirando a su marido con terror.)*

CRUZ.—*(Reconcentrando su cólera.)* Nada, que mi mujer, la loca de la casa, curada por mí, recae en su dolencia y quiere abandonarme.

VICTORIA.—*(Corriendo al lado de su padre.)* Sí, sí.

EULALIA.—*(Abrazándola.)* ¡Pobre víctima, qué a tiempo llego para salvarte!

MONCADA.—Vámonos. *(Mirando con recelo y disgusto a Cruz y a Victoria.)*

VICTORIA.—Vamos. *(Gabriela se une al grupo y salen todos por la derecha.)*

CRUZ.—*(Que al verlos salir da algunos pasos hacia ellos, y retrocede apretando los puños.)* ¡Se va!... ¡De verdad se va! *(Después de dar vueltas por la escena, como atontado, mira por los cristales de la derecha.)* ¡Y el clérigo delante!... Parece que guía sus pasos..., que le marca el camino... *(Volviendo al proscenio, poseído de furor.)* Y la dejé partir. ¡Y no maté al clérigo!... ¡No me conozco! ¿Dónde está mi carácter, dónde mi arrogancia fiera?... Es que esa maldita santa me ha embrujado, me ha estafado mi personalidad... *(Rabioso.)* ¡Juro por la Cruz de mi nombre que la recobraré!

ACTO CUARTO

Sala baja en el Hospital y Casa de Maternidad de Santa Madrona, de construcción ojival. A la derecha, la entrada de la iglesia, con escalinata de cuatro o cinco peldaños. En el lienzo del fondo, a la izquierda, rompimiento de arco ojival, que da paso al claustro, del cual se ve una parte. A la derecha, frente al espectador, puerta pequeña de una estancia, en la cual se verá, cuando se indique, mesa puesta como para un refresco. A la izquierda, dos puertas; una de ellas conduce a las cocinas y dependencias del establecimiento, las cuales se supone están en el sótano. Mesa y sillas. Es de día. Antes de alzarse el telón, óyese música de órgano, que continúa durante la escena primera.

ESCENA PRIMERA

JORDANA, de frac; dos HERMANAS DE LA CARIDAD; después, la MARQUESA.

HERMANA 1.ª—Todo está dispuesto.

JORDANA.—No olvidar los ramos para las señoras. Cuidadito con el servicio del "buffet". ¿Han traído el champaña y los licores?

HERMANA 1.ª—Sí, señor. *(Retíranse, y Jordana las llama.)*

JORDANA.—Ya saben que a los chicos se les da una merienda.

HERMANA 2.ª—Y un extraordinario a los convalecientes.

JORDANA.—Justo.

HERMANA 1.ª—Nada faltará, señor don Manuel. Esté tranquilo. *(Vanse las Hermanas.)*

MARQUESA.—*(Entrando presurosa e inquieta, como buscando a alguien.)* ¡Ah!... Jordana, ¿ha visto usted a mi hijo?

JORDANA.—¿Daniel? Sí; en la iglesia entró hace un momento... Pero ¡qué pronto han venido ustedes! Esto se llama puntualidad.

MARQUESA.—Se llama anticipación. Yo suelo anticiparme para coger un buen puesto.

JORDANA.—Usted lo tiene siempre. Dispénseme, señora marquesa. Tengo que dar órdenes... *(Mirando por la puerta de la iglesia.)* Ya le tiene usted ahí. *(Vase Jordana por el fondo.)*

ESCENA II

La MARQUESA y DANIEL, que sale de la iglesia poniéndose el sombrero. Calla el órgano

MARQUESA.—Pronto te has cansado, por cierto. El hermoso ritual, que antes era tu delicia, te aburre ya.

DANIEL.—*(Con desabrimiento.)* Sí, me fastidia, me causa pena. No sé qué siento, ni qué nueva crisis es esta por que pasa mi espíritu, después de la horrible escena de anteayer en la fábrica.

MARQUESA.—Horrible, sí. *(Alarmada.)*; pero sin consecuencias.

DANIEL.—Salvo la gran enseñanza que me ha traído. *(Asombro de la Marquesa.)* Sí; aquel arrebato, en que a punto estuve de cometer un homicidio, ha sido para mí revelación del mayor engaño de mi existencia. Te lo diré más claro. Yo creía sujetas y para siempre vencidas mis pasiones; creíme llamado a una vida pura y a la gloriosa oscuridad del estado eclesiástico... ¡Mentira, farsa! Un instante de cólera ciego destruyó la ilusión en que por tantos meses he vivido. Fué como el despertar de un estúpido somnambulismo. Aquel sacudimiento me hizo volver en mí; y al resquebrajarme, como la tierra después de un terremoto, salieron otra vez las pasiones, los deseos desordenados, todo mi ser antiguo... Claramente veo ya que mi religioso entusiasmo era un artificio del espíritu para engañarse a sí propio..., transformación mágica de mi idolatría por esa mujer; idolatría que no disminuye, más bien aumenta, al dejar de creerla celestial.

MARQUESA.—*(Asustada.)* ¡Hijo mío, por Dios!... Desecha esas ideas...

DANIEL.—En fin, mamá, ya no seré religioso. Me lo impide este nidal de serpientes que en mí he descubierto, que ya me invaden, me cogen por aquí y por allá. Están hambrientas y en un instante se han comido todo el misticismo que encontraron dentro de mí.

MARQUESA.—Pues mejor. Sosiégate. *(Acariciándole.)* ¡Daniel, hijo mío!...

DANIEL.—*(Con efusión.)* Madre querida, necesito revelarte todo lo que siento, todo, todo, hasta lo más horrible. ¿A quién si no a ti puedo y debo descubrirme por entero?

MARQUESA.—Sí, dímelo todo. Yo te consolaré.

DANIEL.—La salida de Victoria de la casa conyugal me trae un nuevo sacudimiento, un nuevo trastorno. ¡Increíbles fases de la pasión en nuestra alma según se nos va presentando la persona que la inspira! ¿Ella religiosa? Yo también. ¿Ella casada? Yo demente... Y, por fin...

MARQUESA.—*(Asustada.)* ¿Qué quieres decir?

DANIEL.—Que al verla huir de su tirano pensé que me amaba; creí que me sería fácil arrastrarla a la infidelidad...

MARQUESA.—*(Horrorizada.)* ¡Hijo mío, tú, tú, tan piadoso..., tan bueno!

DANIEL.—*(Con exaltación.)* ¿Piadoso yo? ¡Vana, ridícula ilusión! Con ella, con Victoria..., me gustaría el infierno.

MARQUESA.—Calla... Temo por tu razón...

DANIEL.—Satanás entró en mí... Aquí, aquí le tengo. Si Victoria confirmase con una palabra el ansia que me devora, huiría con ella al último confín del mundo.

MARQUESA. — ¿Y me abandonarías? ¿Abandonarías a tu madre?

DANIEL.—*(Después de vacilar.)* Sí...; ya ves como no te oculto nada, ni lo más indigno.

MARQUESA.—*(Llorando.)* ¡Increíble ingratitud!

DANIEL. — *(Abrazándola cariñosamente.)* No, no temas. Ya no hay peligro.

MARQUESA.—¿Por qué?

DANIEL.—Porque esa palabra, que a las mayores locuras me lanzaría..., Victoria no la ha pronunciado *(Con profunda amargura.)*, ¡ni la pronunciará! Acerquéme a ella ayer, muerto de ansiedad. Su mirada, el timbre de su voz, sus palabras terminantes, me revelaron los sentimientos que le inspiro... Nada; una afabilidad compasiva que me dejó helado, yerto..., arrancándome hasta la última esperanza. Ni por el camino del bien, ni por el del mal, ni por Dios, ni por Satán, será mía esa mujer... Y esta firme persuasión me convierte en un ser mecánico... Un resto de razón me dice que debo vivir, y volver a la vida seglar y ordinaria, al trabajo y a las obligaciones.

MARQUESA.—Eso..., eso... ¡Gracias a Dios!... Victoria no te ama. Es casada y virtuosa. No pienses en ella, no te dejes tentar del demonio maldito.

DANIEL. — *(Con profunda tristeza.)* ¡Ay! Si no te hubiera tenido presente en mi alma, ayer, después de la entrevista con Victoria, me habría quitado la vida.

MARQUESA.—*(Abrazándole conmovida.)* No digas tal... ¡Ay, me matas!

DANIEL.—No temas... Debo vivir para ti, madre querida... Verás, verás cómo me porto. En un par de años de bufete ganaré lo bastante para comprarte una finquita mejor que el Clot.

MARQUESA.—*(Con amargura.)* ¡Ay, no me recuerdes el bien perdido!

DANIEL.—*(Exaltándose.)* ¡Vil, execrable usurero, publicano infame!

MARQUESA.—*(Calmándole.)* No le nombres..., calla. Víctimas inocentes, condenamos al olvido a nuestro verdugo.

DANIEL.—No puedo olvidarle, no puedo. Es mi pesadilla, mi idea dominante. Amarga savia de mi existencia es el odio que le tengo... Y si me tropiezo con él otra vez, si me provoca, aunque sólo sea con su mirar insolente, soy hombre perdido.

MARQUESA.—Por Dios, no me asustes... Mira, hijo: conviene que nos volvamos pronto a Barcelona...

DANIEL.—¡Oh! Sí, mañana.

MARQUESA.—Esta tarde misma... ¿Quieres?

DANIEL.—Sí... Sácame de este suplicio, de este peligro inmenso.

ESCENA III

DICHOS y JORDANA.

MARQUESA.—Pero ¿cuándo empieza esto, Jordana?

JORDANA.—Son las tres, señora.

MARQUESA.—¡Qué satisfacción sentirá usted al convocar a sus amigos para ceremonia tan bella en este soberbio edificio...!

DANIEL.—Habrá usted perdido la esperanza de que ese sátrapa de Cruz lo termine.

JORDANA.—Las perdí; pero las he recobrado otra vez. Yo no desmayo; yo siempre espero. *(En tono confidencial.)* Ya tienen ustedes noticias de la disidencia matrimonial.

MARQUESA.—Sí.

JORDANA.—Yo aspiro a conseguir la reconciliación.

DANIEL.—¡Usted!...

JORDANA.—Sí; me meto a componedor y a diplomático, con la esperanza de que mis buenos oficios se me paguen en ladrillo contante y sonante, o en sillería.

DANIEL.—¡Ay, qué inocente!

JORDANA.—No tanto como usted cree. He descubierto que el publicano ama locamente a su mujer... Anoche me le encontré en un estado de locura que daba miedo. Rugía como un tigre de malas pulgas, y toda silla en que se sentaba se partía en sinfín de pedazos. Tiznado y sudoroso de haber andado en los hornos de la fábrica, con la blusa hecha jirones, que agrandaba clavándose las uñas en los brazos, era la estampa de un Lucifer de la clase obrera, enviado del infierno para traernos la nivelación social. Su fuerza física parece duplicarse con la cólera que arde en su pecho hercúleo, y esta mañana..., a un infeliz capataz que no entendía sus órdenes le cogió así... y, ¡zas!, al estanque de remojo.

MARQUESA.—¿Y le tiró?

JORDANA.—Como que por poco se ahoga. Hoy ha despedido a mucha gente. La mitad de los operarios en la calle.

DANIEL.—Es un castigo del Cielo ese hombre.

JORDANA.—Hoy no se oyen en la fábrica más que llantos, gemidos, imprecaciones. Parece aquello el cautiverio de Babilonia.

HERMANA DE LA CARIDAD. — *(Entrando*

por la puerta pequeña del fondo. Esta queda abierta, y por ella se ve mesa puesta como para un refresco.) Don Manuel, a ver si la mesa está a su gusto.

JORDANA.—Voy en seguida. *(Vase la Hermana de la Caridad.)*

ESCENA IV

DICHOS y MONCADA, que entra en el claustro; después, DOÑA EULALIA y JAIME.

MONCADA.—Ya estamos aquí.

JORDANA.—¿Y Victoria?

MONCADA.—Con las señoras de Fiol, visitando la sala de expósitos.

JORDANA.—Corro allá.

MONCADA.—*(Deteniéndole amistosamente.)* Una palabra... *(Hablan aparte.)*

EULALIA.—*(Con Jaime por el claustro.)* Esto va largo.

JAIME.—Hay bateo para toda la tarde.

EULALIA.—Y a mis sobrinas les da por visitar ahora la sala de incluseros. No me divierten los chiquillos, ni aun aquellos que no tienen quien les haga mimos.

MARQUESA.—*(Saludándola.)* Eulalia, felices...

EULALIA.—*(Estrechando la mano a la Marquesa y a Daniel.)* Me han dicho que este demonio de Jordana ha decorado la iglesia con una magnificencia asiática.

MARQUESA.—Entremos a verla. *(A Daniel.)* Ven tú también. No quiero que te separes de mí.

JAIME.—Yo lo doy por visto.

EULALIA.—*(Queriendo llevarle.)* ¿Qué dice el incrédulo, qué dice la Materia?

JAIME.—Que está siempre a disposición del Espíritu. *(Le da el brazo. Los cuatro entran en la iglesia.)*

ESCENA V

MONCADA y JORDANA.

MONCADA.—¡Cuánto me alegraría de que sus negociaciones, amigo Jordana, tuvieran un éxito feliz! Francamente, esa separación no me gusta.

JORDANA.—Ante todo, Cruz quiere tener una entrevista con usted.

MONCADA.—Pues cuando guste. ¿Debo ir allá?

JORDANA.—Quizá puedan verse aquí. Rechazó de malos modos mi invitación... Pero me puse tan pesado y tan fastidioso, que al fin pude arrancarle la promesa de venir, por supuesto, dándole las seguridades de que no habrá himno, ni memorial presentado por las señoras, ni discurso mío, ni nada de lo que él llama mojiganga.

MONCADA.—Dudo que venga, a pesar de ese cambio en el programa.

JORDANA.—Por si acaso, iré a buscarle. *(Mirando su reloj.)* No, ya no puedo. Daré el encargo a mi primo.

ESCENA VI

DICHOS, VICTORIA y una HERMANA DE LA CARIDAD, que entra por el claustro.

JORDANA.—*(A su encuentro.)* ¡Ah, señora!...

VICTORIA.—¿No está aquí Gabriela?

MONCADA.—Pero ¿no fuisteis juntas a ver a los expósitos?

VICTORIA.—Sí; pero allí se nos unieron las de Fiol. Pasamos de sala en sala. Unas bajaban, otras subían. Yo me perdí. Parecióme que Gabriela había bajado al refectorio.

JORDANA.—Ya parecerá...

VICTORIA.—Sor Agustina ha sido tan amable que, además de acompañarme por el laberinto de pasillos y escaleras, me ha informado de varias cosas que necesito saber.

HERMANA.—De ropa de cama y envolturas para los niños no estamos bien. ¿Verdad, don Manuel?

JORDANA.—Lo mejor será que se le dé nota exacta de lo que tenemos en el guardarropa, de las pensiones de lactancia, del coste anual de cada chiquillo...

VICTORIA.—Eso es. Ya me enterarán de todo cuando estemos más despacio.

HERMANA.—Pues con su permiso... *(Saluda y se retira.)*

JORDANA.—Conque... inspeccionemos el "buffet".

ESCENA VII

VICTORIA y MONCADA.

VICTORIA.—*(Sentándose.)* Cansada estoy de veras...

MONCADA.—*(Observando que Victoria*

se lleva la mano a los ojos, mareada.) Pero ¿qué tienes?... ¿Te sientes mal?

VICTORIA.—No; se me va la cabeza... Me marea tanto subir y bajar escaleras.

MONCADA.—Tú no estás bien. No te has repuesto aún del disgustazo del otro día...

VICTORIA.—Ya descansaré. Anoche no pude pegar los ojos. Pensaba en el pataleo del pobre animal al encontrarse solo. Además, no se apartan de mi pensamiento las atrocidades que hará separado de mí.

MONCADA.—Me ha contado Jordana que anoche, sentado a la mesa sin probar bocado, su cara tétrica daba compasión.

VICTORIA.—Echaría de menos nuestra conversación amenísima: "Victoria, ¿apuntaste la partida de los moldes?" "Sí, hijo." "Que no se te olvide la rebaja que hemos hecho en los jornales de máquina." Luego hablamos de si el carbón que nos da Ríus es peor o mejor que el que nos daba la Compañía Hullera, o del tiempo favorable o adverso para las cochuras. ¡Ya ves qué cosas tan divertidas! Pero estas vulgaridades crían costumbre; y en el molde de la costumbre nos vaciamos y nos endurecemos.

MONCADA.—*(Suspirando con profunda pena. Aparte.)* ¡Pobre hija de mi alma! ¡Y por mí tomó tan pesada cruz! *(Alto.)* Háblame con absoluta sinceridad. ¿Deseas que sea definitiva la separación?

VICTORIA.—Te hablaré como a mi confesor. En los primeros momentos, la separación parecióme un bien. Pasados dos días, ya no me lo parece.

MONCADA.—¿Volverías...?

VICTORIA.—*(Después de vacilar.)* Sí... La vida con Pepet es árida, trabajosa; pero es vida. Es un batallar constante, aunque sin ruido... Soy yo muy guerrera. Peleo, caigo, me levanto, recibo crueles heridas, me las curo con mi bálsamo de Fierabrás, y otra vez a luchar con el gigante.

MONCADA.—*(Aparte.)* Su gran espíritu la salva.

VICTORIA.—Y te diré más. Hasta que me separé de él no he conocido que hay algo que hacia él me impele. Atracción misteriosa que no comprenderás quizá.

MONCADA.—Sí que la comprendo. Y él, por su parte, tampoco se aviene con la soledad. Es que hay seres que no pueden vivir sin tener alguien a quien atormentar.

VICTORIA.—Y los hay también que no pueden vivir sin ser atormentados. *(Confusa.)* No sé lo que es esto, y te aseguro que no lo entiendo bien... Pero las cosas muy claras y muy resabidas son para los tontos. Del misterio de las conciencias se alimentan las almas superiores.

MONCADA.—Lo que yo veo, hija de mi alma, es que por ley de costumbre, por el trato, por la sugestión misma del deber, que en ti puede tanto, le has tomado cariño a la fiera.

VICTORIA.—Quizá...

MONCADA.—Cuando aceptaste su mano, mejor dicho, cuando se la pediste tú, en un rapto de exaltación religiosa, por salvarme, creíste afrontar una vida horrenda de sacrificios y mortificaciones crueles. Luego ha resultado que no es tanto como creías, que aunque no tiene caridad y mira al prójimo como enemigo, a ti te guarda consideración y respeto.

VICTORIA.—Cierto. Y he venido a pensar que Dios no quiere que yo sea mártir, que fué una chiquillada pensar en tormentos horribles, y que mi destino es una vida pacífica y monótona, labrando sin cesar aquel campo estéril para obtener de él, poquito a poco, frutos de piedad y hacer algún bien a los que me rodean. Mis aspiraciones se achican; pero son quizá más prácticas...

MONCADA.—En fin, que por una causa o por otra, la separación te disgusta.

VICTORIA.—*(Levantándose.)* Y aún no conoces todas las razones que me mandan volver allá.

MONCADA.—*(Sorprendido.)* ¡Otras razones! Dímelas.

VICTORIA.—*(Con cierta cortedad.)* No, ahora no... *(Aparte.)* No me atrevo... Gabriela ha quedado en decírselo.

ESCENA VIII

DICHOS, GABRIELA y una SEÑORA, que aparecen por una de las puertas de la izquierda; poco después, JAIME y DANIEL, por la derecha.

GABRIELA.—*(En la puerta.)* Pero ¿dónde te metes? Buscándote hace media hora.

VICTORIA.—Pero si os perdisteis... Digo, me perdí yo.

GABRIELA.—Hija, no has visto la cocina... ¡Ay, qué cocina!

SEÑORA.—Y ¡qué despensa! No ha visto usted cosa igual. *(Avanzan las dos en escena.)*

GABRIELA.—Ven, ven.

MONCADA.—Está fatigada. Dejadla.

VICTORIA.—Iré si hay tiempo.

SEÑORA.—Venga usted. Es una maravilla de orden y limpieza.

GABRIELA.—*(Señalando a la puerta.)* Por esta escalera bajamos en un momento. *(Llévase a Victoria.)*

SEÑORA.—Usted también, don Juan. *(Aparece en la puerta una Hermana con mandil.)*

MONCADA.—¿Yo también?... Vamos allá. *(Aparecen Daniel y Jaime en la puerta de la iglesia.)* Jóvenes, ¿no quieren ustedes admirar las grandiosas cocinas?

JAIME.—No, señor, las admiraremos sin verlas..., cuando nos sirvan el rancho.

MONCADA.—Abur. *(Vase con la Señora por la izquierda.)*

JAIME.—¿Sabes que me da en la nariz olorcillo de guisote?

DANIEL.—De componenda, quieres decir. Jordana es un buen repostero y prepara el pastel.

JAIME.—¿Qué piensas tú? ¿Tienes la reconciliación por imposible?

DANIEL.—No. Triunfarán las leyes, la moral...

JAIME.—¡Las leyes, la moral, la religión!... Todo este conjunto artificioso es el soberano constitucional, que reina y no gobierna. Quien manda de verdad es la Naturaleza.

DANIEL.—Tienes razón. ¡Pero la Naturaleza paréceme a mí que ha perdido también los papeles, y hace cada disparate...! En fin, declaro que me aburro aquí soberanamente.

JAIME.—Yo también. Pero no puedo marcharme. Esposo amante, no sé vivir separado de mi cara mitad, y corro tras ella. *(Dirígese a la puerta de la izquierda.)*

DANIEL.—¿Dónde está mi madre? *(Como espantado de verse solo.)* No puedo estar solo... ¡Me tengo miedo! *(Al dirigirse al claustro, ve a Cruz y Jordana, que llegan despacio; el segundo como enseñando al primero el edificio.)* ¡Ah, el monstruo!... Ya no me voy.

ESCENA IX

DANIEL, CRUZ y JORDANA; después, una HERMANA DE LA CARIDAD

JORDANA.—*(Asustado. Aparte.)* ¡Daniel aquí!

CRUZ.—*(Aparte.)* ¡El clérigo! *(Alto. A Jordana, con desabrimiento.)* Y en fin, ¿para qué me trae usted aquí? *(Daniel y Cruz se miran con rencor.)*

JORDANA.—Señores, yo les ruego... Por Dios, tengan presente la santidad del lugar...

DANIEL.—*(Aparte.)* La presencia de ese hombre me vuelve al estado de condenación... ¡Oh! ¿Dónde está mi madre? No viéndola, el odio me enardece, mi razón se nubla... Yo quiero matar a ese hombre o que él me mate a mí.

JORDANA.—*(Como queriendo llevarse a Daniel.)* Querido marqués...

DANIEL.—Déjeme.

JORDANA.—*(A Cruz.)* Yo creo que con una leal explicación...

CRUZ.—*(Rechazándole con sequedad.)* ¿Qué sabe usted?

HERMANA.—*(Que entra presurosa por el claustro.)* Don Manuel, don Manuel, el prior de San Francisco y seis padres... Dirígense a la iglesia.

JORDANA.—Avise usted... ¿Ha llegado mi familia?... ¿El niño...?

HERMANA.—Arriba están, en el cuarto de la superiora. *(Vase la Hermana.)*

JORDANA. — *(Inquietísimo, sin saber adónde acudir primero.)* Abajo, la madrina...; los de casa, arriba...; los frailes, por allá...; los convidados, en completa dispersión...; el "buffet", sin arreglar..., éstos con ganas de pelea... *(Oyese repique de campanas.)* El prior entra... ¿Adónde acudir?... *(Mirando a Cruz y a Daniel.)* Y a mí, ¿qué? Mátense en buena hora. *(Entra presuroso en la iglesia. Cesa el toque de campanas.)*

ESCENA X

CRUZ y DANIEL.

DANIEL.—Señor Cruz, la casualidad ha vuelto a reunirnos. ¿Quiere usted que resolvamos nuestra querella por la forma usual del duelo?

CRUZ.—¡Estúpida forma la del duelo!

DANIEL.—Pues ¿cuál?... ¿Hay otra?

CRUZ.—Sí; si le encuentro a usted en las inmediaciones de mi casa, le mato...

DANIEL.—Pues iré prevenido, y bien podría suceder que le matase yo a usted. No, señor Cruz, eso es un duelo a estilo de salvajes...

CRUZ.—*(Después de recapacitar.)* Pues corriente. Batámonos a estilo civilizado.

DANIEL.—Bien.

CRUZ.—Elija usted armas.

DANIEL.—Elíjalas usted. Yo no manejo ninguna. Lo mismo me da, pues siendo usted tan diestro en todas ellas es seguro que me matará.

CRUZ.—Así lo creo.

DANIEL.—De modo que iré al duelo como víctima indudable; voy al asesinato, mejor dicho.

CRUZ.—Y lo dice tan fresco.

DANIEL.—Sí, porque deseo morir.

CRUZ.—*(Flemático.)* Pues entonces, ¿a qué ese duelo, que vuelvo a llamar estúpido? Porque seguramente he de matarle yo, exponiéndome a andar en líos con la Justicia. Si de veras apetece la muerte, lo más lógico y llano es que se mate usted. ¡Me parece!...

DANIEL.—*(Con efusión ardiente.)* La deseo..., sí... No puedo vivir.

CRUZ.—Pues nada más sencillo. Váyase usted por casa. Yo le doy, digo, le presto, un rifle segurísimo, arma admirable, con la cual da usted el salto al otro mundo casi sin sentirlo.

DANIEL.—Acepto.

CRUZ.—¿De veras?

DANIEL.—Sí; nada me interesa de la eternidad para acá.

CRUZ.—¿Nada? Usted ama. Quizá es amado.

DANIEL.—¡Oh, no! ¡Extraña cosa que yo tenga que declarar ante mi enemigo que no soy amado, y que este horrible vacío de mi vida obra es del despecho!... ¿A qué más explicaciones? Debo perecer... Me llama el abismo. En su fondo veo el descanso.

CRUZ.—Pues... bueno. Quedamos en que va usted por el rifle... Créalo: para mí es muy cómodo desembarazarme con tanta sencillez de la persona que más me carga en el mundo... Pero explíqueme usted mejor... *(Interesándose gradualmente en las manifestaciones de Daniel.)* los motivos de su desesperación.

DANIEL.—Mi vida..., toda equivocaciones. ¿En dónde está la lógica? Para mí hace tiempo que no existe. Persigo fantasmas que se desvanecen cuando los toco. Amé a Victoria, que me abandonó para vestir el hábito monjil.

CRUZ.—Y la pasión que sentía por ella se le torció, como el vino de mala calidad, convirtiéndose en santurronería.

DANIEL.—En fe. Caigo en ese lazo que me tendía mi perverso destino, y cuando me creo salvado, Victoria se pasa al enemigo.

CRUZ.—Ya...

DANIEL.—Pero aún me defiendo con la idea mística... Llega por fin un día en que la cólera sacude mi ser. Se desvanece aquel artificio en que yo vivía... Siéntome hombre... Abandona Victoria la casa conyugal... El demonio me tienta... Mi conciencia desconoce la rectitud... La maldad me atrae; me ilusiona el delito. Propongo..., encuentro en esa mujer una indiferencia glacial... Ni antes me valió el bien ni el mal ahora me vale. Estoy perdido, no sé lo que es esperanza. Ya lo ve usted, no puedo ni quiero vivir... *(Con desesperación.)* Deme usted esa arma..., pero al instante... *(Queriendo llevarle.)*

CRUZ.—*(Le coge fuertemente por la muñeca.)* No.

DANIEL.—Suélteme usted.

CRUZ.—No quiero.

DANIEL.—¿No desea mi muerte? ¿No me aborrece como yo a usted?

CRUZ.—Ya no.

DANIEL.—¿De veras?

CRUZ.—*(Con calma.)* No, porque ya no tengo celos. Usted me los quita.

DANIEL.—¿Yo?

CRUZ.—Sí... Y se han extinguido de golpe en mí las ganas de matarle.

DANIEL.—¿Por qué?

CRUZ.—Porque veo bien claro que mi mujer no le ama a usted, que nunca le amó. Así me lo había dicho, y lo creí. Después dudé... Pero usted me ha librado en un instante del suplicio de la duda.

DANIEL.—*(Como lelo.)* ¡Yo...!

CRUZ.—Porque si mi mujer le amase, aunque fuera con el pensamiento, usted lo conocería..., eso se conoce siempre..., y conociéndolo, usted no se entregaría a la desesperación ni pensaría en matarse.

DANIEL. — *(Con profunda tristeza.)* Cierto, sí.

CRUZ.—Soy muy rudo, pero a mane-

jar bien la lógica no me gana nadie. *(Daniel, abrumado, se sienta, sosteniendo la cabeza con ambas manos.)* Y ahora, ni acepto el duelo a que antes me provocaba, ni le dejo matarse, ni le presto el rifle.

DANIEL.—*(Con rabia sorda. Aparte.)* ¡Me perdona la vida!

CRUZ.—Y ya no me falta más que proponer las paces a mi mujer.

DANIEL.—*(Con súbito arranque de ira.)* Pues ahora insisto en que nos batamos, sí. No soy tan torpe, no, en el manejo de las armas... ¡Quién sabe!... El demonio que llevo dentro moverá mi brazo.

CRUZ.—*(Con calma desdeñosa.)* Reverendo joven, no me bato.

DANIEL.—Le obligaré, injuriándole públicamente.

CRUZ.—Que no y que no.

DANIEL.—Pasará usted por un cobarde.

CRUZ.—Como sé que no lo soy, no me importa que lo digan.

DANIEL.—*(Frenético.)* ¿De modo que no hay manera de romperse la crisma con usted?...

CRUZ.—Cuando yo no quiero, no... No le queda a usted más recurso que el suicidio, y yo me permito aconsejarle que no haga la tontería de marchar tan pronto al otro barrio. ¡Flojillo susto para su mamá!

DANIEL.—Mi madre no necesita de mí.

CRUZ.—Es pobre.

DANIEL.—Usted ha devorado los últimos restos de su fortuna.

CRUZ.—Mejor. Admirable ocasión para que usted trabaje. Soy el instrumento de la Providencia, el Dios destructor... Destruyo para que los demás tengan suelo y material para edificar...

DANIEL.—*(Perplejo.)* ¿Qué dice?

CRUZ.—Que vuelva usted a la vida ordinaria, que trabaje.

DANIEL.—¡Vivir, trabajar! ¿Qué significa eso?

CRUZ.—Váyase usted a América... Le daré cartas de recomendación.

DANIEL.—*(Con asombro, como vislumbrando una solución.)* ¡Ah!

CRUZ.—¿Qué? ¿No le parece mal?

DANIEL.—*(Desalentado. Aparte.)* Me protege, me humilla... Esto es imposible...

CRUZ.—América digo. La ausencia suele ser buen médico, como el tiempo.

DANIEL. *(Absorto, la mirada perdida en el espacio.)* ¡América!...

CRUZ.—¿Qué tal la idea?

DANIEL.—*(Apartándose de Cruz, como temeroso. Aparte.)* Temo que su horrible lógica me conquiste.

CRUZ.—¿Qué resuelve?

DANIEL.—Déjeme usted.

CRUZ.—¿Insiste en matarse?

DANIEL.—Sí..., no..., no sé... Resueltamente, no.

CRUZ.—Me alegro... ¿Y se va?...

DANIEL.—No sé... *(Lleno de confusión, fluctuando entre sentimientos contradictorios.)* Déjeme... Iré... No, no; no sé... De usted no acepto nada. Iría..., sin duda me conviene... Podré vivir, curarme... Mi madre... ¡Cabeza, no te me escapes! *(Oprimiéndola con ambas manos.)* Razón, ¿dónde estás?

CRUZ.—*(Con calma.)* Usted lo pensará...

DANIEL.—Lo pensaré..., quiero estar solo.

CRUZ.—Y me agradecerá el consejo...

DANIEL.—¡Agradecer! *(Mirando fijamente, con estupor y recelo.)* No me queda duda: es el demonio, el espíritu tentador, astuto, sabio, fuerte, lógico... Pero ¿cómo, Dios mío, me sugiere la idea salvadora?... Porque sí..., me salvaré... América, vida..., el mar..., tierras lejanas, sí, sí... Lo pensaré; hay que pensarlo. *(Cruz le mira. Daniel, temiendo su mirada, que le fascina, se va alejando, hasta que se arranca a la influencia sugestiva de Cruz y sale precipitadamente.)*

CRUZ.—*(Solo.)* Aceptará la idea. La lógica es lógica.

ESCENA XI

CRUZ, VICTORIA, GABRIELA, MONCADA, JORDANA, JAIME, DOÑA EULALIA, la MARQUESA, SEÑORAS y CABALLEROS, que entran por el claustro; entre ellos, ceremoniosamente, una mujer vestida al uso del país, con un niño en brazos, envuelto en ricas mantillas y capa de bautizo. Siguen las HERMANAS DE LA CARIDAD y un MONAGUILLO. Suena el órgano.

CRUZ.—*(Retirándose a la izquierda del proscenio, como para dejar paso a la comitiva, huyendo del compromiso de unirse a ella.)* ¡Para qué me traerá Jordana a estas mojigangas! Mi salvajismo se subleva... *(Reparando en Victoria.)* ¡Mi mujer! ¡Guapa está en verdad!

EULALIA.—*(Avanzando hacia Cruz y mirándole de arriba abajo, con desprecio. Márquese bien el aparte, guardando la distancia que el mismo aparte exige.)* Hombre sin corazón, enemigo de Cristo, Judas que le vendes, sayón que le azotas, ¿qué buscas aquí? *(Cruz parece entender por la mirada las expresiones de doña Eulalia, y se vuelve para otro lado, encontrándose frente a la Marquesa.)*

MARQUESA.—*(Mirándole con rencor, también aparte, a distancia conveniente.)* Bandido de la ley, perseguidor del débil, verdugo de los pobres, mal cuadra aquí tu insolencia si no vienes a humillarte y a renegar del diablo, a quien adoras. *(Vuélvese Cruz para el otro lado y ve a Gabriela.)*

GABRIELA.—*(Aparte.)* ¡Que Dios te confunda, monstruo, y aumente tus riquezas hasta hacerlas tan grandes como la mar, para que en ellas naufragues y te ahogues!

CRUZ.—*(Aparte también, con ira y desprecio.)* Furibundas vienen hoy estas pécoras. *(Por las dos personas mayores.)* ¡Y esta mocosa! ¡Qué modo de mirar!

VICTORIA.—*(Mirando a Cruz, que se ha retirado al otro extremo del proscenio y clava en ella los ojos. Aparte.)* ¡Mal ceño trae mi pobre monstruo!... Descuida... La loca de la casa está hoy muy inspirada, y te amansará. *(Rodéanla las señoras y Hermanas de la Caridad. Coge al niño de brazos de la nodriza. Dirígense a la iglesia. El órgano vuelve a sonar, tocando una marcha religiosa. Los invitados y las Hermanas siguen a Victoria y entran en la iglesia.)*

JORDANA.—*(A Cruz, indicándole que entre.)* ¿Y usted no...?

CRUZ.—*(Displicente.)* No quiero. Me quedo aquí. *(Apártase Jordana, algo corrido. Pasan todos a la iglesia, menos Cruz y Moncada.)*

ESCENA XII

CRUZ y MONCADA.

CRUZ.—¿Usted tampoco...?

MONCADA.—Luego. Tengo que decirte dos palabras.

CRUZ.—Vengan.

MONCADA.—Puesto que la separación es inevitable..., yo lo siento mucho. Pepet, cree que lo siento..., ocupémonos de la cuestión legal. Me figuro que con tu mujer no has de ser tacaño y que le reconocerás una renta decorosa. Pero hay otro asunto más grave...

CRUZ.—¡Más grave!

MONCADA.—Podría suceder..., no afirmo yo que suceda..., pero bien podría suceder...

CRUZ.—¿Qué?

MONCADA.—Una cosa muy natural, Pepet; que tu mujer, dentro de tres, cuatro meses, cinco a lo más...

CRUZ.—*(Con febril impaciencia.)* ¿Qué, hombre, qué?

MONCADA.—Pues que me diera un nietecillo.

CRUZ.—Don Juan, don Juan, no juegue usted conmigo, no me busque el genio... Mire que...

MONCADA.—Hay que prever este caso, Pepet, hay que preverlo...

CRUZ.—*(Inquietísimo.)* Pero ¿es verdad...? *(Gritando.)* ¡Victoria!... Que venga... ¿Dónde demonios está?

MONCADA.—Modérate, hijo, ten presente lo sagrado del sitio.

CRUZ.—¡Estoy en mi casa!... *(Como trastornado.)* ¡Ah! No. Estoy en el hospital, en este condenado asilo que ha hecho Jordana... Pero dígame usted..., ¿es cierto que...? ¿Lo ha dicho usted por broma, por ganas de atormentarme?... Don Juan, sepa usted que no admito bromas..., ni de usted ni de nadie las aguanto... Y si es verdad... Pero ¿usted no comprende que...? ¡Un hijo, tener un hijo! Pues ¿para qué me he casado yo? ¿Por qué trabajo, por qué soy como soy?... Don Juan *(Cogiéndole por las solapas.)*, no me contento con que Victoria me dé un hijo. Tiene que darme muchos, muchos; y a todos les criaré en el amor de la propiedad, en la religión del tuyo y mío, en el culto sagrado de la contabilidad, en el trabajo..., y en todo lo demás que ella quiera.

MONCADA.—Difícil me parece que tengas tantos... Uno quizá...

CRUZ.—*(Furioso.)* ¡Pues no faltaba más!... Digo que nos reconciliaremos, y tendré muchos hijos, don Juan, aunque usted se oponga...

MONCADA.—Yo..., como oponerme, no.

CRUZ.—Y realizaré el sueño de mi vida, pese a quien pese. Victoria y yo seremos fundamento de una gallarda generación, y perpetuaré mi nombre, uni-

do al de Moncada, y mis hijos serán condes, duques y marqueses, y vivirán con el esplendor que a su rango corresponde, y aumentarán las riquezas ganadas por su padre, y tendrán inmensa propiedad, tierras sin fin, granjas, montes, valles, provincias, casas, palacios, barrios, ciudades y nuestra casa, nuestra firma como industrial, como comerciantes, como banqueros, como terratenientes, como especuladores, como agiotistas..., será la primera de Barcelona, y de Cataluña, y de España, y del mundo entero.

MONCADA.—Calma, calma...

CRUZ.—Digo que no hay separación.

MONCADA.—Ella la desea.

CRUZ.—*(Paséase furioso por la escena.)* ¡Quitarme mis hijos, privarme de mi sucesión! *(Llamando a gritos.)* ¡Victoria!... Pero ¿cuándo se acaba ese endiablado bautizo?...

MONCADA.—¡Por Dios, Pepet!... ¡Qué lenguaje!...

CRUZ.—*(Gritando.)* Déjeme usted... ¡Victoria! Esto es un complot infame... Arrollaré cuanto se me ponga por delante. No respeto nada, ni a usted con sus canas venerables, ni a ella con sus remilgos de criatura santa y perfecta...

MONCADA.—La has ofendido gravemente.

CRUZ.—¡Ceguera de un instante! Soy fácil a la duda, como a la credulidad. Así como en los negocios no ha nacido todavía quien me engañe, en cosas de amor fácilmente me alucino, veo lo que no existe..., se me desfiguran y agrandan las cosas... Soy así... Pero, don Juan, yo creo en ella, creo en mi mujer, la más hermosa creación de la Naturaleza o de quienquiera que se ocupe en crear lo que vemos..., y lo que no vemos... Don Juan, no me contradiga.

MONCADA.—No, si yo... no.

CRUZ.—*(Con violencia.)* Porque no admito que se me contradiga en esto ni en nada, porque yo sé más que nadie, porque estoy dispuesto a demostrar que tengo razón, que estoy cargado de razón, que yo soy la razón misma; sí, señor, la razón...

MONCADA.—*(Sujetándole.)* Basta... Bruto, pareces un niño... Ya salen.

ESCENA XIII

DICHOS. La comitiva del bautizo sale de la iglesia; primero, las HERMANAS DE LA CARIDAD; luego, las SEÑORAS y CABALLEROS invitados. JORDANA delante; siguen JAIME, GABRIELA, DOÑA EULALIA, la MARQUESA, VICTORIA, la NODRIZA con el niño en brazos.

CRUZ.—*(A Victoria, dirigiéndose a ella en cuanto la ve.)* Tengo que hablarte.

VICTORIA.—¿Ahora?

CRUZ.—¡Ahora y siempre!

VICTORIA.—Pero ¡qué modos! José María..., aquí, en este lugar sagrado, ¿también escandalizas?

CRUZ.—Aquí y en todos los lugares sagrados escandalizaré siempre que se me antoje.

VICTORIA.—¡Oh, qué grosería! ¿Estás loco? Déjame.

CRUZ.—Repito que quiero hablarte.

VICTORIA.—Después.

CRUZ.—Ahora mismo. *(Los demás personajes se fijan en la viveza de este diálogo.)*

JORDANA.—*(Tratando de apartar la atención de todos del altercado entre Cruz y Victoria.)* Señoras y caballeros: ha llegado la hora suprema de la reparación... de fuerzas... *(Señalando al "buffet", que se ve desde la escena.)* Victoria, usted la primera.

VICTORIA.—Ahora voy.

EULALIA.—*(A Jordana, que sigue invitando.)* Yo no acostumbro tomar nada fuera de mis horas; pero porque usted no diga...

JORDANA.—Señora marquesa... Gabriela... *(Van pasando todos a la sala del "buffet", quedando solos en escena Cruz y Victoria.)*

ESCENA XIV

CRUZ y VICTORIA.

CRUZ.—*(Cogiéndola una mano.)* ¿Insistes de veras en la separación?

VICTORIA.—*(Asombrada.)* ¿Ahora sales con eso?... ¿Recuerdas lo convenido?

CRUZ.—Sí.

VICTORIA.—¿Y negarás que me sobran motivos para pedir que se cumpla la condición estipulada?

CRUZ.—*(Con fiereza.)* ¡Victoria!

VICTORIA.—No, no me impones mie-

do. Mis resoluciones, cuanto más repentinas, más duraderas. Un chispazo de mi voluntad, que es algo tempestuosa, me arrancó a la vida religiosa para llevarme al matrimonio. Otro chispazo me separa de ti para volverme a la vida religiosa.

CRUZ.—*(Estupefacto.)* ¡Otra vez!

VICTORIA.—Verás... Como no puedo estar ociosa, como mi espíritu, mi naturaleza toda, reclaman ocupación constante, absorbente, he decidido, a instancias del amigo Jordana, encargarme de la dirección de esta casa. Pondré en ello mis cinco sentidos, segura..., lo digo con inmodestia..., segura de no hacerlo mal. Me propongo organizar con la mayor perfección posible la parte de cuna y establecimiento de maternidad. ¡Ya ves qué satisfacción, qué gloria para mi alma, criar santamente a esta multitud de hijitos, ser la mamá de todos y de cada uno de ellos!

CRUZ.—*(Impaciente, receloso.)* Mujer, tú te propones acabar con mi paciencia, y lo conseguirás... Oye. *(Queriendo asirla por un brazo.)*

VICTORIA.—*(Apartándose.)* No; perdona... Tengo que entrar un momento en el "buffet". Creerían que es desaire... *(Dirigiéndose al "buffet" con paso ligero, a punto que sale de él Jordana.)*

ESCENA XV

CRUZ y JORDANA.

JORDANA.—*(En la puerta del "buffet".)* Pero ¿usted no toma nada?

CRUZ.—*(Con displicencia.)* Gracias.

JORDANA.—Está de mal temple.

CRUZ.—*(Llamándole.)* Dígame. ¿Es cierto que mi mujer piensa ser directora de... no sé...; vamos, de esto?

JORDANA.—Tales son sus deseos.

CRUZ.—¿Y usted consiente...?

JORDANA.—Pues ¿no he de consentir? ¡Y a mucha honra!...

CRUZ.—¡Jordana! *(Amenazador.)* Le juro a usted... Vamos, de mí no se ríe nadie; y si esta idea de secuestrar a mi mujer llega a ser un hecho, se verá quién es Jose María Cruz. Pegaré fuego a la casa, azotaré a las Hermanas... y a usted.

JORDANA.—*(Con dignidad, retirándose.)* Señor Cruz...

CRUZ.—*(Procurando dominarse.)* Perdone usted... No sé... Supongo que todo es broma.

JORDANA.—No lo tengo por tal... Será directora, sí, señor. Y yo tan contento. ¿Ve usted esas habitaciones que aún no están ocupadas? *(Señalando a la primera puerta de la derecha.)* Ahí se instalará.

CRUZ.—¿Ahí? *(Acercándose a la puerta.)* Está bien. *(Llamando.)* ¡Eh!... ¿No hay aquí criados? Que avisen a mi casa para que venga Lluch... y dos o tres mozos...

JORDANA.—Pero ¿qué hace usted?

CRUZ.—Pues mandar que me traigan aquí mi cama, mi mesa, mis libros de contabilidad...

JORDANA.—¿De veras?

CRUZ.—Sí, hombre; aquí me instalo también. Quiero velar por la niñez... Me interesa extraordinariamente la generación que ha de sucedernos, los que ahora son pequeñitos y mañana serán grandes.

JORDANA.—¡Y usted...! *(Entusiasmado.)* Venga un abrazo, señor Cruz.

CRUZ.—*(Rechazándole.)* No, nada de abrazos. Repito que si mi mujer viene aquí, yo también...

JORDANA.—Bien decía yo que eso de la separación era una tontería.

CRUZ.—Claro, una tontería... Nada; cuatro palabras un tanto vivas, un talón que va y vuelve, un hacha levantada... Tuve celos...; ya no. *(Recorriendo la escena excitadísimo.)* Lo diré a cuantos quieran oírlo... Que me traigan al clérigo; que me traigan a todos los clérigos del mundo, y les diré que sus envidias de mi felicidad no llegan hasta mí...

JORDANA.—*(Aparte.)* Nunca le vi tan agitado. Carácter que se desquicia, hombre rendido... Será nuestro al fin. *(Aparece Victoria por el "buffet".)* ¡Victoria!... No estorbemos. *(Pasa al "buffet".)*

ESCENA XVI

CRUZ y VICTORIA comiéndose un bizcocho.

VICTORIA.—¡Cómo me gustan hoy los bizcochos! ¡No sé cuántos me he comido!... Y comería más.

CRUZ.—Antojadiza estás... Ea, concluyamos. No admito la separación.

VICTORIA.—*(Con la boca llena.)* Me sorprende esa conducta después de haber dudado de mí.

CRUZ.—¡Dudar! ¿Y quién no duda alguna vez, y ciento, y mil? Pues ¿por qué existe la fe, sino porque existió primero su madre, la duda? Yo dudé, es cierto; pero ya creo en ti. ¿Qué más quieres?

VICTORIA.—Quiero más, mucho más. Tu aversión al prójimo, tu crueldad, tu codicia, tu barbarie, son una barrera infranqueable que me separa de ti.

CRUZ. — Pero ¿qué pretendes? ¿Que me vuelva otro? ¿Soy acaso la Naturaleza, soy yo quien ha hecho las cosas como son? ¿Puedo yo mudar las causas, quitar y poner los efectos? Si soy así, ¿qué remedio hay más que tomarme o dejarme?... Tú también tienes defectos, Victoria; al menos, yo veo defectos en lo que otros ven perfecciones. Eres demasiado religiosa, me acosas, me mareas con tu idea de la caridad, tan distinta de las mías; me sermoneas, me contradices, me abrumas... Y, sin embargo, yo me llevo bien con tus defectos, y te quiero a pesar de ellos, y quizá por ellos... Acéptame tú a mí con mis asperezas, como yo te acepto a ti con las tuyas... Porque si mis escamas o aletas de dragón infernal te pinchan y raspan y cortan, a mí... el plumaje de tus alas de ángel también me..., me punza, me roza, me hiere. *(Retírase a la izquierda del proscenio, donde está la mesa. Siéntase junto a ella en actitud reflexiva)*

VICTORIA.—*(Aparte.)* Su carácter no puede cambiar. ¿Podría acaso suavizarse un poco?... Para conseguirlo más valdrá la astucia que la fuerza. *(Observándole.)* No puede vivir sin mí... Esto ya es algo... ¿Será cierto, Dios mío, que yo tampoco puedo vivir sin él, sin esa rudeza que me lastima cuando trato de domarla?... Sí, es ley de vida, ley también de educación, amar a los que corregimos.

CRUZ.—*(Como asaltado de una idea.)* Bueno; accedo a la separación con tal que me libres de una duda que me atormenta. Dime si tu papá se burlaba de mí cuando me indicó hace un rato que...

VICTORIA.—¿Qué, hombre?

CRUZ.—Que...

VICTORIA.—Parece que estás lelo.

CRUZ.—Que quizá me darías un hijo.

VICTORIA. — *(Afectando indiferencia.)* ¿Ya fué papá con el cuento?

CRUZ.—*(Vivamente.)* ¡Luego... es verdad!...

VICTORIA.—No he dicho que sea verdad. Es una previsión de papá... *(Bromeando.)* Un por si acaso...

CRUZ.—¡Victoria..., basta de bromas! ¿Es cierto que...?

VICTORIA.—Siéntate...

CRUZ.—*(Sentándose.)* Ya estoy.

VICTORIA.—Hablemos claro. *(Coge una silla y se sienta a su lado. Pausa. Expectación de Cruz.)* ¿A cómo lo pagas?

CRUZ.—¿Qué?

VICTORIA.—Eso que tanto deseas... Así hay que tratarte a ti... Al lado tuyo me he vuelto muy mercachifle, y todo lo cotizo, como tú.

CRUZ.—*(Inquietísimo.)* ¡Mujer..., mira que...!

VICTORIA. — *(Obligándole a sentarse.)* Quieto... Los negocios se tratan con calma y frialdad.

CRUZ.—Pero los hijos no sé yo que se hayan cotizado nunca.

VICTORIA.—Los hijos también, sobre todo cuando los padres son como tú. A ver, clarito, ¿cuánto das?

CRUZ. — *(Irritado, levantándose.)* Victoria, no me vuelvas loco. Ahora sí te digo que antes se hundirá el firmamento que consentir yo en la separación.

VICTORIA.—No podrás evitarla sino cotizándome también a mí. Vaya, hombre, me vendo. ¿Cuánto das por mí, ahora que seguramente valgo más que antes, mucho más?

CRUZ.—No compro mercancía que me pertenece.

VICTORIA.—¿A que sí?

CRUZ. — Bueno; pues propón tú. El que ofrece el artículo que manifieste en cuánto lo valora.

VICTORIA. — Pues pido... *(Reflexiona un instante con expresión picaresca.)* Pido... Prepárate, que voy a pedir mucho...

CRUZ.—Preparado estoy.

VICTORIA. — Pues... empiezo por una pretensión muy justa de papá. La perpetuidad por sucesión directa de la Casa Cruz Moncada bien merece que reconozcas como nominativas y pertenecientes a mi padre la quinta parte de las acciones del Banco Industrial...

CRUZ.—*(Vivamente.)* Concedido. *(Aparte.)* Le daré toda la broza...

VICTORIA.—Bien.

CRUZ.—Las acciones letra D.

VICTORIA. — *(Vivamente.)* No..., no; eso, no.

CRUZ.—¿Por qué?

VICTORIA.—Pero ¿tú te has creído que yo soy tonta, o que no entiendo de negocios?... Las acciones letra D son lo que llamas broza, porque están gravadas con el canon de Foxá.

CRUZ.—*(Asombrado.)* Pero...

VICTORIA.—Andate con cuidado conmigo... Mira que a mí no hay quien me engañe... En fin, las de letra B.

CRUZ.—*(Haciendo un gran esfuerzo.)* Sea.

VICTORIA. — Adelante... *(Sonriendo.)* ¡Si vieras!... Grabada tengo aquí la última cantidad que escribí en el libro de la fábrica. ¡Tengo una memoria!... Era el saldo a tu favor de la cuenta del último trimestre... ¡Bonita cifra! Beneficio líquido: pesetas veintisiete mil cuatrocientas treinta y tres con setenta y ocho céntimos.

CRUZ.—Justo, sí.

VICTORIA. — ¡Qué hermosura de trimestre! Parece un sueño, una ilusión...

CRUZ.—Pero no lo es.

VICTORIA.—Pues... ese pico ha de ser para mí.

CRUZ.—¿El pico? ¿Los setenta y ocho céntimos?

VICTORIA.—No...

CRUZ.—¡Ah, el pico de cuatrocientas treinta y tres pesetas! ¡Bien, hija mía..., si... *(Muy conciliador.)*, sí. Puedes repartirlo entre los pobres. Sí, sí..., concedido. *(Como sintiéndose tranquilizado.)*

VICTORIA.—Siéntate. No me entiendes. Se te ha metido en la cabeza que tu mujer es una simple, una pobre beata que no sabe más que rezar..., y... El pico que quiero, que reclamo, es el total, las veintisiete mil...

CRUZ.—¡Y a eso llamas pico! ¡Victoria! *(Levántase airado.)* Vaya; no concedo. Quieres arruinarme... ¡Esto es horrible, Victoria!

VICTORIA.—Bueno, hombre, bueno. Calma. No es para alborotarse. *(Levántase muy tranquila.)* Puesto que no podemos entendernos, adiós.

CRUZ.—*(Sujetándola por un brazo.)* Aguarda... Pero ¿tú sabes...? ¡Si no hay en el mundo pobres para limosna tan colosal! ¿Acaso piensas salir a un balcón y arrojar el dinero a puñados?

VICTORIA.—Venga el pico.

CRUZ.—¡Es mucho cuento! Pero ¿qué entiendes tú por picos, desventurada?

VICTORIA.—Sé lo que digo. Si soy yo una gran hacendista, y sé más, mucho más que tú. Llamo pico a esa cantidad, considerándola en la cuenta total de tus ganancias. En la liquidación de Bolsa, por diferencias, a fin de mes, has ganado...

CRUZ. — *(Interrumpiéndola.)* ¿Tú qué sabes?

VICTORIA.—Es que hay en Bolsa un pajarito que viene volando y me lo cuenta todo.

CRUZ. — *(Burlándose.)* El Espíritu Santo.

VICTORIA.—Justo; el Espíritu Santo. Le vi en éxtasis, y en el pico llevaba un papelito que decía: pesetas doscientas cincuenta y siete mil trescientas ocho con veintitrés céntimos.

CRUZ.—*(Con vivísimo asombro.)* ¿Sabes...?

VICTORIA.—Tonto, ¿crees que no vi la nota que te llevó Huguet el miércoles?...

CRUZ.—*(Corrido.)* Pero ¡quia!... Tú no sabes... Si no fué tanto... ¡Qué simple eres! Si de esa suma hay que deducir...

VICTORIA.—Lo que te ganó Fábregas... Si estoy en ello. También sé la cifra al céntimo... Mira que te la suelto y te confundo.

CRUZ.—No, no; basta. Bueno, mujer, maldigo tus actos infernales, o celestiales, o lo que sean; y para que veas que soy conciliador, te doy eso que llamas pico con tal que cierres el tuyo y no pidas más.

VICTORIA.—Pero si ahora empiezo...

CRUZ.—Pero ¿más? *(Aterrado, dirígese al otro lado del proscenio. Síguele Victoria.)*

VICTORIA.—Sí, más. Pido que cedas a los franciscanos el terreno que creen suyo.

CRUZ.—*(Vuelve al otro lado del proscenio.)* No puede ser... Ea, que no.

VICTORIA.—Que sí.

CRUZ. — *(Deteniéndose.)* Lo más, lo más que haré en obsequio tuyo es... Vamos, doy a los frailes la mitad... ¡Ya ves...!

VICTORIA.—Todo, todo.

CRUZ. — *(Como deseando concluir.)* Pues todo... ¡No dirás ahora...! Ya ves... Me dejo saquear sin compasión,

VICTORIA.—¡Sí, sí; espléndido está el mozo!

CRUZ.—Me parece que te he pagado bien...

VICTORIA.—Valgo yo mucho más. Y en prueba de que no me taso a desprecio, te exijo que establezcas un Montepío para los obreros inutilizados...

CRUZ.—*(Muy conciliador.)* Pues mira, yo también había pensado en eso.

VICTORIA.—Y que dotes a este hospital con diez o doce camas...

CRUZ.—También, también.

VICTORIA.—Y que edifiques dos escuelas.

CRUZ.—Una para niños y otra para... Concedido... Sí, sí... No dirás... Ya ves... Si estoy aterrado de mi prodigalidad.

VICTORIA.—¡Oh! Sí; eres muy pródigo...

CRUZ.—Me parece...

VICTORIA.—No, no te alabes, no te engrías. La prontitud con que has accedido a mis deseos me prueba que no hay en tu generosidad mérito alguno.

CRUZ.—¿Cómo?... ¿Qué dices

VICTORIA.—¡Si yo te conozco! Si a mí no puedes ocultarme nada... Vas a verlo. Anteayer, poco antes del desagradable suceso que nos separó, recibiste una carta de Mazatlán...

CRUZ.—Sí; anunciándome la muerte del primo Ripoll...

VICTORIA.—*(Con picardía.)* Dime: ¿y no dejó alguna cantidad para obras benéficas en Barcelona?

CRUZ.—*(Absorto.)* Pero ¿cómo sabes...?

VICTORIA.—No sé: adivino. Soy maga, sibila, profetisa... ¿No lo habías conocido hasta ahora?

CRUZ.—*(Corrido.)* Pues sí, ha dejado... algo, sí...; vamos, veinte mil duros para obras de beneficencia.

VICTORIA.—Nombrándote su ejecutor testamentario para ese fin...

CRUZ.—Con facultades omnímodas.

VICTORIA.—Lo comprendí, lo adiviné. ¿De qué me serviría este numen, luz del Cielo, más bien, si no me sirviera para explorar el fondo de tu alma... y toda la trama oculta de tus negocios?

CRUZ.—Pero si lo que te he concedido vale más, mucho más...

VICTORIA.—Eso... lo veríamos.

CRUZ.—*(Exagerando.)* Muchísimo más.

VICTORIA.—Muy poco significan tus regateadas mercedes, José María. Prepárate: tu antojadiza esposa, si por tal la quieres y la estimas, te va a dar un pellizco...

CRUZ.—*(Rugiendo.)* Vive Dios... ¡Victoria! Pero ¿más?

VICTORIA.—Sí, más, más. Pido que concluyas las obras de este santo Asilo.

CRUZ.—*(Airado, violento.)* Mujer..., basta... Pero ¡tú te propones dejarme en la miseria! *(Recorriendo agitadísimo la escena.)* ¿Concluir esto?... ¿Estás loca? Pero ¿tú sabes...?

VICTORIA.—Sí; conozco bien el plano.

CRUZ.—*(Nervioso, excitadísimo, mirando hacia el claustro.)* Pues ahí es una friolera... Falta el ala derecha..., falta la iglesia definitiva..., con dos torres muy grandes..., que llegan al cielo... No, no, imposible... Hija mía, no, no puede ser. Hasta aquí llegué... Ni Cristo pasó de la Cruz ni este Cruz pasa de aquí.

VICTORIA.—Pues no podemos entendernos.

CRUZ.—Cierto que no hay manera de entendernos... Mejor... Porque sería mi ruina, y... No, no...

VICTORIA.—Pues, hijo, yo no transijo.

CRUZ.—Ni yo..., ni yo tampoco.

VICTORIA.—Rotas las negociaciones.

CRUZ.—Pues rotas..., ea...

VICTORIA.—Separación.

CRUZ.—Pues separación, y cada cual por su lado... Pues no faltaba más.

VICTORIA.—*(Dándole el sombrero y señalándole la salida.)* Estoy en mi casa. Toma..., por allí se sale.

CRUZ.—*(Toma el sombrero y luego lo deja.)* Victoria..., aguarda..., oye. Busquemos una transacción. Daré a Jordana una cantidad...

VICTORIA.—*(Con energía.)* No, no; has de terminar por tu cuenta el edificio. cueste lo que cueste.

CRUZ.—No, no, no... Yo estoy loco... Déjame... ¿Qué es esto?... Paréceme que la armonía del mundo se trastorna... La tierra se resquebraja... El cielo se desquicia... No, no; yo quiero ser siempre José María Cruz... Victoria, óyeme... ¿No podríamos...?

VICTORIA.—*(Sentándose.)* ¿Qué?

CRUZ.—Encontrar un medio, una fórmula..., simplificando las obras, modificando el plano y el presupuesto...

VICTORIA.—Todo ha de ser como está proyectado...

CRUZ.—*(Pateando.)* ¡Por vida de...! Pero, mujer, siquiera... ¿A qué esas dos

torres? Con una basta... y chiquitita... y de ladrillo.

VICTORIA.—Han de ser dos, y de piedra, y grandes, grandes..., y en los cimientos de la iglesia, una cripta...

CRUZ.—¡Una cripta!

VICTORIA.—*(Cariñosamente.)* Sí, en la cual labraremos nuestros sepulcros, el tuyo, el mío y los de nuestros hijos, y cuando muy viejecitos ya, cargados de años y de méritos, nos muramos...

CRUZ.—Nos enterrarán allí...

VICTORIA.—Sí..., yo así *(Indicando la actitud de una estatua yacente.)*, tú a mi lado.

CRUZ.—Eternamente juntos...

VICTORIA.—Nuestros huesos; que las almas... En el cielo estará la mía.

CRUZ.—La mía también... ¿Eh? ¿Qué crees?... Me colaré como pueda... Sobornaré a San Pedro.

VICTORIA.—Sí; bueno estás tú para sobornar. En fin...

CRUZ.—*(Trastornado.)* Victoria..., me fascinas..., me enloqueces, me... Pero no, no puedes conquistarme, no me conquistarás...

VICTORIA.—¿A que sí?

CRUZ.—*(Sentado, indicando confusión y abatimiento.)* No, no.

VICTORIA.—*(Cariñosamente, pasándole la mano por los hombros.)* Si mi monstruo es mejor de lo que parece, y...

CRUZ.—*(Con abatimiento.)* Eso me agrada, sí...

VICTORIA.—¿Qué?

CRUZ.—Que me llames tu monstruo...

VICTORIA.—Mi monstruo..., sí... Sí, aunque no quieras, mío has de ser por los siglos de los siglos. Y ahora has de prometerme terminar esta casa de Dios.

CRUZ.—*(Luchando y casi sin fuerzas ya.)* Victoria, por piedad... ¡Ay, no puedo más...! Rematame de una vez...

VICTORIA.—¿Convencido?

CRUZ.—*(Con abatimiento.)* Eso me do... No me conozco..., no sé lo que me pasa... Mujer mía, yo te suplico, por lo que más quieras, por San Pedro y San Juan y San Francisco y todos los santos, que no me atormentes más... Mira que entrego el alma...

VICTORIA.—*(Acariciándole.)* Monstruo mío querido, cálmate...

CRUZ.—*(Angustiado.)* Pero ¿no más? ¿Ya no más?

VICTORIA.—¡Ay! Quisiera poner punto final. Pero no puede ser...

CRUZ.—¡Cómo!

VICTORIA.—Lo siento, lo siento mucho... Me duele verte padecer... Padezco yo tanto como tú.

CRUZ.—*(Desesperado.)* Todavía más...

VICTORIA.—Sí..., no hay otro remedio. Dios me lo manda. Ya sabes que mis actos obedecen a un impulso superior, misterioso... Yo bien quisiera no mortificarte más..., pero... tengo que darte otro pellizquito..., otro, sí...; será leve, suavecito... Resignate. Ya ves que lo siento, que me duele tanto como a ti.

CRUZ.—A ver..., di... Despacha pronto.

VICTORIA.—Necesito el Clot...

CRUZ.—*(Levantándose airado.)* ¡Oh, el Clot!... Es burla... ¡Rayos y truenos...! No..., Victoria. Maldita sea mi condescendencia, maldita tu terquedad. Quieres que acabemos por pedir limosna. ¡Oh, quitarme esa hermosa finca...!

VICTORIA.—*(Calmándole.)* Sosiégate..., por Dios... Monstruo querido..., dragoncito mío... Déjame que te explique...

CRUZ.—*(Cae en el sillón y se golpea la cabeza.)* ¡Negación de mí mismo!... No puede ser, no.

VICTORIA.—*(Sujetándole las manos para que no se dé golpes en el cráneo.)* Pero no te pegues..., pobrecito. *(Le besa la cabeza.)* Oyeme... Necesito esa finca para un regalo que tendré que hacer... ¿Sabes? Dentro de cuatro meses, día más o menos...

CRUZ.—*(Alelado.)* ¡Cuatro meses...!

VICTORIA.—Sí, hijo mío... Tengo que obsequiar dignamente a una persona, a una excelente amiga mía, que en la fecha que te indico se unirá a nosotros con parentesco espiritual... Ya comprendes.

CRUZ.—Sí, sí..., comprendo... Muy bonito; soy feliz... Pero, a pesar de todo..., no puedo darte el Clot; yo te suplico que no me lo pidas. Tengo el proyecto de establecer en él una gran industria, y... Te daré otra cosa..., pide, saquéame, devórame, arruíname. Pero eso. ¡ay!..., eso no...

VICTORIA.—Siento mucho que no puedas..., porque sin esa concesión no volveré a tu lado... Pobre monstruo mío, te morirás de pena sin mí..., y yo..., yo, ¿a qué negarlo?, yo sin ti también... *(Con emoción. Se aleja de él y se sienta.)*

CRUZ.—*(Corriendo a su lado.)* Victoria, no digas que...

VICTORIA.—Quisiera ceder, transigir; pero es imposible, ¡ay!...

CRUZ.—Considera..., yo, yo, como jefe de la familia, yo, el padre, debo velar por la propiedad, por los intereses.

VICTORIA. — *(Levantándose orgullosa.)* ¡Ah! No..., eso es una antigualla. Dios me ilumina, y me dice que las madres gobiernan el mundo.

CRUZ.—¡Las madres!

VICTORIA.—*(Con brío.)* Sí... Basta. Sométete..., pero en absoluto, sin condiciones... Silencio...

CRUZ.—Pero, por Dios, no lo digas a nadie. Guarda el secreto de mi conquista. Me avergüenzo de la traición que hago a mi carácter.

VICTORIA.—Déjame a mí. Soy tu ángel bueno... No temas... Ea, vengan todos acá. *(Gritando.)* ¡Papá, Gabriela, Florentina, Jordana!

ESCENA XVII

DICHOS, MONCADA, GABRIELA, DOÑA EULALIA, la MARQUESA, DANIEL, JAIME y JORDANA, que entran por el «buffet».

VICTORIA.—Mi marido y yo hemos resuelto terminar las obras de este gran edificio... *(Asombro en todos.)*

JORDANA. — Milagro, milagro... ¡Eh! Que venga el organista..., los chiquillos a entonar el himno... Música, cohetes. *(Sale disparado por el fondo.)*

VICTORIA.—*(Aparte, a Moncada.)* Papá: todo conseguido... *(A la Marquesa, en voz alta.)* Florentina, alegrarse. El Clot volverá a ser de usted...

MARQUESA. — ¡Dios te bendiga! *(La abraza llorando.)*

VICTORIA.—Y tú, Daniel, ya no vas a América. Abre tu bufete; mi marido y yo te nombramos letrado de la casa.

DANIEL.—¡Humillación!... ¡Absurdo!

CRUZ.—Pero...

VICTORIA.—Me constituyo en dictadora, lo mando, y a callar todo el mundo.

MONCADA.—Eres hombre vencido y domado. Victoria hace de ti lo que quiere.

CRUZ.—Eso, no. Mientras más la quiero, más me afirmo en ser lo que soy. Es que teniéndome por indomable, me agradan los latigazos de la domadora. Ni yo puedo vivir sin ella ni ella sin mí. Que lo diga, que lo confiese.

VICTORIA.—*(Con arranque.)* Lo confieso, sí. Eres el mal, y si el mal no existiera, los buenos no sabríamos qué hacer..., ni podríamos vivir.

FIN DE
"LA LOCA DE LA CASA"

NAZARIN

(1895)

NOTA PRELIMINAR

El misticismo—el literario, se entiende, apasionada réplica del espiritual, voz éste y eco aquél—tiene sus raíces más hondas y jugosas en tierras españolas. El misticismo literario no prendió únicamente en el azoguillo de los santos y de los teólogos. Ha sido en España llama viva en el anhelo de muchos ingenios pecadores, siempre con el alerta de la llamada inexorable: Dios. Muy pocos han sido los grandes escritores españoles inmunes a la curiosidad—¿al reconcomio?—de acercarse a entender, a gustar el misticismo. A veces, entre bromas y veras. Recuérdese Quevedo. En ocasiones, con una seriedad fallida, no exenta de patetismo. Recuérdense las mejores cartas de Cadalso y la mejor lírica de Núñez de Arce.

Galdós, español ciento por ciento, ya cumplidos los cincuenta años, se nota bazuqueado por el impulso impresionante. Y casi obseso, intenta penetrar en las diversas moradas del misticismo. No tengo autoridad suficiente para criticar cuanto de fracaso pueda haber en los intentos nobles de Galdós. Pero sí me interesa señalar que el gran novelista coge bien los cabos sueltos que llevan a la unidad de esa exaltación del alma que recibe el nombre de Mística. Esos cabos sueltos son las formas del misticismo: la pura, la ideal, sin trampa ni cartón, don de la bondad divina, y desligado de todo efecto y de todo afecto humano; la que se debate aún entre las alas que se esfuerzan y el barro que pega al suelo; la que no es sino un puro espejismo del sentimiento excitado por una pasión malograda; la basada en un hondo quebranto moral o en una grave enfermedad física. Criaturas tiene Galdós en las cuales estas cuatro formas se larvan. La primera en Leré y en Nazarín; la segunda, en La loca de la casa; la tercera, en Angel Guerra y en Jaime Malavella, y en la Condesa Halma la cuarta.

Ni que decir tiene que cuando Galdós tantea en el misticismo no lo hace con el alma llena de sublime ensoñación, desligado de toda idea utilitaria. Acertaba plenamente un crítico español al señalar que nuestro gran novelista tenía no poco de inglés—de espíritu inglés, para aclarar—en lo de aparentar oposición entre sus tendencias positivistas utilitarias y su gran preocupación religiosa. Si a Galdós le preocupa la mística, no es por su aspecto especulativo y poético, ni por la desinteresada relación estética y dialéctica del misterio y la conciencia; le preocupa porque ve en la mística la más firme conducta para la salvación, que es el problema de sus problemas. La preocupación religiosa de Galdós es personal e interesada. Galdós, a fuerza de contemplar el mundo desde un punto de vista positivo, objetivo, sin engaño, ha llegado a fijarse en el interés de los intereses: el religioso. Pero no se espere que las criaturas de Galdós mediten o contemplen el cielo, que vivan girando alrededor de la llama viva, ajenos a la realidad. Los personajes de Galdós no tratarán tanto de admirar a Dios como de servirle. Imitarán de Jesús—tomando el Evangelio al pie de la letra—en lo más comprensible y aparente, en lo que atrae a las masas, en lo que electriza

los entusiasmos: en la pobreza, en la humildad, en la mortificación. Hasta para ganar el cielo quiere Galdós que sus criaturas se aferren con todas sus fuerzas y con todos sus anhelos a la simple humanidad.

Y esto en los personajes que, para Galdós, desarrollan un misticismo puro, sin trampa ni cartón, desligado de todo efecto y de todo afecto humano. Como Nazarín.

Nazarín es un clérigo un tanto irregularizado al parecer de quienes antes que nada buscan cubrir las formas, evitar el escándalo. Lo que busca realmente Nazarín es ganar el cielo humildemente, poniendo toda su humanidad en celo de parecerse a Cristo. Nazarín, justo es decirlo, no tiene un plan metódico. No quiere fundar. No intenta propagar. Desiste de todo doctoral alarde. Lo que quiere es dar ejemplo. Le atrae lo popular y exotérico de la doctrina cristiana. Ir por los caminos, sin rumbo. Dormir al raso. Vestirse de harapos. Padecer hambres. Renunciar, a favor del prójimo, del menor bien de los bienes. Sufrir persecuciones, insultos, calumnias, con ánimo paciente. Cosas, en fin, que dependen exclusivamente de la voluntad propia.

Nazarín, a quien conocemos en la casa de huéspedes—mejor diríamos mesón, posada de la tía Chanfaina, *Estefanía en la fe de bautismo—, situada en la calle de las Amazonas, en la que se guarecen una tribu de gitanos, con sus jumentos auxiliares, y un enjambre de míseros personajes de siniestra catadura; Nazarín es un ser joven aún, prematuramente envejecido, de rostro enjuto tirando a escuálido, color tostado, ojos negros enfebrecidos, nariz aguileña... Es ilustrado y, sin embargo, no le interesan otros libros que los de rezo. La fe la tiene bien remachada en su espíritu, por lo que ni los comentarios ni la paráfrasis de la doctrina le enseñan nada. No se ocupa para nada del futuro. ¿Ha comido algo hoy? Ya llegará mañana también el alimento. Y si se retrasa..., esperará otras veinticuatro horas. Normalmente no existen dos días seguidos rematadamente malos. El sol no falla siempre. Su felicidad cotidiana consiste en empeorar su estado, aun cuando éste sea ya pésimo. La pérdida que únicamente lamentaría es la de su paciencia. Cree que no existen otras leyes que amparen al que ha hambre y sed de justicia que las de Dios, y también que no supone humillación alguna recibir limosna. No sabe definición alguna de enemigo. Su credo, en la relación social, es la pasividad, dejarse robar, insultar, calumniar. Según el jefe de la tribu de gitanos que con él conviven, ¡es el príncipe de los serafines! En opinión de la patrona, un corazón de paloma, una conciencia limpia y blanca como la nieve, una boca de ángel por la que jamás se escapa la palabra fea o la palabra áspera..., ¡y al que enterrarán con palma!*

Por una serie de circunstancias adversas, Nazarín ha de salir de Madrid y de abandonar los hábitos. La calumnia se ceba en él precisamente por convivir con las rameras, con los ladrones, con los vagos de mil géneros, con los asesinos ocasionales y de profesión. Y ¡qué admirablemente aprovecha la inspiración realista por esencia de Galdós las condiciones del escenario para lucir su observación, la exactitud pintoresca del lenguaje, la eficacia del estilo, el tesoro de datos allegados del natural, las ventajas de su arte de siempre! A Nazarín, en su peregrinación sin rumbo *por los pueblos de la provincia de Madrid, le acompañan dos mujeres de ínfima condición, quienes, atraídas por la simpatía espiritual—humana siempre—que fluye de él, intentan, sirviéndole e imitándole, conseguir la paz terrena y la salvación inmortal. ¡Cómo emociona ver a Nazarín y a sus satélites, tan de buena fe, metidos en aventuras de piedad hasta los codos, con escasa psicología, con muchas obras buenas!*

Una de las acompañantes del clérigo humilde es Andara—*contracción de Ana de Ara—, mujer de mala vida, que después de dar de puñaladas a una colega se escondió en la habitación de Nazarín, sabiendo de sobra que éste no la delataría. Es brava y apasionada, fea y sucia, exhala un fuerte olor a* pachulí. *La otra seguidora responde al nombre de Beatriz, y vivía en Móstoles, donde la deshonró un gañán apodado* el Pinto. *Beatriz es* menos de todo *que la otra. Y compite en vagos deseos del alma con la* Andara.

Carabanchel Bajo, Móstoles, Sevilla la Nueva, Navalcarnero, Villamantilla y Vi-

llamanta, Méntrida, Aldea del Fresno..., pueblos grises de la meseta, prestan sus escenarios de secano, con las nubes altas, con los casones pardos y destartalados, con las perspectivas desnudas y estáticas, a estos tres personajes consumidos en sus propias voluntades de alcanzar la felicidad sin salirse de los caminos conocidos y por los que, sin embargo, transitan contados seres...

PRIMERA PARTE

I

A un periodista de los de nuevo cuño, de estos que designamos con el exótico nombre de *reporter*, de estos que corren tras la información, como el galgo a los alcances de la liebre, y persiguen el incendio, la bronca, el suicidio, el crimen cómico o trágico, el hundimiento de un edificio y cuantos sucesos afectan al orden público y a la Justicia en tiempos comunes, o a la higiene en días de epidemia, debo el descubrimiento de la casa de huéspedes de la *tía Chanfaina* (en la fe de bautismo *Estefanía*), situada en una calle cuya mezquindad y pobreza contrastan del modo más irónico con su altísono y coruscante nombre: calle de las Amazonas. Los que no estén hechos a la eterna *guasa* de Madrid, la ciudad (o villa) del sarcasmo y las mentiras maleantes, no pararán mientes en la tremenda fatuidad que supone rótulo tan sonoro en calle tan inmunda, ni se detendrán a investigar qué amazonas fueron esas que la bautizaron, ni de dónde vinieron, ni qué demonios se les había perdido en los Madroñales del Oso. He aquí un *vacío* que mi erudición se apresura a llenar, manifestando con orgullo de sagaz cronista que en aquellos lugares hubo en tiempos de Maricastaña un corral de la villa, y que de él salieron a caballo, aderezadas a estilo de las heroínas mitológicas, unas comparsas de mujeronas que concurrieron a los festejos con que celebró Madrid la entrada de la reina doña Isabel de Valois. Y dice el ingenuo *avisador* coetáneo, a quien debo estas profundas sabidurías: "Aquellas hembras, buscadas *ad hoc*, hicieron prodigios de valor en las plazas y calles de la villa, por lo arriesgado de sus juegos, equilibrios y volteretas, figurando los guerreros cogerlas del cabello y arrancarlas del arzón para precipitarlas en el suelo." Memorable debió de ser este divertimiento, porque el corral se llamó desde entonces de las Amazonas, y aquí tenéis el glorioso abolengo de la calle, ilustrada en nuestros días por el establecimiento hospitalario y benéfico de la *tía Chanfaina*.

Tengo yo para mí que las amazonas de que habla el cronista de Felipe II, muy señor mío, eran unas desvergonzadas chulapas del siglo XVI; mas no sé con qué vocablo las designaba entonces el vulgo. Lo que sí puedo asegurar es que desciende de ellas, por línea de bastardía, o sea, por sucesión directa de hembras marimachos sin padre conocido, la terrible *Estefanía la del Peñón, Chanfaina*, o como demonios se llame. Porque digo con toda verdad que se me despega la pluma, cuando quiero aplicárselo, el apacible nombre de mujer, y que me bastará dar conocimiento a mis lectores de su facha, andares, vozarrón, lenguaje y modos para que reconozcan en ella la más formidable tarasca que vieron los antiguos Madriles y esperan ver los venideros.

No obstante, me pueden creer que doy gracias a Dios, y al reportero, mi amigo, por haberme encarado con aquella fiera, pues debo a su barbarie el germen de la presente historia y el hallazgo del singularísimo personaje que le da nombre. No tome nadie al pie de la letra lo de *casa de huéspedes* que al principio se ha dicho, pues entre las varias industrias de alojamiento que la *tía Chanfaina* ejercía en aquel rincón, y las del centro de Madrid, que todos hemos conocido en la edad estudiantil, y aun después de ella, no hay otra semejanza que la del nombre. El portal del edificio era como de mesón, ancho, con todo el revoco desconchado en mil fantásticos dibujos, dejando ver aquí y allí el hueco de la pared desnudo y con una faja

de suciedad a un lado y otro, señal del roce continuo de personas más que de caballerías. Un puesto de bebidas—botellas y garrafas, caja de polvoriento vidrio llena de azucarillos y asediada de moscas, todo sobre una mesa cojitranca y sucia—reducía la entrada a proporciones regulares. El patio, mal empedrado y peor barrido, como el portal, y con hoyos profundos, a trechos hierba raquítica, charcos, barrizales o cascotes de pucheros y botijos, era de una irregularidad, más que pintoresca, fantástica. El lienzo del Sur debió de pertenecer a los antiguos edificios del corral famoso; lo demás, de diferentes épocas, pudiera pasar por una broma arquitectónica: ventanas que querían bajar, puertas que se estiraban para subir, barandillas convertidas en tabiques, paredes rezumadas por la humedad, canalones oxidados y torcidos, tejas en los alféizares, planchas de cinc claveteadas sobre podridas maderas para cerrar un hueco, ángulos y garabatos de cal fresca, caballetes erizados de vidrios y cascos de botella para amedrentar a la ratería; por un lado, pies derechos carcomidos sustentando una galería que se inclina como un barco varado; por otro, puertas de cuarterones con gateras tan grandes que por ellas cabrían tigres si allí los hubiese; rejas de color de canela; trozos de ladrillo amoratado, como coágulos de sangre; y, por fin, los escarceos de la luz y la sombra en todos aquellos ángulos cortantes y oquedades siniestras.

Un martes de Carnaval, bien lo recuerdo, tuvo el buen reportero la humorada de dar conmigo en aquellos sitios En el aguaducho del portal vi una tuerta andrajosa que despachaba, y lo primero que nos echamos a la cara, al penetrar en el patio, fué una ruidosa patulea de gitanos, que allí tenían aquel día su alojamiento: ellos, despatarrados, componiendo albardas; ellas, despulgándose y aliñándose las greñas; los churumbeles, medio desnudos, de negros ojos y rizosos cabellos, jugando con vidrios y cascotes. Volviéronse hacia nosotros las expresivas caras de barro cocido, y oímos el lenguaje dengoso y las ofertas de echarnos la buenaventura. Dos burros y un gitano viejo con patillas, semejantes al pelo sedoso y apelmazado de aquellos pacientes animales, completaban el cuadro, en el cual no faltaban ruido y músicas para caracterizarlo mejor, los canticios de una gitana, y los tijeretazos del viejo pelando el anca de un pollino.

Aparecieron luego por una cavidad, que no sé si era puerta, aposento o boca de una cueva, dos mieleros enjutos, con las piernas embutidas en paño pardo y medias negras, abarcas con correas, chaleco ajustado, pañuelo a la cabeza, tipos de raza castellana, como cecina forrada en yesca. Alguna despreciativa chanza hubieron de soltar a los gitanos, y salieron con sus pesas y pucheretes para vender por Madrid la miel sabrosa. Vimos luego dos ciegos palpando paredes: el uno, gordiflón y rollizo, con parda montera de piel, capa con flecos y guitarra terciada a la espalda; el otro, con un violín, que no tenía más que dos cuerdas; bufanda y gorra teresiana sin galones. Unióseles una niña descalza, que abrazaba una pandereta, y salieron, deteniéndose en el portal a beber la indispensable copa.

Allí se enzarzaron en coloquio muy vivo con otros que llegaron también a la cata del aguardiente. Eran dos máscaras: la una, toda vestida de esteras asquerosas, si se puede llamar vestirse el llevarlas colgadas de los hombros; la cara, tiznada de hollín, sin careta, con una caña de pescar y un pañuelo cogido por las cuatro puntas lleno de higos, que más bien boñigas parecían. La otra llevaba la careta en la mano, horrible figurón que representaba al presidente del Consejo, y su cuerpo desaparecía bajo una colcha remendada, de colorines y trapos diferentes. Bebieron y se desbocaron en soeces dicharachos, y corriéndose al patio, subieron por una escalera mitad de gastado ladrillo, mitad de madera podrida. Arriba sonó entonces gran escándalo y risas y toque de castañuelas; luego bajaron hasta una docena de máscaras, entre ellas dos que por sus abultadas formas y corta estatura revelaban ser mujeres vestidas de hombre; otras, con trajes feísimos de comparsas de teatro, y alguno sin careta, pintorreado de almazarrón el rostro. Al propio tiempo, dos hombres sacaron en brazos a una vieja paralítica, que llevaba colgado del pecho un cartel donde constaba su edad, de más de cien años, buen reclamo para implorar la

caridad pública, y se la llevaron a la calle para ponerla en la esquina de la Arganzuela. Era el rostro de la anciana ampliación de una castaña pilonga, y se la habría tomado por momia efectiva si sus ojuelos claros no revelaran un resto de vida en aquel lío de huesos y piel olvidado por la muerte.

Vimos que sacaban luego un cadáver de niño como de dos años, en ataúd forrado de percal color de rosa y adornado con flores de trapo. Salió sin aparato de lágrimas ni despedida maternal, como si nadie existiera en el mundo que con pena le viera salir. El hombre que le llevaba echó también su trinquis en la puerta, y sólo las gitanas tuvieron una palabra de lástima para aquel ser que tan de prisa pasaba por nuestro mundo. Chicos vestidos de máscara, sin más que un ropón de percalina o un sombrero de cartón adornado con tiras de papel; niñas con mantón de talle y flor a la cabeza, a estilo chulesco, atravesaban el patio, deteniéndose a oír las burlas de los gitanos o a enredar con los pollinos, en los cuales se habrían montado de buena gana si los dueños de ellos lo permitieran.

Antes de internarnos, dióme el reportero noticias preciosas, que en vez de satisfacer mi curiosidad, excitáronla más. La señora *Chanfaina* aposentaba en otros tiempos gentes de mejor pelo: estudiantes de Veterinaria, trajineros tan brutos como buenos pagadores; pero como el *movimiento* se iba de aquel barrio en derechura de la plaza de la Cebada, la calidad de sus inquilinos desmerecía visiblemente. A unos los tenía por el pago exclusivo de la llamada habitación, comiendo por cuenta de ellos; a otros los alojaba y mantenía. En la cocina del piso alto, cada cual se arreglaba con sus pucheros, a excepción de los gitanos, que hacían sus guisotes en el patio, sobre trébedes de piedras o ladrillos. Subimos, al fin, deseando ver todos los escondrijos de la extraña mansión, guarida de una tan fecunda y lastimosa parte de la Humanidad, y en un cuartucho, cuyo piso de rotos baldosines imitaba en las subidas y bajadas a las olas de un proceloso mar, vimos a Estefanía en chancletas, lavándose las manazas, que después se enjugó en su delantal de harpillera; la panza voluminosa, los brazos hercúleos, el seno emulando en proporciones a la barriga y cargando sobre ella, por no avenirse con apreturas de corsé; el cuello ancho, carnoso y con un morrillo como el de un toro; la cara encendida y con restos bien marcados de una belleza de brocha gorda, abultada, barroca, llamativa, como la de una ninfa de pintura de techos, dibujada para ser vista de lejos, y que se ve de cerca.

II

El cabello era gris, bien peinado, con sinfín de garabatos, ondas y sortijillas. Lo demás de la persona anunciaba desaliño y falta absoluta de coquetería y arreglo. Nos saludó con franca risa, y a las preguntas de mi amigo contestó que se hallaba muy harta de aquel trajín y que el mejor día lo abandonaba todo para meterse en las Hermanitas, o donde almas caritativas quisieran recogerla; que su negocio era una pura esclavitud, pues no hay cosa peor que bregar con gente pobre, mayormente si se tiene un natural compasivo, como el suyo. Porque ella, según nos dijo, nunca tuvo cara para pedir lo que se le debía, y así toda aquella gentualla estaba en su casa como en país conquistado; unos le pagaban; otros, no, y alguno se marchaba quitándole plato, cuchara o pieza de ropa. Lo que hacía ella era gritar, eso sí, chillar mucho, por lo cual espantaba a la gente; pero las obras no correspondían al grito ni al gesto, pues si despotricando, *era un suponer*, no había garganta tan sonora como la suya, ni vocablos más tremebundos, luego se dejaba quitar el pan de la boca y el más tonto la llevaba y la traía atada con una hebra de seda. Hizo, en fin, la descripción de su carácter con una sinceridad que parecía de ley, no fingida, y el último argumento que expuso fué que después de veintitantos años en aquel nidal de ratas, aposentando gente de todos pelos, no había podido guardar dos pesetas para contar con algún respiro en caso de enfermedad.

Esto decía, cuando entraron alborotando cuatro mujeres con careta, entendiéndose por ello no el antifaz de cartón o trapo, prenda de Carnaval, sino la ma-

no de pintura que se habían dado aquellas indinas con blanquete, chapas de carmín en los carrillos, los labios como ensangrentados y otros asquerosos afeites, falsos lunares, cejas ennegrecidas, y *la caída de ojos* también con algo de mano de gato, para poetizar la mirada. Despedían las tales de sus manos y ropas un perfume barato, que daba el quién vive a nuestras narices, y por esto y por su lenguaje al punto comprendimos que nos hallábamos en medio de lo más abyecto y zarrapastroso de la especie humana. Al pronto, habría podido creerse que eran máscaras, y el colorete una forma extravagante de disfraz carnavalesco. Tal fué mi primera impresión; pero no tardé en conocer que la pintura era en ellas por todos estilos *ordinaria*, o que vivían siempre en Carnestolendas. Yo no sé qué demonios de enredo se traían, pues como las cuatro y *Chanfa* hablaban a un tiempo con voces desaforadas y ademanes ridículos, tan pronto furiosas como risueñas, no pudimos enterarnos. Pero ello era cosa de un papel de alfileres y de un hombre. ¿Qué había pasado con los alfileres? ¿Quién era el hombre?

Aburridos de aquel guirigay, salimos a un corredor que daba al patio, en el cual vi un cajón de tierra con hierba callera, ruda, claveles y otros vegetales casi agostados, y sobre el barandal, zaleas y felpudos puestos a secar. Nos paseábamos por allí, temerosos de que la desvencijada armazón que nos sustentaba se rindiese a nuestro peso, cuando vimos que se abría una ventana estrecha que al corredor daba, y en el marco de ella apareció una figura, que al pronto me pareció una mujer. Era un hombre. La voz, más que el rostro, nos lo declaró. Sin reparar en los que a cierta distancia le mirábamos, empezó a llamar a la *señá Chanfaina*, quien no le hizo ningún caso en los primeros instantes, dándonos tiempo para que le examináramos a nuestro gusto mi compañero y yo.

Era de mediana edad, o más bien joven prematuramente envejecido; rostro enjuto tirando a escuálido, nariz aguileña, ojos negros, trigueño color, la barba rapada, el tipo semítico más perfecto que fuera de la Morería he visto: un castizo árabe sin barbas. Vestía traje negro, que al pronto me pareció balandrán; mas luego vi que era sotana.

—Pero ¿es cura este hombre?—pregunté a mi amigo.

Y la respuesta afirmativa me incitó a una observación más atenta. Por cierto que la visita a la que llamaré *casa de las Amazonas* iba resultando de grande utilidad para un estudio etnográfico, por la diversidad de castas humanas que allí se reunían: los gitanos, los mieleros, las mujeronas, que sin duda venían de alguna ignorada rama jimiosa, y, por último, el árabe aquel de la hopalanda negra, eran la mayor confusión de tipos que yo había visto en mi vida. Y para colmo de confusión, el árabe... decía misa.

En breves palabras me explicó mi compañero que el clérigo semítico vivía en la parte de la casa que daba a la calle, mucho mejor que todo lo demás, aunque no buena, con escalera independiente por el portal, y sin más comunicación con los dominios de la señora Estefanía que aquella ventanucha en que asomado le vimos, y una puerta impracticable, porque estaba clavada. No pertenecía, pues, el sacerdote a la familia hospederil de la formidable amazona. Enteróse, al fin, ésta de que su vecino la llamaba, acudió allá, y oímos un diálogo que mi excelente memoria me permite transcribir sin perder una sílaba:

—*Señá Chanfa*, ¿sabe lo que me pasa?

—¡Ay, que nos coja confesados! ¿Qué más calamidades tiene que contarme?

—Pues me han robado. No queda duda de que me han robado. Lo sospeché esta mañana, porque sentí a la Siona revolviéndome los baúles. Salió a la compra, y a las diez, viendo que no volvía, sospeché más, digo que casi casi se fueron confirmando mis sospechas. Ahora que son las once, o así lo calculo, porque también se llevó mi reloj, acabo de comprender que el robo es un hecho, porque he registrado los baúles y me falta la ropa interior, toda, todita, y la exterior también, menos las prendas de eclesiástico. Pues del dinero, que estaba en el cajón de la cómoda, en esta bolsita de cuero, mírela, no me ha dejado ni una triste perra. Y lo peor..., ésta es la más negra, *señá Chanfa*...; lo peor es que lo poco que había en la despensa voló, y de la cocina volaron el car-

bón y las astillas. De forma y manera, señora mía, que he tratado de hacer algo con que alimentarme, y no encuentro ni provisiones, ni un pedazo de pan duro, ni plato, ni escudilla. No ha dejado más que las tenazas y el fuelle, un colador, el cacillo y dos o tres pucheros rotos. Ha sido una mudanza en toda regla, *señá Chanfa,* y aquí me tiene todavía en ayunas, con una debilidad muy grande, sin saber de dónde sacarlo y... Conque ya ve: a mí, con tal de tomar algún alimento para poder tenerme en pie, me basta. Lo demás nada me importa, bien lo sabe usted.

—¡Maldita sea la leche que mamó!, padre Nazarín, y maldito sea el minuto pindongo en que dijeron: "¡Un aquel de hombre ha nacido!" Porque otro de más mala sombra, otro más simple y *saborío* no creo que ande por el mundo como persona natural...

—Pero, hija, ¿qué quiere usted?... Yo...

—¡Yo, yo!... Usted tiene la culpa, y es el que mismamente se roba y se perjudica, ¡so candungas, alma de mieles, don ajo!

La retahila de frases indecentes que siguió la suprimimos por respeto a los que esto leyeren. Gesticulaba y vociferaba la fiera en la ventana, con medio cuerpo metido dentro de la estancia, y el clérigo árabe se paseaba tan tranquilo, cual si oyese piropos y finezas; un poquito triste, eso sí, pero sin parecer muy afectado por sus desdichas, ni por la rociada de denuestos con que su vecina le consolaba.

—Si no fuera porque me da cortedad de pegarle a un hombre, mayormente sacerdote, ahora mismo entraba y le levantaba las faldas negras y le daba una mano de azotes... ¡So criatura, más inocente que los que todavía maman!... ¡Y ahora quiere que yo le llene el buche!... Y van tres, van cuatro... Si es usted pájaro, váyase al campo a comer lo que encuentre, o pósese en la rama de un árbol, piando, hasta que le entren moscas... Y si está loco, es un suponer, que le lleven al *manicómelo.*

—Señora *Chanfa*—dijo el clérigo con serenidad pasmosa, acercándose a la ventana—, bien poco necesita este triste cuerpo para alimentarse: con un pedazo de pan, si no hay otra cosa, me basta. Se lo pido a usted porque la tengo por vecina. Pero si no quiere dármelo, a otra parte iré donde me lo den, que no hay tan pocas almas caritativas como usted cree.

—¡Váyase a la posada del Cuerno, o a la cocina del Nuncio *arzopostólico,* donde guisan para los sacrosantos gandules; verbigracia, clérigos lambiones!... Y otra cosa, padre Nazarín: ¿está seguro de que fué la Siona quien le ha robado? Porque es usted el espíritu de la confianza y de la bobería, y en su casa entran Lepe y Lepijo; entran también hijas de malas madres, unas para contarle a usted sus pecados, es un suponer; otras para que las empeñe o desempeñe, y pedirle limosna, y volverle loco. No repara en quién entra a verle, y a todos y a todas les pone buena cara y les echa bienaventuranzas. ¿Qué sucede? Que éste le engaña, la otra se ríe, y entre todos le quitan hasta los pañales.

—Ha sido la Siona. No hay que echar la culpa a nadie más que a la Siona. Vaya con Dios, y que le valga de lo que le valiere, pues yo no he de perseguirla.

Asombrado estaba yo de lo que veía y oía, y mi amigo, aunque no presenciaba por primera vez tales escenas, también se maravilló de aquélla. Pedíle antecedentes del para mí extrañísimo e incomprensible Nazarín, en quien a cada momento se me acentuaba más el tipo musulmán, y me dijo:

—Este es un árabe manchego, natural del mismísimo Miguelturra, y se llama don Nazario Zaharín o Zajarín. No sé de él más que el nombre y la patria; pero, si a usted le parece, le interrogaremos para conocer su historia y su carácter, que pienso han de ser muy singulares, tan singulares como su tipo, y lo que de sus propios labios hace poco hemos escuchado. En esta vecindad muchos le tienen por un santo, y otros, por un simple. ¿Qué será? Creo que tratándole se ha de saber con toda certeza.

III

Faltaba la más negra. Oyeron las cuatro tarascas amigas de Estefanía que se acusaba a la Siona, de quien una de ellas era sobrina carnal, y acudie-

ron como leonas o panteras a la ventana, con la buena intención de defender a la culpada. Pero lo hicieron en forma tan brutal y canallesca, que hubimos de intervenir para poner un freno a sus inmundas bocas. No hubo insolencia que no vomitaran sobre el sacerdote árabe y manchego, ni vocablo que no le dispararan a quema ropa...

—¡Miren el estafermo, el muy puerco y estropajoso, mal comido, alcuza de las ánimas! ¡Acusar a Siona, la *señora* de más conciencia que hay en todita la cristiandad! ¡Sí señor; de más conciencia que los curánganos, que no hacen más que engañar a la gente honrada con las mentiras que inventan!... ¿Quién es él, ni qué significan sus hábitos negros de ala de mosca, si no hace más que vivir de gorra y no sabe ganarlo? ¿Por qué el muy simple no se agencia bautizos y funerales, como otros clerigones que andan por Madrid con muy buen pelo?... Misas a granel salen para todos, y para él nada: miseria y chocolate de a tres reales, hígado y un poco de acelga, de lo que no quieren las cabras... ¡Y luego decir que le roban!... Como no le roben los huesos del esqueleto, y la coronilla, y la nuez, y los codos, no sé qué le van a robar... ¡Si ni ropa tiene, ni sábanas, ni más *prenda* que una ramita de romero, a la cabecera, para espantar a los demonios!... Estos serán los que le han robado, éstos los que le han quitado los Evangelios y la crisma, y el Santo Oleo de la misa, y el *ora pro nobis*... ¡Robarle! ¿Qué? Dos estampas de la Virgen Santísima, y el Señor crucificado con la peana llena de cucarachas... Ja, ja... ¡Vaya con el señor *Domino vobisco*, asaltado por los ladrones!... ¡Ni que fuera el Sacratísimo Nuncio pascual, o la Minerva del cordero *quitólico*, con todo el monumento de Dios en su casa, y el Santo Sepulcro de las once mil vírgenes! ¡Anda y que le den morcilla!... ¡Anda y que le mate el Tato!... ¡Anda y que...!

—*¡Arza!*—les dijo mi amigo, echándolas de allí con empujones más que con palabras, pues ya era repugnante ver a una persona de respetabilidad, por lo menos aparente, injuriada por tan vil gentuza.

Costó trabajo echarlas; por la escalera abajo iban soltando veneno y perfume, y en el patio tuvieron algo que despotricar con los gitanos y hasta con los burros. Despejado el terreno, ya no pensamos más que en trabar conocimiento con Nazarín, y pidiéndole permiso nos colamos en su morada, subiendo por la angosta escalera que a ella conducía desde el portal. Cuanto se diga de lo mísero y desamparado de aquella casa es poco. En la salita no vimos más que un sofá de paja muy viejo, dos baúles, una mesa, donde estaba el breviario y dos libros más, y una cómoda; junto a la sala, otra pieza, que llamaremos alcoba porque en ella se veía la cama, de tarima, con jergón, una fláccida almohada y ni rastros de sábanas ni colchas. Tres láminas de asunto religioso, y un Crucifijo sobre una mesilla completaban el ajuar, con dos pares de botas de mucho uso puestas en fila y algunos otros objetos insignificantes.

Recibiónos el padre Nazarín con una amabilidad fría, sin mostrar despego ni tampoco extremada finura, como si le fuera indiferente nuestra visita o si creyese que no nos debía más cumplimientos que los elementales de la buena educación. Ocupamos el sofá mi amigo y yo, y él se sentó en la banqueta frente a nosotros. Le mirábamos con viva curiosidad, y él a nosotros como si mil veces nos hubiera visto. Naturalmente, hablamos del robo, único tema a que podíamos echar mano, y como le dijéramos que lo urgente era dar parte sin dilación al delegado de Policía, nos contestó con la mayor tranquilidad del mundo:

—No, señores; yo no acostumbro denunciar...

—¡Pues qué!... ¿Le han robado a usted tantas veces, que ya el ser robado ha venido a ser para usted una costumbre?

—Sí, señor; muchas, siempre...

—¿Y lo dice tan fresco?

—¿No ven ustedes que yo no guardo nada? No sé lo que son llaves. Además, lo poco que poseo, es decir, lo que poseía, no vale el corto esfuerzo que se emplea para dar vueltas a una llave.

—No obstante, señor cura, la propiedad es propiedad, y lo que relativamente, según los cálculos de don Hermógenes, para otro sería poco, para usted podrá ser mucho. Ya ve, hoy le han dejado hasta sin su modesto desayuno y sin camisa.

—Y hasta sin jabón para lavarme las manos. Paciencia y calma. Ya vendrán de alguna parte la camisa, el desayuno y el jabón. Además, señores míos, yo tengo mis ideas, las profeso con una convicción tan profunda como la fe en Cristo nuestro Padre. ¡La propiedad! Para mí no es más que un nombre vano, inventado por el egoísmo. Nada es de nadie. Todo es del primero que lo necesita.

—¡Bonita sociedad tendríamos si esas ideas prevalecieran! ¿Y cómo sabríamos quién era el primer necesitado? Habríamos de disputarnos, cuchillo en mano, ese derecho de primacía en la necesidad.

Sonriendo bondadosamente y con un poquitín de desdén, el clérigo me replicó en estos o parecidos términos:

—Si mira usted las cosas desde el punto de vista en que ahora estamos, claro que parece absurdo; pero hay que colocarse en las alturas, señor mío, para ver bien desde ellas. Desde abajo, rodeados de tantos artificios, nada vemos. En fin, como no trato de convencer a nadie, no sigo, y ustedes me dispensarán que...

En este punto vimos que *señá Chanfa* oscurecía la habitación, ocupando con su corpacho toda la ventana, por la cual alargó un plato con media docena de sardinas y un gran pedazo de pan de picos, con más un tenedor de peltre. Tomólo en sus manos el clérigo, y después de ofrecernos se puso a comer con gana. ¡Pobrecillo! No había entrado cosa alguna en su cuerpo en todo el santo día. Ya fuese por respeto a nosotros, ya porque la compasión había vencido a sus hábitos groseros, ello es que la *Chanfaina* no acompañó el obsequio con ningún lenguarajo. Dando tiempo al curita para que satisficiera su necesidad, volvimos a interrogarle del modo más discreto. De pregunta en pregunta, y después que supimos su edad, entre los treinta y los cuarenta; su origen, que era humilde, de familia de pastores; sus estudios, etc., me arranqué a explorarle en terreno más delicado.

—Si tuviera yo la seguridad, padre Nazarín, de que no me tenía usted por impertinente, yo me permitiría hacerle dos o tres preguntillas.

—Todo lo que usted quiera.

—Usted me contesta o no me contesta, según le acomode. Y si me meto en lo que no me importa, me manda usted a paseo, y hemos concluído.

—Diga usted.

—¿Hablo con un sacerdote católico...?

—Sí, señor.

—¿Es usted ortodoxo, puramente ortodoxo? ¿No hay en sus ideas o en sus costumbres algo que le separa de la doctrina inmutable de la Iglesia?

—No, señor—me respondió con sencillez, que revelaba su sinceridad, y sin mostrarse sorprendido de la pregunta—. Jamás me he desviado de las enseñanzas de la Iglesia. Profeso la fe de Cristo en toda su pureza, y nada hay en mí por donde pueda tildárseme.

—¿Alguna vez ha sufrido usted correctivo de sus superiores, de los que están encargados de definir esa doctrina y de aplicar los sagrados cánones?

—Jamás. Ni sospeché nunca que pudiera merecer correctivo ni admonición...

—Otra pregunta. ¿Predica usted?

—No, señor. Rarísimas veces he subido al púlpito. Hablo en voz baja y familiarmente con los que quieren escucharme, y les digo lo que pienso.

—Y sus compañeros, ¿no han encontrado en usted algún vislumbre de herejía?

—No, señor. Poco hablo yo con ellos, porque rara vez me hablan ellos a mí, y los que lo hacen me conocen lo bastante para saber que no hay en mi mente visos de herejía.

—¿Y posee usted sus licencias?

—Sí, señor, y nunca, que yo sepa, se ha pensado en quitármelas.

—¿Dice usted misa?

—Siempre que me encargan. No tengo costumbre de ir en busca de misas a las parroquias, donde no conozco a nadie. La digo en San Cayetano cuando la hay para mí, y a veces en el Oratorio del Olivar. Pero no es todos los días, ni mucho menos.

—¿Vive usted exclusivamente de eso?

—Sí, señor.

—Su vida de usted, y no se ofenda, paréceme muy precaria.

—Bastante; pero mi conformidad le quita toda amargura. En absoluto me falta la ambición de bienestar. El día que tengo qué comer, como; el día que no tengo qué comer, no como.

Dijo esto con tan sencilla ingenuidad, sin ningún dejo de afectación, que nos conmovimos mi amigo y yo..., ¡vaya si

nos conmovimos! Pero aún faltaba mucho que oír.

IV

No nos hartábamos de preguntarle, y él a todo nos respondía sin mostrar fastidio de nuestra pesadez. Tampoco manifestaba la presunción natural en quien se ve objeto de un interrogatorio, o *interview*, como ahora se dice. Trájole Estefanía, después de las sardinas, una chuleta al parecer de vaca y de no muy buena traza; mas él no la quiso, a pesar de las instancias de la amazona, que volvió a descomponerse y a soltarle mil perrerías. Pero ni por éstas ni por lo que nosotros cortésmente le dijimos para estimularle a más comer, se dió el hombre a partido, y rechazó también el vino que le ofreciera la tarasca. Con agua y un bollo de a cuarto puso fin a su almuerzo, declarando que daba gracias al Señor por el sustento de aquel día.

—¿Y mañana?—le dijimos.

—Pues mañana no me faltará tampoco, y si me falta, esperaremos al otro día, que nunca nay dos días seguidos rematadamente malos.

Empeñóse el reportero en convidarle a café; pero él, confesándonos que le gustaba, no quiso aceptar. Fué preciso que le instáramos los dos en los términos más afectuosos para que se decidiera; lo pedimos al cafetín próximo, nos lo trajo la tuerta que vendía licores en el portal, y tomándolo con la comodidad que la estrecha mesa y el mal servicio nos permitían, hablamos de multitud de cosas, y le oímos varios conceptos por donde colegimos que era hombre de luces.

—Dispénseme usted—le dije—si le hago una observación que en este momento se me ocurre. Bien se conoce que es usted persona de ilustración. Me sorprende mucho no ver libros en su casa. O no le gustan, o ha tenido sin duda que deshacerse de ellos en algún grave aprieto de su vida.

—Los tuve, sí, señor, y los fuí regalando hasta que no me quedaron más que los tres que ustedes ven ahí. Declaro con toda verdad que, fuera de los de rezo, ningún libro malo ni bueno me interesa, porque de ellos sacan el alma y la inteligencia poca sustancia. Lo tocante a la Fe lo tengo bien remachado en mi espíritu, y ni comentarios ni paráfrasis de la doctrina me enseñan nada. Lo demás, ¿para qué sirve? Cuando uno ha podido añadir al saber innato unas cuantas ideas, aprendidas en el conocimiento de los hombres, y en la observación de la sociedad y de la Naturaleza, no hay que pedir a los libros ni mejor enseñanza ni nuevas ideas que cofundan y enmarañen las que uno tiene ya. Nada quiero con libros ni con periódicos. Todo lo que sé bien sabido lo tengo, y en mis convicciones hay una firmeza inquebrantable; como que son sentimientos que tienen su raíz en la conciencia, y en la razón la flor, y el fruto en la conducta. ¿Les parezco pedante? Pues no digo más, sólo añado que los libros son para mí lo mismo que los adoquines de las calles o el polvo de los caminos. Y cuando paso por las librerías y veo tanto papel impreso, doblado y cosido, y por las calles tal lluvia de periódicos un día y otro, me da pena de los pobrecitos que se queman las cejas escribiendo cosas tan inútiles, y más pena todavía de la engañada Humanidad que diariamente se impone la obligación de leerlas. Y tanto se escribe, y tanto se publica, que la Humanidad, ahogada por el monstruo de la Imprenta, se verá en el caso imprescindible de suprimir todo lo pasado. Una de las cosas que han de ser abolidas es la gloria profana, el lauro que dan los escritos literarios, porque llegará día en que sea tanto, tanto lo almacenado en las bibliotecas, que no habrá la posibilidad material de guardarlo y sostenerlo. Ya verá entonces el que lo viere el caso que hace la Humanidad de tanto poema, de tanta novela mentirosa, de tanta historia que nos refiere hechos cuyo interés se desgasta con el tiempo y acabará por perderse en absoluto. La memoria humana es ya pajar chico para tanto fárrago de Historia. Señores míos, se aproxima la edad en que el presente absorberá toda la vida, y en que los hombres no conservarán de lo pasado más que las verdades eternas adquiridas por la revelación. Todo lo demás será escoria, un detrito que ocupará demasiado espacio en las inteligencias y en los edificios. En esa edad—añadió, en tono que no vacilo en llamar profético—, el César, o quienquiera que ejerza la autoridad, dará un decreto que diga lo siguiente: "Todo el contenido de las bi-

bliotecas públicas y particulares se declara baldío, inútil y sin otro valor que el de su composición material. Resultando del dictamen de los químicos que la sustancia papirácea adobada por el tiempo es el mejor de los abonos para las tierras, venimos en disponer que se apilen los libros antiguos y modernos en grandes ejidos a la entrada de las poblaciones, para que los vecinos de la clase agrícola vayan tomando de tan preciosa materia la parte que les corresponda, según las tierras que les toque labrar." No duden ustedes que así será, y que la materia papirácea formará un yacimiento colosal, como los de guano en las islas Chinchas; se explotará mezclándola con otras sustancias que aviven la fermentación, y será transportada en ferrocarriles y buques de vapor desde nuestra Europa a los países nuevos, donde nunca hubo literatura, ni imprentas, ni cosa tal.

Grandemente nos reímos celebrando la ocurrencia. Mi amigo, a juzgar por las miradas recelosas que oyéndole me echaba, debió de formar opinión muy desfavorable del estado mental del clérigo. Yo le tenía más bien por un humorista de los que cultivan la originalidad. Nuestra charla llevaba trazas de ser interminable, y ya picábamos en este asunto, ya en el otro. Tan pronto el buen Nazarín me parecía un budista, tan pronto un imitador de Diógenes.

—Todo eso está muy bien—le dije—, pero podría usted, padre, vivir mejor de lo que vive. Ni esto es casa, ni éstos son muebles, ni por lo visto tiene usted más ropa que la puesta. ¿Por qué no pretende usted, dentro de su estado religioso, una posición que le permita vivir con modesta holgura? Este amigo mío tiene mucho metimiento en ambos cuerpos colegisladores y en todos los ministerios, y no le sería difícil, ayudándole yo con mis buenas relaciones, conseguir para usted una canonjía.

Sonrió el clérigo con cierta sorna, y nos dijo que ninguna falta le hacían a él canonjías, y que la vida boba de coro no cuadraba a su natural independiente. También le propusimos agenciarle alguna plaza de coadjutor en las parroquias de Madrid o un curato de pueblo, a lo que respondió que si le daban tal plaza, la tomaría por obediencia y acatamiento incondicional a sus superiores.

—Pero tengan por seguro que no me la dan—añadía con seguridad exenta de amargura—. Y con plaza y sin plaza, siempre me verían ustedes tal como ahora me ven, porque es condición mía esencialísima la pobreza, y si me lo permiten, les diré que el no poseer es mi suprema aspiración. Así como otros son felices en sueños, soñando que adquieren riquezas, mi felicidad consiste en soñar la pobreza, en recrearme pensando en ella y en imaginar, cuando me encuentro en mal estado, un estado peor. Ambición es ésta que nunca se sacia, pues cuanto más se tiene más se quiere tener, o, hablando propiamente, cuanto menos, menos. Presumo que no me entienden ustedes o que me miran con lástima piadosa. Si es lo primero, no me esforzaré en convencerlos; si lo segundo, agradezco la compasión y celebro que mi absoluta carencia de bienes haya servido para inspirar ese cristiano sentimiento.

—¿Y qué piensa usted—le preguntamos con pedantería, resueltos a apurar la *interview*—de los problemas pendientes, del estado actual de la sociedad?

—Yo no sé nada de eso—respondió, encogiéndose de hombros—. No sé más sino que a medida que avanza lo que ustedes entienden por cultura, y cunde el llamado progreso, y se aumenta la maquinaria, y se acumulan riquezas, es mayor el número de pobres y la pobreza es más negra, más triste, más displicente. Eso es lo que yo quisiera evitar, que los pobres, es decir, los míos, se hallen tan tocados de la maldita misantropía. Crean ustedes que entre todo lo que se ha perdido, ninguna pérdida es tan lamentable como la de la paciencia. Alguna existe aún desperdigada por ahí, y el día que se agote, adiós mundo. Que se descubra un nuevo filón de esa gran virtud, la primera y más hermosa que nos enseñó Jesucristo, y verán ustedes qué pronto se arregla todo.

—Por lo visto, es usted un apóstol de la paciencia.

—Yo no soy apóstol, señor mío, ni tengo tales pretensiones.

—Enseña usted con el ejemplo.

—Hago lo que me inspira mi conciencia, y si de ello, de mis acciones, resulta algún ejemplo y alguien quiere tomarlo, mejor.

—Su credo de usted, en la relación social, es, según veo, la pasividad

—Usted lo ha dicho.

—Porque usted se deja robar, y no protesta.

—Sí, señor, me dejo robar y no protesto.

—Porque usted no pretende mejorar de posición ni pide a sus superiores que le den medios de vivir dentro de su estado religioso.

—Así es; yo no pretendo, yo no pido.

—Usted come cuando tiene qué comer, y cuando no, no come.

—Justamente..., no como.

—¿Y si le arrojan de la casa?

—Me voy.

—¿Y si no encuentra quien le dé otra?

—Duermo en el campo. No es la primera vez.

—¿Y si no hay quien le alimente?

—El campo, el campo.

—Y, por lo que he visto, le injurian a usted mujerzuelas, y usted se calla y aguanta.

—Sí, señor, callo y aguanto. No sé lo que es enfadarme. El enemigo es desconocido para mí.

—¿Y si le ultrajasen de obra, si le abofetearan...?

—Sufriría con paciencia.

—¿Y si le acusaran de falsos delitos...?

—No me defendería. Absuelto en mi conciencia, nada me importarían las acusaciones.

—Pero ¿usted no sabe que hay leyes y Tribunales que le defenderían de los malvados?

—Dudo que haya tales cosas; dudo que amparen al débil contra el fuerte; pero aunque existiera todo eso que usted dice, mi tribunal es el de Dios, y para ganar mis litigios en ése no necesito papel sellado, ni abogados, ni pedir tarjetas de recomendación.

—En esa pasividad, llevada a tal extremo, veo un valor heroico.

—No sé... Para mí no es mérito.

—Porque usted desafía los últrajes, el hambre, la miseria, las persecuciones, las calumnias y cuantos males nos rodean, ya provengan de la Naturaleza, ya de la sociedad.

—Yo no los desafío, los aguanto.

—¿Y no piensa usted en el día de mañana?

—Jamás.

—¿Ni se aflige al considerar que mañana no tendrá cama en que dormir ni un pedazo de pan que llevar a la boca?

—No, señor; no me aflijo por eso.

—¿Cuenta usted con almas caritativas como esta señora *Chanfaina,* que parece un demonio y no lo es?

—No, señor, no lo es.

—¿Y no cree usted que la dignidad de un sacerdote es incompatible con la humillación de recibir limosna?

—No, señor; la limosna no envilece al que la recibe ni en nada vulnera su dignidad.

—¿De modo que usted no siente herido su amor propio cuando le dan algún socorro?

—No, señor.

—Y es de presumir que algo de lo que usted reciba pasará a manos de otros más necesitados o que lo parezcan.

—Alguna vez.

—¿Y usted recibe socorros, para usted exclusivamente, cuando los necesita?

—¿Qué duda tiene?

—¿Y no se sonroja al recibirlos?

—Nunca. ¿Por qué había de sonrojarme?

—¿De modo que si nosotros, ahora..., pongo por caso..., condolidos de su triste situación, pusiéramos en manos de usted... parte de lo que llevamos en el bolsillo...?

—Lo tomaría.

Lo dijo con tal candor y naturalidad, que no podíamos sospechar que le movieran a pensar y expresarse de tal manera ni el cinismo ni la afectación de humildad, máscara de un desmedido orgullo. Ya era hora de que termináramos nuestro interrogatorio, que mas bien iba tocando en fisgoneo importuno, y nos despedimos de don Nazario, celebrando con frases sinceras la feliz casualidad a que debíamos su conocimiento. El nos agradeció mucho la visita y nuestras afectuosas manifestaciones, y nos acompañó hasta la puerta. Mi amigo y yo habíamos dejado sobre la mesa algunas monedas de plata, que ni siquiera miramos, incapaces de calcular las necesidades de aquel ambicioso de la pobreza: a bulto nos desprendimos de aquella corta suma, que en total pasaría de dos duros sin llegar a tres.

V

—Este hombre es un sinvergüenza —me dijo el reportero—, un cínico de mucho talento, que ha encontrado la piedra filosofal de la gandulería; un pillo de grande imaginación que cultiva el parasitismo con arte.

—No nos precipitemos, amigo mío, a formular juicios temerarios que la realidad podría desmentir. Si usted no lo tiene a mal, volveremos y observaremos despacio sus acciones. Por mi parte, no me atrevo aún a opinar categóricamente sobre el sujeto que acabamos de ver, y que sigue pareciéndome tan árabe como en el primer instante, aunque de su partida de bautismo resulte, como usted ha dicho, moro manchego.

—Pues si no es un cínico, sostengo que no tiene la cabeza buena. Tanta pasividad traspasa los límites del ideal cristiano, sobre todo en estos tiempos en que cada cual es hijo de sus obras.

—También él es hijo de las suyas.

—Qué quiere usted: yo defino el carácter de ese hombre diciendo que es la ausencia de todo carácter y la negación de la personalidad humana.

—Pues yo, esperando aún más datos, y mejor luz para conocerle y juzgarle, sospecho o adivino en el bienaventurado Nazarín una personalidad vigorosa.

—Según como se entienda el vigor de las personalidades. Un gandul, un vividor, un gorrón, puede llegar en el ejercicio de ciertas facultades hasta las alturas del genio; puede afinar y cultivar una aptitud a expensas de las demás, resultando..., qué sé yo..., maravillas de inventiva y sagacidad que nosotros no podemos imaginar. Este hombre es un fanático, un vicioso del parasitismo, y bien puede afirmarse que no tiene ningún otro vicio, porque todas sus facultades se concentran en la cría y desarrollo de aquella aptitud. ¿Que ofrece novedad el caso? No lo dudo; pero a mí no me hace creer que le mueven fines puramente espirituales. ¿Que es, según usted, un místico, un padre del yermo, gastrónomo de las hierbas y del agua clara, un budista, un borracho de éxtasis, de la anulación, del *nirvana*, o como se llame eso? Pues si lo es, no me apeo de mi opinión. La sociedad, a fuer de tutora y enfermera, debe considerar estos tipos como corruptores de la Humanidad, en buena ley económico-política, y encerrarlos en un asilo benéfico. Y yo pregunto: este hombre, con su *altruismo* desenfrenado, ¿hace algún bien a sus semejantes? Respondo: no. Comprendo las instituciones religiosas que ayudan a la Beneficencia en su obra grandiosa. La misericordia, virtud privada, es el mejor auxiliar de la Beneficencia, virtud pública. ¿Por ventura, estos misericordiosos sueltos, individuales, medievales, acaso contribuyen a labrar la viña del Estado? No. Lo que ellos cultivan es su propia viña, y de la limosna, cosa tan santa, dada con método y repartida con criterio, hacen una granjería indecente. La ley social, y si se quiere cristiana, es que todo el mundo trabaje, cada cual en su esfera. Trabajan los presidiarios, los niños y ancianos de los asilos. Pues este clérigo muslímico manchego ha resuelto el problema de vivir sin ninguna especie de trabajo, ni aun el descansado de decir misa. Nada, que a lo bóbilis bóbilis resucita la Edad de Oro, propiamente la Edad de Oro. Y me temo que saque discípulos, porque su doctrina es de las que se cuelan sin sentirlo, y de fijo tendrá indecible seducción para tanto gandul como hay por esos mundos. En fin, ¿qué puede esperarse de un hombre que propone que los libros, el santo libro, y el periódico, el sacratísimo periódico, todo el producto de la civilizadora Imprenta, esa palanca, esa milagrosa fuente...; todo el saber antiguo y moderno, los poemas griegos, los Vedas, las mil y mil historias, se dediquen a formar pilas de abono para las tierras? ¡Homero, Shakespeare, Dante, Herodoto, Cicerón, Cervantes, Voltaire, Víctor Hugo, convertidos en guano ilustrado, para criar buenas coles y pepinos! ¡No sé cómo no ha profetizado también que las Universidades se convertirán en casas de vacas, y las Academias, los Ateneos y Conservatorio en establecimientos de bebidas, o en establos para burras de leche!

Ni mi amigo con sus apreciaciones francamente recreativas podía convencerme, ni yo le convencí a él. Por lo menos, el juicio sobre Nazarín debía aplazarse. Buscando nuevas fuentes de información entramos en la cocina, donde campaba la *Chanfaina*, frente a una batería de pucheros y sartenes, friendo

aquí, atizando allá, sudorosa, con los ricitos blancos tocados de hollín, las manos infatigables, trajinando con la derecha, y con la izquierda quitándose la moquita que se le caía. Al punto comprendió lo que queríamos decirle, pues era mujer de no común agudeza, y se adelantó a nuestras preguntas diciéndonos:

—Es un santo, créanme, caballeros, es un santo. Pero como a mí me cargan los santos..., ¡ay, no los puedo ver!..., yo le daría de morradas al padre Nazarín, si no fuera por el aquel de que es clérigo, con perdón... ¿Para qué sirve un santo? Para nada de Dios. Porque en otros tiempos, *paice* que hacían milagros, y con el milagro daban de comer, convirtiendo las piedras en peces, o resucitaban los cadáveres difuntos, y sacaban los demonios humanos del cuerpo. Pero ahora, en estos tiempos de tanta sabiduría, con eso del *teleforo* o *teléforo,* y los *ferros-carriles* y tanto infundio de cosas, que van y vienen por el mundo, ¿para qué sirve un santo más que para divertir a los chiquillos de las calles?... Este cuitado que ustedes han visto tiene el corazón de paloma, la conciencia limpia y blanca como la nieve, la boca de ángel, pues jamás se le oyó expresión fea, y todo él está como cuando nació, quiere decirse que le enterrarán con palma..., eso téngalo por cierto... Por más que le escarben, no encontrarán en él ningún pecado mayor ni menor, como no sea el pecado de dar todo lo que tiene... Yo le trato como a una criatura, y le riño todo lo que me da la gana. ¿Enfadarse él? Nunca. Si ustedes le dan un palo, es un suponer, lo agradece... Es así... Y si ustedes le dicen perro judío, se sonríe como si le echaran flores... Y mis noticias son que el cleriguicio de San Cayetano le trae entre ojos por ser así, tan dejado, y no le dan misas sino cuando las hay de sobra... De forma y manera, que lo que él gane con el *sacerdocio* me lo claven a mí en la frente. Yo, como tengo este genio, le digo: "Padre Nazarín, métase en otro oficio, aunque sea para traer y llevar muertos en la *funebridad*...", y él se ríe... También le digo que para maestro de escuela está cortado, por aquello de la paciencia y el no comer..., y él se ríe... Porque eso sí..., hombre de mejor boca no se hallaría ni buscándolo con un candil. Lo mismo le come a usted un pedazo de pan tierno que medio cuarterón de bofes. Si le da usted cordilla, se la come, y a un troncho de berza no le hace ascos. ¡Ay, si en vez de santo fuera hombre, la mujer que tuviera que mantenerle ya podría dar gracias a Dios!...

Tuvimos que cortar la retahila de la *tía Chanfa,* que no llevaba trazas de acabar en seis horas. Y bajamos a echar un párrafo con el gitano viejo, quien, adivinando lo que queríamos preguntarle, se apresuró a ilustrarnos con su autorizada opinión.

—Señores—nos dijo, sombrero en mano—, Dios les guarde. Y si no es curiosidad, ¿se *pué sabé* si le dieron *guita* a ese *venturao* de don Najarillo? Porque más valiera que lo diesen a *mujotros,* que así nos ahorrábamos el trabajo de subir a pedírselo, o se quitaban de que lo diera a malas manos... Que muchos hay, ¿*ustés* me entienden?, que le sonsacan la caridad, y le quitan hasta el aire santísimo, antes que lo dé a quien se lo merece... Eso sí, como bueno lo es, mejorando lo que me escucha. Y yo le tengo por el príncipe de los serafines coronados, ¡válgame la santísima cresta del gallo de la Pasión!... Y con él me confesaría antes que con Su Majestad el Papa de Dios... Porque bien vemos cómo se le cae la baba del ángel que tiene en el cuerpo, y cómo se le baila en los ojos la *minífica* estrella pastoral de la Virgen benditísima que está en los cielos... Conque, señores, mandar a un servidor de *ustés* y de toda la familia...

Ya no queríamos más informes, ni por el momento nos hacían falta. En el portal hubimos de abrirnos paso por entre un pelotón de máscaras inmundas, que asaltaban el puesto de aguardiente. Salimos pisando fango, andrajos caídos de aquellos cuerpos miserables, cáscaras de naranja y pedazos de careta, y volvimos paso a paso al Madrid alto, a nuestro Madrid, que otro pueblo de mejor fuste nos parecía, a pesar de la grosera necedad del Carnaval moderno y de las enfadosas comparsas de pedigüeños que por todas las calles encontrábamos. No hay para qué decir que todo el resto del día lo pasamos comentando al singularísimo y aun no bien comprendido personaje, con lo cual indirectamente

demostrábamos la importancia que en nuestra mente tenía. Corrió el tiempo, y tanto el reportero como yo, solicitados de otros asuntos, fuimos dando al olvido al clérigo árabe, aunque de cuando en cuando le traíamos a nuestras conversaciones. De la indiferencia desdeñosa con que mi amigo hablaba de él colegí que poca o ninguna huella había dejado en su pensamiento. A mí me pasaba lo contrario, y días tuve de no pensar más que en Nazarín, y de deshacerlo y volverlo a formar en mi mente, pieza por pieza, como niño que desarma un juguete mecánico para entretenerse armándolo de nuevo. ¿Concluí por construir un Nazarín de nueva planta con materiales extraídos de mis propias ideas, o llegué a posesionarme intelectualmente del verdadero y real personaje? No puedo contestar de un modo categórico. Lo que a renglón seguido se cuenta, ¿es verídica historia, o una invención de esas que por la doble virtud del arte expeditivo de quien las escribe, y la credulidad de quien las lee, resultan como una ilusión de la realidad? Y oigo, además, otras preguntas: "¿Quién demonios ha escrito lo que sigue? ¿Ha sido usted, o el reportero, o la *tía Chanfaina*, o el gitano viejo?..." Nada puedo contestar, porque yo mismo me vería muy confuso si tratara de determinar quién ha escrito lo que escribo. No respondo del procedimiento; sí respondo de la exactitud de los hechos. El narrador se oculta. La narración, nutrida de sentimiento de las cosas y de histórica verdad, se manifiesta en sí misma, clara, precisa, sincera.

SEGUNDA PARTE

I

Una noche del mes de marzo, serena y fresquita, alumbrada por espléndida luna, hallábase el buen Nazarín en su modesta casa profundamente embebecido en meditaciones deliciosas, y tan pronto se paseaba con las manos a la espalda, tan pronto descansaba su cuerpo en la incómoda banqueta para contemplar, al través de los empañados vidrios, el cielo y la luna y las nubes blanquísimas, en cuyos vellones el astro de la noche jugaba al escondite. Eran ya las doce; pero él no lo sabía ni le importaba, como hombre capaz de ver con absoluta indiferencia la desaparición de todos los relojes que en el mundo existen. Cuando eran pocas las campanadas de los que en edificios próximos sonaban, solía enterarse; si eran muchas, su cabeza no tenía calma ni atención para cuentas tan largas. Su reloj nocturno era el sueño, las pocas veces que lo sentía de veras, y aquella noche no le había avisado aún el cuerpo su querencia del camastro en que reposarse por breve tiempo solía.

De pronto, cuando más extático se hallaba mi hombre diluyendo sus pensamientos en la preciosa claridad de la luna, se oscureció la ventana, tapándola casi toda entera un bulto que de la parte del corredor a ella se aproximara. Adiós claridad, adiós luna, y adiós meditación dulcísima del padre Nazarín.

Al llegarse a la ventana oyó golpecitos que daban de afuera, como ordenando o pidiendo que abriese. "¿Quién será?..., ¡a estas horas!..." Otra vez el toque de nudillos, como redoblar de un tambor. "Pues por el bulto—se dijo Nazarín—, parece una mujer. ¡Ea! Abramos y veremos quién es esa señora, y a santo de qué viene a buscarme."

Abierta la ventana, oyó el clérigo una voz sofocada y fingida, como la de las máscaras, que con angustioso acento le dijo:

—Déjeme entrar, padrico, déjeme que me esconda..., que me vienen siguiendo, y en ninguna parte estaré tan segura como aquí.

—Pero, ¡mujer!... Y a todas éstas, ¿quién eres, quién es usted, qué le pasa?...

—Déjeme entrar le digo... De un brinco me meto dentro, y no se enfade. Usted, que es tan bueno, me esconderá... hasta que... Entro, sí, señor, vaya si entro.

Y acompañando la acción a la pala-

bra, con rápido salto de gata cazadora, se metió dentro de un brinco, y cerró ella misma los cristales.

—Pero, señora..., ya comprende...

—Padre Nazarín, no se incomode. Usted es bueno, yo soy mala, y por lo mismo que soy tan remala, me dije digo... "No hay más que el beato Nazarín que me dé amparo en este trance." ¿No me ha conocido todavía, o es que se hace el tonto?... ¡Mal ajo!... Pues soy *Andara*... ¿No sabe quién es *Andara*?

—Ya, ya..., una de las cuatro... señoras que estuvieron aquí el día que me robaron, y por consuelo me pusieron como hoja de perejil.

—Yo fuí mismamente la que le insulté más, y la que le dije cosas más puercas, porque... la Siona es mi tía... Pero ahora le digo que la Siona es más ladrona que Candelas, y usted un santo... Me da la real gana de decirlo porque es la realísima verdad..., ¡mal ajo!

—¿Conque Andara?... Pero yo quiero saber...

—Nada, padrito de mi alma, que aquí donde me ve, ¡por vida del Verbo!, he hecho una muerte.

—¡Jesús!

—No sabe una lo que hace cuando le tocan a la *diznidá*... Un mal minuto *cualisquiera* lo tiene... Maté, o si no maté, yo di bien fuerte..., y estoy herida, sí, padre..., tenga compasión... La otra me tiró un bocado al brazo y me levantó la carne... santísima; con el cuchillo de la cocina alcanzó a darme en este hombro, y me sale sangre.

Diciéndolo, se cayó al suelo como un saco, con muestras de desvanecimiento. El padrito la palpó, llamándola por su nombre. "*Andara,* señora *Andara,* vuelva en sí, y si no vuelve, y se muere de esa tremenda herida, haga propósito mental de arrepentimiento, abomine de sus culpas para que el Señor se digne acogerla en su santo seno."

Todo esto ocurría en oscuridad casi completa, pues la luna se había ocultado, cual si quisiera favorecer la evasión y escondite de la malaventurada mujer. Nazarín trató de incorporarla, cosa no difícil, por ser Andara de pocas carnes; pero se le volvió a caer de entre las manos.

—Si tuviéramos luz—decía el clérigo muy apurado—, ya veríamos...

—Pero ¿no tiene luz?—murmuró al fin la tarasca herida, volviendo de su desmayo.

—Vela tengo; pero ¿con qué la enciendo, Virgen Santísima, si no hay mixtos en casa?

—Yo tengo...; búsquelos en mi bolsillo, que no puedo mover el brazo derecho.

Nazarín tocaba de abajo arriba en el cuerpo de la infeliz, como quien toca una pandereta, hasta que al fin sonó algo como un cascabel en medio de las ropas, impregnadas de una pestilencia con falsos honores de perfume. Revolviendo con no poco trabajo, encontró la caja mugrienta, y ya estaba el hombre raspando el fósforo para sacar lumbre, cuando la mujerona se incorporó asustada, diciéndole:

—Cierre antes las maderas. Podría verme algún vecino que ande por ahí, ¡contro!, y entonces buena la hacíamos...

Cerradas las maderas y encendida luz, Nazarín pudo cerciorarse del lastimoso estado de la infeliz mujer. El brazo derecho lo tenía hecho una carnicería, de arañazos y mordiscos, y en la paletilla una herida de arma blanca, de donde brotaba sangre, que le teñía la camisa y el cuerpo del vestido. Lo primero que hizo el curita fué desembarazarla del mantón, y luego le abrió o desgarró, conforme pudo, el cuerpo de la bata de tartán. Para que estuviese más cómoda, le trajo la única almohada que en su cama tenía, y procedió a la primera cura con los medios más primitivos, lavar la herida, restañarla con trapos, para lo cual hubo de hacer trizas una camisa que le regalaron aquel mismo día unos amigos de la vecindad.

Y la tarasca, en tanto, no paraba de hablar, refiriendo el trágico lance que a tal extremidad le había traído.

—Ha sido con la *Tiñosa.*

—¿Qué dices, mujer?

—Que la bronca fué con la *Tiñosa,* y la *Tiñosa* es la que he matado, si es que la maté, pues ya lo voy dudando. ¡Contro! Cuando yo la agarré por el moño y la tiré al suelo, ¡ay!, le di el navajazo con toda mi alma, para partirle la suya..., ¡mal ajo!; pero ahora..., me alegraría de saber que no la había matado...

—Tal para cual. ¿Conque la *Tiñosa*?... ¿Y quién es esa señora?

—Una de las que conmigo estuvieron aquí aquella mañana, ¿sabes?, la más fea de las cuatro, con unos ojos de carnero a medio morir, el labio partido, la oreja rajada, de un tirón que la dieron para arrancarle el pendiente, y la garganta llena de costurones. ¡Mal ajo! Si el premio de horrorosa no hay quien se lo quite, y yo mismamente, al par de ella, soy como... las diosas del *Olimpido*. Conque... fué todo por un papel de alfileres de cabeza negra que le dió el *Tripita*..., y de ahí saltó la *quistión*... De donde vinimos a una muy fuerte *despotrica* sobre si el *Tripita* es caballero o no es caballero... Y porque yo dije que es un lambión y un carnerazo, vino la gorda, y al decirme que yo era esto y lo otro, y... lo que no hay para qué decírselo a una. Mire, padre, yo soy muy loba, tan loba como la primera; pero no quiero que me lo digan, y menos ella, loba vieja y tan zurrida, que ni los gatos la quieren ya...

—Cállate, boca infame, cállate, si no quieres que te abandone a tu suerte desdichada—le dijo el clérigo con severidad—. Arroja de ti el rencor, miserable, y considera que has añadido a tus horribles pecados el de homicidio, para que tu alma no tenga un punto, un solo punto por donde pueda ser cogida para sustraerla a las llamas del infierno.

—Es que..., verá, padrito... Si lo que digo es que yo, cuando me tocan la *dignidá*..., ¡mal ajo!... Porque aunque una sea un guiñapo, cada cual tiene su aquel de vergüenza propia, y quiere que la respeten...

—Cállate, repito..., y no hagas comentarios. Cuéntame el caso liso y mondo, para saber yo si debo ampararte o entregarte a la Justicia. ¿Y cómo escapaste del tumulto que en tu casa, en la calle o en donde fuera debió de formarse?... ¿Cómo conseguiste que no te prendieran inmediatamente? ¿Cómo pudiste llegar aquí sin ser vista y guarecerte en mi casa, y por qué razón me has puesto en el compromiso de tener que esconderte?

—Todo se lo contaré como desea; pero antes me ha de dar agua, si la tiene, y si no la tiene, váyase a buscarla, porque me está abrasando una sed que ni el infierno...

—Agua tengo, por fortuna. Bebe y cuenta, si el hablar no te debilita y trastorna.

—No, señor; yo estoy hablando, si me dejan, hasta el día del *Perjuicio* final, y cuando me muera hablaré hasta un poquito después de dar la última boqueada. Pues verá usted..., la tiré con la navaja en semejante parte y en semejante otra, con perdón..., y si no me *desapartan*, la mecho... La mitad del pelo de ella me lo traje entre las uñas, y estos dos dedos se los metí por un ojo... Total, que me la quitaron y quisieron *asujetarme*; pero yo, braceando como una leona, me zafé, tiré el cuchillo y salí a la calle, y de una carrerita, antes que pudieran seguirme, fuí a parar a la calle del Peñón. Luego volví pasito a paso..., oí ruido de voces..., me agazapé. La Roma y *Verginia* chillaban, y la tía Gerundia decía: "Ha sido *Andara*, ha sido *Andara*..." Y el sereno y otros hombres..., que dónde me habría metido, que por aquí, que por allá..., y que me buscarían para llevarme a la Galera y al patíbulo... Yo que oí esto, ¡contro!, me voy escurriendo, escurriendo, pegadita a la pared, buscando la sombra, hasta que me entré por esta calle de las Amazonas, sin que nadie me viera. Toda la gente allí, y por aquí ni una rata. Yo iba preguntando a qué santo me encomendaría, y buscaba un agujero donde meterme, aunque fueran los de la alcantarilla. Pero ¡no cabía, por mucho que me estirara, no cabía, Señor!... ¡Y doliéndome el brazo y soltando sangre de la herida! ¡Mal ajo! Me arrimé al quicio del portalón de esta casa, que hace mucha sombra...; empujo para adentro y vi que se abría... ¡Oh, qué gusto! ¡Suerte como ella!... Los gitanos suelen dejarlo abierto, ¿sabe?... Entréme despacito, como un soplo de viento, y me fuí escabullendo, pensando que si me veían los gitanos era perdida... Pero no me vieron los condenados. Dormían como cestos, y el perro se había salido a la calle... ¡Bendita sea la perra que fué la causante de que saliera!... Pues, señor, me fuí colando por el patio como una babosa, y para entre mi decía: "Pero ¿dónde me meto yo ahora? ¿A quién le pido yo que me esconda?" A la *Chanfa*, ni pensarlo. A Jesusita y la *Pelada*, menos. Pues si me veían los *Cumplidos*, peor... En esto me pasó por el pensamiento que si no me

salvaba el padre Nazarín no me salvaba nadie. Y de cuatro brincos me subí al corredor. Yo me acordé entonces de que el día de Carnaval le había dicho cuatro frescas, por mor del enfado natural de una. De la conciencia, ¡mal ajo!, sentí que me corría la sangre, como de la herida. Pero dije: "El es un santorro muy simplón y muy buenazo, y no se acordará de aquellas palabritas, ¡contro!", y me corrí hacia la ventana y llamé, y... ¡Ay, cómo me duele ahora..., ay, ay!... Padrito, ¿usted tiene por casualidad vinagre?

—No, hija; ya sabes que aquí no hay lujo, ni en mi despensa ningún alimento nutritivo ni estimulante. ¡Vinagre! ¿Crees tú que has entrado en Jauja?

II

A la madrugada se puso tan mala la pobre, que don Nazario (pues no siempre hemos de llamarle Nazarín, familiarmente) no sabía qué hacerle, ni qué medidas tomar para salir con ventura de aquel grave conflicto en que su cacareada y popular bondad en mal hora le puso. La tal *Andara* (a quien llamaban así por contracción de Ana de Ara) cayó en extenuación alarmante, con frecuentes colapsos y delirio. Para colmo de desdicha, aunque el buen cura comprendió que todo aquel mal provenía de extenuación, motivada de la pérdida de tanta sangre, no podía ponerle inmediato remedio, por no tener en su casa más vituallas que un poco de pan, un pedazo de queso de Villalón y como una docena de nueces, sustancias impropias para un enfermo traumático. Pero, pues no había otra cosa, forzoso fué apencar con el pan y las nueces, hasta que viniera el día y pudiese Nazarín procurarse mejor alimento. Hubiérale dado él de muy buena gana un poco de vino, que era lo que ella principalmente apetecía; mas en casa tan pobre y modesta no entraba jamás aquel líquido. Ya que no podía atender al reparo de fuerzas, trató de acomodar el cuerpo de la miserable en cama menos dura que el santo suelo, donde yacía desde que entró; y viendo la imposibilidad, después de infructuosos ensayos, de que *Andara* se moviera de aquel sitio, porque sus músculos habían venido a ser como trapos y sus huesos de plomo, no tuvo el buen Nazarín más remedio que sacar fuerzas de flaqueza, y echarse a cuestas, con descomunal trabajo, aquel fardo execrable. Afortunadamente, el peso de *Andara* era escaso, porque andaba mal de carnes (la mayor desgracia en su condición), y para cualquier hombre de medianos bríos el levantarla habría sido como cargar un pellejo de arroba a medio llenar.

Así y todo, sudó la gota gorda el pobre cura, y por poco se cae en mitad del camino. Pero al fin pudo soltar su fardo, y al caer los molidos huesos y flojas humanidades en el colchón, dijo la moza:

—Dios se lo pague.

Ya cerca del día, y hallándose en un momento lúcido, después de haber desembuchado mil desatinos, tocantes al *Tripita*, la *Tiñosa* y demás gentuza con que ordinariamente trataba, la tarasca dijo a su bienhechor:

—Señor Nazarín, si no tiene comida, supongo que no le faltará dinero.

—No tengo más que lo de la misa de hoy, que aún no lo he tocado, ni me lo ha pedido nadie.

—Mejor... Pues en cuanto amanezca, traerá media librita de carne para ponerme un puchero. Y tráigame también medio cuartillo de vino... Pero mire, venga acá. Usted no tiene malicia, y hace las cosas a lo santo, con lo cual perjudica sin querer. Mire, oiga lo que le digo. Haga caso de mí, que tengo más... gramática. No compre el vino en la taberna del hermano de Jesusa, ni en la de José Cumplido, donde le conocen. "Anda, anda—dirán—, el bendito Nazarín comprando vino, él que no lo cata." Y empezarían a chismorrear, y que torna, que vira, y alguien se metería en averiguaciones, y, ¡contro!, me descubrirían... ¡Y qué cosas dirían de usted!... ¡Váyase a comprarlo a la taberna de la calle del Oso, o a la de los Abades, donde no le conocen, y, además, hay más conciencia que por aquí, vamos al decir, que no bautizan tanto.

—No necesitas decirme lo que tengo que hacer—replicó el clérigo—. Sobre que la opinión del mundo no significa nada para mí, no es bien que yo tome tus consejos, ni que tú te atrevas a dármelos. Ni tengas por seguro tampoco, desdichada *Andara*, que esta pobre morada mía es escondite de criminales, y que a

mi sombra vas a encontrar la impunidad. Yo no te denunciaré; pero tampoco puedo, porque no debo, ¿entiendes?, burlar a tus perseguidores, si con justicia te persiguen, ni librarte de la expiación a que el Señor, antes que los tribunales, sin duda, te sentencia. Yo no te entregaré a la Justicia; mientras aquí estés, te haré todo el bien que pueda. Si no te descubren, allá Dios y tú.

—Bueno, señor, bueno—replicó la tarasca entre hondos suspiros—. Eso no quita para que compre el vino donde le digo, porque es menos cristiano allá que acá. Y si no tuviere bastante guita, busque en el bolsillo de mi bata, donde debe de haber una peseta y tres o cuatro perras. Cójalo todo, que yo para nada lo necesito ahora, y de paso que va por el vino, tráigase una cajetilla para usted.

—¡Para mí!—exclamó el sacerdote con espanto—. ¡Si sabes que no fumo!... Y aunque fumara... Guárdate tu dinero, que bien podrías necesitarlo pronto.

—Pues el vicio del tabaco, ése nada más, bien lo podría tener, ¡mal ajo! Vamos, que el no tener ningún vicio, ninguno, lo que se dice ninguno, vicio también es. Pero no se enfade...

—No me enfado. Lo que te digo es que las vanas palabras y la distracción del espíritu son un nuevo mal que añades a los que ya tienes sobre ti. Reconcentra tus pensamientos, infeliz mujer; pide el fervor de Dios y de la Virgen, sondea tu conciencia, reflexiona en lo mucho malo que has hecho, y en la posibilidad de la enmienda y del perdón, si con fe y amor procuras una y otro. Aquí me tienes para ayudarte, si piensas en cosas más serias que el esconderte, la peseta, el vino y la cajetilla..., a no ser que ésta la quieras para ti, y en tal caso...

—No, no, señor...; yo no...—refunfuñó la moza—. Era que... Total, que si quiere coger la peseta, cójala, pues no es bien que todo el gasto sea de su cuenta.

—Yo no necesito de tu peseta. Si la necesitara, te la pediría... ¡Ea! A pensar en tu alma, en tu arrepentimiento. Repara que estás herida, que yo no puedo curarte bien, que el Señor puede mandarte, a la hora menos pensada, una gangrena, un tifus o cualquier otra pestilencia. ¡Ah! Nunca sería tanto como lo que mereces, ni tan grave como la podredumbre que devora tu alma. En eso es en lo que tienes que pensar, *Andara* infeliz; que si en todo caso estamos a merced de la muerte, a ti ahora te anda rondando, y como venga de súbito, que puede venir, y te coja desprevenida, ya sabes adónde vas a parar.

Ni mientras Nazarín hablaba, ni mucho después, dijo *Andara* esta boca es mía, demostrando con su silencio el vago temor que la exhortación produjo en su alma. Pasado un largo rato, volvió a echar suspiros y más suspiros, manifestando con voz quejumbrosa que si era preciso morir, no tendría más remedio que conformarse. Pero bien podía suceder que viviese, tomando algún alimento, un poco de vino, y aplicándoselo también a las heridas. Y como llegase el caso, ella no dejaría de procurarse todo el arrepentimiento posible, a fin de que el trance final la cogiera en buena disposición y con mucho cristianismo en toda su alma. Fuera de esto, si el padrito no se enfadaba, le diría que ella no creía en el Infierno. *Tripita,* que era persona muy leída, y compraba todas las noches *La Correspondencia,* le había dicho que eso del Infierno y el Purgatorio es papa, y también se lo había dicho *Bálsamo.*

—¿Y quién es *Bálsamo,* hija mía?

—Pues uno que fué sacristán, y estudió para cura, y sabe todo el canticio del coro y el responso inclusive. Después se quedó ciego y se puso a cantar por las calles con una guitarra, y de una canción muy chusca que acababa siempre con el estribillo del *bálsamo del amor,* le vino y se le quedó para siempre el nombre de *Bálsamo.*

—Pues escoge entre la opinión del señor de *Bálsamo* y la mía.

—No, no, padrito... Usted sabe más. ¡Qué cosas tiene! ¡Cómo se va a comparar!... Si ese de que le hablo es un perdido, más malo que la sarna. Vive con una que la llamamos la *Camella,* alta y zancuda, mucho hueso. Le viene este nombre de que antes, cuando pintaba algo, le decían *la dama de las Camelias.*

—No quiero saber nada de *camellas* ni camelias, ¿entiendes? Aleja de tu mente la idea de todo ese personal inmundo y piensa en sanar tu alma, que no es floja tarea. Ahora procura conciliar el sueño; y yo aquí, en esta banqueta, apoyadito en la pared, espero el

día, que ya no ha de tardar en enviarnos sus primeros resplandores.

Durmiéranse o no, ello es que ambos callaron y silenciosos permanecían cuando penetraban por las rendijas de la ventana y de la clavada puerta los primeros flechazos de la luz matutina. Aún tardaron un ratito en iluminar toda aquella pobreza y en diseñar los contornos de los objetos, poniendo a cada uno su natural color. *Andara* se durmió profundamente al amanecer, y cuando despertó, bien entrado el día, encontróse sola. Como notara ruido en la casa, entrar y salir de gente en el patio, el barullo de los huéspedes, la voz tormentosa de la *Chanfaina* en la cocina, tuvo miedo. Aunque bien pudieran ser aquellos rumores el movimiento común y ordinario de la casa, la infeliz no las tenía todas consigo, y en su zozobra hizo propósito firme de permanecer achantadita en el flaco jergón, cuidando de no hacer ruido, de no moverse, ni toser, ni respirar más que lo preciso para no ahogarse, a fin de que ningún descuido suyo delatara su presencia en la casa del sacerdote.

Más que el miedo para desvelarla, podía la extenuación para adormecerla y segunda vez cayó en un letargo pesadísimo, del cual la sacó Nazarín, sacudiéndole la cabeza, para ofrecerle vino. ¡Ay, con qué ansia lo tomó, y qué bien le supo! Después le aplicó a las heridas el mismo medicamento que empleara para uso interno, y tanta fe en esta terapéutica tenía la mujerona, sin duda, por haber presenciado ejemplos mil de su eficacia, que sólo con aquella fe, a falta de otra, se mejoró la condenada. La conciencia de su desamparo ante el peligro le inspiraba mil precauciones ingeniosas, entre ellas el no hablar con don Nazario más que por señas, para que ninguna voz suya llegase a los oídos de la refitolera vecindad. Con visajes y garatusas se dijeron todo cuanto tenían que decirse, y por cierto que pasó *Andara* grandes apuros para indicarle con tan imperfecto lenguaje algunas cosas pertinentes al puchero que el buen curita pensaba poner. No hubo más remedio que emplear la palabra, reduciéndola a un susurro apenas perceptible; al fin, se entendieron. Nazarín adquirió preciosas nociones de arte culinario, y la enferma tomó un caldo que no sería, ciertamente, de mucha sustancia, mas para ella bueno estaba; y con unas sopas que comió después se fué reponiendo y entrando en caja. Cumplidos estos deberes de hospitalidad caritativa, Nazarín salió, dejando la casa cerrada, y a la moza herida sin más compañía que la de sus alborotados pensamientos, y la de algún ratón que, a la husma de las migas de pan, andaba por debajo de la cama.

III

Todo el resto del día estuvo sola la buena pieza, pues el padrito no se daba prisa por volver a su domicilio. Recelos y desconfianzas de criminal acometieron por la tarde a la malaventurada mujer. "¡Si me denunciará este buen señor! —se decía, no pudiendo pensar más que en la anhelada impunidad—. No sé, no se..., porque unos le tienen por santo, y otros, por un pillete muy largo, pero muy largo... No sabe una a qué carta quedarse... ¡Contro! ¡Mal ajo! Pero no, no creo que me denuncie... El cuento es que si me descubren y le preguntan si estoy aquí, contestará que sí, porque él no miente ni aun por salvar a una persona. ¡Vaya con la santidad! Si es cierto que hay infiernos con mucha lumbre y tizonazos, allá debían ir los que dicen verdades que a un pobre le cuestan la vida o le zampan en una cárcel."

Por la tarde pasó un rato de horrible pavura oyendo la voz de la *Chanfa* junto a la ventana. Hablaba con otra mujer que, por el habla gargajosa y carraspeante, parecía la *Camella*. ¡Y la *Camella* era tan mala, tan amiga de meter en todo las narices, y llevar y traer cuentos! Después que picotearon bien, Estefanía llamó con los nudillos en el cristal; pero como el padre no estaba allí para responderle, se fueron las muy indinas. Otras personas, y algunos chicuelos de la vecindad, llamaron también en el curso del día, cosa muy natural y que no debía ser motivo de alarma, porque la pobretería de aquellos lugares visitaba con frecuencia al que era amigo y consuelo de los pobres. Al anochecer, ya no podía la mujerzuela con su congoja y susto, y anhelaba que volviese el clérigo, para saber si podía contar o no con el sigilo en aquella oscura reclusión. Los minutos se le hicieron horas; al fin,

cuando le vió entrar, ya cerca de anochecido, a punto estuvo de reñirle por su tardanza, y si no lo hizo fué porque el gozo de verle le quitó el enfado.

—Yo no tengo que darte a ti cuenta de dónde voy ni de dónde vengo, ni en qué empleo mis horas—le dijo Nazarín, contestando a las primeras preguntas impertinentes y oficiosas de la que bien podía llamarse su protegida—. ¿Y qué tal? ¿Vamos bien? ¿Te duele menos la herida? ¿Vas tomando fuerzas?

—Sí, hombre, sí... Pero el *canguelo* no me deja vivir... A cada instante me parece que entran para cogerme y llevarme a la cárcel. ¿Estaré segura? Dígamelo con verdad, a lo hombre, más que a lo santo.

—Ya sabes—repuso el sacerdote, desembarazándose del manteo y la teja—: yo no te denuncio... Procura tú no hacer aquí nada por donde te descubran..., y chitón, que anda gente por el corredor.

—Vaya, que está hoy mi beato muy paseante en Corte—decía la amazona—. ¿Qué pasa? ¿Ha ido a bailarle el agua al obispo, como le aconsejé? Como no adule, no le darán nada. ¿Y qué? ¿Hubo misa hoy? Bueno. Así, aplicarse, ir a las parroquias con cara de poca vergüenza, darse pisto... Verá cómo caen misas. Oiga, padrito, yo siento..., me parece que sale por esta ventana un olor... así como de esa perfumería condenada que gastan las mujeronas... Pero ¿usted no huele? ¡Si es un tufo que tira para atrás!... Claro, no es novedad. Como entran a verle a usted personas de todas castas, y usted no distingue, ni sabe a quién socorre...

—Esto será—replicó Nazarín sin inmutarse—. Entra aquí mucha y diversa gente. Unos huelen y otros no.

—Y también me da olor a vinazo... ¿Se nos estará su reverencia echando a perder?... Porque el de la misa no será.

—Lo del otro olor—dijo el clérigo con suprema sinceridad—no lo niego. Aroma o pestilencia, ello es que existe en mi casa. Yo lo siento, y lo sentirá todo el que tenga olfato. Pero olor a vino no lo noto, francamente, no noto nada, y esto no es decir que no lo haya habido en casa hoy... Pudo haberlo; mas no huele, señora, no huele.

—Pues yo digo que trasciende... Pero no hay que disputar, porque no tendrán la misma *trascendencia* sus narices y las mías.

Ofrecióle después comida la señora *Chanfa*, y él rehusó, limitándose a recibir, tras repetidas instancias, un bollo de canela y dos chorizos de Salamanca. Con esto se acabó la conversación y el horroroso susto de la reclusa.

—Ya me barrunté yo—decía, inconsolable, al sentir que se alejaba la amazona—que esta *perfumación* indecente de mi ropa me iba a denunciar. La quemaría toda, si pudiera salir de aquí en camisa. Lo que menos pensaba yo, echándome esos olores, era que me habían de traer tal perjuicio. Y es buena esencia, ¿verdad, padrito? ¿No le gusta a usted olerla?

—A mí no. Sólo me agrada el olor de las flores.

—A mí también. Pero van caras, y no puede una tenerlas más que de vista en los jardines. Pues hace tiempo, tenía yo un amigo que me llevaba muchas flores, de las mejores; sólo que estaban algo sucias.

—¿De qué?

—De la porquería de las calles. Este amigo era barrendero, de los que recogen las basuras todas las mañanas. Y a veces, por el Carnaval o en tiempo de baile, barría en la puerta de los teatros y casas grandes, y con la escoba recogía muchas *camellas*.

—Camelias, se dice.

—Camelias, y hasta rosas. Lo ponía todo en un papel con mucho cuidadito, y me lo llevaba.

—¡Qué fino!... ¿Dejarás, al fin, de pensar tonterías, y mirarás a lo importante, a la purificación de tu alma?

—Todo lo que usted quiera, aunque me parece que de ésta no expiro. Yo tengo siete vidas, como los gatos. Dos veces estuve en el *espital* con la sábana por la cara, creyendo todos que me iba, y volví, y me curé.

—No hay que fiar, señora mía, de la feliz circunstancia de haber escapado una y otra vez. En toda ocasión la muerte es nuestra inseparable compañera y amiga. En nosotros mismos la llevamos desde el nacer, y los achaques, las miserias, la debilidad y el continuo sufrir son las caricias que nos hace dentro de nuestro ser. Y no sé por qué ha de aterrarnos la imagen de ella cuando la vemos fuera de nosotros,

pues esa imagen en nosotros está de continuo. De seguro que tú te espantas cuando ves una calavera, y más si ves un esqueleto...

—¡Ay, sí, qué miedo!

—Pues la calavera que tanto te asusta, ahí la llevas tú: es tu cabeza...

—Pero no será tan fea como la de los cementerios.

—Lo mismo, sólo que está vestida de la carne.

—De modo, padrito, ¿que yo soy mi calavera? ¿Y el esqueleto mío es todos estos huesos, armados como los que vi yo una vez en el teatro, en la función de los fantoches? Y cuando yo bailo, ¿baila mi esqueleto? Y cuando duermo, ¿duerme mi esqueleto? ¡Mal ajo! Y al morirme, ¿cogen mi esqueletito salado y lo tiran a la tierra?

—Exactamente, como cosa que ya no sirve para nada.

—Y cuando se muere una, ¿sigue una sabiendo que se ha muerto y acordándose de que vivía? ¿Y en qué parte del cuerpo tiene una el alma? ¿En la cabeza o en el pecho? Cuando una se pelea con otra, digo yo, ¿el alma se sale a la boca y a las manos?

Contestóle Nazarín, sobre esto del alma, en la forma más elemental y comprensible para tan ruda inteligencia, y siguieron departiendo en voz baja, a prima noche, después de cenar algo, sin cuidarse de la vecindad, que, por fortuna, de ellos tampoco se cuidaba. Andara, por causa, sin duda, de la forzada quietud, que le excitaba la imaginación, todo quería saberlo, demostrando una curiosidad hasta cierto punto científica, que el buen eclesiástico satisfacía en unos casos y en otros no. Anhelaba saber cómo es esto de *nacer una*, y cómo salen los pollos de un huevo igualitos al gallo y a la gallina... En qué consiste que el número trece es muy malo, y por qué causa trae buena sombra el recoger una herradura en mitad de un camino... Cosa inexplicable era para ella la salida del sol todos los días, y que las horas fueran siempre iguales, y el tamaño de los días de un año, en cada estación, igual a los días de los otros años... ¿Dónde se metían los ángeles de la guarda cuando *una es niña*, y qué razón hay para que las golondrinas se larguen en invierno y vuelvan en verano, y acierten con el mismo nido?... También es muy raro que el número dos traiga siempre buena suerte, y que la traiga mala el tener dos velas encendidas en las habitaciones... ¿Por qué tienen tanto talento los ratones, siendo tan chicos, y a un toro, que es tan grande, se le engaña con un pedazo de trapo?... Y las pulgas y otros bichos pequeños, ¿tienen su alma a su modo?... ¿Por qué la luna crece y mengua, y qué razón hay para que cuando *una* va por la calle y encuentra a una persona parecida a otra, al poco rato encuentre a la otra?... También es cosa muy rara que el corazón le diga *a una* lo que va a pasar, y que cuando las mujeres embarazadas tienen antojo de una cosa, verbigracia, de berenjenas, salga luego el crío con una berenjena en la nariz. Tampoco entendía ella por qué las almas del Purgatorio salen cuando se les da a los curas unas perras para responsos, y por qué el jabón quita la porquería, y por qué el martes es día tan malo que no se puede hacer nada en él.

Fácilmente contestaba Nazarín a no pocas de sus dudas, pero otras no se las podía satisfacer, y las proposiciones que pertenecían al orden de la superstición estúpida se las negaba rotundamente, exhortándola a echar de su mente ideas tan desatinadas. Con esto pasaron la velada, y una noche tranquila y sin ningún accidente permitió a la enferma reparar sus fuerzas. De este modo transcurrieron tres días, cuatro; *Andara*, restableciéndose rápidamente de sus heridas y cobrando fuerzas; el buen don Nazario, saliendo todas las mañanas a decir su misita, y regresando tarde a casa, sin que ningún suceso alterase esta monotonía, ni se descubriera el escondite de la mala mujer. Aunque ésta se creía segura, no se descuidaba en sus minuciosas precauciones para que no llegara al exterior de la casa rumor ni indicio alguno de su presencia. A los tres días abandonó el ocioso jergón; mas no se atrevía a salir de la alcoba, y como sintiera voces, contenía temblando la respiración. Pero no quiso la voluble suerte favorecerla más tiempo, y al quinto día fueron inútiles ya todas las cautelas, y la infame se vió en peligro inminente de caer en poder de la Justicia

Al anochecer se llegó la Estefanía a la ventana, y llamando al padrito, que acababa de entrar, le dijo:

—¡Eh, so babieca, que ya no valen pamplinas, que ya se sabe todo, y quién es la mala rata que esconde usted en su madriguera! Abrame la puerta por allá, que quiero entrar y hablarle sin que se enteren los vecinos.

IV

Andara, que tal oyera, se quedó más blanca que la pared, lo cual, en verdad, no era extremada blancura, y ya se consideró en la Galera, con grillos en los pies y esposas en las manos. Daba diente con diente cuando sintió entrar a la *Chanfaina*, que se metió de rondón en la alcoba, diciendo:

—Se acabaron las pamemas. Mira, tú, trasto: desde el primer día entendí que estabas aquí. Te saqué por el olor. Pero no quise decir nada, no por ti, sino por no comprometer al padrico, que se mete en estos fregados con buena intención y toda su sosería de ángel. Y ahora sepan los dos que si no hacen lo que voy a decirles, están perdidos.

—¿Se murió la *Tiñosa*?—le preguntó *Andara*, aguijoneada por la curiosidad, más poderosa en aquel instante que el miedo.

—No se ha muerto. En el *espital* la tienes de *interfecta*, y, según dicen, no comerá la tierra por esta vez. Pues si se muriera, tú no te escapabas de ponerte el corbatín. Conque... ya sales de aquí *espirando*. Vete a donde quieras, que de esta noche no pasa que venga aquí el excelentísimo Juzgado.

—Pero ¿quién...?

—¡Ay, qué tonta! ¡La *Camella* tiene un olfato!... La otra noche vino a esta ventana, y pegaba las narices al quicio, como los perros ratoneros cuando rastrean el ratón. *Golia, golia*, y sus resoplidos se oían desde el portal. Pues ella y otras te han descubierto, y ya no hay escape. Lárgate pronto de aquí y escóndete donde puedas.

—Ahora mismo—dijo *Andara*, envolviéndose en su mantón.

—No, no—agregó la *Chanfa*, quitándoselo—. Voy a darte uno mío, el más viejo, para que te disfraces mejor. Y también te daré una bata vieja. Aquí dejas toda la ropa manchada de sangre, que yo la esconderé... Y que *coste* que esto no lo hago por ti, *feróstica*, sino por el padruco, que está en el compromiso de que le tengan o no le tengan por un peine como tú. Que la Justicia es muy perra y en todo ha de meter el hocico. Ahora, este *serófico* tiene que hacer lo que yo le diga; si no, le empapelan también, y que vengan los angelitos a librarle de ir a la cárcel.

—¿Qué tengo yo que hacer?... Sepámoslo—preguntó el sacerdote, que si al principio parecía sereno, luego se le vió un tanto pensativo.

—Pues usted, negar, negar y negar siempre. Esta pájara se va de aquí, y se esconde donde puede. Se quita todo, *solutamente* todo el rastro de ella: yo limpiaré la salita, lavaré los baldosines, y usted, señor Nazarillo de mis pecados, cuando vengan los de la Justicia, dice a todo que no, y que aquí no ha estado ella, y que es mentira. Y que lo prueben, ¡contro!, que lo prueben.

El curita callaba; mas la diabólica *Andara* apoyó con calor las enérgicas razones de Estefanía.

—Es una gaita—prosiguió ésta—que no se pueda quitar el condenado olor... Pero ¿cómo lo quitamos?... ¡Ah, mala sangre, hija de la gran loba, pelleja maldita! ¿Por qué en vez de traerte acá este *pachuli* que trasciende a demonios no te trajiste toda la perfumería de los estercoleros de Madrid, grandísima puerca?

Acordada la *najencia* de *Andara*, la hombruna patrona, que era toda actividad en los momentos de apuro, trajo sin tardanza las ropas que la criminal debía ponerse en sustitución de las ensangrentadas, para favorecer con algún disfraz su escapatoria en busca de mejor escondite.

—¿Vendrán pronto?—preguntó a la *Chanfa*, con resolución de acelerar su partida.

—Aún tenemos tiempo de arreglar esto—replicó la otra—, porque ahora van con la denuncia, y lo menos hasta las diez o diez y media no llegarán aquí los *caifases*. Me lo ha dicho Blas Portela, que está al tanto de todos estos líos de justicia y sabe cuándo les pica una pulga a los señores de las Sale-

sas. Tenemos tiempo de lavar y de quitar hasta el último rastro de esta sinvergonzona... Y usted, señor *San Cándido,* ahora no sirve aquí más que de estorbo. Váyase a dar un paseo.

—No, si yo tengo que salir a un asunto—dijo don Nazario, poniéndose la teja—. Me ha citado el señor Rubín, el de San Cayetano, después de la novena.

—Pues aire... Traeremos un cubo de agua... Y tú mira bien por todos lados, no se te quede aquí una liga, o botón, una peina del pelo, u otra *cualisquiera* inmundicia de tu persona, cintajo, cigarrillo... No es mal compromiso el que le cae a este bendito por tu causa... ¡Ea!, rico, don Nazarín, a la calle. Nosotras arreglaremos esto.

Fuése el clérigo, y las dos mujeronas se quedaron trajinando.

—Busca bien, revuelve todo el jergón, a ver si dejas algo—decía la *Chanfa.*

Y la otra:

—Mira, Estefa, yo tengo la culpa, yo soy la causante..., y pues el padrico me amparó, no quiero yo que por mí y por este arrastrado perfume le digan el día de mañana que si tal o cual... Pues yo la hice, yo trabajaré aquí hasta que no quede la menor *trascendencia* del olor que gasto... Y ya que tenemos tiempo..., ¿dices que a las diez?..., vete a tus quehaceres y déjame sola. Verás cómo lo pongo todo como la plata...

—Bueno, yo tengo que dar de cenar a los mieleros y a los cuatro tíos esos de Villaviciosa... Te traeré el agua, y tú...

—No te molestes, mujer. Pues ¿no puedo yo misma traer el agua de la fuente de la esquina? Aquí hay un cubo. Me echo mi mantón por la cabeza, y ¿quién me va a conocer?

—Ello es verdad: vete tú, y yo a mi cocina. Volveré dentro de media hora. La llave de la casa está en la puerta.

—Para nada la quiero. Quédese donde está. Yo voy y traigo el agua de Dios en menos que canta un gallo... Y otra cosa: ahora que me acuerdo..., dame una peseta.

—¿Para qué la quieres, arrastrada?

—¿La tienes o no? Dámela, préstamela, que ya sabes que cumplo. La quiero para echar un trago y comprarme una cajetilla. ¿Miento yo alguna vez?

—Alguna vez, no; siempre. Vaya, toma la jeringada peseta y no se habla más. Ya sabes lo que tienes que hacer. Al avío. Me voy. Espérame aquí.

Salió la terrible amazona, y tras ella, con dos minutos de diferencia, la otra tarasca, después de juntar con su peseta la que le diera su amiga y de coger en la cocina una botella y una zafra no muy grande. La calle estaba oscura como boca de lobo. Desapareció en las tinieblas, y cruzando a la calle de Santa Ana, al poco rato volvió con los mismos cacharros agazapados entre los pliegues de su mantón. Con presteza de ardilla subió la angosta escalera y se metió en la casa.

En poquísimo tiempo, que seguramente no pasaría de siete u ocho minutos, entró *Andara* en un cuartucho próximo a la cocina, sacó un montón de paja de maíz de un colchón deshecho, lo llevó todo a la alcoba, envuelto en la misma tela del jergón, y extendiólo debajo de la cama, derramando encima todo el petróleo que había traído en la botella y en la zafrilla. Aún le parecía poco, y rasgando de arriba abajo con un cuchillo el otro colchón, también de maíz, en cuyas blanduras había dormido algunas noches, acumuló paja sobre paja; y para mayor seguridad puso encima la tela de ambos colchones y cuanto trapo encontró a mano, y sobre la cama la banqueta y hasta el sofá de Victoria. Formada la pira, sacó su caja de mixtos, y ¡zas!... Como la pura pólvora, ¡contro! Abierta la ventana para que entrara la onda de aire, esperó un instante contemplando su obra, y no se puso en salvo hasta que el espeso humo que del montón de combustible salía le impidió respirar. Tras de la puerta, en el peldaño más alto de la escalerilla, observó un rato cómo crecía con furor la llama, cómo bufaba el aire entre ella, cómo se llenaba de humazo negro la vivienda del buen Nazarín, y bajó escapada y escabullóse por el portal más pronta que la vista, diciendo para su mantón: "¡Que busquen ahora el olor..., mal ajo!"

Por el cerrillo del Rastro bajó a la calle del Carnero; después, a la de Mira el Río, y paróse allí mirando al sitio donde, a su parecer, entre los tejados, caía el mesón de la *Chanfaina.*

No tenía sosiego hasta no ver la columna de humo, que anunciarle debía el éxito de su ensayo de fumigación. Si no subía pronto el humo, señal era de que los vecinos sofocaban el fuego... Pero no, ¡cualquiera apagaba aquel infiernito que armara ella en menos de un credo! Intranquila estuvo como unos diez minutos, mirando para el cielo y pensando que si la lumbre no prendía bien, su hazaña, lejos de ser salvadora y decisiva, la comprometía más. Por todo pasaba, aun por ir ella a pudrirse en la Galera; pero no consentía que acusaran al divino Nazarín de cosas falsas, verbigracia, de que tuvo o no tuvo que ver con una mujer mala... Por fin, ¡bendito Dios!, vió salir por encima de los tejados una columna de humo negro, más negro que el alma de Judas, y a los cielos subía retorciéndose con tremendos espirales, y creeríase que la humareda hablaba y que decía al par de ella: "¡Que descubran ahora el olor!... ¡Que aplique la *Camella* sus narices de perra pachona!... Anda, ¿no queríais tufo, señores *caifases* de la *incuria*? Pues ya no huele más que a cuerno quemado..., ¡contro!, y el guapo que ahora quiera descubrir el olor..., que meta las uñas en el rescoldo..., y verá... que le *ajuma*..."

Alejóse más, y desde lo bajo de la Arganzuela vió llamas. Todo el grupo de tejados aparecía con una cresta de claridad rojiza, que la tarasca contempló con salvaje orgullo. "Puede una ser una birria, pero tiene conciencia, y por conciencia no quiere una que al bueno le digan que es malo, y se lo prueben con un olor de peineta, con una *jediondez* de la ropa que una se pone... No..., la conciencia es lo primero. ¡Arda Troya!... Estate tranquilo, Nazarín, que si pierdes tu casa, poco pierdes, y otra ratonera no te ha de faltar..."

El incendio tomaba formidables proporciones. Vió *Andara* que hacia allá corría presurosa la gente; oyó campanas. Pudo llegar a creer, en el desvarío de su imaginación, que las tocaba ella misma. Tan, tarán, tan...

—¡Qué burra es esa *Chanfaina*! ¡Creer que lavando se quita el aire malo! No, ¡contro!, eso no va con agua, como el otro que dijo... ¡El aire malo se lava con fuego, sí, ¡mal ajo!, ¡con fuego!

V

Al cuarto de hora de salir la diabólica mujer de la vivienda de don Nazario, ya era ésta un horno, y las llamas se paseaban por el recinto estrecho devorando cuanto encontraban. Acudieron aterrados los vecinos; pero antes que trajeran los primeros cubos de agua, providencia elemental contra incendios leves, ya por la ventana salía una bocanada de fuego y humo que no dejaba acercarse a ningún cristiano. Corrían los inquilinos de aquí para allá, y subían y bajaban sin saber qué partido tomar; las mujeres chillaban, los hombres maldecían. Hubo un momento en que las llamas parecieron extinguirse o achicarse dentro de la estancia, y algunos se aventuraron a entrar por la escalerilla del portal, y otros derramaron cántaros de agua por la ventana del corredor. Con una buena bomba, bien cebada de agua, habríase cortado el incendio en aquel instante; pero mientras llegaba el socorro de bombas y bomberos, tiempo había para arder toda la casa y achicharrarse en ella sus habitantes si no se daban prisa a ponerse en salvo. A la media hora vieron que salían velloncitos de humo por entre las tejas (el piso era principal y sotabanco, todo en una pieza), y ya no quedó duda de que se había extendido el fuego solapadamente a las vigas altas. ¿Y las bombas? ¡Ay Dios mío! Cuando llegó la primera, ya ardía como zarzal reseco la desvencijada techumbre, y el corredor, y el ala norte del patio. Creyérase que toda aquella construcción era yesca salpimentada de pólvora; el fuego se cebaba en ella famélico y brutal, la devoraba; ardían las maderas apolilladas, el yeso mismo y hasta el ladrillo, pues todo se hallaba podrido y deshecho, con una costra de mugre secular. Ardían con gana, con furor. La combustión era un júbilo del aire, que daba en obsequio de sí mismo función de pirotecnia.

No hay para qué describir el pánico horrible del indigente vecindario. Ante la formidable intensidad y extensión de la quema, debía creerse que pronto el edificio entero ardería por los cuatro costados, sin que se salvara ni una astilla. Apagar tal infierno era imposi-

ble, ni aunque vomitaran agua sobre él todas las mangas del orbe católico. A las diez y media nadie pensaba más que en salvar la pelleja y los pocos trastos que componían el moblaje de las viviendas míseras. Viéronse, pues, salir de estampía de los corredores al patio, y de éste a la calle, hombres, mujeres y chiquillos, y escaparon también los gitanescos burros, los gatos y perros, y hasta las ratas que, entre el viguetaje y en agujeros de arriba y abajo, tenían sus guaridas.

Y pronto se llenó la calle de catres, cofres, cómodas y trebejos mil, como el aire de un clamor de miseria y desesperación, al cual se unía el fragoroso aventeo de las llamas para formar un conjunto siniestro. Cuidábanse exclusivamente vecinos y auxiliares de salvar trastos y personas, entre las cuales había algunos impedidos, cojos y ciegos. A excepción de uno de éstos, que salió con las barbas chamuscadas, el salvamento se verificó sin ningún detrimento en las vidas humanas. Desaparecieron, sí, bastantes aves, más bien que por muerte por haber variado de dueño en aquellos apuros, y alguno de los asnos fué a parar, de la primera carrera, a la calle de los Estudios. A última hora trabajaron los bomberos para impedir que el incendio saltara a las casas inmediatas, y, conseguido esto, aquí paz y después gloria.

No hay para qué decir que la *Chanfaina,* desde que recibió en sus narizotas el tufo de la quemazón, no pensó más que en poner en salvo su ajuar, que con no valer en sí más que para leña, era lo mejor de la casa. Ayudada de los mieleros y de otros huéspedes diligentes, fué sacando *sus cosas,* y puso bazar de ellas en la calle. Sus manos y pies no descansaban un momento, ni tampoco su agresiva lengua, que rociaba de palabras bárbaras y sucias a todo el gentío, y a los bomberos y al fuego mismo. El reflejo de las llamaradas enrojecía su rostro tanto como el hervor de su condenada sangre.

Y he aquí que cuando ya tuvo todos sus chismes en la calle, menos una parte de la batería de cocina que no pudo salvar, y se ocupaba en custodiarlos y defenderlos de la pillería, se le puso delante el padre Nazarín, tan fresco, Señor, pero tan fresco, como si nada hubiera pasado, y con acento angelical le dijo:

—¿Conque es cierto que nos hemos quedado sin albergue, señora *Chanfa*?

—Sí, pavito de Dios, ¡mala centella nos parta a todos!... ¡Y con qué desahogo lo dice!... Claro, como usted nada tenía que perder y Dios le ha hecho el favor de consumirle sus miserias, no repara en los pudientes, que tenemos que sacar los trastos a la calle. Pues esta noche dormirá usted al raso, como un caballero. ¿Qué me dice de esta chamusquina espantosa? ¿No sabe que empezó por su casa, como si mismamente hubiera reventado un polvorín?... A mí que no me digan, esto no ha sido natural. Esto ha sido función artificial, sí, señor, un fuego que..., vamos..., no quiero decirlo. La suerte es que el amo de la finca se alegrará, porque todo ello no valía dos ochavos, y el seguro algo le ha de pagar, que si no, de esta *catastrofa* se había de hablar mucho en los papeles, y alguien lo había de sentir, alguno que me callo por no comprometer.

Encogióse de hombros el buen don Nazario, sin mostrar aflicción ni desconsuelo por la pérdida de su menguada propiedad, y terciándose el manteo se puso a disposición de los vecinos para ayudarlos a ordenar los cachivaches, y a moverlos de un lado para otro. Trabajando estuvo hasta muy avanzada la noche, y al fin, rendido y sin fuerzas, aceptó la hospitalidad que le ofreció en la próxima calle de las Maldonadas un sacerdote joven, amigo suyo, que acertó a pasar por el *lugar del siniestro* y a verle en faenas tan impropias, y así se lo dijo, de un ministro del altar.

Cinco días pasó en la casa y compañía de su amigo, en la placidez ociosa de quien no tiene que cavilar por las materialidades de la existencia; contento con su libre pobreza, aceptando sin violencia lo que le daban y no pidiendo cosa alguna; sintiendo huir de su vida las necesidades y los apetitos; no deseando nada terrenal ni echando de menos lo que a tantos inquieta; con la ropa puesta por toda propiedad y un breviario que le regaló su amigo. Hallábase en las puras glorias, con todo aquel descuido del vivir asentado sobre el cimiento de su conciencia pura como

el diamante, sin acordarse de su destruído albergue, ni de *Andara,* ni de Estefanía, ni de cosa alguna que con tal gente y casa se relacionara, cuando una mañanita le llamaron del Juzgado a declarar en causa que se formaba a una mujer de mal vivir, llamada Ana de Ara, y tal y qué sé yo.

—Vamos—se dijo, cogiendo manteo y teja, dispuesto a cumplir sin tardanza el mandato judicial—, ya pareció aquello. ¿Qué habrá sido de la tal *Andara*? ¿La habrán cogido? Allá voy yo a decir todita la verdad en lo que no me atañe, sin meterme en lo que no me consta, ni tiene nada que ver con la hospitalidad que di a esa desgraciada mujer.

Por cierto que su amigo, a quien informó del caso en breves palabras, no puso buena cara cuando le oía, ni dejó de mostrarse un tanto pesimista en la apreciación de la marcha y consecuencias de aquel feo negocio. No por esto entró en recelo Nazarín, y se fué a ver al representante de la Justicia, que le recibió muy fino, y le tomó declaración con todos los miramientos que al estado eclesiástico del declarante correspondían. Incapaz de decir, en asunto grave ni leve, cosa ninguna contraria a la verdad, norma de su conciencia; resuelto a ser veraz no sólo por obligación, como cristiano y sacerdote, sino por el inefable gozo que en ello sentía, refirió puntualmente al juez lo sucedido, y a cuantas preguntas se le hicieron dió respuesta categórica, firmando su declaración y quedándose después de ella tan tranquilo. Acerca del crimen de *Andara,* hecho en el cual no había intervenido, se expresó con generosa reserva, sin acusar ni defender a nadie, añadiendo que nada sabía del paradero de la mala mujer, la cual debió salir de su escondite la misma noche del incendio.

Retiróse del Juzgado muy satisfecho, sin reparar, tan abstraído estaba mirando a su conciencia, que el juez no le había tratado, después de la declaración, tan benévolamente como antes de ella, que le miraba con lástima, con desdén, con prevención quizá... Poco le habría importado esto, aun habiéndolo advertido. En casa de su amigo, éste renovó sus comentarios pesimistas acerca del amparo dado a la bribona, insistiendo en que el vulgo y la curia no verían en don Nazario al hombre abrasado en fuego de caridad, sino al amparador de criminales, por lo cual convenía tomar precauciones contra el escándalo, o ver de sortearlo cuando viniese. Con estas cosas, el dichoso cleriguito no le dejaba vivir en paz. Era hombre entremetido y oficioso, con muchas y buenas relaciones en Madrid, y de una actividad lamentable cuando tomaba de su cuenta un asunto que no le incumbía. Se avistó con el juez, y por la noche tuvo la indecible satisfacción de espetar a don Nazario el siguiente discurso:

—Mire usted, compañero, cuanto más amigos, más claros. A usted se le pasea el alma por el cuerpo y no ve el peligro que se *cierne* a su alrededor..., se cierne, sí, señor. Pues el juez, que es todo un caballero, lo primero que me preguntó fué si usted está loco. Respondíle que no sabía... No me atreví a negarlo, pues siendo usted cuerdo, resulta más inexplicable su conducta. ¿En qué demonios pensaba usted al recibir en su domicilio a una pelandusca semejante, a una criminal, a una...? ¡Por Dios, don Nazario! ¿Sabe usted de qué le acusan los que llevaron el cuento al juez? Pues de que usted sostenía relaciones escandalosas, vitandas y deshonestas con esa y otras *ejusdem furfuris.* ¡Qué bochorno, amigo querido! Bien sé que es mentira. ¡Si nos conocemos!... Usted es incapaz..., y si se dejara tentar por el demonio de la concupiscencia, lo haría, sin duda, con *féminas* de mejor pelaje... ¡Si estamos conformes!... ¡Si yo doy de barato que todo es calumnia!... Pero ¿usted sabe la que le viene encima? Fácil es a sus calumniadores deshonrarle; difícil, difícilísimo le será a usted destruir el error; que la maledicencia encuentra calor en todos los corazones, transmisión en todas las bocas, mientras que la justificación nadie la cree, nadie la propaga. El mundo es muy malo, la Humanidad, inicua, traidora, y no hace más que pedir eternamente que le suelten a Barrabás y que crucifiquen a Jesús... Y otra cosa tengo que decirle: también quieren complicarle en el incendio.

—¡En el incendio!... ¡Yo!—exclamó

don Nazario más sorprendido que aterrado.

—Sí, señor; dicen que ese infernal basilisco fué quien prendió fuego a la casa de usted, el cual fuego, por las leyes de la física, se propagó a todo el edificio. Yo bien sé que usted es inocente de este como de los otros desafueros; pero prepárese para que le traigan y le lleven de Herodes a Pilatos, tomándole declaraciones, complicándole en asuntos viles, cuya sola mención pone los pelos de punta.

En efecto: a él, con sólo decirlo, parecía que se le erizaba el cabello de terror y vergüenza, mientras que el otro, oyendo tan fatídicos augurios, se mostraba sereno.

—Y, finalmente, mi querido Nazario, ya sabe que somos amigos, *ex toto corde*, que le tengo a usted por hombre impecable, por hombre puro, *pulchérrimo vivo*. Pero vive usted en pleno Limbo, y esto no sólo le perjudica a usted, sino a los amigos con quienes tiene relación tan íntima como es el vivir bajo un mismo techo. No es esto echarle, compañero; pero yo no vivo solo. Mi señora madre, que le aprecia a usted mucho, no tiene tranquilidad desde que se ha enterado de estos trotes judiciales en que anda metido nuestro huésped. Y no crea que ella y yo solos lo sabemos. Anoche se habló latamente de esto en la tertulia de Manolita, la hermana del señor provisor del Obispado. Unas le acusaban, otras le defendían a usted. Pero lo que dice mamá: "Basta que suenen las hablillas, aun siendo injustas, para que no podamos tener a ese bendito en casa..."

VI

—No diga usted más, compañero—replicó don Nazario, en el reposado tono que usaba siempre—. De todos modos pensaba yo marcharme de hoy a mañana. No me gusta ser gravoso a los amigos ni he pensado en abusar de la hidalga hospitalidad que usted y su señora madre, la bonísima doña María de la Concordia, me han dado. Ahora mismo me voy... ¿Qué más tiene usted que decirme? ¿Me pregunta que cuál es mi contestación a las viles calumnias? Pues ya debe usted suponerla, amigo y compañero mío. Contesto que Cristo nos enseñó a padecer, y que la mejor prueba de aplicación es aceptar con calma y hasta con gozo el sufrimiento que por los varios caminos de la maldad humana nos viniere. No tengo nada más que decir.

Como era de tan fácil arreglo su equipaje, porque todo lo llevaba sobre su mismo cuerpo, a los cinco minutos de oír el discurso despidióse del clerigüito y de doña María de la Concordia, y se puso en la calle, encaminando sus pasos hacia la de Calatrava, donde tenía unos amigos, que seguramente le darían hospitalidad por pocos días. Eran marido y mujer, ancianos, establecidos allí desde el año 50 con el negocio de alpargatas, cordelería, bagazo de aceitunas, arreos de mulas, tapones de corcho, varas de fresno y algo de cacharrería. Recibiéronle como él esperaba, y le aposentaron en un cuarto estrecho, en el fondo del patio, arreglándole una regular cama, entre rimeros de albardas, collarines y rollos de sogas... Era gente pobre, y suplía el lujo con la buena voluntad.

En tres semanas largas que allí vivió el angélico Nazarín ocurrieron sucesos tan desgraciados y se acumularon sobre su cabeza con tanta rapidez las calamidades, como si Dios quisiera someterle a prueba decisiva. Por de pronto, no había misas para él en ninguna parroquia. En todas se le recibía mal, con desdeñosa lástima, y aunque jamás pronunció palabra inconveniente, hubo de oírlas ásperas y crueles en esta y la otra sacristía. Nadie le daba explicaciones de tal proceder ni él las pedía tampoco. De todo ello resultó una vida imposible para el pobre curita, pues habiendo concertado con los *Peludos* (que así se llamaban sus amigos de la calle de Calatrava) abonarles un tanto diario por hospedaje, no podía de ninguna manera satisfacerlo. Ultimamente renunció a más correrías por iglesias y oratorios buscando misas que ya no existían para él, y se encerró en su oscura morada, pasando día y noche en meditaciones y tristezas.

Visitóle un día un clérigo viejo amigo suyo, empleado en la Vicaría, el cual se condolió de su mísera suerte, y por la tarde le llevó una muda de ropa. Díjole el tal que no le convenía en modo

alguno achicarse, sino dirigirse resueltamente al previsor y relatarle con leal franqueza sus cuitas y el motivo de ellas, procurando recobrar el concepto perdido por su indolencia y la maldad de gentecillas infames que no le querían bien. Añadió que ya estaba extendido el oficio retirándole las licencias y llamándole a la oficina episcopal para imponerle correctivo si de sus declaraciones resultaba motivo de corrección. Tantos y tantos golpes abatieron un poco el ánimo valiente de aquel hombre tan apocado en apariencia y en su interior tan bien robustecido de cristianas vitrudes. No volvió a recibir la visita del clérigo anciano, y su residencia oscura se rodeaba de una soledad melancólica y de un lúgubre quietismo. Pero la tétrica soledad fué el ambiente en que resurgió su grande espíritu con pujantes bríos, decidiéndose a afrontar la situación en que le ponían los hechos humanos y determinando en su voluntad la querencia de mejor vida, conforme a inveterados anhelos de su alma.

No salía ya de su oscura madriguera sino al amanecer, y se encaminaba por la Puerta de Toledo, ávido de ver y gozar los campos de Dios, de contemplar el cielo, de oír el canto matutino de las graciosas avecillas, de respirar el fresco ambiente y recrear sus ojos en el verdor risueño de árboles y praderas, que por abril y mayo, aun en Madrid, encantan y embelesan la vista. Se alejaba, se alejaba, buscando más campo, más horizonte, y echándose en brazos de la Naturaleza, desde cuyo regazo podía ver a Dios a sus anchas. ¡Cuán hermosa la Naturaleza, cuán fea la Humanidad!... Sus paseos matinales, andando aquí, sentándose allá, le confirmaron plenamente en la vida de que Dios, hablando a su espíritu, le ordenaba el abandono de todo interés mundano, la adopción de la pobreza y el romper abiertamente con cuantos artificios constituyen lo que llamamos civilización. Su anhelo de semejante vida era de tal modo irresistible, que no podía vencerlo más. Vivir en la Naturaleza, lejos de las ciudades opulentas y corrompidas, ¡qué encanto! Sólo así creía obedecer el mandato divino que en su alma se manifestaba continuamente; sólo así llegaría a toda la purificación posible dentro de lo humano, y a realizar los bienes eternos, y a practicar la caridad en la forma que ambicionaba con tanto ardor.

De vuelta a su casa, ya entrado el día, ¡qué tristeza, qué hastío y cómo se le desvirtuaba su idea con las contingencias de la realidad! Porque él, de buen grado, renunciando a todas las ventajas materiales de su profesión eclesiástica, dejaría de ser gravoso a los infelices y honrados *Peludos*, y ya por la limosna, ya por el trabajo, se buscaría su pan. Pero ¿cómo intentar ni el trabajo ni la mendicidad con aquellas ropas de cura que le denunciarían por loco o malvado? De esta idea le vino la aversión del traje, de las horribles e incómodas ropas negras, que habría cambiado gustoso por un hábito del más grosero tejido. Y un día, encontrándose con su calzado lleno de roturas y sin recursos para mandar que se lo remendaran, imaginó que la mejor y más barata compostura de botas era no usarlas. Decidido a ensayar el sistema, se pasó todo el día descalzo, andando por el patio sobre guijarros y humedades, porque llovió abundantemente. Satisfecho quedó; pero considerando que a la descalcez, como a todo, hay que acostumbrarse, hizo propósito de darse la misma lección un día y otro, hasta llegar a la completa invención del calzado permanente, que era uno de sus ideales de vida, en el orden positivo.

Una mañana que salió, poco después del alba, a su excursión por las afueras de la Puerta de Toledo, habiéndose sentodo a descansar como a un kilómetro más allá del puente, caminito de los Carabancheles, vió que hacia él se llegaba un hombre muy mal encarado, flaco de cuerpo, cetrino de rostro, condecorado con más de una cicatriz, vestido pobremente y con todas las trazas de matutero, chalán o cosa tal. Y respetuosamente, así como suena, con un respeto que Nazarín, ni como hombre ni como sacerdote, acostumbraba ver en los que a su persona se dirigían, aquel desagradable sujeto le endilgó lo siguiente:

—Señor, ¿usted no me conoce?

—No, señor..., no tengo el gusto...

—Yo soy el que llaman Paco Pardo, el hijo de la *Canóniga*, ¿sabe?

—Muy señor mío...

—Y vivimos en aquella casa que se ve más allá del propio cementerio... Pues allí está la *Andara*. Le hemos visto a su reverencia varias mañanas sentadico en esta piedra, y *Andara* dijo, dice, que le da vergüenza de venir a hablarle... Pues hoy me *ensalzó* a que viniera yo... con respeto, y vea cómo vengo, y... con respeto le digo que dice *Andara* que le lavará a usted toda la ropa que tenga..., porque si no es por su reverencia estaría en el convento de monjas de la calle de Quiñones, alias la *Galera*... Y más le digo..., con respeto. Que como mi hermana trae de Madrid basuras y desperdicios y otras cosas *sustanciales*, con lo que criamos cerdos y gallinas, y de ello vivimos todos, es el caso que hace dos días..., digo mal, tres, trajo una teja de cura eclesiástico que le dieron en una casa... La cual es, a saber, la teja, aunque de procedencia de un difunto, está más nueva que el sol, y *Andara* dijo que si usted la quería usar no tenga *escrófulo*, y se la llevaré a donde me mande..., con respeto.

—Inocentes, ¿qué decís? ¿Teja? ¿Para qué quiero yo tejas ni tejados?—replicó el clérigo con energía—. Guardaos la prenda para quien la quiera o usadla para algún espantajo, si tenéis allí, como parece, sembrado de hortaliza, guisantes o cosa que queráis defender de los pajarillos..., y basta. Muchas gracias. A más ver... ¡Ah!, y lo de lavarme la ropa, se estima—esto lo decía ya retirándose—, pero no tengo ropa que lavar, a Dios gracias..., pues la muda que me quité cuando me dieron la que llevo puesta..., ¿te enteras?, la lavé yo mismo en un charco del patio, y créete que quedó que ni pintada. Yo mismo la tendí de unas sogas, pues allí de todo se carece menos de sogas... Conque..., adiós.

Y de vuelta a su casa, empleó todo el día en el ejercicio de andar descalzo, que a la quinta o sexta lección le daba ya desembarazo y alegría. Por la noche, cenando unas acelgas fritas y un poco de pan y queso, habló con sus buenos amigos y protectores de la imposibilidad de pagar su cuenta como no le designaran alguna ocupación u oficio en que pudiera ganar algo, aunque fuese de los más bajos y miserables. Escandalizóse el *Peludo* de oírle tal despropósito.

—¡Un señor eclesiástico! ¡Dios nos libre!... ¡Qué diría la *sociedaz*, qué el santo cleriguicio!...

La señora *Peluda* no tomó por lo sentimental los planes de su huésped, y como mujer práctica, manifestó que el trabajo no deshonra a nadie, pues el mismo Dios *trabajó* para fabricar el mundo, y que ella sabía que en la estación de las Pulgas daban cinco reales a todo el que fuera al acarreo del carbón. Si el curita manso quería ahorcar los hábitos para ganarse honradamente una santa peseta, ella le procuraría una *casa* donde pagaban con largueza el lavado de tripas de carnero. Uno y otro, plenamente convencidos ya de la miseria que abrumaba al desdichado sacerdote, y viendo en él un alma de Dios incapaz de ganarse el sustento, dijéronle que no se afanase por el pago de la corta deuda, pues ellos, como gente muy cristiana y con su poquito de santidad en el cuerpo, le hacían donación del *comestible devengado*. Donde comían dos, comían tres, y gatos y perros había en la vecindad que hacían más *consumo* que el padre Nazarín... *Lo cual* que no debía tener recelo por *quedar a deberles* tal porquería, pues todo se perdonaba, por amor de Dios, o por aquello de no saber nunca *a la que estamos*, y que el que hoy da, mañana tiene que pedirlo.

Manifestóles su agradecimiento don Nazario, añadiendo que aquélla era la última noche que tendrían en la casa el estorbo de su inútil persona, a lo que contestaron ambos disuadiéndole de salir a correr aventuras, él con verdadera sinceridad y calor, ella con medias palabras, sin duda porque deseaba verle marchar con viento fresco.

—No, no: es resolución muy pensada, y no podrán ustedes, con toda su bondad, que tanto estimo, disuadirme de ella —les dijo el clérigo—. Y ahora, amigo *Peludo*, ¿tiene usted un capote viejo, inservible, y quiere dármelo?

—¿Un capote?...

—Esa prenda que no es más que un gran pedazo de tela gorda, con un agujero en el centro, por donde se mete la cabeza.

—¿Una manta? Sí que la tengo.

—Pues si no la necesita, le agradeceré

que me la ceda. Por cierto que no creo exista prenda más cómoda ni que al propio tiempo dé más abrigo y desembarazo... ¿Y tiene una gorra de pelo?

—Monteras nuevas verá en la tienda.

—No, la quiero vieja.

—También las hay usadas, hombre —indicó la *Peluda*—. Acuérdate: la que puesta traías cuando viniste de tu tierra a casarte conmigo. Pues de ello no hace más que cuarenta y cinco años.

—Esa montera quiero yo, la vieja.

—Pues será para usted... Pero le vendrá mejor estotra de pelo de conejo que yo usaba cuando iba de zaquero a Trujillo.

—Venga.

—¿Quiere usted una faja?

—También me sirve.

—¿Y ese chalequito de Bayona, que se podría poner en un escaparate si no tuviera los codos agujereados?

—Es mío.

Fueron dándole las prendas y él recogiéndolas con entusiasmo. Acostáronse todos, y a la mañana siguiente, el bendito Nazarín, descalzo, ceñida la faja sobre el chaleco de Bayona, encima el capote, encasquetada la montera, y un palo en la mano, despidióse alegremente de sus honrados bienhechores, y con el corazón lleno de júbilo, el pie ligero, puesta la mente en Dios, en el cielo los ojos, salió de la casa en dirección a la Puerta de Toledo: al traspasarla creyó que salía de una sombría cárcel para entrar en el reino dichoso y libre, del cual su espíritu anhelaba ser ciudadano.

TERCERA PARTE

I

Avivó el paso, ya fuera de la Puerta, ansioso de alejarse lo más pronto posible de la populosa villa y de llegar a donde no viera su apretado caserío ni oyese el tumulto de su inquieto vecindario, que ya en aquella temprana hora empezaba a bullir, como enjambre de abejas saliendo de la colmena. Hermosa era la mañana. La imaginación del fugitivo centuplicaba los encantos de cielo y tierra, y en ellos veía, como en un espejo, la imagen de su dicha, por la libertad que al fin gozaba, sin más dueño que su Dios. No sin trabajo había hecho efectiva aquella rebelión, pues rebelión era, y en ningún caso hubiérala realizado, él, tan sumiso y obediente, si no sintiera que en su conciencia la voz de su Maestro y Señor con imperioso acento se lo ordenaba. De esto no podía tener duda. Pero su rebelión, admitiendo que tan feo nombre en realidad mereciese, era puramente formal; consistía tan sólo en evadir la reprimenda del superior, y en esquivar los dimes y diretes y vejámenes de una justicia que ni es justicia ni cosa que lo valga... ¿Qué tenía él que ver con un juez que prestaba atención a delaciones infames de gentezuela sin conciencia? A Dios, que veía su interior, le constaba que ni del provisor ni del juez huía por miedo, pues jamás conoció la cobardía su alma valerosa, ni los sufrimientos y dolores, de cualquier clase que fueran, torcían su recta voluntad, como hombre que de antiguo saboreaba el misterioso placer de ser víctima de la injusticia y maldad de los hombres.

No huía de las penalidades, sino que iba en busca de ellas; no huía del malestar y la pobreza, sino que tras de la miseria y de los trabajos más rudos caminaba. Huía, sí, de un mundo y de una vida que no cuadraban a su espíritu, embriagado, si así puede decirse, con la ilusión de la vida ascética y penitente. Y para confirmarse en la venialidad y casi inocencia de su rebeldía, pensaba que en el orden dogmático sus ideas no se apartaban ni el grueso de un cabello de la eterna doctrina ni de las enseñanzas de la Iglesia, que tenía bien estudiadas y sabidas al dedillo. No era, pues, hereje, ni de la más leve heterodoxia podían acusarle, aunque a él las acusaciones le tenían sin cuidado, y todo el Santo Oficio del mundo lo llevaba en su propia conciencia. Satisfecho de ésta, no vacilaba en su resolución, y en-

traba con paso decidido en el *yermo*; que tal le parecieron aquellos solitarios campos.

Al pasar el puente, unos mendigos que allí ejercían su libérrima industria le miraron sorprendidos y recelosos, como diciendo: "¿Qué pájaro es este que viene por nuestros dominios sin que le hayamos dado la patente? Habrá que ver..." Saludólos Nazarín con un afable movimiento de cabeza, y sin entrar en conversación con ellos, siguió su camino, deseoso de alejarse antes que picara el sol. Andando, andando, no cesaba de analizar en su mente la nueva existencia que emprendía, y su dialéctica la cogía y la soltaba por diferentes lados, apreciándola en todas las fases y perspectivas imaginables, ya favorables, ya adversas, para llegar, como en un juicio contradictorio, a la verdad bien depurada. Concluía por absolverse de toda culpa de insubordinación, y sólo quedaba en pie un argumento de sus imaginarios acusadores, al cual no daba satisfactoria respuesta. "¿Por qué no solicita usted entrar en la Orden Tercera?" Y conociendo la fuerza de esta observación, se decía: "Dios sabe que si encontrara yo en este caminito una casa de la Orden Tercera, pediría que me admitiesen en ella, y entraría con júbilo, aunque me impusieran el noviciado más penoso. Porque la libertad que yo apetezco, lo mismo la tendría vagando solo por laderas y barrancos que sujeto a la disciplina severa de un santo instituto. Quedamos en que escojo esta vida porque es la más propia para mí, y la que me señala el Señor en mi conciencia, con una claridad imperativa que no puedo desconocer."

Sintiéndose un poco fatigado, a la mitad del camino de Carabanchel Bajo se sentó a comer un mendrugo de pan, del bueno y abundante que en el morral le puso la *Peluda*, y en esto se le acercó un perro flaco, humilde y melancólico, que participó del festín, y que por sólo aquellas migajas se hizo amigo suyo y le acompañó todo el tiempo que estuvo allí reposando el frugal almuerzo. Puesto de nuevo en marcha, seguido del can, antes de llegar al pueblo sintió sed, y en el primer ventorrillo pidió agua. Mientras bebía, tres hombres que de la casa salieron hablando jovialmente, le observaron con importuna curiosidad. Sin duda había en su persona algo que denunciaba el mendigo supuesto o improvisado, y esto le produjo alguna inquietud. Al decir "Dios se lo pague" a la mujer que le había dado el agua, acercósele uno de los tres hombres, y le dijo:

—Señor Nazarín, le he conocido por el metal de voz. Vaya, que está bien disfrazado. ¿Se puede saber..., con respeto, adónde va vestidito de pobre?

—Amigo, voy en busca de lo que me falta.

—Que sea con salud... Y usted a mí, ¿no me conoce? Yo soy aquel...

—Sí, aquel... Pero no caigo...

—Que le habló no hace mucho días más abajo... y le brindó..., con respeto, un sombrero de teja.

—¡Ah, sí!... Teja que yo rehusé.

—Pues aquí estamos para servirle. ¿Quiere su reverencia ver a la *Andara?*

—No, señor... Dile de mi parte que sea buena o que haga todo lo posible por serlo.

—Mírela... ¿Ve usted aquellas tres mujeres que están allí, al otro lado de la carretera, *propiamente*, cogiendo cardillo y verdolaga? Pues la de la enagua colorada es *Andara*.

—Por muchos años. ¡Ea! Quédate con Dios... ¡Ah! Un momento: ¿tendrías la bondad de indicarme algún atajo por donde yo pudiera pasar de este camino al de más allá, al que parte del puente de Segovia y va a tierra de Trujillo?...

—Pues por aquí, siguiendo por estas tapias, va usted derechito... Tira por junto al Campamento, y adelante, adelante...; la vereda no le engaña..., hasta que llega *propiamente* a las casas de Brugadas. Allí cruza la carretera de Extremadura.

—Muchas gracias, y adiós.

Echó a andar, seguido del perro, que por lo visto se ajustaba con él para toda la jornada, y no había recorrido cien metros, cuando sintió tras de sí voces de mujer que con apremio le llamaban:

—¡Señor Nazarín, don Nazario!...

Paróse, y vió que hacia él corría desalada una falda roja, un cuerpo endeble, del cual salían dos brazos que se agitaban como aspas de molino.

—¿Apostamos a que esta que corre es

la dichosa *Andara?*—se dijo, deteniéndose.

En efecto, ella era, y trabajillo le costara al caminante reconocerla si no supiese que andaba por aquellos campos. Al pronto, se habría podido creer que un espantajo de los que se arman con palitroques y ropas viejas para guardar de los gorriones un sembrado, había tomado vida milagrosamente y corría y hablaba, pues la semejanza de la moza con uno de estos aparatos campestres era completa. El tiempo, que las cosas más sólidas destruye, había ido descostrando y arrancando de su rostro la capa calcárea de colorete, dejando al descubierto la piel erisipelatosa, arrugada en unas partes, en otras tumefacta. Uno de los ojos había llegado a ser mayor que el otro, y entrambos feos, aunque no tanto como la boca, de labios hemorroidales, mostrando gran parte de las rojas encías y una dentadura desigual, descabalada y con muchas piezas carcomidas. No tenía el cuerpo ninguna redondez, ni trazas de cosa magra; todo ángulos, atadijo de osamenta..., ¡y qué manos negras, qué pies mal calzados de sucias alpargatas! Pero lo que más asombro causó a Nazarín fué que la mujercilla, al llegarse a él, parecía vergonzosa, con cierta cortedad infantil, que era lo más extraordinario y nuevo de su transformación. Si el descubrimiento de la vergüenza en aquella cara sorprendió al clérigo andante, no le causó menos asombro el notar que la *Andara* no mostraba ninguna extrañeza de verle en facha de mendigo. La transformación de él no la sorprendía, como si ya la hubiese previsto o por natural la tuviera.

—Señor—le dijo la criminal—, no quería que usted pasara sin hablar conmigo..., sin hablar yo con él. Sepa que estoy allí desde el día del fuego, y que nadie me ha visto, ni tengo miedo a la Justicia.

—Bueno, Dios sea contigo. ¿Qué quieres de mí ahora?

—Nada más que decirle que la *Canóniga* es mi prima y por eso me vine a esconder ahí, donde me han tratado como a una princesa. Los ayudo en todo, y no quiero volver a ese apestoso Madrid, que es la perdición de la gente honrada. Conque...

—Buenos días... Adiós.

—Espérese un poquito. ¿Qué prisa lleva? Y dígame: ¿se han metido con usted los *caifases* del Juzgado? ¡Valientes ladrones! Me da el corazón que algo le han hecho, y que la *Camella,* que es muy pendanga, habrá llevado la mar de cuentos a las Salesas.

—Nada me importan a mí ya *Camellas,* ni *caifases,* ni nada. Déjalo... Y que lo pases bien.

—Aguarde...

—No puedo detenerme, tengo prisa. Lo único que te digo, *Andara* corrompida, es que no olvides las advertencias que te hice en mi casa; que te enmiendes...

—¡Más enmendada que estoy...! Yo le juro que aunque volviera a ser guapa o tan siquiera pasable, que no me caerá esa breva, no me cogía otra vez el demonio. Ahora, como me tiene miedo de puro asquerosa que estoy, no se llega a mí el indino. *Lo cual* que, si no se enfada, le diré una cosa.

—¿Qué?

—Que yo quiero irme con usted... adondequiera que vaya.

—No puede ser, hija mía. Pasarías muchos trabajos, sufrirías hambre, sed...

—No me importa. Déjeme que le acompañe.

—Tú no eres buena. Tu enmienda es engañosa: es un reflejo no más del despecho que te causa tu falta de atractivos personales; pero en tu corazón sigues dañada, y en una u otra forma llevas el mal dentro de ti.

—¿A que no?

—Yo te conozco... Tú pegaste fuego a la casa en que te di asilo.

—Es verdad, y no me pesa. ¿No querían descubrirme y perderle a usted por el olor? Pues el aire malo con fuego se limpia.

—Eso te digo yo a ti, que te limpies con fuego.

—¿Qué fuego?

—El amor de Dios.

—Pues *diéndome* con usted... se me pegarán esas llamas.

—No me fío... Eres mala, mala. Quédate sola. La soledad es una gran maestra para el alma. Yo la voy buscando. Piensa en Dios y ofrécele tu corazón; acuérdate de tus pecados, y pásales revista para abominar de ellos y tomarlos en horror.

—Pues déjeme ir...

—Que no. Si eres buena algún día, me encontrarás.

—¿Dónde?

—Te digo que me encontrarás. Adiós.

Y sin esperar a más razones se alejó a buen paso. Quedóse *Andara* sentada en un ribazo, cogiendo piedrecillas del suelo y arrojándolas a corta distancia, sin apartar sus ojos de la vereda por donde el clérigo se alejaba. Este miró para atrás dos o tres veces, y la última, muy de lejos ya, la veía tan sólo como un punto rojo en medio del verde campo.

II

Tuvo el fugitivo en aquel primer día de su peregrinación encuentros que no merecen verdaderamente ser relatados, y tan sólo se indican por ser los primeros, o sea, el estreno de sus cristianas aventuras. A poco de separarse de *Andara* oyó cañonazos, que a cada instante sonaban más cerca con estruendo formidable que rasgaba los aires y ponía espanto en el corazón. Hacia la parte de donde venía todo aquel ruido vió pelotones de tropa que iban y venían, cual si estuvieran librando una batalla. Comprendió que se hallaba cerca del campo de maniobras donde nuestro Ejército se adiestra en la práctica de los combates. El perro le miró gravemente, como diciéndole: "No se asuste, señor amo mío, que esto es todo de mentirijillas, y así se están todo el año los de tropa, tirando tiros y corriendo unos en pos de otros. Por lo demás, si nos acercamos a la hora en que meriendan, crea que algo nos ha de tocar, que ésta es gente muy liberal y amiga de los pobres."

Un ratito estuvo Nazarín contemplando aquel lindo juego y viendo cómo se deshacían en el aire los humos de los fogonazos, y a poco de seguir su camino encontró un pastor que conducía unas cincuenta cabras. Era viejo, al parecer muy ladino, y miró al aventurero con desconfianza. No por esto dejó el peregrino de saludarle cortésmente, y de preguntarle si estaba lejos de la senda que buscaba.

—*Paice* que *seis* nuevo en el oficio—le dijo el pastor—, y que nunca *anduviéis* por acá. ¿De qué parte viene el hombre? ¿De la tierra de Arganda? Pues pongo en su conocimiento que los *ceviles* tienen orden de coger a toda la mendicidad y de llevarla a los *recogimientos* que hay en Madrid. Verdad que luego la sueltan otra vez, porque no hay allá *mantención* para tanto vago... Quede con Dios, hermano. Yo no tengo qué darle.

—Tengo pan—dijo Nazarín, metiendo la mano en su morral—, y si usted quiere...

—A ver, buen hombre—replicó el otro, examinando el medio pan que se le mostraba—. Pues éste es de Madrid, del de picos, y de lo bueno.

—Partamos este pedazo, pues aún tengo otro, que me puso la *Peluda* al salir.

—Estimando, buen amigo. Venga mi parte. Conque siguiendo *palante*, siempre *palante*, llegará en veinte minutos al camino de Móstoles. Y dígame: vino bueno, ¿trae?

—No, señor; ni malo ni bueno.

—Milagro... Abur, paisano.

Encontró luego dos mujeres y un chico que venían cargados de acelgas, lechugas y hojas de berza, de las que se arrancan al pie de la planta para echar a los cerdos. Ensayó allí Nazarín su flamante oficio de pordiosero, y fueron las campesinas tan generosas, que apenas oídas las primeras palabras, diéronle dos lechugas respingadas y media docena de patatas nuevas, que una de ellas sacó de un saco. Guardó el peregrino la limosna en su morral, pensando que si por la noche encontraba algún rescoldo en que le permitieran asar las patatas, asegurada tenía ya, con las lechugas de añadidura, una cena riquísima. En la carretera de Trujillo vió un carromato atascado y tres hombres que forcejeaban por sacar del bache la rueda. Sin que se lo mandaran les ayudó, poniendo en ello toda su energía muscular, que no era mucha, y cuando quedó terminada felizmente la operación, tiráronle al suelo una perra chica. Era el primer dinero que recogía su mano de mendicante. Todo iba bien hasta entonces, y la Humanidad que por aquellos andurriales encontraba parecióle de naturaleza muy distinta de la que dejara en Madrid. Pensando en ello, concluía por reconocer que los sucesos del primer día no eran ley, y que forzosamente habrían de sobrevenir extrañas emergencias y producirse más adelante las penalidades, dolores, tribulaciones y horribles pade-

cimientos que su ardiente fantasía buscaba.

Avanzó por el polvoroso camino hasta el anochecer, en que vió casas que no sabía si eran de Móstoles ni le importaba saberlo. Bastábale con ver viviendas humanas, y a ellas se encaminó para solicitar que le permitieran dormir, aunque fuese en una leñera, corraliza o tejavana. La primera casa era grande, como de labor, con un ventorrillo muy pobre, o aguaducho, arrimado a la medianería. Ante el portalón, media docena de cerdos se revolcaban en el fango. Más allá vió el caminante un herradero de mulas, un carromato con las limoneras hacia arriba, gallinas que iban entrando una tras otra, una mujer lavando loza en una charca, una sarmentera y un árbol medio seco. Acercóse humildemente a un vejete barrigudo, de cara vinosa y regular vestimenta, que del portalón salía, y con formas humildes le pidió que le consintiera pasar la noche en un rincón del patio. Lo mismo fué oírlo, ¡María Santísima!, que empezar el hombre a echar venablos por aquella boca. El concepto más suave fué que ya estaba harto de albergar ladrones en su propiedad. No necesitó oír más don Nazario, y saludándole gorra en mano se alejó.

La mujer que lavaba en la charca le señaló un solar, en parte cercado de ruinosa tapia, en parte por un bardal de zarzas y ortigas. Se entraba por un boquete, y dentro había un principio de construcción, machones de ladrillo como de un metro, formando traza arquitectónica y festoneados de amarillas hierbas. En el suelo crecía cebadilla como de un palmo, y entre dos muros, apoyado en la pared alta del fondo, veíase un tejadillo mal dispuesto con palitroques, escajos, paja y barro, obra sumamente frágil, mas no completamente inútil, porque bajo ella se guarecían tres mendigos: una pareja o matrimonio, y otro más joven y con una pierna de palo. Cómodamente instalados en tan primitivo aposento, habían hecho lumbre y en ella tenían un puchero, que la mujer destapaba para revolver el contenido, mientras el hombre avivaba con furibundos resoplidos la lumbre. El cojitranco cortaba palitos con su navaja para cebar cuidadosamente el fuego.

Pidióles Nazarín permiso para cobijarse bajo aquel techo, y ellos respondieron que el tal nicho era de libre propiedad, y que en él podía entrar o salir sin papeleta todo el que quisiere. No se oponían, pues, a que el recién venido ocupase un lugar, pero que no esperara participación en la cena caliente, pues ellos eran más pobres que el que inventó la pobreza, y estaban a recoger y no a dar. Apresuróse el penitente a tranquilizarlos, diciéndoles que no pedía más que el permiso de arrimar unas patatitas a la lumbre, y luego les ofreció pan, que ellos tomaron sin hacerse los melindrosos.

—¿Y qué tal por Madrid?—le dijo el mendigo viejo—. Nosotros, después que hagamos todos estos poblachos, pensamos caer por allá en los días de San Isidro. ¿Cómo se presenta el año? ¿Hay miseria y siguen tan mal las cosas del comercio?... Me han dicho que cae Sagasta. ¿A quién tenemos ahora de alcalde?

Contestó don Nazario con buen modo que él no sabía nada del comercio, ni de negocios, ni le importaba que mandase Sagasta o no, y que conocía al señor alcalde casi tanto como al emperador de Trapisonda. Con esto acabó la tertulia; cenaron los otros en un cazolón, sin convidar al nuevo huésped; asó éste sus patatas, y ya no se pensó más que en tumbarse los cuatro, buscando el rincón más abrigado. Al novato le dejaron el peor sitio, casi fuera del amparo de la tejavana; pero nada de esto hacía mella en su espíritu fuerte. Buscó una piedra que le sirviera de almohada, y envolviéndose en su manta lo mejor que pudo, se acostó tan ricamente, contando con la tranquilidad de conciencia y el cansancio de su cuerpo para dormir bien.. A sus pies se hizo un ovillo el perro.

A las altas horas de la noche despertáronle gruñidos del animal, que pronto fué un ladrar estrepitoso, y alzando su cabeza de la durísima almohada, vió Nazarín una figura, hombre o mujer, que esto no pudo determinarlo en el primer momento, y oyó una voz que le decía:

—No se asuste, padre; soy yo; soy *Andara*, que, aunque usted no quiera, vine siguiéndole esta tarde.

—¿Qué buscas aquí, loca? Repara que estás molestando a estos... *señores*.

—No, déjeme acabar. El maldito perro

se puso a ladrar..., pero yo, tan calladita. Pues vine siguiéndole y le vi entrar aquí... No se enfade... Yo quería obedecerle y no venir; pero las piernas solas me han traído. Es cosa de *sin pensarlo*... Yo no sé lo que me pasa. Tengo que ir con su reverencia hasta el fin del mundo, o si no, que me entierren... ¡Ea!, duérmase otra vez, que yo me echo aquí entre esta hierba para descansar, no para dormir, pues no tengo maldito sueño, ¡mal ajo!

—Vete de aquí, o cállate la boca—le dijo el buen clérigo, volviendo a poner su cabeza dolorida sobre la piedra—. ¡Qué dirán estos señores! ¿Oyes? Ya se quejan del ruido que haces.

En efecto, el de la pierna de palo, que era el más próximo, remusgaba, y el perro volvió a llamar al orden a la importuna moza. Por fin reinó de nuevo un silencio que habría sido profundo si no lo turbaran los formidables ronquidos de la pareja mayor. Al alba se despertaron todos, incluso don Nazario, que se sorprendió de no ver a *Andara*, por lo cual hubo de sospechar que había sido sueño su aparición en mitad de la noche. Charlaron un poco los tres mendigos de plantilla y el aspirante, y pintura tan lastimosa hicieron los ancianos de lo mal que aquel año les iba, que Nazarín tuvo gran lástima, y les cedió todo su capital, o sea la perra chica que le habían dado los arrieros. A poco de esto entró Andara en el solar, dándole explicaciones de su ausencia repentina poco antes que él despertara. Y fué que como ella no podía dormir en cama tan dura, se despabiló antes de ser de día, y saliéndose a la carretera para reconocer el sitio en que se encontraba, vió que éste no era otro que la gran villa de Móstoles, que conocía muy bien por haber ido a ella varias veces desde su pueblo. Añadió que si don Nazario le daba licencia, averiguaría si aún moraban allí dos hermanas, amigas suyas, llamadas la Beatriz y la Fabiana, una de las cuales tuvo trato en Madrid con un matarife, y luego casaron y él puso taberna en aquel pueblo. No llevó a mal el sacerdote que buscara y reconociera sus amistades, aunque para ello tuviese que ir al fin del mundo y no volver, pues no quería llevar tal mujer consigo. Y una hora después, hallándose el peregrino de palique con un cabrero que le obsequió rumbosamente con sopas de leche, vió venir a su satélite muy afligida, y *velis nolis*, tuvo que escuchar historias que al pronto no despertaban ningún interés. El matarife tabernero se había muerto de resultas de la cogida de un novillo en las fiestas de Móstoles, dejando a su esposa en la miseria, con una niña de tres años. Vivían las dos hermanas en un bodegón ruinoso, próximo a una cuadra, tan faltas de recursos las pobres, que ya se habrían ido a Madrid a buscarse la vida (cosa no difícil aún para Beatriz, joven y de buena estampa) si no tuvieran a la niña muy malita, con un tabardillo *perjuicioso*, que seguramente, antes de veinticuatro horas, la mandaría para el cielo.

—¡Angel de Dios!—exclamó el asceta cruzando las manos—. ¡Desdichada madre!

—Yo, yo—prosiguió la correntona—, en cuanto vi aquella miseria que traspasa, y a la madre llorando, y a Beatriz moqueando, y a la niña con la defunción pintada en la cara..., pues me entró una pena..., y luego me dió la corazonada gorda, aquella que es como si la entraña me pegara cuatro gritos, ¿sabe?... ¡Ah! Esta no me falla... Pues me alegré al sentirla, y dije para entre mí: "Voy a contárselo al padre Nazarín, a ver si quiere ir, y ve a la niña y la cura."

—¡Mujer! ¿Qué dices? ¿Soy yo médico?

—Médico, no...; pero es otra cosa que vale más que toda la mediquería. Si usted quiere, don Nazario, la niña sanará.

III

—Iré—dijo el árabe manchego, después de oír por tercera vez la súplica de *Andara*—, iré, pero solamente por dar a esas pobres mujeres un consuelo de palabras piadosas... Mis facultades no alcanzan a más. La compasión, hija mía, el amor de Cristo y del prójimo no son medicina para el cuerpo. Vamos, sí, enséñame el camino; pero no a curar a la niña, que eso la ciencia puede hacerlo, y si el caso es desesperado, Dios Omnipotente.

—¿A mí me viene usted con esas incumbencias?—replicó la moza con el desgarro que usar solía en su prisión de la calle de las Amazonas—. No se haga

su reverencia el chiquito conmigo; que a mí me consta que es santo. Vaya, vaya. ¡A mí con ésas!... ¿Y qué trabajo le ha de costar hacer un milagro, si quiere?

—No blasfemes, ignorante, mala cristiana. ¡Milagros yo!

—Pues si usted no los hace, ¿quién?

—¡Yo..., insensata; yo milagros, el último de los siervos de Dios! ¿De dónde sacas que a mí, que nada soy, que nada valgo, pudo concederme Su Divina Majestad el don maravilloso que sólo gozaron en la tierra algunos, muy pocos elegidos, ángeles más que hombres? Desdichada, quítate de mi presencia, que tus simplezas, no hijas de la fe, sino de una credulidad supersticiosa, me enfadan más de lo que yo quisiera.

Y, en efecto, tan enojado parecía, que hasta llegó a levantar el palo con ademán de pegarle, hecho muy raro en él y que sólo ocurría en extraordinarios casos.

—¿Por quién me tomas, alma llena de errores, mente viciada, naturaleza insana en cuerpo y espíritu? ¿Soy acaso un impostor? ¿Trato de embaucar a la gente?... Entra en razón y no me hables más de milagros, porque creeré, o que te burlas de mí, o que tu ignorancia y desconocimiento de las leyes de Dios son hoy tan grandes como lo fué tu perversidad.

No se dió *Andara* por convencida, atribuyendo a modestia las palabras de su protector; pero, sin volver a mentar el milagro, insistió en llevarle a ver a sus amigas y a la niña moribunda.

—Eso, sí..., visitar a esa pobre gente, consolarla y pedir al Señor que las conforte en su tribulación, lo haré..., ¡ya lo creo! Es mi mayor gusto. Vamos allá.

Ni cinco minutos tardaron en llegar; con tanta prisa le llevó la tarasca por callejuelas fangosas y llenas de ortigas y guijarros. En su bodegón mísero, con suelo de tierra, paredes agrietadas, que más bien parecían celosías por donde se filtraban el aire y la luz; el techo casi invisible de tanta telaraña, y por todas partes barricas vacías, tinajas rotas, objetos informes, vió Nazarín a la triste familia, dos mujeres arrebujadas en sus mantones, con los ojos enrojecidos por el llanto y el insomnio, escalofriadas, trémulas. La Fabiana ceñía su frente con un pañuelo muy apretado, al nivel de las cejas; era morena, avejentada, de carnes enjutas, y vestía miserablemente. La Beatriz, bastante más joven, si bien había cumplido los veintisiete, llevaba el pañuelo a lo chulesco, puesto con gracia, y su ropa, aunque pobre, revelaba hábitos de presunción. Sus rostro, sin ser bello, agradaba; era bien proporcionada de formas, alta, esbelta, casi arrogante, de cabello negro, blanca tez y ojos garzos, rodeados de una intensa oscuridad rojiza. En las orejas lucía pendientes de filigrana, y en las manos, más de ciudad que de pueblo, bien cuidadas, sortijas de poco o ningún valor.

En el fondo de la estancia habían tendido una cuerda, de la cual pendía una cortina, como telón de teatro. Detrás estaba la alcoba, y en ella la cama o más bien cuna de la niña enferma. Las dos mujeres recibieron al ermitaño andante con muestras de grandísimo respeto, sin duda por lo que de él les había contado *Andara*; hiciéronle sentar en un banquillo y le sirvieron una taza de leche de cabras con pan, que él tomó por no desairarlas, partiendo la ración con la mujerona de Madrid, que gozaba de un mediano apetito. Dos vecinas ancianas se colaron, por refitolear, y acurrucadas en el suelo, contemplaban con más curiosidad que asombro al buen Nazarín.

Hablaron todos de la enfermedad de la pequeñuela, que desde el principio se presentó con mucha gravedad. El día en que cayó mala, su madre tuvo el barrunto desde el amanecer, porque al abrir la puerta vió dos cuervos volando y tres urracas posadas en un palo frente a la casa. Ya le hizo aquello malas tripas. Después salió al campo, y vió al chotacabras dando brinquitos delante de ella. Todo esto era de muy mala sombra. Al volver a casa, la niña con un calenturón que se abrasaba.

Habiéndoles preguntado don Nazario si la visitaba el médico, contestaron que sí. Don Sandalio, el titular del pueblo, había venido tres veces, y la última dijo que sólo Dios con un milagro podía salvar a la nena. Trajeron también a una saludadora, que hacía grandes curas. Púsole un emplasto de rabos de salamanquesas cogidas a las doce en punto de la noche... Con esto parecía que la criaturita entraba en reacción; pero la esperanza que cobraron duró bien poco. La saludadora, muy desconsolada, les había dicho que el no hacer efecto los ra-

bos de salamanquesa consistía en que era el menguante de la luna. Siendo creciente, cosa segura, segurísima.

Con severidad y casi casi con enojo, las reprendió Nazarín por su estúpida confianza en tales paparruchas, exhortándolas a no creer más que en la ciencia, y en Dios por encima de la ciencia y de todas las cosas. Hicieron ellas ardorosas demostraciones de acatamiento al buen sacerdote, y llorando y poniéndose de hinojos, le suplicaron que viese a la niña y la curara.

—Pero, hijas mías, ¿cómo pretendéis que yo la cure? No seáis locas. El cariño maternal os ciega. Yo no sé curar. Si Dios quiere quitaros a la niña, El sabrá lo que hace. Resignaos. Y si decide conservárosla, ya lo hará con sólo que se lo pidáis vosotras. aunque no está de más que yo también se lo pida.

Tanto le instaron a que la viera, que Nazarín pasó tras la cortinilla. Sentóse junto al lecho de la criatura, y largo rato la observó en silencio. Tenía Carmencita el rostro cadavérico, los labios casi negros, los ojos hundidos, ardiente la piel y todo su cuerpo desmayado, inerte, presagiando ya la inmovilidad del sepulcro. Las dos mujeres, madre y tía, se echaron a llorar otra vez como Magdalenas, y las vecinas que allí entraron hicieron lo propio, y en medio de aquel coro de femenil angustia, Fabiana dijo al sacerdote:

—Pues si Dios quiere hacer un milagro, ¿qué mejor ocasión? Sabemos que usted, padre, es de pasta de ángeles divinos, y que se ha puesto ese traje y anda descalzo y pide limosna por parecerse más a Nuestro Señor Jesucristo, que también iba descalzo y no comía más que lo que le daban. Pues yo digo que estos tiempos son como los otros, y lo que el Señor hacía entonces, ¿por qué no lo hace ahora? Total, que si usted quiere salvarnos a la niña, nos la salvará, como éste es día. Yo así lo creo y en sus manos pongo mi suerte, bendito señor.

Apartando sus manos para que no se las besaran, Nazarín, con reposado y firme acento, les dijo:

—Señoras mías, yo soy un triste pecador como vosotras, yo no soy perfecto, ni a cien mil leguas de la perfección estoy, y si me ven en este humilde traje, es por gusto de la pobreza, porque creo servir a Dios de este modo, y todo ello sin jactancia, sin creer que por andar descalzo valgo más que los que llevan medias y botas, ni figurarme que por ser pobre, pobrísimo, soy mejor que los que atesoran riqueza. Yo no sé curar; yo no sé hacer milagros ni jamás me ha pasado por la cabeza la idea de que, por mediación mía, los haga el Señor, único que sabe alterar, cuando le plazca, las leyes que ha dado a la Naturaleza.

—¡Sí puede, sí puede, sí puede!—clamaron a una todas las mujeres, viejas y jóvenes, que presentes estaban.

—¡Que no puedo, digo..., y conseguiréis que me enfade, vamos! No esperéis nunca que yo me presente ante el mundo revestido de atribuciones que no tengo, ni que usurpe un papel superior al oscuro y humilde que me corresponde. Yo no soy nadie, yo no soy santo, ni siquiera bueno...

—Que sí lo es, que sí lo es.

—¡Ea!, no me contradigáis, porque me marcharé de vuestra casa... Ofendéis gravemente a Nuestro Señor Jesucristo suponiendo que este pobre siervo suyo es capaz de igualarse, no digo a El, que esto sería delirio, pero ni tan siquiera a los varones escogidos a quienes dió facultades de hacer maravillas para edificación de gentiles. No, no, hijas mías. Yo estimo vuestra simplicidad; pero no quiero fomentar en vuestras almas esperanzas que la realidad desvanecería. Si Dios tiene dispuesto que muera la niña, es porque la muerte le conviene, como os conviene a vosotras el consiguiente dolor. Aceptad con ánimo sereno la voluntad celestial, lo cual no quita que roguéis con fe y amor, que oréis, que pidáis fervorosamente al Señor y a su Santísima Madre la salud de esta criatura. Y por mi parte, ¿sabéis lo único que puedo hacer?

—¿Qué, señor, qué?... Pues hágalo pronto.

—Eso mismo: pedir a Dios que devuelva su ser sano y hermoso a esta inocente niña, y ofrecerle mi salud, mi vida, en la forma que quiera tomarlas; que a cambio del favor que de El impetramos, me dé a mí todas las calamidades, todos los reveses, todos los achaques y dolores que pueden afligir a la Humanidad sobre la Tierra..., que descargue sobre mí la miseria en su más horrible forma, la ceguera tristísima, la asquerosa lepra..., todo, todo sea para mí, a cam-

bio de que devuelva la vida a este tierno y cándido ser, y os conceda a vosotras el premio de vuestros afanes.

Dijo esto con tan ardoroso entusiasmo y convicción tan honda y firme, fielmente traducidos por la palabra, que las mujeres prorrumpieron en gritos, acometidas súbitamente de una exaltación insana. El entusiasmo del sacerdote se les comunicó como chispa que cae en montón de pólvora, y allí fué el llorar sin tasa, y el cruzar de manos convulsivamente, confundiendo los alaridos de la súplica con los espasmos del dolor. El peregrino, en tanto, silencioso y grave, puso su mano sobre la frente de la niña, como para apreciar el grado de calor que la consumía, y dejó transcurrir en esta postura buen espacio de tiempo, sin parar mientes en las exclamaciones de las desoladas mujeres. Despidióse de ellas poco después, con promesa de volver, y preguntando hacia dónde caía la iglesia del pueblo. *Andara* se ofreció a enseñarle, y fueron, y allá se estuvo todo el santo día. La tarasca no entró en la iglesia.

IV

Al anochecer, cuando salió del templo, las primeras personas con que tropezó don Nazario fueron *Andara* y Beatriz, que iban a encontrarle. "La niña no está peor—le dijeron—. Aún parece que está algo despejadita... Abrió los ojos un rato, y nos miraba... Veremos qué tal pasa la noche."

Añadieron que le habían preparado una modesta cena, la cual aceptó por no parecer huraño y desagradecido. Reunidos todos en el bodegón, la Fabiana parecía un poquito más animada, por haber notado en la niña, hacia el mediodía, algún despejo; pero a la tarde había vuelto el recargo. Ordenóle Nazarín que siguiese dándole la medicina prescrita por el médico.

Alumbrados por un candilejo fúnebre pendiente del techo, cenaron, extremando el convidado su sobriedad hasta el punto de no tomar más que medio huevo cocido y un platito de menestra con ración exigua de pan. Vino, ni verlo. Aunque le habían preparado una cama bien mullida con paja y unas mantas, se resistió a pernoctar allí, y defendiéndose como pudo de las afables instancias de aquella buena gente, determinó dormir con su perro en el espacioso solar donde pasado había la anterior noche. Antes de retirarse al descanso, estuvieron un ratito de tertulia, sin poder hablar de otra cosa que de la niña enferma, y de cuán vanas son, en todo caso de enfermedad, las esperanzas de alivio.

—Pues ésta—dijo Fabiana, señalando a Beatriz—también está malucha.

—Pues no lo parece—observó Nazarín, mirándola con más atención que lo había hecho hasta entonces.

—Son cosas—dijo *Andara*—de los condenados nervios. Está así desde que vino de Madrid; pero no se le conoce en la cara, ¿verdad? Cada día, más guapa... Todo es por un susto, por muchísimos sustos que le hizo pasar aquel *chavó*.

—Cállate, tonta.

—Pues no lo digo...

—Lo que tiene—agregó Fabiana—espasmo de corazón, vamos al decir, maleficio, porque crea usted, padre Nazarín, que en los pueblos hay malos quereres, y gente que hace daño con sólo mirar por el rabo del ojo.

—No seáis supersticiosas os he dicho, y vuelvo a repetíroslo.

—Pues lo que tengo—afirmó Beatriz, no sin cierta cortedad—es que hace tres meses perdí las ganas de comer, pero tan en punto, que no entraba por mi boca ni el peso de un grano de trigo. Si me embrujaron o no me embrujaron, yo no lo sé. Y tras el no comer, vino el no dormir; y me pasaba las noches dando vueltas por la casa, con un bulto aquí, en la boca del estómago, como si tuviera atravesado un sillar de berroqueña de los más grandones.

—Después—añadió Fabiana—le daban unos ataques tan fuertes, pero tan fuertes, señor de Nazarín, que entre todos no la podíamos sujetar. Bramaba y espumarajeaba, y luego salía pegando gritos y *pronunciando* cosas que la avergonzaban a una.

—No seáis simples—dijo *Andara*, con sincera convicción—; eso es tener los demonios metidos en el cuerpo. Yo también los tuve cuando pasé de la edad del pavo, y me curé con unos polvos que los llaman... cosa de *broma dura*..., o no sé qué.

—Fueran o no demonios—manifestó Beatriz—, yo padecía lo que *no hay idea*,

señor cura, y cuando me daba, yo era capaz de matar a mi madre si la tuviera, y habría cogido un niño crudo o una pierna de persona para comérmela, o destrozarla con los dientes... Y después, ¡qué angustias mortales, qué ganitas de morirme! A veces, no pensaba más que en la muerte, y en las muchas maneras que hay de matarse una. Y lo peor era cuando me entraban los horrores de las cosas. No podía pasar por junto a la iglesia sin sentir que se me ponían los pelos de punta. ¿Entrar en ella? Antes morir... Ver a un cura con hábitos, ver un mirlo en su jaula, un jorobado o una cerda con crías, eran las cosas que más me horrorizaban. ¿Y oír campanas? Esto me volvía loca.

—Pues eso—dijo Nazarín—no es brujería ni nada de demonios; es una enfermedad muy común y muy bien estudiada, que se llama histerismo.

—*Esterismo,* cabal; eso decía el médico. Me entraba el ataque sin saber por qué, y se me pasaba sin saber cómo. ¿Tomar? ¡Dios mío, las cosas que he tomado! ¡Los palitos de saúco puestos de remojo un viernes, el suero de la vaca negra, las hormigas machacadas con cebolla! Pues ¡y las cruces, y medallas y muelas de muerto que me he colgado del pescuezo!

—¿Y está usted curada ya?—le preguntó Nazarín, mirándola otra vez.

—Curada, no. Hace tres días me dió la malquerencia, esto de aborrecer una; pero ya menos fuerte que antes. Voy mejorando.

—Pues la compadezco a usted. Esa dolencia debe de ser muy mala. ¿Cómo se cura? Mucha parte tiene en ella la imaginación, y con la imaginación debe intentarse el remedio.

—¿Cómo, señor?

—Procurando penetrarse bien de la idea de que tales trastornos son imaginarios. ¿No dice usted que le causaba horror la santa iglesia? Pues vencer ese horror y entrar en ella, y pedir fervorosamente al Señor el alivio. Yo le aseguro a usted que no tiene ya dentro del cuerpo ningún demonio, llamemos así a esas extrañas aberraciones de la sensibilidad que produce nuestro sistema nervioso. Persuádase usted de que esos fenómenos no significan lesión ni avería de ninguna entraña, y no volverá a padecerlos. Rechace usted la tristeza, pasee, distráigase, coma todo lo que pueda, aleje de su cerebro las cavilaciones, procure dormir, y ya está usted buena. ¡Ea! Señoras, que es tarde, y yo voy a recogerme.

Andara y Beatriz le acompañaron hasta su domicilio, en el solar, y dejáronle allí, después de arreglarse con hierba y piedras el mejor lecho posible.

—No crea usted, padre—le dijo Beatriz, al despedirse—; me ha consolado mucho con lo que me ha dicho de este mal que padezco. Si son demonios, porque son demonios; si no, porque son nervios...; ello es que más fe tengo en usted que en todo el medicato facultativo del mundo entero... Conque..., buenas noches.

Rezó largo rato Nazarín, y después se durmió como un bendito hasta el amanecer. El canto gracioso de los pajarillos que en aquellos ásperos bardales tenían sus aposentos le despertó, y a poco entraron *Andara* y su amiga a darle las albricias. ¡La niña, mejor! Había pasado la noche más tranquilita, y desde el alba tenía un despejo y un brillar de ojos que eran señales de mejoría.

—¡Si no es esto milagro, que venga Dios y lo vea!

—Milagro no es—les dijo con gravedad—. Dios se apiada de esa infeliz madre. Habríalo hecho quizá sin nuestras oraciones.

Fueron todos allá, y encontraron a Fabiana loca de contento. Echó al curita los brazos, y aún quiso besarle, a lo que él resueltamente se opuso. Había esperanzas, pero no motivo aún para confiar en la curación de la niña. Podía venir un retroceso, y entonces ¡cuánto mayor sería la pena de la pobre madre! En fin, cualquiera que fuese el resultado, ya lo verían ellas, que él, si no mandaban otra cosa, se marchaba en aquel mismo momento, después de tomar un frugalísimo desayuno. Inútiles fueron las instancias y afabilidades de las tres hembras para detenerle. Nada tenía que hacer allí; estaba perdiendo el tiempo muy sin sustancia, y érale forzoso partir para dar cumplimiento a su peregrina y santa idea.

Tierna fué la despedida, y aunque reiteradamente exhortó a la feróstica de Madrid a que no le acompañara, ella dijo, en su tosco estilo, que hasta el fin del mundo le seguiría gozosa, pues se

lo pedía el corazón de una manera tal, que su voluntad era impotente para resistir aquel mandato. Salieron, pues, juntos, y tras ellos, multitud de chiquillos y algunas vejanconas del lugar; tanto, que, por librarse de una escolta que le desagradaba, Nazarín se apartó de la carretera, y, metiéndose por el campo a la izquierda del camino real, siguió en derechura de una arboleda que a lo lejos se veía.

—¿No sabe?—le dijo *Andara*, cuando se retiraron los últimos del séquito—. Me ha dicho anoche Beatriz que si la niña cura, hará lo mismo que yo.

—¿Qué hará, pues?

—Pues seguirle a usted adondequiera que vaya.

—Que no piense en tal cosa. Yo no quiero que nadie me siga. Voy mejor solito.

—Pues ella lo desea. Dice que por penitencia.

—Si la llama la penitencia, adóptela en buen hora; pero para eso no necesita ir conmigo. Que abandone toda su hacienda, en lo cual paréceme que no hace un gran sacrificio, y que salga a pedir limosna..., pero solita. Cada cual con su conciencia, cada cual con su soledad.

—Pues yo le contesté que sí, que la llevaríamos...

—¿Y quién te mete a ti...?

—Me meto, sí, señor, porque quiero a la Beatriz, y sé que la probará esta vida. Como que le viene el ejercicio penitente para quitarse de lo que la está matando el alma, que es un mal hombre llamado el *Pinto*, o el *Pintón*, no estoy bien segura. Pero le conozco: buen mozo, viudo, con un lunar de pelo aquí. Pues ése es el que le sorbe el sentido, y el que le metió los demonios en el cuerpo. La tiene engañada; hoy la desprecia, mañana le hace mil figuras, y *vele* aquí por qué se ha puesto tan *estericada*. Le conviene, sí, señor, le conviene el echarse a peregrina, para limpiarse la cabeza de maldades, que si no lleva los demonios en el vientre y pecho, y en los vacíos, en la cabeza cerebral sí que tiene sinfín de ellos. Y todo desde un mal parto; y por la cuenta, fueron dos...

—¿Para qué me traes a mí esas vanas historias, habladora, entremetida?—le dijo Nazarín con enfado—. ¿Qué tengo yo que ver con Beatriz, ni con el *Pinto*, ni con...?

—Porque usted debe ampararla, que si no se mete pronto a penitente con nosotros, mirando un poco para lo del alma, se meterá a otra cosa mala, tocante a lo del cuerpo, ¡mal ajo! ¡Si estuvo en un tris! Cuando la niña cayó mala, ya tenía ella su ropa en el baúl para marcharse a Madrid. Me enseñó la carta de la Seve llamándola y...

—Que no me cuentes historias, ¡ea!

—Acabo ya... La Seve le decía que se fuera pronto, y que allá..., pues...

—¡Que te calles!... Vaya la Beatriz adondequiera... No; eso, no; que no acuda al llamamiento de esa embaucadora..., que no muerda el anzuelo que el demonio la tiende, cebado con vanidades ilusorias... Dile que no vaya, que allí la esperan el pecado, la corrupción, el vicio y una muerte ignominiosa, cuando ya no tenga tiempo de arrepentirse.

—Pero ¿cómo le digo todas esas cosas, padrito, si no volvemos a Móstoles?

V

—Puedes ir tú, y yo te espero aquí.

—No se convencerá por lo que yo le hable. Yendo usted en persona y parlándoselo bien, es seguro que no se pierde. En usted tiene fe, pues con lo poquito que le oyó explicar de su enfermedad, ya se tiene por curada, y no le entra más el arrechucho. Conque volvamos, si le parece bien.

—Déjame, déjame que lo piense.

—Y con eso sabremos si al fin se ha muerto la nena, o vive.

—Me da el corazón que vive.

—Pues volvamos, señor..., para verlo.

—No; vas tú, y le dices a tu amiga... En fin, mañana lo determinaré.

En una corraliza hallaron albergue, después de procurarse cena con los pocos cuartos que les produjo la postulación de aquel día, y como al amanecer del siguiente emprendiera Nazarín la marcha por el mismo derrotero que desde Móstoles traía, le dijo *Andara*:

—Pero ¿usted sabe adónde vamos?

—¿Adónde?

—A mi pueblo, ¡mal ajo!

—Te he dicho que no pronuncies más delante de mí ninguna fea palabra. Si una sola vez reincides, no te permito

acompañarme. Bueno, ¿hacia dónde dices que caminamos?

—Hacia Polvoranca, que es mi pueblo, señor; y yo, la verdad, no quisiera ir a mi tierra, donde tengo parientes, algunos en buena posición, y mi hermana está casada con el del fielato. No se crea usted que Polvoranca es cualesquiera cosa, que allá tenemos gente muy rica, y los hay con seis pares... de mulas, quiere decirse.

—Comprendo que te sonrojes de entrar en tu patria—replicó el peregrino—. ¡Ahí tienes! Si fueras buena, a todas partes podrías ir sin sonrojarte. No iremos, pues, y encaminémonos por este otro lado, que para nuestro objeto es lo mismo.

Anduvieron todo aquel día, sin más ocurrencia digna de mencionarse que la deserción del perro que acompañaba a Nazarín desde Carabanchel. Bien porque el animal tuviese también parentela honrada en Polvoranca, bien porque no gustase salir de su terreno, que era la zona de Madrid en un corto radio, ello es que al caer de la tarde *se despidió* como un criado descontento, tomando soleta para la villa y corte, en busca de mejor acomodo. Después de hacer noche en campo raso, al pie de un fresno, los caminantes avistaron nuevamente a Móstoles, adonde *Andara* guiaba, sin que don Nazario se enterase del rumbo.

—¡Calle! ¿Ya estamos otra vez en el poblachón de tus amigas? Pues mira, hija, yo no entro. Ve tú y entérate de cómo está la niña, y de paso le dices de mi parte a esa pobre Beatriz lo que ya sabes, que no haga caso de las solicitudes del vicio, y que si quiere peregrinar y hacer vida humilde, no necesita de mí para nada... Anda, hija, anda. En aquella noria vieja, que allí se ve entre dos árboles raquíticos, y que estará como a un cuarto de legua del pueblo, te espero. No tardes.

Fuése a la noria despacio, bebió un poco de agua, descansó, y no habían pasado dos horas desde que se alejó la andariega, cuando Nazarín la vió volver, y no sola, sino acompañada de otra que tal, en quien, cuando se aproximaron, reconoció a la Beatriz. Seguíanlas algunos chicos del pueblo. Antes de llegar a donde el mendigo las esperaba, las dos mozas y los rapaces prorrumpieron en gritos de alborozo:

—¿No sabe?... ¡La niña, buena! ¡Viva el santo Nazarín! ¡Vivaaa!... La niña, buena..., buena del todo. Habla, come, y parece resucitada.

—Hijas, no seáis locas. Para darme la buena noticia no es preciso alborotar tanto.

—¡Sí que alborotamos!—gritaba *Andara*, dando brincos.

—Queremos que lo sepan los pájaros del aire, los peces del río y hasta los lagartos que corren entre las piedras —dijo la Beatriz, radiante de júbilo, con los ojos echando lumbre.

—Que es milagro, ¡contro!

—¡Silencio!

—No será milagro, padre Nazarín; pero usted es muy bueno, y el Señor le concede todo lo que le pide.

—No me habléis de milagros, ni me llaméis santo, porque me meteré, avergonzado y corrido, donde jamás volváis a verme.

Los muchachos alborotaban no menos que las mujeres, llenando el aire de graciosos chillidos.

—Si entra el señor en el pueblo, le llevan en volandas. Creen que la niña estaba muerta, y que él, con sólo ponerle la mano en la frente, la volvió a la vida.

—¡Jesús, qué disparate! ¡Cuánto me alegro de no haber ido allá! En fin, alabemos la infinita misericordia del Señor... Y la Fabiana, ¡qué contenta estará!

—Loca, señor, loca de alegría. Dice que si usted no entra en su casa, la niña se muere. Y yo también lo creo. ¿Y sabe usted lo que hacen las viejas del pueblo? Entran en nuestra casucha, y nos piden, por favor, que las dejemos sentar en la misma banqueta en que el bendito de Dios se sentó.

—¡Vaya un desatino! ¡Qué simplicidad! ¡Qué inocencia!

Reparó entonces don Nazario que Beatriz iba descalza, con falda negra, pañuelo corto cruzado en el busto, un morral a la espalda, en la cabeza otro pañuelo liado en redondo.

—¿Vas de viaje, mujer?—le preguntó; y no es de extrañar que la tutease, pues ésta era en él añeja costumbre, hablando con gente del pueblo.

—Viene con nosotros—afirmó *Andara*,

con desenfado—. Ya ve, señor. No tiene más que dos caminos: el que usted sabe, allá, con la Seve, y éste.

—Pues que emprenda solita su campaña piadosa. Idos las dos juntas y dejadme a mí.

—Eso, nunca—respondió la de Móstoles—; pues no es bien que usted vaya solo. Hay mucha gente mala en este mundo. Llevándonos a nosotras, no tenga ningún cuidado, que ya sabremos defenderle.

—No, si yo no tengo cuidado, ni temo nada.

—Pero ¿en qué le estorbamos? ¡Vaya con el señor!...—dijo la de Polvoranca, con cierto mimo—. Y si se nos llena el cuerpo de demonios, ¿quién nos los echa? ¿Y quién nos enseña las cosas buenas, lo del alma, de la gloria divina, de la misericordia y de la pobreza? ¡Esta y yo solas! ¡Apañadas estábamos! ¡Mire que...! ¡Vaya, que quererle una tanto, sin malicia, todo por bien, y darle a una este pago!... Malas *semos*; pero si nos deja atrás, ¿qué va a ser de nosotras?

Beatriz nada decía, y se limpiaba las lágrimas con su pañuelo... Quedóse un rato meditabundo el buen Nazarín, haciendo rayas en el suelo con su palo, y, por fin, les dijo:

—Si me prometéis ser buenas y obedecerme en todo lo que os mandare, venid.

Despedidos los chicuelos mostolenses, para lo cual fué preciso darles los poquísimos ochavos de la colecta de aquel día, emprendieron los tres penitentes su marcha, tomando un senderillo que hay a la derecha del camino real, conforme vamos a Navalcarnero. La tarde fué bochornosa; levantóse a la noche un fuerte viento que les daba de cara, pues iban hacia el Oeste; brillaron relámpagos espantosos, seguidos de formidables truenos, y descargó una violentísima lluvia, que los puso perdidos. Felizmente, les deparó la suerte unas ruinas de antigua cabaña, y allí se guarecieron del furioso temporal. *Andara* reunió leña y hojarasca, Beatriz, que, como mujer precavida, llevaba mixtos, prendió una hermosa hoguera, a la cual se arrimaron los tres para secar sus ropas. Resueltos a pasar allí la noche, pues no era probable encontraran sitio más cómodo y seguro, Nazarín les dió la primera conferencia sobre la Doctrina, que las pobres ignoraban o habían olvidado. Más de media hora las tuvo pendientes de su palabra persuasiva, sin retóricas ociosas, hablándoles de los principios del mundo, del pecado original, con todas sus consecuencias lamentables, hasta que la infinita misericordia de Dios dispuso sacar al Hombre del cautiverio del mal por medio de la redención. Estas nociones elementales las explicaba el ermitaño andante con lenguaje sencillo, dándoles más claridad a veces con la forma de ejemplos, y ellas le oían embobadas, sobre todo Beatriz, que no perdía sílaba, y todo se lo asimilaba fácilmente, grabándolo en su memoria. Después rezaron el rosario y letanías, y repitieron varias oraciones que el buen maestro quería que aprendiesen de corrido.

Al día siguiente, después de orar los tres de rodillas, emprendieron la marcha con buena fortuna: las dos mujeres, que se adelantaban a pedir en las aldeas o caseríos por donde pasaban, recogieron bastantes ochavos, hortalizas, zoquetes de pan y otras especies. Pensaba Nazarín que iban demasiado bien aquellas penitencias para ser tales penitencias, pues desde que salió de Madrid llovían sobre él las bienandanzas. Nadie le había tratado mal, no había tenido ningún tropiezo; le daban limosna casi siempre que la pedía, y éranle desconocidos el hambre y la sed. Y, a mayor abundamiento, gozaba de preciosa libertad, la alegría se desbordaba de su corazón y su salud se robustecía. Ni un triste dolor de muelas le había molestado desde que se echó a los caminos, y, además, ¡qué ventura no cuidarse del calzado ni de la ropa, ni inquietarse por si el sombrero era flamante o viejo, o por si iba bien o mal pergeñado! Como no se afeitaba, ni lo había hecho desde mucho antes de salir de Madrid, tenía ya la barba bastante crecida; era negra y canosa, terminada airosamente en punta. Y con el sol y el aire campesino, su tez iba tomando un color bronceado, caliente, hermoso. La fisonomía clerical habíase desvanecido por completo, y el tipo arábigo, libre ya de aquella máscara, resaltaba en toda su gallarda pureza.

Cortóles el paso el río Guadarrama, que con el reciente temporal venía bas-

tante lleno; pero no les fué difícil encontrar más arriba sitio por donde vadearlo, y siguieron por una campiña menos solitaria y estéril que la de la orilla izquierda, pues de trecho en trecho veían casas, aldehuelas, tierras bien labradas, sin que faltaran árboles y bosquecillos muy amenos. A media tarde divisaron unas casonas grandes y blancas, rodeadas de verde floresta, destacándose entre ellas una gallarda torre, de ladrillo rojo, que parecía campanario de un monasterio. Acercándose más, vieron a la izquierda un caserío rastrero y pobre, del color de la tierra, con otra torrecilla, como de iglesia parroquial de aldea. Beatriz, que estaba fuerte en la geografía de la región que iban recorriendo, les dijo:

—Ese lugar es Sevilla la Nueva, de corto vecindario, y aquellas casas grandonas y blancas, con arboleda y una torre, son la finca o estados que llaman la Coreja. Allí vive ahora su dueño, un tal don Pedro de Belmonte, rico, noble, no muy viejo, buen cazador, gran jinete y el hombre de peor genio que hay en toda Castilla la Nueva. Quién dice que es persona muy mala, dada a todos los demonios; quién que se emborracha para olvidar penas, y, hallándose en estado peneque, pega a todo el mundo y hace mil tropelías... Tiene tanta fuerza, que un día, yendo de caza, porque un hombre que pasaba en su burra no quiso *desapartarse,* cogió burra y hombre, y, levantándolos en vilo, los tiró por un despeñadero... Y a un chico que le espantó unas liebres, le dió tantos palos, que le sacaron de la Coreja entre cuatro, medio muerto. En Sevilla la Nueva le tienen tanto miedo, que cuando le ven venir aprietan todos a correr, santiguándose, porque una vez, no es broma, por no sé qué pendencia de unas aguas, entró mi don Pedro en el pueblo a la hora que salían de misa, y a bofetada limpia, a éste quiero, a éste no quiero, tumbó en el suelo a más de la mitad... En fin, señor, que me parece prudente que no nos acerquemos, porque suele andar el tal de caza por estos contornos, y fácil es que nos vea y nos dé el quién vive.

—¿Sabes que me pones en curiosidad —indicó Nazarín—, y que la pintura que has hecho de esa fiera más me mueve a seguir hacia allá que a retroceder?

VI

—Señor, no busquemos tres pies al gato—dijo *Andara*—, que si ese hombre tan bruto nos arrima una paliza, con ella hemos de quedarnos.

En esto llegaban a un caminito estrecho, con dos filas de chopos, el cual parecía la entrada de la finca, y lo mismo fué poner su planta en él los tres peregrinos, que se abalanzaron dos perrazos como leones, ladrando desaforadamente, y antes que pudieran huir los embistieron furiosos. ¡Qué bocas, qué feroces dientes! A Nazarín le mordieron una pierna; a Beatriz, una mano, y a la otra le hicieron trizas la falda, y aunque los tres se defendían con sus palos bravamente, los terribles canes habrían dado cuenta de ellos si no los contuviera un guarda que salió de entre unos matojos.

Andara se puso en jarras, y no fueron injurias las que echó de su boca contra la casa y sus endiablados perros. Nazarín y Beatriz no se quejaban. Y el maldito guarda, en vez de mostrarse condolido del daño causado por los fieros animales, endilgó a los peregrinos esta grosera intimación:

—¡Váyanse de aquí, granujas, holgazanes, taifa de ladrones! Y den gracias a Dios de que no los ha visto el amo; que si los ve, ¡Cristo!, no les quedan ganas de asomar las narices a la Coreja.

Apartáronse medrosas las dos mujeres, llevándose casi a la fuerza a Nazarín, que, al parecer, no se asustaba de cosa alguna. En una frondosa olmeda, por donde pasaba un arroyuelo, se sentaron a descansar del sofoco, y a lavarle las heridas al bendito clérigo, vendándoselas con trapos, que la previsora Beatriz llevaba. En todo el resto de la tarde y prima noche, hasta la hora del rezo, no se habló más que del peligro que habían corrido, y la de Móstoles contó nuevos desmanes del señor de Belmonte. Decía la fama que era viudo y que había matado a su mujer. La familia, de la nobleza de Madrid, no se trataba con él, y le recluía en aquella campestre residencia como en un presidio, con muchos y buenos criados, unos para cuidarle y asistirle en sus cacerías, otros para tenerle bien vigilado, y prevenir a sus parientes si se escapaba. Con estas noticias se avivó más y más

el deseo que Nazarín sentía de encararse con semejante fiera. Acordando pasar la noche en la espesura de aquellos olmos, allí rezaron y cenaron, y de *sobremesa* dijo que por nada de este mundo dejaría de hacer una visita a la Coreja, donde le daba el corazón que encontraría algún padecimiento grande, o, cuando menos, castigos, desprecios y contrariedades, ambición única de su alma.

—Y qué, hijas mías, ¡todo no ha de ser bienandanzas! Si no nos salieran al encuentro ocasiones de padecer, y grandes desventuras, terribles hambres, maldades de hombres y ferocidades de bestias, esta vida sería deliciosa, y buenos tontos serían todos los hombres y mujeres del mundo si no la adoptaran. Pues ¿qué os habíais figurado vosotras? ¿Que íbamos a entrar en un mundo de amenidades y abundancias? ¡Tanto empeño por seguirme, y en cuanto se presenta coyuntura de sufrir, ya queréis esquivarla! Pues para eso no hacía ninguna falta que vinierais conmigo; y de veras os digo que si no tenéis aliento para las cuestas enmarañadas de abrojos, y sólo os gusta el caminito llano y florido, debéis volveros y dejarme solo.

Trataron de disuadirle con cuantas razones se les ocurrieron, entre ellas algunas que no carecían de sentido práctico, verbigracia, que cuando el mal los acometiese, debían apechugar con él y resistirlo; pero que en ningún caso era prudente buscarlo con temeridad. Esto arguyeron ellas en su tosco estilo, sin lograr convencerle ni aquella noche ni a la siguiente mañana.

—Por lo mismo que el señor de la Coreja goza fama de corazón duro—les dijo—; por lo mismo que es cruel con los inferiores, sañudo con los débiles, yo quiero llamar a su puerta y hablar con él. De este modo veré por mí mismo si es justa o no la opinión, la cual, a veces, señoras mías, yerra grandemente. Y si, en efecto, es malo el señor..., ¿cómo dices que se llama?

—Don Pedro de Belmonte.

—Pues si es un dragón ese don Pedro, yo quiero pedirle una limosna por amor de Dios, a ver si el dragón se ablanda y me la da. Y si no, peor para él y para su alma.

No quiso oír más razones, y viendo que las dos mujeres palidecían de miedo y daban diente con diente, les ordenó que le aguardasen allí, que él iría solo, impávido y decidido a cuanto pudiera sucederle, desde la muerte, que era lo más, a las mordidas de los canes, que eran lo menos. Púsose en marcha, y ellas le gritaban:

—¡No vaya, no vaya, que ese bruto le va a matar!... ¡Ay señor Nazarín de mi alma, que no le volvemos a ver!... ¡Vuélvase, vuélvase para atrás, que ya salen los perros y muchos hombres, y uno, que parece el amo, con escopeta!... ¡Dios mío, Virgen Santísima, socorrednos!

Fué don Nazario en derechura de la entrada del predio, y avanzó resuelto por la calle de árboles sin encontrar a nadie. Ya cerca del edificio, vió que hacia él iban dos hombres, y oyó ladrar de perros, mas eran de caza, no los furiosos mastines del día anterior. Avanzó con paso firme, y, ya próximo a los hombres, observó que ambos se plantaron como esperándole. El los miró también, y encomendóse a Dios, conservando su paso reposado y tranquilo. Al llegar junto a ellos, y antes que pudiera hacerse cargo de cómo eran los tales, una voz imperativa y furibunda le dijo:

—¿Adónde va usted por aquí, demonio de hombre? Esto no es camino, ¡rayos!, no es camino más que para mi casa.

Paróse en firme Nazarín ante don Pedro de Belmonte, pues no era otro el que así le hablaba, y con voz segura y humilde, sin que en ella la humildad delatara cobardía, le dijo:

—Señor, vengo a pedirle una caridad, por amor de Dios. Bien sé que esto no es camino más que para su casa, y como doy por cierto que en toda casa de esta cristiana tierra viven buenas almas, por eso he entrado sin licencia. Si en ello le ofendí, perdóneme.

Dicho esto, Nazarín pudo contemplar a sus anchas la arrogantísima figura del anciano señor de la Coreja, don Pedro de Belmonte. Era hombre de tan alta estatura, que bien se le podía llamar gigante, bien plantado, airoso, como de sesenta y dos años; pero vejez más hermosa difícilmente se encontraría. Su rostro, del sol curtido; su nariz un poco gruesa y de pronunciada curva, sus

ojos vivos bajo espesas cejas, su barba blanca, puntiaguda y rizosa; su ancha y despejada frente, revelaban un tipo noble, altanero, más amigo de mandar que de obedecer. A las primeras palabras que le oyó pudo observar Nazarín la fiereza de su genio y la gallardía despótica de sus ademanes. Lo más particular fué que, después de echarle a cajas destempladas, y cuando ya el penitente, con humilde acento, gorra en mano, se despedía, don Pedro se puso a mirarle fijamente, poseído de una intensísima curiosidad.

—Ven acá—le dijo—. No acostumbro dar a los holgazanes y vagabundos más que una buena mano de palos cuando se acercan a mi casa. Ven acá, te digo.

Turbóse Nazarín un instante, pues con todo el valor del mundo era imposible no desmayar ante la fiereza de aquellos ojos y la voz terrorífica del orgulloso caballero. Vestía traje ligero y elegante, con el descuido gracioso de las personas hechas al refinado trato social; botas de campo, y en la cabeza, un livianillo oscuro, ladeado sobre la oreja izquierda. A la espalda llevaba la escopeta de caza, y en un cinto muy majo, las municiones.

"Ahora—pensó Nazarín—este buen señor coge la escopeta y me destripa de un culatazo, me da con el cañón en la cabeza y me la parte. Dios sea conmigo."

Pero el señor de Belmonte seguía mirándole, mirándole, sin decir nada, y el hombre que iba en su compañía, también armado de escopeta, los miraba a los dos.

—Pascual—dijo el caballero a su criado—, ¿qué te parece este tipo?

Como Pascual no respondiera, sin duda, por respeto, don Pedro soltó una risotada estrepitosa, y, encarándose con Nazarín, añadió:

—Tú eres moro... Pascual, ¿verdad que es moro?

—Señor, soy cristiano—replicó el peregrino.

—Cristiano de religión... ¡Y a saber...! Pero eso no quita que seas de pura raza arábiga. ¡Ah! Conozco yo bien a mi gente. Eres árabe, y de Oriente del poético, del sublime Oriente. ¡Si tengo yo un ojo...! ¡En seguida que te vi...! Ven conmigo.

Y echó a andar hacia la casa, llevando a su lado al pordiosero y detrás al sirviente.

—Señor—replicó Nazarín—, soy cristiano.

—Eso lo veremos... ¡A mí con ésas! Para que te enteres, yo he sido diplomático, y cónsul, primero en Beyruth, después en Jerusalén. En Oriente pasé quince años, los mejores de mi vida. Aquello es país.

Creyó Nazarín prudente no contradecirle, y se dejó llevar hasta ver en qué paraba todo aquello. Entraron en un largo patio, donde oyó ladrar los perros del día anterior... Los conocía por el metal de voz. Luego atravesaron una segunda portalada para pasar a otro corralón más grande que el primero, donde algunos carneros y dos vacas holandesas pastaban la abundante hierba que allí crecía. Tras aquel patio, otro más chico, con una noria en el centro. Tan extraña serie de recintos murados pareciéronle a Nazarín fortaleza o ciudadela. Vió también la torre que desde tan lejos se divisaba, y que era un inmenso palomar, en torno del cual revoloteaban miles de parejas de aquellas lindas aves.

Desembarazóse el caballero de su escopeta, que entregó al criado, mandándole que se alejara, y se sentó en un poyo de piedra.

Las primeras frases de la conversación entre el mendigo y Belmonte fueron de lo más extraño que puede imaginarse.

—Dime: si ahora te arrojara yo a ese pozo, ¿qué harías?

—¿Qué había de hacer, señor? Pues ahogarme, si tiene agua; y si no la tiene, estrellarme.

—Y tú, ¿qué crees? ¿Que soy capaz de arrojarte?... ¿Qué opinión tienes de mí? Habrás oído en el pueblo que soy muy malo.

—Como siempre hablo con verdad, señor, en efecto, le diré que la opinión que traigo de usted no es muy buena. Pero yo me permito creer que la aspereza de su genio no quita que posea un corazón noble, un espíritu recto y cristiano, amante y temeroso de Dios.

Volvió a mirarle el caballero con atención y curiosidad tan intensas, que Nazarín no sabía qué pensar, y estaba un sí es no es aturdido.

VII

De pronto, Belmonte empezó a reñir con los criados por si habían o no habían dejado escapar una cabra que se comió un rosal. Llamábalos gandules, renegados, beduínos, zulúes, y los amenazaba con desollarlos vivos, cortarles las orejas o abrirlos en canal. Nazarín estaba indignado; pero se reprimía. "Si de este modo trata a sus servidores, que son como de la familia—pensaba—, ¿qué hará conmigo, pobrecito de las calles? Lo que me maravilla es que todos mis huesos estén enteros a la hora presente." Volvió el caballero a su lado, pasada la borrasca, y aún estuvo bufando un ratito, como volcán que arroja escorias y gases después de la erupción.

—Esta canalla le acaba a uno la paciencia. A propósito hacen las cosas mal para fastidiarme y aburrirme. ¡Lástima que no viviéramos en los tiempos del feudalismo, para tener el gusto de colgar de un árbol a todo el que no anduviese derecho!

—Señor—dijo Nazarín, resuelto a dar una lección de cristianismo al noble caballero, sin temor a las consecuencias funestísimas de su cólera—, usted pensará de mí lo que guste, y me tendrá por impertinente; pero yo reviento si no le digo que esa manera de tratar a sus servidores es anticristiana, y antisocial, y bárbara y soez. Tómelo usted por donde quiera, que yo, tan pobre y tan desnudo como entré en su casa saldré de ella. Los sirvientes son personas, no animales, y tan hijos de Dios como usted, y tienen su dignidad y su pundonor, como cualquier señor feudal, o que pretende serlo, de los tiempos pasados y futuros. Y dicho esto, que es en mí un deber de conciencia, deme permiso para marcharme.

Volvió el señor a examinarle detenidamente: cara, traje, manos, los pies desnudos, el cráneo, de admirable estructura, y lo que veía, así como el lenguaje urbano del mendigo, tan disconforme con su aparente condición, debió de asombrarle y confundirle.

—Y tú, moro auténtico o pordiosero falsificado—le dijo—, ¿cómo sabes esas cosas, y cuándo y dónde aprendiste a expresarlas tan bien?

Y, antes de oír la respuesta, se levantó y ordenó al peregrino imperiosamente que le siguiera.

—Ven acá... Quiero examinarte antes de responderte.

Llevóle a una estancia espaciosa, amueblada con antiguos sillones de nogal, mesas de lo mismo, arcones y estantes, y, señalándole un asiento, se sentó él también; mas pronto se puso en pie, y fué de un lado para otro, mostrando una inquietud nerviosa que habría desconcertado a hombres de peor temple que el gran Nazarín.

—Tengo una idea..., ¡oh, qué idea!... ¡Si fuera...! Pero no, no puede ser. Sí que es... El demonio me lleve si no puede ser. Cosas más extraordinarias se han visto... ¡Rayos! Desde el primer momento lo sospeché... No soy hombre que se deja engañar... ¡Oh el Oriente! ¡Qué grandeza...! ¡Sólo allí existe la vida espiritual!...

Y no decía más que esto, paseo arriba, paseo abajo, sin mirar al clérigo o parándose para mirarle de hito en hito, con asombro y cierta turbación de don Nazario, que no sabía qué pensar, y ya creía ver en el señor de la Coreja el mayor extravagante que Dios había echado al mundo, ya un tirano de refinada crueldad, que preparaba a su huésped algún atroz suplicio, y jugaba con él como el gato con el ratón antes de comérselo.

"Si me achico—pensó—, seré sacrificado de una manera desairada y estúpida. Saquemos partido de la situación, y si este gigante furioso ha de hacer en mí una barbaridad, que no sea sin oír antes las verdades evangélicas."

—Señor mío, hermano mío—le dijo, levantándose y tomando el tono sereno y cortés que usar solía para reprender a los malos—, perdone a mi pequeñez que se atreva a medirse con su grandeza. Cristo me lo manda; debo hablar y hablaré. Veo al Goliat ante mí, y, sin reparar en su poder, me voy derecho a él con mi honda. Es propio de mi ministerio amonestar a los que yerran; no me acobarda la arrogancia del que me escucha; mis apariencias humildes no significan ignorancia de la Fe que profeso, ni de la doctrina que puedo enseñar a quien lo necesite. No temo nada, y si alguien me impusiera el martirio en pago de las verdades cristianas, al martirio iría gozoso. Pero antes he de decirle que está usted en pecado mor-

tal, que ofende a Dios gravemente con su soberbia, y que si no se corrige, no le servirán de nada su estirpe, ni sus honores y riquezas, vanidad de vanidades, inútil peso que le hundirá más cuanto más quiera remontarse. La ira es daño gravísimo que sirve de cebo a los demás pecados, y priva al alma de la serenidad que necesita para vencer el mal en otras esferas. El colérico está vendido a Satanás, quien ya sabe cuán poco tiene que luchar con las almas que fácilmente se inflaman en rabia. Modere usted sus arrebatos, sea cortés y humano con los inferiores. Ignoro si siente usted el amor de Dios; pero sin el del prójimo, aquel grande amor es imposible, pues la planta amorosa tiene sus raíces en nuestro suelo, raíces que son el cariño a nuestros semejantes, y si estas raíces están secas, ¿cómo hemos de esperar flores ni frutos allá arriba? La sorpresa con que usted me escucha me prueba que no está acostumbrado a oír verdades como éstas, y menos de un infeliz haraposo y descalzo. Por eso la voz de Cristo en mi corazón me dijo una y otra vez que entrase, sin temor a nada ni a nadie, y por eso entré y heme puesto delante del dragón. Abra usted sus fauces, alargue sus uñas, devóreme si gusta; pero, expirando, le diré que se enmiende, que Cristo me manda aquí para llamarle a la verdad y anunciarle su condenación si no acude pronto al llamamiento.

Grande fué la sorpresa de Nazarín al ver que el señor de la Coreja no sólo no se enfurecía oyéndole, sino que le oía con atención y hasta con respeto, no ciertamente humillándose ante el sacerdote, sino vencido del asombro que tales conceptos en boca de persona tan humilde le causaban.

—Ya hablaremos de eso—le dijo con calma—. Tengo una idea..., una idea que me atormenta..., porque has de saber que de algún tiempo acá la pérdida de memoria es el mayor suplicio de mi vida y la causa de todas mis rabietas...

De repente se dió una palmada en la frente, y diciendo: "Ya la cogí. *Eureka, Eureka!*", se fué casi de un salto al cuarto próximo, dejando solo y cada vez más desconcertado al buen peregrino. El cual, como Belmonte dejara abierta la puerta, pudo verle en la estancia inmediata, que era al modo de biblioteca o despacho, revolviendo papeles de los muchos que sobre una gran mesa había. Ya pasaba la vista rápidamente por periódicos grandísimos, al parecer extranjeros; ya hojeaba revistas, y, por fin, sacó de un estante legajos que examinaba con febril presteza. Duró esto cerca de una hora. Vió Nazarín que entraban criados en el despacho, que el señor les daba órdenes, por cierto, con mejor modo que antes, y, por último, criados y señor desaparecieron por otra puerta que daba a las interioridades de aquel vasto edificio. Al quedarse solo el buen padrito examinó con más calma la habitación en que se encontraba: vió en las paredes cuadros antiguos, religiosos, bastante buenos: San Juan reprendiendo a Herodes delante de Herodías; Salomé bailando; Salomé con la cabeza del Bautista; por otro lado, santos de la Orden de Predicadores, y en el testero principal un buen retrato de Pío IX. Pues, señor, seguía sin entender la casa, ni al dueño de ella, ni nada de lo que veía. Ya empezaba a temer que le abandonaran en aquel solitario aposento, cuando entró un criado a llamarle, y le dijo que le siguiera.

"¿Para qué me querrán?—se decía, atravesando tras el fámulo salas y corredores—. Dios sea conmigo, y si me llevan por aquí para meterme en una mazmorra, o arrojarme en una cisterna, o segarme el pescuezo, que me coja la muerte en la disposición que he deseado toda mi vida."

Pero la mazmorra o cisterna a que le llevaron era un comedor espacioso, alegre y muy limpio, en el cual vió la mesa puesta, con todo el lujo de fina loza y cristalería que se estila en Madrid, y en ella dos cubiertos no más, uno frente a otro. El señor de Belmonte, que allí estaba, vestido de negro, el cabello y la barba muy bien atusados, camisa con pechera y cuello lustrosos, señaló a Nazarín uno de los asientos.

—Señor—balbució el penitente, turbado y confuso—, ¿con esta facha mísera he de sentarme a mesa tan elegante?

—Que se siente, digo, y no me obligue a repetirlo—añadió el caballero con más aspereza en la palabra que en el tono.

Comprendiendo que la gazmoñería no cuadraba a su humildad sincera, don Nazario se sentó. Una negativa insisten-

te habría resultado más bien afectado orgullo que amor de la pobreza.

—Me siento, señor, y acepto el desmedido honor que usted hace, sentándole a su mesa, a un pobre de los caminos, que ayer fué mordido cruelmente por los perros de esta casa. Parte de lo que dije hace poco a usted, por mandato de mi Señor, queda sin efecto por este acto suyo de caridad. Quien tal hace, no es, no puede ser enemigo de Cristo.

—¡Enemigo de Cristo! Pero ¿qué está usted diciendo, hombre?—exclamó el gigante, del modo más campechano—. ¡Si El y yo somos muy amigos!

—Bien... Pues si acepto su noble invitación, señor mío, le suplico me dé licencia para no alterar mi costumbre de comer tan sólo lo preciso para alimentarme. No, no me eche vino: no lo pruebo jamás, ni ninguna clase de licores.

—Usted come lo que quiere. No acostumbro molestar a mis invitados haciéndoles rebasar la medida de su apetito. Se le servirá de todo, y usted come o no come, o ayuna, o se harta, o se queda con hambre, según le cuadre... Y en premio de esta concesión, señor mío, yo, a mi vez, le pido me dé licencia...

—¿Para qué? No la necesita usted para mandarme cuanto se le ocurra.

—Licencia para interrogarle...

—¿Sobre qué?

—Sobre los problemas pendientes del orden social y religioso.

—No sé si mi escasísimo saber me permitirá contestarle con el acierto que usted, sin duda, espera de mí...

—¡Oh! Si empieza usted por disimular su ciencia, como disimula su condición, hemos concluído.

—Yo no disimulo nada; soy tal como usted me ve; y en cuanto a mi ciencia, si desde luego declaro que es mayor de lo que corresponde a la vida que llevo y a los trapos que visto, no la tengo por tan superior que merezca manifestarse ante persona tan ilustrada.

—Eso lo veremos. Yo sé poco; pero algo aprendí en mis viajes por Oriente y Occidente, algo también en el trato social, que es la biblioteca más nutrida y la mejor cátedra del mundo, y con lo que he podido observar, y un poquito de lectura, prestando atención excepcional a los asuntos religiosos, atesoro unas cuantas ideas que son para mí la propiedad más estimable. Pero ante todo..., ya rabio por preguntárselo..., ¿qué piensa usted del estado actual de la conciencia humana?

VIII

"¡Ahí es nada la preguntita!—dijo Nazarín para su sayo—. Tan compleja es la cuestión, que no sé por dónde tomarla."

—Quiero decir, el estado presente de las creencias religiosas en Europa y América.

—Creo, señor mío, que los progresos del catolicismo son tales, que el siglo próximo ha de ver casi reducidas a la insignificancia las iglesias disidentes. Y no tiene poca parte en ello la sabiduría, la bondad angélica, el tacto exquisito del incomparable Pontífice que gobierna la Iglesia...

—Su Santidad León XIII—dijo gallardamente el señor de Belmonte—, a cuya salud bebamos esta copa.

—No. Dispénseme. Yo no bebo ni a la salud del Papa, porque ni el Papa ni Cristo Nuestro Salvador han de querer que yo altere mi régimen de vida... Decía que en la Humanidad se notan la fatiga y el desengaño de las especulaciones científicas, y una feliz reversión hacia lo espiritual. No podía ser de otra manera. La ciencia no resuelve ninguna cuestión de trascendencia en los problemas de nuestro origen y destino, y sus peregrinas aplicaciones en el orden material tampoco dan el resultado que se creía. Después de los progresos de la mecánica, la Humanidad es más desgraciada; el número de pobres y hambrientos, mayor; los desequilibrios del bienestar, más crueles. Todo clama por la vuelta a los abandonados caminos que conducen a la única fuente de la verdad: la idea religiosa, el ideal católico, cuya permanencia y perdurabilidad están bien probados.

—Exactamente—afirmó el gigantesco prócer, que, entre paréntesis, comía con voraz apetito, mientras su huésped apenas probaba los variados y ricos manjares—. Veo con júbilo que sus ideas concuerdan con las mías.

—La situación del mundo es tal—prosiguió Nazarín, animándose—, que ciego

estará quien no vea las señales precursoras de la Edad de Oro religiosa. Viene de allá un ambiente fresco que nos da la cara, anunciándonos que el desierto toca a su fin y que la tierra prometida está próxima, con sus risueños valles y fertilísimas laderas.

—Es verdad, es verdad. Pienso lo mismo. Pero no me negará usted que la sociedad se fatiga de andar por el desierto, y como tarda en llegar a lo que anhela, se impacientará y hará mil desatinos. ¿Dónde está el Moisés que la calme, ya con rigores, ya con blanduras?

—¡Ah el Moisés...! No sé.

—Ese Moisés, ¿lo hemos de buscar en la filosofía?

—No, seguramente; la filosofía es, en suma, un juego de conceptos y palabras, tras el cual está el vacío, y los filósofos son el aire seco que sofoca y desalienta a la Humanidad en su áspero camino.

—¿Encontraremos ese Moisés en la política?

—No, porque la política es agua pasada. Cumplió su misión, y los que se llamaban problemas políticos, tocantes a libertad, derechos, etc., están ya resueltos, sin que por eso la Humanidad haya descubierto el nuevo paraíso terrenal. Conquistados tantísimos derechos, los pueblos tienen la misma hambre que antes tenían. Mucho progreso político y poco pan. Mucho adelanto material, y cada día menos trabajo y una infinidad de manos desocupadas. De la política no esperemos ya nada bueno, pues dió de sí todo lo que tenía que dar. Bastante nos ha mareado a todos, tirios y troyanos, con sus querellas públicas y domésticas. Métanse en su casa los políticos, que nada han de traer provechoso a la Humanidad; basta de discursos vanos, de fórmulas ridículas, y del funestísimo encumbramiento de las nulidades o medianías, y de las medianías a notabilidades, y de las notabilidades a grandes hombres.

—Bien, muy bien. Ha expresado usted la idea con una exactitud que me maravilla. ¿Encontraremos ese Moisés en la tribu de la fuerza? ¿Será un dictador, un militar, un César...?

—No le diré a usted que no ni que sí. Nuestra inteligencia, al menos la mía, no alcanza a tanto. No puedo afirmar más que una cosa: que nos quedan pocas leguas de desierto, y que quien dice leguas, dice distancias relativamente grandes.

—Pues, para mí, el Moisés que ha de guiarnos hasta el fin no puede salir sino de la cepa religiosa. ¿No cree usted que aparecerá, cuando menos se piense, uno de esos hombres extraordinarios, uno de esos genios de la fe cristiana, no menos grande que un Francisco de Asís, o quizá más, más grande, que conduzca a la Humanidad hasta el límite de sus sufrimientos, antes que la desesperación la arrastre al cataclismo?

—Me parece lo más lógico pensarlo así—dijo Nazarín—, y, o mucho me engaño, o ese extraordinario salvador será un Papa.

—¿Lo cree usted?

—Sí, señor... Es una corazonada, una idea de filosofía de la Historia, y líbreme Dios de querer darle autoridad de cosa dogmática.

—¡Claro!... Pues lo mismo, exactamente lo mismo pienso yo. Ha de ser un Papa. ¿Qué Papa será ése? ¡Vaya usted a saberlo!

—Nuestra inteligencia peca de orgullosa queriendo penetrar tan allá. El presente ofrece ya bastante materia para nuestras cavilaciones. El mundo está mal.

—No puede estar peor.

—La sociedad humana padece. Busca su remedio.

—Que no puede ser otro que la Fe.

—Y a los que poseen la Fe, ese don del Cielo, toca el conducir a los que están privados de ella. En este camino, como en todos, los ciegos deben ser llevados de la mano por los que tienen vista. Se necesitan ejemplos, no fraseología gastada. No basta predicar la doctrina de Cristo, sino darle existencia en la práctica e imitar su vida en lo que es posible a lo humano imitar lo divino. Para que la Fe acabe de propagarse, en el estado actual de la sociedad, conviene que sus mantenedores renuncien a los artificios que vienen de la Historia, como los torrentes bajan de la montaña, y que patrocinen y practiquen la verdad elemental. ¿No cree usted lo mismo? Para patentizar los beneficios de la humildad es indispensable ser humilde; para ensalzar la pobreza como el estado mejor, hay que ser pobre, serlo y parecerlo. Esta es mi doctrina..., No, digo

mal, es mi interpretación particular de la doctrina eterna. El remedio del malestar social y de la lucha cada vez más enconada entre pobres y ricos, ¿cuál es? La pobreza, la renuncia de todo bien material. El remedio de las injusticias que envilecen el mundo, en medio de todos esos decantados progresos políticos, ¿cuál es? Pues el no luchar con la injusticia, el entregarse a la maldad humana como Cristo se entregó indefenso a sus enemigos. De la resignación absoluta ante el mal no puede menos de salir el bien, como de la mansedumbre sale al cabo la fuerza, como del amor de la pobreza tienen que salir el consuelo de todos y la igualdad ante los bienes de la Naturaleza. Estas son mis ideas, mi manera de ver el mundo y mi confianza absoluta en los efectos del principio cristiano, así en el orden espiritual como en el material. No me contento con salvarme yo solo; quiero que todos se salven y que desaparezcan del mundo el odio, la tiranía, el hambre, la injusticia; que no haya amos ni siervos, que se acaben las disputas, las guerrras, la política. Tal pienso, y si esto le parece disparatado a persona de tantas luces, yo sigo en mis trece, en mi error, si lo es; en mi verdad, si, como creo, la llevo en mi mente, y en mi conciencia la luz de Dios.

Oyó don Pedro todo el final de este sustancioso discurso con gran recogimiento, medio cerrados los párpados, la mano acariciando una copa de vino generoso, de la cual no había bebido más que la mitad. Luego murmuraba en voz queda: "Verdad, verdad, todo verdad... Poseerla, ¡qué dicha!... Practicarla, ¡dicha mayor!..."

Nazarín rezó las oraciones de fin de comida, y don Pedro siguió rezongando con los ojos cerrados: "La pobreza..., ¡qué hermosura!...; pero yo no puedo, no puedo... ¡Qué delicia!... Hambre, desnudez, limosna... Hermosísimo...; no puedo, no puedo."

Cuando se levantaron de la mesa, el gigante usaba tono y modales enteramente distintos de los de por la mañana. Callaba la fiereza, y hablaba la jovialidad de buena crianza. Era otro hombre; la sonrisa no se quitaba de sus labios, y el brillo de sus ojos parecía rejuvenecerle.

—Vamos, padre, que usted querrá descansar. Tendrá la costumbre de dormir la siesta...

—No, señor; yo no duermo más que de noche. Todo el día estoy en pie.

—Pues yo, no. Madrugo mucho, y a esta hora necesito descabezar un sueño. Usted también descansará un rato. Venga, venga conmigo.

Que quieras que no, Nazarín fué llevado a una habitación no distante del comedor, amueblada con lujo.

—Sí, señor..., sí—le dijo Belmonte en tono muy cordial—. Descanse usted, descanse, que bien lo necesita. Esa vida de pobreza errante, esa vida de anulación voluntaria, de ascetismo, de trabajo y escaseces, bien merece algún reparo. No hay que abusar de las fuerzas corporales, amigo mío. ¡Oh, yo le admiro a usted, le acato y le reverencio, por lo mismo que carezco de energía para poder imitarle! ¡Abandonar una gran posición, ocultar un nombre ilustre, renunciar a las comodidades, a las riquezas, a...!

—Yo no he tenido que renunciar a eso, porque nunca lo poseí.

—¿Qué? Vamos, señor, basta de ficciones conmigo, y no digo farsas por no ofenderle.

—¿Qué dice?

—Que usted, con su cristiano disfraz, verdadera túnica de discípulo de Jesús, podrá engañar a otros, no a mí, que le conozco, que tengo el honor de saber con quién hablo.

—Y ¿quién soy yo, señor de Belmonte? Dígamelo si lo sabe.

—Pero ¡si es inútil el disimulo, señor mío! Usted...

Tomó aliento el señor de la Coreja, y en tono de familiar cortesía, poniendo la mano en el hombro de su huésped, le dijo:

—Perdóneme si lo descubro. Hablo con el reverendísimo obispo armenio que hace dos años recorre la Europa en santa peregrinación...

—¡Yo..., obispo armenio!

—Mejor dicho..., ¡si lo sé todo!...; mejor dicho, patriarca de la Iglesia armenia que se sometió a la Iglesia latina, reconociendo la autoridad de nuestro gran pontífice León Trece.

—¡Señor, señor, por la Virgen Santísima!

—Su reverencia anda por las naciones europeas en peregrinación, descalzo

y en humildísimo traje, viviendo de la caridad pública, en cumplimiento del voto que hizo al Señor si le concedía el ingreso de su grey en el gran rebaño de Cristo... ¡Sí, no vale negarlo ni obstinarse en el disimulo, que respeto! Su reverencia ilustrísima recibió autorización para cumplir en esta forma su voto, renunciando temporalmente a todas sus dignidades y preeminencias. ¡Si no soy yo el primero que le descubre! ¡Si ya le descubrieron en Hungría, donde se susurró que había hecho milagros! Y le descubrieron también en Valencia de Francia, capital del Delfinado... Pero ¡si tengo aquí los periódicos que hablan del insigne patriarca y describen esa fisonomía, ese traje, con pasmosa exactitud...! Como que en cuanto le vi acercarse a mi casa caí en sospecha. Luego busqué el relato en los periódicos... ¡El mismo, el mismo! ¡Qué honor tan grande para mí!

—Señor, señor mío, yo le suplico que me escuche...

Pero el ofuscado gigante no le dejaba meter baza, sofocando la voz y ahogando la palabra de Nazarín en el diluvio de la suya.

—¡Si nos conocemos, si he vivido mucho tiempo en Oriente, y es inútil que su reverencia lleve tan adelante conmigo su piadosa comedia! Le apearé el tratamiento, si en ello se empeña... Usted es árabe de nacimiento.

—¡Por la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo!...

—Arabe legítimo. Al dedillo me sé su historia. Nació usted en un país hermosísimo, donde dicen que estuvo el Paraíso terrenal, entre el Tigris y el Eufrates, en el territorio de Aldjezira, que también llaman la Mesopotamia.

—¡Jesús me valga!

—¡Si lo sé, si lo sé todo! Y el nombre arábigo de usted es Esrou-Esdras.

—¡Ave María Purísima!

—Y los franciscanos de Monte Carmelo le bautizaron y le dieron educación y le enseñaron el hermoso lenguaje español que habla. Después pasó usted a la Armenia, donde está el monte Ararat, que yo he visitado..., allá donde tomó tierra el Arca de Noé...

—¡Sin pecado concebida!

—Y allí se afilió usted al rito armenio, distinguiéndose por su ciencia y virtud, hasta llegar al Patriarcado, en el cual intentó y realizó la gloriosa empresa de restituir su Iglesia huérfana al seno de la gran familia católica. Conque no le canso más, reverendísimo señor. A descansar en ese lecho, que todo no ha de ser dureza, abstinencias y mortificaciones. De cuando en cuando conviene sacrificarse a la comodidad, y, sobre todo, señor eminentísimo, está usted en mi casa, y, en nombre de la santa ley de hospitalidad, yo le mando a usted que se acueste y duerma.

Y sin permitirse explicaciones ni esperar respuesta, salió de la estancia riendo, y allí se quedó solo el buen Nazarín, con la cabeza como el que ha estado mucho tiempo oyendo cañonazos, dudando si dormía o velaba, si era verdad o sueño lo que había visto y oído.

IX

—¡Jesús, Jesús!—exclamaba el bendito clérigo—. ¿Qué hombre es éste? Tarabilla igual no he visto nunca. ¡Pero si no me dejaba responderle ni explicarle...! ¿Y creerá eso que dice?... Que yo soy patriarca armenio y que me llamo Esdras y... ¡Jesús, María amantísima, permitidme salir pronto de esta casa, pues la cabeza de este hombre es como una gran jaula llena de jilgueros, mirlos, calandrias, cotorras y papagayos, cantando todos a la vez!... Y temo que me contagie. ¡Alabada sea la Santísima Misericordia!... Y ¡qué cosas cría el Señor, qué variedad de tipos y seres! Cuando uno cree haberlo visto todo, aún le quedan más maravillas o rarezas que ver... ¡Y pretende que yo me acueste en esa cama tan maja, con colcha de damasco...! ¡En el nombre del Padre...! ¡Y yo que creí hallar aquí vejaciones, desprecios, el martirio quizá..., y me encuentro con un gigante socarrón, que me sienta a su mesa y me llama obispo y me mete en esta linda alcoba para dormir la siesta! Pero éste hombre, ¿es malo o es bueno?...

La cavilación en que cayó el pobre cura semítico no llevaba trazas de concluir; tan embrollado y difícil era el punto que su magín se propuso dilucidar. Antes que definir pudiera el ser moral de don Pedro de Belmonte, volvió éste de echar la siesta. En cuanto le vió, Nazarín llegóse resueltamente a él y, sin

dejarle pegar la hebra, le cogió por la solapa y le dijo con extraordinaria viveza:

—Venga usted acá, señor mío; que, como no me daba respiro, no pude decirle que yo no soy árabe, ni obispo, ni patriarca, ni me llamo Esdras, ni soy de la Mesopotamia, sino de Miguelturra, y mi nombre es Nazario Zaharín. Sepa que nada de lo que ve en mí es comedia, como no llame así al voto de pobreza que hacer he querido, sin renunciar...

—Monseñor, monseñor..., comprendo que tan tenazmente disimule...

—Sin renunciar, digo, a honores ni emolumentos, porque no los tenía, ni los quiero, ni...

—¡Si yo no he de vender su secreto, rayos! Me parece bien que sostenga su papel y que...

—Y que nada. Pues cuanto ha dicho usted es un disparate, y un sueño, y un delirio. Me he lanzado a esta vida de penitencia por un anhelo ardiente de mi corazón, que a ella me llama desde niño. Soy sacerdote, y aunque a nadie he pedido permiso para abandonar los hábitos y salir al ejercicio de la mendicidad, me creo dentro de la más pura ortodoxia, y acato y venero todo lo que manda la Iglesia. Si he preferido la libertad a la clausura, es porque en la penitencia libre veo más trabajos, más humillación y más patente la renuncia a todos los bienes del mundo. Desprecio la opinión, desafío las hambres y desnudeces; apetezco los ultrajes y el martirio. Y con esto me despido del señor de la Coreja, diciéndole que estoy agradecidísimo a sus muchas bondades y que le tendré siempre presente en mis oraciones.

—El agradecido soy yo, no sólo por el honor que me ha proporcionado su reverencia...

—¡Y dale!

—...y el honor altísimo de tenerle en mi casa, sino por su ofrecimiento de orar por mí y de encomendarme a Dios, que bien lo necesito, créame.

—Lo creo... Pero haga el favor de no llamarme reverencia.

—Bueno: le daré tratamiento llano en obsequio a su humildad—replicó el caballero, que antes se dejara desollar vivo que desdecirse de cosa por él sostenida y afirmada—. Hace bien usted en guardar el incógnito, para evitar indiscreciones...

—Pero, ¡señor...! En fin, deme licencia para retirarme. Yo pido a Dios que le corrija de su terquedad, la cual es una forma de la soberbia, y así como el fruto amargo de ésta es la cólera, el fruto de aquélla es la mentira. Ya ve cuántos males acarrea el orgullo. Mis últimas palabras al salir de esta noble casa son para rogarle que se enmiende de ese y otros pecados, que piense en la inmortalidad, a cuya puerta no debe usted llamar con el alma cargada de tantos goces, y de tanta satisfacción de apetitos materiales. Porque la vida que usted se da, señor mío, podrá ser buena para llegar a una vejez robusta, pero no a la salud eterna.

—Lo sé, lo sé—decía el buen don Pedro con melancólica sonrisa, acompañando a Nazarín por el primer patio—. Pero ¿qué quiere usted, eximio señor? No todos tenemos esa poderosa energía de usted... ¡Ah! Cuando se llega a cierta edad, ya están los huesos duros para meterse uno en abstinencias y en correcciones del carácter. Créame a mí: cuando al pobre cuerpo le queda poco más que vivir, es crueldad negarle aquello a que está acostumbradito. Soy débil, lo reconozco, y a veces pienso que debo ponerle las peras a cuarto al cuerpo. Pero luego me da lástima y digo: "¡Pobrecito cuerpo, para los días que te quedan ya...!" Algo de caridad hay también en esto, ¿eh? Vamos, que al pícaro le gusta la buena mesa, los buenos vinos. Y ¿qué he de hacer más que dárselos...? ¿Le agrada reñir? Pues que riña... Todo ello es inocente. La vejez necesita juguetes como la infancia. ¡Ah! Cuando tenía algunos años menos, se pirraba por otras cosas..., las buenas chicas, por ejemplo... De eso sí que le he privado en absoluto... No, no, ¡no faltaba más! Prohibición radical. Que se fastidie... No le dejo más que las frusterías del pecado, el comer, la bebida, el tabaco y el pelearse con la servidumbre... En fin, señor no quiero entretenerle. Pídale a Dios por mí. Es una suerte, para los que no somos buenos, que existan seres perfectos como usted, prontos a interceder por todos y a conseguir, con sus estupendas virtudes, la salvación propia y la ajena.

—Eso no, eso no vale.

—Vale en tanto que uno también hace por sí lo que puede. Yo sé lo que digo... Que sus penitencias, padre beatísimo, le lleven a la perfección que desea, y que Dios le dé fuerzas para proseguir en obra tan santa y meritoria... Adiós, adiós...

—Adiós, señor mío: no pase usted de aquí—le dijo Nazarín en el último patio—. Y ahora que me acuerdo, he dejado mi morral allá junto a la noria.

—Ya, ya se lo traen—replicó Belmonte—. He mandado que le pongan en él algunas vituallas, que nunca están de más, créame; y aunque a usted no le guste comer más que hierbas y pan duro, no es malo que lleve algo de sustancia para un caso de enfermedad...

Quiso besarle la mano, pero don Nazario, con grandes esfuerzos, se lo impidió, y en el campo frontero a la casa se despidieron con mutuas demostraciones afectuosas. Como viese don Pedro que los mastines andaban sueltos por el campo, dió orden de que los ataran, indicando a Nazarín que se detuviese un momento.

—Ya supe—le dijo—, y me disgustó mucho, que ayer, por descuido de esta canalla, los perros le mordieron a usted y a dos santas mujeres que le acompañan.

—Esas mujeres no son santas, sino todo lo contrario.

—Disimule, disimule... ¡Como si no hablara también de ellas la Prensa europea!... La una es dama principal, canonesa de la Turingia; la otra, una sudanita descalza...

—¡Ay, cuánto desatino!...

—¡Si lo dice el periódico! En fin, respeto su santo incógnito... Adiós. Ya están sujetos los animales.

—Adiós... Y que el Señor le ilumine —dijo Nazarín, que ya no quería discutir más y todo su afán era largarse aprisa.

El morral, atestado de paquetes de comestibles, pesaba bastante, por lo cual, y por la rapidez de la marcha, llegó muy sofocado a la olmeda donde *Andara* y Beatriz habían quedado esperándole. Impacientes y sobresaltadas por su tardanza, en cuanto le divisaron las dos mujeres, salieron gozosas a su encuentro, pues creyeron no volver a verle o que saldría de la Coreja con la cabeza rota. Grande fué su asombro y alegría al verle sano y alegre. Por las primeras palabras que el beato les dijo comprendieron que tenía mucho que contar, y el volumen y peso del saco les despertó la curiosidad en demasía. En la olmeda encontró Nazarín a una vieja desconocida, la *señá* Polonia, paisana de Beatriz y vecina de Sevilla la Nueva. Había pasado por allí de vuelta de unas tierras de su propiedad, adonde fué a sembrar nabos, y, viendo a su amiga, se detuvo para chismorrear con ella.

—¡Ay, qué señor, qué hombre tan raro es ese don Pedro!—dijo el padrito echándose en el suelo, después que *Andara* le quitó el morral para examinar lo que contenía—. No he visto otro caso. Cosas tiene de persona muy mala, esclava de los vicios; cosas de persona bonísima, cortés y caballeresca. Ilustración no le falta, finura le sobra, mal genio también y no hay quien le gane en terquedad para sostener sus errores.

—Ese vejestorio grandón y bonito—dijo Polonia, que hacía punto de media—está más loco que una cabra. Cuentan que se pasó mucho tiempo en tierras de moros y judíos, y que al volver acá se metió en tales estudios de cosas de religión y de *tiología*, que se le trabucaron los sesos.

—Ya lo decía yo. El señor don Pedro no rige bien. ¡Qué lástima! ¡Quiera Dios darle el juicio que le falta!

—Está reñido con toda la familia de los Belmontes, sobrinos y primos, que no le pueden aguantar, y por eso no sale de aquí. Es hombre muy pagano y muy gentil para todos los vicios de buena mesa, y no ve una falda que no le entre por el ojo derecho. Pero como mal corazón, no tiene. Cuentan que cuando le hablan de las cosas de religión católica, o pagana, o de las idolatrías, si a mano viene, es cuando pierde el sentido, por ser esta *leyenda* y el revolver papeles de Escritura Sagrada lo que le trastornó.

—¡Desventurado señor!... ¿Querréis creer, hijas mías, que me sentó a su mesa, una mesa magnífica, con vajilla de cardenal? Y ¡qué platos, qué manjares riquísimos!... Y después se empeñó en que había de dormir la siesta en una cama con colcha de damasco... ¡Vaya, que a mí...!

—¡Y nosotras tan creídas de que le rompería algún hueso!

—Pues digo... Salió con la tecla de que yo soy obispo; más, más, patriarca, y de que nací en Algeciras..., o sea la Mesopotamia, y que me llamo Esdras... También se dejó decir que vosotras sois canonesas... Y nada me valía negarlo y manifestarle la verdad. Como si no.

—Pues ya se conoce que se da buena vida el hijo de tal—dijo *Andara* gozosa, sacando paquetes de fiambres—. Lengua escarlata..., y otra lengua..., y jamón... ¡Jesús, cuánta cosa rica! Y ¿qué es esto? Un pastelón como la rueda de un carro. ¡Qué bien huele!... También empanadas: una, dos, tres; chorizo, embutidos.

—Guarda, guarda todo eso—le dijo Nazarín.

—Ya lo guardo, que a la hora de comer lo cataremos.

—No, hija, eso no se cata.

—¿Que no?

—No; es para los pobres.

—Pero ¿quién más pobres que nosotros, señor?

—Nosotros no somos pobres, somos ricos, porque tenemos el caudal inmenso y las inagotables provisiones de la conformidad cristiana.

—Ha dicho muy bien—indicó Beatriz, ayudando a reponer los paquetes en el morral.

—Y si ahora tenemos esto, si nada nos hace falta hoy, porque nuestras necesidades están satisfechas—indicó don Nazario—, debemos darlo a otros más necesitados.

—Pues en Sevilla la Nueva no falta pobretería—manifestó la *señá* Polonia—, y allí tienen ustedes donde repartir buenos caudales. Pueblo más mísero y pobre no lo hay por acá.

—¿De veras? Pues a él llevaremos estas sobras de la mesa del rico avariento, ya que han venido a nuestras manos. Guíenos usted, *señá* Polonia, y desígnenos las casas de los más menesterosos.

—Pero ¿de veras entran en Sevilla? Estas me dijeron que no querían acercarse allá.

—¿Por qué?

—Porque hay viruela.

—¡Que me place!... Digo, no me place. Es que celebro encontrar el mal humano para luchar con él y vencerlo.

—No es epidemia. Cuatro casos saltaron estos días. Donde hay una mortandad horrorosa es en Villamantilla, dos leguas más allá.

—¿Epidemia horrorosa... y de viruela?

—Tremenda, sí, señor. Como que no hay quien asista a los enfermos, y los sanos huyen despavoridos.

—*Andara*, Beatriz...—dijo Nazarín levantándose—. En marcha. No nos detengamos ni un momento.

—¿A Villamantilla?

—El Señor nos llama. Hacemos falta allí. ¿Qué? ¿Tenéis miedo? La que tenga miedo, o repugnancia, que se quede.

—Vamos allá. ¿Quién dijo miedo?

Sin pérdida de tiempo emprendieron la marcha, y por el camino iba refiriéndoles Nazarín, con graciosos pormenores, el singularísimo episodio de su visita a don Pedro de Belmonte, señor de la Coreja.

CUARTA PARTE

I

Guiados por la *señá* Polonia, dejaron en varias casas muy pobres de Sevilla la Nueva parte de los víveres de la Coreja, y sin detenerse más que lo preciso para este piadoso objeto, continuaron andando, pues a Nazarín no se le cocía el pan hasta no meterse en el foco de la peste.

—No comprendo vuestra repugnancia, hijas mías—les dijo—, pues ya debisteis calcular que no veníamos acá a darnos vida de regalo y ociosidad, sin peligro. Es todo lo contrario: vamos tras el dolor para aplicarle consuelo, y cuando se anda entre dolores, algo se ha de pegar. No corremos en busca de placeres y regocijos, sino en busca de miserias y lástimas. El Señor nos ha deparado una epidemia, en cuyo seno pestífero hemos de zambullirnos, como nadadores intrépidos que se lanzan a las olas para salvar a infelices náufragos. Si perecemos, Dios nos dará nuestro merecido. Si no, algún desdichado sacaremos a la orilla.

Hasta la hora presente, Dios ha querido que en nuestra peregrinación no nos salgan más que bienandanzas. No hemos tenido hambre, hemos comido y dormido como príncipes, y nadie nos ha castigado ni nos ha puesto mala cara. Todo por la buena, todo como si nos acompañara una escolta de ángeles encargados de depararnos cuantos bienes hay en la Tierra. Ya comprenderéis que esto no puede continuar así. O el mundo deja de ser lo que es, o hemos de encontrar pronto males gravísimos, contratiempos, calamidades, abstinencias y crueldades de hombres, secuaces de Satanás.

Esta exhortación bastó para convencer a las dos mujeres, sobre todo a Beatriz, que más fácilmente que la otra se dejaba inflamar del entusiasmo del novel asceta. Como habían tomado una andadura harto presurosa, al caer de la tarde el cansancio les obligó a sentarse en lo alto de un cerro, desde donde se veían dos aldeas, una por Levante, otra por Poniente, y entre una y otra, campiñas bien labradas, y manchas de verde arboleda. La vista era hermosa, y más aún a tal hora, por el encanto melancólico que presta el crepúsculo vespertino a toda la tierra. De los humildes techos salían los humos de los hogares donde se preparaba la cena; oíase son de esquilas de ganados que a los apriscos se recogían, y las campanas de ambos pueblos tocaban a oraciones. Los humos, las esquilas, la amenidad del valle, las campanadas, la puesta del sol, todo era voces de un lenguaje misterioso que hablaba al alma sin que ésta pudiera saber fijamente lo que le decía. Los tres peregrinos permanecieron un rato mudos ante aquella belleza difundida en términos tan vastos, y Beatriz, que, fatigada, yacía a los pies de Nazarín, se incorporó para decirle:

—Señor, explíqueme: ese son de las campanas, a esta hora, en que no se sabe si es de día o noche, ese son..., explíquemelo..., ¿es alegre o triste?

—Si he de decirte la verdad, no lo sé. Me pasa lo que a ti: ignoro si es alegre o triste. Y creo que los dos sentimientos, alegría y tristeza, produce en nuestra alma, juntándonos de tal modo que no hay manera de separarlos.

—Yo creo que es triste—afirmó Beatriz.

—Y yo que es alegre...—dijo *Andara*—, porque se alegra uno cuando descansa, y a esta hora el día se tumba en la cama de la noche.

—Yo sostengo que triste y alegre—repitió Nazarín—, porque esos sones y esa placidez no hacen más que reflejar el estado de nuestra alma, triste porque ve acabarse un día, y un día menos es un paso más hacia la muerte; alegre, porque vuelve al hogar con la conciencia satisfecha de haber cumplido los deberes del día, y en el hogar el alma encuentra otras almas que le son caras; triste, porque la noche lleva en sí una dulce tristeza, la desilusión del día pasado; alegre, porque toda noche es esperanza y seguridad de otro día, del mañana, que ya está tras el Oriente acechando para venir.

Las dos mujeres suspiraron y se callaron.

—En esto—prosiguió el árabe manchego—debéis ver una imagen de lo que será el crepúsculo de la muerte. Tras él viene el mañana eterno. La muerte es también alegre y triste: alegre, porque nos libra de las cadenas de la esclavitud vital; triste, porque amamos nuestra carne como a un compañero fiel y nos duele separarnos de ella.

Siguieron andando, y más adelante volvieron a descansar, ya cerrada la noche, el cielo sereno, inmensamente limpio y cuajado de innúmeras estrellas.

—Pienso—dijo Beatriz después de una larga pausa de arrobamiento—que hasta ahora no he visto el cielo, o que ahora lo veo por primera vez, según lo que me gusta mirarlo y lo que me asombra ver tantísima luz.

—Sí—replicó Nazarín—; es tan bello, que siempre parece nuevo y como acabadito de salir de las manos del Criador.

—¡Qué grande es todo eso!—observó *Andara*—. Yo tampoco lo había mirado nunca como ahora... Y diga, padre: ¿todo eso lo hemos de ver de cerca cuando nos muramos y subamos a la Gloria?

—¿Ya estás tú segura de ir a la Gloria? Mucho decir es eso. Allá no hay cerca ni lejos...

—Todo es infinito—dijo Beatriz con suficiencia—. Infinito quiere decir lo que no se acaba por ninguna parte.

—Esto de que sea una infinita—añadió

Andara—es lo que yo no puedo entender.

—Sed buenas y lo entenderéis. Dos cosas hay en este bajo mundo por donde nos pueda ser comprensible lo infinito: el amor y la muerte. Amad a Dios y al prójimo, acariciad en vuestras almas el sentimiento del tránsito a la otra vida, y lo infinito no os parecerá tan oscuro. Pero éstas son enseñanzas muy hondas para vuestros pobres entendimientos, y antes habéis de aprender cosas más comprensibles. Admirad la obra de Dios y decidme si ante el que ha hecho esa maravilla no es bien que nos humillemos para ofrecerle todos nuestros actos, todas nuestras ideas. Después de mirar un rato para arriba, ved cuán indigna es esta pobre tierra de que deseemos morar en ella. Considerad que, antes que nacierais, todo lo que veis arriba existió por miles de siglos, y que por miles de siglos existirá después que muráis. Vivimos sólo un instante. ¿No es lógico despreciar ese instante y querer subir a los siglos que no se acaban?

Volvieron a suspirar ellas y a pensar en todo aquello que el clérigo les refería. La conversación hízose luego más positiva, porque *Andara,* reconociendo que el contenido del morral debía ser para otros pobres, no se avenía con dejar de probarlo.

—Para ser buenos, para llegar a lo que vulgarmente llamamos perfección, siendo en realidad un estado relativo —afirmó Nazarín—, debe empezarse por lo más fácil. Antes de atacar los vicios gordos, combatamos los menudos. Dígolo porque esto de ser tú tan golosa paréceme inclinación no muy difícil de vencer, a poca voluntad que pongas en ello.

—Sí que soy golosa: yo conozco mis flacos. Y, la verdad, quisiera saber a qué sabe este comestible que trasciende a gloria.

—Pues pruébalo, y tú nos contarás a qué sabe, pues ésta y yo nos pasaremos muy bien sin catarlo.

La de Móstoles se conformaba con todo lo que fuera abstinencia y edificación, porque su espíritu se iba encendiendo en el místico fuego con las chispas que el otro lanzaba del rescoldo de su santidad. Habría ella querido llegar al caso absurdo de no comer absolutamente nada; pero como esto era imposible, se resignaba a transigir con la vil materia.

Pidieron hospitalidad en una venta, y cuando allí les oyeron decir que iban a Villamantilla, tuviéronlos por locos, pues en el pueblo había muy poca gente a más de los enfermos; el socorro pedido a Madrid no había llegado, y todo era allí desolación, hambre y muerte. En un corral armaron su alcoba, entre gallinas y carneros, que se despertaban oyéndoles rezar, y con unas migas que les dieron de limosna cenaron a lo pastoril. *Andara* probó de lo de Belmonte sin excederse, y toda la noche, aun después de dormida, estuvo relamiéndose. En cambio, Beatriz no pegó los ojos: sentíase amagada de su mal constitutivo, pero en una forma nueva y para ella desconocida. Consistía la novedad en que sus angustias y el azoramiento precursor del arrechucho eran buenos, quiere decir, que eran angustias en cierto modo placenteras y un azoramiento gozoso. Ello es que sentía... como una satisfacción de sentirse mal y el presentimiento de que iba a ocurrirle algo muy lisonjero. La presión torácica le molestaba un poco; pero compensaban esta molestia los efluvios que corrían por toda su epidermis, vibraciones erráticas que iban a parar al cerebro, donde se convertían en imágenes hermosas, antes soñadas que percibidas. "Es lo de siempre—se decía—; pero no patadas de demonios, sino revuelos de ángeles. ¡Bendito mal si es como un bien y viene siempre así!" De madrugada tuvo frío, y bien envuelta en su manta se tendió de largo, para descansar más que dormir, y con la conciencia de hallarse despierta, *¡vió cosas!* Pero si antes veía cosas malas, ahora las veía buenas, aunque no pudo explicarse lo que era ni asegurarse de ver lo que veía. ¡Inaudita rareza! Y tenía que reprimirse para vencer el ciego impulso de abalanzarse hacia aquello que viendo estaba. ¿Era Dios, eran los ángeles, el alma de algún santo, o un purísimo espíritu que quería tomar forma sin poder conseguirlo?

Guardóse bien de contar a don Nazario, cuando éste despertó, lo que le pasaba, porque el día anterior, en una de sus pláticas, le oyó decir que desconfiaba de las visiones y que había que mirarse mucho antes que dar por efectivas

cosas (él había dicho *fenómenos*) sólo existentes en la imaginación y en los nervios de personas de dudosa salud. Y restablecida, después de lavarse cara y manos, de aquel plácido soponcio, se desayunaron los tres con pan y unas pocas nueces, y en marcha tan contentos para el lugar infestado. No eran aún las nueve cuando llegaron, y una soledad lúgubre, una huraña tristeza les salieron al encuentro al poner el pie en la única calle del pueblo, tortuosa y llena de zanjas, charcos inmundos y guijarros cortantes. Las dos o tres personas que hallaron en el trayecto hasta la plaza los miraban recelosas, y frente a la iglesia, en el portal de un caserón cuarteado que parecía el Ayuntamiento, vieron a un tío muy flaco que se adelantó a ellos con esta arenga de bienvenida:

—¡Eh! Buena gente, si vienen al merodeo o a limosnear, vuélvanse por el mismo camino, que aquí no hay más que miseria, muerte y desamparo hasta de la Misericordia Divina. Soy el alcalde, y lo que digo, digo. Aquí estamos solos yo y el cura y un médico que nos han mandado, porque el nuestro se murió, y unos veinte vecinos en junto, sin contar los enfermos y cadáveres de hoy, que todavía no se han podido enterrar. Ya lo saben, y tomen el olivo pronto, que aquí no hay lugar para la vagancia.

Contestó Nazarín que ellos no iban a pedir socorro, sino a llevarlo, y que les designara el señor alcalde los enfermos más desamparados, para asistirlos con todo el esmero y la paciencia que ordena Cristo Nuestro Señor.

—Más urgente que nada—dijo el alcalde—es enterrar siete muertos de ambos sexos que tenemos.

—Ya son nueve—dijo el cura, que de una casa próxima salía—. La tía Casiana ya expiró, y una de las chicas del esquilador está acabando. Yo me voy de prisa y corriendo a tomar un bocado, y vuelvo.

No se hizo rogar el alcalde para satisfacer los cristianos deseos de Nazarín y comparsa, y pronto entraron los tres en funciones. Pero las dos mujeres, ¡ay!, en presencia de aquellos cuadros de horror, podredumbre y miseria, más espantables de lo que en su pueril entusiasmo ascético imaginaban, flaquearon como niños llevados a un feroz combate y que ven correr la sangre por primera vez. La caridad, cosa nueva en ellas, no les daba energías para tanto, y hubieron de pedirlas al amor propio. Las primeras horas fueron de indecisión, de pánico y rebeldía absoluta del estómago y los nervios. Nazarín tuvo que exhortarlas con elocuente ira de guerrero desesperado que ve perdida la batalla. Al fin, ¡vive Dios!, fueron entrando, entrando en fuego, y a la tarde ya eran otras, ya pudo la fe triunfar del asco y la caridad del terror.

II

Mientras que Nazarín parecía connaturalizado con la fétida atmósfera de las lóbregas estancias, con la espantable catadura de los enfermos y con la suciedad y miseria que los rodeaba, *Andara* y Beatriz no podían hacerse, no, no podían, infelices mujeres, a una ocupación que instantáneamente les elevaba de la vulgaridad al heroísmo. Habían visto del ideal religioso tan sólo lo bonito y halagüeño; veían ya la parte impregnada de verdad dolorosa. Beatriz lo expresaba en su tosco lenguaje: "Eso de irse al Cielo, muy pronto se dice; pero ¿por dónde y por qué caminos se va?" *Andara* llegó a adquirir una actividad estúpida. Se movía como una máquina, y desempeñaba todos aquellos horribles menesteres casi de un modo inconsciente. Sus manos y pies se movían *de por sí*. Si la hubieran en otro tiempo condenado a tal vida, poniéndola en el dilema de adoptarla o morir, habría preferido mil veces que le retorcieran el pescuezo. Procedía bajo la sugestión del beato Nazarín como un muñeco dotado de fácil movimiento. Sus sentidos estaban atrofiados. Creía imposible volver a comer.

Batriz obraba conscientemente, ahogando su natural repugnancia por medio de un trabajo mental de argumentación, sacado de las ideas y frases del maestro. Era por naturaleza más delicada que la otra, de epidermis más fina, de más selecta complexión física y moral y de gustos relativamente refinados. Pero, en cambio de esa desventaja, poseía energías espirituales con que vencer su flaqueza e imponerse aquel du-

rísimo deber. Evocando su fe naciente, la avivaba como se aviva y agranda un débil fuego a fuerza de soplar sobre él; sabía remontarse a una esfera psicológica vedada para la otra, y en sí misma, en su aprobación interior y en el gozo del bien obrar, encontraba consuelos que la otra pedía a su amor propio sin recibirlos en proporción de tan gran sacrificio. Por esta diferencia, al llegar la noche, la de Polvoranca se rindió displicente, aunque sin dar su brazo a torcer; la de Móstoles se rindió gozosa, como soldado herido que no se cura más que del honor.

El árabe manchego sí que no se rendía. Infatigable hasta lo sublime, después de haber estado todo el día revolviendo enfermos, limpiándolos, dándoles medicinas, viendo morir a unos en sus brazos, oyendo los conceptos delirantes de otros, al llegar la noche no apetecía más descanso que enterrar los doce muertos que esperaban sepultura. Así lo propuso al alcalde, diciéndole que con dos hombres que le ayudaran bastaría, y que si no había más que uno, ya se arreglaría con él y con las dos mujeres. Autorizóle el representante del pueblo para que se despachase a su gusto, admirado de tanta diligencia y religiosidad, y *puso a su disposición* el cementerio como se ofrece a un invitado la sala de billar para que juegue o el salón de música para que toque.

Ayudado de un viejo taciturno y al parecer idiota que, según se supo después, era pastor de guarros; ayudado también de Beatriz, que quiso apurar el sacrificio y adiestrarse en tan horrenda como eficaz escuela, Nazarín empezó a sacar muertos de las casas, y los llevaba a cuestas por no tener angarillas, y los iba dejando sobre la tierra, hasta que estuvieron todos reunidos. La penitente y el pastor cavaban, y el alcalde iba y venía, echando una mano a cualquier dificultad y encargando que no se hiciera de mogollón, como en las obras municipales, sino todo a conciencia: los cuerpos al fondo y la tierra bien puestecita encima. *Andara* se había ido a dormir tres horas, pasadas las cuales se levantaría para que su compañera se acostase otro tanto tiempo. Esto disponía el jefe para no agotar las fuerzas de su aguerrida mesnada.

Y concluídos los entierros, el heroico Nazarín, sin tomar más alimento que un poco de pan y agua de lo que le brindó el alcalde, volvió a las pestilentes casas de los enfermos, a cuidarlos, a decirles palabras de consuelo si podían oírlas y a limpiarlos y a darles de beber. Asistió *Andara* desde medianoche a tres niñas hermanas que habían perdido a su madre de la misma enfermedad; don Nazario, a una mujerona que deliraba horriblemente y a un mozalbete del cual decían que era muy guapo, mas ya no se le conocía la hermosura debajo de la máscara horrible que ocultaba su rostro.

Amaneció sobre tanta tristeza, y el nuevo día llevó al ánimo de las dos mujeres un mayor dominio de la situación y más confianza en sus propias fuerzas. Una y otra creían haber pasado largo tiempo en aquella meritoria campaña, y es que los días crecen en proporción de la cantidad y extensión de vida que en ellos se desarrolla. Ya no les causaban tanto horror las caras monstruosas, ya no temían el contagio ni sentían tan viva en sus nervios y estómago la protesta contra la podredumbre. El médico hizo justicia al celo piadoso de los tres penitentes, diciendo al alcalde que aquel hombre de facha morisca y sus dos compañeras habían sido para el vecindario de Villamantilla como ángeles bajados del cielo. Antes de mediodía sonaron las campanas de la iglesia en señal de regocijo público, y fué que se supo llegaría pronto el socorro enviado desde Madrid por la Dirección de Beneficencia y Sanidad. ¡A buenas horas! Pero, en fin, siempre era de agradecer. Consistía la misericordia oficial en un médico, dos practicantes, un comisionado *del ramo* y sinfín de drogas para desinfectar personas y cosas. Al propio tiempo que se enteró Nazarín de la feliz llegada de la Comisión sanitaria, supo también que en Villamanta reinaba con igual fuerza la epidemia y que no se tenía noticia de que el Gobierno mandara allá ningún socorro. Adoptando al instante una resolución práctica, como gran estratégico que sabe dirigir sus fuerzas con la celeridad del rayo al terreno conveniente, tocó a llamada en su reducido ejército; acudieron el ala derecha y el ala izquierda, y el general les dió esta orden del día:

—Al momento en marcha.

—¿Adónde vamos?

—A Villamanta. Aquí no hacemos falta ya. El otro pueblo está desamparado.

—En marcha. Adelante.

Y antes de las dos iban a campo traviesa por un sendero que les indicó el pastor de guarros. De los víveres de la Coreja nada tenían ya, y *Andara* no quiso llevar otros de Villamantilla. Las dos mujeres se lavaron en un arroyo, y don Nazario hizo lo mismo a distancia de ellas. Frescos los cuerpos, contentas las almas, prosiguieron andando sin más contratiempo que el haber tropezado con unos chicos de las familias fugitivas de Villamantilla, alojadas en miserables chozas en lo alto de un cerro. Los angelitos solían matar el aburrimiento de la emigración apedreando a todo el que pasaba, y aquella tarde fueron víctimas de este inocente *sport,* o *deporte,* Nazarín y los suyos. Al general le dieron en la cabeza, y al ala derecha, en un brazo. El ala izquierda quiso tomar la ofensiva, disparando también contra ellos. Pero el maestro la contuvo diciendo:

—No tires, no tires. No debemos herir ni matar ni aun en defensa propia. Avivemos el paso y pongámonos lejos de los disparos de estos inocentes diablillos.

Así se hizo, mas no pudieron llegar de día a Villamanta. Como no llevaban provisiones ni dinero para adquirirlas, *Andara,* que iba delante, como a cien pasos, pedía limosna a cuantos encontraba. Pero tales eran la pobreza y desolación del país, que nada caía. Tuvieron hambre, verdadera necesidad de echar a sus cuerpos algún alimento. La de Polvoranca se condolía, la de Móstoles disimulaba su inanición y el de Miguelturra las animaba, asegurándoles que antes de la noche encontrarían sustento en alguna parte. Por fin, en un campo donde trabajaban hombres y mujeres, dando una vuelta a la tierra con el arado, hallaron su remedio, consistente en algunos pedazos de pan, puñados de garbanzos, almortas y algarroba, y además dos piezas de a dos céntimos, con lo cual se creyeron poseedores de una gran riqueza. Acamparon al aire libre, porque Beatriz decía que necesitaban ventilarse bien antes de entrar en otro pueblo infestado. Reuniendo carrasca seca hicieron candela, cocieron las legumbres, con la añadidura de cardillos, achicorias y verdolagas que *Andara* supo escoger en el campo; cenaron con tanta frugalidad como alegría, rezaron, el maestro les dió una explicación de la vida y muerte de San Francisco de Asís y de la fundación de la Orden Seráfica, y a dormir se ha dicho. Al romper el día entraron en Villamanta.

¿Qué podrá decirse en aquel inmenso trabajo de seis días, en los cuales Beatriz llegó a sentir en sí una segunda naturaleza, nutrida de la indiferencia de todo peligro y de un valor sereno y sin jactancia; *Andara,* una actividad y diligencia que dieron al traste con sus hábitos de pereza? La primera luchaba con el mal, segura de su superioridad y sin alabarse de ello, por rutina de la fe desinteresada y un convencimiento que sostenían las altas temperaturas del alma en ebullición; la segunda, por rutina de su amor propio satisfecho y de su pericia bien probada, gustando de alabarse y echar incienso a su egoísmo, como soldado que entra en combate movido de las ambiciones del ascenso. Y de Nazarín, ¿qué puede decirse sino que en aquellos seis días fué un héroe cristiano y que su resistencia física igualó por arte milagroso a sus increíbles bríos espirituales? Salieron de Villamanta por la misma razón que habían salido de Villamantilla, o sea, la llegada del socorro del Gobierno. Satisfechos de su conducta, inundada la conciencia de una claridad hermosa, la certeza del bien obrar, hicieron verbal reseña de su doble campaña, permitiéndose la inocente vanagloria de recontar los enfermos que cada cual asistiera, los que habían salvado, los cadáveres a que dieran sepultura, con mil y mil episodios patéticos que serían maravilla del mundo si alguien los escribiera. Pero nadie los escribiría ciertamente, y sólo en los archivos del cielo constaban aquellas memorables hazañas. Y en cuanto a la jactancia con que las enumeraron y repitieron, Dios perdonaría de fijo el inocente alarde de soberbia, pues es justo que todo héroe tenga su historia, aunque sea contada familiarmente por sí mismo.

Se encaminaron a un pueblo, que no sabemos si era Méntrida o Aldea del Fresno, pues las referencias *nazarinistas* son algo oscuras en la designación de

esta localidad. Sólo consta que era lugar ameno y relativamente rico, rodeado de una fértil campiña. Próximo a él vieron sobre una eminencia las ruinas de un castillo; las reconocieron y hallaron en ellas lugar propicio para instalarse por unos días y hacer vida de recogimiento y descanso, pues Nazarín fué el primero que encareció la necesidad de reposo. No, no quería Dios que trabajasen de continuo, pues urgía conservar las fuerzas corporales para nuevas y más terribles campañas. Dispuso, pues, el jefe que se acomodara la partida en las ruinas de la feudal morada y que allí atenderían a la reparación conveniente de sus agotadas naturalezas. El sitio era en verdad hermosísimo, y desde él se descubría en gran extensión la feraz vega por donde serpea el río Perales, huertas bien cultivadas y preciosos viñedos. Para llegar arriba había que franquear empinadísima cuesta; pero, una vez en lo alto, ¡qué deliciosa soledad, qué puro ambiente! Creíanse en mayor familiaridad con la Naturaleza, en libertad absoluta, y como águilas lo dominaban todo sin que nadie los dominase. Elegido el lugar de las ruinas donde aposentarse debían, bajaron al pueblo a mendigar, y les fué muy bien el primer día: Beatriz recogió algunos cuartos; Nazarín, lechugas, berzas y patatas, y *Andara* se procuró dos pucheros y un cántaro para traer agua.

—Esto sí que me gusta—decía—. Señor, ¿por qué no nos quedamos siempre aquí?

—Nuestra misión no es de sosiego y comodidad—replicó el jefe—, sino de inquietud errabunda y de privaciones. Ahora descansamos; mas luego volveremos a quebrantar nuestros cuerpos.

—Y sabe Dios si nos dejarían estar aquí—indicó Beatriz—. El pobre no tiene casa fija en ninguna parte y, como el caracol, siempre la lleva consigo.

—Pues yo, si me dejaran, labraría un pedacito de esta ladera—dijo *Andara*—y plantaría algo de patata, cebolla y coles *para el gasto* de casa.

—Nosotros—declaró Nazarín—no necesitamos propiedad de tierra ni de cosa alguna que arraigue en ella, ni de animales domésticos, porque nada debe ser nuestro, y de esta absoluta negación resulta la afirmación de que todo puede venir a nuestras manos por la limosna.

Al tercer día, la de Polvoranca fué al río a lavar unas piezas de ropa, y cuando regresó al castillo bajó Beatriz por agua, hecho vulgarísimo que no puede pasar sin mención en esta verídica historia, porque de él se derivan otros hechos de indudable importancia y gravedad.

III

Al anochecer subía la moza por la enriscada pendiente con tal agitación en su alma, y en sus piernas tan grande flojedad, que hubo de quitarse el cántaro de la cabeza y sentarse en el suelo para cobrar aliento. ¿Qué le había pasado en la fuente del pueblo, situada entre la espesura de una chopera próxima al río? Pues ocurrió un hecho inesperado, de absoluta insignificancia en la vida total, mas para Beatriz de una gravedad extrema; uno de esos hechos que en la vida individual equivalen a un cataclismo, diluvio, terremoto o fuego del cielo. ¿Qué era?... Nada, ¡que había visto al *Pinto!*

El *Pinto* fué su amor y su tormento, el burlador de su honra, el estímulo de sus esperanzas, el que había despertado en su alma ensueños de ventura y despechos ardientes. Y cuando ella había conseguido, si no olvidarle, ponerle en segundo término en su pensamiento, cuando con aquel ascetismo y las saludables guerras de la caridad había conseguido curar el mal profundo de su alma, se le presentaba el indino para quitarle toda su cristiandad y precipitarla otra vez en los abismos. ¡Maldito *Pinto* y maldita la hora en que a ella se le ocurrió bajar a la fuente!

Esto lo pensaba en aquel descanso que se tomó a la mitad de la cuesta. Aún creía estarle viendo, en su aparición súbita, a dos pasos de la fuente, cuando ya ella volvía con el cántaro lleno en la cabeza. El la llamó por su nombre y ella echó mano al cántaro, que, tambaleándose, estuvo a punto de caerse. La impresión fué tal, que se quedó como muerta en pie, y no podía moverse ni articular palabra.

—Ya sabía que andabas por aquí, mala cría—le había dicho él, las manos metidas en los bolsillos de la chaquetilla o blusa, el aire jaquetón, la voz dura,

mezcla extraña de enojo y desprecio—. Ya te vi ayer, ya te vi bajar al pueblo con un prójimo harapiento que parece el moro de los dátiles y una mujer más fea que Tito... ¿Qué vida haces, loca? ¿Con qué zurrapas andas? Bien te dije que te habías de ver perdida, pidiendo limosna, como una callejera vergonzante o sin vergüenza..., y así ha salido. Ya sé, ya sé, grandísima puerca, que te escapaste de Móstoles con ese que *diz* que es apóstol y que echa los *mesmos* demonios con la santiguación del misal, y viceversa los vuelve a meter.

—¡*Pinto, Pinto,* por Dios—había respondido ella, recobrando al fin el uso de la palabra—, déjame en paz! Yo concluí contigo y con el mundo. No me hables; sigo mi camino.

—Espérate un poco..., siquiera por la educación, mujer. ¿*Semos* o no *semos* personas cabales? Oye: yo siempre te quiero. Descalza y hecha un ánima del Purgatorio, como estás, te quiero, Beatriz. La ley es la misma. ¿Sabes lo que te digo? Que no te perdono el alternar con ese fantasma... ¿Quieres volverte conmigo a Móstoles?

—No, de ninguna manera.

—Piénsalo, Beatriz; yo te mando que lo calcules, mujer. Mira que me darías qué sentir. Yo, verbigracia, te quiero; pero ya sabes que gasto un genio muy bravo. Es mi ley. He venido a este pueblo con Gregorio Portela y los dos Ortiz a comprar ganado para el matadero de Madrid, y viceversa tenemos que volvernos allá mañana a la noche. En el mesón del tío Lucas, ¿sabes?, te espero mañana en todo el día para estar contigo en particular y que hablemos de nuestra *comenencia*... Que vayas, Beatriz.

—No iré; no me esperes.

—Que vayas, te digo. Ya sabes que yo, cuando digo lo que digo, lo digo... diciéndolo; quiere decirse, como el que sabe hacer lo que dice.

—No me esperes, Manuel.

—Que vayas... Por la cuenta que te tiene, Beatriz, no seas terca, y *arrepara* en tu honor, que está tirado como una alpargata vieja por los caminos. Vas y hablamos. ¿No vas? Pues a la noche subo con mis amigos al castillo, donde sé que paráis, y pasamos a cuchillo al apóstol y a la *apóstola* y a toda la corte infernal de los abismos celestiales... ¡Ea! Con Dios. Sigue tu camino.

Esto fué lo que hablaron, y nada más. Muerta de miedo se dirigió la infeliz moza a su salvaje morada, y su temor se aumentaba creyendo sentir tras sí las pisadas de *Pinto*. No era, no; pero en la oscuridad de la noche creía verle amenazador, bien plantado, eso sí, fiero y despótico, dominándola por el terror como por el deleite la dominara antes. Un poco se serenó en el breve descanso que hizo a mitad de la cuesta; pero apartar no podía de su pensamiento el bárbaro mandato de aquel hombre ni su imagen imborrable, el cuerpo muy derecho, la ropa ceñida a estilo de torero, la cara hermosa, cetrina y bien afeitada, los ojos que despedían lumbre, junto a la boca un lunar de pelo muy rizado que parecía un borlón.

Al llegar arriba, la primera idea de Beatriz fué contar al beato Nazarín lo ocurrido. Pero un secreto inexplicable impulso, cuyo origen desconocía, la hizo enmudecer. Comprendiendo que no referir el suceso era una falta, la cohonestó con el aplazamiento, y se dijo: "Cuando cenemos se lo contaré." Pero cenaron, y en el momento de romper a decirlo sentía como si echaran un candado a su lengua. Era una discreción, una cautela que de las profundidades de su instinto salía, y la infeliz mujer no hallaba en su sinceridad fuerza igual que oponerle.

Y, ¡qué casualidad!, aunque hablar quisiera con el padre Nazarín, no podría. Ved aquí por qué. Uno de los ángulos de la torre principal del castillo permanecía en pie, desafiando siglo tras siglo el furor de las tempestades y la injuria del tiempo. Desde lejos parecía un hueso, la mandíbula de un inmenso animal. Componíase de gruesos sillares descarnados, pero bien sujetos uno contra otro, y por un lado formaban lo que de lejos tenía apariencias de encía, al modo de peldaños, por donde no era difícil subir hasta las piedras más altas. En éstas había un hueco bastante capaz para acomodarse una persona, y era la mejor atalaya para dominar cielo y tierra. Pues allá trepó Nazarín, y se acostó en las piedras últimas echando la cabeza para atrás, los pies colgando sobre el abismo. Iluminada por la luna, que ya era llena, su escueta figura, la

cabeza, manos y pies aparecían como de una cerámica recocha, recortándose sobre el cielo. Nunca se vió más patente el tipo arábigo que en aquella ocasión y postura. Se le tomaría por un santo profeta que, buscando el aislamiento en los altos espacios, adonde no llegaran el ruido y las vanidades del mundo, no se creyera seguro hasta no usurpar sus nidos a las cigüeñas, su espigón a las veletas de las torres. Las dos mozas miraron, y le vieron en aquella eminencia, coronado de las estrellas, orando quiza o dejando volar sus ideas por las inmensidades del cielo para recoger con ellas la verdad.

Beatriz, en tanto, a la tierra miraba con los ojos del alma más que con los del cuerpo, y mientras su señor se recreaba en la contemplación del firmamento, y en tender sus ideas por él, ocupando no menos espacio que el de las muchedumbres siderales, ella sostenía en su espíritu una lucha horrenda. Diéranle a curar a todos los leprosos de la Tierra, y a los enfermos más inmundos, y lo preferiría a la turbación de aquella interna batalla y a las probables consecuencias de ella. Desde el pueblo la llamaba una tentación de poderosa virtud magnética, y algo sentía dentro de sí que la mandaba obedecer el reclamo del *Pinto*. Contarle todo a don Nazarín era lo prudente, lo recto, lo cristiano; pero si se lo contaba, no podría ir, y si no se lo contaba y a la cita acudía, ¡adiós gracia, adiós méritos ganados por su alma en aquella vida de penitencia! Pues otra: si no iba, el *Pinto* cumpliría su terrible amenaza. De modo que el gusto de ir se le acibaraba con la reprobación de su conciencia, y el triunfo de ésta, si no iba, sería causa de la muerte de todos. ¿Qué era lo mejor? ¿Ir o no ir? ¡Espantoso dilema! Ni la virtud le valía, pues si sofocaba la pícara tentación que como un rabillo de diablo trazaba ondas de venenoso fuego por todo su ser, si se conservaba buena y honrada, el otro subía y no dejaba títere con cabeza. Y si bajaba y se perdía para siempre, ¿con qué cara se volvía a presentar al buen Nazarín y a pedirle que la perdonara? No, no, ¡qué vergüenza! No, no podía volver a verle. Y luego la infeliz quedaría para siempre sometida al capricho y a las volubilidades de aquel demonio... No, no. Esta idea, este miedo de un porvenir tan vergonzoso como había sido el pasado, la decidió. ¡Gracias a Dios! Sin duda, Cristo y la Virgen, a quienes invocó, la oyeron y le inspiraron la buena solución: contar todo a su maestro y arrostrar las consecuencias de la venganza del *Pinto*.

Bajó el árabe de su atalaya, fué Beatriz derecha a él con ánimo de revelarle su conflicto, y otra vez sintió el candado en su boca. No dijo nada. Durante la cena, haciendo esfuerzos por vencer su repugnancia de la comida y aparentar serenidad, teníase por la más mala y depravada mujer del mundo. Y mientras rezaban, sentía dificultad para pronunciar las palabras más dulces de la oración dominical. Su mal constitutivo empezó a hacerle guiños en diferentes partes de su cuerpo y a remover el sedimento dejado en él por los demonios fugitivos... Sintió recónditos instintos de destrozar algo, y luego pánico indecible. Tuvo que actuar sobre sí con toda su voluntad, o la parte de ella disponible, para no saltar, para no salir de estampía, aullando como las fieras, o precipitarse por aquellos despeñaderos hasta caer deshecha en el fondo del valle. Felizmente, no llegó a estos extremos, y consiguió encadenar sus nervios, y contener el rebelado mal, invocando, para que la auxiliasen, a la Virgen María y a todos los santos de su devoción. Al acostarse se sintió más tranquila y con ganitas de llorar.

Como en aquel local anchuroso tenían habitaciones de sobra, o sea multitud de huecos muy abrigados y con independencia, las dos hembras se acostaron en una *alcoba*, y en otra, separada de la primera por gruesos muros, el benditísimo Nazarín, que no tardó en coger un sueño sosegado. La de Móstoles, en cambio, no podía dormir, y tantas vueltas dió en la cama, y tan angustiosos eran sus ayes, suspiros y exclamaciones de pena, como si a solas hablara, que *Andara* hubo de desvelarse también, y la interrogó. Picotearon, y palabra tras palabra, la curiosidad hurgando la confianza, al fin Beatriz contó el caso a su compañera, sin omitir sus horribles dudas y tentaciones.

—Nada, cantas claro, y que don Nazarín lo sepa todo—dijo *Andara*—. ¡Pues mira que si el bruto de *Pinto* sube aquí y nos mata! Capaz es. ¿Y quién habrá

de defendernos, si somos unos pobretes que no valemos nada en el mundo? Nuestro santo lo dirá... Con éste no hay cuidado. Verás cómo saca de su cabeza alguna *ciencia* para que, sin hacer tú maldades, los tres salvemos la pelleja.

Charlando estuvieron hasta la madrugada, en que, rendidas del cansancio, quedáronse dormidas. Cuando despertaron, ya hacía más de una hora que Nazarín se había encaramado en su atalaya para ver salir el sol.

Andara dijo a su compañera:

—Llámale, y cuando baje se lo cuentas.

Entonces, Beatriz, inundada de un gozo inefable, reconoció que había caído de su boca el candado que la impidiera revelar al maestro su desdicha; sintió libres las palabras, antes esclavas de un mal pensamiento, y no queriendo esperar a que Nazarín bajara, le llamó con grandes voces:

—Señor, señor, baje, que tengo que hablarle.

—Allá voy—respondió el clérigo, saltando por los sillares—; pero no tengas prisa, mujer, que tiempo hay. Ya sé para qué me quieres.

—¿Cómo lo sabe, si aún no lo he dicho?

—No importa. ¡Ea! Ya me tienes aquí. Conque ¿decías que...? Hija, gracias a Dios que hablas. A ti te pasó algo ayer.

—Pero, señor, ¿cómo lo sabe?—preguntó Beatriz, asombrada.

—Yo me entiendo.

—¿Acaso lo adivinó? ¿Usted sabe lo que no ha visto, lo que no le han dicho?

—A veces, sí... Según quien sea la persona a quien le pasa lo que no veo.

—Pero ¿de veras adivina? ...

—Esto no es adivinar..., es... saber...

IV

—¿Oyó usted anoche, desde su dormitorio, lo que hablamos *Andara* y yo?

—No, mujer. Desde mis *aposentos* no puede oírse nada. Además, dormí profundamente. Es que... Anoche, cuando rezábamos, noté que te equivocabas, que te distraías; tú, que jamás te distraes ni te equivocas. Luego observé en tus miradas un cierto temor... Comprendí que en el pueblo, al bajar por agua, habías tenido un mal encuentro. Hablaba tu cara casi tan claramente como lo habría hecho tu boca. Y después..., bien lo dice tu rostro..., hubo temporal fuerte en tu alma, rayos y truenos. Estas borrascas o luchas de las pasiones no se pueden disimular; sus estragos son patentes, como en la Naturaleza los destrozos causados por el huracán. Has luchado... Satanás te tocó en el corazón con su dedo tiznado del hollín de los infiernos, y después te lo pasó por toda tu pobre humanidad. Los ángeles quisieron defenderte. Tú no les dabas todo el terreno que necesitaban para la batalla. Dudaste, dudaste mucho antes de decidir a quién darías el terreno, y por fin...

Beatriz rompió a llorar amargamente.

—Llora, llora hasta que te vuelvas toda agua, que ésa es la señal de que los ángeles ganaron la batalla. Por hoy estás triunfante. Dispón bien tu alma para que otra vez no vuelvas a verte en tales apreturas. El mal te tenderá nuevas redes. Fortalécete para no caer en ellas.

Poco más necesitó decir la dolorida para poner en conocimiento de Nazarín la historia de su encuentro con el *Pinto* y el conflicto moral que fué su consecuencia. Entre lágrimas y suspiros le fué contando todo, y agregó que su conciencia le daba ya las seguridades de no volver a pecar ni aun con el pensamiento; que las horribles dudas no volverían a trastornarla, ni el demonio a ponerle encima mano ni dedo. *Andara* no podía dejar de meter su cucharada en aquello, como en todo, y oficiosamente dijo:

—Pues ya que ésta escapó de tan feas tentaciones, escapemos nosotras del cuchillo de ese maldito, que tan cierto como me llamo Ana, lo es que el *Pinto* viene acá esta noche con sus matarifes, y a los tres nos degüella.

—Sí, sí—añadió Beatriz—. La fuga nos salva. Podemos bajarnos muy quedito por esta otra parte del cerro, que está cubierta de carrascas, y nadie nos ve. Luego nos escabullimos por aquel monte, y cuando llegue la noche ya estaremos a tres o cuatro leguas de distancia, y que venga a buscarnos ese pillo.

—Y que lo hará como lo dice. ¡Buen punto está ése y los que vienen con él! Vámonos, señor.

—Señor, vámonos sin tardanza.

—¡Huir..., huir! Pero ¿sois tontas, o habéis perdido el juicio?—dijo Nazarín, sereno y sonriente, después que las dejó desahogar su miedo—. ¡Huir nosotros, huir yo! ¿Y de quién? Huyen los criminales, no los inocentes. Huyen los ladrones, no los que carecen de toda propiedad y entregan cuanto poseen a quien lo necesite. ¿Y por qué esa fuga? ¡Porque un hombre soberbio y despechado ha dicho que viene a matarnos! Que venga en buen hora. Bien sé que por nuestra humildísima condición la justicia humana no se cuidaría mucho de ampararnos. Pero la divina, la eterna Justicia que así se manifiesta arriba como abajo, lo mismo en los hechos culminantes que en los hechos menudos, ¿había de dejarnos indefensos? Poca fe tenéis en la Justicia, poca fe en la protección tutelar de Dios Omnipotente, cuando así tembláis porque un villano nos amenace. ¿No sabéis que los débiles son los fuertes, como los pobres de solemnidad son los verdaderos ricos? No, hijas mías, no está bien en nosotros la fuga, ni hemos de entregar las fortalezas de nuestras conciencias, que siempre han de ser invencibles, y para esto forzoso es que no temamos ni las persecuciones, ni los ultrajes, ni los martirios, ni la muerte misma. Venga, pues, el tiranuelo que pretende degollarnos. ¿No hay más que inmolar a gente indefensa y que no hace mal a nadie? De veras os digo, hijas mías, que si conforme viene ese desdichado por instigación de Satanás, viniera el propio Satanás en persona, seguido de toda la patulea de los diablos más malos y feroces, yo no le tendría miedo ni me movería de este sitio. No tembléis, y aquí esperaremos esta noche a esos señores sicarios que vienen de parte de Herodes a reproducir en nuestro siglo la degollación de los inocentes.

—Pero no sería malo—manifestó *Andara*, cuyo amor propio y guerreros instintos se enardecían con las palabras del maestro—que nos preparáramos y nos surtiéramos de armas. ¡Peregrinos, a defenderse! Yo, aunque sea con el cuchillo de pelar las patatas, algo de de hacer, para que vean esos granujas que no se deja una descabezar tan fácilmente.

—Yo no tengo más que mis tijeras, que ni cortan ni pinchan—dijo Beatriz.

Y Nazarín, sonriendo, agregó:

—Ni tijeras, ni puñales, ni escopetas certeras, ni cañones terroríficos necesitamos, pues tenemos mejores y más eficaces armas para todos cuantos enemigos pueda desatar el Infierno contra nosotros. Estad, pues, tranquilas, y no dejéis vuestros quehaceres habituales en todo el día. Si hay que bajar por agua, que vaya *Andara*, y tú, Beatriz, te quedas aquí. Haced como si nada ocurriera, ni nada temierais, y que vuestros corazones estén alegres como vuestras conciencias sosegadas.

Ambas se tranquilizaron con estas palabras, y a Beatriz se le disipó el neurosismo que desde la tarde anterior le amargara. Después del desayuno ocupáronse en diversos menesteres: la una remendaba la ropa, la otra preparaba los pucheros para la comida, o recogía leña en el monte cercano. Por la tarde bajó *Andara*, estuvo en la iglesia, recorrió todo el pueblo pidiendo limosna, y no le fué mal. En una casa le dieron pan duro en abundancia, y en otra un huevo, y en diversas partes cuartos y hortalizas. Después fué a llenar su cántaro a la fuente, y se volvió a su castillo cuando empezaba a cerrar la noche. Ningún mal encuentro tuvo, y una sola de las personas que hablaron con ella le dijo algo que la inquietó. ¿Qué persona era ésta? Ahora lo sabremos.

Las dos veces que ella y Beatriz habían estado en la iglesia con Nazarín vieron en ella al más feo, deforme y ridículo enano que es posible imaginar. Era también mendigo, y en la calle le encontraban siempre que ejercían la mendicidad. Entraba y salía el tal en las casas ricas y pobres como Pedro por la suya, y en todas era objeto de chacota y befa. Le arrojaban los mendrugos de pan para verlos rebotar en su cabeza enorme; le daban los andrajos más grotescos para que en el acto se los pusiera; le hacían comer mil cosas inmundas, a cambio de dinero o cigarros, y los chicos del pueblo tenían con él un Carnaval continuo. Iba el pobre a la iglesia para descansar de aquel ajetreo fatigoso de su popularidad, y allí se estaba a las horas de misa o de rosario, arrimado a un ban-

co, o al pie de la pila de agua bendita. La primera impresión que producía el verle era la de una cabeza que andaba por sí, moviendo dos piececillos debajo de la barba. Por los costados de un capisayo verde que gastaba, semejante a las fundas que cubren las jaulas de machos de perdiz, salían dos bracitos de una pequeñez increíble. En cambio, la cabeza era más voluminosa de lo regular, feísima, con una trompa por nariz, dos alpargatas por orejas, unos pelos lacios en bigote y barba y ojuelos de ratón que miraban el uno para el otro, porque bizcaban horriblemente. Su voz era como la de un niño, el habla bárbara y maliciosa. Le llamaban *Ujo,* palabra que no se sabe si era nombre o apellido o las dos cosas juntas.

Los que entraban en la iglesia sin tener noticia de aquella lastimosa equivocación de la Naturaleza, quedábanse aterrados viendo avanzar a tres cuartas del suelo una cabeza de gigante, y creían que era algún demonio escapado del retablo de las Animas benditas. Tal creyó Beatriz al verle por primera vez, y sus gritos alarmaron a la media docena de beatas que en el templo había. *Andara* se echó a reír, enzarzándose con él en chicoleos. Desde entonces quedaron amigos, y siempre que se veían se saludaban:

—¿Cómo va?...

—No tan bien como tú... ¿Y la familia, buena?

Parecía que no, pero era un buen hombre, mejor dicho, un buen enano o un buen monstruo, el pobre Ujo. Como que una tarde dió a Beatriz dos naranjas, fruta rara en aquel país, y a la otra tres fresas y un puñado de guisantes de lo mucho que él sacaba dejándose embromar de todo el mundo. Y les dijo que si estuvieran por allí en tiempo de la uva, él les daría cuantos racimos quisieran. Inútil es decir que Ujo conocía uno por uno a todos los habitantes del pueblo y a cuantos lo frecuentaban en días de mercado, pues era como parte integrante del pueblo mismo, como la veleta de la torre, o el escudo del Ayuntamiento, o el mascarón del caño de la fuente. No hay función sin tarasca, ni aldea sin Ujo. Pues aquella tarde, después de saludar a *Andara* en la iglesia, sostuvo con ella el siguiente diálogo:

—¿Y tu compañera?

—Allá quedó.

—¡Qué guapa es, caraifa!... Y *diz* que favorece... Oye, ¡caraifa!, que miréis lo que hacéis, vos los del castillo, y lo mejor que haríais era *dirvos* de aquí, que en el pueblo hay unos matarifes, ¡caraifa!, que *vos* conocen, y *diz* que tú, la fea, como *diz,* fuiste allá *mesnamente* pública, y *quillotra,* la guapa, tuvo lo que tuvo con Manolito, el sobrino de la Vinagre, que es de acá, y a él le apellidan el *Pinto.* Y *diz* que tú y ella, y *quillotro,* ese que *paice* un público moro, vos *ajuntáis* para la ratería... No, si ya sé que es mentira; pero lo *diz,* y el cuento es que de esta que traéis no saldrá cosa buena, ¡caraifa! Yo que tú, me quedaba; y que se *jueran* ellos, *quillotros*... Hazlo, *Andara*; yo te estimo... Aquí, que no nos oyen, te diré que te estimo, *Andara*... El otro día, cuando te di el huevo, ¿te acuerdas?, iba a decirte: "*Andara,* te estimo"; pero no me atreví, ¡caraifa! ¿*Quiés* otro huevo? ¿*Quiés* unos pocos de chicharrones?...

La moza no le dejó concluir y escapó a la calle. ¡Vaya que decirle aquellas cosas en la iglesia! ¡Maldito *nano*! Pero si las noticias de la malquerencia del *Pinto* y de la opinión de ladrones que en el pueblo tenían, la llenaba de inquietud y zozobra, la declaración que le espetó Ujo en lugar sagrado, delante del Señor Santísimo y de las imágenes benditas, la movió a risa. ¡Vaya con el renacuajo indecente, hombre empezado y persona sin concluir! ¡Ni que fuera ella una *monstrua* como él! ¡Que la estimaba!... ¡Ja, ja!... ¡Vaya con el feo *jediondo*!

Cuesta arriba, hacia el castillo, se olvidó de la grotesca declaración para no pensar más que en el peligro; pero en aquellas frescas y despejadas alturas, la vista grata de sus compañeros despejó su ánimo del miedo, y acordándose de la cara que ponía Ujo cuando se declaraba, no podía tener la risa. Contó que le había salido un novio en la santísima iglesia, y al decir que era el *nano,* don Nazario y Beatriz rieron también, y con estas cosas pasaron agradablemente el tiempo hasta la hora del rezo y la cena, que fué divertida, por-

que nadie se quería comer el huevo, y en vista de las tres negativas acordaron rifarlo. Así se hizo, y le tocó a Beatriz, que tampoco por designación de la suerte admitía la preferencia, y al fin el maestro resolvió el problema, partiéndolo en tres pedazos o porciones iguales.

Avanzaba la noche, y la luna iluminaba espléndidamente los altos cielos. Subió el moro a su atalaya, desde donde miraba más que al firmamento a la tierra, y lo mismo hacían las dos mozas, asomadas a un resto de saetera, temerosas y vigilantes. Desde lo alto del descarnado paredón, que semejaba una mandíbula, Nazarín trataba de quitarles el miedo con palabras alegres y hasta jocosas. Ave mística, recorría los espacios de lo ideal, sin olvidar la realidad ni el cuidado de sus polluelos. En los flancos del monte silencio profundísimo reinaba, turbado a ratos por gemidos del viento acariciando los carcomidos muros, o por el revuelo de alimañas nocturnas que en la maleza o entre las rocas del cimiento vivían.

Aunque el jefe de la comunidad penitente conservaba su ánimo sereno, resolvió que velaran los tres toda la noche, para que no tuvieran que despertarlos los carniceros. Nada ocurrió hasta las doce, hora en que creyeron sentir ruido de gente en la base del monte, ladrar de perros... Sí, alguien subía. Pero los que fuesen estaban aún muy lejos. Después cesó el ruido como si se retiraran, y a la media hora sonaba más fuerte, bien determinado ya, como conversación de tres o cuatro personas que empezaban a franquear la cuesta.

Don Nazario bajó de tu torreón para observar de más cerca, y a poco de estar los tres en acecho notaron que no se veía bien en el valle. Se levantaba una nieblecilla que poco a poco se iba espesando, y nada de lo de abajo pudo distinguirse, porque la claridad de la luna formaba, al difundirse en la niebla, una opacidad lechosa. Las voces se oían más de cerca.

En menos de un cuarto de hora la neblina creció en intensidad y extensión, subiendo hasta envolver en su vago cendal como un tercio del cerro. Las voces se alejaban. Media hora más, y la evaporación cubría la mitad de la eminencia. La cúspide quedaba libre, y los que estaban en ella creíanse en un inmenso bajel flotando en un mar de algodón. Las voces se perdieron.

V

Ordenándoles que se acostaran, Nazarín se quedó en vela, y estuvo en oración hasta el amanecer, de cuya belleza no pudo disfrutar por causa de la neblina. A las ocho aún aparecía el valle cubierto del manto vaporoso, y cuando *Andara* y Beatriz salieron de sus gazaperas, alabaron a Dios por aquel bendito socorro enviado tan a tiempo para salvarlos, porque indudablemente los infames asesinos quisieron subir, y la oscuridad blanca les cerró el camino. Recomendóles Nazarín que no empleasen contra nadie, ni aun contra sus mayores enemigos, calificativos de odio; lo primero que les enseñaba era el perdón de las ofensas, el amor de los que nos hacen mal y la extinción de todo sentimiento rencoroso en los corazones. El *Pinto* y compinches serían malos o no. ¿Esto quién lo sabía? Allá se entendieran con el Juez Supremo. Ellas no debían juzgarlos, no debían pronunciar contra ellos palabra injuriosa ni aun en el caso de verlos blandiendo el cuchillo para matarlas.

—...Y, por último, hijas mías, paréceme que prolongamos demasiado esta holganza que la fatiga nos impuso. Mañana hemos de seguir nuestra peregrinación, y hoy, último día que pasaremos en esta feudal vivienda, saldremos a recorrer toda la orilla izquierda del río hasta aquellas aldeas que desde aquí se divisan.

A poco de decir esto oyeron una voz que subía, entonando alegre cantar. Miraron y no veían a nadie; pero las dos mozas conocieron aquella voz, aunque no recordaban a quién pertenecía. Por fin, entre unos matojos, distinguieron una cabeza carnavalesca, que ascendía por la montaña.

—¡Si es Ujo, mi novio!—exclamó *Andara*, riendo—. Aquí viene el chiquitín del mundo... Ujo, prenda, *nano* mío, ¡caraifa! ¿Dónde te has dejado el cuerpecito? No vemos más que tu cabeza.

Cuando llegó arriba no podía respirar el pobre monstruo. Doblando las piernas, asentó sobre ellas su casi invisible cuerpo, y sobre éste irguió la ca-

bezota. Como no tenía cuello, su barba casi tocaba las tetillas. Traía gorra de soldado y la funda verde de jaula de perdiz. Sentado abultaba poco menos que en pie.

—¿Quieres comer algo, Ujito gracioso?—le dijo la moza—. ¿Qué traes por acá?

—*Na* más que el aquel de decirte que te estimo, ¡caraifa!

—Y yo a ti más, coquito, caracol de la casa. ¿Te has cansado? ¿Quieres pan?

—No, traigo. Y *pa* ti éste, que es de flor y huevo... Toma. Hola, señá Beatriz; tío Zarín, Dios los guarde... Pues vengo a *decirvos* que *vos vaigáis*... Anoche salieron *pa* subir *acá* el *Pinto* y *quillotros*; pero por mor de la *neblija* se *golvieron*. No *vedían*, ¡caraifa! Hoy se han *dido* con el vacuno... Mucha res, ¡caraifa! Al toque de la primera misa se *jueron*... Pero no penséis que estéis seguros, ¡caraifa! Anda el run de que hay latrocinio... ¡Mentira! Yo te estimo *Andara*... Pero *desepartaos* de la Guardia *civila*, pues *diz* que *diz* que si *vos* coge, *vos* lleva como *relincuentes* públicos y criminales, ¡caraifa!

Nazarín le respondió que ellos no eran delincuentes, y que si la Guardia por tales los tomaba, pronto se desengañaría, por lo cual ni escapaban, ni dejarían de permanecer donde no estorbasen a nadie. El *nano*, sin prestar gran atención a esta negativa, tiró a *Andara* de la falda para llevarla aparte, y le dijo:

—Se *vaiga* el moro con la mora, y quédate tú, fea, que a ti por fea no te cogen, y yo te estimo... ¿No sabes que te estimo, *Andara*? ¿Qué *diz*? ¿Que más feo yo? ¡Caraifa!, por eso. Tú fea, tú pública, yo te estimo... Es la primera vez que estimo..., y eso *dende* que te vi, ¡caraifa!

Las risotadas de la moza atrajeron a los otros, y el pobre Ujo, corrido, no hacía más que decir:

—*Dirvos, dirvos* de aquí, y si no, *veráislo*... Latrocinio, Guardia *civila*.

—El *nanito* me estima. Dejadlo que lo diga... Es mi novio, ¿verdad? Pues claro que me quedaré contigo, con mi galápago de mi alma, con mi coquito. Di otra vez que me estimas. A una le gusta...

—Sí, te estimo—repitió Ujo rechinando los dientes al notar que Beatriz le miraba burlona—. *Manque* también te estimo, ¡caraifa!

Y echó a correr. *Andara* le despedía con fuertes voces, y él, enfurruñado y dándose golpes en el cráneo, bajó, más bien parecía que rodaba, sin mirar a los tres habitantes del castillo. Los cuales, una hora después, descendían por la parte opuesta al pueblo y se encaminaban por la margen izquierda del Perales, aguas abajo. Pasaron por donde éste se junta con el Alberche, y a poca distancia de la confluencia vieron a unos labradores que estaban cavando viñas. Nazarín les propuso ayudarlos por una limosnica, y si nada les daban, trabajarían lo mismo, siempre que lo consintiesen. Los labradores, que parecían gente acomodada y buena, entregaron a Nazarín una azada, a Beatriz otra, y a la de Polvoranca un mazo para desterronar. Uno de ellos cogió del suelo su escopeta, y a los pocos tiros que disparó en un matorro cercano cobró tres conejos, de los cuales ofreció uno a los penitentes.

—Señor—le dijo Nazarín—, esta viña le dará a usted un buen agosto.

Una de las mujeres trabó conversación con Beatriz en un rato de descanso, y le preguntó si Nazarín era su marido, y como respondiese que no, y que ninguna de las dos era casada, se hizo muchas cruces en la cara y pechos. Luego quiso averiguar si eran gitanos o de esos que andan por los pueblos componiendo sartenes... ¿Eran ellos los que el año anterior estuvieron allí con un oso encadenado por la ternilla y un mico que disparaba la pistola? Tampoco. Pues, entonces, qué demonches eran? ¿Pertenecían a la cristiandad o a alguna *seta* idólatra? Respondió Beatriz que por cristianos a machamartillo se tenían, y que no podía decir más. Otra de las mujeres, muy adusta, receló que los desconocidos vagabundos hicieran mal de ojo a una niña encanijada y dormilona que en brazos llevaba. Hubo entre todos ellos secreteo, y, al fin, el de la escopeta llamó a Nazarín para decirle:

—Buen hombre, tenga esta perra y el gazapo, y lárguense de aquí, que *Ufrasia* se malicia que le embrujan la niña.

Sin oponer observación alguna a esta cruel despedida, se retiraron callados y humildes.

—Soportemos la humillación en silencio, hijas mías, y consolémonos mirando a nuestras conciencias.

Más allá encontraron a otros hombres limpiando una charca o poceta, que servía de abrevadero, y que el último temporal había llenado de fango, raíces y materias arrastradas de próximos albañales. Brindóse Nazarín a trabajar, y su oferta fué aceptada. Mandáronle meterse hasta la rodilla en la charca negra, y *Andara* hizo lo mismo, recogiéndose las enaguas hasta media pierna. Con cubos que el uno daba al otro y éste a un tercero, fueron vaciando aquel fétido betún mezclado de sustancias en putrefacción, y los otros ayudaban con palas. Beatriz saltó dando chillidos, al sentir que una culebra de a vara se le liaba en un pie. Felizmente, no era venenosa. Hubo risas, jarana, cazaron el ofidio y, por fin, el abrevadero quedó agotado en hora y media, y los penitentes recibieron perra grande y chica por su penoso trabajo.

Fueron al río a lavarse las piernas de aquella inmundicia, y cuando regresaban ya limpios a coger el camino viéronse sorprendidos por dos hombres de muy mala traza, caras famélicas y amarillas, las ropas hechas jirones, que salieron de un espeso matorral, y con voces descompuestas les dieron el alto. Sin más explicaciones, uno de ellos, mostrando descomunal navaja, los intimó a que dejasen allí cuanto llevaban, ya fuese moneda, alhaja o cosa de comer. El otro, que debía de ser un terrible humorista, les dijo que ellos eran una pareja de la Guardia Civil disfrazada, y que tenían encargos del Gobierno de detener a cuantos ladrones encontrasen, quitándoles los objetos robados. La valerosa *Andara* quiso protestar, pero Nazarín dispuso entregar todo; pan, perras, gazapo, y los malditos les hicieron, además, un registro minucioso, por virtud del cual Beatriz se quedó sin tijeras y la otra sin peine. Y no paró aquí la broma. Después de retirarse a una orden imperiosa de los bandidos, éstos se permitieron la estúpida diversión de apedrearlos, infiriéndole a Nazarín una ligera herida en el cráneo, de la cual echó no poca sangre. Hubieron de volver al río, donde las dos mozas le lavaron la cabeza, vendándosela después con dos pañuelos, uno blanco, y encima el grande de cuadros que Beatriz solía llevar a la cabeza. Con aquel turbante nada le faltaba al fervoroso asceta para completar su arábiga figura. Beatriz se puso la gorra de él, y ¡hala para el castillo!

—Me parece—dijo *Andara*—que ha entrado la mala. Hasta ahora todo iba por la buena. Nos daban de comer, nos querían, nos obsequiaban, hacíamos nuestras miajas de milagro en Móstoles, y en Villamanta nos portábamos como los santos de Dios. La gente contenta y bailándonos el agua. Pero ya empiezan a salir los malos números; que esto de lo que a una le pasa un día y otro viene a ser como la lotería pública.

—Cállate, habladora, casquivana—le dijo Nazarín, que, fatigado del largo camino y del picor del sol, se sentó a la sombra de unas encinas—. No confundas las divinas disposiciones con la lotería, que es el acaso ciego. Si el Señor nos manda calamidades, El sabrá por qué. No salga de nuestros labios la más leve queja ni dudemos un solo instante de la misericordia de Nuestro Padre, que está en los cielos.

Sentóse Beatriz junto a él, y la de Polvoranca se puso a buscar por el suelo bellotas. Callaban los tres, sombríos y tristes. No se oía más que el zumbido de las moscas del campo entre las encinas. *Andara* se alejaba y volvía. La de Móstoles rompió el silencio, diciendo a su maestro:

—Señor, me asalta una idea, una idea...

—¿Presentimiento?

—Eso... Pienso que lo vamos a pasar muy mal, que padeceremos.

—También lo pienso yo.

—Si Dios lo quiere, sea.

—Padeceremos, sí; yo más que vosotras.

—¿Nosotras no? Pues eso no estaría bien. No, nosotras lo mismo, y si la mano viene, más.

—No, dejadme a mí que padezca lo más.

—¿Y es de veras que lo piensa? ¿Lo adivina?

—Adivinar, no. El Señor me lo dice en mi interior. Conozco su voz. Tan

cierto es, Beatriz, que padeceremos mucho, como que ahora es de día.

Nuevo silencio. *Andara* se alejaba inclinándose y recogía bellotas en su falda.

VI

Observando al buen Nazarín, taciturno y caviloso, él, que siempre las animaba con el ejemplo de su serena actitud y aun con joviales palabras, Beatriz sintió que en su alma se encendía súbitamente como una hoguera de cariño hacia el santo que las dirigía y las guiaba. Otras veces sintiera el mismo fuego, mas nunca tan intenso como en aquella ocasión. Después, observándose hasta lo más profundo, creyó que no debía comparar aquel estado del alma al voraz incendio que abrasa y destruye, sino a un raudal de agua que milagrosamente brota de una peña y todo lo inunda. Era un río lo que por su alma corría, y saliéndosele a la boca se derramaba fuera en estas palabras:

—Señor, cuando venga ese padecer tan grande, sepa usted que quiero quererle con todo el amor que cabe en el alma, y con toda la pureza con que se quiere a los ángeles. Y si tomando yo para mí el padecer, a usted se lo quitara, lo tomaría, aunque fuera lo más horrible que se pudiera imaginar.

—Hija mía, me quieres como a un maestro que sabe un poquito más que tú y que te enseña lo que no sabes. Yo te quiero a ti, os quiero a las dos, como el pastor a las ovejas, y si os perdéis os buscaré.

—Prométame, señor — añadió Beatriz en el colmo de su exaltación—, querernos siempre lo mismo, y júreme que, pase lo que pase, no habremos de separarnos nunca.

—Yo no juro, y aunque jurara, ¿cómo había de hacerlo asegurándote lo que pretendes? Por mi voluntad, juntos estaremos; pero ¿y si los hombres nos separan?

—¿Y qué tienen que ver los hombres con nosotros?

—¡Ah! Ellos mandan, ellos gobiernan en todo este reino que está por bajo de las almas. Hace poco vinieron dos pecadores y nos robaron. Otros pueden venir que por la violencia nos separen.

—Eso no será. *Andara* y yo no lo consentiríamos.

—No contáis con vuestra debilidad, con vuestro miedo.

—¡Miedo nosotras! Señor, no diga tal.

—Además, vuestro deber es la obediencia, el respeto a todo el mundo y la conformidad con los designios de Dios.

Acercóse *Andara* para enseñar las bellotas, y volvió a retirarse. Pasado un breve rato, determinóse bruscamente en Beatriz una laxitud intensa. Era como la sedación de aquel espasmo de piadoso amor. Se le cerraban los párpados.

—Señor—dijo a Nazarín—, como anoche no dormimos, tengo sueño.

—Pues duérmete ahora, que es muy fácil que esta noche tampoco duermas.

Con una sencillez y una inocencia propiamente idílicas, Beatriz dejó gravitar su cabeza sobre el hombro de Nazarín, y se quedó dormidita, como un niño en el seno de su madre. El ermitaño andante seguía cabizbajo. Pensando, al fin, que era hora de regresar al castillo, buscó con los ojos a la otra moza, y la vió sentada, como a treinta pasos, de espaldas a él, caída la cabeza sobre el pecho.

—*Andara*, ¿qué te pasa?

La moza no contestó.

—Pero ¿qué te pasa, hija? Ven acá. ¿Qué haces? ¿Llorar?

Levantóse *Andara* y despacio acudió a él, llevándose a los ojos el borde de la falda, en que guardaba las bellotas recogidas del suelo.

—Ven acá... ¿Qué tienes?

—Nada, señor.

—No; algo tienes tú. ¿Se te ha ocurrido algún mal pensamiento? ¿O es que tu corazón te anuncia desventuras? Dímelo a mí.

—No es eso...—respondió, al fin, la moza, que no hallaba las palabras propias para expresar su pensamiento—. Es que... Una tiene su amor propio..., vamos..., su aquel de *vanidá*..., y no le gusta a una... Vamos, lo diré redondo y claro: que usted quiere a Beatriz más que a mí.

—¡Jesús!... ¿Y es eso lo que...?

—Pues no es justo, porque las dos le queremos lo mismo.

—Y yo también a vosotras por igual. Pero ¿de dónde sacas tú que yo...?

—Que a Beatriz le dice usted siempre las cosas más bonitas, y a mí nada... Es que soy muy burra, y ella sabe..., tiene gramática... Por eso es para ella todito el mimo, y a mí: "*Andara*, ¿tú que sabes? No blasfemes..." Ya, ya sé que a mí no me estima nadie más que Ujo...

—Pues ahora no has dicho blasfemia, sino un gran desatino. ¡Querer yo a la una más que a la otra! Si hay diferencia en el modo de tratarlas, diferencia fundada en el natural de cada una, no la hay en el cariño que les tengo. Tonta, ven acá, y si tienes sueño, porque anoche no dormiste, arrímate a mí por este otro lado y echa también un sueñecito.

—No, que es tarde—dijo *Andara*, disipada ya su displicencia—. Si nos descuidamos no llegaremos de día.

—De día es ya imposible. Gracias que lleguemos a las nueve... Y esta noche, buena cena: bellotas al natural.

—Aquellos sinvergüenzas nos limpiaron de veras. ¡Ah, si yo los cojo!...

—No injuries, no amenaces... ¡Ea! Ya ésta se despierta. Vámonos. En marcha.

Antes de las nueve subían fatigados hacia el castillo y arriba se tendieron a la fresca. Ninguna molestia les había de ocasionar aquella noche el hacer la cena, porque no tenían más provisiones que las bellotas, las cuales fueron servidas inmediatamente y devoradas con la salsa de la necesidad más que del apetito. Y cuando empezaban a dar gracias a Dios por la frugal colación que les había deparado, oyeron ruido de voces hacia la base del monte, en la vecindad del pueblo. ¿Qué sería? Y no eran dos ni tres los que hablaban, sino mucha, mucha gente. Asomóse *Andara* a la saetera, y, ¡Virgen Santísima!, no sólo oyó el ruido más tumultuoso, sino que vió un resplandor como hoguera que subía, subía también con las voces.

—Viene gente—dijo a sus compañeros, poseída de pánico—. Y traen hachas, o teas encendidas... Oigan el murmullo...

—Vienen a prendernos—balbució Beatriz, a quien se comunicaba el terror de su compañera.

—¿A prendernos? ¿Por qué? En fin, pronto lo sabremos—dijo don Nazario—. Sigamos rezando, que lo que fuere sonará.

El rezaba, porque su enérgica voluntad a todo sentimiento se sobreponía; pero ellas, azoradas, inquietas, temblorosas, no hacían más que correr de aquí para allá, y tan pronto pensaban huir como gritar pidiendo socorro... Pero ¿a quién, a quién? El cielo no tenía trazas aquella noche de querer defenderlos, ocultándolos con una gasa de niebla.

Y el tumulto subía con el siniestro resplandor de los hachos. Ya se oían las voces más claras, y risas y chacota; ya se entendían algunas palabras. Venían, hombres, mujeres y chiquillos, y éstos eran los que alumbraban con manojos de escajo seco, dándose y quitándose la lumbre, con algazara de noche de San Juan.

—Pero ¿qué?—murmuró Nazarín sin levantarse del suelo—. ¿Contra estas tres pobres criaturas manda la autoridad un ejército?

Al llegar arriba la alborotada muchedumbre, las dos mujeres vieron la pareja de la Guardia Civil. Ya no quedaba duda.

—Vienen por nosotros.

—Pues aquí estamos.

—Señores guardias—dijo *Andara*—, ¿vienen en busca nuestra?

—A ti y al moro Muza—replicó uno que debía de ser el alcalde, riendo, como si la libertad o prisión de gente tan humilde fuera cosa de broma.

—¿En dónde está ese morito, que quiero verlo?—vociferó un tío muy zafio y muy gordo, destacándose del primer grupo.

—Si el que buscan soy yo—dijo Nazarín, todavía en el suelo—, aquí me tienen.

—¡Eh, buen amigo!—dijo otro muy flaco—; mal aposentado está su reverencia morisca en este castillo. Véngase a la cárcel.

Y diciéndolo le dió un fuerte puntapié.

—¡So cobarde!—gritó *Andara*, inflamada en súbita cólera y saltando hacia él como un tigre—, ¡so canalla!, ¿no ve que es humilde y se deja coger?

Y con el cuchillo de pelar patatas le asestó tan tremendo golpe, que si el arma tuviera filo y punta lo pasara

mal aquel gaznápiro. Así y todo, le rasgó la manga de la blusa, y del brazo le sacó una tira de pellejo. Abalanzóse la multitud rugiente sobre la brava moza, que fué defendida por la Guardia Civil. Pero con tan nerviosa furia forcejeaba, que tuvieron que atarla. En esto sintió que le tiraban de la falda, y vió la cabeza andante de Ujo, que se escabullía por entre las piernas de los civiles.

—Esto *vos* pasa por no hacer lo que *diz*, ¡caraifa! Pero te estimo, verás que te estimo.

—Quítate allá, *jediondo*—replicó *Andara*, y le escupió en la cara.

Nazarín se había levantado, y con la mayor serenidad les dijo:

—¿A qué tanto ruido por prender a tres personas indefensas? Llévennos a donde gusten. ¡Ay, mujer, qué mal has hecho! Para que Dios te perdone, pídele perdón a este señor a quien has herido.

—¡Perdón de caraifa!

Ciega de ira, ardiendo en sanguinario frenesí, no sabía lo que hacía.

En marcha todo el mundo. Delante iba *Andara* atada, rugiendo y llevándose las manos a la boca para morder la cuerda; detrás, el maestro y Beatriz, sueltos, rodeados de gente curiosa, impertinente y cruel. Los civiles apartaban a la multitud. El hombre gordo, que iba junto a Nazarín, se permitió decirle:

—¿Conque príncipe moro..., príncipe moro desterrado?... ¡Y se trae todo su serrallo, concho!

El alcalde, que iba por el otro lado, junto a Beatriz, echóse a reír groseramente, corrigiendo la frase de su amigo:

—Tan moro es éste como mi abuelo. Y a esta sultana la conozco yo de Móstoles.

Beatriz y don Nazario no contestaban..., ni mirar siquiera. Por la cuesta abajo siguió la chacota y el escándalo. Más parecía aquello bullanga de Carnaval que prendimiento de malhechores. Como se apagaron los hachos, tropezaban mujeres y chiquillos, caían y se levantaban, y la cabeza de Ujo fué rodando en una de las vueltas. Risotadas, cantos, dicharachos, todo era señal de fiesta para un pueblo en que las ocasiones de divertimiento eran muy raras. Conceptuaban algunos el caso como una broma, y habrían deseado que llegaran todos los días moros descarriados que prender o cazar. La entrada en el pueblo fué lo mejor de la función, porque todo el vecindario salió a las puertas de las casas a ver a los misteriosos delincuentes reclamados por el juez de Madrid. Volvieron los chicos a encender los escajos o aliagas secas, y el humazo asfixiaba. *Andara*, extenuada de fatiga, cesó, al fin, en su vana protesta. Los otros dos presos aceptaban con silenciosa resignación su desgracia.

Llamaban cárcel a una cuadra con rejas, en la parte baja del Ayuntamiento. Se entraba por un patio. Despejó la Guardia Civil la puerta, y los presos fueron llevados a una sala, donde desataron a *Andara*. El alcalde, a quien la desmedida importuna afición a las bromas, no privaba de sentimientos humanitarios, les dijo que les prepararía de cenar, y llevando a Nazarín a una estancia próxima, no menos destartalada y mísera que el aposento destinado a la custodia de presos, sostuvo con el el diálogo que a continuación puntualmente se transcribe.

VII

—Siéntese usted. Tengo que hacerle algunas preguntas.

—Me siento. Usted dirá.

—Pues delante de todo ese gentío no he querido avergonzarle. Le tienen a usted por moro. ¡Cosas del pueblo sin ilustración! Y ello es que lo parece, con esa cara propiamente africana, esa barba en pico y ese turbante. Pero yo sé que no es usted moro, sino cristiano, al menos de nombre. Y hay más: no lo pensara si no lo dijera el oficio mandándole detener: es usted sacerdote.

—Sí, señor, y me llamo Nazario Zaharín, para servir a Dios y a usted.

—Por consiguiente, declara usted ser el don Nazarín Zaharín que reclama el juez de la Inclusa. Aquella feona, ¿es la que llaman *Andara*?

—La que ha venido atada. La otra se llama Beatriz, y es natural de Móstoles.

—¡A quién se lo cuenta! Si la conozco. El *Pinto* es primo mío.

—¿Qué más?

—¿Le parece poco? Pero venga acá, y hablemos ahora como amigos—dijo el alcalde, quitándose el ancho pavero y poniéndolo sobre la mesa, en la cual un farol alumbraba por igual la cara regocijada y reluciente del uno y la mustia y ascética del otro—. ¿Le parece a usted que está bien que un señor eclesiástico ande en estos trotes..., descalzo por los caminos, acompañado de dos mujeronas..., vamos, de Beatriz no digo..., pero ¿la otra?... ¡Por Dios, señor cura de mi alma! Allá, supongo que su abogado le defenderá por loco, porque por cuerdo no hay cristiano que le defienda, ni ley que no le condene.

—Creo estar en mi sano juicio—contestó serenamente Nazarín.

—Eso se verá. Yo creo que no. ¡Claro, usted cómo ha de conocer que está loco! ¡Pero, por Dios, padre Zaharín, echarse a una vida de vagabundo, con ese par de pencos!... Y no lo digo por la religión mismamente, que todos, el que más y el que menos, si decimos que creemos, es por el buen parecer y por el respeto a lo establecido... Dígolo por su propia conveniencia, y por el miramiento de la sociedad en estos tiempos de ilustración. ¡Un sacerdote andar así!... Pues ¡no le acusan de nada en gracia de Dios! Que ocultó en su casa a esa zarandaina, cuando dió de puñaladas a otra pública como ella; que después entre los dos pegaron fuego a un edificio o finca urbana particular... Y por fin de fiestas se echan a los caminos, usted de apóstol y ella de apóstola, y se dedican a embaucar a la gente, curando enfermos con salutaciones de agua potable, resucitando difuntos fingidos y echando sermones contra los que tenemos algunos posibles... ¡Ay, ay, señor sacerdote, y sostiene que no está loco! Dígame: ¿cuántos milagros ha hecho por esta jurisdicción? Oí que usted amansó al león de los leones, el señor de la Coreja... Tenga confianza conmigo, que yo no he de hacerle ningún mal, ni he de vender sus secretos. Cuénteme, y no repare en que soy alcalde y usted un mero procesado. De esa puerta para adentro no hay más que dos sujetos de buena sombra: un alcalde muy campechano y muy francote, y un curita correntón que va a contar ahora mismo sus aventuras apostólicas y mahometanas..., pero con franqueza... Espérese: mandaré que nos traigan unas copas.

—No, no se moleste—dijo Nazarín, deteniendo el movimiento del alcalde—. Oiga mi respuesta, que será breve. Lo primero, señor mío, yo no bebo vino.

—¡Caramba! ¿Ni siquiera una gaseosa? Vea por qué le toman por moro.

—Lo segundo, soy inocente de los delitos que me imputan. Así se lo diré al señor juez, y si no me cree, Dios sabe mi inocencia, y eso me basta. Tercero, yo no soy apóstol, ni predico a nadie; tan sólo enseño la doctrina cristiana, la más elemental y sencilla, a quien quiere aprenderla. La enseño con la palabra y con el ejemplo. Todo lo que digo, lo hago, y no veo en ello mérito alguno. Si por esto me han confundido con los criminales, no me importa. Mi conciencia no me acusa de ningún delito. Yo no he resucitado muertos, ni curado enfermos, ni soy médico, ni hago milagros, porque el Señor, a quien adoro y sirvo, no me ha dado poder para ello. Con esto concluyo, señor mío, y no teniendo más que decir, haga usted de mí lo que quiera, y cuantas tribulaciones y vergüenzas caigan sobre mí, las acepto resignado y tranquilo, sin miedo y también sin jactancia, que nadie verá en mí ni la soberbia del pecador ni la vanagloria del que se cree perfecto.

Un sí es no es confuso y cortado se quedó el buen alcalde con estas razones, sin duda porque esperaba ver salir al clérigo por el registro de una cínica franqueza, o, en otros términos, que bailase al son que él le tocaba. Pero no bailaba, no. Y una de dos: o era don Nazario el pillo más ingenioso y solapado que había echado Dios al mundo, como prueba de su fecundidad creadora, o era..., ¿pero quién demonios sabía lo que era, ni cómo se había de discernir la certeza o falsedad de aquellas graves palabras, dichas con tanta sencillez y dignidad?

—Bueno, señor, bueno—dijo el alcalde chancero, comprendiendo que con tal hombre de nada valían las chirigotas—. Pues con tanta conciencia y tanto rigorismo, lo va usted a pasar mal. Véngase a razones y haga caso de mí, que soy hombre muy práctico, y aunque me esté mal el decirlo, con sus mia-

jas de ilustración; hombre algo corto de latines, pero muy largo de entendederas. Aquí donde usted me ve yo empecé a estudiar para cura; pero no me petaba la Iglesia, por ser yo más inclinado a lo que se ve con los ojos y se toca con las manos, quiero decir, que lo positivo, o sea, la ilustración, es mi fuerte. ¿Y cómo he de creer yo que un hombre de sentido, en nuestros tiempos prácticos, esencialmente prácticos, o si se quiere de tanta ilustración, puede tomar en serio eso de enseñar con el ejemplo todo lo que dice la doctrina? ¡Si no puede ser, hombre; si no puede ser, y el que lo intente, o es loco, o acabará por ser víctima..., sí, señor, víctima de...!

No sabía concluir la frase. Nazarín no quería discusiones, y le contestó con seca urbanidad:

—Yo creo lo contrario. Tan puede ser, que es.

—Pero venga usted acá—prosiguió el alcalde, que comprendía o adivinaba el poder dialéctico de su contrario y quiso batirse en regla, apelando a los argumentos que recordaba de sus vanas y superficiales lecturas—, ¿cómo me va usted a convencer de que eso es posible?... ¡A mí, que vivo en este siglo décimonono, el siglo del vapor, del teléfono eléctrico y de la Imprenta! ¡Esa palanca...! de las libertades públicas y particulares, en este siglo del progreso. ¡Esa corriente...! en este siglo en que la ilustración nos ha emancipado de todo el fanatismo de la antigüedad. Pues eso que usted dice y hace, ¿qué es más que fanatismo? Yo no critico la religión en sí, ni me opongo a que admitamos la Santísima Trinidad, aunque ni los primeros matemáticos la comprenden; yo respeto las creencias de nuestros mayores, la misa, las procesiones, los bautizos y entierros con honras, etcétera... Voy más allá, le concedo a usted que *haiga*..., quiero decir, que haya almas del Purgatorio, y que tengamos clero episcopal y cardenalicio, por de contado parroquial también... Y si usted me apura, paso por las bulas..., vaya..., paso también por que tiene que haber un *más allá*, y por que todo lo que sea hablar de eso se diga en latín... Pero no me saque usted de ahí, de la consideración que debemos a lo que fué. Yo respeto la religión, respeto mayormente a la Virgen, y aun le rezo cuando se me ponen malos los niños... Pero déjeme usted con mi tira y afloja, y no me pida que yo crea cosas que están bien para mujeres, pero que no debemos creerlas los hombres... No, eso, no. No me toque usted esa tecla. Yo no creo que se pueda llevar a la práctica todo lo que dijo y predicó el gran reformador de la sociedad, ¡ese genio! Yo no lo rebajo, no, ¡ese extraordinario ser...! Y para sostener que no se puede, razono así: "El fin del hombre es vivir. No se vive sin comer. No se come sin trabajar. Y en este siglo ilustrado, ¿a qué tiene que mirar el hombre? A la industria, a la agricultura, a la administración, al comercio. He aquí el problema. Dar salida a nuestros caldos, nivelar los presupuestos públicos y particulares..., que haya la mar de fábricas..., vías de comunicación..., casinos para obreros..., barrios obreros..., ilustración, escuelas, beneficencia pública y particular... ¿Y dónde me deja usted la higiene, la urbanización y otras grandes conquistas? Pues nada de eso tendrá usted con el misticismo, que es lo que usted practica; no tendrá más que hambre, miseria pública y particular... ¡Lo mismo que los conventos de frailes y monjas! El siglo décimonono ha dicho: "No quiero conventos ni seminarios, sino tratados de comercio. No quiero ermitaños, sino grandes economistas. No quiero sermones, sino ferrocarriles de vía estrecha. No quiero santos padres, sino abonos químicos." ¡Ah, señor mío, el día que tengamos una Universidad en cada población ilustrada, un Banco agrícola en cada calle y una máquina eléctrica para hacer de comer en la cocina de cada casa, ¡ah!, ese día no podrá existir el misticismo! Y yo me permito creer..., es idea mía..., que si Nuestro Señor Jesucristo viviera, había de pensar lo mismo que pienso yo, y sería el primero en echar su bendición a los adelantos, y diría: "Este es mi siglo, no aquél...: mi siglo es éste, aquél no."

Dijo, y con su pañuelo de hierbas se limpió el sudor de la frente; que no le había costado poco trabajo echar de sí, con dolores partúricos, aquella larga y erudita oración, con la cual pensaba dejar tamañito al desdichado asceta. Este le miró con lástima; pero como la cortesía y sus hábitos de humildad le vedaban contestarle con el desprecio que, a su juicio, merecía, se limitó a decirle:

—Señor mío, usted habla un lenguaje que no entiendo. El que hablo yo, tampoco es para usted comprensible, al menos ahora. Callémonos.

No era de este discreto parecer el alcalde, a quien supo muy mal que sus bien pensados y medidos argumentos no hicieran ningún efecto en aquel testarudo, socarrón o lo que fuese, y creyó que atacándole con otras armas le sacaría de sus casillas. Era un galápago, a quien había que poner fuego en la concha para obligarle a sacar la cabeza. Pues fuego en él, es decir, la broma insolente, la befa y el escarnio.

—No se incomode, padre, que si lo lleva por lo serio no he dicho nada. Soy un ignorante, que no he leído más que las cosas de mi siglo, y no estoy fuerte en teologías. ¿Que es usted santo? Pues yo soy el primero que me quito el sombrero, y le llevo en procesión, si es preciso, arrimando un hombro a las andas. Verá cómo le adora el pueblo; y usted, a buena cuenta, háganos un par de milagros, de los gordos, ¿eh?; multiplíquenos las tinajas, y tráiganos el puente nuevo que está proyectado, y el ferrocarril del Oeste, que es nuestro *desideratum*... Y a más de esto, aquí tiene sinfín de jorobados que enderezar, ciegos a quienes dar vista y cojos que están deseando que usted los mande correr, amén de los difuntos del cementerio, que en cuantico que usted los llame, saldrán todos a dar un paseo por el pueblo, y a ver los adelantos que a mí se me deben... ¡Vaya con el Jesucristo nuevo..., género arreglado! ¡Arderá el siglo cuando se entere de que andamos predicando la segunda salvación del mundo! "Redenciones públicas y particulares. Precios económicos." Verdad que ahora le metemos en la cárcel. Camarada, hay que padecer. Pero no le crucificarán: de eso está libre. No se componga, padre, que ahora no se estila ese género de patíbulo, propio del oscurantismo; ni entrará en Madrid montado en burra, sino con la parejita de la Guardia Civil; ni le recibirán con palmos, como no sea de narices. ¿Y qué religión de pateta es la que nos trae? Calculo que es la mahometana...; por eso se ha traído un par de moras..., claro, para predicar con el ejemplo...

Como Nazarín no le hacía ningún caso, ni se irritaba, ni dió a entender que tales bromas le afectasen poco ni mucho, volvió a desconcertarse el bueno del alcaldillo, y, adoptando nueva actitud y tonos de familiaridad socarrona, le dió palmadas en el hombro, diciéndole:

—Vaya, hombre, no se amilane. Hay que llevar estas cosas con paciencia. Amiguito, esto de echarse a predicar, sobre todo cuando no se da trigo, tiene sus quiebras. Pero no apurarse, que con meterle en una casa de locos, cumple la Justicia, y ni azotes le darán, que esto ya no se estila. "Sacrificios higiénicos, es decir, sin azotes... Pasión y muerte, con chocolate de Astorga..." ¡Ja, ja!... En fin, mientras esté en esta culta localidad, le trataremos bien, porque una cosa es la ley y otra la ilustración. Y si por lo que le dije se picó, échelo a broma, que a mí me gusta darlas... Soy, como ha visto, de muy buena sombra... Lo que no quita que me compadezca de su desgracia. Dejo a un lado la vara, y aquí no somos el alcalde y el preso, sino dos amigos muy guasones, un par de peines de muchas púas, ¿eh?... Y, entre paréntesis, podía el hombre haber escogido moritas de mejor pelo. La Beatriz, pase. Pero ¡la otra...! ¿De dónde sacó esa merluza?... En fin, usted querrá que le demos de cenar...

—Sólo a esta última frase contestó Nazarín:

—Yo no tengo gana, señor alcalde. Pero esas pobres mujeres creo que tomarán algún alimento.

VIII

En tanto, en la cárcel propiamente dicha, las dos mujeres, los dos guardias civiles y algunas otras personas que se habían colado, entre ellas el gran Ujo, hablaban familiarmente. Beatriz, desde que entraron, llegóse a uno de los guardias, alto, buen mozo, de agradable fisonomía militar, y, tocándole el brazo, le dijo:

—Oye, tú, ¿eres el preferente Mondéjar?

—Para servirte, Beatriz.

—¿Me has conocido?

—¡Pues no!

—Yo dudaba, y decía para entre mí:

"Juraría que éste es el preferente Cirilo Mondéjar, que estuvo en Móstoles."

—Yo te conocí; pero no quise decirte nada. Me dió pena verte entre esa gente. Y para que lo sepas: contigo no va nada, y tú estás en la cárcel porque quieres. La orden de prisión es para él y la otra. A ti te hemos traído por estar allá. En fin, el alcalde te dirá si te vas o te quedas.

—Diga el alcalde lo que quiera, yo sigo con mis compañeros.

—¿Por tránsitos?

—Por lo que sea, y si ellos entran en la cárcel, yo también. Y si van a la Audiencia, yo con ellos. Y si hay patíbulo, que nos ahorquen a los tres.

—Beatriz, tú estás loca. Te dejaremos en Móstoles con tu hermana.

—He dicho que voy a donde don Nazario vaya, y que por nada del mundo le abandono en su desgracia. Si yo pudiera, ¿sabes tú lo que haría? Pues tomar para mí todas las penalidades que le esperan, las injurias que han de decirle y los malos tratos y castigos que ha de recibir... Pero ¡qué distraída estoy, Cirilo! No te había preguntado por Demetria, tu mujer.

—Está buena.

—¡Mucho quiero yo a Demetria! Y dime: ¿cuántos niños tienes ya?

—Uno..., y otro que pronto ha de venir...

—Dios te los conserve... ¿Serás feliz, verdad?

—No hay queja.

—Pues mira, no ofendas a Dios, que podría castigarte.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por perseguir a los buenos, y esto de los buenos no lo digo por mí.

—Lo dices por el preso. Nosotros, los guardias, nada tenemos que ver. Eso, el juez.

—El juez, y el alcalde, y los guardias, todos sois unos. No tienen conciencia, ni saben lo que es virtud... Y no lo digo por ti, Cirilo, que eres buen cristiano. No perseguirás al escogido de Dios, ni consentirás que los infames le martiricen.

—Beatriz, ¿estás loca, o qué te pasa?

—Cirilo, el loco eres tú si consientes que tu alma se pierda por ponerte al lado de los malos contra los buenos. Piensa en tu mujer, en tus hijitos, y hazte cuenta de que para que el Señor te los conserve, es preciso que tú defiendas la causa del Señor.

—¿Cómo?

Beatriz bajó la voz, pues aunque los demás presentes rodeaban a *Andara*, charlando y riendo al otro extremo de la prisión, temía que la oyesen.

—Pues muy sencillo. Cuando nos lleven presos, te harás el tonto, y nos escaparemos.

—Sí, y a lo tonto os dejaré secos de un tiro. Beatriz, no digas disparates. ¿Sabes tú lo que es la Ordenanza? ¿Conoces el reglamento de la Benemérita? ¡Y a buena parte vienes con esas bromas! Yo no falto a mi deber por nada de este mundo, y antes que deshonrar mi uniforme, consentiría en perderlo todo, la mujer y los hijos. Pone uno su honra en esto, y no es uno, Beatriz, es el Cuerpo... ¡Qué más quisiera uno que tener lástima! Pues no busques en toda la Fuerza un solo número que la tenga, digo lástima, para cosas del servicio, porque no lo hallarás. El Cuerpo no sabe lo que es compasión, y cuando el alma, que es la Ley, le manda prender, prende, y si le manda fusilar, fusila.

Dijo esto con tal gallarda convicción y sinceridad el buen preferente, y tan claro revelaban sus ojos, su ademán, su acento, el culto fervoroso de la orden de caballería que profesaba, que la moza inclinó su cabeza suspirando, y le dijo:

—Tienes razón, no sé lo que digo. Cirilo, no me hagas caso. Cada uno a su religión.

Los curiosos abandonaron el rincón donde estaba *Andara*, y se corrieron al lado de Beatriz y el preferente. Junto a la otra no quedó más que Ujo, que, en pie, alzaba poco más que la cintura de su amiga sentada.

—A lo que *diba*—le dijo cuando se vió solo con ella—. Mal te *portéis* conmigo, ¡caraifa!... Yo pensé que eras más fina, ¡caraifa!... Pero *manque* de fina no *tiés* un pelo, y me has *escupitado* mismamente en la cara, yo *diz* que te estimo... *Manque* me *escupites* otra vez, te lo *diz*.

—¿Que yo te escupí?—replicó *Andara*, jovial, repuesta ya del espasmo de furia—. Sería sin pensarlo, chiquitín del pueblo, mi coquito, mi *nanito* gracioso. Es que yo soy así: cuando quiero decir que estimo, escupo.

—¿*Quiés* más? Pues cuando le *pegaites* la cuchillada a Lucas, el del mesón..., te *volvites* guapa. Yo *miraite*, y no te *conocei*, ¡caraifa! Porque tú *seis* fea, *Andara*, y por fea y horrorosa te estimo yo, ¡caraifa!, y me peleo con la *Verba* divina por *defendeite*, ¡recaraifa!

—¡Viva mi renacuajo, mi caracol cabezudito! ¿Has dicho que el tío ese a quien le tiré con el cuchillo es el mesonero?

—El tío Lucas.

—Me dijiste el otro día que vivías en el mesón.

—Pero *mudeime* ayer, porque una mula me arrimó una coz. Ahora vivo en *cas* del tío Juan el herrero.

—¡Oh, y qué bien estará mi caracolito en casa del herrero! Pues mira, ¡caraifa!, ¿tú dices que me estimas?

—Con alma.

—Pues para que yo te lo crea vas a traerme de tu casa, de la casa del herrero..., lo que yo te diga.

—¿Qué?

—Mucho *jierro*. Yo quiero *jierro*... Tú arréglatelas como puedas. Allí habrá de todo. Me traerás clavos... No; clavos, no... Sí, sí, un par de clavos grandes, y también un cuchillo bueno, pero que corte, ¿sabes? Y una lima..., pero que coma... Te lo traes todo bien guardadito aquí, debajo de tu sayal, y...

Callaron, porque entró Nazarín acompañado del alcalde, y éste, echándoselas de hombre benévolo y humanitario, cualidades que no excluían la dominante de la buena sombra, les dijo:

—Ahora, estas madamas van a cenar alguna cosita. Conste que la cena es de mi bolsillo, porque en el presupuesto no lo hay. Y usted, reverendo señor Nazarín, ya que no come, dé un poco de descanso a sus huesos... Señores guardias, el preso nos da su palabra de no intentar escaparse. ¿Verdad, señor profeta? Y ustedes, señoras discípulas, mucho ojo. A bien que tenemos aquí una cárcel que no nos la merecemos, con unas rejas que ya las quisiera el Abanico de Madrid. Total, que como no haya una chispa de milagro, de aquí no salen. Conque... los que han venido a curiosear están de más. Despéjenme la cárcel. Ujo, largo de aquí.

Despejaron, y sólo permanecieron allí, además de los desgraciados penitentes, el alcalde y el juez municipal, tratando de la conducta de los presos, que era forzoso aplazar un día, para esperar a otros vagabundos y criminales recogidos en la Villa del Prado y en Cadalso. Trajo después el alguacil la cena, que *Andara* y Beatriz apenas probaron; el alcalde les dió las buenas noches, los guardias y el alguacil cerraron con ruidoso voltear de llaves y corrimiento de cerrojos, y los tres infelices presos pasaron la primera mitad de la noche rezando, y la otra mitad, durmiendo sobre las baldosas. El día siguiente les trajo el consuelo de que muchas personas del pueblo se interesaron por su triste situación, ofreciéndoles comida y ropas, que no fueron aceptadas. Ujo se ingeniaba para trepar a la reja del patio como una araña, y departía con las dos mozas. Por la noche llegaron los otros presos que debían ir también a Madrid; a saber: un mendigo viejo, acompañado de una niña, cuya procedencia era objeto de las investigaciones de la Justicia, y dos hombres de muy mala facha, en quienes Nazarín reconoció al punto a los vagabundos que les robaron la tarde aquella que precedió a la noche de la captura. Ambos se habían escapado de la cárcel de Madrid, en cuya Audiencia les seguían causa: al uno por parricidio, al otro por robo sacrílego. A los cuatro los enchiquerearon en el mismo estrecho local, donde apenas podían revolverse, por lo cual todos deseaban que los sacaran al aire y diera principio la conducta. Por penosa que ésta fuera, nunca lo sería tanto como la aglomeración de cuerpos nada limpios en un oscuro, reducido y malsano aposento.

A la siguiente mañana, tempranito, despachada la documentación, se dispuso la marcha. Presentóse el alcalde a despedir a Nazarín, diciéndole con su habitual sorna:

—Lo cortés no quita lo valiente, señor profeta; no vea en mí más que el amigo, un ciudadano de buen humor, a quien le hace mucha gracia usted y su cuadrilla, y la *sombra* con que ha convertido la vagancia en una religión muy cómoda y muy desahogada... ¡Ja, ja!... Esto no es ofensa, porque hay que reconocerle el talento, la trastienda... En fin, que el tío es muy largo, pero muy largo, y yo siento que no haya querido clarearse conmigo... Repito que no hay

ofensa. ¡Si me ha sido usted muy simpático!... No quiero que se vaya sin que quedemos amigos. Aquí le traigo algunos víveres para que se los lleve en su morral.

—Gracias mil, señor alcalde.

—Y dígame: ¿no quiere algo de ropa, unos calzones míos, zapatos, alpargatas...?

—Infinitas gracias. No necesito ropa, ni calzado.

—¡Vaya con el orgullo! Pues crea que es de corazón. Usted se lo pierde.

—Muy agradecido a sus bondades.

—Pues adiós. Sabe que aquí quedamos. Me alegraré que salga en bien, y que siga su campaña. No crea, ya sacará discípulos, sobre todo si el Gobierno sigue recargando las contribuciones... Adiós... Buen viaje... Niñas, divertirse.

Salieron, y como era tan de mañana, poca gente salió a despedirlos. Al frente de los curiosos se veía la cabeza oscilante de Ujo, el cual fué dando convoy a la estimada de su corazón hasta donde la debilidad de sus cortas piernas se lo permitía. Cuando tuvo que quedarse atrás, se le vió arrimado a un árbol, con la mano en los ojos.

Los guardias echaron de delanteros a Nazarín y al anciano mendigo. Seguían: la niña de éste, dando la mano a Beatriz; luego *Andara,* y detrás los dos criminales, atados codo con codo; a retaguardia, los civiles, fusil al hombro. La triste caravana emprendió su camino por la polvorienta carretera. Iban silenciosos, pensando cada cual en sus cosas, que eran, ¡ay!, tan distintas... Cada cual llevaba su mundo entre ceja y ceja. Los caminantes o campesinos que al paso los veían, formaban de todas aquellas existencias una sola opinión: "Vagancia, desvergüenza, pillería."

QUINTA PARTE

I

A la media hora de camino, el anciano mendigo, cansado de su taciturnidad, pegó la hebra con don Nazario.

—Compañero, usted estará hecho a estos viajecitos. ¿eh?

—No, señor; es la primera vez.

—Pues yo..., me parece que con éste llevo catorce. ¡Si las leguas que tengo en el cuerpo fueran monedas de a cinco duros!... Y le diré a usted, en confianza: ¿a que no sabe quién tiene la culpa de lo que a mí me pasa? Pues Cánovas... No exagero.

—¡Hombre!

—Lo que usted oye. Porque si don Antonio Cánovas no hubiera dejado el Poder el día que lo dejó, a estas horas me tenía usted a mí repuesto en la plaza que me quitaron el cuarenta y dos, por intrigas de los moderados; sí, señor, mi placita de escribiente con seis mil. *Mi ramo era Directas,* negociado de *Ocultaciones.* Pues me fastidió don Antonio con no quedarse un día más; ya estaba extendida la orden para que la firmase su majestad... Pero ¡hay tanta intriga...! Como que derribaron al Gobierno para evitar mi reposición.

—¡Qué maldad!

—Aquí donde usted me ve, tengo dos hijas: la una casada en Sevilla con uno que está más rico que quiere; la otra casó con mi yerno, naturalmente, mala persona, y el causante de que todo *lo mío* esté en pleito... Porque la herencia de mi hermano Juan, que murió en América, y que asciende a unos treinta y seis millones, no exagero, no puedo cobrarla hasta el año que viene, y gracias... Como que entre la curia, el Consulado de allá y mi yerno, lo enredaron por fastidiarme... ¡Ay, qué punto! En el primer cafetín que le puse me gastó seis mil duros, más bien más que menos. Y él fué quien lo convirtió en casa de juego, de donde vino el que yo estuviera seis meses en la cárcel, hasta que se vió mi inocencia, y... Mire usted si es desgracia: el mismo día que iba a salir de la cárcel tuve una cuestión con un compañero que quiso estafarme treinta y dos mil reales y pico, y allí me tuvieron otros seis meses, no exagero.

Viendo que Nazarín no se interesaba en su historia, lo tomó por otro lado.

—Oí que es usted sacerdote... ¿Es verdad?

—Sí, señor.

—¡Hombre!... He visto en mis viajes personas muy diversas. Nunca he visto un señor eclesiástico en la conducta.

—Pues ahora lo ve usted. Ya tiene cosas nuevas y raras que añadir a su historia.

—Y ¿por qué ha sido ello, padre? ¿Se puede saber? Algún descuidillo. Lo veo en compañía de mujeres, y esto me da mala espina; sepa que todo el que anda mucho entre faldas es hombre perdido. Dígamelo usted a mí, que tuve relaciones con una dama principal, de la más alta aristocracia. ¡Ay, qué líos me armó! Entre ella y una marquesa amiga suya me robaron sobre setenta mil duros, no exagero. Y lo peor fué que me procesaron. ¡Mujeres! No me las nombre si no quiere que pierda los estribos. Por una prima de mi yerno, que es horchatera, y tiene amores con un teniente general, me veo yo ahora en este mal paso, porque me dieron esa niña para que la llevara a unos tíos que tiene en Navalcarnero, y los tíos no la quisieron tomar si no les aseguraba yo que se les condonarían seis años de contribución, no exagero... Todo proviene de las mujeres, *alias* el bello sexo, por lo cual, compañero, yo le aconsejo que se quite de ellas, y pida perdón al obispo, y no se meta más en sectas protestantes y heréticas... ¿Qué dice usted?

—No he dicho nada, buen hombre. Hable usted todo lo que quiera, y déjeme a mí, que nada puedo decirle, porque de fijo que no me entendería.

En tanto, Beatriz preguntaba a la niña su nombre y el de sus padres. Pero la infeliz estaba como idiota y no sabía contestar a nada. *Andara* se adelantó, con permiso de los guardias, para distraer un poco a Nazarín con su conversación, y el mendigo anciano se arrimó a Beatriz. En el primer descanso, los criminales que iban atados echaban requiebros a las dos mozas con frase descarada y obscena. Almorzaron todos en el suelo, y Nazarín repartió entre sus compañeros lo que el alcalde le había puesto en el morral. Los guardias, a quienes sorprendía la constante dulzura y sumisión del desdichado sacerdote, le convidaron a echar un trago; mas no quiso aceptar, rogándoles que no lo tomasen a desprecio. Debe decirse que si, al principio, la opinión de los dos militares era poco favorable al misterioso preso que conducían, y le tuvieron por un redomado hipócrita, en el curso del viaje esta creencia se trocaba en dudas acerca de la verdadera condición moral del personaje, pues la humildad de sus respuestas, la paciencia callada con que sufría toda molestia, su bondad, su dulzura, les encantaban, y acabaron por pensar que si don Nazario no era santo, lo parecía.

Dura fué la primera jornada, pues, por no hacer noche en Villamanta, que infestada seguía, llevároнlos de un tirón a Navalcarnero. Los dos criminales iban dados a los demonios, y llegó el caso de que, tumbados en mitad del camino, se negaron a seguir, viéndose obligados los civiles a emplear el acicate de sus amenazas. El anciano se arrastraba difícilmente, echando pestes de su desdentada boca. Nazarín y sus dos compañeras disimulaban su cansancio, y no proferían queja alguna, a pesar de que las dos mujeres alternaban en llevar en brazos a la niña. Llegaron, por fin, medio muertos, ya muy entrada la noche. La excelente estructura de la cárcel de Navalcarnero permitió a los guardias descansar en la vigilancia, y los presos, después de recibir su rancho, fueron encerrados, los hombres en una parte, las mujeres en otra, pues allí había buen acomodo para esta separación tan conveniente en la generalidad de los casos. Era la primera vez que el peregrino y sus dos compañeras, que ya la partida llamaba burlonamente *las discípulas*, y también *las nazarinas*, se separaban, y si penoso fué para ellas el no verle junto a sí y oírle platicar de las mutuas adversidades, no fué menor el desconsuelo de él, viéndose obligado a rezar solo. Pero ¡qué remedio había más que conformarse!

Detestable fué la noche para Nazarín en la oscuridad de aquel encierro, entre desalmados malhechores; pues, a más de sus dos compañeros de viaje, había tres que dieron en canturriar y decir desvergüenzas, como poseídos de un frenesí de grosería. Enteráronse los que allí estaban, por los otros dos (a quienes llamaremos, a falta de filiación, el *Pa-*

rricida y el ladrón *Sacrílego*), del carácter sacerdotal de don Nazario, y no tardaron entre unos y otros en construirle a su modo una historia de impostor o aventurero religioso. En alta voz hacían comentarios soeces acerca de las ideas diabólicas que, a juicio de ellos, constituían su doctrina, y en cuanto a las mujeres que llevaba consigo, el uno sostenía que eran monjas escapadas de los conventos, el otro que eran tomadoras de las que en las iglesias alivian los bolsillos de las beatas. Los horrores que en su cara dijeron al buen don Nazarín no son para repetidos. Este le llamaba el Papa de los gitanos, aquél le preguntó si era cierto que llevaba en una botellita polvos venenosos para echarlos en las fuentes de los pueblos y producir la viruela. Entre bromas y veras, acusábale otro de robar niños para crucificarlos en los ritos del culto idolátrico que profesaba, y todos, en fin, le colmaban de indecentes y bestiales injurias. Pero el delirio de aquella estúpida y repugnante bufonada fué que le pidieron que hiciese delante de ellos el simulacro de una misa a estilo infernal, amenazándole con pegarle si al momento no decía el satánico oficio, con arrumacos y latines contrarios y semejantes a los de la misa de Dios verdadero; y mientras el uno se ponía de rodillas con burlescos fingimientos de oración, otro se daba en semejante parte golpes como los que los buenos cristianos se dan en el pecho en señal de contrición, y todos gritaban: *mea culpa, mea culpa,* con feroces aullidos.

Ante tan bestiales irreverencias, que ya no afectaban a su persona, sino a la sagrada Fe, perdió su bendita serenidad el padre Nazarín, y ardiendo en santa cólera se puso en pie, y con arrogante dignidad increpó a la vil canalla en esta forma:

—¡Desdichados, perdidos, ciegos, insultadme a mí cuanto queráis; pero guardad acatamiento a la Majestad de Dios, que os ha creado, que os da esa vida, no para que la empleéis en maldecirle y escarnecerle, sino para que realicéis con ella actos de piedad, actos de amor a vuestros semejantes! La putrefacción de vuestras almas encenagadas en cuantos vicios y maldades desdoran el linaje humano, sale a vuestras bocas en toda esa inmundicia que habláis y corrompe hasta el ambiente que os rodea. Pero aún tenéis tiempo de enmendaros, que ni aun para los inicuos empedernidos como vosotros están cerrados los caminos del arrepentimiento ni secas las fuentes del perdón. No os descuidéis, no, que el daño de vuestras almas es grande y profundo. Volved a la verdad, al bien, a la inocencia. Amad a Dios vuestro Padre, y al hombre que es vuestro hermano; no matéis, no blasfeméis, no levantéis falso testinonio ni seáis impuros de obra ni de palabra. Las injurias que no os atreveríais a decir al prójimo fuerte, no las digáis al prójimo desvalido. Sed humanos, compasivos, aborreced la iniquidad, y evitando la palabra mala, evitaréis la acción vil, y como os libréis de la acción vil, podréis libraros también del crimen. Sabed que el que expiró en la Cruz soportó afrentas y dolores, dió su sangre y su vida por redimiros del mal... ¡Y vosotros, ciegos, le arrastrasteis al Pretorio y al Calvario; vosotros coronasteis de espinas su divina frente; vosotros le azotasteis; vosotros le escupisteis; vosotros le clavasteis en el madero afrentoso! Pues ahora, si no reconocéis que le matasteis y que continuamente matándole estáis, y azotándole y escupiéndole; si no os declaráis culpables y lloráis amargamente vuestras inmensas culpas; si no os acogéis pronto, pronto, a la misericordia infinita, sabed que no hay remisión para vosotros; sabed, malditos, que os aguardan por toda una eternidad las llamas del infierno.

Grandioso y terrible estuvo el bendito Nazarín en su corta oración, dicha con todo el fuego y la severa solemnidad de la elocuencia sagrada. En la cárcel no había más claridad que la de la luna que por altas rejas entraba, iluminándole la cabeza y busto, los cuales, en medio de aquellos pálidos resplandores, adquirían mayor belleza. La primera impresión que el tremendo anatema y el tono y la figura mística del orador produjeron en los criminales, fué de un estupor terrorífico. Quedáronse mudos, atónitos. Pero la intensidad de la impresión no evitó que fuera de las mas fugaces, y como el mal tenía tan profunda raíz en sus dañadas almas, pronto se rehicieron y recobraron su perversidad. Oyéronse otra vez los soe-

ces insultos, y uno de los bribones, el que hemos convenido en llamar el *Parricida*, que era el más bravucón e insolente de todos, se levantó del suelo, y como si orgulloso quisiera sobrepujar con su barbarie la barbarie de los otros bandidos, se llegó a Nazarín, que continuaba en pie, y le dijo:

—Yo soy *mesmamente* el obispo de pateta, y te voy a confirmar. ¡Toma!

Diciendo "toma" le dió tan fuerte bofetón, que el débil cuerpo de Nazarín rodó por el suelo. Oyóse un gemido, articulaciones guturales del infeliz caído y ultrajado, que quizá fueron roncos anhelos de venganza. Era hombre, y el hombre, en alguna ocasión, había de resurgir en su ser, pues la caridad y la paciencia, profundamente arraigadas en él, no habían absorbido todo el jugo vital de la pasión humana. Tan terrible como breve debió de ser la lucha sostenida en su voluntad entre el hombre y el ángel. Oyóse otra vez el gemido, un suspiro arrancado de lo más hondo de las entrañas. La canalla reía. ¿Qué esperaban de Nazarín? ¿Que, airado, se revolviera contra ellos y les devolviese, si no golpes, porque no podía contra tantos, injurias y denuestos iguales a los suyos? Por un momento pudo creerse así al ver que el penitente se incorporaba, alzándose, primero sobre las rodillas, bajando la barba hasta el suelo, con el pecho en tierra, como un gato que acecha. Por fin, levantó el busto, y volvió a salir el suspiro arrancado, como de un tirón, de las profundidades torácicas.

La respuesta al ultraje fué, y no podía menos de serlo, entre divina y humana.

—Brutos, al oírme decir que os perdono me tendréis por tan cobarde como vosotros..., ¡y tengo que decíroslo!, ¡amargo cáliz que debo apurar! Por primera vez en mi vida me cuesta trabajo decir a mis enemigos que los perdono; pero os lo digo, os lo digo sin efusión del alma, porque es mi deber de cristiano decíroslo... Sabed que os perdono, menguados; sabed también que os desprecio, y me creo culpable por no saber separar en mi alma el desprecio del perdón.

II

—Pues por el perdón, ¡toma!—le dijo otra vez el *Parricida*, pegándole, aunque menos fuerte.

—Y por el desprecio, ¡toma!

Y todos, menos uno, cayeron sobre él, y le golpearon, entre risas burlescas, en la cara, en el cráneo, en el pecho y hombros. Más que crueldad y saña, revelaba aquella acometida en conjunto una burla pesada y brutal, de gente zafia, porque los golpes no eran fuertes, aunque sí lo bastante para poblar de cardenales el cuerpo del infeliz sacerdote. Este, luchando en su interior con más bravura que la primera vez, invocando a Dios fervorosamente, llamando a sí todo el vigor de sus ideas y atizando el fuego de piedad que ardía en su alma, se dejó pegar y no articuló protesta ni lamento. Cansáronse los otros de su infame juego, y le dejaron tendido, exánime, sobre las losas. Nazarín no profería palabra alguna: oíase tan sólo su fatigosa respiración. Los criminales callaban también, como si en sus almas se determinara una reacción de seriedad sobre las bárbaras y descomedidas burlas. Esa mezcla siniestra de risa y de cólera que caracteriza las chanzas brutales, a veces sangrientas, de los criminales empedernidos, suelen tener un rechazo de melancolía negra. En la pausa que se produjo no se oía más que el ardiente respirar de Nazarín y los formidables ronquidos del mendigo anciano, que dormía con angélico y profundísimo sueño, ajeno a todas aquellas trifulcas. Soñaba, quizá, que ponían en sus manos los treinta y seis millones de su hermano de América.

El primero que rompió con palabras la pausa silenciosa fué Nazarín, que se incorporó con todos los huesos doloridos, y les dijo:

—Ahora, sí; ahora..., con vuestros nuevos ultrajes ha querido el Señor que yo recobre mi ser, y aquí me tenéis en toda la plenitud de mi mansedumbre cristiana, sin cólera, sin instintos de odio y venganza. Conmigo habéis sido cobardes; pero en otras ocasiones habréis sido valientes, y hasta héroes, que también hay héroes en el crimen. Ser león no es cosa fácil; pero es más difícil ser cordero, y yo lo soy. Sabed que os perdono de todo corazón, porque así

me lo manda Nuestro Padre que está en los cielos; sabed también que ya no os desprecio, porque Nuestro Padre me manda que no os desprecie, sino que os ame. Por hermanos queridos os tengo, y el dolor que siento por vuestras maldades, por el peligro en que os veo de perderos eternamente, es un dolor tan vivo, y de tal modo dolor y amor me encienden el alma, que si yo pudiera, a costa de mi vida, conseguir ahora vuestro arrepentimiento, sufriría gozoso los más horribles martirios, el oprobio y la muerte.

Nuevo silencio, más lúgubre que el anterior, porque los ronquidos del anciano ya no se oían. Pasado un breve rato de aquella expectación solemne, que era como el fermentar de las conciencias removidas, agitándose y revolviéndose sobre sí mismas, salió una voz. Era la del criminal que llamamos el *Sacrílego,* el único que en los insultos y acometidas al pobre clérigo andante había permanecido mudo y quieto. Habló así, sin moverse del rincón en que yacía tumbado:

—Pues yo digo que esto de afrentar y dar de morradas a un hombre indefenso no es de caballeros, ¡vaya!, y digo más: digo que no es de personas decentes, y si me pinchan, os declaro que es propio de canallas y granujas. ¡Ea! Si a alguno le pica, que se rasque, pues a poner los ajos en su lugar nadie me gana. Lo justo, justo es, y lo que se ve con las razones naturales debe decirse. Conque... ya lo saben, y saben también que mantengo lo que digo, aquí o en dondequiera.

—Cállate, poca lacha—dijo uno del grupo levantisco—, que ya te conocemos. ¡Vaya con la defensa que le sale al Papamoscas!

—Sale porque le da la gana, y a mucha honra—manifestó el otro con sombría calma, levantándose—. Porque, aunque malo, siempre defendí al pobre, y nunca le pegué al caído, y cuando he visto a uno con hambre me he quitado el pan de la boca. La necesidad lleva a un hombre a ser lo que somos; pero el quitar algo de lo ajeno no estorba para la compasión.

—Cállate, fulastre, que no tienes alma más que para ofender a tus amigos—le dijo el *Parricida*—, y siempre tiras a lo santurrón. Por algo no haces tú más que raterías de iglesia, en lo que no se expone la pelleja, porque las imágenes no dicen nada cuando ven que les quitan la plata, y el Santísimo Copón y la Custodia se dejan coger sin decir "Jesús". Mala pata, desagradecido, ¿qué sería de ti sin nosotros? Y ¡vienes aquí a pintarla de guapo y temerón!... ¡Cállate pronto, si no quieres que...!

—Echa, echa bravatas ahora que no tenemos armas. Así eres tú siempre. Pero yo quiero verte fuera, en terreno libre y con manos y cuerpos libres, para decirte que ofender y castigar a un pobre sin defensa, que es bueno y pacífico de su natural y con nadie se mete, no lo hacen más que los cobardes como tú, ¡mal hijo, mal hermano, animal, que no naciste de hombre y mujer!

Fuéronse uno sobre otro con igual furia y los demás corrieron a separarlos.

—Déjenmele—gritaba el *Parricida*—, y le arranco de un bocado el corazón.

Y el otro:

—Chillas porque sabes que no te dejan... Siempre que quieras, te saco a paseo todas las entrañas, que ni los cuervos las quieren.

Y plantándose en medio del calabozo con aire arrogante y provocativo, prosiguió así:

—¡Ea! Caballeros, a callar, y oigan lo que les digo. Sepan y entiendan todos que a este buen hombre que está aquí yo le defiendo, lo mismo que si fuera mi padre; sepan que entre tantos pillos, desalmados y ladrones, hay un ladrón decente que, como tiene alma de hombre cristiano, se pone de parte de este que calla cuando le insultáis, que aguanta cuando le maltratáis, y que en vez de ofenderos os perdona. Y para que se enteren y rabien, les digo también que este hombre es bueno, y yo por santo le declaro, y aquí estoy yo para responder a todo el que lo ponga en duda. A ver, pillería, ¿hay alguien que me niegue lo que digo? Que salga el que lo niegue, y si salen todos a la vez, aquí estoy.

Con tan enfática entereza hablaba el *Sacrílego,* que los otros no chistaron, y, espantados, miraban su rostro, que a la claridad de la luna confusamente se distiguía. Algunos, los menos fieros, empezaron a evadir la cuestión con chirigotas. El *Parricida,* mordiéndose los labios, masticaba palabras soeces y ame-

nazadoras. Echándose en el suelo como un perro indolente, tan sólo dijo:

—Alborota, niño, alborota, para que entren los guardias y me echen a mí la culpa, como siempre, y paguemos justos por pecadores.

—Tú eres el que alborota, mala sangre—dijo el *Sacrílego* paseándose a lo largo, dueño ya del terreno—. Escandalizas porque sabes que los guardias siempre me echan la culpa a mí de todas las camorras... Lo dicho, dicho: este buen hombre es un santo de Dios, y yo lo sostengo delante de toda la canalla del mundo; un santo de Dios, abran las orejas y oigan, un santo de Dios, y el que le toque al pelo de la ropa se verá conmigo aquí y en dondequiera.

Oyeron al fin los civiles el escándalo, y desde la estancia próxima abrieron para imponer silencio.

—Es una broma, guardias—dijo el *Parricida*—. De ello tiene la culpa el clérigo maldito, que se mete a predicarnos y no nos deja dormir.

—No es verdad—afirmó con resolución el *Sacrílego*—. El clérigo no es culpado ni ha hecho lo que éste dice. El que predicaba soy yo.

Con cuatro ternos y la amenaza de predicar con las culatas de los fusiles calló toda la pillería, y un silencio disciplinario reinó en la prisión. Mucho después de esto, cuando ya el *Parricida* y consortes dormían con estúpido sueño, pesada sedacción de su barbarie, Nazarín se echó donde antes había estado el *Sacrílego*. Este se le puso al lado, sin hablar con él, como si un respeto supersticioso le atara la lengua. Adivinó esta confusión el sacerdote, y le dijo:

—Dios sabe cuánto te agradezco tu defensa. Pero no quiero que te comprometas por mí.

—Señor, lo hice porque me salió de dentro—replicó el ladrón de iglesias—. No me lo agradezca, que esto nada vale.

—Has sentido compasión de mí; te has indignado por la crueldad con que me trataban. Esto significa que tu alma no está todavía viciada, y si quieres, aún puedes salvarte.

—Señor—afirmó el otro con aflicción sincera—, yo soy muy malo y no merezco ni tan siquiera que usted hable conmigo.

—¿Tan malo, tan malo eres?

—Mucho, muchísimo.

—A ver, a ver: ¿cuántos robos has hecho? ¿Habrán sido... cuatrocientos mil?

—No tantos... En sagrado, nada más que tres, y uno de ellos de cosa poca, nada..., una vara de San José.

—¿Y muertes? ¿Habrán sido ochenta mil muertes?

—Dos nada más: una, por venganza, pues me ofendieron; otra, porque me acosaba el hambre. Éramos tres los que...

—Las malas compañías no han traído nunca cosa buena. Y qué, al mirar para atrás y representarte tus delitos, ¿sientes satisfacción de haberlos cometido?

—No, señor.

—¿Los miras con indiferencia?

—Tampoco.

—¿Sientes pena?

—Sí, señor... A veces, un poquito de pena nada más... Vienen los otros, y pensando todos en cosas malas, la penita se me borra... Pero otras veces la pena es grande..., y esta noche, grandísima.

—Bien. ¿Tienes madre?

—Como si no la tuviera. Mi madre es muy mala. Por robo y muerte de una criatura, hace diez años que está en el presidio de Alcalá.

—¡Anda con Dios! ¿Qué familia tienes?

—Ninguna.

—¿Y te gustaría variar de vida.... no ser criminal, no tener ningún peso sobre tu conciencia?

—Me gustaría...; pero uno no puede... Le arrastran... Luego la necesidad...

—No pienses en la necesidad ni hagas caso de ella. Si quieres ser bueno, basta con que digas: quiero serlo. Si abominas de tus pecados, por tremendos que éstos sean, Dios te los perdonará.

—¿Está seguro de eso, señor?

—Segurísimo.

—¿Es de verdad? ¿Y qué tengo que hacer?

—Nada.

—¿Y con nada se salva uno?

—Nada más que con arrepentirse y no volver a pecar.

—No puede ser tan fácil, no puede ser. La penitencia... tendré que hacer mucha.

—Nada más que soportar la desgracia

y si la justicia humana te condena, resignarte y sufrir tu castigo.

—Pero me mandarán a presidio, y en presidio aprende uno cosas peores que las que sabe. Que me dejen libre y seré bueno.

—En la libertad, lo mismo que en la condena, podrás ser lo que quieras. Ya ves: en la libertad has sido malísimo. ¿Por qué temes serlo en la prisión? Padeciendo se regenera el hombre. Aprende a padecer, y todo te será fácil.

—¿Me enseñará usted?

—Yo no sé qué harán de mí. Si estuvieras conmigo, te enseñaría.

—Yo quiero estar con usted, señor.

—Es muy fácil. Piensa en lo que te digo y estarás conmigo.

—¿Nada más que con pensarlo?

—Nada más. Ya ves qué fácil.

—Pues pensaré.

Cuando esto decían, penetraba por las altas rejas la luz del alba.

III

Y mientras en el departamento de hombres se desarrollaba la tumultuosa escena descrita, en el de mujeres todo era paz y silencio. Estaban solas *Andara* y Beatriz con la niña, y las primeras horas las pasaron hablando del mal sesgo que iban tomando las cosas en aquella campaña mendicante; pero ambas se conformaban con la adversidad, y por ningún caso se separarían del hombre bendito que las había tomado por compañeras de su vida meritoria. Hicieron mil conjeturas de lo que pasaría. Lo que a Beatriz mayormente apenaba era tener que pasar por Móstoles y el bochorno de que la vieran allí entre guardias civiles, como una criminal. Grande era su desprecio de toda vanidad; pero la prueba a que el Señor la sometía resultaba enormísima, y necesitaba de todo su cristiano valor y de toda su fe para salir airosa de ella. Dicho esto, rompió a llorar, derramando un río de lágrimas, y la otra procuraba consolarla sin poder conseguirlo.

—Tú estás libre. Y puedes decir a los guardias que no vas a Móstoles, y quedarte para juntarnos luego.

—No, que esto es cobardía y contravenir lo que él tantas veces nos ha dicho. ¡Huir de las tribulaciones, nunca! Grande amargura es entrar en mi pueblo; pero mayor sería para mí que don Nazario me dijera: "Beatriz, pronto te cansas de llevar la cruz"; y es seguro que me lo diría. Y más quiero todo lo malo que me pueda pasar en Móstoles que oírle que me diga eso. Yo acepto la vergüenza que me espera, y que Dios me la tome en cuenta y descargo de mis pecados.

—¡Tus pecados!—dijo *Andara*—. Vamos, no *desageres*. Los míos son más, muchos más. Si yo me pusiera a llorarlos como tú, mis lágrimas serían tantas que podría echarme a nadar en ellas. Tiempo tiene una de llorar. ¡Yo he sido mala, pero qué mala! Mentiras y enredos, no se diga; levantar falsos testimonios, insultar, dar bofetadas y mordiscos...; luego, quitarle a otra el pañuelo, la peseta o algo de más valor..., y, por fin, los pecados de querer a tanto hombre, y del vicio maldito.

—No, *Andara*—replicó Beatriz, sin tratar de contener su llanto—; por más que tú quieras consolarme así, no puedes. Mis pecados son peores que los tuyos. Yo he sido mala.

—No tanto como yo. Vaya, que no consiento que te quieras hacer peor que yo, Beatriz. Mira que más malas y más perras que yo ha habido pocas, estoy por decir que ninguna.

—No, no, he pecado yo más.

—¡Quia! ¡Que te limpies...! Dime: ¿tú has pegado fuego a una casa?

—No; pero eso no es nada.

—Pues ¿qué has hecho tú? ¡Bah! Querer al *Pinto*... ¡Valiente cosa!

—Y más, más... ¡Si una pudiera volver a nacer...!

—Haría lo mismo que ha hecho.

—¡Ah! Lo que es yo, no; yo no lo haría.

—Yo pondría más cuidado, ¡caraifa!; pero no respondo... La verdad, ahora me pesa de todas las maldades y truhanerías que hice; pero como hemos de padecer tanto, porque así nos lo dice él; como no tenemos más remedio que aguantar y sufrir las crujías que vengan, yo no lloro, que tiempo habrá de llorar.

—Pues yo, sí; yo, sí—dijo Beatriz inconsolable—; yo lloro por mis culpas, ¡ay!, la mar de ofensas a Dios y al prójimo. Y pienso que, por mucho que llore, no es bastante, no es bastante para

que tantísima culpa me sea perdonada.

—Pues ¿qué ha de hacer Dios más que perdonarte, si de mala que eres te has vuelto buena como los ángeles?... Yo sí tengo que juntar a Roma con Santiago para que me perdone Dios. Mira, Beatriz, en mí la maldad está metida muy adentro: cuando estábamos en el castillo, yo tenía envidia de ti, porque, a mi parecer, él te quería más que a mí. Gran pecado es ser envidiosa, ¿verdad? Pero después que nos prendieron, y cuando vi que tú, libre, venías con nosotros y querías ser tan prisionera y tan *criminal* como nosotros, se me quitó aquella mala idea; cree, Beatriz, que ya se me quitó, que te quiero de corazón y que tus penas las tomaría yo para mí.

—Como yo para mí las tuyas.

—Pero no quiero que llores tanto; que las culpas feas que cometimos, yo más que tú, con estos trabajos y estas afrentas las estamos purgando. Yo no lloro..., porque mi natural es otro que el tuyo. Tú eres blanda, yo soy dura; tú no haces más que querer, querer y querer, y yo digo que bueno será el afligirse y el tragar hieles cuando él lo dice; pero yo pienso que también debe uno defenderse de tanto pillo...

—No digas tal... El defensor es Dios. Dejad a Dios que defienda.

—Sí, que defienda. Pero Dios le ha dado a una manos, le ha dado a una boca. ¿Y para qué sirve la boca sino para decirle cuatro frescas al que no confiese que nuestro Nazarín es un santo? ¿Para qué tenemos las manos, si con ellas no metemos en cintura a los que le maltratan? ¡Ah! Beatriz, yo soy muy guerrera; es mi natural *de nacimiento*. Créelo, porque yo te lo digo: la verdad con sangre entra, y para que todos crean en la bondad de él y le confiesen por santo bendito, hay que dar algunos palos. Vengan trabajos y miserias; bueno. Pero la injusticia, y oír que dicen lo que es falso, a mí me pone como una leona. Y no es que una no sepa ser *mártira* como la más pintada cuando llegue el caso; pero ¿no es un dolor ver que llevan preso, entre asesinos, al que no ha hecho más *delincuencia* que consolar al pobre, curar al enfermo y ser en todo un ángel de Dios y un serafín de la Virgen? Pues yo te juro que si él me dejara, había de hacer alguna muy gorda, y con poquita ayuda que yo tuviera, le pondría en libertad y metería debajo de un zapato a guardias, jueces y carceleros, y a él le sacaría en volandas, diciendo: "Aquí está el que sabe la verdad de esta vida y la otra, el que no pecó nunca y tiene cuerpo y alma limpios como la patena, el santo nuestro y de todo el mundo cristiano y por cristianar."

—¡Oh! Adorarle, sí; pero eso que dices de meternos en guerra, *Andara*, eso no puede ser. ¿Qué valemos nosotras? Y aunque valiéramos. Ya sabes lo que reza el mandamiento: "No matar." Y no se debe matar ni a los enemigos, ni hacer daño a ninguna criatura de Dios, ni aun a las más criminales.

—Por mí, por mi defensa, yo no levanto el gallo. Ya me pueden matar a pedradas y degollarme viva: no chisto. Pero ¡por él, que es tan bueno!... Créelo, porque yo te lo digo. La gente no entiende la verdad si no hay alguien que sacuda de firme a los que tienen romas las entendederas.

—Matar, no.

—Pues que no maten ellos...

—*Andara*, no seas loca.

—Batriz, *ser* tú muy santa; déjame a mí, que maneras de salvarse muchas tiene que haber. Dime tú: ¿hay demonios o no hay demonios?... Quiere decirse, ¿gente mala, que persigue a los buenos, y hace todas las cosas injustas y feas que se ven en este jorobado mundo? Pues cierra contra los demonios... Hay quien los ataca con bendiciones... No me opongo a que las echen los que puedan echarlas; pero para acabar con la maldad y limpiar el mundo de ella, si bendiciones por un lado, la espada y el fuego por otro. Créeme a mí: si no hubiese gente guerrera, muy guerrera, los demonios me cogerían todo el mundo. Dime: ¿San Miguel no es ángel? Pues allá le tienes con espada. Y San Pablo, ¿no es santo? Pues con espada lo *pintan* en las esculturas. ¿Y San Fernando y otros que andan por los retablos? A lo militar van... Pues déjame a mí; yo me entiendo.

—*Andara*, me asustas.

Beatriz, tú tienes culpas; yo también. Cada una las lava como sabe y como puede, según su natural... Tú, con lágrimas; yo..., ¡qué sé yo!

Cuando esto decían se asomó a las altas rejas la claridad del alba.

IV

En cuanto se juntaron mujeres y hombres, ya de día claro, para proseguir el triste viaje, Beatriz y su compañera corrieron a ver a Nazarín y a informarse de cómo había pasado la noche. No hay que decir la amargura hondísima que les causó ver en su venerable faz señales de golpes, magulladuras horrorosas en brazos y piernas, y en todo él un triste decaimiento. La de Móstoles se puso lívida, y en su turbación no acertó a preguntarle quién había sido el autor de tan monstruosa barbarie. La de Polvoranca se retorcía los brazos cual si tuviese ligaduras y quisiese romperlas; apretaba los puños y rechinaba los dientes. La caravana se puso en marcha en el mismo orden que el día anterior, sólo que Nazarín llevaba de la mano a la niña y a Beatriz a su lado, y *Andara* iba delante con el viejo. Este la informó de lo ocurrido la noche anterior en el departamento de hombres.

—Del principio de la cuestión no pude enterarme, porque estaba durmiendo. Cuando desperté a los gritos de aquellos brutos, vi que caían sobre el pobre sacerdote y le daban muchísimos golpes... No exagero. Todos le pegaron, menos uno, el cual salió después a la defensa de Nazarín y se impuso a la canalla. De los dos criminales que van a retaguardia atados codo con codo, el de la derecha, el procesado por parricidio, fué quien maltrató a tu maestro y quien le llenó de ultrajes; el de la izquierda, procesado por robar candelabros y vinajeras de las parroquias, tomó el partido del débil contra los fuertes. Se hizo después amigo del sacerdote, y éste le dijo muchas cosas de religión para que se arrepintiera.

Con estas noticias, *Andara* los examinó y diferenció perfectamente, fijándose en uno y en otro: mala traza los dos; el malo, de cara lívida, barbas erizadas, recia musculatura, gordura enfermiza y paso perezoso; el bueno, enjuto de carnes, fisonomía melancólica, ceja corrida y barbas ralas, la mirada en el suelo, el paso decidido.

Andando, contó Nazarín el caso a Beatriz, sin darle importancia. No sentía más sino que, al recibir el primer golpe, en poco estuvo que se revolviera colérico y agresivo contra la canalla; mas tanto forcejeó sobre sí, que la bestia de la ira quedó pronto sofocada, y triunfante el espíritu cristiano. Pero entre las ocurrencias de aquella noche, ninguna tan lisonjera y grata como la bravura con que uno de los facinerosos había salido a su defensa.

—No fué el guapo que por fatuidad de su valentía provoca a sus compañeros; fué más bien el pecador a quien Dios toca en el corazón. Y después hablamos, y vi con gozo que se le clareaba el alma y que en ella lucían los resplandores del arrepentimiento. ¡Benditos golpes que recibí, benditos ultrajes, si por ellos consigo que ese hombre sea nuestro!

Hablaron luego de la vergüenza que ella sentía de entrar en Móstoles y de la conformidad con que la aceptaba como expiación de sus culpas. Nazarín la exhortó al desprecio de la opinión, sin lo cual nada adelantarían en aquella vida, y añadió que no había por qué ponerse a imaginar los sucesos futuros, fingiéndolos en nuestra mente favorables o adversos, porque nunca sabemos, ni aun aplicando las reglas de la lógica, lo que pasará en las horas venideras. Caminamos por la vida palpando en las tinieblas, como ciegos, y sólo Dios sabe lo que nos sucederá mañana. De lo que resulta que, comúnmente, cuando pensamos ir hacia lo malo, nos sorprende el encuentro de lo bueno, y al revés. Adelante, y cúmplase mañana, como hoy, la voluntad del que todo lo gobierna.

Con estas palabras se sintió Beatriz muy fortalecida, y ya no temió tanto la entrada en su pueblo natal. *Andara* se les unió, para separarse de ellos después de charlar un poco de las fatigas del camino, y tan pronto se aproximaba a los delanteros como a los de retaguardia. Observó que los dos criminales atados uno con otro no se hablaban como el día anterior, ni distraían el aburrimiento del viaje con chirigotas o cantares. Caminando un ratito junto al de la izquierda, le habló, pues los guardias toleraban la conversación entre sueltos y atados, acto de caridad que en muchos casos no perjudica al buen servicio.

—Tú—le dijo—, ¿vas cansadito? Si los guardias me amarraran a mí en tu lugar, yo iría con gusto porque tú fueras libre. Todo te lo mereces, valiente, por haberle cortado el resuello a ese trasto que va contigo. Dios te lo premiará.

Arrepiéntete de corazón, y tu arrepentimiento lo mirará el Señor como si toda la plata que le robaste se la restituyeras con oro encima.

Nada le contestó el ladrón, que agobiado iba cual si llevara sobre sí un invisible peso. Después, la traviesa mujer se pasó al otro lado, junto al criminal parricida, y con mucho secreto le iba diciendo estas palabras:

—Quisiera ser culebra, una culebrona muy grande y con mucho veneno, para enroscarme en ti y ahogarte y mandarte a los infiernos, grandísimo traidor, cobarde.

—Guardias—gritó el bandido sin fiereza, más bien con plañidera entonación—, que esta señora me está *fartando*.

—Yo no soy señora.

—Pues esta pública... Yo no *farto* a nadie..., y ella me dice que es culebra y que *quié* abrazarse conmigo. No estamos para fiestas ni abrazos, compañera. *Desapártese* y deje a un hombre que no *pué* ver mujeres a su lado ni escritas.

Los guardias le mandaron ir hacia adelante, y a poco descansó la partida en una venta. Puestos de nuevo en marcha, antes de anochecido vieron las torres y chapiteles del gran pueblo de Móstoles, y ya cerca de él salieron a recibirlos algunos vecinos y gran enjambre de chicuelos, porque se había corrido la voz de que iba preso con la Beatriz el moro manchego de los milagros. Faltaban como unos doscientos metros para llegar a las primeras casas, cuando se aparecieron tres hombres que hablaron a los guardias, rogándoles que se detuvieran un instante para hablar dos palabritas. Desde que los vió venir los conoció Beatriz; uno de ellos era el *Pinto*; el otro, su hermano Blas, y el tercero, un tío de ella. Necesitó la pobre mujer de todas las energías de su espíritu para no caerse muerta de vergüenza. No traían los tales otro objeto que enterarse de si la llevaban presa, y al saber que iba en tal compañía *por su gusto*, se asombraron, y a todo trance querían apartarla de la conducta y llevársela con ellos para evitarle el bochorno de entrar en el pueblo en una cuerda de asesinos, ladrones y *apóstoles*. Y su asombro subió de punto cuando oyeron decir a Batriz con animoso acento que por nada del mundo se separaría de sus compañeros en la desgracia, y que con ellos iría hasta el fin de la jornada sin temor a los sufrimientos, ni a la cárcel ni al patíbulo. La cólera de los tres mostolenses no puede describirse, y es de creer que la hubieran desahogado en golpes y bofetadas sobre la moza si la presencia de los guardias no los contuviera.

—¡Infame, ruin, pécora!—le dijo el *Pinto*, lívido de coraje—. Ya me maliciaba yo que acabarías en pública, salteadora por los caminos. Pero no pensé que llegarías a deshonrarte tanto... ¡Quítate allá, putrefacción del mundo! Ni sé cómo te miro. ¡Lo veo y no lo creo!... ¡Tú, hecha un pingo indecente, corriendo detrás de ese estafermo, de ese charlatán asqueroso, sacamantecas, que va engañando a la gente de pueblo en pueblo, con embustes, brujerías y mil gatuperios *majometanos!*

—*Pinto*—le contestó Beatriz gravemente, haciendo de tripas corazón, el pañuelo de la cabeza muy echado hacia adelante para dar sombra a la cara, la mano envuelta en una de las puntas y delante de la boca—, *Pinto*, apártate y déjame seguir, que yo no me meto contigo ni quiero nada contigo... Si paso vergüenza, que la pase; no es cuenta tuya. ¿A qué sales a encontrarme, si tú eres para mí como lo que ya no existe, como lo que es muerto y sepultado? Vete y no me hables.

—¡Tunanta!...

Los guardias cortaron la cuestión dando orden de seguir. Pero el *Pinto*, furioso, insistía en sus bárbaros insultos:

—¡Bribona, agradece que tu cuerpo villano va escoltado por estos caballeros; que si no, ahora mismo te dejaba en el sitio, y a ese pillo le cortaba las orejas!

Allí se quedaron los tres hombres furiosos, tocando el cielo con las manos, y la conducta de presos desfiló por la calle principal de Móstoles, hostigada de la curiosa muchedumbre que verlos quería, especialmente a Beatriz. Esta, con supremo tesón, sin arrogancia, sin flaqueza, como quien apura un cáliz muy amargo, pero en cuya amargura cree firmemente hallar la salud, arrostró el doloroso tránsito, y creyó entrar en la Gloria cuando entraba en la cárcel.

V

Malísimo alojamiento tenían los infelices presos en Móstoles (o en donde fuese, que también esta localidad no está bien determinada en las crónicas *nazaristas*), pues la llamada cárcel no merecía tal nombre más que por el horror inherente a todo local dedicado al encierro de criminales. Era una vetusta casa a la malicia, agregada al Ayuntamiento, y que por el frente daba a la calle, por detrás a un corral lleno de escombros, maderas viejas y ortigas viciosas. Si la higiene y el decoro de la ley no existían allí, la seguridad de los presos *era un mito,* como decía la exposición de la Junta penitenciaria pidiendo al Gobierno fondos para construir cárcel de nueva planta. La vieja, que no sabemos si existe aún, había adquirido fama por la escandalosa frecuencia con que de ella se evadían los criminales sin necesidad de hacer escalos difíciles y peligrosos ni de abrir subterráneos conductos. Comúnmente se escapaban por el techo, que era de una fragilidad e inconsistencia maravillosas, pues cualquiera rompía las podridas vigas y quitaba y ponía tejas donde le daba la gana.

Desde que le metieron en aquel infame tugurio sintió Nazarín un frío intensísimos, como si el local fuese una nevera o helado Purgatorio, y con el frío le acometió un horroroso quebrantamiento de huesos, como si se los partieran con un hacha para hacer astillas con que encender la lumbre. Tumbóse en el suelo, arropándose en su capote, y a poco ardía en calor insoportable. En aquel Purgatorio, del hielo brotaban llamas. "Esto es calentura—se dijo—, una calentura tremenda. Pero ya pasará." Nadie se acercó a preguntarle si estaba enfermo; trajéronle un plato de latón con rancho, que no quiso probar.

A Beatriz la hicieron salir por la sencilla razón de que no era presa, y, naturalmente, *no tenía derecho* a ocupar un espacio en el local correspondiente a los perseguidos de la Justicia. Por más que rogó y gimió la infeliz para que le permitieran estar allí, pintándose como criminal voluntaria y procesada por ministerio de sí misma, nada pudo conseguir. A la pena de abandonar a sus compañeros se agregaba el temor de salir por las calles mostolenses, donde seguramente encontraría caras conocidas. Sólo a una persona deseaba ver, su hermana, y ésta, según le dijo una vecina con quien habló a la entrada de la cárcel, se había ido a Madrid dos días antes con la niña, restablecida ya completamente. "¡Qué cosas más raras me pasan a mí!—decía—. Los criminales odian la prisión y sólo desean la libertad. Yo detesto la libertad, no quiero salir a la calle, y todo mi gusto es estar presa." Por fin, el secretario del Ayuntamiento, que allí mismo vivía, se compadeció de ella, y en su casa le dió hospitalidad, con lo que se cumplieron a medias los deseos de la exaltada penitente.

Mucha pena causó a don Nazario el no ver a su lado a Beatriz; pero se consoló sabiendo que pernoctaba en el edificio próximo y que continuarían juntos hasta el término de su viacrucis. Entrada la noche, se sentía muy mal el buen ermitaño andante, y de un modo tan pavoroso gravitaba sobre su alma la impresión de soledad y desamparo, que poco le faltó para echarse a llorar como un niño. Creyérase que súbitamente se le agotaba la energía y que un desmayo femenil era el término desairado de sus cristianas aventuras. Pidió al Señor asistencia para soportar las amarguras que aún le faltaban, y las maravillosas energías resurgieron en su alma, pero acompañadas de un terrible aumento de la fiebre. *Andara* se acercó a él para darle agua, que por dos o tres veces le había pedido, y hablaron breve rato con extraña confusión y desacuerdo en lo que uno y otro decían. O él no sabía explicarse, o ella no podía, en las réplicas, ajustar su pensamiento al del infeliz asceta.

—Hija mía, échate a dormir y descansa.

—Señor, no me llame más. No duerma. Rece en voz alta para que *haiga* ruido.

—*Andara,* ¿qué hora será?

—Señor, si tiene frío, paséese por la cárcel. Yo quiero que se acaben pronto nuestras penas. Me alegro que no esté Beatriz, que no es guerrera y todo lo quiere arreglar con lágrimas y suspiros.

—Oye, tú, ¿duermen todos? ¿En dónde estamos? ¿Hemos llegado a Madrid?

—Estamos aquí. Soy muy guerrera. No duerma, señor...

Y se alejó de súbito, como sombra que se desvanece o luz que se apaga. Desde que fueron pronunciadas las cláusulas incoherentes de este diálogo, sintióse molestado el clérigo por una tremenda duda: "¿Lo que veía y oía era la realidad, o una proyección externa de los delirios de su fiebre ardentísima? Lo verdadero, ¿dónde estaba? ¿Dentro o fuera de su pensamiento? Los sentidos ¿percibían las cosas o las creaban?" Doloroso era su esfuerzo mental por resolver esta duda, y ya pedía medios de conocimiento a la lógica vulgar, ya los buscaba por la vía de la observación. ¡Pero si ni aun la observación era posible en aquella vaga penumbra, que desleía los contornos de cosas y personas y todo lo hacía fantástico! Vió la cárcel como una anchurosa cueva, tan baja de techo que no podía estar en pie dentro de ella sin encorvarse un hombre de regular estatura. En la bóveda, dos o tres claraboyas, que a veces eran veinte o treinta, daban paso a la débil luz, que no se sabía si era de velado sol o de luna. Enfilada con la primera cuadra, vió otra más pequeña, que a ratos se iluminaba con claridad rojiza de una linterna o candil. En el suelo yacían los presos envueltos en esteras o mantas, como fardos de tejidos o seras de carbón. Hacia el fondo de la segunda cuadra vió a *Andara,* que por momentos despedía de su cabeza un resplandor extraño, cual si su cabellera suelta y erizada se compusiese de lívidos rayos de luz eléctrica. Departía con el *Sacrílego,* gesticulando con tal violencia y confusión, que con los brazos de él expresaba ella su voluntad, y con los de ella él. El ladrón de iglesias se alargaba hasta esconder en el techo la mitad de su cuerpo; reaparecía como un volatinero con la cabeza para abajo.

En la apreciación del tiempo, la mente y los sentidos de Nazarín llegaban a mayor confusión y desvarío; después de creer que pasaban largas horas sin ver nada, creyó que en breves momentos *Andara* se acercaba a él y le levantaba y le volvía a dejar en el suelo, diciéndole infinidad de conceptos que, si se escribieran, ocuparían todas las páginas de un mediano libro. "¡Esto no puede ser real—se decía—; no puede ser! Pero ¡si lo estoy viendo, si lo toco y lo oigo y lo percibo claramente!" Por fin, la peregrina le cogió por la muñeca, y tirando de él fuertemente, le llevó a la segunda cuadra. De esto sí que no podía dudar, porque le dolía la mano de los tirones que con nerviosa fuerza le daba la valerosa hija de Polvoranca, y el *Sacrílego* le cogía en brazos para meterle por un boquete abierto en la techumbre y arrojarle fuera como un fardo *introducido* por audaces matuteros.

No, no podía ser real la voz de *Andara,* que le dijo: "Padre, nos escapamos por arriba, porque por abajo no se puede." Ni tampoco la voz del *Sacrílego,* que decía: "El señor, por delante... Salte del tejado al corral."

Pero si de todo tenía duda el buen jefe de los *nazaristas,* no la tuvo, no podía tenerla de esta resolución suya, claramente expresada: "Yo no huyo; un hombre como yo no huye. Huíd vosotros, si os sentís cobardes, y dejadme solo." Tampoco podía dudar de que luchó contra fuerzas superiores para defenderse de aquel loco empeño de echarle al tejado como una pelota. El ladrón de iglesias le puso en el suelo, y allí se quedó como cuerpo exánime, perdidas todas sus facultades, menos el sentido de la vista, en una nebulosa de espanto, enojo y horror de la libertad. No quería libertad, no la quería para sí ni para los suyos. De la primera cuadra vino, andando como los borrachos, una de las seras de carbón, que pronto tomó figura humana y todas las apariencias personales del *Parricida.* Con prontitud gatuna, trocándose fácilmente de pesado fardo en animal ligero, hubo de saltar de un brinco al boquete abierto en el tejado, y desapareció.

Pudo entonces Nazarín con gran esfuerzo articular algunas palabras, y apartando de su hombro a la mujerona, que pesaba sobre él como un sillar de berroqueña, murmuró:

—El que quiera salir, que salga... El que huya no será jamás en mi compañía.

Andara, que tenía la cara contra el suelo, refregándose boca y nariz en las sucias baldosas, se incorporó para decir entre gemidos:

—Pues yo me quedo.

El *Sacrílego,* que había subido al tejado como en persecución de su compañero, volvió muy fosco, apretando los puños:

—Libertad, no...—le dijo *Andara* con voz sofocada, como de quien se ahoga—. No quiere..., no, libertad.

Nazarín oyó claramente la voz del *Sacrílego,* que repetía:

—No libertad. Yo me quedo.

Debieron de cogerle en brazos entre los dos, porque el buen peregrino se sintió llevado por los aires como una pluma, y en la turbación que le agobiaba, quitándole sentido y palabra, la conciencia de su mal era lo único que subsistía, manifestándose en esta afirmación:

—Tengo un tifus horroroso.

VI

Despertó con las ideas aún más embrolladas y oscuras, dudando si lo que veía era real o ficción de su mente. Le sacaban de la cárcel, llevábanle tirando de él por una soga que le ataron al cuello. El camino era áspero, todo malezas y guijarros cortantes. Los pies del peregrino sangraban, y a cada instante tropezaba y caía, levantándose con gran esfuerzo suyo y despiadados tirones de los que llevaban la cuerda. Delante vió a Beatriz transfigurada. Su vulgar belleza era ya celeste hermosura, que en ninguna hermosura de la tierra hallaría su semejante, y un cerco de luz purísima rodeaba su rostro. Blancas como la leche eran sus manos, blancos sus pies, que andaban sobre las piedras como sobre nubes, y su vestidura resplandecía con suaves tintas de aurora.

A las demás personas que le acompañaban no las veía. Oía sus voces, ya compasivas, ya rugientes de odio y crueldad; pero los cuerpos se perdían en una atmósfera caliginosa, espesa y sofocante, formada de suspiros de angustia y de sudores de agonía... De súbito, un sol ardiente la disipó, y pudo ver Nazarín que hacia él venía un grupo de gente malvada, hombres a pie, hombres a caballo, blandiendo espadas y disparando armas de fuego. Tras el primer grupo aparecieron otros, y otros, hasta formar un ejército grande y terrible. El polvo que levantaban las pisadas de hombres y brutos oscurecía el sol. Los que conducían al preso se pasaron al bando enemigo, pues enemiga era toda aquella tropa, y venía contra él, contra el santo, contra el penitente, contra el oscuro mendigo, con furor sanguinario, ávida de destruirle y aniquilarle. Le acometieron con salvaje furor, y lo más extraño fué que, habiendo descargado sobre su mísero cuerpo miles de golpes, tajos y cuchilladas, no lograban matarle. Y aunque él no se defendía ni con un arañazo infantil, la furia de tanta y tan aguerrida gente no podía prevalecer contra él Pasaron por encima de su cuerpo miles de corceles, ruedas de carros bélicos, y aquel gran tumulto, que habría bastado a destruir y hacer polvo una población entera de penitentes y ermitaños andantes o sedentarios, no le partió un cabello al bendito Nazarín, ni le hizo perder una gota de sangre. Furiosos le acuchillaban, aumentando a cada instante, pues del horizonte tempestuoso venían hordas y más hordas de aquella bárbara y asoladora Humanidad.

Y no terminaba la feroz guerra, pues mientras mayor era la resistencia de él y su inmunidad milagrosa contra los fieros golpes, con mayor estrépito cerraba contra él la universal canalla. ¿Podría ésta al fin destruir al santo, al humilde, al inocente? No, mil veces no. Cuando Nazarín empezó a temer que la muchedumbre de sus contrarios lograría, si no matarle, reducirle a prisión, vió que de la parte de Oriente venía *Andara,* transfigurada en la más hermosa y brava mujer guerrera que es posible imaginar. Vestida de armadura resplandeciente, en la cabeza un casco como el de San Miguel, ornado de rayos de sol por plumas, caballera en un corcel blanco, cuyas patadas sonaban como el trueno, cuyas crines al viento parecían un chubasco asolador, y que en su carrera se llevaba medio mundo por delante como huracán desatado, la terrible amazona cayó en medio de la caterva y con su espada de fuego hendía y destrozaba las masas de hombres. Hermosísima estaba la hembra varonil en aquel combate, peleando sin más ayuda que la del *Sacrílego,* el cual, también transfigurado en mancebo militar y divino, la seguía, machacando con su maza y destruyendo de cada golpe millares de enemigos. En corto tiempo die-

ron cuenta de las huestes *antinazaristas*, y la guerrera celestial, radiante de coraje, de inspiración bélica, gritaba: "Atrás, muchedumbre vil, ejército del mal, de la envidia y del egoísmo. Seréis deshechos y aniquilados si en mi señor no reconocéis el santo, la única vía, la única verdad, la única vida. Atrás, digo, que yo puedo más y os convierto en polvo y sangre cenagosa y en despojos que servirán para fecundar las nuevas tierras... En ellas, el que debe reinar reinará. ¡caraifa!"

Diciéndolo, su espada y la maza del otro campeón limpiaban la tierra de aquella plaga inmunda, y Nazarín empezó a caminar por entre charcos de sangre y picadillo de carne y huesos que en gran extensión cubrían el suelo. La angélica Beatriz miraba desde una torre celestial el campo de muerte y castigo, y con divino acento imploraba el perdón de los malos.

VII

Acabóse la visión, y todo volvió a los términos de nebulosa y triste realidad. El áspero camino fué nuevamente lo que antes era, y los que acompañaban al mártir Nazarín recobraron su forma y vestimenta, y los guardias eran guardias, y *Andara* y Beatriz mujeres vulgarísimas: la una batalladora, la otra pacífica, con sus pañuelos a la cabeza. Llegó un momento en que el venerable peregrino, ni aun acumulando toda su energía, pudo dar un paso. De su frente brotaba sudor angustioso; le dolía el cráneo como si en él le clavaran un hacha, y en su hombro derecho sentía un peso irresistible. Las piernas se le doblaban, y sus pies magullados iban dejando pedazos de piel sobre las piedras del camino. *Andara* y Beatriz le alzaron en sus brazos. ¡Qué descanso, qué alivio sentirse en el aire, como pluma balanceada del viento! Pero al poco trecho las dos mujeres se cansaron de llevarle, y el ladrón sacrílego, que era forzudo y resistente, le cogió en brazos como un niño, diciendo que no sólo le llevaría hasta Madrid, sino hasta el fin del mundo si necesario fuese. Los guardias se compadecían de él, y creyendo consolarle, le decían:

—No tenga cuidado, padre, que allá le absolverán por loco. Los dos tercios de los procesados que pasan por nuestras manos, por locos se escapan del castigo, si es que castigo merecen. Y presuponiendo que sea usted un santo, no por santo le han de soltar, sino por loco; que ahora priva mucho la razón de la sinrazón, o sea que la locura es quien hace a los muy sabios y a los muy ignorantes, a los que sobresalen por arriba y por abajo.

Vió después Nazarín que entraban por una empinada calle y la gente curiosa se detenía para verle pasar en brazos del *Sacrílego*, llevando al lado a sus dos compañeras de penitencia y detrás a los demás infelices recogidos en los caminos por la Guardia Civil. Dudaba entonces, como antes, si eran realidad o ficción de su desquiciada mente las cosas y personas que en el doloroso trayecto veía. Al extremo de la calle vió que se alzaba una cruz grandísima, y si por un momento el gozo de ser clavado en ella inundó su alma, pronto volvió sobre sí, diciéndose: "No merezco, Señor, no merezco la honra excelsa de ser sacrificado en vuestra cruz. No quiero ese género de suplicio en que el cadalso es un altar y la agonía se confunde con la apoteosis. Soy el último de los siervos de Dios, y quiero morir olvidado y oscuro, sin que me rodeen las muchedumbres ni la fama corone mi martirio. Quiero que nadie me vea perecer, que no se hable de mí, ni me miren, ni me compadezcan. Fuera de mí toda vanidad. Fuera de mí la vanagloria del mártir. Si he de ser sacrificado, hágase en la mayor oscuridad y silencio. Que mis verdugos no sean perseguidos ni execrados, que sólo me asista Dios y El me reciba, sin que el mundo trompetee mi muerte, ni en papeles sea pregonada, ni la canten poetas, ni se haga de ello un ruidoso acontecimiento para escándalo de unos y regocijo de otros. Que me arrojen a un muladar y me dejen morir, o me maten sin bullicio, y me entierren como a una pobre bestia."

Dicho esto, vió desaparecer la cruz, y la calle, y el gentío; y pasado un tiempo que no pudo apreciar, se sintió enteramente solo. ¿Dónde estaba? Fué como si recobrara el conocimiento después de un profundo sopor. Por más que miraba en torno suyo, no pudo hacerse cargo de cuál era la parte del Universo

donde se encontraba. ¿Era una región de la vida transitoria, o de la perdurable? Pensó que había muerto: pensó también que aún vivía. Un ardiente anhelo de decir misa y de ponerse en comunicación con la Suprema Verdad le llenó toda el alma, y lo mismo fué sentirlo que verse revestido delante del altar, un altar purísimo, que no parecía tocado de manos de hombres. Celebró con inmensa piedad, y cuando tomaba en sus manos la Hostia, el divino Jesús le dijo:

—Hijo mío, aún vives. Estás en mi santo hospital padeciendo por Mí. Tus compañeros, las dos perdidas y el ladrón que siguen tu enseñanza, están en la cárcel. No puedes celebrar, no puedo estar contigo en cuerpo y sangre, y esta misa es figuración insana de tu mente. Descansa, que bien te lo mereces. Algo has hecho por Mí. No estés descontento. Yo sé que has de hacer mucho más.

Santander, San Quintín, mayo de 1895.

FIN DE "NAZARÍN"

HALMA

(1895)

NOTA PRELIMINAR

Cuando apareció esta novela—lógica continuación de la incompleta de Nazarín—, los críticos más conspicuos, la Pardo Bazán, Clarín, el padre Blanco García, Valera, Zeda, compararon este héroe—sin dejar de ser criatura—galdosiano con otros dos, de los cuales, habiendo vivido el uno y habiendo nacido el otro de la ficción más imponente, entrambos pregonaban una existencia real de parecida fuerza y de sugestión inminente semejante. Aseguraban los referidos críticos el parecido de Nazarín con Don Quijote y con San Ignacio de Loyola, y no le comparaban con ellos de un modo irreverente, sino por ciertas semejanzas en que cada mérito queda a su nivel propio. A San Ignacio de Loyola, que amó a lo caballeresco—mezclado con lo místico—a la Iglesia Católica, se le llamó Quijote. La Iglesia, y quizá mejor, la Virgen María, fué la Dulcinea del admirable caballero andante, que acabó ensoñando con sin igual patetismo. Y es justo consignar que la primera comparación entre San Ignacio y Don Quijote la hicieron los primeros discípulos de aquél.

¿Cuáles son esas semejanzas de Nazarín con San Ignacio y con Don Quijote?

No basta decir que los tres son caballeros del ideal. Ni siquiera de un ideal. Es menester encontrar algo más. Y se encuentra. Intencionadas o no, estas semejanzas son innegables. Como San Ignacio, Nazarín sufre las persecuciones del poder eclesiástico. También Nazarín, como San Ignacio, se despreocupa en ciertas menudencias relativas a la indumentaria. Nazarín recorre tierras que se parecen a las recorridas por el Ingenioso Hidalgo A los dos les salen al paso aventuras y desventuras, con el mismo marchamo de idealismo. Los dos encuentran briosos arranques si se trata de obedecer a un superior más alto: su conciencia. Cuando Nazarín vuelve preso a Madrid "a curarse de su locura" nos recuerda a Quijano el Bueno de regreso a su aldea y a su casa en busca de la cordura que le llagaba en cuanto no se tocase a los libros de caballerías.

En Halma, Nazarín, liberado, reanuda su vida apostólica que pudiéramos denominar del ejemplo. Y se pone en contacto con doña Catalina de Artal, condesa de Halma-Lautenberg por su matrimonio con Carlos Federico, agregado a la Embajada de Alemania en Madrid. Catalina—Halma ya para todos—ha sufrido terriblemente. Amando con pasión a su esposo, vió cómo a éste, achacándole cierta locura, se le destituía, destinándosele primero a Sofía, después a Constantinopla. En brazos de Halma, en la casi paradisiaca isla de Corfú, fallece de tuberculosis Carlos Federico. Halma, sola, hubo de pasar estrecheces, miseria y humillaciones sin cuento, hasta que, casi milagrosamente, llegó por fin a Madrid. Los parientes de esta mujer adorable, que la vieron años antes marchar alegre, sana, hermosísima, enamorada, contémplanla ahora dolorosa, descarnada, un poco marchita, sin ilusiones. Y todos se preguntan: "¿Qué hará ahora Halma?" "¿Cómo vivirá ahora Halma?" "¿Cuáles serán ahora los deseos y las intenciones de Halma?"

Lo que hace Halma para empezar es

recluirse en su cuarto. No acepta de los hermanos sino trajes negros sencillísimos, pues hace voto de no usar, en todo lo que de vida le reste, vestidos costosos de colorines; hace voto de renuncia completa de la vida social. Halma anhela no ser sino una sombra. Y como una sombra, pasar. Sin incumbencias para nadie, sin apetencias hacia nada.

Halma se refugia—no diré en la mística, que es la mística algo muy complejo y que precisa que se toque con mucho tiento y por muy claras inteligencias—, Halma se refugia en las ideas místicas. Llega a ella por uno de los cuatro caminos que señalé en la nota preliminar a la novela Nazarín, el, a mi entender, más recto y firme después del ideal y puro otorgado por la benignidad divina: el camino a que empujan los dolores muy grandes, los desengaños crueles, las necesidades imperiosas, las desesperanzas humanas incontenibles. Halma es un espíritu desnudo en carne viva. Sangra al roce más leve con la realidad. Ella se sabe fuera de la situación entre sus semejantes. Apenas si tiene de qué hablar cuando está con ellos. Los mira, a los más allegados, y los desconoce.

Con una habilidad pasmosa pone Galdós en contacto las almas gemelas—por la pretensión, por el fervor—de Halma y de Nazarín. Al humilde clérigo acaban de darle de alta de un hospital, donde permaneció con unas calenturas tíficas; y pretenden hacerle ingresar en un manicomio. La locura mansa es más peligrosa para la sociedad que la demencia arrebatada. Esta jamás tendrá para nadie puntos de verosimilitud, sospechas de veracidad, fantasmas de verdad. Pero aquélla..., tan dulce, tan suave, sin estridencias..., logra pasar por sano juicio muchas veces, y su ejemplaridad y su acusación penetran como puñales en el pancismo social, que así siente perturbada su comatosa felicidad imbécil de boa constrictor. A estos locos pacíficos, cuya demencia es ácido nada más para las almas, son a quienes más se pretende aherrojar. La fuerza nunca es un peligro serio. Es el espíritu quien mina y descuaja.

Halma adivina al instante todo el valor moral de Nazarín. Y como el clérigo es un ser—al parecer—inofensivo y ella intenta recluirse en el castillo de Pedralba—convertido a sus instancias en asilo de ancianos enfermos—, consigue Halma que el obispo permita a Nazarín irse a convalecer a Pedralba... Desde este momento Nazarín y Halma obsesionan al lector. El clérigo humilde sigue siendo el protagonista indiscutible, recobra su energía o, mejor, el ejercicio exterior de ella, y decide la acción y prepara la moraleja—no quiero decir la tesis—de la novela. Halma es algo más—o resulta algo más—que una protagonista. Halma se nos ofrece como el Deus ex machina. Halma nos engolfa demasiado en los pormenores de sus obras benéficas y en los detalles de sus planes ascéticos. Diríase que, sintiéndose ella deshumanizada, se considera no apta para figurar al nivel humano de Nazarín. Ella misma se pierde un tanto en la emoción del lector, porque cuando se trata de estudios artísticos de almas, los hechos son materia opaca, las iluminaciones que atraen están en las pasiones.

Tal vez la novela Halma hubiera alcanzado una belleza superior si acertara Galdós a sazonarla con el elemento lírico, que tan bien le va al puramente especulativo de las ideas místicas. Pero, insisto, en el gran acierto y en el menor, Galdós es un insobornable partidario del elemento realista. En cuanto Galdós crea un alma pía, ya se le tarda en verla haciendo penitencia o fundando asilos; en cuanto crea un alma romántica, se desvive por que la realidad la maje a desilusiones.

En Halma abundan los tipos de contextura recia y de emoción deliciosa. El de José Antonio de Urrea—primo de Halma—, hombre inconstante, ligero, de dudosa reputación, capaz, por amor a su prima, de trabajar en los oficios del campo y, en cuanto le manden, de practicar con ahínco y el mejor deseo la religión, y hasta de convertir su pasión materialista en un puro platonismo. El de don Manuel Flórez, el cura simpático, sociable, consejero de las gentes ricas y amigo de todo el mundo, atildado, fino, a quien le produce un remordimiento espantoso el ejemplo de la vida de Nazarín, midiéndolo con la inanidad de su existencia. El del marqués de Feramor, hermano de Halma, personaje de británico empaque, con curiosos toques de irónica observación y dueño de un mundanismo empecatado...

PRIMERA PARTE

I

Doy a mis lectores la mejor prueba de estimación sacrificándoles mi amor propio de erudito investigador de genealogía..., vamos, que les perdono la vida, omitiendo aquí el larguísimo y enfadoso estudio de linajes, por donde he podido comprobar que doña Catalina de Artal, Javierre, Iraeta y Merchán de Caracciolo, condesa de Halma-Lautenberg, pertenece a la más emoingorotada nobleza de Aragón y Castilla, y que entre sus antecesores figuran los Borjas, los Toledos, los Pignatellis, los Gurreas y otros nombres ilustres. Explorando la selva genealógica, más bien que árbol, en que se entrelazan y confunden tan antiguos y preclaros linajes, se descubre que, por el casamiento de doña Urianda de Galcerán con un príncipe italiano, en 1319, los Arcal entroncan con los Gonzagas y los Caracciolos. Por otro lado, si los Javierres de Aragón aparecen injertos en los Guzmanes de Castilla, en la rama de los Iraetas corre la savia de los Loyolas, y en la de los Moncadas de Cataluña la de los Borromeos de Milán. De lo cual resulta que la noble señora no sólo cuenta entre sus antepasados varones insignes por sus hazañas bélicas, sino santos gloriosos, venerados en los altares de toda la Cristiandad.

Como he dado al buen lector mi palabra de no aburrirle, me guardo para mejor ocasión los mil y quinientos comprobantes que reuní, comiéndome el polvo de los archivos, para demostrar el parentesco de doña Catalina con el antipapa don Pedro de Luna, Benedicto XIII. Busca buscando, hallé también su entronque lejano con papas legítimos, pues, existiendo una rama de los Artales y Ferrench que enlazó con las familias italianas de Aldobrandini y Odescalchi, resulta claro como la luz que son parientes lejanos de la condesa los pontífices Clemente VIII e Inocencio XI.

De monarcas, no se diga, pues el árbol aparece cuajado, como de un lozano fruto, de apellidos regios, y allí veis los Albrit y Foix de Navarra, los Cerda y Trastamara de acá, y otros mil nombres que a cien leguas trascienden a realeza. como los de Rohan, Bouillón, Lancaster, Montmorency, etcétera... Fiel a mi compromiso, envaino mi erudición, y emprendo la reseña biográfica, designando a doña Catalina-María del Refugio-Aloysa-Tecla-Consolación-Leovigilda, etcétera, de Artal y Javierre, como tercera hija de los señores marqueses de Feramor. Huérfana de padre y madre a los siete años, quedó al cuidado del primogénito, actualmente marqués de Feramor, y de su hermana doña María del Carmen Ignacia, duquesa de Monterones. En 1890 casó con un joven agregado a la Embajada alemana, el conde de Halma-Lautenberg, matrimonio que hubo de realizarse contra viento y marea, pues los hermanos de ella y toda la familia se opusieron tenazmente por cuantos medios les sugerían su orgullo y terquedad. Querían desposarla con un individuo de la casa de Muñoz Moreno-Isla, de nobleza mercantil, pero bien amasada con patacones. Catalina, que desde muy niña mostraba increíbles ascos al vil metal, se prendó del diplomático alemán, que a su seductora figura unía un desprecio hermosísimo de las materialidades de la existencia. Grandes trapisondas y disturbios hubo en la familia por la tiránica firmeza de los hermanos mayores, y la resistencia heroica, hasta el martirio, de la enamorada doncella. Casados, al fin, no sin intervención judicial, el esposo fué destinado a Bulgaria, de aquí a Constantinopla, y allá le siguió doña Catalina, rompiendo toda relación con sus hermanos. Calamidades, privaciones, desdichas sin fin la esperaban en Oriente, y al conocerlas la familia de acá, por referencias de diplomáticos extranjeros y españoles, no veía en todo ello más que la mano de Dios castigando duramente a Catalina de Artal por la amorosa demencia que la llevó a enlazarse con un advenedizo, de familia desconocida, hombre sin seso, desordenadísimo en sus ideas, desatado de nervios y habitante aburrido de las regiones imaginativas. Para colmo de

infortunio, Carlos Federico era pobre, con el título pelado, y sin más renta que su sueldo, pelado también, pues la familia de Halma-Lautenberg, que desciende, según noticias que tengo por fidedignas, del Landgrave de Turingia y Hesse, Hermann II, había venido tan a menos como cualquier familia de por acá, de las que, después de mil tumbos y vaivenes, caen a lo hondo del abismo social para no levantarse nunca.

Contratiempos mil, reveses de fortuna, escaseces y aun hambres efectivas padeció la infeliz doña Catalina en aquellas lejanas tierras, sin más consuelo que el amor de su esposo, que nunca le faltó, ni de él tuvo queja, pues Dios, al privarla de tantos bienes, concedióle con creces la paz conyugal. Tiernamente amada y amante, la íntima felicidad de su matrimonio la compensaba de tanta desdicha del orden externo. Carlos Federico era bueno, dulce, aunque medio loco, según unos, y loco entero, según otros. La mala opinión acerca de su gobierno cerebral debió de trascender hasta la Cancillería de Berlín, porque fué destituído de su cargo. La joven pareja se encontró a merced de la Divina Voluntad, que, sin duda, quería someter a durísima prueba el alma fuerte de la dama española, pues a los dos meses de la destitución, y cuando en espera de recursos para venirse a Occidente, vivía oscuro y resignado el matrimonio en una humilde casita de Pera, se le declaró al esposo una tisis, con tan graves caracteres, que no era difícil presagiar un desenlace fúnebre en breve plazo.

Reveló entonces su temple finísimo el alma de Catalina de Artal, pues, cobrando ánimos con aquel nuevo golpe, aventuróse a pedir auxilio a sus hermanos de Madrid, que si al principio se hicieron un poco de rogar, cedieron al fin, mirando más al decoro de la familia que a la caridad cristiana. Con el mezquino socorro que la enviaron, pudo la heroína transportar a su pobre enfermo a la isla de Corfú, afamada por la benignidad de su clima. Allí vivieron, si aquello era vivir, en un pie de milagrosa economía; supliendo con el cariño los recursos materiales, y las comodidades con prodigios de inteligencia: él resignado, ella valerosa y sublime como enfermera, amantísima como esposa, diligente en el manejo de la humilde casa, hasta que, al fin, Dios llamó a sí al infeliz conde de Halma en la madrugada del 8 de septiembre, día de la Natividad de Nuestra Señora.

II

Refieran en buena hora los sufrimientos de Catalina de Artal en aquellos tristes días y en los que siguieron a la muerte de su adorado esposo los que posean mística inspiración y estén avezados a relatar vidas y muertes de mártires gloriosos. Yo no sé hacerlo, y dejando este trabajo a plumas expertas, que seguramente escribirán la edificante historia, no hago más que apuntar los hechos capitales, como antecedentes o fundamento de lo que me propongo referir. ¿Qué puedo decir del hondísimo dolor de la dama al ver expirar en sus brazos al que era su vida toda, amor primero, alegría última, único bien terrestre de su alma? La opinión del mundo, que rara vez deja de equivocarse en sus precipitados y vanos juicios, había contrahecho la persona moral del señor conde, pintándole en los círculos de Madrid con colores de malicia. Pero al historiador de conciencia, bien enterado de su asunto, toca borrar toda falsedad con que los habladores y envidiosos ennegrecen un noble carácter. Esto hago yo ahora, asegurando que Carlos Federico de Halma era un bendito, y que la investigación más rebuscona y pesimista no encontrará en su conducta, después de casado, ninguna tacha. Desbarato resueltamente la reputación que lenguas demasiado sueltas le hicieron en Madrid, y reconstruyo su verdadera personalidad de hombre recto, leal, sincero, añadiendo a estas cualidades las que adquirió en la convivencia con su digna esposa.

No poca parte había tenido en la dudosa reputación del alemán, antes del casorio, la volubilidad de sus ideas, la ligereza de sus juicios, sus distracciones, que llegaron a formar un verdadero centón anecdótico; sus displicencias negras alternadas con hervores de loco entusiasmo por cualquier motivo de arte o amoríos, su prolijidad machacona en las disputas y un sinnúmero de manías, algunas de las cuales no le abandonaron hasta su muerte. Se calentaba la cabeza pensando en la habitabilidad de todas las estrellas del cielo, chicas y gran-

des, y el que quisiera sacarle de sus casillas no tenía más que poner en duda la infinita difusión de familias humanas por la inmensidad planetaria. Del absoluto menosprecio de toda religión positiva había pasado, poco antes de casarse, y por influencia de la angelical Catalina, a un ferviente ardor cristiano, más imaginativo que piadoso, sed del alma que apetecía, sin satisfacerse nunca, no devociones externas y prácticas litúrgicas, sino embriagueces de la fantasía, mirando más a la leyenda seductora que el dogma severo En Oriente, la esposa logró poner algún orden en los descabellados entusiasmos de Carlos Federico, hasta que, atacado de crudelísima dolencia, tan difícil era combatir en él la fiebre abrasadora como el espiritualismo delirante. Uno y otro fuego le consumían por igual, y creyérase que ambos, juntando sus llamas, le redujeron a ceniza impalpable.

La noche misma de su muerte refirió a su mujer, entre dos ataques de disnea, un sueño que había tenido por la tarde, y como viese Catalina en aquel relato una extraña lógica y cierta lucidez clásica, se afligió extremadamente, pensando que su pobre enfermo entreveía ya los horizontes del reino de la eterna verdad. Tanto sentido, tanta sindéresis en la composición de un poemita fantástico, pues no otra cosa era el bien relatado sueño, ¿qué podían significar sino que el poeta se moría? Así fué, en efecto. En los últimos minutos de vida se lanzaba, con desbocada imaginación, a un proyecto de viaje por Asia Menor y Palestina, con el doble objeto de visitar las ruinas de Troya, primero, y el país de Galilea, después. (Atense estos cabos.) En su pensamiento se entrelazaron dos nombres: Homero-Cristo. Y al querer dar la explicación de aquel abrazo histórico y poemático, gimió, dió una gran voz...: "¡Ah!", y expiró...

Podría creerse que la muerte del conde fué el último dolor de la infortunada Catalina Artal, y que tras aquella tribulación le concedió el Cielo días de descanso, ya que no de ventura. Pues no fué así. Sobre la tristeza de su viudez y el recuerdo siempre vivo del pobre muerto, vióse agobiada de calamidades de otro orden. Hasta entonces había conocido las humillaciones y escaseces indecorosas que lastimaban su dignidad de aristócrata. Pero a poco de enviudar, y residiendo aún en Corfú, por no tener medios de trasladarse a otro sitio, supo lo que es la miseria, la efectiva, horripilante miseria, y sufrió vejámenes que habrían abatido almas de peor temple que la suya. Alojada como de limosna en una casa inglesa, primero; en una hostería griega, después, Catalina de Artal se vió privada de alimento algunos días, obligada a lavar su escasa ropa, a remendarse sus zapatos y prestar servicios que repugnaban a su delicado organismo. Pero todo lo llevaba con paciencia, todo lo aceptaba por amor de Cristo, anhelando purificarse con el sufrimiento. Como se le ofreciera una coyuntura propicia para salir de aquella situación, quiso aprovecharla, más que por mejorar de vida, por encontrarse entre personas allegadas, en quienes emplear los cariños que atesoraba su hermoso corazón. Llegóse un día inopinadamente a la isla jónica un hermano de Carlos Federico, grande aficionado a los viajes marítimos, y que divagaba por el archipiélago en un yate de unos comerciantes del Pireo. Propúsole el tal llevarla a Rodas, donde era cónsul el conde Ernesto de Lautenberg, tío suyo y del difunto esposo de Catalina, caballero muy bondadoso y corriente, a quien la infeliz dama había conocido en Constantinopla.

Dejóse llevar la viuda por Félix Mauricio (que así se nombraba su cuñado), atraída, principalmente, por la esperanza de vivir en compañía de la condesa Ernesto de Lautenberg, señora húngara, muy simpática y que había demostrado a la española, en los breves días de su trato, una cordial adhesión. Salieron, pues, de Corfú en la embarcación griega, mal llamada yate, pues por su pequeñez y escaso tonelaje no era más que un balandro bonito, propio para regatas y excursiones cortas. Iba tripulado por jóvenes *dilettanti* de la mar. A causa del mal gobierno y de la impericia del que hacía de capitán, no pudieron capear un furioso temporal que los cogió entre Zante y Cefalonia, y, lanzados por el viento y el oleaje hacia el golfo de Patrás, entraron de arribada en Misolonghi con grandes averías. Días y días estuvieron allí, esperando buen tiempo, y, lanzados de nuevo a la mar, llegaban siempre

a donde no querían ir. Félix Mauricio y el amigote ateniense que capitaneaba la frágil nave profesaban la teoría de que los temporales con vino *son menos*, y empalmaban las turcas que era una maldición. De este modo, y con tales ansiedades y vicisitudes, navegando a merced de Neptuno y sin arte para dominarle, fueron dando tumbos por toda la vuelta sur del Peloponeso. Como quien va describiendo eses por el laberinto de callejuelas de una ciudad tortuosa, tan pronto tropezaban en Candía, como en Cerigo (la antigua Cytheres); metiéronse a la buena de Dios por entre las Ciclades, tocando en Milo y Paros; luego recorrieron las Esporádicas, visitando Samos, Cos y otras hasta parar en Rodas, después de dos meses largos de endemoniada navegación.

Como todo se disponía en contra de los deseos de la infeliz viuda, resultó que el conde Ernesto se había ido a Alemania con licencia, y que su esposa, la simpática y bonísima húngara, se había muerto tres meses antes. Aceptó resignada la condesa de Halma esta nueva decepción, y tratando con su cuñado de la necesidad de que la trasladase a Corinto o Atenas, desde donde podría comunicarse con su familia de Madrid, y preparar su vuelta a España, contestóle el joven en forma tan descarnada y grosera, que no pudo la señora, por más esfuerzos que hizo, poner su humildad por encima de su orgullo en la réplica. Hallábanse en un fonducho próximo al muelle. Renunció la dama la hospitalidad a bordo, que el capitán del balandro le ofrecía, y enterada de que existía en Rodas un convento de la Orden Tercera, allá se dirigió, volviendo la espalda para siempre al conde Félix Mauricio y a sus insensatos compañeros de aventuras marítimas.

Gracias a los buenos franciscanos, la noble señora fué alojada decorosamente, y empezaron las negociaciones para su regreso a la madre patria. Dígase de paso, a fin de completar la información, que el tal Félix Mauricio era lo peorcito de la familia Halma-Lautenberg. Había pertenecido al Cuerpo consular, sirviendo en Alicante y en Smirna. Aquí casó con una griega rica, y abandonando la carrera, se dedicó al comercio de esponjas, con varia fortuna. Cuando le encontramos en el balandro, había logrado rehacerse de su primera quiebra. Su carácter violento y quisquilloso, su exterior desagradable, y más que nada, su inclinación irresistible a las libaciones alcohólicas, le hacían poco estimable y estimado de propios y extraños. Una tarde, hallándose doña Catalina platicando con el guardián del convento, vió al yate darse a la vela, y le hizo la señal de la cruz. Perdonó a la nave y a sus tripulantes, y dió gracias a Dios por haber salido en bien de su peligrosísima aventura por los mares de Grecia.

Los caritativos frailes lograron arreglar a la infortunada condesa su regreso a Occidente, y, tomándole billete en el *Lloyd Austríaco*, la expidieron para Malta, donde otros religiosos de la misma regla se encargarían de reexpedirla para Marsella, y de allí a Barcelona. Pero como el *Lloyd Austríaco* no tocaba en Rodas, la viajera tuvo que hacer la travesía entre esta isla y el punto de escala, que era Smirna, en una goleta turca que cargaba frutas y trigo. Nuevos contratiempos para la pobre señora condesa, pues aquellos demonios de turcos hicieron la gracia de llevar un formidable contrabando, y la goleta fué visitada en aguas de Chío por un falucho de guerra, y apresada y detenida con todos sus pasajeros y tripulantes, hasta que el bajá de Smirna decidiera el número de palos que le habían de administrar al patrón. Entre tanto, pasaba doña Catalina mil privaciones y amarguras, pues allí no había frailes franciscanos que mirasen por ella. Y gracias que, al fin, logró verse a bordo del vapor austríaco, el cual, para que en todo se cumpliese el sino de la dama sin ventura, era un verdadero inválido. Recelaba ella de todo, del mar y del cielo, y de los desmanes de la gentuza de varias razas orientales que en aquellas embarcaciones entra y sale de continuo. Pero ni el cielo, ni la mar, ni el pasaje, ocasionaron a la señora ningún disgusto. Fué la endiablada máquina del vapor la que se encargó de interrumpir lastimosamente la navegación, rompiéndose en la demora de Candía. Quedóse el buque como una boya, con el árbol de la hélice en dos pedazos, sin gobierno el timón por rotura de los guardianes. Dió, al fin, remolque un vapor inglés, y le llevó a Damieta; allí transbordaron, pasando a Alejandría, donde, por variar, sufrieron un nuevo y

penoso transbordo, con pérdida del equipaje y mojadura total de la ropa puesta. En rumbo para Malta, con divertimiento de siroco fortísimo, golpes de mar, y por fin de fiesta, a la entrada de La Valette, rotura de una de las palas de la hélice, retraso, peligro... En Malta, la dama errante fué atacada de calenturas intermitentes. Dos semanas de hospital, riesgo de muerte, consternación, abandono. Por fin, cumpliéndose en aquel triste caso lo de *Dios aprieta, pero no ahoga*. Catalina de Halma puso el pie en Marsella en un estado deplorable por lo tocante a nutrición, vestido y calzado, y cinco días después, los señores marqueses de Feramor vieron entrar en su casa a una mujer que más bien parecía espectro, el rostro descarnado, como de la tierra comido, los ojos brillantes y febriles, las ropas deshechas por el tiempo, el viento y la mar; roto el calzado..., lastimosa figura en verdad. Y como el señor marqués, poseído de espanto, la mirase ceñudo y dijese:

—¿Quién es usted?

Hubo de contestarle Catalina:

—Pero ¿de veras no me conoces? Soy tu hermana.

III

No dió su brazo a torcer la condesa de Halma en las primeras explicaciones y coloquios con sus hermanos, el marqués de Feramor y la duquesa de Monterones, es decir, que no se declaró arrepentida de su matrimonio, ni renegaba de éste por los trabajos y desventuras sin cuento que de su unión con el alemán se derivaron. La memoria de su esposo prevalecía en ella sobre todas las cosas, y no permitía que sus hermanos la menoscabaran con acusaciones o chistes despiadados. Había venido a que la amparasen, dándole el resto de su legítima, si algo restaba, después de saldar cuentas con el jefe de la familia. Pero no se humillaba, ni al pedirlo y tomarlo, en caso de que se lo dieran, había de abdicar de su dignidad, achicándose moralmente ante sus hermanos y dándoles toda la razón en el negocio de su casamiento. No, no mil veces. Si no le daban auxilio ni aun en calidad de limosna, no le faltaría un convento de monjas en que meterse. Tampoco repugnaría el entrar en cualquiera de las órdenes modernísimas que se consagran a cuidar ancianos, o a la asistencia de enfermos, que entre tantas Congregaciones, alguna habría que admitiese viudas sin dote. Replicóle a esto gravemente su hermano que no se precipitase, y que por de pronto no debía pensar más que en reponerse de tantos quebrantos y desazones.

Cerca de un mes estuvo doña Catalina en la morada de su hermano sin ver a nadie ni recibir visitas, sin dejarse ver más que de la familia y de la criada que la servía. De las ropas que le ofrecieron no aceptó más que dos trajes negros, sencillísimos, haciendo voto de no usar en todo el resto de su vida vestido de color, ni de seda, ni galas de ninguna especie. Modestia y aseo serían sus únicos adornos, y en verdad que nada cuadraba mejor a su rostro blanquísimo y a su figura escueta y melancólica. Como todo se ha de decir, aquí encaja bien el declarar que doña Catalina no era hermosa, por lo menos, según el estilo mundano de hermosura. Pero el paso de tantas desdichas había dejado en su semblante una sombra plácida, y en sus ojos, una expresión de beatitud que era el recreo de cuantos la miraban. Tenía el pelo rubio, tirando a bermejo; la nariz un poco gruesa, el labio inferior demasiado saliente, tez mate y limpia, la mirada dulce y serena, la expresión total grave, la estatura talluda, el cuerpo rígido, el continente ceremonioso. Algunos que en aquellos días lograron verla aseguraban hallarle cierto parecido con doña Juana la *Loca*, tal como nos han transmitido la imagen de esta señora la leyenda y el pincel. Es caprichoso cuanto se diga de otras semejanzas del orden espiritual, como no sea que la condesa Halma hablaba el alemán con la misma perfección y soltura que el español.

No era muy grato al señor marqués aquel aislamiento monástico en que vivía su hermana, ni le hacían gracia sus propósitos de renunciar absolutamente a la vida social. Aún podría, según él, aspirar a un segundo matrimonio, que la indemnizara de las calamidades del primero; mas para esto era forzoso abandonar la tiesura de imagen hiérática, las inflexiones compungidas, no vestirse como la viuda de un teniente, y frecuentar el trato de los amigos de la

casa. De la misma opinión era la marquesa, y ambos la sermoneaban sobre este particular; pero la firmeza con que defendía Catalina sus convicciones, manías o lo que fuesen, les hizo comprender que nada conseguirían por el momento, y que debían confiar al tiempo y a las evoluciones lentas de la voluntad humana la solución de aquel problema de familia.

Aunque es persona muy conocida en Madrid, quiero decir algo ahora del carácter del señor marqués de Feramor, cuya corrección inglesa es ejemplo de tantos, y que si, por su inteligencia, más sólida que brillante, inspira admiración a muchos, a pocos o a nadie, hablando en plata, inspira simpatías. Y es que los caracteres exóticos formados en el molde anglosajón no ligan bien o no funden con nuestra pasta indígena, amasada con harinas y leches diferentes. Don Francisco de Paula-Rodrigo-José de Calasanz-Carlos Alberto-María de la Regla-Facundo de Artal y Javierre, demostró desde la edad más tierna aptitudes para la seriedad, contraviniendo los hábitos infantiles hasta el punto de que sus compañeritos le llamaban el *Viejo*. Coleccionaba sellos, cultivaba la hucha y se limpiaba la ropita. Recogía del suelo agujas y alfileres, y hasta tapones de corcho en buen uso. Se cuenta que hacía cambalaches de tantas docenas de botones por un sello de Nicaragua, y que vendía los duplicados a precios escandalosos. Interno en los Escolapios, éstos le tomaron afecto, y le daban notas de sobresaliente en todos los exámenes, porque el chico sabía, y allá donde no llegaba su inteligencia, que no era escasa, llegaba su amor propio, que era excesivo. Contentísimo del niño, y queriendo hacer de él un verdadero prócer, útil al Estado, y que fuese salvaguardia valiente de los *intereses morales y materiales* del país, su padre le mandó a educar a Inglaterra. Era el señor marqués anglómano de afición o de segunda mano, porque jamás pasó el canal de la Mancha, y sólo por vagos conocimientos adquiridos en las tertulias sabía que de Albión son las mejores máquinas y los mejores hombres de Estado.

Allá fué, pues, Paquito, bien recomendado, y le metieron en uno de los más famosos colegios de Cambridge, donde sólo estuvo dos años, porque no hallándose su papá en las mejores condiciones pecuniarias, hubo de buscar para el chico educación menos dispendiosa. En un modesto colegio de Peterborough, dirigido por católicos, completó el primogénito su educación, haciéndose un verdadero inglés por las ideas y los modales, por el pensamiento y la exterioridad social. En Peterborough no había los refinados estudios clásicos de Oxford, ni los científicos de Cambridge; los muchachos se criaban en un medio de burguesía ilustrada, sabiendo muchas cosas útiles, y algunas elegantes, cultivando con moderación el *horse racing*, el *boat-racing*, y con la suficiente práctica de *law-tennis* para pasar en cualquier pueblo del continente por perfectas hechuras de Albión.

Hablaba el heredero de Feramor la lengua inglesa con toda perfección, y conocía bastante bien la literatura del país que había sido su madre intelectual, prefiriendo los estudios políticos e históricos a los literarios, y siendo en los primeros más amigo de Macaulay que de Carlyle; en los segundos, más devoto de Milton que de Shakespeare. Tiraba siempre a la cepa latina. Al salir del colegio consiguióle su padre un puesto en la Embajada, para que por allá estuviese algunos años más empapándose bien en la savia británica. En aquel período se despertaron y crecieron sus aficiones políticas, hasta constituir una verdadera pasión; estudió muy a fondo el Parlamento, y sus prerrogativas, sus prácticas añejas, consolidadas por el tiempo, y no perdía discurso de los que en todo asunto de importancia pronunciaban aquellos maestros de la oratoria, tan distintos de los nuestros como lo es el fruto de la flor, o el tronco derecho y macizo de la arbustería viciosa.

Ya frisaba don Francisco de Paula en los treinta años cuando, por muerte de su señor padre, heredó el marquesado; vino a España, y a los diez meses casó con doña María de Consolación Ossorio de Moscoso y Sherman, de nobleza malagueña, mestiza de inglesa y española, joven de mucha virtud, menos bella que rica, y de una educación que, por lo correcta y perfilada a la usanza extranjera, no desmerecía de la de su esposo. Poco después casó la hermana mayor del marqués

con el duque de Monterones. Catalina, que era la más joven, no fué condesa de Halma hasta seis años después.

Pues, señor, con buen pie y mejor mano entró el décimoséptimo marqués de Feramor en la vida social y aristocrática del pueblo a que había traído las luces inglesas y la ortodoxia parlamentaria del país de John Bull. Afortunadísimo en su matrimonio, por ser Consuelo y él como cortados por la misma tijera, no lo fué menos en política, pues desde que entró en el Senado representando una provincia levantina, empezó a distinguirse, como persona seria por los cuatro costados, que a refrescar venía nuestro envejecido parlamentarismo con sangre y aliento del país parlamentario por excelencia. Su oratoria era seca, *ceñida*, mate y sin efectos. Trataba los asuntos económicos con una exactitud y un conocimiento que producían el vacío en los escaños. Pero ¿qué importaba esto? Al Parlamento se va a convencer, no a buscar aplausos; el Parlamento es cosa más seria que un circo de gallos. Lo cierto era que en aquella soledad de los bancos rojos, Feramor tenía admiradores sinceros y hasta entusiásticos, dos, tres y hasta cinco senadores machuchos, que le oían con cierto arrobamiento, y luego salían poniéndole en los cuernos de la luna:

—Así se tratan las cuestiones. Aquí, aquí, en este espejo tienen que mirarse todos: esto es lo bueno, lo inglés *de la tía Javiera*, la marca *London* legítima, de patente.

IV

Fuera del Senado, el marqués tenía también su grupito de admiradores, que le citaban de continuo como un modelo digno de imitación. Por él, y por otros muy contados próceres, se decía la frase de cajetín: "¡Ah, si toda nuestra nobleza fuera así, otro gallo le cantara a este país!" El amanerado argumento de achacar nuestras desgracias políticas a no tener un patricio a estilo inglés, con hábitos parlamentarios y verdadero poder político, llegaba a ser una cantilena insoportable.

Es muy digno de notarse que Feramor desmentía la vulgar creencia de que todo inglés de alta clase ha de ser caballista y delirante por cualquiera de los *sports* que en Albión se usan. Para gloria suya, no había importado del país serio más que la seriedad, dejándose del lado allí del canal las chifladuras hípicas. Aunque algo y aun algos entendía de lo referente al *turf*, no se ocupaba de ello sino con frialdad cortés, marcando siempre la distancia que media intelectualmente entre un *handicap* y un discurso político, aunque sea ministerial. Y si era cazador, y de los buenos, no mostraba por esta afición una preferencia sistemática y absorbente. Así los gustos como las obligaciones existían en él en un valor propio y natural, y la inteligencia era siempre la maestra y el ama de todo. En el concierto de sus facultades dominaba la que Dios le había dado para que gobernase a las demás: la facultad de administrar; y mientras llegaba el caso de llevarle las cuentas a la nación, llevaba las suyas con un acierto y una nimiedad que eran un nuevo tema de aplauso para sus admiradores. "¡Un aristócrata que administra! ¡Oh, si hubiera muchos Feramor en nuestra grandeza, la nación no andaría tan de capa caída!"

La fortuna patrimonial del marqués no era grande, porque su padre había puesto en práctica doctrinas que se daban de cachetes con la regularidad administrativa. Pero la riqueza aportada al matrimonio por la marquesa fortalecía considerablemente la casa, en la cual reinaba un orden perfecto, gastándose tan sólo la mitad de las rentas. Vivían, pues, con decoro y modestia, sometidos gustosamente a un régimen de previsión, entre dos jalones: el de delante, fijando el límite de donde no debía pasar el lujo, para evitar despilfarros; el de atrás, marcando la raya de la economía, para no llegar a la sordidez. A mayor abundamiento, la marquesa, que parecía hecha a imagen y semejanza de su esposo, y que con la convivencia se asimilaba prodigiosamente sus ideas, salió an administrativa y administradora como él, y le ayudaba a sostener aquel venturoso equilibrio. Ambos lucían en el gobierno de la casa, con una perfecta entonación económica, si es permitido decirlo así. Diversas eran las opiniones mundanas sobre esta manera de vivir, pues si algunos los criticaban por no tener una cuadra de gran impor-

tancia hípica, como correspondía a los gustos ingleses del marqués, otros le elogiaban sin tasa por su excelente biblioteca, principalmente consagrada, ¡oh!..., a ciencias morales y políticas. Su mesa era inferior a la biblioteca, y superior a la cuadra. Sólo había cinco convidados un día por semana.

Expresadas las opiniones, conviene apuntar las habilillas, aunque éstas desdoren un poco la noble figura de los Feramor. Lenguas, que evidentemente eran malas, decían que el marqués colocaba el sobrante de sus rentas a préstamo con réditos enormes, sacando de apuros a sus compañeros de grandeza, comprometidos en el juego, en el *sport* o en otros vicios. En esto la maledicencia no acertaba, como casi siempre sucede, pues los préstamos del marqués no eran de calidad extremadamente usuraria. Se reforzaba, sí, con buenas hipotecas, y cuando la garantía era floja y el reembolso problemático, sus principios económicos le aconsejaban aumentar prudencialmente los intereses. Ello es que, si en rigor de verdad no debía ser llamado usurero, tampoco habría mayor injusticia que aplicarle el calificativo de generoso. Ni la adulación, que todo lo puede, podía llamarle así. Los amigos más benévolos no acertaban a descubrir en él un rasgo de desprendimiento, o un ejemplo de favor desinteresado. Era todo exactitud en el pensar, precisión matemática en las acciones, como una máquina de vida social en la que se suprimieran los movimientos de la manivela afectiva. No faltaba jamás a sus deberes, no se le podía coger en descuido de sus compromisos; pero tampoco se le escapaba la sensiblería de hacer el bien por el bien. Siempre en guardia, y custodiándose a sí propio con llaves seguras que sólo él manejaba, no permitía nunca que la espontaneidad abriese su interior de hierro, ni menos que mano profana penetrase en él.

Ved aquí por qué no gozaba de simpatías, y los que le admiraban como el último modelo inglés de corte de personas, no le querían. Encontrábanle todos poco español, privado de las virtudes y de los defectos de la compleja raza peninsular. Habríanle querido menos reglamentado moralmente, menos exacto, y un poquitín perdido. Físicamente, era hermoso, pero sin expresión, de facciones a las cuales no se podía poner la menor tacha, rematadas por una corona negativa, es decir, por una calva precoz, lustrosa y limpia, que él consideraba como la más airosa tapadera de la seriedad británica. Su trato fuera de casa era delicado y fino, dentro de una elegante tibieza, y en la intimidad doméstica, seco y autoritario, sin ninguna disonancia, pero también sin asomos de dulzura, como un preceptor o intendente, más que como un padre y esposo. De la señora marquesa, que no era más que el feminismo del carácter de su marido, poco hay que decir. La asimilación había llegado a ser tan perfecta, que pensaban y hablaban lo mismo, usando las propias locuciones familiares. Ambos se expresaban en inglés con notable soltura. Y la asimilación no paraba en esto, pues ocurría en aquel matrimonio joven lo que en algunos viejos, reducidos por larga convivencia a una sola persona con dos figuras distintas. El marqués y la marquesa se parecían físicamente; ¿qué digo se parecían?, eran iguales, a pesar de señalarse ella por poco bonita y él por bastante guapo; iguales el mirar, el respirar, los movimientos musculares del rostro, el aire grave de la frente, el temblor imperceptible de las ventanillas de la nariz, la manera de llevar los quevedos, pues ambos eran miopes; la boca, la sonrisa de buena educación más que de bondad. Decía un guasón, amigo de la casa, que si uno de los dos muriera, el superviviente sería viudo de sí mismo.

Vivían en la casa patrimonial de los Feramor, en una de las plazoletas irregulares próximas a San Justo, con vistas a la calle de Segovia y al Viaducto por la parte de Poniente; casa vetusta, pero que con los remiendos y distribuciones hechas por el marqués no había quedado mal. La parte baja, agrandada y mejorada notablemente, se dividía en dos cuartos de renta, y se alquilaron, el uno para litografía, el otro para las oficinas de una Sacramental. El segundo, distribuído al principio en tres cuartos de alquiler, fué después anexionado a la casa para aposentar convenientemente a los niños mayores, a la institutriz y a parte de la servidumbre. En aquel piso escogió su habitación doña Catalina, no permitiendo que fuera amueblada con lujo, sino más bien como celda de con-

vento, a lo cual se opusieron los marqueses, enemigos declarados de toda exageración. La exageración los sacaba de quicio, y, por tanto, arreglaron la estancia modestamente, pero evitando la afectación de pobreza monástica.

Al mes de su regreso a Madrid, la triste viuda empezó a salir de aquel estupor doloroso en que había venido. Ya tomaba gusto a la vida de familia, rompía la melancólica solemnidad de su silencio, y se distraía algunos ratos en la sociedad inocente de sus sobrinitos, dándoles de comer, ayudando a la institutriz o bien recreándolos con cuentecillos y juegos que no fueran ruidosos. Nunca bajaba al comedor grande a la hora oficial de comida. O se la servía en su cuarto, o con la familia menuda, en el comedor de arriba. Su vida era simplísima y de una regularidad conventual; se levantaba al romper el día, oía misa en el Sacramento o en San Justo, volvía sobre las ocho, rezaba o leía, haciendo labor de gancho, y el resto del día lo empleaba en repasar a los chiquillos la lección; volviendo de rato en rato a la misma tarea de la lectura, el gancho y el rezo. Su cuñada subía con frecuencia a darle conversación y distraerla; su hermano rara vez remontaba su seriedad al segundo piso, y cuando tenía algo de interés que comunicarle, la llamaba a su despacho. Una mañana, después de preparar el discurso que había de pronunciar aquella tarde en el Senado, extrayendo mil y mil datos de revistas y periódicos que trataban de monsergas económicas, habló largamente con su hermana de lo que se verá a continuación.

V

—Y yo te pregunto, querida hermana: ¿vas a estar así toda la vida? ¿No es ya bastante duelo? ¿No te hartas todavía de oscuridad, de silencio, de rezos monjiles y de ese quietismo, que al fin dará al traste con tu salud y hasta con tu vida?... ¿No respondes? Bueno. Conociendo tu terquedad, ese silencio me indica que aún tenemos melancolía y soledades para un rato. ¡Ah! Catalina, ¿por qué no eres como yo? ¿Por qué no tienes un poco de sentido práctico y das de mano a esas exageraciones? ¡Ea! Planteemos la cuestión en terreno despejado. ¿Piensas consagrar absolutamente tu vida a las devociones, a la religión, en una palabra?

—Sí—respondió la de Halma con lacónica firmeza.

—Bueno. Ya tenemos una afirmación, ya es algo, aunque sea un disparate. Vida religiosa: corriente. Y ¿tú lo has pensado bien? ¿No temes que venga el desaliento, el cambio de ideas cuando ya sea tarde para el remedio?

—No.

—Corriente. Una negación tan rotunda ya es algo. Adelante... Luego tu determinación es irrevocable; luego te sientes con fuerzas para afrontar esa vida, que yo soy el primero en alabar y enaltecer...; esa vida, ¡ah!, de la cual hallamos ejemplos tan hermosos en los tiempos pasados, pero que en los presentes..., ¡ah!... Resumiendo: que te propones ingresar en alguna de las órdenes existentes, y acabar tu vida en un claustro. Perfectamente: pero aquí entro yo, aquí entra tu hermano mayor, el jefe actual de la familia, el cual tiene la suerte de ver las cosas con gran claridad, y de plantear todas las cuestiones en el terreno positivo. Yo te pregunto: ¿es tu deseo pertenecer a alguna de las órdenes claustradas y reclusas, o a estas modernas, a la francesa, que persiguen fines esencialmente prácticos y sociales? Te lo pregunto, querida hermana, no porque piense oponerme a tu resolución en ninguno de los dos casos, sino para fijar bien los términos de la cuestión y puntualizar tus relaciones ulteriores con la familia desde el punto de vista social y económico. Conviene tratar el tema de la dote, o esa de tu religiosidad bajo el aspecto de los intereses materiales... Porque si no fijamos bien..., si no demarcamos bien...

Doña Catalina interrumpió con nerviosa impaciencia a su hermano en el momento en que éste acentuaba sus argumentaciones con los dos dedos índices sobre el filo de la elegantísima mesa de su despacho.

—No te canses en tratar este asunto como si fuera una discusión del Senado. Esto es sencillísimo; tanto, que yo sola puedo resolverlo sin consejo ni auxilio de nadie. Quédense tus sabidurías para cosas de más importancia. Yo tengo mis ideas...

Aquí la interrumpió él prontamente

apoderándose de la frase para comentarla con cierta acritud:

—Eso es lo que yo temo, señora hermana; y cuando te oigo decir: "Tengo mis ideas", me echo a temblar, porque los hechos me prueban que tus ideas no son de una perfecta congruencia con la realidad.

—Ello es que las tengo, querido hermano—dijo la condesa de Halma con humildad—, y tú tienes las tuyas. Fácil es que no concuerden unas con otras. Pensamos, sentimos la vida de un modo muy distinto. Déjame a mí por mi camino, y sigue tú el tuyo. Quizá nos encontremos, quizá no. ¿Eso quién lo sabe? Cierto es que yo quiero hacer vida religiosa. No puedo decirte aún si entraré en las órdenes antiguas o en las modernas. Soy un poco lenta en mis resoluciones, y mis ideas han de madurar mucho para que yo me decida a ponerlas en práctica. Quizá te sorprenda con algún proyectillo que pase un poquito la línea de lo común. No sé. Cada cual tiene sus aspiraciones. Yo las tengo en mi esfera, como tú en la tuya.

—Ya, ya—dijo el marqués, encontrando un fácil motivo de argumentación humorística—. Mi señora hermana pica alto. La fuerza de su humildad le sugiere ideas que se parecen al orgullo como una gota a otra gota. No encuentra dignas de su ardor religioso las órdenes consagradas por el tiempo, y aspira a eclipsar la gloria de las Teresas y Claras, fundando una nueva Regla monástica para su recreo particular... Y yo pregunto: ¿corresponderán las facultades intelectuales de mi querida hermana a la nobilísima aspiración de su alma generosa? Me permito dudarlo... No me niegues que has pensado en ello, Catalina, y que sueñas con la celebridad de fundadora. Te lo he conocido en lo que callas, conversando conmigo, más que en lo que dices. Te lo he conocido en ciertas reticencias sorprendidas en ti, cuando de soslayo tratamos alguna vez del empleo que pensabas dar a los restos de tu legítima. Y ahora, hermana mía, abordo nuevamente la cuestión de intereses, asaltado de una duda. Yo pregunto: mi señora hermana, en el estado cerebral particularísimo que es producto infalible del misticismo, ¿está en el caso de apreciar con exactitud la cuantía de su legítima, después de los soplidos de Oriente, que no hay para qué recordar ahora? Permítaseme dudarlo.

—Creo poder apreciarlo—dijo la de Halma con firmeza—; aunque, según tú, me hace falta el sentido de las cosas materiales.

—No es caprichosa esta opinión mía, pues la fundo en una triste experiencia. Por no haber sabido a tiempo amaestrar la imaginación, ésta te desfigura los hechos, te agranda todo lo que pertenece al concepto ventajoso, y te empequeceñe lo...

—¡Ay, no!—replicó la viuda con viveza—. ¿Piensas que la imaginación me empequeñece lo malo?... Di más bien lo contrario. Veo siempre considerablemente extendido todo aquello que me perjudica...

—Seguramente creerás que la parte de tu legítima que está en mi poder—dijo don Francisco de Paula con cierta conmiseración—se eleva a una cifra fabulosa. Fuera de que la legítima era en sí bastante menor de lo que pudimos creer en vida de nuestro querido padre (que en Dios goce), hay que tener en cuenta que tu disparatado casamiento más ha sido para disminuirla que para aumentarla.

—Dejaremos esta cuestión para cuando sea más oportuno tratarla—dijo doña Catalina levantándose.

—Como quieras. Pero no te impacientes por subir a tu nido, y oye la observación que quiero hacerte respecto a tus proyectos de vida monástica. Siéntate un momento más, y bueno será que atiendas ahora, más que otras veces lo hiciste, a las sanas advertencias de tu hermano, que, a falta de otra sabiduría, tiene la de presentar las cuestiones en su aspecto serio. No te censuro que te lances con ardor a la vida religiosa y santa. También eso, aunque con apariencias imaginativas, puede ser práctico, esencialmente práctico. Si tu conciencia, si tu corazón te impulsan por ese camino, síguelo, que tu carácter y los hábitos adquiridos no te permitirán quizá, o sin quizá, ir por otro. Mi aprobación en toda regla. Cuanto pertenezca al orden de la piedad y a los supremos *intereses* espirituales, me tendrá siempre en favorable disposición. Pero concrétate a un papel puramente pasivo, pues no naciste tú para la iniciativa ni para la actividad, en su acepción más lata. Temo

mucho a tus ambiciones de fundadora, y veo en peligro los reducidos intereses que constituyen tu legítima. Con ellos se te podría constituir una dote decorosa, y si me apuran, una dote espléndida. Pero si en vez de concretarte a ser humilde oveja, como piden tu carácter débil y, permíteme que lo diga, tus cortos alcances, te quieres meter a pastora, no tienes ni para empezar. ¡Ah! Vivimos en un siglo en que no se pueden desmentir las leyes económicas, querida hermana; y el que no tenga en cuenta las leyes económicas, se estrellará en toda empresa que acometa, aun aquellas del orden espiritual. Así como no se puede hacer una tortilla sin romper huevos, no puede emprenderse cosa alguna sin capital. Hoy no se crean órdenes o congregaciones con el esfuerzo puro de la fe y del ejemplo edificante. Se necesita que el que funda posea una fortuna que consagrar al servicio de Dios, o que encuentre protectores ricos y piadosos. Tú no los encontrarás para ese objeto si piensas buscar apoyo en la familia. Los parientes próximos, puedo citártelos uno por uno, no están en disposición de consagrar a un negocio tan problemático como la salvación de las almas propias y ajenas sus apuradas rentas. De modo que si te obstinas en llevar adelante un pensamiento demasiado ambicioso, no harás nada de provecho y perderás en vanas tentativas lo poco que tienes. Nuestra época admite los arrebatos místicos, pero con la razón siempre por delante; admite la caridad en grado heroico, pero con capital a la espalda, capital para todo, hasta para allanarle a la Humanidad los caminos del Cielo. Tú no posees ni ese capital encefálico que se llama razón, ni esa razón suprema de los actos colectivos que se llama capital. Intenta algo que se salga de lo común, y verás cómo sale un despropósito. Siembra tu pobre iniciativa, y cogerás cosechas de tristes desengaños.

—¿Has concluído?... ¡Qué bien se explica el señor senador!—le dijo Catalina con gracejo—. ¿Y si te dijera que no me has convencido? Me reñirías un poquito más. ¿Y si al reñirme más yo me permitiera el atrevimiento de no hacerte caso? Pero si no conoces mis ideas ni mis planes, ¿para qué los criticas? Es una verdadera desdicha que seas tan parlamentario, porque a todo le das el giro de discusión de negocio grave, y te sale un debate político de cada dedo. Yo no discuto, ni critico, ni *parlamenteo* nada. Lo que pienso hacer lo haré si puedo, y si no, no. ¿Ya te estás curando en salud, creyendo que voy a pedirte algo que no sea mío? Respira tranquilo, hombre práctico, apóstol del dogma económico y de las sacrosantas doctrinas del capital y la renta, y tal y qué sé yo. Niégame que existe un capital más eficaz que el que se forma con el dinero y la razón.

—A ver..., ¿qué?

—La fe... No te rías...

—Si no me río. Pues estaría bueno que yo me riera de la fe...; no, querida y respetada hermana... Debo poner punto por hoy en estas discusiones. Sé que no he de convencerte. Yo digo: "Terquedad, tu nombre es Catalina de Halma..." Espero que otro será más afortunado que yo.

—¿Quién?

—Don Manuel... Nuestro buen amigo triunfará de tus manías.

En aquel punto entró en el despacho la marquesa, que acababa de llegar de misa, y cogiendo al vuelo las últimas palabras, terció en el debate, repitiendo, como un eco de su marido:

—Don Manuel, don Manuel te convencerá.

VI

Y como si las palabras de Consuelo fueran una evocación, apareció en la puerta, sin que antes se le sintieran los pasos, un clérigo alto y viejo, que sonriendo y con blanda vocecilla decía:

—Don Manuel, sí, aquí está don Manuel, dispuesto a convencer a la misma sinrazón... ¡Oh mi señora doña Catalina!... A fe de Manuel Flórez que no esperaba tan grato encuentro, y pensaba, antes de almorzar, darme una vueltecita por arriba.

—Hoy es día solemne—dijo el marqués con su habitual cortesanía—; hoy tenemos a almorzar al señor don Manuel, y mi hermana, que sabe cuánto se merece un amigo de tal calidad, quebranta su clausura, baja al comedor y nos acompaña a la mesa.

—No merezco yo tanto... ¡Oh!

Doña Catalina quiso protestar sin

ofender al venerable sacerdote; pero su voz fué ahogada por admoniciones cariñosas, y poco después pasaron los cuatro al comedor. Por el camino, decía el simpático Flórez a la condesa de Halma:

—No está de más, mi buena y santa amiga, aflojar un poquito la cuerda de cuando en cuando.

Con decir que la educación del marqués y la de su esposa era exquisita, se dice que en el curso del almuerzo no se habló más que de cosas gratas, en las cuales pudieran todos decir su palabra sin ninguna violencia. Catalina estuvo melancólica y amable; don Manuel, festivo; el marqués, reservado, y Consuelo, con todos fina y obsequiosa. Nada ocurrió, pues, que merezca especial mención. Dijeron algo de política, que Feramor trataba siempre con criterio muy elevado, huyendo de las personalidades, cuatro palabras de literatura y academias y un poco también del proceso del cura Nazarín, que por aquellos días monopolizaba la atención pública y traía de coronilla a todos los periodistas y reporteros. Divididos los pareceres sobre aquella extraña personalidad, unos le tenían por santo; otros, por un demente, en cuyo cerebro se habían reunido con extraordinaria densidad los corpúsculos insanos que flotan, por decirlo así, en la atmósfera intelectual de nuestro tiempo. Interrogado sobre tan peregrino caso, el bonísimo don Manuel dijo que aún no tenía datos suficientes para formar criterio en aquel punto, y que se reservaba su opinión para cuando hubiese estudiado, con repetidas visitas y conferencias, al loco, tonto o lo que fuera. La de Halma no dijo esta boca es mía, ni aun demostró interés en un asunto que, por ser cosa que andaba en los periódicos, debió de parecerle de interés vano y pasajero.

Después del almuerzo, subieron don Manuel y doña Catalina al aposento de ésta, y se entretuvieron largo rato charlando con los chiquillos y la institutriz, la cual era inglesa, de edad madura, con rostro de pájaro disecado, buena persona, que sabía su oficio y cumplía muy bien, transmitiendo a las criaturas sus maneras finísimas y sus tópicos de ciencia fácil para uso de familias bien acomodadas. Cuatro eran los niños de los señores marqueses, y a todos se los nombraba con los diminutivos familiares, a la usanza inglesa. Alejandrito, el mayor (*Sandy*), despuntaba por su corrección de pequeño *gentleman*, y era un fiel trasunto de su papá, por lo comedido, lo económico y la precocidad de las cosas prácticas. Seguía Catalinita (*Kitty*), ahijada de su tía del mismo nombre, monísima criatura, muy espiritual y un poquitín traviesa. Paquito (*Frank*) era un poco abrutado, pero en él despuntaba una inteligencia sólida para la mecánica y... las obras públicas. Como que su juego preferido era imitar el ferrocarril, haciendo él de locomotora. Seguía Teresita, de tres años, a la cual llamaban *Thressie*, gordiflona, comilona y nada espiritual, por el momento. Se pirraba por chapotear en agua, lavar trapos y otras ordinarias ocupaciones. Era la que más daba que hacer a la *miss*, a quien llamaban *Dolly*, que es lo mismo que Dorotea.

Fuéronse todos de paseo muy bien arregladitos, pastoreados por la inglesa, y solos ya la condesa y don Manuel, se encerraron, quiero decir, que a solas estuvieron larguísimo tiempo, casi toda la tarde, charlando de cosas graves de religión y de beneficencia. No es posible continuar esta verídica narración sin afirmar que don Manuel Flórez era un sacerdote muy simpático: sus singulares prendas lo mismo le daban prestigio y consideración en las clases altas que popularidad en las inferiores. Entre diversos linajes de personas andaba de continuo, codeándose con aristócratas, o alternando con la pobreza humilde, y arriba y abajo sabía emplear el lenguaje más propio para hacerse entender. En él eran de admirar, más que las virtudes hondas, las superficiales, porque si no carecía de austeridad y rectitud en sus principios religiosos, lo que más en él resplandecía era la pulcritud esmerada de la persona, la dulzura, la benevolencia y el lenguaje afectuoso, persuasivo y en algunos casos retórico de buen gusto. La malicia pudo alguna vez tratar de mancharle, arrojándole salpicaduras de lodo callejero; pero siempre salió limpio y puro de aquellos ataques por su constancia en despreciarlos y no darles ningún valor.

Nunca tuvo ambición eclesiástica. Hubiera podido ser obispo con sólo dejarse querer de las muchas personas de gran influencia política que le trataban con intimidad. Pero creyó siempre que, me-

jor que en el gobierno de una diócesis, cumpliría su misión sacerdotal utilizando en servicio de Dios la cualidad que Este, en grado superior, le había dado: el don de gentes. ¡Prodigiosa, inaudita cualidad, cuyos efectos en multitud de casos se revelaban! No era sólo la palabra, ya graciosa, ya elocuente, familiar o grave, según los casos; era la figura, los ojos, el gesto, el alma flexible y escurridiza que se metía en el alma del amigo, del penitente, del hermano en Dios y aun del enemigo empecatado. Podría creerse que tal cualidad serviría para lucir en el púlpito. Pues no, señor. En su juventud había probado la oratoria sagrada con éxito dudoso. Predicador adocenado, pronto hubo de conocer que a ninguna parte iría por aquel camino. Su apostolado tenía por órgano la conversación, y el trato social era el campo inmenso donde debía ganar sus grandes batallas.

Vivía Flórez con independencia de la renta de dos buenas fincas que heredó de sus padres, en Piedrahita. No tenía, pues, que afanarse por la *pícara olla* ni que volver los ojos, como otros infelices, al palacio episcopal, a las parroquias o al Ministerio de Gracia y Justicia. Dios le había hecho vitalicio el pan de cada día, poniéndole en condiciones de ejercer su ministerio con la eficacia que da... una alimentación perfecta. No le venía mal la independencia hasta para la conservación de su fácil ortodoxia, de su perfecta conformidad con el espíritu y la letra de cuanto enseña y practica la Santa Iglesia. Vestía con pulcritud y hasta con cierta elegancia dentro de la severidad del traje eclesiástico, sin que en ello hubiera ni asomos de afectación, pues en él el aseo y la compostura eran cosa tan natural como el habla correcta y la bondad de las acciones. Era elegante, y por la misma razón por que cantan los pájaros y nadan los peces. Cada ser tiene su epidermis propia, producto combinado de la nutrición interior, y del medio atmosférico. La ropa es como una segunda piel, en cuya composición y pátina tanta parte tiene lo de dentro como lo de fuera.

Importantísimo debía de ser lo que hablaron aquella tarde don Manuel y doña Catalina, porque la encerrona fué larga. Despidióse el buen sacerdote, al fin, diciendo al coger su teja:

—Quedamos en eso..., ¿eh?

—Yo no diré nada ni haré nada.

—Corriente, mi buena y santa amiga. Si algo le dicen a usted, desentiéndase. Si sobreviene algún disgustillo, écheme la culpa. No tiene más que decir: "Cosas de don Manuel."

—Perfectamente. Si consigo lo que deseo, a usted lo deberé todo, y suya será la gloria.

—No, eso, no; la gloria es de usted; quedamos en eso, en que la gloria es de usted. No soy más que el ejecutor o el auxiliar de una grande, de una excelsa idea. Adiós, adiós.

VII

Bajó despacito las escaleras, fija la vista en los peldaños, mientras volteaba en su mente la grande, la excelsa idea, y en el portal se encontró a los señores marqueses, que regresaban de su paseo en coche.

—¿Todavía por aquí, don Manuel?

—¿Quiere quedarse a comer?

—Gracias mil. Ya saben que no como a estas horas. Mi chocolatito, y a la cama como un ángel. Consuelo, buenas tardes.

—Y ¿cuándo tendremos el gusto de volver a verle por aquí?—le preguntó el marqués.

—Ese gusto lo tendrán ustedes mañana.

—El disgusto será de usted.

—Quizá... Pero, en fin, mañana hablaremos. Abur, abur.

Requirió el manteo, y se fué, dejando a su buen amigo un tanto caviloso con aquel anuncio de conferencia, que debía de ser, se lo decía el corazón, alguna extravagancia de su señora hermana la condesa. Preparóse, pues, prejuzgando todos los órdenes de razonamientos con que podría embestirle don Manuel, y le aguardó tranquilo. Las diez no eran todavía cuando el sacerdote entró en la casa, y ambos en el despacho, sentaditos a uno y otro lado de la mesa, hablaron largo tiempo. El marqués, si le dejaban, era un águila para las amplificaciones; pero Flórez sabía ser lacónico y contundente cuando el caso lo exigía. La confianza autoritaria, de superior a inferior, con que le trataba, por haber sido su maestro antes de la partida de Feramor para Inglaterra, facilitaba mu-

cho a don Manuel las fórmulas de concisión.

—Ya, ya me lo figuraba—dijo el marqués, oída la breve exposición que hizo don Manuel de su visita—. Desde que usted me indicó anoche... Bajaba usted de su cuarto, donde estuvo en conclave con ella toda la tarde... En seguida comprendí. Mi señora hermana desea que le entregue su legítima.

—Exactamente.

—Y ¿para eso tanto misterio y conferencias tan largas entre usted y ella? ¿Por qué no me lo dice? ¿Acaso me niego a entregarle lo suyo? ¿Por ventura no tengo mis cuentas bien claras, y mi conciencia muy tranquila, y todos los asuntos tan en regla que fácilmente podría contestar a cuantas objeciones se me hicieran? Vea usted, vea usted...

Y diciendo esto sacó un legajo cuyo rótulo decía: "Cuenta de las cantidades suplidas a mi señora hermana Catalina..."

—Ya, ya—dijo el clérigo, continuando de memoria la lectura del rótulo—. "Suplidos en Madrid cuando se casó..., y después en Sofía, Constantinopla, Córfú..." Dame acá.

Y tomó los papeles, y sin dignarse pasar por ellos la vista, con resolución firme y calmosa empezó a romperlos, no pudiendo hacerlo con todo el legajo de una vez por ser demasiado grueso.

—¡Qué hace usted, don Manuel!—exclamó el marqués, abalanzando su cuerpo por encima de la mesa, pero sin atreverse a quitarle al otro de las manos los papeles que rompía pausadamente, echando los pedazos en una cestita próxima.

—Ya lo ves... Hago lo que tú harías si fueras como Dios y yo queremos que seas, lo que harás seguramente si reflexionas en ello... Déjame, déjame que deshaga toda esta podredumbre...

—Pero...

—No hay pero que valga. ¡Si has de concluir por aprobarlo y ayudarme a romper los que quedan! Hijo mío, tengo de ti mejor idea de lo que parece, y aunque te empeñas en disimular tu buen corazón con esas apariencias de egoísmo que te impone la sociedad, no has de conseguirlo. Ya, ya estás comprendiendo que debes entregarle a tu hermana su legítima íntegra, y que esa resta infame que tenías preparada no es propia de un caballero cristiano..., como debes ser..., como eres, lo digo y lo repito, como eres.

—¡Don Manuel!

—Don Manuel te quiere mucho, y cuando te ve desfigurado por el egoísmo, que todo lo contamina, te rehace a su gusto... Yo quiero que seas conforme al tipo de caballero cristiano que quise formar de ti cuando te llevaron a tierras de ingleses metalizados. No pongas esa cara compungida ni abras esos ojazos, Paco, amigo mío y discípulo amado. Los anticipos que hiciste a tu hermana son miserias..., miserias para ti, que eres rico; y si retienes esas cantidades al entregarle su legítima, rebajas tu dignidad y te pones al nivel de la gente mal nacida. Prueba que eres noble, no sólo de nombre, sino de hechos, y perdónale a tu pobre hermana las limosnas que le hiciste, que si el no dar limosna es cosa fea, el reclamar la que se dió es cosa feísima, plebeya, vil.

—Permítame usted, mi querido Flórez —dijo el marqués palideciendo, sin ningunas ganas de ceder, pero también sin ánimo para oponerse al rasgo de su amigo y maestro—; permítame usted que le diga que no es ésa la manera de tratar las cuestiones de intereses. Discutamos...

—Eso es lo que tú quieres, discutir, porque en ello siempre llevas ventaja. Pues yo aborrezco las discusiones; soy muy poco parlamentario. Y ¿para qué habíamos de discutir? Ya han desaparecido en pedacitos mil tus famosas cuentas. Mía es la responsabilidad de este crimen de lesa majestad... económica. Pero mi conciencia está tranquila, y aquí donde me ves, al romper tus papelotes he sentido en mi interior un goce vivísimo. ¡Si tú eres bueno, si tú mismo no sabes lo bueno que eres! ¡Ea! Voy a echármelas de parlamentario. Discusión: planteo el debate. Seré breve, muy breve. Escúchame. Tú eras rico; tu hermana, pobre. Tú habías hecho un buen casamiento, desde todos los puntos de vista; tu hermana lo había hecho detestable. Tú eras feliz; ella, desgraciada. ¿Qué menos podías hacer que socorrerla en su miseria, cuando aún no podías entregarle su legítima, por no estar ultimada la testamentaría? La socorriste, fuiste buen hermano, buen caballero; y ahora, cuando ella te pide la herencia de vuestro padre, te adelantas

gallardamente y le dices: "Querida hermana: toma lo que te pertenece, y olvida los sinsabores que te causé, como yo olvido los socorros que te di." Esto hace un prócer, esto hace un caballero, esto hace el primogénito de una casa ilustre que hoy se encuentra en posesión de grandes riquezas.

—No me deja usted hablar... Pero ¡don Manuel de mi alma!...

—Si estoy yo *en el uso* de la palabra, como decís allá. Después hablará su señoría, que aún tengo mucho que decir... Sigo. Pues me figuro que tengo delante de mí a tu padre, o, mejor aún, que el hombre que tienes frente a ti no soy yo, sino aquel bonísimo, aunque desordenado, Pepe Artal, mi noble amigo. ¿Por qué me decidí a romperte todo este papelorio? Porque tenía la seguridad de que él lo hubiera roto. No era yo, era él quien lo rompía. Hago revivir ante ti la imagen, más que la memoria, de tu padre, para que le imites en este caso, aunque en otros me guardaría muy bien de presentártelo como modelo. ¡Ah!... Paco mío, tu padre era un perdido..., digo, tanto como un perdido, no; era un mala cabeza, el desbarajuste, la imprevisión. Cabeza de trapo, corazón de oro. ¡Qué corazón el de Pepe Artal! Era el caballero español, dispuesto a todas las barbaridades imaginables; pero también generoso, verdaderamente noble y magnífico. El pobrecito no conoció a los economistas ingleses, ni siquiera por el forro. Había oído hablar con grandes encarecimientos de los políticos de allá: lord Palmerston, Pitt, qué sé yo; pero él no los conocía más que yo a los sacerdotes de Confucio. Creía que todo lo bueno ha de traer una marca que diga *London*, y se empeñó en que tú habías de entrar en el mundo social y político con esa etiqueta. Fuiste allá, volviste hecho un inglesote. Vales mucho, yo no lo niego. Serás capaz de arreglar la Hacienda española..., trabajo te mando..., como has arreglado la tuya. Tienes grandes cualidades, algunas muy raras aquí, y que nos hacen mucha falta; pero careces de otras, quizá las más elementales... Pero yo, que te quiero tanto, tanto, te cojo como se coge un muñeco o cualquier figurilla de materia blanda, y te retuerzo, y te doy una gran vuelta, hasta enderezar en ti lo que me parece torcido, y hacerte a mi gusto... Conque se acabó el discurso. Quedamos en eso: en que le entregarás a tu hermana su legítima sin escatimarle las sumas con que acudiste a sus necesidades en los tiempos de su extrema pobreza... ¿Estamos? Pues bien: ahora, yo, que soy un gran embustero cuando el caso llega, subiré a ver a Catalina y le soltaré una mentira muy gorda, pero muy gorda...

—¡Qué!

—Que tú, por tu propia iniciativa, como saliendo de ti, ¿me entiendes?, has tenido ese rasgo. Que yo no te he dicho nada, que los papeles los rompiste tú; mejor, que ya los habías roto; en fin, yo me entiendo.

—Y ¿eso dirá usted a mi hermana?

—Eso mismo, tal como lo oyes.

—Pues no lo creerá—dijo Feramor, sonriendo por primera vez después del sofoco que acababa de pasar.

—Tanto peor para ella y para ti... Pero sí lo creerá. Basta que se lo diga yo.

—Con muchos actos de veracidad como éste...

—Pero ¡si en rigor no es mentira lo que pienso contarle! ¡Si tú, al fin, sientes ya no haber tenido aquella espontaneidad, porque tu corazón se ha vuelto del lado de la esplendidez galana y noble! Y al aceptar ahora gozoso lo que antes no hiciste, es lo mismo que si lo hubieras hecho, y llegar a creer que tú mismo rompiste las cuentas, y... Vaya, confiésame que te has penetrado de tu papel de caballero y de buen hermano, y que estás contento de haberlo mostrado con una gallardísima acción. Confiésalo, di que sí, y con esa declaración me quedo yo más tranquilo, y no me remorderá la conciencia por el embuste que voy a encajarle a la condesa...

—¡Hum!...

VIII

—Mire usted, mi querido don Manolo —dijo el marqués sentándose, después de dar dos o tres vueltas por la estancia—. Sin esfuerzo alguno, y con sólo una ligera indicación de usted o de ella misma, habría usted visto en mí eso que llama rasgo, si supiera yo que al entregar a mi hermana su legítima daba un empleo útil a ese pequeño capital... Déjeme usted seguir, que ahora me toca hablar a mí. Pues ¡no faltaba más sino

que usted se lo dijera todo! Continúo *en el uso* de la palabra. Cúreme usted a mi hermana de sus manías de fundadora...

—Pero ven acá, majadero: ¿acaso la fe es una enfermedad?

—Que hablo yo ahora: no se interrumpe al orador. Quítele usted de la cabeza a mi señora hermana esas ideas y esos planes para cuya realización no le ha dado Dios el cacumen que se necesita, y no sólo le entregaré gustoso lo que le pertenece, sin merma alguna, sino que añadiré algo, siempre que ella se humanice, dejándose de aspirar a la canonización, y vuelva al mundo, mirando por su propio interés y por el de la familia. De buen grado daré todo el esplendor posible a la posición que ella podría crearse, bien casándose con el viudo Muñoz Moreno-Isla, bien con...

—¡Paco, por Dios, no desbarres!... Sí, te interrumpo, no te dejo hablar, no consiento que barbarices de ese modo. Pero, ¡tonto, si su gran espíritu la llama hacia cosas bien distintas de eso que llamas posición!... ¡Vaya una posición! ¡Si ella quiere la más alta de todas, la que será siempre inaccesible para todos esos Casa-Muñoz y demás traficantes ennoblecidos que se revuelcan en la vulgaridad, entre barreduras de plata y oro! ¡Buena está Catalina para vender la alegría de su alma, que consiste en estar siempre en Dios y con Dios, por el dinero de esos publicanos! ¡Divertida estaría tu hermana con esa gente, pues a trueque de poseer unas cuantas acciones del Banco tendría que soportar a su lado noche y día al de Casa-Muñoz y oírle decir *áccido, carnecería* y otros barbarismos! ¡Y de añadidura, tener por cuñada a la Josefita Muñoz, la *reina de las tintas,* como la llama no sé quién, y oírla y aguantarla y estar cerca de ella, cosa tremenda, porque es público y notorio que le huele mal el aliento!... Yo no me he acercado..., ¡tate!... Me lo han dicho. Pues otra: la madre de ésos tenía su tienda en la calle de la Sal. ¡Dios misericordioso, las varas de sarga que me ha medido a mí la buena señora para sotanas! ¡Y hoy sus hijos son marqueses, y en señal de finura se llevan la mano a la boca cuando les viene un eructo, y van a París como maletas para introducir en España la moda... de los *huevos al plato!* ¡Y ésa es la posición que quieres para tu hermana!

—No se puede con usted, mi buen don Manolo, cuando toma las cosas en solfa—replicó el marqués festivamente—. Búrlese usted todo lo que quiera; pero yo repito y sostengo que no hay otro medio para crear clases directoras en esta desquiciada sociedad que cruzar la aristocracia de pergaminos con la de papel marquilla, dueña del dinero que fué de la Iglesia y de las casas vinculadas. Yo le aseguro a usted...

—No me asegures nada... Tu hermana no quiere ser clase directora en el sentido social. Puede serlo en otro mucho más elevado. Sus desgracias le han hecho aborrecer toda esa miseria dorada del mundo. Ningún amor terrestre puede sustituir en su alma al cariño que tuvo a su esposo. Ahí donde la ves, con todo ese aire de poquita cosa, es una heroína cristiana. Fué buena esposa, mártir de sus deberes; la memoria del pobre muerto es su consuelo, y la llama vivísima de fe que arde en su alma se traduce en la ambición de consagrar su vida al bien de sus hemejantes, a aliviar en lo posible los males inmensos que nos rodean, y que vosotros, los ricos, los prácticos, los parlamentarios, veis con indiferencia, cuando no los escarnecéis, queriendo aplicar a su remedio las famosas leyes económicas, que vienen a ser como la receta del italiano contra las pulgas.

—Pero si yo no me opongo a que mi hermana sea piadosa... Accedo a que no se case, a que se dedique a la oración en la soledad de un claustro. Soy creyente, bien lo sabe usted...

—¡Hum!... ¡Creyente! Todos los señores prácticos, políticos y parlamentarios lo son por conveniencia, por decoro y exterioridad. Van con vela a las procesiones, y cuando se arrodillan ante el Santísimo y ven elevar la Hostia, están pensando en que los cambios suben tambien o bajan.

Dijo esto don Manuel nervioso, impaciente, levantándose y dando tumbos por el cuarto. De pronto entra *Sandy* a pedir a su padre los sellos que había recibido aquellos días, y el buen sacerdote, después de acariciarle, le dice:

—Corre al segundo, alma mía, y a tu tiita Catalina que baje al momento, que tu papá y yo tenemos que hablarle.

Subió el chiquillo como una exhalación, y en el tiempo transcurrido hasta que se presentó la condesa, el marqués hubo de parafrasear sus últimas afirmaciones para evitar que Flórez las interpretara torcidamente. Era hombre práctico, y, humillándose ante los hechos consumados, quería quedar bien con todo el mundo.

—He querido decir, señor don Manuel, que no ha demostrado mi hermana, hasta ahora, aptitudes para cosa tan grande, para una empresa que no sólo requiere piedad, sino inteligencia, saber del mundo y de los negocios. Eso lo sostuve y sostengo. Pero ¿acaso el que no haya demostrado aptitudes significa que no pueda adquirirlas cuando menos se piense? La fe hace milagros, ¿quién lo duda? La fe puede mucho.

—Según tú, los milagros los hace la santa economía.

—También. Y la inteligencia, y el método, y...

La entrada de su hermana le cortó la palabra. Antes de saludarla, don Manuel le alargó desde lejos los brazos, diciéndole con tanta seriedad como alegría:

—Venga usted acá, señora condesa de Halma, y dé las gracias a su hermano, este noble hijo de su padre, esta gloria de los Artal y Javierre... El señor marqués, no bien le indiqué los proyectos de usted, abrió, como quien dice, su corazón y su alma toda, inundada de fe cristiana y de entusiasmo católico. Y nada..., que disponga usted de su legítima, sin merma alguna, que no hay cuentas, ni las hubo, ni puede haberlas entre dos hermanos que tanto se aman, que si no basta, él está dispuesto...

—Poco a poco, don Manuel... Yo...

—Sí, sí; quiere decir que no nos abandonará en caso de... En fin, se ha portado como quien es, como un prócer castellano, caballero de la fe de Cristo. Ya lo esperaba yo, que conozco la raza, y he llorado de satisfacción viendo cómo sus ideas a las mías respondieron, cómo su noble corazón se inundó de regocijo ante los sublimes proyectos de su bendita hermana. ¡Vivan los Artal y Javierre, cuyo blasón no tiene igual en nobleza, cuya historia está llena de actos magnánimos, de virtudes heroicas! ¡Viva la familia que cuenta más santos que príncipes en su árbol genealógico, y príncipes a centenares, y felicitémonos todos, y yo el primero, por la honra de ser amigo de tan ilustres personas!

—Bien, muy bien—dijo doña Catalina, entre dos sonrisas, demostrando en la frialdad con que pronunció aquellas palabras que no aceptaba como artículo de fe las del clérigo.

—No me opongo jamás—dijo Feramor, tragando saliva para ahogar con ella la tumultuosa procesión que le andaba por dentro—, no me opongo a nada que sea razonable. Cuando lo espiritual se presenta en condiciones prácticas, soy el primero..., ya se sabe... Mis ideas generales, mis ideas políticas, concuerdan con todo lo que sea el *fomento y protección* de los intereses religiosos. La fe es una fuerza, la mayor de las fuerzas, y con su ayuda, las demás fuerzas, ora sociales, ora económicas, podrán realizar maravillas. Toda empresa de *mejora* moral me tiene a su lado porque no veo más camino para el perfeccionamiento humano que las creencias firmes, la misericordia, el perdón de las ofensas, la protección del fuerte al débil, la limosna, la paz de las conciencias.

—¡Qué hermosas ideas!—dijo don Manuel con fingido entusiasmo—. ¡Benditas sean las riquezas que atesoras, porque con ellas harás el bien de tus semejantes desvalidos! Si todos los ricos fueran como tú, no habría miseria, ¿verdad?, ni el problema social sería tan pavoroso.

Al llegar a este punto, el marqués necesitaba violentarse mucho para no coger una silla y dejarla caer sobre la cabeza del ladino y maleante sacerdote. Pero su corrección social, como una conciencia más fuerte que la conciencia verdadera, se sobrepuso a su enojo, y ni un momento desapareció de sus labios la sonrisa, que parecía esculpida, de la buena educación... ¡Ah, la buena educación! Era la segunda naturaleza, la visible, la que daba la cara al mundo, mientras la otra, la constitutiva, rara vez salía de la clausura en que las bien estudiadas formas humanas la tenían recluída. Prescindir de aquella segunda naturaleza para todos los actos públicos y aun domésticos, era tan imposible como salir a la calle en cueros en pleno día. Los refinamientos de la

educación, si en algunos casos corrigen las asperezas nativas del ser, en otros suelen producir hombres artificiales que, por las consecuencias de sus actos, se confunden con los verdaderos.

Apurando los inagotables recursos de su buena educación, de aquella fuerza en cierto modo creadora y plasmante que hace hombres o, por lo menos, estatuas vivas, el marqués sostuvo el papel que le había impuesto el eclesiástico amigo de la casa, y terminó la conferencia, diciendo graciosamente a su hermana:

—Dispón de... eso cuando quieras. Estoy a tus órdenes. Y, como te ha dicho muy bien don Manuel, entre nosotros, entre hermano y hermana, no se hable de cuentas, ni de anticipos... No, no me des las gracias. Es mi deber perdonarte una deuda insignificante. La fortuna me ha favorecido más que a ti, ¿qué digo la fortuna?, Dios, que es quien da y quita las riquezas. Si a mí me las ha dado, es para que puedas consagrarte..., consagrarte...

No acabó el concepto, porque la buena educación, empleada a tan altas dosis, hubo de agotarse... Para disimular la repentina extinción de aquella fuerza, el marqués no tuvo más remedio que fingir una tosecilla.

Y don Manuel, sacando una cajita de cartón, le dijo con buena sombra:

—Tome usted, señor parlamentario, una pastilla de las que yo gasto.

SEGUNDA PARTE

I

Véanse ahora los artificios que en la conducta del marqués de Feramor determinaba su segunda naturaleza, el ser urbano y correcto, pues el impulso adquirido le llevó a distancias considerables de su verdadera índole interna, petrificada en el egoísmo. Aquella noche y las siguientes, platicando en su tertulia con las personas graves de ambos sexos que a ella concurrían, indicó con discreta jactancia su propósito de coadyuvar a las empresas religiosas de su hermana la condesa. Verdad que todo esto era de dientes afuera. Hay que manifestar que le incitaba a la expresión de tales ideas y otras semejantes la atmósfera que reinaba en su tertulia y que no era más que una prolongación del ambiente total. Porque en aquellos días, que no están muy lejanos, había venido sobre la sociedad una de esas rachas que temporalmente la agitan y conmueven, racha que entonces era religiosa, como otras veces había sido impía. El fenómeno se repite con segura periodicidad. Vienen vientos diferentes sobre la conciencia pública: a veces como una moda de exaltaciones democráticas; a veces la moda del ideal contrario. En literatura también vienen y van estas ventoleras furibundas, que harían grandes estragos si no pasaran pronto. Sopla a veces un realismo huracanado que todo lo moja; a veces, un terral clásico que todo lo seca.

La religión no se libra de esta elasticidad atmosférica, que en cierto modo es saludable, dígase lo que se quiera. Vienen altas presiones de indiferentismo; siguen otras de piedad. En los días a que me refiero, la racha religiosa venía con fuerza, y en los salones de Feramor se arremolinaba furibunda. Hablábase con preferencia de Roma y del Santo Padre; a cualquiera se le ocurrían frases felices para ridiculizar a los incrédulos, o para encomiar las hermosuras del simbolismo cristiano y de las artes auxiliares del culto; otros señalaban decadencia, síntomas de ruina moral en los países protestantes. Sostenían éstos la frecuencia de las conversiones al catolicismo, y aquéllos recordaban con encarecimiento las vidas de santos y fundadores, encontrándolas más bellas que las de los héroes de Plutarco. Se proyectaban viajes en cuadrilla para admirar catedrales y huronear monasterios derruídos, y los aficionados a la estética reconocían más talento en los escritores ortodoxos que en los impíos o indiferentes. Algunos que nunca fueron beatos, enseñaban bajo la mundología una punta de oreja pietista, y

los que lo eran se crecían y amenazaban comerse el mundo. De fuera, por el vehículo de la Prensa, que siempre ha sido extraordinariamente sensible a estas mudanzas atmosféricas, venía la racha, empujando más cada día, porque los periódicos tachados de librepensadores y que lo eran realmente, al llegar Semana Santa salían con todas sus columnas abarrotadas de una santurronería que habría hecho palidecer de ira a los progresistas de hace treinta años. Las señoras, naturalmente, aventaban más y más la racha con el aire de sus abanicos y con el aliento de su apasionada fraseología, hasta conseguir que se hinchara como tromba. Ignoraban que cuando se apaciguaran aquellos vientos, vendrían otros con nuevas ideas y pasiones nuevas.

Pues bien: en una atmósfera densa de reivindicaciones religiosas vertía el marqués de Feramor sus ideas artificiales, que se llaman así para diferenciarlas de las ideas verdaderas, encerraditas muy adentro, lejos del histrionismo seco de la buena educación. Se esforzaba en mostrarse contento por auxiliar a su hermana doña Catalina en las formidables empresas cristianas que acometería muy pronto. ¡Oh, como representante de las clases directoras, él estaba obligado a contribuir a cuanto favoreciera los *grandes intereses espirituales* de la sociedad! No todo había de ser fomentar obras públicas, y defender como artículo de fe la asociación mercantil. Había que mirar al más allá, enseñar a las clases proletarias el olvidado camino del cielo, y preparar la vuelta de los grandes ideales. De este modo daba alimento a su vanidad, preconizando en público lo que en su fuero interno detestaba, y hacía propósito de sacar partido de lo que tan contra su voluntad se fraguaba, en el piso segundo de su casa, entre la testaurada condesa de Halma y el complaciente don Manuel Flórez.

Los concurrentes a su tertulia se veían obligados a mayores alabanzas que las que constantemente le tributaban por su sentido inglés y su desprecio de las exageraciones. A excepción del conde de Monte-Cármenes, equilibrista incorregible, que se ponía siempre en un justo medio muy cómodo, equidistante del misticismo y de la impiedad, los amigos de Feramor le veían con gusto en aquel camino. Naturalmente, los hombres de capacidad intelectual y pecuniaria como él estaban obligados a dar vigor al Poder público, vigorizando el *resorte* religioso. El marqués de Cicero no podía contener su entusiasmo; Jacinto Villalonga, que al conseguir la senaduría vitalicia se había constituído en adalid de los grandes principios, deploraba no ser rico para ayudar a la condesa de Halma en sus empresas espirituales, que eran lo mismo que una gran batalla dada a las revoluciones; los Trujillos, los Albert y Arnáiz, de la nobleza frescachona, opinaban que los *títulos* debían ponerse al frente del movimiento de regeneración; el conde de Casa-Bojío, Tellería de nacimiento, casado con una cubana rica, declaraba su conformidad y aprobación entusiástica... en nombre de Europa y América. El general Morla no hacía más que repetir y confirmar sus ideas de toda la vida. Severiano Rodríguez cerdeaba un poco, pero sin lanzarse resueltamente a la oposición, porque su urbanidad se lo vedaba.

Pero el que con mayor vehemencia y aspavientos más enfáticos hizo la apología de los *intereses espirituales* fué un tal José Antonio de Urrea, primo del marqués, parásito en la casa por temporadas, hombre inconstante, ligero y de dudosa reputación. Más joven que Feramor, algo se le parecía en lo físico, en lo moral poco, porque era la cabeza más destornillada de la familia y la mayor calamidad que pesaba sobre ella. El marqués le profesaba una antipatía que a veces era mortal odio, y había hecho los imposibles por mandarle a Cuba, a Filipinas, al fin del mundo, y librarse de sus furiosas acometidas en demanda de socorros pecuniarios. Las adulaciones del dichoso pariente le sacaban de quicio, porque tras ellas venía siempre el golpe inexorable.

Verdaderamente, José Antonio de Urrea era más desgraciado que perverso. Huérfano en edad temprana y sin patrimonio, no tuvo quien le mandase a estudiar a Inglaterra ni a parte alguna. Los parientes ricos quisieron darle carrera; empezó sucesivamente tres o cuatro: Infantería, Montes, Administración Militar, Telégrafos, y no llegó ni a la mitad de ninguna. A los veinti-

dós años fué preciso conseguirle un destino. Feramor contaba por centenares los viajes al Ministerio para pedir la reposición o el traslado. Ello es que le echaban de todas las oficinas, porque, o no iba, o iba tarde, y no hacía más que fumar, dibujar caricaturas y enredar con los compañeros. Abandonado de sus parientes, dedicábase a desconocidos negocios. Veíasele algún tiempo bien vestido, gastando en coche y teatros, sin que nadie supiese de dónde salían aquellas misas. Tras un largo período de eclipse, aparecía mi José Antonio hecho una lástima, enfermo, roto, muerto de hambre; pero con ideas de un gran negocio, que estudiaba y que seguramente sería su salvación. Feramor y su mujer, la duquesa de Monterones y su marido le compadecían, y, haciéndole prometer la enmienda, se dejaban expoliar. El pícaro se valía de mil graciosas artimañas para conquistar los corazones, principalmente los de las señoras; con el socorro que recogía se restauraba su ropa o la hacía nueva, y allá le teníais otra vez de punta en blanco, día y noche, de servilleta prendida, y amenizando las tertulias con su fácil ingenio.

Su inconstancia no era inferior a su desvergüenza; a veces desaparecía de las casas de Feramor y Monterones, y parasitaba en otras, donde, sin duda, le pagaban con el plato sus amenidades, que no siempre eran de buen gusto. Ello es que en la mesa y tertulia de la parentela pagaba el trato con una adulación asfixiante, y en las casas ajenas se vengaba de la humillación recibida hablando mal de su familia, ridiculizando el anglicanismo de su primo, las vanidades de la marquesa y de Ignacia Monterones. Tras esto solía venir otro largo chapuzón en oscuridades desconocidas, para resurgir luego, arrepentido, implorando misericordia. En cuanto su primo le veía con el incensario en la mano, se echaba a temblar, porque las lisonjas eran siempre precursoras de un golpe despampanante con el mandoble, que manejaba como nadie. Y así, cuando le vió tan entusiasta de los ideales religiosos, el marqués se dijo: "Este viene armado esta noche. Preparémonos."

En efecto, aprovechando una ocasión propicia, José Antonio le asaltó en un ángulo del billar, y allí, con alevosía, premeditación y ensañamiento, descargó sobre su cabeza el filo cortante, quedándose el marqués tan aturdido del tremendo golpe, que no supo contestarle. El terrible sablista mostróse muy animado con la esperanza de un seguro negocio, para el cual reunía el capitalito necesario, y sólo le faltaba una cantidad, una miseria que su primo, su querido primo, su opulento primo y mecenas le facilitaría al día siguiente...; si podía ser por la mañana, mejor.

II

—Pero ¿tú estás loco? ¡Que te dé mil pesetas!—le dijo la víctima, poniéndole la mano en el pecho y apartándole de sí como un peso que se le venía encima—. ¡Vaya una historia! ¿Negocios tú?... Y qué es, ¿se puede saber?

—Un negocio editorial, pero seguro, Paco, tan seguro, que ganaré con él en poco tiempo unos cuantos miles de duros.

—Echa por esa boca. La historia de siempre. ¿Y con mil pesetas estableces una casa editorial?

—¿No me has oído? Tengo más; pero me falta ese pico.

—Lo que a ti te falta es vergüenza —respondió el marqués, que ante aquella calamidad de la familia se veía privado hasta de su buena educación—. Déjame en paz, o te echo de mi casa.

—Bueno, no es motivo para que te enfades. Me niegas el auxilio que yo, pobre industrial, vengo a pedirte. Y luego me decís: "Trabaja, trabaja, sé hombre, sienta la cabeza." Pues, señor, siento la cabeza, me descrismo trabajando; pero, ¡ay!, la pícara ley económica se interpone... El capital, ¿dónde está? Lo busco; encuentro parte; voy a mi opulento primo a que me lo complete, y mi opulento primo me echa de su casa, me condena a la miseria, me ata las manos... Bien, Paco, bien... Siempre te querré, y te respetaré siempre...

—¡A fe que están los tiempos para poner dinero en empresas editoriales.... precisamente cuando hemos convenido en dedicarlo a las espirituales!

—Tú puedes atender a todo. Estás en el deber de fomentar lo de Dios y lo del César.

—Sí, sí, con la saca que me espera

estos días. ¿Sabes que tengo que dar a mi hermana...?

—Lo sé. Le das lo suyo.

—Pero...

—Convenido: tu hermana está loca.

—Habla con más respeto.

—Loca perdida. Locura sublime, si quieres. Yo que tú, no le daba un cuarto Lo sublime deja de serlo en cuanto le pones dinero encima. Dame a mí lo que te pido, que estoy bien cuerdo y bien pedestre, con mi trabajito metódico y mis hábitos de hombre previsor y ordenado.

En efecto, dígase, porque es verdad, el pobre Urrea llevaba medio año de vida totalmente contraria a la que le diera fama tan triste. Había conseguido dar forma práctica a su habilidad para la fotografía, y asociándose con un industrial muy activo, hizo una excursión por las provincias andaluzas, y se trajo una colección de clisés de monumentos que le valieron algunos cuartos. Esto le alentó Fundó un periódico, estudiando la Cincografía y el Heliograbado; pero la endeblez de la parte literaria hizo fracasar la publicación. Con nuevos elementos intentaba la creación de otro semanario ilustrado, esperando obtener considerables ganancias, y juntaba dinero para el material indispensable y para los primeros gastos. El impresor le exigía, a más del papel, una cantidad en fianza para responder de la composición y tirada de los dos primeros números. Hablando de estas materias, metiéndose de lleno en la explicación técnica del negocio, por ver si ablandaba a su primo, afiló más el arma, llegando a fijar en dos mil pesetas la suma que necesitaba.

—¡Dos mil!

—Sí, y tú me las vas a dar. Eres mejor de lo que tú mismo crees.

—No; si yo me tengo por inmejorable. Por serlo, no te doy las dos mil pesetas: sería lo mismo que tirarlas a la calle... Oye, una cosa se me ocurre: pídeselas a mi hermana, que ahora tiene dinero, o lo tendrá pronto, y, según dice don Manuel, lo dedica al socorro de la miseria humana. Claro que tú, con tu flamante industria editorial, estás comprendido en esa Humanidad miserable, a la cual piensa Catalina redimir.

—Pues mira, tú, no es mala idea... ¡Ah! Tu hermana es una santa, una heroína cristiana. Yo la admiro, y siempre que la veo me dan ganas de arrodillarme delante y rezar... Mi palabra de honor... Pues sí: ¡famosa idea!

—Hazle comprender que la protección a las industrias nacientes y a los hombres emprendedores y formales como tú debe contarse entre las obras de misericordia, y que la caridad empieza por la familia..., ¿entiendes? ¡Quién sabe, hombre, quién sabe si...!

—No lo tomes a broma, que bien podría... Se intentará, hombre, se intentará. Catalina es realmente un ángel, y sus desgracias le dan una extraordinaria penetración para comprender las ajenas. Bien mirado el asunto, debe comenzar su campaña caritativa por mí, que la venero, que la idolatro; por mí, el más desgraciado de la familia, más que ella seguramente, más, más. Y creo que, en conciencia, bien puedo pedirle tres mil pesetas.

—Sí..., sube, hijo, sube.

—Pero, ¡ay!—exclamó Urrea, desalentado súbitamente, llevándose la mano al cráneo—, no me acordaba de... ¡Ay, no puede ser. Paco de mi alma, no puede ser! ¡Qué tontos tú y yo! Claro que, dejándose llevar mi prima de su magnánimo corazón, no habría caso. Pero como el que gobierna en su voluntad es ese *congrio* de don Manuel... Figúrate.

—No te permito hablar así de nuestro dignísimo amigo.

—Perdóname... No le ofendo. ¡Triste de mí! ¡Cuando digo que la mayoría de los males que afligen a la Humanidad son de un origen eclesiástico!... ¡Ah! Pues si yo cogiera libre a mi prima, quiero decir, en el libre ejercicio de su misericordia, créete que mis cuatro mil pesetas no habría quien me las quitara. Mi palabra...

—Veo que si no te las dan pronto, acabarás por pedir un millón.

—Se me ocurre una idea... Quizá podríamos.. Hay que verlo. ¿Puedo contar contigo?

—¿Conmigo? ¿Para qué?

—Para apoyarme, en caso de que ese reverendísimo *percebe* informe, como parece natural, en contra de mi petición.

—Yo... ¿Cómo?

—Diciéndole a la señora condesa de Halma que ya no soy lo que era, que me he corregido, que trabajo, que con mi pequeña industria doy de comer a

multitud de familias indigentes; en fin, que defienda a raja tabla los grandes ideales cristianos, y que sería obra de caridad muy meritoria auxiliarme con cinco mil...

—¡Calla, hombre, calla! Yo no puedo apoyarte. Creerán que me he vuelto loco. En todo caso, demuéstrame que tus propósitos de enmienda son verdaderos y tus planes de trabajo cosa seria y decisiva.

Dijo esto el marqués pasando al salón próximo, como si por la fuga quisiera librarse de mosca tan importuna; pero el pariente pobre le seguía, cosido a sus faldones, desplegando la pertinaz voluntad de esos caracteres que no desmayan hasta no conseguir lo que se proponen. Minutos después, Feramor se sentó en un diván para hablar de política con Manolo Infante. El parásito hubo de agregarse con oficiosidad pegajosa; la conversación rodó insensiblemente hacia el terreno periodístico, y al instante Urrea se dejó caer con esta indirecta:

—Como yo consiga echar a la calle mis *Sabatinas,* verán ustedes. Cosa nueva, la actualidad presentada con arte y *chic,* precio fenomenal, digo, baratísimo; la parte literaria, de primera; la heliografía, *ídem de lienzo*; en fin, un negocio para enriquecer a alguien. El primer número, que ya está preparado, lo dedico al célebre apóstol de nuestros tiempos, el gran Nazarín, de quien presento noticias estupendas, la biografía completa, retratos de él y sus discípulas...

—Pero ese Nazarín, ¿qué es?—preguntó el marqués a Manolo Infante—. Ya nos trae locos la Prensa con la dichosa cuadrilla *nazarista,* y el proceso, y las *interviews*... ¿Le has visto tú?

—No necesito verle—replicó Infante—para pensar, como tu primo, que es el pillo más ingenioso que ha echado Dios al mundo.

—Poco a poco—dijo Urrea con el desparpajo que gastar solía para desmentirse—. Yo no pienso tal cosa.

—Hace un rato nos contabas a Severiano y a mí que le habías visto, y charlado con él y sus compañeras, y que le tenías..., son tus palabras..., por un impostor vulgarísimo.

—¿Eso dije?... Vamos, os revelaré todo el intríngulis de mi diplomacia. Por desorientaros a ti y a Severiano, os dije la opinión corriente y vulgar, reservando para mi público la novedad, la sorpresa. Yo presento a Nazarín como resulta del sondeo que he hecho de su carácter visitándole en el hospital uno y otro día.

—Y opinas que es un santo. Pues eso no es nuevo, porque no ha faltado quien lo haya sostenido ya.

—Pero no presentan los elementos de prueba que presentaré yo. Es un hombre extraordinario, un innovador, que predica con actos, no con palabras; que apostoliza con la voluntad, no con la inteligencia, y que dejará, no se rían ustedes de lo que afirmo, un profundo surco en nuestro siglo.

—¡Pero si nos has dicho hace media hora que ni siquiera es loco, sino un aventurero que se hace el demente para vivir sobre el país!

—No me convenía hace media hora decirte mi verdadera opinión. En diplomacia y en industria es permitido el engaño. Antes no me convenía propagar la verdad: ahora me conviene.

—A éste le entiendo yo mejor que nadie—dijo Feramor, riendo—. Tiene sus planes, persigue su negocio y, repentinamente, un cambio atmosférico le hace cambiar de rumbo para llegar más pronto a donde se propone. Es muy astuto mi primo, y ahora quiere ponerse a bien con los que dedican su dinero a los eternos ideales, a las campañas de la caridad evangélica. Es esto, ¿sí o no? Y a propósito, Manolo, ¿sabes tú de alguien que quiera tomar parte en una Empresa editorial, con tendencias religiosas, *nota bene,* con tendencias religiosas, haciendo un pequeño sacrificio de seis mil pesetas?

—Poco a poco...—dijo con viveza José Antonio—. La participación en los beneficios no puede darse sino aportando al negocio siete mil pesetas.

Feramor e Infante rompieron a reír, y el otro, sin cortarse ni abandonar el campo de su formidable *sport,* prosiguió de este modo:

—A reír, a reír... Ya veremos quién se ríe el último. Y volviendo a *mi héroe,* les enseñaré algunas pruebas de las diferentes fotografías que he podido sacarle en el hospital... También tengo las de sus compañeras. Verán.

Echando mano al bolsillo, mostró dis-

tintas pruebas fotográficas, obra suya, las cuales fueron examinadas con intensa curiosidad por las distintas personas que al instante formaron grupo.

—¿Conque éste es el famoso Nazarín?... A ver, a ver...

—Digan ustedes si cabe en lo humano un rostro más inteligente.

—Parece moro.

—Lo que parece es una figura bíblica.

—¿Y esta mujer...?

—Vean, vean esa cabeza, y díganme si la impostura puede llegar jamás a esa ideal belleza.

—Bonito perfil. Pero aquí hay retoque.

—Más que la *Beatrice,* de Dante, parece un Dante joven.

—Digan que es una pitonisa, con la inspiración pintada en sus ojos.

—O una Santa Clara.

—Eso, no; no es figura medieval, es bíblica.

—Del Antiguo Testamento. No confundir...

—¿Y éste? ¿Qué mico es éste?

—Esa es *Andara*..., la monstruosa, porque en su rostro hay un guiño del Infierno y otro del Cielo...

—*¡Andara!*... ¡Jesús, qué endiablada fisonomía!

—Todo es extraño, sublimemente enigmático y misterioso en esa familia, o dígase tribu... Pero fíjense, fíjense bien en la cara de Nazarín. ¿Es Job, es Mahoma, es San Francisco, es Abelardo, es Pedro el Ermitaño, es Isaías, es el propio Sem, hijo de Noé? ¡Enigma inmenso!

Desembuchaba estos calurosos encarecimientos el bueno de Urrea como un viajante que enseña las muestras de los artículos que ofrece al comercio. Y, en tanto, las fotografías corrían de mano en mano. Las señoras, principalmente, las arrebataban, y ponían en ellas su atención, con una curiosidad intensísima, insaciable, febril.

III

—Pero, amigo Urrea—dijo el marqués de Cicero, con sinceridad infantil—, esto debe publicarse.

—Se publicará.

—Y el texto..., ¿cosa buena?

—¡Ah!...

—Pero es tan considerable el gasto —dijo Feramor—, que la empresa que ha tomado a su cargo la propaganda nazarista solicita una subvención de ocho mil pesetas.

—¡Oh!... No has exagerado, querido primo—manifestó Urrea—. Y también te aseguro, palabra de honor, que para hacerlo bien, a la altura del asunto, no vendrían mal nueve mil.

—Chico, más vale que llegues de una vez a la cifra redonda: dos mil duros.

—Para mil cosas baladíes han dado eso, y mucho más, mecenas que yo conozco. Palabra que sí. Lo que se pretende ahora está circunscrito dentro de los términos de una modestia casi inverosímil: diez mil pesetas. ¿Qué menos?

—No me parece mucho. Que se las dé a usted el Gobierno.

—O pedirlas a las Sacramentales—dijo Manolo Infante—, que tienen la contrata de la conducción a la vida inmortal.

—Mejor a las empresas funerarias, porque el nazarismo hace propaganda de la muerte.

—Pues yo que usted, Urrea—indicó una dama que sabía tomar el pelo con suave mano—, pediría la subvención al gremio de constructores de imágenes y de pasos para la Semana Santa.

No se acobardaba el ingenioso aventurero por la rechifla graciosa con que los amigos de la casa acogían sus proyectos; antes bien, hallábase excitado, sentía en su mente audaces iniciativas y una pasmosa fecundidad de recursos para trabajar en aquel negocio. La idea sugerida por Feramor era felicísima. ¡Ah si él pudiera maniobrar en terreno libre, es decir, en el bondadoso corazón de su prima! Pero aquel intruso y pegadizo don Manuel Flórez, tamiz por donde pasaban todos los pensamientos y actos de Catalina de Halma, le desconcertaba, infundiéndole la tormentosa duda del éxito. Para discurrir a sus anchas sobre problema tan difícil, necesitaba estar solo, aguzar su ingenio hasta lo increíble, prepararse, en fin, con todo el aparato de artimañas y sutilezas que en su larga experiencia de aquella esgrima le habían dado tantas victorias. Despreciando las burlas de que era objeto en casa de Feramor, salió de allí presuroso, sin despedirse de nadie; contra su costumbre, se fué a su casa, y en

su reducida alcoba se encerró a meditar el plan de ataque, tratando de prever las posiciones del enemigo para escoger bien el palmo de terreno en que embestirle debía. Al meterse en la cama, con los pies fríos y la cabeza caliente, se dijo: "No hay que achicarse: la timidez será mi fracaso. Concretando mi honrada petición a dos mil duros, podrían creer que es para vicios. Para que vean que es un negocio serio, un asunto en que median los *grandes intereses* del espíritu humano, necesito correrme a tres mil."

Durmióse a la madrugada, y si al principio soñó que don Manuel Flórez, al oír su demanda, le disparaba a quema ropa un cañón Hontoria, su sueño fué después optimista y placentero, porque se vió abrazado tiernamente por el dicho Flórez, mientras Catalina sacaba del bargueño una arqueta gótica, y de ella muchos fajos de billetes de Banco, de los cuales daba una parte a Nazarín y otra a él; y como Nazarín era todo abnegación y menosprecio a los bienes terrestres, le regalaba su parte sin mirarla siquiera. El movimiento pudoroso del apóstol mendigo al coger el dinero prevaleció en la mente de Urrea aun después de haber pasado de aquel sueño a otro bien distinto. Soñó que con parte de aquel numerario compraba una mina de hierro, que en poco tiempo le daba rendimientos fabulosos; con las ganancias de la mina compraba dos manzanas de casas y mucho papel del Estado, y, negociando por alto, llegaba a hacerse dueño de toda la red de ferrocarriles de España..., aquí que no peco..., y de Francia e Inglaterra... Y a todas éstas, Nazarín, apartando de sí la resma de billetes con apostólica repugnancia.

Al romper el día, mientras cosas tan inauditas pasaban en el cerebro de un hombre dormido, don Manuel Flórez, que vivía en la misma calle, frente por frente al soñador Urrea, salía de su domicilio. Fué con vivo paso a decir su misa; entretuvo después un par de horas en esta y la otra iglesia, y a eso de las diez se dejó caer en la casa de Feramor. Entrando sin anunciarse en el despacho del marqués, que trabajaba con su administrador y apoderado, le dijo:

—Querido Paco, quisiéramos que eso se ultimara pronto; si fuera posible, hoy.

—Pues ¿no ha de ser posible? Hoy mismo, mi querido don Manolo. Mucha prisa tiene la redentora por entrar en funciones.

—La miseria humana, hijo mío, es la que tiene prisa, el hambre humana, la sed y la desnudez humanas.

—Pues por mí no quede.

Terció el administrador, asegurando que ya estaba avisado el notario para preparar la documentación, y que si terminaba aquel día, en el siguiente quedaría hecha la entrega de la legítima de la señora condesa, parte en fincas o valores, parte en dinero contante.

—Perfectamente—dijo el buen sacerdote, acariciándose una mano con otra—. Y ya que estás hoy en vena de amabilidad...

—Pero ¿no se sienta, don Manuel?

—No; me voy en seguida. Digo que ya que te encuentro en vena de concesiones, me atrevo a hacerte presente un antojito de tu hermana; cosa insignificante; verás...

—Acabe usted pronto, que ya empiezo a sentir escalofrío.

—¿Por qué, hijo de mi alma?

—Porque podría ser que para redimir a la pobrecita Humanidad no le bastase su legítima, y en nombre del Dios Uno y Trino me pidiese también la mía..., y podría suceder que usted se empeñase en que se la diera.

—Vamos, no bromees. Lo que te pide es que le adjudiques la torre de Zaportela, en Aragón. En esa casona destartalada pasó ella parte de su infancia con su tía doña Rudesinda. Tiene recuerdos...; en fin, que para nada te sirve a ti ese nidal de lagartijas, y ella tiene el capricho de restaurarlo, y...

—Es que la casa de Zaportela y dos predios adyacentes se los tengo dados en usufructo a los Urreas, los tíos de este perdido de José Antonio, pedigüeños insaciables como él, que practican la mendicidad por el terror. Si los echo de allí, son capaces de quemarme todas las casas que tengo en Aragón.

—Bueno, pues en vez de Zaportela, le darás el castillo de Pedralba, en esta provincia, término de San Agustín; ya sabes..., un caserón viejo, con una torre y no sé qué ruinas de un monasterio cisterciense... Conque no hay que vacilar, hijo mío, y agradéceme que abra

anchos horizontes a tu generosidad. Eres un ángel y el perfecto tipo del caballero cristiano.

—Basta, basta. No necesita usted emplear la lisonja para desvalijarme. Eso se arreglará. Participele usted a su discípula que no llore por el castillo. Pedralba será suyo.

—Se lo participarás tú, porque yo no subo hasta la tarde—dijo Flórez mirando su reloj—. Tengo mucha prisa. A las once he de ver al señor vicario; y a las doce me esperan en Gracia y Justicia para ir a la Nunciatura... Bueno, señor, bueno.

—¿Qué más?

—Nada más. ¿Te parece poco?

—Creí que me iba usted a pedir el coche para todos esos viajes.

—No pensaba pedírtelo, pero lo tomo si me lo das. Está Madrid perdido de barros. Bueno, señor, bueno.

Poco después salía, gozoso y vivaracho, el buen don Manolo, y en el portal, ¡zas!, José Antonio de Urrea que entraba. Quedóse el joven como quien ve visiones, y no acertaba ni a saludar al respetable limosnero de la casa.

—¡Pepillo, dichosos los ojos!... ¡Ven acá, hijo mío, dame un abrazo!—le dijo el clérigo con efusión—. Pero ¿qué tienes? Te has puesto pálido. ¿Estás enfermo?... Tiemblas.

—No, señor... La emoción... Cabalmente venía pensando en usted—replicó Urrea, besándole la mano—. ¿Cree usted que ver, después de tanto tiempo, a este amigo venerable, a este ángel tutelar de toda la familia, no es cosa que impresiona?...

—Calla, calla, zalamero.

—Déme usted a besar otra vez esas manos.

—Basta, basta. Ya sé, ya sé que estás muy corregido. Sé que trabajas, que has sentado la cabeza. Ya era tiempo, hijo mío.

—¿Quién se lo ha dicho a usted? —preguntó Urrea con cierta alarma, temiendo las ironías de su primo Feramor.

—Me lo han dicho... ¿A ti qué te importa? Tus primas, las de Hinestrosa, me lo han dicho, ¡ea!

—Soy otro hombre. Y ¡qué bueno es ser bueno, don Manuel! ¡Qué hermosura es una conciencia tranquila, una pobreza honrada y una conducta normal, ordenada y perfectamente correcta! ¡Qué descanso la pureza de las intenciones, la sujeción de los deseos, la adaptación de nuestros goces a la medida de la realidad! ¡Qué consuelo tan grande vivir en armonía con todo el mundo, y sentirse querido, respetado!...

—Sí, hijo mío, sí.

—Verdad que mi vida es azarosa, pues no puedo prescindir de ciertos hábitos de decencia, y careciendo de bienes de fortuna, el pan de cada día, mi queridísimo don Manuel, representa para mí esfuerzos hercúleos.

—Dios bendecirá tu trabajo. Adelante por ese camino. Persiste en tus ideas: ten constancia, valor, confianza en ti mismo.

—Así lo haré. Descuide.

—¿Vas a ver a Consuelo?

—No, voy a visitar a Halma.

Con esta brevedad familiar, *Halma*, nombraba comúnmente el parásito a su prima.

—Bien, bien. ¡Acompañar a los desgraciados, endulzar su tristeza con palabras de consuelo! La pobrecita te lo agradecerá mucho. Hazme el favor de decirle que no puedo ir hasta la tarde... ¡Ah! Y que eso, ya sabe lo que es, quedará ultimado mañana. Anda, anda, hijo mío. Y que el Señor te conserve en esa buena disposición. Adiós...

Volvió a besarle la mano, y después de acompañarle a entrar en el coche, subió el gran Urrea, más que gozoso, ebrio de entusiasmo y felicidad, porque las cosas se le deparaban mejor de lo que en los desenfrenos de su optimismo hubiera podido imaginar. Primer golpetazo de la suerte: encontrarse a don Manuel Flórez en aquel pie de increíble benevolencia, enterado ya de sus nuevas costumbres laboriosas. Segundo golpetazo: saber que hasta la tarde no iría el susodicho a la débil fortaleza, amenazada de un terrible asedio. Cierto que el enemigo podía presentarse a última hora con un socorro formidable, ideas y autoridad de refresco; pero también podía suceder que llegase tarde, y que, arrancada por el sitiador una promesa, la egregia dama no tuviera más remedio que cumplirla. El hombre se creció moral y hasta físicamente al subir la escalera, derecho al cuarto segundo. Se sentía impetuoso, audacísimo, invencible, y, sobre todo, grande, enorme. Creía tocar con su cabeza en el

tramo alto de la escalera, y que las puertas no tenían bastante hueco para darla entrada. Sin duda, la Providencia Divina se ponía de su parte. ¡Qué bien había hecho aquella mañana en rezar al Padre Eterno, a la Virgen y a San Antonio bendito, implorando su eficaz auxilio! ¡Qué diantre! ¿No era él un pobre, no era un triste, un mísero? Pues ¿qué hacía más que pedir una limosna, y proporcionar a las buenas almas el ejercicio de la más hermosa de las virtudes: la caridad?

"Fuera timideces, fuera mezquindades que podrían comprometer el éxito—se dijo al traspasar la puerta, soberbio y arrogante, como un campeón que anhela engrandecer los peligros para que sea mayor la gloria de vencerlos—. Allá van los hombres valientes. Le pido..., ¡pchs!..., veinte mil pesetas."

IV

Siempre que entraba don Manuel, después de larga ausencia de medio día o día entero, en el cuarto de su noble amiga la condesa de Halma, encontrábala sumergida en una melancolía profunda y tenebrosa, como nadadora que bucea en una cisterna. Abierto sobre la falda el libro de la *Ciudad de Dios*, de San Agustín, o alguna otra obra mística; apoyada la mejilla en la mano derecha, el codo del mismo lado sostenido en la mano izquierda y ésta en la rodilla derecha, que se elevaba por tener el pie sobre un taburete, parecía un Dante pensativo, revolviendo en su mente los círculos negros del Infierno, o los luminosos del Paraíso. Viéndola en tales tristezas anegada, silenciosa y ceñuda, procuraba don Manuel alegrarle los ánimos con su grata conversación, y unas veces lo conseguía y otras no. Pues aquella tarde, ¿cuál no sería la sorpresa del simpático Flórez al encontrar a su ilustre amiga en un estado de inquietud placentera? No daba crédito a sus ojos viéndola en pie, corriendo de un lado a otro de la estancia, como si arreglara y pusiera en orden los libros y objetos de devoción que en varios estantillos tenía. Y lo más extraño era que en su rostro resplandecían la animación, la vida. Sus ojos, siempre apagados, brillaban con fulgor de fiebre; sus mejillas, siempre macilentas, habían tomado un rosado tinte, como si volviera de un paseo por el campo, harta de sol y de aire.

—¿Qué tiene usted, mi noble y santa amiga?—le preguntó el sacerdote—. ¿Qué le pasa?

—Nada, no me pasa nada. Estoy contenta. ¿Esto es pasar algo?

—Sí... Me alegro mucho de verla tan gozosa. No conviene dejar caer el espíritu en la tristeza. La virtud es por naturaleza alegre, y la conciencia pura se regocija en sí misma...

—Siéntese usted si gusta, y déjeme a mí en pie. Siento una inexplicable necesidad de andar, de moverme. De repente, la quietud ha empezado a serme molesta.

—Le he recomendado a usted un ejercicio prudencial. La virtud no requiere precisamente la postración sedentaria, que hasta puede llegar a ser un vicio y llamarse pereza.

—Y ahora me preguntará usted el motivo o razón de este contento que en mí observa.

—En efecto, señora mía, se lo pregunto a usted.

—Y yo le respondo que no lo sé; que no puedo explicar qué pasa esta tarde en mi alma. Veremos si llego a darme cuenta de ello. Y ahora voy a interrogar yo. Dígame: ¿quién es Nazarín?

Quedóse un rato suspenso el buen Flórez, y miró el rostro de la condesa como quien quiere descifrar un oscuro acertijo.

—Pues Nazarín...—murmuró.

—¿Qué hombre es ése? ¿Le conoce usted?

—Sí, señora.

—¿De ahora, o le conoce usted hace tiempo?

—Es un sacerdote manchego, de mediana edad. Hace dos o tres años, no recuerdo bien la fecha, tuve ocasión de tratarle en la sacristía de San Cayetano. Parecióme un hombre excelente, de costumbres purísimas, humilde, de no común inteligencia, parco de palabras... Después me lo encontré alguna que otra vez en la calle; hablamos. El infeliz parecía disgustado; revelaba una pobreza honda, sin quejarse de ella. Creí que su cortedad de genio y su extremada delicadeza le tenían en tal estado, y le aconsejé que se sacudiera, procurando

adquirir un poco de don de gentes. Después le he visto incluído en un proceso escandaloso, y su nombre arrastrado por la vía pública. Francamente, me supo muy mal que un sacerdote viniese a tal situación, ya fuese por debilidad de carácter, ya por verdadera malicia. Supe que estaba en el hospital, convaleciente de un tifus agudísimo, y, ¿qué cree usted?... Me fuí a verle. Yo soy así: me gusta enterarme por mí mismo. Le ví, hablamos largamente, y...

—¿Opina usted como casi todo el mundo, que es un pobre loco?

—Esa es la opinión general.

—Pero la de usted, la de usted es la que yo quiero saber.

—La mía no tiene importancia. Expertos facultativos le han examinado, profesores de enfermedades mentales y nerviosas.

—Pero usted tiene bastante entendimiento para no necesitar de los juicios ajenos para formar el suyo. Dígame lo que piensa, en conciencia, de ese hombre. ¿Es un pillo?

—Creo que no.

—¿Firmemente que no?

—Sostengo con plena convicción que no es un malvado.

—Luego es un loco.

—No me atrevo a decir tanto.

—Luego es un hombre de miras elevadas, un hombre que...

—Tampoco afirmo eso.

—Luego usted no ha podido formar una opinión concreta.

—No, señora, no he podido. Y, créame usted, ha sido para mí el tal Nazarín objeto de grandes confusiones.

—¿Cómo no me había hablado de eso, don Manuel?

—Porque no pensara que tal asunto mereciera fijar la atención de la señora condesa.

—¿Sabe usted que anda por ahí un libro que trata de Nazarín, en el cual se cuenta cómo salió a sus peregrinaciones, cómo encontró prosélitos, cómo realizó actos de verdadero heroísmo y de sublime caridad?

—He leído ese libro, que me regaló su autor, con una dedicatoria muy expresiva. Pero no me fío de lo que allí se cuenta, por ser obra más bien imaginativa que histórica. Los escritores del día, antes procuran deleitar con la fantasía que instruir con la verdad.

—¿Puedo yo leer ese libro?

—Seguramente. Pero sin olvidar que es novela.

—Entonces, prefiero otra cosa.

—¿Qué?

—Ver al propio Nazarín. El sujeto vivo dará más luz que una historia cualquiera, aun suponiendo que no fuese fantástica y tan sólo escrita para entretenimiento de los desocupados.

—¿Ver a Nazarín? ¿Dónde?...

—En cualquier parte. En el hospital..., aquí.

—Eso me parece más grave. Con todo, no digo que no.

—Diga usted que sí y acabaremos más pronto. Ahora, punto y aparte: hablemos de otra cosa.

—Pues a otra cosa—repitió Flórez, algo caviloso por el repentino salto de la tristeza al contento en el ánimo de la ilustre señora—. Ya sabe usted que mañana se hará la entrega de la legítima. Ya hemos salido de eso.

—¡Gracias a Dios! Mucho tengo que agradecer también a mi hermano—dijo Catalina sentándose algo fatigada, cual si sus excitados nervios entraran en sedación—. Si he de decirle a usted la verdad, veo con absoluta indiferencia la llegada de ese dinero a mis pobres manos.

—La persona que mira al Cielo—dijo el cura entornando los ojuelos para ver mejor el rostro de su amiga—se acostumbra mejor que otras a despreciar los bienes terrenales.

—Y respecto al empleo que debemos dar a ese capitalito, ya hablaremos despacio.

—Si no recuerdo mal, ya hemos hablado bastante. Convinimos en que usted fundaría, en pleno campo y lejos del bullicio, un instituto de caridad, con rentas propias...

—Y que antes se reservaría una suma para repartirla entre los necesitados.

—Sí; pero eso es difícil, porque no tendríamos ni para empezar. La caridad debe hacerse con método, apoyándose en el criterio de la Iglesia, y favoreciendo los planes de la misma. No vale dar limosna sin ton ni son. Falta saber a quién se da y cómo se da.

—¿Sabe usted, mi buen don Manuel, que no entiendo bien eso?

—Se lo expliqué a usted con toda latitud ayer mismo.

—Pues lo he olvidado. Pero no hay que repetirlo. Ya lo comprenderé cuando tenga la cabeza más serena.

De repente, el buen clérigo se dió un golpe en la frente, como si quisiera matar un mosquito que le picaba, y exclamó:

—¡Ah, ya caigo, ya, ya!

—¿Qué?

—Nada, que mientras hablábamos me devanaba yo los sesos pensando quién habría estado aquí hoy de visita. Y ahora me ha venido súbitamente a la memoria.

—Mi primo Pepe Antonio de Urrea.

—Le encontré en el portal: él entraba, yo salía. Me han dicho que es hombre corregido.

—Así parece... ¡Pobrecillo! Me ha conmovido contándome sus apuros para ganarse la vida con un rudo trabajo.

—Y seguramente le ha pedido a usted dinero para sus empresas.

—Sí...

—Y le ha hablado a usted de Nazarín.

—Exactamente.

—Pero no puedo encontrar la relación entre Nazarín y los conflictos pecuniarios del descendiente de los Urreas.

—Le he prometido estudiar su petición y resolverla de acuerdo con usted.

—Lo menos le habrá pedido a usted dos o tres mil reales.

—Algo más: cinco mil duros.

—¡Ave María Purísima!... ¡San Antonio bendito!

—Crea usted que me reí, y desde que me habló de esto empecé a sentirme alegre. Los apuros de un hombre por cosa que tan poco vale, como es el dinero, me causan alegría. Es como el rechazo de todo lo que yo he sufrido por el maldito dinero en los días terribles en que me hacía tanta falta. Y ahora que en nada de mi propio interés puedo emplearlo, pues perdí el bien de mi vida, ahora que tengo bajo tierra los restos del que era mi único amor, y considero en el cielo su alma, me alegra el gemido de los que piden dinero con apremiante necesidad, y al ver que lo tengo, me alegro más. Experimento, créalo usted, como un secreto anhelo de venganza...; sí, quiero vengarme de mi destino, que a tantas privaciones me sujetó, y tantas amarguras me hizo pasar... Y cuando se acerca a mí un desgraciado pidiéndome aquello que yo no pude tener cuando lo necesitaba, y que poseo ahora que no lo necesito...

—Se venga usted... negándoselo.

—No, señor, dándoselo... Es una venganza en la cual confundo a mi destino y al mismo dinero, material vil y despreciable, cuyo reparto no debe someterse a ninguna regla de orden y gobierno. Las leyes económicas de mi hermano me parecen una de las más infames invenciones del género humano.

—De modo que usted, señora mía, ¿cree que para despreciar al dinero y castigarlo por su vileza debe dársele al primer loquinario que lo pide, sin que sepamos en qué lo ha de emplear?

—Creo que el empleo final de la moneda es siempre el mismo, dése a quien se diere. Caiga donde caiga, va a satisfacer necesidades. El manirroto, el disipado, el vicioso mismo, lo hacen pasar a otras manos, que lo aprovechan en lo que debe aprovecharse. Lance usted un puñado de billetes a la calle, o entrégueselo al primer perdido que pase, al primer ladrón que lo solicite, y ese dinero, como van todas las aguas a los ríos, y los ríos al mar, irá a cumplir su objeto en el mar inmenso de la miseria humana. Cerca o lejos, aquí o allá, con ese dinero arrojado por usted a la calle se vestirá alguien, alguien matara su hambre y su sed. El resultado final de toda donación de numerario es siempre el mismo.

—Señora mía—dijo don Manuel, un poco aturdido—, no seamos paradójicos..., no seamos sofísticos. Si usted me permite que la contradiga, que le haga una demostración clara de su error en esa materia...

El hombre no podía expresarse bien. Estaba sofocadísimo, sentía calor y se abanicaba con su teja.

V

—Por más que usted diga—prosiguió la condesa—, yo creo que la limosna consiste esencialmente en dar lo que se tiene al que no lo tiene, sea quien fuera, y empléelo en lo que lo empleare. Imagine usted las aplicaciones más abominables que se pueden dar al dinero: el juego, la bebida, el libertinaje. Siempre resultará que corriendo, corriendo,

y después de satisfacer necesidades ilegítimas, va a satisfacer las legítimas. ¡Dar a los pobres, nada más que a los pobres! Sobre que no se sabe nunca quiénes son los verdaderos pobres, todo lo que se da va a parar a ellos por un camino o por otro. Lo que importa es la efusión del alma, la piedad, el desprendernos de una suma que tenemos y que otros nos pide.

—Y ¿usted siente esa efusión del alma al dar a su primo el auxilio que solicita?

—Sí, señor; la siento, porque veo tras su petición un mundo de necesidades abrumadoras, de martirios horribles, en que igualmente gimen el alma y el cuerpo. Veo la falta de alimento, la estrechez de la vivienda, la persecución de los acreedores, la vida angustiosa, llena de humillaciones y vergüenzas ocultas: la disparidad terrible entre los medios de existencia y el nombre retumbante que se lleva en el mundo. Yo creo que en mi primo son ciertos los propósitos de enmienda; pero demos de barato que no lo sean; admitamos que nos engaña, que es un perdido, un tronera lleno de vicios, entre los cuales descuella el de la postulación a diestro y siniestro. Y ¿qué hará usted para sacarle del infierno de esa vida? ¿Predicarle? Nada se conseguirá mientras no se le ponga en condiciones de variar de conducta, y por más que usted se devane los sesos, no hallará otra manera de redención que darle lo que no tiene, porque su mala vida no es más que el resultado fatal, inevitable, de la pobreza.

—Según eso, señora mía—dijo el sacerdote con cierta severidad—, ¿usted piensa darle a José Antonio los cinco mil duros que le pide?

—Sí, señor; he resuelto dárselos, y así se lo he prometido. Mi palabra es oro. Pero...

—Pero ¿qué?...

—¡Oh! Aún falta lo mejor. Para que vea usted que no soy paradójica ni sofista, se los doy y no se los doy.

—¿Se los presta usted?

—Tampoco. Se los doy en una forma que usted ha de aprobar seguramente. Le adjudico la cantidad, quedando ésta en mis arcas, a disposición de sus administradores...

—Que son...

—Usted y yo. Nosotros nos encargamos de arreglarle una casa decente, de asegurarle la subsistencia durante el tiempo que se determinará, y, por añadidura, le pagamos sus deudas, le rompemos esas cadenas infames que le condenan en vida a un horrible infierno, le libramos de la vergüenza del sablazo, de la humillación de carecer de todo. Completaremos nuestra obra dándole medios de trabajar en esa empresa que dice trae entre manos, especulación que conviene estudiar detenidamente para ver si, en efecto, es tal que en ella puede formarse un hombre honrado. Vamos, ¿qué me dice de esta forma de practicar la caridad? ¿Cree usted que hay otra manera de traer al buen camino a un hombre lleno de defectos, desquiciado, empedernido en mil hábitos perniciosos?

—Contesto, señora mía, que, en principio, aplaudo su pensamiento. Respecto a la práctica..., no sé... Dígame usted: ¿José Antonio acepta el auxilio en la forma y condiciones que usted acaba de indicarme?

—El pobrecillo se echó a llorar. Bien conocí que sus lágrimas brotaban del corazón. "Eres la Providencia misma —me decía—, y realizas el sueño de mi vida; tú me salvas, tú me redimes, tú haces de mí otro hombre, y por ti, Halma, bien puedo decir que vuelvo a nacer." Y diciendo esto me besaba las manos.

—Y yo también se las beso a usted ahora—dijo don Manuel, haciéndolo con verdadero enternecimiento—. Es usted una santa... a su manera; quiero decir que cada día saca usted una nueva forma de santidad. Debo decirle, en conciencia, que en estas cosas la originalidad suele ser un poquitín peligrosa; pero hasta ahora vamos bien, y que siga el Señor inspirándole esas benditas iniciativas.

—Me complace que usted apruebe mi plan—dijo Catalina, excitada por el aplauso—, y que se compadezca de ese desgraciado primo mío, el cual, claramente lo veo, tiene más viciada la cabeza que el corazón. Cierto que es la informalidad andando, que no acaba cuando se pone a enjaretar embustes, que por procurarse el pan de cada día comete mil bajezas. Por eso mismo, por ser un enfermo del alma, le está perfectamente indicada la medicina de la ca-

ridad tutelar y educativa. ¿No estoy en lo cierto?

—Sí, señora mía—replicaba Flórez entornando los párpados y afirmando con la cabeza.

—La caridad se ha de ejercer en toda clase de enfermos y en toda clase de miserables, y este Urreíta es un pobre de solemnidad..., *de tres capas*, un desgraciado cuyas angustias parten los corazones. El me lo decía, haciéndome reír y llorar al mismo tiempo: "Querida prima, el último de los pordioseros es un millonario comparado conmigo. Recoge zoquetes de pan y peladuras de patatas; pero se los come en paz, y su espíritu vive con la serenidad y la alegría del pájaro que al amanecer canta saludando al día... Hasta los ciegos que andan por ahí tocando la flauta o el violín son menos desdichados que yo. Envidio a los vendedores de periódicos, a los mozos de cuerda y a los poceros de la villa. Todos comen su bazofia sin comerse al propio tiempo la vergüenza, que es amarga como la hiel." ¡Pobrecillo de mi alma! No puedo menos de considerarle, señor don Manuel, como un niño mañoso a quien hay que educar. Le haremos todo el bien posible, sin escatimar los azotes. Porque eso sí, mucha caridad, pero mucho rigor.

—Eso, eso; y si conseguimos su enmienda, habremos hecho una obra meritoria y grande—dijo, suspirando, el sacerdote, que si al principio sintió su poquito de resquemor ante la hermosa iniciativa de su discípula, no tardó en apropiarse las ideas de ella, con la mira de vigorizarlas y recobrar de este modo su magisterio.

—Y nadie me quita de la cabeza—prosiguió Halma—que el corazón de Pepe es bueno, y que hay en él, aunque por muy escondido no se vea, materia abundante para obtener la verdadera virtud. De niño era un ángel. Somos de la misma edad, y juntos vivimos algún tiempo en Zaportela; su madre, mi tía Rudesinda, me quería locamente, y como yo era endeblilla y enfermucha, me llevaba consigo al campo para que me repusiera. Pepe Antonio y yo pasábamos largas temporadas hechos unos salvajes, corriendo por praderas y sembrados, declarando la guerra a los pobres grillos y comiéndonos, no sólo la fruta madura, sino la verde. Pues mire usted: yo era mucho más traviesa que Pepe Antonio, yo solía tener malicias, inocentes, eso sí, pero malicias, y él no, él parecía un santito en agraz; y no es que fuera hipócrita, no; era la bondad misma, la pureza y la abnegación. Un día, delante de mí, se quitó la camisita para dársela a un niño pobre. Todo lo daba, no era glotón, ni avaricioso, ni envidiosillo, como todos los chicos. Mis faltas las tomaba para sí, y se dejaba castigar para que no me castigaran. Luego tomó camino tan diferente del mío, que estuvimos sin vernos muchísimo tiempo. Cuando volvimos a encontrarnos, ya era él un hombre, y hacía en Madrid una vida de vértigo y desorden. La orfandad, la miseria vergonzante corrompieron aquella alma buena, que parecía creada para el bien.

—¡Qué cabeza la mía, señora condesa!—dijo don Manuel, que con un gesto renegaba de su flaca memoria—. Pues ¿no se me había olvidado darle la buena noticia?... Esos recuerdos infantiles de Zaportela me hacen recordar que el señor marqués ha convenido conmigo en adjudicar a usted, no esa finca, sino otra mejor: el castillo de Pedralba, en esta provincia. ¡Tanto le dije, que...!

—¡Oh, qué dicha!... Pero ¿es cierto? ¡Pedralba nada menos! Tiene usted razón, mi hermano es la misma bondad, y yo no sé cómo agradecerle tantos beneficios. De niña, también viví en Pedralba: no puede usted figurarse el cariño que tengo a las viejas y carcomidas piedras del castillo, que de tal no tiene más que el nombre.

—Y la propiedad de esas fincas sin duda facilita los proyectos de fundación... ¿No es eso, señora condesa?

Doña Catalina no contestó, y su meditación silenciosa llenó nuevamente de recelo el espíritu del buen sacerdote. La pregunta que antecede había sido formulada por Flórez con objeto de explorar el pensamiento de su noble amiga, el cual cada día se concentraba más, arrojando de súbito alguna claridad esplendorosa, que al propio tiempo que deslumbraba al buen maestro, le ponía en gran confusión. Tras largo silencio, la condesa reanudó el diálogo, diciendo:

—Quedamos en eso.

—En que... si..., en que Pedralba puede servir de base...

—No pensaba yo en Pedralba. Lo que

digo es que usted no se opone a que vea yo a ese que llaman Nazarín.

—¡Ah!..., sí..., en efecto... Pues sí, no hay inconveniente...

—¿Usted no se atreve a afirmar si es loco o santo?

—Al menos, hasta ahora...

—Pues yo quiero saberlo, me conviene saberlo con certeza.

—Espero llegar a la certidumbre con sólo tratarle un poco, analizar sus ideas y someter a un examen prolijo sus acciones.

—Y aunque para mi convencimiento me baste el dictamen de usted, ¿será impropio, será impertinente que yo misma le vea y le hable, si no por otro motivo, por satisfacer una curiosidad que me inquieta?

—No creo improcedente que usted aprecie por sí misma su estado cerebral —repuso el clérigo, midiendo bien las palabras—. Pero antes conviene que le examine yo, que hablemos despacio. Luego determinaremos en qué sitio y ocasión puede usted satisfacer su curiosidad.

—Perfectamente... Pero prontito, don Manuel.

—Mañana mismo le haré una visita en el hospital. ¡Ea! Es muy tarde, y usted va a comer y yo a mi casa. Es de noche. Adiós, amiga mía, y a descansar. Descanse no sólo el cuerpo, sino el pensamiento, que harto trabaja en idear cosas grandes. Adiós... Hasta mañana.

VI

Retiróse don Manuel bien embozadito en su luenga pañosa, porque apretaba el frío, y meditabundo, y un poco descontento de sí, por el camino se decía: "Esta doña Catalina es el demonio... ¡Qué barbaridad! Quiero decir que es un ángel, un ser extraordinario. Ya no me queda duda. Tiene mucho más talento que yo, sabe más que yo, y descubre cosas que nadie ve, que si al principio parecen disparates, bien examinadas resultan con toda la hermosura y toda la grandeza de Dios. Cada día sale con una novedad. ¡Y qué ideas, Dios mío! ¿Qué me reservará para mañana?"

Esto decía, sintiendo un poquitín la humillación del maestro que se ve convertido en educando. Pero como era tan buena persona, y no dejaba entrar nunca en su alma la ruin envidia, y, además, estimaba cordialmente a la condesa, en vez de enojarse neciamente por el gradual desgaste de su autoridad, se apropiaba las ideas de la discípula, y haciéndolas suyas, las presentaba de nuevo en forma metódica y sistemática, con lo cual creía resultar a los ojos de ella, y aun a los suyos propios, como el verdadero inspirador, siendo en verdad el inspirado. Hombre flexible, creado para las adaptaciones sociales y para aplicar y defender la santa doctrina según el medio y las ocasiones en que le correspondía actuar; bastante sagaz para conocer lo bueno dondequiera que saliese, y bastante práctico para saber aprovecharlo, obraba como obran siempre los caracteres de su complexión y hechura, no poniéndose frente a ninguna fuerza que creen útil, sino dejándose llevar por dicha fuerza, con tanto estudio y picardía en la postura, que parezca que la dirigen y conducen.

Metióse el buen clérigo en su casa pensando en la corrección de Urrea, y pues la señora confiaba en su ayuda para lograrla, hacía propósito de adelantarse a ella en el desarrollo de aquel pensamiento, de hacerlo suyo, agregándole pormenores que lo harían de seguro más eficaz. Pero lo que le desconcertaba era no saber qué nuevas invenciones sacaría de su inspirado caletre la condesa, pues a lo mejor salía por donde menos se esperaba. Las iniciativas de él casi nunca cuajaban; las de ella venían con tal fuerza que al punto conquistaban al maestro, y no había más remedio que seguirlas, componiéndolas y retocándolas después para conservar las preeminencias exteriores del poder gobernante. En suma, que si al principio Halma parecía una reina constitucional a la moderna, que reinaba y no gobernaba, poco a poco iba sacando los pies de las alforjas y picando en absoluta soberana. Mas era tan buena, tan discreta y piadosa, que se arreglaba habilidosamente para dejar a su ministro las satisfacciones y aun la creencia de la iniciativa gubernamental.

"Bueno, Señor, bueno—decía don Manuel, poniéndose ante su cena, tan fru-

gal como bien condimentada—. Y esto de querer avistarse con el desdichado Nazarín, ¿para qué será? ¿Qué objeto lleva, qué ideas la mueven, qué planes acaricia? No lo entiendo. Pero allá veremos por dónde sale, y quiera Dios que sea por un registro fácil de entender, y más fácil de manejar."

A la misma hora que el respetabilísimo Flórez cenaba, pero no aquel día, sino pasados dos o tres, José Antonio Urrea comía con su primo Feramor en casa de los duques de Monterones. Fácil es comprender de qué hablarían, al encontrarse solos en el salón, poco antes de la comida.

—No lo creo, aunque me lo jures—le decía el marqués, sin poder contener la risa—. Tú estás soñando, Pepe, o quieres burlarte de mí. ¿Y dices que te lanzaste a fijar tu petición en la fabulosa cantidad de...?

—Cinco mil duros. Y aún creo que me quedé corto. Entré en la mística celda decidido a plantear el negocio *sobre la base* de los cuatro mil... Claro, las bromas, o pesadas o no darlas... Y en el curso de la conferencia, viendo las buenas disposiciones de Halma, me arranqué a los cinco mil. Exito completo. ¡Ah! Bien puedo decir ahora que tu hermana es una santa; pero así como suena, ¡una santa!... Todo lo contrario de ti, que eres el Sumo Pontífice del egoísmo. ¡Qué bondad, qué dulzura, qué penetración, qué talento sutil para comprender las circunstancias en que yo vivo! Sostengo que ella tiene más talento que tú, y que es mucho más práctica, sublimemente práctica. La indulgencia noble con que iba puntualizando mis miserias, mis acciones indecorosas, me llegó al alma, Paco, porque al propio tiempo que me reñía dulcemente por mi conducta, la disculpaba, atribuyéndola, más que a perversión moral, al inexorable despotismo de la necesidad, del hábito... ¡Oh, qué mujer, qué alma grande y hermosa! Cree que me hizo llorar. Mi palabra que sí. Llegué a figurarme que era un chiquillo, que me regañaban por la travesura de romper un juguete de precio, prometiéndome comprarme otro. En fin, que el cielo se ha abierto al fin para mí, después de haber llamado a su puerta inútilmente tanto tiempo. Estoy salvado, Paco; tu hermana me salva... Creo en la Providencia, en Dios... Soy feliz, seré otro hombre, gracias a ella, a ese ángel con más talento que todos los Artales y Feramores de este siglo y de todos los pasados siglos, amén.

—Pues te doy mi enhorabuena—le dijo el marqués con sorna—. ¿Ves cómo acerté al indicarte...? Me daba el corazón que mi hermana se gastaría su dinero en la regeneración de los perdidos de la familia. Obra laudable, a fe.

—Si te burlas, peor para ti.

—No me burlo. Ahora, lo que importa es que tu honradez esté a la altura de la virtud de Catalina, so pena de que resulte una santidad no sólo inútil, sino merecedora del manicomio antes que de los altares.

—No temas nada. En primer lugar, no me dan el dinero a mí, lo que en verdad no me importa. Mejor, mejor es así. No me lo dan; lo *dedican* a la grande y hermosa obra de remediar las penas del primer desdichado del mundo y de socorrer la miseria más angustiosa y lacerante que alumbran el sol y la luna.

Después de la comida, excitado el hombre por la nutrición abundante y la copiosa bebida, volvió a charlar con su primo mientras fumaban, y se enterneció al referir las bondades de Halma. Colmaba también de elogios a don Manuel Flórez, llamándole padre de los pobres, apóstol de gentiles, lumbrera de la caridad, y, al fin, charla que te charla, por entre los entusiasmos del hombre extraviado, deseoso de redención, asomó el cinismo del aventurero arbitrista.

—Tengo, además, otro proyectillo. A ver qué te parece. Tu hermana adoraba a su marido, aquel pobre *besugo* alemán que vino aquí a que le matáramos el hambre. La memoria de Carlos Federico es su única pasión mundana, y su espíritu se alimenta de la idea del muerto, como planta que vive de lo que extraen las raíces. Hablando conmigo, se dejó decir que su mayor gusto sería transportar a España el cuerpo, que debe de estar incorrupto, de su esposo querido, para sepultarse ella con él naturalmente, cuando se la lleve Dios... Pues bien: se me ha ocurrido proponerle la traída del difunto... Vamos, que le contrato la conducción de las cenizas preciosas por cinco mil duros, siendo de mi cuenta todos los gastos, embarque, trans-

portes por ferrocarril, aduanas..., porque las momias también pagan derechos. ¿Qué te parece?

—Que es una contrata como otra cualquiera. Redacta tu pliego de condiciones, estudia el asunto...

—Se puede ganar un par de mil duros..., palabra que sí. Me planto en Corfú, hago la inhumación, y me comprometo a traerlo decorosamente, con una cuadrilla de frailes franciscanos que vengan cantando responsos por toda la travesía. Y me encargo de asegurar el féretro, de envasarlo convenientemente y de hacer la entrega en el punto de España que ella designe. He de percibir a toca teja dos mil duros antes de partir para Corfú, y tres mil en el acto de entregar la santa reliquia.

—¡Pobre hermana mía!—exclamó el marqués, viendo súbitamente las extravagancias de su primo bajo el aspecto serio y peligroso—. Esto le pasa por querer gobernarse sola, desconociendo su incapacidad. Ya verá, ya verá... José Antonio, te prevengo que si continúas inspirando a mi desgraciada hermana esas que no sé si son tonterías o locuras, tendré que intervenir como jefe de la familia.

Dejóle con la palabra en la boca, masculland el cigarro. "Te desprecio—murmuró Urrea viéndole partir—, egoistón, eterno inglés de la Humanidad desvalida, usurero... Shylock disfrazado de aristócrata..."

No tardó en circular en la tertulia de Monterones la noticia de la redención del perdido con los dineros y la piedad de Catalina de Halma, y los despiadados comentarios que sobre ello se hicieron no sólo herían a la noble señora, sino a su respetable maestro espiritual.

—Porque yo me explico todo—decía la duquesa—: me explico las debilidades de mi pobre hermana, cuya cabeza se destornilló lastimosamente desde antes de casarse; me explico las audacias de Pepe Antonio; lo que no entiendo es que don Manuel autorice tales despropósitos.

Consuelo Feramor, que no hacía buenas migas con su hermana política, y censuraba sin piedad su retraimiento, tachándolo de mojigatería y orgullo, llegó a decir a su marido:

—La culpa la tienes tú..., y algo le toca al angelical don Manuel. ¡Pues si fuera cierto lo que me dijeron hoy en casa de Cerdañola! No, no puede ser... Lo cuento como chiste. Pues que Catalina ha suplicado a Flórez que le traiga a Nazarín... Esto sería demasiado, ¿verdad? Pero qué sé yo...; lo creo, me inclino a creerlo. Un entendimiento soliviantado que se dispara, ¿a qué tonterías, a qué extravagancias no llegará?

—Dejémosla disponer de su dinero como guste—dijo la de San Salomó, menos intransigente que sus amigas, sin duda por no ser de la familia—, y alabemos a Catalina de Halma, si nos da lo que a pedirle vamos. Y no hay que diferir nuestro sablazo, señoras mías. Podría suceder que llegáramos tarde y encontráramos agotado el filón. Reunámonos mañana, plantémonos allá las tres levantados en alto los terribles alfanjes de oro..., y ¡zas!

Consuelo Feramor, María Ignacia Monterones y la marquesa de San Salomó eran al modo de presidentas, vicepresidentas o secretarias en esas o las otras juntas benéficas señoriles que reúnen fondos, ya por medio de limosnas, ya con el señuelo de funciones teatrales, rifas y *kermesses*, para socorrer a los pobres de tal o cual distrito, edificar capillas o atender al inconmensurable montón de víctimas que los desatados elementos o nuestras desdichas públicas acumulan de continuo sobre la infeliz España. No hay que decir que las tres cayeron sobre la solitaria y triste viuda con el furor de piedad que desplegar solían en semejantes casos. Recibiólas Catalina con atento agasajo y finísimas demostraciones de amistad; pero con la misma urbanidad serena que empleó en las cortesanías, nególes el socorro que solicitaban. En redondo, en seco: que cada cual debía entenderse a solas para practicar la caridad.

Salieron desconcertadas, confusas, rabiosas, y en el paroxismo de su ira, Consuelo dijo a su marido:

—Si no fuera ella quien es y nosotros quien somos, creería yo que la residencia natural de tu hermana era un santo manicomio.

VII

Feramor las calmaba, haciéndoles ver cuánta impertinencia revelaba su eno-

jo, pues cada cual es dueño de hacer el bien, si lo hace, en la forma que más le acomode. Con su claro talento, su fácil palabra, mitad en serio, mitad en broma, logró poner las cosas en su punto, demostrando que si Catalina, por su exagerado individualismo y la salvaje independencia que iba descubriendo, podía merecer censura, no merecía execración, ni menos ser condenada a perpetuo encierro en una casa de orates. Pero si Feramor lograba calmar los ánimos, creando una situación de relativa tolerancia, muy de gusto y del género inglés, no así don Manuel Flórez, el cual, cuando cayeron sobre él furibundas las tres damas, pidiéndole explicaciones de la increíble conducta de la condesa, no sabía qué contestar ni por dónde salir; tales eran su confusión y azoramiento. En los días siguientes le traían loco con preguntas, comentarios y mortificantes indagatorias.

—Pero dígame, don Manuel: lo de la corrección de José Antonio, ¿fué idea de usted?

—De ella...; mía no... La que no comprenda que es una idea hermosísima, que no cuente conmigo para nada.

—Hermosísima y, sobre todo, práctica.

—Hemos de ver eso. La silba que se llevará don Manuel, si la corrección fracasa, se ha de oír en Pekín.

—Y sepamos otra cosa: ¿es también de usted el pensamiento de traer a Nazarín?

—Sí, señora; mío es—dijo valientemente y tragando saliva el buen sacerdote, decidido a corroborar siempre las ideas de doña Catalina para no perder su autoridad—. Si no comprenden la delicadeza, el noble fin que encierra, peor para ustedes.

—Pues mire usted, no lo comprendemos, y yo lo declaro, aunque usted nos tenga por... indoctas. Somos muy bárbaras, queridísimo don Manuel.

—Pero ¿es cierto que traerán a casa a ese pobre demente..., o criminal..., vaya usted a saber?—dijo Consuelo, escandalizada.

—¡Oh! Yo voto porque venga—manifestó la de San Salomó, y las mismas demostraciones hizo la duquesa—. Yo rabio por ver al famoso mendigo y apóstol Nazarín.

—Sí, que le traigan. Y que avisen con tiempo para invitar a todas nuestras amigas.

—Y veremos también a Beatriz, la mística mostolense, de quien decía un periódico que era una especie de Eloísa sin Abelardo.

—El Abelardo es Nazarín... Y que venga también *Andara*. Queremos ver toda la tribu. Sí, don Manuel, que vengan todos.

—Como no se trata de satisfacer una insana curiosidad, no los verán ustedes.

—Pues nos oponemos a que entren en casa.

—No, no. Lo que haremos es reconocer y proclamar el delicado pensamiento de Catalina, si los traen y nos permiten verles y hablar con ellos... Pero que conste: ha de venir también *Andara*. Ese tipo de travesura procaz y temeridad heroica me interesa extraordinariamente.

—Hablaremos con ellos, nos explicarán su doctrina.

—Les daremos una merienda.

—¡Ea! Basta—dijo Flórez, incomodándose—. No vendrán. Las mujeres nazaristas no se ha pensado en traerlas. El, el desdichado sacerdote melancólico y errabundo, no vendrá tampoco, sencillamente porque no quiere venir.

—¡Ah! Nuestro gozo en un pozo.

—Entonces, irá Catalina a verlos al hospital. Me parece muy inconveniente.

—Me parece una necedad formidable.

—Menos pareceres y más juicio, señoras mías. Lo que disponga *este cura* en asuntos para los cuales no debe faltarle competencia, al menos por su edad, ya que no por su saber, no debe ser discutido ni menos ridiculizado por mis buenas amigas, alguna de las cuales (lo decía por la de Monterones) recibió de estas manos el agua del bautismo. Conque no digo más por hoy.

Con esta admonición, en que advirtieron las tres damas un marcado acento de severidad y amargura, cosa muy rara en don Manuel, que era un almíbar en el trato social, especialmente con señoras, se reprimieron, dando a sus críticas un tono puramente amistoso. Pasaron algunos días, en los cuales no tuvo Flórez ocasión de sacar las disciplinas; pero al ser puesto en práctica el plan de corrección del pobre Urrea, las hablillas recrudecieron. ¡Santo Cristo! Cuando se corrió la voz de que *le*

ponían casa a José Antonio, de que doña Catalina le cuidaba la ropa, y don Manuel andaba por todo Madrid a la husma de los usureros que desollaban vivo al primo de Feramor, levantóse un tumulto tan imponente, que el bueno de Flórez tuvo que plantarse. Todo lo consentía menos que su autoridad fuese puesta en solfa. Que se hicieran comentarios más o menos discretos de sus acciones, no le importaba; pero que sus acciones se desfiguraran maliciosamente, no podía quedar sin correctivo. Fué, ¿y qué hizo? Convocó a las tres damas, que eran cabeza de motín, y les echó un sermón por todo lo serio, dejándolas, si no convencidas, calladas y con pocas ganas de meterse en vidas ajenas. Retiróse el buen limosnero a su casa, fatigado de aquellas luchas a que la genial iniciativa de la condesa le comprometía, rompiendo la placidez fácil de su religioso gobierno, y al introducirse en la cama, después de sus rezos, o entreverando el rezo con la meditación profana, se decía: "¡Cuánto mejor que esta buena señora siguiera los caminos ya hechos y despejados, en vez de empeñarse en abrirlos nuevos, desbrozando la trocha salvaje! ¡Cuánto más cómodo para todos que acatara *lo establecido* y se echara en brazos de los que ya tienen perfectamente organizados los servicios de caridad, las juntas de damas, las archicofradías, las hermandades, mis colectas para escuelas, mis...! ¡Cuánto mejor abrazarse *a lo establecido*, Señor, que...!"

A pesar de los pesares, don Manuel dormía como un bendito. No así José Antonio, que en la casa frontera (calle del Olivar) se pasaba las noches en claro por causa de la exaltación de su felicidad, pues la onda venturosa, cuando viene con fuerza, se parece a la onda del infortunio, en que quita el sueño y aun el apetito. Tan gran novedad era para él ver definitivamente resuelto el problema alimenticio, no vivir mañana y tarde discurriendo en qué rama posarse para comer, que el mismo asombro de su dicha le tenía como en ascuas, receloso de su destino. ¡Le parecía tan inverosímil ser amo de su casa, es decir, en seguras paces con el casero, ver un principio de arreglo en las cosas necesarias para vivir; tener en su comedor loza modesta, pero loza al fin, en vez de los dos o tres platos rotos que eran su único ajuar; encontrarse los armarios surtidos de ropa blanca, que la misma Catalina con solícita mano materna había puesto allí! Todo esto era como un sueño, como un pasaje fantástico de *Las mil y una noches*. Temía despertar, y que tantos bienes desaparecieran en un restregar de ojos, volviéndole a la tristísima realidad de su vida anterior. Y para colmo de ventura, podría consagrarse seriamente a un trabajo fácil y muy de su gusto, la cincografía, pues ya le iban a disponer local y aparatos a propósito. ¡Qué dicha, qué gloria, qué divina lotería! ¿Con qué lengua, con qué voces bendeciría a su celestial Providencia, la santa y amorosa Halma?

Su nueva vida apartó al parásito de los sitios que ordinariamente frecuentaba, sin dejar de concurrir alguna noche a las casas de sus parientes. Y al conocer allí los comentarios zumbones que del nobilísimo acto de su prima se hacían, perdió el hombre los estribos, cruzó palabras agrias con el duque de Monterones y con dos o tres sujetos más, cuyas esposas o hermanas se habían permitido ridiculizar a la condesa, y seguramente, si él fuera otro y en más le estimaran, de sus destempladas expresiones hubiera resultado algún lance. Feramor le calmaba, pues sus principios de buena educación repugnaban aquella forma violenta, y hasta cierto punto española, de tratar asunto tan delicado. Cuanto menos se hablara de ello, mejor. Pero Urrea estimaba el silencio como una complicidad cobarde con los murmuradores, y quería, por el contrario, hablar hasta que le oyeran los sordos, proclamar a gritos, no sólo la inmaculada virtud de Catalina, sino su talento y la superioridad de sus ideas, que aquel vulgo arrogante y corrompido no podría comprender nunca. Feramor le dijo con gravedad: "La forma, mi querido José Antonio, es cosa de suma importancia en la vida social, y no es posible desconocer su valor positivo sin exponerse a gravísimos males. Todo se puede hacer haciéndolo bien; nada es factible con malas formas."

Retiróse Urrea maldiciendo a su primo, a quien llamaba *el hombre de cartulina Bristol*, y a la mañana siguiente, muy temprano, se fué a ver a la condesa, hacia la cual una atracción inven-

cible le arrastraba en cuerpo y alma. El agradecimiento vivísimo se transformaba en una adhesión caballeresca, en un cariño fraternal o filial, que así debe llamársele para expresar bien su pureza, en el deseo de serle útil, y prestarle algún servicio proporcionado a la inmensidad del bien que de la ilustre señora había recibido. Pero siempre que a ella se acercaba, sentíase agobiado de tristeza, porque su conciencia le acusaba de agravios inferidos anteriormente a la generosa viuda, y aquel día hizo propósito firme de descargar su alma de aquel peso, confesando a su bienhechora los pecados que contra ella había cometido. Encontróla dobladillando, con la ayuda de su criada Prudencia, las sábanas y ropa de comedor que faltaban para completar el ajuar del perdis redimido. Retiróse Prudencia, y prima y primo hablaron lo que sigue:

VIII

—Halma, de hoy no pasa que yo tenga contigo una explicación. Mi conciencia me lo pide, me lo exige. Gracias a ti, no sólo tengo casa y cama en que dormir, y platos en que comer, sino conciencia. Esto me abruma: siempre que vengo me digo: "De esta vez se lo confieso." Y siempre me falta valor. Pero lo que es hoy, querida prima, hoy, o canto o reviento.

—Pero ¿qué es eso, José Antonio, has hecho alguna cosa inconveniente?

—No, no; no temas que yo falte a lo tratado. Mi corrección es tan cierta como que ahora vivimos tú y yo. Trátase de pecadillos antiguos, que no tienen en sí mucha gravedad, quiero decir, si la tienen por ser contra ti. Cualquier falta cometida contra ti es gravísima. Yo quiero confesarlos hoy... Verás...

—Pero, hijo, vale más que se lo cuentes a un confesor. Por mí, tus pecadillos están perdonados. Falta que Dios te los perdone.

—Yo no tengo que buscar más perdón que el tuyo.

—Eso..., casi casi es una irreverencia.

—Tú eres mi confesor, mi altar; tú eres mi santa, mi Virgen Santísima, mi...

—Calla, y no digas más desatinos. Pareces un chiquillo.

—Lo soy. Tú me has vuelto a la infancia, a la inocencia, a la edad aquella venturosa en que correteábamos los dos por los andurriales de Zaportela. Soy y quiero ser un niño, y como niño, a ti, que eres como mi madre, te confieso mis horribles pecados. Atiende. Lo primero.... cuando tu hermano me sugirió la idea de pedirte socorro, yo no tenía más objeto que darte lo que llamamos un sablazo, ni más intención que emplear tu dinero en pagar algunas deudas apremiantes, quizá en probar fortuna al juego para sacar cantidad mayor. Pues cuando tu hermano me lo indicó, yo dije que tú estabas loca. ¡Ya ves qué insolencia!

—¿Y no es más que eso?—dijo Catalina riendo y rasgando a tirón un gran pedazo de lienzo, de modo que su risa y el estridor de la tela se confundían—. Pues con muchas abominaciones como ésa, tu rinconcito en el Infierno no hay quien te lo quite.

—Es más, es mucho más—añadió Urrea, suspirando fuerte—. Dije también que tú eras tonta.

—¡Bah, bah!

—¡Llamarte tonta a ti, que eres la misma inteligencia...! El tonto es él, tu hermano, con la tiesura planchada de su alma inglesa; él, incapaz de nada grande, ni de un rasgo de sensibilidad...

—¡Eh! Caballero, está usted pecando en el mismo confesonario. Por un lado se sincera, y por otro se carga con nuevas culpas, haciendo juicios temerarios.

—Pues no digo nada de tu hermano. Sabrás que también hablé pestes del bonísimo don Manuel, y le llamé *congrio*, y...

—¡Ja, ja!... De seguro que te lo perdonará si lo sabe.

—Y después, una noche que comí en casa de Monterones, hablamos tu hermano y yo. Siempre que estoy a su lado me siento con malos instintos, no puedo resistir las ganas de chafar su pulcra educación inglesa, como la felpa planchada y lisa de los sombreros de copa. Me gusta cepillarla a contrapelo, expresar conceptos que le contraríen y le hieran. Pues con esa intención, y sin ánimo de ofenderte, dije que yo pensaba contratar contigo, en cinco mil duros, la conducción a España de las cenizas de tu querido esposo, y añadí mil tonterías... Te advierto, en descargo

mío, que había bebido más de la cuenta... Lo peor fué que no hablé del pobre Carlos Federico con el respeto que merece su memoria. Mi palabra que no.

—Eso es un poquito más grave—dijo Halma con severidad, fijos los ojos en su costura—; pero te lo perdono también, puesto que declaras que no sabías lo que hablabas y que no tenías intención de agraviarme. ¿Qué más?

—Por ahora nada más. ¿Te parece poco? Me quedo muy tranquilo después de habértelo confesado. Y ahora vamos a otra cosa. ¿Sabes que tu hermana y tu cuñadita, y todo el enjambre de amigas te critican acerbamente por no haber correspondido a sus cuestaciones como ellas esperaban, y que además te ponen en solfa a ti y a don Manuel por lo que estás haciendo por mí?

—¿Y qué? No me afano por eso. Les perdono cuanto digan de mí, ya sea impertinencia sin malicia, ya malicia verdadera.

—No se detienen en la línea del chiste más o menos discreto, sino que la traspasan, llegando a ofenderte con apreciaciones calumniosas. La de San Salomó dice que eres una hipócrita, y que las visitas que me has hecho estas mañanas para arreglarme el cuarto no pertenecen al orden de la beneficencia domiciliaria.

—Todo eso es para mí—dijo la viuda con augusta serenidad—lo mismo que el ruido de viento entre las tejas de la casa... Dios conoce mi interior, y ante El expongo mi conciencia como realmente es. Los juicios de los hombres para mí no existen.

—¡Oh, yo no tengo esa virtud! ¡Claro, cómo he de tener esa que es tan difícil, si otras muy fáciles no las puedo tener! Lo que yo siento es furor de venganza al oír tales infamias. Sería feliz si pudiera retorcerle el pescuezo a la bribona que tal piensa y dice.

—¡Oh, por Dios, Pepe, no sigas por ese camino, si no quieres lastimarme y perder en absoluto mi estimación!

—Anoche tuve dos o tres agarradas en las casas de Monterones y de Cerdañola por defenderte, porque para mí no hay mayor gloria que poner tu nombre y tus actos por encima de cuanto hay en el mundo. Yo me pelearía con todo el que no te confesase como la virtud más grande y pura que conocen Madrid y España entera; y haría morder el polvo al que pusiese en duda tu santidad, tu honestidad, tu entendimiento soberano.

—¡Jesús, cállate, por Dios, y no disparates más, primo! ¿Estás loco?

—Y si te conviene probarlo, dime quién te ha ofendido en tu dignidad, en tu honor, o siquiera en tu amor propio, para aplastarle contra el suelo como un reptil, Catalina, para hacerle polvo...

Decía esto en pie, accionando con calor y énfasis de personaje heroico. Su prima, después de romper el hilo con los dientes, mirándole asustada, le calmó con una franca y placentera sonrisa.

—Dije que eras un niño, y ahora lo pareces más que nunca. Nadie me ha ofendido en mi dignidad ni en mi honor; pero aunque alguien me ofendiera, no consentiría yo que tú hicieses por mí el paladín en esa forma criminal y anticristiana. Estoy pasmada de tu falta de cristianismo. Pero ¿de dónde sales tú, desdichado? ¿En qué mundo de soberbia y de errores has vivido? Primo mío, si quieres que yo te proteja y mire por ti hasta hacerte persona regular, no me traigas acá bravatas caballerescas. ¡Matar! ¿Crees tú que puedo yo estimar a quien hiera a un semejante por un dicho, por una opinión, ni aun por un hecho ofensivo? No, José Antonio, eso conmigo no te vale. Ahoga esos sentimientos de crueldad, de venganza y de desprecio de las leyes divinas. Si no, no te quiero, no podré quererte, no serás nunca el niño bueno, con el cual quiero hacer un hombre... mejor.

Desbordábase en el alma de Urrea la gratitud y el afecto filial, y reconociendo que Halma hablaba conforme a sus cristianos sentimientos, replicó manifestando su incondicional sumisión a cuanto la dama pensara y resolviera. Despidióse, porque tenía que ver y escoger aquel mismo día unos aparatos para su industria, y preguntando a su protectora si debía volver por la tarde, díjole ella que no sólo se lo permitía, sino que le rogaba que volviese después de comer.

A poco de salir Urrea entró don Manuel Flórez, el cual, después de informar a la soberana de los pasos dados para recoger cuentecillas y pagarés del primo pobre, le dijo que había visto a Nazarín; pero que aún no podía formar

juicio definitivo de aquel hombre sin semejante. Por cierto que el marqués, con quien hablado había del propio asunto (y esto se lo dijo Flórez a la condesa en la forma más delicada), no encontraba pertinente que el infeliz sacerdote manchego fuese llevado a su casa, porque siendo el tal, en aquellos días, objeto de las indagaciones informativas de los noticieros de la Prensa, si éstos se enteraban de que había sido conducido a la casa de Feramor, armarían un alboroto que a él no le gustaba. Por respeto de su casa, por consideración al mismo apóstol vagabundo, a quien él sabía respetar también, no era procedente, no era correcto, no era oportuno..., pues...

—Mi hermano tiene razón—dijo Halma, anticipándose al consejo de su canciller—. No es conveniente, mientras no se calme el rebullicio del público. Desista usted, pues, por ahora...

—No, si ya he desistido—replicó don Manuel, queriendo hacer constar su iniciativa.

Y sin hablar cosa de más provecho, se retiró. Después de anochecido, cuando la viuda acababa de comer, entró José Antonio, y movido de nerviosa impaciencia, no aguardó mucho tiempo para decirle:

—Vengo furioso, querida prima. ¿Sabes que abajo hacen mil catálogos, y se permiten indicaciones ridículamente maliciosas...? Aciértame por qué... Dicen que anoche saliste con tu criada a eso de las nueve, y que no volviste hasta muy tarde. Están locas. Es mucho cuento que no puedas tú salir y entrar cuando gustes. Y puesto que a esa hora no hay novenas, ni sermón, ni Cuarenta Horas, ni costumbre de pasear, ni tú frecuentas los teatros, aquí tienes a tres señoras de alta alcurnia devanándose los sesos por averiguar a qué sitio, que no sea iglesia, ni paseo, ni teatro, puede ir una dama virtuosa entre nueve y diez de la noche.

—Déjalas que digan lo que quieran. Con eso se entretienen las pobres. En medio de su frivolidad y del tumulto que las rodea, ¡se aburren tanto!... Pues sí, anoche salimos. ¿Sabes a qué hora regresamos? Ya habían dado las once.

Y volviéndose a su criada, que recogía la costura, le dijo:

—Prudencia, no recojas. Esta noche te quedas aquí cosiendo. Mi primo me acompañará.

—¿Sales también esta noche?—le dijo el de Urrea, estupefacto.

—Sí, y te llevo de rodrigón, por si tuviera algún mal encuentro. ¿Por qué pones esa cara? Prudencia, mi abrigo, mi mantilla.

En un momento se dispuso para salir. Cogiendo un lío de ropa, bien envuelta dentro de un pañuelo prendido con alfileres, lo entregó a su primo, y sin tomarle el brazo, bajaron y salieron a la calle. A excepción del portero, nadie los vió salir.

—Aunque no es muy lejos—dijo Catalina guiando hacia Puerta Cerrada—, como los pisos están malísimos, tomaremos un coche, si te parece.

Así lo hicieron, y la condesa dió las señas: San Blas, 3.

—¿Sabes a quién vi cuando pasábamos frente a San Justo?—le dijo Urrea, no bien empezó a rodar el pesetero—. Pues a Perico Morla. Sin duda iba a tu casa. Se paró para mirarnos. Ese llevará el cuento a Consuelo.

—Déjale que lleve todos los cuentos que quiera.

—Y de seguro ha venido en acecho hasta Puerta Cerrada, y nos ha visto entrar en el simón. Verás qué pronto da la noticia, que será la novedad de esta noche.

—Bien. ¿A ti te importa algo?

—¿A mí? Absolutamente nada. Palabra.

—Pues a mí tampoco...

—Lo que más me ha inquietado al ver a Morla, dejándome muy mal sabor de boca, es que... ¿Quieres que te lo diga?

—Sí, hombre, dímelo.

—Pues que le debo doce duros. Ya se me había olvidado...

—¡Ah! Pues recuérdamelo mañana para mandárselos, es decir, para que se los mandes tú.

No tardaron en llegar al término de su viaje, que era una casa de apariencia bastante mediana, con estrecho portal y una escalera sucia, desquiciada y bulliciosa. Desde los descansos veíase un patio de corredores, y en éstos, arriba y abajo, multitud de puertas entornadas, por las cuales salía ruido de voces, claridad y tufo de petróleo, olores de

cenas pobres. Subieron Catalina y su acompañante al tercero, y cuando se aproximaban a la puerta, Urrea lanzó una exclamación diciendo:

—¡Ah! Ya sé adónde vamos, prima. Desde que entré por el portal me pareció reconocer la casa. Pero no caía. ¡Qué confusión! No daba en lo cierto. Ya sé, ya sé. Como que aquí estuve yo la semana pasada con los periodistas. Aquí vive Beatriz, la discípula de Nazarín.

—Es verdad. Llama.

TERCERA PARTE

I

Si don Manuel Flórez inició sus visitas al místico vagabundo, don Nazario Zaharín, por complacer a su señora y soberana, la condesa de Halma-Lautenberg, pronto hubo de repetirlas por cuenta y satisfacción de sí mismo, porque, la verdad sea dicha, el misterioso apóstol árabe manchego le encantaba, y cuanto más le veía, más quería verle y gozar de su sencillez hermosa, de la serenidad de su espíritu, expresada con palabra fácil y concisa. Y cada vez salía el buen presbítero social más confuso, porque la persona del asendereado clérigo se iba creciendo a sus ojos, y al fin en tales proporciones le veía, que no acertaba a formular un juicio terminante. "Yo no sé si es santo; pero lo que es a pureza de conciencia no le gana nadie. Desde luego le declararía yo digno de canonización, si su conducta al lanzarse a correr aventuras por los caminos no me ofreciera un punto negro, la rebeldía al superior... De todo lo cual voy coligiendo que en este hombre bendito existen confundidas y amalgamadas las dos naturalezas, el santo y el loco, sin que sea fácil separar una de otra, ni marcar entre las dos una línea divisoria. Es singular ese hombre, y en mis largos años no he visto un caso igual, ni siquiera que remotamente se le asemeje. He conocido sacerdotes ejemplarísimos, seglares de gran virtud, sin ir más lejos, yo mismo, que bien puedo, acá para mí, sin modestia, ofrecerme como ejemplo de clérigos intachables... Pero ni los que he conocido, ni yo mismo, salimos de ciertos límites... ¿Por qué será, Dios Poderoso? ¿Será porque éste maniobra en libertad, y nosotros vivimos atados por mil lazos que comprimen nuestras ideas y nuestros actos, no dejándolos pasar de las dimensiones establecidas? No sé, no sé..." Y con este *no sé, no sé,* Flórez expresaba la turbación y las dudas de su espíritu.

Por aquellos días acreció el tumulto periodístico, por estar próximo a sentenciarse el proceso en que metidos andaban don Nazario y *Andara,* y menudeaban las interrogaciones, que llaman *interviews*; los reporteros no dejaban en paz a ninguna de las celebridades de la ruidosa causa, y al paso que estimulaban con picantes relaciones la curiosidad del público, se desvivían por darle pasto abundante un día y otro, rebuscando incidentes en la vida privada de los héroes de aquel drama o comedia. Echábase Flórez al cuerpo la escalera que conduce a los pisos altos del hospital, cuando sintió tras sí voces alegres, y dos jóvenes que con paso vivo subían de dos en dos peldaños le alcanzaron antes de llegar al tercero.

—Señor don Manuel, aunque usted no quiera... ¿Cómo va ese valor?

—No tan bien como ustedes...—contestó el sacerdote parándose, más para tomar aliento que para contestar al saludo. Y después de mirarlos fijamente y de reconocerlos, añadió con severidad—: ¿Conque otra vez aquí los señores periodistas? Pero, hombre, ¿no han mareado ya bastante a ese pobre señor? Francamente, me parece el delirio de la Publicidad.

—Qué quiere usted, don Manuel. La fiera nos pide más carne, más noticias, y no hay otro remedio que dárselas—dijo el primero de los dos, vivaracho y simpático.

—Agotado tenemos ya el filón—indicó el segundo—; pero como es forzoso servir al público diariamente, ayer le di yo reseña exacta de lo que come Nazarín,

y una interesante noticia de los malos partos que tuvo su madre.

—Pero, hijos míos—dijo Flórez, con más bondad que enojo—, vuestra información nos va a volver locos a todos. Habéis dicho mil cosas inconvenientes, otras que no le importan a nadie. Yo no sé cómo estos pobrecitos presos aguantan vuestro fuego graneado de preguntas, y no os mandan a paseo cien veces al día.

—Servimos al público.

—Pero ¿no sería mejor que le sirvierais dirigiéndole, que dejándoos arrastrar por su novelería caprichosa y malsana?

—¡Ah don Manuel! No somos nosotros, pobres reporteros, los que encendemos la hoguera. Nos mandan llevar cuanto combustible se encuentra, troncos bien secos si los hay; si no, leña verde, para que estalle, y hasta paja, si no encontramos otra cosa.

—Bueno, Señor, bueno.

—Pues ayer, mi querido don Manuel —dijo el vivaracho, mostrando un periódico—, me sacó usted de un gran apuro. No sabiendo qué escribir, me metí con usted. Vea, vea lo que le digo: "Le visita diariamente el venerable sacerdote don Manuel Flórez, que sostiene con el procesado empeñadas controversias sobre puntos sutilísimos de teología y de alta moral..."

—¡Jesús!... ¡Mayor mentira! Pero ¡si no hemos hablado nada de teología ni...! Y, además, ya os he dicho que no teníais que mentarme a mí para nada. Yo vengo aquí a cumplir mis deberes cristianos de consolar al triste, y dar un buen consejo al que lo ha menester.

—Es usted un santo, don Manuel. Pues ¡menudo bombito le doy aquí, más abajo! Vea...

—Ninguna falta me hacen a mí vuestros bombitos, y os agradecería mucho que no sacarais mi nombre en esta contradanza informativa.

—Déjeme que se lo lea. Digo: "Aquel venerable y ejemplar sacerdote, que es el primero en acudir allí donde hay miserias que socorrer y grandes amarguras que mitigar con el inefable consuelo de la piedad cristiana; aquel varón respetabilísimo, cuya modestia corre parejas con su virtud, cuya actividad en servicio de los grandes ideales religiosos..."

—Basta, basta... No quiero oír más.

Llegaron al corredor alto que da vuelta al inmenso patio, y el vivaracho se adelantó diciendo:

—Me temo que hoy tenga el apóstol mucha gente y que no podamos hablarle.

—Pero si esto es un escándalo—dijo don Manuel—. Aquí viene, en busca de satisfacciones de la curiosidad, un público no menos numeroso que el que va a los teatros y a las carreras de caballos. Al pobre Nazarín le volverían loco si ya no lo estuviera, y como es hombre que no sabe negarse a nadie, ni ser descortés y altanero, que casos hay en que la descortesía y un poquitín de soberbia no están de más, resulta que los que venimos a consolarle y a poner algún concierto en sus ideas, no podemos realizar este fin.

Arrimáronse a una ventana el sacerdote y el segundo periodista a echar un cigarrillo, mientras el primero entraba en la celda de Nazarín. Flórez sacó sus tenacillas de plata, pues no fumaba sin este adminículo, y el otro, al darle lumbre, le habló así:

—Dígame, señor de Flórez: ¿usted qué opina del resultado del proceso? ¿Cree usted que el Tribunal verá en este hombre un criminal?

—Hijo, no sé. Poco entiendo de jurisprudencia criminal.

—Pues ayer, en el Congreso—prosiguió el otro con gravedad—, me dijo a mí mismo don Antonio Cánovas del Castillo... Palabras textuales: "Condenar a Nazarín sería la mayor de las iniquidades."

—Lo mismo creo.

—Pero los pareceres están divididos, aunque la mayoría de la opinión es favorable a la inculpabilidad del apóstol. Yo le digo a usted la verdad. A mí me tiene medio conquistado. A poco más, voy a la Redacción descalzo, abandono la casa de huéspedes y me paso la noche en el hueco de una puerta... Nada, que me seduce ese hombre, que me atrae.

—Su humildad llevada al extremo, su conformidad absoluta con la desgracia —afirmó el sacerdote, pensativo, mirando al suelo y quitando la ceniza del cigarro con el dedo meñique—, son, hay que reconocerlo, una fuerza colosal para

el proselitismo. Todos los que padecen sentirán la formidable atracción.

—Pues no hay tanta gente como yo creía—dijo el otro *chico de la Prensa*, volviendo presuroso—. Está un actor..., no me acuerdo de su nombre..., que quiere estudiar el tipo del Cristo para las representaciones de la *Pasión y Muerte*, en no sé qué teatro. También tenemos ahí a los pintores Sorolla y Moreno Carbonero, que quieren hacer una cabeza de estudio, y José Antonio de Urrea, que pretende volver a fotografiarle.

—Pues ya le cayó que hacer al pobre don Nazario—dijo Flórez, mohino—. Entraremos dentro de un ratito, y procuraremos despejar la celda. Y ustedes, caballeritos, ¿se largarán pronto?

—¡Oh, sí! Tenemos que ver a *Andara*. ¿Viene usted, señor don Manuel? Le llevaremos en coche.

—Gracias.

—Pues *Andara* es deliciosa: más fea que una noche de truenos, pero con un talento para las réplicas, y una viveza, y una energía de carácter, que le dejan a uno pasmado.

—Y una fe en Nazarín que vale cualquier cosa. Si la ponen en una parrilla para que reniegue de su maestro, morirá tostada, escupiendo sangre a sus verdugos, y proclamando a Nazarín, como ella dice, el *preferente* de todos los santos de la Tierra y del Cielo, ¡caraifa!

Llegaron otros dos del oficio, y, saludando cortésmente al buen eclesiástico, formaron todos corrillo junto a un ventanón de la galería.

—Parece esto la antesala de un ministro—dijo uno de los que acababan de llegar, llamado Zárate, hombre muy leído, según general opinión, quiere decirse, que leía mucho.

—O de un soberano del antiguo régimen. Aquí estamos aguardando que salga la tanda que está dentro.

—Pero falta un chambelán que ponga orden en estas audiencias.

—Pues hoy—dijo Zárate, echándose hacia atrás el sombrero—no me voy sin interrogarle sobre las concomitancias que veo entre el ideal nazarista...

—¿Y qué?

—Y el misticismo ruso.

—¡Hombre, por Dios!

—Yo veo un parentesco estrecho, una filiación directa entre aquellas y estas florescencias espiritualistas, que no son más que una manifestación más de la soberbia humana.

II

—Pues ayer—manifestó el vivaracho—le interrogué yo sobre eso del *rusismo*. Se mostró sorprendido, y me dijo que sus actos son la expresión de sus ideas, y éstas le vienen de Dios; que no conoce la literatura rusa más que de oídas, y que siendo una la Humanidad, los sentimientos humanos no están demarcados dentro de secciones geográficas, por medio de líneas que se llaman fronteras. Aseguró después que para él las ideas de nacionalidad, de raza, son secundarias, como lo es esa ampliación del sentimiento del hogar que llamamos patriotismo. Todo eso lo tiene nuestro don Nazario por caprichoso y convencional. El no mira más que a lo fundamental, por donde viene a encontrar naturalísimo que en Oriente y Occidente haya almas que sientan lo mismo, y plumas que escriban cosas semejantes.

—Si es lo que yo digo—indicó el que había entrado con Zárate—. Ese es un tío muy largo, pero muy largo... No hay quien me apee de la opinión que formé de él el primer día. Estamos aquí haciéndole la corte al patriarca de los tumbones, y popularizando al Mesías de la gorronería... ¡Oh! Convengamos en que hace su papel con un histrionismo perfecto, y que ha sabido llevar hasta lo sublime el carácter del farsante aventurero y vagabundo. Yo sostengo que este tipo es la condensación más acabada del españolismo en todas sus fases..., sin negar que lo muy español pueda ser también muy ruso..., entendámonos.

—Pero vengan acá, señores míos—dijo don Manuel atrayendo con su gesto y con sus palabras la atención benévola y cortés de toda aquella tropa—. Perdónenme si meto baza en sus discusiones. Piense cada cual de este desdichado Nazarín lo que quiera. Pero al demonio se le ocurre ir a buscar la filiación de las ideas de este hombre nada menos que a Rusia. Han dicho ustedes que es un místico. Pues bien: ¿a

qué traer de tan lejos lo que es nativo de casa, lo que aquí tenemos en el terruño y en el aire y en el habla? Pues qué, señores, la abnegación, el amor de la pobreza, el desprecio de los bienes materiales, la paciencia, el sacrificio, el anhelo de no ser nada, frutos naturales de esta tierra, como lo demuestran la historia y la literatura, que debéis conocer, ¿han de ser traídos de países extranjeros? ¡Importación mística cuando tenemos para surtir a las cinco partes del mundo! No sean ustedes ligeros, y aprendan a conocer dónde viven, y a enterarnos de su abolengo. Es como si fuéramos los castellanos a buscar garbanzos a las orillas del Don, y los andaluces a pedir aceitunas a los chinos. Recuerden que están en el país del misticismo, que lo respiramos, que lo comemos, que lo llevamos en el último glóbulo de la sangre y que somos místicos a raja tabla, y como tales nos conducimos sin darnos cuenta de ello. No vayan tan lejos a indagar la filiación de nuestro Nazarín, que bien clara la tienen entre nosotros, en la patria de la santidad y la caballería, dos cosas que tanto se parecen y quizá vienen a ser una misma cosa, pues aquí es místico el hombre político, no se rían, que se lanza a lo desconocido, soñando con la perfección de las leyes; es místico el soldado, que no anhela más que batirse, y se bate sin comer; es místico el sacerdote, que todo lo sacrifica a su ministerio espiritual; místico el maestro de escuela, que, muerto de hambre, enseña a leer a los niños; son místicos y caballerescos el labrador, el marinero el menestral, y hasta vosotros, pues vagáis por el campo de las ideas, adorando una Dulcinea que no existe, o buscando un más allá que no encontráis, porque habéis dado en la extraña aberración de ser místicos sin ser religiosos. He dicho.

Celebraron los buenos *chicos* el discurso del venerable don Manuel, y cuando alguno, con el respeto debido, a contestarle se disponía, llegaron nuevos visitantes, dos damas y dos caballeros aristocráticos, que anhelaban conocer a Nazarín, y tres o cuatro personas más, gente literaria o política, que ya le había visto y deseaba sondearle de nuevo, porque entre sí traían grande y enmarañada discusión sobre si era un tunante muy largo o un sencillote con la cabeza trastornada.

—Qué, ¿no podemos verle?—dijo sobresaltada una de las damas.

—Habrá que esperar a que salgan los que están dentro.... la pintura, señora, la fotografía y las artes del diseño.

—¿Y qué?—preguntó a los periodistas uno de los de oficio literario que acababa de entrar—. ¿Saben ustedes si ha leído el librito de su nombre que anda por ahí?

—Lo ha leído—replicó uno de los que llegaron con Flórez—, y dice que el autor, movido de su afán de novelar los hechos, le enaltece demasiado, encomiando con exceso acciones comunes que no pertenecen al orden del heroísmo, ni aun al de la virtud extraordinaria.

—A mí me aseguró que no se reconoce en el héroe humanitario de Villamanta, que él se tiene por un hombre vulgarísimo, y no por un personaje poemático o novelesco.

—Y dice también que en su reyerta con los bandidos en la cárcel de Móstoles no le costó tanto trabajo vencer su ira como en el libro se dice: que la venció al instante y con mediano esfuerzo.

—Pues para mí—manifestó el caballero aristocrático—, el libro es un tejido de mentiras. Toda la escena de Nazarín con el señor de la Coreja la tengo por invención del escritor, porque don Pedro de Belmonte es primo mío, le conozco bien y sé que en ningún caso pudo sentar a su mesa al mendigo haraposo. Esta no cuela. Que mi primo cogiera una estaca y le moliera los huesos, y le plantara en medio del camino, después de soltarle los perros, muy natural, muy verosímil. Está en carácter: ése es su genio; no puede esperarse otra cosa de su desatinada locura. Pero agasajarle, ponerse a hablar con él del Papa y del Verbo divino, eso no lo creo, eso no es verdad, es falsear a mi primo Belmonte. ¡Figúrense ustedes que fuí la semana pasada a la Coreja, y a poco de entrar en su casa tuve que salir escapado en busca de la pareja de la Guardia Civil!

En esto vieron salir a Urrea de la celda, seguido de los pintores y del cómico.

—¡Ea! Ya tenemos aquí al chambe-

lán, que viene a anunciarnos que su excelencia nos espera.

Pero el chambelán traía muy distintas órdenes.

—Señores—les dijo—, tengo el sentimiento de participarles que el amigo Nazarín les suplica por mi conducto que le dejen solo. Siente fatiga, y si no me engaño, tiene bastante fiebre. Le he tomado el pulso. Necesita descanso, quietud, silencio.

El efecto de estas palabras fué desastroso. Las dos damas no tenían consuelo.

—Pero ¿no podremos verle, siquiera un instante?

—Me ha suplicado que, por hoy, le libre del vértigo de las visitas.

—Y hace bien en cerrar la puerta —declaró Flórez—. No sé cómo aguanta tanta impertinencia. ¡Ea! Señores, estamos de más aquí.

—Poco a poco—dijo Urrea—. La orden tiene una excepción. Supo que está aquí don Manuel, y ha manifestado deseos de verle. Pase usted; pero solo.

—¡Ay! Nosotras... podríamos pasar también, hablarle un ratito...—indicó una de las damas.

—¡Oh! No..., sin duda quiere confesarse. Vámonos.

—¡Qué fastidio!... ¡Volveremos otro día! Yo quiero verle. Díganme ustedes, señores periodistas: ¿Cómo es Nazarín? ¿Es cierto que su rostro tiene tal expresión que desconcierta a cuantos le miran? ¿Y cómo está vestido? ¿Qué dice? ¿Ríe o llora? ¿Habla con los que le visitan, les echa la bendición o no hace más que mirarlos?

Contestaban los buenos *chicos* a estas preguntas, excitando la curiosidad de las nobles señoras, en vez de calmarla Inconsolables ellas por el chasco sufrido, y no pudiendo anegar sus ojos, sedientos de aquella gran novedad, en la fisonomía del apóstol errante, los clavaban en la puerta. ¡Ah! Detrás de aquella puerta estaba... Volverían a la mañana siguiente.

Entró don Manuel, y desfilaron por las escaleras abajo todos los demás. Alguno propuso a las aristócratas llevarlas a ver a *Andara*. Pero después de una espontánea conformidad con esta idea, una de las dos reflexionó y dijo:

—¡Imposible! ¿Está usted loco? ¡Nosotras entrar en la Galera!

Luego fué apuntada la idea de visitar a Beatriz, y esto no pareció tan mal a las dos señoras. Sí, sí, podrían ver a la mística vagabunda y soñadora. Dividióse el grupo en la calle y unos se dirigieron a la inmediata de San Blas, y los otros a la remota de Quiñones.

Salió *Andara* al locutorio, y lo primero que le preguntaron los *chicos* fué si había leído el libro titulado *Nazarín*.

—Me lo leyeron—replicó la presa—, porque a mí me estorba lo negro. ¡Ay, qué mentironas dice! Yo que ustedes pondría en el papel que el *escribiente* de ese libro es un embustero, y le avergonzaría, para que se fuera con sus papas a otra parte. Pues ¿no dice que yo pegué fuego a la casa?

—Tú también lo dijiste al principio; pero ahora, ausente de tu señor Nazarín, que no te permite mentir, has arreglado con tu defensor, que es hombre listo, esa salidita del fuego casual. El hecho queda, por lo menos, dudoso, y la pena será relativamente corta.

—Que fué *de casual*, ¡ea!... ¡Caraifa con los niños de la Prensa! Yo al principio no supe lo que decía. Se me derramó el condenado petróleo... Quedéme a oscuras... Encendí un mixto, y vele ahí todo ardiendo... ¿Que no lo creen? Así *costa*... ¿Y quién me lo desmiente? ¿Quién me prueba que fué de voluntad? Si alguno de ustedes es el que ha escrito ese arrastrado libro, arrastrado le vea yo, ¡mal ajo!

—¿Sabes que te estás volviendo otra vez muy mal hablada?

—Desde que no está con el apóstol, ha vuelto a sus mañas.

—*Andara*, nosotros somos tus amigos, y te queremos mucho. Pero si dices expresiones feas, se lo contaremos a don Nazario, y verás, verás.

—No, no se lo digan. Es la costumbre de antes, que sale... Pero una palabra mala, dicha sin pensar, no hace pecado. Es que me encalabrino cuando me hablan del maldito libraco. ¡Miren que decir ese *desgalichao* autor que yo parezco un palo vestido! Fea soy, digo, lo que es bonita, no soy ahora, como lo era antes, aunque sea mala comparación...; pero no tan fea que me tenga miedo la gente. El será un esperpento, y en sus escrituras quiere hacer conmigo una *desageración*. ¿Verdad que no tanto?

—Tienes razón, no tanto, *Andarilla*. Otra cosa: ¿Deseas mucho ver a tu maestro?

—¡Ay, no me lo diga! ¡Verle! ¡Qué diera yo por verle, por oír su voz!... Créanme, señores de la Prensa, y pueden ponerlo en el papel, si les viene a mano. Por verle daría yo la salud que ahora tengo, y la que tendré en muchos años. Me conformaría con estar en esta cárcel o en un presidio toda mi vida si supiera que le había de ver todos los días, aunque no fuera más que un cuarto de hora.

—Eso es querer, *Andara*.

—Esto es querer, y creer en él, pues no ha mandado Dios al mundo otro que se le parezca..., lo digo y lo sostengo, aunque me claven en cruz para que cante otra cosa. Que me desuellen viva para que diga que no le quiero, y ayudando yo misma a que me arranquen el pellejo, diré que es mi padre, y mi señor, y mi todo.

—¡Bien, brava *Andara*!

—Nos contó Beatriz que ella le ve en espíritu, y siempre que quiere le hace revivir en su imaginación.

—Esa es muy *soñona*. Yo, como más bruta que mi hermana Beatriz, ¡bendita sea!, no lo veo cuando quiero, sino cuando él quiere dejarse ver.

—¡Hola, hola! Explícanos eso.

—No sean *materiales*, y compréndanlo sin más explicadera. Por las noches, cuando me tumbo en mi jergón, en medio de unas oscuridades como las del alma de Caín, si he sido buena por el día, si no he tenido pensamientos malos, abro los ojos, y en lo más negro de lo negro, veo una claridad, y en ella mi Nazarín que pasa..., no hace más que pasar y mirarme sin decir nada... Pero por los ojos que me pone, entiendo lo que quiere hablarme. Unas veces me riñe unas miajas, otras me dice que está contento de mí.

—Pues si le ves esta noche, no es mala peluca la que te echa.

—¿Por qué?

—Por esa mentira tan gorda de que el incendio de la casa fué *de casual*.

—¡Eh, que no es mentira!... Mentira lo que dice el libro, tocante a que quise *zajumar* el cuarto... ¡Vaya, que ya es por demás tanta conferencia! Lárguense al periódico, que allá tendrán que plumear.

—Antes hemos de preguntarte otra cosa, ¡caraifa!

—No respondo más.

—¿A que sí? La Beatriz ¿viene a verte?

—Dos veces por semana. Ayer me trajo un vestido que le dió para mí una señora de la grandeza.

—¡Hola, hola!... Noticia. ¿No te dijo el nombre de esa señora?

Y todos ellos sacaron papel y lápiz.

—Sí; pero no me acuerdo. Era un nombre muy bonito..., así como... Señor, ¿cómo era?

—Haz memoria, *Andarilla*. ¿Sería la condesa de Halma?

—Esa misma... Bien decía yo que era cosa buena.... pues... del alma santísima.

—Bien, *Andara*..., te dejamos ya, ¡caraifa!

—Adiós..., adiós.

III

En mala hora se metió don Manuel Flórez en conferencias de exploración espiritual con el apóstol andante, porque siempre salía de la celda medio trastornado, ya creyendo ver en Nazarín la mayor perfección a que puede llegar alma de cristiano, ya viéndole y juzgándole como un ser dislocado, completamente fuera del ambiente social en que vivía. "No puede ser, Señor, no puede ser—se decía el buen viejo, dándose palmadas en el cráneo, ya retirado en su vivienda y descansando de los trajines del día—. Cada tiempo trae su forma y estilos de santidad. No nos disloquemos, Señor, no nos desviemos de nuestra agrupación planetaria, si no queremos ser bólido errante, perdido por los espacios. Lo que yo digo: la locura no es más que eso, o, mejor dicho, es precisamente eso, el escape por la tangente..., y este hombre, con toda su virtud, que hay que reconocer, ha tomado mucha fuerza, y se escapa, se dispara fuera de la órbita... ¡Qué lástima, Señor, qué lástima! Porque..., lo digo con verdad..., difícilmente se encontraría un espíritu de mayor rectitud, de mayor pureza... Pero ha tomado la doctrina en su sentido más riguroso, por lo más estrecho, por donde duele, y... no sé, no sé... El cree que el equivocado soy yo, y yo que el equivocado es él. El dice que pro-

cede conforme a razón y con plena conciencia de ajustarse a la ley de Cristo, y yo digo... No, Señor, yo no digo nada, no sé, he perdido los papeles; este hombre me ha trastornado, ha llenado mi cabeza de confusión. No, no vuelvo a verle más. La sinrazón es contagiosa... Un loco hace mil. No más, no más."

Y a pesar de esto volvía, pues siempre le quedaba algún puntillo que dilucidar o seno escondido que reconocer en el pensamiento del peregrino. Volvía, y a nueva conferencia, nueva turbación y desconcierto del buen clérigo social. Se creerá que es exageración lo que se cuenta, pero es la verdad pura. Don Manuel llegó a perder el apetito, cosa de extraordinaria novedad en él; dormía mal y se desmejoró su rostro. Creyeron sus amigos que había dado el bajón repentino de la aproximación a los setenta, y no faltó quien atribuyese a una causa moral la pérdida de aquel excelso aplomo que era su característica. Quizá su bondad se resintió de haber encontrado una bondad superior, o que tal le pareciera, y como vivía en la rutina de no tratar más que inferiores, en el terreno de conciencia, el repentino encuentro de un ser ante el cual alguna de las energías de su alma tenía que hacer reverencia, le puso quizá de mal talante, aunque sin llegar, ni por asomo, a las tristezas de la envidia, pues era incapaz de este odioso sentimiento. ¿Consistiría, tal vez, en que el trato social, las consideraciones y aun lisonjas de que era objeto, habían llegado a formar en su alma la concreción de amor propio (de la cual los caracteres más dueños de sí no pueden librarse), y el conocimiento y trato de Nazarín rebajaron un poquito el concepto de su propio valer moral? Con independencia de la humillación y desprecio de sí mismo que impone la idea cristiana, todo ser conserva un poder de apreciación o evaluación psíquica, por el cual, sin darse cuenta de ello, a sí propio se estima y tasa. Sin duda, Flórez empezó a conocer que se había tasado en algo más de lo que realmente valía. Como era recto y noble, acababa por conformarse diciéndose: "Bueno, Señor, bueno. Yo creí ser de lo mejorcito, y ahora resulta que hay quien me da quince y raya. Pues reconozca yo mi insignificancia, o mi inferioridad manifiesta, y alabada sea la perfección dondequiera que se encuentre."

El buen señor no podía pensar en otra cosa, y la fijeza de tal idea iba socavando su salud. A veces se pasaba las noches en habilidosos distingos y paralelos, anhelando engrandecer el concepto propio, sin rebajar excesivamente el ajeno: "El es bueno, yo también. No digamos santos, porque la santidad en nuestros tiempos, ¿dónde está? Yo soy social, él individual; mi esfera es el mundo de los ricos, la suya el de los pobres. En ambas esferas se sirve a Dios, ¡vaya! El fortifica su alma en la soledad, yo en el bullicio; yunque por yunque, no sé decir cuál es el mejor. Cierto es que si miramos a la doctrina pura y a su aplicación a nuestras acciones, él aparece con ventaja, yo con desventaja; pero miremos a los resultados prácticos de una y otra forma de ejercer el ministerio, y entonces, ¿cómo dudar que la supremacía está de la parte de acá? Y, por último, Señor, él se va del seguro, él se corre de lo posible a lo imposible, en él la virtud se permite hacer sus escapatorias al campo de la extravagancia, y..."

Elevando los brazos, y mirando al techo de su alcoba, en la cual se paseaba para entretener el insomnio, añadía: "Señor, Señor, llevar a la práctica la doctrina en todo su rigor y pureza, no puede ser, no puede ser. Para ello sería precisa la destrucción de todo lo existente. Pues qué, Jesús mío, ¿tu Santa Iglesia no vive en la civilización? ¿Adónde vamos a parar si...? No, no, no hay que pensarlo... Digo que no puede ser... Señor, ¿verdad que no puede ser?"

Como pasaban días y días sin que Catalina le interrogase sobre el examen o estudio psicológico del apóstol vagabundo, creyó del caso don Manuel tomar la iniciativa en aquel asunto, que más valía dar su opinión antes que la dama por sí misma y por otros caminos llegase a formarla. Todo lo temía de su talento agudo, afinado por una voluntad persistente.

—¿Y qué?—le preguntó Halma, demostrando menos curiosidad de la que Flórez esperaba.

—Empiezo por declarar—dijo don Manuel con solemnidad sincera, la mano puesta sobre su corazón—que no conozco alma más bella que la del desven-

turado sacerdote, a quien la ley ha perseguido por vagancia y por haber dado amparo y protección a una mujer criminal. Si del estado de su entendimiento tengo aún mis dudas, de su conciencia, de su intención pura y rectamente cristiana no puedo dudar. Quiero decir, señora mía, que encuentro una disconformidad irreducible entre la conciencia y el *intellectus* de ese singular hombre, y que si yo hallara manera de conciliar una con otro, tendría que declarar a Nazarín el ser más perfecto que ha podido formarse dentro del molde humano.

—Según eso, usted sigue viendo en él las dos naturalezas, el santo y el loco, y ni sabe separarlas, ni fundirlas, porque locura y santidad no pueden ser lo mismo.

—Exactamente.

—Bien podría deducirse de todo ello que, en nuestra imperfectísima comprensión de las cosas del alma, no sabemos lo que es locura, no sabemos lo que es santidad.

—¡No sé, no sé!—exclamó el limosnero extraordinariamente turbado, llevándose las manos a la cabeza.

—Serénese, don Manuel. ¿Será que usted, en su larga vida, nunca se ha visto delante de un problema semejante? Contésteme ahora: ¿el buen Nazarín practica la doctrina de Cristo tal como los Evangelios santísimos nos la enseñan?

—Sí, señora.

—Y a pesar de esto, la conducta del buen hombre nos parece desconcertada..., porque nuestras ideas así nos lo imponen. Si creyéramos otra cosa, debiéramos imitarle, renunciar a todo, abrazando el estado de absoluta pobreza.

—Sí, señora.

—Y eso no puede ser. Hay algo dentro de nosotros mismos, y en la atmósfera que respiramos y en el mundo que nos rodea, que nos dice que no puede ser.

—Sí..., puede ser...; pero no puede ser... Ser, no ser... He aquí, señora, la gran duda.

—Sigo preguntando: ¿Nazarín es humilde?

—Humildísimo. Asombra ver su tranquilidad ante los resultados probables del proceso. Si le condenan a presidio, lo acepta gustoso, lo mismo que si le hicieran subir al cadalso. Si le encierran en un manicomio, en el manicomio entrará y vivirá sin protesta. No se queja de la ley, ni de los jueces, ni de sus acusadores, ni de la opinión que con tan distintos criterios le juzga.

—Y en el caso de que saliera libre, ¿se sometería al superior eclesiástico, sacrificando su independencia al rigor de la disciplina?

—También. Pues esto es lo admirable. Dice que si le absuelven libremente, se someterá y que...

—¿Y qué más?... Sigo yo contando, pues usted, mi señor don Manuel, no tiene hoy la palabra tan expedita como de costumbre. Dice también el buen Nazarín que cuando se encuentre libre persistirá en el cumplimiento del voto de pobreza que ha hecho al Señor.

—Cosa imposible, casi tan en absoluto, pues la mendicidad, fuera de las órdenes que la practican por su instituto, es contraria al decoro eclesiástico.

—Y dice más...

—Pero ¿cómo sabe usted...?

—Dice también que el mayor anhelo de su alma es que le devuelvan las licencias, para poder celebrar..., y que se irá a vivir al presidio adonde sea destinado el *Sacrílego*, si se lo permiten las leyes penitenciarias, o si no, en la misma población, con objeto de verle diariamente. Está comprometido a conducir al cielo el alma de aquel criminal, y la conducirá. Los mismos propósitos tiene respecto a *Andara*, y su mayor gozo sería que los encierros a que ambos delincuentes fuesen destinados radicaran en la misma ciudad. Si no, compartiría su tiempo entre la vecindad de *Andara* y la proximidad del *Sacrílego*, llevándose consigo a Beatriz, sin temor alguno de ser censurado y escarnecido por la compañía de una mujer.

—Tales son sus ideas, sí, señora... Tan cierto es ello como que usted tiene algo de zahorí—dijo don Manuel, sin disimular su asombro—. Pero usted..., ¿acaso le ha visto, le ha oído...?

—No; pero veo a Beatriz, de quien soy amiga, y amiga del alma. No he querido decírselo hasta que no viniera una coyuntura propicia.

—¡Ah!... Me parece bien... Beatriz, la discípula...

—Pues bien, señor don Manuel de mi alma, esas ideas y propósitos del don

Nazario bastardean un poco aquella pureza de alma de que me hablaba hace un rato. La extrema humildad, ¿no se da la mano con el orgullo?

—Tal vez, tal vez.

—Por lo cual, yo, más decidida que usted, sin duda porque soy más ignorante, veo bien patente la locura de ese santo varón... ¿Es un loco santo o un santo loco?

—Locura..., santidad ... —murmuraba Flórez mirando al suelo, la cabeza sostenida por ambas manos, los codos apoyados en las rodillas, con todas las señales en rostro y acento de una hondísima turbación.

IV

No pudieron detenerse, como deseaban, en buscar la explicación de aquel contrasentido, porque entró Urrea con noticias frescas, que hacían revivir el interés del asunto nazarista. Según contó el joven reformado, por los periodistas se sabía ya la sentencia del Tribunal, que se publicaría sin tardanza. No encontraba la Sala en don Nazario Zaharín culpabilidad: la vagancia, el abandono de sus deberes sacerdotales, la sugestión ejercida sobre mendigos y criminales no eran más que un resultado del lastimoso estado mental del clérigo, y como en ninguno de sus actos se veía la instigación al delito, sino que, por el contrario, sus desvaríos tendían a un fin noble y cristiano, se le absolvía libremente. Resultando del informe de los facultativos que repetidas veces le habían examinado que los actos del apóstol errante eran inconscientes, por hallarse atacado de *melancolía religiosa*, forma de *neurosis epiléptica*, se le entregaba al poder eclesiástico para que cuidase de su curación y custodia en un Asilo religioso, o donde la tuviere por conveniente.

Don Manuel y Catalina guardaron profundo silencio al oír esta parte interesantísima de la sentencia.

—A Beatriz se la absuelve libremente—prosiguió Urrea—, porque nada resulta contra ella, y la pena que merecía por vagancia se estima cumplida con las dos semanas que sufrió de prisión correccional.

Andara salía peor librada, aunque no tan mal como al principio se creyó. De sus primeras declaraciones, y de las de Nazarín, resultaba autora del incendio de la casa número 3 de la calle de las Amazonas. Pero su abogado, hombre muy despierto, había conducido el asunto con rara habilidad, demostrando que lo depuesto por Nazarín no tenía ningún valor testifical, por hallarse éste en pleno delirio pietista, presa de la monomanía del sacrificio y de la muerte. *Andara*, en sus primeras declaraciones, había obedecido, según su defensor, a una influencia hipnótica del falso apóstol. Ampliado el juicio, y sustentada la no intencionalidad del incencio, el Tribunal admitió la prueba, condenándola, por lesiones a la *Tiñosa*, a catorce meses de reclusión penitenciaria. La causa del *Sacrílego* no tenía nada que ver con la de la vagancia y desafueros nazaristas. Aún no se había sentenciado, y por bien que saliera, sus catorce o quince años de presidio no se los quitaba nadie, porque eran muchas y muy atroces sus audacias para llevarse la plata y vasos sagrados de la iglesia.

—Ya ve usted—dijo, al fin, Catalina a su amigo y limosnero—como el Tribunal, haciendo suya la opinión de los facultativos, da por cierto que el santo varón no tiene la cabeza en regla.

—Y sin cabeza no hay conciencia—indicó el sacerdote con cierta alegría, como si entreviera una solución a sus dudas.

—Con todo—añadió la condesa—, no debemos aceptar ese criterio como definitivo. Se equivocan los Tribunales, se equivocan los médicos. No afirmemos nada, y sigamos, mi señor don Manuel, en nuestras dudas.

—Sigamos, sí, en nuestras dudas—repitió el sacerdote, para quien era ya un descanso no pensar por cuenta propia.

—Y mis dudas—añadió Halma—van a ser el punto de partida para resolver la cuestión, porque si no dudáramos, no nos propondríamos, como nos proponemos ahora, llegar a la verdad.

—Sí, señora...—dijo Flórez, hablando como una máquina.

—La sentencia del Tribunal, que yo esperaba, me abre camino para poner en ejecución un pensamiento que hace días me corre por el magín.

—¡Un pensamiento! A ver...—murmu-

ró don Manuel, perplejo, admirando de antemano y temiendo al propio tiempo las iniciativas de su ilustre amiga.

—Yo, digo, nosotros, sabremos, al fin, si nuestro pobre peregrino es santo, o es demente. Espero que podremos reconocer en él uno de los dos estados, con exclusión del otro. Y en el caso de que existieran juntamente santidad y locura, en ese caso...

—Arrancaremos la locura para echarla al fuego, como hierba mala nacida en medio del trigo—dijo don Manuel—, conservando pura e intacta la santidad.

—Y si existieran juntas y confundidas en una misma planta—agregó Halma—, respetaríamos este fenómeno incomprensible, y nos quedaríamos tristes y desconsolados, pero con nuestra conciencia tranquila.

Flórez miraba al suelo, y Urrea no quitaba los ojos de su prima, cuyas palabras deletreaba en los labios de ella, al mismo tiempo que las oía. Después de una mediana pausa, y queriendo adelantarse al pensamiento de la señora, dijo el sacerdote:

—Pues para llegar a ese conocimiento y a esa separación, señora mía, tendríamos que..., digo, veríamos de...

—No, si por más que usted discurra, no puede adivinar lo que he pensado, lo que haremos, si Dios me ayuda, y creo que me ayudará, pues la sentencia que acabamos de saber viene, como de molde, a favorecer mi pensamiento, obra magna, don Manuel, una empresa de caridad que ha de merecer su aprobación. Verá usted—añadió después de otra pausita, aproximando su silla baja al sillón del limosnero—. Pues, señor, ahora la ley civil le dice a la eclesiástica: Yo, apoyada en la opinión de la ciencia, he debido declarar y declaro que ese hombre está loco. Como su locura es inofensiva, monomanía pietista nada más, que no exige custodia ni vigilancia muy rigurosas, renuncio a albergarle en mis casas de orates, donde tengo a los furiosos, a los lunáticos, casos mil de las innumerables clases de desorden mental. Ahí tienes a ese hombre; encárgate tú, Iglesia, de cuidarle, y, si puedes, de devolver el equilibrio a su entendimiento. Es pacífico, es bueno, es de dulce condición en su desvarío. No te será difícil restablecer en él el hombre de conducta ejemplar, el sacerdote sumiso y obediente...

—Y le cogemos—dijo Flórez—y le mandamos a un convento de Capuchinos o a una de las hospederías religiosas que existen para estos casos, y le tenemos allí un año, dos, tres, al cabo de los cuales estará lo mismo que entró.

—Quiere decir que no le cuidarán, que no le observarán, mirando por su existencia y por su razón con el interés paternal que se debe a un alma como la suya, buena, piadosa, a un alma de Dios...

—No digo que...

—Pero nada de esto pasará—afirmó la condesa, levantándose nerviosa, y cogiendo el bastón de Urrea para reforzar el gesto decidido con que acentuaba la palabra.

—Pues ¿qué se hará, señora?

—A usted, mi señor don Manuel, le corresponderá la gloria mundana de esta prueba, si, como creo, Dios la corona con un éxito feliz.

—¿Y qué tengo yo que hacer, señora mía?—preguntó el eclesiástico, un poco molesto, pues no le caía en gracia aquello de hacer él cosas que ignoraba, ni que su autoridad quedara reducida a ejecutar órdenes superiores, como un vulgar secretario.

—Una cosa muy sencilla y que me parece fácil. Mañana mismo..., no hay que perder un solo día..., mañana mismo, don Manuel Flórez y del Campo, el ejemplarísimo sacerdote, el gran diplomático de la caridad, coge el sombrero y se va a ver al señor obispo. Su ilustrísima, naturalmente, le recibe con los brazos abiertos, y usted le dice: "Señor obispo, una dama de nuestra aristocracia..."

—¡Ah! Ya... Una dama de nuestra aristocracia...

—¡Si lo adivina, si lo sabe, si no tengo que decir más! Pues qué, ¿no ha pensado usted lo mismo que yo? ¿No viene hace días dando vueltas en su mente a esta solución? ¿No esperaba saber la sentencia para proponérmelo?

—Sí, sí... Yo pensaba... En efecto... La idea es buena—dijo el limosnero, queriendo cazar al vuelo las de su noble amiga—. Claro que había pensado yo... Pues "ilustrísimo señor: una dama de nuestra aristocracia, persona de grandes virtudes y celo cristiano, que

quiere consagrar su vida al santo ejercicio de la caridad, ha imaginado que..."

Detúvose bruscamente don Manuel, vacilante, clavó sus ojos en Halma, después en Urrea, para volver a mirar con escrutadora fijeza a la ilustre señora, y en aquel punto, como si recibiera inspiración del Cielo, o algún genio invisible en el oído le susurrara, vió el pensamiento de la condesa con toda claridad. Y recordando al instante palabras y frases sueltas de conversaciones anteriores, y viendo en ellas perfecto ajuste con lo que acababa de oír, ya no necesitó más el agudo presbítero para recobrar toda su compostura mental y sentirse dueño de sí mismo, y a punto de serlo de la situación. Limpió el gaznate para aclarar la voz, tomó de manos de Halma el bastón de Urrea, y fué marcando con él sobre la alfombra estas o parecidas expresiones:

—La señora condesa ha tenido un pensamiento grande y bello, como suyo. Hace tiempo concibió el proyecto de destinar su casa de Pedralba a un fin caritativo, estableciéndose allí, al frente de una pequeña sociedad de desvalidos y menesterosos, de pobres enfermos y de ancianos sin recursos. Bueno, Señor, bueno. Pues ahora, la señora condesa se dirige por mi conducto al señor obispo, y le dice: "A ese pobre clérigo perseguido, absuelto y tachado de locura, yo me le llevo a Pedralba, allí le cuido, allí le rodeo de calma, de un bienestar modesto; doy a su espíritu la soledad campestre, a su asendereado cuerpo descanso, y como él es bueno y sencillo, y su corazón se conserva puro, respondo de que en breve tiempo podré devolvérselo a la Iglesia limpio de las nieblas que han empañado su mente. Entréguenme el vagabundo y les devolveré el sacerdote; denme el enfermo y les devolveré el santo."

—¿Y eso puede ser?—preguntó vivamente la viuda, sin admirarse de lo bien que el sagaz Flórez le adivinaba las intenciones—. Quiero decir: ¿consentirá el señor obispo...?

—¡Ah!... Lo veremos. Mucha fuerza ha de hacerle su nombre, señora.

—Y más aún la intervención de usted.

—En casos como este de Nazarín, el prelado adoptará uno de dos procedimientos: o entregar al enfermo un vale perpetuo para el Asilo de Eclesiásticos, o ponerle bajo la salvaguardia de una familia respetable de reconocida virtud y piedad. Esto último se ha hecho hace poco con un pobre clérigo que padecía de ataquillos de enajenación.

—Pues la familia respetable a quien se encomiende la custodia y cuidado de este santo varón, seré yo.

—Sin duda. Y mucho mejor si se constituye el Asilo o Recogimiento en forma legal y canónica, poniéndolo, como es natural, bajo la tutela del jefe de la diócesis.

—En fin—dijo Halma, gozosa—, que Nazarín es nuestro. Y el señor obispo, ya lo estoy viendo, alabará mucho este plan al saber que es idea de usted.

—Idea mía, no—replicó Flórez, sin mirar a la dama—. Si acaso, en parte... Ambos pensamos lo mismo. Pero yo no podía pronunciar sobre ello la primera palabra, y tuve que aguardar a que la dijese quien debía decirla.

—Quedamos en que mañana mismo...

—Mañana mismo, sí, señora.

—No se nos adelante alguno...

—¡Ah! Lo que es eso... Pierda usted cuidado.

Retiróse don Manuel a su casa, y aquella noche fué acometido de una lúgubre congoja, cuyo fundamento el buen clérigo no podía explicarse. "Esta tristeza hondísima y que parece que me abate todo el ser—se decía, sin poder conciliar el sueño—no proviene de causa puramente moral. Aquí hay algún trastorno grave de la máquina. O el hígado se me deshace, o la cabeza se me quiere insubordinar, o el corazón se fatiga y me presenta la dimisión."

V

Hízose todo como Catalina de Artal deseaba, sin que la gestión del buen Flórez tropezase con ninguna dificultad ni obstáculos de importancia. Notaban en él cuantos en aquella ocasión le vieron, lo mismo en las oficinas eclesiásticas que en las casas nobles que ordinariamente visitaba, una gran decadencia física, la cual parecía más grave por la pérdida de la jovialidad. Además, claramente se advertía cierta inseguridad en las ideas y dispersión de las mismas en el momento de querer ex-

presarlas, vamos, como si se le fuera el santo al cielo, según el dicho vulgar. No era ya el mismo hombre: en pocos días su cuerpo perdió la derechura que le hacía tan gallardo; su cara se había vuelto terrosa, sus manos temblaban, y cuando quería sonreírse, su habitual expresión afable le resultaba fúnebre.

—O don Manuel está muy malo—decían sus amigos—, o algún hondo pesar silenciosamente le mina.

Una mañana, el marqués de Feramor le mandó llamar cuando descendía del aposento de la condesa, y encerrándose con él en su despacho, puso la cara de las grandes solemnidades para decirle:

—¡Parece mentira que nuestro querido Flórez, desmintiendo su grave carácter, se haya prestado a favorecer las increíbles extravagancias de mi hermana! Primero, la tontería de meterse a redentores de José Antonio, poniéndose en ridículo y dando lugar al desbordamiento de las hablillas y chirigotas. No era esto bastante, y entre mi hermana y su limosnero inventan este sainetón grotesco de llevarse a Pedralba toda la cuadrilla nazarista..., porque supongo irán también las discípulas, para mayor edificación... Ya ha principiado el coro de burlas, que a mí no me afectan, no, señor, porque todo el mundo sabe que permito a mi hermana lanzarse por su cuenta y riesgo a estas aventuras locas, para que encuentre en la ruina y en el ludibrio de las gentes el castigo de su soberbia.

La actitud y el lenguaje del señor marqués era de pontifical, según el rito inglés parlamentario y economista.

—Lo que más me duele—añadió—es que nuestro buen amigo, en vez de poner un freno a estas que califico benignamente llamándolas extravagancias, les haya dado calor y apoyo con su autoridad...

Al oír esto, una onda de sangre subió del corazón al cerebro del sacerdote, y la ira, que era en él, por índole y por costumbre, sentimiento casi desconocido, se encendió en su corazón súbitamente. Al querer expresarla, las palabras se le atropellaron en la boca, su rostro enrojeció, sus ojos se avivaron. Con lengua torpe pudo decir tan sólo:

—¿Tú qué sabes?... ¡Eres un necio!

Y salió, como huyendo de sí mismo, arrastrando el manteo, la teja echada hacia atrás, murmurando incoherentes frases por la escalera abajo. Iba por la calle dando tumbos, sosteniéndose por un desmedido esfuerzo de la voluntad, y al llegar a su casa, agotado bruscamente el esfuerzo, cayó redondo en el portal. Entre el portero y los vecinos que bajaban, levantáronle del suelo, y como cuerpo muerto le condujeron al cuarto segundo, donde vivía. El ama y la sobrina, dos mujeres simplísimas, ambas entradas en años, que le querían entrañablemente, rompieron en estrepitoso llanto al verle entrar en tan mísero estado, y la sobrina exclamaba:

—¡Virgen de la Valvanera! Ya lo dije yo. Mi tío venía mal desde la semana pasada.

Acostáronle, y como una media hora tardó en recobrar el conocimiento; mas la palabra, no. El buen señor quería decir algo, y su lengua inerte no le obedecía. Acudió el médico, fuéronle aplicados los remedios elementales, y ya muy entrada la noche, después de algunas horas de reposo, pudo expresarse con mediana claridad:

—No seáis tontas—dijo al ama y la sobrina, que una a cada lado del lecho le contemplaban atribuladas—, ni deis ahora en la manía de asustaros... Esto no es más que un aire. Lo cogí al salir de casa de Feramor. Ya me encuentro mejor, y con la ayuda de Dios misericordioso y de la Virgen Santísima, mañana podré echarme a la calle. Y en caso de que determinen que ya estoy de más en este mundo inicuo, ¿qué hemos de hacer más que conformarnos todos: yo, con irme a donde mi Padre celestial me destine, según mis méritos o mis culpas; vosotras, con que me vaya y os deje en paz?

Dispuso el doctor que no le dieran conversación y se le dejara descansar toda la noche, ordenando diversas medicaciones internas y externas. A la mañana siguiente, la mejoría era bien clara, y desde muy temprano acudieron a la casa multitud de personas. Una de las primeras fué Urrea; a poco llegaron Consuelo Feramor y la de Monterones, y otras muchas señoras y caballeros de distintas categorías. Todos prodigaron al enfermo consuelos cariñosos, deseando su salud como la propia. Iban entrando en la alcoba por tandas, y, reunidos después en la sala, lamentaban

el repentino accidente del simpático sacerdote.

Consuelo llevó aparte a José Antonio para decirle:

—Sospecho que tú y Catalina no tenéis poca responsabilidad en este arrechucho de nuestro amigo. ¡Ah! Su enfermedad arranca de la parte moral... Qué..., ¿te haces el tonto? ¿No comprendes tu parte de culpa y la de mi cuñadita, esa loca que no andaría suelta si no llevara el nombre que lleva? ¿Ahora caes en la cuenta de que habéis desprestigiado a este santo varón, de que le habéis puesto en ridículo a los ojos del clero, de todos sus amigos y relaciones?

Contestación enérgica pensó darle Urrea; pero prefirió callarse por no alborotar en casa ajena. A poco entró Catalina de Halma, vestidita de negro, con humilde y severísimo porte, y su hermana y cuñada la saludaron con frialdad compasiva. Ella no les hacía ningún caso ni se cuidaba de que le manifestaran este o el otro sentimiento. Cuando todos se retiraban, la condesa expresó al ama y la sobrina su deseo de ayudarlas día y noche en aquel penoso trajín de enfermeras. Conociendo la sinceridad de la buena señora, la familia del sacerdote aceptó tan noble ofrecimiento, felicitándose de que pronto sería innecesario, porque don Manuel mejoraría, con ayuda de Dios. Pasó a verle Catalina, y él, regocijándose de su presencia, se excitó un poquitín, presentando síntomas vagos de trabazón de lengua y de vaguedad en la ideación:

—Señora mía—le dijo—, muy malito tiene usted a su limosnero. Ha sido un aire, nada más que un aire... He soñado con el Recogimiento de Pedralba, en que estaríamos tan bien.... ¡oh, tan bien! Estos aires... son aires muy malos... La vida social..., este vértigo, este bullicio, este mentir continuo..., mal aire, señora... ¡Destrucción de los cuerpos, perjuicio de las almas!... Dios quiere llevarme ya. Ha visto que no sirvo..., que he llegado a la vejez sin hacer en el mundo nada grande, ni hermoso, ni saludable para las almas. Mi conciencia habla y me dice: "No hay en ti y derredor de ti más que vanidad de vanidades." Usted es grande, señora condesa; yo soy pequeño, tan pequeño, que me miro y no me veo mayor que un grano de arena. Un aire me trae, otro me lleva... ¡Ah la soledad de Pedralba...! Pero no, no soy digno... El señor marqués me mira desde la altura de su necedad, y me humillo todo lo que yo merezco. ¿Qué he sido yo? Un fantasmón... No hay que desmentirse. ¿Qué hice por la salvación de las almas? Nada... ¡Y usted, que es santa, se digna venir a consolarme en mi tribulación!... ¡Cuánta bondad, cuánta grandeza! Porque nadie mejor que usted conoce mi insignificancia... Dios me dice: "No eres nada..., eres el vulgo cristiano, lo que es y no es... Vas bien vestido y calzas bonito zapato con hebillas de plata... ¿Y qué? Eres atento en el hablar, obsequioso con todo el mundo; respetuoso de mí; pero sin amor. El fuego del amor divino es en ti un fuego pintado, con llamaradas de almazarrón como las de los cuadros de ánimas. Llevas y traes limosnas como la Administración de Correos lleva y trae cartas...; pero tu corazón..., ¡ah! Yo, que lo veo todo, lo he visto, lo he sentido palpitar, más que por la miseria humana, por la elegancia de tus hebillas de plata..." Luego viene un aire... ¡Hermosa debe de ser la muerte para los que mueren en el Señor. Yo también quiero morir en El, yo quiero, yo quiero!...

Vivamente alarmada, la condesa se retiró de la alcoba, pensando que la mejoría del bendito don Manuel había sido engañosa. Y firme en su propósito de desempeñar en la casa los menesteres más humildes, mientras estuviese enfermo su amigo del alma, concertó con el ama y sobrina las faenas a que debía consagrarse, resolviendo entre las tres que, pues la presencia de la señora excitaba al enfermo, sin duda por el cariño que éste le profesaba, no era conveniente que entrase en la alcoba sino en casos de absoluta precisión. Desembarazada de su mantilla, tan pronto trabajaba en la cocina como se personaba en la sala para recibir visitas de seglares y clérigos. Comió con las mujeres de la casa, y no quiso que le preparasen cama, pues con descabezar un sueño sentadita en una silla le bastaba. La enfermedad de su amado esposo había sido para ella educación cumplida en aquellos trabajos y desazones, y el no dormir, el no comer, la vigilancia constante no la afectaban lo más mínimo.

Muy bien pasó la tarde don Manuel, y a la noche llamó a sus domésticas para que le acompañasen y diesen parola, pues la costumbre, segunda naturaleza, le pedía trato social, conversación, amenidad. Catalina se escondió tras de la puerta para oírle, temerosa de que volviese a desvariar. Dijéronle Constantina y Asunción, que así se nombraban el ama y sobrina, que ya podía darse por restablecido de aquel arrechucho, y que le bastaría media semanita de descanso para poder entregarse nuevamente a sus habituales quehaceres. A lo que respondió el clérigo con serenidad:

—Puede que tengáis razón; pero por sí o por no, yo me pongo en lo peor, y si me apuráis mucho, digo que en lo mejor, o sea, la muerte, fin de esta vida miserable y principio de la eterna.

Como ellas dijeran que, siendo él un santo, nada podía temer, ahuecó la voz para contestarles:

—Ni yo soy santo ni ustedes saben lo que se pescan, pobres rutinarias, pobres almas sencillas y vulgares. Estoy a vuestro nivel..., no, digo mal, a un nivel más bajo. Porque vosotras habéis padecido; tú, Constantina, con la mala vida que te dió tu marido; tú, Asunción, con tus enfermedades y achaques dolorosos. Vosotras habéis tenido ocasión de perdonar agravios; yo, no. Vosotras habéis sufrido escaseces cuando no estabais a mi lado; yo he vivido siempre en mi dulce y cómoda modestia, sin carecer de nada, bienquisto de todo el mundo, niño mimoso y predilecto de la sociedad. Vosotras habéis luchado; yo, no, porque todo me lo encontré hecho. No me llaméis santo, porque hacéis befa de la santidad aplicándola a quien tan poco vale.

Echáronse a llorar las dos mujeres, y le invitaron a variar de conversación, pues aquélla no era la más propia de un enfermo de la cabeza.

—No, no—dijo Flórez, encalabrinándose—. De esto precisamente quiero hablar yo. Soy una pobre medianía; pero abdicando en este trance mis ridículas pretensiones, y pisoteando delante de vosotras, y delante del mundo entero, mi orgullo, me entrego a la misericordia de mi Padre Celestial, para que haga de mi insignificancia lo que quiera. Mi alma no se ennegrece con pecados infames, ni se abrillanta con heroicas virtudes. Soy lo que en lenguaje corriente se llama un buen hombre. Soy... simpático..., ¡ja, ja!, simpático. En el mundo no quedará rastro de mí, y lo mismo que es hoy la sociedad, habría sido si Manuel Flórez y del Campo no hubiera existido en ella. ¿Cómo llamáis santo a un hombre que se enfada, aunque no mucho, cuando alguien le molesta? ¿A ti, Constantina, ¿no te he reñido alguna vez porque la sopa estaba fría, o el chocolate muy caliente, o el arroz pegado, o el café poco fuerte? Ya ves, ¡qué santidad es ésa, ni qué...! Y tú, Asunción, ¡buenas broncas te has llevado... porque las hebillas de mis zapatos no estaban bien relucientes! Ya ves, ¡como si el que relucieran o no las hebillas importara algo!... Si os apuráis mucho por lo que os estoy diciendo, os confesaré que en mi esfera, una esfera que parece amplísima y es muy reducida, he hecho todo el bien que he podido, y que el mal, lo que es el mal, no lo hice nunca a nadie a sabiendas. Pero de eso a que yo sea nada menos que santo, como vosotras creéis, pobres tontas, hay mucho camino que andar... Los santos son otros, el santo es otro... Y de eso que dice el vulgo de que ahora no hay santos, me río yo... Los hay, los hay, creedlo, porque os lo afirmo yo... Pero no me tengáis a mí por tal, grandísimas babiecas; y si no, contestadme: ¿qué méritos extraordinarios veis en mí?... ¿Qué infortunios y trabajos han templado mi alma, qué injurias he tenido que sufrir y perdonar, qué grandes campañas por el bien humano y por la fe católica han sido las mías? ¿Acaso fuí perseguido por la Justicia, y tratado como los malhechores? ¿Por ventura me han ultrajado, me han escarnecido, me han llenado de vilipendio? ¿Es tribulación andar de casa en casa, festejado y en palmitas, aquí de servilleta prendida, allá charlando de mil vanidades eclesiásticas y mundanas, metiéndome y sacándome con achaque de limosnitas, socorros y colectas, que son a la verdadera caridad lo que las comedias a la vida real? ¡Ah! Si lloráis por verme rebajado de esa categoría en que vuestra inocencia quiso ponerme, llorad, sí, llorad conmigo, lloremos juntos, para que el Señor tenga piedad de vosotras y de mí, y nos iguale a los tres en su santa gracia.

No dijo más, porque el ama y sobrina, limpiándose el moco y sobreponiéndose a su acerba pena, le exhortaron para que callase y no pensara cosas que al Divino Jesús y a la Virgen habían de serle desagradables. Buena era la humildad, pero no tanto, Señor...

VI

También lloraba la sin par Catalina oyendo los gritos de la conciencia de su buen amigo, y las tres convinieron luego en que mientras más se humillara el bonísimo don Manuel al prosternarse ante el Dios de Justicia, más le ensalzaría Este, dándole el premio que por sus virtudes merecía. A las once de la noche, ya levantados los manteles de la frugal cena, hallándose la condesa en el comedor, embebecida en la lectura de sus devociones ante una lámpara con pantalla de figurines, entró José Antonio. No pudiendo pasarse un día entero sin verla y hablar con ella (tal era su adhesión ardiente, que más parecía de perro que de persona), agarrábase a la obligación de informarse del estado del enfermo para entrar en la casa y aproximarse a su bienhechora.

—Nuestro don Manuel está mal—le dijo Halma, cerrando su libro y marcando la página con un dedo—. Tenemos que pedir a Dios con toda nuestra alma que nos conserve esa vida tan preciosa, tan necesaria. Hay que rezar, rezar sin tregua, Pepe, y tú también... Pero, sin duda, no sabes, lo has olvidado... Si yo quisiera enseñarte, ¿aprenderías tú?

—Tú conseguirás de mí cuanto quieras, y nada tengo por imposible si tú me lo mandas—replicó el joven con alegría—. Soy hechura tuya; soy un hombre nuevo, que has formado entre tus dedos, y luego me has dado vida y alma nuevas...

—Entre paréntesis, dime una cosa: ¿nos critican mucho por ahí?

—Horriblemente. Pero tu grande alma me ha enseñado lo que me parecía, más que difícil, imposible: despreciar esas infamias y no castigarlas inmediatamente.

—Dios es nuestro juez, y nos acusa o nos absuelve por medio de nuestra conciencia. Vete fijando en lo que te digo, y asegúralo en tu pensamiento. Eres un niño, y como a tal te instruyo.

—Y yo lo aprendo todo. No tendrás queja de mí. Pero yo quisiera, mi buena Halma, que me mandaras cosas difíciles, muy difíciles, para que probaras mi obediencia ciega.

—Por ejemplo, que te arrojes a un horno encendido, o que te tires por la ventana.

—No es eso, aunque también eso haría si me lo mandaras. Cosas difíciles, digo, de las que ponen a prueba la voluntad de un hombre. Mientras tú no me mandes eso, y yo te obedezca, no me creo digno de lo que estás haciendo por mí. Tú eres extraordinaria, increíble, inverosímil. Mi amor propio se pica, y también quiero salirme un poquitín de lo común.

—Descuida, que todo se andará. Como inverosímil, tú, que desde que empezamos a curar tu alma con una medicina de que todo el mundo se burlaba, te has desmentido a ti mismo. Hasta ahora parece que voy triunfando, y que mi extravagancia llevaba y lleva en sí algo de eficacia divina. Pero aún falta mucho, José Antonio, y si te cansas en lo peor del camino, me dejarás mal.

—No me cansaré. Voy contigo al fin del mundo, ya me lleves tirando de mí por un fino hilo de seda, ya por un dogal muy fuerte. Tira sin miedo, que no haré nada por soltarme.

—Te advierto que aunque te sueltes, aunque al tirar de la cuerda me hieras y lastimes, no me arrepentiré de lo hecho.

—Porque tú eres..., no diré una santa ni un ángel, expresiones vagas que han desacreditado los poetas y los predicadores..., sino una mujer superior a cuantas andan por el mundo: la mejor, la única, el femenino en grado sublime.

—¡Eh!... Basta. Ahí tienes otra maña que he de quitarte: la lisonja.

A los motivos de gratitud que subyugan al parásito corregido haciéndole esclavo sumiso de la condesa de Halma, habíase añadido últimamente uno que era, sin duda, el más fuerte eslabón de su cadena. A la penetración de la reformadora no podían ocultarse las recónditas miserias y envilecimientos de la vida de Urrea, úlceras morales que por su calidad indecorosa no podían ser mostradas. Pero la sagaz doctora las co-

nocía por inducción, y creyendo, en conciencia, que para la completa cura había que atacar aquel secreto desorden, antes que corrompiera la parte del ser que iba paulatinamente sanando, incitó al enfermo, en buena ley de moral médica, a la confesión o sinceridad más radicales. El se resistía, creyendo que cuanto a tal asunto se refiriese no podía ni siquiera mentarse en presencia de la santa y pura señora, como no es lícito decir en la iglesia palabras indecentes, ni fumar, ni cubrirse. Pero ella, valerosa y serena, como Santa Isabel de Turingia poniendo sus manos en la cabeza de los tiñosos, le abrió camino para la explicación que deseaba, rompiendo el secreto en esta forma:

—No es menester ser zahorí, querido Pepe, para saber que en tu vida de pobreza vergonzante, angustiada y vil, ha de haber, además de los sapos que ya hemos sacado del fango, culebras que necesitamos extraer para sanarte por entero. Es inútil que me lo niegues. ¡Ah, tonto, como se ven los gusanos que se alimentan de la putrefacción, veo en derredor tuyo enjambre de mujeres, a quienes sólo llamaré desgraciadas, porque no hay mayor desdicha que perder el pudor.

—Es cierto. ¿Cómo negarte nada, si tú lo sabes todo?

—Tienes que limpiarte de esa podredumbre, Pepe, pues de lo contrario estás expuesto a corromperte de nuevo el mejor día.

—Sí, sí.

—Pero pronto, pronto. Adivino que esto no es fácil, y que para romper con todo ese pasado vergonzoso hay obstáculos materiales. Confiésamelo, dímelo todo, ten conmigo la franqueza que tendrías con un camarada de tu sexo. La vida humana ofrece tantas anomalías, que aun para librarse de la ruina se necesita tener dinero, y que del mismo vicio no puede huirse sin mostrarse con él caballeresco y dadivoso.

—Es verdad. Eres la ciencia humana y divina—replicó Urrea con viva emoción.

—Más claro: para cortar tus lazos viles con esa infeliz gente necesitas dinero. Al hacer la cuenta de tus ahogos y de los compromisos que amargan tu vida, has ocultado ésta por delicadeza, por respeto hacia mí. ¿No es verdad?

—Sí.

—Quizá te encuentras obligado y sujeto por favores recibidos.

—Sí.

—Quizá has contraído deudas... en común. No te apures. Hablaremos de esto lo menos posible, para ahorrarte la vergüenza que el caso entraña. Prométeme cortar en absoluto y para siempre, con propósito de no reincidir, esas relaciones infames, y yo te doy el dinero que necesites para tu completa liberación. Así, así, las cosas se dicen clarito, y se hacen con valor.

—¡Oh Halma!—exclamó, anonadado, el calavera, arrodillándose ante su prima e intentando besarle las manos—. Si no te digo que te tengo por criatura sobrenatural, no expreso todo lo que siento.

—Levántate. Hoy mismo te ocuparás de eso. Dímelo todo, no ocultes nada. Mañana liquidas tus deudas de ignominia. Si sintieras duda o escrúpulo, porque hubiese algún lazo dificilillo de cortar, aun con tijeras de oro, vienes y me lo cuentas, y yo te daré ánimos, razones... y veremos de arreglarlo.

Alentado por tan poderoso estímulo, Urrea cortó relaciones indecorosas, algunas que le estorbaban horrorosamente, llenando su alma de hastío; otras que, si afectaban algo a su corazón, no tenían raíces tan hondas que no pudieran arrancarse con mediano esfuerzo. Y ¡qué libre, qué ancho, qué desahogado se sintió después! ¡Con qué placer veía las caras bonitas y risueñas perderse en la bruma que precede a las tinieblas del olvido! Uno solo de los tirones que tuvo que dar le produjo dolor. Pero acordándose de su prima, lo sufrió valeroso, y aún lo hubiera resistido con heroísmo si fuera de los hondos y lacerantes. Pero ello se redujo a un poquitín de pena o desconsuelo, y dos días bastaron para que la mundana figura que motivaba aquel estado psíquico se desvaneciera también con las otras en una neblina de indiferencia. Al terminar esto, la condesa de Halma tomó ante su aplacado espíritu proporciones enteramente divinas. Lo que sintió Urrea no podía compararse sino al júbilo inenarrable del náufrago que pisa tierra después de angustiosa lucha con las olas. Le salvaba aquella luz, faro o estrella del mar, y

ante ella hacía la ofrenda de su vida futura.

No satisfecho con informarse por la noche del estado de don Manuel Flórez, José Antonio iba también por las mañanas. Comúnmente, entre nueve y diez. Catalina había vuelto de misa, y estaba barriendo y limpiando la sala y gabinete, mientras el ama y sobrina atendían al enfermo. Cubría la condesa su talle con un mandil de Constantina, y manejaba la escoba con rara habilidad. ¡Quién había de decirlo, viendo aquellas manos aristocráticas, finas, blancas como azucenas, de forma bonitísima; largos, gordezuelos y puntiagudos los dedos, verdaderas manos de Santa Isabel, de Murillo, que ni en las cabezas plagadas de miseria perdían su virginal pureza y pulcritud! Urrea no se atrevió a pedirle permiso para besarle las manos, para no profanarlas con su labio pecador. No merecía tan grande honra. Verdaderamente, aquellos dedos que cogían la escoba eran dignos de tomar la Hostia consagrada.

—Y don Manuel, ¿cómo sigue?

—Mal. La noche ha sido intranquila. No ha podido dormir; sufría mucho de la cabeza. No ha desvariado; antes bien, habla como un santo que es. Hoy se le administra el Santo Sacramento. Prepárase a recibirlo con unción y alegría. ¿Sabes en qué conozco que nuestro buen don Manuel se nos muere? En que su alma es toda candor. Piensa y habla como un niño. Tanta simplicidad demuestra que su alma se ha despojado de todo lo terreno. ¡Qué hermosura morir así! Aprende, primo mío, aprende, y para que mueras como un justo, vive en la justicia y la verdad.

—Yo vivo donde tú me mandes—dijo el parásito, apartándose para no estorbarle en su barrido—. Donde me pongas allí me estaré. Y ahora, déjame que te pregunte una cosa. Dicen en tu casa que te vas a vivir a Pedralba.

—Eso había determinado; pero la falta de este incomparable amigo perturba mis planes, y aún no sé lo que haré.

—¡Y yo me quedo aquí!—observó Urrea con pena—. Yo aquí solo. Verdad que no estamos lejos, y puedo ir a verte con frecuencia. Pero no sé si tú lo consentirás. Debo seguir en Madrid para evitarte disgustos, para que no se ceben en ti la envidia y la malignidad.

—Esa razón no es razón. Ya sabes que no me afectan los dichos de la gente frívola y vana. La calumnia misma, que a otros aterra, puede venir a mí, y acometerme y destrozarme. De sus ataques saldré más fuerte de lo que soy. Es la forma civilizada del martirio, ahora que no tenemos Dioclecianos que persigan al Cristianismo, ni sectarios furibundos que corten cabezas de creyentes... Pero si la calumnia no es motivo para que aquí te quedes—añadió, dejando la escoba y poniendo los muebles en su sitio después de restregarles la madera con un paño, tarea en que gustosamente le ayudó su protegido—, en Madrid continuarás solito, por razón de tus trabajos. No olvides la segunda parte de nuestro convenio. Has de hacerte un hombre útil, que viva honradamente, sin depender de nadie.

—Sí, sí. Ya realizaré tu hermosa idea. Eres como una madre para mí, y debo venerarte, porque me das el ser.

—Y debo creer que este hijo mío es ya crecidito, con fuerza suficiente para no necesitar andadores y juicio para gobernarse por sí solo.

—Así será, si tú lo quieres. Y ahora, ¿qué me mandas? ¿Me retiro?

—Sí, tenemos mucho que hacer. Luego hemos de preparar la casa y adornarla para recibir al Divino Visitante, que hoy tendremos aquí. Márchate, y vuelve esta tarde a la hora del Viático. No quiero que faltes.

—No faltaré—dijo Urrea, y besando la orla del delantal grosero que ceñía el cuerpo de la noble dama, se retiró triste... ¡Partir Halma, quedarse él! ¡Enorme consumo de voluntad exigiría esta separación del hijo y de la madre, del discípulo aún muy tierno y la santa y fuerte maestra!

VII

No faltó aquel día el marqués de Feramor, que sólo cruzó con su hermana palabras secas. En su atildado lenguaje inglés, parlamentario y económico, dijo que los hombres temen la muerte como temen los niños entrar en un cuarto oscuro. Esto lo había escrito Bacon, y él lo repetía, añadiendo que las penas que ocasiona la pérdida de seres queridos tienen el límite puesto por la Natu-

raleza a todas las cosas. El mundo, la colectividad, sobreviven a las mayores desdichas personales y públicas. No debemos entregarnos al dolor, ni ver en él un amigo, sino un visitante importuno, a quien hay que negar todo agasajo para que se despida lo más pronto posible.

La ceremonia religiosa fué hermosa y patética, acudiendo un gran gentío eclesiástico y seglar, de lo más distinguido que en una y otra esfera contiene Madrid. Recibió el enfermo el pan eucarístico con cristiana unción y mansedumbre, mostrando gratitud inefable al Dios que penetraba en su humilde morada, y se mantuvo tan sereno y dueño de sí mientras duró el acto, que parecía repuesto de su grave mal. Después habló con entusiasmo a sus amigos del gozo que sentía, y de las esperanzas que la santa comunión despertaba en su alma. Por la noche, tras un ratito de tranquilo sueño, llamó al ama y sobrina, y les dijo:

—Ya sé que está en casa la señora condesa, y en verdad no sé por qué se oculta. Su presencia es gran consuelo para mí. Que entre, pues a las tres tengo algo que decirles.

Besó Catalina la mano del sacerdote y se sentó junto al lecho, quedando las otras en pie.

—De veras os digo que estoy tranquilo. Me prosterné ante mi Dios, y llorando amargamente le ofrecí la confesión de toda mi vida pasada, la cual, por mi incuria, por mi egoísmo, por mi insustancialidad, no ha sido muy meritoria que digamos. Lo que poseo es para vosotras. Constantina y Asunción: ya lo sabéis. Atender a vuestras necesidades, reduciéndolas a la medida de una santa modestia, y lo demás empleadlo en servicio de Dios; socorred a cuantos menesterosos estén a vuestro alcance, sin reparar si lo merecen o no. Todo necesitado merece dejar de serlo. Y a usted, señora condesa de Halma, nada le digo, porque ■ quien es más que yo y vale más que yo, y me gana en saber de lo espiritual y lo temporal, ¿qué ha de decirle este pobre moribundo? He concluído con toda vanidad, y tan sólo le ruego que encomiende a Dios a su buen amigo. El que a mí me ha iluminado no está presente; si lo estuviera, yo le diría: compañero pastor, quisiera cambiar por tu cayado robusto el mío, que no es más que una caña, adornada de marfil y oro. Tú pastoreas, yo no; tú *haces, yo figuro...*

Siguió murmurando en voz baja expresiones que las tres mujeres no entendían. No cesaban de recomendarle el silencio y la tranquilidad. Poco después rezaban los cuatro, llevando la de Halma el rosario. Antes de terminar, el enfermo pareció aletargarse. Quedó Asunción de guardia, y Constantina y la condesa salieron de puntillas.

Tenían de guardia en el recibimiento a la chiquilla de la portera, para que abriese al sentir pasos de visitas, precaución indispensable por haber sido quitada la campanilla. A poco de salir de la alcoba, el ama dijo a la condesa:

—Ha entrado una mujer que quiere hablar con la señora. Debe de ser una pobre... de estas que acosan y marean con sus petitorios. Yo que vuecencia, le daría medio panecillo y la pondría en la calle, porque si nos corremos demasiado en la limosna, esto será el mesón del tio Alegría, y nos volverán locas. Trae una niña de la mano, y me da olor a trapisonda, quiero decir a sablazo de los que van al hueso. Conque póngase en guardia la señora condesa, que en eso de dar o no dar con tino está el toque, como dice nuestro pobrecito don Manuel, de la verdadera caridad.

Ya sabía Catalina quién era la visitante, y sin decir nada se fué a la sala, donde aguardaban en pie una mujer con mantón y pañuelo a la cabeza, y una niña como de seis años, arrebujada en una toquilla.

—Beatriz—dijo Halma, muy afectuosa, entregándoles sus dos manos, que mujer y niña besaron con amor—, ya me impacientaba yo porque no venías a verme. ¿Te dijo Prudencia que vinieras acá?

—Sí, señora; pero yo no quería venir, por no ser molesta—replicó Beatriz, sentándose en el borde de una silla—. Por fin, esta noche me determiné, y he traído a ésta para que me enseñe las calles, que no conozco bien. Rosa sabe al dedillo todos estos barrios, porque ayudaba a sus padres a repartir la leche, cuando tuvieron la cabrería... ¡Ah! Negocio malísimo, en que se metió mi prima con los vecinos del bajo derecha, por ayudar a Ladislao, que con

la afinación de pianos no sacaba para dar de comer a la familia. El pobre Ladislao ha pasado amarguras horribles, persiguiendo el garbanzo y soñando siempre con la ópera que tenía a medio componer, dentro de su cabeza. Todo lo probó: tocaba el trombón en un teatro, y repartía prospectos por las calles. La cabrería los empeñó más de lo que estaban. Yo he visto la miseria de aquella casa, miseria negra, como hay tanta en Madrid, sin que nadie la vea ni la socorra, porque no es posible, Señor, no es posible... Bien lo sabe la señora, que la ha visto con sus propios ojos, porque con la señora entró Dios en aquella casa... Y puedo decirle que sus palabras cariñosas las han agradecido aquellos infelices más aún que el socorro que les ha dado para comer y abrigarse. La señora es..., no tan sólo la caridad, sino también la esperanza.

—Y el pobre Ladislao, ¿está contento?

—Tan contento, que de puro alegre no pega los ojos. Dice que su *desiderato* sería la plaza de maestro de capilla; pero que si la señora no tiene capilla en sus estados, lo mismo le servirá de cochero que para traer leña del monte, si a mano viene.

—Que no piense en eso, y espere—dijo la condesa, impaciente por tratar de otro asunto—. Bueno, Beatriz, ¿y qué?...

—Nada, es cosa resuelta. He venido acá, para que la señora condesa no tarde en saber que hoy fueron a verle al hospital dos señores curas, que parece son del Tribunal eclesiástico. Dijéronle que su ilustrísima le proponía dos maneras de asistirle y curarle, en el suponer de que está enfermo. O bien darle un vale perpetuo para el asilo de señores sacerdotes, o bien ser recogido en una casa honestísima de persona principal y muy cristiana. Diéronle a escoger, y, por de contado, escogió lo segundo. Lo he sabido por él mismo: esta tarde fuí allá, y me encontré en la celda al señorito de Urrea, que le aconsejaba salir de aquel encierro, pues ya está libre. Mas no quiere el bendito don Nazario gozar de libertad mientras no le dé licencia la persona que le toma bajo su amparo y le diga cuándo, cómo y a qué lugar ha de ir con sus pobres huesos.

—Pues mira lo que has de hacer, Beatriz, y pon atención a lo que te ordeno. Mañana llegará un carro con tres mulas que he mandado venir de Pedralba. Al amanecer del día siguiente, lo tendrás en tu calle, y el carretero, que es un viejo llamado Cecilio, un poco hablador y refranero, pero buen hombre, subirá a tu casa para avisarte. Metes en el carro a Ladislao y a Aquilina con sus tres chicos, y a Nazarín, y tú misma de añadidura. Cabréis perfectamente, y si vais estrechos, los hombres pueden ir algunos ratos a pie... En fin, arreglaos del mejor modo posible. No llevéis muebles, ni ropas de cama. Repartid todo eso entre los vecinos que sean más pobres. Ropa de vestir podéis llevar... ¡Ah! Se me olvidaba el piano de Ladislao. Dile que es mi deseo que se lo regale al ciego, también afinador, que vive en el cuartito próximo. Puede meter en el carro aquella balumba de papeles de música que tiene encima de la cómoda. Todo el día emplearéis en el viaje, porque las mulas irán al paso, para que puedan hacer un poco de ejercicio los que se cansen de la estrechez del carro y meterse en él un rato los *de infantería*, para descansar de la caminata. Cecilio os llevará hasta mi casa, y en ella os dará alojamiento hasta que, pasados unos días, cuando yo avise, vuelvan Cecilio y las tres mulas por mí.

—¡En carromato la señora!—exclamó Beatriz llevándose las manos a la cabeza.

—Como vais vosotros, iré yo. ¿Qué más da? Si es hasta más cómodo, y más alegre. No veas en esto un mérito ni menos afectación de pobreza: no gusto de hacer papeles. Además, establezco en mi pequeño reino toda la igualdad que sea posible. No me atrevo aún a decir, antes que la práctica me lo enseñe, a qué grado de igualdad llegaremos.

—Reino ha dicho la señora—afirmó la nazarista con gozo—, y aunque así no lo llamara, reina y señora nuestra será siempre.

—Tampoco sé aún que grado de autoridad tendré sobre vosotros. Quizá no pueda tenerla, o la abdique desde el primer momento. Pero no pensemos aún en lo que será, y ocupémonos tan sólo de lo presente. Con el dinero que te dí y que conservarás en tu poder...

—Sí, señora; menos lo que, por encargo de la señora, gasté en el vestidito de Aquilina y en las botas de Ladislao.

—Pues aún te queda para comprar zapatos y alpargatas a los tres chicos y para lo que gastéis por el viaje, que será bien poco. No necesito decirte que economices, porque sé que sabes hacerlo. Como la hija de Cecilio cuidará de daros de comer mientras yo llegue, ten bien cerrada la bolsa, Beatriz, y no gastes ni un céntimo de lo que en ella te quedare al llegar allá; no olvides que somos pobres, pobres verdaderos... No creas que nuestro reino es una pequeña Jauja.

—Si lo fuera, no nos tendría la señora por vasallos...

—¿Te has enterado bien?

—Sí, señora—dijo Beatriz levantándose—; descuide, que todo se hará punto por punto como la señora desea.

Despidiéronse besándole la mano; la condesa las besó en el rostro, y al despedirlas en la puerta, cuando ya habían bajado algunos peldaños, las llamó para hacerlas una advertencia.

—Oye, Beatriz. Mi buen Cecilio padece de una maldita sed que no se le quita sino con vino. Ya está tan cascado el pobre, que sería crueldad privarle de satisfacer su vicio. Durante el viaje, le permitirás que tome una copa en alguna de las ventas por donde pasen, no en todas... Fíjate bien: con tres o cuatro copas de pardillo en todo el camino tiene bastante; pero nada más, nada más... ¡Ea! Adiós, y buen viaje.

VIII

Llegó poco después un señor eclesiástico, amigo íntimo de Flórez, don Modesto Díaz, que goza fama de predicador excelente, uno de los primeros de Madrid. Tres o cuatro veces al día iba a enterarse del estado del enfermo, a quien entrañablemente quería, pues se conocieron desde la infancia, y en Madrid vivieron luengos años en cordialísimas relaciones, aunque cada cual actuaba en esfera distinta dentro de lo eclesiástico, pues si Flórez era relativamente rico y no tenía que discurrir para proveer decorosamente a la existencia, Díaz, obrero incansable, trabajó toda su vida *propter panem*. De joven tuvo que ganarlo para su madre, y en edad madura crió y educó sinfín de sobrinos huérfanos, que debían de padecer hambre canina, según lo que el pobre cura bregaba para mantenerlos, pues él daba lecciones de latín y moral en colegios y casas particulares; de retórica y poética, en un instituto; traducía del francés obras religiosas para un editor católico, y con esto y la celebración y sus sermones, que llegaron a constituirle un ingreso de cuenta, salió el hombre adelante con todo aquel familiaje, y algo le quedaba para socorrer a un pobre.

La diferente atmósfera en que Díaz y Flórez vivían, y el distinto camino de cada cual, no impidieron que se juntaran en el terreno de una amistad tan antigua como cariñosa. Eran vecinos; muchas tardes paseaban juntos, y, perfectamente acordes en ideas y gustos, nunca surgió entre ellos disputa ni desavenencia por cosa dogmática ni temporal. Ambos eran buenos y estimados de todo el mundo; ambos piadosos y bien avenidos con su conciencia. Hasta se parecían un poco en lo físico; sólo que Díaz no se arreglaba tan bien como el otro, ni era tan pulcro o, si se quiere, tan elegante.

Con expresiones de sincero dolor se condolió don Modesto de la gravedad de su amigo, manifestándose confuso por aquel repentino mal, que había venido como un escopetazo.

—Pero ¡si hace tres semanas estaba Manuel vendiendo vidas! Una tarde que fuimos de paseo hacia la Moncloa hicimos recuento de los años que tenemos a la espalda, y calculando lo que podríamos vivir si el Señor nos conservaba nuestra salud, nos corríamos tan frescos hasta los ochenta. De buenas a primeras, Manuel da este bajón tremendo... Pero ¿por qué? Las últimas tardes que paseamos le noté muy metido en sí, cosa rara, pues era hombre tan social que siempre le veía usted el alma revoloteando alegre fuera de la jaula... En fin, Dios lo quiere así. Cúmplase su santa voluntad.

Con un hondo suspiro nada más comentó la condesa estas expresiones, y el buen sacerdote, después de enjugarse una lágrima, cambió de tono para decir:

—Entre paréntesis, señora condesa, sé que se va usted a su finca de Pedralba, próxima a San Agustín, y conviene que

sepa que el cura de esta villa es mi sobrino Remigio, a quien escribiré para que se ponga a las órdenes de usted y la sirva en cuanto guste ordenarle. ¡Buen muchacho, señora, que sabe su obligación y tiene, además, un don de gentes que ya lo quisieran más de cuatro! Yo le crié: es mi hechura, y a mí me debe su doble carrera, pues a más del grado en teología y cánones, es licenciado en derecho. Alguna guerra me dió cuando estudiaba, porque en la Universidad por poco me lo tuercen. Le tiraba más la filosofía que la teología, y su comprensión fácil, su talento flexible le encariñaron más de la cuenta con los estudios de materias filosóficas y sociales novísimas. Bueno es saber de todo y conocer toda la extensión de las ideas humanas; pero yo dije: "Para, hijo." El, obstinado en doblárseme, y yo, en que había de ponerle derecho como un huso. Naturalmente, gané yo; el chico era dócil, respetuoso, y me quería con locura. Cantó misa diez años ha, día de la Candelaria, y ahí le tiene usted hecho un sacerdote modelo, oscurecido, es verdad, en una villa de corto vecindario, pero con esperanzas de pasar a una parroquia de la Corte o a una canonjía.

Contestó Halma con las expresiones urbanas que el caso requería, y la conversación, por su propio peso, recayó en don Manuel y en la dificultad de sacarle adelante, si Dios no hacía un milagro.

—Para mí—dijo Díaz con hondísima tristeza—es una pérdida irreparable, pues no tengo ningún amigo que pueda comparárselo en lo afable, en lo cariñoso y servicial. Siempre que yo necesitaba una tarjeta de recomendación, él a dármela. Sus buenas relaciones con gente principal eran una bendición de Dios para los que estamos en esfera más baja. ¡Cómo le quería toda la grandeza! Y ahí tiene usted a un hombre que hubiera podido ser obispo. Pero lo que él decía con toda la modestia de Dios: "No sirvo, no sirvo; es mucho trabajo para mí." Cada lobo en su senda, y la de Manuel era fomentar la piedad en las clases elevadas y dirigirlas en sus campañas benéficas... Era hombre de tan extraordinario don de gentes, que su trato lo mismo cautivaba al rico que al pobre, y con su ten con ten, a todos les enseñaba la buena doctrina... ¡Dios sabe cuán solo y triste me quedo sin Manuel en este valle de lágrimas!... ¡Pues apenas tiene fecha nuestra amistad! El es natural de Piedrahita; yo, de Muñopepe, en el mismo partido. Juntos nos criamos, juntos fuimos a la escuela, juntos recibimos la sagrada investidura. El era casi rico, yo pobre; él vivía de sus rentas; yo, de mi trabajo rudo. Siempre que necesité de algún auxilio, porque hay meses crueles, señora mía, sobre todo en verano, cuando se despuebla Madrid, a él acudía..., ¡ay!, y le encontraba siempre. ¡Qué excelente amigo! Me facilitaba cortas cantidades, sin ningún interés... ¡Ave María Purísima, ni hablarle de ello siquiera! Me habría pegado. ¡Entre amigos!... Llegaba el invierno, y yo le pagaba religiosamente. Por navidad, de los infinitos regalos que recibe, participo yo. El Señor le premia tanta bondad, pues sus tierras de Piedrahita siempre le dan buenas cosechas... Así es que, viviendo con decoro y sin boato, como un buen sacerdote, tiene sobrantes, con los cuales pudo costear una excelente escuela en Piedrahita. Sí, señora, una lápida de mármol dice a la posteridad el nombre del fundador. Pues con estas esplendideces, aún le sobra, y no hay año que no compre alguna tierra limítrofe con su heredad. Propietario generoso y buen cristiano, no apura a sus renteros ni escatima jornales en tiempo de miseria. En fin, que hombres como éste hay pocos. El Señor le quiere para sí; acatemos su voluntad suprema, y reconozcamos que todas las grandezas terrenas son ceniza, polvo, nada.

—Manifestóse doña Catalina conforme con todo esto, y seguían platicando sobre la vanidad de las grandezas humanas, cuando el enfermo dió una gran voz diciendo:

—¿Ha venido Modesto?... Que entre aquí. ¡Modesto, Modesto!

Acudió el señor Díaz, y los dos amigos se abrazaron con ardiente cariño. El sano no podía contener las lágrimas; el enfermo, debilitado y con el cerebro inseguro, perdiendo y recobrando a cada momento el sentido y la palabra, no hacía más que darle palmetazos en el hombro, y sus ojos, extraviados, tan pronto reconocían a don Modesto como le miraban con extrañeza y estupor.

—Mi buen amigo—le dijo en un momento lúcido—, te sentí, y quise que entraras para darte la gran noticia. Ya siento un gran alivio en mi alma. A mi conciencia le han nacido alas, y mírame cómo subo hasta los cielos. ¿No sabes? ¡Ay Modesto, qué alegría! Acabo de decidir que mi viña del Barranco de Abajo, la mejor que tengo, sea para ti. Ya es tiempo de que descanses, hombre. ¡Qué león para el trabajo!... Ahora, con tu viña, que puede darte tus mil cántaras, que te echen sobrinos. Bastante tienen estas tontas con lo demás de Piedrahita, y yo nada necesito ya, pues quiero ser pobre lo que me quede de vida... No te vayas, Modesto; acompáñame, pues me dan más congojas... y me parece que me he muerto, y que me han enterrado vivo... Yo soy pobre..., muy pobre; no quiero mausoleos ni que pongan sobre mí una de esas piedras enormes con letras de oro... No, no quiero letras de oro ni hebillas de plata. Y en cuanto a mi gran cruz de Isabel la Católica, os digo que no me la pongáis cuando me amortajéis... el día de mi muerte. No quiero más cruz que la de mi Redentor..., a quien no me parezco nada, pero nada... El era todo amor del género humano; yo, todo amor de mí mismo. ¿Verdad, Modesto, que no me parezco nada..., pero nada?

Procuraban calmarle; pero ni aun podían, con la ayuda del señor Díaz, sujetarle en el lecho, pues dos o tres veces se quiso arrojar de él, desarrollando una fuerza nerviosa increíble en su extenuación.

—Dejadme—decía—, no seáis pesadas. Huyo de lo que fuí... No quiero verme, no quiero oírme. Hay un hombre que en el siglo se llamó Manuel Flórez. ¿Sabéis cómo le llamaría yo?... *El santo de salón*. Yo no soy él; yo quiero ser como mi Dios, todo amor, todo abnegación, todo caridad... No entiendo de intereses. Aquél hacía cuentas, yo las deshago: aquél vivió en mil vanidades, yo corro detrás de la verdad, ya la toco, y vosotras, ruines cócoras, no me dejáis...

El médico, que en mitad de esta crisis apareció, dispuso remedios que no tenían más objeto que hacerle menos dolorosa la agonía. La parálisis de la parte inferior del cuerpo era absoluta. El derrame se había iniciado sobre la medula, dejando libre el cerebro. Don Modesto Díaz resolvió quedarse allí toda la noche. Después de las doce, el moribundo, inmóvil, rígido, descompuesto el rostro, honda y débil la voz, entornados los ojos, llamó a su amigo y le dijo:

—Modesto, hazme el favor de leerme aquel capítulo de los *Soliloquios de nuestro Padre San Agustín... Confesión de la verdadera fe*.

—No necesito leértelo, querido Manuel —dijo don Modesto, con sus manos en las manos del moribundo—, pues me lo sé de memoria: "Gracias os hago, luz mía, porque me alumbrasteis y yo os conocí. Conocíos Criador del Cielo, y de todas las cosas visibles e invisibles, Dios verdadero, todopoderoso, inmortal, interminable, eterno, inaccesible, incomprensible, inconmutable, inmenso, infinito, principio de todas las criaturas visibles e invisibles, por el cual todas las cosas son hechas, y todos los elementos perseveran en su ser, cuya Majestad, así como nunca tuvo principio, así jamás tendrá fin..."

Y siguió recitando de memoria largo trecho, hasta que Flórez, que como extasiado escuchaba, repitiendo algunas palabras, le interrumpió diciéndole:

—Más adelante, más adelante, Modesto, donde dice... ¡Ah! Ya lo recuerdo: "Tarde os conocí, lumbre verdadera, tarde os conocí, porque tenía delante de los ojos de mi vanidad una gran nube oscura y tenebrosa que no me dejaba ver el sol de justicia, y la lumbre de la verdad. Como hijo de tinieblas..."

Lo restante no se entendió. Fué tan sólo un murmullo ininteligible, un pegar y despegar de labios, como si algo saboreara.

Doña Catalina y don Modesto rezaban, y ama y sobrina habrían hecho lo mismo si su copioso llanto se lo permitiera. Llegaron muchos amigos, y a la madrugada, conservando el enfermo su conocimiento, aunque turbado, se le dió la Extremaunción. Pronunció después conceptos incoherentes, sin conocer a nadie; pero cuando ya era de día claro, como si la luz solar alentase la última chispa del pensamiento que se extinguía, miró y conoció a la señora condesa, y alargando lentamente el brazo hasta tocar la manga del vestido con su mano temblorosa, le dijo con voz apagada:

—No me olvide en sus oraciones, mi buena y santa amiga, Dios tendrá misericordia de mí, el más inútil soldado de la cristiandad militante. Nada hice de gran provecho: entrar, salir, saludar, consejos vanos..., charla, etiqueta, buena vida, sonrisas..., bondad pálida... ¿Sufrir? Nada... ¿Sacrificio? Ninguno... ¿Trabajos? Pocos. ¡Ah señora mía y hermana, de lo mucho y grande que usted hará en la vida mística que emprende, pídale al Señor que me aplique a mí alguna parte, por la buena fe con que servía sus ideas, figurando que las inspiraba! Yo no he inspirado nada, nada grande... Todo pequeñito, todo vulgar... No fuí bueno, no fuí santo; fuí... simpático..., ¡ay de mí!, simpático. Válgame ahora, Redentor mío, mi simplicidad, esta pena de no haber sabido imitarte, de no haber sido como Tú, sencillo, amoroso, manso; de no haber sabido labrar con el bien propio el bien ajeno, ¡el bien ajeno!, único que debe regocijar a un alma grande; la pena de no haber muerto para toda vanidad, y vivido solamente para encenderme en tu amor, y comunicar este fuego a mis semejantes.

Esta llamarada de elocuencia fué la última, y precedió a la extinción tranquila y lenta de la vida, sin sufrimiento. Diversas cláusulas fluctuaron en sus labios, como burbujas: una invocación a la Virgen, y la idea, la tenaz idea que no quería soltarle hasta el umbral mismo de la eternidad, que quizá le seguiría más allá, haciéndose también eterna: "No soy nada, no he hecho nada... Vida inútil, *el santo de salón, clérigo simpático*... ¡Oh, qué dolor, simpático, farsa! Nada grande... Amor, no; sacrificio, no; anulación, no... Hebillas, pequeñez, egoísmo... Enseñóme aquél... Aquél, sí..."

Acercándose mucho a su rostro, pudo el buen Díaz percibir estas expresiones... La vida se apagó tan mansamente, que no pudieron los doloridos circunstantes determinar el momento preciso en que entregó su alma al Señor el virtuoso don Manuel Flórez; pero aquella diminuta porción de tiempo, punto de escape hacia la misteriosa eternidad, se escondía entre los quince minutos que precedieron a las nueve de la mañana.

CUARTA PARTE

I

No se avenía con su desamparo José Antonio de Urrea, que desde el momento de la desaparición de la condesa de Halma, arrebatada de su presencia en carromato, y no de fuego, vivía sumergido en un mar de tristeza, sin más entretenimiento que medir con ojos lánguidos la extensión de la soledad cortesana que le rodeaba. Madrid, con todo su bullicio y los mil encantos de la vida social, había venido a ser para él una estepa, en cuya aridez ninguna flor, ni la del bien ni la del mal, podía coger para su consuelo. Pasaba el día tumbado en su sofá, rumiando sus amargos hastíos de la lectura, del trabajo, de la meditación misma. Por las noches se lanzaba fuera de casa, buscando en un voltijear inquieto por calles y plazas el alivio de su melancolía. No volvió a poner los pies ni de día ni de noche en las casas de sus parientes, hacia los cuales sentía un despego muy próximo al horror. Sus amigos íntimos de otros tiempos, compañeros de desorden, se le habían hecho tan antipáticos, que de ellos huía como del cólera. De amistades de otro sexo, no se diga: éranle, más que antipáticas, odiosas. Con todo, una noche fué tan hondo su tedio y tan vivo su afán de encontrar algo en que su alma se esparciera, que se dejó tentar del demonio de sus recuerdos. Pudo creer un momento que refrescando pasadas amistades se consolaría; pero no hizo más que llegar a las puertas del vicio y retrocedió sobresaltado. Las tentaciones no hacían más que soliviantarle la imaginación; pero sin poder debelar la fortaleza de su voluntad.

Otro aspecto singularísimo del estado de su espíritu era que todas las perso-

nas que conocía se habían transformado en su criterio social así como en sus afectos. El primo Feramor no era más que un figurón, una inteligencia secundaria, petrificada en las fórmulas del positivismo y barnizada con la cortesía inglesa; Consuelo y María Ignacia, dos fantochonas, en las cuales se encontraba la comadre vulgarísima a poco que se rascara la delgada costra aristocrática que las cubría; mujeres sin fe, sin calor moral, ignorantes de todo lo grave y serio, instruídas tan sólo en frivolidades que las conducían al desorden, al vicio mismo, si no las atara el miedo social y las posiciones de sus respectivos maridos; la marquesa de San Salomó, una cursi por todo lo alto, queriendo hacer grandes papeles con mediana fortuna, echándoselas de mujer superior porque merodeaba frases en novelas francesas y tenía en su tertulia media docena de señores entre políticos y literarios que poseían cierto gracejo para hablar mal del prójimo; Zárate, un sabio cargante, que coleccionaba nombres de autores extranjeros y títulos de obras científicas, como los chicos coleccionan sellos o cajas de fósforos; Jacinto Villalonga, un político corrompido, de esos que envenenan cuanto tocan y hacen de la Administración una merienda de blancos y negros; Severiano Rodríguez, otro que tal, mal revestido de una dignidad hipócrita; el general Morla, un Diógenes cuyo tonel era el casino; el marqués de Casa-Muñoz, un ganso, digno de morar en los estanques del Retiro; y por este estilo todos cuantos en otro tiempo le movían o a envidia o a estimación, se degradaban a sus ojos hasta el punto de que él, José Antonio de Urrea, mirado con menosprecio y lástima, se conceptuaba ya superior a todos ellos. Para él, toda la Humanidad se condensaba en una sola persona: la celestial Catalina de Halma, resumen de cuanto bueno existe en nuestra Naturaleza, excluído absolutamente lo malo; con la ausencia, que la misma señora le impuso como última etapa del procedimiento educativo, tomaba en el alma del discípulo proporciones colosales la figura moral y religiosa de su maestra, y la veneración que hacia ella sentía iba rayando en delirio. Sus insomnios eran martirio y consuelo, porque en la soledad de la noche el excitado cerebro sabia engañar la realidad, oyendo la propia voz de Halma y viendo entre vagas claridades la figura misma de la noble dama. "Voy a concluir loco perdido", se dijo una mañana, y diciéndolo tomó la temeraria determinación que había de poner fin a su soledad. No se detuvo a pensarlo más, para no arrepentirse, y en el breve espacio de algunas horas vendió sus trebejos de cincografía y heliograbado, traspasó la casa, arregló un breve equipaje, y liquidadas varias cuentas pendientes, salió a tomar informes del coche de Aranda. "No puedo más, no puedo más—decía corriendo de calle en calle—. La desobedezco; pero ya me perdonará, si quiere. Y si no, arrostro su enojo. Todo antes que este vacío en que me muero."

El coche de Aranda había salido ya cuando él llegó a la Administración, y no queriendo esperar veinticuatro horas más para lanzarse fuera de Madrid, que había llegado a ser su Purgatorio, tomó billete en un coche que al amanecer salía para Torrelaguna. Impaciente por partir, la noche se le hizo larguísima. Una hora antes de la salida ya estaba en la Administración, temeroso de que el coche se le escapara. Lo que hizo éste fué retardar media hora la salida, pero al fin, gracias a Dios, vióse el hombre en la delantera, junto al mayoral, y las casas de Madrid se iban quedando atrás, ¡oh alegría!, y atrás se quedaron los depósitos del Lozoya, y las casetas de los vigilantes de Consumos en Cuatro Caminos y Tetuán; y después todo era campo, la estepa del norte de Madrid, a trechos esmaltada de un verde risueño, gala de los primeros días de abril, y limitada por el grandioso panorama de la sierra. El corazón se le ensanchaba, el aire asoleado y puro llenábale de vida los pulmones. Desde su infancia no se había visto tan contento ni gozado de una tan feliz y espléndida mañana. Se sentía niño, cantaba a dúo con el mayoral, y lo único que de rato en rato oscurecía el sol de su dicha era el temor de que Halma se enfadase por su desobediencia.

Y en verdad que los hados, o hablando cristianamente, la Providencia Divina, no le favorecieron en aquel viaje, sin duda en castigo de su indisciplina, porque antes de llegar a Alcobendas una

de las caballerías (dicen las historias que fué la *Gallarda*) dió a conocer su inquebrantable resolución de no seguir tirando del coche, por piques sin duda y rozamientos con el mayoral. Y ni los furibundos argumentos que en forma de palos éste le aplicaba la convencían del perjuicio que su obstinación causaba a los viajeros. En estas y otras cosas, la parada en Alcobendas, que debía ser breve, duró una horita larga, resultando después que el jamelgo con que fué sustituída la *Gallarda* cojeaba horrorosamente. Urrea contaba llegar a San Agustín al mediodía, y a las dos todavía faltaba largo trecho. Pero lo peor fué que como a un tiro de fusil más allá de Fuente el Fresno, una de las ruedas dijo con estallido formidable que primero la hacían astillas que dar una vuelta más, y ved aquí a todos los viajeros en pie, sin saber si quedarse allí o volver al pueblo por donde acababan de pasar. Urrea no vaciló un momento, y encargando su maleta al mayoral para que la entregase en San Agustín, echó a andar resueltamente para esta villa. A buen paso llegaría al caer de la tarde, y no había de ser tan desgraciado que no encontrara allí una caballería que le llevase a Pedralba.

Anduvo con sostenido paso y sin sentir fatiga, y cuando conceptuaba haber andado más de una legua, preguntó a un hombre que iba en la misma dirección en un borriquillo:

—Buen amigo, ¿estoy muy lejos de San Agustín?

—Como una media horica.

—¿Encontraré allí una caballería para ir a Pedralba?

—¿A Pedralba, señor..., a la casa de los locos?

—¡De los locos!

—Nada, es un decir. Así la llamamos desde que está allí esa señora que ha traído no sé cuántos orates para ponerlos en cura.

—Doña Catalina, condesa de Halma, a quien todo el país respetará y venerará como una santa.

—Dígole, señor, que, mejorando lo presente, así es. ¿Sabe lo que se cuenta en el pueblo?

—¿Qué, hombre, qué?

—Que la doña Catalina es reina, sí, señor, una reina o emperadora de los extranjis de allá muy lejos, y que hubo una *rigolución* por donde la echaron del trono, y el Papa Santísimo la mandó acá en son de penitencia. Eso dicen; yo no sé.

—Patrañas. Pero, en fin, ¿podré ir a caballo a Pedralba?

—Como decírselo a lo seguro, no puedo, señor. Llegara y verálo. Para caballerías, el cura.

—Don Remigio Díaz, ¿no es eso? Le conozco de nombre y por la fama de su mérito. Y el señor párroco, ¿podría facilitarme...?

—Como tenerlo, lo tiene: jaca, y por más señas, una burra hermana de éste... Y si el señor va cansado y quiere montarse un poco...

Sin esperar respuesta, el bondadoso campesino se desmontó, ofreciendo su rucio al caballero. No vaciló Urrea en aceptarlo, más que por cansancio por no desairar tan gallarda atención. Llevando su cabalgadura al paso del dueño de ella, siguió José Antonio pidiéndole informes de los habitantes de Pedralba.

—Y esa que ustedes creen reina, vendría en una carroza magnífica, escoltada de lacayos y servidores...

—No, señor... ¡Qué risa! Vino en carromato. Parece que ha hecho voto de vivir a lo pobre mientras no le devuelvan el reino que le quitaron. Primero llegó el carromato con muebles, baúles de ropa y cosas para el lavatorio de las señoras principales. Un espejo trajeron de más de una vara, y otros muchos *arrequisitos* de palacios reales. Después volvió el carro trayendo a la señora, vestidita de negro, como la Virgen de la Soledad.

—Y esos locos que aloja consigo llegaron antes, según creo.

—Sí, señor. Los trajo Cecilio, y por ahí andan sueltos. Dicen que uno es cura trajinante, y otro el primer músico de la capilla de los palacios mostrencos de Inglaterra. De una de las mujeres se dice que es loca médica, y que cura todas las enfermedades de flato con sólo mirar, y la otra parece que es la mejor mano para salar guarros que la señora tenía en su reino.

—Vaya—dijo Urrea, parando y descendiendo del borrico—. Ya he descansado. Muchas gracias, y vuelva usted a montarse, que, si no me equivoco, ya es-

tamos cerca, y aquellas casas que allí se ven son las primeras del pueblo.

—A fe que sí. Ya llegamos—dijo el labriego, mirando hacia un grupo de gente que por entre unos árboles, a mano derecha del camino real, a éste se aproximada—. Señor, señor... Ahí tiene a don Remigio, nuestro peine de cura... Digo peine porque sabe más que Merlín. Véalo, viene hacia acá y le mira a usted mucho.

Urrea vió que hacia él se llegaba, destacándose presuroso del grupo, un clérigo joven, vivaracho, con el balandrán colgado de los hombros, gorro de terciopelo negro, bastón nudoso. Descubrióse el madrileño para saludarle, y el curita le preguntó con extraordinaria viveza si era don José Antonio de Urrea.

—Servidor de usted, señor cura.

—¡Alto! Dese usted preso—dijo el párroco en un tono que reunía el humorismo y la buena crianza—. Nada, nada, que se viene usted conmigo a la prevención, señor de Urrea, donde le tengo apercibida una modesta cama para que descanse, cena frugal y una yegua para que le lleve a Pedralba.

—Señor cura, ¡cuánta bondad! Pero permítame usted que me asombre de esa previsión que parece sobrenatural. Yo no he anunciado mi viaje.

—Pero lo que usted no anuncia, porque se ha venido acá como un colegial escapado, otros lo adivinan.

—No entiendo.

—La señora condesa me dijo ayer: "He dejado en Madrid a un loquinario de primo mío, con órdenes terminantes de no moverse de allí para que no desatienda las obligaciones que le he impuesto. Pero le conozco, y se cansará, y querrá venir a verme, con pretexto de recibir nuevas órdenes. De hoy o mañana no pasa. Cuando recale por San Agustín, señor don Remigio, hágame el favor de atenderle, darle hospitalidad si llega de noche y facilitarle una modesta caballería para que venga a Pedralba."

—Estoy encantado, señor cura—dijo Urrea, loco de alegría—. Esto parece un sueño, un cuento de hadas..., y usted el genio protector, y yo..., no sé qué parezco yo, el más feliz de los hombres..., y en este momento el más agradecido de los viajeros.

II

Dirigiéronse hacia su casa rectoral escoltados por los que de paseo venían con don Remigio, y éste hizo el gasto de conversación por el camino, dedicando un sentido recuerdo a la memoria del santo don Manuel Flórez, y condoliéndose de lo triste y solo que con tal desgracia se habría quedado el tío Modesto. En la puerta se despidieron afectuosamente los acompañantes, y don Remigio y su improvisado amigo entraron.

—¡Valeriana, Valeriana!—gritó el curita desde la puerta, y habiendo comparecido una mujer gruesa y tan entrada en años como en carnes, le dijo—: Este es el caballero que esperábamos, o que creíamos ver llegar de Madrid hoy, mañana o pasado. Cenaremos pronto, Valeriana, que el señor diga lo que quiera; trae un apetito muy regular. ¿Verdad que sí?

Dió gracias Urrea cortésmente, añadiendo con cierta timidez que su deseo era llegar pronto a Pedralba.

—Tenga usted calma... y váyase convenciendo de que está secuestrado—le dijo el clérigo con ese humorismo hospitalario que suelen emplear los ricos de pueblo—. ¿Creía usted que yo le iba a soltar tan pronto? Está fresco el señor de Urrea. Mire usted: ya es de noche, y no tenemos luna; el camino de aquí a Pedralba es muy malo para ir a pie, y a caballo no puede ser, porque hoy el chico del alcalde me llevó la jaca a Torrelaguna, y ésta es la hora que no ha vuelto. Conque resígnese, y mañana, con la fresca, saldrá usted, acompañado de *este cura*, que también tiene que visitar a la señora condesa.

¿Qué remedio tenía el impaciente viajero más que conformarse con la voluntad de Dios, representado en aquella ocasión por el bondadoso y vivaracho don Remigio? Entraron en una sala espaciosa, lugareña, clerical, de paredes blancas, descubiertas las añosas vigas del techo, limpia, oliendo a iglesia y a pajar, con diversos objetos religiosos de adorno, enfundados en tul color de rosa para defenderlos de las moscas. Trajo una lámpara la niña del ama, pues era ya casi de noche, y don Remigio hizo sentar a su huésped en el largo sofá de Vitoria con colchoneta de percal rojo rameado, ocupando él un sillón verde,

cubierto en brazos y respaldo por estrellas de *crochet*. Frente a frente los dos, pudo Urrea observar la fisonomía del buen curita, el cual era hombre como de treinta y cinco años, de poquísimas carnes, mediana estatura, con la cabeza y manos siempre en movimiento, pues no hablaba con ellas menos que con la voz. En su rostro descollaba una nariz pequeña, picuda y roja, en cuyo caballete se apoyaba malamente la montura de las gafas y quedando entre éstas y los ojos mayor espacio del conveniente, tan pronto bajaba el hombre la cabeza para mirar por encima de los vidrios como la alzaba para mirar por ellos. La pequeñez de la nariz le obligaba a llevarse la mano a las gafas tres o cuatro veces por minuto, no porque se cayeran, sino porque entre mano, nariz y anteojos había esta instintiva señal de inteligencia. Todo el rostro era un poquito encendido de color, y las orejas más, y su mirada revelaba agudeza, penetración y un natural bondadoso y tolerante. Urrea encontró en don Remigio extraordinaria semejanza, salva la edad, con la fisonomía expresiva, inolvidable, de don Juan Eugenio Hartzenbusch. Y en el curso de la conversación, entrando ya en confianza, se aventuró a decírselo. Echóse a reír don Remigio, y le contestó:

—Otros han hecho la misma observación. Indudablemente me parezco al ilustre poeta, al gran erudito y académico, honra y prez de las letras españolas. Es un triste honor para mí, porque el parecido del rostro patentiza más la desemejanza intelectual entre hombre de tan relevante mérito y esta modestísima personalidad.

—¡Oh! No se achique usted, amigo mío—le dijo Urrea, saliendo al encuentro de aquella modestia, un poquito afectada—. Ya sabemos, ya sabemos lo que usted vale...

—¡Por Dios, señor Urrea!... Y aunque algo valiera un hombre, más por el estudio que por dotes naturales, ¿de qué le sirve en este rincón del mundo, en este destierro...?

Con la presteza del pájaro que salta de un palito a otro en la estrechez de su jaula, saltaba don Remigio de un asunto a otro en la conversación.

—Pero ¿no sabe, señor de Urrea?—dijo, levantándose del sillón para sentarse en el sofá—. ¿No sabe quién tengo de huésped desde hace dos días? ¡Qué sorpresa le voy a dar! ¿No adivina?

—No, señor.

—Pues al mismísimo padre Nazarín.

Urrea saltó de su asiento, y lo mismo hizo don Remigio, que, al levantarse, impuso silencio a su huésped, diciéndole en voz baja:

—Vamos a verle y observarle sin que él se entere. Venga usted conmigo.

Llevóle por un pasillo de recodos, al extremo del cual había una puerta de cuarterones, pequeña y fuerte. La claridad de la cocina, que en uno de los huecos de la izquierda se denunciaba con picantes olores, permitíales recorrer sin tropiezo aquella parte de la casa, que por su irregularidad era un modelo de arquitectura villanesca. Antes de llegar a la puerta, que a Urrea le pareció desde el primer momento misteriosa, don Remigio secreteó algunas explicaciones en el oído de su huésped.

—En este cuarto, que mi antecesor destinó a la cría de palomas, he instalado yo mi modestísima biblioteca. Aquí tengo a mi hombre. Por esta mirilla, que hay en la tabla, fíjese bien, como del vuelo de un duro, puede usted verle...

El débil rayo de luz que salía por la mirilla guió a José Antonio, que, aplicando los ojos, vió una estancia, cuya capacidad no pudo apreciar, y en el centro de ella, junto a una mesa, frente a la puerta, sentado un hombre... La luz de un candilón de dos mecheros, de los que ya son arqueológicos, le iluminaba la cara, que al pronto el observador no reconoció. Era un clérigo, vestido exactamente como don Remigio, con gorro de terciopelo y sotana. Hojeaba un grueso librote, y después de fijar su atención y su dedo índice en una página, escribía rápidamente en cuartillas colocadas sobre el mismo libro.

—Pero no es...—murmuró el forastero apartando su rostro de la mirilla.

Díjole el cura que se fijase bien, y, en efecto, después de mucho mirar, José Antonio reconoció y diputó al clérigo de la biblioteca por el padre Nazarín en persona.

Cogiéndole de un brazo don Remigio volvió a conducir a su huésped a la sala para poder hablar con libertad, y antes de llegar a ella le dijo:

—Claro, ha tardado usted en recono-

cerle, porque se lo figuraba como le conoció en Madrid, con barba y el traje de mendigo seglar. Así nos le trajo aquí doña Catalina. Con franqueza, yo tenía curiosidad vivísima de ver a este hombre, porque conozco el libro que de sus inauditas aventuras cristianas anda por ahí, he leído también en la Prensa mil informaciones acerca del proceso, y así, en cuanto supe que había llegado el tal, me planté en Pedralba con mi amigo Laínez, el médico del pueblo. ¡Figúrese usted nuestro asombro, señor de Urrea, cuando le hablamos, y advertimos en él discernimiento claro, serenidad pasmosa, y una mansedumbre evangélica, de la cual creo que no hay otro ejemplo! Claro que a pesar de estas señales, la locura existe. Algo tiene el agua cuando la bendicen, y por algo los señores facultativos y la Audiencia le han declarado irresponsable de las extravagancias que constan en el proceso. Pero a pesar de todo, señor de Urrea, este hombre ha llegado a interesarme, le he tomado cariño en los pocos días que ha que nos tratamos, y..., qué sé yo, no le tengo por cosa perdida, ni mucho menos. La piedad angelical de la señora condesa, y nuestra modesta cooperación, triunfarán de la malicia que se ha infiltrado invisible en el cerebro de este buen señor, y le devolveremos sano y equilibrado a la Iglesia militante, en la cual, o mucho me engaño, o puede ser un elemento, sí, señor, un elemento de grandísima valía.

—Pero esta transformación...

—A eso voy. Con mil artificios traté yo, en mis primeras visitas a Pedralba, de despertar en él la soberbia, y no lo pude conseguir, no, señor. Creíamos todos que se quejaría de los que en una u otra forma le han traído a mal traer de algunos meses acá. Nada de eso. Ni contra la curia, ni contra la Prensa, ni contra nadie ha pronunciado la más leve recriminación ni tiene por cruel o injusto lo que con él se ha hecho. Esto es muy raro, ¿verdad? Laínez me decía: "Es muy extraño que no observemos en él ni el menor destello de delirio persecutorio, que es uno de los síntomas primordiales..." Si delirio es el amar sin restricción alguna, y ponderar y encarecer como mercedes los ultrajes que ha recibido, ahí puede estar el principio de la desorganización cerebral. Le digo a usted que este caso nos tiene pasmados.

—Realmente...

—Pues verá usted. Por buscarle las vueltas, le digo: "Padre Nazarín, gran violencia será para usted no poder salir ahora descalzo y harapiento por los caminos." Contestación: "Para mí, señor don Remigio, no es violencia ningún estado que se me imponga por quien debe y puede hacerlo. Pedí limosna cuando creí que debía vivir como los más desdichados y menesterosos. Dios, en mi corazón, me ordenaba hacerlo así, y ninguna ley humana me lo prohibía. Pero al mismo tiempo que la pobreza, o antes quizá, Dios me ordena la obediencia. Yo vagaba en libertad. La ley humana me cortó el paso y me mandó que la siguiera. Obedecí. Sometíme sin réplica a cuanto de mí quisieron hacer. Contesté con verdad a cuanto me preguntaron. Conforme me hallaba de antemano con la sentencia que contra mí se pronunciara, fuera la que fuese. Determinaron que soy un enfermo. Diéronme a escoger, para mi reposo, entre un asilo y la morada patriarcal y campestre de la señora condesa de Halma, y preferí esto. Aquí me tienen dispuesto, hoy como ayer, a la suma obediencia. La señora doña Catalina, y usted, señor cura, por delegación de la ley eclesiástica, que ahora sustituye a la civil en mi castigo, enmienda o curación, pues de todo habrá en ello, son los dueños de mis acciones y de mi vida. No soy libre ni quiero serlo, si los que saben más que yo deciden que no debe dárseme libertad.

—Es extraño, sí...

—Pues verá usted. Digo yo: "Amigo Nazarín, si la señora condesa lo consiente, ¿se decide usted a venirse conmigo unos días a mi modesta casa de San Agustín?" Contestación: "Yo no decido nada. Voy a donde me lleven."

—Como el loro del cuento.

—Exactamente. Con licencia de la señora, me le traje aquí, y por el camino se me ocurrió tantearle en teología. Un asombro, señor de Urrea. Se expresa con sencillez, sin énfasis doctoral ni literario, y tan fuerte está el hombre, que por más que quise no pude cogerle en tanto así de falsedad lógica o desliz herético. En sus opiniones, ni el menor asomo de demencia, mi señor de Urrea, de donde yo deduzco, y en ello conviene conmigo

el amigo Láinez, que el desvarío, si existe, no radica en la parte de los espacios cerebrales que sirve como de vehículo a las ideas, sino en aquella otra por donde pasa todo este torrente de las acciones, de la conducta, señor de Urrea. ¿Es esto claro?

—Sí. Pero la transformación personal...

—A eso voy...

El ama anunció que estaba dispuesta la cena.

—... Ya vamos. Pues cuando llegó aquí le digo: "Si es verdad que yo mando y usted obedece, amigo Nazarín, ahora mismo se va usted a afeitar y a vestirse con mi ropa." Pues tan conforme. Yo mismo lo afeité. Fué una risa... Y mi modesta ropa y mi calzado, señor de Urrea, le vienen como hechos a la medida. Cuando se lo ponía, le digo: "¡Cómo extrañará usted la sujeción de esta ropa civilizada, hecho ya el cuerpo a su pergenio salvaje y bíblico, según los periodistas!" ¡Vaya que llamar bíblico...! Pues ¿qué cree usted que me contestó?

—Señor cura—vino a decir el ama—, que la cena se enfría.

—Contestaría que el hábito no hace al monje.

—Vamos al instante... Y que él no ha fijado nunca la atención en las diferencias entre estos y los otros vestidos. Dijo más... Señor de Urrea, pasemos a mi modesto comedor... Palabras textuales: "El vestido que usted llama salvaje, señor don Remigio, no lo tenía yo por indecoroso en mi vida errante y entre gente pobrísima. Pero esto no quiere decir que lo prefiera yo sistemáticamente a todos los demás estilos y maneras de cubrir el cuerpo, porque sería afectación, y la afectación, gracias a Dios, no cabe en mí."

—Lo mismo nos dijo un día en el hospital, cuando los periodistas y otras muchas personas que íbamos a verle nos permitíamos interrogarle... Palabras textuales: "Vean en mí cuanto quieran, señores míos; pero la afectación, por más que miren, no la verán jamás."

III

Avisado Nazarín para la cena, ocupó su asiento a la izquierda del buen don Remigio, después de saludar a Urrea con las fórmulas corrientes de cortesía, sin extremos de urbanidad, sin alegría ni pena de verle. Diríase que su presencia no le causaba la menor sorpresa, bien porque de nada se sorprendía, bien porque hubiera previsto la visita del protegido a su protectora. Bendijo el cura la cena, y la emprendieron los tres con las sopas de ajo, que eran de mucha fuerza condimentaria, crasas, picantes y espesas. No hablaba Nazarín sino para responder a lo que le preguntaban, y don Remigio ponía toda la amenidad posible en su palabra fácil. Las sopas precedieron a dos platos sustanciosos, de ave el uno, el otro de carnero, todo bien cargadito de especias odoríferas, suculento, muy hecho. El vino sabía horrorosamente a pez. El olor de paja quemada, difundido por toda la vivienda, parecía consustancial con el de la comida, y a Urrea no le desagradaba sentirlo y mascarlo. No era la casa sola; el pueblo y el país entero despedían aquel olor, que el forastero creía llevar ya dentro de sí.

—Para que el amigo don Nazario no esté ocioso—dijo, entre otras cosas, don Remigio—, le propuse hacerme un extracto del sapientísimo libro del maestro fray Hernando de Zárate, *Discursos de la paciencia cristiana*. La obra consta de ocho libros, cada uno de los cuales contiene lo menos una docena de discursos, todos sobre el mismo tema. Ha de leérselo de cabo a rabo, anotando el sentido particular y explicaciones de cada uno en sendas cuartillas de papel. Pues tan aplicado le tiene usted, señor de Urrea, que en tres días se ha echado al cuerpo unos cuarenta discursos, y ya le tiene usted en el libro cuarto, que trata...

—De las razones que tenemos para tener paciencia y consolarnos en los trabajos—dijo Nazarín sin dar importancia a su tarea—. Es cosa fácil. Pronto concluiremos.

—Y se me figura—apuntó Urrea, irónicamente—que ha de ser sumamente divertido.

—No hay más sino practicar, leyendo y escribiendo—indicó el manchego—, la misma virtud a que el maestro Zárate consagra su gran obra.

—Pero usted no come nada, amigo Nazarín—observó repentinamente don Remigio—. Siempre lo mismo. Pues dice Láinez que necesita usted comer....

de duro, y aplicarse a la carne principalmente.

—Señor cura—replicó don Nazario con timidez—, como lo que puedo; no sé pasar de lo que mi naturaleza me pide para sostenerse.

Como Urrea deseaba llevar la conversación al tema más de su gusto, que era su prima y cuanto a ella se refiriese, interrogó a los dos sacerdotes, recreándose anticipadamente con los elogios que esperaba oír de la ilustre señora.

—Yo digo con plena conciencia—afirmó el párroco de San Agustín—que no creo exista en el mundo persona de virtud más pura y de ideas más elevadas. Si por un lado veo en ella una imagen del gran emperador Carlos Quinto de Alemania y Primero de España, que después de reinar sobre los pueblos, gustadas hasta la saciedad todas las grandezas humanas, se encierra en monasterio humilde para consagrar a Dios el resto de su vida, por otro encuentro a la señora condesa de Halma más grande que aquel soberano, pues si los bienes a que renuncia no son de tanta valía, la pobreza y humildad que acepta son más meritorios. La señora condesa es joven, y consagra a la caridad y a la oración los mejores años de la vida. Y veo otra gran diferencia a favor de nuestra doña Catalina—añadió con tonillo pedantesco—, y es que el monarca, dueño de medio mundo, trajo a la soledad de Yuste, según rezan las crónicas, innumerables servidores, cocineros, maestresalas, escuderos y lacayos, y gran repuesto de vituallas, para que no le faltase en su voluntario destierro nada de lo que halaga el gusto de un magnate en la vida palatina. Pero esta señora, que ha venido a Pedralba en carromato, no ha traído más que los indispensables objetos tocantes al aseo y pulcritud de una noble dama, que, aun en la penitencia, quiere ser limpia, y su séquito es una corte de mendigos y gente miserable o enferma, a cuyo cuidado piensa consagrarse. ¡Ejemplo único, señores, ejemplo inaudito, y que es la más grande maravilla de estos tiempos de positivismo, de estos tiempos de egoísmo, de estos tiempos de materialismo!

—Luego—dijo Urrea con entrañable gozo—convienen ustedes conmigo en que mi prima es una excepción humana, un ser en el cual se revelan los caracteres de la inspiración divina.

—Sí, señor, convenimos en ello.

—Y el buen curita peregrino, ¿qué dice?

—¿Qué he de decir yo?—contestó modestamente don Nazario, no queriendo expresar nada que resultara superior a lo dicho por su generoso compañero—. ¿Qué he de decir yo después del panegírico elocuentísimo que acaba de hacer el señor cura? Mi palabra es torpe. Permítanme que diga tan sólo: ¡Bendita sea de Dios eternamente la grande, la santa condesa de Halma!

—Amén—dijo don Remigio, entornando los ojos y acariciando el vaso de vino.

A Urrea le faltaba poco para echarse a llorar.

—Y es decisiva—añadió el cura—la resolución de la señora condesa de pasar en Pedralba el resto de sus días. ¡Qué bendición para estos olvidados y pobres lugares! Me ha dicho el otro día que en Pedralba labrará su sepulcro y el de sus compañeros que no la abandonen. ¡Ah! Yo leo en aquella gran alma el amor de Dios en el grado más ardoroso y puro, el amor de la Naturaleza, el amor del prójimo, y veo en el plan de vida de la señora una síntesis admirable de estos tres amores.

—Mi prima ha sufrido mucho—dijo Urrea, a quien el entusiasmo ponía un nudo en la garganta—, ha pasado horrorosas humillaciones y amarguras. Perdió a su esposo, que era su gran amor, el consuelo único de su vida. En Madrid, como en Oriente, la vida no tenía para ella más que espinas, tristezas, dolores. Su familia, sus hermanos, no supieron poner un calmante en las heridas de su alma. La empujaban hacia el ascetismo, hacia el destierro y la soledad. Mi prima empezó por mirar con prevención la vida social, y acabó por detestarla. Todo ese conjunto de artificios que componen la civilización le es odioso. La Tierra está para ella vacía: quiere el Cielo.

—Y lo tendrá—dijo don Remigio, con tanta seguridad como si se sintiera casero y administrador de los espacios infinitos—. Tendrá el Cielo. Pues ¿para quién es el Cielo más que para esos seres escogidos, para esas voluntades robustas, para las almas que no saben mirar más que al bien? Según he podido

comprender, amigo Urrea, la señora condesa ha roto todo lazo con el mundo, o sea, la clase a que pertenece. Y es más: todo afecto mundano ha muerto en ella, para poder ocupar entero el espacio del querer con la adoración ferviente de las cosas divinas.

—Así es, sin duda—dijo Urrea—, y su sociedad con los pobres, a quienes tratará como iguales, elevándolos un poquito, y rebajándose ella otro tanto, resultará una comunidad dichosa, pacífica, feliz. ¿No piensa lo mismo el buen Nazarín?

—Pienso, señor don José Antonio, que ser el último de los protegidos, o de los asilados, el último de los hijos, si se me permite decirlo así, de la señora condesa de Halma, constituye la mayor gloria a que puede aspirar un ser humano, sobre todo si es un triste, un solitario, un náufrago de las tempestades del mundo.

Tan contento estaba Urrea, que al concluir la cena los abrazó a los dos. Acostáronse todos, porque había que madrugar. Dicen las crónicas que el huésped no pudo dormir bien; primero, porque las limpias sábanas, impregnadas también del olor de paja, eran algo piconas; segundo, porque sus ideas se le insubordinaron aquella noche, y la admiración del ascetismo de su prima le encendía llamaradas en el cerebro. Más que mujer, Halma era una diosa, un ángel femenino, y al pensarlo así, su ferviente admirador no pasaba porque los ángeles carecieran de sexo: era lo femenino santo, glorioso y paradisíaco. Por entre estas imaginaciones asomaban de cuando en cuando la figura austera de Nazarín, semejante a un retrato del *Greco*, y el vivaracho rostro de don Juan Eugenio Hartzenbusch, transmutado físicamente en don Remigio Díaz de la Robla, párroco de San Agustín.

El mismo cura le llamó al amanecer dando golpes en la puerta y gritándole desde fuera:

—Arriba, compañero, que tenemos que decir misa y desayunarnos antes de partir.

Levantóse el huésped a escape, y cuando llegó a la iglesia ya había salido al altar don Remigio. Nazarín oía la misa de rodillas en el presbiterio.

Media hora después ya estaban todos en la rectoral, desayunándose con chocolate, bizcochos y pan de picos, reforzado por fresquísimo requesón de la sierra. Varios amigos acudieron a despedirlos, entre ellos el médico don Alberto Laínez y el alcalde, don Dámaso Moreno.

—Usted, señor de Urrea, que, sin duda, es buen jinete—propuso don Remigio, con extraordinaria movilidad en manos, nariz, ojos y gafas—, irá en el caballo de Laínez, bestia de mucha sangre, aunque segura para quien la sepa manejar: yo voy en mi jaca, que tiene un paso como el de un ángel, y el amigo Nazarín, pues le llevamos, sí, señor, le llevamos; oprimirá los lomos de mi modesta burra..., cabalgadura digna de un arzobispo... Conque, señores, a montar. Despejen la puerta. Valeriana, que vendremos a cenar.

Partió la caravana, despedida con cordiales saludos por multitud de gente que en la plaza se reunió. Delante iban Urrea y el cura; detrás, Nazarín en su rucia, bien albardada y sin estribos. Ambos clérigos, montados a horcajadas, vestían, lo mismo que en el pueblo, sotana, gorro de terciopelo y balandrán. Regía el madrileño su caballo con gran destreza. Don Remigio no cesaba de recomendar a su jaca la mayor circunspección o tacto de pezuña en el desigual y áspero camino por donde se metieron, a occidente de San Agustín, y don Nazario, confiado en el andamento parsimonioso de su borrica, atendía más a la admiración del paisaje de la sierra que a conversar con los otros jinetes, de los cuales parecía como escudero o espolique.

De tan diferentes cosas habló don Remigio, que no es posible recordarlas todas. Hizo observar a su acompañante las hermosuras de la Naturaleza, la ruindad de los caseríos, el descuidado cultivo de las tierras; explicó historias de ruinas y caserones viejos; se lamentó de la falta de caminos; designó el sitio por donde se había trazado un canal de riego, que no se abriría nunca, y estos y otros comentarios del viaje fueron a parar a las quejas de su mala suerte, por haberle tocado empezar su carrera en comarca tan desmedrada y pueblo tan mísero. "Yo me conformo, ya ve usted... Deme el Señor salud para servirle, que lo demás no importa. Sepa usted que al venir a este curato de San Agustín me dijeron que por tres meses, y ya van tres años. Prometiéronme pasarme a Buitrago o Colmenar Viejo, y hasta aho-

ra. No es que yo sea ambicioso; pero, francamente, es uno licenciado en ambos derechos; ama uno el estudio, y la verdad, la vida oscura y ramplona de estos poblachos no estimula al trato de los libros. El tío, que es mejor que el buen pan, me anima, me asegura que no se descuida en recomendarme y que a la primera ocasión pasaré a un curato de Madrid, ¡ay!, su desiderátum y el mío. Y no me hablen a mí de otras poblaciones. ¡Mi Madrid de mi alma, donde me crié, donde probé el pan del estudio y adquirí mis modestas luces! No aspiro yo a tener allí la independencia de un don Manuel Flórez; sé que tengo que trabajar de firme. Quiero que mi corta inteligencia no sea un campo baldío, como estos barbechos que usted ve por aquí, señor de Urrea; debo cultivarla y coger en ella algún fruto, para ofrecerlo a Dios, que me la ha dado... No me quejaría si no viera ciertas desigualdades. Amigos y compañeros míos, a los cuales no debo mirar, porque no debo, ¡ea!, como superiores en saber religioso ni profano, ocupan plazas en catedrales o en las parroquias de Madrid... Mi tío me dice: "No te apures, hijo, y confía en el favor de Dios y de la Santísima Virgen, que ya premiarán con el merecido ascenso tu paciencia y conformidad..." Claro que me conformo, señor de Urrea, y aun alabo al Señor porque no me da mayores males. Tengo, gracias a Dios, un genio de mucho aguante para desgracias, injusticias y sinsabores. Yo digo: "ya me tocará la buena, ¿verdad?, ya me llegará la buena."

Procuraba el forastero refrescarle las esperanzas, asegurando que los méritos de su interlocutor, así morales como intelectuales, saltaban a la vista, y no podían ser desconocidos de los que en Madrid manejan todo este tinglado del personal eclesiástico. Y al decir esto hizo notar la diferencia entre los gustos y aspiraciones de uno y otro, pues mientras a don Remigio le atraían los llamados centros de civilización, a él, José Antonio de Urrea, los tales centros se le habían sentado en la boca del estómago, y todo su afán era perderlos de vista. Verdad que entre las circunstancias de uno y otro no había paridad: don Remigio era un hombre puro y virtuoso, inteligencia llena de frescura, y a los treinta y cinco años apenas había desflorado la vida, mientras que Urrea, a la misma edad, se conceptuaba viejo, y aun por muerto se tendría si de entre las cenizas de su alma no sintiera que otra alma nueva le brotaba. Con estas y otras pláticas se fué pasando el camino árido, de muy escasos atractivos para el viajero. El terreno era cada vez más quebrado, como de estribaciones de la sierra, y ostentaba la severa vegetación de encina baja, brezos y tomillares. De pronto señaló don Remigio un caserío arrimado a unos cerros cubiertos de verdura, y dijo a su compañero: "Ahí tiene usted a Pedralba." Parecióle a Urrea encantador el sitio y espléndido el paisaje, mirando más a su interior que al paisaje mismo. Al acercarse vieron tierras de labrantío junto a las casas, que eran tres, destartaladas y grandonas. Picaron las caballerías, y cuando ya se hallaban como a medio kilómetro, empezó Nazarín a dar voces:

—¡Mírenlas, mírenlas: allí están..., ya nos han visto!

—¿Quién, hombre?

—La señora condesa y Beatriz.

—¿Dónde?... Pero qué vista tiene este hombre.

—Allá..., allá... ¿Ven ustedes ese campo de amapolas, todo encarnado, todo encarnado? Y más allá, ¿no ven unos olmos? Pues por allí van..., digo, vienen, porque salen a encontrarnos.

—No vemos nada; pero pues usted lo dice...

—Y ahora nos saludan con los pañuelos. Miren, miren.

IV

Ya cerca de las casas, vieron a las dos mujeres, que avanzaban por entre un campo de cebada. Ambas miraban risueñas y casi casi burlonas a los tres caballeros. Cuando Urrea, apeándose ante su prima, le pidó perdón poco menos que de hinojos por su desobediencia, doña Catalina no se mostró muy severa con él, sin duda por no avergonzarle delante de los dos sacerdotes y de otras personas que allí se reunieron.

—Si ha habido falta, señora condesa —dijo don Remigio galanamente—, yo intercedo por el culpable y solicito su perdón.

—Ya sabe el pícaro que padrinos le

valen—replicó Halma, sonriendo, y todos reunidos, después que los jinetes entregaron a Cecilio las caballerías, se encaminaron al castillo, que así en la comarca era llamada la casona, aunque de tal castillo sólo tenía la robustez de sus paredes y una torre desmochada, en cuyo cuerpo alto, mal cubierto de tejas, había un palomar. Del escudo de los Artales apenas quedaban vestigios sobre el balcón principal del llamado castillo. La piedra era tan heladiza que sólo se podía ver una garra de dragón y un pedazo de la leyenda, que decía: *Semper.* Mejor se conservaba la berroqueña de los ángulos y del dovelaje, y el ladrillo revocado de los paramentos no tenía mal aspecto; pero los hierros todos, balcones y rejas, no podían con más orín, por lo que había dispuesto su propietaria reponerlos, mientras un buen maestro de Colmenar preparaba la reparación de toda la fábrica, interior y exteriormente. Veíase ya, frente a la casa, dentro del recinto murado que a la entrada precedía, el montón de cal batida, y maderas para andamios y obras de carpintería. Junto a la torre se alzaban los descarnados murallones que la tradición designaba como ruinas de un monasterio cisterciense, y que más que edificio destruído parecía una segunda casa a medio hacer. Respetando los basamentos y aprovechando el material de lo restante, la condesa pensaba construir allí su capilla y panteón, con la mayor economía posible. A un tiro de piedra de la casa-castillo estaban las cuadras, y más abajo, un tercer edificio, habitado por los que llevaron en renta la finca hasta el año anterior. Ultimamente, Pedralba estuvo a cargo del administrador de las propiedades de Feramor en Buitrago, don Pascual Díez Amador, el cual dió posesión del castillo y casas y tierras a la señora doña Catalina el día de su llegada en el carromato, que fué el 22 del mes de marzo del año de mil ochocientos noventa y tantos.

Era la heredad de Pedralba extensísima; pero no se labraban más que los terrenos próximos a la casa, labor descuidada, somera y primitiva, que daba escaso rendimiento. Lo demás era monte, bien poblado de encinas, enebros y algunos castaños en la parte alta. Lo más próximo al llano sufrió varias talas, y uno de los renteros propuso al marqués, años atrás, la roturación. Pero asustaron al propietario los dispendios de la empresa, y quedó en tal estado, ni monte ni labrantío; a trechos, pradera desigual, cruzada de viciosos retamares. Dos riquísimas fuentes surtían de cristalinas y puras aguas potables a Pedralba: la una, entre la casa-castillo y las cuadras; la segunda, manantial de primer orden, en una encañada a la vera del monte. Arboles de sombra había pocos. Los que puso el último arrendatario se perdieron por incuria. Frutales no existían más que tres en finca tan vasta: un moral inmenso detrás de la torre, el cual cargaba anualmente de dulcísimas moras negras, y dos albérchigos en el sendero que unía las dos casas. Los madroños diseminados en distintos parajes no se contaban, por su silvestre lozanía y lo desabrido del fruto en el reino propiamente frutal. Tal era Pedralba, finca de primer orden según opinión de don Pascual Díez Amador, siempre y cuando se *tiraran* en ella veinte o treinta mil duros.

No eran éstos los planes de Catalina, que sólo se propuso sostener la propiedad tal como la encontró, con los mejoramientos que su residencia imponía, y procurarse en ella la vida retirada y humilde que adoptar anhelaba, sin caer en la tentación del negocio agrícola, ni pensar en aumentos de riqueza que habrían desmentido sus ideas y propósitos de modestísima existencia. Lo que le restaba de su legítima pensaba conservarlo en valores de renta, reservando los dos tercios para sostenimiento de su persona y casa y de la familia de infelices que en torno de sí había reunido; el otro tercio lo dedicaba a las reparaciones indispensables, a la construcción de la capilla y enterramientos, a plantar una huerta y, si aún había margen, a mejorar la finca.

Entremos ahora en el castillo, y veamos la mejor pieza de él, que era la cocina, en el piso bajo y al fondo del edificio, a la parte del Norte. Todo era grandioso en aquella pieza: hogar, alacenas, horno, el piso de hormigón muy sólido, el techo alto y la campana bien dispuesta para dar salida a los humos rápidamente. Las otras piezas bajas valían poco; eran estrechas, y sus ventanas, que más parecían troneras, les daban muy tasada la luz. En cambio,

las del piso alto teníanla de sobra. Seis o siete estancias existían en él, que bien arregladas habrían podido alojar mucha gente. En dicho piso, al lado de Levante, vivían la condesa y Beatriz, en aposentos separados y próximos; a la parte de Occidente, el matrimonio Ladislao-Aquilina con sus hijos, y aún quedaban entre estas y las otras viviendas algunas estancias vacías. En la torre, debajo del palomar, tenía su cuarto Nazarín, comunicado con la casa-castillo por estrecho pasadizo. El moblaje era casi todo del siglo pasado, o del tiempo de Fernando VII, confundido con sillerías modernas de paja, de lo más ordinario, llevadas de Colmenar Viejo. Las cómodas y consolas, las sillas de caoba con respaldo de lira, las camas de pabellones *a la griega*, las laminotas con marco de ébano y asuntos pastoriles, ofrecían un aspecto sepulcral, lastimoso, como de objetos desenterrados a los cuales se había limpiado el *humus* de la fosa a fuerza de jabón y estropajo.

Doña Catalina y Beatriz vestían exactamente lo mismo, con las ropas de la primera, que habían venido a ser comunes: falda de merino negro, calzado grueso, blusa de percal rayada de negro y blanco, y un mandil de retor. Al adoptar la vida pobre, la señora condesa no estimó que debía renunciar a sus hábitos de pulcritud; decía que el aseo exterior, por causa de la educación y la costumbre, afectaba al alma, y que la suciedad del cuerpo era pecado tan feo como la de la conciencia. No vacilaba, pues, en aplicar estas ideas a la realidad, manteniendo en su cuarto y persona la misma esmerada limpieza de sus mejores tiempos de vida cortesana. "El aseo—decía—es a la pureza del alma lo que el rubor a la vergüenza." No comprendía el ascetismo de otro modo.

Y como nada tiene la fuerza del buen ejemplo, Beatriz, que había llegado a reinar en la intimidad y en el afecto de la condesa, por feliz concordancia de sentimientos, se asimiló en breve plazo los hábitos de pulcritud de su amiga y señora, y la imitaba sin darse cuenta de ello. Sobre la admirable simpatía o compatibilidad, que había llegado a borrar entre aquellos dos caracteres la diferencia de clase y educación, hay mucho que hablar: el fenómeno se inició por un irresistible afecto la primera vez que se vieron, cuando doña Catalina, por mediación de su criada Prudencia, fué a socorrer en su pobre domicilio al afinador de pianos. Mientras duró el proceso de Nazarín y consortes, Beatriz vivía con su prima Aquilina Rubio, esposa del mísero don Ladislao, compartiendo la escasez, ya que no el bienestar, que ninguno tenía. Halma llevó el pan, la vida, la salud, a la triste vivienda de la calle de San Blas, y atraída de aquel espectáculo de pobreza y resignación, añadió al socorro material el consuelo de sus visitas. Habló largamente con Beatriz, admirándose de lo mucho y bueno que esta mujer humilde sabía tocante a cosas espirituales y de nuestras relaciones con lo invisible y eterno; admiró también su piedad no afectada, la firmeza de sus ideas y la elocuencia sencilla con que las expresaba. Sentíase la condesa inferior, por todos aquellos respectos, a la que ya miraba como amiga del alma: aprendió de ella muchas y buenas cosas, enseñándole a su vez otras de un orden social más que religioso, y con este cambio llegaron a encontrarse la una para la otra, y las dos en una, fenómeno raro en estos tiempos, que dan pocos ejemplos de una tan radical aproximación de dos personas de opuesta categoría. Pero de esto hemos de ver mucho en los tiempos que ahora comienzan, porque las llamadas clases rápidamente se descomponen, y la Humanidad existe siempre, sacando de la descomposición nuevas y vigorosas vidas.

Ya se comprende que de la intimidad entre Beatriz y Halma nació el vivo interés por Nazarín y su propósito de llevárselo consigo para intentar su curación y devolverle sano y útil al poder eclesiástico. Una discrepancia en cierto modo accidental existía entre la dama y la mujer del pueblo, y era que, mientras la condesa, sin asegurar que Nazarín fuese loco, abrigaba sus dudas sobre punto tan difícil de aclarar, la otra sostenía con sincera conciencia y fe la completa regularidad de las funciones cerebrales de su maestro.

Instaladas en Pedralba, la concordia entre una y otra llegó a ser perfecta. Beatriz observaba delicadamente la dis-

tancia social, que la otra con la misma o más sutil delicadeza trataba de acortar. Ambas trabajaban juntas desde el primer día en el arreglo y limpieza del destartalado castillo, o en la resurrección del moblaje, y a Beatriz no le valió reservar para sí las faenas más duras, porque la otra invadía su terreno, y la igualdad triunfaba gradualmente, por ley de ambos corazones, que sin darse cuenta de ello propendían a lo mismo. Aquilina no había sido aún elevada al grado de comunidad de su prima Beatriz. Era una mujer excelente; pero sin intuición bastante para comprender las ideas de su bienhechora. Manteníase con tenacidad en su puesto inferior, contenta de que su marido y sus hijos tuvieran qué comer. Los primeros días encargáronla de la cocina, oficio muy apropiado a sus aptitudes, y las otras dos pudieron consagrarse descuidadas al fregoteo de muebles viejos, al remendar de colchones y a otros engorrosos menesteres. Luego alternaron con los diferentes oficios, y mientras cocinaba la nazarista, Halma y Aquilina lavaban la ropa en la fuente cercana. El día que precedió a la llegada de Urrea con don Remigio y Nazarín, Aquilina actuó de cocinera, y la condesa y Beatriz lavaban en la fuente del monte, repartiéndose las dos por igual la carga de la ropa al ir y volver. Como Beatriz se obstinase en llevarla sola, pretextando ser más fuerte que su compañera, Catalina le dijo: "Te equivocas si crees tener más poder de musculatura que yo. Parezco débil, pero no lo soy, Beatriz, y esta vida ha de robustecerme más. Y, sobre todo, no me prives de este gusto de la igualdad. Es el sueño de mi vida desde que perdí a mi esposo, y me sentí igual a todos los desgraciados del mundo. Haz el favor de no llamarme condesa ni volver a usar esa palabra estúpidamente vana delante de mí. Arrojé la corona en los empedrados de Madrid cuando salí en el carromato... Las escobas de los barrenderos no la encontrarán, porque fué arrojada con el pensamiento, pues no la tenía en otra forma; pero allá quedó. Llámame Catalina, como me llaman mis hermanos, o Halma, como mi primo. Y no te digo que me tutees, porque parecería afectación, y ya sabes que el maestro te la prohibe. Pero todo se andará."

V

La llegada de los tres amigos no debía alterar la marcha de los asuntos domésticos en el castillo, porque, claramente lo decía la condesa, ya que no ayudaran, no era bien que estorbasen.

—Primo mío, supongo que desearás conocer esta gran finca, los estados de Pedralba, donde hacemos vida recogida y modesta, sin pretensiones de ascetismo, mis amigos y yo. Usted también, señor don Remigio, necesita enterarse del terreno que consagro a mi obra. Váyanse, pues, a dar un paseíto, guiados por el bonísimo Nazarín, que lo conoce ya palmo a palmo, mientras nosotras les preparamos de comer. No esperen que salgamos de nuestro pobre régimen. Aquí no hay ni puede haber comilonas, pues aunque yo quisiera darlas, no habría con qué. Comerán de nuestro diario frugalísimo, con el poquitín de exceso que pide la hospitalidad. Conque vean, vean mi ínsula, y tráiganse la salsa que nosotras no podemos hacerles, un buen apetito.

Fuéronse los tres de paseo, conducidos de don Nazario, que los hizo subir al monte para que vieran los castaños robustos que lo coronaban, al barranco para probar el agua de la rica fuente, y después de brincar y despernarse por lomas y vericuetos, volvieron a casa a las doce, hora invariable de la comida. En una pieza próxima a la cocina pusieron la mesa, la cual era de una robustez patriarcal, de castaño denegrido y con torcidos herrajes en su armadura. Dos sillas había de la misma casta y edad; las demás variaban entre el estilo Fernando VII, de caoba, y la forma y material llamados de Vitoria. Pero la mayor y más sorprendente variedad estaba en la vajilla y ropa de mesa, pues al lado de vasos de cristal finísimo se veían otros del vidrio más ordinario, servilletas finas, servilletas bastas, platos de porcelana rica y otros de cerámica tosca.

—Dispensen la diversidad de la loza —les dijo doña Catalina—. En mi comedor reina todavía una confusión de

clases estupenda, como en tiempos revolucionarios. Pero esta confusión no es parte para que yo olvide las categorías de los comensales. Para los dos señores sacerdotes lo fino, que ellos mismos irán escogiendo; para ti, José Antonio, y don Ladislao, el barro plebeyo.

—Pues yo propongo—dijo don Remigio con buena sombra—que no establezcamos diferencias humillantes, y que nos repartamos como hermanos, como hijos de Dios, lo malo y lo bueno. Venga ese barro, señor de Urrea.

Lo más extraño de aquella singular comida fué que las mujeres no se sentaron a la mesa. Las tres, funcionando con igual destreza y alegría, servían a los señores. Luego comían ellas en la cocina. Esta era una costumbre medieval, que Halma no alteraba jamás por consideración alguna. Diéronles una sopa muy sustanciosa, hecha con hierbas diferentes, patatas picadas muy menudito y golpes de chorizo; luego un plato de carnero bien condimentado, vino en abundancia, postre de requesón de la sierra, leche con bizcochos de Torrelaguna, y a vivir. Sobria y nutritiva, la comida fué saboreada con delicia por los forasteros, que no cesaron de alabar el buen trato de Pedralba y la pericia de las tres marmitonas.

Entre la sopa y el carnero llegó inopinadamente don Pascual Díez Amador, administrador que fué de la finca, y propietario vecino, pues suya es la dehesa extensísima que linda por Poniente con Pedralba. Dos o tres veces por semana visitaba a la condesa, caballero en su jaca torda, para ver si se le ofrecía algo. Era un hombre mitad paleto, mitad señor; lo primero, por el habla ruda, por la camisa sin cuello y el sombrero redondo; lo segundo, por las acciones nobles, por el andar grave, que hacía rechinar las espuelas. Una faja encarnada parecía separar el lugareño del hidalgo, o más bien empalmar las dos mitades. Tanto afecto había puesto en doña Catalina, que dispuso que dos de sus guardas jurados estuviesen de punto noche y día en la casa de abajo, para que la señora descansase en la persuasión de una absoluta seguridad. Muchos días caía por allí en su jaca a la hora de comer; otros, a cualquiera hora, en que también comía. Su cara redonda, episcopal, crasa y mal afeitada, despedía fulgores de patriarcal soberanía, de conformidad con la suerte, sin duda por ser ésta de las más próvidas y felices.

—¡Hola, Remigio!... Señora doña Catalina..., don Nazario..., don Ladislao, aquí estamos todos...

Los saludos duraron hasta después que el gordiflón paleto-señor tomó asiento sin ceremonia, disponiéndose a comer cuanto le diesen. Porque, eso sí, hombre de mejor diente no lo había en todo el partido judicial, con la particularidad notable de que no sabía ponerse tasa en la bebida.

—¿Sabe usted lo que estábamos hablando, amigo don Pascual?—dijo el curita de San Agustín—. Que ésta es una gran finca, y que es lástima no trabajarla.

—Hombre, ¡a quién se lo cuenta! Si estos señores Feramor no tienen perdón de Dios... ¡Menuda brega tuve yo con el marqués actual y con el otro para que tiraran aquí veinte o treinta mil durillos! Sí, lo digo; era sembrarlos hoy para coger el día de mañana, cinco años más o menos, tres o cuatro millones. Y esto sólo con el ganado, que metiéndonos a ponerlo todo de labrantío... ¡Jesús, oro molido...! Es una tierra ésta que no hay mejor ni donde están las pisadas de la Virgen Santísima, ¡ea!

Don Pascual se incomodaba al tocar este punto, viéndose precisado a sofocar su enojo con copiosas libaciones. Y como siguieran hablando del mismo asunto, concluyó por expresar una idea muy atrevida.

—Yo que la señora condesa..., digo lo que siento, sin ofender, ¡ea!..., pues yo que la señora me dejaría de capillas y panteones y de toda esa monserga de poner aquí al modo de un convento para observantes *circunspetos* y *mendicativos*, dedicando todo mi capital a...

—Poco a poco—replicó vivamente don Remigio—, no paso por eso. Lo espiritual es lo primero.

—¡Potras corvas! ¿Y de qué sirve lo *espertual* sin lo..., sin lo otro?

—Yo que la señora condesa, persistiría impertérrito en mi grandioso plan..., contra el dictamen de los destripaterrones.

—Y yo, contra el *ditamen* de los en-

garzarrosarios, digo que sí..., no, digo que no..., que sí.

—Si no sabe usted lo que dice, amigo don Pascual.

—¡Vaya!, paz y concordia entre los príncipes cristianos—dijo doña Catalina, risueña—. Por un exceso de consideración a mis huéspedes, me permito el lujo de darles una golosina: café.

Alabado y festejado por todos el obsequio. Amador y don Remigio lograron encontrar una fórmula de transacción entre sus opuestos pareceres. Al servir el café, doña Catalina pidió perdón por la pobreza y rustiquez de la comida, añadiendo que para otra vez tendrían pan bueno, hecho en casa, y menos desigualdades en vajilla y servicio de la mesa.

Mientras las mujeres comían, salieron los hombres al patio, llevando cada uno su silla, y allí platicaron formando dos grupos. Don Remigio y Amador charlaban de los asuntos de Colmenar Viejo, de lo mal mirado que en la cabeza del partido estaba el cura titular, y de los esfuerzos que hacían los caciques para hacerle saltar de allí... Naturalmente, se gestionaría para que ocupase la vacante el curita de San Agustín. A la otra parte hablaban Urrea, don Ladislao y Nazarín, preguntando el primero al segundo si seguía cultivando la música en aquel retiro, a lo que contestó el afinador que no le hablaran a él de músicas ni danzas, pues se hallaba tan contento y gozoso en su nueva vida, que había tomado en aborrecimiento todo su pasado musical y cabrerizo. La mejor ópera no valía ya tres pitos para él, y aunque le aseguraran que había de componer una superior a todas las conocidas, no quería volver a Madrid. Salió Nazarín a la defensa de arte tan bello, y le propuso que siguiera cultivándolo allí, pues se compadecía muy bien la música con la vida campestre. Y añadió que él se permitiría aconsejar a la señora condesa que trajese un órgano, para que don Ladislao compusiera tocatas campesinas y religiosas, y los deleitara a todos con aquel arte tan puro y que hondamente conmueve el alma.

Con estos y otros paliques fué llegada la hora de la partida, y Urrea no cabía en sí de inquietud por no haber podido hablar a solas con su prima, ni ésta decirle que se quedara, como era su deseo. El temor de que contestase con una rotunda negativa a su propósito de permanecer en Pedralba, le sobresaltó de tal modo, que no tuvo ánimos para formularlo. Tristeza infinita cayó sobre su alma cuando Halma le dijo en tono de maestro:

—Ahora, José Antonio, te vas por donde has venido, y sin mi permiso no vuelvas acá ni abandones las ocupaciones a que deberás una independencia honrada.

Con tal autoridad pronunció estas palabras, que el calavera arrepentido no tuvo aliento para contradecirlas y exponer su deseo. Sentíase tan inferior, tan niño, ante la que le gobernaba en sus sentimientos y en su conducta, que ni explicarse con ella sobre la pesadísima y cruel condena que le imponía. Verdad que estaban delante Nazarín y los forasteros, y no era cosa de hacer ante ellos el colegial mimoso. Faltaban tan sólo minutos para la partida, cuando la condesa dijo al curita de San Agustín:

—Señor don Remigio, si usted no se opone a ello, se quedará en el castillo el amigo don Nazario, porque si es bueno para la salud el ejercicio del entendimiento, no lo es menos el corporal, y conviene que alternen. Ya concluirá más adelante esa gran recopilación de los *Discursos de la Paciencia*.

—Lo que usted disponga, señora mía, es ley—replicó don Remigio, ya con el pie en el estribo—. Si nuestro buen Nazarín prefiere quedarse, quédese en buen hora... Que lo diga él.

Con semblante confuso, y casi casi con lágrimas en los ojos, el peregrino respondió:

—Yo no determino nada.

—Pero ¿usted qué prefiere?

—Pues, la verdad, estimando mucho la hospitalidad del señor cura, y ofreciéndole ponerme a su disposición para terminar aquellos apuntes y cuanto guste mandarme, hoy me quedaría, pues la señora condesa así lo desea.

—Es que..., verá usted, don Remigio, como tenemos tanta obra en casa, necesito que me ayuden mis buenos amigos. Hay que estar en todo, y cuantos viven aquí han de arrimar el hombro a las dificultades. Mañana pienso probar el horno de pan, y deshacerlo si no nos resulta bien. Conque...

—Que se quede, que se quede. Usted es aquí la santa madre, usted manda, y los hijos..., a obedecer calladitos. Señor Urrea, ¿no monta usted?

Lívido y tembloroso, Urrea no acertaba ni a despedirse airosamente de su prima. Era una máquina, no un hombre. Su tristeza le cogía todo el ser como una parálisis, matándole la voluntad. Montó a caballo y partió con el cura y con Amador, sin saber que existía en el mundo un pueblo llamado, por buen nombre, San Agustín.

VI

Mientras Amador fué en compañía de los dos viajeros, menos mal. Don Remigio charlaba con él de montura a montura, dejando al otro en la libre soledad de sus pensamientos. Pero el bravo paleto se despidió en Los Molinos (encrucijada de donde partía el sendero que a sus casas de la Alberca conducía), y ya solos el cura y el primo de la condesa, desencadenó aquél sobre éste todo el torrente de su locuacidad. Difícilmente, apurando sus donaires, logró sacarle del cuerpo alguna que otra palabra, y conociendo, al fin, que el motivo de su tristeza no era otro que el pronto regreso a San Agustín, quiso consolarle con estas compasivas razones:

—Créame, señor de Urrea, en Pedralba, a estas horas, estaría usted soberanamente aburrido. ¿Sabe usted lo que hacen allá desde anochecido hasta que cenan? Pues rezar, rezar y rezar que se las pelan, y usted, hombre de piedad muy problemática, cortesano al fin, chapado a la modernísima, huirá del santo rezo como los gatos del agua fría. ¡Si entiendo yo a mi gente!... ¡Ah!... Verdad que también en San Agustín, en cuanto lleguemos, rezaré yo el rosario con Valeriana y algunas vecinas. Pero usted se puede ir con Laínez al casino, y cenar con él, y volver a mi modesta casa, a la suya, digo, a la hora que le acomode. En Pedralba, con el último bocado de la cena en la boca, se acuestan todos a dormir como unos santos. ¡Bonita noche iba usted a pasar allá! No, señor madrileño, con sus puntas de calavera y sus ribetes de escéptico materialista, no está usted forjado para estas costumbres entre rústicas y monásticas. ¡El campo! ¡Pues poco que le cansará el campo! Para usted, ponerle de noche en medio de estas soledades, será lo mismo que si a mí me meten de patitas en un salón de baile. ¿Qué haría yo? Salir bufando. *Suum cuique,* señor de Urrea. Conque no le pese venir conmigo. En el casino entiendo que hay un billar, tresillo, y se habla de política... lo mismo que en Madrid.

No consiguió el buen curita consolarle, y el alma del calavera arrepentido se ennegrecía más conforme se acercaban a San Agustín. Llegados al pueblo, resistióse a ir al casino. Desde la sala oía el rezo del rosario en el comedor: durante la cena hizo desesperados esfuerzos por aparentar alegría, y se retiró a la alcoba, impregnada del olor de paja. Le dolía la cabeza.

Interminable y tormentosa fué para él la noche; levantóse muy temprano, acompañó a la iglesia a su digno amigo y anfitrión, y mientras éste se despojaba en la sacristía de las vestiduras sacerdotales, José Antonio puso en práctica la idea concebida entre dolorosas vacilaciones al amanecer, resolución que, una vez compenetrada en su voluntad, adquirió la fuerza de un acto instintivo. Como escolar castigado, que se escapa del colegio, tomó el caminito de Pedralba, a pie, y al perder de vista las casas de San Agustín, sintióse más aliviado de su mortal ansiedad, y con valor para arrostrar lo que por tan atrevido paso le sucediese. Las nueve serían cuando avistó el castillo, y antes de acercarse exploró las tierras circundantes, dudando si hacer su entrada por el camino derecho o por algún atajo. Esto era pueril, y sus vacilaciones, al término del viaje, denunciaban al colegial prófugo. No viendo a nadie por aquellos contornos, anduvo un poco más, y su vista prodigiosa le permitió distinguir desde muy lejos, en una ladera del monte, dos bultos, dos personas. Con un poco más de aproximación pudo reconocer a Nazarín y don Ladislao, que estaban cortando leña, y allá se fué, rodeando un buen trecho para que no le viera la gente del castillo. Hablar con Nazarín antes de presentarse a la condesa le pareció un trámite muy oportuno, tras del cual ya vió, con fácil optimismo, solución sa-

tisfactoria. Al llegar junto a los dos leñadores, Nazarín, que desde lejos le había visto venir, no manifestó sorpresa. Vestía el cura ropas de Cecilio, calzaba gruesos zapatones, y su cabeza descubierta recordaba más al procesado del hospital de Madrid que al sacerdote de la rectoral de San Agustín.

—¡Hola, don Nazario!... Trabajando, ¿eh?... Aquí me tiene usted otra vez. Pues he venido. ¿Conque cortando leña?

—Sí, señor... Este ejercicio al aire libre me agrada mucho. La señora condesa está buena, gracias a Dios. Parece que ha venido usted a pie.

—Un paseíto. No estoy cansado.

—Pues no pudimos arreglar el horno: tienen que venir los albañiles. La señora me mandó a paseo, quiero decir, a que me paseara, y aquí estoy ayudando al amigo don Ladislao.

—Bien, hombre, bien. Pues yo quería... hablar con usted, querido Nazarín —balbució Urrea, abordando el asunto—. Usted es un santo, digan lo que quieran, y me ayudará a obtener el perdón de Halma por haber vuelto acá sin su permiso.

—La señora es muy indulgente.

—Pero mi falta es más grave de lo que parece, porque he venido con propósito firme de quedarme aquí, y no salgo ya de Pedralba si no me sacan descuartizado. Oigame.

—¡Hombre, hombre..., señor de Urrea! —dijo Nazarín, dejando a un lado el hacha para consagrarse a oír con calma las confidencias del parásito corregido.

—Pues verá usted... Mi prima quiere tenerme en Madrid. Ya está usted al corriente. Yo era un perdido; ella, con su infinita bondad, maestra de la virtud y destructora del pecado, me transformó, hizo de mí otro hombre, hizo de mí un niño; me infundió el miedo del mal, el amor del bien. Yo no me conozco. La tengo por una madre, y la obedezco en cuanto mandarme quiera; pero no puedo obedecerla en una cosa..., repito que soy un niño, no puedo obedecerla en la disposición tiránica de vivir en Madrid, porque, lejos de ella, me asaltan tentaciones, o llámense recuerdos, de mi anterior vida mala, y la corrección que tanto ella como yo deseamos, no se afirma, no puede afirmarse.

—¡Hombre, hombre...!

—Ayer vine con propósito de hablarle de este asunto y pedirle que me dejase aquí; pero no tuve valor para decírselo. ¡Tanta gente delante!... Convénzase usted de que soy un niño, y de que el antiguo desparpajo del calavera se ha convertido en una timidez invencible... Palabra que sí... Pues me dijo que me volviera a San Agustín, y me volví; el caballo me llevó como una maleta, y hoy, sin darme cuenta de ello, movido de una irresistible fuerza, me he venido a Pedralba, me han traído las piernas, que antes se me romperían en mil pedazos que volver a llevarme a Madrid. Y yo le pregunto a usted: ¿Se enojará mi prima? ¿Se obstinará en que viva lejos de ella? Porque ha de saber usted que he cometido una falta gravísima, una falta en la cual parecen reverdecer mis mañas antiguas, mi mal corregida perversidad. Verá usted.

—¿A ver, a ver...?

—Pues Halma me arregló en Madrid una pequeña industria para que yo trabajase y adquiriera, como ella dice, una honrada independencia. Mientras Halma permaneció en Madrid, muy bien: yo trabajaba, y empecé a ganar dinero... Pero se va ella, quiero decir, se viene acá, y adiós hombre, adiós propósitos de enmienda, adiós trabajo y formalidad. Me entró una murria espantosa; yo no vivía, yo no comía, yo no pegaba los ojos. Una mañana..., no sé si fué un demonio o un ángel quien me tentó. ¿Qué cree usted que hice? Pues en un santiamén vendí todos los trebejos, máquinas, utensilios, papel; realicé, liquidé, y me vine acá.

—Con propósito de no volver a la villa y corte. ¡Pobre señor de Urrea! Ignoro cómo tomará la señora este arranque. Yo, sin autoridad para juzgarlo, no lo veo con malos ojos.

—¡Porque usted es un santo!—exclamo Urrea con ardor, levantándose del suelo para abrazarle—. Porque usted es un santo, y el ser más hermoso y puro que hay sobre la tierra, después de mi prima; y el que diga que Nazarín está loco, ¡rayo!, el que se atreva a decir delante de mí tal barbaridad...

—¡Eh..., señor de Urrea! Calma, pues creeremos que el loco es usted...

—Para concluir, señor Nazarín de mi alma, si usted intercede por mí, lo primero que debe decirle, después de dar-

le cuenta de mi última calaverada, el traspaso de los trebejos, es que yo quiero que me admita aquí como a uno de tantos. Quiero ser un pobre recogido, un infeliz hospiciano. ¿Que se necesita hacer vida religiosa?... Pues seré tan religioso como el primero. ¿Que se necesita trabajar en estos oficios rudos del campo? Pues José Antonio será el más activo y el más obediente obrero que ella puede suponer. Pónganme en el último lugar; aposéntenme en la cuadra que no se crea bastante cómoda para las caballerías; rebájenme todo lo que quieran. ¿Qué piden? ¿Humildad, paciencia, anulación? Pues aquí, bajo su gobierno, sintiendo su autoridad materna y su divina protección, yo seré humilde, sufrido, y no tendré voluntad. ¿Que habrá que rezar largas horas? Yo rezaré cuanto ella y usted me enseñen. Las faenas rudas no sólo no me asustan, sino que las deseo y pienso que han de serme tan útiles para el cuerpo como para el alma... Y diciéndole usted todo esto, señor Nazarín, como usted puede y sabe decirlo, yo creo que... ¡Ah! Se me olvidaba una cosa muy importante...

Diciendo esto, echó mano al bolsillo y sacó una carterita.

—... Aquí está lo que obtuve de la venta de todo aquel material y del traspaso de mi negocio. Déselo usted; no vaya a creer que me lo he gastado de mala manera en Madrid.

—No; es mejor que lo guarde para entregárselo usted mismo.

—Pues en broma, en broma, son la friolera de nueve mil y pico de pesetas, con las cuales *podríamos* hacer aquí algo de lo que ayer indicaba don Pascual Amador.

Dijo el *podríamos* con acento de ingenua oficiosidad, que hizo sonreír a Nazarín.

—No sé—replicó éste, incorporándose en el suelo—. Tenga usted presente que al instalarse aquí la señora con nosotros, sus pobres amigos en Dios, sus hijos más bien, ha quebrantado toda relación con el mundo de allá, para emplear su vida en el servicio de Dios y en actos de caridad sublime. Podría considerar la señora que usted no es enfermo, ni pobre, ni necesitado, y que...

—Que me admitan en concepto de loco—dijo Urrea, interrumpiéndole con viveza.

—¡Oh, no! Para locos, bastante tienen conmigo—replicó don Nazario, con inflexión humorística, casi casi perceptible.

—Y como pobre, ¿quién lo es más que yo? Y como necesitado de corrección, de atmósfera moral... ¡Por Dios, queridísimo Nazarín, no me quite usted las esperanzas!

—Aquí no se entra sino con el corazón bien dispuesto para la piedad, amigo Urrea, y si la señora dejó en las calles de Madrid, como ella dice, su corona y todos los demás signos del orgullo social, nosotros debemos arrojar a la puerta de Pedralba las pasiones, los deseos desordenados, todo ese fárrago que entorpece la vida del espíritu. Son aquí precisas de todo punto la obediencia a nuestra madre doña Catalina, y aun acatamiento incondicional a sus designios.

—Nadie me ganará—afirmó Urrea, con emoción—en venerar y adorar a mi prima, mirándola como lo que Dios nos permite ver de su presencia en esta tierra miserable. Que me admita, y ninguno, ni usted mismo, me aventajará en sumisión ni en considerar a nuestra maestra y señora como una madre. Si quiere someterme a una prueba de acatamiento, que no me hable, que no me mire, que me dé sus órdenes por conducto de usted o de otro cualquiera, y yo viviré calmado y satisfecho sólo con sentirme cerca de ella, bajo su dulce despotismo. Admirándola, aprenderé el amor de Dios; y su perfección, relativa como humana, me dará el sentimiento de la absoluta perfección divina. Ella será mi iniciación de fe: por ella seré religioso, yo, que he sido un descreído y un disipado, y ahora no soy nada, no soy nadie, hombre deshecho, como un edificio al cual se desmontan todas las piedras para volverlas a montar y hacerlo nuevo.

—Bien, señor, bien—indicó Nazarín, impresionado vivamente por esta declaración y sintiendo una gran simpatía hacia Urrea—. Ya se acerca la hora de comer. Bajaré y hablaré a la señora. Y otra cosa: ¿usted no come?

—¿Yo qué he de comer? Mientras usted no le hable, yo no bajo al castillo.

Cuando vuelva, don Nazario, tráigame un pedazo de pan.

—Espéreme aquí.

—Y acabaré de partirle aquellos troncos; así voy aprendiendo a aprovechar el tiempo—afirmó Urrea, desembarazándose de la americana y cogiendo el hacha.

—Como usted quiera. Adiós, Ladislao, ya es hora: vamos.

VII

Con infantil ardor, alentado por las esperanzas que la mediación de Nazarín le infundía, el parásito la emprendió con los troncos; pero al cuarto de hora de estrenarse en el oficio de leñador, tuvo que moderar sus bríos, porque se sofocaba y un sudor copioso brotaba de su frente. Luego volvió a la carga, conteniéndose en la medida de sus naturales fuerzas, y mientras más troncos partía, más vivo era el contento que inundaba su alma. ¡Ah, pues si le fuera permitido meterse de lleno en aquella vida! Aprendería mil cosas gratas, como arar, sembrar, escardar, cuidar aves y brutos, hacerse amigo de la tierra, súbdito del reino vegetal y campestre. Y no se le haría cuesta arriba en tal ambiente la vida religiosa, ascética, privándose de todo regalo y hasta de hablar con gente. No tendría más amigos que los animales, y esclavo del terruño, conservaría libre y gozoso el pensamiento para elevarlo a Dios a todas horas del día. En estas cavilaciones le cogió la vuelta de Nazarín, a eso de la una y media. Cuando le vió venir con su reposado paso de siempre, sin anticipar con su mirada albricias ni desengaños, el corazón se le saltaba del pecho.

—La señora—manifestó el cura mendigo, cuando estuvo a tiro de palabra—dice que baje usted a comer.

—Pero...

—Nada, que baje usted a comer. No me ha dicho nada más.

—¿Sigue usted aquí cortando leña?

—No; hoy es jueves, y toca explicar la doctrina a los niños. Aquilina les ha dado la lección. Cuando la señora tenga organizada la escuela, todos alternaremos en la enseñanza.

—Hasta eso haría yo, si ella me lo mandara: domar chicos, y meterles en la cabeza el abecé. ¡Quién me lo había de decir...! En fin, voy. ¿Sabe usted que estoy temblando. Y ¿qué tal? ¿Se enfadó al saber...?

—Se mostró más compasiva que enojada.

—Eso ya es buen síntoma. Voy... ¿Y he de ir ahora mismo?

—Ahora mismo, pues le tienen preparada la comida.

—No tengo apetito... ¿Y de veras no dijo que soy una mala cabeza?... ¡Oh qué bondad, qué santidad, Dios mío! ¡Ni siquiera recriminarme! ¿Cómo no adorarla lo mismo que al Dios que está en los altares? Nada, verá usted cómo me perdona, y me admite, y... El corazón me dice que sí. Procede como la Divinidad, la cual, según ustedes, concede todo lo que se le pide con fe y compunción. Yo tengo fe en ella, querido Nazarín, y derramo lágrimas del alma sólo por sentirme bajo su divino amparo. Vamos allá, que seguramente usted, que es también santo, habrá intercedido gallardamente por este infeliz. Lo dicho: el que se atreva a sostener que Nazarín está loco, se verá con José Antonio de Urrea. No lo tolero..., mi palabra que no.

—Sea usted juicioso, amigo mío.

—¡Locura la piedad suprema, locura la pasión del bien ajeno, locura el amor a los desvalidos! No, no... Yo sostengo que no, y lo sostendré delante del cura, y del juez, y del obispo, y del Papa, y del mundo entero.

—No alborotarse, y vaya comprendiendo que en Pedralba no se disputa ni se sostienen opiniones más que por quien puede y debe hacerlo. Los demás, a obedecer y callar. ¿Usted qué sabe si yo soy loco o soy cuerdo?

—¿Pues no he de saberlo?

—¡Ea! Basta... Vamos pronto, que la señora nos aguarda.

Bajaron, y cuando Urrea entró en la casa y en el comedor, más muerto que vivo, lo primero que le dijo su prima, poniéndole la comida en la mesa, fué:

—Pero, hijo, estarás desfallecido. ¿Por qué no bajaste a comer con Nazarín y don Ladislao?

Echóse Urrea de rodillas a sus pies, diciendo con trémula voz que él no probaría bocado mientras no recibiera el perdón que humildemente solicitaba.

—Eres un niño—dijo Halma—. Come, y después hablaremos... Pero como eres un niño grande y con resabios mañosos, hay que sentarte un poquito la mano. Come con calma, pobrecito... ¿Tú quieres hierro? Pues hierro. Yo no contaba contigo para esta vida, porque nunca creí que la resistieras. Se hará la prueba con todo el rigor que exige tu pasado y las malas costumbres que todavía conservas.

Comiendo y suspirando, por momentos risueño, por momentos conmovido hasta derramar lágrimas, José Antonio le dijo que por grande que fuera el rigor de la prueba, no lo sería tanto como su energía y tesón para resistirla, y que a todo se hallaba dispuesto con tal de vivir bajo la santa autoridad de Halma. No le arredraban las cuestas, por agrias que fuesen. ¿Cuesta religiosa? Pues a ella. ¿Cuesta de trabajos rudos, como de presidiario? Pues a ella.

Como llegara don Pascual Amador, se habló de otros asuntos. Iba el paleto hidalgo a llevar a la señora unos documentos de la Alcaldía de Colmenar para que los firmara, y se despidió después de tomar un vasito de vino.

—Don Pascual—le dijo Halma, entregándole la cartera que antes le había dado su primo—, hágame el favor de guardarme eso. Son...

—Nueve mil seiscientas cincuenta —apuntó Urrea.

—No lo necesitaré—añadió la condesa—hasta que emprenda la roturación del prado grande. Porque me decido, señor don Pascual, me decido. Hay que sacar del suelo de Dios todo lo que se pueda. La huerta la empezaremos el lunes, rompiendo la tierra con los brazos que aquí tengo. Mire usted, mire usted qué obrerito se me ha entrado por las puertas...

Celebró mucho Amador los nuevos propósitos de la señora, que concordaban con sus ideas del fomento de Pedralba, y partió a vigilar a los jornaleros que tenía en la Alberca.

—Para hacer boca—dijo Catalina al neófito—, me vais a descombrar, entre tú y los sobrinos de Cecilio, las ruinas estas, hasta descubrirme el suelo.

—Ahora mismo.

—Ten calma. Esta tarde vas al cuarto bajo de la torre, donde provisionalmente tenemos la escuela, y oirás la explicación de la Doctrina Cristiana... Como has estado cortando leña, esta noche tendrás unas agujetas horribles. Descansa, y mañana, a lo que te he dicho, como preparativo para faenas más penosas.

—Para mí no hay nada difícil estando aquí.

—Vivirás en la otra casa, con Cecilio. Esta noche arreglarás tu cama en el pajar, como Dios te dé a entender. ¿No has dormido tú nunca sobre un montón de paja? Yo sí, allá muy lejos de España..., y en aquellos días de abandono y miseria me pareció el colmo de la incomodidad y de la humillación. Hoy me sería indiferente.

—Me instalaré muy gustoso en el pajar.

—Esta noche, en la nota de los encargos que ha de traer de Colmenar el tío Valentín, pondremos: un chaquetón de paño pardo para ti, unos zapatos gruesos, de lo más grueso que haya; una faja, una montera... Verás qué elegante estás. Como en tu domicilio no hay espejo, podrás mirarte en el charco de la fuente. Y cuando venga la pareja de bueyes, aprenderás a uncirlos, a manejarlos. ¿Sabes tú lo que es un arado y el peso que tiene? Pues ya te irás enterando. Comerás con nosotros, pues aquí no debe haber más que una mesa para todos los habitantes de la ínsula. Día llegará en que Cecilio y su gente, y el tío Valentín, comamos reunidos. Mañana, si las agujetas no te estorban mucho, después que hayas tomado el tiento a las piedras de las ruinas, vuelves a partir un poquito de leña... No quiero que estés ocioso ni un momento. La prueba tiene que ser seria, para que yo pueda formar de ti un juicio seguro y te considere capaz o incapaz de compartir nuestra vida. Pues aguárdate, que luego vendrán los ejercicios religiosos, el madrugar con el alba, las mortificaciones, la asistencia de enfermos... ¡Ah! Todavía no te has hecho cargo de la gravedad de lo que deseas y pides. Tú, hombre de salones, hombre con principios, inteligencia demasiado sensible a la actualidad, a lo nuevo y reciente, te has dejado influir por esas rachas de ideas que vienen del extranjero, lo mismo que las modas del vestir, del comer y del andar en coche. Te cogió la ventolera religiosa, que

suele soplar de cuando en cuando, lanzada por las tempestades que recorren furiosas el mundo, y ya tenemos a Urreíta delirando por lo espiritual, como deliraría por un autor nuevo o por la última forma de sombreros o trajes. Y te vienes acá con una piedad de *aficionado*, que no es lo que yo quiero ni nos hace falta ninguna.

—No es eso, no es eso—replicó José Antonio, con acento persuasivo—. Yo quiero creer, yo anhelo parecerme a ti, conservando la distancia entre mi monstruosa imperfección y tu...

—Basta. No me gusta la palabrería lisonjera.

—Mi aspiración es volver a empezar; más claro: volver a nacer. Me he muerto; resucito hijo tuyo y esclavo tuyo. Encárgame de los oficios más bajos y humillantes, y en cosas de religión lo más difícil. ¿Asistir enfermos has dicho? Nazarín me enseñará.

—En eso y en otras muchas cosas, buen maestro tuyo y mío puede ser.

En esto pasó Nazarín por delante de la ventana del comedor, cambiadas ya las ropas de leñador por las de cura. Iba al ejercicio de Doctrina, y ya los rumores de algazara infantil anunciaban que la familia menuda se reunía en la sala provisionalmente destinada a escuela.

—Allá voy yo también—dijo Urrea, viéndole pasar—. Quiero ser como los pequeñitos. Verdaderamente, ese hombre me parece divino, y por él, por la influencia que, sin duda, tiene en ti, he conseguido tu perdón. ¿Qué te dijo, qué razones alegó en mi favor?

—No hizo más que contarme lo que habías hecho.

—¿Y tú...?

—Le pedí su parecer sobre la resolución que debía tomar contigo.

—¿Y él...?

—Me dijo que debía admitirte.

—¡Prima mía!—exclamó Urrea con exaltación, braceando por alto—, al que me diga que ese hombre está loco, le mato..., ¡ah, no!

Llevóse la mano a la boca como para contener la palabra y volver a meterla para adentro.

—No, no le mato, dispensa. Pero le... Tampoco... Lo que haré será decir y proclamar, contra la opinión de todo el mundo, que no es demente, que no puede serlo, que el mayor de los contrasentidos sería que lo fuese... Y tú crees lo mismo, Halma, no me lo niegues; tú crees lo mismo.

—¿Tú qué sabes?... Silencio, y a la Doctrina.

—Voy.

QUINTA PARTE

I

Durante tres, cinco, diez, no sé cuántos días, corrieron los sucesos mansamente y como por carriles en el castillo de Pedralba y sus campos y montes circundantes, notándose en todo, cosas y personas, el impulso que les diera con firme mano la organizadora de aquella singular familia. Pero aún faltaba mucho para que la idea total de la noble señora se viera íntegramente realizada, porque las deficiencias de local no podían remediarse pronto, y en diversos detalles de organización surgían a cada instante obstáculos que sólo la constancia y buena voluntad de todos vencerían al cabo. La roturación de la huerta dió mucho que hacer, por la dureza del terruño y por la dificultad de dotarla de aguas. Como no era fácil ni económico traerla de la fuente por un viaje de arcaduces, se abrió un pozo, en cuya excavación no fué preciso ahondar más que veintitantos pies para encontrar agua abundante. A las dos semanas de empezadas las obras, ya había varios bancales plantados de arvejas, alubias, coles y otras hortalizas de ordinario consumo. Provisionalmente se cercó la huerta con piedras y espinos. La pareja de bueyes no se hizo esperar, y a los tres días de aquellos trajines ya sabía Urrea manejar a los pacientes animales, como si los hubiera tratado toda la vida. Pronto les tomó

cariño, y no habría cambiado su compañía silenciosa por la de amigos de la especie humana, como tantos que había conocido en su primera vida.

Las faenas más rudas no abatían el ánimo del calavera arrepentido: el constante y metódico ejercicio corporal, si al principio le causaba fatiga, no tardó en fortalecerle. La idea de ser hombre nuevo se arraigaba tanto en su conciencia, que creyó haber criado nueva sangre, echando nuevos músculos, y hasta que le habían sacado todos los huesos viejos para ponérselos flamantes. De su apetito no digamos: no recordaba haberlo tenido igual desde la infancia. Muchos días comía en el monte con el pastor o con los sobrinos de Cecilio (de quien se hablará después); y aquella pitanza frugal y sabrosa, que le llevaban en un pucherete Aquilina, Beatriz o la misma condesa, le sabía mejor que los más refinados manjares de las mesas cortesanas. Pues cuando improvisaban cena o almuerzo al aire libre, cocinando con escajos y palitroques sobre unas trébedes, en la sartén del pastor, unas rústicas migas o cosa tal, el hombre gozaba lo indecible y daba gracias a Dios por haberle llevado a la vida salvaje. ¡Y luego el sosiego del espíritu, la paz de la conciencia, la seguridad del mañana!... Nada podía compararse a semejantes bienes, nuevos para él. Todo cuanto del mundo conocía, de un orden distinto radicalmente, parecíale una pesada broma del Destino. Porque la vida de ciudad, durante los años que, a veces sin razón, se llaman floridos, de los veinte a los treinta, ¿qué había sido más que suplicio sin término, humillación, ansiedad y cuanto malo existe? ¡Bendito salvajismo, bendita barbarie, que le permitía lo más elemental: vivir!

Los Borregos, que así nombraban a los dos sobrinos de Cecilio, trabajadores a jornal en la finca, fueron los primeros compañeros de vivienda del improvisado salvaje, y no tardaron en ser sus amigos, maestros también en todo aquel rústico manejo. Más bárbaros no los había criado Dios; pero tampoco más sencillotes ni de corazón más noble y sano. Al principio, la epidermis moral de Urrea se lastimaba un poco al rozarse con la corteza dura de aquellos infelices; pero no tardó en criar callo, y si él al contacto se endurecía, los otros, indudablemente, se suavizaban. Por las noches, al tumbarse sobre la paja, rendidos, en el breve rato que al sueño precedía, charlaban los tres, explicándose cada cual según sus luces, y allí vierais confundida la barbarie y la cultura, el fácil discurso y la jerga torpe, la inteligencia y la superstición. El Borrego mayor, chicarrón de veintidós años, despuntaba por su guapeza descocada y algo insolente; no sólo se conceptuaba hombre capaz de medirse en buena lid con el más pintado, sino que en lo tocante al oficio de labrador no daba su brazo a torcer ni a los más peritos. Todo se lo sabía; jactábase de conocer los secretos de la tierra y de la atmósfera. Planta que él hincara en el suelo, de fijo arraigaba y crecía como ninguna. Había inventado sin fin de reglas de fisiología vegetal, de las cuales ni una sola fallaba, según él, en la práctica. Sobre la fecundación, sobre las épocas de siembra y trasplante, y la influencia misteriosa de las fases de la luna en la vida de las plantas, contradecía con el mayor descaro el criterio de los labradores viejos, defendiendo el suyo con arrogante terquedad. A Urrea le encantaba este carácter inflexible, tenaz, basado en un furibundo amor propio. Más de una vez se preguntó: "En otra esfera, con otra educación, Bartolomé, ¿qué sería?" El segundo Borrego era lo contrario de su hermano: humilde, de voluntad perezosa, que fácilmente se amoldaba a la voluntad ajena, corto de palabras, algo melancólico, curioso y preguntón. Gustaba de que le contaran guerras, aventuras y sucesos extraordinarios, y se enloquecía con las estampas, toda suerte de muñecos pintados, aunque fueran los de las cajas de crillas, que le parecían tan hermosos como a nosotros los cuadros de Rafael y Velázquez. Y Urrea se decía: "Isidrico, en otra esfera y educado como los muchachos finos, ¿qué sería?"

Con estas reflexiones estudiaba José Antonio la Humanidad, al paso que obtenía de la observación de la Naturaleza útiles enseñanzas. En su anterior vida no se había fijado en multitud de fenómenos que le causaban maravilla. Hasta el cielo estrellado, en noches claras y sin nubes, atraía su atención como cosa nueva y desconocida. Lo ha-

bía visto, sí, infinitas veces; pero nunca lo había visto tan bien, ni recreádose tanto en su hermosura. Con esto, nuevas ideas iban sustituyendo a las antiguas, que al modo de hoja seca se caían y eran arrebatadas por el viento. Y todo el nuevo retoño cerebral venía fuerte, anunciando una foliación y florescencia vigorosas. El no cesaba de repetirlo: era como nacer dos veces; la segunda por milagro de Dios, en edad de hombre, conservando el recuerdo de la primera encarnación para poder comparar y apreciar mejor las ventajas de la segunda.

Pocas veces tenían ocasión de hablarse Halma y su primo en aquellos comienzos de la vida rústica, porque él trabajaba lejos de la casa. Por la noche, después del rosario, o si cenaban en comunidad, la señora le exhortaba en pocas palabras a seguir en aquel ordenado comportamiento. Esto y los saludos de ritual, cuando, por acaso, se encontraban en el campo, eran su única relación de palabra. Pero en espíritu, Urrea no la separaba de sí; noche y día pensaba en ella, o se la imaginaba, transfigurándola a su antojo. Nada más grato para él que apreciar en los actos y expresiones de sus compañeros el gran respeto que la señora les inspiraba. Y de tal modo en él mismo se habría fortalecido aquel respeto, que cuando la veía venir se turbaba como un chiquillo vergonzoso. Y por mucho que se estimara en su nuevo estado de conciencia, cada día sentía crecer la distancia entre ambos, porque si él se elevaba, ella subía desaforadamente.

No eran pasados quince días de aprendizaje, cuando el novicio recibió por Nazarín órdenes de trasladar su residencia. El buen clérigo peregrino había estado tres días en San Agustín, acabando de extractar el divino libro de la *Paciencia,* con empleo casi sublime de la suya, y de vuelta a Pedralba, hizo limpieza, sin auxilio de nadie, de los dos aposentos de la torre. Allá se estuvo toda una mañana, blanqueando las paredes, lavando los pisos de baldosín y extrayendo como podía cuanta mugre había en los rincones.

—Aquí estarás mejor que allá—dijo a Urrea, por la noche, dándole posesión de su nuevo domicilio y mostrándole cama limpia y bien mullida, y los muebles de madera reluciente—. Esto, querido Urrea, lo hago por ti, que estás acostumbrado a la primera de las comodidades, que es el aseo. Aquí, la señora nos enseña a ser nuestros propios criados, y yo te doy el ejemplo...

—¡Vaya un ejemplo! Me lo da usted contrario, haciéndose mi sirviente.

—No, bobito. Lo que yo hago esta semana, lo harás tú la próxima.

Nazarín le tuteaba desde los primeros días, porque era en él añeja costumbre. Poco fuerte en tratamientos, no abandonaba la forma familiar más que ante personas de muchísimo respeto, como la condesa, don Remigio y otros tales.

—Bueno—dijo el neófito—, yo no veo aquí más que una cama. ¿Acaso tiene usted la suya en ese mechinal de al lado, junto a la escalera de piedra?

—Eso que llamas mechinal es un aposento precioso. Pasa y examínalo. Tiene el suficiente espacio para mi lecho, que es esta tarima forradita de una manta... ¿Ves? ¡Qué lujo, qué gala!... Y como yo, aquí, no he de dar bailes, no necesito más cabida. ¿Ves? Echadito en mi tabla, con la cabeza toco en la pared de acá, y aún me falta una tercia para tocar con los pies en la de enfrente. ¡Y si vieras qué abrigado es esto! Lo que tiene es que en oscuridad compite con la boca de un lobo; pero como yo no estoy aquí durante el día, y de noche puedo encender luz, si quiero, me acomodo tan ricamente. En peores alcobas y camas he dormido yo mucho tiempo.

—Ya lo sé. Por eso está usted como está, y le tienen por hombre sin seso. En fin, si ha de haber penitencias y privaciones, dénmelas a mí, y verán qué pronto las acepto.

—¡Penitencias, privaciones! Dios te las irá mandando cuando menos te lo pienses. Por el pronto, ¿no dices que te gustaba la holgada libertad del pajar? Pues fastídiate. Ya no vuelves allá. ¡Aquí, en la torre, preso!, aguantando mis sermones, si se me ocurre endilgarte alguno, rezando conmigo, sí, señor, todo lo que a mí me dé la gana.

—A eso estamos, padre Nazarín; pero en esta casa de la igualdad debemos alternar en las comodidades, digo, en las mortificaciones. Una noche duermo yo en la cama y usted en la tarima, y a la noche siguiente cambiamos.

—Eso lo veremos. No hay tanta igualdad como crees, ni debe haberla. Por de pronto, yo estoy por encima de ti en edad, saber y gobierno, y si te mando dormir en una cama blanda, tendrás que fastidiarte.

Al volver de cenar en el castillo, y antes de recogerse, charlaron otro poco.

—Pepe—le dijo Nazarín, sentándose en su tarima—, ¿sabes una cosa? Después de cenar, mientras saliste a fumar tu cigarrito, la señora me encargó que te advirtiese...

—¿Qué?

—Nada, no te asustes... ¡Si creerás que es algo de cuidado!... Y si lo es, hijo mío, yo no lo sé... Pues que te advirtiera que si mañana, o pasado, vamos, don Remigio y el señor de Amador te dicen alguna cosa desagradable, algo que te lastime, procures no incomodarte. Tú no has aprendido aún a sofocar la cólera, y en eso has de poner mucho cuidado, José Antonio, porque la cólera es pecado muy feo. Ya sabes que cuantos vivimos aquí hemos de ser sufridos, mansos, y afrontar con semblante sereno la ofensa, el ultraje mismo. Esto tienes que aprenderlo, Pepe, y probar tu paciencia en la práctica, en la realidad. Si no, estás de más en Pedralba.

—Pero ¿qué es eso que me van a decir el cura y Amador? ¡Voto al hijo de la Chápira!—gritó Urrea, disparándose.

—Temprano empiezas—dijo Nazarín, acercándose al lecho en que el otro acababa de tumbarse—. Pero, ¡hombre, te estoy amonestando...!

—¡A mí!..., ¡decirme a mí!... Pero ¿qué?

—¿Lo sé yo acaso, hijo de mi alma?

—¡Oh! Usted lo sabe, padre Nazarín, y si no, lo adivina, porque usted lee en el pensamiento de las personas y penetra las más recónditas intenciones.

—Que no sé, te digo... Cumplo mi encargo, y me callo. La señora me manda advertirte que, oigas lo que oyeres, no te enfurezcas, ni siquiera muestres enfado. Ella lo manda, Pepe.

—Pues si ella lo manda, antes me vea muerto que desobediente... Pero no sé, querido Nazarín, no sé lo que me pasa. Con lo que usted me ha dicho..., siento que mi ser antiguo rebulle y patalea, como si quisiera... ¡Ay! No se vuelve a nacer, ¿verdad? No muere uno para seguir viviendo en otra forma y ser. Un hombre no puede ser... otro hombre.

—Indudablemente..., uno no puede ser otro—dijo el apóstol, sonriendo benévolamente—. No canses tu crebro con sutilezas. Déjalo descansar en el sueño.

—No podré dormir.

—Rezaremos. Te contaré cuentos. Te arrullaré como a los niños.

—Ni aún así dormiré... Mi tristeza, no sé qué punzante inquietud me desvela.

—Yo no quiero que estés triste, Pepe. Imítame a mí, que siempre vivo en una alegría templada.

—¡Oh, si pudiera!... Y no es sólo la tristeza. Paréceme que tengo fiebre. Yo voy a caer malo.

—Si caes malo—replicó el curita manchego, clavando en él una mirada penetrante—, yo te cuidaré... y te salvaré de la muerte.

—¡La muerte!...—exclamó Urrea, con abatimiento, cerrando los ojos—. ¿Para qué defenderse de ella, cuando es la mejor, la única solución?

—No te cuides tú de tu muerte. Dios se cuidará de eso. Ahora, hijo mío, a dormir.

—A dormir, sí... ¿Usted lo manda?

—Lo deseo.

Callaron, y poco después Urrea dormía, teniendo por guardián vigilante a Nazarín, el cual, sentado junto al lecho, rezaba entre dientes.

II

Al día siguiente, hallándose el salvaje en la huerta, sintió el trote de un caballo. Creyendo que se aproximaba don Remigio, miró con sobresalto. Pero no; era Laínez, el médico de San Agustín; que iba dos veces por semana a Pedralba a celebrar consulta para todos los pobres circunvecinos. Habíale ajustado la señora para este servicio, temporalmente, mientras se arreglaba la instalación de un médico fijo en la casa para visitar y asistir a los enfermos de todo el término. Se conocían los días de Laínez en que, desde el amanecer, asomaban por aquellos vericuetos innumerables personas de cara hipocrática, lisiados y cojos, unos con los ojos vendados, otros con la mano en cabestrillo, éste llevado en un carro, aquél arrastrándose como podía. La consulta

duraba toda la mañana, y por la tarde visitaba el doctor, por encargo expreso de la condesa, a los enfermos que vivían más próximos.

Saludó Urrea cortésmente al médico cuando a su lado pasó, y estuvo por preguntarle: "¿Tiene usted que decirme algo por encargo de don Remigio?" Pero como Laínez no hizo más que contestar fríamente al saludo, volvió el joven a su trabajo, silencioso y triste. "Vamos a platicar un poquito con la tierra", se decía, moviendo con fuerte brazo la pala o el azadón. Y era verdad que hablaban tierra y hombre, él contándole sus penas, ella diciéndole algo de sus misterios impenetrables. Pero como la tierra es tan discreta que no revela nada de lo que con ella hablan ni los muertos ni los vivos, ignoro lo que se comunicaron hombre y tierra.

Por la tarde salieron juntos Laínez y Amador. Urrea los miró alejarse, dejando a las caballerías andar al paso. "De fijo hablan de mí", se dijo, mirándoles de lejos. Era una corazonada, un rasgo de adivinación de los que no fallan, por misteriosa connivencia de los flúidos que al parecer nos rodean. "Hablan de mí—volvió a decir José Antonio—, y hablan mal. Tan cierto es esto como que me alumbra el sol." Y tornó a contarle sus cuitas a la arcilla, teniendo por órgano a la pala, y al revolver los esponjados terrones y verlos quebrarse el sol, oía de ellos vagorosas respuestas.

Amador y Laínez, alejándose despacito de Pedralba, hablaban del neófito lo que éste no podía saber ni aun preguntándoselo al terruño.

—Pues verá usted—dijo el paleto hidalgo—lo que pasó. El señor marqués de Feramor me mandó a decir con Alonso que si iba por Madrid, no dejase de pasar a verle. Fuí el lunes, como usted sabe, y don Paquito me contó lo escandalizada que está toda la grandeza por haberse colado aquí ese perdido de Urreíta. Allá creen que no viene más que a engañarla y sacarle el poco dinero que tiene, figurándose religioso y contrito, y embaucándola con santiguaciones y farsas de vida labradora. Yo creo lo mismo, amigo Laínez, porque el tal está tan arrepentido como mi jaco; es hombre de historia sucia y el primer trapisonda de Madrid. Aquí, nosotros, los buenos amigos de mi señora condesa, los que estimamos y conocemos sus *inminentes* virtudes, debemos abrirle los ojos para que vea el dragón que se le ha metido en casa...

—De eso se trata, amigo Amador—dijo el médico, hombrecillo de figura mezquina, con un bigote atusado y gris, que parecía pegado con goma, ojos mortecinos, cara rugosa, cabeza deforme y con poco pelo en el occipucio—. Don Remigio ha recibido cartas de su tío don Modesto Díaz, y de ello resulta que el tal Urrea es un histrión...

—¿Un qué...?

—Un histrión, que es lo mismo que decir un cómico. Finge sentimientos, estados peculiares del ánimo, hace sus comedias con labia y mímica perfectas, y ahí le tiene usted dando la castaña al lucero del alba... Pues sí, señor. No me gustó ese sujeto la primera vez que le eché la vista encima, y ha seguido... no gustándome. Es uno un poco lince y ha visto muchas monstruosidades de la materia y del espíritu... Pues verá usted. Hablamos de esto don Remigio y yo... Naturalmente, Remigio es el más abonado para...

—Para llevar el gato al agua.

—Y llamar la atención de la condesa sobre el culebrón a que ha dado abrigo en su seno—dijo Laínez, quedando muy satisfecho de la figura—. Anteayer Remigio soltó las primeras puntadas; pero la señora, según él cuenta, le oyó con disgusto, y tuvo la generosidad, ¡parece increíble!, de asegurar que su primo es un hombre de bien.

—¿Sí?... Pues no se libra de un sablazo gordo, o de otra cosa peor..., porque ése no es de los que se van sin algo entre las uñas.

—Para mí, ha venido con un fin interesado—dijo el doctor, mirando fijamente al otro caballero—, y si me apuran, añadiré que con un fin siniestro...

—¡Hombre, tanto, no!

—Se verá... Al tiempo.

Llegados al sitio de separación, se detuvieron para concertar el día y hora en que debían reunirse con don Remigio para convenir en la forma y manera de ilustrar mancomunadamente a la señora de Pedralba sobre punto tan delicado. Puestos de acuerdo, cada cual siguió su camino.

Y dos días después, hallándose Urrea

en el monte, vió venir tres hombres a caballo por el sendero de San Agustín. A pesar de la distancia enorme a la cual se detuvieron, su vista prodigiosa los conoció al instante, y el corazón le dió un tremendo vuelco. Con furia insana descargó tremendos golpes sobre el tronco del árbol que partiendo estaba, y el leño, en el gemido que parecía exhalar al recibir el hachazo, le decía: "Hablan de ti, hablan mal."

Urrea los miraba, suspendiendo a ratos su tarea para volver a ella con terrible ímpetu muscular, y le decía al tronco: "En tu lugar quisiera coger a los tres." Observó que, cerca de la finca, los jinetes se detenían, cual si tuvieran algo importante que discutir y concertar antes de meterse en Pedralba.

Don Remigio, alzándose nervioso sobre los estribos, y tan poseído de su asunto como si en el púlpito estuviera, les dirigió esta retahila, que más bien arenga o sermón debía llamarse:

—Señores y amigos, la cosa es grave, y es nuestro deber acudir prontamente al remedio, auxiliando con desinteresado consejo a la persona que tantos bienes ha traído a esta mísera tierra. Evitemos que las intenciones de la santa condesa sean defraudadas por un libertino. Si yo le hubiera conocido cuando por primera vez llegó a San Agustín, habríale cortado el paso de Pedralba... ¡Ah, conmigo no se juega! Pero yo estaba en la mayor inocencia respecto a ese caballerete, y le agasajé en mi modesta casa, y le traje aquí. En la misma inocencia candorosa vivían ustedes, mis buenos amigos, hasta que, al fin, los tres, por noticias fidedignas, hemos caído a un tiempo de nuestros respectivos burros. Ahora bien...

—Permítame un momento el señor cura—dijo Amador, acordándose de una idea que debía ser agregada a los autos—. Una palabra nada más: lo que tiene indignado al señor marqués, a la familia y a todos los títulos de Madrid, es que, habiéndole dado a doña Catalina su legítima sin merma ni descuento... Porque han de saber ustedes que parte de la tal legítima había sido consumida por la señora allá en tierras de Oriente. Pues bien: el señor marqués, por darle gusto a don Manuel Flórez, que era un alma de Dios, no quiso descontar los suplidos, y entregó a su hermana el total de la herencia, o sean cuarenta mil y pico de duros, creyendo que iba a ser empleado en obras de la religión bendita... ¿Que resultó? Que a los pocos días de entregarle el caudal, este pillo de Urrea le sacó un *óbolo* de cinco mil duros... Lo que digo, la condesa es un ángel, y como ángel no debiera andar suelto. Opino yo que a los ángeles...

—Ya sabíamos lo de los cinco mil duros—dijo don Remigio, anhelante de recobrar la palabra—. Lo que ustedes no saben es que poco antes de venir la señora a Pedralba, ese aventurero le proponía una contrata para traer aca las cenizas del conde de Halma, encargándose él de todo por otros cinco mil pesos.

—Es un punto terrible—indicó Amador—. El marqués dice, y tiene razón: "Doy mis intereses para el cultivo de la fe y el fomento de la caridad, mas no para que un perdido se ría de Dios, de mi hermana y de mí."

—Muy bien dicho—prosiguió el cura, cogiendo la palabra con propósito de no soltarla más—. Pues yo, que, por añeja costumbre dialéctica, me voy siempre derecho a las causas, y cuando veo un mal busco el origen para atacarlo en él, lo mismo que hace Laínez con las enfermedades, en este caso, advirtiendo que corren sucias las aguas, me voy al manantial, y..., en efecto, allí veo... En fin, señores, que todo lo malo que advertimos en Pedralba proviene de los vicios de origen, de la defectuosa fundación. La idea de la señora condesa es hermosa, pero no ha sabido implantarla. La primera deficiencia que noto aquí es que no hay cabeza. Y esto no puede ser. Para que la institución marche y se realice el santo propósito de la condesa, es preciso que al frente del establecimiento haya un director, y para que tenga mucha autoridad, conviene que el tal director sea un eclesiástico. Declaro que no tendría yo inconveniente en desempeñar la plaza, a pesar del mucho trabajo y responsabilidad que puede traer consigo. Procuraría dar ejecución práctica y visible a las ideas, a los elevados sentimientos de caridad de la santa señora, y, modestia a un lado, creo que no me sería difícil conseguirlo... Redactaría constituciones, en las cuales derechos y deberes estuvieran muy claritos. Marcaría la raya entre lo

espiritual, *prima facies*, y lo temporal, que es lo secundario... Daría denominación al instituto, estableciendo un distintivo, el cual podría ser una cruz o varias cruces de este o el otro color, que yo llevaría cosidas a mi manteo..., y si no yo, quienquiera que aquí mandase con el nombre de rector, mampastor o guardián... Pero si es mi propósito convencer a nuestra amiga de la necesidad de una dirección, no está bien, ya lo comprenden ustedes, que yo a mí mismo me proponga para ese modesto cargo. Y no es ambición, conste que no es ambición; en último caso, sería sacrificio, y de los grandes; pero a ésas estamos. De modo que si la señora, por inspiración divina, admite mis razones, y me designa, no tendré más remedio que bajar la cabeza, con beneplácito del señor obispo, y mientras su ilustrísima no creyera conveniente disponer de mi inutilidad para una parroquia de Madrid.

Asintieron los otros dos con monosílabos. La cara de don Remigio echaba chispas.

III

—Pues si el señor cura me promete no enfadarse—dijo Laínez, después de una pausa, en la cual se aseguró bien de sus ideas—, me permitiré manifestarle que si apruebo lo de la dirección, pues sin dirección, o llámese cabeza, no hay nada, no estoy de acuerdo con que el director sea sacerdote. Que haya un eclesiástico, o dos, o veinticinco, para lo pertinente al gobierno espiritual, muy santo y muy bueno. Pero, o yo no sé lo que me pesco, o la señora condesa ha querido fundar un instituto higiénico, hablando más propiamente, un sanatorio médico-quirúrgico con vistas a la religión.

—¡Hombre!

—Déjeme seguir. El socorro de la indigencia, el alivio del dolor humano, la asistencia de los enfermos, la custodia de los locos, la práctica, en fin, de las obras de misericordia, da una importancia desmedida al *elemento* médico-quirúrgico-farmacéutico. Yo soy muy práctico, reconozco la importancia del *elemento* sacerdotal en un organismo de esta clase; es más: creo que tal *elemento* es indispensable; pero la dirección, señores, opino, respetando el parecer del señor cura, opino, entiendo yo..., que debe ser encomendada a la ciencia.

—¡Hombre, por Dios, no sea usted...!

—Permítame...

—No, si no es eso. Equivoca usted los términos...

—¡Vaya, hombre! Yo concedo...

—¡La ciencia! Medrados estaríamos...

—Yo concedo...

—Distingamos, señores...

Y un rato estuvieron los tres quitándose uno a otro la palabra de la boca, y tiroteándose con pedazos de expresiones.

—Yo concedo—dijo Laínez, consiguiendo al fin acabar una frase—que la piedad, la fe, sean el corazón de este organismo; pero la cabeza no puede ser más que la ciencia.

—¡Potras corvas! Que alguna vez me ha de tocar a mí—gritó Amador, furioso, viendo que don Remigio rompía nuevamente y que no había manera de atajarle—. ¿Digo yo, o no digo mi parecer? Porque si ustedes se lo parlan todo, ¡caracoles!, estoy aquí de más... Pues entro en el ajo como tercero en discordia, y digo que los señores *propinantes* barren para dentro, cada cual mirando por su casa y oficio: éste para la Iglesia, éste para la Facultad. Pues yo digo que ni lo *juno* ni lo *jotro*, ¡caracoles!, y que la dirección debe ser administrativa, lo dicho: administrativa. Porque aquí lo primero es asegurar la olla para todos y no se asegura la olla sino trabajando la tierra, y sabiendo después cómo se distribuye el fruto entre estas y las otras bocas. Bueno que tengamos el *elemento* tal..., religión, bueno; el *elemento* cual..., medicina, bueno. Pero para que éstos puedan concordarse y vivir el uno enclavijado en el otro, se necesita el *elemento* primero, que es el trabajo, el orden, la cuenta y razón, la labranza de la tierra, y esto no puede hacerlo la Iglesia ni la Facultad. ¡Ah! Como ustedes no le saquen su fruto a la tierra, a fuerza de machacar en ella, ¿con qué potras van a sostener la institución? ¿De dónde van a salir estas misas? En Pedralba, lo primero es poner la finca en condiciones, pues... Hoy da cuatro; debe y puede dar cuarenta, y cuando los dé, vengan pobres, y vengan tullidos, y dementes, y tiñosos, y ciegos, para sanarlos a todos. Lo demás es andarse por las ramas y

empezar las cosas por el fin. La dirección debe ser agrícola y administrativa, y aquí no hay más pontífice del campo que *este cura*, yo mismo, y para concluir sepan que ésos son los deseos del señor marqués de Feramor, según carta que tengo aquí y que puedo enseñarles.

Callaron un rato el médico y el cura, como agobiados bajo la pesadumbre del último argumento presentado por Amador; pero el ingenioso don Remigio no tardó en recobrarse, y con nuevos y sutiles razonamientos pegó la hebra en esta forma.

—Pero ¡mi querido Amador, si el señor marqués no es quien ha de decidirlo! No niego yo su respetabilidad, ni su autoridad, ni sus excelentes deseos; pero hay que desengañarse, el señor marqués no toca pito, no puede tocarlo, en un asunto que es de exclusiva competencia de su señora hermana.

—Hemos convenido, amigo don Remigio—dijo Amador—en que la condesa es un ángel ...

—Un ángel del cielo...

—Los del cielo no sé; pero los de la tierra necesitan curador. Dejemos a la virtuosísima, a la celestial doña Catalina de Halma, entregada solita a sus piedades y a las blanduras de su corazón, y dentro de dos años tendrá la finca embargada.

—Se equivoca usted, Amador. La señora sabe cuidar de sus intereses.

—Pero la señora no labra las tierras, cree que con labrar el cielo basta, y el trigo y la cebada, ¡caracoles!, y los garbanzos y las patatas, no veo yo que nazcan de nubes arriba.

—También arriba nacen, señor don Amador, y nuestro Padre celestial, que da ciento por uno, derrama sus dones sobre los que con fervor le adoran.

—Si yo no siembro, nada cogeré, por más que me pase el día y la noche engarzando rosarios y potras. Don Remigio, todo eso del misticismo eclesiástico y de la santísima fe católica es cosa muy buena, pero hace falta trigo para vivir. Señores, pongámonos en el ajo de lo positivo. Coloquémonos *bajo el prisma* de que el primero de los dogmas sagrados es la alimentación.

—¡Hombre!...

—La alimentación he dicho, ¡caracoles! Díganme: donde no hay manutención, ¿qué hay?

—No exageremos—replicó Laínez, que un gran trecho había permanecido silencioso—. Concediendo toda la importancia al *aspecto* administrativo, yo creo que la dirección..., no nos apartemos del tema, señores, creo que la dirección no debe ser agrícola ni administrativa. Esto no es una granja.

—Yo digo que sí, una granja hospitalaria y monacal.

—No es eso.

—Y aunque lo fuera—añadió el médico—, la dirección debe correr a cargo de la ciencia, que todo lo abarca; la ciencia, señores, que...

—¡Hombre, no nos dé usted más a tabarra con su cansada ciencia! Porque, francamente, si en estas cosas nos pone usted a la religión bajo la férula de una casquivana como la ciencia, la religión tendrá que inhibirse y decir: "Allá vosotros."

—No, señor; pero la ciencia...

—En resumen—chilló don Remigio, algo quemado—, que usted propondrá a la señora que le nombre jefe omnímodo de Pedralba, con poder sobre el director espiritual y sobre todo bicho viviente.

—¡Oh, no vengo yo aquí a trabajar *pro domo mea*! Pero si doña Catalina de Halma se digna tomar en consideración mi dictamen, y después de establecer la dirección científica, me hace el honor de designarme para ese puesto, no rehusaré, no, señor; tendré a mucha gloria el desempeñarlo.

—Pero como la señora no aceptará tal desatino, mi querido Laínez... No se enfade, no quiero ofenderle...

—Paz, señores, paz—dijo Amador, notando en Laínez temblores del bigotito pegado, y en don Remigio una vertiginosa movilidad de los ojos, las gafas, la nariz y las manos—, y ya que no nos pongamos de acuerdo, no llevemos a la señora, en vez de consejo sano y prudente, un embrollo de mil demonios.

—Está en lo cierto el amigo Amador —manifestó don Remigio, recobrando su habitual placidez—; la verdad es que hemos olvidado la cuestión concreta, en la cual estamos de acuerdo, para meternos en una cuestión constituyente, que nosotros no hemos de resolver;

al menos hasta ahora la ilustre dama no nos ha consultado sobre la manera de organizar el Instituto Pedralbense. ¿Estamos conformes en que debemos aconsejarle la eliminación (no digo la expulsión), la eliminación del acogido don José Antonio de Urrea?

—Sí—contestaron los otros.

—Pues no hay más que hablar. Yo tomaré la palabra en nombre de los tres.

—Convenido.

—Y si en el curso de la conferencia apunta el otro problema, el magno problema, lo trataremos, lo discutiremos, cada cual dirá su parecer, y allá la señora condesa que resuelva. Es sensible que sobre el punto grave de la organización no le llevemos una idea unánime. Vean ustedes: ninguno de los tres es ambicioso, y, no obstante, lo parecemos. Si cada cual expresara ante la fundadora de Pedralba sus opiniones, en la forma que lo hemos hecho por el camino, lejos de ilustrarla la llenaríamos de confusiones, y turbaríamos la tranquilidad de su grande espíritu. Dejémosla que ella sola, con la ayuda del Espíritu Santo, sin oír nuestras proposiciones radicales y un tantico interesadas, ha de llegar a la posesión de la verdad. Las dificultades que la práctica le hayan ofrecido le han de hacer comprender, aunque el Divino Espíritu no le diga nada, la necesidad de una dirección en cabeza masculina, y el carácter que esta dirección debe tener.

Tan acertadas y discretas razones cayeron muy bien en los oídos de los otros dos caballeros, y como ya estaban a poca distancia del castillo, pusieron punto a su conversación y se aproximaron con semblante risueño, viendo que la misma señora condesa salía a recibirlos afectuosa.

IV

Por la tarde, Urrea y el mayor de los Borregos estuvieron dando vuelta a la tierra con el arado en una de las piezas de sembradura próximas a la casa. Nazarín y el Borrego chico regaron los plantíos nuevos de la huerta, a mano, con cubos y regadera, y después escardaron los bancales, que con los abundantes riegos de días anteriores habían formado costra. Silencioso y atento a su trabajo, el clérigo no hablaba con su compañero más que lo preciso. Ladislao había ido a la fuente del monte a traer la ropa lavada por Aquilina, y los chicos, después de dar la lección con Halma, se fueron a jugar con los nietos de Cecilio en el campo frontero a la casa de abajo. En la cocina se hallaba la condesa, de mandil al cinto, fregoteando la loza, cuando Beatriz, que arriba trajinaba, bajó a anunciarle la llegada de los tres señores a caballo.

—¡Ah! No los esperaba tan pronto —dijo la dama, preparándose para recibirlos decorosamente—. Vienen como en son de capítulo o consejo. ¿No sabes a qué? Luego lo sabrás.

—Me figuro que será para que admitamos a las tres ancianas enfermas de Colmenar, que quieren venir a Pedralba. Yo creo que tendremos local, pasándome yo al cuarto de Aquilina.

—No es eso: las tres viejecitas llegarán el lunes. Las acomodaremos como se pueda, hasta que el maestro nos arregle los cuartos del Norte. Nuestros tres amigos vienen a otro asunto, muy delicado, por cierto, del cual me habló anteayer don Remigio. Quiera Dios iluminarnos para que conozcan cuán injusto... En fin, no puedo contartelo ahora; la cosa es larga.

Salió la señora al encuentro de los viajeros, y subieron los cuatro a la única habitación de la casa propia para visitas y aun para conclaves tan solemnes como el que aquel día en Pedralba se celebraba, porque tenía dotación de sillas hasta para seis personas, y un sofá de principios de siglo con asiento de crin, que a la legua trascendía a cosa eclesiástica y capitular. Encerrados allí la condesa y los tres amigos, discutieron y peroraron todo lo que les dió la gana, sin que fuera de la estancia se sintiese rumor alguno, ni había tampoco por allí oreja humana que lo recogiese. A la hora y media, más bien más que menos, salieron, y se marcharon como habían venido. Nadie supo lo que allí con tanto sigilo se había tratado ni ninguno de los huéspedes de Pedralba, fuera de Urrea, sentía comezón de curiosidad por aquella desusada reunión. Por la noche, en el ro-

sario y cena, notó el ex calavera muy encendidos los ojos de su prima. Sin duda había llorado. Concluída la cena, y cuando se despedían para marchar cada cual a su dormitorio, la señora dijo a Urrea:

—Poco te ha durado el buen acomodo del cuartito de la torre: tú y el padre tendréis que iros a la casa de abajo, porque necesitamos alojar aquí a tres ancianitas. Se os llevarán las camas allá. Ten paciencia, Pepe. Para eso y para todo te recomiendo la paciencia, sin la cual nada de provecho haríamos aquí.

Y no dijo más ni él se atrevió a expresar cosa alguna, pues al intentarlo se le ponía un nudo en la garganta. La señora, después de dar a cada cual la orden de trabajo para el día siguiente, se retiró. A Beatriz le tocaba aquella noche la función de conserjería, cerrar puertas y ventanas, apagar fuegos y luces, cuidando de que todos, media hora después de la cena, entrasen en sus respectivos aposentos. Buscándole las vueltas para cogerla sola, Urrea pudo cambiar con ella algunas palabras, cuando atrancaba la puerta del Norte, después de cerrar el gallinero.

—Beatriz, por lo que más quieras en el mundo, dime qué han venido a tratar con mi prima esos tres facinerosos.

—¡Jesús, yo no sé!

—Sí lo sabes. Dímelo, por Dios.

—Te has olvidado de una de las principales reglas que nos ha impuesto la señora. Aquí no se permite contar lo que pasa ni llevar y traer cuentos. Cada cual ocúpese en desempeñar su trabajo, sin cuidarse de lo que digan o hagan los demás.

—Es verdad... Pero como sin duda se trata de alguna conspiración contra mí, tengo que defenderme.

—Yo no sé nada, José Antonio, no me preguntes.

—Pues dime sólo una cosa. ¿Ha llorado mi prima?

—Eso no puedo negártelo, porque bien se le conoce en los ojos.

—¿Y sabes el motivo?

—¡Oh, el motivo!... Que no puede hacer todo el bien que quiere. Su alma tiene grandes alas; pero la jaula es corta... Y no más. Silencio te digo y retírate.

No tuvo más remedio el pobre novicio que meterse en su aposento de la torre, donde encontró a Nazarín de rodillas frente a la imagen del Crucificado. El farolito que alumbraba la estancia estaba en el suelo: iluminadas de abajo arriba las dos figuras vivientes y el estrambótico moblaje, resultaba todo de un aspecto sepulcral. En el profundo abatimiento de su espíritu, Urrea se creyó en un panteón. Echándose en la cama, como para tomar la postura del sueño eterno, y sin esperar a que el apóstol peregrino acabase su rezo, le dijo:

—Padre, ¿se fijó usted en los ojos de mi prima?

—Sí, hijo mío—replicó el clérigo, siguiendo de hinojos y moviendo tan sólo la cabeza para mirarle—. La señora condesa, nuestra reina, nuestra madre, ¡ay!, ha llorado mucho.

—¿Se enteró usted del conciliábulo?

—Sé que llegaron juntos esos tres señores y estuvieron aquí largo rato. Como no me importa ni es cosa de mi incumbencia, no tengo más que decir.

—Creo firmemente que se han reunido para expulsarme de aquí, y que obedecen a intrigas de mi primo Feramor. Me lo dice el corazón, me lo dice la tierra cuando la labro, los troncos cuando les pego con el hacha; me lo dicen los bueyes cuando les pongo el yugo. No puede haber equivocación en esto; el vivir en medio de la Naturaleza rodeado de soledad le hace a uno adivino.

—Si eso fuera cierto—dijo Nazarín levantándose y acudiendo a él con ademán afectuoso—, si, en efecto, por estas o las otras razones, se te mandara salir de Pedralba...

—Ya sé lo que usted me dirá... Que me vaya, es decir, que me muera.

—Estamos aquí para la obediencia, para la resignación, para no tener voluntad propia. Ya me ves a mí: toma mi ejemplo.

—Pero ¿usted no considera que lanzarme de aquí es ponerme en brazos de la muerte?

—¿Por qué? Dios velará por ti.

—Y ¿adónde voy yo, padre?

—Al mundo, a otra soledad como ésta, que encontrarás fácilmente. Búscala, que nada abunda tanto en la tierra como la soledad.

—No, no; yo, fuera de aquí, soy hombre concluído. Halma debe suponer que

mi expulsión de Pedralba es mi sentencia de muerte. Dígaselo usted.

—Yo no puedo decir eso a la señora, ni nada. Asilado como tú, la regla me prohibe hablar al superior, cuando éste no me habla. Contesto a lo que me preguntan, y nada más.

—Pues se lo diré yo, le diré que desconfíe de esa gente infame...

—No hables mal, no injuries, no aborrezcas.

—¡Ah! Nazarín es un santo; yo quisiera serlo, pero la maldad antigua, la que existe allá en los sedimentos del corazón, no me deja.

—Porque tú quieres. Lucha con tus malas pasiones, pídele a Dios auxilio y vencerás. Es menos difícil de lo que parece. Si alguien te causa agravios, perdónale; si te injurian, no respondas con otras injurias; si te hieren, resístelo y calla; si te persiguen en una ciudad, huyes a otra; si te expulsan, te vas, y dondequiera que estés, arranca de tu corazón el anhelo de venganza para poner en él el amor de tus enemigos.

—Yo haré todo eso, que es muy hermoso, sí, muy hermoso—dijo Urrea con ligerísima inflexión irónica—; pero antes de adoptar vida tan santa, quiero despedirme del mundo con una satisfacción: le cortaré la cabeza a don Remigio, que es el alma de este complot indigno.

—Hijo mío, parece que estás loco—díjole Nazarín, posando la palma de su mano sobre la frente ardorosa del calavera reformado—. Pero qué absurdos se te ocurren. ¡Matar!

—Pues ¿no me matan a mí?

—Privarte de estar aquí no es darte la muerte.

—Me la daré yo si me arrojan.

—¡Bah! Eres un niño; pero yo estoy al cuidado tuyo, y procuraré que no hagas mañas.

—No puedo, no podré vivir fuera de aquí... Cuando salga, o me arrojaré con una piedra al cuello en el primer río por donde pase, o buscaré un abismo bien negro y profundo que quiera recoger mis pobres huesos.

Su pecho se inflaba. Una opresión fortísima en la caja torácica le impedía expulsar todo el aire recogido por sus ávidos pulmones. Se ahogaba; le faltó la voz, y de su garganta salía un gemido angustioso. Al fin, rompió a llorar como un niño.

—Llora, llora todo lo que quieras—le dijo el curita manchego, sentándose a su lado—. Eso es bueno. Las penas de la infancia, con el lloro quedan reducidas a nada.

—¡Ah bendito Nazarín—exclamó Urrea entre sollozos, estrechándole la mano—, soy muy desgraciado! Reconozca usted que no hay infortunio como el mío.

—Pues, hijo, de poco te quejas. Tú eras malo, muy malo, tú mismo me lo has dicho. La señora condesa quiso corregirte, y lo ha conseguido hasta un punto del cual no ha podido pasar. Pero luego viene Dios a completar la obra, te coge por su cuenta y te manda adversidades y amarguras para que con ellas puedas alcanzar tu completa reforma. Bendice la mano que te hiere, resígnate, anúlate, y sentirás en tu alma un grande alivio.

—No podré..., no podré...—replicó José Antonio, afectado de una gran inquietud nerviosa—. Usted, como santo, ve todo eso muy fácil..., y, naturalmente, por ser usted así dicen que está loco... No lo está, yo sé que no lo está..., pero por eso lo dicen, por no ser usted humano como yo... Fórmeme a su imagen y semejanza, hágame divino, y entonces..., ¡ah!, entonces yo también perdonaré las injurias, y bendeciré la mano negra de don Remigio, que me hiere, y la boca sucia de Laínez, que me escupe.

—Y como si le pincharan, saltó del lecho, gritando:

—No puedo, no puedo estar en ese potro... Necesito salir, respirar el aire, ver las estrellas...

—Salir al campo es imposible: la regla no lo consiente, y, además, la puerta está cerrada.

—Pues yo quiero salir, correr..., ver el cielo.

—Abriendo la ventana lo verás. Ven: ahí lo tienes. ¡Cuán hermosa esta noche!

Ambos contemplaron un instante el estrellado firmamento, y ante la inmensidad muda, indiferente a nuestras desdichas, Urrea sintió crecer su inmensa pena. Retirándose de la ventana, dijo, suspirando:

—Padre Nazarín, si usted me quiere, hable de esto con mi prima.

—Yo no puedo hablarle de esto ni de nada. ¿Qué soy yo aquí? Nadie, un triste acogido. Ni tengo autoridad, ni voz, ni opinión, y sólo en caso de que la señora me preguntara, le manifestaría mi humilde parecer. Calificado de demente, me han puesto en esta santa casa al amparo de la sublime caridad de la condesa de Halma. Figúrate tú si es posible que ésta pida consejo a un hombre cuya razón se cree perturbada, y si yo a dárselo me atreviera, figúrate el caso que haría de mí.

—Catalina, como yo, no cree que nuestro querido Nazarín padezca de enajenación. Esas son vulgaridades en que un espíritu superior como el suyo no puede incurrir. Sabe que usted posee la verdad divina, y que su voz es la voz de Dios...

—No digas desatinos, Pepe. Confórmate con lo que el Señor disponga de ti. No luches contra su poder..., entrégate.

Urrea se arrojó en una silla, abatiendo sus brazos como un hombre rendido de luchar.

—Aunque usted todo lo sabe y todo lo penetra—dijo, después de una larga pausa—, yo necesito confiarle cuanto hay dentro de mí. Más que por deber, lo hago por necesidad, porque el corazón no me cabe en el pecho, porque me ahogo si no le cuento a alguien mi pena, la causa de mi pena, y la imposibilidad del remedio de mi pena.

—Pues sentémonos aquí, y cuéntame todo lo que quieras, que si no tienes sueño, yo tampoco, y así pasaremos la noche.

Tanto y tanto habló Urrea, que al concluir ya palidecían las estrellas y se difundía por el cielo la purísima luz del alba.

V

A las nueve de la mañana, Halma y Beatriz, en un cuarto de los altos, daban las últimas puntadas en las sábanas y colchas para las camas de las viejas que pronto entrarían en la comunidad de Pedralba. Con tiempo por delante, trabajo entre las manos y sin testigo que las cohibiese, hablaron largamente.

—Conque ya ves—decía la condesa—, cuando yo pensaba que en esta soledad no vendrían a turbarnos las pasiones que hemos dejado allá, resulta que la sociedad por todas partes se filtra; cuando creíamos estar solas con Dios y nuestra conciencia, viene también el mundo, vienen también los intereses mundanos a decir: "Aquí estoy, aquí estamos. Si te vas al desierto, al desierto te seguiremos."

—¡Vaya, que es tecla la de esos señores!—replicó Beatriz—. ¿Qué daño les hace el pobrecito José Antonio?

—Este tumulto ha sido movido por mi hermano y otras personas de la familia, que no ven nunca más que el lado malicioso y grosero de las cosas humanas. Las almas tienen ojos: las hay ciegas, las hay miopes, las hay enfermas de la vista... En casa de mi hermano se reúne una gente frívola y vana. Yo les perdono las mil ridiculeces que han dicho de mí; creí que nunca más tendría que pensar en tales malicias ni aun para perdonarlas. A mis hermanos los compadezco por ignorar que no siempre prevalece en las almas la maldad, y que una conciencia dañada puede purificarse. No creen: hablan mucho de Dios, admiran sus obras en la Naturaleza, pero no saben admirarlas ni entenderlas en la conciencia humana. No son malos, pero tampoco son buenos; viven en ese nivel medio moral a que se debe toda la vulgaridad y toda la insulsez de la sociedad presente. A tales personas, hazles comprender que nuestro pobre José Antonio se ha corregido, que no es aquel hombre, sino otro. Semejante prodigio no entra en aquellas cabezas atiborradas de política, de falsa piedad y de una moral compuesta y bonita para uso de las familias elegantes.

Antes de referir lo que dijo Beatriz, conviene manifestar que, habiéndole ordenado una y otra vez la condesa que la tutease, hizo los imposibles por complacerla, sin poder conseguirlo más que a medias. La obediencia y el respeto, en su lengua se tropezaban, dando lugar a fenómenos rarísimos. Cuando estaban las dos en la cocina o lavando ropa, y surgía conversación sobre cualquier asunto doméstico, la mujer de pueblo llamaba de tú sin gran esfuerzo a la señora. Pero cuando se hallaban en el piso alto de la casa, y recaía la con-

versación en cualquier punto que no fuera del trajín diario, se le resistía el empleo de la forma familiar, vamos, que con toda la voluntad del mundo no podía, Señor, no podía.

—¡Y por esas cosas perversas que piensan los de Madrid—dijo Beatriz—, tendrá la señora que arrojar de aquí a su primo! ¡Lástima grande, porque el pobrecito cumple bien, y es tan gustoso de esta vida del campo!

—¡Arrojarle! Nunca he pensado en ello. Sería una crueldad. Le defenderé mientras pueda, y creo que antes se cansarán ellos de atacarle que yo de defenderle. Pero presumo, mi querida Beatriz, que este negocio de mi primo ha de ocasionarme algún trastorno en mi pobre ínsula, si esos señores insisten en señalarle como un peligro para mí y para Pedralba. Yo desprecio la opinión aviesa y calumniosa; pero tal podrá llegar a ser la que se ha formado en Madrid contra mí por haber admitido aquí al pobre Pepe, que no habrá más remedio que tenerla en cuenta. Podrían sobrevenir sucesos que dieran al traste con nuestro humilde reino, porque las autoridades eclesiásticas me retirarán su protección, dejándome sola; la autoridad civil me mirará también con malos ojos, y ¡adiós Pedralba, adiós nuestra dichosa soledad, adiós nuestros días serenos consagrados a Dios y a los pobres!

—Eso no puede ser—dijo Beatriz, muy convencida—. El Señor no lo consentirá.

—El Señor lo consentirá por darme un sufrimiento más y acabar de probarme. El Señor, que me afligió, cuando a bien lo tuvo, con tantas desdichas, ahora me envía la mayor y más dolorosa, mi honra puesta en duda, Beatriz, y...

—¡*Tu* honra!—exclamó Beatriz, irguiéndose altanera, y por primera vez empleó el *tú* en un asunto grave—. No, yo digo que eso no puede ser, y si la honra de la mujer más santa que existe en el mundo no brilla como el sol, digo que el Infierno se ha desatado sobre la Tierra.

—Calma, calma. El Infierno está donde estaba; las gentes mentirosas y frívolas hacen hoy lo que han hecho siempre, y mi conciencia, traspasada de parte a parte por la mirada de Dios, resplandece gozosa delante de todos los infiernos y de todas las maldades habidas y por haber. Esto digo yo.

—¡Y yo—exclamó Beatriz, presa de una súbita exaltación, levantándose—digo que *tú* eres una santa, y que yo te adoro!

Cayó a sus pies, como cuerpo muerto, y se los besó una y otra vez.

—Levántate..., déjame... No me gustan esos extremos—dijo Halma—. Oyeme con tranquilidad.

—No puedo, no puedo... ¡La idea de que ultrajan a mi reina y señora me enloquece!

—Ten calma y paciencia. ¿Qué te importa a ti ni a mí que me ultrajen? ¿No nos desagravia Dios al instante, dándonos la alegría del padecer, esa felicidad que ellos no conocen?... Déjame seguir y que acabe de explicarte la causa de lo turbada que estoy.

—Ya escucho—dijo Beatriz sentándose, pero sin atender a la costura.

—Pues reducido el caso de José Antonio a cuestión pura de conciencia, nada temo. Soy inocente; él, también, y Dios lo sabe. Desprecio los juicios de la frivolidad humana, y sigo impávida mi camino. Pero como no somos libres, como dependemos de una autoridad, de varias autoridades, si retengo a mi primo en Pedralba, corre peligro nuestra pobre ínsula religiosa, esta ciudad, o más bien aldea de Dios, que tanto trabajo me ha costado fundar. Aquí tienes el horroroso conflicto en que me veo. Si Dios no se digna iluminarme, no sé cómo he de resolverlo... Es triste, tristísimo, que para no aparecer como rebelde a la autoridad eclesiástica tenga que dar el golpe de gracia a un inocente y apartarlo de esta bendita vida... Nunca será justo ni caritativo que le expulse; pero, ¡ay!, habré de exponerle la situación y suplicarle que nos deje.

Callaron ambas, volvieron a funcionar las agujas, y los picotazos de éstas y los suspiros de las dos costureras parecían continuar el triste diálogo. Metida en sí misma, la condesa prosiguió razonando así:

—Es triste cosa que no se encuentre la paz ni aun en el desierto. Yo ambicionaba crearme una pequeña sociedad mía, consagrada conmigo al servicio de Dios; yo deseaba decirle a la sociedad

grande: "No te quiero, abomino de ti, y me voy a formar, con cuatro piedras y una docena de personas, mi pueblo ideal, con mis leyes y mis usos, todo con independencia de ti..." Pero no puede ser. El organismo total es tan poderoso, que no hay manera de sustraerse a él. La Iglesia, contra la cual no tendré nunca ocasión ni pensamiento, no me deja mover en este humilde rincón, donde me encierro con mi piedad y el amor de mis semejantes. Para conservarme en la compañía de mis hermanos, de mis hijos, tengo que transigir con las rutinas de fuera, venidas de allá, del enemigo del mundo. Huyo de él y me acosa, me sigue a mi Tebaida, diciéndome: "Ni en lo más hondo de la tierra te librarás de mí." ¡Dios me dé luces para librarme de ti, sociedad grande! ¡Deme paciencia para sufrirte, si no consiente mi emancipación!

Una hora más tarde, hallándose la señora en la cocina, proseguía su monólogo, y recobraba lentamente el admirable reposo de su espíritu.

—Vaya, que es para tomarlo a risa. Yo creí que mi ínsula, oculta entre estas breñas, viviría pobre y oscura, ni envidiosa ni envidiada. Y ahora resulta que la cercan y la acosan las ambiciones humanas. ¡Pobre ínsula, tan sola, tan retirada, y ya te salen por todas partes Sanchos que quieren ser tus gobernadores! La Iglesia me pide la dirección de esta humilde comunidad; la Ciencia, no queriendo ser menos, también pretende colarse, y, por último, solicita dirigirnos y gobernarnos... la Administración. Y ¿qué haré yo ante tan apremiantes intrusos? El Señor me dirá lo que tengo que hacer, el Señor no ha de dejarme indefensa y vacilante en medio de este conflicto. ¡Obediencia, independencia!... ¡Oh, entre vosotras dos, dígame el Señor cómo he de componerme!

Antes de comer, Beatriz, que en toda la temporada de Madrid y en los días de Pedralba no había tenido ni ataques leves de su constitutivo mal espasmódico, creyéndose por tan largo reposo completamente curada, sintió amagos aquel día, sin duda por las emociones violentas de su diálogo con la señora. Procuró ésta tranquilizarla, asegurándole que con la ayuda de Dios todo se arreglaría; para que se distrajera y amansara con un saludable ejercicio los desatados nervios, la mandó a llevar la comida de Urrea y Nazarín al monte, donde ambos trabajaban. Aquilina, que era la designada para esta comisión, se quedó en Pedralba, y Beatriz, con su cesta a la cabeza, se puso en camino, gustosa de tomar el aire y divagar por el campo.

Por la tarde llegó don Remigio de paseo, el cual se mostró con la señora condesa más amable que nunca, dándole palmaditas en el hombro, diciéndole que no se apurase por lo que los tres amigos y vecinos le habían manifestado el día anterior; que no procediera con precipitación en el asunto de José Antonio, ni se disgustase por tener que darle la licencia absoluta, pues él, don Remigio, con toda cautela y habilidad, convidándole para una cacería en Torrelaguna o pesca en el Jarama, le convencería de la necesidad de presentar su dimisión de asilado pedralbense... Y así se conciliaba todo, evitando a la señora la pena de despedirle... Y tomando resueltamente el tono festivo, dejóse caer en el otro asunto. ¡Oh! Lo de la dirección médico-farmacéutica propuesta por Laínez era una graciosísima necedad... Pues ¿y lo de la dirección oratoria y oficinesca, producto del caletre de don Pascual Amador? Ya supuso él que la señora condesa se desternillaría de risa, en su fuero interno, oyendo tales despropósitos. La dirección religiosa, sobre la base de una perfecta concordancia de ideas y sentimientos entre el rector y la fundadora, se caía de su peso, y con tal organismo no era difícil llevar a Pedralba por caminos gloriosos.

Oyóle Halma con benevolencia, sin soltar prenda en asunto tan delicado, y hablaron luego de los trabajos de instalación, de lo que aún no se había hecho y de lo que se haría pronto para completar y redondear el pensamiento. Todo lo encontró don Remigio acertadísimo, admirable, superior. Y como la conversación recayese en Nazarín, se acordó de que había recibido una carta para él.

—Aquí está—dijo, poniéndola en manos de la señora—. Aunque usted y yo estamos autorizados para leerla, se la entrego sin abrir. Trae el sello de Alcalá, y debe de ser de los infelices *An-*

dara y Tinoco (el *Sacrílego*), que ya están purgando sus delitos en aquel penal. Le llaman, sin duda, ¡pobrecillos!, y si de mí dependiera, le permitiría que fuese y los consolara, dando vigor y salud a sus desdichadas almas. Pero temo que me venga una bronca del superior si ese viaje le consiento, aunque sólo sea por pocos días. Piénselo usted, no obstante, y si la señora condesa toma la iniciativa y acepta la responsabilidad...

Negóse la dama a resolver sobre aquel punto, y ya que hablaban de Nazarín, ambos le colmaron de elogios.

—Es tan humilde—dijo don Remigio—, y su comportamiento tan ejemplar, su obediencia tan absoluta, que si de mí dependiera, no tendría inconveniente en darle de alta. ¿Ha notado usted, en el tiempo que aquí lleva, algo por donde se confirme y corrobore la opinión de demente?

—Nada, señor don Remigio. Sus actos todos, su lenguaje, son de una cordura perfecta.

—¿Ni siquiera un rasgo ligero de trastorno, algo que indique, por lo menos, irregularidad en la ideación?...

—Absolutamente nada.

—Es particular. Vive como un santo; no ocasiona el menor disgusto, discurre bien cuando se le incita a discurrir, calla cuando debe callar, obedece siempre, trabaja sin descanso, y no obstante..., no sé, no sé... Laínez dice que su inteligencia se aplana poco a poco.

—No lo creo yo así.

—La Facultad sabrá lo que afirma. Si ese síntoma crece, llegará a un estado de imbecilidad... Lo dice Láinez... ¿Ha notado usted indicios de aplanamiento cerebral?

—Ninguno.

—¿Dificultad en coordinar las ideas, lentitud para expresarlas?...

—No, señor.

—¿Habla usted con él a menudo?

—Muy poco.

—Pues conviene tantear esa inteligencia, presentándole temas difíciles por vía de ejercicio. Así se verá si hay vigor o flaqueza en sus facultades. Ya empleé este procedimiento no ha mucho con un primo mío que dió en padecer disturbios de la mente, y el resultado fué desastroso.

—Pues en este caso, me figuro que será lisonjero. Haga usted la prueba.

—Que sí, que sí. Mándemele allá mañana.

—Irá; pero... Si usted me lo permite...—dijo la de Halma, súbitamente asaltada de una idea.

—¿Qué?

—Antes de mandarle allá haré yo un pequeño examen.

—Corriente. Y luego me toca a mí, que he de ser duro, examinador implacable. Mire usted: le propondré, para que me los desarrolle, los puntos más difíciles de las *Summas* y de las...

—¡Pobrecillo! No tanto...

—Como no es más que una prueba, pronto se conoce si su inteligencia declina.

—Y aunque declinase un poco, por causa de la edad, de los disgustos, su razón puede conservarse sin ningún extravío, y yendo así, debiera el superior devolverle las licencias.

—Lo veremos. No digo que no... Señora mía, adiós.

—Don Remigio, muchas gracias por todo. ¿No quiere tomar nada?

—¡Oh, gracias! Fuera de mis horas, ya sabe que no...

—¿Ni chocolate?

—¡Oh, golosinas de viejos! Señora, somos de la hornada moderna, de la Facultad de Derecho... Adiós, que es tarde. Descansar.

—Hasta cuando usted quiera, señor cura.

VI

Rezaron, cenaron. Al dar la señora la orden para los trabajos del día siguiente, dijo al buen don Nazario:

—Padre, mañana no va usted al monte, ni al prado, ni a la huerta, ni quiero que ande moviendo piedras, ni cortando troncos.

—Pues ¿qué haré, señora?

—Mañana descansa el cuerpo, y trabajará usted con la inteligencia.

—¿Tengo que ir a San Agustín?

—No, señor. ¡Buena le espera allá con las *Summas*!...

—Entonces...

—De nueve a diez, a la hora en que concluyo mis tareas de la mañana, le espero a usted arriba, en el cuarto de

la costura, que es por ahora nuestra sala capitular.

—Está bien.

Amaneció Dios, y Nazarín, despachada la obligación de sus oraciones matutinas, se limpió y acicaló muy bien, vistiéndose con las ropas de cura que le había dado don Remigio. Decía él, distinguiendo cuerdamente entre cosas y cosas, que si en medio del pueblo, y haciendo vida errante, no se cuidaba para nada de la prestancia personal, al presentarse en el aposento de una tan principal y santa señora, llamado expresamente por ella, debía revestirse de la forma más decorosa, sin salir de su habitual sencillez. A las nueve y media en punto, ya se hallaba en el lugar de la cita. Díjole su discípula que se esperase, pues la señora no tardaría en subir, y a los pocos minutos entró doña Catalina. Esta, con gran sorpresa de Beatriz, ordenó a ésta que se quedara. Sentáronse los tres. Pausa y alguna tosecilla. Rompió Halma el silencio, diciendo:

—Padre Nazarín, le llamo para que me dé su opinión sobre cosas muy graves que ocurren...; no, que amenazan a nuestra pobre Pedralba. Apenas hemos nacido, y ya parece que estamos amenazados de muerte. No encuentro la solución de este conflicto en que me veo; mi inteligencia es muy corta; necesito ayuda, luces de otras inteligencias más claras que la mía. Me hace falta el consejo de usted.

—Honor inmenso es para mí, señora condesa—replicó el peregrino con voz grave, permaneciendo en una inmovilidad de estatua—. Yo estimo su confianza, y corresponderé a ella diciéndole lo que tenga por acertado, justo y bueno, conforme a la santa ley de Dios. En este caso, como en todos, de mis labios no sale más que la verdad, la verdad, tal como en mí la siento.

—¿Adivina usted sobre qué quiero consultarle?

—Sí, señora. No es adivinación. He oído algo.

—Un conflicto tremendo.

—Para mí no lo es.

Tanta seguridad desconcertó a la señora, y, francamente, también hubo de inquietarla un poco el que Nazarín, al verse consultado por ella, no rompiese con un exordio de modestia, llamándose indigno, y protestando, como es de rigor en casos tales, de su incapacidad, etcétera...

—¿Que no es un conflicto tremendo?

—Digo que no lo tengo yo por tal.

—Y hace dos días que pido en vano al Señor y a la Virgen Santísima que me iluminen para resolverlo.

—Y la han iluminado a usted—dijo don Nazario, con un aplomo que desconcertó más a la condesa—. Y le han dicho: "En tu conciencia, en tu corazón, tienes la clave de esto que llamas conflicto y no lo es." ¡Si está resuelto! ¡Si es claro como la luz! Perdóneme usted, señora, si le hablo con una firmeza que podrá creer arrogante y hasta irrespetuosa. Es que cuando creo poseer la verdad en asunto grande o chico, no puedo menos de decirla, para que la oiga y se entere bien aquel que de ella necesita. Si usted no ha visto aún esa verdad, conviene que yo se la ponga delante de los ojos. Ahí va: ¡Expulsar a José Antonio! Nunca. ¡Suplicarle que se retire! Tampoco. Es una crueldad, una flaqueza, un pecado de barbarie casi homicida, que Dios castigará, descargando sobre Pedralba su mano justiciera.

—Si yo no quiero que salga, no, no —dijo Catalina, desconcertada ante la energía que no esperaba, sin duda, en hombre tan manso.

—Que no salga, no—repitió en voz queda la nazarista, que, sentada en una silla baja al otro extremo de la estancia, oía y callaba.

—Bueno; pues no sale—prosiguió Halma—. Verdaderamente, sería injusto. El infeliz se porta bien, es otro hombre. Pero sigo viendo mi conflicto, señor don Nazario, porque al retener a José Antonio, contrario los deseos de personas respetabilísimas, cuyo enojo podría ser funesto a Pedralba. La benevolencia de esas personas, que casi son instituciones para mí, nos es necesaria. Veo difícil que podamos vivir teniéndolas en contra.

—La señora puede llevar adelante su empresa caritativa con respecto a nuestro buen Urrea sin que las personas que considera como instituciones tengan que intervenir para nada en los asuntos de Pedralba.

—Pero ¿cómo puede ser eso?

—No hay nada más sencillo, y es muy extraño que usted no lo vea.

—Lo que extraño mucho—dijo Halma, inquieta y nerviosa—es el desahogo con que me niega la existencia del conflicto, sin añadir razones para que yo vea fácil y hacedero lo que hoy tengo por difícil, si no imposible. Espero de usted luces más claras para convencerme de que el consejo que me da no es una vana fórmula. ¿Cree usted que puedo indisponerme con don Remigio?

—No, señora; don Remigio es nuestro inmediato jefe espiritual, y le debemos acatamiento y sumisión. No diré yo palabra ofensiva contra él; le respeto mucho; estoy bajo su autoridad, que es paternal y dulce. Los demás me importan menos...; pero, en fin, a todos los respeto, y cuando he dicho que el conflicto se resolvería fácilmente, no he querido decir que para ello tuviera la señora que malquistarse con tan dignas personas. Al contrario, puede seguir con ellas en relaciones cordialísimas.

—Don Nazario—dijo la condesa, no ya nerviosa, sino sofocada, levantándose—, yo no le entiendo a usted.

Parecía natural que al ver en la gobernadora de Pedralba aquel movimiento de impaciencia, Nazarín se aturrullara y pidiera perdón, dando por terminado el consejo. Levantóse también respetuoso, y con muchísima flema y tocando suavemente el hombro de la condesa, le dijo:

—Tenga usted calma. No hemos concluído.

Pausa. Sentados ambos de nuevo, sonaron otra vez las tosecillas, y Nazarín prosiguió en esta forma:

—Estoy seguro, segurísimo, de que ha de entenderme pronto. Usted dice para sí: "Pero ¿éste es el hombre que andaba por los caminos, errante, descalzo, viviendo de limosna, practicando la ley de pobreza dada por Jesucristo? ¿Y es el mismo que ahora se llega a mí, y con dureza me habla, y me dice *siéntate*, como se le diría a un chiquillo de nuestra escuela?..." Pues soy el mismo, señora. De limosna viví, de limosna vivo. Soy como los pájaros que libres cantan, y enjaulados también... El medio en que se vive... y se canta... algo ha de significar. Antes cantaba yo para los pobres, y era como ellos, pobre y humilde; ahora canto para los ricos, y he de hacerlo en tonos diferentes. Pero en este caso, como en el otro, teniendo que decir una verdad que creo útil a las almas, no están de más las formas austeras. Lo mismo hacía entonces: que lo diga ésa. Cierto que usted es persona grande y de notoria virtud; pero como ahora se halla en el caso de tomar resoluciones graves, yo, su consejero en este momento, tengo que revestirme de autoridad, de la misma autoridad que hube de emplear ante la pobre mujer ignorante y pecadora.

—Me trata usted, pues—dijo la condesa, en el colmo de la confusión—, como a pecadora...

—Ya sé que no; ya sé que es usted persona virtuosísima; pero podría dejar de serlo si con tiempo no determinara variar de ideas sobre puntos muy fundamentales. Necesita usted modificar radicalmente su sistema de practicar la caridad y su sistema de vida. Si así no lo hiciere, podría perder el reposo, y con el reposo..., hasta la misma virtud.

—No le entiendo a usted, no sé lo que quiere decirme—replicó Halma, no ya inquieta, sino acongojada por los estupendos y no esperados conceptos que el mendigo errante se permitía expresar—. Quiere decir, tal vez, que no he sabido dar a mis proyectos de vida cristiana la forma más aceptable.

—No, señora, no ha sabido usted.

—¿Lo dice de veras?

—Como digo que desde hace bastante tiempo la señora vive en una equivocación lastimosa..., pero desde hace mucho tiempo. No vaya a creer que me duele pronunciar ante usted la verdad de lo que siento. Al contrario, señora, gozo en manifestarla, y la manifestaría aunque viera que usted no la oía con gusto.

—Le aseguro a usted que, en verdad..., no me sabe muy bien lo que me dice... Según eso, el camino que emprendo no es el mejor...

—Es buen camino, y por él se puede llegar a la perfección. Pero usted no llegará, no, señora.

—¿Por qué?

—Porque no..., porque su camino es otro..., y ahí está la equivocación. Y yo llego a tiempo para decirle: "Señora condesa, su camino de usted no es ése, sino aquél."

VII

Perpleja y aturdida, oyó Catalina estas palabras, que, a su parecer, en las impresiones de aquel instante, desentonaban horriblemente. Creyó escuchar una voz de muy lejos venida, y Nazarín se desfiguraba en su imaginación, inspirándole miedo. Presumiendo que aún le faltaban por decir cosas más desentonadas y peregrinas, se arrepentía de haberle pedido consejo, y deseaba terminar el capítulo lo más pronto posible. Beatriz, inquieta, no apartaba los ojos de la señora, cuyo azoramiento leía en su expresivo semblante, y no pudiendo dudar de la inteligencia y sinceridad del maestro, esperaba que éste explanara sus verdades, para que la ilustre fundadora desarrugase el ceño.

—El camino de la señora condesa no es éste, sino aquél—repitió Nazarín—, y ahora verá qué pronto se lo hago comprender. Lo primero: la idea de dar a Pedralba una organización pública semejante a la de los institutos religiosos y caritativos que hoy existen es un grandísimo disparate.

—Entonces, ¿qué organización debí dar...?

—Ninguna.

—¡Ninguna! ¿De modo que, según usted, el mejor sistema...?

—Es la negación de todo sistema en el caso concreto de Pedralba y de usted.

—¿Y cómo ha de entenderse esa organización... negativa?

—De una manera muy sencilla y que no es la desorganización, ni mucho menos. Lo mismo que usted intenta hacer aquí en servicio de Dios y de la humildad desvalida, puede hacerlo, y lo hará mejor, estableciéndose en una forma de absoluta libertad, de modo que ni la Iglesia, ni el Estado, ni la familia de Feramor, puedan intervenir en sus asuntos ni pedirle cuentas de sus acciones.

—Pues si usted me da la clave de esa organización desorganizada y libre—dijo la condesa irónicamente—, le declararé la primera inteligencia del mundo.

—No soy la primera inteligencia del mundo; pero Dios quiere que en esta ocasión pueda yo manifestar verdades que avasallen y cautiven su gran entendimiento, permitiéndole realizar los fines que se propone. No ha comprendido usted el concepto de libertad que me permití expresarle. Harto sabemos que toda libertad trae aparejada una esclavitud. Ahora es usted esclava de la sociedad. Emancipándose de ésta, cambiará la forma de su libertad y también la de su cadena...

—Señor Nazarín—dijo Halma, levantándose por segunda vez—, o usted se burla de mí, o...

—Déjeme seguir. Tenga paciencia. Hágame el favor de sentarse y de oírme lo que aún me resta por decirle. Después, usted sigue mi consejo o lo desecha, según su albedrío. ¿En qué estaba usted pensando al constituir en Pedralba un organismo semejante a los organismos sociales que vemos por ahí desvencijados, máquinas gastadas y viejas que no funcionan bien? ¿A qué conduce eso de que su ínsula sea no la ínsula de usted, sino una provincia de la ínsula total? Desde el momento en que la señora se pone de acuerdo con las autoridades civil y eclesiástica para la admisión de estos o los otros desvalidos, da derecho a las autoridades para que intervengan, vigilen y pretendan gobernar aquí como en todas partes. En cuanto usted se mueve, viene la Iglesia y dice: "¡Alto!", y viene el intruso Estado y dice: "¡Alto!" Una y otro quieren inspeccionar. La tutela le quitará a usted toda iniciativa. ¡Cuánto más sencillo y más práctico, señora de mi alma, es que no funde cosa alguna, que prescinda de toda constitución y reglamentos, y se constituya en familia, nada más que en familia, en señora y reina de su casa particular! Dentro de las fronteras de su casa libre podrá usted amparar a los pobres que quiera, sentarlos a su mesa, y proceder como le inspiren su espíritu de caridad y su amor del bien.

La condesa, al fin, callaba, y oía con profunda atención.

—...Y dicha esta verdad—prosiguió Nazarín—, voy a expresar otra, pues no es una sola la que ha de guiar a usted por el buen camino: son dos, o quizá tres, y puesto yo a decirlas, no he de pararme en barras ni inquietarme porque usted se incomode o no se incomode. Aunque supiera yo que sería despedido de su ínsula, donde estoy muy a gusto, yo no había de callarme las verdades que aún restan por decir. Vamos allá. La señora condesa es joven, y en su vida relativamente corta ha padeci-

do más que otros en una vida larga; en breve tiempo soportó, sí, grandes tribulaciones y trabajos. Vió su juventud marchita tempranamente por las desavenencias con su familia; vió morir en lejanas tierras al esposo que adoraba; sufrió después contratiempos, desvíos, amarguras... Su alma, hastiada de las cosas terrenas, volvióse a Dios; aspiró a ser suya por entero, entendió que debía consagrar el resto de sus días a la mortificación, al ascetismo, a la caridad... Perfectamente. Todo esto es muy bueno, y yo alabo esas aspiraciones, que demuestran la grandeza de su espíritu. Pero he de decirle sin rebozo que en ellas veo un error grave, señora, porque la santidad con que viene soñando desde que perdió a su esposo no ha de alcanzarla usted por esos medios. El ardor de vida mística no lo tiene usted más que en su imaginación, y esto no basta, señora condesa, porque sería usted una mística soñadora o imaginativa, no una santa como pretende, y como todos queremos que sea.

—Halma quiso decir algo; pero no pudo; se le trababa la lengua.

—...Llegará día, si no toma la señora otro rumbo, en que todo ese misticismo se le convierta en un nido de pasiones, que podrían ser buenas, y también podrían ser malas. Déjese de aspirar a la santidad por ese camino, y apresúrese a seguir el que voy a proponerle. ¿Quién le aconsejó a usted que renunciase a todo afecto mundano y que se consagrara al afecto ideal, al afecto puro de las cosas divinas? Sin duda fué el benditísimo don Manuel Flórez, hombre muy bueno, pero que vivía en las rutinas y andaba siempre por los caminos trillados. El vestigio social, en medio del cual vivió siempre nuestro simpático don Manuel, no le permitía ver bien las complexiones humanas, ni la fisonomía peculiar de cada alma, ni los caracteres, ni los temperamentos. Yo he tenido la suerte de verlo más claro, aunque tarde, a tiempo, sin duda, porque el Señor me iluminó para que sacara a usted del pantano en que se ha metido. No, la vida ascética, solitaria, consagrada a la meditación y a la abstinencia, no es para usted. La señora de Pedralba necesita actividad, quehaceres, trabajo, movimiento, afecto, vida humana, en fin, y en ella puede llegar, si no a la perfección, porque la perfección nos está vedada, a una suma tal de méritos y virtudes, que no haya en la Tierra quien la supere, y sea usted el recreo del Dios que la ha criado.

Doña Catalina, sofocada, echaba fuego de sus mejillas.

—...Nada conseguirá usted por lo espiritual puro; todo lo tendrá usted por lo humano. Y no hay que despreciar lo humano, señora mía, porque despreciaríamos la obra de Dios, que si ha hecho nuestros corazones, también es autor de nuestros nervios y nuestra sangre. Se lo dice a usted un hombre que no conoce ni la adulación ni el miedo. Nada soy, y si alguna vez no fuera órgano de la verdad, de poco valdría mi existencia. A los pobres les digo que sufran y esperen; a los ricos, que amparen al pobre; a los malos, que vuelvan a Dios por la vía del arrepentimiento; a los buenos, que vivan santamente dentro de las leyes divinas y humanas. Y a usted, que es buena, y noble, y virtuosa, le digo que no busque la perfección en el espiritualismo solitario, porque no la encontrará, que su vida necesita del apoyo de otra vida para no tambalearse, para andar siempre bien derecha.

Catalina de Halma, al oír aquello del *apoyo* de otra vida, sintió que se le erizaba el cabello. Nazarín se levantó; ella también, los ojos espantados, el rostro encendido.

—Lo que usted quiere decirme—murmuró, contrayendo los dedos, cual si quisiera hacer de ellos afilada garra—, lo que usted me propone es... ¡que me case!

—Sí, señora, eso mismo: que se case usted.

Lanzó la condesa un grito gutural, y llevándose la mano al corazón, como para contener un estallido, cayó al suelo atacada de fieras convulsiones.

VIII

Corrió Beatriz en su auxilio, la cogió en brazos. Nazarín la miraba impasible. En su desmayo, entre frases ininteligibles, doña Catalina pronunció con claridad lo siguiente: "Está loco, y quiere volverme loca a mí."

Salió Nazarín de la sala capitular, donde Beatriz, con el auxilio de Aqui-

lina, que acudió prontamente, trataba de volver a su normal estado a la ilustre señora. Bastó con desabrocharle el justillo y mojarle las sienes con agua fría para que Halma se restableciera, y quedándose sola otra vez con la nazarista, pasó más de un cuarto de hora sin que ninguna de las dos dijese palabra ni en pro ni en contra del singularísimo consejo del apóstol mendigo.

Catalina, poseída de una intensa languidez, fué la que primero rompió el grave silencio con esta pregunta:

—Y cuando yo perdí el sentido, ¿no dijo algo más?

—No, señora. Nada más.

—¿No dijo la tercera verdad..., que debo casarme con José Antonio?

—No le oí tal cosa.

Quedóse Halma como aletargada en el sofá, y cuando Beatriz la creía dormida, he aquí que se incorpora la dama, muy nerviosa, y con gran inquietud de lengua y manos, atropelladamente dice:

—Beatriz, ese hombre es el santo, ese hombre es el justo, el misionero de la verdad, el emisario del Verbo Divino. Su voz me trae la voluntad de Dios, y ante ella me prosterno. Esa idea de que yo me case me andaba rondando el alma, sin atreverse a entrar en ella, porque yo la tenía ocupada por mil artificios de mi vanidad de santa imaginativa y de mística visionaria... Me ha dicho la gran verdad, que ha tardado en posesionarse de mi espíritu, entontecido con las ideas rutinarias que estoy metiendo y atarugando en él desde hace algún tiempo. ¿Donde está tu maestro? Quiero verle. Quiero que me hable otra vez y que me confirme lo que antes me dijo.

Salieron las dos.

—Allá está—indicó Beatriz, después de explorar por una ventana las soledades de Pedralba—. Está paseándose debajo del moral.

Corrieron allá, y arrodillándose ante él, Halma le dijo:

—Padre, verdad tan grande y clara jamás oí. Usted me ha revelado a mí misma. Yo era como el gusano que se encierra en el capullo que labra. Usted me ha sacado de mi propia envoltura. Un sentimiento existía en mí, de que apenas yo misma me daba cuenta: tan agazapadito estaba el pobre en un rincón de mi alma. La voz del padrito le ha hecho saltar, y se ha crecido el pícaro en un instante... ¡Oh, qué verdades me ha dicho esa inteligencia soberana! Sola, en vano pediría savia y calor al misticismo. Acompañada, tendré quien me defienda, quien me ayude, seremos dos en uno para proseguir la santa obra. No fundo nada, no quiero comunidad legal constituída con mil formulillas, que serían otras tantas brechas para que se metieran a inspeccionar mis acciones el cura y el médico y el administrador. Mi ínsula no es, no debe ser, una institución a imagen y semejanza del Estado. Sea mi ínsula una casa, una familia. Mi marido y yo mandamos y disponemos en ella, con libre voluntad, conforme a la ley de Dios.

—Mírele, mírele—dijo Nazarín, señalando a un punto lejano, en que se veía una pareja de bueyes, y un gañán tras ella—. Allí está el hombre, el corazón grande y hermoso, el ser que usted, con su caridad, mal comprendida por el bendito Flórez, y renegada por su hermano, sacó de la miseria y de la abyección. Le he sondeado. He visto su alma delante de mí, clara y patente. Es un buen hombre, y será un excelente señor de Pedralba.

—Y le bendeciremos a usted, padre, el santo, el justo, el que todo lo ve y todo lo descubre.

—No soy nada de eso—replicó el curita manchego, resistiéndose a que Halma le besase las manos y obligándola a levantarse—. ¡La señora de rodillas ante mí! ¡No faltaba más! Yo no soy ni santo ni justo, señora mía, sino un pobre hombre que, por favor de Dios, ha sabido ver lo que nadie había visto, que la señora de Pedralba quiere a su primo, que le quiere con amor, quizá desde que se llegó a ella, hecho un perdido, con ánimo de pedirle una limosna.

—Es verdad, es verdad... ¡Y yo pensé alejarle de mí! ¡Qué desvarío! Llegué a creer que la sequedad del alma era el primer peldaño para subir a esas santidades que soñé... Estaba yo con mi santidad como chiquilla con zapatos nuevos. ¡Y el pobre José Antonio abrasado en un afecto hacia mí, que yo interpretaba como agradecimiento muy vivo! Ya sospechaba yo que sería algo más; pero tal era mi torpeza, que, al ver aquel sentimiento, le echaba tierra

encima, todo el material inerte que sacaba del hoyo místico en que enterrarme quería.

—Y ahora, señora condesa, ahora que las grandes verdades han salido, con la ayuda de la luz de Dios, de la oscuridad en que se escondían, váyase a la casa, dedíquese a sus ocupaciones habituales, y déjeme a mí el cuidado de informar a Urrea de esta felicidad, pues si no se la comunico con arte gradual, podría ser que el gozo repentino le produjera conmoción demasiado fuerte y peligrosa.

No tardó Halma en obedecerle, y allá se fué con Beatriz a sus trajines domésticos, que aquel día le parecieron más gratos que nunca. Y el manchego tomó pasito a paso el sendero que conducía a la tierra que el noble Urrea estaba labrando. Hízole el bravo gañán, al verle llegar, un gallardo saludo, levantando repetidas veces la ahijada, y cuando le tuvo a tiro de palabra, no se atrevió a preguntarle, tal miedo tenía, lo que con tanto ardor anhelaba saber. Parados los bueyes, Urrea se quedó como una estatua. Los pies en el barro, la mano izquierda en la esteva, empuñando con la derecha la ahijada, era una hermosa representación de la Agricultura, labrada en *terracotta*.

—Hijo mío—le dijo Nazarín—, no sé si las noticias que te traigo serán satisfactorias para ti. No te alegres antes de tiempo.

José Antonio palideció.

—Hijo mío, si no fueras tan bruto, comprenderías que las noticias que te traigo son medianas, tirando a buenas.

El rostro del gañán se enrojeció.

—La señora condesa no quiere que te vayas de Pedralba. Pero...

—Pero ¿qué?

—Pero... ello es que no encontraba la manera de retenerte. Al fin, yo le he dado una formulilla o receta para resolver el conflicto y evitar las intrusiones probables de don Remigio, de Laínez y Amador. Se cambiará radicalmente el régimen de Pedralba. ¿Te vas enterando?

—No entiendo nada.

—Porque eres muy torpe. Nada, hijo, que he convencido a la señora condesa..., ¿te lo digo?, de que debe rematar la gran obra de tu corrección, ¿te lo digo?..., haciéndote su esposo. ¿No lo crees?

Urrea blandió la ahijada, y tal movimiento le imprimió en la convulsión de su gozosa sorpresa, que Nazarín hubiera podido creer que le atravesaba de parte a parte.

—Calma, hijo, no hagas locuras. Las cosas van por donde deben ir. Da gracias a Dios por haber iluminado a tu prima. Al fin comprende que debe llevarse la corriente de la vida por su cauce natural. Su determinación resuelve de un modo naturalísimo todas las dificultades que en el gobierno de esta ínsula surgieron. Los señores de Pedralba no fundan nada; viven en su casa y hacen todo el bien que pueden. ¡Ya ves cuán fácil y sencillo! Para discurrir esto no se necesita la intervención del Espíritu Santo. Y, sin embargo, la gran inteligencia de la señora condesa de Halma, deslumbrada por sus propios resplandores, no veía esta verdad elemental. Dios ha querido que yo, un pobre clérigo vagabundo, predique el sentido común a los entendimientos atrevidos, a las almas demasiado ambiciosas.

José Antonio dió un abrazo a Nazarín, y no pudo expresar su alegría sino con frases entrecortadas:

—Yo también, yo también... vi claro..., no podía decirlo..., a mí propio no decírmelo... Temía disparate... ¡Y no lo era, Cristo, no lo era! La suma ciencia parece locura; la verdad de Dios..., sinrazón de los hombres.

—Ahora, hijo mío, continúa en tu trabajito, como si nada hubiera pasado. Sigue arando, arando, que esto entretiene, y al propio tiempo que abres la tierra, das gracias a Dios por la merced que acaba de hacerte. Este bien tan grande y hermoso no lo mereces tú.

—No lo merezco, no—dijo Urrea con emoción—. Mucho he padecido en este mundo. Pero aunque mis tormentos hubieran sido un millón de veces mayores, no está en la proporción de ellos esta inmensa alegría.

—Trabaja, hijo, trabaja. Y otra cosa te encargo. No vayas al castillo hasta la noche..., porque supongo que te traerán aquí la comida.

—Así lo creo.

—No muestres impaciencia, no te descompongas, ni cuando veas a tu prima

esta noche, a la hora de la cena, hagas figuras ni desplantes... Tú..., calladito, hasta que ella te hable. Y cuando se digne exponerte su pensamiento, tú le das las gracias en forma reposada y noble, prometiendo consagrarle tu vida y tu ser todo, y haciéndole ver que no te crees merecedor de la inaudita felicidad que te depara... Anda, hijo, a tus bueyes, y hasta la noche... Con ese surco escribe en la tierra tu gratitud. Ama la tierra, que a todos nos da sustento y nos enseña tantas cosas, entre ellas una muy difícil de aprender. ¿A que no sabes lo que es? Esperar, hijo, esperar. La tierra guarda la sazón de las cosas, y nos la da... cuando debe dárnosla.

IX

Lo que platicaron aquella noche, después de cenar, la gobernadora de la ínsula y el futuro señor de Pedralba, no consta en los papeles del archivo nazarista, de donde todos los materiales para componer la presente historia han sido escrupulosamente sacados. Sin duda, después de dar cuenta de la grave resolución matrimonial de la santa condesa, no creyeron los cronistas del nazarismo que debían extenderse a mayores desarrollos historiales de tan considerable suceso, o conceptuaron vacías de todo interés religioso y social las sentidas palabras con que aquellas dos personas hicieron confirmación solemne de su propósito matrimoniesco. Lo único que se encuentra pertinente al caso es la noticia de que José Antonio de Urrea se preparó aquella misma noche para partir a Madrid a la mañanita siguiente. Y otro papel nazarista corrobora que, en efecto, partió a caballo al romper el día, y que Halma salió a despedirle y a desearle un buen viaje, agregando algunas advertencias que se le habían olvidado en su coloquio de la noche anterior. Es un hecho incontrovertible, del cual darán fe, si preciso fuere, testigos presenciales, que ya montado en la jaca el presunto gobernador de la ínsula, y cuando estrechaba la mano de la condesa, pronunció estas palabras:

—No llevo más que un resquemor: que nuestro don Remigio, que de seguro tocará el cielo con las manos al ver que no le cae la breva de la Rectoría de Pedralba, ha de fastidiarnos con dilaciones y quizá con entorpecimientos graves. No he cesado de cavilar sobre ello esta noche, y al fin, querida prima, lo que saco en limpio es que necesitamos comprar su voluntad.

—¡Comprarle!... ¡Cómo!... ¿Qué quieres decir?

—Ya verás. No me vengo de Madrid sin traerme su nombramiento para una de las parroquias de allá. Es su sueño, su ambición, y si yo logro satisfacerla, el hombre es nuestro ahora y siempre. He pensado que nadie puede ayudarme en esta pretensión como Severiano Rodríguez, el cual es, ya lo sabes, íntimo amigo del obispo. Y como Severiano y tu hermano Feramor tuvieron una formidable agarrada en el Senado, y ahora están a matar, espero que me apoye con interés, con ardor de sectario. Basta para ello hacerle comprender que el parlamentario y economista inglés ha de ver con malos ojos lo que a nosotros nos agrada y favorece. Créelo, araré la tierra de allá, como he arado la de aquí, por ganarnos la benevolencia del curita de San Agustín, que es quien ha de echarnos las bendiciones. Déjame a mí, que ya sabré arreglarlo..., mi palabra. Ya me río al pensar en el tumulto que ha de armarse cuando yo suelte la noticia. Será como echar una bomba; de aquí oirás el estallido, y te reirás, mientras allá me río yo, hasta que venga el día feliz en que nos riamos juntos... Adiós, adiós, que es tarde.

El primer día de la ausencia de Urrea, la condesa, en largo y afectuoso conciliábulo que celebró con Nazarín, según consta en documentos de indubitable autenticidad, indicó al apóstol cuán justo y humano sería darle de alta, declarándole en el pleno goce de sus facultades intelectuales. Si ella hubiera de decidirlo, no había duda, pues ¿qué prueba más clara del perfecto estado cerebral de don Nazario que su incomparable consejo y dictamen en el asunto que Halma sometió días antes a su criterio?

A lo que respondió serenamente el peregrino que, hallándose sujeto a observación por el superior jerárquico, sólo éste podía resolver si debía o no ser reintegrado en sus funciones sacerdo-

tales. Cierto que un buen informe de la señora condesa, a quien la Iglesia confiara la custodia del supuesto demente, sería de gran peso y autoridad; pero, a juicio del interesado, este informe no sería eficaz si no iba precedido de una explícita manifestación de su superior inmediato, el cura de San Agustín. Añadió el apóstol que su mayor gozo sería que le devolviesen las licencias para poder celebrar el Santo Sacrificio, y si se le concedía la libertad, se trasladaría sin pérdida de tiempo a Alcalá de Henares, donde sus caros feligreses, el *Sacrílego* y *Andara,* sufrían el rigor de la ley. Por lo demás, su paciencia no se agotaba nunca, y esperaría tranquilo, decidido a no disfrutar la anhelada libertad, mientras quien debía dársela no se la diera.

Con don Remigio habló también la condesa de este asunto, no obteniendo de él más que vagas promesas de estudiarlo, sometiéndolo, además, al criterio facultativo de Laínez. También dió cuenta al cura y al médico de su proyectado casamiento, y no hay lengua humana que describir pueda la sorpresa, el estupor de aquellas dignísimas personas y del vecino propietario de la Alberca. Don Remigio no paró, en todo el viaje de Pedralba a San Agustín, de hacerse cruces sobre boca, cara y pechos.

Cinco días estuvo José Antonio en Madrid, regresando en la mañana del sexto, gozoso y triunfante, pues se traía bien despachado todo el papelorio que la celebración del casamiento exigía. Contando a su prima el escándalo que en la familia produjo el noticón de la boda, empezaba y no concluía. Al principio, lo tomaron a broma; convencidos, al fin, de que era cierto, cayó sobre los solitarios de Pedralba una lluvia de sangrientos chistes. El menos ofensivo era éste: "Catalina se llevó a Nazarín para curarle, y él la ha vuelto a ella más loca de lo que estaba." Hicieron Halma y Urrea lo que anunciado habían antes de la partida de éste: pasar buenos ratitos riéndose de todo aquel tumulto de Madrid, que seguramente no les causaría inquietud ni desvelo. Acertó a presentarse en aquel momento el buen don Remigio, y Urrea se fué derecho a él, y, dándole un abrazo tan apretado que parecía que le ahogaba, le dijo:

—Mil parabienes al ínclito cura de San Agustín por la justicia que sus superiores le hacen, concediéndole plaza proporcionada a sus grandísimos talentos y eminentes virtudes.

No comprendía don Remigio, y el otro, repitiendo el estrujón, hubo de explicárselo con toda claridad.

—Sepa que me he traído su nombramiento...

—¿Para una parroquia de Madrid?

—No ha podido ser, por no haber vacante en estos días, mi dignísimo amigo y capellán; pero el señor prelado, con quien habló de usted un amigo mío, encareciéndole sus méritos, aseguró que irá usted a los Madriles muy pronto y que, en tanto, para que hombre tan virtuoso y sabio no esté oscurecido en este villorrio, le nombra ecónomo de Santa María, de Alcalá.

—¡Santa María, de Alcalá!—exclamó don Remigio como en éxtasis. ¡Tan soberbio y apetitoso le parecía su nuevo destino!

Y un abrazo más sofocante que los anteriores selló la amistad imperecedera entre el buen párroco de San Agustín y el insulano de Pedralba.

—Y ¿qué puedo hacer yo para demostrarle mi agradecimiento, señor de Urrea? ¿Qué puede hacer este modesto cura?...

—Ese modesto cura no tiene que hacer más que conservarnos su preciosa amistad, que en tanto estimamos. Y antes de entregar la parroquia al que viene a sustituirle, échenos las santas bendiciones.

—Ahora mismo..., digo, mañana, pasado mañana. Estoy a las órdenes de la señora doña Catalina, a quien ya no debo llamar condesa de Halma.

—Será pasado mañana, señor don Remigio—indicó Halma—. Y otra cosa he de merecer de su benevolencia: que no me olvide al bendito Nazarín.

—Como he de ir a la corte a ver a mi tío, allá informaré favorablemente. ¡Si salta a la vista que está en su cabal juicio! Inteligencia clara como el sol. ¿Verdad, señora?

—Tal creo yo.

—No tengo inconveniente en darle de alta, bajo mi responsabilidad, seguro de que el señor obispo ha de confirmar

mi dictamen, y si quiere venirse conmigo a Alcalá, me lo llevo, sí, señor, y le daré una modesta habitación en mi modestísima casa.

—Nos alegramos de ello y lo sentimos—afirmó la señora de Pedralba—, porque la compañía del buen don Nazario nos es gratísima sobre toda ponderación.

—Ya vendrá a vernos—dijo Urrea—. Y al señor don Remigio también le tendremos aquí alguna vez. Esto no es ya un instituto religioso ni benéfico, ni aquí hay ordenanzas ni reglamentos, ni más ley que la de una familia cristiana, que vive en su propiedad. Nosotros nos gobernamos solos y gobernamos nuestra cara ínsula.

—Y así debe ser..., y así no tienen ustedes quebraderos de cabeza, ni que sufrir impertinencias de vecinos intrusos, ni el mangoneo de la dirección de Beneficencia o de la autoridad eclesiástica. Reyes de su casa, hacen el bien con libérrima voluntad, sin dar cuenta más que a Dios... ¡Si es lo que yo he dicho siempre, si es la verdad sencilla, elemental!... ¡Ea! Pasado mañana en mi parroquia, a la hora que los señores me designen.

Concertada la hora, don Remigio montó en su jaca y picó espuelas. El animalito debía participar del inquieto gozo de su amo, porque en un soplo le llevó al vecino pueblo.

* *

En la nota de un curiosísimo documento nazarista, que merece guardarse como oro en paño, se dice que el mismo día de la boda salió de San Agustín el curita manchego, caballero en la borrica del gran don Remigio. Despidióse afectuosamente de los señores de Pedralba y de Beatriz, que lloraba como una Magdalena al verle partir, y tomando la carretera hasta la barca de Algete, pasó el Jarama, siguiendo sin descanso, al paso comedido de la pollina, hasta la nobilísima ciudad de Alcalá de Henares, donde pensaba que sería de grande utilidad su presencia.

Santander. San Quintín, octubre de 1895.

FIN DE "HALMA"

MISERICORDIA

(1897)

NOTA PRELIMINAR

La llama de amor por el prójimo que arde en el corazón de Benina—Benigna de Casia, según su fe de bautismo, y hembra inculta y de nebulosas hospicianas—es tan viva y tan voraz como la de un Juan de Dios, un Martín de Tours o una Isabel de Hungría. Benina, Nina, vive desviviéndose para sus semejantes. No puede ver sin lástima infinita a un ser desgraciado. La obsesiona el intento de remediar la necesidad famélica y de consolar la desdicha moral. El pan se quita de la boca para ponerlo en la del que ha hambre. Deja el bálsamo de su compasión aspaviento-sa y de sus caricias un poco ásperas en la herida—laceria—de la injusticia social. Se le llagan los pies de caminar hacia el dolor ajeno. Se le ciegan los ojos de llorar por las desdichas de cuantos la tratan. El escaso producto de sus trabajos terribles va cayendo en las manos de cuantos explotan su inagotable caridad. Benina, Nina, siempre desasosegada, siempre con un pío en el corazón, entra y sale, va y viene, sube y baja, trabaja, atosiga, charla por los codos, ríe y llora, insulta y suplica, zumba risueña... Y todo, ¿para qué? Para que un ser mísero deje de serlo momentáneamente, que ella—mísera también—no puede repartir felicidades completas, sino cachitos de felicidad, cachitos agridulces y dulciamargos.

No, a Nina no nos la encontraremos —y eso que es criada de servir—en un baile de candil, ni en la cazuela de un teatrucho, ni en los retozos de una pradera endomingada, ni a la mesa de un cafetín de barrio de esos cuyo ambiente admite todos los recuerdos, ni en las paradas militares de Palacio, ni en esas lonjas del amor cerril que son la plaza Mayor y los soportales de la plazuela de la Provincia. Para buscar a Nina, en los muy raros ratos en que no trabaja como una burra, habremos de subir al sotabanco de la señora venida a menos que prefiere morir a suplicar la limosna; habremos de llegarnos a las salas de atmósfera viciada de los hospitales generales, donde malmueren náufragos de los embates sociales; será preciso que penetremos en viviendas infectas de casas leprosas de vecindad, en las que promiscuan, salvajes, los sexos y los instintos; se hace indispensable que acudamos a las cuevas de los suburbios. Realmente, la auténtica caridad cristiana no despacha billetes de emoción sino hacia estos lugares.

Y conste que, humana, nada más que humana, terriblemente humana, Nina, cuando se siente arrebatada por su caridad inmensa, no piensa en cielos ganados con inmoralidad, no se acuerda de la sonrisa aprobatoria del buen Dios. A Nina no le han enseñado la consoladora doctrina de la recompensa del ciento por uno. ¡Hasta en esto es desdichada esta criatura admirable, que pasma o sobrecoge el ánimo de cuantos la conocen! Lleva ella la caridad en la masa de la sangre, de su sangre gorda de cocinera de pocos reales, de cocinera pensando en la cual se quejaba en verso de Pérez, con música de Chueca, aquella señora personada de La Gran Vía.

Porque Benina, Nina, fué cocinera de muchas casas de habas contadas, de las que salió por sus aficiones—así cantan las coplas caseras—a la dichosa sisa. Y

ustedes creerán que con estos gajes atendía ella al mantón alfombrao, *a la bandolina para los tufos, a las botitas altas, a la falda de céfiro, a la esencia de pachulí... Pues si ustedes creían eso están perfectamente equivocados. Nina practicaba en pequeña escala los mismos principios sociales* que, en mayor, *José María o Candelas, los bandidos generosos. Quitaba a quien tenía lo superfluo para dar a quienes carecían de lo indispensable. Benina, Nina, tenía siempre los dos realitos del cocido de la digna señora que se moría de hambre, sin chistar, en el sotabanco; la pesetita del emplasto que necesitaba la pulmonía del caballero derrotado en el camastro de un hostal; los dos cuartos del pan de la familia numerosa en la que nadie trabaja; hasta el duro que exige el desempeño de la prenda de vestir de la cursi señorita huérfana. Cuando Nina ya no dispuso de sisa alguna para socorrer al menesteroso —olvidada de sí misma, suprema hembra de desdichas—, careciendo de nociones y de trucos o de trabuco para practicar el bandolerismo generoso de melodrama, ¿a qué dirán ustedes que recurre para allegar los fondos indispensables? Vender su cuerpo no hubiera tenido otra importancia que la teatral. Aun cuando sea un recurso al que acudieron no pocas hembras ardidas en caridades distintas. Nina se decide a pedir limosna. Para el ejercicio de esta profesión—casi colegiada en aquella época—acude al pórtico de la parroquia de San Sebastián y se coloca en fila entre la docena y media de mendigos estratégicamente situados en el pasadizo que separa la iglesia del patio de ingreso por la calle de* las Huertas. *Allí intima Nina con tipos formidables de aguafuerte goyesco. Con la señá Casiana, por razón de antigüedad* caporala *de aquella pedigüeña legión, mujer alta, huesuda, no tan pobre como parece, pues cría un cerdo en el corral donde vive, de* Cuatro Caminos, *y tiene una hija modista* que cose para fuera. *Con Crescencia, cegata más que ciega. Con Flora, la* Burlada, *viejuca irascible que revuelve el cotarro indisponiendo a todos contra cada uno. Con Eliseo Martínez, cojo y manco, que goza del privilegio de vender en aquel sitio* La Semana Católica. *Con el ciego Almudena—Mordejai en su tierra, José María de la Almudena después de recibir las aguas bautismales—, hebreo oriundo de la morería, casi negro ser monstruoso, que se enamorará dulcemente de ella, con sumisión de perro que sigue a todas partes... Con el ciego Pulido, siempre a la intemperie, insensible a la nieve y al calor sofocante, con una traza de romero de piedra colocado en la jamba de una portada romántica catedralicia. ¡Cuánto goza Nina cuando lleva las limosnas conseguidas —ochavo a ochavo—a su antigua ama, arrinconada, parapetada en la estúpida dignidad que la permite explotar ahora la caridad, cuando antes explotó el esfuerzo, de la fidelísima sirviente!*

La profesión de mendiga le proporciona a Nina muy malos ratos. El peor cuando, juntamente con el ciego Almudena, es conducida a un asilo de El Pardo convertido en depósito de pordioseros y maleantes. Pues bien, aun aquí, el corazón ardiente de Nina sigue haciendo de las suyas. ¡Qué lástima que Galdós no inclinara a su criatura a practicar la caridad con una apetencia hacia el amor de Dios por el amor del prójimo! Entonces hubiera sido fácil que cualquier Murillo de la centuria diecinueve la inmortalizase repartiendo rosas y panes entre los seres más llenos de podredumbres...

Y, como es lógico, Nina no cosecha sino ingratitudes. Todas las puertas se le cierran. Unicamente Almudena no la abandona. Es decir, es ella la que se sacrificará definitivamente para cuidar del pobre Almudena, contagiado, en el asilo de El Pardo, de una asquerosa enfermedad de la piel. Nina se rehace bien pronto a las profundas turbaciones que las ingratitudes feroces la producen. Su alma se hace fuerte y grande viendo la ridícula pequeñez de los seres que la rodean, mirando la Vida desde la altura en que su desprecio de la humana vanidad la puso. Días tristísimos de miseria y dolores sin cuento le quedan por vivir... ¡Qué importa! Nina, heroica, sonríe. Después de haber perdido mil batallas materiales se siente victoriosa... ¡Y hasta le queda algún consuelo! Sin ir más lejos, a su lado tiene al monstruoso ciego, quien la ama como a su ángel bonito, y para quien es, a los ojos del alma, *como una azucena blanca, como un lirio en flor, como una palmera del desierto, alta, esbelta... Y con su corta*

inteligencia empieza a entender ella que sus sacrificios no serían tan meritorios y admirables si fueran premiados con agradecimientos profundos en lugar de serlo con la mayor ingratitud; empieza a entender que ésta equivale, casi con ventaja, al martirio más espantoso consumado...

Es Misericordia, *quizá, la novela más amarga, más sombría y dura de Galdós. Por el ambiente. Por los personajes que intervienen. Por las pasiones torpes que medran. Por las desdichas materiales que se suceden. En sus páginas jamás adviene un suceso próspero, nunca asoma el rosicler de una esperanza de dicha. Los más sombríos novelistas eslavos no lograron superar en sus creaciones de ex hombres el dolor hecho carne con que Galdós encarna a sus criaturas en* Misericordia. *En la que hasta el título es una irrisión.*

MISERICORDIA

I

Dos caras, como algunas personas, tiene la parroquia de San Sebastián..., mejor será decir la iglesia..., dos caras que seguramente son más graciosas que bonitas: con la una mira a los barrios bajos, enfilándolos por la calle de Cañizares; con la otra, el señorío mercantil de la plaza del Angel. Habréis notado en ambos rostros una fealdad risueña, del más puro Madrid, en quien el carácter arquitectónico y el moral se aúnan maravillosamente. En la cara del Sur campea, sobre una puerta chabacana, la imagen barroca del santo mártir, retorcida, en actitud más bien danzante que religiosa; en la del Norte, desnuda de ornatos, pobre y vulgar, se alza la torre, de la cual podría creerse que se pone en jarras, soltándole cuatro frescas en la plaza del Angel. Por una y otra banda, las caras o fachadas tienen anchuras, quiere decirse, patios cercados de verjas mohosas, y en ellos tiestos con lindos arbustos, y un mercadillo de flores que recrea la vista. En ninguna parte como aquí advertiréis el encanto, la simpatía, el *ángel,* dicho sea en andaluz, que despiden de sí, como tenue fragancia, las cosas vulgares, o algunas de las infinitas cosas vulgares que hay en el mundo. Feo y pedestre como un pliego de aleluyas o como los romances de ciego, el edificio bifronte, con su torre *barbiana*, el capulín de la capilla de la Novena, los irregulares techos y cortados muros, con su afeite barato de ocre, sus patios floridos, sus hierros mohosos en la calle y en el alto campanario, ofrece un conjunto gracioso, picante, *majo,* por decirlo de una vez. Es un rinconcito de Madrid que debemos conservar cariñosamente, como anticuarios coleccionistas, porque la caricatura monumental también es un arte. Admiremos en este San Sebastián, heredado de los tiempos viejos, la estampa ridícula y tosca, y guardémoslo como un lindo mamarracho.

Con tener honores de puerta principal, la del Sur es la menos favorecida de fieles en días ordinarios, mañana y tarde. Casi todo el señorío entra por la del Norte, que más parece puerta excusada o familiar. Y no necesitamos hacer estadística de los feligreses que acuden al sagrado culto por una parte y otra, porque tenemos un *contador* infalible: los pobres. Mucho más numerosa y formidable que por el Sur es por el Norte la cuadrilla de miseria que acecha el paso de la caridad, al modo de guardia de alcabaleros que cobra humanamente el portazgo en la frontera de lo divino, o la contribución impuesta a las conciencias impuras, que van a donde lavan.

Los que hacen la guardia por el Norte ocupan distintos puestos en el patinillo y en las dos entradas de éste por las calles de las Huertas y San Sebastián, y es tan estratégica su colocación, que no puede escaparse ningún feligrés como no entre en la iglesia por el tejado. En rigurosos días de invierno, la lluvia o el frío glacial no permiten a los intrépidos soldados de la miseria destacarse al aire libre (aunque los hay constituídos milagrosamente para

aguantar a pie firme las inclemencias de la atmósfera), y se repliegan con buen orden al túnel o pasadizo que sirve de ingreso al templo parroquial, formando en dos alas a derecha e izquierda. Bien se comprende que con esta formidable ocupación del terreno y táctica exquisita no se escapa un cristiano, y forzar el túnel no es menos difícil y glorioso que el memorable paso de las Termópilas. Entre ala derecha y ala izquierda no baja de docena y media el aguerrido contingente, que componen ancianos audaces, indómitas viejas, ciegos machacones, reforzados por niños de una acometividad irresistible (entiéndase que se aplican estos términos al arte de postulación), y allí se están desde que Dios amanece hasta la hora de comer, pues también aquel ejército se raciona metódicamente, para volver con nuevos bríos a la campaña de la tarde. Al caer de la noche, si no hay novena con sermón, santo rosario con meditación y plática o adoración nocturna, se retira el ejército, marchándose cada combatiente a su olivo con tardo paso. Ya le seguiremos en su interesante regreso al escondrijo donde malvive. Por de pronto, observémosle en su rudo luchar por la pícara existencia y en el temible campo de batalla, en el cual no hemos de encontrar charcos de sangre ni militares despojos, sino pulgas y otras feroces alimañas.

Una mañana de marzo, ventosa y glacial, en que se helaban las palabras en la boca y azotaba el rostro de los transeúntes un polvo que por lo frío parecía nieve molida, se replegó el ejército al interior del pasadizo, quedando sólo en la puerta de hierro de la calle de San Sebastián un ciego entrado en años, de nombre Pulido, que debía de tener cuerpo de bronce y por sangre alcohol o mercurio, según resistía las temperaturas extremas, siempre fuerte, sano y con unos colores que daban envidia a las flores del cercano puesto. La florista se replegó también en el interior de su garita, y metiendo consigo los tiestos y manojos de siemprevivas, se puso a tejer coronas para niños muertos. En el patio, que fué *Zementerio de S. Sebastián*, como declara el azulejo empotrado en la pared sobre la puerta, no se veían más seres vivientes que las poquísimas señoras que a la carrera lo atravesaban para entrar en la iglesia o salir de ella, tapándose la boca con la misma mano en que llevaban el libro de oraciones, o algún clérigo que se encaminaba a la sacristía, con el manteo arrebatado del viento, como pájaro negro que ahueca las plumas y estira las alas, asegurando con su mano crispada la teja, que también quería ser pájaro y darse una vuelta por encima de la torre.

Ninguno de los entrantes o salientes hacía caso del pobre Pulido, porque ya tenían costumbre de verle impávido en su guardia, tan insensible a la nieve como al calor sofocante, con su mano extendida, mal envuelto en raída capita de paño pardo, modulando sin cesar palabras tristes que salían congeladas de sus labios. Aquel día, el viento jugaba con los pelos blancos de su barba, metiéndoselos por la nariz y pegándoselos al rostro, húmedo por el lagrimeo que el intenso frío producía en sus muertos ojos. Eran las nueve y aún no se había estrenado el hombre. Día más *perro* que aquél no se había visto en todo el año, que desde Reyes venía siendo un año fulastre, pues el día del santo patrono (20 de enero) sólo *se habían hecho* doce *chicas*, la mitad aproximadamente que el año anterior, y la Candelaria y la novena del bendito San Blas, que otros años fueron tan de provecho, vinieron en aquél con diarios de siete *chicas*, de cinco *chicas*: ¡valiente puñado! "Y me *paice* a mí—decía para sus andrajos el buen Pulido—bebiéndose las lágrimas y escupiendo los pelos de su barba—que el amigo San José también nos vendrá con mala pata... ¡Quién se acuerda del San José del primer año de Amadeo!... Pero ya ni los santos del cielo son como es debido. Todo se acaba, Señor, hasta el *fruto de la festividá*, o, como quien dice, la *probeza honrada*. Todo es por tanto pillo como hay en la política *pulpitante*, y el aquel de las suscripciones para las *vitimas*. Yo que Dios, mandaría a los ángeles que reventaran a todos esos que en los papeles andan siempre inventando *vitimas*, al cuento de jorobarnos a los pobres *de tanda*. Limosna hay, buenas almas hay; pero liberales por un lado, el *Congrieso* dichoso, y por otro las *congriogaciones*, los *metingos* y *discursiones* y tantas cosas de imprenta, quitan la voluntad a los más cristianos... Lo que digo: quieren

que no *haiga* pobres, y se saldrán con la suya. Pero *pa* entonces, yo quiero saber quién es el guapo que saca las ánimas del Purgatorio... Ya, ya se pudrirán allá las señoras almas sin que la cristiandad se acuerde de ellas, porque..., a mí que no me digan: el rezo de los ricos, con la barriga bien llena y las carnes bien abrigadas, no vale..., por Dios vivo que no vale."

Al llegar aquí en su meditación, acercósele un sujeto de baja estatura, con luenga capa que casi le arrastraba, rechoncho, como de sesenta años, de dulce mirar, la barba cana y recortada, vestido con desaliño; y poniéndole en la mano una perra grande, que sacó de un cartucho que, sin duda, destinaba a las limosnas del día, le dijo:

—No te las esperabas hoy; di la verdad. ¡Con este día!...

—Sí que la esperaba, mi señor don Carlos—replicó el ciego, besando la moneda—, porque hoy es el *universario*, y usted no había de faltar, aunque se helara el cero de los *terremotos* (sin duda quería decir *termómetros*).

—Es verdad. Yo no falto. Gracias a Dios, me voy defendiendo, que no es flojo milagro con estas heladas y este pícaro viento Norte, capaz de encajarle una pulmonía al caballo de la plaza Mayor. Y tú, Pulido, ten cuidado. ¿Por qué no te vas adentro?

—Yo soy de bronce, señor don Carlos, y a mí ni la muerte me quiere. Mejor se está aquí con la ventisca que en los interiores, alternando con esas viejas charlatanas, que no tienen educación... Lo que yo digo: la educación es lo primero, y sin educación, ¿cómo quieren que *haiga* caridad?... Don Carlos, que el Señor se lo aumente y se lo dé de gloria...

Antes que concluyera la frase, el don Carlos voló; y lo digo así porque el terrible huracán hizo presa de su desmedida capa, y allá veríais al hombre, con todo el paño arremolinado en la cabeza, dando tumbos y giros como un rollo de tela o un pedazo de alfombra arrebatados por el viento, hasta que fué a dar de golpe contra la puerta, y entró ruidosa y atropelladamente, desembarazando su cabeza del trapo que la envolvía.

—¡Qué día..., vaya con el día de porra!—exclamaba el buen señor, rodeado del enjambre de pobres, que con chillidos plañideros le saludaron; y las flacas manos de las viejas le ayudaban a componer y estirar sobre sus hombros la capa. Acto continuo repartió las perras, que iba sacando del cartucho una a una, sobándolas un poquito antes de entregarlas, para que no se le escurriesen dos pegadas; y despidiéndose al fin de la pobretería con un sermoncillo gangoso, exhortándolos a la paciencia y humildad, guardó el cartucho, que aún tenía monedas para los de la puerta del frontis de Atocha, y se metió en la iglesia.

II

Tomada el agua bendita, don Carlos Moreno Trujillo se dirigió a la capilla de Nuestra Señora de la Blanca. Era hombre tan extremadamente metódico, que su vida entera encajaba dentro de un programa irreducible, determinante de sus actos todos, así morales como físicos; de las graves resoluciones, así como de los pasatiempos insignificantes y hasta del moverse y del respirar. Con un solo ejemplo se demuestra el poder de la rutinaria costumbre de aquel santo varón, y es que, viviendo en aquellos días de su ancianidad en la calle de Atocha, entraba siempre por la verja de la calle de San Sebastián y puerta del Norte, sin que hubiera para ello otra razón que la de haber usado dicha entrada en los treinta y siete años que vivió en su renombrada casa de comercio de la plazuela del Angel. Salía invariablemente por la calle de Atocha, aunque a la salida tuviera que visitar a su hija, habitante en la calle de la Cruz.

Humillado ante el altar de los Dolores, y después ante la imagen de San Lesmes, permanecía buen rato en abstracción mística; despacito recorría todas las capillas y retablos, guardando un orden que en ninguna ocasión se alteraba; oía luego dos misitas, siempre dos, ni una más ni una menos; hacía otro recorrido de altares, terminando infaliblemente en la capilla del Cristo de la Fe; pasaba un ratito a la sacristía, donde con el coadjutor o el sacristán se permitía una breve charla, tratando del tiempo, o de *lo malo que está todo*, o bien de comentar el cómo y el porqué de que viniera turbia el agua

del Lozoya, y se marchaba por la puerta que da a la calle de Atocha, donde repartía las últimas monedas del cartucho. Tal era su previsión, que rara vez dejaba de llevar la cantidad necesaria para los pobres de uno y otro costado: como aconteciera el caso inaudito de faltarle una pieza, ya sabía el mendigo que la tenía segura al día siguiente; y si sobraba, se corría el buen señor al oratorio de la calle del Olivar en busca de una mano desdichada en que ponerla.

Pues, señor, entró don Carlos en la iglesia, como he dicho, por la puerta que llamaremos del cementerio de San Sebastián, y las ancianas y ciegos de ambos sexos que acababan de recibir de él la limosna, se pusieron a picotear, pues mientras no entrara o saliera alguien a quien acometer, ¿qué habían de hacer aquellos infelices más que engañar su inanición y sus tristes horas, regalándose con la comidilla que nada les cuesta, y que, picante o desabrida, siempre tienen a mano para con ella saciarse? En esto son iguales a los ricos: quizá les llevan ventaja, porque cuando tocan a charlar, no se ven cohibidos por las conveniencias usuales de la conversación, que poniendo entre el pensamiento y la palabra gruesa costra etiquetera y gramatical, embotan el gusto inefable del dime y direte.

—¿No *vus* dije que don Carlos no faltaba hoy? Ya lo habéis visto. Decid ahora si yo me equivoco y no estoy al tanto.

—Yo también lo dije... Toma..., como que es el *aniversario del mes*, día veinticuatro; quiere decir que cumple mes la defunción de su esposa, y don Carlos bendito no falta este día, aunque lluevan ruedas de molino, porque otro más cristiano, sin agraviar, no lo hay en Madrid.

—Pues yo me temía que no viniera, motivado al frío que hace, y pensé que, por ser día de perra gorda, el buen señor suprimía la *festividá*.

Hubiéralo dado mañana, bien lo sabes, Crescencia, que don Carlos sabe cumplir y paga lo que debe.

—Hubiéranos dado mañana la gorda de hoy, eso sí; pero quitándonos la chica de mañana. Pues ¿qué crees tú, que aquí no sabemos de cuentas? Sin agraviar, yo sé ajustarlas como la misma luz, y sé que el don Carlos, cuando se le hace mucho lo que nos da, se pone malo por ahorrarse algunos días, lo cual que ha de saberle mal a la difunta.

—Cállate, mala lengua.

—Mala lengua tú, y... ¿quieres que te lo diga?... ¡Adulona!

—¡Lenguaza!

Eran tres las que así chismorreaban, sentaditas a la derecha, según se entra, formando un grupo separado de los demás pobres, una de ellas ciega, o, por lo menos, cegata; las otras dos, con buena vista, todas vestidas de andrajos y abrigadas con pañolones negros o grises. La *señá* Casiana, alta y huesuda, hablaba con cierta arrogancia, como quien tiene o cree tener autoridad; y no es inverosímil que la tuviese, pues en dondequiera que para cualquier fin se reunen media docena de seres humanos, siempre hay uno que pretende imponer su voluntad a los demás, y, en efecto, la impone. Crescencia se llamaba la ciega o cegata, siempre hecha un ovillo, mostrando su rostro diminuto y sacando del envoltorio que por su arrollado cuerpo formaba la flaca y rugosa mano de largas uñas. La que en el anterior coloquio pronunciara frases altaneras y descorteses tenía por nombre Flora y por apodo la *Burlada*, cuyo origen y sentido se ignora, y era una viejecilla pequeña y vivaracha, irascible, parlanchina, que revolvía y alborotaba el miserable cotarro, indisponiendo a unos con otros, pues siempre tenía que decir algo picante y malévolo cuando los demás *repartijaban*, y nunca distinguía de pobres y ricos en sus críticas acerbas. Sus ojuelos sagaces, lacrimosos, gatunos, irradiaban la desconfianza y la malicia. Su nariz estaba reducida a una bolita roja, que bajaba y subía al mover los labios y lengua en su charla vertiginosa. Los dos dientes que en sus encías quedaban parecían correr de un lado a otro de la boca, asomándose tan pronto por aquí, tan pronto por allá, y cuando terminaba su perorata con un gesto de desdén supremo o de terrible sarcasmo, cerrábase de golpe la boca, los labios se metían uno dentro de otro, y la barbilla roja, mientras callaba la lengua, seguía expresando las ideas con un temblor insultante.

Tipo contrario al de la *Burlada* era el de *señá* Casiana: alta, huesuda, fla-

ca, si bien no se apreciaba fácilmente su delgadez por llevar, según dicho de la gente maliciosa, mucha y buena ropa debajo de los pingajos. Su cara larguísima, como si por máquina se la estiraran todos los días, oprimiéndole los carrillos, era de lo más desapacible y feo que puede imaginarse, con los ojos reventones, espantados, sin brillo ni expresión, ojos que parecían ciegos sin serlo; la nariz de gancho, desairada; a gran distancia de la nariz, la boca, de labios delgadísimos, y, por fin, el maxilar largo y huesudo. Si vale comparar rostros de personas con rostros de animales, y si para conocer a la *Burlada* podríamos imaginarla como un gato que hubiera perdido el pelo en una riña, seguida de un chapuzón, digamos que era la Casiana como un caballo viejo, y perfecta su semejanza con los de la plaza de toros, cuando se tapaba con venda oblicua uno de los ojos, quedándose con el otro libre para el fisgoneo y vigilancia de sus cofrades. Como en toda región del mundo hay clases, sin que se exceptúen de esta división capital las más ínfimas jerarquías, allí no eran todos los pobres lo mismo. Las viejas, principalmente, no permitían que se alterase el principio de distinción capital. Las *antiguas*, o sea, las que llevaban ya veinte o más años de pedir en aquella iglesia, disfrutaban de preeminencias que por todos eran respetadas, y las *nuevas* no tenían más remedio que conformarse. Las *antiguas* disfrutaban de los mejores puestos, y a ellas solas se concedía el derecho de pedir dentro, junto a la pila de agua bendita. Como el sacristán o el coadjutor alterasen esta jurisprudencia en beneficio de alguna *nueva*, ya les había caído qué hacer. Armábase tal tumulto, que en muchas ocasiones era forzoso acudir a la ronda o a la pareja de vigilancia. En las limosnas colectivas y en los repartos de bonos, llevaban preferencia las *antiguas;* y cuando algún parroquiano daba una cantidad cualquiera para que fuese distribuida entre todos, la antigüedad reclamaba el derecho a la repartición, apropiándose la cifra mayor si la cantidad no era fácilmente divisible en partes iguales. Fuera de esto, existían la preponderancia moral, la autoridad tácita adquirida por el largo dominio, la fuerza invisible de la anterioridad. Siempre es fuerte el antiguo, como el novato siempre es débil, con las excepciones que pueden determinar en algunos casos los caracteres. La Casiana, carácter duro, dominante, de un egoísmo elemental, era la más antigua de las antiguas; la *Burlada*, levantisca, revoltosilla, picotera y maleante, era la más nueva de las nuevas; y con esto queda dicho que cualquier suceso trivial o palabra baladí eran el fulminante que hacía brotar entre ellas la chispa de la discordia.

La disputilla referida anteriormente fué cortada por la entrada o salida de fieles. Pero la *Burlada* no podía refrenar su reconcomio, y en la primera ocasión, viendo que la Casiana y el ciego Almudena (de quien se hablará después) recibían aquel día más limosna que los demás, se deslenguó nuevamente con la *antigua*, diciéndole:

—Adulona, más que adulona, ¿crees que no sé que estás rica, y que en Cuatro Caminos tienes casa con muchas gallinas, y muchas palomas, y conejos muchos? Todo se sabe.

—Cállate la boca, si no quieres que de parte a don Senén para que te enseñe la educación.

—¡A ver!...

—No vociferes, que ya oyes la campanilla de alzar la Majestad.

—Pero, señoras, por Dios—dijo un lisiado que en pie ocupaba el sitio más próximo a la iglesia—. *Arreparen* que están alzando el Santísimo Sacramento.

—Es esta habladora, escorpionaza.

—Es esta dominanta... ¡A ver!... Pues, hija, ya que eres *caporala*, no tires tanto de la cuerda, y deja que las *nuevas* alcancemos algo de la limosna, que todas *semos* hijas de Dios... ¡A ver!

—¡Silencio, digo!

—¡Ay hija..., ni que *fuas* Cánovas!

III

Más adentro, como a la mitad del pasadizo, a la izquierda, había otro grupo, compuesto de un ciego, sentado; una mujer, también sentada, con dos niñas pequeñuelas, y junto a ella, en pie, silenciosa y rígida, una vieja con traje y manto negros. Algunos pasos más allá, a corta distancia de la iglesia, se apo-

yaba en la pared, cargando el cuerpo sobre las muletas, el cojo y manco Eliseo Martínez, que gozaba del privilegio de vender en aquel sitio *La Semana Católica*. Era, después de Casiana, la persona de más autoridad y mangoneo en la cuadrilla y como su lugarteniente o mayor general.

Total: siete reverendos mendigos, que espero han de quedar bien registrados aquí, con las convenientes distinciones de figura, palabra y carácter. Vamos con ellos.

La mujer de negro vestida, más que vieja, envejecida prematuramente, era, además de *nueva*, temporera, porque acudía a la mendicidad por lapsos de tiempo más o menos largos, y a lo mejor desaparecía, sin duda por encontrar un buen acomodo o almas caritativas que la socorrieran. Respondía al nombre de la *señá Benina* (de lo cual se infiere que Benigna se llamaba), y era la más callada y humilde de la comunidad, si así puede decirse; bien criada, modosa y con todas las trazas de perfecta sumisión a la divina voluntad. Jamás importunaba a los *parroquianos* que entraban o salían; en los *repartos*, aun siendo leoninos, nunca formuló protesta, ni se la vió siguiendo de cerca ni de lejos la bandera turbulenta y demagógica de la *Burlada*. Con todas y con todos hablaba el mismo lenguaje afable y comedido; trataba con miramiento a la Casiana, con respeto al cojo, y únicamente se permitía trato confianzudo, aunque sin salirse de los términos de la decencia, con el ciego llamado Almudena, del cual, por el pronto, no diré más sino que es árabe, del Sus, tres días de jornada más allá de Marrakesh. Fijarse bien.

Tenía la Benina voz dulce, modos hasta cierto punto finos y de buena educación, y su rostro moreno no carecía de cierta gracia interesante, que, manoseada ya por la vejez, era una gracia borrosa y apenas perceptible. Más de la mitad de la dentadura conservaba. Sus ojos, grandes y oscuros, apenas tenían el ribete rojo que imponen la edad y los fríos matinales. Su nariz destilaba menos que las de sus compañeras de oficio, y sus dedos, rugosos y de abultadas coyunturas, no terminaban en uñas de cernícalo. Eran sus manos como de lavandera, y aún conservaban hábitos de aseo. Usaba una venda negra bien ceñida en la frente; sobre ella, pañuelo negro, y negros el manto y vestido, algo mejor apañaditos que los de las otras ancianas. Con este pergenio y la expresión sentimental y dulce de su rostro, todavía bien compuesto de líneas, parecía una Santa Rita de Casia que andaba por el mundo en penitencia. Faltábanle sólo el crucifijo y la llaga en la frente, si bien podría creerse que hacía las veces de ésta el lobanillo del tamaño de un garbanzo, redondo, cárdeno, situado como a media pulgada más arriba del entrecejo.

A eso de las diez, la Casiana salió al patio para ir a la sacristía (donde tenía gran metimiento, como *antigua*), para tratar con don Senén de alguna incumbencia desconocida para los compañeros y por lo mismo muy comentada. Lo mismo fué salir la *caporala* que correrse la *Burlada* hacia el otro grupo, como un envoltorio que se echara a rodar por el pasadizo, y sentándose entre la mujer que pedía con dos niñas, llamada Demetria, y el ciego marroquí, dió suelta a la lengua, más cortante y afilada que las diez uñas lagartijeras de sus dedos negros y rapantes.

—Pero qué, ¿no creéis lo que *vos* dije? La *caporala* es rica, mismamente rica, tal como lo estáis oyendo, y todo lo que coge aquí nos lo quita a los que *semos* de verdadera *solenidá*, porque no tenemos más que el día y la noche.

—Vive por allá arriba—indicó la Crescencia—, *orilla en ca los Paúles*.

—¡Quia, no, señora! Eso era antes. Yo lo sé todo—prosiguió la *Burlada* haciendo presa en el aire con sus uñas—. A mí no me la da ésta, y he tomado lenguas. Vive en Cuatro Caminos, donde tiene corral, y en él cría, con perdón, un cerdo; sin agraviar a nadie, el mejor cerdo de Cuatro Caminos.

—¿Ha visto usted la jorobada que viene por ella?

—¿Que si la he visto? Esa cree que semos bobas. La corcovada es su hija, y por más señas costurera, ¿sabes?, y con achaque de la joroba, pide también. Pero es modista, y gana dinero para casa... Total, que allí son ricos, el Señor me perdone, ricos sinvergonzonazos, que engañan a nosotras y a la santa Iglesia católica apostólica. Y como no gasta nada en comer, porque tiene dos o tres

casas de donde le traen todos los días los cazolones de cocido, que es la gloria de Dios..., ¡a ver!

—Ayer—dijo Demetria, quitándole la teta a la niña—, bien lo *vide*, le trajeron...

—¿Qué?

—Pues un arroz con almejas que lo menos había para siete personas.

—¡A ver!... ¿Estás segura de que era con almejas? Y qué, ¿*golía* bien?

—¡Vaya si *golía!*... Los cazolones los tiene en ca el sacristán. Allí vienen y se los llenan, y hala con todo para Cuatro Caminos.

—El marido...—añadió la *Burlada*, echando lumbre por los ojos—es uno que vende teas y perejil... Ha sido *melitar*, y tiene siete cruces sencillas y una con cinco *riales*... Ya ves qué familia. Y aquí me tienes que hoy no he comido más que un corrusco de pan; y si esta noche no me da cobijo la Ricarda en el cajón de Chamberí, tendré que quedarme al santo raso. ¿Tú que dices, Almudena?

El ciego murmuraba. Preguntado segunda vez, dijo con áspera y dificultosa lengua:

—¿Hablar vos del *Piche?* Conocerle mí. No ser marido la Casiana con casamiento, por la luz bendita, no. Ser quirido, por la bendita luz, quirido.

—¿Conócesle tú?

—Conocierle mí, comprarmi dos rosarios él..., de mi tierra dos rosarios, y una pieldra imán. Diniero él, mucho diniero... Ser capatazo de la sopa en el Sagriado Corazón de allá..., y en toda la probieza de allá, mandando él, con garrota él..., barrio Salamanca..., capatazo... Malo, mu malo, y no dejar comer... Ser un criado del Goberno, del Goberno malo de Ispania, y de los del Banco, aonde estar tuda el diniero en cajas soterranas... Guardar él, matarnos de hambre él...

—Es lo que faltaba—dijo la *Burlada* con aspavientos de oficiosa ira—; que también tuvieran dinero en las arcas del Banco esos hormigonazos.

—¡Tanto como eso...! Vaya usted a saber—indicó la Demetria, volviendo a dar la teta a la criatura, que había empezado a chillar—. ¡Calla, tragona!

—¡A ver!... Con tanto *chupío*, no sé cómo vives, hija... Y usted, *señá Benina*, ¿qué cree?

—¿Yo?... ¿De qué?

—De si *tien* o no *tien* dinero en el Banco.

—Y a mí, ¿qué? Con su pan se lo coman.

—Con el nuestro, ¡ja, ja!... Y encima codillo de jamón.

—¡A callar se ha dicho!—gritó el cojo vendedor de *La Semana*—. Aquí se viene a lo que se viene y a guardar la *circuspición*.

—Ya callamos, hombre, ya callamos. ¡A ver!... ¡Ni que *fuas* Vitor Manuel, el que puso preso al Papa!

—Callar, digo, y tengan más religión.

—Religión tengo, aunque no como con la Iglesia como tú, pues yo vivo en compañía del hombre, y mi negocio es miraros tragar y ver los *papelaos* de cosas ricas que *vos* traen de las casas. Pero no tenemos envidia, ¿sabes, Eliseo?, y nos alegramos de ser pobres y de morirnos de flato, para irnos en globo al cielo, mientras que tú...

—Yo, ¿qué?

—¡A ver!... Pues que estás rico, Eliseo; no niegues que estás rico... Con *La Semana*, y lo que te da don Senén y el señor cura... Ya sabemos: el que parte y reparte... No es por murmurar; Dios me libre. Bendita sea nuestra santa miseria... El Señor te lo aumente. Dígolo porque te estoy agradecida, Eliseo. Cuando me cogió el coche en la calle de la Luna..., fué el día que llevaron a ese señor de Zorrilla..., pues como digo, mes y medio estuve en el *hespital*, y cuando salí, tú, viéndome sola y desamparada, me dijiste: "*Señá* Flora, ¿por qué no se pone a pedir en un templo, quitándose de la *santimperie*, y arrimándose al cisco de la religión? Véngase conmigo y verá cómo puede sacar un diario, sin rodar por las calles y tratando con pobres decentes." Eso me dijiste, Eliseo, y yo me eché a llorar, y me vine acá contigo. De lo cual vino el estar yo aquí, y muy agradecida a tu *conduta* fina y de caballero. Sabes que rezo un padrenuestro por ti todos los días, y le pido al Señor que te haga más rico de lo que eres: que vendas *sinfinidá* de *Semanas* y que te traigan buen bodrio de café y de la casa de los señores condes, para que te hartes tú y la *carreterona* de tu mujer. ¿Qué importa que Crescencia y yo, y este pobre Almudena, nos desayunemos

a las *doce del mediodía* con un mendrugo, que serviría para empedrar las santas calles? Yo le pido al Señor que no te falte para el aguardentazo. Tú lo necesitas para vivir; yo me moriría si lo catara... ¡Y ojalá que tus dos hijos lleguen a duques! Al uno le tienes de aprendiz de tornero, y te mete en casa seis reales cada semana; al otro le tienes en una taberna de las Maldonadas, y saca buenas propinillas de las golfas, con perdón... El Señor te los conserve, y te los aumente cada año; y véate yo vestido de terciopelo y con una pata nueva de palo santo, y a tu tarasca véala yo con sombrero de plumas. Soy agradecida; se me ha olvidado el comer de las hambres que paso; pero no tengo malos quereres, Eliseo de mi alma, y lo que a mí me falta tenlo tú, y come y bebe, y emborráchate; y ten casa de balcón con mesas de *de noche*, y camas de hierro, con sus colchas rameadas, tan limpias como las del rey; y ten hijos que lleven boina nueva y alpargata de suela, y niña que gaste toquilla rosa y zapatito de charol los domingos, y ten un buen anafe, y buenos felpudos para delante de las camas, y cocina de *co*, con papeles nuevos, y una batería que da gloria con *tantismas* cazoletas; y buenas láminas del Cristo de la Caña y Santa Bárbara bendita, y una cómoda llena de ropa blanca; y pantallas con flores, y hasta máquina de coser que no sirve, pero encima de ella pones la pila de *Semanas*; ten también muchos amigos y vecinos buenos, y las grandes casas de acá con señores que por verte inválido te dan barreduras del almacén de azúcar, y *papelaos* del café de *la moca*, y de arroz de tres pasadas; ten también metimiento con las señoras de la Conferencia, para que te paguen la casa o la cédula, y den plancha de fino a tu mujer...; ten eso y más, y más, Eliseo...

Cortó los despotriques vertiginosos de la *Burlada*, produciendo un silencio terrorífico en el pasadizo, la repentina aparición de la señá *Casiana* por la puerta de la iglesia.

—Ya salen de misa mayor—dijo.

Y encarándose después con la habladora, echó sobre ella toda su autoridad con estas despóticas palabras:

—*Burlada*, pronto a tu puesto, y cerrad el pico, que estamos en la casa de Dios.

Empezaba a salir gente, y caían algunas limosnas, pocas. Los casos de ronda total, dando igual cantidad a todos, eran muy raros, y aquel día las escasas moneditas de cinco y dos céntimos iban a parar a las manos diligentes de Eliseo o de la caporala, y algo le tocó también a la Demetria y a *señá Benina*. Los demás poco o nada lograron, y la ciega Crescencia se lamentó de no haberse estrenado. Mientras Casiana hablaba en voz baja con Demetria, la *Burlada* pegó la hebra con Crescencia en el rincón próximo a la puerta del patio.

—¡Qué le estará diciendo a la Demetria!

—A saber... Cosas de ellas.

—Me ha *golido* a bonos por el funeral *de presencia* que tenemos mañana. A Demetria le dan más por ser *arrecomandada* de ese que celebra la primera misa, el don Rodriguito de las medias moradas, que dicen que es secretario del Papa.

—Le darán toda la carne, y a nosotras los huesos.

—¡A ver!... Siempre lo mismo. No hay que andar con dos o tres criaturas a cuestas para sacar tajada. Y no miran a la decencia, porque estas holgazanotas, como Demetria, sobre ser unas grandísimas pendonazas hacen luego del vicio su comercio. Ya ves: cada año se trae una lechigada, y criando a uno, ya tiene en el buche los huesos del año que viene.

—¿Y es casada?

—Como tú y como yo. De mí nada dirán, pues en San Andrés bendito me casé con mi Roque, que está en gloria, de la consecuencia de una caída del andamio. Esta dice que tiene el marido en *Celipinas*, y será que desde allá le hace los chiquillos... por carta... ¡Ay, qué mundo! Te digo que sin criaturas no se saca nada: los señores no miran a la *dinidá* de una, sino a si da el pecho o no da el pecho. Les da lástima de las criaturas, sin reparar en que más *honrás* somos las que no las tenemos, las que estamos en la *senetú*, hartas de trabajos y sin poder valernos. Pero vete tú ahora a *golver* del revés el mundo, y a gobernar la compasión de los señores. Por eso se dice que todo anda trastornado y al revés, hasta los cielos bendi-

tos, y lleva razón Pulido cuando habla de la *rigolución mu* gorda, *mu* gorda, que ha de venir para meter en cintura a ricos miserables y a pobres *ensalzaos*.

Concluía la charlatana vieja su perorata, cuando ocurrió un suceso tan extraño, fenomenal e inaudito, que no podría ser comparado sino a la súbita caída de un rayo en medio de la comunidad mendicante, o a la explosión de una bomba: tales fueron el estupor y azoramiento que en toda la caterva mísera produjo. Los más antiguos no recordaban nada semejante; los nuevos no sabían lo que les pasaba. Quedáronse todos mudos, perplejos, espantados. ¿Y qué fué, en suma? Pues nada: que don Carlos Moreno Trujillo, que toda la vida, desde que *el mundo era mundo*, salía infaliblemente por la puerta de la calle de Atocha..., no alteró aquel día su inveterada costumbre; pero a los pocos pasos volvió adentro, para salir por la calle de las Huertas, hecho singularísimo, absurdo, equivalente a un retroceso del sol en su carrera.

Pero no fué principal causa de la sorpresa y confusión la desusada salida por aquella parte, sino que don Carlos se paró en medio de los pobres (que se agruparon en torno de él, creyendo que les iba a repartir otra perra por barba), los miró como pasándoles revista, y dijo:

—¡Eh, señoras ancianas! ¿Quién de vosotras es la que llaman la *señá Benina*?

—Yo, señor, yo soy—dijo la que así se llamaba, adelantándose temerosa de que alguna de sus compañeras le quitase el nombre y el estado civil.

—Esa es—añadió la Casiana con sequedad oficiosa, como si creyese que hacía falta su *exequatur* de caporala para conocimiento o certificación de la personalidad de sus inferiores.

—Pues, *señá Benina*—agregó don Carlos, embozándose hasta los ojos para afrontar el frío de la calle—, mañana, a las ocho y media, se pasa usted por casa; tenemos que hablar. ¿Sabe usted dónde vivo?

—Yo la acompañaré—dijo Eliseo, echándoselas de servicial y diligente en obsequio del señor y de la mendiga.

—Bueno. La espero a usted, *señá Benina*.

—Descuide el señor.

—A las ocho y media en punto. Fíjese bien—añadió don Carlos a gritos, que resultaron apagados porque le tapaban la boca las felpas húmedas del embozo raído—. Si va usted antes, tendrá que esperarse, y si va después, no me encuentra... Ea, con Dios. Mañana es veinticinco: me toca en Montserrat, y después, al cementerio. Conque...

IV

¡María Santísima, San José bendito, qué comentarios, qué febril curiosidad, qué ansia de investigar y sorprender los propósitos del buen don Carlos! En los primeros momentos, la misma intensidad de la sorpresa privó a todos de la palabra. Por los rincones del cerebro de cada cual andaba la procesión...: dudas, temores, envidia, curiosidad ardiente. La *señá Benina*, queriendo, sin duda, librarse de un fastidioso hurgoneo, se despidió afectuosamente, como siempre lo hacía, y se fué. Siguióla, con minutos de diferencia, el ciego Almudena. Entre los restantes empezaron a saltar, como chispas, las frasecillas primeras de su sorpresa y confusión:

—Ya lo sabremos mañana... Será por desempeñarla... Tiene más de cuarenta papeletas.

—Aquí todas nacen de pie—dijo la *Burlada* a Crescencia—, menos nosotras, que hemos caído en el mundo como talegos.

Y la Casiana, afilando más su cara caballuna, hasta darle proporciones monstruosas, dijo con acento de compasión lúgubre:

—¡Pobre don Carlos! Está más loco que una cabra.

A la mañana siguiente, aprovechando la comunidad el hecho feliz de no haber ido a la parroquia ni la *señá Benina* ni el ciego Almudena, menudearon los comentarios del extraño suceso. La Demetria expuso tímidamente la opinión de que don Carlos quería llevar a la *Benina* a su servicio, pues gozaba ésta fama de gran cocinera, a lo que agregó Eliseo que, en efecto, la tal había sido maestra de cocina; pero ya no la querían en ninguna parte por vieja.

—Y por sisona—afirmó la Casiana, recalcando con saña el término—. Habéis de saber que ha sido una sisona

tremenda, y por ese vicio se ve ahora como se ve, teniendo que pedir para una rosca. De todas las casas en que estuvo la echaron por ser tan larga de uñas, y si ella *hubía* tenido *conduta,* no le faltarían casas buenas en que acabar tranquila.

—Pues yo—declaró la *Burlada* con negro escepticismo—*vos* digo que si ha venido a pedir es porque fué honrada; que las muy sisonas juntan dinero para su vejez y se hacen ricas..., que las hay, vaya si las hay. Hasta con coche las he conocido yo.

—Aquí no se habla mal de *naide.*

—No es hablar mal. ¡A ver!... La que habla pestes es *bueycencia,* señora presidenta de ministros.

—¿Yo?

—Sí... Vuestra eminencia ilustrísima es la que ha dicho que la *Benina* sisaba; lo cual que no es verdad, porque si sisara tuviera, y si tuviera no vendría a pedir. Tómate ésa.

—Por *bocona* te has de condenar tú.

—No se condena una por bocona, sino por rica, mayormente cuando quita la limosna a los pobres de buena ley, a los que tienen hambre y duermen al raso.

—Ea, que estamos en la casa de Dios, *señoras*—dijo Eliseo, dando golpes en el suelo con su pata de palo—. Guarden respeto y decencia unas para otras, como manda la santísima *dotrina.*

Con esto se produjo el recogimiento y tranquilidad que la vehemencia de algunos alteraba tan a menudo, y entre pedir gimiendo y rezar bostezando se les pasaban las tristes horas.

Ahora conviene decir que la ausencia de la *señá Benina* y del ciego Almudena no era casual aquel día, por lo cual allá van las explicaciones de un suceso que merece mención en esta verídica historia. Salieron ambos, como se ha dicho, uno tras otro, con diferencia de algunos minutos; pero como la anciana se detuvo un ratito en la verja, hablando con Pulido, el ciego marroquí se le juntó, y ambos emprendieron juntos el camino por las calles de San Sebastián y Atocha.

—Me detuve a charlar con Pulido por esperarte, amigo Almudena. Tengo que hablar contigo.

Y agarrándole por el brazo con solicitud cariñosa, le pasó de una acera a otra. Pronto ganaron la calle de las Urosas, y parados en la esquina, a resguardo de coches y transeúntes, volvió a decirle:

—Tengo que hablar contigo, porque tú sólo puedes sacarme de un gran compromiso; tú sólo, porque los demás *conocimientos* de la parroquia para nada me sirven. ¿Te enteras tú? Son unos egoístas, corazones de pedernal... El que tiene, porque tiene; el que no tiene, porque no tiene. Total, que la dejarán a una morirse de vergüenza, y si a mano viene, se gozarán en ver a una pobre mendicante por los suelos.

Almudena volvió hacia ella su rostro, y hasta podría decirse que la miró, si mirar es dirigir los ojos hacia un objeto, poniendo en ellos, ya que no la vista, la intención, y en cierto modo, la atención, tan sostenida como ineficaz. Apretándole la mano, le dijo:

—*Amri,* saber tú que servirte Almudena él. Almudena mí, como *pierro. Amri, dicermi* cosas tú... de cosas *tigo.*

—Sigamos para abajo, y hablaremos por el camino. ¿Vas a tu casa?

—Voy a do *quierer tú.*

—Paréceme que te cansas. Vamos muy aprisa. ¿Te parece bien que nos sentemos un rato en la plazuela del Progreso para poder hablar con tranquilidad?

Sin duda respondió el ciego afirmativamente, porque cinco minutos después se los veía sentados, uno junto a otro, en el zócalo de la verja que rodea la estatua de Mendizábal. El rostro de Almudena, de una fealdad expresiva, moreno cetrino, con barba rala, negra como el ala del cuervo, se caracterizaba principalmente por el desmedido grandor de la boca, que, cuando sonreía, afectaba una curva cuyos extremos, replegando la floja piel de los carrillos, se ponían muy de cerca de las orejas. Los ojos eran como llagas ya secas e insensibles, rodeados de manchas sanguinosas; la talla mediana, torcidas las piernas. Su cuerpo había perdido la conformación airosa por la costumbre de andar a ciegas y de pasar largas horas sentado en el suelo con las piernas dobladas a la morisca. Vestía con relativa decencia, pues su ropa, aunque vieja y llena de mugre, no tenía desgarrón ni avería que no estuvieran enmendados por un zurcido inteligente, o por aplicaciones de parches y retazos. Calzaba za-

patones negros, muy rozados, pero perfectamente defendidos con costurones y remiendos habilísimos. El sombrero hongo revelaba servicios dilatados en diferentes cabezas, hasta venir a prestarlos en aquélla, que quizá no sería la última, pues, las abolladuras del fieltro no eran tales que impidieran la defensa material del cráneo que cubría. El palo era duro y lustroso; la mano con que lo empuñaba, nerviosa, por fuera de color morenísimo, tirando a etiópico, la palma blanquecina, con tono y blanduras que la semejaban a una rueda de merluza cruda; las uñas, bien cortadas; el cuello de la camisa, lo menos sucio que es posible imaginar en la mísera condición y vida vagabunda del desgraciado hijo del Sus.

—Pues a lo que íbamos, Almudena —dijo la *señá Benina*, quitándose el pañuelo para volver a ponérselo, como persona desasosegada y nerviosa que quiere ventilarse la cabeza—. Tengo un grave compromiso, y tú, nada más que tú, puedes sacarme de él.

—*Dicermi* ella, tú...

—¿Qué pensabas hacer esta tarde?

—En casa mí, *mocha* que jacer mí; lavar ropa mí, coser *mocha*, remendar *mocha*.

—Eres el hombre más apañado que hay en el mundo. No he visto otro como tú. Ciego y pobre, te arreglas tú mismo tu ropita; enhebras una aguja con la lengua más pronto que yo con mis dedos; coses a la perfección; eres tu sastre, tu zapatero, tu lavandera... Y después de pedir en la parroquia por la mañana, y por las tardes en la calle, te sobra tiempo para ir un ratito al café... Eres de lo que no hay; y si en el mundo hubiera justicia y las cosas estuvieran dispuestas con razón, debieran darte un premio... Bueno, hijo; pues lo que es esta tarde no te dejo trabajar, porque tienes que hacerme un servicio... Para las ocasiones son los amigos.

—¿Qué *sucieder* ti?

—Una cosa tremenda. Estoy que no vivo. Soy tan desgraciada, que si tú no me amparas me tiro por el Viaducto... Como lo oyes.

—*Amri*..., tirar no.

—Es que hay compromisos tan grandes, tan grandes, que parece imposible que se pueda salir de ellos. Te lo diré de una vez para que te hagas cargo: necesito un duro.

—¡Un *durro*! — exclamó Almudena, expresando con la súbita gravedad del rostro y la energía del acento el espanto que le causaba la magnitud de la cantidad.

—Sí, hijo, sí..., un duro, y no puedo ir a casa si antes no lo consigo. Es preciso que yo tenga ese duro: discurre tú, pues hay que sacarlo de debajo de las piedras, buscarlo como quiera que sea.

—Es *mocha*..., *mocha*...—murmuraba el ciego, volviendo su rostro hacia el suelo.

—No es tanto—observó la otra, queriendo engañar su pena con ideas optimistas—. ¿Quién no tiene un duro? Un duro, amigo Almudena, lo tiene cualquiera... Conque ¿puedes buscármelo tú, sí o no?

Algo dijo el ciego en su extraña lengua, que *Benina* tradujo por la palabra "imposible", y lanzando un suspiro profundo, al cual contestó Almudena con otro no menos hondo y lastimero, quedóse un rato en meditación dolorosa, mirando al suelo y después al cielo y a la estatua de Mendizábal, aquel verdinegro señor de bronce que ella no sabía quién era ni por qué le habían puesto allí. Con ese mirar vago y distraído que es, en los momentos de intensa amargura, como un giro angustioso del alma sobre sí misma, veía pasar por una y otra banda del jardín gentes presurosas e indolentes. Unos llevaban un duro, otros iban a buscarlo. Pasaban cobradores del Banco con el taleguillo al hombro; carricoches con botellas de cerveza y gaseosa; carros fúnebres, en el cual era conducido al cementerio alguno a quien nada importaban ya los duros. En las tiendas entraban compradores que salían con paquetes. Mendigos haraposos importunaban a los señores. Con rápida visión, *Benina* pasó revista a los cajones de tanta tienda, a los distintos cuartos de todas las casas, a los bolsillos de todos los transeúntes bien vestidos, adquiriendo la certidumbre de que en ninguno de aquellos repliegues de la vida faltaba un duro. Después pensó que sería un paso muy salado que se presentase ella en la cercana casa de Céspedes diciendo que hicieran el favor de darle un duro, siquiera se lo diesen a préstamo. Seguramen-

te se reirían de tan absurda pretensión, y la pondrían bonitamente en la calle. Y, no obstante, natural y justo parecía que en cualquier parte donde un duro no representaba más que un valor insignificante, se lo diesen a ella, para quien la tal suma era... como un *átomo inmenso*. Y si la ansiada moneda pasara de las manos que con otras muchas la poseían, a las suyas, no se notaría ninguna alteración sensible en la distribución de la riqueza, y todo seguiría lo mismo: los ricos, ricos; pobre ella, y pobres los demás de su condición. Pues siendo esto así, ¿por qué no venía a sus manos el duro? ¿Qué razón había para que veinte personas de las que pasaban no se privasen de un real, y para que estos veinte reales no pasaran por natural trasiego a sus manos? ¡Vaya con las cosas de este desarreglado mundo! La pobre *Benina* se contentaba con una gota de agua, y delante del estanque del Retiro no podía tenerla. Vamos a cuentas, cielo y tierra: ¿perdería algo el estanque del Retiro porque se sacara de él una gota de agua?

V

Esto pensaba, cuando Almudena, volviendo de una meditación calculista, que debía de ser muy triste por la cara que ponía, le dijo:

—¿No *tenier* tú cosa que *peinar*?

—No, hijo; todo empeñado ya, hasta las papeletas.

—¿No haber persona que *priestar ti*?

—No hay nadie que me fíe ya. No doy un paso sin encontrar una mala cara.

—Señor Carlos llamar ti mañana.

—Mañana está muy lejos, y yo necesito el duro hoy, y pronto, Almudena, pronto. Cada minuto que pasa es una mano que me aprieta más el dogal que tengo en la garganta.

—No llorar, *amri*. Tú ser buena *migo*; yo arremediando ti... Veslo ahora.

—¿Qué se te ocurre? Dímelo pronto.

—Yo *peinar* ropa.

—¿El traje que compraste en el Rastro? ¿Y cuánto crees que te darán?

—Dos *piesetas* y media.

—Yo haré por sacar tres. ¿Y lo demás?

—Vamos a casa *migo*—dijo Almudena, levantándose con resolución.

—Prontito, hijo, que no hay tiempo que perder. Es muy tarde. ¡Pues no hay poquito que andar de aquí a la posada de Santa Casilda!

Emprendieron su camino presurosos por la calle de Mesón de Paredes, hablando poco. *Benina*, más sofocada por la ansiedad que por la viveza del paso, echaba lumbre por su rostro, y cada vez que oía campanadas de relojes hacía una mueca de desesperación. El viento frío del Norte los empujaba por la calle abajo, hinchando sus ropas como velas de un barco. Las manos de uno y otro eran de hielo; sus narices rojas destilaban. Enronquecían sus voces; las palabras sonaban con oquedad fría y triste.

No lejos del punto en que Mesón de Paredes desemboca en la Ronda de Toledo, hallaron el parador de Santa Casilda, vasta colmena de viviendas baratas alineadas en corredores sobrepuestos. Entrase a ella por un patio o corralón largo y estrecho, lleno de montones de basura, residuos, despojos y desperdicios de todo lo humano. El cuarto que habitaba Almudena era el último del piso bajo, al ras del suelo, y no había que franquear un solo escalón para penetrar en él. Componíase la vivienda de dos piezas separadas por una estera pendiente del techo: a un lado la cocina, a otro la sala, que también era alcoba o gabinete, con piso de tierra bien apisonado, paredes blancas, no tan sucias como otras del mismo caserón o humana madriguera. Una silla era el único mueble, pues la cama consistía en un jergón y mantas pardas, arrimado todo a un ángulo. La cocinilla no estaba desprovista de pucheros, cacerolas, botellas, ni tampoco de víveres. En el centro de la habitación vió *Benina* un bulto negro, algo como un lío de ropa, o un costal abandonado. A la escasa luz que entraba después de cerrada la puerta pudo observar que aquel bulto tenía vida. Por el tacto, más que por la vista, comprendió que era una persona.

—Ya estar aquí la *Pedra* borracha.

—¡Ah! ¡Qué cosas! Es esa que te ayuda a pagar el cuarto... Borrachona, sinvergüenzonaza... Pero no perdamos tiempo, hijo; dame el traje, que yo lo llevaré..., y con la ayuda de Dios, sacaré siquiera dos ochenta. Ve pensando en buscarme lo que falta. La Virgen

Santísima te lo dará, y yo he de rezarle para que te lo dé doblado, que a mí seguro es que no quiere darme cosa ninguna.

Haciéndose cargo de la impaciencia de su amiga, el ciego descolgó de un clavo el traje que él llamaba nuevo, por un convencionalismo muy corriente en las combinaciones mercantiles, y lo entregó a su amiga, que en cuatro zancajos se puso en el patio y en la Ronda, tirando luego hacia el llamado Campillo de Manuela. El mendigo, en tanto, pronunciando palabras coléricas, que no es fácil al narrador reproducir, por ser en lengua arábiga, palpaba el bulto de la mujer embriagada, que como cuerpo muerto en mitad del cuartucho yacía. A las expresiones airadas del ciego, sólo contestó con ásperos gruñidos, y dió media vuelta, despatarrándose y estirando los brazos para caer de nuevo en sopor más hondo y en más brutal inercia.

Almudena metía mano por entre las ropas negras, cuyos pliegues, revueltos con los del mantón, formaban un lío inextricable, y acompañando su registro de exclamaciones furibundas, exploró también el fláccido busto, como si amasara pellejos con trapos. Tan nervioso estaba el hombre, que descubría lo que debe estar cubierto, y tapaba lo que gusta de ver la luz del día. Allí sacó rosarios, escapularios, un fajo de papeletas de empeño envuelto en un pedazo de periódico, trozos de herradura recogidos en las calles, muelas de animales o de personas, y otras baratijas. Terminado el registro, entró la *Benina*, de vuelta ya de su diligencia, la cual había despachado con tanta presteza como si la hubieran llevado y traído en volandas los angelitos del cielo. Venía la pobre mujer sofocadísima del veloz correr por las calles; apenas podía respirar, y su rostro sudoroso despedía fuego, sus ojos alegría.

—Me han dado tres—dijo mostrando las monedas—, una en cuartos. No he tenido poca suerte en que estuviera allí Valeriano; que a llegar a estar el ama, la Raimunda, trabajo me costara sacarle dos y pico.

Respondiendo al contento de la anciana, Almudena, con cara de regocijo y triunfo, le mostró entre los dedos una peseta.

—Encuentrarla aquí, en el *piecho* de ésta... Cogerla *tigo*.

—¡Oh, qué suerte! ¿Y no tendrá más? Busca bien, hijo.

—No *tenier* más. Mí regolver cosas *piecho*.

Benina sacudía las ropas de la borracha esperando ver saltar una moneda. Pero no saltaron más que dos horquillas y algunos pedacitos de carbón.

—No *tenier* más.

Siguió parloteando el ciego, y por las explicaciones que le dió del carácter y costumbres de la mujerona, pudo comprender que si se hubieran encontrado a ésta en estado de normal despejo, les habría dado la peseta con sólo pedirla. Con una breve frase sintetizó Almudena a su compañera de hospedaje:

—Ser güena, ser mala... Coger ella *tudo*, dar ella *tudo*.

Acto continuo levantó el colchón, y escarbando en la tierra, sacó una petaca vieja y sucia, que cuidadosamente escondía entre trapos y cartones, y metiendo los dedos en ella, como quien saca un cigarro, extrajo un papelejo, que desenvuelto mostró una monedita de dos reales, nueva y reluciente. La cogió *Benina*, mientras Almudena sacaba de su bolsillo, donde tenía multitud de herramientas, tijeras, canuto de agujas, navaja, etc., otro envoltorio con dos perras gordas. Añadió a ellas la que había recibido de don Carlos, y lo dió todo a la pobre anciana, diciéndole:

—*Amri*, arriglar así *tigo*.

—Sí, sí... Pongo lo mío de hoy, y ya falta tan poco, que no quiero molestarte más. ¡Gracias a Dios! Me parece mentira. ¡Ay, hijo, qué bueno eres! Mereces que te caiga la lotería, y si no te cae, es porque no hay justicia en la tierra ni en el cielo... Adiós, hijo, no puedo detenerme ni un momento más... Dios te lo pague... Estoy en ascuas. Me voy volando a casa... Quédate en la tuya..., y a esta pobre desgraciada, cuando despierte, no la pegues, hijo, ¡pobrecita! Cada uno, por el aquel de no sufrir, se emborracha con lo que puede: ésta con el aguardentazo, otros con otra cosa. Yo también las cojo; pero no así; las mías son de cosa de más adentro... Ya te contaré, ya te contaré.

Y salió disparada, las monedas metidas en el seno, temerosa de que alguien se las quitara por el camino, o de que

se le escaparan volando, arrastradas de sus tumultuosos pensamientos. Al quedarse solo, Almudena fué a la cocina, donde, entre otros cachivaches, tenía una palanganita de estaño y un cántaro de agua. Se lavó las manos y los ojos; después cogió un cazuelo en que había cenizas y carbones apagados, y pasando a una de las casas vecinas, volvió al poco rato con lumbre, sobre la cual derramó un puñadito de cierta sustancia que en un envoltorio de papel tenía junto a la cama. Levantóse del fuego humareda muy densa y un olor penetrante. Era el sahumerio de benjuí, única remembranza material de la tierra nativa que Almudena se permitía en su destierro vagabundo. El aroma especial, característica de casa mora, era su consuelo, su placer más vivo, práctica juntamente casera y religiosa, pues envuelto en aquel humo se puso a rezar cosas que ningún cristiano podía entender.

Con el humazo, la borracha gruñía más, y carraspeaba, y tosía, como queriendo dar acuerdo de sí. El ciego no le hacía más caso que a un perro, atento sólo a sus rezos en lengua que no sabemos si era arábiga o hebrea, tapándose un ojo con cada mano, y bajándolas después sobre la boca para besárselas. Mediano rato empleó en sus meditaciones, y al terminarlas, vió sentada ante sí a la mujerzuela que con ojos esquivos y lloricones, a causa del picor producido por el espeso sahumerio, le miraba. Presentándole gravemente las palmas de las manos, Almudena le soltó estas palabras:

—Gran púa, no haber más que un Dios...; *b'rracha, b'rrachona,* no haber más que un Dios...: un Dios, un Dios, solo, solo.

Soltó la otra sonora carcajada, y llevándose la mano al pecho, quería arreglar el desorden que la mano inquieta de su compañero de vivienda había causado en aquella parte interesantísima de su persona. Tan torpe salía del sueño alcohólico, que no acertaba a poner cada cosa en su sitio, ni a cubrir las que la honestidad requiere, y ha querido siempre que se cubran.

—*Jai,* tú me has *arregistrao*...

—Sí... No haber más que un Dios, un Dios solo.

—Y a mí, ¿qué? Por mí que *haigan* dos o cuarenta, todos los que ellos mesmos quieran haberse... Pero di, gorrón, me has quitado la peseta. No me importa. *Pa* ti era.

—¡Un Dios sólo!

Y viéndole coger el palo, se puso la mujer en guardia, diciéndole:

—Ea, no pegues, *Jai.* Basta ya de sahumerio, y ponte a hacer la cena. ¿Cuánto dinero tienes? ¿Qué quieres que te traiga?...

—*¡B'rrachona!* No haber *diniero*... Llevarlo los *embaixos,* tú dormida.

—¿Qué te traigo?—murmuró la mujer negra, tambaleándose y cerrando los ojos—. Aguárdate un poquitín. Tengo sueño, *Jai.*

Cayó nuevamente en profundo sopor, y Almudena, que había requerido el palo con intenciones de usarlo como infalible remedio de la embriaguez, tuvo lástima y suspiró fuerte, mascullando estas o parecidas palabras:

—Pegar ti otro día.

VI

Casi no es hipérbole decir que la *señá* Benina, al salir de Santa Casilda, poseyendo el incompleto duro que calmaba sus mortales angustias, iba por rondas, travesías y calles como una flecha. Con sesenta años a la espalda, conservaba su agilidad y viveza, unidas a una perseverancia inagotable. Se había pasado lo mejor de su vida en un ajetreo afanoso, que exigía tanta actividad como travesura, esfuerzos locos de la mente y de los músculos, y en tal enseñanza se había fortificado de cuerpo y espíritu, formándose en ella el temple extraordinario de mujer que irán conociendo los que lean esta puntual historia de su vida. Con increíble presteza entró en una botica de la calle de Toledo; recogió medicinas que había encargado muy de mañana; después hizo parada en la carnicería y en la tienda de ultramarinos, llevando su compra en distintos envoltorios de papel, y, por fin, entró en una casa de la calle Imperial, próxima a la rinconada en que está el Almotacén y Fiel Contraste. Deslizóse a lo largo del portal angosto, obstruído y casi intransitable por los colgajos de un comercio de cordelería que en él existe; subió la escalera, con rápidos andares hasta el principal, con moderado paso hasta el

segundo; llegó jadeante al tercero, que era el último, con honores de sotabanco. Dió vuelta a un patio grande, por galería de emplomados cristales, de suelo desigual, a causa de los hundimientos y desniveles de la vieja fábrica, y al fin llegó a una puerta de cuarterones, despintada; llamó... Era su casa, la casa de su señora, la cual, en persona, tentando las paredes, salió al ruido de la campanilla, o más bien afónico cencerreo, y abrió, no sin la precaución de preguntar por la mirilla, cuadrada, defendida por una cruz de hierro.

—Gracias a Dios, mujer...—le dijo en la misma puerta—. ¡Vaya unas horas! Creí que te había cogido un coche o que te había dado un accidente.

Sin chistar siguió *Benina* a su señora hasta un gabinetito próximo, y ambas se sentaron. Excusó la criada las explicaciones de su tardanza por el miedo que sentía de darlas, y se puso a la defensiva esperando a ver por dónde salía doña Paca y qué posiciones tomaba en su irascible genio. Algo la tranquilizó el tono de las primeras palabras con que fué recibida; esperaba ella una fuerte reprimenda, vocablos displicentes. Pero la señora parecía estar de buenas, domado, sin duda, el áspero carácter por la intensidad del sufrimiento. *Benina* se proponía, como siempre, acomodarse al son que le tocara la otra, y a poco de estar junto a ella, cambiadas las primeras frases, se tranquilizó.

—¡Ay, señora, qué día! Yo estaba deshecha; pero no me dejaban, no me dejaban salir de aquella bendita casa.

—No me lo expliques—dijo la señora, cuyo acentillo andaluz persistía, aunque muy atenuado, después de cuarenta años de residencia en Madrid—. Ya estoy al tanto. Al oír las doce, la una, las dos, me decía yo: "Pero, Señor, ¿por qué tarda tanto la Nina?" Hasta que me acordé...

—Justo...

—Me acordé..., como tengo en mi cabeza todo el almanaque..., de que hoy es San Romualdo, confesor y obispo de Farsalia...

—Cabal.

—Y son los días del señor sacerdote en cuya casa estás de asistenta.

—Si yo pensara que usted lo había de adivinar, habría estado más tranquila—afirmó la criada, que en su extraordinaria capacidad para forjar y exponer mentiras supo aprovechar el sólido cable que su ama le arrojaba—. ¡Y que no ha sido floja la tarea!

—Habrás tenido que dar un gran almuerzo. Ya me lo figuro. ¡Y que no serán cortos de tragaderas los curánganos de San Sebastián, compañeros y amigos de tu don Romualdo!

—Todo lo que se diga es poco.

—Cuéntame: ¿qué les has puesto? —preguntó ansiosa la señora, que gustaba de saber lo que se comía en las casas ajenas—. Ya estoy al tanto. Les harías una mayonesa.

—Lo primero un arroz, que me quedó muy a punto. ¡Ay, Señor, cuánto lo alabaron! Que si era yo la primera cocinera de toda la Europa..., que si por vergüenza no se chupaban los dedos...

—¿Y después?

—Una pepitoria que ya la quisieran para sí los ángeles del cielo. Luego, calamares en su tinta...; luego...

—Pues aunque te tengo dicho que no me traigas sobras de ninguna casa, pues prefiero la miseria que me ha enviado Dios a chupar huesos de otras mesas..., como te conozco, no dudo que habrás traído algo. ¿Dónde tienes la cesta?

Viéndose cogida, *Benina* vaciló un instante; mas no era mujer que se arredraba ante ningún peligro, y su maestría para el embuste le sugirió pronto el hábil quite:

—Pues, señora, dejé la cesta, con lo que traje, en casa de la señorita Obdulia, que lo necesita más que nosotras.

—Has hecho bien. Te alabo la idea, Nina. Cuéntame más. Y un buen solomillo, ¿no pusiste?

—¡Anda, anda! Dos kilos y medio, señora. Sotero Rico me lo dió de lo superior.

—¿Y postres, bebidas?...

—Hasta *champaña de la Viuda*. Son el diantre los curas, y de nada se privan... Pero vámonos adentro, que es muy tarde y estará la señora desfallecida.

—Lo estaba: pero..., no sé; parece que me he comido todo eso de que has hablado... En fin, dame de almorzar.

—¿Qué ha tomado? ¿El poquito de cocido que le aparté anoche?

—Hija, no pude pasarlo. Aquí me tienes con media onza de chocolate crudo.

—Vamos, vamos allá. Lo peor es que

hay que encender lumbre. Pero pronto despacho... ¡Ah! También le traigo las medicinas. Eso lo primero.

—¿Hiciste todo lo que te mandé? —preguntó la señora, en marcha las dos hacia la cocina—. ¿Empeñaste mis dos enaguas?

—¿Cómo no? Con las dos pesetas que saqué y otras dos que me dió don Romualdo por ser su santo, he podido atender a todo.

—¿Pagaste el aceite de ayer?

—¡Pues no!

—¿Y la tila y la sanguinaria?

—Todo, todo... Y aún me ha sobrado, después de la compra, para mañana.

—¿Querrá Dios traernos mañana un buen día?—dijo con honda tristeza la señora, sentándose en la cocina, mientras la criada, con nerviosa prontitud, reunía astillas y carbones.

—¡Ay! Sí, señora; téngalo por cierto.

—¿Por qué me lo aseguras, Nina?

—Porque lo sé. Me lo dice el corazón. Mañana tendremos un buen día, estoy por decir que un gran día.

—Cuando lo veamos te diré si aciertas... No me fío de tus corazonadas. Siempre estás con que mañana, que mañana...

—Dios es bueno.

—Conmigo no lo parece. No se cansa de darme golpes; me apalea, no me deja respirar. Tras un día malo, viene otro peor. Pasan años aguardando el remedio, y no hay ilusión que no se me convierta en desengaño. Me canso de sufrir, me canso también de esperar. Mi esperanza es traidora, y como me engaña siempre, ya no quiero esperar cosas buenas, y las espero malas para que vengan... siquiera regulares.

—Pues yo que la señora—dijo *Benina* dándole al fuelle—tendría confianza en Dios, y estaría contenta... Ya ve que yo lo estoy..., ¿no me ve? Yo siempre creo que cuando menos lo pensemos nos vendrá el golpe de suerte y estaremos tan ricamente, acordándonos de estos días de apuros y desquitándonos de ellos con la gran vida que nos vamos a dar.

—Ya no aspiro a la buena vida, Nina—declaró casi llorando la señora—; sólo aspiro al descanso.

—¿Quién piensa en la muerte? Eso no; yo me encuentro muy a gusto en este mundo fandanguero, y hasta le tengo ley a los trabajillos que paso. Morirse, no.

—¿Te conformas con esta vida?

—Me conformo, porque no está en mi mano el darme otra. Venga todo antes que la muerte, y padezcamos con tal que no falte un pedazo de pan y pueda uno comérselo con dos salsas muy buenas: el hambre y la esperanza.

—¿Y soportas, además de la miseria, la vergüenza, tanta humillación, deber a todo el mundo, no pagar a nadie, vivir de mil enredos, trampas y embustes, no encontrar quien te fíe valor de dos reales, vernos perseguidos de tenderos y vendedores?

—¡Vaya si lo soporto!... Cada cual, en esta vida, se defiende como puede. ¡Estaría bueno que nos dejáramos morir de hambre, estando las tiendas tan llenas de cosas de sustancia! Eso no; Dios no quiere que a nadie se le enfríe el cielo de la boca por no comer, y cuando no nos da dinero, un suponer, nos da la sutileza del caletre para inventar modos de allegar lo que hace falta, sin robarlo..., eso no. Porque yo prometo pagar, y pagaré cuando lo tengamos. Ya saben que somos pobres..., que hay formalidad en casa, ya que no *haigan* otras cosas. ¡Estaría bueno que nos afligiéramos porque los tenderos no cobran estas miserias, sabiendo, como sabemos, que están ricos!

—Es que tú no tienes vergüenza, Nina; quiero decir, decoro; quiero decir, dignidad.

—Yo no sé si tengo eso; pero tengo boca y estómago natural, y sé también que Dios me ha puesto en el mundo para que viva, y no para que me deje morir de hambre. Los gorriones, un suponer, ¿tienen vergüenza? ¡Quia!..., lo que tienen es pico... Y mirando las cosas como deben mirarse, yo digo que Dios, no tan sólo ha criado la tierra y el mar, sino que son obra suya misma mente las tiendas de ultramarinos, el Banco de España, las casas donde vivimos y, pongo por caso, los puestos de verdura... Todo es de Dios.

—Y la moneda, la indecente moneda, ¿de quién es?—preguntó con lastimero acento la señora—. Contéstame.

—También es de Dios, porque Dios hizo el oro y la plata... Los billetes, no sé... Pero también, también.

—Lo que yo digo, Nina, es que las

cosas son del que las tiene.... y las tiene todo el mundo menos nosotras... ¡Ea!, date prisa, que siento debilidad. ¿En dónde me pusiste las medicinas?... Ya; están sobre la cómoda. Tomaré una papeleta de salicilato antes de comer... ¡Ay, qué trabajo me dan estas piernas! En vez de llevarme ellas a mí, tengo yo que tirar de ellas—levantándose con gran esfuerzo—. Mejor andaría yo con muletas. Pero ¿has visto lo que hace Dios conmigo? ¡Si esto parece burla! Me ha enfermado de la vista, de las piernas, de la cabeza, de los riñones, de todo menos del estómago. Privándome de recursos, dispone que yo digiera como un buitre.

—Lo mismo hace conmigo. Pero yo no lo llevo a mal, señora. ¡Bendito sea el Señor, que nos da el bien más grande de nuestros cuerpos: el hambre santísima!

VII

Ya pasaba de los sesenta la por tantos títulos infeliz doña Francisca Juárez de Zapata, conocida en los años de aquella su decadencia lastimosa por doña Paca a secas, con lacónica y plebeya familiaridad. Ved aquí en qué paran las glorias y altezas de este mundo y qué pendiente hubo de recorrer la tal señora, rodando hacia la profunda miseria desde que ataba los perros con longaniza, por los años 59 y 60, hasta que la encontramos viviendo inconscientemente de limosna, entre agonías, dolores y vergüenzas mil. Ejemplos sin número de estas caídas nos ofrecen las poblaciones grandes, más que ninguna esta de Madrid, en que apenas existen hábitos de orden; pero a todos los ejemplos supera el de doña Francisca Juárez, tristísimo juguete del Destino. Bien miradas estas cosas y el subir y bajar de las personas en la vida social, resulta gran tontería echar al Destino la culpa de lo que es obra exclusiva de los propios caracteres y temperamentos, y buena muestra de ello es doña Paca, que en su propio ser desde el nacimiento llevaba el desbarajuste de todas las cosas materiales. Nacida en Ronda, su vista se acostumbró desde la niñez a las vertiginosas depresiones del terreno; y cuando tenía pesadillas, soñaba que se caía a la profundísima hondura de aquella grieta que llaman *Tajo*. Los nacidos en Ronda deben de tener la cabeza muy firme y no padecer de vértigos ni cosa tal, hechos a contemplar abismos espantosos. Pero doña Paca no sabía mantenerse firme en las alturas: instintivamente se despeñaba; su cabeza no era buena para esto ni para el gobierno de la vida, que es la seguridad de vista en el orden moral.

El vértigo de Paquita Juárez fué un estado crónico desde que la casaron muy joven con don Antonio María Zapata, que le doblaba la edad, intendente de ejército, excelente persona, de holgada posición por su casa, como la novia, que también poseía bienes raíces de mucha cuenta. Sirvió Zapata en el Ejército de Africa, división de Echagüe, y después de Wad-Ras pasó a la Dirección del Ramo. Establecido el matrimonio en Madrid, le faltó tiempo a la señora para poner su casa en un pie de vida frívola y aparatosa, que si empezó ajustando las vanidades al marco de las rentas y sueldos, pronto se salió de todo límite de prudencia, y no tardaron en aparecer los atrasos, las irregularidades, las deudas. Hombre ordenadísimo era Zapata; pero de tal modo le dominaba su esposa, que hasta le hizo perder sus cualidades eminentes; y el que tan bien supo administrar los caudales del Ejército, veía perderse los suyos, olvidado del arte para conservarlos. Paquita no se ponía tasa en el vestir elegante, ni en el lujo de mesa, ni el continuo zarandeo de bailes y reuniones, ni en los dispendiosos caprichos. Tan notorio fué ya el desorden, que Zapata, aterrado, viendo venir el trueno gordo, hubo de vencer la modorra en que su cara mitad le tenía, y se puso a hacer números y a querer establecer método y razón en el gobierno de su hacienda; pero, ¡oh triste sino de la familia!, cuando más engolfado estaba el hombre en su aritmética, de la que esperaba su salvación, cogió una pulmonía y pasó a mejor vida el Viernes Santo por la tarde, dejando dos hijos de corta edad: Antoñito y Obdulia.

Administradora y dueña del caudal activo y pasivo, Francisca no tardó en demostrar su ineptitud para el manejo de aquellas enredosas materias, y a su lado surgieron, como los gusanos en cuerpo corrupto, infinitas personas que se la comían por dentro y por fuera, de-

vorándola sin compasión. En esta época desastrosa entró a su servicio Benigna, que si desde el primer día se acreditó de cocinera excelente, a las pocas semanas hubo de revelarse como la más intrépida sisona de Madrid. Qué tal sería la moza en este terreno, que la misma doña Francisca, de una miopía radical para la inspección de sus intereses, pudo apreciar la rapacidad minuciosa de la sirviente, y aun se determinó a corregirla. En justicia, debo decir que Benigna (entre los suyos llamada *Benina*, y Nina simplemente por la señora) tenía cualidades muy buenas que, en cierto modo, compensaban, en los desequilibrios de su carácter, aquel defecto grave de la sisa. Era muy limpia, de una actividad pasmosa, que producía el milagro de agrandar las horas y los días. Además de esto, doña Francisca estimaba en ella el amor intenso a los niños de la casa; amor sincero y, si se quiere, positivo, que se revelaba en la vigilancia constante, en los exquisitos cuidados con que, sanos o enfermos, los atendía. Pero las cualidades no fueron bastante eficaces para impedir que el defecto promoviera cuestiones agrias entre ama y sirviente, y en una de éstas, *Benina* fué despedida. Los niños la echaron muy de menos, y lloraban por su Nina graciosa y soboncita.

A los tres meses se presentó de visita en la casa. No podía olvidar a la señora ni a los nenes. Estos eran su amor, y la casa, todo lo material de ella, la encariñaba y atraía. Paquita Juárez también tenía especial gusto en charlar con ella, pues algo (no sabían qué) existía entre las dos que secretamente las enlazaba, algo de común en la extraordinaria diversidad de sus caracteres. Menudearon las visitas. ¡Ay! La *Benina* no se encontraba a gusto en la casa donde a la sazón servía. En fin, que ya la tenemos otra vez en la domesticidad de doña Francisca: y tan contenta ella, y satisfecha la señora, y los pequeñuelos locos de alegría. Sobrevino en aquel tiempo un aumento de las dificultades y ahogos de la familia en el orden administrativo: las deudas roían con diente voraz el patrimonio de la casa; se perdían fincas valiosas, pasando, sin saber cómo, por artes de usura infame, a las manos de los prestamistas. Como carga preciosa que se arroja de la embarcación al mar en los apuros del naufragio, salían de la casa los mejores muebles, cuadros, alfombras riquísimas; las alhajas habían salido ya... Pero por más que se aligeraba el buque, la familia continuaba en peligro de zozobra y de sumergirse en los negros abismos sociales.

Para mayor desdicha, en aquel funesto período del 70 al 80, los dos niños padecieron gravísimas enfermedades: tifoidea el uno, eclampsia y epilepsia la otra. *Benina* los asistió con tal esmero y solicitud tan amorosa, que se pudo creer que los arrancaba de las uñas de la muerte. Ellos le pagaban, es verdad, estos cuidados con un afecto ardiente. Por amor a *Benina* más que por el de su madre se prestaban a tomar las medicinas, a callar y estarse quietecitos, a sudar sin ganas y a no comer antes de tiempo: todo lo cual no impidió que entre ama y criada surgiesen cuestiones y desavenencias, que trajeron una segunda despedida. En un arrebato de ira o de amor propio, *Benina* salió disparada, jurando y perjurando que no volvería a poner los pies en aquella casa, y que al partir sacudía sus zapatos para no llevarse pegado en ellos el polvo de las esteras..., pues lo que es alfombras, ya no las había.

En efecto, antes del año apareciόse *Benina* en la casa. Entró, anegado en lágrimas el rostro, diciendo:

—Yo no sé qué tiene la señora: yo no sé qué tiene esta casa, y estos niños, y estas paredes, y todas las cosas que aquí hay: yo no sé más sino que no me hallo en ninguna parte. En casa rica estoy, con buenos amos, que no reparan en dos reales más o menos; seis duros de salario. Pues no me hallo, señora, y paso la noche y el día acordándome de esta familia, y pensando si estarán bien o no estarán bien. Me ven suspirar y creen que tengo hijos. Yo no tengo a nadie en el mundo más que a la señora, y sus hijos son mis hijos, pues como a tales los quiero...

Otra vez *Benina* al servicio de doña Francisca Juárez, como criada única y para todo, pues la famliia había dado un bajón tremendo en aquel año, siendo tan notorias las señales de ruina, que la criada no podia verlas sin sentir aflicción profunda. Llegó la ocasión ineludible de cambiar el cuarto en que vivían por otro más modesto y barato. Doña

Francisca, apegada a las rutinas y sin determinación para nada, vacilaba. La criada, quitándole en momentos tan críticos las riendas del gobierno, decidió la mudanza, y desde la calle de Claudio Coello saltaron a la del Olmo. Por cierto que hubo no pocas dificultades para evitar un desahucio vergonzoso: todo se arregló con la generosa ayuda de *Benina*, que sacó del Monte sus economías, importantes tres mil y pico de reales, y las entregó a la señora, estableciéndose desde entonces comunidad de intereses en la adversa como en la próspera fortuna. Pero ni aun en aquel rasgo de caridad hermosa desmintió la pobre mujer sus hábitos de sisa, y descontó un pico para guardarlo cuidadosamente en su baúl, como base de un nuevo montepío, que era para ella necesidad de su temperamento y placer de su alma.

Como se ve, tenía el vicio del descuento, que, en cierto modo, por otro lado, era la virtud del ahorro. Difícil expresar dónde se empalmaban y confundían la virtud y el vicio. La costumbre de escatimar una parte grande o chica de lo que se le daba para la compra, el gusto de guardarla, de ver cómo crecía lentamente su caudal de perras, se sobreponían en su espíritu a todas las demás costumbres, hábitos y placeres. Había llegado a ser el sisar y el reunir como cosa instintiva, y los actos de este linaje se diferenciaban poco de las rapiñas y escondrijos de la urraca. En aquella tercera época, del 80 al 85, sisaba como antes, aunque guardando medida proporcional con los mezquinos haberes de doña Francisca. Sucediéronse en aquellos días grandes desventuras y calamidades. La pensión de la señora, como viuda de intendente, había sido retenida en dos tercios por los prestamistas; los empeños sucedían a los empeños, y por librarse de un ahogo caía pronto en mayores apreturas. Su vida llegó a ser un continuo afán: las angustias de una semana engendraban las de la semana siguiente; raros eran los días de relativo descanso. Para atenuar las horas tristes sacaban fuerzas de flaqueza, alegrando con afectadas fantasmagorías los ratos de la noche, cuando se veían libres de acreedores molestos y de reclamaciones enfadosas. Fué preciso hacer nuevas mudanzas, buscando la baratura, y del *Olmo* pasaron al *Saúco*, y del *Saúco* al *Almendro*. Por esta fatalidad de los nombres de árboles en las calles donde vivieron parecían pájaros que volaban de rama en rama, dispersados por las escopetas de los cazadores o las pedradas de los chicos.

En una de las tremendas crisis de aquel tiempo tuvo *Benina* que acudir nuevamente al fondo de su cofre, donde escondía el *gato* o montepío, producto de sus descuentos y sisas. Ascendía el montón a diecisiete duros. No pudiendo decir a su señora la verdad, salió con el cuento de que una prima suya, la Rosaura, que comerciaba en miel alcarreña, le había dado unos duros para que se los guardara.

—Dame, dame todo lo que tengas, *Benina*, así Dios te conceda la gloria eterna, que yo te lo devolveré doblado cuando los primos de Ronda me paguen lo del pejugar...; ya sabes..., es cosa de días..., ya viste la carta.

Y revolviendo en el fondo del baúl, entre mil baratijas y líos de trapos, sacó la sisona doce duros y medio y los dió a su ama, diciéndole:

—Es todo lo que tengo. No hay más: puede creerlo; es tan verdad como que nos hemos de morir.

No podía remediarlo. Descontaba su propia caridad y sisaba en su limosna.

VIII

Tantas desdichas, parecerá mentira, no eran más que el preámbulo del infortunio grande, aterrador, en que el infeliz linaje de los Juárez y Zapatas había de caer, la boca del abismo en que sumergido le hallamos al referir su historia. Desde que vivían en la calle del Olmo, doña Francisca fué abandonada de la sociedad que la ayudó a dar al viento su fortuna, y en las calles del Saúco y Almendro desaparecieron las pocas amistades que le restaban. Por entonces la gente de la vecindad, los tenderos chasqueados y las personas que de ella tenían lástima empezaron a llamarla doña Paca, y ya no hubo forma de designarla con otro nombre. Gentezuelas desconsideradas y groseras solían añadir al nombre familiar algún mote infamante: doña Paca la *Tramposa*, la *Marquesa del Infundio*.

Está visto que Dios quería probar a la dama rondeña, porque a las calamidades del orden económico añadió la grande amargura de que sus hijos, en vez de consolarla, despuntando por buenos y sumisos, agobiaran su espíritu con mayores mortificaciones y clavaran en su corazón espinas muy punzantes. Antoñito, defraudando las esperanzas de su mamá y esterilizando los sacrificios que se habían hecho para encarrilarle en los estudios, salió de la piel del diablo. En vano su madre y *Benina,* sus dos madres más bien, se desvivían por quitarle de la cabeza las malas ideas: ni el rigor ni las blanduras daban resultado. Se repetía el caso de que, cuando ellas creían tenerle conquistado con carantoñas y mimos, él las engañaba con fingida sumisión, y escamoteándoles la voluntad se alzaba con el santo y la limosna. Era muy listo para el mal y hallábase dotado de seducciones raras para hacerse perdonar sus travesuras. Sabía esconder su astuta malicia bajo apariencias agradables; a los dieciséis años engañaba a sus madres como si fueran niñas; traía falsos certificados de exámenes; estudiaba por apuntes de los compañeros, porque vendía los libros que se le habían comprado. A los diecinueve años, las malas compañías dieron ya carácter grave a sus diabluras: desaparecía de la casa por dos o tres días, se embriagaba, se quedó en los huesos. Uno de los principales cuidados de las dos madres era esconder en las entrañas de la tierra la poca moneda que tenían, porque con él no había dinero seguro. La sacaba con arte exquisito del seno de doña Paca o del bolso mugriento de *Benina.* Arramblaba por todo, fuera poco, fuera mucho. Las dos mujeres no sabían qué escondrijos inventar ni en qué profundidades de la cocina o de la despensa esconder sus mezquinos tesoros.

Y a pesar de esto, su madre le quería entrañablemente, y *Benina* le adoraba, porque no había otro con más arte y más refinado histrionismo para fingir el arrepentimiento. A sus delirios seguían comúnmente días de recogimiento solitario en la casa, derroche de lágrimas y suspiros, protestas de enmienda, acompañadas de un febril besuqueo de las caras de las dos madres burladas... El blando corazón de éstas, engañado por tan bonitas demostraciones, se dejaba adormecer en la confianza cómoda y fácil, hasta que, de improviso, del fondo de aquellas zalamerías, verdaderas o falsas, saltaba el ladronzuelo como diablillo de trampa en el centro de una caja de dulces, y... otra vez el muchacho a sus correrías infames, y las pobres mujeres a su desesperación.

Por desgracia o por fortuna (y vaya usted a saber si era fortuna o desgracia), ya no había en la casa cubiertos de plata ni objeto alguno de metal valioso. El demonio del chico hacía presa en cuanto encontraba, sin despreciar las cosas de valor ínfimo; y después de arramblar por los paraguas y sombrillas, la emprendió con la ropa interior, y un día, al levantarse de la mesa, aprovechando un momento de descuido de sus madres y hermana, escamoteó el mantel y dos servilletas. De su propia ropa no se diga: en pleno invierno andaba por las calles sin abrigo ni capa, respetado de las pulmonías, protegido sin duda contra ellas por el fuego interior de su perversidad. Ya no sabían doña Paca y *Benina* dónde esconder las cosas, pues temían que les arrebatara hasta la camisa que llevaban puesta. Baste decir que desaparecieron en una noche las vinagreras y un estuchito de costura de Obdulia; otra noche, dos planchas y unas tenacillas, y sucesivamente, elásticas usadas, retazos de tela y multitud de cosas útiles, aunque de valor insignificante. Libros no había ya en la casa, y doña Paca no se atrevía ni a pedirlos prestados, temerosa de no poder devolverlos. Hasta los de misa habían volado, y tras ellos, o antes que ellos, gemelos de teatro, guantes en buen uso y una jaula sin pájaro.

Por otro estilo, y con organismo totalmente distinto de su hermano, la niña daba también mucha guerra. Desde los doce años se desarrolló en ella el neurosismo en un grado tal, que las dos madres no sabían cómo templar aquella gaita. Si la trataban con rigor, malo; si con mimos, peor. Ya mujer, pasaba sin transición de las inquietudes epilépticas a una languidez mortecina. Sus melancolías intensas aburrían a las pobres mujeres tanto como sus excitaciones, determinantes de una gran actividad muscular y mental. La alimentación de Obdulia llegó a ser el problema capital de la casa, y entre las desganas

y los caprichos famélicos de la niña, las madres perdían su tiempo y la paciencia que Dios les había concedido al por mayor. Un día le daban, a costa de grandes sacrificios, manjares ricos y sustanciosos, y la niña los tiraba por la ventana; otro, se hartaba de bazofias que le producían horroroso flato. Por temporadas se pasaba días y nochs llorando, sin que pudiera averiguarse la causa de su duelo; otras veces se salía con un geniecillo displicente y quisquilloso que era el mayor suplicio de las dos mujeres. Según opinión de un médico que por lástima las visitaba, y de otros que tenían consulta gratuita, todo el desorden nervioso y psicológico de la niña era cuestión de anemia, y contra esto no había más terapéutica que el tratamiento ferruginoso, los buenos filetes y los baños fríos.

Era Obdulia bonita, de facciones delicadas, tez opalina, cabello castaño, talle sutil y esbelto, ojos dulces, habla modosita y dengosa cuando no estaba de morros. No puede imaginarse ambiente menos adecuado a semejante criatura, mañosa y enfermiza, que la miseria en que había crecido y vivía. Por intervalos se notaban en ella síntomas de presunción, anhelos de agradar, preferencias por estas o las otras personas, algo que indicaba las inquietudes o anuncios del cambio de vida, de lo cual se alegraba doña Paca, porque tenía sus proyectos referentes a la niña. La buena señora se habría desvivido por realizarlo si Obdulia se equilibrara, si atendiera al complemento de su educación, bastante descuidada, pues escribía muy mal e ignoraba los rudimentos del saber que poseen casi todas las niñas de la clase media. La ilusión de doña Paca era casarla con uno de los hijos de su primo Matías, propietario rondeño, chicos guapines y bien criados, que seguían carrera en Sevilla y alguna vez venían a Madrid por San Isidro. Uno de ellos, Currito Zapata, gustaba de Obdulia: casi se entablaron relaciones amorosas, que por el carácter de la niña y sus extravagancias melindrosas no llegaron a formalizarse. Pero la madre no abandonaba la idea, o, al menos acariciándola en su mente, con ella se consolaba de tantas desdichas.

De la noche a la mañana, viviendo la familia en la calle del Olmo, se iniciaron, sin saber cómo, no sé qué relaciones telegráficas entre Obdulia y un chico de enfrente, cuyo padre administraba una empresa de servicios fúnebres. El bigardón aquel no carecía de atractivos: estudiaba en la Universidad y sabía mil cosas bonitas que Obdulia ignoraba y fueron para ella como una revelación. Literatura y poesía, versitos, mil baratijas del humano saber pasaron de él a ella en cartitas, entrevistas y honestos encuentros.

No miraba esto con buenos ojos doña Paca, atenta a su plan de casarla con el rondeño; pero la niña, que tomado había en aquellos tratos no pocas lecciones de romanticismo elemental, se puso como loca viéndose contrariada en su espiritual querencia. Le daban por mañana y tarde furiosos ataques epilépticos, en los que se golpeaba la cara y se arañaba las manos; y, por fin, un día *Benina* la sorprendió preparando una ración de cabezas de fósforos con aguardiente para ponérsela entre pecho y espalda. La marimorena que se armó en la casa no es para referida. Doña Paca era un mar de lágrimas; la niña bailaba el zapateado, tocando el techo con las manos, y *Benina* pensaba dar parte al administrador de *entierros* para que, mediante una buena paliza u otra medicina eficaz, le quitase a su hijo aquella pasión de *cosas de muertos, cipreses y cementerios* de que había contagiado a la pobre señorita.

Pasado algún tiempo sin conseguir apartar a la descarriada Obdulia del trato amoroso con el *chico de la funebridad*, consintiéndoselo a veces por vía de transacción con la epilepsia, y por evitar mayores males, Dios quiso que el conflicto se resolviera de un modo repentino y fácil; y, la verdad, con tal solución se ahorraban unas y otros muchos quebraderos de cabeza, porque también la *familia fúnebre* andaba a mojicones con el chico para apartarle del abismo en que arrojarse quería. Pues sucedió que una mañanita la niña supo burlar la vigilancia de sus dos madres y se escapó de la casa; el mancebo hizo lo propio. Juntáronse en la calle, con propósito firme de ir a algún poético lugar donde pudieran quitarse la miserable vida, bien abrazaditos, expirando al mismo tiempo, sin que el uno pudiera sobrevi-

vir al otro. Así lo determinaron en los primeros momentos, y echaron a correr pensando simultáneamente en cuál sería la mejor manera de matarse, de golpe y porrazo, sin sufrimiento alguno y pasando en un tris a la región pura de las almas libres. Lejos de la calle del Almendro se modificaron repentinamente sus ideas, y con perfecta concordancia pensaron cosas muy distintas de la muerte. Por fortuna, el chico tenía dinero, pues había cobrado la tarde anterior una factura de *féretro doble de cinc* y otra de un *servicio completo de cama imperial y conducción con seis caballos*, etc... La posesión del dinero realizó el prodigio de cambiar las ideas de suicidio en ideas de prolongación de la existencia; y variando de rumbo se fueron a almorzar a un café, y después a una casa cercana, de la cual, ya tarde, pasaron a otra donde escribieron a sus respectivas familias, notificándoles que *ya estaban casados*.

Como casados, propiamente hablando, no lo estaban aún; pero el trámite que faltaba tenía que venir necesariamente. El padre del chico se personó en casa de doña Paca, y allí se convino, llorando ella y pateando él, que no había más remedio que reconocer y acatar los hechos consumados. Y puesto que doña Francisca no podía dar a su niña dinero o efectos, ni aun en mínima cantidad para ayuda de un catre, él daría a Luquitas alojamiento en lo alto del depósito de ataúdes, y un sueldecillo en la sección de *Propaganda*. Con esto, y el corretaje que pudiera corresponderle por *trabajar el género* en las *casas mortuorias*, colocación de artículos de *lujo* o por agencia de embalsamamientos, podría vivir el flamante matrimonio con honrada modestia.

IX

No se había consolado aún la desventurada señora de la pena que el desatino de su hija le causara, y se pasaba las horas lamentándose de su suerte, cuando entró en quintas Antoñito. La pobre señora no sabía si sentirlo o alegrarse. Triste cosa era verle soldado, con el chopo a cuestas: al fin era señorito, y se le despegaba la vida de los cuarteles. Pero también pensaba que la disciplina militar le vendría muy bien para corregir sus malas mañas. Por fortuna o por desgracia del joven, sacó un número muy alto, y quedó de reserva. Pasado algún tiempo, y después de una ausencia de cuatro días, presentóse a su madre y le dijo que se casaba, que quería casarse, y que si no le daba su consentimiento, él se lo tomaría.

—Hijo mío, sí, sí—dijo la madre prorrumpiendo en llanto—. Vete con Dios, y solitas *Benina* y yo, viviremos con alguna tranquilidad. Puesto que has encontrado quien cargue contigo, y tienes ya quien te cuide y te aguante, allá te las hayas. Yo no puedo más.

A la pregunta de cajón sobre el nombre, linaje y condiciones de la novia, replicó el silbante que la conceptuaba muy rica, y tan buena que no había más que pedir. Pronto se supo que era hija de una sastra, que pespuntaba con primor y que no tenía más dote que su dedal.

—Bien, niño, bien—le dijo una tarde doña Paca—. Me he lucido con mis hijos. Al menos, Obdulia, viviendo entre ataúdes, tiene sobre qué caerse muerta... Pero tú, ¿de qué vas a vivir? ¿Del dedal y las puntadas de ese prodigio? Verdad que como eres tan trabajador y tan económico, aumentarás las ganancias de ella con tu arreglo. ¡Dios mío, qué maldición ha caído sobre mí y sobre los míos! Que me muera pronto para no ver los horrores que han de sobrevenir.

Debe notarse, la verdad ante todo, que desde que empezó el noviazgo de Antoñito con la hija de la sastra, se fué corrigiendo de sus mañas rapaces, hasta que se le vió completamente curado de ellas. Su carácter sufrió un cambio radical: mostrándose afectuoso con su madre y con *Benina*, resignábase a no tener más dinero que el poquísimo que le daban, y hasta en su lenguaje se conocía el trato de personas más honradas y decentes que las de antaño. Esto fué parte a que doña Paca le concediera el consentimiento, sin conocer a la novia ni mostrar ganas de estas cosas. *Benina* aventuró la idea de que tal vez por aquel torcido sendero de la boda del mequetrefe vendría la suerte a la casa, pues la suerte, ya se sabe, no viene nunca por donde lógicamente se la espera, sino por curvas y vericuetos increíbles. No se daba por convencida doña Paca, que sintiéndose minada de una melancolía co-

rrosiva, no veía ya en la existencia ningún horizonte que no fuera ceñudo y tempestuoso. Con hallarse ya las dos mujeres, por la colocación de los hijos, en mejores condiciones de reposo y de vida, no se avenían con su soledad, y echaban de menos a *la familia menuda*; cosa en verdad muy natural, porque es ley que los mayores conserven el afecto a la descendencia, aunque ésta los martirice, los maltrate y los deshonre.

A poco de celebrarse las dos bodas, trasladóse doña Paca de la calle del Almendro a la Imperial, buscando siempre baraturas, que al fin y al cabo no le resolvían el problema de vivir sin recursos. Estos se habían reducido a cero, porque el resto disponible de la pensión apenas bastaba para tapar la boca a los acreedores menudos. Casi todos los días del mes se pasaban en angustiosos arbitrios para reunir cuartos, cosa en extremo difícil ya, porque no había en la casa objetos de valor. El crédito en tiendas o en cajones de la plazuela habíase agotado. De los hijos nada podía esperarse, y bastante hacían los pobres con asegurar malamente su propia subsistencia. La situación era, pues, desesperada, de naufragio irremediable, flotando los cuerpos entre las bravas olas, sin tabla o madero a que poder agarrarse. Por aquellos días hizo la *Benina* prodigiosas combinaciones para vencer las dificultades y dar de comer a su ama gastando inverosímiles cantidades metálicas. Como tenía conocimiento en las plazuelas, por haber sido en tiempos mejores excelente parroquiana, no le era difícil adquirir comestibles a precio ínfimo, y gratuitamente huesos para el caldo, trozos de lombarda o repollos averiados, y otras menudencias. En los comercios para pobres que ocupan casi toda la calle de la Ruda, también tenía buenas amistades y relaciones, y con poquísimo dinero, o sin ninguno a veces, tomando al fiado, adquiría huevos chicos, rotos y viejos; puñados de garbanzos o lentejas, azúcar morena de restos de almacén, y diversas porquerías que presentaba a la señora como artículo de mediana clase.

Por ironía de su destino, doña Paca, afligida de diversas enfermedades, conservaba su buen apetito y el gusto de los manjares selectos; gusto y apetito que en cierto modo venía a ser también enfermedad, en aquel caso de las más rebeldes, porque en las farmacias llamadas tiendas de comestibles no despachaban sin dinero. Con esfuerzos sobrehumanos, empleando la actividad corpórea, la atención intensa y la inteligente travesura, *Benina* le daba de comer lo mejor posible, a veces muy bien, con delicadezas refinadas. Un profundo sentimiento de caridad la movía, y además el ardiente cariño que a la triste señora profesaba, como para compensarla, a su manera, de tantas desdichas y amarguras. Conformábase ella con chupar algunos huesos y catar desperdicios siempre y cuando doña Paca quedase satisfecha. Pero no por caritativa y cariñosa perdía sus mañas instintivas; siempre ocultaba a su señora una parte del dinero, trabajosamente reunido, y la guardaba para formar nuevo fondo y capital nuevo.

Al año del casorio, los hijos, que habían entrado en la vida matrimonial con regular desahogo, empezaron a recibir golpes de la suerte, como si heredaran la maldición recaída sobre la pobre madre. Obdulia, que no pudo habituarse a vivir entre cajas de muerto, enfermó de hipocondría; malparió; sus nervios se desataron; la pobreza y las negligencias de su marido, que de ella no se cuidaba, agravaron sus males constitutivos. Mezquinamente socorrida por sus suegros, vivía en un sotabanco de la calle de la Cabeza, mal abrigada y peor comida, indiferente a su esposo, consumiéndose en letal ociosidad, que fomentaba los desvaríos de su imaginación.

En cambio, Antoñito se había hecho hombre formal después de casado, tal vez por obra y gracia de la virtud, buen juicio y laboriosidad de su mujer, que salió verdadera alhaja. Pero todos estos méritos, que habían producido el milagro de la redención moral de Antonio Zapata, no bastaban a defenderle de la pobreza. Vivía el matrimonio en un cuartito de la calle de San Carlos, que parecía el interior de una bombonera, y apenas se entraba en él se veía en todo una mano hacendosa. Para mayor dicha, el que en otro tiempo perteneció a la clase de los llamados golfos, adquiría el hábito y el gusto del trabajo productivo, y no habiendo cosa mejor en que ocuparse, se había hecho corredor de anuncios. Todo el santo día le teníais

como un azacán, de comercio en comercio, de periódico en periódico, y aunque de sus comisiones había que descontar el considerable gasto de calzado, siempre le quedaba para ayuda del cocido y para aliviar a la Juliana de su enorme tarea en la Singer. Y que la moza no se andaba en chiquitas: su fecundidad no era inferior a su disposición casera, porque en el primer parto trajo dos gemelos. No hubo más remedio que poner ama, y una boca más en la casa obligó a duplicar los movimientos de la Singer y las correrías de Antoñito por las calles de Madrid. Antes de la venida de los gemelos, el ex golfo solía sorprender a su madre con esplendideces y rasgos de amor filial, que eran las únicas alegrías saboreadas por la infeliz señora en mucho tiempo: le llevaba una peseta, dos pesetas y a veces medio duro, y doña Paca lo agradecía más que si sus parientes de Ronda le regalaran un cortijo. Pero desde que se posesionaron de la casa los mellizos, ávidos de vida y de leche, que había que formar con buenos alimentos, el dichoso y asendereado padre no pudo obsequiar a la abuelita con los sobrantes de su ganancia, porque no los tenía. Más que para dar estaba para que le dieran.

Al contrario de este matrimonio, el de los *funerarios*, Luquitas y Obdulia, iba mal, porque el esposo se distraía de sus obligaciones domésticas y de su trabajo; frecuentaba demasiado el café, y quizá lugares menos honestos, por lo cual se le privó de la cobranza de facturas de servicios mortuorios. Obdulia no tenía ni asomos de arreglo; pronto se vió agobiada de deudas; cada lunes y cada martes enviaba recaditos a su madre con la portera, pidiéndole cuartos, que doña Paca no podía darle. Todo esto era ocasión de nuevos afanes y cavilaciones para *Benina*, que amaba entrañablemente a la señorita de la casa, y no podía verla con hambre y necesidad, sin tratar al instante de socorrerla según sus medios. No sólo tenía que atender a su casa, sino a la de Obdulia, cuidando de que lo más preciso no faltase en ella. ¡Qué vida, qué fatigas horrorosas, qué pugilato con el Destino, en las sombras tétricas de la miseria vergonzante, que tiene que guardar el crédito, mirar por el decoro! La situación llegó a ser un día tan extremadamente angustiosa, que la heroica anciana, cansada de mirar a cielo y tierra por si inopinadamente caía algún socorro, perdido el crédito en las tiendas, cerrados todos los caminos, no vió más arbitrio para continuar la lucha que poner su cara en vergüenza saliendo a pedir limosna. Hízolo una mañana, creyendo que lo haría por única vez, y siguió luego todos los días, pues la fiera necesidad le impuso el triste oficio mendicante, privándola en absoluto de todo otro medio de atender a los suyos. Llegó por sus pasos contados, y no podía menos de llegar y permanecer allí hasta la muerte, por ley social, económica, si es que así se dice. Mas no queriendo que su señora se enterase de tanta desventura, armó el enredo de que le había salido una buena *proporción* de asistenta, en casa de un señor eclesiástico, alcarreño, tan piadoso como adinerado. Con su presteza imaginativa bautizó al fingido personaje, dándole, para engañar mejor a la señora, el nombre de don Romualdo. Todo se lo creyó doña Paca, que rezaba algunos padrenuestros para que Dios aumentase la piedad y las rentas del buen sacerdote, por quien *Benina* tenía algo que traer a casa. Deseaba conocerle, y por las noches, engañando las dos su tristeza con charlas y cuentos, le pedía noticias de él y de sus sobrinas y hermanas, de cómo estaba puesta la casa y del gasto que hacían, a lo que contestaba *Benina* con detalladas referencias y pormenores, simulacro perfecto de la verdad.

X

Pues, señor, atando ahora el cabo de esta narración, sigo diciendo que aquel día comió la señora con buen apetito, y mientras tomaba los alimentos adquiridos con el duro del ciego Almudena, digería fácilmente los piadosos engaños que su criada y compañera le iba metiendo en el cuerpo. Había llegado a tener doña Paca tal confianza en la disposición de *Benina*, que apenas se inquietaba ya por las dificultades del mañana, segura de que la otra las había de vencer con su diligencia y conocimiento del mundo, valiéndole de mucho la protección del bendito don Romualdo. Ama y criada comieron juntas, y de sobremesa doña Paca le decía:

—No debes escatimar el tiempo a esos señores; y aunque tu obligación es servirles no más que hasta las doce, si algún día quieren que te estés allí por la tarde, estate, mujer, que ya me entenderé yo aquí como pueda.

—Eso no—respondió *Benina*—, que tiempo hay para todo, y yo no puedo faltar de aquí. Ellos son gente buena, y se hacen cargo...

—Bien se les conoce. Yo le pido al Señor que les premie el buen trato que te dan, y mi mayor alegría hoy sería saber que a don Romualdo me le hacían obispo.

—Pues ya suena el runrún de que van a proponerle; sí, señora, obispo de no sé qué punto, allá en las islas de Filipinas.

—¿Tan lejos? No, eso no. Por acá tienen que dejarle para que haga mucho bien.

—Lo mismo piensa la Patros, ¿sabe?, la mayor de las sobrinas.

—¿Esa que me has dicho tiene el pelo entrecano y bizca un poco?

—No; ésa es la otra.

—Ya, ya... Patros es la que tartamudea y padece de temblores.

—Esa. Pues dice que adónde van ellas por esos mares de tan lejos... No, no; más vale simple cura por aquí, que arzobispo allá, donde, según dicen, son las doce del día cuando aquí tenemos las doce de la noche.

—En los antípodas.

—Pero la hermana, doña Josefa, dice que venga la mitra, y sea donde Dios quisiere, que ella no teme el ir al fin del mundo, con tal de ver al reverendísimo en el puesto que le corresponde.

—Puede que tenga razón. ¿Y qué hemos de hacer nosotras más que conformarnos con la voluntad del Señor, si nos llevan tan lejos al que, amparándote a ti, a mí también me ampara? Ya sabe Dios lo que hace, y hasta podría suceder que lo que creemos un mal fuera un bien, y que el buen don Romualdo, al marcharse, nos dejara bien recomendadas a un obispo de acá, o al propio nuncio...

—Yo creo que sí. En fin, allá veremos.

No pasó de aquí la conversación referente al imaginario sacerdote, a quien doña Paca conocía ya como si le hubiera visto y tratado, forjándose en su mente un tipo real con los elementos descriptivos y pintorescos que *Benina* un día y otro le daba. Pero lo demás que picotearon se queda en el tintero para dar lugar a cosas de mayor importancia.

—Cuéntame, mujer. Y Obdulia, ¿qué dice?

—Pues nada. ¿Qué ha de decir la pobre? El pillo de Luquitas no parece por allí hace dos días. Asegura la niña que tiene dinero, que cobró de un *embalsamado*, y se lo gasta con unas pendangas de la calle del Bonetillo.

—¡Jesús me valga! Y su padre, ¿qué hace?

—Reprenderle, castigarle, si le coge a mano. Lo que es a ése no le enderezan ya. A la niña le mandan comida de casa de los padres; pero tan tasada, que no le llega al colmillo. Se moriría de hambre si no le llevara yo lo que le llevo. ¡Pobre ángel! Pues verá usted: estos días me la he encontrado contenta. Ya sabe usted que la niña es así. Cuando hay más motivos para que esté alegre, se pone a llorar; cuando debiera estar triste, se pone como unas castañuelas. Sólo Dios entiende aquella zampoña y la manera de templarla. Pues la he visto contenta, sí, señora, y es porque da en figurarse cosas buenas. Más vale así. Es de las que se creen todo lo que fabrican ellas mismas en su cabeza. De este modo, son felices cuando debieran ser desgraciadas.

—Pues si le da por lo contrario, ayúdame tú a sentir... ¿Y estaba sola, enteramente sola con la chica?

—No, señora: allí estaba ese caballero tan fino que la acompaña algunas mañanas; ese que es de la familia de los Delgados, paisanos de usted.

—Ya... Frasquito Ponte. Figúrate si le conoceré. Es de mi tierra, o de Algeciras, que viene a ser lo mismo. Ha sido elegantón y se empeña en serlo todavía..., porque te advierto que es más viejo que un palmar... Buena persona, caballero de principios, y que sabe tratar con damas, de estos que no se estilan ya, pues ahora todo es grosería y mala educación. Viene a ser Ponte cuñado de unas primas de mi esposo, porque su hermana casó con..., en fin, ya no me acuerdo del parentesco. Me alegro de que trate a mi hija, pues a ésta le convienen relaciones de sujetos dignos, decentes y de buena posición.

—Pues la posición del tal don Frasquito me parece a mí que es como la

del que está montado al aire, lo mismo que los brillantes.

—En mis tiempos era un solterón que se daba buena vida. Tenía un buen empleo, comía en casas grandes y se pasaba las noches en el Casino.

—Pues debe de estar ahora más pobre que una rata, porque las noches se las pasa...

—¿Dónde?

—En los palacios encantados de la *señá* Bernarda, calle de Mediodía Grande..., la casa de dormir, ¿sabe?

—¿Qué me cuentas?

—Ese Ponte duerme allí cuando tiene los tres reales que cuesta la cama, en el dormitorio de primera.

—Tú estás trastornada, *Benina*.

—Le he visto, señora. La Bernarda es amiga mía. Fué la que nos prestó los ocho duros aquellos, ¿sabe?, cuando la señora tuvo que sacar cédula con recargo y pagar un poder para mandarlo a Ronda.

—Ya..., la que venía todos los días a reclamar la deuda y nos freía la sangre.

—La misma. Pues con todo, es buena mujer. No nos hubiera reclamado *por justicia*, aunque nos amenazaba. Otras son peores. Sepa usted que está rica, y con las seis casas de dormir que tiene, no le baja de cuarenta mil duros lo que ha ganado, sí, señora, y todo ello lo ha puesto en el Banco, y vive del interés.

—¡Qué cosas se ven! Bueno está el mundo... Pues volviendo al *caballero Ponte*, que así le llamaban en Andalucía, si es tan pobre como dices, dará lástima verle... Y más vale así, porque la reputación de la niña podría sufrir algo, si en vez de ser el tal una ruina, un pobre mendigo de levita, fuera un galán de posibles, aunque viejo.

—Yo creo—dijo *Benina* riendo, pues su condición jovial se mostraba en cuantito que los afanes de la vida le daban un respiro—que va allá... para que le embalsamen... Buena falta le hace. Y que se den prisa, antes que esté *corruto*.

Doña Paca se rió un poco con aquellas ocurrencias, y después pidió informes de la otra familia.

—Al niño no le he visto ni hoy ni ayer—respondió *Benina*—; pero me ha dicho la Juliana que anda corriendo ahora como las mismas exhalaciones, porque, con esto del trancazo, le han salido muchos anunciantes de medicinas. Piensa ganar mucho dinero y *echar* él un periódico, todo de cosas de tienda, poniendo, un suponer, dónde venden este artículo o el otro artículo. Los dos mellizos parecen dos rollos de manteca; pero buenos cocidos y buenos guisados les cuestan, que el ama sabe cuándo empieza a comer, pero no cuándo acaba. La Juliana me dijo que probaremos algo de la *matanza* que le ha de mandar su tío el día del santo, y además dos cortes de botinas, de las echadas a perder en la zapatería para donde ella despunta.

—Es buena esa chica—dijo con gravedad doña Paca—, aunque tan ordinaria, que no empareja ni emparejará nunca conmigo. Sus regalos me ofenden, pero se los agradezco por la buena voluntad... En fin, es hora de que nos acostemos. Pues ya me parece que va medio hecha la digestión, prepárame la medicina para dentro de media hora. Esta noche me siento más cargada de las piernas, y con la vista muy perdida. ¡Santo Dios, si me quedaré ciega! Yo no sé qué es esto. Como bien, gracias a Dios, y la vista se me va de día en día, sin que me duelan los ojos. Ya no paso las noches en vela, gracias a ti, que todo lo discurres por mí, y al despertar, veo las cosas borradas y las piernas se me hacen de algodón. Yo digo: ¿qué tiene que ver el reuma con la visual? Me mandan que pasee. Pero ¿adónde voy yo con esta facha, sin ropa decente, temiendo tropezarme a cada paso con personas que me conocieron en otra posición, o con esos tipos ordinarios y soeces a quien se debe alguna cantidad?

Acordóse al oír esto *Benina* de lo más importante que tenía que decir a su señora aquella noche, y no queriendo dejarlo para última hora, por temor a que se desvelara, antes que salieran de la cocina, y mientras una y otra recogían las escasas piezas de loza para fregarlas, no desdeñándose doña Francisca de este bajo servicio, le dijo en el tono más natural que usar sabía:

—¡Ah! Ya no me acordaba... ¡Qué cabeza tengo! Hoy me encontré al señor don Carlos Moreno Trujillo.

Quedóse doña Paca suspensa, y poco faltó para que se le cayera de las manos el plato que estaba lavando.

—Don Carlos... Pero ¿has dicho don

Carlos? Y qué..., ¿te habló, te preguntó por mí?

—Naturalmente, y con un interés que...

—¿Es de veras? A buenas horas se acuerda de mí ese avaro, que me ha visto caer en la miseria, a mí, a la cuñada de su mujer..., pues Purita y mi Antonio eran hermanos, ya sabes..., y no ha sido para tenderme una mano...

—El año pasado, tal día como hoy, cuando se quedó viudo, mandó a la señora un socorrito.

—¡Seis duros! ¡Qué vergüenza!—exclamó doña Paca, dando vueltas a su indignación y a la inquina y despecho acumulados en su alma durante tantos años de oprobio y escasez—. La cara se me pone como fuego al decirlo. ¡Seis duros! Y unos pingajos de Purita, guantes sucios, faldas rotas y un traje de sociedad, antiquísimo, de cuando se casó la reina... ¿Para qué me sirvieron aquellas porquerías?... En fin, sigue contando: le encontraste, ¿a qué hora, en qué sitio?

—Serían las doce y media. El salía de San Sebastián...

—Ya sé que se pasa toda la mañana de iglesia en iglesia, royendo peanas. ¿Dices que a las doce y media? Pues ¡si a esa hora estabas tú sirviendo el almuerzo a don Romualdo!

No era *Benina* mujer que se acobardara por esta cogida. Su mente, fecunda para el embuste, y su memoria felicísima para ordenar las mentiras que antes había dicho y hacerlas valer en apoyo de la mentira nueva, la sacaron del apuro.

—Pero ¿no dije a usted que cuando ya habían puesto la mesa, faltaba una ensaladera, y tuve que ir a comprarla de prisa y corriendo a la plaza del Angel, esquina a Espoz y Mina?

—Si me lo dijiste, no me acuerdo. Pero ¿cómo dejabas la cocina momentos antes de servir el almuerzo?

—Porque la zagala que tenemos no sabe las calles, y, además, no entiende de compras. Hubiera tardado un siglo, y de fijo me trae una jofaina en vez de una ensaladera... Yo fuí volando, mientras la Patros se quedaba en la cocina..., que lo entiende, crea usted que lo entiende tanto como yo, o más... En fin, que me encontré al vejestorio de don Carlos.

—Pero si para ir de la calle de la Greda a Espoz y Mina no tenías que pasar por San Sebastián, mujer.

—Digo que él salía de San Sebastián. Le vi venir de allá, mirando al reloj de Canseco. Yo estaba en la tienda. El tendero salió a saludarle. Don Carlos me vió; hablamos...

—¿Y qué te dijo? Cuéntame qué te dijo.

—¡Ah!... Me dijo, me dijo... Preguntóme por la señora y por los niños.

—¡Qué le importarán a ese corazón de piedra la madre ni los hijos! ¡Un hombre que tiene en Madrid treinta y cuatro casas, según dicen, tantas como la edad de Cristo, una más; un hombre que ha ganado dinerales haciendo contrabando con géneros, untando a los de la Aduana y engañando a medio mundo, venirse ahora con cariñitos! A buenas horas, mangas verdes... Le dirías que le desprecio, que estoy por demás orgullosa con mi miseria, si miseria es una barrera entre él y yo... Porque ése no se acerca a los pobres sino con su cuenta y razón. Cree que repartiendo limosnas de ochavo y proporcionándose por poco precio las oraciones de los humildes, podrá engañar al de arriba y estafar la gloria eterna, o colarse en el cielo de contrabando, haciéndose pasar por lo que no es, como introducía el hilo de Escocia declarándolo percal de a real y medio la vara, con marchamos falsos, facturas falsas, certificados de origen falsos también... ¿Le has dicho eso? Di, ¿se lo has dicho?

XI

—No le he dicho eso, señora, ni había para qué—replicó *Benina*, viendo que doña Francisca se excitaba demasiado y que toda la sangre al rostro se le subía.

—Pero tú no recordarás lo que hicieron conmigo él y su mujer, que también era *Alejandro en puño*. Pues cuando empezaron mis desastres, se aprovechaban de mis apuros para hacer su negocio. En vez de ayudarme, tiraban de la cuerda para estrangularme más pronto. Me veían devorada por la usura, y no eran para ofrecerme un préstamo en buenas condiciones. Ellos pudieron salvarme, y me dejaron perecer. Y cuando

me veía yo obligada a vender mis muebles, ellos me compraban, por un pedazo de pan, la sillería dorada de la sala y los cortinones de seda... Estaban al acecho de las gangas, y al verme perdida, amenazada de un embargo, claro..., se presentaban como salvadores... ¿Qué me dieron por el San Nicolás de Tolentino, de escuela sevillana, que era la joya de la casa de mi esposo, un cuadro que él estimaba más que su propia vida? ¿Qué me dieron? ¡Veinticuatro duros, *Benina* de mi alma, veinticuatro duros! Como que me cogieron en una hora tonta, y yo, muerta de ansiedad y de susto, no sabía lo que me hacía. Pues un señor del Museo me dijo después que el cuadro no valía menos de diez mil reales... ¡Ya ves qué gente! No sólo desconocieron siempre la verdadera caridad, sino que ni por el forro conocían la delicadeza. De todo lo que recibíamos de Ronda, peros, piñonate y alfajores, le mandábamos a Pura una buena parte. Pues ellos cumplían con una bandejita de dulces el día de San Antonio, y alguna cursilería de bazar en mi cumpleaños. Don carlos era tan gorrón, que casi todos los días se dejaba caer en casa a la hora a que tomábamos café..., y ¡cómo se relamía! Ya sabes que el de su casa no era más que agua de fregar. Y si íbamos al teatro juntos, convidados a mi palco, siempre se arreglaban de modo que comprase Antonio las entradas... De la grosería con que utilizaban a todas horas nuestro coche, nada te digo. Ya recordarás que el mismo día en que ajustamos la venta de la sillería, se estuvieron paseando en él todita la tarde, dándose un pisto estrepitoso en la Castellana y Retiro.

No quiso *Benina* quitarle la cuerda con interrupciones y negativas, porque sabía que cuando se disparaba en aquel tema, era mejor dejar que le diese todas las vueltas. Hasta que no puso la señora el punto, sofocada y casi sin aliento, no se aventuró a decirle:

—Pues don Carlos me mandó que fuera a su casa mañana.

—¿Para qué?

—Para hablar conmigo...

—Como si lo viera. Querrá mandarme una limosna... Justamente: hoy es el aniversario de la muerte de Pura... Se saldrá con alguna porquería.

—¡Quién sabe, señora! Puede que se arranque...

—¿Ese? Ya estoy viendo que te pone en la mano un par de pesetas o un par de duros, creyendo que por este rasgo han de bajar los ángeles, tocando violines y guitarras, a ensalzar su caridad. Yo que tú, rechazaría la limosna. Mientras tengamos a nuestro don Romualdo, podemos permitirnos un poquito de dignidad, Nina.

—No nos conviene. Podría incomodarse y decir, un suponer, que es usted orgullosa y que sé yo qué.

—Que lo diga. ¿Y a quién se lo va a decir?

—Al propio don Romualdo, de quien es amigote. Todos los días le oye la misa, y después echan un parrafito en la sacristía.

—Pues haz lo que quieras. Y por lo que pueda sobrevenir, cuéntale a don Romualdo quién es don Carlos, y hazle ver que sus devociones de última hora no son de recibo. En fin, yo sé que no has de dejarme mal, y ya me contarás mañana lo que saques de la visita, que será lo que el negro del sermón.

Algo más hablaron. *Benina* procuraba extinguir y enfriar la conversación, evitando las réplicas y dando a éstas tono conciliador. Pero la señora tardó en dormirse, y la criada también, pasándose parte de la noche en la preparación mental de sus planes estratégicos para el día siguiente, que sería, sin duda, muy dificultoso, si no tenía la suerte de que don Carlos le pusiera en la mano una buena porrada de duros..., que bien podría ser.

A la hora fijada por el señor de Moreno Trujillo, ni minuto más ni minuto menos, llamaba *Benina* a la puerta del principal de la calle de Atocha, y una criada la introdujo en el despacho, que era muy elegante, todos los muebles igualitos en color y hechura. Mesa de ministro ocupaba el centro, y en ella había muchos libros y fajos de papeles. Los libros no eran *de leer*, sino de cuentas, todo muy limpio y ordenadito. La pared del centro ostentaba el retrato de doña Pura, cubierto con una gasa negra, en marco que parecía de oro puro. Otros retratos de fotografía, que debían de ser de las hijas, yernos y nietecillos de don Carlos, veíanse en diversas partes de la estancia. Junto al cuadro grande, y pe-

gadas a él, como las ofrendas o exvotos en el altar, pendían multitud de coronas de trapo con figuradas rosas, violetas y narcisos, y luengas cintas negras con letras de oro. Eran las coronas que había llevado la señora en su entierro, y que don Carlos quiso conservar en casa, porque no se estropeasen en la intemperie del campo santo. Sobre la chimenea, nunca encendida, había un reloj de bronce con figuras, que no andaba, y no lejos de allí un almanaque americano, en la fecha del día anterior.

Al medio minuto de espera entró don Carlos, arrastrando los pies, con gorro de terciopelo calado hasta las orejas, y la capa de *andar por casa*, bastante más vieja que la que usaba para salir. El uso continuo de esta prenda, aún más allá del cuarenta de mayo, se explica por su aborrecimiento de estufas y braseros, que, según él, son la causa de tanta mortandad. Como no estaba embozado, pudo *Benina* observar que traía cuello y puños limpios, y gruesa cadena de reloj, galas que sin duda respondían a la etiqueta del aniversario. Con un inconmensurable pañuelo de cuadros se limpiaba la continua destilación de ojos y narices; después se sonó con estrépito dos o tres veces, y viendo a *Benina* en pie, la mandó sentar con un gesto, y él ocupó gravemente su sitio en el sillón, compañero de la mesa, el cual era de respaldo alto y tallado, al modo de sitial de coro. *Benina* descansó en el filo de una silla, como todo lo demás, de roble con blando asiento de terciopelo verde.

—Pues la he llamado a usted para decirle...

Pausa. La cabeza de don Carlos hallábase afectada de un crónico temblor nervioso, movimiento lateral, como el que usamos para la denegación. Este *tic* se acentuaba o era casi imperceptible, según los grados de excitación del individuo.

—Para decirle...

Otra pausa, motivada por un golpe de destilación. Don Carlos se limpió los ojos ribeteados de rojo, y se frotó la recortada barba, la cual no tenía más razón de ser que la pereza de afeitarse. Desde la muerte de su esposa, el buen señor, que sólo por ella y para ella se rapaba la cara, quiso añadir a tantas demostraciones de duelo el luto de su rostro, dejándolo cubrir como de una gasa, de pelos blancos, negros y amarillos.

—Pues para decirle a usted que lo que le pasa a la Francisca, y al encontrarse ahora en condición tan baja, es por no haber querido llevar cuentas. Sin buen arreglo no hay riqueza que no venga a parar en la mendicidad. Con orden, los pobres se hacen ricos. Sin orden, los ricos...

—Paran en pobres, sí, señor—dijo humildemente *Benina*, que aunque ya sabía todo aquello, quiso recibir la máxima como si fuera descubrimiento reciente de don Carlos...

—Francisca ha sido siempre una mala cabeza. Bien se lo decíamos mi señora y yo: "Francisca, que te pierdes, que te vas a ver en la miseria", y ella... tan tranquila. Nunca pudimos conseguir que apuntara sus gastos y sus ingresos. ¿Hacer ella un número? Antes la matarán. Y el que no hace números, está perdido. ¡Con decirle a usted que no supo jamás lo que debía, ni en qué fecha vencían los pagarés!

—Verdad, señor, mucha verdad—dijo *Benina* suspirando, en expectativa de lo que don Carlos le daría después de aquel sermón.

—Porque usted calcule..., si yo tengo en mi vejez un buen pasar para mí y para mis hijos; si no me falta una misa en sufragio del alma de mi querida esposa, es porque llevé siempre con método y claridad los negocios de mi casa. Hoy mismo, retirado del comercio, llevo al día la contabilidad de mis gastos particulares, y no me acuesto sin pasar todos los apuntes a la agenda, y luego, en los ratitos libres, lo paso al Mayor. Vea usted, véalo para que se convenza—añadió marcando más el temblor negativo—. Lo que yo quisiera es que Francisca pudiera aprovechar esta lección. Aún no es tarde... Entérese usted.

Y cogió un libro, y después otro, y los fué mostrando a la *Benina*, que se acercó para ver tanta maravilla numérica.

—Fíjese usted. Aquí apunto el gasto de la casa, sin que se me pase nada, ni aun los cinco céntimos de una caja de fósforos; los cuartos del cartero, todo, todo... En este otro chiquitín, las limosnas que hago y lo que empleo en sufragios. Limosnas diarias, tanto. Limosnas

mensuales, cuanto. Después lo paso todo al Mayor, donde se puede saber, día por día, lo que gasto, y hacer el balance... Usted calcule: si Francisca hubiera hecho balance, no estaría como está.

—Cierto, señor, muy cierto. Y yo le digo a la señora que haga balance, que lleve todo por apuntación, lo que entra como lo que sale. Mas ella, como ya no es niña, no puede apencar por la buena costumbre. Pero es un ángel, señor, y no hay que reparar en si apunta o no apunta para socorrerla.

—Nunca es tarde para entrar por el aro, como quien dice. Yo le aseguro a usted que si hubiera visto en Francisca siquiera intenciones o deseos de llevar sus cuentas en regla, le hubiera prestado..., prestar no, le hubiera facilitado medios de llegar a la nivelación. Pero es una cabeza desatornillada; convenga usted conmigo en que es una cabeza desatornillada.

—Sí, señor, convengo en ello.

—Y se me ha ocurrido..., para eso la he llamado a usted..., se me ha ocurrido que el mejor donativo que puedo hacer a esa desgraciada es éste.

Diciéndolo, don Carlos cogió un libro largo y estrecho, nuevecito, y lo puso delante de sí para que *Benina* lo cogiera. Era una agenda.

—Vea usted—dijo el buen señor, hojeando el libro—: aquí están todos los días de la semana. Fíjese bien: a un lado, la columna del Debe; a otro, la del Haber. Vea cómo en los gastos se marcan los artículos: carbón, aceite, leña, etc... Pues ¿qué trabajo cuesta ir poniendo aquí lo que se gasta, y en esta otra parte lo que ingresa?

—Pero si a la señora no le ingresa nada.

—¡Caramelos!—exclamó Trujillo dando una palmada sobre el libro—. Algo habrá, porque su poco de consumo hacen ustedes, y para ese consumo alguna cantidad, corta o larga, chica o grande, han de tener. Y lo que usted saca de las limosnas, ¿por qué no ha de anotarse? Vamos a ver, ¿por qué no ha de anotarse?

Benina le miró entre colérica y compadecida. Pero más pudo la ira que la lástima, y hubo un momento, un segundo no más, en que le faltó poco para coger el libro y estampárselo en la cabeza al señor don Carlos. Conteniendo su furor, y para que el monomaníaco de la contabilidad no se lo conociera, le dijo con forzada sonrisa:

—¿De modo que el señor apunta las perras que nos da a los pobres de San Sebastián?

—Día por día—replicó el anciano con orgullo, moviendo más la cabeza—. Y puedo decirle a usted, si quiere saberlo, lo que he dado en tres meses, en seis, en un año.

—No, no se moleste, señor—indicó *Benina*, sintiendo otra vez ganas de darle un papirotazo—. Llevaré el libro, si usted quiere. La señora se lo agradece mucho, y yo también. Pero no tenemos pluma ni lápiz para un remedio.

—Todo sea por Dios. ¿En qué casa, por pobre que esté, no hay recado de escribir? Se ofrece echar una firma, tomar una cuenta, auntar un nombre o señas de casa para que no se olviden... Tome usted este lápiz, que ya está afilado, y lléveselo también, y cuando se le gaste la punta, se la saca usted con el cuchillo de la cocina.

Y a todas éstas, don Carlos no hablaba de darle ningún socorro positivo, concretando su caridad a la ofrenda del libro, que debía ser fundamento del orden administrativo en la desquiciada hacienda de doña Francisca Juárez. Al verle mover los labios para seguir hablando, y echar mano a la llave puesta en el cajón de la izquierda, *Benina* sintió gran alegría.

—No hay ni puede haber prosperidad sin administración—afirmó don Carlos, abriendo la gaveta y mirando dentro de ella—. Yo quiero que Francisca administre, y cuando administre...

"Cuando administre, ¿qué?—dijo *Benina* con el pensamiento—. ¿Qué nos va usted a dar, viejo loco, más loco que los que están en Leganés? Así se te pudra todo el dinero que guardas, y se te convierta en pus dentro del cuerpo para que revientes, zurrón de avaricia."

—Coja usted el libro y el lápiz, y lléveselo con mucho cuidado..., no se le pierda por el camino. Bueno: ¿se ha hecho usted cargo? ¿Me responde de que apuntarán todo?

—Sí, señor..., no se escapará ni un verbo.

—Bueno. Pues ahora, para que Francisca se acuerde de mi pobre Pura y rece

por ella... ¿Me promete usted que rezarán por ella y por mí?

—Sí, señor; rezaremos a voces, hasta que se nos caiga la campanilla.

—Pues aquí tengo doce duros, que destino al socorro de los necesitados que no se determinan a pedir limosna porque les da vergüenza..., ¡pobrecitos!, son los más dignos de conmiseración.

Al oír *doce duros, Benina* abrió cada ojo como la puerta de una casa. ¡Cristo, lo que ella haría con doce duros! Ya estaba viendo el descanso de muchos días. atender a tantas necesidades, tapar algunas bocas, vivir, respirar, dando de mano al petitorio humillante y al suplicio de la busca por medios tan fatigosos. La pobre mujer vió el cielo abierto, y por el hueco la docena de pesos, compendio hermosísimo de su felicidad en aquellos días.

—Doce duros—repitió don Carlos pasando las monedas de una mano a otra—; pero no se los doy en junto, porque sería fomentar el despilfarro; se los asigno...

A *Benina* se le cayeron las alas del corazón.

—Si se los diera, mañana a estas horas no tendría ya ni un céntimo. Le señalo dos duros al mes, y todos los días veinticuatro puede usted venir a recogerlos, hasta que se cumplan los seis meses, y pasado septiembre yo veré si debo aumentar o no la asignación. Esto depende, fíjese usted, de que yo me entere, tocante a si se administra o no se administra, si hay orden o sigue el..., el caos. Mucho cuidado con el caos.

—Bien, señor—manifestó *Benina* con humildad, pensando que más cuenta le tenía conformarse y coger lo que se le daba sin mesterse en cuestiones con el estrafalario y ruin vejete—. Yo le respondo de que se llevarán los apuntes con *ministración*, y no se nos escapará ni una hilacha... ¿Conque pasaré los días veinticuatro? Nos viene bien para ayuda de la casa. El Señor se lo aumente, y a la señora difunta téngala en su santo descanso... por jamás amén.

Don Carlos, después de anotar, gozando mucho en ello, la cantidad desembolsada, despidió a *Benina* con un gesto, y mudándose de capa y encasquetándose el sombrero nuevo, prenda que no salía de la caja sino en días solemnes, se dispuso a salir y emprender con voluntad segura y firme pie las devociones de aquel día, que empezaban en Montserrat y terminaban en la Sacramental de San Justo.

XII

"El demontre del viejo—se decía la *señá Benina*, metiéndose a buen andar por la calle de las Urosas—, no puede hacer más de lo que le manda su natural. Válgate Dios: si cosas muy raras cría Nuestro Señor en el aquel de plantas y animales, más raras las hace en el aquel de persona. No acaba una de ver verdades que parecen mentiras... En fin, otros son peores que este don Carlos, que al cabo da algo, aunque sea por cuenta y apuntación... Peores los hay, y tan peores..., que ni apuntan ni dan... El cuento es que con estos dos duros no se me arregla el día, porque quiero devolverle a Almudena el suyo, que bueno es tener con él palabra. Vendrán días malos, y él me servirá... Me quedan veinte reales, de los cuales habré de dar parte a *la niña*, que está pereciendo, y lo demás para comer hoy, y... Tendré que decirle a la señora que su pariente no me ha dado más que el libro de cuentas, con el cual y el lápiz pondremos un puchero que será muy rico... caldo de números y sustancia de imprenta..., ¡qué risa!... En fin, para las mentiras que he de decirle a doña Paca, Dios me iluminará, como siempre, y vamos tirando. A ver si encuentro a Almudena por el camino, que ésta es la hora de subir él a la iglesia. Y si no nos tropezamos en la calle, de fijo está en el café de la Cruz del Rastro."

Dirigióse allá, y en la calle de la Encomienda se encontraron.

—Hijo, en tu busca iba—le dijo la *Benina* cogiéndole por el brazo—. Aquí tienes tu duro. Ya ves que sé cumplir.

—*Amri*, no tener *priesa*.

—No te debo nada... Y hasta otra, Almudenilla, que días vendrán en que yo carezca y tú me sirvas, como te serviré yo viceversa... ¿Vienes del café?

—Sí, y *golvier* si querer tú *migo*. Convidar *tigo*.

Asintió *Benina* al convite, y un rato después hallábanse los dos sentaditos en el *café económico* tomándose sendos vasos de a diez céntimos. El local era una taberna retocada, con ridículas ele-

gancias entre pueblo y señorío; dorados chillones; las paredes pintorreadas de marinas y paisajes; ambiente fétido, y parroquia mixta de pobretería y vendedores del Rastro, locuaces, indolentes, algunos agarrados a los periódicos, y otros oyendo la lectura, todos muy a gusto en aquel vagar bullicioso, entre salivazos, humo de mal tabaco y olores de aguardiente. Solos en una mesa *Benina* y el marroquí, charlaron de sus cosas: el ciego le contó las barrabasadas de su compañera de vivienda, y ella su entrevista con don Carlos, y el ridículo obsequio del libro de cuentas y de los dos duros mensuales. De las riquezas que, según voz pública, atesoraba Trujillo (treinta y cuatro casas, la mar de dinero en papelorios del Gobierno, *muchismos* miles de miles en el Banco), charlaron extensamente, corriéndose luego a considerar, *verbigracia,* el sinnúmero de pobres que podrían ser felices con toda aquella *guita,* que a don Carlos le venía tan ancha, pues descontando una parte para sus hijos, que *de natural* debían poseerlo, con lo demás se apañarían tantos y tantos que andan por estas calles de Dios ladrando de hambre. Pero como ellos no habían de arreglarlo a su gusto, más cuenta les tenía no pensar en tal cosa, y buscarse cada cual su mendrugo de pan como pudiera, hasta que viniese la muerte y después Dios a dar a cada uno su merecido. Por fin, con extraordinaria gravedad y tono de convicción profunda, Almudena dijo a su amiga que todos los dinerales de don Carlos podían ser de ella, si quisiera.

—¿Míos? ¿Has dicho que todo lo de don Carlos puede ser mío? Tú estás loco, Almudenilla.

—*Tudo* tuya..., por la bendita luz. Si no creer mí, *priebar* tú y ver.

—Vuélvemelo a decir; que todo el dinero de don Carlos puede ser mío, ¿cuándo?

—Cuando querer ti.

—Lo creeré si me explicas cómo ha de ser ese milagro.

—Mí *sabier* cómo... *Dicir* ti secreto.

—Y si tú puedes hacer que todo el caudal de ese viejo loco, un suponer, pase a ser de otra persona, ¿por qué te conformas con la miseria, por qué no lo coges para ti?

Replicó a esto Almudena que la persona que hiciera el milagro, cuyo secreto él poseía, había de tener vista. Y el milagro era seguro, por la bendita luz; y si ella dudaba, no tenía más que probarlo, haciendo puntualmente todo cuanto él le dijera.

Siempre fué *Benina* algo supersticiosa, y solía dar crédito a cuantas historias sobrenaturales oía contar; además, la miseria despertaba en ella el respeto de las cosas inverosímiles y maravillosas, y aunque no había visto ningún milagro, esperaba verlo el mejor día. Un poco de superstición, un mucho de ansia de fenómenos estupendos y nunca vistos, y otro tanto de curiosidad, la impulsaron a pedir al marroquí explicaciones concretas de su ciencia o arte de magia, pues esto había de ser seguramente. Díjole el ciego que todo consistía en saber el arte y modo de pedir lo que se quisiera a un ser llamado Samdai.

—¿Y quién es ese caballero?

—El rey de *baixo terra.*

—¿Cómo? ¿Un rey que está debajo de la tierra? Pues el diablo será.

—Diablo, no; rey *bunito.*

—¿Eso es cosa de tu religión? ¿Tú qué religión tienes?

—Ser *eibrio.*

—Vaya por Dios—dijo *Benina,* que no había entendido el término—. ¿Y a ese rey le llamas tú, y viene?

—Y dar ti *tuda* que pedir él.

—¿Me da todo lo que le pida?

—*Siguro.*

La convicción profunda que Almudena mostraba hizo efecto en la infeliz mujer, quien, después de una pausa en que interrogaba los ojos muertos de su amigo y su frente amarilla lustrosa, rodeada de negros cabellos, saltó diciendo:

—¿Y qué se hace para llamarlo?

—Yo diciendo ti.

—¿Y no me pasa nada por hacerlo?

—*Naida.*

—¿No me condeno, ni me pongo mala, ni me cogen los demonios?

—No.

—Pues ve diciendo; pero no engañes, no engañes, te digo.

—*N'ganar* no ti...

—¿Podemos hacerlo ahora?

—No; *hicirlo* a las doce del noche.

—¿Tiene que ser a esa hora?

—*Siguro, siguro.*

—¿Y cómo salgo yo de casa a medianoche? *Amos,* déjame a mí de pampli-

nas. Verdad que podría decir, un suponer, que se ha puesto malo don Romualdo y tengo que velarlo... Bueno: ¿qué hay que hacer?

—*N'cesitas cosas mochas.* Comprar tú cosas. Lo *primiero* candil de barro. Pero comprarlo has tú sin hablar *paliabra.*

—Me vuelvo muda.

—Muda tú... Comprar cosa..., y si hablar no valer.

—Válgate Dios... Pues bueno: compro mi candil de barro sin chistar, y luego...

Almudena ordenó después que había de buscar una olla de barro con siete agujeros, con siete nada más, todo sin hablar, porque si hablaba no valía. Pero ¿dónde demontres estaban esas ollas con siete agujeros? A esto replicó el ciego que en su tierra las había, y que aquí podían suplirse con los tostaderos que usan las castañeras, buscando el que tuviese siete *bujeros,* ni uno más ni uno menos.

—Y ello ha de comprarse también sin hablar?

—Sin hablando *naida.*

Luego era forzoso procurarse un palo de *carrash,* madera de Africa, que aquí llaman laurel. Un vendedor de garrotes, en el primer tinglado *cabe* las Américas, lo tenía. Había que comprárselo sin pronunciar palabra. Bueno: pues reunidas estas cosas, se pondría el palo al fuego hasta que se prendiera bien... Esto había de ser el viernes, a las cinco en punto. Si no, no valía. Y el palo estaría ardiendo hasta el sábado, y el sábado, a las cinco en punto, se le metía en el agua siete veces, ni una más ni una menos.

—¿Todo callandito?

—Hablar *naida, naida.*

Luego se vestía el palo con ropas de mujer, como una muñeca, y bien vestidito se le arrimaba a la pared, poniéndole derecho, *amos, en pie.* Delante se colocaba el candil de barro, encendido con aceite, y se le tapaba con la olla, de modo que no se viese más luz que la que saldría por los siete *bujeros,* y a corta distancia se ponía la cazuela con lumbre para echar los sahumerios, y se empezaba a decir la oración una y otra vez con el pensamiento, porque hablada no valía. Y así se estaba la persona, sin distraerse, sin descuidarse, viendo subir el humo del benjuí y mirando la luz de los siete agujeros, hasta que a las doce...

—¡A las doce!—repitió *Benina* sobresaltada—. ¡Y al dar las doce campanadas viene..., sale, se me aparece!...

—El rey de *baixo terra*; pedir tú lo que *quierer,* y darlo ti él.

—Almudena, ¿tú crees eso? ¿Cómo es posible que *ese señor,* sin más que las *cirimonias* que has contado, me dé a mí lo que ahora es de don Carlos Trujillo?

—Verlo tú, si queriendo.

—Pero con tanto *requesito,* si una se descuida un poco, o se equivoca en una sola palabra del rezo mental...

—Tener tú cuidado *mocha.*

—¿Y la oración?

—Mí enseñarla ti; *decir* tú: *Sema Israel Adonai Elohino Adanaie Ishat...*

—Calla, calla: en la vida digo yo eso sin equivocarme. Como no sea castellano neto, yo no atino... Y también te aseguro que tengo mieditis de esas suertes de brujería...; quita, quita... Pero ¡ah!, ¡si fuera verdad, qué gusto, cogerle a ese zorrocloco de don Carlos todo su dinero...; *amos,* la mitad que fuera, para repartirlo entre tantos pobrecicos que perecen de hambre!... Si se pudiera hacer la prueba, comprando los cacharros y el palitrope sin hablar, y luego... Pero no, no..., cualquier día iba a venir acá ese Rey Mago... También te digo que suceden a veces cosas muy fenómenas, y que andan por el aire los que llaman espíritus o, verbigracia, las ánimas, mirando lo que hacemos y oyéndonos lo que hablamos. Y otra: lo que una sueña, ¿qué es? Pues cosas verdaderas de otro mundo, que se vienen a éste... Todo puede ser, todo puede ser... Pero yo, qué quieres que te diga, dudo mucho que le den a una tanto dinero sin más ni más. Que para socorrer a los pobres, un suponer, se quite a los ricos medio millón, o la mitad de medio millón, pase; pero tantas, tantísimas talegas para nosotros..., no, ésa no cuela.

—*Tuda, tuda* la que haber en el Banco, *millonas mochas, lotería, tuda pa* ti, *hiciendo* lo que decir ti.

—Pues si eso es tan fácil, ¿por qué no lo hacen otros? ¿O es que tú solo tienes el secreto? ¡El secreto tú solo! *Amos,* cuéntaselo al Nuncio, que aquí no nos tragamos esas papas... Yo no te digo que no sea posible..., y si supiera

yo hacer la prueba, la haría, con mil pares... Vuélveme a decir la receta de lo que ha de comprar una sin hablar...

Repitió Almudena las fórmulas y reglas del conjuro, añadiendo descripción tan viva y pintoresca del rey *Samdai*, de su rostro hermosísimo, apostura noble, traje espléndido, de su séquito, que formaban *arregimientos* de príncipes y magnates, montados en camellos blancos como la leche, que la pobre *Benina* se embelesaba oyéndole, y si a pie juntillas no lo creía, se dejaba ganar y seducir de la ingenua poesía del relato, pensando que si aquello no era verdad, debía serlo. ¡Qué consuelo para los miserables poder creer tan lindos cuentos! Y si es verdad que hubo Reyes Magos que traían regalos a los niños, ¿por qué no ha de haber otros reyes *de ilusión*, que vengan al socorro de los ancianos, de las personas honradas que no tienen más que una muda de camisa, y de las *almas* decentes que no se atreven a salir a la calle porque deben tanto más cuanto a tenderos y prestamistas? Lo que contaba Almudena era de lo que *no se sabe*. ¿Y no puede suceder que alguno sepa lo que no sabemos los demás?... Pues ¿cuántas cosas se tuvieron por mentira y luego salieron verdades? Antes que inventaran el telégrafo, ¿quién hubiera creído que se hablaría con las Américas del Nuevo Mundo como hablamos de balcón a balcón con el vecino de enfrente? Y antes que inventaran la fotografía, ¿quién hubiera pensado que se puede una retratar sólo con *ponerse*? Pues lo mismo que esto es aquello. Hay misterios, secretos que no se entienden, hasta que viene uno y dice tal por cual, y lo descubre... ¡Pues qué más, Señor!... Allá estaban las Américas desde que Dios hizo el mundo, y nadie lo sabía..., hasta que sale ese Colón, y con no más que poner un huevo en pie, lo descubre todo y dice a los países: "Ahí tenéis la América y los americanos, y la caña de azúcar, y el tabaco bendito. Ahí tenéis Estados Unidos, y hombres negros, y onzas de diecisiete duros." ¡A ver!...

XIII

No había acabado el marroquí su oriental leyenda, cuando *Benina* vió entrar en el café a una mujer vestida de negro.

—Ahí tienes a esa fandangona, tu compañera de casa.

—¿Pedra? Maldita ella. Sacudir ella yo esta mañana. Venir, *siguro*, con la Diega...

—Sí, con una viejecita, muy chica y muy flaca, que debe de ser más borracha que los mosquitos. Las dos se van al mostrador, y piden dos *tintas*.

—*Señá* Diega enseñar vicio ella.

—¿Y por qué tienes contigo a esa gansirula, que no sirve para nada?

Contóle el ciego que Pedra era huérfana; su padre fue empleado en el Matadero de cerdos, con perdón, y su madre *cambiaba* en la calle de la Ruda. Murieron los dos, con diferencia de días, por haber comido gato. Buen plato es el micho; pero cuando está rabioso, le salen pintas en la cara al que lo come, y a los tres días, muerte natural por calenturas *perdiciosas*. En fin, que espicharon los padres, y la chica se quedó en la puerta de la calle, sentadita. Era hermosa; por tal la celebraban; su voz sonaba como las músicas bonitas. Primero se puso a cambiar, y luego a vender churros, pues tenía tipo de comercianta; pero nada le valió su buena voluntad, porque hubo de cogerla de su cuenta la Diega, que en pocos días la enseñó a embriagarse, y otras cosas peores. A los tres meses, Pedra no era conocida. La enflaquecieron, dejándola en los puros pellejos, y su aliento apestaba. Hablaba como una carreterona, y tenía un toser perruno y una carraspera que tiraban para atrás. A veces pedía por el camino de Carabanchel, y de noche se quedaba a dormir en cualquier parador. De cuando en cuando se lavaba un poco la cara, compraba *agua de olor*, y rociándose las flaquezas, pedía prestada una camisa, una falda, un pañuelo, y se ponía *de puerta* en la casa del *Comadreja*, calle de Mediodía Chica. Pero no tenía constancia para nada, y ningún acomodo le duró más de dos días. Sólo duraba en ella el gusto del aguardiente; y cuando se *apimplaba*, que era un día sí y otro también, hacía figura en medio del arroyo, y la toreaban los chicos. Dormía sus monas en la calle o donde le cogía, y más bofetadas tenía en su cara que pelos en la cabeza. Cuerpo más asistido de cardenales no se cono-

ció jamás ni persona que en su corta edad, pues no tenía más que veintidós años, aunque representaba treinta, hubiera visitado tan a menudo las prevenciones de la Inclusa y Latina. Almudena la trataba, con buen fin, desde que se quedó huérfana, y al verla tan arrastrada, dábale de tres cosas un poco: consejos, limosna y algún palo. Encontróla un día curándose sus lamparones con zumo de higuera chumbo, y aliñándose las greñas al sol. Propúsola que se fuera con él, poniendo cada cual la mitad del alquiler de la casa, y comprometiéndose ella a cortar de raíz el vicio de la bebida. Discutieron, parlamentaron; dióse solemnidad al convenio, jurando los dos su fiel observancia ante un emplasto viscoso y sobre un peine de rotas púas, y aquella noche durmió Pedra en el cuarto de Santa Casilda. Los primeros días todo fué concordia, sobriedad en el beber; pero la cabra no tardó en tirar al monte y... otra vez la endiablada hembra divirtiendo a los chicos y dando qué hacer a los del Orden.

—No poder mí con ella, *B'rracha* siempre. Es un dolor..., un dolor. Yo estar ella, *migo* por lástima.

Al ver que las dos mujeres, después de atizarse un par de *tintas*, miraban burlonas al ciego y a *Benina*, ésta tuvo miedo y quiso retirarse.

—*Dir* tú no, *Amri*. Quedar *migo*—le dijo el ciego cogiéndola de un brazo.

—Temo que armen bronca estas indinas... Acá vienen ya.

Aproximáronse las tales, y pudo la *Benina* ver y examinar a su gusto el rostro de Pedra, de una hermosura desapacible y que despedía. Morena, de facciones tan regulares como pronunciadas, magníficos ojos negros, cejas que al juntarse culebreaban, boca sucia y bien rasgueada, que no parecía hecha para sonreír, cuerpo derecho y esbeltísimo en su flaqueza y desaliño, la compañera de Almudena era una figura trágica, y como tal impresionó a *Benina*, aunque ésta no expresaba su juicio sino pensando que le daría miedo encontrarse con tal persona, de noche, en lugar solitario.

De la Diega no podía determinarse si era joven o entrevieja. Por la estatura parecía una niña; por la cara escuálida y el cuello rugoso, todo pliegues, una anciana decrépita; por los ojos, un animalejo vivaracho. Su flaqueza era tan extremada, que *Benina* no pudo menos de comentarla mentalmente con una frase andaluza que usar solía su señora: "Esta es de las que sacan espinas con los codos."

Petra se sentó, dando los buenos días, y la otra quedóse en pie, sin alzar del suelo más que la cabeza de Almudena, en cuyos hombros dió fuertes palmetazos.

—*Tati* quieta—le dijo éste enarbolando el palo.

—Cuidado con él, que es malo y traicionero...— indicó la otra.

—*Jai...*, ¿verdad que eres malo y pegar *tú mí*?

—Yo *ero beno*; tú mala, *b'rracha*.

—No lo digas, que se escandalizará la señora anciana.

—Anciana no ser ella.

—¿Tú qué sabes, si no la ves?

—Decente ella.

—Sí que lo será, sin agraviar. Pero a ti te gustan las viejas.

—Ea, yo me voy, señora, que lo pasen bien—dijo *Benina*, azoradísima, levantándose.

—Quédese, quédese... ¡Si es *groma*!

La Diega la instó también a quedarse, añadiendo que había comprado un décimo de la Lotería, y ofreciéndole participación.

—Yo no juego—replicó *Benina*—; no tengo cuartos.

—Yo, sí—dijo el marroquí—; dar vos una *pieseta*.

—Y la señora, ¿por qué no juega?

—Mañana sale. Seremos ricas, ricachonas en *efectivo*—dijo la Diega—. Yo, si me la saco, San Antonio me oiga, volveré a establecerme en la calle de la Sierpe. Allí te conocí, Almudena. ¿Te acuerdas?

—No *mi cuerda*, no...

—Vos conocisteis en Mediodía Chica, por la casa de atrás.

—A éste le llamaban Muley Abbas.

—Y a ti *Cuarto e Kilo*, por lo chica que eres.

—Poner motes es cosa fea. ¿Verdad, Almudenita? Las personas decentes se llaman por el santo bautismo con sus nombres de cristiano. Y esta señora, ¿qué gracia tiene?

—Yo me llamo *Benina*.

—¿Es usted de Toledo, por casualidad?

—No, señora; soy... dos leguas de Guadalajara.

—Yo de Cebolla, en tierra de Talavera...; y dime una cosa: ¿por qué esta gorrinaza de Pedrilla te llama a ti *Jai*? ¿Cuál es tu nombre en tu religión y en tu tierra cochina, con perdón?

—Llamarle *mí Jai* porque ser morito él—dijo la trágica remedando su habla.

—Nombre mío *Mordejai*—declaró el ciego—, y ser yo nacido en un *puebro mu bunito* que llamar allá Ullah de Bergel, *terra* de Sus..., ¡oh!, *terra* divina, *bunita...*, *mochas arbolas, aceite mocha miela, frores, támaras, mocha güena.*

El recuerdo del país natal le infundió un candoroso entusiasmo, y allí fué el pintarlo y describirlo con hipérboles graciosas, y un colorido poético que con gran entretenimiento y gozo saborearon las tres mujeres. Incitado por ellas contó algunos pasajes de su vida, toda llena de estupendos casos, peligrosas empresas y fantásticas aventuras. Refirió primero cómo se había fugado del hogar paterno, de edad de quince años, lanzándose a correr mundo, sin que en todo el tiempo transcurrido desde aquel suceso tuviese noticia alguna de su patria y familia. Mandóle su padre a casa de un mercader amigo suyo con este recado: "Dile a Rubén Toledano que te dé doscientos duros que necesito hoy." El tal debía de ser al modo de banquero, y entre ambos señores reinaba sin duda patriarcal confianza; porque el encargo se hizo efectivo sin ninguna dificultad, cogiendo Mordejai los doscientos pesos en cuatro pesados cartuchos de moneda española. Pero en vez de ir con ellos a la casa paterna, tomó el caminito de Fez, ávido de ver mundo, de trabajar por su cuenta, y de ganar mucho dinero para el autor de sus días, no los doscientos duros, sino dos mil o cientos de miles. Comprando dos borricos, se puso a portear mercaderías y pasajeros entre Fez y Mequinez, con buenas ganancias. Pero un día de mucho calor, ¡castigo de Dios!, pasó junto a un río y le entraron ganas de darse un baño. En el agua flotaban dos caballos muertos, cosa mala. Al salir del baño le dolían los ojos: a los tres días era ciego.

Como aún tenía dinero, pudo algún tiempo vivir sin implorar la caridad pública, con la tristeza inherente al no ver, y la no menos honda producida por el brusco paso de la vida activa a la sedentaria. El muchacho ágil y fuerte se hizo de la noche a la mañana hombre enclenque y achacoso, y sus ambiciones de comerciante y sus entusiasmos de viajero quedaron reducidos a un continuo meditar sobre lo inseguro de los bienes terrenos y la infalible justicia con que Dios Nuestro Padre y Juez sienta la mano al pecador. No se atrevía el pobre ciego a pedirle que le devolviese la vista, pues esto no se lo había de conceder. Era castigo y el Señor no *se* vuelve atrás cuando pega de firme. Pedíale que le diera dinero abundante para poder vivir con desahogo y una *muquier* que le amara; mas nada de esto le fué concedido al pobre Mordejai, que cada día tenía menos dineros, pues éstos iban saliendo, sin que entraran otros por ninguna parte, y de *muquieres* nada. Las que se acercaban a él fingiéndole cariño, no iban a su covacha más que a robarle. Un día estaba el hombre muy molesto por no poder cazar una pulga que atrozmente le picaba, burlándose de él con audacia insolente, cuando..., no es broma..., se le aparecieron don ángeles.

XIV

—Pero ¿tú ves algo, Almudena?—le preguntó *Cuarto e Kilo.*

—*Ver mí burtos ellos.*

Explicó que distinguía las masas de oscuridad en medio de la luz: esto por lo tocante a las cosas del mundo de acá. Pero en lo de los mundos misteriosos que se extienden encima y debajo, delante y detrás, fuera y dentro del nuestro, sus ojos veían claro, cuando veían, *mismo como vosotras ver migo.* Bueno: pues se le aparecieron dos ángeles, y como no era cosa de aparecérsele para no decir nada, dijéronle que venían de parte del rey de *baixo terra* con una embajaba para él. El señor *Samdai* tenía que hablarle, para lo cual era preciso que se fuese mi hombre al Matadero por la noche, que estuviese allí quemando *ilcienso* y rezando en medio de los despojos de reses y charcos de sangre, hasta las doce en punto, hora invariable de la entrevista. No hay que añadir que los ángeles se marcharon con viento fresco en cuanto dieron conocimiento de su

mensaje a Mordejai, y éste cogió sus trebejos de sahumar, la pipa, la ración de *cáñamo* en un papel, y se fué caminito del Matadero; el largo plantón que le esperaba se le haría menos aburrido fumando.

Allí se estuvo sentado en cuclillas, aspirando los vahos olorosos del sahumerio, y fumando pipa tras pipa, hasta que llegó la hora, y lo primerito que vió fué un par de perros, más grandes que *el cameio, brancos,* con ojos de fuego. El Mordejai, *mocha medo,* un *medo* que le quitaba el respirar. Vino después un *arregimiento* de jinetes con mucho cantorio, galas *mochas*; luego empezó a caer lluvia espesísima de arena y piedras, tanto, tanto, que se vió enterrado hasta el pescuezo... y no respiraba. Cada vez más *medo*... Por encima de toda aquella escoria pasó velocísimo otro escuadrón de jinetes, dando al viento los blancos alquiceles, y sin cesar disparando tiros. Siguió un diluvio de culebras y *alcranes,* que caían silbando y enroscándose. El pobre ciego se moría de *medo,* sintiéndose envuelto en la horrorosa nube de inmundos animales... Pero luego vinieron hombres y mujeres a pie, en pausada procesión, todos con blancas vestiduras, llevando en la mano canastillas y bateas de oro, y pisando sobre flores, pues en rosas y azucenas se habían convertido mágicamente las serpientes y alacranes, y en olorosas ramas de menta y laurel todo aquel material llovido de arena cálida y puntiagudos guijarros.

Para no cansar, apareció por fin el rey, hermoso, con humana y divina hermosura, barba larga y negra, aretes en las orejas, corona de oro que parecía tener por pedrería el sol, la luna y las estrellas. Verde era su traje, que por lo fino debía de ser obra de unas arañas muy pulidas que en los profundos senos de la tierra tejen con hebras de fuego. El séquito de *Samdai* era tan vistoso y brillante que deslumbraba. Como le preguntara la Pedra si no venía también su majestad la reina, quedóse un momento parado el narrador, recordando, y al fin dió cuenta de que *vido* también a la señora del rey, pero con la cara muy tapada, como la luna entre nubes, y por esta razón Mordejai no pudo distinguirla bien. La soberana vestía de amarillo, de un color así como nuestros pensamientos cuando estamos entre alegres y tristes. Expresaba esto el ciego con dificultad, supliendo las torpezas de su lenguaje con el juego fisonómico de la convicción y los mohines y gestos elocuentes.

Total: que a una orden del rey le fueron poniendo delante todas aquellas bateas y canastos de oro que traían las mujeres de blancos vestidos. ¿Qué era? *Pieldras* de diversas clases, *mochas, mochas,* que pronto formaron montones que no cabrían en ninguna casa: *rubiles* como garbanzos, perlas del tamaño de huevos de paloma, *tudas, tudas* grandes, *diamanta* fina en tal cantidad, que había para llenar de ellos sacos *mochas,* y con los sacos un carro de mudanzas: esmeraldas como nueces y *trompacios* como *poño mío*...

Oían esto las tres mujeres embobadas, mudas, fijos los ojos en la cara del ciego, entreabiertas las bocas. Al comienzo de la relación, no se hallaban dispuestas a creer, y acabaron creyendo por estímulo de sus almas, ávidas de cosas gratas y placenteras, como compensación de la miseria bochornosa en que vivían. Almudena ponía toda su alma en su voz, y con la lengua hablaban todos los pliegues movibles de su cara, y hasta los pelos de su barba negra. Todo era signos, jeroglífico descifrable, oriental escritura que los oyentes entendían sin saber por qué. El fin de la espléndida visión fué que el rey le dijo al bueno de Mordejai que de las dos cosas que deseaba, riquezas y mujer, no podía darle más que una; que optase entre las pedrerías de gran valor que delante miraba, y con las cuales gozaría de una fortuna superior a la de todos los soberanos de la tierra, y una mujer buena, bella y laboriosa, joya sin duda tan rara que no se podía encontrar sino revolviendo toda la tierra. Mordejai no vaciló un momento en la elección, y dijo a su majestad de *baixo terra* que para nada quería tanta pedrería *por fanegas* si no le daban *muquier*...

—Querer mí ella, gustar mí *muquier,* y sin *muquier migo,* no querer *pieldras* finas, ni *diniero,* ni *naida.*

Señalóle entonces el rey una hembra que bien envuelta en un manto que la tapaba toda, el rostro inclusive, iba por el camino, y le dijo que aquélla era *la suya,* y que la siguiese hasta cogerla o

más bien cazarla, pues a paso muy ligero iba la condenada. Y dicho esto por el rey, se dignó su majestad desaparecerse, y con él se fueron todos los de su comitiva, y los *arregimientos* y las señoras de blanco, y *tudo, tudo,* no quedando más que un olor penetrante del *ilcienso* y los ladridos de los dos perrazos que se iban perdiendo en las lontananzas de la noche fría, cual si despavoridos huyeran hacia los montes. Tres meses estuvo enfermo Mordejai después de este singular suceso, y no comía más que agua y harina de cebada sin sal. Quedóse tan flaco, que se contaba al tacto todos los huesos, sin que se le escapara uno en la cuenta. Por fin, arrastrándose como pudo, emprendió su camino por toda la grandeza del mundo en busca de la mujer que, según dicho del divino *Samdai,* era suya.

—Y no la encontraste hasta *tantismos* años de correr, y se llamaba Nicolasa —dijo la Pedra, queriendo ayudar al biógrafo de sí mismo.

—¿Tú qué saber? No ser Nicolasa.

—Entonces será *la señora*—apuntó la Diega, señalando no sin cierta impertinencia a la pobre *Benina,* que no chistaba.

—¿Yo?... ¡Jesús me valga! Yo no soy ninguna tarascona que anda por los caminos.

Contó Almudena que desde Fez había ido a la Argelia; que vivió de limosna en Tlemcén primero, después en Constantina y Orán; que en este punto se embarcó para Marsella, y recorrió toda Francia, Lyon, Dijon, París, que es *mu* grande, con tantos *olivares* y buenos pisos de calle, todo como la palma de la mano. Después de subirse hasta un pueblo que le llaman *Lila,* volvióse a Marsella y a Cette, donde se embarcó para Valencia.

—Y en Valencia encontraste a la Nicolasa, con quien veniste por *badajes,* que vos daban los *aiuntamientos,* con dos *riales de tapa*—dijo la Pedra—, y de Madrid vos fuisteis a los *Portugales,* y tres años te duró el contento, camastrón, hasta que la *golfa* se te fué con otro.

—Tú no saber.

—Que cuente la historia de la Nicolasa y cómo a él le cogieron en Madrid para llevarle a San Bernardino, y ella fué al *espital*; y estando él una noche durmiendo, se le aparecieron dos mujeres del otro mundo, verbigracia, *ánimas,* para decirle que la Nicolasa *hablaba* en el *espital* con uno que le iban a dar de alta...

—No ser eso, no ser eso; cállate tú.

—Otro día nos lo contará—indicó *Benina,* que, aunque gustaba de oír aquellos entretenido relatos, no quería detenerse más, recordando sus apremiantes quehaceres.

—Espérese, señora. ¿Qué prisa tiene? —le dijo la Diega—. ¿Adónde irá usted que más valga?

—Otro día contar más—indicó el ciego sonriendo—. Mí ver mundo *mocha.*

—Estás cansadito, *Jai.* Convídanos a un medio para que se te remoje la lengua, que la tienes más seca que suela de zapato.

—Yo no convidar mí ella, *b'rrachonas.* No tener *diniero migo.*

—Por eso no quede—dijo la Diega, rumbosa.

—Yo no bebo—declaró la *Benina*—, y además tengo prisa, y con permiso de la compañía me voy.

—Quedar ti rato más. Dar once *reloja.*

—Dejarla—manifestó con benevolencia la Pedra—, por si tiene que ir a ganarlo; que nosotras ya lo hemos ganado.

Interrogadas por Almudena, refirieron que habiendo cogido la Diega unos dineros que le debían dos mozas de la calle de la Chopa, se habían lanzado al comercio, pues una y otra tenían suma disposición y travesura para el compra y vende. La Pedra no se sentía mujer honrada y cabal sino cuando se dedicaban al tráfico, aunque fuese en cosas menudas, como palillos, mondarajas de tea, y *torraé.* La otra era un águila para pañuelos y puntillas. Con el dinero aquel, venido a sus manos por milagro, compraron género en una casa de saldos, y en la mañana de aquel día pusieron sus bazares junto a la Fuentecilla de la Arganzuela, teniendo la suerte de colocar muchas carreras de botones, varas muchas de puntilla y dos chalecos de bayona. Otro día *sacarían* loza, *imágenes* y caballos de cartón de los que daban, *a partir ganancias,* en la fábrica de la calle del Carnero. Largamente hablaron ambas de su negocio, y se alababan recíprocamente, porque si *Cuarto e Kilo* era de lo que no hay para la adquisi-

ción de género *por gruesas*, a la otra nadie aventajaba en salero y malicia para la venta al menudeo. Otra señal de que había venido al mundo para ser o *comerciante* o nada, era que los cuartos ganados en la compraventa se le pegaban al bolsillo, despertando en ella vagos anhelos de ahorro, mientras que los que por otros medios iban a sus flacas manos, se le escapaban por entre los dedos antes que cerrar pudiera el puño para guardarlos.

Oyó *Benina* muy atenta estas explicaciones, que tuvieron la virtud de infundirle cierta simpatía hacia la borracha, porque también ella, *Benina*, se sentía *negocianta*; también acarició su alma alguna vez la ilusión del compravende. ¡Ah! Si en vez de dedicarse al servicio, trabajando como una negra, hubiera tomado *una puerta de calle*, otro gallo le cantara. Pero ya su vejez y la indisoluble sociedad moral con doña Paca la imposibilitaban para el comercio.

Insistió la buena mujer en abandonar la grata tertulia, y cuando se levantó para despedirse cayósele el lápiz que le había dado don Carlos, y al intentar recogerlo del suelo, cayósele también la agenda.

—Pues no lleva usted ahí pocas cosas —dijo la Pedra, cogiendo el libro y hojeándolo rápidamente, con mohines de lectora, aunque más bien deletreaba que leía—. ¿Esto qué es? Un libro para llevar cuentas. ¡Cómo me gusta! *Marzo*, dice aquí, y luego *pe...setas*, y luego *céntimos*. Es *mu* bonito apuntar aquí todo lo que sale y entra. Lo escribo tal cual; pero en los números me atasco, porque los ochos se me enredan en los dedos, y cuando sumo no me acuerdo nunca de lo que *se lleva*.

—Ese libro—dijo *Benina*, que al punto vislumbró un negocio—me lo dió un pariente de mi señora, para que lleváramos por apuntación el gasto: pero no sabemos. Ya no está la Magdalena para estos tafetanes, como dijo el otro... Y ahora pienso, señoras, que a ustedes, que comercian, les conviene este libro. Ea, lo vendo, si me lo pagan bien.

—¿Cuánto?

—Por ser para ustedes, dos reales.

—Es mucho—dijo *Cuarto e Kilo*, mirando las hojas del libro, que continuaba en manos de su compañera—. ¿Y para qué lo queremos nosotras, si nos estorba lo negro?

—Toma—indicó Pedra, acometida de una risa infantil al repasar, con el dedo mojado en saliva, las hojas—. Se marca con rayitas: tantas cantidades, tantas rayas, y así es más claro... Se da un real, ea.

—Pero ¿no ven que está nuevo? Su valor, aquí lo dice: "Dos pesetas."

Regatearon. Almudena conciliaba los intereses de una y otra parte, y por fin quedó cerrado el trato en cuarenta céntimos, con lápiz y todo. Salió del café la *Benina* gozosa; pensando que no había perdido el tiempo, pues si resultaban fantásticas las *pieldras* preciosas que en montones Mordejai pusiera ante su vista, positivas y de buena ley eran las cuatro perras, como cuatro soles, que había ganado vendiendo el inútil regalo del monomaníaco Trujillo.

XV

El largo descanso en el café le permitió recorrer *como una exhalación* la distancia entre el Rastro y la calle de la Cabeza, donde vivía la señorita Obdulia, a quien deseaba visitar y socorrer antes de irse a casa, pues era indudable que a la niña correspondía la mitad, perra más o menos, de uno de los duros de don Carlos. A las doce menos cuarto entraba en el portal, que por lo siniestro y humedo parecía la puerta de una cárcel. En lo bajo había un establecimiento de *burras de leche*, con borriquitas pintadas en la muestra, y dentro vivían, sin aire ni luz, las pacíficas nodrizas de tísicos, encanijados y catarrosos. En la portería daban asilo a un conocido de *Benina*, el ciego Pulido, que era también punto fijo en San Sebastián. Con él y con el burrero charló un rato antes de subir, y ambos le dieron dos noticias muy malas: que iba a subir el pan y que había bajado mucho la Bolsa, señal lo primero de que no llovía, y lo segundo de que estaba al caer una revolución gorda, todo porque los *artistas* pedían *las ocho horas* y los *amos* no querían darlas. Anunció el burrero con profética gravedad que pronto se quitaría todo el dinero metálico y no quedaría más que el papel, hasta para las pesetas, y que echarían nuevas contribuciones,

inclusive por rascarse y por darse de quién a quién los buenos días. Con estas malas impresiones subió *Benina* la escalera, tan descansada como lóbrega, con los peldaños en panza, las paredes desconchadas, sin que faltaran los letreros de carbón o lápiz garabateados junto a las puertas de cuarterones, por cuyo quicio inferior asomaba el pedazo de estera, ni los faroles sucios que de día semejaban urnas de santos. En el primer piso, bajando del cielo, con vecindad de gatos y vistas magníficas a las tejas y buhardillones, vivía la señorita Obdulia; su casa, por la anchura de las habitaciones destartaladas y frías, hubiera parecido convento, a no ser por la poca elevación de los techos, que casi se cogían con la mano. Esteras y alfombras allí eran tan desconocidas como en el Congo las levitas y chisteras; sólo en lo que llamaban gabinete había un pedazo de fieltro raído, rameado de azul y rojo, como de dos varas en cuadro. Los muebles de baratillo declaraban con sus chapas rotas, sus patas inválidas, sus posturas claudicantes, el desastre de sus infinitas peregrinaciones en los carros de mudanza.

La misma Obdulia abrió la puerta a *Benina,* diciéndole que la había sentido subir, y al punto se vió la buena mujer como asaltada de una pareja de gatos muy bonitos, que maullando la miraban, el rabo tieso, frotando su lomo contra ella.

—Los pobres animalitos—dijo la *niña* con más lástima de ellos que de sí misma—no se han desayunado todavía.

Vestía la hija de doña Paca una bata de franela color rosa, de corte elegante, ya descompuesta por el mucho uso, las delanteras manchadas de chocolate y grasa, algún siete en las mangas, la falda arrastrada, revelándose en todo, como prenda adquirida de lance, que a su dueña le venía un poco ancha, por *aquello de que la difunta era mayor.* De todos modos, tal vestimenta se avenía mal con la pobreza de la esposa de Luquitas.

—¿No ha venido anoche tu marido? —le dijo *Benina,* sofocada de la penosa ascensión.

—No, hija, ni falta que me hace. Déjale en su café y en sus casas de perdición, con las *socias* que le han sorbido el seso.

—¿No te han traído nada de casa de tus suegros?

—Hoy no toca. Ya sabes que lo dejaron en un día sí y otro no. No ha venido más que Juana Rosa a peinarme y con ella se fué mi Andrea. Van a comer juntas en casa de su tía.

—De modo que estás como los camaleones. No te apures, que Dios aprieta, pero no ahoga, y aquí estoy yo para que no ayunes más de la cuenta, que el cielo bien ganado te lo tienes ya... Siento una tosecilla... ¿Ha venido ese caballero?

—Sí; ahí está desde las diez. Con las cosas bonitas que cuenta me entretiene, y casi no me acuerdo que no hay en casa más que dos onzas de chocolate, media docena de dátiles y algunos mendrugos de pan... Si has de traerme algo, sea lo primero para estos pobres gatos aburridos, que desde el amanecer no me dejan vivir. Parece que me hablan, y dicen: "Pero ¿qué es de nuestra buena Nina, que no viene con nuestra cordillita?"

—En seguida traeré para remediaros a todos—dijo la anciana—. Pero antes quiero saludar a ese caballero rancio, que es tan fino y atento con las señoras.

Entró en el llamado gabinete, y el señor de Ponte y Delgado se deshizo con ella en afectuosos cumplidos de buena sociedad.

—Siempre echándola a usted de menos, *Benina...,* y muy desconsolado cuando *brilla usted por su ausencia.*

—¡Que brillo por mi ausencia!... Pero ¿qué disparates está usted diciendo, señor de Ponte? O es que no entendemos nosotras, las mujeres de pueblo, esos términos tan *fisnos...* Ea, quédense con Dios. Yo vuelvo pronto, que tengo que dar de almorzar a la niña y a los señores gatos. Y aunque el señor don Frasquito no quiera, ha de hacer aquí penitencia. Le convido yo..., no, le convida la señorita.

—¡Oh, cuánto honor!... Lo agradezco infinito. Yo pensaba retirarme.

—Sí, ya sabemos que siempre está usted convidado en casas de la grandeza. Pero como es tan bueno, se *digna* sentarse a la mesa de los pobres.

—Consideración que tanto le agradecemos—dijo Obdulia—. Ya sé que para el señor de Ponte es un sacrificio aceptar estas pobrezas...

—¡Por Dios, Obdulia!...

—Pero su mucha bondad le *inspira* estos y otros mayores sacrificios. ¿Verdad, Ponte?

—Ya le he reñido a usted, amiga mía, por ser tan paradójica. Llama sacrificio al mayor placer que puede existir en la vida.

—¿Tienes carbón?...—preguntó *Benina* bruscamente, como quien arroja una piedra en un macizo de flores.

—Creo que hay algo—replicó Obdulia—; y si no, lo traes también.

Fué Nina para adentro, y habiendo encontrado combustible, aunque escaso, se puso a encender lumbre y a preparar sus pucheros. Durante la prosaica operación, conversaba con las astillas y los carbones, y sirviéndose del fuelle como de un conducto fonético, les decía: "Voy a tener otra vez el gusto de dar de comer a ese pobre hambriento, que no confiesa su hambre por la vergüenza que le da... ¡Cuánta miseria en este mundo, Señor! Bien dicen que quien más ha visto, más ve. Y cuando se cree una que es el acabóse de la pobreza resulta que hay otros más miserables, porque una se echa a la calle, y pide, y le dan, y come, y con medio panecillo, se alimenta... Pero estos que juntan la vergüenza con la gana de comer, y son delicados y medrosicos para pedir: estos que tuvieron posibles y educación, y no quieren rebajarse... ¡Dios mío, qué desgraciados son! Lo que discurrirán para matar el gusanillo... Si me sobra dinero, después de darle de almorzar, he de ver cómo me las compongo para pagar el catre de esta noche. Pero, ¡ay!, no..., que necesitará ocho reales. Me da el corazón que anoche no pagó..., y como esa condenada Bernarda no fía más que una vez..., será preciso pagarle toda la cuenta... y a saber si le ha fiado dos o tres noches... No, aunque yo tuviera el dinero, no me atrevería a dárselo; y aunque se lo ofreciese, primero dormía al raso que cogerlo de estas manos pobres... ¡Señor, qué cosas, qué cosas se van viendo cada día en este mundo tan grande de la miseria!"

En tanto, el lánguido Frasquito y la desmirriada Obdulia platicaban gozosos de cosas gratas, harto distantes de la triste realidad. Desde que vió entrar a la Providencia, en figura de *Benina*, sintióse la niña calmada de su ansiedad y sobresalto, y el caballero también respiró por el propio motivo feliz, y se le alegraron las pajarillas viendo conjurado, por aquel día, un grave conflicto de subsistencias. Uno y otro, marchita dama y galán manido, poseían, en medio de su radical penuria, una *riqueza* inagotable, eficacísima, casi acuñable, extraída de la mina de su propio espíritu; y aunque usaban de los productos de este venero con prodigalidad, mientras más gastaban más superanbundancia tenían sus caudales. Consistía, pues, esta riqueza en la facultad preciosa de desprenderse de la realidad, cuando querían, trasladándose a un mundo imaginario, todo bienandanzas, placeres y dichas. Gracias a esta divina facultad, se daba el caso de que ni siquiera advirtiesen en muchas ocasiones sus enormes desdichas, pues cuando se veían privados absolutamente de los bienes positivos, sacaban de la imaginación el cuerno de Amaltea, y lo agitaban para ver salir de él los bienes ideales. Lo extraño era que el señor de Ponte Delgado, con tener tres veces lo menos la edad de Obdulia, casi la superaba en poder imaginativo, pues en la declinación de la vida se renovaban en él los aleteos de la infancia.

Don Frasquito era lo que vulgarmente se llama *un alma de Dios*. Su edad no se sabía, ni en parte alguna constaba, pues se había quemado el archivo de la iglesia de Algeciras donde le bautizaron. Poseía el raro privilegio físico de una conservación que pudiera competir con la de las momias de Egipto, y que no alteraban contratiempos ni privaciones. Su cabello se conservaba negro y abundante; la barba, no; pero con un poco de betún casi armonizaban una con otro. Gastaba melena, no de las románticas, desgreñadas y foscas, sino de las que se usaron hacia el 50, lustrosa, con raya lateral, los mechones bien ahuecaditos sobre las orejas. El movimiento de la mano para ahuecar los dos mechones y modelarlos en su sitio era uno de esos resabios fisiológicos, de *segunda naturaleza*, que llegan a ser parte integrante de la primera. Pues con su melenita de cocas y su barba pringosa y retinta, el rostro de Frasquito Ponte era de los que llaman *aniñados*, por no sé qué expresión de ingenuidad y confianza que ve-

ríais en su nariz chica, y en sus ojos, que fueron vivaces y ya eran mortecinos. Miraban siempre con ternura, lanzando sus rayos de ocaso melancólico en medio de un celaje de lagrimales pitañosos, de pestañas ralas, de párpados rugosos, de extensas patas de gallo. Dos presunciones descollaban entre las muchas que constituían el orgullo de Ponte Delgado, a saber: la melena y el pie pequeño. Para las mayores desdichas, para las abstinencias más crueles y mortificantes, tenía resignación; para llevar zapatos muy viejos o que desvirtuaran la estructura perfecta y las lindas proporciones de sus piececitos, no la tenía, no.

XVI

Del arte exquisito para conservar la ropa no hablemos. Nadie como él sabía encontrar en excéntricos portales sastres económicos, que por poquísimo dinero *volvían* una pieza; nadie como él sabía tratar con mimo las prendas de uso perenne para que desafiaran los años, conservándose en los puros hilos; nadie como él sabía emplear la bencina para limpieza de mugres, planchar arrugas con la mano, estirar lo encogido y enmendar rodilleras. Lo que le duraba un sombrero de copa no es para dicho. Para averiguarlo no valdría compulsar todas las cronologías de la moda, pues a fuerza de ser antigua la del chisterómetro que usaba, casi era moderna, y a esta ilusión contribuía el engaño de aquella felpa, tan bien alisada con amorosos cuidados maternales. Las demás prendas de ropa, si al sombrero igualaban en longevidad, no podían emular con él en el disimulo de años de servicio, porque con tantas vueltas y transformaciones y tantos recorridos de aguja y pases de plancha, ya no eran sino sombra de lo que fueron. Un gabancillo de verano, clarucho, usaba don Frasquito en todo tiempo; era su prenda menos inveterada, y le servía para ocultar, cerrado hasta el cuello, todo lo demás que llevaba, menos la mitad de los pantalones. Lo que se escondía debajo de la tal prenda, sólo Dios y Ponte lo sabían.

Persona más inofensiva no creo haya existido nunca; más inútil, tampoco. Que Ponte no había servido nunca para nada lo atestiguaba su miseria, imposible de disimular en aquel triste accidente de su vida. Había heredado una regular fortunilla, desempeñó algunos destinos buenos y no tuvo atenciones ni cargas de familia, pues se petrificó en el celibato, primero por adoración de sí mismo, después por haber perdido el tiempo buscando con demasiado escrúpulo y criterio muy rígido un matrimonio de conveniencia, que no encontró, ni encontrar podía con las gollerías y perendengues que deseaba. En la época en que aún no existía la palabra *cursi*, Ponte Delgado consagró su vida a la sociedad, vistiendo con afectada elegancia, frecuentando, no diré los salones, porque entonces poco se usaba esta denominación, sino algunos estrados de casas buenas y distinguidas. Los verdaderos salones eran pocos, y Frasquito, por más que en su vejez hacía gala de haber entrado en ellos, la verdad era que ni por el forro los conocía. En las tertulias que frecuentaba y bailes a que asistía, así como en los casinos y centros de reunión masculina, no digamos que desentonaba; pero tampoco se distinguía por su ingenio, ni por esa hidalga mezcla de corrección y desgaire que constituye la elegancia verdadera. Muy estiradito siempre, eso sí; muy atento a sus guantes, a su corbata, a su pie pequeño, resultaba grato a las damas, sin interesar a ninguna; tolerable para los hombres, algunos de los cuales verdaderamente le estimaban.

Sólo en nuestra sociedad heterogénea, libre de escrúpulos y distinciones, se da el caso de que un hidalguete, poseedor de cuatro terruños, o un empleadillo de mediano sueldo, se confundan con marqueses y condes de sangre azul o con los próceres del dinero, en los centros de falsa elegancia; que se junten y alternen los que explotan la vida suntuaria por sus negocios, o sus vanidades, o bien por audaces amoríos, y los que van a bailar y a comer y a departir con las señoras, sin más objeto que procurarse recomendaciones para un ascenso, o el favor de un jefe para faltar impunemente a las horas de oficinas. No digo esto por Frasquito Ponte, el cual era algo más que un pelagatos fino en los tiempos de su apogeo social. Su decadencia no empezó a manifestarse de un modo notorio hasta el 59; se defendió heroicamente hasta el 68, y al llegar es-

te año, marcado en la tabla de su destino con trazo muy negro, desplomóse el desdichado galán en los abismos de la miseria para no levantarse más. Años antes se había comido los últimos restos de su fortuna. El destino que con grandes fatigas pudo conseguir de González Bravo, se lo quitó despiadadamente la revolución; no gozaba cesantía, no había sabido ahorrar. Quedóse el cuitado sin más rentas que el día y la noche, y la compasión de algunos buenos amigos que le sentaban a su mesa. Pero los buenos amigos se murieron o se cansaron, y los parientes no se mostraban compasivos. Pasó hambres, desnudeces, privaciones de todo lo que había sido su mayor gusto, y en tan tremenda crisis su delicadeza innata y su amor propio fueron como piedra atada al cuello para que más pronto se hundiera y se ahogara: no era hombre capaz de importunar a los amigos con solicitudes de dinero, vulgo *sablazos*, y sólo en contadísimas ocasiones, verdaderos casos críticos o de peligro de muerte, en la lucha con la miseria, se aventuró a extender la mano en demanda de auxilio, revistiéndola, eso sí, para guardar las formas, de un guante, que, aunque descosido y roto, guante era al fin. Antes se muriera de hambre Frasquito que hacer cosa alguna sin dignidad. Se dió el caso de entrar disfrazado en el figón de Boto, a comer dos reales de cocido, antes que presentarse en una buena casa, donde, si le admitían con agasajo, también lastimaban con crueles bromas su decoro, refregándole en el rostro su gorronería y parasitismo.

Con angustioso afán buscaba el infeliz medios de existencia, aunque fueran de los menos lucrativos; pero la cortedad de sus talentos dificultaba más lo que en todos los casos es difícil. Tanto revolvió, que al fin pudo encontrar algunos empleillos indignos ciertamente de su anterior posición, pero que le permitieron vivir algún tiempo sin *rebajarse*. Su miseria, al cabo, podía decorarse con un barniz de dignidad. Recibir un corto auxilio pecuniario como pasante de un colegio, o como escribiente de unos boteros de la calle de Segovia, para llevarles las cuentas y *ponerles* las cartas, era limosna ciertamente, pero tan bien disimulada, que no había desdoro en recibirla. Arrastró vida mísera durante algunos años, solitario habitante de los barrios del Sur, sin atreverse a pasar a los del Centro y Norte, por miedo de encontrarse *conocimientos* que le vieran mal calzado y peor vestido; y habiendo perdido aquellos acomodos, buscó otros, aceptando al fin, no sin escrúpulos y crispaduras de nervios, el cargo de comisionista o viajante de una fábrica de jabón, para ir de tienda en tienda y de casa en casa ofreciendo el género y colocando las partidas que pudiera. Mas tan poca labia y malicia el pobrecillo desplegaba en este oficio chalanesco, que pronto hubo de quedarse en la calle. Ultimamente le deparó el Cielo unas señoras viejas de la Costanilla de San Andrés, para que les llevara las cuentas de un resto de comercio de cerería que liquidaban, cediendo en pequeñas partidas las existencias a las parroquias y congregaciones. Escaso era el trabajo; mas por él le daban tan sólo dos pesetas diarias, con las cuales realizaba el milagro de vivir, agenciándose comida y lecho, y no se dice casa porque en realidad no la tenía.

Ya desde el 80, que fué el año terrible para el sin ventura Frasquito, se determinó a no tener domicilio, y después de unos días de horrorosa crisis, en que pudo compararse al caracol por el aquel de llevar su casa consigo, entendióse con la señá Bernarda, la dueña de los dormitorios de la calle del Mediodía Grande, mujer muy dispuesta y que sabía distinguir. Por tres reales le daba cama de a peseta, y en obsequio a la excepcional decencia del parroquiano, por sólo un real de añadidura le dejaba tener su baúl en un cuartucho interior, donde, además, le permitía estar una hora todas las mañanas arreglándose la ropa y acicalándose con sus lavatorios, cosméticos y manos de tinte. Entraba como un cadáver y salía desconocido, limpio, oloroso y reluciente de hermosura.

La restante peseta la empleaba en comer y en vestirse... ¡Problema inmenso, álgebra imposible! Con todos sus apuros, aquella temporada le dió relativo descanso, porque no sufría la humillación de pedir socorro, y, malo o bueno, tuerto o derecho, tenía el hombre un medio de vivir, y vivía y respiraba, y aún le sobraba tiempo para dar algunas volteretas por los espacios imaginarios. Su honesto trato con Obdulia, que vino

del conocimiento con doña Paca y de las relaciones comerciales de las viejas cereras con el *funerario,* suegro de la niña, si llevó al espíritu de Ponte el consuelo de la concordancia de ideas, gustos y aficiones, le puso en el grave compromiso de desatender las necesidades de boca para comprarse unas botas nuevas, pues las que por entonces prestaban servicio exclusivo hallábanse horrorosamente desfiguradas, y por todo pasaba el menesteroso menos por entrar con feo pie en las regiones de lo ideal.

XVII

Con el espantoso desequilibrio que trajeron al menguado presupuesto las botas nuevas y otros artículos de verdadera superfluidad, como pomada, tarjetas, etc., en los cuales fué preciso invertir sumas de relativa consideración, se quedó Frasquito enteramente vacío de barriga y sin saber dónde ni cómo había de llenarla. Pero la Providencia, que no abandona a los buenos, le deparó su remedio en la casa misma de Obdulia, que le mataba el hambre algunos días, rogándole que la acompañase a almorzar; y por cierto que tenía que gastar no poca saliva para reducirle y vencer su delicadeza y cortedad. *Benina,* que le leía en el rostro la inanición, gastaba menos etiquetas que su señorita, y le servía con brusquedad, riéndose de los melindres y repulgos con que daba delicada forma a la aceptación.

Aquel día, que tan siniestro se presentaba, y que la aparición de *Benina* trocó en uno de los más dichosos, Obdulia y Frasquito, en cuanto comprendieron que estaba resuelto el problema de la reparación orgánica, se lanzaron a cien mil leguas de la realidad, para espaciar sus almas en el rosado ambiente de los bienes fingidos. Las ideas de Ponte eran muy limitadas: las que pudo adquirir en los veinte años de su apogeo social se petrificaron, y ni en ellas hubo modificación ni las adquirió nuevas. La miseria le apartó de sus antiguas amistades y relaciones, y así como su cuerpo se momificaba, su pensamiento se iba quedando fósil. En su manera de pensar no había rebasado las líneas del 68 y 70. Ignoraba cosas que sabe todo el mundo; parecía hombre caído de un nido o de las nubes; juzgaba de sucesos y personas con candorosa inocencia. La vergüenza de su aflictivo estado y el retraimiento consiguiente no tenían poca parte en su atraso mental y en la pobreza de sus pensamientos.

Por miedo a que le viesen hecho una facha se pasaba semanas y aun meses sin salir de sus barrios; y como no tuviera necesidad imperiosa que al centro le llamase, no pasaba de la plaza Mayor. Le azoraba continuamente la monomanía centrífuga; prefería para sus divagaciones las calles oscuras y extraviadas, donde rara vez se ve un sombrero de copa. En tales sitios, y disfrutando de sosiego, tiempo sin tasa y soledad, su poder imaginativo hacía revivir los tiempos felices o creaba en los presentes seres y cosas al gusto y medida del mísero soñador.

En sus coloquios con Obdulia, Frasquito no cesaba de referirle su vida social y elegante de otros tiempos, con interesantes pormenores: cómo fué presentado en las tertulias de los señores de Tal o de la marquesa de Cual; qué personas distinguidas conoció, y cuáles eran sus caracteres, costumbres y modos de vestir. Enumeraba las casas suntuosas donde había pasado horas felices, conociendo lo mejorcito de Madrid en ambos sexos, y recreándose con amenos coloquios y pasatiempos muy bonitos. Cuando la conversación recaía en cosas de arte, Ponte deliraba por la música y por el *Real,* tarareaba trozos de *Norma* y de *María di Rohan,* que Obdulia escuchaba con éxtasis. Otras veces, lanzándose a la poesía, recitábale versos de don Gregorio Romero Larrañaga y de otros vates de aquellos tiempos bobos. La radical ignorancia de la joven era terreno propio para estos ensayos de literaria educación, pues en todo hallaba novedad, todo le causaba el embeleso que sentiría una criatura al ver juguetes por primera vez.

No se saciaba nunca la *niña* (a quien es forzoso llamar así, a pesar de ser casada, con su aborto correspondiente) de adquirir informes y noticias de la vida de sociedad, pues aunque algunos conocimientos de ello tuviera, por recuerdos vagos de su infancia, y por lo que su madre le había contado, hallaba en las descripciones y pinturas de Ponte mayor encanto y poesía. Sin duda, la

sociedad del tiempo de Frasquito era más bella que la coetánea, más finos los hombres, las señoras más graciosas y espirituales. A ruego de ella, el elegante fósil describía los convites, los bailes, con todas sus magnificencias; el *buffet* o *ambigú*, con sus variados manjares y refrigerios; contaba las aventuras amorosas que en su tiempo dieron que hablar; enumeraba las reglas de buena educación que entonces, hasta en los ínfimos detalles de la vida suntuaria, estaban en uso, y hacía el panegírico de las bellezas que en su tiempo brillaron, y ya se habían muerto o eran arrinconados vejestorios. No se dejó en el tintero sus propias aventurillas, o más bien pinitos amorosos, ni los disgustos que por tales excesos tuvo con maridos escamones o hermanos susceptibles. De las resultas, había tenido también su duelo correspondiente, ¡vaya!, con padrinos, condiciones, elección de armas, dimes y diretes, y, por fin, choque de sables, terminando todo en fraternal almuerzo. Un día tras otro fué contando las varias peripecias de su vida social, la cual contenía todas las variedades del libertinaje candoroso, de la elegancia pobre y de la tontería honrada. Era también Frasquito un excelente aficionado al arte escénico, y representó en distintos teatros caseros papeles principales en *Flor de un día* y *La trenza de sus cabellos*. Aún recordaba parlamentos y *bocadillos* de ambas obras, que repetía con énfasis declamatorio, y que Obdulia oía con arrobamiento, *arrasados los ojos en lágrimas*, dicho sea con frase de la época. Refirió también, y para ello tuvo que emplear dos sesiones y media, el baile de trajes que dió, allá por los años de Maricastaña, una señora marquesa o baronesa de no sé cuántos. No olvidaría Frasquito, si mil años viviese, aquella grandiosa fiesta, a la que asistió de *bandido calabrés*. Y se acordaba de todos, absolutamente de todos los trajes, y los describía y especificaba, sin olvidar cintajo ni galón. Por cierto que los preparativos de su vestimenta y los pasos que tuvo que dar para procurarse las prendas características, le robaron tanto tiempo día y noche, que faltó semanas enteras a la oficina, y de aquí le vino la primera cesantía, y con la cesantía sus primeros atrasos.

Aunque en muy pequeña escala, también podía Frasquito satisfacer otra curiosidad de Obdulia: la curiosidad, o más bien ilusión, de los viajes. No había dado la vuelta al mundo; pero ¡había estado en París!, y para un elegante, esto quizá bastaba. ¡París! ¿Y cómo era París? Obdulia devoraba con los ojos al narrador, cuando éste refería con hiperbólicos arranques las maravillas de la gran ciudad, nada menos que en los esplendorosos tiempos del segundo Imperio. ¡Ah! ¡La emperatriz Eugenia, los Campos Elíseos, los bulevares, Notre-Dame, Palais Royal..., y para que en la descripción entrara todo, Mabille, las loretas!... Ponte no estuvo más que mes y medio, viviendo con gran economía y aprovechando muy bien el tiempo, día y noche, para que no se le quedara nada por ver. En aquellos cuarenta y cinco días de libertad parisiense, gozó lo indecible, y se trajo a Madrid recuerdos e impresiones que contar para tres años seguidos. Todo lo vió, lo grande y lo chico, lo bello y lo raro; en todo metió su nariz chiquita, y no hay que decir que se permitió su poco de libertinaje, deseando conocer los encantos secretos y seductoras gracias que esclavizan a todos los pueblos, haciéndolos tributarios de la voluptuosa Lutecia.

Precisamente aquel día, mientras *Benina*, con diligencia suma, trasteaba en la cocina y comedor, Frasquito contaba a Obdulia cosas de París, y tan pronto, en su pintoresco relato, descendía a las alcantarillas, como se encaramaba en la torre del pozo artesiano de Grenelle.

—Muy cara ha de ser la vida en París—le dijo su amiga—. ¡Ah! señor de Ponte, eso no es para pobres.

—No, no lo crea usted. Sabiendo manejarse, se puede vivir como se quiera. Yo gastaba de cuatro a cinco napoleones diarios, y nada se me quedó por ver. Pronto aprendí las *correspondencias* de los ómnibus, y a los sitios más distantes iba por unos cuantos *sus*. Hay *restaurantes* económicos, donde le sirven a usted por poco dinero buenos platos. Verdad es que en propinas, que allí llaman *pourboire*, se gasta más de la cuenta; pero créame usted, las da uno con gusto por verse tratado con tanta amabilidad. No oye usted más que *pardon, pardon* a todas horas.

—Pero entre las mil cosas que usted

vió, Ponte, se olvida de lo mejor. ¿No vió usted a los grandes hombres?

—Le diré a usted. Como era verano, los grandes hombres se habían ido a tomar baños. Víctor Hugo, como usted sabe, estaba en la emigración.

—Y a Lamartine, ¿no le vió usted?

—En aquella época, ya el autor de *Graziella* había fallecido. Una tarde, los amigos que me acompañaban en mis paseos me enseñaron la casa de Thiers, el gran historiador, y también me llevaron al café donde, por invierno, solía ir a tomarse su copa de cerveza Paul de Kock.

—¿El de las novelas para reír? Tiene gracia; pero sus indecencias y porquerías me fastidian.

—También vi la zapatería donde le hacían las botas a Octavio Feuillet. Por cierto que allí me encargué unas, que me costaron seis napoleones..., pero ¡qué hechura, qué género! Me duraron hasta el año de la muerte de Prim...

—Ese Octavio, ¿de qué es autor?

—De *Sibila* y otras obras lindísimas.

—No le conozco... Creo confundirle con Eugenio Sue, que escribió, si no recuerdo mal, *Los pecados capitales* y *Nuestra Señora de París*.

—*Los misterios de París*, quiere usted decir.

—Eso... ¡Ay, me puse mala cuando leí esa obra de la gran impresión que me produjo!

—Se identificaba usted con los personajes, y vivía la vida de ellos.

—Exactamente. Lo mismo me ha pasado con *María* o *La hija de un jornalero*...

En esto les avisó *Benina* que ya tenían preparada la pitanza, y les faltó tiempo para caer sobre ella y hacer los debidos honores a la tortilla de escabeche y a las chuletas con patatas fritas. Dueño de su voluntad en todo acto que requiriese finura y buenas formas, Ponte se las compuso admirablemente con sus nervios para no dar a conocer la ferocidad de su hambre atrasada. Con bondadosa confianza, *Benina* le decía:

—Coma, coma, señor de Ponte, que aunque ésta no es comida fina, como las que a usted le dan en otras casas, no le viene mal ahora... Los tiempos están malos. Hay que apencar con todo...

—Señora *Nina*—replicaba el *protocursi*—, yo aseguro, bajo mi palabra de honor, que es usted un ángel; yo *me inclino a creer* que en el cuerpo de usted se ha encarnado un ser benéfico y misterioso, un ser que es *mera* personificación de la Providencia, según la entendían y la entienden los pueblos antiguos y modernos.

—¡Válgate Dios lo que sabe y qué tonterías tan saladas dice!

XVIII

Con la reparadora sustancia del almuerzo, los cuerpos parecía que resucitaban, y los espíritus fortalecidos levantaron el vuelo a las más altas regiones. Instalados otra vez en el gabinete, Ponte Delgado contó las delicias de los veranos en Madrid en su tiempo. En el Prado se reunía toda la nata y flor. Los pudientes iban de estación a La Granja. El había visitado más de una vez el Real Sitio, y había visto correr las fuentes.

—¡Y yo que no he visto nada, nada! —exclamaba Obdulia con tristeza, poniendo en sus bellos ojos un desconsuelo infantil—. Crea usted, amigo Ponte, que ya me habría vuelto tonta de remate si Dios no me hubiera dado la facultad de figurarme las cosas que no he visto nunca. No puede usted imaginar cuánto me gustan las flores: me muero por ellas. En su tiempo, mamá me dejaba tener tiestos en el balcón; después me los quitaron, porque un día regué tanto, que subió el policía y nos echaron multa. Siempre que paso por un jardín me quedo embobada mirándolo. ¡Cuánto me gustaría ver los de Valencia, los de La Granja, los de Andalucía!... Aquí apenas hay flores, y las que vemos vienen por ferrocarril, y llegan mustias. Mi deseo es admirarlas en la planta. Dicen que hay tantísimas clases de rosas: yo quiero verlas, Ponte; yo quiero *aspirar su aroma*. Se dan grandes y chicas, encarnadas y blancas, de muchas variedades. Quisiera ver una planta de jazmín grande, grande, que me diera sombra. ¡Y cómo quedaría yo embelesada, viendo las mil florecillas caer sobre mis hombros y prendérseme en el pelo!... Yo sueño con tener un magnífico jardín y una estufa... ¡Ay! Esas estufas con plantas tropicales y flores rarísimas, quisiera verlas yo. Me

las figuro; las estoy viendo..., me muero de pena por no poder poseerlas.

—Yo he visto—dijo Ponte—la de don José Salamanca en sus buenos tiempos. Figúresela usted más grande que esta casa y la de al lado juntas. Figúrese usted palmeras y helechos de gran altura, y piñas de América con fruto. Me parece que la estoy viendo.

—Y yo también. Todo lo que usted me pinta, lo veo. A veces, soñando, soñando, y viendo cosas que no existen, es decir, que existen en otra parte, me pregunto yo: "Pero ¿no podría suceder que algún día tuviera yo una casa magnífica, elegante, con salones, estufa..., y que a mi mesa se sentaran *los grandes hombres*..., y yo hablara con ellos y con ellos me instruyera?"

—¿Por qué no ha de poder ser? Usted es muy joven, Obdulia, y tiene aún mucha vida por delante. Todo eso que usted ve en sueños, véalo como una realidad posible, probable. Dará usted comidas de veinte cubiertos, una vez por semana, los miércoles, los lunes... Le aconsejo a usted, como perro viejo en sociedad, que no ponga más de veinte cubiertos, y que invite para esos días gente muy escogida.

—¡Ah!... Bien..., lo mejor, la *crema*...

—Los demás días, seis cubiertos, los convidados íntimos, y nada más; personas de alcurnia, ¿sabe?, personas allegadas a usted y que le tengan cariño y respeto. Como es usted tan hermosa, tendrá adoradores..., eso no lo podrá evitar... No dejará de verse en algún peligro, Obdulia. Yo le aconsejo que sea usted muy amable con todos, muy fina, muy cortés; pero en cuanto se propase alguno, revístase de dignidad, y vuélvase más fría que el mármol, y desdeñosa como una reina.

—Eso mismo he pensado yo, y lo pienso a todas horas. Estaré tan ocupada en divertirme, que no se me ocurrirá ninguna cosa mala. ¡Qué gusto ir a todos los teatros, no perder ópera, ni concierto, ni función de drama o comedia, ni estreno, ni nada, Señor, nada! Todo lo he de ver y gozar... Pero crea usted una cosa, y se la digo con el corazón. En medio de todo ese barullo, yo gozaría extremadamente en repartir muchas limosnas; iría yo en busca de los pobres más desamparados, para socorrerlos y... En fin, que yo no quiero que haya pobres... ¿Verdad, Frasquito, que no debe haberlos?

—Ciertamente, señora. Usted es un ángel, y con la *varilla mágica de su bondad* hará desaparecer todas las miserias.

—Ya se me figura que es verdad cuanto usted me dice. Yo soy así. Vea usted lo que me pasa: hace un rato hablábamos de flores; pues ya se me ha pegado a la nariz un olor riquísimo. Paréceme que estoy dentro de mi estufa, viendo tantos primores y oliendo fragancias deliciosas. Y ahora, cuando hablábamos de socorrer la miseria, se me ocurrió decirle: "Frasquito, tráigame una lista de los pobres que usted conozca, para empezar a distribuir limosnas."

—La lista pronto se hace, señora mía —dijo Ponte, contagiado del delirio imaginativo, y pensando que debía encabezar la propuesta con el nombre del primer menesteroso del mundo: *Francisco Ponte Delgado.*

—Pero habrá que esperar—añadió Obdulia, dándose de hocicos contra la realidad, para volver a saltar otra vez, cual pelota de goma, y remontarse a las alturas—. Y diga usted: en ese correr por Madrid buscando miserias que aliviar, me cansaré mucho, ¿verdad?

—Pero ¿para qué quiere usted sus coches?... Digo, yo *parto de la base* de que usted tiene una gran posición.

—Me acompañará usted.

—Seguramente.

—¿Y le veré a usted paseando a caballo por la Castellana?

—No digo que no. Yo he sido un regular jinete. No gobierno mal... Ya que hemos hablado de carruajes, le aconsejo a usted que no tenga cocheras..., que se entienda con un alquilador. Los hay que sirven muy bien. Se quitará usted muchos quebraderos de cabeza.

—¿Y qué le parece a usted?—dijo Obdulia, ya desbocada y sin freno—. Puesto que he de viajar, ¿adónde debo ir primero, a Alemania o a Suiza?

—Lo primero a París...

—Es que yo me figuro que ya he visto a París... Eso es de clavo pasado... Ya estuve: quiero decir, ya estoy en que estuve, y que volveré, de paso para otro país.

—Los lagos de Suiza son linda cosa. No olvide usted las ascensiones a los Alpes para ver... los perros del monte

San Bernardo, los grandes témpanos de hielo y otras maravillas de la Naturaleza.

—Allí me hartaré de una cosa que me gusta atrozmente: manteca de vacas bien fresca... Dígame, Ponte, con franqueza: ¿qué color cree usted que me sienta mejor, el rosa o el azul?

—Yo afirmo que a usted le sientan bien todos los colores del *iris*; mejor dicho: no es que este o el otro color hagan valer más o menos su belleza; es que su belleza tiene bastante poder para dar realce a cualquier color que se le aplique.

—Gracias... ¡Qué bien dicho!

—Yo, si usted me lo permite—manifestó el galán marchito, sintiendo el vértigo de las alturas—haré la comparación de su figura de usted con la figura y rostro..., ¿de quién creerá?..., pues de la emperatriz Eugenia, ese prototipo de elegancia, de hermosura, de distinción...

—¡Por Dios, Frasquito!

—No digo más que lo que siento. Esa mujer *ideal* no se me ha olvidado desde que la vi en París, paseando en el *Bois* con el emperador. La he visto mil veces después, cuando *flaneo* solito por esas calles soñando despierto, o cuando me entra el insomnio, encerrado las horas muertas *en mis habitaciones*. Paréceme que la estoy viendo ahora, que la veo siempre... Es una idea, es un... no sé qué. Yo soy un hombre que adora los ideales, que no vive sólo de la *vil materia*. Yo desprecio la *vil materia*, yo sé desprenderme del *frágil barro*...

—Entiendo, entiendo... Siga usted.

—Digo que en mi espíritu vive la imagen de aquella mujer..., y la veo como un ser real, como un ente..., no puedo explicarlo...; como un ente, no figurado, sino tangible y...

—¡Oh! Sí..., lo comprendo. Lo mismo me pasa a mí.

—¿Con ella?

—No..., con... no sé con quién.

Por un momento creyó Frasquito que el *ser ideal* de Obdulia era el emperador. Incitado a complear su pensamiento, prosiguió así:

—Pues, amiga mía, yo que *conozco*, que *conozco*, digo, a Eugenia de Guzmán, sostengo que usted es como ella, o que ella y usted son una misma persona.

—Yo no creo que pueda existir tal semejanza, Frasquito—replicó la niña, turbada, echando lumbre por los ojos.

—La fisonomía, las facciones, así de perfil como de frente; la expresión, el aire del cuerpo, la mirada, el gesto, los andares, todo, todo es lo mismo. Créame usted, yo no miento nunca.

—Puede ser que haya cierto parecido...—indicó Obdulia, ruborizándose hasta la raíz del cabello—. Pero no seremos iguales; eso no.

—Como dos gotas de agua. Y si *se parecen ustedes* en lo físico...—dijo Frasquito, echándose para atrás en el sillón y adoptando un tonillo de franca naturalidad—, no es menos parecido en lo moral, en el aire de persona que ha nacido y vive en la más alta posición, en algo que revela la conciencia de una superioridad a la que todos rinden acatamiento. En suma, yo sé lo que me digo. Nunca veo tan clara la semejanza como cuando usted manda algo a la *Benina*: se me figura que veo a su majestad imperial dando órdenes a sus chambelanes.

—¡Qué cosas!... Eso no puede ser, Ponte..., no puede ser.

Entróle a la niña un reír nervioso, cuya estridencia y duración parecían anunciar un ataque epiléptico. Rióse también Frasquito, y desbocándose luego por los espacios imaginativos, dió un bote formidable, que, traducido al lenguaje vulgar, es como sigue:

—Hace poco indicó usted que me vería paseando a caballo por la Castellana. ¡Ya lo creo que podría usted verme! Yo he sido un buen jinete. En mi juventud tuve una jaca torda, que era una pintura. Yo la montaba y la gobernaba admirablemente. Ella y yo *llamamos la atención* en La Línea primero, después en Ronda, donde la vendí, para comprarme un caballo jerezano, que después fué adquirido..., pásmese usted..., por la duquesa de Alba, hermana de la emperatriz, mujer elegantísima también..., y que también se le parece a usted, sin que las dos hermanas se parezcan.

—Ya, ya sé...—dijo Obdulia, haciendo gala de entender de linajes—. Eran hijas de *la Montijo*.

—Cabal, que vivía en la plazuela del Angel, en aquel gran palacio que hace esquina a la plaza donde hay tantos pajaritos... Mansión de hadas... Yo es-

tuve una noche... Me presentaron Paco Ustáriz y Manolo Prieto, compañeros míos de oficina... Pues sí, yo era un buen jinete, y créame, algo queda.

—Hará usted una figura arrogantísima...

—¡Oh! No tanto.

—¿Por qué es usted tan modesto? Yo lo veo así, y suelo ver las cosas bien claras. Todo lo que yo veo es verdad.

—Sí; pero...

—No me contradiga usted. Ponte, no me contradiga en esto ni en nada.

—Acato humildemente sus aseveraciones—dijo Frasquito humillándose—. Siempre hice lo mismo con todas las damas a quienes he tratado, que han sido muchas, Obdulia, pero muchas...

—Eso bien se ve. No conozco otra persona que se le iguale en la finura del trato. Francamente, es usted el prototipo de la elegancia..., de la...

—¡Por Dios!...

Al llegar a esta frase, el punto o vértice del delirio, hízolos caer de bruces sobre la realidad la brusca entrada de *Benina*, que, concluídas sus faenas de fregado y arreglo de la cocina y comedor, se despedía. Cayó Ponte en la cuenta de que era la hora de ir a cumplir sus obligaciones en la casa donde trabajaba, y pidió licencia a la imperial dama para retirarse. Esta se la dió con sentimiento, mostrándose pesarosa de la soledad en que hasta el próximo día quedaba en sus palacios, habitados por sombras de chambelanes y otros guapísimos palaciegos. Que éstos, ante los ojos de los demás mortales, tomaran forma de gatos maulladores, a ella no le importaba. En su soledad, se recrearía discurriendo muy a sus anchas por la estufa, admirando las galanas flores tropicales y aspirando sus embriagadoras fragancias.

Fuese Ponte Delgado, despidiéndose con afectuosas salutaciones y sonrisas tristes, y tras él *Benina*, que apresuró el paso para alcanzarle en el portal o en la calle, deseosa de echar con él un parrafito.

XIX

—Sí, don Frasco—le dijo codeándose con él en la calle de San Pedro Mártir—. Usted no tiene confianza conmigo, y debe tenerla. Yo soy pobre, más pobre que las ratas; y Dios sabe las amarguras que paso para mantener a mi señora y a la niña y mantenerme a mí... Pero hay quien me gana en pobreza, y ese pobre de más *solenidá* que nadie es usted... No diga que no.

—*Señá Benina*, repito que es usted un ángel.

—Sí..., de cornisa... Yo no quiero que usted esté tan desamparado. ¿Por qué le ha hecho Dios tan vergonzoso? Buena es la vergüenza; pero no tanta, señor... Ya sabemos que el señor De Ponte es persona decente; pero ha venido a menos, tan a menos, que no se lo lleva el viento porque no tiene por dónde agarrarlo. Pues bueno: yo soy *Juan Claridades*; después de atender a todo lo del día, me ha sobrado una peseta. Téngala...

—Por Dios, *señá Benina*—dijo Frasquito palideciendo primero, después rojo.

—No haga melindres, que le vendrá muy bien para que pueda pagarle a Bernarda la cama de anoche.

—¡Qué ángel, santo Dios, qué ángel!

—Déjese de *angelorios* y coja la moneda. ¿No quiere? Pues usted se lo pierde. Ya verá cómo las gasta la *dormilera*, que no fía más que una noche, y apurando mucho, dos. Y no salga diciendo que a mí me hace falta. ¡Como que no tengo otra! Pero yo me gobernaré como pueda para sacar el diario de mañana de debajo de las piedras... Que la tome, digo.

—*Señá Benina*, he llegado a tal extremidad de miseria y humillación, que aceptaría la peseta, sí, señora, la aceptaría olvidándome de quién soy y de mi dignidad, etcétera...; pero ¿cómo quiere usted que yo *reciba* ese *anticipo*, sabiendo, como sé, que usted pide limosna para atender a su señora? No puedo, no... Mi conciencia se subleva...

—Déjese de sublevaciones, que no somos aquí *de tropa*. O usted se lleva la pesetilla, o me enfado, como Dios es mi padre. Don Frasquito, no haga papeles, que es usted más mendigo que el inventor del hambre. ¿O es que necesita más dinero, porque le debe más a la Bernarda? En este caso, no puedo dárselo, porque no lo tengo... Pero no sea usted lila, don Frasquito, ni se haga de mieles, que esa lagartona de la Bernarda se lo comerá vivo, si no le acusa las cuarenta. A un parroquiano como usted, *de la*

aristocracia, no se le niega el hospedaje porque deba, un suponer, tres noches, cuatro noches... Plántese el buen Frasquito, con cien mil pares, y verá cómo la Bernarda agacha las orejas... Le da usted sus cuatro reales a cuenta, y... échese a dormir tranquilo en el camastro.

O no se convencía Ponte, o convencido de lo bueno que sería para él la posesión de la peseta, le repugnaba el acto material de extender la mano y recibir la limosna. *Benina* reforzó su argumentación diciéndole:

—Y puesto que es el niño tan vergonzoso y no se atreve con su patrona ni aun dándole a cuenta la *cantidá*, yo le hablaré a Bernarda, yo le diré que no le riña ni le apure... Vamos, tome lo que le doy, y no me fría más la sangre, señor don Frasquito.

Y sin darle tiempo a formular nuevas protestas y negativas, le cogió la mano, le puso en ella la moneda, cerróle el puño a la fuerza y se alejó corriendo. Ponte no hizo ademán de devolverle el dinero ni de arrojarlo. Quedóse parado y mudo; contempló a la *Benina* como a visión que se desvanece en un rayo de luz, y conservando en su mano izquierda la peseta, con la derecha sacó el pañuelo y se limpió los ojos, que le lloraban horrorosamente. Lloraba de irritación oftálmica senil, y también de alegría, de admiración, de gratitud.

Aún tardó *Benina* más de una hora en llegar a la calle Imperial, porque antes pasó por la de la Ruda a hacer sus compras. Estas hubieron de ser al fiado, pues se le había concluído el dinero. Recaló en su casa después de las dos, hora no intempestiva, ciertamente; otros días había entrado más tarde, sin que la señora por ello se enfadara. Dependía el ser bien o mal recibida de la racha de humor con que a doña Paca cogía en el momento de entrar. Aquella tarde, por desgracia, la pobre señora rondeña se hallaba en una de sus más violentas crisis de irritabilidad nerviosa. Su genio tenía erupciones repentinas, a veces determinadas por cualquier contrariedad insignificante, a veces por misterios del organismo difíciles de apreciar. Ello es que antes que *Benina* traspasara la puerta, doña Francisca le echó esta rociada:

—¿Te parece que son éstas horas de venir? Tengo yo que hablar con don Romualdo para que me diga la hora a que sales de su casa... Apuesto a que te descuelgas ahora con la mentira de que fuiste a ver a la niña y que has tenido que darle de comer... ¿Piensas que soy idiota y que doy crédito a tus embustes? Cállate la boca... No te pido explicaciones, ni las necesito, ni las creo; ya sabes que no creo nada de lo que me dices, embustera, enredadora.

Conocedora del carácter de la señora, *Benina* sabía que el peor sistema contra sus arrebatos de furor era contradecirla, darle explicaciones, sincerarse y defenderse. Doña Paca no admitía razonamientos, por juiciosos que fuesen. Cuanto más lógicas y justas eran las aclaraciones del contrario, más se enfurruñaba ella. No pocas veces *Benina*, inocente, tuvo que declararse culpable de las faltas que la señora le imputaba, porque, haciéndolo así, se calmaba más pronto.

—¿Ves cómo tengo razón?—proseguía la señora, que cuando se ponía en tal estado era de lo más insoportable que imaginarse puede—. Te callas...; quien calla, otorga. Luego es cierto lo que yo digo; yo siempre estoy al tanto... Resulta lo que pensé: que no has subido a casa de Obdulia ni ése es el camino. Sabe Dios dónde habrás estado de pingo. Pero no te dé cuidado, que yo lo averiguaré... ¡Tenerme aquí sola, muerta de hambre!... ¡Vaya una mañana que me has hecho pasar! He perdido la cuenta de los que han venido a cobrar piquillos de las tiendas, cantidades que no se han pagado ya por tu desarreglo... Porque, la verdad, yo no sé dónde echas tú el dinero... Responde, mujer...; defiéndete siquiera, que si a todo das la callada por respuesta, me parecerá que aún te digo poco.

Benina repitió con humildad lo dicho anteriormente: que había concluído tarde en casa de don Romualdo; que don Carlos Trujillo la entretuvo la mar de tiempo; que había ido después a la calle de la Cabeza...

—Sabe Dios, sabe Dios lo que habrás hecho tú, correntona, y en qué sitios habrás estado... A ver, a ver si hueles a vino.

Oliéndole el aliento, rompió con exclamaciones de asco y horror:

—Quita, quítate allá, borracha. Apestas a aguardiente.

—No lo he catado, señora; me lo puede creer.

Insistía doña Paca, que en aquellas crisis convertía en realidades sus sospechas, y con su terquedad forjaba su convicción.

—Me lo puede creer—repitió *Benina*—. No he tomado más que un vasito de vino con que me obsequió el señor De Ponte.

—Ya me está dando a mí mala espina ese señor de Ponte, que es un viejo verde muy zorro y muy tuno. Tal para cual, pues también tú las matas callando... No pienses que me engañas, hipócrita... Al cabo de la vejez te da por la disolución, y andas de picos pardos. ¡Qué cosas se ven, Señor, y a qué desarreglos arrastra el maldito vicio!... Te callas; luego es cierto. No; si aunque lo negaras no me convencerías, porque cuando yo digo una cosa, es porque la sé... Tengo yo un ojo...

Sin dar tiempo a que la delincuente se explicara, salió por este otro registro:

—Y ¿qué me cuentas, mujer? ¿Qué recibimiento te hizo mi pariente don Carlos? ¿Qué tal? ¿Está bueno? ¿No revienta todavía? No necesitas decirme nada, porque como si hubiera estado yo escondidita detrás de una cortina, sé todo lo que hablasteis... ¿A que no me equivoco? Pues te dijo que lo que a mí me pasa es por mi maldita costumbre de no llevar cuentas. No hay quien le apee de esa necedad. Cada loco con su tema; la locura de mi pariente es arreglarlo todo con números... Con ellos se ha enriquecido, robando a la Hacienda y a los parroquianos; con ellos quiere al fin de la vida salvar su alma, y a los pobres nos recomienda la medicina de los números, que a él no le salva ni a nosotros nos sirve para nada. ¿Conque acierto? ¿Fué esto lo que te dijo?

—Sí, señora. Parece que lo estaba usted oyendo.

—Y después de machacar con esa monserga del Debe y Haber, te habrá dado una limosna para mí... Ignora que mi dignidad se subleva al recibirla. Le estoy viendo abrir las gavetas como quien quiere y no quiere, coger el taleguito en que tiene los billetes, ocultándolo para que no lo vieras tú; le veo sobar el saquito, guardarlo cuidadosamente; le veo echar la llave... Y el muy cochino se descuelga con una porquería. No puedo precisar la cantidad que te habrá dado para mí, porque es tan difícil anticiparse a los cálculos de la avaricia...; pero desde luego te aseguro, sin temor de equivocarme, que no ha llegado a los cuarenta duros.

La cara que puso *Benina* al oír esto no pudo describirse. La señora, que atentamente la observaba, palideció, y dijo después de breve pausa:

—Es verdad: me he corrido mucho. Cuarenta, no; pero, aun con lo cicatero y mezquino que es el hombre, no habrá bajado de los veinticinco duros. Menos que eso no lo admito, *Nina*; no puedo admitirlo.

—Señora, usted está delirando—replicó la otra, plantándose con firmeza en la realidad—. El señor don Carlos no me ha dado nada, lo que se llama nada. Para el mes que viene empezará a darle a usted una *paga* de dos duros mensuales.

—Embustera, trapalona... ¿Crees que me embaucas a mí con tus enredos? Vaya, vaya, no quiero incomodarme... Me tiene peor cuenta, y no estoy yo para coger berrinches... Comprendido, *Nina*, comprendido. Allá te entenderás con tu conciencia. Yo me lavo las manos y dejo a Dios que te dé tu merecido.

—¿Qué, señora?

—Hazte ahora la simple y la gatita Marirramos. Pero ¿no ves que yo te calo al instante y adivino tus *infundios*? Vamos, mujer, confiésalo; no trates de añadir a la infamia el engaño.

—¿Qué, señora?

—Pues que has tenido una mala tentación... Confiésamelo, y te perdono... ¿No quieres declararlo? Pues peor para ti y para tu conciencia, porque te sacaré los colores a la cara. ¿Quieres verlo? Pues los veinticinco duros que te dió para mí don Carlos se los has dado a ese Frasquito Ponte para que pague sus deudas y vaya a comer de fonda y se compre corbatas, pomada y un bastoncito nuevo... Ya ves, ya ves, bribonaza, como todo te lo adivino, y conmigo no te valen ocultaciones. Si sé yo más que tú. Ahora te ha dado por proteger a ese Tenorio fiambre, y le quieres más que a mí, y a él le atiendes y a mí no; y de él te da lástima, y a mí, que tanto te quiero, que me parta un rayo.

Rompió a llorar la señora, y *Benina*,

que ya sentía ganas de contestar a tanta impertinencia dándole azotes como a un niño mañoso, al ver las lágrimas se compadeció. Ya sabía que el llanto era la terminación de la crisis de cólera, la sedación del acceso, mejor dicho, y cuando tal sucedía, lo mejor era soltar la risa, llevando la disputa al terreno de las burlas sabrosas.

—Pues sí, señora doña Francisca—le dijo, abrazándola—. ¿Creía usted que habiéndome salido ese novio tan hechicero y tan saleroso, le había de dejar yo en necesidad, sin darle para el pelo?

—No creas que me engatusas con tus bromitas, trapalona, zalamera...—decía la señora, ya desarmada y vencida—. Yo te aseguro que no me importa nada lo que has hecho, porque el dinero de Trujillete yo no lo había de tomar... Preferiría morirme de hambre a manchar mis manos con él... Dáselo, dáselo a quien quieras, ingratona, y déjame a mí en paz; déjame que me muera olvidada de ti y de todo el mundo.

—Ni usted ni yo nos moriremos tan pronto, porque aún hemos de dar mucha guerra—le dijo la criada, disponiéndose con gran diligencia a darle de comer.

—Veremos qué porquerías me traes hoy... Enséñame la cesta... Pero, hija, ¿no te da vergüenza de traerle a tu ama estas piltrafas asquerosas?... ¿Y qué más? Coliflor... Ya me tienes apestada con tus coliflores, que me dan flato y las estoy repitiendo tres días... En fin, ¿a qué estamos en el mundo más que a padecer? Dame pronto estos comistrajos... Y huevos, ¿no has traído? Ya sabes que no los paso, como no sean bien frescos.

—Comerá usted lo que le den, sin refunfuños, que el poner tantos peros a la comida que Dios da es ofenderle y agraviarle.

—Bueno, hija, lo que tú quieras. Comeremos lo que haya, y daremos gracias a Dios. Pero come tú también, que me da pena verte tan ajetreada, desviviéndote por los demás y olvidada de ti misma y del alivio de tu cuerpo. Siéntate conmigo y cuéntame lo que has hecho hoy.

A media tarde comían las dos, sentaditas a la mesa de la cocina. Doña Paca, suspirando con toda su alma, entre un bocado y otro, expresó en esta forma las ideas que bullían en su mente:

—Dime, *Nina*, entre tantas cosas raras, incomprensibles, que hay en el mundo, ¿no habría un medio, una forma..., no sé cómo decirlo, un sortilegio por el cual nosotras pudiéramos pasar de la escasez a la abundancia; por el cual todo eso que en el mundo está de más en tantas manos avarientas, viniese a las nuestras, que nada poseen?

—¿Qué dice la señora? ¿Que si podría suceder que en un abrir y cerrar de ojos pasáramos de pobres a ricas y viéramos, un suponer, nuestra casa llena de dinero y de cuanto Dios crió?

—Eso quiero decir. Si son verdad los milagros, ¿por qué no *sucede* uno para nosotras, que bien merecido nos lo tenemos?

—Y ¿quién dice que no *suceda*, que no tengamos esa *ocurrencia*?—respondió *Benina*, en cuya mente surgió de improviso, con poderoso relieve y extraordinaria plasticidad, el conjuro que Almudena le había enseñado para pedir y obtener todos los bienes de la tierra.

XX

De tal modo se posesionaron de su espíritu la idea y las imágenes expresadas por el ciego africano, que a punto estuvo de contarle a su ama el maravilloso método de conjurar y hacer venir al *rey de baixo terra*. Pero recelando que aquel secreto sería menos eficaz cuanto más se divulgara, contúvose en su locuacidad, y tan sólo dijo que bien podría suceder que de la noche a la mañana se les metiera por las puertas la fortuna. Al acostarse junto a doña Paca, pues dormían en la misma alcoba, pensó que todo aquello de Almudena era una *papa*, y tomarlo en serio la mayor de las necedades. Quiso dormirse, mas no pudo; volvió su espíritu a dar agasajo a la idea, creyéndola de posible realización, y si esfuerzos hacía por desecharla, con mayor tenacidad la pícara idea se le metía en el cerebro.

"¿Qué se pierde por probarlo?—se decía, arropándose en la cama—. Podrá no ser verdad... Pero ¿y si lo fuese? ¡Cuántas mentiras hubo que luego se volvieron verdades como puños!... Pues lo que es yo no me quedo sin probarlo, y mañana mismo, con el primer di-

nero que saque, compro el candil de barro, sin hablar. El cuento es que no sé cómo puede tratarse un *artículo* sin hablar... En fin, me haré la sordomuda... Luego buscaré el palitroque, también sin hablar... Falta que el moro me enseñe la oración, y que yo la aprenda sin que se me escape un verbo..."

Después de un breve sueño despertó creyendo firmemente que en la salita próxima había unas esportonas o seretas muy grandes, muy grandes, llenas de diamantes, *rubiles*, perlas y zafiros... En la oscuridad de las habitaciones nada podía ver; pero de que aquellas riquezas estaban allí no tenía la menor duda. Cogió la caja de fósforos, dispuesta a encender para recrear su vista en el tesoro; mas por no despertar a doña Paca, cuyo sueño era muy ligero, dejó para la mañana el examen de tantas maravillas... Pasado un rato, no tardó en reírse de su ilusión, diciéndose: "¡Pues no soy poco lila!... Es todavía pronto para que traigan eso..." Al amanecer despertóse al ladrido de dos perrazos blancos que salían de debajo de las camas; sintió la campanilla de la puerta; echóse al suelo, y en camisa corrió a abrir, segura de que llamaba algún *ayudante* o gentilhombre del rey de luenga barba y vestido verde... Pero no era nadie; no había ser viviente en la puerta.

Arreglóse para salir, disponiendo el desayuno de la señora y dando el primer barrido a la casa, y a las siete salía ya con su cesta al brazo por la calle Imperial. Como no tenía un céntimo ni de dónde le viniera, encaminóse a San Sebastián, pensando por el camino en don Romualdo y su familia, pues de tanto hablar de aquellos señores y de tanto comentarlos y describirlos había llegado a creer en su existencia. "¡Vaya que soy *gilí*!—se decía—. Invento yo al tal don Romualdo, y ahora se me antoja que es persona *efetiva* y que puede socorrerme. No hay más don Romualdo que el pordioseo bendito, y a eso voy, y veremos si cae algo, con permiso de la *Caporala*." El día era bueno; al entrar, díjole Pulido que había funeral de primera y boda en la sacristía. La novia era sobrina de un ministro *pleniputenciano*, y el novio..., *cosa de periódicos*. Ocupó *Benina* su puesto y se estrenó con dos céntimos que le dió una señora. Sus compañeras trataron de *hacerla cantar* el para qué la había llamado don Carlos; pero sólo contestó con evasivas y medias palabras. Suponiendo la Casiana que el señor de Trujillo había tratado con *señá Benina* el darle los restos de comida de su casa, la trató con miramiento, sin duda por llamarse a la parte.

Al fin los del funeral no repartieron cosa mayor; y si los del bodorrio se corrieron algo más, acudió tanta pobretería de otros cuadrantes, y se armó tal barullo y confusión, que unos cogieron por cinco y otros se quedaron *in albis*. Al ver salir a la novia tan emperifollada y a las señoras y caballeros de su compañía cayeron sobre ellos como nube de langosta, y al padrino le estrujaron el gabán y hasta le chafaron el sombrero. Trabajo le costó al buen señor sacudirse la terrible plaga, y no tuvo más remedio que arrojar un puñado de calderilla en medio del patio. Los más ágiles hicieron su agosto; los más torpes gatearon inútilmente. La *Caporala* y Eliseo trataban de poner orden y cuando los novios y todo el acompañamiento se metieron en los coches, quedó en las inmediaciones de la iglesia la turbamulta mísera, gruñendo y pataleando. Se dispersaba, y otra vez se reunía con remolinos zumbadores. Era como un motín vencido por su propio cansancio. Los últimos disparos eran: "*Tú cogiste más...*, *me han quitado lo mío...*, *aquí no hay decencia...*, *cuánto pillo...*" La *Burlada*, que era de las que más habían apandado, echaba sapos y culebras de su boca, concitando los ánimos de toda la cuadrilla contra la *Caporala* y Eliseo. Por fin, intervino la Policía, amenazándolos con *recogerlos* si no callaban, y esto fué como la palabra de Dios. Los intrusos se largaron; los de casa se metieron en el pasadizo. *Benina* sacó de toda la campaña del día, comprendido funeral y boda, 22 céntimos, y Almudena, 17. De Casiana y Eliseo se dijo que había sacado peseta y media cada uno.

Al retirarse juntos el ciego marroquí y *Benina*, lamentándose de su mala sombra, fueron a parar, como la otra vez, a la plaza del Progreso, y se sentaron al pie de la estatua para deliberar acerca de las dificultades y ahogos de aquel día. No sabía ya *Benina* a qué

santo encomendarse: con la limosna de la jornada no tenía ni para empezar, porque érale forzoso pagar algunas deudillas en los establecimientos de la calle de la Ruda, a fin de sostener el crédito y poder trampear unos días más. Díjole Almudena que él se hallaba en absoluta imposibilidad de favorecerla; lo más que podía hacer era entregarle las perras de la mañana, y por la noche lo que sacar pudiera en el resto del día, pidiendo en su puesto de costumbre, calle del Duque de Alba, junto al cuartel de la Guardia Civil. Rechazó la anciana esta generosidad, porque también él necesitaba vivir y alimentarse, a lo que repuso el marroquí que con un café con pan *migao,* en la Cruz del Rastro, tenía bastante para tirar hasta la noche. Resistiéndose a admitir la oferta, planteó *Benina* la cuestión de conjurar al *rey de baixo terra,* mostrando una confianza y fe que fácilmente se explican por la grande necesidad en que estaba. Lo desconocido y misterioso busca sus prosélitos en el reino de la desesperación, habitado por las almas que en ninguna parte hallan consuelo.

—Ahora mismo—dijo la pobre mujer—quiero comprar las cosas. Hoy es viernes, y mañana sábado hacemos la prueba.

—*Compriar* ti cosas, sin hablar...

—Claro; sin decir una palabra. ¿Qué se pierde por hacer la prueba? Y dime otra cosa: ¿ha de ser precisamente a medianoche?

Contestó el ciego que sí, repitiendo las reglas y condiciones imprescindibles para la eficacia del conjuro, y *Benina* trató de fijarlo todo en su memoria.

—Ya sé—le dijo al fin—que estarás todo el día en la fuentecilla del Duque de Alba. Si se me olvida algo, iré a preguntártelo, y a que me enseñes la oración. Eso sí que ha de costar trabajo aprenderlo, sobre todo si no me lo pones en lengua cristiana, que lo que es en la tuya, hijo de mi alma, no sé cómo voy a componerme para no equivocarme.

—Si *quivoquiar* ti, rey no *vinier.*

Desalentada con estas dificultades, separóse *Benina* de su amigo, por la prisa que tenía de reunir algunas perras con que completar lo que para las obligaciones de aquel día necesitaba, y no pudiendo esperar ya cosa alguna del crédito, se puso a pedir en la esquina de la calle de San Millán, junto a la puerta del café de los Naranjeros, importunando a los transeúntes con el relato de sus desdichas: que acababa de salir del hospital, que su marido se había caído de un andamio, que no había comido en tres semanas y otras cosas que partían los corazones. Algo iba pescando la infeliz, y hubiera cogido algo más si no se pareciese por allí un maldito guindilla que la conminó con llevarla a los sótanos de la prevención de la Latina si no se largaba con viento fresco. Ocupóse luego en comprar los adminículos para el conjuro, empresa harto engorrosa, porque todo había de hacerse por señas, y se fué a su casa pensando que sería gran dificultad efectuar allí la endiablada hechicería sin que se enterase la señora. Contra esto no había más recurso que *figurar* que don Romualdo se había puesto muy malito y salir de noche a velarle, yéndose a casa de Almudena... Pero la presencia de la Petra podría ser obstáculo: al peligro de que un testigo incrédulo imposibilitara la *cosa* se añadía el inconveniente grave de que, en caso de éxito feliz, la borrachona quisiera apropiarse todos o una parte de los tesoros donados por el rey... Por cierto que mejor que en piedras preciosas sería que lo trajesen todo en moneda corriente o en fajos de billetes de Banco, bien sujetos con una goma, como ella los había visto en las casas de cambio. Porque... no era floja pejiguera tener que ir a las platerías a proponer la venta de tantas perlas, zafiros y diamantes... En fin, que lo trajeran como les diese la gana: no era cosa de poner reparos ni exigir muchos perendengues.

Halló a doña Paca de mal temple, porque se había parecido en la casa, muy de mañana, un dependiente de la tienda y habíala insultado con expresiones brutales y soeces. La pobre señora lloraba y se tiraba de los pelos, suplicando a su fiel amiga que arase la tierra en busca de los pocos duros que hacían falta para tirárselos al rostro al bestia del tendero, y *Benina* se devanaba los sesos por encontrar la solución del terrible conflicto.

—Mujer, por piedad, discurre, inventa algo—le decía la señora, hecha un mar

de lágrimas—. Para las ocasiones son los amigos. En circunstancias muy críticas no hay más remedio que perder la vergüenza. ¿No se te ocurre, como a mí, que tu don Romualdo podrá sacarnos del compromiso?

La criada no contestó. Preparando la comida de su ama, daba vueltas en su mente a las combinaciones más sutiles. Repetida la proposición por doña Paca, pareció que *Benina* la encontraba razonable.

—Don Romualdo..., sí, sí. Iré a ver... Pero no respondo, señora, no respondo. Quizá desconfíen... Una cosa es hacer caridad y otra prestar dinero..., y no salimos del paso con menos de diez duros... ¿Qué dijo ese bruto de Gabino? ¿Que volvería mañana a darnos otro escándalo?... ¡Canalla..., ladrón..., que todo lo vende *adúltero*!... Pues, sí, es cosa de diez duros, y no sé si don Romualdo... Por él no quedaría; pero su hermana es *puño en rostro*... ¡Diez duros!... Voy a ver... Pero no extrañe la señora que tarde un poco. Estas cosas... no sabe una cómo tratarlas... Depende de la cara que pongan; a lo mejor salen con aquello de "Vuelva usted..." Me voy, me voy; ya me entra la desazón...; tardaré..., pero no tarda quien a casa llega...

—Sobre todo si no trae las manos vacías. Vete, hija, vete, y el Señor te acompañe y te afine las entendederas. Si yo tuviera tu talento, pronto saldría de estas trapisondas. Aquí me quedo rezando a todos los santos del cielo para que te inspiren y a las dos nos saquen de este Purgatorio. Adiós, hija.

Habiéndose trazado un plan, el único que, en su certero juicio, le ofrecía remotas probabilidades de éxito, dirigióse *Benina* a la calle de Mediodía Grande y a la casa de dormir propiedad de su amiga doña Bernarda.

XXI

La dueña del establecimiento brillaba por su ausencia. Fué recibida *Benina* por la *encargada* y por un hombre llamado Prieto, que disfrutaba de toda la confianza de aquélla y llevaba la contabilidad del alquiler diario de camas. No tuvo la anciana más remedio que esperar, pues aquel par de *congrios* carecían de facultades para resolverle el problema que tan atrozmente la inquietaba. Hablando, hablando del negocio de dormir (el año iba muy malo, y cada noche dormía menos gente, y los *micos* menudeaban), ocurriósele a *Benina* preguntar por Frasquito Ponte; a lo que respondió Prieto que la noche anterior se habían visto en el caso de no admitirle, porque era deudor ya de *siete camas* y no había dado nada a cuenta.

—¡Pobre señor!—dijo *Benina*—; habrá dormido al raso... Es un dolor..., a sus años... Mejorando lo presente, es más viejo que la Cuesta de la Vega.

Refirió la encargada que no sabiendo don Frasquito dónde meterse, había conseguido ser albergado en la casa del *Comadreja*, calle de Mediodía Chica, dos pasos de allí. Por más señas, había corrido la noticia de que estaba enfermo. Al oír esto, olvidósele repentinamente a *Benina* el objeto principal que a tal sitio la llevara, y no pensó más que en averiguar qué había sido del desamparado Frasquito. Tiempo tenía de dar un salto a la casa del *Comadreja* y volver a punto que regresase a su domicilio la doña Bernarda. Dicho y hecho. Un momento después entraba la diligente anciana en la fementida tabernucha que *da la cara* al público en el *establecimiento* citado, y lo primero que allí vió fué la abominable estampa de Luquitas, el esposo de Obdulia, que con otros perdidos y dos o tres mujeres zarrapastrosas, jugaba a las cartas en una sucia mesilla circular, entre copas de cariñena y pardillo. En el momento de entrar *Benina* acababan un juego, y antes de echar otra mano, el hijo de doña Paca tiró sobre la mesa los asquerosos naipes, que en mugre competían con las manos de los jugadores; se levantó tambaleándose, y con media lengua y finura desconcertada, de la que suelen emplear los borrachos, ofreció a la criada de su suegra un vaso de vino.

—Quite allá, señorito, yo ya he bebido... Se agradece...—dijo la anciana, rechazando el vaso.

Pero tan pesado se puso el señorito y con tal insistencia le coreaban los demás pidiendo que bebiese *la señora*, que ésta tuvo miedo y tomó la mitad del contenido del vaso pegajoso. No quería ponerse a mal con aquella gentuza, por lo que pudiera tronar, y sin perder tiem-

po ni meterse en dimes y diretes con el vicioso Luquitas, por el abandono en que a su mujer tenía, se fué derecha a su objeto.

—Y ¿no está por aquí la *Pitusa*?

—Aquí está, para servirla—dijo una mujer escuálida, saliendo por estrecha puertecilla bien disimulada entre los estantes llenos de botellas y garrafas que había detrás del mostrador. Como grieta que da paso al escondrijo de una anguila, así era la puerta, y la mujer, el ejemplar más flaco, desmedrado y escurridizo que pudiera encontrarse en la fauna a que tales hembras pertenecen. Tan flaco era su rostro, que al verlo de perfil podría tenérsele por construído de chapa, como las figuras de las veletas. En su cuello no cabían más costurones, y en una de sus orejas el agujero del pendiente era tan grande, que por él se podría meter con toda holgura un dedo. Los dientes mellados y negros, las cejas calvas, las pestañas pitañosas, los ojos tiernos, de mirada de lince, completaban su fisonomía. Del cuerpo no he de decir sino que difícilmente se encontrarían formas más exactamente comparables a las de un palo de escoba vestido. o, si se quiere, cubierto de trapos de fregar suelos; de los brazos y manos, que al gesticular parecía que azotaban, como los tirajos de un zorro que quisiera limpiar el polvo a la cara del interlocutor; de su habla y acento, que sonaban como si estuviera haciendo gárgaras, y aunque parezca extraño, diré también, para dar completa idea de la persona, que de todas estas exterioridades desapacibles se desprendía un cierto airecillo de afabilidad, un moral atractivo, por lo que termino asegurando que la *Pitusa* no era antipática ni mucho menos.

—¿Qué trae por acá la *señá Benina*? —le dijo sacudiéndole de firme en los dos hombros—. Oí contar que estaba usted en grande, en casa rica... Ya, ya sacará buenas rebañaduras... Y ¡que no tendrá usted mal *gato*!...

—Hija, no... De eso hace un siglo. Ahora estamos en baja.

—¿Qué? ¿Le va mal?

—Tirando, tirando. Si sopas, comerlas, y si no, nada... Y el *Comadreja*, ¿está?

—¿Para qué le quiere, *señá Benina*?

—Hija, te pregunto por saber de él, si está con salud.

—Se defiende. La herida se le abre cuando menos lo piensa.

—Vaya por Dios... Dime otra cosa...

—Mándeme.

—Quiero saber si has recogido en tu casa a un caballero que le llaman Frasquito Ponte, y si le tienes aquí todavía, porque me dijeron que anoche se puso muy malo.

Por toda respuesta, la *Pitusa* mandó a *Benina* que la siguiera, y ambas, agachándose, se escurrieron por el agujero que hacía las veces de puerta entre los estantillos del mostrador. De la otra parte arrancaba una escalera estrechísima, por la cual subieron una tras otra.

—Es una persona decente, como quien dice, personaje—añadió *Benina*, segura ya de encontrar allí al infortunado caballero.

—De la grandeza. *Vele* aquí adónde vienen a parar los *títulos*.

Por un pasillo maloliente y sucio llegaron a una cocina, donde no se guisaba. Fogón y vasares servían de depósito de botellas vacías, cajas deshechas, sillas rotas y montones de trapos. En el suelo, sobre un jergón mísero, yacía cuan largo era don Francisco Ponte, en mangas de camisa, inmóvil, la fisonomía descompuesta. Dos mujeronas, de rodillas a un lado y otro, la una con un vaso de agua y vino, la otra atizándole friegas, le hablaban a gritos:

—Vuelva en sí... ¿Qué demonios le pasa?... Eso no es más que maulería. ¿No quiere beber más?

Benina, de hinojos, se puso también a gritarle, sacudiéndole:

—Don Frasquito de mi alma, ¿qué es eso? Abra los ojos y véame; soy la *Nina*.

No tardaron las dos tarascas, que, entre paréntesis, si apostaran a repugnantes y feas, no habría quien les ganara; no tardaron, digo, en dar a la anciana las explicaciones que del suceso pedía. No admitido Ponte en las alcobas de la Bernarda, arrimóse al quicio de la puerta de la capilla de Irlandeses para pasar la noche. Allí le encontraron ellas, y se pusieron a darle bromas, a decirle cosas..., *amos*..., cosas que se dicen y que no eran para ofenderse. Total; que el pobre vejete mal pintado se hubo de incomodar, y al correr tras ellas con el palo levantado para pegarles, pataplum,

cayó redondo al suelo. Soltaron ellas la risa, creyendo que había tropezado; pero al ver que no se movía, acudieron; llegóse también el sereno, le echó a la cara la linterna, y entonces vieron que tenía un ataque. Húrgale por aquí, húrgale por allá, y el buen señor como cuerpo difunto. Llamado el *Comadreja,* lo *desanimó,* y dijo que todo era un *sincopiés*; y como es *caritativo él, buen cristiano él,* y además había estudiado un año de Veterinaria, mandó que le llevaran a su casa para asistirle y devolverle resuello con friegas y sinapismos.

Así se hizo, cargándole entre las dos y otra compañera, pues el enfermo pesaba como un manojo de cañas, y en casa, a fuerza de pellizcos y restregones, volvió en sí, y les dió las gracias tan amable. La *Pitusa* le hizo unas sopas, que tomó con apetito, dando a cada momento *las más expresivas gracias...*, tan fino, y así estuvo hasta la mañana, bien apañadito en su jergón. No podían ponerle en un cuarto, porque en toda la noche apenas los hubo desocupados, y allí, en la cocina vieja, estaba muy bien, por ser pieza de ventilación.

Lo peor fué que a la mañana, cuando se levantaba para marcharse, le repitió el ataque, y todo el santo día le daban de hora en hora unos *sincopieses* tan tremendos, que se quedaba como cadáver, y costaba Dios y ayuda volverle en sí. Le habían dejado en mangas de camisa, porque se quejaba de calor; pero allí estaba la ropa sin que nadie la tocase ni le afanaran cosa alguna de lo que tenía en los bolsillos. Había dicho el *Comadreja* que si no se recobraba en la noche, daría parte a la Delegación para que le llevaran al hospital.

Manifestó *Benina* a la *Pitusa* que era un dolor mandar al hospital a tan ilustre señorón, y que ella se determinaría a llevarle a su casa, si... Hirió la mente de la anciana una atrevida idea, y con la resolución que era cualidad primaria de su carácter, se apresuró a ponerla en práctica con toda prontitud.

—¿Quieres oírme una palabrita?—dijo a la *Pitusa,* cogiéndola por el brazo para sacarla de la cocina.

Y al extremo del pasillo, entraron en la única habitación *vividera* de la casa: una alcoba con cama camera de hierro, colcha de punto de gancho, espejos torcidos, láminas de odaliscas, cómoda derrengada y un San Antonio en su peana, con flores de trapo y lamparilla de aceite. El diálogo fué rápido y nervioso:

—¿Qué se le ofrece?

—Pues poca cosa. Que me prestes diez duros.

—*Señá Benina,* ¿está usted en sus cabales?

—En ellos estoy, Teresa Conejo, como lo estaba cuando te presté los mil reales y te salvé de ir a la cárcel... ¿No te acuerdas? Fué el año y el día del ciclón, que arrancó los árboles del Botánico... Tú habitabas en la calle del Gobernador; yo, en la de San Agustín, donde servía...

—Sí que me acuerdo. Yo la conocí a usted de que comprábamos juntas...

—Te viste en un fuerte compromiso.

—Empezaba yo a rodar por el mundo...

—Y rodando, rodando, caíste en una tentación...

—Y como servía usted en casa grande, yo calculé y dije: "Pues ésta, si quiere, podrá sacarme."

—Te llegaste a mí con mucho miedo..., lo que pasa..., no querías levantarte el faldón y que yo te dejara destapada.

—Pero usted me tapó... ¡Cuánto se lo agradecí, *Benina*!

—Y sin réditos... Luego tú, en cuanto hiciste las paces con el del almacén de vinos, me pagaste...

—Duro sobre duro.

—Pues bien: ahora soy yo la que se ha caído: necesito doscientos reales, y tú me los vas a dar.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¡Mecachis..., san Dios! ¡Como no se me vuelva dinero la chimenea de los garbanzos!

—¿No los tienes? ¿Ni tu *Comadreja* tampoco?

—Estamos como el gallo de Morón... ¿Y para qué quiere los diez duros?

—Para lo que a ti no te importa. Di si me los das o no me los das. Yo te los pagaré pronto; y si quieres real por duro, no hay *incomeniente.*

—No es eso: es que no tengo ni un cuarto partido por medio. Este ganado indecente no trae más que miseria.

—¡Válgate Dios! ¿Y...?

—No, no tengo alhajas. Si las tuviera...

—Busca bien, *maestra*.

—Pues bueno. Hay dos sortijas. No son mías: son del *Rey de Bastos*, un amigo de Rumaldo, que se las dió a guardar, y Rumaldo me las dió a mí.

—Pues...

—Si usted me da su palabra de desempeñarlas dentro de ocho días y traérmelas, pero palabra formal, ¡san Dios!, lléveselas... Darán los diez por largo, pues una de ellas tiene un brillante que da *la catarata*.

Poco más se habló. Cerraron bien la puerta para que nadie pudiera fisgonear desde el pasillo. Si alguien lo hiciera, no habría oído más que un abrir y cerrar los cajones de la cómoda, un cuchicheo de *Benina* y roncas gárgaras de la otra.

XXII

A poco de volver las dos mujeres al lado del desmayado Frasquito, entró el *Comadreja*, que era un mocetón achulado, de buen porte, con tez y facciones algo gitanescas, sombrero ancho, bien ceñido el talle, y lo primero que dijo fué que pronto sería conducido el *interfecto* al hospital. Protestó *Benina*, sosteniendo que la enfermedad de Ponte era de las que exigen trato casero y de familia; en el hospital se moriría sin remedio, y así, valía más que ella se le llevara a la casa de su señora doña Francisca Juárez, la cual, aunque había venido muy a menos, todavía se hallaba en posición de hacer una obra de caridad, albergando a su paisano el señor de Ponte, con quien tenía, si mal no recordaba, lejano parentesco. En esto volvió de su desvanecimiento el galán pobre, y reconociendo a su bienhechora, le besó las manos, llamándole *ángel* y qué sé yo qué, muy gozoso de verla a su lado. Con gesto imperioso, al que siguió una patada, la *Pitusa* ordenó a las dos arrapiezas que se fueran a su obligación en la puerta de la calle; el *Comadreja* bajó a despachar, y quedándose solas la *Benina* y su amiga con el pobre Ponte, le vistieron del levitín y gabán para llevárselo.

—Aquí, en confianza, don Frasquito —le dijo la *Benina*—, cuéntenos por qué no hizo lo que le mandé.

—¿Qué, señora?

—Dar a Bernarda la peseta, a cuenta de noches debidas... ¿O es que se gastó la peseta en algo que le hacía falta, un suponer, en pintura para la fisonomía del bigote? En este caso, no digo nada.

—Cosmético, no..., yo se lo juro—respondió Frasquito con lánguido acento, sacando de su boca las palabras como con un gancho—. Lo gasté..., pero no en eso... Tenía que pro..., pro..., si lo diré al fin..., que proporcionarme una foto...grafía.

—Rebuscó en el bolsillo de su gabán, y de entre sobadas cartas y papeles sacó uno que desdobló, mostrando un retrato fotográfico, tamaño de tarjeta ordinaria.

—¿Quién es esta madama?—dijo la *Pitusa*, que con presteza lo cogió para examinarlo—. Como guapa, lo es...

—Quería yo—prosiguió Frasquito tomando aliento a cada sílaba—demostrarle a Obdulia su perfecta semejanza con...

—Pues este retrato no es de la niña —dijo *Benina* contemplándolo—. Algo se le parece en el corte de cara; pero no es mismamente.

—Digan ustedes si se parece o no. Para mí son idénticas... La una como la otra, ésta como aquélla.

—Pero ¿quién es?

—La emperatriz Eugenia... Pero ¿no la ven? No la había más que en casa de Laurent, y no lo daban por menos de una peseta... Forzoso adquirirlo, demostrar a Obdulia la similitud ...

—Don Frasquito, por la Virgen, mire que vamos a creer que está ido... ¡Gastar la peseta en un retrato!...

No se dió por convencido el caballero pobre, y guardando cuidadosamente la cartulina, se abrochó su gabán y trató de ponerse en pie; operación complicadísima que no pudo realizar, por la extraordinaria flojedad de sus piernas, no más gruesas que palillos de tambor. Con la prontitud que usar solía en casos como aquél, *Benina* salió a tomar un coche, para lo cual antes tenía que evacuar otra diligencia de suma importancia. Mas como era tan ejecutiva, pronto despachó; con sus diez duros en el bolsillo, volvió a Mediodía Grande en coche simón tomado por horas, y en la puerta de la casa se tropezó con Petra la borracha y su compañera *Cuarto e Kilo*, que de la taberna vociferando salían.

—Ya, ya sabemos que se le lleva con-

sigo...—dijéronle con retintín—. Así se portan las mujeres de rumbo que estiman a un hombre... Vaya, vaya, que eso es correrse... Bien se ve que se puede.

—¡A ver!... Pero como a ustedes no les importa, yo digo... ¿Y qué?

—Pues na... En fin, aliviarse.

—¡Contento que tiene usted al ciego Almudena!

—¿Qué le pasa?

—Que ha esperado a la señora toda la tarde... ¡Cómo había de ir, si andaba buscando al caballero canijo!...

—Un recadito nos dió para usted por si la veíamos.

—¿Qué dice?

—A ver si me acuerdo... ¡Ah! Sí: que no compre la olla...

—La olla de los siete *bujeros*..., que él tiene una que trajo de su tierra.

—Bueno.

—¿Y qué? ¿Van a poner fábrica de coladores? Si no, ¿para qué son tantos *ujeros*?

—Cállense las muy boconas. Ea, con Dios.

—Y estamos de coche. ¡Vaya un lujo! ¡Cómo se conoce que corre la guita!

—Que os calléis... Más valdría que me ayudarais a bajarle y meterle en el coche.

—Vaya que sí. Con alma y vida.

De divertimiento sirvió a todas las de casa y a las de fuera. Fué una ruidosa función el acto de bajar a Frasquito, cantándole coplas en son funerario y diciéndole mil cuchufletas aplicadas a él y a la *Benina*, que, insensible a los desahogos de la vil canalla, se metió en su coche, llevando al caballero andaluz como si fuera un lío de ropa, y mandó al cochero picar hacia la calle Imperial, cuidando de despabilar bien al caballo.

No fué, como es fácil suponer, floja sorpresa la de doña Frascisca al ver que le metían en la casa un cuerpo al parecer moribundo, transportado entre *Benina* y un mozo de cuerda. La pobre señora había pasado la tarde y parte de la noche en mortal ansiedad, y al ver cosa tan extraña, creía soñar o tener trastornado el sentido. Pero la traviesa criada se apresuró a tranquilizarla, diciéndole que aquél no era cadáver, como de su aspecto lastimoso podía colegirse, sino enfermo gravísimo, el propio don Frasquito Ponte Delgado, natural de Algeciras, a quien había encontrado en la calle; y sin meterse en más explicaciones del inaudito suceso, acudió a confortar el atribulado espíritu de doña Paca con la fausta noticia de que llevaba en su bolso nueve duros y pico, suma bastante para atender al compromiso más urgente y poder respirar durante algunos días.

—¡Ah, qué peso me quitas de encima de mi alma!—exclamó la señora elevando las manos—. El Señor te bendiga. Ya estamos en situación de hacer una obra de caridad, recogiendo a este desgraciado... ¿Ves? Dios en un solo punto y ocasión nos ampara y nos dice que amparemos. El favor y la obligación vienen aparejados.

—Hay que tomar las cosas como las dispone... *el que menea los truenos*.

—¿Y dónde ponemos a este pobre mamarracho?—dijo doña Paca, palpando a Frasquito, que, aunque no estaba sin conocimiento, apenas hablaba ni se movía, yacente en el santo suelo, arrimadito a la pared.

Como después del casamiento de Obdulia y Antoñito habían sido vendidas las camas de éstos, surgió un conflicto de instalación doméstica, que *Nina* resolvió proponiendo armar su cama en el cuartito del comedor para colocar en ella al pobre enfermo. Ella dormiría en un jergón sobre la estera, y ya verían, ya verían si era posible arrancar al cuitado viejo de las uñas de la muerte.

—Pero, *Nina* de mi alma, ¿has pensado bien en la carga que nos hemos echado encima?... Tú que no puedes, llévame a cuestas, como dijo el otro. ¿Te parece que estamos nosotras para meternos a protectoras de nadie?... Pero acaba de contarme: ¿fué don Romualdo bendito quien...?

—Sí, señora, Rumaldo...—respondió la anciana, que en su aturdimiento no se había preparado para el embuste.

—¡Bendito, mil veces bendito señor!

—Ella..., Teresa Conejo.

—¿Qué dices, mujer?

—Digo que... Pero ¿usted no se entera de lo que hablo?

—Has dicho que... ¿Por ventura es cazador don Romualdo?

—¿Cazador?

—Como has dicho no sé qué de un conejo.

—El no caza; pero le regalan...; qué

sé yo..., tantas cosas..., la perdiz, el conejo de campo... Pues esta tarde...

—Ya; te dijo: "*Benina*, a ver cómo me pone mañana este conejo que me han traído..."

—Sobre si había de ser en salmorejo o con arroz, estuvieron disputando; y como yo nada decía y se me saltaban las lágrimas, "*Benina*, ¿qué tienes? *Benina*, ¿qué te pasa?..." En fin, que del conejo tomé pie para contarle el apuro en que me veía...

Convencida doña Paca, ya no se pensó más que en instalar a Frasquito, el cual parecía no darse cuenta de lo que le pasaba. Al fin, cuando ya le habían acostado, reconoció a la viuda de Juárez, y mostrándole su gratitud con apretones de manos y un suspirar afectuoso, le dijo:

—Tal hija, tal madre... Es usted el vivo retrato de la Montijo.

—¿Qué dice este hombre?

—Le da porque todas nos parecemos a... no sé quién..., a los emperadores de Francia... En fin, dejadlo.

—¿Estoy en el palacio de la plaza del Angel?—dijo Ponte, examinando la mísera alcoba con extraviados ojos.

—Sí, señor... Arrópese ahora; estése quietecito para que coja el sueño. Luego le daremos buen caldo..., y a vivir.

Dejáronle solo, y *Benina* se echó nuevamente a la calle, ávida de tapar la boca a los acreedores groseros, que con apremio impertinente y desvergonzado abrumaban a las dos mujeres. Dióse el gustazo de ponerles ante los morros los duros que se les debían, hizo más provisiones, fué a la calle de la Ruda, y con su cesta bien repleta de víveres y el corazón de esperanzas, pensando verse libre de la vergüenza de pedir limosna al menos por un par de días, volvió a su casa. Con presteza metódica se puso a trabajar en la cocina, en compañía de su ama, que también estaba risueña y gozosa.

—¿Sabes lo que me ha pasado—dijo a *Benina*—en el rato que has estado fuera? Pues me quedé dormidita en el sillón, y soñé que entraban en casa dos señores graves, vestidos de negro. Eran don Francisco Morquecho y don José María Porcell, paisanos míos, que venían a participarme el fallecimiento de don Pedro José García de los Antrines, tío carnal de mi esposo.

—¡Pobre señor, se ha muerto!—exclamó *Nina* con toda el alma.

—Y el tal don Pedro José, que es uno de los primeros ricachos de la Serranía...

—Pero dígame: ¿es soñado lo que me cuenta o es verdad?

—Espérate, mujer. Venían esos dos señores, don Francisco y don José María, médico el uno, el otro secretario del Ayuntamiento..., pues venían a decirme que el García de los Antrines, tío carnal de mi Antonio, los había nombrado testamentarios...

—Ya...

—Y que..., la cosa es clara..., como no tenía el tal sucesión directa, nombraba herederos...

—¿A quién?

—Ten calma, mujer... Pues dejaba la mitad de sus bienes a mis hijos Obdulia y Antoñito, y la otra mitad a Frasquito Ponte. ¿Qué te parece?

—Que a ese bendito señor debían de hacerle santo.

—Dijéronme don Francisco y don José María que hace días andaban buscándome para darme conocimiento de la herencia, y que preguntando aquí y acullá, al fin averiguaron las señas de esta casa..., ¿por quién dirás?, por el sacerdote don Romualdo, propuesto ya para obispo, el cual les dijo también que yo había recogido al señor De Ponte... "De modo—me dijeron, echándose a reír—, que al venir a ofrecer a usted nuestros respetos, señora mía, matamos dos pájaros de un tiro."

—Pero vamos a cuentas: todo eso es, como quien dice, soñado.

—Claro: ¿no has oído que me quedé dormida en el sillón?... Como que esos dos señores que estuvieron a visitarme se murieron hace treinta años, cuando yo era novia de Antonio..., figúrate..., y García de los Antrines era muy viejo entonces. No he vuelto a saber de él... Pues sí, todo ha sido obra de un sueño; pero tan a lo vivo, que aún me parece que los estoy mirando... Te lo cuento para que te rías..., no, no es cosa de risa, que los sueños...

—Los sueños, los sueños, digan lo que quieran—manifestó *Nina*—, son también de Dios; ¿y quién va a saber lo que es verdad y lo que es mentira?

—Cabal... ¿Quién te dice a ti que detrás, o debajo, o encima de este mundo que vemos no hay otro mundo donde

viven los que se han muerto?... ¿Y quién te dice que el morirse no es otra manera y forma de vivir?...

—Debajo, debajo está todo eso—afirmó la otra, meditabunda—. Yo hago caso de los sueños, porque bien podría suceder, una comparanza, que los que andan por allá vinieran aquí y nos trajeran el remedio de nuestros males. Debajo de tierra hay otro mundo, y el toque está en saber cómo y cuándo podemos hablar con los vivientes *soterranos*. Ellos han de saber lo mal que estamos por acá, y nosotros soñando vemos lo bien que por allá lo pasan... No sé si me explico..., digo que no hay justicia, y para que la *haiga*, soñaremos todo lo que nos dé la gana, y soñando, un suponer, traeremos acá la justicia.

Contestó doña Paca con una sarta de suspiros, sacados de lo más hondo de su pecho, y *Benina* se lanzó, con fiebre y tenacidad de idea fija, a pensar nuevamente en el maravilloso conjuro. Trasteando sin sosiego en la cocina, con los ojos del alma no veía más que el cazuelo de los siete *bujeros*, el palo de laurel, vestido, y la oración..., ¡demontres de oración! ¡Esto sí que era difícil!

XXIII

Todo iba bien a la mañana siguiente: don Frasquito, mejorando de hora en hora y con las entendederas en estado de mediana claridad; doña Paca, contenta; la casa, bien provista de vituallas; aquel día y el próximo asegurados, por lo cual la pobre *Benina* podría descansar de su penosa postulación en San Sebastián. Mas siéndole preciso sostener la comedia de su asistencia en la casa del eclesiástico, salió como todos los días, la cesta al brazo, dispuesta a no perder la mañana y hacer algo útil. Al salir le dijo su ama:

—Me parece que tendremos que hacer un obsequio a nuestro don Romualdo... Conviene demostrar que somos agradecidas y bien educadas. Llévale de mi parte dos botellas de champaña de buena marca, para que acompañe con ellas el guisado que le harás hoy, del conejo.

—Pero ¿está loca, señora? ¿Sabe lo que cuestan dos botellas de champaña? Nos empeñaríamos para tres meses. Siempre ha de ser usted lo mismo. Por gustar tanto del quedar bien, se ve ahora tan pobre. Ya le obsequiaremos cuando nos caiga la lotería, pues de hoy no pasa que busque yo quien me ceda una peseta en un décimo de los de a tres.

—Bueno, bueno; anda con Dios.

Y se fué la señora a platicar con Frasquito, que animado y locuaz estaba. Una y otro evocaron recuerdos de la tierra andaluza en que habían nacido, resucitando familias, personas y sucesos; y charla que te charla, doña Francisca salió por el registro de su sueño, aunque se guardó bien de contárselo al paisano.

—Dígame, Ponte: ¿qué ha sido de don Pedro José García de los Antrines?

Después de un penoso expurgo en los oscuros cartapacios de su memoria, respondió Frasquito que el don Pedro se había muerto el año de la Revolución.

—Anda, anda; y yo creí que aún vivía. ¿Sabe usted quién heredó sus bienes?

—Pues su hijo Rafael, que no ha querido casarse. Ya va para viejo. Bien podría suceder que se acordara de nosotros, de sus hijos, de usted y de mí, pues no tiene parentela más próxima.

—¡Ay! No lo dude usted: se acordará...—manifestó doña Paca con gran animación en los ojos y en la palabra—. Si no se acordara, sería un puerco... Lo que me decían don Francisco Morquecho y don José María Porcell...

—¿Cuándo?

—Hace... no sé cuánto tiempo. Verdad que ya pasaron a mejor vida. Pero me parece que los estoy viendo... Fueron testamentarios de García de los Antrines, ¿no es cierto?

—Sí, señora. También yo los traté mucho. Eran amigos de mi casa, y los tengo muy presentes en mi memoria... Me parece que los estoy viendo con sus levitas negras de corte antiguo...

—Así, así.

—Sus corbatines de suela, y aquellos sombreros de copa que parecían la torre de Santa María...

Prosiguió el coloquio con esta vaga fluctuación entre lo real y lo imaginativo, y en tanto, *Benina*, calle arriba, calle abajo, va con la mente despejada, tranquilo el espíritu por la posesión de un caudal no inferior a tres duros y medio, pensaba que toda la tracamundana

del conjuro de Almudena era simplemente un engañabobos. Más probable veía el éxito en la lotería, que no es, por más que digan, obra de la ciega casualidad, pues ¿quién nos dice que no anda por los aires un ángel o demonio invisible que se encarga de sacar la bola del gordo, sabiendo de antemano quién posee el número? Por esto se ven cosas tan raras: verbigracia, que se reparte el premio entre multitud de infelices que se juntaron para tal fin, poniendo éste un real, el otro una peseta. Con tales ideas se dió a pensar quién le proporcionaría una participación módica, pues adquirir ella sola un décimo parecíale mucho aventurar. Con la Pedra y su compañera *Cuarto e Kilo,* que probaban fortuna en casi todas las extracciones, no quería cuentas; mejor se entendería para este negocio con Pulido, su compañero de mendicidad en la parroquia, del cual se contaba que hacía combinaciones de jugadas lotéricas con el burrero vecino de Obdulia; y para cogerle en su morada antes que saliese a pedir, apresuró el paso hacia la calle de la Cabeza, y dió fondo en el establecimiento de burras de leche. En los establos de aquellas pacíficas bestias daban albergue a Pulido los honrados lecheros, gente buena y humilde. Una hermana de la burrera vendía décimos por las calles, y un tío del burrero, que tuvo el mismo negocio en la misma calle y casa, años atrás, se había sacado el gordo, retirándose a su pueblo, donde compró tierras. La afición se perpetuó, pues, en el establecimiento, formando un hábito vicioso; y a la fecha de esta historia, con lo que los burreros llevaban gastado en quince años de jugadas, habrían podido triplicar el ganado asnal que poseían.

Tuvo *Benina* la suerte de encontrar a toda la familia reunida, ya de regreso las pollinas de su excursión matinal. Mientras éstas devoraban el pienso de salvado, los racionales se entretenían en hacer cálculos de probabilidades, y en aquilatar las razones en que se podía fundar la certidumbre de que saliese premiado al día siguiente el 5.005, del cual poseían un décimo. Pulido, examinando el caso con su poderosa vista interior, que por la ceguera de los ojos corporales prodigiosamente se le aumentaba, remachó el convencimiento de los burreros, y en tono profético les dijo que tan cierto era que saldría premiado el 5.005, como que hay Dios en el cielo y diablo en los infiernos. Inútil es decir que la pretensión de *Benina* cayó en aquella obcecada familia como una bomba, y que el primer impulso de todos fué negarle en absoluto la participación que solicitaba, pues ello equivalía a regalarle montones de dinero.

Picóse la mendiga, diciéndoles que no la faltaban tres pesetas para tirarlas en un decimito, *todo para ella,* y este golpe de audacia produjo su efecto. Por último, se convino en que, si ella compraba el décimo, ellos le tomarían la mitad, dándole una participación de dos reales en el mágico 5.005, número seguro, tan seguro como *estarlo viendo.* Así se hizo: salió *Benina,* y llevó al poco rato un décimo del 4.844, el cual, visto por los otros, y *oído cantar* por el ciego, produjo en toda la cuadrilla lotérica la mayor confusión y desconcierto, como si por arte misterioso la suerte se hubiera pasado del uno al otro número. Por fin, hiciéronse los tratos y combinaciones a gusto de todos, y el burrero extendió las papeletas de participación, quedándose la anciana con seis reales en el suyo y dos en el otro. Salió Pulido refunfuñando, y se fué a su parroquia de muy mal talante, diciéndose que aquella *eclesiástica pocritona* había ido a quitarles la suerte; los burreros se despotricaron contra Obdulia, afirmando que no pagaba el pan y compraba tiestos de flores, y que el casero la iba a plantar en la calle; y *Benina* subió a ver a la *niña,* a quien encontró en manos de la peinadora, que trataba de arreglarle una bonita cabeza. Aquel día sus suegros le habían mandado albóndigas y sardinas en escabeche; Luquitas había entrado en casa a las seis de la mañana, y aún dormía como un cachorro. Pensaba la *niña* irse de paseo, ansiosa de ver jardines, arboledas, carruajes, gente elegante, y su peinadora le dijo que se fuera al Retiro, donde vería esas cosas, y todas las fieras del mundo, y además cisnes, que son, una comparanza, gansos de pescuezo largo. Al saber que Frasquito, enfermo, se hallaba recogido en casa de doña Paca, mostró la *niña* sincera aflicción, y quiso ir a verle; pero *Benina* se lo quitó de la cabeza. Más valía que le dejara descansar un par de

dias, evitándole conversaciones *delirio-sas*, que le trastornaban el seso. Asintiendo a estas discretas razones, Obdulia se despidió de su criada, persistiendo en irse de paseo, y la otra tomó el olivo presurosa hacia la calle de la Ruda, donde quería pagar deudillas de poco dinero. Por el camino pensó que le convendría ceder parte de la excesiva cantidad empleada en lotería, y a este fin hizo propósito de buscar al ciego moro para que jugase una peseta. Más seguro era esto que no la operación de llamar a los espíritus *soterranos*...

Esto pensaba, cuando se encontró de manos a boca con Pedra y Diega, que de vender venían, trayendo entre las dos, mano por mano, una cesta de baratijas de mercería ordinaria. Paráronse con ganas de contarle algo estupendo y que sin duda le interesaba:

—¿No sabe, *maestra*? Almudena la anda buscando.

—¿A mí? Pues yo quisiera hablar con él, por ver si quiere tomarme...

—Le tomará a usted medidas. Eso dice...

—¿Qué?

—Que está furioso... Loco perdido. A mí por poco me mata esta mañana de la tirria que me tiene. En fin, el disloque.

—Se muda de Santa Casilda... Se va a las Cambroneras.

—Le ha dado la tarantaina, y baila sobre un pie solo.

Prorrumpieron en desentonadas risas las dos mujerzuelas, y *Benina* no sabía qué decirles. Entendiendo que el africano estaría enfermo, indicó que pensaba ir a San Sebastián en su busca, a lo que replicaron las otras que no había salido a pedir, y que si quería la *maestra* encontrarle, buscárale hacia la Arganzuela o hacia la calle del Peñón, pues en tal rumbo le habían visto ellas poco antes. Fué *Benina* hacia donde se le indicaba, despachados brevemente sus asuntos en la calle de la Ruda, y después de dar vueltas por la Fuentecilla, y subir y bajar repetidas veces la calle del Peñón, vió al marroquí, que salía de casa de un herrero. Llegóse a él, le cogió por el brazo y...

—Soltar mí, soltar mí tú...—dijo el ciego estremeciéndose de la cabeza a los pies, cual si recibiese una descarga eléctrica—. Mala tú, *gañadora* tú..., matar yo ti.

Alarmóse la pobre mujer, advirtiendo en el rostro de su amigo grandísima turbación: contraía y dilataba los labios con vibraciones convulsivas, desfigurando su habitual expresión fisonómica; manos y piernas temblaban; su voz había enronquecido.

—¿Qué tienes tú, Almudenilla? ¿Qué mosca te ha picado?

—Picar tú mí, mosca mala... *Viner migo*... Querer yo hablar *tigo*. *Muquier* mala ser ti...

—Vamos a donde quieras, hombre. ¡Si parece que estás loco!

Bajaron a la Ronda, y el marroquí, conocedor de aquel terreno, guió hacia la fábrica del gas, dejándose llevar por su amiga cogido del brazo. Por angostas veredas pasaron al paseo de las Acacias, sin que la buena mujer pudiera obtener explicaciones claras de los motivos de aquella extraña desazón.

—Sentémonos aquí—dijo *Benina* al llegar junto a la fábrica de alquitrán—; estoy cansadita.

—Aquí, no...; más *abaixo*...

Y se precipitaron por un sendero empinadísimo, abierto en el terraplén. Hubieran rodado los dos por la pendiente si *Benina* no le sostuviera moderando el paso y asegurándose bien de dónde ponía la planta. Llegaron, por fin, a un sitio más bajo que el paseo, suelo quebrado, lleno de escorias que parecen lavas de un volcán; detrás dejaron casas, cimentadas a mayor altura que las cabezas de ellos; delante tenían techos de viviendas pobres, a nivel más bajo que sus pies. En las revueltas de aquella hondonada se distinguían chozas míseras, y a lo lejos, oprimida entre las moles del Asilo de Santa Cristina y el taller de sierra mecánica, la barriada de las Injurias, donde hormiguean familias indigentes.

Sentáronse los dos. Almudena, dando resoplidos, se limpió el copioso sudor de su frente. *Benina* no le quitaba los ojos, atenta a sus movimientos, pues no las tenía todas consigo, viéndose sola con el enojado marroquí en lugar tan solitario.

—A ver..., *amos*..., a ver por qué soy tan mala y tan engañadora. ¿Por qué?

—*Poique* ti *n'gañar* mí. Yo *quiriendo* ti, tú *quirier* otro... Sí, sí... Señor *buni-*

to, cabaiero galán..., ti queriendo él... Enfermo él casa *Comadreja*..., tú llevar casa tuya él..., *quirido tuyo*..., *quirido*..., rico él, señorito él...

—¿Quién te ha contado esas papas, Almudena?—dijo la buena mujer, echándose a reír con toda su alma.

—No negar tú cosa... Tú *n'fadar* mí; *riyento* tú mí...

Al expresarse de este modo, poseído de súbito furor, se puso en pie, y antes que *Benina* pudiera darse cuenta del peligro que la amenazaba, descargó sobre ella el palo con toda su fuerza. Gracias que pudo la infeliz salvar la cabeza apartándola vivamente; pero la paletilla, no. Quiso ella arrebatarle el palo; pero antes que lo intentara recibió otro estacazo en el hombro, y un tercero en la cadera... La mejor defensa era la fuga. En un abrir y cerrar de ojos se puso la anciana a diez pasos del ciego. Este trató de seguirla; ella le buscaba las vueltas; se ponía en lugar seguro, y él descargaba sus furibundos garrotazos en el aire y en el suelo. En una de éstas cayó boca abajo, y allí se quedó cual si fuera la víctima, mordiendo la tierra, mientras la señora de sus pensamientos le decía:

—Almudena, Almudenilla, si te cojo, verás..., ¡tontaina, borricote!...

XXIV

Después de revolcarse en el suelo con epiléptica contracción de brazos y piernas, y de golpearse la cara y tirarse de los pelos, lanzando exclamaciones guturales en lengua arábiga, que *Benina* no entendía, rompió a llorar como un niño, sentado ya a estilo moro, y continuando en la tarea de aporrearse la frente y de clavar los dedos convulsos en su rostro. Lloraba con amargo desconsuelo, y las lágrimas calmaron, sin duda, su loca furia. Acercóse *Benina* un poquito, y vió su rostro inundado de llanto, que le humedecía la barba. Sus ojos eran fuentes por donde su alma se descargaba del raudal de una pena infinita.

Pausa larga. Almudena, con voz quejumbrosa de chiquillo castigado, llamó cariñosamente a su amiga:

—*Nina*..., *amri*... ¿Estar aquí ti?

—Sí, hijo mío, aquí estoy viéndote llorar como San Pedro después que hizo la canallada de negar a Cristo. ¿Te arrepientes de lo que has hecho?

—Sí, sí..., *amri*... ¡Haber pegado ti!... ¿Doler ti *mocha*?

—¡Ya lo creo que me escuece!

—Yo malo..., *yorando* mí días *mochas, poique* pegar ti... *Amri, perdoñar* tú mí...

—Sí..., perdonado... Pero no me fío.

—Tomar tú palo—le dijo alargándoselo—. Venir *quí*..., *cabe* mí. Coger palo y dar mí fuerte, hasta que matar tú mí.

—No me fío, no.

—Tomar tú este *cochilo*—añadió el africano sacando del bolso interior del chaquetón una herramienta cortante—. Mercarlo yo *pa* pegar ti... Matar tú mi con él, quitar vida mí. Mordejai no *quierer* vida...; muerte, sí, muerte...

Como quien no hace nada, *Benina* se apoderó de las dos armas, palo y cuchillo, y arrimándose ya sin temor alguno al desdichado ciego, le puso la mano en el hombro.

—Me has partido algún hueso, porque me duele *mocha*—le dijo—. A ver dónde me curo yo ahora... No, hueso roto no hay; pero me has levantado unos morcillones como mi cabeza, y el árnica que gaste yo esta tarde tú me la tienes que abonar.

—Dar yo ti... vida... *Perdoñar* mí... *Yorar* yo meses, *mochas*, si tú no *perdoñando* mi... Estar loco... Yo *querier* ti... Si tú no *querier* mí, Almudena matar sí él *sigo*.

—Bueno va. Pero tú has tomado algún maleficio. ¡Vaya, que salir ahora con ese cuento de enamorarte de mí! Pero ¿tú no sabes que soy una vieja, y que si me vieras te caerías para atrás del miedo que te daba?

—No ser vieja tú... Yo *quiriendo* ti.

—Tú quieres a Pedra.

—No... *B'rracha*..., fea, mala... Tú ser *muquier* una sola... No haber otra mí.

Sin dar tregua a su intensa aflicción, cortando las palabras con los hondos suspiros y el continuo sollozar, torpe de lengua hasta lo sumo, declaró Almudena lo que sentía, y en verdad que si pudo entender *Benina* lenguaje tan extraño, no fué por el valor y sentido de los conceptos, sino por la fuerza de la verdad que el marroquí ponía en sus extrañísimas modulaciones, aullidos, desesperados gritos y sofocados murmullos. Díjole que desde que el rey *Samdai*

le señaló la mujer *única*, para que le siguiera y de ella se apoderara, anduvc corriendo por toda la tierra. Más él caminaba, más delante iba la mujer, sin poder alcanzarla nunca. Andando el tiempo, creyó que la fugitiva era Nicolasa, que con él vivió tres años de vida errante. Pero no era; pronto vió que no era La suya delante, siempre delante, entapujadita y sin dejarse ver la cara... Claro que él veía la figura con los ojos del alma... Pues bueno: cuando conoció a *Benina*, una mañana que por primera vez se presentó ella en San Sebastián, llevada por Eliseo, el corazón, queriendo salírsele del pecho, le dijo: "Esta es, ésta sola, y no hay otra." Más hablaba con ella, más se convencía de que era *la suya*; pero quería dejar pasar tiempo, y *priebarlo* mejor. Por fin llegó la certidumbre, y él esperando, esperando una ocasión de decírselo a ella... Así, cuando le contaron que *Benina* quería al *galán bunito*, y que se lo había llevado a su casa nada menos que en coche, le entró tal desconsuelo, seguido de tan espantosa furia, que el hombre no sabía si matarse o matarla... Lo mejor sería consumar a un tiempo las dos muertes, después de haber despachado para el otro mundo a media Humanidad, repartiendo golpes a diestro y siniestro.

Oyó *Benina* con interés y piedad este relato, que aquí se da, para no cansar, reducido a mínimas proporciones, y como era mujer de buen sentido, no incurrió en la ligereza de engreírse con aquella pasión africana, ni tampoco hizo chacota de ella, como natural parecía, considerando su edad y las condiciones físicas del desdichado ciego. Manteniéndose en un justo medio de discreción, miraba sólo el fin inmediato de que su amigo se tranquilizara, apartando de su mente las ideas de muerte y exterminio. Explicóle lo del *galán bunito*, procurando convencerle de que sólo un sentimiento de caridad habíala movido a llevarle a la casa de su señora, sin que mediase en ello el amor ni cosa tocante a las relaciones de hombre y de mujer. No se daba por convencido Mordejai, que planteó por fin la cuestión en términos que justificaban la veracidad y firmeza de su afecto, a saber: para que él creyese lo que *Benina* acababa de decirle, convenía que se lo demostrara con hechos, no con palabras, que el viento se lleva. ¿Y cómo se lo demostraría con hechos, de modo que él quedase plenamente satisfecho y convencido? Pues de un modo muy sencillo: dejando todo, su señora, *casa suya, galán bunito*; yéndose a vivir con Almudena, y quedando unidos ya los dos para toda la vida.

No respondió la anciana con negación rotunda por no excitarle más, y se limitó a presentarle los inconvenientes del abandono brusco de su señora, que se moriría si de ella se separase. Pero a todas estas razones oponía el marroquí otras fortalecidas en el fuero y leyes de amor, que a todo se sobreponen.

—Si tú *querier* mí, *amri*, mi casar *tigo*.

Al hacer la oferta de su blanca mano, acompañándola de un suspirar tierno y de remilgos de vergüenza, con sus enormes labios que se dilataban hasta las orejas o se contraían formando un hocico monstruoso, *Benina* no pudo evitar una risilla de burla. Pero conteniéndose al instante, acudió a la respuesta con este discretísimo argumento:

—Hijo, así te llamo porque pudieras serlo..., agradezco tu fineza; pero repara que he cumplido los sesenta años.

—Cumplir, no cumplir *sisenta, milienta*, yo *quierer* ti.

—Soy una vieja, que no sirve para nada.

—*Sirvi, amri*; yo *quierer* ti..., tú *mais* que la luz *bunita*; moza tú.

—¡Qué desatino!

—Casar *migo tigo, y dirnos migo* con tú a *terra* mía, *terra* de Sus. Mi padre Saúl, rico él; mis *germanos*, ricos ellos; mi madre Rimna, rica *bunita* ella..., *quierer* ti, *dicir* hija ti... Verás *terra* mía; *aceita mocha, laranjas mochas..., carnieras mochas* padre mío..., *mochas arbolas cabe* el río; casa grande..., noria *d'agua* fresca..., *bunito*; ni frío ni *calora*.

Aunque la pintura de tanta felicidad influía levemente en su ánimo, no se dejaba seducir *Benina*, y como persona práctica, vió los inconvenientes de una traslación repentina a países tan distantes, donde se encontraría entre gentes desconocidas, que hablaban una lengua de todos los demonios, y que seguramente se diferenciarían de ella por las costumbres, por la religión y hasta por el vestido, pues allá de fijo andaban con taparrabo... ¡Bonita estaría ella con taparrabo! ¡Vaya que se le ocurrían unas cosas al buen Mordejai! Mos-

trándose afectuosa y agradecida, le argumentó con los inconvenientes de la precipitación en cosa tan grave como es el casarse de buenas a primeras, y correrse de un brinco nada menos que al Africa, que es, como quien dice, *donde empiezan los Pirineos*. No, no; había que pensarlo despacio, y tomarse tiempo para no salir con una patochada. Mucho más práctico, según ella, era dejar todo ese lío del casamiento y del viaje de novios para más adelante, ocupándose por el pronto en realizar, con todos los requisitos que aseguran el éxito, el conjuro del rey *Samdai*. Si la cosa resultaba, como Almudena le aseguró, y venían a poder de ella las banastas de piedras preciosas, que tan fácilmente se convertirían en billetes de Banco, ya tenían todas las cuestiones resueltas, y lo demás prontamente se allanaría. El dinero es el arreglador infalible de cuantas dificultades hay en el mundo. Total: que ella se comprometía a cuanto él quisiera, y desde luego empeñaba su palabra de casorio y de seguirle hasta el fin del mundo, siempre y cuando el rey *Samdai* concediese lo que con todas las reglas, ceremonias y rezos benditos se le había de pedir.

Quedóse meditabundo el africano al oír esto, y después se dió golpetazos en la frente, como hombre que experimenta gran confusión y desconsuelo.

—*Perdoñar* mí tú... Olvidar mí *dicer* ti cosa.

—¿Qué? ¿Vas a salir ahora con inconvenientes? ¿Es que la operación no vale porque faltará algún requisito?

—Olvidar mí *requesito*... No valer, *poique* ser tú *muquier*.

—¡Condenado!—exclamó *Benina*, sin poder contener su enojo—, ¿por qué no empezaste por ahí? Pues si el primer *requisito* es ser hombre..., ¡a ver!

—*Perdoñar* mí... Olvidar cosa *migo*.

—Tú no tienes la cabeza buena. ¡Vaya una plancha! Pero, ¡ay!, la culpa es mía, por haberme creído las paparruchas que inventan en tu tierra maldecida, y en esa tu religión de los demonios coronados. No, no lo creí... Era que la pobreza me cegaba... Y no lo creo, no. Perdóneme Dios el mal pensamiento de llamar al diablo con todos esos arrumacos; perdóneme también la Virgen Santísima.

—Si no valer eso *poique* ser tú *muquier*...—replicó Almudena vergonzoso—, saber mí otra cosa..., que si *jacer* tu, coger has tú *tuda* la *diniera* que tú *querier*.

—No, no me engañas otra vez. ¡Buen pájaro estás tú!... Ya no creo nada de lo que me digas.

—Por la bendita luz, verdad ser... Rayo del cielo matar mí, si *n'gañar* ti... ¡Coger *diniero, mocha diniero*!

—¿Cuándo?

—Cuando *quiriendo* tú.

—A ver... Aunque no he de creerlo, dímelo pronto.

—Yo dar ti *p'peleto*...

—¿Un papelito?

—Sí... Poner tú punta *llengua*...

—¿En la punta de la lengua?

—Sí; entrar con ello Banco, *p'peleto* en *llengua*, y *naide* ver ti. Poder coger *diniero tudo*... No ver ti *naide*.

—Pero eso es robar, Almudena.

—*Naide* ver, *naide* a ti *dicir naida*.

—Quita, quita... Yo no tengo esas mañas. Robar, no. ¿Que no me ven? Pero Dios me verá.

XXV

No desistía el apasionado marroquí de ganar la voluntad de la dama (que así debemos llamarla en este caso, toda vez que como tal él la veía con los ojos de su alma); y conociendo que los medios positivos eran los más eficaces, y que antes que las razones con que él pudiera expugnarla la rendiría su propia codicia y el anhelo de enriquecerse, se arrancó con otro sortilegio, producto natural de su sangre semítica y de su rica imaginación. Díjole que entre todos los secretos de que por favor de Dios era depositario, había uno que no pensaba confiar más que a la persona que fuese dueña de todo su cariño; y como esta persona era ella, la mujer soñada, la mujer prometida por el soberano *Samdai*, a ella sola revelaba el infalible procedimiento para descubrir los tesoros *soterrados*. Aunque afectaba *Benina* no dar crédito a tales historias, ello es que no perdió sílaba del relato que Almudena le hizo. La cosa era muy sencilla, por él pintada, aunque las dificultades prácticas para llegar a producir el mágico efecto saltaban a la vista. La persona que quisiera saber, *siguro, siguro*, dónde había dinero escondido, no tenía más

que abrir un hoyo en la tierra, y estarse dentro de él cuarenta días, en paños menores, sin otro alimento que harina de cebada sin sal ni más ocupación que leer un librito santo, de luengas hojas, y meditar, meditar sobre las profundas verdades que aquellas escrituras contenían...

—¿Y eso tengo que hacerlo yo?—dijo *Benina*, impaciente—. ¡Apañado estás! ¿Y ese librito está escrito en tu lengua? Tonto, ¿cómo voy a leer yo esos garrapatos, si en mi propio castellano natural me estorba lo negro?

—*Leyerlo* mí..., *leyer* tú.

—Pero en ese agujero bajo tierra, que será la casa de los topos, ¿podemos estar los dos?

—*Siguro*.

—Bueno. Y para poder ver bien la letra de ese libro—dijo con sorna la *dama*—llevarás antiparras de ciego...

—Mí saberlo de *memueria*—replicó impávido el africano.

La *operación*, pasados los cuarenta días de penitencia, terminaba por escribir en un papelito, como los de cigarro, ciertas palabras mágicas que él sabía, él solo; luego se soltaba el papelito en el aire, y mientras el viento lo llevaba de aquí para allá, ella y él rezarían devotamente oraciones *mochas*, sin quitar los ojos del papel volante. Allí donde cayese se encontraría, cavando, cavando, el tesoro soterrado, probablemente una gran olla repleta de monedas de oro.

Manifestó *Benina* su incredulidad soltando la risa; pero alguna huella dejaba en su espíritu la nueva quisicosa para encontrar tesoros, porque con toda formalidad se dejó decir:

—No creo yo que haya dinero enterrado en los campos. Puede que en tu tierra se den esos casos; pero lo que es aquí..., donde lo tienes es en los patios, en las corraladas, debajo del suelo de las leñeras, almacenes y bodegas, y, si a mano viene, empotrado en las paredes...

—Mismo poder yo *descubrierlo* él... Yo *dicere* ti, si tú *quiriendo* mí si tú casar *migo*.

—Ya trataremos de eso más despacio —dijo *Benina* quitándose el pañuelo y volviéndoselo a poner, señal de impaciencia y ganas de marcharse.

—No *dirti* tú, *amri*, no—murmuró el ciego, quejumbroso, agarrándola por la falda.

—Es tarde, hijo, y hago falta en casa.

—Tú *migo* siempre.

—No puede ser por ahora. Ten paciencia, hijo.

Poseído nuevamente de furor, al sentir que se levantaba, se arrojó sobre ella, clavándole la zarpa en los brazos, y manifestando con rugidos, más que con voces, su ardiente anhelo de tenerla en su compañía.

—Mi *queriendo* ti... Matar mí *ajogar* mismo yo en río, si tú no *venier* mí...

—Déjame, por Dios, Almudena—dijo con acento de aflicción la *dama*, creyendo vencerle mejor con súplicas afectuosas.—Yo te quiero; pero me llaman mis obligaciones.

—Matar yo *galán bunito*—gritó el ciego apretando los puños, y dando algunos pasos hacia la anciana, que medrosa se había apartado de él.

—Ten juicio; si no, no te quiero... Vámonos. Si me prometes ser bueno y no pegarme, iremos juntos.

—*Piegar* ti, no, no..., *quiriendo* ti más que a la bendita luz.

—Pues si no pegas, vamos—dijo *Benina*, aproximándose cariñosa, y cogiéndole por el brazo.

Apaciguado el buen Mordejai, emprendieron otra vez la marcha hacia arriba, y por el camino dijo el ciego a la *dama* que se había despedido de Santa Casilda, por romper con la Pedra; y como los tiempos venían malos y no se ganaban perras, pensaba trasladarse aquella misma tarde a las Cambroneras, *cabe* el Puente de Toledo, pues en aquel barrio había estancias para dormir por sólo diez céntimos cada noche. No aprobó *Benina* el cambio de domicilio, porque allí, según había oído, vivían en grande estrechez e incomodidad los pobres, amontonados y revueltos en cuartuchos indecentes; pero él insistió, dolorido y melancólico, asegurando que *quería estar mal*, hacer penitencia, pasarse los días *yorando, yorando*, hasta conseguir que *Adonái* ablandase el corazón de la mujer amada. Suspiraron ambos, y silenciosos subieron toda la calle de Toledo.

Como *Benina* le ofreciese un duro para la mudanza, Almudena expresó un desinterés sublime:

—No *querier* mí *diniero*... *Diniero* co-

sa puerca..., asco *diniero*... Mí *quierer amri*..., *muquier* mía *migo*.

—Bueno, bueno; ten paciencia—le dijo *Benina*, temerosa de que se descompusiera al final de la jornada—. Yo te prometo que mañana hablaremos de eso.

—¿*Viner* tú Cambroneras?

—Sí, te lo prometo.

—Mí no *golver pirroquia*. Carga mí *genta suberbiosa*: Casiana, Eliseo..., asco mí *genta*. Mí pedir *Puenta Tolaido*...

—Espérame mañana..., y prométeme tener juicio.

—*Yorando, yorando* mí.

—Pero ¿a qué vienen esos lloriqueos? Almudenilla, si yo te quiero... *Amos*, no me des disgustos.

—*Ora* ti, casa tuya, ver *galán bunito*, *jacer* tú cariños él.

—¿Yo? ¡Estás fresco! ¡Sí, sí, para él estaba! Pero ¿tú qué te has creído? ¡Valiente caso hago yo de esa estantigua! Tiene más años que la Cuesta de la Vega; es pariente de mi señora, y por encargo de ésta se le recogió para llevarle a casa.

—¡*Mam'rracho* él!

—¡Y tan mamarracho! Ni hay comparanza entre él y tú... En fin, chico: tengo mucha prisa. Adiós. Hasta mañana.

Aprovechando un momento en que el marroquí se quedaba como lelo, apretó a correr, dejándole arrimadito a la pared, junto a la tienda llamada del *Botijo*. Era la única forma posible de separación, dada la tenaz adherencia del pobre ciego. Desde lejos le miró *Benina* inmóvil, la cabeza caída. Pasado un rato, se dejó caer en el suelo, y allí le vieron toda la tarde los transeúntes, sentado, mudo, la negra mano extendida.

No encontró la *Nina* en su casa grandes novedades, como por tal no se tuviera el contento de doña Paca, que no cesaba de alabar la finura de su huésped, y la gracia con que a la conversación traía los recuerdos de Algeciras y Ronda. Sentíase la buena señora transportada a sus verdes años; casi olvidada su pobreza, y movida del generoso instinto que en aquella edad primera había sido fundamento de su carácter imprevisor y de sus desgracias, propuso a *Nina* que se trajeran para Frasquito dos botellas de jerez, pavo en galantina, huevo hilado y cabeza de jabalí.

—Sí, señora—replicó la criada—, todo eso traeremos, y luego nos vamos a la cárcel, para ahorrar a los tenderos el trabajo de llevarnos. Pero ¿usted se ha vuelto loca? Para esta noche haré unas sopas de ajo con huevos, y *sansacabó*. Crea usted que a ese caballero le sabrán a gloria, acostumbrado como está a comistrajos indecentes.

—Bueno, mujer. Se hará lo que tú quieras.

—En vez de cabeza de jabalí, pondremos cabeza de ajo.

—Creo, con tu permiso, que en todas las circunstancias, aunque sea sacrificándose, debe una portarse como quien es. En fin, ¿cuánto dinero tenemos?

—Eso a usted no le importa. Déjeme a mí, que ya sabré arreglarme. Cuando se acabe, no es usted quien ha de ir a buscarlo.

—Ya, ya sé que irás tú y lo buscarás. Yo no sirvo para nada.

—Sí sirve usted: y ahora, ayúdeme a pelar estas patatitas.

—Lo que quieras... ¡Ah!..., se me olvidaba. Frasquito toma té..., y como esta tan delicadillo, hay que traerlo bueno.

—Del mejor. Iré por él a la China.

—No te burles. Vas a la tienda, y pides del que llaman *mandarín*. Y de paso te traes un quesito bueno para postre...

—Sí, sí..., eche usted y no se derrame.

—Ya ves que está acostumbrado a comer en casas grandes.

—Justamente: como la taberna de Boto, en la calle del Avemaría..., ración de guisado, a real; con pan y vino, treinta y cinco céntimos.

—Estás hoy... que no se te puede aguantar. Pero a todo me avengo, *Nina*. Tú mandas.

—¡Ay, si yo no mandara, bonitas andaríamos! Ya nos habrían llevado a San Bernardino o al mismísimo Pardo.

Bromeando así llegó la noche, y cenaron frugalmente, alegres los tres y resingnados con la pobreza, más tolerable y llevadera cuando no falta un pedazo de pan con que matar el hambre. Y el historiador debe hacer constar asimismo que el buen temple en que estaba doña Paca se torció un poco al recogerse las dos en la alcoba, la señora en su cama, *Benina* en el suelo, por haber cedido su lecho a Frasquito. Como la viuda de Zapata era tan voluble de genio, en un instante, sin que se supiera el motivo, pasaba de la bondad apacible

a la ira insana, de la credulidad infantil a la desconfianza marrullera, de las palabras razonables a los disparates más absurdos. Conocía muy bien la criada este fácil girar de los pensamientos y la voluntad de la señora, a quien comparaba con una veleta; y sin tomar a pechos sus displicencias y raptos de ira, esperaba que cambiase el viento. En efecto, éste variaba de improviso, rolando al cuadrante bueno; y si en un momento la malva se había convertido en cardo, en otro momento tornaba a su primera condición.

El mal humor de doña Paca en la noche a que me refiero debe atribuirse, según datos fehacientes, a que Frasquito, en sus conversaciones de la tarde, y en los ratos de la cena y sobremesa de ésta, mostró por *Benina* unas preferencias que lastimaron profundamente el amor propio de la viuda infeliz. A *Benina* manifestaba el buen señor casi exclusivamente su gratitud, reservando para la señora una cortés deferencia; para *Benina* eran todas sus sonrisas, sus frases más ingeniosas, la ternura de sus ojos lánguidos, como de carnero a medio morir; y a tantas indiscreciones unió Ponte la de llamarla *ángel* como unas doscientas veces en el curso de la frugal cena.

Y dicho esto, oigamos a doña Paca, entre sábanas metida, mientras la otra se acostaba en el suelo:

—Pues, hija, nadie me quita de la cabeza que le has dado un bebedizo a este pobre señor. ¡Vaya cómo te quiere! Si no fueras una vieja feísima y sin ninguna gracia, creería que le habías hecho tilín... Cierto que eres buena, caritativa, que sabes ganar la simpatía por lo bien que atiendes a todo, y por tu dulzura y ese modito suave..., que bien podría engañar a los que no te conocen... Pero con todas esas prendas, imposible que un hombre tan corrido se prende de ti... Si te lo crees y por ello estás inflada de orgullo, mi parecer es que no te compongas, pobre *Nina*. Siempre serás lo que fuiste..., y no temas que yo le quite a don Frasquito la ilusión, contándole tus malas mañas, lo sisona que eras, y otras cosillas, otras cosillas que tú sabes, y yo también...

Callaba *Benina*, tapándose la boca con la sábana, y esta humildad y moderación encendieron más el rencorcillo de la viuda de Zapata, que prosiguió molestando a su compañera:

—Nadie reconoce como yo tus buenas cualidades, porque las tienes; pero hay que ponerte siempre a distancia, no dejarte salir de tu baja condición, para que no te desmandes, para que no te subas a las barbas de los superiores. Acuérdate de las dos veces que tuve que echarte de mi casa por sisona... ¡A tal extremo llegó tu descaro, ¿qué digo descaro?, tu cinismo en aquel vicio feo, que..., vamos, yo, que jamás he hecho una cuenta ni me gusta, veía mi dinero pasando de mi bolsillo al tuyo... en chorro continuo! Pero ¿qué? ¿No dices nada?... ¿No contestas? ¿Te has vuelto muda?

—Sí, señora, me he vuelto muda—fué la única respuesta de la buena mujer—. Puede que cuando la señora se canse y cierre el pico, lo abra yo para decirle..., en fin, no digo nada.

XXVI

—¡Ja, ja!... Di lo que quieras...—prosiguió doña Paca—. ¿Te atreverías a decir algo ofensivo de mí? ¡Que no he sabido llevar el Cargo y Data! ¿Y qué? ¿Quién te ha dicho a ti que las señoras son tenedoras de libros? El no llevar cuentas ni apuntar nada, no era más que la forma natural de mi generosidad sin límites. Yo dejaba que todo el mundo me robase; veía la mano del ladrón metiéndose en mi bolsillo, y me hacía la tonta... Yo he sido siempre así. ¿Es esto pecado? El Señor me lo perdonará. Lo que Dios no perdona, *Benina*, es la hipocresía, los procederes solapados, y el estudio con que algunas personas componen sus actos para parecer mejores de lo que son. Yo siempre he llevado el alma en mi rostro, y me he presentado a los ojos de todo el mundo como soy, como era, con mis defectos y cualidades, tal como Dios me hizo... Pero, ¿tú no tienes nada que contestarme?... ¿O es que no se te ocurre nada para defenderte?

—Señora, callo porque estoy dormida.

—No, tú no duermes, es mentira; la conciencia no te deja dormir. Reconoces que tengo razón, y que eres de las que se componen para disimular y esconder sus maldades... No diré que sean

precisamente *maldades,* tanto no. Soy generosa en esto como en todo, y diré *flaquezas...*, pero ¡qué flaquezas! Somos frágiles; verdaderamente tú puedes decir: "No me llamo *Benina,* sino Fragilidad..." Pero no te apures, pues ya sabes que no he de ir con cuentos al señor De Ponte para desprestigiarte, y deshojar la flor de tus ilusiones... ¡Qué risa!... No viendo en ti, como no puedo verlo, una figura elegante, ni un rostro fresco y sonrosado, ni modales finos, ni educación de señora, ni nada de eso, que es por lo que se enamoran los hombres, habrá visto..., ¿qué? Por Dios que no acierto. Si tú fueras franca, que no lo eres ni lo serás nunca... ¿Oyes lo que digo?

—Sí, señora, oigo.

—Si tú fueras franca, me dirías que el señor De Ponte te llama *ángel* por lo bien que haces las sopas de ajo, acartonaditas... ¿Y te parece a ti que esto es suficiente motivo para que a una mujer la llamen *ángel* con todas sus letras?...

—Pero ¿a usted qué le importa?... Deje al señor De Ponte Delgado que me ponga los motes que quiera.

—Tienes razón, sí, sí... Puede que te lo diga irónicamente, que estos señorones, muy curtidos en sociedad, emplean a menudo la ironía, y cuando parece que nos alaban, lo que hacen es tomarnos el pelo, como suele decirse... Por si el hombre va por derecho, y se ha prendado de ti con buen fin..., que todo podría ser, *Benina...*, se ven cosas muy raras..., tú debes proceder con lealtad y confesarle tus máculas, no vaya a creer Frasquito que la pureza de los ángeles del cielo es cualquier cosa comparada con tu pureza. Si así no lo haces, eres una mala mujer... La verdad, *Nina,* en estos casos, la verdad. El hombre se ha creído que eres un prodigio de conservación, ¡ja, ja!..., que has hecho un milagro, pues milagro sería, en plena vida de Madrid y en la clase de servicio doméstico, una virginidad de sesenta años... Puedes plantarte en los cincuenta y cinco, si así te conviene... Pero si le engañas en la edad, que ésta es superchería muy corriente en nuestro sexo, no andes con bromas en lo que es de ley moral, *Nina*; eso no. Mira, hija, yo te quiero mucho, y como señora tuya y amiga, te aconsejo que le hables clarito, que le cuentes tus faltas y caídas. Así el buen señor no se llamará a engaño si andando el tiempo descubre lo que tú ahora le ocultaras. No, *Nina,* no; hija mía, dile todo, aunque se te ponga la cara muy colorada, y se te congestione la verruga que llevas en la frente. Confiesa tu grave falta de aquellos tiempos cuando contabas treinta y cinco años..., y ten valor para decirle: "Señor don Frasquito, yo quise a un guardia civil que se llamaba Romero, el cual me tuvo trastornada más de dos años, y al fin se negó a casarse conmigo..." Vamos, mujer, no es para que te pongas como la grana. Después de todo, ¿qué ha sido ello? Querer a un hombre. Pues para eso han venido las mujeres al mundo: para querer a los hombres. Tuviste la desgracia de tropezar con uno que te salió malo. Cuestión de suerte, hija. Ello es que estuviste loca por él... Bien me acuerdo. No se te podía aguantar; no hacías nada al derecho. Sisabas de lo lindo, y mientras tú no tenías un traje decente, a él no le faltaban buenos puros... A mí, que veía tus padecimientos y tu ceguera, pues atormentada y sin un día de tranquilidad, en vez de huir del suplicio, ibas a él; a mí, que vi todo esto, nadie tiene que contármelo, *Nina.* Conozco la historia, aunque no la sé toda entera, porque algo me has ocultado siempre..., y a mí me refirieron cosas que no sé si son ciertas o no... Dijéronme que de tus amores tuviste...

—Eso no es verdad.

—Y que lo echaste a la Inclusa...

—Eso no es verdad—repitió *Benina* con acento firme y sonora voz, incorporándose en el lecho.

Al oírla, calló súbitamente doña Paca, como el ratoncillo nocturno que cesa de roer al sentir los pasos o la voz del hombre. Oyóse tan sólo, durante largo rato, alguno que otro suspiro hondísimo de la señora, que después empezó a quejarse y a gruñir por lo bajo. La otra no chistaba. Había hecho rápida crisis el genio de la infeliz señora, determinándose un brusco giro de la veleta. La ira y displicencia trocáronse al punto en blandura y mimo. No tardó en presentarse el síntoma más claro de la sedación, que era un vivo arrepentimiento de todo lo que había dicho y la vergüenza de recordarlo, pues no significaban otra cosa los gruñidos y el quejarse de imaginarios dolores. Como *Benina* no respondiera a

estas demostraciones, doña Paca, ya cerca de medianoche, se arrancó a llamarla:

—*Nina, Nina,* ¡si vieras qué mala estoy! ¡Vaya una nochecita que estoy pasando! Parece que me aplican un hierro caliente al costado, y que me arrancan a tirones los huesos de las piernas. Tengo la cabeza como si me hubieran sacado los sesos, poniéndome en su lugar miga de pan y perejil muy picadito... Por no molestarte, no te he dicho que me hagas una tacita de tila, que me refriegues la espalda y que me des una papeleta de salicilato, de bromuro o de sulfonal... Esto es horrible. Estás dormida como un cesto. Bien, mujer, descansa, engorda un poquito... No quiero molestarte.

Sin despegar los labios, abandonaba *Nina* el jergón y, echándose una falda, hacía la taza de tila en la cocinilla económica, y antes o después daba la medicina a la enferma, y luego las friegas, y por fin acostábase con ella para arrullarla como a un niño, hasta que conseguía dormirla. Anhelando olvidar la señora su anterior desvarío, creía que el mejor medio era borrar con expresiones cariñosas las malévolas ideas de antes, y así, mientras su compañera la arrullaba, decíale:

—Si yo no te tuviera, no sé qué sería de mí. Y luego me quejo de Dios, y le digo cosas, y hasta le insulto, como si fuera un cualquiera. Verdad que me priva de muchos bienes; pero me ha dado tu compañía y amistad, que vale más que el oro y la plata y los brillantes... Y ahora que me acuerdo, ¿qué me aconsejas tú que debo hacer para el caso de que vuelvan don Francisco Morquecho y don José María Porcell con aquella embajada de la herencia?...

—Pero, señora, si eso lo ha soñado usted..., y los tales caballeros hace mil años que están muy achantaditos debajo de la tierra.

—Dices bien: yo lo soñé... Pero si no aquéllos, otros puede que vengan con la misma música el mejor día.

—¿Quién dice que no? ¿Ha soñado usted con cajas vacías? Porque eso es señal de herencia segura.

—Y tú, ¿qué has soñado?

—¿Yo? Anoche, que nos encontrábamos con un toro negro.

—Pues eso quiere decir que descubriremos un tesoro escondido... Mira tú, ¿quién nos dice que en esta casa antigua, que habitaron en otro tiempo comerciantes ricos, no hay dentro de tal pared o tabique alguna olla bien repleta de peluconas?

—Yo he oído contar que en el siglo pasado vivieron aquí unos almacenistas de paños, poderosos, y cuando se murieron... no se encontró dinero ninguno. Bien pudiera ser que lo emparedaran. Se han dado casos, muchos casos.

—Yo tengo por cierto que dinero hay en esta finca... Pero a saber dónde demontres lo escondieron esos indinos. ¿No habría manera de averiguarlo?

—¡No sé..., no sé!—murmuró *Benina,* dejando volar su mente vagarosa hacia los orientales conjuros propuestos por Almudena.

—Y si en las paredes no, debajo de los baldosines de la cocina o de la despensa puede estar lo que aquellos señores escondieron, creyendo que lo iban a disfrutar en el otro mundo.

—Podrá ser... Pero es más probable que sea en las paredes, o, un suponer, en los techos, entre las vigas...

—Me parece que tienes razón. Lo mismo puede ser arriba que abajo. Yo te aseguro que cuando piso fuerte en los pasillos y en el comedor, y se estremece todo el caserón como si quisiera derrumbarse, me parece que siento un ruidillo..., así como de metales que suenan y hacen tilín... ¿No lo has sentido tú?

—Sí, señora.

—Y si no, haz la prueba ahora mismo. Date unos paseos por la alcoba, pisando fuerte, y oiremos...

Hízolo *Benina* como su señora mandaba, con no menos convicción y fe que ella, y, en efecto..., oyeron un retintín metálico, que no podía provenir más que de las enormes cantidades de plata y oro (más oro que plata seguramente) empotradas en la vetusta fábrica. Con esta ilusión se durmieron ambas, y en sueños seguían oyendo el tin, tin...

La casa era como un inmenso cuerpo, y sudaba, y por cada uno de sus infinitos poros soltaba una onza, o centén, o monedita de veintiuno y cuartillo.

XXVII

A la mañanita del siguiente día iba *Benina* camino de las Cambroneras, con su cesta al brazo, pensando, no sin inquietud, en las exaltaciones del buen Almudena, que le llevarían pronto a la locura, si ella, con su buena maña, no lograba contenerle en la razón. Más abajo de la Puerta de Toledo encontró a la *Burlada* y a otra pobre que pedía con un niño cabezudo. Díjole su compañera *de parroquia* que había trasladado su domicilio al Puente, por no poderse arreglar en el *riñón de Madrid* con la carestía de los alquileres y la mezquindad del fruto de la limosna. En una casucha junto al río le daban hospedaje por poco más de nada, y a esta ventaja unía la de ventilarse bien en los paseos que se daba mañana y tarde, del río al *punto* y del *punto* al río. Interrogada por *Benina* acerca del ciego moro y de su vivienda, respondió que le había visto junto a la fuentecilla, pasado el Puente, pidiendo; pero que no sabía dónde moraba.

—Vaya con Dios, señora—dijo la *Burlada,* despidiéndose—. ¿No va usted hoy al *punto*? Yo sí..., porque aunque poco se gana, allí tiene una su arreglo. Ahora me dan todas las tardes un buen *platao* de comida en *ca* el señor banquero, que vive mismamente de cara a la entrada por la calle de las Huertas, y vivo como una canóniga, gozando de ver cómo se le afila la jeta a la *Caporala* cuando la muchacha del señor banquero me lleva mi gran cazolón de comestible... En fin: con esto y algo que cae, vivimos, doña *Benina,* y puede una *chincharse* en las *ricas.* Adiós, que lo pase bien, y que encuentre a su moro con salud... Vaya, conservarse.

Siguió cada cual su rumbo, y a la entrada del Puente dirigióse *Benina* por la calzada en declive que a mano derecha conduce al arrabal llamado de las Cambroneras, a la margen izquierda del Manzanares, en terreno bajo. Encontróse en una como plazoleta, limitada en el lado de Poniente por un vulgar edificio, al Sur por el pretil del contrafuerte del puente, y a los otros dos lados por desiguales taludes y terraplenes arenosos, donde nacen silvestres espinos, cardos y raquíticas hierbas. El sitio es pintoresco, ventilado y casi puede decirse alegre, porque desde él se dominan las verdes márgenes del río, los lavaderos y sus tenderijos de trapos de mil colores. Hacia Poniente se distingue la sierra, y a la margen opuesta del río los cementerios de San Isidro y San Justo, que ofrecen una vista grandiosa con tanto copete de panteones y tanto verdor oscuro de cipreses... La melancolía inherente a los camposantos no les priva, en aquel panorama, de su carácter decorativo, como un buen telón agregado por el hombre a los de la Naturaleza.

Al descender pausadamente hacia la explanada vió la mendiga dos burros..., ¿qué digo dos?, ocho, diez o más burros, con sus collarines de encarnado rabioso, y junto a ellos grupos de gitanos tomando el sol, que ya inundaba el barrio con su luz esplendorosa, dando risueño brillo a los colorines con que se decoraban brutos y personas. En los animados corrillos todo era risas, chacota, correr de aquí para allá. Las muchachas saltaban; los mozos corrían en su persecución; los chiquillos, vestidos de harapos, daban volteretas, y sólo los asnos se mantenían graves y reflexivos en medio de tanta inquietud y algarabía. Las gitanas viejas, algunas de tez curtida y negra, comadreaban en corrillo aparte, arrimaditas al edificio grandón, que es una casa de corredor de regular aspecto. Dos o tres niñas lavaban trapos en el charco que hacia la mitad de la explanada se forma con las escurriduras y desperdicios de la fuente vecinal. Algunas de estas niñas eran de tez muy oscura, casi negra, que hacía resaltar las filigranas colgadas de sus orejas; otras, de color de barro, todas ágiles, graciosas, esbeltísimas de talle y sueltas de lengua. Buscó la anciana entre aquella gente caras conocidas; y mira por aquí y por allá, creyó reconocer a un gitano que en cierta ocasión había visto en el hospital, yendo a recoger a una amiga suya. No quiso acercarse al grupo en que el tal con otros disputaba *sobre* un burro, cuyas mataduras eran objeto de vivas discusiones, y aguardó ocasión favorable. Esta no tardó en venir, porque se enredaron a trompada limpia dos churumbeles, el uno con las perneras abiertas de arriba abajo, mostrando las negras canillas; el otro con una especie de turbante en la cabeza y por todo vestido un chaleco de hombre: acudió el gitano a separar-

los; ayudóle *Benina*, y a renglón seguido le embocó en esta forma:

—Dígame, buen amigo: ¿ha visto por aquí ayer y hoy a un ciego moro que le llaman Almudena?

—Sí, señora: *halo* visto..., *jablao* con él—replicó el gitano, mostrando dos carreras de dientes ideales por su blancura, igualdad y perfecta conservación, que se destacaban dentro del estuche de dos labios enormes y carnosos, de un violado retinto—. Le *vide* en la puente..., díjome que moraba *dende* anoche en las casas de Ulpiano... y que... no sé qué más... Desapártese, buena mujer, que esta bestia es *muy desconsiderá* y cocea...

Huyó *Benina* de un brinco, viendo cerca de sí las patas traseras de un grandísimo burro, que dos gandules apaleaban, como para conocerle las mañas y proveer a su educación asnal y gitanesca, y se fué hacia las casas que le indicó con un gesto el de la perfecta dentadura.

Arranca de la explanada un camino o calle tortuosa en dirección a la puente segoviana. A la izquierda, conforme se entra en él, está la casa de corredor, vasta colmena de cuartos pobres que valen seis pesetas al mes, y siguen las tapias y dependencias de una quinta o granja que llaman de Valdemoro. A la derecha, varias casas antiquísimas, destartaladas, con corrales interiores, rejas mohosas y paredes sucias, ofrecen el conjunto más irregular, vetusto y mísero que en arquitectura urbana o campesina puede verse. Algunas puertas ostentan lindos azulejos con la figura de San Isidro y la fecha de la construcción, y en los ruinosos tejados, llenos de jorobas, se ven torcidas veletas de chapa de hierro, graciosamente labrado. Al aproximarse, notando *Benina* que alguien se asomaba a una reja del piso bajo, hizo propósito de preguntar: era un burro blanco, de orejas desmedidas, las cuales enfiló hacia afuera cuando ella se puso al habla. Entró la anciana en el primer corral, empedrado, todo baches, con habitaciones de puertas desiguales y cobertizos o cajones vivideros, cubiertos de chapa de latón enmohecido: en la única pared blanca o menos sucia que las demás vió un barco pintado con almazarrón, fragata de tres palos, de estilo infantil, con chimenea de la cual salían curvas de humo. En aquella parte, una mujer desmirriada lavaba pingajos en una artesa; no era gitana, sino *paya*. Por las explicaciones que ésta le dió, en la parte de la izquierda vivían los gitanos con sus pollinos, en pacífica comunidad de habitaciones; por lecho de unos y otros, el santo suelo, los dornajos sirviendo de almohadas a los racionales. A la derecha, y en cuadras también borriqueñas, no menos inmundas que las otras, acudían a dormir de noche muchos pobres de los que andan por Madrid: por diez céntimos se les daba una parte del suelo, y a vivir. Detalladas las señas de Almudena por *Benina*, afirmó la mujer que, en efecto, había dormido allí; pero con los demás pobres se había largado tempranito, pues no brindaban aquellos dormitorios a la pereza. Si la *señora* quería algún recado para el ciego moro, ella se lo daría, siempre y cuando viniese la segunda noche a dormir.

Dando las gracias a la desmirriada, salió *Benina*, y se fué por toda la calle adelante, atisbando a un lado y otro. Esperaba distinguir en alguno de aquellos calvos oteros la figura del marroquí tomando el sol o entregado a sus melancolías. Pasadas las casas de Ulpiano, no se ven a la derecha más que taludes áridos y pedregosos, vertederos de escombros, escorias y arena. Como a cien metros de la explanada hay una curva o más bien zigzag, que conduce a la estación de las Pulgas, la cual se reconoce desde abajo por la mancha de carbón en el suelo, las empalizadas de cerramiento de vía y algo que humea y bulle por encima de todo esto. Junto a la estación, al lado de Oriente, un arroyo de aguas de alcantarilla, negras como tinta, baja por un cauce abierto en los taludes, y salvando el camino por una atarjea, corre a fecundar las huertas antes de verterse en el río. Detúvose allí la mendiga, examinando con su vista de lince el zanjón por donde el agua se despeña con turbios espumarajos, y las huertas que a mano izquierda se extienden hasta el río, plantadas de acelgas y lechugas. Aún siguió más adelante, pues sabía que al africano le gustaba la soledad del campo y la ruda intemperie. El día era apacible: luz vivísima acentuaba el verde chillón de las acelgas y el morado de las lombardas,

derramando por todo el paisaje notas de alegría. Anduvo y se paró varias veces la anciana, mirando la huertas que recreaban sus ojos y su espíritu, y los cerros áridos, y nada vió que se pareciese a la estampa de un moro ciego tomando el sol. De vuelta a la explanada, bajó a la margen del río y recorrió los lavaderos y las casuchas que se apoyan en el contrafuerte, sin encontrar ni rastros de Mordejai. Desalentada, se volvió a los Madriles de arriba, con propósito de repetir al día siguiente sus indagaciones.

En su casa no encontró novedad; digo, sí; encontró una, que bien pudiera llamarse maravilloso suceso, obra del subterráneo genio *Samdai*. A poco de entrar, díjole doña Paca con alborozo:

—Pero, mujer, ¿no sabes?... Deseaba yo que vinieras para contártelo...

—¿Qué, señora?

—Que ha estado aquí don Romualdo.

—¡Don Romualdo!... Me parece que usted sueña.

—No sé por qué... ¿Es cosa de otro mundo que ese señor venga a mi casa?

—No; pero...

—Por cierto que me ha dado que pensar... ¿Qué sucede?

—No sucede nada.

—Yo creí que había ocurrido algo en casa del señor sacerdote, alguna cuestión desagradable contigo, y que venía a darme las quejas.

—No hay nada de eso.

—¿No le viste tú salir de casa? ¿No te dijo que acá venía?

—¡Qué cosas tiene! Ahora me va a decir a mí el señor dónde va cuando sale.

—Pues es muy raro...

—Pero, en fin, si vino, a usted le diría...

—¿A mí qué había de decirme, si no le he visto?... Déjame que te explique. A las diez bajó a hacerme compañía, como acostumbra, una de las chiquillas de la cordonera, la mayor, Celedonia, que es más lista que la pólvora. Bueno; a eso de las doce menos cuarto, tilín, llaman a la puerta. Yo dije a la chiquilla: "Abre, hija mía, y a quienquiera que sea le dices que no estoy." Desde el escándalo que me armó aquel tunante de la tienda, no me gusta recibir a nadie cuando no estás tú... Abrió Celedonia... Yo sentía desde aquí una voz grave, como de persona principal, pero no pude enteder nada... Luego me contó la niña que era un señor sacerdote...

—¿Qué señas?

—Alto, guapo... Ni viejo ni joven.

—Así es—afirmó *Benina*, asombrada de la coincidencia—. Pero ¿no dejó tarjeta?

—No, porque se le había olvidado la cartera.

—¿Y preguntó por mí?

—No. Sólo dijo que deseaba verme para un asunto de sumo interés.

—En ese caso, volverá.

—No muy pronto. Dijo que esta tarde tenía que irse a Guadalajara. Tú habrás oído hablar de ese viaje.

—Me parece que sí... Algo dijeron de bajar a la estación, y de la maleta, y no sé qué.

—Pues, ya ves... Puedes llamar a Celedonia para que te lo explique mejor. Dijo que sentía tanto no encontrarme..., que a la vuelta de Guadalajara vendría... Pero es raro que no te haya hablado de ese asunto de interés que tiene que tratar conmigo. ¿O es que lo sabes y quieres reservarme la sorpresa?

—No, no; yo no sé nada del asunto ese... ¿Y está segura la Celedonia del nombre?

—Pregúntaselo... Dos o tres veces repitió: "Dile a tu señora que ha estado aquí don Romualdo."

Interrogada la chiquilla, confirmó todo lo expresado por doña Paca. Era muy lista, y no se le escapaba una sola palabra de las que oyera al señor eclesiástico, y describía con fiel memoria su cara, su traje, su acento... *Benina*, confusa un instante por la rareza del caso, lo dió pronto al olvido por tener cosas de más importancia en que ocupar su entendimiento. Halló a Frasquito tan mejorado, que acordaron levantarle del lecho; mas al dar los primeros pasos por la habitación y pasillo, encontróse el galán con la novedad de que la pierna derecha se le había quedado un poco inválida... Esperaba, no obstante, que con la buena alimentación y el ejercicio recobraría dicho miembro su actividad y firmeza. Pronto le darían de alta. Su reconocimiento a las dos señoras, y principalmente a *Benina*, le duraría tanto como la vida... Sentía nuevo aliento y esperanzas nuevas, presagios risue-

ños de obtener pronto una buena colocación que le permitiera vivir desahogadamente, tener hogar propio, aunque humilde, y con la inagotable farmacia de su optimismo se restablecía más pronto.

Como a todo atendía *Nina*, y ninguna necesidad de las personas sometidas a su cuidado se le olvidaba, creyó conveniente avisar a las señoras de la Costanilla de San Andrés, que de seguro habrían extrañado la ausencia de su dependiente.

—Sí, hágame el favor de llevarles un recadito de mi parte—dijo el galán, admirando aquel nuevo rasgo de previsión—. Dígales usted lo que le parezca, y de seguro me dejará en buen lugar.

Así lo hizo *Benina* a prima noche, y a la mañana siguiente, con la fresca, emprendió de nuevo su caminata hacia el Puente de Toledo.

XXVIII

Encontróse a un anciano harapiento que solía pedir, con una niña en brazos, en el Oratorio del Olivar, el cual le contó llorando sus desdichas, que serían bastantes a quebrantar las peñas. "La hija de tal, madre de la criatura, y de otra que enferma quedara en casa de una vecina, se había muerto dos días antes de miseria, señora, de cansancio, de tanto padecer echando los *gofes* en busca de un medio panecillo." ¿Y qué hacía él ahora con las dos crías, no teniendo para mantenerlas, si para él solo no sacaba? El Señor le había dejado de su mano. Ningún santo del cielo le hacía ya maldito caso. No deseaba más que morirse, y que le enterraran pronto, pronto, para no ver más el mundo. Su única aspiración mundana era dejar colocaditas a las dos niñas en algún *arrecogimiento* de los muchos que hay para *párvulos de ambos sexos*. ¡Y para que se viera su mala sombra!... Había encontrado un alma caritativa, un señor eclesiástico, que le ofreció meter a las nenas en un asilo; pero cuando creía tener arreglado el negocio, venía el demonio a descomponerlo...

—Verá usted, señora; ¿conoce por casualidad a un señor sacerdote muy apersonado que se llama don Romualdo?

—Me parece que sí—respuso la mendiga, sintiendo de nuevo una gran confusión o vértigo en su cabeza.

—Alto, bien plantado, hábitos de paño fino, ni viejo ni joven...

—¿Y dice que se llama don Romualdo?

—Don Romualdo, sí, señora.

—¿Será..., por casualidad, uno que tiene una sobrinita nombrada doña Patro?

—No sé cómo la llaman; pero sobrina tiene... y guapa. Pues verá usted mi perra suerte. Quedó en darme, ayer por la tarde, la razón. Voy a su casa, y me dicen que se había marchado a Guadalajara.

—Justamente...—dijo *Benina*, más confusa, sintiendo que lo real y lo imaginario se revolvían y entrelazaban en su cerebro—. Pero pronto vendrá.

—A saber si vuelve.

Díjole después el pobre viejo que se moría de hambre; que no habían entrado en su boca, en tres días, más que un pedazo de bacalao crudo que le dieron en una tienda y algunos corruscos de pan, que mojaba en la fuente para reblandecerlos, porque ya no tenía hueso en la boca. Desde el día de San José, que quitaron la sopa en el Sagrado Corazón, no había ya remedio para él; en parte alguna encontraba amparo; el cielo no le quería, ni la tierra tampoco. Con ochenta y dos años, cumplidos el 3 de febrero, San Blas bendito, un día después de la Candelaria, ¿para qué quería vivir más ni qué se le había perdido por acá? Un hombre que sirvió al rey doce años; que durante cuarenta y cinco había picado miles de miles de toneladas de piedra en *esas carreteras de Dios*, y que siempre fué bien mirado y *puntoso*, nada tenía que hacer ya, más que encomendarse al sepulturero para que le pusiera mucha tierra, mucha tierra encima y le apisonara bien. En cuantito que colocara a las dos criaturas, se *acostaría* para no levantarse hasta el día del Juicio por la tarde..., ¡y se levantaría el último! Traspasada de pena *Benina* al oír la referencia de tanto infortunio, cuya sinceridad no podía poner en duda, dijo al anciano que la llevara a donde estaba la niña enferma, y pronto fué conducida a un cuarto lóbrego, en la planta baja de la casa grande de corredor, donde juntos vivían, por pago de tres pesetas al mes, me-

dia docena de pordioseros con sus respectivas proles. La mayor parte de éstos hallábanse a la sazón en Madrid, buscando la santa *perra*. Sólo vió *Benina* una vieja, petiseca y dormilona, que parecía alcoholizada, y una mujer panzuda, tumefacta, de piel vinosa y tirante, como la de un corambre repleto, con la cara erisipelada, mal envuenta en trapos de distintos colores. En el suelo, sobre un colchón flaco, cubierto de pedazos de bayeta amarilla y de jirones de mantas morellanas, yacía la niña enferma, como de seis años, el rostro lívido, los puños cerrados en la boca.

—Lo que tiene esta criatura es hambre—dijo *Benina*, que habiéndola tocado en la frente y manos la encontró fría como el mármol.

—Puede que así sea, porque cosa caliente no ha entrado en nuestros cuerpos desde ayer.

No necesitó más la bondadosa anciana para que se le desbordase la piedad, que caudalosa inundaba su alma; y llevando a la realidad sus intenciones con la presteza que era en ella característica, fué al instante a la tienda de comestibles que en el ángulo de aquel edificio existe, y compró lo necesario para poner un puchero inmediatamente, tomando además huevos, carbón, bacalao..., pues ella no hacía nunca las cosas a medias. A la hora ya estaban remediados aquellos infelices, y otros que se agregaron, inducidos del olor que por toda la parte baja de la colmena prontamente se difundió. Y el Señor hubo de recompensar su caridad, deparándole, entre los mendigos que al festín acudieron, un lisiado sin piernas, que andaba con los brazos, el cual le dió por fin noticias verídicas del extraviado Almudena.

Dormía el moro en las casas de Ulpiano, y el día se lo pasaba rezando de firme, y tocando en un guitarrillo de dos cuerdas que de Madrid había traído, todo ello sin moverse de un apartado muladar que cae debajo de la estación de las Pulgas, por la parte que mira hacia la puente segoviana. Allá se fué *Benina* despacito, porque el sujeto que la guiaba era de lenta andadura, como quien anda con las nalgas encuadernadas en suela, apoyándose en las manos, y éstas en dos zoquetes de palo. Por el camino, el hombre *de medio cuerpo arriba* aventuró algunas indicaciones críticas acerca del moro y de su conducta un tanto estrafalaria. Creía él que Almudena era en su tierra clérigo, quiere decirse, presbítero del *Zancarrón*, y en aquellos días hacía las penitencias de la Cuaresma *majometana*, que consisten en dar zapatetas en el aire, comer sólo pan y agua y mojarse las palmas de la mano con saliva.

—Lo que canta con la cítara ronca debe de ser cosa de funerales de allá, porque suena triste, y dan ganas de llorar oyéndolo. En fin, señora, allí le tiene usted tumbado sobre la alfombra de picos, y tan quieto que parece que lo han vuelto de piedra.

Distinguió, en efecto, *Benina* la inmóvil figura del ciego, en su vertedero de escorias, cascote y basuras que hay entre la vía y el camino de las Cambroneras, en medio de una aridez absoluta, pues ni árbol ni mata, ni ninguna especie vegetal crecen allí. Siguió adelante el despernado, y *Benina*, con su cesta al brazo, subió gateando por la escombrera, no sin trabajo, pues aquel material suelto de que formado estaba el talud se escurría fácilmente. Antes que ganar pudiera la altura en que el africano se encontraba, anunció a gritos su llegada, diciéndole:

—Pero, ¡hijo, vaya un sitio que has ido a escoger para ponerte al sol! ¿Es que quieres secarte y volverte cuero para tambores?... ¡Eh..., Almudena, que soy yo, que soy yo la que sube por estas escaleras alfombradas!... Chico, pero ¿qué?... ¿Estás tonto, estás dormido?

El marroquí no se movía, la cara vuelta hacia el sol, como un pedazo de carne que se quisiera tostar. Tiróle la anciana una, dos, tres piedrecillas, hasta que consiguió acertarle. Almudena se movió con estremecimiento; y poniéndose de rodillas, exclamó:

—*B'nina*, tú, *B'nina*.

—Sí, hijo mío; aquí tienes a esta pobre vieja, que viene a verte al yermo donde moras. Pues ¡no te ha dado mala ventolera! ¡Y que no me ha costado poco trabajo encontrarte!

—*¡B'nina!*—repitió el ciego con emoción infantil, que se revelaba en un raudal de lágrimas y en el temblor de manos y pies—. Tú *vinir* cielo.

—No, hijo, no—replicó la buena mujer, llegando por fin junto a él y dándole palmetazos en el hombro—. No

vengo del cielo, sino que subo de la tierra por estos maldecidos peñascales. ¡Vaya una idea que te ha dado, pobre morito! Dime: ¿y es tu tierra así?

No contestó Mondejai a esta pregunta; callaron ambos. El ciego la palpaba con su mano trémula, como queriendo verla por el tacto.

—He venido—dijo al fin la mendiga—porque me pensé, un suponer, que estarías muerto de hambre.

—Mí no *comier*...

—¿Haces penitencia? Podías haberte puesto en mejor sitio...

—Este *micor*..., monte *munito*.

—¡Vaya un monte! ¿Y cómo llamas a esto?

—Monte *Sinaí*... Mí estar *Sinaí*...

—Donde tú estás es en Babia.

—Tú *vinir* con ángeles, *B'nina*..., tú *vinir* con fuego.

—No, hijo: no traigo fuego ni hace falta, que bastante achicharradito estás aquí. Te estás quedando más seco que un bacalao.

—*Micor*..., mí *quierer* seco... y arder como *paixa*.

—En paja te convertirías si yo te dejara. Pero no te dejo, y ahora vas a comer y beber de lo que traigo en mi cesta.

—Mí no *comier*..., mí ser *squieleto*.

Sin esperar a más razones, Almudena extendió las manos, palpando en el suelo. Buscaba su guitarro, que *Benina* vió y cogió, rasgueando sus dos cuerdas destempladas.

—*¡Dami, dami!*—le dijo el ciego, impaciente, tocado de inspiración.

Y agarrando el instrumento, pulsó las cuerdas, y de ellas sacó sonidos tristes, broncos, sin armónica concordancia entre sí. Y luego rompió a cantar en lengua arábiga una extraña melopea, acompañándose con sonidos secos y acompasados que de las dos cuerdas sacaba. Oyó *Benina* este canticio con cierto recogimiento, pues aunque nada sacó en limpio de la letra gutural y por extremo áspera, ni en la cadencia del son encontró semejanza con los estilos de acá, ello es que la tal música resultaba de una melancolía intensa. Movía el ciego sin cesar la cabeza, cual si quisiera dirigir las palabras de su canto a diferentes partes del cielo, y ponía en algunas endechas una vehemencia y un ardor que denotaban el entusiasmo de que estaba poseído.

—Bueno, hijo, bueno—le dijo la anciana cuando terminó de cantar—. Me gusta mucho tu música... Pero ¿el estómago no te dice que a él no le catequizas con esas coplas, y que le gustan más las buenas magras?

—*Comier* tú..., mí cantar... *Comier* yo con alegría de ser tú *migo*.

—¿Te alimentas con tenerme aquí? ¡Bonita sustancia!

—Mí *quierer* ti...

—Sí, hijo, quiéreme; pero haz cuenta de que soy tu madre, y que vengo a cuidar de ti.

—Tú ser *bunita*.

—*¡Mia* que yo bonita..., con más años que San Isidro, y esta miseria y esta facha!

No menos inspirado hablando que cantando, Almudena le dijo:

—Tú ser *com la zucena, branca... Com* palmera del *D'sierto* cintura tuya..., rosas y *casmines* boca tuya..., la estrella de la tarde *ojitas tuyas*.

—¡María Santísima! Todavía no me había yo enterado de lo bonita que soy.

—*Donzellas tudas, invidia* de ti *tenier* ellas... *Hiciéronte* manos Dios con *regocijación*. Loan ti ángeles con cítara.

—¡San Antonio bendito!... Si quieres que te crea todas esas cosas, me has de hacer un favor: comer lo que te traigo. Después que tengas llena la barriga hablaremos, pues ahora no estás en tus cabales.

Diciéndolo, iba sacando de la cesta pan, tortilla, carne fiambre y una botella de vino. Enumeraba las provisiones, creyendo que así le despertaría el apetito, y como argumento final le dijo:

—Si te empeñas en no comer, me enfado y no vuelvo más a verte. Despídete de mi boca de rosas, y de mis ojitos como las estrellas del cielo... Y luego has de hacer todo lo que yo te mande: volverte a Madrid y vivir en tu casita como antes vivías.

—Si tú casar *migo*, sí... Si no casar, no.

—¿Comes o no comes? Porque yo no he venido aquí a perder el tiempo echándote sermones—declaró *Benina* desplegando toda la energía de su acento—. Si te empeñas en ayunar, me voy ahora mismo.

—*Comier* tú...

—Los dos. He venido a verte y a que almorcemos juntos.

—¿Casar tú *migo*?

—¡Ay, qué pesado el hombre! Pareces un chiquillo. Me veré obligada a darte un par de mojicones... Ea, morito, come y aliméntate, que ya se tratará lo del casorio. ¿Piensas que voy yo a tomar un marido seco al sol, y que se va quedando como un pergamino?

Con estas y otras razones logró convencerle, y al fin el desdichado dejó de hacer ascos a la comida. Empezando con repulgos, acabó por devorar con voracidad. Pero no abandonaba su tema, y entre bocado y bocado decía:

—*Casar* yo *tigo*..., *dirnos terra* mía... Yo casar por *arreligión* tuya si *quierer* tú... Tú casar por *arreligión* mía, si *quierer* ella... Mí ser *d'Israel*... *Bautisma jacieron* mí señoritas *confirencia*... Poner mí nombre *Joseph Marien Almudena*...

—José María de la Almudena. Si eres cristiano, no me hables a mí de otras *arreligiones* malas.

—No haber más que un Dios, uno solo, sólo El—exclamó el ciego, poseído de exaltación mística—. El *melecina* a los quebrantados de corazón... El contar número estrellas, y a *tudas* ellas por nombre llama. Adoran *Adonái* el animal y *tuda cuatropea*, y el pájaro de ala... *Halleluyah!*...

—Hombre, sí, cantemos ahora las aleluyas para que no nos haga daño la comida.

—Vos de *Adonái* sobre las aguas, sobre aguas *mochas*. La voz de *Adonái* con *forza*, la voz de *Adonái* con *jermosura*. La voz de *Adonái* quiebra los *alarzes* del Lebanón y Tsión como fijos de unicornios... La voz de *Adonái* corta llamas fuego, *face* temblar *D'sierto*; *fará* temblar *Adonái D'sierto* de Kader... La voz de *Adonái face adoloriar* ciervas... En palacio suyo *tudas* decir *grolia*. *Adonái* por el diluvio se asentó... *Adonái* bendecir su *puelbro* con paz...

Aún prosiguió recitando oraciones hebraicas en castellano del siglo XV, que en la memoria desde la infancia conservaba, y *Benina* le oía con respeto, aguardando que terminase para traerle a la realidad y sujetarle a la vida común. Discutieron un rato sobre la conveniencia de tornar a la posada de Santa Casilda; mas no parecía él dispuesto a complacerla en extremo tan importante, mientras no le diese ella palabra formal de aceptar su negra mano. Trató de explicar la atracción que, en el estado de su espíritu, sobre él ejercían los áridos peñascales y escombreras en que a la sazón se encontraba. Realmente, ni él sabía explicárselo, ni *Benina* entenderlo; pero el observador atento bien puede entrever en aquella singular querencia un caso de atavismo o de retroacción instintiva hacia la antigüedad, buscando la semejanza geográfica con las soledades pedregosas en que se inició la vida de la raza... ¿Es esto un desatino? Quizá no.

XXIX

Con todo su ingenio y travesura no pudo la anciana convencer al marroquí de la oportunidad de volverse al Madrid alto.

—Y no sé—le dijo echando mano de todos los argumentos—, no sé cómo vas a arreglarte para vivir en este monte de tus penitencias. Porque tú no pides; aquí nadie ha de traerte el garbanzo, como no sea yo; y yo, si ahora tengo algún dinero, pronto me quedaré sin una mota, y tendré que volver a pedirlo con vergüenza. ¿Esperas tú que aquí te caiga el maná?

—*Cader* sí *manjá*—replicó Almudena con profunda convicción.

—Fíate de eso... Pero dime otra cosa, hijito: ¿habrá por aquí dinero enterrado?

—Haber *mocha, mocha*.

—Pues, hijo, a ver si lo sacas, que en este caso no perderías el tiempo. Pero, ¡quia!, no creo yo las papas que tú cuentas, ni las hechicerías que te has traído de tu tierra de infieles... No, no: aquí no hay salvación para el pobre; y eso de sacar tesoros, o de que le traigan a uno las carretadas de piedras preciosas, me parece a mí que es conversación.

—Si tú casar *migo*, mí *encuentrar* te*soro*, mocha.

—Bueno, bueno... Pues ponte a trabajar para la averiguación de dónde está la tinaja llena de dinero. Yo vendré a sacarla, y como sea verdad, a casarnos tocan.

Diciéndolo, recogía en su cesta los res-

tos de comida para marcharse. Almudena se opuso a que se fuese tan pronto; pero ella insistía en retirarse, con la firmeza que gastaba en toda ocasión:

—Pues ¡estaría bueno que me quedara yo aquí, puesta al sol y al aire como un pellejo en secadero de curtidores! Y dime, Almudenita: ¿me vas tú a mantener aquí? Y a mi señora, ¿quién le mantiene el pico?

Esta referencia a la casa de la señora despertó en Mordejai el recuerdo del *galán bunito*; y como se excitara más de la cuenta con tal motivo, apresuróse *Benina* a calmarle con la noticia de que Ponte se había marchado ya a sus palacios aristocráticos, y de que ni ella ni su ama doña Francisca querían trato ni roce con aquel viejo camastrón, que les había dado un mal pago, despidiéndose a la francesa y *quedándoles a deber* el pupilaje. Tragóse el africano esta bola con infantil candor; y haciendo prometer y jurar a su amiga que a verle volvería diariamente mientras él continuase en aquella obligación de sus acerbas penitencias, la dejó marchar. Fuese *Benina* por arriba, prefiriendo subir hacia la estación, como salida más cómoda y practicable.

De vuelta a casa, lo primero que su señora le preguntó fué si sabía cuándo regresaba de Guadalajara don Romualdo, a lo que respondió ella que no se tenían aún noticias seguras del regreso del señor. Nada ocurrió aquel día digno de notarse, sino que Ponte mejoraba rápidamente, poniéndose muy gozoso con la visita de Obdulia, que estuvo cuatro horas platicando con él y con su mamá de cosas elegantes, y de sucesos rondeños anteriores en cuarenta años a la época presente. Debe hacerse notar también que a *Benina* se le iba mermando el dinero, pues comió allí la *niña*, y fué preciso añadir merluza al ordinario condumio, y además dátiles y pastas para postres. Con el gasto de aquellos días, con las prodigalidades caritativas en las Cambroneras, los duros que restaron del préstamo de la *Pitusa*, después de saldados débitos apremiantes, se iban reduciendo por horas, hasta quedar en uno solo, o poco más, el día de la tercera escapatoria al arrabal del Puente de Toledo.

Es cosa averiguada que en aquella tercera excursión le salió al encuentro el anciano del día anterior, que dijo llamarse Silverio, y con él iban, formados como en línea de batalla, otros míseros habitantes de aquellos humildes caseríos, llevando de intérprete al hombre despernado, que se expresaba con soltura, como si con esta facultad le compensara la Naturaleza por la horrible mutilación de su cuerpo. Y fué y dijo, en nombre del gremio de pordioseros allí presente, que la señora debía distribuir sus beneficios entre todos sin distinción, pues todos eran igualmente acreedores a los frutos de su inmensa caridad. Respondióles *Benina* con ingenua sencillez que ella no tenía frutos ni cosa alguna que repartir, y que era tan pobre como ellos. Acogidas estas expresiones con absoluta incredulidad, y no sabiendo el lisiado qué oponer a ellas, pues toda su oratoria se le había consumido en el primer discurso, tomó la palabra el viejo Silverio, y dijo que ellos no se habían caído de ningún nido, y que bien a la vista estaba que la señora no era lo que parecía, sino una *dama disfrazada*, que, con trazas y pingajos de *mendiga de punto*, se iba por aquellos sitios para *desaminar* la verdadera pobreza y remediarla. Tocante a esto del disfraz, no había duda, porque ellos la conocían de años atrás. ¡Ah! Y cuando vino *la otra vez*, la *señora disfrazada* a todos los había socorrido igualmente. Bien se acordaban él y otros de la cara y modos de la tal, y podían atestiguar que era la misma, la misma que en aquel momento estaban viendo con sus ojos y palpando con sus manos.

Confirmaron todos a una voz lo dicho por el octogenario Silverio, el cual hubo de añadir que por santa fué tenida la señora de antes, y por santísima tendrían a la presente, respetando su disfraz, y poniéndose todos de rodillas ante ella para adorarla. Contestó *Benina* con gracejo que tan santa era ella como su abuela, y que miraran lo que decían y volvieran de su grave error. En efecto: había existido años atrás una señora muy linajuda, llamada doña Guillermina Pacheco, corazón hermoso, espíritu grande, la cual andaba por el mundo repartiendo los dones de la caridad, y vestía humilde traje, sin faltar a la decencia, revelando en su modestia soberana la clase a que pertenecía. Aquella dignísima señora ya no vivía.

Por ser demasiado buena para el mundo, Dios se la llevó al cielo cuando más falta nos hacía por acá. Y aunque viviera, *amos*, ¿cómo podía ser confundida con ella, con la infeliz *Benina*? A cien leguas se conocía en ésta a una mujer de pueblo, criada de servir. Si por su traje pobrísimo, lleno de remiendos y zurcidos; por sus alpargatas rotas, no comprendían ellos la diferencia entre una cocinera jubilada y una señora nacida de marqueses, pues bien pudiera ésta vestirse de máscara, en otras cosas no cabía engaño ni equivocación: por ejemplo, en el habla. Los que oyeron la palabra de doña Guillermina, que se expresaba al igual de los mismos ángeles, ¿cómo podían confundirla con quien decía las cosas en lenguaje ordinario? Había nacido ella en un pueblo de Guadalajara, de padres labradores, viniendo a servir a Madrid cuando sólo contaba veinte años. Leía con dificultad, y de escritura estaba tan mal, que apenas ponía su nombre: *Benina de Casia*. Por este apellido, algunos guasones de su pueblo se burlaban de ella diciendo que *venía* de Santa Rita. Total: que ella no era santa, sino muy pecadora, y no tenía nada que ver con la doña Guillermina de marras, que ya gozaba de Dios. Era una pobre como ellos, que vivía de limosna, y se las gobernaba como podía para mantener a los suyos. Habíala hecho Dios generosa, eso sí; y si algo poseía, y encontraba personas más necesitadas que ella, le faltaba tiempo para desprenderse de todo..., y tan contenta.

No se dieron por convencidos los miserables dejados de la mano de Dios, y alargando las suyas escuálidas, con afligidas voces pedían a *Benina* de Casia que los socorriese. Andrajosos y escuálidos niños se unieron al coro, y agarrándose a la falda de la infeliz alcarreña, le pedían pan, pan. Compadecida de tantas desdichas, fué la anciana a la tienda, compró una docena de panes altos, y dividiéndolos en dos, los repartió entre la miserable cuadrilla. La operación se dificultó en extremo, porque todos se abalanzaban a ella con furia, cada uno quería recibir su parte antes que los demás, y alguien intentó apandar dos raciones. Diríase que se duplicaban las manos en el momento de mayor barullo, o que salían otras de debajo de la tierra. Sofocada, la buena mujer tuvo que comprar más libretas, porque dos o tres viejas a quienes no tocó nada, ponían el grito en el cielo, y alborotaban el barrio con sus discordes y lastimeros chillidos.

Ya se creía libre de tales moscones, cuando la llamó con roncas voces una mujer que llevaba en brazos a un niño cabezudo, monstruoso. Al punto en ella reconoció a la que había visto con la *Burlada* días antes, camino de la Puerta de Toledo. Pretendía la tal que *Benina* subiese con ella a un cuarto alto de la casa de corredor, donde le mostraría el más lastimoso cuadro que podría imaginarse. Prestóse *Benina* a subir, porque más podía en ella siempre la piedad que la conveniencia, y por la escalera le explicaba la otra la situación de su desdichada familia. No era casada; pero *por lo civil* había tenido dos niños que se le habían muerto de garrotillo, uno tras otro, con diferencia de seis días. Aquel que llevaba, de cabeza deforme, no era suyo, sino de una compañera que andaba con un ciego *de violín*, borracha ella, y si a mano venía, *tomadora*. La que contaba estas tristezas llamábase Basilisa; tenía a su padre baldadito, de andar en el río cogiendo anguilas, con el agua hasta los corvejones; a su hermana Cesárea, bizmada de los golpes que le dió su querido, un silbante, un golfo, un *rata*, "a quien tiene usted toda la noche jugando al mus en *cas* del *Comadreja*, Mediodía Chica. ¿Conoce la señora ese *establecimiento*?"

—De nombre—dijo *Benina*, medianamente interesada en la historia.

—Pues ese sinvergüenza, tras apalear a mi hermana, nos empeñó los mantones y las enaguas. Debe usted de conocerle, porque otro más granuja no lo hay en Madrid. Le llaman por mal nombre *Si Toséis Toméis...*, y por abreviar le decimos *Toméis*.

—No le conozco... Yo no me trato con gente de ésa.

Subieron, y en uno de los cuartos más estrechos del corredor alto vió *Benina* el tremendo infortunio de aquella familia. El viejo reumático parecía loco; en la desesperación que le causaban sus dolores, vociferaba, blasfemando, y Cesárea, de la inanición que la consumía, estaba como idiota, y no hacía más que dar azotes en las nalgas a un chico mocoso, lloricón, y que ponía los ojos en

blanco de la fuerza de sus berridos y contorsiones. En medio de este desbarajuste, las dos mujeres expresaron a *Benina* que su mayor apuro, a más del hambre, era pagar al casero, que no las dejaba vivir, reclamando a todas horas las tres semanas que se debían. Contestó la anciana que, con gran sentimiento, no se hallaba en disposición de sacarlas del compromiso, por carecer de dinero, y lo único que podía ofrecerles era una peseta, para que se remediaran aquel día y el siguiente. Traspasado el corazón de lástima, se despidió de la infeliz patulea, y aunque se mostraron las dos mujeres agradecidas, bien se conocía que algún reconcomio se les quedaba dentro del cuerpo por no haber recibido el socorro que esperaban.

En la escalera detuvieron a *Benina* dos vejanconas, una de las cuales le dijo con mal modo:

—¡Vaya, que confundirla a usted con doña Guillermina!... ¡Zopencos, más que burros! Si aquélla era un ángel vestido de persona, y ésta... bien se ve que es una *tía ordinaria,* que viene acá dándose el pisto de repartir limosnas... ¡Señora!... ¡Vaya una señora!... Apestando a cebolla cruda..., y con esas manos de fregar... Ahora se dan santas del *pan pringao,* y... ¡a cuarto las imágenes; *caras de Dios* a cuarto!

No hizo caso la buena mujer, y siguió su camino; pero en la calle, o como quiera que se llame aquel espacio entre casas, se vió importunada por sinnúmero de ciegos, mancos y paralíticos, que le pedían con tenaz insistencia pan o perras con que comprarlo. Trató de sacudirse el molesto enjambre; pero la seguían, la acosaban, no la dejaban andar. No tuvo más remedio que gastarse en pan otra peseta y repartirlo presurosa. Por fin, apretando el paso, logró ponerse a distancia de la enfadosa pobretería, y se encaminó al vertedero donde esperaba encontrar al buen Mordejai. En el propio sitio del día anterior estaba mi hombre aguardándola ansioso; y no bien se juntaron sacó ella de la cesta los víveres que llevaba, y se pusieron a comer. Mas no quería Dios que aquella mañana le saliesen las cosas a *Benina* conforme a su buen corazón y caritativas intenciones, porque no hacía diez minutos que estaban comiendo, cuando observó que en el camino, debajito del vertedero, se reunían gitanillos maleantes, alguno que otro lisiado de mala estampa y dos o tres viejas desharrapadas y furibundas. Mirando al grupo idílico que en la escombrera formaban la anciana y el ciego, toda aquella gentuza empezó a vociferar. ¿Qué decían? No era fácil entenderlo desde arriba. Palabras sueltas llegaban...: que si era una santa de pega; que si era una ladrona que se fingía beata para robar mejor...; que si era una lamecirios y chupalámparas... En fin, aquello se iba poniendo malo, y no tardó en demostrarlo una piedra, ¡pim!, lanzada por mano vigorosa, y que *Benina* recibió en la paletilla... Al poco rato, ¡pim, pam!, otra y otras. Levantáronse ambos despavoridos, y recogiendo en la cesta la comida, pensaron en ponerse en salvo. La *dama* cogió por el brazo a su caballero, y le dijo:

—Vámonos, que nos matan.

XXX

Trepando difícilmente por el declive pedregoso, cayendo y levantándose a cada instante, cogidos del brazo, las cabezas gachas, huían del formidable tiroteo. Este llegó a ser tan intenso, que no había respiro entre golpe y golpe. A *Benina* la tocaron los proyectiles en partes vestidas, donde no podían hacer gran daño; pero Almudena tuvo la desgracia de que un guijarro le cogiese la cabeza en el momento de volverse para increpar al enemigo, y la descalabradura fué tremenda. Cuando llegaron, jadeantes y doloridos, a un sitio resguardado de la terrible lluvia de piedras, la herida del marroquí chorreaba sangre, tiñendo de rojo su faz amarilla. Lo extraño era que el descalabrado callaba, y la que había salido ilesa ponía el grito en el cielo, pidiendo rayos y centellas que confundieran a la infame cuadrilla. La suerte les deparó un guardagujas, que vivía en una caseta próxima al lugar del siniestro, hombre reposado y pío, que, demostrando tener en poco a las víctimas del atentado, las acogió como buen cristiano en su vivienda humilde, compadecido de su desgracia. A poco llegó la guardesa, que también era compasiva, y lo primero que hicieron fué dar agua a *Benina* para que le lavase

la herida a su compañero, y de añadidura sacaron vinagre y trapos para hacer vendas. El moro no decía más que:

—*Amri, ¿pieldra* ti no?

—No, hijo; no me ha tocado más que una china en el cogote, que no me ha hecho sangre.

—¿*Dolier* ti?

—Poco..., no es nada.

—Son los *embaixos..., espirtos* malos de *soterrá.*

—¡Indecentes, granujas! ¡Lástima de pareja de la Guardia Civil, o siquiera del Orden!

Con los procedimientos más elementales le hicieron la cura al pobre ciego, restañándole la sangre y poniéndole vendas que le tapaban uno de los ojos; después le acostaron en el suelo, porque se le iba la cabeza y no podía tenerse en pie. Volvió la mendiga a sacar de su cesta el pan y la carne a medio comer, ofreciendo partir con sus generosos protectores; pero éstos, en vez de aceptar, les brindaron con sardinas y unos churros que les habían sobrado de su almuerzo. Hubo por una y otra parte ofrecimientos, finuras y delicadezas, y cada cual, al fin, se quedó con lo suyo. Pero *Benina* aprovechó las buenas disposiciones de aquella honrada gente para proponerles que albergasen al ciego en la caseta hasta que ella pudiese prepararle alojamiento en Madrid. No había que pensar en que volviese a las Cambroneras, donde sin duda le tenían mala voluntad. A Madrid y a su casa de ella no podía conducirlo, porque ella servía en una casa, y él... En fin, que no era fácil explicarlo..., y si los señores guardagujas pensaban mal de las relaciones entre *Benina* y el moro, que pensaran.

—Miren ustedes—dijo la anciana viéndoles perplejos y desconfiados—, no poseo más dinero que esta peseta y estas perras. Tómenlas, y tengan aquí al pobre ciego hasta mañana. El no los molestará, porque es bueno y honrado. Dormirá en este rincón con sólo que le den una manta vieja, y tocante a comer, de lo que ustedes tengan.

Después de corta vacilación, aceptaron el trato, y permitiéndose dar un consejo a la para ellos extraña pareja, dijo el guarda:

—Lo que deben hacer ustedes es dejarse de andar de vagancia por calles y caminos, donde todo es ajetreo y malos pasos, y ver de meterse o que los metan en un asilo, la señora en las *ancianitas,* el señor en otro recogimiento que hay para ciegos, y así tendrían asegurado el comer y el abrigo por todo el tiempo que vivieran.

Nada contestó Almudena, que amaba la libertad, y la prefería trabajosa y miserable a la cómoda sujeción del asilo. *Benina,* por su parte, no queriendo entrar en largas explicaciones ni desvanecer el error de aquella buena gente, que sin duda los creía asociados para la vagancia y el merodeo, se limitó a decir que no se recogían en un *establecimiento* por causa de la mucha *existencia* de pobres, y que sin recomendaciones y tarjetas de personajes no había manera de conseguir plaza. A esto respondió la guardesa que podrían lograr su deseo de *recogerse* si se entendían con un señor muy piadoso que anda en estas cosas de asilos; un sacerdote... que le llaman don Romualdo.

—¡Don Romualdo!... ¡Ah! Sí, ya sé; digo, no le conozco más que de nombre. ¿Es un señor cura, alto y guapetón, que tiene una sobrina llamada doña Patros, que bizca un poco?

Al decir esto, sintió la *Benina* que se renovaba en su mente la extraña confusión y mezcolanza de lo real y lo imaginado.

—Yo no sé si bizca o no bizca la sobrina...—prosiguió la guardesa—; pero sé que el don Romualdo es de tierra de Guadalajara.

—Es verdad... Y ahora se ha ido a su pueblo... Por cierto que le proponen para obispo, y habrá ido a traer los papeles.

Convinieron todos en que el don Romualdo misterioso no vendría del pueblo sin traerse los papeles, y en seguida se cerró trato para el hospedaje y custodia de Almudena en la caseta por veinticuatro horas, dando *Benina* la peseta y perros que tenía (menos tres piezas chicas que guardó aparte), y comprometiéndose los otros a cuidar del ciego como si fuera su hijo. Aún tuvo la pobre *Nina* que bregar un poquito con el marroquí, empeñado en que le llevara *sigo*; pero al fin pudo convencerle, encareciéndole el peligro de que la herida de la cabeza le trajera algún trastorno grave si no se estaba quietecito.

—*Amri, golver* ti mañana—decía el in-

feliz al despedirla—. Si dejar mí solo, *murierme* yo *migo*.

Prometió la anciana solemnemente volver a su compañía, y se fué melancólica, revolviendo en su magín las tristezas de aquel día, a las cuales se unían presagios negros, barruntos de mayores afanes, porque se había quedado sin un cuarto, por dejarse llevar del ímpetu caritativo de su corazón dando tanta limosna. Seguramente vendrían para ella grandes apreturas, pues tenía que devolver pronto a la *Pitusa* sus joyas, allegar recursos para mantener a la señora y a su huésped, socorrer a Almudena, etcétera... Tantas obligaciones se había echado encima, que ya no sabía cómo atender a ellas.

Llegó a su casa, después de hacer sus compras a crédito, y encontrando a Frasquito muy bien, propuso a doña Paca darle de alta, y que se fuera a desempeñar sus obligaciones y a ganarse la vida. Asintió a ello la señora, y la tristeza de ambas se aumentó con la noticia, traída por la criada de Obdulia, de que ésta se había puesto muy malita, con alta fiebre, delirio y un traqueteo de nervios que daba compasión. Allá se fué *Benina*, y después de avisar a los suegros de la señorita para que la atendieran, volvió a tranquilizar a la mamá. Mala tarde y peor noche pasaron, pensando en las dificultades y aprietos que de nuevo se les ofrecían, y a la siguiente mañana la infeliz mujer ocupaba su puesto en San Sebastián, pues no había otra manera de defenderse de tantas y tan complejas adversidades. Cada día mermaba su crédito, y las obligaciones contraídas en la calle de la Ruda, o en las tiendas de la calle Imperial, la abrumaban. Vióse en la necesidad de salir también al pordioseo de tarde, y un ratito por la noche, pretextando tener que llevar un recado a la *niña*. En la breve campaña nocturna sacaba escondido un velo negro, viejísimo, de doña Paca, para entapujarse la cara; y con esto y unos espejuelos verdes que para el caso guardaba, hacía divinamente el tipo de señora ciega vergonzante, arrimadita a la esquina de la calle de Barrionuevo, atacando con quejumbroso reclamo a media voz a todo cristiano que pasaba. Con tal sistema, y *trabajando* tres veces por día, lograba reunir algunos cuartos; mas no todo lo necesario para sus atenciones, que no eran pocas, porque Almudena se había puesto mal, y seguía en la caseta de las Pulgas. Nada cobraba el guardagujas por hospedaje del infeliz moro; pero había que llevar a éste la comida. Obdulia no entraba en caja: era forzoso asistirla de medicamentos y caldos, pues los suegros se llamaban andana, y no era cosa de mandarla al hospital. Tenía, pues, sobre sí la heroica mujer carga demasiado fuerte; pero la soportaba, y seguía con tantas cruces a cuestas por la empinada senda, ansiosa de llegar, si no a la cumbre, a donde pudiera. Si se quedaba en mitad del camino, tendría la satisfacción de haber cumplido con lo que su conciencia le dictaba.

Por la tarde, pretextando compras, pedía en la puerta de San Justo, o junto al palacio arzobispal; pero no podía entretenerse mucho, porque su tardanza no inquietara demasiado a la señora. Al volver una tarde de su petitorio, sin más *ganancia* que una perra chica, se encontró con la novedad de que doña Paca, acompañada de Frasquito, había iro a visitar a Obdulia. Díjole además la portera que momentos antes había subido a la casa un señor sacerdote alto, de buena presencia, el cual, cansado de llamar, se fué, dejando un recadito en la portería.

—¡Ya!... Es don Romualdo...

—Así dijo, sí, señora. Ya ha venido dos veces y...

—Pero ¿se marcha otra vez a Guadalajara?

—De allá vino ayer tarde. Tiene que hablar con doña Paca, y volverá cuando pueda.

Ya tenía *Benina* un espantoso lío en la cabeza con aquel dichoso clérigo, tan semejante, por las señas y el nombre, al suyo, al de su invención; y pensaba si, por milagro de Dios, habría tomado cuerpo y alma de persona verídica el ser creado en su fantasía por un mentir inocente, obra de las aflictivas circunstancias.

"En fin, veremos lo que resulta de todo esto—se dijo subiendo pausadamente la escalera—. Bien venido sea ese señor cura si viene a traernos algo."

Y de tal modo arraigaba en su mente la idea de que se convertía en real el mentido y figurado sacerdote alcarreño, que una noche, cuando pedía con

antiparras y velo, creyó reconocer en una señora, que le dió dos céntimos, a la mismísima doña Patros, la sobrina que bizcaba una miaja.

Pues, señor, doña Paca y Frasquito trajeron la buena noticia de que Obdulia se restablecía lentamente.

—Mira, *Nina*—le dijo la viuda—; como quiera que sea, has de llevarle a Obdulia una botella de amontillado. A ver si te la fían en la tienda; y si no, busca el dinero como puedas, que lo que tiene la *niña* es debilidad.

La otra se mostró conforme con esta esplendidez, por no chocar, y se puso a hacer la cena. Taciturna estuvo hasta la hora de acostarse, y doña Francisca se incomodó con ella porque no la entretenía, como otras veces, con festivas conversaciones. Sacó fuerza de flaqueza la heroica anciana, y con su espíritu muy turbado, su mente llena de presagios sombríos, empezó a despotricar como una tarabilla, para que se embelesara la señora con unas cuantas chanzonetas y mil tonterías imaginadas y pudiera coger el sueño.

XXXI

Repuesto de su herida el ciego moro, volvió a pedir, a instancias de su amiga, pues no estaban los tiempos para pasarse la vida al sol tocando la vihuela. Las necesidades aumentaban, imponíase la dura realidad y era forzoso sacar las perras del fondo de la masa humana, como de un mar rico en tesoros de todas clases. No pudo Almudena resistir a la enérgica sugestión de la *dama,* y poco a poco se fué curando de aquellas murrias y del delirio místico y penitencial que le desconcertó días antes. Convinieron, tras empeñada discusión, en trasladar su *punto* de San Sebastián a San Andrés, porque Almudena conocía en esta parroquia a un señor clérigo, muy bondadoso, que en otra ocasión le había protegido. Allí se fueron, pues; y aunque también en San Andrés había *Caporalas* y Eliseos, con distintos nombres, por ser estos caracteres como fruto natural de la vida en todo grupo o familia de la sociedad humana, no parecían tan despóticos y altaneros como en la otra parroquia. El clérigo que al marroquí protegía era un joven muy listo, algo arabista y hebraizante, que solía echar algún párrafo con él, no tanto por caridad como por estudio. Una mañana observó *Benina* que el curita joven salía de la Rectoral acompañado de otro sacerdote alto, bien parecido, y hablaron los dos mirando al ciego moro. Sin duda decían algo referente a él, a su origen, a su habla y religión endemoniadas. Después uno y otro clérigos en ella se fijaron, ¡qué vergüenza! ¿Qué pensarían? ¿Qué dirían de ella? Suponíanla quizá compañera del africano, su mujer quizá, su...

En fin, que el presbítero alto y guapetón se fué hacia la Cava Baja, y el otro, el sabio, se dignó parlotear un rato con Almudena en lengua arábiga. Después se fué hacia *Benina,* y con todo miramiento, le dijo:

—Usted, doña Benigna, bien podría dejarse de esta vida, que a su edad es tan penosa. No está bien que ande tras el moro como la soga tras el caldero. ¿Por qué no entra en la *Misericordia*? Ya se lo he dicho a don Romualdo, y ha prometido interesarse...

Quedóse atónita la buena mujer, y no supo qué contestar. Por decir algo, expresó su agradecimiento al señor de Mayoral, que así nombraban al clérigo erudito, y añadió que ya había reconocido en el otro señor sacerdote al benéfico don Romualdo.

—Ya le he dicho también—agregó Mayoral—que es usted criada de una señora que vive en la calle Imperial, y prometió informarse de su comportamiento antes de recomendarla...

Poco más dijo, y *Benina* llegó al mayor grado de confusión y vértigo de su mente, pues el sacerdote alto y guapetón que poco antes viera concordaba con el que ella, a fuerza de mencionarlo y describirlo en un mentir sistemático, tenía fijo en su caletre. Ganas sintió de correr por la Cava Baja, a ver si le encontraba, para decirle: "Señor don Romualdo, perdóneme si *le he inventado.* Yo creí que no había mal en esto. Lo hice porque la señora no me descubriera que salgo todos los días a pedir limosna para mantenerla. Y si esto de *aparecerse* usted ahora con cuerpo y vida de persona es castigo mío, perdóneme Dios, que no lo volveré a hacer. ¿O es usted otro don Romualdo? Para que yo salga de esta duda que me atormenta, hága-

me el favor de decirme si tiene una sobrina bizca y una hermana que se llama doña Josefa, y si le han propuesto para obispo, como se merece, y ojalá fuera verdad. Dígame si es usted el mío, mi don Romualdo, u otro, que yo no sé de dónde puede haber salido, y dígame también qué demontres tiene que hablar con la señora, y si va a darle las quejas porque yo he tenido el atrevimiento de *inventarle*."

Esto le habría dicho si encontrádole hubiera; pero no hubo tal encuentro, ni tales palabras fueron pronunciadas. Volvióse a casa muy triste, y ya no se apartó de su mente la idea de que el benéfico sacerdote alcarreño no era invención suya, de que todo lo que soñamos tiene su existencia propia y de que las mentiras entrañan verdades. Pasaron dos días en esta situación, sin más novedad que un crecimiento horroroso de las dificultades económicas. Con tanto pordiosear mañana y tarde, nunca le salía la cuenta; no había ya ningún nacido que le fiara valor de un real; la *Pitusa* amenazóla con *dar parte* si no le devolvía en breve término sus alhajas. Faltábale ya la energía y sus grandes ánimos flaqueaban; perdía la fe en la Providencia, y formaba opinión poco lisonjera de la caridad humana; todas sus diligencias y correrías para procurarse dinero no le dieron más resultado que un duro que le prestó por pocos días Juliana, la mujer de Antoñito. La limosna no bastaba ni con mucho; en vano se privaba ella hasta de su ordinario alimento, para disimular en casa la escasez; en vano iba con las alpargatas rotas, magullándose los pies. La economía, la sordidez misma, eran ineficaces: no había más remedio que sucumbir y caer diciendo: "Llegué hasta donde pude: lo demás hágalo Dios, si quiere."

Un sábado por la tarde se colmaron sus desdichas con un inesperado y triste incidente. Salió a pedir en San Justo: Almudena hacía lo mismo en la calle del Sacramento. Estrenóse ella con diez céntimos, inaudito golpe de suerte que consideró de buen augurio. Pero ¡cuán grande era su error al fiarse de estas golosinas que nos arroja el Destino adverso para atraernos y herirnos más cómodamente! Al poco rato del feliz estreno, se apareció un individuo de la ronda secreta, que, empujándola con mal modo, le dijo:

—Ea, buena mujer, eche usted a andar para adelante... Y vivo, vivo...

—¿Qué dice?

—Que se calle, y ande...

—Pero ¿adónde me lleva?

—Cállese usted, que le tiene más cuenta... ¡Hala! A San Bernardino.

—Pero ¿qué mal hago yo..., señor?

—¡Está usted pidiendo!... ¿No le dije a usted ayer que el señor gobernador no quiere que se pida en esta calle?

—Pues manténgame el señor gobernador, que yo de hambre no he de morirme, por Cristo... ¡Vaya con el hombre!...

—¡Calle usted, *so borracha*!... ¡Andando digo!

—¡Que no me empuje!... Yo no soy *criminala*... Yo tengo familia, conozco quien me abone... Ea, que no voy a donde usted quiere llevarme...

Se arrimó a la pared; pero el fiero polizonte la despegó del arrimo con un empujón violentísimo. Acercáronse dos de Orden Público, a los cuales el de la ronda mandó que la llevaran a San Bernardino, juntamente con toda la demás pobretería de ambos sexos que en la tal calle y callejones adyacentes encontraran. Aún trató *Benina* de ganar la voluntad de los guardias, mostrándose sumisa en su viva aflicción. Suplicó, lloró amargamente; mas lágrimas y ruegos fueron inútiles. Adelante, siempre adelante, llevando a retaguardia al ciego africano, que en cuanto se enteró de que la *recogían*, se fué hacia los del Orden, pidiéndoles que a él también le echasen la red, y al mismo infierno le llevaran, con tal que no le separasen de ella. Presión grande hubo de hacer sobre su espíritu la desgraciada mujer para resignarse a tan atroz desventura... ¡Ser llevada a un recogimiento de mendigos callejeros como son conducidos a la cárcel los rateros y malhechores! ¡Verse imposibilitada de acudir a su casa a la hora de costumbre, y de atender al cuidado de su ama y amiga! Cuando consideraba que doña Paca y Frasquito no tendrían qué comer aquella noche, su dolor llegaba al frenesí: hubiera embestido a los corchetes para deshacerse de ellos, si fuerzas tuviera contra dos hombres. Apartar no podía del pensamiento la consternación de su señora infeliz cuando viera que pasaban horas,

horas... y la *Nina* sin parecer. ¡Jesús, Virgen Santísima! ¿Qué iba a pasar en aquella casa? Cuando no se hunde el mundo por sucesos tales, seguro es que no se hundirá jamás... Más allá de las Caballerizas trató nuevamente de enternecer con razones y lamentos el corazón de sus guardianes. Pero ellos cumplían una orden del jefe, y si no la cumplían, mediano réspice les echarían. Almudena callaba, andando agarradito a la falda de *Benina,* y no parecía disgustado de la recogida y conducción al depósito de mendicidad.

Si lloraba la pobre postulante, no lloraba menos el cielo, concordando con ella en sombría tristeza, pues la llovizna que a caer empezó en el momento de la recogida fué creciendo hasta ser copiosa lluvia, que la puso perdida de pies a cabeza. Las ropas de uno y otro mendigo chorreaban; el sombrero hongo de Almudena parecía la pieza superior de la fuente de los Tritones: poco le faltaba ya para tener verdín. El calzado ligero de *Benina,* destrozado por el mucho andar de aquellos días, se iba quedando a pedazos en los charcos y barrizales en que se metía. Cuando llegaron a San Bernardino, pensaba la anciana que mejor estaría descalza.

—*Amri*—le dijo Almudena cuando traspasaban la triste puerta del asilo municipal—, no *yorar* ti... Aquí bien *tigo migo*... No *yorar* ti,..., *contentado* mí... Dar sopa, dar pan nosotros...

En su desolación, no quiso *Benina* contestarle. De buena gana le habría dado un palo. ¿Cómo había de hacerse cargo aquel vagabundo de la razón con que la infeliz mujer se quejaba de su suerte? ¿Quién sino ella comprendería el desamparo de su señora, de su amiga, de su hermana, y la noche de ansiedad que pasaría, ignorante de lo que pasaba? Y si le hacían el favor de soltarla al día siguiente, ¿con qué razones, con qué mentiras explicaría su larga ausencia, su desaparición súbita? ¿Qué podía decir ni qué invento sacar de su fecunda imaginación? Nada, nada: lo mejor sería desechar todo embuste, revelando el secreto de su mendicidad, nada vergonzosa por cierto. Pero bien podía suceder que doña Francisca no lo creyese, y que se quebrantara el lazo de amistad que desde tan antiguo las unía; y si la señora se enojaba de veras, arrojándola de su lado, *Nina* se moriría de pena, porque no podía vivir sin doña Paca, a quien amaba por sus buenas cualidades y casi casi por sus defectos. En fin, después de pensar todo esto, y cuando la metieron en una gran sala, ahogada y fétida, donde había ya como un medio centenar de ancianos de ambos sexos, concluyó por echarse en los brazos amorosos de la resignación, diciéndose: "Sea lo que Dios quiera. Cuando vuelva a casa diré la verdad; y si la señora está viva para cuando yo llegue y no quiere creerme, que no me crea; y si se enfada, que se enfade; y si me despide, que me despida; y si me muero, que me muera."

XXXII

Aunque *Nina* no lo pensara y dijera, bien se comprenderá que el desasosiego y consternación de doña Paca en aquella triste noche superaron a cuanto pudiera manifestar el narrador. A medida que avanzaba el tiempo sin que la criada volviese al hogar, crecía la angustia del ama, quien, si al principio echó de menos a su compañera por la falta que en el orden material hacía, pronto se inquietó más, pensando en la desgracia que habría podido ocurrirle: cogida de noche, verbigracia, o muerte repentina en la calle. Procuraba el bueno de Frasquito tranquilizarla, pero inútilmente. Y el desteñido viejo tenía que callarse cuando su paisana le decía:

—Pero ¡si nunca ha pasado esto; nunca, querido Ponte! Ni una sola vez ha faltado de casa en tantísimos años.

Surgieron dificultades graves para cenar formalmente, y nada se adelantaba con que las chiquillas de la cordonera se brindasen oficiosas a sustituir a la criada ausente. Verdad que doña Paca perdió en absoluto el apetito, y lo mismo, o poco menos, le pasaba a su huésped. Pero como no había más remedio que tomar algo para sostener las fuerzas, ambos se propinaron un huevo batido en vino y unos pedacitos de pan. De dormir, no se hable. La señora contaba las horas, medias y cuartos de la noche por los relojes de la vecindad, y no hacía más que medir el pasillo de punta a punta, atenta a los ruidos de la escalera. Ponte no quiso ser menos:

la galantería le obligaba a no acostarse mientras su amiga y protectora estuviese en vela, y para conciliar las obligaciones de caballero con su fatiga de convaleciente, descabezó un par de sueñecitos en una silla. Para esto hubo de adoptar postura violenta, haciendo almohada de sus brazos, cruzados sobre el respaldo, y al dormirse se le quedó colgando la cabeza, de lo que le sobrevino un tremendo tortícolis a la mañana siguiente.

Al amanecer de Dios, vencida del cansancio, doña Paca se quedó dormidita en un sillón. Hablaba en sueños, y su cuerpo se sacudía de rato en rato con estremecimientos nerviosos. Despertó sobresaltada, creyendo que había ladrones en la casa, y el día claro, con el vacío de la ausencia de *Nina*, le resultó más triste y solitario que la noche. Según Frasquito, que en esto pensaba cuerdamente, ningún rastro parecía más seguro que informarse de los señores en cuya casa servía *Benina* de asistenta. Ya lo había pensado también su paisana la tarde anterior; pero como ignoraba el número de la casa de don Romualdo en la calle de la Greda, no se determinaron a emprender las averiguaciones. Por la mañana, habiéndose brindado el portero a inquirir el paradero de la extraviada sirvienta, se le mandó con el encargo, y a la hora volvió diciendo que en ninguna portería de tal calle daban razón.

Y a todas éstas, no había en la casa más que algún resto de cocido del día anterior, casi avinagrado ya, y mendrugos de pan duro. Gracias que los vecinos, enterados de conflicto tan grave, ofrecieron a la ilustre viuda algunos víveres: éste, sopas de ajo; aquél, bacalao frito; el otro, un huevo y media botella de peleón. No había más remedio que alimentarse, haciendo de tripas corazón, porque la naturaleza no espera: es forzoso vivir, aunque el alma se oponga, encariñada con su amiga la muerte. Pasaban lentas las horas del día, y tanto Ponte como su paisana no podían apartar su atención de todo ruido de pasos que sonaba en la escalera. Pero tantos desengaños sufrieron, que, al fin, rendidos y sin esperanza, se sentaron uno frente a otro, silenciosos, con reposo y gravedad de esfinges, y mirándose confirieron tácitamente la solución del enigma a la divina voluntad. Ya se sabría el paradero de *Nina* o los motivos de su ausencia cuando Dios se dignara darlos a conocer por los medios y caminos a que nunca alcanza nuestra previsión.

Las doce serían ya cuando sonó un fuerte campanillazo. La dama rondeña y el galán de Algeciras saltaron, cual muñecos de goma, en sus respectivos asientos.

—No, no es ella—dijo doña Paca con gran desaliento—. *Nina* no llama así.

Y como quisiese Frasquito salir a la puerta, le detuvo ella con una observación muy en su punto:

—No salga usted, Ponte, que podría ser uno de esos gansos de la tienda que vienen a darme un mal rato. Que abra la niña. Celedonia, corre a abrir, y entérate bien: si es alguno que nos trae noticias de *Nina*, que pase. Si es alguien de la tienda, le dices que no estoy.

Corrió la chiquilla, y volvió desalada al instante, diciendo:

—Señora, don Romualdo.

Efecto de gran intensidad emocional, que casi era terrorífica. Ponte dió varias vueltas de peonza sobre un pie, y doña Paca se levantó y volvió a caer en el sillón como unas diez veces, diciendo:

—Que pase... Ahora sabremos... ¡Dios mío, don Romualdo en casa!... A la salita, Celedonia, a la salita... Me echaré la falda negra... Y no me he peinado... ¡Con qué facha le recibo!... Que pase, niña... Mi falda negra.

Entre el algecireño y la chiquilla la vistieron de mala manera, y con la prisa le ponían la ropa del revés. La señora se impacientaba, llamándolos torpes y dando pataditas. Por fin se arregló de cualquier modo, pasóse un peine por el pelo, y dando tumbos se fué a la salita donde aguardaba el sacerdote, en pie, mirando las fotografías de personas de la familia, única decoración de la mezquina y pobre estancia.

—Dispénseme usted, señor don Romualdo—dijo la viuda de Zapata, que de la emoción no podía tenerse en pie, y hubo de arrojarse en una silla, después de besar la mano al sacerdote—. Gracias a Dios que puedo manifestar a usted mi gratitud por su inagotable bondad.

—Es mi obligación, señora...—repuso

el clérigo un tanto sorprendido—, y nada tiene usted que agradecerme.

Y dígame ahora, por Dios—agregó la señora, con tanto miedo de oír una mala noticia, que apenas hablar podía—; dígamelo pronto. ¿Qué ha sido de mi pobre *Nina*?

Sonó este nombre en el oído del buen sacerdote como el de una perrita que a la señora se le había perdido.

—¿No parece?...—le dijo por decir algo.

—Pero ¿usted no sabe...? ¡Ay, ay! Es que ha ocurrido una desgracia, y quiere ocultármelo, por caridad.

Prorrumpió en acerbo llanto la infeliz dama, y el clérigo permanecía perplejo y mudo.

—Señora, por piedad, no se aflija usted... Será o no será lo que usted supone.

—¡*Nina, Nina* de mi alma!

—¿Es persona de su familia, de su intimidad? Explíqueme...

—Si el señor don Romualdo no quiere decirme la verdad por no aumentar mi tribulación, yo se lo agradezco infinito... Pero vale más saber... ¿O es que quiere darme la noticia poquito a poco para que me impresione menos?...

—Señora mía—dijo el sacerdote con impaciente franqueza, ávido de aclarar las cosas—. Yo no le traigo a usted noticias buenas ni malas de la persona por quien llora, ni sé qué persona es ésa ni en qué se funda usted para creer que yo...

—Dispénseme, señor don Romualdo. Pensé que la *Benina,* mi criada, mi amiga y compañera más bien, había sufrido algún grave accidente en su casa de usted, o al salir de ella, o en la calle, y...

—¿Qué más?... Sin duda, señora doña Francisca Juárez, hay en esto un error que yo debo desvanecer, diciendo a usted mi nombre: Romualdo Cedrón. He desempeñado durante veinte años el arciprestazgo de Santa María de Ronda, y vengo a manifestar a usted, por encargo expreso de los demás testamentarios, la última voluntad del que fué mi amigo del alma, Rafael García de los Antrines, que Dios tenga en su santa gloria.

Si doña Paca viera que se abría la tierra y salían de ella escuadrones de diablos, y que por arriba el cielo se descuajaba, echando de sí legiones de ángeles, y unos y otros se juntaban formando una inmensa falange gloriosa y bufonesca, no se quedara más atónita y confusa. ¡Testamento, herencia! Lo que decía el clérigo, ¿era verdad o una ridícula y despiadada burla? Y el tal sujeto, ¿era persona real o imagen fingida en la mente enferma de la dama infeliz? La lengua se le pegó al paladar, y miraba a don Romualdo con aterrados ojos.

—No es para que usted se asuste, señora. Al contrario: yo tengo la satisfacción de comunicar a doña Francisca Juárez el término de sus sufrimientos. El Señor, que ha probado sin duda ya con creces su conformidad y resignación, quiere premiar ahora estas virtudes, sacándola a usted de la tristísima situación en que ha vivido tantos años.

A doña Paca le caía un hilo de lágrimas de cada ojo, y no acertaba a proferir palabra. ¡Cuál sería su emoción, suáles su sorpresa y júbilo, que se borró de su mente la imagen de *Benina,* como si la ausencia y pérdida de ésta fuese suceso ocurrido muchos años antes!

—Comprendo—prosiguió el buen sacerdote enderezando su cuerpo y aproximando el sillón para tocar con su mano el brazo de doña Francisca—, comprendo su trastorno... No se pasa bruscamente del infortunio al bienestar sin sentir una fuerte sacudida. Lo contrario sería peor... Y puesto que se trata de cosa importante, que debe ocupar con preferencia su atención, hablemos de ello, señora mía, dejando para después ese otro asunto que la inquieta... No debe usted afanarse tanto por su criada o amiga... ¡Ya parecerá!

Esta frase llevó de nuevo al espíritu de doña Paca la idea de *Nina* y el sentimiento de su misteriosa desaparición. Notando en el *ya parecerá* de don Romualdo una intención benévola y optimista, dió en creer que el buen señor, después que despacharse el asunto principal, le hablaría del caso de la anciana, que, sin duda, no era de suma gravedad. Pronto la mente de la señora con rápido giro de veleta tornó a la idea de la herencia, y a ella se agarró, dejando lo demás en el olvido; y observando el presbítero su ansiedad de informes, se apresuró a satisfacerla.

—Pues ya sabrá usted que el pobre

Rafael pasó a mejor vida el once de febrero...

—No lo sabía, no, señor. Dios le haya dado su descanso..., ¡ay!

—Era un santo. Su único error fué abominar del matrimonio, despreciando los excelentes partidos que sus amigos le proponíamos. Los últimos años vivió en un cortijo llamado las Higueras de Juárez...

—Lo conozco. Esa finca fué de mi abuelo.

—Justamente: de don Alejandro Juárez... Bueno: pues Rafael contrajo en las Higueras la afección del hígado que le llevó al sepulcro a los cincuenta y cinco años de edad. ¡Lástima de mocetón, casi tan alto como yo, señora, con una musculatura no menos vigorosa que la mía, y un pecho como el de un toro, y aquel rostro rebosando vida!...

—¡Ay!...

—En nuestras cacerías del jabalí y del venado, nunca conseguí cansarle. Su amor propio era más fuerte que su complexión fortísima. Desafiaba los chubascos, el hambre y la sed... Pues vea usted aquel roble quebrarse como una caña. A los pocos meses de caer enfermo se le podían contar los huesos al través de la piel..., se fué consumiendo, consumiendo...

—¡Ay!...

—Y ¡con qué resignación llevaba su mal, y qué bien se preparó para la muerte, mirándola como una sentencia de Dios, contra la cual no debe haber protesta, sino más bien una conformidad alegre! ¡Pobre Rafael, qué pedazo de ángel!...

—¡Ay!...

—Yo no vivía en Ronda, porque tenía intereses en mi pueblo que me obligaron a fijar mi residencia en Madrid. Pero cuando supe la gravedad del amigo queridísimo, me planté allá. Un mes le acompañé y asistí... ¡Qué pena!... Murió en mis brazos.

—¡Ay!...

Estos ayes eran suspiros que a doña Paca se le salían del alma como pajaritos que escapan de una jaula abierta por los cuatro costados. Con noble sinceridad, sin dejar de acariciar en su pensamiento la probable herencia, se asociaba al duelo de don Romualdo por el generoso solterón rondeño.

—En fin, señora mía: murió como católico ferviente, después de otorgar testamento...

—¡Ay!...

—En el cual deja el tercio de sus bienes a su sobrina en segundo grado. Clemencia Sopelana, ¿sabe usted?, la esposa de don Rodrigo del Quintanar, hermano del marqués de Guadalerce. Los otros dos tercios los destina: parte, a una fundación piadosa; parte, a mejorar la situación de algunos de sus parientes que, por desgracias de familia, malos negocios u otras adversidades y contratiempos, han venido a menos. Hallándose usted y sus hijos en este caso, claro está que son de los más favorecidos, y...

—¡Ay!... Al fin Dios ha querido que yo no me muera sin ver el término de esta miseria ignominiosa. ¡Bendito sea una y mil veces el que da y quita los males, el Justiciero, el Misericordioso, el Santo de los Santos!...

Con tal efusión rompió en llanto la desdichada doña Francisca, cruzando las manos y poniéndose de hinojos, que el buen sacerdote, temeroso de que tanta sensibilidad acabase en una pataleta, salió a la puerta, dando palmadas para que viniese alguien a quien pedir un vaso de agua.

XXXIII

Acudió el propio Frasquito con el socorro del agua, y don Romualdo, en cuanto la señora bebió y se repuso de su emoción, dijo al desmedrado caballero:

—Si no me equivoco, tengo el honor de hablar con don Francisco Ponte Delgado..., natural de Algeciras... Por muchos años. ¿Es usted primo en tercer grado de Rafael Antrines, de cuyo fallecimiento tendrá noticia?

—¿Falleció?... ¡Ay, no lo sabía!—replicó Ponte muy cortado—. ¡Pobre Rafaelito! Cuando yo estuve en Ronda el año cincuenta y seis, poco antes de la caída de Espartero, él era un niño, tamaño así. Después nos vimos en Madrid dos o tres veces... El solía venir a pasar aquí temporadas de otoño; iba mucho al Real, y era amigo de los Ustáriz; trabajaba por Ríos Rosas en las elecciones, y por los Ríos Acuña... ¡Oh pobre Rafael! ¡Excelente amigo, hombre

sencillo y afectuoso, gran cazador!... Congeniábamos en todo, menos en una cosa: él era muy campesino, muy amante de la vida rústica, y yo detesto el campo y los arbolitos. Siempre fuí hombre de poblaciones, de grandes poblaciones...

—Siéntese usted aquí—le dijo don Romualdo, dando tan fuerte palmetazo en un viejo sillón de muelles, que de él se levantó espesa nube de polvo.

Un momento después habíase enterado el galán fiambre de su participación en la herencia del primo Rafael, quedándose en tal manera turulato, que hubo de beberse, para evitar un soponcio, toda el agua que dejara doña Francisca. No estará de más señalar ahora la perfecta concordancia entre la persona del sacerdote y su apellido Cedrón, pues por la estatura, la robustez y hasta por el color podía ser comparado a un corpulento cedro; que entre árboles y hombres, mirando a los caracteres de unos y otros, también hay concomitancias y parentescos. Talludo es el cedro, y además bello, noble, de madera un tanto quebradiza, pero grata y olorosa. Pues del mismo modo era don Romualdo: grandón, fornido, atezado y al propio tiempo excelente persona, de intachable conducta en lo eclesiástico, cazador, hombre de mundo en el grado que puede serlo un cura, de apacible genio, de palabra persuasiva, tolerante con las flaquezas humanas, caritativo, misericordioso, en suma, con los procedimientos metódicos y el buen arreglo que tan bien se avenían con su desahogada posición. Vestía con pulcritud, sin alardes de elegancia; fumaba sin tasa buenos puros y comía y bebía todo lo que demandaba el sostenimiento de tan fuerte osamenta y de musculatura tan recia. Enormes pies y manos correspondían a su corpulencia. Sus facciones bastas y abultadas no carecían de hermosura, por la proporción y buen dibujo; hermosura de mascarón escultórico, miguelangelesco, para decorar una imposta, ménsula o el centro de una cartela, echando de la boca guirnaldas y festones.

Entrando en pormenores, que los herederos de Rafael anhelaban conocer, Cedrón les dió noticias prolijas del testamento, que tanto doña Paca como Ponte oyeron con la religiosa atención qué fácilmente se supone. Eran testamentarios, además del señor Cedrón, don Sandalio Maturana y el marqués de Guadalerce. En la parte que a las dos personas allí presentes interesaba, disponía Rafael lo siguiente: A Obdulia y a Antoñito, hijos de su primo Antonio Zapata, les dejaba el cortijo de Almoraina, pero sólo en usufructo. Los testamentarios les entregarían el producto de aquella finca, que, dividida en dos mitades, pasaría a los herederos del Antoñito y de la Obdulia, al fallecimiento de éstos. A doña Francisca y a Ponce les asignaba pensión vitalicia, como a otros muchos parientes, con la renta de títulos de la Deuda, que constituían una de las principales riquezas del testador.

Oyendo estas cosas, Frasquito se atusaba sobre la oreja los ahuecados mechones de su melena, sin darse un segundo de reposo. Doña Francisca, en verdad, no sabía lo que le pasaba: creía soñar. En un acceso de febril júbilo, salió al pasillo gritando:

—¡*Nina*, *Nina*, ven y entérate!... ¡Ya somos ricas!..., ¡digo, ya no somos pobres!...

Pronto acudió a su mente el recuerdo de la desaparición de su criada, y volviendo al lado de Cedrón, le dijo entre sollozos:

—Perdóneme, ya no me acordaba de que he perdido a la compañera de mi vida.

—Ya parecerá—repitió el clérigo, y también Frasquito, como un eco:

—Ya parecerá.

—Si se hubiera muerto—indicó doña Francisca—, creo que la intensidad de mi alegría la haría resucitar.

—Ya hablaremos de esa señora—dijo Cedrón—. Antes acabe de enterarse de lo que tanto le interesa. Los testamentarios, atentos a que usted, lo mismo que el señor, se hallan en situación muy precaria, por causas que no quiero examinar ahora, ni hay para qué, han decidido..., para eso y para mucho más los autoriza el testador, dándoles facultades omnímodas...; han decidido, mientras se pone en régla todo lo concerniente al testamento, liquidación para el pago de derechos reales, etcétera, etcétera...: han decidido, digo...

Doña Paca y Frasquito, de tanto con-

tener el aliento, hallábanse ya próximos a la asfixia.

—Han decidido, mejor dicho, decidieron o decidimos..., de esto hace dos meses..., señalar a ustedes la cantidad mensual de cincuenta duros como asignación provisional, o si se quiere, anticipo, hasta que determinemos la cifra exacta de la pensión. ¿Está comprendido?

—Sí, señor; sí, señor..., comprendido, perfectamente comprendido—clamaron los dos al unísono.

—Antes hubieran uno y otro recibido este jicarazo—dijo el clérigo—; pero me ha costado un trabajo enorme averiguar dónde residían. Creo que he preguntado a medio Madrid..., y por fin... No ha sido poca suerte encontrar juntas en esta casa a las dos *piezas*, perdonen el término de caza, que vengo persiguiendo como un azacán desde hace tantos días.

Doña Paca le besó la mano derecha, y Frasquito Ponte la izquierda. Ambos lagrimeaban.

—Dos meses de pensión han devengado ustedes ya, y ahora nos pondremos de acuerdo para las formalidades que han de llenarse, a fin de que uno y otro perciban desde luego...

Llegó a creer Ponte que hacía una rápida ascensión en globo, y se agarró con fuerza a los brazos del sillón, como el aeronauta a los bordes de la barquilla.

—Estamos a sus órdenes—manifestó doña Francisca en alta voz; y para sí: "Esto no puede ser; esto es un sueño."

La idea de que no pudiera *Nina* enterarse de tanta felicidad enturbió la que en aquel momento inundaba su alma. A este pensamiento hubo de responder, por misteriosa concatenación, el de Ponte Delgado, que dijo:

—¡Lástima que *Nina*, ese ángel, no esté presente!... Pero no debemos suponer que le haya pasado ningún accidente grave. ¿Verdad, señor don Romualdo? Ello habrá sido...

—Me dice el corazón que está buena y sana, que volverá hoy...—declaró doña Paca con ardiente optimismo, viendo todas las cosas envueltas en rosado celaje—. Por cierto que... Perdone usted, señor mío: hay tal confusión en mi pobre cabeza... Decía que... Al anunciarse el señor don Romualdo en mi casa, yo creí, fijándome sólo en el nombre, que era usted el dignísimo sacerdote en cuya casa es asistenta mi *Benina*. ¿Me equivoco?

—Creo que sí.

—Es propio de las grandes almas caritativas esconderse, negar su propia personalidad, para de este modo huir del agradecimiento y de la publicidad de sus virtudes... Vamos a cuentas, señor don Romualdo, y hágame el favor de no hacer misterio de sus grandes virtudes. ¿Es cierto que por la fama de éstas le proponen para obispo?

—¡A mí!... No ha llegado a mi noticia.

—¿Es usted de Guadalajara o su provincia?

—Sí, señora.

—¿Tiene usted una sobrina llamada doña Patros?

—No, señora.

—¿Dice usted la misa en San Sebastián?

—No, señora; la digo en San Andrés.

—¿Y tampoco es cierto que hace días le regalaron a usted un conejo de campo?...

—Podría ser..., ja, ja..., pero no recuerdo.

—Sea como fuere, señor don Romualdo, usted me asegura que no conoce a mi *Benina*.

—Creo..., vamos, no puedo asegurar que me es desconocida, señora mía. Antójaseme que la he visto.

—¡Oh! Bien decía yo que..., señor de Cedrón, ¡qué alegría me da!

—Tenga usted calma. Veamos: ¿esa *Benina* es una mujer vestida de negro, así como de sesenta años, con una verruga en la frente?...

—La misma, la misma, señor don Romualdo: muy modosita, algo vivaracha, a pesar de su edad.

—Más señas: pide limosna, y anda por ahí con un ciego africano llamado Almudena.

—¡Jesús!—exclamó con estupefacción y susto doña Paca—. Eso no, ¡válgame Dios!, eso no... Veo que no la conoce usted.

Y con una mirada puso por testigo a Frasquito de la veracidad de su denegación. Miró también Ponte al clérigo, después a la señora, atormentado por ciertas dudas que inquietaron su conciencia.

—*Benina* es un ángel—se permitió de-

cir tímidamente—. Pida o no pida limosna, y esto yo no lo sé, es un ángel, palabra de honor.

—¡Quite usted allá!... ¡Pedir mi *Benina*... y andar por esas calles con un ciego!...

—Moro, por más señas—indicó don Romualdo.

—Yo debo manifestar—dijo Ponte con honrada sinceridad—que no hace muchos días, pasando yo por la plaza del Progreso, la vi sentada al pie de la estatua, en compañía de un mendigo ciego, que por el tipo me pareció... oriundo del Rif.

El aturdimiento, el vértigo mental de doña Paca fueron tan grandes, que su alegría se trocó súbitamente en tristeza, y dió en creer que cuanto decían allí era ilusión de sus oídos; ficticios los seres con quienes hablaba, y mentira todo, empezando por la herencia. Temía un despertar lúgubre. Cerrando los ojos, se dijo: "¡Dios mío, sácame de tan terrible duda; arráncame esta idea!... ¿Es esto mentira, es esto verdad? ¡Yo heredera de Rafaelito Antrines; yo con medios de vivir!... ¡*Nina* pidiendo limosna, *Nina* con un rifeño!..."

—Bueno—exclamó al fin con súbito arranque—. Pues viva *Nina*, y viva con su moro, y con toda la morería de Argel, y véala yo, y vuelva a casa aunque se traiga al africano metido en la cesta.

Echóse a reír don Romualdo, y explicando el cuándo y cómo de conocer a *Benina*, dijo que por un amigo suyo, coadjutor de San Andrés, clérigo de mucha ilustración y humanista muy aprovechado, que picaba en las lenguas orientales, había conocido al árabe Almudena. Con él vió a una mujer que le acompañaba, de la cual le dijeron que a una señora viuda servía, andaluza por más señas, habitante en la calle Imperial.

—No pude menos de relacionar estas referencias con la señora doña Francisca Juárez, a quien yo no había tenido el gusto de ver todavía, y hoy, al oír a usted lamentarse de la desaparición de su criada, pensé y dije para mí: "Si la mujer que se ha perdido es la que yo creo, busquemos el caldero y encontraremos la soga; ¡busquemos al moro y encontraremos a la odalisca!, digo, a esa que llaman ustedes..."

—Benigna de Casia..., de Casia, sí, señor, de donde viene la broma de que es parienta de Santa Rita.

Añadió el señor Cedrón que, no por sus merecimientos, sino por la confianza con que le distinguían los fundadores del asilo de ancianos y ancianas de *la Misericordia*, era patrono y mayordomo mayor del mismo; y como a él se dirigían las solicitudes de ingreso, no daba un paso por la calle sin que le acometieran mendigos importunos, y se veía continuamente asediado de recomendaciones y tarjetazos pidiendo la admisión.

—Podríamos creer — añadió — que es nuestro país inmensa gusanera de pobres, y que debemos hacer de la nación un asilo sin fin, donde quepamos todos, desde el primero al último. Al paso que vamos, pronto seremos el más grande hospicio de Europa. He recordado esto, porque mi amigo Mayoral, el cleriguito aficionado a letras orientales, me habló de recoger en nuestro asilo a la compañera de Almudena.

—Yo le suplico a usted, mi señor don Romualdo—dijo doña Francisca enteramente trastornada ya—, que no crea nada de eso; que no haga ningún caso de las *Beninas* figuradas que puedan salir por ahí, y se atenga a la propia y legítima *Nina*; a la que va de asistenta a su casa de usted todas las mañanas, recibiendo allí tantos beneficios, como los he recibido yo por conducto de ella. Esta es la verdadera; ésta la que hemos de buscar y encontraremos con la ayuda del señor de Cedrón, y de su digna hermana doña Josefa, y de su sobrina doña Patros... Usted me negará que la conoce, por hacer un misterio de su virtud y santidad; pero esto no le vale, no, señor. A mí me consta que es usted santo, y que no quiere que le descubran sus secretos de caridad sublime; y como me consta, lo digo. Busquemos, pues, a *Nina*, y cuando a mi compañía vuelva, gritaremos las dos: "¡Santo, santo, santo!"

Sacó en limpio de esta perorata el señor de Cedrón que doña Francisca Juárez no tenía la cabeza buena; y creyendo que las explicaciones y el contender sobre lo mismo no atenuarían su trastorno, puso punto final en aquel asunto, y se despidió, quedando en volver al día siguiente para el examen de papeles y la entrega, mediante recibo en regla, de

las cantidades devengadas ya por los herederos.

Duró largo rato la despedida, porque tanto doña Paca como Frasquito repitieron en el tránsito desde la salita a la escalera sus expresiones de gratitud como unas cuarenta veces, con igual número de besos, más bien más que menos, en la mano del sacerdote. Y cuando desapareció por las escaleras abajo el gran Cedrón, y se vieron solos de puerta adentro la dama rondeña y el galán de Algeciras, dijo ella:

—Frasquito de mi alma, ¿es verdad todo esto?

—Eso mismo iba yo a preguntar a usted... ¿Estamos soñando? ¿Usted qué cree?

—¿Yo?..., no sé..., no puedo pensar... Me falta la inteligencia, me falta la memoria, me falta el juicio, me falta *Nina*.

—A mí también me falta algo... No sé discurrir.

—¿Nos habremos vuelto tontos o locos?...

—Lo que yo digo: ¿por qué nos niega don Romualdo que su sobrina se llama Patros, que le proponen para obispo y que le regalaron un conejo?

—Lo del conejo no lo negó..., dispense usted. Dijo que no se acordaba.

—Es verdad... ¿Y si ahora el don Romualdo que acabamos de ver nos resultase un ser figurado, una creación de la hechicería o de las artes infernales..., vamos, que se nos evaporara y convirtiera en humo, resultando todo una ilusión, una sombra, un desvarío?...

—¡Señora, por la Virgen Santísima!

—¿Y si no volviese más?

—¡Si no volviese!... ¡Que no vuelve, que no nos entregará la..., los...!

Al decir esto, la cara fláccida y desmayada del buen Frasquito expresaba un terror trágico. Se pasó la mano por los ojos, y lanzando un graznido cayó en el sillón con un accidente cerebral, semejante al de la noche lúgubre, entre las calles de Irlandeses y Mediodía Grande.

XXXIV

Gracias a los cuidados de doña Paca, asistida de las chicas de la cordonera, pronto se repuso Ponte de aquella nueva manifestación de su mal, y al anochecer, conversando con la dama rondeña, convinieron ambos en que don Romualdo Cedrón era un ser efectivo y la herencia una verdad incuestionable. No obstante, entre la vida y la muerte estuvieron hasta el siguiente día, en que se les apareció por segunda vez la imagen del benéfico sacerdote, acompañado de un notario, que resultó antiguo conocimiento de doña Francisca Juárez de Zapata. Arreglado el asunto, previo examen de papeles, en lo que no hubo dificultad, recibieron los herederos de Rafaelito Antrines, a cuenta de su pensión, cantidad de billetes de Banco que a entrambos pareció fabulosa, por causa, sin duda, de la absoluta limpieza de sus respectivas arcas. La posesión del dinero, acontecimiento inaudito en aquellos tristes años de su vida, produjo en doña Paca un efecto psicológico muy extraño: se le anubló la inteligencia; perdió hasta la noción del tiempo; no encontraba palabra con que expresar las ideas, y éstas zumbaban en su cabeza como las moscas cuando se estrellan contra un cristal, queriendo atravesarlo para pasar de la oscuridad a la luz. Quiso hablar de su *Nina*, y dijo mil disparates. Como se oye un rumor de lejanas disputas, de las cuales sólo se perciben sílabas y voces sueltas, oía que Frasquito y los otros dos señores hablaban del asunto: creyó entender que la fugitiva parecería, que ya se había encontrado el rastro, pero nada más... Los tres hombres estaban en pie, el notario junto a Cedrón. Chiquitín y con perfil de cotorra, parecía un perico que se dispone a encaramarse por el tronco de un árbol.

Despidiéronse al fin los amables señores con ofrecimientos y cortesanías afectuosas, y solos la rondeña y el de Algeciras, se entretuvieron, durante mediano rato, en dar vueltas de una parte a otra de la casa, entrando sin objeto ni fin alguno ya en la cocina, ya en el comedor, para salir al instante, cambiando alguna frase nerviosa cuando uno con otro se tropezaban. Doña Paca, la verdad sea dicha, sentía que se le aguaba la felicidad por no poder hacer partícipe de ella a su compañera y sostén en tantos años de penuria. ¡Ah! Si *Nina* entrara en aquel momento, ¡qué gusto tendría su ama en darle la

gran sorpresa, mostrándose primero muy afligida por la falta de cuartos y enseñándole después el puñado de billetes! ¡Qué cara pondría! ¡Cómo se le alargarían los dientes! ¡Y qué cosas haría con aquel montón de metálico! Vamos, que Dios, digan lo que dijeren, no hace nunca las cosas completas. Así en lo malo como en lo bueno, siempre se deja un rabillo, para que lo desuelle el Destino. En las mayores calamidades permite siempre un respiro; en las dichas que su misericordia concede, *se le olvida* siempre algún detalle, cuya falta *lo echa todo a perder.*

En uno de aquellos encuentros, de la sala a la cocina y de la cocina a la alcoba, propuso Ponte a su paisana celebrar el suceso yéndose los dos a comer de fonda. El la convidaría gustoso, correspondiendo con tan corto obsequio a su generosa hospitalidad. Respondió doña Francisca que ella no se presentaría en sitios públicos mientras no pudiera hacerlo con la decencia de la ropa que le correspondía; y como su amigo le dijera que comiendo fuera de casa se ahorraba la molestia de cocinar en la propia sin más ayuda que las chiquillas de la cordonera, manifestó la dama que, mientras no volviese *Nina,* no encendería lumbre, y que todo cuanto necesitase lo mandaría traer de casa de Botín. Por cierto que se le iba despertando el apetito de manjares buenos y bien condimentados... ¡Ya era tiempo, Señor! Tantos años de forzados ayunos, bien merecían que se cantara el *alleluya!* de la resurrección.

—Ea, Celedonia, ponte tu falda nueva, que vas a casa de Botín. Te apuntaré en un papelito lo que quiero, para que no te equivoques.

Dicho y hecho. ¿Y qué menos había de pedir la señora, para hacer boca en aquel día fausto, que dos gallinas asadas, cuatro pescadillas fritas y un buen trozo de solomillo, con la ayuda de jamón en dulce, huevo hilado y acompañamiento de una docena de bartolillos?... ¡Hala!

No logró la dama, con este anuncio de un reparador banquete, sujetar la imaginación y la voluntad de Frasquito, que desde que tomó el dinero se sentía devorado por un ansia loca de salir a la calle, de correr, de volar, pues alas creyó que le nacían.

—Yo, señora, tengo que hacer esta tarde... Me es imprescindible salir... Además, necesito que me dé un poco el aire... Siento así como un poco de mareo... Me conviene el ejercicio, crea usted que me conviene... También me urge mucho avistarme con mi sastre, aunque no sea más que para ponerme al tanto de las modas que ahora corren y ver de preparar alguna prenda... Soy muy dificultoso, y tardo mucho en decidirme por esta o la otra tela.

—Sí, sí, vaya a sus diligencias; pero no se corra mucho y vea en este suceso feliz, como lo veo yo, una lección que nos da la Providencia. Por mi parte, me declaro convencida de lo buenos que son el orden y el arreglo, y hago propósito firme de apuntar todo, todito lo que gasto.

—Y el ingreso también... Lo mismo haré yo, es decir, lo he hecho; pero no me ha valido, crea usted, amiga de mi alma, que no me ha valido.

—Teniendo renta segura, el toque está en acomodar las entradas a las salidas, y no extralimitarse... Por Dios, querido Ponte, no hagamos otra vez la barbaridad de reírnos del balance y de la... Ahora reconozco que Trujillo tiene razón.

—Más balances he hecho yo, señora, que pelos tengo en la cabeza, y también le digo a usted que no me han valido más que para calentarme la *ídem.*

—Ya que Dios nos ha favorecido, seamos ordenados; yo me atrevería a rogar a usted que, si no le sirve de molestia y *va de compras,* me traiga un libro de contabilidad, agenda o como se llame.

¡Pues no faltaba más! No un libro, sino media docena le traería Frasquito con mil amores; y prometiéndolo así, se lanzó a la calle, ávido de aire, de luz, de ver gente, de recrearse en cosas y personas. Del tirón, andando maquinalmente, se fué hasta el paseo de Atocha, sin darse cuenta de ello. Luego volvió hacia arriba, porque más le gustaba verse entre casas que entre árboles. Francamente, los árboles le eran antipáticos, sin duda porque, pasando junto a ellos en horas de desesperación, creía que le ofrecían sus ramas para que se ahorcara. Internándose en las calles sin dirección fija, contemplaba los escaparates de sastre, con exhibición de hermosas telas; los de corbatas y de camisería

elegante. No dejaba de echar también un vistazo a los restaurantes, y en general a todas las tiendas, que en su larga vida de penuria bochornosa había mirado con desconsuelo.

Pasó en esta vagancia dichosa algunas horas, sin cansancio. Sentíase fuerte, saludable y hasta robusto. Miraba cariñoso, o con cierto airecillo de protección, a cuantas mujeres hermosas o aceptables a su lado pasaban. Un escaparate de perfumería de buen tono le sugirió una idea feliz: había echado sus canas al aire de una manera indecorosa, sin aliñarlas y componerlas con el negro disimulo del tinte, y aquella hermosa tienda le ofrecía ocasión de remediar tan grave falta, inaugurando allí la campaña de restauración de su existencia, que debía comenzar por la restauración de su averiado rostro. Allí cambió, pues, el primer billete de la *resma* que le diera don Romualdo Cedrón; después de hacerse presentar diferentes artículos, hizo provisión abundante de los que creía más necesarios, y pagando sin regateo ordenó que le llevasen a la casa de doña Francisca el voluminoso paquete de sus compras de droguería olorosa y colorante.

Al salir de allí pensaba en la conveniencia de procurarse pronto una casa de huéspedes decente y no muy cara, apropiada a la pensión que disfrutaba, pues de ningún modo se excedería en sus gastos. A los dormitorios de Bernarda no volvería más, como no fuera a pagarle las siete noches debidas y a decirle cuatro verdades. Y divagando y haciendo risueños cálculos, llegó la hora en que el estómago empezó a indicarle que no se vive sólo de ilusiones. Problema: ¿dónde comería? La idea de meterse en un restaurante de los buenos fué prontamente desechada. Imposible presentarse hecho un tipo. ¿Iría, siguiendo la rutina de sus tiempos miserables, al figón de Boto? ¡Oh, no!... Siempre le habían visto allí teñido. Extrañarían verle en repentina vejez, lleno de canas... Por fin, acordándose de que debía al honrado Boto un piquillo de anteriores comistrajos, creyó que debía ir allí, y corresponder con un pago puntual a la confianza del dueño del establecimiento, dándole la excusa de su grave enfermedad, que bien claramente en su despintado rostro se pintaba. Encaminó sus pasos a la calle del Avemaría, y entró un poquillo avergonzado en la taberna, haciendo como que se sonaba, al atravesar la pieza exterior, para taparse la cara con el pañuelo. Estrecho y ahogado es aquel recinto para la mucha parroquia que a él concurre, atraída por la baratura y buen condimento de los guisotes que allí se despachan. A la taberna, propiamente dicha, no muy grande, sigue un pasillito angosto, donde también hay mesa, con su banco pegado a la pared, y luego una estancia reducida y baja de techo, a la cual se sube por dos escalones, con dos mesas largas a un lado y otro, sin más espacio entre ambas que el preciso para que entre y salga el chiquillo que sirve. En esta parte del establecimiento se ponía siempre Ponte, creyéndose allí más apartado de la curiosidad y el fisgoneo de los consumidores, y ocupaba el hueco de mesa que veía libre, si en efecto lo había, pues se daban casos de estar todo completo, y los parroquianos como sardinas en banasta.

Aquella tarde, noche ya, se coló Frasquito en el departamento interior con buena suerte, pues no había dentro más que tres personas, y una de las mesas estaba vacía. Sentóse en el rincón, junto a la puerta, sitio muy recogido, en el cual no era fácil que le vieran desde *el público*, es decir, desde la taberna, y... Otro problema: ¿qué pediría? Ordinariamente, el aflictivo estado de su peculio le obligaba a limitarse a un real de guisado, que con pan y vino representaba un gasto total de cuarenta céntimos, o a igual ración de bacalao en salsa. Uno u otro condumio, con el pan alto, que aprovechaba hasta la última miga, comiéndoselo con el caldo y la raconcita de vino, le ofrecían una alimentación suficiente y sabrosa. En ciertos días solía cambiar el guiso por el estofado, y en ocasiones muy contadas, por la pepitoria. Callos, caracoles, albóndigas y otras porquerías jamás las probó.

Bueno: pues aquella noche pidió al chico relación completa de lo que había, y mostrándose indeciso, como persona desganada que no encuentra manjar bastante incitante para despertar su apetito, se resolvió por la pepitoria.

—¿Le duelen a usted las muelas, señor De Ponte?—preguntóle el chico, vien-

do que no se quitaba el pañuelo de la cara.

—Sí, hijo..., un dolor horrible. No me traigas pan alto, sino francés.

Frente a Frasquito se sentaban dos que comían guisado, en un solo plato grande, ración de dos reales, y más allá, en el ángulo opuesto, un individuo que despachaba pausada y metódicamente una ración de caracoles. Era verdaderamente el tal una máquina para comerlos porque para cada pieza empleaba de un modo invariable los mismos movimientos de la boca, de las manos y hasta de los ojos. Cogía el molusco, lo sacaba con un palito, se lo metía en la boca, chupaba después el agüilla contenida en la cáscara, y al hacer esto dirigía una mirada rencorosa a Frasquito Ponte; luego dejaba la cáscara vacía y cogía otra llena, para repetir la misma función, siempre a compás, con igualdad de gesto y mohines al sacar el bicho, y al comerlo, con igualdad de miradas; una de simpatía hacia el caracol en el momento de cogerlo, otra de rencor hacia Frasquito en el momento de chupar.

Pasó tiempo, y el hombre aquel, de rostro gimioso y figura mezquina, continuaba acumulando cáscaras vacías en un montoncillo, que crecía conforme mermaba el de las llenas; y Ponte, que le tenía delante, principiaba a inquietarse de las miradas furibundas que, como figurilla mecánica de caja de música, le echaba a cada vuelta de manubrio el comedor de caracoles.

XXXV

Sentía Ponte Delgado vivas ganas de pedir explicaciones al tipo aquel por su mirar impertinente. La causa de éste no podía ser otra que la novedad que Frasquito ofrecía al público con el despintado de su rostro, y el buen caballero se decía:

"Pero ¿qué le importa a nadie que yo me arregle o deje de *arreglarme*? Yo hago de mi fisonomía lo que me da la gana, y no estoy obligado a dar gusto a los señores, presentándoles siempre la misma cara. Con la vieja, lo mismo que con la joven, sé yo hacerme respetar y dejar bien puesto mi decoro."

Ya se proponía contraponer al mirar cargantísimo de aquel punto una ojeada de desprecio, cuando el de los caracoles, vaciado, comido y chupado el último, y puesta la cáscara en su sitio, pagó el gasto; se colocó en los hombros la capa, que se le había caído; encasquetóse la gorrilla, y levantándose, se fué derecho al desteñido caballero, y con muy buen modo le dijo:

—Señor De Ponte, perdóneme que le haga una pregunta.

Por el tono cordial del individuo, comprendió Frasquito que era un infeliz, de estos que expresan con el modo de mirar todo lo contrario de lo que son.

—Usted dirá...

—Perdóneme, señor De Ponte... Quería saber, siempre que usted no lo lleve a mal, si es verdad que Antonio Zapata y su hermana han tenido una herencia de *tantismos* millones.

—Hombre, tanto como de millones, no creo... Diré a usted: mi parte en la herencia, como la que también disfruta doña Francisca Juárez, no pasa de una pensión, cuya cuantía no sabemos aún a punto fijo. Pero podré darle a usted dentro de poco noticias exactas. ¿Por casualidad es usted periodista?

—No, señor; soy pintor heráldico.

—¡Ah! Yo creí que era usted de estos que averiguan cosas para ponerlas en los periódicos.

—Lo que yo pongo es anuncios. Porque como el arte heráldico está tan por los suelos, me dedico al corretaje de reclamos y avisos... Antonio y yo trabajamos en competencia, y nos hacemos una guerra espantosa. Por eso, al saber que Zapata es rico, quiero que usted influya con él para que me traspase sus negocios. Soy viudo y tengo seis hijos.

Al decir esto, poniendo en su tono tanta sinceridad como hombría de bien, clavaba en el rostro de su interlocutor una mirada semejante a la del asesino en el momento de dar el golpe a su víctima. Antes que Ponte le contestara, prosiguió diciendo:

—Yo sé que usted es amigo de la familia, y que habla con doña Obdulia... Y a propósito: doña Obdulia, o su señora madre, ahora que son ricas, querrán *sacar título*. Yo que ellas lo sacaría, siendo, como son, de la grandeza de España. Pues que no se olvide usted de mí, señor de Ponte... Aquí tiene mi tarjeta. Yo les compongo el escudo y el árbol genealógico, y la ejecutoria en le-

tra antigua, con iniciales en purpurina, a menor precio que se lo haría el pintor más pintado. Puede usted juzgar de mi trabajo por los modelos que tengo en casa.

—Yo no puedo asegurarle a usted—dijo Frasquito dándose mucha importancia, con un palillo entre los dientes—que saquen título ni que no saquen título. Nobleza les sobra para ello por los cuatro costados, pues así los Juárez, como los Zapatas, y los Delgados y Pontes, son de lo más alcurniado de Andalucía.

—Los Pontes tienen una puente sinople sobre gules, y cuarteles de azur y oro...

—Verdad... Por mi parte no pienso sacar título, ni mi herencia es para tanto... Esas señoras, no sé... Obdulia merece ser duquesa, y lo es por la figura y el tono, aunque no se decida a ponerse la corona. De emperatriz le corresponde, como hay Dios. En fin, yo no me meto... Y dejando a un lado la heráldica, vamos a otra cosa.

En esto, el de los caracoles se había sentado junto a Frasquito, y con su mirar siniestro era el terror de los parroquianos que los rodeaban.

—Puesto que usted se dedica al corretaje de anuncios, ¿podría indicarme una buena casa de huéspedes?...

—Precisamente hoy *he hecho* dos... Aquí las tengo en mi cartera para *Imparcial* y *Liberal*. Entérese usted... Son de lo bueno: "Habitaciones hermosas, comida a la francesa, cinco platos..., treinta reales."

—Me convendría más barata..., de catorce o dieciséis reales.

—También las *hago*... Mañana podré darle una lista de seis lo menos, todas de confianza.

Les cortó el diálogo la aparición repentina de Antonio Zapata, que entró sofocado, metiendo ruido, bromeando a gritos con el dueño del establecimiento y con varios parroquianos. Subió al cuarto interior, y tirando sobre la mesa la voluminosa cartera que llevaba, y echándose atrás el sombrero, se sentó junto a Frasquito y el de los caracoles.

—¡Vaya una tarde, caballero, vaya una tarde!—exclamó fatigado; y al chiquillo que servía le dijo—. No tomo nada. He comido ya... Mi señora madre nos ha metido en el cuerpo una gallina a mi mujer y a mí..., y encima tira de champaña..., y tira de bartolillos.

—Chico, ¡quién te tose ahora!...—le dijo el de los caracoles, la palabra dulce, el mirar terrorífico—. Y es preciso que me des pronto una razón. ¿Me cedes o no me cedes tu negocio?

—¡Buena se puso mi mujer cuando le propuse no trabajar más! Creí que me mordía y que me sacaba los ojos. Nada: que seguiremos lo mismo, ella en su máquina, yo en mis anuncios, porque eso de la herencia no sabemos qué pateta será... Amigo Ponte, ¿conoce usted esa finca de la Almoraima? ¿Cuánto nos dará de renta?

—No puedo precisarlo—replicó Frasquito—. Sé que es una magnífica posesión, con monte, potrero, tierras de sembradura, *ainda mais*, el mejor puesto de Andalucía para codornices, cuando van a pasar el Estrecho.

—Allá nos iremos una temporada... Pero mi mujer, ni *pa Dios* quiere que deje yo este oficio de pateta. Aguántate, por ahora, Polidura, que con mi Juliana no se juega; le tengo más miedo que a una leona con hambre... Y cuéntame, ¿qué has hecho hoy?... ¡Ah! Ya no me acordaba: mi madre quiere comprar una araña...

—¡Una araña!

—Sí, hombre, o lámpara colgante para el comedor. Me ha dicho si sabemos de alguna buena y vistosa, de lance...

—Sí, sí—replicó Polidura—. En la almoneda de la calle de Campomanes la tenemos.

—Otra... También quiere saber si se proporcionarán alfombras de moqueta y terciopelo en buen uso.

—Eso, en la almoneda de la plaza de Celenque. Aquí lo tengo: "Todo el mobiliario de una casa. Horas, de una a tres. No se admiten prenderos."

—Mi hermana, que, entre paréntesis, se zampó esta tarde media gallina, lo que quiere es un landó de cinco luces...

—¡Atiza!

—Yo he aconsejado a Obdulia—indicó Frasquito con gravedad—que no tenga cocheras, que se entienda con un alquilador.

—Claro... Pero no dará *pa* tanto el cortijo de pateta. ¡Landó de cinco luces! Y que tiren de él las burras de leche del *señó* Jacinto.

Soltó la risa Polidura; mas notando

que al algecireño le sabían mal aquellas bromas, quiso variar de conversación al instante. El desvergonzado Antonio Zapata se permitió decir a Ponte:

—Con franqueza, don Frasco: creo que está usted mejor así.

—¿Cómo?

—Sin betún. Bonita figura de caballero anciano y respetable. Convénzase de que con el tinte no consigue usted parecer joven; lo que parece es... un féretro.

—Querido Antonio—replicó Ponte haciendo repulgos con boca y nariz para disimular su ira y figurar que seguía la broma—, nos gusta a los viejos espantar a los muchachos para que..., para que nos dejen en paz. Los chicos del día, por querer saberlo todo, no saben nada...

El pobre señor, azorado, no sabía qué decir. Sus tonterías envalentonaron a Zapata, que prosiguió mortificándole:

—Y ahora que estamos en fondos, amigo Ponte, lo primero que tiene usted que hacer es jubilar el *sarcófago*.

—¿Qué?

—El sombrero de copa que tiene usted para los días de fiesta, y que es de la moda que se gastaba cuando ahorcaron a Riego.

—¿Qué entiende usted de modas? Estas se renuevan, y las formas de ayer vuelven a *llevarse* mañana.

—Así será en la ropa; pero en las personas, el que pasó, pasado se queda. No le quedan a usted más que los *pinreles*. Los juanetes que debía tener en ellos, se le han subido a la cabeza... Sí, sí..., yo digo que usted piensa con los callos.

Ya le faltaba poco a Frasquito para estallar en ira, y de fijo le hubiera tirado a la cabeza el plato, el vaso de vino y hasta la mesa si Polidura no tratara de atenuar la maleante burla con estas palabras conciliadoras:

—Cállate, tonto, que el señor de Ponte no ha entrado en *Villavieja*, y lleva sus añitos mejor que nosotros.

—No es viejo, no... Es de *cuando Fernando Séptimo gastaba paletó*... Pero, en fin, si se ofende, me callo... Señor De Ponte, sabe que se le quiere, y que si gasto estas bromas es por pasar el rato. No haga usted caso, *maestro*, y hablemos de otra cosa.

—Sus chanzas son un poco impertinentes—dijo Frasquito con dignidad—, y, si se quiere, irrespetuosas... Pero es usted un chiquillo, y...

—*¡Pata!*... Ea, se acabó. Voy a preguntarle una cosa, respetable señor De Ponte: ¿en qué empleará usted los primeros cuartos de la pensión?

—En una obra de justicia y de caridad. Le compraré unas botas a *Benina* cuando parezca, si parece, y un traje nuevo.

—Pues yo le compraré un vestido de odalisca. Es lo que le cuadra, desde que se ha dedicado a la vida mora.

—¿Qué dice usted? ¿Se sabe dónde está ese ángel?

—Ese ángel está en El Pardo, que es el paraíso adonde son llevados los angelitos que piden limosna sin licencia.

—Bromas de usted.

—¡Humoradas de la vida, señor De Ponte! Yo sabía que la *Nina* se arrimaba a la puerta de San Sebastián, por pescar algún ochavo... La necesidad es terrible consejera. ¡Cuando la pobre *Nina* lo hacía!... Pero yo no supe hasta hoy que anda emparejada con un moro ciego, y que de ahí le viene su perdición.

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Lo he visto. A mamá no he querido decirle nada, porque no se disguste; pero... ya estoy al tanto. En una redada que echaron los policías, cogieron a *Nina* y al otro, y los zamparon en San Bernardino. De allí me los empaquetaron para El Pardo, de donde me mandó *Nina* un papelito, diciéndome que *haga un empeño* para que la suelten... Veréis lo que hice esta mañana: alquilé una bicicleta y me fuí a El Pardo... Antes que se me olvide: si sabe mi mujer que he paseado en bicicleta, tendremos bronca en casa. Tú, Polidura, ten cuidado de no venderme; ya sabes cómo las gasta Juliana... Pues sigo: me planté allá, y la vi: la pobre está descalza y con los trapitos en jirones. Da pena verla. El moro es tan celoso, ¡Dios!, que cuando me oyó hablar con ella se puso frenético y me quiso pegar... "*Galán bunito*—decía—, mí matar *galán bunito*." Por no escandalizar, no le di un par de morradas...

—Yo no creo que *Benina*, a sus años... —indicó Frasquito tímidamente.

—¿Qué ha de hacer usted más que

encontrar muy naturales los pinitos de los ancianos?

—En fin—dijo Polidura, arrojando todo el furor de su mirada sobre Antonio—, haz por sacarla. Habrá que buscar un empeño en el Gobierno Civil.

—Sí, sí... Gestionemos inmediatamente—propuso Ponte—. ¿Será todavía gobernador *Pepe Alcañices*?

—¡Hombre, por Dios! ¿Quién dice? ¿El duque de Sexto? Usted se empeña en no pasar del año de *la Nanita*.

—Si eso es del tiempo de la guerra de Africa, señor De Ponte, o poco después —afirmó el de los caracoles—. Yo me acuerdo..., cuando la unión liberal... Era ministro de la Gobernación don José Posada Herrera. Yo estaba en *La Iberia* con Calvo Asensio, Carlos Rubio y don Práxedes... Pues apenas ha llovido desde entonces...

—Sea lo que quiera, señores—añadió Frasquito poniéndose en la realidad—, hay que sacar a *Nina*.

—Hay que sacarla.

—Con su morito a rastras. Mañana mismo iré a ver a un amigo que tengo en la Delegación... Pero no se olviden: tú, Polidura, ten cuidado y no *metas la pata*... Si sabe Juliana que alquilé la bicicleta, ya tengo *máquina* para un semestre.

—¿Va usted a volver a El Pardo?...

—Puede. Y usted, ¿maneja el pelad?

—No he probado. En todo caso, yo iría a caballo.

—Anda, anda, y qué calladito se lo tenía. ¿Monta usted a la inglesa o a la española?

—Yo no sé... Sólo sé que monto bien. ¿Quiere usted verlo?

—Hombre, sí... Vaya, una apuestita: si no se rompe usted la cabeza, pago el alquiler del caballo.

—Y si usted no se desnuca en la máquina, la pago yo.

—Convenido. ¿Y tú, Polidura?

—¿Yo?... En el coche de San Francisco.

—Pues allá los tres. *Sus* convido a caracoles.

—Yo convido a lo que quieran—dijo Frasquito, levantándose—; y si conseguimos traernos a *Nina* y al rifeño, convite general.

—El *disloque*.

XXXVI

No se consolaba doña Paca de la ausencia de *Nina*, ni aun viéndose rodeade de sus hijos, que fueron a participar de su ventura y a darle parte principal de la que ellos saboreaban con la herencia Con aquel cambio de impresiones placenteras, fácilmente se transportaba el espíritu de la buena señora al séptimo cielo, donde se le aparecían risueños horizontes; pero no tardaba en caer en la realidad, sintiendo el vacío por la falta de su compañera de trabajos. En vano la volandera imaginación de Obdulia quería llevársela, cogida por los cabellos, a dar volteretas en la región de lo ideal. Dejábase conducir doña Francisca por su natural afición a estas correrías; pero pronto se volvía para acá, dejando a la otra, desmelenada y jadeante, de nube en nube y de cielo en cielo. Había propuesto la *niña* a su mamá vivir juntas, con el decoro que su posición les permitía. *De hecho* se separaba de Luquitas, señalándole una pensión para que viviera; tomarían un hotel con jardín; se abonarían a dos o tres teatros; buscarían relaciones y amistades de gente distinguida...

—Hija, no te corras tanto, que aún no sabes lo que te rentará tu mitad de la Almoraima, y aunque yo, por lo que recuerdo de esa hermosa finca, calculo que no será un grano de anís, bueno es que sepas qué tamaño ha de tener la sábana antes de estirar la pierna.

Al decir esto, hablaba la viuda de Zapata con las ideas de la práctica *Nina*, que se renovaban en su mente y en ella lucían como las estrellas en el cielo. Por de pronto, Obdulia dejó su casa de la calle de la Cabeza, instalándose con su madre, movida del propósito de buscar pronto vivienda mejor, nuevecita y en sitio alegre, hasta que llegara el día de sentar sus reales en el hotel que ambicionaba. Aunque más moderada que su hija en el prurito de grandezas, sin duda por el vapuleo con que la domara la implacable experiencia, doña Paca se iba también del seguro, y creyéndose razonable, dejábase vencer de la tentación de adquirir superfluidades dispendiosas. Se le había metido entre ceja y ceja la compra de una buena lámpara para el comedor, y hasta que viese satisfecho su capricho, no podía tener sosiego la po-

bre señora. El maldito Polidura le proporcionó el *negocio,* encajándole un disforme mamotreto, que apenas cabía en la casa, y que, colgado en su sitio, tocaba en la mesa con sus colgajos de cristal. Como pronto habían de tener casa de techos altos, esto no era inconveniente. También le hizo adquirir el de los caracoles unos muebles chapeados de palo santo, y algunas alfombras buenas, que tuvieron el acierto de no colocar, extendiendo sólo retazos allí donde cabían, para darse el gusto de pisar en blando.

Obdulia no cesaba de dar pellizcos al tesoro de su mamá para adquirir tiestos de bonitas plantas en los próximos puestos de la plazuela de Santa Cruz, y en dos días puso la casa que daba gloria verla: los sucios pasillos se trocaron en vergeles, y la sala en risueño pensil. En previsión de la vida de hotel, adquirió también plantas decorativas de gran tamaño, latanias, palmitos, *ficus* y helechos arborescentes. Veía doña Francisca con gozo la irrupción del reino vegetal en su triste morada, y ante tanta belleza, sentía emociones propiamente infantiles, como si al cabo de la vejez volviera a jugar con los nacimientos.

"¡Benditas sean las flores—decía, paseándose por sus encantados jardines—, que dan alegría a las casas, y bendito sea Dios, que si no nos permite disfrutar del campo, nos consiente, *por poco dinero,* que traigamos el campo a casa!"

Todo el día se lo pasaba Obdulia cuidnado sus macetas, y tanto las regaba, que en algún momento faltó poco para que se hiciera preciso atravesar a nado el trayecto desde la salita al comedor. Ponte la incitaba con sus ponderaciones y aspavientos a seguir comprando flores, y a convertir su casa en Jardín Botánico, o poco menos. Por cierto que el primero y segundo día de aquella vida nueva tuvo que reñir doña Paca al buen Frasquito, porque siempre que salía se le olvidaba llevarle el libro de cuentas que le había encargado. El galán manido se disculpaba con la muchedumbre de sus ocupaciones, hasta que una tarde entró con diversos paquetes de compras, y la dama rondeña vió entre éstos el libro, del cual se apoderó al instante con ganas de inaugurar en él la cuenta y razón de su porvenir dichoso.

—Pasaré en seguida todo lo que tengo apuntado en este papelito—dijo—: lo que se trate de casa Botín, la araña, las alfombras, varias cosillas..., medicamentos..., en fin, todito. Y ahora, hija mía, a ver cómo me das nota clara de tanta y tanta flor, para apuntarlas ce por be, sin que se escape ni una hoja... Pon mucho cuidado para que salga el balance... ¿Verdad, Frasquito, que tiene que salir el balance?

Curiosa, como hembra, no pudo menos de gulusmear en los paquetes que llevó Ponte.

—¿A ver qué trae usted ahí? Mire que no he de permitirle tirar el dinero. Veamos: un hongo claro... Bien, me parece muy bien. A buen gusto nadie le gana. Botas altas... Hombre, ¡qué elegantes! Vaya un pie: ya querrían muchas mujeres... Corbatas: dos, tres... Mira, Obdulia, qué bonita esta verde con motas amarillas. Un cinturón que parece un corsé-faja. Bueno debe de ser esto para evitar que crezca el vientre... Y esto, ¿qué es?... ¡Ah! Espuelas. Pero Frasquito, ¡por Dios! ¿Para qué quiere usted espuelas?

—Ya..., es que va a salir a caballo —dijo Obdulia gozosa—. ¿Pasará por aquí? ¡Ay, qué pena no verle!... Pero ¿a quién se le ocurre vivir en este cuartucho interior, sin un solo agujero a la calle?

—Cállate, mujer; pediremos a la vecina, doña Justa, la profesora en partos, que nos permita pasar y asomarnos cuando el caballero nos ronde la calle... ¡Ay, pobre *Nina,* cuánto se alegraría también de verle!

Explicó Ponte Delgado su inopinado renacer a la vida hípica, por el compromiso en que se veía de ir a El Pardo en excursión de recreo con varios amigos *de la mejor sociedad.* El solo iba a caballo; los demás, a pie o en bicicleta. De las distintas clases de *sport* o *deportes* hablaron un rato con gran animación, hasta que los interrumpió la entrada de Juliana, la mujer de Antonio, que desde la noticia de la herencia frecuentaba el trato de su suegra y cuñada. Era mujer garbosa, simpática, viva de genio, de tez blanca y magnífico pelo negro, peinado con arte. Cubría su cuerpo con mantón alfombrado, y la cabeza con pañuelo de seda de cuarteles chillones; calzaba preciosas botinas, y sus

bajos denotaban limpieza y un buen avío de ropa.

—Pero ¿esto es el Retiro, o la Alameda de Osuna?—dijo al ver el enorme follaje de arbustos y flores—. ¿A qué viene tanta *vegetación*?

—Caprichos de Obdulia—replicó doña Paca, que se sentía dominada por el carácter, ya enérgico, ya bromista, de su graciosa nuera—. Esta monomanía de hacer de mi casa un bosque me está costando un dineral.

—Doña Paca—le dijo su nuera cogiéndola sola en el comedor—, no sea usted tan débil de natural, y déjese guiar por mí, que no he de engañarla. Si hace caso de las bobadas de Obdulia, pronto se verá usted tan perdida como antes, porque no hay pensión que baste cuando falta el arreglo. Yo suprimiría el bosque y las fieras..., dígolo por ese orangután mal *pintao* que han traído ustedes a casa, y que deben poner en la calle más pronto que la vista.

—El pobre Ponte se va mañana a su casa de huéspedes.

—Déjese llevar por mí, que entiendo del gobierno de una casa... Y no me salga con la matraca del librito de llevar cuentas. La persona que tiene el arreglo en su cabeza no necesita apuntar nada. Yo no sé hacer un número, y ya ve cómo me las compongo. Siga mi consejo: múdese a un cuarto baratito, y viva como una pensionista de circunstancias, sin echar humos ni ponerse a farolear. Haga lo que yo, que me estoy donde estaba, y no dejaré mi trabajo hasta que no vea claro eso de la herencia, y me entere de lo que da de sí el cortijo. Quítele a su hija de la cabeza lo del hotel si no quieren verse por puertas, y tome una criada que les guise y ataje el chorro de dinero que se va todos los días en la tienda de Botín.

Conforme con estas ideas se mostraba doña Francisca, asintiendo a todo, sin atreverse a contradecirla ni a oponer una sola objeción a tan juiciosos consejos. Sentíase oprimida bajo la autoridad que las ideas de Juliana revelaban con sólo expresarse, y ni la ribeteadora se daba cuenta de su influjo gobernante ni la suegra de la pasividad con que se sometía. Era el eterno predominio de la voluntad sobre el capricho, y de la razón sobre la insensatez.

—Esperando que vuelva *Nina*—indicó tímidamente la señora—, he pedido a Botín...

—No piense usted más en la *Nina*, doña Paca, ni cuente con ella aunque la encontremos, que ya lo voy dudando. Es muy buena, pero ya está caduca, mayormente, y no le sirve a usted para nada. Además, ¿quién nos dice que quiere volver, si sabemos que por su voluntad se ha ido? Le gusta andar de pingo, y no hará usted carrera de ella como la prive de estarse la mitad del día tomando medida a las calles.

Para no perder ripio, insistió Juliana en la recomendación que ya había hecho a su suegra de una buena criada para todo. Era su prima Hilaria, joven, fuerte, limpia y hacendosa..., y de fiel, no se dijera. Ya vería pronto la *diferiencia* entre la honradez de Hilaria y las rapiñas de otras.

—¡Ay!... Pero es muy buena la *Nina* —exclamó doña Paca, rebulléndose bajo las garras de la ribeteadora para defender a su amiga.

—Muy buena, sí, y debemos socorrerla... No faltaba más..., darle de comer... Pero créame, doña Paca, no hará usted nada de provecho sin mi prima. Y para que no dude más, y se quite quebraderos de cabeza, esta misma tarde, anochecido, se la mando.

—Bueno, hija, que venga, y se encargará de la casa... Y a propósito: aquí hay una gallina asada que se va a perder. Ya me indigesta tanta gallina. ¿Quieres llevártela?

—¿Cómo no? Venga.

—También quedaron cuatro chuletas. Ponte ha comido fuera.

—Vengan.

—¿Te lo mando con Hilaria?

—No, que me lo llevo yo misma. Vamos a ver cómo me arreglo. Lo pongo todo en un plato, y el plato en una servilleta..., así: agarro mis cuatro puntas...

—¿Y este pedazo de pastel?... Es riquísimo.

—Lo envuelvo en un periódico, y ¡hala, que es tarde! Y toda esta fruta, ¿para qué la quiere? Pues apenas ha traído manzanas y naranjas... Deme acá..., las pongo en mi pañuelo.

—Vas a ir cargada como un burro.

—No importa... ¡A lo que estamos, tuerta! Mañana vendré por aquí, a ver cómo anda esto, y a decirle a usted lo

que tiene que hacer. Pero, cuidadito, que no salgamos con echarse en el surco y volver a las andadas. Porque si mi señora suegra se tuerce en cuanto yo vuelvo la espalda, y empieza a derrochar y hacer disparates.

—No, no, hija... ¡Qué cosas tienes!

—Claro, que si se me dice tanto así, yo no me meto en nada. Con su pan se lo coma, y cada palo aguante su vela. Pero yo quiero que usted tenga *conduta* y no pase malos ratos ni se vea, como hasta ahora, entre las uñas de los usureros.

—¡Ay, si cuanto dices es la pura razón! Tú sí que sabes, tú sí que vales, Juliana. Cierto que tienes el geniecillo un poco fuerte; pero ¿quién no ha de alabártelo, si con ese *ten con ten* has domado a mi Antonio? De un perdido has hecho un hombre de bien.

—Porque no me achico; porque desde el primer día le administré el bautismo de los cinco mandamientos; porque le chillo en cuanto le veo cerdear un poco; porque le hago andar derecho como un huso, y me tiene más miedo que los ladrones a la Guardia Civil.

—¡Y cómo te quiere!

—Es natural. Se hace una querer del marido enjaretándose los calzones como me los enjareto yo... Así se gobiernan las casas chicas y las grandes, señora, y el mundo.

—¡Qué salero tienes!

—Alguna sal me ha puesto Dios, sobre todo en la mollera. Ya lo irá usted conociendo. Ea, que me marcho. Tengo qué hacer en casa.

Mientras esto hablaban suegra y nuera, en la salita Obdulia y Ponte departían acerca de aquélla, diciendo la *niña* que jamás perdonaría a su hermano haber traído a la familia una persona tan ordinaria como Juliana, que decía *diferiencia*, *petril* y otras barbaridades. No harían nunca buenas migas. Al despedirse, Juliana dió besos a Obdulia, y a Frasquito un apretón de manos, ofreciéndose a plancharle las camisolas, al precio corriente, y a *volverle* la ropa, por lo mismo o menos de lo que le llevaría el sastre más barato. Además, también sabía ella cortar *para hombre*; y si quería probarlo, encargárale un traje, que de fijo no saldría menos elegante que el que le hicieran los cortadores de portal que a él le vestían. Toda la ropa de su Antonio se la hacía ella, y que dijeran si andaba mal el chico..., ¡a ver! Pues a su tío Bonifacio le había hecho una americana que estrenó para ir al pueblo (Cadalso de los Vidrios) el día del Santo, y tanto gustó allí la prenda, que se la pidió prestada el alcalde para cortar otra por ella. Dió las gracias Ponte, mostrándose escéptico, con galantería, en lo concerniente a las aptitudes de las señoras para la confección de ropa masculina, y la despidieron todos en la puerta, ayudándola a cargarse los diversos bultos, atadijos y paquetes que gozosa llevaba.

XXXVII

No queriendo ser Obdulia inferior a su cuñada ni aparecer en la casa con menos autoridad y mangoneo que la intrusa chulita, dijo a su madre que no podrían arreglarse decorosamente con una criada *para todo*, y pues Juliana impuso la cocinera, ella imponía la doncella..., ¡así! Discutieron un rato, y tales razones dió la *niña* en apoyo de la nueva funcionaria, que no tuvo más remedio doña Francisca que reconocer su necesidad. Sí, sí; ¿cómo se habían de pasar sin doncella? Para desempeñar cargo tan importante había elegido ya Obdulia a una muchacha finísima educada en el servicio de casas grandes, y que se hallaba libre a la sazón, viviendo con la familia del dorador y adornista de la empresa fúnebre. Llamábase Daniela, era una preciosidad por la figura y un portento de actividad hacendosa. En fin, que doña Paca, con tal pintura, deseaba que fuese pronto la doncella fina para recrearse en el servicio que le había de prestar.

Por la noche llegó Hilaria, que se inauguró dando a doña Francisca un recado de Juliana, el cual parecía más bien una orden. Decía su prima que no pensara la señora en hacer más compras, y que cuando notase la falta de alguna cosa necesaria, le avisase a ella, que sabía como nadie tratar el género, y *sacarlo* bueno y arreglado. Item: que reservase la señora la mitad lo menos del dinero de la pensión para ir desempeñando las infinitas prendas de ropa y objetos diversos que estaban en *Peñiscola*,

dando preferencia a las papeletas cuyo vencimiento estuviese al caer, y así en pocos meses podría recobrar sinfín de cosas de mucha utilidad. Celebró doña Paca la feliz advertencia de Juliana, que era la previsión misma, y ofreció seguirla puntualmente, o más bien, obedecerla. Como tenía la cabeza tan mareada, efecto de los inauditos acontecimientos de aquellos días, de la ausencia de *Benina*, y, ¿por qué no decirlo?, del olor de las flores que embalsamaban la casa, no le había pasado por las mientes el revisar las resmas de papeletas que en varios cartapacios guardaba como oro en paño. Pero ya lo haría, sí, señora, ya lo haría..., y si Juliana quería encargarse de comisión tan fastidiosa como el desempeñar, mejor que mejor. Contestó la nueva cocinera que lo mismo servía ella para el caso que su prima, y acto continuo empezó a disponer la cena, que fué muy del gusto de doña Paca y de Obdulia.

Al día siguiente se agregó a la familia la doncella; y tan necesarios creían hija y madre sus servicios, que ambas se maravillaban de haber vivido tanto tiempo sin echarlos de menos. El éxito de Daniela el primer día fué, pues, tan franco y notorio como el de Hilaria. Todo lo hacía bien, con arte y presteza, adivinando los gustos y deseos de las señoras para satisfacerlos al instante. Y ¡qué buenos modos, qué dulce agrado, qué humildad y ganas de complacer! Diríase que una y otra joven trabajaban desafiadas y en competencia, apostando a cuál conquistaría más pronto la voluntad de sus amas. Doña Francisca estaba en sus glorias, y lo único que la afligía era la estrechez de la habitación, en la cual las cuatro mujeres apenas podían revolverse.

Juliana, la verdad sea dicha, no vió con buenos ojos la entrada de la doncella, que maldita la falta que hacía; pero por no chocar tan pronto, no dijo nada, reservándose el propósito de plantarla en la calle cuando se consolidase un poco más el dominio que había empezado a ejercer. En otras materias aconsejó y llevó a la práctica disposiciones tan atinadas, que la misma Obdulia hubo de reconocerla como maestra en arte de gobierno. Ocupábase además en buscarles casa; pero con tales condiciones de comodidad, ventilación y baratura la quería, que no era fácil decidirse hasta no revolver bien todo Madrid. Claro es que Frasquito ya se había ido con viento fresco a su casa de pupilos (Concepción Jerónima, 37), y tan contento el hombre. No tenía doña Paca habitación para él, y aun acomodarle en el pasillo habría sido difícil, por estar lleno de plantas tropicales y alpestres; además, no era pertinente ni decoroso que un señor, reputado por elegante y algo calavera, viviese en compañía de cuatro mujeres solas, tres de las cuales eran jóvenes y bonitas. Fiel a la estimación que a doña Francisca debía, la visitaba Ponte diariamente mañana y tarde, y un sábado anunció para el siguiente domingo la excursión a El Pardo, en que se proponía reverdecer sus aficiones y habilidades caballerescas.

¡Con qué placer y curiosidad salieron las cuatro al balcón prestado del vecino para ver al jinete! Pasó muy gallardo y tieso en un caballote grandísimo, y saludó y dió varias vueltas, parando el caballo y haciendo mil monerías. Agitaba Obdulia su pañuelo, y doña Paca, en la efusión de su amistoso cariño, no pudo menos de gritarle desde arriba:

—Por Dios, Frasquito, tenga mucho cuidado con esa bestia, no vaya a tirarle al suelo y a darnos un disgusto.

Picó espuelas el diestro jinete, trotando hacia la calle de Toledo para tomar la de Segovia y seguir por la Ronda hasta incorporarse con sus amigos en la Puerta de San Vicente. Cuatro jóvenes de buen humor formaban con Antonio Zapata la partida de ciclistas en aquella excursión alegre, y en cuanto divisaron a Ponte y su gigantesca cabalgadura, saludáronle con vítores y cuchufletas. Antes de partir en dirección a la Puerta de Hierro, hablaron Frasquito y Zapata del asunto que principalmente los reunía, diciendo éste que al fin, con no pocas dificultades, había conseguido la orden para que fuesen puestos en libertad *Benina* y su moro. Partieron gozosos, y a lo largo de la carretera empezó el *match* entre el jinete del caballo de carne y los del de hierro, animándose y provocándose recíprocamente con alegres voces e imprecaciones familiares. Uno de los ciclistas, que era campeón laureado, iba y venía, adelantándose a los otros, y todos corrían más ve-

loces que el jamelgo de Frasquito, quien tenía buen cuidado de no hacer locuras, manteniéndose en un paso y trote moderados.

Nada les ocurrió en el viaje de ida. Reunidos allá con Polidura y otros amigos pedestres, que habían salido con la fresca, almorzaron gozosos, pagando por mitad, según convenio, Frasquito y Antonio; visitaron rápidamente el recogimiento de pobres, sacaron a los cautivos, y a la tarde se volvieron a Madrid echando por delante a *Benina* y Almudena. No quiso Dios que la vuelta fuese tan feliz como la ida, porque uno de los ciclistas, llamado, y no por mal nombre, *Pedro Minio*, de la piel del diablo, había empinado el codo más de la cuenta en el almuerzo, y dió en hacer gracias con la máquina, metiéndose y sacándose por angosturas peligrosas, hasta que en uno de aquellos pasos fué a estrellarse contra un árbol, y se estropeó una mano y un pie, quedándose inutilizado para continuar pedaleando. No pararon aquí las desdichas, y más acá de la Puerta de Hierro, ya cerca de los Viveros, el colcel de Frasquito, que sin duda estaba ya cargado del vertiginoso girar con que las bicicletas pasaban y repasaban delante de sus ojos, sintiéndose además mal gobernado, quiso emanciparse de un jinete ridículo y fastidioso. Pasaron unas carretas de bueyes con carga de retama y carrasca para los hornos de Madrid, y ya fuera que se espantase el jaco, ya que fingiera el espanto, ello es que empezó a dar botes y más botes, hasta que logró despedir hacia las nubes a su elegante caballero. Cayó el pobre Ponte como un saco medio vacío, y en el suelo se quedó inmóvil, hasta que acudieron sus amigos a levantarle. Herida no tenía, y por fortuna tampoco sufrió golpe de cuidado en la cabeza, porque conservaba su conocimiento, y en cuanto le pusieron en pie empezó a dar voces, rojo como un pavo, apostrofando al carretero, que, según él, había tenido la culpa del *siniestro*. Aprovechando la confusión, el caballo, ansioso de libertad, escapó desbocado hacia Madrid, sin dejarse coger de los transeúntes que lo intentaron, y en pocos minutos Zapata y sus amigos lo perdieron de vista.

Ya habían traspuesto *Benina* y Almudena, en su tarda andadura, la línea de los Viveros, cuando la anciana vió pasar, veloz como el viento, el jamelgo de Ponte, y comprendió lo que había pasado. Ya se lo temía ella, porque no estaba Frasquito para tales bromas ni su edad le consentía tan ridículos alardes de presunción. Mas no quiso detenerse a saber lo cierto del lance, porque anhelaba llegar pronto a Madrid para que descansase Almudena, que sufría de calenturas y se hallaba extenuado. Paso a paso avanzaron en su camino, y en la Puerta de San Vicente, ya cerca de anochecido, sentáronse a descansar, esperando ver pasar a los expedicionarios con la víctima en una parihuela. Pero no viéndolos en más de media hora que allí estuvieron, continuaron su camino por la Virgen del Puerto, con ánimo de subir a la calle Imperial por la de Segovia. En lastimoso estado iban los dos: *Benina* descalza, desgarrada y sucia la negra ropa; el moro envejecido, la cara verde y macilenta; uno y otro revelando en sus demacrados rostros el hambre que habían padecido, la opresión y tristeza del forzado encierro en lo que más parece mazmorra que hospicio.

No podía apartar la *Nina* de su pensamiento la imagen de doña Paca ni cesaba de figurarse, ya de un modo, ya de otro, el acogimiento que en su casa tendría. A ratos esperaba ser recibida con júbilo, a ratos temía encontrar a doña Francisca furiosa por el aquel de haber ella pedido limosna, y, sobre todo, por andar con un moro. Pero nada ponía tanta confusión y barullo en su mente como la idea de las novedades que había de encontrar en la familia, según Antonio con vagas referencias le dijera al salir de El Pardo. ¡Doña Paca, y él, y Obdulia, eran ricos! ¿Cómo? Ello fué cosa súbita, traída de la noche a la mañana por don Romualdo... ¡Vaya con don Romualdo! Le había inventado ella, y de los senos oscuros de la invención salía persona de verdad, haciendo milagros, trayendo riquezas, y convirtiendo en realidades los soñados dones del rey *Samdai*. ¡Quia! Esto no podía ser. *Nina* desconfiaba, creyendo que todo era broma del guasón de Antoñito, y que en vez de encontrar a doña Francisca nadando en la abundancia la encontraría ahogándose, como siempre, en un mar de trampas y miserias.

XXXVIII

Temblorosa llegó a la calle Imperial, y habiendo mandado al moro que se arrimara a la pared y la esperase allí, mientras ella subía y se enteraba de si podía o no alojarle en la que fué su casa, le dijo Almudena:

—No *bandonar* tú mí, *amri*.

—Pero ¿estás loco? ¿Abandonarte yo ahora que estás malito, y los dos andamos tan de capa caída? No pienses tal desatino, y aguárdame. Te pondré ahí enfrente, a la entrada de la calle de la Lechuga.

—¿No *n'engañar* tú mí? ¿*Golver* ti pronto?

—En seguidita que vea lo que ocurre por arriba, y si está de buen temple mi doña Paca.

Subió *Nina* sin aliento, y con gran ansiedad tiró de la campanilla. Primera sorpresa: le abrió la puerta una mujer desconocida, jovenzuela, de tipito elegante, con su delantal muy pulcro. *Beninina* creía soñar. Sin duda los demonios habían levantado en peso la casa para cargar con ella, dejando en su lugar otra que parecía la misma y era muy diferente. Entró la prófuga sin preguntar, con no poco asombro de Daniela, que al pronto no la conoció. Pero ¿qué significaban, qué eran, de dónde habían salido aquellos jardines, que formaban como alameda de preciosos arbustos desde la puerta, en todo lo largo del pasillo? *Benina* se restregaba los ojos, creyendo hallarse aún bajo la acción de las estúpidas somnolencias de El Pardo, en las fétidas y asfixiantes cuadras. No, no; no era aquélla su casa, no podía ser, y lo confirmaba la aparición de otra figura desconocida, como de cocinera fina, bien puesta, de semblante altanero... Y mirando al comedor, cuya puerta al extremo del pasillo se abría, vió..., ¡santo Dios, qué maravilla, qué cosa!... ¿Era sueño? No, no, que bien segura estaba de verlo con los ojos corporales. Encima de la mesa, pero sin tocar a ella, como suspendido en el aire, había *un montón* de piedras preciosas, con diferentes brillos, luces y matices, encarnadas unas, azules o verdes otras. ¡Jesús, qué preciosidad! ¿Acaso doña Paca, más hábil que ella, había efectuado el conjuro del rey *Samdai*, pidiéndole y obteniendo de él las carretadas de diamantes y zafiros? Antes que pudiera comprender que todo aquel centellear de vidrios procedía de los colgajos de la lámpara del comedor, iluminados por una vela que acababa de encender doña Paca para revisar los cuchillos que de la casa de préstamos acababa de traerle la Juliana, apareció ésta en la puerta del comedor, y cortando el paso a la pobre vieja, le dijo entre risueña y desabrida:

—Hola, *Nina*, ¿tú por aquí? ¿Has parecido ya? Creímos que te habías ido al Congo... No pases, no entres; quédate ahí, que nos vas a poner perdidos los suelos, lavados de esta tarde... ¡Bonita vienes!... Quita allá esas patas, mujer, que manchas los baldosines...

—¿En dónde está la señora?—dijo *Nina*, volviendo a mirar los diamantes y esmeraldas, y dudando ya que fueran efectivos.

—La señora está aquí... Pero te dice que no pases porque vendrás llena de miseria...

En aquel momento apareció por otro lado la señorita Obdulia, chillando:

Nina, bien venida seas; pero antes que entres en casa hay que fumigarte y ponerte en la colada... No, no te arrimes a mí. ¡Tantos días entre pobres inmundos!... ¿Ves qué bonito está todo?

Avanzó Juliana hacia ella sonriendo; pero al través de la sonrisa hubo de vislumbrar *Nina* la autoridad que la ribeteadora había sabido conquistar allí, y se dijo:

"Esta es la que ahora manda. Bien se le conoce el despotismo."

A las arrogancias revestidas de benevolencia con que la acogió la tirana, respondió *Nina* que no se iría sin ver a su señora.

—Mujer, entra, entra—murmuró desde el fondo del comedor, con voz ahogada por los sollozos, la señora doña Francisca Juárez.

Monteniéndose en la puerta, le contestó *Benina* con voz entera.

—Aquí estoy, señora, y como dicen que mancho los baldosines, no quiero pasar; digo que no paso... Me han sucedido cosas que no le quiero contar por no afligirla... Lleváronme presa, he pasado hambre..., he padecido vergüenzas, malos tratos... Yo no hacía más que pensar en la señora, y en si ten-

dría también hambre, y si estaría desamparada.

—No, no, *Nina*, desde que te fuiste, ¡mira qué casualidad!, entró la suerte en mi casa... Parece un milagro, ¿verdad? ¿Te acuerdas de lo que hablábamos, aburriditas en esta soledad, ¡ay!, en aquellas noches de miseria y sufrimientos? Pues el milagro es una verdad, hija, y ya puedes comprender que nos lo ha hecho tu don Romualdo; ese bendito, ese arcángel, que en su modestia no quiere confesar los beneficios que tú y yo le debemos..., y niega sus méritos y virtudes..., y dice que no tiene por sobrina a doña Patros..., y que no le han propuesto para obispo... Pero es él, es él, porque no puede haber otro, no, no puede haberlo, que realice estas maravillas.

Nina no contestó sílaba, y arrimándose a la puerta, sollozaba.

—Yo de buena gana te recibiría otra vez aquí—afirmó doña Francisca, a cuyo lado, en la sombra, se puso Juliana, sugiriéndole por lo bajo lo que había de decir—; pero no cabemos en casa, y estamos aquí muy incómodas... Ya sabes que te quiero, que tu compañía me agrada más que ninguna..., pero... ya ves... Mañana estaremos de mudanza, y se te hará un hueco en la nueva casa... ¿Qué dices? ¿Tienes algo que decirme? Hija, no te quejarás; ten presente que te fuiste de mala manera, dejándome sin una miga de pan en casa, sola, abandonada... ¡Vaya con la *Nina*! Francamente, tu conducta merece que yo sea un poquito severa contigo... Y para que todo hable en contra tuya, olvidaste los sanos principios que siempre te enseñé, largándote por esos mundos en compañía de un morazo... Sabe Dios qué casta de pájaro será ése, y con qué sortilegios habrá conseguido hacerte olvidar las buenas costumbres. Dime, confiésamelo todo; ¿le has dejado ya?

—No, señora.

—¿Le has traído contigo?

—Sí, señora. Abajo está esperándome.

—Como eres así, capaz te creo de todo..., ¡hasta de traérmelo a casa!

—A casa le traía, porque está enfermo, y no le voy a dejar en medio de la calle—replicó *Benina* con firme acento.

—Ya sé que eres buena, y que a veces tu bondad te ciega y no miras por el decoro.

—Nada tiene que ver el decoro con esto ni yo falto porque vaya con Almudena, que es un pobrecito. El me quiere a mí... y yo le miro como un hijo.

La ingenuidad con que expresaba *Nina* su pensamiento no llegó a penetrar en el alma de doña Paca, que sin moverse de su asiento, y con los cuchillos en la falda, prosiguió diciéndole:

—No hay otra como tú para componer las cosas y retocar tus faltas hasta conseguir que parezcan perfecciones; pero yo te quiero, *Nina*; reconozco tus buenas cualidades, y no te abandonaré nunca.

—Gracias, señora, muchas gracias.

—No te faltará qué comer ni cama en que dormir. Me has servido, me has acompañado, me has sostenido en mi adversidad. Eres buena, buenísima; pero no abuses, hija; no me digas que venías a casa con el moro *de los dátiles*, porque creeré que te has vuelto loca.

—A casa le traía, sí, señora, como traje a Frasquito Ponte, por caridad... Si hubo misericordia con el otro, ¿por qué no ha de haberla con éste? ¿O es que la caridad es una para el caballero de levita y otra para el pobre desnudo? Yo no lo entiendo así, yo no distingo... Por eso le traía; y si a él no le admite, será lo mismo que si a mí no me admitiera.

—A ti siempre..., digo, siempre no..., quiero decir..., es que no tenemos hueco en casa... Somos cuatro mujeres, ya ves... ¿Volverás mañana? Coloca a ese desdichado en una buena fonda..., no, ¡qué disparate!, en el Hospital... No tienes más que dirigirte a don Romualdo... Dile de mi parte que yo le recomiendo..., que lo mire como cosa mía..., ¡Ay, no sé lo que digo!..., como cosa tuya, y tan tuya... En fin, hija, tú verás... Puede que os alberguen en la casa del señor de Cedrón, que debe de ser un caserón enorme que parece un convento... Yo, bien lo sabes, como criatura imperfecta, no tengo la virtud en el grado heroico que se necesita para alternar con la pobretería sucia y apestosa... No, hija, no; es cuestión de estómago y de nervios... De asco me moriría, bien lo sabes. Pues ¡digo, con la miseria que traerás sobre ti!... Yo te quiero, *Nina*; pero ya conoces mi estó-

mago... Veo una mota en la comida, y ya me revuelvo toda, y estoy mala tres días... Llévate tu ropa, si quieres mudarte... Juliana te dará lo que necesites... ¿Oyes lo que te digo? ¿Por qué callas? Ya, ya te entiendo. Te haces la humilde para disimular mejor tu soberbia... Todo te lo perdono; ya sabes que te quiero, que soy buena para ti... En fin, tú me conoces... ¿Qué dices?

—Nada, señora, no he dicho nada, ni tengo nada que decir—murmuró *Nina* entre dos suspiros hondos—. Quédese con Dios.

—Pero no te irás enojada conmigo —añadió con trémula voz doña Paca, siguiéndola a distancia en su lenta marcha por el pasillo.

—No, señora..., ya sabe que yo no me enfado...—replicó la anciana, mirándola más compasiva que enojada—. Adiós, adiós.

Obdulia condujo a su madre al comedor diciéndole:

—¡Pobre *Nina*!... Se va. Pues mira, a mí me habría gustado ver a ese moro Muza y hablar con él... ¡Esta Juliana, que en todo quiere meterse!

Atontada por crueles dudas que desconcertaban su espíritu, doña Francisca no pudo expresar ninguna idea, y siguió revisando los cubiertos desempeñados. En tanto, Juliana, conduciendo a la *Nina* hasta la puerta con suave opresión de su mano en la espalda de la mendiga, la despidió con estas afectuosas palabras:

—No se apure, *señá Benina*, que nada ha de faltarle... Le perdono el duro que le presté la semana pasada, ¿no se acuerda?

—Señora Juliana, sí que me acuerdo. Gracias.

—Pues bien: tome además este otro duro para que se acomode esta noche... Váyase mañana por casa, que allí encontrará su ropa...

—Señora Juliana, Dios se lo pague.

—En ninguna parte estará usted mejor que en la *Misericordia*, y si quiere, yo misma le hablaré a don Romualdo, si a usted le da vergüenza. Doña Paca y yo la recomendaremos... Porque mi señora madre política ha puesto en mí toda su confianza, y me ha dado su dinero para que se lo guarde... y le gobierne la casa y le *suministre* cuanto pueda necesitar. Mucho tiene que agradecer a Dios por haber caído en estas manos...

—Buenas manos son, señora Juliana.

—Vaya por casa y le diré lo que tiene que hacer.

—Puede que yo lo sepa sin necesidad de que usted me lo diga.

—Eso usted verá... Si no quiere ir por casa...

—Iré.

—Pues, *señá Benina*, hasta mañana.

—Señora Juliana, servidora de usted.

Bajó de prisa los gastados escalones, ansiosa de verse pronto en la calle. Cuando llegó junto al ciego, que en lugar próximo la esperaba, la pena inmensa que oprimía el corazón de la pobre anciana reventó en un llorar ardiente, angustioso, y golpeándose la frente con el puño cerrado, exclamó:

—¡Ingrata, ingrata, ingrata!

—No *yorar* ti, *amri*—le dijo el ciego, cariñoso, con habla sollozante—. Señora tuya mala ser, tú *ángela*.

—¡Qué ingratitud, Señor!... ¡Oh mundo..., oh miseria! Afrenta de Dios es hacer bien...

—*Dir* nosotros *luejos*..., *dirnos, amri*... *Dispreciar* ti *mondo* malo.

—Dios ve los corazones de todos; el mío también lo ve... Véalo, Señor de los cielos y la tierra, véalo pronto.

XXXIX

Dicho lo que antecede, se limpió las lágrimas con mano temblorosa, y pensó en tomar las resoluciones de orden práctico que las circunstancias exigían.

—*Dirnos, dirnos*—repitió Almudena cogiéndola del brazo.

—¿Adónde?—dijo *Nina* con aturdimiento—. ¡Ah! Lo primero a casa de don Romualdo.

Y al pronunciar este nombre se quedó un instante lela, enteramente idiota.

—*R'maldo* mentira—declaró el ciego.

—Sí, sí, invención mía fué. El que ha llevado tantas riquezas a la señora será otro, algún don Romualdo de pega..., hechura del demonio... No, no, el de pega es el mío... No sé, no sé. Vámonos, Almudena. Pensemos en que tú estás malo, que necesitas pasar la noche bien abrigadito. La *señá Juliana*, que es la que ahora corta el queso en la casa de mi señora, y todo lo suministra..., en

buena hora sea..., me ha dado este duro. Te llevaré a los palacios de Bernarda, y mañana veremos.

—Mañana *dir* nosotros *Hierusalaim*.

—¿Adónde has dicho? ¿A Jerusalén? ¿Y dónde está eso? ¡Vaya, que querer llevarme a ese punto, como si fuera, un suponer, Getafe o Carabanchel de Abajo!

—*Luejos, luejos...*, tú *casar migo* y ser *tigo migo* uno. *Dirnos* Marsella por caminos pidiendo... En Marsella *vapora...*, pim pam... Jaffa... *Hierusalaim*!... Casarnos por *arreligión* tuya, por *arreligión mía...*, *quierer* tú... *Veder* tú *sepolcro*; entrar mí *S'nagoga* rezar Adonái.

—Espérate, hijo, ten un poco de calma, y no me marees con las invenciones de tu cabeza *deliriosa*. Lo primero es que te pongas bueno.

—Mí estar bueno..., mí no *c'lentura* ya..., mí *contentada*. Tú *viener migo* siempre, por *mondo* grande, *caminas mochas, libertanza*, mar, *terra, legria mocha...*

—Muy bonito; pero ahora caigo en la cuenta de que tú y yo tenemos hambre, y entraremos a cenar en cualquier taberna. Si te parece, aquí en la Cava Baja...

—*Onde quierer* tú, yo *quierer...*

Cenaron con relativo contento, y Almudena no cesaba de ponderar las delicias de irse juntitos a Jerusalén, pidiendo limosna por tierra y por mar, sin prisa, sin cuidados. Tardarían meses, medio año quizá; pero al fin darían con sus cuerpos en la Palestina, aunque la emprendiesen por la vía terrestre hasta Constantinopla. Pues ¡no había pocos países bonitos que recorrer! Objetaba *Nina* que ella tenía ya los huesos duros para correría tan larga, y el africano, no sabiendo ya cómo convencerla, le decía:

—*Ispania terra n'gratituda... Correr luejos, juyando de n'gratos* ellos.

En cuanto cenaron se recogieron en casa de Bernarda, dormitorios de abajo, a dos reales cama. Muy intranquilo estuvo Almudena toda la noche, sin poder coger el sueño, delirando con el viajecito a Jerusalén, y *Benina*, por ver de calmarle, mostrábase dispuesta a emprender tan larga peregrinación. Inquieto y dolorido, cual si la cama fuera de zarzas punzadoras, Mordejai no hacía más que volverse de un lado para otro, quejándose de ardores en la piel y de picazones molestísimas, las cuales no eran motivadas, dicha sea la verdad, por cosa alguna tocante a la miseria que se combate con polvos insecticidas. Ello provenía quizá de un extraño giro que la fiebre tomaba, y que se manifestó a la mañana siguiente en un rojo sarpullo en brazos y piernas. El infeliz se rascaba con desesperación, y *Benina* le llevó a la calle, con la esperanza de que el aire libre y el ejercicio le servirían de alivio. Después de vagar pidiendo, por no perder la costumbre, fueron a la calle de San Carlos, y subió *Benina* a ver a Juliana, que allí le tenía su ropa, y se la dió en un lío, diciéndole que mientras gestionaban para que fuese recogida en la *Misericordia*, se albergara en cualquier casa barata, con o sin el *hombre*, aunque mejor le estaba, para su decoro, dejarse de compañía y trato tan indecentes. Añadió que en cuanto se limpiara bien de toda la inmundicia que había traído de El Pardo, podía ir a visitar a doña Paca, que gozosa la recibiría; pero que no pensase en volver a su lado, porque los hijos se oponían a ello, atentos a que su mamá estuviese bien servida y *suministrada* con regularidad. Con todo se mostró conforme la buena mujer, que en ello veía una voluntad superior incontrastable.

No era mala persona Juliana; dominante, eso sí, ávida de mostrar las grandes dotes de gobierno que le había dado Dios, mujer que no soltaba a dos tirones la presa caída en sus manos. Pero no carecía de amor al prójimo, se compadecía de *Benina*, y habiéndole dicho ésta que el moro la esperaba en la calle, quiso verle y juzgarle por sus propios ojos. Que la traza del pobre africano le pareció lastimosa, se conoció en el gesto que hizo, en la cara que puso y en el acento con que dijo:

—Ya le conocía yo a éste, de verle pedir en la calle del Duque de Alba. Es buen punto, y muy enamorado. ¿Verdad, señor Almudena, que le gustan a usted las chicas?

—Gustar mí *B'nina, amri*.

—Ajajá... Pobre *Benina*, ¡no se le ha sentado mala mosca! Si lo hace por caridad, de veras digo que es usted una santa.

—El pobrecito está enfermo, y no puede valerse.

Y como el morito, acometido de violentísimas picazones en brazos y pechos,

hiciera garras de sus dedos para rascarse con gana, la ribeteadora se acercó para mirarle los brazos, que había desnudado de la manga.

—Lo que tiene este hombre—dijo con espanto—es lepra... ¡Jesús, qué lepra, *señá Benina*! He visto otro caso: un pobre, del Moro también, mendigo él, de Orán él, que pedía en Puerta Cerrada, junto al taller de mi padrastro. Y se puso tan perdido, que no había cristiano que se le acercara, y ni en los santos hospitales le querían recibir...

—Picar, picar *moche*—era lo único que Almudena decía, pasando las uñas desde el hombro a la mano, como se pasaría un peine por la madeja.

Disimulando su asco, por no lastimar a la infeliz pareja, Juliana dijo a *Nina*:

—¡Pues no le ha caído a usted mala incumbencia con este tipo! Mire que esa sarna se pega. Buena se va usted a poner, sí, señora; buena, bonita y barata... O es usted más boba que el que asó la manteca, o no sé lo que es usted.

Con miradas no más expresó *Nina* su lástima del pobre ciego, su decisión de no abandonarle y su conformidad con todas las calamidades que quisiera enviarle Dios. Y en esto, Antonio Zapata, que a su casa volvía, vió a su mujer en el grupo; llegóse a ella presuroso, y enterado de lo que hablaban, aconsejó a *Benina* que llevara al moro a la consulta de enfermedades dermatológicas en San Juan de Dios.

—Más cuenta le tiene—afirmó Juliana—mandarle para su tierra.

—*Luejos, luejos*—dijo Almudena—. *Dirnos Hierusalaim*.

—No está mal. "De Madrid a Jerusalén, o la familia del tío Maroma..." Bueno, bueno. A otra cosa, mujercita mía, no pegues y escucha. No he podido hacer tus encargos, porque..., te digo que no pegues.

—Porque te has ido al billar, granuja... Sube, sube y ajustaremos cuentas.

—No subo porque tengo que volver a los carros de pateta.

—¿Qué dices, granuja?

—Que no va el carro grande por menos de cuarenta reales, y como me mandaste que no pasase de treinta...

—Tendré yo que verlo. Estos hombres no sirven más que de estorbo, ¿verdad, *Nina*?

—Verdad. ¿Y qué es? ¿Se muda la señora?

—Sí, mujer; pero ya no podrá ser hasta mañana, porque este marido tonto que me ha dado Dios salió antes de las ocho a tomar la casa y avisar el carro, y ya ve usted a qué hora se descuelga por ahí, con todo ese cuajo, sin haber hecho nada.

—Bastante he corrido, chica. A las nueve entraba yo en casa de mamá con el contrato para que lo firmara. Ya ves si ganábamos tiempo. Pero ¿tú sabes el que he perdido con Frasquito Ponte, que nos ha dado una tabarra tremenda? ¡Como que tuvimos que llevarle a su casa Polidura y yo con grandísimo trabajo! ¡Dios, cómo está el hombre, y qué barullo tiene en la cabeza desde el batacazo de ayer!

Igualmente interesadas *Benina* y Juliana en la buena o mala suerte del hijo de Algeciras, oyeron atentas lo que Antonio les refirió de las consecuencias funestísimas de la caída del jinete en el camino de El Pardo. Cuando le vieron en tierra, despedido por el jaco, pensaron todos que en aquel crítico instante había terminado la existencia mortal del pobre caballero. Pero al levantarle, recobró Frasquito, como quien resucita, el movimiento y la palabra, y asegurando no haber recibido golpe en la cabeza, que era lo más delicado, y palpándose en distintas partes del cráneo, les dijo:

—Nada, nada, señores; tóquenme y no hallarán el más ligero chichón.

De brazos y piernas, si al principio pareció haber salido con suerte, pues hueso roto seguramente no tenía, a poco de echar a andar cojeaba horrorosamente de la pierna izquierda, efecto sin duda del violento choque contra el suelo. Pero lo más extraño fué que, al ser puesto en pie, rompió en una charla incoherente, impetuosa, roja la cara como un tomate, vibrante y entrecortada la lengua. Lleváronle a su casa en coche, creyendo que un reposo absoluto le restablecería; frotáronle todo el cuerpo con árnica, le acostaron, se fueron... Pero el maldito, según les dijo después la patrona, no bien se quedó solo, vistióse precipitadamente, y echándose a la calle se fué a casa de Boto, y allí estuvo hasta muy tarde, *metiéndose con*

todo el mundo y provocando con destempladas insolencias a los pacíficos parroquianos. Tan contrario era esto al natural plácido de Frasquito, y a su timidez y buena educación, que seguramente había perturbación cerebral grave, por causa del batacazo. No se sabe dónde pasó el resto de la noche: se cree que estuvo alborotando en las calles del Mediodía Grande y Chica. Ello es que a poco de llegar Antonio y Polidura a la casa de doña Francisca, entró Frasquito muy alborotado, el rostro encendido, brillantes los ojos, y con gran sorpresa y consternación de las señoras, empezó a soltar de su boca, un poco torcida, atroces disparates. Combinando la maña con la fuerza, pudieron sacarle de allí y volverle a su casa, donde le dejaron, encargando a la patrona que le sujetara si podía, y que hiciera por darle de comer. Entre otras tenacidades monomaníacas, tenía la de que su honor le demandaba pedir explicaciones al moro por el inaudito agravio de suponer, de afirmar en público, que él, Frasquito, hacía la corte a *Benina*. Más de veinte veces se arrancó hacia la calle del Mediodía Grande, procurando ver al señor de Almudena, decidido a entregarle su tarjeta; pero el africano escurría el bulto y no se dejaba ver por ninguna parte. Claro: se había ido a su tierra, huyendo de la furia de Ponte...; pero él estaba decidido a no parar hasta descubrirle y obligarle a cumplir como caballero, aunque se escondiese en el último rincón del Atlas.

—Si *venier* mí galán *bunito*—dijo el moro riendo tan estrepitosamente, que los extremos de su boca se le enganchaban en las orejas—, dar mí él *patás mochas*.

—¡Pobre don Frasquito..., cuitado, alma de Dios!—exclamó *Nina*, cruzando las manos—. Yo me temía que parara en esto...

—¡Valiente estantigua!—dijo la Juliana—. ¿Y a nosotros qué nos importa que ese viejo pintado se chifle o no se chifle? ¿Sabéis lo que os digo? Pues que todo eso proviene de las drogas que se pone en la cara, lo cual que son venenosas y atacan al sentido. Ea, no perdamos el tiempo. Antonio, vuélvete a la calle Imperial, diles que preparen todo y yo iré *al carro* a ver si lo arreglo para esta tarde. *Nina*, vete con Dios, y cuidado no se te pegue..., ¿sabes? ¡Ay, hija, se te pegará por mucho aseo que tengas! ¿Ves? Ya empiezas a sufrir las consecuencias del mal paso..., por no hacer caso de mí. Doña Paca me dijo que te permitiera ir allá. Quiere verte: ¡pobre señora! Yo lo di mi conformidad, y hoy pensaba llevarte conmigo..., pero ya no me atrevo, hija, ya no me atrevo. Habiendo de por medio esta pestilencia, no puedes rozarte... Yo había determinado que fueras todos los días a recoger la comida sobrante en casa de la que fué tu ama...

—¿Y ya no...?

—Sí, sí; la comida es tuya..., pero... verás lo que debes hacer... Te llegas al portal a la hora que yo te fije, y mi prima Hilaria te la bajará y te la dará..., acercándose a ti lo menos que pueda... Ya comprendes..., cada una tiene su escrúpulo... No todos los estómagos son como el tuyo, *Nina*, a prueba de bombas... Conque...

—Comprendo..., señora Juliana. Quédese con Dios...

XL

Las adversidades se estrellaban ya en el corazón de *Benina* como las vagas olas en el robusto cantil. Rompíanse con estruendo, se quebraban, se deshacían en blancas espumas, y nada más. Rechazada por la familia que había sustentado en días tristísimos de miseria y dolores sin cuento, no tardó en rehacerse de la profunda turbación que ingratitud tan notoria le produjo; su conciencia le dió inefables consuelos: miró la vida desde la altura en que su desprecio de la humana vanidad la ponía; vió en ridícula pequeñez a los seres que la rodeaban, y su espíritu se hizo fuerte y grande. Había alcanzado glorioso triunfo; sentíase victoriosa, después de haber perdido la batalla en el terreno material. Mas las satisfacciones íntimas de la victoria no la privaron de su don de gobierno, y atenta a las cosas materiales, acudió, al poco rato de apartarse de Juliana, a resolver lo más urgente en lo que a la vida corporal de ambos se refería. Era indispensable buscar albergue; después trataría de curar a Mordejai de su sarna o lo que fuese, pues abandonarle en tan lastimoso estado no lo haría por nada de este mun-

do, aunque ella se viera contagiada del asqueroso mal. Dirigióse con él a Santa Casilda, y hallando desocupado el cuartito que antes ocupó el moro con la Petra, lo tomó. Felizmente, la borracha se había ido con Diega a vivir en la Cava de San Miguel, detrás de la Escalerilla. Instalados en aquel escondrijo, que no carecía de comodidades, lo primero que hizo la anciana alcarreña fué traer agua, toda el agua que pudo, y lavarse bien y jabonarse el cuerpo, costumbre antigua en ella, que siempre que podía practicaba en casa de doña Francisca. Luego se vistió de limpio. El bienestar que el aseo y la frescura daban a su cuerpo se confundía en cierto modo con el descanso de su conciencia, en la cual también sentía algo como absoluta limpieza y frescor confortante.

Dedicóse luego al arreglo de la casa, y con el poquito dinero que tenía hizo su compra, y le preparó a Mordejai una buena comida. Pensaba llevarlo a la consulta al día siguiente, y así se lo dijo, mostrándose el ciego conforme en todo con lo que la voluntad de ella quisiese determinar. Mientras comían, le entretuvo y alentó con esperanzas y palabras dulces, ofreciéndole ir, como él deseaba, a Jerusalén o un poquito más allá, en cuanto recobrara la salud. Mientras no se le quitara el sarpullo, no había que pensar en viajes. Se estarían quietos, él en casa, ella saliendo a pedir sola todos los días para ver de sacar con qué vivir, que seguramente Dios no los dejaría morir de hambre. Tan contento se puso el ciego con el plan concebido y propuesto por su inteligente amiga, y con sus afectuosas expresiones, que rompió a cantar la melopea arábiga que ya le oyó *Benina* en el vertedero; pero como al huir de la pedrea había perdido el guitarrillo, no pudo acompañarse del son de aquel tosco instrumento. Después propuso a su compañera que echase el sahumerio, y ella lo hizo de buena gana, pues el humazo saneaba y aromatizaba la pobre habitación.

Salieron al día siguiente para la consulta; pero como les designaran para ésta una hora de la tarde, entretuvieron la primera mitad del día pordioseando en varias calles, siempre con mucho cuidado de los guindillas, por no caer nuevamente en poder de los que echan el lazo a los mendigos, cual si fueran perros, para llevarlos al depósito, donde como a perros los tratan. Debe decirse que el ingrato proceder de doña Paca no despertaba en *Nina* odio ni mala voluntad, y que la conformidad de ésta con la ingratitud no le quitaba las ganas de ver a la infeliz señora, a quien entrañablemente quería, como compañera de amarguras en tantos años. Ansiaba verla, aunque fuese de lejos, y llevada de esta querencia se llegó a la calle de la Lechuga para atisbar a distancia discreta si la familia estaba en vías de mudanza o se había mudado ya. ¡Qué a tiempo llegó! Hallábase en la puerta el carro, y los mozos metían trastos en él con la bárbara presteza que emplean en esta operación. Desde su atalaya reconoció *Benina* los muebles decrépitos, derrengados, y no pudo reprimir su emoción al verlos. Eran casi suyos, parte de su existencia, y en ellos veía, como en un espejo, la imagen de sus penas y alegrías; pensaba que si se acercase, los pobres trastos habían de decirle algo, o que llorarían con ella. Pero lo que la impresionó vivamente fué ver salir por el portal a doña Paca y a Obdulia, con Policluria y Juliana, como si fueran a la casa nueva, mientras las criadas elegantes se quedaban en la antigua, disponiendo la recogida y transporte de las menudencias y de toda la morralla casera.

Turbada y confusa, *Nina* se escondió en un portal, para ver sin ser vista. ¡Qué desmejorada encontró a doña Francisca! Llevaba un vestido nuevo; pero de tan nefanda hechura, como cortado y cosido de prisa, que parecía la pobre señora vestida de limosna. Cubría su cabeza con un manto, y Obdulia ostentaba un sombrerote con disformes ringorrangos y plumas. Andaba doña Paca lentamente, la vista fija en el suelo, abrumada, melancólica, como si la llevaran entre guardias civiles. La *niña* reía, charlando con Policluria. Detrás iba Juliana *arreándolos* a todos y mandándolos que fueran de prisa por el camino que les marcaba. No le faltaba más que el palo para parecerse a los que en vísperas de Navidad conducen por las calles las manadas de pavos. ¡Cómo se clareaba el despotismo hasta en sus menores movimientos! Doña Paca era la res humilde que va a donde

la llevan, aunque sea al matadero; Juliana, el pastor que guía y conduce. Desaparecieron en la plaza Mayor, por la calle de Botoneras... *Benina* dió algunos pasos para ver el triste ganado, y cuando lo perdió de vista se limpió las lágrimas que inundaban su rostro.

—¡Pobre señora mía!—dijo al ciego en cuanto se reunió con él—. La quiero como hermana, porque juntas hemos pasado muchas penas. Yo era todo para ella, y ella todo para mí. Me perdonaba mis faltas, y yo le perdonaba las suyas... ¡Qué triste va, quizá pensando en lo mal que se ha portado con la *Nina*! Parece que está peor del reuma, por lo que cojea, y su cara es de no haber comido en cuatro días. Yo la traía en palmitas, yo la engañaba con buena sombra, ocultándole nuestra miseria, y poniendo mi cara en vergüenza por darle de comer conforme a lo que era su gusto y costumbre... En fin, lo pasado, como dijo el otro, pasó. Vámonos, Almudena, vámonos de aquí, y quiera Dios que te pongas bueno pronto para tomar el caminito de Jerusalén, que no me asusta ya por lejos. Andando, andando, hijo, se llega de una parte del mundo a otra, y si por un lado sacamos el provecho de tomar el aire y de ver cosas nuevas, por otro sacamos la certeza de que todo es lo mismo, y que las partes del mundo son, un suponer, como el mundo en junto; quiere decirse, que en dondequiera que vivan los hombres, o verbigracia, mujeres, habrá ingratitud, egoismo y unos que manden a los otros y le cojan la voluntad. Por lo que debemos hacer lo que nos manda la conciencia y dejar que se peleen aquellos por un hueso, como los perros; los otros por un juguete, como los niños, o éstos por mangonear, como los mayores, y no reñir con nadie, y tomar lo que Dios nos ponga delante, como los pájaros... Vámonos hacia el Hospital, y no te pongas triste.

—Mí no triste—dijo Almudena—; estar *tigo contentado...*; tú saber como Dios cosas *tudas*, y yo *quierer* ti como *ángela bunita*... Y si no *quierer* tú casar *migo*, ser tú *madre* mía, y yo niño tuyo *bunito*.

—Bueno, hombre; me parece muy bien.

—Y tú *com* palmera *d'sierto granda*, *bunita*; tú *com zucena branca...*, *llirio* tú... Mí *dicier* ti *amri*: alma mía.

Mientras iba la infeliz pareja camino del Hospital, doña Paca y su séquito, en dirección distinta, se aproximaban a su nueva casa, calle de Orellana: un tercero limpio, con los papeles y estucos nuevecitos, buenas luces, ventilación, cocina excelente y precio acomodado a las circunstancias. Parecióle muy bien a doña Francisca, cuando arriba llegó, sofocada de la interminable escalera; y si le parecía mal, cuidaba de no manifestarlo, abdicando en absoluto su voluntad y sus opiniones. El flexible, más que flexible, blanducho carácter de la viuda, se adaptaba al sentir y el pensar de Juliana; y viendo ésta que se le metía entre los dedos aquella miga de pan, hacía bolitas con ella. No respiraba doña Paca sin permiso de la tirana, quien para los más insignificantes actos de la vida tenía no pocas órdenes que dictar a la infeliz señora. Esta llegó a tenerle un miedo infantil; se sentía miga blanda dentro de la mano de bronce de la ribeteadora, y en verdad que no era sólo miedo, pues con él se mezclaba algo de respeto o admiración.

Descansaba la dama del ajetreo de aquel día, ya metidos todos los muebles, trastos y macetas en la nueva casa, y atacada de una intensísima tristeza que le devoraba el alma, llamó a su tirana para decirle:

—No me has explicado bien por el camino lo que habíasteis. ¿Qué historias cuenta *Nina* de su moro? ¿Es éste bien parecido?

Dió Juliana las explicaciones que su súbdita le pedía, sin herir a *Nina* ni ponerla en mal lugar, demostrando en esto finísimo tacto.

—Y quedasteis... en que no puede venir a verme, por temor a que nos contagie de esa peste asquerosa. Has hecho bien. Si no es por ti me vería expuesta, sabe Dios, a que se nos pegara la pestilencia... Quedasteis también en que recogería las sobras de la comida. Pero esto no basta, y yo tendría mucho gusto en señalarle una cantidad, por ejemplo, una peseta diaria. ¿Qué dices?

—Digo que si empezamos con esas bromas, señora doña Paca, pronto volveremos a *Peñaranda*. No, no; una peseta es una peseta... Bastante tiene la *Nina* con dos reales. Así lo he pensado, y si

usted dispone otra cosa, yo me lavo las manos.

—Dos reales, dos..., tú lo has dicho..., y basta, sí. ¿Sabes tú los milagros que hace *Nina* con media peseta?

En esto llegó Daniela muy alarmada, diciendo que llamaba a la puerta Frasquito; y Obdulia, que por la mirilla le había visto, opinó que no se abriera, a fin de evitar otro escándalo como el de la calle Imperial. Pero ¿quién le había dicho las señas del nuevo domicilio? Sin duda fué Polidura el soplón, y Juliana hizo juramento de arrancarle una oreja. Ocurrió el contratiempo grave de que mientras Ponte llamaba con nerviosa furia, decidido a romper la campanilla, subió Hilaria de la calle y abrió con el llavín, y ya no fué posible cortar el paso al intruso, que se precipitó dentro, presentándose ante las asustadas señoras con el sombrero metido hasta las orejas, blandiendo el bastón, la ropa en gran detrimento y manchada de tierra y lodo. Se le había torcido la boca, y arrastraba penosamente la pierna derecha.

—Por Dios, Frasquito—le dijo doña Paca, suplicante—, no nos alborote. Está usted malo, y debe meterse en cama.

Y salió también Obdulia, declamando enfáticamente:

—Frasquito: ¡una persona como usted, tan fina, de buena sociedad, decirnos esas cosas!... Tenga juicio, vuelva en sí.

—Señora y *madama*—dijo Ponte desencasquetándose el sombrero con gran dificultad—. Caballero soy y me precio de saber tratar a las damas elegantes; pero como de aquí ha salido la absurda especie, yo vengo a pedir explicaciones. Mi honor lo exige...

—Y ¿qué tenemos que ver nosotras con el honor de usted, so espantajo? —gritó Juliana—. ¡Ea, no es persona decente quien falta a las señoras! El otro día eran para usted emperatrices, y ahora...

—Y ahora—dijo Ponte temblando ante el enérgico acento de Juliana, como caña batida del viento—, y ahora... yo no falto al respeto a las señoras. Obdulia es una dama; doña Francisca otra dama. Pero estas señoras damas... me han calumniado, me han herido en mis sentimientos más puros, sosteniendo que yo hice la corte a la *Benina*... y que la requerí de amores deshonestos, para que por mí y conmigo faltase a la fidelidad que debe al caballero de la Arabia...

—¡Si nosotras no hemos dicho semejante desatino!

—Todo Madrid lo repite... De aquí, de estos salones salió la indigna especie. Me acusan de un infame delito: de haber puesto mis ojos en un ángel, de blancas alas célicas, de pureza inmaculada. Sepan que yo respeto a los ángeles: si *Nina* fuese criatura mortal, no la habría respetado, porque soy hombre... Yo he catado rubias y morenas, casadas, viudas y doncellas, españolas y parisienses, y ninguna me ha resistido, porque me lo merezco... Belleza permanente que soy... Pero yo no he seducido ángeles ni los seduciré... Sépalo usted, Frasquita; sépalo, Obdulia...: la *Nina* no es de este mundo..., la *Nina* pertenece al cielo... Vestida de pobre ha pedido limosna para mantenerlas a ustedes y a mí..., y a la mujer que eso hace, yo no la seduzco, yo no puedo seducirla, yo no puedo enamorarla... Mi hermosura es humana, y la de ella divina; mi rostro espléndido es de carne mortal, y el de ella de celeste luz... No, no, no la he seducido, no ha sido mía, es de Dios... Y a usted se lo digo, Curra Juárez, de Ronda; a usted, que ahora no puede moverse, de lo que le pesa en el cuerpo la ingratitud. Yo, porque soy agradecido, soy de pluma, y vuelo..., ya lo ve... Usted, por ser ingrata, es de plomo, y se aplasta contra el suelo..., ya lo ve...

Consternadas hija y madre, gritaban pidiendo socorro a los vecinos. Pero Juliana, más valerosa y expeditiva, no pudiendo sufrir con calma los impertinentes desvaríos del desdichado Ponte, se fué hacia el furiosa, le cogió por las solapas, y comiéndoselo con la mirada y la voz, le dijo:

—Si no se marcha usted pronto de esta casa, so mamarracho, le tiro a usted por el balcón.

Y seguramente lo habría hecho, si la Hilaria y la Daniela no cogieran al pobre hijo de Algeciras, poniéndole en dos tirones fuera de la puerta. Presentáronse los porteros y algunos vecinos, atraídos del alboroto, y al ver reunida tanta gente, salieron las cuatro mujeres al rellano de la escalera para explicar que aquel sujeto había perdido el juicio, trocándose de la más atenta y comedida

persona del mundo en la más importuna y desvergonzada. Bajó Frasquito renqueando hasta la meseta próxima; allí se paró, mirando para arriba, y dijo:

—Ingrata, ingrrr...

Quiso concluir la palabra, y una violenta contorsión denunció la inutilidad de sus esfuerzos. De su boca no salió más que un bramido ronco, como si mano invisible le estrangulara. Vieron todos que se le descomponían horrorosamente las facciones, los ojos se le salían del casco, la boca se aproximaba a una de las orejas... Alzó los brazos, exhaló un ¡ay! angustioso y se desplomó de golpe. A la caída de su cuerpo se estremeció de arriba abajo toda la endeble escalera.

Subiéronle entre cuatro a la casa para prestarle socorro, que ya no necesitaba el infeliz. Reconocióle Juliana, y secamente dijo:

—Está más muerto que mi abuelo.

XLI

FINAL

Ejemplo de los admirables efectos de la voluntad humana en el gobierno de las grandes como de las pequeñas agrupaciones de seres, era Juliana, mujer sin principios, que apenas sabía leer y escribir, pero que había recibido de Naturaleza el don rarísimo de organizar la vida y regir las acciones de los demás. Si conforme le cayó entre las manos la familia de Zapata, le hubiera tocado gobernar familia de más fuste, o una ínsula, o un estado, habría salido muy airosa. En la ínsula de doña Francisca estableció con mano firme la normalidad al mes de haber empuñado las riendas, y todos allí andaban derechos, y nadie se rebullía ni osaba poner en tela de juicio sus irrevocables mandatos. Verdad que para obtener este resultado precioso empleaba el absolutismo puro, el régimen de terror; su genio no admitía ni aun observaciones tímidas: su ley era su santísima voluntad; su lógica, el palo.

A los caracteres anémicos de la madre y los hijos no les venía mal este sistema, ensayado ya con feliz éxito en Antonio. Tal dominio llegó a ejercer sobre doña Francisca, que la pobre viuda no se atrevía ni a rezar un padrenuestro sin pedir su venia a la dictadora, y hasta se advertía que antes de suspirar, como tan a menudo lo hacía, la miraba como para decirle: "No llevarás a mal que yo suspire un poquito." En todo era obedecida ciegamente Juliana por su mamá política, menos en una cosa. Mandábale que no estuviese siempre triste, y aunque la esclava respondía con frases de acatamiento, bien se echaba de ver que la orden no se cumplía. Entraba, pues, la viuda de Zapata en la normalidad próspera de su existencia con la cabeza gacha, los ojos caídos, el mirar vago, perdido en los dibujos de la estera, el cuerpo apoltronado, encariñándose cada día más con la indolencia, el apetito decadente, el humor taciturno y desabrido, las ideas negras.

A los quince días de instalarse doña Francisca en la calle de Orellana, juzgó la mandona que más eficaz sería su poder y mejor gobernada estaría la familia viviendo todos juntos: general y subalternos. Trasladóse, pues, y allá fué metiendo su ajuar humilde, y sus chiquillos, y el ama, para lo cual antes hizo hueco, echando fuera la mar de tiestos y tibores de plantas, y poniendo en la calle a Daniela, que en rigor no servía más que de estorbo. A sus funciones de gran canciller agregó pronto las de doncella y peinadora de su suegra y cuñada. Así todo se quedaba en casa.

Pero como no hay felicidad completa en este pícaro mundo, al mes, poco más o menos, de la mudanza, señalada en las efemérides zapatescas por la desastrosa muerte de Frasquito Ponte Delgado, empezó a resentirse Juliana de alteraciones muy extrañas en su salud. La que por su lozana robustez había hecho gala de compararse a las mulas, daba en la tontería de padecer lo más contrario a su natural perfectamente equilibrado. ¿Qué era ello? Embelecos nerviosos y ráfagas de histerismo, afecciones de que Juliana se había reído más de una vez, atribuyéndolas a remilgos de mujeres mimosas y a trastornos imaginarios, que, según ella, curaban los maridos con *jarabe de fresno*.

Comenzó el mal de Juliana por insomnios rebeldes: se levantaba todas las mañanas sin haber pegado los ojos; a los pocos días del insomnio empezó a

perder el apetito, y, por fin, al no dormir se agregaron sobresaltos y angustiosos temores por las noches, y de día una melancolía negra, pesada, fúnebre. Lo peor para la familia fué que con estos alifafes enojosos no se atenuaba el absolutismo gobernante de la tirana, sino que se agravaba. Antonio le proponía sacarla a paseo, y ella a paseo le mandaba con cien mil pares de demonios. Hízose displicente, y también mal hablada, grosera, insoportable.

Por fin, sus monomanías histéricas se condenaron en una sola, en la idea de que los mellizos no gozaban de buena salud. De nada valía la evidencia de la extraordinaria robustez de los niños. Con las precauciones de que los rodeaba, y los cuidados prolijos y minuciosos que en su conversación ponía, los molestaba, les hacía llorar. De noche arrojábase del lecho asegurando que las criaturas nadaban en sangre, degolladas por un asesino invisible. Si tosían, era que se ahogaban; si comían mal, era que les habían envenenado.

Una mañana salió precipitadamente, con mantón y pañuelo a la cabeza, y se fué a los barrios del Sur, buscando a *Benina*, con quien tenía que hablar. Y por Dios que no gastó pocas horas en encontrarla, porque ya no vivía en Santa Casilda, sino en los quintos infiernos, o sea, en la carretera de Toledo, a mano izquierda del Puente. Allí la encontró después de enfadosas pesquisas, dando vueltas y rodeos por aquellos extraviados caseríos. Vivía la anciana con el moro en una casita, que más bien parecía choza, situada en los terrenos que dominan la carretera por el Sur. Almudena iba mejorando de la asquerosa enfermedad de la piel; pero aún se veía su rostro enmascarado de costras repugnantes; no salía de casa, y la anciana iba todas las mañanitas a ganarse la vida pidiendo en San Andrés. No sorprendió poco a Juliana el verla en buenas apariencias de salud, y además alegre, sereno el espíritu, y bien asentado en el cimiento de la conformidad con su suerte.

—Vengo a reñir con usted, *señá Benina*—le dijo sentándose en una piedra, frente a la casucha, junto a la artesa en que la pobre mujer lavaba, a respetable distancia del ciego, echadito a la sombra—. Sí, señora, porque usted quedó en ir a recoger la comida sobrante en nuestra casa, y no ha parecido por allí ni hemos vuelto a verle el pelo.

—Pues le diré, señora Juliana—replicó *Nina*—. Puede creerme que no ha sido desprecio; no, señora, no ha sido desprecio. Es que no lo he necesitado. Tengo la comida de otra casa, con lo cual y lo que saco nos basta; y así, bien puede usted dárselo a otro pobre, y para su conciencia es lo mismo... ¿Qué quiere usted saber? ¿Que quién me da la comida? Veo que le pica la curiosidad. Pues debo esa bendita limosna a don Romualdo Cedrón... Le he conocido en San Andrés, donde dice la misa... Sí, señora: don Romualdo, que es un santo, para que lo sepa... Y ya estoy segura, después de mucho cavilar, que no es el don Romualdo que yo inventé, sino otro que se parece a él como se parecen dos gotas de agua. Inventa una cosas que luego salen verdad, o las verdades, antes de ser verdades, un suponer, han sido mentiras muy gordas... Conque ya lo sabe.

Declaró la ribeteadora que se alegraba mucho de lo que oía referir; y que puesto que don Romualdo la favorecía, doña Paca y ella darían sus sobrantes de comida a otros menesterosos. Pero algo más tenía que decirle:

—Yo estoy en deuda con usted, *Benina*, pues *dispuse* que mi madre política, a quien gobierno como una hebra de seda, le señalaría a usted dos reales diarios... Como no nos hemos visto por ninguna parte, no he podido cumplir con usted: pero me pesan, me pesan en la conciencia los dos reales diarios, y aquí se los traigo en quince pesetas, que hacen el mes completo, *señá Benina*.

—Pues lo tomo, sí, señora—dijo *Nina* gozosa—; que esto no es de despreciar... Vienen a mí estas pesetillas como caídas del cielo, porque tengo una deuda con la *Pitusa*, calle del Mediodía Grande, y lo arreglamos dándole yo lo que fuera reuniendo, y peseta por duro de rédito. Con esto llego a la mitad y un poquito más. Pedradas de éstas me vengan todos los días, señora Juliana. Sabe que se le agradece, y quiera Dios dárselo en salud para sí, y para su marido y los nenes.

Con palabra nerviosa, afluente y un tanto hiperbólica, aseguró la chulita que

no tenía salud; que padecía de unos males extraños, incomprensibles. Pero los llevaba con paciencia, sin cuidarse para nada de su propia persona. Lo que la inquietaba, lo que hacía de su existencia un atroz suplicio, era la idea de que enfermeran sus niños. No era idea, no era temor: era seguridad de que Paquito y Antoñito caían malos..., se morían sin remedio.

Trató *Benina* de quitarle de la cabeza tales ideas; pero la otra no se dió a partido, y despidiéndose presurosa, tomó la vuelta de Madrid. Grande fué la sorpresa de la anciana y del moro al verla aparecer a la mañana siguiente muy temprano, agitada, trémula, echando lumbre por los ojos. El diálogo fué breve y de mucha sustancia o miga psicológica.

—¿Qué te pasa, Juliana?—le preguntó *Nina* tuteándola por primera vez.

—¿Qué me ha de pasar? ¡Que los niños se me mueren!

—¡Ay, Dios mío, qué pena! ¿Están malitos?

—Sí..., digo, no; están buenos. Pero a mi me atormenta la idea de que se mueran... ¡Ay, *Nina* de mi alma, no puedo echar esta idea de mí! No hago más que llorar y llorar... Ya lo ve usted...

—Ya lo veo, sí. Pero si es una idea, haz por quitártela de la cabeza, mujer.

—A eso vengo, *señá Benina*, porque desde anoche se me ha metido en la cabeza otra idea: que usted, usted sola, me puede curar.

—¿Cómo?

—Diciéndome que no debo creer que se mueren los niños..., mandándome que no lo crea.

—¿Yo?...

—Si usted me lo afirma, lo creeré, y me curaré de esta maldita idea... Porque..., lo digo claro: yo he pecado, yo soy mala...

—Pues, hija, bien fácil es curarte. Yo te digo que tus niños no se mueren, que tus hijos están sanos y robustos.

—¿Ve usted?... La alegría que me da es señal de que usted sabe lo que dice... *Nina, Nina*, es usted una santa.

—Yo no soy santa. Pero tus niños están buenos y no padecen ningún mal... No llores..., y ahora vete a tu casa, y no vuelvas a pecar.

Madrid, marzo-abril de 1897.

FIN DE "MISERICORDIA"
DE
BENITO PÉREZ GALDÓS"
Y DEL TOMO V
DE LAS "OBRAS COMPLETAS

INDICE

INDICE

Págs.

NOVELAS

(SERIE CONTEMPORÁNEA)

(Continuación)

FORTUNATA Y JACINTA *(Dos historias de casadas)* (1886-1887):

Nota preliminar 9

Parte I:

Cap. I.—Juanito Santa Cruz 13
— II.—Santa Cruz y Arnáiz. Vistazo histórico sobre el comercio matritense 18
— III.—Estupiñá 34
— IV.—Perdición y salvamento del «Delfín» 42
— V.—Viajes de novios 47
— VI.—Más y más pormenores referentes a esta ilustre familia. 64
— VII.—Guillermina, virgen y fundadora 75
— VIII.—Escenas de la vida íntima 83
— IX.—Una visita al cuarto estado 98
— X.—Más escenas de la vida íntima 125
— XI.—Final, que viene a ser principio 150

Parte II:

Cap. I.—Maximiliano Rubín 157
— II.—Afanes y contratiempos de un redentor 172
— III.—Doña Lupe la de los pavos. 193
— IV.—Nicolás y Juan Pablo Rubín.—Propónense nuevas artes y medios de redención 205

Págs.

Cap. V.—Las Micaelas por fuera ... 227
— VI.—Las Micaelas por dentro ... 233
— VII.—La boda y la luna de miel. 260

Parte III:

Cap. I.—Costumbres turcas 293
— II.—La Restauración, vencedora. 309
— III—La Revolución, vencida ... 320
— IV.—Un curso de filosofía práctica 327
— V.—Otra Restauración 356
— VI.—Naturalismo espiritual 366
— VII.—La idea..., la pícara idea. 400

Parte IV:

Cap. I.—En la calle del Ave María 414
— II.—Insomnio 445
— III.—Disolución 461
— IV.—Vida nueva 480
— V.—La razón de la sinrazón ... 486
— VI.—Final 502

MIAU (1888):

Nota preliminar 549

Cap. I. 551
— II 555
— III 558
— IV 562
— V 565
— VI 566
— VII 569

	Págs.
Cap. VIII	571
— IX	574
— X	578
— XI	581
— XII	585
— XIII	588
— XIV	591
— XV	593
— XVI	595
— XVII	598
— XVIII	601
— XIX	604
— XX	607
— XXI	610
— XXII	614
— XXIII	617
— XXIV	621
— XXV	624
— XXVI	628
— XXVII	631
— XXVIII	634
— XXIX	637
— XXX	640
— XXXI	643
— XXXII	646
— XXXIII	650
— XXXIV	653
— XXXV	655
— XXXVI	657
— XXXVII	659
— XXXVIII	662
— XXXIX	666
— XL	668
— XLI	671
— XLII	675
— XLIII	678
— XLIV	680

LA INCÓGNITA (1888-1889):

Nota preliminar	685
Cap. I	687
A D. Equis X, en Orbajosa	687
— II	690
— III	692
— IV	695
— V	699
— VI	701
— VII	702
— VIII	704
— IX	706
— X	709
— XI	711
Cap. XII	714
— XIII	717
— XIV	719
— XV	722
— XVI	725
— XVII	727
— XVIII	730
— XIX	733
— XX	737
— XXI	739
— XXII	741
— XXIII	741
— XXIV	743
— XXV	746
— XXVI	748
— XXVII	749
— XXVIII	751
— XXIX	752
— XXX	756
— XXXI	761
— XXXII	763
— XXXIII	766
— XXXIV	767
— XXXV	769
— XXXVI	772
— XXXVII	776
— XXXVIII	777
— XXXIX	780
— XL	783
— XLI	785
— XLII	787
De Equis a Infante	787

REALIDAD (1889):

Nota preliminar	789
Jornada I	791
— II	811
— III	830
— IV	854
— V	878

LAS NOVELAS DE TORQUEMADA:

Nota preliminar	903

TORQUEMADA EN LA HOGUERA (1889):

Cap. I	906
— II	908
— III	912
— IV	915
— V	918

	Págs.
Cap. VI	921
— VII	925
— VIII	929
— IX	933

TORQUEMADA EN LA CRUZ (1893):

Parte I:

Cap. I	937
— II	940
— III	942
— IV	944
— V	946
— VI	948
— VII	950
— VIII	952
— IX	954
— X	956
— XI	958
— XII	961
— XIII	963
— XIV	966
— XV	968
— XVI	971

Parte II:

Cap. I	974
— II	976
— III	979
— IV	981
— V	984
— VI	986
— VII	989
— VIII	992
— IX	995
— X	997
— XI	1000
— XII	1002
— XIII	1006
— XIV	1008
— XV	1011
— XVI	1014

TORQUEMADA EN EL PURGATORIO (1894):

Parte I:

Cap. I	1018
— II	1019
— III	1022
— IV	1024
— V	1026
— VI	1028
Cap. VII	1030
— VIII	1032
— IX	1035
— X	1037
— XI	1040
— XII	1042
— XIII	1044

Parte II:

Cap. I	1047
— II	1050
— III	1053
— IV	1055
— V	1057
— VI	1059
— VII	1061
— VIII	1065
— IX	1067
— X	1070
— XI	1073
— XII	1075
— XIII	1077
— XIV	1079

Parte III:

Cap. I	1082
— II	1084
— III	1087
— IV	1089
— V	1092
— VI	1094
— VII	1096
— VIII	1098
— IX	1102
— X	1105
— XI	1108
— XII	1110

TORQUEMADA Y SAN PEDRO (1895):

Parte I:

Cap. I	1112
— II	1114
— III	1116
— IV	1119
— V	1121
— VI	1123
— VII	1125
— VIII	1127
— IX	1130
— X	1132
— XI	1135
— XII	1137

	Págs.
Cap. XIII	1140
— XIV	1142
— XV	1144
Parte II:	
Cap. I	1146
— II	1148
— III	1151
— IV	1153
— V	1156
— VI	1159
— VII	1162
— VIII	1164
— IX	1167
— X	1169
— XI	1172
Parte III:	
Cap. I	1174
— II	1176
— III	1178
— IV	1180
— V	1183
— VI	1185
— VII	1188
— VIII	1190
— IX	1192
— X	1194
ANGEL GUERRA (1890-1891):	
Nota preliminar	1197
Parte I:	
Cap. I.—Desengañado	1200
— II.—Los Babeles	1216
— III—La vuelta del hijo pródigo.	1227
— IV.—Leré	1254
— V.—«Ción»	1272
— VI.—Metamorfosis	1278
— VII.—Herida.—Bálsamo	1299
Parte II:	
Cap. I.—Parentela.—Vagancia	1308
— II.—Tío Providencia	1322
— III.—Días toledanos	1337
— IV.—Plus Ultra	1360
— V.—Más días toledanos	1386
— VI.—Bálsamo contra bálsamo	1400
— VII.—La trampa	1410
Parte III:	
Cap. I.—El hombre nuevo	1423
— II.—Casado, confesor y consejero	1454
— III.—Caballería cristiana	1469
— IV.—Ensueño dominista	1506
— V.—A Bargas	1516
— VI.—Final	1519
TRISTANA (1892):	
Nota preliminar	1539
Cap. I	1541
— II	1542
— III	1545
— IV	1547
— V	1549
— VI	1551
— VII	1552
— VIII	1555
— IX	1558
— X	1561
— XI	1563
— XII	1565
— XIII	1569
— XIV	1571
— XV	1573
— XVI	1576
— XVII	1579
— XVIII	1581
— XIX	1584
— XX	1587
— XXI	1590
— XXII	1593
— XXIII	1595
— XXIV	1598
— XXV	1600
— XXVI	1603
— XXVII	1606
— XXVIII	1609
— XXIX	1611
LA LOCA DE LA CASA (1892):	
Nota preliminar	1613
Acto I	1615
— II	1630
— III	1646
— IV	1661

	Págs.
NAZARÍN (1895):	
Nota preliminar	1677
Parte I:	
Cap. I	1679
— II	1681
— III	1683
— IV	1686
— V	1689
Parte II:	
Cap. I	1691
— II	1694
— III	1696
— IV	1699
— V	1701
— VI	1704
Parte III:	
Cap. I	1707
— II	1710
— III	1712
— IV	1715
— V	1717
— VI	1720
— VII	1723
— VIII	1725
— IX	1728
Parte IV:	
Cap. I	1731
— II	1734
— III	1737
— IV	1740
— V	1743
— VI	1746
— VII	1748
— VIII	1751
Parte V:	
Cap. I	1754
— II	1757
— III	1760
— IV	1762
— V	1764
— VI	1766
— VII	1767

	Págs.
HALMA (1895):	
Nota preliminar	1769
Parte I:	
Cap. I	1771
— II	1772
— III	1775
— IV	1777
— V	1779
— VI	1781
— VII	1783
— VIII	1785
Parte II:	
Cap. I	1788
— II	1790
— III	1793
— IV	1796
— V	1798
— VI	1801
VII	1803
— VIII	1806
Parte III:	
Cap. I	1809
— II	1811
— III	1814
— IV	1817
— V	1819
— VI	1823
— VII	1825
— VIII	1828
Parte IV:	
Cap. I	1831
— II	1834
— III	1837
— IV	1840
— V	1843
— VI	1846
— VII	1849
Parte V:	
Cap. I	1851
— II	1854
— III	1857
— IV	1859
— V	1862
— VI	1865

	Págs.
Cap. VII	1868
— VIII	1869
— IX	1872
MISERICORDIA (1897):	
Nota preliminar	1875
Cap. I	1877
— II	1879
— III	1881
— IV	1885
— V	1888
— VI	1890
— VII	1893
— VIII	1895
— IX	1898
— X	1900
— XI	1903
— XII	1907
— XIII	1910
— XIV	1912
— XV	1915
— XVI	1918
Cap. XVII	1920
— XVIII	1922
— XIX	1925
— XX	1928
— XXI	1931
— XXII	1934
— XXIII	1937
— XXIV	1940
— XXV	1942
— XXVI	1945
— XXVII	1948
— XXVIII	1951
— XXIX	1954
— XXX	1957
— XXXI	1960
— XXXII	1962
— XXXIII	1965
— XXXIV	1969
— XXXV	1972
— XXXVI	1975
— XXXVII	1978
— XXXVIII	1981
— XXXIX	1983
— XL	1986
— XLI	1990